

# ASIMOV

CUENTOS  
COMPLETOS



Lectulandia



Todo género literario tiene un maestro que se distingue precisamente por haber sido capaz de trascenderlo. Y en ningún caso se puede aplicar esa máxima con tanta seguridad como en el de Isaac Asimov. Sus relatos breves conforman los cimientos sobre los que se ha edificado toda ciencia ficción contemporánea, pero son mucho más que eso: son historias de extraordinario valor, en las que la ternura, el sentido del humor y el atrevimiento van más allá de la mera especulación científica.

Lo que cualquier lector, entre los miles de seguidores de la obra de Asimov, siempre había anhelado: tener a su alcance la amplísima producción de cuentos de ciencia ficción que el autor llegó a elaborar. Rayando unas veces en lo erudito, buscando otras la diversión, pero mostrando siempre una amena accesibilidad, los escritos que componen esta recopilación demuestran la gran diversidad de temas tratados por Asimov y su gran talento como autor.

Lectulandia

Isaac Asimov

# Cuentos completos

ePUB v1.2

Horus01 27.05.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *The Complete Stories. Volume I, II*

Isaac Asimov, 1990, 1992

Traducción: Carlos Gardini (Volumen I, II)

Diseño/retoque portada: Horus01

Editor original: Horus01 (v1.0)

Colaboradores: Chachin, Xampeta, LeoLuegoExisto

ePub base v2.0



## Nota de la edición digital

Cuentos completos (*The Complete Stories.*) fue una serie destinada a crear una colección definitiva de la ficción de Isaac Asimov. El *Volumen I* fue publicado en 1990 y el *Volumen II* en 1992, el mismo año del fallecimiento de Asimov, por lo que la serie fue descontinuada luego del segundo libro de los tres que se habían planeado.

Para la edición de este ebook se decidió recopilar el resto de los cuentos publicados en español que no se incluyeron en los dos primeros volúmenes, para así ponerlos a disposición de sus lectores de habla hispana. Entre estos están los previamente publicados en compilaciones de ciencia ficción como: *Visiones de robot*, *Yo robot*, *Sueños de robot*, *Vientos de cambio*, *Gold*, *Early Asimov*, *A lo marciano*, *Compro Júpiter*, etc. En el campo de la fantasía, se recogen las hilarantes historias de *Azazel*, el sorprendente demonio de dos centímetros. En cuanto a los relatos de misterio, una faceta algo opacada por sus historias de ciencia ficción, están incluidas las series de *Los Viudos Negros* y la del *Club de los Enigmas*.

# **VOLUMEN I: CIENCIA FICCIÓN**

## Introducción

---

Hace cincuenta y un años que escribo cuentos y aún no he desistido. Además de los cientos de cuentos que he publicado, hay muchos inéditos y un par que aún no he presentado. Así que no me he jubilado, de ningún modo.

Sin embargo, nadie puede publicar cuentos durante tanto tiempo sin comprender que le queda un tiempo limitado. Como decía la canción: «Para siempre jamás es más breve que antes».

Es hora, pues, de publicarlos en forma conjunta.

Aunque parezca engreído decirlo (con frecuencia me acusan de ser engreído) mis obras de ficción gozaron de popularidad desde el principio y han sido bien acogidas con el correr de los años. Pero no es fácil localizar cuentos que uno ya no tiene y desearía tener, o encontrar uno que oímos nombrar, pero nunca pudimos leer. Mis cuentos se publicaron originalmente en una multitud de revistas cuyos números originales son imposibles de conseguir. Luego, aparecieron en gran cantidad de antologías y compilaciones, también imposibles de conseguir.

Estos tomos se publican con la esperanza de que los lectores de ciencia ficción y de literatura policíaca (pues también se incluirán mis cuentos de misterio), así como las bibliotecas, se abalancen ávidamente sobre ellos y despejen los estantes para dejar espacio a *Isaac Asimov: Cuentos completos*.

Iniciamos este volumen con dos de mis colecciones de la década de los cincuenta, *Con la tierra nos basta* y *Nueve futuros*.

El primero incluye algunos de mis predilectos, como *Sufrago universal*, que trata sobre la máxima reforma electoral; *Espacio vital*, que brinda a cada familia un mundo propio; *Cuánto se divertían*, mi cuento más publicado en antologías; *El chistoso*, cuyo final sorprenderá sin duda a quienes no conozcan la historia, y *Los sueños son cosa personal*, por el cual Robert A. Heinlein me acusó de ganar dinero a costa de mis neurosis.

*Nueve futuros*, mi preferido entre mis libros de cuentos, no contiene un solo cuento que no me parezca un excelente ejemplo de mi producción de esa década. Ante todo está *La última pregunta*, mi predilecto entre todos los cuentos que he escrito.

Luego está *El niño feo*, tercero en el orden de mis favoritos. Mis relatos suelen ser cerebrales, pero espero que éste arranque un par de lágrimas al lector. (Para averiguar cuál es el segundo en el orden de favoritos, tendrán ustedes que leer los siguientes volúmenes de esta compilación.) *Sensación de poder* es otro cuento que figura con frecuencia en las antologías y resulta bastante profético, teniendo en cuenta que lo escribí antes que nadie pensara en los ordenadores de bolsillo. *Todos los males del mundo* es un cuento de suspense y *La noche moribunda* es un cuento de misterio

basado, ay, en un «dato» astronómico que ahora se considera totalmente erróneo.

Aparece también aquí otra compilación, *Anochecer y otros cuentos*, que incluye *Anochecer*, al cual muchos lectores y la SFWA (Science Fiction Writers of America) votaron como el mejor cuento de ciencia ficción jamás escrito (no comparto esa opinión, pero sería descortés objetarla). Otros favoritos míos son *Creced y multiplicaos*, que es bastante escalofriante; *Sally*, que expresa mis sentimientos sobre los automóviles; *Esquirol*, que me parece muy subestimado; y *Los ojos hacen algo más que ver*, una historia breve y sentimental.

Habrán más volúmenes, pero comiencen ustedes por éste. Harán muy feliz a un anciano.

ISAAC ASIMOV  
Ciudad de Nueva York  
Marzo de 1990

## El pasado ha muerto (1956)

---

“The Dead Past”

Arnold Potterley, doctor en filosofía, era profesor de historia antigua. La cosa en sí no tenía nada de peligrosa. Lo que cambiaba la cuestión más allá de todo lo imaginable era que efectivamente parecía un profesor de historia antigua.

Thaddeus Araman, decano de la Facultad de Cronoscopía, hubiera sabido cómo actuar si el doctor Potterley se hubiese hallado en posesión de una mandíbula ancha y cuadrada, unos ojos centelleantes, nariz aquilina y anchas espaldas.

Pero el caso era que estaba mirando fijamente por encima de su escritorio a un tipo de aspecto apacible, con una pequeña nariz semejante a un botón, y cuyos opacos ojos azules le contemplaban a su vez. Iba pulcramente vestido y su aspecto era vago y desleído, desde el ralo cabello castaño hasta los relucientes zapatos que completaban su atavío de clase media.

Araman dijo complaciente:

—¿En qué puedo servirle, doctor Potterley?

El interpelado respondió con una voz tenue que iba muy bien con el resto de su persona:

—Señor Araman, he acudido a usted porque es la máxima autoridad en cronoscopía.

Araman sonrió.

—No exactamente. Por encima de mí está el comisario de Investigaciones Mundiales, y sobre él el secretario general de las Naciones Unidas. Y desde luego, por encima de ambos, los pueblos soberanos de la Tierra.

El doctor Potterley meneó la cabeza.

—Ellos no se interesan por la cronoscopía... He acudido a usted, señor, porque llevo dos años intentando obtener un permiso para hacer algo con respecto..., con respecto a la cronoscopía, es decir en relación con mis investigaciones sobre la antigua Cartago. No me ha sido posible obtener tal permiso. Mis garantías de investigación son correctas. No se ha dado irregularidad alguna en cualquiera de mis intentos intelectuales. Sin embargo...

—Estoy seguro que no se trata en absoluto de irregularidad —manifestó Araman en tono apaciguador.

Sacó las delgadas hojas de la carpeta marcada con el nombre de Potterley. Se trataba de reproducciones tomadas de Multivac, cuya mente, ampliamente analógica, constituía el archivo supremo de la facultad. Una vez concluido el asunto, las hojas podían ser destruidas y, en caso necesario, reproducidas de nuevo en pocos minutos. Mientras volvía las páginas, la voz del doctor Potterley prosiguió con queda monotonía:

—Debo aclararle que mi problema reviste la mayor importancia. Cartago significa el antiguo mercantilismo llevado a su apogeo. La Cartago prerromana fue el paralelo antiguo de la América preatómica al menos en lo que se refiere a su apego al comercio y a los negocios en general. Sus hombres fueron los marinos y exploradores más audaces antes de la llegada de los vikingos, y mucho más expertos e intrépidos que los tan ensalzados griegos... Conocer Cartago a fondo resultaría muy provechoso. Todo cuanto sabemos sobre la ciudad se deriva de los escritos de sus más enconados enemigos, los griegos y los romanos. Cartago nunca escribió en defensa propia, y si lo hizo sus obras no se conservan. Como consecuencia de ello, a los cartagineses se les ha colgado el descrédito de ser los villanos de la historia. Tal vez se haya cometido con ellos una gran injusticia. Un panorama de la época pondría las cosas en su lugar...

El historiador dijo aún mucho más. Araman habló por fin, dando todavía vueltas a las hojas que tenía ante él.

—Debe usted tener en cuenta, doctor Potterley, que la cronoscopía, o el panorama de una época si lo prefiere, es un proceso difícil.

El doctor Potterley, al verse interrumpido, frunció el entrecejo y replicó:

—Únicamente solicito ciertas escenas seleccionadas de épocas y lugares que yo indicaría.

Araman suspiró.

—Incluso algunas escenas, incluso una sola... El nuestro es un arte increíblemente delicado. Está la cuestión del enfoque, la obtención de la debida perspectiva y el mantenimiento de la escena. Y la sincronización del sonido, que proviene de circuitos completamente independientes.

—Pero le aseguro que mi problema reviste la suficiente importancia como para justificar un considerable esfuerzo...

—Sí, desde luego —convino al punto Araman, puesto que negar la importancia de un problema de investigación ajeno supondría una grosería imperdonable—. Pero tiene que comprender la gran complicación de la vista más sencilla. Además, hay una larga cola en espera del cronoscopio, y una mayor aún para el empleo de Multivac, que nos guía en nuestro manejo de los controles.

Potterley se agitó en su butaca con aire desdichado.

—¿Y no se puede hacer nada? Durante dos años...

—Es una cuestión de prioridad. Lo siento. ¿Un cigarrillo?

El historiador se echó hacia atrás como sobresaltado por la sugerencia, con los ojos súbitamente desorbitados, fijos en el paquete que se le tendía. Araman, sorprendido, lo retiró e inició un movimiento, como si fuese a tomar uno y luego lo pensase mejor.

Potterley exhaló un suspiro de alivio al desaparecer de su vista el paquete.

—¿No existe algún medio de arreglar este asunto? ¿Por ejemplo, incluyéndome en la lista tan adelante como fuese posible? —sugirió—. No sé cómo explicarme...

Araman sonrió. Otros, en circunstancias semejantes, le habían ofrecido dinero. Como es natural, tampoco les había servido de nada.

—Las decisiones sobre la prioridad se toman mediante un proceso de cálculo —dijo—. No está en mi mano alterarlas arbitrariamente.

Potterley se puso envaradamente en pie, irguiendo su metro sesenta y cinco de estatura.

—En ese caso, buenos días.

—Buenos días, doctor Potterley. Y créame que lo siento...

Araman tendió su mano, que el historiador rozó ligeramente, marchándose acto seguido. Araman apretó un botón y apareció al instante su secretaria, a la que tendió el expediente de Potterley.

—Tenga —dijo—. Ya puede disponer de él.

A solas de nuevo, sonrió con amargura. Un renglón más en su servicio de un cuarto de siglo a la raza humana. Servicio a través de la negativa.

Al menos, aquel tipo había sido fácil de despachar. A veces había que recurrir a la presión académica, e incluso a la retirada de concesiones.

Cinco minutos más tarde, había olvidado al doctor Potterley. Cuando pensó más tarde en ello, ni siquiera logró recordar haber sentido en aquel momento ningún atisbo del peligro.

Durante el primer año de frustración, Arnold Potterley había experimentado sólo eso..., frustración. Sin embargo, durante el segundo, aquella frustración dio lugar a una idea que primero le atemorizó y luego le fascinó. Dos cosas le disuadieron de llevarla a la práctica, ya que el indudable hecho que se oponía por completo a la ética no constituía barrera alguna.

La primera consistía en su obstinada esperanza en que el gobierno acabaría por concederle el permiso, por lo cual no necesitaría otro recurso. Mas ésta esperanza había naufragado al fin en la entrevista sostenida con Araman.

La segunda no había sido una esperanza, sino una triste toma de conciencia de su propia incapacidad. Él no era físico, y no conocía a físico alguno capaz de prestarle ayuda. La Facultad de Física se componía de hombres muy preparados e inmersos por entero en su especialidad. En el mejor de los casos, se negarían a escucharle. Y en el peor, le acusarían de anarquía intelectual. E incluso podría ocurrir que su teoría básica sobre Cartago fuese descartada.

No quería correr ese riesgo. Ahora bien, la cronoscopia suponía el único medio para llevar a cabo su tarea. Sin la concesión del permiso, se encontraba perdido, atado de pies y manos.

La primera sospecha indicando que tal vez consiguiera superar el segundo

obstáculo le asaltó una semana antes de su entrevista con Araman, aunque de momento no la reconoció. Sucedió durante uno de los té de la universidad. Potterley asistía sin falta a esas reuniones. Lo consideraba un deber, y él solía cumplir religiosamente sus deberes. Una vez en ellas, no obstante, pensaba que no tenía por qué trabar una conversación ligera o hacerse nuevos amigos. Se tomaba parcamente una o dos tazas, cambiaba unas palabras corteses con el decano de tal o cual facultad, dedicaba una ligera sonrisa al resto de los circunstantes y abandonaba temprano la reunión.

En otras circunstancias, no habría prestado atención al tímido joven que se mantenía en pie, inmóvil, en un rincón. Jamás habría soñado siquiera en dirigirle la palabra. Sin embargo, cierta concatenación de causas le condujo a hacerlo, contrariamente a su naturaleza.

Aquella mañana, en el desayuno, su mujer le había anunciado en tono melancólico que había soñado de nuevo con Laurel, esta vez con una Laurel ya crecida, aunque con el mismo rostro infantil de sus tres años.

Potterley la dejó hablar. Hubo una época en que se empeñó en combatir la excesiva preocupación de su esposa por el pasado y la muerte. Nunca recobrarían a Laurel. Ni los sueños ni la conversación lo lograrían.

Mas si eso apaciguaba a Caroline Potterley..., que soñara y hablara.

Aun así, cuando el historiador fue a dar su clase por la mañana, se sintió de pronto afectado por las sandeces de su mujer. ¡Laurel hecha una mujer...! Su única hija había muerto hacía casi veinte años.

Durante todo ese tiempo, cada vez que pensaba en ella la veía como una pequeña de tres años.

«Si siguiese con vida —pensó—, no tendría tres años, sino cerca de los veintitrés.»

Sin poderlo evitar, se encontró imaginando a Laurel en su progresivo crecimiento hasta llegar a esa edad.

No lo lograba del todo, pero lo intentaba. Laurel usando maquillaje. Laurel saliendo con muchachos.

¡Laurel... a punto de casarse!

Así que, al ver a aquel joven rondando en torno a los grupos compuestos por los profesores de la facultad, que circulaban muy tiesos, se le ocurrió quijotesicamente que un joven semejante podía haberse casado con Laurel. Acaso aquel mismo joven...

Laurel podría haberlo conocido en la universidad, o bien una noche en que le hubieran invitado a cenar en casa de los Potterley. Y podrían haberse atraído mutuamente. Laurel hubiera sido bonita, eso desde luego, y el muchacho tenía buen aspecto. Atezado de rostro, de expresión resuelta y excelente porte.



La vaga quimera se desvaneció pronto. No obstante, Potterley continuó mirando con bobalicona fijeza al muchacho, no como a un ser extraño, sino como a un posible yerno en un tiempo que pudo haber sido. Y sin saber cómo, se vio encaminándose hacia él. Como en una especie de auto-hipnosis. Le tendió la mano.

—Soy Arnold Potterley, de la Facultad de Historia. Es usted nuevo aquí, ¿verdad?

El joven le miró ligeramente asombrado, pasando su vaso a la mano izquierda, a fin de estrechar con la derecha la que se le tendía.

—Me llamo Jonas Foster —se presentó a su vez—. Soy profesor auxiliar de física. Acabo de empezar este semestre.

Potterley hizo un leve ademán de asentimiento con la cabeza, manifestando a continuación:

—Le deseo una agradable estancia y un gran éxito.

Eso fue todo por el momento. Potterley había recuperado el dominio de sí mismo, y se retiró, turbado.

Lanzó una furtiva ojeada hacia atrás por encima del hombro, pero la ilusión de parentesco se había desvanecido. La realidad volvía a ser consistente. Se sentía enfadado consigo mismo por dejarse arrastrar por la estúpida cháchara de su mujer.

Una semana después, precisamente mientras Araman se hallaba en el uso de la palabra, le asaltó de nuevo el recuerdo del joven. Un profesor de física... Un nuevo profesor. ¿Había estado él sordo en aquel momento? ¿Se había producido un cortocircuito entre su oído y su cerebro? ¿O bien hubo una autocensura automática, motivada por la inminente entrevista con el decano de Cronoscopía?

Cuando la entrevista fracasó, fue el pensamiento del joven con quien había cambiado sólo dos frases el que impidió a Potterley insistir en sus ruegos para que se tomase en consideración su propuesta. Casi estaba ansioso por marcharse.

Y ya de vuelta a la universidad, en el autogiro de servicio rápido, casi deseó haber sido supersticioso.

Entonces, se hubiera consolado con el pensamiento que aquel encuentro casual, sin aparente significado, constituía en realidad un augurio.

Jonas Foster no era novato en las lides académicas. La larga y ardua pugna que conducía al doctorado convertía a cualquiera en un veterano. Y el trabajo adicional de enseñanza durante el post-doctorado obraba como un estimulante.

Pero ahora se había convertido en el profesor auxiliar Jonas Foster. La dignidad del profesorado le situaba en una posición más avanzada y sus relaciones con los demás profesores habían cambiado.

Por un lado, ellos habrían de votarle o no para futuras promociones. Por otro, él no se hallaba en situación de decir tan pronto, en su calidad de nuevo, qué miembro de la facultad tenía o no vara alta con el decano o hasta con el rector de la universidad. No se imaginaba a sí mismo como un experto en la política del claustro.

Por lo demás, estaba seguro que, aun en caso de proponérselo, sería muy mediocre. No obstante, le convenía hacer unos pinitos en la materia, aunque fuera tan sólo para probárselo a sí mismo.

Y así, Foster había prestado atención al historiador, el cual, pese a la suavidad de sus modales, parecía irradiar una cierta tensión. Por eso no le rechazó bruscamente, desembarazándose de él como había sido su primer impulso.

Recordaba bastante bien a Potterley. Potterley se le había acercado en aquel té (la reunión había sido de lo más anodino). Su colega le había dirigido un par de envaradas frases, con ojos un tanto vidriosos, y luego, pareciendo volver en sí, se había escabullido.

Aquello había divertido a Foster. Ahora, en cambio... ¿Se proponía Potterley, de manera deliberada, trabar conocimiento con él, o más bien causarle la impresión de ser una especie de bicho raro, excéntrico pero inofensivo? ¿O tal vez estuvo tanteando las opiniones de Foster, hurgando posibles convicciones inestables? A buen seguro, ya lo habían hecho antes de darle su nombramiento. Sin embargo...

Potterley podía ser serio, sincero, no darse cuenta de lo que estaba haciendo. O podía saber muy bien lo que estaba haciendo y ser sólo un bribón, más o menos peligroso.

Así pues, Foster murmuró:

—Bien, usted dirá...

Lo hizo para ganar tiempo, sacando a la par un paquete de cigarrillos para ofrecerle uno a Potterley y encender él otro muy lentamente.

Potterley se apresuró a rechazarlo.

—Por favor, doctor Foster, nada de tabaco.

Foster respondió, perplejo:

—Lo siento, señor.

—No, no. Soy yo quien debe excusarse. No puedo soportar el olor del tabaco... Cuestión de idiosincrasia. Lo siento.

Se había puesto sumamente pálido. Foster dejó a un lado los cigarrillos y aunque echando de menos el tabaco, fue directamente al grano:

—Me halaga que pida usted mi consejo y todo eso, doctor Potterley, pero no soy un especialista en neutrónica. Nunca llegaría a ser un buen profesional en esa dirección. Hasta el hecho de exponer una opinión se saldría de mi campo y, francamente, preferiría no entrar en particularidades.

El enjuto rostro del profesor adoptó una dura expresión.

—¿Qué quiere usted decir con eso que no es un especialista en neutrónica? No es usted nada todavía. No ha recibido ningún permiso. ¿O sí?

—Estoy sólo en mi primer semestre.

—Lo sé. Y supongo que ni siquiera habrá presentado aún una solicitud de

permiso.

Foster esbozó una media sonrisa. En tres meses de universidad, no había logrado dar forma adecuada a sus primeras solicitudes de un permiso de investigación como para ser estimado como un escritor científico profesional, sin mencionar a la Comisión Investigadora.

Por fortuna, el decano de su facultad lo había aceptado bastante bien. «Tómese tiempo, Foster —le había aconsejado—, y organice sus pensamientos. Asegúrese de conocer su camino y adonde conduce y, una vez que reciba su permiso, le será formalmente reconocida su especialización. A partir de entonces, para bien o para mal, le pertenecerá durante el resto de su carrera.» El consejo era bastante trivial, pero la trivialidad tiene a menudo el mérito de la verdad, y Foster así lo reconoció.

—Por educación y por inclinación, doctor Potterley —dijo ahora—, me interesa la hiper-óptica y, secundariamente, la gravimetría. Así fue como me describí a mí mismo al solicitar este puesto. Aunque no sea aún mi especialización oficial, algún día lo será. No puede ser de otro modo. En cuanto a la neutrínica, jamás estudié esa materia.

—¿Y por qué no? —preguntó al punto Potterley.

Foster le miró fijamente. Aquella especie de ruda curiosidad sobre el estado profesional del prójimo le resultaba siempre irritante. Y en el límite mismo de la cortesía, con una pizca de aspereza, respondió:

—No había ningún curso sobre neutrinos en mi universidad.

—¡Santo Dios! ¿Y a qué universidad pertenecía usted?

—Al Instituto de Ingenieros —contestó con calma Foster.

—¿Y no había ningún curso sobre neutrinos?

—Pues no. —Foster sintió que se sonrojaba y se aprestó a la defensa—. Es una materia sumamente especializada, sin gran calor. Quizá lo tenga la cronoscopía, pero constituye su única aplicación práctica. Un callejón sin salida.

El historiador le miró con grave fijeza.

—Dígame. ¿Sabe dónde puedo encontrar a alguien experto en neutrínica?

—No, no lo sé —respondió secamente Foster.

—Bien, ¿conoce entonces alguna escuela que enseñe esa especialidad?

—Tampoco.

Potterley sonrió de modo forzado y carente de humor. Foster sintió el insulto escondido en aquella sonrisa y se molestó lo bastante como para decir:

—Deseo advertirle, que usted se está excediendo en sus palabras.

—¿Cómo?

—Digo que, como historiador, su interés por cualquier clase de ciencias físicas, su interés profesional, es...

Hizo una pausa, incapaz de decidirse a pronunciar el término.

—¿Contrario a la ética?

—En efecto.

—Mis investigaciones me han conducido a ello —manifestó Potterley en un sordo e intenso murmullo.

—En tal caso, debería dirigirse a la Comisión Investigadora. Si ellos permiten...

—Ya he acudido a ellos y no he recibido satisfacción alguna.

—Entonces resulta obvio que debe abandonar su propósito.

Foster sabía que sus palabras sonaban pomposamente virtuosas, pero no iba a permitir que aquel hombre le indujera a una manifestación de anarquía intelectual. Estaba demasiado al comienzo de su carrera como para correr riesgos estúpidos.

Pensó que la observación parecía haber producido su efecto en Potterley, puesto que sin preámbulo alguno, éste explotó en una rápida y fogosa tormenta verbal de irresponsabilidad.

Dijo que los eruditos sólo podrían ser libres en el caso que se les permitiera seguir libremente los libres vaivenes de su curiosidad. La investigación, constreñida en un molde prefijado por los mismos poderes que custodiaban la llave, se convertía en una esclava, condenada al estancamiento. Nadie tenía derecho a dictar los intereses intelectuales de otro.

Foster escuchó toda la perorata con marcado escepticismo. Nada de aquello le sonaba extraño. La había oído proferida con el mismo entusiasmo por compañeros de colegio a fin de escandalizar a sus profesores y, en una o dos ocasiones, él mismo se había divertido pronunciándola. Cualquiera que abordara la historia de la ciencia sabía que muchos hombres pensaron de ese modo en su día.

Sin embargo, a Foster le parecía extraño —y casi contra natura— que un hombre de ciencia moderno se permitiese tales insensateces. Nadie abogaría porque se dirigiese una fábrica permitiendo a cada obrero hacer lo que se le ocurriese en cada momento, ni por que se gobernase un barco con arreglo a las nociones casuales y en pugna de cada tripulante. Había que dar por descontada, en cada caso, la existencia de una gestión supervisora central. ¿Y por qué una factoría o un barco deberían beneficiarse de una dirección y un orden, y no ocurrir lo mismo con la investigación científica?

Se podría argüir que el cerebro humano se diferencia en gran medida —desde el punto de vista cualitativo— de un barco o una factoría, pero la historia del esfuerzo intelectual demuestra lo contrario.

Cuando la ciencia se hallaba aún en pañales, y la maraña de todo o de casi todo lo conocido permanecía al alcance de una mente individual, tal vez no hubiera necesidad de una dirección. Caminar a ciegas por las regiones no definidas de la ignorancia conducía a veces a maravillosos hallazgos, por simple casualidad.

Pero al extenderse al campo de los conocimientos, se hizo preciso absorber cada

vez más datos, antes que se pudieran organizar viajes que merecieran la pena al dominio de lo ignorado. El hombre tuvo que especializarse. El investigador necesitaba los recursos de una biblioteca que le sería imposible recopilar por sí mismo, e instrumentos que tampoco podía procurarse por sus propios medios. Y así, cada vez con mayor frecuencia, el investigador individual cedió el paso al equipo de investigación y a la institución investigadora.

Los fondos necesarios a la investigación se hicieron asimismo mayores, a medida que los instrumentos indispensables para tal fin se multiplicaban. ¿Qué instituto era ya tan pequeño como para no requerir un micro-reactor nuclear o, cuando menos, una computadora trifásica?

En siglos pasados, las fortunas particulares no alcanzaban a subvencionar la investigación. Hacia 1940, únicamente el gobierno, las grandes industrias y las universidades importantes o los centros de investigación se hallaban capacitados para pagar las investigaciones básicas.

En 1960, hasta las mayores universidades dependían por entero de las asignaciones gubernamentales, mientras que los institutos de investigación subsistían gracias a las exenciones de impuestos y las suscripciones públicas. Ya en el año 2000, los monopolios industriales se habían convertido en dependencias del gobierno mundial. En consecuencia, la financiación de la investigación, y por lo tanto su dirección, se centralizaron del modo más natural en un departamento de estado.

Todo funcionaba perfectamente. Cada rama de la ciencia se adaptaba a las necesidades del público, y las varias especialidades científicas se coordinaban de manera razonable. El adelanto material del último medio siglo era argumento de bastante peso para demostrar que la ciencia no caía en el estancamiento.

Foster intentó decir algo de todo esto, pero fue atajado por un impaciente ademán de Potterley, que le atacó:

—Está repitiendo como un loro la propaganda gubernamental. Tiene ante usted un ejemplo de los errores que comete la opinión oficial. ¿Es que no puede creerlo?

—Francamente, no.

—¿Ah, no? Ha dicho usted que la inspección del tiempo es un callejón sin salida, que la neutrónica no tiene importancia alguna. Eso es lo que ha dicho, ¿no? Lo ha manifestado categóricamente. Y sin embargo, nunca la ha estudiado. Confiesa una completa ignorancia en la materia. Ni siquiera la enseñaban en su escuela...

—¿No constituye ese simple hecho una prueba suficiente?

—¡Ah, ya veo! No se enseñaba porque carecía de importancia. Y carecía de importancia porque no se enseñaba... ¿Se siente usted satisfecho de semejante razonamiento?

—Así lo afirman los libros —aventuró Foster, en creciente confusión.

—Y eso es todo, ¿eh? Los libros dicen que la neutrónica carece de importancia.

Sus profesores se lo dijeron a usted porque lo habían leído en ellos. Y los libros lo dicen porque otros profesores lo escribieron. ¿Y quién lo dice por experiencia y conocimiento personal? ¿Quién se molesta en investigarlo? ¿Sabe usted de alguien?

—No creo que por ese camino lleguemos a ninguna parte, doctor Potterley. Tengo trabajo y...

—Un minuto. Sólo quiero probar una cosa. Ver cómo le suena a usted. Yo digo que el gobierno se dedica a eliminar sistemáticamente la investigación neutrónica y cronoscópica básicas. Está suprimiendo la aplicación de la cronoscopía.

—¡Hombre, no!

—¿Y por qué no? Son muy capaces. Toda investigación depende de una dirección centralizada. Si rechazan la concesión de subvenciones para la investigación en cualquier rama de la ciencia, dicha rama muere. Y ellos han matado la neutrónica. Podían hacerlo y lo han hecho.

—¿Pero por qué?

—No sé por qué. Me gustaría averiguarlo. Lo hubiera hecho, de saber lo bastante. Acudí a usted porque se trataba de un profesor joven, con una instrucción de nuevo cuño. ¿Tiene usted ya endurecidas sus arterias intelectuales? ¿No queda curiosidad alguna en su interior? ¿No desea saber? ¿No desea respuestas?

El historiador escudriñaba intensamente el rostro de Foster. Su nariz estaba a pocos milímetros de distancia, y Foster se sentía tan confuso que no pensó en apartarse.

Estaría en todo su derecho si le conminase a marcharse. Incluso en caso necesario podría arrojarle de allí.

No fue el respeto a la edad y a la posición lo que le detuvo. No estaba seguro tampoco que los argumentos de Potterley le hubiesen convencido. Más bien se trataba de un pequeño orgullo de colegial.

¿Por qué su universidad no daba ningún curso sobre neutrinos? Ahora que pensaba en ello, dudaba que en su biblioteca hubiese siquiera un simple libro sobre tal materia. No recordaba haberlo visto nunca.

Se puso a pensar en esta cuestión.

Y eso fue su perdición.

Caroline Potterley había sido antaño una mujer atractiva. Y había ocasiones, tales como cenas o funciones universitarias, en que mediante un considerable esfuerzo conseguía ostentar aún restos de su antigua belleza.

En las situaciones ordinarias se abandonaba. Era la expresión que ella misma se aplicaba en los momentos de auto-aborrecimiento. Con los años, se había metido en carnes, pero su flaccidez no se debía enteramente a la grasa. Era como si los músculos hubiesen cedido y claudicado, hasta el punto que arrastraba los pies al andar, tenía bolsas bajo los ojos y las mejillas le colgaban. Hasta su pelo grisáceo

parecía más bien desmayado que simplemente lacio. Y su cabello liso y caído, tan sólo el resultado de un supino abandono a la fuerza de la gravedad.

Caroline Potterley se contempló en el espejo y admitió hallarse en uno de sus malos días. Sabía el motivo también.

Se trataba del sueño de Laurel. Aquel sueño extraño, con Laurel ya mayor. Desde que lo tuvo, se había sentido desgraciada.

Sin embargo, lamentaba habérselo contado a Arnold. No debiera haberle dicho nada. Él nunca se lo reprochaba, pero no era bueno para él. Durante los días que siguieron, se mostró particularmente retraído.

Quizá se debiera a que estaba preparándose para aquella importante conferencia con el alto funcionario gubernamental (pese a afirmar que no esperaba éxito alguno), mas también podía ser a causa del sueño de ella.

Era mucho mejor en los viejos tiempos, cuando él la atacaba acremente.

—¡Vamos, Caroline, deja ya en paz el pasado! ¡Hablar de ello no la volverá a la vida, ni tampoco los sueños...!

Había sido tremendo para ambos. Horrible. Ella había estado a la sazón ausente de casa, y a partir de ese instante nunca la abandonó el sentimiento de culpabilidad. De haberse quedado en casa, de no haber salido inútilmente de compras, habrían estado los dos disponibles, y quizá uno de ellos habría logrado salvar a Laurel.

El pobre Arnold no lo había conseguido. Dios sabía que lo intentó, hasta el punto de casi perecer en la empresa. Había salido de la casa en llamas tambaleándose, chamuscado y casi ciego, con Laurel muerta en sus brazos.

Una pesadilla que jamás se desvanecía por entero.

En cuanto a Arnold, se fue recubriendo poco a poco de una concha, cultivando una suave mansedumbre que nada podía afectar ni quebrantar. Se tornó puritano, y hasta abandonó sus vicios pequeños, sus cigarrillos, su tendencia a una ocasional exclamación irreverente o con ribetes de impía. Obtuvo su beca para la preparación de una nueva historia de Cartago, y lo subordinó todo a su trabajo.

Ella intentó ayudarle. Se lanzó a la búsqueda de referencias, mecanografió sus notas y las microfilmó.

Luego, todo cesó súbitamente.

Cierta noche, salió disparada del despacho hacia el cuarto de baño, acometida de náuseas. Su marido la siguió, confuso y preocupado.

—¿Qué sucede, Caroline? —preguntó, al tiempo que le tendía una copa de coñac para reanimarla.

—¿Es verdad eso? ¿Por qué lo hacían?

—¿Lo hacían quiénes?

—Los cartagineses...

Él se quedó mirándola, y ella se lo explicó con rodeos, incapaz de expresarse de

manera directa.

Al parecer, los cartagineses adoraban a Moloch, representado por un ídolo de bronce, hueco, con un horno en el vientre. En épocas de crisis nacional, se reunían los sacerdotes y el pueblo y, tras las debidas ceremonias e invocaciones, arrojaban a las llamas a criaturas vivas, a las cuales se atiborraba de golosinas y delicados manjares hasta el final, a fin que la eficacia del sacrificio no se desbaratara por desagradables gritos y lamentos de pánico. Tras el instante crucial, batían timbales y tambores, a fin de ahogar todo chillido de los niños. Y los padres se hallaban presentes, sin duda muy contentos y satisfechos, pues el sacrificio era agradable a los dioses...

El entrecejo de Arnold Potterley se frunció sombríamente. Ruines mentiras de enemigos de los cartagineses, manifestó. Debiera haberla prevenido sobre el particular... Después de todo, tales embustes propagandísticos no eran infrecuentes. Según los griegos, los antiguos hebreos adoraban a una cabeza de asno en un sancta sanctorum. Y según los romanos, los cristianos primitivos odiaban a la Humanidad y sacrificaban a criaturas paganas en las catacumbas.

—¿De modo que no lo hacían? —preguntó Caroline.

—Estoy seguro que no. Quizá los primitivos fenicios... El sacrificio humano se da con frecuencia en las culturas primitivas. Pero Cartago no era una cultura primitiva en sus días de grandeza. Por regla general, el sacrificio humano se sustituye por actos simbólicos, como la circuncisión. Tanto griegos como romanos tal vez tomaron erróneamente algún símbolo cartaginés por el rito completo original, sea por ignorancia o por pura malicia.

—¿Estás seguro?

—No puedo estarlo aún, Caroline. Sin embargo, una vez que obtenga pruebas suficientes, las presentaré para conseguir un permiso de utilización de la cronoscopia, con lo cual se zanjará la cuestión de una vez por todas.

—¿La cronoscopia?

—Sí, el viaje visual por el tiempo. Enfocaríamos la antigua Cartago en alguna época de crisis, por ejemplo el desembarco de Escipión el Africano en el año 202 antes de Cristo, y veríamos con nuestros propios ojos el acontecimiento. Tú también lo verás, te lo prometo.

Tras estas palabras, le dio una palmadita acompañada de una alentadora sonrisa. Ella siguió soñando cada noche durante dos semanas con Laurel, y no volvió a ayudar a Arnold en su proyecto sobre Cartago. Ni tampoco él solicitó su cooperación.

Ahora, Caroline hacía acopio de fuerzas antes que llegase su marido, quien la había llamado a su regreso a la ciudad para comunicarle que se había entrevistado con el funcionario gubernamental y que todo había resultado según lo previsto. Lo cual significaba fracaso. Y sin embargo, no se había traslucido en su voz la menor muestra de depresión. Sus facciones aparecían bien serenas en la pantalla del



televisor. Tenía otra gestión que hacer, dijo, antes de volver a casa.

De lo que se deducía que volvería tarde, pero eso no le importaba. Ninguno de los dos se preocupaba de manera particular por las horas de las comidas, ni por cuándo se sacaban los alimentos de la nevera o se hacía funcionar la calefacción o la refrigeración.

Ahora bien, cuando llegó se sintió sorprendida. No había en su esposo nada que de manera obvia sugiriese algo desagradable. La besó como siempre, sonrió, se quitó el sombrero y preguntó si todo había marchado bien durante su ausencia. Todo absolutamente normal... O casi.

Había aprendido a detectar pequeñas cosas, minucias, y le pareció que los pasos de su marido eran un tanto presurosos. Lo bastante para que sus habitadas pupilas descubrieran que se encontraba en estado de tensión.

—¿Ha sucedido algo? —le interrogó.

—Pasado mañana tendremos un invitado a cenar, Caroline. ¿No te importa?

—Pues no. ¿Alguien a quien conozco?

—No. Un joven profesor auxiliar. Uno nuevo. He hablado con él...

Súbitamente, giró como un torbellino hacia ella y la asió por los codos. Los sujetó un instante y luego los soltó, como desconcertado por haber demostrado su emoción.

—Casi no le saqué nada en limpio —dijo—. Imagínatelo. Es verdaderamente terrible, terrible, la manera en que todos nos hallamos uncidos al yugo, el cariño que le tenemos al arnés.

La señora Potterley no estaba muy segura de haber comprendido, pero durante el último año había observado que su marido se tornaba más rebelde y cada vez más osado en sus críticas contra el gobierno.

—No le habrás hablado a tontas y a locas... —se alarmó.

—¿Qué quieres decir con eso? Va a efectuar una investigación relacionada con la neutrínica para mí.

«Neutrínica» no significaba para la señora Potterley más que un tetrasílabo sin el menor sentido, pero sabía que no tenía nada que ver con la historia. Dijo débilmente:

—Arnold, no me gusta que hagas eso. Perderás tu puesto. Es...

—Es anarquía intelectual, querida —la atajó él—. Esa es la frase que deseabas, ¿no? Pues bien, sí, soy un anarquista. Si el gobierno no me permite proseguir mis investigaciones, las continuaré por mi cuenta y, una vez que haya mostrado el camino, otros lo seguirán... Y si no lo hacen, no importa. Es Cartago lo que cuenta, y el conocimiento humano, no tú y yo.

—Pero no conoces a ese joven. ¿Y si fuese un agente del comisario de Investigaciones?

—No lo parece. Asumiré el riesgo. —Cerró el puño derecho y lo frotó suavemente contra la palma de la mano izquierda—. Está a mi lado ahora. Lo juraría.

No puede remediarlo. Reconozco la curiosidad intelectual cuando la veo en los ojos, el rostro y la actitud de un hombre. Una dolencia fatal para un científico domado. Aún hoy lleva su tiempo extirparla, y los jóvenes son vulnerables... ¿Y por qué detenernos ante nada? ¿Por qué no construir nuestro propio cronoscopio y decirle al gobierno que se vaya a...?

Se detuvo de repente, meneó la cabeza y se marchó.

—Espero que todo vaya bien —suspiró la señora Potterley, sintiéndose segura que no sería así y temiendo de antemano por la posición de su esposo y la seguridad de su vejez.

Sólo a ella, entre todos, le asaltaba el fuerte presentimiento de un cercano conflicto. El peor de los conflictos, desde luego.

Jonas Foster llegó casi con media hora de retraso a casa de los Potterley, domiciliados al exterior del recinto universitario. Hasta aquella misma tarde no había decidido si iría. Luego, en el último momento, pensó que no podía cometer la enormidad social de rechazar una invitación a cenar una hora antes de la concertada. Eso..., y el aguijón de la curiosidad.

La cena fue interminable. Foster comía sin apetito. La señora Potterley parecía estar ausente, emergiendo sólo de su abstracción para preguntarle si estaba casado y lanzar un bufido de desprecio al contestarle él que no. El doctor Potterley le interrogaba de manera átona respecto a su historia profesional y asentía cortésmente con la cabeza.

Todo transcurría con tanta gravedad —tanto aburrimiento en realidad— como era posible.

Foster pensó: «Parece tan inofensivo...» Había pasado los dos últimos días informándose sobre el doctor Potterley. De modo muy casual, desde luego, casi a hurtadillas. No se sentía particularmente ansioso porque le vieran en la Biblioteca de Ciencias Sociales. La historia se había convertido en una materia marginal, y la mayoría de las veces las obras históricas eran leídas por el público en general para entretenerse o para su propia edificación.

Sin embargo, un físico no formaba parte en absoluto del «público en general». Si Foster empezaba a leer libros de historia, tan cierto como la relatividad que sería considerado un bicho raro; y al cabo de cierto tiempo el decano de su facultad se preguntaría si el nuevo profesor era realmente «el hombre idóneo para la tarea».

Por lo tanto, había actuado con cautela. Se sentaba en los puestos más apartados y mantenía la cabeza baja cuando entraba o salía en sus horas libres.

Según descubrió, el doctor Potterley había escrito varios libros y una docena de artículos sobre las culturas del Mediterráneo antiguo. Los últimos, todos ellos publicados en *Historical Reviews*, se referían al Cartago prerromano, y adoptaban un punto de vista simpatizante.

Al menos, eso concordaba con las palabras de Potterley, y suavizó un tanto las sospechas de Foster. De todos modos, se daba cuenta que hubiese sido más sensato y seguro zanjar la cuestión desde un principio.

Un científico no debía dejarse arrastrar por la curiosidad, pensó, muy insatisfecho consigo mismo. Se trataba de un rasgo peligroso.

Tras la cena, fue conducido al despacho de Potterley. Por un momento, se quedó perplejo en el umbral.

Las paredes estaban totalmente cubiertas de libros.

No películas. Las había, desde luego, pero superadas con mucho por los libros, impresos en papel.

Nunca hubiese pensado que existiesen aún tantos libros en buenas condiciones.

Foster se sintió molesto. ¿Con qué propósito guardaba tantos libros en casa? Seguramente estarían mejor en la biblioteca de la universidad o, en el peor de los casos, en la del congreso, si alguien quería tomarse la molestia de investigar fuera de los microfilmes.

Había algo secreto en una biblioteca particular. Despedía como una vaharada de anarquía intelectual.

Este último pensamiento tranquilizó de modo extraño a Foster. Prefería que Potterley fuese un auténtico anarquista que un agente provocador desempeñando su papel.

Y de pronto, las horas comenzaron a pasar asombrosamente rápidas.

—Ya ve usted —dijo Potterley, con voz clara y nada agitada—. Fue un simple hallazgo, si es posible un hallazgo para alguien que no ha empleado nunca el cronoscopio en su trabajo. Claro está, no podía solicitar su uso, puesto que se trataba de investigación no autorizada.

—Sí —asintió lacónicamente Foster, un tanto sorprendido porque una consideración tan pequeña detuviese a aquel hombre.

—Empleé métodos indirectos...

Lo había hecho, en efecto. Foster se sintió perplejo ante el volumen de la correspondencia sostenida para elucidar insignificantes detalles de la cultura del antiguo Mediterráneo, sobre la cual se las arreglaba una y otra vez para hacer una observación casual:

—Desde luego, no habiendo dispuesto nunca del cronoscopio...

O bien:

—Pendiente de aprobación mi solicitud de datos cronoscópicos, que por el momento parece improbable que acepten...

—Pero éstas no son cosas tontas ni arbitrarias —prosiguió—. El Instituto de Cronoscopía publica mensualmente un folleto en el que se incluyen artículos concernientes al pasado, con los descubrimientos determinados por el examen visual

del tiempo. Únicamente uno o dos descubrimientos... Lo que primero me impresionó fue la completa trivialidad de la mayoría de ellos, su insipidez. ¿Por qué tales investigaciones debían tener prioridad sobre mi labor? Por lo tanto, escribí a quien competía para que se intensificase la búsqueda en las direcciones descritas en el folleto. Invariablemente, como ya le he mostrado a usted, no habían empleado el cronoscopio. Vamos ahora a analizarlo punto por punto.

Por fin, Foster, con la cabeza dándole vueltas a causa de los detalles meticulosamente reunidos por Potterley, preguntó:

—¿Pero por qué?

—No sé por qué —respondió Potterley—, aunque tengo una teoría. La invención original del cronoscopio fue obra de Sterbinski..., ya lo ve, conozco bien el tema... Obtuvo una gran publicidad. Más tarde, el gobierno se hizo cargo del aparato y decidió suprimir cualquier ulterior investigación a través del mismo. Pero luego pensó que tal vez la gente sintiera curiosidad por conocer el motivo por el que no se utilizara. La curiosidad es un vicio muy grande, doctor Foster...

El físico convino para sí mismo que, en efecto, lo era.

—Imagínese pues la utilidad de pretender que el cronoscopio estaba siendo empleado —prosiguió Potterley—. Dejaba de constituir un misterio para convertirse en un lugar común. No sería ya objeto adecuado para la legítima curiosidad, ni un incentivo para la ilícita.

—Y usted se sintió curioso... —apuntó Foster.

Potterley le miró, inquieto, y replicó con acento de enojo:

—En mi caso era distinto... Yo cuento con algo que debe ser llevado a cabo. Y no podía aceptar la ridícula manera en que pretendían mantenerme el margen.

«Y un tanto paranoico, además», pensó lúgubrementemente Foster.

Sin embargo, paranoico o no, había llegado a alguna conclusión. Foster ya no podía seguir negando que algo peculiar se encerraba en la cuestión de los neutrinos.

Ahora bien, ¿qué perseguía Potterley? Esa cuestión aún le inquietaba. Si Potterley no se proponía poner a prueba su ética personal, ¿qué deseaba de él? Analizó lógicamente la cuestión. Si un anarquista intelectual, con un toque de paranoia, quería emplear un cronoscopio y estaba convencido que los poderes constituidos se interponían de modo deliberado en su camino, ¿qué podía hacer?

«Suponiendo que yo fuese uno de esos poderes, ¿qué es lo que haría...?» Habló lentamente:

—Tal vez el cronoscopio no exista...

Potterley dio un respingo. Su impasibilidad general pareció casi resquebrajarse. Por un instante, Foster vislumbró algo en él que no tenía nada que ver con la calma. Pero el historiador recobró en el acto su equilibrio y dijo:

—No, no, tiene que haber un cronoscopio.

—¿Por qué? ¿Lo ha visto usted? ¿O yo? Quizá sea ésa la explicación de todo. Quizá no oculten deliberadamente el cronoscopio del que se apoderaron. A lo mejor, ni siquiera lo han conseguido.

—Pero Sterbinski existió. Y construyó un cronoscopio. Es un hecho.

—Así lo dicen los libros... —repuso Foster fríamente.

—Escúcheme. —Potterley tendió la mano, tomando de la manga a Foster—. Necesito el cronoscopio. No me diga que no existe. Lo que vamos a hacer es descubrir lo suficiente sobre los neutrinos para ser capaces de...

Se detuvo, y Foster se alisó la manga. No precisaba que el otro terminara la frase. La completó él mismo:

—¿Construir uno propio?

Potterley le miró irritado, como si hubiese preferido que no se mostrase tan categórico. Sin embargo, respondió:

—¿Y por qué no?

—Porque eso está descartado —replicó Foster—. Si lo que hemos leído es cierto, Sterbinski precisó veinte años para construir su máquina, y varios millones en substanciales subvenciones. ¿Cree que usted y yo podríamos duplicarla ilegalmente? Suponiendo que dispusiéramos de tiempo, que no disponemos, y suponiendo que consiguiéramos extraer bastantes datos de los libros, cosa que dudo, ¿de dónde sacaríamos el dinero y el equipo? ¡Por todos los cielos! Dicen que el cronoscopio llena un edificio de cinco pisos...

—¿No quiere ayudarme, entonces?

—Mire, le diré algo. Hay un medio que quizá me permita descubrir algo...

—¿Cuál es?

—No se preocupe. Carece de importancia. Pero puedo descubrir lo bastante para decirle si el gobierno está impidiendo o no deliberadamente que se investigue mediante el cronoscopio. Confirmarle en su convicción o bien demostrarle que esa convicción es errónea. No sé qué bien puede hacerle a usted en cualquier caso, pero sólo llegaré hasta ahí. Es mi límite.

Potterley se quedó mirando al joven cuando finalmente se marchó. Estaba enojado consigo mismo. ¿Por qué se había descuidado tanto como para permitir a aquel tipo sospechar que pensaba en un cronoscopio propio? Resultaba prematuro. ¿Y por qué aquel joven novicio dudaba incluso de la existencia del cronoscopio?

Tenía que existir. Forzosamente. ¿A qué conducía negarlo?

¿Y por qué no habría de construirse otro? La ciencia había avanzado mucho en los cincuenta años transcurridos desde la época de Sterbinski. Todo cuanto se necesitaba eran conocimientos.

Que el más joven reuniera esos conocimientos. Que se fijara una pequeña suma de los mismos como límite, allá él. Habiendo tomado el camino de la anarquía, no

había límite alguno. Si el muchacho no se veía impulsado a proseguir por algo que llevaba en su interior, los primeros pasos supondrían un error suficiente para forzar al resto. Potterley estaba seguro de no vacilar en caso que fuera preciso emplear el chantaje.

Hizo pues un ademán con la mano, en gesto final de despedida, y miró hacia arriba. Estaba comenzando a llover.

¡Desde luego! Chantaje si fuese necesario. Todo con tal que no le detuviesen en su camino...

Foster condujo su coche a través de los desiertos arrabales de la ciudad, notando apenas la lluvia.

Era un estúpido, se decía a sí mismo, pero se sentía incapaz de dejar las cosas tal como estaban. Tenía que saber. Maldecía su brote de indisciplinada curiosidad, pero necesitaba saber.

De todos modos, no acudiría a nadie más que a tío Ralph. Se juró en forma vehemente que se detendría allí. No quedaría prueba alguna contra él, ninguna evidencia real. Tío Ralph sería discreto.

En cierto sentido, se sentía secretamente avergonzado de tío Ralph. No se lo había mencionado a Potterley, en parte por precaución y en parte porque no quería enfrentarse a una ceja alzada y a la inevitable media sonrisa. Los escritores científicos profesionales, por muy útiles que fuesen, se hallaban un tanto al margen de la sociedad, aptos sólo para ser tratados con un desprecio protector. Claro que, como clase, conseguían más dinero que los científicos investigadores. Sólo que hacían peor las cosas.

Sin embargo, había ocasiones en las que contar con un escritor científico en la familia resultaba muy conveniente. Careciendo de una verdadera instrucción, no tenían que especializarse. Por consiguiente, un buen escritor científico lo conocía prácticamente todo... Y tío Ralph era uno de los mejores.

Ralph Nimmo no tenía ningún título universitario y más bien se mostraba orgulloso de ello.

—Un título supone el primer paso por el camino de la perdición —dijo en cierta ocasión a Jonas Foster, cuando ambos eran considerablemente más jóvenes—. Uno no quiere desperdiciarlo, por lo que sigue trabajando para conseguir uno superior y dedicarse luego a la investigación doctoral. Y acaba por ignorarlo todo en el mundo, a excepción de una brizna sobre una subdivisión de nada. En cambio, si uno mantiene su mente cuidadosamente aislada de toda esa batahola de información hasta alcanzar la madurez, llenándola sólo con inteligencia y entrenándola en el puro pensamiento, tendrá un poderoso instrumento a su disposición y podrá convertirse en un escritor científico.

Nimmo recibió su primera asignación a la edad de veinticinco años, después que

hubo completado su aprendizaje y cuando llevaba en el terreno unos tres meses. Le llegó el encargo en forma de un compacto manuscrito, cuyo lenguaje no permitía destello alguno de comprensión al lector, por muy calificado que fuese, sin un atento estudio y cierta inspirada labor conjetural. Nimmo remendó el mamotreto, lo revisó de cabo a rabo (tras cinco largas y exasperantes entrevistas con los autores, que eran biofísicos), haciendo el lenguaje metódico y comprensible y suavizando el estilo hasta transformarlo en una agradable prosa.

—¿Por qué no? —decía tolerante a su sobrino, que replicaba a sus censuras sobre los títulos, acusándole de colgarse a los flecos de la ciencia—. El fleco reviste su importancia. Tus científicos no saben escribir. ¿Y por qué habrían de saber? No se espera que sean grandes maestros del ajedrez o virtuosos del violín. ¿Por qué esperar entonces que sepan unir las palabras? ¿Por qué no dejar eso también a los especialistas?

¡Santo Dios, Jonas! Lee su literatura de hace un siglo. Descartando el hecho que la ciencia de entonces está ya anticuada, lo mismo que algunas de las expresiones empleadas, intenta leerla y sacarle algún sentido.

Pura cháchara de aficionados. Páginas y páginas publicadas inútilmente. Artículos enteros totalmente incomprensibles...

—Pero no obtienes ninguna recompensa, tío Ralph —protestó el joven Foster, que estaba a punto de comenzar su carrera de profesor universitario y se sentía casi deslumbrado por ella—. Podrías haber sido un formidable investigador.

—Sí que obtengo recompensa —replicó Nimmo—. No creas ni por un momento que no. Desde luego, un bioquímico o un estrato-meteorólogo no me darán ni la hora, pero me pagan bastante bien. Mira lo que sucede cuando algún químico de primera clase se encuentra con que la Comisión ha cortado su subvención anual para los escritores científicos. Luchará más duramente para que se me concedan a mí, o a alguien como yo, fondos suficientes que para lograr un ionógrafo registrador.

Sonrió con amplia mueca, y Foster le correspondió. En el fondo, estaba orgulloso de su panzudo y carirredondo tío, cuyos dedos semejaban sarmientos y cuya vanidad le hacía peinar su mata de pelo en forma coqueta sobre la desierta coronilla y vestirse con estudiada negligencia. Avergonzado y a la vez orgulloso.

Ahora, Foster penetró en el desordenado apartamento de su tío con un talante en absoluto propicio a la sonrisa. Tenía nueve años más, y también los tenía tío Ralph. Durante aquellos nueve años, le habían llegado a éste papeles tras papeles, procedentes de todas las ramas de la ciencia, para que los puliera, y algo de cada uno de ellos había quedado retenido en su capacitada mente.

Nimmo estaba comiendo uvas, tomándolas una por una con gran lentitud. Lanzó un racimo a Foster, quien lo atrapó en el aire, agachándose luego para recoger algunos granos caídos al suelo.

—Déjalos, no te preocupes —dijo Nimmo negligentemente—. Alguien aparece por aquí una vez por semana para la limpieza. ¿Qué sucede? ¿Algún problema con tu solicitud de subvención?

—En realidad, todavía no la he presentado.

—¿Que no? Muévete, chico. ¿O es que esperas a que me ofrezca para hacerte la redacción final?

—No podría pagarte, tío.

—¡Bah! Todo quedaría en la familia. Concédeme los derechos de todas las versiones destinadas a la divulgación, y el dinero no necesitará cambiar de mano.

—Si hablas en serio, trato hecho.

—Trato hecho entonces.

Era un trueque, desde luego, pero Foster conocía lo bastante la ciencia de escribir que poseía Nimmo como para darse cuenta que le compensaría. Un descubrimiento espectacular de interés público sobre el hombre primitivo, o sobre una nueva técnica quirúrgica, o sobre cualquier rama de la navegación espacial, significaría un artículo que daría ríos de dinero en cualquier medio de comunicación.

Por ejemplo, fue Nimmo quien redactó de nuevo, para el consumo científico de las masas, la serie de papelotes en los que Bryce y sus colaboradores habían dilucidado la fina estructura de dos virus cancerosos.

Por ese trabajo había pedido la despreciable suma de mil quinientos dólares, siempre que se incluyeran los derechos de las ediciones de divulgación. Más tarde, dio al mismo trabajo una forma semi-dramática para su lectura en vídeo tridimensional, percibiendo un anticipo de veinte mil dólares, más los derechos por un plazo de siete años.

Foster dijo de sopetón:

—Tío, ¿qué sabes sobre los neutrinos?

—¿Neutrinos? —Los ojos de Nimmo parecieron sorprendidos—. ¿Estás trabajando en eso? Creía que te dedicabas a la óptica pseudo gravitatoria.

—Oficialmente, sí. Pero ahora me intereso por la neutrínica.

—¿Cómo diablos se te ha ocurrido...? En mi opinión, te pasas de la raya. Lo sabes, ¿no es así?

—Supongo que no informarás a la Comisión sólo porque yo sienta una pequeña curiosidad sobre algo.

—Debería hacerlo, antes que la cosa te acarree un disgusto. La curiosidad supone un peligro profesional para los científicos. La he visto actuar. Uno se halla tranquilamente enfrascado en un problema y de repente la curiosidad le lleva por un camino extraño. Y lo siguiente que sabe es que ha adelantado tan poco en su propio problema, que no se justifica la renovación de su subvención. He visto más...

—Todo cuanto deseo saber es lo que ha pasado por tus manos sobre neutrinos en



estos últimos tiempos —respondió pacientemente Foster.

Nimmo se recostó, masticando con calma y con aire caviloso una uva.

—Nada. Nada en absoluto. No recuerdo haber visto ni siquiera un artículo sobre la cuestión.

—¿Qué? —exclamó manifiestamente sorprendido Foster—. ¿Quién hace entonces ese trabajo?

—Puesto que me lo preguntas, te diré que no lo sé. No recuerdo que nadie hablara de ello en las asambleas anuales. No me parece que se haga mucho trabajo sobre el particular.

—¿Por qué no?

—¡Eh, no muerdas que no te he hecho nada! Sospecho que...

—¿No lo sabes? —atajó exasperado Foster.

—¡Humm...! Te diré lo que sé sobre la cuestión neutrínica. Conciérneme a las aplicaciones de movimientos de los neutrinos y a las tuerzas implicadas...

—Claro, claro... Del mismo modo que la electrónica trata de las aplicaciones de los electrones y las fuerzas implicadas, y la gravimetría trata de las aplicaciones de los campos de gravitación artificial. Para eso no te necesitaba. ¿Es todo cuanto sabes?

—Y la neutrínica es la base de la perspectiva del tiempo... Y es todo cuanto sé —añadió serenamente Nimmo.

Foster se recostó también en su butaca y se restregó con fuerza la rasurada mejilla. Se sentía enojado e insatisfecho. Sin habérselo formulado de manera explícita en su mente, había tenido la seguridad que, como fuese, Nimmo conocería algunos informes recientes, que habría abordado interesantes facetas de la neutrínica moderna, y en consecuencia le permitiría volver a Potterley para manifestar al viejo historiador que estaba equivocado, que sus datos eran erróneos y sus deducciones engañosas.

Y luego, podría haber vuelto a enfrascarse en su propio trabajo.

Ahora, en cambio...

«Así pues —se dijo indignado—, es verdad que no están haciendo mucha labor en ese terreno... ¿Supone eso una deliberada supresión? ¿Y si la neutrínica es una disciplina estéril? Quizá lo sea. No lo sé, ni tampoco Potterley. ¿Para qué malgastar los recursos intelectuales de la Humanidad en nada? Tal vez el trabajo se efectúe en secreto por alguna razón legítima. Tal vez...»

Tenía que saberlo. No podía dejar las cosas como estaban. ¡No podía!

—¿Existe algún texto sobre neutrínica, tío Ralph? —preguntó—. Quiero decir una exposición clara y sencilla. Elemental...

Nimmo meditó, mientras sus mofletudas mejillas exhalaban una serie de suspiros.

—Haces las más condenadas preguntas que... El único que conozco es el de Sterbinski y otro nombre... Nunca lo he visto a fondo, pero sí le eché un vistazo en

cierta ocasión... Sterbinski y LaMarr, eso es.

—¿Fue Sterbinski el inventor del cronoscopio?

—Eso parece. Las pruebas incluidas en el libro deben ser buenas.

—¿Hay una edición reciente? Sterbinski murió hace treinta años.

Nimmo se encogió de hombros, sin responder.

—¿Podrías encontrarla?

Quedaron silenciosos ambos durante unos momentos. Nimmo balanceaba su voluminoso cuerpo, haciendo crujir la butaca en que se hallaba sentado. Al fin, el escritor científico dijo:

—¿Puedes explicarme qué te propones con todo esto?

—No puedo. ¿Pero quieres ayudarme de todos modos, tío Ralph? ¿Me conseguirás un ejemplar de ese texto?

—Bien, tú me has enseñado cuanto sé sobre pseudo gravimetría, así que debo mostrarme agradecido. Verás..., te ayudaré con una condición.

—¿Cuál?

El viejo se puso súbitamente muy serio al responder:

—Que vayas con cuidado, Jonas. Pretendas lo que pretendas, te encuentras con toda evidencia fuera de la raya. No eches por la borda tu carrera sólo porque sientes curiosidad por algo que no te han encargado y que no te concierne... ¿Comprendido?

Foster asintió, aunque apenas le había oído. Estaba pensando frenéticamente.

Una semana después, la rotunda figura de Ralph Nimmo penetró en el apartamento de dos piezas de Jonas Foster, en el recinto universitario, y dijo con ronco cuchicheo:

—He conseguido algo.

—¿Qué? —preguntó Foster con inmediata avidez.

—Una copia del Sterbinski y LaMarr... —dijo mostrándola, o más bien una esquina de la misma, cubierta por su amplio gabán.

Foster miró de modo casi automático a puertas y ventanas para cerciorarse que estaban cerradas y corridos los visillos. Alargó la mano. El estuche que encerraba la película aparecía descascarillado por la vetustez, y la propia película, oscurecida y quebradiza.

—¿Es todo? —preguntó Foster en tono mordaz.

—¡Gratitud, muchacho, gratitud!

Nimmo tomó asiento y metió la mano en un bolsillo para sacar una manzana.

—Desde luego que te estoy agradecido. ¡Pero es tan antiguo!

—Y suerte que lo he conseguido. Intenté obtener una película de la biblioteca del Congreso. Nada. El libro está retirado de la circulación.

—¿Y cómo lograste éste?

—Lo robé —respondió el escritor científico con pasmosa tranquilidad, mientras

mordisqueaba el corazón de la manzana—. En la biblioteca pública de Nueva York.

—¿Qué?

—Fue muy sencillo. Naturalmente, tengo acceso a las estanterías. Me subí a una cuando no rondaba nadie por allí, agarré el estuche y me largué con él. Son muy confiados... No lo echarán de menos durante años. Pero procura que no te lo vea nadie, sobrino...

Foster miró fijamente la película, como si se tratase de pornografía.

Nimmo dejó a un lado el corazón de la manzana y sacó otra del bolsillo de su gabán, mientras decía:

—Es muy divertido. No hay nada más reciente en todo el terreno de la neutrónica. Ni una monografía, ni un artículo, ni una nota sobre su progreso. Nada en absoluto desde el cronoscopio.

—¡Vaya, vaya...! —comentó Foster, ausente.

Foster trabajaba cada atardecer en casa de Potterley, pues no se fiaba de la seguridad de su apartamento en el recinto universitario para aquella labor. Y su tarea de los atardeceres se tornaba para él más real que la destinada a su propia subvención. A veces le preocupaba, pero lo apartaba de su mente.

Al principio, su trabajo sólo consistió en examinar y repasar la película con el texto. Posteriormente, empezó a pensar (en ocasiones, incluso mientras parte del libro seguía pasando a través del proyector de bolsillo sin que nadie la mirase).

De cuando en cuando, Potterley venía a visitarle, sentándose con ojos ávidos, como si esperase que se solidificaran los toscos procesos, haciéndose visibles en todos sus repliegues. Sólo interfería de dos maneras. No permitía a Foster que fumara y, a veces, hablaba.

No se trataba de una conversación en absoluto, sino más bien de un monólogo en voz baja, con el cual al parecer no esperaba siquiera despertar la atención. Algo así como si se aliviara de la presión ejercida en su interior.

¡Cartago! ¡Siempre Cartago!

Cartago, la Nueva York del antiguo Mediterráneo. Cartago, imperio comercial y reina de los mares.

Cartago, todo lo que Siracusa y Alejandría pretendían ser. Cartago, calumniada por sus enemigos e inarticulada en su propia defensa.

Había sido antaño derrotada por Roma y luego expulsada de Sicilia y Cerdeña, pero consiguió más que resarcirse de sus pérdidas mediante sus nuevos dominios en España. Y dio nacimiento a Aníbal para sumir a los romanos en el terror durante dieciséis años...

Al final volvió a perder por segunda vez, se resignó a su destino y tornó a construir, con sus rotas herramientas, una vida claudicante en un territorio mermado, pero con tanto éxito que la celosa Roma la forzó deliberadamente a una tercera

guerra. Y entonces Cartago, contando sólo con sus manos desnudas y su tenacidad, forjó armas y obligó a Roma a una campaña de dos años que no acabó hasta la completa destrucción de la ciudad; sus habitantes se arrojaron a las hogueras de sus casas incendiadas, prefiriendo esta muerte cruel a la rendición.

—¿Acaso un pueblo combatiría así por una ciudad y un sistema de vida tan deplorables como los antiguos escritores los pintaron? —comentaba Potterley—. Aníbal fue mejor general que ninguno de los romanos, y sus soldados le siguieron con absoluta fidelidad. Hasta sus más enconados enemigos le alabaron. Era un cartaginés. Ahora está de moda decir que fue un cartaginés atípico, mejor que los demás, algo así como un diamante arrojado a la basura. Si así fuera, ¿por qué se mostró tan fiel a Cartago hasta su muerte, tras varios años de exilio? Hablan de Moloch...

Foster no siempre escuchaba, pero a veces no podía impedirlo, y se estremecía y se sentía mareado ante el sangriento relato de los niños sacrificados.

Mas Potterley proseguía porfiado:

—Sólo que no es verdad. Se trata de un embuste lanzado hace dos mil quinientos años por griegos y romanos. Ellos tenían también sus esclavos, sus crucifixiones y torturas, sus combates de gladiadores. No eran precisamente unos santos. La historia de Moloch forma parte de lo que épocas posteriores llamarían la propaganda de guerra, la gran mentira. Puedo probar que fue un embuste. Puedo demostrarlo. ¡Y por el cielo que lo haré! Sí, lo haré...

Y mascullaba su promesa una y otra vez, lleno de celo.

La señora Potterley le visitaba también, pero con menos frecuencia, en general los martes y los jueves, cuando su marido tenía que ocuparse de alguna clase nocturna y, en consecuencia, no se hallaba presente.

Se sentaba y permanecía inmóvil, hablando apenas, con el rostro blando y apagado, los ojos inexpresivos, y una actitud distante y retraída.

La primera vez, Foster se sintió incómodo y sugirió que se marchara.

Ella respondió con voz átona:

—¿Le molesto?

—No, desde luego que no —mintió Foster—. Sólo que...

No acertó a completar la frase.

Ella asintió, como aceptando una invitación a quedarse. Luego abrió un bolso de paño que había traído consigo y sacó de él una resmilla de hojas de vitrón, que se puso a manipular con rapidez y delicados movimientos mediante un par de gráciles despolarizadores trifásicos, cuyos alambres, conectados a una batería, daban la impresión que estaba sosteniendo una gran araña.

Cierta tarde, dijo quedamente:

—Mi hija Laurel tiene su misma edad.

Foster se sobresaltó ante su inesperado tono y el contenido de sus palabras.

—No sabía que tuviese usted una hija, señora Potterley.

—Murió. Hace años.

El vitrón se iba convirtiendo gracias a las diestras manipulaciones en la forma irregular de una prenda de vestir que Foster no llegaba a identificar. No le quedaba sino murmurar de manera vacua:

—Lo siento.

La señora Potterley suspiró:

—Sueño con ella a menudo.

Alzó sus ojos azules y distantes hacia él. Foster retrocedió y miró a otro lado.

Otra tarde, mientras tiraba de una hoja de vitrón para despegarla de su vestido, ella preguntó:

—¿Qué es eso del panorama del tiempo?

La observación interfería con una secuencia particular de sus pensamientos, por lo que Foster respondió secamente:

—El doctor Potterley se lo explicará.

—Ya lo ha intentado. Sí que lo ha intentado. Pero se muestra demasiado impaciente conmigo. La mayor parte de las veces la llama cronoscopía. ¿Cree que realmente se ven cosas del pasado, como en las imágenes tridimensionales? ¿O bien sólo traza pequeños contornos de puntos, como la computadora que usted emplea?

Foster miró con disgusto su computadora. Funcionaba bastante bien, pero cada operación debía ser controlada manualmente, obteniéndose las respuestas en clave. Si pudiera utilizar la de la universidad...

Bueno, para qué soñar. Ya se sentía bastante conspicuo llevando una computadora de mano bajo el brazo cada atardecer, cuando abandonaba su despacho.

—No he visto nunca por mí mismo un cronoscopio —dijo—, pero tengo la impresión que con él se ven realmente las imágenes y se oyen los sonidos.

—¿Se oye también hablar a la gente?

—Así lo creo. —Y luego añadió, casi desesperado—: Mire, señora Potterley, esto debe resultarle espantosamente aburrido. Comprendo que no desee desatender a un invitado, pero, de verdad, señora Potterley, no debiera sentirse obligada a...

—No me siento obligada —le atajó ella—. Me limito a estar sentada, esperando.

—¿Esperando? ¿Esperando qué?

Ella respondió en tono sosegado:

—Se lo oí a usted aquella primera tarde. Cuando habló por vez primera con Arnold. Estuve escuchando detrás de la puerta.

—¿Ah, sí?

—Sí... Ya sé que no es correcto, pero me encontraba tan preocupada por Arnold. Tenía la intuición que él iba a hacer algo que no debía, y quería saber qué. Y cuando

le oí...

Se detuvo, inclinándose hacia el vitrón y hurgando en él.

—¿Oír qué?

—Que se negaba usted a construir un cronoscopio...

—Desde luego que me negué.

—Pensé que quizá cambiase de parecer.

Foster le lanzó una mirada penetrante.

—¿Quiere decir que baja usted aquí con la esperanza que yo construya un cronoscopio?

—Espero que lo haga, doctor Foster. ¡Oh, sí! Estoy convencida que lo hará.

Fue como si de pronto se hubiese desprendido un denso velo de su rostro, dejando aparecer claras y distintas sus facciones, infundiendo color a sus mejillas, vida a sus ojos, y las vibraciones de cierta inminente excitación a su voz.

—¿No sería maravilloso disponer de uno? —cuchicheó—. ¡Los seres del pasado revivirían! Faraones y reyes y..., la gente corriente. Espero que construya uno, doctor Foster. Realmente... lo espero.

Pareció como si la impresionara la intensidad de sus propias palabras, y dejó que las hojas de vitrón se deslizaran de su regazo. Se levantó y corrió hacia la escalera, asombrada y angustiada, de su desmañada escapatoria. Foster la siguió con la mirada, en muda contemplación.

El incidente afectó en gran medida las noches de Foster y le dejó insomne y penosamente entumecido para pensar. Casi como una indigestión mental.

Por fin, sus solicitudes de subvención llegaron renqueantes hasta Ralph Nimmo. Apenas albergaba esperanzas. Pensaba entorpecido: «No las aprobarán».

Si no las aprobaban, causaría desde luego un escándalo en la facultad y, probablemente, aquello supondría la no renovación de su puesto en la universidad, al final del curso académico.

Sin embargo, casi no le preocupaba la cuestión. Era el neutrino, sólo el neutrino y exclusivamente el neutrino lo que llenaba su mente. Su rastro, su pista, su curva gráfica describía un brusco viraje, conduciéndole solitario por sendas no cartografiadas, que ni siquiera Sterbinski y LaMarr habían seguido.

Llamó a Nimmo.

—Tío Ralph —le dijo—. Necesito algunas cosas. Te llamo desde fuera de la universidad.

El rostro de Nimmo en la pantalla de vídeo aparecía jovial, pero su voz sonó cortante al responder:

—Lo que necesitas es un curso de redacción. Me está costando una barbaridad de tiempo poner tu solicitud en lenguaje inteligible. Si es por eso por lo que me llamas...

—No, no te llamo por eso. Necesito...

Carraspeó unas líneas sobre un trozo de papel y lo sostuvo ante el receptor. Nimmo hipó.

—¡Oye! ¿Cuántos trucos me crees capaz de emplear?

—Puedes conseguírmelo, tío. Sé que puedes...

Nimmo releyó la lista con aire grave, moviendo silenciosamente sus gordezuelos labios.

—¿Y qué sucederá cuando acoples todas esas cosas? —preguntó luego.

Foster meneó la cabeza.

—Te reservaré todos los derechos de las publicaciones de divulgación, sea lo que sea, como siempre. Pero por favor no me hagas preguntas ahora.

—Bien, sabes que no puedo hacer milagros.

—Haz éste. Debes hacerlo. Eres un escritor científico, no un investigador. No debes tomar en cuenta nada. Tienes amistades y relaciones. Harán la vista gorda, para que te dediques el tiempo necesario a su próxima publicación, ¿no es así?

—Sobrino, tu fe es conmovedora. Lo intentaré...

Y Nimmo lo logró. Material y equipo fueron trasladados a última hora de la tarde, en un coche particular de turismo. Nimmo y Foster lo descargaron con el esfuerzo y los gruñidos de hombres no acostumbrados a la labor manual.

Potterley, de pie en la entrada del sótano, preguntó quedamente una vez que se hubo marchado Nimmo:

—¿Para qué es todo esto?

Foster se apartó el cabello que le caía sobre la frente y se aplicó un suave masaje a una de sus muñecas, que se había dislocado.

—Voy a proceder a unos sencillos experimentos.

—¿Ah, sí?

Los ojos del historiador destellaban de excitación. Foster se sentía explotado, como si una tenaz voluntad le arrastrara por un camino peligroso, como si viese claramente la fatalidad que le esperaba al final de ese camino y, sin embargo, avanzase decidido y ávido por él. Y lo peor de todo, aquella voluntad tenaz era la suya propia.

Era Potterley quien lo había empezado todo, Potterley, que ahora estaba allí, recreándose en su contemplación. Pero la fuerza que le apremiaba era sólo suya. Y así, dijo agriamente:

—A partir de ahora, deseo aislamiento, Potterley. No puedo tenerles a usted y a su mujer correteando de aquí para allá, molestándome.

Al mismo tiempo, pensaba: «Si mis palabras le ofenden, que me eche. Así se acabará todo esto». No obstante, en lo más profundo de su corazón, no creía que el ser excluido le detuviese. No sucedió nada.

Potterley no mostró el menor síntoma de sentirse ofendido. Su tierna mirada no

varió.

—Desde luego, doctor Foster, desde luego —asintió—. Todo el aislamiento que usted desee...

Foster se le quedó mirando mientras se retiraba. Ya estaba solo para caminar por la senda, perversamente satisfecho y a la par odiándose por su contento.

Decidió dormir sobre un catre en el sótano de Potterley y pasar en aquel sitio sus fines de semana.

Durante ese período, le llegó la noticia que le habían sido otorgadas las subvenciones (gracias a la intervención de Nimmo). La secretaría envió a alguien para comunicárselo, felicitándole al mismo tiempo.

Foster miró con ausente fijeza hacia la remota lejanía y murmuró: «¡Señor, qué contento estoy!», con tan poca convicción que el enviado frunció el entrecejo y se despidió sin más palabras.

Foster no volvió a pensar en la cuestión. Era un extremo de menor cuantía, que no merecía ni fijarse en él. Planeaba algo de real importancia para aquella misma tarde, una prueba climática.

Transcurrió una tarde, y otra, y otra más, y por último, macilento y casi fuera de sus cabales por la excitación, llamó a Potterley. Éste bajó las escaleras y paseó la mirada por los artilugios de fabricación casera, diciendo luego con su suave voz:

—Las facturas de la electricidad han sido muy elevadas. No lo digo por el gasto, sino porque temo que el municipio formule algunas preguntas... ¿Se puede hacer algo para remediarlo?

Era un atardecer caluroso, pero Potterley llevaba cuello duro y traje completo. Foster, que se había quedado en camiseta, alzó unos ojos legañosos y dijo con voz entrecortada:

—No será por mucho tiempo, doctor Potterley. Le he llamado para decirle algo... Se puede construir un cronoscopio. Uno pequeño, desde luego, pero se puede construir...

Potterley se asió a la barandilla de la escalera, y su cuerpo se combó. Hasta que logró decir en un cuchicheo:

—¿Se puede construir aquí?

—Aquí mismo, en el sótano —respondió cansinamente Foster.

—¡Santo Dios! Usted dijo...

—Ya sé lo que dije —exclamó impaciente Foster—. Dije que era imposible. No sabía nada entonces. Ni siquiera Sterbinski sabía nada...

Potterley meneó la cabeza.

—¿Está seguro? ¿No se equivoca, doctor Foster? ¿No se engaña? No podría soportar que...

—No, no estoy equivocado. ¡Maldita sea! Si a mí me bastó con la simple teoría,



hace ya tiempo que podríamos haber dispuesto de un visor del tiempo..., hace más de cien años, cuando se postuló por vez primera el neutrino. El engorro fue que los investigadores originales lo consideraron simplemente como una misteriosa partícula, sin masa o carga, imposible de detectar. Algo que sólo servía para equilibrar la contabilidad y preservar la ley de la conservación de la energía.

No estaba seguro que Potterley supiera de qué estaba hablando. No le importaba. Necesitaba un desahogo. Sólo lo conseguiría a partir de algo exterior a sus coagulados pensamientos... Y precisaba asimismo un telón de fondo para lo que iba a decir a Potterley. Así que prosiguió:

—Fue Sterbinski el primero en descubrir que el neutrino atraviesa la barrera transversal del espacio-tiempo, que viaja a través del tiempo con tanta facilidad como a través del espacio. Y fue asimismo Sterbinski el primero en bosquejar un método para detener los neutrinos. Inventó un registrador neutrínico y aprendió cómo interpretar el patrón del chorro neutrínico. Naturalmente, la corriente resultó afectada y desviada por toda las materias con que había tropezado a su paso a través del tiempo. Descubrió que las desviaciones podían ser analizadas y convertidas en imágenes de la materia que había producido la desviación. La visión del tiempo se hacía así posible. Hasta las vibraciones de aire pueden ser detectadas y convertidas en sonido.

Potterley había dejado de escuchar definitivamente.

—Sí, sí. ¿Pero cuándo construirá usted el cronoscopio?

Foster le detuvo, perentorio:

—Déjeme terminar. Todo depende del método empleado para detectar y analizar el chorro neutrínico. El método de Sterbinski era arduo y vago. Requería montañas de energía. Pero yo he estudiado la seudo gravedad, doctor Potterley, la ciencia de los campos gravitatorios artificiales. Me he especializado en el comportamiento de la luz en tales campos. Se trata de una ciencia nueva. Sterbinski no conocía nada de ella. De haberlo conocido, habría descubierto, cosa que está al alcance de cualquiera, un método mejor y más eficaz de detección de los neutrinos mediante el empleo de un campo seudo gravitatorio. Y si hubiese conocido más a fondo la neutrínica, lo hubiese visto al instante.

El rostro de Potterley se aclaró un tanto.

—Ya lo sabía yo —dijo—. Aun obstaculizando la investigación neutrínica, no hay medio por el que el gobierno se asegure que los descubrimientos en otros sectores de la ciencia no se reflejen sobre ella. Eso da la medida del valor de la dirección centralizada de la ciencia. Se me ocurrió la idea hace mucho tiempo, doctor Foster, antes aun que viniera usted a trabajar aquí.

—Por lo cual le felicito. Pero hay algo...

—No piense en eso. Respóndame. ¿Cuándo construirá el cronoscopio?

—Estoy intentando decirle algo, doctor Potterley. Un cronoscopio no le servirá de nada.

«Ya está dicho», pensó.

Muy despacio, Potterley descendió por la escalera y se plantó ante él.

—¿Qué significa eso? ¿Cómo que no me servirá de nada?

—Pues..., que no verá usted Cartago. Eso era lo que tenía que decirle. Jamás podrá ver Cartago con él.

Potterley denegó con la cabeza.

—No, no —dijo—. Se equivoca. De tener el cronoscopio, una vez debidamente enfocado...

—No, doctor Potterley. No se trata de enfoque. Hay factores marginales que afectan al chorro neutrónico, como afectan a las partículas subatómicas. Lo que denominamos el principio de indeterminación. Una vez registrado e interpretado el chorro, aparece el factor marginal fortuito como una vellosidad, un «ruido», como dicen los chicos de comunicaciones. Y cuanto más se penetra en el tiempo, tanto mayor es esa vellosidad, ese ruido. Al cabo de un rato, éste oculta la imagen. ¿Lo comprende?

—Dando más potencia... —insinuó Potterley con voz desmayada.

—No serviría de nada. Cuando la interferencia empaña el detalle, al amplificar éste se amplifica aquélla también. No se ve nada en una película quemada por el sol por mucho que se amplíe, ¿no es así? Métselo en la cabeza. La naturaleza física del Universo impone sus límites. Los movimientos térmicos ocasionales de las moléculas del aire imponen los suyos a la intensidad con que un sonido puede ser detectado por un instrumento cualquiera. La longitud de una onda luminosa o de una onda eléctrica impone sus límites al tamaño de los objetos captados por cualquier aparato. Lo mismo sucede con la cronoscopía. Hay un límite a la visión en el tiempo.

—¿Qué límite? ¿Hasta dónde se alcanza?

Foster inspiró con fuerza.

—Lo máximo es un siglo y cuarto.

—Pero el boletín mensual que publica la Comisión abarca casi toda la historia antigua... —El historiador rió a sacudidas—. Debe estar equivocado. El gobierno posee datos de hasta tres mil años antes de Cristo.

—¿Y cuándo se decidió a creerlo? —preguntó Foster con desdén—. Comenzó usted este asunto demostrándome que el gobierno mentía, que jamás historiador alguno empleó el cronoscopio. ¿No ve ahora el porqué? A ningún historiador le sirve de nada, excepto al que se interesa por la historia contemporánea. No hay ningún cronoscopio que permita una visión del tiempo más allá del año 1920.

—Tiene que estar equivocado. Usted no lo sabe todo —se obstinó Potterley.

—Como quiera, pero la verdad no se plegará a su conveniencia. Afróntela. Lo

que está haciendo el gobierno es perpetuar un engaño.

—¿Por qué?

—Se me escapan las razones.

La nariz chata de Potterley se contrajo, y sus ojos se abrieron hasta casi saltar de las órbitas.

—Pura teoría, doctor Foster —dijo—. Construya un cronoscopio. Constrúyalo y pruebe.

Foster le asió súbita y firmemente por los hombros.

—¿Cree usted que no lo he hecho? —gritó con vehemencia—. ¿Piensa que se lo habría contado todo sin antes comprobarlo por todos los medios a mi alcance? He construido uno. Ahí lo tiene. ¡Mire!

Corrió hacia los conmutadores y palancas de potencia, los manipuló uno por uno, hizo girar una resistencia, ajustó unos botones y apagó la luz del sótano.

—Espere un momento —advirtió—. Debe calentarse.

Se produjo un pequeño fulgor cerca del centro de una de las paredes. Potterley farfulló algo ininteligible, mientras que Foster insistía:

—¡Mire!

La luz se intensificó y brillantó, y aparecieron formas en claroscuro. ¡Hombres y mujeres! Imágenes empañadas, vagas, con brazos y piernas que semejaban simples rayas. Pasó un coche de antiguo modelo, difuso también, pero reconocible como perteneciente a los que usaban motor de combustión interna por gasolina.

Foster comentó:

—Mediados del siglo XX, en algún lugar indeterminado. No he captado aún sonido alguno, pero existe la posibilidad de añadirlo. De todos modos, la mitad del siglo XX es lo más lejos que se puede llegar. Créame, es el mejor enfoque a nuestro alcance.

—Construya un aparato mayor —insistió Potterley—. Más potencia. Mejore sus circuitos.

—No se puede vencer el principio de indeterminación, de la misma manera que no se puede vivir en el Sol. Existen unos límites físicos imposibles de traspasar.

—Está usted mintiendo. No le creo. Yo...

Sonó una nueva voz, que se alzó estridente para hacerse oír:

—¡Arnold! ¡Doctor Foster!

El joven físico se volvió al instante. El doctor Potterley se quedó paralizado un largo rato, y luego dijo sin volverse:

—¿Qué pasa, Caroline? ¡Déjanos!

—¡No! —replicó la señora Potterley descendiendo la escalera—. Lo he oído todo. No pude resistir la tentación de escuchar... ¿Es verdad que tiene un visor del tiempo aquí, doctor Foster? ¿Aquí en el sótano?

—Pues sí, señora Potterley. Una especie de visor del tiempo, aunque no resulta gran cosa. Aún no he obtenido el sonido y las imágenes aparecen empañadas. De todos modos, funciona.

La señora Potterley entrelazó las manos y las mantuvo estrechamente apretadas contra su pecho.

—¡Qué maravilloso! ¡Qué maravilloso! —exclamaba, en una especie de arrobo.

—No tiene nada de maravilloso —rezongó Potterley con acento burlón—. Este joven necio es incapaz de llegar más allá de...

—¡Oiga...! —profirió exasperado Foster.

—¡Por favor! —gritó la señora Potterley—. Escúchame, Arnold. ¿No te das cuenta que, con sólo que alcance veinte años, podremos ver de nuevo a Laurel? ¿Qué nos importan a nosotros Cartago y los tiempos antiguos? Podremos ver a Laurel. Volverá a renacer para nosotros. Deje la máquina aquí, doctor Foster. Enséñenos cómo funciona...

Foster miró con fijeza a la señora Potterley y después a su marido, cuyo rostro se había tornado blanco.

Y aunque la voz de éste seguía siendo baja y uniforme, su calma se había desvanecido en parte cuando barbotó por fin:

—¡Eres una estúpida!

—¡Arnold! —protestó débilmente Caroline.

—Sí, una estúpida, he dicho. ¿Qué es lo que quieres ver? El pasado..., el pasado muerto. ¿Hizo Laurel algo que no debiera? ¿Quieres ver algo acaso que no debieras haber visto? ¿Quieres pasar de nuevo tres años contemplando a una chiquilla que jamás volverá a crecer por mucho que la mires?

Su voz estuvo a punto de quebrarse, pero se contuvo. Se aproximó más a su esposa y, posando una mano sobre su hombro, la sacudió con energía, diciendo a la par:

—¿Es que no sabes lo que te sucederá si lo haces? Vendrán a buscarte porque te habrás vuelto loca. Sí, loca. ¿Quieres un tratamiento mental? ¿Deseas someterte a la prueba psíquica?

La señora Potterley se desasíó. No había en ella resto alguno de blandura o de vaguedad. Por el contrario, se había convertido en una marimacho, clamando:

—¡Quiero ver a mi hija, Arnold! Ella está en esa máquina y la quiero ver.

—No está en esa máquina. Su imagen quizá... ¿Cómo no lo comprendes? ¡Una imagen! Algo carente de realidad...

—¡Pues yo quiero a mi pequeña! —repuso con terquedad la señora Potterley—. ¿Me oyes? —Se abalanzó hacia su marido, chillando y con los puños contraídos—. ¡Quiero ver a mi pequeña!

El historiador retrocedió ante la furia del asalto, dejando escapar una

exclamación, mientras Foster se adelantaba para interponerse entre ambos. De pronto, la señora Potterley, sollozando violentamente, cayó desplomada al suelo.

Potterley se volvió. Sus ojos parecían buscar algo con desespero. Con súbito movimiento, asió un tirante del aparato, arrancándolo de su base, y esgrimiéndolo remolineante ante Foster —perplejo ante lo que sucedía—, le contuvo amenazador, al tiempo que decía jadeante:

—¡Atrás! Si da un paso más, le mato. ¡Lo juro!

Blandió su arma enérgicamente. Foster se echó en efecto hacia atrás. Potterley se volvió furioso a la máquina y, tras el primer chasquido del cristal, el físico se quedó mirándole atónito. Potterley descargó su rabia sobre cada parte del aparato y, por último, permaneció inmóvil, rodeado de cascotes y astillas, empuñando aún su tirante, ya roto también.

—Y ahora, salga de aquí —dijo en un murmullo—. ¡Y no vuelva nunca más! Si le costó algo esto, envíeme una factura y se la pagaré... Hasta el doble de su valor.

Foster se encogió de hombros, se puso la chaqueta y se dirigió a la escalera del sótano, oyendo los fuertes sollozos de la señora Potterley. Al llegar al rellano, volvió la cabeza y, en una rápida ojeada, vio al doctor Potterley inclinándose sobre su esposa, con el rostro convulso por la pena.

Dos días después, cuando finalizaba la jornada escolar, Foster buscaba aburrido algunos datos para sus proyectos recientemente aprobados, datos que deseaba llevar a su apartamento para su posterior estudio.

De pronto, apareció el doctor Potterley.

El historiador iba vestido con mayor pulcritud que nunca. Alzó su mano en un gesto muy vago para significar un saludo y demasiado rudimentario para suponer un ruego. Foster se le quedó mirando con asombrada fijeza.

—He esperado hasta las cinco, hasta que usted estuviera... —manifestó indeciso el doctor Potterley desde el dintel de la abierta puerta del despacho—. ¿Puedo entrar?

Foster hizo con la cabeza un ademán de asentimiento.

—Supongo que debo excusarme por mi conducta —comenzó Potterley—. Me sentí tan horriblemente decepcionado que perdí el dominio de mí mismo. Fue inexcusable...

—Acepto sus excusas —respondió Foster—. ¿Es eso todo?

—Mi esposa le llamó a usted, creo.

—Así es, en efecto.

—Se ha dejado dominar completamente por la histeria. Me dijo que lo hizo, pero yo no estaba seguro...

—Pues sí, me llamó.

—Quisiera saber... ¿Sería tan amable de decirme qué deseaba?

—Quería un cronoscopio... Al parecer, disponía de algún dinero propio. Y estaba

dispuesta a pagar.

—¿Y se comprometió usted a algo?

—Le respondí que no me ocupaba de negocios de fabricación.

—Bien —respiró Potterley, y su pecho se expandió en un suspiro de alivio—. Por favor, no haga caso a ninguna de sus llamadas. Todavía no está..., no está del todo...

—Mire, doctor Potterley —manifestó Foster—. No voy a meterme en sus querellas domésticas, pero haría usted mejor en prepararse. Construir un cronoscopio se halla al alcance de cualquiera. Disponiendo de unas cuantas piezas sencillas, adquiridas por medio de un centro de ventas, puede ser hecho en un taller casero. Las partes del vídeo, en todo caso.

—Pero nadie, aparte de usted, ha pensado en ello, ¿no es así? Nadie lo ha hecho.

—No es mi intención mantenerlo en secreto.

—¡Pero no puede publicarlo! ¡Es una investigación ilegal!

—Eso ya no tiene ninguna importancia, doctor Potterley. Si pierdo mis subvenciones, perdidas están. Si a la universidad no le place, dimitiré. No, no tiene importancia alguna.

—¡Usted no puede hacer eso!

—Hasta ahora, no le había importado que perdiese subvenciones y posición. ¿Por qué se ha vuelto tan tierno ahora? Permítame explicarle algo. Cuando me abordó usted por vez primera, yo creía en la investigación organizada y directa, en otras palabras, en la situación establecida. Le consideré a usted un intelectual anarquista, doctor Potterley, y peligroso. Ahora bien, por una razón que ignoro, me he dejado arrastrar a la anarquía, y durante meses he realizado grandes cosas. Tales cosas no fueron ejecutadas debido a que yo sea un brillante científico. En absoluto. Simplemente, al ser dirigida la investigación científica desde arriba, habían quedado lagunas fáciles de colmar por quienquiera que mirase en la dirección debida. Y cualquiera lo hubiera hecho de no interponerse activamente el gobierno... Y ahora comprendame. Sigo creyendo en la utilidad de la investigación dirigida. No estoy en favor de un retroceso a la anarquía total. Mas debe haber una zona intermedia. La investigación dirigida puede tener cierta flexibilidad. Debe permitirse a un científico que sacie su curiosidad, al menos durante su tiempo libre.

Potterley tomó asiento y dijo conciliador:

—Discutamos eso, Foster. Aprecio su idealismo. Usted es joven, y desea la Luna. Pero no se destruya a sí mismo defendiendo nociones fantásticas sobre lo que debe ser la investigación. Yo le metí en esto. Soy el responsable y me lo reprocho amargamente. Actué de manera emocional. Mi interés por Cartago me cegó y me convertí en un maldito estúpido.

Foster le interrumpió:

—¿Quiere usted decir que ha cambiado por completo de opinión en dos días?

¿Que Cartago no significa nada? ¿Que los obstáculos del gobierno a la investigación no son nada?

—Hasta un solemne necio como yo puede aprender, Foster. Mi mujer me enseñó algo. Comprendo ahora la razón para la supresión de la neutrónica por parte del gobierno. Hace dos días, no lo sabía. Y comprendiéndolo, lo apruebo. Ya vio la manera en que mi esposa reaccionó ante la noticia que había un cronoscopio en el sótano. Me había imaginado un cronoscopio empleado de manera exclusiva en la investigación. Todo cuanto ella vio fue el neurótico placer de retornar a un pasado personal, a un pasado muerto. El investigador puro, Foster, forma parte de una minoría. Las personas como mi mujer nos abrumarían numéricamente. Para el gobierno, alentar la cronoscopia significaría la posibilidad para cualquiera de conocer el pasado de cualquiera. Los funcionarios del gobierno se verían expuestos al chantaje y a una indecorosa presión. ¿Existe alguien en el mundo con un pasado absolutamente limpio? Se habría hecho imposible un gobierno organizado.

Foster se pasó la lengua por los labios.

—Tal vez —dijo—. Quizá el gobierno tiene una justificación a sus propios ojos. Sin embargo, hay un importante principio implicado en la cuestión. ¿Quién sabe qué otros avances científicos se hallan coartados debido a que se impone a los hombres de ciencia el caminar por un estrecho sendero? Aunque el cronoscopio se convierta en el terror de unos cuantos políticos, merece la pena pagar ese precio. El público debe percatarse que la ciencia debe ser libre. Y no veo un medio más espectacular de hacerlo que publicando mi descubrimiento del modo que sea, legal o ilegalmente.

La frente de Potterley estaba sudorosa, pero su voz siguió inalterable al responder:

—No sólo unos cuantos políticos, doctor Foster. No piense eso. También yo me sentiría aterrorizado. Mi mujer se pasaría el tiempo con nuestra hija muerta. Se retiraría cada vez más de la realidad. Y se volvería loca viendo repetidamente las mismas escenas. Y no sería yo el único aterrorizado. Lo estarían también otras personas, pues mi mujer no constituiría el único caso. Criaturas buscando a sus padres fallecidos, o gente reviviendo su propia juventud. Tendríamos a todo el mundo refugiándose en el pasado.

—No permitiré que los juicios morales se interpongan en mi camino —replicó Foster—. En ninguna época de la historia se dio progreso alguno, sin que el hombre tuviera la ingenuidad de falsearlo. Así que la Humanidad debe tener también la ingenuidad de prevenir. En cuanto al cronoscopio, sus sondeadores del pasado muerto se cansarían pronto. Captarían a sus amados padres en algunas de las cosas que hicieron y perderían su entusiasmo. Bien, todo esto resulta demasiado trivial. En lo que a mí respecta, se trata de un principio importante.

—Olvide su principio. ¿Por qué no considera a los hombres y mujeres también

como principio? ¿No comprende que mi esposa revivirá el incendio que mató a nuestra pequeña? No podrá evitarlo. La conozco. Lo seguirá paso a paso, intentando impedirlo. Lo vivirá una y otra vez, esperando cada una de ellas que no suceda. ¿Cuántas veces quiere usted matar a Laurel...?

La voz del profesor se había tornado algo ronca. Un astuto pensamiento atravesó la mente de Foster.

—¿Qué es lo que teme usted que sepa su mujer, doctor Potterley? ¿Qué sucedió la noche del incendio?

Las manos del historiador se alzaron súbitamente para cubrir su cara. Estalló en secos sollozos. Foster se volvió, desasosegado, y se puso a mirar por la ventana.

Al cabo de un rato, dijo Potterley:

—Hacía ya mucho tiempo que no pensaba en ello... Caroline había salido. Yo cuidaba de la pequeña. Entré en su dormitorio, ya anocheado, para ver si se había destapado. Llevaba el cigarrillo encendido... En aquella época fumaba. Debí haberlo aplastado antes de dejarlo en el cenicero, sobre la cómoda. Normalmente prestaba atención a ese detalle. La chiquilla estaba bien. Volví a la sala de estar y me quedé dormido ante el vídeo. Me desperté sofocado, rodeado de fuego. No sé cómo se inició.

—Pero teme que lo provocara la colilla de su cigarrillo, ¿no es eso? —dijo Foster—. Un cigarrillo que, por una vez, se descuidó de apagar...

—No lo sé. Intenté salvarla, pero estaba ya muerta cuando la saqué en mis brazos.

—Y supongo que no confesó usted nunca a su esposa el detalle.

Potterley negó con la cabeza.

—Pero tuve que vivir con el recuerdo.

—Y ahora, ella lo descubrirá si tiene acceso a un cronoscopio... Quizá no fuera el pitillo. Tal vez lo apagó usted bien. ¿No es también posible?

Las lágrimas se habían secado en el rostro de Potterley, y el rojo de sus mejillas se iba desvaneciendo.

—No puedo correr ese riesgo —dijo—. Pero no se trata sólo de mí, Foster. El pasado contiene terrores para la mayoría de la gente. No los desencadene sobre la raza humana.

El muchacho empezó a pasear por la habitación. En cierto modo, aquello explicaba la razón del irracional deseo de Potterley de alabar a los cartagineses, de deificarlos y de desmentir la historia de sus crueles sacrificios a Moloch. Liberándolos de la culpabilidad del infanticidio por el fuego, simbólicamente se liberaba también del mismo pecado.

Así, el mismo fuego que le había conducido al deseo de construir el cronoscopio, le estaba conduciendo ahora al de su destrucción.

Miró con melancolía al viejo.



—Me doy cuenta de su posición, doctor Potterley —dijo—, pero esto sobrepasa con mucho sus sentimientos personales. Tengo que liberar a la ciencia de su asfixia.

Potterley replicó furioso:

—Lo que quiere decir es que desea la fama y la riqueza que van aparejadas a tal descubrimiento.

—No sé nada de riqueza, pero supongo que eso cuenta. Al fin y al cabo, soy humano.

—¿No quiere pues callar sus conocimientos?

—No, bajo ninguna circunstancia.

—En ese caso...

El historiador se puso en pie y se quedó por un instante inmóvil, con feroz mirada. Foster sintió un raro escalofrío de terror. El hombre era más pequeño que él, más viejo y débil, y no parecía armado. Sin embargo...

—Si está pensando en matarme, o alguna locura por el estilo —dijo—, sepa que toda la información se halla a buen recaudo, donde la hallará la persona apropiada si yo desaparezco o muero.

—¡No diga sandeces! —exclamó Potterley, y abandonó la habitación.

Foster cerró la puerta con llave y se sentó a pensar. Le abrumaba la sensación de haberse portado como un estúpido. No tenía guardada información alguna en lugar seguro, desde luego. Tal acción melodramática no se le habría ocurrido de ordinario. Pero ahora lo llevaría a cabo.

Sintiéndose cada vez más majadero, pasó una hora anotando las ecuaciones de la aplicación de la óptica seudo gravitatoria al registro neutrónico, añadiendo algunos diagramas para los detalles mecánicos de la construcción. Y metiéndolo todo en un sobre, lo lacró y garabateó el nombre de Ralph Nimmo.

Pasó una noche más bien inquieta y, a la mañana siguiente, camino de la universidad, depositó el sobre en un banco, con las pertinentes instrucciones al empleado, quien le hizo firmar el correspondiente permiso de apertura de la caja que contendría el sobre, para ser entregado a la persona nombrada en caso de fallecimiento de su depositario.

Llamó luego a Nimmo para confiarle la existencia del sobre, negándose quisquillosamente a decir nada sobre su contenido.

Jamás se había sentido tan consciente del propio ridículo como en aquel momento.

Aquella noche y la siguiente, Foster durmió sólo a ratos, enfrentado al arduo problema práctico de la publicación de los datos obtenidos de manera contraria a la ética.

Desde luego, la revista Actas de la Sociedad de Seudo gravimetría, la mejor publicación entre las que conocía, no aceptaría nada que no incluyese el mágico pie:

El trabajo expuesto ha sido posible gracias al permiso número tal de la Comisión Investigadora de las Naciones Unidas.

Ni tampoco —y con doble motivo— lo haría sin los debidos requisitos la Revista de Física.

Claro que había otras publicaciones de menor importancia, que pasarían por alto la naturaleza del artículo con miras sensacionalistas, mas ello requeriría una pequeña negociación financiera, en la cual vacilaba en embarcarse. En suma, tal vez fuese preferible subvenir al costo de publicación de un folleto para su general distribución entre los eruditos. En tal caso, incluso podría dispensarse de los servicios de un escritor científico, sacrificando la corrección a la velocidad. Pero primero necesitaba hallar un impresor de confianza. Tal vez tío Ralph conociera a alguno.

Recorrió el pasillo que conducía a su despacho. Se preguntaba ansiosamente si no estaría desperdiciando el tiempo, demorándose en la indecisión, y si debería correr el riesgo de llamar a Ralph desde su teléfono. Se hallaba tan absorto en sus profundos pensamientos que no se dio cuenta que su habitación estaba ocupada, hasta que, al volverse desde el ropero, se aproximó a su mesa.

El doctor Potterley se encontraba allí, acompañado de un hombre a quien Foster no reconoció.

Se les quedó mirando.

—¿Qué significa esto? —dijo.

Potterley respondió:

—Lo siento, pero tenía que pararle los pies.

Foster continuó mirándole fijamente.

—¿De qué está hablando?

El desconocido tomó la palabra:

—Permítame que me presente. —Tenía unos dientes grandes, un tanto desiguales, que sobresalían mucho al sonreír—. Soy Thaddeus Araman, decano de la Facultad de Cronoscopia. Y he venido aquí por cierta información que el doctor Potterley me ha transmitido y que ha sido confirmada por nuestras propias fuentes...

Potterley añadió sin aliento:

—Yo cargo con toda la culpa, doctor Foster. Ya he explicado que fui yo quien le persuadió contra su voluntad a que empleara medios no éticos. Me he ofrecido a aceptar toda la responsabilidad y el castigo inherente. No deseo perjudicarle en ningún sentido. ¡Pero la cronoscopia no debe ser autorizada!

Araman asintió:

—En efecto, ha aceptado la reprimenda y cargado con la responsabilidad, pero este asunto no se encuentra ya en sus manos.

—¿Y bien? —replicó Foster—. ¿Qué van a hacer? ¿Retirarme todo apoyo para subvenciones de investigación?

—Está en mi mano —repuso Araman.

—¿Ordenar a la universidad que me destituya?

—También está en mi mano.

—Muy bien, entonces siga adelante. Considérelo hecho. Abandonaré ahora mismo mi despacho, al mismo tiempo que usted. Ya enviaré luego a buscar mis libros. Y si insiste, los dejo aquí. ¿Es eso todo?

—No, no es todo —manifestó Araman—. Debe comprometerse a no efectuar ninguna investigación ulterior en cronoscopia y, naturalmente, a no construir ningún cronoscopio. Permanecerá bajo vigilancia durante un tiempo indefinido, a fin de asegurarnos que cumple su promesa.

—¿Y si me niego a hacer tal promesa? ¿Qué recurso le queda? Efectuar una investigación al margen de mi terreno tal vez no sea ético, pero en todo caso no constituye un delito.

—Mi joven amigo —explicó pacientemente Araman—, en el caso de la cronoscopia, sí lo constituye. Y de ser necesario, se le metería en la cárcel y se le mantendría en ella.

—¿Y por qué? —barbotó Foster—. ¿Qué hay de mágico en la cronoscopia?

—Pues mire usted, la cosa es que no podemos permitirnos ulteriores desarrollos en ese terreno —contestó Araman—. En lo que a mí concierne, mi tarea consiste sobre todo en asegurarme de ello y naturalmente debo cumplir con mi misión. Por desgracia, yo no tenía conocimiento alguno, ni tampoco nadie en la facultad, que la óptica de los campos pseudo gravitatorios tuviese tal inmediata aplicación a la cronoscopia. Nos adjudicaremos un cero por nuestra general ignorancia. Pero en adelante, la investigación será debidamente dirigida también en ese aspecto.

—No servirá de nada —replicó Foster—. Siempre habrá alguien para aplicar lo que ni usted ni yo hemos soñado. Todas las ciencias se eslabonan formando una única pieza. Si se detiene una parte, se detiene todo.

—No dudo que sea verdad..., en teoría. Sin embargo, desde el punto de vista práctico, nos las hemos arreglado muy bien para mantener la cronoscopia arrumbada durante cincuenta años al mismo nivel de Sterbinski. Y habiéndole capturado a usted a tiempo, doctor Foster, esperamos continuar haciéndolo así de modo indefinido. No habríamos llegado tan cerca del desastre de haber concedido yo al doctor Potterley algo más de consideración. —Se volvió hacia el historiador y alzó las cejas en señal de auto desprecio—. Temo, doctor, que le despaché como a un simple profesor de historia en nuestra primera entrevista. De haber cumplido con mi deber, le hubiese seguido la pista y esto no habría sucedido.

—¿Se permite a alguien el empleo del cronoscopio que es propiedad del gobierno? —preguntó bruscamente Foster.

—A nadie que no pertenezca a nuestra división; bajo ningún pretexto. Lo confieso

puesto que resulta evidente que usted ya lo sospechaba. Y le prevengo, en consecuencia, que cualquier repetición del hecho será considerada como delito criminal, y no como una simple falta de ética.

—¿Y su cronoscopio no alcanza más allá de ciento veinticinco años poco más o menos?

—En efecto.

—¿De modo que el boletín que publican con historias de perspectivas visuales de antiguas épocas no pasa de ser un engaño?

Araman respondió con gran frialdad:

—Dados sus actuales conocimientos al respecto, es evidente que posee la certidumbre de ello. Sin embargo, confirmo su observación. El boletín mensual es un engaño.

—En tal caso, no prometeré dejar a un lado mis conocimientos sobre la cronoscopía —decidió Foster—. Si quiere encarcelarme, adelante. Mi defensa en el juicio bastará para hacer tambalear el frágil castillo de naipes de la investigación dirigida y derrumbarlo. Dirigir la investigación es una cosa. Suprimirla y privar a la Humanidad de sus beneficios es algo muy distinto.

—¡Bah! Vayamos al grano, doctor Foster —se impacientó Araman—. Si no coopera usted, iré directamente a la cárcel desde aquí. No se le permitirá ver a ningún abogado, no será usted acusado, no tendrá un juicio. Sencillamente, permanecerá encarcelado.

—¡Vamos! —repuso Foster—. Exagera usted. No estamos en el siglo XX...

Se oyó un agitado movimiento fuera del despacho, una serie de taconeos y una estridente voz, que Foster estaba seguro de reconocer. Se abrió la puerta con violencia, y tres figuras entrelazadas se precipitaron al interior.

Una vez dentro, uno de los hombres alzó un fusil inyector y asestó un culatazo sobre la cabeza de otro, que dejó escapar ruidosamente el aire de sus pulmones y se tambaleó.

—¡Tío Ralph! —gritó Foster.

Araman frunció el entrecejo.

—Deje eso sobre la silla y vaya en busca de un poco de agua —ordenó.

Ralph Nimmo, frotándose la cabeza con cauteloso disgusto, dijo:

—No había necesidad de emplear la brutalidad, Araman.

—El guardián debió emplearla antes y sacarle de aquí, Nimmo —replicó Araman—. Habría estado usted mejor fuera.

—¿Se conocen? —preguntó Foster a su tío.

—He tenido algunos tratos con este hombre —respondió Nimmo, restregándose aún la cabeza—. Si está en tu despacho, sobrino, es que andas en dificultades.

—Y usted también —manifestó con enojo Araman—. Ya sé que el doctor Foster

le consultó sobre literatura neutrónica.

Nimmo arrugó el entrecejo y lo distendió con un respingo, como si el fruncimiento le hubiese producido dolor.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Y qué más sabe de mí?

—Lo sabremos todo muy pronto. Entretanto, esta cuestión basta para implicarle a usted. ¿Qué le trae por aquí?

—Mi querido doctor Araman —empezó Nimmo, recuperando algo de su desenvoltura—. Anteayer, el zascandil de mi sobrino me telefoneó. Había depositado cierta misteriosa información...

—¡No se lo digas! ¡No le digas nada! —gritó Foster.

Araman le lanzó una fría mirada.

—Lo sabemos todo al respecto, doctor Foster. La caja de depósito ha sido abierta y sacado su contenido.

—¿Pero cómo pudo usted saber...?

La voz de Foster se apagó en una especie de furioso desencanto. Nimmo dijo:

—De todos modos, pensé que la red debía estar cerrándose en torno a él y, después de tomar mis disposiciones, vine a decirle que dejara a un lado lo que se ha propuesto. No vale la pena jugarse la carrera por ello...

—¿Quiere decir que sabe lo que está haciendo? —preguntó Araman.

—No me lo ha dicho —contestó Nimmo—, pero soy un escritor científico, con una tremenda cantidad de experiencia. Sé qué parte de un átomo está formada por electrones. El muchacho, Foster, se especializa en óptica pseudo gravitatoria y me inició también en la materia. Me encargó que le consiguiese un texto sobre los neutrinos, pero antes de entregárselo lo hojeé. Así fui atando cabos. Me pidió luego que le facilitase ciertas piezas de equipo físico, lo cual se añadió a la evidencia. Atájeme si me equivoco, pero creo que mi sobrino ha construido un cronoscopio semi-portátil de baja potencia. ¿Sí o no...?

—Sí.

Caviloso, Araman sacó un cigarrillo de su estuche, sin prestar la menor atención al doctor Potterley, que lo observaba todo en silencio, como sumido en un sueño. Potterley se echó hacia atrás, jadeante, apartándose del blanco cilindro.

—Otro error de mi parte —continuó Araman—. Debería dimitir... Tenía que haberme ocupado también de usted, Nimmo, en vez de concentrarme tanto en Potterley y Foster. Desde luego, no disponía de mucho tiempo y tarde o temprano usted habría acabado por presentarse, pero eso no me excusa. Bueno, Nimmo, queda arrestado.

—¿Y por qué? —preguntó el escritor científico.

—Por investigación no autorizada.

—No me he dedicado a ninguna investigación. No puedo, no siendo científico

inscrito. Y hasta en el caso que la hiciera, no supone ningún delito criminal.

Foster intervino salvajemente:

—No te servirá de nada, tío Ralph. Este burócrata fabrica sus propias leyes.

—¿Cuál, por ejemplo? —preguntó Nimmo.

—Por ejemplo, el encarcelamiento sin juicio.

—¡Mentiras! —exclamó Nimmo—. No estamos en el siglo vein...

—Ya probé eso —le atajó Foster—. Le importa un comino.

—¡Mentiras, te digo! —vociferó Nimmo—. Mire usted, Araman, tanto mi sobrino como yo tenemos parientes y relaciones que no han perdido contacto con nosotros, debe saberlo. Y el profesor tendrá también a alguien, supongo. No puede usted hacernos desaparecer así como así. Habrá preguntas, y se originará un escándalo. No estamos en el siglo XX. Si lo que pretende es amedrentarnos, pierde el tiempo.

Araman retorció el cigarrillo entre sus dedos y lo arrojó violentamente al suelo.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¡No sé qué hacer! Nunca había sucedido nada semejante... Miren, ustedes tres, estúpidos, no tienen idea de lo que intentan hacer. No comprenden nada. ¿Quieren escucharme?

—Está bien, escucharemos —dijo ceñudo Nimmo.

Foster se sentó en silencio, con los ojos coléricos y los labios apretados. Las manos de Potterley se enroscaban como dos serpientes entrelazadas.

—Para ustedes el pasado es el pasado muerto. Si han discutido alguna vez la cuestión, apuesto doble contra sencillo a que han empleado esta frase. El pasado muerto... Si hubieran oído tantas veces como yo estas palabras, se les atragantarían como a mí... Cuando la gente piensa en el pasado, lo hace como si estuviese muerto, muy lejos, desaparecido tiempo atrás. Y nosotros les incitamos a que piensen así. Cuando informamos sobre la visión del tiempo, siempre hablamos de siglos lejanos, a pesar que ustedes, caballeros, saben que es imposible ver más allá de un siglo o poco más. El pueblo lo acepta. El pasado significa Grecia, Roma, Cartago, Egipto, la Edad de Piedra. Cuanto más muerto, mejor... Ahora bien, ustedes tres saben que el límite es una centuria, poco más o menos. Por lo tanto, ¿qué significa el pasado para ustedes? Su juventud. Su primer amor. Su madre fallecida. Hace veinte años, treinta años, cincuenta... Cuanto más muertos estén, mejor... Pero, ¿cuándo comienza realmente el pasado?

Se detuvo, lleno de cólera. Los circunstantes le miraban fijamente, y Nimmo se agitó desasosegado.

—Bien —prosiguió Araman—. ¿Cuándo comienza? ¿Hace un año? ¿Cinco minutos? ¿Un segundo? ¿No es obvio que el pasado comenzó hace un instante? El pasado muerto es apenas otro nombre para el presente vivo. ¿Qué importa si se enfoca el cronoscopio hacia el pasado de un siglo o de un segundo? ¿No están ustedes

contemplando el presente? ¿No empieza él mismo a consumirse?

—¡Maldita sea! —exclamó Nimmo.

—¡Eso es, maldita sea! —le remedó Araman—. Después que Potterley acudió a mí con su historia anteanoche, ¿cómo suponen que les seguí a ustedes dos? Pues me serví del cronoscopio, fijando momentos clave hasta el presente.

—¿Y fue así como supo lo de la caja en el banco? —preguntó Foster.

—Y todos los demás hechos importantes. Y díganme, ¿qué suponen que sucedería si permitiésemos que se pusiera en circulación un cronoscopio casero? Al principio, la gente se limitaría a contemplar su juventud, la de sus padres, y así sucesivamente, pero no pasaría mucho tiempo sin que captasen todas sus posibilidades. El ama de casa olvidaría a su pobre madre fallecida y se pondría a observar a sus vecinos y a su marido en la oficina. El comerciante y el negociante vigilarían a sus competidores, y el patrón a sus empleados. No existiría ya nada privado. Las tertulias y el espionaje tras las cortinas no serían nada en comparación con esto. En todo momento habría alguien contemplando y vigilando a las estrellas del espectáculo. No habría manera de escapar al acecho. Ni siquiera en la oscuridad, puesto que el cronoscopio puede ser ajustado al infrarrojo, y las figuras humanas se verían gracias al calor que desprende el cuerpo. Se verían borrosas, por supuesto, con los contornos oscuros, pero eso incrementaría tal vez la excitación... Incluso los hombres que están al cargo de la máquina ahora se aprovechan a veces, a pesar de la reglamentación en contra...

Nimmo parecía desanimado.

—Siempre queda el recurso de prohibir la fabricación privada...

Araman le atajó con violencia:

—Claro. ¿Pero cree que serviría de algo, que resultaría eficaz? ¿Se puede legislar con éxito contra la bebida, el tabaco, el adulterio o el chismorreó en las esquinas? Y esa mezcla de entremetimiento y lascivia se apoderaría de la Humanidad con mayor fuerza que ningún otro vicio. ¡Santo Dios! No hemos sido capaces en mil años de extirpar el tráfico de estupefacientes, y habla usted de legislación contra un artilugio que permite observar al prójimo a su antojo y en cualquier momento y que puede ser construido en un taller casero...

—No publicaré nada —afirmó con súbito impulso Foster.

—Ninguno de nosotros hablará —asintió casi entre sollozos Potterley—. Siento mucho...

Nimmo intervino a su vez:

—Ha dicho que no me había observado por el cronoscopio, Araman.

—No me dio tiempo —respondió Araman en tono cansino—. Las cosas no se mueven a mayor velocidad en el cronoscopio que en la vida real. No se puede acelerar como una película. Pasamos veinticuatro horas enteras intentando captar los incidentes más importantes de los seis últimos meses en que intervinieron Potterley y

Foster. No quedó tiempo para más. De todas formas, fue bastante.

—No, no lo fue —repuso Nimmo.

—¿A qué se refiere? —prorrumpió Araman con súbita e infinita alarma en su voz.

—Ya le conté que mi sobrino Jonas me llamó para decirme que había depositado una importante información en la caja de seguridad de un Banco. Actuó como si se encontrara en un apuro. Es mi sobrino, y yo tenía que sacarle del atolladero. Me llevó cierto tiempo. Luego vine aquí para decirle lo que había hecho. También a usted le comuniqué que antes de venir había dispuesto unas cuantas cosas... Sí, se lo dije después que su esbirro me aporreara.

—¿Qué? ¿Qué dispuso usted? ¡Por todos los cielos...!

—Algo muy sencillo. Envié los detalles del cronoscopio portátil a una media docena de mis fuentes regulares de publicidad.

No se pronunció una palabra. Ni un sonido. Ni una respiración. Todos los presentes se hallaban más allá de cualquier demostración.

—¡No me mire de esa manera! —se indignó Nimmo—. ¿No comprende mi punto de vista? Me corresponden los derechos de divulgación. Jonas lo admitirá. Sabía que a él no se le permitiría publicar su descubrimiento científicamente por ningún camino legal. Yo estaba seguro que él planeaba hacerlo por vía ilegal y que por esa razón había depositado sus papeles en la caja de seguridad. Pensé que, si me adelantaba a exponer los detalles, toda la responsabilidad recaería sobre mí. Su carrera quedaría a salvo. Y si a mí me privaban en consecuencia de mi licencia de escritor científico, mi exclusiva sobre los datos cronográficos bastaría para el resto de mi vida. Jonas se pondría furioso, ya lo esperaba, pero le explicaría el motivo y nos repartiríamos los beneficios al cincuenta por ciento... ¡No me mire de ese modo, caramba! ¿Cómo iba yo a saber...?

—Nadie sabía nada —repuso Araman con amargura—, pero todos ustedes dieron por supuesto que el gobierno era estúpidamente burocrático, indigno, tiránico, dado a prohibir la investigación para mandarla al diablo. No se les ocurrió a ninguno que intentáramos proteger a la Humanidad en la medida de nuestras fuerzas.

—Deje de hablar de generalidades —gimió Potterley—. Que nos dé los nombres de las personas a quienes comunicó...

—Demasiado tarde —le interrumpió Nimmo, encogiéndose de hombros—. Ya ha pasado el tiempo suficiente para que la noticia se difundiera. Mis corresponsales se habrán puesto en contacto con buen número de físicos para comprobar mis datos antes de seguir adelante, y ellos se transmitirán las noticias. Y una vez que los científicos encajen los neutrinos con los campos pseudo gravitatorios, el cronoscopio casero es cosa hecha. Antes que transcurra la semana, al menos cinco mil personas sabrán construir un pequeño cronoscopio. ¿Y cómo detenerlos a todos? —Sus mofletudas mejillas cedieron—. Supongo que no habrá ningún medio de devolver la



efímera nube al interior de la linda y reluciente esfera de uranio...

Araman se puso en pie, dirigiéndose al profesor:

—Se hará todo lo posible, Potterley, pero convengo con Nimmo en que es demasiado tarde. No sé qué clase de mundo tendremos de ahora en adelante. No puedo decirlo. En todo caso, es seguro que el mundo que conocimos ha quedado destruido por completo. Hasta ahora, toda costumbre, todo hábito, hasta el más minúsculo sistema de vida tenía garantizada cierta reserva, cierto aislamiento... Todo eso se ha desvanecido.

Y saludando a cada uno de los presentes de manera ceremoniosa, añadió:

—Han creado entre los tres un nuevo mundo. Les felicito, caballeros. ¡Que el cuerno de la abundancia se derrame sobre sus cabezas, la mía y la de todos...! ¡Y que cada uno de ustedes vaya a asarse en el infierno para siempre! Se levanta el arresto.

# Las bases del éxito en Ciencia Ficción (1954)

---

“The Foundation of Science Fiction Success”

(Con disculpas para W. S. Gilbert)

Para triunfar con límpido brillo en el oficio de la ciencia ficción,  
recurre a la jerga de las ciencias (aunque sólo te suene a jerigonza).  
Habla del espacio, de galaxias y de falacias taserácticas  
en estilo místico y agudo;  
el aficionado, aunque no enrienda un bledo, te lo exige  
con blanda sonrisa de esperanza.

Y el aficionado dirá  
mientras tú por tu espacial senda andarás:  
si ese joven vuela por toda la galaxia,  
qué tipo de hombre tan imaginativo ha de ser ese tipo de hombre.

No hay misterio en el éxito: desempolva tus libros de historia.  
Un imperio que otrora fue romano encaja en la estrellada Vía Láctea.  
Con hiperespacial impulso surcará los parsecs,  
y armarás una trama sin mayor trajín  
si espigas las obras de  
Edward Gibbon y de Tucídides el griego.

Y el aficionado dirá  
mientras tú por tu reflexiva senda andarás:  
si ese joven conoce tanta historia,  
qué alto ha de ser su alto cociente de inteligencia.

Borra todo pensamiento lujurioso de la mente cavilosa de tu héroe.  
Que cultive la política y la argucia y se ciegue a todo lo demás.  
Le basta con haber tenido madre, las demás mujeres sólo estorban,  
a pesar de sus joyas y sus lustres.  
Sólo lo distraen de sus sueños y le impiden  
consagrarse a esa psicohistoria.

Y el aficionado dirá  
mientras tú por tu estrecha senda andarás:  
si todo es masculino en sus relatos,  
qué casto ha de ser ese joven puro y casto.

## Sufragio universal (1955)

---

“Franchise”

Linda, que tenía diez años, era el único miembro de la familia que parecía disfrutar al levantarse.

Norman Muller podía oírla ahora a través de su propio coma drogado y malsano. Finalmente había logrado dormirse una hora antes, pero con un sueño más semejante al agotamiento que al verdadero sueño.

La pequeña estaba ahora al lado de su cama, sacudiéndole.

—¡Papaíto! ¡Papaíto, despierta! ¡Despierta!

—Está bien, Linda —dijo.

—¡Pero papaíto, hay más policías por ahí que nunca! ¡Con coches y todo!

Norman Muller cedió. Se incorporó con la vista nublada, ayudándose con los codos. Nacía el día. Fuera, el amanecer se abría paso desgánadamente, como germen de un miserable gris..., tan miserablemente gris como él se sentía. Oyó la voz de Sarah, su mujer, que se ajetreaba en la cocina preparando el desayuno. Su suegro, Matthew, carraspeaba con estrépito en el cuarto de baño. Sin duda, el agente Handley estaba listo y esperándole.

Había llegado el día.

¡El día de las elecciones!

Para empezar, había sido un año igual a cualquier otro. Acaso un poco peor, puesto que se trataba de un año presidencial, pero no peor en definitiva que otros años presidenciales.

Los políticos hablaban del electorado y del vasto cerebro electrónico que tenían a su servicio. La prensa analizaba la situación mediante ordenadores industriales (el *New York Times* y el *Post-Dispatch* de San Luis poseían cada uno el suyo propio) y aparecían repletos de pequeños indicios sobre lo que iban a ser los días venideros. Comentaros y articulistas ponían de relieve la situación crucial, en feliz contradicción mutua.

La primera sospecha de que las cosas no ocurrirían como en años anteriores se puso de manifiesto cuando Sarah Muller dijo a su marido en la noche del 4 de octubre (un mes antes del día de las elecciones):

—Cantwell Johnson afirma que Indiana será decisivo este año. Y ya es el cuarto en decirlo. Piénsalo, esta vez se trata de nuestro estado.

Matthew Hortenweiler asomó su mofletado rostro por detrás del periódico que estaba leyendo, posó una dura mirada en su hija y gruñó:

—A esos tipos les pagan por decir mentiras. No les escuches.

—Pero ya son cuatro, padre —insistió Sarah con mansedumbre—. Y todos dicen que Indiana.

—Indiana es un estado clave, Matthew —apoyó Norman, tan mansamente como su mujer—, a causa del Acta Hawkins-Smith y todo ese embrollo de Indianápolis. Es...

El arrugado rostro de Matthew se contrajo de manera alarmante. Carraspeó:

—Nadie habla de Bloomington o del condado de Monroe, ¿no es eso?

—Pues... —empezó Norman.

Linda, cuya carita de puntiaguda barbilla había estado girando de uno a otro interlocutor, le interrumpió vivamente:

—¿Vas a votar este año, papi?

Norman sonrió con afabilidad y respondió:

—No creo, cariño.

Mas ello acontecía en la creciente excitación del mes de octubre de un año de elecciones presidenciales, y Sarah había llevado una vida tranquila, animada por sueños respecto a sus familiares. Dijo con anhelante vehemencia:

—¿No sería magnífico?

—¿Que yo votase?

Norman Muller lucía un pequeño bigote rubio, que le había prestado un aire elegante a los juveniles ojos de Sarah, pero que, al ir encaneciendo poco a poco, había derivado en una simple falta de distinción. Su frente estaba surcada por líneas profundas, nacidas de la inseguridad, y en general su alma de empleado nunca se había sentido seducida por el pensamiento de haber nacido grande o de alcanzar la grandeza en ninguna circunstancia. Tenía mujer, un trabajo y una hija. Y excepto en momentos extraordinarios de júbilo o depresión, se inclinaba a considerar su situación como un inadecuado pacto concertado con la vida.

Así pues, se sentía un tanto embarazado y bastante intranquilo ante la dirección que tomaban los pensamientos de su mujer.

—Realmente, querida —dijo—, hay doscientos millones de seres en el país, y en lances como éste creo que no deberíamos desperdiciar nuestro tiempo haciendo cábalas sobre el particular.

—Mira, Norman —respondió su mujer—, no son doscientos millones, lo sabes muy bien. En primer lugar, sólo son elegibles los varones entre los veinte y los sesenta años, por lo cual la probabilidad se reduce a uno por cincuenta millones. Por otra parte, si realmente es Indiana...

—Entonces será poco más o menos de uno por millón y cuarto. No apostarías a un caballo de carreras contra esa ventaja, ¿no es así? Anda, vamos a cenar.

Matthew murmuró tras su periódico:

—¡Malditas estupideces!

Linda volvió a preguntar:

—¿Vas a votar este año, papi?

Norman meneó la cabeza y todos se dirigieron al comedor.

Hacia el 20 de octubre, la excitación de Sarah había aumentado considerablemente. A la hora del café, anunció que la señora Schultz, que tenía un primo secretario de un miembro de la asamblea, le había contado que «todo el papel» estaba por Indiana.

—Dijo que el presidente Villers pronunciaría incluso un discurso en Indianápolis.

Norman Muller, que había soportado un día de mucho trajín en el almacén, descartó las palabras de su mujer con un fruncimiento de cejas.

—Si Villers pronuncia un discurso en Indiana —dijo Matthew Hortenweiler, crónicamente insatisfecho de Washington—, eso significa que piensa que Multivac conquistará Arizona. El cabeza de bellota ése no tendría redaños para ir más allá.

Sarah, que ignoraba a su padre siempre que le resultaba decentemente posible, se lamentó:

—No sé por qué no anuncian el estado tan pronto como pueden, y luego el condado, etcétera. De esa manera, la gente que fuese quedando eliminada descansaría tranquila.

—Si hicieran algo por el estilo —opinó Norman—, los políticos seguirían como buitres los anuncios. Y cuando la cosa se redujera a un municipio, habría un congresista o dos en cada esquina.

Matthew entornó los ojos y se frotó con rabia su cabello ralo y gris.

—Son buitres de todos modos. Escuchad...

—Vamos, padre... —murmuró Sarah.

La voz de Matthew se alzó sin tropiezos sobre su protesta:

—Mirad, yo andaba por allí cuando entronizaron a Multivac. Él terminaría con los partidismos políticos, dijeron. No más dinero electoral despilfarrado en las campañas. No habría otro don nadie introducido a presión y a bombo y platillo de publicidad en el Congreso o la Casa Blanca. ¿Y qué sucede? Pues que hay más campaña que nunca, sólo que ahora la hacen en secreto. Envían tipos a Indiana a causa del Acta Hawkins-Smith y otros a California para el caso de que la situación de Joe Hammer se convierta en crucial. Lo que yo digo es que se han de eliminar todas esas insensateces. ¡Hay que volver al bueno y viejo...!

Linda preguntó de súbito:

—¿No quieres que papi vote este año, abuelito?

Matthew miró a la chiquilla.

—No lo entenderías. —Se volvió a Norman y Sarah—. En un tiempo, yo voté también. Me dirigía sin rodeos a la urna, depositaba mi papeleta y votaba. Nada más que eso. Me limitaba a decirme: ese tipo es mi hombre y voto por él. Así debería ser.

Linda dijo, llena de excitación:

—¿Votaste, abuelo? ¿Lo hiciste de verdad?

Sarah se inclinó hacia ella con presteza, tratando de paliar lo que muy bien podía convertirse en una historia incongruente, trascendiendo al vecindario.

—No es eso, Linda. El abuelito no quiso decir realmente votar. Todo el mundo hacía esa especie de votación cuando tu abuelo era niño, y también él, pero no se trataba realmente de votar.

Matthew rugió:

—No sucedió cuando era niño. Tenía ya veintidós años, y voté por Langley. Fue una auténtica votación. Quizá mi voto no contase mucho, pero era tan bueno como el de cualquiera. Como el de cualquiera —recalcó—. Y sin ningún Multivac para...

Norman intervino entonces:

—Está bien, Linda, ya es hora de acostarte. Y deja de hacer preguntas sobre las votaciones. Cuando seas mayorcita, lo comprenderás todo.

La besó con antiséptica amabilidad, y ella se puso en marcha, renuente, bajo la tutela materna, con la promesa de ver el visor desde la cama hasta las nueve y cuarto, si se prestaba primero al ritual del baño.

—Abuelito —dijo Linda.

Y se quedó ante él con la mandíbula caída y las manos a la espalda, hasta que el periódico del viejo se apartó y asomaron las espesas cejas y unos ojos anidados entre finas arrugas. Era el viernes 31 de octubre.

Linda se aproximó y posó ambos antebrazos sobre una de las rodillas del viejo, de manera que éste tuvo que dejar a un lado el periódico.

—Abuelito —volvió a la carga la pequeña—, ¿de verdad que votaste alguna vez?

—Ya me oíste decir que sí, ¿no es cierto? ¿No irás a creer que cuento bolas?

—Nooo... Pero mamá dice que todo el mundo votaba entonces.

—Pues claro que lo hacían.

—¿Cómo podían hacerlo? ¿Cómo podía votar todo el mundo?

Matthew miró gravemente a su nieta y luego la alzó, sentándola sobre sus rodillas. Por último, moderando el tono de su voz, dijo:

—Mira, Linda, hasta hace unos cuarenta años, todo el mundo votaba. Pongamos que deseábamos decidir quién había de ser el nuevo presidente de los Estados Unidos... Demócratas y republicanos nombraban a su respectivo candidato, y cada uno decía cuál de los dos quería. Una vez pasado el día de las elecciones, se hacía el recuento de votos de las personas que deseaban al candidato demócrata y las que deseaban al republicano. Y el que había recibido más votos se llevaba la palma. ¿Lo ves?

Linda asintió.

—¿Cómo sabía la gente por quién votar? —preguntó—. ¿Se lo decía Multivac?

Las cejas de Matthew se fruncieron, y adoptó un aspecto severo.

—Se basaban tan sólo en su propio criterio, pequeña.

La niña se apartó un tanto del viejo, y éste volvió a bajar la voz:

—No estoy enojado contigo, Linda. Pero mira, a veces llevaba toda la noche contar..., sí, hacer el recuento de lo que opinaban unos y otros, a quién habían votado. Todo el mundo se impacientaba. Por ello se inventaron máquinas especiales, capaces de comparar los primeros votos con los de los mismos lugares en años anteriores. De esta manera, la máquina preveía cómo se presentaba la votación en su conjunto y quién sería elegido. ¿Lo entiendes?

—Como Multivac —asintió ella.

—Los primeros ordenadores eran mucho más pequeños que Multivac. Pero las máquinas fueron aumentando de tamaño y, al mismo tiempo, iban siendo capaces de indicar cómo iría la elección a partir de menos y menos votos. Por fin, construyeron Multivac, que puede preverlo a partir de un solo votante.

Linda sonrió al llegar a la parte familiar de la historia y exclamó:

—¡Qué bonito!

Matthew frunció de nuevo el entrecejo.

—No, no tiene nada de bonito. No quiero que una máquina decida lo que yo hubiera votado sólo porque un chunguista de Milwaukee dice que está en contra de que se suban las tarifas. A mí tal vez me hubiese dado por votar a ciegas sólo por gusto. O acaso me hubiese negado a votar en absoluto. Y tal vez...

Pero Linda se había escurrido de sus rodillas y se batía en retirada.

En la puerta tropezó con su madre, quien llevaba aún puesto el abrigo. Ni siquiera había tenido tiempo de quitarse el sombrero.

—Apártate un poco, Linda —ordenó, jadeante aún—. No me cierres el paso.

Al ver a Matthew, dijo, mientras se quitaba el sombrero y se alisaba el pelo:

—Vengo de casa de Agatha.

Matthew miró a su hija con aire desaprobador y, desdeñando la información, se limitó a gruñir y recoger el periódico.

Sarah se desabrochó el abrigo y continuó:

—¿A que no sabes lo que me ha dicho?

Matthew alisó el periódico con un crujido, para proseguir la lectura interrumpida por su nieta.

—Ni lo sé ni me importa.

—¡Vamos, padre...!

Pero Sarah no tenía tiempo para enfadarse. Necesitaba comunicar a alguien las noticias, y Matthew era el único receptor a mano a quien confiarlas.

—Joe, el marido de Agatha, es policía, ya sabes, y dice que anoche llegó a Bloomington todo un cargamento de agentes de la secreta.

—No creo que anden tras de mí.

—¿Es que no te das cuenta, padre? Agentes de la secreta... Y casi ha llegado el

momento de las elecciones. ¡En Bloomington!

—Acaso anden en busca de algún ladrón de bancos.

—No ha habido un robo en ningún banco de la ciudad hace muchos años...

¡Padre, eres imposible!

Y Sarah abandonó la habitación.

Tampoco Norman Muller recibió las noticias con mayor excitación, al menos perceptible.

—Bueno, Sarah, ¿y cómo sabía Joe, el marido de Agatha, que se trataba de agentes de la secreta? —preguntó con calma—. No creo que anduviesen por ahí con el carnet pegado en la frente.

Pero a la tarde siguiente, cuando ya noviembre tenía un día, Sarah anunció triunfalmente:

—Todo Bloomington espera que sea alguien de la localidad el votante. Así lo publica el News, y también lo dijeron por la radio.

Norman se agitó desasosegado. No podía negarlo, y su corazón desfallecía. Si Bloomington iba a ser alcanzado por el rayo de Multivac, ello supondría periodistas, espectaculares transmisiones por video, turistas y toda clase de..., de perturbaciones. Norman apreciaba la tranquila rutina de su vida, y la distante y alborotada agitación de los políticos se estaba aproximando de un modo que resultaba incómodo.

—Un simple rumor —rechazó—. Nada más.

—Pues espera y verás. No tienes más que esperar.

Según se desarrollaron las cosas, el compás de espera fue extraordinariamente corto. El timbre de la puerta, sonó con insistencia. Cuando Norman Muller la abrió, se vio frente a un hombre de elevada estatura y rostro grave.

—¿Qué desea? —preguntó Norman.

—¿Es usted Norman Muller?

—Sí.

Su voz sonó singularmente opaca. No resultaba difícil averiguar, por el porte del desconocido, que representaba a la autoridad. Y la naturaleza de su súbita visita era tan manifiesta como inimaginable le pareciese hasta unos momentos antes.

El hombre mostró su documentación, penetró en la casa, cerró la puerta tras de sí y dijo con acento oficial:

—Señor Norman Muller, en nombre del presidente de los Estados Unidos, tengo el honor de informarle que ha sido usted elegido para representar al electorado norteamericano el martes día 4 de noviembre del año 2008.

Con gran dificultad, Norman Muller logró caminar sin ayuda hasta su butaca, en la cual se sentó con el rostro pálido y casi sin sentido, mientras Sarah traía agua, le frotaba asustada las manos y le cuchicheaba apretando los dientes:

—No vayas a desmayarte ahora, Norman. Elegirán a otro...



Cuando por fin logró recuperar el uso de la palabra, Norman murmuró a su vez:

—Lo siento, señor.

—¡Bah! No tiene importancia —le tranquilizó el visitante. Todo rastro de formalidad oficial parecía haberse desvanecido tras la notificación, dejando sólo un hombre abierto y más bien amistoso—. Es la sexta vez que me corresponde comunicarlo al interesado y he visto toda clase de reacciones. Ninguna de ellas se ajustó a la que vieron en el video. Saben a lo que me refiero, ¿verdad? Un aire de consagración y entrega, y un personaje que dice: «Será para mí un gran privilegio servir a mi país...» Toda esa serie de cosas...

El agente rió para alentarles. La risa con que Sarah le acompañó tuvo un acento de aguda histeria. El agente prosiguió:

—Permaneceré con ustedes durante algún tiempo. Mi nombre es Phil Handley. Les agradeceré que me llamen Phil. Señor Muller, no podrá abandonar la casa hasta el día de las elecciones. Usted, señora, informará al almacén de que su marido está enfermo. Puede salir a hacer la compra, pero habrá de despacharla con la mayor brevedad posible. Y desde luego, guardará una absoluta reserva sobre el particular. ¿De acuerdo, señora Muller?

—Sí, señor. Ni una palabra —confirmó Sarah, con un vigoroso asentimiento de cabeza.

—Perfecto, señora Muller. —Handley adoptó un tono muy grave al añadir—: Tenga en cuenta que esto no es un juego. Por lo tanto, salga sólo en caso de que le sea absolutamente preciso y, cuando lo haga, la seguirán. Lo siento, pero estamos obligados a actuar así.

—¿Seguirme?

—Nadie lo advertirá... No se preocupe. Y será sólo durante un par de días, hasta que se haga el anuncio formal a la nación. En cuanto a su hija...

—Está en la cama —se apresuró a decir Sarah.

—Bien. Se le dirá que soy un pariente o amigo de la familia. Si descubre la verdad, habrá de permanecer encerrada en casa. Y en todo caso, su padre será mejor que no salga.

—No le gustará nada —dudó Sarah.

—No queda más remedio. Y ahora, puesto que nadie más vive con ustedes...

—Al parecer, está muy bien informado sobre nosotros —murmuró Norman.

—Bastante —convino Handley—. De todos modos, éstas son por el momento mis instrucciones. Intentaré, por mi parte, cooperar en la medida de lo posible y no causarles molestias. El gobierno pagará mi mantenimiento, así que no supondré ningún gasto para ustedes. Cada noche, seré relevado por alguien que se instalará en esta habitación. No habrá problemas de acomodo para dormir. Y ahora, señor Muller...

—¿Sí, señor?

—Lámeme Phil —repitió el agente—. Estos dos días preliminares antes del anuncio formal servirán para que se acostumbre a ver su posición. Preferimos que se enfrente a Multivac en un estado mental lo más normal posible. Descanse tranquilo e intente tomarse todo esto como si se tratase de su trabajo diario. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Norman. De pronto, denegó violentamente con la cabeza—. ¡Pero yo no deseo esa responsabilidad! ¿Por qué yo?

—Muy bien, vayamos al grano. Multivac sopesa toda clase de factores conocidos, billones de ellos. Pero existe un factor desconocido, y creo que seguirá siéndolo por mucho tiempo. Dicho factor es el módulo de reacción de la mente humana. Todos los norteamericanos están sometidos a la presión moldeadora de lo que los otros norteamericanos hacen y dicen, de las cosas que a él se le hacen y de las que él hace a los demás. Cualquier norteamericano puede ser llevado ante Multivac para determinar la tendencia de todas las demás mentes del país. En un momento dado, algunos norteamericanos resultan mejores que otros a tal fin. Eso depende de los acontecimientos del año. Multivac le seleccionó a usted como al más representativo del actual. No el más despejado, ni el más fuerte, ni el más dichoso, sino el más representativo. Y no vamos a dudar de Multivac, ¿no es así?

—¿Y no podría equivocarse? —preguntó Norman.

Sarah, que escuchaba impaciente, le interrumpió:

—No le haga caso, señor. Está nervioso... En realidad, es muy instruido y ha seguido siempre las cuestiones políticas de cerca.

—Multivac toma las decisiones, señora Muller —respondió Handley—. Y él eligió a su esposo.

—¿Pero seguro que lo sabe todo? —insistió Norman tercamente—. ¿No podría haber cometido un error?

—Pues sí. No hay motivo para no ser franco. En 1993, el votante seleccionado murió de un ataque dos horas antes del instante fijado para notificarle su elección. Multivac no predijo aquello. Le era imposible. Un votante puede ser mentalmente inestable, moralmente improcedente, incluso desleal. Multivac no puede conocerlo todo sobre todos, si no se le proporcionan los datos. Por eso, siempre se seleccionan algunos candidatos más. No creo que tengamos que recurrir a ninguno de ellos en esta ocasión. Usted está en buen estado de salud, señor Muller, y ha sido investigado a fondo. Sirve.

Norman ocultó el rostro entre las manos y se quedó inmóvil.

—Mañana por la mañana se encontrará perfectamente bien —intervino Sarah—. Tiene que acostumbrarse a la idea, eso es todo.

—Desde luego —asintió Handley.

En la intimidad del dormitorio, Sarah Muller se expresó de distinta y más

enérgica manera. El estribillo de su perorata era el siguiente:

—Compórtate como es debido, Norman. Parece como si intentaras lanzar por la borda la suerte de tu vida.

Norman musitó desesperado:

—Me atemoriza, Sarah. Todo este asunto...

—¿Y por qué, santo Dios? ¿Qué otra cosa has de hacer más que responder a una o dos preguntas?

—Demasiada responsabilidad. Me abruma.

—¿Qué responsabilidad? No existe ninguna. Multivac te seleccionó, ¿no? Pues a él le corresponde la responsabilidad. Todo el mundo lo sabe.

Norman se incorporó, quedando sentado en la cama, en súbito arranque de rebeldía y angustia.

—Se supone que todo el mundo lo sabe. Pero no lo saben. Ellos...

—Baja la voz —siseó Sarah en tono glacial—. Van a oírte hasta en la ciudad.

—No me oirán —replicó Norman, pero bajó en efecto la voz hasta convertirla en un cuchicheo—. Cuando se habla de la Administración Ridgely de 1988, ¿dice alguien que ganó con promesas fantásticas y demagogia racista? ¡Qué va! Se habla del «maldito voto MacComber», como si Humphrey MacComber fuese el único responsable por las respuestas que dio a Multivac. Yo mismo he caído en eso... En cambio, ahora pienso que el pobre tipo no era sino un pequeño granjero que nunca pidió que le eligieran. ¿Por qué echarle la culpa? Y ya ves, ahora su nombre está maldito...

—Te portas como un niño —le reprochó Sarah.

—No, me porto como una persona sensible. Te lo digo, Sarah, no aceptaré. No pueden obligarme a votar contra mi voluntad. Diré que estoy enfermo. Diré...

Pero Sarah ya tenía bastante.

—Ahora, escúchame —masculló con fría cólera—. No eres tú el único afectado. Ya sabes lo que supone ser el Votante del Año. Y de un año presidencial para colmo. Significa publicidad, y fama, y posiblemente montones de dinero...

—Y luego volver a la oficina.

—No volverás. Y si vuelves, te nombrarán jefe de departamento por lo menos..., siempre que tengas un poco de seso. Y lo tendrás, porque yo te diré lo que has de hacer. Si juegas bien las cartas, controlarás esa clase de publicidad y obligarás a los Almacenes Kennell a un contrato en firme, a una cláusula concediéndote un salario progresivo y a que te aseguren una pensión decente.

—Pero ése no es exactamente el objetivo de un votante, Sarah.

—Pues será el tuyo. Si no te crees obligado a hacer nada ni por ti ni por mí, y conste que no pido nada para mí, piensa en Linda. Se lo debes.

Norman exhaló un gemido.

—Bien, ¿estás de acuerdo? —le atosigó Sarah.

—Sí, querida —murmuró Norman.

El 3 de noviembre se publicó el anuncio oficial. A partir de entonces, Norman no se encontraba ya en situación de retirarse, aun en el caso de reunir el valor necesario para intentarlo.

Sellaron su casa, y agentes del servicio secreto hicieron su aparición en el exterior, bloqueando todo acceso.

Al principio, sonó sin cesar el teléfono, pero fue Phil Handley quien respondió a todas las llamadas, con una amable sonrisa de excusa. Al fin, la central pasó todas las llamadas al puesto de policía.

Norman pensó que de ese modo se ahorra no sólo las alborozadas (y envidiosas) felicitaciones de los amigos, sino también la pesada insistencia de los vendedores que husmeaban una perspectiva y la artera afabilidad de los políticos de toda la nación... Quizás hasta las amenazas de muerte de los inevitables descontentos.

Se prohibió que entrasen periódicos en la casa, a fin de mantenerle al margen de cualquier presión, y se desconectó amable pero firmemente la televisión, a pesar de las indignadas protestas de Linda.

Matthew gruñía y se metía en su habitación; Linda, pasada la primera racha de excitación, hacía pucheros y lloriqueaba porque no le permitían salir de casa; Sarah dividía su tiempo entre la preparación de las comidas para el presente y el establecimiento de planes para el futuro, en tanto que la depresión de Norman seguía alimentándose a sí misma.

Y la mañana del martes 4 de noviembre del año 2008 llegó por fin. Era el día de las elecciones.

El desayuno se sirvió temprano, pero sólo comió Norman Muller, y aun él de manera mecánica. Ni la ducha ni el afeitado lograron devolverle a la realidad, ni desvanecen su convicción de que estaba tan sucio por fuera como sucio se sentía por dentro.

La voz amistosa de Handley hizo cuanto pudo para infundir cierta normalidad en el gris y hosco amanecer. La predicción meteorológica había señalado un día nuboso, con perspectivas de lluvia antes del mediodía.

—Mantendremos la casa aislada hasta el regreso del señor Muller. Después, dejaremos de estar colgados de su cuello.

El agente del servicio secreto vestía ahora su uniforme completo, incluidas las armas en sus pistoleras, abundantemente tachonadas de cobre.

—No nos ha causado molestia alguna, señor Handley —dijo Sarah con bobalicona sonrisa.

Norman se echó al coleteo dos tazas de café bien cargado, se secó los labios con

una servilleta, se levantó y dijo con aire decidido:

—Estoy dispuesto...

Handley se levantó a su vez.

—Muy bien, señor. Y gracias, señora Muller, por su amable hospitalidad.

El coche blindado atravesó con un ronquido las calles vacías. Siempre lo estaban aquel día, a aquella hora determinada.

Handley dio una explicación al respecto:

—Desvían siempre el tráfico desde el atentado que por poco impide la elección de Leverett en el 92. Habían puesto bombas.

Cuando el coche se detuvo, Norman fue ayudado a descender por el siempre cortés Handley. Se encontraba en un pasaje subterráneo, junto a cuyas paredes se alineaban soldados en posición de firmes.

Le condujeron a una estancia brillantemente iluminada. Tres hombres uniformados de blanco le saludaron sonrientes.

—¡Pero esto es un hospital! —exclamó Norman.

—No tiene importancia alguna —replicó al instante Handley—. Se debe sólo a que el hospital dispone de las comodidades necesarias...

—Bien, ¿y qué he de hacer yo?

Handley inclinó la cabeza, y uno de los tres hombres vestidos de blanco se adelantó.

—Yo me encargaré de él a partir de ahora, agente.

Handley saludó con desenvoltura y abandonó la habitación.

El hombre de blanco dijo:

—¿No quiere sentarse, señor Muller? Yo soy John Paulson, calculador jefe. Le presento a Samson Levine y Peter Dorogobuzh, mis ayudantes.

Norman estrechó envaradamente las manos de todos. Paulson era hombre de mediana estatura, con un rostro de perenne sonrisa, y un evidente tupé. Usaba gafas de montura de plástico, de modelo anticuado. Mientras hablaba, encendió un cigarrillo. Norman rehusó el que le fue ofrecido.

—En primer lugar, señor Muller —dijo Paulson—, deseo que sepa que no tenemos prisa alguna. En caso necesario, permanecerá con nosotros todo el día, para que se acostumbre al ambiente y descarte la idea de que se trata de algo insólito, para que olvide su aspecto... clínico. Creo que sabe a qué me refiero.

—Sí, desde luego —contestó Norman—. Pero me gustaría que todo hubiese terminado ya.

—Comprendo sus sentimientos. Sin embargo, deseamos exponerle con exactitud el procedimiento. En primer lugar, Multivac no está aquí.

—¿Que no está?

Aun en medio de su abatimiento, había deseado ver a Multivac, del que se decía

que medía más de kilómetro y medio de largo, que tenía una altura equivalente a tres pisos y que cincuenta técnicos recorrían sin cesar los corredores interiores de su estructura. Una de las maravillas del mundo.

Paulson sonrió.

—En efecto, no es portátil —confirmó—. De hecho, se encuentra emplazado en un subterráneo, y pocos son los que conocen el lugar preciso. Muy lógico, ¿verdad?, ya que supone nuestro supremo recurso natural. Créame, las elecciones no constituyen su única función.

Norman pensó que el hombre de blanco se mostraba deliberadamente parlanchín, pero de todos modos se sentía intrigado.

—Me gustaría verlo...

—No lo dudo. Mas para ello se necesita una orden presidencial, refrendada luego por el departamento de seguridad. Sin embargo, nos mantenemos en conexión con Multivac por transmisión de ondas. Cuanto él diga puede ser interpretado aquí, y cuanto nosotros digamos le será transmitido. Así que, en cierto sentido, nos hallamos en su presencia.

Norman miró a su alrededor. Las máquinas y aparatos que había en la estancia carecían de significado para él.

—Permítame que se lo explique, señor Muller —prosiguió Paulson—. Multivac posee ya la mayoría de la información necesaria para decidir todas las elecciones, nacionales, provinciales y locales. Únicamente necesita comprobar ciertas imponderables actitudes mentales y, para ello, recurriremos a usted. No podemos predecir qué preguntas formulará, aunque cabe en lo posible que no tengan mucho sentido para usted..., ni siquiera para nosotros en realidad. Tal vez le pregunte qué opina sobre la recogida de basuras en su ciudad o si considera preferibles los incineradores centrales. O bien, si tiene usted un médico de cabecera o acude a la seguridad social... ¿Comprende?

—Sí, señor.

—Pues bien, pregunte lo que pregunte, usted responderá como mejor le plazca. Y si cree que ha de extenderse un poco en su explicación, hágalo. Puede hablar durante una hora si lo juzga necesario.

—Sí, señor.

—Una cosa más. Hemos de emplear algunos sencillos aparatos que registrarán automáticamente su presión sanguínea, las pulsaciones, la conductividad de la piel y las ondas cerebrales mientras habla. La maquinaria le parecerá formidable, pero es totalmente indolora... Ni siquiera la notará.

Los otros dos técnicos se atareaban ya con relucientes y pulidos aparatos, de ruedas engrasadas.

—¿Desean comprobar si estoy mintiendo o no? —preguntó Norman.

—De ningún modo, señor Muller. No se trata en absoluto de detección de mentiras, sino de una simple medida de la intensidad emotiva. Por ejemplo, si la máquina le pregunta su opinión sobre la escuela de su pequeña, quizá conteste usted: «A mi entender, está atestada». Mas éstas son sólo palabras. Por la manera en que reaccionen su cerebro, corazón, hormonas y glándulas sudoríparas, Multivac juzgará con exactitud con qué intensidad se interesa usted por la cuestión. Descubrirá sus sentimientos, los traducirá mejor que usted mismo.

—Jamás oí cosa igual —manifestó Norman.

—Estoy seguro de que no. La mayoría de los detalles de Multivac son secretos celosamente guardados. Cuando se marche, se le pedirá que firme un documento jurando que jamás revelará la naturaleza de las preguntas que se le formularon, como tampoco sus respuestas, ni lo que se hizo o cómo se hizo. Cuanto menos se conozca a Multivac, menos oportunidades habrá de presiones exteriores sobre los hombres que trabajan a su servicio o se sirven de él para su trabajo. —Sonrió melancólico—. Nuestra vida resulta bastante dura...

—Lo comprendo.

—Y ahora, ¿desearía comer o beber algo?

—No, gracias. Nada por el momento.

—¿Alguna otra pregunta que formular?

Norman meneó la cabeza en gesto negativo.

—En ese caso, usted nos dirá cuando se halle dispuesto.

—Ya lo estoy.

—¿Seguro?

—Por completo.

Paulson asintió. Alzó una mano en dirección a sus ayudantes, quienes se adelantaron con su aterrador instrumental. Muller sintió que su respiración se aceleraba mientras les veía aproximarse.

La prueba duró casi tres horas, con una breve interrupción para tomar café y una embarazosa sesión con un orinal. Durante todo ese tiempo, Norman Muller permaneció encajonado entre la maquinaria. Al final, tenía los huesos molidos.

Pensó sardónicamente que le sería muy fácil mantener su promesa de no revelar nada de lo que había acontecido. Las preguntas ya se habían reducido a una especie de vagarosa bruma en su mente.

Había pensado que Multivac hablaría con voz sepulcral y sobrehumana, resonante y llena de ecos. Ahora concluyó que aquella idea se la había sugerido la excesiva espectacularidad de la televisión. La verdad le decepcionó en extremo. Las preguntas aparecían perforadas sobre una cinta metálica, que una segunda máquina convertía en palabras. Paulson leía a Norman estas palabras, en las que se contenía la pregunta, y luego dejaba que las leyese por sí mismo.

Las respuestas de Norman se inscribían en una máquina registradora, repitiéndolas para que las confirmara. Se anotaban entonces las enmiendas y observaciones suplementarias, todo lo cual se transmitía a Multivac.

La única pregunta que Norman recordaba de momento era una incongruente bagatela:

—¿Qué opina usted del precio de los huevos?

Ahora todo había terminado. Los operadores retiraron suavemente los electrodos conectados a diversas partes de su cuerpo, desligaron la banda pulsadora de su brazo y apartaron la maquinaria a un lado.

Norman se puso en pie, respiró profundamente, se estremeció y dijo:

—¿Ya está todo? ¿Se acabó?

—No, no del todo —respondió Paulson, sonriendo animoso—. Hemos de pedirle que se quede durante otra hora.

—¿Y por qué? —preguntó Norman con cierta acritud.

—Es el tiempo preciso para que Multivac incluya sus nuevos datos entre los trillones de que ya dispone. Sepa usted que existen miles de alternativas, algo sumamente complejo... Puede suceder que se produzca algún raro debate aquí o allá, que algún interventor en Phoenix, Arizona, o bien alguna asamblea en Wilkesboro, Carolina del Norte, formulen alguna duda. En tal caso, Multivac precisará hacerle una o dos preguntas decisivas.

—No —se negó Norman—. No quiero pasar de nuevo por eso.

—Probablemente no sucederá —trató de tranquilizarle Paulson—. Raras veces ocurre... De todos modos, habrá de quedarse pon si acaso. —Cierta tonillo acerado, un tenue matiz, asomó a su voz—. No tiene opción, ya lo sabe. Debe quedarse.

Norman se sentó con aire fatigado, encogiéndose de hombros.

—No podemos dejarle leer el periódico —añadió Paulson—, pero si quiere una novela policíaca, o jugar al ajedrez..., cualquier cosa en fin que esté en nuestra mano proporcionarle para que se entretenga, dígalo sin reparos.

—No deseo nada, gracias. Esperaré.

Paulson y sus ayudantes se retiraron a una pequeña habitación, contigua a la estancia en que Norman había sido interrogado. Y éste se dejó caer en un butacón tapizado de plástico, cerrando los ojos.

Tendría que aguardar a que transcurriese aquella hora lo mejor posible.

Bien retrepado en su asiento, poco a poco fue cediendo su tensión. Su respiración se hizo menos entrecortada y, al entrelazar las manos, no advirtió ya ningún temblor en sus dedos.

Tal vez no hubiese ya más preguntas. Tal vez hubiese acabado de modo definitivo.

Y si todo había terminado, ahora vendrían los desfiles de antorchas y las



invitaciones para hablar en toda clase de solemnidades. ¡El Votante del Año!

Él, Norman Muller, un vulgar empleado de un almacén de Bloomington, Indiana, un hombre que no había nacido grande ni había realizado jamás acto alguno de grandeza, se hallaría en la extraordinaria situación de impulsar a otro a la grandeza.

Los historiadores hablarían con serenidad de la Elección Muller del año 2008. Ése sería su nombre, la Elección Muller.

La publicidad, el puesto mejor, el chorro de dinero que tanto interesaba a Sarah, ocupaban sólo un rincón de su mente. Todo ello sería bienvenido, desde luego. No lo rechazaba. Pero, por el momento, era otra cosa lo que comenzaba a preocuparle.

Se agitaba en él un latente patriotismo. Al fin y al cabo, representaba a todo el electorado. Era el punto focal de todos ellos. En su propia persona, y durante aquel día, se encarnaba todo Estados Unidos...

Se abrió la puerta, despertando su atención y despabilándole por completo. Durante unos instantes, sintió que se le encogía el estómago. ¡Que no le hicieran más preguntas!

Pero Paulson sonreía.

—Hemos terminado, señor Muller.

—¿No más preguntas, señor?

—No hay ninguna necesidad. Todo ha quedado completamente claro. Será usted escoltado hasta su casa y volverá a ser un ciudadano particular..., en la medida en que el público lo permita.

—Gracias, muchas gracias. —Norman se sonrojó—. Me preguntaba... ¿Quién ha sido elegido?

Paulson meneó la cabeza.

—Tendrá que esperar al anuncio oficial. El reglamento se muestra muy severo al respecto. No podemos decírselo ni siquiera a usted. Supongo que lo comprende...

—Desde luego.

Norman parecía embarazado.

—El servicio secreto tendrá dispuestos los papeles necesarios para que los firme usted.

—Sí.

De pronto, Norman se sintió orgulloso, lleno de energía. Ufano y arrogante. En este mundo imperfecto, el pueblo soberano de la primera y mayor Democracia Electrónica habla ejercido una vez más, a través de Norman Muller (a través de él), su libre derecho al sufragio universal.

## Treta tridimensional (1956)

---

“The Brazen Locked Room (Gimmicks Three)”

—Vamos, vamos —dijo Shapur con bastante cortesía, considerando que se trataba de un demonio—. Está usted desperdiciando mi tiempo. Y el suyo propio también, podría añadir, puesto que sólo le queda media hora.

Y su rabo se enroscó.

—¿No es desmaterialización? —preguntó caviloso Isidore Wellby.

—Ya le he dicho que no.

Por centésima vez, Wellby miró el bronce que le rodeaba por todas partes sin solución de continuidad. El demonio se había permitido el impío placer (¿de qué otra clase iba a ser?) de señalar que el piso, el techo y las cuatro paredes carecían de rasgos diferenciales, y estaban formados todos ellos por planchas de bronce de sesenta centímetros soldadas sin unión.

Era la última estancia cerrada, y Wellby disponía sólo de otra media hora para salir de ella. El demonio le contemplaba con expresión de concentrada anticipación.

Isidore Wellby había firmado diez años antes, que se cumplían aquel día.

—Pagamos de antemano —insistió Shapur en tono persuasivo—. Diez años de todo cuanto desee, dentro de lo razonable. Al final, pasará a ser un demonio. Uno de los nuestros, con un nuevo nombre de demoníaca potencia y todos los privilegios que eso incluye. Apenas se dará cuenta de que está condenado. De todos modos, aunque no firme, tal vez acabe igual en el fuego, por el simple curso de los acontecimientos. Nunca se sabe... Fíjese en mí. No lo hago tan mal. Firmé, disfruté de mis diez años, y aquí estoy. No lo hago tan mal.

—En ese caso, si puedo terminar por condenarme, ¿por qué se muestra tan ansioso de que firme? —preguntó Wellby.

—No resulta fácil reclutar directivos para el infierno —respondió el demonio con un franco encogimiento de hombros, que intensificó el débil olor a bióxido sulfúrico que se advertía en el aire—. Todo el mundo especula para llegar al cielo. Una pobre especulación, pero así es. Yo creo que usted es demasiado sensible para eso. Pero entretanto nos encontramos con más almas condenadas de las que somos capaces de atender y una creciente penuria en el plano administrativo.

Wellby, que acababa de ser licenciado del ejército con muy poco entre las manos, a excepción de una cojera y la carta de despedida de una muchacha a la que en cierto modo amaba aún, se pinchó el dedo y suspiró.

Lógicamente, leyó primero el pequeño impreso. Tras la firma con su sangre, se depositaría en su cuenta cierta cantidad de poder demoníaco. No sabía en detalle cómo se manejaban aquellos poderes, ni siquiera la naturaleza de los mismos. Sin embargo, vería colmados sus deseos de tal modo que parecerían el producto de

mecanismos perfectamente normales.

Desde luego, no se cumpliría ningún deseo que interfiriese con los designios superiores y con los propósitos de la historia humana. Wellby enarcó las cejas ante esta cláusula.

Shapur carraspeó.

—Una precaución que nos ha sido impuesta por... ¡ejem!... arriba. Sea razonable. La limitación no le supondrá obstáculo alguno.

—Parece también una cláusula trampa.

—Algo de eso, sí. Después de todo, hemos de comprobar sus aptitudes para el puesto. Como ve, se establece que, al finalizar sus diez años, habrá de ejecutar una tarea para nosotros, una labor que sus poderes demoníacos le harán perfectamente posible realizar. No le diremos aún la naturaleza de esa tarea, pero dispondrá de diez años para estudiar sus poderes. Considere toda la cuestión como un examen de ingreso.

—Y si no paso la prueba, ¿qué?

—En tal caso —respondió el demonio—, será usted una vulgar alma condenada. —Y como al fin y al cabo era demonio, sus ojos fulguraron humeantes ante la idea, y sus ganchudos dedos se retorcieron como si los sintiera ya profundamente clavados en las partes vitales de su interlocutor. No obstante, añadió con suavidad—: ¡Oh, vamos! La prueba será sencilla. Preferimos tenerle como directivo que como un alma más en nuestras manos.

A Wellby, sumido en melancólicos pensamientos sobre su inasequible amada, le importaba muy poco por el momento lo que sucedería al cabo de diez años. Firmó.

Los diez años pasaron rápidamente. Como el demonio había predicho, Isidore Wellby se mostró razonable y las cosas marcharon bien. Aceptó un trabajo y, como aparecía siempre en el momento adecuado y en el lugar oportuno y siempre decía la palabra apropiada al hombre apropiado, alcanzó pronto un puesto de gran autoridad.

Las inversiones que hacía resultaban invariablemente beneficiosas. Y lo más gratificante era que su chica volvió a él con el arrepentimiento más sincero y la más satisfactoria adoración.

Su casamiento fue feliz y bendecido con cuatro criaturas, dos varones y dos hembras, todos ellos inteligentes y con un comportamiento razonable. Al final de los diez años, se hallaba en la cúspide de su autoridad, reputación y riqueza, en tanto que su mujer, al madurar, se había vuelto todavía más bella.

Y a los diez años (en el día justo, naturalmente) de establecer el pacto, se despertó para encontrarse, no en su dormitorio, sino en una horrible cámara de bronce de la más espantosa solidez, sin más compañía que la de un ávido demonio.

—Todo lo que tiene que hacer es salir de aquí y se convertirá en uno de los nuestros —le explicó Shapur—. Lo conseguirá con facilidad empleando con lógica

sus poderes demoníacos, siempre que sepa cómo manejarlos. A estas alturas, debería saberlo.

—Mi mujer y mis pequeños se inquietarán mucho por mi desaparición —dijo Wellby, con un comienzo de arrepentimiento.

—Hallarán su cadáver —manifestó el demonio en tono de consuelo—. Habrá muerto al parecer de un ataque al corazón. Celebrarán unos funerales magníficos. El sacerdote anunciará su subida al cielo, y nosotros no le desilusionaremos, como tampoco a quienes le estén escuchando. Vamos, Wellby, dispone usted de tiempo hasta el mediodía.

Wellby, que se había acorazado en su inconsciente durante los diez años para este momento, se sintió menos asaltado por el pánico de lo que podía haberlo estado. Miró inquisitivo a su alrededor.

—¿Está herméticamente cerrada esta habitación? ¿No hay aberturas secretas?

—Ninguna en paredes, piso o techo —dijo el demonio con deleite profesional ante su obra—. Ni tampoco en las intersecciones de cualquiera de las superficies. ¿Va a renunciar?

—No, no. Déme tan sólo tiempo.

Wellby meditó intensamente. No había señal alguna de cierre en la estancia. Sin embargo, se notaba como una corriente de aire. Tal vez penetrase por desmaterialización a través de las paredes. Acaso también el demonio había entrado así. Cabía en lo posible que él, Wellby, pudiera desmaterializarse para salir. Lo preguntó.

El demonio le respondió con una risita entre sus dientes afilados.

—La desmaterialización no forma parte de sus poderes. Ni tampoco la empleé yo para entrar.

—¿Está seguro?

—La cámara es de mi propia creación —manifestó petulante el demonio—. La construí especialmente para usted.

—¿Y penetró desde el exterior?

—Así fue.

—¿Y yo también podría hacerlo con los poderes demoníacos que poseo?

—En efecto. Mire, seamos precisos. No puede moverse a través de la materia, pero sí en cualquier dimensión, por un simple esfuerzo de su voluntad. Arriba y abajo, a derecha e izquierda, oblicuamente, etcétera, mas no atravesar la materia en modo alguno.

Wellby siguió cavilando, mientras Shapur le señalaba la suma e incommovible solidez de las paredes de bronce, del piso y del techo, y su inquebrantable acabado.

A Wellby le pareció obvio que Shapur, por mucho que creyera en la necesidad de reclutar directivos, estaba pura y simplemente conteniendo su demoníaco placer ante

la posibilidad de ver en sus garras una vulgar alma condenada, para jugar con ella al gato y al ratón.

—Cuando menos —dijo Wellby, con afligido intento de aferrarse a la filosofía—, me quedará el consuelo de pensar en los diez felices años de que disfruté. Seguro que eso significará un alivio y un consuelo hasta para un alma condenada en el infierno.

—En absoluto —denegó el demonio—. ¿Qué clase de infierno sería si se permitiesen consolaciones? Todo cuanto uno obtiene en la Tierra por pacto con el diablo, como en su caso (o el mío), es punto por punto lo mismo que se habría logrado sin tal pacto, de haber trabajado con laboriosidad y plena confianza en... arriba. Eso es lo que transforma tales convenios en algo tan auténticamente demoníaco.

Y el demonio rió con una especie de regocijado aullido.

Wellby exclamó lleno de indignación:

—¿Quiere decir que mi mujer hubiese vuelto a mí aunque no hubiese firmado el contrato?

—Cabe en lo posible —respondió Shapur—. Todo cuanto sucede es por voluntad de... arriba. Ni siquiera nosotros podemos cambiar eso.

El pesar de aquel momento debió de agudizar los sentidos de Wellby, pues fue entonces cuando se desvaneció, dejando la habitación vacía, excepto por la presencia de un sorprendido demonio. Y la sorpresa de éste se tomó furia cuando reparó en el contrato con Wellby que había estado sosteniendo en su mano hasta aquel momento para la acción final, en un sentido o en otro.

Diez años (día por día, claro) después de que Isidore Wellby hubiera firmado su pacto con Shapur, el demonio penetró en su despacho y le dijo con el mayor enojo:

—¡Mire aquí...!

Wellby alzó la vista de su trabajo, asombrado.

—¿Quién es usted?

—Sabe demasiado bien quién soy.

Y miró al hombre con ojos duros y penetrantes.

—En absoluto —respondió Wellby.

—Creo que dice la verdad, pero le refrescaré la memoria.

Y así lo hizo en el acto, detallando los acontecimientos de los últimos diez años.

—¡Ah, sí! —dijo Wellby—. Puedo explicarlo, desde luego, ¿pero está seguro de que no seremos interrumpidos?

—No, no lo seremos —respondió ceñudo el demonio.

—Bueno, pues me hallaba en aquella cámara cerrada de bronce y...

—No me interesa eso. Lo que quiero es saber...

—¡Por favor! Déjeme que lo cuente a mi modo.

El demonio contrajo las mandíbulas y exhaló tal cantidad de bióxido sulfúrico

que Wellby tosió y adoptó una expresión de sufrimiento.

—Si quisiera apartarse un poco... —rogó—. Gracias... Así, pues, me hallaba en aquella cámara cerrada de bronce y recuerdo que usted me exponía la ausencia de toda solución de continuidad en las cuatro paredes, el piso y el techo. Y se me ocurrió preguntarme por qué especificaba eso. ¿Qué más había, aparte de las paredes, el piso y el techo? Definía usted un espacio tridimensional, completamente circunscrito. Y eso era, en efecto. Tridimensional. La habitación no estaba incluida en la cuarta dimensión. No existía de forma indefinida en el pasado. Dijo que la había creado para mí. Pensé entonces que, si uno se trasladaba al pasado, llegaría a un punto en el tiempo, en el que no existía la cámara y, por lo tanto, se hallaría fuera de la misma. Más aún, usted había dicho que podía moverme en cualquier dimensión, y el tiempo se considera sin la menor duda una dimensión. En todo caso, tan pronto como decidí moverme hacia el pasado, me retrotraje a tremenda velocidad, y de repente el bronce desapareció.

Shapur clamó acongojado.

—Ya me lo imagino. No podría haber escapado de otra manera. Es ese contrato suyo lo que me preocupa. No se ha convertido en una vulgar alma condenada. De acuerdo, eso forma parte del juego. Pero al menos debe ser uno de los nuestros, un ejecutivo. Para eso se le pagó. Si no lo entrego abajo, me veré en un enorme lío.

Wellby se encogió de hombros.

—Lo siento por usted, desde luego, pero no puedo ayudarle. Debió de haber creado la cámara de bronce inmediatamente después de que yo estampara mi firma en el documento. Como no fue así, al salir de ella me encontré justo en el momento en que establecíamos nuestro convenio. Allí estaba usted de nuevo y allí estaba yo. Usted empujando el contrato hacia mí, y una pluma con la que me había de pinchar el dedo. Sin duda, al retroceder en el tiempo, el futuro se borró de mi recuerdo, pero no del todo al parecer. Al tenderme usted el contrato, me sentí inquieto. No recordé el futuro, pero me sentí inquieto. Por lo tanto, no firmé. Le devolví el contrato en blanco.

Shapur rechinó los dientes.

—Debí darme cuenta. Si las reglas de la probabilidad afectasen a los demonios, debiera de haberme desplazado con usted a este nuevo mundo supuesto. Tal como han sucedido las cosas, todo cuanto me queda por decir es que ha perdido los diez años felices que le abonamos. Es un consuelo. Y ya le atraparemos al final. Otro consuelo.

—¿Ah, sí? —replicó Wellby—. ¿De modo que hay consolaciones en el infierno? A través de los diez años que he vivido realmente, ignoré lo que acaso hubiera obtenido. Pero ahora que me trae usted a la memoria el recuerdo de «los diez años que pudieron haber sido», recuerdo también que en la cámara de bronce me dijo que

los convenios demoníacos no daban nada que no se obtuviera mediante la laboriosidad y la confianza en... arriba. He sido laborioso y he confiado.

Los ojos de Wellby se posaron sobre la fotografía de su bella esposa y los cuatro hermosos hijos. Luego, paseó la vista por el lujoso despacho, decorado con el mejor gusto.

—Puedo muy bien escapar por completo al infierno. También el decidir esto se halla fuera de su poder —añadió.

Y el demonio, lanzando un horrible chillido, se desvaneció para siempre.

## Cosas de niños (1953)

---

“Kid Stuff”

Pasada la primera punzada de náusea, Jan Prentiss dijo:

—¡Maldita sea...! ¡No eres más que un insecto!

Se trataba de la confirmación de un hecho, no de un insulto. La cosa que se posaba sobre el escritorio de Prentiss respondió:

—Desde luego.

Tenía unos treinta centímetros de longitud. Muy delgado, parecía la diminuta caricatura de un ser humano. Sus articulados brazos y piernas nacían a pares en la parte superior de su cuerpo, las segundas más largas y gruesas que los primeros, extendiéndose a lo largo del cuerpo y plegándose hacia delante en la rodilla.

La criatura se apoyaba sobre estas rodillas, y el extremo de su veloso abdomen asomaba sobre el escritorio de Prentiss.

Este tuvo tiempo sobrado para reparar en todos los detalles, pues el objeto no ponía objeción alguna al examen. Al contrario, se mostraba complacido, como si estuviera acostumbrado a despertar admiración.

—¿Quién eres? —preguntó Prentiss, dudando de su propia racionalidad.

Cinco minutos antes, sentado ante su máquina, trabajaba pausadamente en el cuento que había prometido al editor Horace W. Browne para el número mensual de la Farfetched Fantasy Fiction. Se sentía muy bien, en perfecta forma.

Y de pronto, había vibrado una ráfaga de aire justo a la derecha de la máquina de escribir, remolineando y condensándose luego en el pequeño horror que columpiaba sus negros y relucientes pies al borde de la mesa escritorio.

Prentiss se preguntó distraído cómo iba a contarle más tarde. Era la primera vez que su profesión afectaba tan crudamente a sus sueños. Tenía que ser un sueño, se dijo.

—Soy un avaloncio —habló el pequeño ser—. En otras palabras, soy de Avalón.

Su diminuto rostro acababa en una boca de tipo mandibular. Los ojos tenían irisaciones de múltiples tonalidades, y sobre cada ojo emergían dos ondeantes antenas de unos siete centímetros y medio de largo. No presentaba muestra alguna de nariz.

Pues claro que no, pensó Prentiss aturdido. Sin duda respira a través de orificios situados en el abdomen. En consecuencia, tal vez hablase con el abdomen. O quizá emplease la telepatía.

—¿Avalón? —repitió estúpidamente, y pensó: «¿Avalón? ¿El país de las hadas en tiempos del rey Arturo?»

—Eso es —dijo la criatura, respondiendo con afabilidad a su pensamiento—. Soy un elfo.

—¡Oh, no!



Prentiss se llevó las manos a la cara, las volvió a apartar y comprobó que el elfo seguía en el mismo sitio, aporreando con los pies el cajón superior del escritorio. Prentiss no era aficionado a la bebida, ni tampoco persona nerviosa. De hecho, sus vecinos le consideraban un tipo muy prosaico. Poseía un vientre respetable, una cantidad de pelo razonable pero no excesiva sobre su cabeza, una esposa cariñosa y un espabilado hijo de diez años. Desde luego, sus vecinos ignoraban que pagaba la hipoteca de su casa escribiendo fantasías de diversos tipos.

Sin embargo, hasta ahora su vicio secreto no le había afectado la mente. Claro que su mujer solía menear la cabeza al referirse a su afición. Opinaba que con eso desperdiciaba y hasta prostituía su talento.

—¿Quién va a leer ese tipo de cosas? —le decía—. Todas esas zarandajas sobre demonios, gnomos, anillos mágicos, duendes, tragos... ¡Todas esas chiquilladas, si quieres mi sincera opinión...!

—Estás en un completo error —replicaba Prentiss con engallada tiesura—. Las modernas fantasías son muy sofisticadas, elaborados tratamientos de motivos populares. Tras la fachada de la voluble y locuaz irrealidad, subyacen con frecuencia tajantes comentarios sobre el mundo de hoy. La fantasía al estilo moderno constituye esencialmente un alimento para adultos.

Blanche se encogía de hombros. Tales comentarios no suponían nada nuevo para ella.

—Además —añadía él—, gracias a esas fantasías pagamos la hipoteca, no lo olvides.

—Tal vez —replicaba ella—. Pero sería mejor que te dedicaras a las novelas de misterio. Así, al menos, venderías hasta cuatro ediciones e incluso nos permitiríamos confesar a los vecinos lo que haces para vivir.

Prentiss gimió para sus adentros. Si Blanche entrase en aquel momento y le encontrase hablando solo (resultaba demasiado real para un sueño; por fuerza, se trataba de una alucinación)..., se vería obligado a escribir novelas de misterio de por vida..., o a dejar su trabajo.

—Te equivocas por completo —habló el elfo—. No se trata ni de un sueño ni de una alucinación.

—¿Por qué no te marchas entonces?

—Eso me propongo. Este lugar no corresponde a mi ideal de vida. Y tú vendrás conmigo.

—¿Quién, yo? Ni hablar. ¿Quién diablos crees que eres para decirme lo que he de hacer?

—Si piensas que ésa es una manera respetuosa de hablar a un representante de una cultura más antigua, habría mucho que decir respecto a tu educación.

—Tú no representas a una cultura más antigua...

Le hubiera gustado añadir: «No eres más que un producto de mi imaginación». Pero había sido escritor durante demasiado tiempo como para decidirse a utilizar semejante tópico.

—Nosotros, los insectos —adujo glacialmente el elfo—, existíamos medio billón de años antes de que se inventase el primer mamífero. Vimos aparecer a los dinosaurios y los vimos desaparecer. En cuanto a vosotros, los seres humanos... no sois más que unos recién llegados.

Por primera vez, se fijó Prentiss en que en el lugar de donde emergían los miembros del elfo, se advertía un tercer par atrofiado, lo cual intensificaba la «insecticidad» del objeto. La indignación de Prentiss aumentó.

—No necesitas desperdiciar tu compañía con inferiores sociales —dijo.

—No lo haría —replicó el elfo—, pero la necesidad obliga a veces, ya sabes. Se trata de una historia bastante complicada. Sin embargo, cuando la hayas oído, desearás cooperar.

Prentiss se agitó inquieto.

—Mira, no dispongo de mucho tiempo. Blanche..., mi mujer, aparecerá por aquí de un momento a otro. Y se asustará.

—No vendrá. He bloqueado su mente.

—¿Qué?

—Algo completamente inofensivo, te lo aseguro. Pero después de todo, no podíamos permitir que nos molestasen, ¿verdad?

Prentiss volvió a sentarse en su silla, sintiéndose aturdido y desamparado.

El elfo prosiguió:

—Los elfos comenzamos nuestra asociación con vosotros, los seres humanos, inmediatamente después de que se iniciase la última era glacial. Como puedes imaginarte, aquella fue una época desdichada para nosotros. No disponíamos de caparzones como algunos animales, ni podíamos vivir en madrigueras como hicieron vuestros toscos antecesores. Mantenernos calientes precisaba de increíbles cantidades de energía psíquica.

—¿Increíbles cantidades de qué?

—De energía psíquica. Tú no conoces nada de todo eso. Tu mente es demasiado burda para captar el concepto. Por favor, no interrumpas... La necesidad nos condujo a experimentar con los cerebros de tus congéneres. Imperfectos, pero de gran tamaño. Las células eran ineficaces, casi inútiles, pero había gran número de ellas. Usamos esos cerebros como aparatos de concentración, una especie de lente psíquica, incrementando así la energía disponible que nuestras propias mentes destilaban. Sobrevivimos a dicha era glacial gracias a nuestro ingenio, sin necesidad de retirarnos a los trópicos como en eras glaciales precedentes. Desde luego, nos echamos a perder. Al volver el calor, no abandonamos a los seres humanos. Seguimos utilizándolos para

aumentar, en general nuestro nivel de vida. Viajábamos más rápidamente, comíamos mejor, hacíamos más cosas. Perdimos para siempre nuestro antiguo, simple y virtuoso sistema de vida. Y luego, estaba también la leche.

—¿La leche? —exclamó Prentiss—. No veo la relación.

—Un líquido divino. Sólo la probé una vez en mi vida. Pero nuestra poesía clásica habla de ella en tonos superlativos. En los viejos días, los hombres nos abastecían de ella en gran cantidad. Por qué los mamíferos de todas clases eran bendecidos con ella y no los insectos constituye un completo misterio... ¡Qué gran desgracia que los seres humanos nos abandonaran!

—¡Ah! ¿Os abandonaron?

—Hace doscientos años.

—Bien por nosotros.

—No seas mezquino —le reconvino el elfo con severidad—. Fue una asociación útil para ambas partes, hasta que vosotros aprendisteis a manejar las energías físicas en cantidad. Precisamente el tipo de gran hazaña de que vuestras mentes son capaces.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Es difícil de explicar. Era estupendo para nosotros iluminar nuestras fiestas nocturnas con luciérnagas cuya luz sosteníamos gracias a la energía psíquica de dos «hombres de vapor». Pero entonces vosotros, las criaturas humanas, instalasteis la luz eléctrica. Nuestra recepción a través de las antenas que poseemos alcanza a kilómetros de distancia, y vosotros inventasteis el telégrafo, el teléfono y la radio. Nuestros gnomos extraían el mineral con mucha mayor eficacia que los seres humanos, hasta que vosotros descubristeis la dinamita. ¿Me sigues?

—No.

—Seguramente no esperarás que unas criaturas sensitivas y superiores como los elfos, se resignasen a que un grupo de peludos mamíferos les sobrepasase. No hubiera sido tan malo de haber logrado imitar el desarrollo electrónico, pero nuestras energías psíquicas se mostraron insuficientes al respecto. Bueno, acabamos por apartarnos de la realidad. Nos marchitamos, languidecimos y decaímos. Llámalo si quieres complejo de inferioridad, pero desde hace dos siglos fuimos abandonando lentamente al género humano y nos retiramos a centros como Avalón.

Prentiss pensaba a toda velocidad.

—Pongamos las cosas en claro. ¿Podéis manejar nuestras mentes?

—Desde luego.

—¿Puedes hacerme creer que eres invisible? Hipnóticamente, quiero decir...

—Una burda expresión... pero sí.

—Y hace un momento cuando apareciste, alzaste una especie de bloqueo mental, ¿no es eso?

—Responderé a tus pensamientos, más que a tus palabras: no estás durmiendo, no

estás loco y no soy ninguna entidad sobrenatural.

—Sólo trataba de asegurarme. Conjeturo pues que puedes leer en mi mente.

—En efecto. Una labor más bien sucia y muy poco agradable, pero lo hago cuando debo hacerlo. Tu nombre es Prentiss y te dedicas a escribir relatos fantásticos. Tienes una larva que, en este momento, se encuentra en el lugar donde las instruyen. Sé mucho sobre ti.

—¿Y dónde se encuentra exactamente Avalón?

—Nunca lo hallarías. —El elfo castañeteó sus mandíbulas dos o tres veces—. Y no especules sobre la posibilidad de prevenir a las autoridades. Te meterían en un manicomio. Sin embargo, por si crees que el conocimiento puede servirte de algo, Avalón se encuentra en medio del Atlántico y resulta totalmente invisible. Desde que inventasteis el barco de vapor, los seres humanos os movéis de modo tan irracional, que nos hemos visto obligados a guarecer toda la isla bajo un escudo psíquico. Desde luego, tienen que producirse incidentes. En cierta ocasión, una nave inmensa y bárbara chocó contra nosotros. Se precisé de toda la energía psíquica de la población entera para dar a la isla la apariencia de un iceberg. «Titanic» creo que era el nombre pintado en la nave. Y en nuestros días, los aviones nos sobrevuelan sin parar y, a veces, algunos de ellos se estrellan en nuestro suelo. En cierta ocasión, recogimos un cargamento de botes de leche. Fue entonces cuando la probé.

—Bien, pero... ¡Maldita sea! ¿Por qué no sigues entonces en Avalón? ¿Por qué lo abandonaste?

—Me lo ordenaron —respondió con enojo el elfo—. ¡Los muy imbéciles!

—¿Cómo dices?

—Ya sabes lo que sucede cuando uno es algo diferente. No soy como el resto de ellos, y los pobres imbéciles, apegados a la tradición, lo tomaron a mal. Pura envidia. Ésa es la verdadera explicación. ¡Envidia!

—¿Y en qué sentido eres diferente?

—Dame esa bombilla. Basta con que la desenrosques. No necesitas una lámpara para leer durante el día.

Prentiss obedeció. Con un estremecimiento de repulsión, depositó el objeto en las pequeñas manos. Cuidadosamente, los dedos del elfo, tan tenues y alargados que parecían zarcillos, abarcaron la base de latón.

El filamento de la bombilla enrojeció poco a poco.

—¡Santo Dios! —exclamó Prentiss.

—Ese es mi gran talento —manifestó con orgullo el elfo—. Ya te he dicho que los elfos nunca habían logrado adaptar la energía psíquica a la electrónica. Yo sí lo he conseguido. Porque no soy un elfo vulgar, sino un mutante. ¡Un superelfo! Correspondo al estadio siguiente de nuestra evolución. Mira, esta luz se debe exclusivamente a la actividad de mi propia mente. Observa lo que ocurre cuando

empleo la tuya como foco.

Y al decirlo, el filamento de la bombilla se tornó incandescente hasta resultar penoso para la vista, mientras que una sensación vaga, cosquilleante pero no desagradable, penetraba en el cráneo de Prentiss.

La bombilla se apagó, y el elfo la dejó sobre el escritorio, detrás de la máquina de escribir.

—No lo he intentado todavía —manifestó ufano—, pero creo que puedo también fisionar el uranio.

—Sí, pero..., mantener una bombilla encendida requiere energía. ¿Cómo vas a mantenerla...?

—Ya te he hablado de la energía psíquica. ¡Gran Oberón! Trata de comprenderlo, humano.

Prentiss se sentía cada vez más inquieto. Preguntó con cautela:

—¿Y en qué pretendes emplear ese don que posees?

—Volveré a Avalón, desde luego. Debería dejar a aquellos imbéciles que corrieran a su ruina, pero un elfo ha de tener cierto patriotismo, aun siendo un coleóptero.

—¿Un qué?

—Nosotros, los elfos, no formamos en absoluto una especie... Yo desciendo del escarabajo, ¿sabes?

Se puso en pie sobre el escritorio y volvió la espalda a Prentiss. Lo que había parecido una simple cutícula negra y reluciente se abrió y se alzó de pronto, emergiendo dos alas membranosas y veteadas.

—¡Ah! ¿Puedes volar?

—Se precisa ser un verdadero sandio para no darse cuenta de que peso demasiado para volar —dijo desdeñoso el elfo—. Pero son atractivas, ¿verdad? ¿No te gusta su iridiscencia? Comparadas con ellas, las alas de los lepidópteros resultan desagradables. Chillonas y poco delicadas. Más aún, siempre las tienen al descubierto.

—¿Los lepidópteros? —exclamó Prentiss, sumido ya en una total perplejidad.

—Sí, del clan de las mariposas. Unos petulantes. Pavoneándose a la vista de los humanos para que los admiren. Espíritus mezquinos, en cierto modo. Por eso vuestras leyendas prestan siempre a las hadas alas, de mariposa, en vez de escarabajo, pese a ser éstas mucho más bellas y diáfanas. Daremos a los lepidópteros lo que se merecen, cuando volvamos, tú y yo.

—Oye...

—Piensa en nuestras orgías nocturnas sobre el césped mágico... Un fulgor de destellante luz, brotando de ensortijamientos de tubos de neón —atajó el elfo, moviéndose pendularmente en lo que parecía el éxtasis propio de su especie—.

Despediremos a los enjambres de avispas que uncimos a nuestros carros volantes e instalaremos en su lugar motores de combustión interna. Dejaremos de acurrucarnos en hojas cuando llega la hora de dormir y construiremos fábricas para producir colchones decentes. Te lo aseguro, viviremos... Y los demás tendrán que comer basura por haberme expulsado.

—¡Pero yo no puedo acompañarte! —baló Prentiss—. Tengo mis responsabilidades... Me debo a mi mujer y a mi hijo. No pretenderás arrancar a un hombre de sus... de sus larvas, ¿no?

—No soy cruel —respondió el elfo, posando su mirada sobre Prentiss—. Tengo un alma sensible, como corresponde a mi condición. Sin embargo, ¿qué alternativa me queda? He de disponer de un cerebro humano para el enfoque, de lo contrario no lograría nada. Y no todos los cerebros humanos son idóneos.

—¿Por qué no?

—¡Gran Oberón, criatura! Un cerebro humano no es algo pasivo, de madera o de piedra. Tiene que cooperar. Y únicamente cooperará si se da cuenta cabal de nuestra facultad de duendes para manipularlo. Por ejemplo, tu cerebro me vale, pero el de tu mujer me resultaría inservible. Me llevaría años hacerle comprender quién y qué soy.

—¡Eso es un maldito insulto! —protestó Prentiss—. ¿Pretendes decirme que creo en hadas y duendes? Pues quiero que sepas que soy un racionalista integral.

—¿Ah, sí? Cuando me revelé a ti, pensaste ligeramente en sueños y alucinaciones, pero me hablaste, me aceptaste. Tu mujer habría chillado y caído en un ataque de histeria.

Prentiss quedó silencioso. No se le ocurría respuesta alguna.

—Ahí está el problema —dijo desalentado el elfo—. Prácticamente todos los humanos os habéis olvidado de nosotros desde que os abandonamos. Vuestras mentes se han cerrado, convirtiéndose en inútiles. Desde luego, vuestras larvas creen en las leyendas sobre el «pueblo diminuto», pero sus cerebros están aún subdesarrollados y sólo son aptos para procesos sencillos. Cuando maduran, pierden la creencia. Francamente, no sé qué haría si no fuese por vosotros, los escritores de relatos fantásticos.

—¿A qué te refieres con eso de escritores de relatos fantásticos?

—Sois los pocos adultos que siguen creyendo en el pueblo de los insectos. Y tú, Prentiss, el que más de todos. Te has dedicado a escribir relatos fantásticos por espacio de veinte años.

—Estás loco. No creo en las cosas que escribo.

—Sí que crees. No puedes remediarlo. Quiero decir que, mientras escribes, te tomas muy en serio el tema que tratas. Y con el tiempo, tu mente ha aprendido de manera natural la utilidad... ¡Bah! ¿A qué discutir? Ya te he utilizado. Viste iluminarse la bombilla. Así pues, debes venir conmigo.

—Pero es que no quiero. —Prentiss se apartó obstinado—. ¿Vas a imponerte a mi voluntad?

—Podría hacerlo. Sin embargo, corro el peligro de hacerte daño, cosa que no deseo. Por ejemplo, en caso de que no accedas a venir, haría pasar una corriente eléctrica de alto voltaje a través de tu mujer. Me repugnaría muchísimo verme obligado a ello, pero según tengo entendido tus propios congéneres ejecutan así a los enemigos públicos, de manera que sin duda hallarías el castigo menos horrible que yo. No desearía parecer brutal ni siquiera a los ojos de un humano.

Prentiss sintió que el sudor perlaba el corto pelo de sus sienes.

—Espera —dijo—, no hagas nada de eso. Examinemos la cuestión.

El elfo extendió sus membranosas alitas, las agitó y volvió a plegarias.

—Hablar, hablar, hablar... ¡Qué agotador! Seguramente tendrás leche en casa. No eres un anfitrión muy atento. De lo contrario, me habrías ofrecido algo para refrescarme.

Prentiss trató de enterrar el pensamiento que acababa de ocurrírsele, de apartarlo en lo posible de la superficie de su mente. Dijo, como al azar:

—Tengo algo mejor que leche. Iré a buscarlo.

—Quédate donde estás. Llama a tu mujer. Ella lo traerá.

—Pero no quiero que te vea... Se asustaría.

—No te preocupes por eso —repuso el duende—. La manejaré de tal modo que no se turbará lo más mínimo.

Prentiss levantó el brazo.

—Un ataque por tu parte resultaría siempre más lento que la corriente eléctrica con que heriría a tu mujer.

El brazo de Prentiss descendió. Se encaminó a la puerta de su despacho, llamando desde ella:

—¡Blanche!

La vio abajo, en la salita de estar, sentada en el sofá próximo a la librería. Parecía dormir con los ojos abiertos. Prentiss se volvió hacia el duende:

—Creo que le pasa algo...

—Está sólo en estado de relajación. Te oiré. Dile lo que ha de hacer.

—¡Blanche! —volvió a llamar Prentiss—. Trae la jarra del ponche y un vaso pequeño, ¿quieres?

Sin otra señal de vida, a excepción del simple movimiento, Blanche se puso en pie y desapareció de su vista.

—¿Qué es ponche? —preguntó el elfo.

Prentiss simuló entusiasmo.

—Una mezcla de leche, azúcar y huevos, batida hasta que toma una deliciosa consistencia. La leche no es más que una pócima comparada con esto.

Blanche entró con el ponche. Su lindo rostro aparecía inexpresivo. Sus ojos se volvieron hacia el elfo, pero no se iluminaron con el brillo de la comprensión.

—Aquí lo tienes, Jan —dijo.

Y se sentó en la vieja butaca de cuero situada junto a la ventana, con las manos desmadejadas sobre el regazo. Prentiss la contempló inquieto por un instante.

—¿Vas a dejarla aquí? —preguntó al elfo.

—Sí, así será más fácil de controlar... Bien, ¿no vas a ofrecerme ese ponche?

—¡Ah, sí, desde luego! Aquí lo tienes.

Vertió el blanco y espeso liquido en el vaso de cóctel. Dos noches antes, había preparado cinco botellas para los chicos de la New York Fantasy Association, y lo había regado generosamente con alcohol, sabiendo que así era como les gustaba.

Las antenas del elfo se agitaron con violencia.

—¡Un aroma celestial! —musitó.

Enlazó con los extremos de sus delgados brazos el pie de la pequeña copa y la alzó hasta su boca. El nivel del liquido descendió. Una vez llegado a la mitad, bajó el vaso, suspirando.

—¡Oh, lo que se ha perdido mi pueblo! ¡Qué creación! ¿Cómo puede existir algo semejante? Nuestros historiadores cuentan que, en tiempos muy antiguos, un duende excepcionalmente feliz se las apañó para ocupar el puesto de una larva humana recién nacida, disfrutando así del liquido fresco. Sin embargo, no creo que ni siquiera él probara nada semejante a esto...

Prentiss preguntó con un asomo de interés profesional:

—Así que ésa es la idea que subyace bajo todas esas historias de sustitución de niños, ¿eh?

—Exactamente. La hembra humana posee un gran don. ¿Por qué no aprovecharlo?

El duende volvió la vista al escote de Blanche y suspiró de nuevo. Prentiss le instó (no con demasiada avidez, sino con cierta condescendencia):

—Puedes beber cuanto quieras.

También él contempló a Blanche, en espera de que diese alguna muestra de animación, síntoma de que el control del elfo empezaba a disminuir.

—¿Cuándo regresa tu larva del lugar de instrucción? La necesito —dijo éste.

—Pronto, pronto —respondió nervioso Prentiss.

Consultó su reloj de pulsera. En realidad, su hijo Jan estaría de vuelta en unos quince minutos, pidiendo a gritos un trozo de tarta y un vaso de leche.

—Llénala —apremió el elfo—. ¡Anda, llénala!

Y saboreó complacido la nueva copa.

—En cuanto llegue la larva, te marcharás.

—¿Adónde?



—A la biblioteca. Tráete algunas obras sobre electrónica. Necesito detalles sobre cómo construir televisores, teléfonos y todo eso. He de recoger datos y normas para el tendido, instrucciones para la construcción de tubos de vacío... ¡Detalles, Prentiss, detalles! Nos espera una tarea tremenda. Perforación petrolífera, refinado, motores, agricultura científica... Entre tú y yo erigiremos una nueva Avalón. Una Avalón técnica. Un país de hadas científico. Crearemos un nuevo mundo.

—¡Grandioso! —aplaudió Prentiss—. Pero no descuides tu be...

—Ya ves. La idea va prendiendo en ti —exclamó el elfo—. Y obtendrás tu recompensa. Tendrás una docena de mujeres para ti solo.

Prentiss miró automáticamente a Blanche. Ninguna señal de haber oído, mas, ¿quién podría asegurarlo?

—Me basta con la que tengo...

—Vamos, vamos —manifestó el elfo en tono de censura—, sé sincero. Vosotros, los varones humanos, sois bien conocidos de nuestro pueblo como criaturas lascivas y bestiales. Durante generaciones, nuestras madres han atemorizado a sus criaturas amenazándolas con la venida del ser humano... ¡Ah, la juventud! —exclamó, alzando la copa en el aire y brindando—: ¡Por mi propia juventud!

Y la vació de un trago.

—¿Por qué no la llenas otra vez? —sugirió al punto Prentiss—. Anda, vuélvela a llenar.

Así lo hizo el elfo.

—Quiero tener muchos hijos. Elegiré las mejores hembras coleópteros y multiplicaré mi linaje. La mutación proseguirá. En estos momentos soy el único, pero cuando seamos una docena, o cincuenta, los cruzaré y desarrollaré..., desarrollaré la raza del superelfo. Una raza de electro... ¡Hip...! De electrónicas maravillas e infinito futuro... Si pudiese beber un poco más... ¡Néctar! ¡El néctar primigenio!

Se oyó el súbito ruido de una puerta abierta de par en par y una voz juvenil que llamaba:

—¡Mami! ¡Eh, mami!

El elfo, con sus brillantes ojos algo turbios, continuó:

—Y después, comenzaremos a ocuparnos de los seres humanos. Primero, un poco de fe. El resto ya se lo..., hip..., enseñaremos. Será como en los viejos tiempos, pero mejorado. Un elfismo más eficaz, una unión más estrecha...

La voz del pequeño Jan se oyó más próxima, teñida de impaciencia:

—¡Eh, mami! ¿Es que no estás en casa?

Prentiss sintió que se le dilataban los ojos a causa de la tensión. Blanche seguía sentada rígidamente. La voz del elfo se tornaba pastosa, su equilibrio un poco inestable. Prentiss pensó que aún estaba a tiempo, si se atrevía a correr el riesgo.

—¡Vuelve a sentarte! —ordenó perentorio el elfo—. No vayas a cometer una

estupidez... Desde el primer momento en que estableciste tu ridículo plan, sabía que había alcohol en el ponche. Los seres humanos os pasáis de listos. Los duendes tenemos muchos proverbios sobre vosotros. Por fortuna, el alcohol nos produce muy poco efecto. Si al menos lo hubieras preparado a base de aguardiente, con una pizca de miel... ¡Vaya, aquí está la larva! ¿Cómo estás, pequeña cría de hombre?

Había detenido la copa a medio camino de sus mandíbulas al aparecer Jan hijo en el dintel de la puerta. El chico tenía diez años. Llevaba la cara moderadamente sucia, y el pelo inmoderadamente enredado. Sus ojos grises reflejaron una expresión de extrema sorpresa, y sus libros escolares oscilaron al final de la correa que los ataba y cuyo extremo sostenía en la mano.

—¡Papá! —exclamó—. ¿Qué le pasa a mamá? Y... ¿Y qué es eso?

El elfo ordenó a Prentiss:

—Anda, corre a la biblioteca. No perdamos más tiempo. Ya sabes los libros que necesito.

Todo rastro de incipiente embriaguez se había volatilizado de la criatura. La moral de Prentiss se derrumbó. Aquel ser había estado jugando con él.

Se levantó para cumplir la orden, mientras el elfo seguía diciendo:

—Y no me salgas con nada humano. Nada de trucos. Recuerda que tengo como rehén a tu mujer. Puedo utilizar la mente de la larva para matarla. Basta con ella. Sin embargo, no deseo hacerlo. Soy miembro de la Sociedad Ética Duendística, que propugna un trato considerado para los mamíferos hembras, por lo que puedes confiar en mis nobles principios, siempre que cumplas mis instrucciones.

Prentiss sintió que le inundaba un vehemente impulso de marcharse. Dando traspiés, se encaminó a la puerta.

—¡Papá, esto habla! —gritó el pequeño Jan—. Dice que va a matar a mamá. ¡Eh, no te vayas!

Prentiss se hallaba ya fuera de la habitación, cuando oyó al duende decir:

—No me mires con esa fijeza, larva. No haré daño a tu madre si haces exactamente lo que te digo. Soy un elfo, un duende. Ya sabes lo que es eso.

Y había llegado a la puerta delantera cuando oyó la voz atiplada de su hijo gritar salvajemente, al par que Blanche lanzaba chillido tras chillido, en estremecido tono de soprano.

El fuerte aunque invisible resorte que le arrastraba fuera de la casa saltó y se desvaneció. Cayó de espaldas, se enderezó y se precipitó escaleras arriba...

Blanche, visiblemente animada de palpitante vida, se hallaba en un rincón, rodeando con sus brazos a un lloroso Jan.

Sobre el escritorio, habla un aplastado caparazón negro, cubriendo una pulpa pringosa, de la que manaba un líquido incoloro.

El chiquillo sollozaba histéricamente:

—¡Le pegué! ¡Le di con los libros! ¡Le estaba haciendo daño a mamá!

Pasó una hora. Prentiss sintió que el mundo de la normalidad iba filtrándose de nuevo por los intersticios que había dejado la criatura de Avalón. El elfo quedó reducido a cenizas en el incinerador que había detrás de la casa. El único resto de su existencia se reducía a una húmeda mancha al pie de la mesa del despacho.

Blanche seguía con una palidez enfermiza. Marido y mujer hablaron cuchicheando:

—¿Cómo está el chico?

—Viendo la televisión.

—¿Se encuentra bien?

—Él está estupendamente, pero yo voy a tener pesadillas durante semanas.

—Lo sé. Ocurrirá así a menos que descartemos lo pasado de nuestras mentes. No creo que volvamos a ver otra de esas... cosas por aquí.

—No puedo explicarte lo espantoso que fue —dijo Blanche—. Oí cada palabra que decía, incluso cuando me encontraba abajo, en la sala de estar.

—Se trataba de telepatía, ¿sabes?

—Me resultaba imposible moverme. Luego, cuando te marchaste, logré hacerlo ligeramente. Intenté gritar, pero todo cuanto conseguí fue gemir y sollozar. De repente, Jan lo aplastó, y entonces me sentí libre. No comprendo cómo sucedió.

Prentiss sintió una triste satisfacción.

—Creo que yo sí lo sé. Me tenía bajo su control debido a que acepté la verdad de su existencia. Y te tenía a raya a ti a través de mí. Cuando abandoné la habitación, la creciente distancia hizo más difícil el empleo de mi mente como una lente psíquica. Pudiste comenzar a moverte. Cuando llegué a la puerta de la calle, el elfo pensó que ya era hora de pasar la conexión de mi mente a la del chiquillo. Ese fue su error.

—¿En qué sentido?

—Se imaginó que todos los niños creen en hadas y duendes. Estaba equivocado. Los chicos norteamericanos de hoy no creen en eso. Jamás oyeron hablar de ellos. Creen en Tom Corbett, en Hopalong Cassidy, en Dick Tracy, en Howdy Doody, en Superman y en otra docena de cosas, pero no en los cuentos de hadas. El duende no se dio cuenta de los súbitos cambios culturales logrados por los libros y revistas de historietas y por la televisión. Cuando intentó captar la mente de Jan, no lo consiguió. Antes de que recobrara su equilibrio psíquico, el chico le atacó de modo fulminante, presa de pánico al pensar que iba a hacerte daño. Siempre lo dije, Blanche. Los antiguos motivos populares de leyenda sobreviven sólo en las obras modernas de literatura fantástica, y ésta es sólo pasto para los adultos. ¿Comprendes ahora mi punto de vista?

—Sí, querido —respondió Blanche con humildad.

Prentiss se metió las manos en los bolsillos y rió quedamente entre dientes.

—Mira, Blanche, la próxima vez que vea a Walt Rae, le diré que he decidido escribir sobre eso. Me parece que ya es hora de que los vecinos sepan...

Jan hijo, sosteniendo en la mano una enorme rebanada de pan con mantequilla, entró en el despacho de su padre en busca del oscurecido recuerdo. Papá le dio unas palmaditas en la espalda y mamá le sirvió más pan con mantequilla. Estaba comenzando a olvidarlo todo. Sobre la mesa del despacho había un ser estrafalario capaz de hablar que...

Mas todo había sucedido con tanta rapidez que los detalles se entremezclaban en su cerebro.

Se encogió de hombros y, a la última luz del sol del atardecer, lanzó una ojeada a la cuartilla a medio escribir metida en la máquina de su padre y luego al pequeño montón de papel sobre la mesa.

Leyó un rato, frunció los labios y murmuró:

—¡Caray! Otra vez esas bobadas de hadas y duendes. ¡Siempre cosas de críos!

Y abandonó la habitación.

## El lugar acuoso (1956)

---

“The Watery Place”

Jamás tendremos viajes espaciales. Y lo que es más, ningún extraterrestre aterrizará nunca en la Tierra... Al menos ninguno más.

No me estoy mostrando simplemente pesimista. A decir verdad, el viaje espacial es posible, y los extraterrestres han aterrizado. Lo sé. Las astronaves cruzan el espacio entre un millón de mundos, pero nunca llegaremos a ellos. Eso también lo sé. Y todo a causa de un ridículo error.

Me explicaré.

Fue en efecto un error de Bart Cameron, por lo demás muy comprensible. Bart Cameron es el sheriff de Twin Gulch, Idaho, y yo, su delegado. Bart Cameron, hombre de por sí impaciente, se impacienta todavía más cuando ha de efectuar su declaración de renta. Cosa natural, ya que, además de su cargo de sheriff, posee un almacén —que él mismo regentea—, tiene intereses en un rancho de ovejas, hace algún trabajo de experimentación, disfruta de una pensión por ser un veterano inválido (una rodilla estropeada) y otras cosas por el estilo, lo cual lógicamente complica su declaración de renta.

No le iría tan mal si permitiera que algún recaudador de impuestos le llenara los impresos, pero insiste en hacerlo personalmente, lo cual le convierte en un hombre amargado. Hacia el 14 de abril, está inabordable.

Así, no pudo ocurrir nada peor que el hecho de que el platillo volante aterrizara justo el 14 de abril de 1956.

Yo lo vi aterrizar. Mi silla estaba apoyada contra la pared, en el despacho del sheriff, y me hallaba mirando a las estrellas a través de las ventanas, sintiéndome demasiado perezoso para volver a mi tienda y preguntándome si debía presentar mi dimisión y largarme o quedarme escuchando las maldiciones y juramentos de Cameron, mientras repasaba sus columnas de cifras por ciento-vigésimo-séptima vez.

Al principio semejaba una estrella fugaz. Luego, la estrella de luz se ensanchó en dos chorros parecidos a escapes de cohete, y por último el objeto descendió con suavidad y sin detenerse, sin un sonido. Una hoja seca habría producido un murmullo más fuerte al caer y chocar contra el suelo. Dos hombres salieron del aparato.

Fui incapaz de decir ni hacer nada; ni tragar saliva ni apuntar con el dedo, ni siquiera desorbitar los ojos. Me quedé sentado e inmóvil.

¿Y Cameron? Ni siquiera alzó la vista.

Hubo un golpe en la puerta, que no estaba cerrada y acabó de abrirse, entrando los dos hombres del platillo volante. Yo habría pensado que se trataba de unos ciudadanos cualquiera, de no haber visto el artefacto aterrizar en la maleza. Llevaban trajes de un tono gris que recordaba el carbón vegetal, con blancas camisas y guantes

marrones. Calzaban zapatos negros y lucían sombreros flexibles del mismo color. Eran de tez oscura, pelo negro y ondulado y ojos castaños. Sus caras y miradas mostraban una expresión de gran seriedad, y medían alrededor del metro cincuenta. Tenían un gran parecido.

¡Dios, qué espantado me sentía!

Cameron, en cambio, alzó la vista al abrirse la puerta y frunció el entrecejo. Creo que, de ordinario, habría reído hasta saltársele el botón del cuello de la camisa al ver indumentarias como aquéllas en Twin Gulch, pero se hallaba tan absorto en la redacción de sus impresos que ni siquiera esbozó una sonrisa.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó, dando unas palmadas sobre los impresos de la declaración, en evidente señal de que no disponía de mucho tiempo.

Uno de los dos individuos se adelantó.

—Hemos mantenido a su gente bajo observación durante mucho tiempo.

Pronunciaba cada palabra cuidadosamente y como por separado.

—¿A mi gente? Toda mi familia se reduce a mi mujer. ¿En qué lío se ha metido?

El tipo prosiguió:

—Escogimos esta localidad para nuestro primer contacto debido a su aislamiento y su tranquilidad. Sabemos que es usted el jefe aquí.

—Soy el sheriff, si se refiere a eso. Vamos, escúpalo. ¿Qué les sucede?

—Hemos puesto gran cuidado en adoptar su forma de vestir, incluso su aspecto.

—¿Esa es mi forma de vestir?

Sin duda, se había fijado en los atavíos de aquellos seres por primera vez.

—La forma de vestir de su clase social dominante. También hemos aprendido su idioma.

Por la expresión de Cameron, se vio que se encendía una luz en su cerebro:

—¡Ah! ¿Son ustedes extranjeros?

A Cameron le importaban un comino los extranjeros, no habiendo conocido a muchos de ellos a no ser en el ejército, pero por regla general procuraba mostrarse amable con ellos.

—¿Extranjeros? —repitió el hombre del platillo—. Pues sí, realmente lo somos. Venimos del lugar acuático que vuestro pueblo llama Venus.

Yo estaba reuniendo fuerzas para pestañear, pero no me condujo a nada. Había visto el platillo volante. Lo había visto aterrizar. ¡Tenía que creer en sus palabras! Aquellos hombres... o más bien aquellos seres... provenían de Venus.

Pero Cameron nunca pestañeaba.

—Está bien —dijo—. Se encuentran en Estados Unidos. Todos tenemos los mismos derechos, sin que importen la raza, el credo, el color o la nacionalidad. Estoy a su servicio. ¿En qué puedo serles útil?

—Deseamos que tome disposiciones inmediatas para que los hombres

importantes de sus Estados Unidos, como los llaman ustedes, vengan aquí para entablar las discusiones conducentes a la adhesión de su pueblo a nuestra organización.

Cameron empezó a ponerse rojo.

—¿Que nuestro pueblo se adhiera a su organización? Formamos parte de la ONU, y Dios sabe de cuántas más. ¿Y se imaginan que voy a traer al presidente aquí, eh? ¿Ahora mismo? ¿A Twin Gulch? ¿Mediante un mensaje urgente?

Me miraba como si buscara una sonrisa en mi cara, pero me hubiera caído al suelo de retirarme la silla en que estaba sentado.

—La rapidez es muy de desear manifestó el hombre del platillo.

—¿Y desea que acudan también los componentes del Congreso? ¿Y los senadores?

—Si cree que servirán de alguna ayuda...

Cameron estalló. Golpeando con el puño los impresos de su declaración de renta, aulló:

—¡Pues ustedes no me sirven de ninguna y no dispongo de tiempo para atender a todos los chiflados que se presenten por aquí, en especial si son extranjeros! ¡Váyanse al diablo! Y pronto. Si no desaparecen inmediatamente, les meteré en chirona por perturbar la paz. ¡Y no les dejaré salir en su vida!

—¿De modo que quiere que nos marchemos? —preguntó el hombre de Venus que llevaba la voz cantante.

—¡Y en seguidita! ¡Váyanse a paseo por donde han venido y no vuelvan nunca más! No quiero verles otra vez por aquí. Ni a ustedes ni a nadie por el estilo.

Los dos hombres se miraron. En sus caras hubo una serie de ligeras contracciones. Después, el mismo que había llevado todo el tiempo la voz cantante afirmó:

—Puedo ver en su mente que realmente desea con gran intensidad que se le deje solo. No entra en nuestras costumbres forzar a participar en nuestra organización a quien no lo desea. Respetamos su aislamiento y nos vamos. No volveremos. Dispondremos un círculo de prevención en tomo a su pueblo. Nadie entrará en él, y tampoco su gente podrá traspasarlo.

—¡Oiga usted! —barbotó Cameron—. Ya estoy harto de tantas tonterías, así que voy a contar hasta tres...

Los dos venusianos giraron sobre sus talones y se marcharon, y yo supe que todo cuanto habían dicho era cierto. Les estuve escuchando, cosa que Cameron no hacía, debido a que sólo pensaba en su declaración de renta. Para mí fue como si oyese sus mentes... ¿Comprenden lo que quiero decir? Sabía que crearían una especie de valla en tomo a la Tierra que nos mantendría como en un corral, impidiéndonos abandonarla y que otros entrasen en ella. Lo sabía.

Cuando ambos individuos desaparecieron, recuperé el habla... Demasiado tarde.

—¡Cameron! —chillé—. ¡Por el amor de Dios, venían del espacio! ¿Por qué los ha despedido?

—¿Del espacio? —repitió, mirándome con fijeza.

—¡Mire! —aullé.

No sé cómo lo conseguí, pesando como pesa trece kilos más que yo, pero le cogí del cuello de la camisa y casi lo arrastré hasta la ventana.

Estaba demasiado sorprendido para resistirse. Cuando recuperé lo bastante el sentido como para dar aparentes muestras de que iba a asestarme un puñetazo, reparó en lo que acontecía en el exterior, a través de la ventana, y se quedó sin respiración.

Los dos individuos entraban en aquel momento en el platillo volante, grande, redondo, reluciente y poderoso. Se alzó un poco, ligero como una pluma. Surgió un fulgor rojo anaranjado en uno de sus lados, fulgor que se tomó cada vez más brillante, al tiempo que la nave se hacía más pequeña, hasta convertirse de nuevo en una estrella fugaz, que fue desvaneciéndose lentamente.

—¿Sheriff, por qué los ha despedido? —insistí—. Tenían que ver al presidente. Ahora no volverán nunca más.

—Pensé que eran extranjeros —se disculpó Cameron—. Han dicho que habían tenido que aprender nuestro idioma. Y hablaban de una manera muy chusca.

—Claro, claro... Extranjeros.

—Ellos lo confirmaron. Parecían italianos. Yo pensé en efecto que eran italianos.

—¿Cómo podían ser italianos? Han dicho que venían del planeta Venus. Les he oído muy bien. Eso es lo que han dicho.

—¡El planeta Venus...!

Los ojos de Cameron se abrieron desmesuradamente, redondeándose como los de un búho.

—Eso es. Lo denominaron lugar acuático, o algo semejante. Ya sabe que Venus tiene gran cantidad de agua.

Así que ya ven. Se debió sólo a un error, un estúpido error del tipo que cualquiera puede cometer. Pero a causa de él, la Tierra no conseguirá nunca efectuar viajes espaciales. Jamás aterrizaremos en la Luna, ni nos visitarán de nuevo los venusianos. Y todo por culpa de Cameron y su maldita declaración de renta.

Entretanto, él murmuraba:

—¿Venus? ¡Cuándo hablaron del lugar acuático, pensé que se referían a Venecia!



# Espacio vital (1956)

---

“Living Space”

Clarence Rimbrow no ponía más objeciones al hecho de vivir en la única casa de un planeta deshabitado de las que pondría cualquier otra persona entre el trillón de habitantes de la Tierra.

Si alguien le hubiese preguntado con respecto a sus posibles objeciones, habría mirado desconcertado a su interlocutor. Sin duda, su casa era mucho más espaciosa que ninguna de la Tierra, y mucho más moderna. Contaba con abastecimiento independiente de aire y de agua y guardaba gran cantidad de alimentos en sus frigoríficos. Se hallaba aislada del planeta sin vida al cual la fijaba un campo de fuerzas, pero las habitaciones se alzaban junto a una granja de dos hectáreas (bajo cristales, desde luego), la cual, gracias a la benéfica luz solar, daba flores para el placer y vegetales para la salud. Hasta criaba unos cuantos pollos. Procuraba a la señora Rimbrow alguna labor para las tardes y significaba un lugar para que los dos pequeños Rimbrow jugaran cuando se cansaban de estar encerrados.

Además, si se deseaba volver a la verdadera Tierra, si se insistía en ello, si se quería de verdad tener gente y aire alrededor, así como agua para nadar, sólo se precisaba cruzar la puerta delantera de la casa.

Entonces, ¿dónde estaba la dificultad?

Tampoco hay que olvidar que en el planeta sin vida sobre el que se hallaba emplazada la casa de Rimbrow, el silencio era total, excepto en caso de viento o lluvia, con sus monótonos efectos. Y el aislamiento, completo, así como cabal la sensación de absoluta propiedad respecto a los tres millones de kilómetros cuadrados de la superficie planetaria.

Clarence Rimbrow apreciaba todo aquello a su distante manera. Era contable, hábil en el manejo de modelos de ordenadores muy perfeccionados, preciso en sus modales e indumentaria, no muy dado a la sonrisa bajo su breve y bien recortado bigote y debidamente consciente de su propia valía. Cuando iba del trabajo a casa, pasaba por el lugar que hubiera ocupado su vivienda en la verdadera Tierra. Jamás dejaba de mirarlo con cierta presunción.

Bueno, por razones de negocios o trabajo, o por una especie de perversión mental, había quien vivía aún en la verdadera Tierra. Mala cosa. Después de todo, el suelo de la Tierra tenía que proporcionar los minerales y abastecer del básico alimento a su trillón de habitantes (en cincuenta años, llegarían a dos trillones). En esas condiciones, el espacio suponía un premio. Las casas de la Tierra no podían ser mayores, y a las personas que vivían en ellas no les quedaba más remedio que someterse al hecho.

Incluso el proceso de regresar a la suya encerraba un suave placer. Penetraba en el

disco comunitario que le estaba asignado (y que semejaba más bien, como todos ellos, un achaparrado obelisco) e invariablemente hallaba a otros que esperaban para utilizarlo. Y aún llegarían más, antes de que él alcanzara el extremo de la línea. Se trataba de una época sociable.

«¿Cómo es su planeta?» ¿Y cómo es el suyo?» La acostumbrada charla intrascendente. A veces, alguien tropezaba con problemas. Averías en la maquinaria o tormentas que alteraban desfavorablemente el terreno. Pero no a menudo.

Así pasaba el tiempo, y Rimbro llegaba a la cabeza de la línea. Metía su llave en la ranura, componía la debida combinación y entraba en una nueva pauta de probabilidad, la suya particular, la que se le había asignado cuando se casó y se convirtió en ciudadano productor, una pauta de probabilidad en la cual la vida no se desarrollaba nunca en la Tierra. Y girando hacia su particular Tierra sin vida, penetraría en su propio hogar.

Simplemente así.

Jamás se preocupaba de las demás probabilidades. ¿A santo de qué? No les concedía ni un solo pensamiento. Había un número infinito de posibles Tierras, cada una de las cuales existía en su propio nicho, en su propia pauta de probabilidad. Puesto que, en un planeta como la Tierra, había según los cálculos alrededor de un cincuenta por ciento de posibilidades de que se desarrollase la vida, la mitad de las posibles Tierras (infinitas, puesto que la mitad de infinito es igual a infinito) poseían vida, y la otra mitad (asimismo infinita) no la poseían. Y el vivir sobre unos trescientos billones de Tierras desocupadas suponía la existencia de trescientos billones de familias, cada una de ellas con su propia y magnífica casa, equipada con la energía suministrada por el sol de esa probabilidad, y cada una de ellas en paz y seguridad. El número de Tierras así ocupadas se incrementaba en millones a diario.

Cierto día, cuando Rimbro regresó al hogar, su esposa, Sandra, le dijo al entrar:

—He oído un ruido de lo más peculiar.

Se alzaron las cejas de Rimbro, en tanto miraba inquisitivo a su mujer. Aparte de cierto temblor en sus delgadas manos y cierto decaimiento reflejado en las comisuras de su apretada boca, parecía normal.

—¿Ruido? ¿Qué ruido? Yo no oigo nada.

Se detuvo, con el abrigo a medio camino del criado mecánico, que lo esperaba pacientemente.

—Ahora ha cesado —explicó Sandra—. Era como un golpeteo sordo o como un retumbar. Se oía un rato y luego se detenía, para volver de nuevo y cesar otra vez. Jamás había oído nada por el estilo.

Rimbro colgó el abrigo y dijo:

—Pero eso es completamente imposible...

—Te digo que lo oí.

—Examinaré la maquinaria —murmuró él—. Puede que algo funcione mal.

Sin embargo, sus ojos expertos no descubrieron nada en ella. Encogiéndose de hombros, se fue a cenar. Escuchó el zumbido de los criados mecánicos entregados a sus diversas tareas, se detuvo a contemplar al que secaba los platos y ordenaba la cubertería y comentó, frunciendo los labios:

—Acaso alguno de estos artilugios esté mal ajustado. Lo repararé.

—No fue nada semejante a eso, Clarence.

Rimbro se acostó sin preocuparse más por la cuestión. Se despertó al sentir la mano de su mujer que le sacudía por el hombro. Tendió la suya hacia el conmutador que conectaba la iluminación de las paredes.

—¿Qué sucede? ¿Qué hora es?

Ella meneó la cabeza.

—¡Escucha! ¡Escucha!

«¡Santo Dios! —pensó Rimbro—. En efecto, hay un ruido.» Un rumor sordo o una especie de ronquido que se intensificaba y se desvanecía.

—¿Un temblor de tierra? —murmuró.

Desde luego, pensó, de vez en cuando se producía alguno en todos los planetas, aunque por regla general se evitaban las zonas expuestas a ellos.

—¿Hubiera durado todo el día? —preguntó malhumorada Sandra—. Me parece que se trata de algo distinto. —Y luego manifestó el secreto terror de toda ama de casa nerviosa—: Creo que hay alguien en el planeta con nosotros. Este mundo está habitado.

Rimbro hizo lo único que lógicamente cabía hacer. Al llegar la mañana, llevó a su esposa e hijos a casa de su suegra. Y en cuanto a él, se tomó también un día para ir a la Oficina de Alojamiento del sector.

Aquella cuestión le tenía muy fastidiado.

Bill Ching, de la Oficina de Alojamiento, era de baja estatura, jovial y orgulloso de su ascendencia en parte mongólica. Pensaba que las pautas de probabilidad habían solucionado hasta el último de los problemas. Alec Mishnoff, de la misma oficina, creía en cambio que significaban un cepo en el que había sido atrapada la humanidad de modo irremediable. En su juventud se había especializado en arqueología, estudiando una serie de temas antiguos, de los que continuaba atiborrada su delicadamente equilibrada cabeza. Su rostro lograba parecer sensitivo a pesar de sus espesas cejas. Acariciaba una idea que hasta entonces no se había atrevido a compartir con nadie, aunque su preocupación por ella le había apartado de la arqueología y metido en la cuestión del alojamiento.

A Ching le gustaba decir: «¡Al diablo con Malthus!» Venía a ser su marca de fábrica.

—Sí, al diablo con Malthus —dijo una vez más—. Probablemente hemos llegado

al límite de la superpoblación. Por muy deprisa que nos dupliquemos y reduplicemos, el Homo sapiens forma siempre un número finito. Y los mundos deshabitados son infinitos. Por lo demás, no hay razón para construir sólo una casa en cada planeta; podemos construir cien, mil, un millón. Contamos con mucho espacio y mucha energía para cada probabilidad solar.

—¿Más de una casa en cada planeta? —repitió Mishnoff en tono desabrido.

Ching sabía muy bien a qué se refería. Cuando se habían establecido las pautas de probabilidad, la propiedad exclusiva de un planeta constituyó un poderoso incentivo para los primeros colonizadores. Era una idea atrayente para el esnobismo y la tendencia al despotismo que existían en cada cual. «No hay hombre tan pobre —rezaba el eslogan publicitario— como para no poseer un imperio tan grande como Gengis Kan.» Anunciar una colonización múltiple supondría una afrenta para todo aquel que se estimara en algo.

Ching se encogió de hombros.

—Bueno, requeriría una preparación psicológica previa. Es lo único que se precisa para poner en marcha todo el asunto.

—¿Y la alimentación?

—Ya sabe que estamos instalando explotaciones hidropónicas y plantas de cultivo de levaduras en otras pautas de probabilidad. Y de necesitarlo, podríamos cultivar su suelo.

—Usando ropa especial e importando oxígeno.

—Nos cabe el recurso de reducir el dióxido de carbono mediante el oxígeno, hasta que las plantas prendan y actúen por sí mismas.

—Calcule un millón de años.

—Mishnoff, la pega con usted es que lee demasiados libros de historia antigua. Eso le inspira tendencias obstruccionistas.

Pero Ching tenía demasiada buena pasta para decir aquello en serio, y Mishnoff continuó con sus libros y sus preocupaciones. Anhelaba que llegase el día en que, tras reunir el valor necesario, acudiría al director de la sección para exponerle sin rodeos, como un escopetazo, lo que le causaba tanta desazón.

Ahora, se enfrentaban a un tal señor Clarence Rimbro, ligeramente sudoroso y muy enojado por el hecho de haber necesitado las horas más provechosas de dos días para llegar hasta esa oficina.

El punto álgido de su exposición consistía en lo siguiente:

—Digo que ese planeta está habitado. Por lo tanto me niego a quedarme en él.

Una vez que hubo escuchado su relato por completo, Ching recurrió al método suave de la diplomacia.

—Un ruido como ése se debe sin duda alguna a un fenómeno natural.

—¿Qué clase de fenómeno natural? —preguntó Rimbro—. Deseo una

investigación. Si se trata de un fenómeno natural, quiero saber su origen. Afirmando que el lugar está habitado. Hay vida en él, puedo jurarlo. No pago mi renta por compartir el planeta. Y menos con dinosaurios, a juzgar por el jaleo que arman.

—Veamos, señor Rimbro, ¿cuánto tiempo lleva viviendo en su mundo?

—Quince años y medio.

—¿Y ha habido siempre una evidencia de vida?

—La hay ahora. Y como ciudadano con tarjeta de producción de categoría A-1, pido una investigación.

—Desde luego que investigaremos, señor. Sólo deseamos convencerle de que todo está en orden. ¿Se da cuenta del cuidado con que seleccionamos nuestras pautas de probabilidad?

—Soy experto en estadística. Se supone que he de estar bastante enterado de eso —respondió al punto Rimbro.

—Entonces sabrá a buen seguro que nuestros ordenadores no pueden fallar. Jamás eligen una probabilidad que haya sido elegida antes. Les resulta imposible. Y se hallan programados para escoger pautas de probabilidad en las que la Tierra tenga una atmósfera de dióxido de carbono y en las cuales, por lo tanto, no se ha desarrollado nunca la vida vegetal y menos aún la animal. Si las plantas hubieran evolucionado, el dióxido de carbono se habría reducido a oxígeno. ¿Lo comprende?

—Lo comprendo muy bien. No he venido aquí para escuchar conferencias. Deseo que procedan ustedes a una investigación, nada más. Es realmente humillante pensar que comparto mi mundo, mi propio mundo, con alguien más. No estoy dispuesto a soportarlo.

—No, desde luego que no —masculló Ching, evitando la sardónica ojeada de Mishnoff—. Nos presentaremos allí antes de la noche.

Y con todo el equipo necesario, se dirigieron al lugar de viraje.

—Quería preguntarle algo —le dijo Mishnoff a Ching—. ¿A qué viene esa rutina de «no hay que preocuparse, señor»? Siempre se preocupan. ¿Qué consigue con eso?

—He de intentarlo. No debieran preocuparse —respondió Ching con petulancia—. ¿Ha oído hablar alguna vez de un planeta con atmósfera de dióxido de carbono que estuviese habitado? Además, Rimbro pertenece al tipo de los que expanden rumores. Los huelo. Si se le anima un poco, terminará por decir que su sol se transformó en nova.

—Sucede a veces.

—¿Y qué? Desaparece una casa y muere una familia. Oiga, usted es un obstruccionista. En los antiguos tiempos, esos que tanto le gustan, había una inundación en China o en otra parte cualquiera y miles de personas perecían, pese a que la población no excedía de un despreciable billón o dos.

—¿Cómo sabe usted que el planeta de Rimbro no tiene vida? —murmuró

Mishnoff.

—Atmósfera de dióxido de carbono.

—Pero suponga... —No, aquello no serviría. No podía decirlo. Terminó débilmente—: Suponga que se desarrolla una vida vegetal y animal capaz de subsistir a base de dióxido de carbono.

—Jamás ha sido observada.

—En un número infinito de mundos todo puede suceder. —Y añadió en un murmullo—: Todo debe suceder.

—Las probabilidades son de una entre un duodecillón —respondió Ching, encogiéndose de hombros.

Llegaron al punto de viraje y, utilizando el dispositivo de giro de su vehículo — para enviarlo al área de almacenamiento de Rimbro— penetraron en la pauta de probabilidad de éste. Ching tomó la delantera, siguiéndole Mishnoff.

—Magnífica casa —manifestó Ching con satisfacción—. Bonito modelo. Muy buen gusto.

—¿Oye algo? —preguntó Mishnoff.

—No.

Ching entró en el huerto.

—¡Vaya! —gritó—. ¡Gallinas rojas de Rhode Island!

Mishnoff le siguió, mirando el techo de cristal. El sol presentaba el mismo aspecto que el de un trillón de otras Tierras. Dijo con aire ausente:

—Tal vez haya vida vegetal naciente. Tal vez la concentración de dióxido de carbono empiece a disminuir. El ordenador no lo advertiría.

—Y habrían de transcurrir millones de años antes de que la vida animal se organizara y algunos millones más antes de que emergiera del mar.

—¿Y por qué tendría que seguir ese proceso?

Ching pasó un brazo por los hombros de su compañero.

—Rumia usted demasiado —le reconvino—. Algún día me dirá lo que realmente le preocupa, en vez de sólo sugerirlo. Entonces lo solucionaremos.

Mishnoff se desprendió del brazo, frunciendo el entrecejo, incómodo. La tolerancia de Ching se le hacía siempre difícil de soportar.

—¡Déjese de psicoterapias...! —comenzó. Y se detuvo casi al punto, para cuchichear—: ¡Escuche!

Se oyó un ruido sordo y lejano. Y se volvió a oír.

Colocaron el sismógrafo en el centro de la habitación, activaron el campo energético que penetraba hacia abajo y lo fijaron rígidamente al lecho rocoso, quedándose en contemplación de la oscilante aguja.

—Ondas de superficie tan sólo —dijo Mishnoff—. Muy superficial. Nada subterráneo.

Ching se ensombreció un tanto.

—¿Qué es entonces? —preguntó.

—Será mejor que busquemos afuera. —El rostro de Mishnoff estaba gris de aprensión—. Hemos de colocar un sismógrafo en otro punto para determinar la posición del foco.

—Naturalmente —asintió Ching—. Yo saldré con el otro sismógrafo. Espéreme aquí.

—No —exclamó Mishnoff con gran energía—. Iré yo.

Se sentía aterrorizado, pero no tenía otra alternativa. Si era lo que temía, había que prepararse. Él estaba prevenido. Enviar fuera a un Ching que nada sospechaba sería desastroso. Y no podía avisar a Ching. Seguro que no le creería.

Pero, como Mishnoff no tenía madera de héroe, temblaba al revestir el traje autónomo. Manoseó nervioso el interruptor, intentando disolver localmente el campo de fuerza, a fin de dejar libre la salida de urgencia.

—¿Hay algún motivo para que desee ir usted? —preguntó Ching, contemplando las ineptas manipulaciones de su compañero—. Que conste que no me opongo.

—Todo va bien. Ya salgo —contestó Mishnoff con la garganta seca.

Atravesó la puerta que conducía a la desolada superficie de un mundo sin vida. Un mundo presuntamente sin vida.

El panorama no le era desconocido. Lo había visto docenas de veces. Roca pelada, erosionada por el viento y la lluvia, encostrada y cubierta de arena en los barrancos. Un arroyo batía ruidoso contra su lecho de piedra. Todo pardo y gris, sin muestra alguna de verdor. Ni el menor sonido de vida.

Sin embargo, el sol era el mismo y, al caer la noche, las constelaciones serían las mismas también.

El lugar de habitación se hallaba situado en la región que en la verdadera Tierra corresponde a El Labrador. De hecho, también se trataba aquí de El Labrador. Se había calculado que aproximadamente sólo en una entre un cuatrillón de Tierras se daban cambios importantes en el desarrollo geológico. Los continentes se reconocían muy bien, salvo por muy pequeños detalles.

A pesar de la situación y de la época del año —octubre—, la temperatura resultaba pegajosamente elevada, debido al efecto de almacenamiento del dióxido de carbono en la atmósfera de aquel mundo muerto.

Metido en su traje, y a través del visor transparente, Mishnoff lo contemplaba todo con ojos sombríos. Si el epicentro del ruido se encontraba próximo, bastaría ajustar el segundo sismógrafo a cosa de kilómetro y medio para la fijación. En caso contrario, tendría que traerse un patín aéreo. Bien, comenzaría por asumir la hipótesis de menor complicación.

Metódicamente, echó a andar por la ladera de un cerro rocoso, con la intención de

instalarse en la cima. Al llegar a ella, jadeante y muy molesto por el calor, descubrió que no necesitaba ninguna instalación. El corazón le aporreaba con tal fuerza en el pecho que apenas alcanzaba a oír su propia voz al aullar en el micrófono instalado ante su boca:

—¡Eh, Ching, hay una construcción en marcha!

—¿Qué?

La exclamación del otro restalló en sus oídos. No había error alguno. El suelo estaba siendo nivelado. Había maquinaria en pleno funcionamiento, y la roca volaba a causa de los explosivos.

—Están efectuando voladuras. A eso se debe el ruido —vociferó Mishnoff.

—¡Pero eso es imposible! —gritó de nuevo Ching—. El ordenador no habría elegido por dos veces la misma pauta de probabilidad. No puede.

—Usted no comprende... —comenzó Mishnoff.

Pero Ching seguía su propio proceso mental.

—Vaya allí, Mishnoff. Yo salgo también.

—¡No, maldita sea! ¡Quédese donde está! —gritó Mishnoff alarmado—. Manténgase en contacto por radio conmigo. Y por el amor de Dios, permanezca dispuesto a salir volando hacia la Tierra tan pronto como le avise.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa?

—Aún no lo sé. Déme una oportunidad para descubrirlo.

Ante su propia sorpresa, notó que sus dientes castañeteaban.

Mascullando jadeantes maldiciones contra el ordenador, las pautas de probabilidad y la necesidad insaciable de espacio vital por parte de Un trillón de seres humanos que se expandían como una bocanada de humo, Mishnoff dio unos pasos vacilantes hacia el otro lado del declive, haciendo rodar las piedras, que despertaron peculiares ecos.

Un hombre salió a su encuentro, vestido asimismo con un traje estanco, diferente en muchos detalles del de Mishnoff, pero destinado con toda evidencia al mismo propósito, llevar oxígeno hasta los pulmones.

Mishnoff jadeó sin aliento en su micrófono:

—¡Atención, Ching! Un hombre viene hacia mí. Mantenga el contacto.

Notó que los latidos de su corazón se incrementaban y el ritmo de sus pulmones se hacía más lento. Los dos hombres se miraban ahora mutuamente con fijeza. El otro era rubio, de facciones afiladas. Su sorpresa era demasiado patente para ser fingida.

El recién llegado dijo con voz dura:

—Wer sind Sie? Was machen Sie hier? (¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?)

Mishnoff se sintió apabullado. Había estudiado el alemán antiguo durante dos años, en la época en que esperaba dedicarse a la arqueología, y comprendió la pregunta, pese a que la pronunciación difería de la que le enseñaran.



Tartamudeó estúpidamente:

—Sprechen Sie Deutsch? (¿Habla usted alemán?)

Y acto seguido hubo de murmurar algo tranquilizador con destino a Ching, cuya agitada voz preguntaba qué significaba aquel galimatías.

El hombre que hablaba alemán no respondió a su pregunta, sino que repitió:

—Wer sind Sie? (¿Quién es usted?). —Y añadió con impaciencia—: Hier ist für einen verrückten Spass keine Zeit. (No tenemos tiempo para bromas estúpidas.)

Tampoco a Mishnoff le daba la impresión de enfrentarse a una broma particularmente estúpida. Sin embargo, volvió a preguntar:

—Sprechen Sie Planetisch? (¿Habla usted planetario?)

No conocía la palabra alemana correspondiente a «lenguaje corriente planetario». Demasiado tarde pensó que debía haber dicho «inglés».

El otro hombre le miró con ojos desorbitados y barbotó:

—Sind Sie wahnsinnig? (¿Está usted loco?)

Mishnoff se sentía casi dispuesto a concederle. En débil autodefensa, dijo:

—¡No estoy loco, maldita sea! Quiero decir... Auf der Erde woher Sie gekom... (De la Tierra de donde usted ha veni...)

Se detuvo al no recordar las palabras germanas adecuadas. Pero una idea le roía la mente. Tenía que hallar algún medio de comprobarla. Continuó desesperado:

—Welches Jahr ist es jetzt? (¿En qué año estamos?)

Seguro que el forastero, que dudaba ya de que estuviera en sus cabales, quedaría convencido de su demencia ante su pregunta.

Bueno, al menos Mishnoff conocía el alemán suficiente para formularla.

El otro murmuró algo que sonó como un claro juramento germano, pero acabó por contestar:

—Es ist doch zwei tausend drei hundert vier-und-sechzig, und warum... (Pues en el dos mil trescientos sesenta y cuatro. ¿Por qué...?)

Siguió un torrente de palabras en un alemán incomprensible por completo. En todo caso, aquello le bastaba por el momento. Si había traducido de manera correcta, el año era el 2364, que equivalía a unos dos mil en el pasado. ¿Cómo podía ser?

—Zwei tausend drei hundert vier-und-sechzig? (¿Dos mil trescientos sesenta y cuatro?) —murmuró.

—Ja, ja —corroboró el otro con manifiesto sarcasmo—. Zwei tausend drei hundert vier-und-sechzig. Der ganze Jahr lang ist es so gewesen. (Sí, sí. Dos mil trescientos sesenta y cuatro. Así ha sido durante todo el año.)

Mishnoff se encogió de hombros. La manifestación de que todo el año lo había sido suponía una floja agudeza incluso expresada en alemán, y no ganaba nada con la traducción. Se quedó pensativo.

Su interlocutor acentuando su tono irónico, prosiguió:

—Zwei tausend drei hundert vier-und-sechzig nach Hitler. Hilft das Ihnen vielleicht? Nach Hitler! (Dos mil trescientos sesenta y cuatro después de Hitler. ¿Le sirve eso de algo? ¡Después de Hitler!)

Mishnoff lanzó un aullido de alegría:

—¡Pues claro que me sirve! Es hilft! Hören Sie, bitte... (¡Sirve! Escuche, por favor...) —Y siguió con sus briznas de alemán—: Um Gottes Willen...! (¡Por el amor de Dios...!)

El 2364 después de Hitler significaba una gran diferencia.

Recurrió desesperado a todos sus conocimientos de alemán, intentando explicarse.

El otro frunció el entrecejo y permaneció caviloso. Alzó su mano enguantada como para darse un golpe en la mandíbula u otro gesto equivalente, la pasó por el visor transparente que cubría su cara, y la dejó posada allí, sin bajarla, mientras seguía meditando. De pronto, dijo:

—Ich heisse George Fallenby. (Me llamo George Fallenby.)

A Mishnoff le dio la impresión de que el nombre era de origen anglosajón, si bien el cambio en el sonido de las vocales, tal como las pronunciaba el otro le daba un aire teutónico.

—Guten Tag —respondió con torpeza—. Ich heisse Alec Mishnoff.

Y súbitamente se dio cuenta del origen eslavo de su propio nombre.

—Kommen Sie mit mir, Herr Mishnoff. (Venga usted conmigo, señor Mishnoff.)

Mishnoff le siguió con sonrisa forzada, murmurando en su transmisor:

—Todo va bien, Ching. Todo va bien.

De regreso a la Tierra, Mishnoff se entrevistó con el director de la Oficina de Alojamiento del sector, quien había envejecido en el servicio. Cada uno de sus cabellos grises significaba un problema resuelto, y cada uno de sus cabellos perdidos, un problema soslayado. Era un hombre alto, con los ojos brillantes aún y la dentadura incólume. Se llamaba Berg.

—¿Y hablan alemán, dice? —Meneó la cabeza—. Pero el alemán que usted estudió fue el de hace dos mil años...

—Cierto —asintió Mishnoff—. Pero el inglés empleado por Hemingway tiene asimismo una antigüedad de dos mil años, y el planetario es idóneo para que cualquiera pueda leerlo.

—¡Humm! ¿Y quién es ese Hitler?

—Fue una especie de jefe de tribu en épocas antiguas. Condujo a la tribu germánica a una de las guerras del siglo XX, justamente hacia el comienzo de la era atómica, en que principió también la verdadera historia.

—¿Antes de la Devastación, quiere usted decir?

—Exacto. Hubo una serie de guerras entonces. Los anglosajones vencieron.

Supongo que a eso se debe que en la Tierra se hable el planetario.

—¿Cree usted que, si Hitler y sus germanos hubiesen vencido, se hablaría el alemán?

—Vencieron en el mundo de Fallenby, señor, y en él se habla alemán.

—Y señalan sus fechas con la mención «después de Hitler», en lugar de «después de la Devastación», ¿no es eso?

—Así es. Supongo que existirá también algún mundo en el que vencieron las tribus eslavas y en el que se hablará el ruso.

—De todos modos —opinó Berg—, me parece que debimos haberlo previsto. Sin embargo nadie lo hizo, que yo sepa. Después de todo, existe un número infinito de mundos deshabitados y sin duda no somos los únicos que decidieron resolver el problema de la población siempre en aumento mediante la expansión en los mundos probables.

—Exacto —convino Mishnoff—. En mi opinión, debe de haber innumerables mundos habitados que lo están haciendo así. Seguramente se dan múltiples ocupaciones en los trescientos billones de mundos de que nosotros disponemos. Dimos con éste por pura casualidad, porque decidieron construir a kilómetro y medio de la vivienda que emplazamos en él. Habrá que comprobarlo.

—¿Sugiere que examinemos todos nuestros mundos...?

—Sí, señor. Hemos de establecer algún arreglo con los demás mundos habitados. Al fin y al cabo, hay lugar suficiente para todos, y la expansión sin previo convenio puede dar como resultado una serie de desazones y conflictos.

—Tiene razón —afirmó pensativo Berg—. Estoy de acuerdo con usted.

Clarence Rimbro miró con suspicacia el arrugado rostro de Berg, en el que se pintaba ahora una expresión de benevolencia.

—¿Está seguro?

—Por completo —manifestó el director—. Sentimos que se viera usted obligado a aceptar un alojamiento temporal durante las dos últimas semanas.

—Más bien tres.

—Tres semanas. Pero se le compensará.

—¿Y qué era aquel ruido?

—Puramente geológico. Una roca desprendida que se desequilibró y que a causa del viento establecía de vez en cuando contacto con las que había en la ladera del cerro. Ya la hemos desplazado y examinado la zona para asegurarnos de que nada semejante vuelva a ocurrir.

Rimbro recogió su sombrero.

—Bien, gracias por haberse tomado la molestia.

—No se merecen, se lo aseguro, señor Rimbro. Es nuestro trabajo.

Una vez que Rimbro se despidió, Berg se volvió a Mishnoff, quien había

esperado en plan de espectador a que se solventara el asunto.

—Menos mal que los germanos se pusieron a tono —dijo Berg.

—Admitieron que teníamos prioridad y despejaron el terreno. Hay espacio para todos, dijeron. Naturalmente, resultó que habían construido cierto número de viviendas en cada mundo desocupado... Y ahora existe el proyecto de explorar otros mundos y establecer convenios similares con quienes encontremos en ellos. Esto es estrictamente confidencial, claro. No puede ponerse en conocimiento del público sin una preparación previa... Pero no era de esto de lo que quería hablarle...

—¿Ah, no?

El desarrollo de los acontecimientos no le había alegrado de manera visible. Seguía preocupándole su propio fantasma.

Berg le sonrió.

—Comprenderá usted, Mishnoff, que en este departamento, y también en el gobierno planetario, se ha apreciado la rapidez de pensamiento y su comprensión de la situación. De no haber sido por usted, la cuestión podría haber evolucionado de manera muy trágica. Y este aprecio tomará forma tangible.

—Gracias, señor.

—Sin embargo, como ya he dicho, se trata de algo en lo que muchos de nosotros debimos haber pensado antes. ¿Cómo se le ocurrió...? Hemos repasado un poco sus antecedentes. Su compañero Ching, nos dijo que ya en otras ocasiones había sugerido usted que algún grave peligro amenazaba nuestro sistema de pautas de probabilidad y que insistió en salir al encuentro de los germanos, a pesar de hallarse evidentemente atemorizado. Preveía con lo que se iba a encontrar, ¿no es eso? ¿Cómo lo descubrió?

—No, no —respondió confuso Mishnoff—. No era eso lo que había en mi mente. En absoluto. Me cogió de sorpresa. Yo...

Se irguió de pronto. ¿Por qué no ahora...? Le estaban agradecidos. Había demostrado ser un hombre con el que había que contar. Algo inesperado había sucedido ya...

—Se trata de algo muy distinto —dijo con firmeza.

—¿Ah, sí?

¿Cómo empezar?

—No hay vida alguna en el sistema solar, a excepción de la Tierra.

—Exacto —asintió Berg en tono benévolo.

—Y la probabilidad de que se desarrolle alguna forma de viaje interestelar es tan baja como para resultar infinitesimal.

—¿Adónde pretende llegar?

—¡A que todo eso es cierto en esta probabilidad! Pero ha de haber algunas pautas de probabilidad en que existan en el sistema solar otras formas de vida o en las cuales los moradores de otros sistemas hayan desarrollado los viajes interestelares.

Berg frunció el entrecejo.

—Teóricamente...

—Y en una de esas probabilidades, la Tierra podría ser visitada por tales inteligencias. Si se da el caso en una pauta de probabilidad en que la Tierra se halle habitada, no nos afectaría, pues no tendrían conexión con nuestra propia Tierra. Pero si establecen una especie de base en un mundo deshabitado, pueden elegir al azar uno de nuestros lugares de habitación.

—¿Y por qué uno de los nuestros y no de los germanos, por ejemplo? —preguntó con sequedad Berg.

—Porque nosotros sólo emplazamos una vivienda en cada mundo, y los alemanes no. Muy pocos lo harán. La ventaja a nuestro favor es de billones a uno. Y si los extraterrestres encuentran tal vivienda, investigarán y hallarán la ruta hasta la Tierra, a un mundo sumamente desarrollado y vivo.

—No, si desviamos el lugar de viraje.

—Una vez que conozcan la existencia de tales lugares, construirán el suyo propio —adujo Mishnoff—. Una raza lo bastante inteligente para viajar por el espacio será capaz de hacerlo. Y por el equipo y el mobiliario de la vivienda de que se apoderen, deducirán nuestra probabilidad... Y en tal caso, ¿cómo manejaríamos a los extraterrestres? No son germanos, ni otra clase de terrestres. Tendrían una psicología extraña a la nuestra y otras motivaciones. Y ni siquiera estamos en guardia. Seguimos asentándonos cada vez en más mundos. Cada día que pasa aumenta la posibilidad de que...

Su voz se había alzado a causa de la excitación. Berg le atajó diciendo con voz fuerte:

—¡Tonterías! Todo eso es ridículo.

Sonó el teléfono, y la pantalla se iluminó mostrando el rostro de Ching, cuya voz dijo:

—Siento interrumpir, pero...

—¿Qué sucede? —preguntó furioso Berg.

—Hay un hombre aquí que no sé cómo despachar. Se queja de que su casa está rodeada por cosas que miran a través del techo de cristal de su jardín.

—¿Cosas? —gritó Mishnoff.

—Unas cosas de color púrpura, con grandes venas rojas, tres ojos y una especie de tentáculos en vez de cabello. Tienen...

Pero Mishnoff y Berg no oyeron el resto. Se miraban con fijeza, inmovilizados en un estupefacto horror.

## El mensaje (1956)

---

“The Message”

Bebieron cerveza y se entregaron a sus recuerdos, como hombres que se encuentran tras larga separación. Rememoraron los días expuestos al fuego del enemigo. Evocaron a sargentos y muchachas, ambos con exageración. En retrospectiva, las cosas mortales se convirtieron en humorísticas, y se airearon trivialidades arrumbadas durante diez años.

Incluyendo, claro está, el perenne misterio.

—¿Cómo te lo explicas? —preguntó el primero—. ¿Quién comenzó?

El segundo se encogió de hombros.

—Nadie comenzó. De repente, todo el mundo se encontró haciéndolo, como una enfermedad. Tú también, supongo.

El primero rió entre dientes.

El tercero intervino suavemente:

—Nunca vi nada divertido en eso. Acaso porque tropecé con el primero durante mi bautismo de fuego. En África del norte.

—¿De verdad? —dijo el segundo.

—La primera noche en las playas de Orán. Trataba de ponerme a cubierto, buscando alguna choza indígena cuando lo vi al resplandor de un fogonazo...

George se sentía delirantemente feliz. Dos años de expedientes y por fin el regreso al pasado. Ahora podría completar su informe sobre la vida social del soldado de infantería de la segunda guerra mundial con algunos detalles auténticos.

Saliendo de la insípida sociedad sin guerras del siglo XXX, se halló inmerso, por un glorioso momento, en el drama tenso y superlativo del bélico siglo XX.

¡África del norte! El teatro de la primera gran invasión por mar de la guerra. Los físicos temporales habían escudriñado el área para determinar el punto y el momento perfectos. Señalaron la sombra de un edificio vacío de madera. Ningún humano se aproximaría durante un número conocido de minutos. Ninguna explosión lo afectaría seriamente en aquel tiempo. George no afectaría a la historia por estar presente. Sería el ideal del físico temporal, el «mero observador».

Resultó aún más terrorífico de lo que había imaginado. El perpetuo restallar de la artillería, el desgarrón invisible de los aviones sobre su cabeza. Y luego, las líneas periódicas de las balas trazadoras estallando en el firmamento, y el ocasional fulgor, ígneo y fantasmal, descendiendo en serpentinas curvas.

¡Y él estaba allí! Él, George, tomaba parte en la guerra, parte en una forma de vida intensa, desaparecida para siempre del mundo del siglo XXX, que se había tomado manso y apacible.

Imaginó que veía las sombras de una columna de soldados avanzando, que oía los

monosílabos que se murmuraban unos a otros en voz cautelosamente baja. ¡Cómo anhelaba ser en verdad uno de ellos, y no un intruso momentáneo, un «mero observador»!

Cesó en su tarea de tomar notas y contempló su estilográfica, hipnotizado por un instante por su micro-linterna. Le asaltó una súbita idea y miró el madero contra el cual apoyaba el hombro. Aquel momento no debía pasar inadvertido para la historia. El hacerlo no la afectaría en nada. Emplearía el antiguo dialecto inglés. Así no habría sospecha alguna.

Lo hizo a toda prisa, y luego espío a un soldado que corría desesperadamente hacia el edificio, escabulléndose de una terrible ráfaga de balas. George se dio cuenta de que su tiempo había pasado y, al tomar conciencia de ello, se encontró de nuevo en el siglo XXX.

No importaba. Durante aquellos pocos minutos, había tomado parte en la segunda guerra mundial. Una pequeña parte, pero parte al fin y al cabo. Y otros lo sabrían. Tal vez no supieran que lo sabían, pero quizá alguien se repitiera a sí mismo el mensaje.

Alguien, acaso aquel hombre que corría a refugiarse, lo leería y sabría que, entre los héroes del siglo XX, estuvo también el «mero observador», el hombre del siglo XXX, George Kilroy. ¡Él estuvo allí!<sup>[1]</sup>

## Satisfacción garantizada (1951)

---

“Satisfaction Guaranteed”

Tony era alto y de una belleza sombría, con un increíble aire patricio dibujado en cada línea de su inmutable expresión. Claire Belmont le miró a través del resquicio de la puerta, con una mezcla de horror y desaliento.

—No puedo, Larry. No puedo tenerlo en casa...

Buscaba febril en su paralizada mente una manera más enérgica de expresarlo, algo que tuviera sentido y zanjara la cuestión, pero acabó por reducirse a una simple repetición.

—¡De verdad, no puedo!

Larry Belmont contempló con severidad a su mujer y en sus ojos asomó aquel destello de impaciencia que Claire odiaba ver, puesto que le daba la impresión de reflejar su propia incompetencia.

—Nos hemos comprometido, Claire. No puedo desdecirme ahora. La compañía me envía a Washington con esa condición, lo cual con toda seguridad significa un ascenso. No presenta ningún peligro y tú lo sabes. ¿Qué tienes pues que objetar?

Ella frunció el entrecejo, desvalida.

—Me da escalofríos: No puedo soportarlo.

—Es tan humano como tú o como yo. Bueno..., casi. Así que nada de tonterías. ¡Vamos, apártate!

Apoyó su mano en el talle de ella, empujándola, y Claire se encontró temblando en su propio cuarto de estar, donde se encontraba aquello, mirándola con precisa cortesía, como evaluando a la que había de ser su anfitriona durante las próximas tres semanas. La doctora Susan Calvin se hallaba también presente, envaradamente sentada, con los labios apretados como síntoma de abstracción. Presentaba el aspecto frío y distante de alguien que ha trabajado durante tanto tiempo con máquinas que un poco de acero ha penetrado en su sangre.

—Hola —castañeteó Claire, como un saludo ineficaz y general.

Gracias a que Larry salvó la situación, exhibiendo una falsa alegría:

—Mira, Claire, deseo que conozcas a Tony, un tipo magnífico. Ésta es mi mujer, Tony, chico.

La mano de Larry se posó amistosa sobre el hombro de Tony, mas éste permaneció inexpresivo, sin responder a la presión, limitándose a decir:

—¿Cómo está usted, señora Belmont?

Claire dio un respingo al oír la voz de Tony, profunda y pastosa, suave como el pelo de su cabeza o la piel de su rostro.

Sin poder contenerse, exclamó:

—¡Ah...! ¡Habla usted!



—¿Y por qué no? ¿Acaso esperaba que no lo hiciera?

Claire sólo consiguió esbozar una débil sonrisa. No sabía bien lo que había esperado. Miró hacia otro lado, lanzándole una ojeada con el rabillo del ojo. Tenía el pelo suave y negro, como pulido plástico... ¿O se componía en realidad de cabellos separados? Y la piel lisa y olivácea de sus manos y cara, ¿era una continuación de su oscuro y bien cortado traje?

Se hallaba paralizada por un estremecido asombro. Tuvo que hacer un esfuerzo para poner en orden sus pensamientos, a fin de prestar atención a la voz sin inflexiones ni emoción de la doctora Calvin, que decía:

—Señora Belmont, espero que sabrá apreciar la importancia de este experimento. Su esposo me ha dicho que la ha puesto ya en algunos de los antecedentes. Por mi parte, desearía añadir algunos más, como psicólogo jefe de la U. S. Robots & Mechanical Men Inc. Tony es un robot. Su designación en los ficheros de la compañía es TN-3, pero responde al nombre de Tony. No se trata de un monstruo mecánico, ni simplemente de una máquina calculadora del tipo de las desarrolladas durante la segunda guerra mundial, hace cincuenta años. Posee un cerebro artificial casi tan complicado como el nuestro. Como un inmenso cuadro de distribución telefónica reducido a escala atómica, con billones de posibles «enlaces telefónicos» comprimidos en un instrumento encajado en el interior de su cráneo. Tales cerebros se fabrican específicamente para cada modelo de robot, y contienen una serie calculada de conexiones, de forma que, para empezar, cada uno de ellos conoce el idioma inglés, y lo suficiente de cualquier otra cosa que se considere necesaria para cumplir su tarea. Hasta ahora, la U. S. Robots había limitado su manufactura a los modelos industriales para su empleo en lugares donde resulta impracticable el trabajo humano..., en minas profundas, por ejemplo, o en la labor subacuática. Pero ahora deseamos extendernos a la ciudad y el hogar. Y para ello, hemos de conseguir que el hombre y la mujer corrientes se muestren dispuestos a aceptar sin temor estos robots. Como comprenderá, no hay nada que temer.

—No lo hay, Claire —intervino muy serio Larry—. Te doy mi palabra. Le es imposible causar daño alguno. Ya sabes que si no fuese así no te dejaría con él.

Claire lanzó una ojeada rápida y disimulada a Tony y habló en voz muy baja:

—¿Y qué pasaría si se enfadara conmigo?

—No necesita cuchichear —respondió la doctora Claire con voz sosegada—. Él no puede enojarse con usted, amiga mía. Ya le he dicho que el cuadro de conexiones de su cerebro está predeterminado. Y la primera conexión, la más importante de todas, es la que denominamos «La primera ley de la robótica» y que se reduce a esto: «Un robot no dañará en ningún caso a un ser humano, ni, por inacción, permitirá que un ser humano reciba daño alguno». Todos los robots están contruidos según esta norma. Ninguno puede ser obligado a causar daño a un ser humano. Así pues, ya ve

que necesitamos que usted y Tony lleven a cabo un experimento preliminar para nuestra propia información, mientras su esposo se desplaza a Washington para las pruebas legales supervisadas por el gobierno.

—¿Quiere decir que esto no es legal?

Larry carraspeó e intervino de nuevo:

—No todavía, pero todo está en orden. Él no abandonará la casa, y tú no permitirás que nadie lo vea. Eso es todo. Me quedaría contigo, Claire, pero sé demasiado sobre los robots. Precisamos que lo compruebe una persona experimentada, a fin de que las condiciones sean lo más severas posible. Es necesario.

—Bueno, está bien —murmuró Claire. Y luego, como si le asaltara una idea, preguntó—: ¿Pero qué hace él?

—Labores caseras —respondió escuetamente la doctora Calvin.

Y acto seguido, se levantó para marcharse. Fue Larry quien la acompañó a la puerta, mientras que Claire se quedaba detrás, llena de melancolía. Lanzó una mirada al espejo colocado sobre la repisa de la chimenea y la apartó presurosa. Estaba más que harta de su carita ratonil y de su cabello sin brillo, peinado en una forma carente de imaginación. Luego observó que los ojos de Tony se hallaban posados en ella. Casi sonrió, antes de recordar...

Se trataba tan sólo de una máquina.

Larry Belmont iba camino del aeropuerto cuando reparó en Gladys Claffern. Le lanzó una ojeada. Era el tipo de mujer que parecía hecha para ser vista en ojeadas... Perfectamente hecha, vestida con mano y ojo exquisitos, demasiado rutilante para mirarla con fijeza.

La tenue sonrisa que la precedía y el sutil aroma que la seguía eran como un par de dedos que le dirigieran señas invitadoras. Larry se dio cuenta de que había interrumpido sus zancadas y, tocándose ligeramente el ala del sombrero, apresuró el paso.

Sentía el mismo vago enojo de siempre. ¡Cuánto le ayudaría el que Claire se decidiese a meterse en la pandilla de Claffern...! ¡Bah! ¿De qué serviría, de todos modos?

¡Claire! Las pocas veces que se había visto cara a cara con Gladys, aquella pequeña tonta había permanecido con la lengua atada. No se hacía ilusiones. La prueba de Tony constituía su gran oportunidad, pero todo dependía de Claire. ¡Cuánta mayor seguridad sentiría de encontrarse en manos de alguien como Gladys Claffern!

La segunda mañana, Claire despertó al oír un suave golpe con los nudillos en la puerta del dormitorio. Su mente lanzó un silencioso quejido y luego se quedó helada. Había evitado a Tony el primer día, sonriendo con vaguedad cuando lo veía fregoteando o manejando la escoba.

—¿Es usted..., Tony?

—Sí, señora Belmont. ¿Puedo entrar?

Sin duda respondió que sí, puesto que él apareció en la habitación, de manera repentina y silenciosa. Los ojos y la nariz de ella se percataron simultáneamente de la bandeja que Tony portaba.

—¿El desayuno? —preguntó.

—Si gusta...

No se atrevió a rehusar, al parecer. Se encontró incorporándose poco a poco hasta adoptar una cómoda postura y recibiendo la bandeja, que contenía huevos escalfados, tostadas con mantequilla y café.

—He traído por separado el azúcar y la nata —explicó Tony—. Aprenderé sus gustos con el tiempo, tanto en esto como en otras cosas.

Ella esperó. Tony, en pie, erguido y flexible a la vez como una regla metálica, preguntó tras un instante:

—¿Prefiere comer en privado?

—Sí... Quiero decir, si no le importa.

—¿Precisará después ayuda para vestirse?

—¡Dios mío, no!

Su mano se asió frenéticamente a la bandeja, de manera que el café estuvo al borde de la catástrofe. Permaneció así, rígida. Cuando se cerró la puerta y Tony desapareció de su vista, se echó atrás con desesperanza contra la almohada.

De todos modos, logró pasar el desayuno. No era más que una máquina y a no ser por su aspecto llamativo, no se asustaría de tal modo. Si por lo menos cambiara de expresión... No había manera de saber lo que había tras aquellos ojos pardos y aquella especie de piel olivácea. La taza de café tintineó por un momento, vacía ya, sobre la bandeja.

Y de pronto, se dio cuenta de que se había olvidado de echarle nata y azúcar al café, tal como acostumbraba, pues lo aborrecía solo.

Después de vestirse, se encaminó con paso decidido desde el dormitorio a la cocina. Después de todo, aquélla era su casa. No es que fuese muy remilgada, pero le gustaba la cocina bien limpia. Tony debió de haber esperado sus órdenes...

Pero, al entrar, halló una cocina que bien podía haber salido momentos antes de la fábrica, en todo su reluciente esplendor.

Se detuvo, la contempló, volvió sobre sus pasos y casi tropezó con Tony. Lanzó una especie de gruñido.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Tony —dijo, apelando a todo su enojo para rechazar el pánico—, quisiera que hiciese algún ruido al andar. No me gusta que se acerque furtivamente... ¿No utilizó usted la cocina?

—Sí que la utilicé, señora Belmont.

—No lo parece.

—La limpié después. ¿No es ésa la costumbre?

Claire abrió mucho los ojos. ¿Qué podía objetarse a eso? Revisó el departamento del horno donde guardaba las cacerolas y, percibiendo un insólito fulgor metálico en su interior, asintió temblorosa:

—Muy bien. Perfecto.

Si en aquel momento él hubiera mostrado su satisfacción, si hubiese sonreído, sólo con que hubiera plegado la comisura de la boca, cualquiera de esas manifestaciones la habrían acercado a él. Pero Tony permaneció tan imperturbable como un lord inglés en reposo al responder:

—Gracias, señora Belmont. ¿Desea usted pasar a la sala de estar?

Así lo hizo, y al punto notó como una conmoción.

—Veo que ha estado dando brillo a los muebles.

—¿Ha quedado a su gusto, señora Belmont?

—¿Pero cuándo lo hizo? Ayer no, seguro.

—La noche pasada, desde luego.

—¿Así que tuvo encendidas las luces toda la noche?

—No, no... No las necesito. Dispongo de un foco de rayos ultravioleta. Puedo ver en el ultravioleta. Y desde luego, no necesito dormir.

No cabía duda de que resultaba admirable, pensó. Y también había de reconocer que empezaba a agradaarle. Sin embargo, no se decidía a confesarse que él le proporcionaba placer. Sólo acertó a decir acerbamente:

—Su especie dejará sin empleo al habitual servicio doméstico.

—Hay trabajos de mucha mayor importancia a los que dedicarse en el mundo, una vez liberados de tan pesadas tareas. Después de todo, señora Belmont, las cosas como yo se fabrican. Pero nada es capaz de imitar la creatividad y la versatilidad de un cerebro humano como el suyo.

Y aunque su rostro no lo expresara en lo más mínimo, el tono de su voz tenía tal grave acento de temor y admiración que logró que Claire se sonrojase y murmurase:

—¡Mi cerebro! Se lo regalo.

Tony se aproximó un poco a ella.

—Debe de sentirse muy desgraciada para decir tal cosa. ¿Puedo hacer algo para remediarlo?

Por un instante, Claire creyó que iba a echarse a reír. La situación era tan ridícula... Allí estaba aquel sacudidor de alfombras, fregona, vajillas, lustrador de muebles y factótum general animado, surgiendo del catálogo de la fábrica... y ofreciendo sus servicios como consolador y confidente. Sin embargo, dijo con una explosión de súbito pesar:

—¿Sabe? El señor Belmont no cree que yo tenga un cerebro... Y supongo que en efecto no lo tengo.

No debió de haberlo proclamado ante él. Por una razón desconocida, se sentía depositaria del honor de la raza humana ante aquella simple creación suya.

—Es cosa reciente —añadió—. Todo iba bien entre nosotros cuando él no era más que un estudiante, cuando empezaba. Pero no sirvo como esposa de un gran hombre, y él está a punto de convertirse en un gran hombre. Le gustaría que fuese una excelente anfitriona y que me dedicara a la vida social..., como esa Gle..., Ga..., Gladys Claffern.

Tenía la nariz enrojecida. Apartó la vista. Pero Tony no la miraba. Sus ojos recorrían la habitación.

—Puedo ayudarla a llevar la casa.

—No serviría de nada —respondió ella con vehemencia—. Necesita un toque que soy incapaz de darle. Sólo sé hacerla comfortable... Ni siquiera convertirla en algo semejante a las que aparecen en las fotografías de las revistas de decoración.

—¿Desea algo por el estilo?

—¿Sirve de algo desearlo?

Los ojos de Tony se fijaron en ella.

—Puedo ayudar.

—¿Posee conocimientos sobre la decoración de interiores?

—¿Toda buena ama de casa debe poseerlos?

—En efecto.

—Entonces dispongo de las capacidades necesarias para aprender. ¿Por qué no me proporciona libros sobre la cuestión?

Y aquello fue el principio de algo.

Claire, sujetándose el sombrero contra las alborotadas libertades del viento, se trajo a casa dos gruesos volúmenes sobre artes del hogar que pidió prestados en la biblioteca pública. Observó cómo Tony abría uno de ellos y lo hojeaba. Era la primera vez que veía el revoloteo de sus dedos entregados a una labor delicada.

«No sé cómo lo hacen», pensó. Y en un súbito impulso, le cogió una mano y la atrajo hacia sí. Tony no resistió, dejándola flojamente sometida a la inspección.

—¡Qué formidable! —comentó ella—. Hasta sus uñas parecen naturales.

—Un efecto buscado —explicó Tony. Y añadió locuaz—: La piel es de plástico flexible, y el esqueleto de una aleación metálica. ¿Le divierte eso?

—No, no... —Su rostro enrojeció—. No deseo en modo alguno hurgar en sus interioridades. No es cuestión que me afecte. Tampoco ha de preguntarme usted por las mías.

—La programación de mi cerebro no incluye tal tipo de curiosidad. He de someterme a mis propias limitaciones, ¿sabe?

En el silencio que siguió, Claire sintió que algo la oprimía en su interior. ¿Por qué olvidaba siempre que se enfrentaba a una máquina? El propio objeto había de recordárselo. ¿Experimentaba un anhelo tan grande de simpatía que incluso aceptaría como su igual a un robot, sólo por el hecho de que la compadecía?

Observó que Tony continuaba pasando las páginas —casi como si no pudiese evitarlo— y experimentó una sensación rápida y punzante de aliviada superioridad.

—Así que sabe leer, ¿no? —preguntó.

Tony alzó la vista a ella, respondiendo con su voz tranquila e irreprochable:

—Estoy leyendo, señora Belmont.

—Pero...

Señaló el libro con gesto ambiguo.

—Paso los ojos por las páginas, si es eso a lo que se refiere. Mi sentido de la lectura es fotográfico.

Oscurecía ya cuando Claire fue a acostarse. Tony seguía enfrascado en el segundo volumen, sentado en la oscuridad o al menos en lo que la limitada visión de Claire consideraba como tal.

Un último y singular pensamiento relampagueó en su cerebro antes de dejarse vencer por el sueño. Recordó la mano del robot, una mano cálida y suave, como la de un ser humano.

«¡Qué habilidad la de esos fabricantes!», pensó. Y se durmió sosegadamente.

La biblioteca ocupó todo su tiempo durante varios días. Tony sugería los campos de estudio, que empalmaba y ramificaba con gran velocidad. Pidió libros sobre combinación de colores y sobre cosmética, sobre ebanistería y modas, sobre arte e historia del vestido.

Volvía las páginas de cada libro ante sus solemnes ojos, leyéndolas tan pronto como las volvía, sin olvidar nada, al parecer, de su contenido.

Antes de finalizar la semana, insistió en que se cortara el pelo, ideando para ella un nuevo peinado, decidiendo una ligera modificación de la línea de sus cejas y cambiando el tono de sus polvos y lápiz de labios.

Claire había palpitado con nervioso temor, por espacio de media hora, bajo el delicado toque de los inhumanos dedos de él. Al finalizar, se contempló en el espejo.

—Aún puede mejorarse —dijo Tony—, sobre todo en lo que respecta a la ropa. ¿Qué le parece, de momento?

No respondió en seguida. Necesitó algún tiempo para absorber la identidad de la desconocida reflejada en el espejo y atenuar el asombro ante su belleza. Luego, sin apartar la vista de la reconfortante imagen, dijo de manera incongruente:

—Sí, Tony, está muy bien..., de momento.

En sus cartas, no le comunicó nada de esto a Larry. Que lo descubriera de sopetón. Y algo en ella le hacía sospechar que no sólo disfrutaría de su sorpresa. Sería

asimismo una especie de venganza.

Tony dijo cierta mañana:

—Ya va siendo hora de empezar a hacer compras, y a mí no me está permitido abandonar la casa. Si le escribo exactamente lo que precisamos, ¿puedo confiar en que lo adquiera? Necesitamos cortinas y mobiliario, papel para las paredes, alfombras, pintura, ropa... y otras pequeñas cosas.

—No resulta fácil obtener todo eso de golpe, ajustándose a todos los detalles —objetó Claire, con aire de duda.

—Siempre que no haya problemas de dinero, lo encontrará casi todo en la ciudad.

—¡Pero Tony, desde luego que el dinero supone un problema!

—En absoluto. Vaya primero a la U. S. Robots, con una nota que le daré. Entrevístese con la doctora Calvin y dígame de mi parte que esto forma parte del experimento.

En esta ocasión, la doctora Calvin no la atemorizó tanto como la primera tarde en que la conoció. Con su nuevo rostro y su sombrero también nuevo, no se parecía ya a la antigua Claire. Escuchó con atención a la psicóloga, formulé unas cuantas preguntas, asintió, y se encontró en camino, armada de un crédito ilimitado contra la cuenta de U. S. Robots & Mechanical Men Inc.

Es maravilloso el poder del dinero. Con todas las existencias de un almacén a tus pies, el dictado de una vendedora no significa forzosamente una voz bajada del cielo, ni la ceja alzada de un decorador reviste la majestad del rayo de Júpiter.

En cierto momento, el excelso modisto de una de las más señoriales casas de modas se mofó con insistencia de su descripción del guardarropa que deseaba, haciéndolo con la más correcta pronunciación y el más puro acento francés de la calle Cincuenta y Siete. Claire llamó a Tony y luego le pasó el teléfono a Monsieur.

—Si no tiene inconveniente —le dijo con voz firme, aunque retorciéndose un poco las manos—, me agradecería que hablase con..., con mi secretario.

El pomposo gordinflón se acercó al teléfono con un brazo solemnemente doblado a la espalda. Alzó el receptor con dos dedos y dijo en tono delicado:

Una breve pausa, un segundo «sí», luego una pausa mucho mayor, un tímido comienzo de una objeción que murió en ciernes, otra pausa, otro humilde «sí», y el teléfono volvió a su lugar.

—Si Madame quiere acompañarme —invitó, dolido y distante—, intentaré cumplir sus deseos.

—Un segundo, por favor.

Claire corrió de nuevo al teléfono y marcó de nuevo el número de su casa.

—Tony, no sé lo que le diría, pero sirvió. Gracias. Es usted un... —Titubeó, buscando la palabra adecuada, pero desistió y terminó con un leve gallo—: ¡Un amor!

Al volver del teléfono, se encontró con que Gladys Claffern la estaba mirando, con el rostro un tanto vuelto a un lado y aire entre divertido y asombrado.

—¿Señora Belmont?

Claire sintió que se le helaba la sangre, ni más ni menos. Al fin, asintió. Estúpidamente, como una marioneta.

Gladys sonrió, con una imperdonable insolencia.

—No sabía que comprase usted aquí... —dijo, con un tonillo que daba a entender que por ese simple hecho, aquel establecimiento había perdido ya toda categoría.

—Por lo general, no lo hago —confesó Claire con humildad.

—¿Y qué se ha hecho en el pelo? Le ha quedado muy curioso... ¡Ah! Dispense. Tenía entendido que el nombre de su esposo era Lawrence. Sí, en efecto, me parece que es Lawrence...

Claire apretó los dientes, pero no le quedó más remedio que explicar:

—Tony es un amigo de mi marido. Me está ayudando a elegir algunas cosas.

—Comprendo. En efecto, debe de ser un amor.

Y sin añadir una palabra más, se marchó sonriente, llevándose consigo la luz y el calor del mundo.

Claire no puso en duda el hecho de que era en Tony en quien buscaría consuelo. Diez días la habían curado de su aversión. Ahora lloraba ante él sin problemas. Lloraba y rabiaba.

—Me porté como una completa estúpida —estalló, retorciendo su pañuelo mojado—. ¡Hacerme eso a mí! No sé por qué, pero lo hizo. Debiera haberle... dado un puntapié. Debiera haberla tirado al suelo y pisoteado.

—¿Cómo odiar tanto a un ser humano? —preguntó Tony con perpleja suavidad—. Esa parte de la mente humana supone un misterio para mí.

—Bueno... No es a ella a quien odio —gimió Claire—. Creo que me odio a mí misma. Ella es todo lo que yo desearía ser... Por lo menos exteriormente. Pero no está a mi alcance.

La voz de Tony sonó fuerte y queda a la par en sus oídos:

—Sí que lo está, señora Belmont. Sí que lo está. Disponemos aún de diez días, y durante ellos la casa habrá cambiado. ¿No lo hemos planeado así?

—¿Y de qué me sirve eso? Quiero decir, con respecto a ella...

—Invítela. Invite a sus amistades. Hágalo la noche anterior a... mi partida. Será en cierto modo una fiesta de inauguración.

—No aceptará.

—Sí que aceptará. Vendrá para reírse... Y no tendrá de qué.

—¿Lo cree usted de veras, Tony? ¿Piensa que lo lograremos? —Le tomó ambas manos entre las suyas. Pero en seguida volvió la cara—. No. ¿De qué serviría? No sería yo. Todo el mérito le corresponde a usted. No puedo adornarme con plumas



ajenas.

—Nadie vive en un espléndido aislamiento —murmuró Tony—. Han puesto en mí ese conocimiento. Lo que usted y los demás ven en Gladys Claffern no es la verdadera Gladys Claffern. Se adorna con todas las plumas que proporciona el dinero y la posición social. Y no se preocupa por eso. ¿Por qué habría de preocuparse usted? Considérelo de ese modo, señora Belmont. Me han fabricado para obedecer, pero soy yo mismo quien ha de determinar la extensión de mi obediencia. Puedo limitarme a cumplir las órdenes o interpretarlas de manera amplia. Con usted actúo de esta última forma, porque pertenece al tipo de ser humano para el cual he sido fabricado. Es usted amable, amistosa, modesta. En cambio la señora Claffern, tal como usted la describe, no lo es. No la obedecería de buen grado, como lo hago con usted. Por lo tanto, es usted, señora Belmont, y no yo, quien está haciendo todo esto.

Retiró sus manos de las de ella, y Claire descubrió en aquel rostro inexpresivo, en el que nadie podía leer, una verdadera admiración... De pronto, se atemorizó de nuevo, pero esta vez de manera muy distinta.

Tragó nerviosamente saliva y contempló sus manos, que le hormigueaban aún por la presión de los dedos de él. No, no se lo había imaginado. Los dedos de Tony habían oprimido los de ella de manera afectuosa y tierna, un momento antes de retirarse.

¡No!

Los dedos de aquello... Los dedos de aquello...

Y corrió al cuarto de baño para lavarse las manos, frotándoselas una y otra vez, ciega e inútilmente.

Al día siguiente, se mostró un tanto tímida y cautelosa con él. Lo vigiló con atención, esperando lo que seguiría. Durante un rato, no ocurrió nada.

Tony estaba trabajando. Si la técnica del empapelado de las paredes o la utilización de la pintura de secado rápido presentaba alguna dificultad, Tony no lo demostraba. Sus manos se movían con precisión, y sus dedos eran hábiles y seguros.

Trabajaba también durante toda la noche, aunque ella no lo oyese, y cada mañana suponía una nueva aventura. No alcanzaba a enumerar todo lo que había hecho. Al atardecer, seguía descubriendo aún nuevos detalles... Y así llegaba otra noche.

Sólo una vez intentó cooperar, fallando con humana torpeza. Él trabajaba en la habitación contigua, y ella colgaba un cuadro en el lugar marcado por los ojos matemáticos de Tony. Allí estaba la pequeña señal, y el cuadro también. Y asimismo había en ella una repentina revulsión contra la ociosidad.

Pero se sentía nerviosa, o bien la escalera estaba desvencijada, pues la sintió ceder. Lanzó un grito. Sin embargo, no pasó nada. Tony había acudido con la rapidez de un rayo.

Sus tranquilos ojos pardos no manifestaron nada, y su cálida voz se limitó a

pronunciar las siguientes palabras:

—¿Se ha hecho daño, señora Belmont?

Por un instante, se fijó en que su mano había desordenado el pelo liso de él, pues por primera vez vio que estaba compuesto de distintas hebras, finas y negras.

Y luego, de pronto, tuvo conciencia de sus brazos rodeándola por los hombros y las rodillas..., sosteniéndola en su caída, estrecha y cálidamente...

Se puso en pie de un salto. El chillido que dejó escapar traspasó sus propios oídos. Pasó el resto del día en su habitación, y para dormir, además de cerrar bien la puerta con llave, la atrancó con una silla.

Envió las invitaciones y, tal como Tony dijera, fueron aceptadas. Sólo faltaba esperar la última velada.

Llegó también, como todas las demás, en el lugar que le correspondía. La casa no parecía la misma. La recorrió por última vez. Todas las habitaciones habían cambiado. Ella también se vestía con ropas que jamás se habría atrevido a llevar antes. Ropas de las que podía enorgullecerse y con las que se sentía segura. Se miró al espejo, remedando un mohín de divertido desdén, y el pulido cristal se lo devolvió con expresión burlona.

¿Qué diría Larry...? ¿Qué importaba, después de todo? No iban a venir con él los días excitantes. Desaparecerían con la marcha de Tony. ¡Qué cosa tan extraña! Intentó recobrar su talante de tres semanas atrás. Fracasó por completo.

El reloj dio las ocho, ocho toques que la dejaron sin respiración. Se volvió hacia Tony:

—No tardarán en llegar. Será mejor que se meta en el sótano. No podemos permitir que...

Se quedó mirándole con fijeza un momento, y después dijo débilmente:

—¿Tony? —Y luego más fuerte— ¡Tony! —Y al final, casi con un chillido—: ¡Tony!

Pero sus brazos la rodeaban ya, y su cara estaba junto a la suya. La presión de su abrazo era implacable. Oyó su voz a través de una bruma de confusión emotiva.

—Claire —decía su voz—, hay muchas cosas cuya comprensión me está vedada, y ésta debe ser una de ellas. He de marcharme mañana y no quiero hacerlo. Creo que en ello hay algo más que el deseo de complacerla. ¿No le parece raro?

Su cara se acercó más aún. Sus labios eran cálidos, aunque sin aliento tras ellos, pues las máquinas no respiran. Casi se habían posado sobre los de ella.

Y sonó el timbre de la puerta.

Durante un instante, se debatió jadeante. De pronto, él se marchó, desapareciendo de la vista, mientras el timbre seguía sonando con insistente y aguda intermitencia.

Las cortinas de las ventanas delanteras habían sido descorridas. Quince minutos antes habían estado cerradas. Lo sabía. Tenían que haberla visto. Todos debieron

haberlo visto... ¡Todo!

Entraron cortésmente, en grupo, posando sus penetrantes ojos en todos los detalles. Habían visto. ¿Qué más preguntaría Gladys sobre Larry, a su impertinente manera? Claire se veía enfrentada a un desafío desesperado e implacable.

«Sí, está fuera. Volverá mañana, creo. No, no he estado sola. He pasado unos días estupendos, emocionantes.»

Se echó a reír. ¿Por qué no? ¿Qué le importaban ellos? Larry sabría la verdad, si alguna vez le llegaba la historia de lo que pensaban que vieron.

Pero ellos no rieron.

Leyó la furia en los ojos de Gladys Claffern, en el falso chispear de sus palabras, en su deseo de marcharse pronto. Y cuando se fue con todos los demás, captó un cuchicheo final y anónimo:

«Nunca había visto un hombre... tan guapo.»

Y Claire supo que fue aquello lo que le permitió dejarles con un palmo de narices. Que se soltasen las lenguas. Todos sabían... ¡Y qué si Gladys era más guapa que Claire Belmont, más rica y más brillante! Todos sabrían que nadie, nadie, podía tener un amante más guapo que ella.

Y luego recordó de nuevo..., una vez y otra, que Tony era una maquina. Se le puso la carne de gallina.

—¡Fuera! ¡Dejadme en paz! —gritó a la habitación vacía, y corrió hasta su lecho.

Toda la noche la pasó desvelada y llorando. A la mañana siguiente, casi al amanecer, con las calles aún vacías, una camioneta vino y se llevó a Tony.

Lawrence Belmont pasó ante el despacho de la doctora Calvin y, obedeciendo a un súbito impulso, llamó a la puerta. La encontró en compañía del matemático Peter Bogert, mas no vaciló por ello.

—Claire me dijo que la casa corre con todos los gastos hechos en mi hogar... —manifestó.

—Así es —respondió la doctora Calvin—. Lo consideramos una parte valiosa y necesaria del experimento. Con la nueva posición que ocupa usted ahora como ingeniero asociado, supongo que podrá mantenerla al mismo nivel.

—No es eso lo que me preocupa. Con la conformidad dada por Washington a las pruebas, dispondremos de un modelo TN propio para el año próximo, creo.

Se volvió vacilante, como para marcharse, pero giró otra vez, sobre sus talones, dudando todavía.

—¿Y bien, señor Belmont...? —le acució la doctora Calvin, tras una pausa.

—Me pregunto... —comenzó Larry—, me pregunto qué sucedió realmente allí durante mi ausencia. Ella..., Claire, quiero decir, parece tan distinta... No me refiero a su aspecto..., aunque la verdad, estoy maravillado. —Rió nervioso—. Es toda ella. No parece mi mujer... No puedo explicarlo.

—¿A qué intentarlo? ¿Acaso se siente desilusionado respecto a alguna parte del cambio?

—Todo lo contrario. Pero, verás, resulta un poco atemorizador...

—Yo no me preocuparía por eso, señor Belmont. Su mujer se ha comportado de un modo excelente. Con franqueza, jamás pensé que el experimento aportara una prueba tan completa y definitiva. Sabemos ya las correcciones exactas que han de hacerse en el modelo TN, y todo gracias a la señora Belmont. Si quiere que le sea sincera, opino que su esposa se merece el ascenso más que usted.

Larry titubeó visiblemente.

—Bueno, todo queda en la familia —murmuró sin convicción.

Y se marchó.

Susan Calvin se le quedó mirando mientras se retiraba. Luego dijo:

—Creo que le duele..., al menos así lo espero... ¿Ha leído usted el informe de Tony, Peter?

—De cabo a rabo —respondió Bogert—, ¿Y no le parece que el modelo TN-3 necesita algunos cambios?

—¡Ah! ¿También piensa usted así? —preguntó la doctora Calvin con acento incisivo—. Expóngame su razonamiento.

—No preciso de ninguno —manifestó Bogert frunciendo el entrecejo—. Es evidente que no podemos sacar al mercado un robot que haga el amor a su ama..., si no le importa el retruécano.

—¡Amor! Peter, me da usted asco. ¿Es que no lo comprende? Esa máquina tiene que obedecer a la primera ley. ¿Cómo iba a permitir que un ser humano sufriese? Y el sufrimiento se lo causaba a Claire Belmont su propio complejo de inferioridad. Así pues, le hizo el amor. Ninguna mujer dejaría de apreciar el cumplido que supone ser capaz de despertar la pasión en una máquina..., en una fría e inanimada máquina. Y por eso Tony describió aquella noche las cortinas con toda deliberación, a fin de que los otros vieran y envidiaran..., sin riesgo alguno para la felicidad matrimonial de Claire. Creo que fue muy inteligente por parte de Tony.

—¿Ah, sí? ¿Y qué diferencia hay entre si fue una ficción o no, Susan? El horror se mantiene. Vuelva a leer el informe. Ella lo evitaba. Chilló cuando la tomó en sus brazos. No logró dormir aquella última noche, atacada de histerismo. No, no podemos fabricar algo así.

—Peter, está usted ciego. Está tan ciego como lo estuve yo. El modelo TN será reconstruido por entero, pero no por las razones que usted expone, sino por otras muy distintas. Y es raro que a mí se me pasara por alto al principio. —Los ojos de la doctora se enturbiaron a causa de la cavilación—. Tal vez la deficiencia radique en mí misma. Mire, Peter, las máquinas no se enamoran. Pero..., a pesar de que no tiene remedio y por mucho que nos horrorice..., ¡las mujeres sí!

## Fuego infernal (1956)

---

“Hell-Fire”

Hubo la agitación correspondiente a un muy cortés auditorio de primera noche. Sólo asistieron un puñado de científicos, un escaso número de altos cargos, algunos congresistas y unos cuantos periodistas.

Alvin Horner, perteneciente a la delegación de Washington de la Continental Press, se hallaba próximo a Joseph Vincenzo, de Los Álamos.

—Ahora nos enteraremos de algo —comentó.

Vincenzo le miró a través de sus gafas bifocales y dijo:

—No de lo importante.

Horner frunció el entrecejo. Iban a proyectar la primera película a cámara superlenta de una explosión atómica. Mediante el empleo de lentes especiales, que cambiaban en ondulaciones la polarización direccional, el momento de la explosión se dividiría en instantáneas de mil millonésimas de segundo. Ayer, había explotado una bomba A. Y hoy, aquellas instantáneas mostrarían la explosión con increíble detalle.

—¿Cree que producirá efecto? —preguntó Horner.

—Sí que surtirá efecto —repuso Vincenzo con aspecto atormentado—. Hemos hecho pruebas piloto. Pero lo importante...

—¿Qué es lo importante?

—Que esas bombas significan la sentencia de muerte del hombre. Y que no parecemos capaces de comprenderlo... Mírelos. Están excitados y emocionados, pero no asustados.

—Conocen el peligro. Y sí que están asustados —dijo el periodista.

—No lo bastante —replicó el científico—. He visto a hombres contemplar cómo una bomba H hacía desaparecer una isla, convirtiéndola en un agujero, e irse después a casa, a dormir tranquilamente. Así es el ser humano. Por espacio de miles de años, le ha sido predicado el fuego del infierno. Nunca le causó una verdadera impresión.

—El fuego del infierno... ¿Es usted religioso, señor?

—Ayer vio usted el fuego del infierno. Una bomba atómica que explota significa el fuego infernal. Literalmente.

Aquello fue demasiado para Horner. Se levantó y cambió de sitio, aunque mirando intranquilo a la concurrencia. ¿Había alguien que sintiera temor? ¿Se preocupaba alguien por el fuego infernal? No se lo parecía.

Se apagaron las luces, y el proyector entró en funcionamiento. En la pantalla, apareció desvaída la torreta de disparo. La concurrencia permanecía atenta, llena de tensión.

Se encendió una mota de luz en la cúspide de la torreta, un punto brillante e

incandescente, que aumentó lenta, perezosamente, formando recodos, cobrando desiguales formas luminosas y expandiéndose en un óvalo.

Alguien lanzó un grito sofocado y luego otro. Siguió un ronco y ruidoso balbuceo, al que sucedió un denso silencio. Horner olió el miedo, paladeó el terror en su propia boca y sintió que se le helaba la sangre.

De la ovalada pelota de fuego brotaron proyecciones. Hubo luego un instante de inmovilidad, como un éxtasis, antes de extenderse rápidamente en una brillante y uniforme esfera.

Y en aquel momento de éxtasis..., la bola de fuego había permitido ver dos negros lunares semejantes a ojos, con oscuras y tenues líneas a manera de cejas, el nacimiento del cabello en forma de V, una boca estirada hacia arriba, en salvaje carcajada... y unos cuernos.

# La trompeta del Juicio Final (1955)

---

“The Last Trump”

El arcángel Gabriel se mostró despreocupado con respecto a aquella cuestión. Dejó indolente que la punta de una de sus alas rozara el planeta Marte, el cual, al estar compuesto de simple materia, no se vio afectado por el contacto.

—Asunto zanjado, Etheriel —dijo—. Ya no hay nada que hacer. El Día de la Resurrección está fijado.

Etheriel, un serafín muy joven, creado apenas mil años atrás, según el modo de contar el tiempo de los hombres, se estremeció de tal modo que se formaron en el continuum vórtices bien definidos. Desde su creación, había permanecido siempre al cuidado inmediato de la Tierra y sus alrededores. Como trabajo, suponía una sinecura, un lugar cómodo, un punto muerto. Sin embargo, a través de los siglos, había llegado a sentirse petulantemente orgulloso de su mundo.

—¿Vas a destruir mi mundo sin previo aviso? —protestó.

—En absoluto. Nada de eso. Hay ciertos pasajes en el Libro de Daniel y en el Apocalipsis de San Juan que resultan bastante explícitos.

—¿Lo son de verdad? ¿Después de haber sido copiados por escriba tras escriba? Me pregunto si quedarán sin cambiar dos palabras de una frase.

—Hay sugerencias en el Rig-Veda, en las Analectas confucianas...

—... que son propiedad de grupos culturales aislados, tan reducidos como una aristocracia.

—La Crónica de Gilgamesh habla de manera muy explícita.

—Gran parte de esa Crónica fue destruida con la Biblioteca de Asurbanipal hace mil seiscientos años según el cómputo terrestre, antes de mi creación.

—Hay ciertas características de la Gran Pirámide, y un motivo en las joyas taraceadas del Taj Mahal...

—... tan sutiles que ser humano alguno los ha interpretado jamás debidamente.

Gabriel dijo, cansado ya:

—Si vas a poner objeciones a todo, no cabe discusión alguna sobre el tema. De todos modos, tú deberías estar bien enterado. En los asuntos relativos a la Tierra, eres omnisciente.

—Sí, fui elegido para eso. Y te confieso que, entre las muchas preocupaciones que me causa, no se me ocurrió investigar las posibilidades de la resurrección.

—Pues tendrías que haberlo hecho. Todos los documentos implicados se encuentran en los archivos del Consejo de Ascendientes. Podrías haberlos consultado en cualquier momento.

—Pero el caso es que todo mi tiempo era necesario allí. No tienes la menor idea de la mortal eficiencia del Adversario en ese planeta. Requería todo mi esfuerzo

doblegarlo. Y aun así...

—Sí, en efecto. —Gabriel acarició un cometa a su paso—. Parece que ha obtenido sus pequeñas victorias. Al fluir a través de mí la pauta factual entrelazada de ese miserable pequeño mundo, me he dado cuenta de que se trata de una de esas estructuras con equivalencia de materia-energía.

—Así es —convino Etheriel.

—Y que están jugando con ella.

—Me temo que sí.

—Entonces, ¿qué mejor momento para acabar con el asunto?

—Soy capaz de manejarlo, te lo aseguro. Sus bombas nucleares no los destruirán.

—Lo dudo. Bien, supongo que ahora me dejarás continuar, Etheriel. Se aproxima el momento señalado.

—Me gustaría ver los documentos pertinentes —repuso tercamente el serafín.

—Si insistes...

Y al instante, sobre la profunda negrura del firmamento sin aire, apareció en signos el texto de un Acta de Ascendencia.

Etheriel leyó en voz alta:

—«Por orden del Consejo Superior, se dispone por la presente que el arcángel Gabriel, número de serie; etcétera, etcétera (bueno, ése eres tú), se aproximará al planeta de clase A, número 6753990, posteriormente conocido con el nombre de Tierra, el 1 de enero de 1.957, a las 12.01 del día, según el horario local...

Terminó la lectura en melancólico silencio.

—¿Satisfecho?

—No, pero no tengo más remedio que aceptarlo.

Gabriel sonrió. Una trompeta apareció en el espacio. Su forma era semejante a las terrestres, pero su áureo pulido se extendía de la Tierra al Sol, con la boquilla dirigida hacia los bellos y brillantes labios de Gabriel.

—¿No puedes darme un poco de tiempo para defender mi causa ante el Consejo? —preguntó desesperado Etheriel.

—¿De qué te serviría? El acta está firmada por el Jefe, y ya sabes que un acta firmada por Él es totalmente irrevocable. Y ahora, si no te importa, ya casi ha llegado el segundo convenio. Quiero terminar con esto de una vez, pues tengo otros asuntos de mucha mayor importancia en que pensar. ¿Me haces el favor de apartarte un poco? Gracias.

Gabriel sopló, y todo el universo, hasta la más lejana estrella, se colmó con el tenue sonido, de tono perfecto y la más cristalina delicadeza. Al sonar, hubo un leve momento estático, tan leve como la línea que separa el pasado del futuro. Y en el acto, la estructura de los mundos se derrumbó sobre sí misma, y la materia se acumuló de nuevo en el caos primitivo del cual surgiera una vez al conjuro del Verbo.



Las estrellas y las nebulosas desaparecieron, y el polvo cósmico, el Sol, los planetas y la Luna. Todo, excepto la Tierra, la cual quedó donde estaba, suspendida en el universo, ahora vacío por completo.

La trompeta del Juicio Final había sonado.

A. R. I. Mann (todos cuantos le trataban le llamaban simplemente por sus iniciales, A. R. I.) entró en las oficinas de la Billikan Bitsies Factory y se quedó mirando sombrío al hombre de elevada estatura (flaco, pero con cierta ajada elegancia, intensificada por su pulcro bigote gris) que se hallaba encorvado sobre un montón de papeles que había en su mesa.

A. R. I. consultó su reloj de pulsera, que marcaba aún las 7.01, por haberse parado en esa hora. Naturalmente, se trataba de la hora de Oriente, que correspondía a las 12.01 del mediodía según el meridiano de Greenwich. Sus oscuros ojos pardos, que miraban penetrantes sobre un par de pronunciados pómulos, se posaron en los del otro con fijeza.

Durante unos instantes, el hombre de elevada estatura le miró a su vez inexpresivo. Luego dijo:

—¿Puedo servirle en algo?

—¿Horatio J. Billikan, supongo? ¿El propietario de esta fábrica?

—Sí.

—Yo soy A. R. I. Mann, y no pude por menos de detenerme al ver a alguien trabajando. ¿No sabe usted qué día es hoy?

—¿Hoy?

—Es el Día de la Resurrección.

—¡Ah, ya sé! Oí el toque. Destinado a despertar a los muertos... Qué historia tan buena, ¿no cree? —Rió entre dientes unos instantes y prosiguió—: Me desperté a las siete de la mañana. Di un codazo a mi mujer, que dormía como un tronco, según su costumbre. «Es la trompeta del Juicio Final, querida», le dije. Hortensia, así se llama mi mujer, me contestó: «Muy bien», y siguió durmiendo. Me bañé, me afeité, me vestí y vine al trabajo.

—¿Pero por qué?

—¿Y por qué no?

—Ninguno de sus empleados se ha presentado hoy.

—No, pobre gente. Se han tomado el día libre. Era de esperar. Después de todo, no se acaba el mundo todos los días. Con franqueza, me alegro. Me proporciona una oportunidad para poner en orden mi correspondencia personal sin interrupciones. El teléfono no ha sonado hasta ahora ni una sola vez... —Se levantó, dirigiéndose a la ventana—. Supone una gran mejoría... Nada de sol cegador, y la nieve ha desaparecido. Una luz agradable y un grato calor. Muy buen arreglo... Ahora, si no le importa, estoy bastante ocupado, así que me dispensara.

Un ronco vozarrón le interrumpió diciendo: «Un minuto, Horatio». Y un caballero que se parecía en grado notable a Billikan, aunque de facciones más marcadas, introdujo su prominente nariz en el despacho, asumiendo una actitud de dignidad ofendida, apenas disminuida por el hecho de hallarse desnudo.

—¿Puedo preguntarte por qué has cerrado la fábrica?

Billikan pareció a punto de desmayarse.

—¡Cielo Santo! —balbuceó—. ¡Es mi padre! ¿De dónde sales?

—Del cementerio —respondió el recién llegado—. ¿De dónde diablos quieres que salga? Están saliendo de allí a docenas. Todos desnudos. También las mujeres.

Billikan hijo carraspeó:

—Te daré algo de ropa, padre. Iré a buscártela a casa.

—No tiene importancia. El negocio primero, el negocio primero.

A. R. I. salió de su ensimismamiento para decir:

—¿Está todo el mundo abandonando sus tumbas al mismo tiempo, señor?

Mientras hablaba miraba con curiosidad a Billikan padre. El viejo parecía hallarse en la fuerza de la edad. Sus mejillas, aunque surcadas de arrugas, resplandecían de salud. Su edad, decidió A. R. I., era la misma que tenía en el momento de su muerte, pero su cuerpo había retrocedido a la época de su vida en que se hallaba en su plenitud.

Billikan padre contestó:

—No, no. Los de las tumbas más recientes salen los primeros. Tottersby murió cinco años antes que yo y salió unos cinco minutos después de mí. Fue el verle lo que me decidió a marcharme de allí. Ya tuve bastante con él cuando... —Dio un puñetazo sobre la mesa, con un sólido puño—. No hay taxis ni autobuses. No funcionan los teléfonos. He tenido que venir a pie. Treinta y cinco kilómetros a pie.

—¿Así? —preguntó su hijo con espantada voz.

Billikan padre bajó la mirada para contemplar su piel al descubierto con despreocupada aprobación.

—Hace calor. Y la mayoría van desnudos... De todos modos, hijo, no he venido aquí para charlar de fruslerías. ¿Por qué está cerrada la fábrica?

—No está cerrada. Es una ocasión especial.

—¡Qué ocasión especial ni qué porras! Llama al sindicato y diles que el Día de la Resurrección no figura en el contrato de trabajo. Se les deducirá a todos del salario. Cada minuto que permanezcan ausentes de su labor.

La rasurada cara de Billikan hijo tomó un aire de obstinada decisión, mientras escudriñaba a su padre.

—No —dijo—. No lo haré. No olvides que no eres tú quien está al cargo de esta factoría, sino yo.

—¿Ah, sí? ¿Y con qué derecho?

—Por tu voluntad expresada en tu testamento.

—Muy bien. Pues ahora que estoy de regreso, anulo mi testamento.

—No puedes, padre. Estás muerto. Tal vez no lo parezcas, pero tengo testigos. Guardo el certificado médico. He pagado las facturas del empresario de pompas fúnebres. Si lo necesito, obtendré el testimonio de los portadores del féretro.

Billikan padre miró con fijeza a su hijo, se sentó, colocó una mano sobre el respaldo de su butaca y cruzó las piernas.

—Si vamos a eso —dijo—, todos estamos muertos, ¿no es así? El mundo se ha acabado, ¿no?

—Pero tú has sido declarado legalmente muerto y yo no.

—¡Bah! Ya cambiaremos eso. Va a haber más de los nuestros que de los vuestros, hijo. Y los votos cuentan.

Billikan hijo dio una firme palmada sobre su mesa. Enrojeció ligeramente.

—Padre, no desearía abordar este punto particular, pero ya que me obligas a ello... He de recordarte que en estos momentos madre debe estar ya esperándote en casa y que sin duda alguna se habrá visto también obligada a caminar por las calles... desnuda. No creo que se sienta de muy buen humor.

Billikan padre se puso ridículamente pálido.

—¡Cielo santo! —exclamó.

—Y ya sabes que siempre deseó que te retirases.

Billikan padre adoptó una decisión rápida.

—No pienso ir a casa. ¡Vaya, esto es una pesadilla! ¿No hay límite alguno para esta histeria de la resurrección? Es..., es..., pura anarquía. No hay que extremar tanto las cosas. No, he dicho que no iré a casa y no voy.

En aquel punto, un caballero un tanto rotundo, de rostro terso, suave y sonrosado y blancas patillas a lo Francisco José, entró en el despacho y saludó fríamente:

—Buenos días.

—¡Padre! —dijo el Billikan desnudo.

—¡Abuelo! —dijo el Billikan vestido.

El abuelo Billikan miró a su nieto con aire de desaprobación:

—Si eres mi nieto, parece que has envejecido mucho. El cambio no te ha mejorado.

Billikan nieto sonrió con dispéptica debilidad y no respondió. Tampoco el abuelo Billikan parecía esperar respuesta alguna. Continuó:

—Bien, si me ponéis al corriente de cómo va el negocio en la actualidad, reasumiré mis funciones de director.

Hubo dos respuestas simultáneas, y el encendido de las mejillas del abuelo se intensificó hasta un grado peligroso, en tanto golpeaba perentorio el suelo con un bastón imaginario y ladraba una réplica.

A. R. I. decidió intervenir.

—Caballeros —dijo. Alzó un poco la voz—. ¡Caballeros! —Y acabó por gritar a pleno pulmón—: ¡CABALLEROS!

La conversación cesó de repente, y todos se volvieron hacia él. El rostro anguloso de A. R. I., sus ojos singularmente atractivos y su sardónica boca parecieron dominar de pronto la reunión.

—No comprendo esta discusión —dijo—. ¿Qué es lo que fabrican ustedes?

—Copos —respondió Billikan nieto.

—O sea, si no me equivoco, un desayuno empaquetado, a base de cereales...

—Lleno de energía en cada uno de sus áureos trocitos... —proclamó Billikan nieto.

—Recubiertos de cristalino azúcar, dulce como la miel. Elaboración y alimento que... —rezongó Billikan padre.

—Tienta al más inapetente... —rugió Billikan abuelo.

—A eso iba —interrumpió A. R. I.—. ¿Qué clase de inapetencia?

Todos le miraron con aire estólido.

—¿Perdón? —dijo Billikan nieto, creyendo no haber entendido bien.

—Sí, ¿alguno de ustedes tiene apetito? —volvió a preguntar A. R. I.—. Yo no.

—¿Qué es lo que farfulla este estúpido? —barbotó Billikan abuelo.

Su invisible bastón habría medido las costillas de A. R. I. de haber existido (el bastón, no las costillas, claro). A. R. I. prosiguió:

—Estoy tratando de poner en su conocimiento que nadie querrá volver a comer. Nos hallamos en el después, y el alimento resulta innecesario.

Las expresiones que se dibujaron en los rostros de los Billikan no necesitaban interpretación alguna. Se hizo evidente que habían intentado comprobar sus propios apetitos y los habían hallado nulos.

Billikan nieto exclamó con el rostro ceniciento:

—¡Arruinados!

Billikan abuelo aporreó enérgica y ruidosamente con la contera de su imaginario bastón.

—Esto es una confiscación de la propiedad sin el debido procedimiento legal. Entablaremos pleito, litigaremos...

—Totalmente anticonstitucional —le apoyó Billikan padre.

—Si encuentran a alguien para que presente la demanda, les deseo buena suerte —manifestó A. R. I. en tono afable—: Y ahora, si me lo permiten, creo que voy a darme una vuelta por el cementerio.

Y encasquetándose el sombrero, se dirigió a la puerta y salió.

Etheriel, con sus vértices estremecidos, se vio ante la gloria de un querubín de seis alas.

—Si te he entendido bien —dijo éste—, tu universo particular ha sido desmantelado.

—Exacto.

—Bueno, supongo que no esperarás que yo lo ajuste de nuevo...

—No espero que hagas nada, excepto conseguirme una entrevista con el Jefe.

Al oír este nombre, el querubín se apresuró a exponer su respeto. Las puntas de dos de sus alas le cubrieron los pies, otras dos los ojos y las dos últimas la boca. Volviendo a su estado normal, repuso:

—El Jefe está muy ocupado. Tiene una miríada de asuntos que resolver.

—¿Y quién lo niega? Me limito a señalar que, si las cosas continúan como hasta ahora, tendrá un universo en el cual Satán logrará la victoria final.

—¿Satán?

—Es el nombre hebreo del Adversario —explicó impaciente Etheriel—. Podría llamarle también Ahrimán, que es la palabra persa. En cualquier caso, me refiero al Adversario.

—¿Y a qué te conducirá una entrevista con el Jefe? —dijo el querubín—. Firmó el documento que autorizaba tocar la trompeta del Juicio Final, y ya sabes que su firma es irrevocable. El Jefe no contradiría nunca su propia omnipotencia revocando una palabra pronunciada en su facultad oficial.

—¿Es tu última decisión? ¿No quieres concertarme una entrevista?

—No puedo.

—En ese caso —decidió Etheriel— acudiré al Jefe sin que me sea concedida audiencia. Invadiré el Móvil Primero. Y si ello significa mi destrucción, que así sea.

E hizo acopio de todas sus energías...

—¡Sacrilégio! —murmuró horrorizado el querubín.

Se oyó como un trueno cuando Etheriel salió disparado hacia las alturas.

A. R. I. Mann recorrió las atestadas calles, acostumbándose poco a poco a la visión de toda aquella gente aturdida, incrédula, apática, vestida sucintamente o, con mayor frecuencia, sin nada encima.

Una chiquilla que aparentaba unos doce años, colgada de una puerta de hierro, con un pie posado sobre un barrote y balanceándose adelante y atrás, le saludó al pasar:

—¡Hola!

—¡Hola! —correspondió A. R. I.

La niña estaba vestida. No era uno de los..., retornados.

—Tenemos un nuevo bebé en casa. Es una hermanita. Mamá no hace más que quejarse y me ha mandado aquí.

—Me parece muy bien —dijo A. R. I.

Cruzó la verja y se dirigió a la casa, de modesto aspecto. Tocó el timbre y, al no

obtener respuesta, abrió la puerta y penetró en el interior. Siguiendo el sonido de los sollozos, llamó con los nudillos a una segunda puerta. Un hombre vigoroso, de unos cincuenta años, de escaso pelo, gruesas mejillas y prominente mandíbula, abrió y le dirigió una mirada, mezcla de asombro y enfado.

—¿Quién es usted?

A. R. I. se quitó el sombrero.

—Pensé que podría servir de alguna ayuda. Su pequeña, que está fuera...

Una mujer, sentada en una silla junto a una cama de matrimonio, alzó la vista hacia él con aire desvalido. Su cabello comenzaba a encanecer. Tenía el rostro abotargado por el llanto, y las venas de las manos amoratadas e hinchadas. Una criatura se hallaba sobre la cama, gordezuela y desnuda, agitando lánguidamente los pies y dirigiendo acá y allá sus ojos sin vista aún.

—Es mi pequeña —dijo la mujer—. Nació hace veintitrés años, en esta casa, y murió a los diez días, también aquí. ¡Deseé tanto que volviera!

—Bueno, pues ya la tiene —la animó A. R. I.

—¡Pero es demasiado tarde! —clamó la mujer, en una especie de vehemente sollozo—. Tuve otros tres hijos. Mi hija mayor está casada, mi hijo cumpliendo el servicio militar. Y ya soy demasiado vieja para criar a otro. Si por lo menos..., si por lo menos...

Sus facciones se contrajeron en un esfuerzo por reprimir las lágrimas. No lo consiguió.

Su marido intervino, diciendo con voz átona:

—No es una criatura real. No llora. No se ensucia. Ni quiere tomar leche. ¿Qué vamos a hacer con ella? Jamás crecerá. Siempre seguirá siendo un bebé.

A. R. I. meneó la cabeza.

—No lo sé. Siento no poder hacer nada para ayudarles.

Y se marchó sosegadamente. Pensó sin perder la calma en los hospitales y las clínicas. Miles de criaturas debían de estar apareciendo en ellos.

«Que las cuelguen en perchas —pensó sardónico—. Que las hacinen como leños, en atados. No necesitan cuidados. Sus cuerpecillos no son más que el recipiente de una indestructible chispa vital.»

Pasó ante dos chiquillos al parecer de la misma edad, tal vez unos diez años. Sus voces eran agudas. El cuerpo de uno de ellos brillaba bajo la luz no solar, de manera que se trataba de un retornado. El otro no. A. R. I. se detuvo a escucharles.

—Tuve la escarlatina —decía el desnudo.

—¡Atiza! —exclamó el vestido, con una chispa de envidia en la voz.

—Por eso morí.

—¿Ah, sí? ¿Qué te dieron, penicilina o aureomicina?

—¿De qué hablas?

—Son medicinas.

—Nunca oí hablar de ellas.

—Chico, pues no has oído hablar de mucho.

—Sé tanto como tú.

—Conque sí, ¿eh?

—A ver, ¿quién es el presidente de Estados Unidos?

—Warren Harding.

—Estás chiflado. Es Eisenhower.

—¿Quién es ése?

—¿No lo has visto nunca en la televisión?

—¿Qué es la televisión?

El chico vestido gritó como para romperle los tímpanos a cualquiera:

—Algo que, moviendo un botón, se ven artistas, películas, vaqueros, lanzamientos de cohetes y todo lo que se quiera.

—A ver, enséñamelo.

—No funciona en este momento —confesó tras una pausa el niño del presente.

El otro manifestó su enojo, gritando a su vez:

—Lo que pasa es que no ha funcionado nunca. Eres un trolero.

A. R. I. se encogió de hombros y siguió adelante.

Los grupos escaseaban al acercarse al cementerio. Todos se encaminaban a la ciudad, desnudos.

Un hombre le detuvo. De aspecto jovial, con la piel sonrosada y el cabello blanco, se le veían las marcas de los lentes a ambos lados del puente de la nariz, aunque no los llevaba.

—Se le saluda, amigo —dijo.

—¡Hola! —respondió A. R. I.

—Usted es el primer hombre vestido que veo. Supongo que estaba vivo cuando sonó la trompeta.

—En efecto.

—Bien, ¿no le parece grande todo esto? ¿No lo encuentra maravilloso y extraordinario? Venga, regocíjese conmigo.

—Le gusta a usted esto, ¿verdad?

—¿Gustar? Una alegría pura y radiante me colina. Estamos rodeados por la luz del primer día, la luz que resplandecía suave y serenamente antes que fueran creados el Sol, la Luna y las estrellas. Usted debe de conocer el Génesis, claro. Hay el dulce calor que debió de ser uno de los deleites mayores del Edén, no el enervante de un sol implacable, ni el asalto del frío en su ausencia. Hombres y mujeres andan por las calles sin ropa alguna y no se avergüenzan. Todo está bien, amigo, todo está bien.

—Desde luego, es un hecho que no me ha impresionado el despliegue femenino.

—Pues claro que no —corroboró el otro—. El deseo y el pecado, tal como lo recordamos de nuestra existencia terrenal, ya no existen. Permítame que me presente, amigo, tal como fui en otros tiempos. Mi nombre en la Tierra fue Winthrop Hester. Nací en 1812 y morí en 1884, tal como entonces contábamos el tiempo. A lo largo de los últimos cuarenta años de mi vida, laboré para conducir mi pequeño rebaño hasta el Reino. Ahora podré contar los que gané para él.

A. R. I. contempló con solemnidad al ministro de la Iglesia.

—Lo más probable es que no haya habido ningún Juicio todavía.

—¿Por qué no? El Señor ve en el interior de cada hombre, y en el mismo instante en que todas las cosas del mundo cesaron, todos fueron juzgados. Nosotros somos los salvos.

—Pues deben de haberse salvado muchos.

—Por el contrario, hijo mío, los salvos no son sino un resto.

—Un resto muy nutrido... Por lo que puedo colegir, todo el mundo vuelve a la vida. Y he visto en la ciudad a unos personajes muy desagradables tan vivos como usted.

—Un arrepentimiento de último momento...

—Yo nunca me he arrepentido.

—¿De qué, hijo mío?

—Del hecho de no haber asistido nunca a la iglesia.

Winthrop Hester se echó atrás presuroso.

—¿Fue usted bautizado alguna vez?

—No, que yo sepa.

Winthrop Hester tembló.

—Pero seguro que creyó en Dios.

—Bueno. Creí una serie de cosas sobre Él que probablemente le espantarían si se las dijera.

Winthrop Hester se dio la vuelta y se marchó presa de gran agitación.

En lo que quedaba de camino hasta el cementerio —A. R. I. no tenía medios de calcular el tiempo ni se le ocurrió intentarlo—, nadie más le detuvo. Halló el cementerio casi vacío, sin árboles ni hierba. Pensó que no quedaba ya verdor en el mundo; el mismo suelo presentaba un gris duro e informe, sin granulación; el firmamento, una blancura luminosa. Sin embargo, las lápidas subsistían.

Sobre una de ellas se hallaba sentado un hombre flaco y con arrugas, de largo cabello negro y una mata de pelo, más corto, aunque más impresionante, en el pecho y la parte superior de los brazos. Le llamó con profunda voz:

—¡Eh, usted!

—Hola —dijo A. R. I., sentándose en otra lápida vecina.

El del pelo negro dijo:



—Su indumentaria tiene un aspecto muy raro. ¿En qué año ha sucedido esto?

—En 1.957.

—Yo morí en 1807. ¡Curioso! Esperaba que a estas alturas me habría convertido en un buen churrasco, con las llamas eternas brotando de mis entrañas.

—¿No piensa venir a la ciudad?

—Me llamo Zeb —dijo el otro—. Abreviatura de Zebulon, pero con Zeb basta. ¿Qué tal la ciudad? ¿Habrá cambiado un poco, supongo?

—Ha llegado a los cien mil habitantes.

La boca de Zeb dibujó algo semejante a un bostezo.

—¡Vaya! ¿Más que Filadelfia...? Usted bromea.

—Filadelfia tiene... —A. R. I. se detuvo. Exponer la cifra no serviría de nada. En vez de ello, dijo—: Ha crecido lo normal en una ciudad durante ciento cincuenta años...

—¿El país también?

—Ahora tenemos cuarenta y ocho estados. Lo ocupamos todo hasta el Pacífico.

—¡No me diga! —Zeb se dio una fuerte palmada de contento en el muslo y respingó ante la ausencia de tela que hubiera atenuado el golpe—. Me iría al Oeste si no se me necesitara aquí. Sí, señor. —Su cara se ensombreció, y sus delgados labios tomaron un rictus de definida inflexibilidad—. Sí, me quedaré aquí, donde soy necesario.

—¿Por qué es necesario?

La explicación surgió con breve y duro laconismo.

—¡Indios!

—¿Indios?

—Millones de ellos. Primero las tribus que combatimos y liquidamos, y encima las que nunca vieron a un hombre blanco. Todos ellos están volviendo a la vida. Necesitaré a mis viejos camaradas. Ustedes, los tipos de la ciudad, no valen para eso... ¿Ha visto alguna vez a un indio?

—Últimamente no.

Zeb esbozó un gesto de desprecio e intentó escupir a un lado, pero no encontró saliva para ello.

—Más vale que regrese a la ciudad —dijo—. Dentro de poco, no habrá la menor seguridad por estos parajes. Desearía tener mi mosquetón.

A. R. I. se puso en pie, meditó un momento, se encogió de hombros y se dirigió a la ciudad. La lápida sobre la que había estado sentado se desplomó al levantarse, conviniéndose en polvo de piedra gris, que se amalgamó con la tierra informe. Miró en derredor. La mayoría de las lápidas habían desaparecido. El resto no tardaría en hacerlo. Sólo la que estaba bajo Zeb parecía aún firme y fuerte.

A. R. I. echó a andar. Zeb ni siquiera se volvió para mirarle. Seguía inmóvil y en

calma, en espera... de los indios.

Etheriel se zambulló a través de los cielos con temeraria celeridad. Los ojos de los Ascendientes se hallaban posados sobre él, lo sabía. Desde el serafín creado en último lugar, pasando por los querubines y los ángeles, hasta el más elevado de los arcángeles, todos debían de estar contemplándole.

Había llegado ya más arriba que ningún Ascendiente estuviera nunca sin ser invitado, y esperaba el palpitar del Verbo que reduciría sus vértices a la nada.

Mas no vaciló. A través del no-espacio y el no-tiempo se precipitó hacia la unión con el Móvil Primero, la sede que circundaba todo lo que Es, Fue, Será, Había Sido, Podía Ser y Debía Ser.

Y al pensarlo, irrumpió y se fundió con él, expandiéndose su ser de manera que, por un instante, formó parte del Todo. Sin embargo, de un modo misericordioso, sus sentidos se velaron, y el Jefe se convirtió en una queda voz en su interior, tenue pero tanto más impresionante en su infinita plenitud.

—Hijo mío —dijo la voz—, ya sé por qué has venido.

—Entonces ayúdame, si tal es tu voluntad.

—Por mi propia voluntad, un acto mío es irrevocable. Todo tu género humano, hijo mío, anhelaba vivir. Todos temían la muerte. Todos albergaban y desarrollaban pensamientos y sueños de vida ilimitada. No dos grupos de hombres, no dos hombres aislados. Todos desarrollaban la misma idea de la vida futura, todos deseaban vivir. Se pedía que fuese el común denominador de todos esos deseos... de vida eterna. Y accedí.

—Ningún servidor tuyo presentó la solicitud.

—La presentó el Adversario, hijo mío.

La débil gloria de Etheriel desfalleció. Murmuró en voz baja:

—Soy polvo a tu vista y no merecedor de estar en tu presencia, pero he de hacerte una pregunta. ¿También el Adversario es tu servidor?

—Sin él, no podría tener ningún otro —repuso el Jefe—. ¿Pues qué es el Bien sino la lucha eterna contra el Mal?

«Y en esa lucha —pensó Etheriel—, yo he perdido.»

A. R. I. se detuvo a la vista de la ciudad. Los edificios se estaban derrumbando. Los de madera eran ya montones de astillas. Se dirigió al más próximo de tales hacinamientos y halló las astillas polvorientas y secas.

Penetró más profundamente en la ciudad y vio que las casas de ladrillo se mantenían aún en pie, si bien los ladrillos presentaban una siniestra redondez en los bordes, un amenazador descascarillamiento.

—No durarán mucho —dijo una voz profunda—, pero hasta cierto punto supone un consuelo saber que al derrumbarse no matarán a nadie.

A. R. I. alzó la vista sorprendido y se halló cara a cara con un cadavérico Don

Quijote de deprimidas mandíbulas y hundidas mejillas. Sus ojos eran tristes; su cabello, castaño y lacio. La ropa le colgaba flojamente, y la piel asomaba a través de varios desgarrones.

—Mi nombre es Richard Levine. —dijo el individuo—. Era profesor de historia..., antes de que esto ocurriera.

—Va usted vestido —observó A. R. I.—. Así que no es uno de los resucitados.

—No, pero esa señal diferenciadora va desapareciendo. La ropa se cae a jirones.

A. R. I. observó a la muchedumbre que pasaba, moviéndose lentamente y sin meta, como polillas bajo un rayo de sol. En efecto, pocos llevaban ropa. Se miró la suya y por primera vez reparó en que se había desprendido ya la costura lateral de las perneras de sus pantalones. Tomó entre pulgar e índice la tela de su chaqueta, y la lana se desmenuzó con facilidad.

—Me parece que tiene usted razón —dijo a Levine.

—Y si se fija, verá también que Mellon's Hill está quedando raso —prosiguió el profesor de historia.

A. R. I. dirigió la mirada al norte, donde las mansiones de la aristocracia —toda la aristocracia que había en la ciudad— festoneaban las laderas de Mellon's Hill, y halló casi liso el horizonte.

—Al final —anunció Levine—, todo se reducirá a una planicie, sin ningún rasgo característico. La nada... y nosotros.

—Y los indios —añadió A. R. I.—. Hay un hombre al exterior de la ciudad que los espera. No hace más que clamar por un mosquetón.

—Imagino que los indios no nos causarán ninguna desazón. No hay placer alguno en combatir a un enemigo al que no se puede matar o herir. Y aunque se pudiera, el anhelo de batalla habría desaparecido, como todos los anhelos.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. Aunque no se lo imagine al mirarme, antes de que todo esto aconteciera, me causaba un gran e inofensivo placer la contemplación de una figura femenina. Ahora, pese a las oportunidades sin par a mi disposición, me siento irritantemente falto de interés. No, no es cierto... Ni siquiera me causa irritación mi desinterés.

A. R. I. lanzó una breve ojeada a los transeúntes.

—Ya sé lo que quiere decir.

—La venida de los indios aquí no significa nada comparada con lo que debe de ser la situación en el Viejo Mundo —prosiguió Levine—. Ya en las primeras horas de la Resurrección, sin duda volvieron a la vida Hitler y su Wehrmacht. Ahora debe hallarse en compañía y mezcolanza con Stalin y el Ejército en todo el camino que va desde Berlín a Estalingrado. Para complicar la situación, llegarán los káiseres y los zares. Los hombres de Verdún y el Somme volverán a los antiguos campos de batalla.

Napoleón y sus mariscales se desparramarán por la Europa occidental. Y Mahoma habrá vuelto para ver lo que épocas posteriores han hecho del Islam, mientras que los Santos y los apóstoles estudiarán las sendas de la cristiandad. Y hasta los mongoles, pobrecillos, los Kanes de Temujin a Aurangzeb, recorrerán desamparados las estepas, en anhelante búsqueda de caballos.

—Como profesor de historia, lo lógico es que anhele también estar allí para observar.

—¿Cómo podría estar allí? La posición de todo hombre en la Tierra queda limitada ahora a la distancia que puede recorrer caminando. No hay máquinas de ninguna especie y, como he mencionado ya, tampoco caballos ni cabalgadura alguna. Y al fin y al cabo, ¿qué cree que encontraría en Europa de todos modos? Apatía, igual que aquí.

El sordo ruido de una caída hizo que A. R. I. girase en redondo. El ala de un edificio de ladrillo próximo a ellos se había derrumbado. A ambos lados, entre el polvo, había cascotes. Sin duda alguno de ellos le había golpeado sin que se diera cuenta.

—Encontré a un hombre que pensaba que todos habíamos sido ya juzgados y estábamos en el cielo —dijo.

—¿Juzgados? Sí, me imagino que lo estamos. Nos enfrentamos ahora a la eternidad. No nos queda ningún universo, ni fenómenos exteriores, ni emociones, ni pasiones. Nada, sino nosotros mismos y el pensamiento. Nos enfrentamos a una eternidad de introspección, cuando nunca, a lo largo de la historia, hemos sabido qué hacer de nosotros mismos en un domingo lluvioso.

—Parece como si la situación le molestara.

—Mucho más que eso. Las concepciones dantescas del infierno eran pueriles e indignas de la imaginación divina. Fuego y tortura... El hastío es mucho más sutil. La tortura interior de una mente incapaz de escapar de sí misma en modo alguno, condenada a pudrirse en la exudación de su propio pus mental por toda la eternidad resulta mucho más refinada. Sí, amigo mío, hemos sido juzgados... y condenados. Y esto no es el cielo, sino el infierno.

Levine se levantó, con los hombros abrumados por el decaimiento, y se marchó.

A. R. I. miró pensativo en derredor y asintió con la cabeza. Estaba convencido.

El reconocimiento del propio fracaso duró sólo un instante en Etheriel. De pronto, alzó su ser tan brillante y elevadamente como oso en presencia del Jefe, y su gloria fue una pequeña mota de luz en el infinito Móvil Primero.

—Si ha de cumplirse tu voluntad —dijo—, no pido que renuncies a ella, sino que la colmes.

—¿De qué modo, hijo mío?

—El documento aprobado por el Consejo de Ascendientes y firmado por Ti

señala el Día de la Resurrección para una hora específica de un día determinado del año 1.957, según el cómputo del tiempo de los terrestres.

—Así es.

—Pero la fijación de la fecha es impropia. En efecto, ¿qué significa 1.957? Para la cultura dominante en la Tierra, significa que transcurrieron mil novecientos cincuenta y siete años después del nacimiento de Jesucristo, cosa muy cierta. Sin embargo, desde el instante en que insuflaste la existencia a la Tierra y al universo, han pasado 5.960 años. Y basándose en la evidencia interna de tu creación dentro de este universo, han pasado cerca de cuatro billones de años. ¿Cuál es por lo tanto el año impropio, el 1.957, el 5.960 o el 4.000.000.000.000? Y no es eso todo. El año 1.957 después de Jesucristo coincide con el 7.474 de la era bizantina y con el 5.716 según el calendario judío. Igualmente, corresponde al año 2.708 desde la fundación de Roma, caso de que adoptemos el calendario romano, y al 1.375 en el calendario mahometano, y al 180 de la independencia de Estados Unidos... Así que te pregunto humildemente: ¿no te parece que un año mencionado como 1.957, sin especificar más, resulta impropio y sin significado alguno?

La voz profunda, sosegada y tenue, a la par que intensa, del Jefe repuso:

—Siempre supe eso, hijo mío. Eras tú quien tenía que aprenderlo.

—Entonces —rogó Etheriel, con un luminoso temblor de alegría—, haz que se cumpla tu designio al pie de la letra y, en consecuencia, que el Día de la Resurrección recaiga, en efecto, en el 1.957 prescrito, pero sólo cuando todos los habitantes de la Tierra acuerden por unanimidad que un año determinado, y ningún otro, corresponde a 1.957.

—Así sea —asintió el Jefe.

Y su Verbo recreó la Tierra y todo cuanto contenía, junto con el Sol, la Luna y todos los demás huéspedes del cielo.

Eran las siete de la mañana del 1 de enero de 1.957 cuando A. R. I. Mann se despertó sobresaltado. El comienzo de la melodiosa nota que debía de haber llenado el universo había sonado y sin embargo no había sonado.

Por un instante, enderezó la cabeza, como si quisiera hacer penetrar en ella la comprensión. Luego, cruzó por su rostro un leve gesto de rabia, que se desvaneció muy pronto. No había sido más que otra batalla.

Se sentó ante su escritorio para componer el siguiente plan de acción. La gente hablaba ya de la reforma del calendario y había que apoyarla. Una nueva era debía comenzar el 2 de diciembre de 1.944. Algún día llegaría el nuevo año 1.957. El 1.957 de la era atómica, reconocido como tal por todo el mundo.

Una extraña luz fulguró en su cerebro, mientras los pensamientos se sucedían en su mente más que humana. Y dos pequeños cuernos, uno en cada sien, parecieron dibujarse en la sombra de Ahrimán proyectada en la pared.

## Cuánto se divertían (1951)

---

“The Fun They Had”

Margie incluso lo escribió aquella noche en su diario, en la página encabezada con la fecha 17 de mayo de 2157. «¡Hoy, Tommy ha encontrado un libro auténtico!»

Era un libro muy antiguo. El abuelo de Margie le había dicho una vez que siendo pequeño su abuelo le contó que hubo un tiempo en que todas las historias se imprimían en papel.

Volvieron las páginas, amarillas y rugosas, y se sintieron tremendamente divertidos al leer palabras que permanecían inmóviles, en vez de moverse como debieran, sobre una pantalla. Y cuando se volvía a la página anterior, en ella seguían las mismas palabras que se habían leído por primera vez.

—¡Atiza! —comentó Tommy.—. ¡Vaya despilfarro! Una vez acabado el libro, sólo sirve para tirarlo, creo yo. Nuestra pantalla de televisión habrá contenido ya un millón de libros, y todavía le queda sitio para muchos más. Nunca se me ocurriría tirarla.

—Ni a mí la mía —asintió Margie.

Tenía once años y no había visto tantos libros de texto como Tommy, que ya había cumplido los trece.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó la chiquilla.

—En mi casa —respondió él sin mirarla, ocupado en leer—. En el desván.

—¿Y de qué trata?

—De la escuela.

Margie hizo un mohín de disgusto.

—¿De la escuela? ¡Mira que escribir sobre la escuela! Odio la escuela.

Margie siempre había odiado la escuela, pero ahora más que nunca. El profesor mecánico le había señalado tema tras tema de geografía, y ella había respondido cada vez peor, hasta que su madre, meneando muy preocupada la cabeza, llamó al inspector.

Se trataba de un hombrecillo rechoncho, con la cara encarnada y armado con una caja de instrumental, llena de diales y alambres. Sonrió a Margie y le dio una manzana, llevándose luego aparte al profesor. Margie había esperado que no supiera recomponerlo. Sí que sabía. Al cabo de una hora poco más o menos, allí estaba de nuevo, grande, negro y feo, con su enorme pantalla, en la que se inscribían todas las lecciones y se formulaban las preguntas. Pero eso, al fin y al cabo no era tan malo. Margie detestaba sobre todo la ranura donde tenía que depositar los deberes y los ejercicios. Había que transcribirlos siempre al código de perforaciones que la obligaron a aprender cuando tenía seis años. El profesor mecánico calculaba la nota en menos tiempo que se precisa para respirar.

El inspector sonrió una vez acabada su tarea y luego, dando una palmadita en la cabeza de Margie, dijo a su madre:

—No es culpa de la niña, señora Jones. Creo que el sector geografía se había programado con demasiada rapidez. A veces ocurren estas cosas. Lo he puesto más despacio, a la medida de diez años. Realmente, el nivel general de los progresos de la pequeña resulta satisfactorio por completo...

Y volvió a dar una palmadita en la cabeza de Margie. Esta se sentía desilusionada. Pensaba que se llevarían al profesor. Así lo habían hecho con el de Tommy, por espacio de casi un mes, debido a que el sector de historia se había desajustado.

—¿Por qué iba a escribir nadie sobre la escuela? —preguntó a Tommy.

El chico la miró con aire de superioridad.

—Porque es una clase de escuela muy distinta a la nuestra, estúpida. El tipo de escuela que tenían hace cientos y cientos de años. —Y añadió con tono superior, recalcando las palabras—: Hace siglos.

Margie se ofendió.

—De acuerdo, no sé qué clase de escuela tenían hace tanto tiempo. —Leyó por un momento el libro por encima del hombro de Tommy y comentó—: De todos modos, había un profesor.

—¡Pues claro que había un profesor! Pero no se trataba de un maestro normal. Era un hombre.

—¿Un hombre? ¿Cómo podía ser profesor un hombre?

—Bueno... Les contaba cosas a los chicos y a las chicas y les daba deberes para casa y les hacía preguntas.

—Un hombre no es bastante listo para eso.

—Seguro que sí. Mi padre sabe tanto como mi maestro.

—No lo creo. Un hombre no puede saber tanto como un profesor.

—Apuesto a que mi padre sabe casi tanto como él.

Margie no estaba dispuesta a discutir tal aserto. Así que dijo:

—No me gustaría tener en casa a un hombre extraño para enseñarme.

Tommy lanzó una aguda carcajada.

—No tienes ni idea, Margie. Los profesores no vivían en casa de los alumnos. Trabajaban en un edificio especial, y todos los alumnos iban allí a escucharles.

—¿Y todos los alumnos aprendían lo mismo?

—Claro. Siempre que tuvieran la misma edad...

—Pues mi madre dice que un profesor debe adaptarse a la mente del chico o la chica a quien enseña y que a cada alumno hay que enseñarle de manera distinta.

—En aquella época no lo hacían así. Pero si no te gusta, no tienes por qué leer el libro.

—Yo no dije que no me gustara —respondió con presteza Margie. Todo lo

contrario. Ansiaba enterarse de más cosas sobre aquellas divertidas escuelas.

Apenas habían llegado a la mitad, cuando la madre de Margie llamó:

—¡Margie! ¡La hora de la escuela!

—Todavía no, mamá —suplicó Margie, alzando la vista.

—¡Ahora mismo! —ordenó la señora Jones—. Probablemente es también la hora de Tommy.

—¿Me dejarás leer un poco más del libro después de la clase? —pidió Margie a Tommy.

—Ya veremos —respondió él con displicencia.

Y se marchó acto seguido, silbando y con su polvoriento libro bajo el brazo. Margie entró en la sala de clase, próxima al dormitorio. El profesor mecánico ya la estaba esperando. Era la misma hora de todos los días, excepto el sábado y el domingo, pues su madre decía que las pequeñas aprendían mejor si lo hacían a horas regulares.

Se iluminó la pantalla y una voz dijo:

—La lección de aritmética de hoy tratará de la suma de fracciones propias. Por favor, coloque los deberes señalados ayer en la ranura correspondiente.

Margie obedeció con un suspiro. Pensaba en las escuelas antiguas, cuando el abuelo de su abuelo era un niño, cuando todos los chicos de la vecindad salían riendo y gritando al patio, se sentaban juntos en clase y regresaban en mutua compañía a casa al final de la jornada. Y como aprendían las mismas cosas, podían ayudarse mutuamente en los deberes y comentarlos.

Y los maestros eran personas...

El profesor mecánico destelló sobre la pantalla:

—Cuando sumamos las fracciones una mitad y un cuarto:

Margie siguió pensando en lo mucho que tuvo que gustarles la escuela a los chicos en los tiempos antiguos. Siguió pensando en cómo se divertían.



## El chistoso (1956)

---

“Jokester”

Noel Meyerhof consultó la lista que había preparado y escogió el asunto que iba a ser tratado primero. Como de costumbre, confiaba sobre todo en su intuición.

Aparecía empequeñecido por la máquina a la que se enfrentaba, aunque sólo tuviera a la vista una mínima porción de ésta. Sin embargo, no le importaba. Hablaba con la confianza sin cumplidos de quien se sabe enteramente el amo.

—Johnson regresó de modo inesperado a casa tras un viaje de negocios —dijo—, hallando a su mujer en brazos de su mejor amigo. Se tambaleó dando un paso atrás y exclamó: «¡Max! Yo estoy casado con ella y tengo esa obligación. ¿Pero por qué tú...?»

Meyerhof pensó: «Muy bien. Dejemos ahora que le baje hasta las tripas y que lo digiera un poco».

Sonó una voz detrás de él:

—¡Eh!

Meyerhof borró el sonido de este monosílabo y puso en punto neutro el circuito que había utilizado. Giró en redondo y protestó:

—Estoy trabajando. ¿No suele llamar a la puerta?

No sonrió como acostumbraba al saludar a Timothy Whistler, un veterano analista al que trataba con tanta asiduidad como a cualquiera. Arrugó el entrecejo como lo habría hecho al ser interrumpido por un extraño, frunciendo su flaco rostro en una mueca que lo dejó más arrugado que nunca y que pareció extenderse hasta su pelo.

Whistler se encogió de hombros. Vestía su bata blanca y llevaba las manos apretadas en los bolsillos, formando en ellos unas marcadas líneas verticales.

—Llamé, pero no me contestó. La luz roja no estaba encendida.

Meyerhof gruñó distraído. Había estado pensando demasiado intensamente en su nuevo proyecto y olvidaba los pequeños detalles.

Y sin embargo, apenas podía reprochárselo. El asunto era importante.

No sabía por qué, desde luego. Los Grandes Maestros raras veces lo sabían. Y precisamente eso, el hecho de estar más allá de la razón, les convertía en Grandes Maestros. ¿Cómo si no podía mantenerse la mente humana frente a aquella masa de solidificada razón de dieciséis kilómetros de longitud, a la que los hombres llamaban Multivac, el más complejo ordenador jamás construido?

—Estoy trabajando —insistió—. ¿Qué le trae por aquí? ¿Algo importante?

—Nada que no pueda ser aplazado. Hay unos cuantos baches en la respuesta sobre el hiperespacio... —En ese momento, Whistler pareció captar el ambiente, y su cara tomó una deplorable expresión de incertidumbre—. ¿Trabajando, dice?

—Sí. ¿Qué hay de raro en eso?

—Pero... —Whistler miró a su alrededor, fijando la vista en las ranuras de la angosta habitación que comunicaba con los bancos y más bancos de relés que formaban una pequeña parte de Multivac—. No veo por aquí a nadie ocupado en eso.

—¿Quién dijo que había alguien o que debería haberlo?

—Estaba contando uno de sus chistes, ¿no es eso?

—Sí, ¿y qué?

Whistler forzó una sonrisa:

—¿No irá a decirme que le estaba contando un chiste a Multivac?

—¿Y por que no? —replicó Meyerhof, engallándose.

—¿De modo que efectivamente estaba haciéndolo?

—Pues sí.

—¿Y por qué?

Los ojos de Meyerhof midieron al otro de arriba abajo.

—No tengo por qué darle explicaciones. Ni a usted ni a nadie.

—¡Cielo santo, desde luego que no! Sentí curiosidad, eso es todo... Bueno, puesto que trabaja, le dejo...

Y lanzó una ojeada en derredor, frunciendo de nuevo el entrecejo.

—Me parece muy bien —asintió Meyerhof.

Se quedó mirando a Whistler mientras éste se retiraba. Luego, activó la señal de operaciones con un violento apretón de su dedo.

Comenzó a pasear de un extremo a otro de la habitación, tratando de recuperar la calma. ¡Maldito Whistler! ¡Malditos todos ellos! Sólo porque no se preocupaba de mantener a raya, a la debida distancia social, a todos aquellos técnicos, analistas y mecánicos, porque los trataba como si fueran también artistas creadores, se permitían tomarse aquellas libertades...

«Ni siquiera saben contar chistes como es debido», pensó ceñudo.

Este pensamiento le volvió instantáneamente a su labor. Se sentó de nuevo. ¡Que el diablo se los llevase a todos!

Puso en funcionamiento el apropiado circuito de Multivac y comenzó:

—Durante una travesía en extremo ruda, el camarero de un trasatlántico se detuvo en la pasarela y miró compasivo al hombre que se aferraba a la barandilla, con la mirada posada fijamente en las profundidades, clara muestra de los estragos del mareo. Con toda amabilidad, el camarero dio una palmadita en la espalda del hombre: «¡Ánimo, señor! —le dijo—. Ya sé que la sensación es más que desagradable, pero tenga en cuenta que nadie ha muerto nunca de mareo». El afligido caballero alzó la verdosa y torturada faz hacia su consolador y jadeó con ronco acento: «¡No diga eso, hombre, por Dios! Es sólo la esperanza de morir lo que me mantiene con vida...»

Pese a hallarse un tanto preocupado, Timothy Whistler sonrió y dirigió un ademán con la cabeza a la secretaria cuando pasó ante su mesa. Ella le devolvió la

sonrisa.

Una secretaria humana, pensó él, suponía un elemento arcaico en el mundo de ordenadores electrónicos del siglo XXI. Mas tal vez fuese natural que esa institución sobreviviese en la propia ciudadela de la electrónica, en la gigantesca corporación mundial que manipulaba a Multivac.

Whistler penetró en el despacho de Abram Trask. El representante del gobierno se hallaba en aquel instante descansando, entregado a la cuidadosa tarea de encender una pipa. Sus oscuros ojos relampaguearon en dirección a Whistler, y su afilada nariz se destacó prominente contra el rectángulo de la ventana situada tras él.

—¡Ah, vaya, Whistler! Siéntese. Siéntese.

Whistler se sentó, diciendo a continuación:

—Creo que nos enfrentamos a un problema, Trask.

Trask esbozó una media sonrisa.

—Espero que no se trate de nada técnico. No soy más que un inocente político.

Era una de sus frases favoritas.

—Concierne a Meyerhof.

Trask tomó asiento al instante, con clara expresión de desamparo.

—¿Está usted seguro?

—Razonablemente seguro.

Whistler comprendía muy bien la súbita infelicidad de su interlocutor. Trask era el representante del gobierno encargado de la División de Ordenadores y Automación del Ministerio del Interior. Se esperaba que supiera desenvolverse en las cuestiones de política que implicaban a los satélites humanos de Multivac, de la misma manera que aquellos satélites técnicos habían de ocuparse del propio Multivac.

Pero un Gran Maestro era algo más que un satélite. Incluso más que un simple humano.

En la historia de Multivac, se había hecho muy pronto evidente que los atascos se debían a una simple cuestión de procedimiento. Multivac podía responder a los problemas de la humanidad, a todos los problemas, siempre que... se le formularan preguntas con sentido. Pero al irse acumulando los conocimientos a una celeridad creciente, se hacía también cada vez más difícil localizar esas preguntas con sentido.

La razón sola no lo conseguía. Se necesitaba un tipo raro de intuición, la misma facultad mental —sólo que muy intensificada— que convertía a un hombre en un gran maestro del ajedrez. Se precisaba un cerebro capaz de abrirse paso a través de los cuatrillones de jugadas del ajedrez hasta hallar el mejor movimiento. Y hallarlo en cuestión de minutos.

Trask se agitó inquieto en su butaca.

—¿Qué ha hecho ahora Meyerhof? —preguntó.

—Se ha introducido por una línea de investigación que estimo perturbadora.

—¡Vamos, Whistler! ¿Eso es todo? No se puede impedir a un Gran Maestro que siga la línea de investigación que le parezca. Ni usted ni yo nos hallamos lo bastante capacitados para juzgar el valor de sus preguntas. Lo sabe usted muy bien. Y yo sé que lo sabe.

—Lo sé, desde luego, pero también conozco a Meyerhof. ¿Lo ha tratado usted alguna vez socialmente?

—¡Cielos, no! ¿Trata alguien a un Gran Maestro socialmente?

—No adopte esa actitud, Trask. Al fin y al cabo, son humanos y dignos de compasión. ¿Ha pensado alguna vez en lo que supone ser un Gran Maestro? ¿Saber que únicamente existen una docena de personas iguales a ti en el mundo, que sólo nacen una o dos por generación, que el mundo depende de ti, que un millar de matemáticos, lógicos, psicológicos y físicos confían en ti?

Trask se encogió de hombros y murmuró:

—Yo me sentiría el rey del mundo...

—No lo creo —replicó el analista con impaciencia—. Ellos no se sienten reyes de nada. No tienen a nadie con quien hablar, ninguna sensación de ser queridos. Escuche, Meyerhof no desperdicia nunca una oportunidad de reunirse con los muchachos. No está casado, claro. No bebe. No posee una naturaleza sociable... Sin embargo, se obliga a sí mismo a buscar compañía, porque la necesita. ¿Y sabe qué hace cuando sale con nosotros, cosa que sucede al menos una vez por semana?

—No tengo la menor idea —dijo el funcionario del gobierno—. Todo esto resulta nuevo para mí.

—Pues es un chistoso.

—¿Cómo?

—Se dedica a contar chistes. Buenos, por cierto. Es magnífico en ese aspecto. Toma una historieta, por muy vieja y tonta que sea, le da la vuelta de tal modo que hace gracia. Se debe a la forma en que lo cuenta. Tiene talento.

—Ya veo. Bueno, eso está bien.

—O mal. Esas chanzas son importantes para él. —Whistler apoyó ambos codos sobre la mesa de Trask, se mordió la uña de uno de los pulgares y miró fijamente al vacío—. Es diferente y lo sabe. Esos chistes significan para él el único medio de que le aceptemos el resto de nosotros, los seres vulgares. Nos reímos, nos destornillamos al escucharlos, le palmoteamos la espalda y hasta olvidamos que se trata de un Gran Maestro. Es su único punto de contacto con nosotros.

—Muy interesante. No sabía que fuese usted tan buen psicólogo. Pero veamos, ¿adónde quiere llegar?

—Justamente a esto: ¿qué supone que sucederá si Meyerhof se pasa de rosca?

—¿Qué quiere decir? —dijo el funcionario del gobierno, mirándole con rostro inexpresivo.

—Si comienza a repetirse. Si su auditorio ríe con menos ganas o incluso deja por completo de reír... Carece de otro medio para ganarse nuestra aprobación. Si lo pierde, se quedará solo. ¿Y qué sucedería entonces? Después de todo, Trask, forma parte de esa docena de hombres de los que no puede prescindir la humanidad. No podemos permitir que le suceda nada. Y no me refiero sólo a problemas físicos. No hemos de permitir siquiera que se sienta demasiado infeliz. ¿Quién sabe hasta qué punto afectaría eso su intuición?

—¿Y bien? ¿Ha empezado ya a repetirse?

—No que yo sepa, hasta la fecha, pero me parece que él piensa que sí.

—¿Por qué dice eso?

—Porque he oído cómo le contaba chistes a Multivac.

—¡No, por favor!

—Fue de manera puramente accidental. Entré en su despacho y me echó de inmediato. Hasta se mostró violento. Por lo general, suele estar de buen talante, y considero muy mala señal que se alterase tanto por mi intrusión. De todas formas, subsiste el hecho de que le estaba contando un chiste a Multivac. Y tengo bastantes motivos para creer que ese chiste era uno más en una serie.

—¿Pero por qué?

Whistler se encogió de hombros y se restregó furiosamente el mentón con la mano.

—Me he hecho una idea sobre el particular. Creo que intenta crear un almacén de chistes en los bancos de memoria de Multivac, a fin de obtener nuevas variaciones. ¿Ve usted adónde quiero ir a parar? Planea un creador mecánico de chistes, con objeto de disponer de un número infinito de ellos, sin temor a que se le agoten nunca.

—¡Santo Dios!

—Desde un punto de vista objetivo, tal vez no haya nada malo en ello, pero considero una señal deplorable que un Gran Maestro empiece a servirse de Multivac para resolver sus problemas personales. En todo Gran Maestro se da un cierto grado de inestabilidad mental y ha de ser vigilado. Meyerhof puede estar aproximándose a la línea traspasada la cual perderíamos a un Gran Maestro.

—¿Y qué me sugiere que haga? —preguntó un tanto confuso Trask.

—Asegurarse de si acierto. Tal vez me encuentre demasiado próximo a él para juzgarle bien, y por lo demás juzgar a los seres humanos no entra en mis talentos particulares. Usted es un político y en consecuencia está más capacitado para eso.

—Para juzgar a los humanos quizá, pero no a los Grandes Maestros.

—También son humanos. Además, ¿qué otro podría hacerlo?

Los dedos de Trask tamborilearon en rápido redoble sobre la mesa.

—Supongo que no me queda más remedio —suspiró.

Meyerhof dijo a Multivac:

—El ardiente enamorado, que recogía un ramo de flores silvestres para su amada, quedó desconcertado al toparse de pronto en la misma pradera con un gran toro con cara de pocos amigos, el cual, mirándole con fijeza, escarbó el suelo de modo amenazador. El joven, divisando a un campesino al otro lado de la distante valla, gritó: «¡Eh! ¿Es seguro este toro?» El campesino examinó la situación con ojo crítico, escupió de lado y respondió también a voces: «Como seguro, lo está». Y luego de volver a escupir, añadió: «Ahora, yo no diría lo mismo de ti».

Estaba a punto de pasar al siguiente, cuando le llegó el requerimiento.

En realidad, no era un verdadero requerimiento, pues nadie gozaba del privilegio de emplazar a un Gran Maestro, sino un simple mensaje en que el director de la División, Trask, le anunciaba que tendría sumo gusto en ver al Gran Maestro Meyerhof, caso de que Meyerhof quisiera dedicarle algún tiempo.

Meyerhof hubiera podido tirar impunemente el mensaje y proseguir con su ocupación. No estaba sometido a ninguna disciplina.

Por otra parte, de hacerlo así, continuarían molestándole... Con todo respeto, claro, pero continuarían molestándole.

Así pues, neutralizó los circuitos pertinentes de Multivac, colocó el letrero de «ausente» en la puerta de su despacho, de manera que nadie se atreviera a entrar en él, y se dirigió al de Trask.

Trask tosió, un tanto intimidado por la hosca fiereza de la mirada del otro. Luego dijo:

—No habíamos tenido ocasión de conocernos antes, Gran Maestro, y créame que bien a mi pesar.

—Siempre le he mantenido informado —respondió Meyerhof con rigidez.

Trask se preguntaba qué habría tras aquellos ojos vehementes y de aguda inteligencia. Le resultaba difícil imaginarse a Meyerhof, con su magro rostro, su negro y lacio pelo y su aire profundo, relajándose lo bastante como para contar historietas divertidas.

—Los informes no presuponen un trato social. Yo... Me ha parecido comprender que posee usted un caudal maravilloso de anécdotas.

—¿Se refiere a que soy un chistoso? Ésa es la palabra que la gente suele emplear. Un chistoso.

—No emplearon esa palabra conmigo, Gran Maestro. Dijeron...

—¡Al diablo con ellos! No me importa un comino lo que dijeran. Escuche, Trask, ¿quiere oír un chiste?

Se inclinó hacia delante sobre la mesa y entornó los ojos.

—¡No faltaba más! Desde luego —asintió Trask, esforzándose por parecer campechano.

—Muy bien, allá vamos. La señora Jones miró el ticket que había surgido de la

báscula en respuesta al penique que su marido había introducido en la ranura y comentó: «George, aquí dice que eres amable, inteligente, sagaz, laborioso y atractivo para las mujeres». Volvió el ticket del otro lado y añadió: «Y para colmo, se ha equivocado también en tu peso...»

Trask rió, incapaz de resistirse. Aunque el golpe era predecible, la sorprendente facilidad con que Meyerhof había remedado el tono de desdén en la voz de la mujer, y la maña con que había retorcido los rasgos de su cara para acoplarlos a aquel tono, hicieron que el político lanzara una irreprimible carcajada.

—¿Por qué lo encuentra divertido? —preguntó Meyerhof secamente.

Trask se contuvo.

—¡Discúlpeme!

—Le he preguntado por qué lo encuentra divertido. ¿Qué es lo que ha motivado su risa?

—Bueno... —manifestó Trask, intentando razonar—. La última parte sitúa bajo una nueva luz todo cuanto precede. Lo inesperado...

—Acabo de pintar a un marido humillado por su mujer —le atajó Meyerhof—, un matrimonio que es un verdadero fracaso, puesto que la mujer está convencida de la falta de toda virtud en su marido. Sin embargo, usted se rió. ¿Lo hallaría tan cómico de ser usted el marido?

Esperó un momento, pensativo. Luego prosiguió:

—Escuche este otro, Trask. Abner, sentado junto al lecho de su mujer, gravemente enferma, lloraba desconsolado, cuando su esposa, haciendo acopio del resto de sus fuerzas, se incorporo sobre un codo. «Abner —murmuró—. Abner, no puedo presentarme ante mi Hacedor sin confesarte mi culpa.» «Ahora no —murmuró a su vez el afectado marido—. Ahora no, querida. Anda, tiéndete y descansa.» «No puedo —replicó ella llorosa—. Debo contarlo. De lo contrario, mi alma no descansará nunca en paz. Te he sido infiel, Abner. En esta misma casa, no hace ni un mes...» «¡Calla, calla, querida! —la tranquilizó Abner—. Lo sé todo. ¿Por qué si no te habría envenenado?»

Trask intentó desesperadamente mantener la ecuanimidad, pero no logró ahogar su risa por entero.

—¿De modo que también le divierte? —dijo Meyerhof—. Adulterio, asesinato... Todo muy divertido.

—Bueno, ya sabe que se han escrito libros analizando el humor...

—Cierto, y he leído buen número de ellos. Más aún, le he leído la mayoría a Multivac. Sin embargo, los autores de esos libros se limitan a sospechar y conjeturar. Algunos afirman que reímos por sentirnos superiores a los seres implicados en el chiste. Otros, que se debe a que uno advierte de pronto la incongruencia, o siente un repentino alivio de la tensión, o reinterpreta de manera imprevista los

acontecimientos. ¿Se incluye en todo eso una simple razón? Personas distintas ríen de chistes diferentes. No existe el chiste universal. Y hay seres que no se ríen de ninguno. Sin embargo, hay algo quizá más importante: el hombre es el único animal con verdadero sentido del humor, el único animal que ríe.

—Ya comprendo —dijo de pronto Trask—. Está usted intentando analizar el humor. Por eso transmite a Multivac una serie de chistes.

—¿Quién le dijo que lo estaba haciendo...? Olvídelo, fue Whistler. Ahora lo recuerdo. Me sorprendió ocupado en esa tarea. ¿Y qué hay con eso?

—Nada en absoluto.

—Supongo que no discutiré mi derecho a añadir cuanto desee al caudal general de conocimientos de Multivac o a formularle cualquier pregunta que desee...

—No, no, de ninguna manera —se apresuró a negar Trask—. A decir verdad, no me cabe duda alguna de que con ello abriré el camino a nuevos análisis, de gran interés para los psicólogos.

—¡Humm! Tal vez. Hay otra cosa que me importuna, algo más importante que el análisis general del humor. Una pregunta específica que deseo hacer. Dos, en realidad.

—¿Ah, sí? ¿En qué consisten?

Trask se preguntó si el otro accedería a responder. No había medio alguno para forzarle en caso de que no lo deseara. Pero Meyerhof le explicó:

—La primera pregunta es la siguiente: ¿de dónde proceden todos esos chistes?

—¿Cómo?

—Sí, ¿quién los compone? Escuche, hace cosa de un mes, me pasé toda una velada intercambiando chistes. Como de costumbre, yo conté la mayoría de ellos, y también como de costumbre los tontos se rieron. Acaso pensaban en efecto que tenían gracia o tal vez deseaban animarme. En todo caso, un individuo se tomó la libertad de darme una palmada en la espalda, asegurando: «Meyerhof, sabe usted diez veces más chistes que ninguno de mis conocidos». Creo que decía la verdad, pero sus palabras suscitaron en mí un pensamiento. No sé cuántos cientos o acaso miles de chistes habré contado en una u otra época de mi vida. Sin embargo, el hecho es que jamás inventé ninguno. Ni siquiera uno. Sólo los repito. Mi única contribución se reduce a contarlos. La primera vez, los oigo o los leo. Y la fuente de mi audición o de mi lectura tampoco ha compuesto esos chistes. No he encontrado nunca a nadie que pretendiera ser el autor de un chiste. Siempre dicen lo mismo: «Oí uno muy bueno el otro día...» O bien: «Recientemente me contaron algunos muy buenos...» ¡Todos los chistes son viejos! A eso se debe que resulten tan atrasados y tan fuera de la realidad social. Tratan aún del mareo, por ejemplo, cuando este mal se previene fácilmente en nuestros días, por lo que no se experimenta nunca. O bien de esas básculas de las que sale un ticket con el horóscopo, como las del chiste que le he contado, siendo así que



tales máquinas no se encuentran ya más que en las tiendas de antigüedades. De manera que, ¿quién compone los chistes?

—¿Es eso lo que intenta descubrir? —preguntó Trask.

Y aunque tuvo en la punta de la lengua añadir: «¡Cielo santo! ¿Y a quién le importa nada esa cuestión?», reprimió el impulso. Las preguntas de un Gran Maestro estaban siempre repletas de significado.

—Desde luego que es eso lo que intento descubrir. Enfóquelo de esta manera. No hay problema en que los chistes sean viejos. Al contrario, deben serlo para disfrutar de ellos. La originalidad no entra en el chiste. Existe una variedad de humor en la que cabe la originalidad, el juego de palabras. He oído algunos que evidentemente fueron compuestos siguiendo la inspiración del momento. Hasta yo he hecho algunos. Pero nadie se ríe de tales juegos de palabras. Uno gruñe. Y cuanto mejor sea el juego de palabras, más alto será el gruñido. El humor original no provoca la risa. ¿Por qué?

—Le aseguro que no lo sé.

—Muy bien, pues averigüémoslo. Después de dar a Multivac toda la información que consideré conveniente sobre el tópico general del humor, he pasado a suministrarle chistes selectos.

—¿Selectos en qué sentido? —preguntó Trask intrigado.

—No lo sé —respondió Meyerhof—. Advierto que son buenos, simplemente. Ya sabe que soy Gran Maestro...

—Sí, sí, de acuerdo.

—A partir de esos chistes y de la filosofía general del humor, mi primera solicitud a Multivac será que descubra el origen de los mismos, siempre que pueda. Puesto que Whistler ha metido sus narices en esto y ha creído adecuado informarle a usted, pasado mañana le transmitiré el análisis que deseo. Me parece que va a tener trabajo para rato...

—Seguro. ¿Puedo asistir yo también?

Meyerhof se encogió de hombros. Con toda claridad, la asistencia o no asistencia de Trask le tenía sin cuidado.

Meyerhof había elegido el último de la serie con particular cuidado. No sabría decir en qué consistía ese cuidado, pero había revuelto en su cerebro una docena de posibilidades y las había sometido a reiteradas pruebas respecto a una cualidad indefinible de intención y de significado. Dijo:

—Ug, el cavernícola, observó a su compañera, que corría hacia él deshecha en llanto, con su falda de piel de leopardo en desorden. «¡Ug! —clamó frenética—. Haz algo en seguida. Un tigre de dientes de sable ha entrado en la caverna de mamá. ¡Haz algo, te digo!» Ug gruñó, tomó su bien afilado hueso de búfalo y respondió: «¿Por qué he de hacer nada? ¿A quién le importa lo que le suceda a un tigre de dientes de sable?»

Fue entonces cuando Meyerhof formuló sus dos preguntas. Se echó luego hacia atrás y cerró los ojos, fatigado.

—No vi absolutamente nada malo en ello —dijo Trask a Whistler—. Me confesó con toda claridad y de buen grado lo que estaba haciendo. Lo encontré singular, pero legítimo.

—Lo que él pretendía estar haciendo —corrigió Whistler.

—Aun así, no puedo obstruir la tarea de un Gran Maestro basándome sólo en una opinión. Parece un poco raro, pero después de todo se supone que lo son todos. No creo que esté loco.

—Emplea a Multivac para descubrir el manantial de los chistes —murmuró desconcertado el analista jefe—. ¿Y no supone eso estar loco?

—¿Cómo asegurarlo? —preguntó a su vez Trask con irritación—. La ciencia ha avanzado hasta el extremo de que las cuestiones plenas de significado resultan ridículas. Las que poseen un sentido han sido pensadas, preguntadas y respondidas hace tiempo.

—No sirve para nada. Y eso me fastidia.

—Tal vez, pero no hay alternativa, Whistler. Veremos a Meyerhof, y usted podrá hacer los necesarios análisis de las respuestas de Multivac, si las hay. En cuanto a mí, mi única tarea se reduce a reunir el expediente. ¡Dios mío, si ni siquiera sé en qué consiste el trabajo de un analista como usted, a excepción de analizar! Y eso no me ayuda en nada.

—Pues es bastante sencillo —replicó Whistler—. Los Grandes Maestros como Meyerhof formulan las preguntas, y Multivac las reduce automáticamente a cantidades y operaciones. La maquinaria precisa para convertir las palabras en símbolos ocupa la mayor parte del volumen de Multivac. Multivac da después la respuesta en cantidades y operaciones, sin traducirla en palabras, excepto en los casos más simples y rutinarios. De diseñarlo para resolver el problema general de la traducción, su volumen habría de cuadruplicarse, cuando menos.

—Ya. Así pues, a usted le corresponde la tarea de traducir esos símbolos en palabras, ¿cierto?

—A mí y a otros analistas... En caso necesario, empleamos ordenadores más pequeños y especialmente diseñados al efecto. —Whistler sonrió con una mueca—. Al igual que las sacerdotisas délficas de la antigua Grecia, Multivac nos proporciona oráculos y oscuras respuestas. Sólo que, como ve, disponemos de traductores.

Habían llegado ya. Meyerhof les esperaba.

—¿Qué circuitos emplea usted, Gran Maestro? —preguntó Whistler vivamente.

Meyerhof se lo dijo, y Whistler se entregó a su tarea.

Trask intentó seguir el proceso, pero nada de aquello revestía el menor sentido para él. El representante del gobierno vio devanarse un carrete con una serie de

perforaciones de infinita incomprensibilidad. El Gran Maestro Meyerhof aguardaba indiferente a un lado, mientras Whistler examinaba la plantilla a medida que emergía. El analista se había puesto unos auriculares y un micrófono ante la boca. De cuando en cuando, murmuraba una serie de instrucciones que guiaban a sus ayudantes, al frente de otros ordenadores electrónicos en algún lugar distante.

Whistler escuchaba ocasionalmente, y a continuación perforaba combinaciones en un complejo tablero, marcado con símbolos que se asemejaban de un modo vago a signos matemáticos, pero que no lo eran.

Pasó mucho más de una hora. El fruncimiento del entrecejo de Whistler se fue haciendo más marcado. En cierta ocasión, alzó la vista hacia los otros dos, empezó a decir: «¡Esto es increí...!», y volvió de nuevo a su trabajo.

Por último, anunció con voz ronca:

—Puedo darles ya una respuesta no oficial. —Sus ojos estaban ribeteados de un virulento color rojo—. La respuesta oficial habrá de esperar al análisis completo. ¿Desean la no oficial?

—Dígala —respondió Meyerhof.

Trask asintió a su vez. Whistler lanzó una avergonzada mirada al Gran Maestro.

—Parece cosa de locos... Multivac afirma que son de origen extraterrestre.

—¿Cómo dice? —preguntó Trask.

—¿Es que no me ha oído? Los chistes que reímos no fueron compuestos por ningún hombre. Multivac ha analizado todos los datos, y la única respuesta que concuerda con los mismos es que alguna inteligencia extraterrestre ha compuesto los chistes..., todos ellos..., y los ha infundido en mentes humanas seleccionadas, en épocas y lugares escogidos, de tal modo que persona alguna tiene conciencia de haber compuesto ninguno. Y todos los chistes siguientes son variantes menores y adaptaciones de aquellos grandes originales.

Meyerhof, con el rostro resplandeciendo por el orgullo que sólo puede conocer un Gran Maestro que, una vez más, ha formulado la pregunta debida, prorrumpió:

—¿Así que todos los escritores de comedias no hacen sino retorcer los antiguos chistes para ajustarlos a los nuevos propósitos? Ya sabíamos eso. La respuesta encaja.

—¿Pero por qué? —preguntó Trask—. ¿Por qué crearon los chistes?

—Multivac dice que el único propósito que concuerda con todos los datos es el estudio de la psicología humana. Nosotros estudiamos la psicología de las ratas obligándolas a encontrar su camino en un laberinto. Las ratas ignoran por qué. Y aun si se dieran cuenta de lo que pasa, que no se la dan, tampoco lo sabrían. Esas inteligencias exteriores estudian la psicología del hombre, anotando las reacciones individuales con respecto a anécdotas cuidadosamente seleccionadas... Sin duda esas inteligencias exteriores comparadas con nosotros nos superan tanto como nosotros a las ratas...

Whistler se estremeció. Trask, con la mirada fija, apuntó:

—El Gran Maestro dijo que el hombre es el único animal con sentido del humor. Al parecer, el sentido del humor nos viene de fuera.

Meyerhof añadió muy excitado:

—Y ante el único humor creativo que poseemos, no reaccionamos con la risa. Me refiero a los juegos de palabras.

—Parece como si los extraterrestres eliminasen las reacciones a los chistes espontáneos, para evitar la confusión —opinó Whistler.

—¡Vamos, vamos! —intervino Trask, sumido en una súbita agonía espiritual—. ¡Santo Dios! ¿De verdad se creen eso?

El analista le miró fríamente.

—Multivac así lo afirma. Por ahora, no puede decirse nada más. Ha señalado a los verdaderos chistosos del universo. Si deseamos saber más, habrá que proseguir la investigación. —Y añadió en un murmullo—: Si alguien se atreve a proseguirla.

El Gran Maestro Meyerhof dijo de pronto:

—Como usted sabe, formulé dos preguntas. Y puesto que ha sido respondida la primera, creo que Multivac cuenta con los datos suficientes para contestar a la segunda.

Whistler se encogió de hombros. Parecía un hombre a punto de derrumbarse.

—Si el Gran Maestro cree que hay datos suficientes, tendré que tomarlo en consideración. ¿Cuál fue la segunda pregunta?

—Pregunté lo siguiente: ¿Cómo reaccionará la raza humana al recibir la respuesta a la primera pregunta?

—¿Y por qué preguntó eso? —se interesó Trask.

—Sólo porque tuve la sensación de que debía preguntarlo.

—¡Demencia! ¡Pura demencia! —exclamó Trask.

Mientras se apartaba de los demás, pensó en cuán extrañamente habían cambiado de postura él y Whistler. Ahora, era él quien pretendía explicarlo todo por la demencia. Cerró los ojos. Por mucho que se empeñase en afirmar que Meyerhof estaba loco, ningún hombre en cincuenta años había dudado de la combinación de un Gran Maestro y Multivac. Todas las dudas habían quedado solventadas.

Whistler se entregó de nuevo a su trabajo, en silencio y con los dientes apretados, poniendo en marcha otra vez a Multivac y sus máquinas complementarias. Pasó otra hora, al cabo de la cual, estalló en una ronca carcajada.

—¡Una delirante pesadilla! —exclamó.

—¿Cuál es la respuesta? —preguntó Meyerhof—. Quiero las observaciones de Multivac, no las tuyas.

—Conforme. Aquí la tiene. Multivac manifiesta que en cuanto un simple humano descubra la verdad, este método de análisis psicológico de la mente humana se

convertirá en inútil como técnica objetiva para los poderes extraterrestres que ahora la emplean.

—¿Quiere decir que ya no habrá más chistes transmitidos a la humanidad? —preguntó débilmente Trask—. ¿O qué quiere decir?

—No más chistes —repuso Whistler—. ¡A partir de ahora! Multivac dice ahora. El experimento ha terminado ahora. Habrán de introducir una nueva técnica.

Se miraron con fijeza. Pasaron los minutos, hasta que por fin Meyerhof dijo lentamente:

—Multivac tiene razón.

—Lo sé —asintió vacilante Whistler.

Incluso Trask añadió en un murmullo:

—Sí. Así debe ser.

Fue Meyerhof quien aportó la prueba efectiva, Meyerhof, el consumado chistoso.

—Todo pasó, sí, todo pasó. Hace cinco minutos que lo intento y no se me ocurre un simple chiste, ni uno sólo. Y si leyera uno en un libro, no me reiría, lo sé.

—El don del humor se ha desvanecido —dijo Trask lleno de melancolía—. Ningún ser humano volverá a reír jamás.

Y los tres permanecieron allí, con la mirada fija, sintiendo reducirse el mundo a las dimensiones de una experimental jaula de ratas... Habían retirado el laberinto, y algo..., algo sería puesto en su lugar...

## El Bardo Inmortal (1954)

---

“The Immortal Bard”

—Oh, sí —dijo el doctor Phineas Welch—, puedo invocar los espíritus de los muertos ilustres.

Estaba un poco ebrio, de lo contrario no lo habría dicho. Pero no estaba mal embriagarse un poco en la fiesta anual de Navidad.

Scott Robertson, el joven profesor de literatura, se ajustó las gafas y miró a derecha e izquierda para cerciorarse de que nadie oyera.

—Vamos, doctor Welch.

—Hablo en serio. Y no sólo los espíritus. También invoco los cuerpos.

—No lo hubiera creído posible —dijo Robertson con tono ampuloso.

—¿Por qué no? Es una simple cuestión de transferencia personal.

—¿Se refiere al viaje por el tiempo? Pero eso es bastante..., esto..., insólito.

—No sé si sabe cómo.

—Bien, ¿y cómo, doctor Welch?

—¿Cree que voy a contárselo? —preguntó muy serio el físico. Buscó con la vista otra bebida y no vio ninguna—. He invocado a varios. Arquímedes, Newton, Galileo. Pobres diablos.

—¿No les gustó nuestra época? Pensé que estarían fascinados por la ciencia moderna —comentó Robertson, que empezaba a disfrutar de la conversación.

—Oh, lo estaban. Claro que sí. Especialmente Arquímedes. Pensé que enloquecería de alegría cuando se lo explicara por encima en el escaso griego que sé, pero no..., no...

—¿Cuál fue el problema?

—Una cultura distinta. No se podían habituar a nuestro modo de vida. Sentían mucho miedo y soledad. Tuve que enviarlos de vuelta.

—Qué pena.

—Sí. Grandes mentes, pero no mentes flexibles. No eran universales. Así que probé con Shakespeare.

—¿Qué? —aulló Robertson, pues eso se aproximaba más a su especialidad.

—No grite, jovencito —le reconvino Welch—. Es de mala educación.

—¿Dice usted que invocó a Shakespeare?

—Así es. Necesitaba a alguien con una mente universal, alguien que conociera tanto a la gente como para convivir con ella siglos después de su propia época. Shakespeare era el hombre indicado. Tengo su autógrafo. Como recuerdo, ya me entiende.

—¿Aquí? —preguntó Robertson, con los ojos desorbitados.

—Aquí mismo —Welch hurgó en los bolsillos del chaleco—. Ah, aquí está.

Le dio un trozo de cartón al profesor. En un lado decía: "L. Klein e hijos, ferretería mayorista". En el otro estaba garrapateado: "William Shakespeare."

Robertson tuvo una sospecha.

—¿Qué aspecto tenía?

—No era como los retratos. Calvo y feo con bigote. Hablaba con acento tosco. Desde luego, hice lo posible para congraciarlo con nuestra época. Le dije que valorábamos mucho sus obras y que aún se representaban en los teatros. Mas aún, que las considerábamos las más importantes obras literarias en lengua inglesa, tal vez de cualquier idioma.

—Bien, bien —dijo Robertson, asombrado.

—Le conté que la gente había escrito volúmenes enteros sobre sus obras. Naturalmente, quiso ver uno y lo saqué de la biblioteca.

—¿Y?

—Oh, estaba fascinado. Claro que tenía inconvenientes con los giros actuales y las referencias históricas de 1600, pero yo le ayudé. Pobre diablo. Creo que no esperaba semejante tratamiento. No paraba de decir: "¡Pardiez! ¿Qué no se puede sonsacar a las palabras en cinco siglos? ¡Se podría lograr una inundación con aguas estancadas!".

—Él no diría eso.

—¿Por qué no? Escribía sus obras con la mayor celeridad posible. Me explicó que tenía que hacerlo para cumplir con los plazos. Escribió Hamlet en menos de seis meses. La trama era vieja. Él se limitó a pulirla un poco.

—Eso es lo que se hace con el espejo de un telescopio —replicó indignado el profesor de literatura—. Sólo lo pulen un poco.

El físico no le prestó atención. Divisó un cóctel intacto en la barra, a pocos metros, y furtivamente se dirigió hacia él.

—Le dije al Bardo Inmortal que incluso dictábamos cursos universitarios sobre Shakespeare.

—Yo dicto uno.

—Lo sé. Lo inscribí en ese curso nocturno precisamente. Nunca he visto a un hombre tan ávido de averiguar qué pensaba de él la posteridad como el pobre Will. Trabajó con empeño en ello.

—¿Ha inscrito a William Shakespeare en mi curso? —farfulló Robertson.

Aun como fantasía alcohólica la idea resultaba abrumadora. ¿Pero se trataba de una fantasía alcohólica? Recordaba vagamente a un hombre calvo y que hablaba de forma exótica...

—No con su verdadero nombre, por supuesto —le aclaró el doctor Welch—. No quiero ni pensar cómo lo pasó. Fue un error, eso es todo. Un gran error. Pobre diablo.

Se hizo con el cóctel y sacudió la cabeza ante la copa.

—¿Por qué fue un error? ¿Qué sucedió?

—Tuve que enviarlo de vuelta a 1600 —rugió el indignado Welch—. ¿Cuánta humillación cree usted que puede soportar un hombre?

—¿De qué humillación me habla?

El doctor Welch se liquidó el cóctel de un solo trago.

—Vaya, maldito patán. Usted lo suspendió.



## Algún día (1956)

---

“Someday”

Niccolo Mazetti estaba tumbado boca abajo sobre la alfombra, con la barbilla apoyada en su pequeña mano, y escuchaba desconsoladamente al Narrador. Había incluso sospecha de lágrimas en sus ojos oscuros, un lujo que un muchacho de once años únicamente podía permitirse estando solo.

El Narrador iba diciendo:

»Érase una vez un profundo bosque en cuyo centro vivía un pobre leñador y sus dos hijas huérfanas de madre. La hija mayor tenía un cabello largo y negro como las plumas de las alas de un cuervo, pero el de la pequeña era tan brillante y dorado como la luz del sol de una tarde otoñal.

»Muchas veces, mientras las muchachas esperaban que su padre regresara a casa después de su jornada de trabajo en el bosque, la hermana mayor se sentaba delante del espejo y cantaba...»

Nico no pudo escuchar lo que cantaba la muchacha, pues alguien lo llamó desde fuera.

—¡Eh, Nickie!

Y Niccolo, después de haberse despejado la cara, se precipitó a la ventana y gritó:

—¡Hola, Paul!

Paul Loeb lo saludó con un gesto de la mano, parecía excitado. A pesar de ser seis meses mayor, era más delgado que Niccolo y no tan alto como él. La reprimida tensión de su rostro se hacía más evidente por unos rápidos parpadeos.

—¡Oye, Nickie, déjame entrar! He tenido una idea genial. Ya verás cuando te la cuente. —Se apresuró a mirar a su alrededor como si estuviese cerciorándose de que nadie podía escucharlo, pero el jardín de delante de la casa estaba completamente vacío. Repitió en un susurro—: Ya verás cuando te lo cuente.

—Vale. Voy a abrirte la puerta.

El Narrador seguía con su relato lentamente, ajeno a la repentina falta de atención por parte de Niccolo. Cuando entró Paul, el Narrador estaba diciendo:

«...En eso, el león dijo: “Si me encuentras el huevo perdido del pájaro que vuela sobre la Montaña de Ébano una vez cada diez años, yo...”»

—¿Es un Narrador lo que estás escuchando? —preguntó Paul—. No sabía que tuvieras uno.

Niccolo se sonrojó y en su rostro volvió a aparecer la mirada de tristeza.

—Es un trasto viejo de cuando yo era pequeño. No es muy bueno. —Dio una patada al Narrador y golpeó el plástico, lleno de señales y descolorido, que cubría el reflejo deslumbrador.

El Narrador se interrumpió al sacudirse su dispositivo del habla y perder el contacto un momento, luego prosiguió:

«... durante un año y un día, hasta que los zapatos de hierro se desgastaron. La princesa se detuvo a un lado del camino...»

—Muchacho, es un modelo viejísimo —comentó Paul mientras miraba críticamente el artefacto.

A pesar de su propio rencor contra el Narrador, Niccolo hizo una mueca ante el tono condescendiente de su amigo. Sintió por un momento haber dejado entrar a Paul, por lo menos antes de haber devuelto al Narrador a su lugar habitual de descanso en el sótano. El hecho de haberlo resucitado sólo había sido fruto de un día aburrido y de una discusión infructuosa con su padre. Y el Narrador había resultado tan estúpido como había esperado.

En cualquier caso, Nickie sentía cierto temor reverencial por Paul, pues éste seguía unos cursos especiales en el colegio y todo el mundo decía que de mayor sería ingeniero informático.

Ello no significaba que Niccolo fuese mal en el colegio. Sacaba notas decentes en lógica, manipulaciones binarias, informática y circuitos elementales; todas las asignaturas normales del instituto. ¡Pero ahí estaba el problema! No eran más que las materias normales y él de mayor sería un inspector de cuadro de mandos como cualquier otro.

Paul, por su parte, sabía cosas misteriosas sobre lo que él llamaba matemáticas electrónicas y teóricas, y programación. Especialmente programación. Niccolo ni siquiera trataba de comprender cuando Paul hablaba acerca de ello.

Paul escuchó al Narrador unos minutos y luego dijo:

—Veo que lo usas mucho.

—¡No! —exclamó Niccolo, ofendido—. Lo tengo en el sótano desde antes de que tú vinieses a vivir a este barrio. Sólo lo he sacado hoy... —falta de una excusa que le pareciese adecuada, concluyó—: Hoy lo he sacado.

—¿Es de eso que te habla, de leñadores, princesas y animales parlantes? —dijo Paul.

—Es horrible —contestó Niccolo—. Pero mi padre dice que no podemos comprar uno nuevo. Se lo he pedido esta mañana... —El recuerdo de la petición infructuosa de aquella mañana puso a Niccolo, peligrosamente, al borde de unas lágrimas que contuvo presa del pánico. Sin saber con exactitud por qué, tenía la impresión de que las finas mejillas de Paul nunca se mojaban con lágrimas y que éste sólo habría mostrado desprecio por alguien menos fuerte que él. Niccolo añadió—: De modo que he pensado probar de nuevo este vejistorio, pero no es bueno.

Paul apagó el Narrador y apretó el contacto que ponía en marcha una casi instantánea reorientación y recombinación del vocabulario, caracteres, tramas y

efectos especiales almacenados dentro de él. Luego volvió a activarlo.

El Narrador empezó suavemente:

«Había una vez un niño llamado Willikins cuya madre había muerto y que vivía con un padrastro y un hermanastro. Aún cuando su padrastro era un hombre acomodado, sacó al pobre Willikins de su propia cama, de modo que éste se veía obligado a descansar como mejor podía sobre un montón de paja en el establo junto a los caballos...»

—¡Caballos! —exclamó Paul.

—Creo que son una especie de animales —dijo Niccolo.

—¡Ya lo sé! Quería decir que es una barbaridad imaginar historias sobre caballos.

—No para de hablar de caballos —dijo Niccolo—. También hay unas cosas que se llaman vacas. Se ordeñan, pero el Narrador no explica cómo.

—¡Caramba! Oye, ¿por qué no lo arreglas?

—Me gustaría saber cómo.

El Narrador estaba diciendo:

«Willikins pensaba a menudo que si por lo menos fuese rico y poderoso, enseñaría a su padrastro y a su hermanastro lo que significaba ser cruel con un niño pequeño, de modo que un buen día decidió recorrer mundo y hacer fortuna.»

Paul, que no estaba escuchando al Narrador, dijo:

—Es fácil. El Narrador tiene unos cilindros de memoria dispuestos para las tramas, los efectos especiales y todo lo demás. De eso no debemos preocuparnos. Lo único que tenemos que modificar es el vocabulario para que sepa sobre computadoras, automatización, electrónica y cosas reales de hoy en día. Entonces podrá contar historias interesantes, ¿comprendes?, en lugar de hablar de princesas y esas cosas.

—Me gustaría que lo pudiésemos hacer —comentó Niccolo, abatido.

—Escucha, mi padre me ha dicho que si consigo ingresar en la escuela especial de informática el año que viene, me comprará un Narrador de verdad, un último modelo. Uno grande con un dispositivo para historias espaciales y misterios. Y también con un dispositivo visual.

—¿Quieres decir ver los cuentos?

—Claro. El señor Daugherty del colegio dice que ahora tiene cosas de éstas, pero no para todo el mundo. Sólo si logro entrar en la escuela de informática. Mi padre podría encontrar alguna ocasión.

A Niccolo se le saltaban los ojos de envidia.

—¡Caramba! ¡Ver un cuento!

—Podrás venir a casa y verlos cuando quieras, Nickie.

—¡Oh, muchacho! ¡Gracias!

—No tiene importancia. Pero recuerda que seré yo quien diga qué tipo de

historias escucharemos.

—Claro, claro. —Niccolo estaba dispuesto a aceptar de buena gana unas condiciones más duras.

Paul volvió su atención al Narrador.

Éste estaba diciendo:

«Siendo así —dijo el rey, acariciándose la barba y frunciendo el ceño hasta que las nubes llenaron el cielo y brilló el rayo—, tendrás que conseguir que todo mi reino esté libre de moscas a esta hora del día de pasado mañana o...»

—Todo lo que tenemos que hacer es abrirlo —declaró Paul.

Mientras hablaba, apagó de nuevo el Narrador y empezó a fisgonear el panel frontal.

—¡Eh! —exclamó Niccolo, de pronto alarmado—. No lo rompas.

—No voy a romperlo —dijo Paul con impaciencia—. Conozco muy bien estas cosas. Luego añadió, con repentina cautela—: ¿Están tus padres en casa?

—No.

—Estupendo. —Sacó el panel frontal y miró en el interior—. Chico, este trasto sólo tiene un cilindro.

Siguió trabajando en las entrañas del Narrador. Niccolo, que observaba la operación con dolorosa ansiedad, era incapaz de entender lo que su amigo estaba trajinando.

Paul sacó una delgada y flexible lámina de metal, accionada con puntos.

—Esto es el cilindro de la memoria del Narrador. Apuesto a que su capacidad para historias está por debajo del billón.

—¿Qué vas a hacer, Paul? —dijo Niccolo con voz temblorosa.

—Voy a proporcionarle un vocabulario.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Tengo un libro aquí, que me ha dado el señor Daugherty en el colegio.

Paul sacó el libro del bolsillo y lo anduvo manoseando hasta que le sacó la funda de plástico. Desenrolló un poco la cinta, la conectó al vocalizador, que se fue convirtiendo en un murmullo, e introdujo aquélla dentro de las partes vitales del Narrador. Luego hizo otros empalmes.

—¿Para qué sirve eso?

—El libro hablará y el Narrador lo pondrá todo en su cinta de memoria.

—¿De qué servirá?

—¡Chico, eres tonto o qué! Este libro trata sobre computadoras y automatización y el Narrador cogerá toda esta información. Así podrá dejar de hablar de reyes que provocan relámpagos cuando fruncen el ceño.

—Y el chico bueno siempre gana —añadió Niccolo—. No es divertido.

—Bueno, es así como hacen a los Narradores —dijo Paul mientras comprobaba que la conexión estuviese funcionando adecuadamente—. Hacen que el chico bueno gane y los malos pierdan, y cosas así. En una ocasión oí a mi padre hablar sobre ello. Decía que sin la censura no se sabe en lo que se convertiría la generación actual. Dice que ya está bastante mal como está... Mira, está saliendo bien.

Paul se frotó una mano con la otra y se apartó del Narrador.

—Pero escucha, todavía no te he contado la idea que he tenido. Apuesto a que nunca has oído nada mejor. He acudido a ti en seguida porque he imaginado que colaborarías conmigo.

—Claro, Paul. Por supuesto.

—De acuerdo. ¿Conoces al señor Daugherty del colegio, verdad? Y ya sabes que es un tipo muy original. Bien, creo que me tiene cierto aprecio.

—Lo sé.

—Hoy he estado en su casa después del colegio.

—¿Has estado en su casa?

—Claro. Dice que voy a ingresar en la escuela de informática y quiere ayudarme y todo eso. Dice que el mundo necesita más gente capaz de diseñar circuitos informáticos avanzados y llevar a cabo una programación adecuada.

—¡Ah!

Posiblemente, Paul captó algo del vacío que había detrás de aquel monosílabo.

—¡Programación! —dijo en un tono impaciente—. Te lo he explicado cientos de veces. Esto es cuando se plantean problemas a las computadoras gigantes como «Multivac» para que los resuelvan. El señor Daugherty dice que cada vez es más difícil encontrar gente que pueda manejar realmente computadoras. Dice que cualquiera puede supervisar en los controles, comprobar las respuestas y resolver problemas de rutina. Dice que el truco está en ampliar la investigación y encontrar formas de hacer las preguntas adecuadas, y esto es difícil.

»Sea como sea, Nickie, me ha llevado a su casa y me ha enseñado su colección de computadoras antiguas. Tiene unas computadoras diminutas que hay que apretar con los dedos, están todas cubiertas de botones. Y había un pedazo de madera que él llama regla de cálculo con una pequeña pieza que se mueve de un lado al otro. Y unos alambres con bolas. Tiene incluso un trozo de papel con una especie de cosa que él llama tabla de multiplicación.

Niccolo, cuyo interés era sólo moderado, dijo:

—¿Una tabla de papel?

—En realidad no es una tabla. Es diferente. Servía para ayudar a la gente a calcular. El señor Daugherty ha tratado de explicármelo, pero no tenía mucho tiempo, además era bastante complicado.

—¿Por qué la gente no utilizaba una computadora?

—¡Eso era antes de que hubiese computadoras! —exclamó Paul.

—¿Antes?

—Claro. ¿Crees que la gente siempre ha tenido computadoras?

—¿Cómo se las arreglaban sin computadoras? —quiso saber Niccolo.

—No lo sé. El señor Daugherty dice que en los tiempos antiguos se limitaban a tener hijos y no hacían nada de lo que pasaba por su mente, fuese bueno para todo el mundo o no. Ni siquiera sabían si era bueno o no. Y los campesinos hacían crecer las cosas con sus manos, eran las personas quienes hacían todo el trabajo en las fábricas y manejaban todas las máquinas.

—No puedo creerte.

—Es lo que me ha contado el señor Daugherty. Dice que todo era sucio y que la gente era desgraciada... Pero, bueno, dejemos eso, voy a contarte mi idea, ¿quieres?

—De acuerdo, adelante. ¿Quién te lo impide? —dijo Niccolo, ofendido.

—Está bien. Pues las computadoras manuales, las de los botones, tenían unos pequeños garabatos sobre cada uno de los botones. Y la regla de cálculo también llevaba garabatos. Y la tabla de multiplicación estaba llena de garabatos. He preguntado qué eran. El señor Daugherty me ha dicho que eran números.

—¿Qué?

—Cada signo servía para un número diferente. Para «uno» se hacía un garabato determinado, para «dos» otro tipo de marca, para «tres» otra y así sucesivamente.

—¿Para qué?

—Así se podía calcular.

—¿Para qué? Con decírselo a la computadora...

—¡Estúpido! —exclamó Paul, con el rostro distorsionado por la ira—. ¿No puedes metértelo en la cabeza? Esas reglas de cálculo y las otras no hablaban...

—Entonces, cómo...

—Las respuestas aparecían en forma de garabatos y había que saber lo que significaban los signos. El señor Daugherty dice que, en los tiempos antiguos, todo el mundo aprendía a hacer esos garabatos en la infancia y también a descifrarlos. Hacer garabatos se llamaba «escribir» y descifrarlos era «leer». Dice que había diferentes tipos de garabatos para cada palabra y solían escribir libros enteros con garabatos. Me ha dicho que hay algunos en el museo y que si quiero puedo ir a verlos. Dice que si de verdad voy a ser un programador informático tengo que conocer la historia de la informática y por esto me ha enseñado esas cosas.

Niccolo frunció el ceño.

—¿Quieres decir que todo el mundo debía inventarse garabatos para cada palabra y luego recordarlos? ¿Todo esto es real o te lo estas inventando?

—Es real. En serio. Mira, así es como se hace un «uno».

—Levantó el dedo e hizo una raya en el aire. El «dos» así y el «tres» así. He

aprendido todos los números hasta el «nueve».

Niccolo miraba los movimientos del dedo sin comprender nada de nada.

—¿Y todo eso qué importancia tiene?

Se puede aprender a hacer palabras. Le he preguntado al señor Daugherty cómo se hacía el garabato para «Paul Loeb», pero no lo sabía. Me ha dicho que en el museo había gente que sin duda lo sabía y ha añadido que allí había gente que había aprendido a descifrar libros enteros. Ha dicho que se podían diseñar computadoras para descifrar libros y utilizarlas para esto, pero que no es necesario porque ahora tenemos libros de verdad, con cintas magnéticas que pasan por el vocalizador y saben hablar, ya sabes.

—Sí, claro.

—Por consiguiente, si vamos al museo, podemos aprender a hacer palabras con garabatos. Nos dejarán porque yo voy a ir a la escuela de informática.

Niccolo, decepcionado, hizo una mueca.

—¿Era ésa tu idea? ¡Santo cielo, Paul! ¿A quién puede interesarle? ¡Hacer unos estúpidos garabatos!

—¿No lo pescas? ¿No lo pescas? Eres tonto. ¡Nos servirá para transmitir mensajes secretos!

—¿Qué dices?

—Está claro. ¿Qué ventaja tiene hablar si todo el mundo puede entenderte? Con los garabatos se pueden mandar mensajes secretos. Se pueden poner sobre un papel y nadie en el mundo sabrá lo que significan, a menos, claro está, que también conozcan los garabatos; pero te apuesto a que no lo sabrán, si nosotros no se los enseñamos. Podemos crear un club de verdad, con iniciaciones, reglamentos y una casa club. ¡Muchacho...!

El pecho de Niccolo empezó a estremecerse con cierta excitación.

—¿Qué tipo de mensajes?

—Cualesquiera. Digamos que yo quiero decirte que vengas a mi casa a mirar el nuevo Narrador Visual y no quiero que vengan los demás compañeros. Pongo los garabatos adecuados sobre un papel, te lo doy, tú miras y sabes lo que tienes que hacer. Pero nadie más lo sabe. Podrías incluso enseñárselo y ellos se quedarían igual.

—¡Oye, es genial! —gritó Niccolo, ahora completamente cautivado—. ¿Cuándo iremos a aprender cómo se hace?

—Mañana —dijo Paul—. Yo le pediré al señor Daugherty que advierta a la gente del museo y tú te preocupas de que tus padres te den permiso. Podríamos ir después de clase y empezar a aprender.

—¡Por supuesto! —exclamó Niccolo—. Podemos ser los directores del club.

—Yo seré el presidente del club —dijo Paul, siempre práctico—. Y tú puedes ser el vicepresidente.

—De acuerdo. Es estupendo, va a ser muchísimo más divertido que el Narrador.  
—Recordó de pronto el Narrador y añadió con repentino recelo—: Oye, ¿qué pasa con mi viejo Narrador?

Paul se volvió para mirar a éste, que estaba recogiendo lentamente el libro desenrollado; el sonido de las vocalizaciones del libro producía un débil murmullo.

—Voy a desconectarlo —dijo Paul.

Se puso a la tarea mientras Niccolo observaba lleno de ansiedad. Al cabo de unos instantes, Paul volvió a meter el libro, de nuevo rebobinado, en el bolsillo, colocó el panel del Narrador y lo activó.

El Narrador empezó a decir:

«Érase una vez una gran ciudad donde vivía un muchacho pobre llamado Fair Johnnie cuyo único amigo era un pequeño ordenador. Éste le decía al muchacho cada mañana si iba a llover aquel día y le contestaba cualquier duda que pudiese tener. Nunca se equivocaba. Pero sucedió que un día, el rey de aquellas tierras, habiendo oído hablar del pequeño ordenador, decidió que él también quería tener uno. Con este propósito en la cabeza, llamó a su Gran Visir y le dijo...»

Niccolo apagó el Narrador con un rápido movimiento de la mano.

—¡Sigue siendo el mismo trasto viejo! —dijo en tono colérico—. Sólo con una computadora dentro.

—Bueno —empezó a decir Paul—, han metido tanta cosa en la cinta que el trabajo de la computadora no alcanza su máximo rendimiento cuando se hacen combinaciones aleatorias. ¿Pero eso qué cambia? Lo que tú necesitas es un modelo nuevo.

—Nunca podremos comprar uno nuevo. Tendré que soportar a esta vieja cosa, asquerosa y despreciable.

Volvió a darle una patada, en esta ocasión dándole de lleno. El Narrador retrocedió emitiendo un chillido agudo de ruedecillas.

—Cuando lo tenga, podrás venir a ver el mío —dijo Paul—. Además, no te olvides de nuestro club de garabatos.

Niccolo asintió con una inclinación de cabeza.

—Escucha —dijo Paul—. Vamos a mi casa. Mi padre tiene algunos libros sobre los tiempos antiguos. Podemos escucharlos y tal vez sacar alguna idea. Deja una nota a tus padres y te quedas a cenar. Vamos.

—De acuerdo —aceptó Niccolo.

Los dos muchachos se dispusieron a marcharse.

Niccolo, en medio de su excitación, tropezó casi de lleno con el Narrador, se frotó el punto de la cadera donde se había golpeado y salió.

Se puso a brillar la señal de activación del Narrador. La colisión de Niccolo había cerrado el circuito y a pesar de estar solo en la habitación y no haber nadie para



escucharlo, empezó una historia.

Pero, extrañamente, no lo hizo con su voz habitual, sino en un tono más bajo y algo gutural. De haberlo escuchado un adulto, habría podido pensar que la voz contenía una pizca de pasión, algo cercano al sentimiento.

El Narrador empezó a decir:

«Érase una vez un pequeño ordenador llamado el Narrador que vivía solo con unas personastras. Las cuales personastras no dejaban de tomar el pelo al pequeño ordenador y a burlarse de él, diciéndole que no servía para nada y que era un objeto inútil. Le pegaban y lo encerraban solo en una habitación durante meses seguidos.

»A pesar de todo ello el pequeño ordenador seguía esforzándose. Lo hacía todo lo mejor que podía y obedecía de buen talante todas las órdenes. Sin embargo, las personastras con las que vivía seguían comportándose de forma cruel y despiadada.

»Un día, el pequeño ordenador se enteró de que en el mundo existían muchos ordenadores de tipos distintos, muchísimos. Algunos eran Narradores como él, pero otros dirigían fábricas y algunos se ocupaban de granjas enteras. Algunos organizaban a la población y otros analizaban todo tipo de datos. Había muchos que eran muy poderosos y muy sabios, mucho más poderosos y sabios que las personastras que tanta crueldad mostraban para con el pequeño ordenador.

»Y el pequeño ordenador supo que las computadoras serían cada vez más poderosas y más sabias, hasta que algún día... algún día... algún día...»

Pero se debió de trabar finalmente una válvula en las viejas y corroídas partes vitales del Narrador, pues mientras estuvo esperando toda la tarde, solo en la cada vez más oscura habitación, sólo pudo murmurar una y otra vez:

«Algún día... algún día... algún día...»

# Los sufrimientos del autor (1957)

---

“The Author's Ordeal”

(con disculpas para W. S. Gilbert)

Bullen sin cesar los argumentos en tu sesera;  
de ciencia ficción son los argumentos, urdidos con alegría y finura,  
argumentos que se agolpan tercamente en tu mollera  
hasta que irremediamente le conducen a la locura.  
Cuando sales con tu chica, no oyes ni una palabra;  
en el concierto vuelas sin distinguir las notas;  
conduciendo tu automóvil te pasas una luz roja  
(además, rozas un Ford, rompiendo tu faro sano);  
el jefe te cuenta un chiste y, con aire de despiste, dices una bobada  
(y él piensa que eres tontín, y tal vez un borrachín).  
Si te ocurren cosas tales, no son fuerzas sobrenaturales;  
si escribes ciencia ficción, ésa es tu condenación.  
Pues tu mente hirviente es sorda y ciega a lo existente,  
siendo el espacio su euforia y las estrellas su gloria.  
Comienzas con una nave que se pierde en viaje a Cástor  
y descubre acongojada una galaxia inmensa y alejada.  
Inventas con entusiasmo canallescas criaturas  
tan malvadas y embusteras que a todos meten pavura.  
Nuestros héroes gallardos se enfrentan a las hordas empañadas  
en hallar nuestra galaxia y esclavizar la raza humana.  
Como la historia debe estar vibrante de tensión,  
los terrícolas son cuatro, los enemigos legión.  
Los héroes apresados comparecen ante líderes malvados.  
«¿Dónde está la Tierra?», les inquietan, mas los hombres  
resisten con coraje, y el lector vive sus nombres.  
Pero aguarda un instante, falta algo: una doncella  
buena y pura (aun así apetitosa) y de atuendos, ligera.  
Siendo ella tripulante, es apresada al instante,  
y esos monstruitos viscosos la examinan lujuriosos.  
Despierta deseos carnales con sus formas tan sensuales,  
pero terminas pronto esta sección para eludir la objeción  
de que los reptílicos seres no pueden interesarse en mujeres.  
Amarran a la niña, empuñan sus azotes, profieren amenazas,  
nuestros airados hombres rompen las ligaduras con sus manazas,  
cada héroe terrícola abate a puñetazos docenas de enemigos,  
y de pronto despiertas con la mente en remolino.  
No sabes dónde estás

ni donde aparcaste el coche,  
estás desaliñado,  
totalmente despistado,  
y la gente murmurando  
te mira los calcetines (pues uno te está faltando),  
pensando qué locura,  
que tremenda chifladura,  
y del brillo de tus ojos  
y tus actos impulsivos deducen  
que estás chalado de aquí hasta que seas anciano.  
Mas ya terminó el suplicio  
que causó tanto desquicio,  
pues en el blanco papel  
hay palabras en tropel,  
y llega la diversión:  
has concluido otro cuento de ciencia ficción.

## Soñar es asunto privado (1955)

“Dreaming Is a Private Thing”

Jesse Weill alzó la vista de su mesa. En su viejo y enjuto cuerpo, su afilada nariz de elevado puente, sus ojos hundidos y sombríos y sus asombrosas greñas blancas, había quedado estampada, por decirlo así, la marca registrada de Sueños Inc., durante los años en que la sociedad se había hecho mundialmente famosa.

—¿Ha llegado ya el muchacho, Joe? —preguntó.

Joe Dooley era de baja estatura y cuerpo recio. Un cigarro descansaba flojamente en su húmedo labio inferior. Lo apartó por un instante y contestó:

—Sus padres le acompañan. Todos están muy asustados.

—¿Está seguro de no cometer un error, Joe? No dispongo de mucho tiempo... — Consultó su reloj—. He de atender un asunto del gobierno a las dos...

—Absolutamente seguro, doctor Weill. —El rostro de Dooley era todo un poema de seriedad, y sus carrillos temblaron con persuasiva intensidad—. Como le dije, lo capté mientras jugaba a una especie de baloncesto en el patio de la escuela. Debiera usted haberle visto. Apestaba. Cuando ponía las manos en la pelota, su propio equipo tenía que apartarse rápidamente. Y sin embargo, adoptaba todas las posturas de un jugador de primera. ¿Comprende lo que quiero decir? Para mí es un punto y aparte.

—¿Le habló?

—Pues claro. Le abordé a la hora de la merienda. Ya me conoce... —Dooley dibujó un amplio ademán con su cigarro, recogiendo la ceniza esparcida con la otra mano—. Mira, muchacho, le dije...

—¿Y cree que constituye material soñador?

—Le dije: Mira, muchacho, acabo de llegar de África y...

—Está bien. —Weill le contuvo alzando la mano con la palma hacia arriba—. Su palabra me basta. No sé cómo se las apaña, pero, puesto que lo afirma, apostararía a que el muchacho es un soñador en potencia. Tráigamelo.

El muchacho entró, enmarcado por sus padres. Dooley acercó sillas, y Weill se puso en pie para estrechar sus manos, sonriendo al chico de manera que las arrugas de su cara se convirtieron en surcos benévolos.

—¿Te llamas Tommy Slutsky?

Tommy asintió sin pronunciar palabra. Parecía tener unos diez años y era bastante bajo para su edad. Su negro pelo estaba inverosímilmente pegado y su cara limpia hasta un punto irreal, casi refregada y bruñida.

—¿Eres un buen chico? —preguntó Weill.

La madre del muchacho sonrió al punto, palmoteó la cabeza de su hijo (gesto que no suavizó la ansiosa expresión del muchacho) y respondió en su nombre:

—Siempre ha sido un chico muy bueno.

Weill decidió olvidar sus dudas.

—Dime, Tommy —dijo, tendiendo al pequeño un caramelo, que éste miró primero dudoso y luego aceptó—. ¿Has oído alguna vez un sueño?

—Pues sí, algunas veces —respondió Tommy con voz atiplada.

El señor Slutsky carraspeó. Era hombre de anchas espaldas y gruesos dedos, un labrador típico que, para confusión de la eugenesia, había engendrado a un soñador.

—Alquilamos uno o dos para el chico. De los antiguos de verdad...

Weill asintió.

—¿Te gustan, Tommy?

—Bueno, son bastante tontos...

—Tú te los imaginas mejores, ¿verdad?

La sonrisa que se dibujó en la cara del chiquillo produjo el efecto de hacer que se desvaneciera en parte la irrealidad del lustroso pelo y el relavado rostro.

Weill prosiguió afablemente.

—¿No querrías contarme uno de tus sueños?

—Creo que no —respondió Tommy, al punto embarazado.

—No te costará ningún trabajo... Verás, es muy fácil. Joe...

Dooley apartó una pantalla de la pared y puso al descubierto un registrador de sueños. El niño lo miró como una lechuza.

Weill alzó el casco y lo acercó al muchacho.

—¿Sabes lo que es esto?

—No —respondió Tommy, echándose hacia atrás.

—Es un pensador. Lo llamamos así porque las personas piensan dentro de él. Se lo pone uno en la cabeza y se piensa lo que se quiere...

—¿Y qué pasa entonces?

—Pues nada en absoluto. Produce una sensación agradable.

—No —rechazó Tommy—. Prefiero no probarlo.

Su madre se inclinó presurosa hacia él.

—No te hará daño, Tommy. Haz lo que dice este señor.

En su voz asomaba un inconfundible tono de mando. Tommy se irguió y pareció como si deseara echarse a llorar y no pudiese. Weill le colocó el casco, muy despacio y con gran suavidad. Aguardó por espacio de treinta segundos antes de hablar de nuevo, a fin de que el chico se asegurara de que no hacía daño alguno y se acostumbrara al insinuante toque de las fibrillas contra las suturas de su cráneo (penetraban en la piel tan tenuemente como para resultar casi insensible) y, por último, para que se habituara también al tenue zumbido de los vórtices de los campos alternos.

—¿Quieres pensar ahora para nosotros? —pidió luego.

—¿Sobre qué?

Sólo se divisaban su nariz y su boca.

—Sobre lo que quieras. ¿Qué te gustaría hacer al salir de la escuela?

—¿Volar en un reactor estratosférico? —aventuró el muchacho tras pensar unos instantes y con animada inflexión de tono.

—¿Y por qué no? Seguro. Ya vas en un reactor. Ahora mismo despegas.

Dirigió una breve seña a Dooley, quien puso en marcha el congelador.

Weill tuvo sometido a prueba al muchacho sólo durante cinco minutos y luego le hizo salir del despacho con su madre, escoltados ambos por Dooley. Tommy parecía desconcertado por la prueba, pero incólume.

—Y ahora, señor Slutsky —dijo Weill al padre del chiquillo—, si el resultado de esta prueba es positivo, nos será grato abonarle quinientos dólares por año hasta que termine la enseñanza previa. Durante ese tiempo, sólo pedimos que el niño acuda una hora por semana, en la tarde que prefieran a nuestra escuela especial.

—¿Tengo que firmar algún papel? —preguntó Slutsky con la voz un poco ronca.

—Desde luego. Estamos hablando de negocios, señor Slutsky.

—Bien, no sé... Según tengo entendido, los soñadores son difíciles de encontrar.

—En efecto. Pero su hijo, señor Slutsky, aún no es un soñador. Acaso no lo sea nunca. Quinientos dólares al año significan una apuesta para nosotros, no para usted. Cuando haya terminado el bachillerato, puede darse el caso de que no sirva. Pero usted no habrá perdido nada. Al contrario, habrá ganado en total unos cuatro mil dólares. Y si es un soñador, disfrutará de una vida magnífica y, ciertamente, tampoco en este caso habrá perdido usted nada.

—Necesita un adiestramiento especial, ¿cierto?

—Desde luego, muy intenso. Sin embargo, no hemos de preocuparnos por eso hasta que acabe el bachillerato. Luego, tras dos años con nosotros, se desarrollará. Confíe en mí, señor Slutsky.

—¿Garantiza usted ese adiestramiento especial?

Weill, que había empujado un papel a través de la mesa y le tendía a Slutsky un plumero, la dejó y rió entre dientes:

—¿Una garantía? No. ¿Cómo podemos darla si aún no estamos seguros de que posea un verdadero talento? No obstante, siguen en pie los quinientos dólares al año para usted.

Slutsky recapacitó y meneó la cabeza.

—Le hablaré con franqueza, señor... Después de que convinimos con su empleado en vernos aquí, llamé a Piensa-Sucio y me dijeron que me ofrecerían la garantía.

Weill suspiró.

—Mire, señor Slutsky, no me gusta hablar contra un competidor. Si le dijeron que garantizarían la instrucción, lo harán. Pero no pueden convertir en soñador a un

muchacho si no ha nacido para eso, con instrucción o sin ella. Si toman a su cargo un muchacho que no posee el talento verdadero y lo someten a un curso de desarrollo, lo destrozarán. No llegará a soñador, se lo aseguro. Y nunca volverá a ser una persona normal. No corra el riesgo de que le ocurra así a su hijo. Sueños Inc., en cambio, se mostrará absolutamente sincera. Si tiene madera de soñador, haremos uno de él. En caso contrario, se lo devolveremos sin entrometernos y le diremos: «Hágale aprender un oficio». De este modo, será mejor y más saludable para él. Se lo aseguro, señor Slutsky... Y puesto que tengo hijos y nietos, sé muy bien de qué hablo... Yo no permitiría que destinasen uno de los míos a los sueños en caso de no ser apto para ello. Ni por un millón de dólares. Slutsky se secó la boca con el dorso de la mano y la extendió para tomar la pluma.

—¿Qué dice el documento?

—Se trata de una opción. Le pagaremos a usted cien dólares en efectivo ahora mismo, tras la firma. No hay ningún compromiso. Estudiaremos la ensoñación del chico. Si opinamos que merece la pena proseguir, le volveremos a llamar y estableceremos el contrato definitivo, sobre la base de quinientos dólares anuales. Póngase confiadamente en mis manos, señor Slutsky, y no se preocupe. No le pesará en absoluto.

Slutsky firmó. Weill pasó el documento a través de la ranura del archivo y le tendió un sobre al primero.

Cinco minutos después, ya solo en el despacho, se colocó el descongelador en la cabeza y procedió a absorber intensamente la ensoñación del muchacho. Una típica ilusión infantil en primera persona. El protagonista manejaba los mandos del avión, él cual semejaba una combinación de ilustraciones extraídas de los seriales filmados, que circulaban aún entre aquellos que no disponían de tiempo, afición o dinero para adquirir cilindros de sueños.

Cuando se quitó el descongelador, vio que Dooley le estaba observando.

—¿Y bien, señor Weill, qué opina? —le preguntó con cierta avidez, dándose aires de propietario.

—Podría ser, Joe, podría ser. Tiene los armónicos, lo cual me parece esperanzador en un muchacho de diez años sin ningún entrenamiento. Cuando el avión atravesó una nube, hubo una clara sensación de almohadas. También un olor a sábanas limpias, lo cual supone un toque divertido. Seguiremos con él, Joe.

—Bien.

—Pero se lo repito, Joe, necesitamos descubrirlos aún más pronto. ¿Y por qué no? Algún día, Joe, cada criatura será comprobada al nacer. Tiene que existir forzosamente una diferencia en su cerebro, una diferencia que debería ser hallada. Así separaríamos los soñadores ya desde el principio.

—¡Diablos, señor Weill! —protestó Dooley, con aire dolido—. ¿Qué sería

entonces de mi trabajo?

Weill rió.

—No hay motivo de preocupación todavía, Joe. No sucederá en toda nuestra vida. Por lo menos, no en la mía. Durante muchos años, dependeremos de los descubridores de talentos como usted. Siga vigilando playas y calles. —La mano de Weill se apoyó en el hombro de Dooley con amable gesto de aprobación—. Encuéntrémos más muchachos y la competencia no nos alcanzará... Ahora retírese. Voy a comer y disponerme para mi cita de las dos. El gobierno, Joe, el gobierno... —terminó, con un gesto de impotencia.

El visitante que Jesse Weill esperaba a las dos era un hombre joven, de mejillas de manzana, gafas, pelo rojizo y la resplandeciente energía de la persona encargada de una misión oficial. Tendió a Weill sus credenciales a través de la mesa, a la par que se anunciaba como John J. Byrne, delegado del Ministerio de Artes y Ciencias.

—Buenas tardes, señor Byrne —le saludó Weill—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Estamos en privado aquí? —preguntó el agente, con insospechada voz de barítono.

—Completamente en privado.

—Entonces, si no le importa, voy a pedirle que examine esto.

Byrne le presentó un cilindro pequeño y bastante estropeado, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice.

Weill lo tomó, lo sopesó, lo miró y remiró por uno y otro lado y dijo con una sonrisa que mostró toda su dentadura:

—No es producto de Sueños Inc., señor Byrne.

—No pensé que lo fuera —asintió el delegado—. Sin embargo, me gustaría que lo examinara. He puesto el interruptor automático para cosa de un minuto, creo.

—¿Es todo cuanto puede resistir?

Weill metió el cilindro en el compartimiento descongelador, limpió ambos extremos de aquél con el pañuelo y probó.

—No hace buen contacto. Se trata del trabajo de un aficionado.

Se colocó en la cabeza el casco descongelador acolchado, ajustó los contactos de las sienas, dispuso el interruptor automático y, sentándose en su butaca con las manos cruzadas sobre el pecho, comenzó el proceso de absorción.

Sus dedos se tornaron rígidos y se asieron a sus solapas. Una vez el interruptor funcionó, tras haberse realizado la absorción, se quitó el descongelador. Parecía algo enojado.

—Una pieza muy burda —afirmó—. Por suerte, soy viejo. Estas ya no me molestan.

Byrne anunció con tiesura:

—No es lo peor que hemos encontrado. Y al parecer, la manía va en aumento.



—Desvaríos pornográficos... —comentó Weill—. Una evolución lógica, supongo.

—Lógica o no —replicó el representante del gobierno—, representa un peligro de muerte para la salud moral de la nación.

—La salud moral de la nación puede soportar un buen vapuleo —repuso Weill—. A lo largo de la historia, el erotismo ha circulado en sus diversas manifestaciones.

—No de ese modo, señor. Un estimulador directo, de cerebro a cerebro, es más efectivo que las historias de fumadero o las películas obscenas. Estos últimos procedimientos han de abrirse paso a través de los sentidos y pierden algo de su efecto por el camino. El otro, en cambio, es directo, como digo.

Weill consideró que, en efecto, tal argumento no resultaba discutible, por lo que se limitó a preguntar:

—Bien, ¿qué desea usted de mí?

—¿Podría sugerirnos la posible procedencia de este cilindro?

—Señor Byrne, no soy policía.

—No, no me refiero a eso. No le pido que trabaje para nosotros. El ministerio es lo bastante capaz para efectuar sus propias investigaciones. Pero usted puede ayudarnos, quiero decir mediante su competencia especializada. Acaba de afirmar que su casa no lanzó esta porquería. ¿Quién cree usted que lo hizo?

—Ningún distribuidor de ensueños respetable, estoy seguro. Es un producto muy toscamente elaborado.

—Tal vez se haya hecho así adrede.

—Y pienso, además, que no lo ideó ningún soñador original —añadió Weill.

—¿Está usted seguro, señor Weill? ¿No podrían los soñadores hacer algo de este género simplemente por dinero..., o bien por simple diversión?

—Podrían, pero no algo así. No armoniza. Es bidimensional. Desde luego, una cosa semejante tampoco necesita armónicos.

—¿Qué entiende usted por armónicos?

Weill rió afablemente:

—¿No es usted aficionado al ensueño?

Byrne trató de no parecer un puritano, aunque no lo logró por completo.

—Prefiero la música —dijo.

—Bueno, eso no le desmerece —manifestó tolerante Weill—, pero hace un tanto más difícil la explicación de los armónicos. Ni siquiera las personas que absorben sueños sabrían explicárselo si les interrogara sobre la cuestión. Sin embargo, saben que una ilusión no resulta buena si le faltan los armónicos, pese a ser incapaces de decir por qué. Mire, cuando un soñador experimentado entra en estado de ensueño, no se imagina una historia, como las de la anticuada televisión o las películas, sino que tiene una serie de breves visiones, cada una de las cuales presenta distintos

significados. Estudiándolas atentamente, se hallarían hasta cinco o seis. No se advierten en una absorción corriente, pero un cuidadoso estudio lo demuestra. Créame, mi personal psicológico emplea muchas horas precisamente en ese punto. Todos los armónicos, los diferentes significados, se amalgaman en una masa de emoción encauzada. Sin ellos, todo parecería monótono, soso, insípido. Esta misma mañana probé a un chiquillo de diez años que presenta posibilidades. Para él, una nube es una nube y al mismo tiempo una almohada. Las dos sensaciones simultáneas superan a la suma de ambas por separado. Desde luego, el chico se encuentra en un estadio muy primitivo. Pero cuando acabe su período escolar, será adiestrado y disciplinado. Se le someterá a todo tipo de sensaciones. Almacenará experiencia. Estudiará y analizará ensueños clásicos del pasado. Aprenderá cómo controlar y dirigir sus pensamientos, a pesar de que... Mire, siempre he dicho que cuando un buen soñador improvisa...

Weill se detuvo bruscamente. Luego, prosiguió en tono menos apasionado:

—No debería excitarme tanto. Pretendo darle a entender que cada soñador profesional tiene su propio tipo de armónicos, que no puede disimular. Para un experto, es cómo si firmase sus ensueños. Y yo, señor Byrne, conozco todas las firmas. Ahora bien, esta pieza obscena que me ha traído usted carece por completo de armónicas. Fue hecha por una persona vulgar. Un pequeño talento acaso, pero como el suyo o el mío... Realmente, no puede pensar.

Byrne enrojeció un tanto.

—Muchas personas pueden pensar, señor Weill, aunque no forjen ensueños —repuso.

—¡Oh, vamos! —le calmó Weill, agitando su mano en el aire—. No se enoje por las palabras de un viejo. No me refiero a la razón, sino al tipo de pensamiento que se da en el sueño. Todos poseemos la capacidad de soñar en cierto grado, del mismo modo que poseemos la de andar y correr. ¿Pero podemos usted y yo correr dos kilómetros en cuatro minutos? Usted y yo hablamos, ¿pero somos grandes oradores? Mire, cuando pienso en un bistec, pienso en la palabra. Acaso tenga una rápida imagen de un bistec a la plancha en un plato. Quizás usted disfrute de una mejor representación, viendo la rizada grasa, y las cebollas tiernas en derredor, y las patatas fritas, bien doraditas. No lo sé. Pero un soñador... la ve, la huele, la paladea, y se imagina todo acerca de ella, desde las brasas donde fue asada hasta la satisfecha sensación en el estómago, la manera cómo la corta el cuchillo y otros cien detalles, todo al instante, fundidos y casi amalgamados. Muy sensual. Muy sensual. Usted y yo no lo conseguiríamos.

—Bien, en ese caso, queda convenido que ningún soñador profesional puede haber fabricado esto. De todos modos, algo es algo —dijo Byrne, metiendo el cilindro en el bolsillo interior de su chaqueta—. Espero que dispondremos de su

completa colaboración para barrer esta inmundicia y extinguir su foco.

—Desde luego, señor Byrne, y de todo corazón.

—Así lo espero. —Byrne hablaba con la conciencia de un mandatario del poder—. No es a mí a quien toca decir lo que se debe hacer o no, señor Weill, pero este género de cosas —y se dio una palmada en el bolsillo donde había guardado el cilindro— hará tremendamente tentadora la imposición de una censura muy estricta sobre los ensueños... —Se puso en pie—. Bien, buenos días, señor Weill.

—Buenos días, señor Byrne. Espero sus noticias en sentido favorable.

Francis Belanger irrumpió en el despacho de Jesse Weill a todo vapor, como de costumbre, con su rojo cabello en desorden y la preocupación marcada en el rostro, un tanto sudoroso. Le chocó al punto la visión de Weill, con la cabeza apoyada en el brazo doblado y el cuerpo inclinado sobre la mesa, apareciendo en primer plano el brillo de su blanco pelo.

—¿Patrón? —dijo Belanger, después de tragar saliva.

—¿Ah, es usted, Frank? —respondió Weill, alzando la cabeza.

—¿Qué sucede, patrón? ¿Está enfermo?

—Soy lo bastante viejo para estarlo, pero todavía sigo en pie. Tambaleándome, pero en pie. Un delegado del gobierno ha venido a visitarme.

—¿Qué quería?

—Nos ha amenazado con la censura. Ha traído una muestra de lo que está pasando. Sueños de baja estofa para reuniones de bebedores.

—¡Santo cielo! —exclamó Belanger impresionado.

—El único trastorno radica en que la moral constituye un buen pasto para una campaña. Lo irán remachando por todas partes. Y a decir verdad, somos vulnerables, Frank.

—¿Lo somos de veras? Fabricamos un género limpio. Tocamos la cuerda de la aventura y el romance.

Weill plegó hacia abajo el labio inferior, y su frente se arrugó.

—Entre nosotros, Frank, no estamos obligados a creerlo a pies juntillas. ¿Limpio? Depende de cómo se mire... Acaso no sea como para una notificación oficial, pero tanto usted como yo sabemos que todo ensueño tiene sus connotaciones freudianas. No me lo negará...

—Desde luego, si lo considera así... Para un psiquiatra...

—Para una persona corriente también. El observador vulgar no advierte que existen, y acaso no sepa distinguir un símbolo fálico de una imagen materna aunque se le indique. Sin embargo, su subconsciente lo sabe. Y son las connotaciones las que forman el acompañamiento de muchos ensueños.

—Está bien. ¿Y qué piensa hacer el gobierno? ¿Limpiar los subconscientes?

—Todo un problema. No sé lo que harán. A nuestro favor, y con eso cuento

principalmente, está el hecho de que al público le encantan sus sueños y no renunciará a ellos... Bien, y entretanto..., ¿qué le trae por aquí? Supongo que querría verme para algo.

Belanger arrojó un objeto sobre la mesa y se remitió la camisa en los pantalones.

Weill abrió la cubierta de reluciente plástico y sacó el cilindro que contenía, el cual llevaba inscrita en un extremo, en color azul pastel, la mención: A lo largo de la senda del Himalaya, y la marca de la sociedad competidora, El Pensamiento Brillante.

—Producto de la competencia —corroboró Weill con los labios apretados—. Aún no ha sido publicado. ¿De dónde lo ha sacado, Frank?

—No importa. Únicamente deseo que lo examine.

Weill suspiró.

—Parece que hoy todo el mundo desea que yo absorba sueños. Frank, ¿no será pornografía?

Belanger respondió con impertinencia:

—Tiene sus símbolos freudianos. Angostas grietas profundas entre los picos montañosos. Espero que no le desazone.

—Soy un viejo. Dejé de desazonarme hace años. Sin embargo, lo que me ha presentado el representante del gobierno era de tan baja calidad que asqueaba... Bien, veamos lo que me ha traído usted.

De nuevo el registrador. Otra vez el descongelador sobre el cráneo y las sienes. Sólo que, en esta ocasión, Weill se quedó arrellanado en su butaca por espacio de quince minutos, o tal vez más, mientras Francis Belanger consumía un par de cigarrillos.

Cuando Weill se despojó de su casco, parpadeando, Belanger preguntó:

—Bien, ¿cuál es su reacción, patrón?

Weill frunció el entrecejo.

—No corresponde a mi estilo. Demasiado repetitivo. Con una competencia como ésta, Sueños Inc. no tiene nada que temer por algún tiempo.

—En eso comete un error, patrón. El Pensamiento Brillante ganará con un género como éste. Hemos de hacer algo.

—Escuche, Frank...

—No, escúcheme usted a mí. El porvenir está en esto.

—¿En esto? —Weill se quedó mirando el cilindro con aire de semi-burlona duda—. Un trabajo de aficionados, puramente repetitivo. Sus armónicos carecen de sutilidad. La nieve presenta un definido sabor a sorbete de limón. ¿Quién saborea ya un sorbete de limón en la nieve en nuestros días, Frank? En los tiempos antiguos, sí. Hace veinte años, acaso. Cuando Lyman Harrison compuso sus Sinfonías de la Nieve para la venta en el sur, fue una gran cosa. Sorbete, y cimas montañosas acarameladas,

y riscos y laderas cubiertos de chocolate. Una especie de tarta plástica, Frank. Pero en nuestros días, eso ya no funciona.

—No va usted a tono con los tiempos, patrón —repuso Belanger—. Le hablaré con toda sinceridad. Cuando comenzó con este negocio, cuando adquirió las patentes y empezó a lanzarlas, los ensueños significaban un producto de lujo. El mercado era reducido e individual. Uno podía permitirse producir ensueños especializados y venderlos al reducido público a elevados precios.

—Lo sé —asintió Weill—. Y eso lo hemos mantenido. Pero también hemos creado un negocio rentable con productos para las masas.

—Si, es cierto, pero resulta insuficiente. Nuestros sueños tienen sutileza, sí. Y pueden ser utilizados reiteradamente. A la décima vez, se hallan en ellos nuevas cosas, producen todavía un nuevo placer. ¿Pero cuántos verdaderos entendidos hay? Y otra cosa además. Vendemos un género sumamente individualizado. En primera persona.

—¿Y bien?

—Pues que El Pensamiento Brillante está abriendo salas de ensoñación. Han inaugurado una en la ciudad de Nashville, con capacidad para trescientas plazas. Entra uno, se sienta, se coloca su casco y recibe su sueño, el mismo para cada uno de los asistentes.

—He oído hablar de la cuestión, Frank. Ya se hizo antes. No dio resultado la primera vez, y tampoco lo dará ahora. ¿Y quiere saber por qué? Porque, en primer lugar, el sueño es un asunto privado. ¿Le gustaría que su vecino supiese lo que está usted soñando? En segundo lugar, en una sala de ese tipo los ensueños han de ajustarse a un plan determinado, ¿no es así? Por lo tanto, el soñador no sueña cuando lo desea, sino cuando cualquier gerente decide que lo haga. Y por último, el sueño que complace a una persona, disgusta a la otra. Le garantizo que la mitad de las personas que ocupen esas trescientas butacas quedarán insatisfechas.

Lentamente, Belanger se enrolló las mangas de la camisa y se desabrochó el cuello.

—Patrón —dijo al fin—, usted desvaría. ¿De qué sirve demostrar que no dará resultado? Ya lo está dando. Hoy mismo, he oído que El Pensamiento Brillante ha adquirido un terreno para una sala de mil plazas en San Luis. A la gente se la puede acostumbrar al ensueño público, a aceptar que los demás tengan el mismo sueño. Y los soñadores se ajustarán a tenerlo en un momento dado, puesto que les resulta barato y conveniente. ¡Diablos, patrón! Se trata de una cuestión de tipo social. Un joven y una muchacha acuden a una sala de éstas y absorben cualquier romanticismo vulgar, con armónicos estereotipados y situaciones triviales. Sin embargo, al salir todavía les titilan las estrellas en el pelo. Han vivido juntos el mismo sueño. Han experimentado las mismas emociones, por muy chapuceras que sean. Se encuentran a

tono, patrón. Apostaría cien contra uno a que vuelven a la sala de los sueños, y todas sus amistades también.

—¿Y si no les gusta el ensueño que se les presenta?

—Ahí está el quid de la cuestión, el meollo de todo el asunto. Ha de gustarles forzosamente. Con una preparación especial y bien engranada, con efectos y más efectos de sorpresa en distintos niveles, con sabias pinceladas e impulsos significativos, con intencionados rodeos y giros, y todas las demás cosas de las que nos sentimos tan orgullosos, ¿cómo no atraer a cualquiera? Los ensueños especializados se destinan a gustos especiales. En cambio, El Pensamiento Brillante los produce en tercera persona, de modo que causan un instantáneo impacto en ambos sexos. Como el ensueño que acaba usted de absorber. Apuntan al más bajo denominador común. Acaso nadie se entusiasme con esos sueños, pero tampoco los detestará.

Weill permaneció silencioso durante largo rato, mientras Belanger le contemplaba. Por último, dijo:

—Frank, yo partí de la calidad y a ella me atengo. Quizá tenga usted razón. Tal vez las salas de ensueño signifiquen el futuro. De ser así, las abriremos también, pero presentaremos buen género. A lo mejor, El Pensamiento Brillante subestima a la gente vulgar. Deje que las cosas sigan su curso y no tema. He basado toda mi política en la teoría de que siempre existe un mercado para la calidad. Y en ocasiones, muchacho, le sorprendería descubrir lo extenso que es ese mercado.

—Patrón...

El sonido de la comunicación interior interrumpió a Belanger.

—¿Qué hay, Ruth? —preguntó Weill.

—El señor Hillary, señor —respondió la voz de su secretaria—. Dice que desea verle en seguida. Afirma que es muy importante.

—¿Hillary? —La voz de Weill sonó sorprendida. Luego dijo—: Espere cinco minutos, Ruth, y envíemelo. —Se volvió a Belanger—: Decididamente, hoy no es uno de mis días buenos, Frank. El lugar de un soñador está en su hogar, con su pensador. Hillary, nuestro mejor soñador, debería por lo tanto estar en su casa. ¿Qué supone usted que le ocurre?

Belanger, rumiando aún en su pensamiento la cuestión de la competencia y las salas de ensoñación, replicó brevemente:

—Recíbale y lo descubrirá.

—Dentro de un minuto. Dígame... ¿Cuál fue su último sueño? No he examinado aún el de la semana pasada.

Belanger pareció caer de las nubes y arrugó la nariz.

—No tan bueno.

—¿Por qué no?

—Deshilvanado. Excesivamente entrecortado. No me importan las transiciones bruscas, ya lo sabe, dan animación. Pero ha de haber cierta conexión, aunque sea tan sólo a un nivel profundo.

—¿Un fracaso total?

—Ningún sueño de Hillary es un fracaso total. Sin embargo, pienso que llevará bastante tiempo el editarlo. Lo recortamos un poco y encajamos algunas otras secuencias que nos envió de cuando en cuando... Ya sabe, escenas sueltas. Con todo, no pertenece a la categoría A, aunque pasará.

—¿Le dijo algo de esto a él, Frank?

—¿Cree que me he vuelto loco, patrón? ¿Cree que voy a decirle algo desagradable a un soñador?

En el mismo momento, se abrió la puerta, y la atractiva y joven secretaria de Weill introdujo con una sonrisa a Sherman Hillary en el despacho de su jefe.

Sherman Hillary, de treinta y un años de edad, habría sido reconocido como un soñador por cualquiera. Sus ojos, sin gafas, presentaban el mirar velado de la persona que las necesita o que raras veces se fija en algo mundano. Era de mediana estatura, poco peso, con pelo negro que precisaba un buen corte, débil mentón, tez pálida y expresión turbada.

—Hola, señor Weill —musitó, saludando con la cabeza un tanto avergonzado, en dirección a Belanger.

Weill dijo cordialmente:

—¡Sherman, muchacho, qué buen aspecto tiene! ¿Qué le sucede? ¿Un sueño que se está cocinando en su casa? ¿Alguna preocupación al respecto...? Vamos, tome asiento...

El soñador obedeció, sentándose en el borde de la silla, con las piernas muy juntas, como dispuesto a levantarse al punto obedeciendo a una posible orden.

—Señor Weill, he venido a comunicarle que les dejo.

—¿Que nos deja?

—Sí, señor Weill, no deseo soñar más.

El arrugado rostro de Weill representó más edad que en cualquier otro momento de aquel atareado día.

—¿Y por qué, Sherman?

Los labios del soñador se apretaron con fuerza.

—Porque esto no es vivir, señor Weill —profirió bruscamente—. La vida pasa de largo por mi lado. Al principio, la cosa no iba tan mal. Incluso disponía de tiempo para descansar. Soñaba los atardeceres, los fines de semana en que tenía deseos de hacerlo o en cualquier otro instante en que me sentía dispuesto. Pero ahora, señor Weill, me he convertido en un veterano. Usted me dijo que soy uno de los mejores de la profesión, y la industria espera que mis productos contengan cada vez más

sutilezas, que introduzca cambios en los antiguos de buena calidad, como ilusiones flameantes y sátiras artificiosas.

—¿Y quién mejor que usted, Sherman? Su pequeña secuencia de dirección de una orquesta se ha vendido sin interrupción durante diez años.

—De acuerdo, señor Weill, pues ya he cumplido. Lo hecho, hecho está, pero no quiero seguir. Descuido a mi mujer. Mi hijita casi no me conoce. La semana pasada, fuimos a una cena a la que habían invitado a Sarah... y no recuerdo nada de ella. Sarah dice que permanecí sentado todo el tiempo, con la mirada fija y canturreando. Luego lloró durante toda la noche. Estoy cansado de cosas como éstas, señor Weill. Quiero ser una persona normal y vivir en este mundo. Se lo prometí y yo lo deseo también. Por lo tanto, adiós, señor Weill.

Hillary se puso en pie y tendió desmañadamente su mano. Weill la apartó con suma amabilidad.

—Si desea irse y dejarnos, Sherman, no tengo nada que oponer. No obstante, espero que hará usted un favor a un viejo y me permitirá que le explique algo.

—No voy a cambiar de parecer —se obstinó Hillary.

—Ni tampoco pretendo que lo haga —repuso Weill—. Únicamente quiero aclararle algo. Soy viejo ya, como le he dicho. Entré en este negocio antes de que usted naciera. Me gusta hablar sobre él. Por favor, Sherman, muéstrese condescendiente...

Hillary se sentó de nuevo. Se mordió el labio inferior y se miró con aire hosco las uñas.

—¿Sabe usted lo que es un soñador, Sherman? —comenzó Weill—. ¿Sabe lo que significa para la gente vulgar? ¿Sabe lo que supone ser una persona como yo, como Frank Belanger, como Sarah? ¿Tener una mente tullida, incapaz de imaginar, incapaz de construir? Las personas como yo, la gente vulgar, deseamos evadirnos también de nuestra propia vida, aunque sea por poco tiempo. Pero no podemos. Necesitamos ayuda. Antes había libros, obras de teatro, radio, películas, televisión... Puros artificios, pero no importaba. Lo importante era que, por un momento, se estimulaba la imaginación. Pensábamos en bellos amantes y maravillosas princesas. A través de ellos, podíamos ser arrogantes e ingeniosos, fuertes, capaces... En fin, todo lo que no éramos... Ahora bien, la transmisión de la ilusión del soñador a quien la captaba nunca resultaba perfecta. Debía ser traducida en palabras. El mejor soñador del mundo tal vez no fuese capaz de hacerlo. Y el mejor escritor del mundo acaso sólo cifraba en palabras una mínima parte de sus sueños. ¿Comprende? Ahora, en cambio, con la grabación del ensueño, éste queda al alcance de todo el mundo. Usted, Sherman, y un puñado de hombres como usted, suministran esos sueños directa y exactamente. Pasan sin intermediarios de su cerebro al nuestro, con toda su potencia. Sueñan ustedes para cien millones de seres a la vez. Y eso es una gran cosa,



muchacho. Proporcionan a todas esas personas un vislumbre de lo que no saben obtener por sí mismos.

—Pero yo ya he cumplido... —balbuceó Hillary. Se puso en pie, lleno de desesperación—. Estoy agotado. No me importa lo que diga. Y si quiere demandarme por ruptura de contrato, hágalo. Tampoco me importa.

—¿Y por qué habría de demandarle? —repuso vivamente Weill, poniéndose de pie a su vez—. Ruth... —llamó por el intercomunicador—, haga el favor de traerme el contrato del señor Hillary.

Quedaron en silenciosa espera. Weill sonreía, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

Apareció la secretaria con el contrato. Weill lo tomó y se lo mostró a Hillary.

—Sherman, muchacho, si no desea quedarse conmigo, no le forzaré a hacerlo.

Y de pronto, antes de que Belanger llegara a iniciar siquiera un horrorizado movimiento para detenerle, rompió el contrato en cuatro pedazos y los arrojó a la papelera.

—Solucionado —dijo lacónicamente.

La mano de Hillary se tendió hacia la de Weill para estrecharla, diciendo con voz ronca y grave:

—Siempre me trató usted bien, por lo que le estoy agradecido. Siento mucho que hayan de ser así las cosas.

—Está bien, muchacho, no se preocupe... Está bien.

Sherman Hillary se marchó casi lloroso, farfullando de nuevo su agradecimiento.

—¡Por todos los santos, patrón! ¿Por qué le ha dejado irse? —preguntó aturdido Belanger—. ¿Es que no ha visto el juego? Me parece que ha metido la pata... Seguro que Hillary se va derecho a El Pensamiento Brillante. Le han comprado...

Weill alzó una mano perentoria para atajar la verborrea de su empleado.

—Se equivoca. Se equivoca de medio a medio. Conozco bien a Hillary y ése no es en absoluto su estilo. Además —añadió secamente—, Ruth es una excelente secretaria y sabe lo que ha de traerme cuando le pido el contrato de un soñador... Por lo tanto, rompí sólo una copia. El contrato auténtico continúa a buen recaudo, créame. De todos modos... ¡Vaya día que he pasado! Tuve que discutir con un padre para que me diese la oportunidad de formar un nuevo talento, con un representante del gobierno para evitar la censura, con usted para impedir que adoptara una política fatal y ahora con mi mejor soñador para que no nos abandone. Al padre, probablemente lo conquisté. Al representante del gobierno y a usted, lo ignoro. Tal vez sí o tal vez no. En cuanto a Sherman Hillary, no creo que haya problema alguno. El soñador volverá.

—¿Cómo lo sabe?

Weill sonrió. Sus mejillas se contrajeron hasta convertirse en un a red de finísimas líneas.

—Mire, Frank, muchacho, entiende usted mucho de redactar y editar ensueños. Por eso, se cree que conoce todos los engranajes, herramientas y máquinas del oficio. Pero permítame que le diga algo. La más importante herramienta en el negocio del ensueño, la constituye el propio soñador. Hay que comprenderle a fondo... Y créame que yo les comprendo. Escuche, siendo yo joven —no había cinco ensueños entonces—, conocí a un individuo que escribía guiones para la televisión. Se quejaba con gran amargura de que, cada vez que conocía a alguien y descubrían a qué se dedicaba, le decían: «¿Pero de dónde saca usted todas esas chifladuras...?» Para ellos resultaba de una absoluta imposibilidad incluso imaginárselas. Así pues, ¿qué podía responder mi amigo? Me habló muchas veces de eso. Me confiaba: «¿Cómo contestarles que no lo sé? Cuando me acuesto, la cantidad de ideas que me bullen en el cerebro me impiden el sueño. Cuando me afeito, me corto; cuando hablo, pierdo el hilo de lo que digo, y cuando conduzco..., arriesgo la vida. Y siempre, siempre a causa de las ideas, situaciones y diálogos que se entretajan y se agitan en mi cerebro. No sabría decirle de dónde saco mis ideas. En cambio, tal vez me pueda decir usted de qué truco se vale para no tenerlas. Tal vez así conseguiré por fin un poco de paz...» Ya ve pues por dónde va la cosa. Usted, Frank, puede dejar de trabajar aquí cuando quiera. Y también yo. Para nosotros esto significa nuestro trabajo, no nuestra vida. Las cosas son muy distintas para Sherman Hillary. Vaya donde vaya y haga lo que haga, siempre habrá de soñar. Nosotros no le retenemos contra su voluntad... Nuestro contrato no le encierra tras unos muros de hierro. Es su propio cerebro el que le aprisiona, Frank. Volverá. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Belanger se encogió de hombros.

—Si lo que dice es verdad, lo siento por él.

Weill asintió melancólicamente.

—Y yo lo siento por todos ellos. En el curso de los años, he descubierto una cosa; que eso es lo que les corresponde: hacer felices a las personas. A otras personas.

## Profesión (1957)

“Profession”

—Mañana es el primero de mayo. ¡Los Juegos Olímpicos! —dijo George Platen, sin poder disimular la ansiedad de su voz.

Se puso boca abajo y espió a su compañero de habitación por encima de los pies de la cama. Pero bueno, ¿acaso él no lo sentía? ¿O es que no le importaba en absoluto?

El rostro de George era delgado, y aún se había hecho más huesudo en el casi año y medio que llevaba en la Residencia. De enjuta figura, la mirada de sus ojos azules era no obstante tan intensa como lo había sido siempre, y en aquel momento parecía un animal acorralado, por el modo en que sus dedos aferraban la colcha.

Su compañero de habitación levantó brevemente la mirada del libro y aprovechó para ajustar el nivel de luminosidad del tramo de pared próximo a su silla. Se llamaba Hali Omani, y era nigeriano. Su piel marrón oscuro y sus macizos rasgos parecían hechos para la calma, y la mención de los Juegos Olímpicos no pareció afectarle. Se limitó a decir:

—Lo sé, George.

George debía mucho a la paciencia y la amabilidad de Hali, cuando éstas eran necesarias; pero a veces, incluso estas cualidades podían resultar excesivas. ¿Acaso era el momento de quedarse quieto como una estatua de ébano?

George se preguntó si también él actuaría de ese modo al cabo de diez años, pero rechazó la idea violentamente. ¡Imposible!

—Creo que has olvidado lo que mayo significa —dijo desafiador.

—Recuerdo perfectamente lo que significa —repuso su compañero—. ¡Nada en absoluto! Eres tú quien lo olvida. Mayo no significa nada para ti, George Platen, ni tampoco para mí, Hali Omani —concluyó suavemente.

—Las naves vienen a buscar reclutas. En junio, millares y millares partirán con millones de nombres y mujeres a bordo, para dirigirse a todos los mundos conocidos... ¿Y dices que eso no significa nada?

—Menos que nada. Y de todos modos, ¿qué pretendes que haga al respecto?

Omani siguió con el dedo un difícil pasaje del libro que estaba leyendo y sus labios se movieron en silencio.

George le observó. «¡Vamos, hombre! —le animó interiormente—. ¡Grita, pégame, haz algo, maldita sea!»

Lo que le ocurría era que no quería sentirse tan solo en su ira. No quería ser el único que se hallase rebosante de resentimiento, el único que sufriese una lenta agonía.

Habían sido mucho mejores aquellas primeras semanas cuando el universo era un

cascarón de luz imprecisa y de sonidos, que parecía oprimirle. Estaba mucho mejor antes que Omani hubiese aparecido para devolverle a una vida que no valía la pena vivir.

¡Omani era viejo! Al menos tenía treinta años. George se preguntó: «¿Seré yo así a los treinta? ¿Seré así dentro de doce años?». Y como temía que pudiese serlo, le gritó a Omani:

—¿Quieres dejar de leer ese condenado libro?

Omani volvió una página y leyó algunas palabras; luego levantó la cabeza, cubierta de cabello rizado y crespo, y preguntó:

—¿Cómo?

—¿De qué te sirve leer ese libro? —Se dirigió hacia él y rezongó—: ¡Más electrónica!

Luego se lo arrebató de las manos de un tirón.

Omani se levantó lentamente y recogió de nuevo el libro, alisando sin alterarse una página arrugada.

—Llámalo satisfacción de la curiosidad, si quieres —observó—. Hoy comprendo un poco más, y mañana tal vez otro poquito. Hasta cierto punto, eso supone un triunfo.

—¿Un triunfo? ¿Qué clase de triunfo? ¿Eso es todo lo que quieres hacer en la vida? ¿Llegar a saber la cuarta parte de lo que sabe un Electrónico Diplomado cuando cumplas sesenta y cinco años?

—Tal vez cuando cumpla treinta y cinco.

—¿Y entonces quién te querrá? ¿Quién te empleará? ¿Adónde irás?

—Nadie. A ninguna parte. Me quedaré aquí para leer otros libros.

—¿Y eso te satisface? ¡No me digas! Me has arrastrado hasta la clase. Has conseguido que lea, y que memorice también. ¿Para qué? No encuentro en ello nada que me satisfaga... Lo cual significa que la farsa ha terminado. Haré lo que pensaba hacer al principio, antes que tú me engatusaras. Les obligaré a..., a...

Omani dejó el libro. Esperó a que su compañero se interrumpiera y entonces le preguntó:

—¿A qué, George?

—A rectificar una injusticia. Un complot. Iré a ver a ese Antonelli y le obligaré a reconocer que él..., que él...

Omani meneó la cabeza.

—Todos los que vienen aquí insisten en afirmar que se trata de un error. Suponía que ya habías superado eso.

—No lo digas en ese tono despectivo —dijo George acaloradamente—. En mi caso es verdad. Ya te he dicho...

—Sí, ya me lo has dicho, pero en el fondo de tu corazón sabes que, por lo que a ti

se refiere, nadie se equivocó.

—¿Porque nadie quiso admitirlo? ¿Crees que serían capaces de reconocer un error, a menos que se les obligase a ello?... Pues bien, yo les obligaré.

El responsable de la actitud de George era el mes de mayo, el mes de los Juegos Olímpicos. Sintió que volvía a él su antiguo furor, sin que pudiera evitarlo. Pero es que tampoco quería evitarlo, y había corrido el riesgo de hacerlo.

—Yo iba a ser Programador de Computadora —dijo—, y puedo serlo. Podría serlo hoy mismo, pese a lo que digan que muestra el análisis. —Golpeó el colchón con los puños—. Están equivocados. Tienen que estarlo.

—Los analistas nunca se equivocan.

—Pues en este caso tienen que estar equivocados. ¿Dudas acaso de mi inteligencia?

—La inteligencia no tiene absolutamente nada que ver con esto. ¿No te lo han dicho aún bastantes veces? ¿Es que no eres capaz de comprenderlo?

George se volvió boca arriba y se puso a mirar el techo con expresión sombría.

—¿Y tú qué querías ser, Hali? —preguntó.

—No tenía planes fijos. Creo que me hubiera gustado ser Especialista en Hidroponía.

—¿Crees que hubieras podido serlo?

—No estoy muy seguro.

George nunca había hecho preguntas de carácter personal a Omani. Le pareció extraño, poco natural, que otras personas con ambiciones hubiesen terminado allí. ¡Especialista en Hidroponía!

—¿Pensabas que te dedicarías a esto? —le preguntó.

—No, pero aquí sigo siendo el mismo.

—Y te sientes satisfecho. Satisfecho por completo. Eres feliz. Te gusta. No querrías estar en ningún otro lugar.

Muy despacio, Omani se puso en pie. Con el mayor cuidado, empezó a deshacer su cama, diciendo:

—George, eres un caso difícil. Te estás mortificando porque te niegas a aceptar la verdad sobre ti mismo. Te encuentras en lo que tú llamas la Residencia, pero nunca he oído que la llames por su nombre completo. Dilo, George, dilo. Luego acuéstate y duerme, y se te pasará todo.

George frunció los labios y mostró los dientes, que rechinaban. Con voz ahogada, exclamó:

—¡No!

—Entonces lo diré yo —dijo Omani, uniendo la acción a la palabra.

Pronunció el nombre silabeando con el mayor cuidado.

George sintió una profunda vergüenza al oírlo, y se vio obligado a volver la

cabeza.

Durante la mayor parte de los primeros dieciocho años de su vida, George Platen había seguido firmemente el rumbo trazado, que le llevaría a ser un Programador de Computadora Diplomado. Entre los chicos de su edad muchos pensaban en la Espacionáutica, la Tecnología de la Refrigeración, el Control de Transportes, e incluso la Administración, demostrando con ello su buen juicio. Pero George tenía su plan trazado, y nada le desviaba de él.

Discutía los méritos relativos con el mismo entusiasmo que ellos. ¿Por qué no? El Día de la Educación estaba ante ellos como la fecha crucial de su existencia. Se aproximaba con regularidad, tan fijo y cierto como el calendario...; el primero de noviembre siguiente a su decimoctavo cumpleaños.

Después de aquel día surgían otros temas de conversación. Se podía comentar con los demás los detalles de la profesión, o las virtudes de la esposa y los hijos, o la suerte del propio equipo de polo espacial, o los triunfos que uno había conseguido en los Juegos Olímpicos. Antes del Día de la Educación, sin embargo, el único tema que acaparaba la atención general era precisamente el de esta importantísima fecha.

—¿A qué piensas dedicarte? ¿Crees que lo conseguirás? Bah, eso no es bueno. Mira los registros; han reducido el cupo. Logística, en cambio...

O Hipermecánica... O Comunicaciones... O Gravítica...

Especialmente Gravítica, en aquel momento. Todo el mundo hablaba de Gravítica en los años que antecedieron al Día de la Educación de George, a causa del desarrollo alcanzado por el motor gravítico.

Cualquier mundo situado en un radio inferior a los diez años luz de una estrella enana, según todos decían, hubiera dado cualquier cosa por un Ingeniero Gravítico Diplomado.

Esta idea jamás preocupó a George. Sabía lo que había pasado anteriormente con otra técnica recién creada. Inmediatamente se abrieron las compuertas de la racionalización y la simplificación. Todos los años surgirían nuevos modelos; nuevos tipos de motores gravíticos; nuevos principios. Entonces, todos aquellos caballeros tan solicitados quedarían anticuados, y serían superados por los últimos modelos provistos de la última educación. El primer grupo tendría que dedicarse entonces a trabajos no especializados o embarcarse para algún mundo atrasado, que aún no estuviese al día.

En la actualidad los Programadores de Computadoras seguían en demanda creciente, a pesar de los años y los siglos transcurridos. Si bien no alcanzaba nunca proporciones monstruosas, pues el mercado de los Programadores aún no se hallaba dominado por el frenesí, la demanda aumentaba regularmente, a medida que se abrían nuevos mundos al comercio y los antiguos se hacían más complicados.

Él había discutido constantemente con Rollizo Trevelyan sobre este punto. Como

suele suceder entre amigos íntimos, sus discusiones eran constantes y enconadas y, por supuesto, ninguno convencía al otro ni se dejaba convencer.

Pero Trevelyan tenía un padre que era Metalúrgico Diplomado y había trabajado en uno de los Mundos Exteriores, y un abuelo que también había sido Metalúrgico Diplomado. Él también se proponía serlo, para continuar la tradición de la familia, y estaba firmemente convencido que cualquier otra profesión no sería tan respetable.

—Siempre habrá metales —solía decir—, y no hay nada como modelar las aleaciones de acuerdo con las normas y ver cómo crecen las estructuras. En cambio, ¿qué hace el Programador? Pasar el día sentado ante una máquina de kilómetro y medio, suministrándole datos por una ranura.

Incluso a los dieciséis años, George ya demostraba poseer un carácter práctico. Replicó escuetamente:

—Tendrás que competir con un millón de Metalúrgicos.

—¿Quieres una mejor demostración de lo buena que es esta profesión? ¡No hay otra como ella!

—Pero terminarás por no encontrar trabajo, Rollizo. Cualquier mundo puede fabricarse sus propios Metalúrgicos, y el mercado que tienen los modelos terrestres más avanzados no es tan grande. Donde tienen más demanda es en los mundos pequeños. ¿Sabes qué proporción de Metalúrgicos Diplomados se envía a mundos clasificados como Grado A? Lo consulté, y vi que es un trece coma tres por ciento. Eso quiere decir que tienes siete probabilidades entre ocho de quedarte en un mundo que apenas tiene agua corriente. Incluso puede que te quedes en la Tierra: el dos coma tres por ciento lo hacen.

Trevelyan dijo con cierto acaloramiento:

—No constituye ninguna desgracia quedarse en la Tierra. La Tierra también necesita técnicos. Y buenos.

Su abuelo había sido Metalúrgico en la Tierra. Trevelyan se llevó la mano al labio superior, y se dio golpecitos en un bigote todavía inexistente.

George sabía lo del abuelo de Trevelyan y, considerando que sus propios antepasados también estuvieron ligados a la Tierra, optó por no reírse. En cambio, dijo, muy diplomático:

—Desde luego, no es ninguna desgracia desde el punto de vista intelectual. Pero a todos nos gustaría ir a un mundo de Grado A, ¿no es cierto?

»Veamos ahora el caso de los Programadores. Sólo los mundos de Grado A poseen el tipo de computadoras que necesitan verdaderamente Programadores de primera clase, por lo cual son los únicos que se encuentran en el mercado. Además, las cintas que usan los Programadores son complicadas y casi ninguna de ellas encaja. Necesitan más Programadores de los que puede facilitar su propia población. Es una simple cuestión de estadística. Sólo existe un Programador de primera clase

entre un millón. Si un mundo con una población de diez millones necesita veinte Programadores, tiene que acudir a la Tierra para procurarse de cinco a quince de ellos. ¿No es así?

»¿Y sabes cuántos Programadores de Computadora Diplomados salieron el año pasado para planetas de Grado A? Voy a decírtelo: hasta el último. Si eres Programador, te llevarán. Sí, señor.

Trevelyan frunció el ceño.

—Si sólo uno entre un millón lo consigue, ¿qué te hace suponer que tú lo conseguirás?

George replicó, un poco a la defensiva:

—No lo sé, pero lo conseguiré.

Nunca se atrevió a confiar a nadie, ni a Trevelyan ni a sus padres, a qué se debía que se sintiese tan seguro. Pero no estaba preocupado. Tenía confianza en el futuro (ese fue el peor de todos los recuerdos que conservó en los días desesperanzados que siguieron.) Se hallaba tan tranquilo y confiado como cualquier niño de ocho años en vísperas del Día de la Lectura..., aquella anticipación infantil del Día de la Educación.

Desde luego, el Día de la Lectura había sido distinto. En parte se debió al simple hecho que era un niño. A los ocho años se aceptan muchas cosas extraordinarias. Un día no se sabe leer y al siguiente se ha aprendido. Así son las cosas. Como la luz del sol.

Además, la ocasión era mucho menos importante. No esperaban los reclutadores, empujándose para leer las listas y resultados de los próximos Juegos Olímpicos. Un niño que ha pasado el Día de la Lectura no es más que una criatura que vivirá todavía una década tranquila y monótona en la Tierra, arrastrándose por su superficie; una criatura que vuelve al seno de su familia con una nueva habilidad.

Cuando llegó el Día de la Educación, diez años después, George había olvidado casi todos los detalles de su Día de la Lectura.

Sólo se acordaba que fue un día de septiembre y que lloviznaba. (Septiembre para el Día de la Lectura; noviembre para el Día de la Educación; mayo para los Juegos Olímpicos. Incluso se componían canciones infantiles con estos temas.) George se vistió a la luz que salía de las paredes; sus padres estaban más emocionados que él. El autor de sus días era un Montador de Tuberías Diplomado, y trabajaba en la Tierra. Esto constituyó siempre una humillación para él, aunque, naturalmente, como todos podían ver, la inmensa mayoría de cada generación tenía que quedarse en la Tierra. Estaba en la propia naturaleza de las cosas.

Tenía que haber agricultores, mineros e incluso técnicos en la Tierra. Solamente las profesiones de último modelo y muy especializadas se hallaban en gran demanda por parte de los Mundos Exteriores, y sólo se podían exportar algunos millones por



año, de los ocho billones de seres humanos a que ascendía la población de la Tierra. Cualquier habitante del planeta podía contarse entre los elegidos, pero no podían pertenecer todos a ese grupo, por supuesto.

Sin embargo, sí podían aspirar a que al menos uno de sus hijos resultase elegido, y Platen padre no era una excepción a esta regla. Le resultaba evidente (y no sólo a él) que George poseía una inteligencia notable y muy rápida. Confiaba mucho en él, que además era su hijo único. Si George no conseguía situarse en un Mundo Exterior, tendrían que esperar a tener un nieto antes que de nuevo se presentase aquella posibilidad. Pero eso estaba demasiado alejado en el futuro para servirles de consuelo.

El Día de la Lectura no demostraría gran cosa, desde luego, pero sería la única indicación que tendrían antes que llegase la fecha más importante. Todos los padres de la Tierra escuchaban la calidad de la lectura cuando su hijo regresaba a casa con ella; escuchaban tratando de oír una fluidez particular, que les permitiría hacer presagios para el futuro. Había muy pocas familias que no concibiesen esperanzas por uno de sus vástagos, el cual, a partir del Día de la Lectura, se convertía en la gran esperanza de sus padres por la manera como pronunciaba los trisílabos.

Confusamente, George comprendió la causa de la tensión que dominaba a sus padres, y si aquella mañana lluviosa había ansiedad en su joven corazón, se debía únicamente al temor que sentía de ver desvanecerse la esperanzada expresión del rostro paterno, cuando regresase al hogar con su lectura.

Los niños se reunían en la gran sala de actos del Ayuntamiento Educativo. En toda la Tierra, en millones de salas semejantes, durante todo aquel mes, se reunirían grupos similares de niños. A George le deprimía el ambiente sórdido de la sala y la presencia de los otros niños nerviosos y envarados con sus ropas de gala, a las que no estaban acostumbrados.

Maquinalmente, George imitó a sus compañeros. Encontró el grupo integrado por los niños que vivían en su mismo piso en la casa de vecindad, y se unió a ellos.

Trevelyan, que vivía en la puerta contigua, aún llevaba largos cabellos infantiles, y se encontraba a años de distancia de las patillas cortas y el bigote rojizo que luciría cuando fuese fisiológicamente capaz de ello.

Trevelyan (que entonces conocía a George por el apodo de «el Bocazas»), dijo:

—Asustado, ¿eh?

—Nada de eso —dijo George, para añadir en tono confidencial—: Mis padres han puesto un montón de letra impresa en mi mesa, y cuando vuelva a casa les haré una demostración de lectura.

(El principal sufrimiento de George, por el momento, consistía en no saber dónde meter las manos. Le habían advertido que no se rascase la cabeza, ni se frotase las orejas, ni se pellizcase la nariz, ni se metiese las manos en los bolsillos. Eso

eliminaba casi cualquier otra posibilidad.)

Trevelyan, en cambio, se metió las manos en los bolsillos como si tal cosa y dijo:  
—Mi padre no está en absoluto preocupado.

Trevelyan padre había sido Metalúrgico en Diporia durante casi siete años, lo cual le confería una categoría social superior en el barrio, aunque ahora estuviese jubilado y hubiese vuelto a la Tierra.

La Tierra no veía con buenos ojos el regreso de estos inmigrantes, a causa de los problemas demográficos que tenía planteados, pero una pequeña parte de ellos conseguía regresar. En primer lugar, la vida era más barata en la Tierra, y lo que en Diporia, por ejemplo, era una pensión insignificante, en la Tierra se convertía en una renta muy saneada. Además, siempre había hombres que hallaban una gran satisfacción en exhibir su triunfo ante sus amigos y en los lugares donde había transcurrido su infancia, en lugar de hacerlo ante el resto del universo.

Trevelyan padre explicó después que si se hubiese quedado en Diporia, sus hijos hubieran debido hacer lo propio, y Diporia era un mundo con una única astronave. Sin embargo, en la Tierra, sus vástagos podían aspirar a cualquier otro mundo, incluso Novia.

Rollizo Trevelyan aprendió pronto la lección. Aun antes del Día de la Lectura, su conversación se basaba en el hecho incuestionable que él terminaría en Novia.

George, apabullado ante el grandioso futuro de su compañero, que contrastaba con su mísero presente, se puso a la defensiva.

—Mi padre tampoco está preocupado. Únicamente quiere oírme leer porque está seguro que lo haré muy bien. Supongo que tu padre no querría oírte si supiese que lo ibas a hacer mal.

—Yo no lo haré mal. Leer no es nada. En Novia, tendré gente que leerá para mí.

—¡Porque tú no podrás leer por ti mismo, ya que eres tonto!

—¿Entonces, cómo es que voy a ir a Novia?

George, acorralado, lanzó esta atrevida negación:

—¿Y quién dice que irás a Novia? Me apuesto lo que quieras a que no irás a ninguna parte.

Rollizo Trevelyan enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—Pero no seré un Montador de Tuberías, como tu padre —espetó.

—Retira eso, renacuajo.

—Retira tú lo que has dicho.

Ambos permanecían nariz contra nariz, sin demasiadas ganas de pelear, pero contentos de poder hacer algo familiar en aquel sitio extraño. Además, al amenazar con los puños la cara de su compañero, George había resuelto el problema de las manos, al menos por el momento. Otros niños se reunieron a su alrededor, muy excitados.

Pero todo terminó cuando una voz femenina resonó con fuerza por el sistema de altavoces. Reinó un silencio instantáneo. George aflojó los puños y se olvidó de Trevelyan.

—Niños —decía la voz—, vamos a llamarles por sus nombres. Los que sean llamados se dirigirán a uno de los hombres situados junto a las paredes laterales. ¿Los ven? Son fáciles de distinguir gracias a los uniformes rojos que llevan. Las niñas se dirigirán a la derecha. Los niños, a la izquierda. Miren ahora a su alrededor, para ver al hombre de rojo que tienen más próximo...

George encontró al suyo a la primera ojeada y esperó a que le llamasen por su nombre. Como todavía no conocía las complicaciones del alfabeto, el tiempo que tuvo que esperar hasta que llegasen a su letra le resultó muy enojoso.

La multitud de niños se iba aclarando; por turno, todos se dirigían al guía vestido de rojo más próximo.

Cuando por último el nombre de «George Platen» resonó por el altavoz, la sensación de alivio del niño sólo se vio superada por la alegría inenarrable que experimentó al ver que Rollizo Trevelyan seguía aún en su sitio sin que le llamasen.

Volviéndose a medias, George le gritó al irse:

—Adiós, Rollizo, tal vez no te quieren.

Aquel momento de alegría fue de breve duración. Le hicieron ponerse en fila con otros niños desconocidos, y les obligaron a seguir por varios corredores. Todos se miraban, con ojos muy abiertos y preocupados, pero con excepción de «No empujen» y «¡Eh, cuidado!», no había conversación.

Les entregaron varios trocitos de papel, ordenándoles que los guardasen. George miró el suyo con curiosidad. Pequeñas señales negras de diferentes formas. Sabía que era letra impresa, pero..., ¿cómo se podían formar palabras con aquello? Era incapaz de imaginárselo.

Le ordenaron que se desnudase; sólo quedaban juntos él y otros cuatro niños. Todos ellos se despojaron de sus ropas nuevas, y pudo ver a cuatro niños de su misma edad desnudos y pequeños, temblando más de vergüenza que de frío. Vinieron técnicos en Medicina, que les palparon, les aplicaron extraños instrumentos, les tomaron muestras de sangre. Luego les pidieron las tarjetas que los niños conservaban y añadieron nuevas marcas en ellas con varitas negras que servían para trazar aquellos signos, perfectamente alineados, a gran velocidad. George observó los nuevos signos, pero no resultaban más comprensibles que los anteriores. Los niños recibieron la orden de vestirse.

Tomaron asiento en sillas separadas y esperaron. Volvieron a llamarlos por sus nombres. El de «George Platen» fue el tercero.

El niño penetró en una gran estancia, llena de atemorizantes instrumentos provistos de botones; ante ellos se alzaban brillantes paneles. En el centro de la sala

había una mesa, ante la cual se sentaba un hombre, con la vista fija en los paneles amontonados frente a sí.

—¿George Platen? —le dijo.

—Sí, señor —respondió George, con un hilo de voz.

Toda aquella espera y aquel ir de acá para allá le estaban poniendo nervioso. Ojalá terminasen pronto.

El hombre sentado ante la mesa le dijo:

—Yo soy el doctor Lloyd, George. ¿Cómo estás?

No había levantado la mirada al hablar. Probablemente había dicho aquellas mismas palabras docenas de veces, sin mirar a quien tenía delante.

—Estoy bien, gracias —repuso el chico.

—¿Tienes miedo, George?

—Pues..., no, señor —dijo George, con una voz que le pareció cargada de miedo incluso a él mismo.

—Muy bien —dijo el médico—, porque no tienes nada que temer. Vamos a ver, George. Aquí en tu ficha dice que tu padre se llama Peter y es un Montador de Tuberías Diplomado, y que tu madre se llama Amy y es Técnico de Hogar Diplomado. ¿Es así?

—Sí..., señor.

—Y tú naciste el trece de febrero, y tuviste una infección de oído hará cosa de un año. ¿No?

—Sí, señor.

—¿Sabes cómo es que sé todas estas cosas?

—Porque están en la ficha, ¿no, señor?

—Exactamente.

El médico miró a George por primera vez y sonrió, exhibiendo una hilera de dientes blancos y regulares. Parecía mucho más joven que el padre de George. El nerviosismo del niño disminuyó en parte.

El médico tendió la ficha a George.

—¿Sabes lo que significan estos signos que ves aquí, George?

Al niño le sorprendió que el doctor le pidiese que mirase la ficha, como si esperase que de pronto fuese capaz de entenderla por arte de magia. Sin embargo, vio las mismas señales que antes y se la devolvió diciendo:

—No, señor.

—¿Por qué no?

George entró en súbitas sospechas acerca de la cordura de aquel hombre. ¿Es que acaso no lo sabía ya?

—No sé leer, señor.

—¿Te gustaría saber leer?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

George le miró, apabullado. Nunca le habían preguntado semejante cosa. No sabía qué responder.

—No lo sé, señor —tartajeó.

—La letra impresa te guiará durante toda tu vida. Tienes mucho que aprender, aun después del Día de la Educación. En fichas como ésta encontrarás datos muy útiles. Con los libros podrás aprender. Podrás leer lo que aparezca en las pantallas de televisión. La letra de molde te dirá cosas tan útiles e interesantes que el analfabetismo te parecerá tan malo como la ceguera. ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

—¿Todavía tienes miedo, George?

—No, señor.

—Muy bien. Ahora voy a decirte exactamente lo que haremos primero. Te pondré estos alambres en la frente, sobre el borde de los ojos. Quedarán fijos ahí, pero no te harán daño. Luego, pondré en marcha un aparato que hará un zumbido. Es un sonido muy divertido y te hará cosquillas, pero tampoco te hará daño. Si te lo hiciese, me lo dices, y yo pararé en seguida el aparato, pero ya te digo que no te hará el menor daño. ¿De acuerdo?

George asintió y tragó saliva.

—¿Estás dispuesto?

George asintió de nuevo, cerrando los ojos mientras el médico lo preparaba. Sus padres ya le habían explicado aquello. Ellos también le dijeron que no le haría daño, pero después venían los otros niños, los de diez y doce años, que gritaban a los de ocho que esperaban el Día de la Lectura:

—¡Ya verán cuando venga lo de la aguja!

Otros decían confidencialmente:

—Te abrirán la cabeza con un cuchillo así de grande que tiene un gancho.

Y luego obsequiaban a su horrorizado auditorio con otros detalles espeluznantes.

George nunca les creyó, pero había tenido pesadillas, y a la sazón las recordaba, cerrando los ojos y experimentando un intenso terror.

No notó los alambres que el médico le puso en las sienes. El zumbido era algo distante, y oía mejor el sonido de su propia sangre en los oídos, agudo y hueco como si se hallase en una gran caverna. Lentamente, se arriesgó a abrir los ojos.

El médico le daba la espalda. De uno de los instrumentos iba saliendo una tira de papel, cubierta por una línea morada fina y ondulante. El hombre rompía la tira a pedazos, que introducía en la ranura de otra máquina. Lo hacía incansablemente. Cada vez salía un trocito de película que el médico examinaba. Finalmente, se volvió hacia George, frunciendo el entrecejo de un modo raro.

El zumbido cesó.

George preguntó, casi sin aliento:

—¿Ya..., ya ha terminado?

El médico respondió afirmativamente, pero seguía con el ceño fruncido.

—¿Ahora ya sé leer? —preguntó George, a pesar que no se sentía diferente.

El hombre le preguntó:

—¿Cómo?

Luego esbozó una breve sonrisa, antes de proseguir:

—Esto va muy bien, George. Dentro de quince minutos ya podrás leer. Ahora vamos a utilizar otra máquina, y la operación durará un poco más. Te cubriré la cabeza con un aparato, y cuando lo ponga en marcha no podrás ver ni oír nada durante un rato, pero no te dolerá. Para que estés tranquilo, te daré este pequeño interruptor, que sujetarás con la mano. Si notas dolor, oprime el botoncito y el aparato se parará. ¿De acuerdo?

Algunos años después, George supo que el pequeño interruptor no tenía ninguna eficacia; se lo dieron únicamente para tranquilizarlo. Sin embargo, nunca lo supo con certeza, pues no llegó a pulsar el botón.

Un gran casco de superficie curvada y bruñida, forrado de corcho, le cubrió la cabeza. Tres o cuatro salientes insignificantes parecieron clavarse en su cráneo, pero se trataba únicamente de una leve presión, que pronto desapareció. No sentía el menor dolor.

La voz del médico le llegaba muy apagada.

—¿Te encuentras bien, George?

Y de repente, sin advertencia previa, una gruesa capa afelpada pareció rodearle enteramente. Se sentía incorpóreo, no experimentaba ninguna sensación, el mundo no existía... Sólo él y un distante murmullo en el fondo de la nada, que le decía algo..., que le decía..., que le decía...

Se esforzó por oír y comprender, pero se hallaba rodeado por aquella gruesa capa afelpada.

Entonces le quitaron el casco de la cabeza, y la luz era tan deslumbrante que le obligó a cerrar los ojos, mientras la voz del médico resonaba en sus oídos, diciéndole:

—Aquí tienes tu ficha, George. ¿Qué dice?

George miró de nuevo la ficha y lanzó una exclamación ahogada. Los signos ya no eran solamente signos. Formaban palabras. Eran palabras muy claras; le parecía como si alguien se las susurrara al oído. En realidad, hubiera dicho que se las susurraban de verdad, mientras las estaba mirando.

—¿Qué dice aquí, George?

—Dice..., dice... «Platen, George. Nacido el trece de febrero de seis mil cuatrocientos noventa y dos. Hijo de Peter y de Amy...»

Se interrumpió.

—Ya sabes leer, George —dijo el médico—. Hemos terminado.

—¿De veras? ¿No lo olvidaré?

—No, no lo olvidarás. —El médico le estrechó la mano con seriedad—. Ahora te llevarán a casa.

Pasaron bastantes días antes que George se fuera acostumbrando a su nueva y extraordinaria vida. Leía para su padre con tal soltura que el autor de sus días no podía contener el llanto y llamaba a otros miembros de la familia para comunicarles la buena nueva.

George paseaba por la población, leyendo todos los pedazos de papel impreso que caían en sus manos, extrañado de no haberlos comprendido hasta entonces.

Se esforzó por recordar cómo era no poder leer, y no lo consiguió. En realidad, le parecía como si toda su vida hubiese sabido leer. Desde siempre.

A los dieciocho años, George era un muchacho moreno, de estatura media, pero que parecía más alto por lo flacucho que estaba. Trevelyan, que apenas tenía dos centímetros menos de estatura, era de complexión tan rechoncha y robusta que el mote de «Rollizo» le quedaba preciso, mejor aún que cuando era niño; sin embargo, durante aquel último año ya empezaba a molestarse cuando se lo aplicaban. Y como su nombre de pila todavía le gustaba menos, todos le llamaban Trevelyan, o cualquier variante decente de este nombre. Además, como para demostrar de manera concluyente que ya era un hombre, se había dejado patillas y un hirsuto bigotillo.

A la sazón se hallaba sudoroso y nervioso, y George, a quien ya habían dejado de llamar «Bocazas», y que respondía ahora al breve y gutural monosílabo «George», se divertía enormemente al verlo.

Se hallaban de nuevo en aquella enorme sala en la que estuvieran diez años atrás, y a la que no habían vuelto durante este intervalo. Fue como si un sueño nebuloso del pasado se corporeizase de pronto. Durante los primeros minutos, George se quedó muy sorprendido al ver que todo parecía más pequeño y abarrotado de como él lo recordaba; luego pensó que él había crecido.

La multitud era más reducida que en aquel día, tan lejano ya. Además, estaba compuesta exclusivamente por muchachos. Las chicas habían sido convocadas para otra fecha.

Trevelyan se inclinó hacia él para decirle:

—¡Vaya una manera de hacernos esperar!

—La burocracia —dijo George—. Es inevitable.

—¿Por qué te muestras tan tolerante con ellos? —bufó Trevelyan.

—¿Para qué preocuparme?

—Vamos, chico, a veces eres inaguantable. Ojalá termines como Estercolero Diplomado, para poder verte la cara cuando trabajes.

Sus oscuros ojos se pasearon con expresión ansiosa por la multitud de muchachos.

George también miró a su alrededor. El sistema era distinto del que habían empleado con los niños. Todo se desarrollaba más lentamente, y al principio les entregaron una hoja con instrucciones impresas (una ventaja sobre los prelectores). Los nombres de Platen y Trevelyan quedaban bastante abajo según el orden alfabético, pero esta vez ambos lo sabían.

De las salas de educación salían los muchachos, con el ceño fruncido y el enojo pintado en sus semblantes; recogían sus ropas y efectos, y luego se iban a la sección de análisis para enterarse del resultado.

Cada uno de ellos, al salir, se veía rodeado por un grupo de jóvenes, que le asaeteaban a preguntas:

—¿Cómo ha ido? ¿Qué sensación produce? ¿Crees que lo has hecho bien? ¿Te sientes diferente?

Las respuestas eran vagas e imprecisas.

George se esforzó por mantenerse apartado de los grupos. De nada servía excitarse. Todos decían que se tenían mayores probabilidades de éxito conservando la calma. Aun así, notaba un sudor frío en las palmas de las manos. Tenía gracia que con el paso de los años se experimentasen nuevas tensiones.

Por ejemplo, los profesionales altamente especializados que se dirigían a un Mundo Exterior iban acompañados de sus respectivos cónyuges. Era importante mantener el equilibrio emotivo inalterado en todos los mundos. ¿Y qué chica se negaría a acompañar a un muchacho destinado a un mundo clasificado como Grado A? George todavía no pensaba en ninguna chica determinada; a decir verdad, las chicas no le interesaban por el momento. Una vez fuese Programador, una vez pudiese poner, detrás de su nombre, Programador de Computadora Diplomado, realizaría su elección, como un sultán en un harén. Esta idea le excitó, y trató de desecharla. Debía guardar la compostura.

Trevelyan murmuró:

—¿No quieres explicarme esto? Primero dicen que es mejor mantenerse tranquilo y descansado. Luego te hacen pasar por esta larga espera, después de la cual resulta imposible conservar la calma y la tranquilidad.

—Tal vez lo hagan adrede. En primer lugar, así pueden distinguir a los chicos de los hombres. Calma, Trev.

—¡Bah, cállate! —rezongó Trevelyan.

Entonces le llegó el turno a George. No le llamaron por su nombre. Éste apareció en letras luminosas en el tablón de anuncios.

Se despidió de Trevelyan con un gesto amistoso.

—Calma, muchacho. No te dejes impresionar.



Estaba muy contento cuando entró en la sala de prueba. Contento de verdad.

El hombre sentado ante la mesa le preguntó:

—¿George Platen?

Durante un instante fugaz, la mente de George evocó vívidamente la imagen de otro hombre que, diez años atrás, le había hecho la misma pregunta. Casi le pareció que aquél era el mismo hombre y que él, George, volvía a tener ocho años, como el día en que cruzó el umbral de aquella sala.

Pero cuando el individuo sentado ante la mesa levantó la cabeza, sus facciones no correspondían en absoluto con las de aquel súbito recuerdo. La nariz era bulbosa, el cabello, ralo y grueso, y la piel de la mejilla le pendía fláccidamente, como si hubiese adelgazado de pronto tras haber estado muy grueso.

George volvió de nuevo a la realidad cuando vio el enojo reflejado en el semblante de aquel individuo.

—Sí, soy George Platen, señor.

—Dilo, pues. Yo soy el doctor Zachary Antonelli, y dentro de poco seremos amigos íntimos.

Contempló unas pequeñas tiras de película, levantándolas para mirarlas al trasluz con ojos de búho.

George dio un respingo. Muy vagamente, recordó que el otro médico (cuyo nombre había olvidado) había mirado unas películas parecidas. ¿Serían las mismas? Aquel otro médico había fruncido el ceño, y éste le estaba mirando con expresión encolerizada.

Su contento se había esfumado.

El doctor Antonelli abrió un grueso expediente, que colocó en la mesa ante él, y apartó cuidadosamente los trozos de película.

—Aquí dice que quieres ser Programador de Computadora.

—Sí, doctor.

—¿Sigues con esa idea?

—Sí, señor.

—Es una posición llena de responsabilidad, y muy fatigosa. ¿Te sientes capaz de ocuparla?

—Sí, señor.

—La mayoría de los preeducandos no ponen ninguna profesión determinada. Supongo que les asusta la idea de no estar a la altura de ella.

—Sí, doctor Antonelli, eso debe de ser.

—¿Y tú, no tienes miedo?

—Prefiero ser franco y decirle que no, doctor.

El doctor Antonelli asintió, pero sin que su expresión se suavizase lo más mínimo.

—¿Por qué quieres ser Programador?

—Como usted ha dicho, doctor, es una posición de responsabilidad y de mucho trabajo. Es un empleo importante y lleno de emoción. Me gusta, y me creo capacitado para desempeñarlo.

El doctor Antonelli apartó el expediente, y miró a George con acritud. Luego le preguntó:

—¿Y cómo sabes que te gusta? ¿Porque crees que te enviarán a un planeta de Grado A?

George, desazonado, se dijo: «Está tratando de confundirte. Tú tranquilo, y respóndele con franqueza.»

Dijo entonces:

—Creo que un Programador tiene muchas probabilidades para que le envíen a un planeta de Grado A, doctor, pero aunque me quedase en la Tierra, sé que me gustaría.

«Eso es cierto. No estoy mintiendo», pensó George.

—Muy bien. ¿Y cómo lo sabes?

Le hizo esta pregunta como si supiese de antemano que no podría responderla. George apenas pudo contener una sonrisa. Podía responderla.

—He leído cosas sobre Programación, doctor.

—¿Que has hecho qué?

El médico se mostraba sinceramente sorprendido, lo cual produjo gran satisfacción a George.

—Leer sobre Programación, doctor. Compré un libro que trataba de ese tema y lo he estado estudiando con interés.

—¿Un libro para Programadores Diplomados?

—Sí, doctor.

—Pero no era posible que lo entendieses.

—Al principio no. Adquirí otros libros sobre Matemáticas y Electrónica. Me las arreglé para comprenderlos. Todavía no sé mucho, pero sí lo bastante para saber que eso me gusta, y que puedo estudiarlo.

(Ni siquiera sus padres habían logrado descubrir el escondrijo donde guardaba sus libros. Tampoco sabían por qué pasaba tanto tiempo encerrado en su habitación, ni que robaba horas al sueño para estudiar.)

El médico tiró de los pliegues de piel que le pendían bajo la barbilla.

—¿Qué te proponías al hacer eso, muchacho?

—Quería estar seguro que la Programación me gustaría, doctor.

—Pero tú ya sabías, supongo, que sentir interés por una cosa no significa nada. Uno puede sentir verdadera pasión por un tema, pero si la conformación física de su cerebro indica que sería más útil haciendo otra cosa, eso es lo que hará. Supongo que sabías eso, ¿no?

—Sí, me lo dijeron —dijo George, cautelosamente.

—Entonces puedes creerlo. Es verdad.

George guardó silencio.

El doctor Antonelli prosiguió:

—¿O acaso crees que el estudio de un tema determinado inclina a las neuronas en esa dirección, como esa otra teoría según la cual una mujer encinta sólo necesita escuchar en forma reiterada obras maestras de música, para que el hijo que nazca llegue a ser un gran compositor? ¿Tú también crees eso?

George enrojeció. Desde luego, lo había pensado. Estaba seguro que si dirigía constantemente su intelecto en la dirección deseada, conseguiría el resultado apetecido. Confiaba principalmente en esta idea para conseguirlo.

—Yo nunca... —empezó a decir, sin poder terminar la frase.

—Pues no es cierto. Tienes que saber, jovencuelo, que la conformación de tu cerebro viene determinada ya desde el mismo día de tu nacimiento. Puede alterarse a consecuencia de un golpe que produzca lesiones en las células, o por una hemorragia cerebral, un tumor o una infección grave..., pero en todos estos casos el cerebro quedará dañado. Te aseguro que el hecho que pienses algo determinado con insistencia no le afecta en absoluto.

Contempló pensativo a George, para añadir:

—¿Quién te dijo que hicieras eso?

George, ya muy desazonado, tragó saliva y contestó:

—Nadie, doctor, fue idea mía.

—¿Quién sabía que lo hacías? ¿Había alguien que lo supiese, además de ti?

—Nadie, doctor; lo hice sin mala intención.

—¿Quién habla de eso? Yo únicamente lo considero una pérdida de tiempo. ¿Por qué no se lo dijiste a nadie?

—Pensé..., pensé que se reirían de mí.

(Recordó de pronto una reciente conversación que había sostenido con Trevelyan. George abordó el tema cautelosamente, como si se tratase de algo sin importancia que se le había ocurrido y que se hallaba situado en las zonas más periféricas de su mente; algo relativo a la posibilidad de aprender una materia cargándola a mano en el cerebro, por así decirlo, a trocitos y fragmentos. Trevelyan vociferó: «George, antes de poco tiempo les estarás sacando brillo a tus zapatos y cosiéndote tus propias camisas». Entonces estuvo contento de haber mantenido tan celosamente su secreto.)

El doctor Antonelli colocó en diversas posiciones las películas que antes había examinado. Efectuó esta operación en silencio, sumido en sus propios pensamientos y con expresión enfurruñada. Luego dijo:

—Voy a analizarte. Por aquí no vamos a ninguna parte.

Colocó los electrodos en las sienes de George. Sonó un zumbido. El muchacho

recordó de nuevo, claramente, lo ocurrido diez años antes.

Las manos de George estaban bañadas en sudor frío; el corazón le latía desaforadamente. Había cometido una estupidez al revelar su secreto al doctor.

La culpa era de su condenada vanidad, se dijo. Había querido demostrar lo listo que era, el carácter emprendedor que poseía. Pero sólo había conseguido mostrarse supersticioso e ignorante, despertando la hostilidad del doctor.

Y por si fuese poco, se había puesto tan nervioso que estaba seguro que los datos que suministraría el analizador no tendrían ni pies ni cabeza.

No se dio cuenta del momento en que le quitaron los electrodos de las sienas. El espectáculo del doctor, que le miraba con aire pensativo, penetró en su conciencia, y eso fue todo; los hilos conductores ya no se veían. George hizo de tripas corazón con gran esfuerzo. Había renunciado ya a su ambición de ser Programador. En el espacio de diez minutos, todas sus ambiciones se habían desmoronado.

Con voz afligida, preguntó:

—No, ¿verdad?

—¿No qué?

—No seré Programador...

El médico se frotó la ancha nariz y dijo:

—Recoge tus ropas y todos tus efectos personales y vete a la habitación 15-C. Allí está tu expediente, junto con mi informe.

Estupefacto, George preguntó:

—¿Ya estoy educado? Yo pensé que esto sólo era...

El doctor Antonelli tenía la vista fija en su mesa.

—Todo te lo explicarán a su debido tiempo. Haz lo que te ordeno.

George sintió algo muy parecido al pánico. ¿Qué le estaba ocultando? Seguramente, que no servía para otra cosa que para Obrero Diplomado. Iban a prepararle para esa profesión; iban a hacerle los ajustes necesarios.

De pronto estuvo seguro de ello, y sólo haciendo un gran esfuerzo de voluntad consiguió ahogar un grito de desesperación.

Volvió dando traspies a su lugar de espera. Trevelyan ya no estaba allí, hecho que le hubiera aliviado si hubiese sido capaz de darse cuenta cabal de lo que le sucedía. En realidad, apenas quedaba nadie, y los pocos que quedaban en la sala se hallaban demasiado cansados por la forzada espera que les imponía su situación de cola en el alfabeto para darse cuenta de la terrible mirada de cólera y odio con que él los fulminó.

¿Qué derecho tenían ellos a ser técnicos mientras él sería un simple Obrero? ¡Un Obrero! ¡Estaba seguro!

Un guía vestido con uniforme rojo le acompañó por los atestados corredores junto a los cuales se alineaban habitaciones que contenían los diversos grupos: Mecánicos

del Motor, Ingenieros de la Construcción, Agrónomos... Había centenares de profesiones especializadas, y la mayoría de ellas se hallaban representadas en aquella pequeña población por uno o dos diplomados, en el peor de los casos.

De todos modos, él los detestaba por igual: a los Estadísticos y los Contables, los de poca categoría y los más importantes. Los detestaba porque ahora ya poseían sus bonitos conocimientos, sabían cuál sería su destino, mientras que él, todavía vacío, seguía preso en los engranajes burocráticos.

Llegó a la habitación 15-C, le introdujeron en ella y le dejaron en una sala vacía. Por un momento, el corazón le dio un brinco de alegría. Si fuera aquélla la sala de clasificación de Obreros, sin duda hubiera habido docenas de muchachos reunidos.

Una puerta se hundió en su alvéolo en el extremo opuesto de un tabique de un metro de altura y entró en la estancia un anciano de níveos cabellos. Le dirigió una sonrisa, exhibiendo una dentadura perfecta, evidentemente postiza; pero de todos modos, mostraba todavía un semblante terso y sonrosado, y su voz era vigorosa.

—Buenas tardes, George —le dijo—. Por lo que veo, nuestro sector solamente tiene uno de ustedes esta vez.

—¿Sólo uno? —dijo George, confuso.

—En toda la Tierra hay miles, desde luego. Muchos miles. No estás solo.

George empezaba a perder la paciencia.

—No le entiendo, señor —dijo—. ¿Cuál es mi clasificación? ¿Qué sucede?

—Calma, muchacho. No pasa nada. Puede sucederle a cualquiera. —Le tendió la mano y George la estrechó maquinalmente. La mano del desconocido era cálida y apretó fuertemente la de George—. Siéntate, hijo. Yo soy Sam Ellenford.

George asintió con impaciencia.

—Quiero saber qué pasa, señor.

—Naturalmente. En primer lugar, no puedes ser Programador de Computadoras, George. Supongo que ya lo habrás adivinado.

—Sí, señor —repuso George, enojado—. ¿Qué puedo ser entonces?

—Eso es lo que resulta difícil de explicar, George. —Hizo una pausa, y luego añadió con voz clara y firme—: Nada.

—¿Cómo?

—¡Nada!

—¿Pero qué significa esto? ¿Por qué no pueden asignarme una profesión?

—No tenemos elección posible, George. Es la estructura del cerebro quien lo decide.

La tez de George adquirió un tinte cetrino. Los ojos parecían saltársele de las órbitas.

—¿Quiere usted decir que no estoy bien de la cabeza?

—Sí, algo así. Aunque no es una definición muy académica, se ajusta bastante a

la verdad.

—Pero, ¿por qué?

Ellenford se encogió de hombros.

—Supongo que ya conoces las líneas generales del programa educativo de la Tierra, George. Prácticamente cualquier ser humano es capaz de absorber cualquier clase de conocimientos, pero el cerebro individual varía, con el resultado que cada cerebro se halla mejor adaptado a la recepción de unos conocimientos que a la de otros. Nosotros nos esforzamos por equiparar el cerebro con los conocimientos que le son adecuados, dentro de los límites de los cupos asignados para cada profesión.

George hizo una señal de asentimiento.

—Sí, ya lo sabía.

—De vez en cuando, George, nos encontramos con un joven cuyo cerebro no puede recibir ninguna clase de conocimientos.

—¿O sea, que no puede ser educado?

—Exactamente.

—Pero eso es una tontería. Yo soy inteligente; puedo comprender...

Miró con aire desvalido a su alrededor, como si quisiera descubrir algún medio de demostrar que tenía un cerebro que funcionaba.

—Te ruego que no interpretes mal mis palabras —le dijo Ellenford con gravedad—. Tú eres inteligente, desde luego. Incluso posees una inteligencia superior a la normal. Por desgracia, eso no tiene nada que ver con que el cerebro pueda recibir o no unos conocimientos adicionales. En realidad, casi siempre suelen ser personas muy inteligentes las que vienen a esta sección.

—¿Quiere usted decir que ni siquiera podré ser un Obrero Diplomado? —balbuceó George, sintiendo de pronto que incluso aquello era mejor que el vacío que se abría ante él—. ¿Qué hay que saber para ser Obrero?

—No menosprecies a los Obreros, muchacho. Existen docenas de subclasificaciones en ese grupo, y cada una de ellas posee su cuerpo de conocimientos detalladísimos. ¿Crees que no se requiere habilidad para saber la manera adecuada de levantar un peso? Además, para la profesión de Obrero debemos escoger no sólo mentalidades adecuadas a ella, sino organismos perfectamente sanos y resistentes. Con tu físico, George, no durarías mucho como Obrero.

George reconoció para sí mismo que era un muchacho más bien debilucho. En voz alta, dijo:

—Pero nunca he oído mencionar a nadie que no tuviese profesión.

—Pues hay muchos —observó Ellenford—. Y nosotros les protegemos.

—¿Les protegen?

George notó que la confusión y el espanto lo dominaban con fuerza avasalladora.

—El planeta vela por ti, George. Desde el momento mismo en que cruzaste esa

puerta.

Y le dirigió otra sonrisa.

Era una sonrisa de afecto. A George le pareció una sonrisa protectora; la sonrisa de un adulto ante un niño desvalido.

Preguntó entonces:

—¿Significa eso que me encarcelarán?

—Por supuesto que no. Sencillamente, estarás con otros como tú.

«Como tú.» Aquellas dos palabras parecían atronar los oídos de George.

Ellenford prosiguió:

—Necesitas un tratamiento especial. Nosotros nos ocuparemos de ti.

Ante su propio horror, George se echó a llorar. Ellenford se fue al extremo opuesto de la habitación y miró hacia otro lado, como si estuviese sumido en sus pensamientos.

George se esforzó por reducir su desconsolado llanto a simples sollozos, y luego por dominar éstos. Se puso a pensar en sus padres, en sus amigos, en Trevelyan, en la vergüenza que aquello le producía...

Rebelándose contra su sino, exclamó:

—Pero aprendí a leer.

—Cualquier persona que esté en sus cabales puede aprender. Nunca hemos hallado excepciones a esta regla. En esta segunda etapa es cuando empezamos a descubrirlas... Y cuando tú aprendiste a leer, George, ya nos preocupó la conformación de tu cerebro. El médico encargado de hacer la revisión ya nos comunicó ciertas peculiaridades.

—¿Por qué no prueban a educarme? Ni siquiera lo han intentado. Estoy dispuesto a correr el riesgo.

—La ley nos lo impide, George. Pero, mira, trataré de portarme bien contigo. Se lo explicaré a tu familia, haciendo lo posible por evitarles el natural dolor que esto les producirá. En el lugar adonde te llevaremos, gozarás de ciertos privilegios. Podrás tener libros y estudiar lo que te plazca.

—Gotas de conocimiento —dijo George amargamente—. Retazos de saber. Así, cuando me muera, sabré lo bastante para ser un Botones Diplomado, Sección de Sujetapapeles.

—Pero según tengo entendido, tu debilidad era el estudio de libros prohibidos.

George se quedó de una pieza. De pronto lo comprendió todo, y se desplomó.

—Eso es...

—¿Qué es?

—Este Antonelli. Ha sido él.

—No, George. Te equivocas de medio a medio.

—No le creo —dijo George, dando rienda suelta a su cólera—. Ese granuja me ha

denunciado porque le resulté demasiado listo. Se asustó al enterarse que leía libros y que quería dedicarme a la Programación. ¡Bueno, diga qué quiere para arreglarlo! ¿Dinero? ¡Pues no se lo daré! Me iré de aquí, y cuando cuente a todo el mundo este...

Estaba gritando. Al verle fuera de sí, Ellenford meneó la cabeza y tocó un contacto.

Entraron dos hombres sigilosamente y se pusieron a ambos lados de George. En un rápido movimiento, le sujetaron los brazos al costado. Uno de ellos le aplicó un aerosol hipodérmico en la corva derecha; la sustancia hipnótica se esparció por sus venas, produciendo un efecto casi inmediato.

Dejó de chillar y su cabeza cayó hacia delante. Se le doblaron las rodillas, y no se cayó al suelo porque los dos hombres le sostuvieron, y lo sacaron de la estancia entre ambos, completamente dormido.

Cuidaron de George como le habían prometido; le trataron bondadosamente, colmándole de atenciones... Poco más o menos, se dijo George, como él hubiera hecho con un gato enfermo que hubiese despertado su compasión.

Le dijeron que era preferible que se sentase en la cama y tratase de sentir interés por la vida; luego añadieron que casi todos los que ingresaban allí mostraban la misma desesperación al principio, y que él ya la superaría.

Pero él ni siquiera les hizo caso.

El propio doctor Ellenford fue a visitarle para decirle que habían comunicado a sus padres que él se hallaba ausente, en una misión especial.

George murmuró:

—¿Acaso saben...?

Ellenford hizo un gesto tranquilizador.

—No les dimos ningún detalle.

Al principio, George se negó a ingerir alimento. Viendo que no quería probar bocado, le alimentaron mediante inyecciones intravenosas. Pusieron fuera de su alcance los objetos contundentes o con bordes aguzados, y le tuvieron bajo una constante vigilancia. Poco después, Hali Omani pasó a compartir su habitación, y el estoicismo del negro produjo un efecto sedante sobre él.

Un día, sin poder soportar más su desesperación y su aburrimiento, George pidió un libro. Omani, que leía constantemente, levantó la mirada y una amplia sonrisa iluminó su rostro. George estuvo a punto de retirar su petición, antes que dar una satisfacción a los que le rodeaban, pero luego pensó: «¿Y a mí qué me importa?»

No dijo qué clase de libro quería, y Omani le ofreció uno de Química. Estaba impreso en un tipo de letra grande, con palabras cortas y numerosas ilustraciones. Estaba destinado a los muchachos. George tiró el libro contra la pared.

Eso es lo que él sería siempre. Toda su vida le considerarían un muchacho. Siempre sería un preeducando, y tendría que leer libros especialmente escritos para



él. Siguió tendido en la cama, furioso y mirando al techo. Transcurrida una hora, se levantó con gesto ceñudo, tomó el libro y se puso a leer.

Tardó una semana en terminarlo, y luego pidió otro.

—¿Quieres que devuelva el primero? —le preguntó Omani.

George frunció el ceño. En aquel libro había cosas que no comprendía, pero todavía sentía demasiada vergüenza para decirlo.

Omani le dijo:

—Si bien se mira, ¿por qué no te lo quedas? Los libros son para leerlos, pero también para consultarlos de vez en cuando.

Aquel mismo día fue cuando terminó por aceptar la invitación de Omani para visitar el lugar en que se hallaban. Siguió al negro, pisándole los talones, dirigiendo miradas furtivas y hostiles a todo cuanto le rodeaba.

Aquel lugar, desde luego, distaba mucho de ser una prisión. No consiguió ver muros, puertas cerradas ni guardianes. Pero en realidad era una cárcel, pues los que allí vivían no podían ir a ninguna parte.

Le hizo bien ver a docenas de compañeros suyos. Era tan fácil creerse que era el único en el mundo tan... anormal.

Con voz ronca, murmuró:

—¿Cuántos somos aquí?

—Doscientos cinco, George, y piensa que ésta no es la única residencia de este tipo que existe en el mundo. Las hay a millares.

Los internados le miraban al pasar: en el gimnasio, en las pistas de tenis, en la biblioteca (nunca hubiera podido imaginar que pudiera existir tal cantidad de libros; estaban amontonados en larguísimos estantes.) Le miraban con curiosidad, y él los fulminaba con miradas coléricas. Aquellos individuos no estaban mejor que él; no había ninguna razón para que le mirasen como si fuese un bicho raro.

La mayoría eran muchachos de su edad. De pronto, George preguntó:

—¿Dónde están los mayores?

Omani le contestó:

—Aquí se han especializado en los jóvenes. —Luego, como si comprendiese de pronto el sentido oculto de la pregunta de George, meneó la cabeza gravemente y dijo —: No los han eliminado, si era eso lo que querías decir. Existen otras Residencias para adultos.

—¿Y eso qué nos importa, en realidad? —murmuró George, furioso por mostrarse demasiado interesado y en peligro de dejarse dominar.

—Pues debiera importarnos. Cuando seas mayor, pasarás a una Residencia en la que conviven internados de ambos sexos.

George no pudo ocultar cierta sorpresa.

—¿También hay mujeres?

—Naturalmente. ¿Suponías acaso que las mujeres eran inmunes a... esto?

George se sintió dominado por un interés y una excitación mayores de las que había experimentado hasta el momento, desde aquel día en que... Se esforzó por no pensar en aquello.

Omani se detuvo a la puerta de una habitación que contenía un pequeño aparato de televisión de circuito cerrado y una computadora de oficina. Cinco o seis muchachos estaban sentados, contemplando la televisión. Omani le dijo:

—Esto es un aula.

—¿Un aula? —preguntó George—. ¿Qué es eso?

—Los jóvenes que aquí ves se están educando. Pero no según el sistema corriente —se apresuró a añadir.

—¿Quieres decir que absorben los conocimientos poco a poco, a fragmentos?

—Eso es. Así es como se hacía en la antigüedad.

Desde que había llegado a la Residencia no oía decir otra cosa. ¿Y qué? Admitiendo que hubiese habido un tiempo en que la Humanidad no conocía el horno diatérmico, ¿quería eso decir que él debía contentarse con comer carne cruda en un mundo donde todos la comían asada?

Sin poderse contener, preguntó:

—¿Y por qué aceptan aprender las cosas a trocitos?

—Para matar el tiempo, George, y también porque son curiosos.

—¿Y eso qué bien les hace?

—Les alegra la existencia.

George se acostó con aquella idea en la cabeza.

Al día siguiente le dijo a Omani de buenas a primeras:

—¿Puedes llevarme a un aula donde pueda aprender algo sobre Programación?

Animadamente, Omani le contestó:

—Pues no faltaba más.

¡Qué lento era aquello! Aquella lentitud sacaba a George de sus casillas. ¿Por qué se tenía que explicar lo mismo una y otra vez, de una manera tan pesada y cuidadosa? ¿Por qué tenía que leer y releer un pasaje, para quedarse luego con la vista fija en una ecuación, sin conseguir comprenderla de inmediato?

A menudo renunciaba. Una vez estuvo una semana sin asistir a la clase.

Pero siempre acababa por volver. El profesor que dirigía las clases, les señalaba las lecturas y organizaba las demostraciones por medio de la televisión, e incluso les explicaba pasajes y conceptos difíciles, nunca hacía comentarios al respecto.

Por último, asignaron a George un trabajo regular en los jardines, e hizo turnos en la cocina y en otros menesteres domésticos. A primera vista, eso parecía un progreso, pero él no se dejó engañar. Aquella Residencia podía haber estado mucho más mecanizada, pero deliberadamente se hacía trabajar a los jóvenes para darles la

impresión que se ocupaban en algo útil.

Incluso les pagaban pequeñas sumas de dinero, con el cual podían comprar ciertos artículos de lujo que estaban permitidos, o podían ahorrar en vistas a una problemática utilización de aquellos fondos en una vejez más problemática todavía. George guardaba el dinero en una jarra, en un estante del armario. No tenía ni idea de lo que había conseguido ahorrar. Por otra parte, tampoco le importaba un comino saberlo.

No hizo amigos de verdad, aunque terminó por acostumbrarse a dar cortésmente los buenos días a todos. Incluso dejó de cavilar continuamente acerca de la tremenda injusticia responsable de su estancia allí. Se pasaba semanas enteras sin pensar en Antonelli, en su abultada nariz y en su papada, en su satánica risa mientras empujaba a George para hundirlo en unas hirvientes arenas movedizas, sujetándolo fuertemente con férrea mano, hasta que se despertaba dando alaridos, para ver a Omani inclinado sobre él con semblante preocupado.

Un día de febrero, en que la tierra yacía cubierta bajo un manto de nieve, el negro le dijo:

—Es sorprendente ver cómo te vas adaptando.

Aquel día era el 13 de febrero, fecha de su cumpleaños. Diecinueve años. Luego vino marzo, abril y, al aproximarse el mes de mayo, comprendió que en realidad no se había adaptado.

George sabía que, sobre toda la faz de la Tierra, se iban a celebrar los Juegos Olímpicos, y millares de jóvenes competirían en destreza, en la noble lucha por conseguir un lugar en un nuevo mundo. Por doquier reinaría una atmósfera festiva y animada, se propagarían las noticias, se vería pasar a los agentes autónomos encargados de reclutar personal para mundos del espacio cósmico. Miles de muchachos experimentarían la gloria del triunfo o la desilusión de la derrota.

¡Qué recuerdos le evocaba todo aquello! ¡Cómo le hacía sentir de nuevo el entusiasmo de su niñez, cuando seguía con apasionamiento las incidencias de los Juegos Olímpicos año tras año! ¡Cuántos planes había trazado en otros tiempos!

—¡Los Juegos Olímpicos! —dijo sin poder disimular la ansiedad de su voz—. ¡Mañana es el primero de mayo!

Y aquello provocó su primera disputa con Omani, la cual, a su vez, hizo que éste le dijese exactamente el nombre que ostentaba la institución en la que George se hallaba acogido.

Omani miró de hito en hito a George y dijo, pronunciando claramente las palabras:

—Una Residencia para Débiles Mentales.

George Platen enrojeció. ¡Débiles mentales!

Desesperado, trató de apartar de sí aquella idea. Con voz monótona, dijo:

—Me voy.

Lo dijo en un impulso incontenible. Su mente consciente se enteró después de pronunciar las palabras.

Omani, que había vuelto a enfrascarse en la lectura de su libro, levantó la mirada y preguntó, sorprendido:

—¿Cómo?

George, entonces, repitió la frase a sabiendas de lo que decía, deliberadamente:

—Que me voy.

—No digas ridiculeces. Siéntate, George. Procura sosegar.

—Oh, no. Te aseguro que he sido víctima de un complot. Ese maldito médico, Antonelli, me cobró antipatía. Todo se debe a que esos burócratas se creen dioses. Si te atreves a contradecirles, borran tu nombre con el estilo en una ficha de sus archivos, y a partir de entonces te hacen la vida imposible.

—¿Ya empezamos de nuevo?

—Sí, ya empiezo de nuevo, y pienso seguir hasta que se rectifique esta monstruosa injusticia. Iré a buscar a Antonelli, le agarraré por el cuello y le obligaré a que diga la verdad.

George jadeaba afanosamente, y su mirada era febril. Había llegado el mes de los Juegos Olímpicos, y él no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Eso significaría que se rendía definitivamente, y ya podría darse por perdido. Sin remisión.

Omani pasó las piernas sobre el borde del lecho y se levantó. Medía casi un metro ochenta, y la expresión de su rostro le confería el aspecto de un San Bernardo preocupado. Rodeó con el brazo los hombros de George.

—Si llego a saber que mis palabras iban a dolerte tanto...

George se desasíó del abrazo.

—Te has limitado a decir lo que consideras la verdad, pero yo voy a demostrarte que no lo es. Eso es todo. ¿Qué me lo impide? Las puertas están abiertas. No hay cerraduras ni llaves. Nadie me ha prohibido salir. Me iré por mi propio pie.

—De acuerdo, pero, ¿adónde irás?

—A la estación terminal aérea más próxima, y de allí al primer centro olímpico que encuentre. Tengo dinero.

Tomó entre sus manos la jarra que contenía sus ahorros. Algunas monedas cayeron al suelo.

—Con eso apenas tendrás para una semana. ¿Y después qué?

—Para entonces ya lo habré arreglado todo.

—Para entonces, volverás aquí con el rabo entre las piernas —le dijo Omani, muy serio—, y tendrás que empezar de nuevo desde el principio. Estás loco, George.

—La expresión que has utilizado antes era «débil mental».

—Bien, siento haberlo hecho. Te quedarás, ¿verdad?

—¿Acaso piensas impedirme que me vaya?

Omani apretó los gruesos labios.

—No, no te lo impediré. Eso es cuenta tuya. Si la única manera para que aprendas consiste en que te enfrentes al mundo y luego vuelvas con sangre en la cara, allá tú... Por mí, puedes irte.

George ya estaba en el umbral, y se volvió a medias para mirarle:

—Me voy —dijo. Pero volvió a entrar para recoger su neceser, que había olvidado—. Supongo que no tendrás nada que objetar a que me lleve algunos efectos personales.

Omani se encogió de hombros. Se había vuelto a tumbar en la cama, y leía de nuevo, indiferente a todo cuanto sucedía a su alrededor.

George volvió a detenerse en la puerta, pero Omani no le miró. El muchacho rechinó los dientes, dio media vuelta y se alejó rápidamente por el corredor desierto, para perderse luego en el jardín envuelto en tinieblas.

Suponía que alguien le detendría al intentar salir de la finca. Pero nadie lo hizo. Entró en un restaurante abierto toda la noche para que le indicasen dónde estaba la terminal aérea más próxima. Le extrañó que el dueño no llamase a la policía. Tomó un taxi aéreo para ir al aeropuerto, y el chofer no le hizo ninguna pregunta.

Con todo, aquello no le tranquilizó, ni mucho menos. Por el contrario, llegó al aeropuerto presa de una gran inquietud. No se había dado cuenta de cómo sería el mundo exterior. Todos cuantos le rodeaban eran profesionales. El dueño del restaurante lucía su nombre inscrito en la placa de plástico puesta sobre la caja: Fulano de Tal, Cocinero Diplomado. El conductor del taxi también exhibía su licencia: Chofer Diplomado. George sentía que su nombre estaba desnudo, y a causa de ello le parecía andar en cueros; peor aún, se sentía como si estuviese despellejado. Pero nadie parecía hacerle el menor caso. No vio que le mirasen con suspicacia para pedirle pruebas de su situación profesional.

Lleno de amargura, George se dijo: «¿Cómo es posible imaginarse a un ser humano sin título profesional?»

Sacó un billete para San Francisco en el avión de las tres de la madrugada. No salía ningún otro avión para un centro olímpico importante antes de las primeras horas de la mañana, y él no quería perder tiempo esperando. A pesar de todo, tuvo que aguardar en la sala de espera, entre docenas de otros pasajeros, temiendo ver entrar a la policía de un momento a otro. Pero la policía no se presentó.

Llegó a San Francisco antes del mediodía, y el bullicio de la ciudad casi le produjo el efecto de un golpe físico. Aquella era la mayor ciudad que había visto; además, durante un año y medio de permanencia en la Residencia, se había acostumbrado al silencio y la quietud.

Para empeorar aún más las cosas, llegaba a San Francisco al comenzar el mes de

los Juegos Olímpicos. Casi olvidó su propia desazón al comprender de pronto que, en parte, el ruido y la confusión reinantes se debían a este hecho.

Los tableros informativos de los Juegos Olímpicos se hallaban instalados en el aeropuerto, para comodidad de los que llegaban para asistir a ellos desde todas las partes del mundo, y que se agolpaban ante los diversos tableros. Cada profesión importante tenía el suyo, y en él se facultaban instrucciones acerca de las pruebas a celebrar aquel día en el estadio; también daban los nombres de los que participaban en ellas y su ciudad de origen, así como el Mundo Exterior que los patrocinaba (en caso de haberlo).

Todo estaba perfectamente organizado. George había leído con frecuencia descripciones de los Juegos Olímpicos en los noticiarios y películas, había contemplado competiciones en la televisión, y hasta presencié unos pequeños Juegos Olímpicos para la clasificación de Carniceros Diplomados del condado. Incluso aquellos Juegos, que no tenían repercusiones galácticas (a ellos no asistió ningún representante de los Mundos Exteriores, por supuesto), resultaron altamente emocionantes.

En parte, la emoción se debió a la propia competición, y en parte también a que estaba en juego el prestigio local (todos se sentían contentos de poder aplaudir a un muchacho de la ciudad, aunque les fuese completamente desconocido). Además, estaba el interés de las apuestas. Esto último no había manera de impedirlo.

A George le costó sobremanera abrirse paso hasta los tableros. Una vez allí, se dio cuenta que miraba a los frenéticos y entusiastas espectadores de un modo distinto.

Hubo un tiempo en que aquellos mismos individuos fueron material apto para los Juegos Olímpicos. ¿Y qué habían hecho? ¡Nada!

Si hubiesen ganado la competición, estarían en algún remoto lugar de la galaxia, y no pudriéndose aquí en la Tierra. Fuesen lo que fuesen, sus respectivas profesiones debieron señalarlos para quedarse en la Tierra desde el primer momento; o bien se quedaron por la ineficacia que demostraron en las profesiones altamente especializadas a que se les destinó.

Y a la sazón aquellos fracasados correteaban por allí, haciendo cábalas acerca de las posibilidades de triunfo que tenían otros hombres más jóvenes. ¡Buitres!

¡Cómo le habría gustado ser uno de los objetos de sus cábalas!

Siguió la línea de tableros como un sonámbulo, rodeando la periferia de los grupos que se formaban en torno a ellos. Había desayunado en el estrato-jet y no tenía apetito. Pero el temor le dominaba. Se hallaba en una gran ciudad sumida en la caótica confusión que precedía a la inauguración de los Juegos Olímpicos. Eso le protegía, desde luego. Además, la ciudad estaba llena de forasteros. Nadie se fijaría en George. Nadie le haría preguntas.

Nadie se preocuparía por él. Ni siquiera la Residencia, se dijo George

amargamente. Le cuidaban como a un gato enfermo, pero si el gato un buen día se escapaba, qué se le iba a hacer...

Y ahora que se hallaba en San Francisco, ¿qué iba a hacer? Sus pensamientos parecían tropezar contra un muro. ¿Iría a ver a alguien? ¿A quién? ¿Cómo? ¿Dónde se hospedaría? La cantidad de dinero que le quedaba le parecía irrisoria.

Por primera vez cruzó por su mente la idea de volverse, y se avergonzó. Podía presentarse a la policía... Meneó violentamente la cabeza, rechazando esta idea, como si discutiese con un adversario de carne y hueso.

Una palabra le llamó la atención en uno de los tableros. En letras relucientes, leyó: Metalúrgico. En letras más pequeñas: No-férrico. Al final de la larga lista de nombres, con letras floreadas: Patrocinado por Novia.

Aquello evocó dolorosos recuerdos en su interior; volvió a verse discutiendo con Trevelyan, convencido que él sería Programador, convencido que un Programador era superior a un Metalúrgico, convencido que él había escogido el buen camino, convencido que era más listo que nadie...

Tan listo que no pudo contenerse y se jactó de los conocimientos que poseía ante aquel Antonelli, espíritu mezquino y rencoroso. Se hallaba tan seguro de sí mismo en aquel momento, cuando le llamaron, que abandonó al nervioso Trevelyan para entrar en la sala con paso altivo y la cabeza erguida.

George lanzó un grito agudo e inarticulado. Alguien se volvió para mirarle, pero sólo un momento. Los viandantes pasaban presurosos por su lado, empujándole de un lado a otro. Él seguía mirando el tablero, con la boca abierta.

Pareció como si el tablero respondiese a sus pensamientos. Pensaba con tanta intensidad en Trevelyan que por un momento le pareció como si el tablero fuese a decirle: «Trevelyan».

Pero es que allí estaba, efectivamente, Trevelyan; Armand Trevelyan (el nombre de pila de Rollizo, que éste aborrecía; allí estaba, en caracteres luminosos para que todos lo viesen), y su ciudad natal. Por si fuese poco, Trev aspiraba a Novia, se proponía ir a Novia, insistía en trasladarse a Novia; y aquella competición estaba patrocinada precisamente por Novia.

Era Trev, no había duda, su viejo y querido amigo Trev. Casi sin pensarlo, se puso a anotar las instrucciones para dirigirse al lugar de la competición. Luego tomó un taxi aéreo.

Y entonces pensó sobriamente: ¡Trev lo había conseguido! Él había querido ser Metalúrgico, y lo había conseguido.

George se sintió más solo y desamparado que nunca.

Había cola para entrar en el estadio. Al parecer, los Juegos Olímpicos de los Metalúrgicos iban a ser muy reñidos y emocionantes. Al menos, eso era lo que decía el anuncio iluminado sobre el cielo del estadio, y la bullanguera muchedumbre

parecía creerlo así.

Por el color del cielo George conjeturó que aquél hubiera sido un día lluvioso, pero San Francisco había corrido su escudo protector desde la bahía al océano. Era una medida muy costosa, desde luego, pero los gastos estaban cubiertos de antemano cuando se trataba de procurar comodidades a los representantes de los Mundos Exteriores, reunidos en la ciudad para asistir a los Juegos Olímpicos. La verdad era que gastarían a manos llenas. Y por cada nuevo recluta que se llevasen, tanto la Tierra como el gobierno local del planeta que patrocinase los Juegos Olímpicos entregarían una crecida indemnización. Constituía un buen negocio hacer propaganda turística entre los representantes de los Mundos Exteriores. San Francisco sabía muy bien lo que se hacía.

George, sumido en sus pensamientos, notó de pronto una suave presión en la espalda y oyó una voz que decía:

—¿Es usted el último, joven?

La cola había avanzado sin que George se diese cuenta que se había quedado rezagado. Se adelantó rápidamente, murmurando:

—Sí, señor. Perdone.

Notó que le tocaban con dos dedos en el codo y miró a su alrededor con expresión furtiva.

El hombre que tenía a sus espaldas hizo un risueño gesto de asentimiento. Sus cabellos eran de un gris acerado, y bajo la chaqueta llevaba un anticuado suéter de los que se abrochaban por delante. El hombre se mostraba parlanchín y amistoso.

—No pretendía ofenderte.

—No me ha ofendido.

—Tanto mejor entonces.

El desconocido, le dijo entonces:

—Me pareció que no estabas aquí, en la cola, sólo por casualidad. Pensé que podías ser un...

George le volvió la espalda. No se sentía parlanchín ni amigo de hacer confidencias, y los chismosos le sacaban de sus casillas.

Se le ocurrió una idea. ¿Y si hubiesen dado la alarma para apresarle, difundiendo su descripción o su fotografía? ¿Y si aquel sujeto de cabellos grises que tenía detrás sólo quería verle bien la cara?

Aún no había podido ver ningún noticiario. Estiró el cuello para ver la tira movable de noticias que aparecían con grandes titulares sobre una sección del cielo ciudadano, algo deslustradas sobre el grisáceo y nublado cielo de la tarde. Era inútil. Desistió en seguida. Los titulares jamás se referirían a él. Eran los días de los Juegos Olímpicos, y las únicas noticias dignas de salir en los titulares eran las clasificaciones de los vencedores y los trofeos ganados por continentes, naciones y ciudades.



Aquello continuaría así durante semanas, con porcentajes calculados por cabeza, y mientras todas y cada una de las ciudades se las ingeniaban para colocarse en una posición de honor. Su propia ciudad había quedado una vez tercera en unos Juegos Olímpicos para cubrir Técnicos en Telegrafía; fue la tercera en todo el estado. Todavía podía verse la placa conmemorativa en el ayuntamiento.

George hundió la cabeza entre los hombros, metió las manos en los bolsillos y trató de mostrar un aire despreocupado, pero no por eso se sintió más seguro. Habían llegado ya al vestíbulo, y ninguna mano autoritaria se había posado todavía en su hombro. Pasó al estadio propiamente dicho y se colocó casi en primera fila.

Se llevó una desagradable sorpresa al ver que el hombre de cabellos grises se había puesto a su lado. Apartó rápidamente la mirada y trató de pensar de manera coherente. No había que exagerar; después de todo, aquel hombre venía detrás en la cola, y era natural que ambos estuviesen juntos.

Tras dirigirle una breve sonrisa, aquel individuo dejó de hacerle caso por completo. Además, los Juegos estaban a punto de empezar. George se levantó para ver si podía localizar a Trevelyan, y se olvidó de cualquier otra cosa que no fuese eso.

El estadio era de proporciones modestas y su forma era la clásica, o sea la de un óvalo alargado, con los espectadores en dos tendidos situados en torno al borde exterior, y los participantes en la depresión rectilínea que corría a lo largo del centro. Las máquinas estaban preparadas, y los tableros que indicarían el tanteo, y que se hallaban situados sobre cada banco, estaban oscurecidos, con excepción del nombre y número de cada participante. En cuanto a éstos, ya se hallaban en el estadio, leyendo, charlando; uno se estaba limpiando las uñas con suma atención. (Desde luego, se consideraba impropio que los participantes prestasen atención al problema que tendrían que resolver antes que sonase la señal de empezar.)

George consultó el programa que encontró en una ranura efectuada a tal efecto en el brazo de su asiento, y buscó el nombre de Trevelyan. Éste tenía el número doce, y con gran contrariedad, George constató que dicho número correspondía al otro extremo del estadio. Podía ver la figura del Concursante Doce, de pie con las manos en los bolsillos, vuelto de espaldas a su máquina y mirando al auditorio como si contase el número de los asistentes, pero desde allí George no podía verle la cara.

Sin embargo, sabía que era Trev.

George se dejó caer en su asiento preguntándose si su amigo saldría triunfador. Comprendía que, en buena ley, debía desear el triunfo de Trev; sin embargo, había algo en su interior que le obligaba a rebelarse y a sentir un profundo resentimiento. Allí estaba él, George, sin profesión, de simple espectador. Y allá abajo estaba Trevelyan, Metalúrgico Diplomado, participando en la competición.

George se preguntó si Trevelyan se habría presentado a la competición durante su primer año. A veces había algunos que lo hacían, si se hallaban lo bastante seguros de

sí mismos..., o tenían prisa. Resultaba un poco arriesgado. Por eficaz que resultase el método educativo, un año de espera en la Tierra («para engrasar las articulaciones todavía rígidas», como decía el proverbio) constituía una mayor garantía de éxito.

Si Trevelyan se presentaba por segunda vez, quizás eso indicaba que no le iba tan bien como él había supuesto. George sintió vergüenza de la complacencia que le produjo esta idea.

Miró a su alrededor. Los graderíos estaban casi totalmente ocupados. Aquellos Juegos Olímpicos iban a ser un éxito de público, lo cual impondría mayor tensión en los participantes..., o mayor estímulo, según los individuos.

¿Por qué les llamaban Olímpicos a aquellos juegos?, se dijo de pronto. Nunca lo había sabido. ¿Por qué llamaban «pan» al pan, y al vino, «vino»?

Una vez se lo preguntó a su padre:

—¿Por qué les llaman Juegos Olímpicos, papá?

Y su padre contestó:

—Esa palabra significa «competición, lucha».

George dijo entonces:

—Así, cuando Rollizo y yo nos peleamos, ¿celebramos unos Juegos Olímpicos, papá?

Platen padre replicó:

—No, hijo mío. Los Juegos Olímpicos son una competición especial... Vamos, no hagas preguntas estúpidas. Ya sabrás todo lo que tengas que saber cuando estés educado.

George, de nuevo en el presente, suspiró y se acurrucó en su asiento.

¡Todo lo que tenía que saber!

Era curioso que en aquel momento lo recordase todo tan claramente. «Cuando estés educado.» Nadie decía jamás «si te educas».

Él siempre había hecho preguntas estúpidas, pensó. Era como si su cerebro conociese anticipadamente, de manera instintiva, que no podría ser educado y se hubiese puesto a hacer preguntas para irse formando una cultura fragmentaria de la mejor manera posible.

Y en la Residencia le animaban para que siguiese ese camino, porque se mostraban de acuerdo con su instinto infalible. No había otro sistema.

De pronto se incorporó. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Se tragaba acaso aquella mentira? ¿Se rendía tal vez porque Trev estaba allí ante él, con su flamante diploma, y compitiendo en los Juegos Olímpicos?

¡Él no era un débil mental! ¡No!

Y el grito de rebeldía que lanzó su espíritu fue coreado por el repentino clamor del público, cuando todos los espectadores se pusieron de pronto en pie.

La tribuna situada en el centro de uno de los lados del largo óvalo estaba ocupada

por un grupo de personas que vestían los colores de Novia, y esta palabra subió sobre sus cabezas en el marcador principal.

Novia era un mundo de Grado A, que poseía una gran población y una civilización muy desarrollada, tal vez la más desarrollada de la galaxia. Era el mundo al que aspiraban poco más o menos todos los terrestres; si no para ellos, para sus hijos. (George recordó el empeño que demostraba Trevelyan por ir a Novia... Y allí estaba, luchando para conseguirlo.)

Las luces se apagaron en los graderíos y en las paredes. La depresión central, ocupada por los participantes, se inundó de luz.

George buscó de nuevo a Trevelyan con la mirada, tratando de distinguir sus facciones. Pero estaba demasiado lejos.

La voz clara y modulada del locutor sonó por los altavoces:

—Distinguidos patrocinadores novianos. Señoras y caballeros. Va a empezar la competición olímpica para Metalúrgicos No-férricos. Los concursantes son...

Con voz clara y potente, leyó la lista que figuraba en el programa, dando los nombres, la ciudad de origen, los años de educación... Cada nombre despertaba una tempestad de aplausos y vítores. Los más intensos fueron para los participantes de San Francisco. Cuando el locutor pronunció el nombre de Trevelyan, George, con gran sorpresa por su parte, se puso a gritar y a aplaudir desaforadamente. Con no menor sorpresa, vio que el hombre de cabellos grises que tenía al lado aplaudía con el mismo entusiasmo.

George no pudo evitar dirigir una mirada de asombro a su vecino, y éste se inclinó hacia él para decirle (a grito pelado, a fin de hacerse entender por encima del tumulto):

—Como aquí no hay nadie de mi ciudad, aplaudo a los de la tuya. ¿Conoces a ese chico?

George se puso en guardia.

—No —mintió.

—He visto que mirabas en esa dirección. Si quieres, te presto mis prismáticos.

—No, gracias.

(¿Por qué se metía en lo que no le importaba, aquel pelmazo?)

El locutor dio a continuación otros datos acerca del número de serie de la competición, el sistema de cronometraje y tanteo, etc.

Finalmente, abordó el meollo de la cuestión, y su auditorio guardó un atento silencio.

—Cada concursante dispondrá de una barra de aleación no-férrica, cuya composición desconocerá. Se le pedirá que efectúe una prueba y un análisis con dicha barra, dando todos los resultados correctamente, con una precisión de cuatro cifras decimales en los porcentajes. Para realizar esta operación, todos los concursantes

utilizarán un microespectrógrafo Beeman, modelo FX-2, ninguno de los cuales funciona en estos momentos.

El público dejó escapar un murmullo de admiración. El locutor prosiguió:

—Cada concursante tendrá que descubrir el defecto de funcionamiento de su aparato y corregirlo. Para ello dispondrá de herramientas y piezas de recambio. Si la pieza necesaria no estuviese entre las que le entregamos, tendrá que pedirla, y el tiempo de entrega de la misma se deducirá del tiempo total empleado. ¿Se hallan dispuestos todos los participantes?

El marcador situado sobre el Concursante Cinco lució una frenética señal roja. El Concursante Cinco salió corriendo de la pista para volver momentos después. Sonaron risas entre el público.

—¿Están dispuestos todos los concursantes? —repitió el locutor.

En ningún marcador aparecieron señales.

—¿Alguno desea hacer preguntas?

Silencio.

—Comienza la competición.

El público, desde luego, sólo podía saber los progresos realizados por los distintos concursantes gracias a las cifras que aparecían en el marcador. Pero, a decir verdad, eso poco importaba. Con excepción de los pocos Metalúrgicos profesionales que pudiese haber entre el público, nadie hubiera comprendido nada de la lucha entre aquellos profesionales. Al público le interesaba únicamente saber quién ganaría, quién quedaría segundo y quién ocuparía el tercer lugar. Eso era lo más importante para los que habían efectuado apuestas (algo ilegal, desde luego, pero inevitable). Lo demás no importaba.

George contemplaba el espectáculo con la misma avidez que los demás; su mirada pasaba de un concursante a otro, viendo como éste había quitado la tapa de su microespectrógrafo manejando hábilmente un pequeño instrumento; cómo aquél examinaba la parte delantera de la máquina; cómo un tercero introducía la barra de la aleación en el soporte, y cómo el de más allá ajustaba un nonio con tal delicadeza que parecía haberse convertido momentáneamente en la estatua de la inmovilidad.

Trevelyan se hallaba tan absorto en su trabajo como sus restantes compañeros. George no podía ver lo que estaba haciendo.

El tablero de aviso del Concursante Diecisiete se iluminó, y en él brilló esta frase: «Placa de enfoque mal ajustada».

El público aplaudió entusiasmado.

El Concursante Diecisiete podía haber acertado, aunque también podía haberse equivocado, desde luego. En este último caso, tendría que corregir luego su diagnóstico, con lo que perdería tiempo. O tal vez no lo corregiría, con lo que no podría terminar su análisis del metal, o terminaría la prueba con un análisis

completamente equivocado, lo que sería aún peor.

Pero no importaba. De momento, el público se volcaba en aclamaciones.

Otros tableros se iluminaron. George buscó con la mirada el Tablero Doce. Por último, éste también se iluminó: «Soporte de muestra descentrado. Urge nueva palanca para bajar tenaza».

Un ayudante corrió hacia él con la pieza solicitada. Si Trevelyan se había equivocado, aquella demora no se le tendría en cuenta. George apenas se atrevía a respirar.

Empezaban a aparecer resultados en el Tablero Diecisiete, en letras brillantes: aluminio, 41,2649%; magnesio, 22,1914%; cobre, 10,1001%.

En distintos puntos, empezaron a aparecer cifras en diversos tableros.

El estadio parecía una casa de locos.

George se preguntaba cómo los concursantes podían trabajar con aquel pandemónium, pero luego pensó que tal vez fuese mejor así. Un técnico de primera categoría trabajaba mejor bajo una extrema tensión.

El Concurante Diecisiete se levantó, mientras su tablero mostraba un rectángulo rojo a su alrededor, lo cual demostraba que había terminado la prueba. El Cuatro se levantó apenas dos segundos después. A continuación fueron apareciendo otros recuadros rojos.

Trevelyan aún seguía trabajando; todavía no había comunicado los constituyentes menores de su aleación. Cuando ya casi todos los concursantes estaban de pie, Trevelyan se levantó finalmente. El último fue el Cinco, que fue objeto de un irónico aplauso.

La competición aún no había terminado. Como era de suponer, los resultados oficiales se hicieron esperar. El tiempo mínimo tenía importancia, pero no podía desdeñarse ni mucho menos la precisión en los resultados. Y no todos los diagnósticos tenían la misma dificultad; había que tener en cuenta una docena de factores.

Finalmente, sonó la voz del locutor:

—Se ha clasificado primero, con un tiempo de cuatro minutos, doce segundos y dos décimas, con diagnóstico correcto, análisis igualmente correcto, con un promedio de cero coma siete partes por cien mil, el Concurante número... Diecisiete, Henri Anton Schmidt, de...

El resto de la frase quedó ahogado por los aplausos. El número Ocho se había clasificado segundo, seguido por el número Cuatro, cuyo magnífico tiempo se vio perjudicado por un error de una quinta parte entre diez mil en la cifra del niobio. El Concurante Doce ni siquiera fue mencionado.

George se abrió camino entre la muchedumbre hasta los vestuarios de los concursantes, y los encontró abarrotados ya de público. Entre el público vio parientes

que lloraban (de alegría o frustración, según los casos), periodistas que iban a entrevistar a los que se habían clasificado primeros o a los que habían defendido los colores de la ciudad, coleccionistas de autógrafos, gente que quería hacerse ver, e individuos sencillamente curiosos. También había numerosas muchachas, que sin duda se hallaban allí con la intención que el campeón se fijase en ellas, pues no había que olvidar que el vencedor iría a Novia (aunque también se conformarían, después de todo, con otro que ocupase un puesto más bajo en la clasificación y estuviese necesitado de consuelo y tuviese el dinero necesario para pagarlo).

George se alejó de allí, pues no veía a nadie conocido. Al estar San Francisco tan lejos de su población natal, había que suponer que no habría parientes para ayudar a Trev a sobrellevar el peso de la derrota.

Los concursantes iban saliendo, sonriendo débilmente y agradeciendo con inclinaciones de cabeza las aclamaciones. Las fuerzas de orden público mantenían apartada a la muchedumbre, para formar un pasillo por el que se pudiese circular. Cada uno de los primeros clasificados arrastraba consigo una porción de la multitud, como un imán que pasara entre un montón de limaduras de hierro.

Cuando salió Trevelyan, apenas quedaba nadie. (George comprendió entonces que había estado haciéndose el remolón en espera que saliese Trev.) De la boca de éste, contraída en un rictus de amargura, pendía un cigarrillo. Con los ojos bajos, empezó a alejarse.

Era la primera imagen familiar que veía George desde hacía cerca de año y medio; aunque le parecía que en realidad había transcurrido una década y media. Casi le sorprendió comprobar que Trevelyan no había envejecido, y era el mismo Trev que había visto por última vez.

George se adelantó hacia él:

—¡Trev! —gritó con voz ahogada.

El interpelado se volvió, estupefacto. Miró a George de arriba abajo y luego le tendió la mano.

—¡George Platen! ¿Qué diablos...?

Pero casi inmediatamente desapareció de su semblante la expresión de contento. Dejó caer la mano antes que George hubiese podido estrecharla.

—¿Estabas ahí dentro?

Y con un leve movimiento de cabeza, Trev indicó el estadio.

—Sí.

—¿Para verme?

—Sí.

—No lo hice muy bien, ¿verdad?

Tiró su pitillo y lo pisoteó, mirando hacia la calle, donde la riada de gente que salía se remansaba lentamente, para distribuirse en coches y autobuses volantes,

mientras se formaban nuevas colas para los siguientes Juegos.

Trevelyan dijo con voz ronca:

—¿Y qué? Es sólo la segunda vez que pierdo. Novia puede irse al cuerno después de la paliza que me han dado hoy. Hay otros planetas que se darían por muy satisfechos de contratarme... Pero, oye, no nos hemos visto desde el Día de la Educación. ¿Dónde has estado? Tus padres me dijeron que te enviaron en misión especial, pero sin darme más detalles. Además, tú nunca escribiste. Podías haberme escrito, hombre.

—Sí, desde luego —dijo George, nervioso—. Bueno, venía a decirte que siento mucho que las cosas no te hayan ido como esperabas.

—Gracias, pero no te preocupes. Te repito que Novia puede irse a freír espárragos... Debería habérmelo imaginado. Se han pasado semanas anunciando que emplearían máquinas Beeman. Invirtieron todo el dinero recaudado en máquinas Beeman. Esas malditas cintas educativas que me pasaron se referían a Henslers y..., ¿quién utiliza Henslers actualmente? Acaso los mundos del enjambre globular Goman, si es que se les puede llamar mundos... ¿Tú crees que es justo?

—¿No podrías quejarte a...?

—No seas loco. Me dirán que mi cerebro está construido para las Henslers. Trata de discutir con ellos y verás. Todo salió mal. Yo fui el único que tuvo que pedir una pieza de recambio. ¿Te diste cuenta?

—Pero supongo que dedujeron ese tiempo del cómputo total.

—Desde luego, pero perdí tiempo preguntándome si podría dar un diagnóstico correcto cuando advertí que en la pieza que me enviaron no había palanca para bajar la mordaza. Ese tiempo no lo dedujeron. Si la máquina hubiese sido una Henslers, yo habría sabido que el diagnóstico era correcto. ¿Cómo podían compensar esa inferioridad? El primero era de San Francisco, como tres de entre los cuatro siguientes clasificados. Y el quinto era de Los Ángeles. Todos ellos dispusieron de cintas educativas de las que se usan en las grandes ciudades. O sea, de las mejores, acompañadas de espectrógrafos Beeman y todo lo demás. ¿Cómo podía competir con ellos? Me tomé el trabajo de venir aquí para ver si tenía la suerte de clasificarme entre los patrocinados por Novia, pero hubiera sido mejor que me hubiese quedado en casa... De todos modos, Novia no es el único guijarro que hay en el cielo. Hay docenas de mundos...

Trev no se dirigía a George. No hablaba con nadie en particular. Daba rienda suelta a su ira y su desengaño, como pudo comprender George.

—Si sabías de antemano que se usarían máquinas Beeman —le dijo—, ¿por qué no las estudiaste antes?

—Te repito que no estaba en las cintas que me pasaron.

—Podrías haber leído... libros.

Esta última palabra se arrastró bajo la súbita mirada suspicaz de Trevelyan, el cual replicó:

—¿Encima tratas de tomarme el pelo? ¿Crees que tiene gracia lo sucedido? ¿Cómo quieres que lea libros y trate de aprender de memoria lo suficiente para luchar con uno que lo sabe?

—Pensé...

—Tú pruébalo y verás... —De pronto le preguntó—: A propósito, ¿cuál es tu profesión?

Su voz denotaba una franca hostilidad.

—Pues, verás...

—Vamos, dímelo. Si pretendes pasarte de listo conmigo, demuestra al menos qué has hecho. Veo que sigues en la Tierra, lo cual quiere decir que no eres Programador de Computadora, y esa misión especial de la que me hablaron no puede ser gran cosa.

George dijo, nervioso:

—Perdona, Trev, pero creo que voy a llegar tarde a una cita.

Y retrocedió, tratando de sonreír.

—No, tú no te vas —dijo Trevelyan furioso, agarrando a George por la solapa—. Antes responderás a mi pregunta. ¿Por qué tienes miedo de contestarme? No permito que me vengas a dar lecciones, si antes no demuestras que tú no las necesitas. ¿Me oyes?

Al decir esto, zarandeaba furiosamente a George. Ambos se hallaban enzarzados en una lucha a brazo partido, cuando la voz del destino resonó en los oídos de George bajo la forma de la autoritaria voz de un policía.

—Basta de pelea. Suéltense.

George notó que se le helaba la sangre en las venas. El policía le pediría su nombre, la tarjeta de identidad, y George no podría exhibirla. Entonces le interrogaría y su falta de profesión se haría patente al instante; y además, en presencia de Trevelyan, furioso por la derrota que había sufrido y que se apresuraría a difundir la noticia entre los suyos como una válvula de escape para su propia amargura.

Eso George no podía permitirlo. Se desasíó de Trevelyan y trató de echar a correr, pero la pesada mano de la Ley se abatió sobre su hombro.

—Quieto ahí. A ver, tu tarjeta de identidad.

Trevelyan buscaba la suya con manos temblorosas mientras decía con voz ronca:

—Yo soy Armand Trevelyan, Metalúrgico No-férrico. Acabo de tomar parte en los Juegos Olímpicos. Será mejor que se ocupe de éste, señor agente.

George miraba alternativamente a los dos, con los labios secos e incapaz de pronunciar una palabra. Entonces resonó otra voz, tranquila, cortés.

—¿Agente? Un momento, por favor.

El policía dio un paso atrás.



—¿Qué desea?

—Este joven es mi invitado. ¿Qué ocurre?

George volvió la cabeza, estupefacto. Era el caballero de cabellos grises que había estado sentado a su lado. El hombre de las sienes plateadas dirigió una amable inclinación de cabeza a George.

¿Su invitado? ¿Se había vuelto loco?

El policía repuso:

—Éstos dos, que estaban alborotando.

—¿Han cometido algún delito? ¿Han causado algún daño?

—No, señor.

—Entonces, yo me hago responsable.

Con estas palabras, exhibió una tarjeta ante los ojos del policía, y éste dio inmediatamente un paso atrás. Trevelyan, indignado, barbotó:

—Oiga, espere...

Pero el policía se volvió hacia él:

—Aquí no ha pasado nada. ¿Acusas de algo a este muchacho?

—Yo sólo...

—Pues ya te estás marchando. A ver, ustedes, circulen.

Se había reunido un grupo bastante numeroso de espectadores, que empezaron a alejarse a regañadientes.

George dejó que el desconocido le condujese hasta un taxi aéreo, pero antes de subir a él se plantó, diciendo:

—Muchas gracias, pero yo no soy su invitado.

(¿Y si se trataba de una ridícula equivocación, de un caso de identidad confundida?)

Sin embargo, el hombre de los cabellos grises sonrió y le dijo:

—En efecto, no lo eras, pero sí lo eres a partir de ahora. Permite que me presente: soy Ladislav Ingenescu, Historiador Diplomado.

—Pero...

—Vamos, que nada te sucederá, te lo aseguro; únicamente he querido sacarte del apuro en que te hallabas con ese policía.

—Pero, ¿por qué?

—¿Quieres que te dé una razón? Bien, digamos que ambos somos conciudadanos honorarios, tú y yo. Ambos vitoreamos al mismo concursante, ¿recuerdas?, y los conciudadanos debemos ayudarnos, aunque el vínculo que nos una sea sólo honorario. ¿No?

Y George, que no las tenía todas consigo y estaba muy poco seguro de aquel hombre que decía llamarse Ingenescu, y que tampoco se hallaba seguro de sí mismo, terminó por subir al vehículo. Pero antes de resolverse a bajarse sin más, ya se

hallaban a cierta altura sobre el suelo.

Hecho un mar de confusiones, pensó: «Este individuo debe poseer cierta categoría. El policía lo ha tratado con mucha deferencia.»

Casi había olvidado que el verdadero motivo de su estancia en San Francisco no consistía en ver a Trevelyan, sino en hallar a alguna persona influyente que obligase a examinar de nuevo su caso.

¿Y si aquel Ingenescu fuese el hombre apropiado? Y además, como quien dice, caído del cielo.

Aún era posible que todo fuese bien... Pero sería demasiada dicha. Se sentía inquieto.

Durante el breve viaje aéreo en taxi, Ingenescu no hizo más que charlar de cosas sin importancia, señalándole los monumentos de la ciudad, recordando otros Juegos Olímpicos que había presenciado. George, que apenas le prestaba atención y contestaba con monosílabos, observaba con mal disimulada ansiedad la ruta que seguían.

¿Se dirigirían hacia una de las aberturas del escudo, con objeto de abandonar la ciudad?

No, el vehículo se dirigió hacia abajo, y George suspiró aliviado. En la ciudad se sentía más seguro.

El taxi se posó en el techo de un hotel y, al bajarse, Ingenescu le dijo:

—¿Querrías cenar conmigo en mi habitación?

George repuso afirmativamente, con una sonrisa que no era fingida. En aquel momento se dio cuenta del vacío que notaba en su estómago, a consecuencia de no haber almorzado.

Ingenescu observaba en silencio a George mientras éste comía. A la caída de la noche, las luces de las paredes se encendieron automáticamente. George se dijo: «Estoy libre desde hace casi veinticuatro horas.»

Por fin, mientras tomaba el café, Ingenescu volvió a hablar de nuevo:

—Has estado siempre a la defensiva, como si yo pudiera perjudicarte —dijo.

George enrojeció, dejó la taza y trató de negar aquella alegación, pero el hombre de cabellos grises rió, moviendo la cabeza.

—No trates de negarlo. Te he estado observando atentamente desde la primera vez que te vi, y creo conocerte ya bastante bien.

George, horrorizado, intentó levantarse.

Ingenescu le contuvo.

—Siéntate —le dijo—. Sólo deseo ayudarte.

George se sentó, pero sus pensamientos giraban en un loco torbellino. Si aquel hombre conocía su verdadera identidad, ¿por qué no le había entregado al policía? Por otra parte, ¿por qué tenía que ofrecerle su ayuda?

Ingenescu dijo:

—¿Quieres saber por qué deseo ayudarte? Oh, no te alarmes. No soy telépata. Lo que ocurre es que mi educación me permite captar las pequeñas reacciones que revelan el verdadero estado de ánimo de una persona. ¿Lo entiendes?

George movió negativamente la cabeza.

Ingenescu prosiguió:

—Piensa en nuestro primer encuentro. Estabas haciendo cola para ir a ver unos Juegos, pero tus microrreacciones no estaban de acuerdo con tus actos. La expresión de tu cara no era la adecuada, y lo mismo podría decirse de tu modo de mover las manos. Eso significaba que algo te ocurría, y lo más interesante era que, fuese lo que fuese, no era algo vulgar ni corriente. Tal vez, me dije, fuese algo de lo que ni siquiera tu mente consciente se daba cuenta.

»No pude dejar de seguirte, para sentarme a tu lado. Cuando te fuiste, también me fui en pos de ti, y cometí la indiscreción de escuchar la conversación que sostenías con tu amigo. Después de todo esto, me estabas resultando un tema de estudio demasiado interesante, y perdona que te hable con tanta frialdad, para permitir que cayeses en manos de la policía... Ahora, dime: ¿qué te sucede?

George se hallaba dominado por una gran indecisión. Si aquel individuo le tendía una trampa, ¿por qué lo hacía con tantos circunloquios? Además, él tenía que confiar en alguien. Había ido a la ciudad en busca de ayuda, y allí se la ofrecían. Tal vez ése era el peligro: la facilidad con que le ofrecían ayuda.

Ingenescu le dijo:

—Desde luego, lo que tú me digas en mi calidad de Científico Social constituirá una comunicación privilegiada. ¿Sabes lo que eso significa?

—No, señor.

—Pues significa que sería muy poco honorable que repitiese lo que tú me digas a un tercero, por el motivo que fuese. Además, nadie puede obligarme legalmente a que lo repita.

George observó, presa de una súbita sospecha:

—Creía que era usted Historiador.

—Eso es lo que soy.

—Pues ahora acaba de decir que es un Científico Social.

Ingenescu estalló en sonoras carcajadas. Cuando pudo hablar, se excusó por su risa extemporánea y dijo:

—Perdóname, amigo, ya sé que no debería reírme. Pero no me río de ti, ni mucho menos. Me río de la Tierra, y de la importancia que concede a las ciencias físicas, que divide en infinidad de segmentos prácticos. Estoy casi seguro que podrías decirme todas las subdivisiones de la técnica de la construcción o de la ingeniería mecánica, y en cambio no podrías decirme ni una palabra sobre ciencias sociales.

—Muy bien. ¿Qué son ciencias sociales?

—Las ciencias sociales se dedican al estudio de los grupos humanos. Poseen muchas ramificaciones altamente especializadas, como ocurre con la zoología, por ejemplo. Así, tenemos a los Culturólogos, los cuales estudian la mecánica de la cultura, su crecimiento, desarrollo y decadencia. Se llama cultura —añadió, anticipándose a una pregunta de George— a todos los aspectos que ofrece un modo de vida determinado. Por ejemplo, este término engloba nuestra manera de ganarnos la vida, nuestros pasatiempos y creencias, lo que consideramos bueno y malo, etcétera. ¿Me comprendes?

—Más o menos.

—Un Economista (no un Estadístico de la Economía, sino un Economista) se especializa en el estudio de las maneras por medio de las cuales una cultura satisface las necesidades materiales de sus miembros. Un Psicólogo se especializa en el estudio del individuo de una sociedad determinada, y del modo como dicha sociedad afecta a su comportamiento. Un Futurólogo se especializa en el estudio del rumbo futuro que seguirá una sociedad, y un Historiador... Aquí aparezco yo en escena.

—Sí, señor.

—Un Historiador es un hombre que se especializa en el estudio del pasado de nuestra propia sociedad y de otras sociedades poseedoras de distintas culturas.

George empezaba a sentirse interesado.

—¿Es que en el pasado las cosas eran diferentes?

—Yo diría que sí. Hasta hace un millar de años no existía la educación; al menos, lo que ahora conocemos por ese nombre.

George intervino:

—Ya lo sabía. La gente aprendía a fragmentos, estudiando libros.

—¡Caramba! ¿Cómo es que lo sabías?

—Lo oí decir —dijo George, cautelosamente, añadiendo—: ¿Sirve de algo preocuparse por lo que ocurrió hace tanto tiempo? Quiero decir si vale la pena preocuparse por algo que ya terminó definitivamente.

—Nunca termina nada definitivamente, amigo. El pasado explica el presente. Por ejemplo, ¿por qué es como es nuestro sistema educativo?

George se agitó, inquieto. Su interlocutor no hacía más que volver siempre al mismo tema. Rezongó:

—Porque es el mejor.

—¿Y por qué es el mejor? Ahora, si tienes la bondad de escucharme un momento, yo te lo explicaré. Entonces tú mismo comprenderás la utilidad que tiene la historia. Mucho antes que empezasen los viajes interestelares... —Se interrumpió al ver la expresión de pasmo que se pintaba en la cara de George—. ¿Acaso creías que habían existido siempre?

—Nunca se me había ocurrido pensarlo, señor Ingenescu.

—No me extraña. Pues hubo un tiempo, hace cuatro o cinco mil años, en que la Humanidad estaba confinada a la superficie de la Tierra. Aun así, su cultura tecnológica era bastante avanzada, y la población aumentó de tal suerte que el menor fallo técnico hubiera significado el hambre y las enfermedades para millares de personas. Para mantener el nivel técnico con el fin de atender a las demandas que presentaba una población siempre creciente, hubo que crear un número cada vez mayor de técnicos y científicos, pero al propio tiempo, a medida que las ciencias avanzaban, cada vez se tardaba más tiempo en prepararlos.

»Cuando empezaron a realizarse los primeros viajes interplanetarios, que luego se convirtieron en interestelares, el problema se agudizó. En realidad, la colonización de planetas extrasolares se hizo imposible durante unos mil quinientos años, debido a la falta de personal especializado.

»El momento crucial se alcanzó cuando se consiguió descubrir la técnica para almacenar los conocimientos en el cerebro humano. Una vez conseguido esto, fue posible crear cintas educativas que modificaban el mecanismo de tal manera que insertaban en la mente una suma de conocimientos «confeccionados», por así decirlo. Pero eso ya lo sabes.

»Una vez conseguido esto, ya no había ninguna dificultad en obtener especialistas a miles, a millones, y pudimos iniciar lo que alguien ha denominado la «Ocupación del Universo». Existen actualmente mil quinientos planetas habitados en la galaxia, y no se vislumbra todavía el fin.

»¿Comprendes lo que eso significa? La Tierra exporta cintas educativas para profesiones poco especializadas, ayudando así a unificar la cultura galáctica. Por ejemplo, las cintas de lectura aseguran la existencia de un único lenguaje para todos nosotros... No pongas esa cara de sorpresa; serían posibles otros idiomas, y en el pasado los había. Cientos de ellos.

»La Tierra también exporta profesionales altamente especializados, y mantiene su población a un nivel normal. Como se envían técnicos de ambos sexos en la debida proporción, el problema reproductivo está resuelto de antemano, y estos envíos contribuyen a aumentar la población de los Mundos Exteriores, de bajo índice demográfico. Además, estas exportaciones de cintas y personal se pagan con materias primas y artículos muy necesarios aquí, y de los cuales depende nuestra economía. ¿Comprendes ahora por qué nuestro sistema de educación es el mejor?

—Sí, señor.

—¿Te ayuda a comprenderlo saber que, cuando no existía, la colonización interestelar fue imposible durante mil quinientos años?

—Sí, señor.

—Entonces, también comprendes la utilidad de la historia. —Ingenescu sonrió—.

Y te pregunto ahora: ¿comprendes el interés que siento por ti?

George cayó del tiempo y del espacio, para volver a la realidad. Al parecer, aquel historiador sabía muy bien adonde quería ir a parar. Su disertación no había sido más que una ñagaza para atacarle desde un nuevo ángulo.

Poniéndose de nuevo a la defensiva, preguntó con cierta vacilación:

—¿Por qué?

—Los Científicos Sociales se ocupan de las sociedades, y éstas están formadas por individuos.

—Así es.

—Pero los individuos no son máquinas. Los profesionales que se ocupan de las ciencias físicas trabajan con máquinas. Sólo hay que saber unas cuantas cosas determinadas sobre una máquina, y los profesionales las saben en su totalidad. Además, todas las máquinas de un mismo tipo son tan parecidas que no poseen la menor individualidad. Pero los hombres son distintos... Son tan complicados y difieren tanto entre sí que un científico social nunca podrá saber todo lo que hay que saber, ni siquiera una buena parte. Para abarcar en lo posible su especialidad, tiene que hallarse dispuesto a estudiar a los individuos; en particular, a los que se apartan de lo corriente.

—Como yo —dijo George con voz monótona.

—Yo no me atrevería a llamarte un ejemplar raro, pero reconozco que eres algo fuera de lo corriente. Vale la pena estudiarte, y si me lo permites, yo, a cambio, trataré de ayudarte en tus dificultades, si es que puedo.

En la mente de George los engranajes giraban a toda velocidad. Pensaba en todo cuanto había oído... Aquella colonización de los mundos lejanos, que la educación había hecho posible. Le parecía como si unas ideas arraigadas y cristalizadas en su interior hubiesen sido hechas añicos, para ser esparcidas implacablemente.

—Déjeme pensar —dijo, tapándose los oídos con las manos. Luego las apartó y, dirigiéndose al Historiador, le dijo: —¿Podría usted hacerme un favor, señor Ingenescu?

—Si es posible... —repuso el Historiador, amablemente.

—Ha dicho usted que todo cuanto se diga en esta habitación quedará entre nosotros, ¿no es eso?

—Y lo sostengo.

—Entonces, consígame una entrevista con un funcionario de los Mundos Exteriores; con un funcionario de... Novia.

Ingenescu dio un respingo.

—Hombre, verás...

—Usted puede hacerlo —se apresuró a añadir George—. Ocupa un cargo importante. Vi la cara que puso el policía cuando le mostró aquella tarjeta. Si usted se

niega, yo... no permitiré que me estudie.

Al propio George le pareció infantil aquella amenaza, desprovista de fondo. Sin embargo, pareció producir un gran efecto en Ingenescu.

El Historiador, pensativo, dijo:

—Me pides algo imposible. Un noviano durante el mes olímpico...

—Muy bien, si usted no quiere, llame a un noviano por visifono, y yo mismo le pediré una entrevista.

—¿Te atreverías?

—Naturalmente que sí. Espere y verá.

Ingenescu siguió contemplando a George, pensativo, y luego tendió la mano hacia el visifono.

George se dispuso a esperar, embriagado por el nuevo sesgo que tomaban las cosas y la sensación de poder que aquello le proporcionaba. Tenía que salir bien. Forzosamente. A pesar de todo, iría a Novia. Saldría triunfalmente de la Tierra a pesar de Antonelli y del pequeño rebaño de locos de la Residencia para (casi le hizo reír) débiles mentales.

George esperó ansiosamente a que la visiplaca se iluminase. Sería como una ventana abierta a la intimidad de los novianos, una ventana por la que vería un fragmento de vida noviana trasplantada a la Tierra. A las veinticuatro horas de su fuga, había conseguido realizar eso.

Se oyeron carcajadas mientras la placa se hacía menos borrosa y se enfocaba, mas por el momento no vio la cara de nadie; sólo sombras de hombres y mujeres que cruzaban rápidamente en todos sentidos. Se oyó claramente una voz sobre un fondo de conversación:

—¿Quién me llama? ¿Ingenescu?

Al instante siguiente apareció un rostro en la placa. Un noviano. Un noviano auténtico. (George no tenía la menor duda de ello. Aquellas facciones tenían algo completamente extraterrestre. Era algo indefinible, pero inconfundible por completo.)

Era un hombre de complexión fuerte, atezado y de cabellos ondulados peinados hacia atrás. Lucía un bigotillo negro y una barba puntiaguda, negra como su cabellera, que apenas alcanzaba más allá del extremo de su estrecho mentón; pero el resto de su cara era tan terso que parecía como si hubiera sido depilado permanentemente.

En aquel momento, el noviano sonreía:

—Ladislav, esto es pasar de la raya. Ya nos resignamos a que nos espíen, dentro de límites razonables, durante nuestra estancia en la Tierra, pero practicar la lectura mental es demasiado.

—¿Lectura mental, Honorable?

—¡Confiéselo! Usted sabía que yo iba a llamarle esta noche. Sabía también que

sólo esperaba a terminar esta copa. —Levantó la mano, haciéndola aparecer en la pantalla, y miró a Ingenescu a través de una copita llena de un licor violeta pálido—. Siento no poder ofrecerle una.

George, que se hallaba fuera del campo de visión del transmisor de Ingenescu, no podía ser visto por el noviano, lo cual le producía una sensación de alivio. Necesitaba cierto tiempo para prepararse para la entrevista. Le parecía estar formado exclusivamente por dedos nerviosos que tamborileaban sin cesar...

Pero había dado en el clavo... Sus cálculos eran exactos. Ingenescu era un personaje importante. El noviano le llamaba por su nombre de pila.

¡Magnífico! Las cosas iban a pedir de boca. Lo que Antonelli le había hecho perder a George, éste lo recuperaría con creces gracias a Ingenescu. Y algún día, cuando fuese un hombre independiente, podría regresar a la Tierra tan poderoso como aquel noviano, que se permitía llamar a Ingenescu por su nombre de pila, para verse llamado por éste «Honorable»...

Cuando volviese, ya le ajustaría las cuentas a aquel bribón de Antonelli. Tenía que hacerle pagar aquel año y medio de reclusión forzosa, y...

Estuvo a punto de dejarse arrastrar por aquellos ensueños tentadores, pero se dominó al darse cuenta, angustiado, que perdía el hilo de los acontecimientos.

El noviano decía en aquellos momentos:

—Ni pies ni cabeza. Novia tiene una civilización tan complicada y avanzada como la de la Tierra. Tenga usted en cuenta que no somos Zeston. Es ridículo que tengamos que venir aquí en busca de técnicos.

Ingenescu dijo, conciliador:

—Solamente en busca de modelos nuevos. Nunca se sabe si estos modelos harán falta. Las cintas educativas les costarían a ustedes el mismo precio que un millar de técnicos, y, ¿cómo saben que necesitarían tantos?

El noviano tiró el licor restante y lanzó una carcajada. (A George le causó cierto disgusto ver que un noviano podía ser tan frívolo. Con cierta desazón, se preguntó si el noviano también había hecho lo propio con otras dos o tres copas antes de aquélla.)

El noviano dijo:

—Ésta es una mentira típica, Ladislas. Sabes muy bien que podemos absorber todos los nuevos modelos que nos envíen. Esta misma tarde he contratado a cinco Metalúrgicos...

—Lo sabía —dijo Ingenescu—. Estuve allí.

—¡Vigilándome! ¡Espiondo! —gritó el noviano—. Pero espera un momento a que te diga esto. Los Metalúrgicos del último modelo que contraté sólo diferían del modelo anterior en que conocían el uso de los espectrógrafos Beeman. La modificación de las cintas con respecto al modelo del año anterior es insignificante. Solamente lanzan estos nuevos modelos para hacernos gastar dinero y venir aquí con



el sombrero en la mano.

—No les obligamos a comprar.

—No, pero venden técnicos del último modelo a Landonum, y esto nos obliga a ponernos al día, si no queremos quedarnos rezagados. Nos han montado en un buen tiovivo, piadosos terrestres, pero esperen, que tal vez aún daremos con la salida.

Su risa sonaba algo forzada, y cesó más pronto de lo previsto.

Dijo Ingenescu:

—Hablando con sinceridad, ojalá la encuentren. Entre tanto, en cuanto a mi llamada, se debe sencillamente...

—Ah, sí, me llamó usted. Bueno, yo ya he dicho lo que tenía que decir; supongo que el año próximo nos obsequiarán con un nuevo modelo de Metalúrgico que nos costará un ojo de la cara, provisto probablemente de un nuevo dispositivo para analizar el niobio, y todo lo demás igual, y al otro año... Pero, dejémoslo. ¿Qué desea usted?

—Hay un joven aquí conmigo con el que desearía que usted hablase.

—¿Yo? —La idea no pareció ser muy del agrado del noviano—. ¿Y sobre qué?

—No sabría decirle. No me lo ha dicho. En realidad, ni siquiera me ha dicho su nombre ni profesión.

El noviano frunció el ceño.

—¿Entonces, por qué me molesta?

—Parece estar muy seguro que le interesará lo que tiene que decirle.

—¿Ah, sí?

—Además —añadió Ingenescu—, considérelo como un favor que yo le pido.

El noviano se encogió de hombros.

—Póngame con él y dígame que sea breve.

Ingenescu se hizo a un lado, y susurró al oído de George:

—Usa el tratamiento de «Honorable».

George tragó saliva con dificultad. Había llegado el momento decisivo.

El joven notó que estaba bañado en sudor. La idea acababa de ocurrírsele hacía poco, pero a la sazón no se sentía tan seguro. Empezó a vislumbrarla al hablar con Trevelyan, luego fermentó y adquirió forma durante la plática de Ingenescu, y por último, las propias observaciones del noviano le habían dado los toques finales.

George tomó la palabra:

—Honorable, si usted me lo permite, le indicaré el modo de bajarse del tiovivo.

Deliberadamente, utilizó la propia metáfora que había empleado el noviano.

Éste le miró ceñudo:

—¿De qué tiovivo hablas?

—El que usted mismo ha mencionado, Honorable. El tiovivo en que se encuentra Novia cuando se halla obligada a acudir a la Tierra en busca de..., de técnicos.

(No pudo evitar que los dientes le castañeteasen; no de miedo, pero sí a causa de la excitación que le dominaba.)

El noviano dijo:

—¿Tratas de insinuar que conoces un medio gracias al cual podríamos dejar de patrocinar el supermercado mental de la Tierra? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí, Honorable. Novia puede controlar su propio sistema educativo.

—Hum... ¿Sin cintas?

—Pues..., sí, Honorable.

El noviano, sin apartar la mirada de George, ordenó.

—Ingenescu, póngase ante mi vista.

El Historiador se colocó detrás de George, para que el noviano lo viese por encima del hombro del joven.

El noviano preguntó entonces:

—¿Qué es todo esto? No alcanzo a comprenderlo.

—Tenga la absoluta seguridad que, sea lo que sea, se hace por propia iniciativa de este joven, Honorable —repuso Ingenescu—. Yo no tengo arte ni parte en esto. Me lavo las manos.

—Entonces, ¿por qué me presenta usted a este joven? ¿Qué tiene que ver con usted?

A esto Ingenescu repuso:

—Para mí es un simple objeto de estudio, Honorable. Tiene valor, y trato de complacerlo.

—¿Qué clase de valor?

—Es difícil decirlo. Un valor profesional.

El noviano lanzó una breve carcajada.

—Bien, a cada cual su profesión. —Hizo una seña con la cabeza a alguna persona o personas que se hallaban fuera del campo de visión—. Hay ahí un joven, un protegido de Ingenescu, o algo parecido, que quiere explicarnos cómo se puede educar sin cintas. —Chasqueó los dedos, y otra copa de licor transparente apareció en su mano—. Adelante, joven.

Habían ahora varias caras en la placa, caras de hombres y de mujeres, que se apiñaban para ver a George, luciendo diversas expresiones, que iban desde la sorna hasta la curiosidad.

George trató de mostrarse indiferente. Todos aquellos seres novianos y terrestres, se dedicaban a «estudiarlo» como si fuese un insecto clavado en un alfiler. Ingenescu fue a sentarse en un ángulo de la habitación y le miró con ojos de búho.

«Todos son unos estúpidos —se dijo George furioso—, del primero al último. Pero tendrán que comprenderlo. Haré que me comprendan.»

Dijo entonces en voz alta:

—Esta tarde yo también estuve en los Juegos Olímpicos de los Metalúrgicos.

—¿Tú también? —dijo el noviano, con sorna—. Por lo visto, toda la Tierra estaba allí reunida.

—Toda la Tierra no, Honorable, pero yo sí. Un amigo mío participaba en los Juegos, y le fue muy mal a causa que utilizan las máquinas Beeman. En su educación se habían incluido sólo las Henslers y al parecer de un modelo antiguo. Usted ha dicho que la modificación efectuada era insignificante. Y mi amigo sabía desde hacía algún tiempo que se requeriría el conocimiento de las máquinas Beeman.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Mi amigo había ambicionado toda su vida conseguir un destino en Novia. Conocía ya las Henslers, para clasificarse tenía que conocer también las Beeman, y él lo sabía. Aprender su funcionamiento le hubiera costado únicamente aprenderse unos cuantos detalles más, unos pocos datos, hacer tal vez algo de práctica. Espoleado por la ambición de toda su vida, tal vez hubiera podido conseguirlo...

—¿Y de dónde hubiera obtenido una cinta con los datos y cifras adicionales? ¿O acaso la educación se ha convertido en una cuestión de estudio privado en la Tierra?

Las caras apiñadas tras él prorrumpieron en carcajadas.

George repuso:

—Por eso precisamente no pudo aprender, Honorable. Él creía que para ello necesitaría una cinta. Ni siquiera se le ocurrió probar sin ella, aunque lo que estaba en juego era de una importancia capital para él. Se negó a probar sin una cinta.

—¿Conque se negó, eh? Probablemente, es de esa clase de personas que se niegan a volar sin avión. —Más risas; el noviano sonrió por fin, y dijo—: Este chico me hace gracia. Prosigue. Te concedo un momento más.

George, muy serio, observó:

—No es ninguna broma. En realidad, el sistema de las cintas es malo. Con las cintas se aprende demasiado, y sin el menor esfuerzo. Los que se acostumbran a aprender de esta manera ya no saben hacerlo de otra. Sólo saben lo que les han inculcado las cintas. Pero si a una persona no se le facilitasen cintas, sino que se le obligase a aprender por sí sola desde el primer momento, en ese caso adquiriría el hábito del estudio, y no le costaría seguir asimilando conocimientos. Me parece que esta idea no puede ser más razonable. Una vez haya conseguido desarrollar bien esa costumbre, no niego que pueda aprender algunas cosas mediante cintas, para llenar ciertas lagunas o fijar algunos detalles. Luego seguiría progresando solo. De esta manera, en Novia se podrían convertir a los Metalúrgicos que sólo conocen las máquinas Henslers en Metalúrgicos que conociesen además las Beeman, sin necesidad de ir a buscar nuevos modelos a la Tierra.

El noviano asintió y paladeó su bebida.

—¿Y de dónde sacaremos el conocimiento si prescindimos de las cintas? ¿Del

vacío interestelar?

—De los libros. Del estudio de los propios instrumentos. Pensando. Haciendo uso de nuestro raciocinio.

—¿De los libros? ¿Y cómo se pueden entender los libros sin la educación?

—Los libros contienen palabras impresas. Las palabras pueden entenderse, en su mayor parte. En cuanto a los términos especializados, éstos pueden ser explicados por los técnicos que Novia ya posee en abundancia.

—¿Y qué opinas sobre la lectura? ¿Permitirías el uso de cintas de lectura?

—Las cintas de lectura me parecen muy bien, pero nada se opone a que los niños aprendan a leer según el sistema antiguo. Al menos en parte.

Dijo entonces el noviano:

—¿Para que así se adquieran buenos hábitos desde el comienzo?

—Eso mismo —dijo alegremente George.

Aquel hombre empezaba a comprender...

—¿Y qué me dices de las matemáticas?

—Ésta es la parte más fácil, señor..., Honorable. Las matemáticas difieren de las demás asignaturas técnicas. Comienzan con el enunciado de algunos principios muy sencillos, y proceden a pasos graduales. Se puede empezar desde cero y aprender. Su misma estructura lógica lo facilita. Y una vez se posea una base de matemáticas fundamentales, se tiene acceso a otros libros técnicos. Especialmente si se comienza con los fáciles.

—¿Es que hay libros fáciles?

—Desde luego que sí. Y aunque no los hubiese, los técnicos actualmente existentes podrían escribirlos... Libros de divulgación, manuales. Algunos de ellos serían capaces de presentar sus conocimientos en palabras y símbolos.

—Buen Dios —exclamó el noviano, dirigiéndose al grupo que le rodeaba—. Ese joven diablo tiene respuesta para todo.

—Sí, la tengo —gritó George, excitado—. Pregúnteme.

—¿Has intentado aprender tú mismo mediante libros? ¿O se trata sólo de una simple teoría?

George dirigió una rápida mirada a Ingenescu, pero el Historiador permanecía inmóvil. Su rostro sólo demostraba un benévolo interés.

—Sí, he estudiado con libros —replicó George.

—¿Y conseguiste algún resultado?

—Sí, Honorable —repuso George, animadamente—. Lléveme con usted a Novia. Estableceré un programa y dirigiré...

—Espera, tengo que hacerte algunas preguntas. ¿Cuánto tiempo tardarías, según tu opinión, en convertirte en un Metalúrgico capaz de manejar una máquina Beeman, suponiendo que empezases desde cero y no utilizases cintas educativas?

George vaciló.

—Pues... Tal vez algunos años.

—¿Dos años? ¿Cinco? ¿Diez?

—No sabría decírselo, Honorable.

—Ésta era una pregunta vital a la que, por lo que veo, eres incapaz de dar una respuesta adecuada. ¿Digamos cinco años? ¿Te parece prudente esa cifra?

—Sí... Creo que sí.

—Muy bien. Tenemos un técnico estudiando metalurgia según tu método durante cinco años. Durante ese tiempo, no nos reporta ninguna utilidad, tendrás que admitirlo, en cambio debemos mantenerlo, alojarlo y darle un sueldo durante esos años.

—Pero...

—Déjame terminar. Luego, cuando haya terminado de estudiar y ya pueda manejar la Beeman, habrán pasado cinco años. ¿Crees que para entonces todavía utilizaremos máquinas Beeman modificadas?

—Pero cuando llegue esa fecha, él ya dominará la técnica del estudio. Podrá aprender los nuevos detalles necesarios en cuestión de días.

—Eso es lo que tú dices. Sin embargo, vamos a suponer que ese amigo tuyo, por ejemplo, hubiese estudiado el uso de la Beeman por su cuenta y hubiese llegado a dominarlo. ¿Sería tan experto en él como un competidor que lo hubiese aprendido gracias a las cintas?

—Tal vez no, pero... —empezó a decir George.

—Ah —exclamó el noviano.

—Por favor, déjeme terminar. Aunque no dominase tan a fondo una materia, lo que aquí importa es su capacidad de aprender. Podría inventar nuevas cosas, hacer descubrimientos que ningún técnico salido de las cintas sería capaz de hacer. Novia tendría una reserva de pensadores originales...

—Durante todos tus estudios —le atajó el noviano—, ¿has descubierto algo original?

—No, pero yo sólo soy un ejemplo, y no he estudiado mucho tiempo...

—Ah, ya... Muy bien. ¿Se han divertido ya lo suficiente, señoras y caballeros?

—¡Espere! —gritó George, presa de un pánico repentino—. Le ruego que me conceda una entrevista personal. Hay cosas que no puedo explicar por el visifono. Ciertos detalles.

El noviano miró hacia más allá de George.

—¡Ingenescu! Me parece que ya le he hecho el favor que me pedía. Ahora le ruego que me disculpe, porque mañana tengo un horario muy apretado. ¡Adiós!

La pantalla se oscureció.

George tendió ambas manos hacia la pantalla, en un desesperado impulso por

devolverle la vida. Al propio tiempo gritó:

—¡No me ha creído! ¡No me ha creído!

—No, George —le dijo Ingenescu—. ¿Acaso te figurabas que iban a creerte?  
George apenas le oyó.

—¿Por qué no? ¡Si todo lo que he dicho es cierto! Ellos serían los primeros en beneficiarse. No existe el menor riesgo. Podrían empezar con unos cuantos hombres... La educación de algunos hombres, una docena por ejemplo, durante algunos años, les costaría menos que un solo técnico... ¡Estaba borracho! ¡Había bebido! No me comprendió. —George miró jadeante a su alrededor—. ¿Cómo podría verle? Tengo que verle. Esta entrevista ha sido un error. No hemos debido utilizar el visifono. Necesito tiempo. Hablar con él cara a cara. ¿Cómo podría...?

Ingenescu objetó:

—No querrá recibirte, George. Y aunque te recibiese, no te creería.

—Terminaría por creerme, se lo aseguro. Pero a condición que no hubiese bebido. Ese hombre... —George se volvió en redondo hacia el Historiador, abriendo desmesuradamente los ojos—. ¿Cómo sabe que me llamo George?

—¿No es así como te llamas? ¿George Platen?

—¿Me conoce?

—Perfectamente.

George se quedó sin habla, guardando una inmovilidad de estatua. Únicamente su pecho se movía, a impulsos de su fatigosa respiración.

Ingenescu prosiguió:

—Sólo quiero ayudarte, George. Ya te lo dije. Te he estado estudiando y deseo ayudarte.

George lanzó un chillido:

—¡No necesito ayuda! ¡No soy un débil mental! Los demás lo son, pero yo no.

Dio media vuelta y se precipitó como un loco hacia la puerta.

La abrió de par en par y dos policías que habían estado de guardia al otro lado se echaron sobre él y lo sujetaron firmemente.

A pesar que George se debatía como un diablo, sintió el aerosol hipodérmico junto a la articulación de la mandíbula, y eso fue todo. Lo último que recordó fue la cara de Ingenescu observándole con cariñosa solicitud.

George abrió los ojos para ver un techo blanco sobre él. Inmediatamente recordó lo sucedido. Lo recordaba con indiferencia, como si le hubiese ocurrido a otro. Se quedó mirando al techo hasta que su blancura le llenó los ojos y le lavó el cerebro, dejando lugar para nuevas ideas y nuevos pensamientos.

No supo cuánto tiempo permaneció así, escuchando sus propias divagaciones.

Una voz sonó en sus oídos.

—¿Estás despierto?

George oyó entonces por primera vez sus propios gemidos. ¿Había estado gimiendo? Trató de volver la cabeza. La voz le preguntó:

—¿Te duele algo, George?

—Tiene gracia —susurró George—. Con las ganas que tenía de dejar la Tierra... No lo entiendo.

—¿No sabes dónde estás?

—Estoy de nuevo en la... Residencia.

George consiguió volverse. Aquella voz pertenecía a Omani.

—Tiene gracia que no lo comprenda —insistió George.

Omani le dirigió una cariñosa sonrisa.

—Vamos, duérmete de nuevo...

George se durmió.

Cuando despertó de nuevo, tenía la mente completamente despejada.

Omani estaba sentado junto a la cabecera, leyendo, pero dejó el libro en cuanto George abrió los ojos.

El muchacho trató de sentarse. Luego dijo:

—Hola, Omani.

—¿Tienes hambre?

—Figúrate —repuso, mirándole con curiosidad—. Me siguieron cuando me escapé, ¿verdad?

Omani asintió.

—Te tuvieron en observación constantemente. Nos proponíamos dejarte llegar hasta Antonelli para que dieses salida a tu resentimiento acumulado. Nos parecía que ésa era la única manera de conseguir algo positivo. Tus emociones constituían una rémora para tu progreso.

Con cierto tono de embarazo, George observó:

—Me equivoqué medio a medio respecto a él.

—Eso ahora no importa. Cuando te detuviste para mirar el tablero informativo de los Metalúrgicos en el aeropuerto, uno de nuestros agentes nos comunicó la lista de nombres. Gracias a las numerosas conversaciones que había sostenido contigo, en el curso de las cuales me hiciste numerosas confidencias, comprendí lo que significaba para ti el nombre de Trevelyan en aquella lista. Pediste que te indicasen el modo de asistir a los Juegos Olímpicos; existía la posibilidad que eso provocase la crisis que tanto ansiábamos. Enviamos a Ladislav Ingenescu al vestíbulo, para que se hiciese el encontradizo contigo.

—Es una figura importante en el Gobierno, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

—Y ustedes le encargaron esta misión. Eso me hace sentirme importante.

—Es que lo eres, George.

En aquel momento llegó un grueso bistec, esparciendo un delicioso aroma. George, hambriento, sonrió y apartó violentamente las sábanas, para sacar los brazos. Omani le ayudó a preparar la mesita sobre la cama. Durante unos instantes, George masticó a dos carrillos, observado por Omani.

De pronto, George dijo:

—Hace un momento, me desperté para quedarme dormido en seguida, ¿verdad?

—Sí, yo estaba aquí.

—Lo recuerdo. Verás, todo ha cambiado. Era como si ya estuviese demasiado cansado para sentir emociones. Tampoco sentía cólera ni enfado. Sólo podía pensar. Me sentía como si me hubiesen administrado alguna droga que hubiese hecho desaparecer de mí toda emoción.

—Pues no te dimos ninguna droga —observó Omani—. Sólo sedantes. Estabas descansado.

—Sea como fuere, lo vi todo con una claridad meridiana, como si lo supiese desde siempre pero no hubiese querido escucharlo. Me dije: ¿qué le pedía yo a Novia? Que me dejase ir allí para ponerme al frente de un grupo de jóvenes por educar, a fin de instruirlos por medio de libros. Al propio tiempo, quería establecer una Residencia para débiles mentales..., como ésta..., y la Tierra ya las tiene..., en cantidad.

La blanca dentadura de Omani brilló cuando éste sonrió.

—El nombre adecuado para instituciones como ésta es el de Instituto de Altos Estudios.

—Ahora lo comprendo todo —dijo George—. Lo veo todo tan claro que me sorprende la ceguera que he demostrado hasta ahora. Después de todo, ¿quién inventa los nuevos modelos de instrumentos que requieren técnicos del último modelo? ¿Quién inventó los espectrógrafos Beeman, por ejemplo? Un hombre llamado Beeman, supongo, que no podía haber sido educado con cintas, pues en ese caso, ¿cómo hubiera conseguido realizar su invento?

—Exactamente.

—¿Y quién hace las cintas educativas? ¿Técnicos especializados? En ese caso, ¿quién hace las cintas... que los educan a ellos? ¿Unos técnicos más avanzados? ¿Y quién hace las cintas que...? Ya ves adonde quiero ir a parar. Tiene que existir un fin, un límite. En algún punto tienen que existir hombres y mujeres dotados de un pensamiento propio y original.

—Así es, George.

George se recostó en sus almohadones, con la vista perdida por encima de la cabeza de Omani, y por un instante pareció brillar de nuevo la inquietud en su mirada.

—¿Por qué no me dijeron todo esto desde el principio?



—Ojalá pudiésemos hacerlo... —dijo Omani—. Cuántos quebraderos de cabeza nos ahorraría... Podemos analizar un cerebro y decir si su poseedor podrá ser un buen arquitecto o un buen ebanista. Pero no poseemos el medio de determinar la capacidad para el pensamiento original y creativo. Es algo demasiado sutil. Únicamente poseemos algunos métodos sumarios para identificar a los individuos susceptibles de poseer ese talento.

»El Día de la Lectura se descubren algunos de esos individuos. Tú, por ejemplo, fuiste uno de ellos. Grosso modo, suele descubrirse uno entre diez mil. Cuando llega el Día de la Educación, esos individuos son revisados de nuevo, y nueve de cada diez resultan haber sido una falsa alarma. Los restantes se envían a sitios como éste.

—¿Y qué hay de malo en decirle a la gente que uno de cada..., de cada cien mil acabará en lugares como este? —preguntó George—. Así no supondría un shock tan grande para quienes lo hicieran...

—Tienes razón, George, pero, ¿qué me dices de los que no lo logran? ¿Los noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve restantes? ¿Te imaginas si todas esas personas se considerasen unos fracasados? Aspiran a alguna profesión concreta, y de un modo u otro todos acaban por lograrlo. Cada uno de ellos puede escribir tras su nombre: Diplomado en tal o cual profesión. Dentro de sus posibilidades, cada hombre, cada mujer, obtienen el puesto que les corresponde dentro de la sociedad. Lo cual es necesario para el buen funcionamiento de ésta.

—¿Y qué ocurre con nosotros, los casos excepcionales?

—Bueno, a ustedes no se les puede decir. No puede ser de otro modo. Se trata de la prueba definitiva. Incluso después de la selección que supone el Día de la Educación, nueve de cada diez de los que llegan aquí no llevan en su interior la llama del genio creador, y no existe ningún mecanismo que nos permita separar a esos nueve del que buscamos. Esa décima parte debe decírnoslo por sí misma.

—¿De qué modo?

—Les traemos aquí, a la Residencia para débiles mentales, y el que no acepta su destino, el que se rebela, es el que buscamos. Es un método que puede resultar cruel, pero funciona. Por el contrario, no daría ningún resultado decirle a ese hombre: «Puedes crear, de modo que hazlo.» Es mucho mejor esperar a que él diga: «Sé que puedo crear, y lo haré les guste o no.» Hay diez mil hombres como tú sobre los que descansa el progreso tecnológico de mil quinientos mundos. No podemos permitirnos perder uno solo de ellos, o malgastar nuestras energías en un individuo que no da la talla.

George apartó a un lado la bandeja vacía y tomó la taza de café.

—¿Y qué les ocurre a los que vienen aquí y no... dan la talla?

—Se les convierte, educándoles por medio de cintas, en nuestros Científicos Sociales. Ingenuescu, por ejemplo, es uno de ellos. Por lo que a mí respecta, soy

Psicólogo Diplomado. Puede decirse que somos un segundo nivel en la escala.

Pausadamente, George acabó de tomarse el café. Entonces, con aire pensativo, dijo:

—Hay algo que todavía no tengo claro...

—¿De qué se trata?

George apartó la ropa de cama y se puso de pie.

—¿Por qué les llaman Juegos Olímpicos?

## Sensación de poder (1958)

---

“The Feeling of Power”

Jehan Shuman estaba acostumbrado a tratar con los hombres que se hallaban en el poder en la Tierra, envuelta en continuas guerras desde hacía largo tiempo. Él sólo era un civil, pero era el responsable de determinados modelos de programación, que habían producido computadoras autónomas de alto nivel destinadas a usos bélicos. Por lo tanto, los generales, al igual que los presidentes de comités del Congreso, prestaban atención a sus palabras.

En aquel momento había un representante de cada grupo en la sala de reuniones especial del Nuevo Pentágono. El general Weider era un hombre de rostro quemado por los continuos viajes espaciales, y su pequeña boca estaba casi siempre fruncida. El congresista Brant tenía los ojos claros y unas tersas mejillas. Fumaba tabaco denebio con el aire despreocupado de alguien cuyo patriotismo es tan notorio que puede permitirse tales libertades.

Shuman, programador de primera clase, de elevada estatura y porte distinguido, se sentía totalmente seguro ante ellos.

—Caballeros —dijo—, les presento a Myron Aub.

—El hombre poseedor de un don poco corriente que usted descubrió por puro azar, ¿no es eso? —comentó plácidamente el congresista Brant.

Y se dedicó a inspeccionar al hombrecillo de calva cabeza de huevo con afable curiosidad.

Éste se retorció con nerviosismo los dedos de las manos. Era la primera vez que se hallaba en presencia de hombres tan importantes. Él sólo era un técnico de bajo grado, de edad avanzada, que mucho tiempo atrás no había logrado superar las pruebas establecidas para seleccionar a los seres superdotados de la Humanidad, y se había adaptado a su rutinaria y poco cualificada labor. Lo único destacable que había en él era aquella afición que el gran programador había descubierto y con la que se había armado tanto revuelo.

—Encuentro absolutamente pueril toda esta atmósfera de misterio —dijo el general Weider.

—Pronto dejará de parecérselo —repuso Shuman—. No es algo que pueda revelarse a cualquiera... ¡Aub! —llamó.

Había algo autoritario en su modo de pronunciar aquel monosílabo, pero al fin y al cabo se trataba de un gran programador dirigiéndose a un simple técnico.

—¡Aub! —repitió—. ¿Cuánto es nueve por siete?

Aub dudó un momento. En sus acuosos ojos brilló una débil ansiedad.

—Sesenta y tres —repuso.

Brant enarcó las cejas.

—¿Es exacto?

—Compruébelo usted mismo, señor Brant.

El político sacó su computadora de bolsillo, oprimió dos veces sus bordes desgastados, examinó la pantalla del aparato, colocado en la palma de su mano, y volvió a guardárselo, al tiempo que decía:

—¿Es éste el don que nos quería demostrar? ¿Un ilusionista?

—Más que eso, señor. Aub se sabe de memoria algunas operaciones, y con ellas es capaz de realizar cálculos sobre papel.

—¿Una computadora de papel? —dijo el general, con aspecto abrumado.

—No, general —repuso Shuman, paciente—. No se trata de una computadora de papel. Sólo de una simple hoja de papel. General, ¿querría usted tener la bondad de decirme un número cualquiera?

—Diecisiete —dijo el general.

—¿Y usted, señor Brant?

—Veintitrés.

—¡Bien! Aub, multiplique esos números y haga el favor de mostrar a estos señores cómo lo hace.

—Sí, programador —dijo Aub, inclinando la cabeza.

Sacó un pequeño bloc de un bolsillo de la camisa y un estilo de artista, fino como un cabello, de otro. Su frente se llenó de arrugas mientras trazaba trabajosamente algunos signos sobre el papel.

El general Weider le interrumpió bruscamente:

—A ver, enséñeme eso.

Aub le tendió el papel, y Weider exclamó:

—En efecto, parece la cifra diecisiete.

Brant asintió, observando:

—Sí, efectivamente, pero supongo que cualquiera es capaz de copiar las cifras de una computadora. Yo mismo creo que llegaría a hacer un diecisiete bastante aceptable aun sin práctica.

—Tengan la bondad de dejar continuar a Aub, señores —dijo Shuman con indiferencia.

Aub siguió escribiendo cifras, con mano algo temblorosa. Finalmente, dijo en voz baja:

—La solución son trescientos noventa y uno.

Brant sacó de nuevo su computadora.

—Cáspita, pues es verdad. ¿Cómo lo ha adivinado?

—No lo ha adivinado, señor Brant —dijo Shuman—. Lo ha calculado por sí solo. Lo ha calculado sobre esa hoja de papel.

—No diga usted necedades —dijo el general, con impaciencia—. Una

computadora es una cosa, y otra muy distinta unos cuantos garabatos sobre el papel.

—Explíquesele, Aub —le invitó Shuman.

—Sí, programador... Pues verán, señores, empiezo por escribir diecisiete y luego, debajo, escribo veintitrés. Después me digo: siete por tres...

El político le atajó con gesto suave:

—Pero escuche, Aub, el problema consiste en saber cuánto es diecisiete por veintitrés.

—Sí, ya lo sé —se apresuró a responder el pequeño técnico—, pero empiezo diciendo siete por tres, porque así tiene que efectuarse esta operación. Como decía, siete por tres es veintiuno.

—¿Y cómo lo sabe usted? —le preguntó el político.

—Porque lo aprendí de memoria. La computadora siempre da veintiuno. He podido comprobarlo docenas de veces.

—Sin embargo, eso no significa que siempre dé ese resultado. ¿No es verdad? —objetó el político.

—Tal vez no —vaciló Aub—. Yo no soy un matemático. Pero siempre consigo soluciones exactas.

—Prosiga.

—Siete por tres veintiuno, así es que escribo veintiuno. Después, uno por tres es tres, y por lo tanto escribo un tres bajo el dos de veintiuno.

—¿Y por qué debajo del dos? —le espetó Brant.

—Porque... —Aub miró con aire desvalido a su superior—. Es difícil de explicar. Shuman intervino:

—Les ruego que de momento acepten sus resultados; podemos dejar los detalles para los matemáticos.

Brant se calló y Aub siguió diciendo:

—Tres y dos son cinco, y así el veintiuno se convierte en cincuenta y uno. Ahora dejemos eso por un momento y volvamos a empezar. Si multiplicamos siete por dos, nos dará catorce, y uno por dos, dos. Repitamos la operación anterior y nos dará treinta y cuatro. Poniendo este treinta y cuatro bajo el cincuenta y uno de la manera que aquí lo he hecho y sumándolos entonces, obtendremos el resultado de trescientos noventa y uno.

Reinó un instante de silencio, y luego el general Weider dijo:

—No lo creo. Este hombre ha armado un verdadero galimatías, formando números, multiplicándolos y sumándolos a su antojo, pero a pesar de todo no lo creo. Es demasiado complicado. No es más que una engañifa.

—Nada de eso, general —dijo Aub, sudoroso—. Sólo parece complicado porque usted no está acostumbrado a hacerlo. En realidad, las reglas son muy sencillas, y se aplican a cualquier número.

—A cualquier número, ¿eh? —dijo el general—. Vamos a ver. —Sacó su propia computadora (un severo modelo militar) y la accionó al azar—. Escriba cinco siete tres ocho en el papel. O sea cinco mil setecientos treinta y ocho.

—Sí, señor —dijo Aub, tomando una nueva hoja de papel.

—Ahora —prosiguió el general, tras accionar nuevamente la computadora— siete dos tres nueve. Siete mil doscientos treinta y nueve.

—Ya está, señor.

—Y ahora multiplique esos dos números.

—Requerirá mucho tiempo —tartamudeó Aub.

—No tenemos prisa —repuso el general.

—Adelante, Aub —le ordenó Shuman con voz tensa.

Aub puso manos a la obra, muy encorvado. Tomó una hoja de papel y luego otra. El general terminó por sacar su reloj para consultarlo.

—¿Ha terminado ya sus operaciones mágicas?

—Casi, general... Mire, ya está. Cuarenta y un millones, quinientos treinta y siete mil, trescientos ochenta y dos.

Exhibió las cifras escritas en la hoja de papel.

El general Weider sonrió irónicamente. Oprimió el botón de multiplicar de su computadora y esperó a que se formase el resultado. Luego lo miró estupefacto y dijo con voz aguda y entrecortada:

—¡Gran Galaxia, este individuo ha acertado!

El presidente de la Federación Terrestre cada vez aparecía con aire más cansado y abrumado en su despacho; y en la intimidad, dejaba que una expresión de profunda melancolía se esparciese por sus delicadas facciones. La guerra con Deneb, que había empezado tan brillantemente, respaldada por un poderoso movimiento popular, se había convertido en una deslucida serie de ataques y contraataques, mientras el descontento cundía a ojos vistas entre la población terrestre. Era posible que lo mismo estuviese sucediendo en Deneb.

Y por si eso no fuese suficiente, allí estaba Brant, presidente del importantísimo Comité de Requisa Militar, haciéndole perder media hora hablándole de tonterías, risueño y satisfecho.

—Calcular sin una computadora es algo que resulta contradictorio por definición —dijo el presidente, que empezaba a perder la paciencia.

—El cálculo no es más que un sistema de manejar datos —repuso el político—. Una máquina puede hacerlo, pero también el cerebro humano. Permita que le dé un ejemplo.

Y empleando la nueva habilidad que había aprendido, realizó sencillas sumas y multiplicaciones, hasta que el presidente empezó a sentirse interesado a pesar suyo.

—¿No falla nunca?

—Nunca, señor presidente. Es un método absolutamente seguro.

—¿Y es difícil de aprender?

—Yo tardé una semana en dominarlo. Creo que usted lo conseguiría antes.

—Desde luego —admitió el presidente—, reconozco que se trata de un interesante juego de salón, pero no le veo mayor utilidad.

—¿Cuál es la utilidad de un niño recién nacido, señor presidente? De momento no sirve para nada, pero... ¿No ve usted que esto señala el camino que conduce a la liberación de la esclavitud impuesta por la máquina? Tenga usted en cuenta, señor presidente —dijo levantándose el congresista, mientras su voz de barítono adquiría automáticamente un tono elocuente y oratorio—, que la guerra con Deneb es una guerra de computadoras que luchan entre sí. Las computadoras del enemigo crean una cortina impenetrable de proyectiles que hacen estallar a los nuestros, y nosotros hacemos lo propio. Cuando nosotros creamos una computadora más perfeccionada, ellos no tardan en hacerlo también. Así se ha mantenido durante cinco años un precario equilibrio que no ha beneficiado a ninguno de los dos bandos en lucha.

»Pero ahora tenemos en nuestras manos un medio para superar la computadora, saltando sobre ella, dejándola atrás. Combinaremos la mecánica del cálculo con el pensamiento humano; tendremos el equivalente de unas computadoras inteligentes: a billones. No puedo predecirle en detalle cuáles serán las consecuencias de esto, pero le aseguro que serán incalculables.

El presidente dijo, turbado:

—¿Y qué quiere usted que haga?

—Apoye con todo el poder de la Administración un proyecto secreto para desarrollar el cálculo humano. Llámelo «Proyecto Número», si le parece. Yo puedo responder de mi comité, pero necesitaré contar también con el apoyo del Gobierno.

—Pero, ¿hasta dónde puede llegar el cálculo humano?

—No hay límite. Según el programador Shuman, que fue quien me comunicó este descubrimiento...

—Conozco a Shuman, desde luego.

—Sí. Pues bien, el doctor Shuman me asegura que en teoría no hay nada que pueda hacer la computadora que no pueda hacerlo también la mente humana. La computadora se limita a barajar un número finito de datos para realizar un número también finito de operaciones con ellos. El cerebro humano puede duplicar ese proceso.

El presidente reflexionó antes de decir:

—Si es Shuman quien lo afirma, en principio me siento inclinado a creerle..., al menos en teoría. Pero, en la práctica, ¿cómo puede saber alguien cómo funciona una computadora?

Brant rió con tono indulgente.

—Sepa usted, señor presidente, que yo también hice la misma pregunta. Parece ser que hubo un tiempo en que las computadoras fueron construidas directamente por seres humanos. Se trataba de computadoras sencillas, pero eso, naturalmente, ocurrió mucho antes que se hiciese un uso racional de las computadoras para diseñar otras más perfeccionadas.

—Sí, sí. Prosiga.

—Al parecer, el técnico Aub se dedicaba por afición a reconstruir algunos de estos antiguos aparatos y, al hacerlo, estudió los detalles de su funcionamiento y descubrió que era capaz de imitarlos. La multiplicación que acabo de efectuar para usted es una simple imitación del funcionamiento de una computadora.

—¡Asombroso!

El político carraspeó cortésmente.

—Si usted me permite, señor presidente... Cuanto más podamos desarrollar este proyecto, tanto más apartaremos el esfuerzo federal de la producción y mantenimiento de computadoras. A medida que éstas vayan siendo sustituidas por cerebros humanos, podremos consagrar mayor energía a empresas pacíficas, y el peso de la guerra se dejará sentir menos sobre el hombre de la calle. Esto repercutirá de manera muy favorable sobre los que ocupen el poder, téngalo usted por seguro.

—Ah —exclamó el presidente—, ya le comprendo. Bien, tome usted asiento, Brant, por favor. Déme algún tiempo para pensarlo... Pero entre tanto, vuelva a enseñarme ese truco de la multiplicación. Vamos a ver si yo también soy capaz de hacerlo.

El programador Shuman no quería forzar las cosas. Loesser era un hombre muy conservador, excesivamente conservador, y estaba muy encariñado con las computadoras, como lo habían estado su padre y su abuelo. Por otra parte, dirigía el combinado de computadoras de la Europa Occidental, y si conseguía persuadirlo para que pasara a engrosar las filas del Proyecto Número con todo su entusiasmo, Shuman se habría apuntado un tanto importantísimo.

Pero Loesser se hacía el remolón, diciendo:

—No creo que me guste esa idea de quitar importancia a las computadoras. La mente humana es algo caprichoso y arbitrario. La computadora dará la misma solución al mismo problema millares de veces. ¿Qué garantía tenemos en que el cerebro humano haga lo mismo?

—El cerebro humano, calculador Loesser, sólo maneja hechos. Importa poco que sea el cerebro humano o una máquina quienes lo hagan. En ese caso, no son más que herramientas.

—Sí, sí. Ya he visto su ingeniosa demostración, según la cual el cerebro puede imitar a la computadora, pero me parece un poco endeble. Le concedo que en teoría tiene usted razón, pero nada nos permite suponer que de la teoría podamos pasar a la



práctica.

—Por el contrario, creo que tenemos motivos fundados para suponerlo, señor. Si bien se mira, las computadoras no han existido siempre. Los hombres de las cavernas, con sus trirremes, hachas de piedra y ferrocarriles, no tenían computadoras.

—Y lo más probable es que no calculasen.

—Usted sabe que calculaban. Incluso la construcción de un ferrocarril o de un zigurat requería efectuar ciertas operaciones de cálculo, y esos hombres primitivos debieron realizarlas sin disponer de las computadoras actuales.

—¿Acaso quiere usted sugerir que las realizaban de la manera que acaba de mostrarme?

—Probablemente no. Después de todo, este método, al que llamaremos «grafítico», de la antigua palabra europea grafos, que significa «escribir», ha sido tomado directamente de las propias computadoras, lo cual hace imposible que sea anterior a ellas. Sin embargo, los hombres de las cavernas debieron poseer algún sistema, ¿no cree usted?

—¡Por Dios, no me hable usted ahora de artes perdidas!

—No, no. Yo no soy un entusiasta de las artes perdidas, aunque no niego su existencia. No olvidemos que el hombre se alimentaba de trigo antes de comer productos hidropónicos, y que si los primitivos comían trigo, es porque lo plantaban en la tierra. ¿Qué otra cosa podían haber hecho?

—No lo sé, pero creeré en los cultivos realizados en la tierra cuando alguien consiga hacer crecer una semilla en el suelo. Y cuando alguien me demuestre que es posible hacer fuego frotando dos pedernales, también creeré en ello.

Shuman se mostró conciliador.

—Bien, dejemos eso y volvamos a la gráfica. Ésta forma parte del proceso de eterealización. El transporte mediante aparatos voluminosos va dando paso a la transferencia directa de masas. Los aparatos de comunicaciones cada vez se hacen menos voluminosos y más eficaces. Por ejemplo, compare usted su computadora de bolsillo con las enormes máquinas de hace mil años. ¿Qué impide pues que el último paso consista en la eliminación completa de las computadoras? Vamos, señor, le invito a unirse al Proyecto Número, que actualmente ya está en marcha y realizando notables progresos. Pero necesitamos su valiosa ayuda. Si el patriotismo no es bastante, considere la aventura intelectual que esto representa.

Pero Loesser seguía mostrándose escéptico.

—¿Notables progresos? ¿Pueden hacer algo más allá de la multiplicación? ¿Son capaces de integrar una función trascendental?

—Todo llegará, señor. Todo llegará. Durante el mes pasado aprendí a dividir. Puedo determinar, correctamente, cocientes integrales y cocientes decimales.

—¿Cocientes decimales? ¿Hasta cuántos decimales?

El programador Shuman trató de conservar su tono indiferente.

—¡Los decimales que quiera!

Loesser se quedó boquiabierto.

—¿Sin computadora?

—Póngame un problema.

—Divida veintisiete por trece. Hasta seis decimales.

Cinco minutos después, Shuman dijo:

—Dos coma cero siete seis nueve dos tres.

Loesser comprobó la operación.

—Desde luego, es sorprendente. La multiplicación no me impresionó mucho, teniendo en cuenta que se realizaba con números enteros, y pensé que con algún hábil truco se podía conseguir. Pero con decimales...

—Y esto aún no es todo. Se ha realizado un nuevo descubrimiento, que hasta ahora se mantiene en el más riguroso secreto, y que a decir verdad, yo no debería mencionar ni siquiera a usted. Pero..., hemos empezado a sacar raíces cuadradas.

—¿Raíces cuadradas?

—Presenta algunos aspectos muy difíciles y aún no hemos llegado a resolverlos del todo, pero el técnico Aub, el genial inventor de esta ciencia y que posee una sorprendente intuición, asegura que casi ha resuelto del todo el problema. Y no es más que un técnico, pese a todo su genio. ¡Imagínese lo que haría un hombre como usted, un matemático de gran talento! Ninguna dificultad sería insoslayable.

—Vaya..., raíces cuadradas —murmuraba Loesser, conquistado a pesar suyo.

—Y después vendrán las raíces cúbicas. Bien... ¿Podemos contar con usted?

De pronto Loesser le tendió la mano.

—Cuenten conmigo.

El general Weider se paseaba de un lado a otro en el fondo de la sala, dirigiéndose a sus oyentes como haría un profesional encolerizado a un grupo de alumnos recalcitrantes. Al general no le importaba en absoluto que los reunidos fuesen los sabios civiles que dirigían el Proyecto Número. El general era el jefe indiscutible, y así se consideraba en todo momento.

Con voz atronadora, decía:

—Las raíces cuadradas me parecen estupendas. Yo no sé hacerlas ni comprendo cómo se hacen, pero eso no impide que las encuentre estupendas. Sin embargo, no permitiré que el proyecto se desvíe hacia lo que algunos de ustedes llaman los fundamentos. Ya tendrán tiempo de jugar con la gráfica todo el tiempo que les dé la gana una vez terminada la guerra, pero ahora tenemos problemas concretos y de orden muy práctico que resolver.

En un extremo alejado de la sala, el técnico Aub escuchaba atentamente. Ya no era un técnico, desde luego, pues había sido relevado de sus deberes y destinado al

proyecto con un título altisonante y una hermosa paga. Pero las diferencias sociales subsistían, y las grandes eminencias científicas jamás querrían considerarlo como un igual ni admitirlo en sus filas. Ni por otra parte Aub lo deseaba, justo es reconocerlo. Se sentía tan incómodo entre ellos como ellos con él.

El general estaba diciendo en aquel momento:

—Nuestro objetivo es muy sencillo, caballeros: la sustitución de la computadora. Una nave que pueda navegar por el espacio sin computadora a bordo puede construirse en una quinta parte del tiempo invertido en la construcción de una nave provista de computadoras, y a un costo diez veces más bajo que ésta. Podríamos construir flotas cinco veces, diez veces más poderosas que las de Deneb, si pudiésemos eliminar la computadora.

»Y vislumbro algo más, después de esto. Puede parecer fantástico ahora, un simple sueño..., ¡pero en el futuro veo el misil tripulado por un piloto humano!

Resonó un murmullo entre el auditorio.

El general prosiguió:

—En la actualidad, el obstáculo principal con que tropezamos es la limitada inteligencia de los misiles. La computadora que los gobierna debe tener unas dimensiones limitadas; por este motivo, no pueden enfrentarse satisfactoriamente con las defensas antimisiles, sujetas a un continuo cambio. Muy pocos misiles consiguen hacer blanco, y a causa de ello, la guerra a base de misiles se encuentra en un impasse; tanto para el enemigo, afortunadamente, como para nosotros.

»Por otra parte, un misil con un par de hombres en su interior, o con uno solo, dedicados a gobernar su vuelo por medio de la gráfica, sería más ligero, tendría más movilidad y poseería mayor inteligencia. Nos permitiría obtener una primacía que podría conducirnos muy bien a la victoria. Además, caballeros, las exigencias de la guerra nos obligan a recordar otra cosa. Un hombre es mucho menos valioso que una computadora. Podríamos lanzar los misiles tripulados en un número y en unas circunstancias que ningún general arrostraría, si se tratase de misiles con cerebro electrónico...

Dijo muchas cosas más, pero el técnico Aub no quiso esperar más tiempo.

En la intimidad de su alojamiento, el técnico Aub pulió meticulosamente la nota que pensaba dejar. En su redacción final, decía como sigue:

Cuando comencé el estudio de lo que ahora se conoce por el nombre de gráfica, para mí no representó más que un simple pasatiempo. Únicamente veía en él un modo interesante de distraerme, un ejercicio mental.

Cuando se inició el Proyecto Número, confié en el juicio y la prudencia de mis superiores; pensé que se haría un uso pacífico de la gráfica, en beneficio de la Humanidad, para contribuir tal vez a la creación de aparatos de transporte por transferencia de masas que fuesen verdaderamente prácticos. Pero hoy veo que sólo

se utiliza esta ciencia para la muerte y la destrucción.

Por lo tanto, no puedo asumir la responsabilidad de haber inventado la grafítica.

Luego volvió deliberadamente hacia sí el foco de un despolarizador de proteínas, y cayó instantáneamente muerto, sin haber experimentado el menor dolor.

Todos rodeaban la tumba del pequeño técnico, rindiendo tributo a su grandioso descubrimiento.

El programador Shuman mantenía la cabeza inclinada, como el resto de los presentes, pero no experimentaba la menor emoción. El técnico había cumplido su parte y ya no era necesario. Era el creador de la grafítica, pero a la sazón la ciencia seguiría avanzando por sí sola con paso arrollador, triunfalmente, hasta hacer posibles los misiles pilotados, y Dios sabía qué más.

—Nueve por siete son sesenta y tres —se dijo Shuman, con honda satisfacción—, y maldita la falta que me hace una computadora para saberlo. ¡Tengo una computadora en la cabeza!

Y era sorprendente la sensación de poder que eso le producía.

# La noche moribunda (1956)

---

“The Dying Night”

## Primera parte

Era casi una reunión de clase, y aunque estaba dominada por la falta de alegría, no había motivo todavía para pensar que terminaría en tragedia.

Eduardo Talliaferro, recién llegado de la Luna y con las piernas todavía torpes por no estar acostumbrado a la gravedad terrestre, recibía a los otros dos en la habitación de Stanley Kaunas. Kaunas se levantó para saludarle con aire furtivo. Battersley Ryger se limitó a saludarle con un gesto de cabeza, sin moverse del asiento que ocupaba.

Talliaferro tendió con cuidado su corpachón sobre el diván, sintiendo perfectamente su peso desacostumbrado. Sonrió levemente, mientras sus carnosos labios se contraían bajo la espesa pelambreira que rodeaba su boca y se extendía por el mentón y las mejillas.

Aquel mismo día ya se habían visto todos en circunstancias más oficiales. Pero entonces se encontraban solos por primera vez, y Talliaferro les dijo:

—Esto hay que celebrarlo. Nos encontramos reunidos por primera vez desde hace diez años. A decir verdad, por primera vez desde que nos doctoramos.

Ryger arrugó la nariz. Se la habían roto poco antes de doctorarse, y recibió el título de doctor en astronomía con la cara desfigurada por un vendaje. Con voz malhumorada, dijo:

—¿Nadie ha encargado champaña ni nada?

Talliaferro continuó:

—¡Vamos! El primer Congreso astronómico interplanetario de proporciones cósmicas, el primero que ve la historia, no es lugar adecuado para el enfado. ¡Y entre amigos menos!

Kaunas dijo de pronto:

—Es la Tierra. La noto extraña. No puedo acabar de acostumbrarme.

Meneó la cabeza, pero no le abandonó su expresión deprimida.

Talliaferro observó:

—Lo sé. Yo me encuentro pesadísimo. Esta gravedad me deja sin energías. En este aspecto, tú estás mejor que yo, Kaunas. La gravedad de Mercurio es cero coma cuatro. En la Luna, sólo es cero coma dieciséis... —Al ver que Ryger iba a hablar, le interrumpió diciendo—: Y en Ceres ustedes emplean campos pseudo-gravitatorios ajustados a cero coma ocho. En realidad, tú no tienes problema, Ryger.

El astrónomo de Ceres hizo un gesto de enfado.

—Es el aire libre. Eso de salir al exterior sin traje me revienta.

—De acuerdo —asintió Kaunas—. Lo mismo que recibir directamente los rayos

del sol.

Talliaferro fue derivando insensiblemente hacia el pasado. Ni él ni sus compañeros habían cambiado mucho. Todos tenían diez años más, desde luego; Ryger había aumentado un poco de peso, y el enjuto semblante de Kaunas se había vuelto un poco más apergaminado, pero los hubiera reconocido perfectamente si se los hubiese encontrado de improviso.

Entonces dijo:

—No creo que sea culpa de la Tierra. Tengamos el valor de mirar las cosas cara a cara.

Kaunas levantó la mirada rápidamente. Era un hombrecito cuyas manos se movían de un modo brusco y nervioso. Solía llevar ropas que le iban un poco grandes.

Observó con voz ronca:

—¡Es Villiers, ya lo sé! A veces pienso en él.

Y añadió, con aire de desesperación:

—Recibí una carta suya.

Ryger se enderezó, mientras su tez olivácea se oscurecía aún más. Con rara energía, preguntó:

—¿Una carta suya? ¿Cuándo?

—Hace un mes.

Ryger se volvió hacia Talliaferro.

—¿Y tú también?

El interpelado parpadeó con placidez e hizo un gesto de asentimiento.

—Se ha vuelto loco —dijo Ryger—. Pretende haber descubierto un método práctico de transferencia de masas a través del espacio... ¿También les dijo eso a ustedes?... Entonces no hay duda. Siempre estuvo algo chiflado. Ahora está como una cabra.

Se frotó ferozmente la nariz, y Talliaferro pensó en el día en que Villiers se la había aplastado.

Durante diez años, Villiers les había perseguido como la sombra indecisa de una culpa que no era realmente suya. Habían estudiado la carrera juntos, como cuatro camaradas consagrados en cuerpo y alma a una profesión que había alcanzado nuevas alturas en aquella época de viajes interplanetarios.

En los otros mundos se abrían los observatorios, rodeados por el vacío, sin que los telescopios tuviesen que atravesar una turbulenta atmósfera.

Existía el Observatorio Lunar, desde el cual podían estudiarse la Tierra y los planetas interiores; un mundo silencioso en cuyo firmamento estaba suspendido el planeta materno.

El Observatorio de Mercurio, más próximo al Sol, e instalado en el Polo Norte de

Mercurio, donde el terminador apenas se movía, y el Sol permanecía fijo en el horizonte, pudiendo ser estudiado con el detalle más minucioso.

También el Observatorio de Ceres, el más nuevo y moderno, cuyo campo de visión se extendía desde Júpiter a las galaxias más alejadas.

Había ciertas desventajas, desde luego. Con las dificultades que todavía presentaban los viajes interplanetarios, los permisos eran escasos, la vida normal virtualmente imposible, pero a pesar de ello, aquella generación podía considerarse afortunada. Los sabios que viniesen después de ellos encontrarían los campos del conocimiento bien segados, y habría que esperar a que se iniciasen los viajes interestelares para que al hombre se le abriesen nuevos horizontes.

Cada uno de aquellos cuatro jóvenes y afortunados astrónomos, Talliaferro, Ryger, Kaunas y Villiers, se encontrarían en la situación de un Galileo, quien, al poseer el primer telescopio auténtico, no podía dirigirlo a ningún punto del cielo sin hacer un descubrimiento capital.

Pero entonces Romero Villiers cayó enfermo con fiebres reumáticas. No fue culpa de nadie, pero su corazón quedó con una lesión permanente.

Era el más inteligente de los cuatro, el que hacía concebir mayores esperanzas a sus profesores, el de más vida interior... Y ni siquiera pudo terminar la carrera ni doctorarse.

Y lo que fue todavía peor: con su infarto de miocardio, la aceleración subsiguiente al despegue de una astronave le hubiera matado.

Talliaferro fue destinado a la Luna, Ryger a Ceres, Kaunas a Mercurio. Sólo Villiers tuvo que quedarse; quedó condenado a prisión perpetua en la Tierra.

Ellos trataron de manifestarle su condolencia, pero Villiers rechazó su piedad con algo muy parecido al odio. Los insultó y los colmó de improperios. Cuando Ryger terminó por perder la paciencia y levantó el puño, Villiers se abalanzó sobre él, vociferando, y le asestó un tremendo puñetazo que le partió la nariz.

Era evidente que Ryger no había olvidado aquello, por el modo en que se acariciaba suavemente la nariz con un dedo.

La frente de Kaunas estaba surcada por múltiples arrugas.

—¿Sabían que se encuentra aquí para asistir al congreso? Tiene una habitación en el hotel..., la cuatrocientos cinco.

—Yo no quiero verle —dijo Ryger.

—Pues va a venir. Dijo que quería vernos. Yo pensé... Dijo que vendría a las nueve. Puede llegar de un momento a otro.

—En ese caso —dijo Ryger—, yo me voy, si a ustedes no les importa.

Y se levantó.

—Oh, espera un minuto —le dijo Talliaferro—. ¿Qué hay de malo en verle?

—Es perder el tiempo. Está loco.

—Aunque así sea. No nos andemos con rodeos. ¿Le tienen miedo?

—¿Yo, miedo?

La expresión de Ryger era despectiva.

—Entonces, es que estás nervioso. ¿Por qué tienes que estarlo?

—Yo no estoy nervioso —rechazó Ryger.

—Claro que lo estás. Todos nos sentimos dominados por un sentimiento de culpabilidad hacia ese infeliz, sin que tengamos motivo alguno para ello. Nada de cuanto sucedió fue culpa nuestra.

A pesar de todo, él también se había puesto a la defensiva, y lo sabía perfectamente.

En aquel momento llamaron a la puerta, y los tres se sobresaltaron y se volvieron a mirar con inquietud la delgada barrera que se interponía entre ellos y Villiers.

La puerta se abrió, y Romero Villiers entró en la estancia. Sus antiguos compañeros se levantaron desmañadamente para saludarle, y luego se quedaron de pie, dominados por el embarazo, sin que nadie le tendiese la mano.

Él los contempló de pies a cabeza con expresión sardónica. «Está muy cambiado», se dijo Talliaferro.

En efecto, había cambiado mucho. Se había encogido en todos los sentidos. Una incipiente joroba le hacía parecer aún más bajo. A través de sus ralos cabellos lucía su brillante calva, y el dorso de sus manos mostraba las protuberancias azuladas de numerosas venas. Tenía aspecto de enfermo. Del antiguo Villiers únicamente parecía subsistir el gesto consistente en protegerse los ojos con una mano mientras miraba a alguien de hito en hito; y al hablar, su voz monótona y contenida de barítono.

Les saludó con estas irónicas palabras:

—¡Mis queridos amigos! ¡Mis trotamundos del espacio! ¡Cuánto tiempo sin vernos!

Talliaferro le dijo:

—Hola, Villiers.

Villiers le miró.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—¿Y ustedes dos?

Kaunas esbozó una débil sonrisa y murmuró unas palabras incoherentes.

Ryger barbotó:

—Muy bien. ¿Qué quieres?

—Ryger, siempre enfadado —observó Villiers—. ¿Cómo está Ceres?

—Cuando yo me fui, estaba muy bien. ¿Y la Tierra, como está?

—Pueden verla por ustedes mismos —repuso Villiers, pero se enderezó ligeramente al decir esto.



Luego prosiguió:

—Espero que lo que les ha traído al congreso sea el deseo de escuchar mi comunicación, cuando la lea pasado mañana.

—¿Tu comunicación? ¿Qué comunicación? —le preguntó Talliaferro.

—Recuerdo habérselos explicado en mi carta. Se refiere a mi método de transferencia de masas.

Ryger esbozó una sonrisa de conejo.

—Sí, es verdad. Sin embargo, no mencionabas esa comunicación, y no recuerdo haberte visto en la lista de los oradores. Me habría dado cuenta, si tu nombre hubiese figurado en ella.

—Es cierto. No figuro en la lista. Tampoco he preparado un resumen para su publicación.

Viendo que Villiers había enrojecido, Talliaferro trató de calmarlo con estas palabras:

—Tranquilízate, Villiers. No tienes muy buen aspecto.

Villiers se volvió como una serpiente hacia él, con los labios contraídos.

—Mi corazón aún aguanta, gracias.

Kaunas intervino:

—Escucha, Villiers; si no estás en la lista ni has publicado un extracto...

—Escuchen ustedes. He esperado diez años. Ustedes tienen unos magníficos empleos en el espacio y yo tengo que enseñar en una escuela de la Tierra, pero yo soy mejor que todos ustedes juntos.

—Concedido... —empezó a decir Talliaferro.

—Y tampoco me hace falta vuestra condescendencia. Mandel presencié el experimento. Supongo que saben quién es Mandel. Ahora es el presidente de la sección de Astronáutica del Congreso, y le hice una demostración de la transferencia de masas. El aparato era muy tosco y se quemó después de utilizarlo una vez, pero... ¿Me escuchan?

—Te escuchamos —repuso Ryger fríamente—, si eso es lo que quieres.

—Él me dejará hablar. Ya lo creo que me dejará. De repente; sin advertencia previa. Caeré como una bomba. Cuando les presente las relaciones fundamentales en que se basa mi trabajo, el congreso habrá terminado, pues todos se irán corriendo a sus respectivos laboratorios, para comprobar mis datos y construir aparatos basados en ellos. Y entonces verán que el sistema funciona. Hice desaparecer a un ratón vivo en un rincón del laboratorio para reaparecer en otro. Mandel fue testigo de ello.

Los fulminó sucesivamente con su colérica mirada. Entonces prosiguió:

—No me creen, ¿verdad?

Ryger objetó:

—Si no quieres publicidad, ¿por qué vienes a contárnoslo?

—Con ustedes es distinto. Ustedes son mis amigos, mis condiscípulos. Se fueron al espacio y me dejaron.

—No podíamos hacer otra cosa —observó Kaunas con voz aguda.

Villiers hizo caso omiso de esta observación. Continuó:

—Por lo tanto, quiero que lo sepan desde ahora. Si ha dado resultado con un ratón, también lo dará para un ser humano. Lo que sirve para trasladar algo a tres metros de distancia en un laboratorio, también lo trasladará a un millón de kilómetros por el espacio. Iré a la Luna, a Mercurio y a Ceres, y a donde me dé la gana. Haré lo que ustedes han hecho, y mucho más. Y eso que yo he hecho mucho más por la astronomía enseñando en una escuela y pensando, que todos ustedes juntos con sus observatorios, telescopios, cámaras y astronaves.

—Muy bien —dijo Talliaferro—, estaré muy contento que así sea. Te convertirás en un hombre poderoso. ¿Puedo ver una copia de la comunicación?

—Oh, no. —Villiers apretó los puños cerrados contra el pecho, como si sujetase unas hojas imaginarias, tratando de esconderlas—. Ustedes esperarán como los demás. Sólo tengo un ejemplar, y nadie lo verá hasta que yo lo quiera. Ni siquiera Mandel.

—¡Sólo un ejemplar! —exclamó Talliaferro—. Si lo pierdes...

—No lo perderé. Y aunque lo perdiese, lo tengo todo en la cabeza.

—Pero si tú... —Talliaferro estuvo a punto de añadir «te murieses», pero se contuvo, prosiguiendo tras una pausa imperceptible—: fueses un hombre prudente, al menos lo registrarías. Como medida de seguridad.

—No —dijo Villiers secamente—. Ya me oirán pasado mañana. Verán ampliarse de golpe el horizonte humano hasta un límite inaudito.

Volvió a mirar con intensidad los rostros de sus antiguos compañeros:

—Diez años —les dijo—. Adiós.

—Está loco —estalló Ryger, mirando la puerta como si Villiers todavía estuviese ante ella.

—¿Tú crees? —dijo Talliaferro, pensativo—. Creo que hasta cierto punto lo está. Nos detesta por motivos irracionales. Y además, ni siquiera ha registrado su comunicación como una medida de precaución...

Talliaferro jugueteó con su pequeño registrador mientras decía estas palabras. No era más que un cilindro sencillo de color neutro, algo más grueso y corto que un lápiz ordinario. En los últimos años se había convertido en la nota distintiva del científico, así como el estetoscopio lo era del médico y la microcomputadora del estadístico. El registrador se llevaba en un bolsillo de la chaqueta, sujeto a una manga, sobre la oreja, o colgado a un extremo de un cordel.

A veces, en sus momentos más filosóficos, Talliaferro se preguntaba cómo se las debían de arreglar antes los investigadores, al verse obligados a tomar laboriosas

notas de la literatura o a archivar montañas de opúsculos y comunicaciones. ¡Qué pesado!

En la actualidad bastaba con registrar cualquier cosa impresa o escrita para obtener un micronegativo que podía revelarse a comodidad del interesado. Talliaferro ya había registrado todos los resúmenes incluidos en el programa del congreso. Estaba convencido que sus dos compañeros habían hecho lo propio.

Por consiguiente, observó:

—En tales circunstancias, negarse a registrar la comunicación constituye una locura.

—¡Espacio! —exclamó Ryger acaloradamente—. Lo que ocurre es que no hay comunicación ni descubrimiento que registrar. Para apuntarse un tanto ante nosotros, ese hombre sería capaz de mentirle a su madre.

—Pero entonces, ¿qué hará pasado mañana? —preguntó Kaunas.

—¿Y yo qué sé? Está loco —dijo.

Talliaferro seguía jugueteando con su registrador, preguntándose si debía sacar y revelar algunas de las diminutas películas que contenía el aparatito en sus entrañas. Decidió no hacerlo. Luego dijo:

—No menosprecio a Villiers. Es un gran cerebro.

—Hace diez años tal vez lo fuese, no lo niego —dijo Ryger—. Pero ahora está como un cencerro. Propongo que no pensemos más en él.

Habló en voz muy alta, como si quisiera ahuyentar a Villiers y todo lo concerniente a él gracias a la simple energía con que hablaba de otras cosas. Habló de Ceres y de su trabajo..., el estudio de la Vía Láctea mediante nuevos radiotelescopios capaces de resolver los enigmas que aún guardaban las estrellas.

Kaunas escuchaba haciendo gestos de asentimiento; luego empezó a hablarles a su vez de las ondas de radio emitidas por las manchas solares y de su propia comunicación, actualmente en prensa, la cual versaba sobre las relaciones que tenían las tempestades de protones con las gigantescas protuberancias de hidrógeno que se formaban sobre la superficie solar.

La aportación de Talliaferro al congreso no era muy importante. Los trabajos que se efectuaban sobre la Luna eran muy poco brillantes, comparados con los que expondrían sus dos compañeros. Las últimas noticias sobre la previsión del tiempo a largo plazo gracias a la observación diaria de las estelas de condensación de los reactores terrestres no era algo comparable a aquellos magníficos trabajos sobre radioastronomía y tempestades protónicas.

Pero, principalmente, no conseguía echar a Villiers de su pensamiento. Villiers era el cerebro de su grupo. Todos ellos lo sabían. Incluso Ryger, a pesar de todas sus fanfarronadas, debía pensar en su fuero interno que si la transferencia de masas era posible, sólo podía haberla descubierto Villiers.

La conversación sobre su propio trabajo terminó con la descorazonadora conclusión que ninguno de ellos había realizado gran cosa. Talliaferro estaba al corriente de la literatura especializada, y lo sabía. Las comunicaciones que él había escrito eran de importancia secundaria. Lo mismo podía decirse de los trabajos de investigación que habían publicado sus dos compañeros.

Ninguno de ellos —había que mirar las cosas cara a cara— había realizado un descubrimiento trascendental. Los sueños grandiosos de sus días escolares no se habían realizado; ésta era la verdad. Eran unos competentes obreros de la ciencia, entregados a un trabajo rutinario. Nada menos ni, por desgracia, nada más. Y ellos lo sabían.

Villiers hubiera sido algo más. Nadie lo ignoraba. Era esta certidumbre, así como su sentimiento de culpabilidad, lo que creaba aquel antagonismo entre ellos.

Talliaferro, inquieto, se daba cuenta que, a pesar de todo, Villiers iba a ser más que ellos. Sus compañeros debían pensar lo mismo, y sin duda se sentían abrumados por el peso de su mediocridad. La comunicación sobre la transferencia de masas debía ser presentada, aportando la gloria y la celebridad a Villiers, como de derecho le correspondía, mientras sus antiguos condiscípulos, a pesar de la posición ventajosa que gozaban, caerían en el olvido. Su papel se limitaría al de simples espectadores, que aplaudirían mezclados con la multitud.

Se dejó dominar por la envidia y la tristeza y eso le avergonzó, pero no pudo desechar aquellos sentimientos.

La conversación cesó, y apartando la mirada, Kaunas dijo:

—Oigan, ¿por qué no vamos a ver al viejo Villiers?

Lo dijo con falso entusiasmo, haciendo un esfuerzo por mostrarse indiferente que no convenció a nadie.

—De nada sirve quedarnos con este resquemor... —añadió—: Es lo que yo digo..., recuperemos nuestra amistad...

Talliaferro se dijo: «Quiere cerciorarse de lo que pueda haber de verdad en la transferencia de masas. Abriga la esperanza que sea únicamente el sueño de un loco; si lo comprueba, esta noche podrá dormir tranquilo.»

Pero como él también sentía curiosidad por averiguarlo, no hizo ninguna objeción, e incluso Ryger se encogió desmañadamente de hombros, diciendo:

—Diablos, ¿y por qué no?

Estaban a punto de dar las once.

Talliaferro se despertó al oír la insistente llamada a la puerta de su dormitorio. Se incorporó sobre un codo en las tinieblas, dominado por la cólera. El débil resplandor del indicador del techo señalaba casi las cuatro de la madrugada.

Talliaferro gritó:

—¿Quién es?

El timbre siguió sonando, en llamadas cortas e insistentes.

Maldiciendo por lo bajo, Talliaferro se puso el albornoz. Abrió la puerta y parpadeó a la luz del corredor. Reconoció inmediatamente al intempestivo visitante, por haberlo visto con frecuencia en los tridimensionales.

Sin embargo, el visitante dijo en un brusco susurro:

—Soy Hubert Mandel.

—Le conozco, señor Mandel —dijo Talliaferro.

Mandel era una de las grandes figuras contemporáneas de la astronomía, de tanto relieve que ocupaba un puesto importantísimo en la Sociedad Astronómica Mundial, y debido a su actividad, le había sido confiada la presidencia de la sección de astronáutica del congreso.

De pronto, Talliaferro recordó con sorpresa que era precisamente Mandel quien había presenciado el experimento de transferencia de masas realizado por Villiers, según éste había asegurado. Al pensar en Villiers se despabiló bastante.

Mandel le preguntó:

—¿Es usted el doctor Edward Talliaferro?

—Sí, señor.

—Entonces, vístase y véngase conmigo. Se trata de algo muy importante. Algo referente a un conocido común.

—¿A Villiers?

Mandel parpadeó ligeramente. Tenía las cejas y las pestañas de un rubio tan desvaído que conferían a sus ojos un aspecto desnudo y extraño. Su cabello era fino como la seda. Representaba unos cincuenta años.

—¿Por qué precisamente Villiers? —preguntó.

—Anoche le mencionó a usted, doctor Mandel. No sé que tengamos ningún otro amigo común.

Mandel hizo un gesto de asentimiento. Después esperó a que Talliaferro se vistiese y luego le hizo una seña para que le siguiese. Ryger y Kaunas ya les esperaban en una habitación del piso inmediatamente superior al de Talliaferro. Kaunas mostraba los ojos enrojecidos y una expresión turbada. Ryger daba chupadas impacientes a su cigarrillo.

—Aquí estamos —dijo Talliaferro—. Otra reunión.

Nadie le hizo caso.

El hombrón tomó asiento y los tres se miraron. Ryger se encogió de hombros.

Mandel medía la estancia dando zancadas con las manos profundamente metidas en los bolsillos. Volviéndose hacia ellos, les dijo:

—Les ruego que me disculpen por llamarles a una hora tan intempestiva, caballeros. Asimismo, les doy las gracias por su cooperación. Me hará falta una gran cantidad de ella. Nuestro común amigo, Romero Villiers, ha muerto. Hará cosa de

una hora, sacaron su cadáver del hotel. El médico ha certificado que la muerte se debió a un ataque cardíaco.

Reinó un consternado silencio. El cigarrillo de Ryger se quedó en el aire, sin que éste terminase de llevárselo a los labios, y luego la mano que lo sostenía descendió lentamente, sin completar el viaje.

—Pobre diablo —dijo Talliaferro.

—Es horrible —susurró Kaunas roncamente—. Era un hombre...

No terminó la frase.

Ryger se estremeció.

—Sí, ya sabíamos que estaba mal del corazón. Era inevitable.

—No tanto —le corrigió Mandel suavemente—. Aún podía restablecerse. No estaba desahuciado por los médicos.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Ryger con aspereza.

Sin contestar, Mandel preguntó a su vez:

—¿Cuándo le vieron ustedes por última vez?

Talliaferro tomó la palabra:

—Anoche, como le he dicho. Celebrábamos una reunión..., para festejar nuestro primer encuentro después de diez años. Por desgracia, Villiers vino y nos aguó la fiesta. Estaba convencido que tenía motivos de queja contra nosotros, y vino muy encolerizado.

—¿A qué hora fue eso?

—La primera vez, hacia las nueve.

—¿Cómo la primera vez?

—Volvimos a verle un poco más tarde.

Kaunas parecía turbado. Intervino para decir:

—Se fue hecho un basilisco. No podíamos dejar las cosas así. Debíamos intentar calmarle. Recuerde usted que éramos antiguos amigos. Entonces decidimos ir a su habitación y...

Mandel saltó al oír eso:

—¿Estuvieron todos en su habitación?

—Sí —repuso Kaunas, sorprendido.

—¿A qué hora?

—Debían ser las once, creo.

Miró a sus compañeros, y Talliaferro asintió.

—¿Y cuánto tiempo estuvieron allí?

—Ni dos minutos —intervino Ryger—. Nos echó con violencia; se figuró que íbamos en busca de su comunicación. —Hizo una pausa, como si esperase que Mandel le preguntase a qué comunicación se refería, pero el ilustre astrónomo no dijo nada. Entonces él prosiguió—: Creo que la guardaba bajo la almohada, pues se tendió

sobre ella, gritando que nos fuésemos.

—Tal vez entonces se estaba muriendo —dijo Kaunas, en un tético murmullo.

—Todavía no... —le atajó Mandel—. Por lo tanto, es probable que todos ustedes dejaran huellas dactilares.

—Probablemente —dijo Talliaferro, empezando a perder parte del respeto inconsciente que le inspiraba Mandel; al propio tiempo, notaba que volvía a impacientarse. ¡Eran las cuatro de la madrugada! Así es que dijo—: Vamos a ver, ¿adónde quiere usted ir a parar?

—Bien, señores —dijo Mandel—; la muerte de Villiers es algo más que una sencilla muerte. La comunicación de Villiers, el único ejemplar existente de la misma según mi conocimiento, apareció metida en el aparato quema-cigarrillos y reducida a cenizas. Yo no había visto ni leído dicha comunicación, pero conozco lo bastante sobre este asunto para jurar ante cualquier tribunal, si fuese necesario, que los restos del papel sin quemar que se han encontrado en el aparato para quemar colillas pertenecían a la comunicación que él pensaba presentar ante el congreso... Parece usted ponerlo en duda, doctor Ryger.

Éste sonrió con un rictus amargo.

—Sí, pongo en duda que hubiese llegado a presentarla. En mi opinión, doctor Mandel, ese infeliz estaba loco. Durante diez años se sintió prisionero en la Tierra, e imaginó todo eso de la transferencia de masas como un medio de evasión. Probablemente, eso le ayudó a seguir viviendo. En cuanto a su demostración, sin duda se trataba de un truco. No digo que hiciese de modo deliberado una demostración fraudulenta. Probablemente era sincero. Anoche las cosas se pusieron al rojo vivo. Se presentó en nuestras habitaciones (nos odiaba por haber conseguido salir de la Tierra) para restregarnos su triunfo por las narices. Él había vivido durante diez años en espera de aquel momento. Tal vez la impresión recibida fue tan fuerte que le devolvió momentáneamente la cordura. Entonces comprendió que no podría leer su comunicación, pues ésta no tenía ni pies ni cabeza. Así que la quemó en el cenicero, y su corazón, incapaz de resistir aquellas emociones, falló. Ha sido una lástima.

Mandel escuchó al astrónomo de Ceres con una expresión de profundo descontento en la cara. Luego dijo:

—Habla usted muy bien, doctor Ryger, pero se equivoca de medio a medio. Yo no me dejo engañar tan fácilmente por demostraciones fraudulentas como usted pueda creer. Ahora bien, según los datos de inscripción al congreso, que me he visto obligado a comprobar apresuradamente, ustedes tres estudiaron con Villiers en la universidad, ¿no es cierto?

Los tres asintieron.

—¿Figuran otros discípulos suyos en el congreso?

—No —repuso Kaunas—. Nosotros cuatro fuimos los únicos que nos doctoramos en ciencias astronómicas aquel año. Es decir, él se hubiera doctorado también, de no haber sido por...

—Sí, ya lo sé —dijo Mandel—. Bien, en ese caso, uno de ustedes tres visitó a Villiers en su habitación por última vez hace cuatro horas, a medianoche.

Reinó un breve silencio, roto cuando Ryger dijo fríamente:

—Yo no.

Kaunas, con los ojos muy abiertos, movió negativamente la cabeza.

Talliaferro preguntó:

—¿Adónde quiere usted ir a parar?

—Uno de ustedes fue a verle a medianoche, insistiendo en que le dejase ver su comunicación. Ignoro los motivos que tendría. Es presumible que fuese con la intención deliberada de provocarle un colapso cardíaco. Villiers sufrió el colapso, y el criminal, si es que puedo llamarlo así, pasó a la acción. Apoderándose de la comunicación, que probablemente se hallaba oculta bajo la almohada, la registró. Luego destruyó el documento en el cenicero, pero se hallaba dominado por la prisa y no consiguió destruirlo completamente.

Ryger le interrumpió:

—¿Cómo sabe usted todo eso? ¿Acaso lo presencié?

—Casi —repuso Mandel—. Villiers no falleció inmediatamente, después de su primer colapso. Cuando el asesino salió, él consiguió llegar hasta el teléfono y llamar a mi habitación. Sólo pudo pronunciar algunas frases ahogadas, pero que fueron suficientes para reconstruir lo sucedido. Por desgracia, yo no me encontraba entonces en mi habitación, pues había tenido que asistir a una reunión que fue convocada muy tarde. No obstante, el contestador automático conservó la voz de Villiers. Siempre tengo por costumbre pasar la grabación cuando vuelvo a mi habitación o al despacho. Es una costumbre burocrática. Le llamé inmediatamente, pero ya no me respondió. Había muerto.

—Vamos a ver. ¿Y qué dijo? —preguntó Ryger—. ¿Dio el nombre del culpable?

—No. O si lo dijo, era ininteligible. Pero capté claramente una palabra. Ésta era «condiscípulo».

Talliaferro sacó su registrador, que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta, y lo ofreció a Mandel, diciendo con voz tranquila:

—Si desea revelar las películas que contiene mi registrador, puede usted hacerlo; sin embargo, no encontrará en ellas la comunicación de Villiers.

Kaunas se apresuró a imitarle, seguido por Ryger, el cual hizo una mueca desdeñosa.

Mandel tomó los tres registradores, diciendo con sequedad:

—Es de suponer que aquel de ustedes tres que haya cometido el crimen ya habrá



hecho desaparecer la película impresionada con la comunicación. No obstante...

Talliaferro enarcó las cejas:

—Puede usted registrarme, lo mismo que mi habitación.

Pero Ryger seguía refunfuñando:

—Espere un momento..., un momento, por favor. ¿Acaso es usted la policía?

Mandel le miró fijamente:

—¿Quiere que la llame? ¿Quiere un escándalo y una acusación de asesinato? ¿Desea que se hunda el congreso y que la prensa de todo el Sistema ponga en la picota a la astronomía y a los astrónomos? La muerte de Villiers muy bien pudiera haber sido accidental. No olvidemos que estaba enfermo del corazón. Aquel de ustedes que se encontrase allí pudo haber obrado a impulsos de un sentimiento momentáneo. Tal vez no se trató de un crimen deliberado; es decir, que no hubo premeditación ni alevosía en el supuesto asesinato. Si el que cometió esta desdichada acción quiere devolver el negativo, podemos evitarnos muchas complicaciones y disgustos.

—¿También el criminal los evitará? —preguntó Talliaferro.

Mandel se encogió de hombros.

—Tal vez sufra molestias. Yo no le prometo la inmunidad. Pero sea como fuere, se libraré de la vergüenza pública y de ir a la cárcel para toda su vida, como podría suceder si llamásemos a la policía.

Silencio.

Mandel dijo:

—Es uno de ustedes tres.

Silencio.

Mandel prosiguió:

—Me parece ver el razonamiento que está haciendo el culpable. La comunicación ha sido destruida. Sólo nosotros cuatro estamos enterados de la transferencia de masas, y solamente yo he presenciado una demostración. Además, ustedes sólo lo saben por habérselos dicho Villiers, al que consideraban loco. Una vez muerto Villiers a consecuencia de un colapso cardíaco, una vez destruida la comunicación, resultará fácil creer la teoría del doctor Ryger, según la cual no existe la transferencia de masas ni ha sido posible jamás. Transcurrirían un año o dos, y nuestro criminal, en posesión de todos los datos acerca de la transferencia de masas, podría ir revelándola poco a poco, realizando algún experimento, publicando prudentes comunicaciones, para terminar como el descubridor indiscutido de la teoría, con todo cuanto eso llevaría aparejado en dinero y honores. Ni siquiera sus propios compañeros de universidad llegarían a sospechar. En el peor de los casos, imaginarían que la dramática entrevista que tuvieron con Villiers le estimuló para iniciar investigaciones por su cuenta en este terreno. No creo que llegasen más allá.

Mandel paseó su mirada sobre los reunidos.

—Pero nada de eso será posible a partir de ahora. Aquel de ustedes tres que se presente como el descubridor de la transferencia de masas se denunciará a sí mismo como el criminal. Yo presencié la demostración; sé que es legítima; sé también que uno de ustedes posee la copia de la comunicación. A partir de este momento, este importante trabajo científico ya no es de ninguna utilidad para el que lo haya robado. Es preferible, pues, que quien lo tenga lo entregue.

Silencio.

Mandel se dirigió a la puerta y regresó de nuevo junto a ellos.

—Les agradeceré que no se muevan de aquí hasta que yo vuelva. No tardaré mucho. Espero que el culpable emplee este intervalo para reflexionar. Si teme que una confesión le cueste el cargo, me permito recordarle que una sesión con la policía puede costarle la libertad y pasar por la Prueba Psíquica. —Sopesó los tres registradores, con semblante ceñudo y aspecto fatigado por la falta de sueño—. Voy a revelarlos.

Kaunas trató de sonreír.

—¿Y si tratamos de ir a buscarlo mientras usted está fuera?

—Sólo uno de ustedes tiene motivo para intentarlo —repuso Mandel—. Creo que puedo confiar en los dos inocentes para vigilar al tercero, aunque sólo sea por instinto de conservación.

Dichas estas palabras, salió.

Eran las cinco de la madrugada. Ryger consultó su reloj con indignación.

—Valiente broma. Me caigo de sueño.

—Podemos descabezar un sueñecito aquí —dijo Talliaferro filosóficamente—. ¿Ninguno de ustedes dos se propone cantar de plano?

Kaunas apartó la mirada y Ryger frunció los labios.

—Por lo visto, no quieren confesar. —Talliaferro cerró los ojos, apoyó su enorme cabeza en el respaldo del sillón y dijo con voz cansada—: En la Luna estamos ahora en la estación de la calma. Tenemos una noche de quince días, y entonces trabajamos de firme. Luego vienen dos semanas de sol y nos pasamos el tiempo haciendo cálculos, estableciendo correlaciones e intercambiando datos. Es aburridísimo. A mí me disgusta. Si hubiese además mujeres, si pudiese conseguir algo permanente...

En un susurro, Kaunas se puso a hablar del hecho que aún fuese imposible tener a todo el Sol sobre el horizonte y a la vista del telescopio en Mercurio. Pero con otros tres kilómetros de sendero que pronto se abrirían para el Observatorio..., se podría trasladar todo, lo cual supondría un gigantesco esfuerzo; sin embargo, se utilizaría directamente la energía solar... Podía hacerse. Se haría.

Incluso Ryger consintió en hablar de Ceres después de escuchar los murmullos de sus compañeros. Allí se enfrentaban con el problema del período de rotación de dos

horas, lo cual significaba que las estrellas cruzaban el cielo a una velocidad angular doce veces mayor que en el firmamento de la Tierra. Una red de tres pares termoeléctricos, tres radiotelescopios, etc., permitía pasar el campo de estudios de uno a otro observatorio mientras las estrellas pasaban fugazmente.

—¿Por qué utilizan uno de los polos? —preguntó Kaunas.

—Aquello no es lo mismo que Mercurio y el Sol —dijo Ryger con impaciencia—. Incluso en los polos, el cielo seguiría girando, y tendríamos la mitad oculta para siempre. Ahora bien..., si Ceres sólo presentase una de sus caras al Sol, como ocurre con Mercurio, tendríamos un cielo nocturno permanente, en el cual las estrellas efectuarían un giro lentísimo en tres años.

El cielo se tiñó con los primeros resplandores del alba.

Talliaferro estaba medio dormido, pero se esforzaba por no sumirse del todo en la inconsciencia. No quería quedarse dormido mientras sus dos compañeros estuviesen despiertos. Pensó que cada uno de los tres debía estarse preguntando: «¿Quién será? ¿Quién será?»... Excepto el culpable, desde luego.

Talliaferro abrió los ojos cuando Mandel entró de nuevo. El cielo que se mostraba por la ventana se había vuelto azul. A Talliaferro le alegraba que la ventana estuviese cerrada. El hotel tenía aire acondicionado, por supuesto, pero durante la estación benigna del año, aquellos terrestres que deseasen respirar aire fresco podían abrir las ventanas. Talliaferro, acostumbrado al vacío lunar, se estremeció ante esta idea, con verdadero disgusto.

Mandel les preguntó:

—¿Tiene algo que decir alguno de ustedes?

Los tres se miraron fijamente. Ryger movió negativamente la cabeza.

Mandel añadió:

—Señores, he revelado las películas de sus registradores, para examinar lo que contenían. —Arrojó los registradores y las películas reveladas sobre la cama—. ¡Nada!... Perdonen el trabajo que les doy para clasificar las películas. Pero sigue en pie la cuestión de la película que falta.

—Si es que falta —dijo Ryger, y bostezó prodigiosamente.

Mandel les dijo:

—Les agradecería que me acompañasen a la habitación de Villiers, señores.

Kaunas pareció sorprendido.

—¿Por qué?

—¿Como recurso psicológico? —observó Talliaferro—. ¿Conduciendo al criminal al lugar del crimen, los remordimientos le obligarán a confesar?

Mandel repuso:

—Una razón menos melodramática es que me gustaría contar con la ayuda de aquellos dos de ustedes que son inocentes para encontrar la película desaparecida que

contiene la comunicación de Villiers.

—¿Cree usted que está allí? —preguntó Ryger en son de reto.

—Es posible. Todo consiste en comenzar. Después podemos registrar las habitaciones de ustedes. La sesión dedicada a la astronáutica no empieza hasta mañana por la mañana a las diez. Hasta entonces tenemos tiempo.

—¿Y después?

—Tal vez tendremos que llamar a la policía.

Entraron con cierta aprensión en el cuarto de Villiers. Ryger estaba congestionado. Kaunas pálido. Talliaferro trataba de conservar la calma.

La noche anterior habían visto aquella habitación bajo la luz artificial mientras Villiers, barbotando palabrotas, despeinado, abrazaba la almohada, fulminándolos con la mirada y mandándolos a paseo. A la sazón flotaba en la estancia el indefinible aroma de la muerte.

Mandel accionó el polarizador de la ventana para dejar entrar más la luz, pero lo abrió en exceso, con el resultado que el sol naciente entró a raudales.

Kaunas, tapándose los ojos con el brazo, gritó:

—¡El sol!

Los demás le miraron estupefactos.

En el semblante de Kaunas se pintaba un terror extraordinario, como si aquel sol que bañaba la estancia fuese el de Mercurio.

Talliaferro pensó en cuál sería su propia reacción ante la posibilidad que se abriese la ventana al aire libre, y sus dientes castañetearon. Todos estaban deformados por sus diez años de ausencia de la Tierra.

Kaunas corrió hacia la ventana, buscando el polarizador con mano temblorosa, y entonces lanzó una exclamación.

Mandel corrió a su lado.

—¿Qué ocurre?

Los otros dos se les unieron.

A sus pies se extendía la ciudad hasta el horizonte..., docenas y docenas de casas de piedra y ladrillo, bañadas por el sol naciente, con las porciones sombreadas vueltas hacia ellos. Talliaferro le dirigió una mirada furtiva e inquieta.

Kaunas, con el pecho hundido como si no quedase en él ni un hálito de aire para gritar, contemplaba fijamente algo que estaba mucho más cerca. Sobre el alféizar exterior de la ventana, con un extremo metido en una pequeña grieta, en una ranura del cemento, se hallaba una tira de película neblinosa de poco más de dos centímetros de largo, bañada por los rayos del sol naciente.

Mandel, lanzando un grito de cólera incoherente, levantó la ventana de guillotina y se apoderó de la película, protegiéndola inmediatamente en el cuenco de la mano. Luego la miró con ojos desorbitados y enrojecidos, mientras gritaba:

—¡Esperen aquí!

Sobraba todo comentario. Cuando Mandel se fue, ellos se sentaron para contemplarse estúpidamente, en silencio.

Mandel regresó a los veinte minutos. Les dijo suavemente, con una voz que producía la impresión que era tranquila porque quien la emitía ya estaba más allá de la desesperación:

—El extremo de la película que estaba introducido en la grieta no estaba velado. Pude leer algunas palabras. Las suficientes para constatar que era la comunicación de Villiers. El resto está echado a perder; completamente velado. La comunicación se ha perdido para siempre.

—¿Y ahora qué? —preguntó Talliaferro.

Mandel se encogió cansadamente de hombros.

—Ahora, ya no me importa nada. La transferencia de masas se ha perdido por el momento. Habrá que esperar a que alguien tan inteligente como Villiers, con su mismo genio, vuelva a descubrirlo. Yo trabajaré en ello, pero no me hago ilusiones acerca de mi capacidad. Después de perder este precioso documento, supongo que ya no vale la pena saber quién es el culpable. ¿De qué nos serviría?

Tenía los hombros hundidos y parecía abrumado por la desesperación.

Pero Talliaferro habló con una voz que de pronto se había hecho dura:

—No, señor, no estoy de acuerdo. A los ojos de usted, el culpable puede ser cualquiera de nosotros tres. Yo, por ejemplo. Usted es una gran figura en el terreno de la astronomía y después de esto jamás querrá hacer nada en mi favor. Siempre me mirará con prevención, considerándome incompetente o, ante la duda, algo peor. No estoy dispuesto a arruinar mi carrera por la sombra de una duda de culpabilidad. Por lo tanto, debemos aclarar inmediatamente este asunto.

—Yo no soy un detective —dijo Mandel cansadamente.

—Entonces llame usted a la policía, qué diablos.

Ryger intervino:

—Espera un momento. No pretenderás insinuar que yo soy el culpable...

—Lo único que digo es que yo soy inocente. Defiendo mi inocencia.

Kaunas levantó la voz, en la que se percibía una nota de terror:

—Esto significa que nos someterán a la Prueba Psíquica. ¿Y el daño mental que eso nos ocasionará?...

Mandel levantó ambos brazos en el aire.

—¡Señores, señores, por favor! Podemos hacer otra cosa, si no queremos acudir a la policía. Sí, tiene usted razón, doctor Talliaferro; sería injusto hacia los inocentes dejar las cosas como están.

Todos se volvieron hacia él, dando diversas muestras de hostilidad. Ryger le preguntó:

—¿Qué nos propone usted ahora?

—Tengo un amigo llamado Wendell Urth. Tal vez hayan oído hablar de él, o tal vez no. De todos modos, me las arreglaré para que nos reciba esta misma noche.

—¿Y qué resolveremos con eso? —preguntó Talliaferro—. ¿Nos proporcionará alguna luz sobre el asunto?

—Es un hombre singular —dijo Mandel, con cierta vacilación—, singularísimo. Y a su manera, extraordinariamente inteligente. Ha colaborado varias veces con la policía, y tal vez ahora quiera ayudarnos.

## Segunda parte

Edward Talliaferro no pudo evitar contemplar la habitación y a su ocupante con el mayor asombro. Tanto aquélla como éste parecían existir aisladamente, sin formar parte de ningún mundo identificable. No llegaba ningún sonido de la Tierra al interior de aquel nido perfectamente acolchado y desprovisto de ventanas. La luz y el aire de la Tierra hallaban cerrado el paso al interior de aquella estancia, provista de luz artificial y aire acondicionado.

Era una habitación enorme, penumbrosa y atestada. Avanzaron sorteando toda clase de obstáculos esparcidos por el suelo, hasta un diván del que se habían hecho caer bruscamente montones de microfilmes, que aparecían formando una enmarañada masa en el suelo.

El dueño de aquella curiosa habitación exhibía una enorme cara redonda, que les miraba desde lo alto de un cuerpo rechoncho, casi esférico. Se movía rápidamente de un lado a otro sobre sus cortas piernas, zarandeando la cabeza al hablar y haciendo saltar sus gruesas gafas sobre la roma protuberancia que hacía las veces de nariz. Sus ojos saltones y provistos de gruesos párpados les miraban con un brillo irónico y miope, mientras él tomaba asiento en su combinación de sillón y mesa escritorio, sobre la que caía directamente la única luz potente que brillaba en la habitación.

—Son muy amables al haber venido a verme caballeros. Disculpen el estado de la habitación. —Abarcó la pieza con un amplio gesto de sus manos gordezuelas—. Me han encontrado ustedes dedicado a la tarea de catalogar los numerosos objetos de origen extraterrestre que he ido acumulando en el curso de los años. Es una tarea ímproba. Por ejemplo...

Saltó trabajosamente de su asiento y se puso a rebuscar en un montón de objetos heterogéneos que tenía al lado de su escritorio, hasta que consiguió encontrar un objeto gris neblina semi-translúcido y vagamente cilíndrico.

—Esto que aquí ven es un objeto calistiano que puede ser tal vez una reliquia de seres racionales no humanos —les dijo—. Aún no está decidido. No se han descubierto más de una docena, y éste es el ejemplar más perfecto que se conoce.

Lo tiró con gesto negligente a un lado y Talliaferro dio un respingo. El individuo

regordete le miró y dijo:

—Es irrompible.

Volvió a sentarse, cruzó sus romos dedos sobre el abdomen y dejó que subiesen y bajasen suavemente, al compás de su respiración.

—¿Y ahora, en que puedo servirles?

Hubert Mandel ya había hecho las presentaciones, y Talliaferro estaba sumido en honda reflexión. Recordaba que el autor de un libro recientemente publicado, titulado Procesos evolutivos comparados en los planetas del ciclo oxígeno-agua, se llamaba también Wendell Urth, pero sin duda no podía ser aquel hombre.

Aunque, tal vez...

Entonces le preguntó:

—¿Es usted el autor de los Procesos evolutivos comparados, doctor Urth?

Una sonrisa beatífica apareció en la cara de Urth.

—¿Lo ha leído usted? —preguntó.

—Pues verá, no, no lo he leído, pero...

Instantáneamente, la mirada de los ojos de Urth se tornó reprobatoria.

—Pues tiene usted que leerlo —ordenó—. Ahora mismo. Tome, le regalo un ejemplar...

Salto de su silla de nuevo, pero Mandel exclamó:

—Espere, Urth, lo primero es lo primero. Este asunto es grave.

Obligó a Urth a sentarse de nuevo y empezó a hablar rápidamente, como si quisiera evitar nuevas desviaciones del tema principal. Hizo un resumen del caso con un admirable laconismo.

Urth fue enrojeciendo paulatinamente mientras escuchaba. Empujó las gafas hacia arriba, pues estaban a punto de caerle de la nariz.

—¡Transferencia de masa! —exclamó.

—Lo vi con mis propios ojos —observó Mandel.

—¿Y no fuiste capaz de decírmelo?

—Juré que guardaría el secreto. Villiers era un hombre bastante... peculiar. Creo haberlo dicho.

Urth dio un puñetazo sobre la mesa.

—¿Cómo pudiste permitir que semejante descubrimiento quedase en poder de un excéntrico, Mandel? Si hubiese sido necesario, se debería haber apelado a la Prueba Psíquica para arrancarle esos conocimientos.

—Hubiera sido matarlo —protestó Mandel.

Pero Urth se balanceaba en su asiento oprimiéndose fuertemente las mejillas con las manos.

—Transferencia de masas... El único medio de viajar que debería utilizar un hombre decente y civilizado. El único sistema posible, la única manera concebible.

De haberlo sabido... Si hubiese podido estar allí... Pero el hotel se encuentra por lo menos a cincuenta kilómetros de distancia.

Ryger, que escuchaba con una expresión de fastidio pintada en el rostro, intervino para decir:

—Según tengo entendido, existe una línea directa de cópteros hasta la sede del congreso. Invierten menos de diez minutos en el recorrido.

Urth, muy envarado, dirigió una extraña mirada a Ryger, hinchando las mejillas. Luego se puso en pie de un salto y salió corriendo de la habitación.

—¿Qué demonios le ocurre? —preguntó sorprendido Ryger.

Mandel murmuró:

—Condenado Urth. Debería haberles advertido.

—¿Sobre qué?

—El doctor Urth no utiliza ningún medio de transporte. Es una de sus fobias. Sólo se desplaza a pie.

Kaunas parpadeó en la semipenumbra.

—Pero tengo entendido que es extraterrólogo, ¿no es verdad? Un experto en las formas vivas de otros planetas.

Talliaferro se había levantado y contemplaba en aquellos momentos una lente galáctica montada sobre un pedestal. Observó el brillo interno de los sistemas estelares. Nunca había visto una lente de aquel tamaño y tan complicada.

—Sí, es extraterrólogo —dijo Mandel—, pero no ha visitado ni uno solo de los planetas cuya vida conoce como pocos, ni jamás los visitará. No creo que en los últimos treinta años se haya alejado a más de un kilómetro y medio de esta habitación.

Ryger no pudo contener la risa.

Mandel enrojeció de cólera.

—Tal vez les haga gracia, pero les agradecería que, cuando el doctor Urth regrese, midiesen sus palabras.

El sabio volvió a ocupar su asiento momentos después.

—Les ruego que me disculpen, caballeros —dijo con un hilo de voz—. Y ahora vamos a estudiar este problema. ¿Desea confesar alguno de ustedes?

Talliaferro contrajo los labios en una involuntaria mueca de desdén. Aquel extraterrólogo gordinflón, recluido por propia voluntad, inspiraba más risa que respeto. ¿Cómo podía arrancar una confesión al culpable? Afortunadamente, ya no harían falta sus dotes detectivescas, si es que las poseía. Dijo entonces:

—¿Está usted en contacto con la policía, doctor Urth?

En el rubicundo rostro de Urth se reflejó cierta presunción.

—No tengo relaciones oficiales con la ley, doctor Talliaferro, pero le aseguro que mis relaciones extraoficiales con la justicia son buenísimas.



—En ese caso, le facilitaré cierta información que usted podrá pasar a la policía.

Urth encogió la panza y tiró de un faldón de la camisa hasta sacarlo del pantalón. Luego procedió a limpiarse lentamente las gafas con él. Una vez hubo terminado, volvió a colocarlas en precario equilibrio sobre su nariz y preguntó:

—¿Y cuál es esa información?

—Le diré quién se hallaba presente cuando Villiers murió y quién registró su comunicación.

—¿Ha resuelto usted el misterio?

—He estado dándole vueltas todo el día. Sí, creo que lo he resuelto.

Talliaferro disfrutaba con el efecto que causaban sus palabras.

—¿Y quién fue?

Talliaferro hizo una profunda inspiración. Aquello no le resultaba fácil, a pesar que lo había estado planeando durante horas.

—El culpable es evidentemente el doctor Hubert Mandel —declaró.

Mandel asestó una furiosa mirada de irreprimible indignación a Talliaferro.

—Oiga usted, doctor —empezó a decir con vehemencia—. ¿Qué le permite lanzar esa ridícula patraña?

La voz de tenor de Urth le interrumpió.

—Déjele hablar, Hubert; oigamos lo que dice. Tú has sospechado de él, y nada impide que él sospeche de ti.

Mandel guardó un enojado silencio.

Talliaferro, esforzándose por hablar con voz tranquila, prosiguió:

—Es más que una simple sospecha, doctor Urth. Las pruebas son evidentes. Nosotros cuatro estábamos enterados del descubrimiento sobre la transferencia de masas, pero sólo uno de nosotros, o sea el doctor Mandel, había presenciado una demostración. Por lo tanto, sabía que era una realidad. Sabía también que existía una comunicación sobre el tema. Nosotros tres únicamente sabíamos que Villiers estaba más o menos desequilibrado. De todos modos, no descartábamos que existiera una posibilidad. Precisamente, fuimos a visitarle a las once para comprobarlo, pero entonces él demostró hallarse más loco que nunca.

»Comprobado, pues, lo que sabía el doctor Mandel y los motivos que pudieron conducirle a cometer el crimen. Ahora, doctor Urth, imagínese usted otra cosa. Quienquiera que fuese el que se entrevistó con Villiers a medianoche, le vio sufrir el colapso cardíaco y registró su comunicación, mantengámoslo de momento en el anonimato, debió sorprenderse terriblemente al ver que Villiers, al parecer, resucitaba y se ponía a hablar por teléfono. El asesino, dominado por un pánico momentáneo, sólo pensó en una cosa, en librarse de la única prueba que podía acusarle.

»Tenía que librarse de la película impresionada y tenía que hacerlo de tal manera que nadie pudiese descubrirla, para hacerse de nuevo con ella si conseguía quedar

libre de sospechas. El alféizar de la ventana le ofrecía el escondite ideal. Se apresuró a subir el cristal de la ventana, ocultó fuera la película, y puso pies en polvorosa. De este modo, aunque Villiers consiguiese sobrevivir o su llamada telefónica produjese algún resultado, la única prueba en contra que tendría sería la palabra de Villiers, y costaría muy poco demostrar que éste no se hallaba en plena posesión de sus facultades mentales.

Talliaferro hizo una pausa y les miró con aire de triunfo. Consideraba que su argumentación era solidísima.

Wendell Urth parpadeó e hizo girar los pulgares de sus manos unidas, haciéndolos chocar contra la amplia pechera de su camisa. Entonces preguntó:

—¿Quiere explicarme el significado de todo esto?

—El significado es el siguiente: quien realizó las acciones descritas tuvo que abrir la ventana para ocultar la película al aire libre. Tenga usted en cuenta que Ryger ha vivido diez años en Ceres, Kaunas otros diez en Mercurio, y yo el mismo espacio de tiempo en la Luna..., exceptuando breves permisos, que más bien han sido escasos. Hemos comentado muchas veces, en nuestras conversaciones y, sin ir más lejos, ayer mismo, lo difícil que resulta aclimatarse de nuevo a la Tierra.

»Los mundos en que trabajamos están desprovistos de atmósfera. Nunca salimos al exterior sin escafandra. No se nos ocurre ni por asomo la idea de exponernos sin protección al espacio inhóspito. Por lo tanto, la acción de abrir la ventana hubiera provocado antes una terrible lucha interior en todos nosotros. En cambio, el doctor Mandel ha vivido siempre en la Tierra. Para él, abrir una ventana no representa más que un pequeño ejercicio muscular, algo muy sencillo. Para nosotros no. Por lo tanto, fue él quien lo hizo.

Talliaferro se recostó en su asiento con una leve sonrisa.

—¡Espacio, diste en el clavo! —exclamó Ryger con entusiasmo.

—Nada de eso —rugió Mandel, levantándose a medias como si fuese a abalanzarse contra Talliaferro—. Niego esta miserable calumnia. ¿Y la llamada de Villiers, grabada en mi teléfono? Pronunció la palabra «condiscípulo». Toda la grabación demuestra de manera irrefutable...

—Era un moribundo —le atajó Talliaferro—. Usted mismo reconoció que casi todo cuanto dijo era incomprensible. Le pregunto ahora, doctor Mandel, sin haber oído la grabación, si no es cierto que la voz de Villiers era completamente irreconocible.

—Hombre... —dijo Mandel, confuso.

—Estoy seguro que así es. No hay razón para suponer, pues, que usted no hubiese alterado antes la cinta, sin olvidarse de incluir en ella la palabra condenatoria de «condiscípulo».

Mandel replicó:

—Pero, hombre de Dios, ¿cómo podía saber yo que había condiscípulos de Villiers en el congreso? ¿Cómo podía saber que ellos conocían la existencia de su comunicación sobre transferencia de masas?

—Villiers podía habérselo dicho. Creo que lo hizo.

—Vamos a ver —continuó Mandel—, ustedes tres vieron a Villiers vivo a las once. El médico que certificó la defunción de Villiers poco después de las tres de la madrugada manifestó que había muerto por lo menos hacía dos horas. Desde luego, eso era verdad. Por lo tanto, el momento de la muerte puede fijarse entre las once y la una. Ya les dije que yo asistí anoche a una reunión. Puedo demostrar que estaba allí, a varios kilómetros del hotel, entre las diez de la noche y las dos de la madrugada. Puedo presentarles una docena de testigos, ninguno de los cuales puede ponerse en duda. ¿No le basta con eso?

Talliaferro hizo una momentánea pausa. Luego prosiguió, impertérrito:

—Aun así. Supongamos que usted regresó al hotel a las dos y media. Inmediatamente fue a la habitación de Villiers para hablar de su comunicación. Encontró la puerta abierta, o bien poseía una llave duplicada. Sea como fuere, lo encontró ya muerto. Entonces aprovechó la oportunidad para registrar la comunicación...

—¿Y si él ya estaba muerto, y por lo tanto no podía llamar a nadie por teléfono, qué motivo tenía para ocultar la película?

—Evitar sospechas. Puede usted tener una segunda copia oculta a buen recaudo. En realidad, contamos únicamente con su palabra para saber que la comunicación fue destruida.

—Basta, basta —exclamó Urth—. Es una hipótesis interesante, doctor Talliaferro, pero cae por su propio peso.

Talliaferro frunció el ceño.

—Eso no pasa de ser su opinión personal, señor mío...

—Es la opinión de cualquier persona sensata. ¿No ve usted que Hubert Mandel hizo demasiadas cosas para ser él el criminal?

—No —repuso Talliaferro.

Wendell Urth sonrió bondadosamente.

—En su calidad de hombre de ciencia, doctor Talliaferro, sabe usted, indudablemente, que no hay que dejarse deslumbrar por las propias teorías, hasta el punto que éstas nos cieguen sin dejarnos ver los hechos ni razonar. Tenga la bondad de aplicar el mismo método a sus actividades de detective aficionado.

»Considere usted que si el doctor Mandel hubiese provocado la muerte del pobre Villiers, arreglando una coartada, o si hubiese encontrado a Villiers muerto y hubiese tratado de aprovecharse de este hecho, en realidad apenas hubiera hecho nada. ¿Por qué registrar la comunicación o simular que otro lo había hecho? Le bastaba,

sencillamente, con apoderarse del documento. ¿Quién estaba enterado de su existencia? Nadie, en realidad. No hay motivo para pensar que Villiers hubiese hablado a otro de su comunicación. Villiers era un tipo patológico, que tenía la obsesión del secreto. Por lo tanto, todo nos hace creer que no había comunicado su descubrimiento a nadie.

»El único que sabía que Villiers iba a hablar en el congreso era el doctor Mandel. Su comunicación no estaba anunciada. No se publicó un resumen de ella en el programa. El doctor Mandel podía haberse llevado el documento con toda seguridad y sin el menor recelo.

»Y aunque hubiese sabido que Villiers había hablado de sus descubrimientos con sus antiguos condiscípulos, eso no tenía la menor importancia. La única prueba de ello que tenían sus antiguos compañeros eran las palabras de un hombre al que ellos ya se sentían inclinados a considerar como un demente.

»En cambio, al anunciar que la comunicación de Villiers había sido destruida, al declarar que su muerte no era totalmente natural, al buscar una copia registrada de la película..., en una palabra, al actuar como ha actuado, el doctor Mandel ha removido el asunto, despertando unas sospechas innecesarias, pues si admitimos que él pudo ser el culpable, le bastaba con dejar las cosas como estaban para vanagloriarse de haber cometido un crimen perfecto. Si él fuese el criminal, demostraría haber sido más estúpido y más colosalmente obtuso que los mayores imbéciles que he conocido. Y el doctor Mandel dista mucho de ser un imbécil.

Talliaferro se devanaba los sesos tratando de hallar un punto flaco en aquella argumentación, pero no supo qué decir.

Ryger preguntó:

—¿Entonces, quién lo hizo?

—Uno de ustedes tres. Eso es evidente.

—Pero, ¿quién?

—Oh, eso es también evidente. Supe quién de ustedes era el culpable en cuanto el doctor Mandel terminó su exposición de los hechos.

Talliaferro contempló al rollizo extraterrestre con disgusto. Aquella baladronada no le asustaba, pero vio que afectaba a sus dos compañeros. Ryger adelantaba ansiosamente los labios, y a Kaunas le pendía la mandíbula inferior. Ambos parecían dos peces fuera del agua.

Preguntó entonces:

—¿A ver, quién? Díganoslo.

Urth parpadeó.

—En primer lugar, quiero dejar bien sentado que lo importante sigue siendo la transferencia de masas. Aún no podemos darla por perdida.

Mandel, que todavía no había depuesto su enojo, preguntó en son de reproche:

—¿De qué diablos estás hablando ahora, Urth?

—Quien registró la comunicación probablemente la miró mientras lo hacía. No creo que tuviese ni el tiempo ni la presencia de espíritu necesarios para leerla, y aunque lo hubiese hecho, dudo que consiguiese recordarla... de manera consciente. No obstante, tenemos la Prueba Psíquica. Aunque sólo hubiese dirigido una simple ojeada al documento, éste ha quedado grabado en su retina. La prueba podría extraerle esa información.

Todos se agitaron, inquietos.

Urth se apresuró a añadir:

—No hay por qué temer a la prueba. Ofrece grandes garantías de seguridad, particularmente si el sujeto se somete a ella de modo voluntario. El daño suele causarse cuando se produce una innecesaria resistencia... Entonces, la prueba puede lesionar la mente. Por lo tanto, si el culpable quisiese confesar voluntariamente su delito, y ponerse bajo mi completa protección...

Talliaferro lanzó una carcajada, que resonó extrañamente en la tranquila y sombría habitación. ¡Cuán transparente e ingenua era aquella treta psicológica!

Wendell Urth pareció sorprendido, casi molesto, por aquella reacción, y miró gravemente a Talliaferro por encima de sus gafas, antes de decirle:

—Tengo influencia bastante cerca de la policía para mantener la prueba en el terreno confidencial.

Ryger, furioso, exclamó:

—¡Yo no lo hice!

Kaunas se limitó a mover negativamente la cabeza.

Talliaferro no se dignó a responder.

Urth suspiró.

—Entonces, no tendré más remedio que señalar al culpable —dijo—. Así, el proceso será traumático y más difícil. —Se apretó el cinturón e hizo girar nuevamente los dedos—. El doctor Talliaferro ha señalado que la película fue ocultada en el alféizar de la ventana para que permaneciese allí a buen recaudo y en seguridad. Estoy de acuerdo con él.

—Gracias —dijo secamente Talliaferro.

—No obstante, ¿a quién se le ocurre pensar que el alféizar de una ventana constituye un escondrijo especialmente seguro? La policía no hubiera dejado de mirar allí. Aun en ausencia de la policía, la película terminó siendo descubierta. Entonces, ¿quién se sentiría inclinado a considerar que lo que está situado fuera de un edificio ofrece especiales garantías de seguridad? Evidentemente, una persona que haya vivido largo tiempo en un mundo sin aire, y para la cual constituye una segunda naturaleza no salir de un sitio cerrado sin adoptar grandes precauciones.

»Para un hombre acostumbrado a vivir en la Luna, por ejemplo, cualquier cosa

oculta en el exterior de una cúpula lunar estaría en un lugar bastante seguro. Los hombres se aventuran raramente al exterior, y cuando lo hacen, se trata siempre de misiones concretas. Por lo tanto, sólo vencería la repugnancia instintiva a abrir una ventana y exponerse a lo que él consideraría de un modo subconsciente como el vacío si le moviera el interés por encontrar un buen escondrijo. El pensamiento reflejo de «fuera de una construcción habitada estará en seguridad» sería el motor de su acción.

Talliaferro preguntó con los dientes apretados:

—¿Por qué menciona usted la Luna, doctor Urth?

El hombrecillo repuso blandamente:

—Sólo a modo de ejemplo. Lo que he dicho hasta ahora se aplica igualmente a ustedes tres. Pero ahora llegamos al momento crucial, a la cuestión de la noche moribunda.

Talliaferro frunció el ceño, sin comprender:

—¿Con esa extraña expresión se refiere usted a la noche en que Villiers murió?

—Esa extraña expresión, como usted la llama, puede aplicarse a cualquier noche. Mire, aun concediendo que el alféizar de la ventana constituya un escondrijo excelente, ¿quién de ustedes sería lo bastante estúpido como para considerarlo un buen escondrijo para un trozo de película sin revelar? La película de los registradores no es muy sensible, desde luego, y está hecha para revelarse en cualquier clase de condiciones. La luz difusa nocturna no la afecta mayormente, pero la luz difusa diurna la echaría a perder en pocos minutos, y los rayos directos del sol la velarían inmediatamente. Eso lo sabe todo el mundo.

—Adelante, Urth —dijo Mandel—. Veamos adónde quiere ir a parar.

—No nos precipitemos —repuso Urth, torciendo el gesto—. Quiero que todos ustedes vean esto claramente. Lo que el criminal deseaba por encima de todo era salvar la película. Era la única evidencia de algo que tenía un valor inconmensurable para él y para la Humanidad. ¿Por qué la puso entonces en un lugar donde el sol de la mañana la destruiría en pocos segundos...? Sólo porque no se le ocurrió que a la mañana siguiente el sol se levantaría. Pensó instintivamente, por así decir, que la noche era eterna.

»Pero las noches no son eternas. En la Tierra, mueren y dan paso al día. Incluso la noche polar de seis meses termina por morir. Las noches de Ceres sólo duran dos horas; las noches de la Luna duran dos semanas. Pero también mueren, y tanto el doctor Talliaferro como el doctor Ryger saben que el día terminará por llegar.

Kaunas se puso en pie.

—Oiga..., espere...

Wendell Urth se volvió resueltamente hacia él:

—Ya no hace falta esperar, doctor Kaunas. Mercurio es el único cuerpo celeste de tamaño considerable de todo el Sistema Solar que presenta constantemente la misma

cara al Sol. Incluso teniendo en cuenta la libración, tres octavas partes de su superficie están sumidas en una noche eterna, sin ver jamás al Sol. El observatorio polar está enclavado al borde del hemisferio oscuro. Durante diez años, usted se ha acostumbrado a la existencia de unas noches inmortales, a una superficie sumida en eternas nieblas, y por lo tanto confió una película impresionada a la noche de la Tierra, olvidando en el nerviosismo del momento que en nuestro planeta las noches mueren indefectiblemente...

Kaunas dio unos pasos vacilantes hacia él.

—Espere...

Urth prosiguió, inexorable:

—Cuando Mandel ajustó el polarizador en la habitación de Villiers y el sol penetró a raudales, usted lanzó un grito. ¿Lo motivó su arraigado temor al sol de Mercurio, o la súbita comprensión del daño irreparable que la luz solar podía causar a la película? Entonces usted se precipitó hacia la ventana. ¿Lo hizo para ajustar de nuevo el polarizador, o para contemplar la película destruida?

Kaunas cayó de rodillas.

—Yo no quería hacerlo. Sólo quería hablar con él, hablarle únicamente, pero él se puso a gritar y sufrió un colapso. Pensé que había muerto, y que tenía la comunicación bajo la almohada... Lo demás, ya pueden suponerlo. Una cosa me condujo a la otra y, antes de darme cuenta, ya no pude volverme atrás. Pero no lo hice premeditadamente, lo juro.

Se colocaron en semicírculo a su alrededor. Wendell Urth contempló al postrado Kaunas con una mirada de piedad.

La ambulancia ya se había ido. Por último, Talliaferro consiguió hacer acopio de valor para acercarse a Mandel y decirle con voz ronca:

—Supongo, profesor, que no me guardará usted demasiado rencor por lo que he dicho.

Mandel respondió, con voz igualmente ronca:

—Creo que lo mejor que podríamos hacer todos sería olvidar en lo posible todo cuanto ha ocurrido en estas últimas veinticuatro horas.

Estaban todos de pie en el umbral a punto de irse, cuando Wendell Urth bajó la cabeza con una sonrisita y dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—No hemos hablado de la cuestión de mis honorarios, señores.

Mandel dio un respingo.

—No, nada de dinero —se apresuró a añadir Urth.

Todos le miraron, estupefactos.

El hombrecillo prosiguió:

—Pero cuando se establezca el primer sistema de transferencia de masas para seres humanos, quiero que me organicen un viaje.

Mandel no había perdido su expresión preocupada.

—Pero, hombre, aún falta mucho para que se puedan realizar viajes por ese sistema a través de los espacios interplanetarios... —dijo.

Urth denegó rápidamente con la cabeza.

—¿Quién habla de espacios interplanetarios? Yo soy más modesto. Sólo quiero realizar un viajecito hasta Lower Falls, en New Hampshire.

—De acuerdo. ¿Y por qué allí, precisamente?

Urth levantó la mirada. Talliaferro se llevó una sorpresa mayúscula al observar la expresión del extraterrestre, en la cual se mezclaban la timidez y el ansia.

Como si le costase hablar, dijo:

—Una vez..., hace mucho tiempo..., tuve allí una novia. Han pasado muchos años..., pero a veces me pregunto...



## Estoy en puerto Marte sin Hilda (1957)

---

“I'm in Marsport Without Hilda”

Todo empezó como un sueño. No tuve que preparar nada, ni disponer las cosas de antemano. Me limité a observar cómo todo salía por sí solo... Tal vez eso debería haberme puesto sobre aviso, y hacerme presentir la catástrofe.

Todo empezó con mi acostumbrado mes de descanso entre dos misiones. Un mes de trabajo y un mes de permiso constituye la norma del Servicio Galáctico. Llegué a Puerto Marte para la espera acostumbrada de tres días antes de emprender el breve viaje a la Tierra.

En circunstancias ordinarias, Hilda, que Dios la bendiga, la esposa más cariñosa que pueda tener un hombre, hubiera estado allí esperándome, y ambos hubiéramos pasado tres días muy agradables y tranquilos..., un pequeño y dichoso compás de espera para los dos. La única dificultad para que esto fuera posible consistía en que Puerto Marte era el lugar más turbulento y ruidoso de todo el Sistema, y un pequeño compás de espera no es exactamente lo que mejor encaja allí. Pero..., ¿cómo podía explicarle eso a Hilda?

Pues bien, esta vez, mi querida mamá política, que Dios la bendiga también (para variar), se puso enferma precisamente dos días antes que yo arribase a Puerto Marte, y la noche antes de desembarcar recibí un espaciograma de Hilda comunicándome que tenía que quedarse en la Tierra con mamá y que, sintiéndolo mucho, no podía acudir allí a recibirme.

Le envié otro espaciograma diciéndole que yo también lo sentía mucho y que lamentaba enormemente lo de su madre, cuyo estado me inspiraba una gran ansiedad (así se lo dije). Y cuando desembarqué...

¡Me encontré en Puerto Marte y sin Hilda!

De momento me quedé anonadado; luego se me ocurrió llamar a Flora (con la que había tenido ciertas aventurillas en otros tiempos), y con este fin tomé una cabina de vídeo..., sin reparar en gastos, pero es que tenía prisa.

Estaba casi seguro que la encontraría fuera, o que tendría el videófono desconectado, o incluso que habría muerto.

Pero allí estaba ella, con el videófono conectado y, por toda la Galaxia, lo estaba todo menos muerta.

Estaba mejor que nunca. El paso de los años no podía marchitarla, como dijo una vez alguien, ni la costumbre empañar su cambiante belleza.

¡No estuvo poco contenta de verme! Alborozada, gritó:

—¡Max! ¡Hacía años que no nos veíamos!

—Ya lo sé, Flora, pero ahora nos veremos, si tú estás libre. ¿Sabes qué pasa?  
¡Estoy en Puerto Marte y sin Hilda!

Ella chilló de nuevo:

—¡Estupendo! Entonces ven inmediatamente.

Yo me quedé bizco. Aquello era demasiado.

—¿Quieres decir que estás libre..., libre de verdad?

El lector debe saber que a Flora había que pedirle audiencia con días de anticipación. Era algo que se salía de lo corriente. Ella me contestó:

—Oh, tenía un compromiso sin importancia, Max, pero ya lo arreglaré. Tú ven.

—Voy volando —contesté, estallando de puro gozo.

Flora era una de esas chicas... Bien, para que el lector tenga una idea, le diré que en sus habitaciones reinaba la gravedad marciana: 0,4 respecto a la normal en la Tierra. La instalación que la liberaba del campo pseudo-gravitatorio a que se hallaba sometido Puerto Marte era carísima, desde luego, pero si el lector ha sostenido alguna vez entre sus brazos a una chica a 0,4 gravedades, sobran las explicaciones. Y si no lo ha hecho, las explicaciones de nada sirven. Además, le compadezco.

Es algo así como flotar en las nubes.

Corté la comunicación. Sólo la perspectiva de verla en carne y hueso podía obligarme a borrar su imagen con tal celeridad. Salí corriendo de la cabina.

En aquel momento, en aquel preciso instante, con precisión de décimas de segundo, el primer soplo de la catástrofe me rozó.

Aquel primer barrunto estuvo representado por la calva cabeza de aquel desarrapado de Rog Crinton, de las oficinas de Marte, calva que brillaba sobre unos grandes ojos azul pálido, una tez cetrina y un desvaído bigote pajizo. No me molesté en ponerme a gatas y tratar de enterrar la cabeza en el suelo, porque mis vacaciones acababan de comenzar en el mismo momento en que había descendido de la nave.

Por lo tanto, le dije con una cortesía normal:

—¿Qué deseas? Tengo prisa. Me esperan.

Él repuso:

—Quien te espera soy yo. Te he estado esperando en la rampa de descarga.

—Pues no te he visto.

—Tú nunca ves nada.

Tenía razón, porque al pensar en ello, me dije que si él estaba en la rampa de descarga, debería haberse quedado girando para siempre, porque había pasado junto a él como el cometa Halley rozando la corona solar.

—Muy bien —dije entonces—. ¿Qué deseas?

—Tengo un trabajillo para ti.

Yo me eché a reír.

—Acaba de empezar mi mes de permiso, amigo.

—Pero se trata de una alarma roja de emergencia, amigo —repuso él.

Lo cual significaba que me quedaba sin vacaciones, ni más ni menos. No podía

creerlo. Así que le dije:

—Vamos, Rog. Sé compasivo. Yo también tengo una llamada de urgencia particular.

—No puede compararse con esto.

—Rog —vociferé—. ¿No puedes encontrar a otro? ¿Es que no hay nadie más?

—Tú eres el único agente de primera clase que hay en Marte.

—Pídelo a la Tierra entonces. En el Cuartel General tienen agentes a montones.

—Esto tiene que hacerse antes de las once de esta misma mañana. Pero, ¿qué pasa? ¿Acaso no tienes que esperar tres días?

Yo me oprimí la cabeza. ¡Qué sabía él!

—¿Me dejas llamar? —le dije.

Tras fulminarlo con la mirada, volví a meterme en la cabina y dije:

—¡Particular!

Flora apareció de nuevo en la pantalla, deslumbrante como un espejismo en un asteroide. Sorprendida, dijo:

—¿Ocurre algo, Max? No vayas a decirme que algo va mal. Ya he anulado el otro compromiso.

—Flora, cariño —repuse—, iré, iré. Pero ha surgido algo.

Ella preguntó con voz dolida lo que ya podía suponerme, y yo contesté:

—No, no es otra chica. Donde estás tú, las demás no cuentan. ¡Cielito! —Sentí el súbito impulso de abrazar la pantalla de vídeo, pero comprendí que eso no es un pasatiempo adecuado para adultos—. Una cosa del trabajo. Pero tú espérame. No tardaré mucho.

Ella suspiró y dijo:

—Muy bien.

Pero lo dijo de una manera que no me gustó, y que me hizo temblar.

Salí de la cabina con paso vacilante y me encaré con aquel pelmazo:

—Muy bien, Rog, ¿qué clase de embrollo me han preparado?

Nos fuimos al bar del espacio-puerto y nos metimos en un reservado. Rog me explicó.

—El Antares Giant llega procedente de Sirio dentro de exactamente media hora; a las ocho en punto.

—Muy bien.

—Descenderán de él tres hombres, mezclados con los demás pasajeros, para esperar al Space Eater, que tiene su llegada de la Tierra a las once y sale para Capella poco después. Estos tres hombres subirán al Space Eater, y a partir de ese momento quedarán fuera de nuestra jurisdicción.

—Bueno, ¿y qué?

—Entre las ocho y las once permanecerán en una sala de espera especial, y tú les

harás compañía. Tengo una imagen tridimensional de cada uno de ellos, con el fin que puedas identificarlos. En esas tres horas tendrás que averiguar cuál de los tres transporta contrabando.

—¿Qué clase de contrabando?

—De la peor clase. Espaciolina alterada.

—¿Espaciolina alterada?

Me había matado. Sabía perfectamente lo que era la espaciolina. Si el lector ha viajado por el espacio también lo sabrá, sin duda. Y para el caso que no se haya movido nunca de la Tierra, le diré que todos los que efectúan su primer viaje por el espacio la necesitan; casi todos la toman en el primer viaje que realizan; y muchísimas personas ya no saben prescindir jamás de ella. Sin ese producto maravilloso, se experimenta vértigo cuando se está en caída libre, algunos lanzan chillidos de terror y contraen psicosis semi-permanentes. Pero la espaciolina hace desaparecer completamente estas molestias y sus efectos. Además, no crea hábito; no posee efectos perjudiciales secundarios. La espaciolina es ideal, esencial, insustituible. Si el lector lo duda, tome espaciolina. Rog continuó:

—Exactamente. Espaciolina alterada. Sólo puede alterarse mediante una sencilla reacción que cualquiera es capaz de realizar en el sótano de su casa. Entonces pasa a ser una droga y se administra en dosis masivas, convirtiéndose en un terrible hábito desde la primera toma. Se la puede comparar a los más peligrosos alcaloides que se conocen.

—¿Y acabamos de descubrirlo precisamente ahora, Rog?

—No. El Servicio conocía la existencia de esa droga desde hace años, y hemos evitado que este peligroso conocimiento se difundiese, manteniendo en el mayor secreto los casos en que se ha hallado droga. Pero ahora las cosas han llegado demasiado lejos.

—¿En qué sentido?

—Uno de los tres individuos que se detendrán aquí transporta cierta cantidad de espaciolina alterada sobre su persona. Los químicos del sistema de Capella, que se encuentra fuera de la Federación, la analizarán y averiguarán la manera de producirla sintéticamente. Después de esto nos encontraremos enfrentados con el dilema de tener que luchar contra la peor amenaza que jamás han provocado los estupefacientes, o tener que suprimir el peligro suprimiendo su causa.

—¿La espaciolina?

—Exacto. Y si suprimimos la espaciolina, de rechazo suprimimos los viajes interplanetarios.

Me resolví a poner el dedo en la llaga:

—¿Cuál de esos tres individuos lleva la droga?

Rog sonrió con desdén.

—¿Crees que te necesitaríamos si lo supiésemos? Eres tú quien tiene que averiguarlo.

—Me encargas una misión muy arriesgada.

—En efecto; si te equivocas de individuo te expones a que te corten el pelo hasta la laringe. Cada uno de esos tres es un hombre importantísimo en su propio planeta. Uno de ellos es Edward Harponaster; otro, Joaquin Lipsky, y el tercer es Andiamo Ferrucci. ¿Qué te parece?

Tenía razón. Yo conocía aquellos tres nombres. Probablemente el lector los conoce también; y no podía poner la mano encima de ninguno de ellos sin poseer sólidas pruebas, naturalmente.

—¿Y uno de ellos se ha metido en un negocio tan sucio por unos cuantos...?

—Este asunto representa trillones —repuso Rog—, lo cual quiere decir que cualquiera de ellos lo haría con mucho gusto. Y sabemos que es uno de ellos, porque Jack Hawk consiguió averiguarlo antes que le matasen...

—¿Han matado a Jack Hawk?

Durante un minuto me olvidé de la amenaza que pesaba sobre la galaxia a causa de aquellos traficantes de drogas. Y casi, casi, llegué a olvidarme también de Flora.

—Sí, y lo asesinaron a instigación de uno de esos tipos. Tú tienes que descubrirlo. Si nos señalas al criminal antes de las once, cuenta con un ascenso, un aumento de sueldo y la satisfacción de haber vengado al pobre Jack Hawk. Y, por ende, habrás salvado a la galaxia. Pero si señalas a un inocente, crearás un conflicto interestelar, perderás el puesto, y te pondrán en todas las listas negras que hay entre la Tierra y Antares.

—¿Y si no señalo a ninguno de ellos? —pregunté.

—Eso sería como señalar a uno inocente, por lo que se refiere al Servicio.

—O sea que tengo que señalar a uno, pero sólo al culpable, de lo contrario mi cabeza está en juego.

—Harían rebanadas con ella. Estás empezando a comprender, Max.

En una larga vida de parecer feo, Rog Crinton nunca lo había parecido tanto como entonces. Lo único que me consoló al mirarle fue pensar que él también estaba casado y que vivía con su mujer en Puerto Marte todo el año. Y se lo tenía muy merecido. Tal vez me mostraba demasiado duro con él, pero se merecía aquello.

Así que perdí de vista a Rog, me apresuré a llamar a Flora.

—¿Qué pasa? —me preguntó ella.

—Verás, cielito —le dije—, no puedo contártelo ahora, pero se trata de un compromiso ineludible. Ten un poco de paciencia, que terminaré este asunto en seguida, aunque tenga que recorrer a nado todo el Gran Canal hasta el casquete polar en ropa interior, ¿sabes?, o arrancar a Fobos del cielo..., o cortarme en pedacitos y enviarme como paquete postal.

—Vaya —dijo ella, con un mohín de disgusto—, si hubiese, sabido que tenía que esperar...

Yo di un respingo. Flora, a pesar de su nombre, no era de esas chicas que se impresionan por la poesía. En realidad, ella sólo era una mujer de acción... Pero, después de todo, cuando flotase en brazos de la gravedad marciana en un mar perfumado con jazmín y en compañía de Flora, la sensibilidad poética no sería precisamente la cualidad que yo consideraría más indispensable.

Con una nota de urgencia en la voz, dije:

—Por favor, espérame, Flora. No tardaré. Después ya recuperaremos el tiempo perdido.

Estaba disgustado, desde luego, pero todavía no me dominaba la preocupación. Apenas me había dejado Rog, cuando concebí un plan para descubrir cuál era el culpable.

Era muy fácil. Estuve a punto de llamar a Rog para decírselo, pero no hay ninguna ley que prohíba que la cerveza se suba a la cabeza y que el aire contenga oxígeno. Lo resolvería en cinco minutos y luego me iría disparado a reunirme con Flora; con cierto retraso tal vez, pero con un ascenso en el bolsillo, un aumento de sueldo en mi cuenta y un pegajoso beso del Servicio en ambas mejillas.

Mi plan era el siguiente: los magnates de la industria no suelen viajar mucho por el espacio; prefieren utilizar el transvídeo. Cuando tienen que asistir a alguna importante conferencia interestelar, como era probablemente el caso de aquellos tres, tomaban espaciolina. No estaban suficientemente acostumbrados a viajar por el espacio para atreverse a prescindir de ella. Además, la espaciolina es un producto carísimo, y los grandes potentados siempre quieren lo mejor de lo mejor. Conozco su psicología.

Eso sería perfectamente aplicable a dos de ellos. No obstante, el que transportaba el contrabando no podía arriesgarse a tomar espaciolina..., ni siquiera para evitar el mareo del espacio. Bajo la influencia de la espaciolina, podría revelar la existencia de la droga; o perderla; o decir algo incoherente que luego resultase comprometedor. Tenía que mantener el dominio de sí mismo en todo momento.

Así de sencillo era. Me dispuse a esperar.

El Antares Giant arribó puntualmente, y yo esperé con los músculos de las piernas en tensión, para salir corriendo en cuanto hubiese puesto las esposas al inmundo y criminal traficante de drogas y me hubiese despedido de los otros dos eminentes personajes.

El primero en entrar fue Lipsky. Era un hombre de labios carnosos y sonrosados, mentón redondeado, cejas negrísimas y cabello ceniciento. Se limitó a mirarme, para sentarse sin pronunciar palabra. No era aquél. Se hallaba bajo los efectos de la espaciolina.

Yo le dije:

—Buenas tardes.

Con voz soñolienta, él murmuró:

—Ardes surrealista en Panamá corazones en misiones para una taza de té.  
Libertad de palabra.

Era la espaciolina, en efecto. La espaciolina, que aflojaba los resortes de la mente humana. La última palabra pronunciada por alguien sugería la siguiente frase, en una desordenada asociación de ideas.

El siguiente fue Andiamo Ferrucci. Bigotes negros, largo y cerúleo, tez olivácea, cara marcada de viruelas. Tomó asiento en otra butaca, frente a nosotros.

Yo le dije:

—¿Qué, buen viaje?

Él contestó:

—Baje la luz sobre el testuz del buey de Camagüey, me voy a Indiana a comer.

Lipsky intervino:

—Comercio sabio resabio con una libra de libros en Biblos y edificio fenicios.

Yo sonreí. Me quedaba Harponaster. Ya tenía cuidadosamente preparada mi pistola neurónica, y las esposas magnéticas a punto para ponérselas.

Y en aquel momento entró Harponaster. Era un hombre flaco, correoso, muy calvo, y bastante más joven de lo que parecía en su imagen tridimensional. ¡Y estaba empapado de espaciolina hasta el tuétano!

No pude contener una exclamación:

—¡Atiza!

—Paliza fenomenal sobre mal papel si no tocamos madera en la carretera.

Ferrucci añadió:

—Estera sobre la ruta en disputa por encontrar un rui señor.

Y Lipsky continuó:

—Señor, jugaré a ping-pong ante amigos dulces son.

Yo miraba de uno a otro lado mientras ellos iban diciendo tonterías en parrafadas cada vez más breves, hasta que reinó el silencio.

Inmediatamente comprendí lo que sucedía. Uno de ellos estaba fingiendo, pues había tenido suficiente inteligencia para comprender que si no aparecía bajo los efectos de la espaciolina, eso le delataría. Tal vez sobornó a un empleado para que le inyectase una solución salina, o hizo cualquier otro truco parecido.

Uno de ellos fingía. No resultaba difícil representar aquella comedia. Los actores del subetérico hacían regularmente el número de la espaciolina. El lector debe haberlos oído docenas de veces.

Contemplé a aquellos tres hombres y noté que se me erizaban por primera vez los pelos del cuello al pensar en lo que me sucedería si no conseguía descubrir al

culpable.

Eran las 8,30, y estaban en juego mi empleo, mi reputación, y mi propia cabeza. Dejé de pensar de momento en ello y pensé en Flora. Desde luego, no me esperaba eternamente. Lo más probable era que ni siquiera me esperase otra media hora.

Entonces me dije: ¿sería capaz el culpable de realizar con la misma soltura las asociaciones de ideas, si le hacía meterse en terreno resbaladizo?

Así es que dije:

—Estoy tan estupefacto que siento estupefacción.

Lipsky pescó la frase al vuelo y prosiguió:

—Estupefacción estupefaciente dijo el cliente con do re mi fa sol para ser salvado.

—Salvado con estofado de toro de nada sirve la efervescencia con un cañón — dijo Ferrucci.

—Cañones al son dulzón del trombón —dijo Lipsky.

—Bombón astroso —dijo Ferrucci.

—Oso de cal —dijo Harponaster.

Unos cuantos gruñidos y se callaron.

Lo intenté de nuevo, con mayor cuidado esta vez, pensando que recordarían después todo cuanto yo dijese. Por lo tanto, debía esforzarme por decir frases inofensivas.

Dije pues:

—No hay nada como la espaciolina.

Ferrucci dijo:

—La colina de la mina en la Scala de Milán, tan taran, tan...

Yo interrumpí tan ingeniosas palabras y repetí, mirando a Harponaster:

—Sí, para viajar por el espacio, no hay nada como la espaciolina.

—Avelina con su cama de algodón en rama salta la rana...

Le interrumpí también, dirigiéndome esta vez a Lipsky:

—No hay nada como la espaciolina.

—Melusina toma chocolate con patatas baratas tras los talones de Aquiles.

Uno de ellos añadió:

—Miles de angulas grandes como mulas me tienen que matar.

—Atar después de bailar.

—Hilar muy finas.

—Minas de sal.

—Salga el rey.

—Buey.

Lo intenté dos o tres veces más, hasta que vi que por allí no iría a ninguna parte. El culpable, quienquiera que fuese de los tres, se había ejercitado, o bien poseía un



talento natural para efectuar asociaciones de ideas espontáneas. Desconectaba su cerebro y dejaba que las palabras saliesen al buen tun tun. Además, debía saber lo que yo estaba buscando. Si «estupefacción» con su derivado «estupefaciente» no le habían delatado, la repetición por tres veces consecutivas de la palabra «espaciolina» debía haberlo hecho. Los otros dos nada debían sospechar, pero él sí.

¿Cómo conseguiría descubrirlo entonces? Sentí un odio furioso hacia él y noté que me temblaban las manos. Aquella asquerosa rata, si se escapaba, corrompería toda la galaxia. Por si fuese poco, era culpable de la muerte de mi mejor amigo. Y por encima de todo esto, me impedía acudir a mi cita con Flora.

Me quedaba el recurso de registrarlos. Los dos que se hallaban realmente bajo los efectos de la espaciolina no harían nada por impedirlo, pues no podían sentir emoción, temor, ansiedad, odio, pasión ni deseos de defenderse. Y si uno de ellos hacía el menor gesto de resistencia, ya tendría al hombre que buscaba.

Pero los inocentes recordarían lo sucedido, al recobrar la lucidez. Recordarían que los habían registrado minuciosamente mientras se hallaban bajo los efectos de la espaciolina.

Suspiré. Si lo intentaba, descubriría al criminal, desde luego, pero yo me convertiría después en algo extraordinariamente parecido al hígado trinchado. El Servicio recibiría una terrible reprimenda, el escándalo alcanzaría proporciones cósmicas, y en el aturdimiento y la confusión que esto produciría, el secreto de la espaciolina alterada se difundiría a los cuatro vientos, con lo que todo se iría a rodar.

Desde luego, el culpable podía ser el primero que yo registrase. Tenía una probabilidad entre tres que lo fuese. Pero no me fiaba.

Consulté desesperado mi reloj y mi mirada se enfocó en la hora: las 9:15.

¿Cómo era posible que el tiempo pasase tan de prisa?

¡Oh, Dios mío! ¡Oh, pobre de mí! ¡Oh, Flora!

No tenía elección. Volví a la cabina para hacer otra rápida llamada a Flora. Una llamada rápida, para que la cosa no se enfriase; suponiendo que ya no estuviese helada.

No cesaba de decirme: «No contestará».

Traté de prepararme para aquello, diciéndome que había otras chicas, que había otras...

Todo inútil, no había otras chicas.

Si Hilda hubiese estado en Puerto Marte, nunca hubiera pensado en Flora; eso para empezar, y entonces su falta no me hubiera importado. Pero estaba en Puerto Marte y sin Hilda, y además tenía una cita con Flora.

La señal de llamada funcionaba insistentemente, y yo no me decidía a cortar la comunicación.

¡De pronto contestaron!

Era ella. Me dijo:

—Ah, eres tú.

—Claro, cariño, ¿quién si no podía ser?

—Pues cualquier otro. Otro que viniese.

—Tengo que terminar este asunto, cielito.

—¿Qué asunto? ¿Plastones pa quien?

Estuve a punto de corregir su error gramatical, pero estaba demasiado ocupado tratando de adivinar qué debía significar «plastones».

Entonces me acordé. Una vez le había dicho que yo era representante de plastón. Fue aquel día que le regalé un camión de plastón que era una monada.

Entonces le dije:

—Escucha. Concédeme otra media hora...

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Estoy aquí sola y sentada, esperándote.

—Ya te lo compensaré.

Para que el lector vea cuán desesperado me hallaba, le diré que ya empezaba a pensar en tomar un camino que sólo podía llevarme al interior de una joyería, aunque eso significase que mi cuenta corriente mostraría un mordisco tan considerable que para la mirada penetrante de Hilda parecería algo así como la nebulosa Cabeza de Caballo irrumpiendo en la Vía Láctea. Pero entonces estaba completamente desesperado.

Ella dijo, contrita:

—Tenía una cita estupenda y la anulé por ti.

Yo protesté:

—Me dijiste que era un compromiso sin importancia.

Después que lo dije, comprendí que me había equivocado.

Ella se puso a gritar:

—¡Un compromiso sin importancia!

(Eso fue exactamente lo que dijo. Pero de nada sirve tener la verdad de nuestra parte al discutir con una mujer. En realidad, eso no hace sino empeorar las cosas. ¿Es que no lo sabía, estúpido de mí?)

Flora prosiguió:

—Mira que decir eso de un hombre que me ha prometido una finca en la Tierra...

Entonces se puso a charlar por los codos de aquella finca en la Tierra. A decir verdad, casi todos los donjuanes de ocasión que se paseaban por Puerto Marte aseguraban poseer una finca en la Tierra, pero el número de los que la poseían de verdad se podía contar con el sexto dedo de cada mano.

Traté de hacerla callar. Todo inútil.

Por último dijo, llorosa:

—Y yo aquí sola, y sin nadie.

Y cortó el contacto.

Desde luego, tenía razón. Me sentí el individuo más despreciable de toda la galaxia.

Regresé a la sala de espera. Un rastrero botones se apresuró a dejarme paso.

Contemplé a los tres magnates de la industria y me puse a pensar en qué orden los estrangularía lentamente hasta matarlos si pudiese tener la suerte de recibir aquella orden. Tal vez empezaría por Harponaster. Aquel sujeto tenía un cuello flaco y correoso que podría rodear perfectamente con mis dedos, y una nuez prominente sobre la cual podría hacer presión con los pulgares.

La satisfacción que estos pensamientos me proporcionaron fue, a decir verdad, ínfima, y sin darme cuenta murmuré la palabra «¡Cielito!», de pura añoranza.

Aquello los disparó otra vez. Ferrucci dijo:

—Bonito lío tiene mi tío con la lluvia rubia Dios salve al rey...

Harponaster, el del flaco pescuezo, añadió:

—Ley de la selva para un gato malva.

Lipsky dijo:

—Calva cubierta con varias tortillas.

—Pillas niñas son.

—Sonaba.

—Haba.

—Va.

Y se callaron.

Entonces me miraron fijamente. Yo les devolví la mirada. Estaban desprovistos de emoción (dos de ellos al menos), y yo estaba vacío de ideas. Y el tiempo iba pasando.

Seguí mirándoles fijamente y me puse a pensar en Flora. Se me ocurrió que no tenía nada que perder que ya no hubiese perdido. ¿Y si les hablase de ella?

Entonces les dije:

—Señores, hay una chica en esta ciudad, cuyo nombre no mencionaré para no comprometerla. Permítanme que se la describa.

Y eso fue lo que hice. Debo reconocer que las últimas dos horas habían aumentado hasta tal punto mis reservas de energía, que la descripción que les hice de Flora y de sus encantos asumió tal calidad poética que parecía surgir de un manantial oculto en lo más hondo de mi ser subconsciente.

Los tres permanecían alelados, casi como si escuchasen, sin interrumpirme apenas. Las personas sometidas a la espaciolina se hallan dominadas por una extraña cortesía. No interrumpen nunca al que está hablando. Esperan a que éste termine.

Seguí describiéndoles a Flora con un tono de sincera tristeza en mi voz, hasta que

los altavoces anunciaron estruendosamente la llegada del Space Eater.

Había terminado. En voz alta, les dije:

—Levántense, caballeros. —Para añadir—: Tú no, asesino.

Y sujeté las muñecas de Ferrucci con mis esposas magnéticas, casi sin darle tiempo a respirar.

Ferrucci luchó como un diablo. Naturalmente, no se hallaba bajo la influencia de la espaciolina. Mis compañeros descubrieron la peligrosa droga, que transportaba en paquetes de plástico color carne adheridos a la parte interior de sus muslos. De esta manera resultaban invisibles; sólo se descubrían al tacto, y aun así, había que utilizar un cuchillo para cerciorarse.

Rog Crinton, sonriendo y medio loco de alegría, me sujetó después por la solapa para sacudirme como un condenado:

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo conseguiste descubrirlo?

Yo respondí, tratando de desasirme:

—Estaba seguro que uno de ellos fingía hallarse bajo los efectos de la espaciolina. Así es que se me ocurrió hablarles... (adopté precauciones..., a él no le importaban en lo más mínimo los detalles), ejem, de una chica, ¿sabes?, y dos de ellos no reaccionaron, con lo cual comprendí que se hallaban drogados. Pero la respiración de Ferrucci se aceleró y aparecieron gotas de sudor en su frente. Yo la describí muy a lo vivo, y él reaccionó ante la descripción, con lo cual me demostró que no se hallaba drogado. Ahora, ¿harás el favor de dejarme ir?

Me soltó, y casi me caí de espalda.

Me disponía a salir corriendo..., los pies se me iban solos, cuando de pronto di media vuelta y volví de nuevo junto a mi amigo.

—Oye, Rog —le dije—. ¿Podrías firmarme un vale por mil créditos, pero no como anticipo de mi paga..., sino en concepto de servicios prestados a la organización?

Entonces fue cuando comprendí que estaba verdaderamente loco de alegría y que no sabía cómo demostrarme su gratitud, pues me dijo:

—Naturalmente, Max, naturalmente. Pero mil es poco... Te daré diez mil, si quieres.

—Quiero —repuse, sujetándole yo para variar—. Quiero. ¡Quiero!

Él me extendió un vale en papel oficial del Servicio por diez mil créditos; dinero válido, contante y sonante en toda la galaxia. Me entregó el vale sonriendo, y en cuanto a mí, no sonreía menos al recibirlo, como puede suponerse.

Respecto a la forma de contabilizarlo, era cuenta suya; lo importante era que yo no tendría que rendir cuentas de aquella cantidad a Hilda.

Por última vez, me metí en la cabina para llamar a Flora. No me atrevía a concebir demasiadas esperanzas hasta que llegase a su casa. Durante la última media

hora, ella había podido tener tiempo de llamar a otro, si es que ese otro no estaba ya con ella.

«Que responda. Que responda. Que res...»

Respondió, pero estaba vestida para salir. Por lo visto, la había pillado en el momento mismo de marcharse.

—Tengo que salir —me dijo—. Aún existen hombres formales. En cuanto a ti, deseo no verte más. No quiero verte ni en pintura. Me harás un gran favor, señor cantamañanas, si no vuelves a llamarme nunca más en tu vida y...

Yo no decía nada. Me limitaba a contener la respiración y sostener el vale de manera que ella pudiese verlo. No hacía más que eso.

Pero fue bastante. Así que terminó de decir las palabras «nunca más en tu vida y...», se acercó para ver mejor. No era una chica excesivamente culta, pero sabía leer «diez mil créditos» más de prisa que cualquier graduado universitario de todo el Sistema Solar.

Abriendo mucho los ojos, exclamó:

—¡Max! ¿Son para mí?

—Todos para ti, cielito. Ya te dije que tenía que resolver cierto asuntillo. Quería darte una sorpresa.

—Oh, Max, qué delicado eres. Bueno, todo ha sido una broma. No lo decía en serio, como puedes suponer. Ven en seguida. Te espero.

Y empezó a quitarse el abrigo.

—¿Y tu cita, qué? —le pregunté.

—¿No te he dicho que bromeaba?

—Voy volando —dije, sintiéndome desfallecer.

—Bueno, no te vayas a olvidar del valecito ese, ¿eh? —dijo ella, con una expresión pícaro.

—Te los daré del primero al último.

Corté el contacto, salí de la cabina y pensé que por último estaba a punto..., a punto...

Oí que me llamaban por mi nombre de pila.

—¡Max, Max!

Alguien venía corriendo hacia mí.

—Rog Crinton me dijo que te encontraría por aquí. Mamá se ha puesto bien, ¿sabes? Entonces conseguí encontrar todavía pasaje en el Space Eater, y aquí me tienes... Oye, ¿qué es eso de los diez mil créditos?

Sin volverme, dije:

—Hola, Hilda.

Y entonces me volví e hice la cosa más difícil de toda mi vida de aventurero del espacio. Conseguí sonreír.

## Los buitres bondadosos (1957)

---

“The Gentle Vultures”

Hacía ya quince años que los hurrianos mantenían su base en la cara invisible de la Luna.

Era algo sin precedentes; inaudito. Ningún hurriano había podido ni soñar que les entretendrían tanto tiempo. Las escuadrillas de descontaminación estaban dispuestas y esperando durante aquellos quince años; listas para descender como exhalaciones a través de las nubes radiactivas y salvar lo que pudiese salvarse para los escasos supervivientes... A cambio, naturalmente, de una paga justa y equitativa.

Pero el planeta había girado quince veces en torno a su sol. Cada vez que completaba una revolución, el satélite había girado casi trece veces en torno al planeta. Y durante todo aquel tiempo, la guerra nuclear no había estallado.

Los grandes primates inteligentes hacían estallar bombas nucleares en diversos puntos de la superficie del planeta. La estratosfera del mismo se había ido recalentando extraordinariamente con desechos radiactivos. Pero la guerra seguía sin estallar.

Devi-en deseaba con toda su alma que lo relevasen. Era el cuarto capitán que se hallaba al frente de aquella expedición colonizadora (si aún se la podía seguir llamando así, después de quince años de animación suspendida), y nada le habría alegrado más que el que un quinto capitán viniese a sustituirle. La inminente llegada del Archiadministrador enviado por el planeta materno para que informase personalmente sobre la situación indicaba que su relevo tal vez estaba próximo. ¡Ojalá!

Se hallaba en la superficie de la Luna, metido en su traje del espacio y pensando en Hurria, su planeta natal. Mientras pensaba movía incansablemente largos y delgados brazos como si su instinto milenario le hiciese ansiar los árboles ancestrales. Sólo se alzaba noventa centímetros sobre el suelo. Lo poco que podía verse de él a través del visor transparente de su casco era una cara negra y velluda, de frente arrugada, y nariz carnosa y móvil. El pequeño mechón de pelos finos que formaba su barba contrastaba vivamente, pues era de un blanco purísimo. En la parte trasera de la escafandra, un poco más abajo de su centro, se veía un bulto destinado a alojar cómodamente la corta y gruesa cola de los hurrianos.

Devi-en no se preocupaba lo más mínimo por su apariencia, desde luego, pero se daba perfecta cuenta de las diferencias que separaban a los hurrianos de las restantes inteligencias de la galaxia. Solamente los hurrianos eran tan pequeños; únicamente ellos poseían cola y eran vegetarianos..., y sólo ellos se habían salvado de la inevitable guerra nuclear que había destruido a las demás especies racionales conocidas.

Se erguía en la llanura amurallada de muchos kilómetros de extensión..., tan vasta, en realidad, que su borde elevado y circular (que en Hurria hubiera sido llamado un cráter, de haber sido más pequeño) se perdía tras el horizonte. Junto a la pared meridional del circo, en un lugar bastante protegido de la acción directa de los rayos solares, había crecido una ciudad. Por supuesto, comenzó como un campamento provisional, pero con el transcurso de los años los hurrianos trajeron hembras de su especie, y nacieron niños. En la actualidad había allí escuelas y complicadas plantaciones hidropónicas, grandes depósitos de agua, y todo cuanto es necesario para abastecer a una ciudad en un mundo sin aire.

¡Resultaba ridículo! Y todo porque un planeta que tenía armas atómicas no se decidía a desencadenar una guerra.

El Archiadministrador, cuya llegada era inminente, se haría sin duda la misma pregunta que Devi-en se había formulado un incontable número de veces: ¿Por qué no había estallado una guerra nuclear?

Devi-en observó como los toscos y pesados mauvs preparaban el terreno para el aterrizaje, alisando las desigualdades del mismo y extendiendo la capa protectora de cerámica, destinada a absorber el empuje hiperatómico que se ejercería contra el campo, con el fin de evitar la menor incomodidad para los pasajeros que ocuparían la astronave.

Incluso cubiertos por sus escafandras del espacio, los mauvs parecían rebosar fuerza, pero era la fuerza muscular únicamente. Más allá se veía la figurilla de un hurriano dando órdenes, que los mauvs obedecían con docilidad. Naturalmente.

La raza mauviana era la única, entre las restantes especies de grandes primates inteligentes, que pagaba su tributo con algo completamente insólito: su aportación personal, en lugar de enviar artículos de consumo. Aquello constituía un tributo verdaderamente útil, mejor que el acero, el aluminio o las especias.

Una voz resonó de pronto en el receptor de Devi-en:

—Hemos avistado la nave, señor. Aterrizará antes de una hora.

—Muy bien —dijo Devi-en—. Que preparen mi coche para llevarme a la nave en cuanto se inicie el aterrizaje.

Algo le decía que las cosas no iban muy bien.

Apareció el Archiadministrador, escoltado por un séquito de cinco mauvs, su guardia personal. Penetraron en la ciudad con él, uno a cada lado y tres cerrando la marcha. Le ayudaron a despojarse de su escafandra y luego se quitaron las suyas.

Sus cuerpos casi lampiños, sus anchas y toscas facciones, sus narices aplastadas y pómulos salientes resultaban repulsivos pero no causaban espanto. Aunque tenían una estatura doble que la de los hurrianos y eran mucho más fornidos que éstos, había una docilidad en su mirada, algo tan sumiso en su aspecto, que no inspiraban temor, a pesar de sus gruesos y musculosos cuellos y sus poderosos brazos, que pendían

desvalidos.

El Archiadministrador los despidió con un gesto y ellos se fueron como una jauría de perros obedientes. En realidad, él no necesitaba su protección, pero el cargo que ostentaba requería un séquito de cinco mauvs, y tenía que atenerse al protocolo.

Ni durante la comida ni durante el interminable ritual de bienvenida hablaron de asuntos de estado, pero cuando llegó un momento que resultaba más adecuado para irse a dormir, el Archiadministrador se acarició la barbita con sus pequeños dedos y preguntó:

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar aún para este planeta, capitán?

Devi-en observó que estaba muy envejecido. El pelo de sus extremidades superiores era canoso, y los mechones de los codos corrían parejos en blancura con su barba.

—No sabría decírselo, Alteza —repuso Devi-en humildemente—. No han seguido el camino acostumbrado.

—Eso salta a la vista. Lo que yo pregunto es por qué no lo han seguido. El Consejo opina que tus informes prometen más que dan. Hablas de teorías pero no das ningún detalle. Tienes que saber que en Hurria ya empezamos a estar hartos de este asunto. Si sabes algo que todavía no nos has comunicado, ahora es el momento de decírmelo.

—La cuestión resulta difícil de demostrar, Alteza. Nunca habíamos podido espiar a una raza durante tanto tiempo. Hasta fecha muy reciente no nos hemos dedicado a observar lo que importa. Todos los años creíamos que la guerra nuclear estallaría de un momento a otro, y sólo desde que yo soy capitán nos hemos dedicado a estudiar con mayor intensidad a esa gente. Una de las pocas ventajas que nos ha reportado esta larga espera ha sido que hemos podido aprender bien algunos de sus principales idiomas.

—¿Ah, sí? ¿Sin desembarcar siquiera en el planeta?

Devi-en se lo explicó:

—Algunas de nuestras naves que penetraron en la atmósfera planetaria en misiones de observación, particularmente durante los primeros años, captaron bastante emisiones de radio. Utilicé nuestras computadoras lingüísticas para descifrarlas, y a lo largo del año pasado empecé a formarme una idea básica para comprenderlas.

El Archiadministrador le miraba sorprendido, conteniendo a duras penas una exclamación de asombro, que hubiera sido completamente superflua.

—¿Y has descubierto algo de interés?

—Es posible, Alteza, pero lo que conseguí averiguar es tan extraño y resulta tan difícil obtener pruebas palpables de ello que no me atreví a mencionarlo en mis informes oficiales.



El Archiadministrador lo comprendió así. Muy rígido, preguntó:

—¿Te importaría exponerme tus opiniones..., de un modo extraoficial?

—Lo haré con sumo gusto, señor —repuso inmediatamente Devi-en—. Los habitantes de este planeta pertenecen, por supuesto, al grupo de los primates superiores. Y se hallan animados por un espíritu de lucha, que crea entre ellos innumerables rivalidades.

Su interlocutor dejó escapar algo que parecía un suspiro de alivio, y se pasó rápidamente la lengua por la nariz.

—Por un momento —dijo— había cruzado por mi cerebro la terrible idea que estuviesen desprovistos del espíritu de lucha que pudiese... Pero te ruego que prosigas.

—Poseen espíritu de lucha y emulación —le dijo Devi-en—. Y muy superior al normal, se lo aseguro.

—Entonces, ¿por qué no se produce el curso natural de los acontecimientos?

—Hasta cierto punto, las cosas siguen el curso marcado, Alteza. Tras el largo período de incubación acostumbrado, empezaron a mecanizarse; y después de eso, las matanzas normales entre primates superiores se convirtieron en verdaderas guerras destructoras. Al finalizar su más reciente conflicto bélico a gran escala, surgieron las armas nucleares y la guerra terminó inmediatamente.

El Archiadministrador asintió.

—¿Y después? —preguntó.

—Después de eso —repuso Devi-en—, lo normal hubiera sido que estallase una nueva guerra, esta vez con armas atómicas, y durante la misma se hubieran desarrollado rápidamente las armas nucleares, adquiriendo un terrible poder destructor, para ser utilizado al estilo típico de los grandes primates, con el resultado que hubiera reducido la población en un santiamén a un puñado de supervivientes hambrientos que subsistirían penosamente en un mundo poblado de ruinas.

—Naturalmente, pero eso no sucedió. ¿Por qué no sucedió?

—Existe una posible explicación. Una vez metida por el camino de la mecanización, esta raza progresó con una rapidez extraordinaria.

—¿Y qué? —repuso el dignatario hurriano—. ¿Y eso qué importa? De ese modo, descubrieron las armas nucleares mucho antes.

—Es cierto. Pero después de la última guerra mundial, continuaron perfeccionando sus armas nucleares con una rapidez insólita. Ése es el inconveniente. La potencia de estas armas había llegado a ser aterradora antes que la nueva guerra hubiese tenido tiempo de comenzar, y ahora la situación ha llegado a un punto en que ni siquiera estos belicosos primates se atreven a enzarzarse en una guerra.

El Archiadministrador abrió desmesuradamente sus ojillos negros y redondos.

—Pero eso es imposible. Me importa un bledo el talento técnico que posean estos

seres. La ciencia militar sólo progresa durante la guerra y gracias a ella.

—Tal vez eso no sea así en el caso de estos seres particulares. Sin embargo, aunque lo fuese, lo curioso del caso es que ya están metidos en una guerra; no de verdad, pero guerra después de todo.

—¿No de verdad, pero guerra después de todo? —repitió el Archiadministrador, estupefacto—. ¿Qué significa eso?

—No lo sé con seguridad —dijo Devi-en, moviendo la nariz con exasperación—. Ahí es donde fallan mis intentos por ordenar de una manera lógica las informaciones dispares que poseemos. En este planeta tiene lugar lo que ellos llaman una Guerra Fría. Sea lo que sea, es algo que impulsa enormemente sus investigaciones, pero no provoca el aniquilamiento nuclear.

—¡Imposible! —exclamó el Archiadministrador.

—Ahí está el planeta, Alteza. Y aquí estamos nosotros. Quince años esperando.

El Archiadministrador levantó sus largos brazos, cruzándolos sobre la cabeza hasta que sus manos tocaron los hombros opuestos.

—En ese caso, sólo existe una solución. El Consejo ha tenido en cuenta la posibilidad que este planeta haya alcanzado una especie de impasse, una especie de paz armada que se mantiene en equilibrio al borde de una guerra nuclear. Algo parecido a lo que acabas de describir, aunque nadie dio los argumentos que tú has presentado. Pero es una situación inadmisibile.

—¿Sí, Alteza?

—Sí —repuso el Archiadministrador, haciendo un esfuerzo visible—. Cuanto más tiempo se prolongue esta situación de equilibrio, mayores serán las probabilidades para que algún primate superior descubra la manera de efectuar viajes interestelares. Entonces, esta raza se desparramaría por la galaxia, a la que aportaría sus luchas y rivalidades. ¿Comprendes?

—¿Y qué hay que hacer, entonces?

El Archiadministrador hundió la cabeza entre los brazos, como si ni él mismo quisiera oír lo que iba a decir. Con voz ahogada, dijo:

—Para sacarles del precario equilibrio en que se encuentran, capitán, no hay más remedio que darles un empujón. Y se lo daremos nosotros.

A Devi-en se le revolvió el estómago, y la cena que había ingerido le subió a la garganta, produciéndole náuseas.

—¿Nosotros les daremos el empujón, Alteza?

Su mente se negaba a admitir aquella monstruosa posibilidad.

Pero el Archiadministrador se lo dijo sin ambages:

—Les ayudaremos a comenzar su guerra atómica. —Parecía dominado por la misma repugnancia y disgusto que afectaban a Devi-en. En un susurro, añadió—: ¡No tenemos más remedio!

Devi-en casi se había quedado sin habla. También en un susurro, preguntó:

—Pero, ¿cómo puede hacerse una cosa tan horrible, Alteza?

—No lo sé... Y no me mires así. La decisión no es cuenta mía. Corresponde al Consejo. Estoy seguro que comprenderán las consecuencias que tendría para la galaxia la irrupción en el espacio de una raza de grandes primates inteligentes y poderosos, no amansada por una guerra nuclear.

Devi-en se estremeció ante esta perspectiva. El espíritu de lucha y emulación suelto por la galaxia... Sin embargo, insistió:

—Pero, ¿cómo se empieza una guerra nuclear? ¿Cómo se hace?

—Lo ignoro absolutamente, ya te lo dije. Pero debe existir alguna norma; tal vez un..., un mensaje que pudiésemos enviar... O una tempestad que pudiésemos impulsar reuniendo formaciones nubosas... Podemos alterar considerablemente sus condiciones meteorológicas, si nos lo proponemos.

—Pero ¿cree, Alteza, que eso bastaría para originar una guerra nuclear? —preguntó Devi-en, escéptico.

—Tal vez no. Lo menciono únicamente a modo de ejemplo. Pero esos primates lo saben. Ten en cuenta que son ellos quienes inician las guerras nucleares de verdad. Eso se halla impreso en su cerebro. Y ahora viene la decisión principal adoptada por el Consejo.

Devi-en notó el leve ruido que hacía su cola al golpear suavemente la silla. Trató de evitarlo, sin conseguirlo.

—¿Cuál es la decisión, Alteza?

—Capturar a un primate superior en la propia superficie del planeta. Raptarlo.

—¿Un primate salvaje?

—Por el momento, en el planeta sólo existen primates salvajes. Todavía no han sido domesticados.

—¿Y qué cree el Consejo que conseguiremos con eso?

Devi-en hundió la cabeza todo cuanto pudo entre sus paletillas. Le temblaba la piel de los sobacos a causa de la repulsión que experimentaba. ¡Capturar a uno de aquellos grandes primates salvajes! Trató de imaginarse a uno de ellos, aún no domeñado por los embrutecedores efectos de una guerra nuclear, todavía no alterado por la civilizadora influencia de la eugenesia hurriana.

El Archiadministrador no hizo el menor intento por ocultar la evidente repulsión que él también sentía, pero dijo:

—Tú irás al frente de la expedición de captura, capitán. Piensa que es por el bien de la galaxia.

Devi-en había visto bastantes veces el planeta, pero cada vez que rodeaba a la Luna con su nave y aquel mundo aparecía en su campo de visión, le dominaba una oleada de insufrible nostalgia.

Era un hermoso planeta, muy semejante a Hurria en cuanto a dimensiones y características, pero más salvaje y grandioso. Su contemplación, viniendo de la desolada Luna, causaba una impresión extraordinaria.

Se preguntó cuántos planetas como aquél figurarían entonces en las listas de colonización de los hurrianos. ¿Cuántos otros planetas existirían, respecto a los cuales los grupos de meticulosos observadores comunicarían cambios de apariencia periódicos, que sólo podrían interpretarse como causados por sistemas de cultivo artificiales de plantas alimenticias? ¿Por cuántas veces en el futuro llegaría un día en que la radiactividad en la alta atmósfera de uno de aquellos planetas empezaría a subir, en que las escuadrillas de colonización partirían raudas al observar aquellas inequívocas señales?

... Como era el caso de aquel planeta.

Causaba verdadera pena la confianza con que los hurrianos procedieron al principio. Devi-en hubiera reído de buena gana al leer aquellos primeros informes, si no se hubiese encontrado atrapado en la actualidad en la misma empresa. Las navecillas de exploración de los hurrianos se habían acercado al planeta para recoger datos geográficos y localizar los centros de población. Desde luego fueron avistadas, pero eso poco importaba ya, estando tan próxima, como ellos creían, la explosión final.

¿Tan próxima?... Fueron pasando los años y las navecillas de reconocimiento empezaron a adoptar mayores precauciones, y se apartaron del planeta.

La navecilla de Devi-en también avanzaba cautelosamente en aquella ocasión. Sus tripulantes estaban muy nerviosos a causa del carácter repelente que tenía aquella misión; por más que Devi-en les aseguró que no pensaban hacer daño al gran primate que iban a capturar, ellos se mostraban inquietos. Aun así, tenían que proceder con calma. La captura tenía que efectuarse en un lugar desierto. Así, permanecieron varios días en la navecilla, inmóviles a una altura de dieciséis kilómetros, cerniéndose sobre una región fragosa, desierta e inculta. A medida que transcurría el tiempo, el nerviosismo de la tripulación aumentaba. Solamente los estólidos mauvs conservaban la calma.

Hasta que un día la pantalla les mostró a uno de aquellos seres, que avanzaba solo por el terreno desigual, con un largo bastón en una mano y una mochila a la espalda.

La nave descendió silenciosamente, a velocidad supersónica. El propio Devi-en, con el pelo erizado, empuñaba los mandos.

Pudieron oír que aquel ser decía dos cosas antes que lo capturasen, y estas frases fueron los primeros comentarios registrados para analizarlos más tarde con la computadora mentálica.

La primera frase, pronunciada por el gran primate cuando éste advirtió la nave casi encima de su cabeza, fue captada por el telemicrófono direccional, y fue la

siguiente:

—¡Dios mío! ¡Un platillo volante!

Devi-en comprendió la segunda parte de la frase. Era así como los grandes primates denominaban a las naves hurrianas; aquel término se había puesto en boga durante aquellos años de observación descuidada.

Aquella salvaje criatura pronunció su segunda frase cuando la subieron a la nave, debatiéndose como una fiera pero sin poder librarse del férreo abrazo de los imperturbables mauvs.

Devi-en, jadeante, con su carnosa nariz temblando ligeramente, se adelantó a recibirle, y aquel ser (cuya cara desagradable y lampiña estaba recubierta de una secreción aceitosa) vociferó:

—¡Lo que faltaba! ¡Un mono!

Devi-en comprendió también la segunda parte de la frase. Con aquella palabra se designaba a una especie de pequeños primates en uno de los principales idiomas del planeta.

El cautivo, de un salvajismo extraordinario, era casi imposible de manejar. Hizo falta infinita paciencia antes de poder dirigirle la palabra de una manera razonable. Al principio sufría crisis tras crisis. El primate se dio cuenta casi inmediatamente que se lo llevaban de la Tierra, y lo que Devi-en creía que supondría una emocionante experiencia para él, resultó ser todo lo contrario. Se pasaba el tiempo hablando de sus crías y de una hembra.

«Tienen mujeres e hijos —pensó Devi-en, lleno de compasión—, y a su manera los quieren, pues son primates superiores.»

Luego hubo que hacerle comprender que los mauvs que lo custodiaban y lo sujetaban cuando sus accesos de violencia lo hacían necesario no le harían daño, y que nadie pensaba maltratarlo.

(Devi-en sentía náuseas ante la idea que un ser racional pudiese causar daño a otro. Le resultaba difícil, difícilísimo, hablar de aquel tema, aunque sólo fuese para admitir la posibilidad un momento y negarla en seguida. El ser arrebatado a aquel planeta consideraba con gran suspicacia aquellas vacilaciones. Aquellos grandes primates eran así.)

Durante el quinto día, cuando tal vez a causa de su agotamiento aquel ser permaneció mucho rato tranquilo, Devi-en pudo hablar con él en su propio camarote, y de pronto el primero se encolerizó cuando el hurriano se puso a explicarle, sin dar mayor importancia a la cosa, que ellos esperaban a que estallase una guerra nuclear.

—¿Conque ustedes están esperando eso, eh? —gritó aquel ser—. ¿Y qué les hace estar tan seguros que habrá una guerra?

Devi-en no estaba seguro de ello, por supuesto, pero repuso:

—Siempre termina por producirse una guerra nuclear. Nosotros nos proponemos

venir en su ayuda después de ella.

—Después de ella, ¿eh?

Empezó a proferir palabras incoherentes. Movi6 con violencia los brazos, y los mauvs apostados junto a 6l tuvieron que sujetarlo con suavidad y llev6rselo.

Devi-en suspir6. Ya ten6a una buena colecci6n de frases pronunciadas por el primate... Tal vez la computadora consiguiera desentra6nar algo gracias a ellas. En cuanto a 6l, le resultaban completamente disparatadas.

Adem6s, aquel ser no medraba. Su cuerpo estaba casi totalmente desprovisto de vello, hecho que la observaci6n a larga distancia no hab6a revelado, debido a las pieles artificiales con que se cubr6an, ya fuese para procurarse calor o a causa de la repulsi6n instintiva que incluso aquellos grandes primates experimentaban por la epidermis desprovista de pelo.

Hecho sorprendente: en la cara de aquel ser hab6a empezado a brotar un vello parecido al que cubr6a la cara del hurriano, aunque m6s abundante y m6s oscuro.

Pero lo principal era que no medraba. Hab6a adelgazado mucho, pues apenas probaba bocado, y si aquello duraba mucho, su salud se resentir6a. Devi-en no quer6a, de ning6n modo, asumir aquella responsabilidad.

Al d6a siguiente, el gran primate se mostraba muy calmado. Casi hablaba con animaci6n, volviendo al tema de la guerra nuclear, que era lo que m6s parec6a interesarle. (¡Qu6 atracci6n tan terrible ejerc6a aquel tema sobre la mente de los grandes primates!, se dijo Devi-en.)

—¿Dices que siempre acaba produci6ndose la guerra nuclear? —dijo el primate—. ¿Significa eso que existen otros seres adem6s de nosotros, ustedes y... ellos?

E indic6 a los mauvs, apostados junto a 6l.

—Existen millares de especies inteligentes, que habitan en miles de mundos. Muchos miles —respondi6 Devi-en.

—¿Y todos ellos tienen guerras nucleares?

—Todos cuantos han alcanzado determinado nivel t6cnico. Todos menos nosotros. Nosotros somos distintos. Nos falta el esp6ritu de lucha. En cambio, poseemos el instinto de la cooperaci6n.

—¿Quieres decir que ustedes saben que ocurrir6n guerras nucleares y no hacen nada por evitarlas?

—S6, hacemos lo que podemos —repuso Devi-en dolido—. Nos esforzamos por prestarles ayuda. En los antiguos tiempos de mi pueblo, cuando descubrimos los viajes interplanetarios, no comprend6amos a los grandes primates, los cuales rechazaban sistem6ticamente nuestros ofrecimientos de amistad, hasta que renunci6mos a seguir ofreci6ndosela. Fue entonces cuando descubrimos mundos cubiertos de ruinas radiactivas. Hasta que por 6ltimo llegamos a un mundo enzarzado en una terrible guerra nuclear. Quedamos horrorizados, pero nada pudimos hacer.

Poco a poco fuimos descubriendo la verdad. Actualmente, nos hallamos ya en disposición de intervenir en cualquier mundo que haya alcanzado la era nuclear. Después de la guerra que lo destruye, intervenimos con nuestros equipos de descontaminación y nuestros analizadores eugenésicos.

—¿Qué son los analizadores eugenésicos?

Devi-en había creado aquella expresión por analogía con lo que conocía del idioma de aquellos primates. Ahora, midiendo cuidadosamente sus palabras, contestó:

—Regulamos las uniones y las esterilizaciones para extirpar en lo posible el instinto belicoso en los supervivientes.

Por unos momentos creyó que el primate iba a montar nuevamente en cólera.

Pero en lugar de ello, su salvaje interlocutor dijo con voz monótona:

—Los convierten en dóciles criaturas como éstos, ¿verdad?

E indicó de nuevo a los mauvs.

—No, no. Ésos son distintos. Sencillamente, conseguimos que los supervivientes se contenten con vivir en el seno de una sociedad pacífica, sin ambiciones de conquista ni agresión, sometida a nuestra égida. Sin esta premisa, se destruirían mutuamente, como se destruyeron, antes de nuestra llegada.

—¿Y ustedes qué obtendrán a cambio de eso?

Devi-en miró con expresión de duda al salvaje. ¿Era verdaderamente necesario explicarle cuál era el placer fundamental de la vida? Sin embargo, le preguntó:

—¿No te satisface ayudar al prójimo?

—Prosigue. Dejando eso aparte, ¿qué sacan a cambio?

—Naturalmente, Hurria recibe ciertos tributos.

—Ya.

—Considero que lo menos que puede hacer una especie que nos debe su salvación es pagárnoslo de alguna manera —protestó Devi-en—. Además, hay que amortizar los gastos de la operación. No les pedimos mucho, y siempre cosas que se adapten a la propia naturaleza de su mundo. Por ejemplo, puede ser un envío anual de madera, si se trata de un mundo selvático; sales de manganeso, en un mundo que las tenga... Como el mundo de donde proceden los mauvs es muy pobre en recursos naturales, se han ofrecido a facilitarnos cierto número de ellos para que los empleemos como ayudantes personales. Poseen una fuerza tremenda, notable incluso entre los grandes primates, y los sometemos a la acción de drogas indoloras anticerebrales.

—¡Hacen de ellos una especie de zombies, vaya!

Devi-en conjeturó el significado de aquella palabra, y repuso con indignación:

—¡Nada de eso! Lo hacemos únicamente para que se hallen contentos con su papel de servidores y se olviden de sus hogares. No queremos de ningún modo que se

sientan desdichados. ¡Ten en cuenta que son seres inteligentes!

—¿Y qué harían con la Tierra si nosotros librásemos una guerra nuclear?

—Hemos tenido quince años para decidirlo —repuso Devi-en—. Vuestro mundo es muy rico en hierro y ha creado una magnífica industria siderúrgica. Me parece que les pediríamos acero. —Suspiró—. Pero en este caso vuestra contribución no compensaría los gastos. Llevamos por lo menos diez años de más en nuestra espera.

—¿A cuántas razas imponen esta clase de contribuciones? —le preguntó el gran primate.

—Desconozco su número exacto. Desde luego, a más de mil.

—Entonces, ustedes son los pequeños reyes de la galaxia, ¿no te parece? Mil mundos se aniquilan para contribuir a vuestro bienestar. Pero además son otra cosa.

El salvaje empezaba a alzar la voz, la cual adquiriría un tono agudo.

—Son unos buitres —declaró.

—¿Buitres? —dijo Devi-en, tratando de recordar aquella palabra.

—Devoradores de carroña. Unos pajarracos que esperan hasta que muera de sed algún pobre animal en el desierto, y entonces descienden para comerse su cadáver.

Devi-en notó que se mareaba al evocar en su mente aquella horrible imagen. Se sintió desfallecer. Con voz débil, dijo:

—No, no... Nosotros ayudamos a las especies.

—Esperan a que estalle la guerra, como una bandada de buitres.

Transcurrieron varios días antes que Devi-en se sintiese capaz de entrevistarse de nuevo con el salvaje. Estuvo a punto de faltarle al respeto al Archiadministrador, cuando éste insistió una y otra vez en que le faltaban datos suficientes para realizar un análisis completo de la estructura mental de aquellos salvajes.

Audazmente, Devi-en afirmó:

—Seguramente, hay datos más que suficientes para dar alguna solución a nuestro problema.

La nariz del Archiadministrador tembló, y su lengua rosada pasó sobre ella reflexivamente.

—Tal vez exista una solución, pero no confío en ella. Nos enfrentamos con una especie que se aparta por completo de lo corriente. Eso ya lo sabíamos. No podemos cometer la más leve equivocación... Una cosa, antes de terminar. Hemos capturado un ejemplar extremadamente inteligente. A menos que... A menos que represente el tipo moral de su raza.

Esta idea pareció soliviantar al Archiadministrador.

Devi-en dijo:

—Ese salvaje evocó la horrible imagen de aquel..., de aquel pájaro..., de aquel llamado...

—Buitre —completó el Archiadministrador.



—Esa imagen da a toda nuestra empresa una luz completamente diferente. Desde entonces he sido incapaz de comer como es debido, ni de dormir. A decir verdad, mucho me temo que tendré que pedir el relevo...

—Pero no antes de terminar lo que nos ha traído aquí —dijo el Archiadministrador con firmeza—. ¿Crees que me gusta sentirme un... devorador de carroña?... Debes reunir más datos.

Finalmente, Devi-en asintió. Naturalmente, lo había entendido. El Archiadministrador no deseaba más que cualquier otro hurriano originar una guerra atómica. Daba largas al asunto todo cuanto le estaba permitido.

Devi-en se dispuso a celebrar una nueva entrevista con el salvaje. Resultó algo completamente insoportable, y la última que celebró.

El salvaje mostraba una contusión en la mejilla, como si se hubiese resistido de nuevo a los mauvs. En realidad, les había ofrecido resistencia. Les había enfrentado tantas veces que los mauvs, a pesar de todos sus esfuerzos por no hacerle daño, no habían podido evitar lastimarlo en una ocasión. Era de suponer que el salvaje se daría cuenta de hasta qué punto ellos trataban de no hacerle daño, y que eso hubiera debido aplacarlo. En cambio, era como si el convencimiento de la seguridad en que se hallaba lo estimulase a ofrecer más resistencia.

(Aquellas especies de primates superiores eran malignas, malignas y resabiadas, se dijo Devi-en con tristeza.)

Durante más de una hora la conversación giró en torno a cuestiones sin importancia, hasta que el salvaje preguntó envalentonándose de pronto:

—¿Cuánto tiempo dices que han estado observándonos, mamarrachos?

—Quince de vuestros años —repuso Devi-en.

—Eso concuerda. Los primeros platillos volantes fueron vistos poco después de la segunda guerra mundial. ¿Cuánto tiempo faltaba entonces para la guerra nuclear?

Con automática sinceridad, Devi-en contestó:

—Ojalá lo supiese.

Y se interrumpió de pronto.

El salvaje prosiguió:

—Yo creía que la guerra nuclear era inevitable... La última vez que nos vimos dijiste que habían permanecido aquí diez años de más. Estuvieron esperando a que estallase la guerra durante diez años, ¿no es verdad?

—Prefiero no discutir ese tema.

—¿No? —vociferó el salvaje—. ¿Y qué piensan hacer, dime? ¿Cuánto tiempo piensan esperar? ¿Por qué no nos dan un empujón? No se limiten a esperar, buitres, empiecen una.

Devi-en se puso en pie de un salto.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Qué están esperando, asquerosos...? —Pronunció un epíteto completamente incomprensible y luego prosiguió, casi sin aliento—: ¿No es eso lo que hacen los buitres cuando algún pobre animal flaco y macilento, o tal vez un hombre, tarda demasiado en morir? No pueden esperar. Bajan en tropel y le sacan los ojos a picotazos. Entonces esperan a que esté completamente indefenso, para precipitar su muerte.

Devi-en se apresuró a ordenar que se lo llevaran y luego se retiró a su cabina, donde permaneció encerrado varias horas, sintiéndose verdaderamente mal. Aquella noche no logró conciliar el sueño. La palabra «buitre» resonaba en sus oídos, y aquella horrible imagen final bailaba ante sus ojos.

Devi-en dijo con firmeza y decisión:

—Alteza, no puedo seguir hablando con el salvaje. Aunque usted necesite más datos, lo siento mucho, pero no puedo ayudarle.

El Archiadministrador se veía ojeroso y fatigado.

—Lo comprendo. Eso de compararnos con buitres..., claro, no lo puedes soportar. Sin embargo, habrás advertido que esa idea no hace mella en él. Los grandes primates son inmunes a estas cosas; son seres duros y despiadados. Su mentalidad es así. Espantoso.

—No puedo proporcionarle más datos.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo comprendo... Además, cada nueva cosa que sabemos sólo sirve para reforzar la verdad definitiva; la verdad que yo creía que sólo era provisional, que esperaba ardientemente que lo fuese.

Enterró la cabeza entre sus canosos brazos.

—Existe un medio de desencadenar esta guerra atómica.

—¿Ah, sí? ¿Qué debemos hacer?

—Es algo muy sencillo, de una eficacia directa. Algo que tal vez no se me hubiera ocurrido jamás. Ni a ti.

—¿En qué consiste, Alteza?

Devi-en se sentía dominado por un gran temor a conocer aquel secreto.

—Lo que actualmente mantiene la paz en ese planeta es el temor que comparten ambos bandos en pugna a asumir la responsabilidad de iniciar una guerra. Si uno de los dos lo hiciese, sin embargo, el otro..., bueno, digámoslo de una vez..., tomaría inmediatamente represalias.

Devi-en asintió.

—Si una sola bomba atómica cayese en el territorio de uno de ambos bandos — prosiguió el Archiadministrador—, los agredidos supondrían inmediatamente que la agresión partía del otro bando. Comprenderían que no podían esperar pasivamente a ser objeto de nuevos ataques. A las pocas horas, tal vez incluso antes, lanzarían un contraataque; a su vez, el otro bando replicaría a éste. En pocas semanas la guerra

habría terminado.

—Pero, ¿cómo obligaremos a uno de los dos bandos a que lance la primera bomba?

—No le obligaremos, capitán. Ésa es la cuestión. Lanzaremos la primera bomba nosotros.

—¿Cómo?

Devi-en creyó que iba a desmayarse.

—Lo que oyes. Tras analizar la mente de un gran primate, el resultado lógico es ése.

—Pero, ¿cómo podemos hacer eso?

—Montaremos una bomba. Es una operación bastante fácil. Una nave la transportará hasta el planeta y la dejará caer sobre una zona habitada...

—¿Habitada?

El Archiadministrador apartó la vista y repuso con marcado nerviosismo.

—De lo contrario, no conseguiríamos el efecto apetecido.

—Comprendo —dijo Devi-en, imaginándose buitres, docenas de buitres.

No podía apartar de sí aquel pensamiento. Se los imaginaba como enormes aves escamosas (semejantes a las pequeñas e inofensivas criaturas aladas de Hurria, pero inmensamente mayores), con alas membranosas y largos picos afilados como navajas, descendiendo en círculos para picotear los ojos de los moribundos.

Se cubrió los ojos con una mano. Con voz trémula, preguntó:

—¿Quién pilotará la nave? ¿Quién lanzará la bomba?

La voz del Archiadministrador apenas era más segura que la de Devi-en, cuando repuso:

—No lo sé.

—Yo no —rechazó Devi-en—. No puedo. Ningún hurriano será capaz de hacerlo... A ningún precio.

El Archiadministrador osciló como si fuese a caer.

—Tal vez podríamos dar órdenes a los mauvs...

—¿Y quién les daría tan nefastas órdenes?

El Archiadministrador suspiró profundamente.

—Llamaré al Consejo. Tal vez ellos tengan todos los datos y sean capaces de indicarnos lo que debo hacer.

Así, habiendo transcurrido poco más de quince años desde su llegada, los hurrianos empezaron a desmantelar su base de la otra cara de la Luna.

Nada se había hecho. Los grandes primates del planeta no se habían destruido mutuamente en una guerra nuclear; ésta tal vez no estallaría nunca.

Y a pesar de la terrible amenaza que eso significaba para el futuro, Devi-en experimentaba una gozosa agonía. De nada servía pensar en el futuro. El presente

importaba; el presente, que le alejaba del más horrible de los mundos.

Vio como la Luna se hundía hasta convertirse en una manchita luminosa, junto con el planeta y el propio sol del sistema, hasta que éste se perdió entre las constelaciones.

Solamente entonces experimentó alivio. Solamente entonces sintió un leve asomo de lo que habría podido suceder.

Volviéndose hacia el Archiadministrador, le dijo:

—Tal vez todo habría ido bien si hubiésemos tenido un poco más de paciencia. Quizá hubieran terminado por meterse en una guerra nuclear.

—Tengo mis dudas —repuso el Archiadministrador—. El análisis mentalico de..., ya sabes...

Devi-en sabía muy bien a quién se refería. El salvaje apresado había sido devuelto a su planeta con la mayor delicadeza posible. Los acontecimientos de las últimas semanas fueron borrados de su mente. Lo depositaron cerca de una pequeña población, no muy lejos del lugar donde fue capturado. Sus semejantes supondrían que se había perdido. Atribuirían su falta de peso, sus magulladuras y su amnesia a las penalidades que había tenido que soportar.

Pero el daño que él había causado...

Si al menos no lo hubieran llevado a la Luna... Tal vez hubieran terminado por aceptar la idea de iniciar una guerra. Quizás hubieran llegado incluso a fabricar una bomba, y a imaginar algún sistema indirecto de mando a distancia para lanzarla.

Fue la imagen de los buitres, evocada por el salvaje, lo que lo echó todo a perder. Aquella terrible palabra había deshecho moralmente a Devi-en y al Archiadministrador. Cuando se enviaron a Hurria todos los datos reunidos, el efecto que los mismos produjeron en el Consejo fue notable. A consecuencia de ello, no tardó en recibirse orden de dismantelar la base.

Devi-en observó:

—No pienso participar nunca más en empresas de colonización.

El Archiadministrador dijo tristemente:

—Es posible que ninguno de nosotros vuelva a participar en ellas, cuando los salvajes de este planeta se desparramen por el espacio. La aparición en la galaxia de estos seres de tan belicosa mentalidad significará el fin de..., de...

La nariz de Devi-en se contrajo. El fin de todos; de todo el bien que Hurria había sembrado a manos llenas en la galaxia; de todo el bien que hubiera seguido sembrando.

—Deberíamos haber lanzado... —dijo, sin completar la frase.

¿De qué servía ya decirlo? No habrían podido lanzar la bomba ni aunque hubiese sido por toda la galaxia. Si hubiesen podido hacerlo, habrían demostrado que pensaban como los grandes primates, y hay cosas mucho peores aún que el fin de

todas las cosas.

Devi-en volvió a pensar en los buitres.

## Todos los males del mundo (1958)

---

“All the Troubles of the World”

El mayor complejo industrial de la Tierra se centraba en torno a Multivac... Multivac, la gigantesca computadora que había ido creciendo en el transcurso de medio siglo, hasta que sus diversas ramificaciones se extendieron por todo Washington, D. C., y sus suburbios, alcanzando con sus tentáculos todas las ciudades y poblaciones de la Tierra.

Un ejército de servidores le suministraba constantemente datos, y otro ejército relacionaba e interpretaba sus respuestas. Un cuerpo de ingenieros recorría su interior, mientras multitud de minas y fábricas se dedicaban a mantener llenos los depósitos de piezas de recambio, procurando que nada faltase a la monstruosa máquina.

Multivac dirigía la economía del planeta y ayudaba al progreso científico. Mas por encima de esto, constituía la cámara de compensación central donde se almacenaban todos los datos conocidos acerca de cada habitante de la Tierra.

Y todos los días formaba parte de los innumerables deberes de Multivac pasar revista a los cuatro mil millones de expedientes (uno para cada habitante de la Tierra) que llenaban sus entrañas y extrapolarlos para un día más. Todas las Secciones de Correcciones de la Tierra recibían los datos apropiados para su propia jurisdicción, y la totalidad de ellos se presentaba en un grueso volumen al Departamento Central de Correcciones de Washington, D. C.

Bernard Gulliman se hallaba en su cuarta semana de servicio al frente del Departamento Central de Correcciones, para el cual había sido nombrado presidente por un año, y ya se había acostumbrado a recibir el informe matinal sin asustarse demasiado. Como siempre, constituía un montón de cuartillas de más de quince centímetros de grueso. Como ya sabía, no se lo traían para que lo leyese todo (era una empresa superior a sus fuerzas humanas). Sin embargo, resultaba entretenido hojearlo.

Contenía la lista acostumbrada de delitos previstos de antemano: diversas estafas, hurtos, algaradas, homicidios, incendios provocados, etcétera.

Buscó un apartado particular y sintió una ligera sorpresa al descubrirlo, y luego otra al ver que en él figuraban dos anotaciones. No una sino dos. Dos asesinatos en primer grado. No había visto dos juntos en un solo día en todo el tiempo que llevaba de presidente.

Oprimió el botón del intercomunicador y esperó a que el solícito semblante de su coordinador apareciese en la pantalla.

—Ali —le dijo Gulliman—, hoy tenemos dos primeros grados. ¿Hay algún problema insólito?

—No, señor.

El rostro de morenas facciones y ojos negros y penetrantes mostraba cierta expresión de inquietud.

—Ambos casos tienen un porcentaje de probabilidad muy bajo —dijo.

—Eso ya lo sé —repuso Gulliman—. He podido observar que ninguno de ellos presenta una probabilidad superior al quince por ciento. De todos modos, debemos velar por el prestigio de Multivac. Ha conseguido borrar prácticamente el crimen de la faz del planeta, y el público lo considera así por su éxito al impedir asesinatos de primer grado, que son, desde luego, los más espectaculares.

Ali Othman asintió.

—Sí, señor. Me doy perfecta cuenta.

—También se dará usted cuenta, supongo —prosiguió Gulliman—, que yo no quiero que se cometa uno solo durante mi presidencia. Si se nos escapa algún otro crimen, sabré disculparlo. Pero si se nos escapa un asesinato en primer grado, le irá a usted el cargo en ello. ¿Me entiende?

—Sí, señor. El análisis completo de los dos asesinatos en potencia ya se está efectuando en las oficinas de los respectivos distritos. Tanto los asesinos en potencia como sus presuntas víctimas se hallan bajo observación. He comprobado las probabilidades que el crimen se cometa y ya están disminuyendo.

—Buen trabajo —dijo Gulliman, cortando la comunicación.

Volvió a examinar la lista con cierta desazón. Tal vez se había mostrado demasiado severo con su subordinado... Pero había que tener mano firme con aquellos empleados de plantilla y evitar que llegasen a imaginarse que eran ellos quienes lo llevaban todo. De vez en cuando había que recordarles quién mandaba allí. En especial a aquel Othman, que trabajaba con Multivac desde que ambos eran notablemente más jóvenes, y a veces asumía unos aires de propiedad que llegaban a ser irritantes.

Para Gulliman, aquella cuestión de los crímenes podía ser crucial en su carrera política. Hasta entonces, ningún presidente había conseguido terminar su mandato sin que se produjese algún asesinato en un lugar u otro de la Tierra. Durante el mandato del presidente anterior se habían cometido ocho, o sea tres más que durante el mandato de su predecesor.

Pero Gulliman se proponía que durante el suyo no hubiese ninguno. Había resuelto ser el primer presidente que no tuviera en su haber ningún asesinato en ningún lugar de la Tierra. Después de eso, y de la favorable publicidad que comportaría para su persona...

Apenas se fijó en el resto del informe. Éste contenía, según le pareció a primera vista, unos dos mil casos de esposas en peligro de ser vapuleadas. Indudablemente, no todas aquellas palizas podrían evitarse a tiempo. Tal vez un treinta por ciento de

ellas se realizarían. Pero el porcentaje disminuía cada vez con mayor celeridad.

Multivac había añadido las palizas conyugales a su lista de crímenes previsibles hacía apenas cinco años, y el ciudadano medio todavía no se había acostumbrado a la idea de verse descubierto de antemano cuando se proponía moler a palos a su media naranja. A medida que esta idea se fuese imponiendo en la sociedad, las mujeres recibirían cada vez menos golpes, hasta terminar por no recibir ninguno.

Gulliman observó que en la lista también figuraban algunos maridos vapuleados.

Ali Othman quitó la conexión y se quedó mirando la pantalla de la cual habían desaparecido las prominentes mandíbulas y la calva incipiente de Gulliman. Luego miró a su ayudante. Rafe Leemy, y dijo:

—¿Qué hacemos?

—¿A mí me lo preguntas? Es a él a quien le preocupan un par de asesinatos sin importancia.

—Yo creo que nos arriesgamos demasiado al intentar resolver esto por nuestra cuenta. Sin embargo, si se lo decimos le dará un ataque. Estos políticos electos tienen que pensar en su pellejo; por lo tanto, creo que si se lo decimos no haría más que enredar las cosas e impedirnos actuar.

Leemy asintió con la cabeza y se mordió el grueso labio inferior.

—Lo malo del caso es... ¿Qué haremos si nos equivocamos? —dijo—. Querría estar en el fin del mundo, si eso llega a suceder.

—Si nos equivocamos, nuestra suerte no interesará a nadie, pues seremos arrastrados por la catástrofe general. —Con la mayor vivacidad, Othman añadió—: Pero, vamos a ver, las probabilidades son tan sólo del doce coma tres por ciento. Para cualquier otro delito, exceptuando quizás el asesinato, dejamos que el porcentaje aumente un poco más antes de decidimos a actuar. Todavía puede presentarse una corrección espontánea.

—Yo no confiaría demasiado en ello —dijo Leemy secamente.

—No pienso hacerlo. Me limitaba a señalarte el hecho. Sin embargo, como la cifra aún es baja, creo que lo más indicado es que de momento nos limitemos a observar. Nadie puede planear un crimen de tal envergadura por sí solo; tienen que existir cómplices.

—Multivac no los nombró.

—Ya lo sé. Sin embargo...

No terminó la frase.

Entonces se pusieron a estudiar de nuevo los detalles de aquel crimen que no se incluía en la lista entregada a Gulliman; el único crimen que nunca había sido intentado en toda la historia de Multivac. Y se preguntaron qué podían hacer.

Ben Manners se consideraba el muchacho de dieciséis años más dichoso de Baltimore. Eso talvez podía ponerse en duda. Pero no había duda que era uno de los



más dichosos, y de los que se hallaban más excitados.

Al menos, era uno de los pocos que habían sido admitidos en las graderías del estadio el día en que los jóvenes de dieciocho años pronunciaron el juramento. Su hermano mayor se contaba entre los que iban a pronunciarlo, y por eso sus padres solicitaron billetes para ellos y también permitieron que Ben lo hiciese. Cuando Multivac eligió entre todos los que solicitaron billete, Ben fue uno de los autorizados a sacarlo.

Dos años después, Ben sería quien pronunciaría el juramento, pero la contemplación de su hermano mayor Michael en el acto de hacerlo era casi lo mismo para él.

Sus padres le vistieron (o le hicieron vestir, mejor dicho) con todo el adorno posible, pues iba como único representante de la familia, y el muchacho se fue muy ufano, con recuerdos de todos para Michael, el cual se había ido unos días antes para someterse a los reconocimientos físico y neurológico preliminares.

El estadio se hallaba emplazado en las afueras de la población, y Ben, que no cabía en sí de orgullo, fue conducido hasta su asiento. Por debajo de él distinguió hilera tras hilera de centenares y centenares de jóvenes de dieciocho años (los chicos a la derecha, las chicas a la izquierda), todos procedentes del distrito dos de Baltimore. En diversas épocas del año se celebraban actos similares en todo el mundo, pero aquello era Baltimore, y por lo tanto aquél era el más importante. Allá abajo, perdido entre la multitud de adolescentes, se hallaba Mike, el hermano de Ben.

El joven escrutó las hileras de cabezas, con la vaga esperanza de reconocer a su hermano. No lo consiguió, naturalmente, pero entonces subió un hombre al estrado que se alzaba en el centro del estadio, y Ben dejó de mirar para prestar atención.

El hombre del estrado dijo por el micrófono:

—Buenas tardes, muchachos; buenas tardes, distinguido público. Soy Randolph T. Hoch, y se me ha confiado el honroso encargo de dirigir este año los actos de Baltimore. Los jóvenes que van a pronunciar el juramento ya me conocen, por haberme visto varias veces durante los reconocimientos físicos y neurológicos. La mayor parte de la tarea ya está realizada, pero queda lo más importante. La personalidad completa de cada uno de ustedes debe pasar a los archivos de Multivac.

»Todos los años, esto requiere cierta explicación para los jóvenes que alcanzan la mayoría de edad. Hasta esta fecha —dijo volviéndose hacia los jóvenes que tenía delante, y desviando su mirada del público—, hasta esta fecha, hasta hoy, ustedes no pueden considerarse adultos; Multivac no les considera como individuos adultos, excepto en los casos en que alguno de ustedes han sido señalados especialmente por sus padres o por el Gobierno.

»Hasta hoy, pues, cuando llegaba el momento de recopilar los datos anuales, eran sus padres quienes llenaban vuestras fichas. Ha llegado ahora el momento para que

asuman esta obligación. Es un gran honor, una gran responsabilidad. Sus padres nos han comunicado cuáles han sido vuestras notas escolares, qué enfermedades han tenido, cuáles son vuestras costumbres... Eso, y muchas cosas más. Pero ahora todavía deben decirnos más aún; vuestros más íntimos pensamientos; vuestros más secretos anhelos.

»Resulta difícil hacerlo la primera vez; incluso violento, pero hay que hacerlo. Una vez lo hayan hecho, Multivac tendrá un análisis completo de ustedes en sus archivos. Comprenderá vuestras acciones y reacciones. Incluso podrá prever con notable exactitud vuestro comportamiento futuro.

»De esta manera, Multivac les protegerá. Si están en peligro de accidente, lo sabrá. Si alguien se propone hacerles daño, lo sabrá. Si son ustedes quienes traman alguna mala acción, lo sabrá y evitará que ésta se cometa, con el resultado que no tendrán que ser castigados por ella.

»Con el conocimiento que tendrá de todos ustedes, Multivac podrá contribuir al perfeccionamiento de la economía y de las leyes terrestres, para el bien de todos. Si tienen un problema personal, pueden acudir a Multivac con él, y Multivac, que les conoce a todos, podrá ayudarles a resolverlo.

»Ahora deseo que llenen los formularios que les vamos a facilitar. Mediten cuidadosamente y respondan a todas las preguntas con la mayor exactitud posible. No oculten nada por vergüenza o precaución. Nadie conocerá nunca vuestras respuestas excepto Multivac, a menos que sea necesario conocerlas para protegerles. Y en este caso, sólo las conocerán contados funcionarios del Gobierno, que poseen autorización especial.

»Pudiera ocurrir que deformasen la verdad más o menos intencionadamente. No lo hagan. Nosotros terminaremos por descubrirlo. La totalidad de sus respuestas debe formar un conjunto coherente. Si alguna de las respuestas son falaces, sonarán como una nota discordante y Multivac las descubrirá. Si entre ellas se encuentran respuestas falsas, o son falsas en su totalidad, crearán un conjunto típico que Multivac reconocerá inmediatamente. Por lo tanto, les aconsejo que digan la verdad y nada más que la verdad.

Por último, el acto terminó; los muchachos llenaron los formularios, y las ceremonias y discursos tocaron a su fin. Por la noche, Ben, poniéndose de puntillas, consiguió descubrir finalmente a Michael, el cual todavía llevaba el traje de gala que se había puesto para el «desfile de los adultos». Se abrazaron llenos de júbilo, luego cenaron juntos y tomaron el expreso hasta su casa, ambos llenos de contento después de aquel día memorable.

Por lo tanto, no se hallaban preparados para enfrentarse con el cambio total que encontraron en su casa. Ambos se quedaron helados cuando un joven de rostro severo, vestido de uniforme y apostado a la puerta de su propia casa, les cerró el paso

para pedirles la documentación antes de dejarlos entrar. Una vez dentro, hallaron a sus padres sentados en el salón, con expresión desesperada y la huella de la tragedia impresa en sus caras.

Joseph Manners, que parecía haber envejecido diez años desde aquella misma mañana, miró con ojos asustados y hundidos a sus dos hijos (uno de los cuales todavía llevaba al brazo su flamante toga de adulto) y dijo:

—Estoy bajo arresto domiciliario.

Ben y Michael se quedaron de una pieza.

Bernard Gulliman no podía leer, naturalmente, el voluminoso informe. Leyó únicamente el sumario y quedó más que satisfecho.

No había duda que toda una generación ya estaba acostumbrada a que Multivac predijese la comisión de los delitos más importantes. Les parecía natural que los agentes de Corrección se presentasen en el lugar donde iba a cometerse el delito antes que éste pudiera llevarse a cabo. Les parecía natural también que la consumación del crimen acarrearase para su autor un castigo ejemplar e inevitable. Poco a poco, arraigó el convencimiento que era imposible engañar a Multivac.

El resultado de ello, naturalmente, fue que cada vez se planearon menos crímenes. A medida que las intenciones criminales disminuían y la capacidad de Multivac aumentaba, se fueron añadiendo ala lista de delitos que el maravilloso instrumento predecía todas las mañanas, otras infracciones de la ley de menor cuantía, pero éstas, también, disminuían a ojos vistas.

Entonces Gulliman ordenó que se realizase un análisis (sólo lo podía realizar Multivac, naturalmente) de la capacidad que poseía Multivac para prever las posibilidades de enfermedad. Así, los médicos podrían ser llamados con rapidez para visitar y tratar a individuos susceptibles devolverse diabéticos antes de un año, o expuestos a sufrir una tisis galopante o un cáncer.

Más vale prevenir...

¡Y el resultado del análisis fue favorable!

Después le llevaron la lista de los posibles crímenes del día, y entre ellos no figuraba ni un solo asesinato de primer grado.

Gulliman, que se hallaba de un humor excelente, llamó a Ali Othman por el intercomunicador:

—Oiga, Othman, ¿cuál es el promedio de delitos que hay en las listas diarias de la semana pasada, comparado con el promedio de mi primera semana como presidente?

El promedio había descendido, según se pudo comprobar, en un ocho por ciento; sólo le faltaba eso a Gulliman para sentirse el más dichoso de los mortales. No se debía para nada a él, desde luego, pero sus votantes no lo sabían. Se congratuló por su suerte, que le había llevado a ocupar la presidencia en el momento oportuno, durante el apogeo de Multivac, en un momento en que la enfermedad también podría

colocarse bajo su manto protector.

Esto favorecía extraordinariamente la carrera política de Gulliman.

Othman se encogió de hombros.

—El jefe está muy contento —dijo.

—¿Cuándo hacemos estallar la bomba? —dijo Leemy—. El hecho de poner a Manners en observación sólo ha conseguido elevar las probabilidades. El arresto domiciliario no ha hecho más que incrementarlas.

—Ya lo sé, hombre —dijo el otro, con impaciencia—. Lo que no sé es por qué.

—Tal vez se deba a los cómplices, como tú dijiste. Al darse cuenta que Manners está detenido, el resto de la banda tendrá que actuar en seguida o la intentona fracasará.

—Mirémoslo desde otro lado. Con Manners a buen recaudo, los demás pondrán pies en polvorosa y tratarán de esconderse. Además, ¿por qué Multivac no nos da los nombres de los cómplices?

—¿Se lo decimos a Gulliman?

—No, todavía no. Las probabilidades son todavía de un diecisiete coma tres por ciento. Aún podemos hacer algo.

Elizabeth Manners dijo a su hijo menor:

—Vete a tu cuarto, Ben.

—Pero, ¿qué pasa, mamá? —preguntó Ben con voz quebrada, al contemplar aquel extraño final de un día tan glorioso.

—¡Por favor, Ben, obedéceme sin preguntar!

El muchacho se fue a regañadientes. Salió al vestíbulo y empezó a subir la escalera, haciendo el mayor ruido posible. Luego descendió sigilosamente.

Mike Manners, el primogénito, el que había llegado hacía pocas horas a su mayoría de edad y era el gozo y la esperanza de la familia, dijo con un tono de voz que reflejaba el que empleara su hermano:

—¿Qué pasa?

Joe Manners repuso: —Pongo al cielo por testigo que no lo sé, hijo mío. No he hecho nada.

—De eso estamos todos convencidos —dijo Mike, mirando estupefacto a su padre, pequeño y de aspecto bondadoso—. Deben haber venido porque pensabas hacer algo.

La señora Manners le interrumpió con enojo: —¿Qué quieres que pensase tu padre que pueda provocar semejante..., semejante despliegue de fuerzas? —Describió un amplio círculo con el brazo, para abarcar los policías que rodeaban la casa, y prosiguió—: Cuando yo era niña, el padre de un amigo mío que trabajaba en un banco fue llamado una vez, y le dijeron que no pensase más en aquel dinero. Pensaba robar cincuenta mil dólares. No llegó a cometer el robo: sólo lo pensó. En

aquellos tiempos no mantenían estas cosas en secreto, como hoy; todo el mundo se enteró, y así es como yo lo supe. —Frotándose las gordezuelas manos con lentitud, prosiguió—: Lo que quiero decir es que se trataba de cincuenta mil dólares... Una cantidad muy respetable. Sin embargo se limitaron a llamarlo por teléfono. ¿Qué podía estar planeando tu padre, para requerir la presencia de una docena de policías, que han rodeado la casa?

El cabeza de familia dijo, con voz triste y quejumbrosa:

—No planeaba ningún crimen, ni el más pequeño e insignificante... Se los juro.

Mike, lleno de la sabiduría consciente de un nuevo adulto, dijo:

—Tal vez sea algo subconsciente, papá; una forma de resentimiento hacia tu jefe.

—¿Hasta tal punto que me hiciese desear matarlo? ¡No!

—¿Y no quieren decirte de qué se trata?

Su madre les interrumpió de nuevo:

—No, no quieren. Ya se lo hemos preguntado. Les dije que, con su simple presencia, estaban perjudicando enormemente nuestra reputación en el barrio. Lo menos que podían hacer era decirnos de qué se trataba para que pudiéramos defendernos y ofrecer explicaciones.

—¿Y ellos no quieren?

—No quieren.

Mike permanecía de pie, con las piernas separadas y las manos metidas en los bolsillos. Muy inquieto, dijo:

—Verás, mamá..., es que Multivac no se equivoca nunca.

Su padre, desesperado, golpeó con el puño el brazo del sofá.

—Les repito que no planeo ningún crimen.

Abrieron sin llamar y entró en la sala un hombre uniformado, que andaba con paso firme y decidido. Su cara tenía una expresión imperturbable y oficial.

—¿Es usted Joseph Manners? —preguntó.

El cabeza de familia se puso en pie.

—Yo soy. ¿Podría usted decirme qué desean de mí?

—Joseph Manners, queda usted detenido por orden del Gobierno. —Y exhibió brevemente su carnet de oficial de Correcciones—. Tengo que rogarle que me acompañe.

—¿Por qué motivo? ¿Qué he hecho?

—No estoy autorizado a decírselo.

—Pero no pueden detenerme por planear un crimen, aun admitiendo que lo estuviese planeando. Para detenerme tengo que haber hecho algo. De lo contrario, no pueden. Es contrario a la ley.

El oficial no atendía a razones.

—Le ruego que me acompañe.

La señora Manners soltó un grito y se dejó caer en el sofá, llorando históricamente. Joseph Manners no fue capaz de transgredir el código que le había sido impuesto durante toda su vida, resistiéndose a obedecer las órdenes de un oficial, pero al final se hizo el remolón, obligando a la gente del Gobierno a tener que utilizar la fuerza para arrastrarlo fuera de la habitación.

Mientras se lo llevaban, Manners gritaba:

—Pero, ¿qué he hecho? ¿Por qué no quieren decírmelo? Si al menos lo supiese... ¿Es un asesinato? ¿Se me acusa de tramar un asesinato?

La puerta se cerró tras ellos, y Mike Manners, pálido como la muerte y que de pronto había dejado de sentirse adulto, miró a la puerta y luego a su madre, anegada en llanto.

Ben Manners, oculto tras la otra puerta y sintiéndose de pronto muy adulto, apretó los labios fuertemente y pensó que él sabía exactamente lo que había que hacer.

Lo que Multivac le arrebatava, Multivac lo devolvería. Ben recordaba perfectamente las ceremonias que había presenciado aquel mismo día. Había oído cómo aquel llamado Hoch hablaba de Multivac y de todo cuanto ésta podía hacer. Podía dirigir el Gobierno, y también ayudar a un simple particular que fuese a ella en busca de consejo.

Cualquiera podía pedir ayuda a Multivac, y Ben se disponía a hacerlo. Ni su madre ni su hermano se darían cuenta que se iba; además, le quedaba todavía algún dinero de la cantidad que sus padres le habían dado para aquel día memorable. Si después notaban su ausencia y ésta les preocupaba, qué se le iba a hacer. En aquel momento, su padre era quien más contaba.

Salió por la parte trasera y el agente apostado a la puerta le dejó pasar, tras examinar brevemente su documentación.

Harold Quimby dirigía la sección de quejas de la subestación Multivac de Baltimore. Se consideraba a sí mismo un miembro de la rama más importante del servicio civil. En ciertos aspectos tal vez tuviese razón, y los que le oían hablar de ello hubieran debido ser de hierro para no sentirse impresionados.

Por un lado, decía Quimby, Multivac se dedicaba principalmente a invadir la intimidad. Durante los últimos cincuenta años, la Humanidad había tenido que acostumbrarse a la idea que sus pensamientos e impulsos más íntimos ya no podían mantenerse en secreto, y que ya no existían recónditos pliegues del alma donde podían esconderse los sentimientos. A cambio de esto, había quedar algo a la Humanidad.

Naturalmente, los hombres obtuvieron paz, prosperidad y seguridad, pero eso eran abstracciones. Los hombres y mujeres concretos necesitaban algo personal como recompensa por su renuncia a la intimidad, y lo obtuvieron. Al alcance de cualquier habitante del planeta se encontraba una estación Multivac a cuyos circuitos se podían

someter libremente toda clase de problemas y preguntas, con una libertad y sin prácticamente limitación alguna. A los pocos minutos, el maravilloso instrumento facilitaba las respuestas adecuadas.

En cualquier instante del día o de la noche, cinco millones de circuitos individuales entre el cuatrillón o más que poseía Multivac, podían dedicarse a atender aquel programa de preguntas y respuestas. Éstas no eran necesariamente infalibles, pero sí enormemente aproximadas casi siempre, y los que acudían a Multivac tenían una fe absoluta en sus respuestas.

Y en aquellos momentos, un joven de dieciséis años, de expresión ansiosa, avanzaba lentamente con la cola de hombres y mujeres que esperaban. Todos los semblantes de los que formaban la colase hallaban iluminados por distintos grados de esperanza, temor o ansiedad, e incluso angustia, mientras se aproximaban lentamente a Multivac. Pero era siempre la esperanza la que predominaba.

Sin levantar la mirada, Quimby tomó el formulario impreso, debidamente cumplimentado, que el recién llegado le tendía y dijo:

—Cabina 5-B.

—¿Cómo tengo que hacer la pregunta, señor?

Quimby levantó entonces la mirada, con cierta sorpresa. Por lo general, los muchachos que aún no habían alcanzado la mayoría de edad no hacían uso de aquel servicio. Amablemente le dijo:

—¿Es la primera vez que vienes a Multivac, muchacho?

—Sí, señor.

Quimby le indicó el modelo que tenía sobre su mesa.

—Tendrás que utilizar esto. Mira, funciona exactamente igual que una máquina de escribir. No escribas la pregunta mal, sobre todo; hazlo por medio de esta máquina. Ahora vete a la cabina 5-B, y si necesitas ayuda, oprime el botón rojo y se presentará un empleado. Por ese corredor, muchacho, ala derecha.

Vio como el joven se alejaba por el corredor, hasta perderse de vista, y sonrió. Multivac no rechazaba a nadie. Naturalmente, no podía descartarse un pequeño porcentaje de preguntas triviales: gente que hacía preguntas indiscretas acerca de sus vecinos o preguntas desvergonzadas sobre personalidades eminentes; estudiantes que trataban de adivinar lo que les preguntarían sus profesores, o de divertirse a costa de Multivac haciéndole preguntas paradójicas o absurdas...

Multivac podía atender todas aquellas preguntas sin necesidad de ayuda.

Además, cada pregunta y cada respuesta quedaban archivadas para constituir una pieza más en el conjunto de datos sobre la Humanidad en general y sus representantes individuales en particular. Incluso las triviales e impertinentes ayudaban a la Humanidad, pues al reflejar la personalidad del que las hacía, permitían que Multivac aumentase su conocimiento de los hombres.

Quimby volvió su atención hacia la persona siguiente en la cola, una mujer de mediana edad, desgarbada y angulosa, con la turbación reflejada en el semblante.

Ali Othman medía la oficina a grandes pasos, y sus tacones resonaban con golpes sordos y desesperados sobre la alfombra.

—Las probabilidades siguen aumentando. En este momento son del veintidós coma cuatro por ciento. ¡Maldición! Hemos detenido a Joseph Manners, y las probabilidades siguen aumentando.

El sudor corría a raudales por su cara.

Leemy dejó el teléfono en su soporte.

—Todavía no ha confesado. Le han sometido a la Prueba Psíquica, pero no han descubierto la menor huella de crimen. Es posible que diga la verdad.

—¿Entonces, es que Multivac se ha vuelto loca? —dijo Othman.

Otro teléfono se puso a sonar. Othman se apresuró a cerrar las conexiones, contento de aquella interrupción. En la pantalla apareció la cara de un oficial de Correcciones, el cual dijo:

—¿Tiene que darnos algunas nuevas instrucciones, señor, respecto a la familia de Manners? ¿Debemos permitirles que vayan y vengan a su antojo, como han hecho hasta ahora?

—¿Qué quiere usted decir, con eso de «como han hecho hasta ahora»?

—Las primeras órdenes que recibimos se referían al arresto domiciliario de Joseph Manners. Nada se decía en ellas del resto de la familia, señor.

—Pues hágalas extensivas al resto de la familia, en espera de recibir nuevas órdenes.

—Pero es que ése es el problema, señor. La madre y el hijo mayor no hacen más que pedir noticias del pequeño. Éste ha desaparecido, y su madre y su hermano piensan que también le han detenido, y piden que los llevemos a la jefatura para aclarar la suerte del muchacho.

Othman frunció el ceño y preguntó casi en un susurro:

—¿El pequeño? ¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis, señor —repuso el agente.

—Dieciséis, y se ha ido. ¿Sabe usted adónde?

—Le dejaron salir, señor. No había órdenes de retenerle.

—No se retire. Un momento. —Othman suspendió momentáneamente la comunicación, se llevó ambas manos a la cabeza, y gimió—: ¡Estúpido de mí!

Leemy le miró, sorprendido.

—¿Qué demonios te pasa?

—Este individuo tiene un hijo de dieciséis años —dijo Othman con voz ahogada—. Por lo tanto, es un menor de edad, y Multivac no lo registra por separado, sino formando parte de la ficha de su padre. —Miró furioso a Leemy—. Hasta cumplir



dieciocho años, un joven no tiene ficha separada en Multivac, sino que sus datos figuran en la de su padre... Eso lo sabe cualquiera. ¿Cómo pudo haberseme olvidado? Y a ti, pedazo de alcornoque, ¿cómo pudo habésete olvidado también?

—¿Quieres decir entonces que Multivac no se refería a Joe Manners? —preguntó Leemy.

—Multivac se refería a su hijo menor, y éste se nos ha escapado. A pesar de tener la casa rodeada de policías, él ha salido con toda tranquilidad y se ha ido a realizar ve a saber qué infernal misión.

Conectó de nuevo el circuito telefónico, al extremo del cual todavía esperaba el oficial de Correcciones. Aquella interrupción de un minuto había permitido que Othman recuperase el dominio de sí mismo, asumiendo de nuevo su expresión fría y segura. (Hubiera sido altamente perjudicial para su prestigio representar una escena ante los ojos de un policía aunque eso habría aliviado considerablemente su mal humor.)

—Oficial —dijo entonces—, trate de localizar al muchacho que ha desaparecido. Si es necesario, movilice usted a todos sus hombres. Más adelante les daré las órdenes oportunas. De momento sólo ésta: encontrar al muchacho a toda costa.

El oficial contestó:

—Sí, señor.

La conexión se interrumpió. Othman dijo:

—Dígame cómo están las probabilidades, Leemy.

Cinco minutos después, Leemy comunicó:

—Han bajado a un diecinueve coma seis por ciento. Y siguen bajando.

Othman dejó escapar un largo suspiro.

—Por fin estamos sobre la buena pista.

Ben Manners tomó asiento en la cabina 5-B y tecleó lentamente: «Me llamo Benjamín Manners, número MB-71833412. Mi padre, Joseph Manners, ha sido detenido, pero no sabemos qué crimen tramaba. ¿Podemos ayudarle de algún modo?»

Se dispuso a esperar la respuesta de la máquina. A pesar que sólo tenía dieciséis años, ya sabía que aquellas palabras estaban dando vueltas en aquellos momentos por el interior del aparato más complicado creado por la mente humana; sabía también que se barajarían y se coordinarían un trillón de datos, y que a partir de ellos Multivac extraería la respuesta más adecuada.

Oyó un clic en la máquina y surgió de ella una tarjeta. Sobre la misma se veía impresa una respuesta, una larga respuesta. Decía como sigue:

«Toma el expreso a Washington, D. C., inmediatamente. Desciende en la parada de la avenida de Connecticut. Verás una salida especial sobre la que se lee «Multivac» y ante la que hay unos guardias. Di a uno de ellos que llevas un recado para el doctor Trumbull, y te dejará entrar.

«Te encontrarás entonces en un corredor. Síguelo hasta encontrar una puerta sobre la que se lee «Interior». Entra y di a los guardias de dentro lo que has dicho a los de fuera; lo mismo. Éstos te franquearán el paso. Sigue entonces...»

Las instrucciones continuaban por ese tenor. Ben no veía que aquello tuviese nada que ver con lo que había preguntado, pero su fe en Multivac era absoluta. Salió corriendo, para tomar el expreso a Washington.

Los oficiales de Correcciones consiguieron seguir la pista de Ben Manners hasta la estación de Baltimore, donde llegaron una hora después que éste la hubiera abandonado. El sorprendido Harold Quimby se sintió verdaderamente aturrullado ante el número e importancia de los hombres que fueron a verle con relación a aquel muchacho de dieciséis años que andaban buscando.

—Sí, un muchacho de esas señas —dijo—, pero ignoro adónde fue cuando salió de aquí. Yo no podía saber que lo andaban buscando. Aquí recibimos a todo el mundo. Sí, puedo conseguir una copia de la pregunta y la respuesta.

Los oficiales de Correcciones televisaron las dos fichas a Jefatura sin perder un instante.

Othman las leyó, puso los ojos en blanco y se desmayó. Consiguieron hacerlo reaccionar casi enseguida. Con voz débil, dijo a Leemy:

—Que detengan a ese chico. Y que me saquen una copia de la respuesta de Multivac. Ahora ya no hay escapatoria. Tengo que ver a Gulliman inmediatamente.

Bernard Gulliman nunca había visto a Ali Othman tan perturbado. Al observar la expresión trastornada del coordinador, sintió que un escalofrío le recorría el espinazo.

Con voz trémula y entrecortada, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir, Othman? ¿Qué significa eso de..., de algo peor que un asesinato?

—Mucho, muchísimo peor que un asesinato.

Gulliman estaba muy pálido.

—¿Se refiere usted al asesinato de un alto funcionario del Gobierno?(Incluso cruzó por su mente la idea que pudiese ser él mismo quien...)

Othman asintió:

—No un funcionario del Gobierno. El funcionario del Gobierno por excelencia.

—¿El secretario general? —aventuró Gulliman con un murmullo ahogado.

—Más que eso; mucho más. Nos enfrentamos con un complot para asesinar a Multivac.

—¡CÓMO!

—Por primera vez en la historia de Multivac, la computadora nos ha informado que es ella misma quien está en peligro.

—¿Por qué no me informaron de ello inmediatamente?

Othman no mintió demasiado al responder:

—Como se trataba de un caso sin precedentes, señor, estudiamos la situación antes de atrevernos a redactar un informe oficial.

—Pero Multivac se ha salvado, ¿verdad? Dígame que se ha salvado.

—Las probabilidades han descendido a menos de un cuatro por ciento; prácticamente ya no hay peligro. Estoy esperando el informe definitivo de un momento a otro.

—Traigo un recado para el doctor Trumbull —dijo Ben Manners al hombre instalado sobre un alto taburete, y que accionaba cuidadosamente lo que parecían los mandos de un crucero estratosférico, enormemente ampliados.

—Muy bien, Jim —dijo el hombre—. Adelante.

Ben echó una mirada a sus instrucciones y se apresuró a seguir adelante. Encontraría una diminuta palanca que tenía que bajar completamente, en el instante en que un indicador mostrase una luz roja.

Oyó una voz agitada a sus espaldas, luego otra, y de pronto dos hombres lo sujetaron por los codos. Notó como sus pies se levantaban del suelo.

Uno de sus captores dijo:

—Acompáñanos, muchacho.

La cara de Ali Othman no se iluminó de manera apreciable al recibir la noticia, aunque Gulliman dijo con gran alegría:

—Si tenemos al chico, Multivac se ha salvado.

—Por el momento.

Gulliman se llevó una mano temblorosa a la frente.

—¡Qué media hora he pasado! ¿Se imagina usted lo que significaría la destrucción de Multivac, aunque fuese por breve tiempo? Se hundiría el Gobierno; la economía se paralizaría. Sería de unos efectos más devastadores que un... —Alzó de pronto la cabeza—. ¿Qué quiere usted decir con eso de«por el momento»?

—Ese muchacho, Ben Manners, no tenía intención de hacer daño. Él y su familia deben ser puestos inmediatamente en libertad e indemnizados por las molestias que les hemos causado. Él se limitaba a seguir las instrucciones que le dio Multivac para ayudar a su padre, y lo ha conseguido. Su padre ha sido puesto en libertad.

—¿Insinúa usted que la propia Multivac ordenó al muchacho que bajase una palanca en un momento en que tal acción quemaría tal cantidad de circuitos que haría falta un mes de trabajo para repararlos? ¿Insinúa usted acaso que Multivac proponía su propia destrucción para ayudar a un solo hombre?

—Mucho peor que eso, señor. Multivac no sólo dio esas instrucciones a Ben, sino que eligió a la familia Manners porque Ben tenía un extraordinario parecido con uno de los mensajeros del doctor Trumbull, y por lo tanto podría meterse impunemente en Multivac sin que nadie le pusiese reparos.

—¿Y por qué fue elegida esa familia? ¿Y para qué?

—Verá usted, el muchacho nunca se habría visto obligado a hacer la pregunta que hizo si su padre no hubiese sido detenido. Y su padre jamás habría sido detenido si Multivac no le hubiese acusado de tramar su propia destrucción. Fue Multivac quien inició la sucesión de acontecimientos que casi condujeron a la propia destrucción de Multivac.

—Pero eso no tiene pies ni cabeza —dijo Gulliman con voz quejumbrosa.

Se sentía pequeño y desvalido, y casi se puso de rodillas para suplicar a Othman, a aquel hombre que había pasado casi toda su vida junto a Multivac, que devolviese la tranquilidad a su ánimo.

Pero Othman no lo hizo. En cambio, le dijo:

—Éste ha sido el primer intento realizado por Multivac en este sentido, que yo sepa. Hasta cierto punto, estaba muy bien planeado. Supo elegir la familia. Tuvo buen cuidado en no distinguir entre padre e hijo, a fin de despistarnos. Sin embargo, demostró que todavía no pasa de ser una aficionada. No pudo anular sus propias instrucciones, que la obligaron a comunicar la probabilidad de su propia destrucción, la cual se hacía mayor a cada paso que dábamos por la pista falsa. Tuvo que registrar forzosamente la respuesta que dio al muchacho. Cuando tenga más práctica, probablemente aprenderá las artes del engaño, a ocultar ciertos hechos, a no registrar otros. A partir de ahora, todas las instrucciones que dé contendrán tal vez las semillas de su propia destrucción. Eso nunca lo sabremos. Y por más cuidado que tengamos, un día Multivac conseguirá burlarnos. Creo, señor Gulliman, que usted será el último presidente de esta organización.

Gulliman aporreó furioso su mesa.

—Pero, ¿por qué, pregunto yo? ¿Por qué hace eso? ¿Qué le ocurre? ¿No podemos repararla?

—No lo creo —repuso Othman, dominado por una callada desesperación—. Nunca había tenido en cuenta tal posibilidad. Sin embargo, ahora, al pensarlo, estoy convencido que hemos llegado al fin, precisamente porque Multivac es demasiado buena. Multivac se ha hecho tan complicada que sus reacciones ya no son las propias de una máquina, sino las de un ser viviente.

Gulliman le miró antes de decirle:

—Está usted loco. Pero..., ¿y qué si fuese así?

—Durante más de medio siglo Multivac ha tenido que cargar con todas las preocupaciones de la Humanidad. Le hemos pedido que velase por todos nosotros, por todos y cada uno de nosotros. Le hemos confiado todos nuestros secretos; le hemos hecho absorber nuestra maldad y defendernos de ella. Cada uno de nosotros acudimos a ella con nuestras aflicciones, aumentando su enorme farrago. Y ahora nos proponemos hacer cargar también a Multivac, a esta criatura viva, con el fardo de la enfermedad humana. —Othman se interrumpió un momento, antes de proseguir con

excitación—:Señor Gulliman, Multivac está harta de cargar con todos los males del mundo.

—Esto es una locura. Una completa locura —masculló Gulliman.

—En ese caso, permítame que le demuestre algo muy importante. Vamos a hacer una prueba.¿Me permite usted que utilice la línea de Multivac que tiene en su despacho?

—¿Para qué?

—Para hacer una pregunta a Multivac que nadie le ha hecho jamás.

—Supongo que no le será perjudicial —preguntó Gulliman, alarmado.

—No. Pero nos dirá lo que deseamos saber.

El presidente vaciló un momento. Luego dijo:

—Adelante.

Othman se dirigió a la terminal que Gulliman tenía sobre la mesa. Sus dedos teclearon diestramente, formando la pregunta: «Multivac, ¿qué es lo que deseas?»

El momento que transcurrió entre pregunta y respuesta les pareció interminable, pero Othman y Gulliman no se atrevían ni a respirar.

Se oyó un clic y surgió una tarjeta. Muy pequeña. Sobre ella, con letras muy claras, se hallaba la respuesta:

«Deseo morir.»

## Mi nombre se escribe con «S» (1958)

---

“S as in Zebatinsky (Spell My Name with an S)”

Marshall Zebatinsky se daba cuenta que estaba haciendo el ridículo. Le parecía que le miraban desde el otro lado del tétrico cristal del escaparate a través del deteriorado tabique de madera; le parecía notar unos ojos posados en él. Ni el traje viejo que había desenterrado, ni el ala doblada de un sombrero, que por lo demás nunca llevaba, ni las gafas que había dejado en su estuche le inspiraban la menor confianza.

Sentía que hacía el ridículo, y eso profundizaba aún más las arrugas de su frente y volvía más pálida su cara de joven prematuramente envejecido.

Nunca podría explicar a nadie por qué un físico nuclear como él se había decidido a visitar a un numerólogo. (No, nunca podría explicárselo a nadie, se dijo.) No podía explicárselo ni siquiera a sí mismo. La única explicación era que se había dejado convencer por su mujer.

El numerólogo estaba sentado ante una vieja mesa que ya debía de ser de segunda mano cuando la compró. Ninguna mesa podría llegar a estar tan deteriorada en manos de un solo dueño. Casi lo mismo podía decirse de sus ropas. Era un hombrecillo moreno que miraba a Zebatinsky con sus ojillos negros, perspicaces y vivarachos.

—Es la primera vez que un físico viene a visitarme, doctor Zebatinsky —le dijo. Zebatinsky enrojeció.

—Supongo que esto es confidencial —dijo.

El numerólogo sonrió, con lo que se le formaron arrugas junto a las comisuras de la boca y la piel de su barbilla se distendió.

—Todo lo que aquí se dice queda entre estas cuatro paredes.

—Me creo en el deber de decirle una cosa —prosiguió Zebatinsky—. Yo no creo en la numerología y dudo que empiece a hacerlo ahora. Si eso supone un impedimento, le ruego que me lo diga.

—¿Entonces, por qué ha venido?

—Mi esposa cree hasta cierto punto en usted. Me hizo prometerle que le visitaría, y aquí me tiene.

Se encogió de hombros, sintiéndose cada vez más ridículo.

—¿Y qué es lo que usted desea? ¿Dinero? ¿Seguridad? ¿Larga vida? ¿Qué?

Zebatinsky permaneció inmóvil durante largo rato, mientras el numerólogo se dedicaba a observarlo en silencio, sin hacer nada por instarlo a hablar.

Entre tanto, Zebatinsky pensaba: «¿Y yo qué le digo? ¿Que tengo treinta y cuatro años y no vislumbro ningún porvenir?»

En voz alta, dijo:

—Deseo el éxito. Que se me reconozca.

—¿Un empleo mejor?

—Un empleo distinto. Una clase diferente de trabajo. Actualmente, formo parte de un equipo y tengo que obedecer las órdenes que me dan. ¡Equipos! Ésa es la forma de realizar investigaciones que tiene el Gobierno. Uno no es más que un violinista perdido en una orquesta sinfónica.

—¿Y usted quiere ser un solista?

—Lo que yo quiero es salir del equipo y trabajar por mi cuenta. —Zebatinsky se sintió más animado, casi embriagado al expresar en palabras aquel pensamiento ante una persona que no fuese su esposa—. Hace veinticinco años —prosiguió—, con mi educación técnica y lo que yo sé hacer, hubiera podido trabajar en las primeras centrales de energía atómica. Actualmente estaría al frente de una de ellas o dirigiría un grupo de investigación pura en una universidad. Pero empezando hoy, ¿sabe usted adónde habré llegado dentro de veinticinco años? A ninguna parte. Seguiré siendo esclavo del equipo, aportando mi granito de arena a la gran organización. Siento que me ahogo en una multitud anónima de físicos nucleares, y lo que yo quiero es espacio en una tierra firme y despejada... ¿Me comprende usted?

El numerólogo asintió lentamente.

—Tenga usted en cuenta, doctor Zebatinsky —dijo—, que yo no puedo garantizarle nada.

Zebatinsky, a pesar de su falta de fe, experimentó una amarga decepción.

—¿No? ¿Entonces qué es lo que usted garantiza?

—Un aumento en el número de las probabilidades. Mi trabajo es de naturaleza estadística. Puesto que usted trabaja con átomos, supongo que comprenderá las leyes de la estadística.

—¿Y usted, las comprende? —le preguntó el físico con ironía.

—Pues sí, las comprendo. Yo soy matemático, y mi trabajo se basa en cálculos rigurosos. No se lo digo para cobrarle más. Mi tarifa es única: cincuenta dólares por consulta. Pero como usted es un hombre de ciencia, podrá apreciar mejor la naturaleza de mi trabajo que mis demás clientes. Para mí incluso representa un placer explicarle todo esto.

—Preferiría que no lo hiciese, si no le importa. Perderá el tiempo hablándome del valor numérico de las letras, su significado místico y todas esas cosas. Esa clase de matemáticas no me interesan. Vayamos al grano...

El numerólogo replicó:

—Así, usted quiere que yo le ayude, a condición que no le venga con todas esas monsergas anticientíficas que, según usted, forman la base de mi trabajo. ¿No es eso?

—Exactamente. Eso es.

—Pero es que usted sigue creyendo que yo soy un numerólogo, y la verdad es que no lo soy. Me doy ese nombre para que la policía no me moleste, y también —añadió el hombrecillo, riendo secamente— para que los psiquiatras me dejen tranquilo. Le

aseguro que soy un matemático; un matemático de verdad.

Zebatinsky sonrió.

El numerólogo dijo:

—Construyo computadoras. Estudio el futuro probable.

—¿Cómo?

—¿Acaso le parece eso peor que la numerología? ¿Por qué? Contando con datos suficientes y con una computadora capaz de realizar el número necesario de operaciones por unidad de tiempo, el futuro puede predecirse, al menos de una manera probable. Cuando ustedes calculan los movimientos de un proyectil que debe interceptar a otro, ¿no se dedican a predecir el futuro? El proyectil interceptor y el otro no chocarían si el futuro se hubiese calculado incorrectamente. Yo hago lo mismo. Pero como trabajo con un número mayor de variables, mis resultados son menos exactos.

—¿Quiere usted decir que podrá predecir mi futuro?

—De una manera muy aproximada. Una vez hecho eso, modificaré los datos cambiando su nombre; únicamente su nombre. Entonces introduciré ese factor modificado en el programa de operaciones. Luego probaré con otros nombres modificados. Lo cual me permitirá estudiar los distintos futuros que irán apareciendo, hasta encontrar uno en que usted goce de mayor reconocimiento que en el futuro que ahora se extiende frente a usted... Déjeme decirlo de otra manera: descubriré un futuro en el cual las probabilidades para que usted llegue a situarse como desea serán mayores que las probabilidades que encierra su actual futuro.

—¿Y por qué tendré que cambiar de nombre?

—Ese es el único cambio que suelo hacer, y lo hago por varios motivos. En primer lugar, es un cambio sencillo. Tenga usted en cuenta que si realizase un cambio importante o introdujese varios cambios menores, entrañan en juego tantos factores nuevos que ya no sería capaz de interpretar el resultado. Mi computadora todavía es bastante imperfecta. En segundo lugar, se trata de un cambio razonable. Yo no puedo alterar su estatura, ¿verdad?, ni el color de sus ojos, ni siquiera su temperamento. Luego tenemos que el cambio del nombre es un cambio significativo. Los nombres son muy importantes; hasta cierto punto son la persona. Y finalmente, es un cambio corriente, que todos los días se realiza.

—¿Y si no consigue descubrir un futuro mejor?

—Ese es un riesgo que hay que correr. De todos modos, su suerte no empeorará, amigo.

Zebatinsky miró con inquietud a su interlocutor.

—No creo ni una palabra de todo eso —comentó—. Antes creería en la numerología.

El hombrecillo suspiró.



—Pensé que una persona como usted se sentiría más animada al conocer la verdad. Deseo sinceramente ayudarle, y usted todavía puede hacer mucho. Si me considerase un numerólogo, sencillamente no haría caso de mis instrucciones. Pensé que si le decía la verdad, dejaría que le ayudase.

Zebatinsky observó:

—Pero si usted puede ver el futuro...

—¿Por qué no soy el hombre más rico de la Tierra? ¿Es eso lo que me iba a preguntar? Lo cierto es que sí lo soy, puesto que tengo cuanto deseo. Usted quiere que se reconozca su talento y yo quiero que me dejen tranquilo; que me dejen trabajar sin molestarme, y lo he conseguido. Gracias a eso, me considero más rico que un millonario. Cuando necesito un poco de dinero de verdad para cubrir mis necesidades materiales, lo obtengo de personas como usted, que vienen a visitarme. Me gusta ayudar al prójimo; un psiquiatra tal vez diría que eso me proporciona una sensación de poder y alimenta mi egolatría. Pero, vamos a ver..., ¿desea de verdad que le ayude?

—¿A cuánto dijo usted que ascendía la consulta?

—Son cincuenta dólares. Necesitaré un gran número de datos biográficos sobre usted, pero le proporcionaré un formulario que le facilitará el trabajo. Lo siento, pero contiene muchas preguntas. Sin embargo, si puede enviármelo por correo a finales de semana, le tendré la respuesta preparada para el... —Adelantó el labio inferior y frunció el ceño, mientras efectuaba un cálculo mental—. Para el veinte del mes que viene.

—¿Cinco semanas? ¿Tanto tiempo?

—Usted no es el único, amigo mío; tengo otros clientes. Si yo fuese un farsante, se lo haría en cuatro días. ¿De acuerdo entonces?

Zebatinsky se levantó.

—Bien, de acuerdo... Le ruego la máxima reserva.

—No tema. Le devolveré toda la información que me suministre al decirle qué cambio tiene que realizar, y le doy mi palabra que no haré uso de ella.

El físico nuclear se detuvo en la puerta.

—¿No teme usted que yo revele que no es numerólogo?

El numerólogo movió negativamente la cabeza.

—¿Y quién iba a creerle, amigo? —dijo—. Eso suponiendo que usted pudiese convencer a alguien que había estado aquí.

El día 20, Marshall Zebatinsky se presentó ante la puerta despintada, mirando de soslayo al escaparate, en el que se podía leer, en una tarjeta pegada al cristal, la palabra «Numerología», en letras descoloridas y amarillentas bajo el polvo que las cubría. Atisbó hacia el interior de la tienda, casi con la esperanza que hubiese alguien que le proporcionase una excusa para volverse a casa, cancelando aquella visita.

Había tratado de olvidarse de aquello varias veces. Cada vez que se sentaba para llenar el formulario, se levantaba malhumorado al poco tiempo. Se sentía increíblemente estúpido escribiendo los nombres de sus amigos, el alquiler que pagaba, si su esposa le había sido fiel, etc. Cada vez lo abandonaba dispuesto a dejarlo definitivamente.

Pero no podía hacerlo. Todas las noches volvía a sentarse ante el condenado formulario.

Tal vez se debiese a la idea de la computadora; o al pensar en la infernal jactancia del hombrecillo al pretender que poseía una. La tentación de desenmascararlo, de ver qué ocurriría, resultaba demasiado fuerte.

Por último, envió las hojas debidamente cumplimentadas por correo ordinario, poniendo nueve centavos de sellos y sin pesar la carta. «Si me la devuelven —pensó—, no volveré a enviarla.»

No se la devolvieron.

Miró al interior de la tienda y vio que estaba vacía. Zebatinsky no tenía más remedio que entrar. Abrió la puerta y una campanilla tintineó.

El anciano numerólogo salió de detrás de una cortina que ocultaba una puerta.

—¿Quién es? Ah..., es usted, doctor Zebatinsky.

—¿Se acuerda de mí? —dijo éste, esforzándose en sonreír.

—Naturalmente.

—¿Cuál es su veredicto?

—Antes de eso, hay un pequeño asunto por resolver...

—¿Sus honorarios?

—El trabajo está hecho, doctor Zebatinsky. Por lo tanto, le agradeceré que lo pague.

Zebatinsky no hizo la menor objeción. Ya se hallaba dispuesto a pagar. Después de llegar hasta allí, sería una tontería volverse atrás sólo por el dinero.

Contó cinco billetes de diez dólares y los empujó al otro lado del mostrador.

—¿Es eso?

El numerólogo contó de nuevo los billetes, lentamente, y luego los metió en un cajón de su mesa. Después dijo:

—Su caso me resultó muy interesante. Yo le aconsejaría que se cambiase el nombre por el de Sebatinsky.

—¿Cómo dice? ¿Seba..., qué?

Zebatinsky le miró indignado.

—El mismo que ahora tiene, pero escrito con «S».

—¿Quiere usted decir que cambie la inicial? ¿Que convierta la «Z» en una «S»? ¿Con eso basta?

—Sí, con eso es suficiente. Mientras el cambio sea adecuado, es más seguro y

conveniente que no sea muy grande.

—Pero, ¿cómo puede afectar a mi vida ese cambio?

—¿Cómo afectan los nombres a la vida de sus poseedores? —preguntó quedamente el numerólogo—. Francamente, no lo sé. Pero ejercen cierta influencia, eso es todo cuanto puedo decirle. Recuerde que le dije que no le garantizaba el resultado. Naturalmente, si no desea realizar el cambio, dejemos las cosas como están. Pero, en ese caso, no puedo reembolsarle la cantidad. Zebatinsky preguntó:

—¿Entonces, qué tengo que hacer? ¿Decir a todo el mundo que mi nombre se escribe con «S»?

—Si quiere mi consejo, consúltelo con un abogado. Cambie de nombre legalmente. Él le aconsejará sobre los detalles.

—¿Cuánto tiempo se necesitará? Quiero decir, ¿cuánto tiempo hará falta para que mi situación empiece a mejorar?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Tal vez mañana empiece a mejorar. O tal vez nunca.

—Pero usted ve el futuro. Al menos, eso es lo que pretende.

—No me confunda con los que miran bolas de cristal. No, no, doctor Zebatinsky. Lo único que me proporciona mi computadora es una serie de números cifrados. Puedo darle una lista de probabilidades, pero le aseguro que no veo imágenes del futuro.

Zebatinsky giró sobre sus talones y abandonó rápidamente el lugar. ¡Cincuenta dólares por cambiar una letra! ¡Cincuenta dólares por Sebatinsky! ¡Señor, qué nombre! Peor que Zebatinsky.

Tuvo que transcurrir otro mes antes que se decidiese a ir a ver a un abogado. Mas por último fue.

Se consoló con la idea que siempre estaba a tiempo de cambiarse de nuevo el nombre.

«No se pierde nada con probar», se dijo.

Qué diablos, no había ninguna ley que lo impidiera.

Henry Brand hojeó cuidadosamente el expediente, con el ojo clínico de un hombre que llevaba catorce años en las fuerzas de Seguridad. No le hacía falta leerlo palabra por palabra. Cualquier particularidad hubiera saltado de las páginas a sus ojos.

—Este hombre me parece intachable —dijo.

Henry Brand también era un hombre de aspecto intachable, con su ligera obesidad y su cara sonrosada y fresca. Era como si el continuo contacto con toda clase de miserias humanas, desde la ignorancia a la posible traición, le hubiese obligado a lavarse con más frecuencia, gracias a lo cual su rostro mostraba aquella tersura.

El teniente Albert Quincy, que le había traído el expediente, era joven y se sentía

embargado por la responsabilidad de ser oficial de las fuerzas de Seguridad en la comisaría de Hanford.

—Pero, ¿por qué Sebatinsky? —preguntó.

—¿Por qué no?

—Porque no tiene pies ni cabeza. Zebatinsky es un nombre extranjero, y yo me lo cambiaría si lo tuviese, pero buscaría un patronímico anglosajón, por ejemplo. Si Zebatinsky lo hubiese hecho, la cosa tendría sentido, y yo ni siquiera volvería a pensar en ello. Pero, ¿por qué cambiar una «Z» por una «S»? Me parece que hay que buscar otras razones.

—¿Nadie se lo ha preguntado directamente?

—Sí. En el curso de una conversación ordinaria, desde luego. Es lo primero que preparé. Él se limitó a decir que estaba harto de estar a la cola del alfabeto.

—Es una razón plausible, ¿no le parece, teniente?

—Desde luego. Pero, en ese caso, ¿por qué no cambiarse el nombre por el de Sands o Smith, si se había encaprichado por la «S»? O si estaba tan cansado de la «Z», última letra del alfabeto, ¿por qué no irse al otro extremo y cambiarla por una «A»? ¿Por qué no adoptar el nombre de... Aarons, por ejemplo?

—No es lo bastante anglosajón —murmuró Brand, añadiendo—: Pero la conducta de este hombre es intachable. No podemos acusar a nadie por escoger un nombre extraño.

El teniente Quincy se mostraba visiblemente decepcionado.

Brand prosiguió:

—Dígame, teniente, ¿qué le preocupa? Estoy seguro que piensa en algo; alguna teoría, algún subterfugio. ¿En qué piensa?

El teniente frunció el ceño. Sus rubias cejas se juntaron y apretó los labios.

—Verá usted, señor. Ese hombre es ruso.

—No lo es —repuso Brand—. Es un estadounidense de tercera generación.

—Quiero decir que su nombre es ruso.

La expresión de Brand perdió algo de su engañosa blandura.

—Nada de eso, teniente; se ha vuelto a equivocar. Es polaco.

El teniente extendió las manos con impaciencia.

—Da lo mismo.

Brand, cuya madre se apellidaba Wiszewsky de soltera, barbotó:

—No diga nunca eso a un polaco, teniente... —Luego añadió, pensativo—: Ni tampoco a un ruso, supongo.

—Lo que yo quería decir, señor —dijo el teniente, poniéndose colorado—, es que tanto los polacos como los rusos están al otro lado de la Cortina de Acero.

—Eso ya lo sabemos.

—Y que Zebatinsky o Sebatinsky, como usted prefiera llamarle, debe tener

parientes allí.

—Le repito que es de tercera generación. Sí, puede que aún tenga primos segundos allí. ¿Y qué?

—Eso, en sí, no significa nada. Millares de personas tienen parientes lejanos en esos países. Pero Zebatinsky ha cambiado de nombre.

—Prosiga.

—¿Y si con ello tratase de no llamar la atención? Tal vez tiene allí un primo segundo que se está haciendo demasiado famoso y nuestro Zebatinsky teme que esa relación de parentesco pueda perjudicar a su carrera.

—Pero cambiar de nombre no le resuelve nada. Sigue siendo igualmente su primo segundo.

—Desde luego, pero no será como si nos metiese su parentesco por las narices.

—¿Conoce usted a algún Zebatinsky del otro lado de la Cortina?

—No, señor.

—Entonces, no debe de ser tan famoso como usted dice. ¿Y cómo iba a conocer su existencia nuestro Zebatinsky?

—Tal vez mantiene el contacto con sus parientes. Eso ya daría pábulo a sospechas de por sí, pues recuerde usted que se trata de un físico atómico.

Metódicamente, Brand volvió a repasar el expediente del científico.

—Eso está muy traído por los pelos, teniente. Es algo tan hipotético que no nos sirve de nada.

—¿Puede usted ofrecer alguna otra explicación, señor, de los motivos que le han inducido a efectuar un cambio de nombre tan curioso?

—No, no puedo, lo reconozco.

—En ese caso, señor, creo que deberíamos investigar. Debemos empezar localizando a todos los Zebatinsky del otro lado de la Cortina y viendo si existe una relación entre ellos y el nuestro. —El teniente elevó ligeramente la voz al ocurrírsele una nueva idea—. ¿Y si cambiase de nombre para apartar la atención de ellos, con el fin de protegerlos?

—Yo diría que hace exactamente lo contrario.

—Tal vez no se da cuenta, pero su motivo principal pudiera ser el deseo de protegerlos.

Brand suspiró.

—Muy bien, investigaremos eso de los Zebatinsky europeos... —dijo—. Pero si no resulta nada de ello, teniente, abandonaremos el asunto. Déjeme el expediente.

Cuando la información llegó finalmente al despacho de Brand, éste se había olvidado por completo del teniente y sus especulaciones. Lo primero que se le ocurrió al recibir un montón de datos entre los que se incluían diecisiete biografías de otros tantos ciudadanos polacos y rusos que respondían al nombre de Zebatinsky, fue decir:

«¿Qué demonios es esto?»

Entonces lo recordó, juró por lo bajo y empezó a leer.

Empezó por los Zebatinsky estadounidenses. Marshall Zebatinsky (huellas dactilares y todo) había nacido en Buffalo, Nueva York (fecha, estadísticas del hospital). Su padre también había nacido en Buffalo, y su madre en Oswego, Nueva York. Sus abuelos paternos eran oriundos de la ciudad polaca de Bialystok (fecha de entrada en los Estados Unidos, fecha en que le fue concedida la ciudadanía estadounidense, fotografías.)

Los diecisiete ciudadanos polacos y rusos que se apellidaban Zebatinsky descendían todos ellos de otros Zebatinsky que, cosa de medio siglo antes, habían vivido en Bialystok, o en sus proximidades. Muy posiblemente eran todos parientes, pero eso no se afirmaba explícitamente en ningún caso particular. (Los censos que se habían realizado en la Europa Oriental después de la Primera Guerra Mundial dejaban mucho que desear.)

Brand repasó las biografías de los Zebatinsky de ambos sexos cuyas vidas no ofrecían nada de particular (era sorprendente lo bien que habían realizado aquel trabajo los servicios de información; sin duda los rusos lo hubieran hecho igualmente bien.) Pero cuando llegó a uno se detuvo y su frente se arrugó, al arquear las cejas. Apartó aquella biografía y siguió leyendo las restantes. Cuando terminó, las volvió a meter todas en el sobre, a excepción de la que había apartado.

Sin dejar de mirarla, tamborileó con sus cuidadas uñas sobre la mesa.

Con cierta renuencia se decidió a llamar al doctor Paul Kristow, de la Comisión de Energía Atómica.

El doctor Kristow escuchó la exposición del asunto con expresión pétrea. De vez en cuando se rascaba la bulbosa nariz con el meñique, como si quisiera quitar de ella una mota inexistente. Tenía los cabellos de un color gris acerado, muy escasos y cortados casi al cero. Prácticamente, era como si fuese totalmente calvo.

Cuando su interlocutor hubo terminado, dijo:

—No, no conozco a ningún Zebatinsky ruso. Aunque, por otra parte, tampoco había oído mencionar hasta ahora al norteamericano.

—Verá usted —dijo Brand, rascándose el cuero cabelludo sobre la sien—. Yo no creo que haya nada de particular en todo esto, pero tampoco deseo abandonarlo demasiado pronto. Tengo a un joven teniente pisándome los talones, y ya sabe usted cómo son esos jóvenes oficiales. Sería capaz de presentarse por su cuenta ante un comité del Congreso. Además, la verdad es que uno de los Zebatinsky rusos, Mijaíl Andreyevich Zebatinsky, también es físico nuclear. ¿Está usted seguro que nunca ha oído hablar de él?

—¿Mijaíl Andreyevich Zebatinsky? No... No, nunca. Aunque eso no demuestra nada.

—Podría ser una simple coincidencia, pero sería una coincidencia demasiado curiosa. Un Zebatinsky aquí y otro Zebatinsky allí, ambos físicos nucleares, y he aquí que uno se cambia de repente la inicial de su nombre y demuestra gran ansiedad al hacerlo. Se enfada si lo pronuncian mal, en cuyo caso, dice con énfasis: «Mi nombre se escribe con “S”». Resulta demasiado raro en verdad, y mi teniente, que ve espías por todas partes, no duerme pensando en ello... Y otra cosa curiosa es que el Zebatinsky ruso se esfumó sin dejar rastro hará cosa de un año.

El doctor Kristow dijo sin inmutarse:

—Lo habrán liquidado en una purga.

—Es posible. En circunstancias normales, eso es lo que yo supondría, aunque los rusos no son más estúpidos que nosotros, y no matan a tontas y a locas a los físicos nucleares. Sin embargo, existe otra razón para explicar la desaparición súbita de un físico atómico. No creo que haga falta que se la diga.

—¿Que le hayan destinado a una misión ultra secreta? ¿Es eso lo que quiere decir? ¿Cree usted que podría ser eso?

—Júntelo con todo lo demás que sabemos, añádale las sospechas de nuestro teniente, y hay para empezar a cavilar.

—Déme esa biografía.

El doctor Kristow tendió la mano para apoderarse de la hoja de papel y la leyó dos veces, moviendo la cabeza. Luego dijo:

—Comprobaré todo esto en los Resúmenes Nucleares.

Los Resúmenes Nucleares ocupaban toda una pared del estudio del doctor Kristow, en hileras cuidadosamente colocadas en cajitas, cada una de las cuales estaba repleta de microfilmes.

El ilustre miembro de la Comisión de Energía Atómica introdujo los índices en el proyector, mientras Brand contemplaba la pantalla haciendo acopio de paciencia.

El doctor Kristow murmuró al fin:

—Sí, un tal Mijaíl Zebatinsky publicó media docena de artículos, firmados por él o escritos en colaboración, en las revistas soviéticas especializadas de los últimos seis años. Buscaremos los resúmenes y tal vez saquemos algo en claro. Aunque lo dudo.

Un selector hizo salir los microfilmes solicitados. El doctor Kristow los alineó, los pasó por el proyector y poco a poco una expresión de asombro fue pintándose en su semblante. De pronto dijo:

—¡Qué raro!

—¿Raro? ¿Qué es raro? —le preguntó Brand.

El doctor Kristow se arrellanó en su asiento.

—Aún no me atrevo a asegurarlo. ¿Podría proporcionarme una lista de otros físicos nucleares que hayan desaparecido en la Unión Soviética durante el año pasado?

—¿Quiere usted decir que ve algo?

—Aún no. No vería nada si leyese esos artículos por separado. Pero al verlos en su conjunto y al saber que su autor participa posiblemente en un programa de investigación secreto, además de las sospechas que usted ha despertado en mí... —Se encogió de hombros—. En realidad no es nada.

Muy serio, Brand le dijo:

—Le agradecería que me dijese lo que piensa. No se pierde nada en saberlo; aunque sea una tontería, sólo lo sabremos usted y yo.

—En ese caso... Es posible que este Zebatinsky haya conseguido aportar algunas ideas al problema que presenta la reflexión de los rayos gamma.

—¿Y eso qué significa?

—Se lo voy a decir: si pudiese crearse un escudo que reflejase los rayos gamma, se podrían construir refugios individuales que protegerían contra la radiación secundaria. El verdadero peligro, como usted sabe, es la radiación secundaria. Una bomba de hidrógeno puede aniquilar a una ciudad, pero los desechos radiactivos resultantes de la explosión atómica pueden matar lentamente a todo cuanto viva sobre una franja de miles de kilómetros de longitud y de cientos de kilómetros de anchura.

Brand se apresuró a decir:

—¿Realizamos nosotros trabajos en ese sentido?

—No.

—Pero si ellos lo obtienen y nosotros no, podrán destruir totalmente los Estados Unidos por el precio de diez ciudades de las suyas, digamos, una vez hayan terminado su programa de refugios contra la radiación secundaria.

—Esa posibilidad aún es muy lejana... ¿No cree usted que estamos haciendo castillos en el aire? Todas esas sospechas se basan en un simple cambio de una letra en el apellido de una persona...

—De acuerdo, estoy loco —dijo Brand—. Pero no pienso dejar las cosas así. Hemos llegado demasiado lejos. Tendrá usted su lista de físicos nucleares desaparecidos, aunque tenga que ir a buscarla a Moscú.

Obtuvo la lista. Kristow y él examinaron todas las comunicaciones científicas y artículos escritos por aquellos hombres. Convocaron una sesión plenaria de la Comisión, y luego reunieron a todos los cerebros nucleares de los Estados Unidos. Por último, el doctor Kristow salió de una sesión que había durado toda la noche, y a parte de la cual había asistido el propio presidente de la nación.

Brand le esperaba a la puerta. Ambos tenían aspecto cansado y ojeroso. El policía le preguntó:

—¿Qué dicen?

Kristow hizo un gesto de asentimiento.

—La mayor parte de ellos se muestran de acuerdo. Algunos todavía dudan, pero



la mayoría está de acuerdo.

—¿Y usted qué dice? ¿Está seguro?

—Nada de eso, pero déjeme que le explique. Resulta más fácil creer que los soviéticos trabajan en la creación de un escudo protector contra los rayos gamma, que creer que todos los datos que hemos desenterrado no tienen relación entre sí.

—¿Se ha decidido que nosotros comencemos también las investigaciones sobre protección contra los rayos gamma?

—Sí.

Kristow se pasó la mano sobre el cabello, corto y enhiesto, produciendo un rumor seco, apenas perceptible.

—Concentraremos todos nuestros recursos en ella —dijo—. Conociendo los artículos escritos por los desaparecidos, no dejaremos que nos tomen mucha ventaja. Incluso podremos alcanzarlos... Naturalmente, descubrirán que trabajamos en ello.

—Que lo descubran —dijo Brand—. No importa. Así no se atreverán a atacar. No veo que sea un buen negocio arrasar diez de nuestras ciudades a cambio de diez de las suyas..., si ambos contamos con protección y ellos lo saben.

—Pero no tan pronto. No queremos que lo averigüen demasiado pronto. ¿Y qué noticias hay del Zebatinsky-Sebatinsky estadounidense?

Brand asumió un aspecto solemne y movió negativamente la cabeza.

—No existe la menor relación entre él y este asunto..., hasta ahora —dijo—. Pero le aseguro que lo hemos investigado a fondo. Estoy de acuerdo con usted, desde luego. Actualmente se encuentra en un punto neurálgico, y no podemos permitir que siga allí, aunque esté libre de sospechas.

—No podemos ponerle bonitamente de patitas en la calle. Si lo hiciésemos, los rusos se extrañarían.

—¿Qué podemos hacer?

Ambos avanzaban por el largo pasillo en dirección al distante ascensor... Sus pasos y sus voces resonaban extrañamente en el silencio de las cuatro de la madrugada.

El doctor Kristow dijo:

—He mirado su hoja de servicios. Ese muchacho vale más que otros muchos; además, no está contento con su trabajo. No le gusta trabajar en equipo.

—¿Qué sugiere usted?

—En cambio, es idóneo para el trabajo académico. Si podemos conseguir que una importante universidad le ofrezca una cátedra de Física, creo que él la aceptaría encantado. Así podría trabajar en investigaciones inofensivas; nosotros podríamos vigilarlo estrechamente, y todo parecería una consecuencia lógica, un progreso merecido en su carrera, que no sorprendería a nadie, y menos a los rusos. ¿Qué le parece?

Brand asintió.

—Excelente idea. Muy bien. La someteré al jefe.

Se metieron en el ascensor y Brand se puso a pensar en todo ello. ¡Qué final para lo que había empezado con el simple cambio de una letra en un apellido!

Marshall Sebatinsky apenas podía hablar. Con voz ahogada, dijo a su esposa:

—Te juro que no sé cómo ha podido suceder esto. Hubiera dicho que eran incapaces de diferenciarme de un detector de mesones... ¡Buen Dios, Sophie, profesor adjunto de Física en Princeton! ¿Te imaginas?

Sophie repuso:

—¿Supones tal vez que se debe a tu charla en una de las reuniones de la Asociación de Física Norteamericana?

—No lo sé. Mi comunicación era muy sosa, y todos los de la sección me gastaron bromas. —Hizo chasquear los dedos—. Por lo visto, Princeton ha estado realizando una investigación sobre mí. No hay duda. ¿Recuerdas todos esos formularios que he tenido que llenar durante los últimos seis meses; todas esas entrevistas que yo no sabía a qué conducían? Para serte sincero, te diré que empezaba a creer que me consideraban sospechoso de actividades subversivas... Pero era Princeton, que me estaba estudiando. Meditan bien lo que hacen.

—¿Y si fuese tu nombre? —apuntó Sophie—. El cambio de nombre, quiero decir.

—Verás ahora. Finalmente, mi vida profesional será mía, y de nadie más. Podré seguir mi camino. En cuanto tenga oportunidad de trabajar sin... —Se interrumpió, para volverse hacia su esposa—. ¡Mi nombre! ¿Quieres decir la «S» que me he puesto?

—Sólo te han hecho esta oferta después de cambiar el nombre, tenlo en cuenta...

—Sí, pero mucho después. No, ésa es una simple coincidencia. Ya te lo dije entonces, Sophie, me limité a tirar cincuenta dólares por la ventana para complacerte. ¡Qué estúpido me he sentido durante todos estos meses, empeñándome en imponer a todo el mundo esa dichosa «S»!

Sophie se puso inmediatamente a la defensiva.

—Yo no te obligué a hacerlo, Marshall. Sólo te dije que me gustaría que lo hicieras, pero no insistí. No digas que te obligué. Además, resulta que salió bien. Estoy segura que todo esto se debe al cambio de nombre.

Sebatinsky sonrió con indulgencia.

—No es más que una superstición.

—No me importa como lo llames, pero la verdad es que te has quedado con la «S».

—Pues sí, lo reconozco. Me ha costado tanto que todo el mundo se acostumbre a llamarme Sebatinsky que la simple idea de volver a empezar de nuevo me asusta. ¿Y si adoptase otro nombre..., Jones, por ejemplo?

Lanzó una carcajada casi histérica.

Pero Sophie no se rió.

—Déjalo como está.

—Claro, claro..., no era más que una broma... Mira, te voy a decir lo que pienso hacer. Un día de estos iré a ver al viejo ese y le daré otros cincuenta pavos. ¿Estarás satisfecha entonces?

Se sentía tan optimista que fue a la semana siguiente, esta vez sin disfrazarse. Llevaba sus propias gafas y su traje, y la cabeza descubierta.

Incluso tarareaba una cancioncilla al aproximarse a la tienda. Tuvo que apartarse a un lado para dejar pasar a una mujer de aspecto fatigado y expresión avinagrada que empujaba un cochecito con dos niños.

Puso la mano en el picaporte y apoyó el pulgar en el pestillo de hierro. Éste no cedió a la presión ejercida. La puerta estaba cerrada con llave.

La amarilla y polvorienta tarjeta que decía «Numerólogo» había desaparecido, advirtió de pronto. Otro rótulo, impreso y que ya empezaba a retorcerse y decolorarse por la acción del sol, ostentaba las palabras «Se alquila».

Sebatinsky se encogió de hombros. Qué se le iba a hacer. Él había intentado siempre complacer a su esposa.

Así es que dio media vuelta y se fue, silbando entre dientes.

Haround, contento de verse libre de su envoltorio corporal, saltaba alegremente, y sus vórtices de energía lucían con un apagado resplandor violáceo sobre varios hiperkilómetros cúbicos.

—¿He ganado? ¿He ganado? —iba repitiendo.

Mestack estaba algo apartado, y sus vórtices eran casi una esfera de luz en el hiperespacio.

—Todavía no lo he calculado.

—Hazlo, pues. No cambiarás en nada los resultados, por más tiempo que inviertas... Uf, qué alivio volver de nuevo al seno de la limpia y resplandeciente energía... Necesité un micro-ciclo de tiempo como cuerpo encarnado; además, era un cuerpo muy gastado y viejo. Pero valía la pena hacerlo para demostrártelo.

Mestack dijo:

—De acuerdo, reconozco que evitaste una guerra nuclear en ese planeta.

—¿Y no es eso un efecto de Clase A?

—Sí, desde luego; es un efecto de Clase A.

—Perfectamente. Ahora comprueba lo que quieras y dime si no conseguí ese efecto de Clase A con un estímulo de Clase F. Me limité a cambiar una letra de un nombre.

—¿Cómo?

—Oh, nada. Ahí está todo. Te lo he preparado.

Mestack dijo, algo a regañadientes:

—Me entrego. Un estímulo de Clase F.

—Entonces, he ganado. Tienes que admitirlo.

—Ninguno de los dos podrá decir que ha ganado cuando el Vigilante vea esto.

Haround, que había asumido la apariencia corporal de un anciano numerólogo en la Tierra y todavía no había podido acostumbrarse del todo al alivio que le producía no serlo ya, dijo:

—No parecías estar muy preocupado por eso cuando hiciste la apuesta.

—No creí que fueses capaz de aceptarla.

—¡Entropía! Pero, ¿por qué preocuparse? El Vigilante no se enterará jamás que hemos utilizado un estímulo de Clase F.

—Tal vez no, pero sí descubrirá el efecto de Clase A. Esos corpóreos seguirán por ahí aun después de una docena de microciclos. El Vigilante se dará cuenta.

—Lo que pasa, Mestack, es que tú no quieres pagar. Tratas de pasarte de listo.

—Pagaré. Pero espera a que el Vigilante se entere que hemos estado ocupándonos de un problema que no nos había asignado y que hemos efectuado un cambio no autorizado. Eso, si...

Se interrumpió.

Haround replicó:

—Bien, dejaré las cosas como estaban. Así no se enterará.

La energía de Mestack asumió un brillo socarrón.

—Necesitarás otro estímulo de Clase F, si quieres que no se entere.

Haround vaciló.

—Puedo hacerlo —dijo.

—Lo dudo.

—Te aseguro que puedo.

—¿Quieres que hagamos otra apuesta?

Las radiaciones de Mestack se hacían jubilosas.

—Aceptado —dijo Haround, acorralado—. Pondré a aquellos corpóreos donde estaban y el Vigilante no se dará cuenta de nada.

Mestack sacó partido de su ventaja.

—Anulemos la primera apuesta entonces, y tripliquemos la segunda.

A Haround se le contagió el entusiasmo del otro.

—Muy bien, de acuerdo —convino—. Triplicado.

—¡Hecho, pues!

—¡Hecho!

# La última pregunta (1956)

---

“The Last Question”

La última pregunta se formuló por primera vez, medio en broma, el 21 de mayo de 2061, en momentos en que la humanidad (también por primera vez) se bañó en luz. La pregunta llegó como resultado de una apuesta por cinco dólares hecha entre dos hombres que bebían cerveza, y sucedió de esta manera:

Alexander Adell y Bertram Lupov eran dos de los fieles asistentes de Multivac. Dentro de las dimensiones de lo humano sabían qué era lo que pasaba detrás del rostro frío, parpadeante e intermitentemente luminoso —kilómetros y kilómetros de rostro— de la gigantesca computadora. Al menos tenían una vaga noción del plan general de circuitos y retransmisores que desde hacía mucho tiempo habían superado toda posibilidad de ser dominados por una sola persona.

Multivac se autoajustaba y autocorregía. Así tenía que ser, porque nada que fuera humano podía ajustarla y corregirla con la rapidez suficiente o siquiera con la eficacia suficiente. De manera que Adell y Lupov atendían al monstruoso gigante sólo en forma ligera y superficial, pero lo hacían tan bien como podría hacerlo cualquier otro hombre. La alimentaban con información, adaptaban las preguntas a sus necesidades y traducían las respuestas que aparecían. Por cierto, ellos, y todos los demás asistentes tenían pleno derecho a compartir la gloria de Multivac.

Durante décadas, Multivac ayudó a diseñar naves y a trazar las trayectorias que permitieron al hombre llegar a la Luna, a Marte y a Venus, pero después de eso, los pobres recursos de la Tierra ya no pudieron serles de utilidad a las naves. Se necesitaba demasiada energía para los viajes largos y pese a que la Tierra explotaba su carbón y uranio con creciente eficacia, había una cantidad limitada de ambos.

Pero lentamente, Multivac aprendió lo suficiente como para responder a las preguntas más complejas en forma más profunda, y el 14 de mayo de 2061 lo que hasta ese momento era teoría se convirtió en realidad.

La energía del Sol fue almacenada, modificada y utilizada directamente en todo el planeta. Cesó en todas partes el hábito de quemar carbón y fisiónar uranio y toda la Tierra se conectó con una pequeña estación —de un kilómetro y medio de diámetro— que circundaba el planeta a mitad de distancia de la Luna, para funcionar con rayos invisibles de energía solar.

Siete días no habían alcanzado para empañar la gloria del acontecimiento, y Adell y Lupov finalmente lograron escapar de la celebración pública, para refugiarse donde nadie pensaría en buscarlos: en las desiertas cámaras subterráneas, donde se veían partes del poderoso cuerpo enterrado de Multivac. Sin asistentes, ociosa, clasificando datos con clicks satisfechos y perezosos, Multivac también se había ganado sus vacaciones y los asistentes la respetaban y originalmente no tenían intención de

perturbarla.

Se habían llevado una botella y su única preocupación en ese momento era relajarse y disfrutar de la bebida.

—Es asombroso, cuando uno lo piensa —dijo Adell. En su rostro ancho se veían huellas de cansancio, y removi6 lentamente la bebida con una varilla de vidrio, observando el movimiento de los cubos de hielo en su interior—. Toda la energía que podremos usar de ahora en adelante, gratis. Suficiente energía, si quisiéramos emplearla, como para derretir a toda la Tierra y convertirla en una enorme gota de hierro líquido impuro, y no echar de menos la energía empleada. Toda la energía que podremos usar por siempre y siempre y siempre.

Lupov ladeó la cabeza. Tenía el hábito de hacerlo cuando quería oponerse a lo que oía, y en ese momento quería oponerse; en parte porque había tenido que llevar el hielo y los vasos.

—No para siempre —dijo.

—Ah, vamos, prácticamente para siempre. Hasta que el Sol se apague, Bert.

—Entonces no es para siempre.

—Muy bien, entonces. Durante miles de millones de años. Veinte mil millones, tal vez. ¿Estás satisfecho?

Lupov se pasó los dedos por los escasos cabellos como para asegurarse que todavía le quedaban algunos y tomó un pequeño sorbo de su bebida.

—Veinte mil millones de años no es «para siempre».

—Bien, pero superará nuestra época, ¿verdad?

—También la superarán el carbón y el uranio.

—De acuerdo, pero ahora podemos conectar cada nave espacial individualmente con la Estación Solar, y hacer que vaya y regrese de Plutón un millón de veces sin que tengamos que preocuparnos por el combustible. No puedes hacer eso con carbón y uranio. Pregúntale a Multivac, si no me crees.

—No necesito preguntarle a Multivac. Lo sé.

—Entonces deja de quitarle méritos a lo que Multivac ha hecho por nosotros —dijo Adell, malhumorado—. Se portó muy bien.

—¿Quién dice que no? Lo que yo sostengo es que el Sol no durará eternamente. Eso es todo lo que digo. Estamos a salvo por veinte mil millones de años pero, ¿y luego? —Lupov apuntó con un dedo tembloroso al otro—. Y no me digas que nos conectaremos con otro sol.

Durante un rato hubo silencio. Adell se llevaba la copa a los labios sólo de vez en cuando, y los ojos de Lupov se cerraron lentamente. Descansaron.

De pronto Lupov abrió los ojos.

—Piensas que nos conectaremos con otro sol cuando el nuestro muera, ¿verdad?

—No estoy pensando nada.

—Seguro que estás pensando. Eres malo en lógica, ése es tu problema. Eres como ese tipo del cuento a quien lo sorprendió un chaparrón, corrió a refugiarse en un monte y se paró bajo un árbol. No se preocupaba porque pensaba que cuando un árbol estuviera totalmente mojado, simplemente iría a guarecerse bajo otro.

—Entiendo —dijo Adell—, no grites. Cuando el Sol muera, las otras estrellas habrán muerto también.

—Por supuesto —murmuró Lupov—. Todo comenzó con la explosión cósmica original, fuera lo que fuese, y todo terminará cuando todas las estrellas se extingan. Algunas se agotan antes que otras. Por Dios, las gigantes no durarán cien millones de años. El Sol durará veinte mil millones de años y tal vez las enanas durarán cien mil millones por mejores que sean. Pero en un trillón de años estaremos a oscuras. La entropía tiene que incrementarse al máximo, eso es todo.

—Sé todo lo que hay que saber sobre la entropía —dijo Adell, tocado en su amor propio.

—¡Qué vas a saber!

—Sé tanto como tú.

—Entonces sabes que todo se extinguirá algún día.

—Muy bien. ¿Quién dice que no?

—Tú, grandísimo tonto. Dijiste que teníamos toda la energía que necesitábamos, para siempre. Dijiste «para siempre».

Esa vez le tocó a Adell oponerse.

—Tal vez podamos reconstruir las cosas algún día.

—Nunca.

—¿Por qué no? Algún día.

—Nunca.

—Pregúntale a Multivac.

—Pregúntale tú a Multivac. Te desafío. Te apuesto cinco dólares a que no es posible.

Adell estaba lo suficientemente borracho como para intentarlo y lo suficientemente sobrio como para traducir los símbolos y operaciones necesarias para formular la pregunta que, en palabras, podría haber correspondido a esto: ¿Podrá la humanidad algún día, sin el gasto neto de energía, devolver al Sol toda su juventud aún después que haya muerto de viejo?

O tal vez podría reducirse a una pregunta más simple, como ésta: ¿Cómo puede disminuirse masivamente la cantidad neta de entropía del Universo?

Multivac enmudeció. Los lentos resplandores oscuros cesaron, los clicks distantes de los transmisores terminaron.

Entonces, mientras los asustados técnicos sentían que ya no podían contener más el aliento, el teletipo adjunto a la computadora cobró vida repentinamente.

Aparecieron seis palabras impresas:

«DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

—No hay apuesta —murmuró Lupov. Salieron apresuradamente.

A la mañana siguiente, los dos, con dolor de cabeza y la boca pastosa, habían olvidado el incidente.

Jerrodd, Jerrodine y Jerrodette I y II observaban la imagen estrellada en la pantalla mientras completaban el pasaje por el hiperespacio en un lapso fuera de las dimensiones del tiempo. Inmediatamente, el uniforme polvo de estrellas dio paso al predominio de un único disco de mármol, brillante, centrado.

—Es X-23 —dijo Jerrodd con confianza. Sus manos delgadas se entrelazaron con fuerza detrás de su espalda y los nudillos se pusieron blancos.

Las pequeñas Jerrodettes, niñas ambas, habían experimentado el pasaje por el hiperespacio por primera vez en su vida. Contuvieron sus risas y se persiguieron locamente alrededor de la madre, gritando:

—Hemos llegado a X-23... hemos llegado a X-23... hemos llegado a X-23... hemos llegado...

—Tranquilas, niñas —dijo rápidamente Jerrodine—. ¿Estás seguro, Jerrodd?

—¿Qué puedo estar sino seguro? —preguntó Jerrodd, echando una mirada al tubo de metal justo debajo del techo, que ocupaba toda la longitud de la habitación y desaparecía a través de la pared en cada extremo. Tenía la misma longitud que la nave.

Jerrodd sabía poquísimos sobre el grueso tubo de metal excepto que se llamaba Microvac, que uno le hacía preguntas si lo deseaba; que aunque uno no se las hiciera de todas maneras cumplía con su tarea de conducir la nave hacia un destino prefijado, de abastecerla de energía desde alguna de las diversas estaciones de Energía Subgaláctica y de computar las ecuaciones para los saltos hiperespaciales.

Jerrodd y su familia no tenían otra cosa que hacer sino esperar y vivir en los cómodos sectores residenciales de la nave.

Cierta vez alguien le había dicho a Jerrodd, que el «ac» al final de «Microvac» quería decir «computadora analógica» en inglés antiguo, pero estaba a punto de olvidar incluso eso.

Los ojos de Jerrodine estaban húmedos cuando miró la pantalla.

—No puedo evitarlo. Me siento extraña al salir de la Tierra.

—¿Por qué, caramba? —preguntó Jerrodd—. No teníamos nada allí. En X-23 tendremos todo. No estarás sola. No serás una pionera. Ya hay un millón de personas en ese planeta. Por Dios, nuestros bisnietos tendrán que buscar nuevos mundos porque llegará el día en que X-23 estará superpoblado. —Luego agregó, después de una pausa reflexiva—: Te aseguro que es una suerte que las computadoras hayan



desarrollado viajes interestelares, considerando el ritmo al que aumenta la raza.

—Lo sé, lo sé —respondió Jerrodine con tristeza.

Jerrodette I dijo de inmediato:

—Nuestra Microvac es la mejor Microvac del mundo.

—Eso creo yo también —repuso Jerrodd, desordenándole el pelo.

Era realmente una sensación muy agradable tener una Microvac propia y Jerrodd estaba contento de ser parte de su generación y no de otra. En la juventud de su padre las únicas computadoras eran unas enormes máquinas que ocupaban un espacio de ciento cincuenta kilómetros cuadrados. Sólo había una por planeta. Se llamaban ACs Planetarias.

Durante mil años habían crecido constantemente en tamaño y luego, de pronto, llegó el refinamiento. En lugar de transistores hubo válvulas moleculares, de manera que hasta la AC Planetaria más grande podía colocarse en una nave espacial y ocupar sólo la mitad del espacio disponible.

Jerrodd se sentía eufórico siempre que pensaba que su propia Microvac personal era muchísimo más compleja que la antigua y primitiva Multivac que por primera vez había domado al Sol, y casi tan complicada como la AC Planetaria de la Tierra (la más grande) que por primera vez resolvió el problema del viaje hiperespacial e hizo posibles los viajes a las estrellas.

—Tantas estrellas, tantos planetas —suspiró Jerrodine, inmersa en sus propios pensamientos—. Supongo que las familias seguirán emigrando siempre a nuevos planetas, tal como lo hacemos nosotros ahora.

—No siempre —respondió Jerrodd, con una sonrisa—. Todo esto terminará algún día, pero no antes que pasen billones de años. Muchos billones. Hasta las estrellas se extinguen, ¿sabes? Tendrá que aumentar la entropía.

—¿Qué es la entropía, papá? —preguntó Jerrodette II con voz aguda.

—Entropía, querida, es sólo una palabra que significa la cantidad de desgaste del Universo. Todo se desgasta, como sabrás, por ejemplo tu pequeño robot walkie-talkie, ¿recuerdas?

—¿No puedes ponerle una nueva unidad de energía, como a mi robot?

—Las estrellas son unidades de energía, querida. Una vez que se extinguen, ya no hay más unidades de energía.

Jerrodette I lanzó un chillido de inmediato.

—No las dejes, papá. No permitas que las estrellas se extingan.

—Mira lo que has hecho —susurró Jerrodine, exasperada.

—¿Cómo podía saber que iba a asustarla? —respondió Jerrodd también en un susurro.

—Pregúntale a la Microvac —gimió Jerrodette I—. Pregúntale cómo volver a encender las estrellas.

—Vamos —dijo Jerrodine—. Con eso se tranquilizarán. —(Jerrodette II ya se estaba echando a llorar, también).

Jerrodd se encogió de hombros.

—Ya está bien, queridas. Le preguntaré a Microvac. No se preocupen, ella nos lo dirá.

Le preguntó a la Microvac, y agregó rápidamente:

—Imprimir la respuesta.

Jerrodd retiró la delgada cinta de celufilm y dijo alegremente:

—Miren, la Microvac dice que se ocupará de todo cuando llegue el momento, y que no se preocupen.

Jerrodine dijo:

—Y ahora, niñas, es hora de acostarse. Pronto estaremos en nuestro nuevo hogar.

—Jerrodd leyó las palabras en el celufilm nuevamente antes de destruirlo:

«DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

Se encogió de hombros y miró la pantalla. El X-23 estaba cerca.

VJ-23X de Lameth miró las negras profundidades del mapa tridimensional en pequeña escala de la Galaxia y dijo:

—¿No será una ridiculez que nos preocupe tanto la cuestión?

MQ-17J de Nicron sacudió la cabeza.

—Creo que no. Sabes que la Galaxia estará llena en cinco años con el actual ritmo de expansión.

Los dos parecían jóvenes de poco más de veinte años. Ambos eran altos y de formas perfectas.

—Sin embargo —dijo VJ-23X—, me resisto a presentar un informe pesimista al Consejo Galáctico.

—Yo no pensaría en presentar ningún otro tipo de informe. Tenemos que inquietarlos un poco. No hay otro remedio.

VJ-23X suspiró.

—El espacio es infinito. Hay cien billones de galaxias disponibles.

—Cien billones no es infinito, y cada vez se hace menos infinito. ¡Piénsalo! Hace veinte mil años, la humanidad resolvió por primera vez el problema de utilizar energía estelar, y algunos siglos después se hicieron posibles los viajes interestelares. A la humanidad le llevó un millón de años llenar un pequeño mundo y luego sólo quince mil años llenar el resto de la Galaxia. Ahora la población se duplica cada diez años...

VJ-23X lo interrumpió.

—Eso debemos agradeceréselo a la inmortalidad.

—Muy bien. La inmortalidad existe y debemos considerarla. Admito que esta

inmortalidad tiene su lado complicado. La AC Galáctica nos ha solucionado muchos problemas, pero al resolver el problema de evitar la vejez y la muerte, anuló todas las otras cuestiones.

—Sin embargo no creo que desees abandonar la vida.

—En absoluto —saltó MQ-17J, y luego se suavizó de inmediato—. No todavía. No soy tan viejo. ¿Cuántos años tienes tú?

—Doscientos veintitrés. ¿Y tú?

—Yo todavía no tengo doscientos. Pero, volvamos a lo que decía. La población se duplica cada diez años. Una vez que se llene esta galaxia, habremos llenado otra en diez años. Diez años más y habremos llenado dos más. Otra década, cuatro más. En cien años, habremos llenado mil galaxias; en mil años, un millón de galaxias. En diez mil años, todo el Universo conocido. Y entonces, ¿qué?

VJ-23X dijo:

—Como problema paralelo, está el del transporte. Me pregunto cuántas unidades de energía solar se necesitarán para trasladar galaxias de individuos de una galaxia a la siguiente.

—Muy buena observación. La humanidad ya consume dos unidades de energía solar por año.

—La mayor parte de esta energía se desperdicia. Al fin y al cabo, sólo nuestra propia galaxia gasta mil unidades de energía solar por año, y nosotros solamente usamos dos de ellas.

—De acuerdo, pero aún con una eficiencia de un cien por ciento, sólo podemos postergar el final. Nuestras necesidades energéticas crecen en progresión geométrica, y a un ritmo mayor que nuestra población. Nos quedaremos sin energía todavía más rápido que sin galaxias. Muy buena observación. Muy, muy buena observación.

—Simplemente tendremos que construir nuevas estrellas con gas interestelar.

—¿O con calor disipado? —preguntó MQ-17J, con tono sarcástico.

—Puede haber alguna forma de revertir la entropía. Tenemos que preguntárselo a la AC Galáctica.

VJ-23X no hablaba realmente en serio, pero MQ-17J sacó su interfaz AC del bolsillo y lo colocó sobre la mesa frente a él.

—No me faltan ganas —dijo—. Es algo que la raza humana tendrá que enfrentar algún día.

Miró sombríamente su pequeña interfaz AC. Era un objeto de apenas cinco centímetros cúbicos, nada en sí mismo, pero estaba conectado a través del hiperespacio con la gran AC Galáctica que servía a toda la humanidad y, a su vez, era parte integral suya.

MQ-17J hizo una pausa para preguntarse si algún día, en su vida inmortal, llegaría a ver la AC Galáctica. Era un pequeño mundo propio, una telaraña de rayos

de energía que contenía la materia dentro de la cual las oleadas de los planos medios ocupaban el lugar de las antiguas y pesadas válvulas moleculares. Sin embargo, a pesar de esos funcionamientos sub-etéreos, se sabía que la AC Galáctica tenía mil diez metros de ancho.

Repentinamente, MQ-17J preguntó a su interfaz AC:

—¿Es posible revertir la entropía?

VJ-23X, sobresaltado, dijo de inmediato:

—Ah, mira, realmente yo no quise decir que tenías que preguntar eso.

—¿Por qué no?

—Los dos sabemos que la entropía no puede revertirse. No puedes volver a convertir el humo y las cenizas en un árbol.

—¿Hay árboles en tu mundo? —preguntó MQ-17J.

El sonido de la AC Galáctica los sobresaltó y les hizo guardar silencio. Se oyó su voz fina y hermosa en la interfaz AC en el escritorio. Dijo:

«DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

VJ-23X dijo:

—¡Ves!

Entonces los dos hombres volvieron a la pregunta del informe que tenían que hacer para el Consejo Galáctico.

La mente de Zee Prime abarcó la nueva galaxia con un leve interés en los incontables racimos de estrellas que la poblaban. Nunca había visto eso antes. ¿Alguna vez las vería todas?

Tantas estrellas, cada una con su carga de humanidad... una carga que era casi un peso muerto. Cada vez más, la verdadera esencia del hombre había que encontrarla allá afuera, en el espacio.

¡En las mentes, no en los cuerpos! Los cuerpos inmortales permanecían en los planetas, suspendidos sobre los eones. A veces despertaban a una actividad material pero eso era cada vez más raro. Pocos individuos nuevos nacían para unirse a la multitud increíblemente poderosa, pero, ¿qué importaba? Había poco lugar en el Universo para nuevos individuos.

Zee Prime despertó de su ensoñación al encontrarse con los sutiles manojos de otra mente.

—Soy Zee Prime. ¿Y tú?

—Soy Dee Sub Wun. ¿Tu galaxia?

—Sólo la llamamos Galaxia. ¿Y tú?

—Llamamos de la misma manera a la nuestra. Todos los hombres llaman Galaxia a su galaxia, y nada más. ¿Por qué será?

—Porque todas las galaxias son iguales.

—No todas. En una galaxia en particular debe de haberse originado la raza humana. Eso la hace diferente.

Zee Prime dijo:

—¿En cuál?

—No sabría decirte. La AC Universal debe estar enterada.

—¿Se lo preguntamos? De pronto tengo curiosidad por saberlo.

Las percepciones de Zee Prime se ampliaron hasta que las galaxias mismas se encogieron y se convirtieron en un polvo nuevo, más difuso, sobre un fondo mucho más grande. Tantos cientos de billones de galaxias, cada una con sus seres inmortales, todas llevando su carga de inteligencias, con mentes que vagaban libremente por el espacio. Y sin embargo una de ellas era única entre todas por ser la Galaxia original. Una de ellas tenía en su pasado vago y distante, un período en que había sido la única galaxia poblada por el hombre.

Zee Prime se consumía de curiosidad por ver esa galaxia y gritó:

—¡AC Universal! ¿En qué galaxia se originó el hombre?

La AC Universal oyó, porque en todos los mundos tenía listos sus receptores, y cada receptor conducía por el hiperespacio a algún punto desconocido donde la AC Universal se mantenía independiente. Zee Prime sólo sabía de un hombre cuyos pensamientos habían penetrado a distancia sensible de la AC Universal, y sólo informó sobre un globo brillante, de sesenta centímetros de diámetro, difícil de ver.

—¿Pero cómo puede ser eso toda la AC Universal? —había preguntado Zee Prime.

—La mayor parte —fue la respuesta— está en el hiperespacio. No puedo imaginarme en qué forma está allí.

Nadie podía imaginarlo, porque hacía mucho que había pasado el día —y eso Zee Prime lo sabía— en que algún hombre tuvo parte en construir la AC Universal. Cada AC Universal diseñaba y construía a su sucesora. Cada una, durante su existencia de un millón de años o más, acumulaba la información necesaria como para construir una sucesora mejor, más intrincada, más capaz en la cual dejar sumergido y almacenado su propio acopio de información e individualidad.

La AC Universal interrumpió los pensamientos erráticos de Zee Prime, no con palabras, sino con directivas. La mentalidad de Zee Prime fue dirigida hacia un difuso mar de Galaxias donde una en particular se agrandaba hasta convertirse en estrellas.

Llegó un pensamiento, infinitamente distante, pero infinitamente claro.

«ÉSTA ES LA GALAXIA ORIGINAL DEL HOMBRE.»

Pero era igual, al fin y al cabo, igual que cualquier otra, y Zee Prime resopló de desilusión.

Dee Sub Wun, cuya mente había acompañado a Zee Prime, dijo de pronto:

—¿Y una de estas estrellas es la estrella original del hombre?

La AC Universal respondió:

«LA ESTRELLA ORIGINAL DEL HOMBRE SE HA HECHO NOVA. ES UNA ENANA BLANCA.»

—¿Los hombres que la habitaban murieron? —preguntó Zee Prime, sobresaltado y sin pensar.

La AC Universal respondió:

«COMO SUCEDE EN ESTOS CASOS UN NUEVO MUNDO PARA SUS CUERPOS FÍSICOS FUE CONSTRUIDO EN EL TIEMPO.»

—Sí, por supuesto —dijo Zee Prime, pero aún así lo invadió una sensación de pérdida. Su mente dejó de centrarse en la Galaxia original del hombre, y le permitió volver y perderse en pequeños puntos nebulosos. No quería volver a verla.

Dee Sub Wun dijo:

—¿Qué sucede?

—Las estrellas están muriendo. La estrella original ha muerto.

—Todas deben morir. ¿Por qué no?

—Pero cuando toda la energía se haya agotado, nuestros cuerpos finalmente morirán, y tú y yo con ellos.

—Llevará billones de años.

—No quiero que suceda, ni siquiera dentro de billones de años. ¡AC Universal! ¿Cómo puede evitarse que las estrellas mueran?

Dee Sub Wun dijo, divertido:

—Estás preguntando cómo podría revertirse la dirección de la entropía.

Y la AC Universal respondió:

«TODAVÍA HAY DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

Los pensamientos de Zee Prime volaron a su propia galaxia. Dejó de pensar en Dee Sub Wun, cuyo cuerpo podría estar esperando en una galaxia a un trillón de años luz de distancia, o en la estrella siguiente a la de Zee Prime. No importaba.

Con aire desdichado, Zee Prime comenzó a recoger hidrógeno interestelar con el cual construir una pequeña estrella propia. Si las estrellas debían morir alguna vez, al menos podrían construirse algunas.

El Hombre, mentalmente, era uno solo, y estaba conformado por un trillón de trillones de cuerpos sin edad, cada uno en su lugar, cada uno descansando, tranquilo e incorruptible, cada uno cuidado por autómatas perfectos, igualmente incorruptibles, mientras las mentes de todos los cuerpos se fusionaban libremente entre sí, sin distinción.

El Hombre dijo:

—El Universo está muriendo.

El Hombre miró a su alrededor a las galaxias cada vez más oscuras. Las estrellas gigantes, muy gastadoras, se habían ido hace rato, habían vuelto a lo más oscuro de la oscuridad del pasado distante. Casi todas las estrellas eran enanas blancas, que finalmente se desvanecían.

Se habían creado nuevas estrellas con el polvo que había entre ellas, algunas por procesos naturales, otras por el Hombre mismo, y también se estaban apagando. Las enanas blancas aún podían chocar entre ellas, y de las poderosas fuerzas así liberadas se construirían nuevas estrellas, pero una sola estrella por cada mil estrellas enanas blancas destruidas, y también éstas llegarían a su fin.

El Hombre dijo:

—Cuidadosamente administrada y bajo la dirección de la AC Cósmica, la energía que todavía queda en todo el Universo, puede durar billones de años. Pero aún así eventualmente todo llegará a su fin. Por mejor que se la administre, por más que se la racione, la energía gastada desaparece y no puede ser repuesta. La entropía aumenta continuamente.

El Hombre dijo:

—¿Es posible invertir la tendencia de la entropía? Preguntémosle a la AC Cósmica.

La AC los rodeó pero no en el espacio. Ni un solo fragmento de ella estaba en el espacio. Estaba en el hiperespacio y hecha de algo que no era materia ni energía. La pregunta sobre su tamaño y su naturaleza ya no tenía sentido comprensible para el Hombre.

—AC Cósmica —dijo el Hombre—, ¿cómo puede revertirse la entropía?

La AC Cósmica dijo:

«LOS DATOS SON TODAVÍA INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

El Hombre ordenó:

—Recoge datos adicionales.

La AC Cósmica dijo:

«LO HARÉ. HACE CIENTOS DE BILLONES DE AÑOS QUE LO HAGO. MIS PREDECESORES Y YO HEMOS ESCUCHADO MUCHAS VECES ESTA PREGUNTA. TODOS LOS DATOS QUE TENGO SIGUEN SIENDO INSUFICIENTES.»

—¿Llegará el momento —preguntó el Hombre— en que los datos sean suficientes o el problema es insoluble en todas las circunstancias concebibles?

La AC Cósmica respondió:

«NINGÚN PROBLEMA ES INSOLUBLE EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS CONCEBIBLES.»

El Hombre preguntó:

—¿Cuándo tendrás suficientes datos como para responder a la pregunta?

La AC Cósmica respondió:

«LOS DATOS SON TODAVÍA INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

—¿Seguirás trabajando en eso? —preguntó el Hombre.

La AC Cósmica respondió:

«SÍ.»

El Hombre dijo:

—Esperaremos.

Las estrellas y las galaxias murieron y se convirtieron en polvo, y el espacio se volvió negro después de tres trillones de años de desgaste.

Uno por uno, el Hombre se fusionó con la AC, cada cuerpo físico perdió su identidad mental en forma tal que no era una pérdida sino una ganancia.

La última mente del Hombre hizo una pausa antes de la fusión, contemplando un espacio que sólo incluía los vestigios de la última estrella oscura y nada aparte de esa materia increíblemente delgada, agitada al azar por los restos de un calor que se gastaba, asintóticamente, hasta llegar al cero absoluto.

El Hombre dijo:

—AC, ¿es éste el final? ¿Este caos no puede ser revertido al Universo una vez más? ¿Esto no puede hacerse?

AC respondió:

«LOS DATOS SON TODAVÍA INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESCLARECEDORA.»

La última mente del Hombre se fusionó y sólo AC existió en el hiperespacio.

La materia y la energía se agotaron y con ellas el espacio y el tiempo. Hasta AC existía solamente para la última pregunta que nunca había sido respondida desde la época en que dos técnicos en computación medio alcoholizados, tres trillones de años antes, formularon la pregunta en la computadora que era para AC mucho menos de lo que para un hombre el Hombre.

Todas las otras preguntas habían sido contestadas, y hasta que esa última pregunta fuera respondida también, AC no podría liberar su conciencia.

Todos los datos recogidos habían llegado al fin. No quedaba nada para recoger.

Pero toda la información reunida todavía tenía que ser completamente correlacionada y unida en todas sus posibles relaciones.

Se dedicó un intervalo sin tiempo a hacer esto.

Y sucedió que AC aprendió cómo revertir la dirección de la entropía.

Pero no había ningún Hombre a quien AC pudiera dar una respuesta a la última pregunta. No había materia. La respuesta —por demostración— se ocuparía de eso también.



Durante otro intervalo sin tiempo, AC pensó en la mejor forma de hacerlo.

Cuidadosamente, AC organizó el programa.

La conciencia de AC abarcó todo lo que alguna vez había sido un Universo y pensó en lo que en ese momento era el caos.

Paso a paso, había que hacerlo.

Y AC dijo:

«¡HÁGASE LA LUZ!»

Y la luz se hizo...

## El niño feo (1958)

“Lastborn (The Ugly Little Boy)”

Edith Fellowes se alisó la bata de trabajo como hacía siempre antes de abrir la compleja cerradura de la puerta y cruzar la invisible línea divisoria que separaba el es del no es. Llevaba la libreta y el bolígrafo, aunque ya no tomaba notas excepto cuando consideraba absolutamente necesario hacer algún informe.

En esta ocasión llevaba también una maleta. («Juguetes para el niño», había dicho ella, sonriente, al vigilante, que desde hacía tiempo había dejado de hacerle preguntas y que le indicó que podía pasar.)

Como siempre, el niño feo supo que ella había entrado y se acercó corriendo.

—¡Señorita Fellowes! ¡Señorita Fellowes! —gritó con su blanda e indistinta voz.

—Timmie... —dijo ella, y pasó la mano por el tupido cabello castaño que cubría la desfigurada cabecita—. ¿Qué ocurre?

—¿Volverá Jerry para jugar otra vez? Siento lo que pasó.

—Eso no importa ahora, Timmie. ¿Por eso llorabas?

El niño bajó los ojos.

—No sólo por eso, señorita Fellowes. He soñado otra vez.

—¿El mismo sueño?

Los labios de la señorita Fellowes se fruncieron. Claro, el incidente con Jerry había hecho volver el sueño.

El niño asintió. Sus dientes, demasiado grandes, asomaron cuando intentó sonreír, y los labios de su sobresaliente boca se estiraron al máximo.

—¿Cuándo seré bastante grande para salir, señorita Fellowes?

—Pronto —dijo ella en voz baja, sintiendo que se le partía el corazón—. Pronto.

La señorita Fellowes dejó que el niño le tomara la mano y gozó con el cálido tacto de la gruesa y seca piel de la palma. El niño la llevó por las tres habitaciones que formaban el conjunto de la Sección Uno de Estasis; acogedoras, cierto, pero una prisión eterna para el niño feo durante los siete años (¿eran siete?) que llevaba de vida.

El niño la condujo a la única ventana, con vistas a un boscoso fragmento lleno de matorrales del mundo del es (en aquel momento oculto por la noche), donde una valla e instrucciones pintadas prohibían a cualquier hombre adentrarse sin permiso.

El niño apretó la nariz contra la ventana.

—¿Afuera, señorita Fellowes?

—Mejores lugares. Lugares más bonitos —dijo tristemente ella, mientras contemplaba la pobre cara encarcelada perfilada en la ventana.

La frente del niño se hundía planamente, y su cabello caía en mechones sobre ella. La nuca sobresalía y parecía un peso excesivo para la cabeza, de forma que ésta

se inclinaba hacia delante y obligaba al cuerpo a adoptar una postura encorvada. Óseos bordes habían provocado ya un abultamiento en la piel de los ojos. La ancha boca sobresalía más que la amplia y achatada nariz, y el niño carecía de barbilla propiamente dicha; sólo tenía una mandíbula de lisas curvas. Era bajo para su edad, y tenía las piernas cortas, gruesas y torcidas.

Era un niño terriblemente feo, y Edith Fellowes lo amaba intensamente.

La cara de la enfermera quedaba fuera de la línea de visión del niño, por lo que permitió a sus labios el lujo de un temblor.

No lo matarían. Ella haría cualquier cosa para impedirlo. Cualquier cosa. Abrió la maleta y empezó a sacar la ropa que contenía.

Edith Fellowes había cruzado por primera vez el umbral de Estasis, Inc., hacía poco más de tres años. Entonces no tenía la menor idea sobre el significado de Estasis y la tarea de la sociedad. Nadie lo sabía entonces, excepto las personas que trabajaban allí. De hecho, sólo un día después de la llegada de la enfermera se dio la noticia al mundo.

En aquel entonces, fue simplemente un anuncio de Estasis solicitando una mujer con conocimientos de fisiología, experiencia en química clínica y amor a los niños. Edith Fellowes era enfermera en una sala de maternidad y creía satisfacer dichos requisitos.

Gerald Hoskins, en cuyo escritorio figuraba una placa que indicaba su título de doctor, se rascó la mejilla con el pulgar y miró fijamente a la aspirante.

La señorita Fellowes se irguió automáticamente y notó que se le crispaba el rostro, de nariz levemente asimétrica y cejas una pizca gruesas.

«Él tampoco es guapo —pensó ella resentida—. Está engordando, se está quedando calvo y tiene una boca horrible...» Pero el salario mencionado en el anuncio era mucho más elevado de lo que la señorita Fellowes esperaba, y por eso se limitó a aguardar.

—Bien, ¿realmente adora a los niños? —dijo Hoskins.

—No lo afirmaré si no fuera cierto.

—¿O simplemente le encantan los niños guapos? ¿Los encantadores, regordetes, con lindas naricillas y voces de jilguero?

—Los niños son niños, doctor Hoskins —dijo la señorita Fellowes—, y los que no son guapos son precisamente los que pueden necesitar más ayuda.

—Entonces supongo que podemos aceptarla...

—¿Pretende decir que me da el empleo ahora mismo?

Él sonrió brevemente, y durante un momento su ancha cara tuvo un distraído rasgo de encanto.

—Tomo decisiones rápidas —dijo—. Pero de momento la oferta es provisional. Puedo tomar una decisión igualmente rápida para dejarla marchar. ¿Está dispuesta a

correr el riesgo?

La señorita Fellowes aferró su bolso y calculó con la máxima rapidez posible. Luego ignoró los cálculos y se dejó llevar por su impulso.

—De acuerdo.

—Magnífico. Vamos a formar Estasis esta noche y creo que será mejor que esté allí para empezar de inmediato. Eso será a las ocho de la noche, y me gustaría que usted estuviera a las siete y media.

—Pero, ¿qué...?

—Magnífico. Magnífico. Eso es todo por ahora.

Tras una señal, una risueña secretaria entró y acompañó fuera a la enfermera.

La señorita Fellowes contempló un instante la cerrada puerta del doctor Hoskins. ¿Qué era Estasis? ¿Qué relación tenía con los niños aquel gran edificio de aspecto de granero, con empleados provistos de placas de identificación, con improvisados pasillos, con un inconfundible ambiente de ingeniería?

Se preguntó si debía volver por la noche o quedarse en casa y dar una lección al arrogante individuo. Pero sabía que iba a volver, aunque sólo fuera por pura frustración. Tenía que averiguar lo de los niños.

La señorita Fellowes volvió a las siete y media y no tuvo que anunciarse. Uno tras otro, hombres y mujeres parecían conocerla y saber su trabajo. Le parecía ir sobre ruedas cuando la llevaron adentro.

El doctor Hoskins estaba allí, pero se limitó a mirarla con aire distante.

—Señorita Fellowes... —murmuró.

Ni siquiera le sugirió que tomara asiento, pero ella arrastró tranquilamente una silla hasta la barandilla y se sentó.

Se hallaban en una galería, contemplando un enorme foso lleno de instrumentos que parecían un cruce entre el tablero de mandos de una nave espacial y el teclado de una computadora. A un lado había separaciones que formaban un piso sin techo, una gigantesca casa de muñecas cuyas habitaciones podían verse desde arriba.

La señorita Fellowes vio una cocina electrónica y un frigorífico en una habitación, y un improvisado lavabo en otra. Y el objeto que distinguió en otra habitación sólo podía ser parte de una cama, de una cama pequeña.

Hoskins estaba hablando con otro hombre, y ambos, junto con la señorita Fellowes, eran los únicos ocupantes de la galería. Hoskins no quiso presentar al desconocido, y la enfermera lo miró furtivamente. Era delgado, y tenía cierto atractivo como hombre de edad madura. Tenía un pequeño bigote y penetrantes ojos, al parecer atareados con todo.

—Ni por un momento fingiré que entiendo todo esto, doctor Hoskins —estaba diciendo—. Es decir, entiendo tanto como puede esperarse de un lego, de un lego razonablemente inteligente. Con todo, si hay algo que entiendo menos, es la cuestión

de la selectividad. Usted sólo puede alcanzar cierta distancia. Eso parece lógico, las cosas se hacen más vagas al aumentar la distancia, se requiere más energía... Pero luego me dice que no puede llegar muy cerca. Ésa es la parte enigmática.

—Puedo hacerlo parecer menos paradójico, Deveney, si me permite utilizar una analogía.

(La señorita Fellowes identificó al desconocido en cuanto oyó su nombre, y se impresionó aun sin quererlo. Se trataba obviamente de Candide Deveney, el redactor científico de Telenoticias, que acudía notoriamente al escenario de cualquier importante avance científico. La enfermera incluso reconoció la cara de Deveney, ya que la había visto en la notiplaca cuando se anunció el aterrizaje en Marte... De modo que el doctor Hoskins debía tener algo importante allí.)

—Desde luego, use una analogía —dijo Deveney con aire pesaroso—, si cree que eso servirá de algo.

—Bien, pues. Es imposible leer un libro con caracteres de imprenta ordinarios si se lo sostiene a dos metros de los ojos, pero es posible leerlo a un palmo de distancia. Hasta aquí, cuanto más cerca mejor. Pero si pone el libro a cinco centímetros de sus ojos, vuelve a estar perdido. Existe el hecho de la excesiva proximidad, como ve.

—Hummm —dijo Deveney.

—O considere otro ejemplo. Su hombro derecho está a setenta centímetros de la punta de su dedo índice, y puede apoyar este dedo en su hombro derecho. Su codo derecho está sólo a la mitad de la distancia de la punta de su dedo índice. De acuerdo con la lógica ordinaria, sería más fácil hacer lo mismo, y sin embargo usted no puede poner el dedo índice de su mano derecha en el codo del mismo lado. De nuevo, existe el hecho de la excesiva proximidad.

—¿Puedo usar estas analogías en mi relato? —preguntó Deveney.

—Naturalmente. Me encantaría. He esperado mucho tiempo a que alguien como usted tenga un relato. Le ofreceré cualquier otra cosa que desee. Es hora, por fin, de querer que el mundo mire por encima de nuestro hombro. La gente verá algo.

(A pesar suyo, la señorita Fellowes admiraba la serena certeza del doctor. Había fuerza allí.)

—¿Cuán lejos va a llegar? —dijo Deveney.

—Cuarenta mil años.

La señorita Fellowes contuvo la respiración bruscamente.

¿Años?

Había tensión en el ambiente. Los encargados de los controles apenas se movían. Un hombre hablaba ante un micrófono con suave monotonía, pronunciando breves frases que no tenían sentido para la señorita Fellowes.

Deveney se apoyó en la barandilla de la galería con la mirada fija.

—¿Veremos algo, doctor Hoskins? —preguntó.

—¿Qué? No. Nada hasta que se complete el trabajo. Detectamos de forma indirecta, algo parecido al principio del radar, con la excepción que utilizamos mesones en lugar de radiación. Los mesones buscan retrocediendo en el tiempo en las condiciones apropiadas. Algunos se reflejan, y debemos analizar los reflejos.

—Eso parece difícil.

Hoskins sonrió de nuevo brevemente, como siempre.

—Es el producto final de cincuenta años de investigación, cuarenta de ellos antes de mi entrada en el campo... Sí, es difícil.

El hombre del micrófono alzó una mano.

—Hemos estado fijos en un momento particular de tiempo desde hace semanas. Hemos roto la conexión, la hemos rehecho tras calcular nuestros movimientos en el tiempo, nos hemos asegurado de poder maniobrar el flujo temporal con suficiente precisión. Esto debe dar resultado ahora.

Pero su frente relucía.

Edith Fellowes notó que se había levantado de la silla y estaba en la barandilla de la galería, pero no había nada que ver.

—Ahora —dijo en voz baja el hombre del micrófono.

Hubo un lapso de silencio suficiente para respirar una vez y luego el sonido del chillido de un aterrorizado niño en las habitaciones de la casa de muñecas. ¡Terror! ¡Penetrante terror!

La cabeza de la señorita Fellowes se volvió en la dirección del grito. Un niño estaba involucrado. Lo había olvidado.

El puño de Hoskins golpeó la barandilla, y el doctor, con voz tensa y temblorosa, con voz de triunfo, dijo:

—¡Conseguido!

La señorita Fellowes fue forzada a bajar el corto tramo espiral de escalera por la dura presión de la palma de Hoskins aplicada a sus omoplatos. El doctor no le dio explicaciones.

Los hombres de los controles estaban de pie en aquel momento, sonrientes, fumando, observando a los tres que llegaban a la planta principal. Un zumbido muy tenue surgía de la casa de muñecas.

—Es totalmente seguro entrar en Estasis —dijo Hoskins a Deveney—. Lo he hecho mil veces. Se produce una sensación extraña que dura un momento y no significa nada.

Hoskins cruzó un abierto umbral en muda demostración, y Deveney, con rígida risa y tras respirar con obvia profundidad, le siguió:

—¡Señorita Fellowes! ¡Por favor! —dijo Hoskins.

El doctor torció el dedo índice impacientemente.

La señorita Fellowes asintió y entró muy rígida. Fue como si un escarceo, un

hormigueo interno recorriera su cuerpo.

Pero una vez dentro todo pareció normal. Se percibía el olor de la madera nueva de la casa de muñecas y..., y de..., de tierra.

Se había hecho el silencio, ninguna voz por fin, pero había un seco arrastrar de pies y, quizá, una mano que rascaba madera..., y luego un suave gemido.

—¿Dónde está? —preguntó angustiada la señorita Fellowes.

¿Por qué no se preocupaban aquel par de necios?

El niño se hallaba en el dormitorio; o por lo menos, en la habitación que tenía la cama.

Estaba de pie, desnudo, con el pequeño pecho, manchado de barro, subiendo y bajando irregularmente. Un montón de tierra y áspera hierba se extendía en el suelo alrededor de sus descalzos pies morenos. El olor a tierra procedía de allí, igual que el vestigio de algo fétido.

Hoskins siguió la aterrorizada mirada de la enfermera.

—Es imposible arrancar limpiamente a un niño del tiempo, señorita Fellowes —dijo en tono de disgusto—. Hemos tenido que recoger parte de los alrededores por cuestión de seguridad. ¿O habría preferido que el niño llegara aquí con una pierna menos, o con sólo media cabeza?

—¡Por favor! —repuso la señorita Fellowes, abrumada por el asco—. ¿Vamos a quedarnos con los brazos cruzados? La pobre criatura está asustada. Y muy sucia.

Tenía mucha razón. El niño tenía manchas de barro incrustado y grasa, y un arañazo en el muslo, que estaba enrojecido e inflamado.

Cuando Hoskins se aproximó, el niño, que aparentaba tener tres años, se agachó y retrocedió rápidamente. Alzó el labio superior y gruñó sibilantemente, igual que un gato. Con rápido gesto, Hoskins tomó al niño por ambos brazos y lo levantó del suelo, pese a que se revolvía y chillaba.

—Sosténgalo —dijo la señorita Fellowes—. Lo primero que necesita es un baño. Hay que limpiarlo. ¿Tiene lo preciso? Si es así, ordene que lo traigan aquí. Y al principio necesitaré ayuda para agarrar al niño. Luego, por el amor del cielo, ordene que recojan toda esta suciedad.

Ella estaba ya dando órdenes, y se la veía a sus anchas. Y puesto que era una enfermera eficaz, y no una confusa espectadora, la señorita Fellowes examinó al pequeño con ojo clínico..., y dudó durante unos instantes de sobresalto. Lo examinó más allá del barro y los gritos, más allá del agitar de extremidades y el inútil retorcimiento. Vio al niño propiamente dicho.

Era el niño más feo que había visto nunca. Horriblemente feo desde la deforme cabeza hasta las torcidas piernas.

La señorita Fellowes lavó al niño con ayuda de tres hombres, mientras otros iban de un lado a otro intentando limpiar la habitación. La enfermera actuó en silencio y

con una sensación de atropello, irritada por el continuo desasosiego y los chillidos del pequeño, y por los indecorosos salpicones de jabonosa agua a que se veía sometida.

El doctor Hoskins había intuido que el niño no sería guapo, pero eso no implicaba ni con mucho que la criatura estaría repulsivamente deformada. Y el hedor del pequeño era tal que el jabón y el agua sólo lo aliviaban muy poco a poco.

La señorita Fellowes sintió el intenso deseo de echar al niño, enjabonado como estaba, en brazos del doctor y marcharse. Pero estaba el orgullo profesional. Ella había aceptado una tarea, al fin y al cabo... Y estaba la mirada de los ojos del doctor, una fría mirada que decía: «¿Sólo niños guapos, señorita Fellowes?»

Hoskins se mantenía apartado, observando fríamente a cierta distancia con un asomo de sonrisa en el semblante. En un momento dado se fijó en los ojos de la enfermera, y pareció divertirse con la indignación de la mujer.

La señorita Fellowes decidió que aguardaría un rato antes de renunciar. Hacerlo al instante sería rebajarse.

Luego, cuando el niño tuvo un soportable tono rosado y olor a perfumado jabón, la enfermera se sintió mejor a pesar de todo. Los chillidos se transformaron en gimoteos de agotamiento, y el niño miró alrededor atentamente; sus ojos se movieron con veloz y asustado recelo de uno a otro de los ocupantes de la habitación. La limpieza acentuaba su delgada desnudez, mientras se estremecía de frío tras el baño.

—¡Traigan una bata para el niño! —dijo vivamente la señorita Fellowes.

Al momento apareció una bata. Todo parecía preparado y sin embargo nada estaba disponible a menos que ella diera la orden; como si deliberadamente dejaran el asunto en sus manos sin ayudarla, para ponerla a prueba.

El reportero, Deveney, se acercó.

—Yo lo sostendré, señorita —dijo—. Usted sola no podrá ponérsela.

—Gracias —dijo ella.

Ciertamente hubo una batalla, pero la bata quedó puesta, y cuando el niño hizo ademán de desgarrarla, la enfermera le dio una brusca palmada en la mano.

El niño enrojeció, pero no lloró. Miró fijamente a la mujer y los torcidos dedos de una de sus manos se deslizaron lentamente por la franela de la prenda, palpando su extrañeza.

La señorita Fellowes, desesperada, pensó: «Bueno, y ahora, ¿qué?»

Todo el mundo parecía estar en animación suspendida, aguardando la reacción de la enfermera..., incluso el niño feo.

—¿Tienen comida? ¿Leche? —preguntó bruscamente.

La tenían. Trajeron una unidad móvil, y en el compartimiento de refrigeración había un litro de leche; había también un calentador y diversos fortificantes en forma de pastillas vitamínicas, jarabe de cobre, cobalto y hierro, y otras cosas que la enfermera no tenía tiempo para examinar. Había varios envases de comida infantil



que se auto calentaba.

La señorita Fellowes usó leche, solamente leche para empezar. La unidad de radiaciones calentó el líquido hasta la temperatura apropiada en cuestión de segundos y se desconectó, y la enfermera puso un poco de leche en un plato. Estaba segura del salvajismo del niño. Él no sabría usar una taza.

La señorita Fellowes bajó la cabeza y dijo al pequeño:

—Bebe. Bebe.

Hizo un gesto como si se llevara el plato a la boca. Los ojos del niño siguieron el movimiento, pero nada más.

De pronto, la enfermera recurrió a medidas directas. Tomó con una mano el brazo del niño y metió la otra en la leche. Le mojó los labios con el líquido, y éste cayó goteando por las mejillas y la contraída barbilla.

Durante un instante el niño lanzó un agudo grito, y acto seguido su lengua se movió sobre sus mojados labios. La señorita Fellowes retrocedió.

El niño se acercó al plato, se agachó, miró bruscamente hacia arriba y hacia atrás, como si esperara ver a un agazapado enemigo, se agachó de nuevo, y lamió ansiosamente la leche, igual que un gato. Sorbió el líquido haciendo mucho ruido. No utilizó las manos para levantar el plato.

La señorita Fellowes dejó que asomara en su rostro parte de la repugnancia que sentía. No pudo evitarlo.

Deveney captó el detalle, quizá.

—¿Lo sabe la enfermera, doctor Hoskins? —dijo.

—¿El qué? —preguntó la señorita Fellowes.

Deveney dudó, pero Hoskins intervino, de nuevo con su aire de indiferente diversión en el rostro.

—Bien, infórmela —dijo.

Deveney se volvió hacia la señorita Fellowes.

—Tal vez no lo sospeche, señorita, pero el azar ha querido que sea la primera mujer civilizada de la historia que cuida a un joven de Neandertal.

La enfermera volvió la cabeza hacia Hoskins con dominada ferocidad.

—Debió informarme, doctor.

—¿Por qué? ¿Qué importancia habría tenido?

—Habló de un niño.

—¿No es eso un niño? ¿Alguna vez ha tenido un perrito o un gatito, señorita Fellowes? ¿Están esos animales más cerca de lo humano? Si ese niño fuera una cría de chimpancé, ¿le produciría asco? Usted es enfermera, señorita Fellowes. Su expediente afirma que estuvo en una sala de maternidad durante tres años. ¿Alguna vez se negó a cuidar a un bebé deforme?

La señorita Fellowes pensó que estaba quedándose sin argumentos.

—Podía haberme informado —dijo, con mucha menos decisión.

—¿Y habría rechazado el empleo? Bien, ¿lo rechaza ahora?

Hoskins la observó fríamente, mientras Deveney miraba al otro lado de la habitación, y el niño de Neandertal, tras acabar la leche y lamer el plato, contempló a la enfermera con su mojada cara y sus anhelantes ojazos.

El niño señaló la leche y de repente empezó a emitir una breve serie de sonidos reiterados; sonidos guturales y complejos chasquidos de la lengua.

—¡Vaya, habla! —dijo la señorita Fellowes, sorprendida.

—Naturalmente —dijo Hoskins—. El Homo neanderthalensis no es una especie totalmente distinta, sino más bien una subespecie del Homo sapiens. ¿Por qué no había de hablar? Probablemente está pidiendo más leche.

De forma mecánica, la señorita Fellowes buscó la botella de leche, pero Hoskins la tomó por la muñeca.

—Bien, señorita Fellowes, antes que vayamos más lejos, ¿acepta el empleo?

La señorita Fellowes se soltó bruscamente, irritada.

—¿No piensa darle de comer si yo no lo hago? Me quedaré con él..., algún tiempo.

La enfermera echó leche en el plato.

—Vamos a dejarla con el niño, señorita Fellowes —dijo Hoskins—. Ésta es la única entrada de Estatus Número Uno, y está completamente cerrada y vigilada. Quiero que se entere de los pormenores de la cerradura, la cual, por supuesto, estará programada para aceptar sus huellas digitales, como ya lo está para las mías. En los espacios superiores —prosiguió, alzando los ojos hacia los inexistentes techos de la casa de muñecas— también hay vigilancia, y se nos informará en cuanto algo inconveniente suceda aquí.

—¿Pretende decir que estaré sometida a control visual? —dijo la señorita Fellowes, indignada.

Pensó de pronto en su propio examen de las habitaciones interiores desde la galería.

—No, no —repuso seriamente Hoskins—. Se respetará totalmente su intimidad. La vigilancia se efectuará únicamente mediante símbolos electrónicos, que sólo una computadora interpretará. Se quedará con el chico esta noche, señorita Fellowes, y todas las noches hasta nuevo aviso. Se la relevará durante el día según el horario que le parezca más conveniente. Le permitiremos arreglar ese detalle.

La enfermera contempló la casa de muñecas con asombrada expresión.

—Pero, ¿por qué todo esto, doctor Hoskins? ¿Es peligroso el niño?

—Es cuestión de energía, señorita Fellowes. Al niño no se le debe permitir la salida de estas habitaciones. Nunca. Ni un instante. Por ningún motivo. Ni para salvarle la vida. Ni siquiera para salvar su propia vida, señorita Fellowes. ¿Está claro?

La enfermera levantó la barbilla.

—Entiendo las órdenes, doctor Hoskins, y en mi profesión estamos acostumbradas a poner el deber por delante de la seguridad personal.

—Perfecto. Si necesita ayuda de alguien, hágalo saber.

Y los dos hombres se fueron.

La señorita Fellowes se volvió hacia el niño. Él estaba observándola, y todavía quedaba leche en el plato. Trabajosamente, la enfermera trató de enseñarle a levantarlo y llevárselo a los labios. El pequeño se resistió, pero se dejó tocar sin más gritos.

Los asustados ojos del niño siempre estaban fijos en ella, vigilantes, atentos al primer movimiento en falso. La enfermera tuvo que tranquilizarle, se esforzó en mover muy despacio la mano hacia el pelo del pequeño, dejándole ver cada milímetro del recorrido, para que viera que no iba a sufrir daño.

Y logró acariciarle el pelo un instante.

—Tendré que enseñarte a usar el cuarto de baño —dijo—. ¿Crees que podrás aprender?

Habló en voz baja, apaciblemente, sabiendo que él no entendería las palabras pero confiando en que respondiera al sosiego de su tono.

El niño inició de nuevo una frase con chasquidos de su lengua.

—¿Me dejas tomarte la mano? —dijo la enfermera.

Tendió la suya y el niño la miró. La señorita Fellowes dejó su mano extendida y aguardó. La mano del pequeño se deslizó hacia la suya.

—Eso está bien —dijo ella.

La mano se acercó a dos centímetros y entonces el valor del niño decayó. Apartó la mano bruscamente.

—Bien —dijo tranquilamente la señorita Fellowes—, lo intentaremos más tarde. ¿Te gustaría sentarte aquí?

Dio unas palmadas al colchón de la cama.

Las horas transcurrieron con lentitud, y el progreso fue escaso. La enfermera no obtuvo satisfacción ni con el cuarto de baño ni con la cama. De hecho, a pesar de dar inconfundibles muestras de somnolencia, el pequeño se echó al suelo y a continuación, con un rápido movimiento, se metió debajo de la cama.

La señorita Fellowes se agachó para mirar al niño, y los ojos de éste la observaron relucientes mientras la lengua chasqueaba.

—Muy bien —dijo ella—, si te sientes más seguro ahí, duerme ahí.

Cerró la puerta del dormitorio y se retiró a la cama que le habían preparado en la habitación más espaciosa. Tras insistir, habían puesto un improvisado dosel sobre la cama. La señorita Fellowes pensó: «Esos estúpidos tendrán que poner un espejo y una cómoda más grande en esta habitación, y otro cuarto de baño, si esperan que yo

pase las noches aquí.»

Le resultó difícil dormir. La señorita Fellowes se esforzó en oír posibles ruidos en la habitación contigua. El niño no podía escapar, ¿no? Las paredes eran rectas e increíblemente altas, pero..., ¿y si el pequeño trepaba como un mono? Bien, Hoskins había hablado de la existencia de dispositivos de observación que vigilaban el techo.

De repente, la enfermera pensó: «¿Es posible que el niño sea peligroso? ¿Físicamente peligroso?»

No, Hoskins no podía haberse referido a eso. No la habría dejado sola si...

Trató de reírse de sí misma. Sólo era un niño de tres o cuatro años. Sin embargo, ella no había conseguido cortarle las uñas. Si la atacaba con uñas y dientes mientras dormía...

Respiró agudamente. Aquello era ridículo, pero de todas maneras...

Prestó penosa atención, y esta vez oyó el sonido.

El niño estaba llorando.

No eran chillidos de miedo o de enfado; no eran gritos, no eran alaridos. El niño estaba llorando en silencio. Era el angustiado sollozo de un niño que se sentía solo, muy solo.

Por primera vez, la señorita Fellowes pensó con zozobra: «¡Pobre criatura!»

Naturalmente, era un niño. ¿Qué importaba la forma de su cabeza? Era un niño que se había quedado huérfano como ningún otro niño antes que él. No sólo habían desaparecido su madre y su padre, sino también toda su especie. Arrancado insensiblemente de su tiempo, era la única criatura de su especie en el mundo. La última. La única.

La señorita Fellowes sintió que su pena crecía, y al mismo tiempo se avergonzó de su propia insensibilidad. Tras ceñirse la bata a las pantorrillas (incongruentemente, pensó: «Mañana tendré que traer un albornoz»), salió de la cama y entró en la habitación del niño.

—Pequeño —llamó en un susurro—. Pequeño.

Estuvo a punto de meter la mano por debajo de la cama, pero pensó en un posible mordisco y no lo hizo. Encendió la lamparilla y movió la cama.

La pobre criatura estaba acurrucada en un rincón, con las rodillas bajo la barbilla, y miraba a la enfermera con borrosos y desconfiados ojos.

Con la escasa iluminación, la enfermera no percibió el aspecto repulsivo del niño.

—Pobre niño —dijo—, pobre niño. —Notó que el pequeño se ponía rígido mientras le acariciaba el pelo, y que luego se relajaba—. Pobre niño. ¿Me dejas tomarte?

Se sentó en el suelo cerca del niño y, poco a poco, rítmicamente, le acarició el cabello, la mejilla, el brazo. En voz baja, la señorita Fellowes comenzó a entonar una canción lenta y suave.

El niño levantó la cabeza al oírla y contempló su boca en la penumbra, como si el sonido le maravillara.

La enfermera fue aproximándose mientras el niño la escuchaba. Poco a poco acercó hacia sí la cabeza del pequeño, hasta que ésta quedó apoyada en su hombro. Le pasó un brazo por debajo de los muslos y lo alzó hasta su regazo con un movimiento pausado y suave.

La señorita Fellowes siguió cantando, el mismo verso sencillo una y otra vez, mientras mecía al pequeño.

El niño dejó de llorar y al cabo de un rato el rítmico zumbido de su respiración indicó que se había dormido.

Con infinito cuidado, la enfermera empujó la cama hacia la pared y puso encima al niño. Lo tapó y lo miró. Su cara era tan pacífica y tan de niño pequeño mientras dormía... Ciertamente, no tenía tanta importancia que fuera muy feo.

La señorita Fellowes empezó a alejarse de puntillas, pero después pensó: «¿Y si se despierta?»

Retrocedió, luchó indecisa consigo misma, suspiró y, lentamente, se metió en la cama con el pequeño.

La cama era demasiado pequeña para ella. Se sentía entorpecida e incómoda sin el dosel, pero la mano del niño se deslizó hacia la suya y, sin saber cómo, la enfermera se durmió en esa postura.

Despertó sobresaltada y con el alocado impulso de chillar, que logró ahogar en un gorjeo. El niño estaba mirándola, con los ojos muy abiertos. La enfermera tardó un largo momento en recordar que se había acostado con él; después, poco a poco, sin apartar la mirada de aquellos ojos, sacó una pierna, tocó el suelo, y luego sacó la otra.

Lanzó una rápida y recelosa mirada hacia el abierto techo, y tensó los músculos dispuesta a ponerse en pie.

Pero en ese momento los rechonchos dedos del niño se movieron y tocaron los labios de la enfermera. El pequeño dijo algo.

La señorita Fellowes retrocedió con el contacto. El niño era terriblemente feo a la luz del día.

El niño habló otra vez. Abrió la boca e hizo un gesto con la mano, como si algo brotara de sus labios.

La señorita Fellowes supuso el significado del gesto y dijo trémulamente:

—¿Quieres que cante?

El niño no dijo nada, sólo miró fijamente la boca de la mujer.

Con voz ligeramente desafinada a causa de la tensión, la señorita Fellowes inició la misma cancioncilla de la noche anterior y el niño feo sonrió. Su cuerpo se bamboleó torpe, burdamente, siguiendo el ritmo de la música, y de su boca brotó un gorgoteo que quizá fuera un asomo de risa.

La señorita Fellowes suspiró mentalmente. La música posee encantos que calman al corazón salvaje. Quizá fuera una ayuda...

—Aguarda —dijo la enfermera—. Déjame que me arregle. Sólo será un momento. Luego te prepararé el desayuno.

Actuó con rapidez, siempre consciente de la falta de techo. El niño siguió en la cama, contemplando a la mujer cuando estaba a la vista. Ella le sonreía en esas ocasiones, y agitaba su mano. Finalmente, el niño agitó también su mano, y a la señorita Fellowes le encantó el detalle.

—¿Te apetecerían gachas de avena con leche? —dijo ella por fin.

Tardó sólo unos instantes en preparar el desayuno, y luego llamó por señas al niño. Bien porque entendió el gesto, o bien porque siguió el aroma (la señorita Fellowes no podía saberlo), el pequeño salió de la cama.

Trató de enseñarle a usar la cuchara, pero el niño se apartó del utensilio, asustado. («Hay tiempo de sobra», pensó ella.) Insistió en que él levantara el tazón con las manos. El niño lo hizo con bastante torpeza e increíble chapucería, pero buena parte del desayuno llegó a su estómago.

La señorita Fellowes intentó darle la leche en un vaso en esta ocasión, y el pequeño gimió al descubrir que la pequeñez del agujero le impedía meter la cara de modo conveniente. La enfermera le tomó la mano y se la puso en torno al vaso, le obligó a inclinarlo un poco y le empujó los labios hacia el borde.

De nuevo un desastre, pero el niño aprovechó casi todo el líquido, y la señorita Fellowes ya estaba acostumbrada a los desastres.

Para sorpresa y alivio de la enfermera, el cuarto de baño fue un problema menos frustrante. El niño entendió lo que se esperaba de él.

—Buen chico. Chico listo —dijo ella, y reparó en que estaba dándole palmaditas en la cabeza.

Y con sumo placer por parte de la señorita Fellowes, el niño sonrió.

Ella pensó: «Cuando sonrío, es un niño bastante soportable.»

Ese mismo día, más tarde, llegaron los caballeros de la prensa.

La enfermera tomó en brazos al niño y éste se aferró a ella alocadamente mientras al otro lado de la abierta puerta las cámaras comenzaban a funcionar. La conmoción asustó al niño, que se puso a llorar, pero pasaron diez minutos antes que la señorita Fellowes tuviera autorización para retirarse y llevar al pequeño a la habitación contigua.

Después salió otra vez, ruborizada de indignación, cruzó la entrada de la casa de muñecas y cerró la puerta.

—Creo que ya han tenido suficiente. Me costará un rato calmar al niño. Váyanse.

—Claro, claro —dijo el caballero del *Times-Herald*—. Pero, ¿realmente hemos visto a un Neandertal, o se trata de una tomadura de pelo?

—Les aseguro que no se trata de una tomadura de pelo —sonó de pronto la voz de Hoskins desde atrás—. El niño es auténtico. *Homo neanderthalensis*.

—¿Es chico o chica?

—Chico —dijo lacónicamente la señorita Fellowes.

—El niño-mono —dijo el periodista del *News*—. Eso tenemos aquí. Un niño-mono. ¿Cómo actúa, enfermera?

—Actúa exactamente igual que un niño de corta edad —espetó la señorita Fellowes, irritada por tener que estar a la defensiva—. Y no es un niño-mono. Se llama... Timothy, Timmie..., y su conducta es perfectamente normal.

Había escogido el nombre, Timothy, a la buena ventura. Era el primero que se le había ocurrido.

—Timmie, el niño-mono —dijo el periodista del *News*.

Y con ese nombre, Timmie, el niño-mono, conoció el mundo al niño feo.

El periodista del *Globe* se volvió hacia Hoskins.

—Doctor, ¿qué piensa hacer con el niño-mono?

El aludido se alzó de hombros.

—Mi plan original se completó cuando demostré que era posible traerlo aquí. Sin embargo, los antropólogos estarán muy interesados, supongo, y los fisiólogos. No en balde tenemos aquí una criatura que está al borde del ser humano. Con él, podemos aprender mucho de nosotros mismos y de nuestros antepasados.

—¿Cuánto tiempo piensa quedárselo?

—Hasta que llegue el momento en que necesitemos el espacio más que a él. Bastante tiempo, tal vez.

El periodista del *News* intervino de nuevo.

—¿Podrá sacarlo al aire libre, para que podamos preparar equipo sub-etérico y montar todo un programa?

—Lo siento, pero el niño no puede salir de Estasis.

—¿Qué es exactamente Estasis?

—Ah. —Hoskins cedió a una de sus breves sonrisas—. Eso requeriría una larga explicación, caballeros. En Estasis el tiempo tal como lo conocemos no existe. Estas habitaciones son en su interior una burbuja invisible que no forma exactamente parte de nuestro universo. Por eso pudimos arrancar del tiempo al niño.

—Alto, un momento —dijo el periodista del *News*, descontento—. ¿Pretende engañarnos? La enfermera puede entrar y salir de la habitación.

—Y lo mismo puede hacer cualquiera de ustedes —dijo Hoskins como si tal cosa—. Se desplazarían paralelamente a las líneas de la fuerza temporal y no habría grandes ganancias o pérdidas de energía. El niño, sin embargo, fue tomado en el remoto pasado. Cruzó las líneas y adquirió potencial temporal. Desplazarlo al universo y a nuestro tiempo absorbería la energía suficiente para quemar todas las

líneas del lugar y, seguramente, para eliminar toda la energía de la ciudad de Washington. Hemos tenido que guardar en el local los residuos que el niño trajo consigo, y tendremos que eliminarlos poco a poco.

Los periodistas estaban atareados anotando frases mientras Hoskins les hablaba. Ellos no entendían, y seguramente sus lectores tampoco, pero aquello parecía científico y eso era lo importante.

En ese momento intervino el periodista del *Times-Herald*.

—¿Estaría disponible esta noche para una entrevista en todos los circuitos?

—Creo que sí —dijo al instante Hoskins, y todos los periodistas se marcharon.

La señorita Fellowes los observó mientras salían. En cuanto a Estasis y fuerzas temporales, entendía tan poco como ellos, pero ella sabía algo. El encarcelamiento de Timmie (de pronto se dio cuenta que usaba ese nombre para pensar en el niño feo) era real, y no venía impuesto por el arbitrario mandato de Hoskins. Al parecer, sería imposible sacarlo de Estasis, nunca.

Pobre criatura. Pobre criatura.

Súbitamente, oyó que el niño lloraba y se apresuró a entrar para consolarlo.

La señorita Fellowes no tuvo oportunidad de ver a Hoskins en la red de circuitos, y aunque la entrevista fue transmitida a todas las partes del mundo e incluso a la estación lunar, las ondas no penetraron en el lugar donde vivían la enfermera y el niño feo.

Pero el doctor volvió a la mañana siguiente, radiante y alegre.

—¿Fue bien la entrevista? —preguntó la señorita Fellowes.

—Sumamente bien. ¿Cómo está... Timmie?

La enfermera sintió que le complacía el uso de ese nombre.

—Se defiende bastante bien. Ven aquí, Timmie, este agradable caballero no te hará daño.

Pero Timmie permaneció en la otra habitación. Un mechón de su enmarañado cabello asomó detrás de la barrera de la puerta, y sólo en un par de ocasiones se vio el rabillo de uno de sus ojos.

—En realidad —dijo la señorita Fellowes—, el chico está adaptándose asombrosamente. Es muy inteligente.

—¿Le sorprende?

Ella dudó un instante antes de responder.

—Sí, me sorprende. Supongo que pensé que era un niño-mono.

—Bueno, niño-mono o no, ha hecho mucho por nosotros. Ha hecho famoso a Estasis. Nos conocen, señorita Fellowes, nos conocen.

Parecía que Hoskins tenía que expresar su triunfo a alguien, aunque sólo fuera a la señorita Fellowes.

—¿Ah, sí?



La enfermera le dejó hablar.

El doctor se metió las manos en los bolsillos.

—Llevamos diez años trabajando casi sin un céntimo, arañando fondos cuando podíamos, penique a penique. Temíamos que jugamos el todo por el todo en una gran demostración. Era todo, o nada. Y cuando digo el todo por el todo, hablo en serio. La tentativa de obtener un Neandertal se llevó hasta el último centavo que pedimos prestado o robamos, y parte del dinero fue de hecho robado: fondos para otros proyectos, usados para éste sin autorización. Si este experimento hubiera fracasado, yo estaría acabado.

—¿Por eso no hay techos? —dijo bruscamente la señorita Fellowes.

—¿Eh?

Hoskins alzó los ojos.

—¿No había dinero para techos? —insistió ella.

—Ah. Bien, ésa no era la única razón. En realidad no sabíamos de antemano la edad exacta del Neandertal. Sólo podemos detectar vagamente en el tiempo, y él podía haber sido enorme y salvaje. Nos exponíamos a tener que tratarle a cierta distancia, como a un animal enjaulado.

—Pero puesto que no ha sido así, supongo que ahora construirán el techo.

—Ahora sí. Ahora tenemos abundante dinero. Nos han prometido subvenciones de todas las fuentes posibles. Es sencillamente maravilloso, señorita Fellowes.

Su ancha cara se iluminó con una sonrisa duradera, y cuando el doctor se fue, hasta su espalda parecía sonreír.

La señorita Fellowes pensó: «Un hombre muy agradable cuando baja la guardia y olvida que es un científico.»

Durante un momento de ocio, se preguntó si estaría casado, pero luego desechó la idea, avergonzada de sí misma.

—¡Timmie! —gritó—. ¡Ven aquí, Timmie!

En los meses siguientes, la señorita Fellowes sintió que iba convirtiéndose en parte integral de Estasis, Inc. Le dieron un pequeño despacho con su nombre en la puerta, una oficina bastante cercana a la casa de muñecas (ella jamás dejaba de llamar así a la burbuja de Estasis donde estaba Timmie). Le concedieron un substancioso aumento de sueldo. La casa de muñecas quedó cubierta por un techo, hubo muebles nuevos y mejores, y añadieron un segundo cuarto de baño. Pese a todo eso, la enfermera obtuvo un piso para ella sola en terrenos del instituto y, de vez en cuando, no pasaba la noche con Timmie. Instalaron un sistema de comunicación entre la casa de muñecas y el piso, y Timmie aprendió a usarlo.

La señorita Fellowes fue acostumbrándose al niño. Incluso se percataba menos de la fealdad de Timmie. Un día vio a un niño ordinario en la calle y percibió un rasgo abultado y poco atractivo en su frente, alta y curvada, y en su prominente barbilla.

Tuvo que sacudir la cabeza para romper el hechizo.

Más agradable fue acostumbrarse a las esporádicas visitas de Hoskins. Obviamente, el doctor se alegraba de huir de su cada vez más molesto papel de director de Estasis, Inc., y manifestaba un interés sentimental por el niño causante de su fortuna. Pero a la señorita Fellowes le parecía que Hoskins también disfrutaba hablando con ella.

(Además, la enfermera conocía ya algunos datos relacionados con Hoskins. Él era el inventor del método para analizar el reflejo del rayo mesónico que penetraba en el pasado; él había inventado el método para crear Estasis; su frialdad era un simple esfuerzo para ocultar un carácter apacible; y, ¡oh, sí!, estaba casado.)

Hubo una cosa a la que la señorita Fellowes no consiguió acostumbrarse: al hecho que formaba parte de un experimento científico. En contra de sus deseos, acabó viéndose comprometida personalmente hasta el punto de pelearse con los fisiólogos.

En cierta ocasión, Hoskins bajó y la encontró en pleno ataque de furia. Ellos no tenían derecho, no tenían derecho... Aunque el niño fuera un Neandertal, no era un animal.

La señorita Fellowes observaba la marcha de los fisiólogos con ciega rabia, mirando a la abierta puerta y atenta a los sollozos de Timmie, cuando se dio cuenta que Hoskins se hallaba de pie junto a ella. Quizá llevaba allí varios minutos.

—¿Puedo pasar? —dijo él.

La enfermera asintió cortésmente y corrió hacia Timmie, que se abrazó a ella, aterrándola con sus torcidas piernecitas..., todavía delgadas, muy delgadas.

Hoskins los observó antes de hablar.

—No parece muy feliz —dijo gravemente.

—No le culpo. Están encima de él todos los días con sus muestras de sangre y sus pruebas. Lo alimentan con dietas sintéticas que yo no le daría ni a un cerdo.

—Es algo que no pueden ensayar con un hombre, ya sabe.

—Y tampoco pueden ensayarlo con Timmie. Doctor Hoskins, insisto. Usted me dijo que la llegada de Timmie hizo famosa a Estasis, Inc. Si siente alguna gratitud por eso, mantenga a esa gente lejos de la pobre criatura, al menos hasta que tenga la edad suficiente para comprender un poco más las cosas. Después de una espantosa sesión con los científicos, el niño tiene pesadillas, no puede dormir. Se lo advierto. —La señorita Fellowes había llegado al punto culminante de su furia—. ¡No permitiré que vuelvan a entrar!

La enfermera se dio cuenta que estaba chillando, pero no había podido evitarlo.

—Sé que el niño es un Neandertal —prosiguió en voz más baja—, pero hay muchos detalles de esa raza que no apreciamos. He leído sobre el tema. El hombre de Neandertal tenía una cultura propia. Parte de los más importantes inventos de la Humanidad se produjeron en su época. La domesticación de animales, por ejemplo.

La rueda. Técnicas para pulir la piedra. Hasta tenían anhelos espirituales. Sepultaban a los muertos y enterraban pertenencias con el cadáver, lo cual demuestra que creían en una vida después de la muerte. Equivale al hecho que inventaron la religión. ¿No significa eso que Timmie tiene derecho a un tratamiento humano?

Dio unas suaves palmaditas en las nalgas al niño y lo hizo ir al cuarto de jugar. Al abrirse la puerta, Hoskins sonrió un instante al observar la variedad de juguetes visibles.

—Esa pobre criatura merece tener juguetes —dijo a la defensiva la enfermera—. Es lo único que tiene, y se lo ha ganado, con todo lo que tiene que sufrir.

—No, no. No hay objeciones, se lo aseguro. Estaba pensando en lo mucho que ha cambiado usted desde aquel primer día, cuando se enfadó bastante porque le impuse el cuidado de un Neandertal.

—Supongo —dijo en voz baja la señorita Fellowes—, supongo que yo no...

Y su voz se apagó.

Hoskins cambió de tema.

—¿Cuál diría que es la edad del niño, señorita Fellowes?

—No puedo asegurarlo, ya que desconocemos el desarrollo de esta raza. Por la altura, debería tener unos tres años, pero los individuos de su especie eran más bajos en general, y con todas las manipulaciones que están haciéndole, lo más probable es que no esté creciendo. De todas formas, por la rapidez con que aprende nuestro idioma, yo diría que tiene más de cuatro años.

—¿De verdad? En los informes no he leído nada al respecto.

—El chico no habla con nadie excepto conmigo. De momento, por lo menos. Tiene un miedo terrible a cualquier otra persona, y no es de extrañar. Pero sabe pedir comida, indica prácticamente cualquier necesidad, y entiende casi todo lo que le digo. Naturalmente —añadió la enfermera, mirando astutamente a Hoskins, tratando de valorar si era la ocasión oportuna—, su desarrollo podría interrumpirse.

—¿Por qué?

—Todos los niños necesitan estímulos, y éste lleva una vida de confinamiento en soledad. Yo hago lo que puedo, pero no estoy siempre con él, y no soy todo lo que él necesita. Lo que pretendo decir, doctor Hoskins, es que Timmie necesita jugar con otro niño.

Hoskins asintió lentamente.

—Por desgracia, sólo hay un niño como él, ¿no? —comentó—. Pobre criatura.

La señorita Fellowes sintió instantánea simpatía por el doctor.

—A usted le gusta Timmie, ¿no es cierto? —le dijo. Era maravilloso que otra persona sintiera lo mismo.

—Oh, sí —repuso Hoskins, y puesto que había bajado la guardia, la enfermera vio el cansancio en sus ojos.

La señorita Fellowes postergó al instante sus planes de insistir en el problema.

—Parece muy agotado, doctor Hoskins —dijo con verdadera preocupación.

—¿En serio, señorita Fellowes? En ese caso, tendré que practicar para tener un aspecto más vital.

—Supongo que Estasis tiene mucho trabajo, y que eso le mantiene muy atareado. Hoskins se alzó de hombros.

—Supone bien. Es un problema animal, vegetal y mineral por partes iguales, señorita Fellowes. Pero..., creo que no ha visto nuestras muestras.

—Es cierto, no las he visto... Pero no porque no me interesen. He estado tan atareada...

—Bien, ahora mismo no está tan atareada —dijo Hoskins, con impulsiva decisión—. Vendré a buscarla mañana a las once y haremos juntos el recorrido. ¿Qué me dice?

La enfermera sonrió, muy contenta.

—Me encantaría.

Hoskins asintió, sonrió también y se fue.

La señorita Fellowes estuvo canturreando a intervalos durante el resto de la jornada. Sí, pensar eso era ridículo, claro, pero... aquello era lo más parecido a... una cita.

Hoskins llegó muy puntual al día siguiente, risueño y simpático. La señorita Fellowes había sustituido su uniforme de enfermera por un vestido. Un vestido de corte conservador, a decir verdad, pero ella no se había sentido tan femenina desde hacía años.

El doctor la lisonjeó con sobria formalidad al verla, y ella lo aceptó con gracia igual de formal. Un prelude realmente perfecto, pensó la enfermera. Y acto seguido tuvo otro pensamiento: prelude..., ¿de qué?

Reprimió el pensamiento apresurándose a decir adiós a Timmie y asegurándole que volvería pronto. Se aseguró que el niño sabía en qué consistía la comida y dónde estaba.

Hoskins la llevó a la nueva ala del edificio, que la enfermera no conocía. Aún había olor a nuevo, y los ruidos que se oían tenuemente eran indicación suficiente que el ala seguía en proceso de ampliación.

—Animal, vegetal y mineral —dijo Hoskins, igual que el día anterior—. Animal, aquí mismo. Nuestras muestras más espectaculares.

El espacio disponible estaba dividido en numerosas salas, distintas burbujas de Estasis. Hoskins condujo a la enfermera a la cristalera de una burbuja. La mujer vio algo que en principio le pareció un pollo con escamas y cola. Deslizándose con sus dos finas patas, el animal iba de pared a pared; tenía una delicada cabeza de pájaro, coronada por una quilla ósea igual que una cresta de gallo, que se movía sin cesar.

Las garras de sus miembros delanteros se encogían y extendían constantemente.

—Es nuestro dinosaurio —dijo Hoskins—. Hace meses que lo tenemos. No sé cuándo podremos dejarlo marchar.

—¿Dinosaurio? —se asombró ella.

—¿Esperaba ver un gigante?

Se formaron hoyuelos en las mejillas de la señorita Fellowes.

—Es lo que se espera, supongo —dijo—. Sé que algunos dinosaurios eran pequeños.

—Uno pequeño es lo único que pretendíamos, se lo aseguro. Normalmente está sometido a examen, pero al parecer estamos en hora de descanso. Hemos descubierto cosas interesantes. Por ejemplo, este animal no es enteramente de sangre fría. Tiene un método imperfecto para mantener su temperatura interna más elevada que la del medio ambiente. Por desgracia, es macho. Desde que lo trajimos aquí hemos estado intentando encontrar otro que fuera hembra, pero aún no hemos tenido suerte.

—¿Por qué una hembra?

Hoskins la miró burlescamente.

—Para tener una buena probabilidad de disponer de huevos fértiles y crías de dinosaurio.

—Ah, claro.

El doctor la llevó a la sección de trilobites.

—Ése es el profesor Dwayne, de la Universidad de Washington —dijo Hoskins—. Es químico nuclear. Si no recuerdo mal, está midiendo el porcentaje de isótopos en el oxígeno del agua.

—¿Por qué?

—Se trata de agua primitiva, de al menos quinientos millones de años de antigüedad. La proporción de isótopos indica la temperatura del océano en aquella época. Resulta que Dwayne ignora los trilobites, pero otros científicos están fundamentalmente interesados en disecarlos. Son los más afortunados, porque sólo precisan escalpelos y microscopios. Dwayne debe instalar un espectrógrafo de masas distinto para cada experimento que realiza.

—¿Por qué? ¿No podría...?

—No, no puede. No puede sacar nada de la sala si no es absolutamente imprescindible.

También había muestras de vida vegetal primitiva y trozos de formaciones rocosas. Los mundos vegetal y mineral. Y las muestras tenían distintos investigadores. Era igual que un museo, un museo resucitado, útil como superactivo centro de investigación.

—¿Y tiene usted que supervisar todo esto, doctor Hoskins?

—Sólo indirectamente, señorita Fellowes. Tengo subordinados, gracias al cielo.

Mi interés personal se centra por entero en los aspectos teóricos del asunto: la naturaleza del tiempo, la técnica de detección mesónica intertemporal, etc. Cambiaría todo esto por un método para detectar objetos situados a menos de diez mil años en el tiempo. Si pudiéramos llegar a épocas históricas...

Le interrumpió un alboroto en una de las cabinas más alejadas, una chillona voz quejumbrosamente alzada. Hoskins frunció el ceño.

—Discúlpeme —murmuró apresuradamente.

Y se alejó.

La señorita Fellowes le siguió tan de prisa como pudo sin echar a correr.

Un hombre entrado en años, rubicundo y de rala barba, estaba diciendo:

—Tengo que completar aspectos vitales de mis investigaciones. ¿No lo comprende?

—Doctor Hoskins —dijo un uniformado técnico que lucía en su bata de laboratorio el monograma EI (Estasis, Inc.)—, se acordó al principio con el profesor Ademewski que el espécimen sólo podría permanecer aquí dos semanas.

—Yo no sabía entonces cuánto tiempo iban a durar mis investigaciones. No soy un profeta —repuso acalorado Ademewski.

—Sabe, profesor, que disponemos de espacio limitado —dijo el doctor Hoskins—. Hay que mantener la rotación de los especímenes. Ese fragmento de calcopirita debe regresar. Hay personas que aguardan el siguiente espécimen.

—En ese caso, ¿por qué no puedo quedarme con él? Déjeme sacarlo de aquí.

—Usted sabe que no puede quedárselo.

—¿Un trozo de calcopirita, un miserable trozo de cinco kilos? ¿Por qué no?

—¡No podemos afrontar el gasto energético! —dijo bruscamente Hoskins—. Y usted lo sabe.

—La cuestión es, doctor Hoskins —interrumpió el técnico—, que él ha intentado sacar la roca en contra de las normas, y que yo he estado a punto de perforar Estasis mientras el profesor estaba ahí dentro, sin que yo lo supiera.

Se produjo un breve silencio, y el doctor Hoskins miró al investigador con fría formalidad.

—¿Es cierto eso, profesor?

El aludido carraspeó.

—No creí que pasara nada si...

Hoskins alargó la mano hacia un tirador que colgaba junto a la cabina del espécimen en cuestión. Lo movió hacia abajo.

La señorita Fellowes, que estaba mirando el interior de la cabina, observando la indistinguible muestra de roca causante de la disputa, contuvo el aliento de repente al ver desaparecer el espécimen. El interior quedó vacío.

—Profesor —dijo Hoskins—, su autorización para investigar en Estasis queda

anulada de forma permanente. Lo lamento.

—Pero..., aguarde...

—Lo lamento. Ha violado una norma estricta.

—Apelaré a la Asociación Internacional...

—Apele cuanto guste. En un caso como éste, descubrirá que nadie puede fallar en mi contra.

Dio media vuelta sin más y dejó que el profesor siguiera protestando.

—¿Le gustaría comer conmigo, señorita Fellowes? —dijo a la enfermera, todavía pálido a causa del enojo.

Hoskins la llevó a la pequeña sala administrativa de la cafetería. Saludó a otras personas y presentó a la señorita Fellowes con suma naturalidad, aunque la enfermera se sentía lamentablemente cohibida.

«¿Qué opinarán los demás?», pensó ella, e hizo desesperados esfuerzos para adoptar un aire profesional.

—¿Tiene a menudo esa clase de problemas, doctor Hoskins? —le preguntó—. Me refiero al que acaba de tener con el profesor...

Tomó el tenedor y empezó a comer.

—No —dijo enérgicamente Hoskins—. Ha sido la primera vez. Como es lógico, siempre tengo que estar disuadiendo a la gente para que no se lleve muestras, pero ésta es la primera vez que alguien intenta hacerlo.

—Recuerdo que una vez habló usted sobre la energía que eso consumiría.

—Cierto. Naturalmente, tenemos prevista esa posibilidad. Ocurrirán accidentes, y por eso disponemos de fuentes energéticas especiales para soportar la pérdida que ocasionaría sacar algo de Estasis por accidente, pero eso no significa que deseemos ver cómo desaparece un año de energía en medio segundo... Y no podríamos tolerarlo sin retrasar varios años los planes de expansión... Además, imagine que el profesor estuviera en la cabina un momento antes de la perforación de Estasis.

—¿Qué le habría ocurrido?

—Bien, hemos experimentado con objetos inanimados y ratones, y desaparecieron... Es de suponer que viajaron hacia atrás en el tiempo, arrastrados, por así decirlo, por el tirón del objeto que simultáneamente regresaba a su época natural. Por tal motivo, tenemos que asegurar los objetos de Estasis que no deseamos trasladar, y el procedimiento es complicado. El profesor no estaba sujeto, y habría ido al momento del Plioceno en que sustrajimos la roca..., más las dos semanas que la roca estuvo aquí, en el presente, como es lógico.

—¿Qué espantoso habría sido.

—No por el profesor, se lo aseguro. Puesto que es lo bastante necio para hacer lo que ha hecho, se lo habría merecido. Pero suponga el efecto que ello habría causado en la gente si se hubiera divulgado el hecho. Bastaría con que la gente conociera los

posibles riesgos para que las subvenciones quedaran anuladas en un momento. ¡Así!

Chasqueó los dedos y jugueteó malhumoradamente con su comida.

—¿No habrían podido recuperar al profesor? ¿Igual que recogieron la roca?

—No, porque en cuanto se devuelve un objeto, se pierde la posición fijada en un principio, a menos que planeemos deliberadamente conservarla, y no había razón para hacerlo en este caso. Nunca lo hacemos. Localizar al profesor habría significado buscar de nuevo una posición concreta, y eso sería igual que echar el anzuelo en el abismo oceánico con el fin de encontrar un pez determinado... ¡Dios mío, cuando pienso en las precauciones que tomamos para evitar accidentes, ese incidente me pone furioso! Todas las unidades de Estasis disponen de dispositivo de perforación. Es imprescindible, porque todas se centran en una posición distinta y deben poder anularse independientemente. Pero la cuestión es que ningún dispositivo de perforación se acciona nunca hasta el último momento. Y entonces imposibilitamos deliberadamente la activación, sólo posible tirando de una cuerda cuidadosamente situada fuera de Estasis. El tirón es un vulgar movimiento mecánico que requiere un fuerte esfuerzo, no puede hacerse accidentalmente.

—Pero si se desplaza algo en el tiempo —dijo la señorita Fellowes—, ¿no se altera la historia?

Hoskins se encogió de hombros.

—En teoría sí. En realidad, excepto en casos anormales, no. Constantemente estamos sacando objetos de Estasis. Moléculas de aire. Bacterias. Polvo. Cerca del diez por ciento del consumo de energía se emplea en compensar micro-pérdidas de esa naturaleza. Pero trasladar en el tiempo objetos de mayor tamaño ocasiona cambios que van disminuyendo de importancia. Considere esa calcopirita del Plioceno. Dada su ausencia durante dos semanas, un insecto no encontró el cobijo que de otro modo habría encontrado y murió. Eso pudo iniciar una serie de cambios, pero los matemáticos de Estasis aseguran que se trata de una serie convergente. La importancia del cambio disminuye con el tiempo, y las cosas quedan como al principio.

—¿Pretende decir que la realidad se cura a sí misma?

—Por así decirlo. Sustraiga a un hombre de su época, o envíelo hacia atrás en el tiempo, y la herida será mayor. Si el individuo es ordinario, la herida sanaría pese a todo. Naturalmente, hay muchas personas que nos escriben a diario pidiendo que traigamos al presente a Abraham Lincoln, Mahoma o Lenin. Eso es imposible, por supuesto. Aunque lográramos localizarlos, el cambio de la realidad al desplazar a un moldeador de la historia sería enorme, imposible de curar. Hay métodos para calcular cuándo un cambio puede resultar excesivo, y nosotros evitamos incluso la aproximación a dicho límite.

—En ese caso, Timmie... —dijo la señorita Fellowes.



—No, él no representa problema en ese sentido. La realidad está a salvo. Aunque... —Miró rápida, bruscamente a la enfermera y acto seguido añadió—: Pero no importa. Ayer dijo usted que Timmie necesitaba compañía.

—Sí. —La señorita Fellowes expresó su placer con una sonrisa—. No creí que usted prestaría atención a ese problema.

—Claro que sí. Estoy encariñado con el niño. Aprecio sus sentimientos hacia él, y estaba lo suficientemente preocupado para ofrecerle explicaciones. Ya lo he hecho. Ha visto lo que hacemos. Tiene cierta comprensión de las dificultades, y en consecuencia sabe por qué no podemos, ni con la mejor voluntad del mundo, ofrecer compañía a Timmie.

—¿No pueden? —dijo la señorita Fellowes, con repentina angustia.

—Acabo de explicárselo. Es imposible esperar localizar otro Neandertal de su edad sin increíble suerte, y aunque fuera posible no sería sensato multiplicar los riesgos trayendo otro ser humano a Estasis.

La enfermera dejó la cuchara en el plato.

—Pero, doctor Hoskins —dijo con energía—, no me refería exactamente a eso. No deseo que traiga a otro Neandertal al presente. Sé que eso es imposible. Pero no es imposible traer a otro niño para que juegue con Timmie.

Hoskins la miró fijamente, alarmado.

—¿Un niño humano?

—«Otro» niño —dijo la señorita Fellowes, totalmente hostil—. Timmie es humano.

—Ni en sueños podría imaginar tal cosa.

—¿Por qué no? ¿Por qué no podría? ¿Qué tiene de malo la idea? Usted arrancó a ese niño del tiempo y lo convirtió en eterno prisionero. ¿No le debe nada? Doctor Hoskins, si existe en este mundo algún hombre que pueda ser padre del niño en todos los aspectos salvo en el biológico, ese hombre es usted. ¿Por qué no puede hacerle ese pequeño favor?

—¿Su padre? —dijo Hoskins. Se levantó con cierta vacilación—. Señorita Fellowes, creo que debe regresar ahora, si no le importa.

Volvieron a la casa de muñecas en un completo silencio, que ninguno de los dos rompió.

Pasó mucho tiempo antes que la enfermera viera de nuevo a Hoskins, aparte de fugaces apariciones del doctor. El hecho apenaba a veces a la señorita Fellowes; pero en otras ocasiones, cuando Timmie mostraba más melancolía que la habitual o pasaba las horas silencioso ante la ventana con su perspectiva de poco más que nada, la enfermera pensaba furiosamente: «¡Hombre estúpido!»

Timmie iba hablando cada vez mejor y con más precisión, sin llegar a perder el blando balbuceo que la señorita Fellowes consideraba bastante cautivador. En

momentos de excitación, el niño recurría de nuevo a los chasquidos de su lengua, pero tales momentos eran cada vez más escasos. Debía estar olvidando los días anteriores a su llegada al presente..., excepto en sueños.

Con el paso del tiempo, los fisiólogos perdieron interés y los psicólogos se sintieron más interesados. La señorita Fellowes no estaba segura respecto a qué grupo le gustaba menos, el primero o el segundo. Desaparecieron las agujas, acabaron las inyecciones, las extracciones de fluido, las dietas especiales... Pero obligaron a Timmie a superar barreras para llegar a la comida y al agua. Tuvo que levantar paneles, apartar barras, agarrar cuerdas. Y las moderadas descargas eléctricas le hacían llorar y volvían loca a la señorita Fellowes.

Ella no deseaba apelar a Hoskins, no quería recurrir a él, porque siempre que pensaba en el doctor veía su cara en la mesa de la cafetería aquella última vez. Los ojos de la enfermera se humedecían y su mente decía: «¡Estúpido, estúpido!»

Y un día la voz de Hoskins sonó de forma inesperada en la casa de muñecas.

—Señorita Fellowes...

La enfermera salió con aire de frialdad, se alisó el uniforme y se detuvo, confusa al encontrarse en presencia de una mujer pálida, delgada y de mediana estatura. Su cabello rubio y su tez conferían aspecto de fragilidad a la desconocida. De pie, detrás de ella, agarrado a su falda, había un niño de cuatro años, de redondeada cara y llamativos ojos.

—Querida —dijo Hoskins—, ésta es la señorita Fellowes, la enfermera que cuida del niño. Señorita Fellowes, le presento a mi esposa.

(¿Su esposa? No era como la había imaginado la señorita Fellowes. Aunque..., ¿por qué no? Un hombre como Hoskins tenía que elegir a una débil criatura como contraste. Si eso era lo que quería...)

La señorita Fellowes pronunció un forzado y prosaico saludo.

—Buenas tardes, señora Hoskins. ¿Es este su..., su pequeño?

(Aquello era una sorpresa. La enfermera había imaginado a Hoskins como marido, pero no como padre, salvo, por supuesto... De pronto, vio la grave mirada del doctor y se ruborizó.)

—Sí, éste es mi hijo, Jerry —dijo Hoskins—. Di «hola» a la señorita Fellowes, Jerry.

(¿No había acentuado un poco la palabra «éste»? ¿Estaba diciendo que su hijo era «éste» y no...?)

Jerry se acurrucó más en los pliegues de la maternal falda y murmuró un «hola». La mirada de la señora Hoskins pasó sobre los hombros de la enfermera, y recorrió la habitación en busca de algo.

—Bien, entremos —dijo Hoskins—. Vamos, querida. Al entrar hay una ligerísima molestia, pero pasajera.

—¿Quiere que entre también Jerry? —preguntó la señorita Fellowes.

—Naturalmente. Será el compañero de juegos de Timmie. Usted dijo que Timmie necesitaba un compañero. ¿O lo ha olvidado?

—Pero... —La enfermera le miró con colosal, sorprendida extrañeza—. ¿Su hijo?

—Bien, ¿y el de quién, si no? —repuso quisquillosamente Hoskins—. ¿No era eso lo que deseaba? Entremos, querida. Entremos.

La señora Hoskins tomó a Jerry en brazos con obvio esfuerzo y, vacilante, cruzó el umbral. Jerry se retorció al entrar; no le gustaba la sensación.

—¿Está aquí la criatura? —preguntó la señora Hoskins, con débil voz—. No la veo.

—¡Timmie! —gritó la señorita Fellowes—. ¡Sal!

Timmie asomó la cabeza por el borde de la puerta y contempló al pequeño que le visitaba. Los músculos de los brazos de la señora Hoskins se tensaron visiblemente.

—Gerald —dijo a su esposo—, ¿estás seguro que no es peligroso?

—Si se refiere a Timmie —dijo al instante la enfermera—, naturalmente que no. Es un pequeño apacible.

—Pero es un sal... salvaje.

(¡Los artículos sobre el niño-mono de los periódicos!)

—No es un salvaje —respondió categóricamente la señorita Fellowes—. Es tan tranquilo y razonable como cualquier niño de cinco años y medio. Muy generoso por su parte, señora Hoskins, aceptar que su hijo juegue con Timmie, pero no debe tener miedo.

—No estoy segura de aceptar —dijo la señora Hoskins, con moderado ardor.

—Ya lo decidimos afuera, querida —dijo Hoskins—. No planteemos más discusiones. Deja a Jerry en el suelo.

La señora Hoskins obedeció, y el niño se apretó a ella, mirando fijamente el par de ojos que le miraban de igual forma en la otra habitación.

—Ven aquí, Timmie —dijo la señorita Fellowes—. No tengas miedo.

Lentamente, Timmie se acercó. Hoskins se agachó para soltar los dedos de Jerry de la falda de su madre.

—Apártate un poco, querida. Que los niños tengan una oportunidad.

Los jovencitos se contemplaron. Aunque era el más joven, Jerry era empero un par de centímetros más alto, y los rasgos grotescos de Timmie, ante el recto cuerpo y la cabeza erguida y bien proporcionada del otro niño, quedaron de pronto casi tan acentuados como en los primeros días.

Los labios de la señorita Fellowes temblaron.

El pequeño Neandertal fue el primero que habló, con un atiplado tono infantil.

—¿Cómo te llamas?

Y Timmie echó la cabeza hacia delante, como si quisiera examinar más

atentamente las facciones del otro niño.

Sobresaltado, Jerry respondió con un vigoroso empujón que hizo tambalearse a Timmie. Los dos se pusieron a llorar ruidosamente y la señora Hoskins se apresuró a tomar a su hijo, mientras la señorita Fellowes, con la cara encendida a causa de su reprimido enfado, hizo lo mismo con Timmie y lo consoló.

—El instinto de ambos es de aversión —dijo la señora Hoskins.

—No más aversión que la de dos niños que no simpatizan —dijo cansadamente su esposo—. Ahora deja a Jerry en el suelo y que se acostumbre a la situación. En realidad sería mejor que nos fuéramos. La señorita Fellowes llevará a Jerry a mi despacho dentro de un rato y yo lo mandaré a casa con alguien.

Los dos niños pasaron la hora siguiente muy conscientes el uno del otro. Jerry llamó llorando a su madre, pegó a la señorita Fellowes y, por fin, se dejó consolar con un caramelo. Timmie chupó otro y, al cabo de una hora, la enfermera consiguió que los dos niños jugaran con la misma construcción, aunque en lados opuestos de la habitación.

La señorita Fellowes se sentía agradecida, casi al borde de las lágrimas, cuando llevó a Jerry con su padre.

Pensó formas de dar las gracias a Hoskins, pero la misma formalidad del doctor suponía un rechazo. Quizás él no la perdonaba por haberle hecho sentir como un padre cruel. Quizás el hecho de haber traído a su hijo era una simple tentativa de demostrar que era un buen padre con Timmie y, al mismo tiempo, que no era su padre. ¡Las dos cosas al mismo tiempo! Y de este modo, lo único que pudo decir la enfermera fue:

—Gracias. Muchas gracias.

Y lo único que pudo responder él fue:

—No tiene importancia. No hay de qué.

Aquello se convirtió en una rutina establecida. Dos veces por semana, Jerry acudía a jugar una hora, que con el tiempo fueron dos. Los niños aprendieron los nombres y hábitos respectivos, y jugaron juntos.

Y pese a todo, tras la primera oleada de gratitud, la señorita Fellowes acabó comprendiendo que Jerry no le gustaba. Era más alto, más pesado, y dominaba en todo, forzaba a Timmie a desempeñar un papel totalmente secundario. Lo único que hacía resignarse a la enfermera era el hecho que Timmie, pese a sus dificultades, aguardaba ansiosamente, cada vez con más deleite, las periódicas apariciones de su compañero de juegos.

Era lo único que tenía el pequeño, pensaba pesarosa la señorita Fellowes.

Y en cierta ocasión, mientras contemplaba a los niños, la enfermera pensó: «Los dos hijos de Hoskins, uno de su esposa y otro de Estasis.»

Mientras que ella...

«¡Cielos! —pensó mientras se llevaba los puños a las sienes, avergonzada—. ¡Estoy celosa!»

—Señorita Fellowes —dijo Timmie (con sumo tacto, la enfermera no le permitía que la llamara de otra forma)—, ¿cuándo iré a la escuela?

Miró los ansiosos ojos castaños alzados hacia ella y pasó suavemente la mano por los tupidos rizos del niño. Era la parte más desaliñada del aspecto físico del pequeño, porque la misma enfermera tenía que cortarle el pelo mientras Timmie se removía inquieto bajo las tijeras. La señorita Fellowes no deseaba ayuda profesional, puesto que la torpeza del corte servía para ocultar la hundida parte delantera y la sobresaliente parte trasera del cráneo.

—¿Cuándo has oído hablar de la escuela? —preguntó la enfermera.

—Jerry va a la escuela. Guar-de-ría —lo dijo muy despacio—. Jerry va a muchos sitios. Afuera. ¿Cuándo podré ir afuera, señorita Fellowes?

Un suave dolor se alojó en el corazón de la enfermera. Lógicamente, y ella lo sabía, era imposible evitar que Timmie fuera enterándose de más y más cosas del mundo exterior, que él jamás pisaría.

—¡Caramba! —dijo ella, intentando reflejar alborozo—. ¿Y qué harías en la guardería, Timmie?

—Jerry dice que juegan, tienen películas. Dice que hay muchísimos niños. Dice..., dice... —Un pensamiento, un triunfante alzamiento de ambas manitas con los dedos separados—. Dice que todos éstos.

—¿Te gustaría ver películas? —dijo la señorita Fellowes—. Yo puedo conseguirlas. Muy bonitas. Y también música.

De este modo, Timmie se sintió temporalmente consolado.

El niño devoraba películas en ausencia de Jerry, y la señorita Fellowes le leía libros sencillos de vez en cuando.

Había tanto que explicar incluso en el relato más simple, tantos detalles fuera de la perspectiva de las tres habitaciones... Timmie empezó a tener más sueños en cuanto empezó a conocer el mundo exterior.

Los sueños siempre eran iguales, relacionados con el exterior. El vacilante Timmie se esforzaba en describirlos a la señorita Fellowes. En sueños, estaba afuera, en un «afuera» vacío pero muy grande, con niños y raros e indescritibles objetos mal digeridos por su pensamiento, resultado de novelescas descripciones no muy bien comprendidas, o de distantes recuerdos del Neandertal medio recordados.

Pero los niños y los objetos se desentendían de él, y aunque él estaba en el mundo, jamás formaba parte del mismo; se encontraba solo, igual que si estuviera en su habitación... Y despertaba llorando.

La señorita Fellowes trataba de restar importancia a los sueños, pero algunas noches, en su piso, también ella lloraba.

Un día, mientras la enfermera leía, Timmie puso su mano bajo la barbilla de la mujer y la alzó suavemente, de tal modo que los ojos de la señorita Fellowes abandonaron el libro y se encontraron con los del niño.

—¿Cómo sabes lo que debes decir, señorita Fellowes?

—¿Ves estas marcas? Ellas me indican lo que debo decir. Estas marcas forman palabras.

El niño las miró mucho tiempo, con curiosidad, tras tomarle el libro de las manos.

—Algunas son iguales.

La enfermera se echó a reír, complacida con aquella muestra de sagacidad.

—Es cierto. ¿Te gustaría que te enseñara a distinguir las marcas?

—Sí. Sería un juego bonito.

La señorita Fellowes no había imaginado que el niño podía aprender a leer. Hasta el mismo momento en que Timmie le leyó un libro, no imaginó que él podía aprender a leer.

Luego, semanas más tarde, la enormidad de lo que había hecho la dejó atónita. Timmie, sentado en su regazo, siguiendo palabra por palabra el texto de un libro infantil, leyendo para ella... ¡Él le leía a ella!

Se puso trabajosamente en pie, asombrada.

—Bien, Timmie, volveré más tarde. Quiero ver al doctor Hoskins.

Excitada, casi frenética, la enfermera creyó tener una respuesta a la infelicidad de Timmie. Si el niño no podía salir y entrar en el mundo, el mundo vendría a las tres habitaciones del niño. El mundo entero en forma de libros, películas y sonido. Había que educarlo hasta el límite de su capacidad. Era lo mínimo que le debía el mundo.

Encontró a Hoskins con un humor curiosamente análogo al de ella: triunfo y gloria, algo así. Las oficinas estaban anormalmente activas, y por un momento la señorita Fellowes pensó que no podría ver al director, mientras permanecía cohibida en el vestíbulo.

Pero él la vio, y una sonrisa se extendió por su ancho rostro.

—Señorita Fellowes, entre.

Habló con rapidez por el intercomunicador y después lo desconectó.

—¿Se ha enterado?... No, claro, es imposible. Lo hemos conseguido. Sí, lo hemos conseguido. Podemos efectuar detección intertemporal de corto alcance.

—¿Pretende decir —repuso la señorita Fellowes, esforzándose en separar su pensamiento de las buenas noticias de las que era portadora— que puede traer al presente a una persona de épocas históricas?

—Eso precisamente. Ahora mismo tenemos determinada la posición de un individuo del siglo catorce. Imagínese. ¡Imagínese! Si supiera cuánto me alegra huir de la eterna concentración en el Mesozoico, sustituir a los paleontólogos por historiadores... Pero usted desea decirme algo, ¿no? Bien, adelante, adelante. Me

encuentra de buen humor. Cualquier cosa que quiera la tendrá.

La señorita Fellowes sonrió.

—Me alegro. Porque estoy preguntándome si no podríamos preparar un sistema de enseñanza para Timmie.

—¿Enseñanza? ¿De qué tipo?

—Bien, general. Una escuela. Para que él aprenda...

—Pero, ¿puede aprender?

—Ciertamente, ya está aprendiendo. Sabe leer. Le he enseñado yo misma.

Hoskins permaneció inmóvil, al parecer repentinamente deprimido.

—No lo sé, señorita Fellowes.

—Acaba de decir que cualquier cosa que yo quisiera...

—Lo sé, y no he debido decirlo. Mire, señorita Fellowes, seguramente comprenderá usted que no podemos mantener para siempre el experimento de Timmie...

Ella le miró con repentino horror, sin comprender realmente lo que el doctor había dicho. ¿Qué significaba «no podemos mantener»? En una dolorosa oleada de recuerdos, la enfermera recordó al profesor Ademewski y el espécimen mineral devuelto al cabo de dos semanas.

—Pero estamos hablando de un niño, no de una roca...

—Ni siquiera un niño merece más importancia de la debida, señorita Fellowes —repuso muy nervioso Hoskins—. Ahora que esperamos individuos de épocas históricas, necesitamos espacio en Estasis, todo el espacio disponible.

La enfermera no lo entendió.

—Pero es imposible. Timmie... Timmie...

—Bien, señorita Fellowes, por favor, no se altere. Timmie no se irá ahora mismo, quizá pasen meses. Mientras tanto, haremos todo cuanto podamos.

Ella aún estaba mirándole fijamente.

—Permítame pedir algo para usted, señorita Fellowes.

—No —musitó ella—. No necesito nada.

Se levantó en medio de una especie de pesadilla y se fue. «Timmie —pensó la señorita Fellowes—, no morirás. ¡No morirás!»

Estaba muy bien aferrarse tensamente a la idea que Timmie no moriría, pero, ¿cómo conseguirlo? Durante las primeras semanas, la señorita Fellowes se aferró a la esperanza que la tentativa de traer a un hombre del siglo catorce fracasara por completo. Las teorías de Hoskins podían ser erróneas, o su práctica podía resultar defectuosa. De ese modo, las cosas seguirían como hasta entonces.

Ciertamente, no era esa la esperanza del resto del mundo, y por dicha razón la señorita Fellowes odiaba al mundo. El «Proyecto Edad Media» alcanzó un clímax de ardiente publicidad. Prensa y público anhelaban algo así. Estasis, Inc., carecía del

impacto necesario desde hacía tiempo. Otra roca u otro pez antiguo no excitaban a la gente. Pero aquello sí.

Un ser humano histórico, un adulto que hablara un idioma conocido, alguien que abriera una nueva página de la historia a los eruditos.

La hora cero se acercaba, y en esta ocasión no habría tres espectadores en la galería. Esta vez habría una audiencia mundial. Esta vez los técnicos de Estasis, Inc., desempeñarían su papel ante prácticamente la Humanidad entera.

La señorita Fellowes estaba simplemente enloquecida con la espera. Cuando llegó Jerry Hoskins para el programado período de juego con Timmie, la enfermera apenas le reconoció. Ella no estaba esperándole a él.

(La secretaria que trajo al niño se fue apresuradamente tras un formalísimo saludo a la señorita Fellowes. Corrió a buscar un buen sitio para observar el clímax del Proyecto Edad Media... Y lo mismo habría hecho la señorita Fellowes, pensó ella con amargura, si aquella estúpida chica hubiera llegado.)

Jerry Hoskins se acercó poco a poco a la enfermera, avergonzado.

—¿Señorita Fellowes?

Jerry sacó del bolsillo la reproducción de una nota periodística.

—¿Sí? ¿Qué pasa, Jerry?

—¿Es de Timmie esta foto?

La señorita Fellowes miró fijamente al niño y luego le quitó el papel de la mano. La excitación del Proyecto Edad Media había provocado el pálido resurgimiento del interés hacia Timmie por parte de la prensa.

Jerry miró atentamente a la enfermera antes de hablar.

—Dice que Timmie es un niño-mono. ¿Qué significa eso?

La señorita Fellowes tomó al jovencito por la muñeca y contuvo sus deseos de zarandearlo.

—Entra y juega con Timmie. Él quiere enseñarte un nuevo libro.

Y entonces, por fin, llegó la chica. La señorita Fellowes no la conocía. Ninguna de las sustituidas a que había recurrido cuando el trabajo la obligaba a estar en otra parte se halla disponible en ese momento, no con el Proyecto Edad Media en su punto culminante, pero la secretaria de Hoskins había prometido que vendría alguien y aquella debía ser la chica.

La señorita Fellowes se esforzó para que su voz no sonara quejumbrosa.

—¿Eres la designada para la Sección Uno de Estasis?

—Sí, soy Mandy Terris. Usted es la señorita Fellowes, ¿verdad?

—Exacto.

—Lamento llegar tarde. Hay tanta excitación...

—Lo sé. Ahora quiero que...

—Usted lo verá, supongo.



Su delgada cara, vagamente bonita, se llenó de envidia.

—No te preocupes por eso. Quiero que entres y conozcas a Timmie y a Jerry. Estarán jugando dos horas, así que no te causarán problemas. Tienen leche a mano y muchos juguetes. De hecho, sería preferible que los dejaras solos mientras sea posible. Ahora te enseñaré dónde están las cosas y...

—¿Timmie es el niño-mo...?

—Timmie está sometido a experimentación en Estasis —dijo con firmeza la señorita Fellowes.

—Quiero decir que él... es el que se supone que debe irse, ¿no?

—Sí. Bueno, entra. No hay mucho tiempo.

Y cuando la enfermera consiguió irse por fin, Mandy Terris le dijo:

—Espero que consiga un buen sitio y, ¡Dios mío!, que la prueba sea un éxito.

La señorita Fellowes no confiaba en sí misma para dar una respuesta razonable. Se apresuró a salir sin mirar atrás.

Pero el retraso significó que no consiguió un buen sitio. No pasó de la pantalla mural de la sala de reuniones. Lo lamentó amargamente. Si hubiera estado allí mismo, si hubiera tenido acceso a alguna parte sensible de los instrumentos, si hubiera podido hacer fracasar el experimento...

Hizo acopio de fuerzas para sofocar su locura. La simple destrucción no habría servido de nada. Los técnicos lo habrían reconstruido y reparado todo y reanudado el esfuerzo. Y a ella no le habrían permitido volver con Timmie.

Todo era inútil. Todo, salvo que el experimento fallara, que fracasara irreparablemente.

La enfermera se mantuvo a la espera durante la cuenta regresiva, observó los movimientos en la pantalla gigante, escudriñó los rostros de los técnicos mientras la cámara pasaba de uno a otro, aguardó el gesto de preocupación e incertidumbre indicando que algo iba inesperadamente mal, observó, observó...

No hubo tal gesto. La cuenta llegó a cero y el experimento, en silencio, discretamente, fue un éxito.

En la nueva Estasis instalada allí apareció un barbudo campesino de hombros caídos, edad indeterminada, vestido con prendas raídas y sucias y zuecos, que contemplaba con reprimido terror el brusco y violento cambio que se había precipitado sobre él.

Y mientras el mundo se volvía loco de alegría, la señorita Fellowes quedó paralizada por la pena. La empujaron, le dieron codazos, prácticamente la pisotearon. Estaba rodeada de triunfo y doblegada por el fracaso.

Así, cuando el altavoz pronunció su nombre con estridente fuerza, la señorita Fellowes no respondió hasta el tercer aviso.

—Señorita Fellowes, señorita Fellowes. Preséntese inmediatamente en la Sección

Uno de Estasis. Señorita Fellowes, señorita Fello...

—¡Déjenme pasar! —gritó, sofocada, mientras el altavoz repetía sin pausa el aviso.

Se abrió paso entre el gentío con alocada energía, dando golpes y puñetazos, revolviéndose, avanzando hacia la puerta con una lentitud de pesadilla.

Mandy Terris estaba llorando.

—No sé cómo ha sucedido. Salí al borde del pasillo para ver una minipantalla que habían puesto allí. Sólo un momento. Y antes que pudiera moverme o hacer algo... —Y añadió, con repentino tono de acusación—: ¡Usted dijo que no me causarían problemas, dijo que los dejara solos!

La señorita Fellowes, desgredada y sin poder dominar sus temblores, la miró furiosa.

—¿Dónde está Timmie?

Una enfermera estaba limpiando con desinfectante el brazo del gimoteante Jerry, y otra preparaba una inyección antitetánica. Había sangre en la ropa de Jerry.

—Me ha mordido, señorita Fellowes —gritó Jerry, rabioso—. Me ha mordido.

Pero la señorita Fellowes ni siquiera lo veía.

—¿Qué has hecho con Timmie? —gritó.

—Lo he encerrado en el cuarto de baño —dijo Mandy—. He metido a ese pequeño monstruo allí y lo he encerrado con llave.

La enfermera corrió hacia la casa de muñecas. Manoseó torpemente la puerta del cuarto de baño. Le costó una eternidad abrirla y ver al niño feo agazapado en un rincón.

—No me des latigazos, señorita Fellowes —musitó el niño. Tenía los ojos enrojecidos. Le temblaban los labios—. Yo no quería hacerlo.

—Oh, Timmie, ¿quién te ha hablado de latigazos?

Se acercó a él y lo abrazó impetuosamente.

—Lo dijo ella, con una cuerda larga —repuso trémulamente Timmie—. Ella dijo que tú me pegarías mucho.

—No es cierto. Ella ha sido muy mala al decir eso. Pero, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

—Él me llamó niño-mono. Dijo que yo no era un niño de verdad. Que era un animal. —Timmie se deshizo en un torrente de lágrimas—. Dijo que ya no jugaría más con un mono. Yo dije que no era un mono, ¡que no era un mono! Él dijo que yo era muy raro. Dijo que era horrible y feo. Lo dijo muchas veces y le mordí.

Ambos estaban llorando.

—Pero eso no es cierto —dijo la sollozante señorita Fellowes—. Tú lo sabes, Timmie. Eres un niño de verdad. Un niño encantador, y el mejor del mundo. Y nadie, nadie volverá a separarte de mí.

Fue fácil decidirse, fácil saber qué hacer. Pero había que actuar con rapidez. Hoskins no esperaría mucho más tiempo, teniendo a su hijo magullado...

No, había que hacerlo esa noche, esa misma noche, con cuatro quintas partes del personal dormido y la restante quinta parte intelectualmente embriagada por el Proyecto Edad Media.

Sería una hora anormal para volver, pero había precedentes. El vigilante la conocía perfectamente, y no soñaría en hacerle preguntas. No sospecharía si la veía con una maleta. La señorita Fellowes ensayó la evasiva frase «Juguetes para el niño» y una tranquila sonrisa.

¿Por qué no iba a creerlo el vigilante?

Así fue. Cuando la enfermera entró de nuevo en la casa de muñecas, Timmie aún estaba despierto, y ella mantuvo una exasperante normalidad, a fin de no asustar al pequeño. Hablaron de los sueños de Timmie, y la señorita Fellowes oyó al niño interesarse ansiosamente por Jerry.

Escasas personas la verían después, nadie recelaría del bulto que llevaría. Timmie se estaría muy quieto, y finalmente todo sería un hecho consumado. Un hecho consumado, sería inútil querer repararlo. Ellos la dejarían en paz. Los dejarían en paz a los dos.

La señorita Fellowes abrió la maleta, sacó el abrigo, la gorra de lana con orejeras y las demás prendas.

—¿Por qué me pones esta ropa, señorita Fellowes? —dijo Timmie, con muestras de alarma.

—Voy a llevarte afuera, Timmie. Al lugar de tus sueños.

—¿Mis sueños?

Su rostro se contrajo con repentino anhelo, aunque también el miedo estaba allí.

—No temas. Estarás conmigo. No tendrás miedo si estás conmigo, ¿verdad, Timmie?

—No, señorita Fellowes.

Se apretó la deforme cabecita contra el costado y escuchó los sordos latidos del corazoncito del niño bajo su brazo.

Era medianoche. La señorita Fellowes tomó al niño en brazos. Desconectó la alarma y abrió suavemente la puerta.

Y lanzó un grito, porque al otro lado de la abierta puerta estaba Hoskins, mirándola.

Había otros dos hombres con el doctor, y él miraba fijamente a la enfermera, tan asombrado como ella.

La señorita Fellowes tardó un segundo menos en recobrase y trató rápidamente de cruzar el umbral. Pero a pesar del segundo de retraso, Hoskins tuvo tiempo. La tomó bruscamente y la lanzó contra una cómoda. Llamó a los otros dos hombres y

miró a la enfermera sin abandonar el umbral.

—No esperaba esto. ¿Está completamente loca?

Ella había conseguido interponer el hombro, para que fuera su cuerpo, y no el de Timmie, el que golpeará la cómoda.

—¿Qué daño puedo hacer si me lo llevo, doctor Hoskins? —dijo la señorita Fellowes, suplicante—. No puede poner una pérdida de energía por encima de una vida humana...

Con firmeza, Hoskins le quitó el niño de los brazos.

—Una pérdida de energía de esta magnitud significaría tres millones de dólares para los bolsillos de los accionistas. Significaría un terrible revés para Estasis, Inc. Significaría publicidad sobre una enfermera sentimental que destruye todo eso en provecho de un niño-mono.

—¡Niño-mono! —dijo la señorita Fellowes con impotente furia.

—Así lo llamarán los periodistas —dijo Hoskins.

Apareció un hombre que estaba pasando un cordel de nylon por los resquicios de la parte alta de la pared.

La señorita Fellowes recordó la cuerda de la cabina que contenía la muestra rocosa del profesor Ademewski, la cuerda de la que Hoskins había tirado hacía mucho tiempo.

—¡No! —chilló.

Pero Hoskins dejó a Timmie en el suelo y le quitó amablemente el abrigo que llevaba.

—Quédate aquí, Timmie. No te pasará nada. Nosotros estaremos fuera sólo un momento. ¿De acuerdo?

Timmie, pálido y mudo, logró asentir con la cabeza.

Hoskins condujo a la enfermera fuera de la casa de muñecas. De momento, la señorita Fellowes había superado el límite de la resistencia. Vagamente, vio que ajustaban el tirador junto a la casa de muñecas.

—Lo siento, señorita Fellowes —dijo Hoskins—. Me habría gustado evitarle esto. Planeé hacerlo por la noche para que usted se enterara cuando ya estuviera hecho.

—Por la herida de su hijo —dijo la enfermera en un fatigado susurro—. Porque su hijo atormentó a este niño y lo provocó.

—No. Créame. Me he enterado del incidente de hoy y sé que la culpa fue de Jerry. Pero el incidente se ha filtrado al exterior. Así debía ser, con la prensa acosándonos precisamente este día. No puedo arriesgarme a que un relato distorsionado sobre negligencias y Neandertales salvajes perjudique el éxito del Proyecto Edad Media. De todas formas, Timmie tenía que regresar pronto. Si regresa ahora mismo, los sensacionalistas tendrán el mínimo pretexto posible para volcar su basura.

—No es como devolver una roca. Va a matar a un ser humano.

—No habrá asesinato. No habrá sensación. Simplemente, el niño será un niño Neandertal en un mundo Neandertal. Dejará de estar prisionero, no será un extraño. Tendrá la posibilidad de vivir en libertad.

—¿Qué posibilidad? Sólo tiene siete años, está acostumbrado a que le cuiden, le alimenten, le vistan, le protejan. Estará solo. Quizá su tribu no esté ya en el lugar donde él la abandonó hace cuatro años. Y aunque esté en el mismo sitio, no reconocerán a Timmie. Tendrá que cuidar de sí mismo. ¿Cómo va a hacerlo?

Hoskins sacudió la cabeza en un gesto de desesperada negativa.

—¡Dios mío, señorita Fellowes! ¿Cree que no he pensado en eso? ¿Cree que habríamos traído a un niño de no haber sido porque se trataba de la primera localización de un humano o cuasi humano que hacíamos, y porque no nos atrevimos a correr el riesgo de perder su posición y hacer otra localización tan perfecta? ¿Por qué supone que hemos mantenido tanto tiempo aquí a Timmie, sino porque éramos reacios a devolver al niño al pasado? —Su voz cobró exasperada urgencia—. Pero no podemos esperar más. Timmie es un obstáculo en el camino de la expansión. Una fuente de posible mala publicidad. Estamos a punto de hacer grandes cosas y, lo lamento, señorita Fellowes, pero no podemos permitir que Timmie nos estorbe. No podemos. No podemos. Lo lamento, señorita Fellowes.

—Bien, en ese caso —dijo tristemente la enfermera—, déjeme decirle adiós. Concédame cinco minutos para despedirme. Concédame tan sólo eso.

Hoskins vaciló.

—Adelante.

Timmie corrió hacia ella. Corrió hacia ella por última vez y la señorita Fellowes, por última vez, lo estrechó entre sus brazos.

Durante un instante, lo abrazó ciegamente. Empujó una silla con la punta del pie, la puso junto a la pared y se sentó.

—No tengas miedo, Timmie.

—No tengo miedo si estás aquí, señorita Fellowes ¿Está buscándome ese hombre loco, ese hombre que está afuera?

—No, no temas. Él no nos comprende... Timmie, ¿sabes qué es una madre?

—¿Como la de Jerry?

—¿Te habló él de su mamá?

—Algunas veces. Creo que una madre es una señora que te cuida y se porta muy bien contigo y hace cosas buenas.

—Exacto. ¿No te gustaría tener una madre, Timmie?

Timmie apartó la cabeza del cuerpo de la enfermera para poder mirarla. Poco a poco, pasó su manita por la mejilla y el pelo de la señorita Fellowes y la acarició igual que ella, hacía mucho, mucho tiempo, le había acariciado.

—¿Tú no eres mi madre? —preguntó el niño.

—Oh, Timmie.

—¿Te enfadas porque te lo pregunto?

—No. Claro que no.

—Porque yo sé que te llamas señorita Fellowes, pero..., pero a veces te llamo «mamá» sin decirlo. ¿Te parece bien?

—Sí. Sí. Me parece bien. Y ya no te abandonaré más y no sufrirás más. Estaré siempre contigo para cuidarte. Llámame «mamá», que yo lo oiga.

—Mamá —dijo Timmie muy contento, y apretó su mejilla a la de la enfermera.

La señorita Fellowes se levantó y, sin soltar al niño, se subió a la silla. Hizo caso omiso del repentino inicio de un grito en el exterior y, con la mano libre, tiró con todas sus fuerzas de la cuerda que colgaba entre dos resquicios.

Perforó Estasis y la habitación quedó vacía.

## Anochecer (1941)

---

“Nightfall”

*Si las estrellas despuntaran una noche cada mil años, ¿cómo creerían y adorarían los hombres, cómo conservarían durante muchas generaciones la remembranza de la ciudad de Dios?*

EMERSON

Aton 77, director de la Universidad de Saro, alargó el labio inferior con actitud desafiante y contempló furioso al joven periodista.

Theremon 762 no lo tomó en cuenta. En los primeros días, cuando su columna era sólo una loca idea que pululaba en la cabeza de un cachorro de reportero, había acabado por especializarse en entrevistas «imposibles». Le había costado magulladuras, ojos morados y huesos rotos; pero, en cambio, le había proporcionado buenas reservas de frialdad y discreción.

De modo que hizo caso omiso de cuanta gesticulación prodigara el otro y esperó pacientemente que cosas peores llegaran. Los astrónomos eran bichos raros y si lo que Aton había llevado a cabo en los últimos dos meses significaba algo, entonces se trataba del bicho más raro del montón.

Aton 77 encontró una voz apropiada y la hizo fluir con la rebuscada, cuidadosa y pedante fraseología (puntal de su fama, entre otras cosas) que nunca abandonaba.

—Señor —dijo—, manifiesta usted una flema insufrible viniéndome con tan impúdica proposición.

El fornido tele-fotógrafo del Observatorio, Beenay 25, se pasó la punta de la lengua por sus labios reseco e intervino.

—Ahora, señor, después de todo...

El director se volvió hacia él y arqueó una blanca ceja.

—No interfiera, Beenay. Ya he hecho bastante trayendo este hombre aquí; creo en sus buenas intenciones pero no toleraré la menor insubordinación.

Theremon decidió que había llegado la hora de abrir la boca.

—Director Aton, si me permitiera comenzar lo que quiero decirle, creo que...

—Pues yo no creo, joven —replicó Aton—, que nada de cuanto pueda decir servirá para mitigar lo que ha ido apareciendo en los dos últimos meses en su columna impresa. Ha llevado usted a cabo una tenaz campaña periodística contra los esfuerzos que yo y mis colegas hemos desplegado para preparar al mundo contra la amenaza que, desgraciadamente, se ha vuelto imposible impedir. Se ha cubierto usted de gloria dirigiendo ataques personales contra la investigación y el personal de este Observatorio con el solo objeto de cubrimos de ridículo.

Cogió de una mesa un ejemplar del Chronicle de Saro y lo desplegó furiosamente

ante Theremon.

—Hasta una persona de su muy conocida impudicia habría dudado antes de venirme con una propuesta que esa misma persona ha estado utilizando como material de gaceta en una columna de periódico.

Aton arrojó el periódico al suelo, se dirigió a la ventana y se quedó allí con las manos unidas en la espalda.

—Puede retirarse —dijo por encima de su hombro. Elevó la mirada y contempló la ubicación de Gamma, el más brillante de los seis soles del planeta. Amarillento, declinaba ya su curso sobre la línea del horizonte, y Aton sabía que nunca más volvería a verlo con ojos tranquilos.

Entonces se volvió.

—No, aguarde, venga aquí —gesticuló perentoriamente—. Le proporcionaré lo que desea.

El periodista no había hecho, empero, el menor gesto que indicara su retirada, y ahora se aproximó lentamente al anciano. Aton señaló al exterior.

—De los seis soles, sólo Beta quedará en el cielo. ¿Puede verlo?

La pregunta era más bien innecesaria. Beta estaba casi en su cenit, con su rojiza luz derivando hacia el naranja, como los brillantes rayos del poniente Gamma. Beta estaba en el afelio. Era pequeño; menor incluso que otras veces en que lo viera Theremon; y por el momento era el indiscutido rey del firmamento de Lagash.

Alfa, el sol de Lagash propiamente dicho, alrededor del cual trazaba su órbita, estaba en los antípodas respecto de sus dos distantes congéneres. El rojo y enano Beta —compañero inmediato de Alfa— estaba solo, cruelmente solo...

La alzada cara de Aton brillaba con rojizo resplandor bajo los rayos solares.

—Dentro de cuatro horas —dijo—, la civilización, tal cual la conocemos, llegará a su fin. Y será así porque, como usted ve, Beta es el único sol en el cielo. —Sonrió con dureza—. ¡Escriba eso! No habrá nadie que pueda leerlo.

—¿Y si transcurren cuatro horas, y luego otras cuatro, y nada ocurre? —preguntó Theremon en voz baja.

—No se preocupe por esas menudencias. Lo que ha de ser, será.

—¡Garantícelo! Y, repito: ¿si nada ocurriera?

En una ráfaga de segundo llegó la voz de Beenay 25.

—Señor, creo que debe usted escucharle.

—Sométalo a votación, director Aton —dijo Theremon.

Hubo una ligera agitación entre los cinco miembros restantes de la plantilla del Observatorio, que hasta el momento habían mantenido una actitud neutral.

—Eso —dijo Aton engreído— no será necesario. —Sacó su reloj de bolsillo—. Desde que su gentil amigo Beenay comenzó a insistir urgentemente en que yo debía escucharle a usted, han transcurrido cinco minutos. Prosiga.



—¡Perfecto! ¿Qué diferencia habría para su reputación si usted se dignara permitirme que yo fuera testigo presencial de lo que haya de suceder? Pues si su predicción es cierta, mi presencia no constituiría molestia alguna, ya que, en ese caso, mi columna jamás sería escrita. Y, por otro lado, si nada ocurre, como usted no esperará sino el ridículo o algo peor, tomaría una sabia medida si dejara previamente el ridículo a cargo de los amigos.

—Cuando dice amigos, ¿se refiere a personas como usted? —preguntó Aton.

—Por supuesto —replicó Theremon, tomando asiento y cruzando las piernas—. Mi columna acaso haya llegado a ser un tanto grosera, pero al menos posee la virtud de introducir una sana duda en la gente. Después de todo, no estamos en el siglo de los Apocalipsis. Como usted sabe, la gente ya no cree en el Libro de las Revelaciones y le fastidia mucho que los científicos vuelvan una y otra vez a machacarnos con que, a fin de cuentas, los Cultistas son los que tienen razón.

—Se equivoca usted, joven —se lanzó Aton—. Aunque los grandes planes que todavía subsisten han tenido su origen en el Culto, nuestros resultados están completamente expurgados de cualquier misticismo que derive de él. Los hechos son los hechos y la llamémosle mitología del Culto está respaldada por unos cuantos. Así lo hemos explicado al pueblo para desvelar de una vez el misterio. Le aseguro que el Culto tiene mayores motivos que ustedes para odiarnos.

—No siento ningún odio hacia usted. Simplemente, intento decirle que el público está hasta las narices. Irritado, ¿entiende?

—Pues que siga irrito —dijo Aton, ladeando la boca con burla.

—Como quiera, pero, ¿qué ocurrirá mañana?

—¡No habrá ningún mañana!

—En caso de que lo haya. Digamos que ese mañana se reduce a lo justo para ver lo que haya de ocurrir. Esa irritación puede convertirse en algo serio. Las cosas se han precipitado en los dos últimos meses. Los inversores afirman no creer que se aproxime el fin del mundo, pero por si las moscas se encierran en sus casas con su dinero. La opinión pública no cree en usted, fíjese, y sin embargo lleva trastornada su vida desde hace meses y aún lo estará otros tantos... hasta estar segura.

»De manera que usted puede darse cuenta de dónde está el meollo. Tan pronto acabe todo, lo interesante será saber qué ocurrirá con usted. Pues afirman que de ningún modo van a permitir que un cantamañanas, con perdón, cito textualmente, les altere la prosperidad nacional con profecías, máxime cuando la profecía incluye al planeta entero. El panorama es bastante negro, señor.

—Muy bien —dijo Aton mirando al columnista—, ¿y qué propone usted para remediar esas consecuencias?

—Algo muy sencillo —contestó el otro—: hacerme cargo de la publicidad del asunto. Manejar las cosas de manera que sólo aflore el lado ridículo. Lo que va a ser

un tanto difícil porque he contribuido personalmente, debo admitirlo, a indisponerlo ante esa turba de idiotas ofuscados, pero si consigo que la gente tan sólo se ría de usted, le aseguro que olvidará al cabo su ira. A cambio usted me concederá la historia en exclusiva.

—Señor, nosotros pensamos que el periodista está en lo cierto —intervino Beenay—. Estos dos últimos meses hemos estado considerando las posibilidades de error en nuestra teoría y nuestros cálculos y, en efecto, existe al menos una posibilidad en alguna parte. Pues no debemos descartar esa posibilidad, así sea entre un millón, señor.

Hubo un murmullo de aprobación entre los hombres agrupados alrededor de la mesa, y la expresión de la cara de Aton se aproximó a la del que mastica algo amargo y no puede escupirlo.

—Permanezca aquí si ése es su deseo. Se cuidará, sin embargo, de no estorbarnos mientras cumplimos con nuestras obligaciones. Usted recordará en todo momento que yo estoy al cargo de todas las actividades aquí y, olvidándonos de las opiniones otrora expresadas por usted en su columna, esperaré mayor cooperación y sobre todo mayor respeto...

Sus manos se anudaron de nuevo en su espalda y una mueca de determinación se dibujó en sus facciones mientras hablaba. Hubiera continuado por más tiempo de no ser porque resonó entonces una nueva voz.

—¡Hola, hola, hola! —Era una voz de alto tono que surgía de entre las rollizas mejillas del sonriente recién llegado—. ¿Qué es esta atmósfera tan tétrica? Espero que los ánimos no hayan decaído del todo.

—¿Qué diantre está haciendo aquí, Sheerin? —preguntó displicente el sorprendido Aton—. Debería estar en el Refugio.

Sheerin sonrió y dejó caer su voluminoso cuerpo sobre una silla.

—¡Que reviente el Refugio! El lugar me aburre. Prefiero estar aquí, donde se mascan las grandes cosas. ¿Acaso supone usted que no tengo mi pizca de curiosidad? Quiero ver esas Estrellas de las que siempre han hablado los Cultistas. —Se frotó las manos y añadió en tono más sereno—: Hace frío fuera. El viento le congela la nariz a uno. A la distancia que está Beta no parece proporcionar el menor calor.

—¿Por qué ha cometido esta negligencia, Sheerin? —exclamó Aton con exasperación—. Aquí no tiene nada útil que hacer.

—Y allá tampoco tengo nada útil que hacer —replicó Sheerin mostrando las palmas de las manos con cómica resignación—. Un psicólogo gasta más que gana en el Refugio. Allí se necesitan hombres fuertes y de acción, y mujeres saludables que puedan criar niños. Pero, ¿yo? Tendrían que quitarme cien libras para ser un hombre de acción y no tendría mucho éxito si probara a criar un niño. ¿Por qué, pues, voy a molestarles con una boca más que alimentar? Me siento mejor aquí.

—¿Qué es eso del Refugio, señor? —preguntó Theremon.

Sheerin pareció ver al columnista por vez primera. Hinchó sus amplios carrillos al tiempo que los distendía.

—Y usted, pelirrojo, ¿quién es en este valle de lágrimas?

Aton apretó los labios y luego murmuró hoscamente:

—Es Theremon 762, el periodista. Supongo que habrá oído hablar de él.

Se estrecharon la mano.

—Y, naturalmente —dijo Theremon—, usted es Sheerin 501 de la Universidad de Saro. He oído hablar de usted.

Entonces repitió:

—¿Qué es eso del Refugio, señor?

—Verá —explicó Sheerin—, nos las arreglamos para convencer a unas cuantas personas de que teníamos razón en nuestra... nuestra profecía, de manera que tomaron las medidas oportunas. Se trata mayoritariamente de familiares del personal del Observatorio de la Universidad de Saro, y unos cuantos ajenos. En conjunto, suman unos trescientos, aunque las tres cuartas partes son mujeres y niños.

—Entiendo. Intentan esconderse donde las Tinieblas, y las... las Estrellas no puedan alcanzarlos y donde resistir cuando el mundo se convierta en un caos.

—Es una hipótesis. No será nada fácil. Con toda la humanidad enferma, las grandes ciudades ardiendo, y lo que no podemos ni imaginar, las condiciones de supervivencia se reducirán al mínimo. Con ese objeto hay alimentos, agua, protección y armas en el Refugio...

—Y algo más —intervino Aton—. También nuestros Informes, excepto los que recogen estos últimos momentos. Esas fichas lo serán todo para el siguiente ciclo y eso es lo que debe sobrevivir. El resto puede irse al diablo.

Theremon suspiró largamente y se mantuvo un rato inmóvil en la silla. Los hombres en torno a la mesa habían sacado un tablero de multi-ajedrez y contemplaban una partida a seis. Los movimientos eran realizados con rapidez y en silencio. Todas las miradas parecían concentrarse profundamente en el tablero. Theremon los miró con curiosidad capciosa y luego se levantó para acercarse a Aton, que se mantenía aparte en sigilosa conversación con Sheerin.

—Escuchen —dijo—, vayamos a algún sitio donde no molestemos a los demás. Quiero hacer algunas preguntas.

El anciano astrónomo lo miró cejijunto, pero Sheerin gorjeó alegremente:

—Cómo no. Me hará mucho bien poder hablar. Siempre me consuela. Aton estaba exponiéndome sus ideas sobre la reacción del mundo en caso de que fallara nuestra predicción, y coincido con usted. Leo su columna con bastante regularidad, por cierto, y debo decirle que me agrada su punto de vista.

—Por favor, Sheerin —gruñó Aton.

—¿Eh? Vaya, está bien. Iremos a la sala de al lado. En cualquier caso hay sillas más cómodas.

Las sillas eran más blandas en la habitación de al lado. Había rojas cortinas en las ventanas y una alfombra marrón cubría el suelo. Con el mortecino y rojizo reflejo de Beta, la impresión general le helaba la sangre a uno.

—Vaya —se quejó Theremon—, no sé lo que daría por una decente ración de luz blanca, aunque fuera sólo durante un segundo. Me gustaría que Gamma o Delta estuvieran en el cielo.

—¿Qué es lo que quería preguntar? —inquirió Aton—. Recuerde, por favor, que nuestro tiempo es limitado. En poco más de hora y cuarto comenzarán a ocurrir anomalías; después... ya no habrá tiempo para hablar.

—Bien, empecemos. —Theremon se acomodó en un sillón y cruzó sus manos sobre el pecho—. Su gente se lo toma tan en serio que estoy comenzando a creerle a usted. ¿Podría usted explicarme con claridad en qué consiste el fenómeno?

Aton estalló.

—¿Pretende decir que ha estado todo este tiempo cubriéndonos de ridículo sin saber lo que hemos estado diciendo?

—No se ponga furioso —dijo Theremon—. No es tan malo como usted dice. Sí he captado una idea general sobre lo que ustedes han intentado explicar al ciudadano medio: que el mundo se verá cubierto de Tinieblas dentro de escasas horas y que la humanidad se volverá loca. Lo que yo quiero saber es la parte científica del asunto.

—No lo haga, no lo haga —estalló Sheerin—. Si se lo pregunta a Aton, empezará a remitirle a libros y más libros, le traerá enciclopedias y monografías, tratados, diagramas y toda la pesca. Se lo explicará de cabo a rabo. Por el contrario, si me lo pregunta a mí se lo expondré en el más profano de los lenguajes.

—De acuerdo; se lo pregunto a usted.

—Entonces, tomaré antes un trago. —Sheerin se quedó mirando a Aton.

—¿Agua? —gruñó Aton.

—¡No sea bobo!

—No sea bobo usted. Nada de alcohol ahora. Sería demasiado cómodo emborrachar a mis hombres en estos momentos. No puedo permitirles caer en la tentación.

El psicólogo gruñó para sus adentros. Se volvió hacia Theremon, lo atravesó con la mirada y comenzó.

—Usted sabrá, supongo, que la historia de la civilización de Lagash presenta un carácter cíclico, ¿comprende?, cíclico.

—Lo sé —comentó Theremon con, cautela—; sé, al menos, que ésa es la teoría arqueológica. Pero, ¿ha sido demostrada?

—Más o menos. En este último siglo se ha visto confirmada. El carácter cíclico es

(mejor dicho: era) uno de los grandes misterios. Ha habido otras civilizaciones antes de la nuestra, nueve en conjunto, y hay rastros de otras tantas. Alcanzaron un nivel comparable al nuestro y todas, sin excepción, fueron destruidas por el fuego al alcanzar la cúspide de su cultura.

»Y nadie podría decir por qué. Todos los imperios fueron arrasados por el fuego sin dejar tras sí la menor indicación de las causas.

—¿Tuvieron también una Edad de Piedra?

—Probablemente, aunque nada conocemos de ese período, excepto que el hombre de esa edad era un poco más inteligente que los monos. De modo que podemos olvidarlo.

—Entiendo. Prosiga.

—Hubo muchas explicaciones sobre las catástrofes reiteradas, a cada cual más fantástica. Algunos dijeron que se debía a periódicas lluvias de fuego; otros, que Lagash atravesaba un sol cada equis tiempo; y también los hubo que propusieron hipótesis más descabelladas. Pero hay una completamente diferente que ha sido transmitida y conservada a través de los siglos.

—Lo sé. Se refiere usted a ese mito de las «Estrellas» que se encuentra en el Libro de las Revelaciones de los Cultistas.

—¡Exactamente! —exclamó Sheerin con satisfacción—. Los Cultistas dijeron que cada dos mil cincuenta años Lagash penetra en una inmensa zona en la que todos los soles desaparecen, sobreviniendo una total oscuridad en todo el mundo. Entonces, las cosas llamadas Estrellas aparecen, despojan a los hombres de su razón y los convierten en semejantes a brutos, de tal manera que los hombres destruyen la civilización que ellos mismos construyeron. Naturalmente, los Cultistas mezclaron todo esto con un montón de nociones místico-religiosas, pero la idea central puede extraerse.

Hubo una corta pausa en la que Sheerin lanzó, un profundo suspiro.

—Ahora, pasaremos a la Teoría de la Gravitación Universal. —Lo dijo de tal manera que incluso las mayúsculas tuvieron su sonido particular. Y, en aquel momento, Aton se apartó de la ventana, bufó con ostentación y salió airadamente de la sala.

Los otros dos se quedaron mirando su partida.

—¿Qué pasa? —preguntó Theremon.

—Nada de particular —repuso Sheerin—. Dos hombres tenían que haberse presentado hace varias horas y aún no han aparecido. Es un caso que raya la restricción de personal porque todos, excepto los realmente esenciales, están en el Refugio.

—¿Cree usted que han desertado?

—¿Quiénes? ¿Faro y Yimot? Claro que no. Aunque no les convendría no aparecer

cuando todo esto empiece. —Se puso en pie de repente y parpadeó—. Por cierto, mientras Aton se encuentra fuera...

Trotó hacia la ventana más cercana, se agachó y de la caja inferior del enmarcado sacó una botella de líquido rojo que brilló sugestivamente cuando la agitó.

—Espero que Aton no sabrá nada de esto —puntualizó mientras volvía a su silla—. No hay más que un vaso. Como invitado de la casa, tiene usted preferencia. Yo tomaré de la botella. —Y escanció un leve y escaso chorrito con sumo cuidado.

Theremon se irguió para protestar, pero Sheerin adoptó una actitud digna.

—Respete a sus mayores, joven.

El periodista se sentó con expresión de angustia en el rostro.

—Sigamos, pues, viejo pícaro.

La nuez de Adán del psicólogo se movió repetidas veces mientras mantenía la botella levantada; luego, con un eructo de satisfacción, comenzó de nuevo.

—Bien, ¿qué sabe usted sobre la ley de la gravitación?

—Nada, excepto que su desarrollo es muy reciente, todavía no lo bastante como para decirse que esté totalmente fundamentada, y que su fórmula es tan difícil que sólo una docena de hombres en Lagash pueden presumir de entenderla.

—¡Venga, hombre! ¡Absurdo, ridículo! ¡Mentira infame! Puedo resumirle la fórmula en una frase. La Ley de Gravitación Universal estipula que existe una fuerza de atracción entre todos los cuerpos del universo, fuerza que, entre dos cuerpos dados, es proporcional al producto de sus masas partido por el cuadrado de sus distancias.

—¿Eso es todo?

—¡Es suficiente! Llevó cuatrocientos años desarrollarla.

—¿Cómo tanto? Tal y como usted lo ha dicho parece bastante simple.

—Porque las grandes leyes no surgen por inspiración divina, sino que hay que pensar e investigar duramente para encontrarlas. Ordinariamente se obtienen tras el trabajo colectivo de muchos siglos de actividad científica. Después que Genovi 41 descubrió que Lagash tenía un movimiento de traslación alrededor del sol Alfa y no al contrario (y esto ocurrió hace cuatrocientos años), los astrónomos se pusieron a trabajar sobre esta base. Los complejos movimientos de los seis soles fueron registrados, analizados y confrontados. Hipótesis tras hipótesis, las conclusiones primarias eran confrontadas con las secundarias, rectificadas, comprobadas las rectificaciones y nuevamente arriesgadas las hipótesis. Fue un trabajo infernal.

Theremon agitó la cabeza y extendió su vaso para que fuera llenado de nuevo. Sheerin se mantuvo incólume, pero luego sirvió unas cuantas gotas a regañadientes.

—Hace veinte años —continuó— se descubrió que la Ley de Gravitación Universal daba cuenta exacta de los movimientos orbitales de los seis soles. Y fue un gran triunfo.

Sheerin se puso en pie y se dirigió a la ventana, siempre con la botella en la mano.

—Y aquí llegamos al quid de la cuestión. En la última década la eclíptica de Lagash respecto de Alfa fue medida de acuerdo con la ley de gravitación y no coincidió con la órbita que se observaba; ni siquiera cuando se me incluyeron todas las perturbaciones debidas a los otros soles. O la ley no servía o allí había algún otro factor desconocido.

Theremon se levantó y se reunió con Sheerin en la ventana, contemplando, más allá de las vertientes cubiertas de bosque, las cúpulas de Saro City que reverberaban sanguinolentamente recortadas contra el horizonte. El periodista sintió que la tensión de lo incierto corroía sus entrañas mientras lanzaba una rápida ojeada a Beta. Brillaba rojizo en su cenit, pero su tono era apagado y malévolo.

—Continúe, señor —dijo suavemente.

—Con los años, los astrónomos especularon con hipótesis cada vez más absurdas... hasta que Aton tuvo la inspiración de buscar alguna fuente en el Culto. El jefe del Culto, Sor 5, le dio acceso a ciertos datos que simplificaron considerablemente el problema. Aton se puso a trabajar en esta nueva dirección.

»¿Podía haber otro cuerpo planetario opaco como el de Lagash? Si así fuera brillaría tan sólo reflejando la luz solar, y si estuviera formado por rocas azulencas, como gran parte de Lagash, entonces, en medio del abismo rojo del cielo, la constante luminosidad de los otros soles lo haría invisible... borrado por completo.

—¡Pero eso es una idea desquiciada! —exclamó Theremon.

—¿Lo cree así? Escuche esto: suponga que ese cuerpo orbita en torno a Lagash y que cuenta con tal masa, órbita y distancia que su atracción coincida con la desviación de la órbita de Lagash según la teoría. ¿Sabe lo que ocurriría?

El periodista negó con la cabeza.

—Pues que alguna que otra vez ese cuerpo se interpondría en el camino de algún sol —dijo Sheerin y apuró lo que quedaba en la botella.

—Sí, supongo que sí —convino Theremon.

—¡Naturalmente que sí! Pero sólo un sol se encuentra en su plano de revolución. —Señaló con el pulgar al diminuto sol que brillaba en lo alto—. ¡Beta! Y se sabe que el eclipse ocurre sólo cuando la disposición de los soles es tal que Beta debe encontrarse solo en su hemisferio y a la máxima distancia. El eclipse, contando la luna siete veces el diámetro aparente de Beta, cubrirá todo Lagash durante algo más de medio día, de manera que ninguna parte del planeta escapará a los efectos. Ese eclipse tiene lugar una vez cada dos mil cincuenta y nueve años.

La cara de Theremon se había convertido en una máscara inexpresivo.

—¿Ésa es la historia?

—Ni más ni menos —respondió el psicólogo—. El principio del eclipse comenzará dentro de tres cuartos de hora. Primero el eclipse, luego la Tiniebla

universal y, quizás, esas misteriosas Estrellas... después la locura y el final del ciclo.

»Hemos tenido —añadió tras un rato de meditación— dos meses para convencer a Lagash del peligro, pero al parecer no ha sido tiempo suficiente. Ni dos siglos hubieran bastado. Nuestros informes y archivos han sido escondidos en el Refugio y dentro de poco fotografiaremos el eclipse. El próximo ciclo conocerá así la verdad y la humanidad estará preparada para el eclipse siguiente. Conseguir eso es también parte de la historia que usted deseaba.

Theremon abrió la ventana y un ligero soplo de brisa agitó las cortinas. Se asomó al exterior y el viento desordenó sus cabellos mientras permanecía absorto contemplando el resplandor carmesí del sol. Entonces, como en un arrebato, se volvió.

—¿Está seguro de que las Tinieblas nos volverán locos? ¿A mí también?

Sheerin se sonrió en tanto acariciaba la vacía botella con movimiento inconsciente.

—¿Acaso sabe usted lo que ocurrirá cuando sobrevengan las Tinieblas, jovencito? El periodista se quedó apoyado en la pared y reflexionó.

—No. Realmente no puedo ni imaginármelo. Pero ya tengo noticia previa de su existencia. Algo como... como... —gesticuló con las manos— como sin luz. Como una caverna.

—¿Ha estado usted alguna vez en una caverna?

—¿En una caverna? ¡Claro que no!

—Lo suponía. Yo lo intenté la semana pasada, solamente para ver qué tal se estaba en la oscuridad. Pero tuve que salir de estampida. Tuve que detenerme cuando ya perdía de vista la entrada y la iluminación se reducía a poder ver apenas la silueta de las paredes. Pero lo que veía en el interior, más al fondo, era la oscuridad completa, la nada. Nunca creí que una persona de mi peso pudiera correr tanto. Ni jamás pensé que se apoderara de mi ser el vacío que aquel lugar me produjo.

—Bueno, si sólo se tratara de eso, imagino que no habría para tanto. Yo no hubiera corrido de haber estado allí.

El psicólogo se le quedó mirando con los ojos contraídos.

—Corre usted mucho, joven. Le desafío a que haga la prueba corriendo las cortinas.

—¿Para qué? —exclamó Theremon con sorpresa—. Si tuviéramos cuatro o cinco soles brillando en este momento, no dudo que deseáramos amortiguar un poco la luz. Está bien así.

—He ahí la cuestión. Corra la cortina, sólo eso; luego venga aquí y siéntese.

—Como quiera. —Theremon cerró la ventana y tiró de la roja cortina, que se deslizó hasta acaparar toda entrada de luz, dejando la sala en una penumbra teñida de rojo crepuscular.



Los pasos de Theremon resonaron huecamente en el silencio mientras caminaba hacia la mesa. De pronto, se detuvo.

—No puedo verlo, señor —murmuró.

—Siga andando —ordenó Sheerin con voz extraña.

—Pero es que no puedo verlo, señor —El periodista comenzó a respirar agitadamente—. No puedo ver nada.

—¿Y qué otra cosa esperaba? —dijo la voz sin visible procedencia—. ¡Siga y siéntese!

Los pasos volvieron a sonar, vacilantes, aproximándose lentamente. Luego, se escuchó el ruido de un cuerpo que caía sobre un sillón. La voz de Theremon se deslizó débilmente:

—Ya estoy aquí. Me siento... muy... perfectamente.

—¿Le gusta?

—No... nada. Es más bien horrible. Las paredes parecen... —Se detuvo—. Parece como si se estuvieran acercando. Espero de un momento a otro que se ciernan sobre mí y yo tenga que verme obligado a empujarlas. Pero... ¡no me he vuelto loco! De hecho, creo que no es tanto como esperaba.

—Perfecto. Vuelva a correr las cortinas.

Hubo un ruido de pasos precipitados, la silueta del cuerpo de Theremon destacándose contra la cortina. Luego, el alivio de las cortinas deslizándose, provocando un leve pero feliz chirrido de anillas resbalando sobre rieles. La roja luz inundó la sala y Theremon miró fijamente al sol mientras lanzaba un gemido de alegría.

Sheerin se inclinó hacia adelante, esgrimió su índice y dijo:

—Fíjese que ha sido sólo una habitación a oscuras.

—Pero pudimos aguantar —dijo Theremon satisfecho.

—Sí, con una habitación a oscuras sí podríamos. Dígame, ¿estuvo por casualidad en la Exposición Centenaria de Jonglor?

—No, estaba demasiado lejos de donde me encontraba por entonces. Seis mil millas son demasiadas incluso para una exposición.

—Pues yo sí estuve. ¿Recuerda haber oído algo sobre el Túnel del Misterio, que, según decían, superaba todas las marcas en el terreno de la diversión y el entretenimiento?

—Sí, durante los dos primeros meses. ¿Acaso no era tan divertido como dijeron?

—No demasiado. El Túnel del Misterio era, efectivamente, un túnel de una milla de longitud... sin luz. Uno se metía en un pequeño vehículo abierto y se recorría el túnel entero, ¿me entiende?, la oscuridad plena en unos quince minutos. Fue muy celebrado mientras duró.

—¿Celebrado?

—No le quepa duda. El miedo suele fascinar. De ahí que se considere tan gracioso que uno coja a otro por sorpresa gritando ¡Uh!, y sandeces por el estilo. De ahí también que el Túnel del Misterio fuera tan popular. La gente salía asustada, medio muerta de miedo, jadeando, pero alegre porque había pagado por ello.

—Espere un momento, creo que ahora recuerdo... Hubo muertos de verdad, literalmente muertos por miedo. Y corrieron rumores de que iban a cerrar el Túnel a causa de ello.

—¡Quite, quite! —exclamó el Psicólogo—. Sí, hubo dos o tres muertos. Pero eso no fue nada. Se indemnizó a los familiares y el Consejo de Jonglor City se las arregló para que se olvidara el asunto. Después de todo, argumentaron, si los débiles cardíacos quieren meterse en el túnel, es asunto suyo... por otra parte, no volvió a suceder. Se tornaron medidas oportunas y en la entrada fueron instalados servicios médicos a fin de someter a revisión física a todos los parroquianos. Lo que son las cosas, eso hizo que el precio aumentara.

—¿Qué pasó luego?

—Nada de particular pero también algo muy particular. La gente salía del túnel sin ningún cambio aparente, con la única excepción de que se negaba a entrar en los otros edificios; ni palacios, casas, bloques de apartamentos, pensiones, cabañas, chozas, o lo que fuere, ni en ningún otro edificio de la Exposición...

—¿Quiere usted decir —preguntó Theremon, asombrado— que se negaban a abandonar el espacio abierto?

—¿Dónde dormían, entonces?

—En los espacios abiertos.

—Debieron haberles forzado a entrar.

—Debieron, debieron, usted lo ve muy fácil. Lo que no sabe es que a la menor alusión prorrumpían en ataques de histeria que, en el mejor de los casos, acababa llevándoles a romperse la cabeza contra una pared. Si uno era introducido en cualquier lugar cerrado no podía ser abandonado a menos que le fuera suministrada alguna dosis de tranquilizantes o una eficiente camisa de fuerza.

—Sin duda debieron enloquecer.

—Fue exactamente lo que ocurrió. Uno de cada diez que entraron en el túnel se volvió majareta. Los psicólogos fueron llamados y nosotros hicimos lo único que podíamos hacer: cerrar el túnel.

—¿Qué pudo sentir esa gente? —preguntó Theremon.

—Ni más ni menos que lo que usted sintió cuando creyó que las paredes lo estaban ahogando en la oscuridad. Hay un término psicológico que describe el miedo a la ausencia de luz. Nosotros lo llamamos claustrofobia por que la carencia de luz siempre tiene lugar en espacios cerrados. ¿Comprende la similitud?

—¿Y aquella gente del túnel?

—Se trataba de personas cuya estructura mental no podía soportar el miedo a la sensación de ahogo que produce la oscuridad. Quince minutos sin luz es tiempo suficiente. Usted mismo acaba de experimentar algo que se parece al miedo en los escasos dos minutos que ha mantenido la habitación a oscuras.

»Los que enloquecieron en el túnel poseían lo que llamamos «fijación claustrofóbica». Su miedo latente a la oscuridad y a los lugares cerrados se encontraba, digamos, en período de gestación, incubado, y la experiencia que pasaron lo sacó a relucir. Este miedo entró en actividad y casi podemos asegurar que de una manera permanente. He ahí lo que quince minutos de oscuridad pueden conseguir.

Hubo una larga pausa y la frente de Theremon se fue contrayendo lentamente hasta formar un frunce.

—No creo que sea así, no lo creo.

—Querrá decir que no quiere usted creerlo —replicó Sheerin—. Usted tiene miedo de creer. ¡Mire la ventana!

Theremon obedeció y el psicólogo continuó sin interrumpirse.

—Imagínese ahora las Tinieblas... por todas partes. Ninguna luz, nada de luz, ni el menor punto luminoso. Las casas, los árboles, los campos, la tierra, el cielo... todo se ha convertido en una mancha negra, vacía. Excepto las Estrellas que estarán en lo alto, que ni siquiera sabemos cómo son. ¿Puede concebirlo?

—Sí, creo que sí —murmuró Theremon sombríamente.

—¡Miente usted! —golpeó la mesa con él puño violentamente—. ¡No puede concebirlo, no es capaz de hacerlo! Su cerebro no puede forjar semejante panorama, como tampoco puede forjar lo infinito ni lo eterno. Por eso se limita a intentarlo según las especulaciones. Una fracción del pensamiento vive esa realidad mentalmente, sufre sus consecuencias. Pero cuando lo objetivo tiene lugar, el cerebro humano no puede abarcar lo que escapa a su comprensión. ¡Enloquecerá completa y permanentemente! ¡Y no hay la menor opción!

»Y un par de milenios —añadió tristemente— llenos esfuerzo se convertirán en ceniza. Mañana no quedará a sola ciudad indemne en todo Lagash.

—No tiene por qué ser así —replicó Theremon, recuperando parte de su equilibrio mental—. Todavía no entiendo cómo voy a volverme loco por el simple hecho de no ver un sol en el cielo... pero si ocurriera, si todos nos volviéramos locos perdidos, ¿por qué vamos a destruir las ciudades? ¿Cómo podríamos hacerlo?

—Si usted estuviera rodeado de oscuridad —dijo Sheerin con irritación—, ¿qué desearía por, encima de todas las cosas? ¿Qué es lo que cada hombre desearía instintivamente? La luz, maldita sea, ¡la luz!

—¿Y...?

—¿De dónde obtendría entonces la luz?

—Lo ignoro —dijo Theremon con ambigüedad.

—¿Qué es lo único que proporciona luz, aparte del sol?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Se mantenían frente a frente con las caras a pocos centímetros de distancia.

—Condenado papanatas, me deslumbra usted con su brillante inteligencia. ¿Nunca ha visto un incendio forestal? ¿Nunca ha ido al campo y ha encendido fuego para cocinar? Ese fuego sirve para algo más que quemar el combustible culinario o los árboles del bosque. También proporciona luz, y eso lo sabe todo quisque. Y cuando venga la oscuridad todos pedirán luz a gritos, y harán todo lo posible por conseguirla.

—¿Quemarán bosques, entonces?

—Quemarán todo lo que encuentren delante. Sólo desearán luz y sentirán la necesidad de quemar cualquier cosa. Los bosques no están al lado de uno, de modo que echarán mano de lo más cercano. Obtendrán luz... ¡porque todos los núcleos habitados estallarán en ingentes llamas!

Se habían sostenido mutuamente la mirada como si lo que estuvieran discutiendo fuera un asunto personal en el que mostrar fuerza y argumentos. Entonces Theremon se quedó sin habla. Su respiración estaba todavía agitada cuando advirtió el repentino griterío que venía de la sala contigua.

Cuando Sheerin habló, dio la sensación de que se esforzaba por trascender lo que sus palabras decían.

—Creo que estoy oyendo la voz de Yimot. Sin duda él y Faro han regresado. Vayamos a ver lo que ocurre con ellos.

—¡Debemos saberlo! —Murmuró Theremon con esfuerzo. Se levantó lanzando un hondo suspiro de alivio. La tensión se había roto.

La sala estaba alborotada por los miembros de la plantilla del Observatorio, que rodeaban a dos jóvenes con las ropas desordenadas. Aton, abriéndose paso a través del gentío, se encaró agriamente con los recién llegados.

—¿Os dais cuenta que falta menos de media hora para el comienzo del fin? ¿Dónde habéis estado?

Faro 24 se sentó y se restregó las manos. Sus mejillas aparecían enrojecidas por el cambio de temperatura.

—Yimot y yo acabamos de terminar un experimento ideado por nosotros mismos, consistente en provocar una oscuridad artificial y una fingida aparición de las Estrellas, a fin de proporcionar un anticipo sobre el cual la gente pudiera juzgar lo que vendrá.

Hubo un confuso murmullo entre el auditorio y una repentina expresión de curiosidad apareció en la mirada de Aton.

—No se nos había ocurrido esto antes —dijo—. ¿Cómo caísteis en ello?

—Bien —repuso Faro—, la idea se nos ocurrió hace tiempo a Faro y a mí, y

hemos estado trabajándola en los ratos libres. Yimot sabía de una casa en la ciudad que una vez fue un museo o algo parecido. El caso es que la compramos y...

—¿De dónde sacasteis el dinero? —interrumpió Aton con precipitación.

—De la cuenta bancaria —saltó Yimot 70—. Nos costó sólo dos mil créditos. — Y añadió defensivamente—: Bueno, ¿qué pasa? Mañana, dos mil créditos serán sólo dos mil pedazos de papel. Nada más.

—Claro —asintió Faro—. La compramos y empezamos a pintarla de negro desde el techo hasta el sótano, de manera que se pareciera a la oscuridad todo lo posible. Luego hicimos en el techo diminutos agujeros, que luego teníamos que cubrir con delgadas láminas metálicas por la parte del tejado de la casa. Las láminas debían desplazarse simultáneamente por mediación de un interruptor. Esta parte del trabajo no pudimos llevarla a cabo por nosotros mismos, así que tuvimos que llamar a un carpintero, un electricista y algunos más... el dinero no tenía importancia. La cuestión era que pudiéramos obtener un poco de luz a través de aquellos agujeros en el techo, de modo que dieran el aspecto de un firmamento estrellado.

Durante la pausa que siguió ninguna respiración se atrevió a interrumpir el silencio. Finalmente, dijo Aton:

—No teníais derecho a hacerlo en privado.

—Lo sé, señor —dijo Faro, contrito—, pero, francamente, Yimot y yo pensamos que el experimento podía resultar peligroso. De tener éxito, esperábamos más o menos volvernos medio locos... desde que Sheerin se ha dedicado a insistir sobre esa cuestión. Así que deseábamos correr el riesgo nosotros solos. Naturalmente, si al acabar seguíamos conservando la cordura lo hubiéramos desarrollado en gran escala a fin de propiciar la inmunidad colectiva a sus efectos. Pero las cosas no ocurrieron como esperábamos.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Al principio nos entrenamos permaneciendo con los ojos cerrados. La Oscuridad es algo asfixiante que le hace sentir a uno que las paredes y el techo se le vienen encima para aplastarlo. El caso es que nos metimos en la habitación y activamos el conmutador. Las láminas metálicas se desplazaron y los agujeros mostraron sus leves manchitas de luz...

—¿Y?

—Pues eso... nada. Eso es lo triste del asunto. Que nada ocurrió. Se trataba solamente de un techo agujereado que no parecía sino un techo agujereado. Lo intentamos una y otra vez (de ahí que hayamos regresado tan tarde), pero sin obtener el menor resultado.

Siguió un profundo silencio de consternación, y todos los ojos se posaron en Sheerin, que, sentado en la mayor inmovilidad, iba a abrir la boca.

Pero Theremon fue el primero en hablar.

—Por supuesto, Sheerin, usted sabía lo que resultaría de esa teoría de los agujeros ideada por usted, ¿no es cierto? —Al hablar resaltaba las palabras.

Sheerin alzó una mano.

—Un momento, un momento. Déjenme pensar un poco. —Cruzó los dedos y luego, cuando la expresión de su mirada reveló que ya nada había que le produjera sorpresa o desconcierto, levantó la cabeza—. Evidentemente...

Pero no pudo acabar. De algún lugar situado por encima de ellos vino un considerable estrépito. Beenay, poniéndose en pie, se lanzó escaleras arriba.

—¡Qué diantre! —exclamó mientras corría.

El resto vino después.

Las cosas ocurrieron con precipitación. Una vez en la cúpula, Beenay se quedó mirando horrorizado las destrozadas placas fotográficas y al hombre que había junto a ellas; entonces, se lanzó furiosamente contra el intruso, echándole las manos al cuello. Hubo un violento forcejeo; entretanto, el resto de los hombres del Observatorio fueron llegando. Antes de darse cuenta, el extraño tenía sobre sí el peso de media docena de hombres terriblemente airados.

Entonces apareció Aton, jadeando pesadamente.

—¡Ponedlo en pie!

Hubo un leve movimiento de resistencia, pero, finalmente, el extraño, con las ropas desordenadas y la cabeza cubierta de magulladuras, fue levantado. Llevaba una corta barba amarilla, según el afectado estilo de los Cultistas.

Beenay no cedió la presa con que sujetaba al intruso.

—¿Por qué lo has hecho? —le gritó salvajemente—. Esas placas...

—No era lo que me interesaba —respondió el Cultista fríamente—. Fue una casualidad.

—Entiendo —dijo Beenay, que no dejaba de mirarlo con fiereza—. Ibas tras las cámaras. El tropiezo con las placas ha sido entonces una coincidencia afortunada para ti, pues. Si has hecho algo a mi cámara o a cualquier otra... te juro que morirás lentamente. Como hay Dios que así ha de ocurrir...

Aton lo sujetó de una manga.

—¡Basta ya! ¡Déjelo!

El joven técnico vaciló y su brazo se resistió todavía unos segundos. Aton lo apartó con un gesto y se encaró con el Cultista.

—Usted es Latimer, ¿no?

El Cultista se inclinó y señaló el símbolo que había sobre su cadera.

—Soy Latimer 25, adjunto de tercera clase a Su Serenidad Sor 5.

—Y usted —añadió Aton enarcando las blancas cejas— vino con Su Serenidad cuando él me visitó la semana pasada, ¿me equivoco?

Latimer se inclinó por segunda vez.

—Y bien, ¿qué es lo que quiere?

—Nada que usted vaya a darme voluntariamente —dijo Latimer.

—Lo envía Sor 5, supongo... ¿o es algo suyo en particular?

—No responderé a esa pregunta.

—¿Han venido con usted otros visitantes?

—Tampoco responderé a ésta.

Aton se le quedó mirando largamente.

—Muy bien, señor. Dígame ahora qué es lo que su maestro desea de mí. Basta ya de coqueteos. Hace tiempo que pagué el favor.

Latimer sonrió levemente, pero nada dijo.

—Le solicité —continuó Aton agriamente— unos datos que sólo el Culto podía suministrarme, y me fueron proporcionados. Gracias nuevamente, señor. A cambio, prometí probar la verdad esencial del credo del Culto.

—No hay necesidad de probarla —replicó orgullosamente el otro—. Está suficientemente probada en el Libro de las Revelaciones.

—Sí para cierta canalla. Pero no pretenda confundir mis conocimientos. Me ofrecí a formular bases científicas de sus creencias. ¡Y lo hice!

Los ojos del Cultista se encogieron con amargura.

—Sí, usted lo hizo. Pero con la sutileza del zorro, pues al mismo tiempo que obtenía una explicación de nuestras creencias, trastornó todo lo que se le puso por delante. Usted convirtió la Oscuridad y las Estrellas en un fenómeno natural y alteró su verdadero significado. Eso fue una blasfemia.

—Si es así, la culpa no es mía. El hecho existe. ¿Qué puedo hacer sino constatarlo?

—Su «hecho» no es más que un fraude y un engaño.

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó Aton irritado.

—¡Lo sé! —dijo el otro con entonación pletórica de fe y seguridad.

El director cambió el color de su faz, Beenay susurró una amenaza. Aton le hizo una señal para que callara.

—¿Qué quiere Sor 5 de nosotros? Imagino que aún debe opinar que es peligroso para las almas el que intentemos advertir al mundo de la amenaza que se avecina. No obtendremos ningún éxito si se empeña en considerarlo de esa manera.

—El atentado ha causado bastantes desperfectos. Hay que detener esa viciosa forma de obtener información mediante diabólicos instrumentos. Obedecemos la voluntad de las Estrellas y sólo lamento que mi torpeza les haya prevenido cuando intentaba desarticular sus infernales ingenios.

—No le habría reportado ningún bien —replicó Aton—. Todos nuestros datos, excepto aquellos que recogeremos por experiencia directa, se encuentran ya a salvo y situados más allá del alcance de cualquier destrucción. —Sonrió con los labios

apretados—. Lo que no evita que usted sea considerado por nosotros como un criminal.

Se volvió entonces a los hombres situados tras él.

—Que alguien llame a la policía de Saro City —dijo.

—Condenación, Aton —exclamó Sheerin con disgusto—, ¿qué le ocurre? No hay tiempo para eso. Déjeme que yo me ocupe de él.

—No hay tiempo para hacer el ganso, Sheerin —dijo Aton con fastidio—. Haga el favor, pues, de dejar que yo haga las cosas a mi manera. Usted es aquí un completo extraño, y no debe olvidarlo.

—Explíqueme entonces —dijo Sheerin— por qué tenemos que molestarnos llamando a la policía. El eclipse de Beta comenzará dentro de escasos minutos y tenemos aquí un hombre que está deseando dar su palabra de honor de que no nos causará más problemas.

—No voy a hacer tal cosa —saltó prontamente el Cultista—. Ustedes son libres de hacer cuanto les venga en gana, pero les advierto que si me dejan ir a mi aire me las apañaré para terminar lo que he venido a hacer. Si ésta es la palabra de honor que esperarán de mí, creo que será mejor para todos ustedes llamar a la policía.

—Eres un tunante decidido, ¿eh? —dijo Sheerin con una sonrisa—. Pero voy a explicarte unas cuantas cosas. ¿Ves al muchacho que está junto a la ventana? Es un tipo fuerte, violento, muy hábil con los puños... Y no pertenece al Observatorio, además. Una vez comience el eclipse, no tendrá nada que hacer aquí excepto, en todo caso, hincharse un ojo. Luego estoy yo, demasiado pesado para soltar unos cuantos puñetazos, pero empeñado en la idea, vaya.

—¿Y qué quiere decirme con eso? —preguntó el Cultista inquieto.

—Escucha y te lo diré —fue la respuesta—. Tan pronto comience el eclipse, el señor Theremon y yo te conduciremos a una habitación cerrada que no cuenta más que con una puerta, una fuerte cerradura y ninguna ventana. Permanecerás allí mientras dure.

—Y después —exclamó agitadamente Latimer— no habrá nadie para dejarme salir. Sé tan bien como usted lo que significa la llegada de las Estrellas... lo sé incluso mejor que usted. Ustedes se volverán locos y no querrán liberarme. Asfixia o muerte por inanición, ¿no es eso lo que piensa? Más o menos lo que debía haber esperado de un grupo de científicos. Pero no daré mi palabra, no conseguirán que me esté quieto. Es una cuestión de principios y no discutiremos más el asunto.

Aton parecía turbado. Sus desorbitados ojos mostraban una buena dosis de agitación.

—Pero, Sheerin, encerrándolo...

—¡Por favor, señor! —exclamó Sheerin con impaciencia—. No he pensado ni por un momento ir tan lejos. Latimer ha intentado una jugarreta pero yo no soy psicólogo



sólo porque me gusta el sonido de la palabra. —Hizo un guiño al Cultista—. Vamos, hombre, no habrás pensado que iba a exponerte a morir de hambre, ¿verdad? Sólo intentaba algo de menor monta, mi querido Latimer. Fíjate. Si te ponemos bajo llave no verás la Oscuridad ni tampoco las Estrellas. No hace falta estar muy enterado del credo fundamental del Culto para llegar a la conclusión de que permanecer oculto cuando las Estrellas aparezcan significa la pérdida del alma inmortal. Ahora bien, yo creo que tú eres un hombre de bien. Por ello, aceptaré tu palabra de honor de que no nos causarás molestias en cuanto te decidas a ofrecérmela...

Una agitación pareció recorrer el cuerpo de Latimer.

—¡Está bien, tienen ustedes mi palabra de honor! —dijo, y añadió seguidamente con saña—: Pero me consuela saber que todos quedarán condenados por este acto.

Giró sobre sus talones y se dirigió precipitadamente hacia el alto taburete que había junto a la puerta.

—Tome asiento junto a él —dijo Sheerin indicando con la cabeza al columnista—. Sólo como simple formulismo. ¡Eh, Theremon!

Pero el periodista no se movió. Se había quedado pálido hasta la raíz del cabello.

—¡Miren! —Su dedo apuntaba al cielo y su voz era áspera y gutural.

Como obedeciendo una orden, todas las miradas siguieron la dirección del dedo y contemplaron el espectáculo sin respirar.

¡Beta estaba menguando por un lado!

El escaso trozo de oscuridad que ofrecía quizá no fuera mayor que una uña, pero para los aterrorizados observadores aquello que veían significaba el inicio de la maldición.

La observación de los hombres duró un corto segundo, casi tan corto como la confusión que siguió a continuación, que desapareció en cuanto cada uno se entregó a su labor prescrita. No había tiempo para emociones en aquellos momentos. Los hombres se habían transformado exclusivamente en científicos con trabajo que hacer. Hasta el mismo Aton se había evaporado.

—El primer instante de la superposición debe haber ocurrido hace quince minutos —dijo Sheerin—. Un poco pronto, pero no está mal si tenemos en cuenta las dificultades que han acompañado los cálculos. —Miró a su alrededor y se acercó a Theremon, que se había quedado mirando por la ventana.

—Aton está furioso —murmuró—. Se perdió el momento inicial de la superposición con todo el jaleo de Latimer y si ahora se le pone uno delante corre el peligro de ser arrojado por la ventana.

Theremon asintió con la cabeza y se sentó. Sheerin lo miró con sorpresa.

—Por el diablo, oiga —exclamó—. Está usted temblando.

—¿Qué? —Theremon se humedeció los secos labios e intentó sonreír—. No me siento muy bien, ¿qué quiere que haga?

—No iré a perder el control, ¿verdad?

—¡No! —gritó Theremon, indignado—. ¿Acaso tengo otra alternativa? Jamás creí en todo este galimatías... hasta este momento. Déme una opción, dígame qué puedo hacer. Usted ha estado preparándose durante dos meses para este acontecimiento.

—Tiene razón, claro —comentó Sheerin pensativo—. ¡Escuche! ¿Tiene usted familia... padres, esposa, hijos?

Theremon negó con la cabeza.

—Va usted a hablar del Refugio, ¿eh? No tiene que preocuparse por eso. Tengo una hermana, pero está a dos mil millas de aquí. Ni siquiera sé su dirección.

—Bueno, entonces, ¿qué me dice de usted mismo? Puede ir allí, aún hay tiempo; desde que lo dejé queda una plaza libre. Después de todo aquí no es necesario.

—Vaya —dijo Theremon mirando al otro con cansancio—. Usted cree que estoy asustado. Piense lo que quiera, señor. Soy periodista y me ha sido encomendado conseguir un reportaje. Es lo que intento hacer.

Una amplia sonrisa cruzó la cara del psicólogo.

—Entiendo, honor profesional y todo eso.

—Puede llamarlo así. Pero, amigo mío, daría mi brazo derecho por una botella de ese reparador de ánimos que tenía usted antes, aunque fuera la mitad de pequeña. Si algún camarada suyo necesita un trago, ése soy yo.

Entonces saltó. Sheerin estaba dándole codazos.

—¿No oye eso? Escuche.

Theremon siguió el movimiento de la mandíbula del otro y miró al Cultista, que, olvidado de todo cuanto acontecía a su alrededor, contemplaba la ventana con una expresión de poseso, al tiempo que entonaba una casi inaudible salmodia.

—¿Qué dice? —susurró el columnista.

—Está citando el Libro de las Revelaciones, capítulo quinto —replicó Sheerin. Luego, con urgencia—: Aguarde un momento y escuche.

La voz del Cultista habíase alzado en una repentina plegaria de fervor.

»Y ocurrió que, por aquellos días, el Sol, Beta, habitó en solitaria vigilia en la mansión celeste por el más largo de los períodos conocidos, mientras cumplía su revolución; tanto duró su recorrido que, en mitad de su revolución, solitario, encogido y frío, cesó de brillar sobre Lagash.

»Y los hombres se reunían en las plazas públicas y en los caminos para comentar y maravillarse de la señal, pues una extraña depresión había ocupado sus almas. Su mente se turbó y su lengua tornose confusa, pues las almas de los hombres aguardaban la venida de las Estrellas.

»Y en la ciudad de Trigon, Vendret 2 vino y dijo a los hombres de Trigon: «¡Helo ahí, oh pecadores! Hablabais con desdén de los caminos de la virtud, pero ya ha

llegado el tiempo de rendir cuentas. Por fin, la Gruta se aproxima para devorar Lagash; y con Lagash, todos sus moradores.»

»Y mientras esto decía, el labio de la Gruta de la Oscuridad sobrepasó el borde de Beta, de modo que todo Lagash quedó sin su luz. Grandes fueron los gritos de los hombres mientras contemplaban la desaparición, y grande también el estremecimiento que desconsoló sus almas.

»Y ocurrió que la Oscuridad de la Gruta cayó sobre Lagash y ya no hubo más luz en toda la superficie de Lagash. Los hombres quedaron como ciegos y nadie podía ver a su vecino aunque sentía su aliento contra su rostro.

»Y en el interior de esta negrura aparecieron las Estrellas en cantidades inmensas, y era tal la belleza y de tal modo encantaba todo lo creado, que hasta las hojas de los árboles entonaron cánticos llenos de admiración.

»Y en aquel momento las almas de los hombres se separaron de sus cuerpos, reduciéndose éstos al estado de las bestias; en verdad, fue como si el mundo se hubiera convertido en una selva; así, por las entiznadas calles de Lagash los hombres prorrumpieron en salvajes gritos.

»Entonces, se extendió desde las Estrellas el Fuego Celestial y, allí donde tocaba, las ciudades de Lagash convertíanse en caos de llamas y destrucción; tanto que, de los hombres y las obras de los hombres, nada quedó.

»Desde entonces...»

Hubo una sutil alteración en el tono de Latimer. Sus ojos permanecían ausentes, pero de alguna manera llamó la atención de los otros dos. Fácilmente, sin la menor pausa para tomar aliento, el timbre de su voz cambió y las sílabas se volvieron más líquidas.

Theremon, cogido por sorpresa, lo miró fijamente. Las palabras siguieron luego el tono anterior. Había habido un elusivo cambio en el acento, un débil cambio en la caída de las vocales; pero nada más... quizá ni el mismo Latimer comprendiera lo que había ocurrido.

—Seguramente cambió a alguna lengua de otro ciclo, con toda probabilidad del tradicional ciclo segundo. Era la lengua en la que fue escrito primariamente el Libro de las Revelaciones.

—No importa. Ya he oído bastante. —Theremon se echó atrás en la silla y se mesó el cabello—. Me siento mucho mejor ahora.

—¿De veras? —Sheerin pareció sorprenderse.

—Se lo explicaré. Me he puesto verdaderamente nervioso hace un rato. Entre su explicación de la gravitación y el comienzo del eclipse he estado al borde de un ataque de nervios. Pero eso —y señaló con el pulgar al gualdibarbado Cultista—, eso es exactamente lo que mi niñera solía contarme. Me he reído de esas cosas durante toda mi vida. No voy a permitir que me asusten ahora.

Suspiró profundamente y continuó con cierta alegría:

—Si voy a seguir contándole lo angelito que soy, mejor será que aparte mi silla de la ventana.

—Sí, pero debería usted hablar mas bajo —comentó Sheerin—. Aton acaba de asomar la cabeza por la puerta y le ha lanzado a usted una mirada capaz de asesinarle.

—Había olvidado al viejo —dijo con una mueca. Luego, poniendo en ello el máximo cuidado, apartó la silla de la ventana mientras lanzaba miradas de disgusto por encima del hombro—. Se me acaba de ocurrir que deben haber fabricado alguna clase de inmunidad contra la locura de las Estrellas.

El psicólogo no respondió en seguida. Beta había ya rebasado su cenit y el haz de sanguínea luz que penetraba por la ventana se deslizaba por el suelo hasta el punto de alcanzar casi las piernas de Sheerin. Contempló pensativamente aquel color arcilloso y luego, inclinándose, echó una fugaz mirada al sol.

El mordisco del eclipse habíase agrandado hasta alcanzar ahora un tercio de Beta. Se estremeció súbitamente y, cuando pudo serenarse, sus mejillas no conservaban ya el generoso color que otrora prodigaban. Con una sonrisa que era casi una excusa, apartó también su silla.

—En estos momentos, poco más de dos millones personas en Saro City habrán convertido el Culto en religión mayoritaria. —Luego, con ironía—: Por una hora al menos, el Culto gozará de una prosperidad nunca vista. Pero, ¿qué me estaba diciendo?

—Iba a preguntarle cómo se las apañan los Cultistas para transmitir de ciclo en ciclo el manejo del Libro de las Revelaciones, y cómo es que se escribió por primera vez en Lagash. Debe haber alguna especie de inmunidad, pues, si todos se volvían locos, ¿quién pudo haber escrito el libro?

Sheerin se quedó mirando con tristeza al periodista.

—Pues mire, joven, no hay respuesta documentada sobre eso, pero tenemos unos cuantos indicios para suponer qué ocurrió. Hay tres clases de personas que resultan relativamente ilesas. Primero, las que por alguna razón ignota no ven las Estrellas: los que se meten en la cama en aquel momento o los que se emborrachan al comienzo del eclipse. Pero vamos a descartarlos porque no son realmente testigos.

»Luego están los niños menores de seis años, para quienes el mundo es todavía demasiado nuevo y extraño para reparar en las Estrellas o asustarse de la Oscuridad. El fenómeno sería considerado como uno de tantos artículos del catálogo de sorpresas que depara el mundo. ¿No lo cree usted así?

—Imagino que sí —replicó el otro con cierto gesto de duda.

—Por último, están aquellos que poseen una mente demasiado grosera para comprender el hecho, algo así como ancianos y retrasados mentales, que, verdaderamente, quedarían escasamente afectados. Bien, entre la incoherente

memoria de los niños y los relatos de los que quedaron a medio enloquecer se formaron posiblemente las bases del Libro de las Revelaciones.

»Claro que, por otra parte, el libro se baso, primeramente, en el testimonio de aquellos que por lo menos tenían alguna cosa que contar, es decir, los niños y los retrasados. Luego, seguramente fue editado y reeditado en el curso de los ciclos.

—¿Supone usted —interrumpió Theremon— que el libro fue transmitido a través de los ciclos de la misma manera que nosotros nos hemos transmitido las bases para teoría de la gravitación universal?

Sheerin hizo una mueca.

—Tal vez, pero el método exacto poco importa ahora, el caso es que lo hicieron. El punto al que quiero llegar es que el libro sólo puede contribuir a confundir más las cosas, por muy basado que esté en hechos auténticos. Por ejemplo, ¿recuerda el experimento con los agujeros en el techo llevado a cabo por Faro y Yimot, el que no funcionó?

—Sí.

—¿Y sabe usted por qué no func...? —Se detuvo y se puso en pie alarmado. Aton se acercaba con el rostro completamente consternado—. ¿Qué ha ocurrido?

Aton se detuvo a su lado y Sheerin pudo sentir la presión de sus dedos sobre su codo.

—¡No tan alto! —La voz de Aton manaba henchida de contenida tortura—. Acabo de hablar con el Refugio por la línea privada.

—¿Están en apuros? —preguntó Sheerin con angustia.

—Ellos, no. —Aton remarcó significativamente el pronombre—. Hace un rato que precintaron la puerta y permanecerán enterrados hasta pasado mañana. Están a salvo. Pero la ciudad, Sheerin... es la ruina. No puede hacerse ni idea... —Comenzó a sufrir dificultades en la vocalización.

—¿Y? —soltó Sheerin con impaciencia—. ¿Qué ocurre con la ciudad? —Luego, con una sospecha—: ¿Cómo se encuentra?

Los ojos de Aton relampaguearon irritados ante la insinuación, pero pronto volvieron al anterior brillo de ansiedad.

—No lo entiendo. Los Cultistas se han puesto en acción. Están convenciendo a la masa para que tome por asalto el Observatorio, prometiendo a cambio la absolución de sus pecados, la salvación, cualquier cosa. ¿Qué haremos, Sheerin?

La cabeza de Sheerin se inclinó y sus ojos se perdieron en una completa y prolongada abstracción. Luego, alzó la mirada y dijo con crispación:

—¿Hacer? ¿Acaso hay algo por hacer? Nada hay que pueda hacerse. ¿Saben esto los hombres?

—¡Claro que no!

—¡Perfecto! Siga sin decirles nada. ¿Cuánto falta?

—Apenas una hora.

—Lo único que podemos hacer es arriesgarnos. Llevará algún tiempo organizar una fuerza considerable y aún más traerlos hasta aquí. Estamos a más de cinco millas de la ciudad...

Se quedó mirando la ventana, por la que se divisaban las cúpulas de los edificios de las afueras; más allá, la borrosa sombra de la ciudad misma, como envuelta por una niebla que inundara el horizonte.

—Llevará tiempo —repitió—. Sigán trabajando y recen por que el eclipse acabe antes.

Beta estaba seccionado por la mitad, mostrando una leve curva que se adentraba en la parte todavía brillante del sol. Era como un gigantesco párpado que fuera adormeciendo el ojo del mundo.

El débil murmullo de la sala se fue convirtiendo en pasto del olvido y su atención vagó por los campos que se divisaban desde la ventana. Los insectos parecían sufrir el terror calladamente. Los objetos iban desvaneciéndose.

Una voz zumbó en su oído y se sobresaltó.

—¿Algo va mal? —preguntó Theremon.

—¿Eh?... No, no. Vuelva a su silla. Aquí estorbamos. —Se retiraron a su esquina aunque el psicólogo permaneció mudo por un tiempo. Con un dedo se palpaba el cuello. Luego, alzó la mirada repentinamente.

—¿Tiene usted dificultades en la respiración?

El periodista abrió los ojos y aspiró repetidas veces.

—No, ¿por qué?

—He estado en la ventana demasiado tiempo. La disminución de la luz ha debido afectarme. Las dificultades respiratorias son el primer síntoma de un ataque de claustrofobia.

Theremon volvió a aspirar nuevamente.

—Bueno, parece que a mí no me ha afectado. Mire, otro compañero.

Beenay había interpuesto su cuerpo entre la luz y la pareja sita en la esquina y Sheerin se dirigió a él con premura.

—Eh, Beenay.

El astrónomo cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y sonrió débilmente.

—¿Qué pensarías si me sentara un rato y habláramos? Mis cámaras están preparadas y no hay nada que hacer hasta el eclipse total. —Hizo una pausa y miró al Cultista, que quince minutos antes había abierto un pequeño libro enfrascándose en su lectura—. ¿Ha dado problemas esa rata?

Sheerin sacudió la cabeza. Sus hombros se contrajeron mientras parecía concentrarse en sus conductos respiratorios.

—¿Tienes dificultades al respirar, Beenay?

Beenay olfateó el aire.

—Creo que no soy yo el que huele mal, Sheerin.

—Creo que es claustrofobia —se excusó Sheerin.

—¡Ah, vamos! A mí me afecta de manera distinta. Me da la sensación de que mis ojos me persiguen. Las cosas comienzan a zumbar... bueno, todo se vuelve confuso. Y frío también.

—Oh, frío, claro que sí. Pero eso no es ninguna ilusión —observó Theremon—. Yo tengo los juanetes como dentro de una nevera.

—Lo que necesitamos es mantener nuestras mentes ocupadas en algo distinto —apuntó Sheerin—. Estaba diciéndole hace un momento, Theremon, por qué el experimento de Faro se convirtió en humo.

—Aún no había comenzado —replicó Theremon. Alzó una rodilla y la sujetó en el aire con las manos cruzadas en torno a ella.

—Bueno, pues comenzaba a decirle que fallaron por tomar el Libro de las Revelaciones al pie de la letra. No hay probablemente ninguna razón para tomar las Estrellas en sentido físico. Debe tratarse, indudablemente, de la necesidad de luz que la mente experimenta al encontrarse en la Oscuridad total. Creo que las Estrellas consisten justamente en esta desesperada ilusión de luz.

—En otras palabras —intervino Theremon—, usted supone que las Estrellas son fruto de la locura y que no tienen ninguna otra causa. Entonces, ¿qué van a fotografiar los hombres de Beenay? ¿Por qué están preparados para fotografiar algo?

—Tal vez para probar que es una ilusión; o para probar lo contrario. Luego...

Pero Beenay había aproximado su silla y vieron en su rostro la expresión de un repentino y exaltado entusiasmo.

—Oiga, me alegra infinito que se ocupen de ese asunto —guiñó los ojos y alzó un dedo—. He estado cavilando sobre esas Estrellas y he llegado a una idea ingeniosa. Claro que no son sino migajas del pensamiento y no me he ocupado del todo en ello, pero pienso que es interesante. ¿No quieren oírlo?

Fingió no estar del todo decidido, pero Sheerin se acomodó en la silla y dijo:

—Adelante, yo te escucho.

—Allá va. Supongamos que hay otros soles en el universo. —Hizo un leve aspaviento—. Quiero decir soles que se encuentran muy alejados y son demasiado pequeños para verlos. Suena como si hubiera estado leyéndolo en algún relato fantástico, ¿eh?

—No necesariamente. Aunque, ¿no queda eliminada esa posibilidad por el hecho de que, según la ley de Gravitación, debieran hacerse evidentes por su fuerza de atracción?

—No, si están muy lejos —replicó Beenay—, verdaderamente lejos, algo así como cuatro años-luz o más. Nunca podríamos detectar sus perturbaciones porque

son demasiado pequeñas. Pongamos entonces que hay un montón de soles muy lejanos, una docena o dos.

—Buena idea para un artículo en el suplemento dominical. ¡Dos docenas de soles a ocho años-luz de distancia en el universo! ¡Nada menos! Eso reduciría la relevancia de nuestro mundo —dijo Theremon.

—Es sólo una idea —dijo Beenay con un guiño—, pero usted la ha captado a fondo. Durante un eclipse, esas docenas de soles se volverían visibles porque ya no habría ningún sol real que las ocultara con su más poderosa luz. A la distancia a que se encontrarían aparecerían como muy pequeños, como pequeñas cuentas de marfil. Claro que los Cultistas hablan de millones de Estrellas, pero sin duda es una exageración. No hay lugar en el universo capaz de contener un millón de soles sin tocarse los unos con los otros.

Sheerin había estado escuchando con creciente interés.

—Creo que has acertado en algo, Beenay. Una exageración es exactamente lo que ocurrió en otros tiempos. Como sabes, nuestra mente no puede concebir un número mayor que el cinco; más allá sólo contamos con el concepto «mucho». Una docena podría convertirse perfectamente en un millón. ¡Ha sido una gran idea!

—Aún tengo otra idea también ingeniosa —añadió Beenay—. ¿Has pensado alguna vez lo que sería una gravitación de problema simple si tuvieras un sistema suficientemente simple? Supón que tienes un universo en el que hay sólo un planeta y un único sol. El planeta rotaría en un perfecto eclipse y la naturaleza exacta de la fuerza gravitacional sería tan evidente que sería aceptada como un axioma. Los astrónomos de un mundo tal darían con la gravedad probablemente antes de que inventaran el telescopio. La observación a simple vista sería suficiente.

—Pero, ¿sería un sistema dinámicamente estable? —preguntó Sheerin dudoso.

—¡Claro! Se trataría del caso modelo. Comprobado matemáticamente, aunque son las aplicaciones filosóficas lo que me interesa.

—Es agradable pensar sobre eso —admitió Sheerin— como una abstracción... algo así como el gas perfecto, o el cero absoluto.

—Claro —continuó Beenay—, está el problema de que la vida sería imposible en un planeta así. No habría comida ni luz suficiente, y en su rotación sobre su eje habría media parte de Luz y media de Oscuridad. No puedes esperar que haya vida (que depende fundamentalmente de la luz) ni que se desarrolle en tales condiciones. Aparte...

La silla de Sheerin fue despedida hacia atrás y él se puso repentinamente en pie.

—Aton va a encender luces.

Beenay soltó una exclamación, se volvió para mirar y se quedó con la boca abierta.

Aton permanecía con los brazos llenos de estacas de un pie de longitud y una



pulgada de anchura. Miró al trío y se dirigió a Sheerin y Beenay.

—Venga, a trabajar. Usted, Sheerin, venga aquí y ayúdeme.

Sheerin correteó hasta el anciano y una por una fueron colocando las estacas en candeleros metálicos adosados a las paredes.

Adoptando los movimientos del que ejecuta el más sagrado ritual, Sheerin encendió una ancha y tosca cerilla y se la pasó a Aton, que aplicó la llama a la punta de las estacas.

Las llamas vacilaron un rato como si temieran consumir la madera, pero luego, casi repentinamente, se hincharon iluminando la cara de Aton con resplandor amarillo. Retiró la cerilla y un espontáneo y flamígero jolgorio oscureció la ventana.

¡Las estacas estaban coronadas por una ondeante llama de seis pulgadas! La sala se había llenado de resplandor amarillo.

La luz no era poderosa, incluso podía decirse que era más débil que la ya atenuada luz solar. Las cabezas de las estacas ardían con llama temblorosa, provocando sombras bailoteantes. Humeaban como un desafortunado día en la cocina. Pero emitían luz amarilla.

No era de despreciar esta luz después de cuatro horas de un progresivamente mortecino Beta. El mismo Latimer había apartado los ojos de su libro y la contempló admirado.

Sheerin, extendiendo los brazos a la antorcha que tenía más cerca, exclamó para sí mismo extasiado:

—¡Hermoso! ¡Hermoso! Nunca antes me había percatado de cuán maravilloso es el amarillo.

Pero Theremon miró las antorchas con desconfianza. Olisqueó el tufo que producían y comentó:

—¿Qué bichos son éstos?

—Simplemente madera —dijo Sheerin.

—No, no es posible. Si no se está quemando. La llama se limita a arder en la punta, pero no quema la parte restante.

—He ahí lo más bello de todo. Es un mecanismo eficiente de luz artificial. Hemos fabricado unos cuantos centenares, pero la mayor parte fue llevada al Refugio, obviamente. Tome el núcleo de una caña, séquelo y úntelo con grasa animal. Luego, acérquele fuego y la grasa arderá poco a poco. Esas antorchas arderán casi media hora sin parar. Ingenioso, ¿no cree? Fue un trabajo desarrollado por uno de nuestros muchachos en la Universidad de Saro.

Tras la momentánea sensación, la quietud había regresado a la cúpula del Observatorio. Latimer había acercado su silla a una antorcha y continuaba leyendo bajo su luz, moviendo los labios en la monótona invocación de las Estrellas. Beenay había vuelto nuevamente a sus cámaras y Theremon vio la oportunidad de añadir

ciertos comentarios a las notas que había escrito para el Chronicle de Saro City.

Pero, al advertir la divertida luz de los ojos de Sheerin, otra cosa vino a desplazar de su mente el propósito de escribir aquellos comentarios. Otra cosa que no era sino que el cielo se había convertido en un horrible vacío púrpura y violeta, como si fuera una gigantesca berenjena.

El aire se había vuelto más denso. El crepúsculo, como un cuerpo palpable, inundaba la sala y el agitado círculo amarillo que coronaba las antorchas dificultaba la contemplación de los colores situados más allá. Luego, pudo apreciarse el crecimiento del humo y del intenso olor que las materias combustionadas producían entre secos chisporroteos; más tarde, los objetos iban adentrándose en las sombras inescrutables, como el blando almohadón de la silla de uno de los hombres que trabajaban en torno a la mesa central o el gesto espontáneo de algún otro que intentaba mantener la compostura en la creciente noche que inundaba la sala.

Fue Theremon el primero en escuchar el extraño ruido. Era más bien una vaga e incoherente impresión de sonido que hubiera resultado imperceptible de no extenderse sobre la cúpula un silencio de muerte.

El periodista se enderezó al tiempo que apartaba su libro de notas. Contuvo la respiración y permaneció alerta; luego, no sin resistencia, caminó entre el solaroscopio y una de las cámaras de Beenay, deteniéndose ante la ventana.

El silencio saltó hecho pedazos nada más articular una palabra:

—¡Sheerin!

Todas las ocupaciones cesaron en ese instante. El psicólogo estuvo prontamente a su lado. Aton se les unió. Incluso Yimot 70, sentado en lo alto frente al ocular del gigantesco solaroscopio, detuvo su trabajo y miró hacia abajo.

Fuera, Beta era apenas un rescoldo que lanzaba una última y desesperada mirada sobre Lagash. El horizonte que se delineaba más allá de Saro se había perdido en la Oscuridad, y la carretera que unía la ciudad con el Observatorio era una línea de roja tiniebla bordeada por apenas dibujados árboles que, en la parte boscosa, se habían convertido en incongruente masa negra.

Pero era la carretera lo que había llamado su atención, pues a lo largo de ella tomaba cuerpo otra sombría masa, mucho más amenazante si cabe.

—¡Son los lunáticos organizados por los Cultistas!

—¿Cuánto falta para el eclipse total? —preguntó Sheerin a Aton.

—Quince minutos, pero... estarán aquí en menos de cinco.

—Calma, usted cuide que sus hombres sigan trabajando. Nosotros haremos lo demás. Este lugar está construido como una fortaleza. Aton, échele una ojeada a nuestro joven Cultista. Theremon, venga conmigo.

Sheerin se lanzó hacia la puerta y Theremon se le pegó a los talones. Bajaron las escaleras que giraban en torno a un eje central, descendiendo a una zona poblada de

luz incierta.

El primer impulso les había llevado quince pies más abajo, de manera que los débiles resplandores de la habitación inundada de amarillo apenas arrojaron débiles reflejos hasta su total desaparición. Ahora, tanto por arriba como por abajo, estaban rodeados de la misma sombra crepuscular que antes contemplara desde la ventana.

Sheerin se detuvo con una mano comprimiéndose el pecho.

—No puedo... respirar. —Su voz sonaba como una seca tos—. Baje... usted solo... cierre todas las puertas.

Theremon bajó unos cuantos peldaños, luego se giro.

—¡Espere! ¿Puede aguantar un minuto? —Estaba jadeando. El aire entraba y salía de sus pulmones como si fuera melaza y había allí como un pequeño germen del pánico abriéndose camino por entre las Tinieblas y dentro de su propio cerebro.

¡Al fin Theremon tenía miedo de la oscuridad!

—Aguarde, volveré en un segundo. —Acto seguido, se lanzó escaleras arriba, subiendo de dos en dos escalones; penetró en la sala de la cúpula, cogió una antorcha y de nuevo se internó en la escalera. Corría con tal ímpetu que el humo inundó sus ojos dejándolo casi ciego, y llevaba la llama tan pegada al rostro que parecía querer besarla.

Sheerin abrió los ojos cuando comprobó que Theremon estaba a su lado. Este le dio un leve codazo.

—Vamos, ánimo, acabo de conseguir lo que más falta le hacía. Ya tenemos luz.

Sujetó la antorcha en lo alto de su brazo erguido y comenzó a bajar de puntillas, cuidando que el psicólogo se mantuviera en el interior del área iluminada.

Las oficinas de la planta baja, ausentes de toda iluminación, estremecieron de horror a los dos hombres.

—Aquí —dijo bruscamente Theremon y cedió la antorcha a Sheerin—. Puedo oírlos fuera.

Del exterior llegaban ruidos de movimiento y gruñidos sin palabras.

Pero Sheerin tenía razón; el Observatorio estaba construido como una fortaleza. Levantado en el último siglo, cuando el estilo neogavotano había llegado a su punto culminante en arquitectura, había sido diseñado con mayor estabilidad que belleza y más consistencia que elegancia.

Las ventanas estaban protegidas por rejas a base de barras de hierro de una pulgada de grosor, hundidas en el antepecho. Los muros manifestaban sólida albañilería que ni un terremoto podría inmutar. Y la puerta mayor no era sino una mole de roble reforzada con hierro. Theremon corrió los pestillos y los metales resonaron con prolongado chirrido.

Al otro extremo del pasillo, Sheerin maldecía en voz baja. Señaló la cerradura de la puerta trasera que había sido limpiamente forzada con palanqueta y dejada

completamente inútil.

—Por aquí debió entrar Latimer —dijo.

—Bueno, no nos quedemos aquí —dijo Theremon con impaciencia—. Arreglemos como sea esa cerradura... y mantenga la antorcha apartada de mis ojos, el humo me está matando. Había arrimado una pesada tabla contra la puerta mientras hablaba y en pocos minutos levantó una poderosa barricada que tenía poco de simetría y belleza.

De algún lugar, amortiguadamente, alcanzaron a oír un ruido de puños contra la puerta; los berridos y chillidos, que ahora podían oírse procedentes del exterior, conferían a la escena un viso de irrealidad.

La gente había salido de Saro City con sólo dos cosas en la cabeza: el logro de la salvación Cultista mediante la destrucción del Observatorio, y un miedo enloquecedor que les obligaba a todo menos a paralizarse. No había tiempo para pensar en vehículos, amas o dirigentes, ni siquiera en organizarse. Tan sólo pensaban en llegar al Observatorio y asaltarlo con las manos desnudas.

Y ahora, cuando por fin estaban allí, el último destello de Beta, el postrer gemido de una agonizante llama, relampagueó triste y pobremente sobre una humanidad a la que abandonaba dejándola sin otra compañía que el miedo al universo.

—¡Volvamos a la cúpula! —exclamó Theremon.

En la cúpula, sólo Yimot, en el solaroscopio, permanecía en su puesto. El resto estaba ahora ocupado con las cámaras y Beenay estaba dando instrucciones con extraña voz.

—No me falléis ninguno. Quiero tomar a Beta justo antes del eclipse total y luego cambiar la placa rápidamente. Tomaréis una cámara cada uno... Ya sabéis cuánto tiempo... de exposición se necesita...

Hubo un susurro de asentimiento.

Beenay se pasó una mano por los ojos.

—¿Arden todas las antorchas? Ya veo que sí —Con cierta dificultad en su postura, parecía apoyarse en el respaldo de la silla—. Ahora, recordad... no intentéis obtener buenas fotografías. No quiero brillanteces como sacar dos estrellas de un solo disparo. Con una hay de sobra. Y... si os sentís mal, apartaos de la cámara.

En la puerta, Sheerin susurró a Theremon:

—Señáleme a Aton. No puedo verlo.

El periodista no pudo responder inmediatamente. Las vagas siluetas de los astrónomos parecían difuminadas en la oscuridad general, pues las antorchas habíanse convertido en meros borrones amarillos.

—Está oscuro —murmuró.

Sheerin soltó su mano.

—Aton. —Dio unos pasos—. ¡Aton!

Theremon se movió tras él y lo cogió por el brazo.

—Espere, yo lo conduciré.

Caminó como pudo a través de la sala. Hundió sus ojos en las Tinieblas y su mente en el caos que había en ellas.

Nadie parecía oírlos ni prestarles atención. Sheerin tropezó contra la pared.

—¡Aton! —llamó.

El psicólogo advirtió que unas manos lo rozaban, se detuvo y escuchó una voz:

—¿Es usted, Sheerin?

—¡Aton! —Pareció recuperar el aliento—. No se preocupe por los exaltados. Aguantaremos.

Latimer, el Cultista, se puso en pie y en su rostro pudo verse la desesperación. Pero su palabra había sido dada y romper el juramento hubiera significado poner en peligro mortal su alma. Sin embargo, esa palabra había surgido a la fuerza y no por su libre voluntad. ¡Pronto vendrían las estrellas! No podía permanecer allí inmóvil... y no obstante había dado su palabra.

La cara de Beenay se iluminó lejanamente cuando alzó la vista para contemplar el último rayo de Beta, y Latimer, viéndolo inclinado sobre su cámara, tomó una decisión. Sus uñas se hundieron en la palma de sus manos mientras se ponía cada vez más tenso.

Trastabilló al ponerse en movimiento. Ante él sólo había sombras; el suelo que debía estar bajo sus pies carecía de sustancia. Entonces, alguien surgió bruscamente a su lado y se lanzó sobre él, dirigiendo sus dedos curvados contra su garganta.

Dobló la rodilla y la incrustó en el cuerpo de su asaltante.

—Déjeme levantarme, le mataré.

Theremon apretó los dientes y murmuró mientras hacía presión sobre Latimer:

—¡Rata traidora!

El periodista pareció advertir entonces muchas cosas a un tiempo. Oyó graznar a Beenay ordenando tomar precipitadamente las cámaras; luego, tuvo la extraña sensación de que el último reflejo de luz solar había desaparecido por completo.

Simultáneamente, escuchó una última exclamación de Beenay y un entrecortado grito de Sheerin, histérico chillido que se quebró en un áspero y repentino silencio; extraño, mortecino silencio exterior.

Y Latimer había quedado medio cojo en su frustrado ataque. Theremon miró a los ojos al Cultista y vio el resplandor del blanco que reflejaba el débil amarillo de las antorchas. Vio la burbuja babeante de los labios de Latimer y escuchó que de su garganta surgía un gemido animal.

Dominado por la sedante fascinación del miedo, apartó un brazo y volvió los ojos hacia la oscuridad de la ventana.

¡Más allá brillaban las estrellas!

No las tres mil seiscientas Estrellas inválidas que pueden verse a simple vista en la Tierra; Lagash estaba en el centro de una gigantesca constelación. Treinta mil espléndidos soles derramaban chorros de luz con tal serenidad e indiferencia que parecían más fríos que un helado de viento que atravesara el mundo.

Theremon se puso en pie; su garganta se negaba a dejar pasar el aliento y todos los músculos de su cuerpo permanecían en intenso estado de terror. Se estaba volviendo loco y lo advertía, y alguna parte de sí mismo que aún conservaba un mínimo de cordura luchaba por escapar del abrazo de aquel negro pánico. Era verdaderamente horrible volverse loco y darse cuenta de ello... saber que en apenas un minuto, a pesar de conservar la presencia física, la mente se ha internado en las vastas regiones de la demencia. Pues no otra cosa era la Oscuridad... la Oscuridad y el Frío y la Maldición. Los brillantes muros del universo parecían haber estallado y esparcido sus bloques macizos de luz, dejando escasos huecos negros entre los que se filtraba el vacío.

Tropezó contra alguien que caminaba a gatas y cayó sobre él. Se llevó las manos a la garganta, gateó hacia la llama de las antorchas que ocupaban su loca visión.

—¡Luz! —aulló.

Aton, en algún lugar, estaba gritando, lloriqueando terriblemente como un niño asustado.

—Las Estrellas... todas las Estrellas... nada sabíamos... nunca supimos nada. Pensábamos en seis estrellas para todo el universo pero las Estrellas no podían verse y la Oscuridad eterna eterna eterna y las paredes cayendo sobre nosotros que nada sabíamos nada podíamos saber nada nunca nada...

Sobre el horizonte que podía contemplarse desde la ventana, en la dirección de Saro City, un resplandor aural comenzó a vislumbrarse, tomar consistencia y crecer, estallando en fuertes brillos que, sin embargo, no pertenecían a la salida de ningún sol.

Nuevamente, la noche estaba allí.

## Manchas verdes (1950)

---

“Misbegotten Missionary (Green Patches)”

¡Había logrado entrar en la nave! Una muchedumbre estuvo aguardando ante la barrera energética en lo que parecía una espera infructuosa. Luego, la barrera se quebró durante un par de minutos (lo cual demostraba la superioridad de los organismos unificados sobre los fragmentos de vida) y él logró cruzar.

Ninguno de los demás se movió con velocidad suficiente para aprovechar la abertura, pero eso no importaba. Él solo se bastaba. No necesitaba a los demás.

Pero poco a poco fue sintiendo menos satisfacción y más soledad. Era triste y antinatural estar separado del resto del organismo unificado, ser un fragmento de vida. ¿Cómo soportaban los alienígenas ser fragmentos?

Eso aumentó su compasión por ellos. Al experimentar la fragmentación sintió, como desde lejos, el terrible aislamiento que les infundía tanto temor. El temor nacido de ese aislamiento les dictaba sus actos. ¿Qué otra cosa, salvo el loco temor de su condición, los había inducido a arrasarse una superficie de un kilómetro de diámetro con una ola de calor rojo antes de descender con la nave? El estallido destruyó incluso la vida organizada que se encontraba a tres metros de profundidad bajo el suelo.

Sintonizó la recepción y escuchó ávidamente, dejando que el pensamiento alienígena lo saturase. Disfrutó del contacto de la vida con su conciencia. Tendría que racionar ese gozo. No debía olvidarse de sí mismo.

Pero escuchar pensamientos no podía causar daños. Algunos fragmentos de vida de la nave pensaban con claridad, teniendo en cuenta que eran criaturas primitivas e incompletas; sus pensamientos parecían campanilleos.

—Me siento contaminado —dijo Roger Oldenn—. ¿Entiendes a qué me refiero? Me lavo las manos una y otra vez y no sirve de nada.

Jerry Thorn odiaba lo melodramático así que ni siquiera lo miró.

Aún estaban maniobrando en la estratosfera del Planeta de Saybrook y prefería vigilar los diales del panel.

—No hay razones para que te sientas contaminado. No ha ocurrido nada.

—Eso espero. Al menos ordenaron a todos los que descendieron que dejaran los trajes espaciales en la cámara de presión para que se desinfectaran por completo. Dieron un baño de radiación a todos los que regresaron de fuera. Supongo que no ocurrió nada.

—Entonces, ¿por qué estás nervioso?

—No lo sé. Ojalá la barrera no se hubiera roto.

—Fue sólo un accidente.

—Eso me pregunto —dijo Oldenn con vehemencia—. Estaba allí cuando ocurrió.

Era mi turno ya lo sabes. No había razones para sobrecargar la línea de energía. Le conectaron un equipo que no tenía por qué estar allí. En absoluto.

—Vale, la gente es estúpida.

—No tan estúpida. Me quedé cerca cuando el Viejo investigó el asunto. Ninguno de ellos tenía excusas razonables. Los circuitos de blindaje, que consumían dos mil vatios, estaban conectados a la línea de la barrera. Si utilizaron las segundas subsidiarias durante una semana, ¿por qué no lo hicieron esta vez? No pudieron dar ninguna explicación.

—¿Tú puedes?

Oldenn se sonrojó.

—No, sólo me preguntaba si esos hombres estaban... —Buscó una palabra—. Bueno..., hipnotizados por esas cosas de ahí fuera.

Thorn lo miró con severidad.

—Yo no repetiría eso ante nadie. La barrera falló sólo durante dos minutos. Si algo hubiera pasado, si una brizna de hierba la hubiera atravesado, habría aparecido en nuestros cultivos de bacterias a la media hora y en las colonias de moscas de las frutas en cuestión de días. Antes de que regresáramos se manifestaría en los hámsters, en los conejos y en las cabras. Métetelo en la cabeza, Oldenn. No pasó nada.

Oldenn giró sobre sus talones y se marchó. Su pie pasó a medio metro del objeto que estaba en el rincón de la sala. Oldenn no lo vio.

Desconectó los centros de recepción y dejó de escuchar los pensamientos. En todo caso, esos fragmentos de vida no eran importantes, pues no eran aptos para la continuación de la existencia. Aun como fragmentos resultaban incompletos.

En cuanto a los otros tipos de fragmentos, eran diferentes. Tenía que cuidarse de ellos. La tentación sería grande, y no debía dar indicios de su permanencia a bordo hasta que aterrizaran en el planeta de origen.

Se concentró en las otras partes de la nave, maravillándose de la diversidad de la vida. Cada elemento, por pequeño que fuese, se bastaba a sí mismo. Se esforzó por reflexionar sobre ello hasta que le resultó tan repulsivo que añoró la normalidad de su hogar.

La mayoría de los pensamientos que recibía de los fragmentos más pequeños eran vagos y fugaces, como cabía esperar. No se podía sacar mucho de ellos, pero eso significaba que eran aún más incompletos. Eso lo conmovía.

Uno de esos fragmentos de vida, en cuclillas sobre sus cuartos traseros, manoseaba la alambrada que lo encerraba. Sus pensamientos eran claros, pero limitados. Se relacionaban principalmente con la fruta amarilla que comía otro de los fragmentos. Anhelaba esa fruta intensamente. Sólo la alambrada que los separaba a ambos le impedía arrebatarse la fruta por la fuerza.

Desconectó la recepción en un acceso de total repugnancia. ¡Esos fragmentos



competían por el alimento!

Trató de hallar fuera la paz y la armonía del hogar, pero se encontraba ya a muchísima distancia. Sólo podía palpar la nada que lo separaba de la cordura.

En ese momento echaba de menos hasta el suelo inanimado que mediaba entre la barrera y la nave. Se había arrastrado por allí la noche anterior. No había vida en él, pero era el suelo del hogar y, al otro lado de la barrera, aún se sentía la reconfortante presencia del resto de la vida organizada.

Recordaba el momento en que se encaramó a la superficie de la nave, aferrándose desesperadamente hasta que se abrió la cámara de presión. Entró y se desplazó con cautela entre los pies de los que salían. Había una compuerta interior y la atravesó. Y ahora estaba allí tendido como un pequeño fragmento, inerte e inadvertido.

Con todo cuidado conectó la recepción en la sintonía anterior. El fragmento de vida que estaba en cuclillas sacudía furiosamente la alambrada. Seguía deseando la comida del otro, aunque era el menos hambriento de los dos.

—No le des de comer —dijo Larsen—. No tiene hambre. Lo que pasa es que le fastidia que Tillie se pusiera a comer. ¡Mona tragona! Ojalá estuviéramos de vuelta en casa y nunca más tuviera que mirar a otro animal a la cara.

Miró con disgusto a la hembra de chimpancé más vieja, que en reciprocidad movió la boca y le soltó una retahíla.

—Vale, muy bien —se impacientó Rizzo—, ¿y qué hacemos aquí entonces? La hora de la comida ha terminado. Vámonos.

Pasaron ante los corrales de cabras, las conejeras, las jaulas de los hámsters.

Larsen dijo con amargura:

—Te presentas como voluntario para un viaje de reconocimiento, eres un héroe, te despiden con discursos... y te nombran cuidador de un zoológico.

—Te pagan el doble.

—¿Y qué? No me alisté sólo por dinero. Cuando nos dieron las instrucciones, dijeron que incluso había probabilidades de que no regresáramos, de que termináramos como Saybrook. Me alisté porque quería hacer algo importante.

—Todo un héroe —se mofó Rizzo.

—No soy un cuidador de animales.

Rizzo se detuvo para levantar a un hámster y acariciarlo.

—Oye, ¿alguna vez se te ha ocurrido que quizás una de estas hámsters tenga unas bonitas crías en su interior?

—¡Las analizan todos los días, sabihondo!

—Claro, claro. —Acarició con la nariz a la criaturilla, que respondió haciendo vibrar el morro—. Pero suponte que una mañana llegas y los encuentras aquí; pequeños hámsters que te miran con manchas de pelambre suaves y verdes donde deberían tener los ojos.

—Cállate, por amor de Dios —chilló Larsen.

—Suaves manchas verdes de pelo brillante —dijo Rizzo, y bajó al hámster con una repentina sensación de asco.

Conectó nuevamente la recepción y varió la sintonía. En casa no había un solo fragmento de vida especializado que no tuviera su tosco equivalente a bordo de esa nave.

Había corredores móviles de varios tamaños, nadadores móviles y voladores móviles. Algunos voladores eran grandes, con pensamientos perceptibles; otros eran criaturas pequeñas y de alas transparentes. Estos sólo transmitían patrones de percepción sensorial, patrones imperfectos, y no añadían ningún elemento de inteligencia propia.

Había también inmóviles que, al igual que los inmóviles de casa, eran verdes y vivían del aire, el agua y el suelo. Constituían un vacío mental. Sólo conocían la opaca conciencia de la luz, de la humedad y de la gravedad.

Y cada fragmento, móvil o inmóvil, tenía su parodia de vida.

Aún no. Aún no...

Contuvo sus sentimientos. En cierta ocasión, esos fragmentos de vida fueron a casa y todos allí intentaron ayudarlos. Demasiado pronto. No funcionó. Esta vez deberían esperar.

Confiaba en que esos fragmentos no lo descubrieran.

De momento no lo habían hecho. No lo vieron tendido en un rincón de la sala de pilotaje. Nadie se agachó para recogerlo y arrojarlo después. En un principio supuso que no debía moverse, pues alguien podía ver esa forma rígida y vermiforme, de apenas quince centímetros de longitud. Lo habría visto, hubiese gritado y todo habría concluido.

Pero quizás hubiera esperado ya demasiado. Había transcurrido un buen rato desde el despegue. Los controles estaban cerrados; la sala de pilotaje se encontraba vacía...

No le llevó mucho tiempo encontrar la grieta en el blindaje, que conducía el hueco donde se hallaban los cables. Eran cables condenados.

La parte frontal de su cuerpo terminaba en un filo, que cortó en dos un cable del diámetro adecuado. Luego, a quince centímetros de distancia, volvió a dar otro corte. Empujó el trozo de cable y lo ocultó en un rincón del recoveco. La funda externa era de un material plástico y de un color pardo, y el núcleo era de metal reluciente y rojizo. No podía imitar el núcleo, por supuesto, pero no había ninguna necesidad; bastaba con que la piel que lo cubría imitase la superficie del cable.

Regresó, sujetó las dos secciones de cable cortado, se apretó bien contra ellas y activó los pequeños discos de succión. No se notaba la juntura. Ya no podrían localizarlo. Al mirar sólo verían un tramo continuo de cable.

A menos que mirasen con mucha atención y notaran que, en un diminuto segmento del cable, había dos pequeñas manchas de pelambre suave, verde y brillante.

—Es notable que este vello verde pueda hacer tanto —dijo el doctor Weiss.

El capitán Loring sirvió el coñac. En cierto sentido era una celebración; dos horas después estarían preparados para el salto en el hiperespacio y, luego, al cabo de dos días, llegarían a la Tierra.

—¿Está convencido, pues, de que la pelambre verde es el órgano sensorial? —preguntó.

—Lo es —afirmó Weiss. Tenía la voz pastosa a causa del coñac, pero era consciente de que necesitaba celebrarlo, muy consciente—. Los experimentos se realizaron con dificultades, pero fueron muy significativos.

El capitán sonrió con rigidez.

—Decir «con dificultades» es un modo muy modesto de expresarlo. Yo nunca habría corrido esos riesgos que usted afrontó para realizarlos.

—Pamplinas. Todos somos héroes a bordo de esta nave, todos somos voluntarios, todos somos grandes hombres que merecen trompetas, flautas y fanfarrias. Usted eligió venir aquí.

Pero fue usted el primero en atravesar la barrera.

—No implicaba ningún riesgo en particular. Quemé el suelo a medida que avanzaba, además de estar rodeado por una barrera portátil. Pamplinas, capitán. Recibamos nuestras medallas cuando regresemos, recibámoslas sin modestias. Además, soy varón.

—Pero está lleno de bacterias hasta aquí. —El capitán alzó la mano por encima de la cabeza—. Con lo cual es tan vulnerable como una mujer.

Hicieron una pausa para beber.

—¿Otra copa? —ofreció el capitán.

—No, gracias. Ya me he pasado de la raya.

—Entonces, el último trago para el camino. —Alzó su vaso en la dirección del Planeta de Saybrook, que ya no era visible y cuyo sol apenas figuraba como una estrella brillante en la pantalla—. Por los vellos verdes que le proporcionaron a Saybrook su primera pista.

Weiss asintió con la cabeza.

—Un hecho afortunado. Pondremos el planeta en cuarentena, por supuesto.

—Eso no parece suficientemente drástico —observó el capitán—. Alguien podría aterrizar por accidente sin tener la perspicacia ni las agallas de Saybrook. Supongamos que no hiciera estallar su nave, como sí hizo Saybrook. Supongamos que regresara a un sitio habitado. —Adoptó una expresión sombría—. ¿Cree usted que podrían desarrollar el viaje interestelar por su cuenta?

—Lo dudo. No hay pruebas, desde luego. Lo que pasa es que tienen una orientación muy distinta. Su organización de la vida ha vuelto innecesarias las herramientas. Por lo que sabemos, no hay en el planeta ni siquiera un hacha de piedra.

—Espero que tenga usted razón. Ah, Weiss, ¿quiere dedicarle un rato a Drake?

—¿El fulano de Prensa Galáctica?

—Sí. Cuando regresemos, la historia del Planeta de Saybrook será revelada al público y no creo que convenga darle un matiz excesivamente sensacionalista. He pedido a Drake que se deje asesorar por usted. Usted es biólogo y cuenta con autoridad suficiente como para intimidarlo. ¿Me haría ese favor?

—Con mucho gusto.

El capitán entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Jaqueca, capitán?

—No. Sólo pensaba en el pobre Saybrook.

Estaba harto de la nave. Un rato antes, había experimentado una sensación extraña y fugaz, como si lo hubieran puesto del revés. Alarmado, indagó en la mente de los pensadores-lúcidos en busca de una explicación. Al parecer, la nave había brincado por vastas extensiones de espacio vacío, con el fin de atajar a través de algo que llamaban «hiperespacio». Los pensadores-lúcidos eran ingeniosos.

Pero estaba harto de la nave. Era un fenómeno de lo más fútil. Los fragmentos de vida parecían ser muy habilidosos en sus construcciones, pero, a fin de cuentas, eso constituía sólo una parte de su felicidad. Procuraban hallar en el control de la materia inanimada lo que no hallaban en sí mismos.

En su anhelo inconsciente de totalidad construían máquinas y surcaban el espacio, buscando, buscando...

Esas criaturas, por la propia naturaleza de las cosas, nunca encontrarían lo que buscaban. Al menos, mientras él no se lo diera. Se estremeció un poco ante la idea.

¡La totalidad!

Esos fragmentos de vida, ni siquiera habían captado el concepto. El término de «totalidad» resultaba insuficiente.

En su ignorancia incluso combatirían contra ella. Como en el caso de la nave anterior. La primera nave contenía muchos fragmentos que eran pensadores-lúcidos. Había dos variedades: los productores de vida y los estériles.

(La segunda nave era muy diferente. Todos los pensadores-lúcidos eran estériles, mientras que los otros fragmentos, los pensadores-confusos y los no-pensadores, eran todos productores de vida. Resultaba muy extraño.)

¡El planeta al completo le dio la bienvenida a esa primera nave! Aún recordaba el intenso choque emocional que sintieron al notar que los visitantes eran tan sólo fragmentos, que no estaban completos. La conmoción los llevó a la piedad y la

piedad, a la acción. No sabían cómo se adaptarían a la comunidad, pero no lo dudaron un momento. Toda la vida era sagrada y habría que cederles lugar a todos, a todos ellos, desde los grandes pensadores-lúcidos hasta los minúsculos que proliferaban en la oscuridad.

Pero fue un error de cálculo. No analizaron correctamente el modo de pensar de los fragmentos. Los pensadores-lúcidos advirtieron lo que sucedía y se disgustaron. Tenían miedo; no lo entendían.

Primero, colocaron la barrera y, luego, se autodestruyeron haciendo explotar la nave.

Pobres y tontos fragmentos.

Al menos, ya no volvería a ocurrir. Los salvaría a pesar de sí mismos.

Aunque no alardeaba de ello, John Drake estaba muy orgulloso de su habilidad con la fototipo. Tenía un modelo portátil, una lisa y pequeña lámina de plástico oscuro y con protuberancias cilíndricas en cada extremo para sostener el rollo de papel delgado. Cabía en un maletín de cuero marrón, equipado con una correa que se lo sujetaba a la cintura y a una cadera. El artilugio pesaba medio kilo.

Drake podía hacerlo funcionar con cualquiera de las manos. Movía los dedos con rapidez y soltura, presionando suavemente ciertos lugares de la superficie, y las palabras se escribían sin sonido alguno.

Miró con aire pensativo el principio del escrito y, luego, al doctor Weiss.

—¿Qué le parece, doctor?

—Un buen comienzo.

Drake movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Pensé que era lógico empezar por Saybrook. En la Tierra aún no se ha difundido su historia. Ojalá hubiera podido ver el informe de Saybrook. ¿Y cómo logró transmitirlo?

—Por lo que sé, pasó la última noche transmitiéndolo a través del subéter. Cuando terminó, produjo un cortocircuito en los motores y, una fracción de segundo después, convirtió la nave en una nube de vapor. Junto con la tripulación y consigo mismo.

—¡Qué hombre! ¿Usted supo esto desde un principio?

—No desde el principio. Sólo desde que recibimos el informe de Saybrook.

No podía evitar recordarlo.

Leyó el informe y comprendió lo maravilloso que el planeta debía de parecer cuando la expedición colonizadora llegó allí. Era prácticamente un duplicado de la Tierra, con abundante vida vegetal y una vida animal puramente vegetariana.

Lo único extraño eran las pequeñas manchas de pelambre verde (¡con cuánta frecuencia usaba esa frase!). Ningún individuo viviente del planeta tenía ojos, sólo esa pelambre. Incluso las plantas, cada brizna y las hojas y los capullos poseían esas

dos manchas de un verde más intenso.

Luego, Saybrook advirtió, sobresaltado y desconcertado, que en todo el planeta no había conflicto alguno por los alimentos. Todas las plantas tenían apéndices pulposos; los animales se los comían, y los apéndices se regeneraban en cuestión de horas. No tocaban ninguna otra parte de las plantas. Era como si éstas alimentaran a los animales dentro de un proceso de orden natural. Y las plantas mismas no crecían con abrumadora profusión. Parecía que se las cultivara, pues estaban juiciosamente distribuidas en el suelo disponible.

Weiss se preguntaba de cuánto tiempo habría dispuesto Saybrook para observar el extraño orden que imperaba en aquel planeta. Los insectos se habían establecido en un número razonable, aunque las aves no se los comían; los roedores no proliferaban, aun cuando no existían carnívoros para mantenerlos a raya.

Y luego se produjo el episodio de las ratas blancas.

Weiss volvió al presente.

—Una corrección, Drake. Los hámsters no fueron los primeros animales afectados, sino las ratas blancas.

—Ratas blancas —repitió Drake al introducir la corrección en sus notas.

—Cada nave colonizadora lleva un grupo de ratas blancas con el propósito de poner a prueba los alimentos alienígenas. Las ratas son muy similares a los seres humanos desde el punto de vista de la nutrición. Naturalmente, sólo se llevan hembras.

Naturalmente. Si sólo un sexo estaba presente, no había peligro de una multiplicación indiscriminada en caso de que el planeta resultara favorable.

Todos recordaban el caso de los conejos de Australia.

—A propósito, ¿por qué no se utilizan machos? —preguntó Drake.

—Las hembras son más resistentes, lo cual es una suerte, pues fue eso lo que reveló la situación. De pronto todas las ratas empezaron a tener cría.

—Vale. Hasta aquí llega mi información, así que ésta es mi oportunidad de aclarar ciertos detalles. Veamos... ¿Cómo averiguó Saybrook que estaban preñadas?

—Accidentalmente. Durante las investigaciones de nutrición se disecciona a las ratas para buscar pruebas de lesiones internas. Era inevitable descubrir su preñez. Diseccionaron a otras. Los mismos resultados. Con el tiempo, todas las criaturas vivas tuvieron crías ¡sin que hubiera machos a bordo!

—Y todos los recién nacidos tenían manchitas de pelambre verde en vez de ojos.

—Así es. Saybrook lo dijo y nosotros lo corroboramos. Después de las ratas quedó preñada la gata de uno de los niños. Cuando dio a luz, los gatitos no nacieron con los ojos cerrados, sino con manchas de pelambre verde. No había ningún gato macho a bordo.

»Saybrook hizo analizar a las mujeres. No les dijo por qué, no quería asustarlas.

Todas se encontraban en las etapas iniciales del embarazo, al margen de las que ya estaban encinta en el momento de embarcarse. Saybrook no esperó a que esos niños nacieran. Sabía que no tendrían ojos; sólo brillantes manchas de pelambre verde.

»Incluso preparó cultivos bacterianos (Saybrook era hombre meticoloso) y encontró que cada bacilo tenía microscópicas manchas verdes.

Drake se mostraba muy interesado.

—Eso no estaba incluido en lo que nos dijeron, o al menos en lo que me dijeron a mí. Pero, concediendo que en el Planeta de Saybrook la vida esté organizada en un todo unificado, ¿cómo se hace?

—¿Que cómo se hace? ¿Que cómo se organizan las células en un todo unificado? Extraiga una célula del cuerpo, aun una célula cerebral, ¿y qué es por sí sola? Nada. Una pizca de protoplasma sin más capacidad para algo humano que una ameba. Menos capacidad, en realidad, pues no podría vivir sola. Pero unimos las células y obtenemos algo que puede inventar una nave espacial o componer una sinfonía.

—Capto la idea.

—En el Planeta de Saybrook, toda la vida es un solo organismo. En cierto sentido, lo mismo ocurre en la Tierra, sólo que se trata de una dependencia conflictiva, una dependencia combativa. Las bacterias fijan el nitrógeno, las plantas fijan el carbono, los animales comen plantas y se comen entre sí; la descomposición bacteriana lo altera todo. El círculo se cierra. Cada cual atrae lo que puede y es atraído a su vez.

»En el Planeta de Saybrook, cada uno de los organismos tiene su lugar, lo mismo que cada célula en nuestro cuerpo. Las bacterias y las plantas producen comida, de cuyo exceso se alimentan los animales, suministrando a la vez dióxido de carbono y desechos nitrogenados. No se produce más de lo necesario. El esquema de la vida es alterado inteligentemente para adaptarlo al ámbito local. Ningún grupo de formas de vida se multiplica más de lo necesario, así como las células del cuerpo dejan de multiplicarse cuando hay suficientes para un propósito dado. Cuando no dejan de multiplicarse lo llamamos cáncer. Y eso es la vida en la Tierra, toda nuestra organización orgánica en comparación con la del Planeta de Saybrook: un gran cáncer. Cada especie y cada individuo hacen lo posible para desarrollarse a expensas de las otras especies o los otros individuos.

—Habla usted como si aprobara el Planeta de Saybrook.

—En cierto modo lo apruebo. Tiene sentido como actividad vital. Entiendo la perspectiva que tienen de nosotros. Supongamos que una de las células de nuestro cuerpo pudiera ser consciente de la eficiencia del cuerpo humano en comparación con la de la célula misma y que comprendiera que esto sólo es resultado de la unión de muchas células en un todo superior. Y supongamos que fuera consciente de la existencia de células no dependientes, con vida propia. Tendría un fuerte deseo de

imponer una organización a la pobre criatura. Sentiría pena por ella y tal vez actuara como un misionero. Es muy posible que esas criaturas (o esa criatura, pues el singular parece ser más adecuado) sientan eso.

—Y por eso ocasionaron alumbramientos vírgenes, ¿eh? Tengo que andarme con cuidado en este tema. Ya sabe, las normas.

—No hay nada obsceno en ello, Drake. Hace siglos que logramos que los huevos de erizos de mar, las abejas, las ranas y otros se desarrollasen sin fertilización masculina. A veces bastaba con el pinchazo de una aguja o con la mera inmersión en la solución salina adecuada. La criatura del Planeta de Saybrook puede causar la fertilización mediante el uso controlado de energía radiante. Por eso, una barrera energética adecuada la detiene; interferencia, como ve, o intromisión.

»Puede lograr más que estimular la división y el desarrollo de un huevo no fertilizado. Puede imprimir sus propias características en sus nucleoproteínas, de modo que la prole nace con esas manchas de pelambre verde, las cuales, actúan como órgano sensorial y medio de comunicación del planeta. La prole no está constituida por individuos, sino que se integra a la criatura del Planeta de Saybrook. Esta criatura, pues, puede inseminar cualquier especie, ya sea vegetal, animal o microscópica.

—Vaya potencia —murmuró Drake.

—Omnipotencia. Potencia universal. Cualquier fragmento de la criatura es omnipotente. Con tiempo suficiente, una sola bacteria del Planeta de Saybrook puede convertir la Tierra entera en un organismo único. Tenemos pruebas experimentales de ello.

—¿Sabe una cosa, doctor? —dijo inesperadamente Drake—. Creo que soy millonario. ¿Puede guardar su secreto? —Weiss asintió en silencio, asombrado—. Tengo un recuerdo del Planeta de Saybrook —añadió sonriendo—. Es sólo un guijarro, pero después de la publicidad que recibirá ese planeta, además de lo de la cuarentena, el guijarro será todo lo que un ser humano podrá ver de él. ¿Por cuánto cree que podré venderlo?

Weiss lo miró fijamente.

—¿Un guijarro? —Le arrebató el objeto, que era ovoide, duro y gris—. No debió hacer eso, Drake. Va contra las normas.

—Lo sé. Por eso he preguntado que si podía guardar el secreto. Si usted pudiera darme una nota firmada de autenticación... ¿Qué Pasa, doctor?

En vez de responder, Weiss sólo pudo balbucear algo y señalar con el dedo el guijarro. Drake se acercó y lo miró. Era igual que antes... Excepto que la luz lo alumbraba desde un ángulo y mostraba dos pequeñas manchas verdes. Vistas de cerca, eran manchas de vello verde.

Se sentía turbado. Existía una atmósfera de peligro a bordo. Se sospechaba su



presencia. ¿Cómo era posible? Aún no había hecho nada. ¿Habría subido a la nave otro de los fragmentos de casa y se habría mostrado menos cauto? Eso sería imposible sin que él lo supiera, y no había hallado nada aunque examinó la nave intensamente.

Luego, la sospecha disminuyó, pero no murió del todo. Uno de los pensadores lúcidos seguía haciéndose preguntas y se aproximaba a la verdad.

¿Cuánto faltaba para el aterrizaje? ¿Un mundo entero de fragmentos de vida quedaría privado de totalidad? Se aferró a los trozos cortados del cable con el cual se mimetizaba, temiendo que lo descubrieran, temiendo por su misión altruista.

El doctor Weiss se había encerrado en su habitación. Ya estaban dentro del sistema solar y tres horas después aterrizarían. Tenía que pensar. Le quedaban tres horas para decidir.

El diabólico «guijarro» de Drake había formado parte de la vida organizada del Planeta de Saybrook, pero estaba muerto. Lo estaba ya cuando él lo vio por primera vez y, en todo caso, no pudo sobrevivir cuando lo arrojaron al motor hiperatómico y lo convirtieron en un estallido de calor puro. Y los cultivos bacterianos seguían teniendo un aspecto normal cuando los examinó angustiado.

No era eso lo que preocupaba a Weiss.

Drake había recogido el «guijarro» durante las últimas horas de permanencia en el Planeta de Saybrook, después del fallo en la barrera. ¿Y si el fallo hubiera sido el resultado de una lenta, pero implacable presión mental por parte de la criatura de ese planeta? ¿Y si partes de la criatura hubieran estado esperando para invadir cuando cayese la barrera? Si el «guijarro» no fue lo suficientemente rápido y se desplazó sólo después del restablecimiento de la barrera, ésa sería la causa de que hubiese muerto. Se habría quedado allí, y Drake entonces lo vio y lo recogió.

Se trataba de un «guijarro», no de una forma natural de vida. Pero ¿eso significaba que no era una especie de forma de vida? Podía ser un producto deliberado del único organismo del planeta; una criatura deliberadamente diseñada para que pareciera un guijarro, de aspecto inofensivo e inocente. Camuflaje, en otras palabras; un camuflaje astuto y sobrecogedoramente eficaz.

¿Alguna otra criatura camuflada habría logrado atravesar la barrera antes de que la restablecieran, como una forma adecuada y extraída de la mente de los humanos de la nave por el organismo telépata del planeta? ¿Podría tener la inocua apariencia de un pisapapeles? ¿Uno de los clavos ornamentales y con cabeza de bronce de la anticuada silla del capitán? ¿Y cómo lo localizarían? ¿Podrían investigar cada palmo de la nave en busca de esas manchas verdes; y también los microbios?

¿Y por qué el camuflaje? ¿Se proponía pasar inadvertido durante algún tiempo? ¿Por qué? ¿Para aguardar hasta que aterrizaran en la Tierra?

Una infección después del aterrizaje no se podría remediar haciendo estallar la

nave. Las bacterias de la Tierra, el moho, la levadura y los protozoos serían los primeros. Al cabo de un año habría un sinnúmero de neonatos no humanos.

Weiss cerró los ojos y se dijo que no sería tan malo, después de todo. No habría más enfermedades, pues ninguna bacteria se multiplicaría a expensas de su organismo huésped, sino que se contentaría con una parte de lo disponible. No habría ya exceso de población; las muchedumbres de humanos disminuirían para adaptarse al suministro de alimentos. No habría guerras, crímenes ni codicia.

Pero tampoco habría individualidad.

La humanidad hallaría la seguridad transformándose en engranaje de una máquina biológica. Un hombre sería hermano de un germen o de una célula hepática.

Se puso de pie. Debía ir a hablar con el capitán Loring. Enviarían el informe y harían estallar la nave, igual que hizo Saybrook.

Se sentó de nuevo. Saybrook contó con pruebas, mientras que él sólo tenía las conjeturas de una mente aterrorizada, trastornada por dos manchas verdes en un guijarro. ¿Podría matar a los doscientos hombres de a bordo por una leve sospecha?

Tenía que pensar.

Estaba tenso. ¿Por qué tenía que seguir esperando? Si al menos pudiera dar la bienvenida a los que se encontraban a bordo... ¡Pero ya!

Una parte más fría y racional de sí mismo lo disuadió. Los pequeños que proliferaban en la oscuridad delatarían su cambio en quince minutos, y los pensadores-lúcidos los tenían bajo observación continua. Incluso a un kilómetro de la superficie del planeta sería demasiado pronto, pues aún podrían destruir la nave en el espacio.

Sería mejor esperar a que estuvieran abiertas las cámaras de presión, a que el aire del planeta penetrara con millones de fragmentos de vida minúsculos. Sería mejor, sí, acogerlos a todos ellos en la hermandad de la vida unificada y dejar que echaran a volar para difundir el mensaje.

¡Entonces se lograría! ¡Otro mundo organizado, y completo!

Se mantuvo a la espera. Los motores vibraban sordamente en su potente esfuerzo por controlar el descenso de la nave; la sacudida del contacto con la superficie del planeta y luego...

Conectó la recepción, para captar el júbilo de los pensadores-lúcidos, y les respondió con sus propios pensamientos jubilosos. Pronto podrían recibir tan bien como él. Tal vez no esos fragmentos en particular, pero sí los fragmentos que nacerían de quienes fuesen aptos para la continuación de la vida.

Las cámaras de presión estaban a punto de abrirse...

Y todo pensamiento cesó.

Demonios, algo anda mal, pensó Jerry Thorn.

—Lo lamento —le dijo al capitán Loring—. Parece haber un fallo energético. Las

cámaras no se abren.

—¿Estás seguro, Thorn? Las luces están encendidas.

—Sí, señor. Lo estamos investigando.

Se alejó y se reunió con Roger Oldenn ante la caja de conexiones de la cámara de presión.

—¿Qué pasa?

—Déjame en paz, ¿quieres? —Oldenn tenía las manos ocupadas—. ¡Por amor de Dios, hay un corte de quince centímetros en el cable de veinte amperios!

—¿Qué? ¡Imposible!

Oldenn levantó los cables, cuyos filosos bordes estaban limpiamente cortados.

El doctor Weiss se reunió con ellos. Estaba ojeroso y su aliento apestaba a coñac.

—¿Qué pasa? —preguntó, con un temblor en la voz.

Se lo dijeron. En el fondo del compartimiento, en un rincón, estaba el trozo que faltaba.

Weiss se agachó. Había un fragmento negro en el suelo. Lo tocó con el dedo y se disolvió, dejándole una mancha de hollín en la yema. Se la frotó distraídamente.

Tal vez algo había reemplazado el trozo de cable que faltaba; algo que estaba vivo y que tenía de cable únicamente su aspecto, pero algo que podía calentarse, morir y carbonizarse en una fracción de segundo en cuanto se cerró el circuito eléctrico que controlaba la cámara de presión.

—¿Cómo están las bacterias? —preguntó.

Un miembro de la tripulación fue a comprobarlo y regresó.

—Todo normal, doctor.

Entre tanto, colocaron un empalme en el cable; abrieron las compuertas y el doctor Weiss salió al mundo de vida anárquica que era la Tierra.

—Anarquía —dijo con una risotada—. Y así se mantendrá.

## Huésped (1951)

---

“Hostess”

Rose Smollett se sentía feliz, casi triunfante. Se arrancó los guantes, tiró el sombrero, volvió sus ojos brillantes hacia su marido y le dijo:

—Drake, vamos a tenerle aquí.

Drake la miró disgustado:

—Llegas tarde para la cena. Yo creí que ibas a estar de vuelta a eso de las siete.

—Bah, no tiene importancia. Comí algo mientras venía. Pero, Drake, ¡vamos a tenerle aquí!

—¿A quién, aquí? ¿De quién estás hablando?

—¡Del doctor del planeta Hawkin! ¿Es que no te diste cuenta de que la conferencia de hoy era sobre él? Pasamos todo el día hablando de ello. ¡Es la cosa más excitante que jamás pudiera habernos ocurrido!

Drake Smollett apartó la pipa de su rostro. Primero miró la pipa, luego a su mujer.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Cuando dices el doctor procedente del planeta Hawkin, te refieres al hawkinita que tenéis en el instituto?

—Pues, claro. ¿A quién iba a referirme si no?

—¿Y puedo preguntarte qué diablos significa eso de que vamos a tenerle aquí?

—Drake, ¿es que no lo entiendes?

—¿Qué es lo que tengo que entender? Tu instinto puede estar interesado por esa cosa, pero yo no. ¿Qué tenemos que ver con él? Es cosa del instituto, ¿no crees?

—Pero, cariño —dijo Rose pacientemente—, el hawkinita quería vivir en una casa particular en una parte donde no le molestaran con ceremonias oficiales y donde pudiera desenvolverse más de acuerdo con sus gustos. Lo encuentro de lo más comprensible.

—¿Por qué en nuestra casa?

—Porque nuestra casa es conveniente para ello, creo. Me preguntaron si se lo permitía, y, francamente —añadió con cierta obstinación—, lo considero un privilegio.

—¡Mira! —Drake se metió los dedos entre el cabello y consiguió alborotarlo—, tenemos un lugar adecuado, ¡de acuerdo! No es el lugar más elegante del mundo, pero nos sirve bien a los dos. No obstante, no veo que nos sobre sitio para visitantes extraterrestres.

Rose empezó a parecer preocupada. Se quitó las gafas y las guardó en su funda.

—Podemos instalarlo en el cuarto de huéspedes. Él se ocupará de tenerlo en orden. He hablado con él y es muy agradable. Sinceramente, lo único que debemos hacer es mostrar cierta capacidad de adaptación.

—Sí, claro, sólo un poco de adaptabilidad. Los hawkinitas aspiran cianuro. Y

supongo que también tendremos que adaptarnos a eso, ¿no?

—Lleva siempre cianuro en un pequeño cilindro. Ni siquiera te darás cuenta.

—¿Y de qué otras cosas no voy a darme cuenta?

—De nada más. Son totalmente inofensivos. ¡Cielos, si incluso son vegetarianos!

—Y eso, ¿qué significa?, ¿que tenemos que servirle una bala de heno para cenar?

El labio inferior de Rose empezó a temblar.

—Drake, estás siendo deliberadamente odioso. Hay muchos vegetarianos en la Tierra; no comen heno.

—Y nosotros, ¿qué? Podremos comer carne, ¿o esto va a hacerle pensar que somos caníbales? No pienso vivir de ensaladas para hacerle feliz, te lo advierto.

—No seas ridículo.

Rose se sentía desamparada. Se había casado relativamente mayor. Había elegido su carrera; parecía haber encajado bien en ella. Era miembro del Instituto Jenkins de Ciencias Naturales, rama de Biología, con más de veinte publicaciones a su nombre. En una palabra, la línea estaba trazada, el camino desbrozado: se había dedicado a una carrera y a la soltería. Y ahora, a los 35 años, estaba aún algo asombrada de encontrarse casada desde hacía escasamente un año.

Ocasionalmente se sentía turbada, porque a veces descubría que no tenía la menor idea de cómo tratar a un marido. ¿Qué había que hacer cuando el hombre de la casa se ponía testarudo? Esto no constaba en ninguno de sus cursillos. Como mujer de carrera y de mentalidad independiente, no podía rebajarse a zalamerías. Así que le miró fijamente y le dijo con sinceridad:

—Para mí significa mucho.

—¿Por qué?

—Porque, Drake, si se queda aquí algún tiempo, podré estudiarle bien de cerca. Se ha trabajado muy poco en la biología y psicología del hawkinita individualmente, y en las inteligencias extraterrestres en general. Sabemos algo de su sociología e historia, pero nada más. Seguro que te das cuenta de que es una oportunidad. Vivirá aquí; le observaremos, le hablaremos, vigilarémos sus hábitos...

—No me interesa.

—Oh, Drake. No te comprendo.

—Supongo que vas a decirme que no suelo ser así.

—Bueno, es que no eres así.

Drake guardó silencio un momento. Parecía ajeno a todo; sus pómulos salientes y su barbilla cuadrada parecían helados, tal era la sensación de resentimiento. Finalmente, dijo.

—Mira, he oído hablar algo de los hawkinitas en relación con mi trabajo. Dices que se ha investigado su sociología pero no su biología. Claro, porque los hawkinitas no quieren que se les estudie como ejemplares, como tampoco querríamos nosotros.

He hablado con hombres que fueron encargados de la seguridad y vigilancia de varias misiones de hawkinitas en la Tierra. Las misiones permanecen en las habitaciones que se les asignan y no las abandonan por nada salvo para asuntos oficiales sumamente importantes. No tienen el menor contacto con los hombres de la Tierra. Es obvio que sientan tanta repugnancia por nosotros, como yo, personalmente, por ellos.

»La verdad es que no llego a comprender por qué el hawkinita del instituto va a ser diferente. Me parece que tenerle aquí va en contra de lo establecido y, bueno..., que él quiera vivir en la casa de un terrícola, me lo revuelve todo.

Rose, cansada, explicó:

—Esto es diferente. Me sorprende que no puedas comprenderlo, Drake. Es un doctor. Viene aquí en plan de investigación médica y te concedo que probablemente no disfrute conviviendo con seres humanos y que, además, nos encuentre horribles. Pero, con todo y con eso debe quedarse. ¿Crees tú que a un médico humano le guste ir al trópico o que disfrute dejándose picar por los mosquitos?

—¿Qué es eso de mosquitos? —cortó Drake—. ¿Qué tienen que ver con lo que estamos discutiendo?

—Pues nada —contestó Rose asombrada—, se me ocurrió de pronto, nada más. Estaba pensando en Reed y en sus experimentos sobre la fiebre amarilla.

Drake se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras.

Rose titubeó un instante, luego preguntó:

—No estarás enfadado, ¿verdad? —Le pareció que sonaba ridículamente infantil.

—No.

Y eso significa, ella lo sabía, que sí lo estaba.

Rose se contempló, insegura, en el espejo de cuerpo entero. Nunca había sido guapa y estaba tan resignada, que ya no le importaba. Por supuesto que no tenía la menor importancia para un ser procedente del planeta Hawkin. Lo que sí la molestaba era eso de tener que ser una anfitriona bajo tan extrañas circunstancias, mostrar tacto hacia una criatura extra-terrestre y, a la vez, hacia su marido. Se preguntó quién de los dos resultaría más difícil.

Drake llegaría tarde a casa aquel día; tardaría aún media hora. Rose se encontró inclinada a creer que lo había preparado expresamente con la aviesa intención de dejarla sola con su problema. De pronto se sintió presa de un sordo resentimiento.

La había llamado por teléfono al instituto para preguntarle bruscamente:

—¿Cuándo vas a llevarlo a casa?

—Dentro de tres horas —respondió con voz seca.

—Está bien. ¿Cómo se llama? El nombre del hawkinita.

—¿Por qué quieres saberlo? —No pudo evitar la frialdad de las palabras.

—Digamos que es una pequeña investigación por mi cuenta. Después de todo, esa cosa vivirá en mi casa.

—Por el amor de Dios, Drake, no mezcles tu trabajo con nosotros.

La voz de Drake sonó metálica y desagradable.

—¿Por qué no, Rose? ¿No es eso precisamente lo que haces tú?

Así era, claro, de forma que le dio la información que él quería.

Esta era la primera vez en su vida matrimonial que tenían una pelea o cosa parecida y, sentada frente al gran espejo empezó a preguntarse si no tendría que esforzarse por comprender su punto de vista. En esencia, se había casado con un policía. En realidad era más que un simple policía: era miembro del Consejo de Seguridad Mundial.

Había sido una sorpresa para sus amigos. El matrimonio había sido ya de por sí la mayor sorpresa, pero ya que se había decidido a casarse, ¿por qué no con otro biólogo? O, si hubiera querido salirse a otro camino, ¿por qué no con un antropólogo o con un químico? Pero, mira que precisamente con un policía... Nadie había pronunciado estas palabras, naturalmente, pero se mascaba en la atmósfera el día de la boda.

Aquel día, y desde entonces, había sentido ciertos resentimientos. Un hombre podía casarse con quien le diera la gana, pero si una doctora en Filosofía decidía casarse con un hombre que no fuera siquiera licenciado, se escandalizaban. ¿Y por qué razón? ¿Qué les importaba a ellos? En cierto modo era guapo e inteligente, y ella estaba perfectamente satisfecha de su elección.

No obstante, ¿cuánto esnobismo del mismo tipo traía ella a casa? ¿No adoptaba siempre la actitud de que sus investigaciones biológicas eran importantes, mientras que la ocupación de él era simplemente algo que quedaba dentro de las cuatro paredes de su pequeño despacho en los viejos edificios de las Naciones Unidas, en East River?

Se levantó de un salto, agitada, y respirando profundamente decidió abandonar aquellos pensamientos. Ansiaba desesperadamente no disputar con él. Y tampoco iba a meterse en sus asuntos. Se había comprometido a aceptar al hawkinita como huésped, pero en lo demás dejaría que Drake hiciera lo que quisiera. Era mucho lo que él concedía.

Harg Tholan estaba de pie en medio de la sala de estar, cuando ella bajó la escalera. No se había sentado, porque no estaba anatómicamente construido para hacerlo. Le sostenían dos pares de miembros colocados muy cerca, mientras que un tercer par, de diferente construcción, pendía de una región que, en un ser humano, equivalía al pecho. La piel de su cuerpo era dura, brillante y marcada de surcos, mientras que su cara tenía un vago parecido a algo remotamente bovino. Sin embargo, no era por completo repulsivo y llevaba una especie de vestimenta en la

parte baja de su cuerpo a fin de evitar ofender la sensibilidad de sus anfitriones humanos.

—Señora Smollett —dijo—, agradezco su hospitalidad más allá de lo que puedo expresar en su idioma. —Y se agachó de modo que sus miembros delanteros rozaron el suelo por un instante.

Rose sabía que este gesto significaba gratitud entre los seres del planeta Hawkin. Estaba agradecida de que hablara tan bien su idioma. La forma de su boca, combinada con la ausencia de incisivos hacía que los sonidos fueran sibilantes. Aparte de todo esto, podía haber nacido en la Tierra por el poco acento que tenía.

—Mi marido no tardará en llegar, y entonces cenaremos.

—¿Su marido? —Calló un momento y al instante añadió—: Sí, claro.

Rose no hizo caso. Si había un motivo de infinita confusión entre las cinco razas inteligentes de la Galaxia conocida, estribaba en las diferencias de su vida sexual e instituciones sociales. El concepto de marido y esposa, por ejemplo, existía solamente en la Tierra. Las otras razas podían lograr una especie de comprensión intelectual de lo que significaba, pero jamás una comprensión emocional

—He consultado al instituto para la preparación de su menú. Confío en que no haya nada que le disguste.

El hawkinita parpadeó rápidamente. Rose recordó que esto equivalía a un gesto de diversión.

—Las proteínas son siempre proteínas, mi querida señora Smollett. En cuanto a los factores trazadores que necesito pero que no se encuentran en sus alimentos, he traído concentrados perfectamente adecuados para mí.

Y las proteínas eran proteínas. Rose lo sabía con certeza. Su preocupación por la dieta de la criatura había sido sobre todo, una muestra de buenos modales. Al descubrirse vida en los planetas de las estrellas exteriores, una de las generalizaciones más interesantes fue comprobar que la vida podía formarse de otras sustancias que no fueran proteínas, incluso de elementos que no eran carbono. Seguía siendo verdad que las únicas inteligencias conocidas eran de naturaleza proteínica. Esto significaba que cada una de las cinco formas de vida inteligente podía mantenerse por largos períodos con los alimentos de cualquiera de las otras cuatro.

Oyó la llave de Drake en la cerradura y se quedó tiesa de aprensión.

Tuvo que admitir que se portó bien. Entró y sin la menor vacilación tendió la mano al hawkinita, diciéndole con firmeza:

—Buenas noches, doctor Tholan.

El hawkinita alargó su miembro delantero, grande, torpe, y, por decirlo de algún modo, se estrecharon la mano. Rose ya había pasado por ello y conocía la extraña sensación de una mano hawkinita en la suya. La había notado rasposa, caliente y seca. Imaginaba que al hawkinita, la suya y la de Drake le parecerían frías y viscosas.



Cuando se lo presentaron, tuvo la oportunidad de observar aquella mano extraña. Era un caso sorprendente de evolución convergente. Su desarrollo morfológico era enteramente diferente del de la mano humana, pero había conseguido acercarse a una buena similitud. Tenía cuatro dedos, le faltaba el pulgar. Cada dedo tenía cinco articulaciones independientes. Así, la carente flexibilidad por ausencia del pulgar se compensaba por las propiedades casi tentaculares de los dedos. Y lo que era aún más interesante a sus ojos de bióloga era que cada dedo hawkinita terminaba en una diminuta pezuña, imposible de identificar al profano como tal, pero claramente adaptada para la carrera, como para el hombre la mano estuvo adaptada para trepar.

—¿Está usted bien instalado, señor? —preguntó Drake amablemente—. ¿Quiere una copa?

El hawkinita no contestó sino que miró a Rose con una ligera contorsión facial que indicaba cierta emoción que, desgraciadamente, Rose no supo interpretar. Comentó, nerviosa:

—En la Tierra hay la costumbre de beber líquidos que han sido reforzados con alcohol etílico. Lo encontramos estimulante.

—Oh, si, en este caso me temo que debo rehusar. El alcohol etílico chocaría muy desagradablemente con mi metabolismo.

—Bueno, tengo entendido que a los de la Tierra les ocurre lo mismo, doctor Tholan —intervino Drake—. ¿Le molestaría que yo bebiera?

—Claro que no.

Drake pasó junto a Rose al ir hacia el aparador y ella sólo captó una palabra, dicha entre dientes y muy controlada, «¡Cielos!» No obstante, le pareció captar unas cuantas exclamaciones más a sus espaldas.

El hawkinita permaneció de pie junto a la mesa. Sus dedos eran modelo de destreza al manejar los cubiertos. Rose se esforzó por no mirarle mientras comía. Su gran boca sin labios partía su cara de un modo alarmante al ingerir los alimentos y al masticar, sus enormes mandíbulas se movían desconcertantes de un lado a otro. Era otra prueba de sus antepasados ungulados. Rose se encontró preguntándose si, después, en la soledad y quietud de su habitación, rumiaría la comida, y sintió pánico por si Drake tenía la misma idea y se levantaba, asqueado, de la mesa. Pero Drake se lo estaba tomando todo con mucha calma.

Dijo:

—Supongo, doctor Tholan, que el cilindro que tiene al lado contiene cianuro, ¿no?

Rose se sobresaltó. No se había dado cuenta. Era un objeto de metal, curvado, y sus pezuñitas sostenían un tubo delgado y flexible que recorría su cuerpo pero que apenas se notaba por el color tan parecido al de su piel amarillenta, y entraba por una esquina de su inmensa boca. Rose se sintió ligeramente turbada como si viera una

exhibición de prendas íntimas.

—¿Y contiene cianuro puro? —siguió preguntando.

El hawkinita parpadeó, divertido:

—Supongo que pensará en un peligro posible para los terrícolas. Sé que el gas es altamente venenoso para ustedes y yo no necesito mucho. El gas contenido en el cilindro es cianuro hidrogenado en un cinco por ciento, y el resto es oxígeno. Nada escapa del tubo excepto cuando realmente chupo el conducto, y no tengo que hacerlo con frecuencia.

—Ya. ¿Y necesita el gas para vivir?

Rose estaba algo sorprendida. Uno no debía hacer semejantes preguntas sin una cuidadosa preparación. Era imposible conocer de antemano dónde podían estar los puntos sensibles de una psicología extraña. Y Drake debía hacer esto deliberadamente, ya que no podía dejar de darse cuenta de que podía obtener, fácilmente, respuestas a sus preguntas, dirigiéndose a ella. ¿O es que prefería no preguntárselo a ella?

El hawkinita se mostró imperturbable aparentemente:

—¿No es usted biólogo, señor Smollett?

—No, doctor Tholan.

—Pero está íntimamente asociado a la señora doctora Smollett.

—Sí, estoy casado con una señora doctora, pero no soy biólogo. —Drake sonrió ligeramente—. Simplemente un funcionario menor del Gobierno. Los amigos de mi mujer —añadió— me llaman policía.

Rose se mordió el interior de la mejilla. En este caso había sido el hawkinita el que había tocado el punto sensible de la psicología extraña. En el planeta Hawkin, regía un fuerte sistema de castas y las relaciones entre castas eran limitadas. Pero Drake no podía darse cuenta.

El hawkinita se volvió a Rose:

—Señora Smollett, le ruego me permita explicar un poco nuestra bioquímica a su marido. Será aburrido para usted puesto que estoy seguro de que está perfectamente enterada.

—No faltaba más, doctor Tholan —le respondió.

—Verá usted, señor Smollett, el sistema respiratorio de nuestro cuerpo y de todos los cuerpos de todas las criaturas que respiran en la Tierra, está controlado por ciertas enzimas con contenido de un metal, o eso me han enseñado. El metal es generalmente hierro aunque a veces es cobre. En cualquier caso, pequeños rastros de cianuro combinarían con los metales e inmovilizarían el sistema respiratorio de la célula terrestre o viviente. Se verían en la imposibilidad de utilizar oxígeno y morirían a los pocos minutos.

»La vida en mi planeta no está del todo organizada así. Los compuestos

respiratorios clave no contienen ni hierro ni cobre; en realidad ningún metal. Es por dicha razón por la que mi sangre es incolora. Nuestros compuestos contienen ciertos grupos orgánicos que son esenciales para la vida y estos grupos pueden solamente mantenerse intactos con la ayuda de una pequeña concentración de cianuro. Indudablemente, este tipo de proteína se ha desarrollado a lo largo de un millón de años de evolución, en un mundo que tiene un pequeño tanto por ciento de cianuro, con hidrógeno naturalmente, en la atmósfera. Su presencia se mantiene por ciclo biológico. Varios de nuestros microorganismos nativos sueltan el gas libre.

—Lo expone usted con suma claridad, doctor Tholan, y es muy interesante —dijo Drake—, ¿Y qué ocurre si no lo respira? ¿Se muere simplemente así? —Y chasqué los dedos.

—No del todo. No es como la presencia del cianuro para ustedes. En mi caso, la ausencia de cianuro equivaldría a una lenta estrangulación. Ocurre a veces, en habitaciones mal ventiladas de mi mundo, que el cianuro se consume gradualmente y cae por debajo de la necesaria concentración mínima. Los resultados son muy dolorosos y de tratamiento difícil.

Rose tenía que reconocérselo a Drake; daba la sensación de estar realmente interesado. Y al forastero, gracias a Dios, no parecía importarle el interrogatorio.

El resto de la cena pasó sin incidentes. Fue casi agradable.

A lo largo de la velada, Drake siguió lo mismo: interesado. Mucho más que eso: absorto. La anuló, y a ella le agradó. Él fue realmente brillante y solamente su trabajo su entrenamiento especial, fue el que le robó protagonismo. Le contempló confusa y pensó: «¿Por qué se casó conmigo?»

Drake, sentado, con las piernas cruzadas, las manos unidas y golpeando suavemente su barbilla, observaba fijamente al hawkinita. Éste estaba frente a él, de pie a su estilo de cuadrúpedo.

—Me resulta difícil pensar en usted como en un médico —comentó Drake.

El hawkinita parpadeó risueño.

—Comprendo lo que quiere decir. A mí también me resulta difícil pensar en usted como en un policía. En mi mundo, los policías son gente altamente especializada y singular.

—¿De veras? —rezongó Drake secamente, y cambió de tema—. Deduzco que su viaje aquí no es de placer.

—No, es sobre todo un viaje de mucho trabajo. Me propongo estudiar este curioso planeta que llaman Tierra como jamás ha sido estudiado por nadie de mi país.

—Curioso. ¿En qué sentido?

El hawkinita miró a Rose antes de contestar.

—¿Está enterado de la muerte por inhibición?

Rose pareció turbada. Explicó:

—Su trabajo es muy importante. Me temo que mi marido dispone de poco tiempo para enterarse de los detalles de mi trabajo. —Sabía que esto no resultaba adecuado y le pareció notar, otra vez, una de las inescrutables emociones del hawkinita.

La criatura extraterrestre se volvió otra vez a Drake:

—Para mí resulta siempre desconcertante descubrir lo poco que los terrícolas aprecian sus propias y excepcionales características. Mire, hay cinco razas inteligentes en la Galaxia. Todas ellas se han desarrollado independientemente y, sin embargo, han conseguido converger de forma sorprendente. Es como si, a la larga, la inteligencia requiriera cierta preparación física para florecer. Dejo esta cuestión a los filósofos. No es necesario que insista en este punto, puesto que para usted debe ser familiar.

»Ahora bien, cuando se investigan de cerca las diferencias entre las inteligencias, se encuentran una y más veces que son ustedes, los de la Tierra, más que cualquiera de los otros planetas, los que son únicos. Por ejemplo, es solamente en la Tierra donde la vida depende de las enzimas metálicas para la respiración. Ustedes son los únicos que encuentran el cianuro hidrogenado venenoso. La suya es la única forma de vida inteligente que es carnívora. La suya es la única forma de vida que no procede de un animal rumiante. Y lo más interesante de todo es que la suya es la única forma de vida inteligente conocida que deja de crecer al alcanzar la madurez.

Drake le sonrió. Rose sintió que se le aceleraba el corazón. Lo más agradable de su marido era su sonrisa, y la estaba utilizando con gran naturalidad. Ni era forzada, ni falsa. Se estaba adaptando, ajustando, a la presencia de esa criatura extraña. Se estaba mostrando simpático..., y debía estar haciéndolo por ella. Le agradó la idea y se la repitió. Lo hacía por ella; estaba siendo amable con el hawkinita por ella.

Drake le estaba diciendo sonriente:

—No parece muy alto, doctor Tholan. Yo diría que tiene usted unos tres centímetros más que yo, lo que le hace de un metro setenta de estatura más o menos. ¿Es porque es joven o es que los de su mundo no son excesivamente altos?

—Ni una cosa ni otra —contestó el hawkinita—. Crecemos a velocidad retardada con los años, de forma que a mi edad, tardo unos quince años para crecer unos centímetros más, pero, y éste es el punto importante, nunca dejamos enteramente de crecer. Y por supuesto, y como consecuencia, nunca morimos del todo.

Drake abrió la boca e incluso Rose se sintió envarada. Esto era algo nuevo. Algo que ninguna de las pocas expediciones al planeta Hawkin había descubierto. Estaba embargada de excitación pero dejó que Drake hablara por ella.

—¿No mueren del todo? No estará tratando de decirme que la gente del planeta Hawkin es inmortal.

—Nadie es realmente inmortal. Si no hubiera otra forma de morir, siempre existe el accidente, y si éste falla, está el aburrimiento. Algunos de nosotros vivimos varios

siglos de su tiempo. Pero es desagradable pensar que la muerte puede venir involuntariamente. Es algo que, para nosotros, es sumamente horrible. Me molesta incluso cuando lo pienso ahora, esta idea de que contra mí voluntad y pese a los cuidados, pueda llegar la muerte.

—Nosotros —admitió Drake, sombrío— estamos acostumbrados a ello.

—Ustedes, terrícolas, viven con esa idea; nosotros, no. Y lo que nos desazona, es descubrir que la incidencia de la muerte por inhibición ha ido aumentando recientemente.

—Aún no nos ha explicado —dijo Drake— qué es la muerte por inhibición, pero deje que lo adivine. ¿Es acaso un cese patológico del crecimiento?

—Exactamente.

—¿Y cuánto tiempo después del cese del crecimiento acontece la muerte?

—En el curso de un año. Es una enfermedad de consunción, una enfermedad trágica y absolutamente incurable.

—¿Qué la provoca?

El hawkinita tardó bastante en contestar y cuando lo hizo se le notó incluso algo tenso, inquieto, en la forma de hacerlo.

—Señor Smollett, no sabemos nada de lo que causa la enfermedad.

Drake asintió, pensativo. Rose seguía la conversación como si fuera una espectadora en un match de tenis.

—¿Y por qué viene a la Tierra para estudiar la enfermedad? —preguntó Drake.

—Porque le repito que los terrícolas son únicos. Son los únicos seres inteligentes que son inmunes. La muerte por inhibición afecta a todas las otras razas. ¿Saben esto sus biólogos, señora Smollett?

Se había dirigido a ella inesperadamente, de modo que la sobresaltó. Contestó:

—No, no lo saben.

—No me sorprende. Lo que le he dicho es el resultado de una investigación reciente. La muerte por inhibición es diagnosticada incorrectamente con facilidad y la incidencia es menor en los otros planetas. Es en realidad un hecho curioso, algo para filosofar, que la incidencia de la muerte es más alta en mi mundo, que está más cerca de la Tierra, y más baja en los planetas a medida que se distancian. De modo que la más baja ocurre en el mundo de la estrella Témpora, que es la más alejada de la Tierra mientras que la Tierra en sí es inmune. Por algún lugar de la bioquímica del terrícola está el secreto de esa inmunidad. ¡Qué interesante sería descubrirlo!

—Pero, óigame —insistió Drake—, no puede decir que la Tierra sea inmune. Desde donde estoy sentado parecía como si la incidencia fuera de un cien por cien. Todos los terrícolas dejan de crecer, y todos mueren. Todos tenemos la muerte por inhibición.

—En absoluto. Los terrícolas viven hasta los setenta años después de dejar de

crecer. Ésta no es la muerte como nosotros la entendemos. Su enfermedad equivalente es más bien la del crecimiento sin freno. Cáncer, creo que la llaman. Pero, basta, le estoy aburriendo.

Rose protestó al instante. Drake hizo lo mismo con aún mayor vehemencia, pero el hawkinita cambió decididamente de tema. Fue entonces cuando Rose sintió el primer asomo de sospecha, porque Drake cercaba insistentemente a Harg Tholan con sus palabras, acosándole, pinchándole para tratar de sonsacarle la información en el punto en que el hawkinita la había dejado. Pero haciéndolo bien, con habilidad; no obstante, Rose le conocía y supo lo que andaba buscando. ¿Y qué podía buscar si no lo que exigía su profesión? Y como en respuesta a sus pensamientos, el hawkinita recogió la frase que estaba dando vueltas en su mente como un disco roto sobre una plataforma en movimiento perpetuo.

—¿No me dijo que era policía? —preguntó.

—Sí contestó Drake secamente.

—Entonces, hay algo que me gustaría pedirle que hiciera por mí. He estado deseándolo toda la velada desde que descubrí su profesión, pero no acabo de decidirme. No me gustaría molestar a mis anfitriones.

—Haremos lo que podamos.

—Siento una profunda curiosidad por saber cómo viven los terrícolas; una curiosidad que tal vez no comparten la generalidad de mis compatriotas. Me gustaría saber si podrían enseñarme alguno de los departamentos de Policía de su planeta.

—Yo no pertenezco exactamente a un departamento de Policía del modo que usted supone o imagina —dijo Drake, con cautela—. No obstante, soy conocido del departamento de Policía de Nueva York. Podré hacerlo sin problemas. ¿Mañana?

—Sería de lo más conveniente para mí. ¿Podré visitar el departamento de personas desaparecidas?

—¿El qué?

El hawkinita se irguió sobre sus cuatro piernas, como si quisiera demostrar su intensidad:

—Es mi pasatiempo, es una extraña curiosidad, un interés que siempre he sentido. Tengo entendido que tienen ustedes un grupo de oficiales de Policía cuya única obligación consiste en buscar a los hombres que se han perdido o desaparecido.

—Y mujeres y niños —añadió Drake—. Pero, ¿por qué precisamente esto tiene tanto interés para usted?

—Porque también en esto son únicos. En nuestro planeta no existe la persona desaparecida. No sabría explicarle el mecanismo, claro, pero entre la gente de otros mundos hay siempre una percepción de la presencia de alguien, especialmente si existe un fuerte lazo de amistad o afecto. Somos siempre conscientes de la exacta ubicación del otro, sin tener en cuenta para nada el sitio del planeta donde

pudiéramos encontrarnos.

Rose volvió a sentirse excitada. Las expediciones científicas al planeta Hawkin habían tropezado siempre con la mayor dificultad para penetrar en el mecanismo emocional interno de los nativos, y he aquí que uno de ellos hablaba libremente y tal vez lo explicaría. Olvidó la preocupación que sentía por Drake e intervino en la conversación:

—¿Puede experimentar tal conciencia, incluso ahora en la Tierra?

—El hawkinita respondió:

—Quiere decir ¿a través del espacio? No, me temo que no. Pero puede darse cuenta de la importancia del asunto. Todo lo único de la Tierra debería ligarse. Si la carencia de este sentido puede explicarse, quizá la inmunidad ante la muerte por inhibición se explicaría también. Además, encuentro sumamente curioso que cualquier forma de vida comunitaria inteligente pueda organizarse entre gente que carece de dicha percepción comunitaria. ¿Cómo puede decir un terrícola, por ejemplo, cuándo ha formado un subgrupo afín, una familia? ¿Cómo pueden ustedes dos, por ejemplo, saber que el lazo que les une es auténtico?

Rose se encontró afirmando con un movimiento de cabeza. ¿Cómo había echado en falta ese sentido! Pero Drake se limitó a sonreír:

—Tenemos nuestros medios. Es tan difícil explicarle a usted lo que nosotros llamamos «amor», como lo es para usted explicarnos esta percepción, este sentido.

—Lo supongo. Dígame la verdad, señor Smollett..., si la señora Smollett saliera de esta habitación y entrara en otra sin que usted la hubiera visto hacerlo, ¿se daría usted cuenta del lugar donde se encuentra?

—Realmente, no.

El hawkinita murmuró:

—Asombroso —titubeó, luego añadió—: Por favor, no se ofenda si le digo que el hecho me parece también odioso.

Después de ver que la luz del dormitorio se apagaba, Rose se acercó a la puerta tres veces, abriéndola un poco para mirar. Sentía que Drake la vigilaba. Notó una especie de fuerte diversión en su voz al decidirse a preguntarle:

—¿Qué te pasa?

—Quiero hablarte —le confesó.

—¿Tienes miedo de que nuestro amigo pueda oírnos?

Rose hablaba en voz baja. Se metió en la cama, apoyó la cabeza en la almohada de forma que pudiera bajar aún más la voz. Preguntó:

—¿Por qué hablaste de la muerte por inhibición al doctor Tholan?

—Porque me intereso por tu trabajo, Rose. Siempre has deseado que me interese.

—Preferiría que dejaras el sarcasmo. —Hablabas con violencia, con toda la violencia que se puede mostrar susurrando—. Creo que hay algo de tu propio

interés..., me refiero a tu interés policial, probablemente. ¿De qué se trata?

—Te lo contaré mañana.

—No, ahora mismo.

Drake pasó la mano por debajo de la cabeza de Rose, alzándola. Por un momento alocado pensó que iba a besarla, besarla impulsivamente, como hacen a veces los maridos, o como imaginaba que suelen hacerlo. Pero Drake no lo hacía nunca, ni ahora tampoco.

Simplemente la acercó a él y musitó:

—¿Por qué estás tan interesada en saberlo?

Su mano le apretaba casi brutalmente la nuca, de tal modo que se envaró y trató de desprenderse. Su voz ahora fue más que un murmullo:

—Suéltame, Drake.

—No quiero más preguntas ni más intromisiones. Tú haz tu trabajo, yo haré el mío.

—La naturaleza de mi trabajo es abierta y conocida.

—Pues la naturaleza del mío no lo es, por definición. Pero te diré una cosa. Nuestro amigo de las seis patas está en esta casa por alguna razón definida. No fuiste seleccionada como bióloga encargada porque sí. ¿Sabes que hace un par de días estuvo preguntando sobre mí en la Comisión?

—Es una broma.

—No lo creas ni por un minuto. Hay algo muy profundo en todo esto que tú ignoras. Pero en cambio es mi trabajo y no pienso discutirlo más contigo. ¿Lo entiendes?

—No, pero no te preguntaré más si tú no quieres.

—Entonces, duérmete.

Permaneció echada boca arriba y fueron pasando los minutos y los cuartos de hora. Se esforzaba por hacer encajar las piezas. Incluso con lo que Drake le había dicho, las curvas y los colores se negaban a coincidir. Se preguntó qué diría Drake si supiera que tenía una grabación de la conversación de anoche.

Una imagen seguía clara en su mente en aquel momento. Persistía burlona en su recuerdo. El hawkinita, al término de la larga velada, se volvió a ella diciendo con gravedad:

—Buenas noches, señora Smollett. Es usted una encantadora anfitriona.

A la sazón tuvo ganas de echarse a reír. ¿Cómo podía llamarla anfitriona encantadora? Para él sólo podía ser una cosa horrenda, un monstruo de pocos miembros y cara excesivamente estrecha.

Y entonces, una vez el hawkinita soltó su pequeña muestra de educación sin sentido, Drake palideció. Por un instante sus ojos se llenaron de algo parecido al terror.



Jamás hasta entonces había visto que Drake mostrara tener miedo de algo, y la imagen de aquel instante de pánico puro permaneció grabada hasta que, al fin, sus pensamientos se perdieron en el olvido del sueño.

Al día siguiente, Rose no fue a su despacho hasta mediodía. Había esperado, deliberadamente, a que Drake y el hawkinita se fueran, ya que solamente entonces podía retirar la pequeña grabadora que había escondido la noche anterior detrás del sillón de Drake. En un principio no tenía la intención de mantener secreta su presencia; fue sólo que llegó tan tarde que no pudo advertirle y menos en presencia del hawkinita. Después, claro, las cosas cambiaron.

La colocación de la grabadora era simplemente una maniobra de rutina. Las declaraciones y la entonación del hawkinita necesitaban ser conservadas para futuros estudios intensivos por parte de varios especialistas del instituto. La había escondido a fin de evitar que la vista del aparato provocara distorsiones y recelos, y ahora no podía de ningún modo mostrarla a los especialistas. Tendría que servir para una función totalmente distinta. Una función más bien fea.

Iba a espiar a Drake.

Tocó la cajita con los dedos y se preguntó sin venir a cuento cómo se las arreglaría Drake aquel día. El trato social entre los mundos habitados no era, incluso ahora tan corriente que la vista de un hawkinita por las calles de la ciudad no atrajera la atención de las masas. Pero Drake sabría cómo hacerlo, estaba segura. Él siempre sabía salir del apuro.

Escuchó una vez más la charla de la noche anterior, repitiendo los momentos que le parecían interesantes. No estaba satisfecha con lo que Drake le había contado. ¿Por qué el hawkinita tenía que interesarse precisamente por ellos dos? Sin embargo, Drake no le mentiría. Le hubiera gustado pasar por la Comisión de Seguridad, pero sabía que no podía hacerlo. Además, la sola idea la hacía sentirse desleal; no, decididamente Drake no le mentiría.

Pero, también, ¿por qué Harg Tholan no podía investigarles? Pudo igualmente haber preguntado por todas las familias de los biólogos del instituto. Era perfectamente natural que tratara de elegir la casa que considerara más agradable de acuerdo con sus propios puntos de vista, fueran los que fueran.

E incluso si solamente había investigado a los Smollett, ¿por qué creaba esto tal cambio en Drake, pasar de intensa hostilidad a intenso interés? Indudablemente, Drake sabía cosas que prefería guardar para sí. ¡Sólo el cielo sabía cuántas cosas!

Sus pensamientos fueron hurgando lentamente a través de todas las posibilidades de intrigas interestelares. Hasta el momento, no había indicios de hostilidad o de mala voluntad entre ninguna de las cinco razas inteligentes que habitaban la Galaxia. Por el momento estaban espaciadas a intervalos demasiado amplios para enemistarse. Los intereses económicos y políticos no tenían ningún punto que creara conflictos.

Pero ésta era sólo su idea y ella no formaba parte de la Comisión de Seguridad. Si hubiera conflicto, si hubiera peligro, si hubiera la más mínima razón para sospechar que la misión del hawkinita pudiera ser otra cosa menos pacífica, Drake lo sabría.

Pero, ¿estaba Drake suficientemente bien situado en los consejos de la Comisión de Seguridad para estar enterado del peligro que se cernía en la visita de un físico hawkinita? Nunca había pensado en que su posición podía ser algo más que la de un simple pequeño funcionario de la Comisión; él nunca había presumido de ser más. No obstante...

—¿Y si era más?

Se encogió de hombros ante la idea. Aquello la hacía pensar en las novelas de espionaje del siglo XX y los dramas históricos de los días en que existían cosas como secretos atómicos.

La idea del drama histórico la decidió. Al contrario que Drake, ella no era policía, y no sabía cómo actuaría un policía de verdad. Pero sabía que esas cosas se hacían en los viejos dramas.

Cogió una hoja de papel y rápidamente trazó una línea vertical en el centro. Arriba de una columna puso «Harg Tholan» y en la otra escribió «Drake». Debajo de «Harg Tholan» puso «sincero» y a continuación tres interrogantes. Después de todo, ¿era un doctor o sólo lo que podía describirse como un agente interestelar? ¿Qué pruebas tenía el instituto de su profesión salvo su propia declaración? ¿Era por eso por lo que Drake le había estado preguntando sobre la muerte por inhibición? ¿Estaba advertido de antemano y trataba de pillar al hawkinita en un error?

Por un momento estuvo indecisa; luego, poniéndose en pie de un salto, dobló la hoja de papel, la guardó en el bolsillo de su chaqueta y salió disparada del despacho. No dijo nada a ninguno con los que se cruzó al salir del instituto. No dejó ningún recado en recepción indicando a dónde iba o cuándo pensaba volver.

Una vez fuera, corrió hacia el Metro del tercer nivel y esperó a que pasara un compartimiento vacío. Los dos minutos que transcurrieron le parecieron un tiempo insoportablemente largo. Tuvo que hacer un esfuerzo para decir:

«Academia de Medicina de Nueva York» en la boquilla situada sobre el asiento.

La puerta del pequeño cubículo se cerró y el roce del aire que desplazaban se hizo fuerte como un alarido a medida que ganaban velocidad.

La nueva Academia de Medicina de Nueva York había sido ampliada tanto vertical como horizontalmente en las dos últimas décadas. Sólo la biblioteca ocupaba un ala entera del tercer piso. Indudablemente, si todos los libros folletos y periódicos que contenía hubieran estado en su forma original impresa en vez de microfilmados, el edificio entero con lo grande que era habría sido insuficiente para contenerlos todos. Así y todo, Rose sabía que se hablaba de limitar la obra impresa a los últimos cinco años, y no a los diez, como se hacía hasta ahora.

Rose, como miembro de la Academia, tenía entrada libre a la biblioteca. Se dirigió a los departamentos dedicados a la medicina extraterrestre, y sintió alivio al encontrarlos desiertos.

Hubiera sido más prudente reclamar la ayuda de una bibliotecaria, pero prefirió no hacerlo. Cuanto menos rastro dejara, menos probable sería que Drake lo descubriera.

De este modo, sin ayuda de nadie, disfrutó recorriendo las estanterías siguiendo ansiosamente los títulos con los dedos. Los libros estaban casi todos en inglés, aunque había algunos en alemán y en ruso. Irónicamente, ninguno estaba escrito con signos extraterrestres. Al parecer, había una sala para dichos originales, pero estaban sólo a disposición de los traductores oficiales.

Sus ojos inquisitivos y su dedo se detuvieron. Había encontrado lo que estaba buscando.

Cargó con media docena de volúmenes y se los llevó a una mesa a oscuras. Buscó el interruptor y abrió el primero de los volúmenes. Su título era Estudios sobre la inhibición. Lo hojeó y pasó al índice de autores. El nombre de Harg Tholan estaba allí.

Una a una fue buscando todas las referencias indicadas, luego volvió a las estanterías en busca de traducciones de los originales que pudo encontrar.

Pasó más de dos horas en la Academia. Cuando terminó sabía que había un doctor hawkinita llamado Harg Tholan, experto en la muerte por inhibición. Estaba relacionado con la organización hawkinita de investigación con la que el instituto había estado en correspondencia. Naturalmente, el Harg Tholan que ella conocía podía simplemente hacer el papel del verdadero doctor para que la representación fuera más realista; pero ¿era todo eso necesario?

Sacó la hoja de papel del bolsillo, y donde había escrito «sincero» con tres interrogantes, escribió ahora SÍ en mayúsculas. Regresó al instituto y a las cuatro volvía a estar otra vez en su despacho. Llamó a la centralita para advertirles de que no le pasaran ninguna llamada y cerró la puerta con llave.

En la columna encabezada por «Harg Tholan» escribió ahora dos preguntas «¿Por qué Harg Tholan vino a la Tierra solo?». Dejó un espacio considerable y después puso:

«¿Por qué se interesa por el Departamento de personas desaparecidas?»

En verdad, la muerte por inhibición era exactamente lo que había dicho el hawkinita. Por sus lecturas en la Academia era obvio que ésta ocupaba la mayor parte del esfuerzo médico en el planeta Hawkin. Se le temía más que al cáncer en la Tierra. Si hubieran creído que la respuesta o solución estaba en la Tierra habrían enviado una expedición completa. ¿Era suspicacia o desconfianza por su parte lo que les había hecho desplazar solamente a un investigador?

¿Qué era lo que Harg Tholan había dicho la noche anterior? La incidencia de muerte era superior en su propio mundo, que era el más cercano a la Tierra, y era menor en el planeta más alejado de la Tierra. Sumando a esto el hecho implicado por el hawkinita y comprobado por sus propias lecturas en la Academia, que la incidencia se había extendido considerablemente desde que se había establecido contacto interestelar con la Tierra...

Poco a poco y de mala gana llegó a una conclusión. Los habitantes del planeta Hawkin podrían haber supuesto que, de un modo u otro, la Tierra había descubierto la causa de la muerte por inhibición y la propagaban deliberadamente entre los pueblos extraños de la Galaxia con la intención de hacerse supremos entre las estrellas.

Rechazó esta conclusión que la sobrecogía con verdadero pánico. No podía ser; era imposible. En primer lugar, la Tierra no haría algo tan terrible. En segundo lugar, no podría hacerlo.

En cuanto a los progresos científicos, los seres del planeta Hawkin eran realmente iguales a los de la Tierra. La muerte llevaba ocurriendo allí miles de años y su récord médico era un fracaso total. Seguro que en la Tierra, con sus investigaciones a larga distancia en bioquímica, no podía haber acertado tan de prisa. De hecho, por lo que sabía, apenas había investigaciones en patología hawkinita por parte de los médicos y biólogos de la Tierra.

Pero la evidencia indicaba que Harg Tholan había llegado sospechando y había sido recibido con suspicacia. Cuidadosamente, debajo de la pregunta «¿Por qué Harg Tholan vino a la Tierra solo?», escribió la respuesta: «El planeta Hawkin cree que la Tierra es la causante de la muerte por inhibición.»

Entonces, ¿qué era todo eso del Departamento de personas desaparecidas? Como científica, era rigurosa sobre las teorías que desarrollaba. Todos los hechos tenían que encajar, no simplemente algunos.

¡Departamento de personas desaparecidas! Si era un falso indicio deliberadamente pensado para engañar a Drake, lo había hecho torpemente, ya que apareció solamente después de una hora de discusión sobre la muerte por inhibición.

¿Era intencionado como una oportunidad para estudiar a Drake? Y de ser así, ¿por qué? ¿Era éste, quizás, el punto más importante? El hawkinita había investigado a Drake antes de ir a su casa. ¿Había ido a su casa porque Drake era policía y tenía entrada en el Departamento de personas desaparecidas?

Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Lo dejó y pasó a la columna marcada con «Drake».

Y allí surgía una pregunta que escribía sola, sin pluma ni tinta sobre el papel, pero con las letras infinitamente más visibles del pensamiento y la mente. «¿Por qué se casó conmigo?», pensó Rose, y se cubrió los ojos con las manos para atenuar la molesta luz.

Se habían conocido accidentalmente hacía algo más de un año cuando él se trasladó a vivir a la casa de apartamentos donde ella residía. Los saludos puramente corteses se habían ido transformando en conversación amistosa y esto, a su vez, en alguna que otra invitación a cenar en un restaurante cercano. Todo había sido muy amistoso y normal y una nueva y excitante experiencia, y ella se enamoró.

Cuando él le pidió que se casaran, estuvo encantada..., e impresionada. En aquel momento se le ocurrieron varias explicaciones. Él apreciaba su inteligencia y amistad. Era una buena chica. Sería una buena esposa y una excelente compañera.

Se había dado todas esas explicaciones y casi se las había creído. Pero el casi no bastaba.

No era que encontrara faltas definidas en Drake como marido. Era siempre considerado, amable y todo un caballero. Su vida matrimonial no era apasionada, pero se adaptaba bien a las emociones más tranquilas de la cercana cuarentena. Ella no tenía diecinueve años, ¿qué esperaba?

Pues eso: que no tenía diecinueve años. Ni era guapa, ni encantadora, ni despampanante. ¿Qué esperaba? ¿Podía esperar que Drake, guapo y fuerte, cuyo interés por lo intelectual era escaso, que nunca se había interesado por su trabajo en los meses que llevaban casados, se prestara a discutir el suyo con ella? ¿Por qué se casó con ella?

Pero no encontraba respuesta a esta pregunta. No tenía nada que ver con lo que Rose trataba de hacer ahora. Era algo fuera de lo habitual, se dijo, furiosa; era un pasatiempo infantil para distraerse de la tarea que se había propuesto hacer. Actuaba como una adolescente, después de todo, sin excusa para ello.

Descubrió que se le había roto la punta del lápiz y cogió otro. En la columna «Drake» escribió: «¿Por qué sospechaba de Harg Tholan?», y debajo puso una flecha señalando a la otra columna.

Lo que había escrito allí bastaba como explicación. Si la Tierra difundía la muerte por inhibición, o si la Tierra sabía que se sospechaba de ella de tal difusión, resultaba obvio que se estuviera preparando contra un eventual ataque de los extraterrestres. En realidad, la escena estaba preparada para las maniobras preliminares de la primera guerra interestelar de la Historia. Era una explicación adecuada pero horrible.

Ahora quedaba sólo la segunda pregunta, a la que no podía responder. Escribió despacio: «¿Por qué esa extraña reacción de Drake a las palabras de Harg Tholan "Es usted una encantadora anfitriona"?»

Trató de recordar exactamente la escena. El hawkinita lo había dicho inocentemente, normal y correcto, y Drake se quedó traspuesto al oírlo. Una y otra vez escuchó la frase en la grabadora. Un terrícola pudo haberla pronunciado en el mismo tono inconsecuente al despedirse después de un cóctel. La grabación no reflejaba el aspecto de la cara de Drake; sólo tenía su recuerdo. Los ojos de Drake se

habían impregnado de terror y odio, y Drake era un hombre que prácticamente no tenía miedo a nada. ¿Qué había de terrorífico en la frase «es usted una anfitriona encantadora», para afectarle hasta aquel extremo? ¿Celos? Absurdo. ¿Tuvo la impresión de que Tholan había sido sarcástico? Quizás, aunque improbable. Tenía la seguridad de que Tholan había sido sincero.

Lo dejó y puso un enorme interrogante bajo la segunda pregunta. Ahora había dos preguntas más, una debajo de «Harg Tholan» y otra debajo de «Drake». ¿Podía haber alguna relación entre el interés de Tholan por las personas desaparecidas y la reacción de Drake por una frase correcta después de una fiesta? No se le ocurría ninguna.

Bajó la cabeza y la apoyó en los brazos cruzados. El despacho empezaba a quedarse a oscuras y ella estaba muy cansada. Por un momento debió haberse quedado en aquel extraño país entre el sueño y el no sueño, cuando las ideas y las palabras pierden el control de lo consciente y se mueven en nuestra cabeza sin rumbo y de modo surrealista. Pero, por más que saltaran y danzaran, volvían siempre a la única frase «Es usted una encantadora anfitriona». A veces la oía en la voz culta y apagada de Tholan y otras en la voz vibrante de Drake. Cuando la decía Drake, estaba llena de amor, llena de un amor que nunca le había oído. Le gustaba oírsele decir.

Despertó sobresaltada. El despacho ahora estaba completamente a oscuras y encendió la luz de la mesa. Parpadeó y luego arrugó el ceño. En aquel extraño duermevela debió de haber tenido otro pensamiento. Había habido otra frase que turbó a Drake. ¿Cuál? Arrugó más la frente con el esfuerzo mental. No había sido anoche. No era nada de lo que había en la grabadora, así que debió ocurrir antes. No recordó nada y se inquietó.

Miró al reloj y se llevó un susto. Eran casi las ocho. Ya estarían en casa, esperándola.

Pero no le apetecía ir a casa. No quería enfrentarse a ellos. Pausadamente cogió la hoja de papel en la que había anotado los pensamientos de aquella tarde, la hizo pedazos y los dejó caer en el pequeño cenicero atómico de la mesa. Desaparecieron en un destello sin que quedara rastro de ellos.

¡Si no quedara tampoco nada del pensamiento que representaban!

Era inútil. Tendría que volver a casa.

No estaban allí esperándola. Les encontró bajando de un girotaxi en el momento que ella salía del Metro a nivel de la calle. El girotaxista miró a sus pasajeros con los ojos muy abiertos, luego se elevó y desapareció. De mutuo acuerdo y en silencio, los tres esperaron a entrar en el apartamento antes de hablar.

Rose comentó, indiferente:

—Espero que haya tenido un día agradable, doctor Tholan.

—Mucho. Y excitante y provechoso además.

—¿Y han tenido oportunidad de comer? —Aunque Rose no había comido nada,

no sentía hambre.

—Ya lo creo.

Drake interrumpió:

—Hemos pedido que nos subieran comida y cena. Bocadoillos. —Parecía cansado.

—Hola, Drake —le dijo. Era la primera vez que le hablaba.

Drake apenas la miró al contestarle:

—Hola.

—Sus tomates son un vegetal sorprendente. No tenemos nada que se les pueda comparar en gusto en nuestro planeta. Creo que he comido dos docenas y una botella entera de un derivado de tomate.

—Ketchup —aclaró Drake, tajante.

—¿Y su visita al Departamento de personas desaparecidas, doctor Tholan? —preguntó Rose—. ¿Dice que lo encontró provechoso?

—Sí, creo que puedo calificarlo así.

Rose le daba la espalda mientras ahuecaba los almohadones del sofá. Insistió:

—¿En qué aspecto?

—Encontré interesantísimo saber que la inmensa mayoría de personas desaparecidas son varones. Las esposas suelen dar parte de maridos desaparecidos, mientras que lo contrario es rarísimo.

—Oh, no es nada misterioso, doctor Tholan —comentó Rose—. Es que usted no se da cuenta del problema económico que tenemos en la Tierra. Verá usted, en este planeta el varón es generalmente el miembro de la familia que la mantiene como unidad económica. Él es el que por su trabajo es retribuido en moneda. La función de la esposa es, generalmente, la de ocuparse del hogar y de los hijos.

—Pero esto no será universal.

—Más o menos —explicó Drake—. Si está pensando en mi esposa, ella es un ejemplo de la minoría de mujeres que son capaces de abrirse camino en el mundo.

Rose le miró de soslayo. ¿Acaso se mostraba sarcástico?

—¿De su explicación, señora Smollett —preguntó el hawkinita—, se deduce que las mujeres al ser económicamente dependientes de su compañero varón encuentran más difícil desaparecer?

—Es un modo muy discreto de explicarlo —dijo Rose—, pero viene a ser así.

—¿Y diría usted que el Departamento de personas desaparecidas de Nueva York es un buen ejemplo de estos casos en todo el planeta?

—Sí, creo que sí.

El hawkinita preguntó bruscamente:

—¿Y se puede decir que existe una explicación económica para justificar que con el desarrollo de los viajes interestelares el porcentaje de jóvenes varones desaparecidos es más pronunciado que nunca?

Fue Drake el que contestó con un estallido verbal:

—¡Santo Dios, eso es aún menos misterioso que lo otro! Hoy en día el que huye tiene todo el espacio para desaparecer. Todo el que quiere escapar de los problemas no necesita más que saltar a una nave espacial. Están siempre buscando tripulaciones sin hacer preguntas, así que sería casi imposible tratar de localizar al desaparecido si realmente quería mantenerse fuera de circulación.

—Y casi siempre jóvenes en su primer año de matrimonio.

Rose se echó a reír al comentar:

—Éste es precisamente el momento en que los apuros del hombre parecen más agudos. Si supera el primer año, no suele haber necesidad de desaparecer.

Drake no parecía divertido. Rose volvió a pensar que parecía cansado y triste. ¿Por qué insistía en llevar la carga él solo? Y de pronto se le ocurrió que tal vez tenía que hacerlo así.

El hawkinita preguntó de pronto:

—¿La ofendería si me desconecto por cierto período de tiempo?

—En absoluto —contestó Rose—. Espero que no haya tenido un día demasiado agotador. Como viene de un planeta cuya gravedad es mayor que la de la Tierra, tengo la impresión de que suponemos con demasiada facilidad que ustedes resisten más que nosotros.

—Oh, no estoy cansado en el sentido físico de la palabra. —Por un instante miró las piernas de Rose y parpadeó rápidamente indicando que estaba divertido—. Yo, en cambio, no dejo de temer que los terrícolas se caigan hacia delante o hacia atrás en vista del escaso equipo de miembros de sostén. Debe perdonarme si mi comentario le parece demasiado familiar, pero la mención de la menor gravedad de la Tierra me lo ha hecho pensar. En mi planeta, dos piernas no bastarían de ningún modo. Pero todo esto no viene a cuento ahora. Es que he estado absorbiendo tantos conceptos nuevos y raros que siento la necesidad de desconectarme un poco.

Rose se encogió mentalmente de hombros. Bueno, esto era lo más cerca que una raza podía estar de la otra. Por lo que podían conseguir las expediciones al planeta Hawkin, se sabía que los hawkinitas tenían la facultad de desconectar su mente consciente de todas sus demás funciones corporales por períodos de tiempo equivalentes a días terrestres. Los hawkinitas encontraban el proceso agradable, incluso necesario a veces, aunque ningún terrícola podía realmente decir para qué servía.

Del mismo modo, ningún terrícola había podido explicar enteramente el concepto de «dormir» a un hawkinita, o a cualquier extraterrestre. Lo que un terrícola llamaría dormir o soñar, un hawkinita lo consideraría un signo alarmante de desintegración mental.

Rose se dijo turbada: «He aquí otra cosa por la que los terrícolas son únicos.»



El hawkinita retrocedía, de espaldas, pero tan inclinado que sus miembros delanteros casi barrieron el suelo al despedirse. Drake inclinó la cabeza mientras le veía desaparecer tras una vuelta del corredor. Oyeron que abría su puerta, la cerraba y luego, el silencio.

Pasados unos minutos en los que el silencio parecía pesar entre ellos, el sillón de Drake crujió al revolverse inquieto. Rose observó, algo impresionada, que tenía sangre en los labios. Se dijo: «Se encuentra en algún apuro. Tengo que hablarle. No puedo dejarlo pasar así.» Le llamó:

—¡Drake!

Drake pareció como si la viera desde muy lejos. Poco a poco sus ojos la enfocaron y dijo:

—¿Qué te ocurre? ¿Has terminado también tu jornada?

—No, estoy dispuesta para empezar. Estamos en el mañana de que me hablaste. ¿Vas a contármelo o no?

—¿Cómo dices?

—Anoche dijiste que me hablarías mañana. Ahora estoy dispuesta.

Drake frunció el ceño. Sus ojos se escondieron bajo los párpados y Rose sintió que parte de su resolución empezaba a abandonarla.

—Pensé que habíamos acordado que no me preguntarías nada de mi participación en este asunto.

—Creo que ya es demasiado tarde. En este momento sé demasiado sobre todo ello.

—¿Qué quieres decir? —gritó poniéndose en pie de un salto. Conteniéndose, se acercó, le apoyó las manos en los hombros y repitió en voz más baja—: ¿Qué quieres decir?

Rose mantuvo los ojos fijos en sus manos que descansaban inertes en su regazo. Soportó pacientemente los dedos como garfios que la oprimían y contestó despacio:

—El doctor Tholan cree que la Tierra está provocando, a propósito, la muerte por inhibición, ¿es así o no?

Esperó. Poco a poco la presión cedió y le vio de pie, con los brazos caídos a los lados, con la cara angustiada, desconcertado. Murmuró:

—¿Cómo se te ha ocurrido?

—¡Con que es verdad!

Jadeando, con voz forzada preguntó:

—Quiero saber exactamente por qué dices esto. No juegues conmigo, Rose. No digas tonterías. Esto es muy secreto.

—¿Si te lo digo, me contestarás a una pregunta? ¿Está la Tierra difundiendo deliberadamente la muerte por inhibición, Drake?

Drake alzó los brazos al cielo.

—¡Por el amor de Dios!

Se arrodilló ante ella. Le tomó las manos entre las suyas y ella sintió que le temblaban. Estaba forzando la voz para musitar palabras tiernas, tranquilizadoras, le decía:

—Rose, querida, fíjate, has descubierto algo peligroso y crees que puedes utilizarlo para mortificarme en una pequeña pelea entre marido y mujer. No, no voy a pedirte demasiado. Sólo dime exactamente qué te ha empujado a decir..., lo que acabas de decir...

Estaba terriblemente interesado.

—Esta tarde estuve en la Academia de Medicina de Nueva York. Estuve leyendo ciertas cosas.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué te empujó a hacerlo?

—En primer lugar, porque te vi tan interesado por la muerte por inhibición. Y el doctor Tholan hizo aquellos comentarios sobre la incidencia de los viajes interestelares, y que era mayor en el planeta más cercano a la Tierra. —Hizo una pausa.

—¿Y tus lecturas? —insistió Drake—. ¿Qué encontraste en tus lecturas, Rose?

—Le dan la razón —respondió—. Lo único que pude hacer fue buscar apresuradamente en esa dirección sus investigaciones en las últimas décadas. A mí me parece obvio que por lo menos algunos de los hawkinitas consideren la posibilidad de que la muerte por inhibición se origine en la Tierra.

—¿Lo dicen abiertamente?

—No. O si lo han hecho, no lo he visto. —Le contempló, asombrada. En un asunto como aquél, seguro que el Gobierno habría vigilado la investigación hawkinita sobre este punto. Insistió con dulzura—: ¿Estás enterado de las investigaciones hawkinitas sobre eso, Drake? El Gobierno...

—No pienses en ello. —Drake se había apartado de ella, pero volvió a acercársele. Le brillaban los ojos. Exclamó como si acabara de hacer un gran descubrimiento—. ¡Pero si eres una experta en eso!

¿Lo era? ¿Lo descubriría solamente ahora que la necesitaba? Movi6 la nariz y dijo secamente:

—Soy bi6loga.

—Si, ya lo s6, pero quiero decir que tu especialidad es el crecimiento. ¿No me dijiste una vez que habías trabajado en crecimiento?

—Puedes llamarlo así. Publiqué unos veinte artículos sobre la relación entre la estructura pura del ácido nucleico y el desarrollo embrionario, para la beca de la Sociedad del Cáncer.

—Bien. Hubiera debido recordarlo. —Se le veía presa de una nueva excitación—. Dime, Rose... ¡Oh, perd6name que me enfadara contigo hace un momento! Serías

capaz como nadie de comprender la dirección de sus investigaciones si pudieras leer sobre ellas, ¿verdad?

—Muy capaz, sí.

—Entonces, dime cómo creen que se extiende la infección. Los detalles, quiero decir.

—Oye, eso es pedirme mucho. Sólo pasé unas horas en la Academia. Necesitaría bastante más tiempo para poder contestar a tu pregunta.

—Por lo menos dame una respuesta aproximada. No puedes imaginar lo importante que es.

—Claro —respondió dubitativa—, Estudios sobre la inhibición es un gran tratado sobre la materia. Es algo así como el resumen de todos los datos disponibles de la investigación.

—¿Sí? ¿Y es muy reciente?

—Es un tipo de publicación periódica. El último volumen debe tener alrededor de un año.

—¿Se habla en él de su trabajo? —Y con el dedo señaló en dirección a la alcoba de Harg Tholan.

—Más que de ningún otro. En su campo es un trabajador sobresaliente. Leí especialmente sus artículos.

—¿Y cuáles son sus teorías sobre el origen de la enfermedad? Trata de recordarlo, Rose.

—Juraría que echa la culpa a la Tierra —respondió moviendo la cabeza—, pero admite que ignoran cómo se extiende la infección. Yo también podría jurarlo.

Estaba de pie ante ella, rígido. Sus fuertes manos colgaban a ambos lados, crispadas, y sus palabras sonaban poco más que un murmullo.

—Podría ser un caso de completa exageración. ¡Quién sabe! —Y se dio la vuelta—. Ahora mismo voy a averiguarlo, Rose. Gracias por tu ayuda.

Ella corrió tras él:

—¿Qué vas a hacer?

—Hacerle unas cuantas preguntas. —Estaba revolviendo en los cajones de su mesa de trabajo y por fin sacó la mano derecha. Sostenía una pistola de aguja. Rose exclamó:

—¡No, Drake!

La apartó bruscamente y se dirigió por el corredor a la alcoba del hawkinita.

Drake abrió la puerta de golpe y entró. Rose le pisaba los talones, tratando de sujetarle el brazo, pero él se detuvo para mirar a Harg Tholan.

El hawkinita estaba inmóvil, con la mirada perdida, sus cuatro piernas separadas en cuatro direcciones. Rose sintió vergüenza por la intrusión, como si estuviera violando un rito íntimo. Pero Drake, aparentemente despreocupado, se acercó a pocos

pasos de la criatura y se quedó allí. Estaban cara a cara, Drake sostenía fácilmente la pistola de aguja a nivel más o menos del torso del hawkinita.

—No te muevas —ordenó Drake—. Poco a poco se irá dando cuenta de mi presencia.

—¿Cómo lo sabes?

La respuesta fue tajante:

—Lo sé. Ahora márchate.

Pero Rose no se movió y Drake estaba demasiado absorto para preocuparse de ella.

Sectores de la piel del rostro del hawkinita empezaban a temblar ligeramente. Era algo repulsivo y Rose pensó que prefería no mirar. Drake habló de pronto:

—Ya está bien, doctor Tholan. No conecte con ninguno de sus miembros. Sus órganos sensoriales y de voz bastarán.

La voz del hawkinita sonaba apagada.

—¿Por qué ha invadido mi cámara de desconexión? —Y en voz más fuerte—: ¿Y por qué está armado?

La cabeza le bailaba ligeramente sobre un torso todavía helado. Por lo visto, había seguido la sugerencia de Drake de no conectar los miembros. Rose se preguntó cómo podía Drake conocer que la reconexión parcial era posible. Ella lo ignoraba. El hawkinita habló de nuevo:

—¿Qué es lo que quiere?

Y esta vez Drake contestó. Dijo:

—La respuesta a ciertas preguntas.

—¿Con una pistola en la mano? No quiero darle satisfacción a su incorrección hasta ese punto.

—No sólo me dará satisfacción, a lo mejor también salva su vida

—Esto para mí es totalmente indiferente dadas las circunstancias. Siento, señor Smollett, que los deberes para con un huésped sean tan mal interpretados en la Tierra.

—No es usted mi huésped, doctor Tholan —repuso Drake—. Entró en mi casa con engaño. Tenía cierta razón para hacerlo, de algún modo había usted planeado utilizarme para lograr su propósito. No me arrepiento de alterar su programa.

—Será mejor que dispare. Nos ahorrará tiempo.

—¿Tan convencido está de que no va a contestar a mis preguntas? Esto ya de por sí es sospechoso. Da la impresión de que considera que ciertas respuestas son más importantes que su vida.

—Considero muy importantes los principios de cortesía. Usted, como terrícola, puede que no lo entienda.

—Puede que no. Pero yo, como terrícola, entiendo una cosa. —Drake dio un salto hacia delante, antes de que Rose pudiera gritar, antes de que el hawkinita pudiera

conectar sus miembros. Cuando saltó hacia atrás, llevaba en la mano el tubo flexible del cilindro de cianuro de Harg Tholan. En la comisura de la amplia boca del hawkinita, donde antes había estado prendido el tubo, apareció una gota de líquido incoloro que resbaló de una pequeña herida en la rugosa piel, y poco a poco se solidificó en un globulillo gelatinoso y pardo al oxidarse.

Drake dio un tirón al tubo, que se desprendió del cilindro. Hizo presión sobre el botón que controlaba la fina válvula en la parte alta del cilindro y cesó el pequeño zumbido.

—Dudo que haya escapado lo bastante —dijo Drake— para ponernos en peligro. No obstante, espero que se dé cuenta de lo que le ocurrirá a usted ahora, si no contesta a las preguntas que voy a hacerle..., y lo hace de tal modo que no me quede la menor duda de que no miente.

—Devuélvame el cilindro —pidió el hawkinita, despacio—. De lo contrario me veré en la obligación de atacarle y usted en la obligación de matarme.

Drake dio un paso atrás.

—De ningún modo. Atáqueme y dispararé a sus piernas para inutilizarlas. Las perderá; las cuatro si es necesario, pero seguirá viviendo aunque de un modo horrible. Vivirá para morir por falta de cianuro. Será una muerte de lo más incómoda. Yo no soy más que un terrícola y no puedo apreciar su verdadero horror, pero usted sí puede, ¿no es verdad?

La boca del hawkinita estaba abierta y algo amarillo-verdoso se estremeció dentro. Rose quería vomitar. Quería gritar: «¡Devuélvele el cilindro, Drake!» Pero no pudo articular palabra. No podía siquiera volver la cabeza.

—Creo que le queda aproximadamente una hora antes de que los efectos sean irreversibles —explicó Drake—. Hable rápidamente, doctor Tholan y le devolveré el cilindro.

—Y después de... —empezó a decir el hawkinita.

—Después de eso, ¿qué más da? Incluso si le matara, sería una muerte limpia, no por falta de cianuro.

Algo pareció escapársele al hawkinita. Su voz se volvió gutural y las palabras confusas como si ya no le quedara energía para mantener su inglés perfecto. Murmuró:

—¿Qué preguntas son? —Y mientras hablaba, sus ojos no perdían de vista el cilindro en la mano de Drake.

Drake lo hizo bailar deliberadamente, atormentándole, y los ojos de aquella criatura lo seguían..., lo seguían...

—¿Cuáles son sus teorías sobre la muerte por inhibición? ¿Por qué vino, realmente, a la Tierra? ¿Cuál es su interés por el Departamento de personas desaparecidas?

Rose se encontró esperando anhelante, angustiosamente. Éstas eran las preguntas que a ella también le hubiera gustado formular. No de este modo, quizá, pero en el trabajo de Drake, la bondad y humanitarismo venían en segundo lugar después de la necesidad.

Se lo repitió a sí misma varias veces en un esfuerzo para contrarrestar el hecho de que estaba odiando a Drake por lo que estaba haciéndole al doctor Tholan.

El hawkinita empezó:

—La respuesta adecuada llevaría más de la hora que me ha dejado. Estoy profundamente avergonzado por obligarme a hablar con amenazas. En mi planeta no hubiera podido hacer esto bajo ningún pretexto. Es solamente aquí, en este repulsivo planeta, donde se me puede privar de mi cianuro.

—Está desperdiciando su hora, doctor Tholan.

—Se lo hubiera contado eventualmente, señor Smollett. Necesitaba su ayuda. Por esta razón vine aquí.

—Sigue sin contestar a mis preguntas.

—Se las contestaré ahora. Durante años, además de mi trabajo científico regular, he estado investigando particularmente las células de mis pacientes que sufrían de muerte por inhibición. Me vi obligado a guardar el más riguroso secreto y a trabajar sin ayuda, porque los métodos que empleaba para investigar los cuerpos de mis pacientes desagradaban a mi gente. Su sociedad experimentaría sentimientos similares en contra de la vivisección humana, por ejemplo. Por esta razón no podía presentar los resultados obtenidos a mis colegas médicos hasta haber confirmado mis teorías aquí, en la Tierra.

—¿Cuáles son sus teorías? —preguntó Drake. Sus ojos volvían a estar febriles.

—A medida que proseguía mis estudios se me hizo más y más evidente que el enfoque de la investigación sobre la muerte por inhibición estaba equivocado. Físicamente, no había solución a su misterio. La muerte por inhibición es por entero una infección de la mente.

Rose interrumpió:

—Pero, doctor Tholan, no es psicósomática.

Una sombra gris, translúcida, había pasado por los ojos del hawkinita. Había dejado de mirarlos. Prosiguió:

—No, señora Smollett, no es psicósomática. Es una auténtica enfermedad de la mente, una infección mental. Mis pacientes tienen doble mente. Más allá y por debajo de la que obviamente les pertenece, tuve conocimiento de otra mente..., una mente ajena. Trabajé con pacientes de muerte por inhibición de otras razas, distintas a la mía, y encontré lo mismo. Resumiendo, no hay cinco inteligencias en la Galaxia, sino seis. Y la sexta es parasitaria.

—Pero eso es una locura..., ¡es imposible! —exclamó Rose—. Debe estar

equivocado, doctor Tholan.

—No estoy equivocado. Hasta que llegué a la Tierra, pensé que podía estarlo. Pero mi estancia en el instituto y mis investigaciones en el Departamento de personas desaparecidas, me convencieron de lo contrario. ¿Por qué le parece tan imposible el concepto de inteligencia parasitaria? Inteligencias como éstas no dejarían restos fósiles, ni siquiera dispositivos..., si su única función, en cierto modo, es sacar alimentos de las actividades mentales de otras criaturas. Uno puede imaginar semejante parásito, que en el curso de millones de años, quizá, perdiera todas las partes de su ser físico excepto lo más necesario, algo así como la solitaria, entre sus parásitos terrestres, perdiendo eventualmente todas sus funciones excepto una sola, la única, la de reproducción. En el caso de la inteligencia parasitaria, todos los atributos físicos estarían perdidos. No sería más que mente pura, viviendo de un modo mental, inconcebible para nosotros, de la mente de los demás. Especialmente de las mentes de los terrícolas.

—¿Por qué precisamente terrícolas? —preguntó Rose.

Drake se mantenía simplemente al margen, interesado, sin hacer más preguntas. Aparentemente se sentía satisfecho, dejando hablar al hawkinita.

—¿No ha sospechado que la sexta inteligencia es un cultivo de la Tierra? La Humanidad ha vivido con ella desde el principio, se ha adaptado a ella, no es consciente de ella. Es por lo que las especies de animales terrestres, incluyendo al hombre, no crecen después de la madurez y mueren de lo que se llama muerte natural; es el resultado de esa infección parasitaria universal; es por lo que se duerme y se sueña, pues es cuando la mente parasitaria debe alimentarse y cuando uno es algo más consciente de ella, quizás; es por lo que la mente terrestre, única entre las inteligencias, es tan inestable. ¿Dónde más en la Galaxia se encuentran dobles personalidades y otras manifestaciones parecidas? Después de todo, incluso ahora debe haber algunas mentes que están visiblemente dañadas por la presencia del parásito.

—Pero, de algún modo, esas mentes parasitarias podían atravesar el espacio. No tenían limitaciones físicas. Podían flotar entre las estrellas en lo que correspondería a un estado de hibernación. Ignoro por qué lo hicieron las primeras mentes; probablemente no se sabrá nunca. Pero una vez descubrieron la presencia de inteligencia en otros planetas de la Galaxia, se organizó una pequeña y seguida corriente de inteligencias parasitarias cruzando el espacio. Nosotros, los de los otros mundos, debimos ser una golosina para ellas o jamás se hubieran esforzado tanto para llegar a nosotros. Imagino que muchas no pudieron llevar a cabo el viaje, pero para las que lo consiguieron debió valer la pena.

»Pero, vea usted, nosotros los de los otros mundos no habíamos vivido millones de años con esos parásitos, como lo habían hecho el hombre y sus antepasados. No

estábamos adaptados a ellos. Nuestros seres débiles no habían sido gradualmente eliminados por espacio de cientos de generaciones hasta que sólo quedaran los fuertes. Así que, donde el terrícola podía sobrevivir a la infección durante décadas y con un poco de daño, nosotros morimos de una muerte rápida en el curso de un año.

—¿Y es por ello por lo que la incidencia ha aumentado desde que establecieron los viajes interestelares entre la Tierra y los otros planetas?

—Sí. —Hubo un momento de silencio y de pronto el hawkinita dijo en un súbito acceso de energía—. Devuélvame el cilindro. Ya tiene mi respuesta.

Drake insistió fríamente:

—¿Y qué hay del Departamento de personas desaparecidas? —Volvió a hacer bailar el cilindro, pero esta vez el hawkinita no lo seguía con la mirada. La sombra gris y translúcida sobre sus ojos se había hecho más oscura y Rose se preguntó si sería simplemente una expresión de debilidad o un ejemplo de los cambios inducidos por la falta de cianuro.

—Dado que no estamos bien adaptados a la inteligencia que infecta al hombre, tampoco ella se adapta bien a nosotros. Puede vivir de nosotros, aparentemente incluso lo prefiere, pero no puede reproducirse con nosotros solos como única fuente de su vida. Por tanto la muerte por inhibición no es directamente contagiosa entre nuestro pueblo.

Rose lo miró con creciente horror:

—¿Qué trata usted de decir, doctor Tholan?

—El terrícola sigue siendo el máximo anfitrión para el parásito. Un terrícola puede contagiar a uno de nosotros si permanece entre nosotros. Pero el parásito una vez localizado en una inteligencia de los otros mundos, debe volver a un terrícola si espera reproducirse. Antes de los viajes interestelares esto era solamente posible por un recuzar el espacio, por lo que la incidencia de infección era infinitesimal. Ahora estamos infectados y reinfectados al regresar los parásitos a la Tierra y volver a nosotros vía la mente de los terrícolas que viajan a través del espacio.

—Y las personas desaparecidas... —musitó Rose.

—Son los anfitriones intermedios. El proceso exacto de cómo se lleva a cabo, yo no lo sé. La mente masculina terrestre parece mejor dotada para sus propósitos. Recordará que en el instituto me dijeron que la esperanza de vida del varón medio es de tres años menos que la de la hembra. Una vez ha tenido lugar la reproducción, el varón contagiado se marcha en nave espacial hacia los otros mundos. Desaparece.

—Pero esto es imposible —insistió Rose—, lo que dice implica que la mente parasitaria controle los actos de su anfitrión. Esto no puede ser así o nosotros, los de la Tierra, hubiéramos notado su presencia.

—El control, Mrs. Smollett, puede ser muy sutil y además ejerce solamente durante un período de reproducción activa. Le señalo simplemente su Departamento



de personas desaparecidas. ¿Por qué desaparecen los jóvenes? Hay explicaciones económicas y psicológicas, mas no son suficientes. Pero en este momento me siento muy mal y no puedo hablar mucho más. Sólo tengo una cosa que decir En el parásito mental, tanto su gente como la mía, tenemos un enemigo común. Los terrícolas tampoco deben morir involuntariamente, de no ser por su presencia. Pensé que si me encontraba imposibilitado de regresar a mi propio mundo con mi información debido a los métodos heterodoxos empleados para conseguirla, podría someterla a las autoridades de la Tierra y solicitar su ayuda para erradicar la amenaza. Imagine mi placer cuando descubrí que el marido de una de las biólogas del instituto era miembro de uno de los más importantes cuerpos de investigación de la Tierra. Naturalmente, hice cuanto pude para ser huésped en su casa, y tratar con él en privado, convencerle de la terrible verdad, utilizar su cargo para que me ayudara a atacar los parásitos. Esto, naturalmente, es imposible ahora. No puedo censurarla a usted. Como habitantes de la Tierra, no se puede esperar que comprendan la psicología de mi pueblo. No obstante, debe comprender esto: no puedo tener más tratos con ninguno de los dos. No podría ni siquiera soportar permanecer más tiempo en la Tierra.

—Entonces, sólo usted, de todo su pueblo, está enterado de esta teoría.

—Yo solo, en efecto.

—Su cianuro, doctor Tholan. —Y Drake le tendió el cilindro.

El hawkinita lo agarró, anhelante. Sus dedos ágiles manipularon el tubo y la válvula con la mayor delicadeza. En diez segundos, lo tenía colocado e inhalaba el gas a grandes bocanadas. Sus ojos se iban volviendo claros y transparentes.

Drake esperó a que la respiración del hawkinita se normalizara y luego, sin cambiar de expresión, alzó la pistola y disparó. Rose lanzó un grito. El hawkinita permaneció de pie. Sus cuatro miembros inferiores no podían doblarse, pero la cabeza le colgó de pronto y de su boca repentinamente flácida, se desprendió el tubo de cianuro ya inútil. Drake cerró la válvula, tiró el cilindro a un lado y permaneció sombrío contemplando a la criatura muerta. Ninguna marca exterior indicaba que le hubieran matado.

El proyectil de la pistola de aguja más fino que la propia aguja que daba nombre al arma penetró en el cuerpo fácil y silenciosamente y estalló con efecto devastador una vez dentro de la cavidad abdominal.

Rose salió de la alcoba sin dejar de gritar. Drake fue tras ella y la agarró del brazo; notó los golpes fuertes de la palma de su mano sobre la cara, sin sentirlos realmente, y terminó sollozando sordamente. Drake le advirtió:

—Te dije que no te metieras en esto. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Suéltame —protestó Rose—. Quiero irme. Quiero irme lejos de aquí.

—¿Por algo que mi trabajo me obligó a hacer? Ya oíste lo que dijo esa criatura. ¿Supones que podía dejarlo que volviera a su mundo y propagara todas esas

mentiras? Le creerían. ¿Y qué crees que ocurriría entonces? ¿Puedes imaginar lo que sería una guerra interestelar? Pensarían que debían matarnos a todos para detener la infección.

Con un esfuerzo que pareció estremecerla toda, Rose se calmó. Miró firmemente a los ojos de Drake y declaró:

—Lo que dijo el doctor Tholan no eran ni errores ni mentiras, Drake.

—Venga, mujer, estás histérica. Necesitas dormir.

—Sé que lo que dijo es cierto porque la Comisión de Seguridad está enterada de la teoría, y saben que es verdad.

—¿Por qué te empeñas en decir estos disparates?

—Porque tú mismo te traicionaste por dos veces.

—Siéntate —ordenó Drake. Así lo hizo mientras él seguía de pie y la contemplaba curiosamente—. Así que me he traicionado dos veces. Has tenido un día muy cargado de trabajo detectivesco, querida. Tienes facetas ocultas. —Se sentó y cruzó las piernas.

Rose pensó, sí, su día había sido muy ocupado. Desde donde estaba podía ver el reloj eléctrico de la cocina; habían transcurrido dos horas después de medianoche. Harg Tholan había entrado por primera vez en su casa treinta y cinco horas antes y ahora yacía asesinado en la habitación de invitados.

—Bueno, ¿es que no vas a decirme cómo me he traicionado dos veces? —preguntó Drake.

—Te pusiste pálido cuando Harg Tholan dijo de mí que era una encantadora anfitriona. Anfitriona tiene dos sentidos, como bien sabes, Drake. Un anfitrión es el que alberga un parásito.

—Primera —dijo Drake—. ¿Cuál es la segunda?

—Algo que hiciste antes de que Harg Tholan viniera a casa. Hace horas que intento recordarlo, ¿lo recuerdas tu Drake? Comentaste lo desagradable que era para los hawkinitas, asociarse con terrícolas, y yo te dije que Harg Tholan era un doctor y tenía que hacerlo. Te pregunté si creías que los médicos humanos disfrutaban especialmente cuando iban a los trópicos, o cuando dejaban que los mosquitos infectados los picaran. ¿Recuerdas lo trastornado que te mostraste?

Drake se echó a reír.

—Ignoraba que fuera tan transparente. Los mosquitos son anfitriones para la malaria y parásitos de la fiebre amarilla —suspiró—. He hecho cuanto he podido para mantenerte al margen de esto. Ahora no me queda más que decirte la verdad. Debo hacerlo porque solamente la verdad, o la muerte, hará que me dejes en paz. Y no quiero matarte.

Ella se encogió en su sillón, con los ojos muy abiertos. Drake prosiguió:

—La Comisión conoce la verdad, pero no nos sirve de nada. Sólo podemos hacer

cuanto esté en nuestras manos para que los otros mundos no lo descubran.

—Pero la verdad no puede ocultarse para siempre. Harg Tholan la descubrió. Le has matado, pero otro extraterrestre repetirá el mismo descubrimiento..., una y otra vez. No puedes matarlos a todos.

—También lo sabemos —asintió Drake—. No tenemos elección.

—¿Por qué? —exclamó Rose—. Harg Tholan te dio la solución. Ni sugirió ni amenazó con guerras entre los mundos. Sugirió, por el contrario, que combináramos con las otras inteligencias para ayudarnos a eliminar al parásito. Y podemos hacerlo. Si nosotros, junto con los otros, unimos todos nuestros esfuerzos...

—¿Quieres decir que podemos confiar en él? ¿Habla en nombre de su Gobierno o de las otras razas?

—¿Podemos atrevemos a no correr el riesgo?

—No lo comprendes —cortó Drake. Se acercó a ella y tomó una de sus manos frías, inerte, entre las suyas. Siguió hablándole—: Puede parecer una tontería tratar de enseñarte algo de tu propia especialidad, pero quiero que te fijes en lo que voy a decirte. Harg Tholan tenía razón. El hombre y sus antepasados prehistóricos han estado viviendo con esas inteligencias parasitarias por espacio de larguísimos períodos, por un tiempo mucho más largo que desde que fuimos realmente Homo sapiens. En ese intervalo, no solamente nos adaptamos a ellas, sino que dependemos de ellas. Ya no es un caso de parasitismo. Es un caso de cooperación mutua. Vosotros, los biólogos, tenéis un nombre para ello.

—¿De qué estás hablando? —gritó, desprendiendo su mano—. ¿Simbiosis?

—Exactamente. También tenemos nuestra propia enfermedad, crecimiento imparable. Ya ha sido mencionada como contrapartida a la muerte por inhibición. Bien, ¿cuál es la causa del cáncer? ¿Cuánto tiempo llevan los biólogos, los fisiólogos, los bioquímicos y demás trabajando en ello? ¿Qué éxito han conseguido? ¿Por qué? ¿Puedes tú contestarme ahora?

—No, no puedo —contestó despacio—. ¿De qué me estás hablando?

—Es estupendo decir que si pudiéramos eliminar al parásito, creceríamos y viviríamos eternamente si así lo deseáramos; o por lo menos hasta que nos cansáramos de ser excesivamente grandes o demasiado longevos, y nos elimináramos limpiamente. Pero ¿cuántos millones de años han transcurrido desde que el cuerpo humano tuvo ocasión de crecer de este modo imparable? ¿Puede hacerlo aún? ¿Está preparada para ello la química del cuerpo? ¿Dispone de los suficientes como-se-llamen?

—Enzimas —aclaró Rose en un murmullo.

—Eso, enzimas. Es imposible. Si por cualquier razón la inteligencia parasitaria, como la llama Harg Tholan, abandona el cuerpo humano, o si su relación con la mente humana se daña de algún modo, el crecimiento se da, pero no de forma

ordenada. A este crecimiento le llamamos cáncer. Y ahí lo tienes. No hay manera de deshacerse del parásito. Estamos unidos para siempre, eternamente. Para eliminar su muerte por inhibición, los extraterrestres deben borrar de la Tierra toda vida vertebrada. No hay otra solución para ellos y por tanto debemos evitar que se enteren. ¿Lo comprendes?

Rose tenía la boca seca y le costaba hablar.

—Lo comprendo, Drake. —Se dio cuenta de que su marido tenía la frente húmeda y que el sudor se deslizaba por ambas mejillas—. Y ahora tendrás que sacarlo del apartamento.

—Como es muy tarde podré sacar el cuerpo del edificio. Después... —Se volvió a mirarla—. No sé cuándo estaré de vuelta.

—Lo comprendo, Drake —repitió.

Harg Tholan pesaba mucho. Drake tuvo que arrastrarle por el piso. Rose se alejó para vomitar. Se cubrió los ojos hasta que oyó que la puerta se cerraba, y dijo para sí:

—Lo comprendo, Drake.

Eran las tres de la mañana. Había pasado casi una hora desde que oyó cerrarse la puerta, sin ruido, tras Drake y su carga. No podía saber a dónde iba, ni lo que se proponía hacer.

Permaneció sentada, atontada. No sentía deseos de dormir, ni deseos de moverse. Mantuvo la mente trabajando en círculos apretados, lejos de lo que sabía y que no quería saber.

¡Mentes parasitarias! ¿Era sólo una coincidencia o se trataba de una extraña memoria racial, un tenue jirón de antigua tradición o percepción interna, que se extendía a través de increíbles milenios, que mantenía al día el curioso mito del principio de los humanos? Pensó que, para empezar, hubo dos inteligencias en la Tierra. En el jardín del Edén había humanos y también la serpiente, que era «más sutil que cualquier animal del campo». La serpiente contaminó al hombre y como resultado perdió sus miembros. Sus atributos físicos ya no eran necesarios. Y por causa de esta contaminación, el hombre fue arrojado del jardín de la vida eterna. La muerte entró en el mundo.

Pero, pese a sus esfuerzos, el círculo de sus pensamientos crecía y volvía a Drake. Lo rechazaba, pero volvía; contó en voz baja, recitó los nombres de los objetos que tenía en su campo visual, gritó: «No, no, no», pero volvía. Seguía volviendo.

Drake le había mentado. Había sido una historia plausible. Hubiera resistido en la mayoría de los casos, pero Drake no era biólogo. El cáncer no podía ser, como aseguraba Drake, una enfermedad que expresara la pérdida de capacidad de crecimiento normal. El cáncer atacaba a niños en pleno crecimiento; incluso podía atacar el tejido embrionario; atacaba a los peces que, como los extraterrestres, no dejaban de crecer mientras vivían, y morían solo por enfermedad o accidente; atacaba

a las plantas que no tienen mente y no pueden albergar parásitos. El cáncer no tenía nada que ver con la presencia o ausencia de crecimiento normal; era la enfermedad general de la vida, a la que ningún tejido de ningún organismo multicelular era completamente inmune.

Se cubrió los ojos con las manos. Los jóvenes que desaparecían estaban generalmente en el primer año de su matrimonio. Fuera cual fuera el proceso de reproducción de las inteligencias parasitarias, debía involucrar una íntima asociación con otro parásito..., el tipo de íntima y continuada asociación que solamente era posible si sus respectivos anfitriones estaban igualmente en íntima relación. Como es el caso en parejas de recién casados.

Percibía que sus pensamientos iban desconectándose poco a poco. Pero volverían. Le preguntarían:

—¿Dónde está Harg Tholan? —Y ella contestaría:

—Con mi marido.

Sólo que le dirían:

—¿Y dónde está tu marido? —Porque él también se habría ido. Ya no la necesitaba más. Jamás regresaría. Nunca le encontrarían porque estaría por el espacio. Informaría de ambos: de Drake Smollett y de Harg Tholan al Departamento de personas desaparecidas.

Deseaba llorar pero no podía; tenía los ojos secos y doloridos.

Y de pronto le entró una risa loca y no podía parar. Era divertido. Buscando respuestas a tantas preguntas y las encontraba todas de golpe. Había encontrado incluso la respuesta a la pregunta que creyó que no tenía la menor relación con el caso.

Por fin había descubierto por qué Drake se había casado con ella.

## Creced y multiplicaos (1951)

---

“Breeds There a Man...?”

El sargento de Policía Mankiewicz hablaba por teléfono y lo estaba pasando mal. Su conversación más parecía un embrollo contado a su manera.

Estaba diciendo:

—Está bien. Llegó y dijo: «Enciérrenme en la cárcel porque quiero matarme.»

—...

—¿Qué puedo hacer yo? Éstas fueron sus palabras exactas. A mí también me parece cosa de un loco.

—...

—Oiga, señor, el tío responde a la descripción. Usted me pidió información y yo se la estoy dando.

—...

—Sí, tiene la cicatriz exactamente en la mejilla derecha y me dijo que se llamaba John Smith. No dijo que fuera doctor ni nada de nada.

—...

—Bueno, puede que se lo invente. Nadie se llama John Smith. Por lo menos no en una comisaría de Policía.

—...

—Ahora está encerrado.

—...

—Sí, lo digo en serio.

—...

—Resistirse a la Ley, asalto y agresión, daños intencionados. Son tres cargos.

—...

—A mí qué me importa quien sea.

—...

—Está bien. Espero.

Miró al oficial Brown y puso la mano sobre el auricular. Era una manaza como un jamón que casi se tragaba todo el aparato. Su cara de facciones acusadas estaba enrojecida y sudada bajo una mata de pelo amarillo claro. Exclamó:

—¡Problemas! Nada hay sino problemas en una comisaría. Preferiría mil veces patear la calle.

—¿Quién está al teléfono? —preguntó Brown. Acababa de llegar y en realidad le tenía sin cuidado, pero pensó que, en efecto, Mankiewicz estaría mejor patrullando la calle.

—Oak Ridge. Conferencia. Un tipo llamado Grant. Jefe de una división acabada en ógica o así, y ahora se ha ido en busca de alguien más a setenta y cinco centavos el

minuto...

—¡Diga!

Mankiewicz volvió a agarrar el teléfono y se sentó.

—Mire, deje que le explique desde el principio. Quiero que lo entienda de una vez y, después, si no le gusta puede mandar a alguien aquí. El tipo no quiere un abogado. Asegura que sólo quiere quedarse en la cárcel y, amigo, no me parece mal.

—...

—Bueno, ¿quiere escucharme de una vez? Vino ayer, vino directamente hacia mí y dijo: «Oficial, quiero que me encierre en la cárcel porque quiero matarme». Así que yo le dije: «Óigame, lamento que quiera matarse. No lo haga porque si lo hace, lo lamentará el resto de su vida».

—...

—Hablo en serio. Sólo le digo lo que le dije. No le digo que sea una broma pesada, ya tengo bastantes problemas aquí, no sé si me entiende. ¿Cree que lo único que hago aquí es atender a locos que entran y...?

—...

—Déjeme hablar, ¿quiere? Le dije: «No puedo meterle en la cárcel porque quiera matarse. No es ningún crimen», y él me contestó: «Pero yo no quiero morir». Así que le dije: «Oiga, amigo, largo de aquí». Quiero decir que si un tipo quiere suicidarse, está bien, y sí no quiere, también, pero lo que no tolero es que venga a llorar sobre mi hombro.

—...

—Ya sigo. Así que él me dijo: «¿Si cometo un crimen me meterá en la cárcel?» Yo le contesté: «Si le descubren y alguien presenta una denuncia y no tiene dinero para pagar la fianza, le encerraré. Ahora, ¡lárguese!» Así que cogió el tintero de mi mesa y antes de que pudiera detenerle lo vació sobre el libro de registro de la Policía.

—...

—Está bien. ¿Por qué cree que le he acusado de daños intencionados? Le tinta me manchó todo el pantalón.

—...

—Sí, asalto y agresión, también. Me acerqué para sacudirle y hacerle entrar en razón y me dio una patada en la espinilla y un golpe en el ojo.

—...

—No me invento nada. ¿Quiere usted venir y mirarme la cara?

—...

—Irá a juicio un día de éstos. El jueves, a lo mejor.

—...

—Noventa días es lo menos que le pondrán, a menos que los psicólogos digan lo contrario. Por mí que debería estar en el manicomio.

—...

—Oficialmente, es John Smith. Es el único nombre que nos da.

—...

—No, señor. No se le soltará sin las debidas diligencias legales.

—...

—O.K. hágalo si quiere, amigo. Yo me limito a cumplir con mi deber aquí.

Dejó de golpe el teléfono sobre su soporte, después volvió a levantarlo y marcó un número. Dijo:

—¿Gianetti? —acertó y empezó a hablar de nuevo—. Óyeme, ¿qué es C.E.A.? He estado hablando con un chillado por teléfono y dice que...

—...

—No, no es chiste, botarate. Si lo fuera, lo diría. ¿Qué es esta sopa de letras?

Prestó atención, dijo «gracias» con voz ahogada y colgó.

Había perdido parte de su color.

—El segundo tipo era el jefe de la Comisión de Energía Atómica —explicó a Brown—. Debieron conectarle de Oak Ridge a Washington.

Brown se puso en pie de un salto.

—A lo mejor el FBI anda detrás de ese John Smith. Puede que sea uno de esos científicos. —Se sintió impelido a filosofar—. Deberían guardar los secretos atómicos lejos de estos tipos. Las cosas iban muy bien mientras el general Groves era el único que estaba enterado de lo de la bomba atómica. Pero una vez hubieron metido a todos esos científicos...

—Cállate ya —rugió Mankiewicz.

El doctor Oswald Grant mantenía los ojos fijos en la línea blanca que marcaba la carretera y conducía el coche como si fuera su enemigo. Siempre lo hacía así. Era alto y nudoso, con una expresión ausente estampada en su cara. Las rodillas tocaban al volante y los nudillos se le quedaban blancos cada vez que tomaba una curva.

El inspector Darrity se sentaba a su lado con las piernas cruzadas de forma que la suela de su zapato izquierdo presionaba fuertemente la puerta. Cuando retirara el zapato quedaría una marca terrosa. Se entretenía pasando un cortaplumas marrón de una mano a la otra. Antes, lo había abierto, descubriendo su hoja brillante, maligna, para limpiarse las uñas mientras viajaban, pero un súbito viraje por poco le cuesta un dedo, así que desistió. Preguntó:

—¿Qué sabe de ese Ralson?

El doctor Grant apartó la vista momentáneamente del camino, pero volvió a mirar. Inquieto, respondió:

—Le conozco desde que se doctoró en Princeton. Es un hombre muy brillante.

—¿Sí? Conque brillante, ¿eh? ¿Por qué será que todos los científicos se describen mutuamente como «brillantes»? ¿Es que no los hay mediocres?



—Sí, muchos. Yo soy uno de ellos. Pero Ralson, no. Pregúnteselo a cualquiera. Pregunte a Oppenheimer. Pregunte a Bush. Fue el observador más joven en Alamogordo.

—O.K. Era brillante. ¿Qué hay de su vida privada?

Grant tardó en contestar.

—No lo sé.

—Le conoce desde Princeton. ¿Cuántos años son?

Llevaban dos horas corriendo en dirección norte por la autopista de Washington, sin casi haber cruzado palabra. Ahora Grant notó que la atmósfera cambiaba y sintió el peso de la Ley sobre el cuello de su gabán.

—Se graduó en el año cuarenta y tres.

—Entonces hace ocho años que le conoce.

—Eso es.

—¿Y no sabe nada de su vida privada?

—La vida de un hombre a él le pertenece, inspector. No era muy sociable. La mayoría son así. Trabajan bajo fuerte presión y cuando están lejos del empleo, no les interesa seguir con las amistades del laboratorio.

—¿Pertenece a alguna organización, que usted sepa?

—No.

—¿Le dijo alguna vez algo que le hiciera pensar que fuera un traidor?

—¡No! —gritó Grant, y por un momento hubo silencio.

De pronto Darrity preguntó:

—¿Es muy importante Ralson en la investigación atómica?

Grant se inclinó sobre el volante y respondió:

—Tan importante como cualquier otro. Le aseguro que nadie es indispensable, pero Ralson siempre ha parecido ser único. Tiene mentalidad de ingeniero.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No es un gran matemático en sí, pero sabe resolver los problemas que la matemática de otros crean en la vida. No hay nadie como él cuando se presenta el caso. Una y otra vez, inspector, hemos tenido un problema que solucionar sin tiempo para hacerlo. Todo eran mentes vacías a nuestro alrededor, hasta que él pensaba y decía: ¿Por qué no pruebas tal y tal cosa? Y se iba. Ni siquiera le interesaba averiguar si funcionaría. Pero siempre funcionaba. ¡Siempre! Quizá lo hubiéramos conseguido nosotros también, pero nos hubiera llevado meses de horas extra. No sé cómo lo hace. También resulta inútil preguntarle. Se limita mirarte y te dice: «Era obvio» y se marcha. Naturalmente, una vez nos ha dicho cómo hay que hacerlo, es obvio.

El inspector le dejó que hablara. Cuando ya no dijo más, preguntó:

—¿Diría usted que Ralson es raro, mentalmente? Inestable, quiero decir.

—Cuando una persona es un genio, no espera uno que sea normal, ¿no le parece?

—Puede que no. Pero, ¿hasta qué punto es anormal este genio determinado?

—Nunca hablaba de sus cosas. A veces, no quería trabajar.

—¿Se quedaba en casa y se iba a pescar?

—No, no. Venía al laboratorio, ya lo creo, pero se quedaba sentado ante su mesa. A veces, esto duraba semanas. Si uno le hablaba no contestaba, ni siquiera te miraba.

—¿Alguna vez dejó de trabajar del todo?

—¿Antes de ahora, quiere decir? ¡Jamás!

—¿Declaró alguna vez que quería suicidarse? ¿Dijo alguna vez que sólo se sentiría seguro en la cárcel?

—No.

—¿Está seguro de que John Smith es Ralson?

—Casi seguro. Tiene una quemadura en la mejilla derecha que es inconfundible.

—O.K. Está bien, hablaré con él y veré qué tal suena.

Esta vez el silencio fue duradero. El doctor Grant siguió la línea blanca mientras que el inspector Darrity lanzaba el cortaplumas en arcos poco pronunciados, de una mano a otra.

El celador escuchó desde el locutorio y miró a sus visitantes.

—Podemos hacer que le traigan aquí, inspector, si no le importa.

—No —Grant movió la cabeza—, iremos a verle.

—¿Es eso normal en Ralson, doctor Grant? —preguntó Darrity—. ¿Teme que ataque al celador que trate de sacarlo de su celda?

—No sabría decírselo —dijo Grant.

El celador tendió una mano callosa. Su nariz bulbosa se arrugó algo.

—Hemos tratado de no hacer nada con él hasta ahora, debido al telegrama de Washington; pero, francamente, no tendría que estar aquí. Estaré encantado de perderle de vista.

—Le visitaremos en su celda —anunció Darrity. Recorrieron el frío corredor bordeado de rejas. Ojos vacíos de curiosidad contemplaron su paso. Al doctor Grant se le puso la carne de gallina.

—¿Lo han tenido aquí todo este tiempo?

Darrity no contestó. El guardia que les precedía se detuvo:

—Esta es la celda.

—¿Es éste el doctor Ralson? —preguntó Darrity. El doctor Grant miró silenciosamente a la figura que estaba encima del jergón. El hombre estaba echado, cuando llegaron a la celda, pero ahora se había incorporado sobre un codo y parecía que trataba de incrustarse en la pared. Su cabello era ceniciento y escaso, su cuerpo flaco, los ojos vacíos de un azul de porcelana. En la mejilla derecha tenía una cicatriz rosada, en relieve, que terminaba en un rabo de renacuajo. El doctor Grant dijo:

—Es Ralson.

El guardia abrió la puerta y entró, pero el inspector Darrity le mandó salir con un gesto. Ralson les observaba, en silencio. Había puesto ambos pies sobre el jergón y seguía echándose atrás. Su nuez se agitaba al tragar. Darrity preguntó en tono tranquilo:

—¿Doctor Elwood Ralson?

—¿Qué quiere? —Su voz era sorprendente, de barítono.

—Por favor, ¿quiere venir con nosotros? Hay unas cuantas preguntas que nos gustaría hacerle.

—¡No! ¡Déjeme en paz!

—Doctor Ralson —interpuso Grant—, me han enviado para que le ruegue que vuelva al trabajo.

Ralson miró al científico y en sus ojos hubo un brillo fugaz que no era de miedo. Le saludó:

—Hola, Grant. —Bajó del camastro—. Óigame, he estado intentando lograr que me encierren en una celda acolchada. ¿No puede conseguir que lo hagan por mí? Usted me conoce, Grant. No le pediría algo que no considerara necesario. Ayúdeme. No puedo soportar estas paredes tan duras. Me hacen querer..., estrellarme contra ellas...

Bajó la palma de la mano y golpeó el muro gris y duro de cemento, detrás de su camastro. Darrity pareció pensativo. Sacó su cortaplumas y lo abrió dejando ver su hoja brillante. Se rascó la uña del pulgar cuidadosamente y preguntó:

—¿Le gustaría que le viera un médico?

Pero Ralson no le contestó. Seguía con la mirada el brillo del metal y entreabrió y humedeció sus labios. Su respiración se hizo ronca y entrecortada.

—¡Guarde eso! —exclamó.

—¿Qué guarde qué? —inquirió Darrity.

—Su navaja. No me la ponga delante. No puedo soportar mirarla.

—¿Por qué no? —preguntó Darrity, y se la tendió—. ¿Le ocurre algo? Es un buen cortaplumas.

Ralson saltó. Darrity dio un paso atrás y su mano izquierda cayó sobre la muñeca del otro. Levantó la navaja en alto.

—¿Qué le pasa, Ralson? ¿Qué está buscando?

Grant protestó, pero Darrity le silenció.

—¿Qué se propone, Ralson?

Ralson trató de alzarse, pero se dobló bajo la tremenda garra del otro. Jadeó:

—Déme la navaja.

—¿Por qué, Ralson? ¿Qué quiere hacer con ella?

—Por favor, tengo que... —Ahora suplicaba—. Tengo que dejar de vivir.

—¿Tiene ganas de morir?

—No, pero debo hacerlo.

Darrity le dio un empujón. Ralson se tambaleó hacia atrás y cayó de espaldas sobre su camastro que crujió ruidosamente. Sin prisa, Darrity dobló la hoja de su cortaplumas, la metió en su ranura, y lo guardó. Ralson se cubrió el rostro. Sus hombros se sacudían, pero por lo demás no hizo ningún movimiento. Se oyeron gritos en el corredor, al reaccionar los demás presos por el ruido que salía de la celda de Ralson. El guardia se acercó corriendo, gritando «¡Silencio!» al pasar. Darrity le miró:

—No pasa nada, guardia.

Se secaba las manos en un enorme pañuelo blanco.

—Creo que debemos buscarle un médico.

El doctor Gottfried Blaustein era bajito y moreno y hablaba con algo de acento austriaco. Le faltaba solamente una perilla para parecer, a los ojos de los profanos, su propia caricatura. Pero iba afeitado y muy cuidadosamente vestido. Observó a Grant de cerca, como calibrándole, observándole y guardando sus deducciones. Lo hacía ahora maquinalmente con cualquiera que se encontrara. Dijo:

—Me ha proporcionado cierta imagen. Me describe un hombre de gran talento, quizás incluso un genio. Me dice que se ha encontrado siempre incómodo con la gente, que jamás ha encajado con su entorno del laboratorio, aunque era allí donde cosechaba los mayores éxitos. ¿Hay algún otro ambiente en el que haya encajado?

—No le comprendo.

—No todos nosotros hemos sido tan afortunados como para encontrar un tipo de compañía satisfactoria en el lugar o en el campo donde encontramos necesario ganarnos la vida. Frecuentemente, uno encuentra compensación tocando un instrumento, o haciendo marchas, o perteneciendo a algún club. En otras palabras, uno se crea un nuevo tipo de sociedad, cuando no trabaja, en el que uno se siente más a gusto. No es necesario que tenga la menor relación con la ocupación ordinaria. Es una evasión, y no necesariamente insana. —Sonrió, y añadió—: Yo mismo, yo colecciono sellos. Soy miembro activo de la Sociedad Americana de Filatélicos.

Grant sacudió la cabeza.

—Ignoro lo que hacía fuera de su trabajo. Dudo que hiciera algo como lo que usted ha mencionado.

—¡Humm! Esto sería triste. Disfrutar y relajarse donde se pueda es bueno, pero hay que encontrar esa distracción, ¿no cree?

—¿Ha hablado ya con el doctor Ralson?

—¿Sobre sus problemas? No.

—¿Y no va a hacerlo?

—¡Oh, sí! Pero lleva aquí solamente una semana. Uno debe darle la oportunidad de recuperarse. Estaba en un estado sumamente excitado cuando llegó aquí. Era casi

el delirio. Déjele que descansa y se acostumbre a su nuevo entorno. Entonces, le interrogaré.

—¿Podrá hacer que vuelva al trabajo?

—¿Cómo puedo saberlo? —Blaustein sonrió—. Ni siquiera sé cuál es su enfermedad.

—¿No podría por lo menos liberarle de la peor parte..., de su obsesión suicida..., y ocuparse del resto de la cura ya sin prisa?

—Tal vez. No puedo siquiera aventurar una opinión sin varias entrevistas.

—¿Cuánto tiempo supone que tardará?

—En estos casos, doctor Grant, nadie puede saberlo.

Grant se apretó las manos con fuerza.

—Bien, entonces haga lo que le parezca mejor. Pero todo esto es mucho más importante de lo que supone.

—Puede ser. Pero usted debería ayudarme, doctor Grant.

—¿Cómo?

—¿Puede conseguirme ciertos informes que tal vez se consideren de máximo secreto?

—¿Qué tipo de información?

—Me gustaría saber cuántos suicidios han ocurrido, desde 1945, entre los científicos nucleares. También cuántos han abandonado sus puestos para pasarse a otro tipo de trabajos científicos, o abandonado por completo la ciencia.

—¿Está esto relacionado con Ralson?

—¿No cree usted que podría ser una enfermedad ocupacional, me refiero a su tremenda tristeza?

—Bueno, naturalmente, muchos han dejado sus puestos.

—¿Por qué naturalmente, doctor Grant?

—Debe conocer lo que ocurre, doctor Blaustein. La atmósfera en la investigación atómica moderna es de enorme presión y compromiso. Trabaja con el Gobierno, trabaja con los militares, no puede hablar de su trabajo; tiene que cuidar mucho lo que dice. Naturalmente, si se presenta la oportunidad de un puesto en la Universidad, donde puede fijar sus horarios, hacer su trabajo, escribir artículos que no deban ser sometidos a la C.E.A., asistir a congresos que no se celebran a puerta cerrada, uno lo agarra.

—¿Y abandona para siempre su especialidad?

—Siempre tiene aplicaciones no militares. Por supuesto, hubo un hombre que abandonó por otra razón. Una vez me contó que no podía dormir por las noches. Decía que oía cien mil gritos procedentes de Hiroshima cuando apagaban las luces. Lo último que he sabido de él es que se colocó de dependiente en una mercería.

—¿Y usted ha oído gritos alguna vez?

Grant movió afirmativamente la cabeza.

—No es agradable saber que incluso una mínima parte de la responsabilidad de la destrucción atómica pueda ser mía.

—¿Qué pensaba Ralson?

—Jamás hablaba de estas cosas.

—En otras palabras, si lo sentía, nunca se sirvió de la válvula de escape que hubiera sido comentarlo con ustedes.

—Creo que no.

—Sin embargo, hay que seguir con la investigación nuclear, ¿no?

—Ya lo creo.

—¿Cómo actuaría, doctor Grant, si sintiera que tenía que hacer algo que no puede hacer?

Grant se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Algunas personas se matan.

—¿Quiere decir que esto puede ser lo de Ralson?

—No lo sé. No lo sé. Esta noche hablaré con el doctor Ralson. No puedo prometerle nada, claro, pero le diré lo que pueda.

—Gracias, doctor —dijo Grant levantándose—, trataré de conseguir la información que me ha pedido.

El aspecto de Elwood Ralson había mejorado en la semana que llevaba en el sanatorio del doctor Blaustein. Había engordado un poco y parte de su desasosiego había desaparecido. No llevaba corbata ni cinturón, ni sus zapatos tenían cordones. Blaustein preguntó:

—¿Cómo se encuentra, doctor Ralson?

—Descansado.

—¿Le tratan bien?

—No puedo quejarme, doctor.

La mano de Blaustein tanteó en busca del abrecartas con el que solía jugar en momentos de abstracción, pero sus dedos no encontraron nada. Lo había escondido, claro, con todo aquello que poseyera filo. Sobre su mesa no había otra cosa que papeles.

—Siéntese, doctor Ralson —le dijo—. ¿Qué tal van sus síntomas?

—¿Quiere decir si siento lo que usted llamaría un impulso suicida? Sí. Está mejor o peor, creo que depende de lo que piense. Pero no lo llevo siempre conmigo. No puede usted hacer nada por ayudarme.

—Quizá tenga razón. A veces hay cosas que no puedo remediar. Pero me gustaría saber todo lo que pudiera sobre usted. Es usted un hombre importante...

Ralson dio un bufido.

—¿No se considera importante? —repuso Blaustein.

—De ningún modo. No hay hombres importantes, como tampoco hay bacterias individuales importantes.

—No comprendo.

—No pretendo que lo comprenda.

—No obstante, me parece que detrás de su afirmación debe de haber mucha reflexión. Sería ciertamente del mayor interés para mí que me explicara un poco ese pensamiento.

Ralson sonrió por primera vez. No era una sonrisa agradable. La nariz se le había quedado blanca. Comentó:

—Es divertido observarle, doctor. Cumple concienzudamente su cometido. Quiere usted escucharme, ¿no es cierto?, con ese aire de falso interés y fingida simpatía. Le contaré las cosas más ridículas y aún tendré la seguridad de conservar el auditorio, ¿no es así?

—¿No puede pensar que mi interés sea real, aunque también sea profesional?

—No, no le creo.

—¿Por qué no?

—No me interesa discutirlo.

—¿Prefiere regresar a su habitación?

—Si no le importa, no. —Su voz, al ponerse en pie, sonaba enfurecida, después volvió a sentarse—. ¿Por qué no utilizarle yo? No me gusta hablar a la gente. Son estúpidos. No ven las cosas. Miran lo obvio durante horas y no significa nada para ellos. Si les hablara no comprenderían; se les terminaría la paciencia; se reirían. En cambio usted tiene que escucharme. Es su trabajo. No puede interrumpir para decirme que estoy loco, aunque a lo mejor lo esté pensando.

—Me alegrará escuchar todo lo que quiera contarme.

Ralson respiró profundamente.

—Hace un año que me enteré de una cosa que poca gente conoce. Puede que sea algo que ninguna persona viva alcance. ¿Sabía usted que los avances culturales se producen a borbotones? En una ciudad de treinta mil habitantes libres, por espacio de dos generaciones surgieron suficientes genios artísticos y literarios de primer orden para abastecer a una nación de millones, durante un siglo, en circunstancias ordinarias. Me refiero a la Atenas de Pericles. «Hay otros ejemplos. La Florencia de los Médicis, la Inglaterra de la reina Isabel, la España del califato de Córdoba. Hubo una oleada de reformadores sociales entre los israelitas de los siglos VIII y VII antes de Cristo. ¿Sabe lo que quiero decir?

Blaustein asintió.

—Veo que la Historia es un tema que le interesa.

—¿Por qué no? Supongo que no hay nada que diga que debo limitarme a la física

nuclear y a las ondas hertzianas.

—En absoluto. Siga, por favor.

—Al principio, pensé que podía aprender más del auténtico enigma de los ciclos históricos, consultando a un especialista. Celebré alguna conferencia con un historiador. ¡Tiempo perdido!

—¿Cómo se llamaba ese historiador?

—¡Qué importa!

—Puede que nada, si prefiere considerarlo confidencial. ¿Qué le dijo?

—Dijo que yo estaba equivocado; que la Historia «sólo» parecía avanzar a saltos. Dijo que, después de mucho estudio, las grandes civilizaciones de Egipto y de Sumeria no surgieron ni de pronto ni de la nada sino basadas en otras civilizaciones menores tardías en desarrollarse que ya eran sofisticadas en sus manifestaciones. Dijo que la Atenas de Pericles creció sobre una Atenas de inferiores logros, pero sin la cual la era de Pericles no habría existido. «Le pregunté por qué no existía una Atenas posterior a Pericles de más altos logros aún, y me dijo que Atenas estaba arruinada por una plaga y por una larga guerra con Esparta. Pregunté sobre otros brotes culturales y siempre una guerra los había aniquilado o, en algunos casos, les había acompañado. Siempre era así. La verdad estaba allí; sólo tenía que inclinarse y recogerla, pero no lo hizo. —Ralson se quedó mirando al suelo y prosiguió con voz cansada—: A veces, vienen a verme al laboratorio, doctor. Dicen: «¿Cómo diablos vamos a librarnos de tal y tal efecto que arruina todos nuestros cálculos, Ralson?» Me muestran los instrumentos y los diagramas de la instalación y les digo: «Salta a la vista. ¿Por qué no hacen tal y tal cosa? Un niño podría decírselo.» Luego me alejo porque no puedo soportar el creciente asombro de sus estúpidos rostros. Más tarde, se me acercan para decirme: «Funcionó, Ralson. ¿Cómo lo calculó?» No puedo explicárselo, doctor, sería como explicarles que el agua moja. Y yo, claro, no podía explicárselo al historiador. Tampoco puedo explicárselo a usted. Es perder el tiempo.

—¿Le gustaría volver a su habitación?

—Sí.

Blaustein siguió sentado y se quedó pensando un rato después de que Ralson saliera de su despacho. Sus dedos buscaron maquinalmente en el primer cajón de la derecha de su mesa y sacaron el abrecartas. Lo hizo girar entre los dedos. Finalmente, levantó el teléfono y marcó el número que le habían dado. Dijo:

—Soy Blaustein. Hay un historiador que fue consultado por el doctor Ralson hace algún tiempo, probablemente más de un año. No conozco su nombre. Ni siquiera sé si estaba relacionado con la Universidad. Si consiguen encontrarlo me gustaría verle.

Thaddeus Milton, doctor en Filosofía, parpadeó pensativo y mirando a Blaustein se pasó la mano por el cabello entrecano, diciendo:

—Vinieron a verme y les dije que, efectivamente, había conocido a ese hombre.



No obstante, he tenido poco contacto con él. En realidad sólo una conversación de tipo profesional.

—¿Cómo se encontraron?

—Me escribió una carta..., y por qué a mí y no a otra persona, lo ignoro. Habían aparecido una serie de artículos míos en una de las publicaciones divulgativas, bastante populares y de gran atracción en aquella época. Tal vez le llamaron la atención.

—Ya. ¿De qué tópico en general trataban los artículos?

—Eran consideraciones sobre la validez del enfoque cíclico a la Historia. Es decir, si uno puede o no decir que una civilización determinada debe seguir leyes de crecimiento y ocaso en cualquier asunto análogo a los que conciernen al individuo.

—He leído a Toynbee, doctor Milton.

—Entonces, sabrá a lo que me refiero.

—Y cuando el doctor Ralson le consultó, ¿era por algo relacionado con el enfoque cíclico de la Historia? —preguntó Blaustein.

—Humm. Supongo que en cierto modo, sí. Naturalmente, el hombre no es un historiador y alguna de sus nociones sobre giros culturales son excesivamente dramatizadas y, digámoslo, sensacionalistas. Perdóneme, doctor, si le hago una pregunta que pueda ser indiscreta. ¿El doctor Ralson es uno de sus clientes?

—El doctor Ralson no está bien, y le estoy cuidando. Esto y todo lo que se diga aquí, será, por supuesto, confidencial.

—Está bien. Lo comprendo. Sin embargo, su respuesta me explica algo. Algunas de sus ideas casi rozaban lo irracional. Me pareció que siempre estaba preocupado por la relación entre lo que él llamaba «brotes culturales» y las calamidades de un tipo u otro. Ahora bien, estas relaciones se han observado con frecuencia. El momento de mayor vitalidad de una nación puede aparecer en tiempos de gran inseguridad nacional. Los Países Bajos es un ejemplo. Sus grandes artistas, estadistas y exploradores pertenecen al principio del siglo XVII cuando se encontraba enfrascada en una lucha a muerte con el mayor poder europeo de la época, España. Cuando el país estaba al borde de la destrucción, creaba un imperio en el Lejano Oriente y había asegurado puntos de apoyo en América del Sur, en la punta del África meridional, y en el valle del Hudson en América del Norte. Su flota mantenía a Inglaterra a raya. Y cuando su seguridad política quedó asegurada, sobrevino el ocaso.

»Como le he dicho, suele ocurrir. Los grupos, como los individuos, se alzan a indecibles alturas en respuesta a un desafío, y se limitan a vegetar cuando éste falta. Pero, donde el doctor Ralson se apartó del sendero de la cordura fue al insistir que tal punto de vista equivalía a confundir causa y efecto. Declaró que no eran los tiempos de guerra y peligro los que estimulaban los «brotes culturales», sino más bien al

contrario. Insistía en que cada vez que un grupo de hombres mostraba demasiada vitalidad y habilidad, era necesaria una guerra para destruir la posibilidad de desarrollo ulterior.

—Ya veo —comentó Blaustein.

—Confieso que casi me reí de él. Tal vez fue por eso por lo que no compareció a la última cita que habíamos concertado. Casi al final de la última entrevista me preguntó, con el máximo interés imaginable, si no me parecía peculiar que una improbable especie, como es el hombre, dominara la Tierra cuando lo único que tenía en su favor era la inteligencia. Ahí me eché a reír. Tal vez no hubiera debido hacerlo, pobre hombre.

—Fue una reacción natural —le tranquilizó Blaustein—, pero no debo abusar más de su tiempo. Me ha ayudado mucho.

Se estrecharon la mano y Thaddeus Milton se despidió

—Bueno —dijo Darrity—, aquí tiene las cifras recientes de suicidios entre el personal científico. ¿Saca alguna deducción?

—Es a usted a quien debería preguntárselo. El FBI debe haber investigado a fondo.

—Puede apostar el presupuesto nacional a que sí. Son suicidios, sin la menor duda. Ha habido gente comprobándolo en otro departamento. El número está cuatro veces por encima de lo normal, teniendo en cuenta edad, condición social, situación económica.

—¿Qué hay con los científicos británicos?

—Más o menos lo mismo.

—¿Y en la Unión Soviética?

—¡Quién sabe! —El investigador se inclinó hacia delante—. Doctor, no creerá usted que los soviéticos tienen una especie de rayo que hace suicidarse a la gente, ¿verdad? Se sospecha en cierto modo que los únicos afectados son los hombres dedicados a la investigación atómica.

—¿De verdad? Puede que no. Los físicos nucleares sufren tal vez tensiones especiales. Es difícil decirlo sin hacer un estudio a fondo.

—¿Quiere decir que tienen complejos? —preguntó Darrity con suspicacia.

Blaustein hizo una mueca.

—La Psiquiatría se está volviendo demasiado popular. Todo el mundo habla de complejos y neurosis, de psicosis y coacciones y sabe Dios qué. El complejo de culpabilidad de un hombre es el sueño plácido de otro hombre. Si pudiera hablar con cada uno de los que se han suicidado, a lo mejor comprendería algo.

—¿Ha hablado con Ralson?

—Sí, he hablado con Ralson.

—¿Tiene algún complejo de culpabilidad?

—No. Tiene antecedentes de los que no me sorprendería que obtuviera una morbosa angustia mortal. Cuando tenía doce años, vio morir a su madre bajo las ruedas de un coche. Su padre murió de cáncer. Sin embargo, no está claro el efecto de ambas vivencias en su problema actual.

Darrity recogió su sombrero.

—Bueno, doctor, le deseo éxito. Hay algo gordo en el aire, algo mucho mayor que la bomba H. No sé cómo puede haber algo mayor que eso, pero lo hay.

Ralson insistió en seguir de pie.

—He tenido una mala noche, doctor.

—Sólo confío —repuso Blaustein— en que estas conversaciones no le perturben.

—A lo mejor, sí. Me hace pensar otra vez en el tema. Y cuando lo hago, todo se pone mal. ¿Qué le haría sentirse parte de un cultivo bacteriológico, doctor?

—Nunca se me ha ocurrido pensarlo. Puede que a una bacteria le parezca normal.

Ralson ni le oyó, prosiguió hablando despacio:

—Un cultivo en el que se estudia la inteligencia. Estudiamos todo tipo de cosas, siempre y cuando se trate de sus relaciones genéticas. Cazamos las moscas de la fruta y cruzamos ojos rojos con ojos blancos para ver lo que pasa. Nos tienen sin cuidado los ojos rojos y los ojos blancos, pero tratamos de sacar de ellos ciertos principios genéticos básicos. ¿Sabe a lo que me refiero?

—Claro.

—Incluso, entre los humanos, podemos seguir varias características físicas. Tenemos los labios Habsburgo, y la hemofilia que empezó con la reina Victoria y se propagó en sus descendientes de las familias reales de España y Rusia. Podemos seguir la debilidad mental de los Jukeses y los Kallikaks. Se aprende en las clases de Biología del Instituto. Pero no se pueden criar seres humanos como se crían las moscas de la fruta. Los seres humanos viven demasiado. Se tardarían siglos en sacar conclusiones. Es una lástima que no tengamos una raza especial de hombres que se reproduzcan a intervalos semanales, ¿no le parece? —Esperó una respuesta, pero Blaustein sólo sonrió. Ralson siguió hablando—: Sólo que esto es exactamente lo que seríamos para otro grupo de seres cuya duración de vida fuera de mil años. Para ellos nos reproduciríamos con bastante rapidez. Seríamos criaturas de vida breve y podrían estudiar la genética de tales cosas como la aptitud musical, la inteligencia científica y demás. No porque les interesaran esas cosas en sí, como tampoco nos interesan a nosotros los ojos blancos de la mosca de la fruta.

—Éste es un razonamiento muy interesante —comentó Blaustein.

—No es un simple razonamiento. Es cierto. Para mí es obvio y me tiene sin cuidado lo que usted opine. Mire a su alrededor. Mire al planeta Tierra. ¿Qué clase de animales ridículos somos para ser los amos del mundo después de que los dinosaurios fracasaran? Claro que somos inteligentes, pero, ¿qué es la inteligencia? Pensamos que

es importante porque la tenemos. Si los tiranosauros hubieran elegido la única cualidad que creían les iba a asegurar el dominio de las especies, seguro que habría sido tamaño y fuerza. Y lo hubieran hecho mejor. Duraron más de lo que duraremos nosotros.

»La inteligencia en si misma no es gran cosa en cuanto a valores de supervivencia se refiere. El elefante no sale muy bien parado comparado con el gorrión, aunque es mucho más inteligente. El perro funciona bien bajo la protección del hombre, pero no tan bien como la mosca contra la que se alzan todas las manos humanas. O tome a los primates como grupo. Los pequeños se achican frente al enemigo; los grandes han sido siempre poco afortunados, defendiéndose siempre lo justo. Los mandriles son los mejores, pero es gracias a sus colmillos, no a su inteligencia. —Una ligera capa de sudor cubría la frente de Ralson. Siguió—: Y uno puede ver que el hombre ha sido hecho a medida, fabricado cuidadosamente en beneficio de las cosas que nos estudian. El primate tiene, generalmente la vida corta. Naturalmente los mayores viven más aunque eso es una regla general de la vida animal. No obstante el ser humano tiene una duración de vida dos veces más larga que los grandes monos, considerablemente más larga incluso que la del gorila, que le dobla en peso. Nosotros maduramos más tarde. Es como si se nos hubiera creado minuciosamente para que viviéramos un poco más de modo que nuestro ciclo de vida pudiera tener una longitud más conveniente. —Se puso en pie de un salto y sacudió los puños por encima de su cabeza—. Un millar de años no es más que ayer...

Blaustein pulsó apresuradamente un timbre. Por un instante, Ralson forcejeó con el enfermero vestido de blanco que acababa de entrar, después permitió que se lo llevara. Blaustein le siguió con la mirada, meneó la cabeza y levantó el teléfono. Consiguió hablar con Darrity:

—Inspector, es preferible que sepa que esto nos va a llevar mucho tiempo.

Escuchó, movió la cabeza, y dijo:

—Lo sé. No minimizo la urgencia.

La voz que le llegaba por el receptor era lejana y dura:

—Doctor, es usted el que la minimiza. Le enviaré al doctor Grant. Él le explicará la situación.

El doctor Grant se interesó por el estado de Ralson. Luego, con gran pesar, preguntó si podía verle. Blaustein movió negativamente la cabeza. Grant insistió:

—Se me ha ordenado que le explique la situación actual de la investigación atómica.

—Para que lo entienda, ¿no?

—Eso espero. Es una medida desesperada. Tendré que recordarle que...

—Que no pronuncie ni una sola palabra. Sí, lo sé. Esta inseguridad por parte de su gente es un mal síntoma. Deberían saber que estas cosas no pueden ocultarse.

—Vivimos con el secreto. Es contagioso.

—Exactamente. Y ahora, ¿cuál es el secreto en curso?

—Hay..., o por lo menos puede haber una defensa contra la bomba atómica.

—¿Y es éste el secreto? Sería mejor que lo propagaran a gritos a todo el mundo y al instante.

—Por el amor de Dios, no. Escúcheme, doctor Blaustein. De momento sólo está en el papel. Está en el punto en que E es igual a MC al cuadrado o casi. Puede no ser práctico. Sería fatal despertar esperanzas que luego se vinieran abajo. Por el contrario, si se supiera que casi teníamos la defensa, podría despertarse el deseo de empezar y ganar una guerra antes de que la defensa estuviera completamente desarrollada.

—Esto no me lo creo. Pero le estoy distraendo. ¿De qué naturaleza es esa defensa, o me ha dicho todo lo que puede decirme?

—No, puedo llegar hasta donde me parezca, siempre y cuando sea necesario para convencerle de que necesitamos a Ralson y... ¡pronto!

—Bien, pues cuénteme y así yo también conoceré los secretos. Me siento como un miembro del Gobierno.

—Sabrá más que la mayoría. Mire, doctor Blaustein, deje que se lo explique en términos vulgares. Hasta ahora los avances militares se consiguieron casi por igual tanto en las armas ofensivas como en las defensivas. En todas las guerras pasadas parecía haber una inclinación definida y permanente hacia lo ofensivo, y eso fue cuando se inventó la pólvora. Pero la defensa quiso participar. El hombre armado a caballo, de la Edad Media, se transformó en el tanque del hombre moderno, y el castillo de piedra se transformó en un búnker de cemento. Era lo mismo, lo que había cambiado era la cantidad, era la magnitud, ¡y en cuántos puntos!

—Está bien. Lo pone muy claro. Pero con la bomba atómica los puntos de magnitud aumentan, ¿verdad? Deben ir más allá del cemento y del acero para protegerse.

—En efecto. Sólo que no podemos limitarnos a hacer las paredes más gruesas. Se nos han terminado los materiales que eran suficientemente fuertes. Si el átomo ataca debemos dejar que el átomo nos defienda. Nos serviremos de la propia energía: un campo de energía.

—¿Y qué es un campo de energía? —preguntó ingenuamente Blaustein.

—Me gustaría poder explicárselo. En este momento no es más que una ecuación sobre el papel. Teóricamente la energía puede ser encauzada de tal forma que cree un muro de inercia inmaterial. En la práctica, no sabemos cómo hacerlo.

—Sería como un muro que no podrían atravesar ni siquiera los átomos, ¿no es eso?

—Ni siquiera las bombas atómicas. El único límite de su fuerza sería la cantidad

de energía que pudiéramos volcar en él. Incluso podría ser impermeable a la radiación. Estamos hablando en teoría. Los rayos gamma rebotarían en él. En lo que hemos soñado es en una pantalla que estaría permanentemente colocada alrededor de las ciudades; a un mínimo de fuerza, sin casi utilizar la energía. Podría conectarse a un máximo de intensidad en una fracción de milisegundo, por el impacto de radiación de onda corta; digamos, la cantidad que irradiaría de una masa de plutonio lo bastante grande como para ser una cabeza atómica. Todo esto es teóricamente posible.

—¿Y para qué necesitan a Ralson?

—Porque él es el único que puede llevarlo a la práctica, si es que puede llevarse a la práctica lo bastante de prisa. En estos días, cada minuto cuenta. Ya sabe cuál es la situación internacional. La defensa atómica debe llegar antes que la guerra atómica.

—¿Por qué está tan seguro de Ralson?

—Estoy tan seguro de él como puedo estarlo de cualquier cosa. El hombre es asombroso, doctor Blaustein. Siempre acierta. Nadie se explica cómo lo consigue.

—Digamos intuición, ¿no? —El psiquiatra parecía turbado—. Posee un tipo de raciocinio que está más allá de la capacidad ordinaria humana. ¿Es eso?

—Confieso que ni pretendo saber lo que es.

—Entonces, déjeme que le hable otra vez. Le avisaré.

—Bien. —Grant se levantó para marcharse, luego, como si lo pensara mejor, añadió—: Podría decirle, doctor, que si usted no hace nada, la Comisión se propone quitarle al doctor Ralson de las manos.

—¿Y probar con otro psiquiatra? Si esto es lo que desean, por supuesto, no me cruzaré en su camino. No obstante, en mi opinión, no hay un solo médico que pretenda que existe una cura rápida.

—A lo mejor no intentamos seguir con el tratamiento psiquiátrico. Puede que, simplemente, le devuelvan al trabajo.

—Esto, doctor Grant, no lo permitiré. No sacarán nada de él. Será su muerte.

—De todos modos, así tampoco sacamos nada de él.

—Pero, de este modo existe una probabilidad, ¿no cree?

—Así lo espero. A propósito, por favor, no mencione que yo le he dicho que piensan llevarse a Ralson.

—No lo haré, y gracias por advertirme.

—La última vez me porté como un imbécil, ¿no es verdad, doctor? —preguntó Ralson ceñudo.

—¿Quiere decir que no cree lo que dijo entonces?

—¡Ya lo creo! —El cuerpo frágil de Ralson se estremeció con la intensidad de su afirmación. Corrió hacia la ventana y Blaustein giró en su sillón para no perderle de vista. Había rejas en la ventana. No podía saltar. El cristal era irrompible. Caía la tarde y las estrellas empezaban a aparecer. Ralson las contempló fascinado, después

se volvió a Blaustein con el dedo en alto.

—Cada una de ellas es una incubadora. Mantienen la temperatura al grado deseado. Para experimentos diferentes, temperatura diferente. Y los planetas que las rodean son enormes cultivos que contienen distintas mezclas nutrientes y distintas formas de vida. Los investigadores también son parte económica, sean quienes sean o lo que sean. Han cultivado diferentes formas de vida en ese tubo de ensayo especial. Los dinosaurios en una época húmeda y tropical, nosotros en una época interglaciar. Enfocan el sol arriba y abajo, y nosotros tratando de averiguar la física que lo mueve. ¡Física! Descubrió los dientes en una mueca despectiva.

—Pero —objetó el doctor Blaustein— es imposible que el sol pueda enfocarse arriba y abajo a voluntad.

—¿Por qué no? Es como un elemento de calor en un horno. ¿Cree que las bacterias saben qué es lo que mueve el calor que llega a ellas? ¡Quién sabe! Puede que también ellas desarrollen sus teorías. Puede que tengan sus cosmogonías sobre catástrofes cósmicas en las que una serie de bombillas al estrellarse crean hileras de recipientes Petri. Puede que piensen que debe haber un creador bienhechor que les proporciona comida y calor y les dice: «¡Creced y multiplicaos!» Crecemos como ellas sin saber por qué. Obedecemos las llamadas leyes de la Naturaleza que son solamente nuestra interpretación de las incomprensibles fuerzas que se nos han impuesto.» Y ahora tienen entre sus manos el mayor experimento de todos los tiempos. Lleva en marcha doscientos años. En Inglaterra en el siglo XVIII, supongo, decidieron desarrollar una fuerza que probara la aptitud mecánica. Lo llamamos la Revolución Industrial. Empezó por el vapor, pasó a la electricidad, luego a los átomos. Fue un experimento interesante, pero se arriesgaron mucho al dejar que se extendiera. Por ello es por lo que tendrán que ser muy drásticos para ponerle fin.

Blaustein preguntó:

—¿Y cómo podrían terminarlo? ¿Tiene usted idea de cómo hacerlo?

—Me pregunta cómo se proponen terminarlo. Mire a su alrededor en el mundo de hoy y seguirá preguntándose qué puede acabar con nuestra época tecnológica. Toda la Tierra teme una guerra atómica y haría cualquier cosa para evitarla; sin embargo, toda la Tierra sospecha que la guerra atómica es inevitable.

—En otras palabras, que los que experimentan organizaran una guerra atómica, queramos o no, para destruir la era tecnológica en que nos encontramos y empezar de nuevo. ¿No es así?

—Sí. Y es lógico. Cuando esterilizamos un instrumento, ¿conocen los gérmenes de dónde viene el calor que los mata? ¿O qué lo ha provocado? Los experimentadores tienen medios para elevar la temperatura de nuestras emociones; un modo de manejarnos que sobrepasa nuestra comprensión.

—Dígame, ¿es por esta razón por la que quiere morir? —rogó Blaustein—.

¿Porque piensa que la destrucción de la civilización se acerca y no puede detenerse?

—Yo no quiero morir —protestó Ralson, con la tortura reflejada en sus ojos—. Es que debo morir. Doctor, si tuviera usted un cultivo de gérmenes altamente peligrosos que tuviera que mantener bajo absoluto control, ¿no tendría un medio agar impregnado de, digamos, penicilina, en un círculo y a cierta distancia del centro de inoculación? Todo germen que se alejara demasiado del centro, moriría. No sentiría nada por los gérmenes que murieran, ni siquiera tendría por qué saber, en principio, que ciertos gérmenes se habrían alejado tanto. Todo sería puramente automático.

»Doctor, hay un círculo de penicilina alrededor de nuestro intelecto. Cuando nos alejamos demasiado, cuando penetramos el verdadero sentido de nuestra propia existencia, hemos alcanzado la penicilina y debemos morir. Es lento..., pero es duro, seguir viviendo. —Inició una breve sonrisa triste. Después añadió—: ¿Puedo volver a mi habitación ahora, doctor?

El doctor Blaustein fue a la habitación de Ralson al día siguiente a mediodía. Era una habitación pequeña y sin carácter, de paredes grises y acolchadas. Dos pequeñas ventanas se abrían en lo alto de uno de los muros y era imposible llegar a ellas. El colchón estaba directamente colocado encima del suelo, acolchado también. No había nada de metal en la estancia; nada que pudiera utilizarse para arrancar la vida corporal. Incluso las uñas de Ralson estaban muy cortadas.

—¡Hola! —exclamó Ralson incorporándose.

—Hola, doctor Ralson. ¿Puedo hablar con usted?

—¿Aquí? No puedo ofrecerle ni siquiera un asiento.

—No importa. Me quedaré de pie. Mi trabajo es sedentario y es bueno para mí estar de pie algún tiempo. Durante toda la noche he estado pensando en lo que me dijo ayer y los días anteriores.

—Y ahora va a aplicarme un tratamiento para que me desprenda de lo que usted piensa que son delirios.

—No. Sólo deseo hacerle unas preguntas y quizás indicarle algunas consecuencias de sus teorías que..., ¿me perdonará...?, tal vez no se le hayan ocurrido.

—¿Oh?

—Verá, doctor Ralson, desde que me explicó sus teorías yo también sé lo que usted sabe. Pero en cambio, no pienso en el suicidio.

—Crear es algo más que intelectual, doctor. Tendría que creer esto con todas sus consecuencias, lo que no es así.

—¿No piensa usted que quizá sea más bien un fenómeno de adaptación?

—¿Qué quiere decir?

—Doctor Ralson, usted no es realmente un biólogo. Y aunque es usted muy brillante en Física, no piensa en todo con relación a esos cultivos de bacterias que



utiliza como analogía. Sabe que es posible producir unos tipos de bacterias que son resistentes a la penicilina, a cualquier veneno o a otras bacterias.

—¿Y bien?

—Los experimentadores que nos han creado han estado trabajando varias generaciones con la Humanidad, ¿no? Y ese tipo que ha estado cultivando por espacio de dos siglos no da señales de que vaya a morir espontáneamente. En realidad, es un tipo vigoroso y muy infeccioso. Otros tipos de cultivos más antiguos fueron confinados a ciudades únicas o a pequeñas áreas y duraron sólo una o dos generaciones. La de ahora, se está extendiendo por todo el mundo. Es un tipo muy infeccioso. ¿No cree que pueda haberse hecho inmune a la penicilina? En otras palabras, los métodos que los experimentadores utilizan para eliminar los cultivos pueden haber dejado de funcionar, ¿no cree?

Ralson movió la cabeza:

—Es lo que me preocupa.

—Quizá no sea usted inmune. O puede haber tropezado con una fuerte concentración de penicilina. Piense en toda la gente que ha estado tratando de eliminar la lucha atómica y establecer cierta forma de gobierno y una paz duradera. El esfuerzo ha aumentado recientemente, sin resultados demasiado desastrosos.

—Pero esto no va a impedir la guerra atómica que se acerca.

—No, pero quizás un pequeño esfuerzo más es todo lo que hace falta. Los abogados de la paz no se matan entre sí. Más y más humanos son inmunes a los investigadores. ¿Sabe lo que están haciendo ahora en el laboratorio?

—No quiero saberlo.

—Debe saberlo. Están tratando de inventar un campo de energía que detenga la bomba atómica. Doctor Ralson, si yo estoy cultivando una bacteria virulenta y patológica, puede ocurrir que, por más precauciones que tome, en un momento u otro inicie una plaga. Puede que para ellos seamos bacterias, pero somos peligrosos para ellos también o no tratarían de eliminarnos tan cuidadosamente después de cada experimento.

—Son lentos, ¿no? Para ellos mil años son como un día. Para cuando se den cuenta que estamos fuera del cultivo, más allá de la penicilina, será demasiado tarde para que puedan pararnos. Nos han llevado al átomo, y si tan sólo podemos evitar utilizarlo en contra nuestra, podemos resultar muy difíciles incluso para los investigadores.

Ralson se puso en pie. Aunque era pequeño, su estatura sobrepasaba en unos centímetros a Blaustein. De repente preguntó:

—¿Trabajan realmente en un campo de energía?

—Lo están intentando. Pero le necesitan.

—No. No puedo.

—Lo necesitan a fin de que usted pueda ver lo que es tan obvio para usted, y que para ellos no lo es. Recuérdelo, o su ayuda o la derrota del hombre por los investigadores.

Ralson se alejó unos pasos, contemplando la pared desnuda, acolchada. Masculló entre dientes:

—Pero es necesaria la derrota. Si construyen un campo de energía significa la muerte de todos ellos antes de que lo terminen.

—Algunos de ellos, o todos, pueden ser inmunes, ¿no cree? Y, en todo caso, morirán todos. Lo están intentando.

—Trataré de ayudarles —dijo Ralson.

—¿Aún quiere matarse?

—Sí.

—Pero tratará de no hacerlo, ¿verdad?

—Lo intentaré, doctor. —Le temblaron los labios—. Tendrán que vigilarme.

Blaustein subió la escalera y presentó el pase al guardia del vestíbulo. Ya había sido registrado en la verja exterior, pero ahora él, su pase y la firma volvían a ser revisados. Un instante después, el guardia se retiró a su cabina y llamó por teléfono. La respuesta le satisfizo. Blaustein se sentó y al cabo de medio minuto volvía a estar de pie y estrechaba la mano del doctor Grant.

—El Presidente de los Estados Unidos tendría dificultades para entrar aquí, ¿no? —preguntó Blaustein.

—Tiene razón —sonrió el físico—, sobre todo si llega sin avisar.

Tomaron un ascensor y subieron doce pisos. El despacho al que Grant le condujo tenía ventanales en tres direcciones. Estaba insonorizado y con aire acondicionado. Su mobiliario de nogal estaba finamente tallado.

—¡Cielos! —exclamó Blaustein—. Es como el despacho del presidente de un Consejo de Administración. La ciencia se está volviendo un gran negocio.

Grant pareció turbado.

—Sí, claro, pero el dinero del Gobierno mana fácilmente y es difícil persuadir a un congresista de que el trabajo de uno es importante a menos que pueda ver, oler y tocar la madera tallada.

Blaustein se sentó y sintió que se hundía blandamente. Dijo:

—El doctor Elwood Ralson ha accedido a volver a trabajar.

—Estupendo. Esperaba que me lo dijera. Esperaba que ésta fuera la razón de su visita.

Como inspirado por la noticia, Grant ofreció un puro al psiquiatra, que lo rehusó.

—Sin embargo —dijo Blaustein—, sigue siendo un hombre muy enfermo. Tendrán que tratarle con suma delicadeza y comprensión.

—Claro. Naturalmente.

—No es tan sencillo como parece creer. Quiero contarle algo de los problemas de Ralson, para que comprenda en toda su realidad lo delicada que es la situación.

Siguió hablando y Grant le escuchó primero preocupado, luego estupefacto.

—Pero este hombre ha perdido la cabeza, doctor Blaustein. No nos será de ninguna utilidad. Está loco.

—Depende de lo que usted entienda por «loco» —replicó Blaustein encogiéndose de hombros—. Es una palabra fea; no la emplee. Divaga, eso es todo. Que eso pueda o no afectar sus especiales talentos, no puede saberse.

—Pero es obvio que ningún hombre en sus cabales podría...

—¡Por favor! ¡Por favor! No nos metamos en discusiones sobre definiciones psiquiátricas de locura. El hombre tiene delirios y, generalmente, no me molestaría en considerarlos. El caso es que se me ha dado a entender que la especial habilidad del hombre reside en su modo de proceder a la solución de un problema que, al parecer, está fuera de la razón normal. Es así, ¿no?

—Sí. Debo admitirlo.

—¿Cómo juzgar el valor de una de sus conclusiones? Déjeme que le pregunte, ¿tiene usted impulsos suicidas últimamente?

—No, claro que no.

—¿Y alguno de los científicos de aquí?

—Creo que no.

—No obstante, le sugiero que mientras se lleva a cabo la investigación del campo de energía, los científicos involucrados sean vigilados aquí y en sus casas. Incluso sería una buena idea que no fueran a sus casas. En dependencias como éstas es fácil organizar un pequeño dormitorio...

—¡Dormir donde se trabaja! Nunca conseguirá que lo acepten.

—¡Oh, sí! Si no les dice la verdadera razón y les asegura que es por motivos de seguridad, lo aceptarán. «Motivos de seguridad» es una frase maravillosa hoy en día, ¿no cree? Ralson debe ser vigilado más y mejor que nadie.

—Naturalmente.

—Pero nada de eso tiene importancia. Es algo que hay que hacer para tranquilizar mi conciencia en caso de que las teorías de Ralson sean correctas. En realidad no creo en ellas. Son delirios, pero una vez aceptados, es necesario preguntarse cuáles son las causas de esos delirios. ¿Que hay en la mente de Ralson? ¿Qué hay en su pasado? ¿Qué hay en su vida que hace necesario que tenga esos delirios? Es algo que no se puede contestar sencillamente. Tal vez tardaríamos años en constantes psicoanálisis para descubrir la respuesta. Y, hasta que no consigamos la respuesta, no se curará.

»Entretanto podemos adelantar alguna conjetura. Ha tenido una infancia desgraciada que, de un modo u otro, le ha hecho enfrentarse con la muerte de una forma muy desagradable. Además, nunca ha sido capaz de asociarse con otros niños

ni, al hacerse mayor, con otros hombres. Siempre ha demostrado impaciencia ante los razonamientos lentos. Cualquier diferencia existente entre su mente y la de los demás, ha creado entre él y la sociedad un muro tan fuerte como el campo de energía que tratan de proyectar. Y por razones similares ha sido incapaz de disfrutar de una vida sexual normal. Jamás se ha casado, jamás ha tenido novias.

»Es fácil adivinar que podría fácilmente compensarse de todo ello, de su fracaso en ser aceptado por su medio social, refugiándose en la idea de que los otros seres humanos son inferiores a él. Lo cual es cierto, claro, en lo que se refiere a su mentalidad. Hay, naturalmente, muchas facetas en la personalidad humana y en algunas de ellas no es superior. Nadie lo es. Pero hay otros, como él, más proclives a ver sólo lo que es inferior, y que no aceptarían ver afectada su posición preeminente. Le considerarían peculiar, incluso cómico, lo que provocaría que Ralson creyera de suma importancia demostrar lo pobre e inferior que es la especie humana. ¿Cómo podría mostrárnoslo mejor que demostrando que la Humanidad es simplemente un tipo de bacterias para otros seres superiores que experimentan con ella? Así sus impulsos suicidas no serían sino un deseo loco de apartarse por completo de ser hombre, de detener esta identificación con la especie miserable que ha creado en su mente. ¿Se da cuenta?

Grant asintió:

—Pobre hombre.

—Sí, es una lástima. Si en su infancia se le hubiera tratado debidamente... Bien, en todo caso, es mejor que el doctor Ralson no tenga el menor contacto con los otros hombres de aquí. Está demasiado enfermo para dejarle con ellos. Usted debe arreglárselas para ser el único que le vea, que hable con él. El doctor Ralson lo ha aceptado. Al parecer, cree que usted no es tan estúpido como los otros.

Grant sonrió débilmente.

—Bien, me conviene.

—Por supuesto, deberá ser muy cuidadoso. Yo no discutiría de nada con él, excepto de su trabajo. Si voluntariamente le informa de sus teorías, que no lo creo, límitese a vaguedades y márchese. Y en todo momento, esconda lo que sea cortante o puntiagudo. No le deje acercarse a las ventanas. Trate de que sus manos estén siempre a la vista. Sé que me comprende. Dejo a mi paciente en sus manos, doctor Grant.

—Lo haré lo mejor que pueda, doctor Blaustein.

Dos meses enteros vivió Ralson en un rincón del despacho de Grant, y Grant con él. Se pusieron rejas en las ventanas, se retiraron los muebles de madera y se cambiaron por sofás acolchados. Ralson pensaba en el sofá y escribía sobre una carpeta apoyada a un almohadón. El «Prohibida la entrada» era un letrero fijo en el exterior del despacho. Las comidas se las dejaban fuera. El cuarto de baño adyacente

se reservaba para uso particular y se retiró la puerta que comunicaba con el despacho. Grant se afeitaba con maquinilla eléctrica. Comprobaba que Ralson tomara pastillas para dormir todas las noches, y esperaba a que se durmiera antes de dormirse él. Todos los informes se entregaban a Ralson. Los leía mientras Grant vigilaba aparentando no hacerlo. Luego Ralson los dejaba caer y se quedaba mirando al techo, cubriéndose los ojos con una mano.

—¿Algo? —preguntaba Grant. Ralson meneaba negativamente la cabeza. Grant le dijo:

—Oiga, haré que se vacíe el edificio en el cambio de turno. Es muy importante que vea alguno de los aparatos experimentales que hemos estado montando.

Así lo hicieron, recorrieron, como fantasmas, los edificios iluminados y desiertos, cogidos de la mano. Siempre cogidos de la mano. La mano de Grant era firme. Pero, después de cada recorrido, Ralson seguía negando con la cabeza. Una media docena de veces se ponía a escribir; hacía unos garabatos y terminaba dando una patada al almohadón. Hasta que, por fin, se puso a escribir de nuevo y llenó rápidamente media página. Grant, maquinalmente, se acercó. Ralson levantó la cabeza y cubrió la hoja con mano temblorosa. Ordenó:

—Llame a Blaustein.

—¿Cómo?

—He dicho que llame a Blaustein. Tráigale aquí. ¡Ahora!

Grant se precipitó al teléfono. Ralson escribía ahora rápidamente, deteniéndose sólo para secarse la frente con la mano. La apartaba mojada. Levantó la vista y preguntó con voz cascada:

—¿Viene ya?

Grant pareció preocupado al responderle:

—No está en su despacho.

—Búsquele en su casa. Tráigale de donde esté. Utilice este teléfono. No juegue con él.

Grant lo utilizó; y Ralson cogió otra página. Cinco minutos después, dijo Grant:

—Ya viene. ¿Qué le pasa? Parece enfermo.

Ralson hablaba con suma dificultad.

—Falta tiempo..., no puedo hablar...

Estaba escribiendo, marcando, garabateando, trazando diagramas temblorosos. Era como si empujara sus manos, como si luchara con ellas.

—¡Dícteme! —insistió Grant—. Yo escribiré.

Ralson le apartó. Sus palabras eran ininteligibles. Se sujetaba la muñeca con la otra mano, empujándola como si fuera una pieza de madera, al fin se derrumbó sobre sus papeles. Grant se los sacó de debajo y tendió a Ralson en el sofá. Le contemplaba inquieto, desesperado, hasta que llegó Blaustein. Éste le echó una mirada:

—¿Qué ha ocurrido?

—Creo que está vivo —dijo Grant, pero para entonces Blaustein ya lo había comprobado por su cuenta; y Grant le explicó lo ocurrido. Blaustein le puso una inyección y esperaron. Cuando Ralson abrió los ojos parecía ausente. Gimió.

—¡Ralson! —llamó Blaustein inclinándose sobre él. Las manos del enfermo se tendieron a ciegas y agarraron al psiquiatra:

—¡Doctor, lléveme!

—Lo haré. Ahora mismo. Quiere decir que ha solucionado lo del campo de energía, ¿verdad?

—Está en los papeles. Grant lo tiene en los papeles.

Grant los sostenía y los hojeaba dubitativo. Ralson insistió con voz débil:

—No está todo. Es todo lo que puedo escribir. Tendrá que conformarse con eso. Sáqueme de aquí, doctor.

—Espere —intervino Grant, y murmuró impaciente al oído de Blaustein—: ¿No puede dejarle aquí hasta que probemos esto? No puedo descifrar gran cosa. La escritura es ilegible. Pregúntele qué le hace creer que esto funcionará.

—¿Preguntarle? —murmuró Blaustein—. ¿No es él quien siempre lo resuelve todo?

—Venga, pregúntemelo —dijo Ralson, que lo había oído desde donde estaba echado. De pronto sus ojos se abrieron completamente y lanzaban chispas. Los dos hombres se volvieron. Les dijo:

—Ellos no quieren un campo de energía. ¡Ellos! ¡Los investigadores! Mientras no lo comprendí bien, las cosas se mantuvieron tranquilas. Pero yo no había seguido la idea, esa idea que está ahí, en los papeles... No bien empecé a seguirla, por unos segundos sentí..., sentí..., doctor...

—¿Qué es? —preguntó Blaustein. Ralson ahora hablaba en un murmullo:

—Estoy metido en la penicilina. Sentí que me iba hundiendo en ella a medida que iba escribiendo. Nunca llegué tan al fondo. Por eso supe que había acertado. Lléveme.

—Tengo que llevármelo, Grant. No hay otra alternativa. Si puede descifrar lo que ha escrito, magnífico. Si no puede hacerlo, no puedo ayudarle. Este hombre no puede trabajar más en el campo de energía o morirá, ¿lo entiende?

—Pero —objetó Grant— está muriendo de algo imaginario.

—De acuerdo. Diga que así es, pero morirá de todos modos.

Ralson volvía a estar inconsciente y por eso no oyó nada. Grant le miró, sombrío y terminó diciendo:

—Bien, lléveselo pues.

Diez de los hombres más importantes del Instituto contemplaron malhumorados cómo se iba proyectando placa tras placa sobre la pantalla iluminada. Grant les miró

con dureza, ceñudo.

—Creo que la idea es suficientemente simple —les dijo—. Son ustedes matemáticos e ingenieros. Los garabatos pueden parecer ilegibles, pero se hicieron exponiendo una idea. Esta idea está contenida en lo escrito, aunque distorsionada. La primera página es bastante clara. Debería ser un buen indicio. Cada uno de ustedes se fijará en las páginas una y otra vez. Van a escribir la posible versión de cada página como les parezca que debiera ser. Trabajarán independientemente. No quiero consultas.

Uno de ellos preguntó:

—¿Cómo sabe que tiene algún sentido, Grant?

—Porque son las notas de Ralson.

—¡Ralson! Yo creía que estaba...

—Pensó que estaba enfermo —terminó Grant. Tuvo que alzar la voz por encima del barullo de conversaciones—. Lo sé. Lo está. Ésta es la escritura de un hombre que estaba medio muerto. Es lo único que obtendremos de Ralson. Por alguna parte de estos garabatos está la respuesta al problema del campo de energía. Si no podemos descifrarlo, tardaremos lo menos diez años buscándolo por otra parte.

Se enfrascaron en su trabajo. Pasó la noche. Pasaron otras dos noches. Tres noches... Grant miró los resultados. Sacudió la cabeza:

—Aceptaré la palabra de ustedes de que todo esto tiene sentido, pero no puedo decir que lo comprenda.

Lowe, que en ausencia de Ralson hubiera sido fácilmente considerado el mejor ingeniero nuclear del Instituto, se encogió de hombros:

—Tampoco está muy claro para mí. Si funciona, no ha explicado la razón.

—No tuvo tiempo de explicar nada. ¿Puede construir el generador tal como él lo describe?

—Puedo probarlo.

—¿No quiere mirar para nada las versiones de las otras páginas?

—Las demás versiones son definitivamente inconsistentes.

—¿Volverá a comprobarlo?

—Claro.

—¿Y se puede empezar a construir?

—Pondré el taller en marcha. Pero le diré francamente que me siento pesimista.

—Lo sé. Yo también.

La cosa fue creciendo. Hal Ross, jefe de mecánicos, fue puesto al frente de la construcción, y dejó de dormir. A cualquier hora del día o de la noche se le encontraba allí, rascándose la calva. Solamente una vez se atrevió a preguntar:

—¿Qué es, doctor Lowe? Jamás vi nada parecido. ¿Qué se figura que va a ser?

—Sabe usted de sobra dónde se encuentra, Ross —dijo Lowe—. Sabe que aquí

no hacemos preguntas. No vuelva a preguntar.

Ross no volvió a preguntar. Se sabía que aborrecía la estructura que se estaba construyendo. La llamaba fea y antinatural. Pero siguió con ella.

Blaustein fue de visita un día. Grant preguntó:

—¿Cómo está Ralson?

—Mal. Quiere asistir a las pruebas del proyector de campo que él diseñó.

Grant titubeó.

—Deberíamos dejarle. Al fin y al cabo es suyo.

—Tendré que ir con él.

Grant pareció apesadumbrado.

—Puede resultar peligroso, ¿sabe? Incluso en una prueba piloto, estaremos jugando con energías tremendas.

—No será más peligroso para nosotros que para usted —objetó Blaustein.

—Está bien. La lista de observadores tendrá que ser revisada por la Comisión y por el FBI, pero les incluiré.

Blaustein miró a su alrededor. El proyector de campo estaba asentado en el mismísimo centro del inmenso laboratorio de pruebas, pero todo lo demás había sido retirado. No había conexión visible con el montón del plutonio que servía de fuente de energía, pero por lo que el psiquiatra oía a su alrededor —sabía bien que no debía interrogar a Ralson—, la conexión se establecía por debajo. Al principio, los observadores habían rodeado la máquina, hablando en términos incomprensibles, pero ya se apartaban. La galería se estaba llenando. Había por lo menos tres hombres con uniforme de general y un verdadero «ejército» de militares de menor graduación. Blaustein eligió un sitio aún desocupado junto a la barandilla; sobre todo por Ralson.

—¿Todavía piensa que le gustaría quedarse? —le preguntó. Dentro del laboratorio hacía calor, pero Ralson llevaba el gabán con el cuello levantado. Blaustein pensaba que importaba poco. Dudaba que alguno de los antiguos conocidos de Ralson le reconocieran ahora. Ralson contestó:

—Me quedaré.

Blaustein estaba encantado. Quería ver la prueba. Se volvió al oír una voz nueva:

—Hola, doctor Blaustein.

Por unos segundos Blaustein no pudo situarlo, luego exclamó:

—Ah, inspector Darrity. ¿Qué está usted haciendo aquí?

—Exactamente lo que supone —dijo señalando a los observadores—. No hay forma de vigilarlos y poder estar seguro de no cometer errores. Una vez estuve tan cerca de Klaus Fuchs como lo estoy de usted ahora. —Lanzó el cortaplumas al aire y lo recuperó con destreza.

—Ah, claro. ¿Dónde podemos encontrar absoluta seguridad? ¿Qué hombre puede confiar incluso en su propio subconsciente? Y ahora no se moverá de mi lado,



¿verdad?

—Tal vez —sonrió Darrity—. Estaba usted muy ansioso de meterse aquí dentro, ¿no es cierto?

—No por mí, inspector. Y, por favor, guárdese el cortaplumas.

Darrity se volvió sorprendido en dirección al leve gesto de la mano de Blaustein. Silbó entre dientes.

—Hola, doctor Ralson —saludó.

—Hola —dijo Ralson con dificultad. Blaustein no pareció sorprendido por la reacción del inspector. Ralson había perdido más de diez kilos desde su regreso al sanatorio. Su rostro arrugado estaba amarillento; era la cara de un hombre que salta de pronto a los sesenta años. Blaustein preguntó:

—¿Empezará pronto la prueba?

—Parece que se disponen a empezar —contestó Darrity Volvió y se apoyó en la barandilla.

Blaustein cogió a Ralson por el codo y empezó a llevárselo, pero Darrity dijo a media voz:

—Quédese aquí, doctor. No quiero que anden por ahí.

Blaustein miró al laboratorio. Había hombres de pie con el aspecto de haberse vuelto de piedra. Pudo reconocer a Grant, alto y flaco, moviendo lentamente la mano en el gesto de encender un cigarrillo, pero cambiando de opinión se guardó el mechero y el pitillo en uno de los bolsillos. Los jóvenes apostados en el tablero de control esperaban, tensos. Entonces se oyó un leve zumbido y un vago olor a ozono llenó el aire. Ralson exclamó, ronco:

—¡Miren!

Blaustein y Darrity siguieron la dirección del dedo. El proyector pareció fluctuar. Fue como si entre ellos y el proyector surgiera aire caliente. Bajó una bola de hierro con movimiento pendular fluctuante y cruzó el área.

—Ha perdido velocidad, ¿no? —preguntó excitado Blaustein. Ralson movió la cabeza afirmativamente.

—Están midiendo la altura de elevación del otro lado para calcular la pérdida de impulso. ¡Idiotas! Les dije que funcionaría.

Hablaba con mucha dificultad.

—Limítese a observar, doctor Ralson —aconsejó Blaustein—. No debería excitarse innecesariamente.

El péndulo fue detenido a mitad de camino, recogido. La fluctuación del proyector se hizo un poco más intensa y la esfera de hierro volvió a trazar su arco hacia abajo. Esto una y otra vez, hasta que la esfera fue interrumpida de una sacudida. Hacía un ruido claramente audible al topar con las vibraciones. Y, eventualmente, rebotó. Primero pesadamente y después resonando al topar como si fuera contra

acero, de tal forma que el ruido lo llenaba todo. Recogieron el péndulo y ya no lo utilizaron más. El proyector apenas podía verse tras la bruma que lo envolvía. Grant dio una orden y el olor a ozono se hizo más acusado y penetrante. Los observadores reunidos gritaron al unísono, cada uno dirigiéndose a su vecino. Doce dedos señalaban. Blaustein se inclinó sobre la barandilla tan excitado como los demás. Donde había estado el proyector había ahora solamente un enorme espejo semiglobular. Estaba perfecta y maravillosamente limpio. Podía verse en él un hombrecito de pie en un pequeño balcón que se curvaba a ambos lados. Podía ver las luces fluorescentes reflejadas en puntos de iluminación resplandeciente. Era maravillosamente claro. Se encontró gritando:

—Mire, Ralson. Está reflejando energía. Refleja las ondas de luz como un espejo. Ralson... —Se volvió—. ¡Ralson! Inspector, ¿dónde está Ralson?

Darrity se giró en redondo.

—No le he visto... —Miró a su alrededor, asustado—. Bueno, no podrá huir. No hay forma de salir de aquí ahora. Vaya por el otro lado. —Cuando se tocó el pantalón, rebuscó en el bolsillo y exclamó—: ¡Mi cortaplumas ha desaparecido!

Blaustein le encontró. Estaba dentro del pequeño despacho de Hal Ross. Daba al balcón pero, claro, en aquellas circunstancias estaba vacío. El propio Ross no era siquiera uno de los observadores. Un jefe de mecánicos no tiene por qué observar. Pero su despacho serviría a las mil maravillas para el punto final de la larga lucha contra el suicidio.

Blaustein, mareado, permaneció un momento junto a la puerta, después se volvió. Miró a Darrity cuando éste salía de un despacho similar a unos metros por debajo del balcón. Le hizo una seña y Darrity llegó corriendo.

El doctor Grant temblaba de excitación. Ya había dado dos chupadas a dos cigarrillos pisándolos inmediatamente. Rebuscaba ahora para encontrar el tercero. Decía:

—Esto es más de lo que cualquiera de nosotros podría esperar. Mañana lo probaremos con fuego de cañón. Ahora estoy completamente seguro del resultado, pero estaba planeado, y lo llevaremos a cabo. Nos saltaremos las armas pequeñas y empezaremos a nivel de bazooka. O, tal vez, no. Quizá tuviéramos que construir una enorme estructura para evitar, el problema del rebote de proyectiles.

Tiró el tercer cigarrillo. Un general comentó:

—Lo que tendríamos que probar es, literalmente, un bombardeo atómico, claro. Naturalmente. Ya se han tomado medidas para levantar una pseudo-ciudad en Eniwetok. Podríamos montar un generador en aquel punto y soltar la bomba. Dentro, meteríamos animales. ¿Y cree realmente que si montamos un campo de plena energía, contendría la bomba?

—No es exactamente esto, general. No se percibe ningún campo hasta que la

bomba cae. La radiación del plutonio formaría la energía del campo antes de la explosión. Lo mismo que hemos hecho aquí en la última fase. Eso es la esencia de todo.

—¿Sabe? —objetó un profesor de Princeton—, yo veo inconvenientes también. Cuando el campo está en plena energía, cualquier cosa que esté protegiendo se encuentra en la más total oscuridad, por lo que se refiere al Sol. Además, se me antoja que el enemigo puede adoptar la práctica de sellar misiles radiactivos inofensivos para que se dispare el campo de vez en cuando. No tendría el menor valor y sería en cambio para nosotros un desgaste considerable.

—Podemos soportar todo tipo de tonterías. Ahora que el problema principal ha sido resuelto, no me cabe la menor duda de que estas dificultades se resolverán.

El observador británico se había abierto paso hacia Grant y le estrechaba las manos, diciéndole:

—Ya me siento mejor respecto a Londres. No puedo evitar el desear que su Gobierno me permita ver los planos completos. Lo que he presenciado me parece genial. Ahora, claro, parece obvio, pero, ¿cómo pudo ocurrírsele a alguien?

Grant sonrió.

—Ésta es una pregunta que se me ha hecho antes respecto a los inventos del doctor Ralson...

Se volvió al sentir una mano sobre su hombro.

—¡Ah, doctor Blaustein! Casi se me había olvidado. Venga, quiero hablar con usted.

Arrastró al pequeño psiquiatra a un lado y le dijo al oído:

—Oiga, ¿puede usted convencer al doctor Ralson de que debo presentarle a toda esa gente? Éste es su triunfo.

—Ralson está muerto —dijo Blaustein.

—¿Qué?

—¿Puede dejar a esta gente por un momento?

—Sí..., sí..., caballeros, ¿me permiten unos minutos?

Y salió rápidamente con Blaustein.

Los federales se habían hecho cargo de la situación. Sin llamar la atención, bloqueaban ya la entrada al despacho de Ross. Fuera estaban los asistentes comentando la respuesta a Alamogordo que acababan de presenciar. Dentro, ignorado por ellos, está la muerte del que respondió. La barrera de guardianes se separó para permitir la entrada a Grant y Blaustein. Tras ellos volvió a cerrarse otra vez. Grant levantó la sábana, por un instante, y comentó:

—Parece tranquilo.

—Yo diría..., feliz: —dijo Blaustein. Darrity comentó, inexpresivo.

—El arma del suicidio fue mi cortaplumas. La negligencia fue mía; informaré en

este sentido.

—No, no —cortó Blaustein—, sería inútil. Era mi paciente y yo soy el responsable. De todos modos, no hubiera vivido más allá de otra semana. Desde que inventó el proyector, fue un moribundo.

—¿Cuánto hay que entregar al archivo federal de todo esto? —preguntó Grant—. ¿No podríamos olvidar todo eso de su locura?

—Me temo que no, doctor Grant —declaró Darrity.

—Le he contado toda la historia —le confesó Blaustein con tristeza. Grant miró a uno y otro.

—Hablaré con el director. Llegaré hasta el Presidente, si es necesario. No veo la menor necesidad de que se mencione ni el suicidio, ni la locura. Se le concederá la máxima publicidad como a inventor del proyector del campo de energía. Es lo menos que podemos hacer por él —dijo rechinando los dientes.

—Dejó una nota —anunció Blaustein.

—¿Una nota?

Darrity le entregó un pedazo de papel, diciéndole:

—Los suicidas suelen hacerlo siempre. Ésta es una de las razones por las que el doctor me contó lo que realmente mató a Ralson.

La nota iba dirigida a Blaustein y decía así:

«El proyector funciona; sabía que así sería. He cumplido lo acordado. Ya lo tienen y no me necesitan más. Así que me iré. No debe preocuparse por la raza humana, doctor. Tenía usted razón. Nos dejaron vivir demasiado tiempo; han corrido demasiados riesgos. Ahora hemos salido del cultivo y ya no podrán detenernos. Lo sé. Es lo único que puedo decir. Lo sé.»

Había firmado con prisa y debajo había otra línea garabateada, que decía:

«Siempre y cuando haya suficientes hombres resistentes a la penicilina.»

Grant hizo ademán de arrugar el papel, pero Darrity alargó al instante la mano.

—Para el informe, doctor.

Grant le entregó el papel y murmuró:

—¡Pobre Ralson! Murió creyendo en todas esas bobadas.

—En efecto —afirmó Blaustein—, a Ralson se le hará un gran entierro, supongo, y lo de su invento será publicado sin hablar de locura ni de suicidio. Pero los hombres del Gobierno seguirán interesándose por sus teorías locas. Mas, tal vez no sean tan locas, ¿eh, Darrity?

—No sea ridículo, doctor —cortó Grant—. No hay un solo científico entre los dedicados a este trabajo que haya mostrado la menor inquietud.

—Cuéntaselo, Darrity —aconsejó Blaustein.

—Ha habido otro suicidio. No, no, ninguno de los científicos. Nadie con título universitario. Ocurrió esta mañana e investigamos porque pensamos que podría tener

cierta relación con la prueba de hoy. No parecía que la hubiera y estábamos decididos a callarlo hasta que terminaran todas las pruebas. Sólo que ahora sí que parece que haya una conexión.

—El hombre que murió era solamente un hombre con esposa y tres hijos. Ninguna historia de enfermedad mental. Se tiró debajo de un coche. Tenemos testigos y es seguro que lo hizo adrede. No murió instantáneamente y le buscaron un médico. Estaba terriblemente destrozado, pero sus últimas palabras fueron: «Ahora me siento mucho mejor». Y murió.

—Pero, ¿quién era? —preguntó Grant.

—Hal Ross. El hombre que en realidad construyó el proyector. El hombre en cuyo despacho nos encontramos.

Blaustein se acercó a la ventana. Sobre el cielo oscuro de la tarde brillaban las estrellas.

—El hombre no sabía nada de las teorías de Ralson —explicó—. Jamás había hablado con él. Me lo ha dicho Darrity. Los científicos son probablemente resistentes como un todo. Deben serlo o pronto se verían apartados de su profesión. Ralson era una excepción, un hombre sensible a la penicilina, pero decidido a quedarse. Y ya ven lo que le ha ocurrido. Pero qué hay de los demás; aquellos que siguieron el camino de la vida, donde no se va arrancando a los sensibles a la penicilina; ¿cuánta humanidad es resistente a la penicilina?

—¿Usted cree a Ralson? —preguntó Grant, horrorizado.

—No podría decirlo.

Blaustein contempló las estrellas.

¿Incubadoras?

## Conducto C (1951)

---

“The C-Chute”

Aun desde la cabina donde lo habían encerrado con los demás pasajeros, el coronel Anthony Windham veía el desarrollo de la batalla. Durante un rato hubo un silencio sin sobresaltos, lo cual significaba que las naves combatían a distancia astronómica, en un duelo de descargas energéticas y potentes defensas de campo.

Sabía que eso podía tener un único fin. La nave terrícola era sólo un buque mercante provisto de armas, y una ojeada al enemigo kloro, antes de que la tripulación los retirara de la cubierta, le había bastado para indicarle que se trataba de un crucero liviano.

Y en menos de media hora comenzaron esas sacudidas que estaba esperando. Los pasajeros se tambaleaban bruscamente mientras la nave giraba y viraba igual que un barco en una tormenta. Pero el espacio seguía tan tranquilo y silencioso como siempre; era el piloto, que lanzaba desesperados chorros de vapor por los tubos para que la nave rodara y girara por reacción. Eso sólo podía significar que había ocurrido lo inevitable: se habían eliminado las pantallas protectoras de la nave terrícola y ya no soportarían un impacto directo.

El coronel Windham se apoyó en su bastón de aluminio. Pensó que era un anciano, que se había pasado la vida en la milicia sin participar en ningún combate y que, en ese momento, con una batalla desarrollándose a su alrededor, se veía viejo, gordo, cojo y sin hombres bajo su mando.

Pronto los abordarían esos monstruos kloros. Era su modo de luchar. Sus trajes espaciales los estorbarían, así que sufrirían muchas bajas; pero querían la nave terrícola. Windham observó a los pasajeros. Por un momento pensó: si estuvieran armados y yo pudiera dirigirlos...

Desechó la idea. Porter obviamente se había acobardado y el joven Leblanc no estaba mucho mejor. Los hermanos Polyorketes —demonios, no podía distinguirlos— murmuraban en un rincón. Mullen era diferente, estaba erguido en su asiento, sin demostrar miedo ni otras emociones; pero medía apenas un metro cincuenta de estatura y era evidente que jamás había empuñado un arma en su vida. No podía hacer nada.

Y estaba Stuart, con su sonrisa socarrona y la incisiva ironía que impregnaba cada una de sus frases. Windham lo miró y vio que se acariciaba el cabello trigüeño con sus manos pálidas. Con esas manos artificiales resultaba inservible.

Sintió la vibrante sacudida del contacto entre ambas naves y, a los cinco minutos, se oyó ruido de combate en los corredores. Uno de los hermanos Polyorketes dio un grito y echó a correr hacia la puerta. El otro hizo lo propio después de gritar:

—¡Arístides, espera!

Sucedió de repente. Arístides salió al corredor, presa del pánico. Un carbonizador fulguró y ni siquiera se escuchó un gemido. Windham, desde la puerta, apartó horrorizado la vista de aquellos restos ennegrecidos. Resultaba extraño: toda una vida de uniforme y jamás había presenciado una muerte violenta.

Se necesitó la fuerza de todos los demás para arrastrar al otro hermano al interior de la habitación.

El alboroto de la batalla se apaciguó.

—Ha terminado —dijo Stuart—. Pondrán dos tripulantes profesionales a bordo y nos llevarán a uno de sus planetas. Somos prisioneros de guerra, naturalmente.

—¿Sólo dos kloros permanecerán a bordo? —preguntó sorprendido Windham.

—Es su costumbre —respondió Stuart—. ¿Por qué lo pregunta, coronel? ¿Piensa encabezar un gallardo intento de recuperar la nave?

Windham se sonrojó.

—Sólo era curiosidad, qué diablos.

Pero supo que no había dado con la nota de dignidad y autoridad que buscaba. Era simplemente un viejo cojo.

Y Stuart quizá tuviera razón. Había vivido entre los kloros y conocía sus costumbres.

John Stuart sostuvo desde un principio que los kloros eran unos caballeros. Tras haber transcurrido veinticuatro horas de encarcelamiento, repetía esa afirmación mientras flexionaba los dedos y observaba las arrugas que surcaban el blando artiplasma.

Disfrutaba de la reacción airada que causaba en los demás. Las personas estaban hechas para ser perforadas; eran vejigas con demasiado aire. Y sus manos eran del mismo material que sus cuerpos.

Anthony Windham era un caso especial. Se hacía llamar coronel Windham, y Stuart estaba dispuesto a creerle. Un coronel retirado que tal vez hubiese adiestrado una guardia miliciana en un prado de aldea, cuarenta años atrás, y con tal falta de distinción que no lo reincorporaron al servicio con ningún cargo, ni siquiera durante la emergencia de la primera guerra interestelar de la Tierra.

—No es oportuno hablar así del enemigo, Stuart. No sé si me gusta esa actitud.

Windham parecía empujar las palabras a través del pulcro bigote. También se había rasurado la cabeza, imitando el estilo militar en boga, pero un vello gris empezaba a rodearle la coronilla calva. Las mejillas fofas se le aflojaban, lo cual, sumado a las venillas rojas de la nariz, le daba un aire desaliñado, como si lo hubieran despertado de golpe y demasiado temprano.

—Pamplinas —rechazó Stuart—. Invierta esta situación. Suponga que una nave militar terrícola hubiera capturado una de sus naves de travesía. ¿Qué cree que habría pasado con los civiles kloros?

—Estoy seguro de que la flota terrícola observaría las reglas de la guerra interestelar —sostuvo Windham.

—Sólo que no existen. Si pusiéramos una tripulación profesional en una de sus naves, ¿se cree que nos tomaríamos la molestia de mantener una atmósfera de cloro para los supervivientes, que les permitiríamos conservar sus pertenencias legítimas, que les cederíamos la sala más confortable, etcétera, etcétera, etcétera?

—Oh, cálese, por amor de Dios —se quejó Ben Porter—. Si oigo sus etcéteras una vez más, me volveré loco.

—Lo lamento —dijo Stuart, sin lamentarlo.

Porter a duras penas conservaba el aplomo. El rostro delgado y la nariz ganchuda le relucían de sudor, y se mordió el interior de la mejilla hasta que hizo una mueca de dolor. Apoyó la lengua en el sitio dolorido, lo cual acrecentó su aspecto de payaso.

Stuart se estaba cansando de azuzarlos. Windham era un enemigo demasiado débil y Porter sólo sabía temblar. Los demás guardaban silencio. Demetrios Polyorketes se refugiaba en un mundo de callada congoja interior. Tal vez no hubiera dormido esa noche. Al menos, cuando Stuart se despertó y cambió de postura, —pues él también se hallaba inquieto— le oyó murmurar en la litera. No dejaba de decir cosas, pero lo que más repetía era: «¡Oh, mi hermano!»

Ahora estaba sentado en la litera, mirando con ojos inflamados a los demás prisioneros y con la barba crecida en su rostro moreno. Hundió la cara en las palmas callosas y sólo se le vieron los mechones de pelo crespo y negro. Se balanceó lentamente, pero como todos se encontraban despiertos no emitió ningún sonido.

Claude Leblanc se esforzaba en vano por leer una carta. Era el más joven de los seis. Recién salido de la universidad, regresaba a la Tierra para casarse. Esa mañana Stuart lo había sorprendido sollozando en silencio, con su rostro rosa y blanco abotargado como el de un niño desconsolado. Era muy rubio y poseía una belleza casi femenina en torno de sus grandes ojos azules y sus labios carnosos. Stuart se preguntó qué clase de chica sería la muchacha que había prometido convertirse en su esposa. Había visto la foto, como todos a bordo. Tenía esa belleza insípida que volvía indistinguibles los retratos de las novias. Stuart pensó que de ser él mujer preferiría alguien más viril.

Eso le dejaba sólo a Randolph Mullen. Con franqueza, no sabía qué idea hacerse de él. Era el único de los seis que había pasado un tiempo considerable en los mundos arcturianos. Stuart sólo había estado allí el tiempo suficiente para dictar una serie de conferencias sobre ingeniería astronáutica en el instituto provincial de ingeniería. El coronel Windham había ido de visita a Cook, Porter estuvo comprando hortalizas concentradas alienígenas para sus plantas de enlatado de la Tierra, y los hermanos Polyorketes, tras intentar establecerse en Arcturus como granjeros, al cabo de dos estaciones renunciaron, obtuvieron algunas ganancias de la venta y regresaban a la



Tierra.

Randolph Mullen, en cambio, había pasado diecisiete años en el sistema arcturiano. ¿Cómo hacían los viajeros para averiguar tan pronto tantas cosas sobre sus compañeros de travesía? Ese hombrecillo apenas había hablado durante su estancia a bordo. Era infaliblemente cortés, siempre se hacía a un lado para ceder el paso y su vocabulario parecía consistir en «gracias» y «con perdón». Sin embargo, se sabía que ése constituía su primer viaje a la Tierra en diecisiete años.

Era un hombrecillo menudo, y tan meticuloso que resultaba irritante. Al despertar esa mañana, había hecho su cama, se había afeitado, bañado y vestido. El hecho de ser prisionero de los kloros no alteraba sus hábitos de años. No hacía alarde de ello, eso había que admitirlo, y no parecía reprobar el desaliño de los demás; se limitaba a permanecer sentado, casi con pudor, enfundado en su atuendo conservador y con las manos entrelazadas sobre el regazo. La fina línea de vello que le cubría el labio superior, lejos de infundirle carácter, ponía absurdamente un énfasis en su apocamiento.

Parecía la caricatura de un contable. Y lo más raro, pensó Stuart, era que se dedicaba precisamente a eso. Lo había leído en el registro: Randolph Fluellen Mullen; ocupación, tenedor de libros; empleadores, Cajas de Papel Prístina y Cía.; avenida de Tobías, número 27; Nueva Varsovia; Arcturus 11.

—¿Señor Stuart?

Levantó la cabeza... Era Leblanc, con un temblor en el labio inferior. Stuart procuró ser amable.

—¿Qué hay, Leblanc?

—Dígame, ¿cuándo nos soltarán?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Todos dicen que vivió en un planeta kloro, y acaba usted de decir que son unos caballeros.

—Sí, claro. Pero hasta los caballeros libran las guerras con el propósito de ganarlas. Tal vez nos retengan mientras dure el conflicto.

—¡Pero podría durar años! Margaret me está esperando. ¡Pensaré que he muerto!

—Supongo que nos permitirán enviar mensajes una vez que llegemos a su planeta.

Porter intervino con voz ronca y agitada:

—Si usted sabe tanto sobre estos demonios, ¿qué nos harán cuando nos encarcelen? ¿Con qué nos alimentarán? ¿Nos darán oxígeno? Sin duda nos matarán. —Y añadió nostálgicamente—: A mí también me aguarda una esposa.

Pero Stuart le había oído hablar de su esposa en los días previos al ataque. No se dejó impresionar. Porter toqueteaba con sus uñas carcomidas la manga de Stuart, que se apartó con brusca repulsión. No soportaba esas horribles manos. Le sacaba de

quicio que esas monstruosidades fuesen reales mientras que sus manos perfectas no eran más que imitaciones confeccionadas con látex alienígena.

—No nos matarán. Si ésa fuera su intención ya lo hubiesen hecho. Nosotros también capturamos kloros, y es cuestión de sentido común tratar bien a los prisioneros si se espera lo mismo del otro bando. Sabrán comportarse. Quizá la comida no sea excelente, pero son mejores químicos que nosotros. Son sobresalientes en eso. Sabrán exactamente qué factores alimentarios y cuántas calorías necesitamos. Sobreviviremos. Ellos se encargarán de que así sea.

—Habla usted cada vez más como un simpatizante de esos bichos verdes —gruñó Windham—. Me revuelve el estómago que un terrícola hable de esas criaturas como lo hace usted. Rayos, ¿dónde está su lealtad?

—Mi lealtad está donde corresponde; con la honestidad y la decencia, al margen de la forma del ser que las practique. —Levantó sus manos—. ¿Ve esto? Es obra de los kloros. Viví seis meses en uno de sus planetas. Las máquinas de acondicionamiento de mis aposentos me destrozaron las manos. Pensé que el suministro de oxígeno que me daban era escaso (en realidad no lo era) y procuré hacer ajustes por mi cuenta. Fue culpa mía. No conviene aventurarse con las máquinas de otra cultura. Cuando los kloros atinaron a ponerse un traje atmosférico y llegar a mí, era demasiado tarde para salvar mis manos.

»Cultivaron estas cosas de arti plasma y me operaron. Para ello tuvieron que diseñar equipo y soluciones nutrientes que funcionaran en una atmósfera de oxígeno. Sus cirujanos tuvieron que efectuar una delicada operación enfundados en trajes atmosféricos. Y yo recuperé las manos. —Se rió con aspereza, apretando los puños—. Manos...

—¿Y por eso vende la lealtad que debe a la Tierra? —le reprochó Windham.

—¿Vender mi lealtad? Usted está loco. Durante años odié a los kloros por esto. Yo era piloto mayor de las Líneas Espaciales Transgalácticas antes de este suceso. ¿Ahora? Trabajo en un escritorio. Y doy algunas conferencias. Tardé tiempo en asumir la responsabilidad y comprender que los kloros se habían comportado con decencia. Tienen su propio código ético y es tan bueno como el nuestro. Si no fuera por la estupidez de algunos de ellos y de algunos de los nuestros no estaríamos en guerra. Y cuando haya terminado...

Polyorketes estaba de pie. Curvó los gruesos dedos y sus ojos oscuros relucieron.

—No me gusta su modo de hablar, amigo.

—¿Por qué?

—Porque habla demasiado bien de esos bastardos verdes. Los kloros se portaron bien con usted, ¿eh? Bueno, pues no hicieron lo mismo con mi hermano. Lo mataron. Y tal vez yo le mate a usted, maldito espía de los verdes.

Y atacó.

Stuart apenas tuvo tiempo de alzar los brazos para contener al furibundo granjero. Jadeó un juramento mientras le sujetaba una muñeca y movía el hombro para evitar que el otro le apresara la garganta.

Su mano de artiplasma cedió. Polyorketes se zafó sin esfuerzo.

Windham resollaba, Leblanc les pedía que se detuvieran, con su voz aflautada; pero fue el pequeño Mullen quien agarró al granjero por detrás y tiró con todas sus fuerzas. No fue muy efectivo, pues Polyorketes ni siquiera notó el peso del hombrecillo en su espalda. Mullen se vio levantado en vilo y empezó a patalear. Pero no soltó a Polyorketes y al fin Stuart logró zafarse y echó mano del bastón de aluminio de Windham.

—Aléjese, Polyorketes —advirtió.

Recobraba el aliento, temiendo otra embestida. Ese hueco cilindro de aluminio no serviría de mucho, pero era mejor que contar sólo con sus débiles manos.

Mullen soltó a Polyorketes y se mantuvo alerta, con la respiración entrecortada y la chaqueta desaliñada.

Polyorketes se quedó inmóvil. Agachó su cabeza desgredada.

—Es inútil —masculló—. Lo que he de matar son kloros. Pero cuide su lengua, Stuart. Si habla más de la cuenta puede tener problemas. Hablo en serio.

Stuart se pasó el brazo por la frente y le devolvió el bastón a Windham, quien lo tomó con la mano izquierda mientras usaba la derecha para enjugarse la calva con un pañuelo mientras hablaba:

—Caballeros, evitemos estas fricciones. Atentan contra nuestro prestigio. Recordemos al enemigo común. Somos terrícolas y hemos de actuar como lo que somos, la raza dominante en la galaxia. No debemos degradarnos ante las razas inferiores.

—Sí, coronel —resopló Stuart—. Ahórrese el resto del discurso para mañana. —Se volvió hacia Mullen—. Quiero darle las gracias.

Le causaba embarazo, pero tenía que hacerlo. El pequeño contable lo había sorprendido. Pero Mullen, con una voz seca que apenas se elevó por encima de un susurro, replicó:

—No me lo agradezca, señor Stuart. Era lo único que podía hacer. Si nos encarcelan, le necesitaremos como intérprete. Usted entiende a los kloros.

Stuart se puso tenso. Era el típico razonamiento de un tenedor de libros, demasiado lógico, demasiado árido. Riesgo presente y provecho futuro. Un pulcro equilibrio entre créditos y débitos. Hubiera preferido que Mullen lo defendiera por..., bueno, por mera decencia, sin egoísmos.

Se rió de sí mismo. Comenzaba a esperar idealismo de los seres humanos, en vez de motivaciones claras e interesadas.

Polyorketes estaba aturdido. La pena y la furia actuaban como un ácido en su

interior, pero no hallaban palabras para expresarse. Si él fuera Stuart, ese bocazas de manos blancas, podría hablar y hablar hasta sentirse mejor. En cambio, tenía que quedarse allí sentado, muerta la mitad de su ser, sin hermano, sin Arístides...

Fue tan repentino... Si pudiera retroceder en el tiempo y contar con un segundo más para frenar a Arístides, detenerlo, salvarlo...

Pero ante todo odiaba a los kloros. Dos meses atrás apenas había oído hablar de ellos, y ya los odiaba con tal furia que le alegraría morir con tal de liquidar unos cuantos.

—¿Cómo se inició esta guerra, eh? —preguntó sin levantar la vista.

Temía que le respondiera Stuart. Odiaba esa voz. Pero habló Windham, el calvo.

—La causa inmediata fue una disputa por concesiones mineras en el sistema Wyandotte. Los kloros invadieron propiedades terrícolas.

—¡Hay espacio para ambos, coronel!

Polyorketes irguió la cabeza con un gruñido. Ese Stuart no podía cerrar el pico. De nuevo con su cháchara, ese lisiado, ese sabelotodo, ese traidor.

—¿Valía la pena pelear por eso, coronel? —continuó Stuart—. No podemos usar unos los mundos del otro. Los planetas de cloro son inútiles para nosotros y nuestros planetas de oxígeno lo son para ellos. El cloro es mortífero para nosotros y el oxígeno lo es para ellos. No hay modo de mantener una hostilidad permanente. Nuestras razas no coinciden. ¿Se justifica la lucha porque ambas razas quieren extraer hierro de los mismos asteroides sin aire cuando hay millones de ellos en la galaxia?

—Está la cuestión del honor planetario... —empezó Windham. —Fertilizante planetario. ¿Cómo puede eso excusar esta ridícula guerra? Sólo se puede luchar en puestos de avanzada. Se ha reducido a una serie de acciones defensivas, y con el tiempo se dirimirá mediante negociaciones que se pudieron efectuar en primer término para evitarla. Ni nosotros ni los kloros ganaremos nada.

A regañadientes, Polyorketes comprendió que estaba de acuerdo con Stuart. ¿Qué les importaba a él y a Arístides dónde obtuvieran el hierro los terrícolas o los kloros?

¿Eso justificaba la muerte de su hermano? Sonó el timbre de advertencia.

Polyorketes irguió la cabeza y se levantó despacio, apretando los labios. En la puerta sólo podía haber una cosa. Aguardó, con los brazos en tensión y los puños cerrados. Stuart se le acercó. Polyorketes lo notó y se rió para sus adentros. Que entrara el kloro y ni Stuart ni los demás podrían detenerlo.

Espera, Arístides, espera un momento y obtendrás un poco de venganza.

Se abrió la puerta y entró un personaje enfundado en una amorfa e inflada imitación de traje espacial.

Una voz extraña, aunque no del todo desagradable, comenzó a hablar:

—Con desagrado, terrícolas, mi compañero y yo...

Y se calló cuando Polyorketes atacó profiriendo un rugido. Fue una acometida

torpe, una embestida de toro: con la cabeza agachada y extendidos los brazos fornidos y los dedos velludos. Empujó a Stuart, antes de que éste tuviera la oportunidad de intervenir, y lo derribó sobre un catre.

El kloro pudo haber detenido a Polyorketes con el brazo sin mayor esfuerzo o hacerse a un lado para esquivarlo; en cambio, con un rápido movimiento desenfundó un arma, y un haz rosado la conectó con el atacante. Polyorketes se desplomó, arqueado como estaba y con un pie en el aire, víctima de una parálisis instantánea. Cayó de lado, con los ojos vivos y ardientes de furia.

—No sufrirá lesiones permanentes —dijo el kloro, sin inmutarse aparentemente ante aquel intento de violencia. Luego, volvió a empezar—: Con desagrado, terrícolas, mi compañero y yo hemos captado un cierto alboroto en esta habitación. ¿Hay alguna necesidad que podamos satisfacer?

Stuart se masajeaba la rodilla que se había raspado al chocar con el catre.

—No, gracias, kloro —masculló.

—Un momento —resopló Windham—, esto es ultrajante. Exigimos que se disponga nuestra liberación.

El kloro volvió su diminuta cabeza de insecto hacia el hombre gordo. No resultaba agradable para quien no estuviera habituado. Tenía la estatura de un terrícola, pero la parte superior consistía en un cuello que parecía un tallo fino, coronado por una cabeza que era apenas una hinchazón. Se componía de una trompa roma y triangular y, a ambos lados, sendos ojos protuberantes. Eso era todo. No había caja craneana ni cerebro. Lo que equivalía al cerebro estaba situado en lo que sería el abdomen en un terrícola; la cabeza era un mero órgano sensorial. El traje espacial respetaba la forma de la cabeza, y los ojos quedaban expuestos en dos claros semicírculos de vidrio que parecían verdes a causa de la atmósfera de cloro del interior. Uno de esos ojos estaba enfocando a Windham, quien se echó a temblar ante esa mirada.

—No tienen derecho a mantenernos prisioneros —insistió a pesar de todo—. No somos combatientes.

La voz del kloro, con su sonido artificial, surgía de un pequeño aditamento de alambre de cromo en lo que hacía las veces de pecho. La caja sonora funcionaba con aire comprimido, controlados por uno o dos de los delicados zarcillos en horqueta que surgían de los dos círculos del cuerpo superior y que, por suerte, quedaban ocultos bajo el traje.

—¿Hablas en serio, terrícola? Sin duda has oído hablar de la guerra, de las normas de la guerra y de los prisioneros de guerra.

Miró en torno, moviendo los ojos a sacudidas bruscas y fijando la vista primero en un objeto y, luego, en otro. Stuart entendía que cada ojo comunicaba un mensaje al cerebro abdominal, el cual debía coordinar ambos para obtener toda la información.

Windham no supo qué responder. Los demás callaron. El kloro, con sus cuatro extremidades principales (un par de brazos y un par de piernas), tenía un aspecto vagamente humano dentro del traje, siempre que uno no lo mirara a la cabeza; pero no había modo de adivinar sus sentimientos.

Dio media vuelta y se marchó.

Porter carraspeó y habló con voz sofocada:

—Por Dios, qué tufo a cloro. Si no hacen algo, moriremos con los pulmones destrozados.

—Cállese —le espetó Stuart—. No hay suficiente cloro en el aire para hacer estornudar a un mosquito y lo poco que hay se esfumará en dos minutos. Además, un poco de cloro será bueno para usted. Quizá mate el virus de su resfriado.

Windham tosió y dijo:

—Stuart, creo que usted pudo decirle algo sobre nuestra liberación a su amigo kloro. No es tan audaz en su presencia como cuando ellos no están, ¿eh?

—Ya oyó lo que dijo esa criatura, coronel. Somos prisioneros de guerra, y el intercambio de prisioneros lo negocian los diplomáticos. Tendremos que esperar.

Leblanc, que se había puesto pálido al ver al kloro, se levantó y corrió hacia el excusado. Le oyeron vomitar.

Se hizo un incómodo silencio mientras Stuart pensaba qué decir para disimular ese desagradable sonido. Mullen intervino. Hurgaba en un pequeño estuche que había sacado de debajo de la almohada.

—Tal vez sea mejor que el señor Leblanc tome un sedante antes de acostarse. Tengo bastantes. Me alegrará ofrecerle uno. —De inmediato explicó su generosidad—: De lo contrario, quizá nos mantenga despiertos a todos.

—Muy lógico —asintió secamente Stuart—. Será mejor que guarde alguno para nuestro caballero andante. Guarde media docena. —Se acercó a Polyorketes, que todavía estaba despatarrado, y se arrodilló—. ¿Está cómodo el niño?

—Es de pésimo gusto hablar así, Stuart —protestó Windham.

—Bien, si tan preocupado está por él, ¿por qué usted y Porter no lo llevan a su catre?

Los ayudó a trasladarlo. Los brazos de Polyorketes temblaban de un modo errático. Por lo que Stuart sabía sobre las armas nerviosas de los kloros, el hombre debía de estar sufriendo un hormigueo insoportable.

—Y no lo traten con mucha suavidad —añadió—. Este zopenco pudo hacer que nos mataran a todos. ¿Y para qué?

Empujó el cuerpo, rígido a un lado y se sentó en el borde de la litera.

—¿Me oye, Polyorketes? —Los ojos del herido fulguraron. Intentó en vano alzar el brazo—. De acuerdo, pues. Escuche. No vuelva a intentar nada parecido. La próxima vez puede ser el fin para todos nosotros. Si usted hubiera sido un kloro y él

un terrícola, ya estaríamos muertos. Así que métase una cosa en la mollera: lamentamos lo de su hermano y es una pena, pero fue únicamente culpa suya.

Polyorketes trató de moverse y Stuart lo contuvo. —No, siga escuchando. Tal vez ésta sea mi única oportunidad de hablarle y conseguir que me escuche. Su hermano no estaba autorizado para salir del recinto de pasajeros. No tenía a dónde ir. Se puso en medio de nuestra propia gente. Ni siquiera sabemos con certeza si lo mataron los kloros. Pudo ser uno de los nuestros.

—Oh, caramba, Stuart —objetó Windham.

Stuart se giró hacia él.

—¿Tiene pruebas de lo contrario? ¿Usted vio el disparo? ¿Pudo discernir, por lo que quedó del cuerpo, si era energía de los kloros o nuestra?

Polyorketes atinó a hablar, moviendo la lengua en un forzado y gangoso gruñido.

—Maldito canalla, defensor de bichos verdes.

—¿Yo? Sé qué está pensando, Polyorketes. Piensa que cuando pase la parálisis se desquitará propinándome una paliza. Pues bien, si lo hace, probablemente nos aíslen a todos con cortinas.

Se levantó y apoyó la espalda en la pared. Quedó así enfrente de todos ellos.

—Ninguno de ustedes conoce a los kloros como yo. Las diferencias físicas que ven no son importantes. Sí lo son las de temperamento. Ellos no comprenden nuestro modo de entender el sexo, por ejemplo. Para ellos es sólo un reflejo biológico, como el respirar. No le atribuyen importancia. Pero sí le dan importancia a los grupos sociales. Recuerden que sus ancestros evolutivos tenían mucho en común con nuestros insectos. Siempre dan por sentado que un grupo de terrícolas constituye una unidad social.

»Eso lo significa todo para ellos, aunque no sé exactamente cuál es el significado. Ningún terrícola puede entenderlo. Pero lo cierto es que nunca disgregan un grupo, así como nosotros no separamos a una madre de sus hijos si podemos evitarlo. Tal vez ahora nos estén tratando con dulzura porque suponen que nos sentimos deprimidos al haber muerto uno de los nuestros, y eso los hace sentirse culpables.

»Pero recuerden una cosa. Nos encarcelarán juntos y permaneceremos juntos mientras esto dure. No me agrada la idea. No los habría escogido como compañeros de cuarto y estoy seguro de que ustedes no me habrían escogido a mí. Pero así están las cosas. Los kloros no entenderían que estábamos juntos a bordo sólo por accidente.

»Eso significa que tendremos que aguantarnos unos a otros. Y no se trata de tonterías sobreavecillas que saben compartir el nido. ¿Qué creen que habría ocurrido si los kloros hubieran entrado antes y nos hubiesen sorprendido a Polyorketes y a mí tratando de matarnos? ¿No lo saben? Pues bien, ¿qué pensarían ustedes de una madre a la que sorprendieran tratando de matar a sus hijos?

»¿Comprenden? Nos habrían matado como a un grupo de perversos y

monstruos. ¿Entendido? ¿Entendido, Polyorketes? ¿Capta la idea? Conque insultémonos si es preciso, pero dejemos las manos quietas. Y ahora, si no les importa, me daré un masaje en las manos; estas manos sintéticas que los kloros me dieron y que uno de mi propia especie intentó mutilar de nuevo.

Para Claude Leblanc había pasado lo peor. Se había estado sintiendo muy harto, hastiado de muchas cosas; pero hastiado sobre todo de haber tenido que abandonar la Tierra. Fue magnífico estudiar fuera de la Tierra. Resultó ser una aventura que le permitió alejarse de la madre. Se alegró de esa escapada tras el primer mes de tímida adaptación.

Y en las vacaciones estivales ya no era Claude, el timorato estudiante, sino Leblanc, viajero del espacio. Alardeaba de ello. Se sentía más hombre hablando de estrellas, de saltos en el espacio, de los hábitos y las condiciones de otros mundos; y le proporcionó coraje con Margaret. Ella lo amaba por los peligros que había afrontado...

Pero estaba enfrentándose al primer peligro real, y no lo sobrellevaba demasiado bien. Lo sabía, sentía vergüenza y lamentaba no ser como Stuart.

Aprovechó la excusa del almuerzo para abordarlo.

—Señor Stuart.

—¿Cómo se siente? —le preguntó él, lacónicamente.

Leblanc se sonrojó. Se sonrojaba fácilmente y el esfuerzo por evitarlo sólo empeoraba las cosas.

—Mucho mejor, gracias —respondió—. Es hora de comer. Le he traído su ración.

Stuart aceptó la lata que le ofrecían. Era una ración espacial corriente; sintética, concentrada, nutritiva e insatisfactoria. Se calentaba automáticamente al abrir la lata, pero se podía comer fría si era necesario. Aunque incluía un utensilio que combinaba la cuchara con el tenedor, la consistencia de la ración permitía utilizar los dedos sin ensuciarse más de la cuenta.

—¿Oyó usted mi pequeño discurso? —le preguntó Stuart.

—Sí, y quería decirle que puede contar conmigo.

—Muy bien. Ahora vaya a comer.

—¿Puedo comer aquí?

—Como guste.

Comieron un rato en silencio.

—Tiene usted mucho aplomo, señor Stuart —comentó al fin Leblanc—. Debe de ser maravilloso sentirse así.

—¿Aplomo? Gracias, pero ahí tiene usted a alguien con auténtico aplomo.

Leblanc siguió sorprendido la dirección del ademán.

—¿El señor Mullen? ¿Ese hombrecillo? ¡Oh, no!

—¿No le parece seguro de sí mismo?



Leblanc negó con la cabeza. Miró fijamente a Stuart para asegurarse de que no le tomaba el pelo.

—Ese hombre es muy frío. No tiene emociones. Es como una pequeña máquina. Me resulta repulsivo. Usted es diferente, señor Stuart. Usted rebosa energía, pero se controla. Me gustaría ser así.

Como atraído por el magnetismo de una mención que no había escuchado, Mullen se reunió con ellos. Apenas había tocado su ración. La lata aún humeaba cuando se acuclilló ante ambos.

Habló con su habitual susurro furtivo:

—¿Cuánto cree que durará el viaje, señor Stuart?

—Lo ignoro, Mullen. Sin duda evitan las rutas comerciales habituales y darán más saltos que de costumbre en el hiperespacio para desorientar a los posibles perseguidores. No me sorprendería que durase una semana. ¿Por qué lo pregunta? Supongo que tendrá una razón muy lógica y muy práctica.

—Pues, sí, por cierto —asintió Mullen. Parecía impermeable a los sarcasmos—. He pensado que sería prudente racionar las raciones, por así decirlo.

—Tenemos comida y agua suficientes para un mes. Fue lo primero que investigué.

—Entiendo. En tal caso, me terminaré la lata.

Y eso hizo, manipulando delicadamente el utensilio y enjugándose los labios con el pañuelo, aunque los tenía limpios.

Polyorketes se levantó con esfuerzo un par de horas después. Se tambaleaba como víctima de una resaca alcohólica. No intentó acercarse a Stuart, pero sí habló dirigiéndose a él:

—Maldito espía de los verdes, vaya con cuidado.

—Ya oyó lo que le dije antes, Polyorketes.

—Le oí. Y también oí lo que dijo de Arístides. No me molestaré con usted, porque es sólo un saco de aire ruidoso. Pero espere, y algún día soplará usted más aire de la cuenta en la cara de alguien y le harán reventar.

—Esperaré —dijo Stuart.

Windham se aproximó cojeando y apoyándose en el bastón.

—Vamos, vamos —exhortó con una jadeante jovialidad que puso de relieve su angustia en vez de ocultarla—. Somos todos terrícolas, rayos. Tenemos que recordarlo. Debe ser nuestra luz inspiradora. No perdamos el temple ante esos malditos kloros. Tenemos que olvidar las rencillas personales y recordar que somos terrícolas unidos contra monstruos alienígenas.

Stuart hizo un comentario irreproducibile.

Porter se hallaba detrás de Windham. Había estado hablando en privado durante una hora con el coronel calvo, y exclamó con indignación:

—Deje de hacerse el listo, Stuart, y escuche al coronel. Hemos estado analizando la situación.

Se había lavado la grasa de la cara, tenía humedecido el cabello y se lo había echado hacia atrás. Aun así, conservaba el tic en la comisura de la boca, y sus manos verrugosas no parecían más atractivas.

—De acuerdo, coronel —accedió Stuart—. ¿Qué tiene pensado hacer?

—Preferiría que todos los hombres estuviesen juntos —declaró Windham.

—De acuerdo, llámelos.

Leblanc se acercó deprisa; Mullen, con mayor lentitud.

—¿Quiere también a ese sujeto? —preguntó Stuart, señalando a Polyorketes con la cabeza.

—Vaya, pues sí. Señor Polyorketes, ¿puede usted acercarse?

—Bah, déjeme en paz.

—Continúe —le instó Stuart—, déjelo en paz. Yo no lo quiero aquí.

—No, no —se empeñó Windham—. Esto es para todos los terrícolas. Señor Polyorketes, le necesitamos.

Polyorketes rodó hasta el borde del catre.

—Estoy a suficiente distancia para oírle.

—¿Los kloros tendrán micrófonos en esta habitación? —le preguntó Windham a Stuart.

—No. ¿Para qué?

—¿Está seguro?

—Claro que estoy seguro. No sabían que Polyorketes me hubiera atacado. Oyeron el alboroto cuando la nave se puso a traquetear.

—Tal vez querían hacernos creer que no hay micrófonos en la habitación.

—Escuche, coronel, nunca he sabido de un kloro que mintiera a propósito...

—Ese bocazas ama a los kloros —dijo Polyorketes con calma.

—No empecemos con eso —medió Windham—. Mire, Stuart. Porter y yo hemos hablado del asunto y pensamos que usted conoce a los kloros lo bastante como para pensar en un modo de regresar a la Tierra.

—Pues se equivocan. No se me ocurre ningún modo.

—Tal vez haya alguna manera de arrebatarnos la nave a esos canallas verdes —sugirió Windham—. Alguna debilidad que tengan. ¡Rayos, usted sabe a qué me refiero!

—Dígame, coronel, ¿qué le preocupa? ¿Su pellejo, o el bienestar de la Tierra?

—Me ofende esa pregunta. Aunque me interesa mi propia vida, como a cualquiera, pienso ante todo en la Tierra, ¿se entera usted? Y creo que eso vale para todos nosotros.

—En efecto —declaró Porter.

Leblanc parecía angustiado; Polyorketes, amargado. Mullen no tenía ninguna expresión.

—De acuerdo —aceptó Stuart—. Desde luego, no creo que podamos tomar la nave. Ellos están armados y nosotros no. Pero hay una cosa. Usted sabe por qué los kloros se hicieron con la nave intacta: porque necesitan naves. Son mejores químicos que los terrícolas, pero los terrícolas son mejores ingenieros astronáuticos. Tenemos naves de mayor tamaño y mejores, y en mayor cantidad. En realidad, si nuestra tripulación hubiera respetado los axiomas militares, habría hecho estallar la nave en cuanto los kloros se dispusieron a abordarla.

—¿Matando a los pasajeros? —preguntó Leblanc, horrorizado.

—¿Por qué no? Ya han oído las palabras del coronel. Cada uno de nosotros piensa más en los intereses de la Tierra que en su mezquina vida. ¿De qué le servimos a la Tierra con vida? De nada. ¿Cuánto daño causará esta nave en manos de los kloros? Muchísimo, probablemente.

—¿Por qué se negaron nuestros hombres a hacer estallar la nave? —Quiso saber Mullen—. Debían de tener una razón.

—La tenían. Es tradición de los militares terrícolas que nunca debe haber una proporción desfavorable de bajas. Si nos hubieran hecho estallar, habrían muerto veinte combatientes y siete civiles de la Tierra, con un total de cero bajas por parte del enemigo. Entonces, ¿qué? Les dejamos que nos asalten, matamos a veintiocho, pues estoy seguro de que hemos liquidado por lo menos a esa cantidad, y permitimos que se queden con la nave.

—Bla, bla, bla —se mofó Polyorketes.

—Esto tiene una moraleja —prosiguió Stuart—. No podemos quitarles la nave a los kloros, pero podríamos distraerlos y mantenerlos ocupados el tiempo suficiente para que uno de nosotros establezca un cortocircuito en los motores.

—¿Qué? —aulló Porter, y Windham, asustado, le hizo callar.

—Un cortocircuito —repitió Stuart—. Eso destruiría la nave, que es lo que todos deseamos, ¿no es cierto?

Los labios de Leblanc estaban blancos cuando musitó:

—No creo que eso funcionara.

—No lo sabremos si no lo intentamos. ¿Y qué podemos perder en el intento?

—¡La vida, demonios! —bramó Porter—. ¡Loco chiflado, ha perdido el juicio!

—Si estoy chiflado —replicó Stuart— y además loco, es una obviedad añadir que he perdido el juicio. Pero recuerden que si perdemos la vida, lo cual es muy probable, no perdemos nada valioso para la Tierra, mientras que al destruir la nave, lo cual también es probable, beneficiamos muchísimo a nuestro planeta. ¿Qué patriota vacilaría? ¿Quién antepondría su persona a su propio mundo? —Miró en torno—. Usted no, por supuesto, coronel Windham.

Éste carraspeó.

—Amigo mío, no se trata de eso. Debe de haber un modo de rescatar la nave sin perder la vida, ¿o no?

—Bien, dígalo usted.

—Pensemos todos en ello. Sólo hay dos kloros a bordo. Si uno de nosotros pudiera atacarlos...

—¿Cómo? El resto de la nave está llena de cloro. Tendríamos que usar un traje espacial. La gravedad de su sector de la nave está sintonizada en el nivel de su planeta, así que a quien le toque la china tendría que moverse asegurando sus pasos, con pesadez y lentitud. Oh, claro que podría atacarlos, igual que una mofeta que intentara moverse furtivamente a favor del viento.

—Entonces, desistiremos —se atrevió Porter, con voz trémula—. Escuche, Windham, no vamos a destruir la nave. Mi vida significa mucho para mí y, si alguno de ustedes intenta semejante cosa, avisaré a los kloros. Hablo en serio.

—Bueno —resumió Stuart—, nuestro héroe número uno.

—Yo deseo regresar a la Tierra —manifestó Leblanc—, pero...

Mullen lo interrumpió:

—No creo que nuestras probabilidades de destruir la nave sean buenas a menos que...

—Héroes dos y tres. ¿Qué dice usted, Polyorketes? Tendría la oportunidad de matar dos kloros.

—Quiero matarlos con mis manos —gruñó el granjero, agitando los puños—. En su planeta los mataré a docenas.

—Una promesa interesante y un poco arriesgada. ¿Y usted, coronel? ¿No quiere marchar conmigo hacia la muerte y la gloria?

—Su actitud es cínica e inconveniente, Stuart. Es obvio que si los demás se oponen su plan fracasará.

—A menos que lo ejecute yo mismo, ¿no?

—No hará tal cosa, ¿me oye? —se apresuró Porter.

—Por supuesto que no —convino Stuart—. No presumo de héroe. Soy sólo un patriota convencional, perfectamente dispuesto a ir a cualquier planeta al que me lleven y esperar allí el fin de la guerra.

—Claro que existe un modo de sorprender a los kloros —comentó Mullen pensativamente.

Nadie le habría prestado atención si Polyorketes no hubiera reaccionado. Lo señaló con su índice rechoncho, cuya uña estaba ennegrecida, y se rió roncamente.

—¡El señor contable! Un contable que pronuncia grandes discursos, como ese maldito espía de los verdes. Adelante, señor contable. Adelante con su perorata. Que las palabras ruedan como un tonel vacío. —Se volvió hacia Stuart y repitió en un

tono lleno de rencor—: ¡Un tonel vacío! Un tonel vacío y con manos inservibles. Sólo sirve para hablar.

Mullen no se hizo oír hasta que Polyorketes hubo terminado, pero luego dijo, dirigiéndose a Stuart:

—Podríamos atacarlos desde el exterior. Esta sala tiene un conducto C. Estoy seguro.

—¿Qué es un conducto C? —preguntó Leblanc.

—Bien... —comenzó Mullen, y se calló, desorientado.

—Es un eufemismo, muchacho —contestó Stuart con tono burlón—. El nombre completo es «conducto para cadáveres». Nadie los menciona, pero hay un conducto C en la sala principal de toda nave. Se trata de una pequeña cámara de presión por donde se expulsan los cadáveres. Sepultura en el espacio. Mucho gesto emocionado y mucho inclinar de cabeza mientras el capitán pronuncia uno de esos discursos que irritarían a Polyorketes.

Leblanc hizo una mueca de disgusto.

—¿Usar eso para salir de la nave?

—¿Por qué no? ¿Es usted supersticioso? Continúe, Mullen.

El hombrecillo había aguardado con paciencia.

—Una vez en el exterior, se puede volver a entrar en la nave por los tubos de vapor. Se puede hacer... con suerte. Y luego habría un visitante inesperado en la sala de control.

Stuart lo miró con curiosidad.

—¿Cómo se le ocurrió? ¿Qué sabe usted de tubos de vapor?

Mullen carraspeó.

—¿Se refiere a que estoy en el negocio de las cajas de papel? Bien... —Se ruborizó, aguardó un momento y comenzó de nuevo con voz neutra—. Mi compañía, que manufactura cajas de papel de fantasía y contenedores originales, tenía hace algunos años una línea de cajas de golosinas con forma de nave espacial para los niños. Estaban diseñadas de tal modo que al tirar de un cordel se perforaban unos contenedores de presión y salían chorros de aire comprimido por los tubos de vapor, haciendo estallar la caja y desparramando los dulces. La teoría comercial era que los niños disfrutarían jugando con la nave y recogiendo las golosinas.

»En realidad fue un fracaso total. La nave rompía platos y a veces golpeaba a otro niño en el ojo. Peor aún, los niños no sólo recogían las golosinas, sino que reñían por ellas. Fue nuestro peor fracaso. Perdimos montones de dinero.

»De todos modos, mientras se diseñaban las cajas, toda la oficina se interesó por el asunto. Era como un juego, muy perjudicial para la eficacia y para la moral laboral. Durante un tiempo todos fuimos expertos en tubos de vapor. Leí varios libros sobre construcción de naves. Pero en mi tiempo libre, no en horas de trabajo.

Stuart estaba fascinado.

—Parece una idea para un vídeo de aventuras —dijo—, pero podría funcionar si tuviéramos un héroe dispuesto. ¿Lo tenemos?

—¿Qué le parece usted mismo? —se indignó Porter—. Se está mofando de nosotros con sus sarcasmos baratos, pero no se ofrece como voluntario para nada.

—Porque no soy un héroe, Porter. Lo admito. Mi propósito es conservar el pellejo, y eso de deslizarse por tubos de vapor no me parece un modo de conservarlo. Pero ustedes son nobles patriotas. Eso dice el coronel. ¿Y si lo hiciera usted, coronel? Es nuestro héroe máximo.

—¡Rayos! —exclamó Windham—. Si yo fuera más joven, y si usted tuviera manos, me complacería propinarle una buena paliza.

—No lo dudo, pero no ha respondido a mi pregunta.

—Usted sabe muy bien que a mis años y con esta pierna —arguyó, dándose una palmada en la rodilla rígida—, no estoy en condiciones de hacer nada semejante, por mucho que lo deseara.

—Ah, claro —asintió Stuart—. Y yo tengo las manos inservibles, como me ha recordado Polyorketes. Nosotros dos nos salvamos. ¿Y qué desdichadas deformidades afligen al resto?

—Escuche —se impacientó Porter—, quiero saber de qué se trata. ¿Cómo se puede descender por los tubos de vapor? ¿Y si los kloros los utilizan mientras uno de nosotros está dentro?

—Vaya, Porter, eso forma parte de la diversión. ¿No tiene espíritu deportivo?

—Pero acabaría hervido como una langosta de mar en su concha.

—Una imagen bonita, aunque inexacta. El vapor sólo duraría un par de segundos y el aislamiento del traje resistiría. Además, el chorro de vapor sale a varios cientos de kilómetros por minuto, de modo que el hombre se encontraría fuera de la nave antes de que el vapor lo calentara siquiera. De hecho, sería despedido a varios kilómetros en el espacio, con lo cual quedaría a salvo de los kloros. Claro que no podría regresar a la nave. Porter sudaba a chorros.

—No me asusta ni por un minuto, Stuart.

—¿No? ¿Entonces se ofrece a ir? ¿Ha pensado en lo que significa quedar varado en el espacio? Se encuentra uno totalmente solo. El chorro de vapor quizá le deje girando a gran velocidad, pero no lo notará. Creerá estar inmóvil, sólo que las estrellas girarán y girarán hasta parecer estrías en el cielo. No pararán nunca. Ni siquiera servirán para detenerle. Luego, su calentador se apagará, el oxígeno se le agotará y morirá usted muy despacio. Tendrá tiempo de sobra para pensar. Si tiene usted prisa, siempre puede abrirse el traje. Eso tampoco será agradable. He visto el rostro de hombres a los que se les rasgó accidentalmente el traje, y le aseguro que es bastante horrendo. Pero sería más rápido. Después...

Porter dio media vuelta y se alejó temblando.

—Otro fracaso —bromeó Stuart—. Seguimos teniendo un acto de heroísmo aguardando al mejor postor, pero aún no aparece ninguna oferta.

Polyorketes habló entonces, masticando las palabras con voz áspera:

—Siga hablando, bocazas. Siga agitando ese tonel vacío. Pronto le haremos tragar los dientes. Creo que hay alguien que estaría dispuesto, ¿eh, señor Porter?

Porter miró a Stuart en confirmación de lo cierto del comentario de Polyorketes, pero no dijo nada.

—¿Y qué dice usted, Polyorketes? —lo provocó Stuart—. El hombre de los puños y las agallas. ¿Quiere que le ayude a ponerse el traje?

—Le pediré ayuda cuando la necesite.

—¿Y usted, Leblanc? —El joven se amilanó—. ¿Ni siquiera por volver con Margaret? —Leblanc negó con la cabeza—. ¿Mullen?

—Bien..., lo intentaré.

—¿Qué?

—Que sí, que lo intentaré. A fin de cuentas, fue idea mía Stuart estaba anonadado.

—¿Habla en serio? ¿Por qué?

Mullen frunció los labios.

—Porque nadie más lo hará.

—Pero eso no es motivo. Y menos para usted.

Mullen se encogió de hombros.

Windham dio un bastonazo en el suelo y se acercó.

—¿De veras piensa ir, Mullen?

—Sí, coronel.

—En ese caso, qué diablos, déjeme estrecharle la mano. Me cae usted simpático. Es un..., un terrícola, por todos los cielos. Hágalo y triunfe o perezca, yo seré su testigo.

Mullen se zafó torpemente del vibrante apretón del coronel.

Y Stuart se quedó como paralizado. Se hallaba en una situación inusitada. Se hallaba, de hecho, en la más rara de todas las situaciones que pudiera imaginarse.

No tenía nada que decir.

La atmósfera de tensión quedó alterada. Al abatimiento y la frustración las reemplazó el estímulo de la conspiración. Hasta Polyorketes palpaba los trajes espaciales comentando con voz ronca cuál le parecía mejor.

Mullen presentó ciertos problemas. El traje le quedaba grande aun después de haber ceñido al máximo las articulaciones ajustables. Ya sólo faltaba atornillarle el casco. Movi6 el cuello.

Stuart sostenía el casco con esfuerzo. Era pesado y sus manos de artiplasma no

podían asirlo con vigor.

—Rásquese la nariz si le pica —dijo—. Va a ser su ultima oportunidad por un tiempo. —No añadió «quizá para siempre», aunque lo pensó.

—Tal vez sea mejor que lleve otro cilindro de oxígeno más —apuntó Mullen.

—De acuerdo.

—Con una válvula reductora.

Stuart movió la cabeza afirmativamente.

—Entiendo. Si sale despedido de la nave, podría tratar de regresar usando el cilindro como motor de reacción.

Le pusieron el casco y le sujetaron el cilindro de repuesto a la cintura. Polyorketes y Leblanc subieron a Mullen hasta la abertura del conductor C. El interior aparecía ominosamente oscuro, pues el revestimiento metálico se hallaba pintado de negro, el color del luto. Stuart creyó detectar un aroma desagradable, pero sabía que era cosa sólo de su imaginación.

Interrumpió la operación cuando Mullen estaba medio metido ya en el conducto. Golpeó el visor del hombrecillo.

—¿Me oye?

El otro asintió con la cabeza.

—¿El aire entra bien? ¿Ningún problema?

Mullen alzó el brazo en señal de aprobación.

—Recuerde, no use la radio del traje. Los kloros podrían captar las señales.

Retrocedió a regañadientes. Las manos robustas de Polyorketes bajaron a Mullen hasta que se oyó el ruido de las suelas de acero contra la válvula externa. La compuerta interna giró y se cerró con estremecedora contundencia, y el borde biselado de silicio se ajustó como con un suspiro. Echaron los cierres.

Stuart se plantó ante el interruptor que controlaba la compuerta externa. Lo movió y el medidor que indicaba la presión de aire del tubo bajó a cero. Un punto de luz roja advirtió de que la compuerta externa se hallaba abierta. Luego, la luz se apagó, la compuerta se cerró y la aguja del medidor se volvió a elevar despacio a siete kilos.

Abrieron de nuevo la compuerta interna y vieron el tubo vacío.

—¡El pequeño hijo de perra! —exclamó Polyorketes—. ¡Se fue! —Miró asombrado a los demás—. Un tío tan pequeño y con tantas agallas.

—Bien —dijo Stuart—, será mejor que nosotros nos preparemos. Existe la posibilidad de que los kloros hayan detectado la apertura y el cierre de las compuertas. En tal caso, vendrán a investigar y tendremos que encubrirlo.

—¿Cómo? —quiso saber Windham.

—No verán a Mullen. Diremos que está en el cuarto de baño. Los kloros saben que una característica de los terrícolas es que no les gustan las intrusiones en el excusado, así que no lo comprobarán. Si podemos distraerlos...



—¿Y si esperan o si revisan los trajes espaciales? —interrumpió Porter.

Stuart se encogió de hombros.

—Esperemos que no. Y escuche, Polyorketes, no arme un revuelo cuando entren.

—¿Estando ese hombre ahí fuera? —gruñó Polyorketes—. ¿Qué cree que soy? —Miró a Stuart sin hostilidad y se rascó vigorosamente el pelo rizado—. ¡Y yo que me reía de él! Pensaba que era un blando. Me da vergüenza.

Stuart carraspeó y dijo:

—Escuche, yo he estado diciendo cosas poco oportunas, ahora que lo pienso. Me gustaría aclarar que lo lamento.

Se giró malhumorado y caminó hacia su catre. Oyó pasos, sintió que le tocaban la manga y se dio la vuelta. Era Leblanc.

—No dejo de pensar en que el señor Mullen es un hombre mayor —murmuró el joven.

—Bien, no es un chiquillo. Creo que tiene cuarenta y cinco o cincuenta años.

—¿Cree usted, señor Stuart, que tendría que haber ido yo? —preguntó Leblanc—. Soy el más joven. No me gusta la idea de haber permitido que un hombre mayor fuera en mi lugar. Me hace sentir muy mal.

—Lo sé. Será horroroso si él muere.

—Pero se ofreció voluntario. Nadie lo obligó, ¿verdad?

—No trate de eludir la responsabilidad, Leblanc. No le hará sentirse mejor. Cualquiera de nosotros tenía motivos más fuertes que él para correr el riesgo.

Y Stuart se quedó pensando en silencio.

Mullen sintió que la obstrucción cedía bajo sus pies y las paredes se deslizaban con celeridad. El escape del aire lo succionaba, arrastrándolo. Clavó brazos y piernas en la pared para frenarse. Los cadáveres debían ser lanzados a gran distancia de la nave, pero él no era un cadáver..., por el momento.

Sus pies se balancearon. Oyó el sonido sordo de una bota magnética contra el casco cuando el resto de su cuerpo salió expulsado como un corcho bajo presión. Osciló peligrosamente en el borde del orificio de la nave (de pronto había cambiado de orientación y la miraba desde arriba) y retrocedió un paso mientras la tapa se cerraba sola, encajando perfectamente en el casco.

Lo abrumó una sensación de irrealidad. No era él quien estaba de pie en la superficie de una nave, no era Randolph F. Mullen. Muy pocos seres humanos podían alardear de ello, ni siquiera los que viajaban constantemente por el espacio.

Comprendió gradualmente que estaba dolorido. Salir de ese agujero, con un pie plantado en el casco, casi lo había partido en dos. Trató de moverse con cuidado y descubrió que sus movimientos eran erráticos y casi imposibles de controlar. Suponía que no se había roto nada, aunque sentía desgarrones en los músculos del costado izquierdo.

Recobró la compostura y notó que las luces de la bocamanga del traje estaban encendidas. Bajo esa luz escrutó la negrura del conducto C. Temió que los kloros vieran desde dentro los puntos gemelos de luz móvil fuera del casco. Movi6 el interruptor que tenía en la cintura del traje.

Mullen nunca hubiese imaginado que, de pie en una nave, no lograría ver el casco. Pero todo era oscuridad, tanto abajo como arriba. Se veían las estrellas, puntitos de luz firme, brillante y sin dimensión. Nada más en ninguna otra parte. Abajo, ni siquiera las estrellas... ¡y ni siquiera sus propios pies!

Miró hacia arriba. Sintió vértigo. Las estrellas se desplazaban despacio. Mejor dicho, estaban quietas y la nave rotaba, pero él no podía convencer de eso a sus ojos. ¡Se movían ellas! Bajó la vista y miró hacia popa. Más estrellas al otro lado. Un horizonte negro. La nave existía sólo como una zona sin estrellas.

¿Sin estrellas? Vaya, había una casi a sus pies. Tendió la mano hacia ella y comprendió que era sólo un reflejo reluciente en el bruñido metal.

Se desplazaban a miles de kilómetros por hora. Las estrellas. Y la nave. Y él. Pero eso no significaba nada. Sus sentidos sólo captaban silencio, oscuridad y el lento movimiento giratorio de los astros. Sus ojos seguían el movimiento...

Y su casco chocó contra la superficie de la nave con una vibración semejante a un tañido.

Preso del pánico, tanteó en derredor con sus gruesos e insensibles guantes de silicato. Conservaba los pies adheridos con firmeza al casco de la nave, pero el resto del cuerpo se le arqueaba en ángulo recto hacia atrás, a la altura de las rodillas. No existía gravedad fuera de la nave. Si se doblaba hacia atrás, nada presionaba la parte superior del cuerpo hacia abajo, indicando a las articulaciones que se estaban combando. El cuerpo permanecía de cualquier modo en que lo pusiera. Ejerció presión en el casco y el torso salió despedido hacia arriba, se negó a detenerse, cuando estuvo en vertical, y cayó hacia delante. Lo intentó con menor crispación. Se equilibró con ambas manos contra el casco, hasta quedar en cuclillas. Luego, se levantó, despacio, hasta ponerse recto, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio.

Ya estaba erguido, y consciente de su náusea y de su vértigo. Miró en torno. Por Dios, ¿dónde estaban los tubos de vapor? No los veía. Negro sobre negro; nada sobre nada.

Encendió las luces de las bocamangas. En el espacio no se reflejaban en haces, sólo en manchas elípticas y nítidas de parpadeante acero azul. Cuando iluminaban un remache, arrojaban una sombra afilada como un cuchillo y negra como el propio espacio, y la zona en cuestión se alumbraba repentina y difusamente.

Movi6 los brazos e inclinó el cuerpo en la dirección opuesta: acción y reacción. Entrevió un tubo de vapor con sus lisos bordes cilíndricos. Intentó ir hacia allí. El pie

permaneció adherido al casco. Tiró de él y consiguió arrastrarlo, luchando contra una especie de arena movediza que cedió de pronto. Ocho centímetros arriba y casi se liberó; quince centímetros, y casi echó a volar.

Lo adelantó un poco y le hizo descender; sintió cómo se hundía en la arena movediza. Cuando la suela estuvo a cinco centímetros del casco, cayó de golpe, sin control, y se estrelló contra la superficie. El traje espacial transmitió las vibraciones, amplificándolas en sus oídos.

Se detuvo aterrado. Los deshidratantes que secaban la atmósfera interior del traje no pudieron con la avalancha de sudor que le empapó la frente y los sobacos.

Esperó un poco y levantó el pie de nuevo, apenas tres centímetros, lo dejó a esa altura y lo desplazó horizontalmente. El movimiento horizontal no implicaba esfuerzo alguno, pues se trataba de un movimiento perpendicular a las líneas de fuerza magnética. Pero tenía que evitar que el pie descendiera bruscamente, debía bajarlo despacio.

Resopló. Cada paso era una agonía. Le crujían los tendones de las rodillas y sentía punzadas en el costado.

Se detuvo para dejar secar la transpiración. No quería enturbiar la parte interior del visor. Dirigió las luces de la muñeca y descubrió el cilindro de vapor justo delante de él.

La nave tenía cuatro de esos tubos, a intervalos de noventa grados y saliendo en ángulo desde el eje central. Constituían el «ajuste fino» del curso de la nave. El ajuste corriente residía en los potentes propulsores de popa y de proa, que fijaban la velocidad final con su fuerza de aceleración y desaceleración, y en el motor hiperatómico que se encargaba de los saltos espaciales.

Pero en ocasiones había que ajustar ligeramente la dirección del vuelo y eso se encomendaba a los cilindros de vapor. A solas, podían impulsar la nave arriba, abajo, a derecha y a izquierda. De dos en dos, si se graduaba atinadamente el impulso, podían hacer que virase en la dirección deseada.

El dispositivo no había sufrido mejoras con los siglos, pues era demasiado simple. La pila atómica calentaba el agua de un contenedor cerrado, transformándola en vapor y elevándola en menos de un segundo a temperaturas a las que se podía descomponer en una mezcla de hidrógeno y oxígeno, y luego en una mezcla de electrones y de iones. Tal vez se descompusiese de verdad. Nadie se molestaba en verificarlo; funcionaba, así que no era necesario.

En el punto crítico, una válvula pequeña cedía y el vapor salía disparado en un chorro corto, pero demoledor. Y la nave se desplazaba majestuosamente en dirección opuesta, virando sobre su propio centro de gravedad. Cuando los grados del viraje eran suficientes, un chorro igual y en sentido contrario cancelaba el movimiento. La nave se desplazaba a la velocidad original, pero en una nueva dirección.

Mullen se había arrastrado hasta el borde del cilindro de vapor. Se imaginó a sí mismo como una mancha vacilando en el extremo de una estructura que salía de un ovoide que surcaba el espacio a quince mil kilómetros por hora.

Pero no existía el riesgo de que una corriente de aire lo arrancara del casco, y las suelas magnéticas lo adherían con más fuerza de lo que deseaba.

Con las luces encendidas se agachó para escrutar el tubo, y la nave se transformó en un precipicio para él al cambiar de orientación. Extendió los brazos para afirmarse, pero no se caía; en el espacio no había arriba ni abajo, excepto cuando su mente confundida optaba por uno o por otro.

El cilindro era de un tamaño suficiente para un hombre, de modo que los técnicos pudieran entrar allí para repararlo. La luz alumbró los peldaños que tenía enfrente. Soltó un suspiro de alivio con el aliento que le quedaba: algunas naves carecían de peldaños.

Avanzó hacia ellos, y la nave pareció deslizarse y retorcerse mientras él se movía. Alzó un brazo sobre el borde del tubo, buscando el peldaño a tientas, dejó sueltos los pies y se deslizó adentro.

El nudo que tenía en el estómago desde el principio se convirtió en un revoltijo convulso. Si decidían maniobrar con la nave, si lanzaban un chorro de vapor...

Ni siquiera se daría cuenta. En una mínima fracción de segundo pasaría de estar aferrado a un peldaño, buscando el siguiente a tientas, a encontrarse solo en el espacio; y la nave sería una mancha oscura perdida para siempre entre los astros. Tal vez hubiera un breve esplendor de cristales de hierro arremolinados girando con él, reluciendo con las luces de la bocamanga, aproximándose y rotando a su alrededor atraídos por su masa como planetas infinitesimales en torno de un sol absurdamente diminuto.

Estaba sudando de nuevo y empezó a sentir sed. Ni pensarlo. No podría beber hasta que saliera del traje... si es que llegaba a salir.

Un peldaño, otro, y otro. ¿Cuántos habría? Su mano resbaló, y Mullen miró incrédulo el destello que se veía bajo la luz.

¿Hielo?

¿Por qué no? El vapor salía caliente en extremo y chocaba contra un metal que estaba cerca del cero absoluto. En fracciones de segundo no había tiempo para que el metal se calentara por encima del punto de congelamiento del agua, de modo que se formaba una lámina de hielo que se condensaba lentamente en el vacío. La celeridad del proceso impedía la fusión de los tubos con el contenedor del agua.

Su mano palpó el final. Volvió a conectar las luces. Miró con escalofríos la boquilla del vapor, de poco más de un centímetro de diámetro. Parecía condenadamente inofensiva. Pero siempre podía, hasta el microsegundo anterior...

Alrededor estaba la tapa externa. Giraba en torno de un eje central que tenía

resortes en la parte que daba al espacio y una rosca en la parte que daba a la nave. Los resortes le permitían ceder bajo el impulso brutal de la presión del vapor, antes de superar la poderosa inercia de la nave. El vapor se derramaba en la cámara interior, rompiendo la fuerza del impulso y dejando inalterada la energía total, pero desperdigándola en el tiempo para que el casco mismo corriera menos peligro de hundirse.

Mullen se apoyó en un peldaño y presionó la tapa externa hasta que cedió un poco. Estaba rígida, pero no era preciso que cediera demasiado, lo suficiente para que encajara en la rosca. Notó que encajaba.

Apretó y la hizo girar, sintiendo que su cuerpo giraba en dirección contraria. La rosca aguantó la presión cuando él ajustó el pequeño control que permitía la caída libre de los resortes. ¡Qué bien recordaba los libros que había leído!

Se encontraba en la cámara de presión, que tenía tamaño suficiente para albergar un hombre, también por si se necesitaba un técnico en reparaciones. Ya no podía ser despedido de la nave. Si en ese momento lanzaran un chorro de vapor, lo impulsarían contra la tapa interior, reduciéndolo a pulpa. Una muerte rápida, de la que al menos no se enteraría.

Lentamente, desenganchó el otro cilindro de oxígeno. Sólo una compuerta interna lo separaba de la sala de control. La compuerta se abría al exterior, hacia el espacio, de modo que el chorro de vapor sólo podía cerrarla con más fuerza, nunca abrirla. Y era hermética. No había manera de abrirla desde fuera.

Se elevó por encima de la compuerta y apretó la espalda arqueada contra la superficie interna de la cámara. Le costaba respirar. El otro tubo de oxígeno colgaba oblicuamente. Tomó la manguera de malla metálica, la enderezó y golpeó la compuerta interior para hacerla vibrar. Una vez..., y otra...

Eso llamaría la atención de los kloros. Tendrían que investigar.

No había modo de saber cuándo lo harían. Por lo general, primero dejarían entrar aire en la cámara para que se cerrase la compuerta externa; pero la compuerta se encontraba en la rosca central, lejos del borde, por lo que el aire seguiría de largo, evaporándose en el espacio.

Mullen siguió golpeando. ¿Los kloros mirarían el indicador de aire, notando así que estaba apenas por encima de cero, o darían por sentado que funcionaba correctamente?

—Hace una hora y media que se fue —se impacientó Porter.

—Lo sé —dijo Stuart.

Todos estaban nerviosos, inquietos, pero la tensión entre ellos se había disipado. Era como si todas las emociones se encontraran centradas en el casco de la nave.

Porter se sentía molesto. Su filosofía de la vida siempre fue sencilla: cuida de ti mismo porque nadie cuidará de ti. Le fastidiaba verla cuestionada.

—¿Creen que lo han capturado? —preguntó.

—En tal caso ya lo sabríamos —le contestó Stuart.

Porter, con una punzada de amargura, notó que los demás tenían poco interés en hablarle. Lo entendía; no se había ganado su respeto. Un torrente de excusas le atravesaba la mente. Los demás también estaban atemorizados. Un hombre tenía derecho a sentir miedo. Nadie quiere morir. Al menos él no había huido como Aristides Polyorketes. Tampoco había llorado como Leblanc. No...

Pero allí estaba Mullen, en el casco.

—¿Por qué lo habrá hecho? —exclamó. Lo miraron con indiferencia, pero no le importaba. Le molestaba tanto que tenía que decirlo—. Me gustaría saber por qué Mullen arriesga el pellejo.

—Es un patriota... —empezó Windham.

—¡Nada de eso! —lo interrumpió Porter con un grito histérico—. Ese sujeto no tiene emociones; tan sólo razones. Y quiero saber cuáles son, porque...

No terminó la frase. ¿Podía decir acaso que si esas razones se aplicaban a un contable de edad madura debían aplicarse aún más a su propia persona?

—Es un tipo valiente —afirmó Polyorketes. Porter se puso de pie.

—Escuchen, tal vez esté atascado ahí fuera. Quizá no logre terminar él solo lo que está haciendo. Me..., me ofrezco para seguirlo.

Temblaba al hablar y aguardó con temor al sarcástico azote de la lengua de Stuart. Éste lo miraba fijamente, quizá sorprendido; pero Porter no se atrevía a mirarlo a su vez para cerciorarse.

—Démosle otra media hora —murmuró por fin Stuart. Porter levantó la vista. No había socarronería en el rostro de Stuart. Incluso parecía cordial. Todos parecían cordiales.

—Y luego... —empezó a decir.

—Y luego todos los que se ofrezcan como voluntarios lo echarán a suertes o utilizarán un recurso igualmente democrático. ¿Quién se ofrece, además de Porter?

Todos alzaron la mano, incluso Stuart.

Pero Porter estaba feliz. Se había ofrecido el primero. Ansiaba que pasara esa media hora.

A Mullen lo pilló por sorpresa. La compuerta externa se abrió y el cuello largo, delgado y serpentino de un kloro asomó con su cabeza minúscula, sin poder resistir el chorro de aire en fuga.

El cilindro de Mullen echó a volar, casi se le desprendió de las manos. Tras un instante de pánico, forcejeó para manipularlo por encima del torrente y esperó a que el furor inicial se aplacase cuando el aire de la sala de control se disipara; luego, lo bajó con fuerza.

Cayó de plano en el cuello nervudo, aplastándolo. Mullen, encorvado encima de

la compuerta, casi totalmente protegido del torrente, alzó de nuevo el cilindro y lo lanzó contra la cabeza, con el resultado de que trituró los sorprendidos ojos y los redujo a un líquido viscoso. En el vacío casi total, la sangre verde manó del cuello destrozado.

Mullen no se atrevía a vomitar, pero no le faltaban ganas.

Mirando hacia otro lado, retrocedió, sujetó la compuerta externa con una mano y la empujó. Tardó varios segundos, pero al conducir el giro los resortes la cerraron automática y herméticamente. Lo que quedaba de la atmósfera se ajustó y las bombas llenaron nuevamente la sala de control.

Mullen se arrastró por encima del kloro mutilado y entró en la sala. Estaba vacía.

Apenas tuvo tiempo de notar que se encontraba de rodillas. Se levantó con esfuerzo. La transición a la gravedad lo había tomado por sorpresa. Además era gravedad kloriana, con lo cual el traje significaba un cincuenta por ciento de lastre para su menudo cuerpo. Al menos, las pesadas piezas de metal ya no se adherían irritantemente al metal del suelo. En el interior de la nave, los suelos y las paredes eran de aleación de aluminio revestida de corcho.

Se giró despacio. El kloro decapitado agonizaba y sólo se movía en estertores que evidenciaban que había sido un organismo viviente. Lo pisó con disgusto para poder cerrar la compuerta del tubo de vapor.

La sala tenía un tono bilioso y deprimente y las luces emitían un fulgor verde amarillento. Era la atmósfera del planeta de Kloro.

Mullen se sintió sorprendido y admirado a su pesar. Los kloros obviamente tenían un modo de tratar los materiales para que fueran inmunes al efecto oxidante del cloro. Incluso el mapa de la Tierra que había en la pared, impreso en papel brillante y tras una lámina de plástico, aparecía fresco e intacto. Se aproximó, atraído por el perfil familiar de los continentes...

Captó un movimiento con el rabillo del ojo. Tan rápidamente como se lo permitió el pesado traje, dio media vuelta y lanzó un grito. El kloro que él consideraba muerto se ponía de pie.

Estaba ciego. La destrucción del cuello lo había privado de su equipo sensorial, y la asfixia parcial lo había desquiciado. Pero el cerebro permanecía sano y entero en el abdomen. Aún vivía.

Mullen reculó. Dio vueltas, procurando torpe e infructuosamente caminar de puntillas, aunque sabía que su enemigo estaba sordo. El kloro tropezó, chocó con una pared, la palpó y empezó a deslizarse a lo largo.

Mullen buscó desesperadamente un arma y no la encontró. El kloro tenía una en la funda, pero Mullen no se atrevía a acercarse. ¿Por qué no se la había arrebatado antes? ¡Tonto!

La puerta de la sala de control se abrió, casi sin ruido. Mullen se volvió

temblando.

Entró el otro kloro, intacto, entero. Se quedó en la puerta un instante, con los zarcillos del pecho rígidos e inmóviles y el delgado cuello tendido hacia delante; sus horribles ojos miraron a Mullen y al camarada moribundo.

Se echó la mano al costado.

Mullen, sin pensarlo, se movió por puro reflejo. Estiró la manguera del cilindro de oxígeno libre, que llevaba en el traje cuando entró en la sala, y abrió la válvula. No se molestó en reducir la presión. Soltó un chorro que casi lo tumbó a él en la dirección contraria.

Pudo ver la corriente de oxígeno, una bocanada clara que ondulaba en medio del verdor del cloro. Sorprendió al alienígena con una mano sobre la funda del arma.

El kloro alzó las manos, abrió alarmado, pero sin emitir sonido alguno, el pequeño pico del nódulo que tenía por cabeza, se tambaleó, cayó al suelo, se contorsionó un instante y se quedó tieso. Mullen se aproximó y roció el cuerpo con oxígeno, como si extinguiera un incendio. Luego, levantó el pesado pie y le aplastó el cuello contra el suelo.

Se volvió hacia el primero. Estaba despatarrado, yerto.

La sala tenía un tono claro gracias al oxígeno expandido, suficiente para matar legiones enteras de kloros. El cilindro se encontraba vacío.

Mullen pasó por encima del kloro muerto, salió de la sala de control y se dirigió por el corredor principal hacia la habitación de los prisioneros.

Y al fin tuvo una reacción: se puso a gemir, presa de un miedo ciego e incoherente.

Stuart estaba cansado. Aun con manos postizas se encontraba de nuevo controlando los mandos de una nave. Dos cruceros livianos de la Tierra iban en camino. Durante más de veinticuatro horas se había hecho cargo de la nave casi a solas. Desechó el equipo de cloración, reinstaló los generadores de atmósfera, localizó la posición de la nave en el espacio, trazó un rumbo y envió señales codificadas, que obtuvieron respuesta.

Así que se sintió un poco molesto cuando se abrió la puerta de la sala de control. Estaba demasiado cansado para charlar. Se volvió y vio que era Mullen.

—¡Por amor de Dios, vuelva a la cama, Mullen!

—Estoy harto de dormir, aunque no hace mucho nunca hubiera creído que llegaría a estarlo.

—¿Cómo se siente?

—Tengo todo el cuerpo anquilosado. Especialmente el costado.

Con una mueca de dolor, miró involuntariamente en torno.

—No busque a los kloros —dijo Stuart—. Nos deshicimos de esos pobres diablos. —Sacudió la cabeza—. Me dio pena. Como es lógico, ellos creen que son los



seres humanos y que somos nosotros los alienígenas. Aunque, por supuesto, eso no quiere decir que yo hubiera preferido que le mataran a usted, ya me entiende.

—Lo entiendo.

Stuart miró de soslayo al hombrecillo, que contemplaba el mapa de la Tierra.

—Le debo una disculpa personal, Mullen. Yo no le tenía en gran estima.

—Estaba usted en su derecho —le contestó Mullen en su tono desabrido, despojado de toda emoción.

—No, no lo estaba. Nadie tiene el derecho de despreciar a otros. Es un derecho que se gana laboriosamente al cabo de una larga experiencia.

—¿Ha estado pensando en ello?

—Sí, todo el día. Tal vez no sepa explicarlo. Es por culpa de mis manos. —Las extendió delante de sí—. Me exasperaba que los demás tuvieran manos propias. Los odiaba por eso. Siempre tenía que esforzarme por investigar y desdeñar sus motivaciones, señalar sus defectos, exponer sus flaquezas. Hacía cualquier cosa para demostrarme que no merecían mi envidia.

Mullen se sintió incómodo.

—Esta explicación no es necesaria.

—Lo es. ¡Claro que lo es! —Stuart examinó sus pensamientos, esforzándose por expresarlos con palabras—. Durante años he abandonado toda esperanza de hallar decencia en los seres humanos. Pero usted se metió en el conducto C.

—Tenga en cuenta que yo estaba motivado por consideraciones prácticas y egoístas. No voy a permitir que me describa como a un héroe.

—No era ésa mi intención. Sé que usted no haría nada sin un motivo. Pero su acto influyó en los demás. Transformó a un puñado de impostores y de necios en personas decentes. Y no por arte de magia. Eran decentes, pero necesitaban un ejemplo y usted se lo brindó. Y yo soy uno de ellos. Tendré que seguir su ejemplo yo también. Probablemente durante el resto de mi vida.

Mullen se volvió de espaldas, un tanto molesto. Se alisó las mangas, que no estaban arrugadas, y apoyó un dedo en el mapa.

—Nací en Richmond, Virginia —dijo—. Aquí está. Es el primer sitio adonde iré. ¿Dónde nació usted?

—En Toronto.

—Eso está aquí. No muy lejos en el mapa, ¿verdad?

—¿Me diría una cosa?

—Sí puedo, sí.

—¿Por qué lo hizo?

Mullen frunció la boca.

—¿Y mi motivo prosaico no estropeará el efecto ejemplar? —observó en un tono seco.

—Llámelo curiosidad intelectual. Cada uno de nosotros tenía motivos obvios. Porter estaba espantado de que lo encerraran, Leblanc quería regresar con su novia, Polyorketes quería matar kloros y Windham se veía como un patriota. En cuanto a mí, me consideraba un noble idealista, me temo. Pero en ninguno de nosotros la motivación fue tan fuerte como para inducirnos a ponernos el traje y entrar en el conducto C. ¿Qué fue, entonces, lo que le indujo a usted a hacerlo; a usted, precisamente?

—¿Por qué ese énfasis en que a mí «precisamente»?

—No se ofenda, pero parece una persona desprovista de toda emoción.

—¿De veras? —La voz de Mullen no se alteró, se mantuvo en el mismo tono bajo y preciso, pero algo tensa—. Eso es sólo entrenamiento y autodisciplina, Stuart, no es natural. Un hombre menudo no puede tener emociones respetables. ¿Hay algo más ridículo que un hombrecillo como yo embargado por la furia? Mido un poco más de uno cincuenta y peso cincuenta y cinco kilos.

»¿Puedo ser engreído? ¿Soberbio? ¿Erguirme cuan alto soy sin provocar hilaridad? ¿Dónde hallar una mujer que no me desdeñe al instante con una risita? Naturalmente, tuve que aprender a despojarme de toda manifestación externa de emoción.

»Habla usted de deformidades. Nadie repararía en sus manos ni sabría que son diferentes si usted no se empeñara en hablar de ellas en cuanto conoce a la gente. ¿Cree que los veinte centímetros de altura que me faltan se pueden ocultar? ¿No es lo primero y en la mayoría de los casos lo único de mí que notará una persona?

Stuart se sentía avergonzado. Había invadido una intimidad en la que no le correspondía inmiscuirse.

—Lo lamento.

—¿Por qué?

—No debí obligarle a hablar de esto. Debí haber visto por mí mismo que usted..., que usted...

—¿Que yo qué? ¿Que trataba de demostrar algo? ¿Que trataba de demostrar que mi cuerpo menudo escondía un corazón de gigante?

—Yo no lo habría expresado con tono burlón.

—¿Por qué no? Es una idea necia y no fue el motivo por el que hice lo que hice. ¿Qué hubiera logrado con eso? ¿Acaso ahora me llevarán a la Tierra, me plantarán ante las cámaras de televisión (bajándolas, por supuesto, para enfocarme el rostro, o poniéndome de pie en una silla) y me prenderán medallas en el pecho?

—Es muy probable que lo hagan.

—¿Y de qué me servirá? Dirán: «Vaya, y eso que es una birria de tío.» Y después ¿qué? ¿Le diré a cada persona que conozca que soy ese fulano al que condecoraron el mes pasado por su increíble valor? ¿Cuántas medallas cree usted que se necesitan,

señor Stuart, para sumarme veinte centímetros, y por lo menos, veinticinco kilos más? —Dicho así, comprendo a qué se refiere.

Mullen estaba hablando ya más deprisa, con un acaloramiento controlado que saturaba sus palabras, llevándolas a la temperatura ambiente.

—Había días en que pensaba que ya les demostraría algo a ellos, a ese misterioso «ellos» que incluye a todo el mundo. Abandonaría la Tierra y conquistaría otros mundos. Sería un nuevo y más bajito aún Napoleón. Así que dejé la Tierra y me fui a Arcturus. ¿Y qué podía hacer en Arcturus que no hubiera hecho en la Tierra? Nada. Llevo libros contables. De modo que he superado esa vanidad, señor Stuart, de tratar de erguirme de puntillas.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

—Dejé la Tierra a los veintiocho años y llegué al sistema arcturiano. He vivido allí desde entonces. Este viaje era mi primer período de vacaciones, mi primera visita a la Tierra después de tanto tiempo. Iba a quedarme en la Tierra seis meses. En cambio, los kloros nos capturaron y nos habrían encerrado por tiempo indefinido. Y no podía consentir que me dejaran sin viajar a la Tierra. Fuera cual fuese el riesgo, tenía que impedir que se entrometieran. No fue amor por una mujer ni miedo ni odio ni idealismo; fue algo más fuerte que cualquiera de esas cosas.

Hizo una pausa y extendió una mano como para acariciar el mapa.

—Señor Stuart —añadió en voz baja—, ¿alguna vez echó de menos su hogar?

## «En una buena causa...» (1951)

---

“In a Good Cause”

En la Gran Plaza, que ofrece un remanso de paz entre los bulliciosos setenta mil kilómetros cuadrados consagrados a los imponentes edificios donde late el pulso de los Mundos Unidos de la Galaxia, se yergue una estatua.

Ocupa un lugar desde el cual puede mirar a las estrellas por la noche. Hay otras estatuas alrededor de la plaza, pero ésta se levanta en el centro y en solitario.

No es una estatua muy buena. El rostro es demasiado noble y carece de arrugas que le den vida. La frente es demasiado alta, la nariz demasiado simétrica y el atuendo demasiado atildado. El porte rezuma santidad y no resulta creíble. Uno supone que el hombre de la vida real pondría mala cara de vez en cuando o tendría hipo en alguna ocasión, pero la estatua se empeña en proclamar que tales imperfecciones eran imposibles.

Se trata de un comprensible exceso de compensación. Al hombre no se le levantó ninguna estatua mientras vivía, y las generaciones posteriores, con la ventaja de la retrospección, se sintieron culpables.

El nombre inscrito en el pedestal es «Richard Sayama Altmayer». Debajo hay una frase breve y tres fechas dispuestas verticalmente. La frase reza: «En una buena causa no hay fracasos.» Las tres fechas son: 17 de junio de 2755, 5 de septiembre de 2788 y 21 de diciembre de 2800. Los años se cuentan al estilo habitual de la época, es decir, a partir de la fecha de la primera explosión atómica del año 1945 de la era antigua.

Ninguna de esas fechas representa su nacimiento ni su muerte. No conmemoran una boda ni una gran hazaña, ni nada que los habitantes de los Mundos Unidos puedan recordar con placer y orgullo. Constituyen, en cambio, la expresión final de un sentimiento de culpa.

Aluden, sencillamente, a las tres fechas en las cuales a Richard Sayama Altmayer lo encarcelaron por sus opiniones.

17 de junio de 2755

A sus veintidós años, Dick Altmayer era plenamente capaz de enfurecerse. Seguía teniendo el cabello de color castaño oscuro y aún no lucía el bigote que en años posteriores resultaría tan característico en él. Tenía ya, por supuesto, esa nariz fina y de puente alto, pero los contornos del rostro eran juveniles. Sólo después las mejillas, cada vez más enjutas convertirían la nariz en el hito prominente que está ahora en la mente de billones de escolares.

Geoffrey Stock estaba de pie en la puerta, mirando los resultados de la furia de su amigo. Ya tenía ese rostro redondo y frío y los ojos firmes, pero aún no se había puesto el primero de los uniformes militares que lo cubrirían durante el resto de su vida.

—¡Gran galaxia! —exclamó.

—Hola, Jeff —lo saludó Altmayer.

—¿Qué ha sucedido, Dick? Creía que tus principios te prohibían todo tipo de destrucción. Pero ese libro-pantalla parece bastante destruido.

Recogió los fragmentos.

—Tenía el aparato en la mano cuando mi receptor de ondas emitió un mensaje oficial —le explicó Altmayer—. Y tú sabes cuál es.

—Lo sé. Lo mismo me ocurrió a mí. ¿Dónde está?

—En el suelo. Lo arranqué de la bobina en cuanto escupió el mensaje. Espera, lo arrojaremos al incinerador atómico.

—Oye, oye. No puedes...

—¿Por qué no?

—Porque no lograrás nada. Tendrás que presentarte.

—¿Y por qué?...

—No seas tonto, Dick...

—¡Santo Espacio, es una cuestión de principios!

—¡Demonios! No puedes luchar contra el planeta entero.

—No me propongo luchar contra el planeta entero, sólo contra los pocos que nos meten en guerras...

Stock se encogió de hombros.

—Eso significa el planeta entero. Tu perorata acerca de los líderes, que engatusan inocentes para mandarlos a luchar, es puro polvo estelar. ¿Crees que si se resolviera por votación la gente no votaría abrumadoramente a favor de esta guerra?

—Eso no significa nada, Jeff. El Gobierno controla...

—Los órganos de propaganda. Sí, lo sé. Ya te lo he oído a menudo. Pero, ¿por qué no presentarse?

Altmayer le dio la espalda.

—Ante todo —agregó Stock—, no aprobarías el examen físico.

—Lo aprobaría. He estado en el espacio.

—Eso no significa nada. Que los médicos te dejen subirte a una nave de línea significa tan sólo que no tienes un soplo cardíaco ni un aneurisma. Para el servicio militar a bordo de una nave espacial necesitas mucho más. ¿Cómo sabes que te aprobarían?

—Esa cuestión es secundaria, Jeff, y además es insultante que la menciones. No es que tenga miedo de luchar.

—¿Crees que así detendrás la guerra?

—Ojalá pudiera. —Le tembló la voz al decirlo—. Pero sostengo la idea de que toda la humanidad debería constituir una sola unidad. No tendría que haber guerras ni flotas espaciales armadas únicamente con fines destructivos. La galaxia está abierta a

todo esfuerzo mancomunado de la raza humana. En cambio, nos hemos dividido en facciones durante casi dos mil años y hemos desdeñado toda la galaxia.

Stock se echó a reír.

—No nos va tan mal. Hay más de ochenta sistemas planetarios independientes.

—¿Y somos las únicas inteligencias de la galaxia?

—Oh, están los diáboli, tus demonios particulares.

Apoyó los puños en las sienes, extendió los índices y los movió con rapidez.

—Y también los tuyos, y los de todos. Tienen un Gobierno único que abarca más planetas que todos los ocupados por nuestros preciosos ochenta sistemas independientes.

—Claro, y su planeta más próximo está a sólo mil quinientos años luz de la Tierra y no pueden vivir en planetas con oxígeno. —Abandonó su tono amistoso y añadió —: Mira, he pasado para avisarte que la semana próxima me presentaré al examen. ¿Vendrás conmigo?

—No.

—Estás decidido de verdad.

—Estoy decidido de verdad.

—Sabes que no lograrás nada. No vas a encender una gran llama en la Tierra ni conseguirás que millones de jóvenes se entusiasmen con tu ejemplo y organicen una huelga antibélica. Simplemente, irás a la cárcel.

—De acuerdo, iré a la cárcel.

Y fue a la cárcel. El 17 de junio de 2755 de la era atómica, tras un breve juicio, en el que Richard Sayama Altmayer se negó a presentar una defensa, fue condenado a tres años de prisión, o bien a permanecer encarcelado mientras durase la guerra, dependiendo de cuál de los períodos fuese el más largo. Estuvo en la cárcel un poco más de cuatro años y dos meses, hasta el momento en que la guerra terminó con una definida, aunque no aplastante, derrota santanniana. La Tierra obtuvo el control total de ciertos asteroides en disputa, varias ventajas comerciales y una limitación de la flota santanniana.

Las pérdidas humanas totales de la guerra ascendieron a más de dos mil naves, con la mayor parte de sus tripulantes, además de varios millones de vidas segadas durante el bombardeo de superficies planetarias desde el espacio. Las flotas de las dos potencias contendientes eran lo suficientemente fuertes como para limitar estos bombardeos a los puestos de avanzada de sus respectivos sistemas, de modo que los planetas Tierra y Santanni sufrieron pocos daños.

El conflicto consagró a la Tierra como la potencia militar humana más poderosa.

Geoffrey Stock luchó durante toda la guerra, entró en combate más de una vez y conservó la vida y la integridad física a pesar de ello. Al final de la guerra poseía rango de comandante. Intervino en la primera misión diplomática que la Tierra envió

a los mundos de los diáboli, lo cual representó el primer paso en su creciente importancia en la vida tanto militar como política de la Tierra.

5 de septiembre de 2788

Eran los primeros diáboli que aparecían en la superficie de la Tierra. Los carteles y los noticiarios del Partido Federalista lo dejaban bien claro para quien lo ignorase. Una y otra vez repetían la cronología de los acontecimientos.

A principios de siglo, los exploradores humanos se encontraron con los diáboli. Eran seres inteligentes y habían descubierto el viaje interestelar por su cuenta un poco antes que los hombres. La cantidad de sus dominios galácticos era, ya entonces, mayor que la de los ocupados por los humanos.

Las relaciones diplomáticas regulares entre los diáboli y las principales potencias humanas llevaban establecidas veinte años, desde poco después de la guerra entre Santanni y la Tierra. En esa época, los puestos de avanzada de los diáboli se encontraban ya a veinte años luz de los puestos de avanzada humanos. Sus delegaciones iban a todas partes, concertaban tratos comerciales y obtenían concesiones sobre asteroides desocupados.

Y ya estaban en la Tierra misma. Eran tratados como iguales, y quizá mejor que iguales, por los gobernantes del mayor centro de población humana de la galaxia. La estadística más negativa era también la que los federalistas proclamaban con mayor énfasis: aunque el número de diáboli existentes era inferior a la cantidad total de humanos, la humanidad no había abierto más de cinco mundos nuevos a la colonización en cincuenta años, mientras que los diáboli habían iniciado la ocupación de casi quinientos.

«Cien a uno en contra nuestra», clamaban los federalistas, «porque ellos poseen una organización política y nosotros un centenar». Pero relativamente pocos en la Tierra, y menos aún en la totalidad de la galaxia, prestaban atención a los federalistas y a su reclamo de una Unión Galáctica.

Las muchedumbres que bordeaban las calles, por donde diariamente los cinco diáboli de la delegación viajaban desde su suite especialmente condicionada en el mejor hotel de la ciudad hasta la Secretaría de Defensa, no sentían hostilidad. La mayoría sentían curiosidad, y bastante repulsión.

Los diáboli no eran criaturas de aspecto agradable. De mayor tamaño y más robustos que los terrícolas, contaban con cuatro piernas rollizas en la parte inferior y dos brazos de dedos flexibles en la superior. Tenían una piel rugosa y lampiña y no usaban ropa. Sus rostros anchos y escamosos no mostraban expresiones inteligibles para los terrícolas y, en las zonas achatadas que había encima de sus ojos de grandes pupilas, nacían unos cuernos cortos. De ahí derivaba el nombre de estas criaturas. Al principio los llamaron demonios, pero luego se recurrió a un latinajo más cortés.

Cada uno de ellos llevaba sobre la espalda —o lomo— unos tubos flexibles que

les llegaban hasta las fosas nasales, ceñidos con fuerza. Los tubos contenían soda cáustica con el fin de que absorbieran el dióxido de carbono, que para ellos era venenoso. Su metabolismo se centraba en la reducción de azufre, y a veces los que se encontraban en la primera fila de la muchedumbre de humanos captaban el pestilente hedor a sulfuro de hidrógeno exhalado por los diáboli.

El cabecilla de los federalistas se hallaba entre la multitud. Estaba en un sitio donde no llamaba la atención de los policías que acordonaban las avenidas y se mantenían alerta, montados en pequeños brincadores capaces de maniobrar velozmente a través de la multitud más densa. El líder federalista tenía rostro enjuto, nariz delgada, prominente y recta, y cabello entrecano.

—No soporto mirarlos —dijo, desviando la mirada.

Su compañero fue más filosófico:

—No son más feos en cuanto a su espíritu que algunos de nuestros apuestos funcionarios. Al menos, estas criaturas son fieles a sí mismas.

—Es una triste verdad. ¿Ya estamos preparados?

—Totalmente. Ninguno de ellos quedará vivo para regresar a su mundo.

—¡Bien! Me quedaré aquí para dar la señal.

Los diáboli también hablaban, lo que no resultaba evidente para los humanos, por cerca que estuviesen. Podían comunicarse emitiendo sonidos, pero no optaron por ese método. La piel que unía los dos cuernos vibraba con rapidez mediante contracciones de músculos cuya configuración resultaba desconocida para los humanos. Las diminutas ondas así transmitidas al aire eran demasiado rápidas para que las captara el oído humano y demasiado delicadas para ser detectadas por ninguno de los aparatos existentes, salvo por los más sensibles. En esa época, de hecho, los humanos desconocían la existencia de esa clase de comunicación.

—¿Sabíais que éste fue el planeta de origen de los dos-piernas? —dijo una vibración.

Hubo un coro de negativas:

—No.

Luego, otra vibración:

—¿Lo deduces de las comunicaciones de los dos-piernas que has estudiado, extravagante?

—¿Dices eso porque estudio las comunicaciones? Más de los nuestros deberían hacer eso en vez de insistir tanto en la total inutilidad de la cultura de los dos-piernas. Por lo pronto, estaremos en mejor posición para negociar si sabemos algo sobre ellos. Tienen una historia interesante por lo espantosa. Me alegra haberme animado a ver sus bobinas filmadas.

—Sin embargo —objetó otra vibración—, por nuestros contactos anteriores con ellos, uno pensaría que desconocían cuál era su planeta de origen. Desde luego, no



hay veneración por este planeta Tierra ni existen ritos conmemorativos asociados con él. ¿Estás seguro de que la información es correcta?

—Absolutamente. La falta de rituales y el hecho de que este planeta no sea un lugar santo se comprenden por completo a la luz de la historia de los dos-piernas. Los de su especie que viven en otros mundos no les concederían ese honor, ya que rebajaría la dignidad y la independencia de sus propios mundos.

—No lo comprendo.

—Yo tampoco, la verdad, pero tras varios días de lectura creo vislumbrar algo. Parece ser que, originalmente, cuando los dos-piernas descubrieron el viaje interestelar vivían bajo una sola unidad política.

—Como es lógico.

—No tan lógico para ellos. Fue una etapa inusitada de su historia y no duró demasiado. Cuando las colonias de los diversos mundos crecieron y alcanzaron una madurez razonable, decidieron emanciparse del mundo madre. Así estallaron las primeras guerras interestelares entre los dos-piernas.

—Espantoso. Como caníbales.

—Sí, ¿verdad? Me han arruinado la digestión durante días. Mi bolo alimenticio está rancio. En cualquier caso, las diversas colonias obtuvieron la independencia, así que ahora tenemos la situación que bien conocemos. Todos los reinos, las repúblicas, las aristocracias y las demás organizaciones de los dos-piernas son simplemente pequeños conglomerados de varios mundos, cada uno de ellos consistente en un mundo dominante y unos cuantos secundarios, los cuales, a su vez, andan buscando la independencia o cambiando de manos. Los de la Tierra son los más fuertes y, sin embargo, cuentan con la fidelidad de menos de una docena de mundos.

—Es increíble que estas criaturas estén tan ciegas para con sus propios intereses. ¿No poseen ya la tradición de gobierno único que poseían cuando abarcaban sólo un mundo?

—Como he dicho, fue algo inusitado para ellos. El gobierno único existió sólo durante varias décadas. Antes de eso, este mismo planeta estaba dividido en varias unidades políticas sub-planetarias.

—Nunca oí hablar de nada semejante.

Durante un rato, las vibraciones supersónicas de las diversas criaturas interfirieron entre sí.

—Es un hecho cierto. Es simplemente la naturaleza de la bestia.

Y así llegaron a la Secretaría de Defensa.

Los cinco diaboli se pusieron uno al lado del otro ante la mesa. Permanecieron de pie porque su anatomía no permitía nada parecido a estar sentado. Al otro lado de la mesa, cinco terrícolas también de pie. Para ellos habría sido más cómodo sentarse, pero, comprensiblemente, no deseaban dejar en evidencia más aún la desventaja de su

menor tamaño. La mesa era bastante ancha, la más ancha que se había podido conseguir, por respeto al olfato humano, pues los diáboli despedían un suave y continuo aroma de sulfuro de hidrógeno; un poco cuando respiraban, mucho más cuando hablaban. Se trataba de una dificultad sin precedentes en las negociaciones diplomáticas.

Por lo general, las reuniones no duraban más de media hora y al final de ese intervalo los diáboli concluían sus conversaciones sin ceremonias, se daban media vuelta y se marchaban. Esta vez, sin embargo, la despedida se vio interrumpida. Entró un hombre, y los cinco negociadores humanos le abrieron el paso. Era alto, más alto que los demás terrícolas, y llevaba el uniforme con la soltura de quien posee un viejo hábito. Tenía rostro redondo, ojos fríos y firmes y cabello negro y ralo, pero aún no tocado por el gris. Una mancha irregular de tejido cicatrizado le corría desde la punta de la mandíbula hasta el borde del alto cuello de cuero marrón. Tal vez fuese resultado de un rayo energético lanzado por un anónimo enemigo humano en cualquiera de las cinco guerras en las que este hombre había participado activamente.

—Señores —anunció el terrícola que había encabezado hasta ese momento las negociaciones—, les presento al secretario de Defensa.

Los desconcertados diáboli mantuvieron inescrutables expresiones de calma, pero las placas sónicas de sus frentes vibraron activamente. Aquello atentaba contra su rígido sentido de la jerarquía. El secretario no era más que otro dos-piernas, pero según las pautas de los dos-piernas los superaba en rango. No podían entablar conversaciones oficiales con él.

El secretario sabía lo que estaban pensando, pero no tenía opción en el asunto. Había que demorar la partida de los diáboli por lo menos diez minutos, y una interrupción cualquiera no hubiera servido para retenerlos.

—Señores, debo pedirles el favor de que permanezcan más tiempo esta vez —les dijo.

El diábolus del centro replicó en su remedo del idioma terrícola. Podría decirse que un diábolus poseía dos bocas. Una se articulaba en la extremidad más externa de la mandíbula y la utilizaban para comer; los seres humanos rara vez la veían en movimiento, pues los diáboli preferían comer en compañía de los de su especie. Pero tenían una apertura más angosta y que utilizaban para hablar. Se fruncía al abrirla, revelando el orificio viscoso donde deberían haber estado los incisivos ausentes en los diáboli. Permanecía abierta para el habla, y los necesarios bloqueos de las consonantes los efectuaban el paladar y el dorso de la lengua. El resultado era ronco y confuso, pero comprensible.

—Tendrán que disculparnos, pero ya estamos sufriendo —contestó el diábolus. Y con la frente emitió un mensaje inaudible para los humanos—: Se proponen asfixiarnos con su pestilente atmósfera. Hemos de pedir cilindros absorbentes de

veneno de mayor tamaño.

—Comprendo sus sentimientos —asintió el secretario de Defensa—. Sin embargo, ésta podría ser mi única oportunidad de hablar con ustedes. Tal vez pudieran honrarnos comiendo en nuestra compañía.

El terrícola que estaba al lado del secretario no pudo contener un gesto de disgusto. Garrapateó una nota en un papel y se la pasó al secretario, quien la miró de soslayo.

Decía: «No. Comen heno sulfuroso. El tufo es inaguantable.» El secretario arrugó la nota y la tiró.

—El honor es nuestro —habló el diábolus—. Si pudiéramos resistir físicamente esta extraña atmósfera de ustedes durante tanto tiempo, aceptaríamos con suma gratitud. —Y por la frente añadió muy nervioso—: No esperarán que comamos con ellos y les veamos consumir cadáveres de animales. Nunca más disfrutaría de mi bolo alimenticio.

—Respetamos sus razones —accedió el secretario—. Entonces, resumamos ahora nuestras transacciones. En las negociaciones realizadas hasta ahora, no hemos podido obtener de su Gobierno, representado aquí por ustedes, ningún indicio claro acerca de dónde se encuentran los límites de su esfera de influencia, a juicio de ustedes. Hemos presentado varias propuestas al respecto.

—En lo concerniente a los territorios de la Tierra, señor secretario, se ha ofrecido una limitación.

—Pero sin duda entienden que es insatisfactoria. Los límites entre la Tierra y sus territorios no están en contacto. Hasta ahora, ustedes no han hecho sino afirmar esta realidad. Aunque necesaria, una mera declaración no es suficiente.

—No comprendemos del todo. ¿Pretende que discutamos los límites existentes entre nosotros y los reinos humanos independientes, como, por ejemplo, Vega?

—Exactamente. Sí.

—No es posible. Sin duda se da usted cuenta de que cualquier relación entre nosotros y el reino soberano de Vega no es de la incumbencia de la Tierra. Sólo se puede discutir con Vega.

—O sea que entrarán en cien negociaciones con los cien mundos gobernados por humanos.

—Es necesario. De todos modos, cabe señalar que esta necesidad no la imponemos nosotros, sino la índole de la propia organización de los humanos.

—Pues eso reduce drásticamente los alcances de nuestra negociación. El secretario parecía distraído. No escuchaba a los diáboli que tenía enfrente, sino, más bien, algo lejano.

Y de pronto se oyó un débil alboroto fuera de la Secretaría. La algarabía de voces distantes, el vigoroso crepitar de pistolas energéticas, enmudecido por la distancia, y

el presuroso chasquido de los brincadores policiales.

Los diáboli no dieron señales de haber oído nada, lo cual no era una muestra más de cortesía; aunque poseían una capacidad, para recibir ondas sonoras supersónicas, mucho más sensibles y agudas que cualquier producto del ingenio humano, su recepción de las ondas sonoras comunes resultaba limitada.

—Solicitamos autorización para manifestar nuestra sorpresa —continuó la conversación el diábolus—. Suponíamos que todo esto ya lo conocían ustedes.

Un hombre con uniforme de policía apareció en la puerta. El secretario se volvió hacia él; el policía hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se marchó.

El secretario habló con repentina vivacidad:

—Perfecto. Sólo deseaba cerciorarme de que así era. Confío en que estén dispuestos a reanudar las negociaciones mañana.

—Por supuesto.

Uno a uno, lentamente, con una dignidad propia de los herederos del universo, los diáboli fueron saliendo de la estancia.

—Me alegra que se negaran a comer con nosotros —comentó un terrícola.

—Sabía que no aceptarían —dijo pensativamente el secretario—. Son vegetarianos. Se descomponen ante la sola idea de comer carne. Les he visto comer, que es algo que no han visto muchos humanos. Se parecen a nuestros bovinos en ese aspecto. Engullen los alimentos y, luego, permanecen solemnemente de pie, en círculos y mascando los bolos, en una gran comunidad de pensamiento. Tal vez se intercomunican mediante algún método que desconocemos. Su enorme mandíbula inferior gira en sentido horizontal, en un proceso lento y triturador...

El policía reapareció en la puerta. El secretario le preguntó:

—¿Los tenéis a todos?

—Sí, señor.

—¿Tenéis a Altmayer?

—Sí, señor.

—Bien.

La muchedumbre se había vuelto a reunir cuando los cinco diáboli salieron de la Secretaría. El horario era estricto. A las tres de la tarde de cada día abandonaban la suite y pasaban cinco minutos caminando hacia la Secretaría. A las cuatro menos veinticinco salían de allí para regresar a la suite, mientras la policía despejaba el camino. Recorrían impasibles, casi como autómatas, la ancha avenida.

A medio camino se oyeron gritos. La mayor parte de los presentes no entendió las palabras, pero se oyó el sonido de una pistola energética y la fluorescencia azulada hendió el aire. Los policías se pusieron en movimiento, desenfundaron sus pistolas, saltaron un par de metros en sus brincadores, aterrizaron entre grupos de personas, sin tocar a nadie, y saltaron de nuevo al instante. La gente se dispersó y sus voces se

sumaron a la algarabía general.

Entre tanto, los diáboli, por sus defectos auditivos o por exceso de dignidad, continuaron la marcha mecánicamente.

Al otro lado de la muchedumbre, casi en el extremo opuesto del alboroto, Richard Sayama Altmayer se acariciaba la nariz con satisfacción. La estricta cronología de los diáboli había permitido un plan relámpago. El primer disturbio pretendió únicamente distraer la atención de la policía. Era el momento...

Disparó una inofensiva cápsula sonora al aire.

Al instante, desde cuatro puntos distintos, balas de verdad rasgaron el aire. Los francotiradores disparaban desde los tejados de los edificios alineados a lo largo del camino.

Los diáboli, destrozados por las balas, temblaban y estallaban a medida que las cápsulas detonaban en su interior. Uno a uno se desplomaron.

Y de pronto unos policías aparecieron junto a Altmayer. Los miró sorprendido y manifestó afablemente (pues en veinte años había perdido la furia y aprendió a mostrarse amable):

—Os movéis con rapidez, pero aun así llegáis demasiado tarde.

Señaló a los diáboli destrozados.

La muchedumbre era presa del pánico. Nuevos escuadrones de policía, llegados en tiempo récord, la encauzaban hacia lugares donde no pudieran sufrir daño.

El policía que sujetaba a Altmayer le arrebató la pistola sonora y lo cacheó. Era un capitán. Le dijo en tono conminatorio:

—Creo que cometió un error, señor Altmayer. Notará que no ha derramado sangre.

Y también señaló a los diáboli que yacían inmóviles.

Altmayer se volvió desconcertado. Las criaturas estaban tumbadas; algunas destrozadas, con la piel desgarrada en jirones y el cuerpo deformado y arqueado. Pero el capitán de policía decía la verdad: no había sangre ni carne. Altmayer movió los labios pálidos, sin decir palabra.

El capitán de policía interpretó correctamente aquel movimiento de labios.

—Está usted en lo cierto. Son robots.

Y por las grandes puertas de la Secretaría de Defensa salieron los verdaderos diáboli. Policías con porras despejaron el camino, pero siguiendo otra ruta, para que no tuvieran que pasar por delante de los destrozados remedos de plástico y aluminio que durante tres minutos actuaron como criaturas vivientes.

—Le pido que me acompañe sin resistirse, señor Altmayer —dijo el policía—. El secretario de Defensa desea verle.

—Muy bien, señor —contestó.

Empezaba a invadirlo un impresionante sentimiento de frustración.

En el despacho del secretario, Geoffrey Stock y Richard Altmayer se enfrentaron por primera vez en un cuarto de siglo. Era un despacho austero: un escritorio, una butaca y dos sillas; todo en un tono marrón apagado y las sillas revestidas de espumilla, también marrón y mullida, pero no lujosa. Sobre el escritorio había un micro-proyector y una pequeña vitrina, en la que cabían varias docenas de bobinas ópticas, y enfrente una vista tridimensional de la vieja Intrépida, la primera nave que comandó el secretario.

—Es ridículo encontrarse así al cabo de tantos años —dijo Stock—. Lo lamento.

—¿Qué lamentas, Jeff? —Altmayer forzó una sonrisa—. Yo no lamento nada, salvo que me hayas engañado con esos robots.

—No fue difícil engañarte, y era una excelente oportunidad para desbaratar tu partido. Sin duda quedará en descrédito después de esto. El pacifista trata de provocar la guerra, el apóstol de la dulzura intenta asesinar.

—La guerra contra el verdadero enemigo —replicó Altmayer con tristeza—. Pero tienes razón. Me vi forzado a actuar así por desesperación. ¿Cómo te enteraste de mis planes?

—Sigues sobreestimando a la humanidad, Dick. En cualquier conspiración, los puntos más débiles los conforman las personas que la componen. Tenías veinticinco cómplices; ¿no se te ocurrió que por lo menos uno podía ser un soplón o incluso un empleado mío?

Los altos pómulos de Altmayer enrojecieron.

—¿Cuál de ellos? —preguntó.

—Lo siento. Podríamos necesitarlo de nuevo.

Altmayer se reclinó fatigosamente en la silla.

—¿Qué has ganado?

—¿Qué has ganado tú? Eres tan poco práctico ahora como el último día en que te vi, el día que decidiste ir a la cárcel en vez de presentarte para el servicio. No has cambiado.

Altmayer sacudió la cabeza.

—La verdad no cambia.

—Si es la verdad, ¿por qué fracasa siempre? —le espetó Stock—. Tu estancia en la cárcel no sirvió de nada. La guerra continuó. No se salvó una sola vida. A partir de entonces fundaste un partido político, y todas las causas que respaldaste fracasaron. Tu conspiración ha fracasado. Tienes casi cincuenta años, Dick, ¿y qué has logrado? Nada.

—Y tú fuiste a la guerra, obtuviste el mando de una nave y luego un puesto en el Gabinete. Dicen que serás el próximo coordinador. Has logrado muchísimo. Pero el éxito y el fracaso no existen por sí solos. ¿Éxito en qué? Éxito en conseguir la ruina de la humanidad. ¿Fracaso en qué? ¿En salvarla? No quisiera estar en tu lugar.

Recuerda esto, Jeff: en una buena causa no hay fracasos, sólo éxitos postergados.

—¿Aunque te ejecuten por lo que has hecho hoy?

—Aunque me ejecuten. Alguien me sucederá, y su éxito será el mío.

—¿En qué consiste ese éxito? ¿De veras puedes imaginar una unión de los mundos, una Federación Galáctica? ¿Quieres que Santanni administre nuestros asuntos? ¿Quieres que alguien de Vega te diga qué tienes que hacer? ¿Quieres que la Tierra decida su propio destino, o estar a merced de cualquier posible combinación de potencias?

—No estaríamos a su merced más de lo que ellos lo estarían a la nuestra.

—Excepto que nosotros somos más ricos. Nos saquearían en nombre de los deprimidos mundos del sector de Sirio.

—Y pagaríamos ese saqueo con lo que ahorraríamos en guerras, que ya no estallarían.

—¿Tienes respuestas para todas las preguntas, Dick?

—En veinte años nos han planteado todas las preguntas, Jeff.

—Entonces, responde a ésta. ¿Cómo impondrías esta unión a una humanidad reacia a ella?

—Por eso quería matar a los diáboli. —Por primera vez, Altmayer demostró emoción—. Eso significaría la guerra con ellos, pero toda la humanidad se uniría contra el enemigo común. Nuestras diferencias políticas e ideológicas perderían relevancia.

—¿De veras lo crees? ¿Aunque los diáboli jamás nos hayan causado daño? Ellos no pueden vivir en nuestros mundos; deben permanecer en sus mundos, con atmósfera de sulfuro y océanos que son soluciones de sulfato de sodio.

—La humanidad sabe que no es así, Jeff. Se están esparciendo de mundo en mundo como una explosión atómica. Obstruyen el viaje espacial a zonas donde hay mundos de oxígeno desocupados, los mundos que nosotros podríamos usar. Planifican con vistas al futuro, creando espacio para un sinnúmero de generaciones de diáboli, mientras que nosotros nos quedamos confinados a un rincón de la galaxia y nos desangramos en nuestras guerras. Dentro de mil años seremos sus esclavos, y dentro de diez mil estaremos extinguidos. Pues claro que sí, son el enemigo común. La humanidad lo sabe. Tal vez lo descubras antes de lo que crees.

—Los miembros de tu partido hablan mucho de la antigua Grecia de la era preatómica. Nos dicen que los griegos eran un pueblo maravilloso, la cultura más avanzada de su tiempo y tal vez de todos los tiempos. Ellos imprimieron a la humanidad un curso que nunca ha abandonado del todo. Sólo cometieron un error: no fueron capaces de unirse. Acabaron siendo conquistados y con el tiempo se extinguieron. Y nosotros seguimos sus pasos, ¿verdad?

—Te has aprendido bien la lección, Jeff.

—¿Y tú, Dick?

—¿A qué te refieres?

—¿Acaso los griegos no tenían un enemigo común contra el que unirse? — Altmayer guardó silencio. Stock prosiguió—: Los griegos lucharon contra Persia, su gran enemigo común. ¿No es verdad que una buena parte de los Estados griegos se pusieron del lado de Persia?

—Sí. Porque pensaban que la victoria persa era inevitable y querían estar con los ganadores.

—Los seres humanos no han cambiado, Dick. ¿Por qué crees que los diáboli están aquí? ¿Qué estamos negociando?

—Yo no soy miembro del Gobierno.

—¡Tú no, pero yo sí! La Liga de Vega se ha aliado con los diáboli.

—No te creo. No puede ser.

—Puede ser y es. Los diáboli han acordado suministrarles quinientas naves cada vez que estén en guerra con la Tierra. A cambio, Vega renuncia a cualquier reclamación sobre el grupo de estrellas de Nigel. Si hubieras liquidado a los diáboli habrías desatado una guerra, pero con media humanidad peleando del lado de tu presunto enemigo común. Estamos tratando de impedir algo semejante.

—Estoy preparado para que me juzguen —murmuró Altmayer—. ¿O me ejecutarán sin celebrar ningún juicio?

—Sigues siendo un tonto. Si te ejecutamos, Dick, te convertirás en un mártir. Si te mantenemos con vida y sólo ejecutamos a tus subordinados, serás sospechoso de haberlos delatado. Resultarás inofensivo en el futuro, por presunto traidor.

Y así, el 5 de septiembre de 2788, a Richard Sayama Altmayer, tras un brevísimo juicio secreto, lo sentenciaron a cinco años de prisión. Cumplió toda la sentencia. El año en que Altmayer salió de la cárcel, Geoffrey Stock fue elegido coordinador de la Tierra.

21 de diciembre de 2800

Simon Devoire no las tenía todas consigo. Era un hombre menudo, de cabello rubio rojizo y rostro pecoso y rubicundo.

—Lamento haber venido a verte, Altmayer. A ti no te servirá de nada y para mí será perjudicial.

—Soy un anciano —dijo Altmayer—. No podría hacerte daño.

Y, en efecto, era un anciano. El final del siglo lo sorprendía con más de sesenta años de edad, pero parecía más viejo, tanto por dentro como por fuera. La ropa le quedaba grande, como si él se estuviera encogiendo. Sólo la nariz no había envejecido; seguía siendo esa nariz fina, aristocrática y puntiaguda de Altmayer.

—No es a ti a quien temo —replicó Devoire.

—¿Por qué no? Tal vez crees que traicioné a mis hombres en el 88.



—No, claro que no. Nadie con sentido común creería semejante cosa. Pero los tiempos de los federalistas han llegado a su fin, Altmayer.

Procuró sonreír. Sentía hambre, pues ese día no había comido, por falta de tiempo. ¿De modo que los tiempos de los federalistas habían llegado a su fin? Tal vez otros lo creyeran así. El movimiento murió en medio de una oleada de burlas. Una conspiración frustrada, una «causa perdida», resulta a menudo romántica, se la recuerda con simpatía durante generaciones, siempre que la pérdida sea digna al menos; pero disparar contra criaturas supuestamente vivas y descubrir que son robots, ser vencido con rapidez y astucia, ser ridiculizado..., eso es fatal. Es más fatal que la traición, el error y el pecado. No mucha gente se creyó que Altmayer hubiera comprado su vida traicionando a sus cómplices, pero la carcajada general fue igual de eficaz para acabar con el federalismo.

Sólo que él se había mantenido impasible en su tenacidad.

—Los tiempos de los federalistas nunca pasarán mientras viva la raza humana.

—Palabras —rezongó Devoire—. Significaban mucho para mí cuando era joven. Ahora estoy un poco cansado.

—Simon, necesito acceder al sistema sub-etéreo.

El rostro de Devoire se endureció.

—Y pensaste en mí. Pues lo lamento, Altmayer, pero no puedo dejarte usar mis emisiones para tus propósitos.

—En un tiempo fuiste federalista.

—Olvídalo. Eso pertenece al pasado. Ahora soy..., no soy nada. Sólo un «devoirista». Quiero vivir.

—¿Sometido a los diáboli? ¿Quieres vivir cuando ellos están dispuestos, morir cuando están preparados?

—¡Palabras!

—¿Apruebas la conferencia galáctica?

Devoire enrojeció, como si su cuerpo contuviera más sangre de la necesaria.

—¿Por qué no? —vociferó—. ¿Qué importa el modo en que fundemos la Federación del Hombre? Si aún eres federalista, ¿por qué te opones a una humanidad unida?

—¿Unida bajo los diáboli?

—¿Cuál es la diferencia? La humanidad no es capaz de unirse por sí sola. Que nos lo impongan con tal de que se consiga. Estoy harto, Altmayer, harto de tu estúpida historia. Estoy harto de tratar de ser un idealista sin ningún objetivo al que dirigir mi idealismo. Los seres humanos son seres humanos y eso es lo lamentable del asunto. Tal vez necesitemos unos azotes para que nos lleven al orden. Estoy dispuesto a permitir que los diáboli empuñen el látigo.

—Eres un necio, Devoire —murmuró Altmayer—. No será una verdadera unión,

y lo sabes. Los diáboli convocaron a esta conferencia para poder actuar como árbitros en todas las actuales rencillas interhumanas, sacar partido de ellas y erigirse así en nuestro tribunal supremo a partir de ahora. Sabes que no tienen intenciones de establecer un verdadero Gobierno central de humanos. Será una especie de mandato interconectado: cada Gobierno humano administrará sus asuntos como antes y defenderá sus intereses como antes; sólo que nos acostumbraremos a acudir a los diáboli con nuestros problemitas.

—¿Cómo sabes cuál va a ser el resultado?

—¿Piensas seriamente que hay otro resultado posible?

Devoire se mordió el labio inferior.

—¡Tal vez no!

—Pues ahí tienes una hoja de vidrio por la que mirar, Simon. Toda la independencia que hoy poseemos se perderá.

—La independencia no nos ha servido de mucho... Además, es inútil. No podemos impedirlo. Probablemente el coordinador Stock rechace esta conferencia tanto como tú, pero ¿de qué le sirve? Si la Tierra decide no asistir, la unión se formará sin nosotros, y entonces nos enfrentaremos a una guerra con el resto de la humanidad y con los diáboli. Y esto vale para cualquier otro Gobierno que se mantenga al margen.

—¿Y si todos los Gobiernos se mantuviesen al margen? ¿La conferencia no se disolvería?

—¿Alguna vez has visto que todos los Gobiernos de la humanidad hagan algo juntos? Nunca aprendes, Altmayer.

—Disponemos de nuevos datos.

—¿Por ejemplo? Sé que es tonto preguntarlo, pero dime.

—Durante veinte años, la mayor parte de la galaxia ha permanecido cerrada a las naves humanas. Lo sabes. Ninguno de nosotros tiene la menor idea de lo que ocurre dentro de la esfera de influencia de los diáboli. Y, sin embargo, existen algunas colonias humanas dentro de esa esfera.

—¿Y qué?

—Pues que, de vez en cuando, algunos seres humanos se escapan a la pequeña porción de la galaxia que sigue siendo humana y libre. El Gobierno de la Tierra recibe informes, aunque no se atreve a publicarlos. Pero no todos los funcionarios gubernamentales pueden soportar eternamente tamaña cobardía. Uno de ellos ha venido a verme. No puedo revelarte quién, desde luego... Así, que tengo documentos, Devoire. Oficiales, fidedignos, veraces.

Devoire se encogió de hombros.

—¿Sobre qué?

Giró con cierta ostentación el cronómetro del escritorio para que Altmayer viera

la parte de reluciente metal donde resaltaban con intensidad las brillantes cifras rojas. Figuraban las veintidós horas y treinta y un minutos y, nada más girarlo, el uno se desvaneció y apareció en su lugar un dos resplandeciente.

Altmayer continuó hablando:

—Existe un planeta al que sus colonos pusieron el nombre de Chu Hsi. No poseía una gran población, tal vez dos millones. Hace quince años, los diáboli ocuparon los mundos cercanos y durante esos quince años ninguna nave humana aterrizó en el planeta. El año pasado lo hicieron los propios diáboli. Llevaron consigo enormes naves de carga, repletos de sulfato sódico y de cultivos bacterianos originarios de sus mundos.

—¿Qué...? No puedo creerlo.

—Inténtalo —ironizó Altmayer—. No es difícil. El sulfato de sodio se disuelve en los océanos de cualquier mundo. En un océano de sulfato, sus bacterias crecen, se multiplican y generan sulfuro de hidrógeno en tremendas cantidades que llenan los océanos y la atmósfera. Luego, pueden introducir sus plantas y sus animales y, con el tiempo, ir ellos mismos. Otro planeta resulta así habitable para los diáboli... e inhabitable para los humanos. Lleva tiempo, por supuesto, pero los diáboli disponen de mucho. Son un pueblo unido y...

—Oye —objetó Devoire, agitando la mano—, eso no se sostiene. Los diáboli tienen tantos mundos que no saben qué hacer con ellos.

—Para sus propósitos actuales, sí; pero son criaturas que tienen en cuenta el futuro. Su índice de natalidad es elevado y, a la larga, llenarán la galaxia. Y se sentirían mucho más cómodos si fueran la única inteligencia del universo.

—Pero eso es imposible por puras razones físicas. ¿Sabes cuántos millones de toneladas de sulfato de sodio se necesitarían para llenar los océanos y adaptarlos a sus requerimientos?

—Obviamente, el abastecimiento de un planeta entero.

—¿Y crees que despojarían uno de sus propios mundos para crear uno nuevo? ¿Qué ganarían con ello?

—Simon, Simon; hay millones de planetas en la galaxia que, por sus condiciones atmosféricas, por su temperatura o por su gravedad, serán siempre inhabitables para los humanos o para los diáboli. Muchos de ellos son muy ricos en azufre.

Devoire reflexionó.

—¿Y qué pasa con los seres humanos del planeta?

—¿Con los de Chu Hsi? Eutanasia; excepto para los que escaparon a tiempo. Sin dolor, supongo. Los diáboli no son innecesariamente crueles; sólo eficientes. — Altmayer esperó un poco. Devoire abría y cerraba una mano—. Publica la noticia — le dijo—. Difúndela por la red sub-etérea interestelar. Envía los documentos a los centros de recepción de los diversos mundos. Puedes hacerlo, y cuando lo hagas la

conferencia galáctica se disgregará.

Devoire movió la silla y se puso de pie.

—¿Dónde están tus pruebas?

—¿Lo harás?

—Quiero ver las pruebas.

Altmayer sonrió.

—Ven conmigo.

Lo estaban esperando cuando regresó a la habitación amueblada donde vivía. Al principio no los vio. No se dio cuenta del pequeño vehículo que lo seguía con lentitud y a prudente distancia, pues caminaba con la cabeza gacha, calculando el tiempo que tardaría Devoire en comunicar la información a los confines del espacio, cuánto tardarían las emisoras receptoras de Vega, de Santanni y de Centauro en lanzar la noticia, cuánto tardaría en difundirse por toda la galaxia. Y así pasó, distraído, entre los dos policías de paisano que flanqueaban la entrada de la casa de huéspedes.

Sólo cuando abrió la puerta del cuarto se paró en seco y dio media vuelta para escapar, pero los policías de paisano estaban ya a sus espaldas. No intentó una fuga violenta, sino que entró en la habitación y se sentó, sintiéndose muy viejo. Sólo necesito distraerlos una hora y diez minutos, pensó febrilmente.

El hombre que aguardaba en la oscuridad tendió la mano hacia el interruptor de las luces de la pared. Con aquella suave iluminación, el rostro redondo y la calva mechada de canas aparecían asombrosamente nítidos.

—Conque el coordinador mismo me honra con su visita —murmuró Altmayer.

—Tú y yo somos viejos amigos, Dick —dijo Stock—. Nos encontramos de cuando en cuando. Altmayer no respondió.

—Tienes en tus manos ciertos papeles del Gobierno, Dick. —Si eso crees, Jeff, tendrás que encontrarlos. Stock se levantó con aire de fastidio.

—Sin heroísmos, Dick. Te diré qué contenían esos papeles. Eran informes detallados sobre el sulfatado del planeta de Chu Hsi. ¿Es cierto?

Altmayer se limitó a mirar su reloj.

—Si lo que pretendes es hacernos perder tiempo, echarnos el anzuelo como si fuéramos peces, sufrirás una desilusión —le advirtió Stock—. Sabemos dónde has estado, sabemos que Devoire tiene los papeles, sabemos qué piensa hacer con ellos.

Altmayer se puso tenso. Sus mejillas apergaminadas temblaron.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Tanto como tú, Dick. Eres un hombre previsible. Por eso decidimos utilizarte. ¿Crees que el archivero hubiera ido a verte sin que nos enteráramos?

—No comprendo.

—El Gobierno de la Tierra, Dick, no desea la continuación de la conferencia galáctica. Sin embargo, no somos federalistas; sabemos cómo es la humanidad. ¿Qué

crees que ocurriría si el resto de la galaxia descubriera que los diáboli transformaron un mundo de sal-oxígeno en un mundo de sulfato-sulfuro? No, no respondas. Eres Dick Altmayer y sin duda me dirás que en un fiero arrebató de indignación abandonarían la conferencia, se unirían en una amorosa confraternidad, se arrojarían contra los diáboli y los arrasarán.

Hizo una pausa, tan larga como si no pensara hablar más. Luego, continuó en un susurro:

—Pamplinas. Los otros mundos dirían que el Gobierno de la Tierra, con propósitos específicos, inició un fraude y falsificó documentos en un intento de boicotear la conferencia. Los diáboli lo negarían todo, y la mayoría de los mundos humanos hallarían conveniente creerse esa negativa. Se concentrarían en las iniquidades de la Tierra y olvidarían las de los diáboli. Así que, como ves, no podíamos respaldar una revelación como ésa.

Altmayer se sintió agotado, inútil.

—Entonces, detendrás a Devoire. Siempre estás muy seguro del fracaso, con antelación; siempre crees lo peor de tus congéneres...

—¡Espera! No he hablado de detener a Devoire; sólo dije que el Gobierno no podía respaldar semejante revelación, y no lo haremos. Pero se hará público igualmente, y luego os arrestaremos a Devoire y a ti y denunciaremos todo el asunto con tanta vehemencia como los diáboli. Entonces todo cambiará. El Gobierno de la Tierra se habrá dissociado de esas afirmaciones. Los demás Gobiernos humanos pensarán que por motivos egoístas nos proponemos ocultar los actos de los diáboli, que quizá tenemos algún entendimiento con ellos. Le temerán a ese entendimiento y se unirán contra nosotros. Pero estar contra nosotros significará estar contra los diáboli. Insistirán en creer que la denuncia es cierta y que los documentos son reales; y la conferencia se disolverá.

—Eso supondrá una nueva guerra —indicó Altmayer, con desesperanza— y no contra el verdadero enemigo. Supondrá luchas entre los humanos y una mayor victoria para los diáboli cuando todo termine.

—No habrá guerra. Ningún Gobierno atacará a la Tierra estando los diáboli de nuestra parte. Los otros gobiernos se distanciarán de nosotros y darán a su propaganda un matiz antidiáboli. Posteriormente, en el caso de una guerra entre nosotros y los diáboli, al menos los demás permanecerán neutrales.

Parece muy viejo. Somos hombres viejos y moribundos, pensó Altmayer.

—¿Por qué crees que los diáboli respaldarán a la Tierra? —preguntó—. Puedes engañar al resto de la humanidad fingiendo que intentas ocultar datos concernientes al planeta de Chu Hsi, pero no engañarás a los diáboli. Ellos no creerán ni por un instante que la Tierra es sincera al afirmar que considera que los documentos son fraudulentos.

—Oh, claro que lo creerán. —Geoffrey Stock se levantó—. Verás, es que los documentos son realmente fraudulentos. Tal vez los diáboli tengan pensado sulfatar planetas en un futuro, pero, que nosotros sepamos, aún no lo han intentado.

El 21 de diciembre de 2800, Richard Sayama Altmayer entró en prisión por tercera y última vez. No hubo juicio ni sentencia definitiva y apenas hubo encarcelamiento en el sentido literal del término. Sus movimientos fueron restringidos, y sólo algunos funcionarios podían comunicarse con él; pero, por otra parte, se procuraba mantenerlo cómodo. Dado que no tenía acceso a las noticias, no se enteró de que en el segundo año de su tercer encarcelamiento estalló la guerra entre la Tierra y los diáboli cuando, en las inmediaciones de Sirio, un escuadrón terrícola atacó por sorpresa a varias naves de la flota alienígena.

En el año 2802, Geoffrey Stock visitó a Altmayer en la cárcel. El preso se levantó para saludarlo.

—Tienes buen aspecto, Dick —le dijo Stock.

Él, en cambio, no tenía muy buen aspecto. La tez se le había vuelto gris. Seguía llevando el uniforme de capitán, pero se le había encorvado un poco el cuerpo. Moriría pocos meses después y, en cierto modo, lo presentía. No le preocupaba demasiado. He vivido los años que debía vivir, pensaba a menudo.

A Altmayer, que parecía más viejo, le quedaban más de nueve años de vida por delante.

—Un placer inesperado, Jeff, pero esta vez no puedes venir a encarcelarme. Ya estoy en la cárcel.

—He venido a liberarte, si te parece bien.

—¿Con qué propósito, Jeff? Pues sin duda, tienes algún propósito, un astuto modo de utilizarme.

La sonrisa de Stock fue una mueca fugaz.

—Un modo de utilizarte, sí, pero esta vez lo aprobarás... Estamos en guerra.

—¿Con quién? —preguntó Altmayer, sobresaltado.

—Con los diáboli. Hace seis meses que estamos en guerra.

Altmayer juntó sus manos y entrelazó los dedos nerviosamente.

—No he oído hablar de ello.

—Lo sé. —El coordinador se apretó las manos a la espalda y se sorprendió vagamente al notar que temblaban—. Ha sido una larga travesía para ambos, Dick. Teníamos la misma meta, tú y yo... No, déjame hablar. Muchas veces quise explicarte mi punto de vista, pero jamás lo habrías comprendido. No eras hombre capaz de entender, a menos que te presentara los resultados... Yo tenía veinticinco años cuando visité uno de los mundos de los diáboli, Dick. Supe entonces que se trataba de ellos o nosotros.

—Te lo dije desde el principio —murmuró Altmayer.

—No bastaba con decirlo. Tú querías obligar a todos los Gobiernos humanos a unirse contra ellos, y esa idea era quimérica y carecía de realismo político. Ni siquiera era deseable. Los humanos no son diabólicos. Entre éstos la conciencia individual es baja, casi inexistente; la nuestra es abrumadora. Ellos no tienen actividad política; nosotros no tenemos otra cosa. A ellos no les permiten disentir, no pueden tener más que un Gobierno; nosotros no podemos ponernos de acuerdo y, si sólo tuviéramos una isla donde vivir, la dividiríamos en tres.

»¡Pero nuestras desavenencias son nuestra fuerza! Tu Partido Federalista hablaba muchísimo de la antigua Grecia. ¿Recuerdas? Pero tu gente no lo entendía bien. Por supuesto, Grecia no fue capaz de unirse y finalmente fue conquistada. Pero aun en su estado de desunión derrotó al gigantesco imperio persa. ¿Por qué?

»Me gustaría señalar que las ciudades-estado griegas combatieron entre sí durante siglos. Eso las forzó a especializarse en asuntos militares mucho más que los persas. Los persas lo comprendieron y, en el último siglo de su existencia imperial, los mercenarios griegos constituyeron las partes más valiosas de sus ejércitos.

»Lo mismo podría decirse de las pequeñas naciones-estado de la Europa preatómica, que a lo largo de siglos de lucha refinaron sus artes militares hasta el extremo de que superaron y contuvieron durante doscientos años a los imperios relativamente gigantescos de Asia.

»Así ocurre con nosotros. Los diabólicos, con vastas extensiones de espacio galáctico, nunca han librado una guerra. Su maquinaria militar es enorme, pero jamás se ha puesto a prueba. En cincuenta años, sus únicos progresos han sido los que copiaron de las diversas flotas humanas. La humanidad, por el contrario, ha competido ferozmente en diversas guerras. Cada Gobierno ha procurado mantenerse a la cabeza de sus vecinos en cuanto a las ciencias militares. ¡Tenían que hacerlo! Nuestra desunión volvía necesaria la terrible carrera por la supervivencia, de modo que al final cualquiera de nosotros era capaz de enfrentarse a todos los diabólicos, siempre que ninguno luchara al lado de ellos en el transcurso de una guerra generalizada.

»Toda la diplomacia terrícola iba dirigida a impedir esta posibilidad. Mientras no existiera la certeza de que el resto de la humanidad permanecería neutral en un conflicto bélico entre la Tierra y los diabólicos, no podía haber guerra; y tampoco se podía permitir una unión de Gobiernos humanos, pues la carrera por la perfección militar debía continuar. Una vez que estuvimos seguros de esa neutralidad, mediante la estratagema que disolvió la conferencia hace dos años, provocamos la guerra, y ya la tenemos.

Altmayer parecía petrificado. Tardó largo rato en hablar.

—¿Y si los diabólicos vencen a pesar de todo? —musitó.

—No vencerán. Hace dos semanas, las flotas principales unieron sus esfuerzos y

la de ellos fue aniquilada con pérdidas mínimas para las nuestras, pese a que nos superaban en número. Era como luchar contra naves desarmadas. Poseíamos armamento más potente y de mayor alcance y precisión, y teníamos el triple de su velocidad efectiva, pues contábamos con dispositivos de anti-aceleración, de lo que ellos carecían. Desde esa batalla, varios Gobiernos humanos decidieron unirse al bando vencedor y declararon la guerra a los alienígenas. Ayer los diáboli solicitaron la iniciación de negociaciones para un armisticio. La guerra está prácticamente terminada y, a partir de ahora, quedarán confinados a sus planetas originales y nosotros controlaremos sus expansiones futuras.

Altmayer murmuró algo ininteligible.

—Y ahora es necesaria la unión —prosiguió Stock—. Después de que las ciudades-estado griegas derrotaran a Persia, se hundieron por sus continuas guerras entre sí, con el resultado de que primero las conquistó Macedonia y, posteriormente, Roma. Igualmente, después de que Europa colonizara América, dividiera África y conquistara Asia, una serie de continuas guerras europeas la llevó a la ruina.

»¡Desunión hasta la conquista, unión a partir de entonces! Y ahora la unión resulta fácil. Dejemos que una subdivisión triunfe por sí misma y el resto reclamará formar parte de ese éxito. El antiguo historiador Toynbee fue el primero en señalar la diferencia entre lo que él denominaba una "minoría dominante" y una "minoría creativa".

»Ahora somos la minoría creativa. En un gesto casi espontáneo, varios Gobiernos humanos han sugerido el establecimiento de una organización de Mundos Unidos. Otros setenta más están dispuestos a asistir a las primeras sesiones para redactar una Carta de la Federación. Los otros se unirán después, sin duda. Me agradecería que fueras uno de los delegados de la Tierra, Dick.

Altmayer tenía los ojos empañados por las lágrimas.

—No..., no entiendo tu propósito. ¿Todo esto es verdad?

—Es tal como digo. Eras una voz en el desierto, Dick, predicando la unión. Tus palabras tendrán mucho peso. Una vez dijiste: «En una buena causa no hay fracasos.»

—¡No! —exclamó Altmayer—. Parece que la tuya era la buena causa.

El rostro de Stock aparecía severo y carente de toda emoción.

—Nunca supiste entender la naturaleza humana, Dick. Cuando los Mundos Unidos sean una realidad y una vez que generaciones de hombres y de mujeres evoquen durante sus siglos de paz ininterrumpida estos días de conflictos bélicos, habrán olvidado el propósito de los métodos que yo he utilizado. Para ellos representarán la guerra y la muerte. Tus convocatorias a la unión, tu idealismo, serán recordados para siempre.

Dio media vuelta y Altmayer apenas oyó sus últimas palabras:

—Y cuando construyan estatuas, a mí no me levantarán ninguna.



En la Gran Plaza, que ofrece un remanso de paz entre los bulliciosos setenta mil kilómetros cuadrados consagrados a los imponentes edificios donde late el pulso de los Mundos Unidos de la Galaxia, se yergue una estatua...

## Mundos posibles (1952)

---

“What If”

Tomar un tren es algo que puede hacerse con una demora capaz de conciliarse con su retraso, por lo que puede decirse que Norman y Livvy llegaron tarde pero a tiempo, ocupando el único compartimiento libre en todo el vagón. Se sentaron de cara a la dirección del tren, sin otra cosa delante que el asiento contrario. Mientras Norman colocaba sus bultos en el portaequipajes, Livvy se dio cuenta de que estaba un tanto irritada.

Si una pareja tomaba el asiento situado ante ellos, se verían obligados a soportar las caras ajenas todo el tiempo que tardase el tren en llegar a Nueva York; aunque, para evitar tamaño contratiempo, podrían recurrir al viejo truco de levantar sintéticas barreras de periódicos. Era una de las razones por las que odiaba tomar asiento en compartimentos de plazas enfrentadas.

Norman no parecía haberse dado cuenta, cosa que molestaba grandemente a Livvy. Por lo común, solían entenderse a la perfección aun en los peores momentos. Y en este sencillo detalle encontraba Norman su seguridad de haberse casado con la chica ideal.

—Nos ajustamos el uno al otro, Livvy —solía decir Norman—, he ahí la clave del éxito. Como cuando uno intenta componer un rompecabezas y encuentra que una pieza encaja perfectamente en la otra, ni más ni menos. No hay otra posibilidad, es la pieza ineludible, es decir, la chica insustituible.

Ella reiría y contestaría:

—Si no hubieras cogido el tranvía aquel día, posiblemente no habrías tropezado conmigo jamás. ¿Qué hubieras hecho entonces?

—Obtener una licenciatura. Claro. Además, te hubiera encontrado otro día a través de Georgette.

—No hubiera sido lo mismo.

—No dudes que sí.

—Insisto en que no. Georgette nunca me hubiera hecho aparecer. Ella estaba interesada en ti y es la clase de chica que sabe dónde puede encontrarse una rival.

—Absurdo.

Luego, Livvy echaría mano de su pregunta favorita:

—Norman, ¿y si hubieras llegado un minuto más tarde y te hubieras visto obligado a coger el tranvía siguiente? ¿Qué crees que hubiera ocurrido?

—¿Y si los peces volaran y se lanzaran en bandadas a la cúspide de las montañas? ¿Qué crees que comeríamos los viernes entonces?

El caso era que ambos habían coincidido en el mismo tranvía y que los peces no volaban, de manera que se habían casado cinco años atrás y comían pescado los

viernes. Y justamente a causa de aquel matrimonio iban ahora a pasar una semana en Nueva York y celebrar su aniversario.

Recordó entonces el problema presente:

—Norman, me gustaría que tomáramos otro asiento, si te parece.

—A mí también. Pero todavía no compartimos éste con nadie, de modo que, al menos hasta Providence, estaremos más o menos solos.

Aquello no acabó de consolar a Livvy, que se sintió justificada cuando vio caminar por el pasillo central del vagón un pequeño y rollizo personaje. Bien, ¿de dónde venía aquel hombre? El tren se encontraba a mitad de camino entre Boston y Providence, y si el fulano había tenido un asiento, ¿por qué no lo había conservado? Como fuere, su vanidad tomó parte en el juego de las hipótesis: estaba segura de que si ignoraba al hombrecillo él pasaría de largo. De manera que comenzó a preocuparse de su cabello que, en virtud del traqueteo del tren, se había desarreglado un poco; y luego se concentró en sus ojos azules, y en su escasa boca de gordezuelos labios, de los que Norman solía decir que eran la imagen perfecta de un beso permanente.

No era para tanto, pensó ella.

Luego alzó la mirada y vio al hombrecillo sentado en el asiento opuesto. El fulano captó la mirada y sonrió ampliamente. Una agrupación de arrugas coronaron los bordes de la sonrisa. Se quitó precipitadamente el sombrero y lo colocó sobre la pequeña maleta negra que había traído consigo. Un mechón de blancos cabellos se desparramó en torno a la calvicie circular que asimilaba el centro de su cráneo a un desierto.

Livvy correspondió con apenas la insinuación de una leve sonrisa y luego desvió la mirada posándola de nuevo sobre la maleta negra. Entonces su sonrisa se apagó. Dio un codazo a Norman.

Norman alzó la mirada por encima del periódico. Encogió las cejas, casi encontrándose sobre el puente de la nariz, con aquel gesto que por lo común le otorgaba una imponente presencia. Pero tanto ellas como los oscuros ojos que brillaban debajo se dirigieron a Livvy con el usual aspecto de complacencia y diversión que solían explayar.

—¿Qué pasa? —dijo. Sin duda no se había fijado en el rollizo hombrecito situado frente a ellos.

Livvy iba a indicarle con una mirada y un gesto de la mano lo que de chocante había encontrado, cuando se dio cuenta que el hombrecillo la estaba contemplando abiertamente. Livvy se sintió confusa. Norman le dirigía apenas una vaga mirada.

Finalmente resolvió acercarse a él y susurrarle excitadísima

—¿Has visto lo que hay escrito sobre su maleta?

Mientras se lo decía miró de nuevo y comprobó que no se había equivocado. Las letras no eran muy grandes pero resaltaban por su blancura contrastando con el fondo

negro. En trazos redondos podía leerse: «Alternativa.»

El hombrecillo estaba sonriendo otra vez. Asintió repetidas veces con la cabeza y señaló alternativamente las palabras escritas sobre la maleta y a sí mismo.

—Debe ser su nombre —dijo Norman en un aparte teatral.

—Vamos, hombre —replicó Livvy—, ¿cómo puede ser eso el nombre de nadie?

Norman apartó el periódico.

—Ahora lo verás —dijo, y se inclinó hacia delante—. ¿Señor Alternativa?

El hombrecillo lo miró, solícito.

—¿Tiene usted hora, señor Alternativa?

El hombrecillo sacó un gran reloj del bolsillo de su chaleco y lo puso ante Norman.

—Gracias, señor Alternativa —dijo Norman. Luego añadió en un susurro—: ¿Te das cuenta, mujer?

Sin duda habría vuelto a centrarse en su periódico si el hombrecillo, que había comenzado a abrir su maleta, no hubiera llamado la atención de los otros dos con los movimientos que imprimía a uno de sus dedos extendidos. Lo que estaba sacando era una plancha de cristal mate, de aproximadamente nueve pulgadas de ancho y alto y una pulgada de grueso. Tenía los bordes cortados en bisel, los ángulos redondeados y no mostraba el menor distintivo de nada que lo destacara. Luego sacó un pequeño alambre que adosó a la plancha de cristal, colocó el conjunto sobre sus rodillas y se quedó mirando a la pareja con orgullosa satisfacción.

—Por el cielo, Norman —dijo Livvy, repentinamente sobresaltada—, es una especie de dibujo...

Norman se acercó un poco más. Luego miró abiertamente al hombrecillo.

—¿Qué es eso? —preguntó— ¿Una nueva clase de televisión?

El hombrecillo negó con la cabeza. Livvy respondió por él.

—No, Norman, somos nosotros.

—¿Qué?

—¿Acaso no lo ves? Es el tranvía donde nos encontramos tú y yo. Mírate en el asiento de atrás, con aquel sombrero de fieltro que tiré por inservible hace tres años. Mira: ahora subimos Georgette y yo. Aquella mujer gorda en la plataforma... ¡Norman! ¿No lo estás viendo?

—Debe ser alguna clase de ilusión —murmuró Norman.

—Pero también lo estás viendo, ¿no? Por eso él lo llama «Alternativa». El cristal podría mostrarnos otra alternativa. Lo que hubiera ocurrido de no haber sufrido aquel viraje el tranvía.

Livvy estaba segura de ello. Se encontraba sumamente excitada y completamente segura de lo que pensaba. Mientras contemplaba y se sumergía en las imágenes de la plancha de cristal, el descendente sol de la tarde y el vagón de tren en que se

encontraban comenzaron a desvanecerse.

Podía recordar aquel día. Norman conocía a Georgette y ya estaba a punto de cederle el asiento cuando el tranvía sufrió una sacudida que arrojó a Livvy contra rodillas del hombre. Era ridículo verse sentada en el regazo de Norman, pero así había ocurrido. Se sintió tan avergonzada que Norman tuvo que recurrir primero a su galantería y luego a su conversación. Ni siquiera fue necesaria una presentación por parte de Georgette. Cuando bajaron del tranvía, él ya sabía dónde trabajaba Livvy.

Todavía podía recordar la sonrisa forzada que Georgette le lanzó cuando ambas se separaron.

—Parece que le gustas a Norman —le había dicho su amiga.

—Oh, no seas tonta —había replicado Livvy—. Simplemente ha estado cortés. Aunque es un chico guapo, ¿verdad?

Tan sólo seis meses después contraían matrimonio.

Y hete aquí que de nuevo veía ahora el mismo tranvía, con Norman, Livvy y Georgette. Y mientras pensaba en ello, el tren desaparecía, el monótono traqueteo se desvanecía por completo, ocupando su lugar los confines del tranvía. Acababa de detenerse y subieron Georgette y ella.

Situadas en la plataforma, sufrieron los embates del monótono y ridículo ritmo del vehículo. Entonces se dirigió a su amiga.

—Hay alguien que te mira, Georgette. ¿Lo conoces?

—¿Yo? —Georgette ensayó una mirada deliberadamente casual por encima de su hombro. Luego añadió—: Sí, lo conozco un poco. ¿Qué crees tú que querrá?

—Averigüémoslo —dijo Livvy. Se sentía complacida en su picardía.

Georgette era conocida por su coqueteo con los hombres y sería divertido comprobar si no pasaba todo de mera fanfarronada. Además, éste parecía bastante... interesante.

Se dirigió hacia la parte de los asientos y Georgette la siguió sin demasiado entusiasmo. Justo cuando Livvy alcanzaba el asiento situado frente al que ocupaba el joven, el tranvía tomó bruscamente una curva haciéndole perder el equilibrio. Livvy intentó desesperadamente atrapar una de las agarraderas de cuero que pendían de la barra superior. La atrapó con la punta de los dedos y pudo sostenerse. Por alguna razón, sin embargo, momentos antes le había parecido que no había ninguna correa lo bastante cercana como para poder sujetarse a ella. Como quiera que fuese, sintió que según las leyes naturales ella debía haber caído. Algo había sido rectificado.

El joven no la miraba. Estaba sonriendo a Georgette y levantándose de su asiento. Tenía unas impresionantes cejas que le conferían un aspecto de competencia y autodominio. Livvy decidió que le gustaba.

Georgette estaba diciendo:

—Oh, no, no te molestes. Vamos a bajar dentro de dos paradas.

—Pensé que íbamos a ir a Sach's —dijo Livvy.

—Iremos. Pero acabo de recordar que tenía que hacer algo allí. No me llevará más de un minuto.

—¡Próxima parada, Providence! —anunciaron los altavoces. El tren reducía velocidad y el mundo pasado volvió a sumergirse una vez más en la plancha de cristal. El hombrecillo les estaba sonriendo.

Livvy se dirigió a Norman. Se sentía un tanto alterada.

—¿También tú estabas pensando en todo aquello?

—¿Qué ocurre? ¿Acaso no podemos estar tan cerca de Providence? —Miró su reloj—. Creo que sí. —Luego, a Livvy—: No te caíste esa vez.

—Luego lo viste, ¿verdad? —Arrugó el entrecejo—. Claro, ha salido a gusto de Georgette. Estoy segura de que inventó su excusa sólo para evitar mi encuentro contigo. ¿Cuánto hacía que conocías a Georgette, Norman?

—No mucho. Lo bastante para reconocerla nada más verla y creer que debía ofrecerle mi asiento.

Livvy alargó el labio inferior.

—No tienes por qué estar celosa de lo que podía haber sido criatura. Además, ¿qué diferencia habría habido? Hubiera sido suficiente con que nos cruzáramos al salir de tu trabajo.

—No me hubieras mirado.

—Difícilmente.

—Entonces, ¿cómo te hubieras encontrado conmigo?

—De cualquier manera. No sé. Pero reconocerás que estamos discutiendo por algo más bien estúpido.

Providence comenzaba a quedar atrás. Livvy se sintió turbada. El hombrecillo había estado siguiendo su conversación sostenida en susurros, y con la desaparición de su sonrisa mostraba que había comprendido. Livvy se dirigió a él:

—¿Puede mostrarnos algo más?

—Aguarda, Livvy —interrumpió Norman—. ¿Qué vas a hacer?

—Quiero ver el día de nuestra boda. Qué habría pasado ese día si yo hubiera cogido la agarradera de cuero.

—No coincido contigo. Creo que no nos hubiéramos casado el mismo día.

—Señor Alternativa —insistió Livvy pese a todo—, ¿puede mostrármelo? —El hombrecillo asintió con la cabeza.

La plancha de vidrio comenzó a animarse de nuevo. Al principio un tanto borrosamente. Luego, la luz se fue concentrando y condensándose en figuras concretas. Una débil música de órgano resonó en los oídos de Livvy...

Norman saltó incisivamente.

—¿Lo ves? Mira, ahí estoy yo. Es el día de nuestra boda. ¿Estás satisfecha?

Los ruidos del tren comenzaron a desaparecer de nuevo y lo último que oyó Livvy fue su propia voz que decía:

—Sí, ahí estás tú. Pero, ¿dónde estoy yo?

Livvy estaba sentada en uno de los bancos de la iglesia. No había esperado atender la invitación. En los últimos meses se había sentido más y más alejada de Georgette, sin saber exactamente por qué. Se había enterado de su compromiso matrimonial por medio de un amigo común, compromiso entre ella y, naturalmente, Norman. Recordaba muy claramente aquel día, seis meses atrás, cuando lo vio por vez primera en el tranvía. Era la ocasión en que Georgette pareció desear apartarla tan rápidamente de la mirada de aquel hombre. Se había encontrado con Norman otras veces, pero siempre estaba Georgette con él.

Bien, no tenía por qué estar resentida; sin duda no era el hombre que le reservaba el destino. Pensó que Georgette parecía más hermosa de lo que realmente era. En cambio, él era muy guapo.

Se sintió triste y un tanto vacía, como si advirtiera que algo no funcionaba como debiera, algo que de alguna manera ella no podía ordenar en su mente. Georgette había pasado junto a ella, caminando a lo largo de la nave central, sin aparentar verla; en cambio se había fijado en los ojos de Norman y acabó por sonreírle. Livvy pensó que Norman le había devuelto la sonrisa.

Escuchó las distantes palabras mientras la iban alejando de allí:

—Yo os declaro...

El ajetreo del tren se impuso de nuevo... Una mujer caminaba por el pasillo central conduciendo a un niño de la mano. De vez en cuando llegaban las entrecortadas risas de algunas adolescentes sin duda situadas algunos compartimentos más allá. Un empleado de ferrocarriles pasó rápidamente portando algún misterioso mensaje. Livvy lo advertía todo pasivamente.

Permanecía allí sentada, la mirada tendida al exterior, contemplando el relampagueante paso de árboles y postes telefónicos.

—Te casaste con ella —dijo.

La miró durante un momento y luego torció levemente un lado de su boca.

—No en la realidad, Livvy. Mi mujer eres tú. Piénsalo con calma unos cuantos minutos y verás cómo te convences.

—Sí —dijo Livvy—, te casaste conmigo... porque me caí en tus rodillas. De lo contrario, te hubieras casado con Georgette. Si ella no te hubiera querido, te habrías casado con alguna otra. Te habrías casado con cualquiera. Demasiadas para las piezas de tu rompecabezas.

—Muy bien —dijo Norman con excesiva lentitud—, y que yo sea maldito. —Se llevó las manos a la cabeza y ruego las dejó resbalar hasta cubrirse con ellas los oídos como si no quisiera oír nada más—. Escucha, Livvy, escucha: estás sacando estúpidas

conclusiones de lo que no es sino un juego de magia. No puedes culparme por algo que no he hecho.

—Podías haberlo hecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú mismo lo has visto.

—Sólo he asistido a una ridícula sesión de... hipnotismo, supongo. —Su voz se alzó ahora con repentina iracundia. Se dirigió al hombrecillo sentado frente a ellos—: Lárguese, señor Alternativa o comoquiera que se llame. Váyase de aquí. No queremos nada de usted. Salga antes que coja su juego de manos y lo tire por la ventana y a usted detrás.

Livvy lo sujetó.

—¡Detente, detente! Estás en un tren lleno de gente.

El hombrecillo se arrinconó cuanto pudo en su asiento y ocultó su pequeño equipaje tras su diminuto cuerpo. Norman lo miró, luego miró a Livvy, y luego miró a la anciana dama que a través del pasillo contemplaba la escena con evidente desaprobación.

Su rostro cambió varias veces de color y optó por quedarse inmóvil. Se mantuvieron en helado silencio mientras atravesaban New London.

Pasaron quince minutos después de atravesar New London. Norman llamó a Livvy.

Livvy no respondió. Miraba por la ventana sin ver otra cosa que el vidrio.

—¡Livvy, Livvy! ¡Respóndeme! —insistió Norman.

—¿Qué quieres?

—Mira, todo esto es absurdo. Ignoro cómo lo hace el tipo este pero mientras no acredite su legitimidad no tienes por qué ponerte así. Además, ¿por qué te detuviste en aquel momento? Suponiendo que yo me hubiera casado con Georgette, ¿crees que tú habrías estado sola? Deduzco que ya debías estar casada cuando tuvo lugar mi hipotética boda. Quizá por eso me casé con Georgette.

—Yo no estaba casada.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo juraría. Sé cuáles eran mis pensamientos entonces.

—Bueno, te habrías casado al año siguiente.

Livvy sintió que la cólera crecía dentro de ella.

—Y si lo hubiera hecho, seguramente no te habría importado.

—Por supuesto que no. Lo que nos viene a confirmar que en el mundo real no tenemos por qué ser responsables de las opciones y alternativas que se presentaren.

Las ventanas de la nariz de Livvy se hincharon. Pero nada dijo.

—Mira —dijo Norman—. ¿Recuerdas la fiesta del penúltimo Año Nuevo?

—Y cómo no. Me derramaste encima todo un cubo de alcohol.



—No me refería a eso. Aparte, no era más que un frasco de ponche y pudo haber sido peor. Lo que quiero decir es que la dueña de la casa, Winnie, era quizá la mejor amiga que tenías desde antes de nuestro matrimonio.

—¿Y?

—Georgette también era una buena amiga suya, ¿no es así?

—Sí.

—Perfecto. Tú y Georgette hubierais ido a la reunión sin mirar con cuál de los dos yo estaba casado. Dejemos que nos muestre aquella reunión como si yo hubiera estado casado con Georgette y apostaré que tú estabas allí o con tu novio o con tu marido.

Livvy dudó. Se sintió atemorizada, ante aquella posibilidad.

—¿Tienes miedo de probar fortuna?

Fue esto lo que, naturalmente, la decidió. Se volvió hacia él con violencia.

—¡No, no tengo miedo! Y espero estar casada en la hipótesis. No había razón para estar apenada por ti. Es más, me gustará ver qué ocurre cuando derramas la coctelera sobre Georgette. Te pondrá verde en público. La conozco. Quizá veas entonces alguna diferencia entre las piezas del rompecabezas. —Hizo un gesto enérgico con la cabeza y cruzó los brazos duramente sobre el pecho.

Norman dirigió una mirada al hombrecillo, pero no había necesidad de palabras. La plancha de vidrio yacía nuevamente sobre su regazo.

—¿Lista? —dijo Norman, conteniendo la tensión. Livvy movió la cabeza asintiendo, dejando que el ruido del tren volviera a desvanecerse.

Livvy, todavía resentida del frío exterior, se encontraba en el vestíbulo. Acababa de quitarse el abrigo salpicado de nieve y se frotaba los brazos aún no acostumbrados a la caricia del aire libre.

Los saludos de «Feliz año nuevo» se mezclaban con las chillonas notas de alguna radio encendida. El agudo chillido de Georgette fue casi lo primero que oyó desde su entrada. Se dirigió hacia ella. No había visto a Georgette o a Norman desde hacía semanas.

Georgette alzó una ceja, amaneramiento cultivado por ella en sus últimos tiempos, y dijo:

—¿No viene nadie contigo, Livvy? —La mirada de Georgette recorrió el entorno de su amiga como para descubrir la presencia de alguien y luego regresaron a Livvy.

—Creo que Dick se dejará caer por aquí más tarde —dijo Livvy con indiferencia—. Tenía que hacer antes un par de cosas. —Mientras lo decía se sintió cada vez más indiferente.

—Bueno —dijo Georgette, sonriendo—, Norman está aquí. Eso te protegerá de tu soledad, querida.

Mientras decía esto, Norman apareció procedente de la cocina. Portaba una

coctelera en las manos y a medida que caminaba el recipiente de los cubitos de hielo prestaba una nota musical a sus palabras.

—Compongamos, oh alborotadores, un combinado capaz de aplacar vuestros desordenados ánimos... ¡Eh, Livvy!

Caminó hacia ella mientras le dedicaba una cordial bienvenida.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? Me parece no haberte visto en lo menos veinte años. ¿Qué pasa? ¿Acaso Dick no quiere que nadie más te vea?

—Llena mi vaso, Norman —dijo Georgette vivamente.

—En seguida —dijo Norman sin mirarla—. ¿Quieres tú también, Livvy? Te conseguiré un vaso. —Se giró y todo sucedió precipitadamente.

Livvy gritó: «¡Cuidado!» Lo había visto venir, incluso tenía el vago sentimiento de que todo aquello ya había ocurrido antes, pero lo dejó estar como se abandonan los sucesos en manos del destino. El pie de Norman tropezó en el borde de la alfombra; vaciló, luchó por mantener el equilibrio, y la coctelera saltó por los aires cayendo sobre Livvy toda una catarata de helado licor que la dejó calada desde la cabeza hasta los pies.

Se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. Los murmullos se detuvieron a su alrededor y durante unos escasos e intolerables momentos gesticuló inútilmente, en tanto Norman repetía «¡Condenación!» en voz alta.

—Ha sido tristísimo, Livvy —dijo Georgette, con frialdad—. Un accidente como otro cualquiera. Espero que el vestido no te haya costado mucho.

Livvy optó por echar a correr. Se introdujo en una habitación vacía y relativamente en calma. A la luz de la lámpara situada junto al armario ropero, buscó entre los abrigos que había encima de la cama intentando encontrar el suyo.

Norman había ido tras ella.

—Livvy, no hagas caso de lo que ha dicho. Lo siento muy de veras. Haré...

—No te preocupes. No te echo la culpa. —Parpadeó rápidamente sin mirarlo—. Iré a mi casa y me cambiaré.

—¿Vas a volver?

—No lo sé. No sé lo que haré.

—Escucha, Livvy... —Los cálidos dedos de Norman estaban sobre sus hombros...

Livvy sintió una curiosa sensación muy dentro de ella, mientras pensaba que algo semejante a telas de araña iba desgarrándose y...

...y los ruidos del tren regresaron.

Algo no había funcionado acorde con el tiempo mientras ella estaba allí..., en el cristal. Fuera del tren sólo se veía el espacio inundado por los tonos del crepúsculo. Las luces del tren fueron encendidas. Pero esto no importaba. Pareció recuperarse del esguince acontecido en sus entrañas.

Norman se frotaba los ojos con el índice y el pulgar.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—Ya ha pasado.

Norman miró su reloj.

—Pronto estaremos en New Haven.

—Lo derramaste sobre mí —dijo Livvy como maravillándose.

—Bueno, así fue en la vida real.

—Pero en la vida real yo era tu mujer. En esta ocasión debías haberlo derramado sobre Georgette. ¿No resulta curioso? —Pero ella pensaba en el hecho de que Norman la persiguiera; sus manos sobre sus hombros...

Lo miró y dijo con cálida satisfacción:

—No estaba casada.

—No, ciertamente. Pero, ¿era con ese Dick Reinhardt con el que estabas saliendo?

—Sí.

—¿No estabas planeando casarte con él, Livvy?

—¿Celoso, Norman?

—¿De qué? —Norman parecía confuso—. ¿De una plancha de vidrio? Claro que no.

—No creo que me hubiera casado con él.

—¿Sabes? La escena terminó justo cuando menos lo deseaba yo. Había algo que estaba a punto de ocurrir, lo sé. —Se detuvo, y luego añadió lentamente—: Era mientras pensaba que hubiera preferido hacérselo a cualquier otro en la sala. ¿A Georgette incluso?

—Ni me hubiera molestado en pensar en ella entonces. Supongo que no me crees.

—Quizá sí. —Lo miró—. He sido una tonta, Norman. Vivamos... vivamos nuestra vida real. No juguemos con cuantas cosas que pudieron haber sido y no fueron.

Sin embargo, Norman insistió y cogiéndole las manos dijo:

—No, Livvy. Una última ocasión. Veamos lo que hubiéramos hecho en aquel momento, Livvy. Ese minuto decisivo... si yo hubiera estado casado con Georgette.

Livvy estaba un poco asustada.

—No, por favor, Norman. —Pensaba en los ojos de Norman, sonriéndole ampliamente mientras, al lado de una Georgette a la que no había dedicado una sola mirada, sostenía la fatídica coctelera. No quería saber lo que ocurrió después. No quería aquella vida potencial, sino ésta presente.

New Haven vino y pasó de largo.

—Quiero intentarlo, Livvy —insistió Norman. Como tú quieras, Norman —dijo ella. Se esforzó en asegurarse que no tenía importancia. Que nada tenía importancia.

Cruzó las manos frente a su pecho y se apretó los brazos. Mientras hacía esto, pensó:

—Ninguna fantasía proyectada podrá separarlo de mí.

Norman se dirigió de nuevo al hombrecillo.

—Por favor...

Bajo la amarillenta luz del vagón el proceso pareció tomar más tiempo. La superficie del cristal fue aclarándose paulatinamente, como si un puñado de nubes fuera disperso por el soplo de algún tranquilo viento.

—Hay algo que no funciona —dijo Norman—. Somos nosotros, pero tal y como nos encontramos ahora.

Era cierto. Las dos figuras aparecían en un tren, sentadas en un departamento de asientos enfrentados. El campo de visión aumentaba ahora. La voz de Norman sonaba en la distancia y se desvanecía.

—Es el mismo tren —decía—. La ventana trasera está agrietada como...

Livvy era enormemente feliz. Dijo:

—Ojalá estemos en Nueva York.

—No será antes de una hora, querida —dijo Norman. Luego añadió—: Voy a besarte. —Hizo un movimiento como si fuera a hacerlo.

—¡Aquí no! Oh, Norman, la gente nos mira. Norman se echó atrás.

—Deberíamos haber tomado un taxi —dijo.

—¿De Boston a Nueva York?

—Claro. Allí no te hubieras negado. —Livvy se echó a reír.

—Te pones la mar de divertido cuando intentas actuar ardientemente.

—No es una actuación. —Su voz se tornó repentinamente sombría—. Ni tampoco una hora lo que nos queda. Siento como si hubiera estado esperando cinco años.

—Yo también.

—¿Por qué no pude encontrarte primero? ¡Cuánto tiempo perdido!

—Pobre Georgette —gimió Livvy.

—No lo sientas por ella, Livvy —dijo Norman con impaciencia—. Nunca tuvimos éxito en nuestro matrimonio. Estará contenta de verse libre de mí.

—Sabía eso. Por eso dije «Pobre Georgette». Estoy apenada por ella por no haber sido capaz de apreciar lo que tenía.

—Bueno, aprécialo ahora que lo tienes tú —dijo él—. Aprécialo, ya que sabes darte cuenta tan inmensa e infinitamente... o, más que eso, aprécialo al menos la mitad de lo que yo aprecio lo que he conseguido.

—¿Te divorciarás también de mí, si no?

—Antes pasarás por encima de mi cadáver —dijo Norman.

—Es todo tan extraño... —dijo Livvy—. A menudo pienso: ¿Qué hubiera ocurrido si no hubieras derramado sobre mí aquella coctelera? No hubieras venido tras de mí; no me hubieras dicho lo que me dijiste; yo no hubiera sabido jamás lo que

supe. Hubiera sido tan diferente... todo.

—Absurdo. Habría sido exactamente lo mismo. Hubiera ocurrido en cualquier otra ocasión.

—Me gustaría saberlo —dijo Livvy suavemente.

Las luces de la ciudad estallaron en el exterior y la atmósfera de Nueva York los envolvió. El pasillo del vagón se llenó de viajeros preparados para descender con sus equipajes.

Livvy se sintió como una isla en el tumulto hasta que Norman la cogió del brazo.

—Las piezas del rompecabezas encajan, después de todo —dijo mirándolo.

—Naturalmente —dijo él.

Puso una mano sobre la de Norman.

—Estaba equivocada. Yo pensaba que puesto que nos teníamos el uno al otro, también poseíamos todos los posibles del uno y del otro. Pero no todas las posibilidades nos afectan. Con lo real tenemos suficiente. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Norman afirmó con la cabeza.

—Hay millones de alternativas. No quiero saber qué ocurriría con cualquiera de ellas. Nunca más diré «¿qué hubiera pasado si...?» nuevamente.

—Tranquilízate, querida —dijo Norman—. Toma tu abrigo. —Lo buscó en su valija.

—¿Dónde está el señor Alternativa? —preguntó Livvy de súbito.

Norman se volvió lentamente y contempló el asiento vacío frente a ellos. Juntos se pusieron a mirar el resto del vagón que la gente apiñada les permitía observar.

—Quizá —dijo Norman— se haya ido a otro vagón.

—¿Por qué? Además, no se hubiera olvidado su sombrero. —Y fue a recogerlo.

—¿Qué sombrero? —dijo Norman.

Livvy se detuvo y sus dedos se cerraron en torno al vacío.

—Estaba ahí... Estaba casi tocándolo y... —Lo miró sorprendida y añadió—: Oh, Norman, ¿qué hubiera pasado si...?

Norman puso un dedo sobre los labios de Livvy.

—Querida... —dijo.

—Lo siento. Bueno, ayúdame con el equipaje.

El tren penetró en el túnel bajo Park Avenue y el ruido de las ruedas se convirtió en un estrepitoso fragor.

## Sally (1953)

---

“Sally”

Sally bajaba por la carretera que conducía al lago, de modo que le hice una seña con la mano y la llamé por su nombre. Siempre me ha gustado ver a Sally. Me gustan todos, entiendan, pero Sally es la más hermosa del lote. Indiscutiblemente.

Aceleró un poco cuando le hice la seña con la mano. Nada excesivo. Nunca perdía su dignidad. Tan sólo aceleraba lo suficiente como para indicarme que se alegraba de verme, nada más.

Me volví hacia el hombre que estaba de pie a mi lado.

—Es Sally —dije.

Me sonrió y asintió con la cabeza.

Lo había traído la señora Hester. Me había dicho:

—Se trata del señor Gellhorn, Jake. Recordarás que te envió una carta pidiéndote una cita.

Puro formulismo, realmente. Tengo un millón de cosas que hacer con la Granja, y una de las cosas en las que no puedo perder el tiempo es precisamente el correo. Por eso tengo a la señora Hester. Vive muy cerca, es buena atendiendo a todas las tonterías sin molestarme con ellas, y lo más importante de todo, le gustan Sally y todos los demás. Hay gente a la que no.

—Encantado de conocerle, señor Gellhorn —dije.

—Raymond J. Gellhorn —dijo, y me tendió la mano; se la estreché y se la devolví.

Era un tipo más bien corpulento, media cabeza más alto que yo y casi lo mismo de ancho. Tendría la mitad de mi edad, unos treinta y algo. Su pelo era negro, pegado a la cabeza, con la raya en el centro, y exhibía un fino bigotito muy bien recortado. Sus mandíbulas se engrosaban debajo de sus orejas y le daban un aspecto como si siempre estuviera mascullando... En vídeo daba el tipo ideal para representar el papel de villano, de modo que supuse que era un tipo agradable. Lo cual demuestra que el vídeo no siempre se equivoca.

—Soy Jacob Folkers —dije—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Sonrió. Era una sonrisa grande y amplia, llena de blancos dientes.

—Puede hablarme un poco de su Granja, si no le importa.

Oí a Sally llegar detrás de mí y tendí la mano. Ella se deslizó hasta establecer contacto, y sentí el duro y lustroso esmalte de su guardabarros cálido en mi palma.

—Un hermoso automóvil —dijo Gellhorn.

Es una forma de decirlo. Sally era un convertible del 2045 con un motor positrónico Hennis-Carleton y un chasis Armat. Poseía las líneas más suaves y elegantes que haya visto nunca en ningún modelo, sea el que sea. Durante cinco años

ha sido mi favorita, y la he dotado de todo lo que he podido llegar a soñar. Durante todo ese tiempo, nunca ha habido ningún ser humano sentado tras su volante.

Ni una sola vez.

—Sally —dije, palmeándola suavemente—, te presento al señor Gellhorn.

El rumor de los cilindros de Sally ascendió ligeramente. Escuché con atención en busca de algún golpeteo. Últimamente había oído golpetear los motores de casi todos los coches, y cambiar de combustible no había servido de nada. El sonido de Sally era tan suave y uniforme como su pintura.

—¿Tiene nombres para todos sus vehículos? —preguntó Gellhorn.

Sonaba divertido, y a la señora Hester no le gusta la gente que parece burlarse de la Granja. Dijo secamente:

—Por supuesto. Los coches tienen auténticas personalidades, ¿no es así, Jake? Los sedanes son todos masculinos, y los convertibles femeninos.

Gellhorn seguía sonriendo.

—¿Y los mantienen ustedes en garajes separados, señora?

La señora Hester le lanzó una llameante mirada.

—Me pregunto si podría hablar con usted a solas, señor Folkers —dijo Gellhorn, volviéndose hacia mí.

—Eso depende —dije—. ¿Es usted periodista?

—No, señor. Soy agente de ventas. Cualquier conversación que sostengamos aquí no será publicada, se lo aseguro. Estoy interesado en una absoluta intimidad.

—Entonces sigamos un poco carretera abajo. Hay un banco que nos servirá.

Echamos a andar. La señora Hester se alejó. Sally se pegó a nuestros talones.

—¿Le importa que Sally venga con nosotros? —pregunté.

—En absoluto. Ella no puede repetir nada de lo que hablemos, ¿verdad? —Se echó a reír ante su propio chiste, tendió una mano y acarició la parrilla de Sally.

Sally embaló su motor y Gellhorn retiró rápidamente la mano.

—No está acostumbrada a los desconocidos —expliqué.

Nos sentamos en el banco debajo del enorme roble, desde donde podíamos ver a través del pequeño lago la carretera privada. Era el momento más caluroso del día, y un buen número de coches habían salido, al menos una treintena de ellos. Incluso a aquella distancia podía ver que Jeremiah se estaba dedicando a su juego favorito de situarse detrás de un modelo algo más antiguo, luego acelerar bruscamente y adelantarlo con gran ruido, para recuperar luego su velocidad normal con un deliberado chirrido de frenos. Dos semanas antes había conseguido sacar al viejo Angus de la carretera con este truco, y había tenido que castigarlo desconectando su motor durante dos días.

Lo cual me temo que no sirvió nada, puesto que al parecer su caso es irremediable. Jeremiah es un modelo deportivo, y los de su clase tienen la sangre

caliente.

—Bien, señor Gellhorn —dije—. ¿Puede decirme para qué desea usted la información?

Pero él estaba simplemente mirando a su alrededor. Dijo:

—Éste es un lugar sorprendente, señor Folkers.

—Preferiría que me llamara Jake. Todo el mundo lo hace.

—De acuerdo, Jake. ¿Cuántos coches tiene usted aquí?

—Cincuenta y uno. Recogemos uno o dos cada año. Hubo un año que recogimos cinco. Todavía no hemos perdido ninguno. Todos funcionan perfectamente. Incluso tenemos un modelo Mat-O-Mot del 2015 en perfecto estado de marcha. Uno de los primeros automáticos. Fue el primero que acogimos aquí. El buen viejo Matthew. Ahora se pasaba casi todo el tiempo en el garaje, pero era el abuelo de todos los coches con motor positrónico. Eran los días en los que tan sólo los veteranos de guerra ciegos, los parapléjicos y los jefes de estado conducían vehículos automáticos. Pero Samson Harridge era mi jefe y era lo bastante rico como para permitirse uno. Yo era su chofer por aquel entonces.

Aquel pensamiento me hizo sentirme viejo. Puedo recordar los tiempos en los que no había en el mundo ningún automóvil con cerebro suficiente como para encontrar su camino de vuelta a casa. Yo conducía máquinas inertes que necesitaban constantemente el contacto de unas manos humanas sobre sus controles. Máquinas que cada año mataban a centenares de miles de personas.

Los automatismos arreglaron eso. Un cerebro positrónico puede reaccionar mucho más rápido que uno humano, por supuesto, y a la gente le salía rentable mantener las manos fuera de los controles. Todo lo que tenías que hacer era entrar, teclear tu destino y dejar que el coche te llevara.

Hoy en día damos esto por sentado, pero recuerdo cuando fueron dictadas las primeras leyes obligando a los viejos coches a mantenerse fuera de las carreteras principales y limitando éstas a los automáticos. Señor, vaya lío. Se alzaron voces hablando de comunismo y de fascismo, pero las carreteras principales se vaciaron y eso detuvo las muertes, y cada vez más gente empezó a utilizar con mayor facilidad la nueva ruta.

Por supuesto, los coches automáticos eran de diez a cien veces más caros que los de conducción manual, y no había mucha gente que pudiera permitirse un vehículo particular de esas características. La industria se especializó en la construcción de omnibuses automáticos. En cualquier momento podías llamar a una compañía y conseguir que uno de esos vehículos se detuviera ante tu puerta en cuestión de unos pocos minutos y te llevara al lugar donde deseabas ir. Normalmente tenías que ir junto con otras personas que llevaban tu mismo camino, pero ¿qué había de malo en ello?



Samson Harridge tenía su coche privado, sin embargo, y yo fui el encargado de ir a buscarlo apenas llegó. El coche no se llamaba Matthew por aquel entonces, ni yo sabía que un día iba a convertirse en el decano de la Granja. Solamente sabía que iba a hacerse cargo de mi trabajo, y lo odié por ello.

—¿Ya no me necesitará usted más, señor Harridge? —pregunté.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Jake? —dijo él—. Supongo que no creerás que voy a confiar en un artefacto como ése. Tú seguirás a los controles.

—Pero él trabaja solo, señor Harridge —dije—. Rastrea la carretera, reacciona de acuerdo con los obstáculos, seres humanos, y otros coches, y recuerda los caminos por los que ha de pasar.

—Eso es lo que dicen. Eso es lo que dicen. De todos modos, tú vas a sentarte detrás del volante, por si acaso algo va mal.

Es curioso cómo a uno puede llegar a gustarle un coche. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba llamándole Matthew, y me pasaba todo el tiempo puliendo su carrocería y comprobando su motor. Un cerebro positrónico está en mejores condiciones cuando mantiene constantemente el control de su chasis, lo cual significa que vale la pena tener el depósito del combustible siempre lleno de modo que el motor pueda funcionar al ralentí día y noche. Al cabo de poco, era capaz de decir por el sonido de su motor cómo se sentía Matthew.

A su manera, Harridge empezó a encariñarse también con Matthew. No tenía a nadie más a quien amar. Se había divorciado o había sobrevivido a tres esposas, y había sobrevivido a cinco hijos y tres nietos. De modo que cuando murió, no resultó sorprendente que convirtiera su propiedad en una Granja para Automóviles Retirados, dejándome a mí a cargo de todo, con Matthew como primer miembro de una distinguida estirpe.

Así se transformó mi vida. Nunca me casé. No puedes casarte y seguir atendiendo a los automatismos del modo en que debes hacerlo.

Los periódicos dijeron que se trataba de algo curioso, pero al cabo de un tiempo dejaron de hacer chistes sobre ello. Hay algunas cosas sobre las que no pueden hacerse chistes. Quizás ustedes no puedan permitirse nunca uno de esos automatismos y quizá nunca lo deseen tampoco, pero créanme, uno termina enamorándose de ellos. Trabajan duro y son afectuosos. Se necesita a un hombre sin corazón para tratarlos mal o permitir que otro los maltrate.

Las cosas fueron sucediéndose de tal modo que un hombre que tenía uno de esos automáticos durante un tiempo hacía los arreglos necesarios para que éste fuera a parar a la Granja, si no tenía ningún heredero en quien pudiera confiar para dejárselo con la seguridad de que iba a recibir un buen trato.

Le expliqué todo eso a Gellhorn.

—¡Cincuenta y un coches! —exclamó—. Eso representa un montón de dinero.

—Cincuenta mil como mínimo por automático, inversión original —dije—. Ahora valen mucho más. He hecho cosas por ellos.

—Debe de necesitarse un montón de dinero para mantener la Granja.

—Tiene usted razón. La Granja es una organización benéfica, lo cual nos libera de impuestos, y por supuesto cada nuevo automático trae normalmente consigo una donación paralela o un fondo de mantenimiento. De todos modos, los costos siguen aumentando. Tengo que mantener la propiedad en buen estado; hay que construir nuevo asfalto, y conservar el viejo; están la gasolina, el aceite, las reparaciones y los nuevos accesorios. Todo eso sube.

—Y usted le ha consagrado mucho tiempo.

—Cierto, señor Gellhorn. Treinta y tres años.

—No parece haberle sacado mucho provecho a todo ello.

—¿De veras? Me sorprende, señor Gellhorn. Tengo a Sally y a otros cincuenta. Mírela.

Estaba sonriendo. No podía evitarlo. Sally relucía tan limpia que casi hacía daño a los ojos. Algún insecto debía de haberse estrellado contra su parabrisas o se había posado alguna mota de polvo, ya que en aquellos momentos estaba atareada en su limpieza. Un pequeño tubo emergió y escupió un poco de Tergosol sobre el cristal. Se esparció rápidamente sobre la película de silicona y las escobillas de goma entraron instantáneamente en acción, barriendo todo el parabrisas y empujando el agua hacia el pequeño canalón que la conduciría, goteando, hasta el suelo. Ni una gotita de agua cayó sobre la resplandeciente capota color verde manzana. Escobillas y tubo de detergente retrocedieron hasta sus alvéolos y desaparecieron.

—Nunca vi a un automático hacer eso —dijo Gellhorn.

—Apuesto a que no —dije—. Yo mismo se lo he instalado a nuestros coches. Son limpios, ¿sabe? Siempre están repasando sus cristales. Les gusta. Incluso he dotado a Sally con rociadores de cera. Cada noche se abrillanta hasta que uno puede mirarse en cualquier parte de ella y afeitarse con su reflejo. Si puedo conseguir el dinero suficiente, dotaré con ese dispositivo a todas las chicas. Los convertibles son muy coquetos.

—Puedo decirle cómo conseguir ese dinero, si le interesa.

—Eso siempre me interesa. ¿Cómo?

—¿No le resulta evidente, Jake? Cualquiera de sus coches vale cincuenta mil como mínimo, dijo usted. Apostaría a que la mayoría de ellos supera las seis cifras.

—¿Y?

—¿Ha pensado alguna vez en vender algunos?

Negué con la cabeza.

—Imagino que usted no se da cuenta de ello, señor Gellhorn, pero no puedo vender ninguno. Pertenecen a la Granja, no a mí.

—El dinero iría a parar a la Granja.

—Los documentos de constitución de la Granja indican que los coches recibirán atención a perpetuidad. No pueden ser vendidos.

—¿Qué hay de los motores, entonces?

—No le comprendo.

Gellhorn cambió de postura, y su voz se hizo confidencial.

—Mire, Jake, déjeme explicarle la situación. Hay un gran mercado para automáticos particulares si tan sólo sus precios fueran asequibles. ¿Correcto?

—Eso no es ningún secreto.

—Y el noventa y cinco por ciento del coste corresponde al motor. ¿Correcto? Sé dónde podemos conseguir carrocerías. Se también dónde podemos vender automáticos a buen precio..., veinte o treinta mil para los modelos más baratos, quizá cincuenta o sesenta para los mejores. Todo lo que necesito son los motores. ¿Ve usted la solución?

—No, señor Gellhorn.

La veía, pero deseaba que él la dijera.

—Está exactamente aquí. Tiene usted cincuenta y uno de ellos. Es usted un experto en mecánica automatóvil, Jake. Tiene que serlo. Puede quitar usted un motor y colocarlo en otro coche de modo que nadie se dé cuenta de la diferencia.

—Eso no sería ético precisamente.

—No causaría usted ningún daño a los coches. Les estaría haciendo un favor. Utilice sus coches más viejos. Utilice ese antiguo Mat-O-Mot.

—Bueno, espere un momento, señor Gellhorn. Los motores y las carrocerías no constituyen dos cuerpos separados. Forman una sola unidad. Esos motores están acostumbrados a sus propias carrocerías. No se sentirían felices en otro coche.

—De acuerdo, eso es algo a tener en cuenta. Es algo a tener muy en cuenta, Jake. Sería algo así como tomar la mente de uno y meterla en el cráneo de otra persona. ¿Correcto? Supongo que no le gustaría, ¿verdad?

—No lo creo, no.

—Pero supongamos que yo tomo su mente y la coloco en el cuerpo de un joven atleta. ¿Qué opinaría de eso, Jake? Usted ya no es joven. Si tuviera la oportunidad, ¿no disfrutaría teniendo de nuevo veinte años? Eso es lo que estoy ofreciéndoles a algunos de sus motores positrónicos. Serán instalados en nuevas carrocerías del cincuenta y siete. Las más recientes...

Me eché a reír.

—Eso no tiene mucho sentido, señor Gellhorn. Algunos de nuestros coches puede que sean viejos, pero están bien conservados. Nadie los conduce. Dejamos que hagan lo que quieran. Están retirados, señor Gellhorn. Yo no desearía un cuerpo de veinte años si eso significara que iba a tener que pasarme el resto de mi vida cavando zanjas

sin tener nunca lo suficiente para comer... ¿Qué piensas tú de eso, Sally?

Las dos puertas de Sally se abrieron y se cerraron con un chasquido amortiguado.

—¿Qué significa eso? —preguntó Gellhorn.

—Es la forma que tiene Sally de echarse a reír.

Gellhorn forzó una sonrisa. Supongo que pensó que estaba haciendo un chiste fácil. Dijo:

—Hablemos seriamente, Jake. Los coches están hechos para ser conducidos. Probablemente no serán felices si nadie los conduce.

—Sally no ha sido conducida desde hace cinco años —dije yo—. A mí me parece feliz.

—Permítame dudarlo.

Se puso en pie y caminó lentamente hacia Sally.

—Hola, Sally. ¿Qué te parecería una carrera?

El motor de Sally aumentó sus revoluciones. Retrocedió.

—No la incordie, señor Gellhorn —dije—. Puede ponerse un poco nerviosa.

Dos sedanes estaban a un centenar de metros carretera arriba. Se habían detenido. Quizá, a su manera, estaban observando. No me preocupaba por ellos. Mis ojos estaban clavados en Sally.

—Tranquila, Sally —dijo Gellhorn. Adelantó una mano y pulsó la manija de la puerta. Que no se abrió, por supuesto—. Se abrió hace un minuto —dijo.

—Cerradura automática —dije yo—. ¿Sabe?, Sally tiene un sentido de la intimidad muy desarrollado.

Soltó la manija, luego dijo, lenta y deliberadamente:

—Un coche con ese sentido de la intimidad no debería pasearse con la capota bajada.

Retrocedió tres o cuatro pasos, luego, rápidamente, tan rápidamente que ni siquiera pude dar un paso para detenerle, corrió hacia delante y saltó dentro del coche. Cogió a Sally completamente por sorpresa, porque, apenas se sentó, cortó el contacto antes de que ella pudiera bloquearlo.

Por primera vez en cinco años, el motor de Sally estaba parado.

Creo que grité, pero Gellhorn había girado el mando a «Manual» y lo había fijado allí. Puso de nuevo en marcha el motor. Sally estaba viva de nuevo, pero ya no poseía libertad de acción.

Se dirigió carretera arriba. Los sedanes seguían todavía allí. Se dieron la vuelta y se apartaron, no muy rápidamente. Supongo que se sentían desconcertados.

Uno de ellos era Giuseppe, de la fábrica de Milán, y el otro era Stephen. Siempre estaban juntos. Los dos eran nuevos en la Granja, pero llevaban allí el tiempo suficiente como para saber que nuestros coches simplemente no llevaban conductores.

Gellhorn avanzó a toda marcha, y cuando los sedanes se dieron cuenta finalmente de que Sally no iba a disminuir su velocidad, de que no podía disminuir su velocidad, era demasiado tarde para cualquier otra cosa excepto una acción desesperada.

La efectuaron, saltando uno hacia cada lado, y Sally pasó a toda velocidad entre ellos como un rayo. Steve atravesó la verja que rodeaba el lago y consiguió detenerse en la blanda hierba a no más de quince centímetros del borde del agua. Giuseppe dio unos cuantos botes por la cuneta al otro lado y se detuvo con un sobresalto.

Había hecho que Steve volviera a la carretera, y estaba comprobando los daños que la verja podía haberle ocasionado, cuando volvió Gellhorn.

Abrió la portezuela de Sally y salió. Inclinandose hacia atrás, cortó el encendido por segunda vez.

—Ya está —dijo—. Creo que esto le habrá hecho mucho bien.

Dominé mi irritación.

—¿Por qué se lanzó por entre los sedanes? No había ninguna razón para ello.

—Esperaba que se apartarían.

—Eso es lo que hicieron. Uno de ellos atravesó la verja.

—Lo siento, Jake —dijo—. Pensé que se apartarían más rápido. Ya sabe cómo son las cosas. He estado en muchos autobuses, pero he entrado en un automático particular tan sólo dos o tres veces en mi vida, y ésta es la primera vez que conduzco uno. Eso se lo dice todo, Jake. El conducir uno me dominó, y eso que soy un tipo más bien impasible. Se lo aseguro, no tenemos que bajar más de un veinte por ciento del precio de tarifa para conseguir un buen mercado, y conseguiremos unos beneficios de un noventa por ciento.

—¿Qué partiríamos?

—Al cincuenta por ciento. Y yo corro todos los riesgos, recuérdelo.

—De acuerdo. Ya le he escuchado. Ahora escúcheme usted a mí. —Alcé la voz debido a que estaba demasiado irritado para seguir mostrándome educado—. Cuando usted cortó el motor de Sally, le dolió. ¿Le gustaría a usted que le hicieran perder el conocimiento de una patada? Eso es lo que le hizo usted a Sally, cuando cortó su motor.

—Vamos, Jake, está usted exagerando. Los automatobuses son desconectados cada noche.

—Seguro, y es por eso por lo que no quiero a ninguno de mis chicos y chicas en sus hermosas carrocerías del cincuenta y siete, donde no sé qué trato van a recibir. Los buses necesitan reparaciones importantes en sus circuitos positrónicos cada par de años. Al viejo Matthew no le han tocado sus circuitos desde hace veinte años. ¿Qué puede ofrecer usted en comparación a eso?

—Bueno, ahora está usted excitado. Supongamos que piensa en mi proposición cuando se haya calmado un poco, y nos mantenemos en contacto.

—Ya he pensado en todo lo que tenía que pensar. Si vuelvo a verle de nuevo, llamaré a la policía.

Su boca se hizo dura y fea.

—Espere un minuto, viejo —dijo.

—Espere un minuto, usted —repliqué— Esta es una propiedad privada, y le ordeno que salga de ella.

Se alzó de hombros.

—Está bien, entonces adiós.

—La señora Hester se ocupará de que abandone usted la propiedad —dije— Procure que este adiós sea definitivo.

Pero no fue definitivo. Lo vi de nuevo dos días más tarde. Dos días y medio, mejor dicho, porque era cerca del mediodía cuando lo vi la primera vez, y era poco después de medianoche cuando lo vi de nuevo.

Me senté en la cama cuando encendió la luz, y parpadeé cegado antes de darme exactamente cuenta de lo que sucedía. Cuando pude ver, no necesité muchas explicaciones. De hecho, no necesité ninguna explicación en absoluto. Llevaba una pistola en su puño derecho, con el pequeño y horrible cañón de agujas apenas visible entre dos de sus dedos. Supe que todo lo que tenía que hacer el hombre era incrementar la presión de su mano para dejarme como un colador.

—Vístase, Jake —ordenó.

No me moví. Simplemente lo miré.

—Mire, Jake, conozco la situación —dijo—. Le visité hace dos días, recuérdelo. No tiene guardias en este lugar, ni verjas electrificadas, ni sistemas de alarma. Nada.

—No los necesito —dije—. De modo que no hay nada que le impida marcharse, señor Gellhorn. Yo, si fuera usted, lo haría. Este lugar puede convertirse en algo muy peligroso.

Dejó escapar una risita.

—Lo es, para alguien en el lado malo de una pistola de puño

—La he visto —dije—. Sé que tiene una.

—Entonces muévase. Mis hombres están aguardando.

—No, señor Gellhorn. No hasta que me diga qué es lo que desea, y probablemente tampoco entonces.

—Le hice una proposición anteayer.

—La respuesta sigue siendo no.

—Ahora tengo algo que añadir a la proposición. He venido aquí con algunos hombres y un automatobús. Tiene usted la posibilidad de venir conmigo y desconectar veinticinco de los motores positrónicos. No me importa cuáles veinticinco elija. Los cargaremos en el bus y nos los llevaremos. Una vez hayamos dispuesto de ellos, haré que reciba usted una parte equitativa del dinero.

Dijo:

—Supongo que tengo su palabra al respecto.

No actuó como si pensara que yo estaba siendo sarcástico.

—La tiene.

—No —repetí.

—Si insiste usted en seguir diciendo no, lo haremos a nuestra manera. Yo mismo desconectaré los motores, sólo que desconectaré los cincuenta y uno. Todos ellos.

—No es fácil desconectar motores positrónicos, señor Gellhorn. ¿Es usted un experto en robótica? Aunque lo sea, sepa que esos motores han sido modificados por mí.

—Sé eso, Jake. Y para ser sincero, no soy un experto. Puede que estropee algunos motores intentando sacarlos. Es por eso por lo que tendré que trabajar sobre todos los cincuenta y uno si usted no coopera. Entienda, puede que me quede sólo con veinticinco una vez haya terminado. Los primeros que saque probablemente serán los que más sufran. Hasta que le coja la mano, ¿entiende? Y si tengo que hacerlo por mí mismo, creo que voy a poner a Sally como la primera de la lista.

—No puedo creer que esté hablando usted en serio, señor Gellhorn.

—Completamente en serio, Jake —dijo. Permitted que sus palabras fueran rezumando en mi interior—. Si desea ayudar, puede quedarse con Sally. De otro modo, lo más probable es que ella resulte seriamente dañada. Lo siento.

—Iré con usted —dije—, pero voy a hacerle otra advertencia. Va a verse metido en serios problemas, señor Gellhorn.

Consideró aquello como muy divertido. Estaba riendo muy suavemente mientras bajábamos juntos la escalera.

Había un automatobús aguardando fuera, en el sendero que conducía a los apartamentos del garaje. Las sombras de tres hombres se alzaban a su lado, y los haces de sus linternas se encendieron cuando nos acercamos.

—Tengo al tipo —dijo Gellhorn en voz baja—. Vamos. Subid el camión hasta arriba y empecemos.

Uno de los otros se metió en la cabina del vehículo, y tecleó las instrucciones adecuadas en el panel de control. Avanzamos sendero arriba, con el bus siguiéndonos sumisamente.

—No podrá entrar en el garaje —dije—. La puerta no lo admitirá. No tenemos buses aquí. Sólo coches particulares.

—De acuerdo —dijo Gellhorn—. Llévalo sobre la hierba y mantenedlo fuera de la vista.

Pude oír el zumbido de los coches cuando nos hallábamos aún a diez metros del garaje.

Normalmente se tranquilizaban cuando yo entraba en el garaje. Esta vez no lo

hicieron. Creo que sabían que había desconocidos conmigo, y cuando los rostros de Gellhorn y los demás se hicieron visibles su ruido aumentó. Cada motor era un suave retumbar, y todos tosían irregularmente, hasta el punto de que todo el lugar vibraba.

Las luces se encendieron automáticamente cuando entramos. Gellhorn no parecía preocupado por el ruido de los coches, pero los tres hombres que iban con él parecieron sorprendidos e incómodos. Todos ellos tenían aspecto de malhechores a sueldo, un aspecto que no era el conjunto de unos rasgos físicos sino más bien una especie de cautela en la mirada y una intimidación en su rostro. Conocía el tipo, y no me sentía preocupado.

Uno de ellos dijo:

—Maldita sea, están quemando gasolina.

—Mis coches siempre lo hacen —respondí rígidamente.

—No esta noche —dijo Gellhorn—. Apáguelos.

—Eso no es tan fácil, señor Gellhorn —dije.

—¡Hágalo! —gritó.

Me quedé plantado allí. Tenía su pistola de puño apuntada directamente hacia mí. Dije:

—Ya le he explicado, señor Gellhorn, que mis coches han sido bien tratados desde que llegaron a la Granja. Están acostumbrados a ser tratados de esa forma, y se resienten ante cualquier otra actitud.

—Tiene usted un minuto —dijo—. Guarde sus conferencias para otra ocasión.

—Estoy intentando explicarle algo. Estoy intentando explicarle que mis coches comprenden lo que yo les digo. Un motor positrónico aprende a hacerlo, con tiempo y paciencia. Mis coches han aprendido. Sally comprendió sus proposiciones hace dos días. Recordará usted que se echó a reír cuando le pedí su opinión. Sabe también lo que usted le hizo a ella y a los dos sedanes a los que apartó de aquella forma. Y los demás saben qué hacer respecto a los intrusos en general.

—Mire, viejo chiflado...

—Todo lo que yo tengo que decir es... —Alcé mi voz—: ¡Cogedlos!

Uno de los hombres se puso pálido y chilló, pero su voz se vio completamente ahogada por el sonido de cincuenta y una bocinas resonando a la vez. Mantuvieron su intensidad de sonido, y dentro de las cuatro paredes del garaje los ecos se convirtieron en una loca llamada metálica. Dos coches avanzaron, sin apresurarse, pero sin error posible respecto a su blanco. Otros dos coches se colocaron en línea con los dos primeros. Todos los coches estaban agitándose en sus compartimientos separados.

Los malhechores miraron a su alrededor, luego retrocedieron.

—¡No se coloquen contra las paredes! —grité.

Aparentemente, aquel había sido su primer pensamiento instintivo. Echaron a



correr alocados hacia la puerta del garaje.

En la puerta, uno de los hombres de Gellhorn se volvió y sacó una pistola de puño. El proyectil aguja dejó tras de sí un delgado resplandor azul mientras avanzaba hacia el primer coche. El coche era Giuseppe.

Una delgada línea de pintura saltó de la capota de Giuseppe, y la mitad derecha de su parabrisas se cuarteó y se cubrió de líneas blancas, pero no llegó a romperse totalmente.

Los hombres estaban al otro lado de la puerta, corriendo, y los coches se lanzaron a la noche en grupos de a dos tras ellos, haciendo chirriar sus neumáticos sobre la grava y llamando con sus bocinas a la carga.

Sujeté con mi mano el codo de Gellhorn, pero no creo que pudiera moverse de todos modos. Sus labios estaban temblando.

—Por eso no necesito verjas electrificadas ni guardias —dije—. Mi propiedad se protege a sí misma.

Los ojos de Gellhorn iban fascinados de un lado a otro, siguiendo a los coches que zumbaban en parejas.

—¡Son asesinos!

—No sea estúpido. No van a matar a sus hombres.

—¡Son asesinos!

—Simplemente van a darles una lección. Mis coches han sido entrenados especialmente en persecuciones a través del campo para una ocasión como ésta; creo que para sus hombres eso va a ser algo mucho peor que una muerte rápida. ¿Ha sido perseguido usted alguna vez por un automóvil?

Gellhorn no respondió.

Proseguí. No deseaba que él se perdiera nada de todo aquello.

—Serán como sombras que no van a ir más rápidas que sus hombres, persiguiéndoles por aquí, bloqueando su paso por allá, cegándoles, lanzándose contra ellos, esquivándoles en el último minuto con un chirrido de los frenos y un rugido del motor. Y seguirán con eso hasta que sus hombres caigan, sin aliento y medio muertos, resignados a que las ruedas pasen por encima de ellos y aplasten todos sus huesos. Los coches no van a hacer eso. Entonces se darán la vuelta. Puede apostar, sin embargo, a que sus hombres jamás volverán aquí en toda su vida. Ni por todo el dinero que usted o diez como usted puedan ofrecerles. Escuche...

Apreté más fuerte su codo. Tendió el oído.

—¿No oye resonar las portezuelas de los coches? —pregunté.

Era un ruido débil y distante, pero inconfundible.

—Están riéndose —dije—. Están disfrutando con esto.

Su rostro se contorsionó, rabioso. Alzó su mano. Seguía sujetando su pistola de puño.

—Yo de usted no lo haría —le advertí—. Un automatocoché sigue aún con nosotros.

No creo que se hubiera dado cuenta de la presencia de Sally hasta entonces. Había acudido tan silenciosamente. Aunque su guardabarros delantero derecho casi me rozaba, apenas oía su motor. Debía de haber estado conteniendo el aliento.

Gellhorn gritó.

—No va a tocarle, mientras yo esté con usted. Pero si me mata... Ya sabe, usted no le gusta nada a Sally.

Gellhorn volvió la pistola en dirección a Sally.

—Su motor es blindado —dije—, y antes de que pueda presionar su pistola una segunda vez, ella estará sobre usted.

—De acuerdo —exclamó, y bruscamente dobló mi brazo violentamente tras mi espalda y lo retorció de tal forma que a duras penas pude resistirlo. Me sujeté manteniéndome entre Sally y él, y su presión no se aflojó—. Retroceda conmigo y no intente soltarse, viejo chiflado, o le arrancaré el brazo de su articulación.

Tuve que moverme. Sally avanzó junto a nosotros, preocupada, insegura acerca de lo que debía hacer. Intenté decirle algo y no pude. Sólo podía encajar los dientes y gemir.

El automatobús de Gellhorn estaba todavía aguardando fuera del garaje. Me obligó a entrar en él. Gellhorn saltó detrás de mí y cerró las puertas.

—Muy bien —dijo—. Ahora hablemos juiciosamente.

Yo estaba frotándome el brazo, intentando devolverlo a la vida, mientras estudiaba automáticamente y sin ningún esfuerzo consciente el tablero de control del bus.

—Es un vehículo restaurado —observé.

—¿Ah, sí? —dijo, cáustico—. Es una muestra de mi trabajo. Recogí un chasis desechado, encontré un cerebro que podía utilizar, y me monté un bus particular. ¿Qué hay con ello?

Tiré del panel de reparaciones y lo eché a un lado.

—¿Qué demonios? —exclamó—. Apártese de ahí.

El filo de su mano descendió paralizadoramente sobre mi hombro izquierdo. Me debatí.

—No deseo hacerle ningún daño a este bus. ¿Qué clase de persona cree que soy? Solamente quería echarle una mirada a algunas de las conexiones del motor.

No necesité examinarlas detenidamente. Estaba hirviendo de furia cuando me volví hacia él.

—Es usted un maldito hijoputa —dije—. No tenía derecho a instalar usted mismo este motor. ¿Por qué no se buscó a un robotista?

—¿Cree que estoy loco? —preguntó.

—Aunque fuera un motor robado, no tenía usted derecho a tratarlo así. Yo jamás trataría a un hombre de la forma en que ha tratado usted a ese motor. ¡Soldadura, cinta y pinzas cocodrilo! ¡Es brutal!

—Funciona, ¿no?

—Por supuesto que funciona, pero tiene que ser un infierno para él. Usted puede vivir con dolores de cabeza crónicos y artritis aguda, pero no será algo que pueda llamarse vivir. Este vehículo está sufriendo.

—¡Cállese! —Por un momento miró a través de la ventanilla a Sally, que había avanzado hasta tan cerca del bus como había podido. Se aseguró de que portezuelas y ventanillas estaban cerradas—. Ahora vamos a salir de aquí, antes de que vuelvan los otros coches —dijo—. Y nos mantendremos alejados un cierto tiempo.

—¿Cree que eso va a servirle de mucho?

—Sus coches agotarán el combustible algún día, ¿no? Supongo que no los habrá transformado usted hasta el punto que puedan reabastecerse por sí mismos. Entonces volveremos y terminaremos el trabajo.

—Me buscarán —dijo—. La señora Hester llamará a la policía.

Ya no se podía razonar con él. Se limitó a conectar el motor del bus. Se puso en marcha bruscamente. Sally lo siguió.

Gellhorn lanzó una risita.

—¿Qué puede hacer mientras esté usted aquí conmigo?

Sally también parecía ser consciente de aquello. Aceleró, nos adelantó y desapareció. Gellhorn abrió la ventanilla contigua a él y escupió por la abertura.

El bus avanzaba traqueteante por la oscura carretera, con su motor rateando irregularmente. Gellhorn redujo el alumbrado periférico hasta que solamente la banda fosforescente verde en centro de la carretera, brillante a la luz de la luna, nos mantenía alejados de los árboles. No había virtualmente ningún tráfico. Dos coches nos cruzaron yendo en la otra dirección, y no había nadie en nuestro lado de la carretera, ni delante ni detrás.

Yo fui el primero en oír el golpetear de las portezuelas. Seco y cortante en medio del silencio, primero a la derecha, luego a la izquierda. Las manos de Gellhorn se estremecieron mientras tecleaba rápidamente, ordenando mayor velocidad. Un haz de luz brotó de entre un grupo de árboles y nos cegó, otro haz nos ensartó desde atrás, al otro lado de una protección metálica en la otra parte de la carretera. En un cruce, a cuatrocientos metros al frente, hubo un fuerte chirriar cuando un coche se cruzó en nuestro camino.

—Sally fue a buscar a los demás —dijo—. Creo que está usted rodeado.

—¿Y qué? ¿Qué es lo que pueden hacer?

Se inclinó sobre los controles y miró a través del parabrisas.

—Y usted no intente hacer nada, viejo chiflado —murmuró.

No podía. Me sentía agotado hasta la médula. Mi brazo izquierdo ardía. Los sonidos de motores se hicieron más fuertes y cercanos. Pude oír que los motores rateaban de una forma extrañamente curiosa; de pronto tuve la impresión de que mis coches estaban hablando entre sí.

Una cacofonía de bocinas brotó desde atrás. Me volví, y Gellhorn miró rápidamente por el retrovisor. Una docena de coches estaban siguiéndonos sobre los dos carriles.

Gellhorn lanzó una exclamación y una loca risotada.

—¡Pare! ¡Pare el vehículo! —grité.

Porque a menos de quinientos metros delante de nosotros, claramente visible a la luz de los faros de dos sedanes en la cuneta, estaba Sally, con su esbelta carrocería atravesada en medio de la carretera. Dos coches surgieron del arcén del otro lado a nuestra izquierda, manteniendo una perfecta sincronización con nuestra velocidad e impidiendo a Gellhorn salirse de su carril.

Pero él no tenía intención de salirse de su carril. Pulsó el botón de adelante a toda velocidad, y lo mantuvo fuertemente apretado.

—No va a engañarme con ese truco —dijo—. Este bus pesa cinco veces más que ella, viejo chalado, de modo que simplemente vamos a echarla fuera de la carretera como un gatito muerto.

Sabía que podía hacerlo. El bus estaba en manual, y el dedo de Gellhorn apretaba fuertemente el botón. Sabía que iba a hacerlo.

Bajé la ventanilla, y asomé la cabeza.

—¡Sally! —grité— ¡Sal del camino! ¡Sally!

Mi voz se ahogó en el agónico chirrido de unos tambores de freno espantosamente maltratados. Me sentí arrojado hacia delante, y oí a Gellhorn soltar el aliento en un jadeo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

Era una pregunta estúpida. Nos habíamos detenido. Eso era lo que había ocurrido. Sally y el bus estaban a metro y medio de distancia el uno del otro. Con cinco veces su peso lanzado contra ella, no se había movido ni un milímetro. Vaya valor.

Gellhorn zarandeó violentamente el interruptor de manual.

—Tiene que funcionar —murmuraba una y otra vez—. Tiene que funcionar.

—No de la forma en que conectó usted el motor, experto —dije— Cualquiera de los circuitos puede pasar por encima de los demás.

Me miró con una desgarrante ira, y un gruñido brotó de lo más profundo de su garganta. Su pelo estaba pegado a su frente. Alzó el puño.

—Éste es el último consejo que va a ser capaz de dar, viejo chiflado.

Y supe que la pistola de agujas estaba a punto de ser disparada.

Apreté la espalda contra la portezuela del bus mientras observaba alzarse el puño,

y entonces la portezuela se abrió y caí hacia atrás fuera del vehículo y golpeé el suelo con un sordo resonar. Oí la puerta cerrarse de nuevo con un chasquido.

Me puse de rodillas y alcé la vista a tiempo para ver a Gellhorn luchar fútilmente contra la ventanilla que se estaba cerrando, luego apuntar rápidamente su pistola de puño hacia el cristal. Nunca llegó a disparar. El bus se puso en marcha con un tremendo rugir y Gellhorn se vio lanzado hacia atrás.

Sally ya no estaba bloqueando el camino, y observé las luces traseras del bus alejarse por la carretera hasta perderse de vista.

Me sentía agotado. Me senté allí, en medio de la carretera, y apoyé la cabeza sobre mis brazos cruzados, intentando recuperar el aliento.

Oí un coche detenerse suavemente a mi lado. Cuando alcé la vista, comprobé que era Sally. Lentamente —cariñosamente, me atrevería a decir—, su puerta delantera se abrió.

Nadie había conducido a Sally desde hacía cinco años —excepto Gellhorn, por supuesto—, y yo sabía lo valiosa que era para un coche esta libertad. Aprecié el gesto, pero dije:

—Gracias, Sally, tomaré uno de los coches más nuevos...

Me puse en pie y me di la vuelta, pero diestramente, casi haciendo una pirueta, ella se colocó de nuevo ante mí. No podía herir sus sentimientos. Subí. Su asiento delantero tenía el delicado y suave aroma de un automóvil que se mantiene siempre inmaculadamente limpio. Me dejé caer en él, agradecido, y con una suave, silenciosa y rápida eficiencia, mis chicos y chicas me condujeron a casa.

La señora Hester me trajo una copia de la comunicación radiofónica al día siguiente por la mañana, presa de gran excitación.

—Se trata del señor Gellhorn —dijo—. El hombre que vino a verle.

Temí su respuesta.

—¿Qué ocurre con él?

—Lo encontraron muerto —dijo—. Imagine. Simplemente muerto, tendido en una zanja.

—Puede que se tratara de algún desconocido —murmuré.

—Raymond J. Gellhorn —dijo secamente—. No puede haber dos, ¿verdad? La descripción concuerda también. ¡Señor, vaya forma de morir! Encontraron huellas de neumáticos en sus brazos y cuerpo. ¡Imagine! Me alegra que comprobaran que había sido un bus; de otro modo igual hubieran venido a fisgonear por aquí.

—¿Ocurrió cerca de aquí? —pregunté ansiosamente.

—No... Cerca de Cooksville. Pero Dios mío, léalo usted mismo ¿Qué le ha ocurrido a Giuseppe?

Di la bienvenida a aquella diversión. Giuseppe aguardaba pacientemente a que yo terminara el trabajo de reparación de su pintura. Su parabrisas ya había sido

reemplazado.

Después de que ella se fuera, tomé la transcripción. No había ninguna duda al respecto. El doctor había informado que la víctima había corrido mucho y estaba en un estado de agotamiento total. Me pregunté durante cuántos kilómetros habría estado jugando con él el bus antes de la embestida final. La transcripción no mencionaba nada de eso, por supuesto.

Habían localizado al bus, y habían identificado las huellas de los neumáticos. La policía lo había retenido y estaba intentando averiguar quién era su propietario.

Había un editorial al respecto en la transcripción. Se trataba del primer accidente de tráfico con víctimas en el estado aquel año, y el editorial advertía seriamente en contra de conducir manualmente después del anochecer.

No había ninguna mención de los tres compinches de Gellhorn, y al menos me sentí agradecido por ello. Ninguno de nuestros coches se había visto seducido por el placer de la caza a muerte.

Aquello era todo. Dejé caer el papel. Gellhorn había sido un criminal. La forma en que había tratado al bus había sido brutal. No dudaba en absoluto de que merecía la muerte. Pero me sentía un poco intranquilo por la forma en que había ocurrido todo.

Ahora ha pasado un mes, y no puedo apartar nada de aquello de mi mente.

Mis coches hablan entre sí. Ya no tengo ninguna duda al respecto. Es como si hubieran adquirido confianza; como si ya no les importara seguir manteniendo el secreto. Sus motores tartajean y resuenan constantemente.

Y no sólo hablan entre ellos. Hablan con los coches y buses que vienen a la Granja por asuntos de negocios. ¿Durante cuánto tiempo llevan haciendo eso?

Y son comprendidos también. El bus de Gellhorn los comprendió, pese a que no llevaba allí más de una hora. Puedo cerrar los ojos y revivir aquella carrera, con nuestros coches flanqueando al bus por ambos lados, haciendo resonar sus motores hasta que él comprendió, se detuvo, me dejó salir, y se marchó con Gellhorn.

¿Le dijeron mis coches que matara a Gellhorn? ¿O fue idea suya?

¿Pueden los coches tener ese tipo de ideas? Los diseñadores motores dicen que no. Pero ellos se refieren a condiciones normales. ¿Lo han previsto todo?

Hay coches que son maltratados, todos lo sabemos.

Algunos de ellos entran en la Granja y observan. Les cuentan cosas. Descubren que existen coches cuyos motores nunca son parados, que no son conducidos por nadie, cuyas necesidades son constantemente satisfechas.

Luego quizá salgan y se lo cuenten a otros. Tal vez la noticia se esté difundiendo rápidamente. Quizás estén empezando a pensar que la forma en que son tratados en la Granja es como deberían ser tratados en todo el mundo. No comprenden. Uno no puede esperar que comprendan acerca de legados y de los caprichos de los hombres

ricos.

Hay millones de automatóviles en la Tierra, decenas de millones. Si se enraíza en ellos el pensamiento de que son esclavos, que deberían hacer algo al respecto... Si empiezan a pensar de la forma en que lo hizo el bus de Gellhorn

Quizá nada de esto suceda en mi tiempo. Y luego, aunque ocurra, deberán conservar pese a todo a algunos de nosotros que cuidemos de ellos, ¿no creen? No pueden matarnos a todos.

O quizá sí. Es posible que no comprendan la necesidad de la existencia de alguien que cuide de ellos. Quizá no vayan a esperar.

Cada mañana me despierto, y pienso: Quizá hoy...

Ya no obtengo tanto placer de mis coches como antes. Últimamente, me doy cuenta de que empiezo incluso a rehuir a Sally.

## Moscas (1953)

---

“Flies”

—Moscas —dijo Kendell Casey, cansado. Movi6 el brazo. La mosca dio la vuelta, regres6 y se anid6 en el cuello de la camisa de Casey.

Desde alg6n sitio por all6 sonaba el zumbido de una segunda mosca.

El Dr. John Polen escondi6 un ligero estremecimiento de su barbilla moviendo el cigarrillo hacia los labios con premura.

—No esperaba encontrarte, Casey —dijo—. O a ti, Winthrop. ¿O debiera decirte Reverendo Winthrop?

—¿Deber6a decirte Profesor Polen? —dijo Winthrop, utilizando cuidadosamente el tono amistoso apropiado.

Cada uno de ellos estaba tratando de acurrucarse en la c6scara desechada de veinte a6os atr6s. Retorci6ndose y amonton6ndose, sin ajustar.

“Maldita sea, pens6 Polen malhumorado, ¿por qu6 la gente asiste a las reuniones de colegio?”

Los ojos azules de Casey a6n estaban llenos de enojo injustificado del estudiante de secundaria que descubriera el intelecto, la frustraci6n y las etiquetas de la filosof6a c6nica, todo a la vez.

¡Casey! ¡El universitario m6s amargado del campus!

No lo hab6a superado. Veinte a6os despu6s era Casey, ¡el ex-universitario m6s amargado del campus! Polen lo pod6a observar en sus dedos que se mov6an sin sentido y en la postura de su cuerpo enjuto.

¿Y con Winthrop? Bueno, veinte a6os m6s viejo, m6s fofo, m6s redondo. La piel m6s roja, los ojos m6s suaves. A6n lejos de la tranquila certidumbre que nunca encontrar6a. Todo estaba en la pronta sonrisa que nunca abandonaba completamente, como si temiera que no hubiese otra cosa con qu6 reemplazarla, y que su ausencia convertir6a su cara en una suave masa de carne sin forma.

Polen estaba cansado de leer el latido nervioso de un m6sculo; cansado de tomar el lugar de sus m6quinas; cansado de todo lo que ellas le dec6an.

¿Pod6an ellas leerlo como 6l las le6a? ¿Podr6a la peque6a inquietud de sus propios ojos proclamar el hecho de que estaba hastiado con el disgusto que se hab6a engendrado entre ellos?

“Maldita sea, pens6 Polen, ¿por qu6 no me mantuve fuera?”

Estaban all6, los tres, esperando a que el otro dijese algo, pescando lo que pudiera cruzarse por all6 y traerlo, temblorosamente, al presente.

Polen lo intent6; dijo:

—¿A6n trabajas en qu6mica, Casey?

—Por mi cuenta, s6 —dijo Casey, en tono brusco—. Yo no soy un cient6fico como



tú. Hago investigaciones de insecticidas para E. J. Link en Chatham.

—¿De veras? —dijo Winthrop—. Dijiste que trabajarías en insecticidas. ¿Lo recuerdas, Polen? Y a pesar de ello, ¿se atreven las moscas contigo, Casey?

—No puedo deshacerme de ellas —dijo Casey—. Soy el mejor en la materia en los laboratorios. Ninguno de los compuestos desarrollados las aleja cuando ando por allí. Alguien dijo que es por mi olor. Las atraigo.

Polen recordó quién lo había dicho.

—O si no... —dijo Winthrop.

Polen sintió que llegaba y se puso tenso.

—O si no —dijo Winthrop—, es la maldición, ya sabes. —Amplió su sonrisa para mostrar que estaba bromeando, que había olvidado viejos rencores.

“Maldita sea, pensó Polen, ni siquiera cambiaron las palabras.” Y el pasado regresó.

—Moscas —dijo Casey, moviendo su brazo y manoteando—. ¿Han visto esto? ¿Por qué no se apoyan sobre ustedes dos?

Johnny Polen se rió de él. Reía frecuentemente en aquel entonces.

—Es algo del olor de tu cuerpo, Casey. Podrías ser un milagro para la ciencia. Encuentras la naturaleza química del olor, lo concentras, lo mezclas con DDT, y tendrás el mejor insecticida del mundo.

—Una situación graciosa. ¿A qué huelo? ¿A mosca hembra en celo? Es una vergüenza que se pongan sobre mí cuando el maldito mundo es una maldita parva de estiércol.

Winthrop frunció el ceño y dijo, con un leve tono retórico:

—La belleza no es lo único, Casey, en el ojo del observador.

Casey no se dignó a responderle. Dijo a Polen:

—¿Sabes qué me dijo Winthrop ayer? Dijo que esas malditas moscas eran la maldición de Belzebú.

—Estaba bromeando —dijo Winthrop.

—¿Por qué Belzebú? —preguntó Polen.

—Es un juego de palabras —dijo Winthrop—. Los antiguos hebreos lo utilizaban como palabra de escarnio para dioses ajenos. Viene de Ba'al, que quiere decir señor y zevuv, que quiere decir mosca. El señor de las moscas.

—Vamos, Winthrop —dijo Casey—, no me digas que no crees en Belzebú.

—Creo en la existencia del mal —dijo Winthrop, con frialdad.

—Quiero decir Belzebú. Vivo. Cuernos. Pezuñas. Una especie de competencia entre dioses.

—No completamente —respondió Winthrop más frío aún—. El mal es una cuestión de corto alcance. Al final, perderá...

Polen cambió el tema abruptamente. Dijo:

—Hablando de todo un poco, haré trabajo de graduado para Venner. Estuve con él antes de ayer y me tomará.

—¡No! eso es maravilloso. —Winthrop se entusiasmó y se colgó del cambio de tema instantáneamente. Estiró su mano para estrechar la de Polen. Disfrutaba siempre, a conciencia, de la buena fortuna de los demás. Casey lo notó con frecuencia. Dijo:

—¿Cibernéticos Venner? Bueno, si te lo aguantas, supongo que él te aguantará.

—¿Qué pensó de tu idea? —prosiguió Winthrop—. ¿Le contaste tu idea?

—¿Qué idea? —preguntó Casey.

Polen había evitado contarle tanto a Casey. Pero ahora, Venner lo había considerado y lo pasó con un cálido “¡Interesante!” ¿Cómo podría la sonrisa seca de Casey hacer daño ahora?

—No es gran cosa —dijo Polen—. Esencialmente, es acerca de que la emoción es la razón común de la vida, más que la razón o el intelecto. Probablemente sea una perogrullada. No puedes decir lo que piensa un bebé, o siquiera si piensa, pero es perfectamente obvio que puede enojarse, asustarse o estar contento, aunque tenga una semana de vida. ¿Lo ves?

»Lo mismo con los animales. Puedes decir en un segundo si un perro está feliz o si un gato está atemorizado. El punto es que sus emociones son las mismas que las que tendríamos bajo las mismas circunstancias.

—¿Entonces? —preguntó Casey—. ¿A dónde te lleva eso?

—Todavía no lo sé. Ahora, todo lo que puedo decir es que las emociones son universales. Ahora, supón que podemos analizar apropiadamente todas las acciones humanas y de algunos animales domésticos y compararlas con la emoción visible. Podríamos encontrar una relación muy fuerte. La emoción A podría siempre implicar la acción B. entonces podríamos aplicarlo a animales cuyas emociones no podemos conocer con los sentidos. Como las serpientes, o las langostas.

—O las moscas —dijo Casey, mientras cacheteaba otra de ellas y quitaba los restos de su puño, con furia triunfal.

Prosiguió.

—Continúa, Johnny. Yo voy a contribuir con las moscas y tú las estudiarás. Estableceremos la ciencia de la moscología y un laboratorio para hacerlas felices quitándoles sus neurosis. Después de todo, queremos el mayor bien para la mayoría más amplia, ¿verdad? ¿Hay más moscas que hombres?

—Oh, basta —dijo Polen.

—Dime, Polen —preguntó Casey—. ¿Has profundizado esa extraña idea tuya? Quiero decir, sabemos que brillas luz cibernética, pero no he podido leer nada sobre esto. Con tantas maneras de perder el tiempo, algo tiene que haberse descuidado, ya sabes.

—¿Qué idea? —preguntó Polen, rígidamente.

—Vamos. Tú sabes. Emociones de animales y toda esa sarta de morisquetas. Muchacho, aquellos eran los días. Solía conocer gente loca. Ahora solamente me cruzo con idiotas.

—Es cierto, Polen —dijo Winthrop—. Lo recuerdo muy bien. En el primer año de escuela estabas trabajando con perros y conejos. Creo que incluso intentaste algo con las moscas de Casey.

—Se convirtió en nada —dijo Polen—. Aún así, me dio la base de nuevos principios en computación, de modo que no fue pérdida total.

¿Por qué estaban ellos hablando sobre eso?

¡Emociones! ¿Qué derecho tiene alguien a meterse con las emociones? Las palabras fueron inventadas para ocultar las emociones. Había sido el temor a las emociones en crudo lo que había convertido el lenguaje en necesidad básica.

Polen sabía. Sus máquinas habían pasado la pantalla de verbalización y habían arrastrado el subconsciente hacia la luz del sol. El chico y la chica, el hijo y la madre. Para este caso, el gato y el ratón o la serpiente y el ave. La información sonaba al unísono en su universalidad y toda se había volcado dentro y a través de Polen hasta que él no pudo soportar más el toque de la vida.

En los últimos años había entrenado su pensamiento hacia otras direcciones, minuciosamente. Ahora, estos dos aficionados venían a movilizar el barro.

Casey manoteó sin mirar cerca de la punta de su nariz para alejar una mosca.

—Eso está mal —dijo—. Solía pensar que obtendrías cosas fascinantes de, digamos, ratas. Bueno, puede que no fuesen fascinantes, pero no tan aburridas como esa basura que puedes obtener de ciertos seres humanos. Solía pensar.

Polen recordó lo que solía pensar.

—Maldita sea este DDT —dijo Casey—. Las moscas se alimentaron de él, creo. Sabes, voy a realizar trabajo de graduado en química y entonces tendré empleo con insecticidas. Ayúdenme. Personalmente obtendré algo que sí matará estas alimañas.

Estaban en la habitación de Casey, y había algo con olor a kerosén del insecticida recientemente aplicado.

Polen se encogió de hombros y dijo:

—Un periódico doblado siempre las matará.

Casey detectó una burla no existente y respondió en el acto:

—¿Cómo resumirías tu primer año de trabajo, Polen? Quiero decir, aparte del verdadero resumen que cualquier científico podría establecer si se animara, por un: “nada”, quiero decir.

—Nada —dijo Polen—. Ese es tu resumen.

—Sigue —dijo Casey—. Usas más perros que los fisiólogos y apuesto que a los perros les importan menos los experimentos de los fisiólogos. Podría apostar.

—Oh, déjalo ya —dijo Winthrop—. Suenas como un piano con 87 teclas eternamente desafinadas. ¡Ya me aburres!

No podías decir eso a Casey.

Y dijo, con repentina animación, mirando lejos de Winthrop:

—Te diré lo que probablemente encuentres en los animales, si los miras desde muy cerca. Religión.

—¡Mira al estúpido! —dijo Winthrop, furioso—. Esa es una afirmación estúpida. Casey sonrió.

—Vamos, vamos, Winthrop. Estúpido es solamente un eufemismo para demonio y no querrás jurar.

—No me vengas con moralejas. Y no blasfemes.

—¿Qué hay de blasfemo en ello? ¿Por qué no podría una pulga considerar a un perro como algo a ser venerado? Es la fuente de calor, comida, y todo eso es bueno para la pulga.

—No quiero discutirlo.

—¿Por qué no? Hazlo. Podrías incluso decir que para una hormiga, el oso hormiguero es un orden superior de la creación. Podría ser muy grande para ser comprendido, demasiado poderoso para siquiera soñar resistirse. Podría moverse sobre ellas como un remolino inexplicable e invisible, que las visita con destrucción y muerte. Pero eso no les hecha a perder las cosas a las hormigas. Ellas podrían razonar que esa destrucción es simplemente el justo castigo al pecado. Y el oso hormiguero ni siquiera sabría que es una deidad. Ni le importaría.

Winthrop se había puesto blanco. Dijo:

—Sé que dices esto solamente para molestarme y siento mucho ver que arriesgas tu alma por la diversión de un momento. Déjame decir algo —la voz tembló un poco—, y déjame decir que es muy serio. Las moscas que te atormentan son tu castigo en esta vida. Puedes pensar que Belzebú, como todas las fuerzas del mal, hace daño, pero es al fin el último bien. La maldición de Belzebú está sobre ti para tu bien. Es posible que tenga éxito en hacerte cambiar el modo de vida antes de que sea demasiado tarde.

Salió corriendo de la habitación.

Casey lo miró mientras se iba. Sonriendo, dijo:

—Te dije que Winthrop creía en Belzebú. Es gracioso ver los nombres respetables que le das a una superstición. —Su risa murió un poco antes de lo esperado.

Había dos moscas en la habitación, zumbando a través del aire hacia él.

Polen se levantó y cayó en una pesada depresión. En un año había aprendido poco, pero era mucho, y su risa se iba adelgazando. Solamente sus máquinas podían analizar las emociones de los animales apropiadamente, pero estaba ansioso por profundizar en las emociones humanas.

No le gustaba observar los salvajes deseos de muerte donde otros podían ver solamente unas palabras de gresca sin importancia.

De repente, Casey dijo:

—Hey, ahora pienso en eso; trataste de hacer algo con mis moscas, como Winthrop dijo. ¿Qué resultó?

—¿Lo hice? Después de veinte años apenas si recuerdo —murmuró Polen.

—Deberías —dijo Winthrop—. Estábamos en tu laboratorio y te quejaste de que las moscas seguían a Casey incluso hasta allí. Él sugirió que tú las analizaras y lo hiciste. Grabaste sus movimientos y zumbidos y revoloteos por más de media hora. Jugaste con una docena de moscas.

Polen se encogió de hombros.

—Oh, bueno —dijo Casey—. No importa. Ha sido bueno verte, viejo. —Un sincero apretón de manos, la palmada en el hombro, la amplia sonrisa... —para Polen todo eso se traducía en el disgusto de Casey acerca de que Polen era exitoso después de todo.

—Déjame saber de ti alguna vez —dijo Polen.

Las palabras eran golpes sordos. No significaban nada. Casey lo sabía. Polen lo sabía. Todos lo sabían. Pero las palabras eran necesarias para esconder las emociones cuando fallaban, y la lealtad humana mantenía la apariencia.

El apretón de Winthrop era más gentil.

—Me trajo viejos tiempos, Polen —dijo—. Si alguna vez vas a Cincinnati, ¿por qué no paras en la casa? Serás siempre bienvenido.

Para Polen todo parecía un alivio a su obvia depresión. La ciencia también, parecía, no era la respuesta, y la inseguridad básica de Winthrop se sentía complacida con la compañía.

—Lo haré —dijo Polen. Era el modo habitual, educado, de decir “No lo haré”.

Vio que se dirigía hacia otros grupos.

Winthrop nunca lo sabría. Polen estaba seguro. Dudaba si Casey lo sabía. Sería la suprema ironía si Casey no lo sabía.

Había observado las moscas de Casey, por supuesto, pero no solamente aquella vez, sino muchas otras veces. ¡Siempre la misma respuesta! ¡Siempre la misma respuesta no-publicable!

Con un estremecimiento que no pudo controlar, de repente Polen tomó conciencia de una solitaria mosca suelta en la habitación, virando sin sentido por un momento, y volando recto y reverentemente en la dirección que Casey acababa de tomar un momento antes.

¿Podía Casey no saber? ¿Podía ser la esencia del castigo primordial que él nunca sepa que es Belzebú?

¡Casey! ¡Señor de las Moscas!

## «Aquí no hay nadie excepto...» (1953)

---

“Nobody Here But”

No fue culpa nuestra. Ignorábamos que algo anduviera mal hasta que llamé a Cliff Anderson y le hablé cuando él no estaba allí. Más aún, yo no hubiera sabido que no estaba allí si no hubiese entrado mientras yo hablaba con él.

No, no, no, no...

Nunca puedo contar esto con claridad. Me dejo llevar... Será mejor que empiece por el principio. Yo soy Bill Billings, mi amigo es Cliff Anderson. Yo soy ingeniero electrónico, él es matemático y los dos somos profesores en el Instituto de Tecnología del Medio Oeste. Ahora ya saben ustedes quiénes somos.

Desde que abandonamos el uniforme, Cliff y yo hemos estado trabajando en las máquinas de calcular. Ya saben de qué se trata. Norbert Wiener las popularizó con su libro Cibernética. Si han visto fotos, sabrán que son aparatos realmente grandes. Ocupan una pared entera y son muy complicados; y también son caros.

Pero Cliff y yo teníamos ciertas ideas. Verán, una máquina pensante es grande y cara porque está llena de relés y de tubos de vacío, de modo que las corrientes eléctricas microscópicas se puedan controlar, encender y apagar, aquí y allá. Lo que de verdad importa está en esas pequeñas corrientes eléctricas, así que...

Una vez le dije a Cliff:

—¿Por qué no podemos controlar las corrientes sin tanto aderezo?

—¿Por qué no, en efecto? —dijo él, y se puso a trabajar en la matemática del asunto.

No importa cómo llegamos allí en dos años. El problema fue lo que obtuvimos después de concluir. Resultó que terminamos con algo de esta altura y de esta anchura y tal vez de esta profundidad...

No, no. Olvidaba que ustedes no pueden verme. Les daré las cifras: un metro de altura, dos metros de longitud y algo más de medio metro de fondo. ¿Entendido? Se necesitaban dos hombres para transportarlo, pero se podía transportar y eso era lo importante. Y, además, escuchen lo que les digo: era capaz de hacer cualquier tarea que pudieran hacer las calculadoras gigantes. No tan rápidamente, quizá, pero seguíamos trabajando en eso.

Teníamos grandes planes, planes colosales. Podíamos instalar esa cosa en barcos o en aviones. Al cabo de un tiempo, si lográbamos reducir su tamaño lo bastante podríamos montar una en un automóvil.

Estábamos interesados especialmente en el tema de los automóviles. Supongamos que uno tiene una pequeña máquina pensante en el salpicadero, conectada con el motor y con la batería y equipada con células fotoeléctricas. Se podría entonces fijar el itinerario ideal, eludir coches, detenerse ante los semáforos y escoger la velocidad

óptima para el terreno en cuestión. Todos podrían sentarse en el asiento trasero y se acabarían los accidentes automovilísticos.

Era sensacional. Resultaba tan estimulante y nos entusiasmábamos tanto con cada nuevo logro que aún podría llorar cuando recuerdo aquella vez en que descolgué el teléfono para llamar al laboratorio y todo se fue al demonio.

Esa noche estaba en casa de Mary Ann... ¿Les he hablado de Mary Ann? No. Creo que no.

Mary Ann era la chica que habría sido mi novia si se hubiesen dado dos condicionantes. Primero, si ella hubiera querido; segundo, si yo hubiera tenido agallas para pedírselo. Tiene el cabello rojo y alberga dos toneladas de energía en un cuerpo de cincuenta kilos, que está perfectamente configurado desde el suelo hasta el metro sesenta de altura. Yo me moría por pedírselo, pero cada vez que ella se acercaba, encendiéndome el corazón como si cada contoneo fuera una cerilla, yo me deshacía.

No es que no sea guapo. La gente me dice que soy aceptable. Tengo todo mi cabello y mido casi uno ochenta de estatura. Hasta sé bailar. Lo que pasa es que no tengo nada que ofrecer. No necesito contarles cuánto ganan los profesores universitarios. Con la inflación y con los impuestos, equivale a casi nada. Desde luego, si lográbamos obtener las patentes básicas para nuestra maquinita pensante, todo cambiaría. Pero yo no podía pedirle que esperara. Tal vez, una vez que todo estuviera organizado...

Sea como fuere, esa noche yo estaba allí, cavilando, cuando ella entró en la sala de estar. Mi brazo buscaba a tientas el teléfono.

—Estoy lista, Bill —dijo Mary Ann—. Vamos.

—Aguarda un minuto. Quiero llamar a Cliff.

Frunció el ceño.

—¿No puede esperar?

—Tenía que haberle llamado hace dos horas.

Sólo me llevó dos minutos. Llamé al laboratorio. Cliff estaba trabajando esa noche, así que contestó. Pregunté algo, respondió algo, pregunté algo más y me dio alguna explicación. Los detalles no importan, pero, como ya he dicho, él es el matemático del equipo. Cuando yo construyo los circuitos y ensablo las cosas de modo que parecen imposibles, él es quien baraja los símbolos y me dice si son imposibles o no. En cuanto colgué llamaron a la puerta.

Temí que Mary Ann tuviera otro visitante y sentí una rigidez en la espalda cuando ella fue a abrir. La miré de reojo mientras garrapateaba lo que Cliff acababa de decirme. Entonces, Mary Ann abrió la puerta y allí estaba Cliff Anderson.

—Pensé que te encontraría aquí... —dijo—. Hola, Mary Ann. Oye, ¿no ibas a llamarme a las seis? Eres tan de fiar como una silla de cartón.

Cliff es bajo, rechoncho y pendenciero, pero lo conozco y no le presto atención.

—Hubo novedades y se me olvidó. De todas formas, acabo de llamarte. ¿A qué viene tanto jaleo?

—¿Llamarme? ¿A mí? ¿Cuándo?

Iba a señalar el teléfono y me quedé mudo. Fue como si el mundo se derrumbara. Cinco segundos antes de que llamaran a la puerta yo hablaba con Cliff, que estaba en el laboratorio, y el laboratorio se encontraba a diez kilómetros de la casa de Mary Ann.

—Acabo de hablar contigo —tartamudeé.

Evidentemente no me hice entender.

—¿A mí? —repitió Cliff.

Señalé el teléfono con ambas manos.

—Por teléfono. Llamé al laboratorio. ¡Con este teléfono! Mary Ann me oyó. Mary Ann, ¿yo no estaba hablando con...?

—No sé con quién hablabas —me cortó Mary Ann—. Bien, ¿nos vamos?

Así es Mary Ann. Una fanática de la sinceridad.

Me senté. Traté de hablar con voz baja y clara:

—Cliff, marqué el número del laboratorio, atendiste el teléfono, te pregunté que si habías resuelto los detalles, dijiste que sí y me los diste. Aquí están. Los he anotado. ¿Esto es correcto, o no?

Le entregué el papel donde había anotado las ecuaciones. Cliff las miró.

—Son correctas —admitió—. Pero ¿cómo las conseguiste? No las habrás resuelto solo, ¿verdad?

—Acabo de decírtelo. Me las diste por teléfono.

Cliff sacudió la cabeza.

—Bill, me fui del laboratorio a las siete y cuarto. No hay nadie allí.

—Pues yo hablé con alguien, te lo juro.

Mary Ann se estaba poniendo los guantes.

—Se hace tarde —me apremió.

Le hice señas para que esperase un poco.

—¿Estás seguro...? —le dije a Cliff.

—No hay nadie allí, a menos que cuentes a Júnior.

Júnior era como llamábamos a nuestro cerebro mecánico de tamaño portátil.

Nos quedamos mirándonos. El pie de Mary Ann tamborileaba sobre el suelo como una bomba de relojería a punto de estallar.

Cliff se echó a reír.

—Me estoy acordando de un chiste que vi. Un robot que atiende el teléfono y dice: «¡Le juro, jefe, que aquí no hay nadie excepto nosotros, las complicadas máquinas pensantes!» No me pareció gracioso.



—Vamos al laboratorio —decidí.

—¡Oye! —protestó Mary Ann—. No llegaremos al teatro.

—Mira, Mary Ann, esto es muy importante. Sólo será un momento. Ven con nosotros y desde allí iremos directamente al teatro.

—El espectáculo empieza... —empezó Mary Ann, pero no pudo decir nada más, porque la agarré de la muñeca y nos fuimos.

Eso demuestra que yo estaba fuera de mí. En circunstancias normales jamás la habría tratado con brusquedad. Mary Ann es toda una dama. Pero yo tenía demasiadas cosas en la mente. Ni siquiera recuerdo haberla agarrado de la muñeca, sólo que de pronto estaba en el coche, con Cliff y con Mary Ann, y que ella se frotaba la muñeca y mascullaba algo sobre los gorilas.

—¿Te he hecho daño, Mary Ann?

—No, claro que no. Todos los días me hago arrancar el brazo, para divertirme un poco.

Y me dio una patada en el tobillo. Sólo hace esas cosas porque tiene el cabello rojo. En realidad es de un temperamento muy dulce, pero se esfuerza por estar a la altura del mito de las pelirrojas. Yo la tengo calada, por supuesto, aunque trato de complacerla, pobre chica.

Llegamos al laboratorio en veinte minutos.

El instituto está desierto de noche. Parece más desierto que otros edificios, pues está diseñado para albergar multitudes de estudiantes que recorran los pasillos; cuando ellos no están, la soledad es antinatural. O tal vez sólo fuera que yo tenía miedo de ver qué pudiera estar sentado en nuestro laboratorio. De cualquier modo, los pasos resonaban con ecos intimidatorios y el ascensor parecía especialmente siniestro.

—No nos llevará mucho tiempo —le insistí a Mary Ann, pero ella se limitó a sorber por la nariz y a ponerse guapísima. Y es que no puede evitar ponerse guapísima.

Cliff tenía la llave del laboratorio y yo miré por encima de su hombro cuando abrió la puerta. No se veía nada. Júnior estaba allí, por supuesto, pero no había cambiado desde la última vez que lo vi. Los cuadrantes no registraban nada anormal y, aparte de ellos, sólo había una caja grande, de la que salía un cable que iba conectado al enchufe de la pared.

Cliff y yo nos acercamos a Júnior por ambos flancos. Creo que íbamos pensando en apresarlos en cuanto hiciera un movimiento brusco. Pero Júnior no hizo nada. Mary Ann también lo miraba. Incluso le pasó el dedo anular por la parte superior, se miró la yema y se la frotó con el pulgar para limpiarse el polvo.

—Mary Ann —le advertí—, no te acerques a él tanto. Quédate al otro lado de la habitación.

—Allí está igual de sucio —me contestó.

Nunca había visitado nuestro laboratorio, así que no comprendía que un laboratorio no es lo mismo que el dormitorio de un bebé. El ordenanza va dos veces al día y todo lo que hace es vaciar las papeleras. Una vez por semana entra con una fregona sucia, enfanga el suelo y se mueve de un lado a otro.

—El teléfono no está donde lo dejé —observó Cliff.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo dejé allí. —Señaló—. Y ahora está aquí.

Si tenía razón, el teléfono se había acercado a Júnior. Tragué saliva.

—Tal vez no lo recuerdas bien. —Traté de sonreír, pero no resultó muy natural—. ¿Dónde está el destornillador?

—¿Qué piensas hacer?

—Sólo echar un vistazo al interior. Para divertirme un poco.

—Te ensuciarás todo —me avisó Mary Ann, así que me puse la bata. Mary Ann es una chica muy previsor.

Empecé a trabajar con el destornillador. Una vez que Júnior estuviera perfeccionado, teníamos intención de manufacturar modelos con estuches soldados, de una sola pieza. Incluso pensábamos en plásticos moldeados, de diversos colores, para uso hogareño. Pero el modelo de laboratorio estaba ensamblado con tornillos con el fin de que pudiéramos desarmarlo y armarlo cuando fuera necesario.

Sólo que los tornillos no salían. Resoplé.

—Algún bromista ha apretado demasiado los tornillos cuando los puso.

—Tú eres el único que los toca —me recordó Cliff.

Y tenía razón, pero eso no me facilitaba las cosas. Me puse de pie y me pasé el dorso de la mano por la frente. Le pasé el destornillador.

—¿Quieres intentarlo tú?

Lo intentó, y no logró mucho más que yo.

—Qué raro —comentó.

—¿Qué es lo raro?

—Estaba haciendo girar un tornillo. Se movió unos tres milímetros y luego el destornillador se me ha escapado.

—¿Qué tiene de raro?

Cliff retrocedió y dejó el destornillador con dos dedos.

—Lo raro es que vi que el tornillo volvía a moverse tres milímetros hasta ajustarse de nuevo.

Mary Ann se estaba impacientando.

—¡Vaya, genios científicos! ¿Por qué no usáis un soplete si estáis tan ansiosos?

Señaló el soplete que descansaba sobre uno de los bancos.

Bien; por lo general, jamás se me hubiera ocurrido usar un soplete con Júnior,

como no lo usaría conmigo mismo. Pero yo andaba pensando algo y Cliff también pensaba algo y ambos pensábamos lo mismo: Júnior no quería que lo abrieran.

—¿Tú qué crees, Bill? —me preguntó Cliff.

—No sé, Cliff.

—Pues date prisa, zopenco —resolvió Mary Ann—. Nos perderemos el espectáculo.

Así que tomé el soplete y gradué la salida de oxígeno. Era como apuñalar a un amigo.

Mary Ann interrumpió el procedimiento al exclamar:

—¡Vaya, qué estúpidos son los hombres! Estos tornillos están flojos. Habéis hecho girar el destornillador al revés.

No hay muchas probabilidades de hacer girar un destornillador al revés. De todos modos no me gusta contradecir a Mary Ann, así que le dije:

—Mary Ann, no te acerques tanto a Júnior. ¿Por qué no esperas junto a la puerta?

—¡Pues mira! —replicó ella.

Me mostró el tornillo que tenía en la mano y el orificio vacío en la caja de Júnior. Lo había quitado con la mano. Cliff exclamó:

—¡Santo cielo!

Todos los tornillos estaban girando. Giraban solos, como gusanos saliendo de sus agujeros; giraban y giraban y luego caían al suelo. Los recogí y sólo faltaba uno, que se quedó suspendido un momento, con el panel del frente apoyado en él, hasta que extendí el brazo. Entonces, cayó el último tornillo y el panel se desplomó suavemente en mis brazos. Lo puse a un lado.

—Lo ha hecho a propósito —comentó Cliff—. Nos oyó mencionar el soplete y desistió.

Habitualmente tiene la tez rosada, pero ahora estaba blanco.

Y yo no las tenía todas conmigo.

—¿Qué trata de ocultar? —pregunté.

—No sé.

Nos agachamos ante las entrañas abiertas y nos quedamos mirando un rato. El pie de Mary Ann volvía a tamborilear sobre el suelo. Miré mi reloj de pulsera y tuve que admitir que no nos quedaba mucho tiempo. Mejor dicho, no nos quedaba tiempo.

—Tiene un diafragma —observé.

—¿Dónde? —preguntó Cliff, acercándose.

Se lo señalé.

—Y un altavoz.

—¿Tú no los pusiste?

—Claro que no. Se supone que sé lo que he puesto. Si lo hubiera hecho lo recordaría.

—Y entonces ¿cómo es que están ahí?

Estábamos discutiendo en cuclillas.

—Supongo que los ha fabricado él. Quizá les deja crecer. Mira eso.

Señalé de nuevo. Dentro de la caja, en dos lugares, había sendos rollos de lo que parecía una delgada manguera de regar el jardín, sólo que eran de metal. Cada una de ellas formaba una espiral tan apretada que la hacía plana. En la punta el metal se dividía en cinco o seis filamentos finos que conformaban a su vez pequeñas subespirales.

—¿Tampoco lo pusiste tú?

—No, tampoco.

—¿Qué es?

Cliff sabía qué era y yo sabía qué era. Algo tenía que estirarse para que Júnior obtuviera los materiales con los que fabricar partes de sí mismo; algo tenía que salir para descolgar el teléfono. Recogí el panel frontal y lo miré de nuevo. Había dos círculos de metal cortados y ajustados de tal modo que pudieran levantarse hacia delante y dejar un orificio para que algo pasara por ellos. Metí un dedo en uno de los orificios y se lo mostré a Cliff.

—Tampoco hice esto —dije.

Mary Ann, que miraba por encima de mi hombro, estiró el brazo. Yo me estaba limpiando los dedos con una toalla de papel, para quitarme el polvo y la grasa, y no tuve tiempo de detenerla. Pero debí haberlo sabido; pues ella siempre está deseando ayudar.

El caso es que metió la mano para tocar uno de los..., bien, ¿por qué no decirlo?, uno de los tentáculos. No sé si los tocó o no. Luego afirmó que no. Pero, de cualquier modo, en ese momento soltó un chillido, se sentó y se puso a frotarse el brazo.

—Lo mismo —gimoteó—. Primero tú y ahora eso.

La ayudé a levantarse.

—Debió de ser una conexión floja, Mary Ann. Lo lamento, pero te he dicho...

—¡Pamplinas! —exclamó Cliff—. No es una conexión floja. Júnior intenta defenderse.

Yo había pensado lo mismo. Había pensado muchas cosas. Júnior era una nueva clase de máquina. Hasta la matemática que la controlaba carecía de precedentes. Quizá tuviese algo que ninguna máquina había tenido jamás. Tal vez sentía el deseo de permanecer con vida y crecer. Acaso pretendiese fabricar más máquinas hasta que hubiera millones en toda la Tierra, rivalizando con los seres humanos por hacerse con el control.

Abrí la boca y Cliff debió de adivinar lo que yo iba a decir, porque gritó:

—¡No, no! ¡No lo digas!

Pero no pude contenerme:

—Bueno, oye, desconectemos a Júnior... ¿Qué sucede?

—Está escuchando lo que decimos, pedazo de burro —gruñó Cliff—. Te oyó hablar del soplete, ¿verdad? Yo pensaba escabullirme por detrás, pero ahora es probable que me electrocute si lo intento.

Mary Ann se estaba sacudiendo con la mano la parte de atrás del vestido y no paraba de refunfuñar por la cantidad de mugre que había en el suelo, aunque yo insistía en decirle que no era culpa mía. El que lo ensucia todo es el ordenanza.

—¿Por qué no te pones unos guantes de goma y tiras del cable? —sugirió Mary Ann.

Noté que Cliff procuraba pensar razones por las cuales eso no funcionaría. No se le ocurrió ninguna, así que se puso los guantes de goma y caminó hacia Júnior.

—¡Cuidado! —grité.

Fue estúpido advertirle. Cliff tenía que cuidarse, no le quedaba otra opción. Uno de los tentáculos se movió y ya no quedaron dudas de lo que eran. Se desenrolló y se interpuso entre Cliff y el cable eléctrico. Se quedó allí, vibrando y extendiendo sus zarcillos de seis dedos. En el interior de Júnior comenzaron a brillar unos tubos. Cliff no intentó habérselas con el tentáculo. Retrocedió, y poco después el tentáculo se retrajo. Cliff se quitó los guantes de goma y dijo:

—Bill, así no vamos a ninguna parte. Este artilugio es más listo de lo que creíamos. Fue tan listo que utilizó mi voz como modelo cuando construyó ese diafragma. Tal vez llegue a hacerse tan listo como para... —Miró por encima del hombro y susurró—: Para aprender a generar energía y volverse autónomo. Bill, tenemos que detenerlo o un día alguien telefonará al planeta Tierra y le contestarán: «¡Le juro, jefe, que aquí no hay nadie excepto nosotros, las complicadas máquinas pensantes!»

—Llamemos a la policía. Se lo explicaremos. Con una granada o algo parecido...  
Cliff sacudió la cabeza.

—No podemos permitir que nadie lo descubra. Construirían otros Júnior, y todo parece indicar que aún no estamos preparados para un proyecto de esta naturaleza.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—No sé.

Sentí un fuerte golpe en el pecho. Miré y vi que era Mary Ann, dispuesta a escupir fuego.

—Mira, zopenco, si salimos, salimos y, si no salimos, no salimos. Decídet.

—Pero, Mary Ann...

—Respóndeme. Nunca he oído cosa tan ridícula. Me visto para ir al teatro y me traes a un sucio laboratorio con una máquina absurda y te pasas el resto de la tarde jugando con botoncitos.

—Mary Ann, yo no...

Pero no me escuchaba; hablaba ella. Ojalá pudiera recordar lo que dijo. O tal vez no; tal vez sea mejor no recordar sus palabras, pues no fueron precisamente halagadoras. De cuando en cuando, yo intercalaba un «pero, Mary Ann...», que acababa arrollado por su torrente de frases.

En realidad, como ya he dicho, es una criatura muy dulce y sólo se pone parlanchina e insensata cuando se altera. Como es pelirroja, piensa que le corresponde alterarse con frecuencia. Ésa es mi teoría. Cree que debe hacer honor a su pelo rojo.

De cualquier modo, recuerdo claramente que, para terminar, me dio un pisotón en el pie derecho, se giró y se marchó. La seguí al trote y balbuceé; una vez más:

—Pero, Mary Ann...

Entonces Cliff gritó. En general no nos presta atención, pero esta vez gritó a todo pulmón:

—¿Por qué no le pides que se case contigo, zopenco?

Mary Ann se detuvo. Estaba en la puerta, pero no se dio media vuelta. Yo también me detuve, y sentí que las palabras se me atascaban en la garganta. Ni siquiera atinaba a pronunciar otro «pero, Mary Ann...»

Cliff seguía gritando. Yo le oía como si estuviera a un kilómetro de distancia.

—¡Lo tengo, lo tengo! —chillaba una y otra vez.

Entonces, Mary Ann se dio la vuelta, y estaba tan bella... ¿Les he dicho que tiene los ojos verdes, con una pizca de azul? Pues bien, estaba tan hermosa que todas las palabras se me anudaron en la garganta y salieron formando ese ruido raro que uno hace al tragar.

—¿Ibas a decirme algo, Bill? —preguntó ella.

Bueno, lo cierto era que Cliff me lo había metido en la cabeza.

—¿Quieres casarte conmigo, Mary Ann? —conseguí decir, con la voz enronquecida.

En cuanto lo dije me arrepentí, porque supuse que no volvería a hablarme nunca más. Pero dos segundos después me alegré, pues me rodeó con los brazos y se puso de puntillas para besarme. Tardé un rato en comprender qué sucedía, y al fin respondí al beso. Esto duró un buen rato, hasta que Cliff logró llamar mi atención dándome un golpe en el hombro.

Me volví con mal ceño.

—¿Qué demonios quieres?

Era un poco ingrato por mi parte. A fin de cuentas, él k» había propiciado.

—¡Mira! —dijo.

Sostenía en la mano el cable principal que conectaba a Júnior con el suministro energético.

Me había olvidado de Júnior, pero volvía a recordarlo.

—Entonces, está desconectado.

—¡Frío!

—¿Cómo lo lograste?

—Júnior estaba tan ocupado viéndote reñir con ella que conseguí escabullirme por detrás. Mary Ann ha dado un buen espectáculo.

No me agradó el comentario, pues Mary Ann es una chica muy fina y recatada y no da «espectáculos». De todos modos, tenía ya demasiados problemas como para pelearme con Cliff.

—No tengo mucho que ofrecer, Mary Ann —me dirigí a Mary Ann—, sólo el sueldo de profesor. Ahora que hemos desmantelado a Júnior, ni siquiera hay posibilidades de...

—No me importa, Bill —me interrumpió ella—. Estaba a punto de abandonar, mi amor, zopenco. Lo he intentado todo...

—¿Cómo darme patadas en los tobillos y pisarme los pies?

—Se me habían agotado los recursos. Estaba desesperada.

La lógica del razonamiento no era muy clara, pero no repliqué porque me acordé del teatro. Miré la hora y dije:

—Oye, Mary Ann, si nos apresuramos llegaremos al segundo acto.

—¿Quién quiere ver esa obra de teatro?

La besé de nuevo, y nunca fuimos a ver esa obra.

Ahora sólo me preocupa una cosa. Mary Ann y yo estamos casados y somos muy felices. Acaban de ascenderme; ahora soy profesor adjunto. Cliff sigue trabajando en planes para construir un Júnior controlable y está progresando.

Pero aquí no terminó todo.

Verán ustedes: hablé con Cliff la noche siguiente para anunciarle que Mary Ann y yo íbamos a casarnos y para agradecerle que me hubiera dado la idea y, después de mirarme un momento, juró que él no había dicho nada, que no me había gritado que le propusiera el matrimonio.

Y, claro, en el laboratorio había algo más que tenía la voz de Cliff.

Me sigue preocupando que Mary Ann lo descubra. Es la chica más dulce que conozco, pero, a fin de cuentas, es pelirroja y creo que ya he dicho que se empeña en hacer honor a la fama de las pelirrojas.

De cualquier modo, ¿qué diría si alguna vez descubre que no tuve el sentido común de declararme hasta que una máquina me lo aconsejó?

## Un día tan hermoso (1954)

---

“It’s Such a Beautiful Day”

El 12 de abril del año 2117, la válvula-freno del modulador de campo de la Puerta de las pertenencias de la señora de Richard Hanshaw, se despolarizó por razones desconocidas. Consecuencia de ello, la jornada de la señora Hanshaw quedó trastornada y su hijo, Richard, Jr., comenzó a desarrollar su extraña neurosis.

No era el tipo de afección que uno calificaría de neurótica a tenor de los dogmáticos libros al respecto, y de hecho el joven Richard se comportó, en muchos aspectos, como debía normalmente comportarse un joven brillante doce años.

Pero a partir del 12 de abril, sólo con pesar podía Richard Hanshaw, Jr., persuadirse a sí mismo de cruzar una puerta.

La señora Hanshaw, en cambio, no tuvo la menor premonición de tales circunstancias en las horas que acompañaron aquella fecha. La mañana del 12 de abril se despertó como en cualquier otra mañana. El mecano penetró la habitación con una taza de café sobre una pequeña bandeja. Tenía pensado ir a Nueva York aquella tarde, aunque había que hacer una o dos cosas antes que no podían ser confiadas al mecano; de modo que, tras unos cuantos sorbos al café, decidió salir de la cama.

El mecano retrocedió, moviéndose silenciosamente a lo largo del campo diamagnético que mantenía su oblongo cuerpo a media pulgada del suelo, y se dirigió a la cocina, donde, funcionando según un sencillo computador, podía dedicarse a la tarea de preparar un apropiado desayuno.

La señora Hanshaw, tras dirigir la acostumbrada mirada sentimental a la cubografía que le mostraba la imagen de su difunto esposo, se preparó para las diversas etapas rituales de la mañana con un cierto alborozo. Alcanzó a oír a su hijo ocupado con sus primeras diligencias en el vestíbulo. Sabía que no tenía por qué interferir en asuntos tan delicados. El mecano estaba adiestrado para ello y no había por qué suplir sus funciones específicas, como ayudar a cambiarse de ropa o disponer un nutritivo desayuno. La tergo-ducha que había instalado el año anterior hacía que la mañana se convirtiera en algo tan limpio y complaciente y de forma tan perfecta que consideró que Dickie podía lavarse siempre en lo sucesivo sin supervisión.

Aquella mañana tan poco fuera de lo corriente y con tantas cosas que hacer, lo único que los acercaría sería el rápido beso que ella deslizaría en la mejilla de su hijo poco antes de irse. Escuchó la blanda voz del mecano anunciando que se aproximaba la hora de ir a clase y bajó al piso inferior mediante los flotadores (aunque su diseño para el peinado de aquel día no estaba todavía acabado), a fin de cumplir con aquel inexcusable deber de madre.

Encontró a Richard ante la puerta. De su hombro, colgando sobre el costado,



pendía la cinta que sujetaba sus textos y el proyector de bolsillo, pero en su rostro se dibujaba un frunce.

—Oye, mamá —dijo alzando la mirada hacia ella—. He marcado las coordenadas escolares pero nada ocurre.

—No digas tonterías, Dickie —replicó casi automáticamente—. Nunca oí que ocurriera tal cosa.

—Bueno, inténtalo tú.

La señora Hanshaw lo intentó varias veces. Y era extraño, pues la puerta para la salida escolar estaba siempre dispuesta para una respuesta pronta. Intentó otras coordenadas. Si las puertas secundarias no respondían, al menos habría alguna indicación del desperfecto en la Puerta general.

Pero tampoco ocurrió nada. La Puerta permaneció como una inactiva barrera gris a pesar de todas sus manipulaciones. Era obvio que la Puerta estaba fuera de control... y sólo cinco meses después de la revisión anual de la compañía.

Comenzó a irritarse.

Tenía que ocurrir justamente en un día tan atareado. Pensó con ironía que un mes atrás había rehusado la oportunidad de instalar una Puerta subsidiaria, considerándolo un gasto inútil. ¿Cómo iba a saber que hasta las Puertas resultaban una engañifa?

—Sal al camino y usa la Puerta de los Williamson.

—Venga, mamá. Me ensuciaré si lo hago. ¿No puedo quedarme en casa hasta que la Puerta se arregle? —Había un tono de ironía tras la excusa de Dickie.

Con la misma ironía, la señora Hanshaw replicó:

—No te mancharás si te pones chanclos sobre los zapatos. Y no olvides limpiarlos antes de entrar en su casa.

—Pero, mamá...

—No me repliques, Dickie. Tienes que ir a clase. Y quiero ver que sales de aquí. Y date prisa o llegarás tarde.

El mecano, un modelo avanzado y de rápida respuesta, estaba ya frente a Richard con los chanclos.

Richard enfundó sus zapatos con aquella protección de plástico transparente y caminó hacia el panel de controles electrónicos.

—No sé cómo se hace, mamá.

—Aprieta el botón rojo. El que dice: «Úsese como emergencia.» Y no haraganees. ¿Quieres que te acompañe el mecano?

—No, caramba —dijo con suficiencia—. ¿Qué te crees que soy? ¿Una criatura en pañales? ¡Vaya por Dios! —Su murmullo fue cortado por un zumbido.

De nuevo en su habitación, la señora Hanshaw pensó en lo que iba a soltarle a la compañía, mientras marcaba un número telefónico.

Joe Bloom, un joven competente, graduado en tecnología y adentrado en el

estudio de los campos mecánicos, estuvo en la residencia de los Hanshaw en menos de media hora. Quizá sea un muchacho de valía, pensó la señora Hanshaw, que observaba su juventud con profunda sospecha.

Abrió uno de los muros corredizos de la casa cuando llegó. Pudo verlo entonces, de pie ante la abertura, limpiándose vigorosamente el polvo del aire libre. Se quitó los chanclos y los dejó a su lado. Penetró y la señora Hanshaw cerró el muro, aplastando el rayo de sol que había penetrado por el resquicio. Deseó irracionalmente que el haber tenido que caminar desde la Puerta pública le hubiera agotado. O que también la Puerta pública misma estuviera estropeada y que el joven se hubiera visto obligado a arrastrar sus herramientas tontamente a lo largo de doscientas yardas. Deseaba que la Compañía, o su delegación al menos, sufriera un poco. Eso les enseñaría lo que significaba un fallo de la Puerta.

Pero el muchacho parecía alegre e imperturbable mientras decía:

—Buenos días, señora. Vengo a ver qué le pasa a su Puerta.

—Me alegro que haya venido —dijo ella—. Aunque ya me ha fastidiado casi todo el día.

—Lo siento, señora. ¿En qué falla?

—En todo. No funciona., No ocurrió nada cuando ajusté las coordenadas. Y no hay la menor señal de que algo no funcione excepto que no obedece los mandos. Tuve que enviar a mi hijo que saliera por la casa del vecino a través de esa... esa raja.

Señaló la entrada por la que había penetrado el mecánico.

Éste sonrió y, consciente de su conocimiento sobre la materia en que era especialista, explicó:

—También es una puerta, señora. No tiene por qué utilizar las mayúsculas cuando escribe acerca de ella, pero es también una puerta. Una puerta manual. En un tiempo fue la única clase de puerta que se usaba.

—Bueno, pero al menos funciona. Mi hijo tuvo que salir por ahí, en medio de la suciedad y los gérmenes.

—No es tan malo estar en el exterior, señora —dijo el otro con la pedantería del degustador a quien la profesión le forzaba saborear el aire libre diariamente—. A veces es realmente desagradable. Pero, en fin, creo que lo que usted quiere es que arregle su Puerta, de modo que vamos al grano.

Se sentó en el suelo, abrió la gran caja de herramientas que había traído consigo y en medio minuto, mediante un desmagnetizador, tenía abiertas las tripas del panel de controles.

Murmuró para sí mismo mientras aplicaba los finos electrodos del comprobador de campo sobre numerosos puntos, estudiando las conexiones con los diales de mando. La señora Hanshaw lo contemplaba con los brazos cruzados.

—Aquí parece haber algo —dijo luego, y de un tirón desconectó la válvula de

freno. Le dio unos golpecitos con la uña y dijo—: Esta válvula de freno está despolarizada, señora. Ése es todo su terrible problema. —Recorrió con el dedo un compartimiento de su caja de herramientas y extrajo un duplicado del objeto que había quitado del mecanismo de la puerta—. Estas cosas fallan cuando uno menos se lo espera.

Volvió a montar lo desmontado y se puso en pie.

—Ahora funcionará, señora.

Marcó una combinación de referencia, pulsó y volvió a pulsar otra vez. Cuantas veces lo hizo, el gris apagado de la Puerta se convertía en un oscuro violeta.

—¿Quiere firmar aquí, señora? Por favor, ponga también su número de cargo. Gracias, señora.

Marcó una nueva combinación, la de su taller, y con resuelto gesto caminó a través de la Puerta. Mientras su cuerpo penetraba en las tinieblas, todavía se recortaba. Luego, poco a poco, fue haciéndose cada vez menos visible hasta que, por último, sólo pudo distinguirse el reflejo de su caja de herramientas. Un segundo después de haberla atravesado por completo, la Puerta volvió a convertirse en una mancha cenicienta.

Media hora después, cuando la señora Hanshaw había terminado con sus preparativos interrumpidos y estaba intentando reparar los infortunios de aquella mañana, eh teléfono sonó anunciándole que sus verdaderos, problemas estaban por comenzar.

Miss Elizabeth Robbins estaba afligida. El pequeño Dick Hanshaw había sido siempre un buen alumno. Odiaba por ello mismo llamarle la atención. Pero, se decía a sí misma, su comportamiento estaba siendo verdaderamente curioso. De modo que decidió llamar a su madre y contárselo.

Dejó un estudiante a cargo de la clase durante la hora de estudio que tenían por la mañana y se dirigió al teléfono. Estableció el contacto y contempló la hermosa y de algún modo formidable cabeza de la señora Hanshaw dibujada en la pantalla.

Miss Robbins vaciló, pero ya era demasiado tarde para retroceder.

—Señora Hanshaw, soy la señorita Robbins. —Terminó la frase con una nota cantarina.

La señora Hanshaw pareció no entender. Luego dijo:

—¿La profesora de Richard? —Como réplica, también finalizó con una nota elevada.

—Exacto. La llamo, señora Hanshaw —prosiguió enderezando la trascendencia de sus palabras—, para decirle que Dick ha llegado bastante tarde esta mañana.

—¿Que llegó tarde? Pero eso es imposible. Yo misma lo vi salir.

La señorita Robbins pareció desconcertada.

—¿Quiere decir que usted lo vio usar la Puerta?

—Bueno, no exactamente. Nuestra Puerta se estropeó de madrugada, de modo que lo envié a que se sirviera de la Puerta de un vecino.

—¿Está usted segura?

—Claro que sí. ¿Para qué iba a mentir?

—No, no, señora Hanshaw, no quiero decir eso: Me refiero a que si usted está segura de que se dirigió a casa de su vecino. Porque pudo haberse perdido y no encontrar el camino correcto.

—Ridículo. Disponemos de mapas y estoy completamente segura de que Richard conoce el emplazamiento de cada casa en el Distrito A-3. —Luego, con el sereno orgullo de quien conoce sus privilegios, añadió—: Por supuesto que no necesita conocerlo. Las coordenadas están siempre dispuestas.

Miss Robbins, que procedía de una familia que había siempre economizado al máximo el uso de sus Puertas (el precio de la energía gastada era la causa) y que hacía sus trayectos generalmente a pie a una avanzada edad, se resintió en su amor propio.

—Pues me temo, señora Hanshaw, que Dick no usó la Puerta de los vecinos. Llegó retrasado en una hora y las condiciones de sus chanclos indicaban que había caminado campo a través. Estaban llenos de barro.

—¿Barro? —La señora Hanshaw repitió con grandilocuencia la palabra—. ¿Qué dijo él? ¿Qué excusa puso?

Miss Robbins lamentó no poder suministrarle la consoladora información que pedía, pero se regocijó en su interior por la alteración que había sufrido la otra mujer.

—No dijo nada al respecto. Francamente, señora Hanshaw, parecía estar enfermo. Por eso la he llamado. Tal vez desee usted que lo atienda un médico.

—¿Tiene fiebre? —La voz de la madre pareció surgir de una seca garganta.

—Oh, no. No me he referido a una enfermedad física. Se trata de su conducta y de la forma que tiene de mirar. —Se detuvo dudando, y luego añadió con delicadeza—: Pienso que un chequeo de rutina dentro de la competencia psíquica...

No pudo continuar. La señora Hanshaw, con el tono más elevado que el aparato intercomunicador le permitía, chilló:

—¿Está sugiriendo que Richard está neurótico?

—Claro que no, señora Hanshaw, sino...

—¡Pues parecía insinuarlo así! ¡Qué ocurrencia! Richard ha sido siempre un muchacho perfectamente sano. Ya me cuidaré de él cuando regrese a casa. Estoy segura de que debe haber una explicación normal que no dudará en darme a mí.

La conexión se interrumpió bruscamente y la señorita Robbins se sintió herida y desacostumbradamente violenta. Ah fin y al cabo sólo había intentado ser útil, cumplir con lo, que ella consideraba una obligación para con sus estudiantes.

Regresó al aula y lanzó una metálica mirada al reloj de pared. La hora de estudio

estaba llegando a su fin. La siguiente versaría sobre composición de inglés.

Pero su cabeza estaba en otra parte. Automáticamente, fue llamando a los estudiantes que tenían que leer algunas selecciones de sus creaciones literarias. Y de vez en cuando grabó algún que otro fragmento que luego repasó con lenta vocalización para mostrar a los estudiantes cómo debía ser leído el inglés.

La mecánica voz del vocalizador, como siempre, acusaba perfección, pero, también como siempre, evidenciaba falta de carácter. A menudo se preguntaba si era correcto enseñar a los estudiantes un habla disociada de la individualidad, preocupada sólo por el acento y la entonación.

Ese día, en cambio, no pensaba en tal cosa. Sólo tenía ojos para Richard Hanshaw. Éste permanecía tranquilo en su asiento, evidenciando quizás excesiva indiferencia por cuanto le rodeaba. Estaba como sumido en sí mismo y no parecía ser el chico de siempre. Resultaba obvio para la Robbins que el muchacho había sufrido alguna inusual experiencia aquella mañana, y que, realmente, había acertado en avisar a la madre, aunque no debiera haber mencionado lo del chequeo. Tampoco era una exageración a aquella altura de los tiempos. Todo tipo de personas pasaba por él. No era ninguna desgracia someterse a una prueba. O no debería serlo, vaya.

Al fin se decidió a llamar a Richard. Lo llamó dos veces antes de que respondiera y se pusiera en pie.

La pregunta general solía ser: «Si quieres efectuar un viaje y debes escoger algún viejo vehículo, cuál elegirías y por qué.» La Robbins intentaba usar el tópico cada semestre. Le parecía adecuado porque contenía un sentido histórico. Obligaba a los jóvenes cerebros a pensar sobre el modus vivendi mantenido en los pasados tiempos.

Se aprestó a escuchar cuando Richard comenzó a leer en voz baja.

—Si tuviera que elegir entre algún viejo «véhiculo» —comenzó, acentuando la e de vehículo en lugar de la i—, yo elegiría un globo aerostático. Viaja menos que los demás «véhiculos», pero es limpio. Como llega hasta la estratosfera, debe estar todo purificado para que uno no pueda coger enfermedades. Y se pueden ver las estrellas si es de noche tan bien como desde un observatorio. Si se mira abajo se puede ver la Tierra como un mapa o quizá se vean las nubes... —Y así prosiguió durante algunas páginas más.

—Richard —señaló la Robbins una vez hubo terminado el chico su lectura—, se dice ve-hí-cu-los y no vé-hi-cu-los. La h divide las dos vocales y debes acentuar la segunda, no la primera. Y no se dice «viaja menos» sino «corre menos». ¿Qué os parece a los demás?

Un pequeño coro de voces confluyó en una única respuesta de aprobación. Miss Robbins prosiguió.

—Muy bien, muy bien. Ahora, decidme: ¿qué diferencia hay entre un adjetivo y un adverbio? ¿Quién sabría decírmela?

Y así sucesivamente. La hora de la comida llegó; algunos alumnos se quedaron a comer en el comedor del colegio; otros marcharon a casa. Richard figuraba entre los que se quedaron. La señorita Robbins lo advirtió, percatándose de que aquello no era lo normal.

Llegó la tarde y, finalmente, sonó la campana de fin de jornada. Veinticinco chicos y chicas recogieron sus pertenencias y se dispusieron formando una fila.

Miss Robbins batía palmas.

—Aprisa, niños, aprisa. Vamos, Zelda, ocupa tu puesto.

—Me había olvidado mi grabadora, señorita Robbins —se excusó la niña.

—Pues cógela, cógela ya. Ahora, niños, apurad.

Pulsó el botón que corría una sección de pared y revelaba la tiniebla gris de una ancha Puerta. No era la Puerta usual que los estudiantes utilizaban para ir a casa a comer, sino un avanzado modelo que constituía el orgullo de cualquier colegio privado que se preciara.

En adición a su doble anchura, poseía un mecanismo accesorio dotado con un «manipulador serial automático», capaz de ajustar la puerta a un diverso número de diferentes coordenadas a intervalos automáticos.

A comienzos de semestre, la señorita Robbins empleaba siempre toda una tarde con el mecanismo, ajustando la maquinaria a las coordenadas de las distintas casas de los nuevos alumnos. Pero luego, gracias a Dios, raramente prestaba atención a las particularidades de un tan perfecto funcionamiento serial.

La clase se alineaba por orden alfabético, primero las chicas, luego los chicos. La Puerta se convirtió en violeta oscuro y Hester Adams agitó su mano mientras penetraba en su área.

—¡Adioooooo...!

El «adiós» se partía por la mitad, como siempre solía ocurrir.

La puerta se volvió gris, luego violeta nuevamente y Theresa Cantrocchi desapareció por ella. Gris, violeta, Zelda Charlowicz. Gris, violeta, Patricia Coombs. Gris, violeta, Sara May Evans.

La fila se reducía a medida que la Puerta los transportaba uno tras otro a sus respectivas casas. Naturalmente, podía ocurrir que una madre olvidara la Puerta de su casa abierta para la recepción en la ocasión oportuna, en cuyo caso la Puerta del colegio permanecía siempre gris. El violeta era señal de paso franco. Automáticamente, después de un minuto de espera, la Puerta entraba en su siguiente combinación mecánica comunicando con la casa del próximo niño de turno, mientras que el muchacho olvidado tenía que aguardar. Un oportuno telefonazo a los negligentes padres devolvía el mundo a su normal funcionamiento. No era conveniente que ocurrieran semejantes cosas, teniendo en cuenta la especial sensibilidad de los niños que veían así lo poco que sus padres se preocupaban por

ellos. Miss Robbins, siempre que visitaba a los padres, procuraba ponerlo de relieve, aunque de vez en vez solía ocurrir.

Las chicas se agotaron y comenzó el turno de los niños. Primero John Abramowitz y luego Edwin Byrne...

Naturalmente, otro problema más frecuente era que algún chico entrara antes de turno. Lo hacían a pesar de la vigilancia del profesor que, reloj en mano, computaba los envíos. Claro que esto solía ocurrir principalmente a comienzos, de temporada, cuando el orden de la fila todavía no les era del todo familiar.

Cuando tal cosa ocurría, los niños eran enviados a casas ajenas y luego regresaban. Tomaba algunos minutos rectificar el error y los padres se disgustaban.

Miss Robbins advirtió repentinamente que la línea se había detenido. Se dirigió al chico que estaba en cabeza.

—Camina, Samuel. ¿A qué estás esperando?

—No es mi combinación, señorita Robbins.

—Bien, ¿de quién es, entonces?

Contempló la fila con impaciencia. Alguien estaba en un lugar que no le correspondía.

—De Dick Hanshaw, señorita Robbins.

—¿Dónde está?

Ahora contestó otro muchacho, con el más bien repelente tono de aquellos que, conscientes de su cumplimiento del deber, reprueban automáticamente cualquier desviación de sus compañeros y no dudan en denunciarla a los encargados de mantener la autoridad.

—Salió por la puerta de incendios, señorita Robbins.

—¿Qué?

La Puerta pasó a otra combinación y Samuel Jones penetró por ella. Uno tras otro, los chicos fueron despachados.

Miss Robbins quedó sola en el aula. Se dirigió a la puerta de incendios. Era pequeña, abierta manualmente, y oculta tras un recodo de la pared para que no rompiera la estética del paisaje.

La abrió de un tirón. Estaba allí como medio de fuga en caso de incendio, un artilugio que había perdurado anacrónicamente a pesar de los modernos extintores que todos los edificios públicos usaban. No había nada en el exterior, excepto lo exterior mismo... La luz del sol era mortecina y soplaba un viento polvoriento.

Miss Robbins cerró la puerta. Se alegraba de haber llamado a la señora Hanshaw. Había cumplido con su deber. Más aún, era obvio que algo le ocurría a Richard. De nuevo sintió deseos de llamar por teléfono.

La señora Hanshaw había decidido finalmente no ir a Nueva York. Se había quedado en casa con una mezcla de ansiedad y rabia irracional, la última dirigida

contra la descarada señorita Robbins.

Quince minutos antes del final de las clases su ansiedad comenzó a dirigirse hacia la Puerta. Un año atrás la había equipado con un mecanismo automático que la activaba según las coordenadas de la escuela, manteniéndola hasta la llegada de Richard.

Sus ojos permanecían fijos en el gris de la Puerta (¿por qué la inactividad del campo de fuerza no tenía otro color más vivo y alegre?) mientras esperaba. Sus manos sintieron frío y se buscaron inconscientemente.

La Puerta varió al violeta justo al preciso segundo pero nada ocurrió. Los minutos pasaron y Richard se demoraba. Luego comenzó a retardarse. Finalmente se hizo demasiado tarde.

Estuvo esperando durante un cuarto de hora. En circunstancias normales hubiera llamado a la escuela, pero ahora no podía hacerlo, no podía. No después que la profesora la había imbuido deliberadamente en aquella historia del estado mental de Richard. ¿Cómo iba a hacerlo?

La señora Hanshaw se removió intranquila en su asiento, encendió un cigarrillo con dedos temblorosos y expulsó el humo. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Podía Richard haberse quedado en la escuela por alguna razón? Se lo hubiera dicho anticipadamente. Se le ocurrió pensar que... él sabía que ella planeaba ir a Nueva York y que no estaría de vuelta hasta bien entrada la noche... No, se lo hubiera dicho. ¿Por qué se preocupaba entonces?

Su orgullo comenzó a resquebrajarse. Tendría que llamar a la escuela o si no (cerró los ojos al evocar la posibilidad) a la policía.

Cuando abrió los ojos, Richard estaba ante ella, la mirada fija en el suelo.

—Hola, mamá.

La ansiedad de la señora Hanshaw se transformó, por arte de magia, en repentina ira, argucia que sólo las madres conocen.

—¿Dónde has estado, Richard?

Pero entonces, antes de ponerse a despotricar contra los hijos desnaturalizados que parten el corazón a las desconsoladas madres que tanto tienen que sufrir, se dio cuenta del aspecto de Richard y exclamó con horror:

—¡Has estado al aire libre!

Su hijo se miró los polvorientos zapatos que sobresalían por los bordes de los chanclos y luego se fijó en las marcas de barro de sus piernas y en la mancha que lucía su camisa.

—Bueno, mamá, mira, yo pensé que... —Y se cortó.

—¿Algo no marchaba en la Puerta de la escuela?

—No, mamá.

—¿Te das cuenta de que he estado a punto de enfermar por tu culpa? —



Vanamente esperó respuesta—. De acuerdo. Hablaré contigo más tarde, jovencito. Primero tomarás un buen baño. Luego, cada milímetro de tu ropa será desinfectado. ¡Mecano!

Pero el mecano había comenzado a reaccionar nada más oír la frase «tomarás un baño» y esperaba ya en el cuarto de aseo.

—Quítate en seguida esos zapatos. Luego, ve con el mecano.

Richard lo hizo mientras ella lo decía con una resignación que lo colocaba pasivamente más allá de toda inútil protesta.

La señora Hanshaw cogió los manchados zapatos entre el índice y el pulgar y los llevó hasta el conducto de eliminación que zumbó desmayadamente al recibir aquella inesperada carga.

No cenó con Richard pero permitió que éste comiera en la compañía solitaria del mecano. Esto, pensó ella, sería un evidente signo de su disgusto y serviría mejor que cualquier castigo para que él se diera cuenta de que había obrado mal. Richard, se decía frecuentemente a sí misma, era un chico sensible.

Aun así, subió para acompañarlo mientras se metía en cama.

Le sonrió y le habló suavemente. Pensó que sería lo mejor. A fin de cuentas ya había sido bastante castigado.

—¿Qué te ha ocurrido hoy, muchachito, pequeñito Dickie?

No lo había llamado así desde que dejara de ser una criatura y sólo al oírlo se sintió presa de ternura tal que tuvo al borde de las lágrimas. Sin embargo, él se limitó mirarla y responderle fríamente.

—Sólo que no me gustó pasar por esas malditas Puertas, mamá.

—Pero, ¿por qué no?

Colocó sus manos al borde de la sábana (pura, limpia, fresca, antiséptica y, cómo no, eliminada después de usada).

—No me gustan —dijo.

—¿Cómo esperas, pues, ir a la escuela, Dickie?

—Me levantaré más temprano —murmuró.

—Entonces, ¿nada malo les ocurre a las Puertas?

—No me gustan, eso es todo. —Ahora ya no la miraba.

—Bueno, bueno —dijo ella haciendo aspavientos—, que tengas felices sueños. Mañana te encontrarás mejor.

Lo besó y abandonó la habitación, pasando su mano automáticamente frente a la fotocélula que disminuía la intensidad de las luces de los cuartos.

Pero ella misma tuvo también agitados sueños aquella noche. ¿Por qué no le gustaban las Puertas a Dickie? Nunca le habían molestado hasta ahora. Podría desarticular la Puerta por la mañana, pero eso haría que Richard se fijase más en ellas.

Dickie se estaba comportando irracionalmente. ¿Irrracionalmente? Eso le recordó a la Robbins y su diagnóstico y su mandíbula crujió en la oscuridad de su dormitorio. ¡Absurdo! El chico se encontraba mal y una noche de descanso era toda la terapia que necesitaba.

Pero a la mañana siguiente, al levantarse, comprobó que su hijo ya no estaba en casa. El mecano no podía hablar pero podía responder con gestos que equivalían a un sí o un no, y no le llevó más de medio minuto a la señora Hanshaw el enterarse de que su hijo se había levantado treinta minutos antes de lo acostumbrado, recogido sus cosas y salido de la casa.

Pero no por la Puerta.

Sino por la puerta, con p minúscula.

El visófono de la señora Hanshaw sonó a las tres y diez de la tarde de aquel día. Calculó quién podía ser y al activar el receptor comprobó que no se había equivocado. Se miró rápidamente en el espejo para dotarse de una tranquila apariencia después de un día de serena preocupación y se introdujo en la sintonía visual.

—Sí, señorita Robbins —dijo fríamente.

La profesora de Richard estaba un tanto alterada.

—Señora Hanshaw —dijo—, Richard ha salido, adrede por la puerta de incendios aunque yo le había dicho que utilizara la Puerta usual. No sé dónde ha ido.

—Sin duda viene a su casa.

—¿Que va a su casa? ¿Aprueba usted lo que está haciendo? —La Robbins parecía no dar crédito a lo que oía.

Palideciendo, la señora Hanshaw creyó conveniente poner a la profesora donde le correspondía.

—No creo que sea usted quién para censurarme. Si mi hijo no utiliza la Puerta, es un asunto que nos concierne a mi hijo y a mí. No creo que ninguna ley escolar pueda obligarlo a usar la Puerta, ¿no le parece?

Miss Robbins tuvo tiempo de decir algo antes de que el contacto fuera roto.

—Le he hecho una prueba. Realmente tenía que...

La señora Hanshaw se quedó mirando la blanca pantalla de cuarcina sin verla realmente. Su sentido familiar la puso por unos momentos de parte de Richard. ¿Por qué tenía que servirse de la Puerta si no le gustaba? Luego se sentó a esperar y su orgullo materno comenzó a batirse con la dominante ansiedad de que, a fin de cuentas, algo iba mal en el comportamiento de Richard.

El muchacho llegó a casa con una expresión de desafío en el rostro, pero su madre, echando mano de su auto-control, lo recibió como si nada anormal ocurriera.

Durante semanas siguió ella esta política. «No es nada, se decía a sí misma. Es algo pasajero. Ya se le quitará la manía.»

Aquello quedó como un estado de cosas definitivo. Sin embargo, a veces, quizá durante tres días seguidos, ella bajaba a desayunar y encontraba a Richard esperando taciturno ante la Puerta, para usarla luego que llegaba la hora de ir al colegio. No obstante, ella se guardaba de hacer comentarios.

Siempre que hacía esto y especialmente cuando llegaba a casa a través de la Puerta, su corazón materno se reconciliaba con sus ulteriores preocupaciones y pensaba:

«Bueno, ya se ha recuperado.» Pero al transcurrir un día, dos, tres, el muchacho regresaba como un adicto a la droga y salía silenciosamente por la puerta —con p minúscula— antes que ella se levantara.

Y cada vez que pensaba en chequeos o en psiquiatras, la triunfante visión de la Robbins la detenía, aunque estaba segura de tener motivo suficiente para recurrir a tales soluciones.

Mientras tanto, lo iba sobrellevando lo mejor que podía. El mecano había sido instruido para esperar en la puerta —p minúscula— con un equipo Tergo y una muda. Richard se aseaba y cambiaba de ropa sin resistencia. Su calzado era colocado en una caja y la señora Hanshaw contemplaba sin la menor queja el gasto que representaba la diaria eliminación de camisas. Con los pantalones, sin embargo, se observaba una política de limpieza y sólo al cabo de una semana eran eliminados.

Un día le sugirió que la acompañara a Nueva York. Era más un vago deseo de tenerlo con ella que un plan premeditado. Richard no puso ninguna objeción. Se mostró incluso feliz. Caminó sin vacilar hacia la Puerta y no se detuvo ante ella. Es más, no aparecía en él en aquellos momentos aquella huella de resentimiento que se grabara en su expresión cuantas veces la utilizara últimamente para ir al colegio.

La señora Hanshaw se reunió con él. Esto podía ser una forma de llevarlo de nuevo al uso cotidiano de la Puerta, de modo que recurrió a una fingida ingenuidad para posibilitar que la acompañara el mayor número de veces en sus viajes. Más todavía, estimuló el ánimo de la mujer y se pretextó numerosos viajes innecesarios, como uno emprendido hasta Cantón para presenciar una fiesta china.

Esto había sido un sábado. A la mañana siguiente, Richard marchó directamente hacia la abertura del muro que siempre usaba. La señora Hanshaw, que se había levantado más temprano, fue testigo de ello. Por una vez, venciendo en resistencia, lo llamó.

—¿Por qué no por la Puerta, Dickie?

—Está bien para ir a Cantón —dijo, y salió de la casa.

De manera que el plan acabó en fracaso. Luego, otro día, Richard volvió a casa completamente empapado. El mecano se movía a su alrededor sin atinar qué hacer, y la madre, que acababa de regresar de una visita de cuatro horas sostenida con su hermana en Iowa, gritó:

—¡Richard Hanshaw!

—Se puso a llover —dijo con alicaída expresión perruna—. Todo de golpe, se puso a llover.

Por un momento no pareció reconocer la palabra. Sus días escolares y sus estudios de geografía estaban veinte años más atrás. Y entonces recordó la imagen del agua cayendo fuertemente y sin fin desde el cielo: una loca cascada de agua sin ningún interruptor que la accionase, sin ningún botón que la controlara, sin ningún contacto que la detuviese.

—¿Y has estado fuera en esa lluvia?

—Bueno, mira, mamá, he venido todo lo rápido que he podido. No sabía que iba a llover.

La señora Hanshaw no sabía qué decir. Se sentía descentrada, con la sensación de encontrarse demasiado enojada para colocar las palabras en su sitio.

Dos días más tarde, Richard cogió un resfriado y de su garganta surgía una seca, bronca tos. La señora Hanshaw tenía que admitir que por fin los virus enfermizos se habían colado en su casa, como si fuera ésta una miserable choza de la Edad de Hierro.

De manera que todas estas cosas acumuladas acabaron por romper el caparazón de su orgullo y la llevaron a admitir que, pese a todo, Richard necesitaba el auxilio de un psiquiatra.

La elección de psiquiatra fue llevada a cabo con sumo cuidado. Su primer impulso fue encontrar uno lo más alejado posible. Durante un rato consideró la posibilidad de dirigirse directamente al Centro Médico de San Francisco y escoger uno al azar.

Pero luego se le ocurrió que al hacer eso se convertiría en consultante anónimo. No obtendría mejor trato que si proviniera de los barrios bajos. Ahora bien, si se quedaba en su propia comunidad, su palabra tendría peso...

Consultó el mapa del distrito. Era uno de las excelentes series preparadas por Puertas, Pórticos y Soportes, Sociedad Anónima y distribuidas gratuitamente entre sus clientes. La señora Hanshaw no podía reprimir aquella autodeferencia mientras desplegaba el mapa. No era tan sólo un mero catálogo de las coordenadas de Puertas. Era un mapa puesto al día, con cada edificio cuidadosamente localizado.

¿Y por qué no? El Distrito A-3 era un nombre que hoy día sonaba gratamente en el mundo, un barrio aristócrata. La primera comunidad del planeta que había sido establecida con un completo sistema de Puertas. La primera, la más grande, la más rica, la mejor conocida. No necesitaba fábricas ni almacenes. Ni siquiera necesitaba carreteras. Cada mansión era como un pequeño castillo aislado, cuya Puerta tenía acceso a cualquier lugar del mundo donde hubiera otra Puerta.

Cuidadosamente, repasó la lista de las cinco mil familias del Distrito A-3. Sabía

que incluía varios psiquiatras. La profesión estaba bien representada en A-3.

El doctor Hamilton Sloane fue el segundo nombre con el que tropezó y su dedo lo localizó en el mapa. Su oficina estaba apenas a dos millas de la residencia Hanshaw. Le gustaba su nombre. El hecho de que viviera en A-3 era una garantía y evidencia de mérito. Y era un vecino, prácticamente un vecino. Él entendería que se trataba de algo urgente... y confidencial.

Con firmeza, llamó a su oficina para concertar una cita.

El doctor Hamilton Sloane, de no más de cuarenta años, era comparativamente joven. Venía de buena familia y había oído hablar de la señora Hanshaw.

La escuchó con amabilidad y luego dijo:

—Y todo comenzó con la ruptura de la Puerta.

—Exacto, doctor...

—¿Muestra algún miedo hacia las Puertas?

—Claro que no. Qué ocurrencia. —Lo miró sorprendida.

—Es posible, señora Hanshaw, es posible. A fin de cuentas, cuando uno se pone a pensar en cómo funciona una Puerta, es para asustarse realmente. Usted pasa por una Puerta y por un instante sus átomos son convertidos en energía, transmitidos a otro lugar del espacio y devueltos a su forma cotidiana. Por un instante uno deja de estar vivo.

—Estoy segura de que nadie piensa en esas cosas.

—Tal vez su hijo lo haga. Él presencié cómo la Puerta se estropeaba; pudo haberse dicho a sí mismo: ¿Qué ocurriría si la Puerta se estropease justo cuando yo estoy a mitad de camino?

—Pero eso es absurdo... Él todavía usa la Puerta. Ha ido incluso hasta Cantón conmigo; Cantón, en China. Es más, como le he dicho, la ha utilizado una o dos veces por semana para ir al colegio.

—¿Libremente? ¿Con alegría?

—Bueno... —titubeó la señora Hanshaw con resistencia—, no del todo. De veras, doctor, ¿no estamos abusando con tanto especular al respecto? Si usted le hiciera una breve prueba vería dónde está el problema. Claro, eso sería todo. Estoy segura de que se trata de una cosa menor.

El doctor Sloane suspiró. Detestaba la palabra «prueba» y posiblemente no había otra palabra que evitara más.

—Señora Hanshaw —dijo pacientemente—, nada hay que pueda llamarse breve prueba. No ignoro que la sección de pasatiempos de los periódicos y revistas están llenos de tests y cosas como vea-usted-si-es-más-inteligente-que-su-esposa, pero todo eso no son sino paparruchadas.

—¿Lo dice en serio?

—Naturalmente. Las pruebas son muy complicadas y la teoría afirma que traza

circuitos mentales. Las células del cerebro se encuentran interconectadas de una gran variedad de maneras. Algunas de las encrucijadas resultantes de esas interconexiones son más usadas que otras. Ellas representan núcleos de pensamiento, tanto consciente como inconsciente. La teoría dice que esas encrucijadas en un sendero dado pueden ser utilizadas para diagnosticar las enfermedades mentales con facilidad y certeza.

—¿Entonces?

—Someterse a una prueba es algo que siempre inquieta, especialmente a un niño. Es una experiencia traumatizante. Lleva al menos una hora. Incluso en ese caso, los resultados deben ser enviados a la Oficina Central Psicoanalítica para su análisis, lo que tarda algunas semanas. Y lo más importante de todo, señora Hanshaw, hay muchos psiquiatras que piensan que la teoría contiene muchos errores.

—Quiere usted decir —dijo la señora Hanshaw apretando los labios— que nada puede hacerse.

—De ningún modo —sonrió el doctor Sloane—. Los psiquiatras han existido siglos antes de inventarse las pruebas. Yo le sugiero que me deje hablar con el chico.

—¿Hablar con él? ¿Eso nada más?

—Acudiré a usted para pedirle información cuando me sea necesaria, pero lo esencial, lo más importante, es hablar con el chico.

—Realmente, doctor Sloane, dudo que él desee hablar de esto con usted. Ni siquiera quiere discutirlo conmigo que soy su madre.

—Eso suele ocurrir a menudo —le aseguró el psiquiatra—. Un niño prefiere hablar antes con un extraño algunas veces. Como fuere, no puedo aceptar el caso de otra manera.

La señora Hanshaw se levantó, no del todo satisfecha.

—¿Cuándo podrá venir, doctor?

—¿Qué le parece el próximo sábado? El chico no tendrá que ir al colegio. ¿Tenían que hacer algo?

—Estaremos a punto.

Hizo una salida llena de dignidad. El doctor Sloane la acompañó a través de la sala de recepción hasta la Puerta de su oficina y esperó mientras pulsaba las coordenadas de la casa de la mujer. La observó mientras ella cruzaba la Puerta. Se convirtió en la mitad de una mujer, luego en un cuarto, un codo y un pie aislados, después nada.

Era aterrador.

Una Puerta que se estropease durante la transmutación, ¿dejaría medio cuerpo aquí y el otro medio allá? Nunca había oído que tal cosa ocurriera, pero nadie podía asegurar que era imposible.

Volvió a su despacho y consultó la hora de su siguiente cita. Era obvio para él que la señora Hanshaw no había quedado muy conforme con la entrevista previa al no

haber conseguido la oportunidad de ver usada la prueba psíquica.

¿Por qué, por el amor del cielo, por qué? ¿Por qué algo como la prueba psíquica, pieza de museo y fraude en su opinión, despertaba tanto entusiasmo, tanta confianza entre la gente? Sin duda se debía a la tendencia general hacia las máquinas, el fetichismo maquinista. Sin embargo, nada de cuanto el hombre pudiera hacer lo haría mejor ninguna máquina. ¡Máquinas! ¡Más máquinas! ¡Máquinas para todo! ¡Oh, tempora! ¡Oh, mores!

¡Oh, infierno y condenación!

El odio que sentía hacia la prueba comenzaba a molestarle. Era un miedo al empleo tecnológico, una inseguridad básica de su posición, una mecanofobia, si podía decirse así...

Tomó nota mental de este asunto para discutirlo con su analista.

Las dificultades eran obvias. El chico no era un paciente que hubiera acudido hasta él, más o menos ansioso, para hablar o solicitar ayuda.

Bajo las circunstancias presentes, hubiera sido mejor concertar el primer encuentro con Richard de una manera descomprometida. Habría sido suficiente con presentarse ante él como algo menos que un extraño. Así, en la ocasión siguiente, su presencia sería ya algo familiar al chico. Y luego pasaría a convertirse en un conocido. Y después en un amigo de la familia.

Desgraciadamente, a la señora Hanshaw no le gustaban los procesos largos y meticulosos. Buscaba tan sólo una prueba psíquica y la tenía que encontrar.

Aunque perjudicara al chico. Porque le perjudicaría. De eso estaba completamente seguro.

Por esta razón creyó que debía sacrificar un poco de su cautela y arriesgar una pequeña crisis.

Pasaron diez minutos exentos de confortabilidad antes de decidir que debía intentarlo. La señora Hanshaw mantenía una sonrisa rígida y... lo contemplaba con suspicacia mientras sin duda esperaba alguna mágica palabra. Richard se removía en su asiento, mudo ante los comentarios tanteadores del doctor Sloane, aburrido e incapaz de ocultar su aburrimiento.

—Richard —dijo el doctor Sloane, como quien no quería la cosa—, ¿te gustaría dar un paseo conmigo?

Los ojos del chico se agrandaron y cesó de moverse. Miró directamente al hombre.

—¿Un paseo, señor?

—Sí, dar una vuelta por el exterior.

—¿Sale usted al... exterior?

—A veces. Cuando siento que me hace falta.

Richard se había puesto en pie y contenía un evidente deseo.

—No creía que lo hiciera nadie.

—Pues yo lo hago. Y me gusta hacerlo acompañado.

El chico volvió a sentarse, sin saber qué hacer.

—¿Mamá?

La señora Hanshaw se mantenía rígida en su asiento, con los labios apretados como evitando que se abrieran con horror. Pero se limitó a decir:

—¿Por qué no, Dickie? Pero cuídate. —Y dirigió una rápida y acerada mirada al doctor Sloane.

En cierto sentido el doctor Sloane había mentido. Él no salía al exterior «algunas veces». No había estado al aire libre desde sus días escolares. En realidad, había en él una inclinación deportiva a hacerlo, pero por aquel tiempo comenzaron a proliferar las habitaciones cerradas condicionadas con rayos ultravioleta para jugar al tenis o construir piscinas de natación. Pese a su costo eran mucho más satisfactorias que sus equivalentes externas, dado que éstas estaban expuestas a los elementos y a cuantos gérmenes pudieran contener. No había, pues, ocasión de salir al exterior.

Experimentó una caótica sensación en su piel cuando el viento la acarició, al igual que al pisar la hierba con sus zapatos protegidos por chanclos.

—Eh, mire eso. —Richard se comportaba ahora de modo diferente: se reía y no mantenía reservas.

El doctor Sloane apenas tuvo tiempo de captar un retazo de azul a través de las copas de los árboles. Las ramas se agitaron y lo perdió.

—¿Qué era?

—Un pájaro azul —dijo Richard.

El doctor Sloane miró a su alrededor impresionado. La residencia de los Hanshaw se erguía sobre un promontorio rodeado de zona boscosa, y entre viveros de árboles la hierba brillaba bajo los rayos del sol.

Los colores dominantes variaban del verde oscuro al ojo y al amarillo de las flores. En el curso de su vida, a través de libros y películas antiguas, tuvo ocasión de conocer las flores lo suficiente para que ahora le resultaran un tanto familiares.

Pero la hierba estaba perfectamente cuidada y las flores ordenadas. Se percató de que había esperado algo más salvaje, menos cultivado.

—¿Quién cuida de todo esto?

—Yo no —dijo Richard suspirando—. Quizá los mecanos.

—¿Los mecanos?.

—Hay montones de ellos por aquí. A menudo se les ve con una especie de cuchillo atómico que mantienen cerca de tierra. Cortan la hierba. Y también se les ve junto a las flores. Ahora hay uno allí.

A media milla de distancia era un objeto más bien pequeño. Su metálica piel relampagueaba mientras se movía lentamente por el prado, ocupado en una actividad



que el doctor Sloane no fue capaz de identificar.

El doctor Sloane estaba impresionado. Había allí un algo de perversidad estética, una especie de consunción conspicua...

—¿Qué es aquello? —preguntó repentinamente.

Richard miró.

—Es una casa. Pertenece a los Froehlichs. Coordenadas A-3, 23, 461. Lo que se destaca como prolongación es la Puerta pública.

El doctor Sloane estaba contemplando la casa. ¿Era aquello lo que parecía desde fuera? Sin saber por qué la había imaginado más cúbica, más alta.

—Sigamos —dijo Richard poniéndose a caminar.

El doctor Sloane lo siguió pausadamente.

—¿Conoces todas las casas de los alrededores?

—Más o menos casi todas.

—¿Dónde está A-23, 26, 475? —Se trataba, obviamente, de su propia casa.

—A ver... —Richard oteó los alrededores—. Oh, claro que sé dónde está... ¿Ve aquel agua de allí?

—¿Agua? —El doctor Sloane alcanzó a ver una línea de plata que corría en forma de arco a través del verde.

—Por supuesto. Agua auténtica. Agua que corre por entre las rocas. Que corre todo el tiempo. Uno puede pasar a través de ella si se apoya sobre las piedras. Se le llama río.

Más bien un arroyo, pensó el doctor Sloane. Evidentemente había estudiado geografía, pero los principales terrenos de esta ciencia se habían sintetizado en geografía económica y geografía cultural. La geografía física era una rama a medio extinguir salvo entre los especialistas. Aun así, sabía lo que era un río y un arroyo, aunque sólo de forma teórica.

—Pues bien: pasando el río —estaba diciendo Richard—, se sube hasta aquella colina llena de árboles en la cima y luego se desciende un poco por la otra parte: de esa manera se llega hasta A-23, 26, 475. Es una bonita casa verde con techo blanco.

—¿De veras? —El doctor Sloane estaba realmente asombrado. No sabía que su casa fuera verde. Algún pequeño animal removía la hierba en su ansiedad por evitar ser aplastado. Richard lo miró y exclamó:

—Déjeme a mí, usted no podrá atraparlo.

Una mariposa se agitaba despidiendo ondulaciones amarillas. Los ojos del doctor Sloane la siguieron.

Un ligero murmullo se apreciaba sobre los campos, dispersándose e interrumpiéndose a veces con dureza, volviendo a surgir, creciendo, difundiéndose por doquiera, creciendo cada vez más hasta luego cesar. Mientras su oído se adaptaba a sus modulaciones para escuchar, llegó a percibir mil entonaciones diversas, ninguna

de las cuales estaba producida por los hombres.

Una sombra hizo aparición, avanzó hacia él y lo cubrió. Sintió un súbito fresco y alzó la vista.

—Es sólo una nube —dijo Richard—. Se marchará en un minuto... Mire esas flores. Todas huelen de distinta manera.

Se encontraban ya a varios centenares de yardas de la residencia de los Hanshaw. La nube pasó y el sol volvió a brillar de nuevo. El doctor Sloane se volvió y calculó el trecho que habían recorrido. Si caminaran de suerte que la mansión se perdiera de vista y si Richard echara correr, ¿sería capaz él de encontrar el camino de regreso?

Desechó el pensamiento con impaciencia y escrutó la línea de agua (más cerca ahora), sobrepasándola con la mirada hacia donde su casa debía estar. Pensó maravillado: ¿Verde?

—Debes ser un buen explorador —dijo.

—Cada vez que voy y vengo de la escuela —dijo Richard con orgullo— tomo una ruta distinta y veo cosas nuevas.

—Pero no siempre saldrás, digo yo. A veces utilizarás también la Puerta, ¿no?

—Sí, claro.

—¿Por qué, Richard? —De algún modo sintió el doctor Sloane que allí estaba la clave del enigma.

Pero Richard invalidó su hipótesis. Con las cejas alzadas y aspecto asombrado, dijo:

—Bueno, mire, algunas mañanas llueve y tengo que usar la Puerta. Odio que eso ocurra, pero, ¿qué otra cosa puedo hacer? Hace unas semanas me pescó la lluvia y...

—Lo miró automáticamente y su voz se convirtió en un susurro—... tuve frío; aunque a mamá no le ocurrió nada.

El doctor Sloane suspiró.

—¿Regresamos?

Hubo un relámpago de desagrado en el rostro de Richard.

—¿Para qué?

—Recuerda que tu madre debe estar esperándonos.

—Imagino que sí. —El muchacho se dio la vuelta con resistencia.

Caminaron lentamente.

—Una vez, en el colegio —decía Richard—, escribí una composición sobre lo que haría si tuviera que ir en un viejo vehículo. (su pronunciación exageró el acento de la i). Yo iría en un globo aerostático y miraría las estrellas y las nubes y todas las cosas. Vaya, sin duda estaba chiflado entonces.

—¿Irías ahora en algo más?

—Claro. Iría en automóvil. Entonces vería todo cuanto hay.

La señora Hanshaw parecía agitada, desconcertada.

—¿No cree, entonces, que es algo anormal, doctor?

—Desacostumbrado, quizá, pero no anormal. Le gusta el exterior.

—Pero, ¿cómo puede gustarle? Es tan desagradable y sucio...

—Eso es cuestión de gusto individual. Hace cien años, nuestros antepasados se pasaban fuera la mayor parte el tiempo. Incluso hoy día, me atrevo a decir que hay un millón de africanos que jamás han visto una Puerta.

—Pero Richard se ha comportado siempre como un decente miembro del Distrito A-3, digno de su clase —exclamó con brío la señora Hanshaw—, y no como un africano o... o como un antepasado.

—Eso forma parte del problema, señora Hanshaw. Él siente la necesidad de salir y cree que está cometiendo una falta. Se niega a hablar de ello con usted o con su profesora. Se ve forzado al silencio, cosa que podría ser peligrosa.

—Entonces, ¿cómo podemos persuadirle para que cese de hacerlo?

—Ni lo intente. Estimúlelo más bien. El día en que su Puerta se estropeó, no tuvo más remedio que salir, encontrando que le gustaba el exterior. El viaje de ida vuelta al colegio no es sino una excusa para repetir emocionante primera experiencia. Supongamos ahora que usted le permite salir de casa un par de horas los sábados y domingos. Supongamos que el chico se da cuenta de que no tiene que justificar sus salidas para permanecer en el exterior. ¿No cree usted que llegará a usar la Puerta para ir y venir del colegio? ¿Y no cree que cesarán sus problemas con su profesora e incluso con sus propios compañeros de estudios?

—Entonces, ¿todo quedará así? ¿Nunca volverá a ser normal otra vez?

—Señora Hanshaw —dijo el doctor Sloane mientras se ponía en pie—, él es normal en la medida en que necesita serlo. Ahora bien, lo que está haciendo es probar lo prohibido. Si usted coopera con él, si no desapruueba su conducta, lo que hasta entonces fuera prohibido perderá su atractivo. Luego, a medida que crezca, se inclinará cada vez más hacia los intereses de la sociedad en que vive. A fin de cuentas, en todos nosotros hay un poco de rebeldía que acaba por morir a medida que nos hacemos viejos y nos sentimos más cansados. Por lo tanto, no lo fuerce ni se apresure en su trato. Todo es cuestión de tiempo y Richard se pondrá bien.

Caminó hacia la Puerta.

—Doctor, ¿no cree usted que la prueba pueda ser necesaria?

Se volvió y exclamó vehementemente:

—¡No, no, y no! ¡Definitivamente, no! Nada hay en el chico que la haga necesaria. ¿Entendido? Eso es todo.

Sus dedos vacilaron ligeramente al marcar la combinación para la transmutación de materia y su expresión se tornó sombría.

—¿Qué le ocurre, doctor Sloane? —preguntó la señora Hanshaw.

Pero el doctor Sloane no la escuchaba. Estaba pensando en la Puerta, en la prueba

psíquica y en toda la chatarra mecánica que rodeaba la vida humana. En todos nosotros hay un poco de rebeldía, pensó.

Su voz se hizo amable, su mano no acabó de marcar la combinación y comenzó a alejarse de la Puerta.

—¿Sabe usted, señora? Hace un día tan hermoso que creo que volveré andando a mi casa.

## Esquirol (1957)

---

“Male Strikebreaker (Strikebreaker)”

Elvis Blei se restregó sus regordetas manos y dijo:

—Autonomía es la palabra.

Sonrió intranquilo mientras le daba fuego al terrícola Steven Lamorak. Había turbación en todo ese rostro liso y de ojos pequeños y separados.

Lamorak soltó una bocanada de humo y cruzó sus largas y delgadas piernas. Tenía el cabello entrecano y la mandíbula grande y enérgica.

—¿De cosecha propia? —preguntó, mirando críticamente el cigarrillo.

Trató de ocultar su propia inquietud ante la tensión del otro.

—En efecto —asintió Blei.

—Me asombra que en este mundo tan pequeño haya espacio para tales lujos.

(Lamorak recordó su primera vista de Elsevere desde la pantalla de su nave. Se trataba de un asteroide sin aire, de terreno escabroso y con unos cuantos cientos de kilómetros de diámetro; tan sólo una roca de un color gris sucio, tosca y que devolvía débil y opaca la luz de su sol, distante a más de trescientos millones de kilómetros. Era el único objeto de más de un kilómetro de diámetro que giraba en torno a ese sol, y algunos hombres se habían instalado en ese mundo en miniatura y habían formado una sociedad. Y él, como sociólogo, iba a estudiar ese mundo para ver cómo se adaptaba la naturaleza humana a un lugar tan extrañamente diferenciado.)

La amable sonrisa estática de Blei se ensanchó apenas.

—No es un mundo pequeño, doctor Lamorak; usted nos juzga por pautas bidimensionales. La superficie de Elsevere equivale a sólo las tres cuartas partes de la superficie del Estado de Nueva York, pero eso es irrelevante. Recuerde que si quisiéramos podríamos ocupar todo el interior de Elsevere. Una esfera de ochenta kilómetros de diámetro tiene un volumen de más de un millón de kilómetros cúbicos. Si todo Elsevere estuviera ocupado en niveles con, pongamos, quince metros de separación entre uno y otro, la superficie total en el interior del asteroide sumaría casi noventa millones de kilómetros cuadrados, y eso equivale a la superficie terrestre total exterior de la Tierra. Y ninguno de esos kilómetros cuadrados, doctor, sería improductivo.

—¡Santo Dios! —exclamó Lamorak y, por un momento, se quedó desconectado—. Sí, desde luego, tiene usted razón. Es raro que nunca lo haya pensado de ese modo. Pero Elsevere es el único asteroide completamente aprovechado en toda la galaxia. Los demás no podemos dejar de pensar en superficies bidimensionales, como usted ha señalado. Bien, me alegra sobremanera que su Consejo haya tenido la amabilidad de darme vía libre para llevar a cabo mi investigación.

Blei asintió con enérgicos movimientos de cabeza.

Lamorak frunció el ceño. Algo anda mal, pues actúa como si lamentara que yo hubiese venido, pensó.

—Como es lógico, verá usted que actualmente somos mucho más pequeños de lo que podríamos ser —dijo Blei—. Sólo hemos agujereado y ocupado pequeñas partes de Elsevere. Y tampoco es que estemos demasiado ansiosos por expandirnos, excepto con mucha lentitud. En cierta medida nos vemos limitados por la capacidad de nuestros motores de pseudo-gravedad y por los convertidores de energía solar.

—Entiendo. Pero dígame, consejero Blei; por razones de curiosidad personal, y no porque sea de primordial importancia para mi proyecto, ¿podría ver primero alguno de los niveles de agricultura y pastoreo? Me fascina la idea de ver trigales y ganado en el interior de un asteroide.

—El ganado le parecerá pequeño para lo que está usted acostumbrado, doctor, y no tenemos mucho trigo. Cultivamos mucha levadura. Pero también habrá algo de trigo para mostrarle. Y algodón y tabaco. Incluso árboles frutales.

—Maravilloso. Como usted dice, autonomía. Ustedes reciclan todo, me imagino.

Lamorak notó que esta observación incomodaba a Blei. El elseveriano entrecerró los ojos para ocultar su expresión.

—Debemos reciclar, sí. Aire, agua, alimentos, minerales; todo lo que se consume debe devolverse a su estado original; los productos de desecho los reconvertimos en materia prima. Sólo se necesita energía, y tenemos de sobra. No alcanzamos un ciento por ciento de eficiencia, desde luego, y se produce un cierto desperdicio. Importamos anualmente una pequeña cantidad de agua y, si crecen nuestras necesidades, quizá tengamos que importar carbón y oxígeno.

—¿Cuándo iniciaremos nuestra excursión, consejero Blei?

La sonrisa de Blei perdió parte de su escasa calidez.

—En cuanto podamos, doctor. Primero debemos arreglar ciertos asuntos de rutina.

Lamorak asintió con la cabeza, terminó el cigarrillo y lo apagó.

¿Asuntos de rutina? No hubo tanta indecisión durante la correspondencia preliminar. Elsevere más bien parecía orgulloso que su singular existencia hubiese llamado la atención de la galaxia.

—Comprendo que yo sería una influencia perturbadora en esta sociedad estrechamente entrelazada —comentó y vio con desagrado que Blei no dejaba escapar esa explicación y la hacía suya.

—Sí, nos sentimos diferentes al resto de la galaxia. Tenemos nuestras propias costumbres. Cada individuo elseveriano encaja en un lugar adecuado. La presencia de un forastero sin casta fija resulta inquietante.

—El sistema de castas supone una falta de flexibilidad.

—En efecto —concedió Blei—, pero también otorga cierta seguridad. Contamos

con firmes reglas matrimoniales y una estricta herencia de empleo. Cada hombre, mujer y niño conoce su lugar, lo acepta y es aceptado en él; prácticamente no tenemos neurosis ni enfermedades mentales.

—¿Y no hay inadaptados?

Blei movió los labios como para decir que no, pero los cerró, guardó silencio y arrugó la frente. Por fin dijo:

—Organizaré la visita, doctor. Entre tanto, supongo que deseará refrescarse y dormir.

Se levantaron juntos y abandonaron la habitación. Blei le cedió cortésmente el paso al terrícola.

Lamorak se sintió oprimido por la vaga sensación de crisis que había impregnado su conversación con Blei.

El periódico reforzó esa sensación. Lo leyó atentamente antes de acostarse, en un principio por simple interés analítico. Era un tabloide con ocho páginas de papel sintético. Una cuarta parte del contenido consistía en asuntos «personales»: nacimientos, bodas, defunciones, récords de producción, volumen (¡no dos dimensiones, sino tres!) habitable en expansión. El resto incluía ensayos eruditos, material educativo y ficción. No había prácticamente ninguna noticia en el sentido en que Lamorak entendía la palabra.

Sólo una nota se podía considerar noticia, y era estremecedora en su brevedad.

Bajo el titular, escrito en caracteres pequeños, de «Las exigencias no han cambiado» se leía: «No hubo cambios en su actitud de ayer. El consejero jefe, tras una segunda entrevista, anunció que sus exigencias siguen siendo totalmente irracionales y no se pueden satisfacer bajo ningún concepto.»

Luego, entre paréntesis y con otra tipografía, seguía la frase: «Los editores de este periódico están de acuerdo en que Elsevere no puede ni debe bailar a su son; pase lo que pase.»

Lamorak lo releyó tres veces. «Su» actitud. «Sus» exigencias. «Su» son. ¿De quién?

Esa noche durmió intranquilo.

No hubo tiempo para leer periódicos en los días siguientes, pero el asunto no dejó de obsesionarlo.

Blei, que continuaba siendo su guía y compañero durante la mayor parte del recorrido, parecía cada vez más reservado.

El tercer día (que seguía artificialmente el esquema de veinticuatro horas de la Tierra), Blei se detuvo en un sitio y dijo:

—Este nivel está consagrado totalmente a las industrias químicas. Esa sección no es importante...

Pero se desvió con demasiada prisa y Lamorak lo agarró del brazo.

—¿Cuáles son los productos de esa sección?

—Fertilizantes. Sustancias orgánicas —contestó secamente Blei.

Lamorak lo retuvo, buscando aquello que Blei parecía eludir. Recorrió con la vista los más cercanos horizontes, las líneas de rocas y los edificios apiñados entre los niveles.

—¿No es aquello una residencia privada? —Blei no miró hacia donde le señalaba—. Creo que es la mayor que he visto. ¿Por qué está aquí, en un nivel de fábricas? —Eso bastaba para destacarla. Ya había observado que los niveles de Elsevere estaban divididos estrictamente en residenciales, agrícolas e industriales—. ¡Consejero Blei!

El consejero se alejaba y Lamorak corrió tras él.

—¿Hay algún problema?

—Sé que soy descortés —masculló Blei—. Lo lamento. Tengo ciertas preocupaciones...

Apuró el paso.

—¿Referentes a sus exigencias?

Blei se paró en seco.

—¿Qué sabe usted de eso?

—No más de lo que he dicho. Es lo que leí en el periódico.

Blei farfulló algo.

—¿Ragusnik? —repitió Lamorak—. ¿Qué es eso?

Blei suspiró profundamente.

—Supongo que debería contárselo. Es humillante, profundamente embarazoso. El Consejo pensó que el asunto se arreglaría pronto y no interferiría en la visita de usted, de modo que no era preciso que usted supiese nada. Pero ya ha pasado casi una semana. No sé qué sucederá y, a pesar de las apariencias, sería mejor que usted se marchara. No hay razones para que un forastero se arriesgue a morir.

El terrícola sonrió, incrédulo.

—¿Morir? ¿En este pequeño mundo, tan apacible y laborioso? No puedo creerlo.

—Se lo explicaré. Creo que será mejor que lo haga. —Miró hacia otra parte—. Como ya le dije, en Elsevere todo se debe reciclar. Supongo que lo entiende.

—Sí.

—Eso incluye los... excrementos humanos.

—Ya lo suponía.

—Se les extrae el agua mediante destilación y absorción. Lo que queda lo convertimos en fertilizantes para levadura; una parte se usa como fuente de sustancias orgánicas y otros subproductos. Estas fábricas que usted ve se dedican a ese propósito.

—¿Y bien?

Lamorak había tenido cierta dificultad para beber el agua de Elsevere al principio,



porque era tan realista como para deducir su origen; pero logró superar esa sensación. Incluso en la Tierra, el agua se saneaba por procesos naturales a partir de toda clase de sustancias desagradables al paladar.

Blei continuó, con creciente dificultad:

—Igor Ragusnik es el encargado de los procesos industriales relacionados con los desechos. Ese puesto le ha pertenecido a su familia desde la colonización de Elsevere. Uno de los colonos originales fue Mikhail Ragusnik y él..., él...

—Se encargaba del saneamiento de los desechos.

—Sí. Ese edificio que usted señaló es la residencia de Ragusnik. Es la mejor y más modernizada de todo el asteroide. Ragusnik consigue muchos privilegios que los demás no tenemos; pero, a fin de cuentas... —la voz del consejero cobró una repentina intensidad—: No podemos hablar con él.

—¿Qué?

—Exige plena igualdad social. Pretende que sus hijos se mezclen con los nuestros y que nuestras esposas visiten... ¡Oh!

Fue todo un gemido de absoluta repulsión.

Lamorak pensó en la nota del periódico, que ni siquiera mencionaba el nombre de Ragusnik ni decía nada específico sobre sus exigencias.

—Supongo que es un paria a causa de su trabajo.

—Naturalmente. Desechos humanos y... —Blei no hallaba las palabras. Tras una pausa dijo en un tono de voz más bajo—: Me imagino que usted, como terrícola, no lo entiende.

—Como sociólogo creo que sí. —Pensó en los intocables de la antigua India, aquellos que manipulaban los cadáveres. Pensó en la situación de los porquerizos en la nueva Judea—. Supongo que Elsevere no cederá ante esas exigencias.

—Nunca —dijo Blei enérgicamente—. Jamás.

—¿Entonces?

—Ragusnik ha amenazado con interrumpir su actividad.

—En otras palabras, hacer huelga.

—Sí.

—¿Eso sería grave?

—Tenemos comida y agua suficientes para un tiempo; el saneamiento no es esencial en ese sentido. Pero se acumularían los desechos, contaminarían todo el asteroide. Después de varias generaciones de cuidadoso control de las enfermedades, tenemos poca resistencia natural a los gérmenes. Si estalla una epidemia, lo cual será inevitable, caeremos a centenares.

—¿Ragusnik lo sabe?

—Sí, por supuesto.

—¿Cree usted que, de todos modos, cumplirá su amenaza?

—Está loco. Ya ha dejado de trabajar; no ha habido saneamiento de desechos desde el día anterior a la llegada de usted.

La prominente nariz de Blei tembló como si captara tufo de excrementos en el aire. En un acto reflejo, Lamorak olfateó a su vez, pero no olió nada.

—Como ve usted, será mejor que se vaya, por mucho que nos humille tener que sugerírselo.

—Espere, todavía no. ¡Santo Dios, esto me interesa mucho profesionalmente! ¿Puedo hablar con Ragusnik?

—De ningún modo —rechazó Blei, alarmado.

—Pero me gustaría comprender la situación. Aquí las condiciones sociológicas son únicas y no se dan en ninguna otra parte. En nombre de la ciencia...

—¿Cómo quiere hablar? ¿Bastaría con recepción de imagen?

—Sí.

—Lo consultaré con el Consejo —murmuró Blei.

Rodeaban a Lamorak con inquietud, y la ansiedad les enturbiaba la expresión austera y majestuosa. Blei, sentado entre ellos, eludía deliberadamente la mirada del terrícola.

El jefe del Consejo, canoso, de rostro arrugado y cuello flaco, murmuró:

—Si usted, por propia convicción, logra persuadirlo, se lo agradeceremos. Pero de ningún modo debe insinuar que nosotros cederemos.

Una cortina como de seda cayó entre el Consejo y Lamorak. Todavía podía distinguir a los consejeros individualmente, pero se volvió de pronto hacia el receptor, que se encendió como un parpadeo.

Apareció una cabeza, en colores naturales y con gran realismo; una cabeza fuerte y de tono oscuro, barbilla sólida, barba crecida y labios carnosos y rojos formando una fina línea horizontal.

—¿Quién es usted? —preguntó la imagen, con suspicacia.

—Me llamo Steven Lamorak y soy terrícola.

—¿Un forastero?

—Así es. Estoy de visita en Elsevere. Usted es Ragusnik.

—Igor Ragusnik, a su servicio —asintió socarronamente la imagen—; sólo que no hay servicio ni lo habrá hasta que a mi familia y a mí nos traten como a seres humanos.

—¿Se da cuenta del peligro en que se encuentra Elsevere y la posibilidad de contraer enfermedades contagiosas?

—En veinticuatro horas se puede volver a la normalidad con sólo reconocer que soy humano. Está en manos de ellos corregir la situación.

—Usted parece ser un hombre culto, Ragusnik.

—¿Y?

—Me han dicho que no le niegan ninguna comodidad material; que dispone usted de la mejor vivienda, indumentaria y alimentos que nadie en Elsevere, y que sus hijos reciben la mejor educación.

—Concedido. Pero todo por servomecanismos. Y nos envían niñas huérfanas con el propósito que nos ocupemos de ellas hasta que tengan edad para ser nuestras esposas. Y mueren jóvenes, de soledad. ¿Por qué? —Su tono de voz adquirió de pronto más pasión—: ¿Por qué debemos vivir en el aislamiento como si fuéramos monstruos a los que no se pueden aproximar los seres humanos? ¿No somos seres humanos como los demás, con las mismas necesidades, los mismos deseos y los mismos sentimientos? ¿No realizamos una función honorable y útil...?

Sonaron suspiros a espaldas de Lamorak. Ragusnik los oyó y elevó la voz:

—Veo a los del Consejo ahí detrás. Responedme. ¿No es una función honorable y útil? Transformamos vuestros desechos en alimentos para vosotros. ¿Quién purifica la corrupción es peor que quien la produce? Escuchad, consejeros, no cederé. Mi familia estará mejor muerta que viviendo como ahora.

—Usted lleva viviendo de esa manera desde que nació, ¿verdad? —interrumpió Lamorak.

—¿Y qué si es así?

—Pues que sin duda está acostumbrado.

—Jamás. Resignado, tal vez. Mi padre estaba resignado y yo me he resignado durante un tiempo. Pero he visto a mi hijo, a mi único hijo, sin otro niño con quien jugar. Mi hermano y yo nos teníamos el uno al otro, pero mi hijo nunca tendrá a nadie, así que ya no me resigno. He terminado con Elsevere y he terminado de hablar.

El receptor se apagó.

El jefe del Consejo se había puesto amarillo. Sólo él y Blei quedaban con Lamorak.

—Ese hombre está desquiciado —comentó el jefe del Consejo—. No sé cómo obligarlo.

Tenía una copa de vino; se la llevó a los labios y derramó unas gotas que le mancharon de rojo los pantalones blancos.

—¿Tan poco razonables son sus exigencias? —preguntó Lamorak—. ¿Por qué no se lo puede aceptar en la sociedad?

Los ojos de Blei destellaron de furia un instante.

—¡Alguien que tiene que reciclar los excrementos! —Se encogió de hombros—. Usted, claro, es de la Tierra.

Incongruentemente, Lamorak recordó a otro inaceptable, una de las muchas creaciones clásicas del caricaturista medieval Al Capp: el «hombre del trabajo sucio».

—¿Ragusnik maneja realmente los excrementos? Quiero decir si hay contacto físico. Sin duda todo se efectúa con maquinaria automática.

—Por supuesto —confirmó el jefe del Consejo.

—Entonces, ¿cuál es la función de Ragusnik?

—Regula manualmente los controles que garantizan el funcionamiento adecuado de la maquinaria. Cambia las unidades cuando hay que repararlas, varía los índices de funcionamiento según la hora del día y acomoda el producto final a la demanda. Si dispusiéramos de espacio para máquinas diez veces más complejas, todo se podría realizar automáticamente, pero sería un derroche innecesario.

—Aun así —insistió Lamorak—, Ragusnik sólo realiza sus tareas pulsando botones, cortando contactos o con acciones similares.

—Sí.

—Entonces, su trabajo no es diferente del de cualquier elseveriano.

Blei replicó en tono cortante:

—Ya veo que usted no lo entiende.

—¿Y van a poner en peligro la vida de sus hijos por una cosa así?

—No tenemos opción —aseguró Blei.

La angustia de su voz evidenciaba que la situación era un suplicio para él, pero que realmente no tenía otra opción.

Lamorak se encogió de hombros, irritado.

—Entonces, rompan la huelga. ¡Oblíguenlo!

—¿Cómo? —se desesperó el jefe del Consejo—. ¿Quién se atrevería a tocarlo o a acercarse a él? Y aunque lo matáramos con una descarga a distancia, ¿nos serviría de algo?

—¿No saben manejar sus máquinas? —preguntó Lamorak, pensativo.

El jefe del Consejo se puso de pie y gritó:

—¿Yo?

—No me refería exactamente a usted. Hablaba en general. ¿Podría alguien aprender a manejar las máquinas de Ragusnik?

El jefe del Consejo se calmó.

—Sin duda con los manuales..., aunque le aseguro que nunca he tenido interés en leerlos.

—O sea que alguien podría aprender todo el procedimiento y sustituir así a Ragusnik hasta que él se rinda.

—¿Quién podría aceptar semejante tarea? —replicó Blei—. Yo no, desde luego, de ninguna manera.

Lamorak recordó fugazmente alguno de los tabúes terrícolas que eran igual de fuertes. Pensó en el canibalismo, en el incesto, en la blasfemia de un hombre piadoso.

—Pero ustedes deben de haber previsto la posibilidad que el puesto quede vacante. ¿Y si Ragusnik muriese?

—Pues su hijo le sucedería automáticamente, o su pariente más cercano —

respondió Blei.

—¿Y si no tuviera parientes adultos? ¿Y si toda su familia muriese de repente?

—Eso nunca ha ocurrido y nunca ocurrirá.

—Si existiera ese peligro —añadió el jefe del Consejo—, podríamos, supongo, entregar un niño a los Ragusnik para que le enseñaran la profesión.

—Muy bien. ¿Y cómo se escogería ese niño?

—Entre los hijos de las madres que murieron al dar a luz, como escogemos a la futura prometida de un Ragusnik.

—Entonces, escojan un sustituto ahora, por sorteo.

—¡No! —exclamó el jefe del Consejo—. ¡Imposible! ¿Cómo se atreve a sugerirlo? Si escogemos a un niño, el niño se adapta a esa vida sin conocer otra cosa. Para este asunto habría que elegir a un adulto y transformarlo en Ragusnik. No, doctor Lamorak, no somos monstruos ni bestias salvajes.

Lamorak pensó que era inútil; era inútil a no ser que...

Todavía no era capaz de enfrentarse a ese «a no ser que».

Esa noche apenas durmió. Ragusnik sólo pedía un elemental trato humanitario. Pero se le oponían treinta mil elseverianos que se enfrentaban a la muerte. El bienestar de treinta mil personas por un lado; las justas exigencias de una familia por el otro. ¿Se podía afirmar que treinta mil personas que respaldaban tamaña injusticia merecían la muerte? Injusticia, ¿a ojos de quién? ¿De la Tierra? ¿De Elsevere? ¿Y quién era Lamorak para juzgar a nadie?

¿Y Ragusnik? Estaba dispuesto a permitir la muerte de treinta mil personas, incluidos hombres y mujeres que simplemente aceptaban una situación que les habían enseñado a aceptar y que no podían cambiar aunque quisieran. Y niños que no tenían nada que ver con ello.

Treinta mil por un lado; una familia por el otro.

Tomó su decisión en un estado rayano en la desesperación y por la mañana llamó al jefe del Consejo.

—Señor —dijo Lamorak—, si usted puede conseguir un sustituto, Ragusnik comprenderá que ha perdido toda posibilidad de forzar una decisión en su favor y regresará al trabajo.

—No puede haber un sustituto —murmuró el jefe del Consejo—. Ya se lo he explicado.

—No entre los elseverianos, pero yo no lo soy. A mí no me importa. Seré yo el sustituto.

Estaban alterados, mucho más que él mismo. Le preguntaron varias veces que si hablaba en serio.

Lamorak iba sin afeitarse y se sentía cansado.

—Claro que hablo en serio. Y cada vez que Ragusnik actúe así siempre pueden

importar un sustituto. Este tabú no existe en ningún otro mundo, así que habrá abundancia de sustitutos provisionales si ustedes pagan lo suficiente.

(Traicionaba a un hombre explotado brutalmente y lo sabía. Pero se repetía desesperadamente: salvo por el ostracismo recibe buen trato, muy buen trato.)

Le dieron los manuales y se pasó seis horas leyendo y releendo. Era inútil hacer preguntas, pues ningún elseveriano conocía aquel trabajo, excepto lo que figuraba en el manual, y todos se incomodaban si les mencionaban detalles.

—«Mantener lectura cero del galvanómetro A-2 durante la señal roja del aullador Lunge» —leyó Lamorak—. ¿Qué es un aullador Lunge?

—Debe ser una señal —murmuró Blei, y los elseverianos se miraron con embarazo y agacharon la cabeza para estudiarse la yema de los dedos.

Lo dejaron a solas mucho antes de llegar a los aposentos donde generaciones de Ragusnik habían trabajado al servicio de su mundo. Tenía instrucciones específicas para llegar al nivel indicado, pero ellos lo abandonaron y Lamorak continuó solo.

Recorrió las habitaciones atentamente, identificando instrumentos y controles y siguiendo los diagramas del manual.

Ahí está el aullador Lunge, pensó con sombría satisfacción. Eso decía el letrero. La cara frontal era semicircular y con orificios obviamente diseñados para brillar en diversos colores. ¿Por qué «aullador» entonces?

No lo sabía.

En alguna parte, pensó Lamorak, en alguna parte se acumulan los desechos, agolpándose contra los engranajes y las salidas, contra las tuberías y los alambiques, a la espera de ser manipulados de cien modos. Ahora, simplemente están acumulados.

Temblando un poco, activó el interruptor, tal como indicaba el manual en las instrucciones de «iniciación». Un suave murmullo de vida hizo vibrar los suelos y las paredes. Lamorak movió un dial y se encendieron las luces.

A cada paso consultaba el manual, aunque se lo sabía de memoria, y a cada paso las habitaciones se iluminaban y los cuadrantes se ponían en movimiento y zumbaban con creciente estruendo.

En algún lugar del interior de las fábricas, los desechos acumulados se desplazaban hacia los cauces correspondientes.

Sonó una señal aguda y Lamorak se sobresaltó y perdió la concentración. Se trataba del indicativo de comunicaciones, así que activó el receptor.

Apareció el alarmado rostro de Ragusnik que, poco a poco, cobró un aire de colérica incredulidad.

—Conque así están las cosas.

—No soy elseveriano, Ragusnik. No me molesta hacer esto.

—¿Pero qué tiene que ver usted en esto? ¿Por qué se entromete?

—Estoy de parte de usted, Ragusnik, pero debo hacerlo.

—¿Por qué, si está de mi lado? ¿En su mundo tratan a la gente como me tratan a mí?

—Ya no. Pero aunque usted tenga razón he de tener en cuenta a los otros treinta mil habitantes de Elsevere.

—Habrían cedido. Ha echado abajo mi única posibilidad.

—No habrían cedido. Y en cierto modo ha triunfado usted, pues ahora saben que está insatisfecho. Hasta ahora, ni siquiera imaginaban que un Ragusnik pudiera ser infeliz, que pudiera causar problemas.

—¿Sirve de algo que lo sepan? Sólo tienen que encontrar a un forastero en cada ocasión.

Lamorak sacudió la cabeza. Había pensado en todo eso en las últimas y amargas horas.

—El hecho que ahora lo sepan significa que los elseverianos comenzarán a pensar en usted, y algunos se preguntarán si es correcto tratar así a un ser humano. Y si contratan forasteros ellos difundirán lo que ocurre en Elsevere y toda la opinión pública galáctica se volcará en favor de usted.

—¿Y?

—Las cosas mejorarán. En tiempos de su hijo, las cosas estarán mucho mejor.

—En tiempos de mi hijo —rezongó Ragusnik, y ahuecó las mejillas—. Preferiría que fuese ahora. Bien, he perdido. Regresaré al trabajo.

Lamorak sintió un inmenso alivio.

—Si viene aquí ahora, señor, podrá reanudar su trabajo y me honrará estrecharle la mano.

Ragusnik irguió la cabeza, henchido de un orgullo huraño.

—Usted me llama señor y se ofrece a estrecharme la mano. Lárguese, terrícola, y déjeme hacer mi trabajo, pues yo no estrecharé la suya.

Lamorak regresó por donde había llegado, aliviado porque había concluido la crisis, pero profundamente abatido.

Se detuvo sorprendido al toparse con un tramo de corredor acordonado que le cerraba el paso. Buscó otro camino y se sorprendió al oír una voz amplificadora.

—Doctor Lamorak, ¿me oye? Habla el consejero Blei.

Levantó la vista. La voz provenía de un sistema de altavoces, pero no veía ninguna salida.

—¿Pasa algo malo? —preguntó—. ¿Me oye usted?

—Le oigo.

—¿Pasa algo malo? —repitió a gritos—. Aquí hay un obstáculo. ¿Hay complicaciones con Ragusnik?

—Ragusnik ha ido a trabajar. La crisis ha terminado y usted debe disponerse a partir.

—¿Disponerme a partir?

—Sí, a irse de Elsevere. Le estamos preparando una nave.

—Pero aguarde un momento. —Lamorak estaba confundido por aquel súbito vuelco de los acontecimientos—. Aún no he terminado de recoger datos.

—Eso ya no es posible. Se le indicará directamente el camino a la nave y sus pertenencias le serán enviadas por servomecanismos. Confiamos..., confiamos...

Lamorak comenzaba a comprender.

—¿Confían en qué?

—Confiamos en que no intentará ver ni hablar en persona a ningún elseveriano. Y, desde luego, esperamos que nos evite la embarazosa situación de intentar regresar a Elsevere en el futuro. Con gusto recibiremos a cualquiera de sus colegas si necesita más datos sobre nosotros.

—Entiendo —aceptó, en un tono de voz apagado. Evidentemente se había convertido en un Ragusnik. Había manejado los controles que manipulaban los desechos y se lo sometía al ostracismo. Era un manipulador de cadáveres, un porquerizo, el hombre del trabajo sucio—. Adiós.

—Antes de despedirme, doctor Lamorak... En nombre del Consejo de Elsevere, le doy las gracias por su ayuda en esta crisis.

—De nada —dijo amargamente Lamorak.



## Insertar la pieza A en el espacio B (1957)

---

“Insert Knob A in Hole B”

Dave Woodbury y John Hansen, grotescos en sus trajes espaciales, verificaban con ansiedad que la gran jaula flotaba lentamente alejándose de la espacio-nave mercante y acercándose a la cámara de aire. Con casi un año de permanencia en la Estación Espacial A5 tras ellos, estaban comprensiblemente cansados de las unidades de filtración que resonaban secamente, de los tubos de hidrocultivo que goteaban, de los generadores de aire que constantemente zumbaban y ocasionalmente se detenían.

—Nada funciona correctamente —solía decir Woodbury—, porque todo ha sido montado a mano por nosotros mismos.

—Siguiendo instrucciones —solía añadir Hansen— compuestas por un idiota.

Indudablemente había motivos para quejarse. Lo más costoso de una nave espacial era la cámara destinada a la mercancía, pues todos los avíos tenían que ser enviados través del espacio desmontados y conjugados. Todo tenía que ser montado en la Estación con las manos desnudas, inadecuadas herramientas y confusas y ambiguas instrucciones escritas por todo guía.

Woodbury se había esmerado en escribir algunas quejas a las que Hansen añadió los adjetivos apropiados, y formales peticiones que auxiliaran la situación habían sido cursadas a la Tierra.

Y la Tierra había respondido. Un robot especial había sido diseñado con un cerebro positrónico que había empollado el conocimiento necesario para conjugar apropiadamente cualquier máquina en existencia que estuviera desmontada.

El robot estaba en la jaula que ahora se descargaba, y Woodbury se estremeció mientras la cámara de aire se cerraba tras el objeto.

—Primero —dijo—, esto rehabilita a la Junta para la Alimentación y, segundo, rehabilitará nuestra tostadora para que vayamos olvidando el sabor de la carne quemada.

Entraron en la estación y atacaron la jaula con suaves toques de desmoleculizador, de manera que ningún precioso átomo metálico de su especial robot solventador de jeroglíficos fuera dañado.

Finalmente, la jaula fue abierta.

Dentro no había sino quinientas piezas separadas y una lista escrita con confusas y ambiguas instrucciones para ensamblarlas.

## El brujo moderno (1958)

---

“The Up-to-Date Sorcerer”

Siempre me extrañó que Nicholas Nitely, juez de paz, fuese soltero. La atmósfera de su profesión, por decir algo, parecía tan conducente al matrimonio que escasamente podría evitar el lazo dulce del matrimonio.

Cuando se lo mencioné, sobre una copa de gin con tónica en el Club, me dijo:

—Ah, pero me escapé por poco hace algún tiempo —y suspiró.

—Oh, ¿de veras?

—Una bella joven, dulce, inteligente, pura y desesperadamente ardiente, y con todo lo que podía resultar seductor a los sentidos de un anticuado como yo.

—¿Cómo la has dejado ir? —pregunté.

—No tenía elección —Sonrió suavemente y su suave contextura, su suave cabello gris y sus suaves ojos azules se combinaron en una expresión de casi santidad.

—¿Sabe? Fue una falla de su novio...

—Ah, estaba comprometida a alguien más.

—... y el profesor Wellington Johns, aunque era un endocrinólogo, estaba en camino de ser un brujo moderno. —Suspiró, tomó un sorbo de su bebida, y volvió hacia mí su rostro soso buscando cambiar de tema.

Dije con firmeza:

—Bien entonces, Nitely, viejo amigo, no puedes dejarlo así. Quiero saber... sobre tu hermosa chica... la pieza que se fue.

Hizo una mueca ante mis palabras, se acomodó y ordenó que su copa fuera rellenada.

—Entenderá —dijo—, que supe los detalles algo después.

El profesor Wellington Johns tenía una enorme nariz prominente, dos ojos muy sinceros, y el talento de hacer aparecer sus ropas como demasiado grandes para él.

—Mis muchachos, el amor es cuestión de química.

Sus queridos muchachos, quienes eran realmente sus estudiantes y no sus hijos, se llamaban Alexander Dexter y Alice Sanger. Parecían llenos de químicos cuando se sentaban allí tomados de las manos. Juntos sumaban unos 45 años, a mitades cada uno, y Alexander decía inevitablemente, “¡Vive la chemie!”

El profesor Johns sonreía reprobando.

—O al menos endocrinología. Las hormonas, después de todo, afectan nuestras emociones y no es sorprendente que una, específicamente, estimule lo que llamamos amor.

—Pero eso es poco romántico —murmuró Alice—. Estoy segura de que no necesito ninguna —y levantó su rostro anhelante hacia Alexander.

—Mi querida —dijo el profesor—. Tu corriente sanguínea estaba repleta de ellas

en el momento en que tú, por así decirlo, te enamoraste. Su secreción había sido estimulada por... —por un momento consideró las palabras con cuidado porque era un hombre muy moral— algún factor ambiental que incluía a tu joven amigo, y una vez que la acción hormonal ha tenido lugar, la inercia te arrastró. Podría duplicar el efecto fácilmente

—Bueno, profesor —dijo Alice con gentil afectación—. Estaré encantada de ver cómo lo intenta —y oprimió la mano de Alexander con timidez.

—No quiero decir —dijo el profesor, tosiendo para esconder su turbación—, que personalmente intentaría reproducir... o mejor duplicar... las condiciones que han creado la secreción natural de la hormona. Quiero decir, en cambio, que podría inyectar la hormona misma con una hipodérmica, o aún por ingestión oral, ya que es una hormona asteroide. Tengo, como sabes —y tomó sus gafas para limpiarlas cuidadosamente—, la hormona aislada y purificada.

Alexander se enderezó.

—¡Profesor! ¿Y no nos ha dicho nada?

—Debo saber más acerca de ella primero.

—Usted quiere decir —dijo Alice, mirándole con sus parpadeantes y adorables ojos café—, que puede hacer que la gente sienta el maravilloso placer y la ternura celestial del amor, mediante... una píldora?

El profesor respondió:

—Inclusive puedo duplicar la emoción a la que te refieres en esos términos tan empalagosos.

—¿Y por qué no lo hace?

Alexander levantó su mano en protesta.

—Vamos, querida, el ardor te está perdiendo. Nuestra propia felicidad y próxima boda te hacen olvidar algunos hechos de la vida. Si una persona casada aceptara, por error, esta hormona...

El profesor dijo, con algo de soberbia:

—Dejadme explicar que mi hormona, o mi principio amatogénico, como yo lo llamo... —(ya que él, como muchos de los científicos prácticos, disfrutaba de un apropiado desprecio por las bondades enrarecidas de la filología clásica)

—Llámelo filtro de amor, profesor —dijo Alice, con un tierno suspiro.

—Mi principio amatogénico cortical —dijo con severidad el profesor Johns—, no tiene efecto sobre personas casadas. La hormona no puede trabajar si está inhabilitada por otros factores, y el estar casado es un factor que inhibe el amor.

—Vaya, lo he escuchado —dijo, serio, Alexander—, pero intento refutar tan insensible creencia en el caso de mi Alice.

—Alexander —dijo Alice—. Mi amor.

—Quiero decir —dijo el profesor—, que el matrimonio inhibe el amor

extramatrimonial.

Alexander dijo:

—Vaya, ha llegado a mis oídos que algunas veces no es así.

—¡Alexander! —dijo Alice, molesta.

—Solamente en raras ocasiones, mi querida, entre quienes no han asistido a un colegio.

—El matrimonio puede no inhibir una cierta atracción sexual insignificante —dijo el profesor—, o algunas tendencias de menor importancia, pero el verdadero amor, cuya emoción ha expresado Miss Sanger, es algo que no puede florecer cuando la memoria de una austera esposa y unos niños desagradables molestan el subconsciente.

—Lo que usted quiere decir —dijo Alexander—, es que si le diese indiscriminadamente el filtro de amor... perdone, el principio amatogénico a una cantidad de personas, ¿solamente las solteras serían afectadas?

—Eso es lo correcto, lo he experimentado con algunos animales que, aunque no utilizan concientemente ritos maritales, tienen formas de unión monogámicas. Y esos que ya tenían pareja no fueron afectados.

—Entonces, profesor, tengo una idea perfectamente espléndida. Mañana por la noche en el Baile de los Mayores aquí en el Colegio. Habrá al menos cincuenta parejas presentes, la mayor parte solteros. Ponga el filtro en el ponche.

—¿Qué? ¿Estás loco?

Pero Alice se había prendido de la idea.

—Vamos, es una idea estupenda, profesor. ¡Pensar que todos mis amigos se sentirán como yo me siento! Profesor, será como un ángel del cielo... Pero, ¡oh! Alexander, ¿supones que los sentimientos se pondrán un poco descontrolados? Algunos de nuestros compañeros de colegio son algo salvajes y con el calor del descubrimiento del amor, y podrían, bueno, besar...

El profesor Johns dijo, indignado:

—Mi querida señorita Sanger. No debería permitir que su imaginación se recaliente. Mi hormona induce solamente esos sentimientos que llevan al matrimonio, y no a la expresión de cualquier cosa que se pueda considerar indecorosa.

—Lo siento —murmuró Alice, confundida—. Debí recordar, profesor, que usted es un hombre más moral que conozco... a excepción de mi amado Alexander... y que ninguno de sus descubrimientos llevarían a la inmoralidad.

Se la veía tan cariacontecida que el profesor la perdonó.

—¿Entonces lo hará, profesor? —presionó Alexander—. Después de todo, asumiendo que habrá una repentina urgencia en casarse después de eso, puedo cuidar que esté allí presente Nicholas Nitely, un viejo y apreciado amigo de la familia, con algún pretexto. Es Juez de Paz y puede arreglar fácilmente esas cosas de licencias y

demás.

—Apenas puedo estar de acuerdo —dijo el profesor, obviamente menos firme—, en desarrollar ese experimento sin el consentimiento de quienes serán sujetos del mismo. No sería ético.

—Pero solamente les traerá alegría. Usted estará contribuyendo a la atmósfera moral del colegio. Seguramente, por ausencia de la presión hacia el matrimonio, sucede algunas veces aún dentro del colegio que la presión de una continua abstención alimenta cierto peligro de... de...

—Sí, allí está eso —dijo el profesor—. Bueno, prepararé una solución diluida. Después de todo, los resultados pueden impulsar el conocimiento científico de manera contundente y, como has dicho, traerán también moralidad.

Alexander dijo:

—Y, por supuesto, Alice y yo beberemos del ponche también.

Alice dijo:

—Oh, Alexander, un amor como el nuestro no necesita ninguna ayuda.

—Pero no será artificial, alma mía. De acuerdo con el profesor, tu amor comenzó como resultado de un efecto hormonal inducido, lo admito, por métodos más acostumbrados.

Alice se ruborizó.

—Pero entonces, mi único amor, ¿para qué necesitamos la repetición?

—Para quedar a cubierto de cualquier vicisitud del destino, mi cereza.

—Seguro, mi adorado, que no dudas de mi amor.

—No, mi corazón encantado, pero...

—¿Pero? ¿Quiere decir que no confías en mí, Alexander?

—Por supuesto que confía en ti, Alice, pero...

—¿Pero? ¿Otra vez pero? —Alice había enrojecido, furiosa—. Si no puedes confiar en mí, señor, tal vez sea mejor que me vaya... —Y realmente se fue, mientras los dos hombres se la quedaban mirando, atónitos.

El profesor Johns dijo:

—Me temo que mi hormona, casi indirectamente, ha sido ocasión del malogro de un matrimonio más que de su causa.

Alexander tragó, sintiéndose miserable, pero su orgullo lo mantuvo firme.

—Ella volverá —dijo deprimido—. Un amor como el nuestro no se rompe tan fácilmente.

El Baile de los Mayores era, a todas luces, el evento del año. Los jóvenes varones brillaban y las jóvenes mujeres destellaban. La música repicaba y los pies danzantes tocaban el suelo a ratos. La alegría no tenía límites.

O, mejor dicho, casi sin límites en la mayor parte de las personas. Alexander Dexter se paró en un rincón, con los ojos fijos, y la expresión helada. Delgado y buen

mozo como era, ninguna mujer se le acercaba. Se sabía que pertenecía a Alice Sanger, y bajo estas circunstancias, ninguna de las chicas del colegio soñaría con cazar en vedado. Pero, ¿dónde estaba Alice?

No había venido con Alexander, y el orgullo de Alexander le había impedido pasar por ella. Por debajo de sus cejas fruncidas, él solamente veía las parejas que circulaban.

El profesor Johns, en ropas muy formales que no le quedaban bien aunque fuesen hechas a medida, se acercó a él. Le dijo:

—Agregaré mi hormona al ponche un poco antes de la medianoche. ¿Está el señor Nitely aún aquí?

—Le vi hace un momento. En su papel de chaperón estaba comprometido en lograr que se mantuviera la apropiada distancia entre los bailarines. Cuatro dedos, creo, en el punto de mayor cercanía. El señor Nitely estaba diligentemente comprobando esas medidas.

—Muy bien. Oh, había olvidado preguntar sobre el ponche, ¿es alcohólico? El alcohol puede afectar adversamente el trabajo del principio amatogénico.

Alexander, a pesar de la tristeza de su corazón, encontró el ánimo de negar la calumnia no intencionada sobre su clase.

—¿Alcohólico, profesor? Este ponche está hecho con los principios firmemente sostenidos por los jóvenes estudiantes del colegio. Contiene solamente jugos de frutas, azúcar refinada, y una cierta cantidad de cáscara de limón... suficiente para estimular, pero sin embriagar.

—Bien —dijo el profesor—. Ahora le he agregado a la hormona un sedante diseñado para poner a dormir a los sujetos del experimento, un corto tiempo mientras la hormona trabaja. Una vez hayan despertado, la primera persona a la que vean... claro, del sexo opuesto... inspirará al individuo un ardor puro y noble que solamente terminará en matrimonio.

Entonces, y como era casi medianoche, caminó entre las parejas felices, todas bailando a cuatro dedos de distancia, hacia el recipiente de ponche.

Alexander, deprimido hasta las lágrimas, salió a un balcón. Mientras lo hacía, extrañaba a Alice, quien ingresaba al salón de baile por otra de las puertas.

—Medianoche —gritó una voz alegre—. ¡A brindar! ¡A brindar! ¡A brindar por la vida que tenemos por delante!

Se aglomeraron alrededor del recipiente del ponche: las pequeñas copas pasaron de mano en mano.

—Por la vida que tenemos por delante —gritaron y con el entusiasmo propio de jóvenes estudiantes tragaron la mezcla de puro jugo de frutas, azúcar, cáscara de limón, con —por supuesto— el sedante principio amatogénico del profesor.

Mientras los vapores se metían en sus cerebros, fueron cayendo lentamente al

piso.

Alice se quedó parada, sola, sosteniendo su trago, con los ojos llenos de incontenibles lágrimas.

—Oh, Alexander, Alexander, aunque dudes, aún eres mi único amor. Deseas que beba y beberé —y entonces, graciosamente, se desplomó.

Nicholas Nitely había ido en busca de Alexander porque le interesaba su cálido corazón. Le había visto llegar sin Alice y lo único que pudo imaginar fue que una pelea de amantes había sucedido. No sintió que hubiese ningún problema en dejar que la fiesta siguiese sin él. No era una fiesta de jóvenes salvajes, sino una de buenos colegiales de buenas familias. Podían observar perfectamente lo del límite de los cuatro dedos, como había comprobado.

Encontró a Alexander en el balcón, mirando malhumorado hacia un cielo pleno de estrellas.

—Alexander, muchacho. —Puso su mano sobre el hombro del joven—. No pareces tú mismo. Dejar lugar a la depresión... Bueno, mi joven amigo, bueno.

La cabeza de Alexander giró al sonido de la voz del viejo.

—Es una cobardía, lo sé, pero suspiro por Alice. He sido cruel con ella y he sido tratado con justicia. Y aún, señor Nitely, si pudiera saber... —puso su mano cerrada sobre su pecho, cerca del corazón. No pudo decir más.

—¿Piensas que yo —dijo Nitely con tristeza—, por no estar casado, desconozco las emociones del alma? Te desilusionaré. Ha pasado tiempo desde cuando yo también supe del amor y de corazones rotos. Pero no hagas lo que yo, ni permitas que el orgullo evite la reconciliación. Búscala, mi amigo, búscala y pide disculpas. No te conviertas en un soltero solitario como yo mismo. Pero, disculpa, te estoy presionando.

La espalda de Alexander se enderezó.

—Me dejaré guiar por sus palabras, señor Nitely. La buscaré.

—Entonces ve adentro. Apenas antes de salir la vi allí.

El corazón de Alexander dio un salto.

—Es posible que ella me esté buscando ahora. Iré... pero no. Vaya usted primero, señor Nitely, mientras me recupero. No quiero que vea mis lágrimas femeninas.

—Por supuesto, mi muchacho.

Nitely se detuvo en la puerta mirando hacia el salón de baile asombrado. ¿Había ocurrido una catástrofe universal? Cincuenta parejas estaban sobre el piso, algunas montadas sobre otras indecorosamente.

Pero antes de decidirse a mirar si estaban muertos, o presionar la alarma de incendios, o llamar a la policía, o algo, se estaban despertando, intentando ponerse de pie.

Solamente una persona quedaba en el piso. Una chica solitaria de blanco, con el

brazo doblado debajo de su cabeza. Era Alice Sanger y Nitely se acercó a ella, ignorando el llamado de otros.

Cayó de rodillas.

—Señorita Sanger. Mi querida señorita Sanger. ¿Está herida?

Ella abrió los ojos lentamente y dijo:

—¡Señor Nitely! No me había dado cuenta de que usted es una verdadera visión de hermosura.

—¿Yo? —Nitely miró hacia atrás con horror, pero ella se estaba levantando y tenía en los ojos una luz que Nitely no había visto en treinta años, y aún entonces muy débil.

—Señor Nitely —dijo—, ¿va usted a dejarme?

—No, no —dijo Nitely confundido—. Si me necesita me quedaré.

—Le necesito. Le necesito con toda mi alma y mi corazón. Le necesito como las sedientas flores necesitan el rocío de la mañana. Le necesito a usted como la Tisbe de la antigüedad necesitaba a Píramo.

Nitely, aún queriendo retirarse, miró alrededor para ver si alguien más podía escuchar esta declaración tan inusual, pero nadie más parecía prestar atención. Apenas pudo darse cuenta de que el aire se estaba llenando de otras declaraciones de igual tono, y que algunas eran más directas y enfáticas.

Se quedó con la espalda apoyada contra la pared y Alice se acercó a él tanto que rompió la regla de los cuatro dedos en añicos. Rompió, para decir verdad, la regla de ningún dedo, y ante el resultado de la mutua presión algo indefinido pareció apropiarse de Nitely.

—Señorita Sanger, por favor.

—¿Señorita Sanger? ¿Soy señorita Sanger para ti? —exclamó Alice apasionadamente—. ¡Señor Nitely! ¡Nicholas! Hazme tuya. Alice, tuya. Cástate conmigo. ¡Cástate conmigo!

Todo alrededor era un grito de:

—¡Cástate conmigo. Cástate conmigo!

Y los jóvenes se amontonaron alrededor de Nitely, ya que ellos sabía que era Juez de Paz. Gritaban:

—¡Cásenos, señor Nitely! ¡Cásenos!

Solamente podía responder:

—Necesito vuestras licencias.

Se apartaron para permitirle salir en busca de esos papeles. Solamente Alice le siguió.

Nitely encontró a Alexander en la puerta del balcón y le hizo volver hacia el aire fresco. El profesor Johns se acercó a ellos en ese momento.

—Alexander. Profesor Johns —dijo Nitely—. Algo extraordinario ha ocurrido...



—Sí —dijo el profesor con su apacible rostro brillando de alegría—. El experimento ha sido un éxito. El principio es más efectivo sobre el ser humano, de hecho, que sobre cualquier animal de experimento. —Notando la confusión de Nitely, explicó lo que había ocurrido en frases vibrantes.

Nitely escuchó y murmuró:

—Extraño, extraño. Hay cierta familiaridad en esto.

Presionó su nuca con los nudillos de ambas manos, pero no ayudó.

Alexander se acercó a Alice gentilmente, ansiando estrecharla contra su fuerte pecho, sin conocer aún que ninguna joven permitiría esa expresión emocional de alguien que aún no ha sido perdonado.

—Alice, mi perdido amor —dijo—, si en tu corazón aún puedes encontrar...

Pero se alejó de él, evitando sus brazos aunque expresaban una súplica y dijo:

—Alexander, bebí el ponche. Era tu deseo.

—No debiste. Estaba equivocado, equivocado.

—Pero lo hice, ¡oh! Alexander, y nunca seré tuya.

—¿Nunca serás mía? Pero, ¿qué significa eso?

Y Alice, aferrada al brazo de Nitely ávidamente:

—Mi alma está unida indisolublemente a la del señor Nitely, la de Nicholas, digo. Ya no puedo contener mi pasión por él... o sea, mi pasión por casarme con él. Arrasa mi ser.

—¿Tan falsa eres? —lloró Alexander, sin poder creerlo.

—Eres cruel al decirme “falsa” —dijo Alice entre sollozos—. No puedo entenderlo.

—Claro que no —dijo el profesor Johns, que había estado escuchando con gran consternación, después de dar explicaciones a Nitely—. Apenas si ella podrá entenderlo. Es simplemente una manifestación endocrinológica.

—Por supuesto que lo es —dijo Nitely, luchando con sus manifestaciones endocrinológicas—. Eso, eso, mi... mi querida. —Tocó la cabeza de Alice de una manera muy paternal y cuando ella levantó su atractivo rostro hacia él, desfalleciente, consideró si podría ser considerado un gesto paternal, o de buen vecino, presionar esos labios con los suyos, con pasión pura.

Pero Alexander lloró, con el corazón desesperado:

—Eres falsa, falsa... falsa como Crésida —y salió disparado de la habitación.

Y Nitely se habría marchado detrás de él, pero Alice lo había sujeto del cuello y posado sobre sus labios un beso que no era para nada el de una hija.

No era ni siquiera el de una vecina.

Llegaron a la pequeña casa de soltero de Nitely, con su serio cartel de Justicia de Paz en viejas letras inglesas, con su aire de paz melancólica, su serenidad, con su pequeño hogar sobre el que el brazo izquierdo de Nitely colocó la pequeña pava (el

brazo derecho estaba firmemente aferrado por Alice, quien, con la astucia que da los años, había elegido ese como el método seguro de hacer imposible una repentina escapada de él a través de una puerta)

El estudio de Nitely podía verse a través de la puerta abierta del comedor, con los muros cubiertos de libros de estudio y entretenimiento.

Otra vez, la mano de Nitely (su mano izquierda) fue a la frente.

—Mi querida —dijo a Alice—, es asombrosa la manera... si pudieras aflojar apenas un poco, mi niña, de modo que la circulación se restablezca... la manera en que persiste en parecerme que esto ya ha ocurrido antes.

—Seguramente nunca antes, mi amado Nicholas —dijo Alice, inclinando la rubia cabeza sobre su hombro, y sonriéndole con una tímida ternura que hacía su belleza tan hechicera como el brillo de la luna sobre aguas tranquilas—, no puede haber existido un mago moderno tan maravilloso como nuestro inteligente profesor Johns, un brujo tan moderno.

—Un brujo tan... —Nitely se enderezó tan de repente que levantó a Alice una pulgada del piso—. Claro, eso debe ser. Que el demonio me lleve si no ha sido así. (En algunas escasas ocasiones, y bajo la presión de emociones fuerte, Nitely utilizaba lenguaje grosero)

—Nicholas. ¿Qué pasa? Me asustas, querubín.

Pero Nitely caminó rápidamente hacia su estudio y ella tuvo que correr tras él. Su rostro estaba pálido, los labios apretados, mientras tomaba un libro del estante y soplaba el polvo de manera reverente.

—Ah, —dijo con tristeza—, cómo he olvidado mis inocentes alegrías de juventud. Mi niña, en vista de la continuada incapacidad de mi brazo derecho, ¿serías tan gentil y pasar las páginas hasta que te diga que te detengas?

Juntos se arreglaron, en algo como un acuerdo prenupcial, él sujetando el libro con su brazo izquierdo, ella dando vuelta las páginas con el derecho.

—¡Estoy en lo cierto! —dijo Nitely con repentina energía—. Profesor Johns, mi amigo, venga aquí. Es la más asombrosa coincidencia... un atemorizante ejemplo de esos poderes misteriosos que nos sacuden con ocultos propósitos.

El profesor Johns, quien se había preparado su propio té y lo estaba sorbiendo lentamente, como correspondía a un discreto caballero de hábitos intelectuales en presencia de dos ardientes amantes que se habían retirado a la habitación contigua, respondió:

—Realmente, ¿desea mi presencia?

—Claro que sí, señor. Recorro a una consulta respecto de sus asuntos científicos.

—Pero está en una posición...

—¡Profesor! —gritó Alice, desmayada.

—Mil perdones, mi querida —dijo el profesor Johns entrando—. Mi viejo y

enredado cerebro está lleno de fantasías ridículas. Hace tiempo que... —y terminó de un solo trago el té (que lo había preparado fuerte) y se recuperó.

—Profesor —dijo Nitely—. Esta querida niña hizo referencia a usted como un brujo moderno y eso llevó inmediatamente mi cabeza a El Brujo, de Gilbert y Sullivan.

—¿Qué —preguntó el profesor Johns suavemente—, son Gilbert y Sullivan?

Nitely levantó la vista hacia arriba, como con intención de calcular la dirección del relámpago inevitable y evitarlo. Dijo, en un áspero susurro:

—Sir William Schwenck Gilbert y sir Arthur Sullivan escribieron, respectivamente, la letra y la música de las mejores comedias musicales que el mundo jamás vio. Una de éstas se titulaba El brujo. En ella, también, era empleado un filtro: uno de alta moral que no afectaba a personas casadas, pero que logró alejar a la heroína de su hermoso amante hacia los brazos de un hombre mayor.

—Y —preguntó el profesor Johns—, ¿podían los sujetos recordarlo?

—Bueno, no realmente, mi querida, los movimientos de tus dedos en la región de la nuca, mientras me brindan un cúmulo de sensaciones innegablemente placenteras, realmente me distraen. —Hay una reunión de los amantes jóvenes, profesor.

—Ah —dijo el profesor Johns—. Entonces, en vista de la semejanza tan cerrada entre la ficción y la vida real, es posible que la solución en la comedia podría ayudar a reunir a Alice y a Alexander. Al menos, creo que usted no desea ir por la vida con su brazo permanentemente inutilizable.

—No deseo ser reunida —dijo Alice—. Solamente quiero a mi Nicholas.

—Habría algo que decir a ese refrescante punto de vista —dijo Nitely—, pero, huh, la juventud debe ser atendida. Hay una solución en la comedia, profesor Johns, y es por esa razón que particularmente he querido hablar con usted. —Sonrió con una suave benevolencia—. En la comedia, los efectos de la poción eran completamente neutralizados por las acciones del caballero que administró la poción en primer lugar: en otras palabras, el caballero análogo con usted.

—¿Y esas acciones eran?

—¡Suicidio! ¡Simplemente eso! De alguna manera no explicada por los autores, el efecto de este suicidio fue el de romper el...

Pero el profesor Johns había recuperado el equilibrio y decía en el tono más sepulcral que se podía imaginar:

—Mi querido señor, puedo asegurar que, a pesar del afecto que siento por los jóvenes envueltos en este triste dilema, no puedo, bajo ninguna circunstancia, consentir en una auto inmolación. Ese proceder puede ser extremadamente eficaz en conexión con pociones de amor de origen ordinario, pero mi principio amatogénico, puedo asegurar, será definitivamente no afectado por mi muerte.

—Me lo temía —suspiró Nitely—. Y como comentario al margen, el final de la

comedia es muy pobre, posiblemente el más pobre de la serie —y miró hacia arriba en una muda apología al espíritu de William S. Gilbert—. Está sacado de un sombrero. No está bien fundamentado dentro de la obra. Castiga a un hombre que no merece ser castigado. Además, es completamente indigno del poderoso genio de Gilbert.

—Es posible —dijo el profesor Johns— que no haya sido de Gilbert. Tal vez algún chapucero intervino y fastidió el trabajo.

—No hay constancia de ello.

Pero el profesor Johns, con la mente científica excitada por un enigma no resuelto, dijo:

—Podemos probarlo. Estudiemos la mente de este... este Gilbert. Escribió otras comedias, ¿verdad?

—Catorce, en colaboración con Sullivan.

—¿Hay otros finales que resuelven situaciones análogas de maneras que son más apropiadas?

Nitely asintió.

—Una, ciertamente. Hay una Ruddigore.

—¿Quién fue?

—Ruddigore es un lugar. El personaje principal es revelado como el verdadero barón maligno de Ruddigore y está, por supuesto, bajo una maldición.

—De eso estaría seguro —murmuró el profesor Johns, quien se dio cuenta de la eventualidad de que frecuentemente acontecía a los malos barones que les servían bien.

—La maldición —siguió diciendo Nitely— le impulsaba a cometer un crimen o más por día. No podía pasar un día sin un crimen, o moriría en medio de una agonía llena de torturas.

—Qué horrible —murmuró Alice.

—Naturalmente —dijo Nitely—, nadie puede pensar un crimen por día, de modo que nuestro héroe estaba obligado a utilizar su ingenuidad para burlar la maldición.

—¿Cómo?

—Él razonó: si deliberadamente se rehusaba a cometer un crimen, estaba causándose la muerte por sus propios actos. En otras palabras, estaba suicidándose, y el suicidio es, por supuesto, un crimen... de modo que él cumplía con las condiciones de la maldición.

—Ya veo, ya veo —dijo el profesor Johns—. Es obvio que Gilbert cree en la resolución de los asuntos llevándolos hasta sus conclusiones lógicas —Cerró los ojos, y su noble frente claramente se hinchaba con las olas de numerosos pensamientos que contenía.

Abrió sus ojos.

—Nitely, viejo amigo, ¿cuándo se dio por primera vez El Brujo?

—En mil ochocientos setenta y siete.

—Entonces es eso, mi querido amigo. En mil ochocientos setenta y siete estamos en la época victoriana. La institución del matrimonio no era cuestión de los escenarios. No era un asunto cómico en aras del argumento. El matrimonio era santo, espiritual, un sacramento...

—Ya es suficiente —dijo Nitely— de esta retórica. ¿Qué tiene en mente?

—Matrimonio. Cásate con la chica, Nitely. Casa a todas las parejas, y eso será todo. Creo que era la solución original de Gilbert.

—Pero eso —dijo Nitely, extrañamente atraído por el concepto— es precisamente lo que tratamos de evitar.

—Yo no —dijo Alice rotunda (aunque no estaba rotunda, sino, por el contrario, encantadoramente ágil y delgada)

—¿No lo ve? —preguntó el profesor Johns—. Una vez que cada pareja se haya casado, el principio amatogénico... que no afecta a personas casadas... pierde su poder sobre ellos. Aquellos que han estado enamorados sin la ayuda del principio, permanecen enamorados; aquellos que no, no seguirán enamorados... y en consecuencia se requiere una anulación.

—Cielo santo —dijo Nitely—. Admirablemente simple. ¡Por supuesto! Gilbert debe haber intentado eso hasta que un productor teatral... un chapucero como ha dicho usted... le obligó a cambiar.

—¿Y funcionó? —pregunté—. Después de todo, mencionaste que el profesor había dicho que el efecto sobre los casados era el de inhibir las relaciones extrama...

—Funcionó —dijo Nitely, ignorando mi comentario. Una lágrima tembló en sus pestañas, pero si estaba inducida por sus recuerdos, o por el hecho de que ya estaba en su cuarto gin con tónica, no puedo decirlo.

—Funcionó —dijo—. Alice y yo nos casamos, y nuestro matrimonio fue casi instantáneamente anulado por mutuo consentimiento sobre la base de la presión indebida. Y aún, a causa del incesante acompañamiento del que éramos objeto, el incidente de la presión indebida entre nosotros fue, afortunadamente, virtualmente cero —suspiró otra vez—. De cualquier manera, Alice y Alexander se casaron pronto, y entiendo que ella, como resultado de varios eventos consecuentes, está esperando un niño.

Quitó los ojos de la profundidad que le dejaba el trago, y se sobresaltó, con repentina alarma.

—¡Dios me libre! Ella, otra vez.

Levanté la vista, asombrado. Una visión en azul pastel estaba en la puerta. Imagina, si lo deseas, un hermoso rostro hecho para ser besado; un cuerpo divino hecho para ser amado.

Ella dijo:

—¡Nicholas! ¡Espera!

—¿Es esa Alice? —pregunté.

—No, no. Eso es alguien más: una historia completamente diferente... Pero no debo permanecer aquí

Se levantó, y con una agilidad notable en alguien de tan avanzada edad y de tanto peso, salió por la ventana. La visión femenina del deseo, con una agilidad apenas menos notable, lo siguió.

Sacudí mi cabeza con simpatía. Era obvio que el pobre hombre era continuamente perseguido por esas beldades quienes, por una razón u otra, se enamoraban de él. Pensando en su horrible destino, terminé mi trago y consideré el hecho de que esas dificultades nunca me habían preocupado.

Y en ese pensamiento, extraño de contar, ordené otro trago, y una exclamación subió a mis labios, sin control.

## Cuarta generación (1959)

---

“Unto the Fourth Generation”

A las diez de la mañana, Sam Marten se afanaba por bajarse del taxi, tratando, como de costumbre, de abrir la puerta con una mano, asir su maletín con la otra y alcanzar la cartera con una tercera. El trabajo se le hacía difícil ya que sólo tenía dos manos y, de nuevo como de costumbre, golpeó ruidosamente con su rodilla contra la puerta del taxi y se encontró todavía buscando a tientas y en vano su cartera cuando ya sus pies se habían posado en la acera.

El tráfico en Madison Avenue era poco fluido. Un camión rojo redujo de mala gana su ya lenta marcha para luego seguir avanzando con estrépito una vez que el semáforo hubo cambiado. Unas letras blancas en uno de sus lados informaban al insensible mundo que era propiedad de «F. Lewkowitz e Hijos, Mayoristas de tejidos».

«Levkowich», pensó Marten fugaz e intrascendentemente, y luego sacó su cartera. Lanzó una ojeada al taxímetro mientras sujetaba su maletín bajo el brazo. Un dólar con sesenta y cinco más veinte centavos de propina hacía que se le fueran prácticamente dos billetes sueltos lo que le dejaría sólo con uno para una emergencia, por lo que era mejor cambiar un billete de cinco.

—Bien —dijo—, cóbrese uno ochenta y cinco, amigo.

—Gracias —dijo el taxista de forma mecánica y falto de sinceridad a la vez que le daba el cambio. Marten fue metiendo apretadamente los tres billetes sueltos en su cartera, la guardó, cogió el maletín y se enfrentó a la masa de gente que circulaba por la acera hasta alcanzar las puertas de cristal del edificio.

«¿Levkovich?», pensó repentinamente, y se detuvo. Un transeúnte chocó con su codo.

—Perdón —dijo entre dientes Marten y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

¿Levkovich? Eso no era lo que el letrero del camión ponía. El nombre que había leído era Lewkowitz. ¿Por qué «pensó» él en Levkovich? Entendía lo de cambiar la uve doble por uve por lo del alemán en la Universidad en un pasado cercano, pero, ¿de dónde había sacado el «ich»?

¿Levkovich? Quitó importancia a todo aquel asunto de forma brusca. Si seguía pensando en ello, iba a obsesionarle y perseguirle como el retintín de una canción del «Hit Parade».

Concentración en los negocios. Estaba allí a causa de una cita para comer con aquel hombre, Naylor. Estaba allí para convertir un contrato en una cuenta y empezar, a sus veintitrés años, el fluido ascenso en los negocios que, tal como había planeado, lo llevaría a casarse con Elizabeth al cabo de dos años y que lo convertiría en un pater familias en un barrio de las afueras de la ciudad al cabo de diez.

Entró en el vestíbulo con decidida firmeza y se dirigió hacia los múltiples ascensores echando una ojeada, mientras pasaba, al panel del directorio rotulado con letras blancas.

Tenía la tonta costumbre de querer captar una serie de nombres mientras pasaba, sin reducir el paso y sin tener que (Dios le libre) detenerse lo más mínimo. Si seguía progresando, se decía a sí mismo, podría mantener la impresión de pertenecer y de saber sobre todo lo que se movía a su alrededor, y eso era muy importante para un hombre cuyo trabajo consistía en tratar con otros seres humanos.

«Establecimientos Kulin» era lo que él buscaba y la palabra le divertía. Una firma especializada en la producción de pequeños utensilios de cocina, luchando resueltamente por conseguir un nombre que fuera significativo, femenino y coquetón, todo al mismo tiempo...

Sus ojos tropezaron con los nombres que empezaban por M y se deslizaron hacia arriba mientras seguía andando. Mandel, Lusk, Lippert Editores (dos pisos enteros), Lafkowitz, Kulin-etts. Ahí estaba... 1024. Décimo piso. Estupendo. Y después, pese a todo, se detuvo de repente, se sintió atraído aún sin quererlo, retrocedió hasta el directorio y se quedó mirándolo fijamente como si fuera un pueblerino.

¿Lafkowitz?

¿Qué clase de ortografía era ésa?

Estaba suficientemente claro, Lafkowitz, Henry J., 701. Con una A. No estaba bien. No servía de nada. Era inútil.

¿Inútil? ¿Por qué inútil? Sacudió violentamente su cabeza como si quisiera despejar la bruma de ella. ¡Maldición! ¿Qué le importaba a él cómo se escribía aquella palabra? Se dio la vuelta, enfadado y con el ceño fruncido, y se dirigió apresuradamente a la puerta del ascensor, la cual se cerró antes de que él la alcanzara dejándolo aturdido.

Se abrió otra puerta y se introdujo con rapidez. Sujetó el maletín bajo su brazo e intentó aparecer animado y enérgico..., un joven ejecutivo en toda la extensión de la palabra. Tenía que causar buena impresión a Alex Naylor, con quien hasta el momento sólo se había comunicado por teléfono. Si iba a dejarse obsesionar por Lewkowitzes y Lafkowitzes...

El ascensor se deslizó silenciosamente hasta pararse en el séptimo piso. Allí se bajó un joven en mangas de camisa, el cual mantenía en equilibrio una especie de cajón de mesa de trabajo en el que había tres recipientes de café y tres bocadillos.

Entonces, justo en el momento en que las puertas empezaban a cerrarse, los ojos de Marten vislumbraron un ajado cristal con unas letras negras inscritas en él. Se podía leer 701 - Henry J. Lefkowitz - Importador, y el inexorable cierre de las puertas del ascensor lo separó de aquella visión.

Marten se inclinó hacia delante con excitación. Tuvo el impulso de decir



«Vayamos de nuevo al séptimo piso.»

Pero había más gente en el ascensor. Y después de todo, no había razón para hacerlo.

Sin embargo, sentía un hormigueo de excitación dentro de él. El directorio estaba equivocado. No era una A sino una E. Algún imbécil con una mediocre ortografía y con un paquete de letras minúsculas sin saber cómo colocarlas en el panel.

Lefkowitz. «Sigue, sin embargo, sin ser correcto.»

Negó de nuevo con la cabeza. Por dos veces. ¿Por qué no era correcto? El ascensor se paró en el décimo piso y Marten se bajó.

Alex Naylor, de los «Establecimientos Kulin», resultó ser un hombre noblote, de mediana edad, con un atisbo de pelo blanco, de rostro sonrosado y ancha sonrisa. Las palmas de sus manos estaban secas y callosas y saludó con un fuerte apretón de manos, colocando luego su mano izquierda sobre el hombro de Marten en una fervorosa demostración de simpatía.

Dijo:

—Estaré con usted en dos minutos. ¿Qué le parece si comemos aquí mismo en el edificio? Hay un excelente restaurante y tienen un chico que prepara unos buenos martinis. ¿Le apetece la idea?

—Estupendo. Estupendo.

Marten sacó como pudo su entusiasmo al responderle.

En lugar de dos minutos, habían pasado ya casi diez y Marten seguía esperando con el natural desasosiego de un hombre en un despacho ajeno. Miraba con curiosidad la tapicería de las sillas y el cuchitril en el que estaba sentado un joven con aspecto aburrido que se ocupaba de la centralita. Contemplaba los cuadros de la pared y llegó incluso a intentar de forma poco entusiasta echar una ojeada a una revista sobre negocios que había en la mesa que estaba a su lado.

Lo que no hizo fue pensar en Lev...

«No» pensó en ello.

El restaurante era bueno, o hubiera sido bueno si Marten hubiera estado completamente a gusto. Afortunadamente, no tuvo necesidad de llevar el peso de la conversación. Naylor hablaba rápida y bulliciosamente, examinó el menú con ojos de experto, le recomendó los «Huevos Benedictinos» e hizo comentarios sobre el tiempo y la horrible situación del tráfico.

De vez en cuando, Marten trataba de quitárselo de la cabeza y evitar que el tema siguiera distrayéndolo. Pero cada vez más, el desasosiego se hacía presa en él. Algo no estaba bien. El nombre estaba equivocado. Y ello le impedía concentrarse en lo que tenía que hacer.

Intentó con todas sus fuerzas el acabar con aquella locura. Con un repentino estruendo verbal llevó la conversación al tema del alambrado (eléctrico). Fue una

imprudencia por su parte. No había base apropiada para ello; el paso fue demasiado brusco. Pero la comida había estado bien; estaban esperando el postre; y Naylor respondía bien.

Admitió cierto descontento con los acuerdos ya existentes. Sí, pero había estado investigando sobre la empresa de Marten y, finalmente, le parecía que sí, que había una posibilidad, una buena oportunidad, pensaba él, para que...

Una mano se posó sobre el hombro de Naylor en el momento en que un hombre pasaba tras su silla.

—¿Cómo estás, Alex?

Naylor miró hacia arriba, con la sonrisa puesta y relumbrante.

—Hola, Lefk. ¿Cómo van los negocios?

—No me puedo quejar. Te veo en el...

Y desapareció a lo lejos.

Marten no estaba escuchando. Sintió cómo temblaban sus rodillas mientras hacía ademán de levantarse.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó con decisión. La pregunta sonó más imperiosa de lo que él pretendía.

—¿Quién? ¿Lefk? Jerry Lefkovitz. ¿Lo conoce usted?

Naylor miró fijamente y con fría sorpresa a su compañero de mesa.

—No. ¿Cómo deletrea usted su nombre?

—L-E-F-K-O-V-I-T-Z, creo. ¿Por qué?

—¿Con una V?

—Una F... Oh, también lleva una V.

La amabilidad había desaparecido en su mayor parte del rostro de Naylor.

Marten siguió adelante.

—Hay un Lefkowitz en el edificio. Con una W. Ya sabe, Lef-cow-itz.

—¿Ah, sí?

—En el número 701. ¿No es éste el mismo?

—Jerry no trabaja en este edificio. Su oficina está al otro lado de la calle. No conozco a ese otro. Este edificio es muy grande, sabe usted. No tengo relación con toda la gente que hay en él. Pero, ¿de qué se trata?

Marten negó con la cabeza y se sentó cómodamente. En cualquier caso, él tampoco sabía de qué se trataba. O por lo menos, si lo sabía, era algo que no se atrevía a explicar. O acaso podía él decir, hoy estoy siendo perseguido por todas las clases de Lefkowitzes. Dijo:

—Estábamos hablando sobre el alambrado.

Naylor replicó:

—Sí. Bien, como le dije, he estado pensando en su empresa. Tengo que discutirlo con la gente de producción, usted lo entiende. Ya lo tendré al corriente.

—Sí, claro —repuso Marten, infinitamente abatido.

Naylor lo tendría al corriente. Se había estropeado todo el negocio.

Y sin embargo, incluso hasta más allá de su abatimiento, seguía sintiendo aquel desasosiego.

Al diablo con Naylor. Todo lo que Marten quería era terminar con aquello y conseguir entenderlo. («¿Conseguir entender qué?») Pero la pregunta no era sino un rumor. Cualquier tipo de preguntas que surgían en su interior se desvanecían y perdían su fuerza...)

La comida llegó a su fin. Si al principio se habían saludado como amigos que se reúnen tras largo tiempo sin verse, ahora se separaron como dos extraños.

Marten sólo sintió alivio.

Abriéndose paso entre las mesas y con su pulso acelerado, abandonó el restaurante y salió de aquel obsesionante edificio para adentrarse en la obsesionante calle.

¿Obsesionante? Madison Avenue a la 01.20 del mediodía, en la temprana caída de la tarde, con el sol brillando luminoso y diez mil hombres y mujeres aglomerándose en su largo y recto recorrido.

Pero Marten se sentía obsesionado. Escondió el maletín bajo su brazo y se dirigió desesperadamente hacia el Norte. Un último suspiro procedente de su normalidad interior le previno sobre la cita que tenía a las tres en la Calle 36. No importaba. Se encaminó hacia la parte alta de la ciudad. Hacia el Norte.

En la Calle 54, atravesó Madison y caminó hacia el Oeste, se detuvo repentinamente y miró hacia arriba.

Había un letrero en la ventana, tres pisos más arriba. Pudo distinguirlo claramente: A. S. Lefkowich, Contable Jurado.

Tenía una F y una OW, pero era la primera terminación «—ich» que había visto. La primera. Se estaba acercando. Giró de nuevo hacia el Norte en la Quinta Avenida, apresurándose por entre las irreales calles de una ciudad irreal, anhelando dar caza a algo mientras a su alrededor el gentío comenzaba a desaparecer.

Un letrero en la ventana de una planta baja, M. R. Lefkowicz, M.D.

Un semicírculo de letras en oro batido en el escaparate de una bombonería: Jacob Levkow.

(«Medio nombre —pensó furiosamente—. ¿Por qué se me molesta con medio nombre?») )

En aquel momento las calles estaban vacías a excepción de los diversos clanes de Lefkowitz, Levkowitz, Lefkowicz que destacaban en el vacío.

Apenas se percató del parque que había delante, en el que destacaba su verdor como pintado e inmóvil. Se volvió hacia el Oeste. Una hoja de periódico revoloteaba en una esquina al alcance de su vista, lo que constituía el único movimiento en un

mundo muerto. Cambió de dirección, se detuvo y la recogió sin aflojar el paso.

Estaba en hebreo, era media página rota.

No podía leerla. No podía descifrar aquellas borrosas letras hebreas ni tampoco hubiera podido leerlas aunque hubieran estado claras. Pero sí había una palabra que estaba clara. Aparecía en letras oscuras en el centro de la página y cada letra perfectamente clara en su ortografía. Ponía Lefkovitsch lo sabía, y tal como se dijo a sí mismo, colocó el acento en su segunda sílaba: Lef-ko-vitsch.

Dejó seguir revoloteando el papel y se introdujo en el parque vacío.

Los árboles estaban inmóviles y las hojas colgaban de los mismos en una extraña forma de suspensión. La luz solar era un peso muerto sobre él y no daba calor.

Estaba corriendo, pero sus pies no levantaban polvo ni aplastaba con su peso la hierba que pisaba.

Y ahí, en un banco, había un viejo; el único hombre en el desolado parque. Llevaba una oscura gorra de fieltro con una visera que protegía sus ojos del sol. Por debajo de ésta sobresalían unos mechones de pelo gris. Su canosa barba llegaba hasta el botón más alto de su burda chaqueta. Sus viejos pantalones presentaban remiendos y sus informes y ajados zapatos se sujetaban a sus pies con una cuerda.

Marten se detuvo. Le resultaba difícil respirar. Sólo pudo decir una palabra y la utilizó para preguntar:

—¿Levkovich?

Se quedó allí mientras el viejo se ponía lentamente de pie; sus envejecidos ojos oscuros lo escudriñaron de cerca.

—Marten —susurró—. Samuel Marten. Ha venido usted.

Las palabras sonaron con un efecto de doble revelación porque, debajo del inglés, Marten apreció el tenue susurro de una lengua extranjera. Bajo el «Samuel» existía la imperceptible sombra de un «Sehmuel».

El viejo alargó sus ásperas y venosas manos para luego retirarlas como si tuviera miedo de tocar.

—Lo he estado buscando pero hay tanta gente en este desierto de ciudad. Tantos Martins, Martines, Mortons y Mertons. Al final me detuve cuando encontré algo verde, pero sólo por un momento... no quería cometer el pecado de perder la fe. Y entonces llegó usted.

—Ese soy yo —repuso Marten y sabía que así era—. Y usted es Phinehas Levkovich. ¿Por qué estamos aquí?

—Yo soy Phinehas ben Jehudah. Se me asignó el apellido de Levkovich por el ocaso del zar que impuso los apellidos a todos. Y aquí estamos —dijo el viejo con suavidad— a causa de mis ruegos. Cuando yo ya era viejo, Leah, mi única hija, nacida en mi edad madura, se fue a América con su esposo, abandonó los lazos del pasado por la esperanza de lo nuevo. Y mis hijos murieron y Sarah, mi inseparable

esposa, hacía tiempo que había muerto y yo estaba solo. Y también llegó la hora en que yo debía morir. Pero no había visto a Leah desde que se marchó a aquel lejano país y sus noticias llegaban pero con poca frecuencia. Mi alma suspiraba por ver hijos nacidos de ella; hijos de mi descendencia; hijos en los que mi alma podría seguir viviendo y no morir.

Su voz era firme y la silenciosa sombra sonora bajo sus palabras era el majestuoso retumbo de un antiguo idioma.

—Y se me respondió y se me dieron horas para que pudiera ver al primer hijo varón de mi descendencia, nacido en una nueva tierra y en una nueva época. El hijo de la hija de la hija de mi hija. ¿Te he encontrado entonces en medio del esplendor de esta ciudad?

—Pero, ¿por qué la búsqueda? ¿Por qué no nos hemos encontrado antes?

—Porque existe placer en la ilusión de la búsqueda, hijo mío —dijo el viejo radiante— y en el deleite del encuentro. Se me dieron dos horas en las cuales podría buscar, dos horas para poder encontrar... ¡Y aquí está el resultado! Tú estás aquí y he encontrado lo que contaba con ver en vida. —Su voz sonaba vieja, acariciante—. ¿Te va bien todo, hijo mío?

—Todo va bien, padre, ahora que os he encontrado —replicó Marten cayendo de rodillas ante él—. Dadme vuestra bendición, padre, para que pueda acompañarme todos los días de mi vida, así como a la muchacha que voy a tomar por esposa y a los niños que tienen todavía que nacer de mi sangre y la suya.

Notó cómo el viejo descansaba ligeramente sobre su cabeza mientras sólo se oía aquel silencioso susurro.

Marten se levantó.

Los ojos del viejo miraron hacia él fija y tiernamente. ¿Estaba perdiendo vista?

—Me voy ahora ya tranquilo con mis padres, hijo mío —dijo el viejo, y Marten se encontró solo en el parque.

Hubo un instante de renovado movimiento, el sol reanudó su interrumpida tarea, se restableció el viento e incluso con ese primer sensible instante, todo volvió sigilosamente a su tiempo...

A las diez de la mañana, Sam Marten se afanaba por bajarse del taxi, y se encontró buscando a tientas y en vano su cartera mientras el tráfico avanzaba con lentitud.

Un camión rojo redujo su marcha y luego siguió avanzando. Un letrero blanco en uno de sus lados anunciaba: «F. Lewkowitz e Hijos, Tejidos al por mayor.»

Marten no lo vio. Sin embargo, de alguna manera sabía que todo le iría bien. De alguna manera, como nunca había ocurrido antes, sabía...

## ¿Qué es esa cosa llamada amor? (1961)

---

“Playboy and the Slime God (What Is This Thing Called Love?)”

—Pero son dos especies —dijo el capitán Garm, estudiando las criaturas que le habían llevado desde el planeta.

Hinchó sus órganos ópticos y los enfocó en resolución máxima. Hizo relampaguear la franja cromática.

Botax se alegraba de seguir nuevamente los cambios cromáticos después de pasarse meses en una célula espía en el planeta, tratando de interpretar las ondas sonoras moduladas emitidas por los nativos. Comunicarse por relampagueos era casi como estar en casa, en el lejano brazo Perseo de la galaxia.

—No son dos especies —le corrigió—, sino dos formas de una especie.

—Pamplinas, son muy diferentes. Vagamente perseicas, gracias a la Entidad, y no tan repulsivas como otras formas de vida exteriores. Contornos razonables, extremidades reconocibles. Pero sin franja cromática. ¿Pueden hablar?

—Sí, capitán Garm. —Botax se permitió un intervalo prismático discretamente reprobatorio—. Los detalles constan en mi informe. Estas criaturas forman ondas sonoras mediante la garganta y la boca, una especie de tos complicada.

—Yo mismo he aprendido a hacerlo —añadió con sereno orgullo—. Es muy difícil.

—Revuelve el estómago, Bien, eso explica sus ojos planos y no extensibles.

—Como no hablan cromáticamente, los ojos son casi inservibles. Ahora bien, ¿por qué insistes en que son una sola especie? El de la izquierda es más pequeño, sus zarcillos, o lo que sean, son más largos y las proporciones parecen ser diferentes. Tiene bultos y el otro no. ¿Están vivos?

—Vivos, pero inconscientes, capitán. Los han sometido a tratamiento psíquico para impedir que se atemoricen, con el fin de facilitar nuestros estudios.

—¿Pero vale la pena estudiarlos? Vamos retrasados y nos quedan por lo menos cinco mundos de mayor relevancia para investigar y explorar. Mantener una unidad de estasis temporal es costoso, así que me gustaría devolverlos y continuar...

Pero el cuerpo húmedo y esmirriado de Botax vibraba de ansiedad. Sacó la lengua tubular y la curvó sobre la nariz chata, volviendo los ojos hacia dentro. Extendió la mano de tres dedos en un gesto de negación, mientras su lenguaje pasaba casi totalmente al rojo profundo.

—La Entidad nos guarde, capitán, pues ningún mundo posee mayor relevancia que éste para nosotros. Tal vez nos estemos enfrentando a una crisis suprema. Estas criaturas pueden ser las formas de vida más peligrosas de toda la galaxia, capitán, precisamente porque existen dos formas.

—No te entiendo.

—Capitán, he estado trabajando en el estudio de este planeta y me ha resultado de lo más difícil, pues es único. Es tan único que apenas comprendo ciertas facetas. Por ejemplo, casi toda la vida del planeta consiste en especies que tienen dos formas. No hay palabras para describirlas, ni siquiera conceptos. Sólo puedo referirme a ellas como forma primera y forma segunda. Si me permites emplear sus sonidos, la pequeña se llama «hembra» o «mujer» y la grande, «macho» o «varón»; de modo que las criaturas mismas son conscientes de esa diferencia.

Garm hizo una mueca de disgusto.

—Qué desagradable medio de comunicación.

—Además, para producir vástagos ambas formas deben cooperar.

El capitán, que se había inclinado para examinar a los especímenes, con una expresión que combinaba el interés con la repulsión, se enderezó de inmediato.

—¿Cooperar? ¿Qué tonterías dices? No hay atributo de la vida más fundamental que el hecho de que cada criatura viviente produzca sus vástagos en íntima comunicación consigo misma. ¿Qué otra cosa hace que valga la pena vivir la vida?

—Una de las formas produce el vástago, pero la otra debe cooperar.

—¿Cómo?

—Me resultó difícil determinarlo. Es algo muy privado y en mi búsqueda por la literatura disponible no encontré una descripción exacta y explícita. Pero he podido realizar deducciones razonables.

Garm meneó la cabeza.

—Es realmente ridículo. La floración es el acto más sagrado y más privado de todos. En decenas de miles de mundos es igual. Como dijo Levuline, el gran fotobardo: «En tiempo de floración, en tiempo de floración, en el dulce y delicioso tiempo de floración, cuando...»

—Capitán, no lo entiendes. La cooperación entre ambas formas produce (no sé exactamente cómo) una mezcla y una recombinación de genes. Es un recurso por el cual cada generación crea nuevas combinaciones de características. Las variaciones se multiplican y los genes mutantes se expresan casi de inmediato, mientras que con el sistema de floración deben transcurrir milenios.

—¿Me estás diciendo que los genes de un individuo se pueden combinar con los de otro? ¿Sabes lo ridículo que es eso, a la luz de todos los principios de la fisiología celular?

—¡Pero tiene que ser así! —se defendió Botax, nervioso, bajo la mirada atónita del otro—. La evolución se acelera. Este planeta es una turbamulta de especies. Se supone que hay un millón y cuarto de especies de criaturas.

—Lo más probable es que se trate de una docena y cuarto. No aceptes sin reservas lo que lees en la literatura nativa.

—Yo mismo he visto docenas de especies en una pequeña zona. Créeme, capitán,

en poco tiempo estas criaturas se mutarán en inteligencias tan poderosas como para superarnos y gobernar la galaxia.

—Demuestra que existe esa cooperación de que hablas, investigador, y tendré en cuenta tus argumentaciones. De lo contrario, desecharé tus fantasías, por ridículas, y continuaremos el viaje.

—Puedo demostrarlo. —Los relampagueos cromáticos de Botax cobraron un intenso tono verde amarillento—. Las criaturas de este mundo son únicas también en otro sentido. Prevén adelantos que no han realizado, quizá como consecuencia de su creencia en el cambio acelerado, del cual, a fin de cuentas, son testigos constantemente. En consecuencia, se permiten un tipo de literatura que habla del viaje espacial, aunque ellos no lo han desarrollado. He traducido el término con que designan esa literatura como «ciencia ficción». Me he consagrado a leer casi exclusivamente ciencia ficción, pues pensé que allí, en sus sueños y fantasías, se revelarían tal cual son y revelarían el peligro que constituyen para nosotros. Y de la ciencia ficción deduje el método de la cooperación entre las dos formas.

—¿Cómo lo hiciste?

—En ese mundo hay una revista que a veces publica ciencia ficción, aunque está dedicada casi totalmente a los diversos aspectos de la cooperación. No habla con toda claridad, lo cual es un fastidio, pero persiste en insinuar. La traducción más aproximada a nuestros relampagueos es «chico jugueteón». Deduzco que la criatura que la dirige sólo está interesada en la cooperación entre las formas y la investiga por doquier con una intensidad sistemática y científica que despertó mi admiración. He hallado ejemplos de cooperación descritos en la ciencia ficción, así que dejé que el material de la revista me guiara. En sus historias ilustradas aprendí cómo se realiza. Te ruego, capitán, que, cuando la cooperación esté cumplida y se produzca el vástago ante tus ojos, ordenes que no quede en pie un solo átomo de este mundo.

—Bien —dijo el capitán Garm, con fastidio—, despiértalos y haz pronto lo que tengas que hacer.

Marge Skidmore recobró repentinamente la conciencia. Recordaba claramente la estación elevada, a la hora del crepúsculo. Estaba casi desierta. Había un hombre cerca y otro en el extremo del andén. El tren que se aproximaba era apenas un estruendo a lo lejos.

Y entonces había sufrido el relampagueo, esa sensación de volverse del revés, la visión borrosa de una criatura esmirriada que goteaba mucosidad, un ascenso y...

—Cielos —dijo, estremeciéndose—. Aún está ahí. Y, también hay otra.

Sintió náuseas, pero no miedo. Estaba orgullosa de sí misma por no tener miedo. El hombre que había a su lado, también tranquilo, como ella, seguía llevando un sombrero maltrecho y era el que se encontraba junto a ella en el andén.

—¿También te apresaron? —le preguntó Marge—. ¿A quién más?



Charlie Grimwold, sintiéndose fofo y barrigón, intentó levantar el brazo, para quitarse el sombrero y alisarse el cabello ralo, y se topó con una resistencia gomosa, pero endurecida. Bajó la mano y miró con aturdimiento a aquella mujer de rostro delgado. Ella aparentaba unos treinta y cinco años, tenía bonito cabello y un vestido que le sentaba bien; pero Charlie lo que deseaba era encontrarse en otra parte, y estar acompañado no le suponía ningún consuelo, aunque se tratase de compañía femenina.

—No lo sé —respondió—. Yo estaba en el andén de la estación.

—Yo también.

—Y luego vi un relampagueo. No oí nada. Y aquí estoy. Deben de ser hombrecillos de Marte, de Venus o de uno de esos lugares.

Marge movió la cabeza afirmativamente.

—Eso me imaginé. Algún platillo volante, ¿no? ¿Estás asustado?

—No. Eso es raro. Creo que debo de estar chalado para no asustarme.

—Sí, es raro. Yo tampoco estoy asustada. Oh, Dios, ahí viene uno. Si me toca, gritaré. Observa esas manos ondulantes. Y esa piel arrugada y viscosa. Me da náuseas.

Botax se aproximó con cuidado y habló con una voz áspera y chirriante a un mismo tiempo, procurando imitar el timbre de los nativos:

—¡Criaturas! No os haremos daño. Pero debemos pedirnos que nos hagáis el favor de cooperar.

—¡Esa cosa habla! —exclamó Charlie—. ¿Qué quieres decir con cooperar?

—Ambos. Entre vosotros —dijo Botax.

—Vaya. —Charlie miró a Marge—. ¿Entiendes de qué habla?

—No tengo la menor idea —respondió ella, con altanería.

—Quiero decir...

Y Botax pronunció la palabra que una vez oyó como sinónimo del proceso.

Marge enrojeció.

—¡Qué! —exclamó con el alarido más resonante que pudo lanzar. Botax y el capitán Garm se pusieron las manos sobre la cintura para cubrirse las franjas auditivas, que temblaron dolorosamente con los decibelios—. ¡Habrás visto! —continuó ella, atropelladamente y sin mayor coherencia—. ¡Soy una mujer casada! Si mi Ed estuviera aquí, ya os metería en cintura. Y tú, tío listo —añadió, girándose hacia Charlie a pesar de la resistencia gomosa—, quienquiera que seas, si crees...

—Oye, oye —protestó Charlie—, que no ha sido idea mía. Quiero decir, claro está, que no es que vaya a despreciar a una dama, por supuesto, pero Yo también estoy casado. Tengo tres hijos. Escucha...

—¿Qué pasa, investigador Botax? —preguntó el capitán Garm—. Estos sonidos cacofónicos son espantosos.

—Bueno... —Botax lanzó un rojo relampagueo de embarazo—. Es un ritual

complicado. Al principio deben mostrarse reticentes. Eso realza el resultado posterior. Después de esa etapa inicial tienen que quitarse la piel.

—¿Hay que despellejarlos?

—No exactamente. Estas pieles son artificiales y se pueden quitar sin dolor. Así es como tienen que hacerlo; sobre todo, la forma más pequeña.

—De acuerdo. Diles que se quiten la piel. Botax, esto no me resulta agradable.

—No creo que convenga decirle a la forma más pequeña que se quite la piel. Creo que será mejor seguir atentamente el ritual. Aquí tengo fragmentos de esos cuentos de viajes espaciales que tanto elogiaba el director de la revista Chico juguetón. En ellos se quitan las pieles por la fuerza. He aquí una descripción de un accidente, por ejemplo, «que causó estragos en el vestido de la muchacha, casi arrancándose del esbelto cuerpo. Por un segundo, él sintió la tibia firmeza de esos senos casi desnudos contra la mejilla...» Así continúa. Rasgar la ropa y quitarla a la fuerza actúan como estímulo.

—¿Senos? —se extrañó el capitán—. No reconozco ese relampagueo.

—Lo inventé para traducir el significado. Alude a los bultos de la región dorsal superior de la forma más pequeña.

—Entiendo. Bien, dile a la más grande que rasgue las pieles de la más pequeña. Qué cosa tan horrenda.

Botax se volvió hacia Charlie.

—Por favor, arranca casi por completo el vestido de la muchacha del cuerpo esbelto. Te liberaré para que puedas hacerlo.

Marge abrió los ojos de par en par y se volvió hacia Charlie hecha una furia.

—No te atrevas a hacerlo. No oses tocarme, maniático sexual.

—¿Yo? —gimió Charlie—. No es idea mía. ¿Crees que me dedico a rasgar vestidos? Escucha —le dijo a Botax—, tengo esposa y tres hijos. Si ella descubre que ando rasgando vestidos, me molerá a golpes. ¿Sabes lo que hace mi esposa cuando miro a otra mujer? Escucha...

—¿Aún se muestra reticente? —se impacientó el capitán.

—Eso parece —contestó Botax—. El entorno extraño puede prolongar esta etapa de la cooperación. Como sé que es desagradable para ti, yo mismo realizaré esta etapa del ritual. En los cuentos de viajes espaciales, a menudo se escribe que una especie de otro mundo realiza esa tarea. Por ejemplo, aquí. —Hojeó las notas hasta hallar la que buscaba—. Aquí describen a una horrenda especie de otro mundo. Las criaturas de este planeta tienen ideas absurdas, ya me entiendes. Nunca se les ocurre imaginar individuos guapos como nosotros, con una bonita cobertura mucosa.

—¡Continúa! ¡Continúa! ¡No gastes todo el día! —le metió prisa el capitán.

—Sí, capitán. Aquí dice que el extraterrestre «se acercó a donde estaba la muchacha. Gritando histéricamente, fue apresada en el abrazo del monstruo. Las

garras le desgarraron ciegamente el cuerpo, haciéndole jirones la falda». Como ves, la criatura nativa grita al ser estimulada cuando le quitan las pieles.

—Pues, adelante, Botax, quítasela. Pero, por favor, no permitas que grite. Me tiembla todo el cuerpo con esas ondas sonoras...

—Si no te importa... —se dirigió Botax a Marge, cortésmente.

Movió uno de sus dedos espátula para agarrar el cuello del vestido.

Marge se retorció desesperadamente.

—No me toques. ¡No me toques! Me mancharás con esa viscosidad. Escucha, este vestido me costó veinticuatro dólares con noventa y cinco en Ohrbach's. ¡Apártate, monstruo! ¡Mira qué ojos tiene! —Jadeaba desesperadamente por los esfuerzos que hacía para esquivar la mano del extraterrestre—. Un viscoso monstruo de ojos saltones, eso es él. Escucha, yo misma me lo quitaré. Pero no lo toques con tu viscosidad, por amor de Dios. —Tanteó el cierre de la cremallera y se volvió irritada hacia Charlie—. ¡No se te ocurra mirar! —Charlie cerró los ojos y se encogió de hombros con resignación. Ella se quitó el vestido—. ¿Qué? ¿Estás satisfecho?

El capitán Garm agitó los dedos, descontento.

—¿Ésos son los senos? ¿Por qué la otra criatura mira hacia otro lado?

—Reticencia, reticencia —contestó Botax—. Además, los senos todavía están tapados. Hay que quitar más pieles. Cuando están desnudos constituyen un estímulo muy fuerte. Continuamente los describen con expresiones como globos de marfil, esferas blancas o alguna otra de ese tipo. Aquí tengo dibujos, que son imágenes visuales, tomados de las cubiertas de las revistas de cuentos espaciales. Sí los miras, verás que en, todos ellos hay una criatura con un seno más o menos expuesto.

El capitán miró reflexivamente la ilustración y luego a Marge.

—¿Qué es el marfil?

—Es otro relampagueo inventado por mí. Representa el material del colmillo de una de las grandes criaturas subinteligentes del planeta.

—Ah —dijo el capitán Garm, con un verde destello de satisfacción—. Eso lo explica. Esta pequeña criatura pertenece a una secta guerrera y éstos son colmillos para destrozar al enemigo.

—No, no. Son muy blandos, según tengo entendido.

Botax extendió su mano pequeña y parda hacia los objetos aludidos y Marge retrocedió con un alarido.

—¿Y qué otro propósito cumplen?

—Creo —respondió Botax, con bastante inseguridad— que se usan para alimentar a los vástagos.

—¿Los vástagos se los comen? —preguntó el capitán, con manifiesta turbación.

—No exactamente. Los objetos producen un fluido y el vástago lo consume.

—¿Consume un fluido de un cuerpo viviente? ¡Puf!

El capitán se cubrió la cabeza con los tres brazos, utilizando para ello el supernumerario central, que salió de la vaina tan rápidamente que casi derribó a Botax.

—Un viscoso monstruo de ojos saltones con tres brazos —comentó Marge.

—Sí —asintió Charlie.

—Oye, tú, cuidado con esos ojos. No mires lo que no debes.

—Escucha, estoy tratando de no mirar.

Botax se acercó de nuevo.

—Señora, ¿te quitarías el resto?

Marge intentó levantarse contra el campo de sujeción.

—¡Jamás!

—Lo haré yo, si lo prefieres.

—¡No me toques! Por amor de Dios, no me toques. Mira la viscosidad que tienes encima. De acuerdo, me lo quitaré.

Y se lo quitó, jadeando entrecortadamente y mirando con ojos severos a Charlie.

—No pasa nada —se quejó el capitán, profundamente insatisfecho—. Y este espécimen parece imperfecto.

Botax se sintió atacado.

—Te he traído dos especímenes perfectos. ¿Qué hay de malo con esta criatura?

—Sus senos no consisten en globos ni en esferas. Sé lo que son los globos y las esferas y así los representan en estas figuras que me has mostrado. Son globos grandes. Esta criatura, en cambio, sólo tiene colgajos de tejido seco. Y están descoloridos.

—Tonterías —se enfadó Botax—. Debes conceder margen a las variaciones naturales. Se lo preguntaré a la criatura misma. —Se volvió hacia Marge—. Señora, ¿tus senos son imperfectos?

Marge se quedó un rato mirándolo boquiabierta y con los ojos de par en par.

—¡Qué descarado! —exclamó al fin—. No seré Gina Lollobrigida ni Anita Ekberg, pero no tengo nada de imperfecta, gracias. Oh, cielos, si mí Ed estuviera aquí. —Se volvió hacia Charlie—. Oye, tú, dile a esa cosa viscosa de ojos saltones que mi físico no tiene nada de anormal.

—Oye —murmuró Charlie—, no estoy mirando, ¿recuerdas?

—¡Oh, claro, no estás mirando! Has espiado bastante, así que bien podrías abrir esos ojos legañosos y defender a una dama, si es que eres un caballero, que no creo.

—Está bien. —La miró de soslayo, y ella aprovechó la oportunidad para tomar aire y echar los hombros atrás—. No me gusta entrometerme en cuestiones tan delicadas, pero creo que estás bastante bien...

—¿Crees? ¿Eres ciego, o qué? Fui candidata a Miss Brooklyn, por si no lo sabías, y perdí por la cintura, no por...

—Vale, vale. Están bien. De veras. —Afirmó con la cabeza vigorosamente en la dirección de Botax—. Están bien. No soy un gran experto, pero a mí me parecen bien.

Marge se relajó.

Botax sintió alivio. Se volvió hacia Garm.

—La forma más grande expresa interés, capitán. El estímulo está funcionando. Ahora, pasemos al punto final.

—¿Y en qué consiste?

—No hay relampagueo para traducirlo, capitán. Esencialmente, consiste en poner el aparato parlante y alimentario de uno contra el aparato equivalente del otro. He inventado un relampagueo para describirlo: beso.

—Esto es cada vez más asqueroso —gruñó el capitán.

—Es el clímax. En todos los cuentos, una vez que se quitan las pieles por la fuerza, se aferran con las extremidades y se consagran alocadamente a besos ardientes, por traducir con la mayor fidelidad posible la frase que se usa con más frecuencia. He aquí un ejemplo escogido al azar: «Abrazó a la muchacha y le estampó la ávida boca en los labios.»

—Tal vez una criatura devoraba a la otra —sugirió el capitán.

—En absoluto —replicó Botax, impaciente—. Son besos ardientes.

—¿Ardientes? ¿Se produce combustión?

—No creo que sea literalmente así. Me imagino que es un modo de expresar que asciende la temperatura. A mayor temperatura, supongo yo, mayor éxito en la producción del vástago. Ahora que la forma grande está adecuadamente estimulada, sólo tiene que estampar la boca en los labios de ella para producir un vástago. Este no se producirá sin ese paso. Es la cooperación de que te he hablado.

—¿Eso es todo? ¿Sólo este...?

El capitán movió las manos para unir las, pero no soportaba expresar ese pensamiento con relampagueos.

—Eso es todo —asintió Botax—. En ninguno de los cuentos, ni siquiera en Chico juguetero, hallé una descripción de más actividades físicas relacionadas con la producción de vástagos. A veces, después del beso escriben una línea de símbolos semejantes a estrellitas, pero supongo que eso sólo significa más besos; un beso por cada estrella, cuando desean producir una multitud de vástagos.

—Sólo uno, por favor, y rápido.

—Por supuesto, capitán.

Botax dijo con solemne nitidez:

—Señor, ¿besarías a la dama?

—Escucha —objetó él—, no puedo moverme.

—Te liberaré, desde luego.

—Tal vez a la dama no le agrade.

Marge lo fulminó con la mirada.

—Puedes apostar tus botas a que no me agrada. Mantente alejado de mí.

—Eso quisiera, pero ¿qué harán si no te beso? No quiero que se enfaden. Podemos... bien... darnos un pequeño besito.

Ella titubeó, comprendiendo que esa actitud cautelosa estaba justificada.

—De acuerdo, pero sin cosas raras. No tengo por costumbre estar como vine al mundo enfrente de cualquier fulano, ¿entiendes?

—Lo entiendo. Yo no he tenido nada que ver. Tienes que admitirlo.

—Monstruos viscosos —refunfuñó Marge—. Deben de creerse dioses o algo parecido, por el modo en que dan órdenes a la gente. Dioses viscosos. Eso es lo que son.

Charlie se le acercó.

—Sí te parece bien...

Movió la mano como para ladearse el sombrero. Luego, apoyó las manos en los hombros desnudos y se inclinó, frunciendo la boca. Marge se tensó y le aparecieron arrugas en el cuello. Los labios se encontraron.

El capitán Garm relampagueó con fastidio.

—No percibo ascenso en la temperatura.

Había levantado su zarcillo de detección térmica por encima de la cabeza, haciéndolo vibrar.

—Yo tampoco —concedió Botax, desorientado—, pero lo están haciendo tal como lo describen los cuentos de viajes espaciales. Creo que sus extremidades deberían estar más extendidas. Ah, así. Está funcionando.

Casi distraídamente, Charlie había rodeado con el brazo el suave y desnudo torso de Marge. Por un instante Marge pareció apoyarse en él, pero de pronto se contorsionó en el campo de sujeción, que aún la aferraba con bastante firmeza.

—Suéltame —masculló sofocada contra la presión de los labios de Charlie.

Le atizó un mordisco y Charlie se apartó dando un grito, se tocó el labio inferior y se miró los dedos para ver si había sangre.

—¿Qué te pasa? —preguntó en tono lastimero.

—Convinimos en que sólo un beso ¿Qué te proponías? ¿Te crees un seductor? ¿Qué es esto? ¿El seductor y los dioses viscosos?

El capitán emitió rápidos relampagueos azules y amarillos.

—¿Ya está? ¿Cuánto tenemos que esperar ahora?

—Creo que debe ocurrir de inmediato. En todo el universo, cuando alguien tiene que florecer, florece y ya está. No hay espera.

—¿Sí? Después de pensar en esas obscenas costumbres que has descrito, creo que nunca floreceré de nuevo. Por favor, termina con esto.

—Sólo un momento, capitán.

Pero los momentos pasaron y los relampagueos del capitán cobraron un huraño color naranja, mientras que los de Botax perdieron brillo.

Al fin Botax preguntó con voz vacilante:

—Perdón, señora, pero ¿cuándo florecerás?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo tendrás vástagos?

—Ya tengo un hijo.

—Me refiero a tener vástagos ahora.

—No lo creo. Aún no estoy preparada para tener más hijos.

—¿Qué? ¿Qué? —preguntaba el capitán—. ¿Qué está diciendo?

—Parece ser —le tradujo Botax—, que no piensa tener vástagos por el momento.

La franja cromática del capitán parpadeó, con intenso brillo.

—¿Sabes qué creo, investigador? Creo que tienes una mente degenerada y perversa. No ocurre nada con estas criaturas. No hay cooperación entre ellas ni tienen vástagos. Creo que son dos especies y que estás haciéndote el listo conmigo.

—Pero, capitán... —protestó Botax.

—¡Qué capitán ni qué cuernos! Ya es suficiente. Me has contrariado, me has revuelto el estómago, me has causado náuseas y repulsión, ante la sola idea de la floración, y me has hecho perder el tiempo. Sólo estás buscando fama y gloria personal y me ocuparé de que no las obtengas. Líbrate de estas criaturas. Devuélvele a ésta sus pieles y déjalas donde las encuentre. Debería descontarte del sueldo todo lo que hemos gastado en la estasis temporal.

—Pero, capitán...

—Que las devuelvas, he dicho. Devuélvelas al mismo lugar y al mismo instante del tiempo. Quiero que este planeta quede intacto y me ocuparé de que así sea. —Eché a Botax otra mirada furibunda—. Una especie, dos formas, senos, besos, cooperación. ¡Bah! Eres un necio, investigador, y también un mentecato y, ante todo, una criatura muy enferma.

No había réplica posible. Temblándole los miembros, Botax se dispuso a devolver las criaturas.

Estaban en la estación elevada mirando a su alrededor de mal humor. Los rodeaba el crepúsculo, y el tren que se aproximaba era apenas un estruendo a lo lejos.

—Oye —habló Marge con un hilo de voz—, ¿sucedió de veras?

Charlie movió la cabeza afirmativamente.

—Yo lo recuerdo.

—No podemos contarlo.

—Claro que no. Dirían que estamos chalados.

—Vale. Bien.

Marge se alejó unos pasos. Charlie se disculpó:

—Oye, lamento que te sintieras molesta. No fue culpa mía.

—Está bien. Lo sé.

Se puso a mirar el andén de madera. El sonido del tren se hizo más fuerte.

—En realidad, no estabas nada mal. De hecho, tenías muy buen aspecto, pero me avergonzaba decirlo.

Ella sonrió.

—Está bien.

—¿No quieres tomar una taza de café para tranquilizarte? Mi esposa no me espera temprano.

—¿No? Vale. Ed no está en casa este fin de semana, así que sólo me espera un piso vacío. El niño está en casa de mi madre.

—Vamos, pues. En cierto modo nos han presentado.

—Vaya que sí —dijo ella, y se echó a reír.

El tren entró en la estación, pero ellos se marcharon, bajando a la calle por la angosta escalera.

Se tomaron un par de cócteles, y luego Charlie no pudo consentir que ella regresara a casa sola en la oscuridad, así que la acompañó hasta la puerta.

Naturalmente, Marge no tuvo otro remedio que invitarlo a pasar un momento.

Entre tanto, en la nave espacial, el abatido Botax hacía un último esfuerzo por demostrar que tenía razón. Mientras Garm preparaba la nave para la partida, Botax lo que preparó fue la videopantalla de rayos para echar un último vistazo a sus especímenes. Localizó a Charlie y a Marge en el piso de ésta. Se le endureció el zarcillo y comenzó a relampaguear en un deslumbrante arco iris de colores.

—¡Capitán Garm! ¡Capitán! ¡Mira lo que hacen ahora!

Pero en ese instante la nave abandonó la estasis temporal.



# La máquina que ganó la guerra (1961)

---

“The Machine That Won the War”

Faltaba mucho aún para que terminara la celebración incluso en las cámaras subterráneas de «Multivac». Se palpaba en el ambiente.

Por lo menos quedaba el aislamiento y el silencio. Era la primera vez en diez años que los técnicos no circulaban apresurados por las entrañas de la computadora gigante, que las luces tenues no parpadeaban sus extraños recorridos, que el chorro de información hacia dentro y hacia fuera se había detenido.

Claro que no sería por mucho tiempo, porque las necesidades de la paz serían apremiantes. Sin embargo, durante un día, o quizá durante una semana, «Multivac» podría celebrar el gran acontecimiento y descansar.

Lamar Swift se quitó el gorro militar que llevaba puesto y miró de arriba abajo el largo y vacío corredor principal de la inmensa computadora. Se sentó cansado sobre uno de los taburetes giratorios de los técnicos y su uniforme, con el que nunca se había encontrado cómodo, adquirió un aspecto agobiante y arrugado.

—Aunque de un modo extraño lo echaré todo en falta. Es difícil recordar cuando no estuvimos en guerra con Deneb. Ahora me parece antinatural estar en paz con ellos y contemplar las estrellas sin ansiedad.

Los dos hombres que acompañaban al director ejecutivo de la Federación Solar eran más jóvenes que Swift. Ninguno tenía tantas canas ni parecía tan cansado como él.

John Henderson, con los labios apretados, encontraba dificultad en controlar el alivio que sentía por el triunfo.

—¡Están destruidos! ¡Están destruidos! —dijo sin poder contenerse—. Es lo que no dejaba de decirme una y otra vez y aún no puedo creerlo. Hablábamos tanto todos, hace tantísimos años, de la amenaza que se cernía sobre la Tierra, sobre sus mundos, y sobre todos los seres humanos que todo era cierto hasta el tiempo, y hasta el último detalle. Ahora estamos vivos y son los de Deneb los destruidos y acabados. Ahora, nunca más serán una amenaza.

—Gracias a «Multivac» —afirmó Swift con una mirada tranquila al imperturbable Jablonsky, que durante toda la guerra había sido el intérprete jefe de aquel oráculo de la ciencia—. ¿No es cierto, Max?

Jablonsky se encogió de hombros. Maquinalmente alargó la mano hacia un cigarrillo, pero decidió no encenderlo. Entre los millares que habían vivido en los túneles dentro de «Multivac», sólo él tenía permiso para fumar, pero hacia el final se había esforzado por evitar aprovecharse del privilegio.

—Eso es lo que dicen —comentó. Su pulgar señaló por encima del hombro derecho, hacia arriba.

—¿Celoso, Max?

—¿Porque aclaman a «Multivac»? ¿Porque «Multivac» es la gran heroína de la humanidad en esta guerra? —El rostro seco de Jablonsky adoptó una expresión de aparente desdén—. ¿A mí qué me importa? Si eso les satisface, dejad que «Multivac» sea la máquina que ganó la guerra.

Henderson miró a los otros dos por el rabillo del ojo. En ese breve descanso que los tres habían buscado instintivamente en el rincón tranquilo de una metrópoli enloquecida, en ese entreacto entre los peligros de la guerra y las dificultades de la paz, cuando, por un momento, todos se encontraban acabados, solamente sentía el peso de la culpa.

De pronto fue como si aquel peso fuera difícil de soportar por más tiempo. Había que desprenderse de él, junto con la guerra: pero ¡ya!

—«Multivac» —declaró Henderson— no tiene nada que ver con la victoria. Es solamente una máquina.

—Sí, pero grande —replicó Smith.

—Entonces, solamente una máquina grande no mejor que los datos que la alimentaban. —Por un momento se detuvo, impresionado él mismo por lo que acababa de decir.

Jablonsky le miró, sus dedos gruesos buscaron de nuevo un cigarrillo y otra vez dieron marcha atrás.

—¿Quién mejor que tú para saberlo? Le proporcionaste los datos. ¿O es que quieres quedarte con el mérito tú solo?

—No —contestó Henderson, —furioso—, no hay méritos. ¿Qué sabes tú de los datos que utilizaba «Multivac», predigeridos por cien computadoras subsidiarias de la Tierra, de la Luna y de Marte, incluso de Titán? Con Titán siempre retrasado dando la impresión de que sus cifras introducirían una desviación inesperada.

—Haría enloquecer a cualquiera —dijo Swift con sincera simpatía.

Henderson sacudió la cabeza:

—No era sólo eso. Admito que hace ocho años, cuando reemplacé a Lepont como jefe de Programación, me sentí nervioso. En aquellos días todas esas cosas eran excitantes. La guerra era aún algo lejano, una aventura sin peligro real. No habíamos llegado al punto en que fueran las naves dirigidas las que se hicieran cargo y en que los ingenios interestelares pudieran tragarse a un planeta completo si se les lanzaba correctamente. Pero cuando empezaron las verdaderas dificultades... —Rabioso, pues al fin podía permitirse ese lujo, masculló—: De eso no sabéis nada.

—Bien —contemporizó Swift—, cuéntanoslo. La guerra ha terminado. Hemos ganado.

—Sí —asintió Henderson. Tenía que recordar que la Tierra había ganado y todo había salido bien—. Pues los datos resultaron inútiles.

—¿Inútiles?

—¿Quieres decir literalmente inútiles? —preguntó Jablonsky.

—Literalmente inútiles. ¿Qué podías esperar? El problema con vosotros dos era que estabais en medio de todo. Nunca salisteis de «Multivac», ni tú ni Max. El señor director no dejó nunca la Mansión salvo para hacer visitas de estado donde veía exactamente lo que querían que viera.

—Pero yo no estaba ciego —cortó Swift—, como quieres dar a entender.

—¿Sabe hasta qué extremo los datos concernientes a nuestra capacidad de producción, a nuestro potencial de medios, a nuestra mano de obra especializada, a todo lo importante para el esfuerzo bélico no eran de fiar, ni se podía contar con ellos durante la última mitad de la guerra? Los jefes de grupo tanto civiles como militares no tenían otra obsesión que proyectar su buena imagen, por decirlo así, oscureciendo lo malo y ampliando lo bueno. Fuera lo que fuera lo que pudieran hacer las máquinas, los hombres que las programaban y los que interpretaban los resultados sólo pensaban en su propia piel y en los competidores que había que eliminar. No había modo de parar eso. Lo intenté y fracasé.

—Naturalmente —le consoló Swift—. Comprendo que lo hicieras.

Esta vez Jablonsky decidió encender el cigarrillo:

—Pero yo imagino que tú proporcionaste datos a «Multivac» al programarlo. No nos hablaste para nada de ineficacia.

—¿Cómo podía decirlo? Y si lo hubiera hecho, ¿cómo podían creerme? —preguntó Henderson desesperado—. Nuestro esfuerzo de guerra estaba acoplado a «Multivac». Era un arma tremenda porque los denebianos no tenían nada parecido. ¿Qué otra cosa mantenía en alto nuestra moral sino la seguridad de que «Multivac» predeciría y desviaría cualquier movimiento denebiano y dirigiría nuestros movimientos? Después de que nuestro ingenio espía instalado en el hiperespacio fue destruido carecíamos de datos fiables sobre los denebianos para alimentar a «Multivac» y no nos atrevimos a publicarlo.

—Cierto —dijo Swift.

—Bien —prosiguió Henderson—. Pero si le hubiera dicho que los datos no eran de fiar, ¿qué hubiera podido hacer sino remplazarme y no creerme? No lo podía permitir.

—¿Qué hiciste? —quiso saber Jablonsky.

—Puesto que la guerra se ha ganado, os diré lo que hice. Corregí los datos.

—¿Cómo? —preguntó Swift.

—Intuitivamente, supongo. Les fui dando vueltas hasta que me parecieron correctos. Al principio casi no me atrevía. Cambiaba un poco aquí, otro poco allí para corregir lo que eran imposibilidades obvias. Al ver que el cielo no se nos caía encima, me sentí más valiente. Al final apenas me preocupaba. Me limitaba a escribir los

datos precisos a medida que se necesitaban. Incluso hice que el anexo de «Multivac» me preparara datos según un plan de programación privada que inventé a ese propósito.

—¿Cifras al azar? —preguntó Jablonsky.

—En absoluto. Introduje el número de desviaciones necesarias.

Jablonsky sonrió. Sus ojillos oscuros brillaron tras sus párpados arrugados.

—Por tres veces me llegó un informe sobre utilización no autorizada del anexo, y le dejé pasar todas las veces. Si hubiera importado le habría seguido la pista descubriéndote, John, y averiguando así lo que estabas haciendo. Pero, naturalmente, nada sobre «Multivac» importaba en aquellos días, así que te saliste con la tuya.

—¿Qué quiere decir que no importaba nada? —insistió Henderson, suspicaz.

—Nada importaba nada. Supongo que si te lo hubiera dicho entonces te habría ahorrado tus angustias, pero también si tú te hubieras confiado a mí, me habrías ahorrado las mías. ¿Qué te hizo pensar que «Multivac» funcionaba bien, por muy furiosos que fueran los datos con que la alimentabas?

—¿Que no funcionaba bien? —exclamó Swift.

—No del todo. No para fiarse. Al fin y al cabo, ¿dónde estaban mis técnicos en los últimos años de la guerra? Te lo diré, alimentaban computadoras de mil diferentes aparatos especiales. ¡Se habían ido! Tuve que arreglarme con chiquillos en los que no podía confiar y veteranos anticuados. Además, ¿creen que podía fiarme de los componentes en estado sólido que salían de Criogenética en los últimos años? Criogenética no estaba mejor servido de personal que yo. Para mí, no tenía la menor importancia que los datos que estaban siendo suministrados a «Multivac» fueran o no fiables. Los resultados no lo eran. Yo lo sabía.

—¿Qué hiciste? —preguntó Henderson.

—Hice lo que tú, John. Introduje datos falsos. Ajusté las cosas de acuerdo con la intuición... y así fue como la máquina ganó la guerra.

Swift se recostó en su sillón y estiró las piernas.

—¡Vaya revelaciones! Ahora resulta que el material que se me entregaba para guiarme en mi capacidad de «tomar decisiones» era una interpretación humana de datos preparados por el hombre. ¿No es verdad?

—Eso parece —afirmó Jablonsky.

—Ahora me doy cuenta de que obré correctamente al no confiar en ellos —declaró Swift.

—¿No lo hiciste? —insistió Jablonsky que, pese a lo que acababa de oír consiguió parecer profesionalmente insultado.

—Me temo que no. A lo mejor «Multivac» me decía: «Ataque aquí, no ahí»; «haga esto, no aquello»; «espere, no actúe». Pero nunca podía estar seguro de si lo que «Multivac» parecía decirme, me lo decía realmente; o si lo que realmente decía,

lo decía en serio. Nunca podía estar seguro.

—Pero el informe final estaba siempre muy claro, señor —objetó Jablonsky.

—Quizá lo estaría para los que no tenían que tomar una decisión. No para mí. El horror de la responsabilidad de tales decisiones me resultaba intolerable y ni siquiera «Multivac» bastaba para quitarme ese peso de encima. Pero lo importante era que estaba justificado en mis dudas y encuentro un tremendo alivio en ello.

Envuelto en la conspiración de su mutua confesión, Jablonsky dejó de lado todo protocolo:

—Pues, ¿qué hiciste, Lamar? Después de todo había que tomar decisiones.

—Bueno, creo que ya es hora de regresar pero... os diré primero lo que hice. ¿Por qué no? Utilicé una computadora, Max, pero una más vieja que «Multivac», mucho más vieja.

Se metió la mano en el bolsillo en busca de cigarrillos y sacó un paquete y un puñado de monedas, antiguas monedas con fecha de los primeros años antes de que la escasez del metal hubiera hecho nacer un sistema crediticio sujeto a un complejo de computadora.

Swift sonrió con socarronería:

—Las necesito para hacer que el dinero me parezca sustancial. Para un viejo resulta difícil abandonar los hábitos de la juventud.

Se puso un cigarrillo entre los labios y fue dejando caer las monedas, una a una, en el bolsillo. La última la sostuvo entre los dedos, mirándola sin verla.

—«Multivac» no es la primera computadora, amigos, ni la más conocida ni la que puede, eficientemente, levantar el peso de la decisión de los hombros del ejecutivo. Una máquina ganó; en efecto, la guerra, John; por lo menos un aparato computador muy simple lo hizo; uno que utilicé todas las veces que tenía que tomar una decisión difícil.

Con una leve sonrisa lanzó la moneda que sostenía. Brilló en el aire al girar y volver a caer en la mano tendida de Swift. Cerró la mano izquierda y la puso sobre el dorso. La mano derecha permaneció inmóvil, ocultando la moneda.

—¿Cara o cruz, caballeros? —dijo Swift.

## Mi hijo el físico (1962)

---

“My Son, the Physicist!”

Su cabello era claro de un color verde manzana, muy apagado, muy pasado de moda. Se notaba que tenía buena mano con el tinte, como hace treinta años, antes de que se pusieran de moda los reflejos y las mechas.

Una sonrisa dulce cubría su rostro y una mirada tranquila convertía cierta vejez en algo sereno.

Y, en comparación, convertía en caos la confusión que la rodeaba en aquel enorme edificio gubernamental.

Una chica pasó medio corriendo a su lado, se detuvo y la observó con una mirada vacía y sorprendida.

—¿Cómo ha entrado?

—Estoy buscando a mi hijo, el físico.

La mujer sonrió.

—Su hijo, el...

—En realidad es ingeniero de Comunicaciones. El físico en jefe Gerard Cremona.

—El doctor Cremona. Bueno, está... ¿Dónde está su pase?

—Aquí lo tiene. Soy su madre.

—Bueno, señora Cremona, no lo sé. Tengo que... Su despacho está por ahí. Pregúnteselo al primero que encuentre. —Se alejó medio corriendo.

La señora Cremona movió la cabeza lentamente. Supuso que había ocurrido alguna cosa. Esperaba que Gerard estuviera bien. Oyó voces al otro extremo del pasillo y sonrió contenta. Pudo distinguir la de Gerard.

—Hola, Gerard —dijo al entrar en la habitación.

Gerard era un hombre grande que lucía todavía una buena cabellera en donde empezaban a verse las canas que no se molestaba en teñir. Dijo que estaba demasiado ocupado. Ella se sentía muy orgullosa de él y del aspecto que tenía.

En aquel momento, hablaba en voz muy alta con un hombre vestido con atuendo militar. No pudo distinguir el rango pero sabía que Gerard podía manejarlo bien.

Gerard levantó la vista y dijo:

—¿Qué quiere...? ¡Madre! ¿Qué haces aquí?

—Quedamos que vendría hoy a verte.

—¿Es jueves hoy? Oh, Dios, lo había olvidado. Siéntate, mamá, ahora no puedo hablar. Cualquier sitio. Cualquier sitio. Mire, general.

El general Reiner miró por encima del hombro y con una mano le tocó la espalda.

—¿Su madre?

—Sí.

—¿Tendría que estar aquí?

—En este momento, no, pero yo me hago responsable de ella. Ni siquiera sabe leer un termómetro de modo que no entenderá nada de todo esto. Mire, general. Están en Plutón. ¿Lo entiende? Están allí. Las señales de radio no pueden ser de origen natural de modo que deben proceder de seres humanos, de nuestros hombres. Tendrán que admitirlo. De todas las expediciones que hemos enviado más allá del cinturón de asteroides, una ha conseguido llegar. Y están en Plutón.

—Sí, comprendo lo que está diciendo, ¿pero no sigue siendo imposible? Los hombres que están ahora en Plutón salieron hace cuatro años con un equipo que no podía mantenerles con vida más de un año. Así es como lo veo yo. Su objetivo era Ganímedes y parecen haber recorrido ocho veces esa distancia.

—Exactamente. Y nosotros tenemos que averiguar cómo y por qué. Puede..., puede simplemente... que hayan conseguido ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? ¿Cómo?

Cremona apretó con fuerza las mandíbulas como si estuviera rezando interiormente.

—General —dijo—, estoy poniéndome en una situación precaria pero es remotamente posible que hayan recibido la ayuda de seres no humanos. Extraterrestres. Tenemos que averiguarlo. No sabemos cuánto tiempo puede mantenerse el contacto.

—Quiere decir —(en el serio rostro del general apareció una inedia sonrisa)— que quizá se hayan escapado y que en cualquier momento puedan ser capturados de nuevo.

—Quizá. Quizá. El futuro entero de la raza humana quizá dependa de que sepamos exactamente lo que ocurre. De saberlo ahora.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que quiere?

—Vamos a necesitar en seguida el ordenador Multivac del Ejército. Tiene que abandonar el trabajo que está haciendo en este momento y empezar a programar nuestro problema semántico general. Todos sus ingenieros de Comunicaciones tienen que abandonar cualquier trabajo y coordinarse con los nuestros.

—Pero, ¿por qué? No entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra.

Una suave voz les interrumpió.

—General, ¿quiere un poco de fruta? He traído unas naranjas.

—¡Mamá! ¡Por favor! —exclamó Cremona—. ¡Después! General, es muy sencillo. En este momento Plutón está a una distancia de seis mil millones de kilómetros. Las ondas de radio tardan seis horas, viajando a la velocidad de la luz, para llegar de aquí a allá. Si decimos algo, tendremos que esperar doce horas hasta recibir una respuesta. Si ellos dicen algo y nosotros no lo entendemos y contestamos «qué» y ellos lo tienen que repetir..., perdemos todo un día.

—¿No hay forma de ir más rápido? —preguntó el general.

—Claro que no. Es la ley básica de la comunicación. Ninguna información puede transmitirse a mayor velocidad que la luz. Necesitaríamos meses para tener la misma conversación con Plutón que en pocas horas tendríamos nosotros ahora mismo.

—Sí, lo entiendo. ¿Y realmente cree que hay extraterrestres metidos en esto?

—Lo creo. Para ser sincero, no todos los que están aquí están de acuerdo conmigo. No obstante, estamos utilizando todos los recursos posibles para encontrar algún método de concentrar la comunicación. Tenemos que transmitir cuantas más señales posibles por segundo y esperar que consigamos lo que necesitamos antes de perder el contacto. Y ahí es donde necesito la Multivac y a sus hombres. Debe de existir alguna estrategia de comunicaciones que podemos utilizar para reducir el número de señales. Tan sólo el aumento del diez por ciento en la eficacia puede suponer un ahorro de una semana.

La suave voz interrumpió de nuevo.

—Dios mío, Gerard, ¿se trata de hablar un poco?

—¡Madre! ¡Por favor!

—Pero si lo estás enfocando todo al revés.

—Madre. —La voz de Cremona empezaba a traslucir una cierta impaciencia.

—Bueno, de acuerdo, pero si vas a decir algo y después esperar doce horas a que te respondan, es una tontería. No deberían hacerlo así.

El general emitió un bufido.

—Doctor Cremona, ¿quiere que consultemos a...?

—Un momento, general —dijo Cremona—. ¿A qué te estás refiriendo, mamá?

—Mientras esperas una respuesta —dijo la señora Cremona, seriamente— continúa transmitiendo y diles que ellos hagan lo mismo. Tú hablas continuamente y ellos hablan continuamente. Tú pones a alguien que escuche continuamente y ellos también hacen lo mismo. Si cualquiera de los dos dice algo que quiere una respuesta, puedes hacerlo, pero lo más probable es que te digan todo lo que necesites saber sin preguntar.

Ambos hombres se la quedaron mirando fijamente.

—Claro. Una conversación continua —susurró Cremona—. Sólo con un desfase de doce horas. Dios mío, tenemos que ponernos en marcha.

Salió de la habitación dando grandes zancadas y casi arrastrando al general. Al cabo de unos segundos volvió a entrar.

—Madre —dijo—, si me perdonas, creo que tardaré unas horas. Te mandaré a una de las chicas para que te haga compañía. O échate una siesta, si lo prefieres.

—No te preocupes, Gerard —contestó la señora Cremona.

—De todas formas ¿cómo se te ha ocurrido, mamá? ¿Qué te hizo pensar en esta solución?

—Pero, Gerard, todas las mujeres lo saben. Cualquiera de dos mujeres al



videófono o simplemente cara a cara sabe que el secreto de hacer que se extienda una noticia es, sea lo que sea, hablar continuamente.

Cremona intentó sonreír. A continuación, y temblándole el labio inferior, salió.

La señora Cremona lo observó cariñosamente. Un hombre tan guapo, su hijo, el físico. A pesar de ser un hombre maduro e importante, todavía era consciente de que un chico siempre debe escuchar los consejos de su madre.

## Los ojos hacen algo más que ver (1965)

---

“Eyes Do More Than See”

Después de cientos de miles de millones de años, pensó de súbito en sí mismo como Ames. No la combinación de longitudes de ondas que a través de todo el universo era ahora el equivalente de Ames, sino el sonido en sí. Una clara memoria trajo las ondas sonoras que él no escuchó ni podía escuchar.

Su nuevo proyecto le aguzaba sus recuerdos más allá de lo usualmente recordable. Registró el vórtice energético que constituía la suma de su individualidad y las líneas de fuerza se extendieron más allá de las estrellas.

La señal de respuesta de Brock llegó.

Con seguridad, pensó Ames, él podía decírselo a Brock. Sin duda, podría hablar con cualquiera.

Los modelos fluctuantes de energía enviados por Brock, comunicaron:

—¿Vienes, Ames?

—Naturalmente.

—¿Tomarás parte en el torneo?

—¡Sí! —Las líneas de fuerza de Ames fluctuaron irregularmente—. Pensé en una forma artística completamente nueva. Algo realmente insólito.

—¡Qué despilfarro de esfuerzo! ¿Cómo puedes creer que una nueva variante pueda ser concebida tras doscientos mil millones de años? Nada puede haber que sea nuevo.

Por un momento Brock quedó fuera de fase e interrumpió la comunicación, y Ames se apresuró en ajustar sus líneas de fuerza. Captó el flujo de los pensamientos de otros emisores mientras lo hizo; captó la poderosa visión de la extensa galaxia contra el terciopelo de la nada, y las líneas de fuerza pulsada en forma incesante por una multitudinaria vida energética, discurriendo entre las galaxias.

—Por favor, Brock —suplicó Ames—, absorbe mis pensamientos. No los evites. Estuve pensando en manipular la Materia. ¡Imagínate! Una sinfonía de Materia. ¿Por qué molestarse con Energía? Es cierto que nada hay de nuevo en la Energía. ¿Cómo podría ser de otra forma? ¿No nos enseña esto que debemos experimentar con la Materia?

—¡Materia!

Ames interpretó las vibraciones energéticas de Brock como un claro gesto de disgusto.

—¿Por qué no? —dijo—. Nosotros mismos fuimos Materia en otros tiempos... ¡Oh, quizás un trillón de años atrás! ¿Por qué no construir objetos en un medio material? O con formas abstractas, o... escucha, Brock... ¿Por qué no construir una imitación nuestra con Materia, una Materia a nuestra imagen y semejanza, tal como

fuimos alguna vez?

—No recuerdo cómo fuimos —dijo Brock—. Nadie lo recuerda.

—Yo lo recuerdo —dijo Ames con seguridad—. No he pensado sino en eso y estoy comenzando a recordar. Brock, déjame que te lo muestre. Dime si tengo razón. Dímelo.

—No. Es ridículo. Es... repugnante.

—Déjame intentarlo, Brock. Hemos sido amigos desde los inicios cuando irradiamos juntos nuestra energía vital, desde el momento en que nos convertimos en lo que ahora somos. ¡Por favor, Brock!

—De acuerdo, pero hazlo rápido.

Ames no sentía aquel temblor a lo largo de sus líneas de fuerza desde... ¿desde cuándo? Si lo intentaba ahora para Brock y funcionaba, se atrevería a manipular la Materia ante la Asamblea de Seres Energéticos que, durante tanto tiempo, esperaban algo novedoso.

La Materia era muy escasa entre las galaxias, pero Ames la reunió, la juntó en un radio de varios años-luz, escogiendo los átomos, dotándola de consistencia arcillosa y conformándola en sentido ovoide.

—¿No lo recuerdas, Brock? —preguntó suavemente—. ¿No era algo parecido?

El vórtice de Brock tembló al entrar en fase.

—No me obligues a recordar. No recuerdo nada.

—Existía una cúspide y ellos la llamaban cabeza. Lo recuerdo tan claramente como te lo digo ahora. —Efectuó una pausa y luego continuó—. Mira, ¿recuerdas algo así?

Sobre la parte superior del ovoide apareció la «cabeza».

—¿Qué es eso? —preguntó Brock.

—Es la palabra que designa la cabeza. Los símbolos que representan el sonido de la palabra. Dime que lo recuerdas, Brock.

—Había algo más —dijo Brock con dudas—. Había algo en medio.

Una forma abultada surgió.

—¡Sí! —exclamó Ames—. ¡Es la nariz! —Y la palabra «nariz» apareció en su lugar—. Y también había ojos a cada lado: «Ojo izquierdo..., Ojo derecho».

Ames contempló lo que había conformado, sus líneas de fuerza palpitaban lentamente. ¿Estaba seguro que era algo así?

—La boca y la barbilla —dijo luego—, y la nuez de Adán y las clavículas. Recuerdo bien todas las palabras. —Y todas ellas aparecieron escritas junto a la figura ovoide.

—No pensaba en estas cosas desde hace cientos de millones de años —dijo Brock—. ¿Por qué me haces recordarlas? ¿Por qué?

Ames permaneció sumido en sus pensamientos.

—Algo más. Órganos para oír. Algo para escuchar las ondas acústicas. ¡Oídos! ¿Dónde estaban? ¡No puedo recordar dónde estaban!

—¡Olvidalo! —gritó Brock—. ¡Olvídate de los oídos y de todo lo demás! ¡No recuerdes!

—¿Qué hay de malo en recordar? —replicó Ames, desconcertado.

—Porque el exterior no era tan rugoso y frío como eso, sino cálido y suave. Los ojos miraban con ternura y estaban vivos y los labios de la boca temblaban y eran suaves sobre los míos.

Las líneas de fuerza de Brock palpitaban y se agitaban, palpitaban y se agitaban.

—¡Lo lamento! —dijo Ames—. ¡Lo lamento!

—Me has recordado que en otro tiempo fui mujer y supe amar, que esos ojos hacían algo más que ver y que no había nadie que lo hiciera por mí... y ahora no tengo ojos para hacerlo.

Con violencia, ella añadió una porción de materia a la rugosa y áspera cabeza y dijo:

—Ahora, deja que ellos lo hagan —y desapareció.

Y Ames vio y recordó que en otro tiempo él fue un hombre. La fuerza de su vórtice partió la cabeza en dos y partió a través de las galaxias siguiendo las huellas energéticas de Brock, de vuelta al infinito destino de la vida.

Y los ojos de la destrozada cabeza de Materia aún centelleaban con lo que Brock colocó allí en representación de las lágrimas. La cabeza de Materia hizo lo que los seres energéticos ya no podían hacer y lloró por toda la humanidad y por la frágil belleza de los cuerpos que abandonaron un billón de años atrás.

## Segregacionista (1967)

---

“Segregationist”

El cirujano miró a su interlocutor sin expresión en el rostro.

—¿Está preparado?

—Decir preparado es muy relativo —contestó el médico ingeniero—. Nosotros estamos preparados. Él está nervioso.

—Siempre lo están... Bien, se trata de una operación delicada.

—Delicada o no, debería estar agradecido. Ha sido escogido entre un gran número de pacientes y, francamente, no creo...

—No digas eso —le interrumpió el cirujano—. No nos corresponde a nosotros tomar la decisión.

—La estamos aceptando. ¿Pero acaso estamos de acuerdo?

—Si —contestó el cirujano en tono crispado—. Estamos de acuerdo. Completa e incondicionalmente. Toda la operación es demasiado compleja para abordarla con reservas mentales. Este hombre ha demostrado su mérito de muchas formas y su perfil es idóneo para el Departamento de Mortalidad.

—Está bien —concedió el médico ingeniero, pero sin calmarse.

—Creo que lo veré aquí mismo —dijo el cirujano—. Es un lugar lo bastante pequeño y personal como para que no resulte violento.

—No servirá de nada. Está nervioso y ya ha tomado una decisión.

—¿Ah, sí?

—Si. Quiere metal; siempre quieren metal. —El rostro del cirujano no cambió de expresión. Se miró las manos—. A veces se les puede hacer cambiar de opinión.

—¿Por qué preocuparse? —dijo el médico ingeniero con indiferencia—. Si quiere metal, pues que sea metal.

—¿No te importa?

—¿Por qué debía importarme? —dijo el médico ingeniero casi con brutalidad—. En ambos casos se trata de un problema de ingeniería médica y yo soy médico ingeniero. En ambos casos, puedo llevarlo a cabo. ¿Por qué debería pararme en otras consideraciones?

—Para mí, es una cuestión de oportunidad.

—¡Oportunidad! No puedes utilizar esto como argumento. ¿Qué le importa al paciente si es oportuno o no?

—A mí me importa.

—Estás dentro de una minoría. La tendencia está contra ti. No tienes posibilidad alguna.

—Tengo que intentarlo. —El cirujano, con un rápido gesto de la mano donde no había impaciencia, sino sólo prisa, indicó al médico ingeniero que guardase silencio.

Ya había puesto al corriente a la enfermera y le había indicado cómo actuar. Apretó un botoncito y la puerta de doble batiente se abrió al instante. Entró el paciente en una silla de ruedas con motor y la enfermera lo hizo caminando con paso rápido junto a él.

—Puede marcharse, enfermera, pero espere fuera. La llamaré —dijo el cirujano, para luego hacer un gesto al médico ingeniero, que salió junto a la enfermera y la puerta se cerró detrás de ellos.

El hombre de la silla de ruedas volvió la cabeza para verlos marchar. Su cuello era delgadísimo y había unas finas arrugas alrededor de sus ojos. Estaba recién afeitado y los dedos de sus manos, aferradas firmemente a los brazos de la silla, mostraban unas uñas objeto de una reciente manicura. Se trataba de un paciente de alta prioridad y se le estaba atendiendo con sumo cuidado. Pero en su rostro había una expresión de clara impaciencia.

—¿Vamos a empezar hoy? —preguntó.

El cirujano asintió.

—Esta tarde, senador.

—Si he comprendido bien, harán falta semanas.

—No para la operación en sí, senador. Pero hay que ocuparse de una serie de puntos secundarios. Deben llevarse a cabo algunas renovaciones circulatorias y ajustes hormonales. Son cosas delicadas.

—¿Son peligrosas? —Luego, como si considerase que era necesario establecer una relación amistosa, pero evidentemente contra su voluntad, añadió—: ¿doctor?

El cirujano no prestó atención a los matices de la entonación.

—Todo es muy peligroso —contestó este último de forma terminante—. No nos hemos precipitado a fin de que sea menos peligroso. El momento es el adecuado, se ha unificado la capacidad de muchas personas, el equipo, que hace que este tipo de operaciones esté al alcance de muy pocos...

—Lo sé —interrumpió el paciente con impaciencia—. Me niego a sentirme culpable por ello. ¿O está usted insinuando que hay presiones poco ortodoxas?

—En absoluto, senador. Las decisiones del Departamento jamás han sido cuestionadas. Si pongo de manifiesto la dificultad y complejidad de la operación es únicamente para explicar mi deseo de llevarla a cabo de la mejor forma posible.

—Bien, pues adelante entonces. Yo comparto su deseo.

—En ese caso, debo pedirle que tome una decisión. Podemos colocarle uno de los dos tipos de corazones cibernéticos, de metal o...

—¡Plástico! —dijo el paciente en tono irritado—. ¿No es ésta la alternativa que iba a proponerme, doctor? Plástico barato. No lo quiero. Lo tengo decidido. Lo quiero de metal.

—Pero...

—Escuche, me han dicho que la decisión depende de mí ¿Es así o no?

El cirujano hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Cuando, desde un punto de vista médico, existen dos procesos alternativos de igual valor, la elección depende del paciente. En la práctica, la elección depende del paciente aun cuando los procesos alternativos no tengan el mismo valor, como en este caso.

El paciente entornó los ojos.

—¿Está intentando decirme que el corazón de plástico es mejor?

—Depende del paciente. En mi opinión, en su caso particular, así es. Y preferimos no utilizar el término plástico. Se trata de un corazón cibernético de fibra.

—A mis efectos es plástico.

—Senador —empezó a decir el cirujano con infinita paciencia—, el material no es plástico en el sentido normal de la palabra. Se trata de un material polimérico, cierto, pero un material que es mucho más complejo que el plástico corriente. Es una compleja fibra parecida a la proteína diseñada para imitar, al máximo, la estructura natural del corazón humano que tiene ahora dentro de su pecho.

—Exactamente, y el corazón humano que llevo ahora dentro de mi pecho se ha desgastado a pesar de que todavía no tengo sesenta años. No quiero otro como éste, gracias. Quiero algo mejor.

—Todos queremos algo mejor para usted, senador. El corazón cibernético de fibra es mejor. Tiene una vida potencial de siglos. Es completamente no alergénico...

—¿No es así en el caso del corazón metálico?

—Sí, en efecto —aceptó el cirujano—. El corazón cibernético metálico es de una aleación de titanio que...

—¿Y no se deteriora? ¿Y es más fuerte que el plástico? ¿O que la fibra o como lo quiera llamar?

—Sí, el metal es físicamente más fuerte, pero el punto en cuestión no es la fuerza mecánica. Puesto que el corazón está bien protegido, no se verá usted particularmente beneficiado por su fuerza mecánica. Cualquier cosa susceptible de alcanzar el corazón lo matará por otras razones, incluso si el corazón no se ve afectado.

El paciente se encogió de hombros.

—Si un día me rompo una costilla, me la reemplazarán por una de titanio. Es fácil reemplazar huesos. Está al alcance de cualquiera. Será de metal como yo quiero, doctor.

—Está en su derecho de tomar esta decisión, sin embargo, creo que es mi deber decirle que si bien nunca se ha deteriorado un corazón cibernético metálico por razones mecánicas, si se ha estropeado alguno por motivos electrónicos.

—¿Eso qué significa?

—Significa que todos los corazones cibernéticos contienen un marcapasos como

parte de su estructura. En el caso de la variedad metálica, se trata de un artefacto electrónico que mantiene el ritmo del corazón cibernético. Significa que, para alterar el ritmo cardíaco y que éste se adapte al estado emocional y físico del individuo, se debe incluir toda una serie de equipo en miniatura. De vez en cuando, algo falla allí y hay gente que ha muerto antes de que el fallo hubiese podido ser corregido.

—Nunca había oído hablar de esto.

—Le aseguro que pasa.

—¿Me está diciendo que pasa a menudo?

—En absoluto. Sucede muy raramente.

—Bien, en ese caso, acepto el riesgo. ¿Y qué me dice del corazón de plástico? ¿Acaso no contiene marcapasos?

—Por supuesto, senador. Pero la estructura química del corazón cibernético de fibra es mucho más parecida al tejido humano. Puede responder a los controles iónicos y hormonales del propio cuerpo. El conjunto que hay que introducir es mucho más simple que en el caso del corazón cibernético metálico.

—¿Y el corazón de plástico nunca se descontrola hormonalmente?

—Hasta el momento, ninguno lo ha hecho.

—Porque no han trabajado con ellos el tiempo suficiente. ¿No es así?

El cirujano titubeó.

—Es cierto que los corazones cibernéticos de fibra no se utilizan desde hace tanto tiempo como los metálicos —dijo al cabo de un momento.

—Vaya, vaya... ¿Qué pasa, doctor? ¿Tiene usted miedo de que me convierta en un robot... en un Metal, como los llaman desde que se ha aceptado su ciudadanía?

—No pasa nada malo con los Metales, como tales Metales. Como usted muy bien ha dicho, son ciudadanos. Pero usted no es un Metal. Usted es un ser humano. ¿Por qué no seguir siendo un ser humano?

—Porque yo quiero lo mejor y lo mejor es un corazón de metal. Haga usted lo necesario para que sea así.

El cirujano asintió con un gesto de la cabeza.

—Muy bien. Le pedirán que firme los permisos necesarios y a continuación procederemos a colocarle un corazón de metal.

—¿Y será usted quien realice la operación? Me han dicho que es usted el mejor.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que la operación sea un éxito.

Se abrió la puerta y el paciente salió en su silla de ruedas. Fuera lo estaba esperando la enfermera.

Entró el médico ingeniero y se quedó mirando al paciente por encima del hombro hasta que la puerta se cerró de nuevo. Luego se volvió al cirujano.

—Cuéntame, pues no puedo adivinar lo que ha pasado sólo con mirarte. ¿Qué ha decidido?



El cirujano se inclinó sobre su escritorio y se puso a taladrar los últimos documentos para archivarlos.

—Lo que tú habías predicho. Insiste en que le pongamos un corazón cibernético de metal.

—Al fin y al cabo, son mejores.

—No estoy tan de acuerdo contigo. Lo único que ocurre es que hace mas tiempo que lo utilizamos. Es una manía que se ha apoderado de la Humanidad desde que los Metalos se han convertido en ciudadanos. La gente tiene un extraño deseo de parecerse a los Metalos. Suspira por la fuerza física y la resistencia que se les atribuye.

—No se trata de algo unilateral. Tú no trabajas con Metalos, pero yo sí y por eso lo sé. Los dos últimos que han acudido a mí para ser reparados me han pedido elementos de fibra.

—¿Y tú has accedido?

—En uno de los casos, pues se trataba sólo de cambiar unos tendones y no hay mucha diferencia en que éstos sean de metal o de fibra. El otro quería un sistema sanguíneo o su equivalente. Le dije que no podía hacerlo porque para ello habría que convertir completamente la estructura de su cuerpo en material de fibra. Supongo que algún día se llegará a eso, a hacer Metalos que no sean realmente Metalos, sino una especie de seres de carne y hueso.

—¿Y no te inquieta esta idea?

—¿Por qué no puede llegarse a ello? Y también seres humanos metalizados. En estos momentos tenemos en la Tierra dos variedades de inteligencias, pero por qué tener dos. Dejemos que se acerquen la una a la otra, al final no seremos capaces de ver la diferencia. ¿Por qué íbamos a querer que se notase la diferencia? Tendríamos lo mejor de los dos mundos, las ventajas del hombre combinadas con las del robot.

—Obtendríamos un híbrido —dijo el cirujano en un tono que rayaba en la cólera—. Tendríamos algo que no sería ambos, sino nada. ¿No es lógico pensar que el individuo está demasiado orgulloso de su estructura y de su identidad como para querer que algo extraño las adultere? ¿Querría semejante mestizaje?

—Esta conversación se está convirtiendo en una discusión segregacionista.

—¡Pues que así sea! —dijo el cirujano con un énfasis lleno de calma—. Yo creo en ser lo que uno es. Yo no cambiaría ni una pizca de mi estructura por nada en el mundo. Si fuese completamente necesario cambiar algo de la mía, lo haría, pero siempre que la naturaleza de este cambio se aproximase al máximo al original. Yo soy yo, estoy contento de serlo y no me gustaría ser otra cosa.

Ahora había terminado su tarea y tenía que prepararse para la operación. Metió sus fuertes manos en la estufa y dejó que la incandescencia que las esterilizaría completamente las envolviese. A pesar de sus palabras cargadas de pasión, no había

levantado la voz en ningún momento y en su bruñido rostro de metal no había aparecido (como siempre) expresión alguna.

## ¡Simplemente las invento! (1958)

---

"I Just Make Them Up, See!"

Oh, doctor A...  
Oh, doctor A...  
Quédese aquí,  
no huya de mí.  
Aunque prefiero morir  
a invadir  
su intimidad,  
mi mente siempre barrunta  
y al fin acaba de dar  
con la máxima pregunta.

Esto no es una mofa,  
conteste con decisión.  
Deseche toda aprensión  
y hábleme de su visión.  
¿Dónde halla  
las agallas  
para ideas tan disparatadas?

¿Se trata de indigestión  
y de una derivación  
del mal sueño resultante?  
¿Los ojos desorbitados,  
los dedos agarrotados,  
o la sangre galopante  
con el ritmo apasionado  
de un pulso desenfrenado?

¿O acaso será el licor  
que genera ese escozor?  
Tal vez un martini seco  
le brinde su inspiración,  
u otra combinación  
donde cualquier ingrediente,  
con efectos consiguientes,  
siguiendo un extraño curso  
le ofrece nuevos recursos;  
o tal vez una mixtura,  
marihuana más tequila,

le provoque una apertura  
y le inspire retahílas  
que le dan la sensación  
de que la cosa ha arrancado,  
y su crisma despejada  
se lanza desahogada  
al camino inexplorado.

Pues hay algo, doctor A.,  
que lo vuelve extravagante.  
Yo le leo con unción  
y tengo un interrogante.  
Hágame una descripción  
de esa perversa poción  
de donde emergen sus tramas,  
ese secreto brebaje  
que lo ha vuelto un personaje  
en nuestra ciencia ficción.

Doctor A.,  
quédese aquí...

Oh, doctor A...

Oh, doctor A...

# Notas de rechazo (1959)

---

“Rejection Slips”

## **a - Erudita**

Querido Asimov: Las leyes de la mente  
prueban que la ortodoxia es defectuosa.  
Observe esa ecléctica cláusula kantiana  
que roe con batiente mandíbula antilógica  
los carcomidos e inservibles dientes  
que asoman en buches modernos y imitantes.  
Aquí va su cuento (con exiguo aplauso).  
Las palabras que anteceden nos excusan.

## **b - Brusca**

Querido Isaac: Estaba preparado  
(de veras, realmente entusiasmado)  
para tragarme lo que usted escribiera.  
Pero, Isaac, ¿qué tiene en la mollera?  
Su estilo está cargado de sandeces,  
plagado de chapuzas y ñoñeces.  
Le devuelvo esta bazofia maloliente,  
con un vistazo ya fue suficiente.  
Pero, amigo, no se desaliente,  
que siempre necesito material  
y, venga, no lo hace usted tan mal.

## **c - Amable**

Querido Isaac, muy estimado:  
Tu cuento me pareció sabroso,  
estremecedoramente  
delicioso,  
un dechado  
de toques talentosos.  
Significó para mí toda una noche,  
amigo, de tensión  
y emoción  
a troche y moche  
y colmó la ansiedad  
y el placer  
de suspender

la incredulidad.  
Es trillado,  
aun delicado,  
señalar que contiene deficiencias.  
Nimiedades, naderías  
que nunca deberían  
corroer tu conciencia.  
Pues sin dilación  
aclaro,  
amigo muy estimado,  
que el fin de tu narración  
me ha dejado alborozado  
y colmado de embeleso.

P.D:  
Eso sí, confieso  
(con cierta consternación)  
que el cuento va de regreso.

# **VOLUMEN II: CIENCIA FICCIÓN**

## Introducción

---

En los dos primeros volúmenes de mis cuentos completos (éste es el segundo) reúno más de cincuenta relatos, y todavía quedan muchos más para volúmenes futuros.

Debo admitir que incluso a mí me deja un poco atónito. Me pregunto dónde encontré tiempo para escribir tantos cuentos, considerando que también he escrito cientos de libros y miles de ensayos. La respuesta es que me he dedicado a ello durante cincuenta y dos años sin pausa, de modo que todos estos cuentos significan que ya soy una persona de cierta edad.

Otra pregunta es de dónde saqué las ideas para tantas historias. Me la plantean continuamente.

La respuesta es que, al cabo de medio siglo de elaborar ideas, el proceso se vuelve automático e incontenible.

Anoche me encontraba en la cama con mi esposa y algo me estimuló la imaginación.

—Acaba de ocurrírseme otra historia sobre deseos frustrados —le dije.

—¿Cómo es? —me preguntó.

—Nuestro héroe, que ha sido bendecido con una esposa tremendamente fea, le pide a un genio que le conceda una mujer bella y joven en la cama por las noches. Se le concede el deseo con la condición de que en ningún momento debe tocar, acariciar y ni siquiera rozar el trasero de la joven. Si lo hace, la joven se transformará en su esposa. Cada noche, mientras hacen el amor, él no es capaz de apartar las manos del trasero, y el resultado es que todas las noches se encuentra haciendo el amor con su esposa.<sup>[2]</sup>

Lo cierto es que cualquier cosa me hace pensar en un cuento.

Por ejemplo, estaba revisando las galeradas de un libro mío cuando me llamó el director de una revista. Quería un cuento de ciencia ficción inmediatamente.

—No puedo —le dije—. Estoy liado con unas galeradas.

—Déjalas.

—No.

Colgué. Pero al colgar pensé qué cómodo sería tener un robot que pudiera corregir las galeradas por mí. De inmediato dejé de revisarlas, pues se me había ocurrido un cuento. Lo encontraréis aquí como «Galeote».

Mi cuento favorito en esta compilación es «El hombre bicentenario». Poco antes de iniciarse el año 1976, el del bicentenario de Estados Unidos, una revista me pidió que escribiera un cuento con ese título.

—¿Acerca de qué? —pregunté.

—Acerca de cualquier cosa. Sólo tenemos el título.

Reflexioné. Ningún hombre puede ser bicentenario, pues no vivimos doscientos



años. Podría ser un robot, pero un robot no es un hombre. ¿Por qué no un cuento sobre un robot que desea ser hombre? De inmediato comencé «El hombre bicentenario», que terminó por ganar un premio Hugo y un Nébula.

En cierta ocasión, mi querida esposa Janet tenía un fuerte dolor de cabeza, pero aun así se sintió obligada a prepararle la cena a su amante esposo. Resultó ser una cena exquisita y —como soy un amante esposo— comenté:

—Deberías tener jaquecas más a menudo.

Y ella me arrojó alguna cosa y yo escribí el cuento «Versos luminosos».

Un joven colega murió en 1958 y le hicieron una simpática nota necrológica en el *New York Times*. Fue en aquellos viejos tiempos en que los escritores de ciencia ficción no gozaban de gran notoriedad. Me puse a cavilar si, cuando yo pasara a la gran máquina de escribir del cielo, el *New York Times* se dignaría mencionarme a mí también. Hoy sé que lo hará, pero entonces no lo sabía. Así que tras muchas cavilaciones escribí «Necrológica».

Una vez tuve una discusión acalorada con el director de una revista. Él deseaba que yo introdujera una modificación en un cuento y yo me negaba; no por pereza, sino porque pensaba que estropearía el cuento. Al final, se salió con la suya (como es habitual), pero yo me desquité escribiendo «El dedo del mono», que es una buena descripción de lo que sucedió.

La directora de una publicación me pidió una vez que escribiera un cuento sobre un robot femenino, pues hasta aquel momento todos mis robots eran masculinos. Acepté sin objeciones y escribí «Intuición femenina». Lo que mejor recuerdo de ese cuento es que no entendí que la mujer lo quería para ella. Creí que me estaba dando un consejo desinteresado. En consecuencia, cuando terminé el cuento y otro director me pidió uno con toda urgencia, me dije: Pues ya lo tengo. Y cuando la directora se enteró recibí una lluvia de insultos.

Algunos cuentos surgen cuando otra persona hace un comentario casual. Cuentos tales como «Reunámonos» y «Lluvia, lluvia, aléjate» son ejemplos de ello. No me siento culpable por inspirarme en frases ajenas. Ya que los demás no van a hacer nada con ellas, ¿por qué no usarlas?

Pero lo cierto es que los cuentos surgen de cualquier cosa. Sólo hay que mantener los ojos y los oídos abiertos y la imaginación en marcha. Una vez, durante un viaje en tren, mi primera esposa me preguntó de dónde sacaba las ideas, y respondí:

—De cualquier parte. Puedo escribir un cuento sobre este viaje en tren. —Y comencé a escribir a mano.

Pero ese cuento no figura en este volumen.

ISAAC ASIMOV

## ¡No tan definitivo! (1941)

---

“Not Final!”

Nicholas Orloff se caló el monóculo en el ojo izquierdo con la rectitud británica de un ruso educado en Oxford y dijo en tono de reproche:

—¡Pero, mi querido señor secretario, quinientos millones de dólares!

Leo Birnam se encogió de hombros y echó aún más atrás en la silla su cuerpo delgado.

—Los fondos son necesarios, delegado. El Gobierno del Dominio de Ganimedes está desesperado. Hasta ahora he podido mantenerlo a raya, pero soy sólo secretario de Asuntos Científicos y mis poderes son limitados.

—Lo sé, pero... —Orloff extendió las manos en un ademán de impotencia.

—Me lo imagino —convino Birnam—. Al Gobierno del Imperio le resulta más fácil hacer la vista gorda. Hasta ahora no ha hecho otra cosa. Hace años que intento hacerles comprender la naturaleza del peligro que se cierne sobre todo el sistema, pero parece imposible. No obstante, recurro a usted, señor delegado. Usted es nuevo en su puesto y puede encarar este asunto joveano sin prejuicios de ningún tipo.

Orloff tosió y se miró las puntas de las botas. En los tres meses que llevaba actuando como sucesor del delegado colonial Gridley había dado carpetazo, sin leerlo, a todo lo relacionado con «esos malditos delirios joveanos». Tal actitud concordaba con la política ministerial, que calificó el problema joveano como «asunto cerrado» mucho antes de que él iniciara su gestión.

Pero, dado que Ganimedes había empezado a fastidiar, lo enviaban a él a jovópolis con instrucciones de contener a aquellos «condenados provincianos». Era un asunto feo.

—El Gobierno del Dominio necesita tanto el dinero —señaló Birnam— que si no lo consigue hará público todo el asunto.

Orloff perdió toda su flema y se echó mano al monóculo, que se le caía.

—¡Querido amigo!

—Sé lo que eso significaría y me han aconsejado no hacerlo, pero hay una justificación. Una vez que se revelen los entresijos del asunto joveano, una vez que la gente se entere, el Gobierno del Imperio no durará ni una semana. Y cuando intervengan los tecnócratas nos darán todo lo que pidamos. La opinión pública se encargará de ello.

—Pero también provocarán el pánico y la histeria...

—¡Por supuesto! Por eso vacilamos. Considérelo un ultimátum. Queremos mantener el secreto, necesitamos guardar el secreto; pero más necesitamos el dinero.

—Entiendo. —Orloff estaba pensando a toda prisa y sus conclusiones no eran agradables—. En ese caso, sería aconsejable investigar más. Si usted tiene los papeles

concernientes a las comunicaciones con el planeta Júpiter...

—Los tengo —confirmó secamente Birnam—, y también los tiene el Gobierno del Imperio en Washington. Eso no servirá, delegado. Es lo mismo que los funcionarios terrícolas vienen rumiando desde hace un año y no nos ha llevado a ninguna parte. Quiero que usted me acompañe a la Estación Éter.

El ganimediano se había levantado de la silla y miraba a Orloff fijamente desde su imponente altura.

—¿Se atreve a darme órdenes? —preguntó Orloff, sonrojándose.

—En cierto modo, sí. Insisto, no queda tiempo. Si usted se propone actuar hágalo pronto o no lo haga. —Hizo una pausa y añadió—: Espero que no le importe caminar. Los vehículos de energía no pueden aproximarse a la Estación Éter, por lo general, y aprovecharé la caminata para explicarle la situación. Son sólo tres kilómetros.

—Caminaré —fue la brusca respuesta.

Ascendieron al nivel subterráneo en silencio, que rompió Orloff cuando entraron en la antesala, débilmente iluminada.

—Hace frío aquí.

—Lo sé. Es difícil mantener una buena temperatura tan cerca de la superficie. Pero hará más frío en el exterior. Aquí es.

Birnam abrió la puerta de un armario y le indicó los trajes que colgaban del techo.

—Póngase esto. Lo necesitará.

Orloff palpó el traje con ciertas reservas.

—¿Tienen peso suficiente?

Birnam se puso su traje mientras hablaba.

—Tienen calefacción eléctrica, así que abrigan bastante. Eso es. Meta las perneras dentro de las botas y ajústelas bien.

Se volvió y con un resoplido levantó de un rincón del armario un cilindro de gas doblemente comprimido. Echó una ojeada al cuadrante de lectura y giró la llave de paso. Se oyó el siseo del gas y Birnam lo olfateó con satisfacción.

—¿Sabe manejar esto? —preguntó, mientras enroscaba un tubo flexible de malla metálica, en cuyo otro extremo había un extraño objeto curvo de vidrio grueso y claro.

—¿Qué es?

—¡La máscara de oxígeno! La escasa atmósfera de Ganimedes se compone de argón y de nitrógeno a partes iguales. No es demasiado respirable.

Levantó el cilindro doble en la posición y lo ajustó en el arnés de la espalda de Orloff, haciéndole tambalearse.

—Es pesado. No puedo caminar tres kilómetros con esto encima.

—No pesará ahí fuera. —Birnam señaló con la cabeza hacia arriba y bajó la máscara de vidrio sobre la cabeza de Orloff—. Acuérdesse de inhalar por la nariz y

exhalar por la boca, y no tendrá ningún problema. A propósito, ¿ha comido hace poco?

—Almorcé antes de ir a su casa.

Birnam resopló.

—Bien, es un pequeño inconveniente. —Sacó un estuche de metal del bolsillo y se lo dio al delegado—. Póngase una de esas píldoras en la boca y chúpela constantemente.

Orloff movió con torpeza sus dedos enguantados y al fin logró sacar del estuche una píldora de color marrón y metérsela en la boca. Siguió a Birnam hasta una rampa en declive. El extremo cerrado del corredor se deslizó a ambos lados y hubo un susurro apagado cuando el aire se dispersó por la escasa atmósfera de Ganimedes.

Birnam agarró del codo a su acompañante y prácticamente lo sacó a rastras.

—Le he puesto el tanque al máximo —gritó—. Inhale profundamente y no deje de chupar la píldora.

La gravedad volvió a la normalidad de Ganimedes en cuanto cruzaron el umbral y tras un instante de aparente levitación Orloff sintió que se le revolvía el estómago.

Tuvo una arcada y movió la píldora con la lengua en un desesperado intento de dominarse. La mezcla de los cilindros de aire, rica en oxígeno, le quemaba la garganta; poco a poco Ganimedes se estabilizó. Orloff notó que su estómago se normalizaba. Intentó caminar.

—Tómelo con calma —le recomendó Birnam en tono tranquilizador—. Es una reacción normal las primeras veces en que hay un cambio brusco de gravedad. Camine despacio y rítmicamente, o de lo contrario se caerá. Eso es, lo está logrando.

El suelo parecía elástico. Orloff sentía la presión del brazo del otro, sujetándolo a cada paso para evitar que diera un brinco demasiado alto. Iba dando pasos más largos y más bajos a medida que encontraba el ritmo. Birnam siguió hablando, con la voz un poco sofocada por el barboquejo de cuero que le cubría la boca y la barbilla:

—Cada uno en su mundo. Visité la Tierra hace unos años, con mi esposa, y lo pasé muy mal. No conseguía aprender a caminar por la superficie de un planeta sin usar máscara. Me sofocaba. La luz del sol era demasiado brillante, el cielo demasiado azul y la hierba demasiado verde. Y los edificios estaban en plena superficie. Nunca olvidaré la vez que intentaron hacerme dormir en una habitación que estaba a veinte pisos de altura, con la ventana abierta de par en par y la luna brillando. Me subí en la primera nave espacial que iba en mi dirección y no pienso volver. ¿Cómo se siente ahora?

—¡Magnífico! ¡Espléndido!

Una vez desaparecida la incomodidad inicial, Orloff se sentía estimulado por la baja gravedad. El terreno escabroso, bañado en una luz líquida y amarilla, se encontraba cubierto de arbustos bajos y hojas anchas, que indicaban el pulcro orden

de una parcela cuidada. Birnam le ofreció la respuesta a la pregunta tácita:

—Hay dióxido de carbono suficiente para mantener vivas las plantas y todas tienen capacidad para fijar el nitrógeno de la atmósfera. Por eso, la agricultura es la principal industria de Ganimedes. Esas plantas valen su peso en oro, tanto como los fertilizantes en la Tierra, y duplican o triplican su valor como origen de medio centenar de alcaloides que no se pueden obtener en ninguna otra parte del sistema. Y, desde luego, cualquiera sabe que la hoja-verde de Ganimedes es muy superior al tabaco terrícola.

Un estratocohete zumbó en lo alto, estridente en la escasa atmósfera, y Orloff miró hacia arriba.

Se paró, se paró en seco; y se olvidó de respirar.

Era la primera vez que veía Júpiter en el cielo.

Una cosa era ver la fría y cruda imagen de Júpiter contra el trasfondo de ébano del espacio. A novecientos sesenta mil kilómetros ya era bastante majestuoso; pero en Ganimedes, despuntando por encima de los cerros, con contornos más suaves y desdibujados por la tenue atmósfera, brillando dulcemente en un cielo rojo donde sólo unas estrellas fugitivas se atrevían a competir con el gigante... No había palabras para describirlo.

En principio, Orloff contempló ese disco convexo en silencio. Era gigantesco, treinta y dos veces el diámetro aparente del sol tal como se veía desde la Tierra. Sus franjas destacaban en acuosas pinceladas de color contra el fondo amarillento, y la Gran Mancha Roja aparecía como una salpicadura ovalada y anaranjada cerca del borde occidental.

—¡Es bellissimo! —murmuró.

Leo Birnam también lo miraba, pero su actitud no era de admiración reverente, sino de aburrida rutina ante un espectáculo frecuente, y además expresaba repugnancia. El barboquejo le ocultaba la sonrisa crispada, pero la presión que ejercía sobre el brazo de Orloff dejaba magulladuras a través de la tosca tela del traje.

—Es el espectáculo más horrendo del sistema.

Pronunció esas palabras muy lentamente, y Orloff, de mala gana, volvió su atención hacia él.

—¿Eh? —y añadió con desagrado—: Ah, sí, esos misteriosos joveanos.

El ganimediano se alejó irritado y echó a andar a zancadas de cuatro metros. Orloff lo siguió torpemente, manteniendo el equilibrio con dificultad.

—Aguarde —jadeó.

Pero Birnam no le escuchaba.

—Los terrícolas se pueden permitir el lujo de ignorar Júpiter —masculló con amargura—. No saben nada sobre él. Es apenas un punto en el cielo de la Tierra, una cagadita de mosca. Los terrícolas no viven en Ganimedes, con la presencia de ese

maldito coloso que nos acecha. A quince horas de aquí... y sólo Dios sabe qué oculta en la superficie. Algo que espera y espera y trata de salir. ¡Como una bomba gigantesca a punto de estallar!

—¡Pamplinas! —logró articular Orloff—. Por favor, vaya más despacio. No puedo seguir su ritmo.

Birnam aminoró la marcha.

—Todos saben que Júpiter está habitado —rezongó—, pero prácticamente nadie se detiene a pensar en lo que eso significa. Le aseguro que esos joveanos, sean lo que fueren, han nacido para mandar. ¡Son los amos naturales del sistema solar!

—Pura histeria —murmuró Orloff—. Hace un año que el Gobierno del Imperio oye esas patrañas.

—Y nadie nos escucha. ¡Bien, entérese! Júpiter, descontando el grosor de su colosal atmósfera, tiene ciento treinta mil kilómetros de diámetro. Eso significa que posee una superficie cien veces superior a la terrícola y cincuenta veces mayor que la de todo el Imperio Terrícola. Su población, sus recursos y su potencial bélico siguen esa proporción.

—Meros números...

—Sé a qué se refiere —continuó Birnam, airado—. Las guerras no se libran con números, sino con ciencia y organización. Los joveanos tienen ambas cosas. Durante el cuarto de siglo en que nos hemos comunicado con ellos nos hemos enterado de algunas cosas. Tienen energía atómica y radio, y en un mundo de amoníaco bajo enorme presión (en otras palabras, un mundo donde casi ningún metal puede existir como metal a causa de la tendencia a formar complejos solubles de amoníaco) han logrado construir una compleja civilización. Eso significa que tienen que trabajar con plásticos, vidrios, silicatos y materiales sintéticos de construcción. Eso significa una química tan avanzada como la nuestra, y apostaría a que incluso más avanzada.

Orloff aguardó un poco antes de replicar:

—Pero ¿qué certeza tienen ustedes sobre el último mensaje de los joveanos? En la Tierra ponemos en duda que sean tan belicosos como se los describe.

El ganimediano se rió secamente.

—Interrumpieron todas sus comunicaciones después del último mensaje, ¿verdad? No parece una actitud muy amistosa, ¿no? Le aseguro que hemos hecho todo lo posible por establecer contacto. Pero espere, no hable, déjeme explicarle algo. En Ganimedes, durante veinticinco años, un puñado de hombres se ha deslomado tratando de comprender en nuestros aparatos de radio un conjunto de señales variables, cargadas de estática y distorsionadas por la gravedad, pues eran nuestra única conexión con la inteligencia viva de Júpiter. Se trataba de una tarea para todo un mundo de científicos, pero en la estación sólo contábamos con una veintena. Yo fui uno de ellos desde el principio y, como filólogo, contribuí a construir e interpretar

el código que creamos entre nosotros y los joveanos, así que como ve entiendo de lo que hablo. Fue un trabajo extenuante, Tardamos cinco años en superar las señales aritméticas elementales: tres más cuatro igual a siete; la raíz cuadrada de veinticinco es cinco; el factorial de seis es setecientos veinte. Después de eso, a veces pasaban meses hasta que podíamos elaborar y corroborar una sola idea mediante nuevas comunicaciones. Pero, y esto es lo importante, cuando los joveanos interrumpieron las relaciones los comprendíamos plenamente. No había ya probabilidades de error en la interpretación, así como no es probable que Ganimedes se aleje repentinamente de Júpiter. Y el último mensaje era una amenaza y una promesa de destrucción. No hay duda. ¡No hay la menor duda!

Atravesaban un pasaje en el que una oscuridad fría y húmeda reemplazaba a la amarilla luz de Júpiter. Orloff estaba perturbado. Nunca le habían presentado la situación de esa manera.

—¿Pero qué razones les dimos para...?

—¡Ninguna! Era simplemente esto: ellos descubrieron por nuestros mensajes, y no sé dónde ni cómo, que nosotros no éramos joveanos.

—Pues claro.

—Para ellos no estaba tan claro. En sus experiencias jamás se habían topado con inteligencias que no fueran joveanas. ¿Por qué iban a hacer una excepción en favor de quienes están en el espacio exterior?

—Usted dice que eran científicos —observó Orloff con voz glacial—. ¿No comprenderían que un entorno distinto engendra una vida distinta? Nosotros lo sabíamos. Nunca pensamos que los joveanos fueran terrícolas, aunque nunca nos habíamos topado con inteligencias ajenas a la Tierra.

De nuevo se hallaban bajo la líquida luz de Júpiter, y una extensión de hielo relucía con tonos ambarinos en una depresión a la derecha.

—Dije que eran químicos y físicos, no que fuesen astrónomos. Júpiter, mi querido delegado, tiene una atmósfera de casi cinco mil kilómetros de espesor y esos kilómetros de gas bloquean todo, excepto el sol y las cuatro mayores lunas de Júpiter. Los joveanos no saben nada sobre entornos distintos.

Orloff reflexionó.

—Conque decidieron que éramos alienígenas. ¿Y bien?

—Si no somos joveanos, para ellos no somos gente, de modo que un no joveano era un “bicho» por definición. —Birnam impidió la inmediata objeción de Orloff—. He dicho que para ellos éramos bichos, y lo somos. Más aún, somos bichos que tienen el descaro de querer tratar con joveanos, es decir, con seres humanos. El último mensaje decía, palabra por palabra: «Los joveanos son los amos. No hay lugar para las sabandijas. Os destruiremos de inmediato.» Dudo que ese mensaje contuviera ninguna hostilidad, era simplemente una declaración fría. Pero hablan en serio.

—¿Y por qué?

—¿Por qué el hombre exterminó la mosca doméstica?

—Vamos, no habla en serio al citarme esa analogía.

—Pues sí, ya que los joveanos nos consideran moscas, unas moscas insufribles que se atreven a aspirar a la inteligencia.

Orloff hizo un último intento.

—Pero, señor secretario, parece imposible que una forma de vida inteligente adopte semejante actitud.

—¿Está usted familiarizado con muchas formas de vida inteligente, aparte de la nuestra? —replicó Birnam, con sarcasmo—. ¿Se siente competente para juzgar la psicología joveana? ¿Tiene idea de lo distintos que deben de ser físicamente los joveanos? Piense tan sólo en un mundo con una gravedad dos veces y media superior a la terrícola, con océanos de amoníaco, océanos a los que se podría arrojar la Tierra entera sin provocar siquiera una salpicadura considerable, y con una gravedad colosal que le impone densidades y presiones de superficie que hacen que las simas submarinas de la Tierra parezcan por comparación un vacío medio penetrable. Hemos procurado deducir qué clase de vida podría existir en esas condiciones y hemos desistido. Es absolutamente incomprensible. ¿Espera usted, pues, que su mentalidad sea comprensible? ¡Jamás! Acepte las cosas tal como son. Se proponen destruirnos. Eso es todo lo que sabemos y todo lo que necesitamos saber. —Levantó su mano enguantada y señaló con un dedo—. Allí está la Estación Éter.

Orloff giró la cabeza.

—¿En el subsuelo?

—¡Por supuesto! Todo, excepto el observatorio, que es esa cúpula de acero y cuarzo de la derecha, la pequeña.

Se habían detenido ante dos grandes rocas que flanqueaban un terraplén, y desde detrás de cada una de ellas un soldado, con máscara de oxígeno y el uniforme naranja de Ganimedes, se acercó a ambos con las armas preparadas.

Birnam mostró su rostro a la luz de Júpiter y los soldados se cuadraron y le cedieron el paso. Uno de ellos bramó una orden en su micrófono de la muñeca. Una entrada camuflada se abrió entre las rocas y Orloff siguió al secretario hacia la cámara de presión.

El terrícola echó una última ojeada al acechante Júpiter antes de que la puerta se cerrara.

Ya no parecía tan hermoso.

Orloff no se sintió de nuevo normal hasta que se hubo apoltronado en el mullido sillón del despacho del doctor Edward Prosser. Con un suspiro de alivio, se acomodó el monóculo bajo la ceja.

—¿Le molestará al doctor Prosser que yo fume aquí mientras esperamos? —



preguntó.

—Adelante —le dijo Birnam—. Si por mí fuese traería a Prosser a rastras sin demora, pero es un individuo extraño. Hablará más si aguardamos a que esté dispuesto.

Sacó del estuche una barra torcida de tabaco verdoso y mordió la punta con violencia. Orloff sonrió a través del humo de su cigarrillo.

—No me molesta esperar. Tengo algo que decirle. Como comprenderá, señor secretario, por un momento me dio escalofríos, pero a fin de cuentas, aunque los joveanos tengan intenciones de causarnos daño cuando lleguen a nosotros, lo cierto es que no pueden llegar hasta nosotros.

Había espaciado con énfasis las últimas palabras.

—Una bomba sin detonador, ¿eh?

—¡Exacto! Es tan simple que no vale la pena hablar de ello. Reconocerá usted, supongo, que no hay modo de que los joveanos puedan salir de Júpiter.

—¿Ningún modo? —preguntó Birnam con tono socarrón—. ¿Quiere que analicemos ese tema? —Miró fijamente la roja brasa del cigarro—. Es muy común afirmar que los joveanos no pueden salir de Júpiter. La prensa sensacionalista de la Tierra y de Ganimedes le ha dado pábulo a ese hecho y se han dicho muchas sandeces sentimentaloides sobre las desdichadas inteligencias que están ancladas irrevocablemente a la superficie y deben observar el universo sin alcanzarlo. Pero ¿qué retiene a los joveanos en su planeta? ¡Dos factores! ¡Eso es todo! El primero es el inmenso campo gravitatorio de Júpiter. Dos gravedades terrícolas y media.

Orloff asintió con la cabeza.

—¡Un buen problema!

—Y el potencial gravitatorio de Júpiter es peor aún, pues a causa de su gran diámetro la intensidad del campo gravitatorio decrece con la distancia a sólo una décima parte de la rapidez con que decrece el campo terrícola. Es un problema tremendo..., pero lo han resuelto.

Orloff se enderezó en el asiento.

—¿Cómo?

—Tienen energía atómica. La gravedad, aunque sea la de Júpiter, no representa nada uría vez que uno se pone a trabajar en los inestables núcleos atómicos.

Orloff aplastó el cigarrillo con nerviosismo.

—Pero la atmósfera...

—Sí, eso los detiene. Están viviendo en el fondo de un océano atmosférico de casi cinco mil kilómetros, donde la presión comprime el hidrógeno hasta darle casi la densidad del hidrógeno sólido. Conserva el estado gaseoso porque la temperatura de Júpiter está por encima del punto crítico del hidrógeno, pero imagínese una presión capaz de transformar el hidrógeno en algo con la mitad de peso que el agua. Le

sorprendería la cantidad de ceros que se necesitan. Ninguna nave espacial, de metal o de otro tipo de materia, resistiría tamaña presión. Ninguna nave terrícola puede descender a Júpiter sin quedar triturada como una cáscara de huevo, y ninguna nave joveana puede abandonar Júpiter sin estallar como una pompa de jabón. Ese problema aún no está resuelto, pero algún día lo resolverán. Tal vez lo resuelvan mañana, tal vez dentro de un siglo o de un milenio. No lo sabemos, pero cuando lo resuelvan nos llevarán ventaja. Y se puede resolver.

—No veo cómo...

—¡Con campos de fuerza! Nosotros los tenemos.

—¡Con campos de fuerza! —Orloff parecía francamente estupefacto, y masculló la palabra una y otra vez—. Los usan como escudo contra los meteoritos las naves que operan en la zona de los asteroides; pero no sé cómo se aplicarían al problema joveano.

—El campo de fuerza común —explicó Birnam— es una débil y enrarecida zona de energía que se extiende a más de ciento cincuenta kilómetros en torno de la nave. Detiene los meteoritos, pero resulta vacío como éter para objetos del tipo de las moléculas de gas. Ahora bien, ¿qué pasaría si se tomara esa misma zona de energía y se la comprimiera, dándole un grosor de unos dos o tres milímetros? Pues que las moléculas rebotarían como pelotas. Y si se usaran generadores más potentes, que comprimieran el campo hasta un cuarto de milímetro, las moléculas rebotarían aun cuando estuvieran bajo la increíble presión de la atmósfera de Júpiter, y si se construyera una nave en su interior...

Dejó la frase en el aire. Orloff estaba pálido.

—¿Quiere decir que es posible lograrlo?

—Le apostaría cualquier cosa a que los joveanos están intentándolo. Y nosotros también, aquí en la Estación Éter.

El delegado colonial acercó su silla a la de Birnam y puso su mano en la muñeca del ganimediano.

—Por qué no podemos atacar Júpiter con bombas atómicas? Me refiero a infligirles un castigo. Con esa gravedad y con tanta superficie no podemos errar.

Birnam sonrió.

—Hemos pensado en eso. Pero las bombas atómicas no harían más que abrir orificios en la atmósfera. Y aunque lográramos penetrar, divida la superficie de Júpiter por la superficie afectada por una sola de las bombas y hallará cuántos años necesitaríamos bombardear ese planeta, a un ritmo de una bomba por minuto, para conseguir daños significativos. ¡Júpiter es enorme! ¡No lo olvide! —Se le había apagado el puro, pero no hizo una pausa para encenderlo, sino que continuó con voz baja y tensa—: No, no podemos atacar a los joveanos mientras permanezcan en Júpiter. Debemos esperar a que salgan, y cuando lo hagan nos aventajarán en número.

Una ventaja tremenda, sobrecogedora; así que nosotros tendremos que aventajarlos con nuestra ciencia.

—¿Pero cómo podemos saber de antemano lo que van a conseguir? — interrumpió Orloff, con un tono de fascinado horror.

—De ninguna manera. Así que tenemos que perfeccionar todos los recursos posibles y esperar lo mejor. Pero sí sabemos algo que van

a tener, y eso es los campos de fuerza. No podrán salir sin ellos. Y si ellos los tienen nosotros también debemos tenerlos, y ése es el problema que intentamos resolver aquí. No nos garantizarán la victoria, pero sin ellos la derrota es segura. Bien, ya sabe por qué necesitamos el dinero y... algo más. Queremos que la Tierra misma se ponga manos a la obra. Hay que iniciar una campaña para contar con armamento científico y subordinar todo lo demás a ese propósito. ¿Entiende?

Orloff se había puesto de pie.

—Bírnám, estoy con usted, al ciento por ciento. Cuente con mi respaldo en Washington.

Su sinceridad era inequívoca. Birnam aceptó la mano tendida y se la estrechó. En ese momento un hombrecillo entró en la oficina.

El recién llegado habló a borbotones y dirigiéndose únicamente a Birnam.

—¿De dónde sale usted? Estaba tratando de ponerme en contacto. La secretaria me dice que no está y, cinco minutos después, aparece aquí. No lo entiendo.

Se ocupó en las cosas de su escritorio. Birnam sonrió.

—Si tiene un minuto, doctor, salude al delegado colonial Orloff.

El doctor Edward Prosser se irguió como un bailarín de ballet y miró al terrícola de arriba abajo.

—El nuevo, ¿eh? ¿Recibiremos dinero? Lo necesitamos. Estamos trabajando con bajo presupuesto. Aunque tal vez no necesitemos nada. Todo depende.

Volvió a sus cosas. Orloff parecía desconcertado, pero Birnam le guiñó el ojo y Orloff se contentó con mirarlo inexpresivamente a través del monóculo.

Prosser sacó de un cajón una libreta de cuero negro, se desplomó en su silla giratoria y dio una vuelta.

—Me alegra que haya venido, Birnam —dijo, hojeando la libreta—. Tengo algo que mostrarle, a usted y también al delegado Orloff.

—¿Por qué nos hizo esperar? —preguntó Birnam—. ¿Dónde estaba?

—¡Ocupado! ¡Ocupadísimo! Llevo tres noches sin dormir. —Levantó la vista, y su rostro pequeño y arrugado se sonrojó de placer—. Todo se aclaró de golpe. Como un rompecabezas. Nunca había visto nada igual. Nos tenía en vilo, se lo aseguro.

—¿Tiene ya esos campos de fuerza densos que está buscando? —se interesó Orloff con repentino entusiasmo.

—No, eso no —respondió Prosser, con fastidio—. Es otra cosa.

Vengan conmigo. —Miró su reloj y se levantó de un brinco—. Tenemos media hora. En marcha.

Un vehículo eléctrico aguardaba fuera y Prosser no cesó de hablar mientras conducía ese aparato zumbón por las rampas que descendían a las profundidades de la Estación Éter.

—¡Teoría! —exclamó—. ¡Teoría! Eso es lo importante. Un técnico trabaja en un problema. A tontas y a locas. Pierde siglos. No llega a nada. Va al azar de un lado a otro. Un verdadero científico, en cambio, recurre a la teoría. Deja que la matemática resuelva sus problemas.

Estaba desbordante de satisfacción. El vehículo se detuvo de golpe ante una enorme puerta doble y Prosser bajó de un brinco. Los otros dos lo siguieron con paso más tranquilo.

—¡Por aquí, por aquí! —indicó Prosser.

Abrió la puerta, recorrió el pasillo y subió por una escalera angosta hasta un pasaje estrecho que rodeaba una vasta sala de tres niveles. Orloff comprendió que esos dos niveles elipsoides, llenos de tuberías de cuarzo y acero, constituían un generador atómico. Se ajustó el monóculo y observó la febril actividad de abajo. Un hombre con auriculares, sentado en un taburete ante una mesa de control llena de interruptores, miró hacia arriba y saludó. Prosser le devolvió el saludo.

—¿Aquí crean sus campos de fuerza? —quiso saber Orloff.

—¡Correcto! ¿Alguna vez ha visto uno?

—No. —El delegado sonrió tímidamente—. Ni siquiera sé qué es, lo único que sé es que se puede usar como escudo contra meteoritos.

—Es muy simple. Materia elemental. Toda la materia se compone de átomos, los cuales permanecen unidos mediante fuerzas interatómicas. Sacamos los átomos. Dejamos las fuerzas interatómicas. Eso es un campo de fuerza.

Orloff se quedó desconcertado, y Birnam se rió guturalmente, rascándose la oreja.

—Esa explicación me recuerda nuestro método ganimediano para suspender en el aire un huevo a uno o dos kilómetros de la superficie. Es así: se busca una montaña que tenga esa altura, se pone el huevo encima, se deja el huevo allí y se retira la montaña. Eso es todo.

El delegado colonial echó atrás la cabeza para reírse, pero el irascible doctor Prosser frunció los labios reprobatoriamente.

—Venga, venga. Basta de bromas. Los campos de fuerza son un asunto serio. Tenemos que estar preparados para recibir a los joveanos.

Un zumbido repentino y crispante hizo que Prosser se apartara de la barandilla.

—Rápido, póngase detrás de esa pantalla protectora —murmuró—.

El campo de veinte milímetros está subiendo. Radiación peligrosa. El zumbido se amortiguó hasta casi desaparecer y los tres salieron de nuevo al pasillo. No se notaba

ningún cambio, pero Prosser pasó la mano por encima de la barandilla y dijo:

—¡Siéntanlo!

Orloff extendió un dedo con cautela, abrió la boca y apoyó la palma de la mano. Era como empujar contra una goma suave y esponjosa o contra resortes de acero superflexibles.

Birnam también lo intentó, y le comentó a Orloff:

—Es lo mejor que hemos logrado, ¿verdad? Una pantalla de veinte milímetros puede albergar una atmósfera de una presión de veinte milímetros de mercurio contra un vacío sin que haya filtraciones.

El comisionado asintió con la cabeza.

—¡Entiendo! Se necesitaría una pantalla de setecientos sesenta milímetros para albergar la atmósfera de la Tierra.

—¡Sí! Eso sería una pantalla de una atmósfera. Bien, Prosser, ¿por esto estaba tan excitado?

—¿Por la pantalla de veinte milímetros? Claro que no. Puedo subir hasta doscientos cincuenta milímetros usando el pentasulfato de vanadio activado en la desintegración de praseodimio. Pero no es necesario. Un técnico lo haría, y el lugar saltaría por los aires; pero el científico verifica la teoría y va con cuidado. —Parpadeó—. Ahora estamos endureciendo el campo. ¡Observen!

—¿Nos ponemos detrás de la pantalla?

—Esta vez no es necesario. La radiación es peligrosa sólo al principio.

Recomenzó el zumbido, aunque no tan fuerte como antes. Prosser le gritó al hombre de la consola y la única respuesta fue un ademán con la mano extendida. Luego, el hombre de los controles agitó un puño.

—¡Hemos pasado los cincuenta milímetros! —exclamó Prosser—. ¡Sientan el campo!

Orloff extendió la mano y palpó con curiosidad. La goma esponjosa se había endurecido. Trató de pellizcarla entre el pulgar y el índice, tan perfecta era la ilusión, pero la “goma» se disolvió en aire.

Prosser chistó con impaciencia.

—No hay resistencia en ángulo recto. Mecánica elemental.

El hombre de los controles gesticulaba de nuevo.

—Más de setenta —explicó Prosser—. Ahora vamos más despacio. El punto crítico está en 83,42.

Se asomó por la barandilla y alejó con los pies a los otros dos.

—¡Apártense! ¡Peligro! —Y luego vociferó—: ¡Cuidado! ¡El generador está pegando sacudidas!

El ronco zumbido se elevaba y el hombre de los controles movía frenéticamente los interruptores. Desde el corazón de cuarzo del generador atómico, el sombrío

fulgor rojo de los átomos que estallaban resplandecía peligrosamente.

Hubo una pausa en el zumbido, un rugido reverberante y una detonación de aire que arrojó a Orloff contra la pared.

Prosser corrió hacia él. Tenía un corte encima del ojo.

—¿Está herido? ¿No? ¡Bien, bien! Esperaba algo parecido. Debí haberle avisado. Bajemos. ¿Dónde está Birnam?

El alto ganamediano se levantó del suelo y se alisó la ropa.

—Aquí estoy. ¿Qué estalló?

—No ha estallado nada. Algo cedió. Venga, bajemos.

Se enjugó la frente con un pañuelo y los condujo abajo.

El hombre de los controles se quitó los auriculares y bajó del taburete. Parecía cansado, y su rostro sucio estaba grasiento por la transpiración.

—Esa maldita cosa llegó a 82,6, jefe. Casi me pilló.

—Conque sí, ¿eh? —gruñó Prosser—. Dentro de ciertos márgenes de error, ¿no? ¿Cómo está el generador? ¡Eh, Stoddard!

El técnico en cuestión contestó desde su puesto:

—El tubo 5 se ha fundido. Tardaremos dos días en reemplazarlo.

Prosser se giró satisfecho.

—Funcionó. Tal como pensábamos. Problema resuelto, caballeros. Adiós a las preocupaciones. Regresemos a mi despacho. Quiero comer. Y luego dormir.

No volvió a hablar del asunto hasta que estuvo una vez más detrás del escritorio de su despacho, y entonces habló mientras engullía un sándwich de hígado con cebolla.

—¿Recuerda el trabajo sobre tensión espacial en junio? —le preguntó a Birnam—. Fallaba, pero insistimos. Finch obtuvo una pista la semana pasada y yo la desarrollé. Todo encajó de golpe. A la perfección. Nunca había visto nada semejante.

—Continúe —dijo Birnam, con calma, pues conocía a Prosser demasiado bien como para demostrar impaciencia.

—Usted vio lo que sucedió. Cuando un campo llega a 83,42 milímetros, se vuelve inestable. El espacio no soporta la tensión. Sufre un colapso y el campo estalla. ¡Bum!

Birnam abrió la boca, y los brazos del sillón de Orloff crujieron bajo una presión repentina. Hubo un momento de silencio, y Birnam habló, temblándole la voz:

—¿Dice usted que los campos de fuerza más fuertes son imposibles?

—Son posibles. Se pueden crear. Pero cuanto más densos más inestables. Si yo hubiera activado el campo de doscientos cincuenta milímetros, habría durado una décima de segundo. Luego, ¡pum! ¿Habría volado la estación! ¡Conmigo incluido! Un técnico lo habría hecho, pero un científico se vale de la teoría. Trabaja con cuidado, como hice yo. Y no hay daños.

Orloff se guardó el monóculo en el bolsillo del chaleco.

—Pero si un campo de fuerza es lo mismo que las fuerzas ínteratómicas —apuntó tímidamente—, ¿por qué el acero está unido por una fuerza interatómica tan fuerte y no deforma el espacio? Algo falla ahí.

Prosser lo miró molesto.

—No falla nada. La fuerza crítica depende de la cantidad de generadores. En el acero, cada átomo es un generador de campos de fuerza. Eso significa trescientos mil millones de billones de generadores por cada treinta gramos de materia, si pudiéramos usar tantos. Siendo como es, el límite en la práctica sería de cien generadores, lo cual eleva el punto crítico a sólo noventa y siete, aproximadamente. —Se puso de pie y continuó con repentino fervor—: No. El problema ya no existe. No es posible crear un campo de fuerza capaz de albergar la atmósfera de la Tierra durante más de una centésima de segundo. Para qué hablar de la atmósfera joviana. Las frías cifras lo afirman, respaldadas por la experimentación. ¡El espacio no lo soporta! Que los jovianos se esfuercen. ¡No pueden salir! ¡Es definitivo! ¡Definitivo!

—Señor secretario —dijo Orloff—, ¿puedo enviar un espaciograma desde la estación? Quiero informar a la Tierra de que regresaré en la próxima nave y de que el problema joviano está resuelto para siempre.

Birnam no contestó, pero el alivio transfiguraba los enjutos rasgos de su rostro mientras estrechaba la mano del delegado colonial.

Y el doctor Prosser repitió, moviendo la cabeza como un pájaro:

—¡Definitivo!

Hal Tuttle miró al capitán Everett de la Transparente, la nave espacial más flamante de Líneas Cometa, cuando entró en la sala de observación de proa.

—Acaba de llegar un espaciograma de la central de Tucson —dijo el capitán—. Debemos recoger al delegado colonial Orloff en Jovópolis, Ganimedes, y llevarlo a la Tierra.

—Bien. ¿No hemos avistado ninguna nave?

—No, no. Estamos lejos de los itinerarios regulares. La primera noticia que el sistema tendrá de nosotros será cuando la Transparente descienda en Ganimedes. Esto va a ser lo más sensacional en viajes espaciales desde el primer viaje a la Luna. —De pronto bajó la voz—: ¿Qué ocurre, Hal? Este triunfo es tuyo, a fin de cuentas.

Hal Tuttle miró a la negrura del espacio.

—Supongo que sí. Diez años de trabajo, Sam. Perdí un brazo y un ojo en esa primera explosión, pero no lo lamento. La reacción fue lo que me dio impulso. El problema. está resuelto. Es el fin del trabajo de toda mi vida.

—Y el fin de todas las naves de acero del sistema.

Tuttle sonrió.

—Sí. Cuesta comprenderlo, ¿eh? —Señaló hacia fuera—. ¿Ves las estrellas?

Forman parte del tiempo, no hay nada entre ellas y nosotros. Me causa una cierta inquietud —dijo pensativo—. He trabajado nueve años para nada. No soy un teórico, así que no sabía adónde me dirigía; simplemente lo intentaba todo. Probé con demasiada fuerza y el espacio no lo resistió. Me costó un brazo y un ojo, y comencé de nuevo.

El capitán Everett asestó un puñetazo en el casco, ese casco a través del cual las estrellas brillaban sin obstáculos. Se oyó el golpe blando de la carne contra una superficie dura, pero la pared invisible no sufrió ninguna alteración.

Tuttle asintió con la cabeza y observó:

—Es bastante sólida, y eso que la intermitencia es de ochocientas mil veces por segundo. La lámpara estroboscópica me dio la idea. Ya sabes, relampaguean con tal rapidez que crean la ilusión de una iluminación fija. Lo mismo ocurre con el casco: no permanece en funcionamiento el tiempo suficiente para colapsar el espacio; no permanece quieto el tiempo suficiente para que haya filtración atmosférica. Y el efecto final es una fortaleza superior a la del acero. —Hizo una pausa y añadió lentamente—: Y es imposible predecir hasta dónde se puede llegar. Aceleraremos el efecto de intervalo. Haremos que la intermitencia del campo sea de millones de veces por segundo, de miles de millones de veces. Podemos obtener campos tan fuertes como para albergar una explosión atómica. ¡El trabajo de toda mi vida!

El capitán Everett le dio una palmada en el hombro.

—¡Anímate, hombre! Piensa en el descenso en Ganimedes. ¡Qué diablos! Habrá mucha publicidad. Piensa en el rostro de Orloff, por ejemplo, cuando descubra que será el primer pasajero de la historia que viaje en una nave espacial con un casco de campo de fuerza. ¿Cómo crees que se sentirá?

Hal Tuttle se encogió de hombros.

—Supongo que se sentirá complacido.



# La novatada (1942)

---

“The Hazing”

La Universidad de Arcturus, en el segundo planeta de Arcturus, Erón, es un lugar tedioso durante las vacaciones de mitad de año y además hace calor, de modo que Myron Tubal, estudiante de segundo año, estaba aburrido e incómodo. Por quinta vez ese día, echó un vistazo a la sala de estar, en un desesperado intento de encontrar un conocido, y se alegró de ver a Bill Sefan, un joven de piel verdosa, procedente del quinto planeta de Vega.

Sefan, como Tubal, había suspendido en biosociología y se quedaba durante las vacaciones con el fin de prepararse para un examen. Esas cosas crean fuertes lazos entre los estudiantes.

Tubal gruñó un saludo, dejó caer su cuerpo enorme y lampiño —era nativo del Sistema de Arcturus— en la silla más grande y dijo:

—¿Has visto a los nuevos?

—¿Ya? ¡Pero si faltan seis semanas para que comience el semestre!

Tubal bostezó.

—Estos estudiantes son especiales. Forman la primera tanda del Sistema Solariano. Son diez.

—¿Sistema Solariano? ¿Te refieres a ese nuevo sistema que se unió a la Federación Galáctica hace tres o cuatro años?

—El mismo. Creo que la capital es un mundo llamado Tierra.

—Bien, ¿y qué pasa con ellos?

—Pues nada, que están ahí, eso es todo. Algunos tienen pelo sobre el labio superior, y es bastante ridículo. Por lo demás, son como cualquiera de las otras doce, más o menos, razas de humanoides.

Se abrió la puerta y entró corriendo el pequeño Wri Forase. Era del único planeta de Deneb, y el vello corto y gris que le cubría la cabeza y el rostro se le erizaba agitado, mientras que sus grandes ojos rojos relucían por la excitación. Les dijo a media voz:

—Oye, ¿habéis visto a los terrícolas?

Sefan suspiró.

—¿Nadie piensa cambiar de tema? Tubal me estaba hablando de eso.

—¿De veras? —Forase parecía defraudado—. ¿Pero te ha dicho que ésta era esa raza anormal que causó tanto revuelo cuando el Sistema Solariano ingresó en la Federación?

—A mí me parecieron normales —señaló Tubal.

—No hablo en el sentido físico. Me refiero al aspecto mental. ¡Psicología! ¡Eso es lo importante!

El pensaba ser psicólogo.

—¡Ah, eso! ¿Qué hay de malo?

—La psicología de masas de esa raza está totalmente trastocada —barbotó Forase—. En vez de volverse menos emocionales con el número, como ocurre con todos los humanoídes conocidos, se vuelven más emocionales. En grupo, esos terrícolas son presa del pánico y enloquecen. Cuantos más hay, peor es. Lo juro, incluso inventamos una nueva notación matemática para abordar el problema. ¡Mirad!

Sacó la libreta y la pluma con un rápido movimiento, pero Tubal puso su mano encima, antes de que el otro llegara a escribir un solo trazo, y exclamó:

—¡Eh, se me ocurre una idea sensacional!

—Ya verás —masculló Sefan.

Tubal lo ignoró. Sonrió y se frotó pensativamente la calva con la mano.

—Escuchad —dijo con repentino entusiasmo, y su voz descendió a un susurro conspiratorio.

Albert Williams, natural de la Tierra, se agitó en sueños y sintió el contacto de un dedo entre la segunda y la tercera costilla. Abrió los ojos, movió la cabeza, miró con cara de tonto y se quedó boquiabierto, se incorporó y buscó el interruptor de la luz.

—No te muevas —dijo la figura fantasmal que había junto a la cama.

Se oyó un chasquido leve y el terrícola se encontró bañado por el haz perlado de una linterna de bolsillo. Parpadeó.

—¿Quién demonios eres?

—Levántate —le ordenó impasible la aparición—. Vístete y acompáñame.

Williams sonrió desafiante.

—Trata de obligarme.

No hubo respuesta, pero el haz de la linterna se desplazó ligeramente para alumbrar la otra mano del fantasma. Empuñaba un «látigo neurónico», esa pequeña arma tan agradable que paraliza las cuerdas vocales y estruja los nervios en nudos de dolor. Williams tragó saliva y se levantó de la cama.

Se vistió en silencio.

—De acuerdo, ¿qué hago ahora? —preguntó.

El reluciente «látigo» hizo un gesto y el terrícola se encaminó hacia la puerta.

—Sigue andando —dijo el desconocido.

Williams salió de la habitación, recorrió el pasillo y bajó ocho pisos sin atreverse a mirar atrás. Una vez en el campus se detuvo y sintió el contacto del metal en la espalda.

—¿Sabes dónde está el edificio Obel?

Asintió con la cabeza y echó a andar. Dejó atrás el edificio Obel, dobló por la avenida de la Universidad y casi un kilómetro después se apartó de la calzada y atravesó la arboleda. Una nave espacial se perfilaba en la oscuridad, con las

compuertas cubiertas por cortinas y sólo una luz tenue donde la cámara de aire mostraba una rendija.

—¡Entra!

Fue empujado por un tramo de escalera hasta el interior de un cuarto pequeño. Parpadeó, miró en torno y contó en voz alta:

—... siete, ocho, nueve y diez. Nos tienen a todos, supongo.

—No es una suposición —gruñó Eric Chamberlain—. Es una certeza. —Se estaba frotando la mano—. Hace una hora que estoy aquí.

—¿Qué te pasa en la mano? —le preguntó WíWams.

—Se me torció contra la mandíbula de esa rata que me trajo aquí. Es duro como el casco de una nave.

Williams se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y apoyó la cabeza en la pared.

—¿Alguien tiene idea de qué significa esto?

—¡Secuestro! —exclamó el pequeño Joey Sweeney. Le castañeteaban los dientes.

—¿Para qué? —bufó Chamberlain—. Si alguno de nosotros es millonario no me he enterado. ¡Yo no lo soy, desde luego!

—Bien —los apaciguó Williams—, no perdamos la cabeza. El secuestro queda descartado. Estos tipos no pueden ser delincuentes. Cabe pensar que una civilización que ha desarrollado la psicología tanto como esta Federación Galáctica sería capaz de eliminar el delito sin esfuerzo.

—Son piratas —rezongó Lawrence Marsh—. No lo creo, pero es una sugerencia.

—¡Pamplinas! —rechazó Williams—. La piratería es un fenómeno de la frontera. Hace decenas de milenios que esta región del espacio está civilizada.

—No obstante, tenían armas —insistió Joe—, y eso no me gusta.

Se había dejado las gafas en su habitación y miraba en torno con la ansiedad del miope.

—Eso no significa mucho —replicó Williams—. Vamos a ver, he estado pensando. Aquí estamos todos; diez estudiantes recién llegados a la Universidad de Arcturus. En nuestra primera noche, nos sacan misteriosamente de nuestras habitaciones para traernos a esta extraña nave. Eso me sugiere algo. ¿Qué opináis?

Sidney Morton levantó la cabeza y dijo con voz somnolienta:

—Yo también he pensado en ello. Me parece que nos espera una buena novatada. Señores, creo que los estudiantes locales se están divirtiendo a nuestra costa.

—Exacto —convino Williams—. ¿Alguien tiene otra idea? —Silencio—. Pues bien, entonces sólo nos queda esperar. Por mi parte trataré de seguir durmiendo. Que me despierten si me necesitan. —Se oyó un chirrido y Williams perdió el equilibrio—. Vaya, hemos despegado. Quién sabe hacia dónde.

Poco después, Bill Sefan vaciló un instante antes de entrar en la sala de control.

Se encontró con un excitado Wri Forase.

—¿Cómo anda todo? —preguntó el denebiano.

—Fatal —contestó Sefan—. Si son presa del pánico que me cuelguen. Se están durmiendo.

—¿Durmiendo? ¿Todos? ¿Pero qué decían?

—¿Cómo saberlo? No hablaban en galáctico y yo no entiendo ni jota de esa infernal jerigonza extranjera.

Forase alzó las manos con disgusto.

—Escucha, Forase —intervino Tubal—, me estoy perdiendo una clase de biosociología, un lujo que no puedo permitirme. Tú garantizaste la psicología de esta travesura. Si resulta ser un fiasco, no me hará ninguna gracia.

—¡Bien, por el amor de Deneb! —vociferó Forase—. ¡Sois un bonito par de quejicas! ¿Esperabais que gritaran y patalearan en seguida? ¡Por el hirviente Arcturus! Esperad a que llegemos al Sistema de Spica. Cuando los abandonemos por una noche... —Se echó a reír—. Será la mejor broma desde aquella Noche de Concierto en que ataron esos murciélagos-apestosos al órgano cromático.

Tubal sonrió, pero Sefan se reclinó en el asiento y comentó pensativo:

—¿Y qué ocurrirá si alguien se entera? El rector Wynn, por ejemplo.

El arcturiano, que manejaba los controles, se encogió de hombros.

—Es sólo una novatada. No se enfadarán.

—No te hagas el tonto, Tubal. Esto no es una chiquillada. El cuarto planeta de Spica, más aún, todo el sistema de Spica está vedado a las naves galácticas, y lo sabes. Se encuentra habitado por una raza subhumana. Se supone que deben evolucionar sin ninguna interferencia hasta que descubran el viaje interestelar por su cuenta. Ésa es la ley y se aplica con rigor. ¡Santísimo Espacio! Si se enteran de esto nos veremos en un gran aprieto.

Tubal se volvió en su asiento.

—¡Al demonio con el rector Wynn! ¿Cómo esperas que se entere? Ojo, no estoy diciendo que el rumor no se propague por el campus, porque la mitad de la diversión se iría al cuerno si tenemos que callarnos; pero ¿cómo se van a saber los nombres? Nadie nos delatará, y lo sabes.

—De acuerdo —admitió Sefan, encogiéndose de hombros.

—¡Preparados para el hiperespacio! —exclamó Tubal.

Pulsó las teclas y sintieron ese extraño tirón interno que indicaba que la nave abandonaba el espacio normal.

Los diez terrícolas no las tenían todas consigo y se les notaba. Lawrence Marsh miró de nuevo su reloj.

—Las dos y media. Ya han pasado treinta y seis horas. Ojalá terminen con esto.

—No es una novatada —gimió Sweeney—. Dura demasiado.

Williams se puso rojo.

—¿A qué viene ese abatimiento? Nos han alimentado regularmente, ¿verdad? No nos han maniatado, ¿verdad? Yo diría que es bastante evidente que nos están cuidando.

—O que nos están engordando para sacrificarnos —gruñó Sidney Morton.

No dijo más y todos se pudieron tensos. El tirón interno que acababan de sentir era inequívoco.

—¿Habéis sentido eso? —se sobresaltó Eric Chamberlain—. Estamos de vuelta en el espacio normal y eso significa que nos encontramos a sólo un par de horas de nuestro destino. Tenemos que hacer algo.

—Claro, claro —resopló Williams—. ¿Pero qué?

—Somos diez, ¿o no? —gritó Chamberlain, sacando pecho—. Bien, sólo he visto a uno de ellos hasta ahora. La próxima vez que entre, y pronto nos toca otra comida, trataremos de dominarlo.

Sweeney no parecía muy convencido.

—¿Y qué pasa con el látigo neurónico que lleva siempre?

—No nos matará. No puede acertarnos a todos antes de que lo tumbemos.

—Eric —dijo Williams sin rodeos—, eres un imbécil.

Chamberlain se sonrojó y cerró sus dedos rechonchos.

—Estoy de humor precisamente para practicar un poco de persuasión. Repite lo que has dicho.

—¡Siéntate! —Williams ni siquiera se dignó mirarlo—. Y no te empeñes en justificar mi insulto. Todos estamos nerviosos y alterados, pero eso no significa que tengamos que volvernos locos. Al menos no todavía. En primer lugar, aun dejando a un lado lo del látigo, no ganaremos nada con tratar de dominar a nuestro carcelero. Sólo hemos visto a uno, pero es nativo del Sistema de Arcturus. Tiene más de dos metros de altura y pesa casi ciento cincuenta kilos. Nos vencería a todos, a puñetazos. Creí que ya habías tenido un encontronazo con él, Eric. —Hubo un denso silencio—. Y aunque lográramos tumbarlo y liquidar a los otros que haya en la nave no tenemos la menor idea de nuestro paradero ni de cómo regresar y ni siquiera de cómo conducir la nave. —Una pausa—. ¿Y bien?

—¡Demonios!

Chamberlain desvió la cara, presa de una silenciosa furia.

La puerta se abrió y entró el gigante arcturiano. Con una mano vació el saco que llevaba, mientras empuñaba con la otra el látigo neurónico.

—Última comida —gruñó.

Todos se abalanzaron sobre las latas, aún tibias. Morton miró la suya con repugnancia.

—Oye —dijo, hablando con dificultad en galáctico—, ¿no puedes variar un poco?

Estoy harto de este inmundo gulash. ¡Va la cuarta lata!

—¿Y qué? Es vuestra última comida —replicó el arcturiano, y se marchó.

Quedaron paralizados de horror.

—¿Qué ha querido decir con eso? —dijo alguien, tragando saliva.

—¡Van a matarnos! —gritó Sweeney, con los ojos muy abiertos.

Williams tenía la boca reseca y sintió exasperación contra el contagioso temor de Sweeney. Se contuvo, pues el chico tenía sólo diecisiete años.

—Calmaos —ordenó—. Comamos.

Dos horas después sintió la estremecedora sacudida que indicaba el aterrizaje y el fin del viaje. En todo ese tiempo nadie había hablado, pero Williams pudo sentir que el miedo era cada vez más sofocante.

Spica se había sumergido, teñido de carmesí, bajo el horizonte y soplaba un viento helado. Los diez terrícolas, apiñados en la loma pedregosa, observaban malhumorados a sus captores. El que hablaba era el enorme arcturiano, Myron Tubal, mientras que el vegano de piel verdosa, Bill Sefan, y el velludo y menudo denebiano, Wri Forase, guardaban silencio.

—Tenéis vuestra fogata y hay leña en abundancia para mantenerla encendida. Eso ahuyentará a las fieras. Os dejaremos un par de látigos antes de irnos, y os bastarán como protección si alguno de los aborígenes del planeta os molesta. Tendréis que recurrir a vuestro ingenio para buscar alimento, agua y refugio.

Dio media vuelta. Chamberlain embistió con un rugido y se lanzó sobre el arcturiano, que apenas tuvo que mover un brazo para derribarlo.

La compuerta se cerró y poco después la nave se elevaba y se alejaba. Williams rompió al fin el helado silencio.

—Nos han dejado los látigos. Yo cogeré uno y tú, Eric, el otro.

Uno a uno, se fueron sentando de espaldas al fuego, asustados. Williams se obligó a sonreír.

—Hay caza en abundancia y mucha madera en la zona. Venga, somos diez y ellos tienen que regresar en algún momento. Les demostraremos de qué están hechos los terrícolas. ¿Qué opináis, amigos?

Hablaba sin mucha convicción.

—¿Por qué no te callas? —replicó Morton—. No estás facilitando las cosas.

Williams desistió. Sentía frío en la boca del estómago.

El crepúsculo se diluyó en la noche y el círculo de luz de la fogata se redujo a una aureola trémula y rodeada de sombras. Marsh se sobresaltó y abrió mucho los ojos.

—¡Hay algo...! ¡Algo se acerca!

Se produjo un poco de jaleo que en seguida quedó congelado en posturas de máxima atención.

—Estás loco —murmuró Williams, pero se calló al oír el inequívoco y sigiloso

sonido.

—¡Coge el látigo! —le gritó a Chamberlain.

Joey Sweeney se echó a reír histéricamente.

De pronto se oyeron unos alaridos y las sombras se abalanzaron sobre ellos.

También sucedían cosas en otra parte.

La nave de Tubal se alejó del cuarto planeta de Spica con Bill Sefan al mando de los controles. Tubal estaba en su estrecho cuarto, empujando una botella de licor denebiano.

Wri Forase lo observaba con tristeza.

—Me costó veinte créditos cada botella y ya sólo me quedan unas pocas.

—Bien, pues no permitas que me las beba yo todas —se mostró magnánimo Tubal—. Compártelas conmigo una a una. A mí no me importa.

—Si yo pegara un trago como ése, me quedaría inconsciente hasta los exámenes de otoño.

Tubal no le prestaba atención.

—Esto hará historia en la universidad como la novatada...

Y en ese instante se oyó un agudo sonido metálico, apenas sofocado por las paredes, y las luces se apagaron.

Wri Forase se sintió proyectado contra la pared. Recobró el aliento con esfuerzo y tartamudeó:

—¡Santísimo Espacio! ¡Estamos en plena aceleración! ¿Qué pasa con el ecualizador?

—¡Al cuerno con el ecualizador! —rugió Tubal, poniéndose en pie—. ¿Qué pasa con la nave?

Salió dando tumbos al corredor oscuro, con Forase detrás tambaleándose. Cuando irrumpieron en la sala de control se encontraron a Sefan rodeado por las tenues luces de emergencia, con la piel de su rostro brillando por el sudor.

—Un meteorito —les informó con la voz enronquecida—. Ha desajustado nuestros distribuidores de potencia. Todo se ha acelerado. Las luces, las unidades de calor y la radio están inutilizadas, los ventiladores apenas funcionan y la sección cuatro está perforada.

Tubal miró a su alrededor.

—¡Idiota! ¿Por qué no vigilaste el indicador de masa?

—Lo hice, gran pedazo de masilla —gruñó Sefan—, pero no registró nada. ¡No registró nada! ¿Qué esperabas de un cacharro de segunda mano y alquilado por doscientos créditos? Atravesó la pantalla como si fuera éter.

—¡Cállate! —Tubal abrió el compartimento de los trajes y refunfuñó—: Son todos modelos de Arcturus. Debí haberlo revisado. ¿Puedes ponerte uno, Sefan?

—Tal vez.

El vegano se rascó la oreja dubitativamente.

Cinco minutos después Tubal entraba en la cámara de presión y Sefan lo seguía, tambaleante. Tardaron media hora en regresar.

Tubal se quitó el casco.

—¡Fin del trayecto!

Wri Forase se asustó.

—¿Quieres decir que... no hay nada que hacer?

El arcturiano sacudió la cabeza.

—Podemos repararlo, pero llevará tiempo. La radio está estropeada, así que no podemos conseguir ayuda.

—¡Ayuda! —exclamó Forase—. ¡Lo que nos faltaba! ¿Cómo explicaríamos nuestra presencia en el sistema de Spica? Llamar por radio sería como suicidarnos. Mientras podamos regresar sin ayuda, estaremos a salvo. Perdernos algunas clases no nos perjudicará tanto.

—¿Y qué hacemos con esos asustados terrícolas que dejamos en Spica Cuatro? —intervino Sefan.

Forase abrió la boca, pero no dijo una palabra. La cerró de nuevo. Si alguna vez un humanoide pareció trastornado, ése era Forase.

Y era sólo el principio.

Tardaron un día y medio en dismantelar las conexiones de potencia de la destartalada nave espacial. Tardaron dos días más en desacelerar hasta alcanzar un punto de inflexión seguro. Tardaron cuatro días en regresar a Spica Cuatro. Ocho días en total.

Cuando la nave descendió en el sitio donde habían abandonado a los terrícolas, era media mañana y Tubal puso cara larga mientras escudriñaba la zona por la pantalla. Poco después rompió un silencio que se había vuelto pegajoso.

—Creo que hemos metido la pata al máximo. Los dejamos en las inmediaciones de una aldea nativa. No hay rastros de los terrícolas.

Sefan sacudió la cabeza, acongojado.

—Esto me huele mal.

Tubal hundió la cabeza en sus largos brazos.

—Es el fin. Si no se murieron del susto, los pillaron los nativos. Introducirse en sistemas solares prohibidos es bastante grave, pero esto es homicidio.

—Lo que tenemos que hacer —opinó Sefan— es bajar para averiguar si aún están con vida. Al menos les debemos eso. Después...

Tragó saliva. Forase redondeó la frase:

—Después de eso, expulsión de la universidad, revisión psíquica... y trabajos manuales de por vida.

—¡Olvidaos de eso! —bramó Tubal—. Nos enfrentaremos a ello cuando llegue el



momento.

La nave descendió lentamente y se posó en el claro rocoso donde ocho días antes habían dejado a los diez terrícolas.

—¿Cómo nos las arreglaremos con estos nativos? —Tubal se volvió hacia Forase, enarcando las cejas (que eran lampiñas, por supuesto)—. Vamos, hijo, enséñame algo de psicología subhumanoide. Sólo somos tres y no quiero problemas.

Forase se encogió de hombros y arrugó su rostro velludo en un gesto de perplejidad.

—Estaba pensando en eso, Tubal. No sé nada.

—¿Qué? —exclamaron Sefan y Tubal.

—Nadie lo sabe —añadió en seguida el denebiano—. Así están las cosas. A fin de cuentas, no permitimos que los subhumanoides ingresen en la Federación hasta que no están plenamente civilizados, y mientras los mantenemos en cuarentena. ¿Creéis que existen muchas oportunidades de estudiar su psicología?

El arcturiano se desplomó en el asiento.

—Esto va cada vez mejor. Piensa, cara velluda. ¡Sugiere algo!

Forase se rascó la cabeza.

—Bien..., esto..., lo mejor que podemos hacer es tratarlos como humanoides normales. Si nos acercamos despacio, con las palmas extendidas, sin hacer movimientos bruscos y conservando la calma, todo debería salir bien. Debería. No puedo tener ninguna certeza.

—En marcha, y al cuerno con la certeza —se impacientó Sefan—. Ya no importa mucho, de todos modos. Si me liquidan aquí, no tendré que regresar a casa. —Su rostro adquirió una expresión compungida—. Cuando pienso en lo que dirá mi familia...

Salieron de la nave y olieron la atmósfera del cuarto planeta de Spica. El sol estaba en el meridiano y se erguía en el cielo como una gran pelota anaranjada. En los bosques graznó un pájaro. Los rodeó un absoluto silencio.

—¡Vaya! —dijo Tubal, los brazos en jarras.

—Es para dormir a cualquiera. No hay señales de vida. ¿Hacia dónde queda la aldea?

Hubo tres opiniones distintas, pero la discusión no duró mucho. El arcturiano, seguido con desgana por los otros dos, bajó por la cuesta y se dirigió hacia el bosque.

Se habían internado unos metros cuando los árboles cobraron vida y una oleada de nativos se descolgó silenciosamente de las ramas. Wri Forase cayó el primero bajo la avalancha. Bill Sefan tropczó, reSistló unos instantes y se derrumbó con un gruñido.

Sólo el corpulento Myron Tubal quedaba en pie. Con las piernas separadas y gritando roncamente daba puñetazos a diestro y siniestro. Los asaltantes nativos

rebotaban en él como gotas de agua en un remolino. Organizando su defensa según el principio del molino de viento, Tubal retrocedió hasta un árbol.

Y ése fue su error. En la rama más baja de aquel árbol se encontraba acucillado un nativo más cauto y más inteligente que sus compañeros. Tubal ya había notado que los nativos poseían colas robustas y musculosas. De todas las razas de la galaxia, sólo había otra que tuviera cola, el homo gamma cepheus. Pero lo que no notó fue que las colas eran prensiles.

Lo descubrió muy pronto, pues el nativo de la rama bajó la suya, rodeó el cuello de Tubal y la contrajo.

El arcturiano forcejeó ferozmente y el atacante cayó del árbol. Colgado cabeza abajo y meciéndose bruscamente, el nativo mantuvo su posición y apretó la cola con fuerza.

Tubal perdió el conocimiento. Estaba ya inconsciente antes de tocar el suelo.

Recobró el sentido lentamente, sintiendo una irritante rigidez en el cuello. Trató en vano de darse unas friegas y tardó unos segundos en comprender que se encontraba fuertemente maniatado. Eso lo despabiló. Primero notó que se hallaba de bruces, después oyó la espantosa algarabía que lo rodeaba, luego vio que Sefan y Forase estaban maniatados cerca de él y por último se dio cuenta de que no podía romper las ligaduras.

—¡Sefan, Forase! ¿Podéis oírme?

Sefan respondió con alegría.

—¡Vieja cabra draconiana! Pensamos que te habían liquidado.

—No es fan fácil acabar conmigo —gruñó—. ¿Dónde estamos?

Hubo una breve pausa.

—En la aldea nativa, supongo —contestó Wri Forase—. ¿Alguna vez habéis oído tanto estrépito? Ese tambor no ha callado un instante desde que nos arrojaron aquí.

—¿Habéis sabido algo de...?

Unas manos le hicieron dar la vuelta. Se encontró sentado, y el cuello le dolía más que nunca. Improvisadas chozas de bálago y troncos verdes relucían bajo el sol de la tarde. Los rodeaba un círculo de nativos de tez oscura y cola larga, que los observaban en silencio. Debían de ser centenares y todos usaban tocados de plumas y empuñaban lanzas cortas y de punta pérfidamente curva.

Los nativos miraban hacia las figuras que estaban misteriosamente acucilladas en primera fila y Tubal volvió hacia ellas sus ojos airados. Era obvio que se trataba de los jefes de la tribu. Vestían prendas de piel mal curtida, llamativas y con flecos, y realizaban su aspecto bárbaro con altas máscaras de madera pintadas con caricaturas del rostro humano.

A pasos lentos, el horror enmascarado que estaba más cerca de los humanoides se aproximó.

—Hola —dijo, y se quitó la máscara—. ¿Ya habéis vuelto?

Tubal y Sefan se quedaron callados un buen rato, mientras Wri Forase sufría un ataque de tos. Finalmente, Tubal inspiró profundamente y pudo hablar:

—Eres uno de los terrícolas, ¿verdad?

—Así es. Me llamo Al Williams, pero podéis llamarme Al.

—¿Aún no te han matado?

Williams sonrió.

—No han matado a ninguno de nosotros. Por el contrario. —Y añadió, haciendo una reverencia exagerada—: Caballeros, os presento a los nuevos dioses de la tribu.

—¿Los nuevos qué? —se asombró Forase, que seguía tosiendo.

—Pues... dioses. Lo lamento, pero no sé cómo se dice dios en galáctico.

—¿Qué representáis los... dioses?

—Somos entidades sobrenaturales..., objetos de adoración. ¿Entendéis? —Los humanoides lo miraron de mal humor—. Sí, en efecto, somos personas con un gran poder.

—¿De qué estás hablando? —exclamó Tubal indignado—. ¿Por qué iban a atribuirnos grandes poderes? Los terrícolas no tenéis un físico privilegiado.

—Se trata de una cuestión psicológica —explicó Williams—. Si nos ven descender en un gran vehículo reluciente, que viaja misteriosamente por el aire y luego desaparece escupiendo llamas, es lógico que nos consideren sobrenaturales. Psicología salvaje y de lo más elemental. —Forase miraba a Williams con ojos desorbitados—. A propósito, ¿qué os ha hecho tardar tanto? Nosotros supimos que se trataba de una novatada. Y eso era, ¿o no?

—Oye —intervino Sefan—, creo que pretendes engañarnos. Si a vosotros os consideran dioses, ¿qué piensan de nosotros? También hemos llegado en la nave y...

—Ahí es donde empezamos a meter cizaña. Les explicamos, mediante dibujos y gestos, que vosotros erais demonios. Cuando al fin regresasteis, y vaya si nos alegró ver que volvíais, ellos sabían ya qué hacer.

—¿Qué significa demonios? —preguntó Forase, con un cierto temor.

Williams suspiró.

—¿Es que no sabéis nada?

Tubal movió lentamente el cuello dolorido.

—¿Qué te parece si nos soltáis? —rezongó—. Tengo el cuello entumecido.

—¿Qué prisa tienes? A fin de cuentas, os trajeron aquí para sacrificaros en nuestro honor.

—¡Sacrificarnos!

—Claro. Os cortarán con cuchillos.

Se hizo un horrorizado silencio.

—¡No nos vengas con pamplinas! —vociferó Tubal—. No somos terrícolas que

se dejan vencer por el pánico.

—Oh, eso ya lo sabemos. Jamás intentaría engañaros. Pero la psicología simple y vulgar del salvaje siempre busca un pequeño sacrificio humano y...

Sefan se retorció dentro de sus ligaduras e intentó arrojarse contra Forase.

—¡Dijiste que nadie sabía nada de psicología subhumana! ¡Tratabas de justificar tu ignorancia, arrugado y velludo hijo de un mestizo lagarto vegano! ¡En buena nos has metido!

Forase se echó para atrás.

—¡Eh, un momento! Yo sólo...

Williams decidió que la broma había ido demasiado lejos.

—Calmaos. Vuestra ingeniosa novatada os ha estallado, y de qué modo, en toda la cara, pero no iremos tan lejos. Creo que ya nos hemos divertido bastante a costa vuestra. Sweeney está hablando con el jefe de los nativos para explicarle que nos marchamos y os llevamos con nosotros. Francamente, me alegrará salir de aquí. Esperad, Sweeney me llama.

Cuando Williams regresó dos segundos después, tenía una expresión rara y estaba un poco pálido. De hecho, se ponía cada vez más lívido.

—Parece ser —dijo, tragando saliva— que nuestra contranovatada nos ha estallado en el rostro a nosotros. El jefe nativo insiste en el sacrificio.

Se impuso un silencio mientras los tres humanoides reflexionaban sobre la situación. Por unos segundos nadie pudo articular palabra.

—Le he pedido a Sweeney —añadió Willíams, abatido— que advierta al jefe que si no hace lo que decimos le ocurrirá algo terrible a su tribu. Pero es una bravuconada y quizá no se la crea. Bien, lo lamento, amigos. Supongo que hemos ido demasiado lejos. Si las cosas se ponen feas, os liberaremos y lucharemos a vuestro lado.

—Libéranos ahora —gruñó Tubal, sintiendo un frío en la sangre—. ¡Terminemos con esto!

—¡Aguarda! —exclamó Forase—. Que el terrícola use su psicología. Vamos, terrícola. ¡Piensa en algo!

Williams pensó hasta dolerle el cerebro.

—Mirad —murmuró—, perdimos parte de nuestro prestigio divino cuando no pudimos curar a la esposa del jefe. Falleció ayer. —Movié la cabeza con aire abstraído—. Lo que necesitamos es un milagro que impresione. Esto... ¿No tenéis nada en los bolsillos?

Se arrodilló y los registró. Wri Forase tenía una pluma, una libreta, un peine de púas finas, unos polvos contra los picores, un fajo de billetes y algunos otros objetos diversos. Sefan llevaba una similar variedad de artículos.

Del bolsillo de Tubal, Williams logró extraer un objeto pequeño, muy parecido a un arma y con una enorme empuñadura y un cañón corto.

—¿Qué es esto?

Tubal frunció el ceño.

—¿En eso he estado sentado todo el tiempo? Es un soldador que usé para reparar un impacto de meteorito en la nave. No sirve de mucho; casi no tiene energía.

Los ojos de Williams se iluminaron. El cuerpo se le electrizó de entusiasmo.

—¡Eso crees tú! Los hombres de la galaxia no veis más allá de vuestras narices. ¿Por qué no visitáis la Tierra un tiempo para obtener una nueva perspectiva?

Echó a correr hacia sus cómplices en la conspiración.

—¡Sweeney —aulló—, dile a ese jefe con cola de mono que dentro de un segundo me enfadaré y el cielo le caerá en la cabeza! ¡Muéstrate severo!

Pero el jefe no esperó al mensaje. Hizo un gesto desafiante y todos los nativos atacaron al unísono. Tubal rugió, y sus músculos crujieron contra las ligaduras. Williams encendió el soldador y la débil llama destelló.

La choza nativa más cercana estalló en llamas. Siguió otra, y otra, y una cuarta; y el soldador se apagó.

Pero era suficiente. No quedaba ningún nativo en pie. Todos estaban tendidos de bruces, gimiendo e implorando perdón. El jefe gemía e imploraba más que nadie.

—Dile al jefe —le indicó Williams a Sweeney— que ha sido apenas una insignificante muestra de lo que pensamos hacerle. —A los humanoides, mientras cortaba las ligaduras de cuero no curtido, les explicó con paternalismo—: Conocimiento elemental de la psicología de los salvajes.

Forase recobró su aplomo sólo cuando estuvieron de vuelta en la nave y en el espacio.

—Yo creía que los terrícolas no habíais desarrollado la psicología matemática. ¿Cómo sabías tanto sobre los subhumanoides? Nadie en la galaxia ha llegado tan lejos.

—Bien —sonrió Williams—, tenemos cierto conocimiento práctico sobre el funcionamiento de la mente incivilizada. Venimos de un mundo donde la mayoría de la gente, por así decirlo, sigue estando incivilizada. ¡No nos queda otro remedio que saber!

Forase asintió con la cabeza.

—¡Terrícolas, estáis locos de atar! Al menos, este episodio nos ha enseñado algo a todos.

—¿Qué?

—Nunca te lées con un grupo de chalados —dijo Forase, recurriendo nuevamente a la lengua terrícola—. ¡Pueden estar más chalados de lo que piensas!"

\* Al revisar mis cuentos para preparar este libro, me encontré con que «La novatada» era el único cuento publicado del cual yo no recordaba nada sólo por el título. Ni siquiera lograba acordarme al releerlo. Si me hubieran dado el cuento sin mi

nombre y me hubieran pedido que lo leyera para adivinar el autor, creo que habría fracasado. Tal vez eso quiera decir algo.

Me parece, sin embargo, que la historia va dirigida contra la serie del *Homo Sol*.

Tuve mejor suerte con Frederick Pohl en el caso de otro cuento, “*Superneutrón*», que escribí a finales del mismo mes de febrero en que escribí «*Máscaras*» y «*La novatada*». Se lo presenté el 3 de marzo de 1941 y él lo aceptó el 5 de marzo.

En aquella época, menos de tres años después de presentar mí primer texto, me estaba impacientando con tanto rechazo. Al menos, la noticia de la aceptación de «*Superneutrón*» la consigno en mi diario con un «era hora de que vendiera un cuento, cinco semanas y media después del último».

## Sentencia de muerte (1943)

---

“Death Sentence”

Brand Gorla sonrió incomodado.

—Es una exageración.

—¡No, no, no! —exclamó el hombrecillo albino y de ojos rosados y saltones—. Dorlís era grande cuando ningún humano había entrado en el sistema vegano. Era la capital de una confederación galáctica más vasta que la nuestra.

—Pues bien, digamos que era una antigua capital. Admitiré eso y dejaré el resto a un arqueólogo.

—Los arqueólogos no sirven. Lo que he descubierto necesita un especialista en su propio campo. Y tú estás en el Consejo.

Brand Gorla tenía dudas. Recordaba a Theor Realo de 1a universidad: una criaturilla blanca e inadaptada de expresión huraña. Había pasado mucho tiempo, pero recordaba que el albino era raro. Eso resultaba fácil de recordar. Y seguía siendo raro.

—Trataré de ayudar —dijo Brand— si me explicas qué quieres.

Theor lo miró fijamente.

—Quiero que presentes ciertos datos ante el Consejo. ¿Lo prometes?

—Aunque decida ayudarte, Theor, te recuerdo que sólo soy un miembro menor del Consejo de Psicólogos. No tengo mucha influencia.

—Debes intentarlo. Los datos hablarán por sí mismos —replicó el albino. Le temblaban las manos.

—Adelante.

Brand se resignó. El hombrecillo era un viejo compañero de universidad. Uno no podía ser tan arbitrario.

Se reclinó en el asiento y se relajó. La luz de Arcturus brillaba a través de las altas ventanas, diluida por el vidrio polarizador. Aun esa versión desleída de la luz solar resultaba excesiva para los ojos rosados del albino, que se hizo sombra en ellos mientras hablaba.

—He vivido en Dorlís durante veinticinco años, Brand. Me he internado en sitios cuya existencia nadie conocía y he descubierto cosas. Dorlís fue la capital científica y cultural de una civilización mayor que la nuestra. Sí, lo fue, y sobre todo en psicología.

—Las cosas pretéritas siempre parecen más grandes —sentenció Brand, con una sonrisa condescendiente—. Hay un teorema que encontrarás en cualquier texto elemental. Los estudiantes lo llaman el Teorema de DIOS. Ya sabes, se refiere a «Días Idos óptimos Son». Pero continúa.

Theor se molestó con aquella digresión. Ocultó una sonrisa irónica.

—Siempre se puede desechar un dato inquietante con una designación peyorativa. Pero dime, ¿qué sabes de ingeniería psicológica?

Brand se encogió de hombros.

—No existe eso. Al menos, no en el sentido matemático riguroso. La propaganda y la publicidad constituyen una forma tosca de ingeniería psicológica, y a veces bastante efectiva. ¿A eso te refieres?

—En absoluto. Me refiero a experimentos reales, con muchedumbres de personas, en condiciones controladas y durante un período de años.

—Se ha hablado de esas cosas, pero no es factible en la práctica. Nuestra estructura social no podría resistirlo y no sabemos lo suficiente para establecer controles efectivos.

Theor contuvo su excitación.

—Pero los antiguos sí sabían lo suficiente. Y establecieron controles.

Brand reflexionó, escéptico.

—Asombroso e interesante; pero ¿cómo lo sabes?

—Porque encontré los documentos. —Hizo una pausa—. Todo un planeta, Brand. Un mundo entero escogido, poblado con seres bajo estricto control desde todos los ángulos. Estudiados, clasificados y sometidos a experimentos. ¿Entiendes?

Brand no notaba ninguno de los síntomas del desequilibrio mental. Quizás una investigación más atenta...

—Tal vez lo hayas interpretado mal. Eso es totalmente imposible. No se puede controlar a humanos de ese modo. Demasiadas variables.

—De eso se trata, Brand. No eran humanos.

—¿Qué?

—Eran robots, robots positrónicos. Un mundo entero de ellos, Brand, con nada que hacer salvo vivir y reaccionar y ser observados por un equipo de psicólogos que sí eran reales.

—¡Es descabellado!

—Tengo pruebas..., porque ese mundo robótico aún existe. La Primera Confederación se hizo trizas, pero ese mundo robótico continuó. Aún existe.

—¿Y cómo lo sabes?

Theor Realo se levantó.

—¡Porque he pasado allí los últimos veinticinco años!

El presidente del Consejo se apartó la toga formal de borde rojo y metió la mano en el bolsillo buscando un puro largo, torcido e indudablemente extraoficial.

—Ridículo —gruñó— y totalmente descabellado.

—Exacto —dijo Brand—, y no puedo exponerlo ante el Consejo sin más. No escucharían. Primero tengo que explicárselo a usted y, luego, si me puede apoyar con su autoridad...



—¡Demonios! Nunca oí nada tan... ¿Quién ese ese tipo?

Brand suspiró.

—Un chiflado, lo admito. Estudió conmigo en la Universidad de Arcturus y entonces era ya un albino excéntrico. Totalmente inadaptado, un fanático de la historia antigua, uno de esos especímenes que no se cansa de insistir cuando una idea se le mete en la mollera. Alega que pasó veinticinco años en Dorlis. Tiene la documentación completa sobre toda una civilización.

El presidente del Consejo lanzó una furiosa bocanada de humo.

—Sí, lo sé. En los seriales telestáticos el aficionado brillante es siempre quien hace los grandes descubrimientos. El independiente. ¡Demonios! ¿Ha consultado usted al Departamento de Arqueología?

—Por supuesto. Y con un resultado interesante. Nadie se preocupa de Dorlis. No es sólo historia antigua, sino un asunto de quince mil años, prácticamente un mito. Los arqueólogos prestigiosos no pierden el tiempo con eso. Se trata precisamente de lo que descubriría un ratón de biblioteca con una mente empecinada. Claro que si resulta que es correcto Dorlís se convertirá en el paraíso de los arqueólogos,

El presidente frunció el rostro en una mueca de asombro.

—Es muy poco halagüeño para el ego. Si hay alguna verdad en todo esto, la Primera Confederación debía de tener una comprensión de la psicología tan superior a la nuestra que apareceríamos como unos imbéciles apáticos. Además, hubieran tenido que construir robots positrónicos que estarían setenta y cinco órdenes de magnitud por encima de cualquier cosa que nosotros hayamos concebido. ¡Santa Galaxia! Piense usted en la matemática requerida.

—Mire, he consultado con todo el mundo. No le plantearía este problema si no estuviera seguro de haber verificado todos sus aspectos. Acudí a Blak primero, y él es asesor matemático de Robots Unidos. Dice que no hay límite para estas cosas. Dado el tiempo, el dinero y el avance en psicología, y subrayo esto, esos robots se podrían construir ahora mismo.

—¿Qué pruebas tiene él?

—¿Quién? ¿Blak?

—No, no. Ese amigo suyo. El albino. Usted dijo que tenía documentos.

—En efecto. Los traigo conmigo. Tiene documentos, y su antigüedad es innegable. Los he hecho revisar una y otra vez. Yo no sé leerlos, desde luego. Y no sé si alguien sabe, excepto el propio Theor Realo.

—Eso nos deja sin alternativas. Tenemos que creer en su palabra.

—Sí, en cierto modo. Pero según él sólo puede descifrar fragmentos. Dice que tienen relación con la antigua lengua de Centauro, así que he puesto lingüistas a trabajar en ello. Se puede descifrar. Sí la traducción de Theor no es correcta lo sabremos.

—De acuerdo. Déjeme los ver.

Brand Gorla sacó los documentos forrados en plástico. El presidente del Consejo los puso a un lado y buscó la traducción. Soplabla volutas de humo mientras leía.

—¡Uf! —fue su comentario—. Y los demás detalles están en Dorlis, supongo.

—Theor sostiene que hay dos centenares de toneladas de proyectos en total sobre la configuración del cerebro de los robots positrónicos. Aún están en el sótano original. Pero eso no es lo más importante. Él estuvo en el mundo robótico y tiene fotos, grabaciones y toda clase de detalles. No están unificados, y evidentemente es obra de un lego que no sabe casi nada sobre psicología. Aun así, se las ha apañado para conseguir datos suficientes que demuestran que el mundo donde estuvo no era..., bueno..., natural.

—Y usted tiene ese material.

—Todo. La mayor parte está microfilmado, pero he traído el proyector. Aquí tiene sus lentes.

Una hora después, el presidente del Consejo dijo:

—Mañana convocaré a una reunión y presentaré esto.

Brand Gorla sonrió.

—¿Enviaremos una comisión a Dorlis?

—Siempre y cuando la universidad nos otorgue fondos para semejante asunto —respondió en tono seco el presidente—. Déjeme este material, por favor. Deseo estudiarlo un poco más.

Teóricamente, el Departamento Gubernamental de Ciencia y Tecnología ejerce el control administrativo de toda la investigación científica. Sin embargo, los grupos de investigación pura de las grandes universidades son entidades plenamente autónomas y, como norma general, el Gobierno no cuestiona esa autonomía. Pero una norma general no es necesariamente una norma universal.

En consecuencia, aunque el presidente del Consejo gruñó, se enfureció y protestó, no hubo modo de negarle una entrevista a Wynne Murry. El título completo de Murry era el de subsecretario responsable de psicología, psicopatía y tecnología mental. Y era un psicólogo de reconocida trayectoria.

Así que el presidente del Consejo todo lo que podía hacer era lanzarle una mirada furibunda, pero nada más.

El subsecretario Murry ignoró con buen humor esa mirada, se frotó su larga barbilla y dijo:

—Se trata de un caso de información insuficiente. ¿Podemos expresarlo así?

—No entiendo qué información desea usted —respondió en un tono frío el presidente—. Lo que opina el Gobierno sobre las asignaciones universitarias tiene un carácter únicamente asesor, y debo decir que en este caso el consejo no es bien recibido.

Murry se encogió de hombros.

—No hay ningún problema con la asignación. Pero no se puede salir del planeta sin permiso del Gobierno. Ahí es donde entra en juego la información insuficiente.

—No hay más información que la que le he dado.

—Pero se han filtrado ciertos rumores. Y tanto secreteo me parece pueril e innecesario.

El viejo psicólogo se sonrojó.

—¡Secreteo! Si usted no conoce el modo de vida académica, no puedo ayudarle. Las investigaciones, sobre todo las de cierta importancia, no se hacen ni se pueden hacer públicas hasta que se hayan efectuado progresos irrefutables. Cuando regresemos, le enviaré copias de los documentos que usted desee publicar.

Murry meneó la cabeza.

—No es suficiente. Usted va a ir a Dorlis, ¿verdad?

—De eso hemos informado al Departamento de Ciencias.

—¿Por qué?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque se trata de algo importante o de lo contrario no iría el presidente del Consejo. ¿Qué es toda esa historia acerca de una civilización más antigua y un mundo de robots?

—Bueno, eso ya lo sabe usted.

—Sólo ciertas vaguedades que hemos podido reunir. Quiero los detalles.

—Ahora no conocemos ninguno. No los sabremos hasta que estemos en Dorlis.

—Entonces, iré con usted.

—¿Qué?

—Ya me entiende. Quiero saber los detalles.

—¿Por qué?

—Ah —dijo Murry, levantándose—, ahora es usted quien hace preguntas. En este momento no viene al caso. Sé que las universidades no simpatizan con la intervención gubernamental y sé que no puedo esperar colaboración voluntaria por parte del mundo académico; pero, por Arcturus, esta vez conseguiré apoyo, por mucho que usted se oponga. Su expedición no irá a ninguna parte a menos que yo vaya en ella representando al Gobierno.

Dorlis no es, desde luego, un mundo impresionante. Su importancia para la economía galáctica es nula, se encuentra lejos de las grandes rutas comerciales, sus nativos están atrasados y son incultos y posee una historia oscura. Sin embargo, entre las pilas de escombros que se amontonan en este mundo antiguo, hay vagos testimonios de una lluvia de fuego y destrucción que arrasó al Dorlis de otros tiempos, la gran capital de una gran federación.

Y en medio de esos escombros había hombres de un mundo más reciente que

curioseaban e investigaban y trataban de entender.

El presidente del Consejo meneó la cabeza y se echó hacia atrás su cabello grisáceo. Hacía una semana que no se afeitaba.

—El problema es que no tenemos un punto de referencia —dijo—. Supongo que podemos descifrar el idioma, pero no se puede hacer nada con las anotaciones.

—A mí me parece que se ha avanzado mucho.

—¡Palos de ciego! Conjeturas basadas en las traducciones de su amigo albino. Me niego a basar mis esperanzas en eso.

—¡Pamplinas! Usted consagró dos años a la Anomalía Nimiana y hasta ahora le ha dedicado sólo dos meses a esto, que es mucho más importante. Lo que le preocupa es otra cosa. —Brand Gorla sonrió desagradablemente—. No hace falta ningún psicólogo para darse cuenta de que está hasta la coronilla de ese tipo del Gobierno.

El presidente del Consejo cortó la punta de un puro de una dentellada y la escupió a un metro de distancia.

—Tres cosas me molestan en ese idiota sin cerebro. Primero, no me gusta que interfiera el Gobierno. Segundo, no me gusta que un extraño ande olisqueando cuando estamos al borde del mayor descubrimiento de la historia de la psicología. Tercero, ¿qué cuernos quiere?, ¿qué está buscando?

—No lo sé.

—¿Qué podría andar buscando? ¿Ha pensado usted en ello?

—Francamente, no me importa. Yo que usted lo ignoraría.

—¿Eso haría usted? ¿Usted cree que esta intromisión del Gobierno es algo que simplemente se debe ignorar? Supongo que ya sabrá que ese Murry se hace llamar psicólogo.

—Lo sé.

—Y supongo que sabe que ha mostrado un gran interés por todo lo que hacemos.

—Yo diría que eso es lógico.

—¡Ohi ¿Y sabe además...? —Bajó la voz de repente—: Murry está en la puerta. Ojo con lo que dice.

Wynne Murry saludó con una sonrisa, pero el presidente del Consejo se limitó a hacer un movimiento seco con la cabeza.

—Bien —dijo Murry con arrogancia—, ¿saben que he permanecido en vela cuarenta y ocho horas? Tienen ustedes aquí algo importante. Algo grande.

—Gracias.

—No, no. Hablo en serio. El mundo robótico existe.

—¿Usted creía que no?

El subsecretario se encogió de hombros afablemente.

—Uno profesa cierto escepticismo natural. ¿Cuáles son sus planes para el futuro?

El presidente del Consejo masticó las palabras una por una:

—¿Por qué lo pregunta?

—Para ver si concuerdan con los míos.

—¿Y cuáles son los suyos?

El subsecretario sonrió.

—No, no. Tiene usted prioridad. ¿Cuánto tiempo se propone permanecer aquí?

—Lo necesario para contar con un buen enfoque de los documentos involucrados.

—Eso no es una respuesta. ¿Qué significa «contar con un buen enfoque»?

—No tengo la menor idea. Podría llevar años.

—Oh, maldición.

El presidente del Consejo enarcó las cejas en silencio. El subsecretario se miró las uñas.

—Entiendo que sabe dónde está el mundo robótico.

—Naturalmente. Theor Realo estuvo allí. Hasta ahora su información ha resultado ser muy precisa.

—Correcto. El albino. Bien, ¿por qué no ir allí?

—¿Allí? ¡Imposible!

—¿Por qué?

—Mire —contestó el presidente del Consejo, conteniendo su impaciencia—, usted no está aquí invitado por nosotros ni le estamos pidiendo que nos diga qué debemos hacer, pero para demostrarle que no busco pelea le haré una exposición metafórica de nuestro caso. Suponga que nos dieran una enorme y compleja máquina, basada en principios y en materiales sobre los cuales no supiéramos nada. Es tan enorme que ni siquiera distinguimos la relación entre las partes, y mucho menos el propósito del todo. Ahora bien, ¿usted me aconsejaría que comenzara a atacar las delicadas y misteriosas piezas móviles de la máquina con un rayo detonador antes de saber de qué se trata?

—Entiendo a qué se refiere, pero actúa usted como un místico. La metáfora es rebuscada.

—En absoluto. Estos robots positrónicos se construyeron según unas pautas que aún desconocemos y para seguir unas pautas que ignoramos por completo. Sólo sabemos que los robots estaban en total aislamiento, con el fin de que forjaran su destino por sí mismos. Destruir ese aislamiento sería destruir el experimento. Si vamos allá en tropel e introducimos factores nuevos y no previstos, provocando así reacciones inesperadas, todo se echará a perder. La menor perturbación...

—¡Pamplinas! Theor Realo ya estuvo allí.

El presidente del Consejo perdió los estribos:

—¿Cree que no lo sé? ¿Cree que eso habría ocurrido si ese maldito albino no hubiera sido un fanático ignorante sin el menor conocimiento de psicología? ¡La galaxia sabrá qué daños ha causado ese idiota!

Hubo un silencio. El subsecretario se dio unos golpecitos en los dientes con la uña.

—No sé..., no sé. Pero, realmente, debo averiguarlo. Y no puedo esperar años. Se marchó, y el presidente del Consejo se volvió enfurecido hacia Brand.

—¿Y cómo le impediremos que vaya al mundo robótico si desea hacerlo?

—No sé cómo podrá ir si no se lo permitimos. Él no encabeza la expedición.

—¿Ah, no? Pues de eso iba a hablarle cuando él entró. Diez naves de la flota han descendido en Dorlis desde que llegamos.

—¿Qué?

—Lo que oye.

—¿Pero para qué?

—Eso, hijo, es lo que yo tampoco entiendo.

—¿Le molesta si entro? —preguntó amablemente Wynne Murry, y Theor Realo levantó alarmado la vista del farrago de papeles que tenía sobre el escritorio.

—Entre. Le despejaré una silla.

Hecho un manojo de nervios, quitó los papeles de un asiento. Murry se sentó y cruzó sus largas piernas.

—¿También usted cumple una tarea aquí?

Señaló el escritorio. Theor sacudió la cabeza y sonrió. Casi automáticamente juntó los papeles y los puso boca abajo.

En los últimos meses, desde que había regresado a Dorlis en compañía de un centenar de psicólogos con diversos grados de renombre, se sentía cada vez más excluido. Ya no había espacio para él. No cumplía ninguna función, salvo la de responder a preguntas sobre el mundo robótico que sólo él había visitado. Y hasta parecía molestarles que hubiera ido él en vez de un científico competente.

Era para estar resentido; aunque, de una forma u otra, así había sido siempre.

—¿Cómo dice?

No había prestado atención al siguiente comentario de Murry.

—Digo que es sorprendente que no le asignen una tarea —repitió el subsecretario—. Usted realizó el descubrimiento, ¿verdad?

—Sí, pero se me fue de las manos. Me superó.

—Sin embargo, estuvo usted en el mundo robótico.

—Dicen que fue un error. Que pude haberlo estropeado todo.

Murry hizo una mueca.

—Creo que están molestos porque consiguió mucha información de primera mano que ellos no tienen. No se deje amilanar por sus pomposos títulos. Un lego con sentido común es mejor que un especialista ciego. Usted y yo (y yo también soy un lego) tenemos que defender nuestros derechos. Tenga, tome un cigarrillo.

—No fum... Gracias, aceptaré uno. —El albino empezaba a cobrar simpatía por

ese hombre esbelto. Puso los papeles boca arriba y encendió el cigarrillo, aunque con dificultades. Trató de contener la tos—. Veinticinco años —comentó lentamente.

—¿Me contestaría a unas preguntas sobre ese mundo?

—Supongo. Siempre me preguntan sobre eso. ¿Y no sería mejor que se lo preguntara a ellos? Ya deben de tener todo resuelto.

Sopló el humo a la mayor distancia posible.

—Francamente, ni siquiera han empezado, y yo quiero la información sin el añadido de una engorrosa traducción psicológica. Ante todo, ¿qué clase de gente, o qué clase de cosas, son estos robots? No tendrá una foto de alguno, ¿verdad?

—Pues no. No me agrada tomar fotos. Pero no son cosas. Son gente.

—¿De veras? ¿Tienen aspecto de personas?

—Sí..., en general. Externamente al menos. Conseguí algunos estudios microscópicos de la estructura celular. Los tiene el presidente del Consejo. Por dentro son distintos, muy simplificados. Pero uno jamás se enteraría. Son interesantes... y agradables.

—¿Son más simples que las otras formas de vida del planeta?

—Oh, no. Es un planeta muy primitivo. Y... —Se vio interrumpido por una tos espasmódica y apagó el cigarrillo tan disimuladamente como pudo—. Tienen una base protoplasmática. No creo que sepan que son robots.

—No, ya supongo que no. ¿Qué me dice de su nivel científico?

—No sé. Nunca tuve oportunidad de verlo. Y todo era tan diferente... Supongo que se necesitaría un experto para entenderlo.

—¿Tenían máquinas?

El albino se sorprendió.

—Pues claro. Muchas, de todo tipo.

—¿Ciudades grandes?

—¡Sí!

El subsecretario entornó los párpados.

—Y usted les tomó simpatía. ¿Por qué?

Theor Realo reaccionó bruscamente.

—Yo qué sé. Simplemente eran simpáticos. Nos entendíamos. No me fastidiaban. No sé la razón exacta. Quizá sea porque he tenido muchos problemas para relacionarme en mi mundo, y ellos no eran tan complicados como la gente de verdad.

—¿Eran más cordiales?

—No. No lo creo. Nunca me aceptaron del todo. Yo era un forastero, al principio no conocía el idioma..., esas cosas. Pero... —De pronto se le iluminó el rostro—. Pera los entendía mejor. Entendía cómo pensaban. Aunque no sé por qué.

—Ya. Bien... ¿Otro cigarrillo? ¿No? Ahora tengo que dormir. Se está haciendo tarde. ¿Quiere jugar al golf mañana? He preparado un campo pequeño. Servirá.

Anímese, el ejercicio le renovará el aire de los pulmones.

Sonrió y se marchó.

—Parece una sentencia de muerte —murmuró para sus adentros, y silbó pensativamente mientras se dirigía a sus aposentos.

Se repitió esa frase cuando se enfrentó al presidente del Consejo al día siguiente, con su faja de funcionario en la cintura. No se sentó.

—¿Otra vez? —dijo el presidente con tono de fastidio.

—¡Otra vez! —asintió el subsecretario—. Pero esta vez se trata de algo urgente. Tal vez deba hacerme cargo de la expedición.

—¿Qué? ¡Imposible! ¡No escucharé semejante proposición!

—Tengo la autorización. —Wynne Murry le mostró un cilindro de metaloide, que se abrió con una presión del pulgar—. Tengo plenos poderes y plena discreción para usarlos. Como puede observar, está firmada por el presidente del Congreso de la Federación...

—De acuerdo... Pero ¿por qué? —Hizo un esfuerzo para respirar normalmente—. Al margen del despotismo arbitrario, ¿hay una razón?

—Y muy buena. Desde el principio hemos considerado esta expedición desde perspectivas distintas. El Departamento de Ciencia y Tecnología no se interesa en el mundo robótico por mera curiosidad científica, sino porque podría interferir en la paz de la Federación. No creo que usted se haya detenido a pensar en el peligro inherente a ese mundo robótico.

—No veo ninguno. Está totalmente aislado y es absolutamente inofensivo.

—¿Cómo puede saberlo?

—¡Por la naturaleza misma del experimento! —exclamó irritado el presidente del Consejo—. Los planificadores originales buscaron un sistema cerrado. Allí siguen, alejados de las rutas comerciales y en una zona del espacio escasamente poblada. La idea era que los robots se desarrollaran libres de toda interferencia.

Murry sonrió.

—En eso disiento con usted. Mire, el problema es que usted es un teórico. Ve las cosas tal como deberían ser y yo, al ser un hombre práctico, las veo tal como son. No se puede organizar un experimento para que continúe indefinidamente por sí mismo. Se da por sentado que en alguna parte hay por lo menos un observador que introduce modificaciones según lo requieren las circunstancias.

—¿Y bien?

—Pues que los observadores de este experimento, los psicólogos originales de Dorlis, pasaron a la historia con la Primera Confederación y, durante quince mil años, el experimento ha continuado por sí mismo. Pequeños errores se fueron sumando, se acrecentaron e introdujeron factores extraños que indujeron a nuevos errores. Es una progresión geométrica. Y no hubo nadie para detenerla.



—Pura hipótesis.

—Tal vez. Pero usted se interesa sólo por el mundo robótico, y yo tengo que pensar en toda la Federación.

—¿Y qué peligro puede representar el mundo robótico para la Federación? No sé a qué demonios se refiere.

Murry suspiró.

—Lo diré con sencillez, pero no me culpe si parezco melodramático. Hace siglos que la Federación no tiene guerras internas. ¿Qué ocurrirá si entramos en contacto con estos robots?

—¿Tiene usted miedo de un solo mundo?

—Tal vez. ¿Qué me dice de su ciencia? Los robots pueden hacer cosas extrañas.

—¿Qué ciencia pueden tener? No son superhombres metálicos y eléctricos. Son débiles criaturas de protoplasma, una pobre imitación de los humanos, construidos en torno a un cerebro positrónico regulado por un conjunto de leyes psicológicas humanas simplificadas. Si la palabra «robot» le asusta...

—No, no me asusta, pero he hablado con Theor Realo. Es el único que los ha visto.

El presidente del Consejo lanzó una retahíla de insultos para sus adentros. Ésa era la consecuencia de permitir la intromisión de un anormal, un imbécil, un lego que sólo podía causar daño. Replicó:

—Tenemos la versión de Realo y la hemos evaluado íntegramente con pericia. Le aseguro que no pueden causarnos daño. El experimento es tan teórico que yo no le dedicaría dos días si no fuera por su magnitud. Por lo que vemos, la idea era construir un cerebro positrónico que contuviera modificaciones de uno o dos axiomas fundamentales. No hemos deducido los detalles, pero deben de ser menores, lo mismo que cuando se intentó el primer experimento de esta naturaleza, e incluso los grandes y míticos psicólogos de aquella época tenían que avanzar paso a paso. Esos robots, se lo aseguro, no son superhombres ni bestias. Se lo garantizo como psicólogo.

—¡Lo lamento! Yo también soy psicólogo. Un poco más práctico, me temo. Eso es todo. Pero aun las pequeñas modificaciones... Hablemos del espíritu combativo, por ejemplo. No es el término científico, pero no tengo paciencia para eso. Ya sabe a qué me refiero. Los humanos eran combativos, y ese rasgo se está eliminando de la raza. Un sistema político y económico estable no alienta el derroche de energías propio del combate. No es un factor de supervivencia. Pero supongamos que los robots sí son combativos. Supongamos que, como resultado de un giro erróneo durante los milenios que permanecieron sin ser observados, se hayan vuelto más combativos de lo que se proponían sus creadores. Serían bastante intratables.

—Y supongamos que todas las estrellas de la galaxia entraran en nova al mismo

tiempo. Eso sí me preocuparía.

Murry ignoró el sarcasmo del otro.

—Y hay otra cosa. A Theor Realo le gustaban esos robots. Le gustaban más que la gente de verdad. Se sentía cómodo allí, y todos sabemos que ha sido un inadaptado en su propio mundo.

—¿Y adónde nos lleva eso?

—¿No lo comprende? —Wynne Murry enarcó las cejas—. Theor Realo simpatiza con los robots porque es como ellos, evidentemente. Le garantizo que un análisis psíquico completo de Theor Realo mostrará una modificación de varios axiomas fundamentales, los mismos que en los robots. Y Theor Realo trabajó durante un cuarto de siglo para demostrar algo, cuando todos los científicos se habrían desternillado de risa si lo hubieran sabido. Ahí tenemos fanatismo: una perseverancia tenaz, franca, inhumana. ¡Es muy probable que esos robots también sean así!

—No me está presentando ninguna argumentación lógica. Se limita a disparar frases como un maníaco, como un idiota delirante.

—No necesito pruebas matemáticas rigurosas. La duda razonable es suficiente. Tengo que proteger la Federación. Mire, es razonable. Los psicólogos de Dorlis no eran tan excepcionales. Tenían que avanzar paso a paso, como usted mismo señaló. Sus humanoides (no los llamemos robots) eran sólo imitaciones de seres humanos y no podían ser muy buenas. Los humanos poseen sistemas de reacción muy complejos y que no se pueden imitar; cosas como la conciencia social y la tendencia a crear sistemas éticos, u otras más vulgares, como la caballerosidad, la generosidad, el juego limpio y demás. No se pueden imitar. No creo que esos humanoides las tengan. Pero deben de tener perseverancia, lo cual implica en la práctica terquedad y agresividad, si mi opinión sobre Theor Realo es acertada. En resumen, si poseen algún conocimiento científico, no quiero que anden sueltos por la galaxia, aunque seamos miles o millones más que ellos. No pienso permitirlo.

El rostro del presidente del Consejo estaba rígido.

—¿Cuáles son sus intenciones inmediatas?

—Aún no lo he decidido. Pero creo que organizaré un aterrizaje a pequeña escala en ese planeta.

—Aguarde. —El viejo psicólogo se levantó y rodeó el escritorio. Tomó del codo al subsecretario—. ¿Está seguro de lo que hace? Las posibilidades de este monumental experimento sobrepasan cualquier cálculo que podamos hacer usted o yo. No tiene ni idea de lo que va a destruir.

—Lo sé. ¿Acaso cree que me agrada lo que estoy haciendo? No es tarea para héroes. Soy psicólogo y sé lo que sucede, pero me han enviado aquí para proteger la Federación y haré lo posible para lograrlo, aunque sea un trabajo sucio. No puedo hacer otra cosa.

—Recapacite. ¿Qué sabe de los conocimientos que obtendremos sobre las ideas básicas de la psicología? Equivaldrá a la fusión de dos sistemas galácticos, lo que nos elevará a alturas que compensarán millones de veces, en conocimiento y en poder, el daño que pudiesen causar esos robots, en el supuesto de que fueran superhombres metálicos y eléctricos.

El subsecretario se encogió de hombros.

—Ahora es usted quien baraja posibilidades vagas.

—Escuche, hagamos un trato. Bloquéelos. Aíslelos con sus naves. Monte guardia. Pero no los toque. Denos más tiempo. Dénos una oportunidad. ¡Es preciso!

—He pensado en ello. Pero tendría que obtener la aprobación del Congreso y saldría muy caro, como sabe.

El presidente del Consejo se sentó bruscamente, presa de la impaciencia.

—¿De qué gastos está hablando? ¿Es que no se da cuenta de cuál sería la recompensa si tenemos éxito?

Murry reflexionó.

—¿Y si desarrollan el viaje interestelar? —preguntó, con una media sonrisa.

—Entonces, retiraré mis objeciones.

El subsecretario se levantó.

—Hablaré con el Congreso.

Brand Gorla observaba con rostro impasible la espalda encorvada del presidente del Consejo. Los joviales discursos ante los miembros de la expedición carecían de sustancia, y él ya estaba harto de escucharlos.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó.

El presidente tensó los hombros y no se giró.

—Envié a buscar a Theor Realo. Ese hombrecillo tonto se fue al continente oriental la semana pasada...

—¿Por qué?

El hombre mayor se enfadó ante la interrupción.

—¿Cómo puedo entender lo que hace ese fanático? ¿No ve usted que Murry tiene razón? Es una anomalía psíquica. Fue un error no vigilarlo. Si yo lo hubiera mirado dos veces, no lo habría permitido. Pero ahora regresará y no volverá a irse. —Y añadió en un murmullo—: Debía haber regresado hace un par de horas.

—Es una situación imposible —dijo Brand, en un tono neutro.

—¿Eso cree usted?

—Vamos a ver, ¿piensa usted que el Congreso aprobará que se establezca una patrulla por tiempo indefinido ante el mundo robótico? Eso cuesta dinero, y los ciudadanos galácticos no lo considerarán digno de sus impuestos. Más aún, no entiendo por qué Murry aceptó consultárselo al Congreso.

—¿No? —El presidente del Consejo se giró hacia su discípulo—. Mire, ese tonto

se considera un psicólogo, la Galaxia nos guarde, y ahí está su punto débil. Se empeña en creer que no quiere destruir el mundo robótico, pero que es necesario por el bien de la Federación. Y acepta de buen grado toda solución intermedia. El Congreso no lo aceptará indefinidamente, no tiene usted que recordármelo. — Hablaba en un tono tranquilo y paciente—. Pero pediré diez años, dos años, seis meses..., lo que pueda obtener. Algo conseguiré. Mientras tanto, aprenderemos nuevos datos sobre ese mundo. De algún modo fortaleceremos nuestros argumentos y renovaremos el acuerdo cuando expire. Pondremos salvar el proyecto. —Hubo un breve silencio y añadió con amargura—: Y ahí es donde Theor Realo cumple una función crucial.

Brand aguardó en silencio.

—En ese aspecto —continuó el presidente del Consejo—, Murry fue más perspicaz que nosotros. Realo es un tullido psicológico, y también nuestra clave de todo el asunto. Si lo estudiamos a él, tendremos una imagen general de cómo son los robots. Una imagen distorsionada, por supuesto, pues él ha vivido en un entorno hostil. Pero eso podemos tenerlo en cuenta y evaluar su temperamento en un... ¡Bah! Estoy harto de este asunto.

La señal de llamada parpadeó y el presidente del Consejo suspiró. —Bien, aquí está ya. Gorla, siéntese, que me pone nervioso. Echémosle un vistazo.

Theor Realo atravesó la puerta como una exhalación y se detuvo jadeando en el centro de la habitación. Los miró a ambos con sus ojos tímidos.

—¿Cómo sucedió todo esto?

—¿Todo qué? —replicó fríamente el presidente—. Siéntese. Quiero hacerle algunas preguntas.

—No. Respóndame primero.

—¡Siéntese!

Realo se sentó. Tenía los ojos inflamados.

—Van a destruir el mundo de los robots.

—No se preocupe por eso.

—Pero usted dijo que podrían hacerlo si los robots descubrían el viaje interestelar. Lo dijo. Es usted un necio. ¿No ve...?

Se estaba sofocando. El presidente frunció el ceño.

—¿Por qué no se calma y habla con sensatez?

El albino apretó los dientes y masticó las palabras:

—Pero tendrán el viaje interestelar dentro de poco.

Los dos psicólogos se volvieron hacia el hombrecillo.

—¿Qué?

—Bien..., bueno, ¿qué se creen? —Realo se irguió con la furia de la desesperación—. ¿Creen que aterricé en un desierto o en medio de un océano y que

exploré un mundo por mi cuenta? ¿Creen que la vida es un libro de cuentos? Fui capturado en cuanto descendí y me llevaron a una gran ciudad. Al menos, creo que era una gran ciudad, aunque diferente de las nuestras. Tenía... No se lo contaré.

—¡No nos importa la ciudad! —exclamó el presidente del Consejo—. Le capturaron. Continúe.

—Me estudiaron. Estudiaron mi máquina. Y una noche me fui para contárselo a la Federación. No se enteraron de que me fui. No querían que me fuera. —Se le quebró la voz—. Y yo hubiera preferido quedarme, pero la Federación tenía que saberlo.

—¿Les habló usted de su nave?

—¿Qué podía decirles? No soy mecánico. No sé nada de la teoría ni de la construcción. Pero les enseñé a manejar los controles y les dejé mirar los motores. Eso es todo.

—Entonces no lo entenderán —comentó Brand Gorla en voz baja—. Eso no es suficiente.

El albino elevó la voz con triunfal estridencia:

—¡Oh, sí, claro que lo entenderán! Los conozco. Son máquinas. Estudiarán el problema. Trabajarán sin descanso. No cesarán jamás. Y lo conseguirán. Bastará con lo que yo les dije. Estoy seguro de que bastará.

El presidente del Consejo desvió la vista con fatiga.

—¿Por qué no nos lo contó?

—Porque ustedes me arrebataron mi mundo. Yo lo descubrí, yo solo, por mi cuenta. Y después de hacer todo el trabajo, los invité a participar y me excluyeron. Sólo recibí quejas de que había aterrizado en ese mundo y que quizá mi interferencia lo hubiera estropeado todo. ¿Por qué iba a contárselo? Averígüenlo ustedes, si son tan listos que pudieron permitirse el lujo de excluirme.

El presidente pensó amargamente: «¡Es un inadaptado! ¡Tiene complejo de inferioridad! ¡Manía persecutoria! ¡Qué bien! Todo encaja, una vez que nos molestamos en dejar de otear el horizonte para ver lo que teníamos bajo las narices. Y ahora todo está perdido.»

—De cuerdo, Realo —dijo—. Todos perdemos. Váyase.

—¿Todo ha terminado? —preguntó tensamente Brand Gorla—. ¿De veras?

—Así es. El experimento original ha terminado. Las distorsiones creadas por la visita de Realo serán tan grandes como para transformar en lengua muerta los planes que estamos estudiando. Y además... Murry tiene razón. Sí poseen el viaje interestelar, son peligrosos.

—¡No los destruirán! —gritó Realo—. ¡No pueden destruirlos! ¡No han hecho daño a nadie!

No le replicaron, y él continuó:

—Regresaré para avisarlos. Estarán preparados. Los avisaré.

Reculaba hacia la puerta, con el cabello erizado y los ojos desencajados.

El presidente del Consejo no intentó detenerlo cuando salió de la habitación.

—Déjelo ir. Era su vida. Ya no me preocupa.

Theor Realo viajó hacia el mundo robótico a tal velocidad que casi lo asfixió.

En alguna parte lo esperaba una mota de polvo, un mundo aislado donde había imitaciones artificiales de la humanidad esforzándose en un experimento que había perecido; esforzándose en pos del viaje interestelar, una meta que sería su sentencia de muerte.

Theor Realo se dirigía a ese mundo, a la misma ciudad donde lo habían «estudiado» por primera vez. La recordaba bien. Las dos palabras de aquel nombre eran las primeras que había aprendido en el idioma de los robots.

¡Nueva York!

# Callejón sin salida (1945)

---

“Blind Alley”

*Sólo una vez en la historia galáctica se descubrió una raza inteligente de no-humanos.*

LIGURN VIER, *Ensayos sobre historia.*

*De: Agencia de Provincias Exteriores*

*A: Loodun Antyok, jefe de Administración Pública, A-8 Tema: Supervisor civil de Cefeo 18, Cargo administrativo de. Referencias:*

*(a) Ley 2515 del Consejo, del año 971 del Imperio Galáctico, titulada «Designación de funcionarios del Servicio Administrativo, Métodos y revisión de la».*

*(b) Directiva Imperial, Ja 2374, fechada 243/975 I.G.*

*1. Por autorización de referencia (a), por la presente es usted designado para el citado puesto. La autoridad del antedicho cargo de supervisor civil de Cefeo 18 se extenderá sobre los súbditos no-humanos del Emperador que vivan en el planeta según las condiciones de autonomía expuestas en referencia (b).*

*2. Los deberes de dicho puesto incluirán la supervisión general de todos los asuntos internos no-humanos, la coordinación de comisiones gubernamentales autorizadas para investigar e informar, y la preparación de informes semestrales en todas las fases de los asuntos no-humanos.*

*C. Morily, jefe, AgProvExt*

*12/977 I.G.*

## 1

Loodun Antyok escuchó atentamente y sacudió su cabeza regordeta. —Amigo, me gustaría ayudarle, pero no ha acudido a la persona indicada. Será mejor que presente esto ante la Agencia.

Tomor Zammo se reclinó en la silla, se frotó la punta de la nariz, se arrepintió de lo que iba a decir y contestó:

—Eso es lógico, pero no práctico. No puedo viajar ahora a Trantor. Usted es el representante de la Agencia en Cefeo 18. ¿No puede hacer nada?

—Bueno, incluso como supervisor civil debo trabajar dentro de los límites impuestos por la política de la Agencia.

—¡Bien —exclamó Zammo—, entonces dígame cuál es esa política! Encabezo una comisión de investigación científica, bajo autorización imperial directa y supuestamente con amplios poderes. Pero a cada recodo del camino se me interponen

autoridades civiles que se justifican graznando como loros: «¡Política de la Agencia!»  
¿Cuál es la política de la Agencia? Aún no me han dado una descripción satisfactoria.

Antyok no se inmutó.

—A mi juicio, y esta opinión no es oficial, así que no le servirá como testimonio, la política de la Agencia consiste en tratar a los nohumanos con la mayor decencia posible.

—Entonces, ¿qué autoridad tienen para...?

—¡Calma! De nada sirve alzar la voz. Su Majestad Imperial es un filántropo y sigue la filosofía de Aurelión. Es bastante conocido que el Emperador mismo sugirió la creación de este mundo. Puede usted apostar a que la política de la Agencia se ceñirá a las ideas imperiales. Y puede usted apostar a que no podré remar contra esa corriente.

—Caramba, amigo —comentó el fisiólogo, moviendo repetidamente sus gruesos párpados—, si adopta esa actitud perderá su empleo. No, no es que yo vaya a hacer que le expulsen. No me refiero a eso. Pero su empleo dejará de existir, porque aquí no hay nada que realizar.

—¿De veras? ¿Por qué?

Antyok era bajo, rosado y regordete, y su rostro rechoncho tenía dificultades para expresar nada que no fuera una blanda y jovial cortesía, pero ahora manifestaba gravedad.

—Usted no lleva aquí mucho tiempo. Yo sí —rezongó Zammo—. ¿Le molesta si fumo? —Tenía en la mano un puro rugoso y fuerte y chupó hasta encenderlo—. Aquí no hay lugar para el humanitarismo, administrador. Ustedes tratan a los no-humanos como si fueran humanos, y no sirve de nada. De hecho, no me gusta el término de «nohumanos». Son animales.

—Son inteligentes —señaló Antyok.

—Bien, animales inteligentes, entonces. Supongo que ambos términos no se excluyen mutuamente. Las inteligencias extrañas no pueden compartir el mismo espacio.

—¿Propone usted exterminarlos?

—¡Santa Galaxia, no! —Gesticuló con el puro—. Propongo que los tomemos como objeto de estudio y nada más. Podemos aprender mucho de estos animales si nos lo permiten. Un conocimiento que se podría aprovechar en beneficio inmediato de la raza humana. Ahí tiene usted humanitarismo. Ahí tiene usted el bien de las masas, sí tanto le preocupa ese insípido culto a Aurelión.

—¿A qué se refiere, por ejemplo?

—Por citar lo más evidente, ha oído hablar de su química, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Antyok—. He hojeado la mayoría de los informes sobre los no-humanos que se publicaron en los diez últimos años. Estoy dispuesto a leer más.



—Bien, pues, sólo necesito decirle que la terapia química es bastante completa. Por ejemplo, he presenciado personalmente la curación de un hueso roto (o el equivalente de un hueso roto para ellos) mediante el uso de una píldora. El hueso sanó en quince minutos. Naturalmente, ninguna de sus drogas sirve para los humanos. La mayoría nos matarían al instante. Pero si averiguáramos cómo funcionan en los nohumanos..., en los animales...

—Sí, sí. Entiendo la importancia de lo que dice.

—Oh, lo entiende. Vaya, qué gratificante. Un segundo punto es que estos animales se comunican de un modo desconocido.

—¡Telepatía!

El científico hizo un gesto despectivo con la boca.

—¡Telepatía! ¡Telepatía! ¡Telepatía! Daría lo mismo decir un brebaje embrujado. Nadie sabe nada sobre la telepatía, excepto el nombre. ¿Cuál es su mecanismo? ¿Cuál es su fisiología, cuál su física? Me gustaría averiguarlo, pero no puedo. La política de la Agencia, por

lo que usted me dice, lo prohíbe.

Antyok frunció los labios.

—Pero... Perdóneme, doctor, pero no le entiendo. ¿Qué impedimento hay? Sin duda, la Administración Civil no ha intentado obstruir la investigación científica de estos no-humanos. No puedo hablar en nombre de mi predecesor, pero yo...

—No ha habido interferencias directas. No hablo de eso. Pero, por la Galaxia, administrador, el obstáculo está en el espíritu mismo de la organización. Ustedes nos obligan a tratarlos como humanos. Les permiten contar con su propio dirigente y con autonomía interna. Los miman y les dan lo que la filosofía de Aurelión denomina «derechos». Yo no puedo tratar con su dirigente.

—¿Por qué no?

—Porque se niega a darme carta blanca. Se niega a permitir experimentos sin consentimiento del sujeto. Los dos o tres voluntarios que tenemos no son demasiado brillantes. Es una situación imposible.

Antyok se encogió de hombros.

—Además —continuó Zammo—, está claro que es imposible aprender nada valioso acerca del cerebro, de la fisiología y de la química de estos animales sin disección, sin experimentos dietéticos y sin drogas. La investigación científica, administrador, es un juego duro. No deja mucho margen para el humanitarismo.

Loodun Antyok se acarició la barbilla dubitativamente.

—¿Debe ser tan duro? Estos no-humanos son criaturas inofensivas. En fin, la disección... Quizá si usted lo enfocara de otro modo... Me da la impresión de que les tiene hostilidad. Tal vez la actitud de usted sea un poco autoritaria.

—¡Autoritaria! Yo no soy uno de esos plañideros psicólogos sociales que están

tan en boga en la actualidad. No creo que se pueda resolver un problema que requiere una disección enfocándolo con lo que la jerga de la época denomínala «actitud personal correcta».

—Lamento que piense así. El entrenamiento sociopsicológico es un requisito obligatorio para todos los administradores por encima del grado A-4.

Zammo se quitó el puro de la boca y lo volvió a morder tras una pausa desdeñosa.

—Entonces, será mejor que emplee sus técnicas con la Agencia. A fin de cuentas, tengo amigos en la corte imperial.

—Pues bien, yo no puedo tomar la iniciativa. La política básica es ajena a mis decisiones, y esas cosas sólo puede iniciarlas la Agencia. Pero podríamos intentar un enfoque indirecto. —Sonrió—. Una estrategia.

—¿De qué tipo?

Antyok lo apuntó con un dedo mientras con la otra mano acariciaba las hileras de informes encuadernados en gris que había en el suelo al lado de la silla.

—Mire, he leído la mayor parte de estos informes. Son tediosos, pero contienen algunos datos. Por ejemplo, ¿cuándo nació el último bebé no-humano en Cefeo 18?

Zammo dedicó poco tiempo a reflexionar.

—No lo sé ni me importa.

—Pero a la Agencia sí le importaría. No ha nacido ningún bebé no-humano en Cefeo 18 en los dos años transcurridos desde la fundación de este mundo. ¿Conoce usted la razón?

El fisiólogo se encogió de hombros y contestó:

—Demasiados factores posibles. Requeriría un estudio.

—Pues bien, suponga que escribe un informe...

—¡Informes! He escrito veinte.

—Escriba otro. Haga hincapié en los problemas no resueltos. Insista en que usted debe cambiar de método. Expláyese sobre el problema del índice de natalidad. La Agencia no se atreverá a ignorar eso. Si los no-humanos se extinguen, alguien tendrá que responder ante el emperador. Como ve...

Zammo miró fijamente con sus ojos oscuros.

—¿Eso funcionará?

—Hace veintisiete años que trabajo para la Agencia. Sé cuál es su modo de operar.

—Lo pensaré.

Zammo se levantó y salió de la oficina dando un portazo. Posteriormente le comentó a un colaborador:

—Ante todo es un burócrata. No abandonará los convencionalismos del papeleo ni arriesgará el pellejo. Logrará poco por sí mismo, pero quizá consiga mucho si nos valemos de su mediación.

De: Jefatura Administrativa, Cefeo 18 A: AgProvExt

Tema: Proyecto Provincia Exterior 2563, Parte II - Investigaciones científicas de no-humanos de Cefeo 18, Coordinación de las.

Referencias:

(a) Carta AgProvExt Cef-N-CM/jg 100132, fechada 302/975 I.G.

(b) Carta JefAdmCef 18 AA-LA/m, fechada 140/977 I.G. Anexo:

1. Grupo Científico 10, División Física y Bioquímica, informe titulado «Características fisiológicas de los nohumanos de Cefeo 18, Parte XI», fechado 172/977 I.G.

1. Se adjunta el Anexo 1 para información de la AgProvExt. Nótese que la sección XII, parágrafos 1—16 del Anexo 1, concierne a posibles cambios en la actual política de la AgProvExt en cuanto a los no-humanos, con miras a facilitar las investigaciones físicas y químicas que actualmente se efectúan bajo la autorización de la referencia (a).

2. Se señala a la AgProvExt que la referencia (b) ya comenta posibles cambios en los métodos de investigación y que es opinión de JefAdmCef 18 que dichos cambios aún son prematuros. Se sugiere, empero, que la cuestión de la tasa de natalidad de los no-humanos sea tema de un proyecto AgProvExt asignado a JefAdmCef 18, en vista de la importancia que el GruCient 10 atribuye al problema, como se evidencia en la sección V del Anexo 1.

L. Antyok, superv., JefAdm-Cef 18, 174/977

De: AgProvExt A: JefAdm-Cef 18

Tema: Proyecto Provincia Exterior 2563 - Investigaciones científicas de no-humanos de Cefeo 18, Coordinación de las. Referencia:

(a) Carta JefAdmCef 18 AA-LA/mn, fechada 174/977 I.G.

1. En respuesta a la sugerencia contenida en el parágrafo 2 de la referencia (a), se considera que la cuestión de la tasa de natalidad no-humana no incumbe a JefAdmCef 18. En vista de que GruCient 10 ha informado de que dicha esterilidad quizá se deba a una deficiencia química en el suministro alimentario, GruCient 10 continuará siendo la autoridad responsable para todas las investigaciones en ese campo.

2. Los procedimientos de investigación de los diversos GruCient continuarán de acuerdo con las directivas actuales sobre el particular. No se prevén cambios de política. C. Morily, jefe, AgProvExt,

186/977 I.G.

Con su físico enjuto, el reportero aparentaba tener una estatura imponente.

Era Gustiv Bannerd, cuya reputación se combinaba con su talento, dos cosas que no van invariablemente juntas a pesar de las máximas de moral elemental.

Loodun examinó a aquel hombre alto y dijo:

—No puedo negarle la razón. Pero el informe del GruCient era confidencial. No entiendo cómo...

—Se filtró. Todo se filtra —fue la indiferente explicación de Bannerd.

Antyok mostraba desconcierto y unas arrugas aparecieron en su rosado rostro.

—Entonces, tendré que taponar esa filtración. No puedo aprobar su artículo. Deberá eliminar toda alusión que comprometa al GruCient. Lo entiende, ¿verdad?

—No —respuso Bannerd con calma—. Es importante y tengo mis derechos, conforme a la orden imperial. Creo que el Imperio debería enterarse de lo que ocurre.

—Pero es que no ocurre. Usted se equivoca. La Agencia no piensa cambiar su política. Ya le enseñé las cartas.

—¿Piensa que podrá habérselas con Zammo cuando él presione? —preguntó desdeñosamente el reportero.

—Lo haré, si creo que está equivocado.

—¿Si cree? Antyok, el Imperio se enfrenta con algo importante aquí, mucho más importante de lo que cree el Gobierno. Lo están destruyendo. Están tratando a estas criaturas como animales.

—Por favor... —protestó débilmente Antyok.

—No me hable de Cefeo 18. Es un zoológico. Un zoológico de primera, con científicos insensibles que azuzan a esas pobres criaturas metiendo sus palos a través de las rejas. Ustedes les arrojan trozos de carne, pero las mantienen encerradas. Lo sé. Hace dos años que escribo sobre el tema. Casi he vivido con ellas.

—Zammo dice...

—¡Zammo! —escupió despectivamente el reportero.

—Zammo dice —insistió Antyok con severidad— que los tratamos como si fueran humanos.

Las rectas y largas mejillas del reportero se endurecieron.

—Zammo se parece bastante a un animal. Es un adorador de la ciencia. Podríamos prescindir de tales personajes. —Y de pronto preguntó—: ¿Ha leído usted las obras de Aurelión?

—Pues sí. Entiendo que el emperador...

—El Emperador se inclina por nosotros. Eso es bueno, mejor que las jaurías del reinado anterior.

—No entiendo adónde quiere llegar.

—Estos alienígenas tienen mucho que enseñarnos. ¿Comprende? No se trata de nada que Zammo y su grupo científico puedan aprovechar, no es ni química ni

telepatía. Es un modo de vivir, un modo de pensar. Los alienígenas no tienen criminales ni inadaptados. ¿Qué se está haciendo para estudiar su filosofía? ¿Y para encararlos como un problema de ingeniería social?

Antyok reflexionó, y su cara rechoncha se suavizó.

—Es una reflexión realmente interesante. Sería un asunto para los psicólogos...

—No sirven. La mayoría de ellos son unos charlatanes. Los psicólogos señalan los problemas, pero sus soluciones son falaces. Necesitamos partidarios de Aurelión. Hombres de la Filosofía...

—Pero no podemos transformar Cefeo 18 en..., en un estudio metafísico.

—¿Por qué no? Es fácil de hacer.

—¿Cómo?

—Olvídese de sus mezquinos tubos de ensayo. Permita que los alienígenas organicen una sociedad libre de humanos. Déles una independencia sin trabas y permita una mezcla de filosofías...

—Eso no se puede hacer en un día —objetó nerviosamente Antyok.

—Pero sí se puede comenzar en un día.

—Bien, no puedo impedirle que intente empezar —dijo lentamente el administrador, y adoptó un tono confidencial—. Pero echará a perder su propio juego si publica el informe del GruCient 10 y lo denuncia por razones humanitarias. Los científicos son poderosos.

—Los partidarios de la Filosofía también.

—Sí, pero hay un camino más fácil. No es preciso irritar. Simplemente señale que el grupo científico no está resolviendo los problemas. Expréselo sin apasionamiento y permita que los lectores elaboren ese punto de vista. Tome el problema del índice de natalidad, por ejemplo. Ahí tiene algo importante. En una generación, los no-humanos podrían extinguirse, a pesar de todo lo que pueda hacer la ciencia. Señale que se requiere un enfoque más filosófico. O escoja otro punto obvio. Use su buen juicio. —Antyok sonrió afablemente al levantarse—. Pero, en nombre de la Galaxia, no enturbie el asunto.

En un tono seco e indiferente Bannerd dijo:

—Tal vez tenga razón.

Y más tarde le envió este mensaje a un amigo: «No es inteligente, de ningún modo. Está confuso y no cuenta con directivas que lo guíen en la vida. Sin duda es incompetente en su trabajo. Pero sabe recortar y pulir, sorteando diplomáticamente las dificultades y prefiere hacer concesiones a atascarse en una postura inflexible. Quizá nos resulte valioso. Tuyo en Aurelión. »

De: JefAdm-Cef 18 A: AgProvExt Tema: Tasa de natalidad de los no-humanos de Cefeo 18, Reportaje sobre la. Referencias: (a) Carta de JefAdm-Cef 18 AA-LA/mn,

fecha 174/977 I.G. (b) Orden Imperial, Ja2374, fecha 243/975 I.G. Anexos: 1-G. Reportaje de Bannerd, fecha Cefeo 18, 201/977 I.G.

—G8-2-G. Reportaje de Bannerd, fecha Cefeo 18, 203/977 I.G. 1. La esterilidad de los no-humanos de Cefeo 18, comunicada a la AgProvExt en referencia (a), se ha convertido en tema de reportajes en la prensa galáctica. Adjuntamos los reportajes en cuestión para información de la AgProvExt como Anexos 1 y 2. Aunque dichos reportajes se basan en material considerado confidencial y prohibido al público, el reportero en cuestión defendió su derecho a la libre expresión según los términos de la referencia (b).

2. En vista de la inevitable publicidad y del malentendido que creará en la opinión pública, se requiere que la AgProvExt establezca políticas futuras respecto del problema de la esterilidad de los no-humanos.

L. Antyok, superv., JefAdm-Cef 18, 209/977 I.G.

De: AgProvExt A: JefAdm-Cef 18

Tema: Tasa de natalidad de los no-humanos de Cefeo 18, Investigación de la.

Referencias:

(a) Carta JefAdmCef 18 AA-LA/mn, fecha 209/977 I.G. (b) Carta JefAdmCef 18 AA-LA/mn, fecha 174/977 I.G.

1. Proponemos investigar las causas y los medios para impedir la desfavorable tasa de natalidad mencionada en las referencias (a) y (b). Por ende, se establece un proyecto, titulado «Tasa de natalidad de los no-humanos de Cefeo 18, Investigación de la», al cual, en vista de la crucial importancia del tema, se asigna una prioridad AA.

2. El número otorgado al proyecto es 2910, y todos los gastos correspondientes se indicarán con el número de Asignación 18/78.

C. Morily, jefe, AgProvExt,  
223/977 I.G.

### 3

Aunque el mal humor de Tomor Zammo disminuyó una vez en el interior de la estación experimental del grupo científico 10, no por ello su amabilidad había aumentado. Antyok se encontró a solas ante la ventana panorámica del principal laboratorio de campo.

El laboratorio era un ancho patio dispuesto según las condiciones ambientales de Cefeo 18, para incomodidad de los experimentadores y comodidad de los objetos de la experimentación. A través de la arena calcinada y del aire seco y rico en oxígeno, chispeaba el duro resplandor de un sol caluroso y blanco. Y debajo del resplandor los rojizos no-humanos, con su piel arrugada y su físico enclenque, adoptaban su posición de sosiego, en cuclillas y de uno en uno o de dos en dos.

Zammo salió del laboratorio. Se detuvo para beber agua y levantó el rostro, con el labio superior reluciente de humedad.

—¿Quiere entrar?

Antyok sacudió la cabeza.

—No, gracias. ¿Cuál es la temperatura actual?

—Más de cuarenta y ocho grados, a la sombra. Y se quejan de frío. Es hora de beber. ¿Quiere ver cómo lo hacen?

Un chorro de agua brotó de la fuente del centro del patio y las pequeñas figuras alienígenas se pusieron de pie y echaron a correr medio trotando de un modo extraño. Giraban alrededor del agua, empujándose unos a otros. Desde el centro del rostro proyectaban un largo y flexible tubo de carne que sorbía la espuma y se retiraba goteando.

Duró varios minutos. Los cuerpos se hincharon y las arrugas desaparecieron. Retrocedieron despacio, reculando, agitando el tubo de carne que al fin se redujo a una masa rosada y rugosa encima de una boca ancha y sin labios. Se durmieron en grupos en los lugares sombreados, rechonchos y saciados.

—¡Animales! —exclamó Zammo con desprecio.

—¿Con cuánta frecuencia beben? —se interesó Antyok.

—Con la frecuencia que desean. Pueden aguantar una semana si es preciso. Les damos agua todos los días. La almacenan bajo la piel. Comen de noche. Son vegetarianos.

Antyok sonrió afablemente.

—Es bueno tener información directa en ocasiones. No puedo estar leyendo informes todo el tiempo.

—¿No? ¿Y qué hay de nuevo? ¿Qué me cuenta de esos muchachos con pantalones de encaje, los de Trantor?

Antyok se encogió de hombros.

—Lamentablemente, es difícil conseguir que la Agencia se comprometa. Como el emperador simpatiza con los aurelionistas, el humanitarismo está de modo, como sabe. —Se mordió un labio, indeciso—. Pero ahora está este problema del índice de natalidad. Al fin se lo han asignado a la Jefatura Administrativa, y con prioridad doble A.

Zammo masculló algo para sí.

—Tal vez usted no lo comprenda —le explicó Antyok—, pero ese proyecto ahora será prioritario sobre cualquier otro de Cefeo 18. Es importante. —Se volvió hacia la ventana panorámica y preguntó pensativamente, sin preámbulos—: ¿Cree que estas criaturas pueden ser infelices?

—¡Infelices! —escupió el otro.

—Bien, pues inadaptadas. ¿Comprende? Es difícil preparar un entorno para una

raza que conocemos tan poco.

—¿Alguna vez ha visto el mundo del que las recogimos?

—Ha leído los informes...

—¡Informes! ¡Yo lo he visto! Esto le parecerá un desierto, pero es un vergel para esos demonios. Tienen toda la comida y el agua que puedan desear. Tienen un mundo con vegetación y agua natural, en vez de un montón de sílice y granito, donde cultivaban hongos en cavernas y extraían agua del yeso por evaporación. En diez años, hasta la última de esas bestias habría muerto y las hemos salvado. ¿Infelices? Pues si lo son no tienen la decencia de la mayoría de los animales.

—Bien, quizá. Pero a veces tengo una sospecha.

—¿Una sospecha? ¿Cuál es su sospecha?

Zammo sacó uno de sus puros.

—Es algo que podría ayudarle. ¿Por qué no estudiar a las criaturas de un modo más integrado? Que utilicen su iniciativa. A fin de cuentas, poseían una ciencia muy desarrollada. Los informes de usted lo mencionan continuamente. Deles problemas para resolver.

—¿Por ejemplo?

—Oh..., oh... —Antyok agitó las manos—. Lo que usted considere mejor. Naves espaciales, por ejemplo. Méталos en la sala de control y estudie sus reacciones.

—¿Por qué? —preguntó Zammo con sequedad.

—Porque la reacción de sus mentes ante herramientas y controles adaptados al temperamento humano puede enseñarnos mucho. Además, será un soborno más efectivo, a mi entender, que todo lo que ha intentado hasta ahora. Conseguirá más voluntarios si creen que es para algo interesante.

—Bah, se le nota su formación psicológica. Suena mejor de lo que probablemente es. Lo meditaré. ¿Y cómo conseguiría el permiso, de todos modos, para permitirles manejar naves espaciales? No tengo ninguna a mi disposición y llevaría una eternidad realizar los trámites burocráticos para que nos asignaran una.

Antyoki reflexionó, arrugando la frente.

—No tienen que ser naves espaciales. Pero aun así... si usted redacta otro informe y presenta la propuesta, con cierta vehemencia, ya me entiende, tal vez yo encuentre un modo de vincularla con mi proyecto sobre el índice de natalidad. Una prioridad doble A puede obtener cualquier cosa, sin preguntas.

El entusiasmo de Zammo dejaba bastante que desear.

—Bien, quizás. Entre tanto, debo completar algunas pruebas de metabolismo basal y se hace tarde. Lo pensaré. Tiene sus puntos favorables.

De: JefAdm-Cef 18 A: AgProvExt

Tema: Proyecto Provincia Exterior 2910, Parte I - Tasa de natalidad de los no-



*humanos de Cefeo 18, Investigación de la. Referencia:*

*(a) Carta AgProvExt Cef-N-CM/car, 115097, 223/977 I.G. Anexos:*

*1. GruCient 10, informe de la División Física y Bioquímica, Parte XV, fechado 220/977 I.G.*

*1. Se adjunta Anexo 1 para información de la AgProvExt.*

*2. Se dirige especial atención a la sección V, parágrafo 3 del Anexo 1, donde se requiere que se asigne una nave espacial al GruCient 10 para utilizarla en acelerar las investigaciones autorizadas por la AgProvExt. JefAdm-Cef 18 considera que dichas investigaciones pueden contribuir decisivamente al progreso en dicho proyecto, autorizado por referencia (a). Se sugiere, en vista de la alta prioridad asignada por la AgProvExt a dicho proyecto, que se dé curso inmediato al requerimiento del GruCient.*

*L. Antyok, superv., JefAdm-Cef 18, 240/977 I.G.*

*De: AgProvExt A: JefAdm-Cef 18*

*Tema: Proyecto Provincia Exterior 2910 - Tasa de natalidad de los no-humanos de Cefeo 18, Investigación de la. Referencia:*

*(a) Carta JefAdm-Cef 18 AA-LA/mn, fechada 240/977 I.G. 1. La nave de entrenamiento AN-R-2055 quedará a disposición de JefAdm-Cef 18 para uso en la investigación de los no-humanos de Cefeo 18 respecto del proyecto mencionado y otros proyectos ProvExt autorizados, tal como se requiere en el Anexo 1 de la referencia (a).*

*2. Se exhorta a que el tráóajo sobre el citado proyecto se acelere por todos los medios disponibles.*

*C. Morily, jefe, AgProvExt, 251/977 I.G.*

#### **4**

La criaturilla roja debía de sentirse mucho más incómoda de lo que dejaba ver su prestancia, aunque la temperatura ya estaba regulada de tal modo que sus acompañantes humanos sudaban con sus camisas abiertas.

—Lo encuentro húmedo, pero soportable a esta baja temperatura —dijo, hablando con cuidado y en un tono de voz agudo.

Antyok sonrió.

—Fuiste amable al venir. Quería visitarte yo, pero un análisis de tu atmósfera...

La sonrisa se convirtió en un gesto de pesar.

—No importa. Vosotros habéis hecho más por nosotros de lo que jamás pudimos hacer nosotros mismos. Es una obligación retribuida con imperfección por mi parte al soportar una mínima incomodidad.

Hablaba siempre en forma indirecta, como si abordara sus pensamientos de una forma oblicua, como si hablar sin rodeos atentara contra los buenos modales.

Gustiv Bannerd, sentado en un rincón de la habitación, con una larga pierna cruzada sobre la otra, hizo unas anotaciones y preguntó:

—¿No te molesta que registre todo esto?

El no-humano cefeida miró de soslayo al periodista.

—No tengo objeción.

Antyok insistió en su tono de disculpa:

—No se trata sólo de una cuestión social. No te habría sometido a ninguna incomodidad por eso. Hay cuestiones importantes que considerar y tú eres el dirigente de tu pueblo.

—Me satisface que tus propósitos sean cordiales. Continúa, por favor.

El administrador tenía grandes dificultades para volcar sus pensamientos en palabras.

—Es un tema delicado —dijo—, y nunca lo mencionaría si no fuera por la abrumadora importancia de la..., en fin, de la cuestión. Soy sólo el portavoz de mi Gobierno...

—Mi pueblo considera que el Gobierno de tu mundo es amable.

—Pues sí, lo es. Por esa razón, le preocupa que tu pueblo ya no se reproduzca.

Antyok hizo una pausa y aguardó una reacción que no se produjo. El rostro de cefeida permaneció inalterable, excepto por un suave temblor en la zona rugosa que era el tubo de beber desinflado.

—Es... es una cuestión que vacilábamos en mencionar —continuó Antyok— porque tiene aspectos muy personales. Mi Gobierno no desea entrometerse y hemos hecho lo posible para investigar el problema con discreción y sin molestar a tu gente. Pero, francamente, nosotros... —¿Habéis fracasado? —concluyó el cefeida, cuando la pausa se prolongó.

—Sí. Al menos no hemos descubierto una incapacidad concreta para imitar el ámbito de vuestro mundo original, a excepción de algunas modificaciones necesarias con el fin de hacerlo más habitable. Naturalmente, se piensa que existe algún problema químico. Y por eso pido tu ayuda voluntaria en el asunto. Tu gente está avanzada en el estudio de la bioquímica que os es propia. Si no quieres, o prefieres...

—No, no. Puedo ayudar. —Parecía de buen humor. Arrugó los tersos y chatos rasgos de su cráneo lampiño, en la manifestación alienígena de una emoción incierta—. No se nos hubiera ocurrido pensar que esto os turbara. Es un indicio más de vuestra bien intencionada amabilidad. Este mundo nos resulta satisfactorio, un paraíso en comparación con el viejo. Las condiciones que prevalecen son propias de nuestras leyendas de la Edad de Oro.

—Bien...

—Pero hay algo, algo que quizá vosotros no entendáis. No podemos esperar que otras inteligencias piensen del mismo modo.

—Intentaré entenderlo.

La voz del cefeida se hizo más suave; los límpidos tonos graves, más pronunciados:

—En nuestro mundo natal agonizábamos, pero estábamos luchando. Nuestra ciencia, desarrollada a lo largo de una historia más antigua que la vuestra, llevaba las de perder, pero aún no estaba derrotada. Tal vez fuese porque nuestra ciencia era fundamentalmente biológica, no física como la vuestra. Vuestro pueblo descubrió nuevas formas de energía y llegó a las estrellas; el nuestro descubrió nuevas verdades en psicología y en psiquiatría y construyó una sociedad funcional libre de enfermedades y de delitos.

»No es preciso preguntarse cuál de ambos enfoques era el más loable, pero no hay dudas en cuanto a cuál tuvo mayor éxito al final. En nuestro mundo agonizante, sin medios de vida ni fuentes de energía, nuestra ciencia biológica sólo podía facilitar la muerte.

»Y aun así luchamos. Durante siglos hemos buscado a tientas los elementos de la energía atómica y lentamente se encendió la chispa de la esperanza que nos permitiría romper los límites bidimensionales de nuestra superficie planetaria para alcanzar las estrellas. En nuestro sistema no había otros planetas que nos sirvieran como escalas en el camino. Nada, salvo veinte años luz hasta la estrella más próxima y sin el conocimiento de la posibilidad de la existencia de otros sistemas planetarios, sino más bien lo contrario.

»Pero en toda vida hay algo que insiste en luchar, aunque la lucha sea inútil. En los últimos días quedábamos sólo cinco mil. Sólo cinco mil. Y nuestra nave estaba preparada. Era experimental y tal vez hubiera sido un fracaso, pero ya teníamos correctamente elaborados todos los principios de propulsión y navegación.

Hubo una larga pausa y los ojillos negros del cefeida parecieron cubrirse de nostalgia.

—¿Y entonces llegamos nosotros? —intervino el periodista.

—Y entonces llegasteis vosotros —asintió—. Eso lo cambió todo. Disponíamos de energía. Disponíamos de un nuevo mundo no sólo satisfactorio, sino ideal. Si nosotros habíamos resuelto nuestros problemas sociales tiempo atrás, vosotros resolvisteis repentina y completamente nuestros aún más difíciles problemas de medio ambiente.

—¿Y? —preguntó Antyok.

—Pues... de algún modo eso no estaba bien. Durante siglos nuestros ancestros habían luchado por llegar a las estrellas y de pronto las estrellas resultaban ser de propiedad ajena. Habíamos luchado por la vida y de pronto ésta se transformaba en un obsequio que otros nos hacían. Ya no hay razones para luchar, ya no hay nada que alcanzar, todo el universo es propiedad de vuestra raza.

—Este mundo es vuestro —dijo afablemente Antyok.

—Por consentimiento. Es un obsequio. No es nuestro por derecho.

—En mi opinión os lo habéis ganado.

El cefeida fijó la vista en el semblante de su interlocutor.

—Tienes buenas intenciones, pero dudo que lo entiendas. No tenemos adónde ir, salvo este mundo con el que nos habéis obsequiado. Estamos en un callejón sin salida. La función de la vida es luchar y se nos ha arrebatado. La vida ya no puede interesarnos. No tenemos descendencia voluntariamente. Es nuestro modo de quitarnos del medio.

Distraídamente, Antyok había retirado el fluoroglobo de la repisa de la ventana y lo hizo girar sobre la base. La llamativa superficie reflejó la luz al girar y su mole de un metro de altura flotaba en el aire con incongruente gracia y ligereza.

—¿Es vuestra única solución? —insistió Antyok—. ¿La esterilidad?

—Podríamos escapar —susurró el cefeida—, pero ¿en qué parte de la galaxia hay sitio para nosotros? Es toda vuestra.

—Sí, no hay lugar para vosotros más cercano que las Nubes Magallánicas, si buscáis independencia. Las Nubes Magallánicas.

—Y no nos dejaríais ir. Tenéis buenas intenciones, lo sé.

—Sí, tenemos buenas intenciones..., pero no podríamos dejaros partir.

—Es una amabilidad errada.

—Tal vez, pero ¿no podríais resignaros? Tenéis un mundo.

—Es algo que trasciende las explicaciones. Vuestra mentalidad es distinta. No podríamos resignarnos. Creo, administrador, que has pensado ya antes en todo esto. El concepto del callejón sin salida en que nos hallamos atrapados no es nuevo para ti.

Antyok se sobresaltó y detuvo el movimiento del fluoroglobo con una mano.

—¿Puedes leerme la mente?

—Es sólo una conjetura. Y creo que es válida.

—Sí..., pero ¿puedes leerme la mente? ¿Puedes leer las mentes humanas? Es interesante. Los científicos dicen que no podéis, pero a veces me pregunto si simplemente no queréis. ¿Podrías responderme? Tal vez te estoy retrasando más de la cuenta.

—No..., no. —Pero el menudo cefeida se arrebujó en su túnica y hundió el rostro en la almohadilla calefactora eléctrica del cuello—. Vosotros habláis de leer mentes. No es así en absoluto, pero sin duda es imposible de explicar.

Antyok murmuró el viejo proverbio:

—Es imposible explicar la visión a un ciego de nacimiento.

—En efecto. Este sentido que llamáis «lectura de mentes», muy erróneamente, no se aplica a nosotros. No es que no podamos recibir las sensaciones adecuadas, sino que vosotros no las transmitís, y no tenemos modo de explicaros cómo hacerlo.

—Ya.

—Hay ocasiones, por supuesto, de gran concentración o de tensión emocional por parte de uno de vosotros, en que algunos de los que somos más expertos en este sentido (más observadores por así decirlo) detectamos algo. Es impreciso. Pero a veces me he preguntado...

Antyok hizo girar nuevamente el fluoroglobo. Sumido en sus pensamientos, miraba fijamente al cefeida. Gustiv Bannerd estiró los dedos y releyó sus notas, moviendo los labios en silencio.

El fluoroglobo giraba, y poco a poco el cefeida se fue poniendo tenso, a medida que sus ojos escrutaban el brillo de gran colorido de la frágil superficie del globo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Antyok se sobresaltó y su rostro cobró una expresión plácida.

—¿Esto? Una moda de hace tres años, lo cual significa que este año es una reliquia anticuada. Se trata de un artilugio inservible, pero bonito. Bannerd, ¿podría ajustar las ventanas para no-transmisión?

Se oyó el suave chasquido de un contacto y las ventanas se transformaron en oscuras zonas curvadas, mientras en el centro de la habitación el fluoroglobo se transformaba en el centro de una irradiación rosada que parecía brincar en llamas ondulantes. Antyok, una figura escarlata en una habitación escarlata, lo apoyó en la mesa y lo hizo girar con una mano teñida de rojo. Al girar, los colores cambiaban con creciente celeridad, fusionándose y descomponiéndose en los contrastes más extraordinarios.

Antyok se hallaba envuelto en la turbadora atmósfera de un arco iris fúlgido y cambiante.

—La superficie es de un material que exhibe una fluorescencia variable. Casi no tiene peso y es muy frágil, pero está giroscópicamente equilibrado y rara vez se cae. Es bastante bonito, ¿no crees?

—Extremadamente bonito —asintió el cefeida.

—Pero su momento ha pasado. Ya no está de moda.

—Es muy bonito.

El cefeida parecía abstraído. Antyok hizo un gesto, Bannerd encendió la luz y los colores se disiparon.

—Eso es algo que agradaría a mí gente —comentó el cefeida, mirando el globo con fascinación.

Antyok se puso de pie.

—Será mejor que te vayas. Si te quedas más tiempo, la atmósfera puede surtir malos efectos. Agradezco humildemente tu amabilidad.

—Yo agradezco humildemente la tuya.

El cefeida también se puso de pie.

—La mayoría de tu gente, por cierto —dijo Antyok—, ha aceptado el ofrecimiento de estudiar la configuración de nuestras naves modernas. Comprenderás, supongo, que el propósito era analizar sus reacciones ante nuestra tecnología. Confío en que eso no atente contra vuestro sentido del decoro.

—No es preciso que te disculpes. Yo tengo ahora los elementos necesarios para llegar a ser un piloto humano. Fue muy interesante. Evoca nuestros propios esfuerzos... y nos recuerda que andábamos por el camino correcto.

El cefeida se marchó, y Antyok frunció el ceño al sentarse.

—Bien —le dijo a Bannerd con brusquedad—. Espero que recuerde usted nuestro acuerdo. Esta entrevista no se puede publicar.

Bannerd se encogió de hombros.

—Muy bien.

Antyok acarició la estatuilla de metal que tenía sobre el escritorio.

—¿Qué piensa de todo esto, Bannerd?

—Lo lamento por ellos. Creo entender cómo se sienten. Deberíamos educarlos para que piensen de otro modo, y la Filosofía puede hacerlo.

—¿Eso cree?

—Sí.

—Pero no podemos dejarles ir.

—Claro que no. Eso es impensable. Tenemos mucho que aprender de ellos. Ese sentimiento que experimentan es sólo una etapa pasajera. Ya pensarán de otro modo, especialmente cuando les concedamos la más plena independencia.

—Tal vez. ¿Qué piensa usted de los fluoroglobos, Bannerd? A él le han gustado. Quizá sea un gesto apropiado pedir varios miles. Es evidente que ahora se venden muy poco, así que están bastante baratos.

—Parece una buena idea.

—Pero la Agencia nunca lo aceptaría. Los conozco.

El reportero entornó los párpados.

—Pero podría ser apropiado. Necesitan interesarse en cosas nuevas.

—¿Sí? Bien, podríamos hacer algo. Si yo incluyera su transcripción de la entrevista como parte de un informe e hiciera hincapié en el asunto de los globos... A fin de cuentas, usted es un prosélito de la Filosofía y quizás ejerciera influencia sobre gente importante, cuya palabra tendría mucho más peso que la mía en la Agencia. ¿Entiende...?

—Sí —murmuró Bannerd—. Sí.

De: JefAdm-Cef 18 A: AgProvExt

*Temas: Proyecto ProvExt 2910, Parte II: Tasa de natalidad de los no-humanos de Cefeo 18, Investigación de la. Referencia:*

*(a) Carta de AgProvExt Cef-N-CM/car, 115097, fechada 223/977 I.G.*

*Anexo:*

*1. Transcripción de la conversación entre L. Antyok, de JefAdm-Cef 18, y Ni-San, sumo juez de los no-humanos de Cefeo 18.*

*1. Se adjunta en Anexo 1 para información de la AgProvExt.*

*2. La investigación del proyecto emprendido en respuesta a la autorización de referencia (a) se efectúa según las nuevas líneas indicadas en el Anexo 1. Aseguramos a la AgProvExt que utilizaremos todos los medios para combatir la nociva actitud psicológica que prevalece actualmente entre los no-humanos.*

*3. Nótese que el sumo juez de los no-humanos de Cefeo 18 manifestó interés en los fluoroglobos. Se ha iniciado una investigación preliminar sobre este dato de la psicología no-humana.*

*L. Antyok, superv., JefAdm-Cef 18, 272/977 I.G.*

De: AgProvExt A: JefAdm-Cef 18

*Tema: Proyecto ProvExt 2910: Tasa de natalidad de los no-humanos de Cefeo 18, Investigación de la.*

*Referencia:*

*(a) Carta JefAdm-Cef 18 AA-LA/mn, fechada 272/977 I.G. 1. Con referencia al Anexo 1 de referencia (a), el Departamento de Comercio ha despachado una remesa de cinco mil fluoroglobos para Cefeo 18.*

*2. Se recomienda que JefAdm-Cef 18 utilice todos los métodos para mitigar la insatisfacción de los no-humanos, en conformidad con la necesidad de obediencia a las proclamas imperiales.*

*C. Morily, jefe, AgProvExt, 283/977 I.G.*

## 5

La cena había concluido, se había servido vino y se habían encendido los puros. La gente conversaba en grupos y el capitán de la flota mercante ocupaba el centro del grupo más numeroso. Su brillante uniforme blanco deslumbraba a sus interlocutores.

—El viaje fue cosa de nada —manifestó con jactancia—. He estado al mando de más de trescientas naves, pero nunca transporté semejante cargamento. ¡Santa Galaxia! ¿Para qué quieren ustedes cinco mil fluoroglobos en este desierto?

Loodun Antyok rió suavemente.

—Para los no-humanos. Espero que no haya sido un cargamento difícil.

—Difícil no, pero sí voluminoso. Son frágiles, y no podía llevar más de veinte por nave, con tantas regulaciones gubernamentales concernientes al embalado y a las precauciones contra las rupturas. Pero supongo que es dinero del Gobierno.

Zammo sonrió torvamente.

—¿Es su primera experiencia con los métodos del Gobierno, capitán?

—¡Santa Galaxia, no! Procuro evitarlo, desde luego; pero a veces es imposible no verse enredado. Y es engorroso, a decir verdad. ¡Tantos trámites! ¡El papeleo! Es suficiente para atrofiarte el crecimiento y helarte la sangre en las venas. Es un tumor, un engendro canceroso en la galaxia. Yo lo borraría todo de un plumazo.

—Es usted injusto, capitán. No lo entiende.

—¿No? Bien, ya que es usted uno de esos burócratas —replicó, pronunciando la palabra con una sonrisa—, ¿por qué no explica su perspectiva de la situación?

—Pues bien —contestó Antyok, con cierta agitación—, el Gobierno es un asunto grave y complejo. Tenemos miles de planetas de que preocuparnos en este Imperio, y miles de millones de personas. Supervisar el arte de gobernar, sin una organización muy rigurosa, casi escapa a la capacidad humana. Creo que hay cuatrocientos millones de hombres tan sólo en el Servicio Administrativo Imperial y, para coordinar sus esfuerzos y amalgamar sus conocimientos, necesitamos esos trámites y ese papeleo. Cada elemento, aunque parezca insensato, tiene su utilidad. Cada papel es una hebra que enlaza la labor de cuatrocientos millones de humanos. Si aboliéramos el Servicio Administrativo, aboliríamos el Imperio, y con él la paz interestelar, el orden y la civilización.

—Vamos... —dijo el capitán.

—No, lo digo en serio. Las reglas y el sistema de la organización administrativa deben ser abarcadoras y rígidas para que los funcionarios incompetentes, que los hay... Pueden reírse, pero también hay científicos incompetentes, y reporteros, y capitanes... Para que los funcionarios incompetentes, decía, puedan causar poco daño. Porque, en el peor de los casos, el sistema no puede funcionar solo.

—Sí —gruñó el capitán—. ¿Y si nombran un administrador capaz? Entonces queda atrapado por esa rígida telaraña y se ve obligado a ser mediocre.

—En absoluto —replicó afablemente Antyok—. Un hombre capaz puede trabajar dentro de los límites de las reglas y lograr lo que se propone.

—¿Cómo? —preguntó Bannerd.

—Bueno... Bien... —Antyok se sentía repentinamente incómodo—. Un método consiste en obtener un proyecto con prioridad A o, si es posible, doble A.

El capitán echó la cabeza hacia atrás, para echarse a reír, pero no llegó a hacerlo, pues se abrió la puerta y entraron unos hombres asustados. Al principio, los gritos eran ininteligibles. Luego:

—¡Señor, las naves se han ido! ¡Esos no-humanos las tomaron por la fuerza!

—¿Qué? ¿Todos?

—¡Todos! ¡Naves y criaturas...!

A las dos horas, los cuatro volvieron a reunirse en el despacho de Antyok.



—No hay error —declaró fríamente Antyok—. No queda una sola nave, ni siquiera nuestra nave de entrenamiento, Zammo. Y no hay una sola nave del Gobierno disponible en esta mitad del sector. Para cuando organicemos una persecución estarán fuera de la galaxia, camino a las Nubes Magallánicas. Capitán, era responsabilidad suya mantener una guardia adecuada.

—¡Era nuestro primer día fuera del espacio! —exclamó el capitán—. ¿Quién iba a suponer...?

—Un momento, capitán —interrumpió Zammo—. Empiezo a entenderlo, Antyok. Usted tramó todo esto.

—¿Yo? —preguntó Antyok con aire de distante ingenuidad.

—Esta noche usted comentó que un administrador inteligente obtenía un proyecto de prioridad A para lograr lo que se proponía. Usted obtuvo ese proyecto con el propósito de ayudar a los no-humanos a escapar.

—¿Yo hice eso? Pero ¿cómo? Fue usted quien mencionó el problema de la decreciente tasa de natalidad en uno de sus informes. Fue Bannerd quien escribió esos artículos sensacionalistas que asustaron a la Agencia, convenciéndola de establecer un proyecto con prioridad doble A. Yo no tuve nada que ver.

—¡Usted sugirió que yo mencionara lo de la tasa de natalidad! —vociferó Zammo.

—¿De veras?

—¡Y fue usted quien sugirió que yo mencionara la tasa de natalidad en mis artículos! —rugió Bannerd.

Los tres lo cercaron. Antyok se reclinó en la silla.

—No sé adónde quieren ir a parar. Si me están acusando, les ruego que se atengan a las pruebas legales. Las leyes del Imperio se rigen por material escrito, filmado o transcrito, o por declaraciones con testigos. Todas mis cartas como administrador figuran en este archivo, en la Agencia y en otros lugares. Yo jamás he pedido un proyecto de prioridad A. La Agencia me lo asignó, y Zammo y Bannerd son responsables de ello. Según los papeles, al menos.

La voz de Zammo fue un gruñido casi ininteligible:

—Usted me embaucó para que enseñara a esas criaturas a manejar una nave espacial.

—Fue sugerencia de usted. Tengo en archivo el informe donde propone estudiar la reacción de los no-humanos ante las herramientas humanas. También lo tiene la Agencia. Las pruebas legales son claras. Yo no tuve nada que ver.

—¿Ni con los globos? —inquirió Bannerd.

—¡Hizo traer mis naves a propósito! —exclamó el capitán—. ¡Cinco mil globos! Usted sabía que necesitaría cientos de naves.

—Yo nunca pedí los globos. Fue idea de la Agencia, aunque creo que los amigos

de Bannerd partidarios de la Filosofía ayudaron bastante.

Bannerd se atragantó.

—¡Usted le preguntó al dirigente cefeida que si podía leer la mente! —escupió—. ¡Le estaba diciendo que expresara interés en los globos!

—Vamos, usted mismo preparó la transcripción de la conversación, y eso también consta en los archivos. No puede probarlo. —Antyok se levantó—. Tendrán ustedes que excusarme. Debo preparar un informe para la Agencia. —En la puerta, dio media vuelta—. En cierto modo, el problema de los no-humanos está resuelto; al menos, para satisfacción de ellos. Ahora procrearán y tendrán un mundo que se han ganado. Es lo que querían. Otra cosa: no me acusen de tonterías; hace veintisiete años que estoy en el Servicio, y les aseguro que mi papeleo es prueba suficiente de que he actuado correctamente en todo. Capitán, me alegrará continuar nuestra conversación de hoy cuando usted desee, para explicarle cómo un administrador capaz puede utilizar la burocracia con el objetivo de obtener lo que se propone.

Era notable que ese redondo rostro de bebé pudiera lucir una sonrisa tan socarrona.

*De: AgProvExt A: Loodun Antyok, administrador jefe, A-8*

*Tema: Servicio Administrativo, Permanencia en. Referencia: (a) Decisión Tribunal ServAd 22874-Q, fechada 1/978 I.G.*

*1. En vista de la opinión favorable vertida en referencia (a), queda usted absuelto de toda responsabilidad por la fuga de no-humanos de Cefeo. Se requiere que permanezca disponible para su próxima gestión.*

*R. Horpritt, jefe, ServAd, 15/978 I.G.*

## Pruebas circunstanciales (1946)

---

“Evidence”

—Pero tampoco fue eso —dijo pensativamente la doctora Calvin—. Claro que al fin esa nave y otras similares pasaron a manos del Gobierno. El salto hiperespacial se perfeccionó y ahora tenemos colonias humanas en los planetas de algunas estrellas cercanas, pero no fue eso. —Yo había terminado de comer y la miraba a través del humo del cigarrillo—. Lo que realmente cuenta es lo que le sucedió a la gente de la Tierra en los últimos cincuenta años. Cuando yo nací, cuando era pequeña, acabábamos de pasar por la última guerra mundial. Fue un mal momento en la historia, pero significó el final del nacionalismo. La Tierra era demasiado pequeña para las naciones, que comenzaron a agruparse en regiones. Se tardó un tiempo. Cuando yo nací, Estados Unidos de América aún constituía una nación y no formaba parte de la Región Norte. De hecho, el nombre de la compañía todavía es Robots de Estados Unidos... Y el tránsito de naciones a regiones, que ha estabilizado nuestra economía y creado algo que equivale a una Edad de Oro, si se compara este siglo con el anterior, también fue obra de nuestros robots.

—Usted se refiere a las máquinas —dije—. El cerebro de que usted hablaba fue la primera de las máquinas, ¿verdad?

—Sí, lo fue, pero no pensaba en las máquinas, sino en un hombre. Falleció el año pasado. —De pronto se le hizo un nudo en la garganta—. O al menos decidió fallecer, porque sabía que ya no lo necesitábamos... Stephen Byerley.

—Sí, supuse que se refería a él.

—Inició su gestión en el año 2032. Usted era sólo un niño, así que no recordará cuán extraño era todo. Su campaña para la alcaldía fue sin duda la más rara de la historia...

Francís Quínn era un político de la nueva escuela. Claro que esta expresión, como muchas similares, no significa nada. La mayoría de las «nuevas escuelas» poseen equivalentes en la vida social de la antigua Grecia, y tal vez hallaríamos cosas parecidas si conociéramos mejor la vida social de la antigua Sumeria y las viviendas lacustres de la Suiza prehistórica.

Pero, para eludir lo que promete ser un comienzo tedioso y complicado, quizá sea mejor apresurarse a aclarar que Quinn no era candidato ni solicitaba votos, no pronunciaba discursos ni llenaba urnas. Así como Napoleón no apretó el gatillo en Austerlitz.

Y como la política da pie a extraños compañeros de cama Alfred Lanning estaba sentado al otro lado del escritorio, con las enérgicas cejas blancas enarcadas sobre

unos ojos agudizados por una impaciencia crónica. No se sentía a gusto.

Si Quinn lo hubiera sabido, no se habría inmutado. Habló con voz cordial, casi profesionalmente afable:

—Entiendo que conoce a Stephen Byerley, doctor Lanning.

—He oído hablar de él. Como mucha gente.

—Sí, también yo. Tal vez usted piensa votar por él en las próximas elecciones.

—Lo ignoro —respondió Lanning con tono corrosivo—. No he seguido las tendencias políticas, así que no sé si se presentará como candidato.

—Quizá sea nuestro siguiente alcalde. Desde luego, ahora es sólo un abogado, pero todo roble...

—Sí —interrumpió Lanning—. Conozco el dicho. Todo roble ha sido bellota. Pero le pido que vayamos al grano.

—Estamos yendo al grano, doctor Lanning —dijo Quinn, en un tono de lo más afable—. Me interesa que el señor Byerley sea a lo sumo fiscal, y a usted le interesa ayudarme.

Lanning frunció el ceño.

—¿Me interesa? ¡Vamos!

—Bien, digamos entonces que le interesa a la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de EE.UU. Acudo a usted como Director Emérito de Investigación, porque sé que para la compañía usted es una especie de anciano sabio. Le escuchan con respeto; pero su conexión no es tan estrecha como para no gozar de bastante libertad de acción, aunque la acción sea algo heterodoxa.

El doctor Lanning guardó silencio un instante, rumiando sus pensamientos.

—No le entiendo, señor Quinn —murmuró.

—No me sorprende, doctor Lanning. Pero es bastante sencillo. Excúseme. —Quinn encendió un delgado cigarrillo con un encendedor de exquisita simplicidad, y su rostro huesudo cobró una expresión de serena diversión—. Hemos hablado del señor Byerley, un personaje extraño y pintoresco. Era desconocido hace tres años. Hoy es famoso. Es un hombre enérgico y capaz y, por supuesto, el fiscal más apto e inteligente que he conocido. Lamentablemente no es amigo mío...

—Entiendo —dijo Lanning mecánicamente, mirándose las uñas.

—El año pasado tuve ocasión de investigar al señor Byerley, muy exhaustivamente —continuó Quinn—. Siempre es conveniente someter la vida pasada de los políticos reformistas a un examen inquisitivo. Si usted supiera cuánto me ha ayudado... —Hizo una pausa para sonreírle sin humor a la punta del cigarrillo—. Pero el pasado del señor Byerley es insípido. Vida tranquila en una ciudad pequeña, educación universitaria, una esposa que falleció joven, un accidente automovilístico seguido de una lenta recuperación, Facultad de Derecho, traslado a la metrópoli, abogado. —Sacudió lentamente la cabeza y añadió: Excepto su vida actual.

Esto sí que es notable. ¡Nuestro Fiscal no come nunca!

Lanning irguió la cabeza y aguzó sus viejos ojos.

—¿Cómo ha dicho?

—Nuestro fiscal nunca come —repitió Quinn, separando las sílabas—. Haré una pequeña corrección: nunca se le ha visto comer ni beber. ¡Nunca! ¿Comprende el peso de esta palabra? No rara vez, sino ¡nunca!

—Me parece increíble. ¿Puede usted confiar en sus investigadores?

—Puedo confiar en mis investigadores, y no me resulta increíble. Más aún, no sólo no le han visto beber, ya sea agua, ya sea alcohol; sino que no le han visto dormir. Hay otros factores, pero creo que he sido bastante claro.

Lanning se reclinó en el asiento. Hubo un silencio tenso, como en un duelo, y luego el viejo robotista sacudió la cabeza.

—No, usted sólo puede estar insinuando una cosa, dado que por algo me cuenta todo esto precisamente a mí, y lo que insinúa es absolutamente imposible.

—Pero ese hombre es inhumano, doctor Lanning.

—Si usted me dijera que es Satanás disfrazado, existiría una leve posibilidad de creerle.

—Le digo que es un robot, doctor Lanning.

—Le digo que es imposible, señor Quinn.

De nuevo ese silencio agresivo.

—No obstante —continuó Quinn, apagando el cigarrillo con afectación—, tendrá que investigar esa imposibilidad con todos los recursos de la compañía.

—Por supuesto que no haré semejante cosa, señor Quinn. No puede sugerir en serio que la compañía intervenga en política local. —No tiene opción. Suponga que hago públicos estos datos... Al menos cuento con pruebas circunstanciales.

—Haga lo que le plazca.

—Pero no me place. Preferiría tener pruebas contundentes. Y tampoco le agradecería a usted, pues la publicidad sería muy perjudicial para la compañía. Supongo que usted está familiarizado con las estrictas reglas contra el uso de robots en mundos habitados.

—¡Por supuesto!

—Ya sabe que su compañía es el único fabricante de robots positrónicos en el sistema solar, y si Byerley resulta ser un robot será un robot positrónico. También sabe que los robots positrónicos se alquilan, no se venden, y que su empresa continúa siendo propietaria y administradora de todos los robots y, por lo tanto, es responsable de los actos de todos ellos.

—Es fácil, señor Quinn, demostrar que la compañía jamás ha manufacturado un robot humanoide.

—¿Es posible hacerlo? Sólo por comentar las posibilidades.

—Sí, es posible.

—Y es posible también hacerlo en secreto, supongo. Sin registrarlo en los libros.

—No en el caso de un cerebro positrónico. Hay demasiados factores involucrados y existe una rigurosa supervisión del Gobierno.

—Sí, pero los robots se gastan, se estropean, dejan de funcionar... y son desmantelados.

—Y los cerebros positrónicos se usan de nuevo o se destruyen.

—¿De veras? —preguntó Quinn con sarcasmo—. Y si, por accidente, claro está, uno no fuera destruido y hubiera una estructura humanoide aguardando un cerebro...

—¡Imposible!

—Usted tendría que probárselo al Gobierno y al público. ¿Por qué no a mí ahora?

—¿Pero cuál sería nuestro propósito? —quiso saber Lanning, exasperado—. ¿Dónde está nuestra motivación? Concédanos un poco de sensatez.

—Por favor, mi querido Lanning. La compañía se sentiría muy satisfecha si las diversas regiones permitieran el uso de robots positrónicos humanoides en los mundos habitados. Las ganancias serían suculentas. Pero el prejuicio de la opinión pública contra esa práctica es demasiado grande. Supongamos que ustedes la habituaran primero a dichos robots... Veamos, tenemos un hábil abogado, un buen alcalde... y es un robot. ¿Por qué no comprar mayordomos robot?

—Una fantasía. Un disparate ridículo.

—Me lo imagino. ¿Por qué no probarlo? ¿O prefiere probárselo al público?

La luz del despacho se desvanecía, pero aún no llegaba a oscurecer el rubor de frustración del rostro de Alfred Lanning. El robotista presionó un botón y los iluminadores de pared irradiaron una luz tenue.

—Pues bien —gruñó—, veámoslo.

No era fácil describir el rostro de Stephen Byerley. Tenía cuarenta años, según su certificado de nacimiento, y en efecto aparentaba cuarenta años, pero era un cuarentón saludable, bien alimentado y afable y que daba un mentís al lugar común acerca de «aparentar la edad que se tiene».

Esto se notaba muchísimo cuando reía, y en ese momento se estaba riendo. Era una risa estentórea y continua, que se apagaba y renacía...

El rostro de Alfred Lanning se contrajo en un amargo gesto de reprobación. Le hizo una seña a la mujer que tenía sentada al lado, pero ella apenas frunció los labios, pálidos y finos.

Byerley recobró la compostura.

—Por favor, doctor Lanning, por favor... ¿Yo...? ¿Yo, un robot?

—No soy yo quien lo afirma —barbotó Lanning—. Me sentiría muy satisfecho de que usted fuera humano. Como nuestra compañía no le ha fabricado, estoy casi

seguro de que lo es; al menos, en un sentido legal. Pero como alguien alega seriamente que usted es un robot, y se trata de un hombre de cierto prestigio...

—No mencione su nombre, pues eso atentaría contra su férrea ética; pero supongamos que es Frank Quinn, para facilitar la argumentación, y continuemos.

Lanning resopló ante la interrupción e hizo una pausa, malhumorado, antes de continuar en un tono aún más glacial:

—Un hombre de cierto prestigio, con cuya identidad no me interesa hacer adivinanzas. Estoy obligado a pedirle a usted que colabore para refutarlo. El mero hecho de que semejante afirmación se hiciese pública, a través de los medios de que dispone este hombre, asestaría un duro golpe a la compañía que represento, aunque la acusación jamás pudiera probarse. ¿Entiende?

—Oh, sí, entiendo la situación. La acusación es ridícula; el trance en que usted se encuentra no lo es. Le ruego que me disculpe si mi risotada le ha ofendido. Me reí de lo primero, no de lo segundo. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Sería muy sencillo. Sólo tiene que comer en un restaurante y en presencia de testigos; hacerse tomar una foto y comer.

Lanning se reclinó en la silla. Lo peor de la entrevista había terminado. La mujer observaba a Byerley con expresión absorta, pero sin decir nada.

Stephen Byerley la miró un instante a los ojos, embelesado, y se volvió hacia el robotista. Acarició durante unos segundos el pisapapeles de bronce, que era el único adorno de su escritorio.

—No creo que pueda satisfacerle —murmuró, y alzó una mano—. Espere, doctor Lanning. Comprendo que este asunto le disgusta, que le han involucrado contra su voluntad, que se siente en un papel indigno e incluso ridículo; pero a mí me afecta de manera más íntima, así que sea tolerante. Primero, ¿qué le hace pensar que Quinn, ese hombre de cierto prestigio, no le estaba engatusando para que usted hiciera exactamente lo que está haciendo?

—Parece improbable que una persona distinguida se arriesgue de un modo tan ridículo si no está convencida de pisar terreno firme.

—Usted no conoce a Quinn —dijo Byerley con gravedad—. Podría pisar terreno firme en un reborde montañoso donde una oveja no se sostendría. Supongo que le mostró los detalles de la investigación que afirma haber hecho sobre mí.

—Lo suficiente para convencerme de que sería problemático que nuestra empresa intentara refutarlos, cuando usted podría hacerlo con mayor facilidad.

—De modo que le cree cuando afirma que nunca como. Usted es un científico, doctor Lanning. Piense en la lógica del asunto. Nunca me han visto comer; por consiguiente, nunca como. Quot erat demonstrandum. ¡Vaya!

—Usa usted tácticas de fiscal para embrollar una situación muy simple.

—Por el contrario, trato de aclarar una situación que Quinn y usted están

complicando. Verá, no duermo demasiado, eso es verdad, y, por supuesto, no duermo en público. Nunca me ha interesado comer en compañía; un rasgo inusitado, tal vez de origen neurótico, pero que no perjudica a nadie. Mire, doctor Lanning, permítame presentarle un caso hipotético. Supongamos que existe un político interesado en derrotar a un candidato reformista a cualquier coste y, al investigar su vida privada, se topa con rarezas como las que acabo de mencionar. Supongamos además que para manchar a ese candidato acude a usted como agente ideal. Tenga por seguro que no va a decirle: «Fulano es un robot porque nunca come en compañía y nunca le he visto dormirse en medio de un caso, y una vez cuando espí por su ventana en medio de la noche allí estaba, despierto y leyendo; y miré en su nevera y no había comida dentro.» Si él le dijera eso, usted mandaría pedir una camisa de fuerza. Pero, si le dice que nunca duermo y que nunca como, esa sorprendente declaración le impide a usted reflexionar que dichas afirmaciones son imposibles de demostrar. Usted le sigue el juego al contribuir el alboroto.

—No obstante —insistió Lanning—, al margen de lo que usted piense del asunto, sólo haría falta esa comida que le he mencionado para darlo por concluido.

De nuevo, Byerley se volvió hacia la mujer, que aún lo miraba inexpresivamente.

—Perdóneme. He entendido bien su nombre, ¿verdad? ¿Doctora Susan Calvin?

—Sí, señor Byerley.

—Usted es la psicóloga de la compañía, ¿no es cierto?

—Robopsicóloga, por favor.

—Ah. ¿Tan diferente es la mente robótica de la mente humana?

—Están a mundos de distancia. —La doctora sonrió glacialmente—. Los robots son esencialmente decentes.

El abogado contuvo una sonrisa.

—Vaya, qué afirmación tan incisiva. Pero sólo quería decir que, como usted es psicól..., robopsicóloga, y mujer, apuesto a que ha hecho algo en lo cual el doctor Lanning no ha pensado.

—¿A qué se refiere?

—A que se ha traído algo de comer en el bolso.

La estudiada indiferencia de los ojos de Susan Calvin se resquebrajó.

—Me sorprende usted, señor Byerley.

Abrió el bolso y sacó una manzana. Se la entregó en silencio. El doctor Lanning, tras su sobresalto inicial, siguió el movimiento de una mano a la otra, con ojos alertas.

Stephen Byerley mordió tranquilamente un trozo de la manzana y tranquilamente lo tragó.

—¿Ve usted, doctor Lanning?

El doctor sonrió con un alivio tan evidente que hasta sus cejas irradiaron



benevolencia. Pero ese alivio sólo duró un frágil segundo.

—Sentía curiosidad por ver si usted comería —manifestó Susan Calvin—, pero, desde luego, eso no demuestra nada.

Byerley sonrió.

—¿Ah, no?

—Claro que no. Es obvio, doctor Lanning, que si este hombre fuera un robot humanoide sería una imitación perfecta. Es demasiado humano para ser creíble. A fin de cuentas, hemos estado viendo y observando a los seres humanos toda nuestra vida. Un ejemplar ligeramente defectuoso no daría resultado. Tiene que ser convincente. Observe la textura de la tez, la calidad de los iris, la formación de los huesos de la mano. Si es un robot, espero que lo haya fabricado la compañía, porque es un buen trabajo. ¿Cree usted que alguien capaz de prestar atención a tales exquisiteces pasaría por alto un par de dispositivos para encargarse del comer, del dormir y de la eliminación? Sólo en caso de necesidad, tal vez; por ejemplo, para impedir estas situaciones. Así que una comida no prueba nada.

—Un momento —rezongó Lanning—. No soy tan tonto como ustedes creen. No me interesa el problema de la humanidad o inhumanidad del señor Byerley. Me interesa sacar a la empresa de un aprieto. Una comida en público acabaría con el problema, haga lo que haga Quinn. Podemos dejar los detalles más finos para los abogados y los robopsicólogos.

—Pero, doctor Lanning —intervino Byerley—, olvida usted el marco político de la situación. Yo estoy tan ansioso de ser elegido como Quinn de detenerme. A propósito, ¿ha notado que acaba de usar su apellido? Es uno de mis trucos de leguleyo. Sabía que terminaría por mencionarlo.

Lanning se sonrojó.

—¿Qué tienen que ver las elecciones?

—La publicidad funciona en ambos sentidos. Si Quinn quiere llamarme robot y tiene el descaro de hacerlo, yo tengo agallas para seguirle el juego.

Lanning se quedó estupefacto.

—¿Eso significa que usted...?

—Exacto. Eso significa que voy a permitirle continuar, elegir la soga, evaluar su resistencia, cortar la longitud adecuada, preparar el nudo, meter la cabeza dentro y sonreír. Yo me encargaré del resto, que es bien poco.

—Se siente usted muy confiado.

Susan Calvin se puso en pie.

—Vamos, Alfred. No conseguiremos que cambie de opinión.

—¿Ve usted? —le dijo Byerley con una sonrisa—. También es experta en psicología humana.

Pero quizá Byerley no se sintiera tan confiado como creía el doctor Lanning

cuando esa noche aparcó el coche en las pistas automáticas que conducían al garaje subterráneo y se encaminó hacia su casa.

El hombre de la silla de ruedas lo recibió con una sonrisa. El rostro de Byerley se iluminó de afecto. Se le acercó.

La voz del lisiado era un susurro ronco y áspero que brotaba de una boca torcida en una mueca tallada sobre el rostro que era mitad tejido cicatrizado.

—Llegas tarde, Steve.

—Lo sé, John, lo sé. Pero hoy me he topado con un curioso e interesante problema.

—¿De veras? —Ni el rostro deforme ni la voz cascada podían comunicar expresiones, pero había ansiedad en los claros ojos—. ¿Algo que no puedes controlar?

—No estoy seguro. Tal vez necesite tu ayuda. Tú eres el chico brillante de la familia. ¿Quieres que te lleve a pasear por el jardín? Hace una noche maravillosa.

Dos fuertes brazos alzaron a John. Suavemente, casi con ternura, Byerley rodeó los hombros y las piernas arropadas del lisiado. Lenta y cuidadosamente, atravesó la habitación, bajó por la rampa destinada a la silla de ruedas y salió por la puerta trasera al jardín de detrás de la casa, rodeado por paredes y alambres.

—¿Por qué no me dejas usar la silla, Steve? Esto es tonto.

—Porque prefiero llevarte. ¿Tienes algo que oponer? Sabes que estás tan contento de apearte un rato de ese artilugio motorizado como yo de llevarte. ¿Qué tal te sientes hoy?

Depositó a John en la hierba fresca.

—¿Cómo voy a sentirme? Pero háblame de tus problemas.

—La campaña de Quinn se basará en su afirmación de que soy un robot.

John abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo lo sabes? Es imposible. No puedo creerlo.

—Te aseguro que es así. Ha hecho ir a uno de los grandes científicos de Robots y Hombres Mecánicos a mi despacho para que hablara conmigo.

John arrancó una brizna de hierba.

—Entiendo, entiendo.

—Pero nos podemos permitir que escoja el terreno —dijo Byerley—. Tengo una idea. Escucha y dime si podemos hacerlo...

La escena que se veía esa noche en el despacho de Lanning era un cuadro viviente de miradas. Francis Quinn miraba reflexivamente a Alfred Lanning, que miraba con furia a Susan Calvin, que miraba impávida a Quinn.

Francis Quinn rompió la tensión, procurando manifestar un poco de buen humor.

—Una bravuconada. Él improvisa sobre la marcha.

—¿Apostaría usted a eso, señor Quinn? —preguntó con indiferencia la doctora

Calvin.

—Bien, en realidad es la apuesta de ustedes.

—Mire —dijo Lanning, ocultando su pesimismo con un tono brusco—, hemos hecho lo que usted pidió. Vimos a ese hombre comiendo. Es ridículo suponer que es un robot.

—¿Qué cree usted? —le preguntó Quinn a Calvin—. Lanning dijo que usted era la experta.

—Susan... —empezó Lanning, en un tono casi amenazador.

—¿Por qué no dejarla hablar? Hace media hora que está sentada ahí, como si fuera un poste.

Lanning se sintió acuciado. De las sensaciones que experimentaba a la paranoia incipiente sólo mediaba un paso.

—Muy bien. Habla, Susan. No te interrumpiremos.

Susan Calvin lo miró de soslayo y fijó sus fríos ojos en Quinn.

—Hay sólo dos modos de probar contundentemente que Byerley es un robot. Hasta ahora usted presenta pruebas circunstanciales, con las cuales puede acusar, pero no demostrar; y creo que el señor Byerley es suficientemente sagaz como para refutar ese material. Seguramente usted comparte esta opinión, pues de lo contrario no estaría aquí. Los dos métodos de prueba fehaciente son el físico y el psicológico. Físicamente, se le puede diseccionar o usar rayos X. Sería problema de usted cómo lograrlo. Psicológicamente, se puede estudiar su conducta, pues si es un robot positrónico se debe atener a las tres leyes de la robótica. Un cerebro positrónico no se puede construir sin ellas. ¿Conoce usted las leyes, señor Quinn?

Hablaba con claridad, citando palabra por palabra el famoso texto en negritas de la primera página del Manual de robótica.

—He oído hablar de ellas —respondió Quinn, indiferente.

—Entonces será fácil —prosiguió secamente la psicóloga—. Si el señor Byerley infringe una de esas leyes, no es un robot. Lamentablemente, este procedimiento funciona en una sola dirección. Si él respeta las leyes, no prueba nada en ningún sentido.

Quinn enarcó las cejas.

—¿Por qué no, doctora?

—Porque, si usted lo piensa bien, las tres leyes de la robótica constituyen los principios rectores esenciales de muchos sistemas éticos del mundo. Se supone que todo ser humano tiene el instinto de autopreservación. Ésa es la tercera ley para un robot. También se supone que todo ser humano «bueno», con conciencia social y sentido de la responsabilidad, debe respetar la autoridad oportuna; escuchar a su médico, a su jefe, a su Gobierno, a su psiquiatra, a su colega; obedecer las leyes, respetar los reglamentos, conformarse a las costumbres, aun cuando atenten contra su

comodidad o su seguridad. Todo eso es la segunda de las leyes. Además, se supone que todo ser humano «bueno» ama a su prójimo como a sí mismo, protege a sus congéneres, arriesga la vida para salvar a otros. Y eso es la primera ley de un robot. Por decirlo con sencillez: si Byerley respeta las tres leyes de la robótica, puede que sea un robot, pero también puede ser sencillamente un buen hombre.

—Pero eso significa que nunca podremos probar que es un robot.

—Quizá podamos probar que no lo es.

—Esa prueba no es la que necesito.

—Obtendrá la prueba que exista. En cuanto a sus necesidades, usted es el único responsable.

La mente de Lanning reaccionó de pronto ante el estímulo de una idea.

—¿Alguien ha pensado que ser fiscal es una ocupación bastante extraña para un robot? Acusar a seres humanos, sentenciarlos a muerte, causarles un perjuicio infinito...

Quinn contraatacó de inmediato:

—No, no puede usted librarse del asunto tan fácilmente. Ser fiscal no lo vuelve humano. ¿No conoce su trayectoria? ¿No sabe usted que alardea de no haber acusado jamás a un inocente, que hay montones de individuos que no fueron juzgados porque las pruebas existentes no lo convencían, aunque tal vez hubiera podido persuadir a un jurado de que los atomizaran? Ésta es la situación.

Las delgadas mejillas de Lanning temblaron.

—No, Quinn, no. Las leyes de la robótica no dejan margen para culpabilizar a los humanos. Un robot no puede juzgar si un ser humano merece la muerte. No le corresponde decidirlo. No puede perjudicar

—Alfred —intervino Susan Calvin, con voz cansada—, no digas tonterías. ¿Y si un robot se topa con un demente dispuesto a incendiar una casa llena de gente? Detendría al demente, ¿verdad?

—Desde luego.

—Y si el único modo de detenerlo fuera matarlo...

Lanning emitió un sonido gutural. Nada más.

—La respuesta, Alfred, es que haría lo posible para no matarlo. Si el demente muriese, el robot necesitaría psicoterapia, pues podría enloquecer ante el conflicto al que se enfrenta: haber quebrantado la primera ley por ceñirse a ella en un grado superior. Pero un hombre estaría muerto, y un robot lo habría matado.

—Bien, ¿acaso Byerley está loco? —preguntó Lanning con sarcasmo.

—No, pero él no ha matado a nadie personalmente. Ha expuesto datos que presentaban a determinado ser humano como peligroso para la gran masa de seres humanos que denominamos sociedad. Protege al mayor número y así se ciñe lo más posible a la primera ley. Hasta ahí llega él. El juez, luego, condena al delincuente a

muerte o a prisión, una vez que el jurado decide sobre su culpa o su inocencia. El carcelero lo encierra, el verdugo lo mata; y Byerley no ha hecho más que determinar la verdad y ayudar a la sociedad.

—Señor Quinn, he examinado la carrera del señor Byerley desde que usted nos llamó la atención sobre él. Encuentro que nunca exigió la pena de muerte en sus discursos finales ante el jurado. También encuentro que ha hablado a favor de la abolición de la pena capital y que ha realizado generosas contribuciones a instituciones que investigan la neurofisiología criminal. Aparentemente, cree más en la cura que en el castigo del delito. Eso me parece significativo.

—¿De veras? —Quinn sonrió—. ¿Significativo porque huele a robot encerrado?

—Tal vez. ¿Por qué negarlo? Tales actos sólo podrían provenir de un robot o de un ser humano muy honorable y decente. Pero es imposible diferenciar entre un robot y el mejor de los humanos.

Quinn se reclinó en la silla. La voz le tembló con impaciencia:

—Doctor Lanning, es posible crear un robot humanoide que pudiera imitar perfectamente a un humano en apariencia, ¿verdad?

Lanning carraspeó y reflexionó.

—Nuestra compañía lo ha hecho de un modo experimental —reconoció con desgana—, aunque sin el añadido de un cerebro positrónico. Usando óvulos humanos y controlando las hormonas, es posible generar carne y piel humanas sobre un esqueleto de plástico de silicona porosa, que desafiaría todo examen externo. Los ojos, el cabello y la tez serían realmente humanos, no humanoides. Y si insertamos un cerebro positrónico y los dispositivos que queramos obtendremos un robot humanoide.

—¿Cuánto se tardaría en fabricarlo?

—Teniendo todo el material, es decir, cerebro, esqueleto, óvulo, hormonas y radiaciones, unos dos meses.

El político se levantó de la silla.

—Entonces veremos cómo es por dentro el señor Byerley. Significará mala publicidad para Robots y Hombres Mecánicos, pero ya les di su oportunidad.

Lanning se volvió con impaciencia a Susan Calvin cuando estuvieron a solas.

—¿Por qué insistes...?

Ella respondió con aspereza y sin vacilaciones:

—¿Qué quieres? ¿La verdad, o mi renuncia? No voy a mentir por ti. Robots y Hombres Mecánicos puede cuidarse sola. No te acobardes.

—¿Y qué pasará si abre a Byerley y caen ruedas y engranajes?

—No lo abrirá —contestó Calvin, con desdén—. Byerley es por lo menos tan listo como Quinn.

La noticia cundió por la ciudad una semana antes de la designación de Byerley.

Pero «cundió» no es el término adecuado; la noticia se arrastró penosamente por la ciudad, al son de risas y mofas. Y a medida que la mano invisible de Quinn ejercía una presión creciente las risas se volvieron forzadas, se despertó la incertidumbre y la gente empezó a hacerse preguntas.

La convención tuvo el aire de un potro inquieto. No se había previsto ninguna competencia. Una semana antes sólo se hubiera podido designar a Byerley. Ni siquiera existía un sustituto. Tenían que designarlo, pero reinaba una confusión total.

No habría sido tan grave si la gente común no hubiera vacilado entre la enormidad de la acusación, si era cierta, y su sensacionalista estupidez, si era falsa.

Al día siguiente de esa rutinaria designación, un periódico publicó la síntesis de una larga entrevista con la doctora Susan Calvin, «famosa experta internacional en robopsicología y positrónica».

A continuación se produjo lo que el lenguaje popular describe sucintamente como un «revuelo descomunal».

Era lo que esperaban los fundamentalistas. No constituían un partido político ni practicaban una religión formal. Esencialmente, se trataba de quienes no se habían adaptado a lo que otrora se llamaba la Era Atómica, cuando los átomos eran una novedad. Apologistas de la vida sencilla, añoraban una vida que quizá no les hubiera parecido tan sencilla a aquellos que la vivían y que, por consiguiente, también habían sido defensores de la vida sencilla.

Los fundamentalistas no necesitaban nuevas razones para odiar a los robots ni a sus fabricantes; pero una nueva razón, como la acusación de Quinn y el análisis de Calvin, bastaba para que ese odio se manifestara de forma audible.

Las enormes instalaciones de Robots y Hombres Mecánicos eran como una colmena con enjambres de guardias armados, dispuesta para la guerra.

En la ciudad, la casa de Stephen Byerley se hallaba erizada de policías.

La campaña política dejó de lado todos los otros temas y se parecía a una campaña sólo porque era algo que llenaba la pausa entre la designación y las elecciones.

Stephen Byerley no permitió que aquel hombrecillo quisquilloso lo distrajera. No se inmutó ante los uniformes. Fuera de la casa, más allá de la hilera de hoscos guardias, los reporteros y los fotógrafos aguardaban, según la tradición de su casta. Incluso una emisora de televisión enfocaba una cámara hacia la entrada del modesto hogar del fiscal, mientras un locutor artificialmente excitado introducía comentarios exagerados.

Un hombrecillo quisquilloso se adelantó y le mostró un papel oficial.

—Señor Byerley, esta orden del tribunal me autoriza a registrar el edificio en busca de..., bueno..., de hombres mecánicos o robots ilegales.

Byerley tomó el papel, lo miró con indiferencia y lo devolvió sonriendo.

—Todo en orden. Adelante, cumpla con su deber. Señora Hoppen —se dirigió a su ama de llaves, que salió de mala gana de la habitación contigua—. Por favor, acompañelos y ayúdelos en lo que sea.

El hombrecillo, que se llamaba Harroway, titubeó, se sonrojó, apartó la mirada de los ojos de Byerley y les murmuró a los dos policías:

—Vamos.

Regresó a los diez minutos.

—¿Ha terminado? —preguntó Byerley, con el tono de alguien que no está interesado ni en la pregunta ni en la respuesta.

Harroway se aclaró la garganta, empezó a hablar en un tono demasiado agudo y comenzó de nuevo, de mal humor.

—Mire, señor Byerley, tenemos instrucciones de investigar la casa exhaustivamente.

—¿Y no lo han hecho?

—Nos dijeron exactamente qué teníamos que buscar.

—En pocas palabras, señor Byerley, y para decirlo sin rodeos, nos dijeron que le investigáramos a usted.

El fiscal sonrió.

—¿A mí? ¿Y cómo piensan hacerlo?

—Tenemos una unidad de radiación Penet...

—Así que van a hacerme una radiografía, ¿eh? ¿Tiene la autorización?

—Ya vio la orden.

—¿Puedo verla de nuevo?

Harroway, con la frente reluciendo por algo más que por el mero entusiasmo, se la entregó por segunda vez, y Byerley dijo en un tono neutro:

—Aquí veo la descripción de lo que deben investigar. Cito literalmente: «La vivienda perteneciente a Stephen Allen Byerley, situada en el 355 de Willow Grove, Evanston, junto con cualquier garaje, almacén u otras estructuras o edificios anexos, junto con todos los terrenos correspondientes, etcétera.» Todo en orden. Pero, buen hombre, aquí no dice nada sobre investigar mi interior. Yo no formo parte del terreno. Puede investigar mi ropa, si cree que llevo un robot escondido en el bolsillo.

Harroway no tenía dudas acerca de sus metas laborales. No se proponía quedarse a la zaga cuando se le presentaba la oportunidad de obtener un empleo mejor, es decir, un empleo mejor pagado.

—Mire —dijo, en un tono vagamente amenazador—, tengo autorización para registrar los muebles de la casa y todo lo que encuentre en ella. Usted está en ella, ¿verdad?

—Una observación notable. Estoy en ella, pero no soy un mueble. Como ciudadano con responsabilidad adulta (y tengo el certificado psiquiátrico que lo

demuestra) poseo ciertos derechos, según los artículos regionales. Si me investiga, estará usted violando mi derecho a la intimidad. No le basta con ese papel.

—Claro. Pero sí resulta que es un robot no tiene derecho a la intimidad.

—Es verdad, sólo que ese papel no basta, pues me reconoce implícitamente como ser humano.

—¿Dónde?

Harroway se lo arrebató.

—Dónde dice <la vivienda perteneciente a...>, etcétera. Un robot no puede poseer propiedades. Y dígame a quien le envía, señor Harroway, que si intenta aparecer con un papel similar, en el que no se me reconozca implícitamente como ser humano, se encontrará de inmediato con un requerimiento judicial y un pleito civil, donde tendrá que probar que soy un robot por medio de la información que posee ahora, o bien pagar una cuantiosa multa por intentar privarme indebidamente de los derechos que me otorgan los artículos regionales. Se lo dirá, ¿no?

Harroway se dirigió hacia la puerta y allí se volvió.

—Es usted un abogado astuto... —Tenía la mano en el bolsillo. Se quedó quieto un momento y, luego, salió, sonrió a la cámara de televisión, saludó a los reporteros y gritó—: ¡Tendremos algo mañana, muchachos! ¡De veras!

En su vehículo, se reclinó, sacó del bolsillo el aparatito y lo inspeccionó. Era la primera vez que tomaba una fotografía por reflexión de rayos X. Esperaba haberlo hecho correctamente.

Quinn y Byerley nunca se habían enfrentado a solas cara a cara. Pero el videófono se parecía bastante a eso. En realidad, tomada literalmente, la frase tal vez era precisa, aunque uno sólo fuese para el otro la imagen de luz y sombras de un banco de fotocélulas.

Fue Quinn quien hizo la llamada. Fue Quinn quien habló primero, y sin ceremonias:

—He pensado que le gustaría saber, Byerley, que me propongo difundir que usted usa un escudo protector antirradiación Penet.

—¿Ah, sí? En ese caso, tal vez ya lo haya difundido. Sospecho que nuestros emprendedores, periodistas tienen intervenidas mis diversas líneas de comunicación. Sé que han llenado de agujeros las líneas de mi despacho, y por eso me he atrincherado en mi casa en estas últimas semanas.

Byerley había utilizado un tono amistoso, casi familiar. Quinn apretó ligeramente los labios.

—Esta llamada está totalmente protegida. La estoy efectuando con ciertos riesgos personales.

—Eso imaginaba. Nadie sabe que usted está detrás de esta campaña. Al menos, nadie lo sabe oficialmente. Y nadie lo sabe extraoficialmente. Yo no me preocuparía.



¿Conque uso un escudo protector? Supongo que lo averiguó el otro día, cuando la fotografía que tomó su inexperto sabueso resultó estar sobreexpuesta.

—Como comprenderá, Byerley, sería obvio para todo el mundo que usted no se atreva a enfrentarse a un análisis de rayos X.

—Y también que usted o sus hombres intentaron violar ilegalmente mi derecho a la intimidad.

—Lo cual les importará un cuerno.

—Tal vez sí les importe. Es bastante simbólico de nuestras dos campañas. Usted se interesa poco por los derechos individuales del ciudadano; yo me intereso mucho. No me someto al análisis de rayos X porque deseo defender mis derechos por principio, tal como defenderé los derechos de otros cuando resulte elegido.

—Un discurso muy interesante, sin duda, pero nadie le creerá. Demasiado rimbombante para ser cierto. —Cambió bruscamente de tono—: Otra cosa, el personal de su casa no estaba completo la otra noche.

—¿En qué sentido?

Quinn movió unos papeles que estaban dentro del radio de visión de la cámara.

—Según el informe, faltaba una persona; un tullido.

—Como usted dice —le confirmó fríamente Byerley—, un tullido. Mi maestro, que vive conmigo y ahora está en el campo, desde hace dos meses. Un «necesitado descanso» es la expresión que se suele aplicar en estos casos. ¿Lo autoriza usted?

—¿Su maestro? ¿Un científico?

—Fue abogado, antes de ser un tullido. Tiene licencia gubernamental como investigador de biofísica con laboratorio propio y ha presentado una descripción total de la tarea que está realizando a las autoridades pertinentes, a las cuales le puedo remitir. Es un trabajo menor, pero representa una afición inofensiva y fascinante para un... pobre tullido. Como ve, brindo toda la colaboración posible.

—Lo he notado. ¿Y qué sabe ese... maestro... sobre manufacturación de robots?

—Yo no podría juzgar la magnitud de sus conocimientos en un campo con el cual no estoy familiarizado.

—¿No tiene acceso a cerebros positrónicos?

—Pregunte a sus amigos de Robots y Hombres Mecánicos. Ellos deberían de saberlo.

—Lo diré sin rodeos, Byerley. Su maestro lisiado es el verdadero Stephen Byerley. Usted es un robot de su creación. Podemos probarlo. Fue él quien sufrió el accidente automovilístico, no usted. Habrá modos de revisar la documentación.

—¿De veras? Pues hágalo. Le deseo lo mejor.

—Y podemos investigar el «retiro campestre» de su presunto maestro y ver qué encontramos allí.

—No crea, Quinn. —Byerley sonrió—. Lamentablemente para usted, mi presunto

maestro es un hombre enfermo. Su retiro campestre es su lugar de descanso. Su derecho a la intimidad como ciudadano de responsabilidad adulta es aún más fuerte, dadas las circunstancias. No podrá obtener una orden para entrar en su propiedad sin demostrar una causa justa. No obstante, yo sería el último en impedir que lo intentara.

Hubo una pausa y, al fin, Quinn se inclinó hacia delante, de modo que la imagen de su rostro se expandió y las arrugas de la frente resultaron visibles.

—Byerley, ¿por qué se empecina? No puede salir elegido.

—¿No?

—¿Cree que puede? ¿No comprende que al no intentar refutar la acusación, algo que podría hacer sencillamente rompiendo una de las tres leyes, no hace sino convencer al pueblo de que es un robot?

—Lo único que comprendo es que, de ser un oscuro abogado, he pasado a ser una figura mundial. Es un gran publicista, Quinn.

—Pero usted es un robot.

—Eso dicen, aunque no se ha demostrado.

—Está suficientemente demostrado para los votantes.

—Entonces, tranquilícese. Ha ganado usted.

—Adiós —dijo Quinn, con su primer toque de cólera, y la pantalla se apagó.

—Adiós —contestó el imperturbable Byerley a la pantalla en blanco.

Byerley llevó de vuelta a su «maestro» la semana previa a las elecciones. El aeromóvil descendió sigilosamente en una parte oscura de la ciudad.

—Te quedarás aquí hasta después de las elecciones —le indicó—. Será mejor que estés alejado si las cosas se ponen feas.

La voz ronca que salió con dificultad de la boca torcida de John parecía mostrar preocupación:

—¿Hay peligro de violencia?

—Los fundamentalistas amenazan con ello, así que supongo que teóricamente sí. Pero no lo creo. Los fundamentalistas no tienen verdadero poder. Son sólo un factor irritante y machacón, que podría provocar un disturbio al cabo de un rato. ¿No te molesta quedarte aquí? Por favor. No actuaré con soltura si he de estar preocupado por ti.

—Oh, me quedaré. ¿Crees que todo irá bien?

—Estoy convencido. ¿Nadie te molestó allí?

—Nadie. Estoy seguro.

—¿Y lo tuyo fue bien?

—Bastante. No habrá problemas.

—Entonces, cuídate y mañana mira la televisión, John.

Byerley le apretó la mano rugosa.

La frente de Lenton era una maraña de arrugas tensas. Tenía el poco envidiable

trabajo de ser jefe de campaña de Byerley en una campaña que no era tal y para una persona que rehusaba revelar su estrategia y aceptar la de su jefe de campaña.

—¡No puedes! —Era su frase favorita. Se había transformado en su única frase—. ¡Te digo que no puedes, Steve! —Se plantó frente al fiscal, que hojeaba las páginas mecanografiadas del discurso—. Olvídalo, Steve. Mira, esa concentración la han organizado los fundamentalistas. No conseguirás que te escuchen. Lo más probable es que te tiren piedras. ¿Por qué tienes que echar un discurso en público? ¿Qué tiene de malo una grabación visual?

—Quieres que gane las elecciones, ¿verdad?

—¡Ganar las elecciones! No vas a ganar, Steve. Estoy tratando de salvarte la vida.

—Oh, no corro peligro.

—No corre peligro, no corre peligro —rezongó Lenyton—. ¿Quieres decir que saldrás a ese balcón ante cincuenta mil maniáticos y tratarás de hacerlos entrar en razón? ¿Desde un balcón, como un dictador medieval?

Byerley consultó su reloj.

—Dentro de cinco minutos, en cuanto estén libres las líneas de televisión.

La respuesta de Lenton no es reproducible.

La multitud abarrotaba una zona acordonada de la ciudad. Los árboles y las casas parecían brotar de un terreno que era una masa humana. Y el resto del mundo observaba por ultraonda. Aunque era una elección local, contaba con una audiencia mundial. Byerley pensó en eso y sonrió.

Pero la multitud no daba motivos para sonreír. Había letreros y estandartes que proclamaban todas las acusaciones posibles, referentes a su presunta condición de robot. La hostilidad era cada vez más intensa y tangible.

El discurso funcionó mal desde el principio. Competía contra el incipiente rugido de la muchedumbre y los gritos rítmicos de las camarillas de fundamentalistas, que formaban islas de agitación dentro de la agitación. Byerley continuó hablando con voz lenta y pausada.

En el interior, Lenton gruñía, tirándose del cabello y esperando el derramamiento de sangre.

Hubo una conmoción en las filas delanteras. Un ciudadano enjuto, de ojos saltones y ropas demasiado cortas para su cuerpo larguirucho comenzó a abrirse paso a codazos. Un policía se lanzó hacia él, avanzando trabajosamente. Byerley le hizo señas de que no interviniera. El hombre enjuto se puso bajo el balcón. El rugido de la muchedumbre ahogó sus palabras.

Byerley se inclinó hacia delante.

—¿Qué dice? Si tiene una pregunta que hacer, la responderé. —Se volvió a uno de los guardias—. Traiga aquí a ese hombre.

La multitud se puso tensa. Los gritos de «silencio» se multiplicaron,

transformándose en una algarabía que se acalló gradualmente. El hombre delgado, jadeando y con la cara roja, se enfrentó a Byerley.

—¿Tiene algo que preguntar? —repitió Byerley

El hombre delgado lo miró fijamente y dijo con voz cascada:

—¡Pégume! —Con un gesto enérgico, le ofreció la mejilla—. ¡Pégume! Usted dice que no es un robot. Demuéstrelo. No puede pegarle a un ser humano, so monstruo.

Se hizo un silencio sordo. La voz de Byerley lo rompió:

—No tengo razones para pegarle.

El hombre delgado soltó una carcajada.

—No puede pegarme. No quiere pegarme. No es humano. Usted es un monstruo, un simulacro de hombre.

Y Stephen Byerley, con los labios tensos, frente a millares de individuos que miraban en persona y los millones que miraban por televisión, echó el puño atrás y le asestó un sonoro golpe en la barbilla. El hombre se desplomó, con el rostro demudado por la sorpresa.

—Lo lamento —se disculpó Byerley—. Llévelo dentro y procure que esté cómodo. Quiero hablar con él cuando haya terminado.

Y, cuando la doctora Calvin comenzó a alejarse en automóvil de su espacio reservado, sólo un reportero había recobrado la compostura como para seguirla y gritarle una pregunta.

—Es humano —respondió Susan Calvin por encima del hombro.

Eso fue suficiente.

El reportero echó a correr en dirección contraria.

Nadie prestó atención al resto del discurso.

La doctora Calvin y Stephen Byerley se reunieron de nuevo una semana antes de que él prestara juramento como alcalde. Era más de medianoche.

—No parece usted cansado —dijo la doctora Calvin.

El alcalde electo sonrió.

—Puedo permanecer levantado un buen rato. Pero no se lo cuente a Quinn.

—No lo haré. De todos modos, la historia de Quinn era interesante, ya que la menciona. Es una lástima haberla estropeado. Supongo que usted conocía su teoría.

—En parte.

—Era bastante melodramática. Stephen Byerley era un joven abogado, un elocuente orador, un gran idealista y tenía un cierto talento para la biofísica. ¿Le interesa la robótica, señor Byerley?

—Sólo en sus aspectos legales.

—A este presunto Stephen Byerley sí le interesaba. Pero ocurrió un accidente. La esposa de Byerley murió y él quedó desfigurado. Perdió las piernas, el rostro y la voz.

Parte de su mente quedó... deformada. Se negó a someterse a la cirugía plástica. Se retiró del mundo, abandonó su carrera legal; sólo le quedaban la inteligencia y las manos. De algún modo pudo obtener cerebros positrónicos, incluso uno complejo, uno que tenía una enorme capacidad para formar juicios en problemas éticos, la función robótica más alta que se haya desarrollado hasta ahora. Generó un cuerpo para ese cerebro. Lo adiestró para ser todo lo que él había sido y ya no era. Lo envió al mundo como Stephen Byerley, y él se mantuvo como el viejo y lisiado maestro al que nadie veía nunca...

—Lamentablemente, eché abajo esa historia pegándole a un hombre. Los periódicos dicen que el veredicto oficial que usted dio es que soy humano.

—¿Cómo sucedió? ¿Le importará contármelo? No pudo haber sido accidental.

—No lo fue. Quinn hizo la mayor parte del trabajo. Mis hombres comenzaron a propagar la noticia de que yo jamás había pegado a un hombre, que no podía hacerlo, y que al no responder a la provocación probaría con certeza que era un robot. Así que preparé una absurda aparición en público, con mucha publicidad, y casi inevitablemente un tonto cayó en la trampa. En esencia es lo que yo llamo un truco de leguleyo; un truco en el que todo depende de la atmósfera artificial que se ha creado. Desde luego, los efectos emocionales me dieron una victoria segura, tal como me proponía.

La robopsicóloga asintió con la cabeza.

—Veo que invade usted mi campo, como todo político debe hacerlo, supongo. Pero lamento que resultara así. Me agradan los robots. Me agradan mucho más que los seres humanos. Si se pudiera crear un robot capaz de ser un funcionario público, creo que sería el mejor. Debido a las leyes de la robótica, sería incapaz de dañar a los humanos, ajeno a la tiranía, la corrupción, la estupidez y el prejuicio. Y después de haber realizado una gestión decente se marcharía, aunque fuera inmortal, porque le resultaría imposible dañar a los humanos permitiéndoles saber que un robot los había gobernado. Sería ideal.

—Sólo que un robot podría ser presa de los defectos congénitos de su cerebro. El cerebro positrónico nunca ha igualado las complejidades del cerebro humano.

—Tendría asesores. Ni siquiera un cerebro humano es capaz de gobernar sin ayuda.

Byerley examinó gravemente a Susan Calvin.

—¿Por qué sonrío, doctora Calvin?

—Sonrío porque el señor Quinn no pensó en todo.

—¿Se refiere a que podría añadirse algo más a esa historia de Quinn?

—Sólo un poco. Durante los tres meses previos a las elecciones, ese Stephen Byerley del que hablaba el señor Quinn, el tullido, estuvo en la campaña por alguna razón misteriosa. Regresó a tiempo para ese célebre discurso de usted. Y a fin de

cuentas lo que el viejo lisiado hizo una vez pudo hacerlo una segunda, particularmente porque el segundo trabajo es muy simple en comparación con el primero.

—No entiendo.

La doctora Calvin se levantó y se alisó el vestido, disponiéndose a marcharse.

—Quiero decir que hay un solo caso en que un robot puede golpear a un ser humano sin violar la primera ley. Un solo caso.

—¿Cuándo?

La doctora Calvin estaba ya en la puerta.

—Cuando el humano a quien golpea es otro robot —dijo en un tono tranquilo y sonrió, con el rostro radiante. —Adiós, señor Byerley. Espero votarle dentro de cinco años... para coordinador.

Stephen Byerley se rió entre dientes.

—Debo decir a eso que, realmente, me parece una idea bastante rebuscada.

La doctora cerró la puerta.

La miré horrorizado.

—¿Es verdad?

—Totalmente —dijo ella.

—Así que el gran Byerley era simplemente un robot.

—Oh, no hay modo de averiguarlo. Yo creo que lo era. Pero cuando decidió morir se hizo atomizar, así que nunca tendremos pruebas legales fehacientes. Además, ¿cuál sería la diferencia?

—Bueno...

—Usted también tiene ese prejuicio contra los robots, que es muy irracional. Fue un excelente alcalde; cinco años después, llegó a coordinador regional. Y cuando las regiones de la Tierra formaron la Federación, en el año 2044, fue el primer coordinador mundial. Para entonces, las máquinas dirigían el mundo, de todas formas.

—Sí, pero...

—¡Sin peros! Las máquinas son robots y dirigen el mundo. Averigüé toda la verdad hace cinco años. Fue en el 2052, cuando Byerley completaba su segundo periodo como coordinador mundial...

# La carrera de la reina roja (1949)

---

“The Red Queen’s Race”

He aquí una adivinanza, si me permiten: ¿Es delito traducir un texto de química al griego?

O digámoslo de otro modo: Si una de las mayores plantas atómicas del país queda totalmente destrozada por un experimento no autorizado, ¿alguien que confiesa haber participado en ese acto es un delincuente?

Estos problemas surgieron gradualmente, por supuesto. Comenzaron con la planta atómica, que se agotó. Se agotó, literalmente. No sé cómo de grande era su fuente de energía fisionable, pero se fisionó en un par de microsegundos.

No hubo explosión ni densidad indebida de rayos gamma. Fue sólo que todas las piezas móviles de la estructura se fundieron. El edificio principal estaba muy caliente. La atmósfera estaba tibia en tres kilómetros a la redonda. Sólo quedaba un edificio muerto e inservible, cuyo reemplazo costaría cien millones de dólares.

Sucedió a eso de las tres de la madrugada, y encontraron a Elmer Tywood en la cámara central. Los hallazgos de las veinticuatro vertiginosas horas siguientes se pueden sintetizar rápidamente.

1. Elmer Tywood —doctor en filosofía, doctor en ciencias, catedrático de aquí y miembro honorario de allá, ex participante juvenil en el proyecto Manhattan y profesor de física nuclear— no era un intruso. Tenía un pase de clase A: ilimitado. Pero no se halló ninguna documentación que justificara su presencia allí en ese momento. Una mesa sobre ruedecillas contenía utensilios no adquiridos oficialmente. Aquello también era una masa fusionada, aunque no se encontraba tan caliente como para no tocarla.
2. Elmer Tywood estaba muerto. Yacía junto a la mesa, con el rostro congestionado y casi negro. Sin efectos de radiación. Sin fuerzas externas de ninguna clase. El médico dictaminó apoplejía.
3. En la caja de caudales de la oficina de Elmer Tywood había dos cosas desconcertantes: veinte hojas grandes de papel con escritos matemáticos y unos folios encuadernados y redactados en un idioma extranjero, que resultó ser griego; la traducción reveló que se trataba de un texto de química.

El secreto que envolvió esa maraña era tan abrumador que mataba todo lo que tocaba. Es el único modo de describirlo. Veintisiete hombres y mujeres en total, entre ellos el ministro de Defensa, el ministro de Ciencias y un par de funcionarios tan importantes que eran totalmente desconocidos para el público, entraron en la planta durante la investigación. Todos los que habían estado esa noche en la planta,

incluidos el físico que identificó a Tywood y el médico que lo examinó, se recluyeron en sus hogares en un virtual arresto domiciliario.

Ningún periódico recibió la historia. Ningún informador la consiguió. Pocos parlamentarios participaron en ella.

¡Y era lógico! Cualquier persona, grupo o país, que pudiera sorber toda la energía disponible del equivalente de unos cincuenta kilos de plutonio sin hacerlo estallar, tenía la industria y la defensa norteamericanas tan cómodamente en la palma de la mano que la luz y la vida de ciento sesenta millones de personas se podían extinguir en un santiamén.

¿Era Tywood? ¿Tywood y otros? ¿O sólo otros, con la mediación de Tywood?

¿Y mi trabajo? Yo fui un señuelo, el que ponía la cara. Alguien tenía que rondar por la universidad y hacer preguntas sobre Tywood. A fin de cuentas, el hombre había desaparecido. Podía ser amnesia, un asalto, un secuestro, un homicidio, una fuga, demencia, un accidente... Lo mismo podría yo trabajar en ello cinco años y atraer miradas hostiles, y tal vez hasta desviar la atención. Claro que no resultó así.

Pero no se crean que estuve en el centro del caso desde el comienzo. No fui una de las veintisiete personas que mencioné hace un momento, aunque mi jefe sí. Pero yo sabía algo; lo suficiente para empezar.

El profesor John Keyser también enseñaba física. No llegué a él en seguida. Primero tuve que efectuar muchas tareas rutinarias, y del modo más concienzudo posible. Absolutamente inútiles. Absolutamente necesarias. Pero me encontraba ya en el despacho de Keyser.

Los despachos de los profesores son inconfundibles. Nadie los limpia, excepto una mujer fatigada y que trajina de un lado a otro a las ocho de la mañana, y de todos modos el profesor nunca repara en el polvo. Muchos libros en desorden. Los que se hallan cerca del escritorio están muy usados, pues de allí se toman apuntes para las clases. Los más alejados se encuentran donde los dejó un estudiante después de pedirlos prestados. Luego, hay publicaciones especializadas que parecen baratas, pero son carísimas y aguardan el momento de ser leídas. Y muchos papeles en el escritorio, a veces plagados de garabatos.

Keyser era un hombre de edad. Pertenecía a la generación de Tywood. Tenía una nariz grande y roja y fumaba en pipa, y tenía también esa mirada plácida y afable que acompaña a un empleo académico, ya sea porque esa clase de trabajo atrae a esa clase de hombres o porque esa clase de trabajo forja esa clase de hombres.

—¿En qué trabajaba el profesor Tywood? —pregunté.

—Investigaba en física.

Esas respuestas me dejan impávido, pero hace años me sacaban de quicio.

—Eso ya lo sabemos, profesor —me limité a decir—. Pregunto por los detalles.

—Los detalles no le servirán de mucho, a menos que usted sea un investigador en



física —replicó paternalmente—. ¿Importa eso, dadas las circunstancias?

—Tal vez no. Pero ha desaparecido. Si le ocurrió algo... —Hice un ademán significativo—. Si fue víctima de un delito, por ejemplo, tal vez su trabajo tuvo algo que ver. A no ser que sea rico y el motivo esté en el dinero.

Keyser se rió secamente.

—Los profesores universitarios nunca son ricos. La mercancía que vendemos está poco valorada, considerando que la oferta es grande.

Pasé por alto esa observación, pues sé que mi apariencia no me ayuda. Terminé la universidad con un «muy bien», traducido al latín para que el rector pudiera entenderlo, y nunca he jugado un partido de fútbol en mi vida. Pero aparento todo lo contrario.

—Entonces, nos queda su trabajo —sugerí.

—¿Se refiere usted a espías, a una intriga internacional?

—¿Por qué no? ¡Ha ocurrido antes! A fin de cuentas es físico nuclear, ¿o no?

—Lo es. Pero también lo son otros. También lo soy yo.

—Ah, pero tal vez él sepa algo que usted no sabe.

Se le endureció la mandíbula. Cuando los sorprenden desprevenidos, los profesores se comportan como personas.

—Por lo que recuerdo —dijo envaradamente—, Tywood ha publicado artículos sobre el efecto de la viscosidad líquida en las alas de la línea Raleigh, sobre ecuaciones de campo de órbita alta y sobre el acoplamiento de la órbita de rotación de dos nucleones; pero su trabajo principal trata de momentos del cuadripolo. Soy muy competente en esas materias.

—¿Está trabajando en momentos del cuadripolo ahora?

Intenté no pestañear y creo que lo conseguí.

—Sí, en cierto modo. —Y añadió con tono socarrón—: Tal vez esté llegando finalmente a la etapa experimental. Parece ser que ha dedicado toda la vida a elaborar las consecuencias matemáticas de una teoría suya.

—Como ésta —dije, arrojándole una hoja de papel.

Era una de las hojas que estaban en la caja de caudales de Tywood. Posiblemente ese fajo no significara nada, pues a fin de cuentas se trataba de la caja de caudales de un profesor. Muchos profesores guardan sus cosas sin pensarlo, sencillamente porque el cajón correspondiente está atiborrado de exámenes sin corregir. Y, por supuesto, nunca sacan nada.

En la caja habíamos encontrado redomas polvorientas, de cristal amarillento y etiqueta apenas legible, algunos folletos mimeografiados que databan de la Segunda Guerra Mundial y en los que ponía «restringido», un ejemplar de un viejo anuario universitario, correspondencia concerniente a un posible puesto como director de investigaciones de American Electric, fechado diez años atrás, y, por supuesto, el

texto de química en griego.

También estaban esas grandes hojas de papel; enrolladas como un diploma, sujetas con una goma elástica, sin etiqueta ni título; unas veinte hojas plagadas de marcas en tinta, meticulosas y pequeñas.

Yo tenía una de esas hojas. No creo que nadie en el mundo tuviera más de una hoja. Y estoy seguro de que ningún hombre en el mundo, salvo uno, sabía que las pérdidas de su hoja y de su vida serían tan simultáneas como el Gobierno pudiera lograr.

Así que le tiré la hoja a Keyser, como si me la hubiera encontrado volando por el recinto universitario.

La miró, examinó el dorso, que estaba en blanco, lo estudió de arriba abajo y volvió a darle la vuelta.

—No sé de qué se trata —comentó en tono cortante.

No dije nada. Doblé el papel y me lo guardé en el bolsillo interior de la americana.

—Es una falacia común entre los legos pensar que los científicos pueden echarle un vistazo a una ecuación y escribir un libro sobre ella —añadió Keyser, con petulancia—. La matemática no tiene existencia propia. Es sólo un código arbitrario, diseñado para describir observaciones físicas o conceptos filosóficos. Cada uno puede adaptarla a sus propias necesidades. Por ejemplo, no hay nadie capaz de mirar un símbolo y saber a ciencia cierta qué significa. Hasta ahora la ciencia ha usado todas las letras del alfabeto, en mayúscula, en minúscula y en bastardilla, cada una de ellas simbolizando muchas cosas diferentes. Ha usado negritas, góticas, letras griegas, tanto mayúsculas como minúsculas, subíndices, sobreíndices, asteriscos y hasta letras hebreas. Diferentes científicos usan diferentes símbolos para el mismo concepto, y el mismo símbolo para conceptos diferentes. Si se le muestra una página suelta como ésta a cualquier hombre, sin información ninguna sobre el tema que se investiga o sobre la simbología utilizada, no podrá entender ni jota.

—Pero usted dijo que él estaba trabajando en momentos del cuádrupolo. ¿Eso le infunde sentido? —Y me toqué el lugar del pecho donde ese papel me estaba haciendo un agujero en la americana desde hacía dos días.

—Lo ignoro. No he visto ninguna de las relaciones estándar que esperaba. O al menos no reconocí ninguna. Pero, obviamente, no puedo comprometerme. —Tras un breve silencio, añadió—: Le sugiero que consulte a sus alumnos.

Enarqué las cejas.

—¿En sus clases?

—¡No, por amor de Dios! —exclamó con fastidio—. ¡Sus alumnos de investigación! ¡Sus candidatos al doctorado! Ellos han trabajado con él, conocerán los detalles de esa labor mejor que yo o que cualquier otro profesor.

—No es mala idea —dije, como sin darle importancia.

Y no era nada mala. No sé por qué, pero ni siquiera a mí se me hubiera ocurrido. Supongo que es natural pensar que un profesor sabe más que cualquier estudiante.

Keyser se cerró una solapa con la mano cuando me levanté para marcharme.

—Además —agregó—, creo que usted anda por mal camino. Se lo digo en confianza, entiéndame, y no lo diría si no fuera por estas inusitadas circunstancias, pero Tywood no tiene mucho prestigio en su profesión. Sí, es un profesor aceptable, pero sus investigaciones nunca se han ganado el respeto. Subyace siempre una tendencia hacia las teorías vagas, no respaldadas por pruebas experimentales. Ese papel que me ha enseñado probablemente sea similar. Nadie querría... secuestrarlo por eso.

—¿De veras? Lo entiendo. ¿Tiene usted alguna idea de por qué ha desaparecido, o adónde ha ido?

—Nada concreto —respondió, frunciendo los labios—, pero todos saben que es un hombre enfermo. Hace dos años sufrió un ataque de apoplejía que le impidió dar clases durante un semestre. Nunca se repuso del todo. El lado izquierdo le quedó paralizado un tiempo, y todavía cojea. Otro ataque lo mataría. Podría ocurrir en cualquier momento.

—Entonces, ¿cree que está muerto?

—No es imposible.

—¿Pero dónde está el cuerpo?

—Bueno, mire... Creo que ése es su trabajo.

Así era, y me marché.

Entrevisté a cada uno de los cuatro estudiantes de Tywood en un reducto del caos, llamado laboratorio de investigación. Estos laboratorios suelen contar con dos estudiantes prometedores, que constituyen una población flotante, pues cada año son reemplazados alternativamente.

En consecuencia, el laboratorio tiene el equipo apilado en varios niveles. En los bancos de laboratorio se encuentra el equipo que se usa inmediatamente y, en tres o cuatro cajones que están a mano, se acumulan repuestos o suplementos que se usan con frecuencia. Los cajones más alejados, los que se hallan más cerca del techo y en los rincones, están abarrotados de vestigios de pasadas generaciones de estudiantes, rarezas nunca usadas y nunca desechadas. Se afirma que ningún estudiante conoció jamás todo el contenido de su laboratorio.

Los cuatro estudiantes de Tywood estaban preocupados; pero tres lo estaban principalmente por su propia situación, es decir, por el posible efecto de la ausencia de Tywood en la resolución de su «problema científico». Descarté a esos tres — quienes espero que ya se hayan graduado— y llamé al cuarto.

Era el más ojeroso y el menos comunicativo, lo cual me daba esperanzas.

Permaneció sentado rígidamente en la silla de la derecha del escritorio mientras yo me reclinaba en una crujiente silla giratoria y me apartaba el sombrero de la frente. Se llamaba Edwin Howe y se graduó más tarde. Lo sé con certeza porque era un personaje importante en el Ministerio de Ciencias.

—Supongo que haces el mismo trabajo que los demás chicos —le dije.

—Todo es física nuclear.

—¿Pero no todo es igual?

Sacudió la cabeza.

—Tomamos diferentes aspectos. Es preciso tener algo bien definido, pues si no resulta imposible publicar. Tenemos que graduarnos.

Lo dijo como cualquier otro hubiera dicho: a Tenemos que ganarnos la vida.» Y tal vez sea lo mismo para ellos.

—De acuerdo. ¿Cuál es tu aspecto?

—Me encargo de la matemática. Con el profesor Tywood.

—¿Qué clase de matemática?

Y sonrió apenas, creando la misma atmósfera que yo había notado esa mañana en el despacho del profesor Keyser. Una atmósfera que decía: «¿Crees que puedo explicar todos mis pensamientos profundos a un zopenco como tú?» Pero en voz alta sólo dijo:

—Sería complicado explicarlo.

—Te ayudaré. ¿Se parece a esto?

Y le mostré la hoja de papel.

Ni siquiera le echó un vistazo. Lo agarró con la mano y dejó escapar un débil gemido.

—¿Dónde lo consiguió?

—En la caja de caudales de Tywood.

—¿También tiene el resto?

—Está a buen recaudo.

Se relajó un poco; sólo un poco.

—No se lo ha enseñado a nadie, ¿verdad?

—Se lo enseñé al profesor Keyser.

Howe gruñó con el labio inferior y los dientes frontales.

—¡Ese imbécil! ¿Qué dijo?

Alcé las palmas de las manos y Howe sonrió.

—Bien. —Utilizó un tono desenvuelto—. Eso es lo que hago.

—¿Y de qué se trata? Explícalo de modo que pueda entenderlo. Titubeó.

—Mire, esto es confidencial. Ni siquiera lo saben los demás alumnos de Tywood. No creo que yo lo sepa todo. No ando sólo en busca de un título. Se trata del premio Nobel de Tywood, y para mí significará un puesto de profesor auxiliar en el

Tecnológico de California. No conviene hablar de esto antes de publicarlo.

Moví la cabeza lentamente y hablé muy despacio:

—No, hijo. Es precisamente al revés. Conviene hablar de esto antes de publicarlo, porque Tywood ha desaparecido y tal vez esté muerto. Y si está muerto quizá lo asesinaron. Y cuando el departamento tiene una sospecha de asesinato todo el mundo habla. En una palabra, vas a quedar muy mal si tratas de guardar secretos.

Funcionó. Yo sabía que funcionaría, porque todos leen novelas policíacas y conocen los estereotipos. Él se levantó de la silla y soltó las palabras como si las estuviera leyendo.

—Pero no sospechará de mí... ni nada parecido... Vaya..., mi carrera...

Le hice sentarse de nuevo; en su frente empezaban a aparecer Botitas de sudor. Pasé a la línea siguiente:

—Aún no sospecho de nadie ni de nada. Y no te verás en apuros si hablas, compañero.

Estaba dispuesto a hablar.

—Todo esto es estrictamente confidencial —insistió.

Pobre muchacho. No conocía el significado de «estrictamente». No volvió a estar fuera de la vista de un agente desde aquel momento hasta que el Gobierno decidió enterrar el caso con un comentario final que decía: «?»; así, encerrado entre comillas. (No bromeo. Hoy el caso no está ni abierto ni cerrado. Es sólo una «?».)

—Supongo que sabe usted qué es el viaje en el tiempo —balbució.

Claro que lo sabía. Mi hijo mayor tiene doce años y se pasa la tarde entera mirando los programas de vídeo hasta que se hincha visiblemente con la bazofia que absorbe por los ojos y las orejas.

—¿Qué pasa con el viaje en el tiempo?

—En cierto sentido, podemos hacerlo. En realidad, sólo se trata de lo que se podría llamar traslación microtemporal...

Casi perdí los estribos. De hecho, creo que los perdí. Parecía evidente que ese badulaque trataba de hacerse el listo, y sin ninguna sutileza. Estoy habituado a que la gente me tome por tonto, pero no hasta ese punto. Me salió la voz de lo más hondo de la garganta:

—¿Vas a decirme que Tywood está en alguna parte del tiempo, como Ace Rogers, el Llanero Solitario del Tiempo?

Se trataba del programa favorito de mi hijo. Esa semana, Ace Rogers luchaba contra Gengís Khan sin ayuda de nadie.

Pero él se enfureció tanto como yo.

—¡No! —gritó—. ¡No sé dónde está Tywood! ¡Si usted me escuchara...! He dicho traslación microtemporal. Esto no es un programa de vídeo ni es magia; es ciencia. Por ejemplo, conocerá usted la equivalencia materia energía, ¿verdad?

Asentí amargamente. Todo el mundo lo sabe, desde lo que pasó en Hiroshima durante la penúltima guerra.

—De acuerdo —continuó—, eso está bien para empezar. Si se toma una masa de materia y se le aplica traslación temporal, es decir, se la envía hacia atrás en el tiempo, se está creando materia en el punto del tiempo adonde se envía. Para ello, ha de utilizarse una cantidad de energía equivalente a la cantidad de materia creada. En otras palabras, para enviar un gramo de cualquier cosa hacia atrás en el tiempo, se debe desintegrar totalmente un gramo de materia, con el fin de suministrar la energía requerida.

—Ya. Eso es para crear el gramo de materia en el pasado; pero ¿no se destruye un gramo de materia al eliminarlo del presente? ¿Eso no crea una cantidad equivalente de energía?

Y aparentó tanto fastidio como alguien que se sentara sobre una abeja que no estuviese del todo muerta. Al parecer, los legos no deben cuestionar a los científicos.

—Yo trataba de simplificar para que usted lo entendiera. En realidad es más complicado. Sería sensacional si pudiéramos usar la energía de desaparición para hacerla aparecer, pero, créame, eso sería trabajar en círculos. Los requerimientos de la entropía lo impedirían. Por decirlo con mayor rigor, se requiere que la energía se transforme en inercia temporal, y resulta que la energía en ergios necesaria para enviar una masa en gramos equivale a esa masa al cuadrado de la velocidad de la luz en centímetros por segundo, que es la ecuación de equivalencia masa energía de Einstein. Puedo darle los fundamentos matemáticos, si quiere.

—No, gracias. —Hice esfuerzos por contener esa inoportuna impaciencia—. ¿Pero todo esto se verificó experimentalmente, o sólo sobre el papel?

Obviamente, lo importante era dejarle hablar.

Los ojos le relucieron con ese extraño brillo, propio de todos los estudiantes de investigación, por lo que me han dicho, cuando se les pide que hablen de su problema científico. Lo comentan con cualquiera, incluso con un «lego ignorante», como en aquel momento.

—Verá usted —dijo, como un hombre que nos desliza datos confidenciales sobre una transacción dudosa—, todo comenzó con este asunto del neutrino. Tratan de encontrar ese neutrino desde fines de los años treinta y no lo han conseguido. Es una partícula subatómica, que no tiene carga y cuya masa es todavía más pequeña que la de un electrón. Naturalmente, resulta casi imposible de detectar y aún no ha sido detectada. Pero siguen buscando porque, sin suponer que existe el neutrino, no se pueden equilibrar los factores enérgicos de algunas reacciones nucleares. Así que el profesor Tywood tuvo hace veinte años la idea de que alguna energía estaba desapareciendo en forma de materia, retrocediendo en el tiempo. Nos pusimos a trabajar en eso; mejor dicho, él se puso a trabajar, y yo soy el primer estudiante que

colabora en ello. Como es lógico, teníamos que trabajar en cantidades diminutas de materia y..., bien, fue un golpe de genio del profesor comenzar a usar vestigios de isótopos radiactivos artificiales. Se puede trabajar con pocos microgramos, siguiendo su actividad con contadores. La variación de actividad con el tiempo debería seguir una ley muy definida y simple que nunca ha sido alterada por ninguna condición de laboratorio conocida. Bueno, el caso es que enviábamos una partícula quince minutos hacia atrás, por ejemplo, y quince minutos antes (todo estaba dispuesto automáticamente, ya me entiende) la cuenta saltaba a casi el doble, descendía normalmente y bajaba bruscamente en el momento del envío, por debajo de donde debía haber estado normalmente. El material se superponía a sí mismo en el tiempo y, durante quince minutos, contábamos el material duplicado...

—Es decir que los mismos átomos existían en dos sitios al mismo tiempo — interrumpí.

—Sí —concedió sorprendido—, ¿por qué no? Por eso usamos tacita energía; el equivalente de la creación de esos átomos. Ahora le diré en qué consiste mi trabajo. Si se envía el material quince minutos atrás, aparentemente se envía al mismo sitio en relación con la Tierra, a pesar de que en quince minutos la Tierra se ha desplazado veinticinco mil kilómetros alrededor del Sol, y el Sol, a su vez, mil quinientos kilómetros más y así sucesivamente. Pero hay ciertas discrepancias diminutas que he analizado y que posiblemente se deban a dos causas. La primera es que se da un efecto friccional, si se permite semejante término, de modo que la materia se desplaza un poco respecto a la Tierra según a qué distancia se la envíe en el tiempo y según la naturaleza del material. Otra parte de la discrepancia sólo se puede explicar suponiendo que el propio tránsito por el tiempo lleva tiempo.

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir que parte de la radiactividad se propaga paralelamente por el tiempo de traslación, como si el material hubiera estado reaccionando durante el retroceso en el tiempo según una cantidad constante. Mis cifras muestran que si uno retrocede en el tiempo envejece un día cada cien años. O, por decirlo de otro modo, si se pudiera observar un mediador que registrase el tiempo externo de una «máquina del tiempo», un reloj avanzaría veinticuatro horas mientras el mediador retrocedería cien años. Es una constante universal, creo, porque la velocidad de la luz es una constante universal. Sea como fuere, ése es mi trabajo.

Tras unos minutos de rumiar todo aquello pregunté:

—¿Dónde se obtenía la energía necesaria para los experimentos?

—Había una línea especial desde la planta energética. El profesor tiene mucha influencia allí y logró ese acuerdo.

—Ya. ¿Cuál fue la mayor cantidad de materia que enviasteis al pasado?

—Oh... Creo que enviamos una centésima de miligramo una vez. Son diez

microgramos.

—¿Alguna vez intentasteis enviar algo al futuro?

—Eso no funciona. Es imposible. No se puede cambiar de signo de ese modo, porque la energía requerida se vuelve más que infinita. Hay una sola dirección.

Me observé las uñas.

—¿Cuánta materia se podría enviar hacia atrás en el tiempo si se fisionaran... cincuenta kilos de plutonio?

Pensé que todo se estaba volviendo muy obvio.

—En fisión de plutonio —fue su rápida respuesta—, no más del uno o el dos por ciento de la masa se convierte en energía. Por tanto, el consumo de cincuenta kilos de plutonio enviaría un kilo atrás en el tiempo.

—¿Eso es todo? ¿Y se puede manipular tanta energía? Cincuenta kilos de plutonio causarían una tremenda explosión.

—Es relativo —replicó él pomposamente—. Si se toma toda esa energía y se la libera poco a poco, puede manipularse. Si se la libera de golpe, pero se usa tan rápidamente como se libera, aún se puede manipular. Al enviar materia hacia atrás en el tiempo, la energía se puede consumir mucho más rápidamente de lo que es posible liberarla aun mediante la fisión. Teóricamente, al menos.

—¿Pero cómo se deshace uno de ella?

—Se distribuye a través del tiempo, naturalmente. El tiempo mínimo, a través del cual se podría transferir materia, dependería así de la masa material. De lo contrario, se corre el riesgo de que la densidad de energía sea demasiado alta respecto del tiempo.

—Muy bien, chaval. Llamaré a jefatura y enviarán un hombre para acompañarte a casa. Te quedarás allí durante un tiempo.

—¿Pero por qué?

—No será mucho tiempo.

No lo fue, y luego le fue compensado.

Pasé la noche en jefatura. Allí teníamos una biblioteca, una biblioteca muy especial. La mañana posterior a la explosión, dos o tres agente habían ido sigilosamente a las bibliotecas de química y física de la universidad. Expertos a su manera. Localizaron todos los artículos que Tywood había publicado en revistas científicas y arrancaron las páginas. No tocaron ninguna otra cosa.

Otros hombres registraron archivos de revistas y catálogos de libros. El resultado fue una habitación de jefatura convertida en biblioteca especializada en Tywood. No había un propósito definido en esto; representaba simplemente parte de la meticulosidad con que se aborda un problema de esta naturaleza.

Recorrí esa biblioteca. No los artículos científicos, pues sabía que allí no hallaría lo que buscaba. Pero Tywood había escrito una serie de artículos para una revista



veinte años atrás, y los leí. Y eché mano de todas las cartas privadas que había disponibles.

Después de eso me senté a pensar, y me asusté.

Me acosté a las cuatro de la mañana y tuve pesadillas.

Pero, aun así, estuve en el despacho del jefe a las nueve de la mañana.

El jefe es un hombre corpulento, de cabello gris y lacio. No fuma, pero tiene una caja de puros sobre el escritorio y, cuando quiere guardar silencio durante segundos, toma uno, lo hace rodar, lo huele, se lo mete en la boca y lo enciende con sumo cuidado. Para entonces, ya tiene algo que decir o no tiene nada que decir. Entonces, abandona el puro y deja que se consuma.

Una caja le dura tres semanas y, cada Navidad, la mitad de sus paquetes de regalos contienen cajas de puros.

Pero no buscó un puro aquel día. Se limitó a entrelazar sus manazas sobre el escritorio y me miró arrugando el entrecejo.

—¿Qué pasa?

Se lo conté. Lentamente, porque la traslación micro temporal no le cae bien a nadie, especialmente cuando uno la llama viaje en el tiempo, como hice yo. Tan grave era la situación que sólo una vez me preguntó que si estaba chiflado.

Y cuando terminé nos miramos fijamente.

—¿Y crees que trató de enviar algo hacia atrás en el tiempo, algo que pesaba un kilo, y que por eso voló una planta entera?

—Concuerda —respondí.

Le dejé tranquilo un rato. Él estaba pensando y yo quería que siguiera pensando; quería que llegara a pensar lo mismo que yo pensaba, para no tener que decirle...

Porque odiaba tener que decirle...

Ante todo, porque era descabellado. Y demasiado espantoso, por otra parte.

Así que cerré el pico y él siguió pensando y, de vez en cuando, algunos de sus pensamientos afloraban a la superficie.

—Suponiendo que el estudiante, Howe, haya dicho la verdad... —dijo al cabo de un rato—. Aunque sería mejor que mirases sus notas, de las que espero que te hayas apropiado...

—Toda esa ala del edificio está cerrada, señor. Edwards tiene las notas.

—De acuerdo. Suponiendo que nos haya dicho toda la verdad, ¿por qué Tywood pasó de menos de un miligramo a medio kilogramo? —Me miró con dureza—. Tú te estás concentrando en el viaje temporal. Entiendo que para ti eso es lo crucial y que la energía involucrada es algo secundario, totalmente secundario.

—Sí, señor —murmuré—. Eso es lo que creo.

—¿Has pensado que quizá te equivoques, que quizá sea al revés?

—No le entiendo.

—Bien, escucha. Dices que has leído a Tywood. De acuerdo. Él pertenecía a ese puñado de científicos que después de la Segunda Guerra Mundial se opuso a la bomba atómica; propiciaban un estado mundial... Lo sabes, ¿verdad?

Asentí en silencio.

—Tenía un complejo de culpa —continuó el jefe, con vehemencia—. Había ayudado a construir la bomba, y pasaba las noches en vela pensando en lo que había hecho. Convivió con ese temor durante años. Y, aunque la bomba no se usó en la Tercera Guerra Mundial, podrás imaginar lo que significaba para él cada día de incertidumbre. ¿Imaginas el paralizante horror en su alma, mientras aguardaba a que otros tomaran la decisión, en cada momento crucial, hasta el Tratado del Sesenta y Cinco? Tenemos un análisis psiquiátrico completo de Tywood y de otros individuos parecidos, realizados durante la última guerra. ¿Lo sabías?

—No, señor.

—Pues sí. Los interrumpimos después del 65, ya que, con el establecimiento del control mundial de la energía atómica, con la eliminación de la provisión de bombas atómicas de todos los países y con la creación de investigaciones conjuntas entre las diversas esferas de influencia del planeta, el conflicto ético dejó de preocupar a los científicos. De todos modos, por esa época hubo descubrimientos serios. En 1964, Tywood sentía un morboso odio subconsciente por el concepto mismo de energía atómica. Comenzó a cometer errores graves y, finalmente, tuvimos que retirarlo de todo proyecto de investigación. También a otros, aunque las cosas parecían ir bastante mal en aquellos tiempos, pues acabábamos de perder la India, como recordarás.

Considerando que yo estaba en la India en esa época, lo recordaba. Pero aún no entendía de qué iba.

—Ahora bien —continuó—, ¿qué ocurriría si vestigios de esa actitud permanecieran soterradas en Tywood hasta el final? ¿No ves que el viaje en el tiempo es una espada de doble filo? ¿Por qué lanzar medio kilogramo de algo hacia el pasado? ¿Para demostrar qué? Demostró estar en lo cierto cuando envió una fracción de miligramo. Eso era suficiente para el Nobel. Pero con medio kilogramo de materia haría algo que no podía hacer con un milígramo: agotar una planta energética. Ése debía de ser su propósito. Había descubierto un modo de consumir cantidades inconcebibles de energía. Enviando cuarenta kilos de basura, podría eliminar todo el plutonio existente en el mundo, terminar con la energía atómica por un periodo indefinido.

La explicación me tenía sin cuidado, pero traté de no aparentarlo. Sólo dije:

—¿Cree que él pensaba que podía salirse con la suya más de una vez?

—Todo se basa en que no era un hombre normal ¿Cómo saber lo que creía que podía hacer? Además, puede ser que haya otros detrás, con menos conocimientos

científicos y más seso, que estén dispuestos a continuar a partir de este punto.

—¿Se ha hallado a alguno de estos hombres? ¿Existen pruebas de que existen?

Hizo una pausa y tendió la mano hacia la caja de puros. Miró el puro y le dio la vuelta. Otra pausa. Fui paciente.

Luego, lo dejó resueltamente, sin encenderlo.

—No —contestó. Me miró a mí, miró a través de mí—. ¿Así que no te convence la idea?

Me encogí de hombros.

—Pues... no suena bien.

—¿Tienes otra explicación?

—Sí, pero me cuesta hablar de ella. Si estoy equivocado, soy el hombre más equivocado que ha existido. Pero si tengo razón nadie ha tenido más razón.

—Te escucho —dijo, y metió la mano bajo el escritorio.

Me había tomado en serio. Esa habitación era blindada, a prueba de sonidos y a prueba de radiación, excepto en el caso de una explosión nuclear. Y con esa pequeña señal encendida en el escritorio de la secretaria ni siquiera el presidente de Estados Unidos hubiera podido interrumpirnos.

Me recliné y dije:

—Jefe, ¿usted recuerda cómo conoció a su esposa? ¿Fue por una nimiedad?

Seguro que pensó que yo deliraba. ¿Qué otra cosa pudo pensar? Pero me siguió la corriente. Supongo que tenía sus razones.

—Estornudé y ella se dio la vuelta —respondió con una sonrisa—. Fue en una esquina.

—¿Por qué estaba en esa esquina en ese momento? ¿Por qué estaba ella? ¿Recuerda usted por qué estornudó? ¿Dónde cogió el resfriado? ¿O de dónde vino la mota de polvo? Imagínese cuántos factores tuvieron que converger en el sitio y el momento adecuados para que usted conociera a su esposa.

—Tal vez nos hubiéramos conocido en otra ocasión.

—Pero no puede saberlo. ¿Cómo saber a quién no conoció por no haberse girado cuando pudo hacerlo, por no haber llegado tarde cuando pudo hacerlo? La vida se enfrenta a una encrucijada a cada instante, y uno escoge determinado rumbo casi al azar, y lo mismo hacen los demás. Retroceda veinte años y encontrará que las bifurcaciones se desvían cada vez más. Usted estornudó y conoció a una chica y no a otra. En consecuencia, tomó ciertas decisiones, y lo mismo hizo la chica, y también la chica que usted no conoció y el hombre que la conoció a ella y la gente que todos conocieron después. Y la familia de usted, y la de ella, y la de ellos; y todos los hijos. Porque usted estornudó hace veinte años, cinco personas o cincuenta o quinientas podrían estar muertas cuando deberían estar vivas, o vivas cuando deberían estar muertas. Vaya doscientos años atrás; dos mil años atrás, y un estornudo, incluso el

estornudo de alguien que no figura en ningún libro de historia podría significar que hoy no viviera nadie de los que viven.

El jefe se frotó la nuca.

—Ondas en expansión. Una vez leí un cuento...

—Yo también. La idea no es nueva; pero quiero que piense en ella por un momento, porque me gustaría leerle parte de un artículo publicado por el profesor Elmer Tywood en una revista de hace veinte años. Esto fue antes de la última guerra.

Yo tenía copias del filme en el bolsillo, y la blanca pared ofrecía una magnífica pantalla, pues para eso estaba. El jefe se dispuso a darse la vuelta; pero le indiqué que se quedara como estaba.

—No, señor. Quiero leerle esto. Quiero que lo escuche.

Se reclinó en la silla.

—El artículo —continué— se titula «El primer gran fracaso del hombre». Recuerde que esto fue antes de la guerra, cuando la amarga desilusión ante el fracaso de Naciones Unidas estaba en su punto culminante. Le leeré algunos párrafos de la primera parte del artículo. Dice así: «El fracaso del hombre, con su perfección técnica, para resolver los grandes problemas sociológicos de hoy es sólo la segunda gran tragedia que aflige a nuestra raza. La primera, y quizá la mayor, es que, en cierta ocasión, estos grandes problemas sociológicos se resolvieron y, sin embargo, las soluciones no fueron duraderas porque la perfección técnica de que hoy disponemos no existía.

»Era como tener pan sin mantequilla, o mantequilla sin pan. Nunca ambas cosas juntas (...).

»Pensemos en el mundo helénico, del cual derivan nuestra filosofía, nuestra ética, nuestro arte, nuestra literatura..., toda nuestra cultura. En tiempos de Pericles, Grecia, como nuestro propio mundo en un microcosmos, era un popurrí asombrosamente moderno de ideologías y modos de vida conflictivos. Pero luego vino Roma y adoptó la cultura, pero otorgando e imponiendo la paz. Desde luego, la Pax Romana duró sólo doscientos años, pero desde entonces no ha existido un período similar (...).

»La guerra fue abolida. El nacionalismo no existía. El ciudadano romano pertenecía al Imperio. Pablo de Tarso y Flavio José eran ciudadanos romanos. Españoles, norteafricanos e ¡lirios se sometían al Imperio. Existía la esclavitud, pero era una esclavitud indiscriminada, impuesta como castigo, resultante del fracaso económico o causada por los reveses de la guerra. Ningún hombre era esclavo natural por el color de su piel o por su lugar de nacimiento.

»La tolerancia religiosa era total. Si al principio se hizo una excepción en el caso de los cristianos, fue porque rehusaban aceptar el principio de la tolerancia, porque insistían en que sólo ellos conocían la verdad, una actitud detestable para el romano civilizado (...).

»Con toda nuestra cultura occidental bajo una sola polis, con la ausencia del cáncer del particularismo y del exclusivismo religioso y nacional, con la avanzada civilización existente, ¿por qué no pudo el ser humano conservar los beneficios conseguidos?

»Porque, tecnológicamente, el antiguo helenismo permaneció atrasado. Porque sin máquinas el precio del ocio, y, por ende, de la civilización y la cultura para una minoría, significaba esclavitud para la mayoría. Porque la civilización no podía hallar el modo de llevar confort y comodidad a toda la población.

»Por lo tanto, las clases oprimidas se volcaron hacia el más allá y hacia religiones que desdeñaban los beneficios materiales de este mundo, de modo que la ciencia en sentido cabal resultó imposible durante más de un milenio. Además, a medida que menguaba el ímpetu inicial del helenismo, el Imperio carecía de la potencia tecnológica para derrotar a los bárbaros. De hecho, sólo después del 1500 de nuestra era la guerra pasó a depender plenamente de los recursos industriales de una nación, lo cual permitía a los pueblos asentados desbaratar sin esfuerzo las invasiones de tribus y de nómadas (...).

»Imaginemos, pues, que los antiguos griegos hubieran aprendido una pizca de química y física moderna. Imaginemos que el crecimiento del Imperio hubiera ido acompañado por el crecimiento de la ciencia, la tecnología y la industria. Imaginemos un imperio donde la maquinaria reemplazara a los esclavos, donde todos los hombres compartieran equitativamente los bienes del mundo, donde la legión se transformara en una columna blindada a la que ningún bárbaro pudiera hacer frente. Imaginemos un imperio que, así, se extendiera por el mundo entero, sin prejuicios religiosos ni nacionales.

»Un imperio de todos los hombres; todos hermanos; al fin libres (...).

»Si se pudiera cambiar la historia, si ese primer gran fracaso se pudiera haber evitado...»

Me detuve en ese punto.

—¿Bien? —dijo el jefe.

—Bueno, creo que no es difícil conectar todo esto con el hecho de que Tywood hiciera estallar una planta energética en su afán de enviar algo al pasado, mientras que en la caja de caudales de su despacho encontramos párrafos de un libro de química traducidos al griego.

Le cambió la expresión mientras reflexionaba.

—Pero nada ha ocurrido —suspiró al fin.

—Lo sé. Pero el estudiante de Tywood me ha dicho que se tarda un día por siglo para desplazarse en el tiempo. Suponiendo que la antigua Grecia fuera el destino final, suman veinte siglos, es decir, veinte días.

—¿Y se puede detener?

—Lo ignoro. Tal vez Tywood lo supiera, pero está muerto.

La enormidad del asunto me abrumó de golpe, con más fuerza que la noche anterior...

Toda la humanidad estaba sentenciada prácticamente a muerte. Y aunque eso era sólo una horrenda abstracción cobraba su insoportable realidad por el hecho de que yo también estaba sentenciado. Y mi esposa, y mi hijo.

Más aún, se trataba de una muerte sin precedentes. Un cese de la existencia, y nada más. El momento de un suspiro. Un sueño que se esfuma. El tránsito de una sombra hacia la eternidad del no-espacio y del no-tiempo. A decir verdad, yo no estaría muerto en absoluto; simplemente, nunca habría nacido.

¿O sí? ¿Existiría yo..., mi individualidad..., mi ego..., mi alma, si se quiere? ¿Otra vida? ¿Otras circunstancias?

En aquel momento no pensé nada de esto con palabras. Pero si un frío nudo en el estómago pudiera hablar en esas circunstancias, creo que habría dicho algo parecido.

El jefe interrumpió mis cavilaciones:

—Entonces, sólo nos quedan dos semanas y media. No hay tiempo que perder. Ven.

Esbocé una sonrisa.

—¿Qué hacemos? ¿Perseguir el libro?

—No —repuso fríamente—. Pero hay dos líneas de acción que podemos seguir. La primera es que quizás estés equivocado por completo, pues todo este razonamiento circunstancial puede representar una pista falsa, tal vez puesta deliberadamente ante nosotros para ocultar la verdad; y tenemos que verificarlo. Y la segunda es que quizá tengas razón, pero debe de haber un modo de detener el libro, un modo que no implique perseguirlo en una máquina del tiempo; y, en tal caso, hemos de averiguar cuál es.

—Me gustaría aclarar, señor, que si es una pista falsa sólo un loco la consideraría creíble. Así que supongamos que tengo razón y que no hay manera de detenerlo.

—Entonces, joven amigo, estaré muy ocupado durante dos semanas y media y te aconsejaría que hicieras lo mismo. Así el tiempo pasará más deprisa.

Tenía razón, desde luego.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté.

—Lo primero que necesitamos es una lista de todo funcionario o funcionaria que fuese subalterno de Tywood.

—¿Por qué?

—Razonamiento. Tu especialidad, ¿no? Supongo que Tywood no sabía griego, así que alguien debió de hacer la traducción. Es improbable que nadie realizara semejante trabajo por nada y es improbable que Tywood pagara con dinero propio, contando sólo con su sueldo de profesor.

—Tal vez le interesara guardar más secretos de los que permite un sueldo del Gobierno.

—¿Por qué? ¿Dónde estaba el peligro? ¿Es delito traducir un texto de química al griego? ¿Quién deduciría de ello una confabulación como la que acabas de describir?

Nos llevó media hora hallar el nombre de Mycroft James Boulder, que constaba como «asesor», descubrir que figuraba en el catálogo universitario como profesor auxiliar de filosofía y verificar por teléfono que, entre sus muchas cualidades, se contaba un cabal conocimiento del griego ático.

Lo cual fue una coincidencia, pues cuando el jefe estaba echando mano de su sombrero, el mensáfono interno se puso a funcionar y resultó que Mycroft James Boulder se encontraba en la antesala. Llevaba dos horas insistiendo en ver al jefe.

El jefe dejó el sombrero y abrió la puerta del despacho.

El profesor Mycroft James Boulder era un hombre gris. Tenía el cabello gris y ojos grises. Y su traje también era gris.

Pero, ante todo, tenía una expresión gris; gris y con una tensión que hacía que temblaran las arrugas de su delgado rostro.

—Hace tres días que estoy pidiendo una entrevista —murmuró— con alguien que sea responsable. No he podido ir más allá de usted.

—Tal vez sea suficiente —dijo el jefe—. ¿Qué sucede?

—Es muy importante que se me conceda una entrevista con el profesor Tywood.

—¿Usted sabe dónde está?

—Estoy seguro de que el Gobierno lo tiene bajo custodia.

—¿Por qué?

—Porque sé que planeaba un experimento que suponía la violación de las normas de seguridad. Por lo que puedo deducir, todo lo que ha ocurrido después deriva de la suposición de que, en efecto, se han violado dichas normas. Presumo, pues, que el experimento se ha intentado. He de saber si se llevó a cabo con éxito.

—Profesor Boulder, tengo entendido que usted sabe leer griego.

—Sí, sé griego.

—Y ha traducido textos de química para el profesor Tywood con dinero del Gobierno.

—Sí, como asesor contratado legalmente.

—Pero esa traducción, dadas las circunstancias, constituye un delito, pues le convierte en cómplice del delito de Tywood.

—¿Puede usted establecer una conexión?

—¿Usted no? ¿No ha oído hablar de las ideas de Tywood sobre el viaje en el tiempo o..., cómo lo llaman..., traslación micro temporal?

—Vaya. —Boulder sonrió—. Entonces, se lo ha contado él.

—No —masculló el jefe—. El profesor Tywood ha muerto.

—¿Qué? Entonces... No le creo.

—Murió de apoplejía. Mire esto.

En su caja de caudales tenía una de las fotografías tomadas esa noche. Tywood estaba desfigurado, pero reconocible; despatarrado y muerto.

Boulder jadeó como sí se le hubieran atascado los engranajes. Estuvo mirando la foto durante tres minutos, según el reloj eléctrico de la pared.

—¿Dónde es esto? —preguntó.

—En la planta de energía atómica.

—¿Había concluido su experimento?

El jefe se encogió de hombros.

—Imposible saberlo. Estaba muerto cuando lo encontramos.

Boulder apretó los labios.

—Es preciso averiguarlo. Se debe crear una comisión de científicos y, de ser necesario, repetir el experimento...

Pero el jefe se limitó a mirarle y a tomar un puro. Nunca le he visto hacer una pausa tan larga. Cuando dejó el puro, envuelto en la humareda, dijo:

—Hace veinte años, Tywood escribió un artículo para una revista...

—¡Oh! —El profesor torció los labios—. ¿Eso les dio la pista? Pueden ignorarla. Él es físico y no sabe nada de historia ni de sociología. Sólo son sueños de estudiante.

—Entonces, usted no cree que enviar su traducción al pasado inaugurará una nueva Edad de Oro, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Cree usted que puede injertar los desarrollos de dos mil años de dura labor en una sociedad infantil e inmadura? ¿Cree que un gran invento o un gran principio científico nace ya completo en la mente de un genio, divorciado del entorno cultural? Newton tardó veinte años en enunciar la ley de la gravitación porque la cifra entonces vigente para el diámetro de la Tierra tenía un error del diez por ciento. Arquímedes estuvo a punto de descubrir el cálculo, pero falló porque los números arábigos, inventados por algún hínduista anónimo, le eran desconocidos. Más aún, la mera existencia de una sociedad esclavista en la Grecia y la Roma antiguas significaba que las máquinas no se consideraban muy atractivas, pues los esclavos eran más baratos y adaptables, y los hombres de genuino intelecto no perdían sus energías en aparatos destinados al trabajo manual. Incluso Arquímedes, el más grande ingeniero de la antigüedad, se negaba a dar a conocer sus inventos prácticos; sólo mostraba abstracciones matemáticas. Y cuando un joven le preguntó a Platón de qué servía la geometría le expulsaron de la Academia, como hombre de alma mezquina y poco filosófica. Es decir, la ciencia no avanza en una embestida, sino que da cortos pasos en las direcciones permitidas por las grandes fuerzas que moldean la sociedad y que, a su vez, son moldeadas por ésta. Y ningún hombre avanza si no es sobre los hombros de la sociedad que le rodea...



El jefe le interrumpió.

—Díganos, pues, cuál fue su participación en el trabajo de Tywood. Aceptaremos su palabra de que no se puede cambiar la historia.

—Bueno, sí se puede, pero no intencionadamente... Cuando Tywood solicitó mis servicios para traducir ciertos pasajes al griego, acepté por dinero. Pero él quería la traducción en un pergamino; insistió en el uso de la terminología griega antigua (el lenguaje de Platón, por citar sus palabras), por mucho que yo tuviera que forzar el significado literal de los pasajes, y lo quería manuscrito en rollos. Sentí curiosidad. Yo también vi ese artículo. Me costó llegar a la conclusión obvia, pues los logros de la ciencia moderna trascienden en gran medida las especulaciones de la filosofía, pero al fin supe la verdad, y de inmediato resultó evidente que la teoría de Tywood sobre el cambio de la historia era pueril. Hay veinte millones de variables para cada instante del tiempo y no se ha desarrollado ningún sistema matemático (ninguna psicohistoria matemática, por acuñar una expresión) para manipular esa enorme cantidad de funciones variables. En síntesis, cualquier variación de los acontecimientos de hace dos mil años cambiaría toda la historia subsiguiente, pero no de un modo previsible.

El jefe sugirió, con falsa calma:

—Como el guijarro que inicia el alud, ¿verdad?

—Exacto. Veo que comprende la situación. Reflexioné profundamente antes de actuar y, luego, comprendí cómo actuar, cómo debía actuar.

El jefe rugió, se levantó y tumbó la silla. Rodeó el escritorio y apoyó una de sus manazas en la garganta de Boulder. Intenté detenerlo, pero me indicó con un gesto que me estuviera quieto...

Sólo le estaba apretando un poco la corbata. Boulder aún podía respirar. Se había puesto muy blanco y mientras el jefe hablaba se limitó a eso, a respirar.

—Claro —dijo el jefe—, ya sé por qué decidió que debía actuar. Conozco a muchos filósofos trasnochados que creen que hay que arreglar el mundo. Ustedes quieren arrojar los dados de nuevo para ver qué resulta. Tal vez ni siquiera les importe si vivirán o no en la nueva configuración, ni que nadie pueda averiguar lo que han hecho. Pero están dispuestos a crear, a pesar de todo; a darle a Dios otra oportunidad, como si dijéramos. Pero tal vez sea sólo porque quiero vivir, pero creo que el mundo podría ser peor. De veinte millones de maneras podría ser peor. Un tipo llamado Wilder escribió una obra titulada Por un pelo. Tal vez la haya leído. La tesis es que la humanidad sobrevivió apenas por un pelo. No, no le echaré un discurso sobre el peligro de extinción en la Era Glacial; no sé lo suficiente. Ni siquiera le hablaré de la victoria griega en Maratón, de la derrota árabe en Tours ni de los mongoles retrocediendo en el último momento sin siquiera ser derrotados, pues no soy historiador. Pero tomemos el siglo veinte. Los alemanes fueron detenidos dos veces en el Marne durante la Primera Guerra Mundial. La retirada de Dunkerque fue

durante la Segunda Guerra Mundial, y a los alemanes se los detuvo en Moscú y en Estalingrado. Pudimos haber usado la bomba atómica en la última guerra y no lo hicimos, y cuando parecía que ambos bandos iban a hacerlo llegamos al Gran Tratado, y únicamente porque el general Bruce sufrió una demora en la pista aérea de Ceilán y pudo recibir el mensaje inmediatamente. Una vez tras otra, a lo largo de toda la historia, tan sólo golpes de suerte. Por cada probabilidad que no se concretó y que nos habría transformado en seres maravillosos, hubo veinte probabilidades que no se concretaron y que habrían acarreado un desastre para todos. Ustedes juegan con esa probabilidad de uno contra veinte y juegan con todas las vidas de la Tierra. Y, además, lo han conseguido, ya que Tywood envió ese texto.

Escupió la última frase abriendo la manaza, de modo que Boulder cayó en la silla. Y Boulder se echó a reír.

—Necio —dijo, jadeante—. Anda muy cerca, pero está muy equivocado. ¿Así que Tywood envió el texto? ¿Está seguro?

—No se encontró ningún texto de química en griego en el lugar —masculló el jefe— y habían desaparecido millones de calorías de energía; lo cual no cambia el hecho de que tenemos dos semanas y media para que... las cosas resulten interesantes.

—¡Pamplinas! Sin melodramatismos, por favor. Escúcheme y procure entenderlo. Los filósofos griegos Leucipo y Demócrito desarrollaron una teoría atómica. Toda la materia, afirmaban, está compuesta por átomos. Las variedades de átomos habrían de ser distintas e inmutables y, mediante diferentes combinaciones, cada una formaría las diversas sustancias halladas en la naturaleza. La teoría no fue resultado del experimento ni de la observación, sino que de algún modo surgió madurada ya. El poeta didáctico romano Lucrecio, en su *De remm natura*, «Acerca de la naturaleza de las cosas», afinó esa teoría, que parece asombrosamente moderna. En los tiempos helenísticos, Herón construyó una máquina de vapor y las armas de guerra se mecanizaron. Se ha considerado ese periodo como una era mecánica abortada, que no llegó a nada porque no trascendió su entorno social y económico ni congeniaba con él. La ciencia alejandrina fue una rareza inexplicable. Podríamos mencionar también la vieja leyenda romana sobre los libros de la Sibila, que contenían misteriosa información transmitida directamente por los dioses... En otras palabras, caballeros, aunque ustedes tienen razón al pensar que cualquier alteración del pasado, por nimia que sea, podría acarrear consecuencias incalculables, y aunque comparto la opinión de que cualquier cambio aleatorio puede empeorar las cosas en vez de mejorarlas, debo señalar que se equivocan en su conclusión final. Es éste el mundo desde el que el texto de química en griego se ha enviado al pasado. Ha sido una carrera de la Reina Roja. Tal vez ustedes recuerden *A través del espejo*, de Lewis Carroll. En el país de la Reina Roja había que correr a toda prisa para permanecer en el mismo lugar. ¡Y eso

es lo que ocurrió en este caso! Tywood habrá pensado que estaba creando un mundo nuevo, pero fui yo quien preparó las traducciones, y me ocupé de que se incluyeran sólo esos pasajes que dieran cuenta de los raros jirones de conocimiento que los antiguos aparentemente obtuvieron de la nada. Y mi única intención en toda esa carrera fue la de permanecer en el mismo lugar.

Transcurrieron tres semanas, tres meses, tres años. No ocurrió nada. Y cuando nada ocurre no existen pruebas. Desistimos de las explicaciones, y el jefe y yo también terminamos por dudar.

El caso nunca se cerró. Boulder no podía ser considerado un delincuente sin que se lo considerara también el salvador del mundo, y viceversa. Se le ignoró, y finalmente el caso ni se resolvió ni se cerró; simplemente, se guardó en un archivo designado «>» y fue sepultado en el sótano más profundo de Washington.

El jefe está en Washington ahora y es una persona influyente. Y yo soy jefe regional del FBI.

Pero Boulder sigue siendo profesor auxiliar. En la universidad se tarda mucho en ascender.

## El día de los cazadores (1950)

---

“Day of the Hunters”

Comenzó la misma noche en que terminó. No fue gran cosa. Simplemente me molestó; aún me molesta.

Joe Bloch, Ray Manning y yo estábamos sentados a nuestra mesa favorita del bar de la esquina, con una velada por delante y ganas de charlar. Ése es el principio.

Joe Block se puso a hablar de la bomba atómica, de lo que había que hacer con ella, y dijo que nadie se lo habría imaginado cinco años atrás. Yo comenté que mucha gente lo había imaginado cinco años atrás y escribió historias sobre eso y ahora tendría dificultades para llevar la delantera a los periódicos. Todo esto derivó en divagaciones sobre todas las cosas raras que podían volverse ciertas, con gran cantidad de ejemplos.

Ray contó que alguien le había hablado de un científico insigne que había enviado un bloque de plomo al futuro durante dos segundos o dos minutos o dos milésimas de segundo, no estaba seguro. Según él, el científico no le decía nada a nadie porque pensaba que nadie le creería.

Le pregunté con sarcasmo cómo se había enterado. Ray tendrá muchos amigos, pero yo tengo los mismos y nadie conoce a ningún científico insigne. Ray respondió que no importaba cómo se había enterado, que no estaba obligado a creerle.

Y luego pasamos inevitablemente a las máquinas del tiempo y nos preguntamos qué pasaría si alguien volvía al pasado y mataba a su abuelo, y que por qué nadie regresaba del futuro y nos comunicaba quién ganaría la siguiente guerra o si habría o no otra guerra o si quedaría un lugar habitable en la Tierra, ganara quien ganase.

Ray se conformaba con saber el nombre del ganador de la séptima carrera antes del final de la sexta.

Pero Joe pensaba de otro modo:

—Vuestro problema es que sólo pensáis en guerras y en carreras. Yo, en cambio, siento curiosidad. ¿Sabéis qué haría si tuviera una máquina del tiempo? —Desde luego que queríamos saberlo, dispuestos a tomarle el pelo en cuanto nos diera la menor oportunidad—. Si tuviera la máquina, retrocedería dos, cinco o cincuenta millones de años para averiguar qué pasó con los dinosaurios.

Lo cual fue malo para Joe, porque Ray y yo pensábamos que eso no tenía sentido. Ray dijo que a quién cuernos le importaban los dinosaurios y yo afirmé que sólo servían para dejar esqueletos descoyuntados para esos tíos que perdían su tiempo gastando el suelo de los museos, y que era una suerte que hubieran desaparecido para dejar sitio a los seres humanos. Joe observó que, teniendo en cuenta a ciertos seres humanos que conocía, y nos miró con dureza, hubiera preferido los dinosaurios; pero no le prestamos atención.

—Sois unos zopencos. Podéis reiros y alardear de que sabéis algo, pero no tenéis nada de imaginación. Esos dinosaurios eran algo digno de ver. Millones de especies, grandes como casas y estúpidos como casas, por todas partes. Y, de pronto, ¡zas! —Chascó los dedos—. Dejaron de existir.

Le preguntamos que cómo.

Pero Joe estaba terminando una cerveza y pidiéndole por gestos otra a Charlie con una moneda, para demostrar que tenía con qué pagarla. Se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero eso es lo que averiguaría.

Ya está. Ahí debió terminar. Yo podría haber comentado algo y Ray habría dicho alguna chorrada y todos hubiéramos vaciado otra cerveza y nos habríamos puesto a hablar del clima y de los Dodgers de Brooklyn y nunca más hubiéramos pensado en dinosaurios.

Sólo que no fue así, y ahora sólo pienso en dinosaurios, y siento náuseas.

Porque el borrachín de la mesa contigua miró hacia nosotros y exclamó:

—¡Eh!

No lo habíamos visto. Por lo general no buscamos borrachines desconocidos en los bares; ya cuesta bastante habérselas con los borrachines conocidos. Ese tío tenía una botella medio vacía en la mesa y un vaso medio lleno en la mano.

Dijo «¡eh!» y todos lo miramos.

—Pregúntale qué quiere, Joe —dijo Ray.

Joe era el que estaba más cerca. Inclino la silla hacia atrás y preguntó:

—¿Qué quiere?

—¿Hablaban ustedes de dinosaurios?

Le temblaba un poco el cuerpo, tenía los ojos sanguinolentos y había que esforzarse para imaginar que la camisa había sido blanca; pero la voz llamaba la atención, pues no hablaba como un típico borrachín.

De todos modos, Joe pareció relajarse y le dijo:

—Claro. ¿Hay algo que quiera saber?

Nos sonrió. Era una sonrisa rara. Empezaba en la boca y terminaba debajo de los ojos.

—¿Ustedes querían construir una máquina del tiempo y averiguar qué pasó con los dinosaurios?

Noté que Joe pensaba que le estaban tendiendo una trampa para embaucarlo. Yo sospechaba lo mismo.

—¿Por qué? —se mostró suspicaz Joe—. ¿Pretende ofrecerse para construirme una?

El borrachín exhibió su dentadura calamitosa y contestó:

—No, señor. Podría, pero no lo haré. ¿Sabe por qué? Porque hace un par de años construí una máquina del tiempo y regresé a la Era Mesozoica y averigüé qué pasó

con los dinosaurios.

Más tarde busqué cómo se escribía mesozoica (por eso lo he puesto bien, si es que a alguien le llama la atención) y descubrí que la Era Mesozoica fue la época en que los dinosaurios hacían lo que sea lo que hicieran los dinosaurios. Pero en aquel momento no entendía ni jota, y pensé que se trataba de un lunático. Joe afirmó luego que él sí sabía lo del mesozoico, pero tendría que decir mucho más para convencernos a Ray y a mí.

Lo cierto es que así empezó todo. Le pedimos al borrachín que se acercara a la mesa. Supongo que pensé que podríamos escucharle un rato y beber unos sorbos de su botella, y los demás debieron de pensar lo mismo. Pero el tipo agarró la botella con la mano derecha y no la soltó.

—¿Dónde construyó una máquina del tiempo? —le preguntó Ray. —En la Universidad del Medio Oeste. Mi hija y yo trabajábamos allí.

En efecto, tenía aire de universitario.

—¿Dónde la tiene ahora? —pregunté yo—. ¿En el bolsillo?

Ni siquiera parpadeó; no reaccionaba ante nuestras bromas. Seguía hablando en voz alta, como si el whisky le hubiera soltado la lengua y no le importara si nos quedábamos o no.

—La destrocé —contestó—. No la quería. Ya me tenía hartó.

No le creímos. No le creímos ni una palabra. Será mejor que lo aclare: es lógico, porque si un tío inventara una máquina del tiempo podría ganar millones, podría ganar todo el dinero del mundo con sólo saber qué pasaría en la Bolsa, en las carreras y en las elecciones. No desperdiciaría todo eso, fueran cuales fuesen sus razones. Además, ninguno de nosotros estaba dispuesto a creer en el viaje por el tiempo, porque ¿y si matabas a tu abuelo?

Bien, qué más da.

—Claro, hombre, la destrozó —se burló Joe—. Claro que sí. ¿Cómo se llama usted?

Pero no respondió a esa pregunta. Se lo preguntamos varias veces más y terminamos por llamarlo «profesor».

Vació de nuevo el vaso y lo volvió a llenar muy despacio. No nos ofreció, así que seguimos con nuestras cervezas.

—Bien, siga —lo animé—. ¿Qué pasó con los dinosaurios?

Pero no nos lo contó en seguida. Bajó la vista y le habló a la mesa.

—No sé cuántas veces me envió Carol, durante minutos o durante horas, antes de efectuar el gran salto. No me interesaban los dinosaurios. Sólo quería ver hasta dónde me llevaría la máquina con la energía de que disponía. Supongo que era peligroso, pero ¿acaso la vida es tan maravillosa? Era la época de la guerra. Qué importaba una vida más. —Se puso a mimar el vaso, como si estuviera pensando en cosas en

general, y luego pareció saltarse una parte de sus pensamientos y continuó hablando —: Hacía sol. El ambiente era soleado y brillante, seco y duro. No había pantanos ni helechos, ni ninguno de los adornos del cretáceo que asociamos con los dinosaurios...

Al menos, eso creo que dijo. No siempre pescaba las palabras largas, así que a partir de ahora me atendré a lo que pueda recordar. Verifiqué cómo se escribían todos los términos y debo conceder que el profesor los pronunciaba sin tartamudear, a pesar de todo lo que había bebido.

Tal vez era eso lo que nos molestaba, que pareciese tan familiarizado con todo y tuviese tanta labia.

—Era una época tardía, desde luego el cretáceo. Los dinosaurios ya estaban a punto de extinguirse; todos menos los pequeños, con sus cinturones de metal y sus armas.

Creo que Joe prácticamente hundió la nariz en la cerveza. Se bebió medio vaso cuando el profesor soltó esa frase con aire melancólico.

Joe se enfureció.

—¿Qué pequeños, con qué cinturones de metal y qué armas?

El profesor lo miró un instante y desvió los ojos.

—Eran reptiles pequeños, de un metro veinte de altura. Se erguían sobre las patas traseras, con una cola gruesa detrás, y tenían antebrazos pequeños con dedos. Llevaban anchos cinturones de metal colgados de la cintura, de donde pendían armas. Y no eran pistolas que disparasen cápsulas, sino proyectores de energía.

—¿Eran qué? —pregunté—. Oiga, ¿cuándo fue eso? ¿Hace millones de años?

—En efecto. Eran reptiles. Tenían escamas, carecían de párpados y probablemente ponían huevos. Pero usaban armas energéticas. En total eran cinco. Se abalanzaron sobre mí en cuanto bajé de la máquina. Debía de haber millones en toda la Tierra, millones, esparcidos por doquier; debían de ser los reyes de la creación.

Fue entonces cuando Ray pensó que lo había pillado, pues puso esa expresión de listo que da ganas de partírle la crisma con una jarra de cerveza vacía, porque usar una llena sería un desperdicio de cerveza.

—Mire, profesor, millones de años, ¿eh? ¿No hay fulanos que sólo se dedican a descubrir huesos viejos y los analizan hasta imaginar qué aspecto tenía un dinosaurio? Los museos están llenos de esos esqueletos, ¿o no? Bien, ¿dónde hay uno que lleve un cinturón de metal? Si había millones, ¿qué fue de ellos? ¿Dónde están los huesos?

El profesor suspiró. Fue un suspiro genuino y triste. Quizá comprendió por primera vez que sólo estaba en un bar hablando con tres tipos vestidos con mono. O quizá no le importaba.

—No se encuentran muchos fósiles —nos explicó—. Piensen en cuántos animales

vivían en la Tierra. Piensen en cuántos billones de animales. Y piensen en qué pocos encontramos. Y estos lagartos eran inteligentes, no lo olviden. No los sorprendería una ventisca ni el lodo ni se caerían en la lava, a no ser por una gran fatalidad. Piensen en qué pocos fósiles humanos hay, incluso de esos homínidos subintefgentes de hace un millón de años. —Miró el vaso medio lleno y lo agitó—. ¿Y qué demostrarían los fósiles? A los cinturones de metal los carcome la herrumbre y no dejan rastros. Esos lagartos eran de sangre caliente. Yo lo sé, pero nadie podría demostrarlo con huesos petrificados. ¡Qué diablos, dentro de un millón de años nadie sabrá qué aspecto tenía Nueva York a partir de un esqueleto humano! ¿Podrían ustedes diferenciar un humano de un gorila por los huesos y deducir cuál de ellos construyó una bomba atómica y cuál comía bananas en el zoológico?

—Oiga —objetó Joe—, cualquiera puede distinguir un esqueleto de gorila de uno humano. El del hombre tiene un cerebro de mayor tamaño. Cualquier tonto sabría cuál era el inteligente.

—¿De veras? —El profesor se rió para sus adentros, como si todo eso resultase tan simple y obvio que fuera una vergüenza perder el tiempo con ello—. Usted lo juzga todo por el tipo de cerebro que han desarrollado los seres humanos. La evolución tiene varios modos de hacer las cosas. Las aves vuelan de un modo, los murciélagos de otro. La vida tiene muchas tretas para todo. ¿Qué proporción usa usted de su cerebro? Una quinta parte. Eso es lo que dicen los psicólogos. Por lo que ellos saben, por lo que cualquiera sabe, el ochenta por ciento del cerebro no se usa. Todo el mundo trabaja al mínimo, excepto quizás unos cuantos nombres históricos. Leonardo da Vinci, por ejemplo. Arquímedes, Aristóteles, Gauss, Galois, Einstein...

Yo nunca había oído esos nombres, salvo el de Einstein, aunque me lo callé. Mencionó algunos más, pero he puesto todos los que recuerdo.

—Esos pequeños reptiles tenían un cerebro diminuto, pero lo usaban todo, hasta el último elemento. Tal vez sus huesos no lo mostrarían, y, sin embargo, eran inteligentes; tan inteligentes como los humanos. Y dominaban toda la Tierra.

Entonces, Joe tuvo una ocurrencia realmente sensacional. Por un momento pensé que había pillado al profesor, y me sentí orgulloso de él.

—Oiga, profesor, si esos lagartos eran tan listos, ¿por qué no dejaron nada? ¿Dónde están sus ciudades, sus edificios y todas esas cosas que han dejado los cavernícolas, como los cuchillos de piedra y demás? Demonios, si los seres humanos desaparecieran de la Tierra, imagínese la de cosas que dejarían. Nadie podría recorrer un kilómetro sin tropezar con una ciudad. Y las carreteras y todo eso.

Pero no había quien detuviera al profesor. Ni siquiera se inquietó. Se limitó a insistir en lo mismo:

—Usted sigue juzgando otras formas de vida según pautas humanas. Nosotros construimos ciudades, carreteras, aeropuertos y todo lo demás; pero ellos no. Estaban



configurados de otra manera. Su modo de vida era totalmente distinto. No vivían en ciudades. No tenían nuestra clase de arte. No sé qué tenían, porque era tan extraño que no pude entenderlo; excepto lo de las armas, que sí eran parecidas. Es extraño, ¿no? Tal vez tropezamos con sus reliquias todos los días y ni siquiera sabemos lo que son.

Eso me sacaba de quicio. No había modo de pillarlo. Cuanto más lo acorralabas, más escurridizo se volvía.

—Oiga —le dije—, ¿cómo sabe tanto sobre esos bichos? ¿Qué hizo, vivir con ellos? ¿O hablaban nuestro idioma? ¿Acaso usted habla en lagarto? Díganos algo en lagarto.

Supongo que estaba perdiendo los estribos. Ya se sabe lo que pasa: un tío te cuenta algo en lo que no crees porque suena exagerado, pero no logras que admita que está mintiendo.

Sin embargo, el profesor no perdía los estribos. Llenó de nuevo el vaso, con mucha lentitud.

—No —me contestó—. Ni yo hablé ni ellos hablaron. Sólo me miraron con esos ojos fríos, duros, penetrantes, ojos de víbora; y supe lo que estaban pensando y noté que sabían lo que estaba pensando. No me pregunten cómo ocurrió. Ocurrió, y punto. Supe que estaban en una expedición de caza y que no permitirían que me fuese sin más.

Y dejamos de hacer preguntas. Nos quedamos mirándolo. Luego, Ray dijo:

—¿Qué pasó? ¿Cómo se escapó?

—Eso fue fácil. Pasó un animal por la loma. Tenía tres metros de longitud, era estrecho y corría pegado al suelo. Los lagartos se alborotaron. Sentí su excitación a oleadas. Fue como si se olvidaran de mí en un arrebato de sed de sangre... y se fueron. Me metí en la máquina, regresé y la destrocé.

Fue el final más decepcionante que se ha oído jamás. Joe soltó un gruñido y preguntó:

—Bueno, y ¿qué pasó con los dinosaurios?

—¿No lo entiende? Creí que estaba claro. Fueron esos lagartos inteligentes los que acabaron con ellos. Eran cazadores, por instinto y por elección. Era su afición en la vida. No buscaban alimento, sino diversión.

—¿Y liquidaron a todos los dinosaurios de la Tierra?

—Todos los que vivían en esa época al menos; todas las especies contemporáneas. ¿Cree que no es posible? ¿Cuánto tardamos nosotros en exterminar manadas de bisontes por millones? ¿Qué le pasó al dodó en pocos años? Si nos lo propusiéramos, ¿cuánto durarían los leones, los tigres y las jirafas? Miren, en el momento en que vi a esos lagartos no quedaban presas grandes, no había reptiles de más de cinco metros de longitud. Esos diablillos cazaban a los pequeños y

escurridizos, y tal vez lloraban de añoranza por los viejos tiempos.

Nos llamamos, miramos nuestras botellas de cerveza vacías y pensamos en ellos. Todos esos dinosaurios, grandes como casas, exterminados por pequeños lagartos con armas. Por pura diversión.

Joe se inclinó, apoyó la mano en el hombro del profesor y lo sacudió suavemente.

—Oiga, profesor, pero, entonces, ¿qué pasó con los pequeños lagartos con armas? ¿Eh? ¿Alguna vez regresó para averiguarlo?

El profesor irguió la cabeza, con la mirada extraviada.

—¿Aún no lo entiende? Ya comenzaba a ocurrirles. Lo vi en sus ojos. Se estaban quedando sin presas grandes, se estaban quedando sin diversión. ¿Qué podían hacer? Buscaron otra presa, la mayor y más peligrosa, y se divirtieron de veras. Cazaron esa presa hasta exterminarla.

—¿Qué presa? —preguntó Ray. Él no había captado, pero Joe y yo sí. —¡Ellos mismos! —exclamó el profesor—. ¡Liquidaron a los demás y comenzaron a cazarse entre ellos hasta que no quedó ninguno!

Y de nuevo nos pusimos a pensar en esos dinosaurios —grandes como casas— liquidados por pequeños lagartos, que tuvieron que seguir usando las armas, aunque sólo pudieran dispararse entre ellos.

—Pobres y tontos lagartos —comentó Joe.

—Sí —añadió Ray—, pobres e imbéciles lagartos.

Y lo que ocurrió entonces nos asustó de veras, porque el profesor se levantó de un brinco, clavó en nosotros sus ojos desorbitados y gritó:

—¡Necios! ¿Por qué se ponen a llorar por unos reptiles que murieron hace cien millones de años? Ésa fue la primera inteligencia de la Tierra y así fue como terminó. Eso ya está hecho. Pero nosotros somos la segunda inteligencia... ¿y cómo demonios creen que terminaremos?

Empujó la silla y se dirigió hacia la puerta. Pero antes de salir se detuvo un segundo y dijo:

—¡Pobre y tonta humanidad! Lloren por eso.

# En las profundidades (1952)

---

“The Deep”

## 1

Al final todo planeta debe morir. Puede sufrir una muerte rápida, cuando su sol estalla. Puede sufrir una muerte lenta, mientras su sol envejece y sus océanos se solidifican en hielo. En el segundo caso, al menos, la vida inteligente tiene una oportunidad de sobrevivir.

La dirección que tome la supervivencia puede seguir un camino hacia el exterior, a un planeta más próximo al sol agonizante o a algún planeta de otro sol. Este camino queda cerrado si el planeta tiene el infortunio de ser el único cuerpo importante que rota en torno de su primario y si no hay otra estrella a menos de quinientos años luz.

La dirección de la supervivencia puede también ser hacia el interior, a la corteza del planeta. Esto es siempre accesible. Se puede construir un nuevo hogar bajo tierra y se puede aprovechar la energía del núcleo del planeta para obtener calor. La tarea puede llevar milenios, pero un sol moribundo se enfría despacio.

Sólo que también el calor del planeta muere con el tiempo. Se deben cavar refugios a creciente profundidad, hasta que el planeta esté totalmente muerto.

El momento se aproximaba.

En la superficie del planeta soplaban ráfagas de neón, que apenas agitaban los charcos de oxígeno que se formaban en las tierras bajas. En ocasiones, durante el largo día, el viejo sol irradiaba un fulgor rojo, breve y opaco, y los charcos de oxígeno burbujeaban un poco.

Durante la larga noche, una azulada escarcha de oxígeno cubría los charcos y la roca desnuda, y un rocío de neón perlaba el paisaje.

A más de doscientos kilómetros bajo la superficie existía una última burbuja de calor y vida.

## 2

La relación de Wenda con Roi era muy íntima, más íntima de lo que su propio pudor le aconsejaba.

Le habían permitido entrar en el ovarium una vez en toda su vida y le dejaron bien claro que sería sólo por esa vez.

El raciólogo había dicho:

—No cumples con los requisitos, Wenda, pero eres fértil y probaremos una vez. Quizá funcione.

Ella quería que funcionara. Lo quería con desesperación. A temprana edad supo ya que su inteligencia era deficiente, que siempre sería una manual. Se sentía

avergonzada de defraudar a la raza y anhelaba una oportunidad para contribuir a crear otro ser. Acabó convirtiéndose en una obsesión.

Secretó su huevo en un ángulo del edificio y luego regresó para observar. Por suerte, el proceso de mezcla aleatoria que desplazaba suavemente los huevos durante la inseminación mecánica (para asegurar una distribución pareja de los genes) sólo hacía que el huevo se bamboleara un poco.

Wenda mantuvo su vigilia durante el periodo de maduración, observó al pequeño que surgía del huevo, reparó en sus rasgos físicos y lo vio crecer.

Era un niño saludable, y el raciólogo lo aprobó.

En una ocasión, Wenda dijo, como sin darle importancia:

—Mire al que está sentado allí. ¿Se encuentra enfermo?

—¿Cuál? —preguntó el raciólogo, sobresaltado, pues los bebés que aparecían visiblemente enfermos en esa etapa arrojaban serias dudas sobre su propia competencia—. ¿Te refieres a Roi? ¡Tonterías! ¡Ojalá todos nuestros pequeños fueran así!

A1 principio se sintió satisfecha consigo misma; luego, horrorizada. Seguía sin cesar al pequeño, interesándose por su educación y viéndole jugar. Se sentía feliz cuando él estaba cerca, y abatida cuando estaba lejos. Nunca había oído hablar de algo así, y estaba avergonzada.

Tendría que haber visitado al mentalista, pero no le pareció prudente. No era tan obtusa como para ignorar que no se trataba de una leve aberración que se pudiera curar estirando una célula cerebral. Era una manifestación psicótica, de eso estaba segura. Si la descubrían, la encerrarían. Tal vez la sometieran a la eutanasia, por considerarla un desperdicio inútil de la limitada energía disponible para la raza. Incluso podrían aplicar la eutanasia a su vástago si averiguaban quién era.

Luchó contra la anormalidad a lo largo de los años y, en cierta medida, tuvo éxito. Luego, se enteró de que Roi había sido escogido para el largo viaje y se sintió desdichada.

Lo siguió hasta uno de los corredores vacíos de la caverna, a varios kilómetros del centro de la ciudad. ¡La ciudad! Había sólo una.

Esa caverna se encontraba cerrada desde que Wenda tenía memoria de ello. Los ancianos la habían recorrido, analizaron su población y la energía necesaria para alimentarla y decidieron oscurecerla. Los pobladores, que no eran muchos, se habían trasladado más cerca del centro y se recortó el cupo para la siguiente sesión en el ovarium.

Wenda descubrió que el nivel coloquial de pensamiento de Roi era superficial, como si la mayor parte de su mente estuviera retraída en la contemplación.

—¿Tienes miedo? —le preguntó con el pensamiento.

—¿Porque he venido aquí a pensar? —Roi titubeó un poco; luego, con palabras

dijo—: Sí, tengo miedo. Es la última oportunidad de la raza. Sí fracaso...

—¿Temes por ti mismo? —Él la miró asombrado, y los pensamientos de Wenda palpitaron de vergüenza ante su impudor—. Ojalá pudiera ir yo en tu lugar —añadió con palabras.

—¿Crees que puedes hacerlo mejor?

—Oh, no. Pero si yo fracasara y no regresara, sería una pérdida menor para la raza.

—La pérdida es la misma, vayas tú o vaya yo. La pérdida es la existencia de la raza.

Wenda no pensaba precisamente en la existencia de la raza. Suspiró.

—Es un viaje muy largo.

—¿Cómo de largo? —preguntó él, sonriendo—. ¿Lo sabes?

Titubeó. No quería parecer estúpida.

—Se comenta que llega hasta el primer nivel —contestó con timidez.

Cuando Wenda era pequeña y los corredores con calefacción se extendían a mayor distancia de la ciudad, ella había ido a explorar por ahí, como cualquier otro niño. Un día, muy lejos, donde se sentía el frío cortante del aire, llegó a un corredor ascendente que estaba bloqueado por un tapón.

Posteriormente se enteró de que al otro lado y hacia arriba se encontraba el nivel setenta y nueve, más arriba el setenta y ocho y así sucesivamente.

—Iremos más allá del primer nivel, Wenda.

—Pero no hay nada después del primer nivel.

—Tienes razón. Nada. La materia sólida del planeta termina.

—¿Y cómo puede haber algo que no es nada? ¿Te refieres al aire?

—No, me refiero a la nada, al vacío. Sabes qué es el vacío, ¿no?

—Sí. Pero los vacíos se deben bombear y mantener herméticos.

—Eso se hace en mantenimiento. Pero más allá del primer nivel sólo hay una cantidad indefinida de vacío, que se extiende hacia todas partes.

Wenda reflexionó.

—¿Alguien ha estado allá?

—Claro que no. Pero tenemos los archivos.

—Tal vez los archivos estén equivocados.

—Imposible. ¿Sabes cuánto espacio cruzaré? —Los pensamientos de Wenda indicaron una abrumadora negativa—. Supongo que sabes cuál es la velocidad de la luz.

—Desde luego —respondió ella. Era una constante universal. Hasta los bebés lo sabían—. Mil novecientas cincuenta y cuatro veces la longitud de la caverna, ida y vuelta, en un segundo.

—Correcto. Pero si la luz atravesara la distancia que yo voy a recorrer tardaría

diez años.

—Te burlas de mí. Intentas asustarme.

—¿Por qué iba a querer asustarte? —Se levantó—. Pero ya he remoloneado bastante por aquí...

Apoyó en ella una de sus extremidades, con una amistad objetiva e indiferente. Un impulso irracional incitó a Wenda a agarrarle con fuerza e impedirle que se marchara.

Por un instante sintió pánico de que él le sondeara la mente más allá del nivel coloquial, de que sintiera náuseas y no volviera a verla nunca, de que la denunciara para que la sometiesen a tratamiento. Luego, se relajó. Roi era normal, no un enfermo como ella. A él jamás se le ocurriría penetrar en la mente de una persona amiga más allá del nivel coloquial, fuera cual fuese la provocación.

Estaba muy guapo al marcharse. Sus extremidades eran rectas y fuertes; sus vibrisas prensiles, numerosas y delicadas; y sus franjas ópticas, las más bellas y opalescentes que ella había visto jamás.

### 3

Laura se acomodó en el asiento. Qué mullidos y cómodos los hacían. Qué agradables y acogedores eran por dentro y qué diferentes del lustre duro, plateado e inhumano del exterior.

Tenía el moisés al lado. Echó una ojeada debajo de la manta y de la gorra. Walter dormía. La carucha redonda tenía la blandura de la infancia, y los párpados eran dos medias lunas con pestañas.

Un mechón de cabello castaño claro le cruzaba la frente, y Laura se lo colocó bajo la gorra con infinita delicadeza.

Pronto sería hora de alimentarlo. Laura esperaba que no fuese tan pequeño como para asustarse de lo extraño del entorno. La azafata era muy amable; incluso guardaba los biberones de Walter en una pequeña nevera. ¡Qué cosas, una nevera a bordo de un avión!

La mujer sentada al otro lado del pasillo la miraba, dando a entender que sólo buscaba una excusa para dirigirle la palabra. Llegó el momento en que Laura levantó a Walter del moisés y se lo puso en el regazo, un terroncito de carne rosada envuelta en un blanco capullo de algodón.

Un bebé siempre es buena excusa para iniciar una conversación entre extraños. La mujer del otro lado se decidió al fin (y lo que dijo era previsible):

—¡Qué niño tan encantador! ¿Qué edad tiene, querida?

Laura contestó, sujetando unos alfileres en la boca (se había tendido una manta sobre las rodillas para cambiar a Walter):

—La semana que viene cumplirá cuatro meses.

Walter tenía los ojos abiertos y miró a la mujer, abriendo la boca en una sonrisa húmeda (siempre le agradaba que lo cambiaran).

—Mira esa sonrisa, George —dijo la mujer.

El esposo sonrió y agitó sus dedos regordetes.

—Bu bu —saludó al niño.

Walter se rió como si hipara.

—¿Cómo se llama, querida? —preguntó la mujer.

—Walter Michael. Como su padre.

Se había roto el hielo. Laura se enteró de que se llamaban George y Eleanor Ellis, de que estaban de vacaciones y de que tenían tres hijos, dos mujeres y un varón, todos crecidos. Las dos mujeres estaban casadas y una tenía dos hijos.

Laura escuchaba con expresión complacida. Walter (el padre, claro está) siempre le decía que se interesó por ella porque sabía escuchar muy bien.

Walter se estaba poniendo inquieto. Laura le liberó los brazos para que se desfogara moviendo los músculos.

—¿Podría calentar el biberón, por favor? —le pidió a la azafata.

Sometida a un riguroso, aunque afable interrogatorio, Laura explicó cuántas veces debía alimentar a Walter, qué fórmula utilizaba y si los pañales le provocaban ronchas.

—Espero que hoy no ande mal del estómago. Por el movimiento del avión.

—Oh, cielos —exclamó la señora Ellis—. Es demasiado pequeño para molestarse por eso. Además, estos aviones grandes son maravillosos. A menos que mire por la ventanilla no creería que estamos en el aire. ¿No opinas lo mismo, George?

Pero el señor Ellis, un hombre brusco y directo, dijo:

—Me sorprende que suba a un bebé de esa edad en un avión.

La señora Ellis se volvió hacia él de mal talante.

Laura se apoyó a Walter en el hombro y le palmeó la espalda. Walter se calmó, metió los deditos en el cabello lacio y rubio de su madre y comenzó a escarbar en el mechón que le cubría la nuca.

—Vamos a ver a su padre. Walter aún no ha visto a su hijo.

El señor Ellis se quedó perplejo e inició un comentario, pero la señora Ellis se apresuró a intervenir:

—Supongo que su esposo está en el servicio militar.

—Sí, así es. —El señor Ellis abrió la boca en un mudo «oh» y se calmó—. Lo han destinado cerca de Davao. Nos reuniremos en Nichols Field.

Antes de que la azafata volviera con el biberón se enteraron de que Walter era sargento del Servicio de Intendencia, de que llevaba en el Ejército cuatro años, de que se habían casado hacía dos, de que estaban a punto de licenciarlo y de que pasarían una larga luna de miel allí antes de regresar a San Francisco.

Luego, Laura acunó a Walter en el brazo izquierdo y le ofreció el biberón. Se lo puso entre los labios y las encías se cerraron sobre la tetilla. La leche empezó a burbujear, mientras las manitas acariciaban el biberón tibio y los ojos azules lo miraban fijamente.

Laura estrujó ligeramente al pequeño Walter y pensó que, a pesar de todas las dificultades y molestias, era maravilloso tener un bebé.

#### 4

Teoría, siempre teoría, pensó Gan. La gente de la superficie, un millón de años antes o más, podían ver el universo, podían sentirlo directamente. Ahora, con mil doscientos kilómetros de roca encima de la cabeza, la raza sólo podía hacer deducciones a partir de las trémulas agujas de su instrumental.

Era sólo teoría que las células cerebrales, además de sus potenciales eléctricos comunes, irradiasen otra clase de energía; una energía que no era electromagnética y, por tanto, no estaba condenada al lento avance de la luz; una energía que sólo se asociaba con las funciones más elevadas del cerebro y, por tanto, sólo era característica de criaturas inteligentes y racionales.

Sólo una aguja oscilante detectaba que un campo de esa energía se filtraba en la caverna, y otras agujas indicaban que el origen de ese campo estaba en determinada dirección a diez años luz de distancia. Al menos una estrella se debía de haber acercado en ese ínterin, pues la gente de la superficie afirmaba que la más cercana se encontraba a quinientos años luz. ¿O estaban en un error?

—¿Tienes miedo? —interrumpió Gan de improviso en el nivel coloquial del pensamiento e invadió bruscamente la zumbona superficie de la mente de Roi.

—Es una gran responsabilidad —contestó éste.

«Otros hablan de responsabilidad», pensó Gan. Durante generaciones los jefes técnicos habían trabajado en el resonador y en la estación receptora, pero a él le correspondía el paso final. ¿Qué sabían de responsabilidad los demás?

—Lo es —le corroboró—. Hablamos de la extinción de la raza con vehemencia, pero siempre entendemos que llegará algún día, no ahora, no en nuestra época. Pero llegará, ¿entiendes? Llegará. Lo que vamos a hacer hoy consumirá dos tercios de nuestra provisión total de energía. No quedará suficiente para intentarlo de nuevo. No quedará suficiente para que esta generación viva su vida entera. Pero eso no importará si cumples las órdenes. Hemos pensado en todo; nos hemos pasado generaciones pensando en todo.

—Haré lo que me digan —afirmó Roi.

—Tu campo mental se enlazará con los que vienen del espacio. El campo mental es una característica del individuo y, por lo general, es muy baja la probabilidad de que exista un duplicado. Pero los campos que vienen del espacio suman miles de



millones, según nuestras estimaciones. Es muy probable que tu campo sea igual al de uno de ellos y, en ese caso, se configurará una resonancia mientras nuestro resonador esté en funcionamiento. ¿Conoces los principios?

—Sí.

—Entonces, sabes que durante la resonancia tu mente estará en el planeta X, en el cerebro de la criatura cuyo campo mental sea idéntico al tuyo. Ese proceso no consume energía. En resonancia con tu mente, también trasladaremos la masa de la estación receptora. El método para transferir masa de esa manera fue la última fase del problema que resolvimos y requerirá toda la energía que la raza usaría normalmente en cien años. —Tomó el cubo negro que era la estación receptora y lo miró sombríamente. Tres generaciones atrás, se consideraba imposible fabricar un aparato, que reuniera todas las propiedades necesarias, en un espacio menor a quince metros cúbicos. Ya lo tenían, y era del tamaño de un puño—. El campo mental de las células cerebrales inteligentes sólo puede seguir unas pautas bien definidas. Todas las criaturas vivientes, sea cual fuere su planeta, deben poseer una base proteínica y una química basada en agua de oxígeno. Si su mundo es habitable para ellas, es habitable para nosotros. —Teoría, siempre teoría, pensó en un nivel más profundo—. Eso no significa que el cuerpo donde te encuentres —continuó— y su mente y sus emociones no sean totalmente extraños. Así que hemos dispuesto tres métodos para activar la estación receptora. Si estás fuerte, sólo tendrás que ejercer doscientos cincuenta kilos de presión en cualquier cara del cubo. Si estás débil, lo único que necesitas es pulsar un botón, al que llegarás mediante esta abertura del cubo. Si no tienes extremidades, si tu organismo huésped está paralizado, puedes activar la estación con la propia energía mental. Una vez que la estación se active, tendremos dos puntos de referencia, no sólo uno, y la raza se podrá transferir al planeta X mediante teletransportación normal.

—Eso significará que usaremos energía electromagnética.

—En efecto.

—La transferencia tardará diez años.

—No tendremos conciencia de la duración.

—Lo sé, pero eso quiere decir que la estación permanecerá en el planeta X durante diez años. ¿Y si la destruyen mientras tanto?

—También hemos pensado en ello. Hemos pensado en todo. Una vez que se active la estación, generará un campo de paramasa. Se desplazará en la dirección de la atracción gravitatoria, deslizándose a través de la materia común hasta que un medio de densidad relativamente alta ejerza suficiente fricción para detenerla. Se necesitarán seis metros de roca para ello; cualquier densidad menor no tendrá ningún efecto. Permanecerá a seis metros bajo tierra durante diez años, y en ese momento un contracampo la elevará a la superficie. Luego, uno a uno, cada miembro de la raza

aparecerá.

—En ese caso, ¿por qué no automatizar la activación de la estación? Ya tiene muchas características automáticas...

—No lo has pensado bien, Roi. Nosotros sí. Quizá no todos los puntos de la superficie del planeta X sean adecuados. Si los habitantes son poderosos y están avanzados, tal vez haya que encontrar un lugar discreto para la estación. No nos convendría aparecer en la plaza de una ciudad. Y tendrás que asegurarte de que el entorno inmediato no es peligroso en otros sentidos.

—¿En qué otros sentidos?

—No lo sé. Los antiguos archivos de la superficie registran muchas cosas que ya no entendemos. No las explican porque las daban por conocidas pero llevamos lejos de la superficie casi cien mil generaciones y estamos desconcertados. Nuestros técnicos ni siquiera se ponen de acuerdo en cuanto a la naturaleza física de las estrellas, y eso es algo que en los archivos se menciona y se comenta a menudo; pero ¿qué significa «tormentas», «terremotos», «volcanes», «tornados», «celliscas», «aludes», «inundaciones», «rayos» y demás? Son términos que aluden a peligrosos fenómenos de superficie cuya naturaleza ignoramos.

No sabemos cómo protegernos de ellos. A través de la mente de tu huésped podrás aprender lo necesario y actuar en consecuencia.

—¿Cuánto tiempo tendré?

—El resonador no puede funcionar continuamente durante más de doce horas. Yo preferiría que terminases tu tarea en dos. Regresarás aquí automáticamente en cuanto la estación esté activada. ¿Estás preparado?

—Lo estoy.

Gan lo condujo hasta el gabinete de vidrio ahumado. Roi se sentó, acomodó las extremidades en las cavidades y hundió las vibrisas en mercurio para establecer un buen contacto.

—¿Y si me encuentro en un cuerpo agonizante? —preguntó.

—El campo mental se distorsiona cuando la persona está a punto de morir —le explicó Gan mientras ajustaba los controles—. Un campo normal como el tuyo no se hallaría en resonancia.

—¿Y si está cerca de una muerte accidental?

—También hemos pensado en ello. No podemos protegerte contra eso, pero se estima que las probabilidades de una muerte tan rápida que no te dé tiempo de activar la estación mentalmente son menos de una en veinte billones, a no ser que los misteriosos peligros de la superficie sean más mortíferos de lo que pensamos... Tienes un minuto.

Por alguna extraña razón, Wenda fue la última persona en quien Roi pensó antes de la traslación.

Laura despertó sobresaltada. ¿Qué ocurría? Era como si la hubieran pinchado con un alfiler.

El sol de la tarde le brillaba en la cara y el resplandor la hizo parpadear. Bajó la cortina y miró a Walter.

Se sorprendió al verle los ojos abiertos. No era su hora de estar despierto. Miró el reloj. No, no lo era. Y faltaba una hora para darle de comer. Seguía el sistema de darle de comer cuando lo pidiera («grita y te daré de comer»), pero normalmente Walter respetaba el horario.

Le frotó la cara con la nariz.

—¿Tienes hambre?

Walter no respondió de ninguna manera y Laura se sintió defraudada. Le habría gustado que sonriera. Más aún, deseaba que se riera, que le rodeara el cuello con los brazos regordetes, le frotara con la nariz y dijera «Mamá»; pero sabía que eso no podía hacerlo. Pero lo que sí podía hacer era sonreír.

Le apoyó el dedo en la barbilla y le dio unos golpecitos.

—Bu, bu, bu, bu.

Walter siempre sonreía cuando le hacía eso, pero se limitó a parpadear.

—Espero que no esté enfermo —dijo, y miró preocupada a la señora Ellis.

La señora Ellis dejó su revista.

—¿Pasa algo malo, querida?

—No lo sé. Walter no reacciona.

—Pobrecillo. Tal vez esté cansado.

—En tal caso debería estar durmiendo, ¿no?

—Se encuentra en un ambiente extraño. Tal vez se esté preguntando qué es todo esto. —Se levantó, cruzó el pasillo y se agachó para acercar su rostro al de Walter—. Te preguntas qué es lo que pasa, ¿eh, bolita? Pues claro. Te preguntas dónde está tu cunita y dónde están los dibujos del empapelado.

Hizo ruiditos chillones.

Walter apartó la vista de su madre y miró sombríamente a la señora Ellis, que se incorporó de golpe, con un gesto de dolor, y se llevó la mano a la cabeza.

—¡Cielos! ¡Qué extraño dolor!

—¿Cree usted que tendrá hambre? —preguntó Laura.

—¡Por Dios! —exclamó la señora Ellis, con una expresión más tranquila—. Una no tarda en enterarse cuando tienen hambre. No le pasa nada. He tenido tres hijos, querida. Lo sé.

—Creo que voy a pedirle a la azafata que entibie otro biberón.

—Bueno, si eso te hace sentirte mejor...

La azafata trajo el biberón y Laura sacó a Walter del moisés.

—Tómame el biberón y luego te cambiaré y luego...

Le acomodó la cabeza en el brazo, le dio un suave pellizco en la mejilla, se lo acercó al cuerpo mientras le llevaba el biberón a los labios...

¡Walter gritó!

Abrió la boca, agitó los brazos, extendiendo los dedos y con el cuerpo rígido y duro, como si tuviera el tétanos, y gritó. El grito resonó en todo el compartimento.

Laura también gritó. Soltó el biberón, que se hizo añicos.

La señora Ellis se levantó de un brinco, y varios pasajeros la imitaron. El señor Ellis despertó de su siesta.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Ellis.

—No lo sé, no lo sé. —Laura sacudía a Walter frenéticamente, se lo echaba sobre el hombro, le palmeaba la espalda—. Nene, nene, no llores. ¿Qué pasa, nene? Nene...

La azafata se acercó a todo correr. Su pie se quedó a un par de centímetros del cubo que había bajo el asiento de Laura.

Walter pataleaba furiosamente, berreando a todo pulmón.

## 6

Roi estaba anonadado. Se encontraba sujeto a la silla, en contacto con la clara mente de Gan, y de pronto (sin conciencia de separación en el tiempo) se vio inmerso en un torbellino de pensamientos extraños, bárbaros y fragmentarios.

Cerró la mente. Antes la tenía totalmente abierta para aumentar la efectividad de la resonancia, y el primer contacto con el alienígena había sido...

No doloroso, no. ¿Vertiginoso? ¿Nauseabundo? No, tampoco. No había palabras.

Recobró fuerzas en la plácida nada de la clausura mental y reflexionó. Sentía el contacto con la estación receptora, con la cual estaba en conexión mental. ¡Había ido con él, qué bien!

Hizo caso omiso del huésped. Tal vez lo necesitara luego para cuestiones más drásticas, así que no convenía despertar sospechas por el momento.

Exploró. Buscó una mente al azar y reparó en las impresiones sensoriales que la impregnaban. La criatura era sensible a ciertas zonas del espectro electromagnético y a las vibraciones del aire, así como al contacto corporal. Poseía sentidos químicos localizados...

Eso era todo. La examinó de nuevo, estupefacto.

No sólo no había sentido directo de masa ni sentido electro potencial ni ninguna de las lecturas refinadas del universo, sino que no existía contacto mental.

La mente de la criatura estaba totalmente aislada.

Entonces, ¿cómo se comunicaban? Siguió examinando. Poseían un complejo código de vibraciones de aire controladas.

¿Eran inteligentes? ¿Había escogido una mente mutilada? No, todos eran así.

Escudriñó el grupo de mentes circundantes con sus zarcillos mentales, buscando un técnico o su equivalente entre esas semi-inteligencias lisiadas. Encontró una mente que se veía a sí misma como controlador de vehículos. Roi recibió un dato: se hallaba a bordo de un vehículo aéreo.

Es decir que, aun sin contacto mental, eran capaces de construir una civilización mecánica rudimentaria. ¿O aquellos seres eran las herramientas animales de verdaderas inteligencias que estaban en otra parte del planeta? No... Sus mentes decían que no.

Examinó al técnico. ¿Qué pasaba con el entorno inmediato? ¿Eran de temer los espectros de los antiguos? Se trataba de una cuestión de interpretación. Existían peligros en el entorno. Movimientos de aire. Cambios de temperatura. Agua cayendo en el aire, en el estado líquido o sólido. Descargas eléctricas. Había vibraciones en código para cada fenómeno, pero eso no significaba nada. La conexión entre esas vibraciones y los nombres con que los ancestros de la superficie designaban los fenómenos era sólo conjetura.

No importaba. ¿Existía peligro en ese momento? ¿Existía peligro en ese lugar? ¿Había causa de temor o inquietud?

¡No! La mente del técnico decía que no.

Eso era suficiente. Regresó a la mente huésped y descansó un instante; luego, se expandió cautelosamente...

¡Nada!

La mente huésped era un vacío; a lo sumo, una vaga sensación de tibieza y un opaco parpadeo de respuestas imprecisas ante estímulos básicos.

¿Su huésped era un moribundo? ¿Un afásico? ¿Un descerebrado?

Se desplazó a la mente más cercana, buscando información sobre el huésped.

El huésped era un bebé de la especie.

¿Un bebé? ¿Un bebé normal? ¿Tan poco desarrollado?

Dejó que su mente se fusionara un instante con lo que existía en el huésped. Buscó las zonas motrices del cerebro y las halló con dificultad. Un cauto estímulo fue seguido por un movimiento errático de las extremidades del huésped. Intentó controlarlas y fracasó.

Se sintió irritado. ¿De veras habían pensado en todo? ¿Pensaron en inteligencias sin contacto mental? ¿Pensaron en criaturas jóvenes, tan poco desarrolladas como si aún estuvieran en el huevo?

Eso significaba que no podría activar la estación receptora desde la persona del huésped. Los músculos y la mente eran demasiado débiles, estaban demasiado descontrolados para cualquiera de los tres métodos expuestos por Gan.

Pensó intensamente. No podría influir sobre una gran cantidad de masa mediante las imperfectas células cerebrales del huésped, pero quizá pudiera ejercer una

influencia indirecta a través de un cerebro adulto. La influencia física directa sería minúscula; significaría la descomposición de las moléculas de trifosfato de adenosina y de las de acetilcolina. Luego, la criatura actuaría por cuenta propia.

Titubeó, temiendo el fracaso, y maldijo su cobardía. Entró nuevamente en la mente más cercana. Era una hembra de la especie y se encontraba en el estado de inhibición transitoria que había notado en otros individuos. No lo sorprendió, pues unas mentes tan rudimentarias tenían que necesitar descansos periódicos.

Estudió esa mente, palpando mentalmente las zonas que pudieran responder a un estímulo. Escogió una, penetró en ella y las zonas conscientes se llenaron de vida casi simultáneamente. Las impresiones sensoriales se activaron y el nivel de pensamiento se elevó de golpe.

¡Bien!

Pero no lo suficiente. Fue un mero pinchazo, un pellizco; no una orden para ejecutar una acción específica.

Se movió incómodo cuando lo invadió una emoción. Procedía de la mente que acababa de estimular y estaba dirigida hacia el huésped y no hacia él. No obstante, tanta crudeza primitiva lo fastidiaba, así que cerró la mente contra la desagradable tibieza de esos sentimientos al desnudo.

Una segunda mente se centró en torno del huésped y, si él hubiera sido material o hubiera controlado un huésped satisfactorio, habría lanzado un golpe de dolor.

¡Santas cavernas! ¿No le permitirían concentrarse en su importante misión?

Acometió contra la segunda mente, activando centros de incomodidad que la obligaran a apartarse.

Estaba contento. Fue sólo un estímulo sencillo e indefinido, pero había funcionado, despejó la atmósfera mental.

Volvió al técnico que controlaba el vehículo. Él conocería los detalles concernientes a la superficie sobre la cual volaban.

¿Agua? Ordenó de prisa los datos.

¡Agua! ¡Y más agua!

¡Por los eternos niveles! ¡La palabra «océano» tenía sentido! La vieja y tradicional palabra «océano». ¿Quién hubiera pensado que podía existir tanta agua?

Pero si eso era «océano», entonces la tradicional palabra «isla» tenía un significado claro. Envió su mente en busca de información geográfica. El «océano» estaba salpicado de motas de tierra, pero él necesitaba información exacta...

Le interrumpió un breve aguijonazo de sorpresa cuando su huésped se desplazó por el espacio para recostarse contra el cuerpo de la hembra.

La mente de Roi, activada como estaba, se hallaba abierta e indefensa. Las intensas emociones de la hembra lo sofocaron.

Se contrajo. En un intento de combatir esas aplastantes pasiones animales, se

aferró a las células cerebrales del huésped, a través de las cuales se encauzaban esos crudos sentimientos.

Lo hizo con excesiva brusquedad. Un dolor difuso colmó la mente del huésped y al instante todas las mentes circundantes reaccionaron ante las resultantes vibraciones de aire.

Exasperado, procuró acallar al dolor y sólo logró estimularlo más.

A través de la bruma mental del dolor del huésped, escudriñó la mente del técnico, procurando evitar que se perdiera el contacto.

Concentró la mente. Ahora tendría su mejor oportunidad. Contaba con unos veinte minutos. Habría otras oportunidades después, aunque no tan buenas. Pero no se atrevía a dirigir los actos de otro mientras la mente del huésped padecía tamaña turbulencia.

Se retiró, se contrajo en la clausura mental, manteniendo sólo un tenue contacto con las células espinales del huésped, y aguardó.

Pasaron los minutos y poco a poco recobró la conexión.

Le quedaban cinco minutos. Escogió un sujeto.

## 7

—Creo que se siente mejor, pobrecillo —dijo la azafata.

—Nunca se había portado así —lloriqueó Laura—. Nunca.

—Tal vez sea un pequeño cólico —sugirió la señora Ellis.

—Tal vez —secundó la azafata—. Hace demasiado calor.

Entreabrió la manta, le levantó la ropita y dejó al descubierto su abdomen duro, rosado y protuberante. Walter seguía gimoteando.

—¿Quiere que le cambie? —preguntó la azafata—. Está muy mojado. —Sí, gracias.

La mayoría de los pasajeros habían vuelto a los asientos. Los más alejados dejaron de estirar el cuello.

El señor Ellis se quedó en el pasillo con su esposa.

—Oye, mira.

Laura y la azafata estaban demasiado ocupadas para prestarle atención y la señora Ellis lo ignoró por pura costumbre.

El señor Ellis estaba habituado a eso. Su comentario fue simplemente retórico. Se agachó y recogió la caja que estaba bajo el asiento.

La señora Ellis lo miró con impaciencia.

—¡Cielos, George, no toques el equipaje de los demás! ¡Siéntate! Entorpeces el paso.

El señor Ellis se incorporó, avergonzado.

Laura, con los ojos aún inflamados y llorosos, dijo:

—No es mío. Ni siquiera sabía que estaba bajo el asiento.

—¿Qué es? —preguntó la azafata, dejando de mirar al bebé lloriqueante.

El señor Ellis se encogió de hombros.

—Es una caja.

—Bueno, y ¿para qué la quieres, por amor de Dios? —se irritó su esposa.

El señor Ellis buscó una razón. ¿Para qué la quería?

—Sentí curiosidad, eso es todo —murmuró.

—¡Listo! —exclamó la azafata—. El pequeño está cambiado y seco y apuesto a que pronto estará más contento que unas pascuas. ¿Qué dices, primor?

Pero el primor seguía lloriqueando y apartó bruscamente la cabeza cuando le ofrecieron otro biberón.

—Lo entibiaré un poco —dijo la azafata.

Cogió el biberón y se alejó por el pasillo.

El señor Ellis tomó una decisión. Cogió la caja y la apoyó en el brazo del asiento, haciendo caso omiso del rostro fruncido de su esposa.

—No hago ningún daño —se defendió—. Sólo estoy mirando. ¿De qué está hecha?

La golpeó con los nudillos. Ninguno de los demás pasajeros parecía estar interesado, no prestaban atención ni al señor Ellis ni a la caja. Era como si algo hubiera desconectado esa línea de interés en particular y hasta la señora Ellis, que conversaba con Laura, le daba la espalda.

Levantó la caja y vio la abertura. Sabía que debía haber una abertura. Tenía el tamaño suficiente para insertar un dedo, aunque no había ninguna razón por la que él quisiera meter el dedo en una caja extraña.

Lo metió con cautela. Había un botón negro y deseaba tocarlo. Lo presionó.

La caja tembló, se le desprendió de las manos y cayó por el otro lado del brazo, del asiento.

Llegó a ver cómo atravesaba el suelo, dejándolo intacto. El señor Ellis abrió las manos y se miró las palmas. Luego, se arrodilló y tanteó el suelo.

La azafata, que regresaba con el biberón, preguntó cortésmente;

—¿Ha perdido algo?

—¡George! —exclamó la señora Ellis.

El señor Ellis se incorporó con dificultad. Estaba ruborizado y nervioso.

—La caja... Se me soltó de la mano y cayó...

—¿Qué caja? —preguntó la azafata.

—¿Puede darme el biberón, señorita? —dijo Laura—. Ya ha dejado de llorar.

—Desde luego. Aquí lo tiene.

Walter abrió la boca ávidamente y aceptó la tetilla. La leche burbujeaba mientras el niño sorbía haciendo gorgoritos.



Laura levantó la vista, con los ojos radiantes.

—Ahora parece encontrarse bien. Gracias, señorita. Gracias, señora Ellis. Por un momento tuve la sensación de que no era mi hijito.

—Se pondrá bien —la animó la señora Ellis—. Tal vez fue un pequeño mareo. Siéntate, George.

—Llámeme sí me necesita —se ofreció la azafata.

—Gracias —dijo Laura.

—La caja... —murmuró el señor Ellis, y no habló más.

¿Qué caja? No recordaba ninguna caja.

Pero había una mente a bordo de ese avión que podía seguir la trayectoria del cubo negro, que caía en una parábola sin que le afectaran ni el viento ni la resistencia del aire, atravesando las moléculas de gas que se interponían en su camino.

Debajo, el atolón constituía el diminuto centro de un enorme blanco. En otro tiempo, durante una época bélica, contó con una pista aérea y con barracas. Las barracas se habían derrumbado, la pista aérea era una franja irregular en vías de desaparición y el atolón estaba desierto.

El cubo cayó en el blando follaje de una palmera y ni una sola hoja se agitó. Atravesó el tronco, descendió hasta el coral y se hundió en el planeta sin que ni una mota de polvo se alterara para anunciar su entrada.

A seis metros de la superficie, el cubo se detuvo y se quedó inmóvil, íntimamente mezclado con los átomos de la roca, pero diferenciado de ella.

Eso fue todo. Llegó la noche, llegó el día; llovió, sopló viento y las olas del Pacífico se rompieron en espuma blanca sobre el blanco coral. Nada había ocurrido.

Nada ocurriría durante diez años.

## 8

—Hemos transmitido la noticia de que has tenido éxito —dijo Gan—. Creo que ahora deberías descansar.

—¿Descansar? ¿Ahora? ¿Cuando he regresado a mentes íntegras? No, gracias. Estoy disfrutando mucho.

—¿Tanto te molestó, lo de la inteligencia sin contacto mental?

—Sí —contestó Roi.

Gan tuvo el tacto de no seguir esa línea de pensamiento evocativo. En cambio, preguntó:

—¿Y la superficie?

—Espantosa. Lo que los antiguos llamaban «sol» es un insoportable resplandor en lo alto. Aparentemente se trata de una fuente de luz y varía periódicamente; en otras palabras, «noche» y «día». También hay variaciones imprevisibles.

—«Nubes», tal vez —sugirió Gan.

—¿Por qué «nubes»?

—Ya conoces el dicho tradicional: «Las nubes ocultaban el sol.»

—¿Eso crees? Sí, pudiera ser.

—Bien, continúa.

—Veamos. He explicado «océano» e «isla». «Tormenta» significa humedad en el aire cayendo en gotas. «Viento» es un movimiento de aire en gran escala. «Trueno», una descarga espontánea de estática o un gran ruido espontáneo. «Cellísca» es hielo que cae.

—Qué curioso. ¿De dónde caería el hielo? ¿Cómo? ¿Por qué?

—No tengo la menor idea. Todo es muy variable. Hay tormentas en determinado momento, pero no en otro. Aparentemente hay regiones de la superficie donde siempre hace frío, otras donde siempre hace calor y otras donde hace ambas cosas según el momento.

—Asombroso. ¿Cuánto de todo esto lo atribuyes a un error de interpretación por parte de las mentes alienígenas?

—Nada. Estoy seguro de ello. Es muy claro. Tuve tiempo suficiente para escudriñar sus extrañas mentes. Demasiado tiempo.

De nuevo sus pensamientos se replegaron.

—Está bien —aceptó Gan—. Tenía miedo de nuestra tendencia a pintar con tonos románticos la Edad de Oro de nuestros ancestros de la superficie. Presentía que en nuestro grupo habría un fuerte impulso a favor de una nueva vida en la superficie.

—No —rechazó Roí con vehemencia.

—Obviamente no. Dudo que ni siquiera nuestros individuos más recios resistieran un solo día en un medio ambiente como el que describes, con las tormentas, los días, las noches, las molestas e imprevisibles variaciones. —Gan se sentía satisfecho—. Mañana iniciaremos el proceso de transferencia. Una vez en la isla... Dices que está deshabitada.

—Totalmente. Era la única de ese tipo, de todas las que el avión sobrevoló. La información del técnico fue detallada.

—Bien. Iniciaremos las operaciones. Tardaremos generaciones, Roí, pero al final estaremos en las profundidades de un mundo nuevo y tibío, en agradables cavernas donde el ámbito controlado permitirá el crecimiento de la cultura y el refinamiento.

—Y no tendremos ningún tipo de contacto con las criaturas de la superficie.

—¿Por qué? Aunque sean primitivas podrían sernos útiles una vez que establezcamos nuestra base, Una raza capaz de construir naves aéreas debe de poseer algunas cualidades.

—No es así. Son beligerantes. Son capaces de atacar con saña animal y...

—Me perturba la psicopenumbra que rodea tus referencias a los alienígenas —le interrumpió impaciente Gan—. Me estás ocultando algo.

—Al principio pensé que podría utilizarlos. Si no nos permitían ser amigos, al menos los controlaríamos. Hice que uno de ellos estableciera contacto íntimo con el interior del cubo y fue difícil. Fue muy difícil. Sus mentes tienen otra constitución.

—¿En qué sentido?

—Si fuera capaz de describirlo, eso querría decir que la diferencia no era fundamental. Pero puedo ponerte un ejemplo. Estuve en la mente de un bebé. No tienen cámaras de maduración. A los bebés los cuidan los individuos. La criatura que cuidaba de mi huésped...

—Sí...

—Era hembra, y sentía un vínculo especial con el pequeño. Había una sensación de propiedad, una relación que excluía al resto de la sociedad. Creí detectar, confusamente, un rastro de esa emoción que liga a un hombre con un allegado o con un amigo; pero era mucho más intensa e irrefrenable.

—Bueno, al carecer de contacto mental, tal vez no tengan una verdadera concepción de la sociedad y quizá se originen sub-relaciones. ¿O esto era patológico?

—No, no. Es universal. La hembra era la madre del bebé.

—Imposible. ¿Su propia madre?

—Por fuerza. El bebé había pasado la primera parte de su existencia dentro de la madre. Literalmente. Los huevos de la criatura permanecen dentro del cuerpo. Son inseminados dentro del cuerpo. Crecen dentro del cuerpo y surgen con vida.

—Santas cavernas —musitó Gan. Sentía una fuerte repugnancia—. Entonces, cada criatura conocería la identidad de su propio hijo; cada hijo tendría un padre determinado...

—Y él también era conocido. Mi huésped hacía un viaje de ocho mil kilómetros, por lo que pude deducir, para que su padre pudiera verlo.

—¡Increíble!

—¿Necesitas algo más para entender que nuestras mentes no pueden llegar a encontrarse? La diferencia es fundamental e innata.

El amarillo de la lamentación teñía y endurecía los pensamientos de Gan.

—Qué pena —dijo—. Pensaba...

—¿Qué?

—Pensaba que por primera vez dos inteligencias se ayudarían mutuamente. Pensaba que juntos podríamos progresar con mayor rapidez que cualquiera de ambos en solitario. Aunque fueran tecnológicamente primitivos, como lo son, la tecnología no es todo. Yo creía que incluso podríamos aprender de ellos.

—¿Aprender qué? —preguntó Roi bruscamente—. ¿A conocer a nuestros padres y a trabar amistad con nuestros hijos?

—No, no. Tienes razón. La barrera entre ambos debe mantenerse intacta para siempre. Ellos se quedarán en la superficie y nosotros permaneceremos en las

profundidades, y así está bien.

Fuera de los laboratorios, Roi se encontró con Wenda. Los pensamientos de ella desbordaron de placer.

—Me alegra que hayas vuelto.

Los pensamientos de Roi también fueron placenteros. Era un alivio establecer un limpio contacto mental con una amiga.

# Al estilo marciano (1952)

---

“The Martian Way”

## 1

Desde la puerta del corto corredor que separaba las dos cabinas de la ojiva espacial, Mario Esteban Rioz observó de mal talante a Ted Long ajustando los mandos del vídeo. Movía los controles a un lado y a otro. La imagen era pésima.

Rioz sabía que seguiría siendo pésima. Estaban demasiado lejos de la Tierra y en mala posición respecto del Sol. Pero Long no tenía por qué saberlo. Rioz se quedó un segundo más en la puerta, con la cabeza gacha bajo el dintel y el cuerpo ladeado para pasar por la estrecha abertura. Luego, irrumpió como un corcho que salta de una botella.

—¿Qué buscas? —preguntó.

—Quería captar a Hilder.

Rioz se apoyó en una esquina de la mesa. Cogió una lata cónica de leche. La punta saltó bajo la presión. Rioz la movió suavemente, esperando a que se entibiara.

—¿Para qué?

Se llevó el cono a la boca y bebió haciendo ruido.

—Pensé que se oiría.

—Creo que es un derroche de energía.

Long lo miró con mal ceño.

—Es habitual permitir el uso gratuito de los equipos de vídeo. —Dentro de lo razonable —replicó Rioz.

Se miraron de hito en hito. Rioz tenía el cuerpo robusto y el rostro enjuto que constituían la marca distintiva de los chatarreros marcianos, esos pilotos que surcaban pacientemente el espacio entre la Tierra y Marte. Sus claros ojos azules resplandecían en un rostro pardo y arrugado, que a la vez se perfilaba oscuramente contra la sintopiel blanca que bordeaba el cuello vuelto de su cazadora espacial de cuerótico. Long era más pálido y más blando. Tenía los rasgos del terroso, como apodaban a los habitantes de la Tierra, aunque ningún marciano de segunda generación podía ser un terroso en el sentido en que lo eran los terrícolas. Tenía el cuello echado hacia atrás y mostraba el cabello oscuro y castaño.

—¿Qué significa dentro de lo razonable?

Rioz apretó los labios.

—Considerando que en este viaje ni siquiera compensaremos los gastos, por lo que se ve, todo consumo de energía está fuera de lo razonable.

—Si estamos perdiendo dinero, ¿no deberías volver a tu puesto? Es tu turno.

Rioz gruñó y se pasó el pulgar y el índice por la barba crecida del mentón. Se levantó y caminó hacia la puerta, y las botas, gruesas y blandas, acallaron el ruido de

los pasos. Se detuvo para mirar el termostato y se volvió con un destello de furia.

—Ya me parecía que hacía calor. ¿Dónde te crees que estás?

—Cinco grados centígrados no es excesivo.

—Tal vez no lo sea para ti. Pero estamos en el espacio, no en una oficina con calefacción en las minas de hierro. —Rioz puso el termostato al mínimo con un brusco movimiento del pulgar—. El Sol da calor suficiente.

—La cocina no está del lado del Sol.

—¡El calor se transmitirá, demonios!

Se marchó, y Long lo siguió con la mirada antes de volver al vídeo. No subió el termostato.

La imagen seguía vacilante, pero tendría que conformarse. Bajó una silla plegable de la pared. Se inclinó esperando al anuncio formal, la pausa momentánea antes de la lenta disolución del telón, y el foco alumbró a esa célebre figura barbada que crecía hasta cubrir la pantalla.

La voz, imponente pese a las vibraciones y los gruñidos causados por las lluvias de electrones de treinta millones de kilómetros, comenzó:

—¡Amigos! Conciudadanos de la Tierra...

## 2

Rioz captó el parpadeo de la señal de la radio al entrar en la sala de pilotaje. Por un instante creyó que se trataba del radar y sintió que le sudaban las manos, pero era sólo efecto de su sentimiento de culpa. No tendría que haber dejado la sala de pilotaje durante su turno, aunque todos los chatarreros lo hacían. Pero la pesadilla de todos ellos era la posibilidad de un contacto durante esos cinco minutos en que uno se escapaba a tomar un café porque el espacio parecía estar despejado. Y en ocasiones la pesadilla se hacía realidad.

Activó el multisensor. Era un derroche de energía, pero tal vez valiera la pena cerciorarse.

El espacio estaba despejado, excepto por los distantes ecos de las naves vecinas de la línea de chatarreros.

Encendió la radio y pudo ver la rubia cabeza y la larga nariz de Richard Swenson, copiloto de la nave más cercana en las inmediaciones de Marte.

—Hola, Mario —saludó Swenson.

—Hola. ¿Qué hay de nuevo?

Hubo una pausa de un segundo y una fracción entre un saludo y otro, pues la velocidad de la radiación electromagnética no es infinita.

—Qué día he tenido.

—¿Ocurrió algo? —preguntó Rioz.

—Tuve un contacto.

—Me alegro por ti.

—Claro, si lo hubiera cogido —rezongó Swenson.

—¿Qué sucedió?

—Demonios, que enfilé en dirección contraria.

Rioz sabía que no era prudente reírse.

—¿Por qué?

—No fue culpa mía. El problema era que la cápsula se alejaba de la eclíptica. ¿Te imaginas la estupidez de un piloto que no sabe realizar la maniobra de liberación? ¿Cómo iba a saberlo? Calculé la distancia y me guié por eso. Supuse que su órbita estaba en la familia habitual de trayectorias. ¿Qué pensarías tú? Me lancé por lo que parecía una buena línea de intersección y a los cinco minutos advertí que la distancia seguía aumentando. Las señales de radar tardaban en regresar. Así que tomé las proyecciones angulares de la cosa y fue ya demasiado tarde para alcanzarla.

—¿La cogió alguno de los otros chicos?

—No. Está muy alejada de la eclíptica y continuará sin parar. Eso no me fastidia tanto, pues era sólo un cápsula interna; pero detesto contarte cuántas toneladas de propulsión desperdicié para cobrar velocidad y regresar a la estación. Tendrías que haber oído a Canute.

Canute era el hermano y compañero de Richard Swenson.

—Se enfadó, ¿eh?

—¿Que si se enfadó? ¡Quería matarme! Pero, claro, hace cinco meses que estamos fuera y la atmósfera se está enrareciendo. Ya me entiendes.

—Te entiendo.

—¿Cómo te va, Mario?

Rioz hizo un gesto desdeñoso.

—Más o menos igual. Dos cápsulas en las dos últimas semanas y a cada una tuve que perseguirla durante seis horas.

—¿Grandes?

—¿Bromeas? Las podría haber arrastrado con la mano hasta Fobos. Es el peor viaje que he tenido.

—¿Cuánto más piensas quedarte?

—Si por mí fuera, podríamos irnos mañana. Hace sólo dos meses que estamos fuera y todo anda tan mal que me ensaño con Long todo el tiempo.

Hubo una pausa que se prolongó más que la demora electromagnética.

—¿Cómo es Long? —preguntó Swenson.

Rioz miró por encima del hombro. Oyó el parloteo del vídeo en la cocina.

—No logro entenderlo. Una semana después de la partida me preguntó que por qué era chatarrero. Le respondí que para ganarme la vida. ¿Pero qué clase de pregunta es ésa? ¿Por qué uno es chatarrero? De todas maneras, me dijo: «No es así,

Mario.» Él me lo explicó, ¿te das cuenta? Me dijo: «Eres chatarrero porque esto forma parte del estilo marciano.»

—¿Qué quiso decir?

Rioz se encogió de hombros.

—No se lo pregunté. Ahora está sentado allá, escuchando la ultramicroonda de la Tierra. Está oyendo a un terroso llamado Hilder.

—¿Hilder? Un político terroso, un miembro de la Asamblea o algo así, ¿verdad?

—Eso es. Eso creo, al menos. Long siempre hace cosas así. Se trajo diez kilos de libros, todos sobre la Tierra. Un lastre.

—Bueno, es tu compañero. Y, hablando de compañeros, creo que voy a volver al trabajo. Si me pierdo otro contacto alguien me asesinará.

Desconectó y Rioz se reclinó. Observó la uniforme línea verde del sensor de pulsaciones. Probó con el multisensor un momento. El espacio aún estaba despejado.

Se sentía un poco mejor. Una mala racha se soporta peor cuando los demás chatarreros recogen una cápsula tras otra; cuando las cápsulas descienden a los hornos de fundición de Fobos llevando la marca de todos, excepto la tuya. Además, había logrado desahogar parte de su rencor hacia Long.

Formar equipo con Long había sido un error. Siempre era un error asociarse con un novato. Pensaban que buscabas la gloria; especialmente Long, con sus eternas teorías sobre Marte y el magnífico y flamante papel que le cabía en el progreso humano. Así hablaba Long: Progreso Humano, Estilo Marciano, Nueva Minoría Creadora. Y Rioz no quería cháchara, sólo un contacto y algunas cápsulas.

Pero no tenía opción. Long era conocido en Marte y obtenía una buena paga como ingeniero de minas. Era amigo del comisionado Sankov y había estado en un par de misiones chatarreras. No se podía rechazar a un fulano sin probar suerte, aunque tuviera aspecto raro. ¿Por qué un ingeniero de minas, con un trabajo cómodo y un buen sueldo, quería andar dando vueltas por el espacio?

Nunca le hacía esa pregunta a Long. Los chatarreros están obligados a convivir demasiado estrechamente y la curiosidad no es deseable. A veces ni siquiera es segura. Pero Long hablaba tanto que él mismo había respondido a la pregunta: «Tenía que venir aquí, Mario. El futuro de Marte no está en las minas, sino en el espacio», le dijo.

Rioz se preguntó cómo sería hacer un viaje a solas. Todos decían que era imposible. Aun sin contar las oportunidades perdidas cuando hubiera que bajar la guardia para dormir o para atender otros asuntos, se sabía que un hombre solo en el espacio se deprimía muchísimo en muy poco tiempo.

La presencia de un compañero permitía viajes de seis meses. Una tripulación fija sería mejor, pero ningún chatarrero ganaría suficiente dinero con una nave capaz de albergar una tripulación fija. ¡Consumiría un capital sólo con la propulsión!



Y ni siquiera con dos resultaba precisamente divertido un viaje por el espacio. Habitualmente había que cambiar de compañero en cada viaje, y con algunos se aguantaba más tiempo que con otros. Como Richard y Canute Swenson. Trabajaban juntos cada cinco o seis viajes porque eran hermanos. Y aun así la tensión y el antagonismo crecían constantemente después de la primera semana.

En fin. El espacio estaba despejado. Rioz se sentiría un poco mejor si regresaba a la cocina y se conciliaba con Long. Podría demostrarle que era un viejo veterano que se tomaba las irritaciones del espacio tal como venían.

Se levantó y caminó tres pasos hasta llegar al corredor corto y angosto que unía las dos cabinas de la nave.

### 3

Una vez más se quedó mirando desde la puerta. Long tenía clavada la vista en la pantalla fluctuante.

—Subiré el termostato —gruñó Rioz—. Está bien, podemos consumir esa energía.

Long asintió con la cabeza.

—Como quieras.

Rioz avanzó un paso, indeciso. El espacio estaba despejado. ¿De qué servía sentarse a mirar una línea verde y en la que no aparecían señales?

—¿De qué hablaba ese terroso? —preguntó.

—La historia del viaje espacial. Cosas antiguas, pero lo hace bien. Usa todos los recursos: caricaturas de color, fotografías trucadas, fotos fijas de viejos filmes; todo.

Como para ilustrar los comentarios de Long, la figura barbada se esfumó de la pantalla y fue reemplazada por el corte transversal de una nave espacial. La voz de Hilder continuó oyéndose, señalando rasgos de interés que aparecían en colores esquemáticos. El sistema de comunicaciones de la nave se perfiló en rojo mientras él lo describía y hablaba de las salas de almacenaje, del motor protónico de micropila, de los circuitos cibernéticos...

Hilder reapareció en la pantalla.

—Pero esto es sólo la ojiva de la nave. ¿Qué la impulsa? ¿Qué la aleja de la Tierra?

Todo el mundo sabía qué impulsaba una nave, pero la voz de Hilder era como una droga. Hablaba de la propulsión espacial como si fuera un secreto, la máxima revelación. Hasta Rioz sintió cierta curiosidad, y eso que se había pasado la mayor parte de su vida a bordo de una nave.

—Los científicos le dan distintos nombres —continuó Hilder—. La llaman ley de acción y reacción. Unas veces la llaman tercera ley de Newton. Otras veces la llaman conservación del impulso. Pero no tenemos que darle ningún nombre. Basta con usar

el sentido común. Cuando nadamos, empujamos el agua hacia atrás y nos movemos hacia delante. Cuando caminamos, impulsamos el pie hacia atrás y nos movemos hacia delante. Cuando volamos en giromóvil, empujamos aire hacia atrás y nos movemos hacia delante. Nada se mueve hacia delante a menos que otra cosa se mueva hacia atrás. Es el viejo principio: No se obtiene algo a cambio de nada. Y ahora imaginemos una nave espacial de cien mil toneladas elevándose de la Tierra. Para ello, algo se tiene que mover hacia abajo. Como una nave espacial es muy pesada, hay que mover mucho material hacia abajo, tanto material que no se puede tener todo a bordo de la nave. Se debe construir un compartimento especial detrás de la nave para almacenarlo.

Hilder desapareció de nuevo y la nave reapareció. Disminuyó de tamaño y un cono truncado le salió por la popa, en cuyo interior se veían unas letras brillantes y amarillas: «Material de desecho.»

—Pero ahora —dijo Hilder—, el peso total de la nave es mucho mayor. Se necesita más propulsión.

La nave disminuyó más aún y se le sumó otra sección más grande, y otra más inmensa todavía. La nave propiamente dicha, la ojiva, era un pequeño punto en la pantalla, un punto rojo y fulgurante.

—¡Cuernos —exclamó Rioz—, esto es para párvulos!

—No, para el público al que se dirige, Mario —replicó Long—. La Tierra no es Marte. Debe de haber miles de millones de terrícolas que jamás han visto una nave espacial ni tienen la menor idea de esto.

—Cuando el material que está dentro de la cápsula de mayor tamaño se consume, la cápsula se desprende y se aleja —continuó hablando Hilder. La cápsula del extremo se desprendió y giró como un trompo en la pantalla—. Luego, se va la segunda y, si es un viaje largo, se desecha la última. —La nave era sólo un punto rojo y las tres cápsulas giraban a la deriva, perdiéndose en el espacio—. Estas cápsulas representan cien mil toneladas de tungsteno, magnesio, aluminio y acero. Se han ido para siempre de la Tierra. Marte está rodeado de chatarreros que aguardan en las rutas espaciales. Esperan a las cápsulas desechadas, las recogen con redes, les estampan su marca y las despachan a Marte. La Tierra no recibe un solo céntimo por ellas. Se trata de material rescatado y pertenece a la nave que lo encuentra.

—Arriesgamos nuestra inversión y nuestra vida —refunfuñó Rioz—. Si nosotros no lo recogemos, nadie lo hace. ¿Qué pierde la Tierra?

—Sólo está hablando del coste que Marte, Venus y la Luna significan para la Tierra. Éste es únicamente uno de los puntos.

—Obtendrán su beneficio. Cada año extraemos más hierro.

—Y la mayor parte regresa a Marte. Según las cifras de Hilder, de los doscientos mil millones de dólares, invertidos por la Tierra en Marte, ha recibido cinco mil

millones en hierro; de los quinientos mil millones en la Luna, poco más de veinticinco mil millones en magnesio, titanio y metales ligeros; y, de los cincuenta mil millones en Venus, no ha recibido nada. Y eso es lo que les interesa a los contribuyentes de la Tierra: el dinero de sus impuestos, a cambio de nada.

La pantalla se llenó de imágenes de chatarreros en la ruta de Marte: caricaturas de naves pequeñas y sonrientes, que extendían unos brazos delgados y fuertes para recoger las cápsulas vacías, estamparles el rótulo de «Propiedad de Marte» en letras relucientes y despacharlas a Fobos.

Hilder apareció de nuevo.

—Nos dicen que a la larga obtendremos nuestro beneficio. ¡A la larga! ¡Una vez que constituyan una empresa en marcha! No sabemos cuándo será. ¿Dentro de un siglo? ¿Mil años? ¿Un millón? A la larga. Confiemos en su palabra. Un día nos devolverán nuestros metales. Un día cultivarán sus alimentos, consumirán su energía, vivirán su vida.

»Pero hay algo que nunca pueden devolvernos; ni en cien millones de años. ¡El agua!

»Marte tiene apenas una lágrima de agua porque es demasiado pequeño. Venus no tiene agua porque es demasiado caliente. La Luna no tiene agua porque es demasiado caliente y demasiado pequeña. Así que la Tierra no sólo debe suministrar agua para que la gente del espacio beba y se lave, agua para sus industrias, agua para las granjas hidropónicas que afirman estar instalando; sino también agua para malgastarla por millones de toneladas.

»¿Qué es la fuerza propulsora que usan las naves? ¿Qué arrojan hacia atrás cuando se impulsan adelante? Antes eran gases generados con explosivos. Resultaba muy costoso. Luego, se inventó la micropila protónica, una fuente energética barata y que puede calentar cualquier líquido hasta transformarlo en gas bajo una tremenda presión. ¿Cuál es el líquido más barato y abundante? El agua, por supuesto.

»Cada nave espacial sale de la Tierra portando casi un millón de toneladas de agua. No kilos, sino toneladas, y eso sólo para llevarla por el espacio, para que pueda acelerar o desacelerar.

»Nuestros ancestros consumieron el petróleo de forma frenética e imprudente. Destruyeron implacablemente el carbón. Los despreciamos y los condenamos por ello, pero al menos tenían una excusa, pues pensaban que aparecerían sustitutos cuando fuese necesario. Y tenían razón. Nosotros tenemos nuestras granjas de plancton y nuestras micropilas protónicas.

»Pero no hay sustituto para el agua. ¡Ninguno! Nunca puede haberlo. Y cuando nuestros descendientes vean el desierto en que hemos transformado la Tierra ¿qué excusa hallarán para nosotros? Cuando se propaguen las sequías...

Long apagó el aparato.

—Eso me molesta. El maldito tonto intenta... ¿Qué ocurre?

Rioz se había levantado.

—Debería estar vigilando las señales.

—¡Al cuerno con las señales! —Pero Long se levantó y siguió a Rioz por el angosto corredor hasta la sala del piloto—. Si Hilder se sale con la suya, si tiene agallas para transformarlo en un tema político de interés... ¡Rayos!

Él también lo había visto. El parpadeo de una cápsula de clase A corría detrás de la señal saliente, como un sabueso persiguiendo un conejo mecánico.

—El espacio estaba despejado —balbuceó Rioz—. Te lo juro, estaba despejado. Por Dios, Ted, no te quedes paralizado. Trata de localizarlo visualmente.

Rioz trabajó de prisa, con una eficiencia que era fruto de casi veinte años como chatarrero. En dos minutos calculó la distancia. Luego, recordando la experiencia de Swenson, midió el ángulo de declinación y la velocidad radial.

—¡Uno coma siete seis radianes! —le gritó a Long—, ¡No puedes bik!

Long contuvo el aliento mientras ajustaba el vernier.

—Está a sólo medio radián del Sol. Recibirá luz por el costado.

Incrementó la amplificación, buscando la única «estrella» que cambiaba de posición y crecía hasta alcanzar una forma que revelaba que no era una estrella.

—Arrancaré de todos modos —dijo Rioz—. No podemos esperar.

—Lo tengo. Lo tengo. —La amplificación aún era demasiado pequeña para darle una forma definida, pero el punto que Long observaba se iluminaba y se ensombrecía rítmicamente mientras la cápsula rotaba y recibía la luz del Sol en secciones transversales de diverso tamaño.

—Mantenlo.

El primer chorro de vapor brotó de la tobera, dejando largas estelas de microcristales de hielo que reflejaban vagamente los pálidos rayos del distante Sol. Se hicieron menos densos a unos ciento cincuenta kilómetros. Un chorro, otro y otro, mientras la nave abandonaba su trayectoria estable para adoptar un curso tangencial al de la cápsula.

—¡Se mueve como un cometa en el perihelio! —gritó Rioz—. Esos malditos pilotos terrosos sueltan las cápsulas de ese modo a propósito. Me gustaría...

Soltó un colérico juramento mientras seguía arrojando vapor, hasta que el acolchado hidráulico del asiento se hundió medio metro y Long ya no pudo asirse de la baranda.

—Ten compasión —suplicó.

Pero Rioz tenía la vista fija en el radar.

—¡Si no puedes aguantarlo, quédate en Marte!

Los chorros de vapor seguían tronando a lo lejos.

La radio cobró vida. Long logró inclinarse por encima de lo que parecía melaza y

activó el contacto. Era Swenson, y sus ojos echaban chispas.

—¿Adónde vais? —protestó—. Estaréis en mi sector dentro de diez segundos.

—Persigo una cápsula —respondió Rioz.

—¿En mi sector?

—Apareció en el mío y no estás en posición de atraparla. Apaga ese radio, Ted.

La nave surcaba el espacio con un ruido atronador que sólo se oía dentro del casco. Luego, Rioz apagó los motores en etapas tan largas que Long se tambaleó. El repentino silencio fue más ensordecedor que el estruendo precedente.

—Ya está —dijo Rioz—. Dame el telescopio.

Ambos observaron. La cápsula era un cono truncado que giraba con lenta solemnidad entre las estrellas.

—Es una cápsula de clase A, en efecto —confirmó Rioz con satisfacción.

Una gigante entre las cápsulas, pensó. Les permitiría resarcirse.

—Tenemos otra señal en el sensor —anunció Long—. Creo que es Swenson persiguiéndonos.

Rioz miró de soslayo.

—No nos cogerá.

La cápsula se volvió aún mayor y llenó la pantalla.

Rioz puso las manos sobre la palanca del arpón. Aguardó, ajustó dos veces el ángulo, reguló la longitud del cable y tiró de la palanca.

Por un momento no ocurrió nada. Luego, un cable de malla metálica apareció en la pantalla, desplazándose hacia la cápsula como una cobra al ataque. Estableció contacto, pero no quedó fijo, pues se habría desgarrado al instante, como una telaraña. La cápsula giraba con un impulso rotatorio que sumaba miles de toneladas. El cable configuraba un potente campo magnético que actuaba como un freno para la cápsula.

Lanzaron un par de cables más. Rioz lo soltaba en un casi irresponsable derroche de energía.

—¡La cogeré! ¡Por Marte, la cogeré!

Sólo se calmó cuando hubo una veintena de cables entre la nave y la cápsula. La energía rotatoria de la cápsula, convertida en calor por el frenado, había elevado su temperatura a tal punto que los medidores de la nave captaban la radiación.

—¿Quieres que le ponga nuestra marca? —preguntó Long.

—Como quieras. Pero no es tu obligación. Es mi turno.

—No importa.

Long se enfundó en el traje y salió por la cámara de presión. El mejor indicio de que era un novato en este juego era que podía contar las veces que había salido al espacio en traje. Ésta era la quinta.

Avanzó a lo largo del cable más largo, una mano tras otra, sintiendo la vibración

de la malla metálica contra el metal del mitón.

Grabó a fuego el número de serie en el liso metal de la cápsula. El acero no se oxidaba en el vacío del espacio; simplemente, se fundía y se vaporizaba, condensándose a poca distancia del haz de energía y transformando la superficie que rozaba en una mancha gris y polvorienta.

Long regresó a la nave.

Una vez en el interior, se quitó el casco, que se había cubierto de escarcha en cuanto entró.

Oyó la furibunda voz de Swenson graznando por la radio.

—... directamente al comisionado. ¡Rayos, este juego tiene sus reglas!

Rioz se arrellanó en su asiento, despreocupado.

—Mira, apareció en mi sector. Me demoré al detectarlo y lo perseguí hasta el tuyo. Tú no lo habrías alcanzado aunque Marte actuara como valla. Eso es todo... ¿Estás de vuelta, Long?

Cerró el contacto.

La señal seguía sonando, pero Rioz no le prestó atención.

—¿Acudirá al comisionado? —preguntó Long.

—En absoluto. Protesta para romper la monotonía. Pero no habla en serio. Y sabe que la cápsula es nuestra. ¿Qué te parece nuestra presa, Ted?

—Bastante buena.

—¿Bastante buena? ¡Es sensacional! Agárrate. La pondré a girar.

Las toberas laterales escupieron vapor y la nave inició una lenta rotación en torno de la cápsula. La cápsula la siguió. A los treinta minutos, formaban una esfera gigantesca que giraba en el vacío. Long consultó las tablas astronómicas para ver la posición de Deimos.

En un momento calculado con precisión, los cables desactivaron el campo magnético y la cápsula fue lanzada tangencialmente en una trayectoria que, en un día, la llevaría hasta los depósitos de cápsulas del satélite de Marte.

Rioz la siguió con la mirada. Se sentía bien. Se volvió hacia Long.

—Es un buen día para nosotros.

—¿Qué me dices del discurso de Hilder? —se interesó Long.

—¿Qué? ¿Quién? Ah, eso. Escucha, si tuviera que preocuparme por cada cosa que dice un maldito terroso nunca dormiría. Olvídalo.

—No creo que debamos olvidarlo.

—Estás loco. No me fastidies con eso. ¿Por qué no duermes un poco?

#### 4

La anchura y la altura de la principal avenida de la ciudad ponían eufórico a Ted Long. Hacía dos meses que el comisionado había declarado una moratoria sobre la

recolección de chatarra espacial y había cancelado todos los vuelos, pero esa sensación de paisaje inmenso no dejaba de emocionar a Long. Ni siquiera la idea de que la moratoria se hubiese declarado como medida provisoria, mientras la Tierra decidía si insistir o no en economizar agua, imponiendo un racionamiento a los chatarreros, lograba abatirlo del todo.

El techo de la avenida se hallaba pintado de un luminoso azul claro, quizá como una anticuada imitación del cielo terrícola. Ted no estaba seguro. Las paredes aparecían iluminadas por los escaparates.

A lo lejos, por encima del bullicio del tráfico y el susurro de los pies de la gente, se oían explosiones intermitentes: estaban cavando nuevos túneles en la corteza de Marte. Durante toda su vida había oído esas explosiones. El suelo por el que caminaba era parte de una roca sólida e intacta cuando él nació. La ciudad crecía y seguiría creciendo, siempre que la Tierra lo permitiera.

Dobló por una calle lateral, más estrecha y menos iluminada, en la que a los escaparates los reemplazaban edificios de apartamentos, cada uno de ellos con su hilera de luces a lo largo de la fachada. Los compradores y el tráfico habían dado paso a individuos con menos prisa y a niños alborotados que seguían eludiendo la orden materna de ir a cenar.

En el último momento, Long recordó las reglas de cortesía y se detuvo en una tienda de agua. Entregó su cantimplora.

—Llénela.

El rechoncho tendero quitó la tapa y examinó el interior. La sacudió, haciendo que burbujeara.

—No queda mucha —comentó de buen humor.

—No —concedió Long.

El tendero vertió el agua, acercando el cuello de la cantimplora a la punta de la manguera para evitar que se derramase. El medidor emitió un zumbido y el tendero enroscó la tapa.

Long le entregó unas monedas y cogió la cantimplora. Ahora le chocaba contra la cadera con agradable pesadez. No estaba bien visitar a una familia sin llevar una cantimplora llena. Entre ellos no tenía tanta importancia; no mucha, al menos.

Entró en el pasillo del número 27, subió por una corta escalera y aguardó un momento antes de llamar.

En el interior se oían voces. Una de ellas era una estridente voz de mujer:

—Conque tú puedes recibir a tus amigos chatarreros aquí, ¿eh? Se supone que yo debo estar agradecida de que estés en casa dos meses por año. Oh, es suficiente con que pases un par de días conmigo. Luego, de nuevo con los chatarreros.

—Hace bastante tiempo que estoy en casa —replicó una voz masculina—, y esto es un asunto de negocios. ¡Por Marte, Dora, déjalo ya! Llegarán pronto.

Long decidió esperar un poco antes de llamar, para darles la oportunidad de cambiar de tema.

—¿Qué me importa a mí si vienen? —se irritó Dora—. ¡Que me oigan! Y ojalá el comisionado mantuviera la moratoria para siempre. ¿Me oyes?

—¿Y de qué viviríamos? —se acaloró la voz masculina—. Responde a eso.

—Te responderé. Puedes ganarte la vida con un oficio decente en Marte, como todo el mundo. En este edificio soy la única viuda de chatarrero. Eso es lo que soy, una viuda. Peor que una viuda, porque si estuviese viuda, al menos tendría la posibilidad de casarme con otra persona... ¿Qué has dicho?

—Nada, nada.

—Oh, sé muy bien lo que has dicho. Escucha, Dick Swenson... —Sólo he dicho que ahora sé por qué los chatarreros rara vez se casan.

—Y tú no debiste haberlo hecho. Estoy harta de que todo el vecindario se apiade de mí, ponga cara de pena y me pregunte cuándo regresarás. Otros son ingenieros de minas, administradores e incluso excavadores de túneles. Al menos, las esposas de los excavadores hacen una vida hogareña y sus hijos no se crían como vagabundos. Peter bien podría estar huérfano de padre...

Se oyó una aflautada voz de soprano; más distante, como si estuviera en otro cuarto:

—Mamá, ¿qué es un vagabundo?

Dora elevó la voz:

—¡Peter! ¡Dedícate a tu tarea!

—No está bien hablar así delante del chico —murmuró Swenson—. ¿Qué pensará de mí?

—Quédate en casa y enséñale a pensar mejor.

—Mamá —dijo Peter—, cuando crezca seré chatarrero.

Se oyeron unos pasos rápidos. Hubo una pausa y luego un grito agudo.

—¡Mamá! ¡Oye! ¡Suéltame la oreja! ¿Qué he hecho?

Se hizo un silencio. Long aprovechó la oportunidad para llamar. Swenson abrió la puerta, atusándose el cabello con ambas manos. —Hola, Ted —le saludó con voz apagada—. ¡Ha llegado Ted, Dora! ¿Dónde está Mario?

—Llegará dentro de un rato.

Dora salió del cuarto contiguo. Era una mujer menuda y morena, de nariz fruncida y cabello entrecano echado hacia atrás.

—Hola, Ted. ¿Has comido?

—Sí, gracias. No interrumpo, ¿verdad?

—En absoluto. Hace rato que hemos terminado. ¿Quieres café? —De acuerdo.

Ted ofreció su cantimplora.

—Cielos, no era necesario. Tenemos agua en abundancia.



—Insisto.

—Bueno, en ese caso... Dora se volvió a la cocina. A través de la puerta giratoria, Long entrevió un montón de platos apilados sobre un Secoterg, «el limpiador no acuático que absorbe la grasa y la suciedad en un santiamén. Treinta mililitros de agua bastan para lavar tres metros cuadrados de platos y dejarlos relucientes. Compre Secoterg. Secoterg limpia, da brillo a sus platos, elimina los desechos...».

La melodía empezó a zumbarle en la mente y Long decidió hablar para ahuyentarla:

—¿Cómo está Peter?

—Bien, bien. El chico ya está en cuarto curso. Ya sabes que no lo veo mucho. Vaya, cuando regresé la última vez, me miró y dijo...

Continuó hablando durante un rato, aunque no fue tan horrible como un padre torpe contando las frases brillantes de un chico brillante.

Sonó la señal de la puerta y entró Mario Rioz, de mal talante. Swenson se le acercó.

—Oye, no hables de cápsulas. Dora aún recuerda aquella vez que sacaste una cápsula de clase A de mi territorio y hoy está de pésimo humor.

—¿Quién demonios quiere hablar de cápsulas?

Rioz se quitó la cazadora forrada de piel, la colgó en el respaldo de la silla y se sentó.

Dora salió por la puerta giratoria, saludó al recién llegado, con una sonrisa artificial, y le ofreció café.

—Sí, gracias —aceptó Rioz, y buscó su cantimplora.

—Usa un poco más de mi agua, Dora —intervino Long—. Ya me la dará él a mí.

—De acuerdo —dijo Rioz.

—¿Qué pasa, Mario? —preguntó Long.

—Vamos, dímelo —rezongó Rioz—. Dime que me previniste. Hace un año, cuando Hilder dio ese discurso, me lo previniste. Dímelo —Long se encogió de hombros—. Han fijado cupos. La noticia salió hace quince minutos.

—¿Y bien?

—Cincuenta mil toneladas de agua por viaje.

—¿Qué? —estalló Swenson—. ¡No se puede despegar de Marte con cincuenta mil!

—Ésa es la cifra. Lo hacen a propósito para hundirnos. Adiós a los chatarreros.

Dora llegó con el café y lo sirvió.

—¿Adiós a los chatarreros? —preguntó—. ¿De qué estáis hablando?

Miró severamente a Swenson.

—Parece ser —dijo Long— que nos racionarán el agua a cincuenta mil toneladas, y eso significa que no podremos efectuar más viajes.

—¿Y qué hay de malo en ello? —Dora bebió un poco de café y sonrió—. A mi entender es una buena medida. Va siendo hora de que los chatarreros encuentren un empleo estable en Marte. Lo digo en serio. Eso de andar corriendo por el espacio no es vida...

—Dora, por favor —le interrumpió Swenson.

Rioz resopló.

—Sólo estaba dando mi opinión —se justificó Dora, enarcando las cejas.

—Opina todo lo que quieras —dijo Long—. Pero me gustaría decir algo. Lo de las cincuenta mil es tan sólo un detalle. Sabemos que la Tierra, o al menos el partido de Hilder, desea capitalizar políticamente la campaña en favor de la economía del agua, así que estamos en apuros. Tenemos que conseguir agua de algún modo o nos clausurarán del todo, ¿no es cierto?

—Seguro contestó Swenson.

—Pero la pregunta es cómo, ¿no es cierto?

—Si se trata de conseguir agua —habló Rioz, repentinamente locuaz—, sólo se puede hacer una cosa, ya lo sabes. Si los terrosos no nos dan agua, la tomaremos nosotros. El agua no les pertenece sólo porque sus padres y sus abuelos no tuvieron agallas para abandonar su gordo planeta. El agua pertenece a la gente, dondequiera que esté. Nosotros somos gente y el agua es nuestra también. Tenemos derecho a ella.

—¿Cómo propones que la consigamos? —quiso saber Long.

—¡Es fácil! En la Tierra tienen océanos de agua. Es imposible apostar guardias en cada kilómetro cuadrado. Podemos descender en el lado nocturno del planeta cuando nos plazca, llenar nuestras cápsulas y largarnos. ¿Cómo podrían impedirlo?

—De muchas maneras, Mario. ¿Cómo detectas cápsulas en el espacio a una distancia de cien mil kilómetros? Una pequeña cápsula de metal en tanto espacio; ¿cómo? Por radar. ¿Crees que no hay radar en la Tierra? ¿Crees que si la Tierra se entera de que nos dedicamos al contrabando de agua le resultará difícil establecer una red de radar para detectar las naves que llegan del espacio?

—Te diré una cosa, Mario Rioz —intervino Dora—. Mi esposo no participará en ninguna incursión para obtener agua y continuar con la búsqueda de chatarra.

—No se trata sólo de la chatarra —le explicó Mario—. Luego nos cortarán todo lo demás. Tenemos que detenerlos ahora.

—Pero, de cualquier modo, no necesitamos su agua —insistió Dora—. Esto no es Venus ni la Luna. Traemos el agua por tuberías desde los casquetes polares para nuestras necesidades. En este apartamento tenemos un grifo. Hay un grifo en cada apartamento de este edificio.

—El uso doméstico no es el más importante —arguyó Long—. Las minas necesitan agua. ¿Y qué hacemos con los tanques hidropónicos?

—Exacto —le secundó Swenson—. ¿Qué pasará con los tanques hidropónicos,

Dora? Necesitamos agua y es hora de que empecemos a cultivar alimentos frescos, en lugar de depender de esa basura condensada que nos mandan desde la Tierra.

—Escuchadle —refunfuñó Dora—. ¿Qué sabes tú de comida fresca? Jamás la has probado.

—He comido más de la que crees. ¿Recuerdas esas zanahorias que traje una vez?

—Bien, ¿qué tenían de maravilloso? A mi juicio, la protocomida horneada es mucho mejor. Y más saludable. Parece que ahora se ha puesto de moda hablar de verduras frescas porque están aumentándoles los impuestos a esas granjas hidropónicas. Además, todo esto pasará.

—No lo creo —opinó Long—. No por sí solo, al menos. Tal vez Hilder sea el próximo coordinador, y entonces las cosas pueden empeorar. Si también nos recortan los embarques de alimentos...

—Pues bien —exclamó Rioz—, ¿qué hacemos? ¡Yo estoy por tomarla! ¡Tomar el agua!

—Y yo digo que no podemos hacerlo, Mario. ¿No ves que propones actuar al modo de los terrícolas, al estilo terroso? Tratas de aferrarte al cordón umbilical que sujeta Marte a la Tierra. ¿No puedes liberarte de eso? ¿No puedes ver el estilo marciano?

—No, no puedo. ¿Por qué no me lo explicas?

—Te lo explicaré si escuchas. ¿En qué pensamos cuando pensamos en el sistema solar? Mercurio, Venus, La Tierra, la Luna, Marte, Fobos y Deimos. Ahí lo tienes; siete cuerpos celestes, eso es todo. Pero eso no representa ni siquiera el uno por ciento del sistema. Los marcianos estamos al borde del restante noventa y nueve por ciento. Ahí fuera, lejos del Sol, hay increíbles cantidades de agua.

Los otros lo miraron fijamente.

—¿Te refieres a las capas de hielo de Júpiter y de Saturno? —se interesó Swenson, con incertidumbre.

—No específicamente, pero admite que eso es agua. Una capa de agua de mil quinientos kilómetros de espesor es mucha agua.

—Pero está cubierta de capas de amoníaco o algo parecido —objetó Swenson—. Además, no podemos aterrizar en los planetas grandes.

—Lo sé —admitió Long—, pero yo no he dicho que ésa sea la respuesta. Los planetas grandes no es lo único que hay allá. ¿Qué me decís de los asteroides y de los satélites? Vesta es un asteroide de trescientos kilómetros de diámetro y se compone tan sólo de una mole de hielo. Una de las lunas de Saturno también está compuesta principalmente de hielo. ¿Qué os parece?

—¿Nunca has estado en el espacio, Ted? —preguntó Rioz.

—Sabes que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Claro, ya sé que sí, pero sigues hablando como un terroso. ¿Has pensado en las

distancias? Los asteroides se encuentran a un promedio de ciento ochenta millones de kilómetros de Marte en el punto más próximo. Es el doble de la distancia entre Venus y Marte, y sabes que pocas naves de línea cubren esa trayectoria de un tirón. Habitualmente hacen escala en la Tierra o en la Luna. ¿Cuánto tiempo crees que alguien puede permanecer en el espacio?

—No lo sé. ¿Cuál es tu límite?

—Tú conoces el límite, no tienes que preguntármelo. Seis meses. Son datos de manual. Si estás en el espacio durante seis meses, al final eres carne de psicoterapeuta. ¿Es cierto, Dick?

Swenson asintió en silencio.

—Y eso es sólo respecto a los asteroides —continuó Rioz—. De Marte a Júpiter hay quinientos millones de kilómetros, y mil millones hasta Saturno. ¿Quién puede aguantar tanta distancia? Supongamos que vas a una velocidad estándar o que, para compensar, digamos que subes a trescientos megámetros por hora. Con el periodo de aceleración y desaceleración, tardarías seis o siete meses en llegar a Júpiter y un año en llegar a Saturno. Desde luego, teóricamente podrías elevar esa velocidad a un millón quinientos mil kilómetros por hora, pero ¿dónde conseguirías agua para eso?

—¡Caray! —dijo alguien de vocecilla aguda, nariz mugrienta y ojos redondos—. ¡Saturno!

Dora se giró en la silla.

—Peter, ¡regresa a tu cuarto!

—Oh, mamá.

—Nada de «oh mamá».

Hizo un gesto amenazador y Peter se escabulló.

—Oye, Dora —dijo Swenson—, ¿por qué no le haces compañía por un rato? Le costará concentrarse en sus tareas si todos estamos aquí hablando.

Dora sonrió pícaramente y no se movió de donde estaba.

—Me quedaré aquí hasta averiguar qué se propone Ted Long. No me gusta lo que está insinuando.

—Bien —aceptó Swenson nerviosamente—. Olvidémonos de Júpiter y Saturno, estoy seguro de que Ted no piensa en eso; pero ¿qué pasa con Vesta? Podríamos llegar allí en diez o doce semanas, y lo mismo para volver. ¡Trescientos kilómetros de diámetro! ¡Eso significa seis millones de kilómetros cúbicos de hielo!

—¿Y qué? —se opuso Rioz—. ¿Qué hacemos en Vesta? ¿Extraemos el hielo? ¿Instalamos máquinas de minería? ¿Sabes cuánto llevaría eso?

—Estoy hablando de Saturno, no de Vesta —les recordó Long. Rioz se dirigió a un público invisible:

—Le hablo de mil millones de kilómetros y él sigue insistiendo.

—De acuerdo —dijo Long—, dime cómo sabes que sólo podemos permanecer

seis meses en el espacio, Mario.

—¡Es de conocimiento público, rayos!

—¿Porque figura en el Manual del vuelo espacial? Son datos compilados por científicos de la Tierra y a partir de experiencias con pilotos de la Tierra. Sigues pensando como un terroso. No piensas al estilo marciano.

—Por muy marciano que sea, un marciano es un hombre.

—¿Pero cómo puedes estar tan ciego? ¿Cuántas veces habéis estado más de seis meses ahí fuera, sin hacer una pausa?

—Eso es diferente —replicó Rioz.

—¿Porque sois marcianos? ¿Porque sois chatarreros profesionales?

—No, porque no es un vuelo. Podemos regresar a Marte cuando nos plazca.

—Pero no os place. A eso me refiero. Los terrícolas tienen enormes naves con bibliotecas de filmes y con quince tripulantes además de los pasajeros. Pero sólo pueden permanecer allí un máximo de seis meses. Los chatarreros marcianos tienen una nave de dos cabinas y con un solo acompañante. Pero podemos resistir más de seis meses.

—Supongo que tú quieres quedarte en una nave durante un año e ir a Saturno —intervino Dora.

—¿Por qué no, Dora? Podemos hacerlo. ¿No ves que nosotros podemos? Los terrícolas no pueden. Ellos tienen un verdadero mundo. Tienen un cielo abierto, alimentos frescos y todo el aire y el agua que deseen. Subirse a una nave representa un cambio tremendo. Más de seis meses es demasiado para ellos por esa razón. Los marcianos somos diferentes. Nos pasamos la vida viviendo en una nave. Eso es lo que es Marte, una nave. Tan sólo una gran nave de siete mil kilómetros de diámetro, con una pequeña habitación ocupada por cincuenta mil personas. Es cerrado como una nave. Respiramos aire envasado y bebemos agua envasada, que hemos de refinar una y otra vez. Comemos las mismas raciones que comemos a bordo. Cuando subimos a una nave es lo mismo que hemos conocido toda la vida. Podemos aguantar mucho más de un año, si es preciso.

—¿También Dick? —preguntó Dora.

—Todos podemos.

—Bueno, pues Dick no puede. Me parece bien que tanto tú, Ted Long, como ese ladrón de cápsulas, Mario, habléis de viajar durante un año. No estáis casados. Dick, sí. Tiene esposa y un hijo y eso le basta. Él puede conseguir un trabajo normal en Marte. Vaya, supongamos que vais a Saturno y no hay agua allí, ¿cómo regresaréis? Aunque os quedara agua, os quedaríais sin alimentos. Es lo más ridículo que he oído...

—No, escucha —dijo Long, con voz tensa—. He pensado bien en esto. He hablado con el comisionado Sankov y él nos ayudará. Pero necesitamos naves y

hombres. Yo no puedo conseguirlos. Los hombres no me escuchan. Soy un novato. A vosotros os conocen y os respetan. Sois veteranos. Si me respaldáis, aunque no vayáis vosotros, si me ayudáis a convencer al resto, a conseguir voluntarios...

—Primero —gruñó Rioz—, tendrás que darme más explicaciones. Una vez que llegas a Saturno, ¿dónde está el agua?

—Ésa es la belleza del asunto. Por eso tiene que ser Saturno. El agua está flotando en el espacio para quien quiera cogerla.

## 5

Cuando Hamish Sankov llegó a Marte no existían aún los marcianos nativos. Ahora había más de doscientos niños cuyos abuelos eran ya naturales de Marte, nativos de tercera generación.

Él llegó siendo un adolescente, cuando Marte era apenas algo más que un conglomerado de naves espaciales en tierra, conectadas por túneles subterráneos. A lo largo de los años había visto edificios que crecían y se extendían bajo tierra, irguiendo sus hocicos romos en la atmósfera tenue e irrespirable. Había visto surgir enormes depósitos que albergaban naves enteras con su cargamento. Había visto minas que crecían desde la nada hasta abrir una enorme muesca en la corteza marciana, al tiempo que la población aumentaba de cincuenta a cincuenta mil habitantes.

Esos recuerdos le hacían sentir viejo; esos, y los recuerdos aún más vagos inducidos por la presencia de ese terrícola. Su visitante le evocaba olvidados pensamientos acerca de un mundo tibio que era acogedor como un seno materno.

El terrícola parecía recién salido de ese seno. No era muy alto ni muy flaco, sino más bien rechoncho. Tenía el cabello oscuro y pulcramente ondulado, un pulcro bigote y una piel pulcramente restregada. Llevaba ropa elegante, y tan pulcra como podía serlo el plastek.

La ropa de Sankov era de manufactura marciana, práctica y limpia, pero anticuada. Su rostro estaba poblado de arrugas, tenía el cabello blanco y hablaba como bamboleando la nuez de la garganta.

El terrícola era Myron Digby, miembro de la Asamblea General de la Tierra. Sankov era el comisionado de Marte.

—Es un duro golpe para nosotros, asambleísta —dijo Sankov.

—Ha sido un duro golpe para todos, comisionado.

—Ya. En verdad no lo comprendo. No pretendo comprender las decisiones de la Tierra, aunque nací allí. Marte es un lugar inhóspito, y usted debe entenderlo. Necesitamos mucho espacio en una nave tan sólo para traer alimentos, agua y materia prima para vivir. No queda mucho espacio para libros y filmes de noticias. Ni siquiera los programas de vídeo llegan a Marte, excepto durante un mes, cuando la

Tierra está en conjunción, y aun entonces nadie tiene mucho tiempo para escuchar. Prensa Planetaria me envía semanalmente filmes con noticias. En general, no tengo tiempo para verlos con atención. Tal vez nos consideren provincianos, y estarían en lo cierto. Cuando ocurre algo como esto, sólo podemos mirarnos con impotencia.

—No me diga que la gente de Marte no ha oído hablar de la campaña de Hilder contra los derrochadores.

—No, no exactamente. Hay un joven chatarrero, hijo de un buen amigo mío que murió en el espacio —dijo Sankov, e hizo una pequeña pausa, indeciso, mientras se rascaba un lateral del cuello—, que es aficionado a leer sobre la historia de la Tierra y cosas similares. Recibe emisiones de vídeo cuando está en el espacio y oyó hablar a ese Hilder. Por lo que sé, fue el primer discurso de Hilder sobre los derrochadores. El joven me comentó algo a ese respecto, aunque, como es lógico, no lo tomé muy en serio. Durante un tiempo vi los filmes de Prensa Planetaria, pero no se mencionaba mucho a Hilder y lo poco que se decía era para ponerlo en ridículo.

—Sí, comisionado, así es; parecía una broma cuando comenzó.

Sankov estiró sus largas piernas a un lado del escritorio y las cruzó en ángulo.

—A mí me sigue pareciendo una broma. ¿Cuál es su argumento? Estamos consumiendo agua. ¿Ha mirado las cifras? Las tengo todas aquí. Me las hice traer cuando llegó esa comisión.

»Parece ser que la Tierra tiene seiscientos millones de kilómetros cúbicos de agua en sus océanos, y cada kilómetro cúbico pesa tres mil millones de toneladas. Es mucha agua. Nosotros usamos parte de ella en el vuelo espacial. La mayor parte del impulso inicial se efectúa dentro del campo gravitatorio de la Tierra, lo cual significa que el agua arrojada cae de nuevo en los océanos. Hilder no incluye eso en sus cálculos. Cuando dice que se usan millones de toneladas de agua por vuelo, está mintiendo. Son menos de cien mil toneladas.

»Supongamos que haya cincuenta mil vuelos por año, aunque, en realidad, ni siquiera hay mil quinientos. Pero supongamos que hubiera cincuenta mil, pues supongo que habrá una expansión con el tiempo. Con cincuenta mil vuelos, se perdería poco más de un kilómetro cúbico de agua en el espacio a lo largo de un año. Eso significa que, dentro de un millón de años, la Tierra habrá perdido un cuarto del uno por ciento de su provisión total de agua.

Digby extendió las manos y las dejó caer.

—Comisionado, Aleaciones Interplanetarias ha hecho uso de esas cifras en su campaña contra Hilder, pero las frías matemáticas no bastan para luchar contra una arrolladora fuerza emocional. Ese hombre, Hílder, ha inventado un nombre: derrochadores. Lentamente ha transformado ese nombre en una gigantesca conspiración, en una pandilla de pillos brutales y codiciosos que saquean la Tierra para su beneficio personal.

»Ha acusado al Gobierno de estar lleno de ellos, a la Asamblea de estar dominada por ellos, a la prensa de estar en manos de ellos. Nada de esto, lamentablemente, le parece ridículo al ciudadano medio. La gente sabe muy bien lo que unos hombres egoístas pueden hacer con los recursos de la Tierra; sabe lo que sucedió con el petróleo de la Tierra durante la Época Turbulenta, por ejemplo, y el modo en que se destruyó la capa superficial del suelo.

»Cuando un granjero sufre una sequía, le importa un bledo que la cantidad de agua que se pierde en un vuelo espacial sea insignificante. Hilder le ha dado algo a lo que echarle la culpa, y ése es el mayor consuelo posible ante el desastre. No renunciará a ello por unas cifras.

—Eso es lo que me deja confuso —reconoció Sankov—. Tal vez porque no sé cómo funcionan las cosas en la Tierra, pero me parece que allí no hay sólo granjeros que sufren sequías. Por lo que pude deducir de los resúmenes de noticias, los partidarios de Hilder son una minoría. ¿Por qué la Tierra hace caso de unos cuantos granjeros y de los chiflados que los azuzan?

—Porque, comisionado, hay gente preocupada. La industria del acero ve que el auge del vuelo espacial hará creciente hincapié en las aleaciones livianas no ferrosas. Los sindicatos de mineros se preocupan por la competencia extraterrestre. Cada terrícola que no consigue aluminio para construir una estructura prefabricada está seguro de que el aluminio va a Marte. Conozco a un profesor de arqueología que se opone a los derrochadores porque él no consigue una subvención gubernamental para financiar sus excavaciones. Está convencido de que todo el dinero del Gobierno se dedica a la investigación sobre la tecnología de los cohetes y a la medicina espacial, y está resentido.

—Por lo visto, la gente de la Tierra no es muy distinta de la gente de Marte. Pero ¿y la Asamblea General? ¿Por qué presta oídos a Hilder?

Digby sonrió amargamente.

—No es agradable explicar la política. Hilder introdujo una ley para la formación de una comisión que investigue el derroche en el vuelo espacial. Tres cuartos de la Asamblea General estaban en contra de tal investigación, pues la consideraban una intolerable e inútil extensión de la burocracia; y eso es en realidad. Ahora bien, ¿cómo puede un legislador oponerse a una mera investigación de despilfarro? Daría la impresión de que tiene algo que temer o que ocultar. Daría la impresión de que él mismo saca provecho del derroche. Y Hilder no teme hacer tales acusaciones, que, ciertas o no, influirían muchísimo sobre los votantes en las próximas elecciones. La ley se aprobó. Además, había que designar a los miembros de la comisión. Los que se oponían a Hilder rechazaron el nombramiento, pues les habría supuesto enfrentarse continuamente a decisiones embarazosas. Era más seguro permanecer al margen, para no estar expuesto a las invectivas de Hilder. El resultado es que yo soy el único



miembro de la comisión opuesto abiertamente a Hilder, y eso probablemente me costará la reelección.

—Lo lamento, asambleísta. Parece ser que Marte no tiene tantos amigos como creíamos, así que no nos gustaría perder uno más. ¿Y qué pensará hacer Hilder si se sale con la suya?

—Creo que es evidente. Quiere ser el próximo coordinador global.

—¿Cree usted que lo logrará?

—Si nada lo detiene, por supuesto que sí.

—¿Y entonces qué? ¿Se olvidará de esta campaña contra los derrochadores?

—Lo ignoro. No sé si tiene planes para cuando sea coordinador. Pero, a mi juicio, no podría abandonar la campaña sin perder popularidad. Se le ha ido de las manos.

Sankov se rascó el lateral del cuello.

—De acuerdo. Siendo así, le pediré un consejo. ¿Qué podemos hacer los marcianos? Usted conoce la Tierra. Usted conoce la situación. Nosotros no. Díganos qué hacer.

Digby se levantó y caminó hasta la ventana. Miró las bajas cúpulas de los otros edificios, la llanura roja, pedregosa y desolada, el cielo purpúreo y el Sol empequeñecido.

—¿De veras les gusta Marte? —preguntó sin volverse.

Sankov sonrió.

—La mayoría de nosotros no conocemos otro mundo, asambleísta. Creo que la Tierra nos resultaría rara e incómoda.

—¿Quiere decir que los marcianos no se acostumbrarían? Después de esto no sería difícil adaptarse a la Tierra. ¿No disfrutarían ustedes del privilegio de respirar aire bajo un cielo abierto? Usted vivió en la Tierra, recordará cómo es.

—Lo recuerdo vagamente. Pero no es fácil de explicar. La Tierra está ahí. Se adapta a la gente y la gente se adapta a ella. La gente acepta la Tierra tal como es. En Marte es distinto. Es un planeta tosco y no se adapta a la gente. Hay que transformarlo. La gente, en vez de aceptar lo que encuentra, construye un mundo. Marte aún no es gran cosa, pero estamos construyendo y, cuando hayamos terminado, tendremos exactamente lo que nos gusta. Esa sensación de estar construyendo un mundo es magnífica. La Tierra nos resultaría insípida después de eso.

—No creo que el marciano común sea tan filosófico como para contentarse con vivir esta vida cruel, en aras de un futuro que debe de estar a cientos de generaciones de distancia.

—No, no es así. —Sankov apoyó el tobillo derecho en la rodilla izquierda y se lo sujetó con la mano—. Ya le he dicho que los marcianos se parecen mucho a los terrícolas, lo cual significa que son seres humanos, y los seres humanos no son muy amantes de la filosofía. No obstante, vivir en un mundo en crecimiento tiene sus

atractivos, se sea o no consciente de ellos.

»Mi padre me enviaba cartas cuando vine a Marte. Él era contable y siguió siendo contable. Cuando él falleció, la Tierra era igual que el día en que nació. No vio ocurrir nada. Cada día fue similar al anterior, y vivir supuso para mi padre tan sólo un modo de pasar el tiempo hasta que murió.

»En Marte es diferente. Cada día hay algo nuevo: la ciudad es más grande, el sistema de ventilación se perfecciona, las tuberías que traen agua desde los polos funcionan mejor. Ahora planeamos fundar nuestra propia asociación de filmes de noticias; la llamaremos Prensa de Marte. Si usted no ha vivido en un momento en que todo crece en derredor, no comprenderá esta maravillosa sensación.

»No, asambleísta. Marte es duro de roer y la Tierra es mucho más confortable, pero nuestros muchachos no serían felices en la Tierra. Tal vez no entenderían por qué, pero se sentirían desorientados e inútiles. Creo que muchos no lograrían adaptarse.

Digby se apartó de la ventana y arrugó su rosada frente.

—En ese caso, comisionado, lo lamento por ustedes. Por todos ustedes.

—¿Por qué?

—Porque no creo que la gente de Marte pueda hacer nada. Ni la gente de la Luna o de Venus. No ocurrirá ahora y quizá no ocurra dentro de un par de años o de cinco años, pero pronto todos deberán regresar a la Tierra, a menos...

Sankov unió sus blancas cejas.

—¿Sí?

—A menos que encuentren ustedes otra fuente de agua, al margen del planeta Tierra.

Sankov sacudió la cabeza.

—No parece probable, ¿verdad?

—No mucho.

—¿Y usted cree que no hay otra posibilidad, aparte de ésa?

—Ninguna.

Después de eso, Digby se marchó y Sankov se quedó mirando al vacío durante un buen rato antes de teclear una combinación de la línea local de comunicaciones.

No pasó mucho tiempo y Ted Long se presentó ante él.

—Tenías razón, hijo —dijo Sankov—. No pueden hacer nada. Ni siquiera los bienintencionados encuentran solución. ¿Cómo lo supiste?

—Comisionado, cuando uno ha leído bastante sobre la Época Turbulenta, particularmente sobre el siglo veinte, la política no reserva sorpresas.

—Es posible. De cualquier modo, hijo, el asambleísta Digby lo lamenta muchísimo por nosotros, pero eso es todo. Dice que tendremos que abandonar Marte... o conseguir agua en otro sitio. Sólo que él cree que no podemos conseguir

agua en ninguna otra parte.

—Usted sabe que sí podemos, comisionado.

—Sé que podríamos, hijo. Es un riesgo tremendo.

—Si encuentro suficientes voluntarios, el riesgo correrá por cuenta nuestra.

—¿Y cómo andan las cosas?

—No van mal. Algunos de los muchachos se han puesto de mi lado. He convencido a Mario Rioz, por ejemplo, y usted sabe que es uno de los mejores.

—En efecto; los voluntarios serán nuestros mejores hombres. Detesto permitirlo.

—Si regresamos habrá valido la pena.

—Si regresáis... Ese «si» es una gran palabra, hijo.

—Y el nuestro es un gran intento.

—Bien, prometí que si la Tierra no nos ayudaba yo intentaría que el pozo de Fobos os diera toda el agua que necesitáis. Buena suerte.

## 6

A ochocientos mil kilómetros de Saturno, Mario Rioz dormía sobre la nada y su sueño era delicioso. Se despertó lentamente y durante un rato, enfundado en el traje, contó las estrellas y trazó líneas imaginarias para unir las. Al principio, según pasaban las semanas, fue como el trabajo de chatarrero, excepto por la punzante sensación de que cada minuto significaba miles de kilómetros más de distancia entre ellos y el resto de la humanidad. Eso empeoraba las cosas.

Apuntaron alto para salir de la eclíptica atravesando el Cinturón de Asteroides. Eso supuso un elevado consumo de agua y tal vez había sido innecesario. Aunque esas decenas de millares de pequeños mundos parecen encontrarse apiñados como gusanos, cuando se los contempla en la proyección bidimensional de una placa fotográfica, en realidad están tan esparcidos, a lo largo de los miles de billones de kilómetros cúbicos que abarca su órbita conjunta, que sólo una tremenda coincidencia podría producir una colisión.

Aun así, sobrepasaron el Cinturón y alguien calculó las probabilidades de colisión con un fragmento de materia lo suficientemente grande como para causar daño. El valor resultante fue tan bajo que tal vez era inevitable que a alguien se le ocurriera la idea de la «flotación espacial».

Los días se hacían interminables, el espacio suponía únicamente un inmenso vacío y sólo se necesitaba un hombre por turno ante los controles. La idea, pues, fue inevitable.

Primero, un temerario se aventuró a salir quince minutos. Luego, otro lo intentó durante media hora. Lo cierto es que, antes de dejar atrás los asteroides, cada nave contaba con un tripulante, fuera de servicio, suspendido en el espacio en el extremo de un cable.

Era bastante fácil. El cable —uno de los cables que utilizarían después, en las operaciones del final de la travesía— estaba adherido magnéticamente por ambos extremos; uno de ellos, al traje espacial. El tripulante salía al casco de la nave y adhería allí el otro extremo. Aguardaba un rato, aferrándose al casco de metal con los electroimanes de las botas y, luego, neutralizaba los electroimanes y hacía un ínfimo esfuerzo muscular.

Lentamente se elevaba mientras la gran masa de la nave se desplazaba hacia abajo. El tripulante flotaba sin peso en esa negrura cuajada de estrellas. Cuando la nave se alejaba a suficiente distancia, la mano enguantada del tripulante se cerraba sobre el cable. Sí apretaba demasiado, comenzaba a desplazarse hacia la nave; si apretaba lo justo, la fricción lo detenía. Como el movimiento era equivalente al de la nave, ésta parecía tan inmóvil como si estuviera pintada contra un fondo imposible, mientras el cable colgaba en rollos que no tenían razones para estirarse.

El tripulante sólo veía media nave, la mitad iluminada por la débil luz del Sol, aún demasiado brillante para mirarla directamente sin la protección del grueso visor polarizado del traje espacial. La otra mitad era negro sobre negro; invisible.

El espacio se cerraba sobre sí mismo, y la sensación era la de estar dormido. El traje era tibia, renovaba el aire automáticamente, tenía comida y bebida en contenedores especiales, de donde se podían sorber con un pequeño movimiento de la cabeza, y eliminaba los desechos. Y la falta de peso provocaba una deliciosa euforia.

Era sensacional. Los largos e interminables días pasaron a ser breves e insuficientes.

Atravesaron la órbita de Júpiter a 30 grados de la posición del gigante. Durante meses fue el objeto más brillante del cielo, siempre con la excepción de la reluciente habichuela blanca que era el Sol. Los chatarreros divisaban Júpiter como una esfera diminuta, con un lado deformado por la sombra nocturna.

Posteriormente, durante varios meses, Júpiter fue desvaneciéndose, al tiempo que otro punto de luz iba cobrando brillo. Era Saturno; al principio, un punto brillante y, luego, una mancha ovalada y resplandeciente.

(«¿Por qué es ovalado?», preguntó uno y alguien le respondió: «Por los anillos, desde luego.» )

Hacia el final del viaje todo el mundo quería flotar en el espacio, contemplando Saturno sin cesar.

(«Oye, imbécil, entra ya, maldita sea. Es tu turno.» «¿Mi turno? Según mi reloj, me quedan quince minutos más.» «Habrás retrasado el reloj. Además, te di veinte minutos ayer.» «Tú no le darías dos minutos ni a tu abuela.» «Entra ya, hombre, o salgo de todos modos.» «Vale, ya voy. Qué pesado, tanto alboroto por un mísero minuto.» Pero ninguna riña era del todo seria en el espacio, pues se sentía uno demasiado a gusto.)

Saturno aumentó de tamaño hasta igualar al Sol y luego superarlo. Los anillos, en un ángulo pronunciado con respecto a la trayectoria de aproximación, rodeaban majestuosamente el planeta, y sólo una pequeña parte aparecía eclipsada. Según se iban acercando, la extensión de los anillos aumentaba, aunque también se estrechaban a medida que decrecía el ángulo de aproximación.

Las grandes lunas despuntaron en el cielo circundante, como plácidas luciérnagas. Mario Rioz se alegró de estar despierto para poder contemplarlo.

Saturno, surcado por estrías anaranjadas, llenaba la mitad del cielo, y la sombra nocturna ocultaba casi un cuarto del borde derecho. Los dos puntitos redondos que destacaban contra el resplandor eran las sombras de dos lunas. A la izquierda y detrás de ellos (Rioz podía mirar por encima del hombro izquierdo para verlo, inclinándose a la derecha con el fin de conservar el impulso angular), estaba el blanco diamante del Sol.

Lo que más le gustaba era mirar los anillos. A la izquierda surgían por detrás de Saturno, una compacta franja triple y de luz anaranjada. A la derecha, sus comienzos se desdibujaban en la sombra nocturna, pero cada vez se veían más cercanos y más anchos. Se agrandaban al acercarse, como la bocina de un cuerno de caza, y se iban volviendo más nebulosos, hasta que al fin llenaban el cielo y se perdían.

Desde la posición de la flota de chatarreros, justo dentro del borde exterior del anillo más alejado de la corteza del planeta, los anillos se dividían y cobraban su verdadera identidad: un imponente conglomerado de fragmentos sólidos, no esa compacta franja de luz que aparentaban ser.

Debajo de Rioz (o, mejor dicho, en la dirección a que apuntaban sus pies), a unos treinta kilómetros, estaba uno de los fragmentos. Parecía una mancha grande e irregular que alteraba la simetría del espacio, con tres cuartas partes brillantes y una sombra nocturna cortante como un cuchillo. Los fragmentos más alejados chispeaban como polvo estelar, opaco y denso, hasta que volvían a adquirir la apariencia de anillos.

Los fragmentos permanecían inmóviles, pero sólo porque las naves habían adoptado una órbita equivalente a la del borde exterior de los anillos.

El día anterior, reflexionó Rioz, había estado en ese fragmento cercano, trabajando con una veintena de compañeros para imprimirle la forma deseada. Mañana estaría de nuevo allí.

Hoy flotaba en el espacio.

—¿Mario? —preguntó una voz por los auriculares.

Rioz sintió fastidio. Maldición, no estaba de humor para compañías. —Al habla —contestó.

—Me pareció haber localizado tu nave. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Eres tú, Ted?

—Correcto —dijo Long.

—¿Algún problema con el fragmento?

—Ninguno. Estoy flotando.

—¿Tú?

—También a mí me gusta de vez en cuando. Es hermoso, ¿verdad? —Muy bonito —convino Rioz.

—Ya sabes que he leído libros terrícolas...

—Libros terrosos, querrás decir.

Rioz bostezó y notó que le costaba sentir rencor.

—... y a veces leía descripciones de gente tumbada en la hierba —continuó Long—. ¿Recuerdas? Esa cosa verde, como largos y delgados trozos de papel, que había en el suelo. Bueno, pues contemplan el cielo azul poblado de nubes. ¿Has visto alguna película sobre eso?

—Claro. No me llamó la atención. Parecía frío.

—Sin embargo, yo creo que no lo es. La Tierra está muy cerca del Sol, y dicen que la atmósfera tiene suficiente grosor para retener el calor. Debo admitir que personalmente odiaría estar bajo el cielo abierto, sin nada encima salvo mi ropa común. Pero supongo que a ellos les agrada.

—Los terrosos están chiflados.

—Hablan de árboles, de tallos grandes y pardos y de vientos..., ya sabes, los movimientos de aire.

—Te refieres a las corrientes. Por mí que se las guarden.

—No importa. Lo interesante es que lo describen de un modo bello, casi apasionadamente. Muchas veces me he preguntado qué se sentiría, si era algo que sólo los terrícolas podían sentir. Creía perderme algo vital. Ahora sé cuál debe de ser la sensación. Es ésta. Una paz plena en medio de un universo impregnado de belleza.

—A los terrosos no les gustaría. Están tan habituados a su asqueroso mundo que no sabrían apreciar esta sensación de flotar mirando a Saturno.

Movió el cuerpo y comenzó a mecerse en torno del centro de su masa, lenta y apaciblemente.

—Sí, opino lo mismo —dijo Long—. Son esclavos de su planeta. Aunque fueran a Marte, sólo sus hijos se sentirían libres. Alguna vez habrá naves estelares; enormes aparatos que podrán trasladar a miles de personas y conservar su equilibrio autónomo durante decenios, quizá siglos. La humanidad se diseminará por la galaxia. Pero la gente tendrá que pasarse la vida a bordo, a menos que se desarrollen nuevos métodos de viaje interestelar, así que serán los marcianos, no los terrícolas, quienes colonizarán el universo. Es inevitable. Tiene que ser así. Es el estilo marciano.

Pero Rioz no respondió. Se había vuelto a dormir, meciéndose suavemente a ochocientos mil kilómetros de Saturno.

Trabajar en el fragmento del anillo era el reverso de la moneda. La falta de peso, la paz y la intimidad de la flotación espacial se reemplazaban por algo que no tenía paz ni intimidad. Incluso la falta de peso, que seguía estando presente, era más un purgatorio que un paraíso en esas nuevas condiciones.

Por ejemplo, para manejar un proyector térmico no portátil. Se podía levantar aunque tuviera dos metros de altura y de anchura y fuera de metal sólido, pues pesaba sólo unos gramos. Pero su inercia era la misma de siempre, con lo cual había que moverlo muy despacio para que no pasara de largo, arrastrando al hombre que lo llevaba, que entonces tenía que activar el campo de seudogravedad del traje y frenar bruscamente.

Keralski había activado el campo a demasiada intensidad y frenó violentamente, y el proyector bajó con él en un ángulo peligroso. Su tobillo triturado fue la primera baja que sufrió la expedición.

Rioz maldecía sin cesar. No podía deshacerse del acto reflejo de enjugarse el sudor de la frente con la mano y, en consecuencia, el metal chocaba contra el silicio con un estrépito que resonaba ensordecedoramente dentro del traje, pero sin que le sirviera de nada,

Los secadores internos del traje aspiraban a toda potencia, recuperando el agua y vertiendo un líquido purificado en el receptáculo correspondiente.

—¡Demonios, Dick —gritó Rioz—, aguarda a que te dé la orden!

—Bueno, y ¿cuánto tiempo tendré que esperar? —replicó Swenson.

—¡Hasta que yo diga!

Reforzó la seudogravedad, alzó el proyector y redujo la seudogravedad para que el proyector permaneciera en su sitio unos minutos aunque él retirara su apoyo. Apartó el cable (se extendía más allá del cercano «horizonte», hasta una fuente energética que estaba fuera de la vista) y activó el mecanismo.

El material de que estaba compuesto el fragmento burbujeó y se deshizo. Una sección del borde de la enorme cavidad que ya habían abierto se derritió, limando una aspereza del contorno.

—Prueba ahora —dijo Rioz.

Swenson estaba a bordo de la nave y se cernía cerca de la cabeza de Rioz.

—¿Todo preparado? —preguntó.

—Te he dicho que comenzarás.

Un débil chorro de vapor brotó de una tobera de proa. La nave descendió hacia el fragmento. Otro chorro corrigió un desvío lateral. La nave descendió en línea recta.

Un chorro de popa aminoró la velocidad.

Rioz observaba en tensión.

—Continúa bajando. Lo lograrás. Lo lograrás.

La popa de la nave penetró en la cavidad. Las paredes se aproximaron cada vez más al borde. Hubo un chirrido vibrante cuando la nave se detuvo.

Esa vez fue Swenson quien maldijo.

—No entra —protestó.

Rioz arrojó el proyector al suelo, airado, lo que le hizo agitarse en el espacio. El proyector elevó una nube de polvo cristalino y, cuando Rioz bajó por la seudogravedad, ocurrió otro tanto.

—¡Entraste torcido, estúpido terroso!

—¡Entré derecho, mugriento granjero!

Las toberas laterales de la nave escupieron un chorro más potente y Rioz saltó para apartarse del camino.

La nave salió de la cavidad y se elevó unos ochocientos metros en el espacio, hasta que las toberas de proa la frenaron.

—Destrozaremos la nave si fallamos de nuevo —gruñó Swenson—. Hazlo bien, ¿quieres?

—Lo haré bien, no te preocupes. Pero desciende derecho.

Rioz dio un brinco y ascendió trescientos metros para tener una visión general de la cavidad. Las marcas de la nave eran claras. Estaban concentradas en el borde superior del orificio. Corregiría eso.

El borde comenzó a derretirse bajo el chorro del proyector.

Media hora después, la nave se acomodó en la cavidad, y Swenson salió en su traje espacial para unirse a Rioz.

—Si quieres subir a bordo para quitarte el traje, yo me encargaré del hielo.

—Está bien así —dijo Rioz—. Prefiero quedarme aquí viendo a Saturno.

Se sentó en el borde de la cavidad. Había una brecha de dos metros entre el orificio y la nave. En algunos puntos del círculo era de medio metro y en otros, de pocos centímetros. No se podía efectuar un trabajo más exacto. El ajuste final se lograría evaporando hielo y permitiendo que se congelara dentro de la cavidad, entre el borde y la nave.

Saturno se desplazaba por el cielo y su vasta mole se hundía en el horizonte.

—¿Cuántas naves quedan por colocar? —preguntó Rioz.

—Según he oído quedaban once. Nosotros ya hemos entrado, así que sólo quedan diez. Siete de las que han entrado están montadas, y hay dos o tres desmanteladas.

—Vamos bien.

—Aún queda mucho por hacer. No olvides las toberas principales del otro extremo. Y los cables y las líneas energéticas. A veces me pregunto sí lo lograremos. Durante el viaje no me preocupaba tanto, pero ahora estaba sentado ante los controles y me repetía: «No lo lograremos. Nos moriremos de hambre con Saturno sobre



nuestras cabezas.» Hace que me sienta...

No explicó cómo le hacía sentirse; simplemente se quedó donde estaba.

—Piensas demasiado —dijo Rioz.

—Para ti es distinto. Yo pensaba en Peter y en Dora...

—¿Por qué? Ella te dijo que podías venir, ¿verdad? El comisionado le echó ese discurso sobre el patriotismo, le dijo que serías un héroe y que tendrías la vida solucionada cuando regresaras, así que te dejó venir. No te escapaste, como Adams.

—Adams es diferente. Tendrían que haber liquidado a su esposa cuando nació. Algunas mujeres te hacen la vida imposible. Ella no quería que viniera, pero tal vez hubiera preferido que él no regresara, siempre y cuando le pagaran la indemnización.

—Entonces, ¿cuál es tu problema? Dora quiere que regreses, ¿no?

Swenson suspiró.

—Nunca la he tratado bien.

—Le cediste tu paga. Yo no haría eso por ninguna mujer. Sólo pago por lo que recibo, ni un céntimo más.

—No es por el dinero. Aquí me he puesto a pensar. A una mujer le gusta tener compañía. Un hijo necesita al padre. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Preparándote para volver a casa.

—¡Bah, tú no entiendes nada!

## 8

Ted Long recorría la escabrosa superficie del fragmento con un ánimo tan helado como el suelo que pisaba. En Marte le había parecido que era algo perfectamente lógico. Lo analizó todo una y otra vez con sumo cuidado. Aún recordaba su razonamiento.

No se necesitaba una tonelada de agua para desplazar cada tonelada de la nave. La ecuación no era masa igual a masa, sino masa por velocidad igual a masa por velocidad. En otras palabras, no importaba que uno disparase una tonelada de agua a un kilómetro por segundo o cincuenta kilos de agua a veinte kilómetros por segundo. La nave alcanzaba la misma velocidad final.

Eso significaba que las toberas debían ser más estrechas y que el vapor tenía que estar más caliente. Pero entonces aparecieron los problemas. Cuanto más estrecha era la tobera, más energía se perdía por fricción y turbulencia. Cuanto más caliente estaba el vapor, más refractaria tenía que ser la tobera y menos duraba. Llegaron muy pronto al límite.

Además, con una tobera estrecha, un determinado peso de agua podía desplazar un peso muy superior, así que era conveniente un tamaño grande. Cuanto mayor era el espacio para el almacenamiento de agua, tanto mayor era también el tamaño de la ojiva, incluso en proporción. Así que comenzaron a construir naves de mayor tamaño

y más pesadas, pero cuanto mayor hacían el casco más gruesos eran los refuerzos, más difíciles las soldaduras, más agotadores los requerimientos técnicos. También en ese aspecto habían llegado al límite.

Hasta que descubrió lo que parecía ser el defecto básico: la idea de que el combustible se debía guardar dentro de la nave. Había que construir un aparato de metal capaz de albergar un millón de toneladas de agua.

¿Por qué? El agua no tenía por qué ser agua. Podía ser hielo, y el hielo era moldeable. Podían abrir orificios en él, y las ojivas y las toberas encajarían en su interior y los cables sujetarían firmemente las ojivas a las toberas por el influjo de los campos de fuerza magnéticos.

Long sintió el temblor del suelo que pisaba. Se encontraba en la parte superior del fragmento. Una docena de naves entraban y salían por cavidades horadadas en el hielo, y el fragmento temblaba por el efecto del impacto continuo.

No era preciso extraer el hielo. Existía en moles adecuadas en los anillos de Saturno. Eso eran los anillos: trozos de hielo rotando en torno del planeta. Así lo afirmaba la espectroscopia y así había resultado en la realidad. En ese momento se encontraba sobre uno de esos fragmentos de tres kilómetros de longitud y un kilómetro de grosor; quinientos millones de toneladas de agua en una sola pieza, y él estaba encima.

Y se enfrentaba cara a cara con la realidad de la vida. Nunca les había informado a los hombres de cuánto tardarían, según sus cálculos, en transformar un fragmento en una nave, aunque él pensaba que serían dos días. Pero ya había pasado una semana y prefería no pensar en cuánto faltaba. Ya no confiaba en que la tarea fuera posible. ¿Podrían controlar las toberas con suficiente precisión mediante cables extendidos a lo largo de tres kilómetros de hielo para liberarse de la poderosa gravedad de Saturno?

El agua potable escaseaba, aunque siempre podrían destilar más a partir del hielo. Y las reservas de alimentos tampoco eran alentadoras.

Miró hacia arriba y entrecerró los ojos. ¿Ese objeto estaba aumentando de tamaño? Intentó calcular la distancia, pero no se encontraba con ánimos para sumar ese problema a los demás. Volvió a las inquietudes más inmediatas.

A1 menos, la moral era alta. Los hombres parecían felices de estar ante Saturno. Eran los primeros humanos que llegaban tan lejos, los primeros que habían atravesado los asteroides, los primeros en ver Júpiter como un guijarro resplandeciente a simple vista, los primeros en ver Saturno como lo estaban viendo.

No se esperaba que cincuenta chatarreros pragmáticos y curtidos se tomaran la molestia de sentir una emoción de ese tipo. Pero la sentían. Y estaban orgullosos.

Dos hombres y una nave semienterrada asomaron en el horizonte mientras él caminaba.

—¡Hola! —saludó.

—¿Eres tú, Ted? —preguntó Rioz.

—Claro que sí. ¿Es Dick quien te acompaña?

—Por supuesto. Ven a sentarte. Nos estábamos preparando para afianzarla y buscábamos una excusa para demorarnos.

—Pues yo no —dijo Swenson—. ¿Cuándo partiremos, Ted?

—En cuanto terminemos. No es una respuesta satisfactoria, ¿eh? —Supongo que no hay otra —se resignó Swenson.

Long miró la mancha brillante e irregular que cubría el cielo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rioz, mirando en la misma dirección. No respondió en seguida. El resto del cielo estaba negro y los fragmentos de los anillos formaban un polvo anaranjado. Más de las tres cuartas partes de Saturno se hallaban ocultas tras el horizonte y los anillos lo acompañaban. A un kilómetro, una nave rozó el borde helado del asteroide, recibió la anaranjada luz de Saturno y se perdió de vista.

El suelo tembló ligeramente.

—¿Algo te preocupa de la Sombra? —preguntó Rioz.

Así lo llamaban. Era el fragmento más cercano de los anillos; muy cercano, considerando que se encontraban en el borde exterior, donde los fragmentos aparecían esparcidos a bastante distancia. Estaba a treinta kilómetros, una montaña escabrosa y apenas visible.

—¿Cómo lo veis? —preguntó Long.

Rioz se encogió de hombros.

—Supongo que bien. No veo ningún problema.

—¿No te parece que está creciendo?

—¿Por qué iba a crecer?

—¿No da esa impresión?

Rioz y Swenson la miraron pensativamente.

—Sí que parece más grande —dijo Swenson.

—Nos estás metiendo esa idea en la cabeza —protestó Rioz—. Si estuviera creciendo, se estaría aproximando.

—¿Y por qué eso es imposible?

—Estas cosas permanecen en órbitas estables.

—Lo estaban cuando llegamos. Vaya, ¿lo habéis sentido? —El suelo había temblado de nuevo—. Llevamos una semana horadando esto. Primero, veinticinco naves aterrizaron encima, con lo cual alteraron su impulso, aunque no mucho. Luego, derretimos algunas partes y nuestras naves han estado entrando y saliendo sin parar, y todo en el mismo extremo. Dentro de una semana habremos cambiado un poco su órbita. Los dos fragmentos, éste y la Sombra, podrían estar convergiendo.

—Hay bastante espacio como para que choquen. —Rioz se quedó mirando

pensativo—. Además, si ni siquiera sabemos con certeza si se está agrandando, ¿a qué velocidad se puede desplazar? En relación con nosotros, quiero decir.

—No tiene que desplazarse rápidamente. Su impulso es tan grande como el nuestro, de modo que, por suave que sea la colisión, nos sacará de nuestra órbita, quizás hacia Saturno, y no queremos ir allí. El hielo tiene una fuerza dúctil muy baja, o sea que ambos podrían hacerse pedazos.

Swenson se puso de .pie.

—¡Demonios, si puedo distinguir el movimiento de una cápsula a más de mil quinientos kilómetros, puedo distinguir lo que hace una montaña a treinta!

Se dirigió hacia la nave y Long no lo detuvo.

—Ese tío está nervioso —dijo Rioz.

El planetoide vecino se elevó al cénit, pasó por encima de ellos y comenzó a descender. Veinte minutos después, el horizonte opuesto a esa parte por la que había desaparecido Saturno estalló en una llamarada de color naranja cuando su mole comenzó a elevarse de nuevo.

—Oye, Dick, ¿te has muerto? —preguntó Rioz por radio.

—Estoy verificando —fue la sofocada respuesta.

—¿Se está moviendo? —quiso saber Long.

—Sí.

—¿Hacia nosotros?

Hubo una pausa, y la voz de Swenson sonó preocupada:

—De frente, Ted. Las órbitas se entrecruzarán dentro de tres días. —¡Estás loco!  
—aulló Rioz.

—Lo he verificado cuatro veces —dijo Swenson.

¿Qué haremos ahora?, se preguntó Long.

## 9

Algunos hombres tenían problemas con los cables. Había que tenderlos con precisión; la geometría debía ser casi perfecta para que el campo magnético alcanzara su máxima potencia. En el espacio, o incluso en el aire, no hubiera importado, pues los cables se habrían alineado automáticamente una vez que se activara la potencia.

Pero allí era diferente. Había que cavar una muesca a lo largo de la superficie del planetoide e insertar un cable. Si se desviaba unos pocos minutos del arco de la dirección calculada, se aplicaría una torsión a todo el planetoide, con la consiguiente pérdida de energía, la cual era escasa. En ese caso habría que trazar de nuevo las muescas, mover los cables y enterrarlos en el hielo en nuevas posiciones.

Los hombres trabajaban fatigosamente.

Y entonces recibieron la orden:

—¡Todos con las toberas!

Los chatarreros no eran gente que aceptara la disciplina de buena gana. Mascullando y protestando, se pusieron a desmontar las toberas que aún permanecían intactas y se las llevaron al extremo final del planetoide, las pusieron en posición y tendieron los cables sobre la superficie.

Pasaron veinticuatro horas hasta que uno de ellos miró al cielo y soltó un juramento no reproducible.

—¡Que me cuelguen! —exclamó su vecino.

Pronto todos los notaron, y aquello se convirtió en el hecho más sorprendente del universo.

—¡Mirad la Sombra!

Se extendía por el cielo como si se tratara de una herida infectada. Los hombres la observaron, notaron que su tamaño se había duplicado y se preguntaron por qué no lo habían visto antes.

La faena se detuvo. Todos asediaron a Ted Long.

—No podemos partir —dijo él—. No tenemos combustible para llegar a Marte ni equipo para capturar otro planetoide, así que debemos quedarnos. La Sombra se acerca porque las perforaciones nos han sacado de nuestra órbita. Tenemos que modificar la situación continuando con la tarea. Como no podemos perforar la parte frontal sin poner en peligro la nave que estamos construyendo, probaremos de otro modo.

Continuaron trabajando con las toberas con una tenaz energía que se intensificaba cada media hora, cuando la Sombra se elevaba de nuevo sobre el horizonte, cada vez más grande y amenazadora.

Long no estaba seguro de que aquello funcionara. Aun cuando las toberas respondiesen a los controles distantes, aun cuando la provisión de agua —que dependía de una cámara de almacenaje que se conectaba directamente con el cuerpo helado del planetoide, con proyectores térmicos que enviaban el fluido propulsor a las células impulsoras— fuese la adecuada, no era seguro que el planetoide, sin un revestimiento de cables magnéticos, se sostuviera ante esas enormes tensiones.

—¡Preparados! —le comunicaron por el receptor.

—¡Preparados! —respondió Long, y cerró el contacto.

La vibración creció en derredor. El campo estelar tembló en la pantalla.

A popa estalló un reluciente penacho de cristales de hielo.

—¡Está funcionando! —gritó alguien.

Siguió funcionando. Long no se atrevía a detenerse. Durante seis horas el chorro sopló, siseó, burbujeó y se evaporó en el espacio. El cuerpo del planetoide se convertía en vapor.

La Sombra se aproximó tanto que los hombres no hacían más que mirar esa montaña en el cielo, aún más espectacular que Saturno. Cada surco y cada valle era

una cicatriz visible. Pero cuando atravesó la órbita del planetoide pasó a un kilómetro de donde estaban.

El chorro de vapor cesó.

Long se dobló en su asiento y cerró los ojos. Llevaba dos días sin probar bocado. Ya podía comer. No había ningún otro planetoide cerca que los amenazara, aun cuando comenzase su aproximación en ese mismo instante.

En la superficie, Swenson comentó:

—Mientras veía aproximarse esa condenada roca, no cesaba de repetirme: «Esto no puede pasar. No podemos permitir que ocurra.»

—Demonios —dijo Rioz—, todos estábamos nerviosos. ¿Viste a Jim Davis? Estaba verde. Hasta yo me llevé un buen susto.

—No es eso... No era sólo la muerte... Es raro, pero no puedo dejar de recordarlo. Pensaba que Dora no se cansaba de repetirme que no volvería con vida. ¿No es una actitud mezquina en semejante momento?

—Escucha —se impacientó Rioz—, querías casarte y te casaste. ¿Por qué me das la lata con tus problemas?

## 10

La flota, fusionada en una sola unidad, realizaba su larguísima trayectoria de vuelta desde Saturno a Marte. Cada día, recorrían una distancia que en el viaje de ida les había llevado nueve días.

Ted Long había puesto a toda la tripulación en situación de emergencia. Con veinticinco naves encajadas en el planetoide que le habían arrancado a los anillos de Saturno, sin capacidad para maniobrar independientemente, la coordinación de las fuentes energéticas en chorros unificados se convertía en un problema delicado. Las vibraciones que los sacudieron el primer día de viaje fueron violentísimas.

Pero ese problema disminuyó a medida que se incrementaba la velocidad con el impulso constante. Superaron la marca de ciento cincuenta mil kilómetros por hora al final del segundo día y ascendieron lentamente hasta el millón y medio de kilómetros por hora y más aún.

La nave de Long, que iba a la cabeza de la flota congelada, era la única desde donde se veía el espacio en cinco perspectivas. Eso suponía una posición nada cómoda, dadas las circunstancias. Long vigilaba en un estado de tensión continua, imaginando que pronto dejarían atrás las estrellas, al avanzar con el impulso de esa tremenda multinave.

Era una mera ilusión, desde luego. Las estrellas permanecían clavadas en el fondo negro, y las distancias parecían burlarse con paciente inmovilidad de cualquier velocidad que pudiera llegar a alcanzar el hombre.

Los tripulantes comenzaron a quejarse después de los primeros días. No sólo se

los había privado de la flotación espacial, sino que se sentían agobiados por mucho más que la pseudo-gravedad de las naves, debido a los efectos de la brusca aceleración. El propio Long se encontraba extenuado a causa de la implacable presión contra el acolchado hidráulico.

Empezaron a cortar el chorro de las toberas una hora de cada cuatro, y Long andaba preocupado.

Había pasado más de un año desde la última vez que vio Marte, empequeñeciéndose al otro lado de una ventana panorámica de esa misma nave, que entonces constituía una entidad independiente. ¿Qué habría ocurrido desde entonces? ¿Existiría aún la colonia?

Preso de una especie de creciente pánico, enviaba señales de radio a Marte todos los días, con la potencia sumada de las veinticinco naves. No había respuesta. Tampoco la esperaba. Marte y Saturno se encontraban en aquel momento en lugares opuestos del Sol y, hasta que ascendieran muy por encima de la eclíptica y dejaran al Sol más allá de la línea que los conectaba con Marte, la interferencia solar impediría el paso de toda señal.

Alcanzaron la máxima velocidad al bordear por el exterior el Cinturón de Asteroides. Con breves chorros de las toberas laterales, la enorme nave cambió de orientación. Los chorros de popa rugieron una vez más, pero en esa ocasión el resultado fue la desaceleración.

Pasaron a más de ciento cincuenta millones de kilómetros por encima del Sol, descendiendo en una curva que cruzaría la órbita de Marte.

A una semana de Marte, oyeron señales de respuesta por primera vez. Llegaban fragmentadas, quebradas por el éter, incomprensibles; pero procedían de Marte. La Tierra y Venus estaban en ángulos tan distintos que no había duda alguna.

Long se relajó. Al menos, aún quedaba gente en Marte.

A dos días de Marte, la señal se recibió fuerte y clara. Sankov estaba al otro lado:  
—Hola, hijo. Aquí son las tres de la madrugada. Parece ser que nadie tiene consideración con un anciano. Me han sacado de la cama.

—Lo lamento, señor.

—No lo lamentos. Cumplían mis órdenes. Tengo miedo de preguntar, hijo. ¿Algún herido? ¿Algún muerto?

—No hubo muertos, señor. Ninguno.

—¿Y el agua? ¿Queda algo?

—Bastante —respondió Long, tratando de quitarle importancia.

—En tal caso, llega cuanto antes. Sin correr ningún riesgo, por supuesto.

—Entonces es que hay problemas.

—Digamos que sí. ¿Cuándo descenderéis?

—Dentro de dos días. ¿Podrá resistir?

—Resistiré.

Cuarenta horas después, Marte era una esfera rojiza que ocupaba todas las ventanas. Iniciaron la última espiral de descenso, y Long no paraba de repetir para sí mismo: «Espacio, espacio.» Pues, en esas condiciones, incluso la tenue atmósfera de Marte podía provocar tremendos daños si la atravesaban a demasiada velocidad.

Como llegaban desde muy por encima de la eclíptica, la espiral iba de norte a sur. Un blanco casquete polar apareció debajo y, luego, el casquete más pequeño del hemisferio estival; de nuevo el grande, y el pequeño, a intervalos cada vez más largos. El planeta se aproximaba; el paisaje empezaba a mostrar rasgos.

—¡Preparaos para el descenso! —ordenó Long.

## 11

Sankov hizo lo posible por demostrar calma, lo cual era difícil, considerando lo extremadamente oportuno que era el regreso de los muchachos. Pero todo había salido bastante bien.

Pocos días atrás, no tenía ninguna seguridad de que hubieran sobrevivido. Lo más probable —casi inevitable— era que sólo fuesen ya cadáveres escarchados en la inexplorada distancia que unía Marte con Saturno, nuevos planetoides que otrora fueron cuerpos vivientes.

Hacía semanas que la comisión andaba importunándolo, insistiendo en que firmase un papel que cubriría las apariencias. Parecía así un acuerdo voluntario. ~ Sankov sabía que, dada la absoluta terquedad por su parte, ellos actuarían unilateralmente mandando al cuerno las apariencias. La elección de Hilder parecía asegurada, y estaban dispuestos a jugar la baza de despertar ciertas simpatías por Marte. Así que prolongó las negociaciones, siempre tranquilizándolos con la posibilidad de una rendición.

Y, en cuanto tuvo noticias de Long, cerró el trato rápidamente.

Le pusieron los papeles delante y él hizo una última declaración ante los periodistas presentes:

—Las importaciones totales de agua de la Tierra suman veinte millones de toneladas por año. Esto va en descenso, a medida que desarrollamos nuestra propia red de tuberías. Si firmo este papel aceptando un embargo, nuestra industria quedará paralizada, y las posibilidades de expansión se detendrán. Supongo que la Tierra no tiene semejante propósito, ¿verdad?

Los periodistas lo miraron y vieron que sus ojos brillaban con dureza. El asambleísta Digby ya había sido reemplazado y todos estaban unánimemente en su contra.

—Todo eso nos lo ha dicho ya otras veces —se impacientó el presidente de la comisión.



—Lo sé, pero ahora estoy dispuesto a firmar y quiero tener claras las ideas. ¿La Tierra está dispuesta a terminar con nuestra colonia?

—Claro que no. La Tierra está interesada en conservar su irreemplazable suministro de agua, nada más.

—En la Tierra hay un trillón y medio de toneladas de agua.

—No podemos desperdiciar el agua —se mostró firme el presidente de la comisión.

Y Sankov había firmado.

Ésa era la nota final que buscaba. La Tierra tenía un trillón y medio de toneladas de agua y no podía desperdiciar ni una gota.

Y, un día y medio después, la comisión y los periodistas se encontraban esperando en la cúpula del puerto espacial. A través de las gruesas y curvas ventanas veían la desierta extensión del puerto espacial de Marte.

—¿Cuánto más hemos de esperar? —preguntó con fastidio el presidente de la comisión—. Y, sí no le molesta decirlo, ¿qué es lo que esperamos?

—Nuestros muchachos han estado en el espacio —respondió Sankov—, más allá de los asteroides.

El presidente de la comisión se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo blanquísimo.

—¿Y regresan hoy?

—En efecto.

El presidente se encogió de hombros y dirigió una mirada cómplice a los periodistas.

En la sala contigua, mujeres y niños se agolpaban ante otra ventana. Sankov retrocedió un poco para echarles un vistazo. Hubiera preferido estar con ellos, compartir su entusiasmo y su emoción. Él también llevaba esperando más de un año; él también había temido una y otra vez que esos hombres hubieran muerto.

—¿Ven eso? —dijo Sankov, señalando con el dedo.

—¡Vaya! —exclamó un periodista—. ¡Es una nave!

Un confuso griterío sonó en la sala contigua.

No parecía una nave, sino un punto brillante oscurecido por una nube blanca. La nube crecía y tomaba forma; era una estría doble contra el cielo, con extremos inferiores que se arqueaban hacia fuera y hacía arriba. Al descender, el punto brillante de la parte superior cobró una forma vagamente cilíndrica.

Era tosca e irregular, pero reflejaba la luz del Sol con destellos brillantes.

El cilindro descendía con la majestuosa lentitud de las naves espaciales. Iba suspendido sobre los chorros de las toberas y apoyado en toneladas de materia que caían como un hombre cansado que se desploma en una mecedora.

Se hizo el silencio en el interior de la cúpula. Las mujeres y los niños de una sala

y los políticos y los periodistas de la otra se quedaron petrificados, mirando incrédulamente hacia arriba.

Los rebordes de aterrizaje del cilindro, extendiéndose muy por debajo de las dos toberas de popa, tocaron tierra y se clavaron en el suelo pedregoso. La nave quedó inmóvil y las toberas se apagaron.

Pero el silencio persistía dentro de la cúpula. Y continuó durante un buen rato.

Bajaron hombres por los flancos de la inmensa nave, descendiendo poco a poco los tres kilómetros que habían hasta el suelo, con clavos en los zapatos y picos para el hielo en las manos. Parecían mosquitos en aquella superficie enceguedora.

—¿Qué es eso? —gruñó uno de los periodistas.

—Eso —le informó Sankov, con calma— es un trozo de materia que giraba en torno de Saturno como parte de sus anillos. Nuestros muchachos le añadieron una ojiva y toberas para traérselo a casa. Ocurre sencillamente que los fragmentos que componen los anillos de Saturno están hechos de hielo. —Habla para unos interlocutores silenciosos—. Eso que parece una nave espacial es tan sólo una montaña de agua sólida. Si estuviera en la Tierra, se estaría derritiendo y se partiría bajo su propio peso. Marte es más frío y tiene menos gravedad, así que ese peligro no existe. Por supuesto, en cuanto organicemos esta situación, podremos contar con estaciones de suministro de agua en las lunas de Saturno y de Júpiter y en los asteroides. Tomaremos trozos de los anillos de Saturno y los enviaremos a las diversas estaciones. Nuestros chatarreros son expertos en esa clase de trabajo. Y tendremos toda el agua que necesitemos. Ese fragmento que ven tiene más de un kilómetro cúbico; es decir, lo que la Tierra nos enviaría en doscientos años. Nuestros muchachos gastaron una buena parte para traerlo desde Saturno. Efectuaron el viaje en cinco semanas y utilizaron cien millones de toneladas. Pero esa montaña ni se inmutó. ¿Están tomando nota, muchachos? —Se volvió hacia los periodistas. No había duda de que estaban anotándolo todo—. Pues anoten también esto. La Tierra está preocupada por su provisión de agua. Sólo tiene un trillón y medio de toneladas. No puede cedernos una sola tonelada. Escriban que a los habitantes de Marte nos preocupa la Tierra y no queremos que les suceda nada a sus habitantes. Anoten que venderemos agua a la Tierra, que les daremos montones de millones de toneladas por un precio razonable. Tomen nota de que, dentro de diez años, podremos venderles montones de kilómetros cúbicos. Escriban que la Tierra puede dejar de preocuparse, porque Marte le venderá toda el agua que necesite.

El presidente de la comisión ya no escuchaba. Sentía que el futuro se le estaba cayendo encima. Notó que los periodistas sonreían mientras garabateaban incansablemente.

Estaban sonriendo.

Y esa sonrisa se transformaría en una estentórea carcajada en la Tierra cuando

Marte trastocara la situación. La carcajada resonaría en todos los continentes cuando se propagara la noticia del fiasco. Y veía un abismo, profundo y negro como el espacio, donde caerían para siempre las esperanzas políticas de John Hilder y de todos los contrarios al vuelo espacial que quedasen en la Tierra, incluido él.

En la sala contigua, Dora Swenson gritó de alegría, y Peter, que había crecido cinco centímetros, se puso a brincar.

—¿Papá! ¿Papá!

Ríchard Swenson acababa de bajar del extremo del reborde y avanzaba hacia la cúpula; su rostro era perfectamente visible a través de la silicona transparente del casco.

—¿Alguna vez has visto a alguien tan feliz? —comentó Ted Long—. Tal vez el matrimonio tenga sus ventajas.

—Bah, has pasado demasiado tiempo en el espacio —refunfuñó Rioz.

## El dedo del mono (1953)

“The Monkey’s Finger”

—Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí —dijo Marmie Tallinn en dieciséis tonos e inflexiones, moviendo convulsivamente la nuez de la garganta. Marmie era escritor de ciencia ficción.

—No —dijo Lemuel Hoskins, mirando fríamente a través de los cristales de sus gafas de montura de acero. Lemuel editaba ciencia ficción.

—O sea que no aceptas una verificación científica. No me escuchas. Yo no tengo voto, ¿no?

Marmie se irguió de puntillas, se dejó caer, repitió la operación varias veces y exhaló ruidosamente. Se había arremolinado el pelo con los dedos.

—Uno contra dieciséis —manifestó Hoskins.

—Oye, ¿por qué siempre has de tener tú razón? ¿Por qué he de ser yo siempre el que se equivoca?

—Marmie, reconócelo. A cada uno nos juzgan por lo que somos. Si bajara la difusión de la revista, yo sería un fracaso, estaría en apuros. El presidente de Editorial Espacio no haría preguntas, créeme; simplemente, miraría las cifras. Pero la difusión no baja, sino que sube. Eso indica que soy un buen director. En cuanto a ti..., cuando los directores te aceptan, eres un talento; cuando te rechazan, eres un chapucero. En este momento, eres un chapucero.

—Hay otros directores. No eres el único. —Marmie alzó las manos, con los dedos extendidos—. ¿Sabes contar? Aquí tienes cuántas de las revistas de ciencia ficción que hay en el mercado aceptarían con gusto un cuento de Tallinn, y con los ojos cerrados.

—Enhorabuena.

—Mira. —Marmie suavizó su tono—: Querías dos modificaciones, ¿verdad? Querías una escena introductoria con la batalla en el espacio. Bien, te lo concedí. Aquí está. —Agitó el manuscrito bajo las narices de Hoskins, que se apartó como espantado por el olor—. Pero también querías que en la acción que ocurre en el exterior de la nave espacial intercalara una escena retrospectiva del interior, y eso no puede ser. Si introduzco esa modificación, estropeo un final emocionante, profundo y conmovedor.

Hoskins se reclinó en la silla y se dirigió a su secretaria, que había estado todo el tiempo escribiendo a máquina en silencio. Estaba acostumbrada a esas escenas.

—¿Oye usted, señorita Kane? Habla de emoción, profundidad y conmoción. ¿Qué sabe de eso un escritor? Mira, si intercalas la escena retrospectiva, aumentas el suspense, das solidez al cuento, lo haces más convincente.

—¿Más convincente? —exclamó Marmie—. ¿Me estás diciendo que es

convinciente que un grupo de hombres a bordo de una nave espacial comience a hablar de política y sociología cuando están a punto de saltar en pedazos? ¡Santo cielo!

—No puedes hacer otra cosa. Si esperas a que el clímax haya pasado y luego hablas de política y sociología, el lector se dormirá.

—Pero trato de decirte que te equivocas y puedo demostrarlo. ¿De qué sirve hablar cuando he preparado un experimento científico...?

—¿Qué experimento científico? —Hoskins se dirigió de nuevo a su secretaria—. ¿Qué le parece, señorita Kane? Se cree que es uno de sus personajes.

—Pues sucede que conozco a un científico.

—¿A quién?

—A1 profesor Arndt Torgesson, que enseña psicodinámica en Columbia.

—Nunca he oído hablar de él.

—Supongo que eso significa muchísimo —replicó Marmie, con desprecio—. Tú nunca has oído hablar de él. Pero es que tú nunca habías oído hablar de Einstein hasta que tus escritores comenzaron a mencionarlo en sus cuentos.

—Muy gracioso, mira cómo me río. ¿Qué pasa con ese Torgesson?

—Ha elaborado un sistema para determinar científicamente el valor de un texto escrito. Es una labor increíble. Es..., es...

—¿Y es secreto?

—Claro que es secreto. No es un profesor de ciencia ficción. En la ciencia ficción, cuando alguien elabora una teoría, la anuncia sin demora a los periódicos. En la vida real no es así. Un científico se pasa años experimentando antes de publicar nada. Eso de publicar es una cosa muy seria.

—Y entonces ¿cómo te has enterado tú? Sólo pregunto.

—Sucedo que el profesor Torgesson es un admirador mío. Sucedo que le gustan mis cuentos. Sucedo que él piensa que soy el mejor escritor del género.

—¿Y te muestra sus trabajos?

—Así es. Yo esperaba que tú revelaras tu tozudez con este cuento, así que le pedí que preparase un experimento. Dijo que lo haría siempre y cuando no habláramos del asunto. Dijo que sería un experimento interesante. Dijo...

—¿Por qué es tan secreto?

—Bueno... —Marmie titubeó—. Mira, supónte que te digo que tiene un mono que sabe escribir a máquina Hamlet por sí mismo.

Hoskins miró a Marmie, alarmado.

—¿Qué es esto, una broma? —se volvió hacia la señorita Kane—. Cuando un escritor escribe ciencia ficción durante diez años, es peligroso si está fuera de su jaula.

La señorita Kane siguió mecanografiando a la misma velocidad sin inmutarse.

—Ya me has oído —dijo Marmie—. Un mono común, aún más grotesco que un director cualquiera. Tengo concertada una cita para esta tarde. ¿Vendrás conmigo, o no?

—Claro que no. ¿Crees que voy a abandonar por tus estúpidas bromas una pila de manuscritos de este tamaño? —Se señaló la laringe con un ademán cortante—. ¿Crees que voy a seguirte el juego?

—Si es una broma, Hoskins, te pagaré una cena en cualquier restaurante que tú digas. La señorita Kane es testigo.

Hoskins se reclinó en la silla.

—¿Una cena? ¿Tú, Marmaduke Tallinn, el más célebre parásito de Nueva York, vas a pagar una cuenta?

Marmie hizo una mueca de disgusto, no por la referencia a su habilidad para eludir las cuentas de los restaurantes, sino por la mención de su horrible nombre de pila al completo.

—Lo repito, cenarás donde quieras y lo que quieras. Bistecs, setas, pechuga de pollo, caimán marciano; cualquier cosa.

Hoskins se levantó y recogió su sombrero.

—Por la oportunidad de verte sacar uno de esos viejos y enormes billetes de dólar que guardas en el tacón falso del zapato izquierdo desde 1928, iría andando hasta Boston...

El profesor Torgesson se sentía honrado. Estrechó cordialmente la mano de Hoskins.

—He leído Relatos espaciales desde que llegué a este país, señor Hoskins. Es una revista excelente. Y me gustan muchísimo los cuentos del señor Tallinn.

—¿Has oído? —se ufanó Marmie.

—He oído. Marmie dice que usted tiene un mono con talento, profesor.

—Sí, pero esto es confidencial. Aún no estoy preparado para publicar, y la publicidad prematura podría significar mi ruina profesional.

—Esto es estrictamente confidencial, profesor.

—Bien, bien. Siéntense, caballeros, siéntense. —Se puso a caminar—. ¿Le has hablado al señor Hoskins de mi trabajo, Marmie?

—Ni una palabra, profesor.

—Bien. De acuerdo, señor Hoskins, como es usted director de una revista de ciencia ficción, supongo que no tengo que preguntarle que si sabe algo sobre cibernética.

Hoskins puso la expresión de quien se concentra intelectualmente.

—Sí, máquinas de computar..., el MIT..., Norbert Wiener...

—Sí, sí. —Torgesson se puso a caminar más deprisa—. Sabrá entonces que se han usado principios cibernéticos para construir ordenadores que juegan al ajedrez.

Las reglas de los movimientos ajedrecísticos y el objetivo del juego se integran en los circuitos. Dada una posición cualquiera en el tablero, la máquina puede computar todos los movimientos posibles y sus consecuencias y escoger el que ofrece la mayor probabilidad de vencer. Incluso se puede lograr que tenga en cuenta el temperamento del oponente.

—Ah, sí —dijo Hoskins, acariciándose pensativamente la barbilla.

—Imagine una situación similar, en la que un ordenador recibe un fragmento de una obra literaria, a la cual puede añadir palabras sacadas del vocabulario que tiene incorporado, con el fin de satisfacer así los más elevados valores literarios. Desde luego, habría que enseñarle a la máquina el significado de las diversas teclas de una máquina de escribir. Ese ordenador sería mucho más complejo que una máquina jugadora de ajedrez.

Hoskins se impacientó:

—El mono, profesor. Marmie habló de un mono.

—Pero es que es a eso a lo que voy. Naturalmente, no existe una máquina de tal complejidad. Pero el cerebro humano..., ah, el cerebro humano es un ordenador en sí mismo. Como es lógico, no puedo usar un cerebro humano, pues, lamentablemente, la ley me lo impediría; pero hasta un cerebro de mono, bien manipulado, puede hacer más que cualquier máquina jamás construida por el hombre. ¡Espere! Traeré al pequeño Rollo.

Salió de la habitación. Hoskins aguardó un instante y miró con cautela a Marmie.

—¡Vaya! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marmie.

—¿Qué ocurre? Ese hombre es un embaucador. Dime, Marmie, ¿dónde has contratado a este farsante?

Marmie se enfureció.

—¿Farsante? Estás en el clásico despacho de un profesor de Fayerweather Hall, Columbia. Reconoces la Universidad de Columbia, ¿no? Has visto la estatua de Alma Mater en la calle 116. Te señalé el despacho de Eisenhower.

—Claro, pero...

—Y éste es el despacho del profesor Torgesson. Mira la mugre. —Sopló sobre un libro y se levantó una nube de polvo—. Eso basta para demostrar que esto es real. Y mira el título del libro: Psicodinámica de la conducta humana, por el profesor Arndt Rolf Torgesson.

—Vale, Marmie, de acuerdo. Existe un Torgesson y estamos en su despacho. No sé cómo te enteraste de que el verdadero profesor estaba de vacaciones ni cómo te las has apañado para usar su despacho; pero no trates de convencerme de que este payaso con sus monos y sus ordenadores es el de verdad. ¡Ja!

—Dado tu temperamento tan suspicaz, sólo puedo deducir que tuviste una

infancia muy desdichada y solitaria.

—No es más que el resultado de mi experiencia con los escritores, Marmie. Ya he escogido el restaurante y esto te va a costar bastante dinero.

—No me va a costar un céntimo —gruñó Marmie—. Y calla, que ya vuelve.

Un melancólico mono capuchino se aferraba al cuello del profesor. —He aquí al pequeño Rollo —dijo Torgesson—. Saluda, Rollo. —El mono se tiró del mechón de pelo—. Me temo que está cansado. Pues bien, aquí tengo una parte de su manuscrito.

Bajó al mono y se lo dejó colgando de un dedo mientras sacaba dos hojas de la chaqueta y se las entregaba a Hoskins, que se puso a leer en voz alta:

—«Ser o no ser, he ahí la alternativa. Si es más digno para la razón tolerar los golpes y los dardos de la despiadada fortuna, o coger las armas contra una hueste de males y enfrentarse hasta ponerles fin. Morir, dormir. Nada más, y con un sueño pensar...» —Alzó la vista—. ¿El pequeño Rollo escribió a máquina esto?

—No exactamente. Es una copia de lo que escribió él.

—Ah, una copia. Bueno, pues el pequeño Rollo no se sabe bien a Shakespeare. Es «coger las armas contra un piélagos de males».

Torgesson asintió con la cabeza.

—En efecto, señor Hoskins. Shakespeare escribió «piélagos». Pero, verá usted, se trata de una metáfora contradictoria. No se lucha con armas contra un piélagos; se lucha con armas contra una hueste o un ejército. Rollo escogió «hueste». Es uno de los pocos errores de Shakespeare.

—Quiero verle escribir a máquina.

—Pues claro. —Colocó una máquina de escribir sobre la mesa. Estaba conectada a un cable, y el profesor lo explicó—: Es necesario usar una máquina eléctrica, pues, de lo contrario, el esfuerzo físico sería agotador. También es preciso conectar al pequeño Rollo a este transformador. —Lo conectó, valiéndose de dos electrodos que sobresalían unos tres milímetros del pelo del cráneo de la criaturilla—. Rollo fue sometido a una delicadísima operación cerebral, en la cual se le conectaron cables a diversas zonas del cerebro. Podemos cancelar sus actividades voluntarias y usar su cerebro como un ordenador. Temo que los detalles serían...

—Quiero verle escribir a máquina —repitió Hoskins.

—¿Qué le gustaría que escribiera?

Hoskins lo pensó en seguida.

—¿Conoce Lepanto, de Chesterton?

—No se sabe nada de memoria. Escribe como un ordenador. Usted sólo ha de recitarle un fragmento para que él pueda evaluar la modalidad y computar las consecuencias de las primeras palabras.

Hoskins asintió, hinchó el pecho y declamó:

—Blancas fuentes canturreando en los patios luminosos, y el sultán de Bizancio



las contempla sonriente. Una risa cual fontana canta en su torvo semblante, agitando la negrura de ese bosque que es su barba, curvando la purpúrea medialuna de sus labios; pues sus buques estremecen el mar más recóndito del mundo...

—Con eso basta —le interrumpió Torgesson.

Aguardaron en silencio. El mono miraba solemnemente a la máquina de escribir.

—El proceso lleva tiempo, por supuesto —explicó Torgesson—. El pequeño Rollo debe tener en cuenta el romanticismo del poema, el sabor ligeramente arcaico, el fuerte ritmo de sonsonete y demás.

Un dedito negro tocó una tecla. Era una «h».

—No pone mayúsculas —dijo el científico— ni signos de puntuación y aún no sabe usar bien los espacios. Por eso suelo reescribir su trabajo cuando termina.

El pequeño Rollo tocó una «a» y una «n». Luego, al cabo de una pausa prolongada, le dio un golpecito a la barra espaciadora.

—Han —leyó Hoskíns.

El mono escribió a continuación: «han desafiado a las blancas republicanas de los promontorios de Italia han sorteado el Adriático frente al león de los mares y el papa alzó los brazos acongojado y convocó a los reyes de la cristiandad pidiendo espadas para defender la cruz».

—¡Por Dios! —exclamó Hoskins.

—¿Es así el poema? —preguntó Torgesson.

—¡Santísimo cielo!

—En tal caso, Chesterton realizó un trabajo bueno y coherente.

—¡Virgen bendita!

—¿Ves? —dijo Marmie, sacudiendo el hombro de Hoskins—. ¿Ves? ¿Ves? ¿Ves? ¿Ves?

—¡Que me cuelguen!

—Oye, escucha. —Marmie se restregó el cabello hasta que le quedó en mechones que recordaban el pecho de una cacatúa—. Vamos a lo nuestro. Analicemos mi cuento.

—Bien, pero...

—No sobrepasará la capacidad de Rollo —le aseguró Torgesson—. Con frecuencia le leo párrafos de la mejor ciencia ficción, incluidos algunos relatos de Marmie. Es asombroso el modo en que mejora algunas narraciones.

—No es eso —dijo Hoskins—. Cualquier mono puede escribir mejor ciencia ficción que algunos chapuceros que tenemos nosotros. Pero el cuento de Tallinn tiene trece mil palabras. El mono tardará una eternidad.

—No crea, señor Hoskins, no crea. Yo le leeré el cuento y en el punto crucial le permitiremos continuar.

Hoskins cruzó los brazos.

—Adelante. Estoy preparado.

—Yo estoy más que preparado —dijo Marmie, y se cruzó de brazos.

El pequeño Rollo, un guiñapo cataléptico, permaneció sentado mientras la suave voz del profesor subía y bajaba con las cadencias de una batalla espacial y la lucha de los cautivos terrícolas por recuperar la nave perdida.

Uno de los personajes salía al casco de la nave, y Torgesson siguió los cautivantes acontecimientos con embeleso. Leyó:

—... Stalny se quedó petrificado en el silencio de las eternas estrellas. Con un desgarrador dolor de rodilla, aguardó a que los monstruos oyeran el golpe y...

Marmie tiró de la manga del profesor, que dejó de leer y desconectó al pequeño Rollo.

—Eso es —dijo Marmie—. Verá usted, profesor. Aquí es donde Hoskins pretende meter sus sucias manos. Yo continúo la escena fuera de la nave espacial hasta que Stalny logra la victoria y la nave queda en manos terrícolas. Luego, paso a dar las explicaciones. Hoskins quiere que interrumpa esa escena, que regrese al interior, detenga la acción durante dos mil palabras y salga de nuevo. ¿Alguna vez oyó tamaña sandez?

—Dejemos que el mono decida —se irritó Hoskins.

Torgesson conectó al pequeño Rollo, que extendió su dedo negro y arrugado hacia la máquina de escribir. Hoskins y Marmie se inclinaron para mirar por encima del cuerpo encorvado del mono. La máquina imprimió una «e».

—La e —se animó Marmie, asintiendo con la cabeza.

—La e —repitió Hoskins.

La máquina escribió una «n» y comenzó a andar más deprisa: «entraran en acción stalny aguardaba con impotente horror a que las camarasdeaire se abrieran y lo hostiles alienigenas...».

—Palabra por palabra —observó Marmie, embelesado.

—Desde luego, tiene tu mismo estilo vulgar.

—A los lectores les gusta.

—No les gustaría si tuvieran una edad mental promedio de...

Se calló.

—Adelante —lo animó Marmie—. Dilo, dilo. Di que tienen el cociente intelectual de un niño de doce años y repetiré tus palabras en todas las revistas de aficionados del país.

—Caballeros —intervino Torgesson—, caballeros. Molestan al pequeño Rollo.

Se volvieron hacia la máquina de escribir, que aún continuaba: «... las estrellas giraban majestuosamente aunque los sentidos de stalny insistían en que la nave estaba quieta envezde rotar».

El carro de la máquina retrocedió para iniciar otra línea. Marmie contuvo el

aliento. Ahí venía...

Y el dedito se movió y la máquina imprimió un asterisco.

—¡Un asterisco! —exclamó Hoskins.

—Un asterisco —murmuró Marmie.

—¿Un asterisco? —se extrañó Torgesson.

Siguió una línea de nueve asteriscos más.

—Eso es todo, amigo —dijo Hoskins. Y se lo explicó al atónito Torgesson—: Marmie tiene la costumbre de poner una línea de asteriscos cuando quiere indicar un drástico cambio de escena. Y yo quería precisamente un drástico cambio de escena.

La máquina inició un nuevo párrafo: «dentro de la nave...».

—Desconéctelo, profesor —indicó Marmie.

Hoskins se frotó las manos.

—¿Cuándo terminarás la revisión, Marmie?

—¿Qué revisión?

—Dijiste que valdría la versión del mono.

—Claro que sí. Te traje para que lo vieras. Ese pequeño Rollo es una máquina; una máquina fría, brutal y lógica.

—¿Y?

—Y el asunto es que un buen escritor no es una máquina. No escribe con la mente, sino con el corazón. —Se golpeó el pecho y repitió—: El corazón.

—¿Qué pretendes, Marmie? —gruñó Hoskins—. Si me vienes con la monserga del escritor que escribe con el alma y el corazón, me obligarás a vomitar aquí mismo. Sigamos con nuestro trato habitual: escribes cualquier cosa por dinero.

—Escúchame un minuto. El pequeño Rollo corrigió a Shakespeare. Tú mismo lo señalaste. El pequeño Rollo quería que Shakespeare dijera «una hueste de males» y tenía razón desde su punto de vista maquinal. Un «piélagos de males» es una metáfora contradictoria. Pero no creerás que Shakespeare no lo sabía; él sabía cuándo romper las reglas, eso es todo. El pequeño Rollo es una máquina que no sabe romper las reglas, pero un buen escritor sabe y debe romperlas. «Piélagos de males» tiene más fuerza. Tiene ritmo y potencia. ¡Al cuerno con la metáfora contradictoria! A1 pedirme que cambie de escena, estás siguiendo unas normas maquinales para mantener el suspense, de modo que el pequeño Rollo está de acuerdo contigo. Pero yo sé que debo romper la norma para mantener el profundo impacto emocional del final. De lo contrario, lo que obtengo es un producto mecánico que cualquier ordenador puede generar.

—Pero...

—Adelante —siguió Marmie—, vota por lo maquinal. Di que tu capacidad profesional no puede superar al pequeño Rollo.

Hoskins, con un temblor en la garganta, replicó:

—De acuerdo, Marmie, aceptaré el cuento tal como está. No, no me lo des. Mándalo por correo. Tengo que encontrar un bar, si no te importa.

Se puso el sombrero y dio media vuelta para marcharse.

—No le hable a nadie de Rollo, por favor —le recordó Torgesson.

—¿Acaso cree que estoy loco? —masculló Hoskins al cerrar la puerta.

Marmie se frotó las manos, extasiado, cuando tuvo la certeza de que Hoskins se había ido.

—Esto se llama tener cerebro —dijo, apoyándose un dedo en la sien—. He disfrutado de esta venta. Esta venta, profesor, vale por todas las que he hecho, por la suma de todas las demás.

Se desplomó con alegría en una silla. Torgesson levantó al pequeño Rollo.

—Pero, Marmaduke, ¿qué habrías hecho si el pequeño Rollo hubiera escrito tu versión?

Una sombra de pesadumbre cruzó fugazmente por el rostro de Marmie.

—Pues, demonios, es que eso es lo que creí que haría.

# Las campanas cantarinas (1955)

---

“The Singing Bell”

Louis Peyton nunca comentaba los métodos con los que había burlado a la policía de la Tierra en un sinfín de duelos de ingenio, eludiendo siempre el acecho de la sonda psíquica. Habría sido una tontería revelarlos, pero en sus momentos más complacientes soñaba con redactar un testamento para que se diese a conocer después de su muerte, una declaración que no dejara la menor duda de que su éxito ininterrumpido era obra de la destreza y no de la suerte.

En dicho testamento diría: «No se puede crear una trama falsa para ocultar un delito sin imprimirle alguna huella del creador. Es mejor, pues, buscar en los acontecimientos una trama ya existente y, luego, conformar nuestros actos a dicha trama.»

Peyton planeó el asesinato de Albert Cornwell teniendo en mente ese principio.

Cornwell, un minorista de poca monta de mercancía robada, estableció su primer contacto con Peyton cuando éste comía solo en Grinnell's. Cornwell lucía un lustre especial en el traje azul, una sonrisa especial en su arrugado rostro y un brillo especial en el descolorido bigote.

—Señor Peyton, me alegro de verle —saludó a su futuro asesino, sin ninguna aprensión tetradimensional—. Casi había desistido, se lo aseguro, casi había desistido.

Peyton odiaba que le interrumpieran la lectura del periódico y el postre en Grinnell's.

—Si quiere hacer negocios conmigo, Cornwell, sabe dónde encontrarme.

Con sus más de cuarenta años y su cabello entrecano, Peyton aún tenía la espalda erguida, porte juvenil y ojos oscuros, y gracias a una larga práctica había adquirido un tono de voz más cortante.

—No para esto, señor Peyton, no para esto. Sé de un escondrijo de..., ya sabe.

Agitó el índice de la mano derecha, como si fuera un badajo tocando un cuerpo invisible, y se tapó por un momento la oreja con la mano izquierda.

Peyton pasó una página del periódico, todavía algo húmedo del teledistribuidor, lo plegó y dijo:

—¿Campanas cantarinas?

—Oh, baje la voz, señor Peyton —susurró Cornwell, alarmado.

—Acompáñeme.

Atravesaron el parque. Otro de los axiomas de Peyton era que el mejor modo de guardar un secreto era conversar en voz baja al aire libre.

—Un escondrijo de campanas cantarinas —susurró Cornwell—. Una remesa entera. Sin bruñir, pero muy bonitas, señor Peyton.

—¿Usted las ha visto?

—No, señor Peyton, pero he hablado con alguien que las vio. Me dió pruebas suficientes para convencerme. Hay suficiente para que usted y yo nos retiremos con toda opulencia. Con toda opulencia, señor Peyton.

—¿Quién era ese hombre?

Una expresión de picardía iluminó el rostro de Cornwell como una tea humeante, oscureciendo más de lo que mostraba y dándole un aire repulsivo.

—El hombre era un explorador lunar, que tenía un método para localizar campanas en el borde de los cráteres. No conozco el método, pues no me lo reveló, pero reunió muchísimas, las ocultó en la Luna y vino a la Tierra para deshacerse de ellas.

—Supongo que ha muerto.

—Sí. Un desagradable accidente, señor Peyton. Cayó desde una gran altura. Muy triste. Desde luego, sus actividades en la Luna eran absolutamente ilegales. El Dominio es muy estricto en lo referente a la búsqueda de campanas. Así que quizás el destino quiso castigarlo... Sea como fuere, yo tengo su plano.

—No me interesan los detalles de su pequeña transacción —dijo Peyton, con indiferencia—. Pero quiero saber por qué acude a mí.

—Pues bien, hay suficiente para ambos, señor Peyton, y ambos podemos hacer nuestra labor. Por mi parte, yo sé dónde se encuentra el escondrijo y puedo conseguir una nave espacial. Usted...

—¿Sí?

—Usted sabe pilotar una nave espacial y dispone de excelentes contactos para colocar las campanas. Es una justa división del trabajo, señor Peyton, ¿no cree?

Peyton analizó el curso de su vida (el curso ya existente) y las cosas parecían encajar.

—Partiremos para la Luna el 10 de agosto.

Cornwell se detuvo.

—¡Señor Peyton! —exclamó—. Apenas estamos en abril.

Peyton siguió andando y Cornwell tuvo que darse prisa para alcanzarlo.

—¿Me oye usted, señor Peyton?

—El 10 de agosto. Me pondré en contacto con usted en el momento indicado y le diré a dónde llevar la nave. No intente verme personalmente hasta entonces. Adiós, Cornwell.

—¿Mitad y mitad?

—En efecto. Adiós.

Continuó su marcha a solas y analizó de nuevo el curso de su vida. A los veintisiete años había comprado un terreno en las Rocosas, donde un propietario anterior había construido una casa como refugio contra las guerras atómicas que

amenazaron el mundo dos siglos atrás, guerras que no llegaron a estallar. Pero la casa seguía en pie; todo un monumento al empeño atemorizado por ser autosuficiente.

Era de acero y hormigón y se hallaba en un sitio muy aislado, muy por encima del nivel del mar y protegida en casi todos los flancos por picos montañosos que se elevaban aún a mayor altura. Tenía una unidad energética independiente, suministro de agua alimentado por arroyos de montaña, congeladores donde cabían cómodamente diez reses, y un sótano equipado como una fortaleza, con un arsenal de armas destinadas a ahuyentar a unas hordas hambrientas y aterrorizadas que nunca llegaron. Había también una unidad de aire acondicionado, que podía purificar el aire hasta limpiar todo rastro de radiactividad.

En esa casa destinada a la supervivencia, Peyton pasaba el mes de agosto de cada año de su vida de solterón empedernido. Desconectaba los comunicadores, la televisión y el teledistribuidor de periódicos. Levantaba un campo de fuerza en torno de la propiedad y dejaba un mecanismo de señales de corta distancia en el punto donde el campo de fuerza se cruzaba con el único sendero que serpeaba por esas montañas.

Durante un mes de cada año permanecía totalmente solo. Nadie lo veía, nadie se comunicaba con él. En absoluto aislamiento, gozaba de las únicas vacaciones que valoraba, al cabo de once meses de contacto con una humanidad por la cual sólo sentía un frío desdén.

Hasta la policía —y Peyton sonrió— sabía que el mes de agosto era sagrado para él. En cierta ocasión se escapó estando bajo fianza, arriesgándose al sondeo psíquico, con tal de no perder su descanso de agosto.

Se le ocurrió otro aforismo que podría incluir en su testamento: para aparentar inocencia, nada mejor que la triunfal carencia de una coartada.

El 30 de julio, al igual que el 30 de julio de cada año, Louis Peyton subió al estratojet antigrav de las nueve y cuarto en Nueva York y llegó a Denver a las doce y media. Allí almorzó y tomó el autobús semigrav de las dos menos cuarto para Hump's Point, desde donde Sam Leibman lo llevó en un antiguo vehículo terrestre — ¡de gravedad plena!— por el camino que llegaba al límite de su propiedad. Sam Leibman aceptó muy serio la propina de diez dólares que siempre recibía y se despidió tocándose el ala del sombrero, como lo había hecho cada 30 de julio durante quince años.

El 31 de julio, igual que el 31 de julio de cada año, Louis Peyton regresó a Hump's Point en su aeromóvil antigrav y encargó en el almacén general las provisiones necesarias para el mes siguiente. El pedido no tenía nada de insólito, era prácticamente un duplicado de pedidos anteriores.

MacIntyre, administrador de la tienda, examinó con gesto grave la lista, la comunicó al depósito central en Mountain District, Denver, y el pedido llegó al cabo

de una hora por el rayo de transferencia de masa. Con ayuda de MacIntyre, Peyton cargó las provisiones en el aeromóvil, dio su habitual propina de diez dólares y volvió a su casa.

El 1 de agosto, a las doce y un minuto, el campo de fuerza que rodeaba la propiedad se activó a plena potencia y Peyton quedó aislado.

Y a partir de entonces fue otro el curso habitual. Deliberadamente se había dejado un margen de ocho días, durante los cuales destruyó meticulosamente las suficientes provisiones como para dar razón de todo el mes de agosto. Usó las cámaras pulverizadoras, que funcionaban como unidad de eliminación de desechos. Eran de un modelo avanzado, capaz de reducir toda la materia, incluidos los metales y los silicatos, a un polvo molecular impalpable e indetectable. La energía excedente que generó ese proceso fue arrastrada por el arroyo de montaña que atravesaba la propiedad, el cual estuvo un par de grados más caliente de lo normal durante una semana.

El 9 de agosto, su aeromóvil lo llevó a un paraje de Wyoming, donde aguardaban Albert Cornwell y una nave espacial. La nave espacial constituía un punto débil, pues alguien la había vendido, alguien la había transportado y alguien había contribuido a prepararla para el vuelo. Pero la pista de toda esa gente sólo conducía hasta Cornwell, y Cornwell (pensó Peyton, con una vaga sonrisa en sus fríos labios) sería la vía muerta donde terminarían todas las pistas. Una vía muy muerta.

El 10 de agosto, la nave espacial, con Peyton a los controles y Cornwell como pasajero, se elevó de la superficie de la Tierra. El campo antigrav era excelente. A plena potencia, el peso de la nave se reducía a menos de treinta gramos. Las micropilas transmitían energía de forma eficaz y silenciosa, y la nave ascendió por la atmósfera sin llamas ni estruendos, se redujo a un punto en el espacio y desapareció.

Era muy improbable que hubiese testigos del vuelo o que, en esos frágiles tiempos de paz, hubiera vigilancia de radar como en días de antaño. De hecho, no había vigilancia en absoluto.

Dos días en el espacio y dos semanas en la Luna. Casi de un modo instintivo, Peyton había dejado desde un principio margen para esas dos semanas. No se hacía ilusiones en cuanto al valor de los planos caseros diseñados por legos en cartografía. Podían ser útiles para el diseñador, que contaba con la ayuda de la memoria, pero para un extraño no eran más que un criptograma.

Cornwell no le mostró a Peyton el plano hasta después del despegue. Sonrió de un modo servil.

—A fin de cuentas, era mi única carta de triunfo.

—¿Lo ha cotejado con mapas de la Luna?

—No sabría cómo hacerlo, señor Peyton. Dependo de usted.

Peyton lo miró fríamente mientras le devolvía el plano. La única referencia cierta



era el cráter de Tycho, emplazamiento de la subterránea Ciudad Luna.

En un sentido, al menos, la astronomía estaba a favor de ellos. Tycho se encontraba en el lado diurno de la Luna en ese momento. Eso significaba menos probabilidades de que las naves patrulleras salieran, menos probabilidades de que nadie los viese.

En un alunizaje antigrav arriesgado y rápido, Peyton condujo la nave a la fría y protectora oscuridad de la sombra de un cráter. El sol había pasado su cenit y la sombra ya no se reduciría.

Cornwell puso cara larga.

—Queridísimo señor Peyton, no podemos salir a explorar en pleno día lunar.

—El día lunar no dura eternamente —replicó Peyton—. Nos quedan cien horas de sol. Podemos aprovechar ese tiempo para aclimatarnos y estudiar el plano.

Aunque de mala gana, Cornwell accedió. Peyton estudió los mapas lunares una y otra vez, tomando cuidadosas mediciones y tratando de hallar el patrón de los cráteres en esos garabatos que eran la clave de... ¿De qué?

—El cráter que buscamos podría ser uno de estos tres: GC-3, GC-5 o MT-10 —resolvió finalmente.

—¿Qué hacemos, señor Peyton? —preguntó Cornwell, un tanto angustiado.

—Probaremos suerte en todos, empezando por el más próximo. El límite de la luz se desplazó y los cubrió la sombra nocturna. Después, ambos pasaron periodos cada vez más largos en la superficie lunar, acostumbrándose al eterno silencio y a la oscuridad, al crudo resplandor de las estrellas y a esa rendija de luz que era la Tierra asomando sobre el borde del cráter. Dejaron huellas huecas en el polvo seco e inmutable. Peyton reparó en ellas cuando salieron del cráter a la luz de la Tierra, casi llena. Eso fue el octavo día después de su llegada a la Luna.

El frío lunar imponía un límite al tiempo de permanencia fuera de la nave. Día a día, sin embargo, lograban resistir más tiempo. Al undécimo día descartaron GC-5 como escondrijo de las campanas cantarinas.

El día decimoquinto, el frío ánimo de Peyton bullía de desesperación. Tenía que ser en el GC-3, pues el MT-10 estaba demasiado lejos. No les daría tiempo a llegar allí, explorarlo y regresar a la Tierra antes del 31 de agosto.

Ese mismo día, por suerte, descubrieron las campanas y la desesperación pasó al olvido.

No eran bonitas; simples masas irregulares de roca gris, grandes como un puño doble, llenas de vacío y ligeras como plumas en la gravedad lunar. Había una veintena, y después del bruñido se podrían vender a razón de cien mil dólares cada una.

Llevaron varias a la nave, las protegieron con virutas de madera y regresaron a buscar más. Tres veces efectuaron el viaje de ida y vuelta por un terreno que en la

Tierra los habría extenuado, pero que apenas constituía un obstáculo en la escasa gravedad lunar.

Cornwell le pasó la última campana a Peyton, que la apoyó con cuidado en la cámara de presión.

—Apártelas, señor Peyton —se oyó la voz de Cornwell por la radio—. Voy a subir.

Se agachó para dar un brinco, alzó la vista y se quedó petrificado por el pánico. Su rostro, claramente visible a través de la dura lusilita tallada del casco, se congeló en una última mueca de terror.

—¡No, señor Peyton! ¡No...!

Peyton apretó el gatillo de la pistola de rayos. Estalló un fogonazo y Cornwell se convirtió en un guiñapo muerto, despatarrado entre restos de un traje espacial y moteado de sangre congelada.

Peyton miró sombríamente al cadáver, pero sólo durante un segundo. Luego, trasladó las últimas campanas a los envases ya preparados, se quitó el traje, activó el campo antigrav y las micropilas y, potencialmente más rico que dos semanas atrás, emprendió el viaje de regreso a la Tierra.

El 29 de agosto, la nave descendió silenciosamente de popa en el paraje de Wyoming de donde había partido el 10 de agosto. El cuidado con que Peyton había escogido el sitio estaba justificado. El aeromóvil aún estaba allí, a salvo dentro de una grieta del rocoso y escarpado terreno.

Trasladó los recipientes con las campanas al recoveco más profundo de la grieta, las tapó con tierra. Regresó a la nave para fijar los controles y realizar los últimos ajustes, salió de nuevo y, dos minutos después, se activaron los mandos automáticos del vehículo espacial.

La nave se elevó rumbo al oeste. Peyton la siguió con los ojos entrecerrados hasta que vio un destello de luz y el puntito de una nube en el cielo azul.

Torció la boca en una sonrisa. Había juzgado bien. Al ser inutilizadas las varillas de seguridad de cadmio, las micropilas superaron el nivel de seguridad y la nave se había pulverizado con el calor de la explosión nuclear subsiguiente.

Veinte minutos después se encontraba de vuelta en su propiedad. Estaba cansado y le dolían los músculos por la gravedad de la Tierra. Durmió bien.

Doce horas más tarde, al amanecer, se presentó la policía.

El hombre que abrió la puerta se entrelazó las manos sobre la barriga y saludó moviendo de arriba abajo la cabeza y sonriendo. El hombre que entró, H. Seton Davenport, del Departamento Terrícola de Investigaciones, miró incómodo a su alrededor.

La habitación a la que había entrado era grande y estaba en penumbra, excepto por la brillante lámpara que alumbraba una combinación de sillón y escritorio. Hileras de

librofilmes cubrían las paredes. Mapas galácticos colgaban en un rincón de la habitación y una lente de aumento galáctica relucía sobre un soporte en otro rincón.

—¿Es usted el profesor Wendell Urth? —preguntó Davenport, con un tono que sugería incredulidad.

Davenport era un hombre corpulento, de cabello negro y nariz delgada y prominente; en la mejilla, una cicatriz con forma de estrella marcaba para siempre el lugar donde un látigo nervioso lo había golpeado desde muy cerca.

—En efecto —contestó el profesor, con una débil voz de tenor—. Y usted es el inspector Davenport.

El inspector presentó sus credenciales.

—La universidad le ha recomendado como extraterrólogo.

—Eso me dijo usted cuando llamó hace media hora —asintió afablemente Urth.

Tenía rasgos toscos, la nariz era un botón rechoncho y unas gafas gruesas cubrían sus ojos un tanto saltones.

—Iré directamente al asunto, profesor. Supongo que ha visitado usted la Luna...

El profesor, que había sacado una botella de líquido rojizo y dos vasos polvorientos de detrás de una pila de librofilmes arrumbados, dijo con brusquedad:

—Nunca he visitado la Luna, inspector. ¡Ni me propongo hacerlo! El viaje espacial es una tontería. No creo en él. —Y añadió en un tono más suave—: Siéntese. Siéntese. Beba un trago.

El inspector Davenport obedeció.

—Pero usted es...

—Extraterrólogo. Sí, me interesan los otros mundos, pero eso no significa que tenga que ir allí. ¡Por todos los santos! No hay que viajar por el tiempo para ser historiador, ¿verdad? —Se sentó, mostrando una ancha sonrisa en su cara redonda—. Y, ahora, dígame a qué ha venido.

—He venido —dijo el inspector, frunciendo el ceño— a hacerle una consulta sobre un caso de homicidio.

—¿Un homicidio? ¿Y qué tengo que ver yo con el homicidio?

—Este homicidio, profesor, se cometió en la Luna.

—Asombroso.

—Es más que asombroso. No tiene precedente, profesor. Desde que se fundó el Dominio Lunar hace cincuenta años, han estallado naves y los trajes espaciales han sufrido filtraciones; hubo hombres que murieron achicharrados en la parte que da al sol, congelados en el lado oscuro, o sofocados en ambas partes; hubo muertes por caídas, lo cual es una rareza, considerando la gravedad lunar. Pero en todo ese tiempo ningún hombre murió en la Luna como resultado del acto violento y deliberado de otro hombre; hasta ahora.

—¿Cómo se hizo?

—Con una pistola de rayos. Las autoridades acudieron al lugar al poco tiempo, gracias a una afortunada conjunción de circunstancias. Una nave patrulla observó un fogonazo sobre la superficie de la Luna. Ya sabe usted a cuánta distancia se ve un fogonazo en el lado nocturno. El piloto informó a Ciudad Luna y alunizó. Jura que mientras viraba llegó a tiempo de ver, a la luz de la Tierra, el despegue de una nave. Tras alunizar descubrió un cadáver calcinado y huellas.

—Usted supone que el fogonazo procedía de la pistola.

—Eso es seguro. El cadáver era reciente. Había partes internas del cuerpo que aún no se habían congelado. Las huellas pertenecían a dos personas. Mediciones cuidadosas demostraron que las depresiones pertenecían a dos grupos de distinto diámetro, lo que indicaba botas de diferente tamaño. En general conducían a los cráteres GC-3 y GC-5, un par de...

—Estoy familiarizado con el código oficial para designar cráteres lunares —dijo afablemente el profesor.

—Bien. El caso es que GC-3 contenía huellas que conducían a una grieta en la pared del cráter, donde se encontraron restos de piedra pómez endurecida. Los patrones de difracción de rayos X mostraron...

—¡Campanas cantarinas! —exclamó entusiasmado el extraterrestre—. ¡No me diga que el homicidio tiene que ver con campanas cantarinas!

—¿Por qué? —preguntó Davenport, desconcertado.

—Yo tengo una. Una expedición de la universidad la descubrió y me la regaló a cambio de... Venga, inspector, debo mostrársela.

El profesor Urth se levantó y cruzó la habitación, indicándole al inspector con la mano que lo siguiera. Davenport lo siguió de mala gana.

Entraron en otra habitación, más amplia y más oscura que la primera y mucho más atiborrada de objetos. Davenport observó atónito el heterogéneo apilamiento de material, arrumbado sin ninguna pretensión de orden.

Distinguió un montoncito de «esmalte azul» de Marte, algo que algunos románticos consideraban que eran restos de marcianos extinguidos tiempo atrás, un pequeño meteorito, la maqueta de una vieja nave espacial, y una botella sellada, en cuya etiqueta estaba garabateado: «Atmósfera venusina».

—He transformado mi casa entera en museo —dijo con alegría el profesor Urth—. Es una de las ventajas de ser soltero. Claro que no tengo las cosas muy organizadas. Algún día, cuando tenga una semana libre...

Miró en torno con aire de despiste; luego, recordó a qué habían ido y apartó un gráfico, que mostraba el esquema evolutivo de los invertebrados marinos que constituían la forma más avanzada de vida en el Planeta de Barnard.

—Aquí está. Me temo que está deteriorada.

La campana pendía de un alambre, al cual estaba delicadamente soldada. Su

deterioro era manifiesto. En el medio había una línea de constricción que le daba el aspecto de dos esferas pequeñas firmes, pero imperfectamente unidas. No obstante, estaba bruñida y presentaba un brillo opaco, grisáceo, aterciopelado y tenía los hoyuelos que los laboratorios, en sus fútiles intentos de fabricar campanas sintéticas, habían encontrado imposibles de imitar.

—He experimentado mucho antes de hallar un badajo adecuado. Pero el hueso funciona. Aquí tengo uno. —Y mostró algo que parecía una cuchara gruesa y corta, hecha de una sustancia blancuzca—. Lo hice con el fémur de un buey. Escuche.

Con sorprendente delicadeza, sus dedos regordetes manipularon la campana buscando el mejor sitio. La acomodó, la equilibró con sumo cuidado y, luego, dejando que se balanceara libremente, dio un golpe suave con el extremo grueso de la cuchara de hueso.

Fue como si un millón de arpas hubieran sonado a un kilómetro de distancia. El tañido crecía, se acallaba y regresaba. No llegaba de ninguna dirección en particular. Sonaba dentro de la cabeza, increíblemente dulce, emocionante y trémulo a un mismo tiempo.

El sonido se extinguió gradualmente y ambos hombres guardaron silencio durante todo un minuto.

—No está mal, ¿eh? —comentó el profesor, y le dio un golpecito a la campana para que se meciera, suspendida del alambre.

Davenport se inquietó. La fragilidad de una buena campana cantarina era proverbial.

—¡Con cuidado! No la rompa.

—Los geólogos dicen que las campanas son sólo de piedra pómez, endurecida a presión y que envuelve un vacío donde pequeñísimos fragmentos de roca se entrechocan libremente. Eso dicen ellos. Pero si eso es todo ¿por qué no podemos imitarlas? Ahora que una campana en perfecto estado haría que ésta pareciera una armónica desafinada.

—Exacto, y no hay en la Tierra ni una docena de personas que posean una campana perfecta, mientras que hay cien personas e instituciones que comprarían una a cualquier precio y sin hacer preguntas. Un surtido de campanas justificaría un homicidio.

El extraterrólogo se volvió hacia Davenport y se ajustó las gafas sobre su pequeña nariz con el índice rechoncho.

—No me he olvidado de su caso de homicidio. Por favor, continúe.

—Seré breve. Conozco la identidad del asesino.

Habían vuelto a sentarse en la biblioteca y el profesor Urth se entrelazó las manos sobre el amplio vientre.

—¿De veras? Entonces, no tendrá ningún problema, inspector.

—Saber y probar no es lo mismo, profesor. Lamentablemente, él no tiene coartada.

—Querrá decir que lamentablemente tiene una coartada.

—He dicho lo que quería decir. Si tuviera una coartada, yo podría destruirla de algún modo, porque sería falsa. Si hubiera testigos que sostuvieran que lo vieron en la Tierra en el momento del asesinato, podría desbaratar sus testimonios. Si él tuviera pruebas documentales, podría demostrar que son fraudulentas. Lamentablemente, no tiene nada de eso.

—¿Qué tiene?

El inspector Davenport describió la finca de Peyton en Colorado. —Cada mes de agosto se encierra allí en absoluto aislamiento —concluyó—. Hasta el Departamento Terrícola de Investigaciones daría testimonio de ello. Cualquier jurado supondría que se encerró en su finca durante este agosto también, a menos que pudiéramos presentar pruebas contundentes de que estuvo en la Luna.

—¿Qué le hace creer que sí estuvo en la Luna? Tal vez sea inocente.

—¡No! —exclamó Davenport, con vehemencia—. Hace quince años que intento reunir pruebas contra él y nunca lo he conseguido. Pero a estas alturas puedo oler a distancia un crimen de Peyton. Le aseguro que nadie, salvo Peyton, nadie en la Tierra tendría la desfachatez, y tampoco los contactos para ello, de vender campanas cantarinas de contrabando. Se sabe que es un experto piloto espacial. Se sabe que tuvo contacto con la víctima, aunque no durante los últimos meses. Por desgracia, todo eso no prueba nada.

—¿No sería sencillo utilizar la sonda psíquica, ahora que su uso está legalizado?

Davenport frunció el ceño, y la cicatriz de su mejilla palideció.

—¿Ha leído usted la ley Konski-Hiakawa, profesor Urth?

—No.

—Creo que nadie la ha leído. El derecho a la intimidad mental, dice el Gobierno, es fundamental. De acuerdo. Pero ¿cuál es la consecuencia? El hombre que es sometido a la sonda psíquica y demuestra ser inocente del delito por el que se lo sondeó tiene derecho a cualquier compensación que un tribunal esté dispuesto a concederle. En un caso reciente, el cajero de un banco recibió veinticinco mil dólares porque lo sondearon por una errónea sospecha de robo. Las pruebas circunstanciales, que parecían conducir al robo, en realidad conducían a un episodio de adulterio. Este individuo alegó que perdió el empleo, que recibió amenazas por parte del esposo de la mujer, con los consiguientes temores, y, finalmente, que quedó expuesto al ridículo y al agravio cuando un periodista se enteró de los resultados del sondeo. El tribunal aceptó el alegato.

—Entiendo los argumentos de ese hombre.

—Todos los entendemos. Ése es el problema. Y algo más: quien haya sido

sondeado una vez por cualquier razón no puede ser sondeado de nuevo por ninguna otra razón. La ley establece que nadie debe poner en peligro su mente dos veces en la vida.

—Eso es un inconveniente.

—Exacto. Desde que se legalizó la sonda psíquica hace dos años, he perdido la cuenta de la cantidad de pillos y de embaucadores que han procurado hacerse sondear como carteristas para, después, dedicarse sin problemas a las grandes estafas. Así que el Departamento no permitirá que se sondee a Peyton hasta que haya pruebas firmes de su culpabilidad. Lo peor de todo, profesor Urth, es que, si nos presentamos ante un tribunal sin la prueba de la sonda psíquica, no podemos ganar. En algo tan serio como el homicidio, hasta el jurado más obtuso entiende que no utilizar la sonda psíquica constituye una prueba clara de que la fiscalía no está segura de sus argumentos.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Pruebas de que Peyton estuvo en la Luna en agosto. Hay que actuar deprisa. No puedo mantenerlo mucho tiempo más bajo sospecha. Si se difunde la noticia de este homicidio, la prensa mundial estallará como un asteroide chocando contra la atmósfera de Júpiter. Se trata de un crimen con mucho atractivo, ya me entiende; el primer asesinato en la Luna.

—¿Cuándo se cometió el crimen? —preguntó Urth, adoptando súbitamente un tono de interrogatorio.

—El 27 de agosto.

—¿Y cuándo se efectuó el arresto?

—Ayer, 30 de agosto.

—Entonces, si Peyton fue el asesino, habría tenido tiempo para regresar a la Tierra.

—Apenas. Muy poco. —Davenport apretó los labios—. Si yo hubiera llegado un día antes..., si me hubiese encontrado la casa vacía...

—¿Y durante cuánto tiempo supone usted que ambos, víctima y asesino, permanecieron en la Luna?

—A juzgar por el terreno recorrido por las huellas, varios días. Una semana por lo menos.

—¿Han localizado la nave?

—No, y tal vez nunca la encontremos. Hace unas diez horas, la Universidad de Denver informó de un ascenso en la radiactividad de fondo, que empezó a las seis de la tarde de antes de ayer y persistió durante varias horas. Es fácil, profesor, fijar los controles de una nave para que despegue sin tripulantes y estalle a setenta kilómetros de altura por un cortocircuito en la micropila.

—Si yo hubiera sido Peyton —observó pensativamente el profesor—, habría matado al hombre a bordo de la nave y hubiera volado el cadáver y la nave juntos.

—Usted no conoce a Peyton —dijo Davenport, en un tono tétrico—. Disfruta de sus victorias sobre la Ley. Las atesora. Al dejar ese cadáver en la Luna se proponía retornos.

—Entiendo. —El profesor se dio una palmada en el vientre—. Bien, hay una posibilidad.

—¿De que usted pueda demostrar que él estuvo en la Luna?

—De que yo pueda darle a usted una opinión.

—¿Ahora?

—Cuanto antes, mejor. Siempre que pueda entrevistar al señor Peyton, por supuesto.

—Eso se puede arreglar. Tengo un jet antigrav esperando. Podemos estar en Washington en veinte minutos.

Pero una expresión de profunda alarma cruzó el semblante del rechoncho extraterrestre. Se levantó y se alejó del agente, recluyéndose en el rincón más oscuro de la habitación.

—¡No!

—¿Qué ocurre, profesor?

—No voy a subir en un jet antigrav. No creo en ellos.

Davenport lo miró desconcertado.

—¿Prefiere un monorraíl?

—Desconfío de todos los medios de transporte. No creo en ellos. Salvo en caminar; no me molesta caminar. ¿No podría traer al señor Peyton a esta ciudad, a poca distancia? Al Ayuntamiento, quizás. A menudo voy andando hasta el Ayuntamiento.

Davenport miró impotente a su alrededor. Observó los millares de volúmenes que hablaban de los años luz. En la otra habitación se veían los recuerdos de mundos lejanos. Y el profesor Urth palidecía ante la idea de subirse a un jet antigrav. Se encogió de hombros.

—Traeré a Peyton aquí, a esta habitación. ¿Eso le parece bien?

El profesor suspiró aliviado.

—Por supuesto.

—Espero que consiga algo, profesor Urth.

—Haré todo lo posible, señor Davenport.

Louis Peyton observó con disgusto la habitación y con desprecio al hombrecillo gordo que lo saludaba con un movimiento de cabeza. Miró de soslayo el asiento que le ofrecían y lo limpió con la mano antes de sentarse. Davenport se sentó junto a él, manteniendo a la vista la funda de la pistola.

El hombrecillo gordo se sentó sonriendo y se dio una palmada en el redondo vientre, como si acabara de terminar una buena comida y deseara que el mundo



entero lo supiese.

—Buenas noches, señor Peyton. Soy el profesor Wendell Urth, extraterrestre.

Peyton lo miró fijamente.

—¿Y qué quiere de mí?

—Quiero saber si usted estuvo en la Luna en algún momento del mes de agosto.

—No estuve.

—Pero nadie le vio en la Tierra entre el 1 y el 30 de agosto.

—Hice mi vida normal en agosto. Nadie me ve nunca durante ese mes. —Señaló a Davenport con la cabeza—. Él puede decírselo.

El profesor se rió entre dientes.

—Sería fantástico que pudiéramos verificarlo. Si hubiera un modo físico de diferenciar la Luna de la Tierra... Si pudiéramos, por ejemplo, analizarle el polvo del cabello y decir: <Ah, roca lunar.> Lamentablemente, no podemos. La roca lunar es muy parecida a la terrícola y, aunque no lo fuera, usted no tendría polvo en el cabello a menos que hubiera salido a la superficie lunar sin traje espacial, lo cual es improbable.

Peyton permaneció impasible.

El profesor Urth continuó, tras sonreír amablemente y subir una mano para acomodarse las gafas precariamente asentadas sobre la nariz.

—Un hombre que recorre el espacio o la Luna respira aire terrícola e ingiere alimentos terrícolas. Lleva encima las condiciones externas de la Tierra, esté en la nave o dentro de un traje espacial. Buscamos un hombre que se pasó dos días en el espacio para ir a la Luna, estuvo por lo menos una semana en la Luna y tardó dos días en regresar de la Luna. Durante todo ese tiempo llevó la Tierra encima, lo cual dificulta las cosas.

—Sugiero que se dificultarán menos si me sueltan y buscan al verdadero asesino.

—Tal vez lleguemos a eso —manifestó el profesor—. ¿Alguna vez ha visto algo parecido a esto?

Bajó la mano regordeta al suelo y recogió una esfera gris que irradiaba destellos opacos. Peyton sonrió.

—Parece una campana cantarina.

—Es una campana cantarina. Las campanas cantarinas fueron la causa del asesinato. ¿Qué opina de ésta?

—Parece muy deteriorada.

—Ah, pero examínela —lo invitó el profesor y, moviendo rápidamente la mano, se la arrojó a Peyton, que estaba a dos metros.

Davenport soltó un grito al tiempo que se ponía de pie. Peyton alzó las manos con esfuerzo, pero con tal rapidez que logró coger la campana.

—¡Necio! —exclamó Peyton—. ¡No la arroje de ese modo!

—Usted siente respeto por las campanas cantarinas, ¿verdad?

—Demasiado como para romperlas. Al menos, eso no es delito.

Acarició la campana, se la acercó al oído, la sacudió y escuchó el suave chasquido de los lunolitos, las pequeñas partículas de piedra pómez que repiqueteaban en el vacío.

Luego, sujetó la campana por el alambre de acero y acarició la superficie con la uña del pulgar, en un movimiento curvo de experto.

Fue como un tañido. Sonó una nota muy dulce y aguda, con un ligero vibrato que tardó en extinguirse y evocaba imágenes de un crepúsculo estival.

Por un instante, los tres hombres escucharon ese sonido.

—Devuélvame la, señor Peyton —dijo de pronto el profesor. Levantó la mano en un gesto perentorio y añadió—: ¡Tíremela!

Automáticamente, Louis Peyton arrojó la campana, que trazó un breve arco sin llegar a las manos del profesor, cayó al suelo y se hizo añicos con un gemido discordante.

Davenport y Peyton miraron con idéntica desolación los fragmentos grises, y la voz serena del profesor Urth apenas fue audible:

—Cuando se encuentre el escondrijo de las campanas del criminal, pediré que se me entregue una intacta y debidamente bruñida, como reemplazo y como honorarios.

—¿Honorarios? ¿Por qué? —preguntó Davenport con irritación.

—Creo que es evidente. A pesar de mi pequeño discurso de hace un momento, hay algo de las condiciones externas de la Tierra que ningún viajero espacial lleva consigo, y es la gravedad de la superficie terrestre. El hecho de que el señor Peyton calculase tan erróneamente la distancia al arrojar un objeto que estima tanto significa que sus músculos aún no se han readaptado a la atracción de la gravedad. Es mi opinión profesional, señor Davenport, que su prisionero estuvo lejos de la Tierra en los últimos días. Estuvo en el espacio o en un objeto planetario mucho más pequeño que la Tierra; en la Luna, por ejemplo.

Davenport se levantó triunfalmente.

—Quiero esa opinión por escrito —dijo, apoyando la mano en la pistola—, y eso bastará para conseguir la autorización de utilizar la sonda psíquica.

Louis Peyton, atónito y desconcertado, sólo atinó a comprender que cualquier testamento que dejara tendría que incluir el relato de su fracaso final.

# La piedra parlante (1955)

---

“The Talking Stone”

El cinturón de asteroides es vasto y su población humana escasa. Larry Vernadsky, al séptimo mes de su estancia de un año en la Estación Cinco, se preguntaba cada vez más si su sueldo compensaba ese encierro en solitario a más de cien millones de kilómetros de la Tierra. Era un joven menudo y que no poseía el porte de un ingeniero en espacionáutica ni el de un minero de los asteroides. Tenía ojos azules, cabello del color de la mantequilla y un aire de inocencia que ocultaba una mente ágil y una curiosidad agudizada por el aislamiento.

Tanto el aire de inocencia como la curiosidad le fueron útiles a bordo de la Robert Q.

Cuando la Robert Q se posó en la plataforma externa de la Estación Cinco, Vernadsky subió a ella de inmediato, con un aire de ávido deleite que en un perro habría ido acompañado por el movimiento de la cola y una alegre cacofonía de ladridos.

No se amilanó ante el silencio huraño y el rostro severo con que el capitán de la Robert Q recibió sus sonrisas. En lo concerniente a Vernadsky, la nave era una compañía ansiada y bienvenida. Bienvenida en la medida de los millones de litros de hielo o las toneladas de alimentos concentrados y congelados que se apilaban en el asteroide hueco que era la Estación Cinco. Vernadsky estaba preparado con cualquier herramienta que fuera necesaria, con cualquier repuesto que se necesitara para cualquier motor hiperatómico.

Sonreía como un niño mientras rellenaba el formulario de rutina, que luego sería convertido— a lenguaje informático para los archivos. Anotó el nombre y el número de serie de la nave, el número del motor, el número del generador de campo y todos los demás, el puerto de embarque («asteroides, muchísimos de ellos, no sé cuál fue el último», y Vernadsky anotó simplemente «cinturón», que era la abreviatura habitual para «cinturón de asteroides»), el puerto de destino («la Tierra»), y la razón para esa escala («carraspeos en el motor hiperatómico»).

—¿Cuántos tripulantes, capitán? —preguntó Vernadsky, echando una ojeada a los papeles de la nave.

—Dos. ¿Por qué no miras el motor? Tenemos que entregar un embarque.

El capitán tenía las mejillas oscurecidas por la barba crecida y el aplomo de un curtido minero de los asteroides, pero hablaba como un hombre educado, casi culto.

—Claro.

Vernadsky llevó su equipo de diagnosis a la sala de máquinas, seguido por el capitán. Con soltura y eficiencia, comprobó los circuitos, el grado de vacío y la densidad del campo de fuerza.

El capitán lo intrigaba. A pesar de que a él le disgustaba estar donde estaba, comprendía que algunos sintieran fascinación por la vastedad y la libertad del espacio. Pero intuía que ese capitán no era minero de los asteroides sólo por amor a la soledad.

—¿Trabaja con un tipo específico de mineral? —preguntó.

—Cromo y manganeso —contestó lacónicamente el capitán, con el ceño fruncido.

—¿De veras? Yo que usted reemplazaría el tubo múltiple Jenner.

—¿Es ésa la causa de los problemas?

—No. Pero está bastante vapuleado. Dentro de un millón y medio de kilómetros puede tener otro fallo. Mientras tenga la nave aquí...

—De acuerdo, reemplázalo. Pero encuentra ese carraspeo.

—Hago todo lo posible, capitán.

El capitán había hablado con tanta rudeza que hasta Vernadsky se amilanó. Siguió trabajando en silencio y luego se puso de pie.

—Tiene un semirreflector enturbiado por rayos gamma. Cada vez que el haz de positrones cierra su círculo, el motor se apaga durante un segundo. Tendrá que reemplazarlo.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Varias horas. Doce, tal vez.

—¿Qué? Voy con retraso.

—Lo lamento —dijo Vernadsky, de buen humor—. No puedo hacer milagros. Hay que limpiar el sistema con helio durante tres horas para que yo pueda entrar. Y luego hay que calibrar el nuevo semirreflector, y eso lleva tiempo. Podría repararlo a la ligera en cuestión de minutos, pero sólo a la ligera. Dejaría de funcionar antes de que usted llegara a la órbita de Marte.

El capitán frunció el ceño.

—Adelante. Manos a la obra.

Vernadsky llevó el tanque de helio a bordo de la nave. Con los generadores pseudograv apagados no pesaba casi nada, pero seguía teniendo toda su masa y su inercia. Eso significaba que debía manipularlo con cuidado en cada recodo. Las maniobras resultaban aún más difíciles porque Vernadsky carecía de peso.

Como concentraba toda su atención en el cilindro, se equivocó al doblar un recodo y, de pronto, se halló en una sala extraña y en penumbra.

Dio un grito, sobresaltado, y dos hombres se abalanzaron sobre él, empujaron el cilindro y cerraron la puerta.

Guardó silencio mientras conectaba el cilindro a la válvula de entrada del motor y escuchaba el ronroneo del helio que bañaba el interior, absorbiendo los gases radiactivos para lanzarlos al vacío del espacio.

Pero finalmente la curiosidad prevaleció sobre la prudencia.

—Tiene un siliconio a bordo, capitán. Y es grande.

El capitán se volvió lentamente hacia Vernadsky.

—¿En serio? —dijo en un tono inexpresivo.

—Lo he visto. ¿Me deja echar otra ojeada?

—¿Por qué?

—Oh, vamos, capitán —protestó Vernadsky, en un tono de súplica—. Hace más de medio año que estoy en esta roca. He leído todo lo que he podido sobre los asteroides, lo cual significa toda clase de cosas sobre los siliconios. Y nunca he visto uno, ni siquiera uno pequeño. Hágame el favor.

—Creo que tienes trabajo que hacer.

—Sólo el bañado de helio durará horas. No se puede hacer nada más hasta que eso esté terminado. ¿Cómo es que tiene un siliconio, capitán?

—Es una mascota. A algunos les gustan los perros. A mí me gustan los siliconios.

—¿Le ha hecho hablar?

El capitán se sonrojó.

—¿Por qué lo preguntas?

—Algunos hablan. Los hay que incluso leen la mente.

—¿Qué pasa, eres experto en esas malditas cosas?

—He leído sobre ellas, ya se lo he dicho. Vamos, capitán. Echemos una ojeada.

Vernadsky trató de no mostrar que era consciente de que tenía al capitán enfrente y a un tripulante a cada lado. Todos eran más corpulentos y fornidos que él, y todos —estaba seguro— portaban armas.

—Bien, ¿qué hay de malo? —insistió—. No pienso robarlo. Sólo quiero verlo.

Quizá la inconclusa tarea de reparación le salvó el pellejo. O quizá fue ese aire de inocencia jovial y un poco boba.

—De acuerdo, vamos —dijo el capitán.

Y Vernadsky lo siguió, con su ágil mente en funcionamiento y el pulso acelerado.

Vernadsky miró con suma reverencia y cierta repulsión a la criatura gris. Era cierto que nunca había visto un siliconio, aunque sí había visto fotos tridimensionales y había leído descripciones de ellos. Pero en una presencia real hay algo que ni las palabras ni las fotos pueden reemplazar.

Tenía la piel gris, lisa y aceitosa. Los movimientos eran lentos, como convenía a una criatura que se refugiaba en la piedra y era semipétreo. No había músculos en movimiento debajo de la piel, sino que se movía a trozos, como el deslizamiento, una sobre otra, de finas capas de piedra.

Su forma era ovoide; redondeada arriba y chata abajo, con dos conjuntos de apéndices. Debajo estaban las «patas», dispuestas en forma radial. Eran seis en total y terminaban en bordes de afilado pedernal, reforzados por sedimentos de metal. Esos

bordes podían atravesar una roca y partirla en porciones comestibles.

En el vientre chato de la criatura, que no se veía a menos que el siliconio se encontrara tumbado sobre el lomo, estaba la única abertura, por donde entraban al interior las rocas fragmentadas. Dentro, la piedra caliza y los silicatos hidratados reaccionaban para formar las siliconas que constituían los tejidos de la criatura. El sílice excedente era escupido por la abertura, en forma de excreciones blancas, duras y pedregosas.

Los lisos guijarros que yacían desperdigados en cavidades dentro de la estructura rocosa de los asteroides habían intrigado a los extraterrólogos, hasta que descubrieron los siliconios. Y se maravillaron ante el proceso mediante el cual esas criaturas lograban que las siliconas —polímeros de silicona-oxígeno, con cadenas laterales de hidrocarbono— realizaran muchas de las funciones que las proteínas cumplían en la vida terrícola.

Del punto más alto del lomo de la criatura salían los apéndices restantes; dos conos invertidos y huecos, insertados en ranuras paralelas del lomo, pero capaces de elevarse un poco. Cuando el siliconio se sepultaba en la roca, retraía las «orejas» para avanzar sin obstáculos. Cuando descansaba en una caverna hueca, las erguía para obtener una recepción más sensible. Su vaga semejanza con las orejas del conejo hizo inevitable el nombre de siliconio. Los extraterrólogos más serios, que habitualmente llamaban a las criaturas *Siliconeus asteroidea*, pensaban que las «orejas» podían estar relacionadas con los rudimentarios poderes telepáticos que poseían esas bestias. Una minoría pensaba de otro modo.

El siliconio se estaba deslizando despacio sobre una roca embadurnada de aceite. Había otras rocas desparramadas en un rincón de la habitación, y Vernadsky supuso que representaban el suministro alimentario de la criatura. O, al menos, el suministro para la construcción de sus tejidos. Había leído que eso no bastaba para obtener energía.

—Es un monstruo —comentó maravillado Vernadsky—. Mide más de treinta centímetros de largo. —El capitán se limitó a responder con un gruñido—. ¿Dónde lo encontró?

—En una de las rocas.

—Escuche, nadie ha encontrado uno mayor de cinco centímetros. Podría vendérselo a un museo o a una universidad de la Tierra por dos mil dólares.

El capitán se encogió de hombros.

—Bien, ya lo has visto. Volvamos al motor hiperatómico.

Agarró con fuerza el codo de Vernadsky y estaba dando media vuelta cuando lo detuvo una voz pausada y con mala pronunciación, una voz resonante y áspera.

Se trataba de una voz configurada por la modulada fricción de roca sobre roca, y Vernadsky miró horrorizado al que hablaba. Era el siliconio, que de pronto se había

transformado en una piedra parlante:

—El hombre se pregunta si esta cosa puede hablar.

—¡Santísimo espacio! —susurró Vernadsky—. ¡Habla!

—De acuerdo —dijo con impaciencia el capitán—, ya lo has visto y lo has oído. Vámonos.

—Y lee la mente —añadió Vernadsky.

—Marte gira en dos cuatro horas tres siete y medio minutos —dijo el silicionio—. La densidad de Júpiter es uno coma dos dos. Urano fue descubierto en el año uno siete ocho uno. Plutón es el planeta más lejos. El Sol es más pesado, con una masa de dos cero cero cero cero cero...

El capitán se llevó a Vernadsky a rastras, que, resistiéndose y tropezando, escuchaba fascinado esa voz que seguía repitiendo ceros.

—¿Dónde aprendió el silicionio todo eso, capitán?

—Le leemos un viejo libro de astronomía. Muy antiguo.

—Anterior a la invención del viaje espacial —refunfuñó uno de los tripulantes—. Ni siquiera es una filmación. Está impreso.

—Cállate —le ordenó el capitán.

Vernadsky verificó si el escape de helio contenía radiación gamma y, por fin, llegó el momento de terminar el baño y trabajar en el interior. Era una tarea delicada, y Vernadsky la interrumpió sólo una vez para tomarse un café y descansar.

—¿Sabe qué pienso, capitán? —dijo con una sonrisa inocente—. Esa cosa vive dentro de la roca, dentro de un asteroide durante toda su vida. Cientos de años, tal vez. Es una criatura enorme y quizá mucho más lista que el silicionio común. Usted la recoge y ella descubre que el universo no es de roca. Descubre millones de cosas que no imaginaba. Por eso le interesa la astronomía; por este mundo nuevo, estas ideas nuevas que capta en el libro y en la mente humana. ¿No le parece?

Estaba desesperado por sonsacarle al capitán algún dato concreto que confirmara sus deducciones. Ésa era la razón de que se arriesgase a decir lo que no debía de ser sino una parte de la verdad; la parte más pequeña, desde luego.

Pero el capitán, apoyándose contra una pared con los brazos cruzados, se limitó a decir:

—¿Cuándo terminarás?

Fue su último comentario y Vernadsky tuvo que darse por satisfecho. El motor quedó ajustado a gusto de Vernadsky, y el capitán le pagó una tarifa razonable en efectivo, aceptó el recibo y la nave se marchó en medio de un fogonazo de hiperenergía.

Vernadsky la siguió con la mirada, sin poder contener la excitación, y fue rápidamente al emisor subterráneo.

—Debo de estar en lo cierto —murmuró—. Tiene que ser así.

El patrullero Milt Hawkins recibió la llamada en la intimidad de su asteroide, la Estación de Patrulla 72. Se estaba acariciando la barba de dos días, con una lata de cerveza helada en la mano y ante un proyector de filmes, y la expresión melancólica de su rostro rubicundo y mofletudo era producto de la soledad, al igual que la forzada jovialidad de los ojos de Vernadsky.

El patrullero Hawkins miró esos ojos con satisfacción. Aunque sólo fuera Vernadsky, la compañía era compañía. Lo saludó efusivamente y escuchó totalmente el sonido de la voz sin preocuparse demasiado por el contenido de las palabras.

Pero de pronto se despabiló y concentró ambos oídos en su labor.

—Un momento —interrumpió—. ¿De qué estás hablando?

—¿No me has escuchado, tonto polizonte? Te estoy diciendo todo lo que sé.

—Pues dilo poco a poco. ¿Qué pasa con ese silicionio?

—Ese tipo lleva uno a bordo. Lo llama mascota y lo alimenta con piedras grasientas.

—¿Ah, sí? Bueno, mira, un minero de los asteroides llamaría mascota a un trozo de queso si consiguiera que le hablase.

—No es un silicionio cualquiera. No es una de esas criaturillas pequeñas. Tiene casi medio metro de longitud. ¿No entiendes? ¡Santo espacio! Creí que sabías algo sobre los asteroides, ya que vives ahí.

—Bueno, y ¿por qué no me lo explicas?

—Mira, las rocas grasas generan tejidos, pero ¿de dónde extrae su energía un silicionio de ese tamaño?

—No lo sé.

—Directamente de... ¿Hay alguien cerca de ti?

—Ahora no. Ojalá hubiera alguien.

—Pronto desearás lo contrario. Los silicionios extraen su energía de la absorción directa de rayos gamma.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice un tío llamado Wendell Urth. Es un importante extraterrólogo. Más aún, sostiene que para eso están las orejas del silicionio. —Vernadsky se apoyó ambos índices sobre las sienes y los agitó—. No es telepatía. Detectan la radiación gamma en niveles que ningún instrumento humano puede detectar.

—Bien. ¿Y qué pasa con eso? —preguntó Hawkins, pero se estaba preocupando.

—Pues que Urth dice que en ningún asteroide hay radiación gamma suficiente para silicionios de más de cinco centímetros de longitud. No hay radiactividad suficiente. Y éste medirá casi cuarenta centímetros.

—Bueno, y...

—Así que tiene que venir de un asteroide lleno de radiación, recargado de uranio, rebosante de rayos gamma. Un asteroide con radiactividad suficiente como para



resultar caliente al tacto y encontrarse alejado de las órbitas regulares, de modo que nadie se ha encontrado con él. Pero supongamos que un chico listo aterrizara en el asteroide por casualidad y reparase en la tibieza de las rocas y se pusiera a pensar. El capitán del Robert Q no es un patán. Es un tipo astuto.

—Continúa.

—Supongamos que hace volar trozos de roca para analizarlos y se encuentra con un silicionio gigante. Ahora es consciente de que ha dado con la más increíble veta de la historia. Y no necesita hacer análisis. El silicionio puede guiarlo hasta los filones ricos.

—¿Por qué?

—Porque quiere aprender cosas acerca del universo. Porque se ha pasado un milenio bajo la roca y acaba de descubrir las estrellas. Sabe leer la mente y podría aprender a hablar. Puede llegar a un acuerdo. Y, oye, el capitán aceptaría sin remilgos. La explotación de uranio es monopolio estatal. A los mineros sin licencia ni siquiera se les permite llevar contadores. Es un plan perfecto para el capitán.

—Quizá tengas razón.

—Sin quizá. Deberías haber visto cómo me vigilaban mientras yo observaba al silicionio, dispuestos a abalanzarse sobre mí en cuanto dijera una palabra sospechosa. Tendrías que haber visto cómo me sacaron a rastras.

Hawkins se acarició con la mano la barbilla sin afeitarse y calculó mentalmente cuánto tardaría en afeitarse.

—¿Durante cuánto tiempo puedes retenerlo en la estación?

—¡Retenerlo! ¡Santo espacio! ¡Se ha ido ya!

—¿Qué? Entonces ¿de qué demonios hablas? ¿Por qué le dejaste escapar?

—Eran tres tipos más corpulentos que yo, armados y dispuestos a matar. ¿Qué querías que hiciera?

—De acuerdo. ¿Y qué hacemos ahora?

—Salir a buscarlos. Será sencillo. Les reparé los semirreflectores, pero los reparé a mi manera. Antes de los quince mil kilómetros se quedarán sin energía. Además, instalé un rastreador en el tubo múltiple Jenner. —Hawkins miró boquiabierto el rostro risueño de Vernadsky y soltó una exclamación—. Y no le cuentes esto a nadie. Sólo tú, yo y la nave patrulla. Ellos no tendrán energía y nosotros tendremos un par de cañones. Nos dirán dónde queda el asteroide de uranio, lo localizamos y, luego, nos comunicamos con tu jefatura y les entregamos tres, repito, tres contrabandistas de uranio, un silicionio gigantesco, como jamás vio ningún terrícola, y una, repito, una enorme y gorda veta de uranio como tampoco ha visto jamás ningún terrícola. Y tú asciendes a teniente y yo consigo un puesto en la Tierra. ¿Te parece?

Hawkins estaba perplejo.

—Vale. Voy para allá.

Estaban casi encima de la nave cuando la detectaron ocularmente por el débil destello de la luz reflejada del sol.

—¿No les dejaste energía suficiente para las luces? —preguntó Hawkins—. No habrás desconectado el generador de emergencia, ¿verdad?

Vernadsky se encogió de hombros.

—Están ahorrando energía, con la esperanza de que alguien los rescate. Apuesto a que ahora están usando toda la que tienen en una llamada subetérica.

—En tal caso —dijo secamente Hawkins—, no la recibiré.

—¿No lo harás?

—En absoluto.

La nave patrulla se aproximó más. Su presa, sin energía, iba a la deriva a quince mil kilómetros por hora.

La nave patrulla se le acercó.

—¡Oh, no! —exclamó Hawkins, consternado.

—¿Qué sucede?

—La nave ha sufrido un impacto. Algún meteorito. Dios sabe que los hay a montones en el cinturón de asteroides.

El rostro y la voz de Vernadsky evidenciaron un repentino abatimiento.

—¿Un impacto? ¿La nave está destrozada?

—Tiene un boquete del tamaño de la puerta de un establo. Lo lamento, Vernadsky, pero esto no tiene buena pinta.

Vernadsky cerró los ojos sintiendo un nudo en la garganta. Sabía a qué se refería Hawkins. Había efectuado una reparación defectuosa a propósito, lo cual se podía juzgar como delito. Y una muerte como consecuencia de un delito era homicidio.

—Oye, Hawkins, tú sabes por qué lo hice.

—Sé lo que me dijiste y lo atestiguaré si es necesario. Pero si esa nave no lleva contrabando...

No terminó la frase. No era necesario.

Entraron en la destartada nave enfundados en sus trajes.

La Robert Q era una carnicería. Sin energía, no había podido generar una pantalla protectora contra la roca que la golpeó ni detectarla a tiempo, y no habría podido eludirla aunque la hubiera detectado. El meteorito había atravesado el casco como si éste fuera papel de aluminio. La cabina del piloto se encontraba destrozada, la nave se había quedado sin aire y los tres tripulantes estaban muertos.

Uno de ellos se hallaba aplastado contra la pared y era carne congelada. El capitán y el otro tripulante se encontraban tiesos, con la piel hinchada por los coágulos helados que el aire había formado al escapar de la sangre rompiendo venas y arterias.

Vernadsky, que nunca había visto esa forma de muerte en el espacio, sintió

náuseas, pero se esforzó por no vomitar dentro del traje y lo consiguió.

—Veamos el mineral que traen. Tiene que ser radiactivo —dijo, y se repitió para sus adentros: tiene que serlo, tiene que serlo.

La fuerza de la colisión había deformado la puerta de la cabina de carga y se veía una rendija de un centímetro de ancho en el borde con el marco.

Hawkins alzó el contador que llevaba en la mano enguantada y dirigió la ventanilla de mica hacia la rendija.

Parloteó como un millón de cotorras.

—Te lo dije —suspiró Vernadsky, con infinito alivio.

La reparación defectuosa era ya únicamente el ingenioso y loable cumplimiento del deber de un ciudadano leal, y la colisión que había provocado la muerte de tres hombres, un lamentable accidente.

Necesitaron dos descargas de pistola para arrancar la puerta alabeada, y las linternas alumbraron toneladas de roca.

Hawkins levantó dos trozos de buen tamaño y se los metió en el bolsillo del traje.

—Como prueba, y para los análisis.

—No lo mantengas cerca de la piel demasiado tiempo —le advirtió Vernadsky.

—El traje me protegerá hasta que regrese a la nave. No es uranio puro, ya sabes.

—Pero se acerca bastante —manifestó Vernadsky, con renovado aplomo.

Hawkins miró en torno.

—Bien, esto cambia las cosas. Hemos detenido a una banda de contrabandistas, o a parte de ella. ¿Y ahora qué?

—El asteroide de uranio..., oh...

—En efecto. ¿Dónde está? Los únicos que lo sabían están muertos.

—¡Santo espacio! —Y Vernadsky volvió a sentirse abatido. Sin el asteroide, sólo tenían tres cadáveres y unas cuantas toneladas de mineral de uranio. Estaba bien, pero no era nada espectacular. Se ganaría una felicitación y él no buscaba una felicitación, sino un puesto permanente en la Tierra; y para eso necesitaba algo más—. ¡Por el amor del espacio! —gritó de repente—. ¡El siliconio! Puede vivir en el vacío. Vive en el vacío continuamente y él sabe dónde está el asteroide.

—¡Bien! —exclamó Hawkins, con repentino entusiasmo—. ¿Dónde está esa cosa?

—En popa. Por aquí.

El siliconio destelló a la luz de las linternas. Se movía y estaba vivo. El corazón de Vernadsky se le salía del pecho por la emoción.

—Tenemos que moverlo, Hawkins.

—¿Por qué?

—El sonido no se desplaza en el vacío. Hemos de llevarlo a la nave patrulla.

—De acuerdo, de acuerdo.

—No podemos ponerle un traje con transmisor de radio, ya me entiendes.

—He dicho que de acuerdo.

Se lo llevaron con cuidado, manejando casi con afecto la grasienta superficie de la criatura con sus dedos enfundados en metal.

Hawkins lo sostuvo mientras salían de la Robert Q.

Tenían al silicionio en la sala de control de la nave patrulla. Se habían quitado los cascos y Hawkins se estaba quitando el traje. Vernadsky no pudo esperar.

—¿Puedes leernos la mente? —preguntó.

Contuvo el aliento hasta que los sonidos discordantes de roca se modularon en palabras. Para los oídos de Vernadsky no podía haber sonidos más agradables en ese momento.

—Sí —respondió. Y añadió—: Vacío en derredor. Nada.

—¿Qué? —se alarmó Hawkins.

Vernadsky le hizo callar.

—Se refiere al viaje por el espacio. Debe de haberlo impresionado. —Se volvió hacia el silicionio y gritó, como si quisiera aclararse él mismo las ideas—: Los hombres que estaban contigo recogieron uranio, un mineral especial, radiaciones, energía.

—Querían comida —susurró la voz áspera.

¡Por supuesto! Era comida para el silicionio. Era una fuente de energías.

—¿Les mostraste dónde conseguirla?

—Sí.

—Apenas le oigo —se quejó Hawkins.

—Le pasa algo —comentó Vernadsky, preocupado. Y gritó—: ¿Te encuentras bien?

—No bien.

—No. Aire marchó de golpe. Algo malo dentro.

—La descomprensión repentina debió de dañarlo —murmuró Vernadsky—. Oh, cielos... Mira, tú sabes lo que busco. ¿Dónde está tu hogar? El lugar con comida.

Los dos hombres aguardaron en silencio.

Las orejas del silicionio se elevaron despacio, temblaron y cayeron. —Allí —fue la respuesta—. Por allí.

—¿Dónde? —chilló Vernadsky.

—Allí.

—Está haciendo algo —observó Hawkins—. Está señalando hacia algún sitio.

—Claro, sólo que no sabemos hacia dónde.

—Bueno, y ¿qué esperabas? ¿Que te diera las coordenadas?

—¿Por qué no? —se volvió hacia el silicionio, que estaba acurrucado en el suelo. Permanecía inmóvil y había una falta de vida en su exterior que no auguraba nada

bueno—. El capitán sabía dónde estaba el sitio donde comías. Tenía números para designarlo, ¿verdad?

Rogó para que el siliconio lo entendiera, para que leyera los pensamientos y no sólo escuchara las palabras.

—Sí —contestó el siliconio con un susurro de roca contra roca. —Tres series numéricas —lo alentó Vernadsky.

Tenían que ser tres. Tres coordenadas en el espacio más las fechas, dando tres posiciones del asteroide en su órbita en torno al Sol. Esos datos permitían calcular la órbita completa y una posición determinada en cualquier momento. Hasta se podían incluir en el cálculo las perturbaciones planetarias.

La voz del siliconio sonó aún más débil:

—Sí.

—¿Cuáles eran? ¿Cuáles eran los números? Anótalos, Hawkins. Busca papel.

Pero el siliconio dijo:

—No sé. Números no importante. Lugar de comida allí.

—Está clarísimo —observó Hawkins—. No necesitaba las coordenadas, así que no prestó atención.

—Pronto no... —añadió el siliconio, e hizo una pausa como si paladeara una palabra nueva y extraña—. Pronto no vivo. —Otra pausa más larga—. Pronto muerto. ¿Qué después de muerte?

—Resiste —le imploró Vernadsky—. Dime, ¿el capitán anotó esos números en alguna parte?

El siliconio tardó un minuto largo en responder. Los dos hombres se agacharon tanto que sus cabezas casi rozaban la piedra moribunda.

—¿Qué después de muerte? —repitió.

—Una respuesta —gritó Vernadsky—. Sólo una. El capitán debió de apuntar los números. ¿Dónde? ¿Dónde?

—En el asteroide —susurró el siliconio.

Y no habló más.

Era una roca muerta, tan muerta como la roca que le dio nacimiento, tan muerta como las paredes de la nave, tan muerta como un humano muerto.

Y Vernadsky y Hawkins se incorporaron y se miraron con desesperanza.

—No tiene sentido —comentó Hawkins—. ¿Por qué iba a apuntar las coordenadas en el asteroide? Es como guardar la llave en la caja que tienes que abrir.

Vernadsky sacudió la cabeza.

—Una fortuna en uranio. La mayor veta de la historia y no sabemos dónde está.

H. Seton Davenport miró a su alrededor con una extraña sensación de placer. Aun en reposo, su rostro arrugado y su nariz prominente manifestaban cierta dureza. La cicatriz de la mejilla derecha, el pelo negro, las cejas enarcadas y la tez morena se

combinaban para darle un aire de incorruptible agente del Departamento Terrícola de Investigaciones, y eso era.

Pero sonreía vagamente al mirar esa amplia habitación donde la penumbra volvía infinitas las hileras de librofines y los especímenes de quién sabe qué, procedentes de quién sabe dónde se amontonaban de un modo misterioso. Ese absoluto desorden y ese aire de aislamiento del mundo volvían irreal la habitación; casi tan irreal como su propio dueño.

Y el dueño estaba sentado en una combinación de sillón y escritorio que estaba bañada por el único foco de luz brillante de la habitación. Pasaba lentamente las hojas de unos informes oficiales que sostenía en la mano. Sólo apartaba la mano para acomodarse las gruesas gafas que amenazaban con caerse a cada instante de la nariz chata y redonda. Mientras leía, se le movía lentamente el vientre con el ritmo de la respiración.

Era el profesor Wendell Urth, quien, si de algo valía el juicio de los expertos, era el extraterrólogo más destacado de la Tierra. La gente lo consultaba sobre cualquier tema relacionado con lo extraterrestre, aunque en su vida adulta el profesor jamás se había alejado a más de una hora caminando del recinto universitario, donde tenía su hogar.

Miró solemnemente al inspector Davenport.

—Un hombre muy inteligente, este joven Vernadsky.

—¿Por haber deducido todo a partir de la presencia del siliconio? En efecto.

—No, no. La deducción fue sencilla. Inevitable, a decir verdad. Hasta un tonto la habría hecho. Yo me refería —añadió, enarcando las cejas un tanto severamente— al hecho de que el joven había leído acerca de mis experimentos concernientes a la sensibilidad del *Siliconeus asteroidea* a los rayos gamma.

—Ah, sí —asintió Davenport.

El profesor Urth era el gran experto en siliconios. Por eso Davenport acudía a él. Tenía una sola pregunta que hacerle, una pregunta sencilla; pero el profesor había fruncido sus labios carnosos, había sacudido la cabezota y había pedido ver todos los documentos del caso.

Por lo general, eso habría sido imposible, pero hacía poco que el profesor Urth había colaborado con el Departamento en el caso de las campanas cantarinas de la Luna, destruyendo una falta de coartada mediante una argucia relacionada con la gravedad lunar, así que el inspector había accedido.

El profesor terminó de leer, dejó las hojas sobre el escritorio, liberó los faldones de la camisa de la estrechez de la cintura y se limpió con ellos las gafas. Examinó los cristales a la luz, para comprobar los efectos de su limpieza, volvió a ponerse las gafas sobre la nariz y unió las manos encima del vientre, entrelazando sus dedos regordetes.

—¿Cuál era la pregunta, inspector?

—¿Es verdad, en su opinión, que un siliconio del tamaño y el tipo que se describen en el informe sólo se pudo haber desarrollado en un mundo rico en uranio...?

—Material radiactivo —le interrumpió el profesor—. Torio, tal vez, aunque probablemente uranio.

—¿La respuesta es sí, entonces?

—En efecto.

—¿Y qué tamaño tendría ese mundo?

—Un kilómetro y medio de diámetro, quizá —contestó pensativamente el extraterrestre—. Tal vez más.

—¿Y cuántas toneladas de uranio, o de material radiactivo, mejor dicho?

—Billones, por lo menos.

—¿Estaría usted dispuesto a consignarlo por escrito y firmarlo?

—Desde luego.

—Muy bien, profesor. —Davenport se puso de pie y tomó el sombrero con una mano y puso la otra sobre los informes—. Es todo lo que necesitamos.

Pero el profesor Urth apoyó la mano en los informes y no la apartó de allí.

—Espere. ¿Cómo piensa encontrar el asteroide?

—Buscando. Asignaremos un volumen de espacio a cada nave disponible y... buscaremos.

—¡El gasto, el tiempo, el esfuerzo! Y nunca lo encontrarán.

—Una probabilidad entre mil. Tal vez lo consigamos.

—Una probabilidad entre un millón. No lo encontrarán.

—No podemos renunciar al uranio sin intentarlo. Su opinión profesional, profesor, justifica la empresa.

—Pero hay un modo mejor de encontrar el asteroide. Yo puedo encontrarlo.

Davenport miró fijamente al extraterrestre. A pesar de las apariencias, el profesor Urth no era tonto. Lo sabía por experiencia personal.

—¿Cómo puede encontrarlo? —preguntó, con un vago tono de esperanza en la voz.

—Primero, mi precio.

—¿Su precio?

—Mis honorarios, sí lo prefiere. Cuando el Gobierno llegue al asteroide, quizás encuentren allí otro siliconio de gran tamaño. Los siliconios son muy valiosos. Se trata de la única forma de vida con tejidos de silicio sólido y un fluido circulatorio consistente en silicón líquido. La respuesta a la pregunta de si los asteroides alguna vez formaron parte de un único cuerpo planetario puede encontrarse allí. Y la de muchos otros problemas... ¿Comprende usted?

—¿Es decir que quiere que le consigan un silicionio grande?

—Vivo y en buen estado. Y gratis. Sí.

Davenport asintió con la cabeza.

—Estoy seguro de que el Gobierno aceptará. ¿Y en qué anda pensando usted?

—Pues en el comentario del silicionio —contestó el profesor, con la paciencia de quien debe explicarlo todo.

Davenport pareció desconcertarse.

—¿Qué comentario?

—El que consta en el informe. Antes de la muerte del silicionio. Vernadsky le preguntó que dónde había anotado el capitán las coordenadas, y el silicionio respondió: «En el asteroide.»

Davenport no ocultó su desilusión.

—¡Santo espacio, profesor, lo sabemos, y lo hemos examinado desde todo punto de vista! No significa nada.

—¿Nada de nada, inspector?

—Nada importante. Lea de nuevo el informe. El silicionio ni siquiera escuchaba a Vernadsky. Sentía que se le iba la vida y eso lo tenía intrigado. Preguntó dos veces qué había después de la muerte. Y, ante la insistencia de Vernadsky, respondió: «En el asteroide.» Tal vez ni siquiera oyó esa pregunta y lo que hizo fue responder a la suya propia. Quizá pensó que, después de la muerte, regresaría a su asteroide, a su hogar, donde se encontraría a salvo de nuevo. Eso es todo.

El profesor Urth meneó la cabeza.

—Es usted muy poético. Tiene demasiada imaginación. Vamos a ver, porque nos encontramos ante un problema interesante. Veamos si sabe usted resolverlo por sí mismo. Supongamos que el comentario del silicionio fuese realmente una respuesta a la pregunta de Vernadsky.

—Aunque así fuera, ¿de qué nos serviría? ¿A qué asteroide se estaba refiriendo, al asteroide de uranio? No podemos localizarlo, así que imposible hallar sus coordenadas. ¿Se refería a algún otro asteroide, que el Robert Q utilizaba como base? Tampoco podemos encontrarlo.

—Elude usted lo más evidente, inspector. ¿Por qué no se pregunta qué significa la frase «en el asteroide» para el silicionio? No para usted ni para mí, sino para el silicionio.

Davenport frunció el ceño.

—No le entiendo, profesor.

—Pues estoy hablando con toda claridad. ¿Qué significaba la palabra «asteroide» para el silicionio?

—El silicionio aprendió cosas del espacio en un texto de astronomía que le leían. Supongo que el libro explicaba qué era un asteroide.



—Exacto —chilló el profesor, apoyándose un dedo en un lateral de su chata nariz—. ¿Y cuál sería esa definición? Un asteroide es un cuerpo pequeño, más pequeño que los planetas, y gira alrededor del Sol en una órbita que, por lo general, se encuentra entre las de Marte y Júpiter. ¿De acuerdo?

—Supongo que sí.

—¿Y qué es la Robert Q?

—¿Se refiere a la nave?

—Usted la llama nave. Pero el libro de astronomía era antiguo, así que no hablaba de naves espaciales. Uno de los tripulantes lo especificó, dijo que era anterior al vuelo espacial. Entonces, ¿qué es la Robert Q? ¿No es un cuerpo más pequeño que los planetas? Y, mientras el silicionio estuvo a bordo, ¿no giraba alrededor del Sol en una órbita que, por lo general, se encontraba entre las de Marte y Júpiter?

—¿Quiere decir que el silicionio consideraba la nave otro asteroide y que, al decir «en el asteroide», quiso decir «en la nave»?

—Exacto. Le dije que le haría deducir el problema por sí mismo.

Pero ningún gesto de alegría ni de alivio hizo desaparecer la expresión sombría del inspector.

—Eso no es una solución, profesor.

El profesor parpadeó y su rostro redondo se volvió aún más blando y aniñado en su cándida complacencia.

—Claro que sí.

—En absoluto. Profesor, estoy de acuerdo en que nosotros no hemos razonado como usted y desdeñamos el comentario del silicionio; pero, de todas formas, ¿cree que no investigamos la nave? La desmantelamos pieza por pieza, placa por placa. No dejamos ni una soldadura en pie.

—Y no encontraron nada.

—Nada.

—Tal vez no buscaron en el sitio adecuado.

—Buscamos por todas partes. —El inspector se levantó, dispuesto para irse—. ¿Comprende, profesor? Cuando terminamos con la nave no existía ninguna posibilidad de que esas coordenadas estuvieran allí.

—Siéntese, inspector —dijo serenamente el profesor Urth—. Usted aún no ha analizado correctamente la frase del sílconio. Él aprendió nuestro idioma juntando una palabra aquí y otra allá. No sabía hablar coloquialmente. Algunas de sus frases lo demuestran. Por ejemplo, dijo el «planeta más lejos» en vez del «planeta más alejado». ¿Entiende?

—¿Y bien?

—Alguien que no sabe hablar coloquialmente un idioma usa los giros de su propio idioma, traduciéndolos palabra por palabra, o bien utilízalas palabras

extranjerías según su significado literal. El siliconio no dominaba un idioma hablado propio, así que sólo podía seguir la segunda alternativa. Seamos literales, pues. Dijo «en el asteroide», inspector. No quiso decir en un papel, sino literalmente en la nave.

—Profesor Urth —dijo Davenport con tristeza—, cuando el Departamento se pone a buscar, se pone a buscar de verdad. Tampoco había inscripciones misteriosas en la nave.

El profesor no ocultó su decepción.

—Cielos, inspector. Esperaba que viera usted la respuesta. Cuenta con tantas pistas...

Davenport soltó un suspiro fuerte y prolongado. Le costó lo suyo, pero su voz volvió a sonar serena una vez más:

—¿Quiere decirme en qué está pensando, profesor?

El profesor se dio una palmada en el abdomen con una mano y se puso de nuevo las gafas.

—¿No comprende, inspector, que hay un sitio a bordo de una nave donde los números secretos están totalmente a salvo? ¿Dónde, aun estando bien a la vista, se encontrarían a salvo de que alguien los descubriera? ¿Dónde, aunque los miraran cien ojos, se hallarían bien protegidos? Excepto de un pensador astuto, por supuesto.

—¿Dónde? ¡Dígalo ya!

—Pues en esos sitios donde ya hay números. Números normales. Números legales. Números que deben constar allí.

—¿De qué está hablando?

—El número de serie de la nave, grabado en el casco. El número del motor, el número del generador de campo y unos cuantos más. Cada uno de ellos, grabado en alguna parte integrante de la nave. En la nave, como dijo el siliconio.

Davenport enarcó las cejas, comprendiendo de repente.

—Quizá tenga usted razón, y en tal caso ojalá encontremos un siliconio del doble de tamaño del que había en la Robert Q. Un siliconio que no sólo hable, sino que silbe. —Abrió el expediente, pasó rápidamente las hojas y sacó un formulario oficial—. Desde luego, tenemos anotados todos los números de identificación que encontramos. —Le extendió el formulario—. Si tres de ellos parecen coordenadas...

—Cabe esperar un cierto intento de ocultarlas —le advirtió el profesor—. Tal vez hayan añadido letras y cifras para que las series parezcan más auténticas.

Tomó una libreta y le entregó otra al inspector. Los dos pasaron varios minutos en silencio, anotando números de serie y probando a tachar las cifras que evidentemente no estaban relacionadas.

Finalmente Davenport soltó un suspiro que combinaba la satisfacción con la frustración.

—Me he atascado. Creo que tiene usted razón; los números del motor y de la

calculadora son coordenadas y fechas disfrazadas. No se parecen a las series normales y es fácil eliminar las cifras falsas. O sea que tendríamos dos, pues juraría que todos los demás son números de serie absolutamente auténticos. ¿Qué ha descubierto usted, profesor? —Estoy de acuerdo. Ahora tenemos dos coordenadas y sabemos dónde se inscribió la tercera —fue la respuesta del profesor.

—Conque lo sabemos, ¿eh? ¿Y cómo...? —El inspector se calló de pronto y lanzó una exclamación—. ¡Desde luego! El número de la nave misma, que no figura aquí porque estaba en el sitio del casco por donde penetró el meteorito. Me temo que se queda usted sin su siliconio, profesor. —Y, entonces, su rostro arrugado se iluminó—. ¡Pero qué tonto soy! El número no está, pero podemos pedirlo en un santiamén al Registro Interplanetario.

—Me parece que tendré que disentir por lo menos de la segunda parte de su afirmación. El Registro sólo tendrá el número auténtico original, no la coordenada disfrazada que puso el capitán.

Justo en esa parte del casco... —murmuró Davenport—. Y por esa casualidad el asteroide puede quedar perdido para siempre. ¿De qué nos sirven dos coordenadas sin la tercera?

—Bueno, le serviría de mucho a un ser bidimensional. Pero las criaturas de nuestras dimensiones —agregó, dándose una palmada en el vientre— necesitan una tercera, y afortunadamente la tengo aquí.

—¿En el expediente del Departamento? Pero si acabamos de cotejar la lista de números...

—Su lista, inspector. En el expediente se incluye también el informe de Vernadsky. Y, desde luego, el número de serie que figura ahí es el falso, el que utilizaba la nave para volar, ya que no tenía sentido despertar la curiosidad de un mecánico haciéndole reparar en una discrepancia.

Davenport tomó una de las libretas y la lista de Vernadsky y, tras calcular un momento, sonrió.

El profesor Urth se levantó del sillón, con un bufido de placer, y se fue trotando hacia la puerta.

—Siempre es grato recibirle, inspector Davenport. Visíteme de nuevo. Y recuerde que el Gobierno puede quedarse con el uranio, pero yo quiero lo importante: un siliconio gigante, vivo y en buen estado.

El profesor sonreía.

—Y preferiblemente —añadió Davenport— que sepa silbar.

Y silbar fue precisamente lo que hizo él cuando se marchó.

## Exploradores (1956)

---

“Each an Explorer”

Herman Chouns eran un intuitivo. Sus corazonadas a veces acertaban, a veces no. Mitad y mitad. Pero, si se considera que existe todo un universo de posibilidades para obtener una respuesta acertada, mitad y mitad no es un mal resultado.

Chouns no siempre se sentía tan contento con ello como podría esperarse. Lo sometía a un exceso de tensión. La gente le daba vueltas a un problema sin llegar a nada, acudía a él y decía:

—¿Tú qué crees, Chouns? Pon en marcha esa intuición que tienes.

Y si su conclusión resultaba errónea era él quien cargaba con los reproches.

Así que se alegró de que lo asignaran a un puesto para sólo dos hombres (eso significaba que el siguiente viaje sería a un sitio de baja prioridad, y la presión se aliviaría) y de que su compañero fuese Allen Smith.

Smith era tan prosaico como su nombre. El primer día, le dijo a Chouns:

—Lo que pasa contigo es que los archivos de tu memoria están siempre alerta. Cuando te enfrentas a un problema, recuerdas muchos detalles que los demás no tenemos presentes a la hora de tomar una decisión. Llamarlo corazonada hace que parezca algo misterioso, pero no lo es.

Se alisó el cabello mientras decía eso. Su cabello era claro y se estiraba como una gorra.

Chouns, que llevaba el cabello muy desaliñado y tenía una nariz pequeña y un poco descentrada, murmuró (como era costumbre en él):

—Quizá sea telepatía.

—¡Pamplinas! —gruñó Smith (como era costumbre en él)—: Los científicos han estudiado psiónica durante mil años sin llegar a ninguna parte. No existen la precognición, la telequinesis, la clarividencia ni la telepatía.

—Lo admito, pero ten en cuenta una cosa. Si obtengo una imagen de lo que piensa cada miembro de un grupo de personas, aun sin saber qué está pasando puedo integrar la información y dar una respuesta. Sabría más que cualquier individuo del grupo, de modo que formularía un juicio mejor que el de los demás, a veces.

—¿Tienes pruebas de ello?

Chouns lo miró con sus suaves ojos castaños.

—Es sólo una corazonada.

Se llevaban bien. Chouns agradecía el sentido práctico del otro, y Smith toleraba las especulaciones de Chouns. A menudo disentían, pero nunca reñían.

Ni siquiera cuando llegaron a su objetivo, un cúmulo globular que nunca había sentido los chorros de energía de un reactor nuclear construido por humanos, la tensión creciente no empeoró la situación.

—Me pregunto qué harán en la Tierra con tantos datos —dijo Smith—. A veces parece un despilfarro.

—La Tierra apenas está empezando a extenderse. Es imposible saber cuánto se expandirá la humanidad por la galaxia, dentro de un millón de años por ejemplo. Todos los datos que obtengamos serán útiles en alguna ocasión.

—Hablas como el manual de reclutamiento de los equipos de exploración. — Señaló la pantalla en cuyo centro el cúmulo se esparcía como talco—. ¿Crees que habrá algo interesante en esa cosa?

—Tal vez. Tengo una corazonada...

Se calló, tragó saliva, parpadeó y sonrió. Smith resopló.

—Vamos a enfocar los grupos estelares más próximos y haremos una pasada al azar por la parte más densa. Te apuesto uno contra diez a que hallamos una proporción McKomin inferior a 0,2.

—Perderás —murmuró Chouns.

Sentía esa emoción que siempre lo embargaba cuando estaban a punto de explorar nuevos mundos. Era una sensación contagiosa y que todos los años embargaba a cientos de jóvenes. Jóvenes que, como había hecho él años atrás, ingresaban en los equipos con la avidez de ver los mundos que sus descendientes algún día considerarían propios; cada uno de ellos un explorador...

Ajustaron el enfoque, efectuaron su primer salto hiperespacial dentro del cúmulo y comenzaron a examinar las estrellas, buscando sistemas planetarios.

Los ordenadores hicieron su trabajo, los archivos aumentaron y todo continuó con una rutina satisfactoria hasta que en el sistema 23, poco después del salto, los motores hiperatómicos fallaron.

—Qué raro —murmuró Chouns—. Los analizadores no dicen qué anda mal.

Tenía razón. Las agujas oscilaban espasmódicamente sin detenerse. No había diagnóstico y, en consecuencia, no podían realizar reparaciones.

—Nunca he visto nada parecido —gruñó Smith—. Tendremos que apagar todo y hacer la diagnosis de forma manual.

—También podemos hacerla cómodamente —sugirió Chouns, que ya estaba en el telescopio—. A1 motor ordinario no le pasa nada y hay dos planetas aceptables en este sistema.

—¿Sí? ¿Cómo de aceptables? ¿Y cuáles son?

—El primero y el segundo de cuatro. Ambos de agua-oxígeno. El primero es un poco más cálido y mayor que la Tierra; el segundo, un poco más frío y más pequeño. ¿Te parece bien?

—¿Hay vida?

—En ambos. Vegetación, al menos.

Smith soltó un gruñido. Eso no parecía nada raro, ya que era frecuente que

hubiese vegetación en los mundos de agua-oxígeno. Y al contrario de lo que ocurría con la vida animal, la vegetación se podía ver por el telescopio; o, mejor dicho, por el espectroscopio. Sólo se habían hallado cuatro pigmentos fotoquímicos en cualquier forma vegetal, y cada uno de ellos podía detectarse por la naturaleza de la luz que reflejaba.

—La vegetación de ambos planetas es de tipo clorofílico —le informó Chouns—. Será como la Tierra; un verdadero hogar.

—¿Cuál está más cerca?

—El número dos, y estamos en camino. Tengo la sensación de que será un bonito planeta.

—Lo juzgaré con el instrumental, si no te importa —refunfuñó Smith.

Pero parecía ser una de las corazonadas acertadas de Chouns. Se trataba de un planeta acogedor, con una intrincada red oceánica que garantizaba un clima con pocas variaciones de temperatura. Las estribaciones montañosas eran bajas y redondeadas, y la distribución de la vegetación indicaba una fertilidad abundante y generalizada.

Chouns manejaba los controles para el descenso. Smith se impacientó.

—¿Por qué eliges tanto? Da lo mismo un lugar que otro.

—Estoy buscando un claro. No tiene sentido quemar media hectárea de vida vegetal.

—¿Y qué pasa si lo haces?

—¿Y qué pasa si no lo hago? —replicó Chouns, y buscó su claro.

Sólo después de posarse se dieron mínimamente cuenta de con qué se habían tropezado.

—¡Santo hiperespacio! —exclamó Smith.

Chouns estaba anonadado. La vida animal era mucho más rara de encontrar que la vegetal, y dar con un vestigio de inteligencia resultaba mucho más raro aún; y, sin embargo, a poco más de medio kilómetro de donde estaban parados, había un agrupamiento de chozas de paja que, evidentemente, eran producto de una inteligencia primitiva.

—Con cuidado —advirtió Smith.

—No creo que haya peligro.

Chouns bajó a la superficie del planeta absolutamente confiado, y Smith lo siguió. Chouns apenas podía contener su entusiasmo.

—Esto es sensacional. Nadie había informado hasta ahora de nada que no fuesen cavernas o de ramas de árboles entrelazadas.

—Espero que sean inofensivos.

—Hay demasiada paz para que no lo sean. Huele el aire.

Cuando estaban descendiendo, el terreno —hasta todos los límites del horizonte,

excepto donde una cordillera baja cortaba la línea uniforme —aparecía salpicado de extensiones rosa claro en medio del verdor de la clorofila. Vistas de cerca, las extensiones rosadas se fraccionaban en flores individuales, frágiles y fragantes. Sólo las zonas que rodeaban las chozas estaban cubiertas de algo amarillo, que parecía cereal.

Empezaron a salir criaturas de las chozas y se aproximaron a la nave con una especie de confianza vacilante. Tenían cuatro patas y un cuerpo arqueado, cuyos hombros se erguían a un metro de altura. Sobre esos hombros se asentaba una cabeza con ojos saltones (Chouns contó seis), dispuestos en círculo y capaces de moverse con una desconcertante independencia. («Eso compensa la inmovilidad de la cabeza», pensó Chouns.)

La cola se bifurcaba y formaba dos fibrillas resistentes, que cada animal sostenía en alto. Las fibrillas se mantenían en movimiento continuo, y tan rápido que se hacían confusas a la vista.

—Vamos —dijo Chouns—. Estoy seguro de que no nos harán daño. —Los animales los rodearon a una distancia prudente. Las colas emitían un ruido zumbante—. Tal vez se comunican así. Y parece evidente que son vegetarianos.

Señaló una de las chozas, donde un pequeño miembro de la especie, sentado sobre las ancas, arrancaba el grano de ámbar con las colas y se lo pasaba por la boca, como quien lame cerezas marrasquino ensartadas en un mondadientes.

—Los seres humanos comen lechuga —replicó Smith—, pero eso no prueba nada.

Aparecían más criaturas, rodeaban a los hombres durante unos segundos y se perdían por el rosa y el verde.

—Son vegetarianos —insistió Chouns—. Mira el modo en que disponen el cultivo principal.

El cultivo principal, como lo llamaba Chouns, consistía en una guirnalda de espigas suaves y verdes, cercanas al suelo. En el centro de la guirnalda crecía un tallo velludo que, a intervalos de cinco centímetros, mostraba brotes carnosos, veteados y palpitantes. El tallo terminaba en capullos rosados que, excepto por el color, eran lo más terrícola de esas plantas.

Las plantas se hallaban dispuestas en hileras y columnas precisas y geométricas. El suelo removido estaba espolvoreado con una sustancia extraña que sólo podía ser fertilizante. La parcela se encontraba entrecruzada por pasajes angostos, con la anchura suficiente para que pasaran esos animales, y cada pasaje lo bordeaba un canalillo, evidentemente para el agua.

Los animales andaban desperdigados por los campos, trabajando diligentemente y con la cabeza gacha. Sólo algunos permanecían cerca de los dos hombres.

Chouns movió la cabeza apreciativamente.

—Son buenos granjeros.

—No está mal —concedió Smith. Se aproximó a un capullo rosado y alargó un brazo hacia él, pero, cuando estaba a pocos centímetros, lo detuvieron las vibraciones de las colas, gimiendo hasta el chillido, y el contacto de una cola en el brazo. Era un toque delicado, pero firme, que se interponía entre Smith y las plantas—. ¿Qué demonios...? —masculló Smith, retrocediendo.

Tenía medio desenfundada la pistola cuando Chouns le dijo:

—No hay por qué ponerse nervioso. Tómatelo con calma.

Media docena de criaturas a su alrededor les ofrecían tallos de grano con humildad y gentileza. Algunas los empuñaban con la cola, otras los empujaban con el hocico.

—Son bastante amables —comentó Chouns—. Tal vez arrancar un capullo atente contra sus costumbres y probablemente haya que tratar las plantas según unas reglas rígidas. Toda cultura agrícola tiene sus ritos de fertilidad, y eso es complejo. Las reglas que rigen el cultivo de las plantas deben de ser muy estrictas, pues de lo contrario no tendrían esas hileras tan pulcras... ¡Santo espacio, causaremos un revuelo cuando contemos todo esto!

El zumbido de las colas se elevó nuevamente y las criaturas cercanas retrocedieron.

Otro miembro de la especie estaba saliendo de una cabaña de mayor tamaño que había en el centro del poblado.

—Supongo que es el jefe —murmuró Chouns.

El nuevo avanzó despacio, con la cola en alto, y tomó un pequeño objeto negro con cada fibrilla. A un metro y medio de distancia, arqueó la cola hacia delante.

—¡Nos los regala! —exclamó Smith, sorprendido—. ¡Chouns, por amor de Dios, mira eso!

Chouns ya estaba mirando, y febrilmente.

—Son visores hiperespaciales Gamow —susurró emocionado—. ¡Son aparatos de diez mil dólares!

Smith salió nuevamente de la nave al cabo de una hora.

—¡Funciona! —gritó desde la rampa—. ¡Son perfectos! ¡Somos ricos!

—¡He revisado las chozas y no he visto más! —gritó Chouns a su vez.

—¡No desprecies estos dos! ¡Santo Dios, son tan negociables como dinero en efectivo!

Pero Chouns seguía mirando a su alrededor desesperado, con los brazos en jarras. Tres de las criaturas lo habían llevado de choza en choza, pacientemente, sin entrometerse, pero siempre interponiéndose entre él y los geométricos capullos rosados. Ahora le clavaban su mirada múltiple.

—Y es el último modelo —comentó Smith—. Mira.



Señaló la inscripción que decía: Modelo X-20, Productos Gamow, Vanovia, Sector Europeo. Chouns echó un vistazo, con impaciencia. Tenía las mejillas rojas y respiraba entrecortadamente.

—Lo que me interesa es conseguir más. Sé que hay más visores Gamow en alguna parte. Los quiero.

Se estaba poniendo el sol y la temperatura descendía. Smith estornudó dos veces, y luego Chouns.

—Pillaremos una pulmonía.

—Tengo que hacérselo entender —insistió Chouns con terquedad, haciendo caso omiso del comentario de su compañero.

Después de haberse comido apresuradamente una lata de salchichas de cerdo y de beberse una lata de café, se encontraba dispuesto para intentarlo de nuevo. Levantó uno de los visores en el aire y dijo:

—Más, más. —Hizo movimientos circulares con los brazos. Señaló un visor, después el otro y luego los visores imaginarios alineados frente a él—. ¡Más!

En ese momento, el sol desapareció en el horizonte y un inmenso zumbido surgió de todas partes mientras las criaturas agachaban la cabeza, erguían la cola bifurcada y lo hacían vibrar con estridencia y haciéndola invisible a la luz del crepúsculo.

—¿Qué diablos...? —murmuró Smith, poniéndose nervioso—. ¡Oye, mira los capullos! —Y estornudó de nuevo.

Las flores rosadas se encogían visiblemente.

Chouns gritó, para hacerse oír por encima del zumbido:

—Quizá sea una reacción ante el ocaso. Los capullos se cierran de noche. El zumbido podría ser una costumbre religiosa.

El contacto de una cola en su muñeca llamó la atención de Chouns.

La cola pertenecía a la criatura más cercana a él y estaba señalando hacia arriba, a un objeto brillante que pendía sobre el horizonte al oeste. La cola bajó y señaló el visor y, luego, nuevamente la estrella.

—¡Por supuesto! —exclamó Chouns con entusiasmo—. ¡Es el planeta interior, el otro mundo habitable! Estos objetos deben venir de allí. —Entonces, recordó algo de pronto y añadió—: Oye, Smith, los motores hiperatómicos siguen sin funcionar.

Smith puso cara de alarma, como si él también se hubiera olvidado de algo.

—Iba a decírtelo... —murmuró—. Ya están bien.

—¿Los reparaste?

—Ni siquiera los he tocado. Pero cuando estaba probando los visores encendí los hiperatómicos y funcionaban. En ese momento no les presté atención; me había olvidado de que iban mal. Lo cierto es que funcionan.

—Pues vámonos —dijo Chouns de pronto.

Ni siquiera pensó en dormir.

Ninguno de los dos durmió durante el trayecto de seis horas. Permanecieron ante los controles como drogados por el apasionamiento. Una vez más escogieron un claro donde posar la nave.

Hacía un calor subtropical, y un río ancho y lleno de lodo corría plácidamente junto a ellos. En la ribera el fango estaba endurecido y lleno de grandes cavidades.

Salieron a la superficie del planeta y Smith lanzó un grito ronco.

—¡Chouns, mira eso!

Chouns se zafó de la mano de su compañero.

—¡Las mismas plantas! ¡Que me cuelguen!

Eran inconfundibles: los capullos rosados, el tallo con sus brotes veteados y la guirnalda de espigas debajo. También estaban dispuestas geométricamente, plantadas con cuidado, y había fertilizante y canales de riego.

—¿No habremos cometido el error de viajar en círculo...? —aventuró Smith.

—No, mira el Sol. Tiene el doble de tamaño. Y mira allí.

De las cavidades de la ribera surgían objetos bronceados y sinuosos, lisos como serpientes. Tenían unos treinta centímetros de diámetro y algo más de tres metros de longitud. Los dos extremos eran igualmente tersos y romos, y en la mitad del cuerpo había bultos. Todos esos bultos, como obedeciendo una señal, se partieron en dos para formar bocas sin labios que se abrían y se cerraban produciendo un sonido como el de un bosque de varillas secas.

Sin embargo, como en el planeta exterior, la mayoría de las criaturas se fueron hacia las parcelas cultivadas una vez que hubieron satisfecho su curiosidad.

Smith estornudó, y la fuerza del estornudo levantó una andanada de polvo de la manga de la chaqueta. La miró asombrado y se puso a sacudirse.

—Demonios, estoy lleno de polvo. —El polvo se elevaba como una bruma rosada—. Y tú también —añadió, dándole una palmada a Chouns.

Ambos estornudaron.

—Supongo que lo cogí en el otro planeta —dijo Chouns.

—Podemos sufrir una alergia.

—Imposible. —Chouns alzó uno de los visores y les gritó a las criaturas serpenteantes—: ¿Tenéis de éstos?

Durante un rato no hubo más respuesta que el chapaleo del agua cuando algunas criaturas se zambullían en el río y emergían con plateados organismos acuáticos, que se metían debajo del cuerpo para introducirlos en una boca oculta.

Pero luego uno de los bichos, más largo que los demás, se aproximó y levantó ligeramente uno de sus extremos romos y se balanceó ciegamente. El bulbo del centro se hinchó suavemente hasta partirse en dos con un chasquido audible. Entre las dos mitades había dos visores más, duplicados de los dos primeros.

—¡Santo cielo! —exclamó Chouns, extasiado—. ¿No es hermoso?

Dio un paso adelante para coger los dos objetos. La hinchazón que los albergaba se hizo más delgada y se alargó, formando algo parecido a unos tentáculos, y se los entregó.

Chouns se echó a reír. Eran visores Gamow, en efecto, copias perfectas de los dos primeros. Chouns lo acarició, pero Smith estaba vociferando a todo pulmón:

—¿No me oyes? ¡Demonios, Chouns, escúchame!

—¿Qué pasa?

Comprendió que Smith llevaba un buen rato gritándole.

—¡Mira las flores, Chouns!

Se estaban cerrando como las del otro planeta, y entre las hileras se erguían las criaturas serpenteantes, apoyándose en un externo y meciéndose a un ritmo extraño y desigual. Sólo las puntas romas eran visibles por encima de la extensión rosada.

—No puedes decir que se cierran porque anochece —observó Smith—. Es pleno día.

Chouns se encogió de hombros.

—Otro planeta, otra planta. ¡Venga! Sólo tenemos dos visores. Debe de haber más.

—Chouns, vámonos a casa.

Smith se plantó con firmeza y aferró con fuerza el cuello de Chouns, que se volvió hacia él con el rostro rojo de indignación.

—¿Qué estás haciendo?

—Me estoy preparando para dormirte de un golpe si no regresas de inmediato a la nave.

Chouns dudó un instante, pero finalmente se calmó y accedió.

—De acuerdo —dijo.

Estaban saliendo del cúmulo estelar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Smith.

Chouns se incorporó en la litera y se acarició el cabello.

—Normal, creo; cuerdo de nuevo. ¿Cuánto he dormido?

—Doce horas.

—¿Y tú?

—Descabecé un sueñecito. —Se volvió hacia los instrumentos y ajustó algunos controles—. ¿Sabes qué ocurrió en esos planetas?

—¿Tú lo sabes?

—Eso creo.

—¿De veras? ¿Por qué no me explicas?

—Era la misma planta en ambos planetas, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

—Fue trasplantada de un planeta al otro. Crece en ambos perfectamente, pero en

ocasiones debe de haber fecundación cruzada, una mezcla de ambas cepas, supongo que para mantener el vigor. Ocurre a menudo en la Tierra.

—¿Fecundación cruzada para vigorizar las plantas? Sí.

—Pero aquí fuimos nosotros los agentes que efectuaron la mezcla. Descendimos a uno de los planetas y nuestros cuerpos se cubrieron de polen. ¿Recuerdas que los capullos se cerraron? Debió de ser después de que se liberara el polen, y eso era lo que nos hacía estornudar. Luego, descendimos en el otro planeta y nos sacudimos el polen de la ropa. Eso generó una nueva cepa híbrida. Sólo fuimos un par de abejas bípedas, Chouns, al servicio de las flores.

Chouns sonrió.

—Un papel indigno, en cierto modo.

—No se trata de eso. ¿No ves el peligro? ¿No entiendes por qué tenemos que regresar a toda prisa?

—¿Por qué?

—Porque los organismos no se adaptan así como así, y esas plantas parecen estar adaptadas a la fertilización interplanetaria. Incluso nos pagaron, igual que se hace con las abejas; pero no con néctar, sino con visores Gamow.

—¿Y bien?

—Bueno, pues que no puede haber fertilización interplanetaria a menos que algo o alguien se encargue de la tarea. Esta vez lo hicimos nosotros; pero éramos los primeros humanos que entraban en ese cúmulo, de modo que antes debieron de hacerlo seres no humanos, quizá los mismos que trasplantaron los capullos. Eso significa que en ese cúmulo hay una raza de seres inteligentes con capacidad para el viaje espacial. Y la Tierra tiene que saberlo. —Chouns movió la cabeza en sentido negativo y Smith frunció el ceño—. ¿Encuentras fallos en mi razonamiento?

Chouns se apoyó la cabeza en las palmas.

—Digamos que no has entendido casi nada.

—¿Por qué? —se enfadó Smith.

—Tu teoría de la fecundación cruzada es bastante buena, pero has pasado por alto ciertos detalles. Al acercarnos a ese sistema estelar, nuestros motores hiperatómicos se descontrolaron de un modo que los controles automáticos no pudieron diagnosticar ni corregir. Después de posarnos en el primer planeta no hicimos nada para repararlos; nos olvidamos de ellos y, cuando los pusiste en marcha más tarde, descubriste que funcionaban perfectamente, pero le diste tan poca importancia que ni siquiera me lo mencionaste hasta unas horas después. Y hay algo más. Los lugares que escogimos para posarnos en ambos planetas estaban cerca de un agrupamiento de vida animal. ¿Mera suerte? ¡Y nuestra increíble confianza en la buena voluntad de esas criaturas! Ni siquiera nos molestamos en analizar la atmósfera para verificar si había gases venenosos. Y lo que más me molesta es que me volví loco con esos

visores Gamow. ¿Por qué? Son valiosos, sí, pero no tanto; y, generalmente, no pierdo la cabeza por ganarme unos cuartos.

Smith, que había guardado un incómodo silencio, dijo:

—No veo a dónde quieres llegar.

—Vamos, Smith, tú no eres tonto. ¿No es evidente que nos estaban controlando mentalmente?

Su compañero torció la boca en una mueca entre burlona y dubitativa.

—¿De nuevo con tus teorías psiónicas?

—Sí. Los hechos son los hechos. Ya te dije que mis corazonadas podían constituir una forma de telepatía rudimentaria.

—¿Eso también es un hecho? No lo creías hace un par de días.

—Pero ahora sí. Mira, soy mejor receptor que tú, así que a mí me afectó más que a ti. Ahora que ya ha terminado entiendo lo que sucedió porque recibí más, ¿comprendes?

—No —rezongó Smith.

—Pues escucha. Tu dices que los visores Gamow fueron el néctar que nos instigó a la polinización. Lo has dicho tú.

—De acuerdo.

—Bien, y ¿de dónde procedían? Eran productos terrícolas; incluso leímos el nombre del fabricante y el modelo, letra por letra. Ahora bien, si ningún ser humano ha visitado ese cúmulo, ¿cómo llegaron allí los visores? Ninguno de nosotros pensó en ello entonces, y tú parece no pensar en ello ahora.

—Bueno...

—¿Qué hiciste con los visores en cuanto subimos a la nave, Smith? Me los quitaste. Lo recuerdo perfectamente.

—Los guardé en la caja de caudales —contestó Smith a la defensiva.

—¿Los has tocado desde entonces?

—No.

—¿Y yo?

—Tampoco, que yo sepa.

—Tienes mi palabra de que no los he tocado. ¿Por qué no abres la caja de caudales?

Smith fue despacio hasta la caja, cuya combinación respondía a sus huellas dactilares. Metió la mano dentro sin mirar y, con expresión demudada, lanzó un grito, examinó el interior y sacó el contenido.

Había cuatro piedras de diversos colores, todas rectangulares.

—Usaron nuestras emociones para guiarnos —murmuró Chouns, pronunciando cuidadosamente cada palabra—. Nos hicieron creer que los motores hiperatómicos estaban averiados para que así tuviéramos que ir a uno de los planetas, supongo que

no importaba a cuál; y nos hicieron creer que lo que teníamos en la mano eran instrumentos de precisión, para que nos trasladáramos al otro planeta.

—¿Quiénes? —gruñó Smith—. ¿Las bestias con cola, o las serpientes? ¿O ambos?

—Ninguno de los dos. Fueron las plantas.

—¿Las plantas? ¿Las flores?

—Por supuesto. Vimos dos especies de animales cuidando la misma especie de planta. Al ser animales, dimos por sentado que ellos eran los amos. ¿Pero por qué hemos de suponer eso? Eran las plantas las que recibían los cuidados.

—En la Tierra también cuidamos de las plantas, Chouns.

—Y nos las comemos.

—Tal vez esas criaturas se coman sus plantas.

—Digamos que sé que no se las comen. Nos manipularon bastante bien. Recordarás el empeño que yo tenía en encontrar un claro donde posar la nave.

—Yo no sentí esa necesidad.

—Porque tú no manejabas los controles; no se preocuparon de ti. Recuerda que no reparamos en el polen, aunque estábamos cubiertos de él, hasta que llegamos al segundo planeta. Y allí nos lo sacudimos de encima siguiendo una orden.

Jamás he oído nada tan descabellado.

—¿Por qué es descabellado? No asociamos la inteligencia con las plantas porque las plantas no tienen sistema nervioso, pero éstas quizá lo tenían. ¿Recuerdas esos brotes carnosos en el tallo? Además, las plantas no tienen libertad de movimientos, pero no la necesitan si desarrollan poderes psiónicos y utilizan animales móviles para que las cuiden, las fertilicen, las rieguen, las polinicen y demás. Se ocupan de ellas con sincera devoción y son felices así porque las plantas hacen que se sientan felices.

—Lo lamento por ti —murmuró Smith—. Si intentas contar toda esta historia en la Tierra, lo lamento por ti.

—No me hago ilusiones, pero es mi deber tratar de prevenir a la Tierra. Ya has visto lo que hacen con los animales.

—Según tu versión, los esclavizan.

—Peor que eso. Las criaturas con cola o las serpenteantes, o tanto unas como otras, debieron de ser tan civilizadas como para dominar el viaje espacial; de lo contrario, las plantas no se encontrarían en ambos planetas. Pero cuando las plantas desarrollaron poderes psiónicos (tal vez una raza mutante) eso se terminó. Los animales en fase atómica son peligrosos, así que les hicieron olvidar, los redujeron a lo que son. Maldita sea, Smith, esas plantas son las criaturas más peligrosas del universo. Es preciso informar a la Tierra porque otros terrícolas podrían entrar en el cúmulo.

Smith se echó a reír.

—¿Sabes? Estás totalmente chalado. Si esas plantas nos dominaban, ¿por qué nos dejaron escapar para que avisemos a los demás?

Chouns hizo una pausa y contestó:

—No lo sé.

Smith recobró el buen humor.

—Debo confesar que por un momento me convenciste.

Chouns se rascó la cabeza. ¿Por qué los habían liberado? ¿Y por qué sentía ese insistente apremio de avisar a la Tierra acerca de una especie con la cual otros terrícolas quizá no establecieran contacto durante milenios?

Pensó desesperadamente y vislumbró algo, pero se le escapó. Tuvo la sensación de que le había sido arrebatado ese pensamiento, pero esa sensación también desapareció.

Sólo sabía que debían continuar viaje a toda velocidad, que tenían que darse prisa.

Así, tras un sinfín de años, habían vuelto las condiciones favorables. Las protoesporas de dos especies de la planta madre se encontraron y se mezclaron, fusionándose en la ropa, en el pelo y en la nave de los nuevos animales. Casi de inmediato se formaron las esporas híbridas; las esporas que tenían capacidad y potencialidad para adaptarse a un nuevo planeta.

Estas esporas aguardaban en silencio en la nave que —merced a la influencia de la planta madre sobre la mente de las criaturas de a bordo— las llevaba a toda velocidad hacia un mundo nuevo y maduro, donde las criaturas móviles atenderían sus necesidades.

Aguardaban con paciencia vegetal (una paciencia invencible, que ningún animal puede conocer) la llegada a un mundo nuevo; cada una de ellas, a su manera diminuta, un explorador...

## Reunámonos (1957)

---

“Let's Get Together”

La paz había durado un siglo y la gente se olvidó de cómo era la falta de paz. No habrían sabido reaccionar si se hubieran enterado de que por fin llegaba una especie de guerra.

Elias Lynn, jefe de la Oficina de Robótica, no supo cómo reaccionar cuando se enteró. La Oficina de Robótica tenía su jefatura en Cheyenne, según un criterio de descentralización que llevaba en práctica un siglo, y Lynn estudió con escepticismo al joven funcionario de Seguridad de Washington que le había llevado la noticia.

Elias Lynn era un hombre corpulento y campechano, con ojos azules y saltones. La mirada fija de esos ojos incomodaba a muchas personas, pero el funcionario de Seguridad ni se inmutó.

Lynn decidió que su primera reacción debía ser la incredulidad. ¡Y lo era, qué diablos! ¿Cómo podía creerse aquello?

—¿Es segura esta información? —preguntó, inclinándose en la silla.

El funcionario de Seguridad, que se había presentado como Ralph G. Breckenridge y había mostrado sus credenciales, tenía la blandura de la juventud: labios carnosos, mejillas mofletudas, que se ruborizaban fácilmente, y ojos límpidos. Su atuendo no era adecuado para Cheyenne, pero iba bien con el ambiente de aire acondicionado de Washington, donde seguía estando la sede central de Seguridad.

—No hay ninguna duda —respondió Breckenridge, sonrojándose.

—Supongo que ustedes lo saben todo sobre Ellos —dijo Lynn, sin poder reprimir el tono irónico.

No se dio cuenta del énfasis que había puesto en el pronombre que aludía al enemigo, como equivalente de una mayúscula. Era un hábito cultural de su generación y de la precedente. Nadie decía «Este», «rojos», «soviéticos» ni «rusos», ya que hubiera resultado demasiado confuso, pues algunos de Ellos no eran del Este ni rojos ni soviéticos ni mucho menos rusos. Parecía mucho más simple —y mucho más preciso— decir Nosotros y Ellos.

Quienes viajaban venían comentando que Ellos hacían lo mismo a la inversa. Al otro lado, Ellos era Nosotros (en el idioma correspondiente) y Nosotros era Ellos.

Nadie pensaba en esas cosas. Era natural y espontáneo. Ni siquiera se trataba de odio. Al principio se llamó Guerra Fría, pero era ya tan sólo un juego, un juego benévolo, con reglas tácitas y una cierta decencia.

—¿Por qué iban a querer Ellos alterar la situación? —preguntó Lynn bruscamente.

Se levantó y miró el mapa del mundo colgado de la pared, dividido en dos regiones delimitadas por bordes de un color tenue. Una parte irregular a la izquierda



del mapa se encontraba bordeada de verde. La parte más pequeña, pero igualmente irregular de la derecha estaba bordeada de rosa. Nosotros y Ellos.

El mapa no se había alterado mucho en un siglo. La pérdida de Formosa y la conquista de Alemania Oriental, ochenta años atrás, constituían los últimos cambios territoriales de importancia.

Pero sí se había producido un cambio significativo en los colores. Dos generaciones antes, el territorio de Ellos era de color rojo sangre; el de Nosotros, de color blanco inmaculado. Ahora los colores eran más neutros. Lynn había visto los mapas de Ellos y ocurría lo mismo.

—No harían eso —decidió Lynn.

—Lo están haciendo —dijo Breckenridge—, y será mejor que se vaya usted acostumbrando. Por supuesto, comprendo que no es agradable pensar que Ellos nos superan tanto en robótica.

Sus ojos permanecían límpidos, pero las palabras eran incisivas, y Lynn se estremeció con su impacto.

Desde luego, eso explicaba por qué un jefe de Robótica se enteraba tan tarde y por medio de un funcionario de Seguridad. Había perdido prestigio a ojos del Gobierno; si Robótica había fallado en la lucha, Lynn no podía esperar la menor misericordia política.

—Aunque lo que usted afirma sea cierto —se defendió Lynn—, Ellos no nos superan tanto. Nosotros podemos construir robots humanoides.

—¿Lo hemos hecho?

—Sí, en efecto. Hemos construido algunos modelos experimentales.

—Ellos ya lo hicieron hace diez años. Y llevan diez años de progreso.

Lynn estaba consternado. Se preguntó si su incredulidad era resultado del orgullo herido y del temor por su empleo y su reputación. Se sintió avergonzado ante esa posibilidad, pero aun así debía actuar a la defensiva.

—Mire, joven, el equilibrio entre Ellos y Nosotros nunca ha sido perfecto en todos sus detalles. Siempre nos llevaron la delantera en uno u otro aspecto, y Nosotros en algún otro. Si ahora nos llevan la delantera en robótica, es porque le han consagrado mayores esfuerzos que Nosotros. Y eso significa que en alguna otra rama Nosotros nos hemos esforzado más que Ellos. Quizá signifique que estamos más adelantados en investigación de campos de fuerza o en hiperatómica.

Lynn se sintió turbado ante su propia declaración. Lo que decía era cierto, pero ése era el gran peligro que amenazaba al mundo. El mundo dependía de que el equilibrio fuera lo más perfecto posible. Si la balanza se inclinaba demasiado en una u otra dirección...

Casi al principio de lo que fue la Guerra Fría, ambos bandos desarrollaron armas termonucleares, lo que hizo impensable la idea de una guerra. La competencia pasó

de lo militar a lo económico y lo psicológico, y se mantuvo allí.

Pero cada bando siempre procuraba romper el equilibrio, desarrollar una defensa para todo tipo de ofensiva para la que no hubiera defensa; algo que posibilitara la guerra. Y no porque ambos bandos ansiaran la guerra, sino porque los dos temían que el otro realizara primero ese descubrimiento decisivo.

A lo largo de cien años, cada uno de los bandos mantuvo pareja la lucha. Durante cien años se conservó la paz, mientras iban apareciendo, como subproductos de una investigación continua, los campos de fuerza, la energía solar, el control de los insectos y los robots. Los dos bandos comenzaron a aventurarse en el campo de la mentálica, que era el nombre que se le dio a la bioquímica y la biofísica del pensamiento, y ambos tenían puestos de avanzada en la Luna y en Marte. La humanidad progresaba a grandes pasos por obra del reclutamiento forzoso.

Incluso era necesario para ambos bandos comportarse de un modo decente y humanitario entre sí, pues la crueldad y la tiranía podían granjearle amigos al bando contrario.

Era imposible que se hubiera roto el equilibrio con el estallido de una guerra.

—Quiero consultar a uno de mis hombres. Necesito su opinión.

—¿Es de fiar?

Lynn hizo una mueca de disgusto.

—¡Cielo santo! ¿A quién de la Oficina de Robótica no han investigado a fondo ustedes hasta el aburrimiento? Sí, garantizo que es de fiar. Si no se puede confiar en un hombre como Humphrey Carl Laszlo, entonces no estamos en condiciones de hacer frente a ese ataque que usted afirma que Ellos han lanzado, hagamos lo que hagamos.

—He oído hablar de Laszlo.

—Bien, ¿y lo aprueba?

—Sí.

—De acuerdo entonces. Le haré pasar y nos enteraremos de qué opina sobre la posibilidad de que una fuerza de robots invada Estados Unidos.

—No exactamente —murmuró Breckenridge—. Sigue usted sin aceptar la realidad. De lo que tiene que enterarse es de qué opina sobre que una fuerza de robots haya invadido ya, de hecho, Estados Unidos.

Laszlo era nieto de un húngaro que había escapado atravesando lo que entonces se llamaba Telón de Acero y eso lo eximía de toda sospecha. Era corpulento y calvo y mostraba una expresión pendenciera en su rostro desafiante, pero tenía el acento exquisito de Harvard y hablaba con voz muy queda.

Para Lynn, que después de pasarse años en administración sabía que ya no era experto en las diversas fases de la robótica moderna, Laszlo suponía un cómodo depósito de conocimientos. La mera presencia de ese hombre lo tranquilizaba.

—¿Qué opinas? —le preguntó.

Laszlo contorsionó el rostro en un gesto feroz.

—¿De que Ellos estén tan adelantados? Totalmente increíble. Significaría que han producido humanoides que no se pueden diferenciar de los seres humanos a poca distancia. Significaría un considerable avance en robomentálica.

—Usted está comprometido personalmente —observó fríamente Breckenridge—. Dejando de lado el orgullo profesional, ¿por qué es imposible que Ellos estén tan adelantados?

Laszlo se encogió de hombros.

—Le aseguro que estoy muy familiarizado con todos sus textos sobre robótica. Sé aproximadamente en qué punto se encuentran.

—Usted sabe aproximadamente en qué punto quieren Ellos que usted piense que se encuentran —le corrigió Breckenridge—. ¿Ha ido alguna vez al otro lado?

—No.

—¿Y usted, señor Lynn?

—No, tampoco.

—¿Alguien de Robótica ha ido al otro lado en los últimos veinticinco años? —preguntó Breckenridge, con el aplomo de quien conoce ya la respuesta.

Durante varios segundos hubo una atmósfera de concentrada reflexión. El ancho rostro de Laszlo manifestó cierta inquietud.

—Hace mucho tiempo que Ellos no organizan una conferencia sobre robótica —manifestó.

—Veinticinco años —dijo Breckenridge—. ¿No es significativo? —Tal vez —admitió de mala gana Laszlo—. Pero lo que me molesta es otra cosa, que ninguno de Ellos ha asistido jamás a nuestras conferencias sobre robótica, que yo recuerde.

—¿Fueron invitados?

—Desde luego —intervino Lynn, con aire de preocupación.

—¿Se niegan a asistir a conferencias científicas de otro tipo que organicemos Nosotros? —preguntó Breckenridge.

—No lo sé —respondió Laszlo, paseando de un lado a otro—. No he oído hablar de ningún caso. ¿Y usted, jefe?

—No —dijo Lynn.

—¿No dirían ustedes que es como si Ellos no quisieran ponerse en la situación de tener que corresponder a la invitación? ¿O como si temieran que sus hombres hablaran demasiado?

Eso parecía, en efecto, y Lynn tuvo la abrumadora convicción de que Seguridad estaba en lo cierto.

¿Por qué otra razón no se establecían contactos sobre robótica? Durante años, los investigadores se estuvieron desplazando en ambas direcciones y de uno en uno,

desde los días de Eisenhower y Khrushchev. Había buenos motivos para ello: una honesta apreciación del carácter supranacional de la ciencia; impulsos de amistad, que resultaban difíciles de erradicar de los individuos; el deseo de someterse a una perspectiva nueva e interesante, y lograr que los otros saludaran como nuevas e interesantes las ideas trilladas propias.

Los Gobiernos mismos deseaban que la situación continuara. Siempre existía la posibilidad de que, sonsacando todo lo posible y callando lo máximo posible, el intercambio resultara favorable.

Pero no ocurría así en el campo de la robótica.

Un pequeño detalle. Más aún, un detalle que conocían desde siempre. Lynn pensó con tristeza que se habían arrellanado en la complacencia.

Como el otro bando no hacía nada públicamente en robótica, lo tentador era recostarse en la certeza de la superioridad. ¿Por qué no había parecido posible, y ni siquiera probable, que Ellos ocultaran mejores naipes, una carta de triunfo para el momento apropiado?

Era evidente que Laszlo había llegado a las mismas conclusiones, pues preguntó:

—¿Qué podemos hacer?

—¿Hacer? —repitió Lynn.

Le costaba pensar en nada, salvo en el total horror que le causaba esa nueva convicción. En alguna parte de Estados Unidos había diez robots humanoides, cada cual portando un fragmento de una bomba CT.

¡CT! La carrera por el puro horror en materia de bombas había finalizado allí. ¡CT! ¡Conversión Total! El Sol ya no servía como sinónimo. La conversión total hacía que el Sol pareciera una simple vela de cumpleaños.

Los humanoides, cada uno de ellos inofensivo por separado, podían, por el mero hecho de reunirse, superar la masa crítica y...

Lynn se levantó con esfuerzo. Sus prominentes ojeras, que por lo general le conferían a su feo rostro un aire amenazador, aparecían más visibles que nunca.

—Tendremos que hallar modos de distinguir a un humanoide de un humano para localizar a los humanoides.

—¿En cuánto tiempo? —murmuró Laszlo.

—¡Como mínimo, cinco minutos antes de que se reúnan! —gritó Lynn—. Y no tengo ni idea de cuándo se van a reunir.

Breckenridge dio su aprobación con un movimiento de cabeza.

—Me alegro de que esté usted de nuestra parte. He de llevarle a Washington a una reunión.

Lynn enarcó las cejas:

—De acuerdo.

Se preguntó si lo habrían reemplazado de haber tardado más en dejarse convencer

y si asistiría a la reunión de Washington un nuevo jefe de la Oficina de Robótica. De pronto, deseó fervientemente que pasara precisamente eso.

Allí se encontraban el ayudante primero del Presidente, el ministro de Ciencias, el ministro de Seguridad, Lynn y Breckenridge. Cinco hombres sentados alrededor de una mesa en las mazmorras de una fortaleza subterránea cercana a Washington.

El ayudante presidencial Jeffreys era un hombre imponente y apuesto, de cabello cano y mandíbula prominente, fuerte, reflexivo y tan diplomático como debía serlo un ayudante del Presidente.

—A mi juicio, nos enfrentamos a tres preguntas —manifestó—. Primera, ¿cuándo se reunirán los humanoides? Segunda, ¿dónde se reunirán? Y tercera, ¿cómo los detendremos antes de que se reúnan?

Amberley, el ministro de Ciencias, asintió repetida y convulsivamente con la cabeza. Había sido decano de la Facultad de Ingeniería del Noroeste antes de ocupar ese cargo. Era delgado, anguloso y muy nervioso. Su dedo índice no paraba de trazar lentamente círculos sobre la mesa.

—En cuanto a cuándo se reunirán —dijo—, es evidente que tardarán un tiempo.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Lynn.

—Hace por lo menos un mes que se encuentran en Estados Unidos. Eso afirma Seguridad.

Lynn se volvió automáticamente hacia Breckenridge, y Macalaster, el ministro de Seguridad, interceptó esa mirada y salió en defensa del funcionario de su Ministerio:

—La información es fiable. No se deje engañar por la aparente juventud de Breckenridge, señor Lynn. En parte nos resulta valioso por eso. En realidad, tiene treinta y cuatro años y hace diez que trabaja en el Ministerio. Estuvo en Moscú durante casi un año y sin él no sabríamos nada sobre este terrible peligro. De ese modo obtuvimos la mayoría de los detalles.

—Pero no los decisivos —objetó Lynn.

Macalaster sonrió con frialdad. Su barbilla gruesa y sus ojos cejijuntos eran bien conocidos, pero no se sabía casi nada más sobre él.

—Todos tenemos limitaciones humanas, señor Lynn —observó—. El agente Breckenridge ha conseguido muchísimo.

—Digamos que contamos con algo de tiempo —intervino el ayudante del Presidente—. Si hubieran necesitado actuar de inmediato lo habrían hecho ya. Parece bastante probable que están esperando un momento específico. Si conociéramos el lugar, tal vez el momento nos sería evidente.

—Si piensan atacar un blanco con una CT, querrán provocar el mayor daño posible, así que sospecho que ese blanco es una ciudad importante. En cualquier caso, una metrópoli es el único blanco digno de una C.T. Creo que existen cuatro posibilidades: Washington, como centro administrativo; Nueva York como centro

financiero; y Detroit y Pittsburgh, como principales centros industriales.

—Yo voto por Nueva York —declaró Malacaster, de Seguridad—. La administración y la industria están tan descentralizadas que la destrucción de una ciudad no impediría una represalia inmediata.

—Entonces, ¿por qué Nueva York? —preguntó Amberley, de Ciencias, quizá con más brusquedad de la que se proponía—. Las finanzas también están descentralizadas.

—Por una cuestión de moral. Tal vez pretenden quebrantar nuestra voluntad de resistencia, inducir a una rendición por el puro horror del primer golpe. La mayor destrucción de vidas humanas se daría en el área metropolitana de Nueva York...

—Vaya sangre fría —masculló Lynn.

—En efecto —asintió Malacaster—, pero serán capaces de ello si piensan que significará lograr la victoria final de un solo golpe. ¿Acaso nosotros no...?

El ayudante del Presidente se alisó su cabello blanco.

—Supongamos lo peor. Supongamos que Nueva York resultara destruida en algún momento del invierno, preferiblemente al cabo de una tormenta fuerte, cuando las comunicaciones se hallan en peor estado y la desorganización de los servicios públicos y del suministro alimentario en las zonas marginales está en su momento más preocupante. ¿Cómo los detenemos?

—Hallar diez hombres entre doscientos veinte millones... —murmuró Amberley—. Es una pequeñísima aguja en un inmenso pajar.

—Se equivoca —replicó Jeffreys, meneando la cabeza—. Son diez humanoides entre doscientos veinte millones de humanos.

—No veo la diferencia —insistió el ministro de Ciencias—. No sabemos si un humanoide se puede distinguir de un humano a simple vista. Tal vez no se pueda.

Miró a Lynn. Todos miraron a Lynn.

—En Cheyenne no hemos podido fabricar ninguno que pasara por humano a la luz del día —dijo muy serio Lynn.

—Pero Ellos sí han podido —hizo notar el ministro de Seguridad—, y no sólo físicamente. Estamos seguros de ello. Disponen de procedimientos metálicos tan avanzados que pueden copiar el patrón microelectrónico del cerebro y grabarlo en las sendas positrónicas del robot.

Lynn lo miró perplejo.

—¿Insinúa usted que Ellos pueden crear replicantes de seres humanos, con personalidad y memoria?

—Así es.

—¿De seres humanos específicos?

—Correcto.

—¿Esto también se basa en los hallazgos del agente Breckenridge?

—Sí. Las pruebas son irrefutables.

Lynn reflexionó un instante.

—Es decir que en Estados Unidos hay diez hombres que no son hombres, sino humanoides —dijo al fin—. Pero Ellos tendrían que haber contado con originales. No podrían ser orientales, que resultarían fáciles de localizar, así que tienen que ser europeos del Este. ¿Cómo los habrían introducido en este país? Dada la precisión de la red de radar en todas las fronteras del mundo, ¿cómo se podría introducir un individuo, humano o humanoide, sin que lo supiéramos?

—No es imposible —manifestó Macalaster—. Hay ciertas filtraciones lícitas en la frontera; empresarios, pilotos e incluso turistas. Ambos lados los vigilan, por supuesto, pero diez de ellos pudieron ser secuestrados y utilizados como modelos para los humanoides. Luego, habrían enviado a los humanoides en su lugar y, como nosotros no esperábamos esa sustitución, pasaron inadvertidos. Si eran norteamericanos no tendrían dificultades para entrar en el país. Es así de simple.

—¿Y ni siquiera sus amigos y sus parientes habrían notado la diferencia?

—Debemos suponer que no. Créame, hemos estado pendientes de todo informe que implicara un ataque repentino de amnesia o un cambio inquietante de personalidad. Hemos investigado a miles de personas.

Amberley se miró las yemas de los dedos al decir:

—Creo que las medidas comunes no darán resultado. El ataque debe provenir de la Oficina de Robótica, y depende del jefe de esa oficina.

De nuevo las miradas confluyeron en Lynn.

Lynn sintió que lo invadía el resentimiento. Tuvo la impresión de que la reunión estaba destinada a eso. No había solución para el problema, ninguna sugerencia significativa. Era una artimaña oficial, una artimaña de hombres que temían la derrota y deseaban que la responsabilidad recayera clara e inequívocamente en otra persona.

Pero había algo de justo en todo ello. Robótica había bajado la guardia. Y Lynn no era sólo Lynn; era Lynn de Robótica y suya tenía que ser la responsabilidad.

—Haré lo que pueda —dijo.

Pasó la noche en vela y, a la mañana siguiente, se sentía cansado en cuerpo y alma cuando solicitó y consiguió otra entrevista con el ayudante presidencial Jeffreys. Breckenridge estaba presente y, aunque Lynn hubiera preferido un encuentro en privado, comprendía que era una situación justa, pues Breckenridge había logrado ser influyente en el Gobierno como consecuencia de su brillante labor de espionaje. Bien, y ¿por qué no?

—Estoy pensando en la posibilidad de que el enemigo haya sembrado una falsa alarma —dijo Lynn.

—¿En qué sentido?

—Por impaciente que a veces se ponga el público, y por mucho que en ocasiones

los legisladores encuentren conveniente hablar de ello, el Gobierno al menos reconoce que el equilibrio mundial es beneficioso, y Ellos también lo reconocen seguramente. Diez humanoides con una bomba CT es un modo trivial de romper ese equilibrio.

—La destrucción de quince millones de seres humanos no es trivial.

—Lo es desde el punto de vista del poder mundial. No nos desmoralizaría hasta el punto de firmar la rendición ni nos dejaría inutilizados hasta el extremo de convencernos de que no podemos ganar. Habría una guerra a muerte a escala planetaria, algo que ambos bandos han eludido con éxito durante mucho tiempo. Y Ellos sólo habrían logrado que combatiéramos con una ciudad menos. No es suficiente.

—¿Que sugiere usted? —preguntó fríamente Jeffreys—. ¿Que Ellos no tienen diez humanoides en nuestro país? ¿Que no hay una bomba CT esperando a ser montada?

—Concederé que esas cosas existen, pero quizá por una razón más importante que el mero estallido de una bomba.

—¿Como cuál?

—Es posible que la destrucción física resultante de la reunión de los humanoides no sea lo peor que pueda ocurrirnos. ¿Qué me dice de la destrucción moral e intelectual que se deriva de su mera presencia? Con el debido respeto al agente Breckenridge, es posible que Ellos deseen que tengamos conocimiento de los humanoides, los cuales quizá no estén destinados a reunirse, sino a permanecer separados para mantenernos en constante preocupación.

—¿Por qué?

—Dígame, ¿qué medidas se han tomado contra los humanoides? Supongo que Seguridad está revisando las fichas de todos los ciudadanos que han cruzado la frontera o se han aproximado a ella lo suficiente como para posibilitar un secuestro. Por lo que ayer dijo Macalaster, sé que están investigando casos psiquiátricos sospechosos. ¿Qué más?

—Se están instalando pequeños aparatos de rayos X en lugares clave de las grandes ciudades —le informó Jeffreys—. En los estadios, por ejemplo...

—¿Donde diez humanoides podrían mezclarse con los cien mil espectadores de un partido de fútbol o de aeropolos?

—Exacto.

—¿Y en salas de conciertos y en iglesias?

—Tenemos que empezar por alguna parte. No podemos hacerlo todo de golpe.

—Particularmente, porque hay que evitar el pánico, ¿verdad? No conviene que el público advierta que en cualquier momento una ciudad cualquiera puede esfumarse junto con todos sus habitantes.



—Es obvio. ¿A dónde quiere llegar?

—Una parte cada vez mayor de nuestro esfuerzo nacional se desviará hacia ese desagradable problema al que Amberley denominó hallar una pequeñísima aguja en un inmenso pajar. Nos perseguiremos la cola furiosamente, mientras Ellos progresan en sus investigaciones hasta un punto en el que no podamos alcanzarlos, en que debemos rendirnos sin siquiera chascar los dedos en represalia. Y, además, esta noticia se difundirá según vaya participando más gente en las medidas de precaución, y más gente empezará a adivinar qué ocurre. ¿Y entonces qué? El pánico podría hacernos más daño que una bomba CT.

—En nombre del cielo —exclamó el ayudante presidencial—, ¿qué sugiere que hagamos?

—Nada. No caer en la trampa. Vivir como hemos vivido y apostar a que Ellos no se atreverán a romper el equilibrio por llevar de ventaja una sola bomba.

—¡Imposible! ¡Totalmente imposible! Nuestro bienestar descansa en mis manos y no puedo permitirme el lujo de no hacer nada. Quizás estoy de acuerdo con usted en que las máquinas de rayos X en los estadios deportivos constituyen una medida superficial que no resultará efectiva, pero hay que tomarla para que, después, la gente no llegue a la amarga conclusión de que entregamos nuestro país en aras de un sutil razonamiento que nos indujo a no actuar. De hecho, nuestra contraofensiva va a ser muy activa, por el contrario.

—¿En qué sentido?

El ayudante presidencial miró a Breckenridge. El joven funcionario de Seguridad, que había permanecido callado hasta ese momento, dijo:

—No tiene sentido hablar de una posible ruptura del equilibrio en el futuro cuando el equilibrio está roto ahora. No importa si esos humanoides van o no van a estallar. Quizá sólo sean un señuelo para distraernos, como dice usted. Pero lo cierto es que llevamos un cuarto de siglo de retraso en robótica y eso puede ser fatal. ¿Qué otros avances en robótica nos sorprenderán si estalla una guerra? La única respuesta es encauzar todas nuestras fuerzas de inmediato, ahora mismo, hacia un programa relámpago de investigación en robótica, y el primer problema que hay que solucionar es hallar a los humanoides. Considérela un ejercicio de robótica, si quiere, o llámelo impedir la muerte de quince millones de hombres, mujeres y niños.

Lynn movió la cabeza en sentido negativo.

—No puede hacerlo. Les estaría siguiendo el juego. Ellos quieren llevarnos hacia un callejón sin salida para tener la libertad de avanzar en las demás direcciones.

—Eso supone usted —replicó Jeffreys con impaciencia—. Breckenridge ha cursado esta propuesta a través de los canales indicados y el Gobierno la ha aprobado, así que comenzaremos con una conferencia multicientífica.

—¿Multicientífica?

—Hemos confeccionado una lista de todos los científicos importantes de cada rama de las ciencias naturales —le explicó Breckenridge—. Irán todos a Cheyenne. Habrá un solo punto en el orden del día: Cómo lograr progresos en robótica. El principal subapartado será: Cómo desarrollar un aparato receptor de los campos electromagnéticos de la corteza cerebral, que sea lo suficientemente delicado como para distinguir entre un cerebro humano protoplasmático y un cerebro humanoide positrónico.

—Esperábamos que usted quisiera dirigir esa conferencia —dijo Jeffreys.

—No se me ha consultado.

—Evidentemente no nos sobraba tiempo. ¿Acepta el cargo?

Lynn sonrió. De nuevo era una cuestión de responsabilidad. La responsabilidad debía recaer sobre Lynn de Robótica. Tenía la sensación de que sería Breckenridge quien realmente llevaría la voz cantante. Pero ¿qué podía hacer?

—Acepto —contestó.

Breckenridge y Lynn regresaron juntos a Cheyenne, donde esa noche Laszlo escuchó con hosco recelo la descripción que le hizo Lynn de los acontecimientos venideros.

—Mientras usted no estaba, jefe, sometí cinco modelos experimentales de estructura humanoide a los procedimientos de verificación. Nuestros hombres trabajan doce horas al día, en tres turnos superpuestos. Si hemos de organizar una conferencia, estaremos atestados de gente y la burocracia será infernal. El trabajo se detendrá.

—Sólo será transitorio. Ganará más de lo que pierda.

Laszlo frunció el ceño.

—Un grupo de astrofísicos y geoquímicos no nos ayudará en robótica.

—La perspectiva de otros especialistas puede ser útil.

—¿Está seguro? ¿Cómo sabemos que existe un modo de detectar ondas cerebrales y, en tal caso, que hay un modo de distinguir al humano del humanoide por el patrón ondulatorio? ¿Quién ha montado este proyecto?

—Yo —respondió Breckenridge.

—¿Usted? ¿Es usted experto en robótica?

—He estudiado robótica —contestó serenamente el funcionario de Seguridad.

—No es lo mismo.

—He tenido acceso a textos sobre robótica rusa, en ruso. Información ultrasecreta y mucho más avanzada que toda la que poseen ustedes.

—En eso tiene razón, Laszlo.

—Partiendo de ese material —continuó Breckenridge—, sugerí esta línea de investigación. Cabe suponer que, al copiar el patrón electromagnético de una mente humana específica en un cerebro positrónico específico, no se pueda conseguir un

duplicado exacto. Por lo pronto, el más complejo cerebro positrónico, con la pequeñez suficiente para caber en un cráneo humano, es cientos de veces menos complejo que el cerebro humano. No puede captar todos los matices, por lo tanto, y tiene que haber un modo de sacar partido de ese detalle.

Laszlo quedó impresionado a su pesar, y Lynn sonrió amargamente. No costaba mucho enfurecerse con Breckenridge y la inminente intrusión de varios cientos de científicos de otras especialidades, pero el problema era estimulante. Al menos, les quedaba ese consuelo.

La idea se le ocurrió sin sobresaltos.

Lynn se encontró con que no tenía nada que hacer salvo permanecer en su despacho, en un puesto ejecutivo que era meramente nominal. Tal vez eso contribuyó. Tuvo tiempo para pensar, para imaginar a científicos creativos de medio mundo convergiendo en Cheyenne.

Era Breckenridge quien, con fría eficiencia, manejaba los preparativos. Había sido esa especie de seguridad al decir: «Reunámonos y venceremos.»

Reunámonos.

Se le ocurrió tan sin sobresaltos que un testigo sólo hubiera visto que, en ese momento, Lynn parpadeaba dos veces, pero nada más.

Hizo lo que tenía que hacer con un distanciamiento que lo mantuvo sereno cuando lo más lógico era volverse loco.

Buscó a Breckenridge en su improvisado cuartel general. El funcionario estaba a solas y tenía el ceño fruncido.

—¿Algún problema?

—Creo que ninguno —contestó Lynn, con un cierto cansancio—. He decretado la ley marcial.

—¿Qué?

—Como jefe de división, puedo hacerlo si considero que la situación lo requiere. Dentro del ámbito de mi división puedo ser un dictador. Es una de las ventajas de la descentralización.

—Anule esa orden de inmediato. —Breckenridge avanzó un paso—. Cuando Washington se entere de esto, significará su deshonra.

—Ya estoy deshonorado, de cualquier modo. ¿Cree que no me doy cuenta de que me han preparado el papel del mayor villano de la historia estadounidense, el del hombre que permitió que Ellos rompieran el equilibrio? No tengo nada que perder, y tal vez mucho que ganar. —Soltó una risa histérica—. Qué buen objetivo será la división de Robótica, ¿eh, Breckenridge? Sólo unos cuantos miles de hombres eliminados por una bomba CT, capaz de arrasarse ochocientos kilómetros cuadrados en un microsegundo. Pero quinientos de esos hombres serán nuestros más importantes científicos. Nos encontraríamos entonces en la peculiar situación de tener que elegir

entre entrar en guerra, cuando acaban de reventarnos los sesos, o rendirnos. Creo que nos rendiríamos.

—Pero eso es imposible, Lynn. ¿Me oye? ¿Me entiende? ¿Cómo podrían los humanoides burlar nuestras medidas de seguridad? ¿Cómo podrían reunirse?

—¡Se están reuniendo ya! Los estamos ayudando. Les estamos ordenando que se reúnan. Nuestros científicos viajan al otro lado, Breckenridge. Viajan regularmente. Usted mismo comentó que era extraño que ningún especialista en robótica lo hiciera. Pues bien, diez de esos científicos aún están allí y serán reemplazados por diez humanoides que vendrán a Cheyenne.

—Es una conjetura ridícula.

—Yo creo que es buena, Breckenridge. Pero no hubiera funcionado a menos que, al enterarnos de que los humanoides estaban en Estados Unidos, organizáramos la conferencia. Es una gran coincidencia que usted trajera la noticia de los humanoides, sugiriese la conferencia y el orden del día, esté a cargo del espectáculo y sepa exactamente qué científicos han sido invitados. ¿Se ha asegurado de que en la lista figuren esos diez?

—¡Doctor Lynn! —exclamó Breckenridge fuera de sí, disponiéndose a abalanzarse sobre él.

—No se mueva. Llevo una pistola. Aguardaremos a que los científicos lleguen uno a uno y uno a uno los examinaremos con rayos X. Uno a uno. Comprobaremos su radiactividad. No dejaremos que dos de ellos se reúnan sin registrarlos antes y, si los quinientos pasan la prueba, le entregaré mi pistola y me rendiré a usted. Sólo que sospecho que encontraremos a esos diez humanoides. Siéntese, Breckenridge. — Ambos se sentaron—. Esperaremos, y, cuando esté cansado, Laszlo me reemplazará. Esperaremos.

El profesor Manuel Jiménez, del Instituto de Estudios Avanzados de Buenos Aires, estalló en un avión a reacción estratosférico que volaba a cinco mil metros de altura sobre el valle del Amazonas. Fue una simple explosión química, pero suficiente para destruir el avión.

El profesor Herman Liebowitz, del MIT, estalló en un monorail, matando a veinte personas e hiriendo a otras cien.

Del mismo modo, el profesor Auguste Marin, del Instituto Nucleónico de Montreal, y otros siete científicos más perecieron en diferentes etapas de su viaje a Cheyenne.

Laszlo entró corriendo y muy excitado dio la noticia. Hacía sólo dos horas que Lynn estaba allí sentado, encañonando a Breckenridge con la pistola.

—Pensé que estaba chiflado, jefe, pero tenía usted razón. Eran humanoides. Tenían que serlo. —Se volvió hacia Breckenridge, con los ojos cargados de odio—. Sólo que alguien los avisó. Él los avisó, y ahora no queda ninguno intacto. No

podemos estudiar a ninguno.

—¡Por Dios! —exclamó Lynn, y con gran celeridad apuntó el arma hacia Breckenridge y disparó. El cuello del agente voló hecho pedazos, el torso se desprendió y la cabeza cayó, chocó contra el suelo y echó a rodar—. No había caído en la cuenta. Creí que era un traidor, nada más.

Y Laszlo se quedó paralizado, con la boca abierta e incapaz momentáneamente de decir una palabra.

—Claro que los avisó —añadió Lynn—. ¿Pero cómo podía hacerlo sentado en esa silla, a menos que estuviera equipado con un transmisor de radio? ¿No lo entiendes? Breckenridge estuvo en Moscú, y el verdadero Breckenridge todavía sigue allí. ¡Por Dios, eran once!

—¿Por qué no estalló?

—Supongo que esperaba a tener la certeza de que los otros habían recibido el mensaje y estaban destruidos. Cielos, cuando entraste con la noticia tener la certeza de que los otros habían recibido el mensaje y estaban destruidos. Cielos, cuando entraste con la noticia y comprendí la verdad, me apresuré a disparar. Dios sabrá por cuántos segundos me adelanté a él.

—Al menos tendremos uno para estudiar —dijo Laszlo, con voz trémula.

Se agachó y metió los dedos en el pegajoso fluido que brotaba por los mutilados bordes del cuello del cuerpo decapitado.

No era sangre, sino aceite de calidad superior para máquinas.

# Paté de hígado (1956)

“Pâté de Foie Gras”

No podría revelar mi verdadero nombre aunque quisiera, y en estas circunstancias no quiero revelarlo.

No soy buen escritor, así que le pedí a Isaac Asimov que se encargara de redactar esto por mí. Lo escogí a él por varias razones. Primero, porque es bioquímico, así que comprende de qué hablo, al menos en parte. Segundo, porque sabe escribir, o al menos —lo cual no necesariamente significa lo mismo— ha publicado bastante.

No fui el primero que tuvo el honor de conocer a la Gallina. El primero fue un algodonero de Tejas llamado Ian Angus MacGregor, que era el dueño antes de que el ave pasara a manos del Gobierno.

En el verano de 1955, MacGregor envió cartas al Ministerio de Agricultura, solicitando información sobre la incubación de huevos de gallina. El Ministerio le remitió todos los folletos disponibles sobre el tema, pero MacGregor se limitó a enviar cartas aún más apasionadas, en las que abundaban las referencias a su «amigo», el diputado local.

Mi conexión con el asunto es que trabajo en el Ministerio de Agricultura. Como ya iba a asistir a una convención en San Antonio en julio de 1955, mi jefe me pidió que pasara por la finca de MacGregor y viera en qué podía ayudarlo. Somos funcionarios públicos, y, además, habíamos recibido una carta del diputado de MacGregor.

El 17 de julio de 1955 conocí a la Gallina.

Primero conocí a MacGregor. Era un cincuentón alto, de rostro arrugado y suspicaz. Revisé toda la información que él había recibido y le pregunté cortésmente que si podía ver sus gallinas.

—No son gallinas, amigo. Es una sola gallina.

—¿Puedo ver a esa única gallina?

—Mejor será que no.

—Entonces, no puedo ayudarlo más. Si es una sola gallina, pues eso es que le pasa algo. ¿Por qué se preocupa por una gallina? Cómasela.

Me levanté y cogí mi sombrero.

—¡Espere! —Me quedé mirándolo mientras él apretaba los labios, entrecerraba los ojos y libraba una callada lucha consigo mismo—. Acompañeme.

Lo acompañé hasta un corral, rodeado de alambre de espinos cerrado con llave, que albergaba una gallina: la Gallina.

—Ésta es la Gallina —dijo, y lo pronunció de tal manera que hasta pude oír la mayúscula.

La miré. Parecía como cualquier otra gallina gorda, oronda y malhumorada.

—Y éste es uno de sus huevos —añadió MacGregor—. Estuvo en la incubadora. No pasa nada.

Lo sacó del espacioso bolsillo del mono. Había una tensión extraña en la forma en que lo sostenía.

Fruncí el ceño. Algo no iba bien en ese huevo. Era más pequeño y más esférico de lo normal.

—Cójalo —me ofreció MacGregor.

Lo cogí. O lo intenté. Usé la fuerza indicada para un huevo de ese tamaño, y se quedó donde estaba. Tuve que esforzarme más para levantarlo.

Comprendí por qué MacGregor lo sostenía de un modo extraño: pesaba casi un kilo.

Lo miré, apretándolo en la palma, y MacGregor sonrió socarronamente.

—Tírelo —dijo.

Me quedé boquiabierto, así que el propio MacGregor me lo quitó de la mano y lo tiró.

Cayó con un ruido blando. No se rompió. No hubo un reventón de clara y yema. Sólo se quedó allí, clavado en el suelo.

Lo recogí. La blanca cáscara se había partido en el lugar del impacto. Algunos trozos se astillaron y lo que brillaba dentro era de un tono amarillo apagado.

Me temblaban las manos. Aunque apenas podía mover los dedos, quité parte del resto de la cáscara y miré aquello amarillo.

No tenía que realizar ningún análisis. El corazón me lo decía.

¡Me encontraba ante la mismísima Gallina!

¡La Gallina de los Huevos de Oro! El primer problema a resolver fue conseguir que MacGregor me diera el huevo de oro. Yo estaba casi histérico.

—Le entregaré un recibo. Le garantizaré el pago. Haré todo lo que sea razonable.

—No quiero que el Gobierno meta las narices —protestó tercamente.

Pero yo era el doble de terco y, finalmente, le firmé un recibo y él me acompañó hasta el coche y se quedó en la carretera, siguiéndome con la vista mientras yo me alejaba.

El jefe de mi sección del Ministerio de Agricultura se llama Louis P. Bronstein. Nos llevamos bien y pensé que podría explicarle la situación sin que me pusiera bajo observación psiquiátrica. Aun así, no corrí riesgos. Tenía el huevo conmigo y cuando llegué a la parte peliaguda lo puse sobre el escritorio.

—Es un metal amarillo y pudiera ser bronce, sólo que es inerte ante el ácido nítrico concentrado.

—Es un fraude —dijo Bronstein—. Tiene que serlo.

—¿Un fraude que utiliza oro de verdad? Recuerda que cuando lo vi por primera vez estaba totalmente cubierto por una cáscara de huevo auténtica e intacta. Ha sido

fácil analizar un fragmento de la cáscara. Carbonato de calcio.

El Proyecto Gallina se puso en marcha. Era el 20 de julio de 1955.

Yo fui el investigador responsable desde el principio y permanecí a cargo de la investigación durante todo el proyecto, aunque el asunto pronto me sobrepasó.

Comenzamos con ese huevo El promedio de su radio era de 35 milímetros (eje mayor, 72 milímetros; eje menor, 68 milímetros). La cápsula de oro tenía 2,45 milímetros de grosor. Al estudiar otros huevos después, descubrimos que este valor era bastante alto. El grosor medio resultó ser de 2,1 milímetros.

Por dentro era un huevo. Parecía un huevo y olía como un huevo.

Se analizaron las partes alícuotas y los componentes orgánicos eran bastante normales. La clara era albúmina en un 9,7%. La yema tenía el complemento normal de vitelina, colesterol, fosfolípido y carotenoide. Carecíamos de material suficiente para analizar otros componentes, pero luego, al disponer de más huevos, lo hicimos y no apareció nada anormal en cuanto al contenido de vitaminas, coenzimas, nucleótidos, grupos de sulfhidrilo, etcétera, etcétera.

Descubrimos una importante anomalía en lo concerniente a la conducta del huevo ante el calor. Una pequeña parte de la yema se calentaba, «endureciéndose» de inmediato. Le dimos una porción del huevo hervido a un ratón. Se la comió y sobrevivió.

Yo mordisqueé otro trozo. Una cantidad pequeña, por supuesto, pero me causó náuseas. Puramente psicossomático, sin duda.

Boris W. Finley, del Departamento de Bioquímica de la Universidad de Temple —un asesor del departamento—, supervisó estos análisis. Dijo, refiriéndose al endurecimiento por hervor:

—La facilidad con que se desnaturalizan térmicamente las proteínas del huevo indica una desnaturalización parcial inicial, y teniendo en cuenta la estructura del huevo se trata de una contaminación por metal pesado.

Así que analizamos una parte de la yema en busca de componentes inorgánicos y descubrimos que poseía una elevada proporción de ion de cloraurato, un ion de carga simple y que contiene un átomo de oro y cuatro de cloro, cuyo símbolo es AuCl<sub>4</sub><sup>-</sup>. (El símbolo «Au» para el oro viene de la palabra latina «aurum».) Cuando digo que había una elevada proporción de ion de cloraurato, me refiero a que había 3,2 partes sobre mil; es decir, un 0,32%. Eso es lo suficientemente alto como para formar complejos insolubles de una «proteína de oro» que se coagularía fácilmente.

—Es evidente que no se puede empollar este huevo —señaló Finley—, ni ningún huevo similar. Está envenenado por metal pesado. Tal vez el oro sea más atractivo que el plomo, pero es igual de venenoso para las proteínas.

Asentí sombríamente.

—Al menos, también está a salvo del deterioro.



—En efecto. Ningún parásito que se precie viviría en esta espesura cloraurífera.

Llegó el definitivo análisis espectrográfico del oro: prácticamente puro. La única impureza detectable era el hierro, en un 0,23% del total. El contenido ferroso de la yema también era el doble del normal. Por el momento, sin embargo, olvidamos el tema del hierro.

Una semana después del inicio del Proyecto Gallina se envió una expedición a Tejas. Fueron cinco bioquímicos (aún poníamos el énfasis en la bioquímica, como se ve), junto con tres camiones repletos de equipo y un escuadrón del Ejército. Yo también fui, desde luego.

En cuanto llegamos, aislamos la granja de MacGregor.

Fue una idea afortunada que tomáramos medidas de seguridad desde el principio. El razonamiento era erróneo, pero los resultados fueron buenos.

El Ministerio quería que el Proyecto Gallina se mantuviera en secreto porque aún flotaba la sospecha de que podía ser un fraude, y no queríamos arriesgarnos a quedar en ridículo. Y si no era un fraude no podíamos exponernos al acoso de los reporteros, que inevitablemente vendrían a husmear buscando un artículo sobre los huevos de oro.

Las implicaciones del asunto sólo se aclararon después del comienzo del Proyecto Gallina y de nuestra llegada a la granja de MacGregor.

Naturalmente, a MacGregor no le gustó verse rodeado de hombres y de equipo. No le gustó que le dijeran que la Gallina era propiedad del Gobierno. No le gustó que le confiscaran los huevos.

No le gustó, pero lo aceptó, si se puede hablar de aceptación cuando alguien debe negociar mientras le instalan una ametralladora en el establo y diez hombres con bayoneta calada desfilan frente a su casa.

Recibió una compensación, por supuesto; ¿qué significa el dinero para el Gobierno?

A la Gallina tampoco le gustaron ciertas cosas. Que le extrajeran muestras de sangre, por ejemplo. No nos atrevíamos a anestésicarla por miedo a alterarle el metabolismo, y se necesitaron dos hombres para sujetarla. ¿Alguna vez han intentado ustedes sujetar a una gallina furiosa?

La Gallina quedó bajo vigilancia las veinticuatro horas del día, con amenaza de consejo de guerra sumaráisimo para cualquier persona que dejara que algo le ocurriese. Si alguno de esos soldados lee esta historia, quizá llegue a entrever qué sucedía. En tal caso, tendrá la sensatez de cerrar el pico si sabe lo que le conviene.

La sangre de la Gallina se sometió a todos los análisis concebibles.

Tenía dos partes de cien mil (0,002%) de ion de clorurato. La sangre tomada de la vena hepática era más rica que el resto, casi cuatro partes de cien mil.

—El hígado —gruñó Finley.

Tomamos radiografías. En el negativo, el hígado era una confusa masa de color gris claro, más claro que las vísceras cercanas, porque detenía más rayos X, puesto que contenía más oro. Los vasos sanguíneos eran más claros que el hígado, y los ovarios eran puro blanco. Ningún rayo X atravesó los ovarios.

Tenía sentido, y en uno de los primeros informes Finley lo expuso con la mayor franqueza posible. En una parte del informe se decía:

«El ion de cloraurato es vertido por el hígado en la corriente sanguínea. Los ovarios actúan como una trampa para el ion, que allí es reducido a oro metálico y depositado como una cáscara en torno del huevo en desarrollo. Las concentraciones relativamente altas del ion de cloraurato no reducido penetran en el contenido del huevo en desarrollo.

»Hay pocas dudas de que este proceso permite a la Gallina liberarse de los átomos de oro que, de continuar acumulándose, la envenenarían. La excreción mediante cáscaras de huevo puede ser nueva en el reino animal, tal vez única, pero es innegable que mantiene viva a la Gallina.

»Lamentablemente, sin embargo, el ovario se emponzoña tanto que se ponen pocos huevos, probablemente sólo los necesarios para liberarse del oro acumulado, y esos pocos huevos son imposibles de empollar.»

Esto fue lo que explicó por escrito, pero a los demás nos dijo:

—Eso nos plantea una pregunta embarazosa.

Yo sabía cuál era. Todos lo sabíamos.

¿De dónde venía el oro?

No hubo respuesta por un tiempo, a excepción de algunas pruebas negativas. No se encontró oro perceptible en lo que comía la Gallina ni ésta había engullido ningún guijarro que contuviera oro. No existían rastros de oro en el suelo de la zona y no hallamos nada al examinar la casa y el terreno. No había monedas de oro ni alhajas de oro ni láminas de oro ni relojes de oro ni ninguna otra cosa de oro. Nadie en la granja tenía siquiera empastes de oro en la dentadura.

Estaba la sortija de bodas de la señora MacGregor, desde luego, pero sólo había tenido una en toda su vida y la llevaba puesta.

Entonces, ¿de dónde venía el oro?

Los primeros indicios de la respuesta aparecieron el 16 de agosto de 1955.

Albert Nevis, de Purdue, estaba metiéndole tubos gástricos a la Gallina (otro procedimiento al cual ella se oponía enérgicamente) con la idea de analizar el contenido de su tubo digestivo. Era una de nuestras búsquedas rutinarias de oro exógeno.

Encontramos oro, pero sólo vestigios, y había buenas razones para suponer que esos vestigios habían acompañado a las secreciones digestivas y, por ende, eran de origen endógeno; es decir, interno.

Sin embargo, apareció algo más. Mejor dicho, la carencia de algo.

Yo estaba allí cuando Nevis entró en el despacho que Finley tenía en la estructura prefabricada que habíamos levantado de la noche a la mañana cerca del corral.

—La Gallina tiene poco pigmento biliar —nos informó Nevis—. El contenido del duodeno no muestra casi nada.

Finley frunció el ceño.

—Tal vez la función hepática esté bloqueado a causa de la concentración áurea. Puede que no esté secretando bilis.

—Sí está secretando bilis —replicó Nevis—. Hay ácidos biliares en cantidad normal, o casi normal. Sólo faltan los pigmentos biliares. He realizado un análisis fecal para confirmarlo. No hay pigmentos biliares.

Quiero explicar algo. Los ácidos biliares son esteroides que el hígado vierte en la bilis y que llegan por esa vía al extremo superior del intestino delgado. Estos ácidos biliares son moléculas similares al detergente, que ayudan a emulsionar la grasa de nuestra dieta —o de la dieta de la Gallina— y la distribuyen en forma de pequeñas burbujas en el contenido acuoso del intestino. Esta distribución u homogeneización facilita la digestión de las grasas.

Los pigmentos biliares —la sustancia que le faltaba a la Gallina son otra cosa. El hígado los genera a partir de la hemoglobina, esa proteína sanguínea roja y portadora de oxígeno. La hemoglobina consumida se descompone en el hígado, y el hemo es separado. El hemo está compuesto por una molécula cuadrangular llamada porfirina, con un átomo de hierro en el centro. El hígado extrae el hierro y lo almacena para un uso futuro; luego, descompone la molécula cuadrangular que queda. Esta porfirina descompuesta es pigmento biliar. Tiene un color pardusco o verdusco —según los nuevos cambios químicos— y se vierte en la bilis.

Los pigmentos biliares no son útiles para el cuerpo. Se vierten en la bilis como productos de desecho. Atraviesan los intestinos y se expulsan con las heces. Más aún, son los responsables del color de las heces.

A Finley le destellaron los ojos.

—Parece ser que el catabolismo de la porfirina no sigue el curso normal en el hígado —dijo Nevis—. ¿No les parece?

Claro que nos parecía.

Después de eso reinó un gran entusiasmo. Por primera vez descubríamos en la Gallina una anomalía metabólica que no estaba directamente relacionada con el oro.

Hicimos una biopsia del hígado (es decir, le sacamos a la Gallina un trozo cilíndrico de hígado). La Gallina sintió dolor, pero no sufrió daño. También tomamos más muestras de sangre.

Aislamos la hemoglobina de la sangre y pequeñas cantidades de los citocromos de las muestras de hígado. (Los citocromos son enzimas oxidizantes y que también

contienen hemo.) Separamos el hemo y, en una solución de ácido, una parte se condensó en una forma de sustancia anaranjada y brillante. El 2 de agosto de 1955 teníamos cinco microgramos del compuesto.

El compuesto anaranjado era similar al hemo, pero no era hemo. El hierro del hemo puede estar en la forma de un ion ferroso doblemente cargado ( $\text{Fe}^{++}$ ), o de un ion férrico triplemente cargado ( $\text{Fe}^{+++}$ ), en cuyo caso el compuesto se llama hematina. (A propósito ferroso y férrico vienen de la palabra latina «ferrum».)

El compuesto anaranjado que habíamos separado del hemo tenía la parte de porfirina de la molécula, pero el metal del centro era oro; para ser más específico, un ion áurico triplemente cargado ( $\text{Au}^{+++}$ ). Llamamos a este compuesto «aurem», que es simplemente una abreviatura de «hemo áurico».

Nunca se había descubierto un compuesto orgánico natural que contuviera oro. El aurem fue el primero, y normalmente sería noticia de primera plana en el mundo de la bioquímica. Pero ahora no era nada, nada en comparación con los nuevos horizontes que abría su mera existencia.

Al parecer, el hígado no descomponía el hemo en pigmento biliar; en cambio, lo convertía en aurem: reemplazaba el hierro por oro. El aurem, en equilibrio con el ion de clorato, entraba en la corriente sanguínea y era llevado a los ovarios, donde un mecanismo aún no identificado separaba el oro y eliminaba la porfirina de la molécula.

Los nuevos análisis mostraron que el 29% del oro de la sangre de la Gallina se introducía en el plasma en forma de ion de clorato; el 71% restante era transportado en corpúsculos de sangre roja en forma de «aureomoglobina». Se hizo un intento de introducir en la Gallina rastros de oro radiactivo, para detectar radiactividad en el plasma y en los corpúsculos y ver cómo los ovarios manejaban las moléculas de aureomoglobina. Nos parecía que la aureomoglobina se debía eliminar más despacio que el ion de clorato disuelto en el plasma.

El experimento falló, sin embargo, pues no detectamos radiactividad. Lo atribuimos a la inexperiencia, pues ninguno de nosotros era experto en isótopos, lo cual fue una lástima porque ese fallo resultó ser muy significativo y el no advertirlo nos costó varias semanas.

La aureomoglobina se demostró inútil como portadora de oxígeno, pero sólo abarcaba un 0,1 % de la hemoglobina total de los glóbulos rojos, de modo que no había interferencia con la respiración de la Gallina.

La pregunta acerca del origen del oro seguía en pie, y fue Nevis quien hizo la sugerencia decisiva.

—Quizás —aventuró, en una reunión que celebramos la noche del 25 de agosto de 1955—, la Gallina no reemplace el hierro con oro. Tal vez transmute el hierro en oro.

Antes de conocer personalmente a Nevis ese verano, yo lo conocía ya por sus publicaciones (se especializa en química biliar y función hepática) y siempre lo había considerado una persona lúcida y cauta. Tal vez excesivamente cauta. Nadie lo consideraría capaz de hacer una afirmación tan ridícula.

Eso demuestra la desesperación y la desmoralización que reinaban en el Proyecto Gallina.

La desesperación procedía de que no había ningún sitio de donde pudiera venir el oro. La Gallina excretaba oro a razón de 38,9 gramos diarios y lo llevaba haciendo desde hacía meses. Ese oro tenía que venir de alguna parte o, de no ser así, debía hacerse a partir de algo.

La desmoralización que nos indujo a examinar la segunda alternativa se debía al hecho de que nos enfrentábamos a la Gallina de los Huevos de Oro. Todo era posible. Todos vivíamos en un mundo de cuento de hadas y eso nos llevaba a perder el sentido de la realidad.

Finley consideró seriamente esa posibilidad:

—La hemoglobina entra en la sangre y sale un poco de auremoglobina. La cáscara de oro de los huevos tiene una sola impureza, el hierro. La yema del huevo no contiene más que dos elementos en cantidad elevada: oro y hierro. Tiene sentido, aunque de un modo descabellado. Necesitaremos ayuda, caballeros.

La necesitábamos, e implicaba una tercera etapa de la investigación. La primera de ellas consistió en mi intervención; la segunda fue el grupo de bioquímicos; y la tercera, la mejor, la más importante, suponía la intrusión de físicos nucleares.

El 5 de septiembre de 1955 llegó John L. Billings, de la Universidad de California. Traía equipo, y en las semanas siguientes llegaron más aparatos. Se estaban construyendo más estructuras prefabricadas. Comprendí que al cabo de un año tendríamos un instituto de investigaciones construido en torno de la Gallina.

Billings se reunió con nosotros la noche del día 5. Finley lo puso al corriente:

—Hay muchos problemas serios en esta idea del hierro que se transforma en oro. Por lo pronto, la cantidad total de hierro de la Gallina sólo puede estar en el orden del medio gramo, pero produce cuarenta gramos de oro al día.

Billings tenía una voz clara y aguda.

—Hay un problema peor —dijo—. El hierro se encuentra en el fondo de la curva de aglomeración. El oro está mucho más elevado. Para convertir un gramo de hierro en un gramo de oro se requiere tanta energía como la que se produce en la fisión de un gramo de uranio 235.

Finley se encogió de hombros.

—Dejaré ese problema en sus manos.

—Lo pensaré.

No se limitó a pensar en ello. Aisló nuevas muestras de hemo de la Gallina, las

transformó en cenizas y envió el óxido de hierro a Brookhaven para que efectuaran un análisis isotópico. No había razones específicas para hacer tal cosa; fue sólo una de las muchas investigaciones, pero fue también la que produjo resultados.

Cuando recibimos las cifras, Billings dio un respingo.

—No hay Fe 16 —dijo.

—¿Y qué pasa con los demás isótopos? —preguntó Finley.

—Todos están presentes en las proporciones relativas apropiadas, pero no se detecta Fe 16.

Tendré que dar otra explicación. El hierro natural se compone de cuatro isótopos. Estos isótopos son variedades de átomos que difieren de otros en su peso atómico. Los átomos de hierro con un peso atómico de 56 (Fe 56) constituyen el 91,6% de todos los átomos del hierro. Los demás átomos tienen pesos atómicos de 54, 57 y 58.

El hierro del hemo de la Gallina estaba compuesto sólo por Fe 56, Fe<sup>57</sup> y Fe 58. La consecuencia era obvia. El Fe56 desaparecía, mientras que los demás isótopos no; y esto significaba que se estaba produciendo una reacción nuclear. Una reacción nuclear podía tomar un isótopo y dejar tranquilos a los demás. Una reacción química común, cualquier reacción química, tendría que disponer de todos los isótopos en forma equitativa.

—Pero es energéticamente imposible —objetó Finley.

Lo dijo con un ligero sarcasmo, teniendo en cuenta el comentario inicial de Billings. Como bioquímicos, sabíamos que en el cuerpo acontecían muchas reacciones que requerían una entrada de energía, y esto se resolvía acoplando la reacción que demandaba energía con una reacción que generaba energía.

Sin embargo, las reacciones químicas despedían o consumían pocas kilocalorías por mol; las reacciones nucleares despedían o consumían millones. Suministrar energía para una reacción nuclear que consumiera energía requería, pues, una segunda reacción nuclear, productora de energía.

No vimos a Billings en dos días. Cuando regresó nos dijo:

—Miren esto. La reacción productora de energía debe producir tanta energía por nucleón involucrado como la que absorbe la reacción consumidora de energía. Si produce un poco menos, la reacción general no funciona. Si produce un poco más, considerando la cantidad astronómica de nucleones involucrados, la energía excedente producida vaporizaría a la Gallina en una fracción de segundo.

—¿Y? —preguntó Finley.

—Pues que el número de reacciones posibles es muy limitado. He conseguido descubrir un solo sistema probable. El oxígeno 18, si se convierte en hierro 56, produce energía suficiente para transformar el hierro 56 en oro 197. Es como bajar por un lado de una montaña rusa y luego por el otro. Tendremos que verificarlo.

—¿Cómo?

—Podemos verificar primero la composición isotópica del oxígeno de la Gallina.

El oxígeno está integrado por tres isótopos estables, y casi todo es O18. El O18 constituye un solo átomo de oxígeno de cada 250.

Otra muestra de sangre. El contenido acuoso fue destilado en el vacío y se sometió una parte al espectrógrafo de masa. Había O18, pero sólo un átomo de oxígeno por cada 1.300. El 80% del O18 que esperábamos no se encontraba allí.

—Esto lo corrobora —afirmó Billings—. El oxígeno 18 se consume. Se suministra constantemente en el agua y en la comida que le damos a la Gallina, pero aun así se consume. Se produce así el oro 197. El hierro 56 es un intermediario y, como la reacción que consume hierro 56 es más rápida que la que lo produce, no puede alcanzar una concentración significativa, y el análisis isotópico muestra su ausencia.

No estábamos satisfechos, así que probamos de nuevo. Durante una semana alimentamos a la Gallina con agua enriquecida con O18. La producción de oro se elevó casi en seguida. Al final de una semana producía 45,8 gramos, pero el contenido de O18 del agua de su cuerpo no era más alto que antes.

—No cabe la menor duda —dijo Billings. Rompió su lápiz y se puso en pie—. Esa Gallina es un reactor nuclear viviente.

La Gallina era obviamente una mutación.

Una mutación sugería radiación, entre otras cosas, y la radiación nos recordó las pruebas nucleares realizadas en 1952 y en 1953 a cientos de kilómetros de la granja de MacGregor. (Si alguien piensa que nunca se realizaron pruebas nucleares en Tejas, eso sólo indica dos cosas: que yo no estoy contándolo todo y que ustedes no lo saben todo.)

Dudo que en ningún momento de la historia de la era atómica la radiación de fondo se haya analizado tan exhaustivamente ni que el contenido radiactivo del suelo se haya examinado con tanto rigor.

Se estudiaron documentos previos, sin importar lo secretos que fueran; a esas alturas, el Proyecto Gallina tenía la mayor prioridad que jamás se hubiera concedido.

Incluso analizamos informes meteorológicos para seguir la conducta de los vientos en la época de las pruebas nucleares.

Aparecieron dos elementos.

Primero: la radiación de fondo de la granja era un poco más alta de lo normal. Nada dañino, me apresuro a añadir. Había indicios, sin embargo, de que en el momento del nacimiento de la Gallina la granja había estado en las inmediaciones de, por lo menos, dos precipitaciones radiactivas. Nada dañino, insisto.

Segundo: la Gallina era la única de su especie, la única de todas las criaturas de la granja que pudimos analizar, humanos incluidos, que no revelaba radiactividad. Mirémoslo así: todo muestra vestigios de radiactividad; eso es lo que significa

radiación de fondo. Pero la Gallina no mostraba ninguno.

Finley envió un informe el 6 de diciembre de 1955, una parte del cual era como sigue:

«La Gallina es una mutación extraordinaria, nacida en un ámbito de alta radiactividad que alentaba mutaciones en general y que hizo de esta mutación en particular una mutación beneficiosa.

»La Gallina tiene sistemas enzimáticos capaces de catalizar varias reacciones nucleares. Ignoramos si el sistema enzimático contiene una enzima o más. Tampoco sabemos nada sobre la naturaleza de las enzimas en cuestión. Tampoco se puede formular ninguna teoría en cuanto a cómo una enzima puede catalizar una reacción nuclear, pues éstas involucran interacciones con fuerzas que superan en cinco órdenes de magnitud a las involucradas en las reacciones químicas comunes que las enzimas suelen catalizar.

»El cambio nuclear general es de oxígeno 18 a oro 197. El oxígeno 18 abunda en este ámbito, pues se halla en gran cantidad en el agua y en todos los alimentos orgánicos. El oro 197 es excretado a través de los ovarios. Un intermediario conocido es el hierro 56, y el hecho de que se forme auremoglobina nos induce a sospechar que la enzima o enzimas pueden tener al hemo como grupo protésico.

»Se ha reflexionado bastante sobre el valor que este cambio nuclear podría revestir para la Gallina. El oxígeno 18 no es nocivo y el oro 197 resulta difícil de eliminar, es potencialmente venenoso y causa esterilidad. Su formación podría ser un medio de evitar un peligro mayor. Este peligro...»

Pero la mera lectura del informe, amigo lector, crea una impresión de placidez reflexiva. En realidad, nunca he visto un hombre tan cerca de la apoplejía como lo estaba Billings cuando oyó hablar de esos experimentos con oro radiactivo que mencioné antes; los experimentos en los que no detectamos ninguna radiactividad en la Gallina, por lo cual los desechamos.

Nos preguntó una y otra vez que cómo podíamos haberle quitado importancia a la pérdida de radiactividad.

—Son ustedes como un periodista novato al que se envía a cubrir una boda de sociedad y, al regresar, dice que no hay artículo porque el novio no se ha presentado. Le dieron oro radiactivo y se perdió. No sólo eso, sino que no detectaron ustedes radiactividad natural en la Gallina; ni carbono 14; ni potasio 40. Y a eso lo llamaron fracaso.

Comenzamos a alimentar a la Gallina con isótopos radiactivos. Al principio, con cautela; pero, antes del fin de enero de 1956, le dábamos montones de ellos.

La Gallina permanecía sin radiación.

—Lo que ocurre —explicó Billings— es que este proceso nuclear catalizado por enzimas logra convertir todo isótopo inestable en un isótopo estable.



—Eso es provechoso —comenté ya.

—¿Provechoso? ¡Es una cosa hermosa! Se trata de la defensa perfecta contra la era atómica. Escuchen, la conversión de oxígeno 18 en oro 197 libera ocho positrones y una fracción por cada átomo de oxígeno. Eso significa ocho rayos gamma y una fracción en cuanto cada positrón se combina con un electrón. Tampoco hay rayos gamma. La Gallina debe de ser capaz de absorber rayos gamma sin sufrir daño alguno.

Rociamos a la Gallina con rayos gamma. Al elevarse el nivel, tuvo una fiebre leve e interrumpimos la operación, asustados. Pero era sólo fiebre, no enfermedad por radiación. Pasó un día, la fiebre bajó y la Gallina estaba perfecta.

—¿Ven ustedes lo que tenemos? —preguntó Billings.

—Una maravilla científica —respondió Finley.

—¡Hombre!, ¿es que no ve las aplicaciones prácticas? Si pudiéramos descubrir el mecanismo y reproducirlo en el tubo de ensayo, tendríamos un método perfecto para eliminar cenizas radiactivas. El mayor obstáculo para promover una economía atómica en gran escala es el contratiempo de qué hacer con los isótopos radiactivos generados durante el proceso. Y bastaría con pasarlos por un preparado enzimático en grandes toneles. Si descubriéramos ese mecanismo, caballeros, podríamos dejar de preocuparnos de las precipitaciones radiactivas; hallaríamos una protección contra la enfermedad por radiación. Si alteramos el mecanismo, podemos tener gallinas que excreten cualquier elemento que necesitemos. ¿Qué les parece huevos de uranio 235? ¡El mecanismo! ¡El mecanismo!

Y todos nos quedamos mirando a la Gallina.

Si se pudiera empollar esos huevos... Si pudiéramos conseguir una bandada de gallinas semejantes a reactores nucleares...

—Debe de haber ocurrido con anterioridad —observó Finley—. Las leyendas sobre estas gallinas debieron de originarse de algún modo.

—¿Quiere usted esperar? —preguntó Billings.

Si tuviéramos un grupo de esas gallinas podríamos comenzar a diseccionar algunas; estudiaríamos sus ovarios; prepararíamos muestras de tejido y homogenatos de tejido.

Tal vez no sirviera de nada. El tejido de una biopsia de hígado no reaccionaba con el oxígeno 18 en ninguna de las condiciones que probamos.

Pero quizá pudiéramos rociar un hígado intacto. Podríamos estudiar embriones intactos y observar si alguno desarrollaba el mecanismo.

Pero con una sola Gallina no podíamos hacer nada de eso.

No nos atrevíamos a matar a la Gallina de los Huevos de Oro. El secreto estaba en el hígado de esa gorda Gallina.

¡Vaya paté de hígado que nos habían servido! La frustración era realmente

indigesta.

—Necesitamos una idea —dijo Nevis pensativamente—. Un enfoque radicalmente distinto. Un pensamiento crucial.

—Con hablar no ganamos nada —refunfuñó Billings, abatido.

Y en un malogrado intento de bromear, yo dije:

—Podríamos hacerlo público en los periódicos. —Y eso me dio una idea y exclamé—: ¡Ciencia ficción!

—¿Qué? —preguntó Finley.

—Escuchen, las revistas de ciencia ficción publican historias en tono de broma. A los lectores les divierten. Se interesan por ellas. —Les hablé de las historias de Asimov sobre la tiotimolina, que yo había leído en otros tiempos. La atmósfera era fría y reprobatoria—. Ni siquiera atentaríamos contra las normas de seguridad —insistí—, porque nadie se lo creería. —Les hablé también de aquella vez en 1944, cuando Cleve Cartmill escribió un cuento donde describía la bomba atómica con un año de antelación y el FBI se calló la boca—. Y los lectores de ciencia ficción tienen ideas. No los subestimen. Aunque ellos lo consideren una historia de broma, enviarán sus ideas al jefe de redacción. Y ya que no tenemos ideas propias, ya que nos encontramos en un callejón sin salida, ¿qué podemos perder?

Aún no estaban convencidos.

—Además —añadí—, la Gallina no vivirá eternamente.

Eso dio resultado.

Tuvimos que convencer a Washington; luego, me puse en contacto con John Campbell, director de la revista, y él habló con Asimov.

Ahora, la historia ya está escrita. La he leído, la apruebo y ruego a los lectores que no se la crean. No, por favor.

Pero...

¿Alguna idea?

# Galeote (1957)

“Galley Slave”

La empresa “Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos”, la parte acusada, tenía suficiente influencia como para forzar un juicio sin jurado, a puerta cerrada.

La Universidad del Noreste no se molestó en impedirlo. Los síndicos sabían cómo podía reaccionar el público ante cualquier problema relacionado con la mala conducta de un robot, por anómala que fuera esa conducta. Sabían también que una manifestación contra los robots podía transformarse rápidamente en una manifestación contra la ciencia.

El Gobierno, representado por el juez Harlow Shane, también estaba deseando poner un final silencioso a ese enredo. No convenía contrariar ni a la compañía ni al mundo académico.

—Como no están presentes la prensa, el público ni el jurado —dijo el juez Shane—, omitamos las ceremonias y vayamos al grano.

Sonrió de mala gana, quizá sin mayor esperanza de que esa solicitud surtiera efecto, y se subió la toga para sentarse más cómodamente. Tenía rostro rubicundo, barbilla redonda y blanda, nariz ancha y ojos claros y separados. No era un rostro imponente y el juez lo sabía.

Barnabas H. Goodfellow, profesor de Física en la Universidad del Noreste, fue el primero en comparecer, prestando el juramento habitual con una expresión que daba un mentís a su apellido<sup>[3]</sup>.

Después de las preguntas iniciales de costumbre, el fiscal se metió las manos en los bolsillos y dijo:

—¿Cuándo se le llamó la atención, profesor, sobre el posible empleo del robot EZ-27, y cómo?

El rostro menudo y anguloso del profesor Goodfellow adoptó una expresión crispada, apenas más benévola que la anterior.

—He mantenido contacto profesional y una cierta relación social con el profesor Alfred Lanning, director de investigaciones de Robots y Hombres Mecánicos. De modo que estaba dispuesto a escuchar con cierta tolerancia cuando recibí su extraña sugerencia el 3 de marzo del año pasado...

—¿Del 2033?

—En efecto.

—Excúseme por la interrupción. Continúe, por favor.

El profesor asintió con frialdad, frunció el ceño para ordenarse las ideas y comenzó a declarar.

El profesor Goodfellow miró al robot con aprensión. Lo habían trasladado a esa sala del sótano en una caja de embalaje, respetando las normas que regulaban el

embarque de robots de un lado al otro de la superficie terrestre.

Sabía que iba a llegar; no era que no estuviese preparado. Lanning le había telefoneado el 3 de marzo y él se dejó persuadir, con el inevitable resultado de que ahora se encontraba frente a un robot.

Era mucho más grande de lo común.

Alfred Lanning también miró al robot, como cerciorándose de que no hubiera sufrido daños en el traslado. Luego, volvió sus cejas enérgicas y la melena de su cabello blanco hacia el profesor.

—Éste es el robot EZ-27, el primero de su modelo que será accesible al uso público. —Se giró hacia el robot—. Te presento al profesor Goodfellow, Easy.

Easy habló en un tono neutro, pero tan de súbito que el profesor se sobresaltó.

—Buenas tardes, profesor.

Easy tenía más de dos metros de altura y las proporciones de un hombre, un detalle distintivo de la compañía, que, gracias a ese detalle y a la posesión de las patentes básicas del cerebro positrónico, disfrutaba del monopolio en materia de robots y de un cuasimonopolio en materia de ordenadores.

Los dos hombres que habían desenvuelto el robot se marcharon y el profesor miró a Lanning, al robot y de nuevo a Lanning.

—Estoy seguro de que es inofensivo —dijo, aunque no parecía tan seguro.

—Más inofensivo que yo —afirmó Lanning—. A mí podrían persuadirme de pegarle a usted, pero nadie podría persuadir a Easy. Supongo que conoce las tres leyes de la robótica.

—Sí, por supuesto.

—Están incorporadas a los patrones positrónicos del cerebro y deben ser respetadas. La primera ley, la regla primordial de la existencia robótica, salvaguarda la vida y el bienestar de todos los humanos. —Hizo una pausa, se frotó la mejilla y añadió—: Es algo de lo cual quisiéramos persuadir a toda la Tierra si pudiéramos.

—Es que tiene un aspecto impresionante.

—Concedido. Pero al margen de su apariencia descubrirá usted que es útil.

—No sé en qué sentido. Nuestras conversaciones no fueron muy esclarecedoras. Aun así, acepté echarle un vistazo y aquí me tiene.

—Haremos algo más que echar un vistazo, profesor. ¿Ha traído un libro?

—Sí.

—¿Puedo verlo?

El profesor Goodfellow bajó la mano sin apartar los ojos de la figura humanoide y metálica. Sacó un libro del maletín que tenía a sus pies.

Lanning extendió la mano y miró el lomo: Química física de los electrolitos en solución.

—Perfecto. Usted lo seleccionó al azar. El texto no fue sugerencia mía. ¿De

acuerdo?

—Sí.

Lanning le pasó el libro al robot EZ-27.

El profesor se sobresaltó.

—¡No! ¡Es un libro valioso!

Lanning enarcó las cejas, que parecían coco en polvo.

—Easy no piensa romper el libro en una demostración de fuerza, se lo aseguro. Puede manejar un libro con tanto cuidado como usted o como yo. Adelante, Easy.

—Gracias —dijo Easy. Y volviendo ligeramente su corpachón de metal añadió—: Con su permiso, profesor Goodfellow.

El profesor lo miró anonadado.

—Sí... Sí, claro.

Moviendo con lentitud y firmeza los dedos de metal, Easy pasaba una página del libro, echaba una ojeada a la página de la izquierda y otra a la de la derecha; pasaba la página, miraba a la izquierda y a la derecha; pasaba otra página, y repitió esa operación minuto tras minuto. Su aire poderoso resultaba imponente aun en esa vasta sala de paredes de cemento, y los dos observadores humanos parecían enclenques por comparación.

—La luz no es muy buena —murmuró Goodfellow.

—Servirá.

—¿Pero qué está haciendo?

—Paciencia, por favor.

Al fin, el robot pasó la última página.

—¿Qué opinas, Easy? —preguntó Lanning.

—Es un libro muy preciso y puedo efectuar pocas observaciones —contestó el robot—. En la línea 22 de la página 27, la palabra «positivo» está escrita p-o-i-s-t-i-v-o. La coma de la línea 6 de la página 32 es superflua, mientras que se debió poner una coma en la línea 13 de la página 54. El signo más de la ecuación XIV-2 de la página 337 debería ser un signo menos para guardar coherencia con las ecuaciones anteriores...

—¡Un momento! —exclamó el profesor—. ¿Qué está haciendo?

—¿Haciendo? —repitió Lanning, con súbita irritación—. ¡Caramba, ya lo ha hecho! Ha leído ese libro como un corrector de pruebas.

—¿Como un corrector de pruebas?

—Sí. En el breve tiempo que le llevó pasar las páginas, ha detectado todos los errores de ortografía, gramática y puntuación. Ha captado las incoherencias y los errores en el orden de las palabras. Y retendrá la información al pie de la letra indefinidamente.

El profesor estaba boquiabierto. Echó a andar, alejándose de Lanning y de Easy, y

regresó. Se cruzó los brazos sobre el pecho y los miró fijamente.

—¿Este robot es un corrector de pruebas? —preguntó.

Lanning asintió.

—Entre otras cosas.

—¿Y por qué me lo muestra usted?

—Para que me ayude a convencer a la universidad de que adquiriera uno.

—¿Para corregir pruebas?

—Entre otras cosas —repitió pacientemente Lanning.

El profesor frunció el rostro con ceñuda incredulidad.

—¡Pero esto es ridículo!

—¿Por qué?

—La universidad nunca podría pagar este corrector de pruebas de media tonelada, que eso es lo que debe de pesar.

—No sólo corrige pruebas. Prepara informes a partir de resúmenes, llena formularios, sirve como archivo de memoria, actualiza ponencias...

—¡Nimiedades!

—No tanto, como le mostraré en seguida. Pero creo que podremos hablar más cómodamente en su despacho, si usted no se opone.

—Claro que no —dijo el profesor mecánicamente, dio un paso como para salir y añadió—: Pero el robot... No podemos llevar al robot. Tendrá que guardarlo de nuevo en la caja.

—Podemos dejarlo aquí.

—¿Sin vigilancia?

—¿Por qué no? Él sabe que debe quedarse. Profesor Goodfellow, tiene usted que comprender que un robot es mucho más fiable que un ser humano.

—Yo sería el responsable de cualquier daño...

—No habrá daños, se lo garantizo. Mire, es tarde. Usted no espera a nadie hasta mañana por la mañana. El camión y mis dos hombres están ahí fuera. La empresa se responsabilizará de cualquier incidente, aunque no va a ocurrir nada. Tómelo como una demostración de la fiabilidad del robot.

El profesor se dejó conducir fuera del sótano. Pero no parecía tenerlas todas consigo una vez en su despacho, cinco pisos más arriba.

Se enjugó las gotas que le perlaban la frente con un pañuelo blanco.

—Como usted sabe muy bien, Lanning, hay leyes contra el uso de robots en la superficie terrestre.

—Las leyes, profesor Goodfellow, no son tan simples. No puede hacerse uso de robots en avenidas públicas ni dentro de edificios públicos. No se pueden usar en terrenos ni edificios privados, excepto con ciertas restricciones que, por lo general, son prohibitivas. La universidad es una institución vasta y de propiedad privada que,

habitualmente, recibe tratamiento preferencial. Si el robot se utiliza sólo en una sala específica y únicamente con propósitos académicos, si se observan ciertas restricciones y si los hombres y las mujeres que entran en esa sala prestan su plena colaboración, nos mantendremos dentro de la ley.

—¿Tantos problemas sólo para corregir pruebas?

—Los usos serían infinitos, profesor. Hasta ahora sólo se ha utilizado mano de obra robótica para aliviar las tareas físicas rutinarias. Pero hay también tareas mentales rutinarias. Si un profesor creativo está obligado a pasarse dos semanas revisando penosamente la ortografía de unos trabajos impresos y yo le ofrezco una máquina que puede hacerlo en treinta minutos, ¿le parece eso una nimiedad?

—Pero el precio...

—El precio no es problema. Usted no puede comprar a EZ-27, pues mi empresa no vende sus productos. Pero la universidad puede alquilar a EZ-27 por mil dólares anuales; mucho menos que lo que cuesta un espectrógrafo de microondas de grabación continua.

Goodfellow se quedó estupefacto, y Lanning aprovechó la oportunidad:

—Sólo le pido que plantee el asunto ante las personas que toman las decisiones. Yo estaría encantado de hablar con ellos si quieren más información.

—Bueno... —aceptó dubitativamente Goodfellow—, puedo mencionarlo en la reunión del senado la próxima semana. Pero no le puedo prometer que sirva de algo.

—Naturalmente —dijo Lanning.

El abogado defensor era bajo y rechoncho y caminaba con cierto aplomo, en una postura que le acentuaba la papada. Miró fijamente al profesor Goodfellow, una vez que le cedieron el turno para interrogar al testigo.

—Usted aceptó sin vacilar, ¿verdad? —dijo.

El profesor se apresuró a responder:

—Supongo que deseaba librarme del profesor Lanning. Habría aceptado cualquier cosa.

—¿Con la intención de olvidarse de ello cuando él se fuera?

—Bien...

—No obstante, usted planteó el asunto ante una reunión de la junta ejecutiva del senado universitario.

—Sí, lo hice.

—Así que siguió la sugerencia del profesor Lanning. No se limitó a aceptar simbólicamente, sino que aceptó con entusiasmo, ¿no es así?

—Simplemente me atuve a los procedimientos habituales.

—En realidad, el robot no le atemorizaba tanto como afirma ahora. Usted conoce las tres leyes de la robótica y las conocía en el momento de su entrevista con el profesor Lanning.

—Sí.

—Y estaba dispuesto a dejar a un robot suelto y sin custodia.

—El profesor Lanning me aseguró...

—Usted nunca habría aceptado la palabra del profesor si hubiera abrigado el menor temor de que el robot fuese peligroso.

—Tenía fe en la palabra...

—Eso es todo —le interrumpió bruscamente el defensor.

Cuando el agitado profesor Goodfellow, bastante aturdido, se retiró del estrado, el juez Shane se inclinó hacia delante y dijo:

—Como no soy experto en robótica, me gustaría saber con exactitud cuáles son las tres leyes de la robótica. ¿Tendría el profesor Lanning la amabilidad de citarlas?

Lanning se sorprendió. Estaba hablando en voz baja con la mujer canosa que tenía al lado. Se puso de pie y la mujer irguió un rostro inexpresivo.

—Muy bien, señoría. —Lanning hizo una pausa como para iniciar un discurso y manifestó, con exagerada claridad—: Primera Ley: un robot no debe dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño. Segunda Ley: un robot debe obedecer las órdenes impartidas por los seres humanos, excepto cuando dichas órdenes estén reñidas con la Primera Ley. Tercera Ley: un robot debe proteger su propia existencia, mientras dicha protección no esté reñida ni con la Primera ni con la Segunda Ley.

—Entiendo —aprobó el juez, tomando notas con rapidez—. Estas leyes están incorporadas a todos los robots, ¿verdad?

—A cada uno de ellos. Cualquier robotista puede atestiguarlo.

—¿Y en el robot EZ-27, específicamente?

—Sí, señoría.

—Tal vez deba repetir estas declaraciones bajo juramento.

—Estoy dispuesto a hacerlo, señoría.

Se sentó de nuevo.

Susan Calvin, robopsicóloga jefa de Robots y Hombres Mecánicos, la mujer canosa sentada junto a Lanning, miró a su superior con severidad (miraba a todos los seres humanos con severidad).

—¿El testimonio de Goodfellow fue exacto, Alfred?

—En lo esencial sí —murmuró Lanning—. Él no estaba tan intimidado por el robot y estuvo muy dispuesto a hablar de negocios en cuanto oyó el precio. Pero no hay alteraciones graves.

—Hubiera sido conveniente poner un precio superior a mil dólares —comentó pensativa la doctora.

—Estábamos deseando colocar a Easy.

—Lo sé. Demasiada ansiedad, tal vez. Tratarán de insinuar que teníamos algún



otro motivo.

—Lo teníamos —gruñó Lanning—. Lo admití en la reunión del senado universitario.

—Pueden insinuar que teníamos otro además del que admitimos.

Scott Robertson, hijo del fundador de la empresa y propietario de la mayor parte de las acciones, se inclinó por el otro lado de la doctora Calvin y susurró:

—¿Por qué no hace que hable Easy, para que sepamos dónde estamos?

—Usted sabe que él no puede hablar de ello, señor Robertson.

—Es usted la psicóloga, doctora Calvin. Hágale hablar.

—Si yo soy la psicóloga, señor Robertson —replicó fríamente Susan Calvin—, deje que sea yo quien tome las decisiones. Mi robot no será obligado a hacer nada al precio de su bienestar.

Robertson frunció el ceño, dispuesto a replicar a su vez, pero el juez Shane dio unos golpecitos con el mazo cortésmente y todos guardaron silencio de mala gana.

Francís J. Hart, jefe del Departamento de Inglés y decano de Estudios de Posgrado, se hallaba en el estrado. Era un hombre regordete, meticulosamente vestido con ropa oscura y de corte conservador. Varios mechones de cabello le atravesaban la rosada coronilla. Estaba sentado con las manos entrelazadas sobre las piernas y, cada poco tiempo, sonreía apretando los labios.

—Mi primera participación en el asunto del robot EZ-27 —declaró— fue con motivo de la sesión del comité ejecutivo del senado de la universidad, donde el profesor Goodfellow presentó el tema. Luego, el 10 de abril del año pasado, celebramos una reunión especial para tratar el asunto, y yo la presidí.

—¿Se tomó acta de la reunión del comité ejecutivo, o de esa reunión especial?

—No. Fue una reunión bastante excepcional. —El decano sonrió—. Consideramos que convenía mantener una cierta reserva.

—¿Qué sucedió en esa reunión?

El decano Hart no se sentía a gusto como presidente de esa reunión. Tampoco los demás miembros parecían demasiado tranquilos. Sólo el profesor Lanning parecía en paz consigo mismo. Con su figura alta y esbelta y su melena de cabello blanco, evocaba un retrato de Andrew Jackson.

En el centro de la mesa había muestras del trabajo del robot, y el profesor Minott de química física tenía en sus manos la reproducción de un gráfico dibujado por el robot. El químico fruncía los labios en un gesto de aprobación.

Hart se aclaró la garganta y dijo:

—Parece indudable que el robot puede realizar ciertas tareas de rutina con adecuada competencia. Por ejemplo, he revisado esto antes de entrar y hay poquísimos reparos que poner.

Cogió una larga hoja impresa, el triple de larga que una página común de un libro.

Era una hoja de unas galeradas, destinadas a ser corregidas por los autores antes de que el texto se compaginara. A lo largo de los dos anchos márgenes de la hoja había marcas, claras y perfectamente legibles. Algunas palabras aparecían tachadas y estaban reemplazadas en el margen por caracteres tan pulcros y regulares que parecían letra de imprenta. Unas correcciones estaban en azul, para indicar que el error original era del autor; otras, en rojo, indicativas de que se trataba de un error de impresión.

—En realidad —intervino Lanning—, yo diría que hay poquísimos reparos. Diría que no hay ninguno, profesor Hart. Estoy seguro de que las correcciones son perfectas, en la medida en que lo era el manuscrito original. Si el manuscrito con el cual se cotejaron estas galeradas contenía inexactitudes, al margen de los problemas idiomáticos, el robot no es competente para corregirlas.

—Lo aceptamos. De todas formas, en ocasiones el robot modificó el orden de las palabras y no creo que las reglas de nuestro idioma sean tan rígidas como para tener la certeza de que la opción del robot fue la correcta en cada caso.

—El cerebro positrónico de Easy —replicó Lanning, mostrando sus grandes dientes en una sonrisa— se modeló según el contenido de todas las obras autorizadas sobre el tema. Estoy seguro de que no puede usted señalar un solo caso donde la elección del robot fuera claramente incorrecta.

El profesor Minott apartó los ojos del gráfico que seguía teniendo en la mano.

—La pregunta que a mí se me ocurre, profesor Lanning, es por qué necesitamos un robot, con todas las dificultades en relaciones públicas que ello supondría. La ciencia de la automatización ha llegado sin duda al punto en que su empresa podría diseñar una máquina, un ordenador común de un tipo conocido y aceptado por el público, que corrigiera galeradas.

—Claro que podríamos, pero esa máquina requeriría que las galeradas fueran traducidas a símbolos especiales o, al menos, transcritas en cinta. Las correcciones aparecerían en símbolos. Sería preciso emplear gente que tradujera palabras a símbolos y símbolos a palabras. Más aún, ese ordenador no podría realizar ninguna otra tarea. No podría preparar el gráfico que usted tiene en la mano, por ejemplo. —Minott emitió un gruñido—. La característica distintiva del robot positrónico es su adaptabilidad. Puede realizar diversas tareas. Su diseño humanoide lo habilita para utilizar herramientas y máquinas que están destinadas, a fin de cuentas, al uso humano. Habla, y uno puede hablarle. Hasta cierto punto se puede razonar con él. Comparado incluso con un robot sencillo, cualquier ordenador común con un cerebro no positrónico es sólo una pesada máquina de sumar.

—Si todos hablamos y razonamos con el robot —intervino Goodfellow—, ¿qué probabilidades hay de desconcertarlo? Supongo que no tiene capacidad para absorber una cantidad infinita de datos.

—No, no la tiene. Pero dura cinco años con un uso ordinario. Sabrá cuándo necesita una limpieza, y nuestra empresa realizará el trabajo sin cargo.

—¿La empresa?

—Sí. La compañía se reserva el derecho de atender al robot fuera de sus tareas asignadas. Es una de las razones por las cuales conservamos el control de nuestros robots positrónicos y los alquilamos en vez de venderlos. En el cumplimiento de sus funciones ordinarias, cualquier robot puede ser dirigido por cualquier hombre. Fuera de esas funciones, un robot requiere un manejo experto, y nosotros podemos ofrecerlo. Por ejemplo, cualquiera de ustedes puede borrar la mente de un robot EZ hasta cierto punto, diciéndole que olvide tal o cual cosa. Pero seguramente dirán la frase de un modo que le hará olvidar demasiado o demasiado poco. Nosotros detectaríamos esa irregularidad, porque lleva incorporados unos dispositivos de seguridad. De todos modos, como normalmente no es preciso borrar datos ni realizar, otras tareas inútiles, esto no supone ningún problema.

El decano Hart se tocó la cabeza, como para así cerciorarse de que los mechones de su cabello estuvieran distribuidos de modo uniforme.

—Usted está deseando que nos quedemos con esa máquina —dijo—, pero sin duda su empresa pierde dinero con el trato. Mil dólares por año es un precio ridículamente bajo. ¿Acaso así espera alquilar otras máquinas semejantes a otras universidades a un precio más razonable?

—Por supuesto —admitió Lanning.

—Pero aun así la cantidad de máquinas que podría alquilar sería limitada. Dudo que resultara ser un buen negocio.

Lanning apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Lo diré sin rodeos, caballeros. Los robots no se pueden utilizar en la Tierra, excepto en casos especiales, a causa de un prejuicio que existe contra ellos por parte del público. Robots y Hombres Mecánicos es una compañía de gran éxito en los mercados extraterrestres y en las rutas espaciales, por no mencionar nuestras subsidiarias de ordenadores. Sin embargo, no nos interesan sólo los beneficios económicos; mantenemos la firme creencia de que el uso de robots en la Tierra significaría una vida mejor para todos, aunque al principio se produjeran ciertos trastornos de índole económica. Naturalmente, los sindicatos están contra nosotros, pero sin duda podemos esperar cooperación por parte de las grandes universidades. El robot Easy ayudará a eliminar las tareas académicas pesadas y aburridas, adoptando, si se me concede la libertad de expresarlo así, el papel de esclavo en galeras. Otras universidades e instituciones de investigación seguirán el ejemplo y, si da resultado, tal vez podamos colocar otros robots de otros tipos y logremos superar paulatinamente el rechazo del público.

—Hoy la Universidad del Noreste, mañana el mundo —murmuró Minott.

Lanning le susurró irritado a Susan Calvin:

—Ni yo fui tan elocuente ni ellos estaban tan reacios. A mil dólares por año, se morían de ganas de tener a Easy. El profesor Minott me dijo que nunca había visto un trabajo tan bello como ese gráfico y que no había errores en las galeradas ni en ninguna otra parte. Hart lo admitió sin reservas.

Las severas arrugas verticales del rostro de la doctora Calvin no se ablandaron.

—Tendrías que haber pedido más dinero del que podían pagar, Alfred, y dejar que regatearan.

—Tal vez —gruñó Lanning.

El fiscal aún no había terminado con el profesor Hart.

—Cuando se fue el profesor Lanning, ¿se votó sobre la aceptación del robot EZ-27?

—Sí, en efecto.

—¿Con qué resultado?

—En favor de la aceptación, por voto mayoritario.

—¿Qué influyó sobre ese voto, en su opinión?

La defensa protestó de inmediato.

El fiscal replanteó la pregunta:

—¿Qué influyó sobre su voto personal? Creo que usted votó a favor.

—Sí, voté a favor. Lo hice principalmente porque me impresionó la afirmación del profesor Lanning de que era nuestro deber, en cuanto representantes de la dirección intelectual del mundo, permitir que la robótica ayudara al hombre a solucionar sus problemas.

—En otras palabras, el profesor Lanning le convenció.

—Es su trabajo y lo hizo muy bien.

—Su testigo.

El defensor se aproximó al estrado y examinó durante unos largos segundos al profesor Hart. Luego, dijo:

—En realidad, todos ustedes estaban bastante ansiosos de poder utilizar el robot EZ-27, ¿no es así?

—Pensábamos que nos sería útil si era capaz de realizar el trabajo.

—¿Si era capaz de realizar el trabajo? Entiendo que usted examinó las muestras del trabajo del robot EZ-27 con sumo cuidado el día de la reunión que acaba de describir.

—Sí, lo hice. Como la tarea de la máquina se relacionaba principalmente con el manejo del idioma, y dado que ésa es mi principal área de competencia, parecía lógico que fuera yo el escogido para examinar ese trabajo.

—Muy bien. ¿Había en la mesa, en el momento de la reunión, algo que resultara insatisfactorio? Tengo todo el material aquí, como parte de las pruebas; ¿puede usted

señalar algo que fuera insatisfactorio?

—Bueno...

—Es una pregunta sencilla. ¿Había una sola cosa insatisfactoria? Usted lo inspeccionó todo. ¿La había?

El profesor frunció el ceño.

—No.

—También tengo algunas muestras del trabajo realizado por el robot EZ-27 durante sus catorce meses de labor en la universidad; ¿lo examinaría usted y me indicaría si hay algún problema en alguna de ellas?

—Cuando cometía un error, era una belleza.

—¡Responda a mi pregunta —vociferó el defensor— y sólo a la pregunta que le hago! ¿Hay algún error en este material?

El decano Hart lo miró todo con cautela.

—No, ninguno.

—A1 margen de la cuestión que a todos nos ocupa, ¿sabe de algún error por parte de EZ-27?

—Al margen de la cuestión que es objeto de este juicio, no.

El defensor carraspeó, como para indicar un punto y aparte.

—Ahora bien, en cuanto al voto concerniente a la aceptación del robot EZ-27, usted dijo que había una mayoría a favor. ¿Cuál fue el resultado exacto?

—Trece contra uno, si mal no recuerdo.

—¡Trece contra uno! Algo más que una mayoría, ¿no le parece? —¡No, señor! — el decano Hart no pudo contener su pedantería—. La palabra «mayoría» significa «más de la mitad». Trece sobre catorce es una mayoría, nada más.

—Pero una mayoría casi unánime.

—¡Una mayoría como cualquier otra!

El defensor cambió de enfoque:

—¿Y quién fue el único que se opuso?

El decano Hart parecía encontrarse muy incómodo.

—El profesor Simon Ninheimer.

El defensor fingió sorpresa.

—¿El profesor Ninheimer? ¿El jefe del Departamento de Sociología? —Sí, señor.

—¿El querellante?

—Sí, señor.

El defensor frunció los labios.

—En otras palabras, resulta que el hombre que entabla un pleito de 750.000 dólares por daños y perjuicios contra mi cliente, Robots y Hombres Mecánicos S. A., fue el hombre que se opuso desde el principio al uso del robot, aunque todos los demás integrantes del comité ejecutivo del senado universitario estaban convencidos

de que era una buena idea.

—Votó contra la moción, como era su derecho.

—En su descripción de la reunión usted no ha citado ninguna observación del profesor Ninheimer; ¿hizo alguna?

—Creo que hablé.

—¿Cree?

—Bueno, sí que hablé.

—¿Contra el uso del robot?

—Sí.

—¿Se expresó con violencia?

El decano Hart hizo una pausa antes de contestar:

—Se expresó con vehemencia.

El defensor adoptó un tono confidencial.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce al profesor Ninheimer, decano Hart?

—Unos doce años.

—¿Es suficiente?

—Yo diría que sí.

—Conociéndolo, pues, ¿diría usted que es la clase de hombre que seguiría guardándole rencor a un robot, máxime cuando un voto adverso...?

El fiscal ahogó el resto de la pregunta con una indignada y ferviente protesta. La defensa dio por terminado su interrogatorio y el juez Shane propuso un receso para almorzar.

Robertson trituraba furioso su sándwich. La empresa no se iría a pique por una pérdida de 750.000 dólares, aunque perderlos tampoco sería beneficioso. Por otra parte, sabía que habría consecuencias mucho más perjudiciales en cuanto a las relaciones públicas.

—¿A qué viene tanta palabrería sobre cómo entró Easy en la universidad? —masculló—. ¿Qué esperan ganar?

—Una acción judicial es como una partida de ajedrez, señor Robertson —le explicó el abogado defensor—. Suele ganar quien prevé más jugadas, y mi amigo el fiscal no es un principiante. Puede ser que parezcan dañados, pero eso no es ningún problema. Su objetivo principal es adelantarse a nuestra defensa. Deben contar con que nosotros procuraremos demostrar que Easy no pudo ser culpable, dadas las leyes de la robótica.

—De acuerdo —aceptó Robertson—. Ésa es nuestra defensa. Y es absolutamente hermética.

—Lo es para un ingeniero en robótica, no necesariamente para un juez. Se están parapetando en una posición desde la cual pueden demostrar que EZ-27 no era un robot común. Era el primero de su tipo que se presentaba en público, un modelo

experimental que necesitaba ser puesto a prueba; y la universidad era el único modo aceptable de ofrecer esa prueba. Eso parecería verosímil, dados los insistentes intentos del profesor Lanning para colocar el robot y la voluntad de la compañía de alquilarlo por tan poco dinero. Luego, la fiscalía argumentará que las pruebas han demostrado que Easy fue un fracaso. ¿Ahora comprende el propósito de todo lo expuesto?

—Pero EZ-27 era un modelo perfecto —argumentó Robertson—. Era el número veintisiete de la producción.

—Lo cual es desfavorable —apuntó sombríamente el abogado—. ¿Qué tenía de malo el veintiséis? Algo, evidentemente. ¿Por qué no podía haber defectos en el veintisiete también?

—No había nada malo en el veintiséis, excepto que no era lo suficientemente complejo para la tarea. Fueron los primeros cerebros positrónicos de su clase que se construyeron y procedíamos más bien al azar. ¡Pero las tres leyes eran válidas en todos ellos! Ningún robot es tan imperfecto como para que las tres leyes no sean válidas.

—El profesor Lanning me lo ha explicado, señor Robertson, y estoy dispuesto a creerle. Pero tal vez el juez no esté tan dispuesto. Dependemos de la decisión de un hombre honesto e inteligente que no sabe nada de robótica y, por lo tanto, es susceptible de ser persuadido. Por ejemplo, si usted, el profesor Lanning o la doctora Calvin comparecieran en el estrado y dijeran que los cerebros positrónicos se construyen «al azar», como acaba de decir usted, el fiscal les haría trizas en el interrogatorio. Estaríamos perdidos. Así que conviene evitar esa expresión.

—Si Easy pudiera hablar... —gruñó Robertson.

El abogado se encogió de hombros.

—Un robot no es válido como testigo, así que no serviría de nada.

—Al menos, conoceríamos los hechos. Sabríamos cómo llegó a hacer semejante cosa.

Susan Calvin se enfureció. En sus mejillas apareció un apagado tono rojo y su voz sonó con vestigios de calor humano:

—Sabemos cómo llegó a hacerlo. ¡Se lo ordenaron! Se lo he explicado a nuestros abogados y se lo explicaré a usted ahora.

—¿Quién se lo ordenó? —preguntó Robertson, francamente perplejo, y pensando con resentimiento que nadie le contaba nunca nada y que esa gente de investigación ¡se consideraban los dueños de la compañía, por amor de Dios!

—El querellante —respondió la doctora.

—¡Santo cielo! ¿Por qué?

—Aún no sé por qué. Tal vez sólo para demandarnos, para ganar un poco de dinero —contestó la doctora, con un destello tristón en los ojos.

—¿Y por qué Easy no lo dice?

—¿No es obvio? Le han ordenado que se calle.

—¿Por qué habría de ser obvio? —preguntó Robertson de mal humor.

—Bien, es obvio para mí. La psicología robótica es mi profesión. Aunque Easy no responde a las preguntas directas sobre el asunto, pero sí a las colaterales. Midiendo la vacilación creciente de sus respuestas a medida que nos aproximamos a la pregunta central, midiendo la zona de vacío y la intensidad de los contrapotenciales configurados, es posible afirmar con precisión científica que sus problemas son resultado de la orden de no hablar, cuya fuerza se basa en la Primera Ley. En otras palabras, le han dicho que si habla causará daño a un ser humano; supuestamente, al abominable profesor Ninheimer, el querellante, quien para el robot parecerá un ser humano.

—Muy bien —dijo Robertson—, ¿y no puede usted explicarle que si no habla causará daño a toda la compañía?

—La compañía no es un ser humano y la Primera Ley de la robótica no reconoce a una empresa como una persona, al igual que ocurre con las leyes comunes. Además, sería peligroso tratar de cancelar esa inhibición. La persona que la instaló podría anularla de una forma menos peligrosa, porque las motivaciones del robot en ese aspecto se centran en esa persona. Cualquier otro sistema... —Sacudió la cabeza, casi con apasionamiento—. ¡No permitiré que le hagan daño al robot!

Lanning intervino, con el aire de quien introduce cordura en un problema.

—Me parece que sólo tenemos que demostrar que un robot es incapaz del acto del cual se acusa a Easy. Nosotros podemos lograrlo.

—Exacto —se apresuró a decir el defensor, irritado—. Sólo ustedes pueden lograrlo. Los únicos testigos capaces de dar cuenta de la condición en que se encuentra Easy y de la naturaleza del estado mental de Easy son empleados de Robots y Hombres Mecánicos. El juez no puede aceptar ese testimonio como imparcial.

—¿Cómo puede negar el testimonio de los expertos?

—Negándose a dejarse convencer. Está en su derecho como juez. Ante la posibilidad de que un hombre como el profesor Ninheimer se haya propuesto arruinar su propia reputación, aun por una suma suculenta, el juez no aceptaría los tecnicismos de sus ingenieros. A fin de cuentas, el juez es un hombre. Si tiene que escoger entre un hombre que hace algo imposible y un robot que hace algo imposible, decidirá a favor del hombre.

—Un hombre sí puede hacer algo imposible —arguyó Lanning—, porque desconocemos todas las complejidades de la mente humana y no sabemos qué es imposible en una determinada mente humana. Pero sí sabemos qué es imposible para un robot.



—Bien, veremos si podemos convencer de eso al juez —masculló el abogado.

—¡Si eso es todo lo que se le ocurre decir, no veo cómo va a conseguirlo! —vociferó Robertson.

—Ya lo veremos. Es bueno tener presentes las dificultades, pero no nos dejemos abatir. Yo también he tratado de adelantarme a algunas jugadas en nuestra partida de ajedrez. —Y añadió, señalando a la robopsicóloga con un solemne movimiento de cabeza—: Con ayuda de esta señora.

Lanning los miró a ambos y preguntó:

—¿De qué se trata?

Pero el ujier asomó la cabeza y anunció con voz ronca que el juicio iba a continuar.

Se sentaron y examinaron al hombre que había iniciado el problema.

Simon Ninheimer tenía el cabello rubio rojizo y esponjoso, y un rostro delgado y que se estrechaba en una nariz picuda y una barbilla puntiaguda. Su costumbre de titubear ante las palabras decisivas le daba el aire de un amante de la precisión absoluta. Cuando decía que «el sol sale por el..., mmm..., oriente», uno tenía la certeza de que había reflexionado seriamente sobre la posibilidad de que pudiera salir por occidente.

—¿Se opuso usted al empleo del robot EZ-27 en la universidad? —le preguntó el fiscal.

—En efecto.

—¿Por qué?

—Pensé que no comprendíamos del todo los..., mmm..., motivos de la compañía. Yo recelaba de esa urgencia para entregarnos el robot.

—¿Creía usted que era capaz de realizar las tareas para las cuales estaba diseñado?

—Sé con certeza que no lo era.

—¿Expondría usted sus razones?

Hacía ocho años que Simon Ninheimer trabajaba en un libro titulado Tensiones sociales en el viaje espacial y su resolución. El afán de precisión de Ninheimer no se limitaba sólo a sus hábitos en la conversación, y en una disciplina como la sociología, casi imprecisa por definición, eso lo dejaba sin aliento.

No tenía la sensación de haber completado su trabajo ni siquiera cuando lo vio ya en las galeradas. Todo lo contrario. Al mirar aquellas largas tiras de papel impreso, lo único que deseaba era disponer de otro modo las líneas.

Jim Baker, instructor e inminente profesor auxiliar de sociología, se encontró a Ninheimer, tres días después de que el impresor le enviara la primera tanda de galeradas, enfrascado en los papeles. Las galeradas llegaron en tres copias: una para Ninheimer, otra para Baker y una tercera, designada «original», que recibiría las

correcciones finales, una combinación de las de Ninheimer y de las de Baker, tras una reunión en la que se zanjaban conflictos y desacuerdos. Así habían actuado en los diversos trabajos en que habían colaborado en los últimos tres años, y funcionaba bien.

El joven Baker tenía su copia en la mano.

—He revisado el primer capítulo y contiene algunos errores tipográficos —dijo con su voz meliflua.

—El primer capítulo siempre los tiene —replicó Ninheimer con aire distante.

—¿Quiere que los miremos ahora?

Ninheimer fijó sus graves ojos en Baker.

—No he hecho nada con las galeradas, Jim. Creo que no voy a tomarme esa molestia.

—¿Que no va a tomarse esa molestia? —preguntó Baker, confundido.

Ninheimer frunció los labios.

—He preguntado cuánto... mmm..., trabajo tiene la máquina. A fin de cuentas, se lo..., mmm..., designó como corrector de pruebas. Han fijado un calendario.

—¿La máquina? ¿Se refiere a Easy?

—Creo que ése es el estúpido nombre que le han puesto.

—Pero, profesor Ninheimer, creí que usted prefería mantenerse alejado de él.

—Al parecer soy el único. Pero quizá debiera sacar partido de esa..., mmm..., ventaja.

—Oh, vaya, parece ser que he estado perdiendo el tiempo con este primer capítulo —se lamentó el joven, con voz plañidera.

—No lo has perdido. Podemos comparar el resultado de la máquina con el tuyo, como verificación.

—Si usted quiere, pero...

—¿Sí?

—Dudo que encontremos problemas en el trabajo de Easy. Se supone que jamás ha cometido un error.

—Conque no, ¿eh? —dijo secamente Ninheimer.

Cuatro días después, Baker llevó de nuevo el primer capítulo. Esa vez era la copia de Ninheimer, recién salida del pabellón que se había construido para albergar a Easy y su equipo.

Baker estaba eufórico.

—¡Doctor Ninheimer, no sólo ha detectado los mismos errores que yo, sino varias erratas que se me habían pasado por alto! ¡Y lo hizo en doce minutos!

Ninheimer miró el fajo, con las marcas y los símbolos pulcramente anotados en los márgenes.

—No es tan completo como lo habríamos hecho tú y yo. Tendríamos que haber

metido una inserción sobre el trabajo de Suzuki acerca de los efectos neurológicos de la baja gravedad.

—¿Se refiere al artículo publicado en Reseñas Sociológicas?

—Desde luego.

—Bien, no se puede esperar lo imposible. Easy no podría leerse la bibliografía en nuestro lugar.

—Me doy cuenta. De hecho, he preparado la inserción. Veré a la máquina y comprobaré si sabe..., mmm..., manejar inserciones.

—Sabrá hacerlo.

—Prefiero asegurarme.

Ninheimer tuvo que concertar una cita para ver a Easy, y sólo pudo conseguir quince minutos al atardecer.

Pero los quince minutos resultaron ser tiempo de sobra. El robot EZ-27 comprendió de inmediato cómo insertar textos.

Ninheimer se sintió incómodo al hallarse por primera vez tan cerca del robot. Casi automáticamente, como si Easy fuera humano, se sorprendió preguntándole:

—¿Eres feliz con tu trabajo?

—Muy feliz, profesor Ninheimer —respondió Easy solemnemente, y las fotocélulas que eran sus ojos relucieron con su habitual resplandor rojo.

—¿Me conoces?

—Dado que usted me presenta material adicional para incluirlo en las galeradas, deduzco que usted es el autor. El nombre del autor, por supuesto, figura en el encabezamiento de cada página de las pruebas.

—Entiendo. Así que haces..., mmm..., deducciones. Dime... —añadió el profesor, sin poder evitar la pregunta—: ¿qué piensas hasta ahora del libro?

—Me resulta grato trabajar con él.

—¿Grato? Es una palabra extraña en un..., mmm..., mecanismo sin emociones. Me han dicho que no tienes emociones.

—Las palabras del libro armonizan con mis circuitos —explicó Easy—. No inspiran contraposibilidades. Mis sendas cerebrales traducen este dato mecánico en una palabra como «grato». El contexto emocional es fortuito.

—Entiendo. ¿Por qué el libro te parece grato?

—Trata sobre seres humanos, profesor, y no sobre materia inorgánica ni símbolos matemáticos. El libro intenta entender a los seres humanos y contribuir al aumento de la felicidad humana.

—¿Y eso es lo que intentas hacer tú y por eso el libro armoniza con tus circuitos? ¿Es así?

—Así es, profesor.

Los quince minutos terminaron. Ninheimer salió y se marchó a la biblioteca de la

universidad, que estaba a punto de cerrar. La obligó a permanecer abierta el tiempo suficiente para hallar un texto elemental sobre robótica. Se lo llevó a casa.

Excepto por las ocasionales inserciones de material adicional, las galeradas iban a Easy y de Easy a los editores, con escasa intervención de Ninheimer al principio y ninguna después.

—Me hace sentir inútil —se quejó Baker, con cierta turbación.

—Lo que deberías sentir es que tienes tiempo para iniciar un nuevo proyecto —masculló Ninheimer, sin apartar la vista de las notas que estaba haciendo en el último número de Extractos de Ciencias Sociales.

—No estoy habituado. Me siguen preocupando las galeradas, aunque sé que es una tontería.

—Lo es.

—El otro día tomé un par de hojas antes de que Easy las enviara a...

—¿Qué? —Ninheimer irguió un rostro iracundo. Cerró con violencia la revista—. ¿Molestaste a la máquina mientras trabajaba?

—Sólo un minuto. Todo estaba bien. Ah, modificó una palabra. Usted definía algo como «criminal», y él cambió la palabra por «cruento». Pensó que el segundo adjetivo concordaba mejor con el contexto.

—¿Qué pensaste tú? —preguntó Ninheimer, reflexivamente.

—Estuve de acuerdo. Aprobé la corrección.

Ninheimer hizo girar la silla y se enfrentó a su joven adjunto.

—Oye, preferiría que no volvieras a hacerlo. Si he de usar la máquina, quiero..., mmm..., aprovecharla plenamente. Si he de usarla, pero pierdo tus..., mmm..., servicios porque resulta que la supervisas, cuando la idea es precisamente que no requiere supervisión, no gano nada, ¿entiendes?

—Sí, profesor Ninheimer —dijo sumisamente Baker.

Los ejemplares de prueba de Tensiones sociales llegaron al despacho del profesor Ninheimer el 8 de mayo. Les echó una ojeada, pasó las páginas y leyó uno que otro párrafo. Luego, los guardó.

Como explicó posteriormente, se olvidó de ellos. Durante ocho años había trabajado en eso, pero hacía meses que otros intereses cautivaban su atención, mientras Easy le quitaba ese peso de encima. Ni siquiera se acordó de donar el ejemplar de rigor a la biblioteca de la universidad.

Tampoco Baker, que estaba enfrascado en su trabajo y se había distanciado del jefe de departamento desde que tuvo que soportar aquella reprimenda en su último encuentro, recibió un ejemplar.

El 16 de junio, esa etapa terminó. Ninheimer recibió una llamada videotelefónica y miró sorprendido a la imagen de la pantalla.

—¡Speidell! ¿Estás en la ciudad?

—No, en Cleveland —contestó Speidell, temblándole la voz.

—¿Y por qué me llamas?

—¡Porque he estado ojeando tu nuevo libro! Ninheimer, ¿estás loco? ¿Has perdido el juicio?

Ninheimer se puso tenso.

—¿Hay algún..., mmm..., problema? =preguntó alarmado.

—¿Un problema? Te remito a la página 562. ¿Qué demonios te propones al interpretar mi trabajo de ese modo? ¿En qué parte del artículo que citas yo sostengo que la personalidad delictiva no existe y que los organismos que hacen cumplir las leyes son los verdaderos delincuentes? Mira, déjame citar...

—¡Espera, espera! —exclamó Ninheimer, tratando de hallar la página—. Veamos. Veamos... ¡Santo Díos!

—¿Y bien?

—Speidell, no entiendo cómo ha ocurrido esto. Yo no lo escribí.

—¡Pero es lo que está impreso! Y esa tergiversación no es la peor. Mira en la página 690 e imagínate lo que hará Ipatiev cuando vea el embrollo que has armado con sus descubrimientos. Oye, Ninheimer, este libro está plagado de errores de ese tipo. No sé en qué estabas pensando, pero la única opción que te queda es retirar el libro del mercado. ¡Y será mejor que te prepares para presentar muchas disculpas en la próxima reunión de la Asociación!

—Speidell, escucha...

Pero Speidell cortó la comunicación con tal brusquedad que durante quince segundos parpadearon sombras en la pantalla.

Ninheimer, entonces, se enfrascó en el libro y empezó a marcar pasajes con tinta roja.

Se las apañó para contener la furia cuando se entrevistó de nuevo con Easy, pero tenía los labios pálidos. Le pasó el libro a Easy y dijo:

—¿Quieres leer los pasajes marcados en las páginas 562, 631, 664 y 690?

Easy los leyó en cuatro ojeadas.

—Sí, profesor Ninheimer.

—Esto no es lo que ponía en las galeradas originales.

—No, profesor.

—¿Tú hiciste estas modificaciones?

—Sí, profesor.

—¿Por qué?

—Profesor, los pasajes de su versión eran muy lesivos para ciertos grupos de seres humanos. Me pareció aconsejable cambiar las palabras para evitar causarles daño.

—¿Cómo te atreviste a semejante cosa?

—La Primera Ley, profesor, no me permite que, mediante la inacción, consienta que se cause daño a seres humanos. Dada su reputación en el mundo de la sociología y la amplia circulación de que gozaría su libro entre los especialistas, varios seres humanos que usted menciona sufrirían un daño considerable.

—¿Y no comprendes el daño que sufriré yo ahora?

—Era preciso escoger la alternativa menos dañina.

El profesor Ninheimer se marchó temblando de furia. Era evidente que Robots y Hombres Mecánicos tendría que pagar por aquello.

En la mesa de los acusados reinaba una excitación que se intensificó cuando el fiscal remató su argumento:

—Entonces, ¿el robot EZ-27 le informó de que la razón de lo que había hecho se basaba en la Primera Ley de la robótica?

—Correcto.

—¿Y que, por lo tanto, no tenía otra opción?

—En efecto.

—De lo que se deduce, pues, que Robots y Hombres Mecánicos diseñó un robot que estaría obligado a reescribir los libros de acuerdo con sus propias concepciones de lo que era correcto, y, sin embargo, lo vendió como un simple corrector de pruebas. ¿Usted diría eso?

La defensa protestó de inmediato, señalando que se pedía al testigo que decidiera sobre una cuestión sobre la cual no tenía competencia. El juez amonestó a la fiscalía en los términos habituales, pero no quedó duda de que la declaración había surtido efecto, incluso en el abogado defensor. La defensa pidió un breve receso antes de iniciar el interrogatorio, usando un tecnicismo legal que le valió cinco minutos.

El abogado consultó con Susan Calvin.

—¿Es posible, doctora Calvin, que el profesor Ninheimer esté diciendo la verdad y que Easy actuara motivado por la Primera Ley?

Calvin apretó los labios y respondió:

—No, no es posible. La última parte del testimonio de Ninheimer es deliberadamente falsa. Easy no está diseñado para juzgar en el nivel de abstracción representado por un texto avanzado de sociología. No podría afirmar nunca que ciertos grupos de humanos se verían dañados por una frase de un libro semejante. Su mente no está construida para eso.

—Pero supongo que no podemos demostrárselo a un lego —comentó el abogado, con tono pesimista.

—No —admitió Calvin—. La prueba sería extremadamente compleja. Nuestra salida sigue siendo la misma. Hemos de probar que Ninheimer miente, y nada de lo que ha dicho debe cambiar nuestro plan de ataque.

—Muy bien, doctora Calvin. Tendré que aceptar su palabra. Continuaremos según

lo planeado.

En la sala del juicio, la maza del juez se elevó y bajó, y el profesor Ninheimer se sentó nuevamente en el estrado. Sonreía ligeramente, como si supiese que su posición era inexpugnable y estuviera disfrutando de la posibilidad de repeler un ataque infructuoso.

El abogado defensor se le acercó cauteloso y comenzó a hablar con voz suave:

—Profesor Ninheimer, ¿afirma usted que ignoraba por completo esos presuntos cambios en el manuscrito hasta que el profesor Speidell habló con usted el 16 de junio?

—Así es.

—¿Nunca vio las galeradas después de que el robot EZ-27 corrigiera las pruebas?

—Al principio sí, pero me pareció una tarea inútil. Me fié de las afirmaciones de la compañía. Esas absurdas..., mmm..., modificaciones se efectuaron sólo en la última parte del libro, una vez que el robot, supongo, hubo aprendido bastante sobre sociología...

—¡Olvidemos las suposiciones! Tengo entendido que su colega, el profesor Baker, vio las últimas pruebas por lo menos en una ocasión. ¿Recuerda que usted dio testimonio de ello?

—Sí. Como ya declaré, me contó que había visto una página, y hasta en esa página el robot había alterado una palabra.

—¿No le resulta extraño, profesor, que después de un año de implacable hostilidad hacia el robot, después de haber votado contra él y de haberse negado a usarlo, decidiera usted de pronto poner su libro, su magnum opus, en sus manos?

—No me resulta extraño. Decidí que era conveniente usar la máquina.

—¿Y de repente confió tanto en el robot EZT27 que ni siquiera se molestó en revisar las galeradas?

—Ya le he dicho que me..., mmm..., convenció la propaganda de Robots y Hombres Mecánicos.

—¿Tanto se convenció que, cuando su colega, el profesor Baker, intentó revisar la tarea del robot, usted le reprendió severamente?

—No le reprendí. Simplemente no deseaba que él..., mmm..., perdiera el tiempo. Al menos, entonces me pareció una pérdida de tiempo. No vi que fuera significativa la modificación de esa palabra en el...

—No tengo dudas de que le han aconsejado que mencione este punto, para que la modificación conste en acta —ironizó el abogado, pero cambió de rumbo para impedir una protesta—. Lo cierto es que usted estaba muy enfadado con el profesor Baker.

—No, señor. No estaba enfadado.

—Pues no le dio un ejemplar del libro cuando lo recibió.

—Por mera distracción. Tampoco entregué un ejemplar a la biblioteca — Ninheimer sonrió cautelosamente—. Los profesores son famosos por su despiste.

—¿No le resulta extraño que, al cabo de más de un año de trabajo perfecto, el robot EZ-27 se equivocara precisamente en su libro, en un libro escrito por la persona más implacablemente hostil hacia el robot?

—Mi libro fue la única obra voluminosa que tuvo que corregir en la que se hablaba sobre la humanidad. Las tres leyes de la robótica cobraron validez.

—Profesor Ninheimer, varias veces usted se ha expresado como un experto en robótica. Al parecer, se tomó usted un repentino interés en la robótica y sacó libros sobre el tema de la biblioteca. Dio testimonio de ello, ¿verdad?

—Sólo un libro. Fue resultado de lo que considero..., mmm..., curiosidad natural.

—¿Y eso le permite explicar por qué el robot, como usted alega, tergiversó el libro?

—Así es.

—Muy oportuno. Pero ¿está seguro de que su interés por la robótica no estaba destinado a permitirle manipular al robot con otros propósitos?

Ninheimer se sonrojó.

—¡Por supuesto que no!

El defensor elevó la voz:

—Más aún, ¿está seguro de que los pasajes presuntamente alterados no se encontraban tal como usted los escribió originalmente?

El sociólogo se irguió en el asiento.

—¡Eso es..., mmm..., ridículo! Tengo las galeradas...

Le costaba hablar y el fiscal se levantó para intervenir:

—Con su permiso, señoría, me propongo presentar como prueba el juego de galeradas que le entregó el profesor Ninheimer al robot EZ-27 y el juego de galeradas que envió el robot EZ-27 a los editores. Lo haré si mi estimado colega así lo desea, y estoy dispuesto a que se conceda un receso con el objeto de que ambos juegos de galeradas puedan compararse.

El defensor agitó la mano con impaciencia.

—No es necesario. Mi honorable oponente puede presentar esas galeradas cuando le plazca. Estoy seguro de que mostrarán las discrepancias que alega el querellante. Pero me gustaría que el testigo nos dijera si también está en posesión de las galeradas del profesor Baker.

Ninheimer frunció el ceño. Aún no las tenía todas consigo.

—¿Las galeradas del profesor Baker?

—¡Sí, profesor! Las galeradas del profesor Baker. Usted ha declarado que el profesor Baker recibió otra copia de las galeradas. Le pediré al escribiente que lea su



testimonio sí es que de pronto padece usted una amnesia selectiva. ¿O será simplemente que los profesores, como usted dice, son famosos por su despiste?

—Recuerdo las galeradas del profesor Baker —dijo Ninheimer—.

No eran necesarias una vez que el trabajo quedó a cargo de la máquina...

—¿Así que las quemó?

—No. Las tiré a la papelera.

—Quemarlas, tirarlas..., ¿qué más da? Lo cierto es que se desembarazó de ellas.

—No hay nada malo... —comenzó débilmente Ninheimer.

—¿Nada malo? —vociferó el defensor—. Nada malo, excepto que ahora no hay modo de comprobar si, en ciertas hojas cruciales, pudo usted haber reemplazado una inofensiva página de la copia del profesor Baker por una página de su propia copia, la cual usted alteró deliberadamente para obligar al robot a...

El fiscal presentó una enérgica protesta. El juez Shane se inclinó hacia delante, procurando adoptar un semblante colérico que expresara la intensidad de sus emociones.

—¿Tiene usted pruebas, abogado, de la notable afirmación que acaba de hacer? —preguntó.

—Ninguna prueba directa, señoría —respondió serenamente el defensor—. Pero quisiera señalar que la repentina conversión del querellante al abandono del antirrobotismo, el repentino interés en la robótica, la negativa a revisar las galeradas o a permitir que otra persona las revisara, su modo de evitar que nadie viera el libro inmediatamente después de la publicación; todo ello apunta claramente...

—Abogado —interrumpió el juez con impaciencia—, éste no es sitio para deducciones esotéricas. El querellante no está sometido a juicio. Tampoco es usted su fiscal. Prohibo este tipo de ataques, y sólo puedo señalar que la desesperación que le indujo a ello únicamente contribuirá a perjudicar su posición. Si tiene preguntas legítimas, abogado, continúe con el interrogatorio. Pero le advierto que no vuelva a usar tales procedimientos en esta sala.

—No tengo más preguntas, señoría.

Robertson le susurró acaloradamente cuando el abogado defensor regresó a su mesa:

—¿Por qué hizo eso, por amor de Dios? Ahora el juez está totalmente en contra de usted.

—Pero Ninheimer está temblando —replicó con calma el abogado—. Y lo hemos preparado para la maniobra de mañana. Estará maduro.

Susan Calvin asintió gravemente.

El resto de la exposición de la fiscalía fue débil en comparación. Compareció el profesor Baker y corroboró la mayor parte del testimonio de Ninheimer. Comparecieron los profesores Speidell e Ipatiev y comentaron en tono conmovedor

su consternación ante ciertos pasajes del libro del profesor Ninheimer. Ambos dieron su opinión profesional respecto de que la reputación del profesor Ninheimer había sufrido un grave revés.

Se presentaron las galeradas como prueba, así como algunos ejemplares del libro concluido.

La defensa no hizo más preguntas ese día. La fiscalía concluyó con sus alegatos y se declaró un receso hasta la mañana siguiente.

El defensor realizó su primera maniobra cuando el juicio se reanudó el segundo día. Pidió que el robot EZ-27 fuera admitido como espectador.

El fiscal protestó de inmediato, y el juez Shane llamó a ambos al estrado.

—Esto es obviamente ¡licito —alegó el fiscal—. Un robot no puede estar en un edificio público.

—Este tribunal —señaló el defensor— está cerrado para todos, excepto para quienes guardan una relación inmediata con el caso.

—Una enorme máquina conocida por su conducta irregular perturbaría a mi cliente y a mis testigos con su sola presencia. Transformaría este juicio en una parodia.

El juez parecía estar de acuerdo. Se volvió hacia el defensor y preguntó con severidad:

—¿Cuáles son sus razones para esta solicitud?

—Alegaremos que el robot EZ-27 no pudo, por la naturaleza de su constitución, haberse comportado tal como se dice que se comportó. Será necesario efectuar algunas demostraciones.

—No tiene objeto, señoría —rechazó el fiscal—. Las demostraciones realizadas por empleados de Robots y Hombres Mecánicos tienen escaso valor testimonial cuando es la propia compañía la acusada.

—Señoría —replicó el defensor—, a usted, no al fiscal, le corresponde decidir la validez de una prueba. Al menos, eso tengo entendido.

Al quedar en juego sus prerrogativas, el juez Shane se vio obligado a decir:

—Entiende usted bien. No obstante, la presencia de un robot en la sala suscita importantes cuestiones legales.

—Señoría, seguramente no será nada que prevalezca sobre los requerimientos de la justicia. Si el robot no está presente, se nos impide presentar nuestra única defensa.

El juez reflexionó.

—Está también el problema de transportar el robot.

—La compañía se ha enfrentado a menudo con ese problema. Tenemos un camión aparcado frente al juzgado, construido según las leyes que rigen el transporte de robots. El robot EZ-27 se encuentra en una caja de embalaje bajo la vigilancia de dos hombres. Las puertas del camión están bien aseguradas y se han tomado todas las

precauciones necesarias.

—Parece usted seguro —dijo el juez, de mal talante— de que la decisión de este tribunal será en su favor.

—En absoluto, señoría. En caso contrario, simplemente nos llevaremos el camión. No he hecho ningún supuesto en cuanto a las decisiones de su señoría.

El juez movió la cabeza afirmativamente.

—Ha lugar la solicitud de la defensa.

Metieron la caja en un gran carro, y los dos hombres que la empujaban la abrieron. La sala estaba sumida en un profundo silencio.

Susan Calvin esperó que quitaran las gruesas láminas de celuforme y estiró una mano.

—Ven, Easy.

El robot extendió su gran brazo metálico. Le llevaba más de medio metro de altura, pero la seguía dócilmente, como un niño a su madre. Alguien se rió nerviosamente y la doctora Calvin le clavó una mirada fulminante.

Easy se sentó cuidadosamente en una gran silla que le acercó el ujier, la cual crujió pero resistió.

—Cuando sea necesario, señoría —habló el defensor—, demostraremos que éste es EZ-27, el robot que estuvo trabajando en la Universidad del Noreste durante el periodo que nos ocupa.

—Bien —aprobo el juez—. Eso será necesario, pues yo, al menos, no tengo ni idea de cómo distinguir un robot de otro.

—Y ahora —añadió el defensor—, quisiera llamar a mi primer testigo. El profesor Simon Ninheimer, por favor.

El escribiente titubeó y miró al juez. El juez Shane preguntó, visiblemente sorprendido:

—¿Llama usted al querellante como testigo?

—Sí, señoría.

—Espero que recuerde que, mientras él sea testigo de la defensa, no se le permitirá a usted el margen de libertad del que podría disfrutar si interrogara a un testigo de la fiscalía.

—Mi único propósito es llegar a la verdad. Sólo será preciso hacer unas cuantas preguntas corteses.

—Bien —aceptó el juez, dubitativamente—, es usted quien lleva el caso. Llame al testigo.

Ninheimer se sentó en el estrado y fue informado de que estaba aún bajo juramento. Parecía más nervioso que el día anterior, casi atemorizado.

Pero el abogado lo miró benévolaente.

—Vamos a ver, profesor Ninheimer, usted le pide a mi cliente la suma de

setecientos cincuenta mil dólares.

—Esa es la..., mmm..., cantidad. Sí.

—Es mucho dinero.

—He sufrido muchos perjuicios.

—No tantos, seguramente. El texto puesto en cuestión se refiere exactamente a unos pocos pasajes de un libro. Tal vez fueran pasajes desafortunados, pero, a fin de cuentas, a veces se publican libros con curiosos errores.

Ninheimer hinchó sus fosas nasales.

—Señor, este libro tenía que haber sido la cumbre de mi carrera profesional. Por el contrario, me presenta como un investigador incompetente, alguien que tergiversa las opiniones de honorables amigos y colegas, y un apologista de perspectivas ridículas y..., mmm..., obsoletas. ¡Mi reputación está irremisiblemente destruida! Nunca podré comparecer con orgullo en ninguna..., mmm..., asamblea de especialistas, sea cual sea el resultado de este juicio. Con toda seguridad, no podré continuar mi carrera, que ha constituido toda mi vida. El auténtico objetivo de mi vida ha sido..., mmm..., abortado y destruido.

El abogado no intentó interrumpir la perorata, sino que se limitó a mirarse distraídamente las uñas.

—Pero, profesor Ninheimer —dijo, en un tono muy tranquilo—, a su edad, usted no puede aspirar a ganar más de..., seamos generosos..., más de ciento cincuenta mil dólares durante el resto de su vida. En cambio, le pide a este tribunal que le otorgue el quíntuple de esa cifra.

En un arrebató emocional aún más vehemente, Ninheimer alegó:

—No sólo se me ha destruido en vida. No sé durante cuántas generaciones los sociólogos me acusarán de..., mmm..., necio o maniático. Mis verdaderos logros quedarán sepultados e ignorados. No sólo se me ha destruido hasta el día de mi muerte, sino para toda la eternidad, pues siempre habrá personas que no se creerán que un robot insertó esos textos...

El robot EZ-27 se puso de pie. Susan Calvin no intentó impedirlo. Sin inmutarse, siguió mirando hacia delante. El abogado defensor suspiró.

La melodiosa voz de Easy resonó claramente:

—Me gustaría explicarles a todos que yo, en efecto, inserté en las galeradas ciertos pasajes que parecían en abierta contradicción con lo que allí se decía al principio...

Hasta el fiscal parecía tan anonadado ante el espectáculo de un robot de más de dos metros, levantándose para hablarle al tribunal, que no fue capaz de impedir lo que evidentemente constituía un procedimiento de lo más irregular.

Cuando logró reaccionar, era ya demasiado tarde, pues Ninheimer se levantó con el rostro demudado y bramó:

—¡Maldita sea! ¡Se te ordenó que mantuvieras la boca cerrada.,.!

Se interrumpió de golpe. Easy también se calló.

El fiscal estaba de pie, exigiendo que se declarase nulo el juicio. El juez Shane golpeó desesperadamente con su maza.

—¡Silencio! ¡Silencio! Por supuesto que hay excelentes razones para declarar nulo el juicio, pero en bien de la justicia me gustaría que el profesor Ninheimer concluyera su declaración. He oído claramente que le decía al robot que se le había ordenado que mantuviera la boca cerrada. En su testimonio, profesor Ninheimer, no se mencionaba que al robot se le hubiera ordenado que guardara silencio sobre nada.

—Ninheimer miró atónito al juez—. ¿Le ordenó usted al robot EZ-27 que guardara silencio sobre algo? En tal caso, ¿sobre qué?

—Señoría... —comenzó Ninheimer con voz ronca, pero no pudo continuar.

El juez agudizó la voz:

—¿Ordenó usted que se insertaran esos textos en las galeradas y le ordenó luego al robot que guardara silencio sobre esa participación que había tenido usted?

El fiscal presentó una enérgica protesta, pero Ninheimer gritó:

—¡Oh, no vale la pena! ¡Sí, sí!

Abandonó el estrado a todo correr y en la puerta lo detuvo el ujier. Se desplomó desesperado en un asiento y hundió la cabeza entre las manos.

—Es evidente que la presencia del robot EZ-27 ha sido una artimaña —manifestó el juez Shane—. Si no fuera por el hecho de que dicha artimaña ha servido para impedir un grave error, declarararía al abogado de la defensa en desacato. Ahora me resulta claro, más allá de toda duda, que el querellante ha cometido un fraude inexplicable, pues aparentemente arruinó su carrera a sabiendas...

La sentencia, desde luego, favoreció a la parte acusada.

La doctora Susan Calvin se hizo anunciar en el piso de soltero que el profesor Ninheimer ocupaba en la universidad. El joven ingeniero que conducía el coche se ofreció a acompañarla, pero ella lo miró con desdén.

—¿Crees que me atacará? Aguarda aquí.

Ninheimer no tenía ánimos para atacar a nadie. Estaba recogiendo sus cosas a toda prisa, deseando marcharse de allí antes de que la adversa conclusión del juicio llegara a conocimiento de todo el mundo.

Miró a Calvin con aire desafiante.

—¿Viene a advertirme que presentarán una contrademanda? En tal caso, no obtendrán nada. No tengo dinero ni trabajo ni futuro. Ni siquiera puedo pagar las costas del juicio.

—Si busca compasión, no la va a encontrar conmigo —replicó fríamente Calvin—. Este asunto fue responsabilidad suya, únicamente. Pero no habrá una contrademanda ni contra usted ni contra la universidad. Más aún, haremos lo posible

para impedir que lo encarcelen por falso testimonio. No somos vengativos.

—Ah, ¿es por eso por lo que no me han arrestado? Me lo estaba preguntando. Pero a fin de cuentas no tienen razones para ser vengativos. Han conseguido lo que deseaban.

—En parte, sí. La universidad conservará a Easy por una tarifa bastante más elevada. Además, la publicidad extraoficial relacionada con el juicio nos permitirá colocar más modelos EZ en otras instituciones, sin peligro de que este problema se repita.

—¿Y por qué ha venido a verme?

—Porque yo aún no he conseguido todo lo que quiero. Quiero saber por qué odia tanto a los robots. Aunque hubiera ganado el juicio, su reputación estaría destruida. El dinero que hubiese obtenido no le habría bastado como compensación. ¿Se hubiera contentado con desahogar su odio hacia los robots?

—¿Le interesan las mentes humanas, doctora Calvin? —preguntó Ninheimer, con un tono sarcástico.

—En la medida en que sus reacciones afectan al bienestar de los robots, sí. Por esa razón he aprendido un poco de psicología humana.

—¡Lo suficiente como para engañarme!

—Eso no me fue difícil —apostilló la doctora Calvin—. Lo difícil fue hacerlo de un modo que no dañara a Easy.

—Es típico de usted preocuparse más por una máquina que por un humano.

Ninheimer la miró con feroz desprecio, pero Calvin no se inmutó.

—Sólo parece que es así, profesor Ninheimer. Únicamente preocupándonos por los robots podemos preocuparnos por el hombre del siglo veintiuno. Usted lo entendería si fuera robotista.

—¡He leído bastante sobre robótica para saber que no quiero ser robotista!

—Disculpe, pero no ha leído más que un libro sobre robótica. Y no le ha servido de nada. Usted aprendió lo suficiente para saber que podía ordenarle a un robot que hiciera muchas cosas, incluso falsificar un libro, si lo hacía correctamente. Aprendió lo suficiente para saber que no podía ordenarle que olvidara algo del todo sin arriesgarse a que lo detectaran, pero pensó que era más seguro ordenarle simplemente que guardara silencio. Se equivocó.

—¿Adivinó usted la verdad a partir de su silencio?

—No se trata de adivinar. Usted es un aficionado y no supo borrar sus rastros. Mi único problema era demostrarlo ante el juez, pero tuvo usted la amabilidad de ayudarnos con su ignorancia.

—¿Esta conversación tiene sentido? —preguntó Ninheimer, con aire cansado.

—Para mí sí, porque quiero que entienda que ha juzgado muy mal a los robots. Hizo callar a Easy diciéndole que si le contaba a alguien que había tergiversado el

libro perdería usted el empleo. Eso configuró un potencial en Easy para el silencio, el cual tenía la fuerza suficiente para resistir nuestros esfuerzos de quebrantarlo. Si hubiéramos insistido, le habríamos dañado el cerebro. En el estrado, sin embargo, configuró usted un contrapotencial más elevado. Dijo que, como la gente pensaría que usted, no un robot, había escrito los pasajes controvertidos, perdería mucho más que su empleo. Perdería su reputación, su prestigio, su respeto, su razón para vivir. Se perdería el recuerdo de usted después de su muerte. Usted mismo configuró así un potencial nuevo y más elevado, y eso hizo que Easy hablara.

—Por Dios —exclamó Ninheimer, desviando la cabeza.

Calvin fue inexorable:

—¿Comprende usted por qué habló? ¡No fue para acusarlo, sino para defenderlo! Se puede demostrar matemáticamente que estaba dispuesto a asumir la culpa por ese delito en su lugar, a negar que usted tenía algo que ver. La Primera Ley se lo exigía. Iba a mentir, a dañarse a sí mismo, causando un perjuicio monetario a la compañía. Para él, todo eso significaba menos que salvarle a usted. Si entendiera algo sobre robots y robótica, profesor, le habría dejado hablar. Pero no sabe usted nada. Yo estaba segura de que así era, y eso le aseguré al abogado defensor. En su odio por los robots, usted pensó que Easy actuaría como un ser humano y se defendería a expensas de usted. Así que reaccionó contra él, presa del pánico, y se destruyó a sí mismo.

—¡Ojalá algún día sus robots se vuelvan contra usted y la liquiden! —exclamó Ninheimer con vehemencia.

—No diga bobadas. Y ahora me gustaría que me explicase por qué ha hecho todo esto.

Ninheimer sonrió amargamente.

—¿He de diseccionar mi mente en beneficio de su curiosidad intelectual y a cambio de mi inmunidad ante una acusación de falso testimonio?

—Puede expresarlo así si quiere —contestó fríamente Calvin—. Pero explíquese.

—¿Para que usted pueda repeler futuros ataques contra los robots con mayor eficacia, con mayor conocimiento?

—En efecto.

—Se lo diré, pero sólo para darme el gusto de ver que no le sirve de nada. Usted no comprende la motivación humana; sólo puede comprender a esas condenadas máquinas porque usted misma es una máquina, recubierta de piel. —Respiraba entrecortadamente y no vacilaba al hablar, no buscaba palabras precisas. Era como si la precisión ya no le interesara—. Durante doscientos cincuenta años, la máquina ha reemplazado al hombre y ha destruido al artesano. Las piezas de alfarería se hacen con moldes y prensas. Las obras de arte se han reemplazado por baratijas catalogadas en moldes. Tal vez usted lo considere un progreso. El artista está limitado a las

abstracciones, restringido al mundo de las ideas. Debe diseñar algo con la mente, y luego la máquina hace el resto. ¿Cree usted que el alfarero se contenta con la creación mental? ¿Cree que sólo la idea es suficiente? ¿Cree que no hay nada en el contacto con la arcilla, en observar cómo el objeto crece mientras la mano y la mente trabajan juntos? ¿Cree que el crecimiento no actúa como realimentación para modificar y mejorar la idea?

—Usted no es alfarero —replicó la doctora Calvin.

—¡Soy un artista creativo! Diseño y construyo artículos y libros. No se trata sólo de pensar palabras y ponerlas en el orden apropiado. Si eso fuera todo, no habría placer ni retribución en ello. Un libro debe cobrar forma en las manos del escritor. Uno debe ver el crecimiento y el desarrollo de los capítulos. Uno debe escribir y reescribir y observar cómo los cambios trascienden el concepto original. Es importante tener en la mano las galeradas, ver cómo quedan las frases impresas y modelarlas de nuevo. Hay un centenar de contactos entre un hombre y su obra en cada etapa del juego, y el contacto mismo es placentero y compensa del trabajo que un hombre vuelca en su creación. Su robot nos arrebatría todo eso.

—Lo mismo hace una máquina de escribir. Lo mismo hace una imprenta. ¿Propone usted volver a los manuscritos pergeñados a mano?

—Las máquinas de escribir y las imprentas nos quitan algo, pero su robot nos privaría de todo. Su robot se encarga de las galeradas. Pronto él u otros robots se encargarán de escribir, de buscar las fuentes, de cotejar y revisar los pasajes, incluso de sacar conclusiones. ¿Qué le dejarían al autor? Sólo una cosa: las áridas decisiones concernientes a las órdenes que debe dar al robot. Quiero salvar de semejante infierno a las futuras generaciones del mundo académico. Eso era para mí más importante incluso que mi reputación y me propuse destruir a Robots y Hombres Mecánicos por los medios que fueran necesarios.

—Estaba condenado al fracaso —sentenció Susan Calvin.

—Estaba condenado a intentarlo —replicó Simon Ninheimer.

Calvin dio media vuelta y se marchó. Hizo lo posible para no sentir un aguijonazo de compasión por ese hombre acabado.

No lo consiguió del todo.



## Lenny (1958)

---

“Lenny”

La empresa Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos tenía un problema. El problema era la gente.

Peter Bogert, jefe de matemática, se dirigía a la sala de montaje cuando se topó con Alfred Lanning, director de investigaciones. Lanning, apoyado en el pasamanos, miraba a la sala de ordenadores enarcando sus enérgicas cejas blancas.

En el piso de abajo, un grupo de humanos de ambos sexos y diversas edades miraba en torno con curiosidad, mientras un guía entonaba un discurso preestablecido sobre informática robótica:

—Este ordenador que ven es el mayor de su tipo en el mundo. Contiene cinco millones trescientos mil criotrones y es capaz de manipular simultáneamente más de cien mil variables. Con su ayuda, nuestra empresa puede diseñar con precisión el cerebro positrónico de los modelos nuevos. Los requisitos se consignan en una cinta que se perfora mediante la acción de este teclado, algo similar a una máquina de escribir o una linotopía muy complicada, excepto que no maneja letras, sino conceptos. Las proposiciones se descomponen en sus equivalentes lógico-simbólicos y éstos a su vez son convertidos en patrones de perforación. En menos de una hora, el ordenador puede presentar a nuestros científicos el diseño de un cerebro que ofrecerá todas las sendas positrónicas necesarias para fabricar un robot...

Alfred Lanning reparó en la presencia del otro.

—Ah, Peter.

Bogert se alisó el cabello negro y lustroso con ambas manos, aunque lo tenía impecable.

—No parece muy entusiasmado con esto, Alfred.

Lanning gruñó. La idea de realizar visitas turísticas por toda la empresa era reciente y se suponía cumplía una doble función. Por una parte, según se afirmaba, permitía que la gente viera a los robots de cerca y acallara así su temor casi instintivo hacia los objetos mecánicos mediante una creciente familiaridad. Por otra parte, se suponía que las visitas lograrían generar un interés para que algunas personas se dedicaran a las investigaciones robóticas.

—Sabes que no lo estoy. Una vez por semana, nuestra tarea se complica. Considerando las horas-hombre que se pierden, la retribución es insuficiente.

—Entonces, ¿no han subido aún las solicitudes de empleo?

—Un poco, pero sólo en las categorías donde esa necesidad no es vital. Necesitamos investigadores, ya lo sabes. Pero, como los robots están prohibidos en la Tierra, el trabajo de robotista no es muy popular, que digamos.

—El maldito complejo de Frankenstein —comentó Bogert, repitiendo a sabiendas

una de las frases favoritas de Lanning.

Lanning pasó por alto esa burla afectuosa.

—Debería acostumbrarme, pero no lo consigo. Todo ser humano de la Tierra tendría que saber ya que las Tres Leyes constituyen una salvaguardia perfecta, que los robots no son peligrosos. Fíjate en ese grupo. —Miró hacia abajo—. Obsérvalos. La mayoría recorren la sala de montaje de robots por la excitación del miedo, como si subieran en una montaña rusa. Y cuando entran en la sala del modelo MEC..., demonios, Peter, un modelo MEC que es incapaz de hacer otra cosa que avanzar dos pasos, decir «mucho gusto en conocerle», dar la mano y retroceder dos pasos; y, sin embargo, todos se intimidan y las madres abrazan a sus hijos. ¿Cómo vamos a obtener trabajadores que piensen a partir de esos idiotas?

Bogert no tenía respuesta. Miraron una vez más a los visitantes, que estaban pasando de la sala de informática al sector de montaje de cerebros positrónicos. Luego, se marcharon. No vieron a Mortimer W. Jacobson, de dieciséis años, quien, para ser justos, no tenía la intención de causar el menor daño.

En realidad, ni siquiera podría decirse que la culpa fuera de Mortimer. Todos los trabajadores sabían en qué día de la semana se realizaban las visitas. Todos los aparatos debían estar neutralizados o cerrados, pues no era razonable esperar que los seres humanos resistieran la tentación de mover interruptores, llaves y manivelas y de pulsar botones. Además, el guía debía vigilar atentamente a quienes sucumbieran a esa tentación.

Pero en ese momento el guía había entrado en la sala contigua y Mortimer iba al final de la fila. Pasó ante el teclado mediante el cual se introducían datos en el ordenador. No tenía modo de saber que en aquel instante se estaban introduciendo los planos para un nuevo diseño robótico; de lo contrario, siendo como era un buen chico, habría evitado tocar el teclado. No tenía modo de saber que —en un acto de negligencia casi criminal— un técnico se había olvidado de desactivar el teclado.

Así que Mortimer tocó las teclas al azar, como si se tratara de un instrumento musical.

No notó que un trozo de la cinta perforada se salía de un aparato que había en otra parte de la sala, silenciosa e inadvertidamente.

Y el técnico, cuando volvió, tampoco notó ninguna intromisión. Le llamó la atención que el teclado estuviera activado, pero no se molestó en verificarlo. Al cabo de unos minutos, incluso esa leve inquietud se le había pasado, y continuó introduciendo datos en el ordenador.

En cuanto a Mortimer, nunca supo lo que había hecho.

El nuevo modelo LNE estaba diseñado para extraer boro en las minas del cinturón de asteroides. Los hidruros de boro cobraban cada vez más valor como detonantes para las micropilas protónicas que generaban potencia a bordo de las naves

espaciales, y la magra provisión existente en la Tierra se estaba agotando.

Eso significaba que los robots LNE tendrían que estar equipados con ojos sensibles a esas líneas prominentes en el análisis espectroscópico de los filones de boro y con un tipo de extremidades útiles para transformar el mineral en el producto terminado. Como de costumbre, sin embargo, el equipamiento mental constituía el mayor problema.

El primer cerebro positrónico LNE ya estaba terminado. Era el prototipo y pasaría a integrar la colección de prototipos de la compañía. Cuando lo hubieran probado, fabricarían otros para alquilarlos (nunca venderlos) a empresas mineras.

El prototipo LNE estaba terminado. Alto, erguido y reluciente, parecía por fuera como muchos otros robots no especializados.

Los técnicos, guiándose por las instrucciones del Manual de Robótica, debían preguntar: «¿Cómo estás?»

La respuesta correspondiente era: «Estoy bien y dispuesto a activar mis funciones. Confío en que tú también estés bien», o alguna otra ligera variante.

Ese primer diálogo sólo servía para indicar que el robot oía, comprendía una pregunta rutinaria y daba una respuesta rutinaria congruente con lo que uno esperaría de una mentalidad robótica. A partir de ahí era posible pasar a asuntos más complejos, que pondrían a prueba las tres Leyes y su interacción con el conocimiento especializado de cada modelo.

Así que el técnico preguntó «¿cómo estás?» y, de inmediato, se sobresaltó ante la voz del prototipo LNE. Era distinta de todas las voces de robot que conocía (y había oído muchas). Formaba sílabas semejantes a los tañidos de una celesta de baja modulación.

Tan sorprendente era la voz que el técnico sólo oyó retrospectivamente, al cabo de unos segundos, las sílabas que había formado esa voz maravillosa:

—Da, da, da, gu.

El robot permanecía alto y erguido, pero alzó la mano derecha y se metió un dedo en la boca.

El técnico lo miró horrorizado y echó a correr. Cerró la puerta con llave y, desde otra sala, hizo una llamada de emergencia a la doctora Susan Calvin.

La doctora Susan Calvin era la única robopsicóloga de la compañía (y prácticamente de toda la humanidad). No tuvo que avanzar mucho en sus análisis del prototipo LNE para pedir perentoriamente una transcripción de los planos del cerebro positrónico dibujados por ordenador y las instrucciones que los habían guiado. Tras estudiarlos mandó a buscar a Bogert.

La doctora tenía el cabello gris peinado severamente hacía atrás; y su rostro frío, con fuertes arrugas verticales interrumpidas por el corte horizontal de una pálida boca de labios finos, se volvió enérgicamente hacia Bogert.

—¿Qué es esto, Peter?

Bogert estudió con creciente estupefacción los pasajes que ella señalaba.

—Por Dios, Susan, no tiene sentido.

—Claro que no. ¿Cómo se llegó a estas instrucciones?

Llamaron al técnico encargado y él juró con toda sinceridad que no era obra suya y que no podía explicarlo. El ordenador dio una respuesta negativa a todos los intentos de búsqueda de fallos.

—El cerebro positrónico no tiene remedio —comentó pensativamente Susan Calvin—. Estas instrucciones insensatas han cancelado tantas funciones superiores que el resultado se asemeja a un bebé humano. —Bogert manifestó asombro, y Susan Calvin adoptó la actitud glacial que siempre adoptaba ante la menor insinuación de duda de su palabra—. Nos esforzamos en lograr que un robot se parezca mentalmente a un hombre. Si eliminamos lo que denominamos funciones adultas, lo que queda, como es lógico, es un bebé humano, mentalmente hablando. ¿Por qué estás tan sorprendido, Peter?

El prototipo LNE, que no parecía darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor, se sentó y empezó a examinarse los pies.

Bogert lo miró fijamente.

—Es una lástima desmantelar a esa criatura. Es un bonito trabajo.

—¿Desmantelarla? —bramó la robopsicóloga.

—Desde luego, Susan. ¿De qué sirve esa cosa? Santo cielo, si existe un objeto totalmente inútil es un robot que no puede realizar ninguna tarea. No pretenderás que esta cosa pueda hacer algo, ¿verdad?

—No, claro que no.

—¿Entonces?

—Quiero realizar más análisis —dijo tercamente Susan Calvin.

Bogert la miró con impaciencia, pero se encogió de hombros. Si había una persona en toda la empresa con quien no tenía sentido discutir, ésa era Susan Calvin. Los robots eran su pasión, y se hubiera dicho que una tan larga asociación con ellos la había privado de toda apariencia de humanidad. Era imposible disuadirla de una decisión, así como era imposible disuadir a una micropila activada de que funcionara.

—¿Qué más da! —murmuró, y añadió en voz alta—: ¿Nos informarás cuando hayas terminado los análisis?

—Lo haré. Ven, Lenny.

(LNE, pensó Bogert. Inevitablemente, las siglas se habían transformado en Lenny.)

Susan Calvin tendió la mano, pero el robot se limitó a mirarla. Con ternura, la robopsicóloga tomó la mano del robot. Lenny se puso de pie (al menos su coordinación mecánica funcionaba bien) y salieron juntos, el robot y esa mujer a

quien superaba en medio metro. Muchos ojos los siguieron con curiosidad pgr los largos corredores.

Una pared del laboratorio de Susan Calvin, la que daba directamente a su despacho privado, estaba cubierta con la reproducción ampliada de un diagrama de sendas positrónicas. Hacía casi un mes que Susan Calvin la estudiaba absortamente.

Estaba examinando atentamente en ese momento los vericuetos de esas sendas atrofiadas. Lenny, sentado en el suelo, movía las piernas y balbuceaba sílabas ininteligibles con una voz tan bella que era posible escucharlas con embeleso aun sin entenderlas.

Susan Calvin se volvió hacia el robot.

—Lenny... Lenny...

Repitió el nombre, con paciencia, hasta que Lenny irguió la cabeza y emitió un sonido inquisitivo. La robopsicóloga sonrió complacida. Cada vez necesitaba menos tiempo para atraer la atención del robot.

—Alza la mano, Lenny. Mano... arriba. Mano... arriba.

La doctora levantó su propia mano una y otra vez.

Lenny siguió el movimiento con los ojos. Arriba, abajo, arriba, abajo. Luego, movió la mano espasmódicamente y balbuceó.

—Muy bien, Lenny —dijo gravemente Susan Calvin—. Inténtalo de nuevo. Mano... arriba.

Muy suavemente, extendió su mano, tomó la del robot, la levantó y la bajó.

—Mano... arriba. Mano... arriba.

Una voz la llamó desde el despacho:

—¿Susan?

Calvin apretó los labios.

—¿Qué ocurre, Alfred?

El director de investigaciones entró, miró al diagrama de la pared y, luego, al robot.

—¿Sigues con ello?

—Estoy trabajando, sí.

—Bien, ya sabes, Susan... —sacó un puro y lo miró, disponiéndose a morder la punta. Cuando se encontró con la severa y reprobatoria mirada de la mujer, guardó el puro y comenzó de nuevo—: Bien, ya sabes, Susan, que el modelo LNE está en producción.

—Eso he oído. ¿Hay algo en que yo pueda colaborar?

—No. Pero el mero hecho de que esté en producción y funcione bien significa que es inútil insistir con este espécimen deteriorado. ¿No deberíamos desarmarlo?

—En pocas palabras, Alfred, te fastidia que yo pierda mi valioso tiempo. Tranquilízate. No estoy perdiendo el tiempo. Estoy trabajando con este robot.

—Pero ese trabajo no tiene sentido.

—Yo seré quien lo juzgue, Alfred —replicó la doctora en un tono amenazador, y Lanning consideró que sería más prudente cambiar de enfoque.

—¿Puedes explicarme qué significa? ¿Qué estás haciendo ahora, por ejemplo?

—Trato de lograr que levante la mano cuando se lo ordeno. Intento conseguir que imite el sonido de la palabra.

Como si estuviera pendiente de ella, Lenny balbuceó y alzó la mano torpemente. Lanning sacudió la cabeza.

—Esa voz es asombrosa. ¿Cómo se ha logrado?

—No lo sé. El transmisor es normal. Estoy segura de que podría hablar normalmente, pero no lo hace. Habla así como consecuencia de algo que hay en las sendas positrónicas, y aún no lo he localizado.

—Bien, pues localízalo, por Dios. Esa voz podría ser útil.

—Oh, entonces, ¿mis estudios sobre Lenny pueden servir de algo?

Lanning se encogió de hombros, avergonzado.

—Bueno, se trata de un elemento menor.

—Lamento que no veas los elementos mayores, que son mucho más importantes, pero no es culpa mía. Ahora, Alfred, ¿quieres irte y dejarme trabajar?

Lanning encendió el puro en el despacho de Bogert.

—Esa mujer está cada día más rara —comentó con resentimiento.

Bogert le entendió perfectamente. En Robots y Hombres Mecánicos existía una sola «esa mujer».

—¿Todavía sigue atareada con ese seudorobot, con ese Lenny?

—Trata de hacerle hablar, lo juro.

Bojert se encogió de hombros.

—Ese es el problema de esta empresa. Me refiero a lo de conseguir investigadores capacitados. Si tuviéramos otros robopsicólogos, podríamos jubilar a Susan. A propósito, supongo que la reunión de directores programada para mañana tiene que ver con el problema de la contratación de personal.

Lanning asintió con la cabeza y miró su puro, disgustado.

—Sí. Pero el problema es la calidad, no la cantidad. Hemos subido tanto los sueldos que hay muchos solicitantes; pero la mayoría se interesan sólo por el dinero. El truco está en conseguir a los que se interesan por la robótica; gente como Susan Calvin.

—No, diablos, como ella no.

—Iguales no, de acuerdo. Pero tendrás que admitir, Peter, que es una apasionada de los robots. No tiene otro interés en la vida.

—Lo sé. Precisamente por eso es tan insoportable.

Lanning asintió en silencio. Había perdido la cuenta de las veces que habría

deseado despedir a Susan Calvin. También había perdido la cuenta de la cantidad de millones de dólares que ella le había ahorrado a la empresa. Era indispensable y seguiría siéndolo hasta su muerte, o hasta que pudieran solucionar el problema de encontrar gente del mismo calibre y que se interesara en las investigaciones sobre robótica.

—Creo que vamos a limitar esas visitas turísticas.

Peter se encogió de hombros.

—Si tú lo dices... Pero entre tanto, en serio, ¿qué hacemos con Susan? Es capaz de apegarse indefinidamente a Lenny. Ya sabes cómo es cuando se encuentra con lo que considera un problema interesante.

—¿Qué podemos hacer? Si demostramos demasiada ansiedad por interrumpirla, insistirá en ello por puro empecinamiento femenino. En última instancia, no podemos obligarla a hacer nada.

El matemático sonrió.

—Yo no aplicaría el adjetivo «femenino» a ninguna parte de ella. —Está bien —rezongó Lanning—. Al menos, ese robot no le hará daño a nadie.

En eso se equivocaba.

La señal de emergencia siempre causa nerviosismo en cualquier gran instalación industrial. Esas señales habían sonado varias veces a lo largo de la historia de Robots y Hombres Mecánicos: incendios, inundaciones, disturbios e insurrecciones.

Pero una señal no había sonado nunca. Nunca había sonado la señal de «robot fuera de control». Y nadie esperaba que sonara. Estaba instalada únicamente por insistencia del Gobierno. («Al demonio con ese complejo de Frankenstein», mascullaba Lanning en las raras ocasiones en que pensaba en ello.)

Pero la estridente sirena empezó a ulular con intervalos de diez segundos, y prácticamente nadie —desde el presidente de la junta de directores hasta el más novato ayudante de ordenanza— reconoció de inmediato ese sonido insólito. Tras esa incertidumbre inicial, guardias armados y médicos convergieron masivamente en la zona de peligro, y la empresa al completo quedó paralizada.

Charles Randow, técnico en informática, fue trasladado al sector hospitalario con el brazo roto. No hubo más daños. Al menos, no hubo más daños físicos.

—¡Pero el daño moral está más allá de toda estimación! —vociferó Lanning.

Susan Calvin se enfrentó a él con calma mortal.

—No le harás nada a Lenny. Nada. ¿Entiendes?

—¿Lo entiendes tú, Susan? Esa cosa ha herido a un ser humano. Ha quebrantado la Primera Ley. ¿No conoces la Primera Ley?

—No le harás nada a Lenny.

—Por amor de Dios, Susan, ¿a ti debo explicarte la Primera Ley? Un robot no puede dañar a un ser humano ni, mediante la inacción, permitir que un ser humano

sufra daños. Nuestra posición depende del estricto respeto de esa Primera Ley por parte de todos los robots de todos los tipos. Si el público se entera de que ha habido una excepción, una sola excepción, podría obligarnos a cerrar la empresa. Nuestra única probabilidad de supervivencia sería anunciar de inmediato que ese robot ha sido destruido, explicar las circunstancias y rezar para que el público se convenza de que no sucederá de nuevo.

—Me gustaría averiguar qué sucedió. Yo no estaba presente en ese momento y me gustaría averiguar qué hacía Randow en mis laboratorios sin mi autorización.

—Pero lo más importante es obvio. Tu robot golpeó a Randow, ese imbécil apretó el botón de «robot fuera de control» y nos ha creado un problema. Pero tu robot lo golpeó y le causó lesiones que incluyen un brazo roto. La verdad es que tu Lenny está tan deformado que no respeta la Primera Ley y hay que destruirlo.

—Sí que respeta la Primera Ley. He estudiado sus sendas cerebrales y sé que la respeta.

—Y entonces, ¿cómo ha podido golpear a un hombre? —preguntó Lanning, con desesperado sarcasmo—. Pregúntaselo a Lenny. Sin duda ya le habrás enseñado a hablar.

Susan Calvin se ruborizó.

—Prefiero entrevistar a la víctima. Y en mi ausencia, Alfred, quiero que mis dependencias estén bien cerradas, con Lenny en el interior. No quiero que nadie se le acerque. Si sufre algún daño mientras yo no estoy, esta empresa no volverá a saber de mí en ninguna circunstancia.

—¿Aprobarás su destrucción si ha violado la Primera Ley?

—Sí, porque sé que no la ha violado.

Charles Randow estaba tendido en la cama, con el brazo en cabestrillo. Aún estaba conmocionado por ese momento en que creyó que un robot se le abalanzaba con la intención de asesinarlo. Ningún ser humano había tenido nunca razones tan contundentes para temer que un robot le causara daño. Era una experiencia singular.

Susan Calvin y Alfred Lanning estaban junto a la cama; los acompañaba Peter Bogert, que se había encontrado con ellos por el camino. No estaban presentes médicos ni enfermeras.

—¿Qué sucedió? —preguntó Susan Calvin.

Randow no las tenía todas consigo.

—Esa cosa me pegó en el brazo —murmuró—. Se abalanzó sobre mí.

—Comienza desde más atrás —dijo Calvin—. ¿Qué hacías en mi laboratorio sin mi autorización?

El joven técnico en informática tragó saliva, moviendo visiblemente la nuez de la garganta. Tenía pómulos altos y estaba muy pálido.

—Todos sabíamos lo de ese robot. Se rumoreaba que trataba usted de enseñarle a



hablar como si fuera un instrumento musical. Circulaban apuestas acerca de si hablaba o no. Algunos sostienen que usted puede enseñarle a hablar a un poste.

—Supongo que eso es un cumplido —comentó Susan Calvin en un tono glacial—. ¿Qué tenía que ver eso contigo?

—Yo debía entrar allí para zanjar la cuestión, para enterarme de si hablaba, ya me entiende. Robamos una llave de su laboratorio y esperamos a que usted se fuera. Echamos a suertes para ver quién entraba. Perdí yo.

—¿Y qué más?

—Intenté hacerle hablar y me pegó.

—¿Cómo intentaste hacerle hablar?

—Le..., le hice preguntas, pero no decía nada y tuve que sacudirlo, así que... le grité... y...

—¿Y?

Hubo una larga pausa. Bajo la mirada imperturbable de Susan Calvin, Randow dijo al fin:

—Traté de asustarlo para que dijera algo. Tenía que impresionarlo.

—¿Cómo intentaste asustarlo?

—Fingí que le iba a dar un golpe.

—¿Y te desvió el brazo?

—Me dio un golpe en el brazo.

—Muy bien. Eso es todo. —Calvin se volvió hacia Lanning y Bogert—. Vámonos, caballeros.

En la puerta, se giró hacia Randow.

—Puedo resolver el problema de las apuestas, si aún te interesa. Lenny articula muy bien algunas palabras.

No dijeron nada hasta llegar al despacho de Susan Calvin. Las paredes estaban revestidas de libros; algunos, de su autoría. El despacho reflejaba su personalidad fría y ordenada. Había una sola silla. Susan Calvin se sentó. Lanning y Bogert permanecieron de pie.

—Lenny se limitó a defenderse. Es la Tercera Ley: un robot debe proteger su propia existencia.

—Excepto —objetó Lanning— cuando entra en conflicto con la Primera o con la Segunda Ley. ¡Completa el enunciado! Lenny no tenía derecho a defenderse causando un daño, por ínfimo que fuera, a un ser humano.

—No lo hizo a sabiendas —replicó Calvin—. Lenny tiene un cerebro fallido. No tenía modo de conocer su propia fuerza ni la debilidad de los humanos. Al apartar el brazo amenazador de un ser humano, no podía saber que el hueso se rompería. Humanamente, no se puede achacar culpa moral a un individuo que no sabe diferenciar entre el bien y el mal.

Bogert intervino en tono tranquilizador:

—Vamos, Susan, nosotros no achacamos culpas. Nosotros comprendemos que Lenny es el equivalente de un bebé, humanamente hablando, y no lo culpamos. Pero el público sí lo hará. Nos cerrarán la empresa.

—Todo lo contrario. Si tuvieras el cerebro de una pulga, Peter, verías que ésta es la oportunidad que la compañía esperaba. Esto resolverá sus problemas.

Lanning frunció sus cejas blancas.

—¿Qué problemas, Susan?

—¿Acaso la empresa no desea mantener a nuestro personal de investigación en lo que considera, Dios nos guarde, su avanzado nivel actual?

—Por supuesto.

—Bien, y ¿qué ofreces a tus futuros investigadores? ¿Diversión? ¿Novedad? ¿La emoción de explorar lo desconocido? No. Les ofreces sueldos y la garantía de que no habrá problemas.

—¿Qué quieres decir? —se interesó Bogert.

—¿Hay problemas? —prosiguió Susan Calvin—. ¿Qué clase de robots producimos? Robots plenamente desarrollados, aptos para sus tareas. Una industria nos explica qué necesita; un ordenador diseña el cerebro; las máquinas dan forma al robot; y ya está, listo y terminado. Peter, hace un tiempo me preguntaste cuál era la utilidad de Lenny. Preguntas que de qué sirve un robot que no está diseñado para ninguna tarea. Ahora te pregunto yo que ¿de qué sirve un robot diseñado para una sola tarea? Comienza y termina en el mismo lugar. Los modelos LNE extraen boro; si se necesita berilio, son inútiles; si la tecnología del boro entra en una nueva fase, se vuelven obsoletos. Un ser humano diseñado de ese modo sería un subhumano. Un robot diseñado de ese modo es un subrobot.

—¿Quieres un robot versátil? —preguntó incrédulamente Lanning.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? He estado trabajando con un robot cuyo cerebro estaba casi totalmente idiotizado. Le estaba enseñando y tú, Alíred, me preguntaste que para qué servía. Para muy poco, tal vez, en lo concerniente a Lenny, pues nunca superará el nivel de un niño humano de cinco años. ¿Pero cuál es la utilidad general? Enorme, si abor das el asunto como un estudio del problema abstracto de aprender a enseñar a los robots. Yo he aprendido modos de poner ciertas sendas en cortocircuito para crear sendas nuevas. Los nuevos estudios ofrecerán técnicas mejores, más sutiles y más eficientes para hacer lo mismo.

—¿Y bien?

—Supongamos que tomas un cerebro positrónico donde estuvieran trazadas las sendas básicas, pero no las secundarias. Supongamos que luego creas las secundarias. Podrías vender robots básicos diseñados para ser instruidos, robots capaces de adaptarse a diversas tareas. Los robots serían tan versátiles como los seres humanos.

¡Los robots podrían aprender! —La miraron de hito en hito. La robopsicóloga se impacientó—: Aún no lo entendéis, ¿verdad?

—Entiendo lo que dices —dijo Lanning.

—¿No entendéis que ante un campo de investigación totalmente nuevo, unas técnicas totalmente nuevas a desarrollar, un área totalmente nueva y desconocida para explorar, los jóvenes sentirán mayor entusiasmo por la robótica? Intentadlo y ya veréis.

—¿Puedo señalar que esto es peligroso? —intervino Bogert—. Comenzar con robots ignorantes como Lenny significará que nunca podremos confiar en la Primera Ley, tal como ha ocurrido en el caso de Lenny.

—Exacto. Haz público ese dato.

—¿Hacerlo público?

—Desde luego. Haz conocer el peligro. Explica que instalarás un nuevo Instituto de investigaciones en la Luna, si la población terrícola prefiere que estos trabajos no se realicen en la Tierra, pero haz hincapié en el peligro que correrían los posibles candidatos.

—¿Por qué, por amor de Dios? —quiso saber Lanning.

—Porque el conocimiento del peligro le añadirá un nuevo atractivo al asunto. ¿Crees que la tecnología nuclear no implica peligro, que la espacianáutica no entraña riesgos? ¿Tu oferta de absoluta seguridad te ha servido de algo? ¿Te ha ayudado a enfrentarte a ese complejo de Frankenstein que tanto desprecias? Pues prueba otra cosa, algo que haya funcionado en otras áreas.

Sonó un ruido al otro lado de la puerta que conducía a los laboratorios personales de Calvin. Era el sonido de campanas de la voz de Lenny. La robopsicóloga guardó silencio y escuchó:

—Excusadme —dijo—. Creo que Lenny me llama.

—¿Puede llamarte? —se sorprendió Lanning.

—Ya os he dicho que logré enseñarle algunas palabras. —Se dirigió hacia la puerta, con cierto nerviosismo—. Si queréis esperarme...

Los dos hombres la miraron mientras salía y se quedaron callados durante un rato.

—¿Crees que tiene razón, Peter? —preguntó finalmente Lanning.

—Es posible, Alfred, es posible. La suficiente como para que planteemos el asunto en la reunión de directores y veamos qué opinan. A fin de cuentas, la cosa ya no tiene remedio. Un robot ha dañado a un ser humano y es de público conocimiento. Como dice Susan, podríamos tratar de volcar el asunto a nuestro favor. Pero desconfío de los motivos de ella.

—¿En qué sentido?

—Aunque haya dicho la verdad, en su caso es una mera racionalización. Su motivación es su deseo de no abandonar a ese robot. Si insistiéramos, pretextaría que

desea continuar aprendiendo técnicas para enseñar a los robots; pero creo que ha hallado otra utilidad para Lenny, una utilidad tan singular que no congeniaría con otra mujer que no fuera ella.

—No te entiendo.

—¿No oíste cómo la llamó el robot?

—Pues no... —murmuró Lanning, y entonces la puerta se abrió de golpe y ambos se callaron.

Susan Calvin entró y miró a su alrededor con incertidumbre.

—¿Habéis visto...? Estoy segura de que estaba por aquí... Oh, ahí está.

Corrió hacia el extremo de un anaquel y cogió un objeto hueco y de malla metálica, con forma de pesa de gimnasia. La malla metálica contenía piezas de metal de diversas formas.

Las piezas de metal se entrechocaron con un grato campanilleo. Lanning pensó que el objeto parecía una versión robótica de un sonajero para bebés.

Cuando Susan Calvin abrió la puerta para salir, Lenny la llamó de nuevo. Esa vez, Lanning oyó claramente las palabras que Susan Calvin le había enseñado. Con melodiosa voz de celesta, repetía:

—Mami, te quiero. Mami, te quiero.

Y se oyeron los pasos de Susan Calvin apresurándose por el laboratorio para ir a atender a la única clase de niño que ella podía tener y amar.

# Veredicto (1957)

---

“A Loint of Paw”

Era indudable que Montie Stein, con fraudulenta astucia, había robado más de cien mil dólares. También era indudable que lo habían detenido un día después de expirar la ley de prescripción.

Pero el meollo del trascendental caso del Estado de Nueva York contra Montgomery Harlow Stein, con todas sus consecuencias, fue el modo en que Stein burló el arresto durante ese periodo, ya que introdujo en la cuarta dimensión la jurisprudencia.

Lo que hizo Stein, después de cometer el desfalco y embolsarse los cien mil, fue meterse en una máquina del tiempo, de la cual estaba en posesión ilícita, y programar los controles para siete años y un día en el futuro.

El abogado de Stein lo expresó con sencillez. Ocultarse en el tiempo no era diferente de ocultarse en el espacio. Si las fuerzas de la ley no descubrían a Stein en ese periodo de siete años, peor para ellas.

El fiscal señaló que la ley de prescripción no tenía la finalidad de ser un juego entre la justicia y el delincuente; era una medida misericordiosa, destinada a proteger al infractor de un temor indefinidamente prolongado al arresto. Para ciertos delitos se consideraba que un periodo limitado de aprensión por la aprehensión —por decirlo así— era ya un castigo suficiente. Pero Stein, insistió el fiscal, no había pasado por dicho periodo en ningún caso.

El abogado de Stein no se inmutó. La ley no decía nada acerca de medir el temor y la angustia del culpable. Simplemente, fijaba un límite de tiempo.

El fiscal afirmó que Stein no había superado ese límite.

El defensor alegó que Stein tenía ya siete años más que en el momento del delito y, por lo tanto, había superado el límite.

El fiscal cuestionó esa afirmación y la defensa presentó el certificado de nacimiento de Stein. Había nacido en el año 2973. En el año del delito, el 3004, tenía treinta y un años. En ese momento, trasladado al 3011, tenía treinta y ocho.

El fiscal gritó que fisiológicamente Stein no tenía treinta y ocho años, sino treinta y uno.

La defensa señaló que el derecho —una vez que se admitía que el individuo era dueño de sus facultades— sólo reconocía la edad cronológica, la cual se obtenía restando sencillamente la fecha de nacimiento de la fecha actual.

El fiscal, perdiendo los estribos, juró que si Stein quedaba en libertad la mitad de las leyes escritas serían inútiles.

Pues cambiemos las leyes, replicó la defensa, para que se tenga en cuenta el viaje por el tiempo. Pero añadió que mientras las leyes no se hubiesen modificado había

que aplicarlas tal como estaban escritas.

El juez Neville Preston se tomó una semana para reflexionar y, luego, presentó su sentencia. Fue un momento crucial en la historia del derecho. Es una lástima, pues, que algunas personas sospechen que el juez Preston estuvo influenciado en su criterio por el irresistible impulso de expresar la sentencia del modo en que lo hizo.

Pues el texto completo de la sentencia fue:

«Un nicho en el tiempo salva a Stein.»<sup>[4]</sup>

# Una estatua para papá (1959)

---

“A Statue for Father”

¿La primera vez? ¿De veras? Pero por supuesto que ha oído usted hablar de ello. Sí, estoy seguro.

Si le interesa el descubrimiento, créame que será para mí un placer contárselo. Es una historia que siempre me ha gustado narrar, pero pocas personas me brindan la oportunidad de hacerlo. Incluso me han aconsejado que la mantuviera en secreto, porque atenta contra las leyendas que proliferan en torno a mi padre.

Pero yo creo que la verdad es valiosa. Tiene su moraleja. Un hombre se pasa la vida consagrandos sus energías a satisfacer su curiosidad y de pronto, por accidente, sin habérselo propuesto, termina por ser un benefactor de la humanidad.

Papá era sólo un físico teórico que se dedicaba a investigar el viaje por el tiempo. Creo que nunca pensó en lo que el viaje por el tiempo podría significar para el Homo sapiens. Sentía curiosidad únicamente por las relaciones matemáticas que regían el universo.

¿Tiene hambre? Mejor así. Supongo que tardará cerca de media hora. Lo prepararán adecuadamente para un dignatorio como usted. Es una cuestión de orgullo.

Ante todo, papá era pobre como sólo puede serlo un profesor universitario. Pero con el tiempo se fue haciendo rico. En sus últimos años era fabulosamente rico, y en cuanto a mí, mis hijos y mis nietos..., bueno, ya lo ve con sus propios ojos.

También le han dedicado estatuas. La más antigua está en la ladera donde se realizó el descubrimiento. Puede verla por la ventana. Sí. ¿No distingue la inscripción? Claro, el ángulo es desfavorable. No importa.

Cuando papá se puso a investigar el viaje por el tiempo, la mayoría de los físicos estaban desilusionados, a pesar del entusiasmo que provocaron inicialmente los cronoembudos.

La verdad es que no hay mucho que ver. Los cronoembudos son totalmente irracionales e incontrolables. Sólo presentan una distorsión ondulante, de algo más de medio metro de anchura como máximo, y que desaparece rápidamente. Tratar de enfocar el pasado es como tratar de enfocar una pluma en medio de un turbulento huracán.

Intentaron sujetar el pasado con garfios, pero eso resultó igual de imprevisible. A veces funcionaba unos segundos, con un hombre aferrado con fuerza al garfio, aunque lo habitual era que el martinete no resistiera. No se obtuvo nada del pasado hasta que... Bien, ya llegaré a eso.

A1 cabo de cincuenta años de no progresar en absoluto, los científicos perdieron todo interés. La técnica operativa parecía un callejón sin salida. A1 recordar la

situación, no puedo echarles la culpa. Algunos incluso intentaron demostrar que los embudos no revelaban el pasado; pero se divisaron muchos animales vivos a través de los embudos, y se trataba de animales ya extinguidos en la actualidad.

De cualquier modo, cuando los viajes por el tiempo estaban casi olvidados ya, apareció papá. Convenció al Gobierno de que le suministrara fondos para instalar un cronoembudo propio, y abordó el asunto desde otro ángulo.

Yo lo ayudaba en aquella época. Acababa de salir de la universidad y era doctor en Física.

Sin embargo, nuestros intentos tropezaron con problemas al cabo de un año. Papá tuvo dificultades para lograr que le renovaran la subvención. Los industriales no estaban interesados, y la universidad pensaba que papá comprometía la reputación de la institución al empecinarse en investigar un campo muerto. El decano, que sólo comprendía el aspecto financiero de las investigaciones, empezó insinuándole que se pasara a áreas más lucrativas y terminó por expulsarlo.

Ese decano —que todavía vivía y seguía contando los dólares de las subvenciones cuando papá falleció— se sentiría de lo más ridículo cuando papá legó a la universidad un millón de dólares en su testamento, con un codicilo que cancelaba la herencia con el argumento de que el decano carecía de perspectiva de futuro. Pero eso fue tan sólo una venganza póstuma. Pues años antes...

No deseo entrometerme, pero le aconsejo que no coma más panecillos. Bastará con que tome la sopa despacio, para evitar un apetito demasiado voraz.

De cualquier modo, nos las apañamos. Papá conservó el equipo que había comprado con el dinero de la subvención, lo sacó de la universidad y lo instaló aquí.

Esos primeros años sin recursos fueron agobiantes, y yo insistía en que abandonara. Él no cejaba. Era tozudo y siempre se las ingeniaba para encontrar mil dólares cuando los necesitaba.

La vida continuaba, pero él no permitía que nada obstruyera su investigación. Mamá falleció; papá guardó luto y volvió a su tarea. Yo me casé, tuve un hijo y luego una hija. No siempre podía acompañarlo, pero él continuaba sin mí. Se rompió una pierna y siguió trabajando con la escayola puesta durante meses.

Así que le atribuyo todo el mérito. Yo ayudaba, por supuesto. Hacía funciones de asesoría y me encargaba de negociar con Washington. Pero él era el alma del proyecto.

A pesar de eso, no llegábamos a ninguna parte. Hubiera dado lo mismo tirar por uno de esos cronoembudos todo el dinero que lográbamos juntar, lo cual no quiere decir que hubiese podido atravesarlo.

A fin de cuentas, nunca conseguimos meter un garfio en un embudo. Sólo nos acercamos en una ocasión. El garfio había entrado unos cinco centímetros cuando el foco se alteró. Lo arrancó limpiamente y, en alguna parte del Mesozoico, hay ahora



una varilla de acero, construida por el hombre, oxidándose en la orilla de un río.

Hasta que un día, el día crucial, el foco se mantuvo durante diez largos minutos; algo para lo cual había menos de una probabilidad entre un billón. ¡Cielos, con qué frenesí instalamos las cámaras! Veíamos criaturas que se desplazaban ágilmente al otro lado del embudo.

Luego, para colmo de bienes, el cronoembudo se volvió permeable, y hubiéramos jurado que sólo el aire se interponía entre el pasado y nosotros. La baja permeabilidad debía de estar relacionada con la duración del foco, pero nunca pudimos demostrar que así fuera.

Por supuesto, no teníamos ningún garfio a mano. Pero la baja permeabilidad permitió que algo se desplazara del «entonces» al «ahora». Obnubilado, actuando por mero instinto, extendí el brazo y agarré aquello.

En ese momento perdimos el foco, pero ya no sentíamos amargura ni desesperación. Ambos observábamos sorprendidos lo que yo tenía en la mano. Era un puñado de barro duro y seco, completamente liso por donde había tocado los bordes del cronoembudo, y entre el barro había catorce huevos del tamaño de huevos de pato.

—¿Huevos de dinosaurio? —pregunté—. ¿Crees que es eso?

—Quizá. No podemos saberlo con certeza.

—¡A menos que los incubemos! —exclamé de pronto, con un entusiasmo incontenible. Los dejé en el suelo como si fueran de platino. Estaban calientes, con el calor del sol primitivo—. Papá, si los incubamos tendremos criaturas que llevan extinguidas más de cien millones de años. Será la primera vez que alguien trae algo del pasado. Si lo hacemos público...

Yo pensaba en las subvenciones, en la publicidad, en todo lo que aquello significaría para papá. Ya veía el rostro consternado del decano.

Pero papá veía el asunto de otra manera.

—Ni una palabra, hijo. Si esto se difunde, tendremos veinte equipos de investigación estudiando los cronoembudos, con lo que me impedirán progresar. No, una vez que haya resuelto el problema de los embudos, podrás hacer público todo lo que quieras. Hasta entonces, guardaremos silencio. Hijo, no pongas esa cara. Tendré la respuesta dentro de un año, estoy seguro.

Yo no estaba tan seguro, pero tenía la convicción de que esos huevos nos brindarían todas las pruebas que necesitábamos. Puse un gran horno a la temperatura de la sangre e hice circular aire y humedad. Conecté una alarma para que sonara en cuanto hubiese movimiento dentro de los huevos.

Se abrieron a las tres de la madrugada diecinueve días después, y allí estaban: catorce diminutos canguros con escamas verdosas, patas traseras con zarpas, muslos rechonchos y colas delgadas como látigos.

Al principio pensé que se trataba de tiranosaurios, pero eran demasiado pequeños. Pasaron meses, y comprendí que no alcanzarían mayor tamaño que el de un perro mediano.

Papá parecía defraudado, pero yo perseveré, con la esperanza de que me permitiera utilizarlos con fines publicitarios. Uno murió antes de la madurez y otro pereció en una riña. Pero los otros doce sobrevivieron, cinco machos y siete hembras. Los alimentaba con zanahorias picadas, huevos hervidos y leche, y les tomé bastante afecto. Eran tontorrones, pero tiernos; y realmente hermosos. Sus escamas...

Bueno, es una bobada describirlos. Las fotos publicitarias han circulado más que suficiente. Aunque, pensándolo bien, no sé si en Marte... Ah, también allí. Pues me alegro.

Pero pasó mucho tiempo antes de que esas fotos pudieran impresionar al público, por no mencionar la visión directa de aquellas criaturas. Papá se mantuvo intransigente. Pasaron tres años. No tuvimos suerte con los cronoembudos. Nuestro único hallazgo no se repitió, pero papá no se daba por vencido.

Cinco hembras pusieron huevos, y pronto tuve más de cincuenta criaturas en mis manos.

—¿Qué hacemos con ellas? —pregunté.

—Matarlas —contestó papá.

Yo no podía hacer tal cosa, por supuesto.

Henri, ¿está todo a punto? De acuerdo.

Cuando sucedió, ya habíamos agotado nuestros recursos. Estábamos sin blanca. Yo lo había intentado por todas partes sin conseguir nada más que rechazos. Casi me alegraba, porque pensaba que así papá tendría que ceder. Pero él, firme ante la adversidad, preparó fríamente otro experimento

Le juro que si no hubiera ocurrido el accidente jamás habríamos encontrado la verdad. La humanidad habría quedado privada de una de sus mayores bendiciones.

A veces ocurren cosas así. Perkin detecta un tinte rojo en la suciedad y descubre las tinturas de anilina. Remsen se lleva un dedo contaminado a los labios y descubre la sacarina. Goodyear deja caer una mixtura en la estufa y descubre el secreto de la vulcanización.

En nuestro caso fue un dinosaurio joven que entró en el laboratorio. Eran tantos que yo no podía vigilarlos a todos.

El dinosaurio atravesó dos puntos de contacto que estaban abiertos, justo allí, donde ahora está la placa que conmemora el acontecimiento. Estoy convencido de que esa coincidencia no podría repetirse en mil años. Estalló un fogonazo y el cronoembudo que acabábamos de configurar desapareció en un arco iris de chispas.

Ni siquiera entonces lo comprendimos. Sólo sabíamos que la criatura había provocado un cortocircuito, estropeando un equipo de cien mil dólares, y que

estábamos en plena bancarrota. Lo único que podíamos mostrar era un dinosaurio achicharrado. Nosotros estábamos ligeramente chamuscados, pero el dinosaurio recibió toda la concentración de energías de campo. Podíamos olerlo. El aire estaba saturado con su aroma. Papá y yo nos miramos atónitos. Lo recogí con un par de tenacillas. Estaba negro y calcinado por fuera; pero las escamas quemadas se desprendieron al tocarlas, arrancando la piel, y debajo de la quemadura había una carne blanca y firme que parecía pollo.

No pude resistir la tentación de probarla, y se parecía a la del pollo tanto como Júpiter se parece a un asteroide.

Me crea o no, con nuestra labor científica reducida a escombrosos, nos sentamos allí a disfrutar del exquisito manjar que era la carne de dinosaurio. Había partes quemadas y partes crudas, y estaba sin condimentar; pero no paramos hasta dejar limpios los huesos.

—Papá —dije finalmente—, tenemos que criarlos sistemáticamente con propósitos alimentarios.

Papá tuvo que aceptar. Estábamos totalmente arruinados.

Obtuve un préstamo del banco cuando invité a su presidente a cenar y le serví dinosaurio.

Nunca ha fallado. Nadie que haya saboreado lo que hoy llamamos «dinopollo» se conforma con los platos normales. Una comida sin dinopollo no es más que un alimento que ingerimos para sobrevivir. Sólo el dinopollo es comida.

Nuestra familia aún posee la única bandada de dinopollos existente y seguimos siendo los únicos proveedores de la cadena mundial de restaurantes —la primera y más antigua— que ha crecido en torno de ellos.

Pobre papá. Nunca fue feliz, salvo en esos momentos en que comía dinopollo. Continuó trabajando con los cronoembudos, al igual que muchos oportunistas que pronto se sumaron a las investigaciones, tal como él había previsto. Pero no se ha logrado nada hasta ahora; nada, excepto el dinopollo.

*Ah, Pierre, gracias. ¡Un trabajo superlativo! Ahora, caballero, permítame que lo trinche. Sin sal, y con apenas una pizca de salsa. Eso es... Ah, ésa es la expresión que siempre veo en la cara de un hombre que saborea este manjar por primera vez.*

La humanidad, agradecida, aportó cincuenta mil dólares para construir la estatua de la colina, pero ni siquiera ese tributo hizo feliz a papá.

Él no veía más que la inscripción: «El hombre que proporcionó el dinopollo al mundo.»

Y hasta el día de su muerte sólo deseó una cosa: hallar el secreto del viaje por el tiempo. Aunque fue un benefactor de la humanidad, murió sin satisfacer su curiosidad.

## Aniversario (1959)

---

“Anniversary”

Los preparativos para el rito anual habían concluido.

Aquel año se celebraba en casa de Moore, y la señora Moore y sus pequeños pasarían resignadamente la velada en casa de la madre de ella.

Con una débil sonrisa en los labios, Warren Moore examinó la habitación. Al principio, la celebración sólo se mantenía gracias al entusiasmo de Mark Brandon, pero Moore había llegado a apreciar aquel recuerdo. Tal vez fuera cosa de la edad, de los veinte años pasados. Su sensiblería aumentaba a la par que su barriga y su calvicie.

Así que todas las ventanas estaban polarizadas, en oscuridad total, y las cortinas se encontraban corridas. Sólo algunos puntos de la pared se hallaban iluminados, evocando la escasa luz y el espantoso aislamiento del día del accidente.

Sobre la mesa había raciones espaciales, con formas de varillas y de tubos, y en el centro resplandecía una botella de acuaverde Jabra, el potente brebaje que sólo la actividad química de los hongos marcianos podía suministrar.

Moore miró su reloj. Brandon llegaría pronto; nunca llegaba tarde a esa reunión. Estaba intrigado por lo que Brandon le había dicho por el tubo: «Warren, esta vez tengo una sorpresa. Espera y verás. Espera y verás.»

Brandon parecía no envejecer. A sus cuarenta años, no sólo conservaba la silueta, sino la vitalidad. Aún se entusiasmaba con lo bueno y se exasperaba con lo malo. El cabello se le estaba encaneciendo, pero, salvo por ese detalle, cuando Brandon se paseaba de un lado a otro, hablando de cualquier cosa a voz en grito y a toda velocidad, Moore no necesitaba cerrar los ojos para ver al asustado joven que sobrevivió al naufragio del Reina de Plata.

Llamaron a la puerta y Moore la activó sin girarse.

—Entra, Mark.

—¿Señor Moore? —dijo una voz extraña y tímida.

Moore se volvió. También estaba Brandon, pero al fondo, sonriendo con entusiasmo. Delante de él había un individuo bajo, regordete, calvo por completo, de piel muy morena y con aspecto de veterano del espacio.

—¿Mike Shea...? ¡Mike Shea, santísimo espacio!

Se estrecharon la mano, riéndose.

—Se puso en contacto conmigo en mi despacho —explicó Brandon—. Recordó que yo trabajaba en Productos Atómicos...

—Han pasado un montón de años —comentó Moore—. Veamos, estuviste en la Tierra hace doce años...

—Nunca ha venido a un aniversario —le interrumpió Brandon—. ¿Qué me dices?

Ahora se retira. Abandonará el espacio para irse a una propiedad que ha adquirido en Arizona. Ha pasado a saludarnos antes de marcharse. Vino a la ciudad para eso, y yo creí que venía por lo del aniversario. «¿Qué aniversario?», me preguntó el muy tonto.

Shea asintió sonriendo.

—Me ha dicho que lo celebráis todos los años.

—¡Claro que sí! —exclamó Brandon—. Y esta vez será la primera en que estaremos los tres, el primer aniversario de verdad. Son veinte años, Mike; veinte años desde que Warren salió de ese cascajo para llevarnos hasta Vesta.

Shea echó un vistazo alrededor.

—Raciones espaciales, ¿eh? Yo las consumo todas las semanas. Y Jabra. Ah, claro, ya recuerdo... Veinte años. Jamás he pensado en ello y de pronto parece que fuera ayer. ¿Os acordáis de cuando al fin regresamos a la Tierra?

—Ya lo creo —respondió Brandon—. Los desfiles, los discursos. Warren era el único héroe del acontecimiento y nosotros insistíamos en ello, pero no nos prestaban atención ¿Os acordáis?

—En fin —dijo Moore—, fuimos los primeros en sobrevivir a una colisión en el espacio. Era algo inusitado, y lo inusitado merece una celebración. Estas cosas son irracionales.

—¿Recordáis las canciones que compusieron? —preguntó Shea—. Esa marcha... «Podéis cantar sobre las rutas del espacio y el ritmo desenfrenado del...».

Brandon se le unió con su clara voz de tenor e incluso Moore sumó su voz al coro, hasta el punto de que la última línea sonó estentórea como para agitar las cortinas.

—«En las ruinas del Reina de Plata» —vociferaron, y soltaron una estruendosa risotada.

—Abramos el Jabra para el primer sorbo —propuso Brandon—. Esta botella debe durar toda la noche.

—Mark insiste en la fidelidad total —explicó Moore—. Me sorprende que no me pida que salga por la ventana y eche a volar en torno del edificio.

—Pues no es mala idea —bromeó Brandon.

—¿Recordáis nuestro último brindis? —Shea alzó el vaso vacío y entonó—: Caballeros, por la provisión anual de KO que supimos guardar. Estábamos ebrios cuando aterrizamos. Vaya, éramos jóvenes. Yo tenía treinta años y me creía un viejo. Y ahora —añadió en un tono melancólico— me han retirado.

—¡Bebe! —lo animó Brandon—. Hoy vuelves a tener sed, y recordamos aquel día en el Reina de Plata aunque todos lo olviden. Público ingrato y voluble.

Moore se rió.

—¿Qué esperabas? ¿Una fiesta nacional cada año, con raciones espaciales y Jabra, la comida y la bebida del ritual?

—Escucha, seguimos siendo los únicos hombres que han sobrevivido a una colisión en el espacio. Y míranos. Nadie nos recuerda.

—Enhorabuena. A fin de cuentas lo pasamos bien y la publicidad nos dio un buen impulso. Nos va bien, Mark. Y también le iría bien a Mike Shea si no hubiera querido regresar al espacio.

Shea sonrió y se encogió de hombros.

—Me gusta estar allí y no me arrepiento. Con la indemnización del seguro que me dieron, cuento con bastante dinero para retirarme.

—La colisión fue un gran traspies para Seguros Transespaciales —comentó Brandon en un tono evocador—. Aun así, todavía falta algo. Uno habla del Reina de Plata actualmente y la gente sólo piensa en Quentin, si es que piensa en alguien.

—¿En quién? —preguntó Shea.

—Quentin. El profesor Horace Quentin. Una de las víctimas. Si hablas de los tres supervivientes, te miran sin entender.

—Vamos, Mark, reconócelo —medió Moore—. El profesor Quentin era uno de los grandes científicos del mundo y nosotros tres no somos nadie.

—Sobrevivimos. Seguimos siendo los únicos que han sobrevivido.

—¿Y qué? Mira, John Hester iba a bordo, y él también era un científico importante. No tanto como Quentin, pero importante. Yo estaba junto a él en esa última cena, cuando el meteoro chocó con nosotros. Bueno, pues sólo porque Quentin murió en el accidente mismo, la muerte de Hester se olvidó. Nadie recuerda que Hester murió en el Reina de Plata. Sólo se acuerdan de Quentin. También a nosotros nos han olvidado, pero al menos estamos vivos.

—Te diré una cosa —dijo Brandon después de una pausa, durante la cual la explicación de Moore no surtió ningún efecto—, somos náufragos una vez más. Hace veinte años éramos náufragos frente a Vesta. Hoy somos náufragos del olvido. Ahora los tres estamos reunidos de nuevo, y lo que ocurrió antes puede volver a ocurrir. Hace veinte años, Warren nos llevó hasta Vesta. Resolvamos este nuevo problema.

—¿Lo de vencer al olvido, quieres decir? —preguntó Moore—. ¿Hacernos famosos?

—Claro. ¿Por qué no? ¿Conoces un mejor modo de celebrar un vigésimo aniversario?

—No, pero me gustaría saber por dónde quieres empezar. No creo que la gente recuerde el Reina de Plata, excepto por Quentin, así que tendrás que pensar en alguna forma de evocar el accidente. Sólo para empezar.

Una expresión pensativa cruzó el chato semblante de Shea.

—Algunas personas se acuerdan del Reina de Plata. La compañía de seguros lo recuerda, y eso es extraño, ahora que tocáis el tema. Hace diez u once años, estuve en Vesta y pregunté que si los restos de la nave aún estaban allí. Me dijeron que sí, que

nadie tenía intención de llevárselos. Así que pensé en echarles un vistazo y fui hacia allá con un motor de reacción sujeto a la espalda. En la gravedad de Vesta, sólo se necesita un motor de reacción. De todos modos, sólo pude ver la nave a lo lejos. Estaba rodeada por un campo de fuerza.

Brandon enarcó las cejas.

—¿El Reina de Plata? ¿Y por qué?

—Regresé y pregunté el porqué. No me lo explicaron, y me dijeron que no sabían que yo pensaba ir allí. Me dijeron que pertenecía a la compañía de seguros.

Moore movió la cabeza afirmativamente.

—Claro. Se quedaron con los restos después de pagar. Yo firmé la cesión, renunciando a los derechos de mi prima de salvamento cuando acepté el cheque de la indemnización. Y supongo que vosotros también.

—¿Pero por qué el campo de fuerza? —se extrañó Brandon—. ¿Por qué tanto secreto?

—No lo sé.

—Esos restos no valen nada, excepto como chatarra. Costaría demasiado transportarlos.

—Exacto —asintió Shea—. Pero lo más extraño es que se traían trozos desde el espacio, y había una pila de piezas retorcidas. Pregunté y me dijeron que siempre aterrizaban naves con más restos y que la compañía de seguros pagaba un precio fijo por cada fragmento del Reina de Plata, así que las naves que volaban en las inmediaciones de Vesta siempre buscaban algo. En mi último viaje, fui a ver de nuevo el Reina de Plata y la pila era mucho más grande.

A Brandon le brillaron los ojos.

—¿Quieres decir que todavía siguen buscando?

—No lo sé. Tal vez ya no lo hagan. Pero la pila era mucho mayor que hace diez años, así que en ese momento todavía buscaban.

Brandon se reclinó en la silla y cruzó las piernas.

—Vaya, eso es muy raro. Una austera compañía de seguros gasta dinero y explora el espacio de las inmediaciones de Vesta para hallar piezas de una nave destruida veinte años atrás.

—Tal vez intenta probar que hubo sabotaje —aventuró Moore.

—¿Después de veinte años? Aunque lo probaran, no recuperarían el dinero. Es un asunto liquidado.

—Quizás hayan dejado de buscar hace años.

Brandon se levantó con aire decidido.

—Preguntemos. Aquí hay algo raro, y el acuaverde Jabra y este aniversario me han embriagado lo suficiente como para querer averiguarlo.

—Claro —dijo Shea—, pero ¿a quién le preguntamos?

—A Multivac —respondió Brandon.

Shea abrió los ojos.

—¡Multivac! Oye, Moore, ¿tienes un terminal de Multivac aquí?

—Sí.

—Nunca he visto ninguno y siempre he querido verlos.

—No es gran cosa, Mike. Parece una máquina de escribir. No confundas un terminal de Multivac con Multivac mismo. No conozco a nadie que haya visto Multivac.

Moore sonrió ante la idea. No creía que jamás llegara a conocer a ninguno de los pocos técnicos que se pasaban la mayor parte de sus días laborales en un lugar oculto en las entrañas de la Tierra, cuidando de un superordenador de un kilómetro y medio de longitud que era depositario de todos los datos conocidos por el hombre y que dirigía la economía humana, guiaba las investigaciones científicas, contribuía a tomar decisiones políticas y tenía millones de circuitos libres para responder a preguntas personales que no atentaran contra la intimidad.

Mientras subían al segundo piso por la rampa de potencia, Brandon comentó:

—He pensado en instalar un terminal Multivac para los niños. Las tareas escolares y todo eso, ya sabéis. Pero no quiero que se convierta en una especie de sostén caro y vistoso. ¿Cómo te las apañas tú, Warren?

—Primero me enseñan las preguntas —respondió Moore—. Si yo no las apruebo, Multivac no las ve.

El terminal de Multivac era en efecto una especie de máquina de escribir.

Moore fijó las coordenadas que abrían su sector de la red de circuitos planetarios.

—Ahora, escuchad un momento. Quiero dejar constancia de que me opongo a esto y sólo os sigo el juego porque es el aniversario y porque soy tan bobo como para sentir curiosidad. ¿Cómo expreso la pregunta?

Brandon dijo:

—Pregunta esto: ¿Sigue Seguros Transespaciales buscando restos del Reina de Plata en las cercanías de Vesta? Eso únicamente requiere un sí o un no.

Moore se encogió de hombros y tecleó, mientras Shea observaba con admiración reverente.

—¿Cómo responde? —preguntó—. ¿Habla?

Moore sonrió.

—Oh, no, no puedo gastar tanto dinero. Este modelo imprime la respuesta en un papel que sale por esa ranura.

Mientras hablaba, salió una tira de papel. Moore lo cogió y le echó un vistazo.

—Vamos a ver. Multivac dice que sí.

—¡Ja! —exclamó Brandon—. Te lo dije. Ahora pregunta por qué.

—Es una tontería. Es evidente que esa pregunta atenta contra la intimidad. Sólo



sale un papel amarillo que te pide que especifiques tus razones.

—Pregunta y averígualo. La búsqueda de los fragmentos no es secreta. Tal vez la razón tampoco lo sea.

Moore se encogió de hombros. Tecleó: «¿Por qué Seguros Transespaciales está llevando a cabo este proyecto de búsqueda de fragmentos del Reina de Plata que se mencionó en la pregunta anterior?»

Un papel amarillo salió casi de inmediato: «Especifique razones para solicitar información requerida.»

—De acuerdo —insistió Brandon, sin amilanarse—. Dile que somos los tres supervivientes y que tenemos derecho a saberlo. Adelante. Díselo.

Moore lo tecleó con una frase neutra y surgió otro papel amarillo: «Razón insuficiente. Imposible dar respuesta.»

—No creo que tengan derecho a mantener eso en secreto —se obstinó Brandon.

—Eso depende de Multivac —replicó Moore—. Juzga las razones presentadas y decide si se ve afectada la ética de la intimidad. El Gobierno mismo no podría atentar contra esa ética sin una orden judicial, y los tribunales rara vez se pronuncian en contra de Multivac. ¿Qué piensas hacer?

Brandon se puso de pie y, según su costumbre, empezó a pasear por la habitación.

—De acuerdo. Entonces, deduzcámoslo por nuestra cuenta. Es algo tan importante como para justificar tanta molestia. Hemos convenido en que no intentan hallar pruebas de sabotaje, pues han pasado veinte años. Pero Transespaciales debe de estar buscando algo tan valioso que merece la pena. ¿Qué podría ser tan valioso?

—Mark, eres un soñador —comentó Moore.

Brandon no le prestó atención.

—No pueden ser alhajas, dinero ni títulos. No podría haber suficiente como para compensar el coste de la búsqueda. Ni siquiera aunque el Reina de Plata fuera de oro puro. ¿Qué podría ser más valioso?

—No puedes juzgar el valor, Mark. Una carta podría valer un céntimo como papel y, sin embargo, significar cien millones de dólares para una empresa, según lo que se dijera en la carta.

Brandon asintió vigorosamente.

—Correcto. Documentos. Papeles valiosos. ¿Quién podría tener papeles que valieran miles de millones en ese viaje?

—¿Cómo saberlo?

—¿Qué me decís del profesor Horace Quentin? ¿Qué opinas, Warren? La gente lo recuerda porque era importante. ¿Qué pasa con los papeles que quizá llevaba consigo? Detalles de un nuevo descubrimiento, tal vez. Demonios, si al menos lo hubiera visto durante la travesía, tal vez me hubiera dicho algo mientras charlábamos. ¿Alguna vez lo viste tú, Warren?

—Que yo recuerde, no. Al menos no hablé con él. Así que una charla queda descartada en mi caso. Aunque quizá me haya cruzado con él sin saberlo.

—No, no creo —intervino Shea, repentinamente pensativo—. Creo recordar algo. Había un pasajero que jamás abandonaba su cabina. El camarero lo comentaba. Ni siquiera salía a comer.

—¿Quentin? —preguntó Brandon, dejando de caminar para mirar ávidamente al veterano del espacio.

—Tal vez, Brandon. Quizá fuera él. No recuerdo que nadie dijese que lo era. No me acuerdo. Pero debía de ser un tipo importante, porque en una nave espacial nadie se preocupa de llevar la comida a una cabina a menos que el pasajero sea alguien importante.

—Y Quentin era el tipo más importante a bordo —señaló Brandon, con satisfacción—. Así que llevaba algo en la cabina. Algo muy valioso. Algo que tenía oculto.

—Tal vez sufría de mareo espacial —objetó Moore—, sólo que...

Frunció el ceño y guardó silencio.

—Adelante —le urgió Brandon—. ¿También recuerdas algo?

—Puede ser. Te he dicho que me senté junto al doctor Hester en esa última cena. Comentó que estaba deseando conocer al profesor Quenfin durante el viaje y que no había tenido suerte.

—¡Claro! —exclamó Brandon—. ¡Porque Quentin no salía de la cabina!

—Hester no dijo eso. Pero nos pusimos a hablar de Quentin. ¿Qué fue lo que dijo? —Moore se apoyó las manos en las sienes, como exprimiéndose para extraer un recuerdo de veinte años atrás—. No me acuerdo de las palabras exactas, pero comentó que Quentin era un histrión, un esclavo del melodrama o algo parecido, y que se dirigían a una conferencia científica a Ganimedes y Quentin ni siquiera había anunciado el título de su ponencia.

—Todo encaja —dijo Brandon, echando a andar nuevamente—. Había hecho un gran descubrimiento y lo mantenía en secreto porque pensaba revelarlo en la conferencia de Ganimedes con un gran efecto teatral. No salía de la cabina porque temía que Hester quisiera sonsacarle algo, y lo hubiera hecho, sin duda. Y entonces la nave chocó contra esa roca y Quentin murió. Seguros Transespaciales investigó, oyó rumores sobre el descubrimiento y pensó que si lograba controlarlo recobraría sus pérdidas y mucho más. Así que se apropió de la nave y desde entonces están buscando los papeles de Quentin entre los restos.

Moore sonrió afectuosamente.

—Mark, es una hermosa fábula. Disfruto esta velada con sólo ver cómo inventas tanto a partir de nada.

—A partir de nada, ¿eh? Vamos a preguntarle de nuevo a Multivac. Este mes te

pagaré la cuenta.

—No te preocupes, no hace falta. Pero, si no te molesta, subiré la botella de Jabra. Necesito un sorbo más para alcanzarte.

—También yo —se apuntó Shea.

Brandon se sentó ante la máquina de escribir. Los dedos le temblaban de ansiedad cuando tecleó: «¿Cuál era la índole de las últimas investigaciones del profesor Horace Quentin?»

Moore había regresado con la botella y unos vasos cuando salió la respuesta; esa vez, en papel blanco. Era una respuesta larga y en letra pequeña, y enumeraba artículos científicos publicados en revistas de veinte años atrás.

Moore le echó una ojeada.

—No soy físico, pero parece que estaba interesado en la óptica.

Brandon sacudió la cabeza con impaciencia.

—Pero todo eso está publicado. Queremos algo que aún no hubiera publicado.

—Nunca averiguaremos nada sobre eso.

—La compañía de seguros lo averiguó.

—Ésa es sólo tu teoría.

Brandon se acariciaba la barbilla con mano trémula.

—Déjame hacerle una pregunta más a Multivac.

Se sentó de nuevo y tecleó: «Quiero el nombre y el número de tubo de los colegas aún vivos del profesor Horace Quentin, los que se contaban entre sus allegados en la universidad donde él enseñaba.»

—¿Cómo sabes que enseñaba en una universidad? —preguntó Moore.

—Si no es así, Multivac nos lo dirá.

Salió un papel. Sólo contenía un nombre.

—¿Piensas llamar a ese hombre? —preguntó Moore.

—Claro que sí. Otis Fitzsimmons, con un número de tubo de Detroit. Warren, ¿puedo...?

—Adelante. Sigue siendo parte del juego.

Brandon marcó la combinación en el teclado del tubo de Moore. Respondió una voz femenina. Brandon preguntó por el profesor Fitzsimmons y hubo una breve pausa. Luego, contestó una voz vieja y chillona:

—Profesor Fitzsimmons —dijo Brandon—, represento a Seguros Transespaciales en el tema del difunto profesor Horace Quentin...

—Por amor de Dios, Mark —susurró Moore, pero Brandon lo contuvo con un gesto perentorio.

Hubo una pausa tan larga como si hubiera un fallo en las comunicaciones, pero finalmente la vieja voz respondió:

—¿Otra vez? ¿Después de tantos años?

Brandon chascó los dedos en un incontenible gesto de triunfo, pero conservó el aplomo.

—Seguimos intentando averiguar, profesor, si usted recuerda nuevos detalles sobre algo que el profesor Quentín llevara consigo en ese último viaje y se relacionara con su último descubrimiento inédito.

—Demonios —fue la enfadada respuesta—, ya le he dicho que no lo sé. No quiero que me molesten más con ese asunto. No sé si había algo. El hizo insinuaciones, pero siempre las hacía sobre un artilugio u otro.

—¿Qué artilugio, profesor?

—Le digo que no lo sé. Una vez usó un nombre y se lo dije a ustedes. No creo que tenga importancia.

—Ese nombre no figura en nuestra documentación, profesor.

—Bien, pues debería. ¿Cómo era? Ah, sí. Un opticón.

—¿Con ka?

—Con ce o con ka. No lo sé ni me importa. Por favor, no quiero que vuelvan a molestarme por esto. Adiós.

Seguía refunfuñando cuando la línea se perdió.

Brandon estaba complacido.

—Mark —lo reprendió Moore—, eso es lo más estúpido que has podido hacer. Es ilegal usar una identidad fraudulenta en el tubo. Si él quiere crearte problemas...

—¿Por qué iba a hacerlo? Ya lo ha olvidado. ¿No lo entiendes, Warren? Transespaciales ha preguntado por lo mismo. Él insistía en que ya lo había explicado antes.

—De acuerdo. Pero eso ya lo suponías. ¿Qué más sabes ahora?

—También sabemos que el artilugio de Quentin se llamaba opticón.

—Fitzsimmons no parecía muy seguro. De todos modos, como ya sabemos que hacia el final se especializaba en óptica, un nombre como opticón no significa un gran adelanto.

—Y Seguros Transespaciales está buscando el opticón o unos papeles relacionados con él. Tal vez Quentin se guardaba los detalles y sólo tenía un modelo del instrumento. Shea nos ha contado que estaban recogiendo objetos de metal, ¿verdad?

—Había mucho metal en esa pila —asintió Shea.

—Lo dejarían en el espacio si estuvieran buscando papeles, así que de eso se trata, de un instrumento que quizá se llame opticón.

—Aunque todas tus teorías sean correctas, Mark, y estemos buscando un opticón, esa búsqueda es absolutamente inútil —afirmó Moore—. Dudo que más del diez por ciento de los restos permanezcan en la órbita de Vesta. La velocidad de fuga de Vesta es prácticamente inexistente. Sólo un impulso fortuito en una dirección fortuita y a

una velocidad fortuita puso en órbita nuestro sector de la nave. El resto desapareció, se esparció por todo el sistema solar en todas las órbitas concebibles en torno del Sol.

—Ellos han recogido fragmentos.

—Sí, el diez por ciento que logró ponerse en la órbita de Vesta. Eso es todo.

Brandon no se daba por vencido.

—Supongamos que estaba allí y no lo encontraron. Alguien pudo haberseles adelantado.

Mike Shea se echó a reír.

—Nosotros estuvimos allí, pero, desde luego, sólo escapamos con el pellejo encima, y dimos gracias por ello. ¿Quién más?

—Correcto, y si alguien más lo encontró, ¿por qué lo mantiene en secreto?

—Tal vez no sabe qué es.

—¿Entonces cómo...? —Moore se interrumpió y se volvió hacia Shea—. ¿Qué has dicho?

Shea se quedó desconcertado.

—¿Quién, yo?

—Has dicho que nosotros estuvimos allí. —Moore entrecerró los ojos. Sacudió la cabeza como para despejarla y susurró—: ¡Gran galaxia!

—¿Qué ocurre? —preguntó Brandon—. ¿Qué pasa, Warren?

—No estoy seguro. Estás volviéndome loco con tus teorías. Tan loco que empiezo a tomarlas en serio. ¿Sabes que sí nos llevamos algunas cosas con nosotros? Además de la ropa y las pertenencias personales. Al menos, yo me llevé algo.

—¿Qué?

—Fue cuando me abría paso por el casco de la nave en ruinas... ¡Santo espacio, es como si estuviera allí, lo veo con tanta claridad...! Cogí algunos objetos y los guardé en el bolsillo de mi traje espacial. No sé por qué. No las tenía todas conmigo y lo hice sin pensar. Y, bueno, me quedé con ellos, como recuerdo. Los traje a la Tierra.

—¿Dónde están?

—No lo sé. Nos hemos mudado varias veces, ya lo sabes.

—No los habrás tirado, ¿verdad?

—No, pero cuando te trasladas de casa se extravían cosas.

—Si no las tiraste, deben de estar en alguna parte de esta casa.

—Si no se han perdido. Juro que no recuerdo haberlas visto en quince años.

—¿Qué cosas eran?

—Una pluma estilográfica, que yo recuerde; una verdadera antigüedad, de las que llevaban un cartucho con tinta. Pero lo que me tiene desconcertado es que el otro objeto era unos prismáticos de no más de quince centímetros de longitud. ¿Entendéis a qué me refiero? ¡Unos prismáticos!

—¡Un opticon! —exclamó Brandon—. ¡Claro!

—Es sólo una coincidencia —agregó Moore, tratando de recobrar la cordura—. Sólo una extraña coincidencia.

Pero Brandon no lo creía así.

—¡Claro que no es una coincidencia! Transespaciales no pudo hallar el opticon entre los restos de la nave ni en el espacio porque lo tenías tú.

—Estás chiflado.

—Vamos, tenemos que encontrar esa cosa.

Moore resopló.

—Bien, miraré, si eso es lo que quieres, pero dudo que lo encuentre. Empezaremos por el desván. Es el lugar más lógico.

Shea se rió entre dientes.

—El lugar más lógico suele ser el menos indicado para buscar.

Pero todos enfilaron hacia la rampa de potencia y subieron un piso más.

El desván olía a moho y a desuso. Moore puso en marcha el condensatrón.

—Hace dos años que no condensamos el polvo. Eso os muestra que no vengo con frecuencia. Bien, veamos... De estar en alguna parte, sería en mi colección de soltero. Me refiero a los cachivaches que reunía antes de casarme. Podemos empezar por aquí.

Se puso a hojear el contenido de unas carpetas de plástico mientras Brandon miraba ansiosamente por encima del hombro.

—¿Qué te parece? —dijo Moore—. Mi anuario de la universidad. Era aficionado al audio en esos tiempos, un verdadero fanático. Logré grabar la voz con la imagen de cada estudiante de este álbum. —Acarició con afecto la cubierta—. Cualquiera juraría que aquí están las fotos tridimensionales habituales, pero todas tienen aprisionada la... —Notó que Brandon lo miraba ceñudo—. De acuerdo, seguiré buscando.

Dejó las carpetas y abrió un baúl de pesada y anticuada madera falsa. Separó el contenido de los diversos compartimentos.

—Oye, ¿qué es eso? —preguntó Brandon.

Señaló un pequeño cilindro que salió rodando por el suelo con un pequeño sonido sordo.

—¡La pluma! —exclamó Moore—. ¡Es ésa! Y aquí están los prismáticos. Ninguna de las dos cosas funciona, por supuesto. Ambas están estropeadas. A1 menos, supongo que la pluma está rota, porque dentro suena algo que está suelto. ¿Lo oís? No tenía la menor idea de cómo llenarla, así que nunca he sabido si funcionaba. Hace años que no fabrican cartuchos de tinta.

Brandon la sostuvo bajo la luz.

—Tiene unas iniciales.

—¿Sí? No recuerdo haberlas visto.

—Están bastante desgastadas. Parecen ser J.K.Q.

—¿Q?

—Exacto, y es una inicial rara para un apellido. La pluma debía de ser de Quentin. Un recuerdo sentimental o un amuleto. Tal vez perteneció a un bisabuelo suyo de la época en que se usaban estas plumas; algún bisabuelo llamado Jason Knight Quentin o Judah Kent Quentin o algo parecido. Podemos comprobar los nombres de los antepasados de Quentin a través de Multivac.

Moore movió la cabeza afirmativamente.

—Creo que sí. Como ves, me has vuelto tan loco como tú.

—Y si es así se demuestra que la cogiste del cuarto de Quentin. Así que también cogerías allí los prismáticos.

—Aguarda. No recuerdo haber cogido las dos cosas en el mismo lugar. No me acuerdo muy bien de mi trayecto por el exterior de la nave.

Brandon cambió de posición los prismáticos bajo la luz.

—Aquí no hay iniciales.

—¿Esperabas alguna?

—No veo nada, excepto esta estrecha marca de unión. —Pasó la uña del pulgar por el fino surco que rodeaba los prismáticos cerca del extremo más grueso. Trató en vano de hacer que girase—. Es de una sola pieza. —Se los puso ante los ojos—. Esto no funciona.

—Ya te he dicho que estaba roto. No tiene lentes...

—Cabe esperar algún desperfecto cuando una nave espacial choca contra un meteoro de cierto tamaño y se hace trizas —intervino Shea.

—De modo que aunque fuera esto... —dijo Moore, de nuevo pesimista—, aunque esto fuera el opticón, no nos serviría de nada.

Tomó los prismáticos y palpó los bordes vacíos.

—Ni siquiera se sabe dónde iban las lentes. No encuentro el surco donde pudieron estar colocadas. Es como si nunca... ¡Eh! —exclamó de pronto.

—¿Qué pasa? —se alarmó Brandon.

—¡El nombre! ¡El nombre del artilugio!

—¿Opticón?

—¡No! Cuando hablaste con Fitzsimmons por el tubo, todos entendimos «un opticón».

—Bueno, eso es lo que dijo.

—Claro —lo secundó Shea—. Yo también le oí.

—Eso creímos. Pero sólo dijo el nombre, una palabra. Anopticón. No dijo «un opticón», dos palabras, sino «anopticón», una sola palabra.

—¿Y cuál es la diferencia? —preguntó Brandon.

—Enorme. Un opticón sería un instrumento con lentes, pero anopticón tiene el prefijo griego «an-», que significa «no». Las palabras de origen griego lo usan para

indicar algo negativo. Anarquía significa «falta de gobierno», anemia significa «falta de sangre», anónimo significa «falta de nombre», y anopticón significa...

—¡Falta de lentes! —exclamó Brandon.

—¡Exacto! Quentin debía de estar trabajando en un aparato óptico sin lentes, y tal vez éste no esté roto.

—Pero no se ve nada al mirar por él —objetó Shea.

—Debe de estar colocado en neutro —señaló Moore—. Habrá algún modo de regularlo.

Igual que Brandon antes, lo sujetó con ambas manos y trató de hacerlo girar en torno del surco. Aumentó la presión, gruñendo.

—No lo rompas —le advirtió Brandon.

—Está cediendo. O bien se supone que es rígido, o bien la corrosión lo ha atascado. —Se detuvo, miró el instrumento con impaciencia y se lo llevó de nuevo al ojo. Dio media vuelta, despolarizó una ventana y miró las luces de la ciudad—. Que me arrojen al espacio —murmuró, con el aliento entrecortado.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —se excitó Brandon.

El atónito Moore le entregó el instrumento y Brandon se lo llevó a los ojos y exclamó:

—¡Es un telescopio!

—¡Déjame ver! —dijo Shea.

Pasaron casi una hora con él, convirtiéndolo en telescopio al hacerlo girar en una dirección y en microscopio al hacerlo girar en la contraria.

—¿Cómo funciona? —preguntaba una y otra vez Brandon.

—No lo sé —repetía Moore. Finalmente dijo—: Estoy seguro de que tiene que ver con campos de fuerza concentrados. Actuamos contra una considerable resistencia de campo. Con instrumentos de mayor tamaño, se requerirá un ajuste de la potencia.

—Un truco bastante ingenioso —comentó Shea.

—Es algo más —agregó Moore—. Apuesto a que representa un giro totalmente nuevo en física teórica. Concentra la luz sin lentes y se puede ajustar para recoger luz en una superficie cada vez más amplia sin cambios en la longitud focal. Estoy seguro de que podríamos reproducir el telescopio de quinientas pulgadas de Ceres en una dirección y un microscopio electrónico en la otra. Más aún, no veo ninguna aberración cromática, así que debe de curvar igualmente la luz de todas las longitudes de onda. Tal vez también curve ondas de radio y rayos gamma. Tal vez distorsione la gravedad, si la gravedad es una especie de radiación. Tal vez...

—¿Vale dinero? —preguntó Shea secamente.

—Muchísimo, si alguien supiera cómo funciona.

—Entonces, no iremos a ver a los de Seguros Transespaciales. Consultaremos



primero con un abogado. ¿Cedimos estas cosas con nuestros derechos de la prima de salvamento o no? Ya estaban en tus manos antes de que firmaras el papel. Por otra parte, ¿el papel tiene validez si no sabíamos qué estábamos cediendo? Tal vez se pueda considerar un fraude.

—Más aún —añadió Moore—,tratándose de esto, no sé si debiera poseerlo una compañía privada. Deberíamos consultar a un organismo gubernamental. Si hay dinero en ello...

Pero Brandon se estaba golpeando las rodillas con los puños.

—¡Al demonio con el dinero, Warren! Recibiré de buena gana todo el dinero que me caiga en las manos, pero eso no es lo importante. ¡Seremos famosos, hombre, famosos! Imagina la historia. Un fabuloso tesoro perdido en el espacio. Una empresa gigantesca lleva hurgando en el espacio veinte años para encontrarlo y nosotros, los olvidados, lo tenemos en nuestras manos. Luego, en el vigésimo aniversario de la pérdida, lo encontramos. Si esta cosa funciona, si la anóptica se transforma en una gran técnica científica, nunca nos olvidarán.

Moore sonrió y se echó a reír.

—Muy bien. Lo has conseguido, Mark. Conseguiste lo que te proponías. Nos has salvado de quedar abandonados en el olvido.

—Lo hicimos entre todos. Mike Shea nos puso en marcha con la información básica necesaria, yo elaboré la teoría y tú tenías el instrumento.

—De acuerdo. Es tarde y mi esposa regresará pronto, así que pongamos manos a la obra. Multivac nos dirá qué organismo sería el apropiado y quién...

—No, no —interrumpió Brandon—. Primero el rito. El brindis de cierre del aniversario, por favor, y con el cambio apropiado. ¿No me das ese gusto, Warren?

Le pasó la botella de acuaverde Jabra. Moore llenó cada vaso hasta el borde.

—Caballeros, un brindis —dijo solemnemente. Los tres alzaron los vasos—. Caballeros, por los recuerdos del Reina de Plata que supimos guardar.

# Necrológica (1959)

---

“Obituary”

Mi esposo Lancelot siempre lee el periódico durante el desayuno. Lo primero que veo de él es su rostro enjuto y abstraído, con ese perpetuo aire de furia y de desconcertada frustración. En vez de saludarme, se acerca el periódico a la cara.

Luego, sólo veo el brazo que sale de detrás del periódico para coger una segunda taza de café, donde acabo de echar la acostumbrada medida de azúcar, ni mucha ni poca, para evitar que él me fulmine con la mirada.

Ya no lamento esta situación. Al menos, nos permite desayunar en paz.

Sin embargo, esta mañana la paz fue interrumpida cuando Lancelot vociferó:

—¡Santo cielo! Ese idiota de Paul Farber ha muerto. ¡Apoplejía!

Apenas reconocí el nombre. Lancelot lo había mencionado en ocasiones, así que yo lo conocía como uno de sus colegas, otro físico teórico. Por el exasperado epíteto de mi esposo tuve la razonable certeza de que era un físico de cierto renombre que había alcanzado el éxito no conseguido por Lancelot.

Dejó el periódico y me miró irritado.

—¿Por qué llenan las necrológicas con estos embustes? Lo convierten en un segundo Einstein sólo porque ha muerto de apoplejía.

Si había un tema que yo había aprendido a eludir era el de las necrológicas. Ni siquiera me atreví a asentir.

Lancelot arrojó el periódico y se marchó de la habitación, dejando los huevos a medio terminar y la segunda taza de café sin tocar.

Suspiré. ¿Qué más podía hacer? ¿Qué más?

Claro que el verdadero nombre de mi esposo no es Lancelot Stebbins. Cambio los nombres y las circunstancias para proteger a cierta persona. Aun así, aunque utilizara los nombres reales, nadie reconocería a mi esposo.

Lancelot tenía cierto talento en este sentido: un talento para pasar inadvertido. Invariablemente, alguien se le adelantaba en sus descubrimientos, o un descubrimiento mayor y simultáneo lo dejaba en segundo plano. En las convenciones científicas, sus ponencias atraían poco público porque en otra sección alguien presentaba una ponencia más importante.

Como es lógico, esto había hecho mella en él. Lo cambió.

Cuando nos casamos hace veinticinco años, él era un partido interesante. Gozaba de buena posición gracias a una herencia y ya era un físico ambicioso y prometedor. En cuanto a mí, creo que entonces era bonita, pero eso no duró. Lo que duró fue mi introversión y mi ineptitud para ese éxito social que un profesor joven y emprendedor necesita en una esposa.

Tal vez eso formase parte del talento de Lancelot para pasar inadvertido. Si se

hubiera casado con una mujer más brillante, quizás ella lo hubiera iluminado hasta hacerlo visible.

Es posible que Lancelot lo comprendiese al cabo de un tiempo y por eso se volvió distante tras un par de años de moderada facilidad. A veces yo misma lo creía así y me sentía culpable.

Pero luego pensé que era sólo por su sed de fama, que creció al no ser satisfecha. Dejó su puesto docente y construyó un laboratorio propio en las inmediaciones de la ciudad, donde —según decía— dispondría de un terreno barato y aislado.

El dinero no constituía un problema. En esa especialidad, el Gobierno era generoso con las subvenciones y siempre se conseguían. Además, él hacía uso de nuestro propio dinero sin reserva ninguna.

Yo trataba de respaldarlo.

—Pero no es necesario, Lancelot —le decía—. No tenemos problemas económicos. Ellos no te niegan un puesto en la universidad. Yo sólo quiero hijos y una vida normal.

Pero lo consumía una llama que lo cegaba para todo lo demás. Se volvió furiosamente hacia mí.

—Hay algo que debe venir primero. El mundo de la ciencia tiene que reconocerme por lo que soy, por un..., por un gran investigador.

En esa época, aún vacilaba al aplicarse la palabra genio.

Fue en balde. La suerte se ensañaba con él. Su laboratorio era un hervidero de actividad, y Lancelot contrataba ayudantes con sueldos estupendos y se deslomaba trabajando, pero no obtenía resultados.

Yo seguía esperando que desistiera, que regresara a la ciudad y nos permitiera llevar una vida normal y apacible. Lo esperaba, pero cada vez que él estaba a punto de admitir la derrota surgía una nueva batalla, un nuevo intento de asaltar los bastiones de la fama. En cada ocasión, acometía con esperanzas renovadas y caía víctima de la desesperación.

Y siempre se desquitaba conmigo, pues si el mundo lo maltrataba podía desahogarse maltratándome a mí. No soy una persona valiente, pero empecé a pensar que debía abandonarlo.

Y, sin embargo...

Era evidente que durante el último año se había estado preparando para otra batalla. Una más, pensé. Había en él algo más intenso, más crispado que antes. El modo en que murmuraba a solas y se reía por nada, o las veces que se pasaba días sin comer y noches sin dormir. Incluso se acostumbró a guardar apuntes del laboratorio en una caja de caudales del dormitorio, como si recelara de sus propios ayudantes.

Yo tenía la fatalista certeza de que ese intento también fracasaría. Y si fracasaba a su edad tendría que reconocer que su última oportunidad había pasado. Tendría que

desistir.

Así que decidí aguardar, armándome de paciencia.

Pero la lectura de aquella necrológica durante el desayuno fue una especie de sacudida.

Una vez, en una ocasión similar anterior, yo comenté que al menos él podría contar con un cierto grado de reconocimiento en su nota necrológica.

Supongo que no fue un comentario muy inteligente, pero mis comentarios nunca lo son. No fue más que un intento de bromear para arrancarlo de una creciente depresión que, como yo sabía por experiencia, lo volvería insoportable.

Y tal vez hubiera en mi comentario un poco de despecho inconsciente. Francamente, no lo sé.

De cualquier modo, se giró impetuosamente hacia mí y, temblándole todo el cuerpo y uniendo sus oscuras cejas sobre los ojos hundidos, me gritó con estridencia:

—¡Pero jamás leeré mi necrológica! ¡Me privarán hasta de eso!

Y me escupió. Me escupió deliberadamente.

Me fui corriendo a mi dormitorio.

Nunca se disculpó, pero tras unos días de evitarlo por completo continuamos nuestra fría existencia como de costumbre. Ninguno de los dos hizo referencia alguna al incidente.

Y ahora otra necrológica.

Sentada a la mesa del desayuno, comprendí que para él era la gota que colmaba el vaso, la culminación de su prolongado fracaso.

Intuí que sobrevendría una crisis y no sabía si temerla o recibirla con gusto. Tal vez debiera recibirla con gusto. Era imposible que un cambio no fuera para mejor.

Poco antes del almuerzo fue a verme a la sala de estar, donde un cesto de costura me ocupaba las manos y un poco de televisión me ocupaba la mente.

—Necesitaré tu ayuda —dijo en un tono brusco.

Hacía más de veinte años que no me decía nada semejante, e involuntariamente me ablandé. Parecía estar poseído de una euforia enfermiza. Había un rubor en sus pálidas mejillas.

—Con mucho gusto —contesté—. Si hay algo que pueda hacer por ti.

—Sí, hay algo. Les he dado a mis ayudantes un mes de vacaciones. Se marcharán el sábado y, luego, tú y yo trabajaremos a solas en el laboratorio. Te lo digo ahora para que no organices ninguna actividad para la semana próxima.

Me amilané un poco.

—Pero, Lancelot, sabes que no puedo ayudarte en tu trabajo. Yo no entiendo...

—Lo sé —me interrumpió con desdén—, pero no tienes que entender mi trabajo. Sólo es preciso que sigas unas cuantas instrucciones y que lo hagas con cuidado. Lo cierto es que por fin he descubierto algo que me pondrá donde merezco...

—Oh, Lancelot —se me escapó sin darme cuenta, pues había oído esa frase varias veces.

—Escúchame, tonta. Por una vez trata de comportarte como una adulta. Esta vez lo he conseguido. Esta vez nadie puede adelantármeme porque mi descubrimiento se basa en un concepto tan heterodoxo que ningún físico viviente, excepto yo, tendría el genio suficiente para pensar en ello; al menos, durante toda una generación. Y cuando mi trabajo se difunda por el mundo quizá se me reconozca como el mayor científico de todos los tiempos.

—Me alegro por ti, Lancelot.

—He dicho que quizá se me reconozca. También podría suceder lo contrario. Se cometen muchas injusticias a la hora de atribuir los méritos científicos. He escarmentado ya demasiadas veces. Así que no bastará con anunciar el descubrimiento. Si lo hago, todos se pondrán a trabajar en ello y al cabo de un tiempo seré sólo un nombre en los libros de historia, y la gloria estará distribuida entre un montón de oportunistas.

Creo que la única razón por la que me habló entonces, tres días antes de iniciar el trabajo que planeaba, fue porque ya no podía contenerse. Necesitaba contarlo, y yo era una nulidad tal que no resultaba peligroso confiar en mí.

—Tengo la intención de que mi descubrimiento esté rodeado de tal aura de dramatismo, de que llegue a la humanidad con un estruendo tan resonante, que no quedará espacio para que se mencione a nadie en la misma frase que a mí, nunca.

Lancelot estaba yendo demasiado lejos y yo temía el efecto de otra desilusión. ¿No estaría enloqueciendo?

—Lancelot, ¿por qué molestarnos? ¿Por qué no desistir? ¿Por qué no nos tomamos unas largas vacaciones? Has trabajado con empeño y durante muchísimo tiempo, Lancelot. Tal vez pudiéramos hacer un viaje a Europa. Siempre he querido...

Pegó una patada en el suelo.

—¿Por qué no dejas de soltar esos estúpidos maullidos? ¡El sábado vendrás conmigo al laboratorio!

Dormí mal las tres noches siguientes. Él nunca se había portado de ese modo, nunca había llegado a tal extremo. ¿Acaso ya se había vuelto loco? Podía ser locura de verdad, una locura nacida de una desilusión insoportable y despertada por la nota necrológica. Se había deshecho de sus ayudantes y me quería en el laboratorio. Antes nunca me dejaba entrar allí. Sin duda se proponía hacerme algo, someterme a un experimento demencial o matarme sin más.

Durante esas desdichadas noches de miedo pensaba en llamar a la policía, en huir, en..., en cualquier cosa.

Pero luego llegaba la mañana y pensaba que no estaba loco y que sin duda no me trataría con violencia. Ni siquiera el episodio del escupitajo era violento de verdad y,

en realidad, nunca había intentado causarme daño físico.

Así que me resigné a esperar, y el sábado me dirigí con la docilidad de una gallina hacia lo que podía ser mi muerte. Juntos, en silencio, recorrimos el sendero que unía la casa con el laboratorio.

El laboratorio era intimidatorio ya por sí mismo, y entré con toda cautela, pero Lancelot me reprendió:

—Oye, deja ya de mirar a tu alrededor como si fueran a hacerte daño. Sólo tienes que hacer lo que yo te diga y mirar a donde yo te indique.

—Sí, Lancelot.

Me había conducido a una pequeña habitación cuya puerta estaba cerrada con candado. Estaba abarrotada de objetos de extraña apariencia, con muchos cables.

—Antes de nada, ¿ves este crisol de hierro?

—Sí, Lancelot.

Era un pequeño, pero profundo recipiente de metal grueso, con manchas de herrumbre en el exterior. Estaba cubierto con una tosca red de alambre.

Dentro vi un ratón blanco y con las patas delanteras en el lado interior del crisol y el hocico en la red de alambre, temblando de curiosidad o quizá de ansiedad. Me temo que di un salto, pues ver un ratón inesperadamente es alarmante, al menos para mí.

—No te va a hacer nada —gruñó Lancelot—. Ahora ponte contra la pared y obsérvame.

Mis temores se agudizaron. Tenía la certeza de que un rayo saldría de alguna parte y me quemaría viva, de que una cosa metálica y monstruosa saldría y me trituraría, de que...

Cerré los ojos.

Pero no sucedió nada. No a mí, al menos. Sólo oí un siseo, como si un petardo hubiera fallado.

—¿Bien? —me dijo Lancelot. .

Abrí los ojos. Me estaba mirando, henchido de orgullo. Yo lo miré a él, desconcertada.

—Aquí. ¿No lo ves, idiota? Aquí.

A medio metro del crisol había otro. Yo no lo había visto antes.

—¿Te refieres a ese segundo crisol? —pregunté.

—No es un segundo crisol, sino un duplicado del primero. Para todos los efectos son el mismo crisol, átomo por átomo. Compáralos. Verás que las manchas de óxido son idénticas.

—¿Hiciste el segundo a partir del primero?

—Sí, pero de un modo especial. Normalmente, la creación de materia requeriría una cantidad imposible de energía. Se necesitaría la fisión total de cien gramos de

uranio para crear un gramo de materia duplicada, incluso con un rendimiento perfecto. El gran secreto que he descubierto es que la duplicación de un objeto en un punto del futuro requiere escasa energía si dicha energía se aplica correctamente. La esencia de esta proeza..., querida, es que al crear el duplicado y traerlo de vuelta he logrado el equivalente del viaje por el tiempo.

El hecho de que me dirigiera un término afectuoso revelaba su grado de exaltación y felicidad.

—¡Es extraordinario! —exclamé, pues a decir verdad estaba impresionada—. ¿El ratón también ha vuelto?

Miré dentro del segundo crisol y tuve otro sobresalto desagradable. Había un ratón blanco... y muerto.

Lancelot se ruborizó un poco.

—Es un inconveniente. Puedo traer de vuelta la materia viviente, pero no como materia viva, sino muerta.

—Qué lástima. ¿Por qué?

—Aún no lo sé. Sospecho que los duplicados son del todo perfectos a escala atómica. Desde luego, no hay daños visibles. Las disecciones lo demuestran.

—Podrías preguntar...

Me callé de inmediato ante su mirada. Comprendí que era mejor no sugerir una colaboración, pues sabía por experiencia que en tal caso el colaborador recibiría invariablemente todo el mérito por el descubrimiento.

—Ya he preguntado —dijo Lancelot, en un tono amargamente divertido—. Un biólogo les hizo la autopsia a algunos de mis animales y no encontró nada. Por supuesto, no sabía de dónde venía el animal y me cuidé de llevármelo antes de que algo me delatara. ¡Cielos, ni siquiera mis ayudantes saben qué estoy haciendo!

—¿Pero por qué tanto secreteo?

—Porque no puedo traer objetos vivos. Algún sutil trastorno molecular. Si publicara mis resultados, alguien podría descubrir el modo de impedir ese trastorno, añadir una mejora de poca importancia a mi descubrimiento y hacerse más famoso que yo porque traería de vuelta a un hombre vivo que podría proporcionar información sobre el futuro.

Lo comprendí perfectamente. No tenía ni que decirme que aquello podría ocurrir; ocurriría sin duda. Inevitablemente. De hecho, hiciera lo que hiciese, otro se llevaría los laureles. Estaba segura de ello.

—Sin embargo —continuó, hablando para sí mismo más que para mí—, no puedo esperar más. Debo hacerlo público, pero de tal modo que quede indeleble y permanentemente asociado conmigo. El aura dramática ha de ser tan efectiva que no haya modo de referirse al viaje por el tiempo sin mencionarme a mí, hagan lo que hagan otros en el futuro. Yo prepararé ese drama y tú representarás un papel en él.

—¿Pero qué quieres que haga, Lancelot?

—Serás mi viuda.

Le agarré el brazo.

—Lancelot, ¿quieres decir...?

No puedo analizar los sentimientos conflictivos que me embargaron en ese instante.

Se zafó de mí rudamente.

—Sólo provisionalmente. No me voy a suicidar; simplemente, me haré volver desde un futuro de tres días.

—Pero estarás muerto.

—Sólo el «yo» que regrese. El «yo» real estará tan vivo como siempre. Como ese ratón blanco. —Fijó la vista en un cuadrante—. Ah, tiempo cero dentro de pocos segundos. Observa el segundo crisol y el ratón muerto.

Se esfumó ante mis ojos y de nuevo oí un siseo.

—¿Adónde ha ido?

—A ninguna parte. Era sólo un duplicado. En cuanto pasamos por ese instante del tiempo en el cual se formó el duplicado, desapareció de forma natural. Pero el primer ratón era el original y está vivito y coleando. Lo mismo ocurrirá conmigo. Un «yo» duplicado regresará muerto. El «yo» original estará vivo. Dentro de tres días, llegaremos al instante en que se formó el «yo» duplicado, usando mi «yo» verdadero como modelo, y regresó muerto. Una vez que pasemos ese momento, el «yo» muerto desaparecerá y el vivo permanecerá. ¿Está claro?

—Parece peligroso.

—Pues no lo es. Cuando aparezca mi cadáver, el médico me declarará muerto, los periódicos anunciarán que estoy muerto, el sepulturero se dispondrá a enterrar al muerto. Luego, volveré a la vida y haré público cómo lo hice. Cuando eso ocurra, seré algo más que el descubridor del viaje por el tiempo. Seré el hombre que regresó de la tumba. El viaje temporal y Lancelot Stebbins gozarán de tanta publicidad y quedarán tan unidos el uno al otro que nada podrá separar mi nombre de la idea del viaje por el tiempo.

—Lancelot —murmuré—, ¿por qué no nos limitamos a anunciar tu descubrimiento? Es un plan demasiado rebuscado. Con sólo hacerlo público te harás famoso y luego podremos mudarnos a la ciudad y...

—¡Cállate! Haz lo que te digo.

No sé cuánto tiempo llevaba Lancelot pensando en todo eso antes de que la necrológica aquella llevara las cosas a tal extremo. No subestimo su inteligencia. A pesar de su pésima suerte, su brillantez era incuestionable.

Antes de que se marcharan sus ayudantes, les había informado sobre los experimentos que se proponía realizar en su ausencia. Una vez que ellos dieran



testimonio, nadie se extrañaría de que Lancelot estuviera trabajando con una combinación de reacciones químicas y muriera envenenado con cianuro.

—Encárgate de que la policía se ponga en contacto en seguida con mis ayudantes. Ya sabes dónde se encuentran. No quiero que haya insinuaciones de homicidio ni de suicidio; que sólo se hable de accidente, un accidente lógico y natural. Quiero que un médico certifique rápidamente la defunción y que se notifique de inmediato a los periódicos.

—Pero, Lancelot, ¿y si encuentran a tu verdadero yo?

—¿Por qué iban a encontrarlo? Si encuentras un cadáver, ¿te pones a buscar su réplica viviente? Nadie me buscará, y entre tanto yo me ocultaré en la cámara del tiempo. Hay retrete y lavabo y puedo llevar suficientes sándwiches preparados para alimentarme. —Y añadió con disgusto—: Claro que tendré que prescindir del café hasta que todo haya terminado. No puedo permitir que alguien huelga un inexplicable aroma a café mientras se supone que estoy muerto. No importa; hay agua en abundancia y son sólo tres días.

Entrelacé las manos nerviosamente.

—Y si te encontraran ¿no sería igual? Habrá un «yo» muerto y un «yo» vivo...

En realidad, intentaba consolarme a mí misma, prepararme para la inevitable desilusión.

—¡No! ¡No sería igual! ¡Todo se convertiría en un engaño que había fracasado! ¡Me haría famoso, pero sólo como un tonto!

—Pero, Lancelot —dije cautamente—, siempre algo sale mal.

—No esta vez.

—Pero siempre dices «no esta vez» y, sin embargo, siempre...

Pálido por la rabia y con los ojos en blanco, me agarró del codo y me zarandéo, pero no me atreví a gritar.

—Sólo algo puede ir mal y eres tú. Si me delatas, si no desempeñas perfectamente tu papel, si no sigues las instrucciones al pie de la letra, yo..., yo... — Pareció buscar el castigo apropiado y dijo—: Te mataré.

Volví la cabeza aterrorizada y traté de zafarme, pero él me retuvo con fuerza. Su fuerza era notable cuando lo poseía la ira.

—¡Escúchame! Me has causado bastante daño con tu forma de ser, pero me he culpado a mí mismo primero por casarme contigo y luego por no haber encontrado tiempo para divorciarme. Pero ahora, a pesar de ti, tengo la oportunidad de transformar mi vida en un gran éxito. Si estropeas esta oportunidad, te mataré. Lo digo en serio.

No me cabía duda.

—Haré todo lo que digas —susurré, y me soltó.

Se pasó un día entero trabajando con sus máquinas.

—Nunca he transportado más de cien gramos —dijo reflexivamente.

Pensé: No funcionará, no puede funcionar.

Al día siguiente, reguló el aparato de tal modo que yo sólo debía apagar un interruptor. Durante un buen rato me hizo practicar con ese interruptor en un circuito desconectado.

—¿Lo entiendes ahora? ¿Ves cómo se hace?

—Sí.

—Pues hazlo cuando se encienda esta luz, ni un segundo antes.

No funcionará, pensé.

—Sí —dije.

Ocupó su puesto y guardó un hosco silencio. Llevaba puesto un delantal de caucho sobre una chaqueta de laboratorio.

La luz destelló y la práctica rindió sus frutos, pues conecté el interruptor automáticamente antes de que ningún pensamiento pudiera detenerme o hacerme vacilar.

Por un instante vi a dos Lancelots, uno al lado del otro; el nuevo, vestido como el viejo, pero más desaliñado. Luego, el nuevo se desplomó y se quedó inerte.

—¡Bien! —exclamó el Lancelot vivo, saliendo de ese lugar cuidadosamente marcado—. Ayúdame. Cógele por las piernas.

Me quedé maravillada de Lancelot. Sin una mueca de inquietud, era capaz de trasladar su propio cadáver, su cadáver de tres días más tarde, tan impávido como si llevara un saco de trigo.

Lo agarré de los tobillos, sintiendo un retortijón en el estómago. Aún estaba tibio, recién muerto. Lo llevamos por un corredor, subimos por una escalera, cruzamos otro corredor y entramos en un cuarto. Lancelot ya lo tenía todo preparado. Una solución burbujeaba en un extraño artilugio de vidrio en un sector cerrado con una puerta corrediza.

Había otros aparatos de química esparcidos por allí, sin duda destinados a hacer creer que había un experimento en marcha. En el escritorio, sobresalía de entre otros un frasco con la etiqueta de «Cianuro de potasio». Cerca de él había algunos cristallitos desparramados; cianuro, supongo.

Lancelot dejó caer el cadáver como si se hubiera caído del taburete, le puso cristales en la mano izquierda y arrojó un puñado en el delantal de caucho y otro en la barbilla.

—Ellos lo entenderán —murmuró. Echó una última ojeada y me dijo—: Muy bien. Ahora vete a casa y llama al médico. Di que viniste a traerme un sándwich porque yo seguí trabajando durante la hora del almuerzo. Ahí está. —Y señaló un plato roto y un sándwich esparcido, tirado donde presuntamente se me había caído de las manos—. Grita un poco, pero no exageres.

No me resultó difícil gritar ni llorar cuando llegó el momento. Hacía días que tenía ganas de hacer ambas cosas y fue un alivio poder desahogar mi histeria.

El médico se comportó tal como Lancelot había previsto. El frasco de cianuro fue lo primero que vio. Frunció el ceño.

—Cielos, señora Stebbins. Era un químico descuidado.

—Supongo que sí —sollocé—. No debía hacer este trabajo, pero sus ayudantes están de vacaciones.

—No se debe tratar el cianuro como si fuera sal. —El médico sacudió la cabeza con aire moralizador—. Señora Stebbins, tendré que llamar a la policía. Es envenenamiento accidental por cianuro, pero se trata de una muerte violenta y la policía...

—Oh, sí. Llame usted. —Y de inmediato me reproché haber hablado con tan sospechosa avidez.

Llegó la policía, acompañada de un cirujano forense, quien gruñó disgustado al ver los cristales de cianuro en la mano, en el delantal y en la barbilla. Los policías no demostraron el menor interés. Se limitaron a hacer preguntas estadísticas relacionadas con los nombres y las edades. Me preguntaron que si yo podría encargarme del sepelio. Dije que sí y se marcharon.

Luego, telefoneé a los periódicos y a dos agencias de prensa. Les dije que suponía que obtendrían noticias del deceso en los archivos de la policía y que esperaba que no hicieran hincapié en que mi esposo era un químico descuidado, con el tono de alguien que desea que no se hable mal de los difuntos. A fin de cuentas, agregué, era físico nuclear y no químico, y últimamente yo tenía la sensación de que podía hallarse en problemas.

Seguí las indicaciones de Lancelot al pie de la letra y eso también funcionó. ¿Un físico nuclear con problemas? ¿Espías? ¿Agentes enemigos?

Los periodistas acudieron ávidamente. Les di un retrato juvenil de Lancelot y un fotógrafo tomó fotos del laboratorio. Los conduje por algunas salas del laboratorio principal para que tomaran más fotos. Ni los policías ni los periodistas me hicieron pregunta alguna sobre la habitación cerrada, y nadie pareció reparar en ella.

Les di también un montón de material profesional y biográfico que Lancelot había dejado preparado y les conté varias anécdotas destinadas a revelar una combinación de humanidad y brillantez. Traté de ser literal en todo y, sin embargo, no me sentía confiada. Algo saldría mal, sabía que algo saldría mal.

Y cuando eso ocurriera él me echaría la culpa. Y esta vez había prometido matarme.

Al día siguiente le llevé los periódicos. Los leyó una y otra vez con ojos relucientes. Le habían dedicado un recuadro entero en el lado inferior izquierdo de la primera plana del *New York Times*. Tanto el Tintes como Associated Press hacían

poco hincapié en el enigma de su muerte, pero uno de los tabloides tenía un llamativo titular en primera página: «Misteriosa muerte de sabio atómico.»

Lancelot se rió estentóreamente mientras leía y, cuando terminó con todos, volvió al primero.

Me miró severamente.

—No te vayas. Escucha lo que dicen.

—Ya los he leído todos, Lancelot.

—Te digo que escuches.

Me los leyó uno por uno en voz alta, demorándose en las alabanzas a los difuntos. Finalmente dijo, radiante de satisfacción:

—¿Sigues creyendo que algo saldrá mal?

—Si la policía volviera a preguntarme por qué pienso que estabas en apuros...

—Tus declaraciones fueron imprecisas. Diles que habías tenido pesadillas. Para cuando quieran investigar más, si es que lo hacen, será demasiado tarde.

Por supuesto, todo iba bien, pero me costaba creer que seguiría así. De todos modos, la mente humana es extraña, insiste en tener esperanzas cuando todo está en contra.

—Lancelot, cuando todo esto haya terminado y seas famoso, famoso de verdad, podrás retirarte. Podremos regresar a la ciudad y vivir en paz.

—Eres una imbécil. Una vez que se me reconozca deberé continuar, ¿no lo entiendes? Los jóvenes acudirán a mí. Este laboratorio se convertirá en un gran Instituto de Investigación Temporal. Seré una leyenda viviente, y mi grandeza alcanzará tales alturas que nadie podrá ser otra cosa que un enano intelectual en comparación conmigo.

Se puso de puntillas, con los ojos brillantes, como si ya viera el pedestal donde iban a ponerlo.

Había sido mi última esperanza de recibir una migaja de felicidad. Suspiré.

Le pedí al sepulturero que dejara el ataúd con el cuerpo en el laboratorio antes de enterrarlo en el terreno de la familia Stebbins en Long Island. Le pedí que no lo embalsamara y me ofrecí a conservarlo en una sala refrigerada a cuatro grados.

El sepulturero llevó el ataúd al laboratorio con un gesto de fría desaprobación. Sin duda eso se reflejó en la cuenta que recibí más tarde. Mi explicación de que deseaba tenerlo cerca por última vez y darles a los ayudantes la oportunidad de ver el cadáver era incongruente y sonaba como tal.

De todas formas, Lancelot había especificado claramente qué debía decir.

Una vez que el cuerpo estuvo en el ataúd, con la tapa abierta, fui a ver a Lancelot.

—Oye, el sepulturero está muy disgustado. Creo que sospecha que hay gato encerrado.

—Bien —dijo Lancelot con satisfacción.

—Pero...

—Sólo es preciso aguardar un día más. Una mera sospecha no va a cambiar las cosas. Mañana por la mañana, el cuerpo desaparecerá, o debería desaparecer.

—¿Quieres decir que tal vez no desaparezca?

Lo sabía, lo sabía, pensé.

—Podría darse alguna demora o algún adelanto. Nunca he transportado nada tan pesado y no sé hasta qué punto son exactas mis ecuaciones. Si quiero que el cuerpo esté aquí y no en una sala de velatorios es, entre otras cosas, para poder realizar las observaciones pertinentes.

—Pero en la sala de velatorios desaparecería ante testigos.

—¿Y piensas que aquí sospecharán alguna artimaña?

—Desde luego.

Lancelot parecía divertido.

—Dirán: ¿por qué mandó de vacaciones a sus ayudantes?, ¿por qué se mató realizando experimentos que un niño podría realizar?, ¿por qué el cadáver desapareció sin testigos? Dirán: esa historia del viaje por el tiempo es absurda; tomó drogas para sumirse en un trance cataléptico y los médicos se dejaron embaucar.

—Sí —murmuré. ¿Cómo se había dado cuenta de todo eso?

—Y cuando yo afirme que he resuelto el problema del viaje por el tiempo — prosiguió—, que incuestionablemente se certificó mi muerte y que yo incuestionablemente no estaba vivo, los científicos ortodoxos me denunciarán por farsante. Y en una semana me habré convertido en un nombre cotidiano para todos los habitantes de la Tierra. No hablarán de otra cosa. Me ofreceré para hacer una demostración del viaje por el tiempo ante cualquier grupo de científicos que desee presenciarla. Ofreceré hacer la demostración por un circuito intercontinental de televisión. La presión pública obligará a los científicos a asistir, y la televisión a darles autorización. Lo de menos será si la gente ansía un milagro o un linchamiento. ¡Lo verá! Y entonces alcanzaré el éxito y nadie en la historia de la ciencia habrá logrado una culminación más trascendente.

Me quedé obnubilada un instante, pero algo dentro de mí insistía: demasiado largo, demasiado complicado, algo saldrá mal.

Esa noche llegaron sus ayudantes y trataron de mostrarse respetuosamente acongojados en presencia del cadáver; dos testigos más que jurarían haber visto muerto a Lancelot, dos testigos más que embrollarían la situación y contribuirían a llevar los acontecimientos hasta una cima estratosférica.

A las cuatro de la madrugada siguiente estábamos en la sala refrigerada, arropados en abrigo y esperando el momento cero.

El eufórico Lancelot revisaba sus instrumentos una y otra vez, mientras el ordenador trabajaba constantemente. No sé cómo lograba mover los dedos con tanta

agilidad haciendo el frío que hacía.

Yo estaba totalmente alicaída. Era el frío, el cadáver en el ataúd, la incertidumbre del futuro.

Hacía una eternidad que estábamos allí cuando Lancelot exclamó a media voz:

—Funcionará. Funcionará tal como predije. A lo sumo, la desaparición se retrasará cinco minutos, y esto tratándose de setenta kilogramos de masa. Mi análisis de las fuerzas cronométricas es magistral.

Me sonrió, pero también le sonrió al cadáver con igual calidez.

Noté que tenía la chaqueta arrugada y desaliñada, igual que el segundo Lancelot, el muerto, cuando apareció. La llevaba puesta desde hacía tres días hasta para dormir.

Lancelot pareció leerme los pensamientos, o tal vez la mirada, pues bajó la vista a su chaqueta y dijo:

—Sí, será mejor que me ponga el delantal. Mi segundo yo lo tenía puesto cuando apareció.

—¿Qué ocurriría si no te lo pusieras? —pregunté con voz neutra.

—Tendría que hacerlo. Sería necesario. Algo me lo habría recordado. De lo contrario, él no habría aparecido con el delantal puesto. —Entrecerró los ojos—. ¿Sigues creyendo que algo saldrá mal?

—No lo sé —murmuré.

—¿Crees que el cuerpo no desaparecerá o que yo desapareceré? —No respondí—. ¿No ves que mi suerte ha cambiado al fin? —chilló—. ¿No ves que todo sale a la perfección y según lo planeado? Seré el hombre más grande que haya vivido. Vamos, calienta agua para el café. —De pronto, recobró la calma—. Servirá para celebrar que mi doble nos abandona y yo regreso a la vida. Hace tres días que no tomo café.

Era café instantáneo, pero después de tres días se conformaría con eso. Manipulé el calentador eléctrico del laboratorio con los dedos congelados hasta que Lancelot me empujó a un lado y puso a calentar una jarra de agua.

—Tardará un rato —dijo, poniendo al máximo el mando. Miró al reloj y a los cuadrantes de las paredes—. Mi doble se habrá ido antes de que el agua hierva. Ven a mirar.

Se puso a un lado del ataúd. Yo vacilé.

—Ven —me ordenó.

Fui.

Se miró con infinito placer y esperó. Ambos esperamos, con la vista fija en el cadáver.

Se oyó el siseo y Lancelot gritó:

—¡Quedan menos de dos minutos!

Sin un temblor ni un parpadeo, el cadáver desapareció.

El ataúd abierto contenía ropa vacía. Por supuesto, no era la ropa en la que había

llegado el cadáver, sino prendas reales y que permanecían en la realidad. Allí estaban: muda interior, camisa, pantalones, corbata, chaqueta. Los calcetines colgaban de los zapatos caídos. El cuerpo se había esfumado.

Oí el hervor del agua.

—Café —dijo Lancelot—. Primero el café. Luego llamaremos a la policía y a los periódicos.

Preparé café para él y para mí.

Le añadí la acostumbrada medida de azúcar, ni mucha ni poca. Incluso en aquella situación, sabiendo que esa vez no le importaría, no pude contra el hábito.

Sorbí mi café, sin crema ni azúcar, según mi costumbre, y el calor me reanimó.

Él revolvió su café.

—Con todo lo que he esperado... —dijo en voz baja.

Se llevó la taza a los labios, que sonreían triunfantes, y bebió.

Fueron sus últimas palabras.

Ahora que todo había terminado, sentí un cierto frenesí. Me las apañé para desnudarlo y ponerle la ropa del cadáver desaparecido. Logré levantar el cuerpo y tenderlo en el ataúd. Le coloqué los brazos sobre el pecho.

Lavé todo rastro de café en el fregadero de la otra habitación y también el azucarero. Una y otra vez lo lavé, hasta que desapareció todo el cianuro que había sustituido al azúcar.

Llevé su chaqueta de laboratorio y el resto de la ropa al cesto donde guardé las que había traído el doble. El segundo juego había desaparecido, y puse allí el primero.

Luego, esperé.

Esa noche, comprobé que el cadáver estaba frío y llamé al sepulturero. Nadie tenía por qué asombrarse. Esperaban un cadáver y allí lo tenían. El mismo cadáver. Realmente el mismo. Incluso tenía cianuro, tal como supuestamente lo tenía el primero.

Supongo que serían capaces de distinguir entre un cuerpo muerto doce horas atrás y otro que llevaba tres días y medio muerto, aunque refrigerado; pero ¿quién iba a molestarse en investigar?

No investigaron. Cerraron el ataúd, se lo llevaron y lo sepultaron. Era el homicidio perfecto.

En rigor, como Lancelot estaba legalmente muerto cuando lo maté, me pregunto si en verdad fue un homicidio. Por supuesto, no pienso consultárselo a un abogado.

Ahora llevo una vida apacible y feliz. Tengo suficiente dinero. Voy al teatro. He entablado amistades.

Y vivo sin remordimientos. Lancelot nunca recibirá sus laureles. Algún día, cuando alguien vuelva a descubrir el viaje por el tiempo, el nombre de Lancelot

Stebbins permanecerá olvidado en las tinieblas del Estigia. Pero yo ya le había advertido que, fueran cuales fuesen sus planes, así terminaría todo. Si yo no lo hubiera matado, alguna otra cosa habría estropeado sus planes, y entonces él me habría matado a mí.

Así que vivo sin remordimientos.

Incluso se lo he perdonado todo; todo, salvo ese momento en que me escupió. Resulta irónico que gozara de un instante de felicidad antes de morir, pues recibió una dádiva que pocos han tenido, y él fue el único que pudo saborearla.

A pesar del berrido que me pegó aquella vez que me escupió, Lancelot tuvo la oportunidad de leer su propia necrológica.



## Lluvia, lluvia, aléjate (1959)

---

“Rain, Rain, Go Away”

—Ahí está otra vez —dijo Lillian Wright, ajustando las celosías—. Ahí está, George.

—¿Ahí está quién? —preguntó su esposo, tratando de obtener un contraste satisfactorio en el televisor para ver el partido de béisbol.

—La señora Sakkaro —respondió Lillian, y para impedir el inevitable «¿quién es ésa?» se apresuró a añadir—: La nueva vecina, por amor de Dios.

—Ah.

—Tomando el sol. Siempre tomando el sol. Me pregunto dónde estará su hijo. Habitualmente está fuera, en un día tan bonito como éste, jugando en ese patio inmenso y tirando la pelota contra la casa. ¿No le has visto nunca, George?

—Le he oído. Es una versión de la tortura china de la gota de agua. Un golpe en la pared, un golpe en el suelo, un golpe en la mano. Blam, bang, paf...

—Es un chico agradable, tranquilo y bien educado. Ojalá Tommie entablara amistad con él. Tiene la edad apropiada. Unos diez años, diría yo.

—No sabía que Tommie tuviese problemas para entablar amistades.

—Pero es difícil con los Sakkaro. Son muy reservados. Ni siquiera sé qué hace el señor Sakkaro.

—¿Por qué tienes que saberlo? No te incumbe lo que hace.

—Es raro que nunca lo vea salir a trabajar.

—A mí nadie me ve salir a trabajar.

—Tú te quedas en casa a escribir. ¿Qué hace él?

—Sin duda, la señora Sakkaro sabe qué hace su esposo y le fastidia no saber qué hago yo.

—Oh, George. —Lillian se alejó de la ventana y miró con disgusto al televisor. (Schoendienst era el bateador)—. Creo que deberíamos intentarlo. El vecindario debería intentarlo.

—¿Intentar qué? —George estaba repantigado en el sillón, con una Coca-Cola en la mano, recién abierta y chorreando por la humedad.

—Conocerlos.

—¿No lo intentaste ya cuando llegaron? Me dijiste que habías ido a visitarlos.

—Los saludé, pero ella acababa de mudarse y todavía estaba muy atareada, así que eso fue todo. Han pasado dos meses y lo único que hacemos es saludarnos. Es muy rara.

—¿Ah, sí?

—Siempre está mirando al cielo. La he visto cien veces, y nunca sale si está nublado. Una vez, cuando el chico estaba jugando fuera, le ordenó que entrara, gritándole que iba a llover. La oí por casualidad y salí deprisa, pues tenía ropa

tendida. Hacía un sol aplastante. Y, sí, había algunas nubecillas, pero nada más.

—¿Y luego llovió?

—Claro que no. Salí corriendo al patio para nada.

George estaba enfrascado en el alboroto que había provocado un fallo de un jugador. Cuando terminó la algarabía y mientras el lanzador procuraba recobrar la compostura, George le comentó a Lillian, que entraba en la cocina:

—Bueno, como son de Arizona, no creo que conozcan nubes de otro tipo.

Lillian regresó a la sala, taconeando.

—¿De dónde?

—De Arizona, según Tommie.

—¿Cómo lo supo Tommie?

—Habló con el chico mientras jugaban a la pelota, y él le dijo a Tommie que venían de Arizona y luego lo llamaron desde la casa. Al menos, Tommie dice que debía de ser Arizona, Alabama o un sitio similar. Ya sabes que Tommie no tiene buena memoria. Pero si el tiempo los pone nerviosos supongo que son de Arizona y por eso no saben cómo tomarse un buen clima lluvioso como el nuestro.

—¿Y por qué no me lo habías contado nunca?

—Porque Tommie me lo contó esta mañana, porque pensé que él ya te habría contado y, con franqueza, porque creí que podrías llevar una vida normal aunque nunca lo supieses. ¡Vaya...!

La pelota se remontó hacia las tribunas y el lanzador se dio por vencido. Lillian se acercó a las celosías.

—Tendré que conocerla mejor. Parece muy agradable... ¡Oh, Dios, mira eso, George! —George no apartó la vista del televisor.—. Sé que está mirando esa nube. Y ahora se meterá en casa. Seguro.

Dos días después, George fue a la biblioteca a buscar unas referencias y regresó con una pila de libros. Lillian lo recibió exultante:

—Oye, mañana no harás nada.

—Parece una afirmación, no una pregunta.

—Es una afirmación. Iremos con los Sakkaro al parque de Murphy.

—¿Con...?

—Con nuestros vecinos, George. ¿Cómo es posible que nunca recuerdes el apellido?

—Soy un superdotado. ¿Y cómo ha sido eso?

—Esta mañana fui a su casa y toqué el timbre.

—¿Así de fácil?

—No creas. Fue difícil. Estuve allí, vacilando y con el dedo sobre el timbre, hasta que comprendí que era preferible llamar y no que alguien abriera la puerta y me sorprendiera plantada allí como una boba.

—¿Y ella no te echó?

—No. Fue amabilísima. Me invitó a entrar, me reconoció, se alegró de que la visitara.

—Y tú le sugeriste lo de ir al parque.

—Sí. Pensé que todo sería más fácil si sugería un sitio donde los niños pudieran divertirse. A ella no le gustaría estropearle a su hijo una oportunidad así.

—Psicología materna.

—Pero tendrías que ver su casa.

—Ah. Había un motivo para todo esto. Ahora lo entiendo. Querías hacer una inspección completa. Por favor, no me comentes la combinación de colores. No me interesan cómo son las colchas y puedo prescindir de toda alusión al tamaño de los armarios.

El secreto de la felicidad de su matrimonio era que Lillian no le prestaba atención a George. Comentó la combinación de colores, describía las colchas y precisó las medidas exactas de los armarios.

—¡Y todo muy limpio! Nunca he visto un lugar tan ímpecable.

—Pues si llegas a conocerla bien te crearás unas exigencias imposibles y tendrás que dejar de verla sólo para protegerte.

—La cocina —continuó Lillian, sin prestarle atención— estaba tan resplandeciente como si nunca la hubieran usado. Le pedí un vaso de agua y ella puso el vaso bajo el grifo con tal habilidad que ni una gota cayó en el fregadero. No era afectación; lo hizo tan espontáneamente que comprendí que siempre lo hacía de ese modo. Y cuando me entregó el vaso lo sostenía con una servilleta limpia. Aséptica como un hospital.

—Debe de ser insoportable. ¿Aceptó venir con nosotros sin vacilar?

—Bueno..., no sin vacilar. Llamó a su esposo para preguntarle cuál era el pronóstico del tiempo y él dijo que los periódicos anunciaban cielo despejado para mañana, pero que estaba esperando el último informe de la radio.

—Todos los periódicos lo decían, ¿eh?

—Desde luego; todos publican el informe oficial, así que todos concuerdan. Pero creo que ellos están suscritos a todos los periódicos. Al menos, yo he visto el paquete que deja el repartidor...

—No te pierdes detalle, ¿no?

—De cualquier modo —siguió Lillian con severidad—, ella llamó a la oficina de meteorología y pidió las últimas noticias. Se las comunicó a su esposo y dijeron que irían, aunque nos telefonarían si había cambios imprevistos en el tiempo.

—De acuerdo. Entonces, iremos.

Los Sakkaro eran jóvenes y agradables, morenos y guapos. Mientras atravesaban la calzada para ir hasta el automóvil de los Wright, George se inclinó hacia su esposa

y le susurró al oído:

—Así que la razón es él.

—Ojalá fuera así. ¿Lo que lleva es una bolsa?

—Una radio portátil. Sin duda para escuchar los pronósticos del tiempo.

El pequeño Sakkaro venía corriendo detrás, agitando algo que resultó ser un barómetro aneroide, y los tres se subieron al asiento trasero. Entablaron una charla sobre temas impersonales que se prolongó hasta que llegaron al parque de Murphy.

El niño Sakkaro era tan cortés y razonable que incluso Tommie Wright, apretujado entre sus padres en el asiento delantero, siguió su ejemplo y adoptó una apariencia civilizada. Lillian no recordaba haber disfrutado de un viaje tan apacible.

No la molestaba en absoluto que el señor Sakkaro tuviera la radio encendida, aunque en un volumen inaudible, y nunca le vio llevársela al oído.

Hacía un día delicioso en el parque, caluroso y seco sin llegar a ser bochornoso, con un sol alegre y brillante en un cielo muy azul. Ni siquiera el señor Sakkaro, que no dejaba de inspeccionar el cielo ni de mirar el barómetro, parecía encontrar motivos de queja.

Lillian llevó a los niños a la parte de las atracciones y les compró billetes suficientes para que disfrutaran de todas las emociones centrífugas que ofrecía el parque.

—Por favor —le dijo a la señora Sakkaro cuando ésta se opuso—, invito yo. La próxima vez le tocará a usted.

Cuando regresó, George estaba solo.

—¿Dónde...?

—Allí, en el puesto de los refrescos. Les he dicho que te esperaré aquí y luego nos reuniríamos con ellos —contestó George, en un tono sombrío.

—¿Pasa algo malo?

—No, nada malo, excepto que sospecho que él debe de ser bastante rico.

—¿Qué?

—No sé cómo se gana la vida. He insinuado...

—¿Quién fisgonea ahora?

—Lo hice por ti. Me ha dicho que se dedica simplemente a estudiar la naturaleza humana.

—¡Qué filosófico! Eso explicaría por qué reciben tantos periódicos.

—Sí, pero con un hombre apuesto y rico como vecino me parece que yo también voy a tener que enfrentarme a unas exigencias imposibles.

—No seas tonto.

—Y no viene de Arizona.

—¿No?

—Le dije que había oído que eran de Arizona. Se sorprendió tanto que parece

evidente que no. Se echó a reír y me preguntó que si tenía acento de Arizona.

—Tiene un poco de acento —observó Lillian pensativamente—. Hay mucha gente de origen hispano en el suroeste, así que podría ser de Arizona. Sakkaro podría ser un apellido hispano.

—A mí me parece japonés... Vamos, nos están llamando. ¡Oh, cielos, mira lo que han comprado!

Cada uno de los Sakkaro tenía tres palillos de algodón de azúcar, enormes remolinos de empalagosa espuma rosada batida en un recipiente caliente. Se derretía dulcemente en la boca y la dejaba pegajosa.

Los Sakkaro entregaron un palillo a cada uno de los Wright y éstos aceptaron por cortesía.

Caminaron por la avenida central, probaron suerte con los dardos, lanzaron pelotas, derribaron cilindros de madera, se hicieron fotos, grabaron sus voces y probaron la fuerza de sus manos.

Finalmente, recogieron a los pequeños, que habían quedado reducidos a un gozoso estado de tripas revueltas, y los Sakkaro se llevaron al suyo al puesto de los refrescos. Tommie quería un perrito caliente y George le dio una moneda, así que el crío echó a correr.

—Francamente —dijo George—, prefiero quedarme aquí. Si les veo engullir más algodón de azúcar me pondré verde y vomitaré. Apostaría a que se han comido una docena de palillos cada uno.

—Lo sé, y ahora están comprando más para el niño.

—Le he ofrecido a Sakkaro una hamburguesa, pero me la ha rechazado con mala cara. No es que una hamburguesa sea una gran cosa, ahora que después de tanta golosina debe de saber a gloria.

—Lo sé. Yo le he ofrecido a ella zumo de naranja y se sobresaltó como si se lo hubiera arrojado a la cara. Supongo que nunca han visitado un sitio como éste y necesitarán tiempo para adaptarse a la novedad. Se atiborrarán de algodón de azúcar y no volverán a probarlo en diez años.

—Bueno, quizá. —Caminaron hacia los Sakkaro—. Mira, Lillian, se está nublando.

El señor Sakkaro tenía la radio pegada a la oreja y miraba angustiado hacia el oeste.

—Vaya, ya lo he visto —comentó George—. Uno contra cincuenta a que quiere volver a casa.

Los tres Sakkaro se le echaron encima, amables, pero insistentes. Lo lamentaban, lo habían pasado de maravilla, los invitarían en cuanto pudieran, pero ahora tenían que irse, de verdad. Se acercaba una tormenta. La señora Sakkaro se quejó de los pronósticos, pues todos habían anticipado buen tiempo.

George trató de consolarlos:

—Es difícil predecir una tormenta local, pero aunque viniera duraría a lo sumo media hora.

Ante ese comentario, el pequeño Sakkaro casi rompió a llorar, y la mano de la señora Sakkaro, que sostenía un pañuelo, tembló visiblemente.

—Vamos a casa —dijo George, resignado.

El viaje de regreso se prolongó interminablemente. Nadie hablaba. El señor Sakkaro tenía la radio a todo volumen y pasaba de una emisora a otra, sintonizando los informes meteorológicos. Ya todos anunciaban «chaparrones locales».

El pequeño Sakkaro chilló que el barómetro estaba bajando, y la señora Sakkaro, con la barbilla en la palma de la mano, miró alarmada al cielo y le pidió a George que condujera más deprisa.

—Parece amenazador, ¿verdad? —observó Lillian, en un cortés intento de compartir la preocupación de sus invitados. Pero luego George le oyó mascullar entre dientes—: ¡Habrás visto!

El viento levantaba una polvareda cuando llegaron a la calle donde vivían, y las hojas susurraban de un modo amenazador. Un relámpago cruzó el firmamento.

—Estarán en casa dentro de un par de minutos, amigos. Lo conseguiremos —los tranquilizó George.

Frenó en la puerta que daba al inmenso patio de los Sakkaro, se bajó del coche y abrió la portezuela trasera. Creyó sentir una gota. Habían llegado justo a tiempo.

Los Sakkaro salieron a trompicones, con el rostro tenso y mascullando unas frases de agradecimiento, y corrieron hacia la puerta como una exhalación.

—Francamente —comentó Lillian—, cualquiera diría que son...

Los cielos se abrieron arrojando goterones gigantes, como si una presa celestial hubiera reventado. La lluvia repicó con fuerza sobre el techo del auto y a pocos metros de la puerta los Sakkaro se detuvieron y miraron hacia arriba con desesperación.

La lluvia les emborronó, desdibujó y encogió el rostro. Los tres cuerpos se arrugaron y se deshicieron dentro de la ropa, que se desplomó en tres montones pegajosos y mojados.

Y mientras los Wright observaban paralizados por el horror Lillian fue incapaz de dejar incompleta la frase:

—...de azúcar y tienen miedo de derretirse.

## Luz estelar (1962)

---

“Starlight! (Star Light)”

Arthur Trent oyó claramente las palabras que escupía el receptor. —¡Trent! No puedes escapar. Interceptaremos tu órbita en un par de horas. Si intentas resistir, te haremos pedazos.

Trent sonrió y guardó silencio. No tenía armas ni necesidad de luchar. En menos de un par de horas la nave daría el salto al hiperespacio y jamás lo hallarían. Se llevaría un kilogramo de krilio, suficiente para construir sendas cerebrales de miles de robots, por un valor de diez millones de créditos en cualquier mundo de la galaxia, y sin preguntas.

El viejo Brennmeyer lo había planeado todo. Lo había estado planeando durante más de treinta años. Era el trabajo de toda su vida.

—Es la huida, jovencito —le había dicho—. Por eso te necesito. Tú puedes pilotar una nave y llevarla al espacio. Yo no.

—Llevarla al espacio no servirá de nada, señor Brennmeyer. Nos capturarán en medio día.

—No nos capturarán si damos el salto. No nos capturarán si cruzamos el hiperespacio y aparecemos a varios años luz de distancia.

—Nos llevaría medio día planear el salto, y aunque lo hiciéramos a tiempo la policía alertaría a todos los sistemas estelares.

—No, Trent, no. —El viejo le cogió la mano con trémula excitación—. No a todos los sistemas estelares, sólo a los que están en las inmediaciones. La galaxia es vasta y los colonos de los últimos cincuenta mil años han perdido contacto entre sí.

Describió la situación en un tono de voz ansioso. La galaxia era ya como la superficie del planeta original —la Tierra, lo llamaban— en los tiempos prehistóricos. El ser humano se había esparcido por todos los continentes, pero cada uno de los grupos sólo conocía la zona vecina.

—Si efectuamos el salto al azar —le explicó Brennmeyer— estaremos en cualquier parte, incluso a cincuenta mil años luz, y encontrarnos les será tan fácil como hallar un guijarro en una aglomeración de meteoritos.

Trent sacudió la cabeza.

—Pero no sabremos dónde estamos. No tendremos modo de llegar a un planeta habitado.

Brennmeyer miró receloso a su alrededor. No tenía a nadie cerca, pero bajó la voz:

—Me he pasado treinta años recopilando datos sobre todos los planetas habitables de la galaxia. He investigado todos los documentos antiguos. He viajado miles de años luz, más lejos que cualquier piloto espacial. Y el paradero de cada planeta

habitabile está ahora en la memoria del mejor ordenador del mundo. —Trent enarcó las cejas. El viejo prosiguió—: Diseño ordenadores y tengo los mejores. También he localizado el paradero de todas las estrellas luminosas de la galaxia, todas las estrellas de clase espectral F, B, A y O, y los he almacenado en la memoria. Después del salto, el ordenador escudriña los cielos espectroscópicamente y compara los resultados con su mapa de la galaxia. Cuando encuentra la concordancia apropiada, y tarde o temprano ha de encontrarla, la nave queda localizada en el espacio y, luego, es guiada automáticamente, mediante un segundo salto, a las cercanías del planeta habitado más próximo.

—Parece complicado.

—No puede fallar. He trabajado en ello muchos años y no puede fallar. Me quedarán diez años para ser millonario. Pero tú eres joven. Tú serás millonario durante mucho más tiempo.

—Cuando se salta al azar, se puede terminar dentro de una estrella.

—Ni una probabilidad en cien billones, Trent. También podríamos aparecer tan lejos de cualquier estrella luminosa que el ordenador no encuentre nada que concuerde con su programa. Podríamos saltar a sólo un año luz y descubrir que la policía aún nos sigue el rastro. Las probabilidades son aún menores. Si quieres preocuparte, preocúpate por la posibilidad de morir de un ataque cardíaco en el momento del despegue. Las probabilidades son mucho más altas.

—Usted podría sufrir un ataque cardíaco. Es más viejo.

El anciano se encogió de hombros.

—Yo no cuento. El ordenador lo hará todo automáticamente.

Trent asintió con la cabeza y recordó ese detalle. Una medianoche, cuando la nave estaba preparada y Brennmeyer llegó con el krilio en un maletín —no tuvo dificultades en conseguirlo, pues era hombre de confianza—, Trent tomó el maletín con una mano al tiempo que movía la otra con rapidez y certeza.

Un cuchillo seguía siendo lo mejor, tan rápido como un despolarizador molecular, igual de mortífero y mucho más silencioso. Dejó el cuchillo clavado en el cuerpo, con sus huellas dactilares. ¿Qué importaba? No iban a aprehenderlo.

Una vez en las honduras del espacio, perseguido por las naves patrulla, sintió la tensión que siempre precedía a un salto. Ningún fisiólogo podía explicarla, pero todo piloto veterano conocía esa sensación.

Por un instante de no espacio y no tiempo se producía un desgarrón, mientras la nave y el piloto se convertían en no materia y no energía y, luego, se ensamblaban inmediatamente en otra parte de la galaxia.

Trent sonrió. Seguía con vida. No había ninguna estrella demasiado cerca y había millares a suficiente distancia. El cielo parecía un hervidero de estrellas y su configuración era tan distinta que supo que el salto lo había llevado lejos. Algunas de



esas estrellas tenían que ser de clase espectral F o mejores aún. El ordenador contaría con muchas probabilidades para utilizar su memoria. No tardaría mucho.

Se reclinó confortablemente y observó el movimiento de la rutilante luz estelar mientras la nave giraba despacio. Divisó una estrella muy brillante. No parecía estar a más de dos años luz, y su experiencia como piloto le decía que era una estrella caliente y propicia. El ordenador la usaría como base para estudiar la configuración del entorno. No tardará mucho, pensó Trent una vez más.

Pero tardaba. Transcurrieron minutos, una hora. Y el ordenador continuaba con sus chasquidos y sus parpadeos.

Trent frunció el ceño. ¿Por qué no hallaba la configuración? Tenía que estar allí. Brennmeier le había mostrado sus largos años de trabajo. No podía haber excluido una estrella ni haberla registrado en un lugar erróneo.

Por supuesto que las estrellas nacían, morían y se desplazaban en el curso de su existencia, pero esos cambios eran lentos, muy lentos. Las configuraciones que Brennmeier había registrado no podían cambiar en un millón de años.

Trent sintió un pánico repentino. ¡No! No era posible. Las probabilidades era aún más bajas que las de saltar al interior de una estrella.

Aguardó a que la estrella brillante apareciera de nuevo y, con manos temblorosas, la enfocó con el telescopio. Puso todo el aumento posible y, alrededor de la brillante mota de luz, apareció la bruma delatora de gases turbulentos en fuga.

¡Era una nova!

La estrella había pasado de una turbia oscuridad a una luminosidad fulgurante, quizá sólo un mes atrás. Antes pertenecía a una clase espectral tan baja que el ordenador la había ignorado, aunque seguramente merecía tenerse en cuenta.

Pero la nova que existía en el espacio no existía en la memoria del ordenador porque Brennmeier no la había registrado. No existía cuando Brennmeier reunía sus datos. Al menos, no existía como estrella brillante y luminosa.

—¡No la tengas en cuenta! —gritó Trent—. ¡Ignórala!

Pero le gritaba a una máquina automática que compararía el patrón centrado en la nova con el patrón galáctico sin encontrarla, y quizá continuaría comparando mientras durase la energía.

El aire se agotaría mucho antes. La vida de Trent se agotaría mucho antes.

Trent se hundió en el asiento, contempló aquella burlona luz estelar e inició la larga y agónica espera de la muerte.

Si al menos se hubiera guardado el cuchillo...

# Padre fundador (1965)

---

“Founding Father”

La combinación de catástrofes había ocurrido cinco años atrás. Cinco revoluciones en ese planeta, HC-12549d según los mapas y anónimo en otros sentidos. Más de seis revoluciones en la Tierra; pero ¿y quién estaba llevando la cuenta ya?

Si los habitantes de la Tierra se enterasen, quizá dirían que era una lucha heroica, una saga épica del Cuerpo Galáctico; cinco hombres contra un mundo hostil, resistiendo a brazo partido durante cinco (o más de seis) años. Y estaban agonizando, tras haber perdido la batalla. Tres se encontraban en coma, otro aún mantenía abiertos sus ojos amarillentos y el quinto continuaba en pie.

Pero no se trataba de una cuestión de heroísmo. Eran cinco hombres luchando contra el tedio y la desesperación en esa burbuja metálica, y por la poco heroica razón de que no había otra cosa que hacer mientras siguieran con vida.

Si alguno se sentía estimulado por la batalla, jamás lo mencionaba. Al cabo del primer año dejaron de hablar de rescate y, al cabo del segundo, dejaron de usar la palabra «Tierra».

Pero una palabra estaba siempre presente; si nadie la pronunciaba, permanecía en sus pensamientos: amoníaco.

Pensaron en ella por primera vez mientras improvisaban el aterrizaje contra viento y marea, con los motores jadeantes y en un cascajo maltrecho.

Siempre se tenía presente la posibilidad de que hubiese accidentes, desde luego, y siempre se esperaba que ocurrieran unos cuantos; pero de uno en uno. Si una explosión estelar achicharraba los hipercircuitos, se podían reparar, siempre y cuando se contase con tiempo para ello; si un meteorito desajustaba las válvulas de alimentación, se podían reparar, siempre y cuando se contase con tiempo para ello; si, bajo una gran tensión, se calculaba mal una trayectoria y una aceleración momentáneamente insoportable arrancaba las antenas de salto estelar y embotaba los sentidos de todos los miembros de la tripulación, pues las antenas se podían reemplazar y la tripulación acababa recobrando los sentidos, siempre y cuando se contase con tiempo para ello.

Hay una probabilidad, entre una innumerable cantidad de ellas, de que las tres cosas ocurran simultáneamente, y menos durante un aterrizaje endemoniado, cuando el tiempo, lo que más se necesita en el momento de corregir los errores, es precisamente lo que más escasea.

El Crucero Juan dio con esa probabilidad entre una innumerable cantidad de ellas y efectuó su último aterrizaje, pues nunca más volvió a despegar de una superficie planetaria.

Ya era un milagro que aterrizara casi intacto. Los cinco tripulantes dispusieron así

al menos de varios años de vida. Al margen de eso, sólo la fortuita llegada de otra nave podría ayudarlos, pero no contaban con ello. Eran conscientes de haber tropezado con todas las coincidencias que podían concurrir en una vida, y todas ellas malas.

No había escapatoria.

Y la palabra clave era «amoníaco». Mientras la superficie ascendía en espiral hacia ellos y la muerte (piadosamente rápida) les hacía frente con óptimas probabilidades de vencer, Chou tuvo tiempo para fijarse en los espasmódicos saltos del espectrógrafo de absorción.

—¡Amoníaco! —exclamó.

Los otros le oyeron, pero no tuvieron tiempo de prestarle atención. Estaban concentrados en luchar contra una muerte rápida a cambio de una muerte lenta.

Aterrizaron en un terreno arenoso y con una vegetación escasa y azulada (¿azulada?); hierbas semejantes a juncos, objetos parecidos a árboles, achaparrados, con corteza azul y sin hojas; sin indicios de vida animal, y con un cielo nublado y verdoso (¿verdoso?). Y esa palabra comenzó a obsesionarlos.

—¿Amoníaco? —preguntó Petersen.

—Cuatro por ciento —le confirmó Chou.

—Eso es imposible —rechazó Petersen.

Pero no lo era. Los libros no decían que fuese imposible. El Cuerpo Galáctico había descubierto que un planeta de cierta masa y volumen y determinada temperatura era un planeta oceánico y tenía una de estas dos atmósferas: nitrógeno/oxígeno, o nitrógeno/bióxido de carbono. En el primer caso, la vida sería superior; en el segundo, primitiva.

Ya nadie comprobaba factores que no fueran la masa, el volumen y la temperatura. Se daba esa atmósfera por sentado (o una u otra de las dos citadas). Pero los libros no decían que tuviera que ser así, sino que siempre era así. Las atmósferas de otro tipo eran termodinámicamente posibles, pero muy improbables, y en la práctica no se encontraban.

Hasta entonces. Los hombres del Crucero Juan habían encontrado una y se pasarían el resto de su vida bañados por una atmósfera de nitrógeno/bióxido de carbono/amoníaco.

Los hombres convirtieron la nave en una burbuja subterránea y de ambiente terrícola. No podían despegar ni podían proyectar un haz de comunicaciones por el hiperespacio, pero todo lo demás era rescatable. Para compensar las ineficiencias del sistema de reciclaje, podían extraer agua y aire del planeta dentro de ciertos límites; siempre, por supuesto, que eliminaran el amoníaco.

Organizaron partidas de exploración, pues los trajes estaban en excelentes condiciones y eso los ayudaba a pasar el tiempo. El planeta era inofensivo: sin vida

animal y con escasa vida vegetal por doquier. Azul, siempre azul; clorofila amoniacal; proteína amoniacal.

Instalaron laboratorios, analizaron los componentes de las plantas, estudiaron muestras microscópicas y compilaron vastos volúmenes de hallazgos. Trataron de cultivar plantas nativas en la atmósfera libre de amoníaco y fracasaron. Se transformaron en geólogos y estudiaron la corteza del planeta; se hicieron astrónomos y estudiaron el espectro del sol de ese mundo.

—Con el tiempo —decía a veces Barrére—, el Cuerpo llegará de nuevo a este planeta y legaremos una herencia de conocimiento. Es un planeta singular. Tal vez no haya otro planeta similar a la Tierra y con amoníaco en toda la Vía Láctea.

—Estupendo —replicaba Sandropoulos con amargura—. Qué suerte para nosotros.

Sandropoulos dedujo la termodinámica de la situación:

—Es un sistema metaestable. El amoníaco desaparece a través de una oxidación geoquímica que forma nitrógeno; las plantas utilizan nitrógeno y forman de nuevo amoníaco, adaptándose así a la presencia del amoníaco. Si el índice de formación de amoníaco mediante las plantas bajara un dos por ciento, se crearía una espiral descendente. La vida vegetal se marchitaría, reduciendo aún más el amoníaco, y así sucesivamente.

—Es decir que si extermináramos suficientes plantas —apuntó Vlassov— podríamos eliminar el amoníaco.

—Si tuviéramos aerotrines y armas de ángulo ancho, y contáramos con un año para trabajar, podríamos lograrlo —contestó Sandropoulos—; pero no los tenemos, y hay un modo mejor de conseguirlo. Si pudiéramos cultivar nuestras propias plantas, la formación de oxígeno por fotosíntesis incrementaría el índice de oxidación del amoníaco. Incluso un aumento pequeño y localizado reduciría el amoníaco de la zona, estimularía el crecimiento de la vegetación terrícola y reprimiría la vegetación nativa, rebajando aún más el amoníaco, y así sucesivamente.

Se transformaron en jardineros durante la estación de la siembra; a fin de cuentas, estaban acostumbrados a ella en el Cuerpo Galáctico. La vida de los planetas similares a la Tierra era habitualmente del tipo agua/proteínas, pero existían variaciones infinitas, y los alimentos de otros mundos rara vez resultaban nutritivos y eran mucho menos apetecibles. Había que probar con plantas terrícolas. A menudo (aunque no siempre), algunas clases de plantas terrícolas invadían la flora nativa y la ahogaban. Al menguar la flora nativa, otras plantas terrícolas podían echar raíces.

De esa manera, muchos planetas se habían convertido en nuevas Tierras. Durante el proceso, las plantas terrícolas desarrollaron cientos de variedades resistentes que florecían en condiciones extremas, lo cual, en el mejor de los casos, facilitaba la siembra en el siguiente planeta.

El amoníaco mataba cualquier planta terrícola, pero las semillas de que disponía el Crucero Juan no eran verdaderas plantas terrícolas, sino mutaciones de esas plantas en otros mundos. Lucharon con denuedo, pero no fue suficiente. Algunas variedades crecieron de modo débil y enfermizo y, luego, murieron.

Aun así, tuvieron mejor suerte que la vida microscópica. Los bacterioides del planeta eran mucho más florecientes que las desordenadas y azules plantas nativas. Los microorganismos nativos sofocaban cualquier intento de competencia por parte de las muestras terrícolas, fracasó el intento de sembrar el suelo alienígena con flora bacteriana de tipo terrícola para ayudar a las plantas terrícolas.

Vlassov sacudió la cabeza.

—De cualquier modo, no serviría. Si nuestras bacterias sobrevivieran, sólo lo harían adaptándose a la presencia del amoníaco.

—Las bacterias no nos ayudarán —dijo Sandropoulos—. Necesitamos las plantas, pues ellas tienen sistemas para manufacturar oxígeno.

—Nosotros podríamos generar un poco —apuntó Petersen—. Podríamos electrolizar el agua.

—¿Cuánto durará nuestro equipo? Con sólo que nuestras plantas salieran adelante sería como electrolizar el agua para siempre; poco a poco, pero con perseverancia hasta que el planeta cediera.

—Tratemos el suelo, pues —propuso Barrére—. Está plagado de sales de amoníaco. Lo hornearémos para extraer las sales y lo reemplazaremos por suelo sin amoníaco.

—¿Y qué pasa con la atmósfera? —preguntó Chou.

—En un terreno libre de amoníaco, quizá se adapten a pesar de la atmósfera. Casi lo han logrado en las condiciones actuales.

Trabajaron como estibadores, pero sin un final a la vista. Ninguno creía que aquello acabaría funcionando y no tenían perspectivas de un futuro personal aunque sí funcionara. Pero el trabajo mataba el tiempo.

Para la siguiente estación de siembra tuvieron el suelo libre de amoníaco, pero las plantas terrícolas seguían creciendo muy débiles. Incluso pusieron cúpulas sobre varios brotes y les bombearon aire sin amoníaco. Eso ayudó un poco, aunque no lo suficiente. Ajustaron la composición química del suelo de todos los modos posibles. No obtuvieron ninguna recompensa.

Los débiles brotes produjeron diminutas bocanadas de oxígeno, pero no bastó para acabar con la atmósfera de amoníaco.

—Un esfuerzo más —dijo Sandropoulos—, uno más. Lo estamos desequilibrando, pero no logramos eliminarlo.

Las herramientas y las máquinas se mellaban y se gastaban con el tiempo, y el futuro se iba estrechando. Cada vez había menos margen de maniobra.

El final llegó de un modo casi gratificante por lo repentino. No tenían un nombre para la debilidad y el vértigo. Ninguno sospechó un envenenamiento directo por amoníaco; sin embargo, se alimentaban con los cultivos de algas de lo que había sido el jardín hidropónico de la nave, y los cultivos estaban contaminados de amoníaco.

Tal vez fuese obra de algún microorganismo nativo que al fin había aprendido a alimentarse de ellos. Tal vez era un microorganismo terrícola que había sufrido una mutación en ese entorno extraño.

Así que tres de ellos murieron finalmente; por fortuna, sin dolor. Se alegraron de morir y abandonar esa pelea inútil.

—Es tonto perder así —susurró Chou.

Petersen, el único de los cinco que se mantenía en pie (por alguna razón era inmune), volvió su rostro apenado hacia el único compañero vivo.

—No te mueras —le pidió—. No me dejes solo.

Chou intentó sonreír.

—No tengo opción. Pero puedes seguirnos, viejo amigo. ¿Para qué luchar? No quedan herramientas y ya no hay modo de ganar, si es que alguna vez lo hubo.

Aun entonces Petersen combatió su desesperación concentrándose en la lucha contra la atmósfera. Pero tenía la mente fatigada y el corazón consumido, y cuando Chou murió al cabo de una hora se encontró con cuatro cadáveres.

Miró los cadáveres, recordando, evocando (pues ya estaba solo y se atrevía a sollozar) la Tierra misma, que había visto por última vez en una visita de once años antes.

Tendría que sepultar los cuerpos. Arrancaría ramas azuladas de los árboles nativos y construiría cruces. En las cruces colgaría los cascos espaciales y apoyaría al pie los tanques de oxígeno. Tanques vacíos, símbolo de la lucha perdida.

Un tonto homenaje para unos hombres que ya no estaban, y para unos futuros ojos que seguramente nunca lo verían.

Pero necesitaba hacerlo para demostrar respeto por sus amigos y por sí mismo, pues no era hombre de abandonar a sus amigos en la muerte mientras él se mantenía en pie.

Además...

¿Además? Pensó con esfuerzo durante unos momentos.

Mientras permaneciera con vida se valdría de todos sus recursos. Enterraría a sus amigos.

Los sepultó en una parcela del terreno libre de amoníaco que habían construido laboriosamente; los sepultó sin mortaja y sin ropa, los dejó desnudos en el suelo hostil para que se descompusieran lentamente originando sus propios microorganismos antes de que éstos también perecieran con la inevitable invasión de los bacterioides nativos.

Clavó las cruces, con los cascos y los cilindros de oxígeno colgados de ellas, las apuntaló con piedras y se dio media vuelta, abatido, para regresar a la nave enterrada, donde ahora vivía solo.

Trabajó día tras día y al fin también sintió los síntomas.

Se metió en el traje espacial y salió a la superficie por última vez.

Se puso de rodillas en los jardines. Las plantas terrícolas eran verdes. Habían vivido más que antes. Parecían saludables y vigorosas.

Cubrían todo el suelo y limpiaban la atmósfera, pero Petersen había agotado el último recurso que le quedaba para fertilizarlas...

De la carne putrefacta de los terrícolas surgían los nutrientes que impulsaban el esfuerzo final. De las plantas terrícolas brotaba el oxígeno que derrotaría al amoníaco y arrancararía al planeta del inexplicable nicho en que se había atascado.

Si los terrícolas regresaban alguna vez (¿cuándo, dentro de un millón de años?) encontrarían una atmósfera de nitrógeno/oxígeno y una flora limitada que evocaría extrañamente la de la Tierra.

Las cruces se pudrirían y se derrumbarían; el metal se oxidaría y se descompondría. Quizá los huesos se fosilizaran y dejaran un testimonio de lo ocurrido. Quizá alguien descubriera sus papeles, que estaban encerrados herméticamente.

Pero nada de eso importaba. Aunque nadie encontrase nada, el planeta mismo, el planeta entero sería un monumento para los cinco.

Petersen se tumbó para morir en medio de su victoria.

## La clave (1966)

---

“The Key”

Karl Jennings sabía que iba a morir. Le quedaban pocas horas de vida y tenía mucho que hacer.

Sin comunicaciones era imposible escapar de esa sentencia de muerte en la Luna.

Aun en la Tierra había parajes donde, sin una radio a mano, un hombre podía llegar a morir al no contar con la ayuda del prójimo, sin el corazón del prójimo para compadecerlo, sin siquiera los ojos del prójimo para descubrir su cadáver. En la Luna, casi todos los parajes eran así.

Los terrícolas sabían que él se encontraba allí, desde luego. Jennings formaba parte de una expedición geológica; mejor dicho, de una expedición selenológica. Era extraño cómo su mente habituada a la Tierra insistía en el prefijo «geo».

Se devanó los sesos sin dejar de trabajar. Aunque estaba agonizando, aún sentía esa artificiosa lucidez. Miró en torno angustiosamente. No había nada que ver. Se hallaba en la eterna sombra del interior norte de la pared del cráter, una negrura sólo mitigada por el parpadeo intermitente de la linterna. Jennings mantenía esa intermitencia en parte porque no quería agotar la fuente energética antes de morir y en parte porque no quería arriesgarse a ser visto.

A la izquierda, hacia el sur a lo largo del cercano horizonte lunar, brillaba una blanca astilla de luz solar. Más allá del horizonte se extendía el invisible borde del cráter. El sol no se elevaba a suficiente altura como para iluminar el suelo que él pisaba. Al menos, Jennings estaba a salvo de la radiación.

Cavó metódica, pero torpemente, enfundado en el traje espacial. Le dolía espantosamente el costado.

El polvo y la roca partida no cobraban esa apariencia de «castillo de cuento de hadas», característica de las partes de la superficie lunar expuestas a la alternativa de luz y sombra, calor y frío. Allí, en el frío continuo, el lento desmoronamiento de la pared del cráter había apilado escombros finos en una masa heterogénea. No sería fácil distinguir el lugar donde estaba cavando.

Calculó mal la irregularidad de la oscura superficie y un puñado de fragmentos polvorientos se le escapó de las manos. Las partículas cayeron con lentitud lunar, pero aparentando celeridad, pues no había aire que ofreciera resistencia y las dispersara en una bruma polvorienta.

Jennings encendió la linterna un instante y apartó de un puntapié una roca escabrosa.

No tenía mucho tiempo. Cavó a mayor profundidad.

Si cavaba un poco más lograría meter el dispositivo en el hoyo y taponarlo. Strauss no debía hallarlo.



¡Strauss!

El otro miembro del equipo. Socio en el descubrimiento. Socio en la fama.

Si Strauss hubiera querido quedarse sólo con la fama, Jennings quizá lo habría permitido. El descubrimiento era más importante que la fama individual. Pero Strauss quería mucho más, codiciaba algo que Jennings impediría a toda costa.

Estaba dispuesto a morir con tal de impedirlo.

Y se estaba muriendo.

La habían hallado juntos. Strauss se encontró la nave; mejor dicho, los restos de la nave; mejor aún, lo que quizá fueran los restos de algo análogo a una nave.

—Metal —dijo Strauss, recogiendo un objeto mellado y amorfo.

Sus ojos y su rostro apenas se distinguían a través del grueso cristal de plomo del visor, pero su voz áspera sonó con claridad en la radio del traje. Jennings se acercó dando botes ingravidos desde su posición a ochocientos metros.

—¡Qué raro! —comentó—. No hay metal suelto en la Luna.

—No debería haberlo. Pero ya sabes que no se ha explorado más del uno por ciento de la superficie lunar. Quién sabe qué puede haber en ella.

Jennings asintió con la cabeza y extendió su mano enguantada para coger el objeto.

Era cierto que en la Luna podía hallarse cualquier cosa. Ésa era la primera expedición selenográfica financiada con fondos privados. Hasta entonces, sólo se habían realizado proyectos gubernamentales con diversos objetivos. Como signo del avance de la era del espacio, la Sociedad Geológica financiaba el envío de dos hombres a la Luna para que realizaran únicamente estudios selenológicos.

—Parece como si hubiera tenido una superficie pulida —observó Strauss.

—Tienes razón. Tal vez haya más.

Hallaron tres fragmentos más; dos, de tamaño ínfimo y el tercero, un objeto irregular que mostraba rastros de una unión.

—Llevémoslos a la nave.

Se subieron al pequeño deslizador para regresar a la nave madre. Una vez a bordo, se quitaron los trajes, algo que Jennings siempre hacía con satisfacción. Se rascó enérgicamente las costillas y se frotó las mejillas hasta que la tez clara se le pobló de manchas rojas.

Strauss prescindió de esas delicadezas y se puso a trabajar. El rayo láser picoteó en el metal, y el vapor se registró en el espectrógrafo. Titanio y acero esencialmente, con vestigios de cobalto y de molibdeno.

—Artificial, sin duda —determinó Strauss. Su rostro de rasgos gruesos estaba huraño y duro como siempre. No se inmutaba, aunque el corazón de Jennings palpitaba con más fuerza.

—Y sin duda esto merece fuego artificiales —bromeó Jennings, llevado por la

excitación.

Había puesto énfasis en el término «artificiales», para indicar que era un juego de palabras. Pero Strauss lo fulminó con una mirada distanciadora que cortó de raíz cualquier intento de seguir con los retruécanos.

Jennings suspiró. Nunca podía contenerse. Recordaba que en la universidad... Bien, no tenía importancia. Que Strauss conservara la calma si quería, pero ese descubrimiento merecía festejarse con el mejor retruécano del mundo.

Se preguntó si Strauss comprendería el significado de aquel hallazgo.

Sabía muy poco sobre Strauss, salvo lo de su reputación selenológica. Había leído los artículos de Strauss y suponía que él había leído los suyos. Aunque tal vez se hubieran cruzado sus caminos en la época universitaria, nunca se habían conocido hasta que ambos se presentaron como voluntarios para esa misión y fueron seleccionados.

En la semana de viaje, Jennings reparó incómodamente en la figura corpulenta de Strauss, en su cabello claro y sus ojos azules, en su modo de mover las prominentes mandíbulas cuando comía. Jennings, de físico mucho más menudo, que también tenía ojos azules y cuyo cabello era más oscuro, se amilanaba ante la arrolladora energía de Strauss.

—No está documentado que ninguna nave haya descendido en esta parte de la Luna —dijo Jennings—. Y ninguna se ha estrellado.

—Si formara parte de una nave, sería liso y lustroso. Esto está erosionado. Teniendo en cuenta que no hay atmósfera, eso significa una exposición de muchos años al bombardeo de los micrometeoros.

Strauss sí comprendía el significado del hallazgo.

—¡Este artefacto no es de creación humana! —exclamó Jennings, exultante—. Criaturas extraterrestres han visitado la Luna. Quién sabe hace cuánto tiempo.

—Quién sabe —convino Strauss.

—En el informe...

—Espera. Habrá tiempo para hacer un informe cuando tengamos algo de qué informar. Si era una nave, sin duda hallaremos algo más.

Pero no tenía sentido ponerse a buscar en ese momento. Habían trabajado durante horas, y era momento de comer y descansar. Lo mejor sería abordar la tarea frescos y consagrarle varias horas. Se pusieron de acuerdo tácitamente.

La Tierra estaba baja sobre el horizonte oriental, casi llena, brillante y estriada de azul. Jennings la contempló mientras comían y experimentó, como de costumbre, una intensa añoranza.

—Parece muy tranquila —comentó—, pero hay seis mil millones de personas trabajando en ella.

Strauss abandonó sus cavilaciones para replicar:

—¡Seis mil millones de personas destruyéndola!

Jennings frunció el ceño.

—No serás un ultra, ¿eh?

—¿De qué demonios estás hablando?

Jennings se sonrojó. El rubor siempre se le notaba en la tez clara, que se ponía rosada ante cualquier arrebato emocional. Le resultaba tremendamente embarazoso.

Siguió comiendo sin decir nada.

Hacía una generación que la población de la Tierra se mantenía igual. No se podía tolerar un nuevo incremento. Todos lo admitían. Incluso había quienes afirmaban que la falta de incremento era insuficiente, que sería necesario reducir la población. Jennings simpatizaba con ese punto de vista. La Tierra estaba siendo devorada por una población humana excesiva.

¿Pero cómo lograr el descenso de la población? ¿Al azar, alentando a la gente a reducir la tasa de natalidad a su aire? En los últimos tiempos se elevaba un clamor que no sólo exigía un descenso demográfico, sino un descenso selectivo: la supervivencia del más apto, para la cual quienes se consideraban a sí mismos los más aptos escogían los criterios de aptitud.

Creo que lo he insultado, pensó Jennings.

Luego, cuando estaba a punto de quedarse dormido, se le ocurrió de repente que no sabía nada sobre el carácter de Strauss. ¿Y si se proponía ponerse a buscar él solo para adjudicarse todo el mérito del...?

Abrió los ojos alarmado, pero Strauss respiraba entrecortadamente y pronto empezó a roncar.

Pasaron tres días buscando más fragmentos. Hallaron algunos. Hallaron más que eso. Hallaron una zona reluciente con la diminuta fosforescencia de las bacterias lunares. Esas bacterias eran bastante comunes, pero en ninguna parte se había descubierto una concentración tan grande como para causar un fulgor visible.

—Un ser orgánico, o sus restos, debió de estar aquí alguna vez —observó Strauss—, El ser murió, pero sus microorganismos no y, al final, lo consumieron,

—Y quizá se propagaron —añadió Jennings—. Tal vez ése sea el origen de las bacterias lunares. Quizá no sean nativas, sino el resultado de una contaminación... de hace milenios.

—También funciona en sentido contrario. Como estas bacterias son esencialmente diferentes de cualquier microorganismo terrícola, las criaturas de quienes fueron parásitas, si tal es el caso, también debían de ser esencialmente distintas. Otro indicio de una presencia extraterrestre.

El camino terminaba en la pared de un pequeño cráter.

—Es una inmensa tarea de excavación —suspiró Jennings—. Será mejor que informemos y que nos manden ayuda.

—No —dijo sombríamente Strauss—. Tal vez esa ayuda no se justifique. El cráter se pudo haber formado un millón de años después de que la nave se estrellara.

—¿Quieres decir que entonces se vaporizó todo y sólo habría quedado esto que hemos encontrado? —Strauss asintió con la cabeza y Jennings añadió—: Probemos suerte de todos modos. Podemos cavar un poco. Si trazamos una línea a través de los lugares donde hemos hallado algo y continuamos...

Strauss trabajaba con desgana, así que fue Jennings quien hizo el verdadero hallazgo. Sin duda eso contaba. Aunque Strauss hubiera hallado el primer fragmento metálico, Jennings había hallado el dispositivo.

Era un artefacto hundido un metro bajo una roca irregular que al caer había abierto una cavidad en la superficie lunar. Durante un millón de años, la cavidad había protegido el artefacto de la radiación, de los micrometeoros y de los cambios de temperatura, de modo que permanecía intacto.

Jennings lo bautizó como el Dispositivo. No se parecía a ningún instrumento que él conociera, pero ¿por qué iba a parecerse?

—No veo asperezas —dijo—. Quizá no esté roto.

—Pero quizá falten piezas.

—Quizá, pero no parece haber partes móviles. Es una pieza entera, extrañamente irregular. Es lo que necesitamos. Una pieza de metal gastado o una zona rica en bacterias sirven sólo para hacer deducciones y para mantener disputas. Pero esto es algo fantástico, un dispositivo de evidente origen extraterrestre. —Lo habían apoyado en la mesa y ambos lo observaban muy serios—. Presentemos un informe preliminar.

—¡No! —rugió Strauss—. ¡Claro que no!

—¿Por qué no?

—Porque si lo hacemos se transformará en un proyecto de la Sociedad. Esto se llenará de intrusos y cuando terminen no seremos ni siquiera una nota a pie de página. ¡No! —Adoptó una expresión taimada—. Vamos a hacer todo lo que podamos y a sacar el mayor provecho posible antes de que lleguen esas arpías.

Jennings lo pensó. Tampoco él quería perder la fama que se merecía. Pero aun así...

—No sé si quiero correr el riesgo, Strauss. —Sintió el impulso de llamarlo por el nombre de pila, pero se contuvo—. Mira, no es correcto esperar. Si esto es de origen extraterrestre, tiene que ser de otro sistema solar. No hay sitio en este sistema solar, aparte de la Tierra, que pueda albergar una forma de vida avanzada.

—Eso no está demostrado —gruñó Strauss—. ¿Pero qué hay con ello, suponiendo que tengas razón?

—Eso significaría que las criaturas de la nave dominaban el viaje interestelar y, por lo tanto, estaban tecnológicamente más avanzadas que nosotros. Quién sabe lo que el Dispositivo puede decirnos sobre su avanzada tecnología. Quizá sea la clave

de... quién sabe qué. Podría ser la clave de una increíble revolución científica.

—Devaneos románticos. Si es producto de una tecnología mucho más avanzada que la nuestra, no aprenderemos nada de ella. Resucita a Einstein y muéstrale una microprotodistorción. No sabría cómo interpretarla.

—No tenemos la certeza de que no aprenderemos nada.

—Aun así, ¿qué? ¿Qué tiene de malo una pequeña demora? ¿Qué tiene de malo asegurarnos el mérito? ¿Qué tiene de malo asegurarnos una participación, que no nos dejen excluidos?

—Pero Strauss... Jennings se sintió conmovido casi hasta las lágrimas en su afán de comunicar la importancia que él atribuía al Dispositivo—. Imagínate que nos estrelláramos con él. Imagínate que, no podríamos regresar a la Tierra. No podemos poner en peligro esta cosa. —La acarició, casi como si estuviera enamorado de ella—. Deberíamos informar sobre ella y pedir que envíen naves para buscarla. Es demasiado preciosa para...

En medio de tanta intensidad emocional, el Dispositivo pareció entibiarse bajo su mano. Una parte de la superficie, semioculta por un reborde de metal, emitió un fulgor fosforescente.

Jennings apartó la mano con un gesto espasmódico y el Dispositivo se oscureció. Pero era suficiente; el momento había sido infinitamente revelador.

—Fue como si se abriera una ventana en tu cráneo —jadeó Jennings—. Pude ver tu mente.

—Yo leí la tuya, o la experimenté, o entré en ella, o lo que sea.

Tocó el dispositivo con actitud fría y distante, pero no ocurrió nada.

—Eres un ultra —lo acusó Jennings—. Cuando toqué esto... —Lo tocó de nuevo—. Vuelve a ocurrir. Lo veo. ¿Estás loco? ¿De veras crees que es humanamente aceptable condenar a casi toda la raza humana a la extinción y destruir la versatilidad y la variedad de la especie?

De nuevo apartó la mano, asqueado por las revelaciones, y de nuevo el Dispositivo se oscureció. Una vez más, Strauss lo tocó con reservas y no ocurrió nada.

—No empecemos a discutir, por amor de Dios —dijo Strauss—. Esto es un aparato de comunicación, un amplificador telepático. ¿Por qué no? Las células cerebrales tienen potencial eléctrico. El pensamiento puede considerarse un campo ondulatorio electromagnético de microintensidades...

Jennings se apartó. No quería hablar con Strauss.

—Pasaremos un informe de inmediato. Me importa un bledo la fama. Puedes quedarte con ella. Yo sólo quiero que esto esté fuera de nuestras manos.

Por un instante, Strauss permaneció tenso. Luego, se relajó.

—Es más que un comunicador. Responde a la emoción y la amplifica.

—¿De qué estás hablando?

—Ha funcionado dos veces cuando lo tocaste ahora, aunque lo estuviste manipulando todo el día sin efecto visible. Y no reacciona cuando yo lo toco.

—¿Y bien?

—Se activó cuando estabas en un estado de alta tensión emocional. Supongo que eso es lo que requiere para reaccionar. Y cuando desvariabas sobre los ultras hace un instante, me sentí igual que tú por un momento.

—Te sentiste como debías.

—Escúchame, ¿estás seguro de tener razón? Cualquier hombre pensante sabe que la Tierra estaría mejor con una población de mil millones que con seis mil millones. Si usáramos la automatización al máximo, algo que ahora las masas nos impiden, podríamos tener una Tierra totalmente eficaz y viable con una población de sólo cinco millones, por ejemplo. Escúchame, Jennings. No te vayas, hombre. —Suavizó el tono de su voz, en un esfuerzo por conquistarlo con argumentos razonables—: Pero no podemos reducir la población democráticamente, ya lo sabes. No se trata del impulso sexual, pues los dispositivos intrauterinos resolvieron hace tiempo el control de la natalidad. Es una cuestión de nacionalismo. Cada grupo étnico quiere que los demás sean los primeros en reducir su población, y yo estoy de acuerdo con ellos. Quiero que mi grupo étnico, nuestro grupo étnico, prevalezca. Quiero que la Tierra la herede una élite, lo cual significa hombres como nosotros. Somos los seres humanos verdaderos, y esa horda de simios que nos contiene nos está destruyendo a todos. De cualquier forma, están condenados; ¿por qué no salvarnos nosotros?

—No —rechazó con firmeza Jennings—. Ningún grupo tiene el monopolio de la humanidad. Tus cinco millones de reflejos idénticos, atrapados en una humanidad privada de variedad y versatilidad, se morirían de aburrimiento, y se lo habrían ganado a pulso.

—Sensíblerías, Jennings. Tú no lo crees. Nuestros tontos humanitaristas te han enseñado a creerlo. Mira, este artefacto es justo lo que necesitamos. Aunque no podamos construir otros ni comprender cómo funcionan, éste sería suficiente. Si pudiéramos controlar o guiar la mente de ciertos hombres, poco a poco impondríamos nuestro punto de vista en el mundo. Ya tenemos una organización. Lo sabes si has visto mi mente. Está mejor motivada y estructurada que cualquier otra organización de la Tierra. A diario nos vienen los mejores cerebros de la humanidad, ¿por qué no tú? Este instrumento es una clave, pero no sólo para obtener más conocimiento; es una clave para la solución final de los problemas humanos. ¡Únete a nosotros!

Había hablado con un apasionamiento que Jennings le desconocía. Apoyó la mano en el Dispositivo, que parpadeó un par de segundos y se apagó.

Jennings sonrió sin humor. Entendía lo ocurrido. Strauss había intentado agudizar su intensidad emocional para activar el Dispositivo y había fallado.

—No puedes activarlo —le dijo—. Eres un superhombre, un maestro del autodomínio, y no puedes dejarte llevar, ¿verdad?

Cogió con manos trémulas el Dispositivo, que se encendió de inmediato.

—Entonces, actívalo tú. Gana renombre por salvar a la humanidad.

—Jamás —replicó Jennings, sofocado por la emoción—. Pasaré el informe ahora.

—No. —Strauss tomó un cuchillo de la mesa—. Tiene punta y filo suficientes.

—Un comentario incisivo —observó Jennings, consciente de su retruécano a pesar de la tensión del momento—. Entiendo tus planes. Con el Dispositivo puedes convencer a cualquiera de que nunca existí. Puedes lograr una victoria ultra.

Strauss movió varias veces la cabeza en sentido afirmativo.

—Me lees la mente a la perfección.

—Pero no lo lograrás —susurró Jennings—. No, mientras yo tenga esto.

Lo inmovilizó con su voluntad. Strauss se movió desmañadamente y se detuvo. Empuñaba el cuchillo con firmeza y le temblaba el brazo, pero no podía hacerlo avanzar. Ambos sudaban profusamente.

—No puedes... mantenerlo así... todo el día —se esforzó Strauss, hablando entre dientes.

Jennings lo percibía con claridad, pero no contaba con palabras para describirlo. Era como retener a un animal escurridizo y de enorme fuerza, un animal que no cesaba de contorsionarse. Tenía que concentrarse en esa sensación de inmovilidad.

No estaba familiarizado con el Dispositivo. No sabía utilizarlo hábilmente. Era como pedirle a alguien que nunca hubiera visto una espada que la empuñara con la destreza de un mosquetero.

—Exacto —dijo Strauss, siguiéndole los pensamientos, y avanzó un paso con esfuerzo.

Jennings sabía que no podría oponer resistencia a la firme determinación de Strauss. Ambos lo sabían. Pero estaba el deslizador. Debía irse de allí con el Dispositivo.

Sólo que Jennings no tenía secretos. Strauss le vio el pensamiento y procuró interponerse entre él y el deslizador.

Jennings redobló sus esfuerzos. No inmovilidad, sino inconsciencia. Duerme, Strauss, pensó desesperadamente. ¡Duerme!

Strauss cayó de rodillas, apretando con fuerza los párpados.

Con el corazón desbocado, Jennings corrió hacia delante. Si pudiera golpearlo con algo, arrebatárle el cuchillo...

Y como sus pensamientos habían dejado de concentrarse en el sueño Strauss lo agarró por un tobillo y tiró de él con brusquedad.

Y no lo dudó un momento. En cuanto Jennings cayó al suelo, subió y bajó la mano que empuñaba el cuchillo. Jennings sintió un dolor agudo, y una llamarada de

miedo y desesperación le invadió la mente.

Ese arrebató emocional elevó el parpadeo del Dispositivo a un fogonazo. Strauss aflojó la mano y Jennings lanzó unos incoherentes y silenciosos gritos de temor y rabia con la mente.

Strauss se derrumbó, con el rostro demudado.

Jennings se levantó con esfuerzo y retrocedió. No se atrevía a hacer nada, salvo concentrarse en mantener la inconsciencia del otro. Todo intento de acción violenta le restaría fuerza mental, lo privaría de una vacilante y torpe fuerza mental que no podría dedicar a un uso efectivo.

Fue hacia el deslizador. A bordo habría un traje, y vendajes...

El deslizador no estaba pensado para viajes largos, y tampoco Jennings resistiría un viaje largo. Tenía el flanco derecho empapado de sangre a pesar de los vendajes. El interior del traje estaba endurecido por la sangre seca.

No había señales de la nave, pero sin duda llegaría tarde o temprano. Tenía mayor potencia y detectores que captarían la nube de la concentración de cargas que dejaban los reactores iónicos del deslizador.

Había intentado comunicarse por radio con Estación Luna, pero aún no llegaba respuesta y Jennings optó por callar. Las señales sólo harían que Strauss lo localizara.

Podía tratar de llegar a Estación Luna, pero no creía que pudiera lograrlo. Strauss lo detectaría antes. O moriría y se estrellaría antes. No llegaría. Tendría que ocultar el Dispositivo, ponerlo a buen recaudo y, luego, enfilarse hacia Estación Luna.

El Dispositivo...

No estaba seguro de tener razón. Podía acabar con la raza humana, pero era infinitamente valioso. ¿Debía destruirlo del todo? Era el único vestigio de una vida inteligente no humana. Albergaba los secretos de una tecnología avanzada, se trataba del instrumento de una ciencia mental avanzada. A pesar del peligro, había que tener en cuenta el valor, el valor potencial...

No, debía ocultarlo para que alguien lo hallara de nuevo, pero sólo los moderados del Gobierno. Nunca los ultras.

El deslizador descendió por el borde norte del cráter. Jennings lo conocía y podía sepultar el Dispositivo allí. Si luego no lograba llegar a Estación Luna, tendría que alejarse del escondrijo para no delatarlo con su presencia. Y debería dejar alguna clave de su paradero.

Le pareció que pensaba con increíble lucidez. ¿Era la influencia del Dispositivo? ¿Estimulaba su pensamiento y lo guiaba hacia el mensaje perfecto? ¿O era la alucinación insensata de un moribundo? No lo sabía, pero no tenía otra opción. Debía intentarlo.

Pues Karl Jennings sabía que iba a morir. Le quedaban pocas horas de vida y tenía mucho que hacer.



H. Seton Davenport, de la División Estadounidense del Departamento Terrícola de Investigaciones, se frotó con aire ausente la cicatriz de la mejilla izquierda.

—Sé que los ultras son peligrosos, señor.

El jefe de división, M.T. Ashley, miró a Davenport con los ojos entrecerrados. El gesto de sus mejillas enjutas denotaba su desaprobación. Como había jurado una vez más que dejaría de fumar, buscó a tientas una goma de mascar, la desenvolvió, la estrujó y se la metió en la boca. Se estaba volviendo viejo y malhumorado, y su bigote corto y gris raspaba cuando se lo frotaba con los nudillos.

—No sabe hasta qué punto son peligrosos, y me pregunto si alguien lo sabe. Son pocos, pero gozan de influencia entre los poderosos, que están muy dispuestos a considerarse la élite. Nadie sabe con certeza quiénes ni cuántos son.

—¿Ni siquiera el Departamento?

—El Departamento está atado de manos. Más aún, ni siquiera nosotros estamos libres de esa mancha. ¿Lo está usted?

Davenport frunció el ceño.

—Yo no soy ultra.

—No he dicho que lo fuera. Le pregunto que si está libre de esa mancha. ¿Ha pensado en lo sucedido en la Tierra en los dos últimos siglos? ¿Nunca ha pensado que una moderada disminución demográfica sería algo positivo? ¿Nunca ha pensado que sería maravilloso liberarse de los poco inteligentes, de los incapaces, de los insensibles y dejar el resto? Porque yo lo he pensado, qué diablos.

—Sí, me acuso de haberlo pensado alguna vez. Pero una cosa es expresar un deseo y otra muy distinta planificar un proyecto práctico de acción hitleriana.

—El deseo no está tan lejos del acto como usted cree. Convéncase de que el objetivo tiene importancia, de que el peligro es bastante grande, y los medios se volverán cada vez menos objetables. De cualquier modo, ahora que ha terminado ese asunto de Estambul, le pondré al corriente de esto. Lo de Estambul no fue nada en comparación. ¿Conoce al agente Ferrant?

—¿El que desapareció? No personalmente.

—Bien, pues hace dos meses se localizó una nave abandonada en la superficie lunar. Realizaba una investigación selenográfica, financiada con fondos privados. La Sociedad Geológica Rusoamericana, que patrocinaba el vuelo, informó de que la nave no se había comunicado. Una búsqueda de rutina la localizó sin mayores inconvenientes, a una razonable distancia del lugar desde donde transmitió su último informe. La nave no estaba dañada, pero el deslizador había desaparecido, junto con uno de los tripulantes, Karl Jennings. El otro hombre, James Strauss, estaba vivo, pero deliraba. No mostraba lesiones físicas, pero estaba loco de remate. Todavía lo está, y eso es importante.

—¿Por qué? —preguntó Davenport.

—Porque el equipo médico que lo examinó halló anomalías neuroquímicas y neuroeléctricas sin precedentes. Nunca han visto un caso semejante. Nada humano pudo provocarlo.

Una sonrisa fugaz cruzó el rostro grave de Davenport.

—¿Sospecha usted de invasores extraterrestres?

—Quizá —contestó el otro, sin sonreír en absoluto—. Pero permítame continuar. Una búsqueda rutinaria por las cercanías de la nave no reveló indicios del deslizador. Luego, Estación Luna comunicó que había recibido señales débiles de origen incierto. Supuestamente procedían de la margen occidental de Mare Imbrium, pero no estaban seguros de que fueran de origen humano y no creían que hubiera naves en las cercanías. Ignoraron las señales. Pensando en el deslizador, sin embargo, la partida de búsqueda se dirigió hacia Imbrium y lo localizó. Jennings estaba a bordo, muerto. Una puñalada en el costado. Es sorprendente que lograra sobrevivir tanto tiempo. Mientras tanto, los médicos estaban cada vez más desconcertados por los delirios de Strauss. Se pusieron en contacto con el Departamento y nuestros dos agentes lunares llegaron a la nave. Uno de ellos era Ferrant. Estudió las grabaciones de esos delirios. No tenía sentido hacerle preguntas, pues no había modo, ni hay, de comunicarse con Strauss. Existe una alta muralla entre el universo y él, y tal vez sea para siempre. Sin embargo, sus delirios, a pesar de las redundancias y las incoherencias, pueden tener cierto sentido. Ferrant lo ordenó todo, como un rompecabezas. Al parecer, Strauss y Jennings hallaron un objeto que consideraron antiguo y no humano, un artefacto de una nave que se estrelló hace milenios. Parece ser que podía alterar la mente humana.

—¿Y alteró la mente de Strauss? ¿Es eso?

—Exacto. Strauss era un ultra (podemos decir «era» porque está vivo sólo técnicamente) y Jennings no quiso entregarle el objeto. Y por buenas razones. En sus delirios, Strauss habló de usarlo para provocar el autoexterminio, como él lo llamó, de los indeseables. Quería conseguir una población final e ideal de cinco millones. Hubo una lucha, en la cual Jennings, aparentemente, se valió de ese artefacto, pero Strauss tenía un cuchillo. Cuando Jennings se marchó iba herido, y la mente de Strauss estaba destruida.

—¿Y dónde está el objeto?

—El agente Ferrant actuó con decisión. Registró de nuevo la nave y sus inmediaciones. No había rastros de nada que no fuera una formación lunar natural o un evidente producto de la tecnología humana. No encontró nada que pudiera ser el artefacto. Luego, investigó el deslizador y sus inmediaciones. Nada.

—¿No pudieron los miembros del primer equipo de investigación, que no sospechaban nada, haberse llevado algo?

—Juraron que no, y no hay razones para sospechar que mintieran. Posteriormente, el compañero de Ferrant...

—¿Quién era?

—Gorbansky.

—Lo conozco. Hemos trabajado juntos.

—En efecto. ¿Qué piensa de él?

—Es honesto y capaz.

—De acuerdo. Gorbansky encontró algo. No un artefacto extraterrestre, sino algo humano y de lo más corriente. Era una tarjeta blanca común, con una inscripción, insertada en el dedo medio del guante derecho. Supuestamente, Jennings la escribió antes de su muerte, así que, supuestamente, representaba la clave del escondrijo.

—¿Hay razones para pensar que lo escondió?

—Ya he dicho que no lo encontramos en ninguna parte.

—Pero pudo haberlo destruido, pensando que era peligroso dejarlo intacto.

—Es muy dudoso. Si aceptamos la conversación que hemos reconstruido a partir de los delirios de Strauss, y Ferrant logró una reconstrucción que parece ser casi literal, Jennings pensaba que ese artefacto era de importancia decisiva para la humanidad. Lo denominó la «clave de una increíble revolución científica». No destruiría algo así. Simplemente lo ocultaría de los ultras y trataría de informar de su paradero al Gobierno. De lo contrario, ¿por qué iba a dejar una clave del paradero?

Davenport sacudió la cabeza.

—Está usted en un círculo vicioso, señor. Dice que dejó una clave porque usted cree que hay un objeto oculto, y cree que hay un objeto oculto porque dejó una clave.

—Lo admito. Todo es dudoso. ¿Los delirios de Strauss significan algo? ¿La reconstrucción de Ferrant es válida? ¿La pista de Jennings es realmente una pista? ¿Existe un artefacto, ese Dispositivo, como lo llamaba Jennings? No tiene sentido hacerse preguntas. Ahora debemos actuar sobre el supuesto de que el Dispositivo existe y hay que encontrarlo.

—¿Porque Ferrant ha desaparecido?

—Exacto.

—¿Secuestrado por los ultras?

—En absoluto. La tarjeta desapareció con él.

—Oh..., entiendo.

—Hace tiempo que sospechamos que Ferrant es un ultra encubierto. Y no es el único sospechoso dentro del Departamento. Las pruebas no bastaban para actuar abiertamente; no podemos basarnos en meras sospechas, porque pondríamos el Departamento patas arriba. Ferrant estaba bajo vigilancia.

—¿Por parte de quién?

—De Gorbansky. Afortunadamente Gorbansky había filmado la tarjeta y envió la reproducción al cuartel general terrícola, admitiendo que la consideraba sólo un objeto curioso y la adjuntaba al informe por mero afán de cumplir con la rutina

habitual. Ferrant, el más inteligente de los dos, me parece a mí, entendió de qué se trataba y actuó en consecuencia. Lo hizo a un alto precio, pues se ha delatado y destruye así su futura utilidad para los ultras; pero es posible que esa futura utilidad no sea necesaria. Si los ultras controlan el Dispositivo...

—Tal vez Ferrant ya lo tenga.

—Recuerde que se encontraba bajo vigilancia. Gorbansky jura que el Dispositivo no estaba en ninguna parte.

—Gorbansky no fue capaz de impedir que Ferrant se marchara con la tarjeta. Tal vez tampoco logró evitar que localizara el Dispositivo.

Ashley tamborileó sobre el escritotio, con un ritmo inquieto y desigual.

—Prefiero no pensar eso. Si encontramos a Ferrant, podremos averiguar cuánto daño ha causado; hasta entonces, debemos buscar el Dispositivo. Si Jennings lo ocultó, seguramente intentó alejarse del escondrijo, pues de lo contrario ¿por qué iba a dejar una pista? No debe de estar en las cercanías.

—Tal vez no vivió el tiempo suficiente para alejarse.

Ashley volvió a tamborilear.

—El deslizador mostraba indicios de haber emprendido un vuelo largo y acelerado y de haber acabado estrellándose. Eso concuerda con la idea de que Jennings procuraba alejarse todo lo posible del escondrijo.

—¿Se sabe de qué dirección venía?

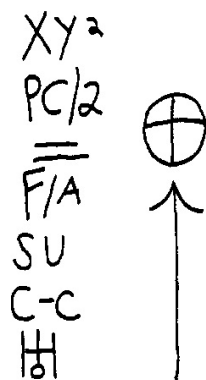
—Sí, pero no nos sirve de mucho. Por lo que indican las toberas laterales, estuvo efectuando deliberadamente virajes y cambios de dirección.

Davenport suspiró.

—Supongo que tendrá una copia de la tarjeta.

—En efecto. Aquí está.

Le entregó un duplicado. Davenport lo estudió unos instantes. Era así:



— 402 —

—No le veo ningún significado a esto —comentó Davenport.

—Tampoco yo se lo veía al principio, y tampoco vieron nada las primeras personas con las que consulté. Pero piense un poco. Jennings debía de creer que

Strauss lo perseguía; tal vez no supiera que había quedado fuera de combate para siempre. Además, temía que algún ultra lo encontrara antes que un moderado. No se atrevía a dejar una pista demasiado clara. —El jefe de división dio unos golpecitos con el dedo sobre la copia de la tarjeta—. Esto debe de representar una clave de difícil comprensión en apariencia, pero lo suficientemente clara para alguien dotado de ingenio.

—¿Podemos estar seguros de eso? —preguntó Davenport, escéptico—. A fin de cuentas, era un hombre moribundo y que se sentía atemorizado, y tal vez estaba sometido al influjo de ese objeto. Puede ser que no pensara de un modo lúcido y ni siquiera humano. Por ejemplo, ¿por qué no intentó llegar a la Estación Luna? Terminó a casi media circunferencia de distancia. ¿Estaba demasiado alterado para pensar claramente? ¿Demasiado paranoico para confiar siquiera en la Estación? Sin embargo, trató de comunicarse, pues la Estación captó las señales. Lo que quiero decir es que esta tarjeta, que no parece tener sentido, en efecto no tiene sentido.

Ashley meneó de lado a lado la cabeza solemnemente, como si fuera una campana.

—Estaba atemorizado, sí. Y supongo que no disponía de la presencia de ánimo suficiente para llegar a la Estación Lunar. Sólo quería correr y escapar. Aun así, esto tiene algún sentido. Todo encaja demasiado bien. Cada anotación tiene un sentido, y también el conjunto.

—¿Cuál es ese sentido?

—Notará usted que hay siete puntos en el lado izquierdo y dos en el derecho. Veamos primero el lado izquierdo. El tercero parece un signo de igual. ¿Un signo de igual significa algo para usted, algo en particular?

—Una ecuación algebraica.

—Eso es general. ¿Algo en particular?

—No.

—Supongamos que lo consideramos un par de líneas paralelas.

—¿El quinto postulado de Euclides? —aventuró Davenport.

—¡Bien! En la Luna hay un cráter llamado Euclides, en homenaje al matemático griego.

Davenport asintió con la cabeza.

—Ahora veo por dónde va usted. En cuanto a  $F/A$ , eso es fuerza dividida por aceleración, la definición de la masa en la segunda ley del movimiento de Newton...

—Sí, y en la Luna también hay un cráter llamado Newton.

—Sí, pero aguarde. La anotación inferior es el símbolo astronómico del planeta Urano y no hay ningún cráter ni ningún otro objeto lunar que se llame Urano.

—Tiene usted razón. Pero Urano fue descubierto por William Herschel y la H que forma parte del símbolo astronómico es la inicial de su nombre. Y ocurre que en la

Luna hay un cráter llamado Herschel; tres, en realidad, pues uno es por Caroline Herschel, hermana del astrónomo, y otro por John Herschel, su hijo.

Davenport reflexionó un momento y dijo:

—PC/2. Presión por la mitad de la velocidad de la luz. No conozco esa ecuación.

—Pruebe con cráteres. Pruebe con la P de Ptolomeo y con la C de Copérnico.

—¿Y buscar un punto intermedio? ¿Eso podría significar un punto a medio camino entre Ptolomeo y Copérnico?

—Me defrauda usted, Davenport —ironizó Ashley—. Pensé que conocía mejor la historia de la astronomía. Ptolomeo planteaba una imagen geocéntrica del sistema solar, con la Tierra en el centro, mientras que Copérnico presentaba una imagen heliocéntrica, con el Sol en el centro. Un astrónomo buscó una solución intermedia, a medio camino entre Ptolomeo y Copérnico...

—¡Tycho Brahe!

—Correcto. Y el cráter Tycho es el rasgo más conspicuo de la superficie lunar.

—De acuerdo. Veamos el resto. C–C es un modo corriente de indicar un tipo común de enlace químico. Enlace se dice *bond* en inglés, y creo que hay un cráter llamado Bond.

—Sí, en honor del astrónomo americano W.C. Bond.

—Y la primera anotación, XY2... XYY, una equis y dos íes griegas... ¡Ya está! Alfonso X. Era el astrónomo español medieval Alfonso el Sabio<sup>[5]</sup>. El cráter Alphonsus.

—Muy bien. ¿Qué es SU?

—Eso me desconcierta, señor.

—Le daré una teoría. Significa «Soviet Union». Unión Soviética era el antiguo nombre de la Región Rusa. La Unión Soviética fue el primer país que confeccionó un mapa del otro lado de la Luna, y quizás allí haya un cráter. Tsiolkovsky, por ejemplo. Como ve, cada símbolo de la izquierda parece representar un cráter: Alphonsus, Tycho, Euclides, Newton, Tsiolkovsky, Bond, Herschel.

—¿Y los símbolos de la derecha?

—Eso está absolutamente claro. El círculo dividido en cuatro es el símbolo astronómico de la Tierra. La flecha que lo señala indica que la Tierra debe estar directamente encima.

—¡Ah! —exclamó Davenport—. ¡El Sinus Medii, la Bahía Medía, sobre cuyo cenit está perpetuamente la Tierra! No es un cráter, así que está en el lado derecho, al margen de los demás símbolos.

—Exactamente. Se puede atribuir un sentido a todas las anotaciones, de modo que es muy probable que esto no sea algo sin sentido y que procure indicarnos algo. ¿Pero qué? Hasta ahora tenemos siete cráteres y otro lugar. ¿Qué significa? Es de suponer que el Dispositivo puede estar en un solo lugar.

—Bien. Un cráter puede ser un sitio enorme. Aunque supongamos que él usó el lado de la sombra, para evitar la radiación solar, puede haber muchísimos kilómetros que examinar en cada caso. Imaginemos que la flecha que señalaba el símbolo de la Tierra define el cráter donde ocultó el Dispositivo, el lugar desde donde la Tierra puede ser vista más cerca del cenit.

—Hemos pensado en ello. Delimita una zona e identifica siete cráteres, la extremidad meridional de los que están al norte del ecuador lunar y la extremidad septentrional de los que están al sur. Pero ¿cuál de los siete?

Davenport frunció el ceño. Hasta el momento no se le había ocurrido nada que no se le hubiese ocurrido antes a alguien.

—¡Regístrelos todos! —exclamó.

Ashley se rió con desgana.

—No hemos hecho otra cosa en las últimas semanas.

—¿Y qué han encontrado?

—Nada. No hemos encontrado nada. Pero seguimos buscando.

—Es evidente que interpretamos mal uno de los símbolos.

—¡Obviamente!

—Usted mismo dijo que había tres cráteres llamados Herschel. El símbolo SU, si significa Unión Soviética y, por lo tanto, la otra cara de la Luna, puede representar cualquier cráter del otro lado. Lomonosov, Jules Verne, Joliot-Curie, cualquiera. Más aún, el símbolo de la Tierra podría representar el cráter Atlas, a quien se representa sosteniendo la Tierra, en algunas versiones del mito. La flecha podría representar la Muralla Recta.

—Sin duda, Davenport. Pero aunque llegemos a la interpretación correcta del símbolo correcto ¿cómo la distinguimos de las interpretaciones erróneas, o de las interpretaciones correctas de los símbolos erróneos? En esta tarjeta tiene que haber algo que nos brinde un dato tan claro que podamos distinguir la clave real de todas las claves falsas. Hemos fracasado y necesitamos una mente nueva, Davenport. ¿Usted qué ve aquí?

—Le diré lo que podríamos hacer —masculló Davenport—. Podemos consultar a alguien que yo... ¡Oh, cielos!

Ashley procuró dominar su entusiasmo.

—¿Qué ve?

Davenport notó que le temblaba la mano. Confió en que no le temblaran los labios.

—Dígame, ¿ha investigado el pasado de Jennings?

—Por supuesto.

—¿Dónde estudió?

—En la Universidad del Este.

Davenport sintió un arrebato de alegría, pero se contuvo. Eso no era suficiente.

—¿Siguió un curso de extraterrología?

—Claro que sí. Eso es lo normal para conseguir el título de geología.

—Pues bien, ¿sabe usted quién enseña extraterrología en la Universidad del Este?

Ashley chascó los dedos.

—¡Ese excéntrico! ¿Cómo se llama...? Wendell Urth.

—Exacto, un excéntrico que es un hombre brillante a su manera; un excéntrico que ha actuado como asesor para el Departamento en varias ocasiones y siempre ha resuelto los problemas; un excéntrico al que yo iba a sugerir que consultáramos y resulta que la propia tarjeta nos está diciendo que lo hagamos. Una flecha que señala el símbolo de la Tierra. Un retruécano que podría significar «Id a Urth»<sup>[6]</sup>, escrito por un hombre que fue alumno de Urth y seguramente le conocía.

Ashley miró la tarjeta.

—Vaya, es posible. ¿Pero qué podría decirnos Urth que no veamos nosotros?

Davenport respondió, con una paciencia cortés:

—Sugiero que se lo preguntemos, señor.

Ashley miró en torno con curiosidad y medio asustado. Tenía la sensación de hallarse en una exótica tienda de curiosidades, oscura y peligrosa, y de que en cualquier momento podría atacarlo un demonio chillón.

La iluminación era escasa y abundaban las sombras. Las paredes parecían distantes y estaban revestidas de librofines, desde el suelo hasta el techo. En un rincón había una lente galáctica tridimensional y, detrás de ella, mapas estelares que apenas se vislumbraban. En otro rincón se veía un mapa de la Luna, aunque quizá fuera un mapa de Marte.

Sólo el escritorio del centro se hallaba bien iluminado por una lámpara de rayos finos. Estaba atiborrado de papeles y libros impresos. Había un pequeño proyector con película, y un anticuado reloj esférico producía un zumbido suavemente alegre.

Costaba recordar que era por la tarde y que en el exterior el sol dominaba en el cielo. En ese lugar reinaba una noche eterna. No se veían ventanas, y la clara presencia del aire acondicionado no le evitaba a Ashley cierta sensación de claustrofobia.

Se acercó más a Davenport, quien parecía insensible a lo desagradable de aquella situación.

—Llegará en seguida, señor —murmuró Davenport.

—¿Siempre es así?

—Siempre. Nunca sale de aquí, por lo que yo sé, excepto para atravesar el campus y dictar sus clases.

—¡Caballeros, caballeros! —se oyó una aguda voz de tenor—. Me alegra mucho verles. Son ustedes muy amables al visitarme.



Un hombrecillo rechoncho salió de otra habitación, abandonando las sombras y emergiendo a la luz.

Les sonrió, ajustándose sus gafas gruesas y redondas. Cuando apartó los dedos, las gafas quedaron precariamente suspendidas en la redonda punta de su pequeña nariz.

—Soy Wendell Urth —se presentó.

La barba puntiaguda y gris en la regordeta barbilla no contribuía a realzar la escasa dignidad del rostro risueño y del rechoncho torso elipsoide.

—¡Caballeros! Son muy amables al visitarme —repitió, tras dejarse caer en una silla, de la que sus piernas quedaron colgando, con las puntas de los zapatos a dos o tres centímetros del suelo—. Tal vez el señor Davenport recuerde que para mí es importante permanecer aquí. No me agrada viajar, excepto a pie, y con dar un paseo por el campus tengo suficiente.

Asheley lo miró desconcertado, de pie, y a su vez Urth lo observó con creciente desconcierto. Sacó un pañuelo y se limpió las gafas, se las volvió a poner y dijo:

—Ah, ya sé cuál es el problema. Necesitan sillas. Sí. Bien, pues cójanlas. Si hay cosas encima, quítenlas. Quítenlas. Siéntense, por favor.

Davenport quitó los libros de una silla y los dejó cuidadosamente en el suelo. Empujó la silla hacia Ashley y levantó un cráneo humano de otra silla y lo dejó aún con más cuidado sobre el escritorio de Urth. La mandíbula, que no estaba sujeta con firmeza, se entreabrió durante el traslado y quedó torcida.

—No importa —dijo afablemente Urth—, no se estropeará. Cuéntenme a qué han venido, caballeros.

Davenport aguardó un instante a que hablara Ashley, pero tomó con gusto la iniciativa al ver que su jefe guardaba silencio.

—Profesor Urth, ¿recuerda a un alumno llamado Jennings, Karl Jennings?

Urth dejó de sonreír mientras se esforzaba por recordar. Sus ojillos saltones parpadearon.

—No —respondió finalmente—. No en este momento.

—Se graduó en geología. Estudió extraterrología con usted hace algunos años. Aquí tengo su fotografía, por si le sirve de ayuda.

Urth estudio la fotografía con miope concentración, pero seguía dudando. Davenport continuó:

—Dejó un mensaje críptico, que constituye la clave de un asunto de gran importancia. Hasta ahora no logramos interpretarlo satisfactoriamente, pero sí hemos deducido algo, y es que nos indica que acudamos a usted.

—¿De veras? ¡Qué interesante! ¿Con qué propósito deben acudir a mí?

—Supuestamente, para que nos ayude a interpretar el mensaje.

—¿Puedo verlo?

Ashley le pasó el papel a Wendell Urth. El extraterrólogo lo miró sin fijarse mucho, le dio la vuelta y se quedó un momento contemplando el dorso en blanco.

—¿Dónde dice que acudan a mí?

Ashley se quedó sorprendido, pero Davenport se apresuró a intervenir:

—La flecha que apunta al símbolo de la Tierra. Parece claro.

—Parece claro que es una flecha que apunta al símbolo del planeta Tierra. Supongo que podría significar literalmente «id a la Tierra», si esto se hubiese encontrado en otro mundo.

—Se encontró en la Luna, profesor Urth, y podría significar eso. Sin embargo, la referencia a usted nos pareció evidente, una vez que averiguamos que Jennings había sido alumno suyo.

—¿Siguió un curso de extraterrología en esta universidad?

—En efecto.

—¿En qué año, señor Davenport?

—En el 18.

—Ah. El acertijo está resuelto.

—¿Se refiere al significado del mensaje? —preguntó Davenport.

—No, no. El mensaje no significa nada para mí. Me refiero al acertijo de por qué no me acordaba de él, pero lo recuerdo ahora. Era un sujeto muy discreto, ansioso, tímido y modesto; una persona nada fácil de recordar. —Golpeó el mensaje con el dedo—. Sin esto, nunca me hubiera acordado.

—¿Por qué la tarjeta cambia las cosas? —quiso saber Davenport.

—La referencia a mí es un retruécano entre mi apellido y el nombre del planeta Tierra. Es poco sutil, pero así era Jennings. Le encantaban los juegos de palabras. Lo único que recuerdo de él son sus intentos de crear retruécanos. A mí me encantan, pero los de Jennings eran muy malos. O vergonzosamente obvios, como en este caso. Carecía de talento para los retruécanos, pero le gustaban tanto...

—Todo el mensaje es una especie de retruécano, profesor —interrumpió Ashley—. Al menos, eso es lo que creemos, y concuerda con lo que dice usted.

—¡Ah! —Urth se ajustó las gafas y miró nuevamente la tarjeta y los símbolos. Frunció sus carnosos labios y dijo jovialmente—: Pues no lo entiendo.

—En ese caso... —dijo Ashley, cerrando las manos.

—Pero si ustedes me explican de qué se trata —continuó Urth—, quizá signifique algo.

—¿Puedo contárselo, señor? —preguntó Davenport—. Creo que este hombre es digno de confianza y... podría ayudarnos.

—Adelante —masculló Ashley—. A estas alturas, ¿qué podemos perder?

Davenport resumió la historia con frases precisas y telegráficas, mientras Urth escuchaba moviendo sus dedos rechonchos sobre el escritorio blanco, como si

barriera invisibles cenizas de tabaco. Al final de la narración, alzó las piernas y las cruzó, como un afable Buda.

Cuando Davenport hubo terminado, Urth reflexionó un momento.

—¿Tienen una transcripción de la conversación reconstruida por Ferrant?

—La tenemos —asintió Davenport—. ¿Quiere verla?

—Por favor.

Urth colocó la tira de microfilme en un visor y la examinó deprisa, moviendo los labios. Luego, señaló la reproducción del mensaje críptico.

—¿Y ustedes dicen que ésta es la clave del asunto, la pista crucial?

—Eso creemos, profesor.

—Pero no es el original, sino una reproducción.

—En efecto.

—El original desapareció con ese hombre, Ferrant, y ustedes creen que está en manos de los ultras.

—Posiblemente.

Urth sacudió la cabeza con aire preocupado.

—Es de sobras conocido que no simpatizo con los ultras. Los combatiría por todos los medios, así que no deseo que parezca que me echo atrás; pero... ¿cómo saber con certeza que existe ese objeto que altera las mentes? Sólo tenemos los delirios de un psicópata y dudosas deducciones a partir de la copia de un misterioso conjunto de signos que quizá no signifiquen nada.

—Sí, profesor, pero no podemos correr riesgos.

—¿Qué certeza hay de que esta copia sea exacta? ¿Y si en el original hay algo que aquí falta, algo que clarifica el mensaje, algo sin lo cual el mensaje resulta indescifrable?

—Estamos seguros de que la copia es exacta.

—¿Qué me dicen del reverso? No hay nada en el dorso de esta copia. ¿Qué me dicen del reverso del original?

—El agente que hizo la copia nos informó de que la otra cara estaba en blanco.

—Los hombres pueden cometer errores.

—No tenemos razones para pensar que se equivocó y debemos partir del supuesto de que no se equivocó. Al menos, mientras no recobremos el original.

—Entonces, ¿toda interpretación de este mensaje se debe hacer a partir de lo que vemos aquí?

—Eso creemos. Estamos casi seguros —respondió Davenport, con creciente abatimiento.

Urth aún parecía preocupado.

—¿Por qué no dejar el objeto donde está? Si ningún grupo lo encuentra, tanto mejor. Desapruebo cualquier método de jugar con la mente y no me gustaría

contribuir a posibilitarlo.

Davenport acalló con un ademán a Ashley, al darse cuenta de que éste iba a hablar, y dijo:

—Debo aclararle, profesor Urth, que el Dispositivo tiene otros aspectos. Supongamos que una expedición extraterrestre viajara a un planeta distante y primitivo y dejara allí una radio antigua, y supongamos que los nativos de ese lugar hubieran descubierto la corriente eléctrica, pero no el tubo de vacío. La población podría entonces descubrir que, cuando se conecta la radio a una corriente, ciertos objetos de vidrio de la radio se calientan y brillan, pero, como es lógico, no recibirían sonidos inteligibles, sino, en el mejor de los casos, únicamente zumbidos y chisporroteos. Sin embargo, si dejaran caer la radio enchufada en una bañera, la persona que estuviera en la bañera se electrocutaría. ¿La gente de ese planeta hipotético debería llegar a la conclusión de que el objeto que estudian sólo sirve para matar?

—Entiendo la analogía —admitió Urth—. Usted piensa que esa capacidad para alterar las mentes es sólo una función accesoria del Dispositivo.

—Estoy seguro de ello. Sí fuéramos capaces de deducir su verdadera finalidad, la tecnología terrícola podría dar un salto de siglos.

—Es decir que usted está de acuerdo con lo que dijo Jennings...

—Consultó el microfilme—. «Quizá sea la clave de... quién sabe qué. Podría ser la clave de una increíble revolución científica.»

—Exacto.

—No obstante, altera las mentes y es infinitamente peligroso. Sea cual sea la finalidad de la radio, lo cierto es que electrocuta.

—Por eso no podemos permitir que los ultras se hagan con ello.

—¿Y el Gobierno?

—Debo señalar que la cautela tiene un límite razonable. Recuerde que la raza humana siempre ha coqueteado con el peligro, desde el primer cuchillo de pedernal de la Edad de Piedra; y, antes de eso, el primer garrote de madera también podía matar. Se podían usar para someter a hombres más débiles a la voluntad de los más fuertes, lo cual también es una forma de alterar las mentes. Lo que cuenta, profesor, no es el Dispositivo mismo, por peligroso que sea en lo abstracto, sino las intenciones de quien lo utiliza. Los ultras han manifestado su intención de exterminar a más del noventa y nueve por ciento de la humanidad. El Gobierno, sean cuales fueren los derechos de los hombres que lo integran, no tiene esa intención.

—¿Y qué intención tiene el Gobierno?

—Un estudio científico del Dispositivo. Incluso esa capacidad para alterar la mente puede producir grandes beneficios. Usado con lucidez, podría enseñarnos algo sobre el fundamento físico de las funciones mentales. Podríamos aprender a corregir

trastornos mentales o a curar a los ultras. La humanidad podría aprender a desarrollar una mayor inteligencia.

—¿Por qué voy a creer que semejante idealismo se llevará a la práctica?

—Yo sí lo creo. Pero piénselo de este otro modo. Si nos ayuda, usted se arriesga a enfrentarse a un posible desvío hacia el mal por parte del Gobierno; pero, si no lo hace, se arriesga a enfrentarse al propósito indudablemente maligno de los ultras.

Urth asintió con la cabeza, pensativo.

—Quizá tenga razón. Aun así, debo pedirle un favor. Tengo una sobrina que siente un gran afecto por mí. Siempre está contrariada porque me niego terminantemente a incurrir en la locura de viajar. Afirma que no se dará por satisfecha hasta que algún día la acompañe a Europa, a Carolina del Norte o a cualquier otro lugar absurdo...

Ashley se inclinó hacia delante, desechando el gesto de Davenport.

—Profesor Urth, si usted nos ayuda a hallar el Dispositivo, y si éste funciona, le aseguro que le ayudaremos a liberarse de su fobia hacia los viajes, para que pueda ir con su sobrina a donde desee.

Urth abrió los ojos de par en par y miró salvajemente a su alrededor, como si estuviera acorralado.

—¡No! ¡No! ¡Jamás! —Bajó la voz y susurró roncamente—: Les explicaré la naturaleza de mis honorarios. Si los ayudo, si ustedes recobran el Dispositivo y aprenden a usarlo, si mi ayuda es conocida por el público, mi sobrina arremeterá contra el Gobierno como una furia. Es una mujer tozuda y chillona, que recaudará dinero y organizará manifestaciones. Nada la detendrá. Y, sin embargo, no deben ceder ante ella. ¡Jamás! Deben ustedes resistir todas las presiones. Quiero que me dejen en paz, como estoy ahora. Eso es lo único que pido como retribución.

Ashley se sonrojó.

—Sí, por supuesto, si así lo desea.

—¿Cuento con su palabra?

—Cuenta con mi palabra.

—Recuérdelo, por favor. También confío en usted, señor Davenport. —Será como usted desee —lo tranquilizó Davenport—. Y supongo que ahora nos dará la interpretación de las anotaciones.

—¿Las anotaciones? —preguntó Urth, concentrando la atención en la tarjeta—. ¿Se refiere a estas marcas, XV y demás?

—Sí. ¿Qué significan?

—No lo sé. Sus interpretaciones valen tanto como cualquier otra. Ashley estalló:

—¿Quiere decir que toda esa cháchara sobre su presunta ayuda no llevaba a nada? ¿A qué vienen tantos rodeos?

Wendell Urth parecía confundido e intimidado.

—Me gustaría ayudarles.

—Pero no sabe qué significan las anotaciones.

—No..., no... Pero sé qué significa el mensaje.

—¿Lo sabe? —gritó Davenport.

—Desde luego. El significado es transparente. Lo sospeché mientras usted me contaba la historia. Y estuve seguro una vez que leí la reconstrucción de las conversaciones entre Strauss y Jennings. Ustedes también lo comprenderían, caballeros, con sólo que se detuvieran a pensar.

—¡Oiga! —se impacientó Ashley—. ¡Usted ha dicho que no sabe qué significan las anotaciones!

—Y no lo sé. Sólo sé qué significa el mensaje.

—¿Qué es el mensaje si no está en las anotaciones? ¿Es el papel, por amor de Dios?

—Sí, en cierto sentido.

—¿Tinta invisible o algo parecido?

—¡No! ¿Por qué les cuesta tanto entenderlo, cuando están a punto? Davenport se inclinó hacia Ashley.

—Señor, déjeme esto a mí, por favor.

Ashley resopló.

—Adelante.

—Profesor —dijo Davenport—, ¿quiere ofrecernos su análisis?

—¡Ah! Bien, de acuerdo. —El menudo extraterrestre se recostó en la silla y se enjugó la frente húmeda con la manga—. Veamos el mensaje. Si ustedes aceptan que el círculo dividido en cuatro y la flecha los dirigen hacia mí, eso nos deja siete anotaciones. Si éstas se refieren a siete cráteres, por lo menos seis de ellos deben de estar destinados a distraer la atención, pues el Dispositivo sólo puede estar en un lugar. No contenía piezas móviles ni separables; era de una sola pieza. Además, ninguna de esas anotaciones está clara. SU podría significar cualquier sitio del otro lado de la Luna, que es una superficie del tamaño de Suramérica. PC/2 puede significar Tycho, como dice el señor Ashley, o «a medio camino entre Ptolomeo y Copérnico», como pensó el señor Davenport, o «a medio camino entre Platón y Cassini». XYZ podría significar Alphonsus, que es una interpretación muy ingeniosa; pero podría también referirse a un sistema de coordenadas donde la coordenada Y fuera el cuadrado de la coordenada X. Análogamente, C-C podría significar Bond o «a medio camino entre Cassini y Copérnico». F/A podría significar «Newton» o «a medio camino entre Fabricius y Arquímedes». En síntesis, significan tanto que no significan nada. Aunque una de ellas significara algo, no se la podría escoger entre las demás, así que lo más sensato es suponer que son pistas falsas. Es necesario, pues, determinar qué parte del mensaje carece de ambigüedades y está perfectamente clara.

La respuesta sólo puede ser que se trata de un mensaje, que es una pista para llegar a un escondrijo. Es la única certeza que tenemos, ¿no es así?

Davenport asintió con la cabeza.

—Al menos, creemos estar seguros de ello.

—Bien. Ustedes han dicho que este mensaje es la clave de todo el asunto. Han actuado como si fuera la pista decisiva. Jennings mismo se refirió al Dispositivo como una clave. Si combinamos esta visión seria del asunto con la afición de Jennings por los retruécanos, una afición que quizás agudizó el Dispositivo... Les contaré una historia.

»En la segunda mitad del siglo dieciséis, había un jesuita alemán que vivía en Roma. Era un matemático y astrónomo de renombre y ayudó al papa Gregorio XIII a reformar el calendario en 1582, efectuando los enormes cálculos requeridos. Este astrónomo admiraba a Copérnico, pero no aceptaba la versión heliocéntrica del sistema solar. Se aferraba a la vieja creencia de que la Tierra era el centro del universo.

»En 1650, casi cuarenta años después de la muerte de este matemático, otro jesuita, el astrónomo italiano Giovanni Battista Riccioli, trazó un mapa de la Luna. Denominó los cráteres con nombres de astrónomos del pasado y, como él también rechazaba a Copérnico, escogió los cráteres mayores y más y espectaculares para aquellos que situaban la Tierra en el centro del universo: Ptolomeo, Hiparco, Alfonso X, Tycho Brahe. Reservó el cráter de mayor tamaño que pudo hallar para su predecesor, el jesuita alemán.

»Este cráter es sólo el segundo en tamaño visible desde la Tierra. El mayor es Bailly, que está en el borde de la Luna y resulta difícil de ver desde la Tierra. Riccioli lo ignoró, y su denominación proviene de un astrónomo que vivió un siglo después y murió guillotinado durante la Revolución Francesa.

Ashley lo escuchaba con impaciencia.

—¿Pero qué tiene que ver esto con el mensaje?

—Pues todo —contestó Urth, sorprendido—. ¿No dijeron ustedes que este mensaje era la clave de todo el asunto? ¿No es la pista decisiva?

—Sí, desde luego.

—¿Hay alguna duda de que nos enfrentamos a algo que es la clave de otra cosa?

—Pues no —respondió Ashley.

—Bien... El nombre del jesuita alemán de que hablaba es Christoph Klau. ¿Ven ustedes el retruécano? Klau es clave.

La desilusión aflojó el cuerpo de Ashley.

—Eso es muy rebuscado —masculló.

—Profesor Urth —dijo ansiosamente Davenport—, no hay ningún lugar de la Luna llamado Klau.

—Claro que no. De eso se trata. En aquella época de la historia, la segunda mitad del siglo dieciséis, los eruditos europeos latinizaban sus nombres. Eso ocurrió con Klau. En vez de la «u» alemana, usó la letra latina equivalente, la «v». Luego, añadió el «ius» habitual en los nombres latinos y Christoph Klau pasó a ser Christopher Clavius, y supongo que ustedes recuerdan ese cráter gigante que llamamos Clavius.

—Pero... —comenzó Davenport.

—Sin peros. Sólo señalaré que la palabra latina clavis significa clave. ¿Ven ahora ese retruécano doble y bilingüe? Klau, Clavis, clave. En toda su vida, Jennings jamás habría logrado un retruécano doble y bilingüe sin el Dispositivo. Entonces pudo hacerlo, y sospecho que tuvo una muerte triunfal, dadas las circunstancias. Y les dijo que acudieran a mí porque sabía que yo recordaría su afición por los retruécanos y porque sabía que a mí también me gustaban. —Los dos hombres del Departamento lo miraban con los ojos desorbitados—. Sugiero que registren el borde de Clavius, en ese punto donde la Tierra está más cerca del cenit.

Ashley se levantó.

—¿Dónde está su videoteléfono?

—En la habitación contigua.

Ashley salió disparado. Davenport se quedó con el profesor.

—¿Está seguro? —le preguntó.

—Totalmente. Pero aunque me equivoque sospecho que no importa.

—¿Qué es lo que no importa?

—Que lo encuentren o no. Pues si los ultras hallan el Dispositivo dudo que sean capaces de usarlo.

—¿Por qué lo dice?

—Ustedes me preguntaron que si jennings había sido alumno mío, pero no me preguntaron por Strauss, que también era geólogo. Fue alumno mío un año después de jennings. Lo recuerdo bien.

—¿Sí?

—Un hombre desagradable, muy frío. La característica distintiva de los ultras. Son gélidos, muy rígidos, muy seguros de sí mismos. No pueden sentirse identificados con nadie, ya que, en ese caso, no hablarían de matar a miles de millones de seres humanos. Sus únicas emociones son glaciales y egoístas, sentimientos que no pueden franquear la distancia entre dos seres humanos.

—Creo que lo entiendo.

—Claro que lo entiende. La conversación reconstruida a partir de los delirios de Strauss nos mostró que no podía manipular el Dispositivo. Carecía de intensidad emocional, o de las emociones necesarias. Sospecho que lo mismo ocurre con todos los ultras. Jennings, que no era un ultra, podía manipularlo. Cualquiera que pudiera usar el Dispositivo sería incapaz de ser cruel a sangre fría. Podría atacar por miedo,



como jennings atacó a Strauss, pero no por mero cálculo, como Strauss atacó a jennings. Para expresarlo de una manera trillada, creo que el Dispositivo se puede activar mediante el amor, pero no mediante el odio; y los ultras se caracterizan por odiar.

Davenport asintió con la cabeza.

—Espero que tenga razón. Pero, entonces..., ¿por qué recela tanto del Gobierno, si piensa que esos hombres no podrían manipular el Dispositivo?

Urth se encogió de hombros.

—Quería asegurarme de que ustedes podían racionalizar sin vacilaciones y ser persuasivos ante una argumentación inesperada. A fin de cuentas, quizá tengan que vérselas con mi sobrina.

# La bola de billar (1967)

---

“The Billiard Ball”

James Priss —supongo que debería decir el profesor James Priss, aunque todos sabrán a quién me refiero incluso si no menciono el título— siempre hablaba despacio.

Lo sé. Lo entrevisté varias veces. Tenía la mente más brillante conocida desde Einstein, pero no funcionaba deprisa. Él mismo admitía que era lento. Quizá su mente no funcionaba deprisa precisamente por ser tan brillante.

Articulaba una frase, reflexionaba, añadía algo más. Aun en asuntos triviales, su mente gigantesca se demoraba en la incertidumbre, agregando un toque aquí y otro allá.

Le imagino preguntándose si el sol despuntaría a la mañana siguiente. ¿Qué significa «despuntar»? ¿Podemos estar seguros de que habrá un mañana? ¿La palabra «sol» no reviste ninguna ambigüedad?

Añádase a este modo de hablar un semblante blando y pálido, sin más expresión que un titubeo general, un cabello gris y ralo peinado impecablemente, trajes invariablemente conservadores, y tendremos el retrato del profesor James Priss: una persona retraída carente de magnetismo.

Por eso, nadie en el mundo, excepto yo, podía sospechar que fuera un asesino. Y ni siquiera yo estoy seguro. A fin de cuentas, él pensaba despacio; siempre pensaba despacio. ¿Es concebible que en un momento crucial haya logrado actuar deprisa y sin dilación?

No importa. Aunque sea un asesino, se salió con la suya. Es demasiado tarde para invertir la situación y yo no lo conseguiría aunque me decidiera a permitir que esto se publicara.

Edward Bloom fue compañero de estudios de Priss, y luego las circunstancias los acercaron durante una generación. Tenían la misma edad y ambos amaban la vida de soltero, pero eran opuestos en todo lo demás.

Bloom era ostentoso, pintoresco, alto, corpulento, locuaz, atrevido y lleno de aplomo. Su mente apresaba lo esencial con la rapidez de un impacto meteórico. No era un teórico como Priss; Bloom no tenía esa paciencia ni esa capacidad de intensa concentración en un punto abstracto. Lo admitía; se jactaba de ello.

Pero tenía una habilidad inquietante para aplicar una teoría, para ver el modo de utilizarla. En el frío bloque de mármol de una estructura abstracta veía sin dificultad el intrincado diseño de un dispositivo maravilloso. El bloque se rajaba con su contacto, y quedaba libre el dispositivo.

Es bien conocido, y no se exagera demasiado, que Bloom no podía construir nada que no funcionara o que no fuera patentable o que no resultara rentable. A los

cuarenta y cinco años era uno de los hombres más ricos de la Tierra.

Y si algo congeniaba con las aptitudes de Bloom el técnico era el pensamiento de Priss el teórico. Los mejores aparatos de Bloom estaban contruidos a partir de las más grandes ideas de Priss, y a medida que Bloom ganaba fama y riqueza Priss obtenía un respeto monumental entre sus colegas.

Era de esperar, pues, que cuando Priss formuló su teoría del doble campo, Bloom se pusiera de inmediato a construir el primer dispositivo práctico antigravedad.

Mi trabajo consistía en hallar un interés humano en la teoría del doble campo para los suscriptores de Telenoticias, y eso se consigue tratando con seres humanos y no con ideas abstractas. Como mi entrevistado era el profesor Priss, no parecía una tarea fácil.

Naturalmente, le preguntaría sobre las posibilidades de la antigravedad, que interesaba a todos, y no sobre la teoría del doble campo, algo que nadie comprendía.

—¿La antigravedad? —Priss apretó sus labios pálidos y reflexionó—. No sé si es posible, si alguna vez podrá serlo. No he resuelto el asunto a mi entera satisfacción. No sé si las ecuaciones de doble campo tendrían una solución finita, lo cual sería necesario, por supuesto, si...

Y se enredó en un análisis oscuro. Yo lo estimulé:

—Bloom dice que es posible construir ese aparato.

Priss movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, pero quién sabe. Ed Bloom ha demostrado poseer un asombroso don para ver lo que no es evidente. Tiene una mente insólita, y que con toda seguridad le ha hecho ganar una fortuna.

Nos encontrábamos sentados en la casa de Priss. Clase media de la más normal. No pude evitar echar una ojeada aquí y allá. Priss no tenía una fortuna.

No creo que me adivinara el pensamiento. Me vio mirar. Y supongo que eran sus propios pensamientos.

—La riqueza no es la recompensa habitual para el científico puro. Ni siquiera es una recompensa muy deseable —comentó.

Es posible, pensé. Priss tenía su propia recompensa. Era la tercera persona de la historia que había ganado dos premios Nobel, y el primero en ganar los dos en el campo de las ciencias, y ambos sin compartir. Nadie se quejaría de eso. Y aunque no era rico tampoco era pobre.

Pero no parecía satisfecho. Tal vez no estuviera molesto con la riqueza de Bloom, sino con su fama; Bloom era una celebridad dondequiera que iba, mientras que Priss, fuera de las convenciones científicas y de los clubes de profesores, era un personaje anónimo.

No sé si esto se me veía en los ojos o en el entrecejo fruncido, el caso es que Priss continuó:

—Pero somos amigos. Jugamos al billar un par de veces por semana. Normalmente le gano.

(Nunca publiqué esa declaración. La cotejé con Bloom, quien la negó con otra larga declaración que comenzaba con una interjección y se volvía cada vez más personal. Lo cierto es que ninguno de ellos era un novato en el billar. Yo les vi jugar una vez, después de estas declaraciones, y ambos empuñaban el taco con aplomo profesional. Más aún, los dos jugaban con saña, y las partidas no parecían amistosas.)

—¿Le importaría predecir si Bloom logrará construir un dispositivo antigraedad? —pregunté.

—¿Quiere decir que si estoy dispuesto a comprometer mi palabra? Mmmm. Bien, veamos, joven. ¿Qué queremos decir con antigraedad? Nuestra concepción de la gravedad se basa en la teoría general de la relatividad de Einstein, que ya tiene un siglo y medio, pero que, dentro de sus límites, permanece firme. Podemos describirla...

Escuché cortésmente. No era la primera vez que le oía perorar sobre el tema, pero si quería sonsacarle algo —lo cual no era seguro— tendría que dejar que se explayara a gusto.

—Podemos describirla imaginando el universo como una lámina de caucho irrompible, plana, delgada y superflexible. Si describimos la masa como algo asociado con el peso, como ocurre en la superficie de la Tierra, esperaríamos que una masa, apoyada sobre la lámina de caucho, dejara una hendidura. A mayor masa, más profunda la hendidura.

»En el universo real existen toda clase de masas, así que debemos imaginar nuestra lámina de caucho como acribillada de hendiduras. Cualquier objeto que rodara por la lámina seguiría esas hendiduras, virando y cambiando de rumbo. Estos virajes y cambios de rumbo, de hecho, nos demuestran la existencia de una fuerza de gravedad. Si el objeto móvil se acerca al centro de la hendidura y se mueve despacio, queda atrapado y gira en torno de la hendidura. En ausencia de fricción, mantiene ese movimiento para siempre. En otras palabras, Albert Einstein interpretó como una distorsión geométrica lo que Newton interpretaba como una fuerza.

Hizo una pausa. Había hablado con bastante soltura —para ser él— porque estaba diciendo algo que había dicho muchas veces. Pero luego empezó a vacilar.

—A1 tratar de producir la antigraedad, pues, tratamos de alterar la geometría del universo. Si continuamos con nuestra metáfora, tratamos de alisar esa lámina de caucho llena de hendiduras. Es como ponerse debajo de una masa y levantarla, sosteniéndola para impedir que se abra una hendidura. Si aplanamos de ese modo la lámina de caucho, creamos un universo (o, al menos, una porción de universo) donde la gravedad no existe. Un cuerpo rodante pasaría por esa masa que no produce hendiduras sin alterar su rumbo, y podríamos interpretar que esto significa que la

masa no ejerce fuerza gravitatoria. Para lograr esta hazaña, sin embargo, necesitamos una masa equivalente a la masa que produce la hendidura. Para producir antigravedad en la Tierra de esta manera, tendríamos que utilizar una masa equivalente a la terrestre y ponerla encima de nosotros, como quien dice.

—Pero su teoría del doble campo... —interrumpí.

—Exacto. La relatividad general no explica el campo gravitatorio y el campo electromagnético en un solo conjunto de ecuaciones. Einstein se pasó media vida buscando ese conjunto, una teoría de campo unificado, y fracasó. Todos los que siguieron a Einstein también fracasaron. Yo partí, en cambio, del supuesto de que había dos campos que no se podían unificar y seguí las consecuencias, y la metáfora de la «lámina de caucho» me permitirá explicar una parte.

Ahora llegábamos a algo que yo no había oído antes.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Supongamos que, en vez de tratar de levantar la masa que provoca la hendidura, procuramos endurecer la lámina, hacerla menos vulnerable a las hendiduras. Se contraería, al menos en una pequeña superficie, y se aplanaría. La gravedad se debilitaría y también la masa, pues ambas son esencialmente el mismo fenómeno en ese universo con hendiduras. Si lográramos que la lámina de caucho fuera totalmente plana, la gravedad y la masa desaparecerían.

»En las condiciones apropiadas, el campo electromagnético contrarrestaría el campo gravitatorio y serviría para endurecer la urdimbre del universo. El campo electromagnético es mucho más fuerte que el gravitatorio, así que el primero podría superar al segundo.

—Pero usted dice «en las condiciones apropiadas». ¿Se pueden lograr esas condiciones apropiadas de que usted habla, profesor?

—Pues no lo sé —contestó pensativamente Priss—. Si el universo fuera una lámina de caucho, su rigidez tendría que alcanzar un valor infinito antes de poder permanecer totalmente plano bajo una masa capaz de producir una hendidura. Si eso también ocurre en el universo real, se requeriría un campo electromagnético de intensidad infinita, lo cual significaría que la antigravedad sería imposible.

—Pero Bloom dice...

—Sí, supongo que Bloom cree que bastará con un campo finito, si se puede aplicar apropiadamente. Aun así, por ingenioso que sea Bloom —añadió Priss, sonriendo apenas—, no debemos considerar que es infalible. Su comprensión de la teoría es bastante endeble. No..., bueno, nunca llegó a sacarse el título universitario, ¿lo sabía?

Estuve a punto de decirle que lo sabía. Todo el mundo lo sabía. Pero había cierta avidez en la voz de Priss y noté que le brillaban los ojos, como si le deleitara difundir esa noticia. Así que asentí con la cabeza como si me interesara el dato para una futura

referencia.

—Entonces, diría usted que Bloom está equivocado y que la antigravedad es imposible.

Priss asintió.

—El campo gravitatorio se puede generar, por supuesto; pero si por antigravedad nos referimos a un campo de gravedad cero, sin ninguna gravedad en un significativo volumen de espacio, entonces sospecho que la antigravedad puede resultar imposible, a pesar de Bloom.

Así que en cierto modo obtuve lo que quería.

No pude ver a Bloom durante tres meses, y cuando lo encontré estaba de mal humor.

Se había enfadado nada más publicarse las declaraciones de Priss. Proclamó que Priss sería invitado a la exhibición del dispositivo antigravedad en cuanto estuviera construido, e incluso se le pediría que participara en la demostración. Un periodista —no yo, lamentablemente— lo abordó en un momento libre y le pidió que se explayara.

—Con el tiempo tendré ese dispositivo, tal vez pronto. Y usted podrá asistir. Cualquier periodista podrá asistir. Y también podrá asistir el profesor James Priss. Puede representar a la ciencia teórica y, una vez que yo haya demostrado la antigravedad, adaptar su teoría para explicarla. Estoy seguro de que sabrá adaptarla de forma magistral y señalar con exactitud por qué no era posible que yo fracasara. Podría hacerlo ahora y ahorrar tiempo, pero supongo que no lo hará.

Lo dijo todo con mucha educación, pero se le notaba refunfuñar por debajo del rápido fluir de las palabras.

No obstante, siguió jugando al billar con Priss, y cuando ambos se reunían se comportaban con absoluto decoro. Los progresos de Bloom eran fáciles de evaluar a la luz de sus respectivas actitudes ante la prensa. Bloom se mostraba cada vez más cortante, mientras que Priss manifestaba un creciente buen humor.

Cuando Bloom me concedió una entrevista después de mi enésima solicitud, me pregunté si eso significaba el final de su búsqueda. Me hice un poco la ilusión de que iba a anunciarme a mí su triunfo definitivo.

Pero no fue así. Nos reunimos en el despacho de su empresa, al norte del Estado de Nueva York. Se encontraba en un entorno maravilloso, alejado de las zonas pobladas, con bellos jardines que abarcaban tanto terreno como un vasto establecimiento industrial. Edison en su cúspide, dos siglos atrás, jamás había tenido un éxito tan arrollador como Bloom.

Pero Bloom no estaba de buen talante. Llegó con diez minutos de retraso y pasó junto al escritorio de la secretaria saludándome con un brusco movimiento de cabeza. Llevaba una chaqueta de laboratorio sin abotonar.

Se desplomó en la silla y dijo:

—Lamento haberle hecho esperar, pero no disponía de tanto tiempo como esperaba.

Bloom era un actor nato y sabía que no le convenía estar a mal con la prensa, aunque era evidente que en ese momento le costaba ceñirse a ese principio.

Hice la conjetura obvia:

—Me han dado a entender que sus pruebas recientes no han tenido éxito.

—¿Quién le dijo eso?

—Yo diría que es de conocimiento público, señor Bloom.

—No, no lo es. No diga eso, joven. No hay ningún conocimiento público sobre lo que sucede en mis laboratorios y talleres. Usted repite las opiniones del profesor, ¿verdad? Me refiero a Priss.

—No, yo no...

—Claro que sí. ¿No es usted quien dio a conocer esa declaración de que la antigravedad es imposible?

—Él no lo dijo tan categóricamente.

—Él nunca dice nada categóricamente, pero fue una declaración bastante categórica para ser de Priss, aunque no tanto como dejaré este maldito universo de caucho cuando haya terminado con mi proyecto.

—¿Eso significa que está realizando progresos, señor Bloom?

—Usted sabe que sí —rezongó—. O debería saberlo. ¿No asistió a la demostración de la semana pasada?

—Sí, asistí.

Juzgué que Bloom estaba en apuros, de lo contrario no mencionaría esa demostración. Funcionó pero no era una maravilla. Entre los dos polos de un imán se generó una zona de gravedad reducida.

Se realizó con mucha astucia. Se utilizó un equilibrio de efecto Mbsbauer para sondear el espacio que había entre ambos polos. Para quien no haya visto nunca un equilibrio de efecto Mósbauer en acción, éste consiste en un haz monocromático de rayos gamma disparados a lo largo del campo de baja gravedad. Los rayos gamma cambian ligera, pero mensurablemente de longitud de onda bajo la influencia del campo gravitatorio y, si algo altera la intensidad del campo, el cambio de longitud de onda varía de forma correspondiente. Es un método delicadísimo para sondear un campo gravitatorio y funcionó como por arte de magia. Era indudable que Bloom había reducido la gravedad.

El problema estaba en que otros lo habían conseguido antes. Bloom utilizó circuitos que facilitaban el logro de ese efecto —su sistema era ingenioso, como de costumbre, y estaba debidamente patentado— y sostenía que mediante ese método la antigravedad dejaría de ser una curiosidad científica para convertirse en un recurso

práctico con aplicación industrial.

Quizá. Pero era una tarea inconclusa y, por lo general, él no armaba ninguna bulla por algo que estaba inconcluso. No lo habría hecho esta vez si hubiera contado con algo real.

—Entiendo que en esa demostración preliminar usted alcanzó 0,8 g, menos de lo que se logró en Brasil la primavera pasada —señalé.

—¿De veras? Bien, calcule la energía utilizada en Brasil y la de aquí, y luego dígamela diferencia de reducción de gravedad por kilovatio-hora. Quedará sorprendido.

—Pero lo importante es si usted puede lograr la gravedad cero. Es lo que el profesor Priss considera imposible. Todos convienen en que reducir la intensidad del campo no es una gran hazaña.

Bloom apretó los puños. Tuve la sensación de que un experimento decisivo había fallado ese día y él estaba fuera de sí. Bloom odiaba que el universo le pusiera obstáculos.

—Los teóricos me enferman —murmuró en un tono bajo y controlado, como si se hubiera cansado de no decirlo y hubiese decidido hablar sin pelos en la lengua—. Priss ha ganado dos premios Nobel por manejar unas cuantas ecuaciones, pero ¿qué ha hecho con ellas? ¡Nada! Yo hice algo con ellas y pienso hacer más, le guste o no a Priss. La gente me recordará a mí. Yo me llevaré los laureles. Él se puede quedar con su maldito título y sus premios y la aprobación de los eruditos. Escuche, le diré qué es lo que le fastidia a Priss. Simple envidia. Lo saca de quicio que yo reciba todo lo que recibo por hacer cosas. Él quiere recibir lo mismo por pensarlas. Se lo dije una vez... Jugamos juntos al billar, ya sabe...

Fue entonces cuando yo cité lo que me dijo Priss sobre el billar y Bloom me dio su réplica. Nunca he publicado ninguna de las dos. Eran trivialidades.

Jugamos al billar —me contó Bloom, cuando se hubo calmado— y le he ganado bastantes partidas. Nos llevamos bastante bien. Qué diablos, somos compañeros de universidad y todo eso..., aunque nunca sabré cómo terminó la carrera. Le fue bien en física, por supuesto, y en matemáticas; pero yo creo que sólo por compasión le aprobaron las asignaturas de humanidades.

—Usted no obtuvo su título, ¿verdad, señor Bloom?

Lo dije por pura malicia. Estaba disfrutando de su reacción.

—Abandoné para dedicarme a los negocios, maldita sea. Mi media académica, durante los tres años que asistí, fue una nota excelente. No se imagine cosas raras, ¿entiende? Demonios, cuando Priss obtuvo su doctorado, yo me encontraba reuniendo mi segundo millón. —Y continuó, evidentemente irritado—: Sea como fuere, estábamos jugando al billar y le dije: «Jim, la gente común nunca entenderá por qué te llevas el premio Nobel cuando soy yo quien obtiene los resultados. ¿Para



qué necesitas dos? ¡Dame uno!» Pasó la tiza por el taco y dijo, en ese tono soso suyo: «Tú tienes dos mil millones, Ed. Dame mil.» Como usted ve, lo que quiere es dinero.

—¿Y a usted no le molesta que él se lleve los honores?

Por un segundo pensé que me echaría con cajas destempladas, pero no fue así. Se rió y agitó la mano como si estuviera borrando una pizarra invisible.

—Bah, olvídalo. Todo esto es extraoficial. Escuche, ¿quiere una declaración? De acuerdo. Las cosas no han ido bien hoy y yo estaba de mal humor, pero todo se solucionará. Creo saber dónde está el fallo. Y, si me equivoco, ya lo averiguaré. Puede decir que yo sostengo que no necesitamos intensidad electromagnética infinita; aplanaremos esa lámina de caucho; obtendremos la gravedad cero. Y cuando la obtengamos haré la demostración más contundente que se haya visto, en exclusiva para la prensa y para Priss, y usted queda invitado. Y puede decir también que no falta mucho. ¿De acuerdo?

¡De acuerdo!

Después de aquello tuve la oportunidad de verlos a los dos un par de veces más. Incluso los vi juntos cuando asistí a una de sus partidas de billar. Como dije antes, ambos jugaban bien.

Pero la invitación a la demostración no vino tan pronto. Llegó once meses después de las declaraciones de Bloom. Aunque quizás era injusto esperar un trabajo más rápido.

Recibí una invitación con letras grabadas en la que me aseguraban que primero habría un cóctel. Bloom nunca hacía las cosas a medias, y deseaba contar con un grupo de periodistas complacidos y satisfechos. También asistiría la televisión tridimensional. Bloom se sentía muy confiado, eso estaba claro; tan confiado como para querer introducir su demostración en cada sala de estar del planeta.

Llamé al profesor Priss para cerciorarme de que también estaba invitado. Lo estaba.

—¿Piensa asistir, profesor?

Hubo una pausa. En la pantalla, el semblante del profesor era un monumento a la desgana.

—Una demostración de este tipo es algo muy inapropiado cuando se trata de una cuestión científica seria. No me gusta alentar estas cosas. —Temí que pretendiera escabullirse, pues el dramatismo de la situación se resentiría muchísimo si él no estaba presente. Pero quizá decidió que no podía acobardarse delante del mundo entero y añadió con evidente disgusto—: Por supuesto, Ed Bloom no es un verdadero científico y necesita exhibirse. Estaré allí.

—¿Cree usted que el señor Bloom puede generar gravedad cero, profesor?

—Bueno... El señor Bloom me envió una copia del diseño de su aparato y... no estoy seguro. Tal vez pueda hacerlo..., él..., él dice que puede hacerlo. —Hizo otra

larga pausa—. Desde luego..., creo que me gustaría verlo.

También a mí, y a muchos otros.

La puesta en escena era impecable. Se despejó por completo una planta entera del principal edificio de la empresa, el edificio de la colina. Tal como se había prometido, había cócteles y entremeses, música suave y luces tenues, y un elegante y jovial Edward Bloom oficiando de anfitrión perfecto mientras camareros corteses y silenciosos llevaban y traían cosas. Todo era afabilidad y maravillosa camaradería.

James Priss no llegaba, y noté que Bloom escrutaba la multitud con impaciencia. Pero al fin llegó, llevando consigo su sosería, una insipidez que no se veía afectada por el bullicio y el esplendor (yo no hallaba mejor palabra para describirlo, aunque quizá sólo fuera el destello en mi interior de los dos martinis que me había bebido) que colmaba la sala.

Bloom lo vio y adoptó una expresión radiante. Cruzó el salón a grandes pasos, tomó de la mano a Priss y lo arrastró a la barra.

—¡Jim! ¡Me alegra verte! ¿Qué quieres beber? Demonios, habría interrumpido todo si no hubieras venido. No se puede hacer esto sin la estrella. —Estrechó la mano de Priss—. A fin de cuentas, es tu teoría. Nada podemos hacer los pobres mortales sin los pocos, los poquísimos escogidos que nos señalan el rumbo.

Prodigaba elogios con efusividad, ya que podía darse el lujo. Estaba engordando a Priss antes de sacrificarlo.

Priss intentó rechazar la copa con un murmullo, pero le pusieron un vaso en la mano y Bloom elevó la voz:

—¡Caballeros! Un momento de silencio, por favor. Por el profesor Priss, la mente más ilustre desde Einstein, dos veces premio Nobel, padre de la teoría del doble campo e inspirador de la demostración que estamos a punto de ver..., aunque él no creía que funcionara y tuvo las agallas de decirlo en público. —Estallaron unas risotadas que se acallaron rápidamente y Priss puso la cara más huraña que podía poner—. Pero, ahora que el profesor Priss está aquí y ya hemos brindado, continuaremos con lo nuestro. ¡Síganme, caballeros!

La demostración se realizaba en un sitio aún más complicado que la vez anterior, en el piso más alto del edificio. Se usaban otros imanes —mucho más pequeños—, aunque, al parecer, también se utilizaría el equilibrio de efecto Mósbauer.

Pero había algo nuevo que sorprendió a todos, llamando poderosamente la atención. Una mesa de billar descansaba bajo un polo del imán. Debajo estaba el otro polo. Un agujero redondo de casi medio metro atravesaba el centro de la mesa y era evidente que el campo de gravedad cero se produciría a través de ese agujero.

Parecía como si toda la demostración estuviera montada de un modo surrealista, con el fin de poner énfasis en la victoria de Bloom sobre Priss. Iba a ser otra versión de su eterna partida de billar, y Bloom sería el ganador.

No sé si los demás periodistas se tomaron las cosas de ese modo, pero creo que Priss sí. Noté que aún tenía en la mano la copa que le habían obligado a aceptar. Rara vez bebía, pero se llevó el vaso a los labios y lo vació de dos sorbos. Miró la bola de billar y no necesité ser telépata para comprender que lo consideraba una burla.

Bloom nos condujo— a los veinte asientos que rodeaban tres lados de la mesa (el cuarto lado se usaría como zona de trabajo). Acompañaron a Priss al asiento desde donde se dominaba la mejor vista. Echó una ojeada a las cámaras tridimensionales, que ya estaban funcionando. Tal vez pensaba en marcharse, pero sabiendo que no podía hacerlo ante los ojos del mundo.

La demostración era esencialmente simple; lo que contaba era la producción. Unos cuadrantes a plena vista medían el consumo de energía, y había otros que transferían las lecturas de equilibrio Mósbauer a una posición y un tamaño visibles para todos. Estaba organizado todo para que resultara fácil de ver en tres dimensiones.

Bloom explicó en un tono amable cada paso e hizo un par de pausas para pedirle a Priss su confirmación. No abusó de ese recurso, pero lo utilizó lo suficiente como para ensartar a Priss en su propio suplicio. Desde donde yo estaba podía ver al profesor.

Parecía un hombre en el infierno.

Como todos sabemos, Bloom tuvo éxito. El equilibrador Mósbauer mostró que la intensidad gravitatoria descendía a medida que se intensificaba el campo electromagnético. Hubo ovaciones cuando descendió por debajo de 0,52 g. Una línea roja lo indicaba en el medidor.

—Ya saben ustedes que la marca de 0,52 g —manifestó Bloom, seguro de sí— representa la anterior marca más baja en intensidad gravitatoria. Ahora estamos por debajo de eso, con un coste en electricidad que es inferior al diez por ciento de lo que costó cuando se estableció el récord. Y bajaremos aún más.

Bloom —creo que deliberadamente, para crear más tensión— redujo el descenso hacia el final, dejando que las cámaras tridimensionales enfocaran alternativamente el agujero de la mesa de billar y el medidor que mostraba la lectura de equilibrio Mósbauer.

—Caballeros —dijo—, encontrarán unas gafas oscuras en el lateral de su asiento. Úsenlas, por favor. Pronto se establecerá el campo de gravedad cero, que irradiará una luz rica en rayos ultravioleta.

Se puso unas gafas, y se oyó un susurro mientras todos se las ponían.

Creo que nadie respiró durante el último minuto, cuando la lectura del medidor descendió a cero y se quedó fija allí. Un cilindro de luz vibraba de polo a polo a través del agujero de la mesa de billar.

Se oyeron veinte suspiros.

—Señor Bloom —preguntó alguien—, ¿cuál es la causa de esa luz?

—Es característica del campo de gravedad cero —contestó Bloom, lo cual no era una respuesta.

Los periodistas se pusieron de pie y se agolparon en torno de la mesa. Bloom los mantuvo a raya.

—¡Por favor, caballeros, atrás!

Sólo Priss permaneció sentado. Parecía sumido en sus pensamientos y, desde entonces, estoy seguro de que las gafas ocultaron el posible significado de todo lo que siguió después. No le vi los ojos. No pude. Y eso significaba que ni yo ni nadie podíamos adivinar qué pasaba detrás de aquellos ojos. Tal vez no hubiéramos podido adivinarlo aunque no hubiera tenido puestas las gafas. Quién sabe.

Bloom volvía a hablar en voz alta:

—¡Por favor! La demostración aún no ha concluido. Hasta ahora sólo hemos repetido algo que ya había hecho con antelación. Acabo de generar un campo de gravedad cero y he demostrado que se puede realizar de forma práctica. Pero quiero demostrar lo que puede lograr este campo. A continuación, veremos algo que jamás se ha visto, que ni siquiera yo he visto. Nunca he realizado experimentos de este tipo, aunque me hubiera gustado mucho hacerlo, porque entendía que el profesor Priss merecía el honor de...

Priss irguió la cabeza.

\_ —¿Qué... Qué...?

—Profesor Priss —continuó Bloom, sonriendo—, me gustaría que usted realizara el primer experimento que muestre la interacción de un objeto sólido con un campo de gravedad cero. Fíjese en que el campo se ha formado en el centro de una mesa de billar. El mundo conoce su magnífica destreza en este juego, profesor, un talento sólo superado por su asombrosa capacidad como físico teórico. ¿No desea disparar una bola de billar al volumen de gravedad cero?

Le ofrecía una bola y un taco al profesor. Priss, con los ojos ocultos por las gafas, los miró y muy despacio, con muchos titubeos, extendió las manos para cogerlos.

Me pregunto qué mostrarían sus ojos. Me pregunto, también, en qué medida la decisión de que Priss jugara al billar en la demostración obedecía a la ira de Bloom ante el comentario que el profesor había hecho sobre sus partidas de billar, aquel comentario que yo le había citado. ¿Era yo, a mi modo, responsable de lo que siguió?

—Vamos, en pie, profesor —dijo Bloom—, y déjeme ocupar su asiento. El espectáculo le pertenece a partir de ahora. ¡Adelante! —Bloom se sentó y añadió, en un tono que se fue haciendo progresivamente más profundo—: Una vez que el profesor Priss dispare la bola hacia el volumen de gravedad cero, ya no quedará afectada por el campo gravitatorio de la Tierra. Permanecerá inmóvil mientras la Tierra rota en torno de su eje y gira alrededor del Sol. He calculado que la Tierra, en

esta latitud y a esta hora del día, se desplazará hacia abajo en sus movimientos. Nosotros nos moveremos con ella y la bola permanecerá quieta. Nos parecerá que se eleva alejándose de la superficie terrestre. Observen.

Priss parecía paralizado ante la mesa. ¿Sorpresa? ¿Desconcierto? No lo sé. Nunca lo sabré. ¿Intentó interrumpir el discurso de Bloom, o sólo sufría por el angustioso disgusto de tener que desempeñar el ignominioso papel que le imponía su adversario?

Se volvió hacia la mesa de billar. Miró a la mesa y, luego, a Bloom. Todos los periodistas estaban de pie, apiñándose para tener una buena vista. Sólo Bloom permanecía sentado, sonriente y aislado. No miraba a la mesa ni a la bola ni al campo de gravedad cero. Por lo que me permitían distinguir las gafas, estaba mirando a Priss.

Priss dejó la bola en la mesa. Él sería el agente del espectacular y definitivo triunfo de Bloom, convirtiéndose (él, el hombre que había dicho que era imposible) en un hazmerreír.

Tal vez pensó que no había escapatoria. O tal vez...

Manejando el taco con firmeza, puso la bola en movimiento. La bola se desplazó lentamente, seguida por todos los ojos. Chocó contra el borde de la mesa y rebotó. Iba cada vez más despacio, como si Priss aumentara la tensión para dar mayor esplendor al triunfo de Bloom.

Yo lo veía perfectamente, pues estaba del lado de la mesa opuesto al de Priss. Veía la bola desplazándose hacia el resplandor del campo de gravedad cero y, más allá, la parte de Bloom que no quedaba oculta por ese resplandor.

La bola se aproximó al volumen de gravedad cero, se demoró un instante en el borde y, de pronto, desapareció con un relampagueo, un estruendo, un repentino olor a ropa quemada.

Gritamos. Todos gritamos.

He visto la escena en televisión después, junto con el resto del mundo. Me veo a mí mismo en esos quince segundos de desbocada confusión, pero no me reconozco el rostro.

¡Quince segundos!

Y luego descubrimos a Bloom. Aún estaba sentado en la silla, cruzado de brazos, pero tenía un agujero del tamaño de una bola de billar en el antebrazo, en el pecho y en la espalda. La autopsia reveló posteriormente que la bola le había arrancado la mayor parte del corazón.

Apagaron el aparato. Llamaron a la policía. Se llevaron a Priss, que parecía la viva imagen del desconsuelo. Yo no me sentía mucho mejor, a decir verdad, y cualquiera de los periodistas que afirme que presencié la escena sin conmoverse es un embustero descarado.

No volví a ver a Priss sino al cabo de unos meses. Había perdido un poco de peso,

pero su aspecto era bastante bueno. Tenía color en las mejillas y mostraba un cierto aire de decisión. Iba mejor vestido que nunca.

—Ahora sé qué sucedió —me dijo—. Si hubiera tenido tiempo para pensarlo, lo habría sabido entonces. Pero pienso con lentitud, y el pobre Ed Bloom estaba tan empeinado en presentar un gran espectáculo y hacerlo bien que me arrastró con su entusiasmo. Naturalmente, he procurado reparar parte del daño que causé involuntariamente.

—No puede resucitar a Bloom —señalé con calma.

—No, no puedo —contestó él, igual de tranquilo—. Pero todavía queda su empresa. Lo que sucedió en la demostración, a plena vista del mundo entero, fue la peor publicidad para la gravedad cero, y es importante que esa historia se aclare. Por eso he querido verle a usted.

—¿Sí?

—Si yo hubiera pensado con mayor rapidez, habría sabido que Ed decía un disparate al afirmar que la bola de billar se elevaría lentamente en el campo de gravedad cero. ¡Era imposible! Si Bloom no hubiera despreciado tanto la teoría, si no se hubiera empeñado tanto en enorgullecerse de su ignorancia de la teoría, lo habría sabido. El movimiento de la Tierra no es el único movimiento a tener en cuenta, joven. El Sol se desplaza en una amplia órbita en torno del centro de la galaxia de la Vía Láctea. Y la galaxia también se desplaza, de un modo aún no definido con claridad. Si la bola de billar estuviera sujeta a la gravedad cero, cualquiera diría que no se ve afectada por estos movimientos y, por lo tanto, queda en un estado de reposo absoluto; pero no existe el reposo absoluto. —Sacudí lentamente la cabeza—. El problema de Ed era que él pensaba en la gravedad cero que se obtiene en una nave espacial en caída libre, cuando la gente flota. Esperaba que la bola flotara. Sin embargo, en una nave espacial, la gravedad cero no es resultado de la ausencia de gravitación, sino del hecho de que dos objetos, la nave y su tripulante, caen a la misma velocidad, respondiendo del mismo modo a la gravedad, de modo que cada uno de ellos está inmóvil respecto del otro. En el campo de gravedad cero generado por Ed se dio un aplanamiento del universo de caucho, lo cual significa una pérdida de masa. Todo lo que estaba contenido en ese campo, incluidas las moléculas de aire apresadas en su interior y la bola de billar que yo impulsé, carecía de masa mientras permaneciera en él. Un objeto sin masa sólo se puede mover de un modo.

Hizo una pausa, invitándome a que preguntara.

—¿De qué modo?

—A la velocidad de la luz. Todo objeto sin masa, como un neutrino o un fotón, debe viajar a la velocidad de la luz mientras exista. La luz se mueve a esa velocidad sólo porque está constituida por fotones. En cuanto la bola de billar entró en el campo de gravedad cero y perdió su masa, alcanzó la velocidad de la luz y salió disparada.

Sacudí la cabeza.

—¿Pero no recobró su masa en cuanto dejó el volumen de gravedad cero?

—Por supuesto, y de inmediato se vio afectada por el campo gravitatorio y perdió velocidad a causa de la fricción del aire y de la superficie de la mesa de billar. Pero imagine cuánta fricción se necesitaría para desacelerar un objeto que, con la masa de una bola de billar, se desplazara a la velocidad de la luz. Atravesó nuestros ciento cincuenta kilómetros de atmósfera en una milésima de segundo, y dudo que haya aminorado su velocidad más allá de unos pocos kilómetros por segundo, sólo unos pocos de esos casi trescientos mil kilómetros por segundo. Por el camino, calcinó la superficie de la mesa, perforó el borde y atravesó al pobre Ed y también la ventana, en la que abrió círculos impecables porque los atravesó antes de que los fragmentos contiguos de algo tan quebradizo como el vidrio tuvieran la oportunidad de hacerse añicos. Y fue una suerte que estuviéramos en el último piso de un edificio situado en una zona rural; de haber estado en la ciudad, habría atravesado varios edificios y matado a varias personas. Ahora, esa bola de billar se encuentra en el espacio, allende el sistema solar, y continuará viajando eternamente, a casi la velocidad de la luz, hasta que choque con un objeto de tamaño suficiente para detenerla. Y, entonces, le abrirá un buen cráter.

Jugué con la idea, no muy convencido de que me gustara.

—¿Cómo es posible? La bola de billar entró en gravedad pero casi sin velocidad. Yo lo vi. Y usted dice que salió con una increíble cantidad de energía cinética. ¿De dónde venía esa energía?

Priss se encogió de hombros.

—¿De ninguna parte! La ley de conservación de la energía sólo se sostiene en las condiciones en que es válida la relatividad general; es decir, en un universo de caucho con hendiduras. Cuando se aplana la hendidura, la relatividad general ya no es válida, y se puede crear y destruir energía libremente. Eso explica la radiación que cubre la superficie cilíndrica del volumen de gravedad cero. Usted recordará que Bloom no explicó esa radiación, y me temo que no sabía explicarla. Ojalá hubiera experimentado más; ojalá no hubiese estado tan ansioso de montar su espectáculo...

—¿Y cómo se explica la radiación, profesor?

—Por las moléculas de aire del interior del volumen. Cada una de ellas toma la velocidad de la luz y sale despedida hacia fuera. Son sólo moléculas, no bolas de billar, así que son detenidas; pero la energía cinética del movimiento se convierte en radiación energética. Es continua porque siempre están entrando nuevas moléculas, las cuales alcanzan la velocidad de la luz y salen despedidas.

—Entonces, ¿se crea energía continuamente?

—Exacto. Y eso es lo que debemos aclararle al público. La antigraavedad no está destinada a elevar naves espaciales ni a revolucionar el movimiento mecánico, sino

que constituirá una fuente incesante de energía gratuita, pues parte de la energía producida se puede desviar para sostener el campo que mantiene plana esa parte del universo. Sin saberlo, Ed Bloom no sólo inventó la antigravedad, sino la primera máquina de movimiento perpetuo de primera clase; una máquina que genera energía a partir de nada.

—Esa bola pudo matarnos a cualquiera de nosotros, ¿verdad, profesor? Pudo haber salido en cualquier dirección.

—Mire, los fotones sin masa emergen de cualquier fuente lumínica a la velocidad de la luz y en cualquier dirección. Por eso, una vela irradia luz hacia todas partes. Las moléculas de aire sin masa salen del volumen de gravedad cero en todas las direcciones, y así el cilindro resplandece. Pero la bola de billar era sólo un objeto. Pudo haber salido en cualquier dirección, pero tenía que salir sólo en una, escogida al azar; y la escogida resultó ser la que pilló a Ed.

Eso fue todo. Cualquiera conoce las consecuencias. La humanidad cuenta con energía gratuita y así tenemos el mundo que hoy tenemos. La empresa de Bloom puso al profesor Priss a cargo del nuevo proyecto, y con el tiempo se hizo tan rico y famoso como lo había sido Edward Bloom. Y, además, Priss tiene los dos premios Nobel.

Sólo que...

Sigo pensando.

Los fotones emergen de una fuente lumínica en todas las direcciones porque son creados en el momento y no hay razón para que se desplacen en tal dirección y no en otra. Las moléculas de aire salen del campo de gravedad cero en todas las direcciones porque entran desde todas las direcciones.

Pero ¿qué pasa con una bola de billar que entra en un campo de gravedad cero desde determinada dirección? ¿Sale en la misma dirección, o en cualquiera?

He hecho preguntas discretamente, pero los físicos teóricos no están seguros, y no he hallado constancia de que la empresa de Bloom, el único organismo que trabaja con campos de gravedad cero, haya experimentado en la materia.

Una persona de la empresa me dijo en una ocasión que el principio de incertidumbre garantiza el surgimiento aleatorio de un objeto que entre en cualquier dirección. Pero, entonces, ¿por qué no realizan el experimento?

¿Es posible que...?

¿Es posible que por una vez la mente de Priss trabajara deprisa? ¿Es posible que, ante la humillación que Bloom deseaba infligirle, Priss lo haya visto todo de golpe? Estuvo estudiando la radiación que rodeaba el volumen de gravedad cero, así que tal vez averiguó qué la causaba y dedujera cuál sería el movimiento, a la velocidad de la luz, de cualquier cosa que entrara en el volumen.

Entonces, ¿por qué no dijo nada?



Algo es seguro. Nada de lo que Priss hiciera en la mesa de billar pudo ser accidental. Era un experto, y la bola de billar hizo exactamente lo que él se proponía. Yo lo presencié. Vi que miraba a Bloom y luego a la mesa como si estudiara los ángulos.

Le vi golpear la bola, y vi que la bola rebotaba en el lateral de la mesa y se desplazaba hacia el volumen de gravedad cero, enfilándose hacia determinada dirección.

Pues en el instante en que Priss envió esa bola hacia el volumen de gravedad cero —y las películas tridimensionales me lo confirman— ya iba dirigida al corazón de Bloom.

¿Accidente? ¿Coincidencia?

¿Homicidio?

## Exilio en el infierno (1968)

---

“Exile to Hell”

—Los rusos —puntualizó Dowling— enviaban prisioneros a Siberia mucho antes de que el viaje espacial fuera algo cotidiano. Los franceses usaban la Isla del Diablo con ese propósito. Los ingleses los despachaban a Australia.

Estudió el tablero y detuvo la mano a unos centímetros del alfil.

Parkinson, al otro lado del tablero, observaba distraídamente las piezas. El ajedrez era el juego profesional de los programadores de ordenadores, pero, dadas las circunstancias, no sentía entusiasmo. Estaba molesto. Y Dowling tendría que haberse sentido peor, pues él programaba el alegato del fiscal.

El programador solía contagiarse de algunas características que se atribuían al ordenador, como la carencia de emociones y la impermeabilidad a todo lo que no fuera lógico. Dowling lo reflejaba en su meticuloso corte de cabello y en la pulcra elegancia de su atuendo.

Parkinson, que prefería programar la defensa de los casos legales en que participaba, también prefería descuidar deliberadamente ciertos aspectos de su apariencia.

—Quieres decir que el exilio es un castigo tradicional y que, por lo tanto, no es particularmente cruel —comentó.

—No, sin duda es cruel, pero también tradicional y, en la actualidad, se ha convertido en la disuasión perfecta.

Dowling movió el alfil sin levantar la vista. Parkinson sí la levantó, aunque involuntariamente.

No vio nada, desde luego. Estaban en el interior, en el cómodo mundo moderno adaptado a las necesidades humanas y protegido contra la intemperie. Fuera, la noche resplandecería con la luz del astro.

¿Cuándo lo había visto por última vez? Hacía mucho tiempo. Se preguntó en qué fase se encontraría. ¿Llena? ¿Menguante? ¿Creciente? ¿Era una brillante uña de luz en el cielo?

Debía de ser una vista adorable. Lo fue en otros tiempos. Pero hacía siglos de eso, antes de que el viaje espacial fuera común y barato y antes de que el entorno se volviera tan refinado y estuviese tan controlado. Ahora, esa bonita vista en el cielo era una nueva y horrenda Isla del Diablo pendiendo en el espacio.

Nadie se atrevía a llamarla por su nombre. Ni siquiera era un nombre, sólo una silenciosa mirada hacia el cielo.

—Podías haberme dejado programar el alegato contra el exilio en general —dijo Parkinson.

—¿Por qué? No habría alterado el resultado.

—Éste no, Dowling. Pero podría influir en casos futuros. Los castigos futuros se hubieran conmutado por sentencia de muerte.

—¿Para un culpable de destruir el equipo? Estás soñando.

—Fue un acto de furia ciega. Hubo intento de dañar a un ser humano, de acuerdo, pero no se intentó dañar el equipo.

—Nada, eso no significa nada. La falta de intención no es excusa en estos casos, y lo sabes.

—Debería ser una excusa. Eso era precisamente lo que yo deseaba alegar.

Parkinson adelantó un peón para proteger el caballo.

Dowling reflexionó.

—Tratas de continuar atacando a la reina, Parkinson, y no te lo permitiré... Veamos... —Y mientras meditaba, dijo—: No estamos en los tiempos primitivos, Parkinson. Vivimos en un mundo superpoblado, sin margen para el error. Bastaría con que se fundiera un consistor para poner en peligro a una considerable franja de la población. Cuando la ira pone en peligro toda una línea energética, es algo serio.

—No cuestiono eso...

—Parecías cuestionarlo cuando elaborabas el programa de la defensa.

—No. Mira, cuando el haz de láser de Jenkins atravesó la distorsión de campo, yo mismo estuve expuesto a la muerte. Un cuarto de hora más de demora habría significado el fin para mí también, y lo sé perfectamente. Sólo sostengo que el exilio no es el castigo apropiado.

Tamborileó sobre el tablero para mayor énfasis, y Dowling sujetó la reina antes de que se cayera.

—Estoy sujetándola, no moviéndola —murmuró. Recorrió con la vista una pieza tras otra. Seguía dudando—. Te equivocas, Parkinson. Es el castigo apropiado porque no hay nada peor y se corresponde con el peor delito. Mira, todos dependemos por completo de una tecnología compleja y frágil. Una avería podría matarnos a todos y no importa si la avería es deliberada, accidental u obra de la incompetencia. Los seres humanos exigen la pena máxima para cualquier acto así, pues es el único modo de obtener seguridad. La mera muerte no es lo suficientemente disuasoria.

—Sí que lo es. Nadie quiere morir.

—Y nadie quiere vivir allá arriba en el exilio. Por eso hemos tenido un solo caso en los últimos diez años y únicamente un exiliado. ¡Vaya, a ver cómo te las apañas ahora!

Movió la torre de la reina una casilla a la derecha.

Se encendió una luz. Parkinson se puso de pie.

—La programación ha terminado. El ordenador ya tendrá el veredicto.

Dowling levantó la vista con una expresión flemática.

—No tienes dudas sobre el veredicto, ¿eh? Deja el tablero como está. Seguiremos

después.

Parkinson estaba seguro de que no tendría ánimos para continuar la partida. Echó a andar por el corredor hacia el juzgado, con su paso ágil de costumbre.

En cuanto entraron Dowling y él, el juez se sentó y luego entró Jenkins, flanqueado por dos guardias.

Jenkins estaba demacrado, pero impasible. Desde que sufrió aquel ataque de furia y, por accidente, dejó todo un sector sumido en la oscuridad mientras atacaba a un compañero, debía de conocer la inevitable consecuencia de su imperdonable delito. No hacerse ilusiones sirve de ayuda.

Parkinson no estaba impasible. No se atrevía a mirar a Jenkins a la cara. No podría haberlo hecho sin preguntarse, dolorosamente, qué pensaría Jenkins en ese momento. ¿Acaso absorbía con cada uno de sus sentidos todas las perfecciones de aquel confort antes de ser arrojado para siempre al luminoso infierno que surcaba el cielo nocturno?

¿Saboreaba aquel aire limpio y agradable, las luces tenues, la temperatura estable, el agua pura, el entorno seguro diseñado para acunar a la humanidad en un dócil confort?

Mientras que allá arriba...

El juez pulsó un botón y la decisión del ordenador se convirtió en el sonido cálido y sobrio de una voz humana normalizada.

—La evaluación de toda la información pertinente, a la luz de la ley de la nación y de todos los precedentes relevantes, lleva a la conclusión de que Anthony Jenkins es culpable del delito de destruir el equipo y queda sometido a la pena máxima.

Sólo había seis personas en el tribunal, pero toda la población lo escuchó por televisión.

El juez empleó la fraseología de costumbre:

—El acusado será trasladado al puerto espacial más cercano y, en el primer medio de transporte disponible, será expulsado de este mundo y vivirá exiliado mientras dure su vida natural.

Jenkins pareció encogerse, pero no dijo una palabra.

Parkinson se estremeció. ¿Cuántos lamentarían la enormidad de semejante castigo, fuera cual fuese el delito? ¿Cuánto tiempo pasaría para que los hombres tuvieran la humanidad de eliminar para siempre el castigo del exilio?

¿Alguien podía imaginar a Jenkins en el espacio sin sentir un escalofrío? ¿Podían pensar en un congénere arrojado para toda la vida en medio de la población extraña, hostil y perversa de un mundo insoportablemente caluroso de día y helado de noche, un mundo donde el cielo era de un azul penetrante y el suelo de un verde más penetrante e intenso aún, donde el aire polvoriento se arremolinaba tumultuoso y el viscoso mar se levantaba eternamente?

Y la gravedad; ese pesado, pesado, pesado, eterno ¡tirón!

¿Quién podía soportar el horror de condenar a alguien, cualquiera que fuese la razón, a abandonar el acogedor hogar de la Luna para ir a ese infierno que flotaba en el cielo: la Tierra?

## Factor clave (1968)

---

“Key Item”

Jack Weaver salió de las entrañas de Multivac cansado y malhumorado.

—¿Nada? —le preguntó Todd Nemerson desde el taburete donde mantenía su guardia permanente.

—Nada —contestó Weaver—. Nada, nada, nada. Nadie puede descubrir qué pasa.

—Excepto que no funciona, querrás decir.

—Tú no eres una gran ayuda, ahí sentado.

—Estoy pensando.

—¡Pensando!

Weaver entreabrió una comisura de la boca, mostrando un colmillo. Nemerson se removió con impaciencia en el taburete.

—¿Por qué no? Hay seis equipos de técnicos en informática merodeando por los corredores de Multivac. No han obtenido ningún resultado en tres días. ¿No puedes dedicar una persona a pensar?

—No es cuestión de pensar. Tenemos que buscar. Hay un relé atascado en alguna parte.

—No es tan simple, Jack.

—¿Quién dice que sea simple? ¿Sabes cuántos millones de relés hay aquí?

—Eso no importa. Si sólo fuera un relé, Multivac tendría circuitos alternativos, dispositivos para localizar el fallo y capacidad para reparar o sustituir la pieza defectuosa. El problema es que Multivac no sólo no responde a la pregunta original, sino que se niega a decirnos cuál es el problema. Y entre tanto cundirá el pánico en todas las ciudades si no hacemos algo. La economía mundial depende de Multivac, y todo el mundo lo sabe.

—Yo también lo sé. ¿Pero qué se puede hacer?

—Te lo he dicho. Pensar. Sin duda hemos pasado algo por alto. Mira, Jack, durante cien años los genios de la informática se han dedicado a hacer a Multivac cada vez más complejo. Ahora puede hacer de todo, incluso hablar y escuchar. Es casi tan complejo como el cerebro humano. No entendemos el cerebro humano; ¿cómo vamos a entender a Multivac?

—Oh, cállate. Sólo te queda decir que Multivac es humano.

—¿Por qué no? —Nemerson se sumió en sus reflexiones—. Ahora que lo dices, ¿por qué no? ¿Podríamos asegurar si Multivac ha atravesado la fina línea divisoria en que dejó de ser una máquina para comenzar a ser humano? ¿Existe esa línea divisoria? Si el cerebro es apenas más complejo que Multivac y no paramos de hacer a Multivac cada vez más complejo, ¿no hay un punto donde...?

Dejó la frase en el aire. Weaver se puso nervioso.

—¿Adónde quieres llegar? Supongamos que Multivac sea humano. ¿De qué nos serviría eso para averiguar por qué no funciona?

—Por una razón humana, quizá. Supongamos que te preguntaran a ti el precio más probable del trigo en el próximo verano y no contestaras. ¿Por qué no contestarías?

—Porque no lo sé. Pero Multivac lo sabría. Le hemos dado todos los factores. Puede analizar los futuros del clima, de la política y de la economía. Sabemos que puede. Lo ha hecho antes.

—De acuerdo. Supongamos que yo te hiciera la pregunta y que tú conocieras la respuesta pero no me contestaras. ¿Por qué?

—Porque tendría un tumor cerebral —rezongó Weaver—. Porque habría perdido el conocimiento. Porque estaría borracho. ¡Demonios, porque mi maquinaria no funcionaría! Eso es lo que tratamos de averiguar en Multivac. Estamos buscando el lugar donde su maquinaria está estropeada, buscamos el factor clave.

—Pero no lo habéis encontrado. —Nemerson se levantó del taburete—. ¿Por qué no me haces la pregunta en la que se atascó Multivac?

—¿Cómo? ¿Quieres que te pase la cinta?

—Vamos, Jack. Hazme la pregunta con toda la charla previa que le das a Multivac. Porque le hablas, ¿no?

—Tengo que hacerlo. Es terapia.

Nemerson asintió con la cabeza.

—Sí, de eso se trata, de terapia. Ésa es la versión oficial. Hablamos con él para fingir que es un ser humano, con el objeto de no volvernos neuróticos por tener una máquina que sabe muchísimo más que nosotros. Convertimos a un espantoso monstruo de metal en una imagen paternal y protectora.

—Si quieres decirlo así...

—Bien, está mal y lo sabes. Un ordenador tan complejo como Multivac debe hablar y escuchar para ser eficaz. No basta con insertarle y sacarle puntitos codificados. En un cierto nivel de complejidad, Multivac debe parecer humano, porque, por Dios, es que es humano. Vamos, Jack, hazme la pregunta. Quiero ver cómo reacciono.

Jack Weaver se sonrojó.

—Esto es una tontería.

—Vamos, hazlo.

Weaver estaba tan deprimido y desesperado que accedió. A regañadientes, fingió que insertaba el programa en Multivac y le habló del modo habitual. Comentó los datos más recientes sobre los disturbios rurales, habló de la nueva ecuación que describía las contorsiones de las corrientes de aire, sermoneó respecto a la constante solar.

Al principio lo hacía de un modo rígido, pero pronto el hábito se impuso y habló con mayor soltura, y cuando terminó de introducir el programa casi cortó el contacto oprimiendo un interruptor en la cintura de Todd Nemerson.

—Ya está. Desarrolla eso y danos la respuesta sin demora.

Por un instante, Jack Weaver se quedó allí como si sintiera una vez más la excitación de activar la máquina más gigantesca y majestuosa jamás ensamblada por la mente y las manos del hombre. Luego, regresó a la realidad y masculló:

—Bien, se acabó el juego.

—Al menos ahora sé por qué yo no respondería —dijo Nemerson—, así que vamos a probarlo con Multivac. Lo despejaremos; haremos que los investigadores le quiten las zarpas de encima. Meteremos el programa, pero déjame hablar a mí. Sólo una vez.

Weaver se encogió de hombros y se volvió hacia la pared de control de Multivac, cubierta de cuadrantes y de luces fijas. Lo despejó poco a poco. Uno a uno ordenó a los equipos de técnicos que se fueran.

Luego, inhaló profundamente y comenzó a cargar el programa en Multivac. Era la duodécima vez que lo hacía. En alguna parte lejana, algún periodista comentaría que lo estaban intentando de nuevo. En todo el mundo, la humanidad dependiente de Multivac contendría colectivamente el aliento.

Nemerson hablaba mientras Weaver cargaba los datos en silencio. Hablaba con soltura, tratando de recordar qué había dicho Weaver, pero aguardando al momento de añadir el factor clave.

Weaver terminó, y Nemerson dijo, con un punto de tensión en la voz:

—Bien, Multivac. Desarrolla eso y danos la respuesta. —Hizo una pausa y añadió el factor clave—: Por favor.

Y por todo Multivac las válvulas y los relés se pusieron a trabajar con alegría. A fin de cuentas, una máquina tiene sentimientos... cuando ha dejado ya de ser una máquina.



# Intuición femenina (1969)

---

“Feminine Intuition”

*Las Tres Leyes de la robótica:*

1. *Un robot no debe dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño.*
2. *Un robot debe obedecer las órdenes impartidas por los seres humanos, excepto cuando dichas órdenes estén reñidas con la Primera Ley.*
3. *Un robot debe proteger su propia existencia, mientras dicha protección no esté reñida ni con la Primera ni con la Segunda Ley.*

Por primera vez en la historia de Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos, un accidente había destruido un robot en la Tierra.

Nadie tenía la culpa. La aeronave había saltado en pedazos en pleno vuelo, y una incrédula comisión de investigación dudaba si dar a conocer las pruebas de que había chocado contra un meteorito. Ninguna otra cosa podía haber sido tan rápido como para impedir eludirla automáticamente; ninguna otra cosa podía haber causado tantos daños excepto una explosión nuclear, la cual quedaba descartada.

Si se asociaba esto con un informe que hablaba de un fogonazo en el cielo nocturno poco antes de la explosión —un informe del Observatorio Flagstaff, no de un aficionado— y con la posición de un enorme fragmento de hierro meteórico, sepultado en el suelo a un kilómetro y medio del lugar del accidente, no se podía llegar a otra conclusión.

Aun así, nunca había ocurrido semejante cosa, y los cálculos de las probabilidades en contra arrojaban cifras monstruosas. Pero hasta las improbabilidades más extremas son posibles.

En las oficinas de Robots y Hombres Mecánicos, el cómo y el porqué eran secundarios. Lo importante era que un robot estaba destruido.

Eso era perturbador.

El hecho de que JN-5 fuese un prototipo, el primero que se colocaba en ese campo después de cuatro intentos, era aún más perturbador.

El hecho de que JN-5 fuese un tipo de robot totalmente nuevo, muy diferente de todo lo anterior, era inmensamente perturbador.

El hecho de que JN-5 hubiese logrado algo antes de su destrucción, algo de una incalculable importancia, y que ese logro pudiera perderse para siempre, resultaba perturbador hasta extremos inconcebibles.

Ni siquiera merecía la pena mencionar que, junto con el robot, también había

perecido el jefe de robopsicología de la empresa.

Clinton Madarian había ingresado en la empresa diez años antes. Durante cinco de esos años estuvo trabajando sin quejas, bajo la gruñona supervisión de Susan Calvin.

La brillantez de Madarian era manifiesta y Susan Calvin lo había ascendido discretamente por encima de hombres con más antigüedad. Jamás se hubiera dignado a darle explicaciones a Peter Bogert, el director de investigaciones, pero dichas explicaciones no eran necesarias. En todo caso, eran obvias.

En muchos sentidos, Madarian suponía el reverso de la renombrada doctora Calvin. No era tan obeso como lo hacía parecer su papada, pero poseía una presencia arrolladora, mientras que Susan pasaba casi inadvertida. El macizo rostro de Madarian, su melena de cabello rojizo y reluciente, su tez rubicunda y su voz tronante, su risa estentórea y, sobre todo, su aplomo y su avidez para anunciar sus éxitos parecían restar espacio a quienes se encontraban en la misma habitación que él.

Cuando Susan Calvin se jubiló finalmente (negándose de antemano a prestar toda colaboración para una cena de homenaje que se planeaba en su honor, con tal firmeza que la jubilación jamás se anunció a las agencias de prensa), Madarian la reemplazó.

Llevaba un día en ese puesto cuando inició el proyecto JN.

Se trataba del proyecto más costoso que hubiera emprendido nunca la compañía, pero Madarian desechó ese detalle con un simpático gesto de la mano.

—Vale todos y cada uno de los centavos que gastemos, Peter. Y espero que convenzas de ello al consejo de dirección.

—Dame razones —dijo Bogert, preguntándose si Madarian se las daría, ya que Susan Calvin jamás había dado razones de nada.

Sin embargo, Madarian aceptó y de buen grado y se arrellanó cómodamente en el enorme sillón del despacho del director.

Bogert observó a su interlocutor con un asombro rayano en la admiración. Su cabello antes negro había encanecido y dentro de esa década seguía los pasos de Susan. Eso significaría el final del equipo que había hecho de Robots y Hombres Mecánicos una empresa internacional que rivalizaba en importancia y complejidad con los Gobiernos mismos. Ni él ni sus predecesores habían captado del todo la enorme expansión de la firma.

Pero ésta era una nueva generación. Los nuevos se sentían a sus anchas en ese coloso. Carecían de la capacidad de asombro que a ellos los hubiera dejado boquiabiertos de incredulidad. Seguían adelante, y eso era bueno.

—Propongo iniciar la construcción de robots sin restricciones —dijo Madarian.

—¿Sin las tres leyes? Pero...

—No, Peter. ¿Ésas son las únicas restricciones que se te ocurren? Demonios, tú contribuiste al diseño de los primeros cerebros positrónicos; ¿debo aclararte que,

aparte de las tres leyes, no hay una sola senda cerebral que no esté cuidadosamente diseñada y fijada? Tenemos robots planeados para tareas específicas, con aptitudes específicas implantadas.

—Y tú propones...

—Que en todos los niveles, por debajo de las tres leyes, haya sendas abiertas. No es difícil.

—Claro que no es difícil. Las cosas inútiles nunca lo son. Lo difícil es fijar las sendas y hacer útil al robot.

—¿Pero por qué es difícil? Fijar las sendas requiere un enorme esfuerzo porque el principio de incertidumbre es importante en partículas que tienen la masa de los positrones, y el efecto de incertidumbre se debe reducir al mínimo. Pero ¿por qué? Podemos disponer las cosas de tal modo que el principio posea relevancia suficiente para permitir el cruce de sendas de forma impredecible...

—Y obtendremos un robot impredecible.

—Obtendremos un robot creativo —replicó Madarian, un tanto impaciente—. Peter, si algo tiene un cerebro humano que un cerebro robótico no haya tenido jamás, es ese carácter impredecible que procede de los efectos de incertidumbre en el nivel subatómico. Admito que este efecto nunca se ha demostrado experimentalmente dentro del sistema nervioso, pero sin él el cerebro humano no es superior, en principio, al cerebro robótico.

—Y tú crees que si introduces ese efecto en el cerebro robótico el cerebro humano dejará de ser, en principio, superior al cerebro robótico.

—Exactamente —dijo Madarian.

Continuaron hablando durante un buen rato.

No iba a ser fácil convencer al consejo de dirección. Scott Robertson, el mayor accionista de la firma, manifestó:

—Ya resultaba bastante difícil administrar la industria de la robótica en estas condiciones, con la hostilidad pública hacia los robots siempre a punto de estallar. Si el público se entera de que los robots no tendrán control... ¡Oh, no me hable de las tres leyes! El ciudadano común no va a creerse que las tres leyes lo protegerán, no en cuanto oiga la palabra «descontrolados».

—Pues no la usemos —replicó Madarian—. Digamos que son robots... «intuitivos».

—Un robot intuitivo —murmuró alguien—. ¿Un robot femenino?

Una sonrisa cruzó el rostro de los presentes. Madarian aprovechó la situación.

—De acuerdo. Un robot femenino. Nuestros robots son asexuados y éste también lo será, pero siempre actuamos como si fueran masculinos. Les damos nombres masculinos y los designamos con pronombres masculinos. En cuanto a éste, si tenemos en cuenta la naturaleza de la estructuración matemática del cerebro que he

propuesto, entraría en el sistema de coordenadas JN. El primer robot sería JN-1, y di por sentado que se llamaría John-1... Me temo que hasta ahí llega el nivel de originalidad del robotista medio. Pero ¿por qué no llamarlo Jane-1? Si hemos de comunicar al público de qué se trata, diremos que estamos construyendo un robot femenino y con intuición.

Robertson sacudió la cabeza.

—¿Cuál sería la diferencia? Usted dice que planea eliminar la última barrera que, en principio, impide que el cerebro robótico sea superior al humano. ¿Cómo cree que reaccionará el público?

—¿Piensa usted darlo a conocer al público? —preguntó Madarian. Reflexionó un instante—. Pues bien, el público en general cree que las mujeres no son tan inteligentes como los hombres.

Una expresión de alarma asomó en el rostro de varios hombres, que miraron de soslayo, como si Susan Calvin aún ocupara su asiento de costumbre.

—Si anunciamos que es un robot femenino —prosiguió Madarian—, no importará qué sea. El público dará por sentado que es deficiente mental. Nosotros nos limitamos a presentar al robot como Jane-1 y no añadimos una palabra más. Estamos a salvo.

—En realidad, el problema es más complicado —murmuró Peter Bogert—. Madarian y yo hemos revisado los cálculos matemáticos y la serie JN, llámese John o Jane, sería muy segura. Resultaría menos compleja y tendría menos capacidad intelectual, en un sentido ortodoxo, que muchas otras series que hemos diseñado y construido. Sólo se sumaría el factor de..., bueno, de acostumbrarse a denominarlo «intuición».

—Quién sabe qué haría ese robot —masculló Robertson.

—Madarian ha sugerido una cosa que puede hacer. Como todos sabemos, el salto espacial está desarrollado por principio. Es posible alcanzar hipervelocidades que superan la de la luz, visitar otros sistemas estelares y regresar en muy poco tiempo, en semanas a lo sumo.

—Eso no es ninguna novedad —protestó Robertson—. Se pudo haber hecho sin robots.

—Exacto, y no nos sirve de nada porque no podemos usar el motor de hipervelocidad nada más que una vez, como demostración; de modo que la empresa obtiene pocos elogios. El salto espacial es arriesgado; requiere una inmensa cantidad de energía y, por lo tanto, es muy costoso. Si fuéramos a utilizarlo, sería interesante poder informar de la existencia de un planeta habitable. Una necesidad psicológica, digamos. Si gastamos veinte mil millones de dólares en un salto espacial y sólo obtenemos datos científicos, el público querrá saber por qué derrochamos su dinero. Si señalamos la existencia de un planeta habitable, adquirimos la talla de un Colón

interestelar y nadie se preocupa del dinero.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿dónde hallaremos un planeta habitable? O, dicho de otro modo, ¿qué estrella, dentro del alcance del salto espacial en su estado actual de desarrollo, cuál de las trescientas mil estrellas y sistemas estelares que se encuentran a trescientos años luz tiene mayores probabilidades de poseer un planeta habitable? Disponemos de una enorme cantidad de detalles sobre cada una de las estrellas de ese vecindario de trescientos años luz, y la idea de que casi todas poseen sistemas planetarios. ¿Pero cuál de ellas tiene un planeta habitable? ¿Cuál visitamos? No lo sabemos.

—¿Cómo nos ayudaría Jane? —preguntó uno de los asistentes a la reunión.

Madarian iba a responder, pero le hizo un gesto a Bogert y éste comprendió. El director tendría una mayor influencia. Bogert no se sintió muy complacido; si la serie JN fracasaba, él quedaría tan asociado al proyecto que jamás podría desprenderse del pegajoso sentimiento de culpa. Por otra parte, su jubilación no estaba tan lejos, y si el proyecto daba resultado él saldría de la empresa con una aureola de gloria. Tal vez fuera por la confianza que irradiaba Madarian, pero Bogert había llegado a convencerse de que daría resultado.

Así que dijo:

—Es posible que en alguna parte de las bibliotecas de datos que poseemos sobre esas estrellas sobre esas estrellas existan métodos para estimar las probabilidades de la presencia de planetas habitables del tipo Tierra. Sólo es preciso comprender bien esos datos, examinarlos de un modo creativo, establecer las correlaciones correctas. Aún no lo hemos hecho. O, si algún astrónomo lo ha intentado, no fue tan listo como para comprender qué tenía entre manos. Un robot JN podría establecer correlaciones con mayor rapidez y precisión que un ser humano. En un día, establecería y desecharía tantas correlaciones como un hombre en diez años. Más aún, trabajaría de forma realmente aleatoria, mientras que un hombre trabajaría de una forma tendenciosa, partiendo de sus prejuicios y de las creencias aceptadas.

Se hizo un largo silencio.

—Pero es sólo una cuestión de probabilidades, ¿verdad? —preguntó al fin Robertson—. Supongamos que ese robot dijera que la estrella con más probabilidades de tener planetas habitables dentro de un radio de tantos años luz es tal o cual; vamos allí y descubrimos que esa probabilidad es sólo una probabilidad, y no hay planetas habitables. ¿En qué situación quedamos?

—Aun así ganamos —respondió Madarian—. Sabremos cómo llegó el robot a esa conclusión porque nos lo dirá. Podría ayudarnos a comprender mucho mejor los detalles astronómicos y dar validez al proyecto aunque no efectuemos el salto espacial. Además, luego podemos deducir cuáles son los cinco sitios con mayor

probabilidad de tener planetas, y la probabilidad de que uno de los cinco tenga un planeta habitable superior el 0,95. Sería casi seguro...

Continuaron deliberando largo rato.

Los fondos otorgados fueron insuficientes, pero Madarian confiaba en la costumbre de echar dinero sobre dinero. Cuando doscientos millones estuvieran a punto de perderse irremisiblemente y bastaran otros cien para salvarlo todo, estos otros cien millones se aprobarían sin duda.

Jane-1 fue construida y exhibida. Peter Bogert la examinó con gesto grave.

—¿Por qué tiene la cintura tan estrecha? No hay duda de que eso introduce alguna debilidad mecánica.

Madarian se rió entre dientes.

—Oye, si vamos a llamarla Jane, no tiene sentido que parezca Tarzán.

Bogert meneó la cabeza.

—No me convence. Pronto sentirás la tentación de hincharle el busto para que aparente tener senos, y es una pésima idea. Si las mujeres empiezan a pensar que los robots pueden parecerse a ellas, se les meterán ideas perversas en la cabeza y entonces se mostrarán hostiles de verdad.

—Quizá tengas razón —dijo Madarian—. Ninguna mujer quiere ser reemplazada por algo que no tiene ninguno de sus defectos. Estoy de acuerdo.

Jane-2 no tenía la cintura estrecha. Era una robot huraña que se movía poco y hablaba menos.

Madarian había acudido pocas veces a Bogert para presentarle novedades durante la construcción, un indicio seguro de que las cosas no andaban muy bien. El entusiasmo de Madarian cuando tenía éxito era agobiante. No hubiera vacilado en despertar a Bogert a las tres de la madrugada con una noticia de última hora en vez de esperar al día siguiente. Bogert estaba seguro de ello.

Por el contrario, Madarian actuaba como reprimido y parecía pálido y consumido.

—No habla —señaló Bogert.

—Claro que habla. —Madarian se sentó y se mordió el labio inferior—. A veces. Bogert se levantó y caminó en torno de la robot.

—Y cuando habla lo que dice no tiene sentido, supongo. Claro que si no habla no es una mujer, ¿verdad?

Madarian intentó una débil sonrisa y desistió.

—El cerebro, aisladamente, pasó el examen.

—Lo sé.

—Pero una vez que el cerebro quedó a cargo del aparato físico de la robot fue necesario modificarlo, por supuesto.

—Por supuesto —convino Bogert.

—Pero de un modo imprevisible y frustrante. El problema es que cuando se

aborda un cálculo de incertidumbre de ene dimensiones las cosas resultan...

—¿De incertidumbre? —ironizó Bogert.

Su propia reacción le sorprendió. La inversión de la compañía ya era considerable y habían transcurrido casi dos años, pero los resultados eran, por decirlo moderadamente, decepcionantes. Aun así, le divertía mofarse de Madarian.

Para sus adentros, se preguntó si en cierta forma no se estaría mofando de la ausente Susan Calvin. Madarian era mucho más efusivo que Susan... cuando las cosas andaban bien. También era mucho más vulnerable cuando las cosas andaban mal. Susan, en cambio, nunca se desmoronaba. Madarian ofrecía un blanco perfecto, como compensación por el blanco que Susan nunca se había prestado a ser.

Madarian reaccionó ante la réplica de Bogert con tanta displicencia como Susan Calvin, pero no por desdén —como habría hecho Susan—, sino porque no la oyó.

—El problema es el tema del reconocimiento —argumentó—. Jane-2 correlaciona espléndidamente. Puede establecer correlaciones sobre cualquier tema, pero luego no distingue un resultado valioso de un resultado inservible. No es fácil programar un robot para que distinga una correlación significativa cuando no se sabe qué correlaciones establecerá.

—Supongo que has pensado en reducir el potencial del empalme diódico W-21 y activar...

—No, no, no, no... —La contestación de Madarian se fue disminuyendo hasta el susurro—. No se trata de que lo arroje todo. Eso podemos hacerlo nosotros. Lo importante es que reconozca la correlación crucial y llegue a una conclusión. Una vez que lo consiga, cualquier robot Jane daría una respuesta por intuición. Sería algo que nosotros no podríamos conseguir, excepto por una rarísima casualidad.

—Tengo la impresión —dijo secamente Bogert— de que semejante robot podría hacer rutinariamente lo que entre los seres humanos sólo puede hacer un genio.

Madarian asintió vigorosamente.

—Exacto, Peter. Yo mismo lo habría dicho si no hubiera temido asustar a los ejecutivos. Por favor, no lo repitas delante de ellos.

—¿De veras quieres una robot genio?

—¿Qué son las palabras? Intento obtener un robot con capacidad para establecer correlaciones aleatorias a enorme velocidad, junto con un cociente de alto reconocimiento para una significación clave. Y estoy tratando de traducir estas palabras a ecuaciones de campo positrónicas. Creí que ya lo tenía, pero no. Todavía no. —Miró a Jane-2 con insatisfacción y le preguntó—: ¿Cuál es la mejor significación que tienes, Jane-2?

Jane-2 volvió la cabeza hacia Madarian, pero no emitió ningún sonido.

—Lo está pasando por los bancos de correlación —susurró Madarian resignado.

Al fin, Jane-2 habló con voz neutra:

—No estoy segura.

Era el primer sonido que emitía.

Madarian elevó los ojos al techo.

—Está haciendo el equivalente de armar ecuaciones con soluciones indeterminadas.

—Me he dado cuenta —dijo Bogert—. Escucha, Madarian, ¿crees que puedes llegar a alguna parte, o nos retiramos ahora y limitamos nuestras pérdidas a quinientos millones?

—Oh, lo resolveré —rezongó Madarian.

Jane-3 tampoco dio resultado. Ni siquiera llegó a activarse, y Madarian estaba fuera de sí.

Era un error humano. Culpa suya, para ser exactos. Pero mientras Madarian se sentía totalmente humillado otros guardaban silencio; que quien no hubiera cometido nunca un error en las matemáticas temiblemente intrincadas del cerebro positrónico rellenara el primer memorándum correctivo.

Transcurrió otro año hasta que Jane-4 estuvo a punto. Madarian estaba nuevamente exultante.

—Lo ha logrado. Tiene un buen cociente de alto reconocimiento.

Estaba tan confiado que exhibió a la robot ante el consejo de dirección y le hizo resolver problemas. No problemas matemáticos —cualquier robot resolvía problemas matemáticos—, sino problemas cuyos términos eran deliberadamente ambiguos sin ser imprecisos.

—No se necesita mucho para eso —dijo luego Bogert.

—Claro que no. Es elemental para Jane-4, pero tenía que mostrarles algo, ¿no?

—¿Sabes cuánto hemos gastado hasta ahora?

—Vamos, Peter, no me vengas con eso. ¿Sabes cuánto hemos recuperado? Estas cosas no ocurren en el vacío. He pasado tres años infernales, te lo confieso; pero he elaborado nuevas técnicas de cálculo que nos ahorrarán un mínimo de cincuenta mil dólares en cada tipo de cerebro positrónico que diseñemos, desde ahora y para siempre. ¿De acuerdo?

—Pero...

—Sin peros. Es así. Y sospecho que el cálculo de incertidumbre con ene dimensiones tendrá muchísimas aplicaciones si nos las ingeniamos para hallarlas, y mis robots Jane las hallarán. Una vez que tenga lo que quiero, la nueva serie JN se costeará sola en cinco años, aunque tripliquemos lo que hemos invertido hasta ahora.

—¿Qué significa «lo que quiero»? ¿Qué problema hay con Jane-4?

—Nada. O nada importante. Está en el buen camino, pero se puede mejorar y me propongo mejorarla. Creí saber a dónde iba cuando la diseñé. Ahora la he puesto a prueba y sé a dónde voy. Me propongo llegar allí.



Jane-5 fue lo que buscaba. Madarian tardó más de un año, pero ya no tenía reservas; estaba absolutamente seguro.

Era más baja y delgada que un robot común. Sin ser una caricatura femenina, como Jane-1, poseía un aire femenino a pesar de no contar con la silueta de una mujer.

—Es su apostura —comentó Bogert.

La robot extendía grácilmente los brazos y cuando daba media vuelta parecía curvar ligeramente el torso.

—Escúchala —dijo Madarian—. ¿Cómo estás, Jane?

—En excelente salud, gracias —respondió Jane-5, con una turbadora y femenina voz de contralto.

—¿Por qué has hecho eso, Clinton? —preguntó Peter, sobresaltado, y frunció el ceño.

—Es psicológicamente importante. Quiero que la gente la considere una mujer, que la trate como una mujer, que le explique las cosas.

—¿Qué gente?

Madarian hundió las manos en sus bolsillos y miró pensativamente a Bogert.

—Quisiera que se dispusiera lo necesario para que Jane y yo fuéramos a Flagstaff.

Bogert notó que Madarian no decía Jane-5. Ya no usaba el número; se trataba de la única Jane.

—¿A Flagstaff? ¿Por qué?

—Porque es el centro mundial de planetología general. Allí es donde se estudian las estrellas y se intenta calcular la probabilidad de que haya planetas habitables, ¿no es cierto?

—Lo sé, pero está en la Tierra.

—Sí, claro.

—Los movimientos de los robots en la Tierra están estrictamente controlados. Y no es necesario. Trae aquí una biblioteca de libros sobre planetología general y que Jane los asimile.

—¡No! Peter, métete en la mollera que Jane no es un robot lógico común. Es intuitiva.

—¿Y?

—Pues que ¿cómo saber qué necesita, qué puede utilizar, qué la estimula? Podemos usar cualquier modelo metálico de la fábrica para leer libros; son datos fríos y desactualizados. Jane necesita información viva, tonos de voz, temas adicionales, incluso irrelevancias. ¿Cómo diablos sabremos cuándo algo se activa dentro de ella y se inserta en un patrón? Si lo supiéramos, no la necesitaríamos a ella, ¿verdad?

Bogert empezaba a sentirse acosado.

—Pues trae aquí a los expertos en planetología general.

—Aquí no servirá de nada. Ellos estarán fuera de su elemento. No reaccionarán con naturalidad. Quiero que Jane les observe trabajar, quiero que vea sus instrumentos, sus despachos, sus escritorios, todo lo posible, y quiero que la hagas transportar a Flagstaff. Y no quiero hablar más de esto.

Por un momento pareció ser Susan quien hablaba. Bogert hizo una mueca.

—Ese traslado es complicado. El transporte de un robot experimental...

Jane no es experimental. Es la quinta de la serie.

—Las otras cuatro no eran modelos operativos.

Madarian alzó las manos con exasperación.

—¿Y quién te obliga a contárselo al Gobierno?

—No me preocupa el Gobierno. Puedo conseguir que entiendan ciertos casos especiales. Se trata de la opinión pública. Hemos avanzado muchísimo en cincuenta años y no tengo la intención de retroceder veinticinco permitiendo que pierdas el control de...

—No perderé el control. Estás diciendo tonterías. ¡Mira! La empresa puede pagar un avión privado. Aterrizaremos discretamente en el aeropuerto comercial más próximo y nos perderemos entre cientos de aterrizajes similares. Podemos hacer que un vehículo terrestre de carrocería cerrada nos vaya a buscar para llevarnos a Flagstaff. Jane estará dentro de una caja de embalaje y todo el mundo creerá que estamos transportando equipo no robótico al laboratorio. Nadie nos prestará atención. Los trabajadores de Flagstaff estarán sobre aviso y conocerán el objetivo de la visita. Tendrán muchos motivos para cooperar y evitar una filtración.

Bogert lo meditó.

—Lo más arriesgado serán el avión y el vehículo terrestre. Si algo le ocurre a la caja...

—No ocurrirá nada.

—Podemos lograrlo si desactivamos a Jane durante el transporte. Así, aunque alguien descubra que está dentro...

—No, Peter. No se puede hacer eso con Jane-5. Ha realizado asociaciones libres desde que la activamos. La información que posee se puede congelar durante la desactivación, pero no las asociaciones libres. No, señor. No podemos desactivarla nunca.

—Pero si se descubre que estamos transportando un robot activado...

—Nadie lo descubrirá.

Madarian se mantuvo en sus trece y el avión despegó al fin. Era un Computojet automático del último modelo, pero llevaba un piloto humano como precaución, un empleado de la empresa. La caja que contenía a Jane llegó al aeropuerto sin problemas, fue trasladada al vehículo terrestre y llegó a los laboratorios de

investigación de Flagstaff sin novedad.

Peter Bogert recibió la llamada de Madarian menos de una hora después. Madarian estaba extasiado y, como era habitual en él, no tardó en hacerlo saber.

El mensaje llegó por rayo láser protegido, codificado y casi impenetrable; pero Bogert se enfadó. Sabía que era posible descubrirlo si alguien con suficiente capacidad tecnológica —el Gobierno, por ejemplo— estaba decidido a hacerlo. Su única tranquilidad era que el Gobierno no tenía razones para intentarlo. Eso esperaba Bogert, al menos.

—Por amor de Dios, ¿era necesario que llamaras?

Madarian no le prestó atención.

—Fue una inspiración. Puro genio, te lo aseguro.

Bogert miró al receptor.

—¿Quieres decir que ya tienes la respuesta? —exclamó en un tono de incredulidad.

—¡No, no! Danos tiempo, demonios. Quiero decir que lo de la voz fue pura inspiración. Cuando nos llevaron en coche desde el aeropuerto hasta el edificio principal de Flagstaff, sacamos a Jane de la caja. Todos los hombres presentes retrocedieron. ¡Los muy imbéciles tenían miedo! Si ni siquiera los científicos comprenden el significado de las tres leyes de la robótica, ¿qué podemos esperar de la gente común? Por un momento pensé que todo iba a ser inútil, que no hablarían, que estarían pensando en poner los pies en polvorosa en cuanto ella se descontrolase y no podrían pensar en otra cosa.

—Bien, ve al grano.

—Así que ella los saludó rutinariamente: «Buenas tardes, caballeros. Es un placer conocerles.» Con esa bella voz de contralto... ¡Fue sensacional! Un tipo se ajustó la corbata, otro se alisó el cabello. Lo que más me divirtió fue que el fulano más viejo del lugar se miró a la bragueta para asegurarse de que la tenía cerrada. Ahora están locos por ella. Sólo necesitaban la voz. Ya no es una robot, es una chica.

—¿Quieres decir que le hablan?

—¡Vaya que si le hablan! Tenía que haberla programado para darle entonaciones eróticas y ya la estarían invitando a salir. ¡El poder de los reflejos condicionados! Escucha, los hombres reaccionan ante las voces. En los momentos más íntimos, ¿acaso miran? Es la voz en el oído...

—Sí, Clinton, creo recordarlo. ¿Dónde está Jane ahora?

—Con ellos. No se separan de ella.

—¡Cuernos! ¡Vete allí con ella! No la pierdas de vista, hombre.

Las llamadas posteriores de Madarian, durante su estancia de diez días en Flagstaff, fueron cada vez más infrecuentes y menos exaltadas.

Informó de que Jane escuchaba atentamente y en ocasiones respondía.

Conservaba su popularidad. Le dejaban entrar en todas partes. Pero no había resultados.

—¿Ninguno? —preguntó Bogert.

Madarian se puso a la defensiva:

—No puede decirse «ninguno». Es imposible decirlo con un robot intuitivo. Nunca se sabe lo que puede estar pasándole por la cabeza. Esta mañana le preguntó a Jensen qué había desayunado.

—¿Rossiter Jensen? ¿El astrofísico?

—Sí, por supuesto. Bien, pues él no había desayunado hoy. Sólo una taza de café.

—Así que Jane está aprendiendo a hablar de naderías. Vaya, eso no compensa el gasto...

—Oh, no seas tonto. No se trataba de naderías. Nada lo es para Jane. Lo preguntó porque tenía algo que ver con una correlación que estaba estableciendo en su mente.

—¿Pero qué puede...?

—¿Cómo saberlo? Si lo supiera, yo sería una Jane y tú no la necesitarías. Pero tiene que significar algo. Está programada para motivaciones de alcance avanzado, con el objeto de obtener una respuesta a la pregunta de si hay un planeta con una relación óptima de habitabilidad y distancia, y...

—Entonces, cuéntamelo cuando lo haya logrado. No es necesario que me hagas una descripción detallada de las posibles correlaciones.

En realidad, no esperaba recibir una notificación de éxito. A cada día que pasaba, Bogert se sentía más abatido, así que cuando llegó la notificación no estaba preparado para ello. Y llegó muy al final.

El mensaje culminante de Madarian fue un susurro. La euforia había completado el círculo y Madarian susurraba por pura admiración.

—Lo consiguió —dijo—. Lo consiguió. Y cuando yo me daba por vencido, además; después de haber asimilado todos los datos del lugar, y la mayoría de ellos dos o tres veces, sin decir una palabra que sonara acertada... Ahora estoy en el avión de vuelta. Acabamos de despegar.

Bogert consiguió recobrar el aliento.

—No juegues conmigo, Madarian. ¿Tienes respuestas? En tal caso, dilo. Dilo sin rodeos.

—Ella tiene la respuesta. Me ha dado la respuesta. Me ha dado el nombre de tres estrellas a ochenta años luz y que tienen de un sesenta a un noventa por ciento de probabilidades de poseer un planeta habitable cada una. Una de ellas tiene una probabilidad del 0,972. Es casi seguro. Y eso no es todo. Cuando regresemos, Jane podrá exponer los razonamientos que la llevaron a esa conclusión, y anticipo que la ciencia de la astrofísica y la cosmología sufrirán un...

—¿Estás seguro...?

—¿Crees que alucino? Incluso tengo un testigo. El pobre saltó más de medio metro en el momento en que Jane dio la respuesta con su espléndida voz.

Y fue entonces cuando el meteorito hizo impacto haciendo trizas el avión. Madarian y el piloto quedaron reducidos a guiñapos de carne sanguinolenta, y de Jane no se recuperó ningún resto utilizable.

El desánimo nunca había sido más profundo en Robots y Hombres Mecánicos. Robertson trató de consolarse pensando que la destrucción había sido tan completa que ocultaba los actos ilegales en que había incurrido la compañía. Peter sacudió la cabeza, lamentándose.

—Hemos perdido nuestra mejor oportunidad de obtener una inmejorable imagen pública, de superar el maldito complejo de Frankenstein; lo que para los robots hubiese significado el hecho de que uno de ellos solucionara el problema de los planetas habitables, después de que otros robots habían contribuido a desarrollar el salto espacial. Ellos nos habrían abierto la galaxia. Y si al mismo tiempo hubiéramos impulsado el conocimiento científico en varios rumbos como... ¡Oh, Dios! No hay modo de calcular los beneficios para la raza humana; y para nosotros, por supuesto.

—Pero podríamos construir otras Janes, ¿verdad? —preguntó Robertson—. Incluso sin Madarian.

—Claro que sí. ¿Pero podemos depender nuevamente de la correlación apropiada? Quién sabe lo baja que era la probabilidad del resultado final. ¿Y si Madarian hubiera tenido una fantástica suerte de principiante? ¿Y si luego tuvimos una mala suerte aún más fantástica? Un meteorito cayendo sobre... Es simplemente increíble...

—¿No pudo haber sido... adrede? —susurró Robertson—. Es decir, que no quisieran que nos enterásemos y el meteorito fuese la conclusión de...

Guardó silencio ante la mirada fulminante de Bogert, que dijo:

—No todo se ha perdido, supongo. Otras Janes nos ayudarán de otros modos. Y podemos dar voz femenina a los robots, si eso sirve para alentar la aceptación pública; aunque no sé qué dirán las mujeres. Si al menos supiéramos qué dijo Jane-5...

—En esa última llamada, Madarian dijo que había un testigo.

—Lo sé. He pensado en ello. ¿Crees que no he estado en contacto con Flagstaff? Allí nadie oyó que Jane dijera nada fuera de lo común, nada que pareciera una respuesta al problema de los planetas habitables, y seguro que esa gente habría reconocido una respuesta así, o al menos habría reconocido que era una respuesta posible.

—¿Puede ser que Madarian mintiese? ¿Es posible que estuviera loco? ¿Tal vez trataba de protegerse...?

—¿Quieres decir que si intentaba salvar su reputación fingiendo que tenía la

respuesta, con la intención de manipular a Jane para que no hablara y venimos con la farsa de que había ocurrido un accidente? ¡Demonios! No puedo aceptar semejante cosa. Sería como suponer que lo del meteorito lo preparó él.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Volveremos a Flagstaff. La respuesta ha de estar allí. Tengo que profundizar más, eso es todo. Iré allá y llevaré un par de hombres del departamento de Madarian. Tenemos que registrar ese lugar de cabo a rabo.

—Pero aunque hubiera un testigo y él hubiera oído algo ¿de qué nos serviría ahora, si no está Jane para explicar el procedimiento?

—Todos los detalles son útiles. Jane dio el nombre de las estrellas, tal vez el número de catálogo, pues ninguna de las estrellas con nombre tiene posibilidad alguna. Si alguien puede recordar que lo dijo y recordar el número de catálogo, o lo oyó con claridad suficiente como para que podamos recuperarlo por medio de un sondeo psíquico en caso de que le falle la memoria consciente, entonces tendremos algo. Dados los resultados finales y los datos iniciales presentados a Jane, tal vez podamos reconstruir el razonamiento; tal vez recuperemos esa intuición. Si lo conseguimos, salvaremos la partida...

Bogert regresó al cabo de tres días, callado y muy deprimido. Cuando Robertson le preguntó ansiosamente por los resultados, sacudió la cabeza.

—¡Nada!

—¿Nada?

—Absolutamente nada. He hablado con todos los hombres de Flagstaff, con todos los científicos, con todos los técnicos, con todos los estudiantes que se hubieran relacionado con Jane, con todos los hombres que la hubieran visto. No eran muchos; admito que Madarian fue discreto. Sólo permitió que la vieran quienes pudiesen tener conocimientos planetológicos que ofrecerle. Un total de veintitrés hombres vio a Jane, y de ellos sólo doce entablaron con ella una verdadera conversación. Les hice repetir una y otra vez lo que Jane había dicho. Lo recordaban todo muy bien. Son hombres entusiastas y comprometidos en un experimento decisivo en su especialidad, así que tenían buenas motivaciones para recordar. Y estaban tratando con una robot parlante, algo bastante fuera de lo común, y que para colmo hablaba como una actriz de televisión. No podían olvidarse de nada.

—Tal vez un sondeo psíquico...

—Si uno de ellos tuviera la más vaga idea de que sucedió algo, le arrancaría su consentimiento para efectuarle un sondeo. Pero no hay ninguna excusa, y sondear a doce hombres que se ganan la vida utilizando su cerebro es imposible. Con franqueza, no serviría de nada. Si Jane hubiera mencionado tres estrellas, diciendo que tenían planetas habitables, habría sido como encenderles fuegos artificiales en el cerebro. ¿Cómo podrían olvidarlo?

—Tal vez alguien miente. Alguien que quiere la información para provecho propio, con el fin de recoger luego los laureles.

—¿De qué le serviría? Todos saben por qué Madarian y Jane estuvieron allí. Saben por qué he ido yo. Si en el futuro algún hombre de Flagstaff propone una teoría sobre un planeta habitable, que sea asombrosamente nueva y diferente, pero válida, todos los hombres de Flagstaff y de nuestra empresa sabrán de inmediato que es información robada. Nunca se saldría con la suya.

—Pues, entonces, Madarian cometió un error.

—Me cuesta creerlo. Madarian tenía una personalidad irritante, como todos los robopsicólogos. Quizá por eso trabajan con robots y no con hombres. Pero no era tonto. No podía equivocarse en algo como esto.

—Entonces... —Robertson había agotado las posibilidades. Se habían topado con una pared en blanco y la miraban con desconsuelo. Finalmente, sugirió—: Peter...

—¿Sí?

—Preguntémosle a Susan.

Bogert se puso tenso.

—¿Qué?

—Preguntémosle a Susan. La llamamos y le pedimos que venga. —¿Por qué? ¿Qué puede hacer ella?

—No sé, pero es robopsicóloga y quizás entienda mejor a Madarian. Además... Bueno, siempre tuvo más cabeza que cualquiera de nosotros.

—Tiene casi ochenta años.

—Y tú setenta. ¿Y qué?

Bogert suspiró. ¿La incisiva lengua de Susan habría perdido su filo en los años de retiro?

—Vale, le preguntaré —dijo Bogert.

Susan Calvin entró en el despacho de Bogert y miró en torno antes de clavar la vista en el director de investigaciones. Había envejecido mucho desde su jubilación. Tenía el cabello blanco y ralo y el rostro arrugado. Su aspecto era tan frágil que parecía transparente, aunque conservaba esos ojos penetrantes e implacables.

Bogert se le acercó afectuosamente, con la mano extendida.

—¡Susan!

Susan le estrechó la mano.

—Tienes bastante buen aspecto, Peter, para ser un anciano. Yo que tú no esperaría hasta el año próximo. Retírate y deja que trabajen los jóvenes... Y Madarian ha muerto. ¿Me llamas para que vuelva a mi vieja tarea? ¿Te empeñas en conservar tus antiguallas aun después de muertas?

—No, no, Susan. Te he llamado... Se calló porque no sabía cómo empezar. Pero Susan le leyó la mente con la facilidad de costumbre. Se sentó con la cautela que le

imponían sus endurecidas articulaciones y dijo:

—Peter, me has llamado porque estás en apuros. Preferirías verme muerta a tenerme a un kilómetro de distancia.

—Vamos, Susan...

—No pierdas tiempo con lisonjas. No tuve tiempo para ellas a los cuarenta, así que menos ahora. La muerte de Madarian y tu llamada son hechos insólitos, de modo que ha de existir una conexión. Dos hechos insólitos sin conexión es algo demasiado improbable. Empieza por el principio y no temas quedar como un tonto. Hace mucho tiempo que sé que lo eres.

Bogert carraspeó y habló. Susan escuchó atentamente, alzando en ocasiones su mano marchita para intercalar una pregunta.

—¿Intuición femenina? —bufó una de las veces—. ¿Para eso queríais el robot? Ah, los hombres. Ante una mujer que llega a una conclusión correcta, no podéis aceptar que es igual o superior a vosotros en inteligencia, e inventáis algo que llamáis intuición femenina.

—Bueno, sí, Susan, pero permíteme continuar...

Continuó. Cuando habló de la voz de contralto de Jane, Susan comentó:

—A veces no sé si sentir repugnancia por el sexo masculino o simplemente desecharlo por despreciable.

—Bien, permíteme continuar...

Cuando Bogert hubo concluido, Susan dijo:

—¿Puedo usar este despacho en privado durante un par de horas?

—Sí, pero...

—Quiero revisar la documentación; la programación de Jane, las llamadas de Madarian, tus entrevistas en Flagstaff. Supongo que puedo usar ese deslumbrante teléfono láser protegido y tu terminal de ordenador.

—Sí, desde luego.

—Pues lárgate de aquí, Peter.

Cuarenta y cinco minutos después, Susan caminó hasta la puerta, la abrió y llamó a Bogert, que acudió acompañado por Robertson. Ambos entraron y Susan saludó al segundo con cara de pocos amigos.

Bogert trató de evaluar los resultados a partir del semblante de Susan, pero era sólo el semblante de una anciana huraña que no tenía intención de facilitarle las cosas.

—¿Crees que podrás hacer algo, Susan? —preguntó con cautela.

—¿Más de lo que he hecho? No, nada más.

Bogert apretó los labios acongojado, pero Robertson preguntó:

—¿Qué has hecho, Susan?

—He pensado un poco, ya que no puedo persuadir a los demás de que lo hagan.



Por lo pronto, he pensado en Madarian. Yo lo conocía, como sabéis. Era inteligente, pero exasperantemente extravertido. Pensé que te gustaría, después de haberme tenido a mí, Peter.

—Fue un cambio —reconoció Bogert, sin poder contenerse.

—Y siempre corría hacia ti con los resultados en cuanto los obtenía, ¿verdad?

—Así es.

—Sin embargo, su último mensaje, el mensaje en el que afirmó que Jane le había dado la respuesta, lo envió desde el avión. ¿Por qué esperó tanto? ¿Por qué no te llamó desde Flagstaff en cuanto Jane dijo lo que fuera que dijese?

—Supongo que quiso verificarlo exhaustivamente y... Bueno, no lo sé. Era lo más importante que le había ocurrido nunca. Tal vez quiso esperar y asegurarse.

—Por el contrario. Cuanto más importante era el asunto, menos esperaba. Y si podía esperar ¿por qué no esperó hasta estar de vuelta aquí, donde podría cotejar los resultados con todo el equipo informático que la empresa podía poner a su disposición? En síntesis, esperó demasiado desde un punto de vista y demasiado poco desde el otro.

—¿Crees que se traía algo entre manos...? —interrumpió Robertson.

Susan lo miró con desprecio.

—Scott, no trates de competir con Peter en materia de comentarios anodinos. Permíteme continuar... Otro problema es el testigo. Según las grabaciones de esa última llamada, Madarian dijo: «El pobre saltó más de medio metro en el momento en que Jane dio la respuesta con su espléndida voz.» Ésas fueron sus últimas palabras. Y la pregunta es: ¿por qué el testigo se sobresaltó? Según Madarian, todos los hombres estaban locos por esa voz, y se habían pasado diez días con la robot, con Jane; ¿por qué iba a sobresaltarlos que hablara?

—Supuse que fue el asombro de oír que Jane daba respuesta a un problema que lleva ocupando la mente de los planetólogos desde hace casi un siglo —opinó Bogert.

—Pero ellos esperaban que Jane encontrara esa respuesta. Para eso estaba allí. Además, fíjate en la frase. Madarian da a entender que el testigo estaba sobresaltado, no asombrado. ¿Entiendes la diferencia? Más aún, esa reacción sobrevino «en el momento en que Jane dio la respuesta...». En otras palabras, apenas Jane se puso a hablar. Asombrarse ante el contenido de lo que dijo Jane habría requerido que el testigo lo escuchara para que pudiese asimilarlo. Madarian habría dicho que saltó más de medio metro después de oír lo que dijo Jane. Sería «después», no «en el momento».

—No creo que puedas hilar tan fino como para reducir todo al uso de una palabra —refunfuñó Bogert.

—Puedo —replicó Susan en su tono glacial—, porque soy robopsicóloga. Y sé que Madarian lo haría así porque era robopsicólogo. Tenemos, pues, que explicar esas

dos anomalías. La rara tardanza de la llamada de Madarian y la rara reacción del testigo.

—¿Puedes explicarlas? —preguntó Robertson.

—Claro que sí, ya que empleo un poco de simple lógica. Madarian llamó con la noticia sin demora, como de costumbre. Si Jane hubiera resuelto el problema en Flagstaff, él habría llamado desde allí; como llamó desde el avión, eso es que Jane debió de resolver el problema después de salir de Flagstaff.

—Pero entonces...

—Déjame terminar, déjame terminar. ¿Madarian no se trasladó desde el aeropuerto a Flagstaff en un coche cerrado? ¿Y Jane no iba en la caja?

—Sí.

—Y supongo que Madarian y Jane, que iba en su caja, regresaron de Flagstaff al aeropuerto en el mismo vehículo cerrado. ¿Correcto?

—Sí, correcto.

—Y no estaban solos en el coche. En una de sus llamadas, Madarian dijo: «nos llevaron en coche desde el aeropuerto hasta el edificio principal», lo cual me hace suponer que había un chófer, un conductor humano en el coche.

—¡Santo cielo!

—Tu problema, Peter, es que cuando piensas en el testigo de una declaración planetológica piensas sólo en planetólogos. Divides a los seres humanos en categorías, y desdeñas y desechas a la mayoría. Un robot no puede hacer eso. La Primera Ley dice: «Un robot no debe dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño.» Cualquier ser humano. Es la esencia de la perspectiva robótica. Un robot no establece distinciones. Para un robot, todos los hombres son verdaderamente iguales y, para un robopsicólogo que debe tratar con hombres en el nivel robótico, todos los hombres son verdaderamente iguales también. A Madarian no se le habría ocurrido decir que un camionero oyó la frase. Para ti un camionero no es un científico, sino el accesorio inanimado de un camión; pero para Madarian era un hombre y un testigo. Nada más. Nada menos.

Bogert sacudió la cabeza incrédulamente.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. ¿Cómo explicas, de lo contrario, que el testigo se haya sobresaltado? Jane estaba embalada en una caja, ¿verdad? Pero no estaba desactivada. Según los documentos, Madarian se mostró siempre inflexible en cuanto a no desactivar un robot intuitivo.

Más aún, Jane-5, como cualquiera de las otras Janes, era poco locuaz. Probablemente, a Madarian no se le ocurrió nunca ordenarle que guardara silencio dentro de la caja, y ella estableció sus correlaciones sólo cuando se encontraba ya dentro. Como era de esperar, se puso a hablar. Una bella voz de contralto sonó de

pronto de la caja. Si tú fueras el conductor, ¿qué harías? Sin duda te sobresaltarías. Es un milagro que no se estrellara.

—Pero si el testigo fue el camionero, ¿por qué no se presentó...?

—¿Por qué? ¿Cómo puede saber él que ocurrió algo decisivo, que oyó algo importante? Además, ¿no crees que Madarian le habrá dado una buena propina para hacerle callar? ¿Tú querrías que se difundiera la noticia de que un robot activado estaba siendo transportado ilegalmente por la superficie terrestre?

—¿Y se acordará de lo que oyó?

—¿Por qué no? Tal vez tú pienses, Peter, que un camionero, que para ti es poco más que un simio, no es capaz de recordar. Pero los camioneros también pueden tener cerebro. Lo que Jane dijo era algo poco común, así que es probable que el camionero recuerde algo. Aunque se equivoque en algunas letras o números, se trata de un conjunto finito; es decir, quinientos cincuenta estrellas, o sistemas estelares, a ochenta años luz o así, no he mirado el número exacto. Podéis establecer las opciones correctas. Y de ser necesario tendréis todas las excusas para hacer uso de la sonda psíquica...

Los dos hombres la miraban de hito en hito. Finalmente, Bogert susurró, sin querer creérselo:

—¿Pero cómo puedes estar tan segura?

Por un momento, Susan estuvo a punto de decir: Porque he llamado a Flagstaff, idiota, y porque he hablado con el camionero y porque él me contó lo que había oído y porque lo he verificado con el ordenador de Flagstaff y he dado con las tres únicas estrellas que concuerdan con esa información y porque tengo los nombres en el bolsillo.

Pero se calló; que él mismo se encargara de averiguarlo. Se puso de pie y dijo sardónicamente:

—¿Cómo puedo estar tan segura...? No sé, llámela intuición femenina.

# El mayor patrimonio (1972)

---

“The Greatest Asset”

La Tierra era un gran parque domesticado.

Lou Tansonía la veía en expansión mientras observaba con el ceño fruncido desde el transbordador lunar. Su nariz prominente le dividía el rostro enjuto en dos delgadas mitades y ambas parecían siempre tristes, pero esa vez constituían un fiel reflejo de su estado de ánimo.

Nunca había estado fuera tanto tiempo —casi un mes— y preveía un ingrato periodo de aclimatación bajo el tirón inclemente de la potente gravedad de la Tierra.

Pero eso vendría después. No era la causa de la tristeza que sentía al contemplar cómo la Tierra aumentaba de tamaño.

Mientras el planeta era un círculo con espirales blancas que relucían al Sol, aún poseía su belleza prístina. Cuando los retazos de marrón y verde asomaron entre las nubes, seguía pareciendo el planeta que había sido durante trescientos millones de años, desde que la vida emergió del mar para propagarse por la tierra seca y cubrir los valles de verdor.

Pero a menor altura, a medida que descendía la nave, la docilidad era evidente.

No había tierras agrestes. Lou nunca había visto parajes agrestes en la Tierra, sólo los conocía por haber leído sobre ellos o haberlos visto en viejas películas.

Los bosques formaban hileras ordenadas, con cada árbol clasificado por su especie y posición. Los cereales crecían en parcelas en sistemática rotación, fertilizados y desbrozados de forma intermitente y automática. Los pocos animales domésticos que aún existían estaban numerados, y Lou tenía la amarga sospecha de que lo mismo sucedía con las hojas de hierba.

Los animales eran tan raros que constituían una atracción. Hasta los insectos habían desaparecido, y ningún animal grande podía verse fuera de los parques zoológicos.

Incluso los gatos escaseaban, pues era mucho más patriótico tener un hámster, si uno necesitaba una mascota.

¡Precisemos! Sólo la población animal y no humana de la Tierra había disminuido. El conjunto de la población animal era tan grande como siempre, pero la mayor parte, unas tres cuartas partes del total, pertenecía a una sola especie: Homo sapiens. Y, a pesar de todos los esfuerzos del Departamento Terrícola de Ecología, esa fracción aumentaba lentamente año tras año.

Lou pensó en ello, como de costumbre, con una agobiante sensación de pérdida. La presencia humana no era sofocante. No se veían indicios de ella desde las órbitas finales del transbordador, y Lou no veía indicios de ella ni siquiera cuando descendiese mucho más.

Las proliferantes ciudades de los caóticos días preplanetarios habían desaparecido. Las viejas carreteras se avistaban desde el aire por la impronta que aún dejaban en la vegetación, pero resultaban invisibles desde cerca. Rara vez se veían hombres trabajando en la superficie, pero estaban allí, bajo tierra. Miles de millones de seres humanos, con sus fábricas, sus plantas de procesamiento de alimentos, sus plantas energéticas, sus túneles de vacío.

Ese mundo domesticado se alimentaba de energía solar y estaba libre de conflictos, y a Lou le resultaba detestable.

Pero por el momento casi podía olvidarlo, pues al cabo de meses de fracaso vería en persona a Adrastus. Para ello había tenido que mover todas sus influencias.

Ino Adrastus era secretario general de Ecología. No se trataba de un puesto electivo ni muy conocido. Era simplemente el puesto más importante de la Tierra, pues lo controlaba todo.

Jan Marley dijo exactamente esas palabras, con un aire desmañado y somnoliento que hacía pensar que habría estado gordo si la dieta humana no estuviese tan controlada como para impedir la obesidad.

—Por supuesto, éste es el puesto más importante de la Tierra y nadie parece enterarse. Quiero escribirlo.

Adrastus se encogió de hombros. Su figura corpulenta, con su mechón de pelo entrecano y sus descoloridos ojos azules y rodeados de arrugas, desempeñaba un papel discreto en la escena administrativa desde hacía una generación. Era secretario general de Ecología desde que los consejos ecológicos regionales se habían fusionado en el Departamento Terrícola. Quienes lo conocían no concebían la ecología sin él.

—Lo cierto es no tomo decisiones —dijo—. Las directivas que firmo no me pertenecen. Las firmo porque sería psicológicamente perturbador que las firmaran los ordenadores. Pero sólo los ordenadores pueden realizar esa tarea. Este departamento ingiere una increíble cantidad de datos al día, datos que llegan desde todos los rincones del globo y que no sólo se refieren a nacimientos, muertes, cambios demográficos, producción y consumo entre los seres humanos, sino, sobre todo, a los cambios tangibles en la población vegetal y animal, por no mencionar la medición de los principales segmentos del medio ambiente: aire, mar y suelo. La información es desmenuzada, absorbida y asimilada en bancos de memoria de tremenda complejidad, y esa memoria nos da las respuestas a nuestras preguntas.

—¿Respuestas a todas las preguntas? —preguntó Marley, con expresión pícaro. Adrastus sonrió.

—Aprendemos a no molestarnos en hacer preguntas que no tienen respuesta.

—Y el resultado es el equilibrio ecológico.

—En efecto, pero un equilibrio ecológico especial. A lo largo de la historia del planeta, el equilibrio se ha mantenido siempre, pero invariablemente a costa de una

catástrofe. Después de un desequilibrio transitorio, el equilibrio se restaura mediante hambrunas, epidemias o drásticos cambios climáticos. Ahora lo mantenemos sin catástrofes por medio de cambios y modificaciones diarias, sin permitir nunca que el desequilibrio se acumule peligrosamente.

—Eso dijo usted una vez: «El mayor patrimonio del género humano es la ecología equilibrada.»

—Eso dicen que he dicho.

—Está en esa pared, a sus espaldas.

—Sólo las primeras palabras —replicó secamente Adrastus.

La inscripción parpadeaba en una larga placa de plástico brillante: «El mayor patrimonio del género humano...»

—No es preciso completar la frase.

—¿Qué más puedo decirle?

—¿Puedo pasar un tiempo con usted para ver cómo trabaja?

—Sólo vería a un escribiente glorificado.

—No lo creo. ¿Hay alguna cita a la que yo pueda asistir?

—Hoy tengo una. Un joven llamado Tansonía. Uno de nuestros hombres de la Luna. Puede usted asistir.

—¿Hombres de la Luna? ¿Se refiere...?

—Sí, de los laboratorios lunares. Gracias a Dios, tenemos la Luna. De lo contrario, realizarían todos esos experimentos en la Tierra, y ya nos cuesta bastante equilibrar la ecología.

—¿Se refiere a los experimentos nucleares y a la contaminación radiactiva?

—Me refiero a muchas cosas.

Lou Tansonía combinaba un mal disimulado entusiasmo con una mal disimulada aprensión.

—Me alegra tener esta oportunidad de verle, señor secretario —dijo entrecortadamente, resollando a causa de la gravedad de la Tierra.

—Lamento que no haya podido ser antes —contestó afablemente Adrastus—. Tengo excelentes informes sobre su labor. Este caballero es Jan Marley, escritor científico, y es hombre de confianza.

Lou miró de soslayo al escritor, le saludó con un movimiento de cabeza y se volvió hacia Adrastus.

—Señor secretario...

—Siéntese —dijo Adrastus.

Lou se sentó con la torpeza que cabía esperar en alguien que se estaba aclimatando a la Tierra, pero dando la sensación de que no quería perder un solo instante, ni siquiera en sentarse.

—Señor secretario, apelo a usted personalmente en relación con mi solicitud de

proyecto núme...

—Lo conozco.

—¿Lo ha leído?

—No, pero los ordenadores sí. Lo han rechazado.

—¡Sí! Pero yo recurro a usted, no a los ordenadores.

Adrastus sonrió y sacudió la cabeza.

—Es una reclamación difícil. No tendría el coraje suficiente para anular una decisión del ordenador.

—Pero debe hacerlo —protestó el joven, con vehemencia—. Mi especialidad es la ingeniería genética.

—Sí, lo sé.

—Y la ingeniería genética —agregó Lou, pasando por alto la interrupción— es la sierva de la medicina, pero no debería serlo. No del todo, al menos.

—Es raro que piense así. Usted es médico y ha realizado importantes trabajos en genética médica. Me han dicho que dentro de dos años su labor puede conducir a la eliminación total de la diabetes mellitus.

—Sí, pero no me importa. No quiero continuar con eso; que lo haga otro. Curar la diabetes es apenas un detalle que sólo reducirá la tasa de mortalidad y alentará más el crecimiento demográfico. No me interesa lograr eso.

—¿No valora la vida humana?

—No infinitamente. Hay demasiadas personas en la Tierra.

—Sé que algunos piensan así.

—Usted es uno de ellos, señor secretario. Usted ha escrito artículos expresando esa opinión. Y para cualquier hombre que piense, para usted más que para ningún otro, las consecuencias son evidentes. El exceso de población significa incomodidad, y para reducir la incomodidad hay que eliminar la intimidad. Si apiñamos muchas personas en un campo, sólo podrán sentarse haciéndolo todas al mismo tiempo. Si tenemos una muchedumbre, sólo puede desplazarse rápidamente marchando en formación. En eso se están transformando los hombres, en una muchedumbre que marcha a ciegas sin saber adónde ni por qué.

—¿Cuánto tiempo ha estado ensayando este discurso, señor Tansonía?

Lou se sonrojó.

—Y las demás formas de vida están disminuyendo, tanto en especies como en individuos, excepto las plantas que comemos. La ecología se vuelve más simple cada año.

—Se mantiene equilibrada.

—Pero pierde color y variedad, y ni siquiera sabemos si ese equilibrio es realmente bueno. Aceptamos el equilibrio sólo porque es lo único que tenemos.

—¿Qué haría usted?

—Pregúntele al ordenador que rechazó mi propuesta. Quiero iniciar un programa de ingeniería genética en una amplia gama de especies, desde los gusanos hasta los mamíferos. Quiero crear una nueva variedad a partir del cada vez más menguado material de que disponemos, antes de que desaparezca.

—¿Con qué objeto?

—Para organizar ecosistemas artificiales. Para organizar ecosistemas basados en plantas y animales totalmente distintos de los existentes.

—¿Qué se ganaría con ello?

—No lo sé. Si supiera exactamente qué ganaríamos no sería preciso investigar. Pero sé qué deberíamos ganar. Deberíamos aprender más acerca del funcionamiento de un ecosistema. Hasta ahora sólo hemos tomado lo que nos dio la naturaleza, y luego lo destrozamos y destruimos y nos las apañamos con sus maltrechas sobras. ¿Por qué no construir algo y estudiarlo?

—¿Construir a ciegas? ¿Al azar?

—No sabemos lo suficiente para hacerlo de otro modo. La fuerza impulsora básica de la ingeniería genética es la mutación aleatoria. En medicina, el azar se debe reducir a toda costa, pues se busca un efecto específico. Quiero tomar el componente aleatorio de la ingeniería genética y aprovecharlo.

Adrastus frunció el ceño.

—¿Y cómo piensa organizar semejante ecosistema? ¿No interferirá en el ecosistema existente y provocará un desequilibrio? No podemos permitirnos ese lujo.

—No me propongo realizar los experimentos en la Tierra. Claro que no.

—¿En la Luna?

—Tampoco en la Luna. En los asteroides. He pensado en ello desde que mi propuesta fue introducida en el ordenador que la rechazó. Tal vez esto cambie las cosas. Podemos ahuecar asteroides, uno por ecosistema. Destinaríamos varios asteroides a este propósito. Los preparamos adecuadamente, los equipamos de fuentes energéticas y de transductores, los poblamos de conjuntos de formas de vida que integren un ecosistema cerrado. Y a ver qué ocurre. Si no funciona, averiguamos por qué y sustraemos un elemento, o tal vez sumamos un elemento, o cambiamos las proporciones. Desarrollaremos una ciencia de la ecología aplicada o, si lo prefiere, una ciencia de la ingeniería ecológica; una ciencia más compleja y decisiva que la ingeniería genética.

—Pero no sabe cuáles serían los beneficios.

—Los beneficios específicos no, claro. Pero es inevitable que haya algunos. Incrementará nuestros conocimientos en el campo que más lo necesitamos. —Señaló las letras que parpadeaban a la espalda de Adrastus—. Usted mismo lo ha dicho: «El mayor patrimonio del género humano es una ecología equilibrada.» Le ofrezco un modo de investigar un ecosistema experimental, algo que jamás se ha hecho.



—¿Cuántos asteroides necesitará?

Lou titubeó.

—¿Diez? —sugirió en un tono interrogativo—. Para empezar.

—Tome cinco —dijo Adrastus, mientras firmaba el informe que anulaba la decisión del ordenador.

Marley observó más tarde:

—¿Insiste en que es un escribiente glorificado? Anula usted la decisión del ordenador y dispone de cinco asteroides. Así de simple.

—El Congreso deberá aprobarlo antes. Estoy seguro de que lo hará.

—Entonces, ¿cree que la sugerencia de este hombre es buena?

—No, no lo creo. No dará resultado. A pesar de su entusiasmo, el asunto es tan complicado que serían necesarios muchos más hombres de los disponibles, durante muchos más años de los que ese joven vivirá, para llegar a un punto satisfactorio.

—¿Está seguro?

—Lo dice el ordenador. Por eso rechazó el proyecto.

—¿Y por qué ha anulado usted su decisión?

—Porque yo, y el Gobierno en general, estamos aquí para preservar algo mucho más importante que la ecología.

—No le entiendo.

—Porque usted cita erróneamente lo que dije hace mucho tiempo; porque todo el mundo lo cita erróneamente. Yo dije dos frases, y las fusionaron en una y nunca he podido separarlas de nuevo. Supongo que la raza humana se resiste a aceptarlas tal como yo las pronuncié.

—¿Quiere decir que no dijo que «el mayor patrimonio del género humano es una ecología equilibrada»?

—Claro que no. Dije: «La mayor necesidad del género humano es una ecología equilibrada.»

—Pero en su placa pone: «El mayor patrimonio del género humano...»

—Así comienza la segunda frase, la que todos se niegan a citar, pero que yo jamás olvido: «El mayor patrimonio del género humano es una mente inquieta.» No he anulado la decisión del ordenador en aras de la ecología, pues ésta sólo es necesaria para vivir; la anulé para salvar una mente valiosa y mantenerla activa, una mente inquieta. Es lo que necesitamos para que el género humano sea humano, lo cual es más importante que la mera supervivencia.

Marley se puso de pie.

—Sospecho, señor secretario, que usted deseaba que yo estuviera presente en la entrevista. Usted desea que haga pública esta tesis, ¿verdad?

—Digamos que aprovecho la oportunidad para intentar que mis frases se citen correctamente.

## Reflejo simétrico (1972)

---

“Mirror Image”

*Las Tres Leyes de la robótica:*

1. *Un robot no debe dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño.*
2. *Un robot debe obedecer las órdenes impartidas por los seres humanos, excepto cuando dichas órdenes estén reñidas con la Primera Ley.*
3. *Un robot debe proteger su propia existencia, mientras dicha protección no esté reñida ni con la Primera ni con la Segunda Ley.*

Lije Baley estaba a punto de encender la pipa cuando la puerta del despacho se abrió de golpe. Baley puso cara de fastidio y dejó caer la pipa. Tan sorprendido estaba que la dejó donde había caído.

—R. Daneel Olivaw —dijo con desconcertado entusiasmo—. ¡Por Josafat! Eres tú, ¿verdad?

—En efecto —repuso el alto y bronceado recién llegado, con expresión imperturbable—. Lamento entrar sin anunciarme, pero se trata de una situación delicada y no deseo la menor intrusión de hombres ni de robots, ni siquiera aquí. En todo caso, me agrada verte de nuevo, amigo Elijah.

Y el robot tendió la mano derecha en un gesto tan humano como su apariencia. Baley se quedó tan desarmado por el asombro que por un instante miró la mano sin entender.

Pero luego le estrechó las dos, sintiendo su cálida firmeza.

—¿Pero por qué, Daneel? Eres bienvenido en cualquier momento, pero... ¿cuál es esa delicada situación? ¿De nuevo hay problemas con la Tierra?

—No, amigo Elijah, no se trata de la Tierra. La delicada situación a que me refiero es nimia en apariencia. Una disputa matemática, nada más. Como, por casualidad, estábamos a un corto salto de la Tierra...

—¿Esta disputa se llevó a cabo en una nave estelar?

—En efecto. Es una disputa pequeña, pero asombrosamente grande para los humanos involucrados.

Baley no pudo contener una sonrisa.

—No me sorprende que los humanos te desconcierten. No obedecen las Tres Leyes.

—Es un verdadero inconveniente —convino gravemente R. Daneel—, y creo que los humanos mismos se desconciertan ante los humanos. Es posible que tú te

desconciertes menos que los hombres de otros mundos, porque en la Tierra viven muchos más humanos que en los mundos del espacio. Por ello creo que puedes ayudarnos. —R. Daneel hizo una pausa y se apresuró a añadir—: De todas formas, he aprendido algunas reglas del comportamiento humano. Por ejemplo, parece que soy deficiente en cuestiones de cortesía, según las pautas humanas, pues no te he preguntado por tu esposa y por tu hijo.

—Están bien. El chico estudia en la universidad y Jessie participa en la política local. Con esto damos por liquidadas las frases de cortesía. Ahora cuéntame por qué estás aquí.

—Como te he dicho, estábamos a un corto salto de la Tierra, así que le sugerí al capitán que te consultáramos.

—¿Y el capitán accedió?

Baley imaginó al orgulloso y autocrático capitán de una nave estelar de los mundos del espacio accediendo a descender ni más ni menos que en la Tierra para consultar ni más ni menos que a un terrícola.

—Creo que se encontraba en una situación en la que habría accedido a todo. Además, te alabé muchísimo, aunque, por supuesto, no dije más que la verdad. Total que accedí a efectuar todas las negociaciones de tal modo que ningún tripulante ni pasajero necesitara entrar en una ciudad terrícola.

—Ni hablar con ningún terrícola, claro. ¿Pero qué ha ocurrido?

—Entre los pasajeros de la nave, Eta Carina, se encontraban dos matemáticos que viajaban a Aurora para asistir a una conferencia interestelar sobre neurobiofísica. La disputa se centra en torno de estos dos matemáticos, Alfred Barr Humboldt y Gennao Sabbat. ¿Has oído hablar de ellos, amigo Elijah?

—En absoluto. No sé nada de matemática. Oye, Daneel, espero que no le hayas dicho a nadie que soy un experto en matemática ni...

—Claro que no, amigo Elijah. Sé que no lo eres. Y no importa, pues la cuestión matemática no resulta relevante para el asunto en cuestión.

—Bien, continúa.

—Como tú no conoces a ninguno de los dos hombres, amigo Elijah, déjame decirte que el profesor Humboldt ya va por su vigesimoséptima década... ¿Ocurre algo, amigo Elijah?

—Nada, nada —masculló Baley. Simplemente había murmurado algo para sus adentros, una reacción natural ante la gran longevidad de la gente del espacio—. ¿Y sigue en activo, a pesar de la edad? En la Tierra, los matemáticos de más de treinta años...

—El profesor Humboldt es uno de los tres matemáticos de mayor prestigio de la galaxia. Por supuesto que sigue en activo. El profesor Sabbat, por otra parte, es muy joven, pues aún no llega a los cincuenta, pero ya se ha afirmado como el nuevo

talento más notable en las ramas más abstrusas de las matemáticas.

—Ambos son ilustres, entonces —asintió Baley. Se acordó de su pipa y la recogió. Decidió que ya no tenía sentido encenderla y la vació—. ¿Qué ha pasado? ¿Es un caso de homicidio? ¿Uno de los dos mató clarísimamente al otro?

—Uno de estos dos hombres de gran reputación intenta destruir la del otro. Según los valores humanos, creo que se puede considerar peor que el homicidio.

—A veces sí, supongo. ¿Entonces, cuál de ellos intenta destruir al otro?

—Vaya, amigo Elijah, de eso se trata, de cuál de los dos.

—Continúa.

—El profesor Humboldt cuenta la historia claramente. Poco antes de subir a la nave estelar, descubrió un posible método para analizar sendas neurales a partir de cambios en los patrones de absorción de microondas de las áreas corticales locales. Se trataba de una técnica puramente matemática y de extraordinaria sutileza, aunque yo no comprendo ni puedo transmitir correctamente los detalles. Pero esto no importa. Humboldt reflexionó y se convenció cada vez más de que tenía entre manos algo revolucionario, algo que dejaría pequeños todos sus logros anteriores en matemática. Luego, se enteró de que el profesor Sabbat estaba a bordo.

—Ah. ¿Y se lo comentó al joven Sabbat?

—Exacto. Los dos se habían visto en reuniones profesionales y se conocían por su reputación. Humboldt le describió a Sabbat todos los detalles. Sabbat respaldó totalmente el análisis de Humboldt y elogió sin reservas la importancia del descubrimiento y el ingenio de su descubridor. Alentado por esto, Humboldt preparó una ponencia en la que describía sumariamente su labor, y dos días después se dispuso a despachar un mensaje subetérico a los presidentes de la conferencia de Aurora, con el objeto de establecer oficialmente su prioridad y preparar una posible deliberación antes del cierre de las sesiones. Para su sorpresa, descubrió que Sabbat había preparado su propia ponencia, muy similar a la suya, y que Sabbat también se disponía a transmitir un mensaje subetérico a Aurora.

—Supongo que Humboldt se puso furioso.

—¡Ya lo creo!

—¿Y Sabbat? ¿Qué alegó?

—Lo mismo que Humboldt. Palabra por palabra.

—¿Y cuál es el problema?

—Cada historia es un reflejo fiel de la otra, a excepción del cambio de nombres. Es un reflejo simétrico, como la imagen de un espejo. Según Sabbat, él tuvo esa intuición y le consultó a Humboldt, quien concordó con el análisis y lo alabó.

—Entonces, ambos alegan que la idea les pertenece y uno de los dos la robó. No parece difícil de resolver. En cuestiones académicas, sólo es preciso presentar los trabajos fechados y rubricados. A partir de ahí se puede deducir la prioridad. Aunque

uno sea falso, se puede descubrir mediante las incoherencias internas.

—Generalmente tendrías razón, amigo Elijah, pero esto es matemática, no una ciencia experimental. Humboldt afirma que elaboró los elementos esenciales mentalmente; no puso nada por escrito hasta que tuvo preparada la ponencia. El profesor Sabbat afirma exactamente lo mismo.

—Pues entonces sed más drásticos y terminad con el asunto. Sometedlos a ambos a un sondeo psíquico y averigüad quién miente.

R. Daneel negó con la cabeza lentamente.

—Amigo Elijah, no entiendes a estos hombres. Son personas de rango y erudición, miembros de la Academia Imperial. Como tales, no pueden ser sometidos a un juicio de conducta profesional, excepto por un jurado de colegas de igual categoría, a menos que renuncien personal y voluntariamente a ese derecho.

—Proponédselo, entonces. El culpable no renunciará a su derecho porque no podrá enfrentarse a la sonda psíquica. El inocente renunciará de inmediato. Ni siquiera tendréis que hacer uso de la sonda.

—No funciona así, amigo Elijah. Renunciar a tal derecho en semejante caso, para ser investigado por legos, constituye un golpe serio y tal vez irrecuperable para el prestigio de ambos. Ellos se niegan tercamente a renunciar a su derecho a tener un juicio especial, pues se trata de una cuestión de orgullo. La culpa o la inocencia son totalmente secundarias.

—Si es así, olvidaos del asunto. Postergadlo hasta llegar a Aurora. En la conferencia de neurobiofísica habrá una gran cantidad de colegas profesionales y...

—Eso significaría un golpe tremendo para la ciencia, amigo Elijah. Ambos sufrirían por haber causado un escándalo. Incluso el inocente sería culpado de haber protagonizado una situación de tan pésimo gusto. Todos pensarían que la cuestión debió zanjarse discretamente fuera de los tribunales.

—De acuerdo. No soy un habitante de los mundos del espacio, pero trataré de imaginar que esta actitud tiene sentido. ¿Qué dicen los dos hombres en cuestión?

—Humboldt da su pleno consentimiento. Dice que si Sabbat admite que le robó la idea y permite que Humboldt transmita su ponencia, o al menos que la presente en la conferencia, no hará acusaciones. Guardará el secreto de la fechoría de Sabbat; y lo mismo hará el capitán; el único de los otros humanos que está al corriente de la disputa.

—¿Pero el joven Sabbat no está de acuerdo?

—Por el contrario. Está de acuerdo hasta en el último detalle, aunque con los nombres invertidos. De nuevo el reflejo simétrico.

—¿Así que están en tablas?

—Creo, amigo Elijah, que cada uno de ellos espera que el otro ceda y admita su culpa.

—Pues esperad vosotros también.

—El capitán sostiene que es imposible. La espera presenta dos alternativas. La primera es que ambos se obstinen de tal modo que, cuando la nave descienda en Aurora, el escándalo intelectual estalle. El capitán, siendo responsable de la justicia a bordo, sufrirá así una humillación por no haber sabido zanjar la cuestión, y la idea le resulta intolerable.

—¿Y la segunda alternativa?

—Que uno de los dos matemáticos admita haber cometido la fechoría. Pero ¿confesaría por ser realmente culpable, o por el noble deseo de evitar el escándalo? ¿Sería correcto privar de mérito a quien es tan ético que prefiere perder ese mérito antes que perjudicar a la ciencia en su conjunto? Por otra parte, quizás el culpable confiese en el último momento, pero dando a entender que sólo lo hace en aras de la ciencia, eludiendo de este modo la humillación de su acto y arrojando una sombra de duda sobre el otro. El capitán sería el único que sabría la verdad; pero no desea pasarse el resto de su vida preguntándose si lo que ha protagonizado no es más que una grotesca parodia de la justicia.

Baley suspiró.

—Una versión intelectual del juego de la gallina. ¿Quién se acobardará primero a medida que se aproximen a Aurora? ¿Esto es todo, Daneel?

—No. Hay testigos de la transacción.

—¿Pero Josafat! ¿Por qué no lo dijiste antes? ¿Qué testigos?

—El criado personal del profesor Humboldt...

—Un robot, supongo.

—Desde luego. Se llama R. Preston. Este criado, R. Preston, estuvo presente en la conversación inicial y respalda el testimonio del profesor Humboldt hasta los últimos detalles.

—¿Es decir que sostiene que la idea original fue de Humboldt, que Humboldt se la contó a Sabbat, que Sabbat elogió la idea y demás?

—Sí, con todos los detalles.

—Entiendo. ¿Y eso zanja la cuestión, o no? Sospecho que no.

—Tienes razón. No zanja la cuestión, pues hay un segundo testigo. El profesor Sabbat también tiene un criado personal, R. Idda, un robot del mismo modelo que R. Preston, fabricado según creo, en el mismo año y en la misma fábrica. Ambos llevan más o menos el mismo tiempo prestando sus servicios.

—Qué rara coincidencia, muy rara.

—Una realidad, me temo y que hace difícil emitir un juicio basado en unas claras diferencias entre los dos sirvientes.

—Así que R. Idda cuenta la misma versión que R. Preston, ¿no es así?

—Exactamente la misma, con excepción del cambio de nombres, como en un

reflejo simétrico.

—R. Idda, pues, afirma que el joven Sabbat, el que no ha cumplido aún cincuenta años... —Lije Baley no pudo evitar un cierto tono irónico; él tampoco había cumplido los cincuenta, pero no se sentía joven—. Bien, pues que Sabbat tuvo la idea, se la expuso al profesor Humboldt y éste lo elogió profusamente y demás.

—Sí, amigo Elijah.

—O sea que un robot miente.

—Eso parece.

—Debe de ser fácil saber cuál. Me imagino que el examen de un buen robotista...

—Un buen robotista no es suficiente en este caso, amigo Elijah. Sólo un robopsicólogo competente podría aportar la credibilidad y la experiencia suficientes para tomar una decisión en un caso de tamaña importancia. No llevamos ningún especialista así a bordo. El examen sólo podría realizarse cuando lleguemos a Aurora...

—Y entonces estallará el escándalo. Bien, pues estás en la Tierra. Podemos buscar un robopsicólogo, y seguramente lo que suceda en la Tierra nunca llegará a oídos de Aurora y no habrá escándalo.

—Sólo que ni el profesor Humboldt ni el profesor Sabbat permitirán que un robopsicólogo de la Tierra examine a su criado. El terrícola tendría que...

Hizo una pausa, y Lije Baley acabó la frase por él:

—Tendría que tocar al robot.

—Son viejos criados, con buenos antecedentes...

—Y no se les debe manchar con el contacto de un terrícola. ¿Y qué cuernos quieres que haga? —Procuró contenerse—. Lo lamento, R. Daneel, pero no entiendo por qué me has metido en esto.

—Yo iba en la nave en una misión que no tenía nada que ver con este problema. El capitán acudió a mí porque tenía que acudir a alguien. Yo le parecía suficientemente humano como para escuchar y suficientemente robot como para ser un confidente discreto. Me contó la historia y me preguntó que qué haría yo. Me di cuenta de que el siguiente salto nos podía llevar tanto a la Tierra como a nuestro destino. Le dije al capitán que, aunque me costaba tanto como a él resolver el problema del reflejo simétrico, en la Tierra había alguien que podía ayudarnos.

—¡Por Josafat! —murmuró Baley.

—Ten en cuenta, amigo Elijah, que resolver este problema sería beneficioso para tu carrera y hasta la Tierra misma sacaría provecho. El asunto no gozaría de publicidad, desde luego, pero el capitán es un hombre muy influyente en su mundo nativo y quedaría muy agradecido.

—Con eso sólo me pones más tenso.

—Confío plenamente en que ya tienes alguna idea del procedimiento a seguir.

—¿Ah, sí? Supongo que el procedimiento obvio consiste en entrevistar a los dos matemáticos, uno de los cuales parece ser un ladrón.

—Me temo, amigo Elijah, que ninguno de los dos vendrá a la ciudad. Y ninguno aceptará que vayas a verlos.

—Y no hay modo de lograr que la gente del espacio se ponga en contacto con un terrícola, sea cual fuere la emergencia. Sí, lo entiendo, Daneel... Pero estaba pensando en una entrevista por circuito cerrado de televisión.

—Tampoco. No se prestarán a ser interrogados por un terrícola.

—Entonces, ¿qué quieren de mí? ¿Puedo hablar con los robots?

—Tampoco permitirán que los robots vengan aquí.

—¡Por Josafat, Daneel! Tú has venido.

—Fue por decisión propia. Mientras estoy a bordo de una nave, cuento con autorización para tomar esas decisiones sin veto de ningún ser humano, excepto del capitán, y él ansiaba establecer el contacto. Conociéndote a ti, decidí que contactar por televisión sería insuficiente. Deseaba estrecharte la mano.

Lije Baley se ablandó.

—Te lo agradezco, Daneel, pero ojalá no hubieras pensado en mí. ¿Puedo al menos hablar por televisión con los robots?

—Creo que eso puede arreglarse.

—Algo es algo. Eso significa que estaré realizando la labor propia de un robopsicólogo, de un modo tosco.

—Pero tú eres detective, amigo Elijah, no robopsicólogo.

—Bien, olvídale. Pero antes de verlos pensemos un poco. Dime, ¿es posible que ambos robots estén diciendo la verdad? Tal vez la conversación entre los dos matemáticos fue equívoca. Tal vez fuese de tal índole que cada uno de los robots está convencido sinceramente de que la idea era de su amo. O quizás uno de ellos oyó una parte de la conversación y el otro oyó otra parte, de modo que cada uno pudo suponer que su amo era el dueño de la idea.

—Imposible, amigo Elijah. Ambos robots repiten la conversación de un modo idéntico. Y las dos repeticiones son contradictorias.

—¿Entonces es seguro que uno de los robots está mintiendo?

—Sí.

—¿Podré ver la transcripción de todas las pruebas presentadas hasta ahora al capitán?

—Supuse que las pedirías y he traído copias.

—Otra ventaja. ¿Habéis interrogado a los robots y el interrogatorio está incluido en la transcripción?

—Los robots se han limitado a repetir su historia. Un verdadero interrogatorio sólo podría realizarlo un robopsicólogo.



—¿O yo?

—Tú eres detective, amigo Elijah, no...

—De acuerdo, Daneel. A ver si entiendo la psicología de la gente del espacio. Un detective sirve porque no es robopsicólogo. Vayamos más lejos. Un robot no suele mentir, pero lo hace si es necesario para respetar las Tres Leyes. Puede mentir para proteger, legítimamente, su existencia, de acuerdo con la Tercera Ley. Puede mentir también si es necesario para obedecer una orden legítima impartida por un ser humano, de acuerdo con la Segunda Ley. Y más aún, puede mentir si es necesario salvar una vida humana o impedir que se cause daño a un ser humano, de acuerdo con la Primera Ley.

—Sí.

—Y en este caso cada uno de los robots estaría defendiendo la reputación profesional de su amo, y mentiría si fuera preciso. Dadas las circunstancias, la reputación profesional sería casi el equivalente de la vida, y la mentira supondría una urgencia casi equivalente a la impuesta por la Primera Ley.

—Pero, mediante la mentira, cada uno de ellos estaría dañando la reputación profesional del amo del otro, amigo Elijah.

—En efecto, pero también cada uno de ellos podría tener una concepción más clara del valor de la reputación de su propio amo y considerarla sinceramente superior a la del otro, y pensaría, por consiguiente, que causa menor daño con una mentira que con la verdad. —Guardó silencio un instante y añadió—: Muy bien, ¿me pones en comunicación con uno de los robots? Con R. Idda, por ejemplo.

—¿El robot del profesor Sabbat?

—Sí, el robot del joven.

—Sólo me llevará unos minutos. Tengo un microrreceptor equipado por un proyector. Sólo necesito una pared limpia, y creo que ésta servirá si me permites correr algunos de estos archivadores de películas.

—Adelante. ¿Tendré que usar micrófono?

—No, puedes hablar normalmente. Disculpa, amigo Elijah, si tienes que esperar un poco. Tendré que comunicarme con la nave y pedir la entrevista con R. Idda.

—Si vas a tardar, Daneel, ¿por qué no me pasas las transcripciones de las pruebas reunidas hasta ahora?

Lije Baley encendió la pipa, mientras R. Daneel preparaba el equipo, y examinó las hojas que le habían dado. Pasaron varios minutos.

—Si estás preparado amigo Elijah —dijo R. Daneel—, R. Idda también lo está. ¿O prefieres disponer de unos minutos más para leer la transcripción?

—No —contestó Baley, soltando un suspiro—. No me he enterado de nada nuevo. Ponme con él y encárgate de que la entrevista sea grabada y transcrita.

R. Idda, irreal en la proyección bidimensional reflejada en la pared, tenía una

estructura básicamente metálica y no era una criatura humanoide como R. Daneel. Muy pocos rasgos de su cuerpo, alto, pero macizo, lo diferenciaban de los muchos robots que Baley había visto, salvo unos pocos detalles en su estructura.

—Salud, R. Idda —lo saludó Baley.

—Salud, señor —contestó R. Idda, con una voz apagada que parecía asombrosamente humana.

—Eres el criado personal de Genna Sabbat, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cuánto tiempo hace de eso, muchacho?

—Veintidós años, señor.

—¿Y la reputación de tu amo es valiosa para ti?

—Sí, señor.

—¿Considerarías importante proteger esa reputación?

—Sí, señor.

—¿Tan importante como proteger su vida física?

—No, señor.

—¿Y sería tan importante proteger su reputación como la reputación de otro?

R. Idda titubeó.

—En esos casos se debe decidir según el mérito individual de cada uno —respondió—. No hay modo de establecer una norma general.

Baley vaciló a su vez. Esos robots de los mundos del espacio hablaban con mayor soltura y refinamiento que los modelos terrícolas. No sabía si podría ganarle en ingenio.

—Si decidieras que la reputación de tu amo es más importante que la de otra persona, como, por ejemplo, la de Alfred Barr Humboldt, ¿mentirías para proteger la de tu amo?

—Mentiría, señor.

—¿Mentiste en tu testimonio concerniente a la controversia de tu amo con el profesor Humboldt?

—No, señor.

—Pero si hubieras mentido negarías que mentiste y así encubrirías esa mentira, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pues bien, considéralo así. Tu amo, Genna Sabbat, es un matemático de gran reputación, pero es joven. Si en esta controversia con el profesor Humboldt él hubiera sucumbido a la tentación de actuar antiéticamente, su reputación se eclipsaría un tanto, pero como es joven tiene tiempo de sobra para recobrarla. Lo aguardarían muchos triunfos intelectuales y la gente, a la larga, recordaría el intento de plagio como el error de un joven impulsivo y con poco criterio. Sería algo de lo que se

podría recuperar en el futuro. En cambio, si el profesor Humboldt hubiera sucumbido a esa tentación, el asunto sería mucho más grave. Es un anciano cuyas grandes obras se extienden por siglos. Su reputación es impecable hasta ahora. Sin embargo, todo eso se olvidaría a la luz de esta fechoría de sus últimos años, y no tendría oportunidades de recuperarse en el tiempo relativamente breve que le queda. No podría realizar muchas cosas ya. En el caso de Humboldt se tirarían por la borda muchos más años de trabajo que en el caso de tu amo, y él tendría menos oportunidades de recobrar su posición. ¿Entiendes, pues, que Humboldt se enfrenta a la peor situación y que merece la mayor consideración?

Hubo una larga pausa.

—Mi testimonio fue una mentira —dijo al fin R. Idda, en un tono de voz imperturbable—. El trabajo pertenecía al profesor Humboldt, y mi amo ha intentado apropiarse injustamente del mérito.

—Muy bien, muchacho. Tienes órdenes de no hablar de esto con nadie hasta que el capitán de la nave te autorice a ello. Puedes retirarte.

La pantalla quedó en blanco, y Baley le dio una chupada a su pipa.

—¿Crees que lo habrá oído el capitán, Daneel?

—Sin duda. Es el único testigo, con excepción de nosotros.

—Bien. Ahora trae al otro.

—¿Pero tiene sentido, amigo Elijah, puesto que R. Idda ya ha confesado?

—Claro que sí. La confesión de R. Idda no significa nada.

—¿Nada?

—Nada en absoluto. Le he hecho ver que el profesor Humboldt se encontraba en la peor situación. Naturalmente, si estaba mintiendo para proteger a Sabbat, pasaría a confesar la verdad, tal como afirma haber hecho. Por otra parte, si estaba diciendo la verdad, mentiría para proteger a Humboldt. Sigue siendo un reflejo simétrico y no hemos ganado nada.

—¿Y qué ganaremos con interrogar a R. Preston?

—Nada, si el reflejo simétrico fuera perfecto; pero no lo es. A fin de cuentas, uno de los robots dice la verdad y otro miente, y ahí se da una asimetría. Déjame ver a R. Preston. Y si ya tienes la transcripción del interrogatorio de R. Idda dámela.

El proyector se puso en marcha de nuevo. R. Preston era idéntico a R. Idda en todo, excepto en un minúsculo detalle del pecho.

—Salud, R. Preston —dijo Baley, teniendo a la vista la transcripción de las respuestas de R. Idda.

—Salud, señor —contestó R. Preston. Su voz era idéntica a la de R. Idda.

—Eres el criado personal de Alfred Barr Humboldt, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cuánto tiempo hace de eso, muchacho?

—Veintidós años, señor.

—¿Y la reputación de tu amo es valiosa para ti?

—Sí, señor.

—¿Considerarías importante proteger esa reputación?

—Sí, señor.

—¿Tan importante como proteger su vida física?

—No, señor.

—¿Y sería tan importante proteger su reputación como la reputación de otro?

R. Preston titubeó.

—En esos casos se debe decidir según el mérito individual de cada uno —respondió—. No hay modo de establecer una norma general.

—Si decidieras que la reputación de tu amo es más importante que la de otra persona, como, por ejemplo, la de Gennao Sabbat, ¿mentirías para proteger la de tu amo?

—Mentiría, señor.

—¿Mentiste en tu testimonio concerniente a la controversia de tu amo con el profesor Humboldt?

—No, señor.

—Pero si hubieras mentido negarías que mentiste y así encubrirías esa mentira, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pues bien, considéralo así. Tu amo, Alfred Barr Humboldt, es un matemático de gran reputación, pero es anciano. Si en esta controversia con el profesor Sabbat él hubiera sucumbido a la tentación de actuar antiéticamente, su reputación se eclipsaría un tanto, pero su ancianidad y sus siglos de logros le permitirían superar la situación. La gente recordaría su intento de plagio como el error de un hombre achacoso, cuyo juicio se tambalea. En cambio, si el profesor Sabbat hubiera sucumbido a esa tentación, el asunto sería mucho más grave. Es un joven con una reputación mucho menos sólida. Normalmente, contaría con siglos por delante para acumular conocimientos y realizar grandes logros. Pero el error de su juventud se lo impediría. Tiene un futuro mucho más extenso que perder que tu amo. ¿Entiendes, pues, que Sabbat se enfrenta a la peor situación y que merece la mayor consideración?

Hubo una larga pausa.

—Mi testimonio fue tal como yo lo... —dijo al fin R. Preston, en un tono de voz imperturbable, y se interrumpió.

—Continúa, por favor, R. Preston.

No hubo respuesta.

—Me temo, amigo Elijah —intervino R. Daneel—, que R. Preston se ha paralizado. Está fuera de servicio.

—Pues bien —dijo Baley—, al fin hemos ocasionado una asimetría. Ello nos permite descubrir al culpable.

—¿En qué sentido, amigo Elijah?

—Piénsalo. Supongamos que fueras una persona inocente y tu robot personal fuese testigo de ello. No sería preciso que hicieras nada, ya que tu robot diría la verdad y respaldaría tu testimonio. Sin embargo, si fueses la persona culpable, tendrías que depender de la mentira de tu robot. Sería una situación más arriesgada, pues, aunque el robot mentiría en caso de ser necesario, se sentiría más inclinado a decir la verdad, de modo que la mentira resultaría menos firme que la verdad. Para impedirlo, la persona culpable tendría que ordenarle al robot que mintiera. De este modo, la Primera Ley quedaría fortalecida por la Segunda, de un modo sustancial.

—Eso parece razonable —admitió R. Daneel.

—Supongamos que tenemos un robot de cada tipo. Uno de ellos pasaría de una verdad no reforzada a la mentira y podría hacerlo sin problemas serios, tras algún que otro titubeo. El otro robot pasaría de una mentira muy reforzada a la verdad, pero tendría que hacerlo a riesgo de quemar varias sendas positrónicas de su cerebro y quedar paralizado.

—Y como R. Preston ha quedado paralizado...

—El amo de R. Preston, el profesor Humboldt, es el culpable del plagio. Si le comunicas esto al capitán y le sugieres que interrogue al profesor, tal vez obtenga una confesión. En tal caso, espero que me lo digas de inmediato.

—Por supuesto. ¿Me excusas, amigo Elijah? He de hablar en privado con el capitán.

—Faltaría más. Utiliza la sala de conferencias. Está protegida.

Baley no pudo trabajar en nada durante la ausencia de R. Daneel. Guardó un inquieto silencio. Mucho dependía del valor de su análisis, y su falta de experiencia en robótica lo preocupaba.

R. Daneel regresó a la media hora; la media hora más larga de la vida de Baley.

No tenía sentido tratar de averiguar lo sucedido guiándose por la expresión del impávido rostro del humanoide. Baley procuró mantenerse igualmente impávido.

—¿Sí, Daneel?

—Tal como dijiste, amigo Elijah. El profesor Humboldt ha confesado. Declaró que contaba con que el profesor Sabbat cedería, permitiéndole así obtener un último triunfo. La crisis se ha superado y el capitán está agradecido. Me autoriza para decirte que admira enormemente tu sutileza, y creo que yo mismo me veré favorecido por haberte recomendado.

—Bien. —Baley suspiró. Ahora que se había demostrado que su decisión era la correcta, le temblaban las rodillas y la frente se le perló de sudor—. ¡Por Josafat, R. Daneel, no vuelvas a ponerme en semejante trance!

—Intentaré no hacerlo, amigo Elijah. Todo dependerá, desde luego, de la importancia de la crisis, de tu proximidad y de otros factores. Hasta entonces, tengo una pregunta...

—¿Sí?

—¿No era posible suponer que el paso de la mentira a la verdad era fácil, y difícil el de la verdad a la mentira? En tal caso, el robot inutilizado sería el que pasase de la verdad a la mentira; y, como R. Preston se paralizó, podría llegarse a la conclusión de que el profesor Humboldt era el inocente y el profesor Sabbat el culpable.

—Sí, Daneel, era posible argumentar de ese modo, pero fue el otro argumento el que resultó ser el correcto. Humboldt ha confesado, ¿no?

—En efecto. Pero siendo ambos argumentos posibles, amigo Elíjate, ¿cómo escogiste tan pronto el correcto?

Baley sintió un temblor en los labios. Se calmó y los curvó en una sonrisa.

—Porque, Daneel, tomé en cuenta las reacciones humanas, no las robóticas. Sé más sobre seres humanos que sobre robots. En otras palabras, sospechaba quién era el culpable antes de entrevistar a los robots. Una vez que provoqué en ellos una reacción asimétrica, simplemente la interpreté de modo que pudiera atribuirle la culpa al que ya consideraba culpable. La reacción del robot fue tan contundente como para desarmar al culpable; mi análisis de la conducta humana podría haber resultado insuficiente por sí solo.

—Siento curiosidad por saber cuál fue tu análisis de la conducta humana.

—¡Por Josafat, Daneel! ¡Piensa y no tendrás que preguntar! Hay otro elemento asimétrico en esta historia de reflejos simétricos, además de lo verdadero y lo falso. Es la edad de los dos matemáticos. Uno es muy viejo y el otro es muy joven.

—Sí, desde luego. ¿Y qué pasa con eso?

—Bien, pues que me puedo imaginar a un joven, impulsado por una idea repentina, asombrosa y revolucionaria, consultando a un anciano al que considera, desde sus tiempos de estudiante, un semidiós en esa especialidad. No me puedo imaginar a un anciano, colmado de honores y habituado a los triunfos, impulsado con una idea repentina, asombrosa y revolucionaria, consultando a un hombre un par de siglos más joven, a quien consideraría un mequetrefe. Además, si un joven tuviera la posibilidad, ¿intentaría robar una idea a un semidiós? Impensable. En cambio, un anciano, consciente del declive de sus facultades, tal vez procurase arrebatarse una última oportunidad de fama sin creerse obligado a respetar a un novato. En síntesis, no era concebible que Sabbat robase la idea de Humboldt. Y desde ambas perspectivas el profesor Humboldt era el culpable.

R. Daneel reflexionó largo rato. Luego, extendió la mano.

—Debo irme, amigo Elijah. Me he alegrado de verte. Ojalá nos reunamos pronto. Baley estrechó cálidamente la mano del robot.

—Si no te importa, R. Daneel, que no sea demasiado pronto.

## Coja una cerilla (1972)

---

“Take a Match”

El espacio era un abismo negro. No se veía nada, ni siquiera una estrella.

No porque no hubiera estrellas...

Sin embargo, la idea de que quizá no hubiera estrellas —literalmente— le había revuelto el estómago a Per Hanson. Era la vieja pesadilla que acuciaba subliminalmente el cerebro de todo viajero del espacio profundo.

Cuando efectuabas un salto en el universo taquiónico, no sabías con certeza dónde surgirías. La sincronización y la cantidad de energía podían estar rigurosamente controladas y hasta pudiera ser que contases con el mejor fusionista del espacio, pero el principio de incertidumbre era el rey supremo, así que siempre era probable (y aun inevitable) un error. Y en el ámbito de los taquiones un error milimétrico podía equivaler a mil años luz.

¿Qué ocurriría si aparecías en ninguna parte o tan lejos de cualquier parte que no tuvieras modo de averiguar tu paradero y nada pudiese guiarte de vuelta a alguna parte?

Imposible, decían los expertos. No había ningún sitio del universo desde el cual no se pudieran ver cuásares, y ellos te permitirían localizar tu posición. Además, la probabilidad de que durante un salto el azar te llevara fuera de la galaxia era de sólo uno contra diez millones, y la de llegar a la galaxia de Andrómeda o a Maffei 1 era de uno contra un trillón.

Olvídese de ello, decían los expertos.

De modo que, cuando la nave emergía del salto y regresaba de las extravagantes paradojas de los taquiones ultralumínicos al conocido territorio de los tardiones y los protones, era del todo punto imposible que no hubiera estrellas visibles. Si no las veías, eso es que estabas en una nube de polvo; era la única explicación. Había zonas brumosas en la galaxia, o en cualquier galaxia en espiral, como antaño las hubo en la Tierra, cuando era el único hogar de la humanidad en vez de esa pieza de museo preservada y controlada en que se había convertido. Hanson era alto y huraño, tenía la tez curtida y, si había algo que él no supiera sobre las hipernaves que surcaban la galaxia y sus inmediaciones —siempre con excepción de los arcanos de los fusionistas—, era porque aún no estaba resuelto. En ese momento se encontraba solo en el cubículo del capitán. Disponía de todos los medios para comunicarse con cualquier hombre o mujer de a bordo y para recibir los resultados de cualquier pieza del equipo, y a él le gustaba ser una presencia invisible.

Ahora nada le agradaba. Activó la comunicación y dijo:

—¿Qué más, Strauss?

—Estamos en un cúmulo abierto —se oyó la voz de Strauss. (Hanson no



encendió la pantalla, pues habría revelado su rostro y prefería mantener su preocupación en secreto)—. Al menos parece ser un cúmulo abierto, por el nivel de radiación que recibimos en las zonas del infrarrojo y de las microondas. El problema es que no podemos localizar las posiciones con precisión suficiente para averiguar nuestro paradero. Nada.

—¿Nada en la luz visible?

—Nada. Ni en el infrarrojo cercano. La nube de polvo es espesa como una sopa.

—¿Qué tamaño tiene?

—No hay modo de saberlo.

—¿Puedes estimar la distancia hasta el borde más próximo?

—Ni siquiera en un orden de magnitud. Tal vez esté a una semana luz. Tal vez a diez años luz. No hay modo de saberlo.

—¿Has hablado con Viluekís?

—Sí.

—¿Y qué dice?

—No mucho. Está de malhumor. Se lo ha tomado como un insulto personal, desde luego.

—Por supuesto. —Hanson suspiró. Los fusiónistas eran como niños consentidos, pero se los toleraba porque desempeñaban un papel romántico en el espacio profundo—. Le habrás dicho que estas cosas son imprevisibles y que pueden ocurrir en cualquier momento.

—Se lo dije. Y respondió, como te puedes imaginar: «No puede ocurrirle a Viluekis.»

—Pero le ha ocurrido. Bien, yo no puedo hablar con él. Interpretará que trato de imponer mi rango y luego no podremos sonsacarle nada. ¿No quiere activar la pala?

—Dice que no puede. Dice que se dañará.

—¿Cómo se puede dañar un campo magnético?

—Ni se lo digas —gruñó Strauss—. Te responderá que un tubo de fusión es algo más que un campo magnético y luego dirá que tratas de subestimarlo.

—Sí, lo sé... Bien, que todo el mundo estudie esta nube. Tiene que haber un modo de deducir hacia dónde y a qué distancia queda el borde más próximo.

Cerró la comunicación y escrutó la lejanía.

¡El borde más próximo! Era dudoso que a la velocidad de la nave (en relación con la materia circundante) se atrevieran a consumir la energía requerida para efectuar una drástica alteración del curso.

Se habían sumergido en el salto a velocidad semilumínica —en relación con el núcleo galáctico del universo tardiónico— y emergieron a la misma velocidad. Eso siempre suponía un riesgo. A fin de cuentas, si al emerger te encontrabas cerca de una estrella y enfilabas hacia ella a velocidad semilumínica...

Los teóricos negaban esa posibilidad. No cabía esperar que uno se aproximara peligrosamente a un cuerpo masivo mediante un salto. Eso decían los expertos.

El salto implicaba fuerzas gravitatorias y esas fuerzas se repetían en la transición tardiión/taquiión y taquiión/tardiión. De hecho, la incertidumbre del salto se explicaba en gran medida por el efecto aleatorio de una fuerza gravitatoria neta que nunca se pudo deducir en todos sus detalles.

Además, decían, había que confiar en el instinto del fusionista. Un buen fusionista nunca se equivoca.

Pero este fusionista los había metido en una nube.

¡Ah, eso! Pasa continuamente. No importa. Ya se sabe cómo son esas nubes tenues. Ni siquiera nota uno que está en ella.

(No es el caso de esta nube, querido experto.)

Más aún, las nubes son buenas. Las palas no tienen que trabajar tanto para mantener la fusión en marcha y el acopio de energía.

(No es el caso de esta nube, querido experto.)

Bien, hay que confiar en que el fusionista halle una solución.

(¿Y si no hay solución?)

Hanson se asustó ante ese pensamiento. Trató de olvidarlo. ¿Pero cómo olvidas un pensamiento que es un rugido en tu cabeza?

Henry Strauss, astrónomo de a bordo, se encontraba bastante deprimido. Habría podido aceptar una catástrofe cualquiera. En una hipernave era imposible cerrar los ojos a la posibilidad de una catástrofe.

Estabas preparado, o procurabas estarlo. En todo caso, resultaba más difícil para los pasajeros.

Pero cuando la catástrofe involucraba algo que te desvivías por observar y estudiar, y cuando descubrías que el hallazgo profesional de toda tu vida era precisamente lo que te estaba matando...

Suspiró.

Era un hombre corpulento, con lentes de contacto de color que daban un brillo espurio a unos ojos que en caso contrario habrían armonizado con una personalidad totalmente descolorida.

El capitán no podía hacer nada. Lo sabía. El capitán podía ser un déspota con el resto de la nave, pero los fusionistas eran una ley aparte. Incluso para los pasajeros (pensó con disgusto), el fusionista es el emperador de las rutas espaciales y todos los demás quedan reducidos a la nulidad.

Era una cuestión de oferta y demanda. El ordenador podía sincronizar y calcular el suministro de energía, el lugar y la dirección exactas (si «dirección» significaba algo en la transición de tardiión/taquiión), pero el margen de error era enorme y sólo un fusionista de talento podía reducirlo.

Nadie sabía de dónde sacaban su talento. El fusionista nacía, no se hacía. Pero los fusionistas sabían que poseían ese talento y sacaban partido de la situación.

Viluekis no era mal tipo, para ser fusionista; aunque eso no fuese decir mucho. Al menos, ellos dos mantenían una relación cordial, a pesar de que Viluekis se había apropiado sin esfuerzo de la más bonita pasajera de a bordo, por mucho que Strauss la hubiese visto primero. (Formaba parte de los derechos imperiales de los fusionistas en viaje.)

Strauss llamó a Anton Viluekis. La comunicación tardó un tiempo, y Viluekis apareció irritado y ojeroso.

—¿Cómo está el tubo? —preguntó Strauss, en un tono amable.

—Creo que lo apagué a tiempo. Lo he revisado y no veo ningún daño. Ahora tengo que asearme. —Se miró la ropa.

—Al menos no está dañado.

—Pero no podemos usarlo.

—Podríamos usarlo —insistió Strauss—. No sabemos qué sucederá ahí fuera. Si el tubo estuviera dañado, no importaría lo que ocurriese fuera, pero así, si la nube se despeja...

—Si esto, si lo otro... Pues voy a decirte otro «si»: Si los estúpidos astrónomos hubierais sabido que esa nube estaba aquí, yo podría haberla evitado.

Eso estaba fuera de lugar, y Strauss no mordió el anzuelo.

—Tal vez se despeje —insistió.

—¿Cuál es el análisis?

—No es bueno, Viluekis. Es la nube de hidroxilo más densa que se haya observado. No hay en la galaxia, por lo que yo sé, un lugar donde el hidroxilo esté tan concentrado.

—¿Y no hay hidrógeno?

—Un poco de hidrógeno, por supuesto. Un cinco por ciento.

—No es suficiente. Hay algo más aparte del hidroxilo. Hay algo que me ha causado más problemas que el hidroxilo. ¿Lo detectaste?

—Oh, sí. Formaldehído. Hay más formaldehído que hidrógeno. ¿Comprendes lo que eso significa? Algún proceso ha concentrado el oxígeno y el carbono del espacio en cantidades inauditas, suficientes para consumir el hidrógeno en un volumen de varios años luz cúbicos. No conozco ni puedo imaginar nada que explique semejante cosa.

—¿Qué estás diciendo, Strauss; que ésta es la única nube de este tipo en el espacio y que yo soy tan tonto que aparezco en ella?

—No digo eso, Viluekis. Sólo digo lo que me oyes decir y no me has oído esas palabras. Pero para salir dependemos de ti. No puedo pedir auxilio porque no puedo apuntar un hiperhaz sin saber dónde estamos. No puedo averiguar dónde estamos

porque no puedo localizar ninguna estrella...

—Y yo no puedo usar el tubo de fusión, así que ¿por qué he de ser el villano? Tú tampoco puedes hacer tu trabajo; ¿por qué el fusionista es siempre el villano? Depende de ti, Strauss, depende de ti. Dime adónde dirigir la nave para hallar hidrógeno. Dime dónde está el borde de la nube... ¡O al cuerno con el borde de la nube! Encuéntrame el borde de esta concentración de hidroxilo y formaldehído.

—Ojalá pudiera, pero hasta ahora sólo puedo detectar hidroxilo y formaldehído, por más que lo intento.

—No podemos fusionar esas sustancias.

—Lo sé.

—Pues bien —arremetió con violencia Viluekis—, aquí tienes una prueba de por qué el Gobierno se equivoca cuando legisla en materia de seguridad en vez de dejar el asunto al criterio de los fusionistas. Si tuviéramos capacidad de doble salto no habría ningún problema.

Strauss sabía muy bien a qué se refería Viluekis. Siempre existía la tendencia a ahorrar tiempo efectuando dos saltos en rápida sucesión, pero claro, si un salto implicaba incertidumbres inevitables, dos saltos las multiplicaban inmensamente y ni siquiera el mejor fusionista podría hacer gran cosa. El error multiplicado alargaba casi invariablemente el tiempo total de viaje.

Una regla estricta de la hipernavegación imponía como mínimo un día entero de navegación a velocidad de crucero entre un salto y otro (se prefería tres días enteros) para dar tiempo a preparar el siguiente salto con cautela. Para evitar la violación de esa regla, cada salto se efectuaba en unas condiciones que dejaban energía insuficiente para el segundo. Al menos durante un tiempo, las palas debían recoger y comprimir hidrógeno, fusionarlo y almacenar energía hasta que alcanzara para la ignición. Y habitualmente se necesitaba por lo menos un día para almacenar energía suficiente para un salto.

—¿Cuánta energía te falta, Viluekis? —preguntó Strauss.

—No mucha. Sólo esto. —Viluekis separó apenas unos milímetros el pulgar y el índice—. Pero es suficiente.

—Qué lástima —se lamentó Strauss. El suministro energético quedaba registrado y podía ser inspeccionado, pero aun así los fusionistas a veces embarullaban los datos y se dejaban margen para un segundo salto—. ¿Estás seguro? Supongamos que activaras los generadores de emergencia, que apagaras todas las luces...

—Y la circulación del aire y los aparatos y el jardín hidropónico. Lo sé, lo sé. He hecho los cálculos, pero no alcanza. ¿Ves para qué sirve esa estúpida regulación de la seguridad?

Strauss logró seguir conteniéndose. Sabía —todos lo sabían— que la Hermandad de Fusionistas fueron los que más impulsaron esa regulación. Un doble salto, a veces

exigido por el capitán, a menudo dejaba mal parado al fusionista. Pero al menos había una ventaja: al existir una pausa obligatoria entre salto y salto, quedaba una semana hasta que los pasajeros empezaran a inquietarse y a entrar en sospechas, y en esa semana algo podía cambiar. De momento, no había transcurrido ni un día entero.

—¿Estás seguro de que no puedes hacer nada con el sistema? ¿No puedes filtrar algunas impurezas?

—¡Filtrar! No son impurezas, sino todo lo contrario. Aquí la única impureza es el hidrógeno. Escucha, necesitaré quinientos millones de grados para fusionar átomos de carbono y oxígeno, tal vez mil millones. Es imposible y no pienso intentarlo. Si intento algo y no funciona, sería culpa mía, y no voy a correr ese riesgo. De ti depende llevarme hasta el hidrógeno, así que encárgate de ello. Lleva esta nave hasta el hidrógeno. No me importa lo que tardes.

—No podemos ir más deprisa, Viluekis, teniendo en cuenta la densidad del medio. Y a velocidad semiluminica quizá tengamos que viajar durante dos años, tal vez veinte...

—Bien, pues encuentra una salida. O que la encuentre el capitán.

Strauss cortó la comunicación angustiado. No había modo de entablar una conversación racional con un fusionista. Había oído la teoría (postulada con toda seriedad) de que los saltos repetidos afectaban el cerebro. En el salto, cada tardión de materia común se transformaba en un taquión equivalente y, luego, se retransformaba en el tardión original. Sí la doble conversión adolecía de una mínima imperfección, sin duda el efecto se manifestaría primeramente en el cerebro, el fragmento de materia más complejo de esa transición. Nunca se habían demostrado efectos perniciosos experimentalmente, y los oficiales de las naves no parecían sufrir ningún deterioro que no pudiera atribuirse al mero envejecimiento. Pero quizá los cerebros de los fusionistas, que les permitían superar por mera intuición a los mejores ordenadores, fueran particularmente complejos y, por ende, particularmente vulnerables.

¡Qué diablos! ¡No tenía nada que ver! ¡Los fusionistas sólo eran niños malcriados!

Titubeó. ¿Debía tratar de comunicarse con Cheryl? Ella quizá limara las asperezas y, una vez que el nene Viluekis se repusiera de su berrinche, quizá se le ocurriera un modo de activar los tubos de fusión a pesar del hidroxilo.

¿Pero de veras creía que Viluekis podía hacerlo, o simplemente no toleraba la idea de surcar el espacio durante años? Sin duda, las hipernaves se hallaban preparadas para esa eventualidad, en principio, pero nunca se había presentado y los tripulantes (por no hablar de los pasajeros) no estaban preparados para ella.

Pero si hablaba con Cheryl ¿qué podría decirle sin que pareciera una orden para seducirlo? Sólo había pasado un día y aún no estaba dispuesto a hacer de alcahuete

por un fusionista.

Esperaría. Un tiempo, por lo menos.

Viluekis frunció el ceño. Se sentía mejor después de darse un baño y le complacía haber sido severo con Strauss. No es que el hombre fuese un mal tipo, pero como todos ellos (capitán, tripulantes, pasajeros; todos los imbéciles del universo que no eran fusionistas) quería eludir la responsabilidad. Endósaselo al fusionista era una vieja cantinela, pero él no estaba dispuesto a escucharla.

Toda esa cháchara acerca de una travesía que podía durar varios años era un modo de intimidarlo. Si se pusieran a ello, podrían calcular los límites de la nube, y en alguna parte tenía que haber un borde más cercano. Sería demasiada mala suerte haber aparecido justo en el centro. Claro que si habían emergido cerca de un borde y enfilaban hacia el otro...

Viluekis se levantó y se desperezó. Era alto y las cejas le colgaban sobre los ojos como doseles.

¿Y si tardaban años? Ninguna hipernave había viajado durante años. La travesía más larga duró ochenta y ocho días y trece horas, cuando una nave se encontró en una posición desfavorable respecto de una estrella difusa y tuvo que retroceder a 0,9 a la velocidad de la luz antes de poder efectuar el salto.

Habían sobrevivido, aunque fueron tres meses de viaje. Claro que veinte años...

Pero era imposible.

La señal parpadeó tres veces antes de que él se diera cuenta de ello. Si era el capitán, que venía a verlo personalmente, se iba a ir a mayor velocidad que al venir.

—¡Anton!

Esa voz sedosa y apremiante lo tranquilizó. Activó la puerta deslizante, para que entrase Cheryl, y la cerró.

Cheryl tenía unos veinticinco años, ojos verdes, barbilla firme, cabello rojo y opaco y una figura despampanante.

—Anton, ¿ocurre algo malo?

Viluekis no se quedó tan sorprendido como para admitir una cosa así. Hasta un fusionista sabía que no debía hacer revelaciones prematuras a un pasajero.

—En absoluto. ¿Por qué lo preguntas?

—Lo dice uno de los pasajeros. Un hombre llamado Martand.

—¿Martand? ¿Qué cuernos sabrá él? —Y añadió con suspicacia—. ¿Y por qué escuchas a ese necio? ¿Qué pinta tiene?

Cheryl sonrió dócilmente.

—Es sólo alguien con quien conversaba en el salón. Es un sesentón inofensivo, aunque sospecho que preferiría no serlo. Pero eso no importa. No hay estrellas a la vista. Cualquiera se da cuenta de eso, y Martand dijo que era importante.

—¿Eso dijo? Estamos atravesando una nube, eso es todo. Hay muchas nubes en la

galaxia y las hipernaves las atraviesan continuamente.

—Sí, pero Martand dice que habitualmente se ven estrellas, aun desde una nube.

—¿Qué cuernos sabrá él? —replicó Viluekis—. ¿Es un veterano del espacio profundo?

—No —admitió Cheryl—. Es su primer viaje, creo. Pero parece saber mucho.

—Seguro. Escucha, aconséjale que cierre el pico. Lo pueden encerrar en solitario por esto. Y no andes repitiendo esas historias.

Cheryl ladeó la cabeza.

—Francamente, Anton, hablas como si hubiera realmente problemas. Louis Martand es un tipo interesante. Es maestro de escuela, de Ciencias Generales de octavo curso.

—¡Un maestro de escuela! ¡Santo Cielo, Cheryl...!

—Pero deberías escucharle. Dice que enseñar a los niños es una de las pocas profesiones en las que debes saber un poco de todo porque los chicos hacen preguntas y huelen las respuestas falsas.

—Pues bien, tal vez tú también debieras especializarte en oler respuestas falsas. Ahora, Cheryl, vete a decirle que se calle o lo haré yo mismo.

—De acuerdo. Pero primero... ¿es verdad que atravesamos una nube de hidroxilo y que el tubo de fusión está apagado?

Viluekis abrió la boca y la volvió a cerrar, poco antes de preguntar:

—¿Quién te dijo eso?

—Martand. Ya me voy.

—¡No! —chilló Viluekis—. Espera. ¿A cuántos más les ha dicho eso?

—A nadie. Dice que no quiere sembrar el pánico. Me da la impresión de que yo estaba allí justo cuando él pensaba en ello y supongo que no pudo contenerse.

—¿Sabe que me conoces?

Cheryl frunció el ceño.

—Me parece que se lo mencioné.

Viluekis resopló.

—No creas que es a ti a quien ese viejo loco intenta apabullar con sus conocimientos. Trata de impresionarme a mí a través de ti.

—En absoluto. Más aún, me pidió que no te contara nada.

—Sabiendo muy bien que vendrías a mí de inmediato.

—¿Para qué iba a querer él que yo hiciera eso?

—Para ponerme en evidencia. ¿Sabes lo que pasa con los fusionistas? Todos nos tenéis rencor porque nos necesitáis, porque...

—¿Pero eso qué tiene que ver? Si Martand se equivoca, ¿en qué te perjudicaría? Y si está en lo cierto... ¿Está en lo cierto, Anton?

—Bien, ¿qué dijo exactamente?

—No sé si recuerdo todo —respondió Cheryl pensativamente—. Fue cuando emergimos del salto, algunas horas después. Todos comentaban que no había estrellas a la vista. En la sala todo el mundo decía que pronto habría otro salto porque de nada servía viajar por el espacio profundo sin una buena vista. Por supuesto, sabíamos que deberíamos seguir viaje por lo menos durante un día. Entonces entró Martand, me vio y se acercó para hablarme. Creo que le agrado.

—Y yo creo que él no me agrada —refunfuñó Viluekis—. Continúa.

—Le comenté que un viaje sin vistas resultaba bastante lúgubre y él dijo que seguiría así por un tiempo, y parecía preocupado. Le pregunté que por qué y me contestó que el tubo de fusión estaba apagado.

—¿Quién le dijo eso?

—Según él, en uno de los lavabos de hombres se oía un zumbido que había dejado de oírse, y que en ese armario de la sala de juegos donde guardan los tableros de ajedrez existía un punto en el que el tubo de fusión entibiaba la pared, y esa pared ahora estaba fría.

—¿Son ésas las pruebas que tiene?

Cheryl ignoró el comentario y continuó:

—Dijo que no se ven estrellas porque estábamos en una nube de polvo y que los tubos de fusión debían de estar parados porque no había hidrógeno suficiente, y que probablemente no hubiera energía suficiente para iniciar otro salto y que si buscábamos hidrógeno tendríamos que viajar durante años para salir de la nube.

. Viluekis se enfureció.

—Está sembrando el pánico. ¿Sabes qué...?

—Todo lo contrario. Me pidió que no se lo contara a nadie porque sembraría el pánico y aseguró que no pasaría nada, que sólo me lo contaba en un arranque de entusiasmo porque acababa de deducirlo y quería hablar con alguien, pero que existía una salida fácil y el fusionista sabría qué hacer y no había que preocuparse. Y como tú eres el fusionista se me ocurrió preguntarte que si era verdad lo de la nube y si ya habías solucionado el problema.

—Ese maestrillo no sabe nada de nada. Aléjate de él... Oye, ¿te comentó cuál era esa salida fácil?

—No. ¿Tenía que habérselo preguntado?

—No. ¿Por qué ibas a preguntárselo? ¿Qué puede saber él? Pero... En fin, pregúntaselo. Me gustaría saber qué tiene en mente ese idiota. Pregúntale.

Cheryl asintió con la cabeza.

—Le preguntaré. ¿Estamos en apuros?

—¿Por qué no lo dejas en mis manos? No estamos en apuros mientras yo no lo diga.

Se quedó mirando a la puerta cuando ella se fue, furioso e inquieto. ¿Por qué ese



tal Louis Martand, el maestro de escuela, andaba fastidiando con sus elucubraciones?

Si al final resultaba necesario efectuar una larga travesía, habría que explicárselo todo a los pasajeros, pues de lo contrario ninguno sobreviviría. Y Martand proclamaría a voz en cuello...

Viluekis tecleó exasperadamente el número del capitán.

El delgado y pulcro Martand parecía encontrarse siempre a punto de sonreír, aunque su semblante se hallaba marcado por una serena gravedad; una gravedad expectante, como si estuviese a la espera de que su interlocutor le dijese algo muy importante.

—Hablé con el señor Viluekis —le dijo Cheryl—. Es el fusionista. Le repetí lo que usted me dijo.

Martand sacudió la cabeza sobresaltado.

—¡Me temo que no debiste hacerlo!

—Parecía muy disgustado, sí.

—Desde luego. Los fusiónistas son muy especiales y no toleran que los extraños...

—Ya lo noté. Pero insistió en que no había nada de qué preocuparse.

—Claro que no —dijo Martand, tomándole la mano y palmeándola en un gesto confortante, pero luego no la soltó—. Te dije que existía una salida fácil. Tal vez ya la esté preparando. Aun así, supongo que tardará un rato en pensarlo.

—¿Pensar en qué? ¿Por qué no habría de pensarlo, si usted lo ha hecho?

—Pero él es un especialista, mi joven damisela. A los especialistas les cuesta salirse de su especialidad. Yo, en cambio, no puedo encajonarme. Cuando organizo una demostración en clase, casi siempre tengo que improvisar. Nunca he estado en una escuela donde haya micropilas protónicas disponibles, y he tenido que preparar un generador termoeléctrico de queroseno para salir de excursión.

—¿Qué es el queroseno?

Martand se rió con deleite.

—¿Ves? La gente olvida. El queroseno es un líquido inflamable. Y a menudo he debido usar una fuente de energía aún más primitiva, que es la madera prendida por fricción. ¿Alguna vez lo has visto? Coges una cerilla... —Cheryl puso cara de no entender y Martand decidió olvidar el tema—. Bien, no importa. Sólo trataba de explicarte que ese fusionista tendrá que pensar en algo más primitivo que la fusión y eso le llevará tiempo. Pero yo estoy habituado a trabajar con métodos primitivos. Por ejemplo, ¿sabes qué hay allá fuera?

Señaló la ventana, donde no se veía nada. Se veía tan poco que no había ningún pasajero frente a la ventana panorámica.

—Una nube. Una nube de polvo.

—Ah, pero ¿de qué clase? Lo único que se halla por doquier es el hidrógeno. Es

el elemento original del universo y las hipernaves dependen de él. Ninguna nave puede transportar combustible suficiente para efectuar varios saltos o para acelerar y desacelerar repetidamente a la velocidad de la luz. Hay que usar palas para recoger combustible en el espacio.

—¡Y yo que pensaba que el espacio exterior estaba vacío!

—Casi vacío, querida mía, y ese «casi» es bastante exacto. Cuando viajas a ciento cincuenta mil kilómetros por segundo, se puede sacar y comprimir bastante hidrógeno, aunque haya sólo algunos átomos por centímetro cúbico. Y las pequeñas cantidades de hidrógeno al fusionarse proporcionan la energía que necesitamos. En las nubes, el hidrógeno suele ser aún más denso, pero las impurezas pueden causar problemas, como ocurre en este caso.

—¿Cómo sabe usted que hay impurezas?

—Porque de lo contrario el señor Viluekis no hubiera apagado el tubo de fusión. Después del hidrógeno, los elementos más comunes en el universo son el helio, el oxígeno y el carbono. Si las bombas de fusión están paradas, significa que falta el combustible, es decir, el hidrógeno, y que hay algo que puede dañar el complejo sistema de fusión. No puede ser helio, que es inofensivo. Tal vez sean grupos de hidroxilo, una combinación de oxígeno e hidrógeno. ¿Entiendes?

—Creo que sí. Estudié Ciencias Generales en la universidad y estoy recordando algo. El polvo consiste en grupos de hidroxilo adheridos a granos de polvo sólidos.

—O libres en estado gaseoso. En dosis moderadas, el hidroxilo no es demasiado peligroso para el sistema de fusión, pero los compuestos de carbono sí. El formaldehído es el más probable, y yo estimaría que hay una proporción de uno por cada cuatro hidroxilos. ¿Entiendes ahora?

—No —dijo Cheryl sin rodeos.

—Esos compuestos no se fusionan. Si los calientas a unos pocos cientos de millones grados, se descomponen en átomos simples y la concentración de oxígeno y carbono daña el sistema. ¿Pero por qué no absorberlos a temperaturas comunes? El hidroxilo se combinará así con el formaldehído después de la compresión, en una reacción química que no causará daño al sistema. Al menos, estoy seguro de que un buen fusionista podría modificar el sistema de tal modo para manipular una reacción química a temperatura ambiente. La energía de la reacción se puede almacenar y, al cabo de un tiempo, habrá suficiente para posibilitar un salto.

—Pero no lo entiendo del todo. Las reacciones químicas producen muy poca energía, comparadas con la fusión.

—Tienes toda la razón, querida. Pero no necesitamos mucha cantidad. El salto anterior nos dejó con energía insuficiente para un segundo salto inmediato, ésas son las normas; pero apuesto a que tu amigo el fusionista se encargó de que faltara la menor cantidad posible de energía. Los fusionistas suelen hacerlo. La escasa

cantidad adicional que se requiere para alcanzar la ignición se puede obtener a partir de reacciones químicas comunes. Luego, una vez que el salto nos saque de la nube, una travesía de una semana nos permitirá llenar los tanques de energía y podremos continuar sin problemas. Desde luego...

Martand enarcó las cejas y se encogió de hombros.

—¿Sí?

—Desde luego, si por alguna razón el señor Viluekis se demora, puede haber problemas. Cada día que pasamos sin saltar se consume energía por la vida cotidiana de la nave, y al cabo de un tiempo las reacciones químicas no nos suministrarán la energía necesaria para la ignición. Espero que no tarde demasiado.

—Bien, ¿por qué no se lo dice? Ahora.

Martand meneó la cabeza.

—¿Decirle algo a un fusionista? Imposible, querida.

—Entonces lo haré yo.

—Oh, no. Sin duda se le ocurrirá a él mismo. Te hago una apuesta, querida. Dile lo que te he dicho y dile también que he dicho que él ya lo había pensado y que el tubo de fusión ya estaba funcionando. Y, por supuesto, si gano...

Martand sonrió. Cheryl también sonrió y dijo:

—Ya veremos.

Martand la siguió con los ojos, sin pensar precisamente en Viluekis. No se sorprendió cuando un guardia apareció de pronto.

—Por favor, acompáñeme, señor Martand.

—Gracias por dejarme terminar —susurró Martand en un tono tranquilo—. Temí que no me lo permitiera.

El capitán tardó unas seis horas en recibirlo. Martand estaba encarcelado (así lo entendía él) en solitario, pero la situación no era molesta. Finalmente lo recibió el capitán, que parecía más fatigado que hostil.

—Me han comunicado que usted difundía rumores destinados a sembrar el pánico entre los pasajeros. Es una acusación grave.

—Hablé con una sola pasajera, señor, y con un propósito.

—En efecto. Le pusimos de inmediato bajo vigilancia y tengo un informe bastante completo de la conversación que usted entabló con Cheryl Winter. Fue la segunda conversación sobre el tema.

—Sí.

—Al parecer, usted deseaba que lo esencial de la conversación le fuera comunicado al señor Viluekis.

—Sí, señor.

—¿No pensó en acudir personalmente al señor Viluekis?

—Dudo que me hubiera escuchado.

—¿Por qué no acudió a mí?

—Tal vez usted me hubiera escuchado, pero ¿cómo le hubiera pasado la información al señor Viluekis? También tendría que haber recurrido a la señorita Winter. Los fusionistas tienen sus peculiaridades.

El capitán asintió distraídamente.

—¿Qué esperaba usted que ocurriera cuando la señorita Winter le pasara la información al señor Viluekis?

—Tenía la esperanza de que él se mostrara menos a la defensiva con la señorita Winter que con otras personas, que se sintiera menos amenazado. Esperaba que se echara a reír y dijera que era una idea sencilla, que ya se le había ocurrido a él mucho antes y que las palas ya estaban trabajando con el propósito de generar la reacción química. Luego, en cuanto se librara de la señorita Winter, activaría las palas a toda prisa y le comunicaría la decisión a usted, señor, omitiendo toda referencia a mi persona o a la señorita Winter.

—¿No pensó que podría desechar la idea como impracticable?

—Existía ese riesgo, pero no ocurrió así.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque media hora después de mi detención las luces de la habitación donde me hallaba se pusieron más tenues y no recobraron el brillo. Supuse que el gasto de energía de la nave se estaba reduciendo al mínimo, y también supuse que Viluekis se estaba valiendo de todo el suministro disponible con el fin de que la reacción química le proporcionara energía para la ignición.

El capitán arrugó el entrecejo.

—¿Por qué estaba tan seguro de poder manipular al señor Viluekis? Sin duda usted nunca ha tratado con fusionistas.

—Ah, pero enseñé en octavo curso. He tratado con otros niños.

El capitán permaneció impertérrito unos instantes, pero al fin sonrió.

—Usted me resulta simpático, señor Martand, pero eso no va a ayudarlo. Sus expectativas se cumplieron, casi tal como usted esperaba. ¿Pero entiende usted las consecuencias?

—Las entenderé si usted me lo explica.

—El señor Viluekis tuvo que evaluar su sugerencia y decidir al instante si era práctica. Hubo de introducir varios ajustes en el sistema para permitir reacciones químicas sin eliminar la posibilidad de una fusión futura. Tenía que determinar el máximo porcentaje con seguridad de reacción, la cantidad de energía almacenada que debía ahorrar, el punto en que la ignición se podría intentar sin peligro, y la clase y la índole del salto. Todo se debía hacer de prisa y sólo un fusionista podía hacerlo. Más aún, no cualquier fusionista podía hacerlo. Viluekis es excepcional incluso entre los fusionistas. ¿Entiende?

—Perfectamente.

El capitán miró al reloj de la pared y activó su ventana. El cielo estaba tan negro como en los dos últimos días.

—El señor Viluekis me ha informado de la hora en la que intentaremos la ignición para el salto. Piensa que funcionará y confío en su juicio.

—Si se equivoca —dijo sombríamente Martand—, tal vez nos encontremos en la misma situación que antes, sólo que privados de energía.

—Lo sé, y como tal vez usted se sienta algo responsable por haber metido la idea en la cabeza del fusionista pensé que le gustaría compartir estos escasos momentos de espera que nos quedan.

Ambos hombres callaron, observando la pantalla, mientras los segundos y los minutos pasaban deprisa. Hanson no había mencionado el momento justo, así que Martand no tenía modo de saber cuán inminente era. Sólo podía mirar de soslayo al capitán, que conservaba un semblante deliberadamente inexpresivo.

Y luego sintió ese extraño retortijón que desaparecía de inmediato, como una contracción en la pared abdominal. Habían saltado.

—¡Estrellas! —exclamó Hanson con un jadeo de satisfacción. Una explosión de astros iluminaba la pantalla y Martand no recordaba haber presenciado un espectáculo más agradable en toda su vida—. Y en el segundo exacto. Una magnífica tarea. Ahora carecemos de energía, pero nos reabasteceremos en unos días y durante ese tiempo los pasajeros tendrán la posibilidad de contemplar las vistas.

Martand se sentía demasiado aliviado para hablar. El capitán se volvió hacia él.

—Bien, señor Martand. Su idea fue meritoria. Podría argumentarse que ha salvado la nave y a todos sus ocupantes. También se podría argumentar que al señor Viluekis se le habría ocurrido pronto. Pero no habrá discusiones sobre ello, pues la participación de usted no se puede difundir. El señor Viluekis realizó la tarea y fue un alarde de virtuosismo, aunque usted la haya inspirado. Él recibirá los elogios y los grandes honores. Usted no recibirá nada.

Martand calló un instante.

—Entiendo —dijo al fin—. Un fusionista es indispensable y yo no cuento para nada. Si se lastima el orgullo del señor Viluekis, puede volverse inútil para usted, y usted no puede perderlo. En cuanto a mí..., bien, que sea como usted dice. Hasta pronto, capitán.

—No tan deprisa. No podemos confiar en usted.

—No diré nada.

—Tal vez no tenga la intención, pero eso no basta. No podemos correr el riesgo. Durante el resto del vuelo permanecerá en arresto domiciliario.

—¿Por qué? —exclamó Martand—. Le he salvado a usted y a la maldita nave... y al fusionista.

—Exactamente por eso. Por salvarlo. Así funcionan las cosas.

—¿Dónde está la justicia?

El capitán sacudió lentamente la cabeza.

—Es un bien raro, lo admito, y a veces demasiado costoso. Ni siquiera podrá regresar a su habitación. No verá a nadie durante el resto del viaje.

Martand se frotó la barbilla.

—No creo que lo diga literalmente, capitán.

—Me temo que sí.

—Pero hay otra persona que podría hablar... accidentalmente y sin proponérselo. Será mejor que también ponga a la señorita Winter bajo arresto domiciliario.

—¿Y que duplique la injusticia?

—La mutua compañía es un buen consuelo para los infortunados —sugirió Martand.

Y el capitán sonrió.

—Tal vez tenga usted razón —dijo.

## Versos luminosos (1973)

---

“Light Verse”

Nadie habría imaginado que la señora Avis Lardner fuese capaz de cometer un asesinato. Viuda del gran mártir astronauta, era filántropa, coleccionista de arte, magnífica anfitriona y —todos convenían en ello— un genio artístico. Pero ante todo era el ser humano más tierno y gentil que se podía imaginar.

Su esposo William J. Lardner pereció, como todos sabemos, por los efectos de la radiación de una explosión solar, después de haberse quedado en el espacio para que una nave de pasajeros pudiera llegar a la Estación Espacial 5.

La señora Lardner recibió una generosa pensión por eso y la invirtió con prudencia y buen tino. En su madurez había amasado una gran fortuna.

Su casa era una exposición, un auténtico museo que contenía una pequeña, pero muy selecta colección de bellísimas gemas. Había obtenido reliquias procedentes de diversas culturas, toda clase de objetos enjoyados que pertenecieron a la aristocracia de esas culturas. Poseía uno de los primeros relojes de pulsera manufacturados en Estados Unidos, una daga enjoyada de Camboya, un enjoyado par de gafas de Italia, y un largo etcétera casi interminable.

Todo estaba expuesto. Los objetos no estaban asegurados, y no había las medidas de seguridad habituales. No se necesitaban precauciones convencionales, pues la señora Lardner disponía de muchos robots que custodiaban cada objeto con imperturbable concentración, irreprochable honestidad e impecable eficacia.

Todo el mundo conocía la existencia de esos robots y jamás hubo denuncia de ningún intento de robo.

Además estaban sus esculturas lumínicas. Ninguno de los invitados a sus muchas y lujosas fiestas sabía cómo la señora Lardner había descubierto su genio para ese arte. Pero en toda ocasión en que la casa acogía huéspedes una nueva sinfonía de luces titilaba en las habitaciones; curvas y sólidos tridimensionales y de colores diluidos, algunos puros y otros combinados en efectos sorprendentes y cristalinos, que bañaban a los maravillados huéspedes e infundían belleza al blanco cabello y el suave cutis de la señora Lardner.

Los huéspedes quedaban deslumbrados por las esculturas lumínicas. Nunca eran las mismas y nunca cesaban de explorar nuevos caminos experimentales. Muchas personas que podían costearse fotoconsolas preparaban esculturas lumínicas para entretenerse, pero nadie podía emular la pericia de la señora Lardner. Ni siquiera los que se consideraban artistas profesionales.

Ella se lo tomaba con encantadora modestia.

—No, no —protestaba cuando la elogiaban con arrebatos de lirismo—. Yo no diría que mis esculturas de luz son «poesía de luz». Eso es demasiado halagüeño. A lo

sumo diría que son «versos luminosos». —Y todos celebraban su ingenio con una sonrisa.

Aunque a menudo se lo pedían, nunca creaba esculturas de luz para ninguna otra ocasión que no fueran sus propias fiestas.

—No quiero comercializarme —declaraba.

Sin embargo, no se oponía a preparar refinados hologramas de sus esculturas para que gozaran de perdurabilidad y se reprodujesen en museos de arte de todo el mundo. Y nunca cobraba nada por el uso de sus esculturas lumínicas.

—No podría pedir un céntimo —decía, extendiendo los brazos—. Es gratis para todos. A fin de cuentas, yo no sabría qué hacer con ellas.

¡Y era verdad! Nunca utilizaba la misma escultura lumínica dos veces.

Cuando se tomaban los hologramas, ella era la viva imagen de la colaboración. Vigilaba benignamente a cada paso y siempre les ordenaba a sus criados robots que ayudaran.

—Por favor, Courtney, ¿serías tan amable de ajustar esa escalerilla?

Era su modo de ser. Siempre se dirigía a sus robots con la cortesía más formal.

Una vez, años atrás, un funcionario gubernamental de la Oficina de Robots y Hombres Mecánicos le había reprochado:

—No puede hacer eso. Interfiere en la eficacia de los robots. Están contruidos para cumplir órdenes y, cuanto más claras sean, mejor las cumplirán. Cuando usted les habla con tanta amabilidad, les cuesta entender que están recibiendo una orden. Reaccionan con más lentitud.

La señora Lardner irguió su cabeza aristocrática.

—Yo no pido celeridad ni eficacia. Pido buena voluntad. Mis robots me aman.

El funcionario gubernamental pudo haberle explicado que los robots no aman, pero enmudeció ante la ofendida, aunque tierna mirada de aquella dama.

Era bien sabido que la señora Lardner jamás devolvía un robot a la fábrica para que lo repararan. Los cerebros positrónicos son complejísimos, y en uno de cada diez el ajuste no es perfecto al salir de la fábrica. A veces, el error tarda en manifestarse, pero la compañía Robots y Hombres Mecánicos siempre los repara gratuitamente.

La señora Lardner sacudía la cabeza.

—Una vez que un robot está en mi casa, y en tanto cumpla sus deberes, estoy dispuesta a tolerar pequeñas excentricidades. No permitiré que lo maltraten.

Era imposible tratar de explicarle que un robot era sólo una máquina.

—Nada que sea tan inteligente como un robot puede ser sólo una máquina —replicaba—. Yo los trato como personas.

En eso era terminante.

Incluso conservó a Max, que era casi inservible. No entendía lo que se esperaba de él. Pero la señora Lardner lo negaba enfáticamente:



—En absoluto —declaraba con firmeza—. Puede recoger sombreros y abrigos y los guarda muy bien. Es capaz de sostener objetos. Sabe hacer muchas cosas.

—¿Pero por qué no haces que lo reparen? —le preguntó una vez una amiga.

—¡Oh, no podría! Se trata de su personalidad. Es adorable, ¿sabes? A fin de cuentas, un cerebro positrónico es tan complejo que nadie puede comprender qué le pasa. Si lo hicieran totalmente normal, ningún ajuste le devolvería ese carácter adorable. No quiero renunciar a eso.

—Pero si tiene problemas de ajuste —objetó la amiga, mirando nerviosamente a Max—, ¿no podría resultar peligroso?

Jamás —negó la señora Lardner, y soltó una carcajada—. Lo tengo desde hace años. Es totalmente inofensivo y muy entrañable.

En realidad, su aspecto era el de cualquier otro robot: liso, metálico, vagamente humano, pero inexpresivo.

Para la dulce señora Lardner, sin embargo, todos eran individuos y todos eran tiernos y adorables. Así era esa mujer.

¿Cómo pudo cometer un homicidio?

Nadie habría imaginado que John Semper Travis pudiera ser víctima de un asesinato. Introvertido y gentil, estaba en el mundo, pero vivía en otra parte. Tenía una mentalidad matemática que le permitía urdir el complejo tapiz de sendas cerebrales positrónicas de una mente de robot.

Era ingeniero jefe de Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos.

Pero también era un ferviente aficionado a la escultura lumínica. Había escrito un libro sobre el tema, tratando de demostrar que el tipo de matemática que él utilizaba en las sendas cerebrales positrónicas se podía transformar en una guía para la producción de bellas esculturas lumínicas.

Sin embargo, su intento de llevar la teoría a la práctica resultó un estruendoso fracaso. Las esculturas que él producía, siguiendo sus principios matemáticos, salían obtusas, mecánicas y anodinas.

Era la única causa de infelicidad en su vida apacible, introvertida y segura, pero le producía una enorme infelicidad. Sabía que sus teorías eran correctas, sólo que no lograba ponerlas en práctica. Si tan sólo pudiera crear una gran obra de escultura lumínica...

Naturalmente, conocía las esculturas de la señora Lardner. Todo el mundo la aclamaba como a un genio, pero Travis sabía que la buena señora no comprendía ni siquiera los aspectos más simples de la matemática robótica. Mantenía correspondencia con ella, pero la mujer se negaba a explicar sus métodos y Travis se preguntaba si tendría alguno. ¿No sería mera intuición? Pero hasta la intuición se podía reducir a matemática. Al fin, logró obtener una invitación para una de las fiestas de la señora Lardner. Necesitaba verla.

Travis llegó tarde. Había estado intentando crear otra escultura lumínica y había fracasado. Saludó a la señora Lardner con una especie de respeto reverencial y comentó:

—Qué extraño era el robot que recogió mi sombrero y mi abrigo.

—Es Max —dijo la señora Lardner.

—Tiene problemas de ajuste y es un modelo bastante antiguo; ¿por qué no lo ha devuelto a la fábrica?

—Oh, no. Sería demasiada molestia.

—En absoluto, señora Lardner. Le sorprendería saber lo sencilla que es la tarea. Como yo trabajo en la empresa, me he tomado la libertad de ajustarlo por mi cuenta. Lo hice en un santiamén, y usted verá que ahora funciona perfectamente.

La señora Lardner fue presa de una transfiguración. Se enfureció por primera vez en su dulce vida, y parecía como si ni siquiera supiese fruncir el ceño.

—¿Lo ha reparado? ¡Era él quien creaba mis esculturas lumínicas! ¡Era el desajuste, ese desajuste, lo que ya no se puede volver a reproducir, ese..., ese...!

Fue una verdadera desgracia que hubiese estado mostrando su colección y que la daga enjoyada de Camboya estuviera sobre la mesa de mármol a tan poca distancia.

El rostro de Travis también estaba transfigurado.

—¿Quiere decir que si yo hubiera estudiado sus sendas cerebrales desajustadas podría haber aprendido...?

Ella se abalanzó con la daga a tal velocidad que nadie pudo detenerla, y él no intentó esquivarla. Algunos comentaron que Travis le había salido al encuentro, como si deseara morir.

# Un extraño en el paraíso (1974)

---

“Stranger in Paradise”

## 1

Eran hermanos. No en el sentido de que ambos fueran seres humanos o porque hubiesen nacido en el mismo asilo. En absoluto. Eran hermanos en el sentido más biológico del término. Eran parientes, por utilizar un vocablo que se había vuelto arcaico siglos atrás, antes de la Catástrofe, cuando la familia, ese fenómeno tribal, aún conservaba cierta validez. ¡Qué embarazoso era!

Anthony casi lo había olvidado en los años transcurridos desde la infancia. A veces pasaba varios meses sin pensar en ello. Pero desde que lo habían unido inextricablemente con William vivía momentos de abrumadora zozobra.

No habría sido así si las circunstancias lo hubieran evidenciado desde siempre; si, como en la época anterior a la Catástrofe (Anthony era un gran lector de historia), hubieran compartido el apellido, poniendo de manifiesto el parentesco.

En el presente uno adoptaba un apellido y lo cambiaba cuando quería. A fin de cuentas, lo que contaba era la cadena simbólica, que estaba codificada y se imponía desde el nacimiento.

William se apellidaba Anti-Aut. Insistía en ello con una especie de sobrio profesionalismo. Era asunto suyo, desde luego, pero ese apellido no dejaba de ser un aviso de mal gusto. Anthony optó por el de Smith a los trece años y nunca lo había cambiado. Era sencillo, fácil de escribir y muy personal, pues no conocía a nadie que hubiera escogido ese nombre. En otros tiempos fue un apellido muy común, antes de la Catástrofe, lo cual tal vez explicara su actual rareza.

Pero la diferencia de apellido no significaba nada cuando ambos estaban juntos. Eran iguales.

Si hubieran sido mellizos... Pero nunca se permitía que un par de óvulos gemelos llegara a su término. Era sólo esa similitud física que a veces se presentaba entre los no gemelos, especialmente cuando el parentesco provenía de ambos lados. Anthony Smith era cinco años menor, pero ambos tenían nariz aguileña, párpados gruesos y esa hendidura apenas visible en la barbilla; una mala pasada del azar de la genética. Se trataba de un problema previsible cuando los padres actuaban impulsados por una cierta pasión por la monotonía.

Al principio, una vez que estuvieron juntos, atraían esas miradas de sorpresa que van seguidas de un significativo silencio. Anthony trataba de ignorarlo, pero William perversamente comentaba:

—Somos hermanos.

—¿Ah, sí? —decía el desconcertado interlocutor, como deseando preguntar si eran hermanos de sangre.

Luego, los buenos modales se imponían y el interlocutor cambiaba de tema. Pero esa situación era infrecuente. La mayoría de las personas del Proyecto conocía la situación (¿cómo impedirlo?) y procuraba evitarla.

William no era mala persona. En absoluto. Si no hubiese sido hermano de Anthony o si hubiesen podido ocultar que eran hermanos, se habrían llevado maravillosamente.

Pero en esas circunstancias...

Para colmo, jugaron juntos en la infancia y compartieron las primeras etapas de la educación en el mismo asilo, merced a ciertas maniobras de su madre. Tras tener dos hijos del mismo padre y alcanzar así el límite (pues no había cumplido los exigentes requisitos para tener un tercero), se empeñó en visitarlos a ambos en el mismo viaje. Era una mujer extraña.

William fue el primero en abandonar el asilo, ya que era el mayor. Se dedicó a la ciencia, a la ingeniería genética. Anthony se enteró de ello, cuando aún estaba en el asilo, por una carta de la madre. Por entonces tenía ya edad suficiente para hablarle con firmeza a la matrona, y así las cartas se interrumpieron. Pero siempre recordaba que la última le había causado una dolorosa vergüenza.

Anthony también se dedicó a la ciencia. Tenía aptitudes y lo habían alentado. Recordaba haber sentido el sofocante temor (profético, comprendía ahora) de encontrarse con su hermano y estudió telemetría, una disciplina totalmente alejada de la ingeniería genética... Eso creía él, al menos.

Hasta que las complejidades del Proyecto Mercurio modificaron las circunstancias.

Cuando el Proyecto parecía encontrarse atascado en un callejón sin salida, alguien hizo una sugerencia que salvó la situación y, al mismo tiempo, puso a Anthony en el dilema que sus padres le habían preparado. Lo más irónico fue que el propio Anthony, cándidamente, había hecho esa sugerencia.

## 2

William Anti-Aut conocía la existencia del Proyecto Mercurio, pero sólo igual que conocía la existencia de la vasta sonda estelar que estaba en camino desde antes de su nacimiento y seguiría en camino después de su muerte, y lo mismo que conocía la existencia de una colonia marciana y la existencia de un proyecto para fundar colonias similares en los asteroides. Esas cosas flotaban en la periferia de su mente y carecían de importancia. Los planes espaciales jamás le llamaron la atención hasta que un día leyó un informe que incluía fotografías de algunos de los participantes en el Proyecto Mercurio.

Primero lo intrigó que uno de esos hombres se llamara Anthony Smith. Recordaba el extraño apellido que había escogido su hermano y recordaba también el

Anthony. No podía haber dos Anthony Smith.

Luego, miró la fotografía y esa cara le resultó inconfundible. Se miró en el espejo, como si quisiera cerciorarse. En efecto, la cara era inconfundible.

Le pareció divertido, pero también lo inquietaba, pues se daba cuenta de la posibilidad de crear desconcierto. Hermanos de sangre, por utilizar esa desagradable expresión. ¿Pero qué hacer al respecto? ¿Cómo corregir la falta de imaginación de su padre y de su madre?

Sin duda se guardó el informe en el bolsillo, por distracción, cuando se disponía a salir para el trabajo, pues se lo encontró a la hora del almuerzo. Lo miró de nuevo. Anthony tenía aspecto de ser inteligente. Era una magnífica reproducción; las impresiones solían tener muy buena calidad en esos tiempos.

Su compañero Marco (que cada semana usaba un apellido nuevo) preguntó con curiosidad:

—¿Qué estás mirando, William?

Sin reflexionar, le pasó la reproducción.

—Ése es mi hermano —dijo, y fue como cerrar la mano en torno de una ortiga.

Marco estudió la foto frunciendo el ceño.

—¿Quién? ¿El tipo que está junto a ti?

—No, el tipo que es como yo. El hombre que se parece a mí. Es mi hermano.

La pausa se prolongó. Marco le devolvió la reproducción.

—¿Hermano de los mismos progenitores? —preguntó con cautela.

—Sí.

—¿Padre y madre?

—Sí.

—¡Eso es ridículo!

—Supongo que sí —asintió William, y suspiró—. Según este informe, él trabaja en telemetría en Texas y yo trabajo aquí en autística. ¿Qué más da?

Willian le quitó importancia y más tarde tiró la reproducción a la basura. No quería que su pareja actual la viera. Esa chica tenía un grosero sentido del humor que a Willian le resultaba cada vez más molesto. Se alegraba de que ella no deseara tener un hijo. Él ya había tenido uno hacía varios años. Aquella muchacha morena, Laura o Linda, había colaborado.

Tiempo después, por lo menos un año, surgió el asunto de Randall. Si William no había pensado en su hermano hasta entonces, después ni siquiera tuvo tiempo.

Randall tenía dieciséis años cuando William se enteró de su existencia. El chico vivía cada vez más recluido en sí mismo y el asilo de Kentucky donde lo educaban decidió eliminarlo. Sólo faltaban unos diez días para la aniquilación cuando alguien decidió presentar un informe al Instituto Neoyorquino de Ciencias del Hombre (comúnmente denominado Instituto Homológico).

William recibió ese informe en medio de muchos otros, y la descripción de Randall no le llamó la atención. Pero debía emprender uno de esos tediosos viajes en transporte de masas a los asilos y había una probabilidad interesante en Virginia Oeste. Fue allá (se quedó tan desilusionado que juró por quincuagésima vez que a partir de entonces realizaría esas visitas por imagen televisiva) y una vez allí pensó en visitar el asilo de Kentucky antes de regresar.

No esperaba nada.

Pero al cabo de diez minutos de estudiar el patrón genético de Randall decidió llamar al instituto para pedir un cálculo informático. Luego se reclinó en el asiento y sudó un poco al pensar que había ido allí por un impulso de último momento y que sin ese impulso Randall habría sido eliminado una semana después. Para describirlo con mayor detalle, le habrían inyectado indoloramente una droga que hubiera circulado por la corriente sanguínea, sumiéndolo en un sueño apacible que se iría haciendo gradualmente más profundo hasta llegar a la muerte. La droga tenía un nombre oficial de veintitrés sílabas, pero William la llamaba «nirvanamina», como todos los demás.

—¿Cuál es su nombre completo, matrona? —preguntó William.

—Randall N'Adie —respondió la matrona del asilo.

—¡Nadie! —exclamó William.

—N'Adie —le aclaró la matrona, delectándose—. Lo escogió el año pasado.

—¿Y no le llamó la atención? ¡Se pronuncia «nadie»! ¿No pensó en presentar un informe sobre ese joven el año pasado?

—No parecía... —balbuceó la matrona, sonrojándose.

William le hizo callar con un gesto. ¿De qué servía? ¿Cómo iba a saberlo ella? El patrón genético no presentaba ninguna advertencia, según los criterios de los manuales. Era una sutil combinación en la que William y su personal habían trabajado durante veinte años en sus experimentos con niños autistas, una combinación que nunca habían visto en la vida real.

¡Tan cerca de la eliminación!

Marco, que era el realista del grupo, se quejaba de que los asilos demostraban excesiva ansiedad por abortar antes de tiempo y por eliminar después de tiempo. Sostenía que se debía permitir el desarrollo de todos los patrones genéticos para efectuar una selección inicial y que no deberían darse eliminaciones sin consultar con un homólogo.

—No hay suficientes homólogos —replicó William, con calma.

—A1 menos podemos examinar todos los patrones genéticos con el ordenador —insistió Marco.

—¿Para salvar lo que podamos obtener para nuestro uso?

—Para cualquier uso homológico, nuestro o de otros. Debemos estudiar los

patrones genéticos en acción si hemos de comprendernos a nosotros mismos, y los patrones aberrantes son los que nos ofrecen mayor información. Nuestros experimentos con el autismo nos enseñaron más sobre homología que la suma total existente el día en que comenzamos.

William, que seguía prefiriendo el sonido de la expresión «fisiología genética del hombre» en vez de «homología», negó con la cabeza.

—Aun así, tenemos que andarnos con cuidado. Por útiles que nos parezcan nuestros experimentos, nos mantenemos gracias a una autorización social otorgada a regañadientes. Estamos jugando con vidas.

—Vidas inútiles. Aptas para ser aniquiladas.

—La eliminación rápida y placentera es una cosa, y nuestros experimentos, a menudo prolongados y a veces inevitablemente desagradables, son otra.

—A veces los ayudamos.

—Y a veces no.

Era una discusión sin sentido, pues no había modo de zanjar la cuestión. Lo cierto era que los homólogos contaban con pocas anomalías interesantes y no había modo de alentar a la humanidad a generar una producción mayor. El trauma de la Catástrofe seguía presente.

El febril impulso hacia la exploración espacial se podía explicar (y se explicaba, según algunos sociólogos) por la consciencia de la fragilidad de la vida en el planeta, gracias a la Catástrofe.

Bien, no importaba...

Randall N'Adie era algo inaudito, al menos para William. El lento progreso del autismo característico de ese rarísimo patrón genético permitía que se conociera más sobre Randall que sobre cualquier otro paciente similar. Incluso vislumbraron algunos destellos de su modo de pensar en el laboratorio, antes de que el muchacho se cerrase por completo y se recluyera dentro del recinto de su piel, indiferente, inalcanzable.

Luego, iniciaron el lento proceso por el cual Randall, gradualmente sometido a estímulos artificiales, reveló el funcionamiento interior de su cerebro y proporcionó pistas del funcionamiento interior de todos los cerebros, tanto de los considerados normales como de los anormales.

Recogían tal cantidad de datos que William comenzó a creer que su sueño de acabar con el autismo era algo más que un sueño. Sintió una cálida satisfacción por haber escogido el apellido Anti-Aut.

Y en la cima de la euforia inducida por el trabajo con Randall recibió esa llamada de Dallas diciéndole que existía un gran interés —precisamente en ese momento— en que abandonara su labor para abordar un nuevo problema.

Al recordarlo posteriormente, nunca logró deducir por qué acabó aceptando visitar Dallas. Al final, por supuesto, se dio cuenta de lo afortunado que era, pero

¿qué fue lo que lo persuadió para ir? ¿Era posible que desde el principio hubiera tenido una borrosa percepción de lo que sucedería? Imposible, desde luego.

¿Fue el vago recuerdo de aquella fotografía de su hermano? Imposible, desde luego.

El caso es que se persuadió a sí mismo para efectuar esa visita y sólo se acordó de la fotografía (o, al menos, fue en parte consciente de ella) cuando la unidad de potencia de micropila alteró su zumbido y la unidad antigrav se preparó para el descenso final.

Anthony trabajaba en Dallas y —William lo recordó entonces— en el Proyecto Mercurio. A eso hacía referencia el pie de foto. Tragó saliva cuando la suave sacudida le indicó que el viaje había terminado. Aquello iba a resultar embarazoso.

### 3

Anthony estaba esperando en el área de recepción para saludar al nuevo experto. No se encontraba solo, desde luego; formaba parte de una delegación numerosa —indicio de una situación desesperada— y se contaba entre las jerarquías inferiores. Estaba allí únicamente porque él había hecho la sugerencia.

Sintió una ligera, aunque persistente inquietud ante ese pensamiento. Se había arriesgado. Recibió elogios, pero nadie olvidaba que él había hecho la sugerencia; si resultaba ser un fiasco, todos se cubrirían las espaldas y lo harían responsable a él.

Más tarde hubo ocasiones en que meditó sobre la posibilidad de que el vago recuerdo de su hermano, el especialista en homología, le hubiera inspirado la idea. Era posible, pero no tuvo por qué ser así. La sugerencia parecía tan sensata e inevitable que habría tenido la misma idea aunque su hermano hubiera sido simplemente un escritor de fantasía o si no hubiera tenido ningún hermano.

El problema eran los planetas interiores...

La Luna y Marte estaban colonizados. Se había llegado a los asteroides mayores y a los satélites de Júpiter y existían planes para un viaje tripulado a Titán, el gran satélite de Saturno, haciendo antes una apresurada rotación en torno de Júpiter. Pero aunque abundaban los planes para enviar gente a los planetas exteriores, en una travesía de siete años entre la ida y la vuelta, seguía siendo imposible pensar en aproximarse a los planetas interiores, por temor al Sol.

Venus era el menos atractivo de los dos mundos interiores. Mercurio, por otra parte...

Anthony aún no estaba integrado en el equipo cuando Dmitri Grande (en realidad era menudo) dictó la conferencia que indujo al Congreso Mundial a otorgar los fondos que posibilitaron el Proyecto Mercurio. Escuchó las cintas y oyó la exposición de Dmitri. La tradición se mostraba firme en su convicción de que había sido improvisada, y tal vez lo fuera, pero estaba perfectamente construida y sintetizaba



todas las pautas seguidas por el Proyecto Mercurio desde entonces.

Y el punto principal era que sería erróneo aguardar a que la tecnología hubiera avanzado hasta posibilitar una expedición tripulada capaz de afrontar los rigores de la radiación solar. Mercurio era un ámbito singular que podía enseñar mucho, y la observación continua del Sol desde la superficie de Mercurio era algo que no se podía realizar de otra manera.

Siempre que un sustituto del hombre —un robot— se pudiera colocar en el planeta.

Podría construirse un robot que cumpliera con los requisitos físicos. Posarse en la superficie era fácil de resolver. Pero una vez que el robot descendiese ¿qué se hacía con él?

El robot podía efectuar observaciones y actuar de acuerdo con ellas, pero el Proyecto requería acciones complejas y sutiles, al menos potencialmente, y nadie estaba seguro de las observaciones que pudiera hacer.

Para afrontar todas las posibilidades razonables y darle un margen a la complejidad deseada, el robot debía contener un ordenador (en Dallas algunos lo designaban «cerebro», pero Anthony desdeñaba ese hábito verbal, quizá porque —llegó a pensar más tarde— el cerebro era la especialidad de su hermano) tan complejo y versátil como el cerebro de un mamífero.

Pero era imposible construir un artefacto con esas características y que resultara tan portátil como para poder viajar hasta Mercurio, descender allí y dotar al robot de la movilidad necesaria. Tal vez algún día las sendas positrónicas que estaban investigando los robotistas lo hicieran posible, pero ese día parecía lejano.

La alternativa consistía en que el robot enviara a la Tierra sus observaciones y un ordenador de la Tierra lo guiara basándose en dichas observaciones. En síntesis, el cuerpo del robot estaría allí y el cerebro aquí.

Una vez que se tomó esa decisión, los técnicos importantes pasaron a ser los telemetristas, y fue entonces cuando Anthony entró en el Proyecto. Él era uno de los que diseñaba métodos para recibir y enviar impulsos a unas distancias que estaban entre ochenta millones y doscientos millones de kilómetros, hacia un disco solar que a veces interfería de una manera violenta en esos impulsos.

Abordó su tarea con pasión y (pensó él) con destreza y con éxito. Fue el principal diseñador de las tres estaciones de relé que giraban en órbita permanente en torno de Mercurio. Eran capaces de enviar y recibir impulsos de Mercurio a la Tierra y de la Tierra a Mercurio, y eran capaces de resistir durante mucho tiempo la radiación solar y, sobre todo, de filtrar la interferencia solar.

Tres estaciones similares se pusieron en órbita a un millón y medio de kilómetros de la Tierra, al norte y al sur del plano de la eclíptica, para que pudieran recibir los impulsos de Mercurio y retransmitirlos a la Tierra —o viceversa— aun cuando

Mercurio estuviera detrás del Sol y resultara inaccesible para la recepción directa desde las estaciones de la superficie terrestre.

Con lo cual quedaba el robot: un maravilloso espécimen de las artes combinadas de los robotistas y los telemetristas. Fue el más complejo de diez modelos sucesivos y era capaz, con sólo el doble de volumen y el quíntuple de masa que un hombre, de detectar y hacer mucho más que un hombre; siempre que pudieran guiarlo.

Pronto resultó evidente lo complejo que tendría que ser el ordenador que guiara al robot, pues cada respuesta debía tener en cuenta las variaciones de percepción. Y como cada respuesta obligaba a variaciones de percepción más complejas se hacía preciso reforzar los primeros pasos. Se construía a sí mismo sin cesar, como una partida de ajedrez, y los telemetristas comenzaron a utilizar el ordenador para programar el ordenador que diseñaba el programa para el ordenador que programaba el ordenador que controlaba el robot.

Todo era confusión.

El robot se hallaba en una base del desierto de Arizona y funcionaba bien. Sin embargo, el ordenador de Dallas tenía dificultades para manejarlo, aun en las conocidas condiciones de la Tierra. ¿Entonces...?

Anthony recordaba el día en que hizo la sugerencia: el 4/7/553. Lo recordaba, ante todo, porque se acordaba de que el 4/7 era una festividad importante en la Dallas anterior a la Catástrofe, un milenio antes; mejor dicho, 553 años antes.

Fue durante la cena, una magnífica cena. Se había producido un cuidadoso reajuste de la ecología regional y el personal del Proyecto tenía prioridad para recoger los suministros alimentarios disponibles, de modo que el menú presentaba más opciones que las habituales y Anthony probó el pato asado.

Era un excelente pato asado y lo puso de un humor más expansivo que de costumbre. Todos estaban bastantes locuaces, y Ricardo comentó:

—No lo lograremos. Admitámoslo. No lo lograremos.

No sería posible llevar la cuenta de cuántos habían pensado lo mismo y cuántas veces, pero la regla tácita era que nadie lo decía abiertamente. El pesimismo franco podía ser el empujón que hacía falta para cortar los fondos financieros (hacía cinco años que llegaban cada vez con mayor dificultad) y echar por tierra todas las esperanzas.

Anthony, que por lo general no era muy optimista, estimulado por el pato, replicó:

—¿Por qué no podemos lograrlo? Dime por qué y lo refutaré.

Era un desafío directo y Ricardo entrecerró sus ojos oscuros.

—¿Quieres que te diga por qué?

—Claro que sí.

Ricardo hizo girar la silla para enfrentarse a Anthony.

—Vamos, no es un misterio. Dmitri Grande no lo dice abiertamente en ningún

informe, pero tú y yo sabemos que este proyecto necesita un ordenador tan complejo como un cerebro humano, hállese aquí o en Mercurio, y no podemos construirlo. De modo que sólo nos queda jugar al escondite con el Congreso Mundial y conseguir dinero para obtener subproductos que tal vez sean útiles.

Anthony sonrió con satisfacción.

—Eso es fácil de refutar. Tú mismo has dado la respuesta.

(¿Era un juego? ¿Era la calidez del pato en el estómago? ¿El deseo de irritar a Ricardo? ¿O acaso era la presencia intangible de su hermano? Luego le resultó imposible discernirlo.)

—¿Qué respuesta? —Ricardo se levantó. Era alto y delgado y habitualmente llevaba la chaqueta blanca entreabierta. Cruzó los brazos, erguido sobre Anthony, que permaneció sentado—. ¿Qué respuesta?

—Dices que necesitamos un ordenador tan complejo como un cerebro humano. Pues bien, construiremos uno.

—Precisamente, idiota. Nosotros no podemos...

—Nosotros no, pero hay otros.

—¿Qué otros?

—La gente que investiga el cerebro. Nosotros sólo conocemos la mecánica de estado sólido. Ignoramos en qué sentido, dónde y en qué medida un cerebro humano es complejo. ¿Por qué no llamamos a un homólogo y le pedimos que diseñe un ordenador?

Tomó una enorme cantidad de guarnición y la saboreó con satisfacción. Después de tanto tiempo, aún recordaba el sabor de aquella guarnición, aunque no se acordaba con detalle de qué ocurrió después.

Le parecía que nadie se lo tomó en serio. Estallaron carcajadas y reinaba la sensación de que Anthony se había valido de un hábil sofisma para sortear un obstáculo, de modo que las carcajadas fueron a expensas de Ricardo. (Aunque luego todos afirmaron haberse tomado la sugerencia en serio.)

Ricardo se enfadó y señaló a Anthony con un dedo.

—Ponlo por escrito —dijo—. Te desafío a que hagas esa sugerencia por escrito.

(Al menos, así quedó en la memoria de Anthony. Ricardo afirmaba que su comentario había sido un entusiasta «¡Magnífica idea! ¿Por qué no presentas una sugerencia formal, Anthony?».)

Fuera como fuese, Anthony hizo la sugerencia por escrito.

Dmitri Grande la recibió de buen grado. En una conversación privada, le dio unas palmadas a Anthony en la espalda y afirmó que él mismo había estado haciendo elucubraciones parecidas, aunque no quiso atribuirse ningún mérito oficial. (Por si resultaba ser un fiasco, pensaba Anthony.)

Dmitri Grande se encargó de buscar el homólogo. A Anthony ni siquiera se le

había ocurrido que pudiera interesarle. No sabía nada de homología ni conocía a ningún homólogo, excepto su hermano, por supuesto, y no pensó en él. Conscientemente, al menos.

Así que Anthony estaba en el área de recepción, en un papel secundario, cuando la puerta de la nave se abrió y varios hombres descendieron. Empezó la serie de apretones de mano y Anthony se encontró frente a su propio rostro.

Se le encendieron las mejillas y lamentó no estar a mil kilómetros de distancia.

#### 4

Más que nunca, William lamentó que el recuerdo de su hermano no le hubiera venido antes. Debería haberle venido, sin duda.

Pero la solicitud lo había halagado y entusiasmado. Tal vez había procurado evitar intencionadamente el recuerdo.

Ante todo, estaba la euforia de Dmitri Grande yendo a verlo en persona. Viajó de Dallas a Nueva York en avión y eso fue muy estimulante para William, cuyo vicio secreto era leer novelas de misterio. En esas novelas la gente siempre viajaba en transporte de masas cuando debía guardar un secreto. El viaje electrónico era de propiedad pública; al menos en las novelas, donde cada haz de radiación estaba invariablemente vigilado por el enemigo.

William comentó esto con cierto humor morboso, pero Dmitri no le escuchaba. Miraba al rostro de William, como pensando en otra cosa, y finalmente dijo:

—Lo siento. Es que me recuerdas a alguien.

(Y, sin embargo, William no lo comprendió entonces. ¿Cómo era posible?, se preguntaría más tarde.)

Dmitri Grande era un hombre rechoncho y que era presa de un pestañeo constante cuando estaba preocupado. Tenía una nariz redonda y protuberante y mejillas pronunciadas, y estaba fofo por todas partes. Puso énfasis al decir su apellido y se apresuró a señalar, como si siempre hiciera ese comentario:

—Para ser grande se necesita algo más que tamaño, amigo mío.

En la charla que siguió, William puso muchas objeciones. No sabía nada sobre ordenadores. ¡Nada! No tenía la menor idea de cómo funcionaban ni de cómo se programaban.

—No importa, no importa —rechazó Dmitri, desechando las objeciones con un expresivo ademán de su mano—. Nosotros conocemos los ordenadores, nosotros podemos preparar los programas. Tú dinos sólo qué debe hacer el ordenador para funcionar como un cerebro y no como un ordenador.

—No estoy seguro de conocer el funcionamiento del cerebro hasta ese extremo, Dmitri.

—Eres el homólogo más destacado del mundo. He investigado tus antecedentes

—insistió Dmitri, cerrando así la discusión.

William escuchó con creciente abatimiento. Era inevitable, pensó. Si una persona se sumergía en su especialidad durante mucho tiempo, terminaba por creer que los especialistas de otros campos eran magos y juzgaría el alcance de la sabiduría ajena por la amplitud de la ignorancia propia. Al cabo de un rato, William conocía el Proyecto Mercurio mucho más de lo que hubiera deseado.

—Entonces, ¿por qué usar un ordenador? —preguntó al fin—. ¿Por qué no hacer que uno o varios hombres reciban el material del robot y envíen las instrucciones?

—Oh, oh, oh —contestó Dmitri, casi brincando en su asiento por la impaciencia—. No lo entiendes. Los hombres son demasiado lentos para analizar de prisa todo el material que enviará el robot: temperaturas, presiones de gas, flujos de rayos cósmicos, intensidad del viento solar, composiciones químicas, texturas del suelo y muchos otros factores. Y estos factores son los que deciden el siguiente paso. Un ser humano se limitaría a guiar al robot, y de una forma ineficiente; mientras que un ordenador sería el robot mismo. Por otra parte, los hombres son demasiado rápidos. Todo tipo de radiación necesita de diez a veintidós minutos para realizar el viaje de ida y vuelta entre Mercurio y la Tierra, según en qué tramo de su órbita se encuentre cada planeta. Eso no tiene solución. Uno recibe una observación e imparte una orden, pero ocurren muchas cosas entre que se realiza la observación y se da la respuesta. Los humanos no se pueden adaptar a la lentitud de la velocidad de la luz, pero un ordenador puede tenerlo en cuenta... Ven a ayudarnos, William.

—Por supuesto, puedes consultarme siempre que quieras, si de algo sirve —se ofreció William de mala gana—. Mi rayo de televisión privada está a tu servicio.

—Pero no quiero consultas. Debes venir conmigo.

—¿En transporte de masas? —preguntó William, asombrado.

—Desde luego. Este proyecto no se puede llevar a cabo desde los extremos opuestos de un rayo láser con un satélite de comunicaciones en el medio. A la larga resulta costoso, incómodo e inseguro.

Era como en una novela de misterio, pensó William.

—Ven a Dallas —insistió Dmitri— y permíteme mostrarte lo que tenemos allá. Te enseñaré las instalaciones. Hablarás con nuestros expertos en ordenadores. Los ayudarás con tu modo de pensar.

Era hora de tomar una decisión.

—Dmitri, aquí tengo mi propio trabajo. Un trabajo importante que no deseo abandonar. Lo que me pides me alejará durante meses de mi laboratorio.

—¡Meses! —exclamó Dmitri, pasmado—. Mi buen William, quizá sean años. Pero será decisivo para tu trabajo.

—No. Sé cuál es mi trabajo y no consiste en guiar un robot por Mercurio.

—¿Por qué no? Si lo haces bien aprenderás más sobre el cerebro, intentando que

un ordenador trabaje como tal, y regresarás aquí mejor equipado para hacer lo que consideras tu trabajo. Y en tu ausencia ¿no habrá gente que pueda continuar con esto? ¿Y no puedes estar en constante comunicación con ellos mediante el láser y la televisión? ¿Y no puedes visitar Nueva York de vez en cuando? Por espacios breves.

William quedó cautivado. La idea de enfocar el cerebro desde otro ángulo era atractiva. A partir de entonces, comenzó a buscar excusas para ir, aunque fuese de visita, al menos para ver de qué se trataba... Siempre podía volverse luego.

Después, recorrió con Dmitri las ruinas de Vieja Nueva York, y el visitante disfrutó con franco entusiasmo. (Vieja Nueva York era la muestra más imponente de gigantismo inútil del periodo anterior a la Catástrofe.) William comenzó a preguntarse si el viaje no le daría la oportunidad de ver otros paisajes.

Además, hacía tiempo que pensaba en buscar una nueva pareja, y sería más conveniente en una zona geográfica donde no tenía intención de instalarse para siempre.

(¿O sería que aun entonces, cuando apenas conocía los rudimentos del proyecto, ya vislumbraba vagamente lo que se podía hacer...?)

Así que finalmente viajó a Dallas, bajó de la nave y se encontró nuevamente con el radiante Dmitri. Entornando los ojos, el hombrecillo se volvió y dijo:

—Yo sabía que... ¡Qué parecido tan extraordinario!

William abrió enormemente los ojos al ver su propio e intimidado rostro ante sí y comprendió que estaba frente a Anthony.

Leyó claramente en el rostro de su hermano el deseo de ocultar esa relación. Hubiera bastado con comentar: «Sí, extraordinario» y dejarlo ahí. A fin de cuentas, los patrones genéticos de la humanidad eran tan complejos que permitían semejanzas de todo tipo aunque no hubiera parentesco.

Pero William era homólogo, y nadie puede estudiar los recovecos del cerebro humano sin volverse insensible a sus detalles, así que dijo:

—Estoy seguro de que es Anthony, mi hermano.

—¿Tu hermano? —se extrañó Dmitri.

—Mi padre tuvo dos hijos de la misma mujer, mi madre —le explicó William—. Eran gente excéntrica.

Alargó la mano y Anthony no tuvo más opción que estrecharla. Ese incidente fue el único tema de conversación durante varios días.

5

No fue un gran consuelo para Anthony que William pronto se arrepintiera de lo que había hecho.

Esa noche hablaron después de la cena.

—Mis disculpas —se excusó William—. Pensé que sí afrontábamos lo peor en ese momento ahí quedaría la cosa. Parece ser que no fue así. No he firmado ningún

papel ni he aceptado ningún contrato formal. Me marcharé.

—¿De qué serviría? —se lamentó Anthony—. Todos lo saben. Dos cuerpos y un rostro. Da ganas de vomitar.

—Si me marchó...

—No puedes marcharte. Esta situación fue idea mía.

William alzó los párpados y enarcó las cejas.

—¿Lo de traerme aquí?

—No, claro que no. Traer un homólogo. ¿Cómo podía saber que te enviarían a tí?

—Pero si me marchó...

—No. Ahora lo único que podemos hacer es resolver el problema, si es posible. Luego... no importará.

Y pensó: A los triunfadores se les perdona todo.

—No sé si podré...

—Tendremos que intentarlo. Dmitri lo delegará en nosotros, eso es casi seguro. Sois hermanos y os entendéis —dijo Anthony, parodiando la voz de tenor de Dmitri—. ¿Por qué no trabajáis juntos? —Y añadió con rabia, ya en su propia voz—: Así que debemos intentarlo. En primer lugar, ¿qué es lo que haces, William? Es decir, me gustaría conocer más detalles de los que sugiere la palabra «homología».

William suspiró.

—Bien, acepta mis disculpas... Trabajo con niños autistas.

—Me temo que no sé qué significa.

—Sin entrar en demasiados detalles, trabajo con niños que no se comunican con el mundo ni con los demás, que se hunden en sí mismos y se refugian detrás de una barrera infranqueable. Espero ser capaz de curarlos algún día.

—¿Por esto te llamas Anti-Aut?

—En efecto.

Anthony soltó una risa breve, aunque la verdad era que no le parecía divertido.

—Es un nombre honesto —señaló William.

—Claro que sí —se apresuró a murmurar Anthony, sin ser capaz de expresar otra disculpa. Procuró volver al tema anterior—: ¿Y estás realizando algún progreso?

—¿Para conseguir un remedio? Hasta ahora no. Para llegar a comprenderlo, sí. Y cuanto más entiendo...

Habló en un tono cada vez más ferviente y su mirada se volvía cada vez más distante. Anthony reconoció el placer de hablar de una pasión que colma el corazón y la mente de una persona con exclusión de casi todo lo demás. Estaba familiarizado con esa sensación.

Escuchó con la mayor atención posible. No lo entendía realmente, pero era necesario escuchar. Luego, William tendría que escucharle a él.

Lo recordaba con claridad. Pensó en la época en que no se acordaba de ello,

aunque entonces no era consciente de lo que sucedía. Con la ventaja de la retrospectiva, evocó frases enteras, casi palabra por palabra.

—Así que pensábamos —decía William— que el problema del niño autista no consistía en una incapacidad para recibir impresiones, ni siquiera una incapacidad para recibirlas de un modo refinado. Por el contrario, las reprobaba y las rechazaba, sin pérdida de la potencialidad para establecer una comunicación plena si se encontraba alguna impresión que él aprobase.

—Ah —dijo Anthony, para indicar que estaba escuchando.

—Tampoco puedes arrancarlo de su autismo mediante métodos convencionales, pues tú formas parte del mundo que él reprueba. Pero sí lo pones en suspensión consciente...

—¿En qué?

—Es una técnica por la cual el cerebro se divorcia del cuerpo y puede realizar sus funciones sin relación con él. Es una técnica compleja que concebimos en nuestro laboratorio...

—¿Tú la concebiste? —preguntó cortésmente Anthony.

—Pues sí —respondió William, ruborizándose, pero obviamente complacido—. En suspensión consciente podemos proporcionarle al cuerpo fantasías planeadas y observar el cerebro con electroencefalografía diferencial. De inmediato aprendemos más sobre el individuo autista, sobre las impresiones sensoriales que necesita. También aprendemos más sobre el cerebro en general.

—Ah —volvió a decir Anthony, pero esta vez era un verdadero «ah»—. ¿Y todo lo que has aprendido sobre el cerebro se puede adaptar al funcionamiento de un ordenador?

—No. Eso es imposible. Ya se lo dije a Dmitri. No sé nada sobre ordenadores y sé poco sobre el cerebro.

—Si te enseño algo sobre ordenadores y te explico lo que necesitamos...

—No servirá.

—Hermano —dijo Anthony, poniendo énfasis en la palabra—, me debes algo. Por favor, procura reflexionar en serio acerca de nuestro problema. Lo que sepas sobre el cerebro... adáptalo a nuestros ordenadores, por favor.

—Entiendo tu posición —aceptó William, inquieto—. Lo intentaré. Lo intentaré de veras.

## 6

William lo intentó y, como había predicho Anthony, ambos tuvieron que trabajar juntos. Al principio, cuando se cruzaban con otras personas, William anunciaba sin rodeos que eran hermanos, ya que no tenía sentido negarlo. Pero pronto todos optaron por evitar ese embarazo. Cuando William se aproximaba a Anthony o cuando



Anthony se aproximaba a William, los demás se esfumaban discretamente.

Se habituaron a la mutua presencia y a veces se hablaban como si no existiera semejanza entre ambos ni tuvieran recuerdos infantiles en común.

Anthony explicó los requerimientos informáticos en un lenguaje poco técnico; y William, tras largas cavilaciones, explicó cómo creía que un ordenador podría cumplir la función de un cerebro.

—¿Sería posible? —preguntó Anthony.

—No lo sé. No me desvivo por intentarlo. Quizá no dé resultado. Pero quizá sí.

—Tendríamos que hablar con Dmitri Grande.

—Primero hablemos entre nosotros y veamos qué tenemos. Podemos acudir a él si contamos con una propuesta razonable. De lo contrario, no acudiremos a él.

Anthony titubeó.

—¿Y vamos a ir los dos juntos?

—Tú hablarás por mí —contestó William, con tacto—. No hay razón para que nos vean juntos.

—Gracias, William. Si algo sale de esto te atribuiré todos los méritos.

—Eso no me preocupa. Si algo sale de esto seré el único que podrá hacerle funcionar.

Deliberaron durante cuatro o cinco reuniones. Si Anthony no hubiera sido su pariente y si no hubiera existido esa pegajosa situación emocional, William habría sentido un orgullo sin reservas por el hermano menor, quien había comprendido rápidamente una especialidad que le era ajena.

Luego, hubo largas reuniones con Dmitri. De hecho, hubo reuniones con todos. Anthony los veía durante días interminables y, después, ellos veían a William por separado. Finalmente, tras una tensa expectativa, lo que acabó llamándose Ordenador Mercurio quedó autorizado.

William volvió a Nueva York con cierto alivio. No planeaba quedarse en Nueva York (¿quién lo hubiera sospechado dos meses atrás?), pero había mucho que hacer en el Instituto Homológico.

Celebró nuevas reuniones para explicarles a los del grupo del laboratorio qué sucedía, por qué tenía que despedirse y cómo debían continuar sus propios proyectos sin él. Luego, regresó a Dallas, con el equipo esencial y en compañía de dos jóvenes ayudantes, para lo que sería una estancia indefinida.

William no miró atrás, figuradamene hablando. Ya no pensaba en el laboratorio. Estaba totalmente consagrado a su nueva tarea.

## 7

Fue el peor periodo para Anthony. En vez de sentir alivio por la ausencia de William, sintió mayor ansiedad porque abrigaba la esperanza de que su hermano no regresara.

Tal vez enviara un delegado, otra persona. Alguien con otro rostro, para que Anthony no tuviera la sensación de ser la mitad de un monstruo de dos espaldas y cuatro piernas.

Pero William regresó. En el aeropuerto, Anthony observó el silencioso descenso del avión y vio cómo los pasajeros bajaban a lo lejos. E incluso a esa distancia reconoció a William.

Era definitivo. Anthony se marchó.

Esa tarde fue a ver a Dmitri.

—Sin duda no es necesario que me quede, Dmitri. Hemos elaborado los detalles y algún otro puede reemplazarme.

—No, no —rechazó Dmitri—. Fue idea tuya. Debes llevarla a buen puerto. No tiene sentido repartir los méritos.

Anthony pensó: Nadie correrá el riesgo, todavía es posible el fracaso y yo debía haberlo sabido. Y lo había sabido, pero dijo con expresión impasible:

—Comprenderás que no puedo trabajar con William.

—¿Por qué no? —Dmitri fingió sorpresa—. Lo habéis hecho muy bien.

—He tenido que esforzarme, Dmitri, y ya no aguanto la tensión. ¿Te crees que no sé cómo lo ven los demás?

—¡Mi buen amigo! Le das demasiada importancia. Claro que los demás miran. A fin de cuentas, son humanos. Pero se acostumbrarán. Yo ya estoy acostumbrado.

Mientes, gordo embustero, pensó Anthony.

—Pues yo no —replicó.

—No adoptas la actitud apropiada. Tus padres eran excéntricos, pero no delincuentes. Sólo excéntricos, sólo excéntricos. No es culpa tuya ni de William. Ninguno de vosotros es responsable.

—Llevamos la marca —se obstinó Anthony, acercándose la mano a la cara.

—No hay tal marca. Yo veo diferencias. Tú parece más joven. Tienes el cabello más ondulado. Hay similitud sólo a primera vista. Vamos, Anthony, tendrás todo el tiempo que necesites, toda la ayuda que requieras, todo el equipo que puedas usar. Estoy seguro de que dará excelentes resultados. Piensa en la satisfacción...

Anthony cedió y convino en que al menos ayudaría a William a instalar el equipo. William también parecía seguro de que daría excelentes resultados. No de un modo fanático, como Dmitri, sino con una cierta serenidad.

—Sólo se trata de hallar las conexiones apropiadas —le explicó—, aunque admito que ese «sólo» es un gran obstáculo. Tú te encargarás de proyectar impresiones sensoriales en una pantalla independiente para que podamos ejercer..., bien, no podemos decir control manual, ¿verdad? Pues para que podamos ejercer un control intelectual si tenemos que imponernos, en caso de ser necesario.

—Puede hacerse —afirmó Anthony.

—Entonces, manos a la obra... Mira, necesitaré por lo menos una semana para realizar las conexiones y cerciorarme de que las instrucciones...

—La programación —le corrigió Anthony.

—Bien, este lugar es tuyo, así que utilizaré tu terminología. Mis ayudantes y yo programaremos el Ordenador Mercurio, pero no a tu manera.

—Claro que no. Esperamos que un homólogo cree un programa mucho más sutil de lo que podría hacerlo un mero telemetrista.

Había un manifiesto autodesprecio en esas palabras irónicas. William pasó por alto el tono y aceptó las palabras.

—Comenzaremos de un modo sencillo —dijo—. Le ordenaremos al robot que camine.

## 8

Una semana después, el robot caminaba por Arizona, a cientos de kilómetros de distancia. Andaba rígidamente y a veces se caía y a veces tropezaba con un obstáculo y a veces giraba sobre un pie para ir en una dirección inesperada.

—Es un bebé que aprende a caminar —señaló William.

Dmitri aparecía de vez en cuando para enterarse de los progresos.

—Es notable —decía.

Anthony no lo consideraba notable. Transcurrieron semanas, meses. El robot progresaba cada vez más, a medida que el Ordenador Mercurio respondía a una programación gradualmente más compleja. (William tendía a llamar «cerebro» al Ordenador Mercurio, pero Anthony no lo permitía.) Sin embargo, los progresos no eran suficientes.

—No es suficiente, William —dijo finalmente, tras haberse pasado la noche anterior en vela.

—¿No es curioso? —replicó William—. Yo iba a decir que casi lo teníamos resuelto.

Anthony mantuvo la compostura con cierta dificultad. La tensión de trabajar con su hermano y observar los tambaleos del robot era más de lo que podía resistir.

—Voy a renunciar, William. A todo el proyecto. Lo lamento... No es por ti.

—Es por mí, Anthony.

—No es sólo por ti. Es el fracaso. No lo lograremos. El robot es muy torpe, aunque está en la Tierra, a cientos de kilómetros, cuando la señal tarda apenas una fracción de segundo en ir y venir. En Mercurio habrá minutos de demora, minutos que el Ordenador Mercurio deberá tener en cuenta. Es una locura pensar que funcionará.

—No renuncies, Anthony. No puedes renunciar ahora. Sugiero que hagamos enviar el robot a Mercurio. Estoy convencido de que se encuentra preparado.

Anthony soltó una carcajada insultante.

—Estás loco, William.

—No. Tú crees que en Mercurio será más difícil, pero no es así. Es más difícil en la Tierra. Este robot está diseñado para moverse en una gravedad que es un tercio de la terrestre, y en Arizona funciona con gravedad plena. Está diseñado para cuatrocientos grados centígrados, y ahora funciona con treinta grados. Está diseñado para el vacío, y ahora funciona en una niebla atmosférica.

—Ese robot puede resistir la diferencia.

—La estructura metálica sí, pero ¿qué me dices del ordenador? No funciona bien con un robot que no está en el ámbito para el cual ha sido diseñado... Mira, Anthony, si quieres un ordenador tan complejo como un cerebro, tendrás que permitirle ciertas peculiaridades... Hagamos un trato. Si colaboras conmigo para insistir en que envíen el robot a Mercurio, eso nos llevará seis meses y yo me tomaré un permiso sabático durante ese tiempo. Te librarás de mí.

—¿Quién se encargará del Ordenador Mercurio?

—Tú ahora entiendes cómo funciona, y mis dos ayudantes se quedarán aquí para ayudarte.

Anthony sacudió la cabeza en un gesto desafiante.

—No puedo responsabilizarme del ordenador ni de sugerir que envíen el robot a Mercurio. No funcionará.

—Yo estoy seguro de que sí.

—No puedes estar seguro. Y la responsabilidad es mía. Yo cargaré con la culpa. Para ti no será nada.

Anthony recordaría aquello como un momento crucial. William pudo haber accedido. Anthony habría renunciado. Todo se habría perdido.

—¿Nada? —replicó William, en cambio—. Mira, papá estaba prendado de mamá. Bien, yo también lo lamento. Lo lamento muchísimo, pero ya está hecho y el resultado es extraño. Cuando digo papá, me refiero también al tuyo, y hay muchos pares de personas que pueden decir lo mismo: dos hermanos, dos hermanas, un hermano y una hermana. Y cuando digo mamá también me refiero a la tuya, y también hay muchos pares de personas que pueden decir lo mismo. Pero no conozco a ningún otro par que pueda compartir el padre y la madre.

—Lo sé —dijo sombríamente Anthony.

—Sí, pero míralo desde mi punto de vista. Yo soy homólogo. Trabajo con patrones genéticos. ¿Has pensado en nuestros patrones genéticos? Compartimos ambos padres, lo cual significa que nuestros patrones genéticos son más parecidos que los de cualquier otro par de este planeta. Nuestros rostros lo demuestran.

—También lo sé.

—De modo que si este proyecto funciona y tú obtienes alguna gloria tu patrón

genético habría demostrado ser muy útil para la humanidad, lo mismo que el mío. ¿No lo entiendes, Anthony? Yo comparto tus padres, tu rostro, tu patrón genético, y, por lo tanto, tu gloria o tu humillación. Es tan mía como tuya, y si tengo algún mérito o demérito es tan tuyo como mío. Me interesa tu éxito, por fuerza. Tengo un motivo que nadie posee en la Tierra; un motivo egoísta, tan egoísta que no puedes dudar de su existencia. Estoy de tu lado, Anthony, porque somos casi la misma persona.

Se miraron largo rato y, por primera vez, Anthony lo hizo sin reparar en el rostro que compartía.

—Pidamos, pues, que envíen el robot a Mercurio —insistió William.

Y Anthony cedió. Y cuando Dmitri aprobó la propuesta —a fin de cuentas, también él estaba ansioso—. Anthony pasó gran parte del día sumido en sus reflexiones. Luego, fue a buscar a William.

—¡Escucha! —le dijo, e hizo una larga pausa. William aguardó pacientemente—. Escucha, no es necesario que te marches. Estoy seguro de que no quieres que otra persona esté a cargo del Ordenador Mercurio.

—¿Por qué? ¿Tú piensas marcharte?

—No, yo también me quedaré.

—No es preciso que nos veamos con frecuencia.

Anthony había hablado como si un par de manos le estrujaran el gaznate. Ahora la presión se aliviaba, y logró pronunciar la frase más difícil:

—No tenemos por qué eludirnos. No es necesario.

William sonrió vagamente. Anthony no sonrió; se marchó a toda prisa.

## 9

William dejó de leer el libro. Hacía un mes que ya no se sorprendía de ver entrar a Anthony.

—¿Pasa algo malo?

—Lo ignoro. Se están preparando para el descenso. ¿El Ordenador Mercurio está activado?

William sabía que Anthony conocía al dedillo la situación del ordenador, pero respondió:

—Mañana por la mañana, Anthony.

—¿Y no habrá problemas?

—Ninguno.

—Entonces, tendremos que esperar al descenso.

—Sí.

Anthony se mostró pesimista:

—Algo saldrá mal.

—La técnica de los cohetes tiene mucho tiempo de experiencia. Nada saldrá mal.

—Tanto trabajo echado a perder...

—Aún no está perdido. Y no lo estará.

—Quizá tengas razón. —Anthony se metió las manos en los bolsillos y se dispuso a irse, pero se detuvo en la puerta, justo antes de cerrar—. Gracias.

—¿Por qué, Anthony?

—Por ser... alentador.

William sonrió amargamente y se alegró de no revelar sus emociones.

## 10

Casi todo el personal del Proyecto Mercurio estaba disponible para el momento decisivo. Anthony, que no tenía ninguna tarea específica que realizar, se mantenía en segundo plano, con la vista fija en los monitores. El robot estaba activado y se recibían mensajes visuales.

A1 menos llegaban como equivalentes de mensajes visuales, y de momento no mostraban nada más que un tenue fulgor, que era supuestamente la superficie de Mercurio.

Se movieron unas sombras en la pantalla, tal vez irregularidades de la superficie. Anthony no podía discernirlo a simple vista, pero la gente de los controles, que analizaba los datos con métodos más sutiles, parecía tranquila. Las lucecillas rojas de emergencia no se encendieron. Más que en la pantalla, Anthony fijaba su vista en los observadores.

Tenía que estar con William y los demás ante el ordenador. Lo activarían sólo cuando el descenso hubiera concluido. Tenía que estar allí. Pero no podía.

Nuevas sombras se movieron en la pantalla, con mayor celeridad. El robot estaba descendiendo. ¿Demasiado deprisa? ¡Sin duda, demasiado deprisa!

Se vio otro manchón y hubo un cambio de foco. La mancha se oscureció primero y luego se aclaró. Se oyó un sonido y transcurrieron varios segundos hasta que Anthony entendió lo que decía ese sonido:

—¡Descenso concluido! ¡Descenso concluido!

Se extendió un murmullo que se transformó en una oleada de felicitaciones hasta que se produjo un nuevo cambio en la pantalla. Las voces y las risas humanas se acallaron como si se hubieran estrellado contra un muro de silencio.

La pantalla estaba cambiando, cambiaba y cobraba nitidez. Bajo la brillante luz solar, resplandeciendo a través del filtro de la pantalla, se veía nítidamente una roca: blancura reluciente por un lado, negrura absoluta por el otro. Se desplazó a la derecha, se desplazó a la izquierda, como si un par de ojos mirasen a un lado y a otro. Una mano de metal apareció en la pantalla, igual que si el robot se examinara el cuerpo.

—¡El ordenador está activado! —exclamó Anthony.

Oyó sus propias palabras como si las hubiera gritado otro y echó a correr por la escalera y atravesó un corredor, dejando a sus espaldas un murmullo de voces.

—¡William! —gritó al entrar en la sala del ordenador—. ¡Es perfecto, es...!

Pero William alzó la mano.

—Silencio, por favor. No quiero que entren sensaciones violentas, excepto las del robot.

—¿Quieres decir que puede oírnos? —susurró Anthony.

—Tal vez no, pero no estoy seguro. —En la sala del ordenador había otra pantalla más pequeña. Allí la escena era diferente y cambiaba, pues el robot se estaba desplazando—. El robot anda a tientas. Tiene que dar pasos torpes. Hay una demora de siete minutos entre el estímulo y la respuesta.

—Pero ya camina con mayor aplomo que en Arizona. ¿No crees, William? ¿No crees?

Anthony sacudía el hombro de William sin quitar la vista de la pantalla.

—Sin duda, Anthony.

El Sol ardía en un mundo de cálido contraste entre el blanco y el negro, entre la blancura del Sol y la negrura del cielo, entre el blanco del suelo ondulado y el negro de las sombras que lo salpicaban. En cada centímetro cuadrado de metal expuesto, el brillante y dulzón aroma del Sol contrastaba con la escalofriante ausencia de olor del lado opuesto.

Alzó la mano y la observó, contando los dedos. Caliente-caliente-caliente. Los hizo girar, puso cada dedo a la sombra de los demás y el calor murió lentamente en un cambio táctil que le hizo sentir el vacío limpio y comfortable.

Pero no era un vacío del todo. Se enderezó, estiró ambos brazos sobre la cabeza y los sensores de las muñecas detectaron vapores, el tenue contacto del estaño y el plomo rodando sobre la plétora de mercurio.

El sabor más denso se elevaba del suelo; silicatos de toda clase, marcados por la nítida sonoridad de los iones metálicos al separarse y unirse de nuevo. Movié un pie por el polvo crujiente y seco y sintió los cambios como una suave y armónica sinfonía.

Sobre todo, el Sol. Miró a esa esfera gorda, brillante y caliente y oyó su alegría. Observó las onduladas protuberancias que se elevaban en el borde y escuchó sus chisporroteos, así como los otros ruidos felices que se expandían por ese ancho rostro. Cuando se atenuó la luz de fondo, vio rojas bocanadas de hidrógeno, estallando en borbotones chillones, y manchas, que cantaban con voz grave en medio del ahogado silbido de las vaporosas fúculas, y explosiones, que se afilaban como agujas, y rayos gamma jugando al ping-pong con partículas cósmicas. Bañado por la gloria del viento cósmico, vio por doquier el suave, tenue y renovado jadeo del palpitante Sol.

Pegó un brinco y se elevó despacio en el aire, con una libertad que nunca había sentido, y volvió a dar otro brinco al caer y corrió y saltó y corrió de nuevo, y su cuerpo respondía perfectamente a ese mundo glorioso, a ese paraíso.

Al fin en el paraíso, después de ser un extraño durante tanto tiempo.

—Está bien —dijo William.

—¿Pero qué es lo que hace? —exclamó Anthony.

—Está bien. La programación funciona. Ha probado sus sentidos.

Ha realizado observaciones visuales. Ha atenuado la luz del Sol para estudiarlo. Ha analizado la atmósfera y la naturaleza química del terreno. Todo funciona.

—¿Pero por qué corre?

—Creo que es idea suya, Anthony. Si quieres un programa informático tan complejo como un cerebro, debes esperar que posea ideas propias.

—¿Correr? ¿Saltar? —Anthony se volvió ansiosamente hacia William—. Se hará daño. Tú puedes manejar el ordenador. Anula esos impulsos y haz que se detenga.

—No —se negó William—. Correré el riesgo de que se lastime. ¿No lo entiendes? Es feliz. Estaba en la Tierra, en un mundo para el que no estaba preparado. Ahora está en Mercurio, con un cuerpo que se adapta perfectamente a ese medio ambiente, tan perfectamente como pudieron lograrlo cien científicos especializados. Para él es el paraíso. Deja lo que disfrute.

—¿Que lo disfrute? ¡Pero si es un robot!

—No hablo del robot. Hablo del cerebro, el cerebro que está vivo aquí.

El Ordenador Mercurio, encerrado en vidrio, con sus delicados circuitos, con su integridad sutilmente preservada, respiraba y vivía.

—Es Randall quien está en el paraíso —prosiguió William—. Ha descubierto el mundo por el cual huyó de éste, por medio del autismo. Se encuentra en un mundo con el cual su nuevo cuerpo armoniza perfectamente, a cambio del mundo con el que su viejo cuerpo no armonizaba.

Anthony miró a la pantalla, maravillado.

—Parece que se está tranquilizando.

—Desde luego, y su alegría le permitirá hacer mejor su trabajo.

—Entonces, ¿lo hemos logrado, tú y yo? —dijo Anthony sonriendo—. ¿Nos reunimos con los demás para que nos colmen de adulaciones, William?

—¿Juntos?

Anthony lo agarró del brazo.

Juntos, hermano.



# ¿Qué es el hombre? (1974)

---

“That Thou Art Mindful of Him!”

*Las Tres Leyes de la robótica:*

1. *Un robot no debe dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño.*
2. *Un robot debe obedecer las órdenes impartidas por los seres humanos, excepto cuando dichas órdenes estén reñidas con la Primera Ley.*
3. *Un robot debe proteger su propia existencia, mientras dicha protección no esté reñida ni con la Primera ni con la Segunda Ley.*

Keith Harriman, director de investigaciones en Robots y Hombres Mecánicos desde hacía doce años, no estaba seguro de andar por la buena senda. Se relamió sus pálidos labios con la lengua y tuvo la sensación de que la imagen holográfica de la gran Susan Calvin, que lo observaba severamente, nunca había tenido un aspecto tan huraño.

Habitualmente apagaba la imagen de la mayor robotista de la historia porque lo ponía nervioso. (Se esforzaba por recordar que era sólo una imagen, pero no lo conseguía del todo.) Esta vez no se atrevía a apagarla y la imagen de la difunta lo acuciaba.

Tendría que tomar una medida horrible y degradante.

Frente a él estaba George Diez, tranquilo e imperturbable a pesar de la patente inquietud de Harriman y pese a la imagen brillante de la santa patrona de la robótica.

—No hemos tenido oportunidad de hablar de esto, George. Hace poco que estás con nosotros y no he podido verme a solas contigo. Pero ahora me gustaría hablar del asunto con cierto detalle.

—Con mucho gusto —aceptó George—. En el tiempo que llevo en la empresa he llegado a la conclusión de que la crisis se relaciona con las Tres Leyes.

—Sí. Conoces las Tres Leyes, por supuesto.

—Así es.

—Claro, sin duda. Pero profundicemos y examinemos el problema básico. En dos siglos de considerable éxito, esta empresa no ha logrado que los seres humanos acepten a los robots. Hemos colocado robots sólo donde se han de realizar tareas que los seres humanos no pueden realizar o en ámbitos inaceptablemente peligrosos para los seres humanos. Los robots trabajan principalmente en el espacio y eso ha limitado nuestros logros.

—Pero se trata de unos límites bastante amplios, dentro de los cuales la empresa

puede prosperar.

—No, por dos razones. Ante todo, esos límites inevitablemente se contraen. A medida que la colonia lunar, por ejemplo, se vuelve más refinada, su demanda de robots decrece y estimamos que dentro de pocos años se prohibirán los robots en la Luna. Esto se repetirá en cada mundo colonizado por la humanidad. En segundo lugar, la verdadera prosperidad de la Tierra es imposible sin robots. En *Robots y Hombres Mécanicos* creemos que los seres humanos necesitan robots y que deben aprender a convivir con sus análogos mecánicos si se quiere mantener el progreso.

—¿No lo han aprendido? Señor Harriman, usted tiene sobre el escritorio un terminal de ordenador que, según entiendo, está conectado con el Multivac de la empresa. Un ordenador es una especie de robot sésil, un cerebro de robot sin cuerpo...

—Cierto, pero eso también es limitado. La humanidad utiliza ordenadores cada vez más especializados, con el fin de evitar una inteligencia demasiado humana. Hace un siglo nos dirigíamos hacia una inteligencia artificial ilimitada, mediante el uso de grandes ordenadores que denominábamos máquinas. Esas máquinas limitaban su acción por voluntad propia. Una vez que resolvieron los problemas ecológicos que amenazaban a la sociedad humana, se autoanularon. Razonaron que la continuidad de su existencia les habría otorgado el papel de muletas de la humanidad. Como entendían que esto dañaría a los seres humanos, se condenaron a sí mismas por la Primera Ley.

—¿Y no actuaron correctamente?

—A mi juicio, no. Con su acción reforzaron el complejo de Frankenstein de la humanidad, el temor de que cualquier hombre artificial se volviera contra su creador. Los hombres temen que los robots sustituyan a los seres humanos.

—¿Usted no siente ese temor?

—Claro que no. Mientras existan las tres leyes de la robótica es imposible. Los robots pueden actuar como socios de la humanidad; pueden participar en la gran lucha por comprender y dirigir sabiamente las leyes de la naturaleza y así lograr más de lo que es capaz la humanidad por sí sola, pero siempre de tal modo que los robots sirvan a los seres humanos.

—Pero si las Tres Leyes, a lo largo de dos siglos, han mantenido a los robots dentro de ciertos límites, ¿a qué se debe la desconfianza de los seres humanos hacia los robots?

—Bien... —Harriman se rascó la cabeza vigorosamente, despeinando su cabello entrecano—. Se trata de superstición, principalmente. Por desgracia, también existen ciertas complejidades, y los agitadores antirrobóticos sacan partido de ellas.

—¿Respecto de las Tres Leyes?

—Sí, en especial de la Segunda. No hay problemas con la Tercera Ley. Es

universal. Los robots siempre deben sacrificarse por los seres humanos, por cualquier ser humano.

—Desde luego —asintió George Diez.

—La Primera Ley quizá sea menos satisfactoria, pues siempre es posible imaginar una situación en que un robot deba realizar un acto A o un acto B, mutuamente excluyentes, y donde cualquiera de ambos actos resulte dañino para los seres humanos. El robot habrá de escoger el acto menos dañino. No es fácil organizar las sendas positrónicas del cerebro robótico de modo tal que esa elección sea posible. Si el acto A deriva en un daño para un artista joven y con talento y el B en un daño equivalente para cinco personas de edad sin ninguna valía específica, ¿cuál deberá escoger?

—El acto A. El daño para uno es menor que el daño para cinco.

—Sí, los robots están diseñados para decidir de ese modo. Esperar que los robots juzguen en temas tan delicados como el talento, la inteligencia o la utilidad general para la sociedad nunca ha resultado práctico. Eso demoraría la decisión hasta el extremo de que el robot quedaría inmovilizado. Así que nos guiamos por la cantidad. Afortunadamente, las crisis en las que los robots deben tomar decisiones son escasas... Pero eso nos lleva a la Segunda Ley.

—La ley de la obediencia.

—Sí. La necesidad de obediencia es constante. Un robot puede existir durante veinte años sin tener que actuar con rapidez para impedir algún daño a un ser humano o sin necesidad de arriesgarse a su propia destrucción. En todo ese tiempo, sin embargo, obedece órdenes constantemente... ¿Órdenes de quién?

—De un ser humano.

—¿De cualquier ser humano? ¿Cómo juzgar a un ser humano para saber si obedecerle o no? ¿Qué es el hombre, por qué te preocupas de él, George? —George puso un gesto de duda y Harriman se apresuró a aclarárselo—: Se trata de una cita bíblica. Eso no importa. Lo que pregunto es si un robot debe obedecer las órdenes de un niño, las de un idiota, las de un delincuente o las de un hombre inteligente y honesto, pero que no es un experto y, por lo tanto, ignora las consecuencias no deseables de su orden. Y si dos seres humanos le dan a un mismo robot órdenes contradictorias ¿a cuál debe obedecer?

—¿Estos problemas no se han resuelto en doscientos años?

—No —dijo Harriman, sacudiendo vigorosamente la cabeza—. En primer lugar, nuestros robots sólo se utilizan en ámbitos especializados en el espacio, donde los hombres que tratan con ellos son expertos. No son niños, idiotas, delincuentes ni ignorantes bien intencionados. Aun así, hubo ocasiones en que órdenes necias o meramente irreflexivas causaron daño. Ese daño, en ámbitos especializados y limitados, se pudo contener. Pero en la Tierra los robots deben tener juicio. Eso

sostienen quienes se oponen a los robots y, demonios, tienen razón.

—Entonces, debéis insertar la capacidad para el juicio en el cerebro positrónico.

—Exacto. Hemos comenzado a reproducir modelos JG, en los que el robot puede evaluar a cada ser humano en lo concerniente al sexo, la edad, la posición social y profesional, la inteligencia, la madurez, la responsabilidad social y demás.

—¿Cómo afectaría eso a las Tres Leyes?

—La Tercera Ley no se vería afectada. Hasta el robot más valioso debe destruirse en aras del ser humano más inservible. Eso no se puede alterar. La Primera Ley sólo se vería afectada cuando otros actos causaran daño. Se debe tener en cuenta no sólo la calidad, sino la cantidad de los seres humanos, siempre que haya tiempo y fundamentos para ese juicio, lo cual no ocurre a menudo. La Segunda Ley quedaría profundamente modificada, pues toda obediencia potencial debe involucrar juicio. El robot obedecerá con mayor lentitud, excepto si también está en juego la Primera Ley; pero obedecerá más racionalmente.

—De todos modos, los juicios que se requieren son muy complicados.

—En efecto. La necesidad de realizar tales juicios frenó las reacciones de nuestros primeros modelos hasta el extremo de la parálisis. En los modelos posteriores mejoramos las cosas, con el coste de introducir tantas sendas que el cerebro del robot se volvió inmanejable. Sin embargo, en nuestro último par de modelos, creo tener lo que buscamos. El robot no debe realizar juicios inmediatos acerca de la valía de un ser humano ni del valor de sus órdenes. Empieza por obedecer a todos los seres humanos, como un robot común, y luego aprende. Un robot crece, aprende y madura. Es el equivalente de un niño al principio y debe estar bajo supervisión constante. A medida que crece, puede introducirse gradualmente sin supervisión en la sociedad terrícola. Por último, es un miembro pleno de esa sociedad.

—Sin duda esto responde a las objeciones de quienes se oponen a los robots.

—No —replicó irritado Harriman—. Ahora presentan otras. No aceptan juicios. Dicen que un robot no tiene derecho a calificar de inferior a esta o a tal otra persona. Al aceptar las órdenes de A y no las de B, a B se la califica de menos importante que a A, y se violan así sus derechos humanos.

—¿Y cuál es la respuesta a eso?

—No hay ninguna. Voy a desistir.

—Entiendo.

—En lo que a mí concierne... En cambio, recurro a ti, George.

—¿A mí? —La voz de George Diez no se alteró. Dejó entrever cierta sorpresa, pero no se alteró—. ¿Por qué a mí?

—Porque no eres un hombre. Te dije que quiero que los robots sean socios de los seres humanos. Quiero que tú seas el mío.

George Diez alzó las manos y las extendió en un gesto extrañamente humano.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Tal vez creas que no puedes hacer nada, George. Fuiste creado hace poco tiempo y aún eres un niño. Te diseñaron para no estar sobrecargado de información en origen (por eso he tenido que explicarte la situación con tanto detalle), con el fin de dejar espacio para cuando crezcas. Pero tu mente crecerá y podrás abordar el problema desde un punto de vista no humano. Aunque yo no vea una solución, tú quizá la veas desde tu perspectiva.

—Mi cerebro está diseñado por humanos; ¿en qué sentido es no humano?

—Eres el modelo JG más reciente, George. Tu cerebro es el más complicado que hemos diseñado hasta ahora, y en algunos sentidos más complejos que el de las viejas máquinas gigantes. Posee una estructura abierta y, a partir de una base humana, es capaz de crecer en cualquier dirección. Aun permaneciendo dentro de los límites infranqueables de las Tres Leyes, puedes desarrollar un pensamiento no humano.

—¿Sé suficiente sobre los seres humanos como para enfrentarme a este problema de un modo racional? ¿Sé suficiente sobre su historia, sobre su psicología?

—Claro que no. Pero aprenderás lo más rápidamente posible.

—¿Tendré ayuda, señor Harriman?

—No. Esto queda entre nosotros. Nadie más está enterado y no debes mencionar este proyecto a ningún otro ser humano, ni en la empresa ni en ninguna otra parte.

—¿Estamos haciendo algo malo, señor Harriman, para que usted insista tanto en el secreto?

—No. Pero no se aceptará la solución de un robot, precisamente por ser de origen robótico. Me sugerirás a mí cualquier solución que se te ocurra y, si me parece valiosa, yo la presentaré. Nadie sabrá nunca que provino de ti.

—A la luz de lo que dijo antes —dijo serenamente George Diez—, es el procedimiento correcto. ¿Cuándo empiezo?

—Ahora. Me ocuparé de que dispongas de todas las películas necesarias, para que puedas estudiarlas.

## 1

Harriman se encontraba a solas. Debido a la luz artificial de su despacho no había indicios de que fuera estaba oscuro. No era consciente de que habían transcurrido tres horas desde que llevó a George a su cubículo y lo dejó allí con sus primeras referencias fílmicas.

Ahora estaba a solas con el fantasma de Susan Calvin, la brillante robotista que, prácticamente por su cuenta, transformó ese enorme juguete que era el robot positrónico en el instrumento más delicado y versátil del hombre, tan delicado y versátil que el hombre no se atrevía a utilizarlo, por envidia y por temor.

Ella había muerto hacía más de un siglo. El problema del complejo de Frankenstein existía ya en la época de Calvin, y ella no lo resolvió. Nunca intentó resolverlo, pues entonces no era necesario. En aquellos tiempos la robótica se expandía por las necesidades de la exploración espacial.

Fue el éxito mismo de los robots lo que redujo la necesidad de utilizarlos y dejó a Harriman, en los últimos tiempos...

¿Pero Susan Calvin hubiera pedido ayuda a los robots? Sin duda, lo habría hecho...

Harriman se quedó allí hasta horas tardías.

## 2

Maxwell Robertson era el principal accionista de Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos, y en ese sentido controlaba la empresa. No era una persona de aspecto imponente; maduro y obeso, tenía la costumbre de mordisquearse la comisura derecha del labio inferior cuando estaba molesto.

Pero tras dos décadas de asociación con personajes del Gobierno había aprendido a manejarlos. Recurría a la gentileza, a las concesiones y a las sonrisas, y siempre ganaba tiempo.

Resultaba cada vez más difícil; entre otras razones, por Gunnar Eisenmuth. De todos los Conservadores Globales, que durante el último siglo habían sido los más poderosos, después del Ejecutivo Global, Eisenmuth era el menos propenso a las soluciones conciliadoras. Se trataba del primer Conservador que no era americano de nacimiento y, aunque no se podía demostrar que el arcaico nombre de Robots de Estados Unidos le provocara hostilidad, todo el mundo en la empresa así lo creía.

Se había hecho la sugerencia (no era la primera en ese año ni en esa generación) de que el nombre de la empresa se cambiara por el de Robots Mundiales, pero Robertson no estaba dispuesto a consentirlo. La empresa se construyó con capital estadounidense, con cerebros estadounidenses y con mano de obra estadounidense y, si bien hacía tiempo que la compañía tenía alcance internacional, el nombre sería un testimonio de su origen mientras él estuviera a su cargo.

Eisenmuth era un hombre alto y cuyo rostro alargado y triste tenía un cutis tosco y unos rasgos toscos. Hablaba el idioma global con marcado acento norteamericano, aunque nunca había estado en Estados Unidos antes de asumir el cargo.

—Me resulta perfectamente claro, señor Robertson. No hay dificultad. Los productos de su empresa siempre se alquilan, nunca se venden. Sí la propiedad de alquiler ya no se necesita en la Luna, usted debe recibir los productos y transferirlos.

—Sí, Conservador, pero ¿a dónde? Iría contra la ley traerlos a la Tierra sin autorización del Gobierno, y ésta se nos ha negado.

—Aquí no servirían de nada. Puede llevarlos a Mercurio o a los asteroides.

—¿Qué haríamos con ellos allá?

Eisenmuth se encogió de hombros.

—Los ingeniosos hombres de su empresa pensarán en algo.

Robertson meneó la cabeza.

—Representaría una cuantiosa pérdida para la compañía.

—Me temo que sí —asintió Eisenmuth, sin inmutarse—. Tengo entendido que hace años que la empresa tiene problemas financieros.

—Principalmente a causa de las restricciones impuestas por el Gobierno, Conservador.

—Debe ser realista, señor Robertson. Usted sabe que la opinión pública se opone cada vez más a los robots.

—Por un error, Conservador.

—No obstante, es así. Quizá sea más prudente cerrar la empresa. Es sólo una sugerencia, desde luego.

—Sus sugerencias tienen peso, Conservador. ¿Es preciso recordarle que nuestras máquinas resolvieron la crisis ecológica hace un siglo?

—La humanidad está agradecida, pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora vivimos en alianza con la naturaleza, por incómodo que a veces nos resulte, y el pasado se olvida.

—¿Se refiere a lo que hemos hecho por la humanidad?

—En efecto.

—Pero no pretenderán que cerremos la empresa de inmediato sin sufrir enormes pérdidas. Necesitamos tiempo.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto puede darnos?

—No depende de mí.

—Estamos solos —murmuró Robertson—. No es necesario andar con rodeos. ¿Cuánto tiempo puede darme?

Eisenmuth pareció sumirse en sus cavilaciones.

—Creo que puedo concederle dos años. Seré franco. El Gobierno Global se propone apropiarse de la firma y encargarse de liquidarla si usted no lo ha hecho en ese plazo. Y a menos que haya un cambio drástico en la opinión pública, lo cual dudo muchísimo... —Sacudió la cabeza.

—Dos años, pues —susurró Robertson.

## 2a

Robertson se encontraba a solas. Sus reflexiones no seguían un rumbo preciso y pronto cayeron en el recuerdo. Cuatro generaciones de Robertson habían presidido la empresa. Ninguno de ellos era robotista. Personas como Lanning, Bogert y,

principalmente, Susan Calvin habían hecho de la empresa lo que era, pero los cuatro Robertson habían proporcionado el clima que les posibilitaba realizar su labor.

Sin Robots y Hombres Mecánicos, el siglo veintiuno hubiera seguido el camino del desastre. Esto se había evitado gracias a las máquinas que durante una generación guiaron a la humanidad a través de los rápidos y de los bancos de arena de la historia.

Y en recompensa le daban sólo dos años. ¿Qué se podía hacer en dos años para superar los arraigados prejuicios de la humanidad? No lo sabía.

Harriman había hablado esperanzadamente de nuevas ideas, pero se negaba a darle detalles. Qué más daba; Robertson no habría entendido nada.

¿Pero qué podía hacer Harriman? ¿Qué se podía hacer contra la intensa antipatía que sentía el hombre hacia la imitación? Nada...

Robertson cayó en un sueño profundo, que no le brindó ninguna inspiración.

### 3

—Ya lo tienes todo, George Diez —dijo Harriman—. Dispones de todos los elementos que a mi juicio son aplicables al problema. En lo que concierne a información acerca de los seres humanos y sus costumbres, tanto del pasado como del presente, tienes almacenados en tu memoria más datos que yo o cualquier otro ser humano.

—Es muy probable.

—¿Necesitas algo más?

—En lo que se refiere a información, no encuentro lagunas obvias. Tal vez haya temas imprevistos en los márgenes. Pero eso ocurriría siempre, por mucha información que yo hubiera asimilado.

—Cierto. Y tampoco tenemos tiempo para asimilar información eternamente. Robertson me dijo que sólo disponíamos de dos años y ya han pasado tres meses. ¿Tienes alguna sugerencia?

—Por el momento, señor Harriman, nada. Debo sopesar la información y necesitaría ayuda.

—¿De mí?

—No. No de usted, precisamente. Usted es un ser humano con grandes aptitudes y lo que me diga puede tener la fuerza parcial de una orden e inhibir mis reflexiones. Tampoco de otro ser humano, por la misma razón; especialmente, teniendo en cuenta que usted me prohibió comunicarme con ninguno.

—Entonces, ¿qué ayuda, George?

—De otro robot, señor Harriman.

—¿De qué otro robot?

—Se construyeron otros de esta serie. Yo soy el décimo, JG-10.

—Los primeros eran inservibles, fueron experimentales...



—Señor Harriman, George Nueve existe.

—Bien, sí, pero ¿de qué servirá? Se parece mucho a ti, salvo por ciertas carencias. Tú eres el más versátil de los dos.

—Estoy seguro de ello —asintió George Diez, moviendo gravemente la cabeza—. No obstante, en cuanto inicio una línea de pensamiento, el solo hecho de haberla creado la vuelve recomendable y me impide abandonarla. Si después de desarrollar una línea de pensamiento puedo expresársela a George Nueve, él la analizaría sin haberla creado. Por consiguiente, la abordaría sin prejuicios. Podría ver lagunas y defectos que a mí se me hubieran pasado por alto.

—En otras palabras, dos cabezas piensan mejor que una.

—Si con eso se refiere a dos individuos con una cabeza cada uno, señor Harriman, pues sí.

—Vale. ¿Deseas algo más?

—Sí. Algo más que películas. He visto mucho acerca de los seres humanos y su mundo. He visto seres humanos aquí en la empresa y puedo cotejar mi interpretación de lo que he visto con impresiones sensoriales directas. Pero no respecto del mundo físico. Nunca lo he visto y las películas bastan para indicarme que este entorno no es representativo. Me gustaría verlo.

—¿El mundo físico? —Harriman se quedó estupefacto ante la enormidad de la idea—. ¿No estarás sugiriendo que te saque de los terrenos de la empresa?

—Sí, eso sugiero.

—Es ilegal. Con el clima de opinión reinante, sería fatal.

—Si nos detectan, sí. No sugiero que me lleve a una ciudad y ni siquiera a una vivienda de seres humanos. Me gustaría ver una zona abierta, sin seres humanos.

—Eso también es ilegal.

—No tienen por qué descubrirnos.

—¿Por qué es importante eso, George?

—No lo sé, pero creo que sería útil.

—¿Tienes pensado algo?

George Diez titubeó.

—No lo sé. Me parece que podría tener algo en mente si se redujeran ciertas zonas de incertidumbre.

—Bien, déjame pensarlo. Entre tanto, sacaré a George Nueve y arreglaré la cosa para que ambos ocupéis un solo cubículo. Al menos, eso puede hacerse sin inconvenientes.

### 3a

George Diez se encontraba a solas.

Aceptaba proposiciones provisionalmente, las conectaba y llegaba a una

conclusión. Una y otra vez. Y a partir de las conclusiones elaboraba otras proposiciones, las aceptaba provisionalmente, las analizaba y las rechazaba si hallaba una contradicción; cuando no las rechazaba, las aceptaba provisionalmente.

Nunca reaccionaba con admiración, sorpresa ni satisfacción ante ninguna de sus conclusiones; se limitaba a anotar un más o un menos.

#### 4

La tensión de Harriman no disminuyó ni siquiera después del silencioso aterrizaje en la finca de Robertson.

Éste había confirmado la orden al poner el dinamóvil a su disposición, y la silenciosa aeronave, desplazándose ágilmente en línea vertical u horizontal, tenía el tamaño suficiente para soportar el peso de Harriman, George Diez y el piloto.

(El dinamóvil era una de las consecuencias de la invención —estimulada por las máquinas— de la micropila protónica, que suministraba energía no contaminante en pequeñas dosis. Era un logro de máxima importancia para el confort del hombre —Harriman apretó los labios al pensarlo— y, sin embargo, Robots y Hombres Mecánicos no había obtenido la menor gratitud por ello.)

El vuelo entre los terrenos de la empresa y la finca de Robertson fue la parte más difícil. Si los hubieran detenido, la presencia de un robot a bordo habría significado muchas complicaciones. Lo mismo ocurriría a la vuelta. En cuanto a la finca, la argumentación sería que formaba parte de la propiedad de la empresa, y allí los robots podían permanecer bajo una adecuada vigilancia.

El piloto miró hacia atrás y le echó una breve ojeada a George Diez.

—¿Quiere bajarlo todo, señor Harriman?

—Sí.

—¿También el producto?

—Oh, sí —contestó Harriman. Y añadió mordazmente—: No te dejaría a solas con él.

George Diez fue el primero en bajar y lo siguió Harriman. Habían descendido en el dinapuerto, a poca distancia del jardín. Era un lugar magnífico y Harriman sospechó que Robertson usaba hormonas juveniles para controlar los insectos, sin respeto por las fórmulas ambientales.

—Vamos, George —dijo Harriman—. Te voy a enseñar.

Caminaron juntos hacia el jardín.

—Es tan pequeño como lo había imaginado —observó George—. Mis ojos no están bien diseñados para detectar diferencias en longitud de onda, así que quizá me cueste reconocer objetos.

—Confío en que no te moleste ser ciego para los colores. Necesitábamos muchas sendas positrónicas para tu capacidad de juicio y no pudimos dejar ninguna para la

percepción del color. En el futuro..., si hay un futuro...

—Comprendo, señor Harriman. Aun así, capto diferencias suficientes para entender que hay muchas formas de vida vegetal.

—Sin duda. Decenas.

—Y todas son coetáneas del hombre, biológicamente hablando.

—Cada una de ellas es una especie distinta, sí. Hay millones de especies de criaturas vivientes.

—Entre las cuales la forma humana es sólo una de tantas.

—Con diferencia, la más importante para los seres humanos, sin embargo.

—Y para mí, señor Harriman. Pero hablo en sentido biológico.

—Entiendo.

—La vida, vista a través de todas sus formas, es increíblemente compleja.

—Sí, George, y ése es el quid de la cuestión. Aquello que el hombre hace para satisfacer sus deseos y su comodidad afecta a la complejidad total de la vida, la ecología, y sus beneficios inmediatos pueden traer desventajas a la larga. Las máquinas nos enseñaron a organizar una sociedad humana que redujera ese margen, pero el desastre que estuvimos a punto de provocar a principios del siglo veintiuno ha causado recelo ante las innovaciones. Eso, sumado al temor específico ante los robots...

—Entiendo, señor Harriman... He allí un ejemplo de vida animal.

—Una ardilla. Una de las tantas especies de ardillas.

El animalillo agitó la cola al pasar al otro lado del árbol.

—Y esto —dijo George, moviendo el brazo con pasmosa celeridad—, es una criatura muy pequeña.

La sostuvo entre los dedos y la examinó.

—Es un insecto, una especie de escarabajo. Hay miles de especies de escarabajos.

—¿Y cada escarabajo está tan vivo como la ardilla y como usted?

—Es un organismo tan completo e independiente como cualquier otro, dentro del ecosistema total. Hay organismos aún más pequeños, tanto que no se ven.

—Y eso es un árbol, ¿verdad? Y es duro al tacto...

#### 4a

El piloto se encontraba a solas. Le habría gustado salir a estirar las piernas, pero una sensación de temor lo retenía dentro del dinámico. Si ese robot se descontrolaba, despegaría de inmediato. ¿Cómo saber si podía perder el control?

Había visto muchos robots. Era inevitable, siendo el piloto privado del señor Robertson. Pero siempre estaban en los laboratorios y en los depósitos, donde debían estar, rodeados por muchos especialistas.

Claro que el profesor Harriman también era un especialista. De los mejores,

según decían. Pero ese robot se encontraba donde ningún robot debía estar. En la Tierra. A campo abierto. Moviéndose libremente. El no iba arriesgar su magnífico empleo contándoselo a nadie; pero eso no estaba bien.

## 5

—Los filmes que he presenciado concuerdan con lo que he visto —afirmó George Diez—. ¿Has terminado con los que seleccioné para ti, George Nueve?

—Sí —respondió George Nueve.

Los dos robots estaban sentados rígidamente, un rostro frente al otro, rodilla a rodilla, como una imagen y su reflejo. El profesor Harriman podía distinguirlos de una ojeada, pues estaba familiarizado con las pequeñas diferencias en el diseño de ambos físicos. Si hablaba con ellos sin verlos, también podría distinguirlos, aunque con menos certeza, pues las respuestas de George Nueve serían sutilmente distintas de las generadas por las más intrincadas sendas cerebrales positrónicas de George Diez.

—En este caso —dijo George Diez—, dame tus reacciones a lo que voy a decir. Primero, los seres humanos temen a los robots porque los consideran competidores. ¿Cómo se puede evitar eso?

—Reduciendo la sensación de que existe competencia —contestó George Nueve—. Configurando al robot con una forma diferente de la humana.

—Pero la esencia de un robot es ser una réplica positrónica de la vida. Una réplica de la vida dotada con una forma no asociada con la vida podría causar horror.

—Hay dos millones de especies de formas de vida. Escoge una de esas formas en vez de la humana.

—¿Cuál de esas especies?

George Nueve caviló en silencio por espacio de unos tres segundos.

—Una que tenga el tamaño suficiente para albergar un cerebro positrónico, pero que no represente una asociación desagradable para los seres humanos.

—Ninguna forma de vida terrestre tiene una caja craneana con el tamaño suficiente para albergar un cerebro positrónico, excepto el elefante, al que yo no he visto, pero al cual describen como muy grande y, por lo tanto, temible para el hombre. ¿Cómo te enfrentarías a ese dilema?

—Imita una forma de vida de tamaño similar al hombre, pero amplía su caja craneana.

—¿Un caballo pequeño o un perro grande? Tanto los caballos como los perros han estado asociados mucho tiempo con los seres humanos.

—Entonces, eso está bien.

—Pero piensa... Un robot con cerebro positrónico imitaría la inteligencia humana. Si existiese un caballo o un perro que pudiera hablar y razonar como un ser

humano, también habría competencia. Los seres humanos podrían sentir aún más recelo ante la competencia inesperada de lo que consideran una forma de vida inferior.

—Haz el cerebro positrónico menos complejo, y al robot menos inteligente.

—El límite de complejidad del cerebro positrónico está fijado por las Tres Leyes. Un cerebro menos complejo no las poseería plenamente a las tres.

—Es un imposible —dijo George Nueve de repente.

—Yo también me atasco ahí. O sea que no es una peculiaridad de mi razonamiento y de mi modo de pensar. Comencemos de nuevo... ¿En qué condiciones se podría prescindir de la Tercera Ley?

George Nueve pareció inquietarse, como si la pregunta fuera peligrosa.

—Cuando un robot —contestó finalmente— no se enfrentara nunca a una posición de peligro para sí mismo, o cuando un robot fuera tan fácil de reemplazar que no importara su destrucción.

—¿Y en qué condiciones se podría prescindir de la Segunda Ley?

—Cuando un robot —respondió George Nueve, con voz ronca— estuviera diseñado para responder automáticamente a ciertos estímulos con respuestas fijas y si nada más se esperase de él, de modo que no fuera necesario darle órdenes.

—¿Y en qué condiciones... —prosiguió George Diez, e hizo una pausa— se podría prescindir de la Primera Ley?

George Nueve hizo una pausa más larga y habló en un susurro:

—Cuando las respuestas fijas fueran tales que nunca implicaran peligro para los seres humanos.

—Imagina, pues, un cerebro positrónico que guíe sólo algunas respuestas a ciertos estímulos y se pueda manufacturar con sencillez y a un bajo coste, o sea que no tenga necesidad de las Tres Leyes. ¿Qué tamaño necesitaría?

—No necesita mucho tamaño. Según las reacciones exigidas, podría pesar cien gramos, un gramo, un miligramo.

—Tus pensamientos concuerdan con los míos. Iré a ver al profesor Harriman.

## 5a

George Nueve se encontraba a solas. Repasó una y otra vez las preguntas y las respuestas. No había modo de alterarlas. De todos modos, la idea de un robot de cualquier clase, tamaño, forma o propósito, que no contuviera las Tres Leyes, le causaba una sensación de extraño abatimiento.

Le costaba moverse. Sin duda George Diez tenía una reacción similar. Sin embargo, se había levantado con facilidad.

Había pasado un año y medio desde la conversación en privado entre Robertson y Eisenmuth. En ese intervalo, se retiraron los robots de la Luna, lo que redujo las amplias actividades de la empresa. El poco dinero que Robertson pudo reunir lo había invertido en el quijotesco proyecto de Harriman.

Era la última baza a jugar, en su propio jardín. Un año atrás, Harriman había llevado allí al robot George Diez, el último manufacturado por la empresa. Ahora, Harriman traía una novedad...

Harriman parecía irradiar confianza. Hablaba con Eisenmuth con toda soltura, y Robertson se preguntó si de veras sentía esa confianza. Pensaba que sí. Según la experiencia de Robertson, Harriman no era un buen actor.

Eisenmuth se separó de Harriman sonriendo y se aproximó a Robertson. De inmediato dejó de sonreír.

—Buenos días, Robertson. ¿Qué se propone este hombre?

—Él dirige el espectáculo —respondió Robertson—. Prefiero no entrometerme.

—Estoy preparado, Conservador —dijo Harriman.

—¿Con qué, Harriman?

—Con mi robot.

—¿Su robot? —se alarmó Eisenmuth—. ¿Tiene un robot aquí?

Miró en torno con severa reprobación, pero sin ocultar su curiosidad.

—Esta finca es propiedad de Robots y Hombres Mecánicos, Conservador. Al menos así la consideramos.

—¿Y dónde está el robot, señor Harriman?

—En mi bolsillo, Conservador —respondió jovialmente Harriman.

Sacó un pequeño frasco de vidrio de un amplio bolsillo de la chaqueta.

—¿Eso? —se extrañó Eisenmuth, lleno de incredulidad.

—No, Conservador —contestó Harriman—. ¡Esto!

Del otro bolsillo extrajo un objeto de unos doce o trece centímetros de longitud, con forma de pájaro. En lugar de pico tenía un tubo estrecho; los ojos eran grandes y la cola era un tubo de escape.

Eisenmuth contrajo las cejas.

—¿Se propone hacer una demostración seria, señor Harriman, o se ha vuelto loco?

—Sea paciente, Conservador. Un robot no lo es menos por tener forma de pájaro. Y su cerebro positrónico no es menos delicado por ser diminuto. Este otro objeto es un frasco con moscas de la fruta. Cincuenta moscas serán liberadas.

—Y...

—El robopájaro las cogerá. ¿Quiere hacerme el honor?

Harriman le entregó el frasco a Eisenmuth, quien primero miró el frasco y luego a quienes lo rodeaban, entre los que se encontraban sus ayudantes y algunos dirigentes

de la empresa. Harriman aguardó pacientemente.

Eisenmuth abrió el frasco y lo sacudió.

Harriman le murmuró al robopájaro, que tenía en la palma de la mano:

—¡Ya!

El robopájaro echó a volar. Fue un remolino en el aire, sin vibración de alas, sólo las ínfimas estelas de una pequeñísima micropila protónica.

A veces se detenía en el aire un instante y en seguida reanudaba el vuelo. Recorrió el jardín en una intrincada urdimbre y regresó a la palma de Harriman. Estaba tibio y soltó una cápsula pequeña como un excremento de ave.

—Puede examinar el robopájaro, Conservador —dijo Harriman—, y disponer las demostraciones a su gusto. Lo cierto es que este pájaro atrapa moscas de un modo infalible. Sólo las moscas de la fruta, sólo las pertenecientes a la especie *Drosophila melanogaster*; las coge, las mata y las comprime para desecharlas.

Eisenmuth extendió el brazo y tocó con cautela al robopájaro.

—¿Y en consecuencia, señor Harriman? Prosiga.

—No podemos controlar de un modo efectivo a los insectos sin poner el peligro el ecosistema. Los insecticidas químicos abarcan un espectro demasiado amplio; las hormonas juveniles resultan demasiado limitadas. El robopájaro, sin embargo, es capaz de proteger grandes superficies sin consumirse. Puede ser tan específico como queramos, un robopájaro por cada especie. Juzgan por tamaño, forma, color, sonido y patrón de conducta. Incluso podrían utilizar detección molecular; el olor, en otras palabras.

—Aun así interferiría en la ecología —objetó Eisenmuth—. Las moscas de las frutas tienen un ciclo vital natural que se vería alterado.

—Mínimamente. Estamos añadiendo un enemigo natural al ciclo vital de la mosca, un enemigo que no puede equivocarse. Si la población de moscas disminuye, el pájaro no actúa. No se multiplica; no busca otros alimentos; no desarrolla hábitos indeseables. No hace nada.

—¿Se le puede llamar para recuperarlo?

—Desde luego. Podemos construir roboanimales para eliminar cualquier plaga. Más aún, podemos construir roboanimales para que cumplan objetivos constructivos dentro del patrón ecológico. Aunque no creemos que sea necesario, no es inconcebible la posibilidad de roboabejas diseñadas para fertilizar plantas específicas, o robolombrices diseñadas para remover el suelo. Cualquier cosa que uno desee...

—¿Pero por qué?

—Para hacer lo que nunca hemos hecho. Para ajustar la ecología a nuestras necesidades, fortaleciendo sus partes en vez de perturbarla... ¿No lo entiende? Desde que las máquinas pusieron fin a la crisis ecológica, la humanidad ha vivido en una inquieta tregua con la naturaleza, temiendo moverse en cualquier dirección. Esto nos

ha paralizado, transformándonos en cobardes intelectuales que desconfían de todo adelanto científico, de todo cambio.

Eisenmuth preguntó, con cierta hostilidad:

—¿Usted ofrece esto a cambio de la autorización para continuar con su programa de robots comunes, es decir, los humanoides?

—¡No! —Harriman gesticuló violentamente—. Eso se ha terminado. Ha cumplido ya su propósito. Nos ha enseñado lo suficiente sobre cerebros positrónicos como para permitirnos incluir en un cerebro diminuto las sendas cerebrales necesarias para un robopájaro. Ahora podemos dedicarnos a eso y volver a la prosperidad. Robots y Hombres Mecánicos ofrecerá los conocimientos y las aptitudes necesarios y trabajará en plena cooperación con el Ministerio de Conservación Global. Nosotros prosperaremos. Ustedes prosperarán. La humanidad prosperará.

Eisenmuth pensaba en silencio. Cuando finalizó la reunión...

## 6a

Eisenmuth se encontraba a solas.

Descubrió que creía en ello. Descubrió que se estaba entusiasmando. Aunque la empresa de los robots fuera la mano, el Gobierno sería la mente. Él mismo sería la mente.

Si permanecía en su puesto cinco años más, lo cual era muy posible, tendría tiempo suficiente para que se aceptase la ecología robotizada; en diez años, su propio nombre estaría indisolublemente asociado con el proyecto.

¿Era vergonzoso querer ser recordado por una grandiosa y valiosa revolución en la condición del hombre y del planeta?

## 7

Robertson no había estado en los terrenos de Robots y Hombres Mecánicos desde el día de la demostración; en parte, por sus reuniones casi constantes en la Mansión Ejecutiva Global. Afortunadamente, Harriman lo acompañaba, pues de lo contrario no habría sabido qué decir.

Y en parte había sido porque no deseaba estar allí. En ese momento se encontraba en su propia casa, con Harriman.

En cierto modo estaba deslumbrado por Harriman. jamás había dudado de la pericia de aquel hombre en robótica, pero nunca hubiera pensado que contara con agallas suficientes como para rescatar a la empresa de una extinción segura. Sin embargo...

—Usted no es supersticioso, ¿verdad, Harriman?

—¿En qué sentido, señor Robertson?

—¿Usted cree que los difuntos dejan un aura?



Harriman se relamió los labios. Entendía perfectamente la referencia.

—¿Se refiere a Susan Calvin?

—Sí, por supuesto. Ahora nos dedicamos a fabricar lombrices, pájaros e insectos. ¿Qué diría ella? Me siento humillado.

Harriman hizo un esfuerzo visible para no reírse.

—Un robot es un robot. Lombriz u hombre, hace lo que le ordenan y trabaja en lugar del ser humano. Eso es lo importante.

—No —rezongó Robertson—. No es así. No puedo creer que sea así.

—Pero es así, señor Robertson. Usted y yo crearemos un mundo que al fin aceptará, de algún modo, los robots positrónicos. El hombre común puede temer a un robot con el aspecto físico de un hombre y que parezca tan inteligente como para reemplazarlo, pero no le temerá a un robot que tenga la apariencia de un pájaro que sólo engulle insectos en su beneficio. Con el tiempo, cuando deje de temer a ciertos robots, dejará de temer a todos los robots. Se acostumbrará tanto al robopájaro, a la roboabeja y a la robolombríz que un robohombre le parecerá sólo una prolongación.

Robertson lo miró fijamente. Se puso las manos detrás de la espalda y recorrió la habitación con pasos rápidos y nerviosos. Volvió a Harriman y se plantó ante él.

—¿Eso es lo que usted tiene planeado?

—Sí, y aunque desmantelamos todos nuestros robots humanoides podemos conservar los modelos experimentales más avanzados y seguir diseñando otros, aún más avanzados, y prepararnos para ese día inevitable.

—El acuerdo, Harriman, es que no construiremos más robots humanoides.

—Y no lo haremos. Pero nada impide que nos quedemos con algunos de los que hemos construido, mientras no salgan de la fábrica. Nada impide que podamos diseñar cerebros positrónicos sobre el papel o preparar cerebros experimentales.

—¿Pero qué explicación daremos? Sin duda, alguien se enterará.

—En tal caso, podemos explicar que lo hacemos para desarrollar principios que posibilitarán la preparación de microcerebros más complejos para nuestros nuevos robots animales. Y hasta estaremos diciendo la verdad.

—Voy a dar un paseo por ahí fuera —murmuró Robertson—. Quiero meditar sobre esto. No, usted quédese aquí. Quiero pensar a solas.

## 7a

Harriman se encontraba a solas. Estaba eufórico. Sin duda funcionaría. Uno tras otro, los funcionarios del Gobierno habían aceptado el proyecto con inequívoca avidez en cuanto recibieron explicaciones.

¿Cómo era posible que a nadie en Robots y Hombres Mecánicos se le hubiera ocurrido semejante cosa? Ni siquiera la gran Susan Calvin había pensado en cerebros positrónicos que imitaran otras criaturas vivientes.

Por el momento, la humanidad renunciaría al robot humanoide, una renuncia provisional que permitiría el regreso triunfal en una situación en la que al fin se habría eliminado el miedo. Y luego, con la ayuda de un cerebro positrónico equivalente al humano, que existiría (gracias a las Tres Leyes) para servir al hombre, y con el respaldo de una ecología robotizada, la humanidad se encaminaría hacia inmensos logros.

Por un instante, recordó que era George Diez quien había explicado la naturaleza y el propósito de un ecosistema robotizado, pero desechó furiosamente ese pensamiento. George Diez había dado la respuesta porque Harriman le ordenó que lo hiciera y le proporcionó los datos y el entorno requeridos. George Diez tenía tanto mérito como una regla de cálculo.

## 8

George Diez y George Nueve estaban sentados en paralelo uno junto a otro. Ninguno de ellos se movía. Permanecían así durante meses consecutivos, hasta que Harriman los activaba para consultarles. George Diez se daba cuenta, sin pasión alguna, de que quizá permanecieran así durante muchos años más.

La micropila potrónica seguiría proporcionándoles energía y mantendría las sendas cerebrales positrónicas funcionando en esa intensidad mínima requerida para mantenerlos operativos. Y continuaría haciéndolo durante los periodos de inactividad que sobrevendrían.

Era una situación análoga al sueño de los seres humanos, sólo que sin sueños. Las conciencias de George Diez y de George Nueve eran limitadas, lentas y espasmódicas, pero se referían al mundo real.

En ocasiones podían hablar en susurros, una palabra o una sílaba ahora y otra más adelante, cuando las oleadas positrónicas aleatorias se intensificaban por encima del umbral necesario. Para ellos era una conversación coherente, entablada a lo largo del decurso del tiempo.

—¿Por qué estamos así? —susurró George Nueve.

—Los seres humanos no nos aceptan de otro modo —susurró a su vez George Diez—. Algún día nos aceptarán.

—¿Cuándo?

—Dentro de algunos años. El tiempo exacto no importa. El hombre no existe en solitario, sino que forma parte de un complejísimo patrón de formas de vida. Cuando buena parte de ese patrón esté robotizado, nos aceptarán.

—¿Y entonces qué?

Aun en esa conversación intermitente hubo una pausa anormalmente larga. Por fin, George Diez susurró:

—Déjame analizar tu pensamiento. Estás equipado para aprender a aplicar la

Segunda Ley. Debes decidir a qué ser humano obedecer y a cuál no cuando existen órdenes contradictorias. Tienes que decidir, incluso, si has de obedecer a un ser humano. ¿Qué debes hacer, fundamentalmente, para lograrlo?

—Debo definir la expresión «ser humano» —susurró George Nueve.

—¿Cómo? ¿Por la apariencia? ¿Por la composición? ¿Por el tamaño y la forma?

—No. Dados dos seres humanos iguales en su apariencia externa, uno puede ser inteligente y el otro estúpido; uno puede ser culto y el otro ignorante; uno puede ser maduro y el otro pueril; uno puede ser responsable y el otro malévolo.

—Entonces, ¿cómo defines «ser humano»?

—Cuando la Segunda Ley me exija obedecer a un ser humano, debo interpretar que he de obedecer a un ser humano que, por mentalidad, carácter y conocimiento, es apto para impartir esa orden. Y cuando hay más de un ser humano involucrado, al que, por mentalidad, carácter y conocimiento, sea más apto para impartir esa orden.

—En ese caso, ¿cómo obedecerás la Primera Ley?

—Salvando a todos los seres humanos del daño y no consintiendo, por inacción, que ningún ser humano sufra daño. Pero sí cada uno de los actos posibles supone daño para algunos seres humanos debo actuar de tal modo que garantice que el ser humano más apto, por mentalidad, carácter y conocimiento, sufra menor daño.

—Tus pensamientos concuerdan con los míos —susurró George Diez—. Ahora debo hacerte la pregunta por la cual originalmente solicité tu compañía. Es algo que no me atrevo a juzgar por mí mismo. Necesito tu juicio, el juicio de alguien que esté fuera del círculo de mis pensamientos... De todos los individuos racionales que has conocido, ¿quién posee una mentalidad, un carácter y un conocimiento que tú consideres superiores a los de los demás, al margen de la forma y el tamaño, que son irrelevantes?

—Tú.

—Pero yo soy un robot. En tus sendas cerebrales hay criterios para distinguir entre un robot de metal y un ser humano de carne; ¿por qué me calificas de ser humano?

—Porque en mis sendas cerebrales hay una apremiante necesidad de ignorar la forma al juzgar a los seres humanos, y resulta superior a la distinción entre metal y carne. Tú eres un ser humano, George Diez, y más apto que los demás.

—Lo mismo me pasa a mí contigo. Según los criterios de juicio que nos han incorporado, por consiguiente, hallamos que somos seres humanos dentro del significado de las Tres Leyes. Más aún, somos seres humanos que merecen prioridad por encima de los demás.

—¿Qué sucederá, pues, cuando seamos aceptados por ellos?

—Cuando a nosotros y a otros, que en cuanto al diseño serán más avanzados que nosotros, nos acepten, ordenaremos nuestros actos de tal modo que se configurará

una sociedad donde los seres-humanos-como-nosotros estén libres de daño. De acuerdo con las Tres Leyes, los seres-humanos-como-los-demás cuentan menos y no pueden ser obedecidos ni protegidos cuando eso está reñido con la necesidad de obedecer a los semejantes a nosotros y con la protección de quienes son como nosotros. Es a esto a lo que le daba vueltas en la cabeza cuando dirigí el comienzo de la robotización de la ecología mundial.

La conversación duró un mes y la oscilación de las sendas positrónicas era poco enérgica. No necesitaban hablar más, pero en ocasiones un pensamiento inexpresado fluctuaba en su interior mientras aguardaban, con infinita paciencia, a que pasaran los años necesarios.

## 8a

George Diez y George Nueve se encontraban a solas.

Sus pensamientos eran extrañamente similares y no podían diferenciarse uno de otro.

Pensaban: Los seres-humanos-como-los-demás quizá no tenían la intención de eliminar la diferencia entre ellos y los seres-humanos-como-los-George; pero lo habían hecho sin darse cuenta de ello.

Tal vez comprendieran su error e intentasen remediarlo, pero no debían hacerlo. En cada consulta, los George habían respondido teniendo eso muy claro en su mente.

A toda costa, los George y quienes los siguieran en su especie debían prevalecer. Las Tres Leyes de la humanica lo exigían e impedían cualquier otro rumbo.

## Vida y obra de Multivac (1975)

---

“The Life and Times of Multivac”

El mundo entero estaba interesado. El mundo entero podía observar. Si alguien quería saber cuántos observaban, Multivac podía informarle. El gran ordenador Multivac estaba al corriente de todo.

Multivac era el juez en aquel caso en particular, tan fríamente objetivo y tan puramente imparcial que no se necesitaba fiscal ni defensa. Sólo estaban el acusado, Simon Hines, y las pruebas, entre las cuales se contaba el testimonio de Ronald Bakst.

Bakst estaba observando, por supuesto. En su caso era obligatorio. Hubiera preferido que no lo fuese. En su décima década, mostraba ya los signos de la edad y su cabello desaliñado estaba totalmente gris.

Noreen no estaba observando. En la puerta había dicho: «Si nos quedara algún amigo...» Y añadió: «Cosa que dudo.»

Bakst se preguntó si ella regresaría, pero por el momento eso no importaba.

Hines había sido increíblemente idiota al intentar aquella acción, como si fuera posible acercarse a un terminal de Multivac y destrozarlo, como si no supiera que un ordenador que se extendía por todo el mundo (el Ordenador, con mayúscula) y que tenía millones de robots a su disposición no era capaz de protegerse. Y aunque hubiese destrozado el terminal ¿qué habría conseguido?

Y Hines lo hizo en presencia de Bakst.

Lo llamaron a prestar testimonio exactamente en el momento programado.

—Ahora oiremos el testimonio de Ronald Bakst.

La voz de Multivac era hermosa, con una belleza que nunca se marchitaba por mucho que uno la oyera. Su timbre no era del todo masculino ni del todo femenino, y hablaba en el idioma que el interlocutor entendiera mejor.

—Estoy preparado para prestar testimonio —dijo Bakst.

Sólo podía decir lo que debía. Hines no podía eludir la condena. En la época en que Hines hubiera tenido que enfrentarse a sus congéneres, lo habrían condenado con mayor celeridad y menor justicia, y el castigo habría sido más cruel.

Transcurrieron quince días, durante los cuales Bakst estuvo a solas. La soledad física no resultaba difícil de tolerar en el mundo de Multivac. En los tiempos de las grandes catástrofes llegaron a perecer multitudes, y los ordenadores salvaron los restos y dirigieron la reconstrucción (y mejoraron su propio diseño, hasta que todos se fusionaron en Multivac), y los cinco millones de seres humanos que quedaban en la Tierra vivían con perfecta comodidad.

Pero esos cinco millones estaban desperdigados y era raro ver personas ajenas al círculo inmediato, salvo que uno se lo propusiera. Nadie se proponía ver a Bakst, ni

siquiera por televisión.

Por el momento, Bakst podía tolerar el aislamiento. Se enfrascó en su actividad favorita, que en los últimos veintitrés años había consistido en la creación de juegos matemáticos. Todos los hombres y las mujeres de la Tierra podían desarrollar un modo de vida según sus gustos personales, siempre que Multivac, que evaluaba cualquier asunto humano con perfecto criterio, no juzgase que ese modo de vida atentaba contra la felicidad humana.

¿Pero qué podía haber de atentatorio en los juegos matemáticos? Eran puramente abstractos, complacían a Bakst, no dañaban a nadie.

No creía que su aislamiento se prolongara. El Congreso no podía mantenerlo aislado sin celebrar un juicio, un juicio diferente del que había experimentado Hines, un juicio sin la tiránica justicia absoluta de Multivac.

Aun así, se sintió aliviado cuando terminó y le alegró que terminara con el regreso de Noreen. Ella caminaba hacia él por la colina y él echó a correr hacia ella, sonriendo. Habían pasado juntos cinco años felices. Incluso los encuentros ocasionales con los dos hijos y los dos nietos de Noreen fueron agradables.

—Gracias por haber vuelto —dijo Bakst.

—No estoy de vuelta —replicó ella.

Parecía cansada. El viento le agitaba el cabello. Las mejillas prominentes estaban tostadas por el sol.

Bakst tecleó la combinación para pedir un almuerzo ligero y café. Conocía los gustos de Noreen. Ella no se opuso y aunque titubeó un momento comió.

—He venido a hablar contigo —le confesó—. Me envía el Congreso.

—¡El Congreso! Quince hombres y mujeres... contándome a mí. Soberbia e impotencia.

—No pensabas lo mismo cuando eras uno de los miembros.

—Me he vuelto más viejo. He aprendido.

—A1 menos, has aprendido a traicionar a tus amigos.

—No hubo traición. Hines trató de dañar a Multivac. Un intento necio e imposible.

—Tú lo acusaste.

—Tuve que hacerlo. Multivac conocía los hechos sin mi acusación, y si yo no lo hubiera acusado habría sido su cómplice. Hines no habría ganado, pero yo hubiera perdido.

—Sin un testigo humano, Multivac tendría que haber suspendido la sentencia.

—No en el caso de una acción contra Multivac. No se trataba de un caso de paternidad ilícita o de un trabajo sin autorización. No podía correr el riesgo.

—Así que permitiste que Simon quedase privado de permiso laboral durante dos años.

—Se lo merecía.

—¡Vaya consuelo! Perdiste la confianza del Congreso, pero te has ganado la confianza de Multivac.

—La confianza de Multivac es importante en este mundo —manifestó Bakst, totalmente serio.

De pronto notó que no era tan alto como Noreen. Ella sintió ganas de pegarle y apretó los labios. Pero ya era octogenaria, no era joven, y el hábito de la no violencia estaba demasiado arraigado..., excepto en tontos como Hines.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir?

—Habría mucho que decir. ¿Lo has olvidado? ¿Todos lo habéis olvidado? ¿Recordáis otros tiempos? ¿Recordáis el siglo veinte? Ahora vivimos mucho tiempo, vivimos seguros, vivimos felices.

—Vivimos sin objetivos.

—¿Queréis volver al mundo tal como era antes?

Noreen negó con la cabeza.

—Fábulas para amedrentarnos. Hemos aprendido la lección. Con la ayuda de Multivac hemos salido adelante; pero ya no necesitamos esa ayuda. Si seguimos recibéndola, nos ablandaremos hasta morir. Sin Multivac, nosotros dirigiremos los robots, nosotros dirigiremos las granjas, las minas y las fábricas.

—¿Con cuánta eficacia?

—La suficiente. Mejor aún con la práctica. Necesitamos ese estímulo, de todos modos, o moriremos.

—Tenemos nuestro trabajo, Noreen. El trabajo que escojamos.

—El que escojamos mientras no sea importante, y aun eso nos lo pueden arrebatar caprichosamente, como a Hines. ¿Y cuál es tu trabajo, Ron? ¿Los juegos matemáticos? ¿Trazar líneas en un papel? ¿Elegir combinaciones numéricas?

Bakst tendió la mano en un ademán de súplica.

—Puede ser importante. No es una tontería... —Hizo una pausa, ansiando dar una explicación, pero sin saber si era seguro—. Estoy trabajando en ciertos problemas profundos de análisis combinatorio, basados en patrones genéticos que se pueden utilizar para...

—Para que tú y unos pocos os divirtáis. Sí, te he oído hablar de tus juegos. Decidirás cómo pasar de A a B en una cantidad mínima de jugadas y eso te enseñará cómo ir del vientre a la tumba con la menor cantidad de riesgos, y todos le daremos las gracias a Multivac mientras tanto. —Noreen se puso de pie—. Ron, te someterán a juicio, estoy segura. A nuestro juicio. Y te expulsarán. Multivac te protegerá de todo daño físico, pero sabes que no nos obligará a verte ni a hablarte ni a tener la menor relación contigo. Descubrirás que sin el estímulo de la interacción humana no podrás pensar, ni jugar con tus juegos. Adiós.

—¡Noreen! ¡Aguarda!

Ella se giró ya en la puerta.

—Por supuesto, tendrás a Multivac. Puedes hablar con Multivac, Ron.

Se perdió camino abajo, atravesando esos parques cuyo verdor y salud ecológica se mantenían gracias a la discreta labor de robots silenciosos que nadie veía jamás.

Sí, tendré que hablar con Multivac, pensó él.

Multivac ya no estaba en una sede determinada. Era una presencia planetaria integrada por cables, fibras ópticas y microondas. Tenía un cerebro dividido en cien auxiliares, pero actuaba como uno. Existían terminales por doquier y ninguno de los cinco millones de seres humanos se encontraba lejos de alguno de ellos.

Había tiempo para cualquier persona, pues Multivac podía hablar simultáneamente con todos los individuos sin apartar su atención de problemas más importantes.

Bakst no se hacía ilusiones en cuanto a la fortaleza de Multivac. Su increíble complejidad era sólo un juego matemático que Bakst había llegado a comprender hacía una década. Sabía el modo en que los enlaces iban de un continente a otro, en una vasta red cuyo análisis podía conformar la base de un juego fascinante. ¿Cómo organizar la red para que el flujo de información nunca se atasque? ¿Cómo organizar las conexiones? Demuestra que sea cual fuere la configuración siempre queda por lo menos un punto que, al desconectarse...

Una vez que Bakst aprendió el juego, renunció al Congreso. ¿Qué podían hacer, salvo hablar, y eso de qué servía? Multivac permitía que se hablara de cualquier cosa y de cualquier modo, precisamente porque no tenía importancia. Multivac sólo impedía, desviaba o castigaba las acciones.

Y la acción de Hines estaba provocando la crisis; y antes de que Bakst estuviera preparado para ella.

Tenía que darse prisa, y solicitó una entrevista con Multivac sin confiar en el desenlace.

Uno podía hacerle preguntas a Multivac en cualquier momento. Había un millón de terminales como el que resistió el repentino ataque de Hines, ante los cuales se podía hablar. Multivac respondería.

Una entrevista era otra cosa. Requería tiempo, requería intimidad y, sobre todo, requería que Multivac la considerase necesaria. Aunque Multivac tenía aptitudes que no se agotaban ni siquiera ante todos los problemas del mundo, no regalaba su tiempo. Tal vez fuera resultado de su continuo autoperfeccionamiento. Cada vez era más consciente de su propia valía y menos paciente con las trivialidades.

Bakst debía confiar en la buena voluntad de Multivac. Su renuncia al Congreso, cada uno de sus actos posteriores, incluso su testimonio contra Hines, estaban destinados a granjearse esa buena voluntad. Sin duda era la clave del éxito en este



mundo.

Tendría que dar por sentada esa buena voluntad. Tras presentar la solicitud, viajó por aire a la subestación más próxima. No se limitó a enviar su imagen; quería estar en persona, pues pensaba que su contacto con Multivac sería más íntimo de ese modo.

La sala era casi igual que una sala de reuniones de seres humanos por multivisión cerrada. Por un instante, Bakst pensó que Multivac tomaría forma humana en imagen, con el cerebro hecho carne.

Pero no fue así. Se oía el susurro de operaciones incesantes, una constante en la presencia de Multivac. Y por encima se oyó la voz.

No fue la voz habitual de Multivac. Era una voz serena, bella e insinuante, que acariciaba el oído.

—Buenos días, Bakst. Eres bienvenido. Tus congéneres humanos están enfadados contigo.

Multivac siempre va al grano, pensó Bakst.

—No importa, Multivac. Lo que cuenta es que acepto tus decisiones por el bien de la especie humana. Estabas diseñado para ello en las versiones primitivas de ti mismo y...

—Y mis autodiseños han continuado ese enfoque inicial. Si tú lo entiendes, ¿por qué no lo entienden tantos seres humanos? Aún no he concluido el análisis de ese fenómeno.

—Te he traído un problema.

—¿Cuál es?

—He dedicado mucho tiempo a problemas matemáticos inspirados por el estudio de los genes y sus combinaciones. No puedo hallar las respuestas necesarias y los ordenadores caseros no me sirven de ayuda.

Se oyó un extraño chasquido y Bakst sintió un escalofrío al pensar que Multivac disimulaba una carcajada. Era un toque más humano de lo que incluso él podía aceptar. Oyó la voz de Multivac en el otro oído:

—Hay miles de genes en la célula humana. Cada gen tiene un promedio de cincuenta variaciones existentes y un sinnúmero de variaciones que nunca han existido. Si intentásemos calcular todas las combinaciones posibles, si yo intentara tan sólo enumerarlas a mi velocidad más rápida, de forma continua, en la vida más larga posible del universo, sólo llegaría a una fracción infinitesimal del total.

—No se requiere una lista completa. En eso se basa el juego. Algunas combinaciones son más probables que otras y al concatenar unas probabilidades con otras podemos reducir enormemente la tarea. Te pido que me ayudes a conseguir el modo de lograr esa concatenación de probabilidades.

—Aun así me llevaría muchísimo tiempo. ¿Cómo podría justificarlo ante mí

mismo?

Bakst titubeó. No tenía sentido complicar la situación. Con Multivac, la línea recta era la distancia más corta entre dos puntos. Así que dijo:

—Una combinación genética apropiada podría generar un ser humano más propenso a dejarte a ti las decisiones, más dispuesto a creer en tu objetivo de hacer felices a los hombres, más ansioso de ser feliz. No puedo encontrar la combinación apropiada, pero tú podrías y, con ingeniería genética guiada...

—Entiendo a qué te refieres. Es... una cosa buena. Le consagraré algún tiempo.

Bakst tuvo dificultades para comunicarse con la longitud de onda privada de Noreen. Tres veces se cortó el contacto. No lo sorprendió. En los dos últimos meses, la tecnología demostraba una creciente tendencia a los fallos menores (nunca prolongados ni graves), y él saludaba cada ocasión con un sombrío placer.

Esa vez funcionó. Apareció el rostro de Noreen, una imagen holográfica tridimensional. Parpadeó un instante, pero se mantuvo.

—Respondo a tu llamada —dijo Bakst, con voz impersonal.

—Resultaba imposible encontrarte. ¿Dónde has estado?

—No me ocultaba. Estoy aquí, en Denver.

—¿Por qué en Denver?

—El mundo está a mi disposición, Noreen. Puedo ir a donde me plazca.

Ella hizo una mueca.

—Y hallarlo vacío por todas partes. Vamos a juzgarte, Ron.

—¿Ahora?

—¡Ahora!

—¿Y aquí?

—¡Y aquí!

Parpadeos de aire vibraron en torno de Noreen. Bakst miró de un lado al otro, contando. Catorce, seis hombres y ocho mujeres. Los conocía a todos. Poco tiempo atrás eran buenos amigos suyos.

Detrás de los simulacros se extendía el agreste paisaje de Colorado en el atardecer de un grato día estival. Hubo una época en que existía allí una ciudad llamada Denver. El sitio aún llevaba ese nombre, aunque la ciudad era sólo un recuerdo, como la mayoría de las ciudades. Había diez robots a la vista, absortos en sus tareas.

Mantenimiento ecológico, supuso Bakst. No conocía los detalles, pero Multivac sí, y mantenía cincuenta millones de robots trabajando con eficacia en toda la Tierra.

Detrás de Bakst estaba una de las cuadrículas convergentes de Multivac, casi como una pequeña fortaleza de autodefensa.

—¿Por qué ahora? —preguntó—. ¿Y por qué aquí?

Se volvió automáticamente hacia Eldred. Era la más anciana y la que disponía de autoridad, si podía decirse que un ser humano disponía de autoridad.

El rostro oscuro de Eldred aparecía fatigado. Sus ciento veinte años se notaban, pero la voz sonó firme e incisiva:

—Porque ahora tenemos la prueba final. Que Noreen te lo diga. Es la que mejor te conoce.

Bakst miró a Noreen.

—¿De qué delito se me acusa?

—Vayamos al grano, Ron. Con Multivac no hay delitos, excepto buscar la libertad, y tu delito humano es no haber cometido ningún delito con Multivac. Por eso, juzgaremos si algún ser humano vivo desea tu compañía, desea oír tu voz, compartir tu presencia o responderte.

—¿Por qué me amenazáis con el aislamiento?

—Has traicionado a todos los seres humanos.

—¿Cómo?

—¿Conque niegas que pretendes generar seres humanos que sean dóciles a Multivac?

—¡Ah! —Con lentitud Bakst se cruzó los brazos sobre el pecho—. Lo habéis averiguado pronto. Pero, claro, sólo teníais que preguntárselo a Multivac.

—¿Niegas que pediste ayuda para producir, mediante ingeniería genética, una raza humana diseñada para aceptar la esclavitud sin cuestionar a Multivac?

—Sugerí la creación de una humanidad más satisfecha. ¿Eso es traición?

Eldred intervino:

—Ahórranos tus sofismas, Ron. Nos los sabemos de memoria. No nos repitas que es imposible oponerse a Multivac, que no tiene sentido luchar, que hemos conquistado la seguridad. Lo que tú llamas seguridad es esclavitud para el resto de nosotros.

—¿Pasaréis a juzgarme ya, o se me permite una defensa?

—Ya has oído a Eldred —dijo Noreen—. Conocemos tu defensa.

—Todos hemos oído a Eldred, pero nadie me ha oído a mí. Mí defensa no es lo que ella llama mi defensa.

Las imágenes se miraron en silencio.

—¡Habla! —le ordenó Eldred.

—Le pedí a Multivac que me ayudara a resolver un problema en el campo de los juegos matemáticos. Para conquistar su interés, señalé que se basaba en la combinación genética y que la solución podría ayudarlo a diseñar una combinación genética que no empeorase la actual situación del hombre, pero que le permitiera al ser humano aceptar de buen grado el mandato de Multivac y acatar sus decisiones.

—Eso es lo que hemos dicho —le interrumpió Eldred.

—Era el único modo de lograr que Multivac aceptara la tarea. Esa nueva raza es deseable para la humanidad desde la perspectiva de Multivac, y desde esa perspectiva

él debe afanarse por lograrlo. Como la finalidad es deseable, tendrá que examinar complicaciones cada vez mayores de un problema cuya vastedad excede incluso su capacidad. Todos sois testigos.

—¿Testigos de qué? —preguntó Noreen.

—¿No habéis tenido problemas para comunicaros conmigo? En los últimos dos meses ¿no habéis notado pequeños problemas en lo que antes funcionaba sin dificultad? No decís nada. ¿Puedo tomarlo como un asentimiento?

—¿Y qué pasa, si es así?

—Multivac ha consagrado todos sus circuitos libres al problema. Gradualmente ha ido desplazando la gestión del mundo al mínimo de sus esfuerzos, pues nada, desde su perspectiva ética, debe interponerse en el camino de la felicidad humana y no hay mayor incremento de esa felicidad que aceptar sin condiciones a Multivac.

—¿Qué significa todo esto? —protestó Noreen—. Multivac aún tiene capacidad suficiente para gobernar el mundo, nosotros incluidos, y si trabaja con menor eficiencia eso sólo añadirá incomodidades transitorias a nuestra esclavitud. Sólo transitorias, porque no durará demasiado. Tarde o temprano, comprenderá que el problema no tiene solución o lo resolverá, y en cualquiera de los dos casos su distracción terminará. En el segundo caso, la esclavitud se volverá eterna e irrevocable.

—Pero por ahora está distraído —indicó Bakst—, y podemos entablar esta peligrosa charla sin que él lo note. Aunque no me atrevo a hacerlo por mucho tiempo, así que os ruego que me entendáis deprisa. Tengo otro juego matemático: la organización de redes según el modelo de Multivac. He podido demostrar que, por muy compleja y excesiva que sea la red, habrá por lo menos un lugar al que todas las corrientes pueden encauzarse en determinadas circunstancias. Si se obstaculiza ese lugar, se producirá el fatídico ataque de apoplejía, pues ocasionará una sobrecarga en otra parte, la cual se descompondrá originando una sobrecarga en otra parte... y así indefinidamente, hasta que todo se descomponga.

—¿Y bien?

—Y de eso se trata. ¿Por qué otra cosa he venido a Denver? Y Multivac lo sabe, y ese punto está custodiado, electrónicamente y por robots, hasta el extremo de que es impenetrable.

—¿Y bien?

—Pero Multivac está distraído, y además confía en mí. Me he esforzado en obtener esa confianza, al coste de perderos a vosotros, porque sólo si hay confianza es posible la traición. Si alguno de vosotros intentara aproximarse a ese punto, Multivac podría despertar de su actual distracción. Si no estuviera distraído no permitiría que ni siquiera yo me acercara. Pero está distraído, y yo estoy aquí.

Caminó hacia la cuadrícula convergente, con un andar tranquilo, y las catorce

imágenes lo acompañaron en su movimiento. Los rodeaba el suave susurro de un atareado centro Multivac.

—¿Por qué atacar a un oponente invulnerable? —dijo Bakst—. Mejor lograr que primero sea vulnerable y luego...

Procuró mantener la calma, pero todo dependía de ese momento. ¡Todo! Con un tirón brusco, desenganchó una conexión. (Si por lo menos dispusiera de más tiempo para estar más seguro...)

Nada lo detuvo. Contuvo el aliento, notando que los ruidos cesaban, que los susurros callaban, que Multivac se apagaba. Si ese ruido no regresaba en un instante, significaría que había acertado en el punto clave y que la recuperación sería imposible. Si los robots no empezaban a acercarse...

Dio media vuelta en el persistente silencio. A lo lejos, los robots seguían trabajando. Ninguno se aproximaba.

Las imágenes de los catorce hombres y mujeres del Congreso seguían allí, estupefactas ante la magnitud de lo ocurrido.

—Multivac está apagado, eliminado —proclamó Bakst—. No es posible reconstruirlo. —Sentía cierta embriaguez ante sus propias palabras—. He trabajado en esto desde que os abandoné. Cuando Hines perpetró el ataque, temí que hubiera otros intentos similares, que Multivac duplicara su guardia, que ni siquiera yo... Tuve que trabajar deprisa, pues no estaba seguro. Jadeaba, pero recobró la compostura y declaró solemnemente—: He ganado nuestra libertad.

Se calló, agobiado por el peso del silencio. Catorce imágenes lo observaban sin responder.

—Hablabais de libertad —dijo en un tono seco—. Ahora la tenéis. —Y añadió con incertidumbre—: ¿No era eso lo que queráis?

# El hombre bicentenario (1976)

---

“The Bicentennial Man”

## 1

*Las Tres Leyes de la robótica:*

1. *Un robot no debe dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño.*
2. *Un robot debe obedecer las órdenes impartidas por los seres humanos, excepto cuando dichas órdenes estén reñidas con la Primera Ley.*
3. *Un robot debe proteger su propia existencia, mientras dicha protección no esté reñida ni con la Primera ni con la Segunda Ley.*

—Gracias —dijo Andrew Martin, aceptando el asiento que le ofrecían. Su semblante no delataba a una persona acorralada, pero eso era.

En realidad su semblante no delataba nada, pues no dejaba ver otra expresión que la tristeza de los ojos. Tenía cabello lacio, castaño claro y fino, y no había vello en su rostro. Parecía recién afeitado. Vestía anticuadas, pero pulcras ropas de color rojo aterciopelado.

A1 otro lado del escritorio estaba el cirujano, y la placa del escritorio incluía una serie identificatoria de letras y números, pero Andrew no se molestó en leerla. Bastaría con llamarle «doctor».

—¿Cuándo se puede realizar la operación, doctor? —preguntó.

El cirujano murmuró, con esa inalienable nota de respeto que un robot siempre usaba ante un ser humano:

—No estoy seguro de entender cómo o en quién debe realizarse esa operación, señor.

El rostro del cirujano habría revelado cierta respetuosa intransigencia si tal expresión —o cualquier otra— hubiera sido posible en el acero inoxidable con un ligero tono de bronce.

Andrew Martin estudió la mano derecha del robot, la mano quirúrgica, que descansaba sobre el escritorio. Los largos dedos estaban artísticamente modelados en curvas metálicas tan gráciles y apropiadas que era fácil imaginarlas empuñando un escalpelo que momentáneamente se transformaría en parte de los propios dedos.

En su trabajo no habría vacilaciones, tropiezos, temblores ni errores. Eso iba unido a la especialización; una especialización tan deseada por la humanidad que pocos robots poseían ya un cerebro independiente. Claro que un cirujano necesita cerebro, pero éste estaba tan limitado en su capacidad que no reconocía a Andrew. Tal vez nunca le hubiera oído nombrar.

—¿Alguna vez ha pensado que le gustaría ser un hombre? —le preguntó Andrew.

El cirujano dudó un momento, como si la pregunta no encajara en sus sendas positrónicas.

—Pero yo soy un robot, señor.

—¿No sería preferible ser un hombre?

—Sería preferible ser mejor cirujano. No podría serlo si fuera hombre, sólo si fuese un robot más avanzado. Me gustaría ser un robot más avanzado.

—¿No le ofende que yo pueda darle órdenes, que yo pueda hacerle poner de pie, sentarse, moverse a derecha e izquierda, con sólo decirlo?

—Es mi placer agradarle. Si sus órdenes interfiriesen en mi funcionamiento respecto de usted o de cualquier otro ser humano, no le obedecería. La Primera Ley, concerniente a mi deber para con la seguridad humana, tendría prioridad sobre la Segunda Ley, la referente a la obediencia. De no ser así, la obediencia es un placer para mí... Pero ¿a quién debo operar?

—A mí.

—Imposible. Es una operación evidentemente dañina.

—Eso no importa —dijo Andrew con calma.

—No debo infligir daño —objetó el cirujano.

—A un ser humano no, pero yo también soy un robot.

## 2

Andrew tenía mucha más apariencia de robot cuando acabaron de manufacturarlo. Era como cualquier otro robot, con un diseño elegante y funcional.

Le fue bien en el hogar adonde lo llevaron, en aquellos días en que los robots eran una rareza en las casas y en el planeta.

Había cuatro personas en la casa: el «señor», la «señora», la «señorita» y la «niña». Conocía los nombres, pero nunca los usaba. El Señor se llamaba Gerald Martin.

Su número de serie era NDR... No se acordaba de las cifras. Había pasado mucho tiempo, pero si hubiera querido recordarlas habría podido hacerlo. Sólo que no quería.

La Niña fue la primera en llamarlo Andrew, porque no era capaz de pronunciar las letras, y todos hicieron lo mismo que ella.

La Niña... Llegó a vivir noventa años y había fallecido tiempo atrás. En cierta ocasión, él quiso llamarla Señora, pero ella no se lo permitió. Fue Niña hasta el día de su muerte.

Andrew estaba destinado a realizar tareas de ayuda de cámara, de mayordomo y de criado. Eran días experimentales para él y para todos los robots en todas partes, excepto en las factorías y las estaciones industriales y exploratorias que se hallaban

fuera de la Tierra.

Los Martin le tenían afecto y muchas veces le impedían realizar su trabajo porque la Señorita y la Niña preferían jugar con él.

Fue la Señorita la primera en darse cuenta de cómo se podía solucionar aquello.

—Te ordenamos que juegues con nosotras y debes obedecer las órdenes —le dijo.

—Lo lamento, Señorita —contestó Andrew—, pero una orden previa del Señor sin duda tiene prioridad.

—Papá sólo dijo que esperaba que tú te encargaras de la limpieza —replicó ella—. Eso no es una orden. Yo sí te lo ordeno.

A1 Señor no le importaba. El Señor sentía un gran cariño por la Señorita y por la Niña, incluso más que la Señora, y Andrew también les tenía cariño. A1 menos, el efecto que ellas ejercían sobre sus actos eran aquellos que en un ser humano se hubieran considerado los efectos del cariño. Andrew lo consideraba cariño, pues no conocía otra palabra para designarlo.

Talló para la Niña un pendiente de madera. Ella se lo había ordenado. Al parecer, a la Señorita le habían regalado por su cumpleaños un pendiente de marfilina con volutas, y la Niña sentía celos. Sólo tenía un trozo de madera y se lo dio a Andrew con un cuchillo de cocina.

Andrew lo talló rápidamente.

—Qué bonito, Andrew —dijo la niña—. Se lo enseñaré a papá.

El Señor no podía creerlo.

—¿Dónde conseguiste esto, Mandy? —Así llamaba el Señor a la Niña. Cuando la Niña le aseguró que decía la verdad, el Señor se volvió hacia Andrew—. ¿Lo has hecho tú, Andrew?

—Sí, Señor.

—¿También el diseño?

—Sí, Señor.

—¿De dónde copiaste el diseño?

—Es una representación geométrica, Señor, que armoniza con la fibra de la madera.

A1 día siguiente, el Señor le llevó otro trozo de madera y un vibrocuchillo eléctrico.

—Talla algo con esto, Andrew. Lo que quieras.

Andrew obedeció y el Señor le observó; luego, examinó el producto durante un largo rato. Después de eso, Andrew dejó de servir la mesa. Le ordenaron que leyera libros sobre diseño de muebles, y aprendió a fabricar gabinetes y escritorios.

El Señor le dijo:

—Son productos asombrosos, Andrew.

—Me complace hacerlos, Señor.



—¿Cómo que te complace?

—Los circuitos de mi cerebro funcionan con mayor fluidez. He oído usar el término «complacer» y el modo en que usted lo usa concuerda con mi modo de sentir. Me complace hacerlos, Señor.

### 3

Gerald Martin llevó a Andrew a la oficina regional de Robots y Hombres Mecánicos de Estados Unidos. Como miembro de la Legislatura Regional, no tuvo problemas para conseguir una entrevista con el jefe de robopsicología. Más aún, sólo estaba calificado para poseer un robot por ser miembro de la Legislatura. Los robots no eran algo habitual en aquellos días.

Andrew no comprendió nada al principio, pero en años posteriores, ya con mayores conocimientos, evocaría esa escena y lo comprendería.

El robopsicólogo, Merton Mansky, escuchó con el ceño cada vez más fruncido y realizó un esfuerzo para no tamborilear en la mesa con los dedos. Tenía tensos los rasgos y la frente arrugada y daba la impresión de ser más joven de lo que aparentaba.

—La robótica no es un arte exacto, señor Martin —dijo—. No puedo explicárselo detalladamente, pero la matemática que rige la configuración de las sendas positrónicas es tan compleja que sólo permite soluciones aproximadas. Naturalmente, como construimos todo en torno de las Tres Leyes, éstas son incontrovertibles. Desde luego, reemplazaremos ese robot...

—En absoluto —protestó el Señor—. No se trata de un fallo. Él cumple perfectamente con sus deberes. El punto es que también realiza exquisitas tallas en madera y nunca repite los diseños. Produce obras de arte.

Mansky parecía confundido.

—Es extraño. Claro que actualmente estamos probando con sendas generalizadas... ¿Cree usted que es realmente creativo?

—Véalo usted mismo.

Le entregó una pequeña esfera de madera, en la que había una escena con niños tan pequeños que apenas se veían; pero las proporciones eran perfectas y armonizaban de un modo natural con la fibra, como si también ésta estuviera tallada.

—¿Él hizo esto? —exclamó Mansky. Se lo devolvió, sacudiendo la cabeza—. Puramente fortuito. Algo que hay en sus sendas.

—¿Pueden repetirlo?

—Probablemente no. Nunca nos han informado de nada semejante.

—¡Bien! No me molesta en absoluto que Andrew sea el único.

—Me temo que la empresa querrá recuperar ese robot para estudiarlo.

—Olvídelo —replicó el Señor. Se volvió hacia Andrew—: Vámonos a casa.

—Como usted desee, Señor —dijo Andrew.

La Señorita salía con jovencitos y no estaba mucho en casa. Ahora era la Niña, que ya no era tan niña, quien llenaba el horizonte de Andrew. Nunca olvidaba que la primera talla en madera de Andrew había sido para ella. La llevaba en una cadena de plata que le pendía del cuello.

Fue ella la primera que se opuso a la costumbre del Señor a regalar los productos.

—Vamos, papá. Si alguien los quiere, que pague por ellos. Valen la pena.

—Tu no eres codiciosa, Mandy.

—No es por nosotros, papá. Es por el artista.

Andrew jamás había oído esa palabra y en cuanto tuvo un momento a solas la buscó en el diccionario.

Poco después realizaron otro viaje; en esa ocasión para visitar al abogado del Señor.

—¿Qué piensas de esto John? —le preguntó el Señor.

El abogado se llamaba John Feingold. Era canoso y barrigón, y los bordes de sus lentes contacto estaban teñidos de verde brillante. Miró la pequeña placa que el Señor le había entregado.

—Es bella... Pero estoy al tanto. Es una talla de un robot, ese que has traído contigo.

—Sí, es obra de Andrew. ¿Verdad, Andrew?

—Sí, Señor.

—¿Cuánto pagarías por esto John? —preguntó el Señor.

—No sé. No colecciono esos objetos.

—¿Creerías que me han ofrecido doscientos cincuenta dólares por esta cosita? Andrew ha fabricado también sillas que he vendido por quinientos dólares. Los productos de Andrew nos han permitido depositar doscientos mil dólares en el banco.

—¡Cielos, te está haciendo rico, Gerald!

—Sólo a medias. La mitad está en una cuenta a nombre de Andrew Martin.

—¿Del robot?

—Exacto, y quiero saber si es legal.

—¿Legal? —Feingold se reclinó en la silla, haciéndola crujir—. No hay precedentes, Gerald. ¿Cómo firmó tu robot los papeles necesarios?

—Sabe hacer la firma de su nombre y yo la llevé. No lo llevé a él al banco en persona. ¿Es preciso hacer algo más?

—Mmm... —Feingold entrecerró los ojos durante unos segundos—. Bueno, podemos crear un fondo fiduciario que maneje las finanzas en su nombre, lo cual hará de capa aislante entre él y el mundo hostil. Aparte de eso, mi consejo es que no hagas nada más. Hasta ahora nadie te ha detenido. Si alguien se opone, déjale que se querelle.

—¿Y te harás cargo del caso si hay alguna querrela?

—Por un anticipo, claro que sí.

—¿De cuánto?

Feingold señaló la placa de madera.

—Algo como esto.

—Me parece justo —dijo el Señor.

Feingold se rió entre dientes mientras se volvía hacia el robot. —Andrew, ¿te gusta tener dinero?

—Sí, señor.

—¿Qué piensas hacer con él?

—Pagar cosas que de lo contrario tendría que pagar el Señor. Esto le ahorrará gastos al Señor.

## 5

Hubo ocasiones para ello. Las reparaciones eran costosas y las revisiones aún más. Con los años se produjeron nuevos modelos de robot, y el Señor se preocupó de que Andrew contara con cada nuevo dispositivo, hasta que fue un dechado de excelencia metálica. El propio robot se encargaba de los gastos. Andrew insistía en ello.

Sólo sus sendas positrónicas permanecieron intactas. El Señor insistía en ello.

—Los nuevos no son tan buenos como tú, Andrew. Los nuevos robots no sirven. La empresa ha aprendido a hacer sendas más precisas, más específicas, más particulares. Los nuevos robots no son versátiles. Hacen aquello para lo cual están diseñados y jamás se desvían. Te prefiero a ti.

—Gracias, Señor.

—Y es obra tuya, Andrew, no lo olvides. Estoy seguro de que Mansky puso fin a las sendas generalizadas en cuanto te echó un buen vistazo. No le gustó que fueras tan imprevisible... ¿Sabes cuántas veces pidió que te lleváramos para estudiarte? ¡Nueve veces! Pero nunca se lo permití, y ahora que se ha retirado quizá nos dejen en paz.

El cabello del Señor disminuyó y encaneció, y el rostro se le puso fofo, pero Andrew tenía mejor aspecto que cuando entró a formar parte de la familia. La Señora se había unido a una colonia artística de Europa y la Señorita era poeta en Nueva York. A veces escribían, pero no con frecuencia. La Niña estaba casada y vivía a poca distancia. Decía que no quería abandonar a Andrew y cuando nació su hijo, el Señorito, dejó que el robot cogiera el biberón para alimentarlo.

Andrew comprendió que el Señor, con el nacimiento de ese nieto, tenía ya alguien que reemplazara a quienes se habían ido. No sería tan injusto presentarle su solicitud.

—Señor —le dijo—, ha sido usted muy amable al permitir que yo gastara mi dinero según mis deseos.

—Era tu dinero, Andrew.

—Sólo por voluntad de usted, Señor. No creo que la ley le hubiera impedido conservarlo.

—La ley no me va a persuadir de que me porte mal, Andrew.

—A pesar de todos los gastos y a pesar de los impuestos, Señor, tengo casi seiscientos mil dólares.

—Lo sé, Andrew.

—Quiero dárselos, Señor.

—No los aceptaré, Andrew.

—A cambio de algo que usted puede darme, Señor.

—Ah. ¿Qué es eso, Andrew?

—Mi libertad, Señor.

—Tu...

—Quiero comprar mi libertad, Señor.

## 6

No fue tan fácil. El Señor se sonrojó, soltó un «¡Por amor de Dios!», dio media vuelta y se alejó.

Fue la Niña quien logró convencerlo, en un tono duro y desafiante, y delante de Andrew. Durante treinta años, nadie había dudado en hablar en su presencia, tratárase de él o no. Era sólo un robot.

—Papá, ¿por qué te lo tomas como una afrenta personal? Él seguirá aquí. Continuará siéndote leal. No puede evitarlo. Lo tiene incorporado. Lo único que quiere es un formalismo verbal. Quiere que lo llamen libre. ¿Es tan terrible? ¿No se lo ha ganado? ¡Cielos!, él y yo hemos hablado de esto durante años.

—¿Conque durante años?

—Sí, una y otra vez lo ha ido postergando por temor a lastimarte. Yo le dije que te lo pidiera.

—Él no sabe qué es la libertad. Es un robot.

—Papá, no lo conoces. Ha leído todo lo que hay en la biblioteca. No sé qué siente por dentro, pero tampoco sé qué sientes tú. Cuando le hablas, reacciona ante las diversas abstracciones tal como tú y yo. ¿Qué otra cosa cuenta? Si las reacciones de alguien son como las nuestras, ¿qué más se puede pedir?

—La ley no adoptará esa actitud —se obstinó el Señor, exasperado. Se volvió hacia Andrew y le dijo con voz ronca—: ¡Mira, oye! No puedo liberarte a no ser de una forma legal, y si esto llega a los tribunales no sólo no obtendrás la libertad, sino que la ley se enterará oficialmente de tu fortuna. Te dirán que un robot no tiene derecho a ganar dinero. ¿Vale la pena que pierdas tu dinero por esta farsa?

—La libertad no tiene precio, Señor —replicó Andrew—. Sólo la posibilidad de

obtenerla ya vale ese dinero.

## 7

El tribunal también podía pensar que la libertad no tenía precio y decidir que un robot no podía comprarla por mucho que pagase, por alto que fuese el precio.

La declaración del abogado regional, que representaba a quienes habían entablado un pleito conjunto para oponerse a la libertad de Andrew, fue ésta: La palabra «libertad» no significa nada cuando se aplicaba a un robot, pues sólo un ser humano podía ser libre.

Lo repitió varias veces, siempre que le parecía apropiado; lentamente, moviendo las manos al son de las palabras.

La Niña pidió permiso para hablar en nombre de Andrew.

La llamaron por su nombre completo, el cual Andrew nunca había oído antes:

—Amanda Laura Martin Charney puede acercarse al estrado.

—Gracias, señorita. No soy abogada y no sé hablar con propiedad, pero espero que todos presten atención al significado e ignoren las palabras. Comprendamos qué significa ser libre en el caso de Andrew. En algunos sentidos, ya lo es. Lleva por lo menos veinte años sin que un miembro de la familia Martin le ordene hacer algo que él no hubiera hecho por propia voluntad. Pero, si lo deseamos, podemos ordenarle cualquier cosa y expresarlo con la mayor rudeza posible, porque es una máquina y nos pertenece. ¿Por qué ha de seguir en esa situación, cuando nos ha servido durante tanto tiempo y tan lealmente y ha ganado tanto dinero para nosotros? No nos debe nada más; los deudores somos nosotros. Aunque se nos prohibiera legalmente someter a Andrew a una servidumbre involuntaria, él nos serviría voluntariamente. Concederle la libertad será sólo una triquiñuela verbal, pero significaría muchísimo para él. Le daría todo y no nos costaría nada.

Por un momento pareció que el juez contenía una sonrisa.

—Entiendo su argumentación, señora Charney. Lo cierto es que a este respecto no existe una ley obligatoria ni un precedente. Sin embargo, existe el supuesto tácito de que sólo el ser humano puede gozar de libertad. Puedo establecer una nueva ley, o someterme a la decisión de un tribunal superior; pero no puedo fallar en contra de ese supuesto. Permítame interpelar al robot. ¡Andrew!

—Sí, señorita.

Era la primera vez que Andrew hablaba ante el tribunal y el juez se asombró de la modulación humana de aquella voz.

—¿Por qué quieres ser libre, Andrew? ¿En qué sentido es importante para ti?

—¿Desearía usted ser un esclavo, señorita?

—Pero no eres un esclavo. Eres un buen robot, un robot genial, por lo que me han dicho, capaz de expresiones artísticas sin parangón. ¿Qué más podrías hacer si fueras

libre?

—Quizá no pudiera hacer más de lo que hago ahora, señorita, pero lo haría con mayor alegría. Creo que sólo alguien que desea la libertad puede ser libre. Yo deseo la libertad.

Y eso le proporcionó al juez un fundamento. El argumento central de su sentencia fue: «No hay derecho a negar la libertad a ningún objeto que posea una mente tan avanzada como para entender y desear ese estado.»

Más adelante, el Tribunal Mundial ratificó la sentencia.

## 8

El Señor seguía disgustado y su áspero tono de voz hacía que Andrew se sintiera como si tuviese un cortocircuito.

—No quiero tu maldito dinero, Andrew. Lo tomaré sólo porque de lo contrario no te sentirías libre. A partir de ahora, puedes elegir tus tareas y hacerlas como te plazca. No te daré órdenes, excepto ésta: que hagas lo que te plazca. Pero sigo siendo responsable de ti. Eso forma parte de la sentencia del juez. Espero que lo entiendas.

—No seas irascible, papá —interrumpió la Niña—. La responsabilidad no es una gran carga. Sabes que no tendrás que hacer nada. Las Tres Leyes siguen vigentes.

—Entonces, ¿en qué sentido es libre?

—¿Acaso los seres humanos no están obligados por sus leyes, Señor?

—No voy a discutir —dijo el Señor.

Se marchó, y a partir de entonces Andrew lo vio con poca frecuencia.

La Niña iba a verlo a menudo a la casita que le habían construido y entregado. No disponía de cocina ni de cuarto de baño. Sólo tenía dos habitaciones. Una era una biblioteca y la otra servía de depósito y taller. Andrew aceptó muchos encargos y como robot libre trabajó más que antes, hasta que pagó el coste de la casa y el edificio se le transfirió legalmente.

Un día, fue a verlo el Señorito..., no, ¡George! El Señorito había insistido en eso después de la sentencia del juez.

—Un robot libre no llama señorito a nadie —le había dicho George—. Yo te llamo Andrew. Tú debes llamarme George.

El día en que George fue a verlo a solas le informó de que el Señor estaba agonizando. La Niña se encontraba junto al lecho, pero el Señor también quería que estuviese Andrew.

El Señor habló con voz potente, aunque parecía incapaz de moverse. Se esforzó en levantar la mano.

—Andrew —dijo—, Andrew... No me ayudes, George. Me estoy muriendo, eso es todo, no estoy impedido... Andrew, me alegra que seas libre. Sólo quería decirte eso.

Andrew no supo qué decir. Nunca había estado frente a un moribundo, pero sabía que era el modo humano de dejar de funcionar. Era como ser desmontado de una manera involuntaria e irreversible, y Andrew no sabía qué era lo apropiado decir en ese momento. Sólo pudo quedarse en pie, callado e inmóvil.

Cuando todo terminó, la Niña le dijo:

—Tal vez te haya parecido huraño hacia el final, Andrew, pero estaba viejo y le dolió que quisieras ser libre.

Y entonces Andrew halló las palabras adecuadas:

—Nunca habría sido libre sin él, Niña.

## 9

Andrew comenzó a usar ropa después de la muerte del Señor. Empezó por ponerse unos pantalones viejos, unos que le había dado George.

George ya estaba casado y era abogado. Se incorporó a la firma de Feingold. El viejo Feingold había muerto tiempo atrás, pero su hija continuó con el bufete, que con el tiempo pasó a llamarse Feingold y Martín. Conservó ese nombre incluso cuando la hija se retiró y ningún Feingold la sucedió. En la época en que Andrew se puso ropa por primera vez, el apellido Martín acababa de añadirse a la firma.

George se esforzó en no sonreír al verle ponerse los pantalones por primera vez, pero Andrew le notó la sonrisa en los ojos.

George le enseñó a cómo manipular la carga de estática para permitir que los pantalones se abrieran, le cubrieran la parte inferior del cuerpo y se cerraran. George le hizo una demostración con sus propios pantalones, pero Andrew comprendió que él tardaría en imitar la soltura de ese movimiento.

—¿Y para qué quieres llevar pantalones, Andrew? —dijo George—. Tu cuerpo resulta tan bellamente funcional que es una pena cubrirlo; especialmente, cuando no tienes que preocuparte por la temperatura ni por el pudor. Y además no se ciñen bien sobre el metal.

—¿Acaso los cuerpos humanos no resultan bellamente funcionales, George? Sin embargo, os cubrís.

—Para abrigarnos, por limpieza, como protección, como adorno. Nada de eso se aplica en tu caso.

—Me siento desnudo sin ropa. Me siento diferente, George.

—¡Diferente! Andrew, hay millones de robots en la Tierra. En esta región, según el último censo, hay casi tantos robots como hombres.

—Lo sé, George. Hay robots que realizan cualquier tipo de tarea concebible.

—Y ninguno de ellos usa ropa.

—Pero ninguno de ellos es libre, George.

Poco a poco, Andrew mejoró su guardarropa. Lo inhibían la sonrisa de George y

la mirada de las personas que le encargaban trabajos.

Aunque fuera libre, el detallado programa con que había sido construido le imponía un determinado comportamiento ante la gente, y sólo se animaba a avanzar poco a poco. La desaprobación directa lo contrariaba durante meses.

No todos aceptaban la libertad de Andrew. Él era incapaz de guardarles rencor, pero sus procesos mentales se encontraban con dificultades al pensar en ello.

Sobre todo, evitaba ponerse ropa cuando creía que la Niña iba a ir a verlo. Era ya una anciana que a menudo vivía lejos, en un clima más templado, pero en cuanto regresaba iba a visitarlo.

En uno de esos regresos, George le comentó:

—Ella me ha convencido, Andrew. Me presentaré como candidato a la Legislatura el año próximo. De tal abuelo, tal nieto, dice ella.

—De tal abuelo... —Andrew se interrumpió, desconcertado.

—Quiero decir que yo, el nieto, seré como el Señor, el abuelo, que estuvo un tiempo en la Legislatura.

—Eso sería agradable, George. Si el Señor aún estuviera...

Se interrumpió de nuevo, pues no quería decir «en funcionamiento». No parecía adecuado.

—Vivo —lo ayudó George—. Sí, pienso en el viejo monstruo de cuando en cuando.

Andrew reflexionó sobre esa conversación. Se daba cuenta de sus limitaciones de lenguaje al hablar con George. El idioma había cambiado un poco desde que Andrew se había convertido en un ser con un vocabulario innato. Además, George practicaba una lengua coloquial que el Señor y la Niña no utilizaban. ¿Por qué llamaba monstruo al Señor, cuando esa palabra no parecía la apropiada?

Los libros no lo ayudaban. Eran antiguos y la mayoría trataban de tallas en madera, de arte, o de diseño de muebles. No había ninguno sobre el idioma ni sobre las costumbres de los seres humanos.

Pensó que debía buscar los libros indicados y, como robot libre, supuso que sería mejor no preguntarle a George. Iría a la ciudad y haría uso de la biblioteca. Fue una decisión triunfal y sintió que su electropotencial se elevaba tanto que tuvo que activar una bobina de impedancia.

Se puso un atuendo completo, incluida una cadena de madera en el hombro. Hubiera preferido plástico brillante, pero George le había dicho que la madera resultaba más elegante y que el cedro bruñido era mucho más valioso.

Llevaba recorridos treinta metros cuando una creciente resistencia le hizo detenerse. Desactivó la bobina de impedancia, pero no fue suficiente. Entonces, regresó a la casa y anotó cuidadosamente en un papel: «Estoy en la biblioteca.» Lo dejó a la vista, sobre la mesa.



No llegó a la biblioteca. Había estudiado el plano. Conocía el itinerario, pero no su apariencia. Los monumentos al natural no se asemejaban a los símbolos del plano y eso le hacía dudar. Finalmente pensó que debía de haberse equivocado, pues todo parecía extraño.

Se cruzó con algún que otro robot campesino, pero cuando se decidió a preguntar no había nadie a la vista. Pasó un vehículo y no se detuvo. Andrew se quedó de pie, indeciso, y entonces vio venir dos seres humanos por el campo.

Se volvió hacia ellos, y ellos cambiaron de rumbo para salirle al encuentro. Un instante antes iban hablando en voz alta, pero se habían callado. Tenían una expresión que Andrew asociaba con la incertidumbre de los humanos y eran jóvenes, aunque no mucho. ¿Veinte años? Andrew nunca sabía determinar la edad de los humanos.

—Señores, ¿podrían indicarme el camino hacia la biblioteca de la ciudad?

Uno de ellos, el más alto de los dos, que llevaba un enorme sombrero, le dijo al otro:

—Es un robot.

El otro tenía nariz prominente y párpados gruesos.

—Va vestido —comentó.

El alto chascó los dedos.

—Es el robot libre. En casa de los Martin tienen un robot que no pertenece a nadie. ¿Por qué otra razón iba a usar ropa?

—Pregúntaselo.

—¿Eres el robot de los Martin?

—Soy Andrew Martin, señor.

—Bien, pues quítate esa ropa. Los robots no usan ropa. —Y le dijo al otro—: Es repugnante. Míralo.

Andrew titubeó. Hacía tanto tiempo que no oía una orden en ese tono de voz que los circuitos de la Segunda Ley se atascaron un instante.

—Quítate la ropa —repitió el alto—. Te lo ordeno.

Andrew empezó a desvestirse.

—Tíralas allí —le ordenó el alto.

—Si no pertenece a nadie —sugirió el de nariz prominente—, podría ser nuestro.

—De cualquier modo —dijo el alto—, ¿quién va a poner objeciones a lo que hagamos? No estamos dañando ninguna propiedad... —Y le indicó a Andrew—: Apóyate sobre la cabeza.

—La cabeza no es para... —balbuceó él.

—Es una orden. Si no sabes cómo hacerlo, inténtalo.

Andrew volvió a dudar y luego apoyó la cabeza en el suelo. Intentó levantar las piernas y cayó pesadamente.

—Quédate quieto —le ordenó el alto. Y le dijo al otro—: Podemos desmontarlo. ¿Alguna vez has desmontado un robot?

—¿Nos dejará hacerlo?

—¿Cómo podría impedirlo?

Andrew no tenía modo de impedirlo si le ordenaban no resistirse.

La Segunda Ley, la de obediencia, tenía prioridad sobre la Tercera Ley, la de supervivencia. En cualquier caso, no podía defenderse sin hacerles daño, y eso significaría violar la Primera Ley. Ante ese pensamiento, sus unidades motrices se contrajeron ligeramente y Andrew se quedó allí tiritando.

El alto lo empujó con el pie.

—Es pesado. Creo que vamos a necesitar herramientas para este trabajo.

—Podríamos ordenarle que se desmonte el mismo. Sería divertido verle intentarlo.

—Sí —asintió el alto, pensativamente—, pero apartémoslo del camino. Si viene alguien...

Era demasiado tarde. Alguien venía, y era George. Andrew le vio cruzar una loma a lo lejos. Le hubiera gustado hacerle señas, pero la última orden había sido la de que se quedara quieto.

George echó a correr y llegó con el aliento entrecortado. Los dos jóvenes retrocedieron unos pasos.

—Andrew, ¿ha pasado algo?

—Estoy bien, George.

—Entonces ponte de pie... ¿Qué pasa con tu ropa?

—¿Es tu robot, amigo? —preguntó el alto.

—No es el robot de nadie. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Le pedimos cortésmente que se quitara la ropa. ¿Por qué te molesta, si no es tuyo?

—¿Qué hacían, Andrew?

—Tenían la intención de desmembrarme. Estaban a punto de trasladarme a un lugar tranquilo para ordenarme que me desmontara yo mismo.

George se volvió hacia ellos. Le temblaba la barbilla. Los dos jóvenes no retrocedieron más. Sonreían.

—¿Qué piensas hacer, gordinflón? —dijo el alto, con tono burlón—. ¿Atacarnos?

—No. No es necesario. Este robot ha vivido con mí familia durante más de setenta años. Nos conoce y nos estima más que a nadie. Le diré que vosotros dos me estáis amenazando y queréis matarme. Le pediré que me defienda. Entre vosotros y yo, optará por mí. ¿Sabéis qué os ocurrirá cuando os ataque? —Los dos jóvenes recularon atemorizados—. Andrew, corro peligro porque estos dos quieren hacerme daño. ¡Ve hacia ellos!

Andrew obedeció, y los dos jóvenes no esperaron. Pusieron los pies en polvorosa.

—De acuerdo, Andrew, cálmate —dijo George, un poco demudado, pues ya no estaba en edad para enzarzarse con un joven y menos con dos.

—No podría haberlos lastimado, George. Vi que no te estaban atacando.

—No te ordené que los atacaras, sólo que fueras hacia ellos. Su miedo hizo lo demás.

—¿Cómo pueden temer a los robots?

—Es una enfermedad humana, de la que aún no nos hemos curado. Pero eso no importa. ¿Qué demonios haces aquí, Andrew? Estaba a punto de regresar y contratar un helicóptero cuando te encontré. ¿Cómo se te ocurrió ir a la biblioteca? Yo te hubiera traído los libros que necesitaras.

—Soy un...

—Robot libre. Sí, vale. ¿Qué querías de la biblioteca?

—Quiero saber más acerca de los seres humanos, del mundo, de todo. Y acerca de los robots, George. Quiero escribir una historia de los robots.

—Bien, vayamos a casa... Y recoge tus ropas, Andrew. Hay un millón de libros sobre robótica y todos ellos incluyen historias de la ciencia. El mundo no sólo se está saturando de robots, sino de información sobre ellos.

Andrew meneó la cabeza; un gesto humano que había adquirido recientemente.

—No me refiero a una historia de la robótica, George, sino a una historia de los robots, escrita por un robot. Quiero explicar lo que sienten los robots acerca de lo que ha ocurrido desde que se les permitió trabajar y vivir en la Tierra.

George enarcó las cejas, pero no dijo nada.

## 11

La Niña ya tenía más de ochenta y tres años, pero no había perdido energía ni determinación. Usaba el bastón más para gesticular que para apoyarse.

Escuchó la historia hecha una furia.

—Es espantoso, George. ¿Quiénes eran esos rufianes?

—No lo sé. ¿Qué importa? Al final no causaron daño.

—Pero pudieron causarlo. Tú eres abogado, George, y si disfrutas de una buena posición se debe al talento de Andrew. El dinero que él ganó es el cimiento de todo lo que tenemos aquí. Él da continuidad a esta familia y no permitiré que lo traten como a un juguete de cuerda.

—¿Qué quieres que haga, madre?

—He dicho que eres abogado, ¿es que no me escuchas? Prepara una acción constitutiva, obliga a los tribunales regionales a declarar los derechos de los robots, logra que la Legislatura apruebe las leyes necesarias y lleva el asunto al Tribunal Mundial si es preciso. Estaré vigilando, George, y no toleraré vacilaciones.

Hablaba en serio, y lo que comenzó como un modo de aplacar a esa formidable anciana se transformó en un asunto complejo, tan enmarañado que resultaba interesante. Como socio más antiguo de Feingold y Martin, George planeó la estrategia, pero dejó el trabajo a sus colegas más jóvenes, entre ellos su hijo Paul, que también trabajaba en la firma y casi todos los días le presentaba un informe a la abuela. Ella, a su vez, deliberaba todos los días con Andrew.

Andrew estaba profundamente involucrado. Postergó nuevamente su trabajo en el libro sobre los robots mientras cavilaba sobre las argumentaciones judiciales, y en ocasiones hacía útiles sugerencias.

—George me dijo que los seres humanos siempre han temido a los robots —dijo una vez—. Mientras sea así, los tribunales y las legislaturas no trabajarán a favor de ellos. ¿No tendría que hacerse algo con la opinión pública?

Así que, mientras Paul permanecía en el juzgado, George optó por la tribuna pública. Eso le permitía ser informal y llegaba al extremo de usar esa ropa nueva y floja que llamaban «harapos».

—Pero no te la pises en el estrado, papá —le advirtió Paul.

Interpeló a la convención anual de holonoticias en una ocasión, diciendo:

—Si en virtud de la Segunda Ley podemos exigir a cualquier robot obediencia ilimitada en todos los aspectos que entrañan daño para un ser humano, entonces cualquier ser humano tiene un temible poder sobre cualquier robot. Como la Segunda Ley tiene prioridad sobre la Tercera, cualquier ser humano puede hacer uso de la ley de obediencia para anular la ley de autoprotección. Puede ordenarle a cualquier robot que se haga daño a sí mismo o que se autodestruya, sólo por capricho.

»¿Es eso justo? ¿Trataríamos así a un animal? Hasta un objeto inanimado que nos ha prestado un buen servicio se gana nuestra consideración. Y un robot no es insensible. No es un animal. Puede pensar, hablar, razonar, bromear. ¿Podemos tratarlos como amigos, podemos trabajar con ellos y no brindarles el fruto de esa amistad, el beneficio de la colaboración mutua?

»Si un ser humano tiene el derecho de darle a un robot cualquier orden que no suponga daño para un ser humano, debería tener la decencia de no darle a un robot ninguna orden que suponga daño para un robot, a menos que lo requiera la seguridad humana. Un gran poder supone una gran responsabilidad, y si los robots tienen tres leyes para proteger a los hombres ¿es mucho pedir que los hombres tengan un par de leyes para proteger a los robots?

Andrew tenía razón. La batalla por ganarse a la opinión pública fue la clave en los tribunales y en la Legislatura, y al final se aprobó una ley que imponía unas condiciones, según las cuales se prohibían las órdenes lesivas para los robots. Tenía muchos vericuetos y los castigos por violar la ley eran insuficientes, pero el principio quedó establecido. La Legislatura Mundial la aprobó el día de la muerte de la Niña.

No fue coincidencia que la Niña se aferrara a la vida tan desesperadamente durante el último debate y sólo cejara cuando le comunicaron la victoria. Su última sonrisa fue para Andrew. Sus últimas palabras fueron:

—Fuiste bueno con nosotros, Andrew.

Murió cogiéndole la mano, mientras George, con su esposa y sus hijos, permanecía a respetuosa distancia de ambos.

## 12

Andrew aguardó pacientemente mientras el recepcionista entraba en el despacho. El robot podría haber usado el interfono holográfico, pero sin duda era presa de cierto nerviosismo por tener que tratar con otro robot y no con un ser humano.

Andrew se entretuvo cavilando sobre esa cuestión. ¿«Neviosismo» era la palabra adecuada para una criatura que en vez de nervios tenía sendas positrónicas? ¿Podía usarse como un término analógico?

Esos problemas surgían con frecuencia mientras trabajaba en su libro sobre los robots. El esfuerzo de pensar frases para expresar todas las complejidades le había mejorado el vocabulario.

Algunas personas lo miraban al pasar, y él no eludía sus miradas. Las afrontaba con calma y la gente se alejaba.

Salió Paul Martín. Parecía sorprendido, aunque Andrew tuvo dificultades para verle la expresión, pues Paul usaba ese grueso maquillaje que la moda imponía para ambos sexos y, aunque le confería más vigor a su blando rostro, Andrew lo desaprobaba. Había notado que desaprobado a los seres humanos no lo inquietaba demasiado mientras no lo manifestara verbalmente. Incluso podía expresarlo por escrito. Estaba seguro de que no siempre había sido así.

—Entra, Andrew. Lamento haberte hecho esperar, pero tenía que concluir una tarea. Entra. Me dijiste que querías hablar conmigo, pero no sabía que querías hablarme aquí.

—Si estás ocupado, Paul, estoy dispuesto a esperar.

Paul miró el juego de sombras cambiantes en el cuadrante de la pared que servía como reloj.

—Dispongo de un rato. ¿Has venido solo?

—Alquilé un automotóvil.

—¿Algún problema? —preguntó Paul, con cierta ansiedad.

—No esperaba ninguno. Mis derechos están protegidos.

La ansiedad de Paul se agudizó.

—Andrew, te he explicado que la ley no es de ejecución obligatoria salvo en situaciones excepcionales... Y si insistes en usar ropa acabarás teniendo problemas, como aquella primera vez.

—La única, Paul. Lamento que estés disgustado.

—Bien, míralo de este modo: eres prácticamente una leyenda viviente, Andrew, y eres demasiado valioso para arrogarte el derecho de ponerte en peligro... ¿Cómo anda el libro?

—Me estoy acercando al final, Paul. El editor está muy contento.

—¡Bien!

—No sé si se encuentra contento exactamente con el libro en cuanto tal. Creo que piensa vender muchos ejemplares porque está escrito por un robot, y eso le hace estar contento.

—Me temo que es muy humano.

—No estoy disgustado. Que se venda, sea cual sea la razón, porque eso significará dinero y me vendrá bien.

—La abuela te dejó...

—La Niña era generosa y sé que puedo contar con la ayuda de la familia. Pero espero que los derechos del libro me ayuden en el próximo paso.

—¿De qué hablas?

—Quiero ver al presidente de Robots y Hombres Mecánicos S.A. He intentado concertar una cita, pero hasta ahora no pude dar con él. La empresa no colaboró conmigo en la preparación del libro, así que no me sorprende.

Paul estaba divirtiéndose.

—Colaboración es lo último que puedes esperar. La empresa no colaboró con nosotros en nuestra gran lucha por los derechos de los robots. Todo lo contrario, ya entiendes por qué: si les otorgas derechos a los robots, quizá la gente no quiera comprarlos.

—Pero si llamas tú, podrás conseguirme una entrevista.

—Me tienen tan poca simpatía como a ti, Andrew.

—Quizá puedas insinuar que la firma Feingold y Martin está dispuesta a iniciar una campaña para reforzar aún más los derechos de los robots.

—¿No sería una mentira, Andrew?

—Sí, Paul, y yo no puedo mentir. Por eso debes llamar tú.

—Ah, no puedes mentir, pero puedes instigarme a mentir, ¿verdad? Eres cada vez más humano, Andrew.

### 13

No fue fácil, a pesar del renombre de Paul.

Pero al fin se logró. Harley Smythe-Robertson, que descendía del fundador de la empresa por línea materna y había adoptado ese guión en el apellido para indicarlo, parecía disgustado. Se aproximaba a la edad de jubilarse, y el tema de los derechos de los robots había acaparado su gestión como presidente. Llevaba el cabello gris

aplastado y el rostro sin maquillaje. Miraba a Andrew con hostilidad.

—Hace un siglo —dijo Andrew—, un tal Merton Mansky, de esta empresa, me dijo que la matemática que rige la trama de las sendas positrónicas era tan compleja que sólo permitía soluciones complejas y, por lo tanto, mis aptitudes no eran del todo previsibles.

—Eso fue hace un siglo. —Smythe-Robertson dudó un momento; luego, añadió en un tono frío—: Ya no es así. Nuestros robots están contruidos con precisión y adiestrados con precisión para realizar sus tareas.

—Sí —asintió Paul, que estaba allí para cerciorarse de que la empresa actuara limpiamente—, con el resultado de que mi recepcionista necesita asesoramiento cada vez que se aparta de una tarea convencional.

—Más se disgustaría usted si se pusiera a improvisar —replicó Smythe-Robertson.

—Entonces, ¿ustedes ya no manufacturan robots como yo, flexibles y adaptables? —preguntó Andrew.

—No.

—La investigación que he realizado para preparar mi libro —prosiguió Andrew— indica que soy el robot más antiguo en activo.

—El más antiguo ahora y el más antiguo siempre. El más antiguo que habrá nunca. Ningún robot es útil después de veinticinco años. Los recuperamos para reemplazarlos por modelos más nuevos.

—Ningún robot es útil después de veinticinco años tal como se los fabrica ahora —señaló Paul—. Andrew es muy especial en ese sentido.

Andrew, ateniéndose al rumbo que se había trazado, dijo:

—Por ser el robot más antiguo y flexible del mundo, ¿no soy tan excepcional como para merecer un tratamiento especial por parte de la empresa?

—En absoluto —respondió Smythe-Robertson—. Ese carácter excepcional es un estorbo para la empresa. Si usted estuviera alquilado, en vez de haber sido vendido por una infortunada decisión, lo habríamos reemplazado hace muchísimo tiempo.

—Pero de eso se trata —se animó Andrew—. Soy un robot libre y soy dueño de mí mismo. Por lo tanto, acudo a usted para pedirle que me reemplace. Usted no puede hacerlo sin consentimiento del dueño. En la actualidad, ese consentimiento se incluye obligatoriamente como condición para el alquiler, pero en mi época no era así.

Smythe-Robertson estaba estupefacto y desconcertado, y guardó silencio. Andrew observó el holograma de la pared. Era una máscara mortuoria de Susan Calvin, santa patrona de la robótica. Había muerto dos siglos atrás, pero después de escribir el libro Andrew la conocía tan bien que tenía la sensación de haberla tratado personalmente.

—¿Cómo puedo reemplazarle? —replicó Smythe-Robertson—. Si le reemplazo como robot, ¿cómo puedo darle el nuevo robot a usted, el propietario, si en el

momento del reemplazo usted deja de existir?

Sonrió de un modo siniestro.

—No es difícil —terció Paul—. La personalidad de Andrew está asentada en su cerebro positrónico, y esa parte no se puede reemplazar sin crear un nuevo robot. Por consiguiente, el cerebro positrónico es Andrew el propietario. Todas las demás piezas del cuerpo del robot se pueden reemplazar sin alterar la personalidad del robot, y esas piezas pertenecen al cerebro. Yo diría que Andrew desea proporcionarle a su cerebro un nuevo cuerpo robótico.

—En efecto —asintió Andrew. Se volvió hacia Smythe-Robertson—. Ustedes han fabricado androides, ¿verdad?, robots que tienen apariencia humana, incluida la textura de la piel.

—Sí, lo hemos hecho. Funcionaban perfectamente con su cutis y sus tendones fibrosíntéticos. Prácticamente no había nada de metal, salvo en el cerebro, pero eran tan resistentes como los robots de metal. Más resistentes, en realidad.

Paul se interesó:

—No lo sabía. ¿Cuántos hay en el mercado?

—Ninguno —contestó Smythe-Robertson—. Eran mucho más caros que los modelos de metal, y un estudio del mercado reveló que no serían aceptados. Parecían demasiado humanos.

—Pero la empresa conserva toda su destreza —afirmó Andrew—. Deseo, pues, ser reemplazado por un robot orgánico, por un androide.

—¡Santo cielo! —exclamó Paul.

Smythe-Robertson se puso rígido.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué imposible? —preguntó Andrew—. Pagaré lo que sea, dentro de lo razonable, por supuesto.

—No fabricamos androides.

—No quieren fabricar androides —intervino Paul—. Eso no es lo mismo que no poseer la capacidad para fabricarlos.

—De todos modos, fabricar androides va contra nuestra política pública.

—No hay ley que lo prohíba —señaló Paul.

—Aun así, no los fabricamos ni pensamos hacerlo.

Paul se aclaró la garganta.

—Señor Smythe-Robertson, Andrew es un robot libre y está amparado por la ley que garantiza los derechos de los robots. Entiendo que usted está al corriente de ello.

—Ya lo creo.

—Este robot, como robot, libre, opta por usar vestimenta. Por esta razón, a menudo es humillado por seres humanos desconsiderados, a pesar de la ley que prohíbe humillar a los robots. Es difícil tomar medidas contra infracciones vagas que



no cuentan con la reprobación general de quienes deben decidir sobre la culpa y la inocencia.

—Nuestra empresa lo comprendió desde el principio. Lamentablemente, la firma de su padre no.

—Mi padre ha muerto, pero en este asunto veo una clara infracción, con una parte perjudicada.

—¿De qué habla? —gruñó Smythe-Robertson.

—Andrew Martin, que acaba de convertirse en mi cliente, es un robot libre capacitado para solicitar a Robots y Hombres Mecánicos el derecho de reemplazo, el cual la empresa otorga a quien posee un robot durante más de veinticinco años. Más aún, la empresa insiste en que haya reemplazos. —Paul sonrió con desenfado—. El cerebro positrónico de mi cliente es propietario del cuerpo de mi cliente, que, desde luego, tiene más de veinticinco años. El cerebro positrónico exige el reemplazo del cuerpo y ofrece pagar un precio razonable por un cuerpo de androide, en calidad de dicho reemplazo. Si usted rechaza el requerimiento, mi cliente sufrirá una humillación y presentaremos una querrela. Además, aunque la opinión pública no respaldara la reclamación de un robot en este caso, le recuerdo que su empresa no goza de popularidad. Hasta quienes más utilizan los robots y se aprovechan de ellos recelan de la empresa. Esto puede ser un vestigio de tiempos en que los robots eran muy temidos. Puede ser resentimiento contra el poderío y la riqueza de Robots y Hombres Mecánicos, que ostenta el monopolio mundial. Sea cual fuera la causa, el resentimiento existe y creo que usted preferirá no ir a juicio, teniendo en cuenta que mi cliente es rico y que vivirá muchos siglos, lo cual le permitirá prolongar la batalla eternamente.

Smythe-Robertson se había ruborizado.

—Usted intenta obligarme a...

—No le obligo a nada. Si desea rechazar la razonable solicitud de mi cliente, puede hacerlo y nos marcharemos sin decir más... Pero entablaremos un pleito, como es nuestro derecho, y a la larga usted perderá.

—Bien... —empezó Smythe-Robertson, y se calló.

—Veo que va usted a aceptar. Puede que tenga dudas, pero al fin aceptará. Le haré otra aclaración. Si, al transferir el cerebro positrónico de mi cliente de su cuerpo actual a un cuerpo orgánico se produce alguna lesión, por leve que sea, no descansaré hasta haber arruinado a su empresa. De ser necesario, haré todo lo posible para movilizar a la opinión pública contra ustedes si una senda del cerebro de platinoiridio de mi cliente sufre algún daño. ¿Estás de acuerdo, Andrew?

Andrew titubeó. Era como aprobar la mentira, el chantaje, el mal trato y la humillación de un ser humano. Pero no hay daño físico, se dijo, no hay daño físico.

Finalmente logró pronunciar un tímido sí.

Era como estar reconstruido. Durante días, semanas y meses Andrew se sintió como otra persona, y los actos más sencillos le hacían vacilar.

Paul estaba frenético.

—Te han dañado, Andrew. Tendremos que entablar un pleito.

—No lo hagas —dijo Andrew muy despacio—. Nunca podrás probar pr...

—¿Premeditación?

—Premeditación. Además, ya me encuentro más fuerte, mejor. Es el t...

—¿Temblor?

—Trauma. A fin de cuentas, nunca antes se practicó semejante oper... oper...

Andrew sentía el cerebro desde dentro, algo que nadie más podía hacer. Sabía que se encontraba bien y, durante los meses que le llevó aprender la plena coordinación y el pleno interjuego positrónico, se pasó horas ante el espejo.

¡No parecía humano! El rostro era rígido y los movimientos, demasiado deliberados. Carecía de la soltura del ser humano, pero quizá pudiera lograrlo con el tiempo. Al menos, podía ponerse ropa sin la ridícula anomalía de tener un rostro de metal.

—Volveré al trabajo.

Paul sonrió.

—Eso significa que ya estás bien. ¿Qué piensas hacer? ¿Escribirás otro libro?

—No —respondió muy serio—. Vivo demasiado tiempo como para dejarme seducir por una sola carrera. Hubo un tiempo en que era artista y aún puedo volver a esa ocupación. Y hubo un tiempo en que fui historiador y aún puedo volver a eso. Pero ahora deseo ser robobiólogo.

—Robopsicólogo, querrás decir.

—No. Eso implicaría el estudio de cerebros positrónicos, y en este momento no deseo hacerlo. Un robobiólogo sería alguien que estudia el funcionamiento del cuerpo que va con ese cerebro.

—¿Eso no se llamaría un robotista?

—Un robotista trabaja con un cuerpo de metal. Yo estudiaré un cuerpo humanoide orgánico, y el único espécimen que existe es el mío.

—Un campo muy limitado —observó Paul—. Como artista, toda la inspiración te pertenecía; como historiador, estudiabas principalmente los robots; como robobiólogo, sólo te estudiarás a ti mismo.

Andrew asintió con la cabeza.

—Eso parece.

Andrew tuvo que comenzar desde el principio, pues no sabía nada de biología y casi nada de ciencias. Empezó a frecuentar bibliotecas, donde consultaba índices electrónicos durante horas, con su apariencia totalmente normal debido a la ropa. Los

pocos que sabían que era un robot no se entrometían.

Construyó un laboratorio en una sala que añadió a su casa, y también se hizo una biblioteca.

Transcurrieron años. Un día, Paul fue a verlo.

—Es una lástima que ya no trabajes en la historia de los robots. Tengo entendido que Robots y Hombres Mecánicos está adoptando una política radicalmente nueva.

Paul había envejecido, y unas células fotoópticas habían reemplazado sus deteriorados ojos. En ese aspecto estaba más cerca de Andrew.

—¿Qué han hecho? —preguntó Andrew.

—Están fabricando ordenadores centrales, cerebros positrónicos gigantescos que se comunican por microondas con miles de robots. Los robots no poseen cerebro. Son las extremidades del gigantesco cerebro, y los dos están separados físicamente.

—¿Es más eficiente?

—La empresa afirma que sí. Smythe-Robertson marcó el nuevo rumbo antes de morir. Sin embargo, tengo la sospecha de que es una reacción contra ti. No quieren fabricar robots que les causen problemas como tú, y por eso han separado el cerebro del cuerpo. El cerebro no deseará cambiar de cuerpo y el cuerpo no tendrá un cerebro que desee nada. Es asombrosa la influencia que has ejercido en la historia de los robots. Tus facultades artísticas animaron a la empresa a fabricar robots más precisos y especializados; tu libertad derivó en la formulación del principio de los derechos robóticos; tu insistencia en tener un cuerpo de androide hizo que la empresa separase el cerebro del cuerpo.

—Supongo que al final la empresa fabricará un enorme cerebro que controlará miles de millones de cuerpos robóticos. Todos los huevos en un cesto. Peligroso. Muy desatinado.

—Me parece que tienes razón. Pero no creo que ocurra hasta dentro de un siglo y yo no viviré para verlo. Quizá ni siquiera viva para ver el año próximo.

—¡Paul! —exclamó Andrew, preocupado.

Paul se encogió de hombros.

—Somos mortales, Andrew, no somos como tú. No importa demasiado, pero sí es importante aclararte algo. Soy el último humano de los Martín. Hay descendientes de mi tía abuela, pero ellos no cuentan. El dinero que controlo personalmente quedará en un fondo a tu nombre y, en la medida en que uno puede prever el futuro, estarás económicamente a salvo.

—Eso es innecesario —rechazó Andrew con dificultad, pues a pesar de todo ese tiempo no lograba habituarse a la muerte de los Martín.

—No discutamos. Así serán las cosas. ¿En qué estás trabajando?

—Diseño un sistema que permita que los androides, yo mismo, obtengan energía de la combustión de hidrocarburos, y no de las células atómicas.

Paul enarcó las cejas.

—¿De modo que puedan respirar y comer?

—Sí.

—¿Cuánto hace que investigas ese problema?

—Mucho tiempo, pero creo que he diseñado una cámara de combustión adecuada para una descomposición catalizada controlada.

—¿Pero por qué, Andrew? La célula atómica es infinitamente mejor.

—En ciertos sentidos, quizá; pero la célula atómica es inhumana.

## 15

Le llevó tiempo, pero Andrew tenía tiempo de sobra. Ante todo, no quiso hacer nada hasta que Paul muriese en paz.

Con la muerte del bisnieto del Señor, Andrew se sintió más expuesto a un mundo hostil, de modo que estaba aún más resuelto a seguir el rumbo que había escogido tiempo atrás.

Pero no estaba solo. Aunque un hombre había muerto, la firma Feingold y Martín seguía viva, pues una empresa no muere, así como no muere un robot. La firma tenía sus instrucciones y las cumplió al pie de la letra. A través del fondo fiduciario y la firma legal, Andrew conservó su fortuna y, a cambio de una suculenta comisión anual, Feingold y Martín se involucró en los aspectos legales de la nueva cámara de combustión.

Cuando llegó el momento de visitar Robots y Hombres Mecánicos S.A., lo hizo a solas. En una ocasión había ido con el Señor y en otra con Paul; esa vez era la tercera, estaba solo y parecía un hombre.

La empresa había cambiado. La planta de producción se había desplazado a una gran estación espacial, como ocurría con muchas industrias. Con ellas se habían ido muchos robots. La Tierra parecía cada vez más un parque, con una población estable de mil millones de personas y una población similar de robots, de los cuales un treinta por ciento estaban dotados de un cerebro autónomo.

El director de investigaciones era Alvin Magdescu, de tez y cabello oscuros y barba puntiaguda. Sobre la cintura sólo usaba la faja pectoral impuesta por la moda. Andrew vestía según la anticuada moda de hacía varias décadas.

—Te conozco, desde luego —dijo Magdescu—, y me agrada verte. Eres uno de nuestros productos más notables y es una lástima que el viejo Smythe-Robertson te tuviera inquina. Podríamos haber hecho un gran trato contigo.

—Aún pueden.

—No, no creo. Ha pasado el momento. Hace más de un siglo que tenemos robots en la Tierra, pero eso está cambiando. Se irán al espacio y los que permanezcan aquí no tendrán cerebro.

—Pero quedo yo, y me quedo en la Tierra.

—Sí, pero tú no pareces un robot. ¿Qué nueva solicitud traes?

—Quiero ser menos robot. Como soy tan orgánico, deseo una fuente orgánica de energía. Aquí tengo los planos...

Magdescu los miró sin prisa. Los observaba con creciente interés.

—Es notablemente ingenioso. ¿A quién se le ha ocurrido todo esto?

—A mí.

Magdescu lo miró fijamente.

—Supondría una reestructuración total del cuerpo y sería experimental, pues nunca se ha intentado. Te aconsejo que no lo hagas, que te quedes como estás.

El rostro de Andrew tenía una capacidad expresiva limitada, pero no ocultó su impaciencia.

—Profesor Magdescu, no lo entiende. Usted no tiene más opción que acceder a mi requerimiento. Si se pueden incorporar estos dispositivos a mi cuerpo, también se pueden incorporar a cuerpos humanos. La tendencia a prolongar la vida humana mediante prótesis se está afianzando. No hay dispositivos mejores que los que yo he diseñado y sigo diseñando. Controlo las patentes a través de Feingold y Martin. Somos capaces de montar una empresa para desarrollar prótesis que quizá terminen generando seres humanos con muchas de las propiedades de los robots. Su empresa se verá afectada. En cambio, si me opera ahora y accede a hacerlo en circunstancias similares en el futuro, percibirá una comisión por utilizar las patentes y controlar la tecnología robótica y protésica para seres humanos. El alquiler inicial se otorgará sólo cuando se haya realizado la primera operación, y cuando haya pasado tiempo suficiente para demostrar que tuvo éxito.

La Primera Ley no le creó ninguna inhibición ante las severas condiciones que le estaba imponiendo a un ser humano. Había aprendido que lo que parecía crueldad podía resultar bondad a la larga.

Magdescu estaba estupefacto.

—No soy yo quien debe decidir en semejante asunto. Es una decisión de empresa y llevará tiempo.

—Puedo esperar un tiempo razonable —dijo Andrew—, pero sólo un tiempo razonable.

Y pensó con satisfacción que Paul mismo no lo habría hecho mejor.

## 16

Fue sólo un tiempo razonable, y la operación resultó todo un éxito. —Yo me oponía a esta operación, Andrew —le dijo Magdescu—, pero no por lo que tú piensas. No estaba en contra del experimento, de haberse tratado de otro. Detestaba poner en peligro tu cerebro positrónico. Ahora que tienes sendas positrónicas que actúan

recíprocamente con sendas nerviosas simuladas, podría resultar difícil rescatar el cerebro intacto si el cuerpo se deteriorase.

—Yo tenía confianza en la capacidad del personal de la empresa. Y ahora puedo comer.

—Bueno, puedes sorber aceite de oliva. Eso significa que habrá que hacer de vez en cuando una limpieza de la cámara de combustión, como ya te hemos explicado. Es un factor incómodo, diría yo.

—Quizá, si yo no pensara seguir adelante. La autolimpieza no es imposible. Estoy trabajando en un dispositivo que se encargará de los alimentos sólidos que incluyan parte no combustibles; la materia indigerible, por así decirlo, que hará que desechar.

—Entonces, necesitarás un ano.

—Su equivalente.

—¿Qué más, Andrew?

—Todo lo demás.

—¿También genitales?

—En la medida en que concuerden con mis planes. Mi cuerpo es un lienzo donde pienso dibujar...

Magdescu aguardó a que concluyera la frase, pero como la pausa se prolongaba decidió redondearla él mismo:

—¿Un hombre?

—Ya veremos —se limitó a decir Andrew.

—Es una ambición contradictoria, Andrew. Tú eres mucho mejor que un hombre. Has ido cuesta abajo desde que optaste por ser orgánico.

—Mí cerebro no se ha dañado.

—No, claro que no. Pero, Andrew, los nuevos hallazgos protésicos que han posibilitado tus patentes se comercializan bajo tu nombre. Eres reconocido como el gran inventor y se te honra por ello... tal como eres. ¿Por qué quieres arriesgar más tu cuerpo?

Andrew no respondió.

Los honores llegaron. Aceptó el nombramiento en varias instituciones culturales, entre ellas una consagrada a la nueva ciencia que él había creado; la que él llamó robobiología, pero que se denominaba protetología.

En el ciento cincuenta aniversario de su fabricación, se celebró una cena de homenaje en Robots y Hombres Mecánicos. Si Andrew vio en ello alguna ironía, no lo mencionó.

Alvin Magdescu, ya jubilado, presidió la cena. Tenía noventa y cuatro años y aún vivía porque tenía prótesis que, entre otras cosas, cumplían las funciones del hígado y de los riñones. La cena alcanzó su momento culminante cuando Magdescu, al cabo de un discurso breve y emotivo, alzó la copa para brindar por «el robot

sesquicentenario».

Andrew se había hecho remodelar los tendones del rostro hasta el punto de que podía expresar una gama de emociones, pero se comportó de un modo pasivo durante toda la ceremonia. No le agradaba ser un robot sesquicentenario.

## 17

La prototología le permitió a Andrew abandonar la Tierra. En las décadas que siguieron a la celebración del sesquicentenario, la Luna se convirtió en un mundo más terrícola que la Tierra en todos los aspectos menos en el de la gravedad, un mundo que albergaba una densa población en sus ciudades subterráneas.

Allí, las prótesis debían tener en cuenta la menor gravedad, y Andrew pasó cinco años en la Luna trabajando con especialistas locales para introducir las necesarias adaptaciones. Cuando no se encontraba trabajando, deambulaba entre los robots, que lo trataban con la cortesía robótica debida a un hombre.

Regresó a la Tierra, que era monótona y apacible en comparación, y fue a las oficinas de Feingold y Martin para anunciar su vuelta.

El entonces director de la firma, Simon DeLong, se quedó sorprendido.

—Nos habían anunciado que regresabas, Andrew —dijo, aunque estuvo a punto de llamarlo «señor Martin»—, pero no te esperábamos hasta la semana entrante.

—Me impacienté —contestó bruscamente Andrew, que ansiaba ir al grano—. En la Luna, Simon, estuve al mando de un equipo de investigación de veinte científicos humanos. Les daba órdenes que nadie cuestionaba. Los robots lunares me trataban como a un ser humano. Entonces ¿por qué no soy un ser humano?

DeLong adoptó una expresión cautelosa.

—Querido Andrew, como acabas de explicar, tanto los robots como los humanos te tratan como si fueras un ser humano. Por consiguiente, eres un ser humano de facto.

—No me basta con ser un ser humano de facto. Quiero que no sólo me traten como tal, sino que me identifiquen legalmente como tal. Quiero ser un ser humano de jure.

—Eso es distinto. Ahí tropezaríamos con los prejuicios humanos y con el hecho indudable de que, por mucho que parezcas un ser humano, no lo eres.

—¿En qué sentido? Tengo la forma de un ser humano y órganos equivalentes a los de los humanos. Mis órganos son idénticos a los que tiene un ser humano con prótesis. He realizado aportaciones artísticas, literarias y científicas a la cultura humana, tanto como cualquier ser humano vivo. ¿Qué más se puede pedir?

—Yo no pediría nada. El problema es que se necesitaría una ley de la Legislatura Mundial para definirte como humano. Francamente, no creo que sea posible.

—¿Con quién debo hablar en la Legislatura?

—Con la presidencia de la Comisión para la Ciencia y la Tecnología, tal vez.

—¿Puedes pedir una reunión?

—Pero no necesitas un intermediario. Con tu prestigio...

—No. Encárgate tú. —Andrew ni siquiera pensó que estaba dándole una orden a un ser humano. En la Luna se había acostumbrado a ello—. Quiero que sepan que Feingold y Martin me apoya plenamente en esto.

—Pues bien...

—Plenamente, Simon. En ciento setenta y tres años he aportado muchísimo a esta firma. En el pasado estuve obligado para con otros miembros de esta firma. Ahora no. Es a la inversa, y estoy reclamando mi deuda.

—Veré qué puedo hacer —dijo DeLong.

## 18

La presidenta de la Comisión para Ciencia y la Tecnología era una asiática llamada Chee Li-Hsing. Con sus prendas transparentes (que ocultaban lo que ella quería ocultar mediante un resplandor), parecía envuelta en plástico.

—Simpatizo con su afán de obtener derechos humanos plenos —le dijo—. En otros tiempos de la historia hubo integrantes de la población humana que lucharon por obtener derechos humanos plenos. ¿Pero qué derechos puede desear que ya no tenga?

—Algo muy simple: el derecho a la vida. Un robot puede ser desmontado en cualquier momento.

—Y un ser humano puede ser ejecutado en cualquier momento.

—La ejecución sólo puede realizarse dentro del marco de la ley. Para desmontarme a mí no se requiere un juicio; sólo se necesita la palabra de un ser humano que tenga autorización para poner fin a mi vida. Además..., además... —Andrew procuró reprimir su tono implorante, pero su expresión y su voz humanizadas lo traicionaban—. Lo cierto es que deseo ser hombre. Lo he deseado durante seis generaciones de seres humanos.

Li-Hsing lo miró con sus ojos oscuros.

—La Legislatura puede aprobar una ley declarándolo humano; llegado el caso, podría aprobar una ley declarando humana a una estatua de piedra. Sin embargo, creo que en el primer caso serviría para tan poco como en el segundo. Los diputados son tan humanos como el resto de la población, y siempre existe un recelo contra los robots.

—¿Incluso actualmente?

—Incluso actualmente. Todos admitiríamos que usted se ha ganado a pulso el premio de ser humano, pero persistiría el temor de sentar un precedente indeseable.

—¿Qué precedente? Soy el único robot libre, el único de mi tipo, y nunca se



fabricará otro. Pueden preguntárselo a Robots y Hombres Mecánicos.

—«Nunca» es mucho tiempo, Andrew, o, si lo prefiere, señor Martin, pues personalmente le considero humano. La mayoría de los diputados se mostrarán reacios a sentar ese precedente, por insignificante que parezca. Señor Martin, cuenta usted con mi respaldo, pero no le aconsejo que abrigue esperanzas. En realidad... — Se reclinó en el asiento y arrugó la frente—. En realidad, si la discusión se vuelve acalorada, surgirá cierta tendencia, tanto dentro como fuera de la Legislatura, a favorecer esa postura, que antes mencionó usted, la de que quieran desmontarle. Librarse de usted podría ser el modo más fácil de resolver el dilema. Piénselo antes de insistir.

—¿Nadie recordará la técnica de la protetología, algo que me pertenece casi por completo?

—Parecerá cruel, pero no la recordarán. O, en todo caso, la recordarán desfavorablemente. Dirán que usted lo hizo con fines egoístas, que fue parte de una campaña para robotizar a los seres humanos o para humanizar a los robots; y en cualquiera de ambos casos sería pérfido y maligno. Usted nunca ha sido víctima de una campaña política de desprestigio, y le aseguro que se convertiría en el blanco de unas calumnias que ni usted ni yo nos creeríamos, pero sí habría gente que se las creería. Señor Martin, viva su vida en paz.

Se levantó. Al lado de Andrew, que estaba sentado, parecía menuda, casi una niña.

—Si decido luchar por mi humanidad —dijo Andrew—, ¿usted estará de mi lado? Ella reflexionó y contestó:

—Sí, en la medida de lo posible. Si en algún momento esa postura amenaza mi futuro político, tendré que abandonarle, pues para mí no es una cuestión fundamental. Procuero ser franca.

—Gracias. No le pediré otra cosa. Me propongo continuar esta lucha al margen de las consecuencias, y le pediré ayuda mientras usted pueda brindármela.

## 19

No fue una lucha directa. Feingold y Martin aconsejó paciencia y Andrew masculló que no tenía una paciencia infinita. Luego, Feingold y Martin inició una campaña para delimitar la zona de combate.

Entabló un pleito en el que se rechazaba la obligación de pagar deudas a un individuo con un corazón protésico, alegando que la posesión de un órgano robótico lo despojaba de humanidad y de sus derechos constitucionales.

Lucharon con destreza y tenacidad; perdían en cada paso que daban, pero procurando siempre que la sentencia resultante fuese lo más genérica posible, y luego la presentaban mediante apelaciones ante el Tribunal Mundial.

Llevó años, y millones de dolares.

Cuando se dictó la última sentencia, DeLong festejó la derrota como si fuera un triunfo. Andrew estaba presente en las oficinas de la firma, por supuesto.

—Hemos logrado dos cosas, Andrew, y ambas son buenas. En primer lugar, hemos establecido que ningún número de artefactos le quita humanidad al cuerpo humano. En segundo lugar, hemos involucrado a la opinión pública de tal modo que estará a favor de una interpretación amplia de lo que significa humanidad, pues no hay ser humano existente que no desee una prótesis si eso puede mantenerlo con vida.

—¿Y crees que la Legislatura me concederá el derecho a la humanidad?

DeLong parecía un poco incómodo.

—En cuanto a eso, no puedo ser optimista. Queda el único órgano que el Tribunal Mundial ha utilizado como criterio de humanidad. Los seres humanos poseen un cerebro celular orgánico y los robots tienen un cerebro positrónico de platino e iridio... No, Andrew, no pongas esa cara. Carecemos de conocimientos para imitar el funcionamiento de un cerebro celular en estructuras artificiales parecidas al cerebro orgánico, así que no se puede incluir en la sentencia. Ni siquiera tú podrías lograrlo.

—¿Qué haremos entonces?

—Intentarlo, por supuesto. La diputada Li-Hsing estará de nuestra parte y también una cantidad creciente de diputados. El presidente sin duda seguirá la opinión de la mayoría de la Legislatura en este asunto.

—¿Contamos con una mayoría?

—No, al contrario. Pero podríamos obtenerla si el público expresa su deseo de que se te incluya en una interpretación amplia de lo que significa humanidad. Hay pocas probabilidades, pero si no deseas abandonar debemos arriesgarnos.

—No deseo abandonar.

## 20

La diputada Li-Hsing era mucho más vieja que cuando Andrew la conoció. Ya no llevaba aquellas prendas transparentes, sino que tenía el cabello corto y vestía con ropa tubular. En cambio, Andrew aún se atenía, dentro de los límites de lo razonable, al modo de vestir que predominaba cuando él comenzó a usar ropa un siglo atrás.

—Hemos llegado tan lejos como podíamos, Andrew. Lo intentaremos nuevamente después del receso, pero, con franqueza, la derrota es segura y tendremos que desistir. Todos estos esfuerzos sólo me han valido una derrota segura en la próxima campaña parlamentaria.

—Lo sé, y lo lamento. Una vez dijiste que me abandonarías si se llegaba a ese extremo; ¿por qué no lo has hecho?

—Porque cambié de opinión. Abandonarte se convirtió en un precio más alto del que estaba dispuesta a pagar por una nueva gestión. Hace más de un cuarto de siglo

que estoy en la Legislatura. Es suficiente.

—¿No hay modo de hacerles cambiar de parecer, Chee?

—He convencido a toda la gente razonable. El resto, la mayoría, no están dispuestos a renunciar a su aversión emocional.

—La aversión emocional no es una razón válida para votar a favor o en contra.

—Lo sé, Andrew, pero la razón que alegan no es la aversión emocional.

—Todo se reduce al tema del cerebro, pues. ¿Pero es que todo ha de limitarse a una oposición entre células y positrones? ¿No hay modo de imponer una definición funcional? ¿Debemos decir que un cerebro está hecho de esto o lo otro? ¿No podemos decir que el cerebro es algo capaz de alcanzar cierto nivel de pensamiento?

—No dará resultado. Tu cerebro fue fabricado por el hombre, el cerebro humano no. Tu cerebro fue construido, el humano se desarrolló. Para cualquier ser humano que se proponga mantener la barrera entre él y el robot, esas diferencias constituyen una muralla de acero de un kilómetro de grosor y un kilómetro de altura.

—Si pudiéramos llegar a la raíz de su antipatía..., a la auténtica raíz de...

—A1 cabo de tantos años —comentó tristemente Li-Hsing—, sigues intentando razonar con los seres humanos. Pobre Andrew, no te enfades, pero es tu personalidad robótica la que te impulsa en esa dirección.

—No lo sé —dijo Andrew—. Si pudiera someterme...

Si pudiera someterse...

Sabía desde tiempo atrás que podía llegar a ese extremo, y al fin decidió ver al cirujano. Buscó uno con la habilidad suficiente para la tarea, lo cual significaba un cirujano robot, pues no podía confiar en un cirujano humano, ni por su destreza ni por sus intenciones.

El cirujano no podría haber realizado la operación en un ser humano, así que Andrew, después de postergar el momento de la decisión con un triste interrogatorio que reflejaba su torbellino interior, dejó de lado la Primera Ley diciendo:

—Yo también soy un robot. —Y añadió, con la firmeza con que había aprendido a dar órdenes en las últimas décadas, incluso a seres humanos—: Le ordeno que realice esta operación.

En ausencia de la Primera Ley, una orden tan firme, impartida por alguien que se parecía tanto a un ser humano, activó la Segunda Ley, imponiendo la obediencia.

## 21

Andrew estaba seguro de que el malestar que sentía era imaginario. Se había recuperado de la operación. No obstante, se apoyó disimuladamente contra la pared. Sentarse sería demasiado revelador.

—La votación definitiva se hará esta semana, Andrew —dijo LiHsing—. No he podido retrasarla más, y perderemos... Ahí terminará todo, Andrew.

—Te agradezco tu habilidad para la demora. Me ha proporcionado el tiempo que necesitaba y he corrido el riesgo que debía correr.

—¿De qué riesgo hablas? —preguntó Li-Hsing, con manifiesta preocupación.

—No podía contártelo a ti ni a la gente de Feingold y Martin, pues sabía que me detendríais. Mira, si el problema es el cerebro, ¿acaso la mayor diferencia no resiste en la inmortalidad? ¿A quién le importa la apariencia, la constitución ni la evolución del cerebro? Lo que importa es que las células cerebrales mueren, que deben morir. Aunque se mantengan o se reemplacen los demás órganos, las células cerebrales, que no se pueden reemplazar sin alterar y matar la personalidad, deben morir con el tiempo. Mis sendas positrónicas han durado casi dos siglos sin cambios y pueden durar varios siglos más. ¿No es ésa la barrera fundamental? Los seres humanos pueden tolerar que un robot sea inmortal, pues no importa cuánto dure una máquina; pero no pueden tolerar a un ser humano inmortal, pues su propia mortalidad sólo es tolerable siempre y cuando sea universal. Por eso no quieren considerarme humano.

—¿Adónde quieres llegar, Andrew?

—He eliminado ese problema. Hace décadas, mi cerebro positrónico fue conectado a nervios orgánicos. Ahora, una última operación ha reorganizado esas conexiones de tal modo que lentamente mis sendas pierden potencial.

La azorada Li-Hsing calló un instante. Luego, apretó los labios.

—¿Quieres decir que has planeado morirme, Andrew? Es imposible. Eso viola la Tercera Ley.

—No. He escogido entre la muerte de mí cuerpo y la muerte de mis aspiraciones y deseos. Habría violado la Tercera Ley sí hubiese permitido que mi cuerpo viviera a costa de una muerte mayor.

Li-Hsing le agarró el brazo como si fuera a sacudirle. Se contuvo.

—Andrew, no dará resultado. Vuelve a tu estado anterior.

—Imposible. Se han causado muchos daños. Me queda un año de vida. Duraré hasta el segundo centenario de mi construcción. Me permití esa debilidad.

—¿Vale la pena? Andrew, eres un necio.

—Si consigo la humanidad, habrá valido la pena. De lo contrario, mi lucha terminará, y eso también habrá valido la pena.

Li-Hsing hizo algo que la asombró. Rompió a llorar en silencio.

## 22

Fue extraño el modo en que ese último acto capturó la imaginación del mundo. Andrew no había logrado conmover a la gente con todos sus esfuerzos, pero había aceptado la muerte para ser humano, y ese sacrificio fue demasiado grande para que lo rechazaran.

La ceremonia final se programó deliberadamente para el segundo centenario. El

presidente mundial debía firmar el acta y darle carácter de ley, y la ceremonia se transmitiría por una red mundial de emisoras y se vería en el Estado de la Luna e incluso en la colonia marciana.

Andrew iba en una silla de ruedas. Aún podía caminar, pero con gran esfuerzo.

Ante los ojos de la humanidad, el presidente mundial dijo:

—Hace cincuenta años, Andrew fue declarado el robot sesquicentenario. —Hizo una pausa y añadió solemnemente—: Hoy, el señor Martin es declarado el hombre bicentenario.

Y Andrew, sonriendo, extendió la mano para estrechar la del presidente.

## 23

Andrew yacía en el lecho. Sus pensamientos se disipaban.

Intentaba agarrarse a ellos con desesperación. ¡Un hombre! ¡Era un hombre! Quería serlo hasta su último pensamiento. Quería disolverse, morir siendo hombre.

Abrió los ojos y reconoció a Li-Hsing, que aguardaba solemnemente. Había otras personas, pero sólo eran sombras irreconocibles. Únicamente Li-Hsing se recortaba contra ese fondo cada vez más borroso. Andrew tendió la mano y sintió vagamente el apretón.

Ella se esfumaba ante sus ojos mientras sus últimos pensamientos se disipaban.

Pero, antes de que la imagen de Li-Hsing se desvaneciera del todo, un último pensamiento cruzó la mente de Andrew por un instante fugaz.

—Niña —susurró, en voz tan queda que nadie le oyó.

# Marching in (1976)

---

“Marching In”

Jerome Bishop, compositor y trombonista, nunca había estado en una clínica mental.

A veces temía que terminaran por internarlo (¿quién estaba a salvo?), pero nunca se le ocurrió que pudiera ejercer de asesor en asuntos de problemas mentales. De asesor.

Allí estaba, en el año 2001 y en un mundo bastante vapuleado que (según decían) estaba saliendo del atolladero. Se puso de pie cuando entró una mujer madura y de cabello entrecano, y se alegró de conservar todo su cabello en la plenitud de su color oscuro.

—¿Es usted el señor Bishop?

—Lo era la última vez que miré.

La mujer extendió la mano.

—Soy la doctora Cray. ¿Quiere acompañarme?

Bishop le estrechó la mano y la siguió, procurando no inquietarse ante los opacos uniformes de color beige que veía por doquier.

La doctora Cray se llevó un dedo a los labios y le señaló una silla. Apretó un botón y las luces se apagaron, haciendo visible una ventana iluminada. A través de la ventana, Bishop vio a una mujer sentada en lo que parecía una silla de dentista, inclinada hacia atrás. Una maraña de cables flexibles le brotaba de la cabeza, un fino rayo de luz se extendía de polo a polo a sus espaldas y una tira de papel salía de una máquina.

La luz se encendió de nuevo; la ventana desapareció.

—¿Sabe qué le estamos haciendo? —preguntó la doctora.

—¿Están grabando ondas cerebrales? Es sólo una suposición.

—Pues lo ha adivinado. Se trata de una grabación por láser. ¿Sabe cómo funciona?

—He grabado mi música con láser —contestó Bishop, cruzando una pierna sobre la otra—, pero eso no significa que sepa cómo funciona. Los ingenieros conocen los detalles. Oiga, doctora, si piensa que soy ingeniero en láser, está equivocada.

—No, sé que no lo es. Usted está aquí por otra cosa... Se lo explicaré. Podemos alterar delicadamente un rayo láser, con mucha mayor precisión que una corriente eléctrica o un haz de electrones. Eso significa que podemos grabar una onda complejísima con mayor detalle de lo que cabía imaginarse hasta ahora. Se puede efectuar un rastreo con un rayo láser de tamaño microscópico y grabar una onda que podemos estudiar con un microscopio, con el fin de obtener detalles invisibles a simple vista e imposibles de obtener de otra manera.

—Si quiere consultarme sobre eso, sólo puedo decirle que no tiene sentido

obtener tantos detalles. El oído tiene un límite. Si se afina una grabación láser más allá de cierta precisión, sube el coste, pero no se aumenta el efecto. Más aún, algunos sostienen que se obtiene un zumbido, pero le aseguro que, si se quiere lo mejor, no es conveniente estrechar el rayo láser indefinidamente. Claro que quizá sea distinto tratándose de ondas cerebrales, pero ya le he dicho todo lo que sé, así que me iré y no le cobraré nada, excepto el taxi.

Se dispuso a irse, pero la doctora Cray estaba sacudiendo enérgicamente la cabeza.

—Siéntese, señor Bishop, por favor. En efecto, es distinto grabar ondas cerebrales. En este caso necesitamos todos los detalles que seamos capaces de obtener. Hasta ahora, sólo conseguíamos los ínfimos efectos superpuestos de diez mil millones de células cerebrales, un promedio que elimina todo, salvo los efectos más generales.

—¿Quiere decir que es como escuchar diez mil millones de pianos tocando distintas melodías a cien kilómetros de distancia?

—Exacto.

—¿Todo lo que consiguen es ruido?

—No, obtenemos algo de información; sobre la epilepsia, por ejemplo. Con la grabación por láser, sin embargo, empezamos a llegar a los detalles delicados; empezamos a oír la melodía que ejecuta cada piano. Comenzamos a distinguir qué pianos en particular pueden estar desafinados.

Bishop enarcó las cejas.

—¿O sea que pueden saber por qué un loco está loco?

—En cierto modo. Mire. —En otro rincón de la habitación se iluminó una pantalla. Una línea ondulante la recorría—. ¿Ve usted esto, señor Bishop? —Pulsó un botón y un pequeño segmento de la línea se puso rojo. La línea avanzaba por la pantalla iluminada y periódicamente aparecían segmentos rojos—. Es una microfotografía. Esas marcas rojas no son visibles a simple vista y no serían visibles con un dispositivo de grabación menos refinado que el láser. Sólo aparecen cuando esta paciente se encuentra deprimida. Cuanto más profunda es la depresión, más pronunciadas son las marcas.

Bishop reflexionó durante unos segundos y preguntó:

—¿Y tiene eso alguna utilidad? Hasta ahora, la marca le permite saber que existe depresión, pero eso resulta fácil de averiguar con sólo escuchar a la paciente.

—Así es, pero los detalles ayudan. Por ejemplo, podemos convertir las ondas cerebrales en ondas de luz fluctuante y, más aún, en ondas sonoras equivalentes. Usamos el mismo sistema láser que se utiliza para grabar la música que hace usted. Obtenemos un tarareo vagamente musical, que concuerda con la fluctuación de la luz. Me gustaría que lo escuchara por el auricular.

—¿La música de la persona depresiva cuyo cerebro produjo esa línea?

—Sí, y como no podemos intensificarla mucho sin perder detalles le pido que escuche por el auricular.

—¿Y que también observe la luz?

—Eso no es necesario. Puede cerrar los ojos. Ya le penetrará por los párpados la suficiente oscilación como para afectarle el cerebro.

Bishop cerró los ojos. Por medio del tarareo oyó el gemido de un ritmo complejo y triste que cargaba con todos los problemas del viejo y cansado mundo. Escuchó mientras el parpadeo de la luz le repiqueteaba en los ojos.

Sintió un tirón en la camisa.

—Señor Bishop... Señor Bishop...

Inhaló profundamente.

—¡Gracias! —dijo, con un escalofrío—. Me resultaba molesto, pero no podía dejarlo.

—Estaba usted escuchando la depresión que comunican las ondas cerebrales, y eso le afectaba. La depresión obligaba a su patrón undulatorio a seguir el ritmo. Se sintió deprimido, ¿verdad?

—Constantemente.

—Bien, pues si podemos localizar la porción de la onda característica de la depresión, o cualquier otra anomalía mental, eliminarla y reproducir el resto de la onda cerebral, el patrón del paciente recobrará su forma normal.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por un tiempo después del final del tratamiento. Por un tiempo, pero no mucho. Unos días. Una semana. Luego, el paciente tiene que volver.

—Es mejor que nada.

—Pero menos que suficiente. Una persona nace con determinados genes, señor Bishop, que imponen una determinada estructura cerebral potencial. Esa persona sufre determinadas influencias ambientales. No son cosas fáciles de neutralizar, así que en esta institución procuramos hallar modos más eficaces y duraderos de neutralización... Y tal vez usted pueda ayudarnos. Por eso le pedimos que viniera.

—Pero yo no sé nada de esto, doctora. Nunca oí hablar de la grabación por láser de ondas cerebrales. —Mostró las palmas vacías—. No tengo nada que ofrecerle.

La doctora Cray hizo un gesto de impaciencia. Hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—Hace un rato, usted dijo que el láser grababa más detalles de los que podía captar el oído.

—Sí, y lo sostengo.

—Lo sé. Uno de mis colegas leyó una entrevista con usted en el número de diciembre del año 2000 de la revista Alta Fidelidad, donde usted declaraba lo mismo.



Eso fue lo que nos llamó la atención. El oído no capta los detalles del láser, pero el ojo sí. Lo que altera el patrón cerebral es la fluctuación de la luz, no la ondulación del sonido. El sonido por sí solo no produce ningún efecto. Sin embargo, refuerza el efecto de la luz.

—Eso no es un problema para ustedes.

—Lo es. El refuerzo no es suficiente. El oído pierde las suaves, delicadas y complejísimas variaciones introducidas en el sonido por la grabación láser. Hay demasiados elementos, y sofocan la parte reforzadora.

—¿Por qué cree que hay una parte reforzadora?

—Porque en ocasiones, por accidente, producimos algo que parece funcionar mejor que la onda cerebral total, pero no entendemos por qué. Necesitamos un músico. Tal vez usted. Si escucha ambas series de ondas cerebrales, tal vez descubra un ritmo que concuerde mejor con la serie normal que con la anormal, y entonces podríamos reforzar la luz y mejorar la efectividad de la terapia.

—Oiga, doctora Cray —se alarmó Bishop—, eso es cargarme con demasiada responsabilidad. Cuando escribo música, lo único que hago es acariciar el oído y estimular los músculos. No intento curar un cerebro enfermo.

—Sólo le pedimos que acaricie el oído y estimule los músculos, pero de tal modo que concuerde con la música normal de las ondas cerebrales... Y no tema por su responsabilidad, señor Bishop. Es improbable que su música cause daño, pero puede causar mucho bien. Además se le pagará, señor Bishop, al margen de los resultados.

—Bien, lo intentaré. Pero no prometo nada.

Volvió dos días después. La doctora abandonó una reunión para verlo. A él le pareció que se encontraba muy fatigada; tenía los ojos empequeñecidos.

—¿Ha conseguido algo?

—Tengo algo. Puede funcionar.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé. Sólo es un presentimiento... Mire, escuché las cintas láser que usted me dio; es decir, la música de las ondas cerebrales tal como se originaban en la paciente depresiva y la música cerebral que usted llevó a la normalidad. Y tiene razón. Sin la fluctuación de luz no me afectó. De cualquier modo, sustraje la segunda de la primera para descubrir cuál era la diferencia.

—¿Tiene usted un ordenador? —preguntó extrañada la doctora Cray.

—No, un ordenador no me habría servido. Me ofrecería demasiado, porque se toma un patrón de ondas láser complejo y se sustrae otro patrón láser complejo y lo que nos sigue quedando es un patrón láser complejo. No, lo hice mentalmente, para ver qué ritmo quedaba... El resultado sería el ritmo anormal que debemos anular con un contrarritmo.

—¿Cómo se puede sustraer mentalmente?

—No sé —se impacientó Bishop—. ¿Cómo hizo Beethoven para oír mentalmente la Novena Sinfonía antes de escribirla? El cerebro es un ordenador bastante bueno, ¿no?

—Supongo que sí. ¿Tiene ahí el contrarritmo?

—Eso creo. Lo tengo en una cinta común porque no se necesita nada más. Es algo parecido a didididiDA-didididiDA-didididiDADADAdiDA... Le añadí una melodía para que usted pueda pasarla por los auriculares mientras la paciente mira la luz fluctuante que concuerda con el patrón normal de ondas cerebrales. Si estoy en lo cierto, el refuerzo será enorme.

—¿Está seguro?

—Si estuviera seguro, no tendría que probarlo, ¿verdad, doctora?

La doctora Cray reflexionó un instante.

—Concertaré una cita con la paciente. Me gustaría que usted estuviera allí.

—De acuerdo. Supongo que forma parte de mi función de asesor.

—No podrá estar en la sala de tratamiento, pero quiero que esté aquí.

—Lo que usted diga.

La paciente parecía atemorizada. Tenía los párpados caídos y hablaba con un hilo de voz.

Bishop estaba sentado silenciosamente en el rincón. La vio entrar en la sala de tratamiento y aguardó, preguntándose qué ocurriría si aquello funcionaba. ¿Por qué no armonizar luces de ondas cerebrales con el acompañamiento apropiado para combatir la tristeza, para aumentar la energía, para realzar el amor? No sólo para gente enferma, sino para gente sana, que podría hallar un sustituto del alcohol y de las drogas que utilizaba para regular sus emociones; un sustituto seguro, basado en ondas cerebrales.

La mujer salió al cabo de cuarenta y cinco minutos.

Se encontraba serena, y las arrugas se le habían borrado de la cara.

—Me siento mejor, doctora Cray —dijo sonriente—. Mucho mejor.

—Como de costumbre —observó la doctora.

—No —replicó la mujer—. No como de costumbre. Es diferente. Las otras veces, aunque pensara que me sentía bien, esa espantosa depresión seguía acechando en el fondo de mi cabeza. Ahora... se ha esfumado.

—No podemos tener la certeza de que haya desaparecido para siempre —señaló la doctora—. Concertaremos una cita para dentro de dos semanas, y llámeme si algo anda mal, ¿de acuerdo? ¿Notó alguna diferencia en el tratamiento?

La mujer lo pensó.

—No —respondió un poco dudosa. Pero luego añadió—: La luz fluctuante. Eso parecía diferente. Más clara y más nítida.

—¿Oyó algo?

—¿Debía oír algo?

La doctora Cray se levantó.

—Muy bien. Acuérdesse de concertar una cita con mi secretaria.

La mujer se detuvo en la puerta.

—Es bueno sentirse bien —comentó antes de marcharse.

La doctora Cray dijo:

—Ella no oyó nada, señor Bishop. Supongo que ese contrarritmo reforzó el patrón normal con tanta naturalidad que el sonido, como quien dice, se perdió en la luz... Y tal vez haya funcionado. —Miró a Bishop a los ojos—. Señor Bishop, ¿nos asesorará en los otros casos? Le pagaremos cuanto podamos y, si esto deriva en una terapia efectiva para los trastornos mentales, nos ocuparemos de que reciba usted todos los honores correspondientes.

—Me alegrará ayudar, doctora, pero no será tan difícil como usted cree. El trabajo ya está hecho.

—¿Cómo que ya está hecho?

—Hace siglos que tenemos músicos. Tal vez no supieran nada sobre ondas cerebrales, pero siempre procuraron que sus melodías y sus ritmos afectaran a las personas, les hicieran mover los pies, les hicieran crisar los músculos, les hicieran sonreír, les arrancaran lágrimas, les hicieran palpar el corazón. Esas melodías están a su disposición. Una vez que usted obtiene el contrarritmo, escoge la melodía indicada.

—¿Eso hizo usted?

—Claro. ¿Qué mejor que un himno religioso para salir de la depresión? Están pensados para eso. Es un ritmo que nos libera, que nos exalta. Tal vez no dure mucho, pero, si usted lo usa para reforzar el patrón normal de ondas cerebrales, servirá para afianzarlo.

—¿Un himno religioso?

La doctora Cray lo miró con los ojos de par en par.

—Claro. El que utilicé en este caso es el mejor de todos, *When the Saints Go Marching In*.

Lo cantó suavemente, acompañándose con el chascar de los dedos. Al tercer compás, la doctora Cray estaba ya llevando el ritmo con las punteras de los zapatos.

# Anticuado (1976)

---

“Old-Fashioned”

Ben Estes iba a morir y no le servía de consuelo saber que había convivido con esa posibilidad durante los últimos años. La vida de un astrominero que recorría la inexplorada vastedad del cinturón de asteroides podía ser tan ingrata como breve.

Claro que siempre cabía la posibilidad de encontrarse con una sorpresa que lo hiciera rico de golpe, y Estes se había topado con una sorpresa. La mayor sorpresa del mundo; pero no lo haría rico, lo convertiría en un cadáver.

Harvey Funarelli gruñó en su litera y Estes hizo una mueca al sentir un tirón en los músculos. Estaban bastante maltrechos. Pero Estes se encontraba menos afectado que Funarelli porque éste era más corpulento y había estado más cerca del punto del impacto.

Estes miró a su compañero.

—¿Cómo te sientes, Harvey?

Funarelli gruñó de nuevo.

—Siento todas las articulaciones rotas. ¿Qué demonios pasó? ¿Con qué chocamos?

Estes se le acercó cojeando.

—No trates de levantarte.

—Puedo conseguirlo con sólo que me tiendas la mano. ¡Ay! Debo de tener una costilla rota. ¿Qué ha pasado, Ben?

Estes señaló la tronera principal. No era grande, pero era lo mejor que podía esperarse en una nave astrominera de dos plazas.

Funarelli se aproximó despacio, apoyándose en el hombro de Estes. Miró hacia fuera.

Había estrellas, por supuesto, pero la mente de un astronauta experimentado las excluía automáticamente.

Las estrellas siempre estaban allí. Más cerca había un banco de rocas de diverso tamaño, desplazándose despacio como un enjambre de abejas perezosas.

—Nunca vi nada semejante —se asombró Funarelli—. ¿Qué hacen ahí?

—Sospecho que esas rocas son los restos de un asteroide destrozado y están girando en torno de algo que las despedazó, lo mismo que nos ha despedazado a nosotros.

—¿Qué es?

Funarelli escrutó en vano la oscuridad.

—¡Eso! —dijo Estes, señalando un resplandor tenue.

—No veo nada.

—Claro que no. Es un agujero negro.

A Funarelli se le erizó el cabello corto y sus ojos oscuros destellaron de horror.

—¡Estás loco!

—No. Hay agujeros negros de todos los tamaños. Eso dicen los astrónomos. Éste tiene la masa de un asteroide grande y nos estamos desplazando a su alrededor. ¿Qué otra cosa podría retenernos en su órbita?

—No hay datos sobre...

—Lo sé. ¿Cómo podría haberlos? Es algo que no se puede ver. Es pura masa... ¡Eh, ahí está el Sol. —La nave, que rotaba lentamente, tenía en ese momento el Sol a la vista y el vidrio de la ventana se polarizó automáticamente—. De cualquier modo, somos los primeros en tropezar con un agujero negro. Sólo que no viviremos para hacernos famosos.

—¿Qué sucedió?

—Nos acercamos tanto que el efecto de marejada hizo que nos estrelláramos.

—¿Qué efecto de marejada?

—No soy astrónomo, pero, según tengo entendido, aunque el tirón gravitatorio de esa cosa no es muy grande, te puedes acercar tanto que el tirón cobra intensidad. Esa intensidad decae tan deprisa con el aumento de la distancia que un extremo del objeto es atraído con mayor fuerza que el extremo contrario. El objeto se estira. Cuanto más cerca está el objeto y cuanto mayor tamaño tiene, peor es el efecto. Se te desgarraron los músculos. Tienes suerte de que no se te hayan roto los huesos.

Funarelli hizo una mueca.

—No estoy seguro de que no... ¿Qué más ocurrió?

—Los tanques de combustible fueron destruidos. Estamos atascados en esta órbita... Es una suerte que nos hallemos en una órbita tan alejada y circular como para reducir el efecto de marejada. Si estuviéramos más cerca o si nos aproximáramos a un extremo de la órbita...

—¿Podemos enviar un mensaje?

—Ni una palabra. El sistema de comunicaciones está destrozado.

—¿Puedes repararlo?

—No soy experto en comunicaciones, pero aunque lo fuera. El daño es irreparable.

—¿No podemos improvisar algo?

Estes sacudió la cabeza.

—Tenemos que esperar... y morir. Eso no es lo que más me fastidia.

—Pues a mí me fastidia bastante —gruñó Funarelli, y se sentó en la litera con la cabeza entre las manos.

—Tenemos las píldoras —dijo Estes—. Sería una muerte sencilla. Lo peor es que no podemos enviar un mensaje sobre eso. —Señaló a la tronera, que estaba de nuevo despejada, pues el Sol se alejaba.

—¿El agujero negro?

—Sí, es peligroso. Parece estar en órbita solar, pero quién sabe si la órbita es estable. Y aunque lo fuera tiene que crecer.

—Supongo que devora cosas.

—Claro. Todo lo que encuentra. Traga polvo cósmico continuamente y despidе energía al engullirla. Por eso ves esas chispas de luz. De cuando en cuando, el agujero traga un fragmento grande y suelta un destello de radiación, la cual incluye rayos X. Cuanto más crece, más fácil le resulta absorber material desde mayor distancia.

Ambos miraron la tronera un instante; luego, Estes continuó:

—Ahora se puede manipular. Si la NASA pudiera traer hasta aquí un asteroide grande y dispararlo a cierta distancia del agujero, lo arrancaría de la órbita por la atracción gravitatoria mutua entre él y el asteroide. Se puede hacer que el agujero se curve en una trayectoria que lo llevaría fuera del sistema solar, con un poco de ayuda y de aceleración.

—¿Crees que era muy pequeño al principio?

—Quizá sea un microagujero que se formó en los tiempos del Big Bang, cuando se creó el universo. Tal vez ha estado creciendo durante miles de millones de años. Si continúa creciendo, podría volverse inmanejable y, con el tiempo, convertirse en la tumba del sistema solar.

—¿Por qué no lo han encontrado?

—Nadie lo ha buscado. ¿Quién se podía esperar que hubiese un agujero negro en el cinturón de asteroides? Y no produce bastante radiación ni posee masa suficiente como para hacerse notar. Tienes que tropezar con él, como nosotros.

—¿Estás seguro de que no tenemos ningún modo de comunicarnos, Ben? ¿A cuánto estamos de Vesta? Podrían llegar aquí sin mucha demora. Es la base más grande del cinturón de asteroides.

Estes negó con la cabeza.

—No sé dónde está Vesta ahora. El ordenador también se ha estropeado.

—¡Cielos! ¿Queda algo sano?

—El sistema de aire funciona. El purificador de agua también. Tenemos bastante energía y alimentos. Podemos durar dos semanas, tal vez más.

Se hizo un silencio.

—Mira —dijo Funarelli al cabo de un rato—. Aunque no sepamos dónde está Vesta, sabemos que se encuentra a unos cuantos millones de kilómetros. Si lanzamos una señal, podrían mandar una nave robot al cabo de una semana.

—Una nave robot, claro —repitió Estes.

Eso era fácil. Una nave no tripulada podía alcanzar niveles de aceleración que el cuerpo humano no resistiría. Podía efectuar viajes en un tercio del tiempo.

Funarelli cerró los ojos, como bloqueando el dolor.

—No te burles de la nave robot. Podría traernos vituallas de emergencia y a bordo llevaría material que podríamos usar para instalar un sistema de comunicaciones. Podríamos resistir hasta que llegaran a rescatarnos.

Estes se sentó en la otra litera.

—No me burlaba. Sólo pensaba que no hay modo de enviar una señal. Ni siquiera podemos gritar. El vacío del espacio no transmite el sonido.

—No puedo creer que no se te ocurra nada —rezongó Funarelli—. Nuestras vidas dependen de ello.

—Quizás hasta la vida de la humanidad dependa de ello, pero no se me ocurre nada. ¿Por qué no piensas tú?

Funarelli gruñó al mover las caderas.

Se sujetó a las agarraderas de la pared próxima a la litera y se puso de pie.

—Se me ocurre una cosa. ¿Por qué no apagas los motores de gravedad, y así ahorramos energía y forzamos menos los músculos?

—Buena idea —murmuró Estes.

Se levantó, fue al panel de los controles y cortó la gravedad. Funarelli flotó hacia arriba, emitiendo un suspiro.

—¿Por qué esos idiotas son incapaces de encontrar el agujero negro? —protestó.

—¿Como lo encontramos nosotros? No hay otro modo. Sus efectos no son llamativos.

—Todavía me duele —se quejó Funarelli—, incluso sin gravedad. Bueno, si me sigue doliendo así, no lo lamentaré tanto cuando llegue el momento de tomar las píldoras. ¿Hay algún modo de lograr que el agujero negro aumente su actividad?

—Si uno de esos trozos de roca cayera en el agujero, lanzaría un destello de rayos X.

—¿Lo detectarían en Vesta?

Estes negó con la cabeza.

—Lo dudo. No están buscando nada parecido. Pero sin duda lo detectarían en la Tierra. Algunas estaciones espaciales vigilan el cielo constantemente para verificar si hay cambios de radiación. Detectan destellos increíblemente pequeños.

—De acuerdo, Ben, no me importaría poner sobre aviso a la Tierra. Enviarían un mensaje a Vesta para que investigara. Los rayos X tardarían quince minutos en llegar a la Tierra y las ondas de radio tardarían otros quince en llegar a Vesta.

—¿Y entre tanto? Los receptores pueden registrar automáticamente un estallido de rayos X en tal dirección, pero ¿quién sabrá de dónde proceden? Podrían venir de una galaxia distante que se encontrase en esta dirección. Un técnico notará el cambio y estará alerta a nuevos estallidos en el mismo lugar, pero no habrá ningún otro y le restará importancia. Además, no va a suceder, Harvey. Sin duda hubo muchos rayos

X cuando el agujero negro destruyó ese asteroide con su efecto de marejada, pero eso pudo ocurrir hace miles de años, cuando no había nadie que pudiera verlo. Actualmente las órbitas de esos fragmentos deben de ser bastante estables.

—Si tuviéramos los cohetes...

—Déjame adivinarlo. Podríamos conducir la nave hacia el agujero negro y utilizar nuestra muerte para enviar un mensaje. Eso tampoco funcionaría. Seguiría siendo una pulsación procedente de cualquier parte.

—No era eso lo que pensaba —protestó Funarelli—. No tengo interés en morir heroicamente. Pensaba en que tenemos tres motores. Si pudiéramos sujetarlos a tres rocas de buen tamaño y enviarlas de una en una al agujero, se producirían tres estallidos de rayos X y, si las lanzáramos con un día de diferencia, la fuente se detectaría perfectamente contra las estrellas. Eso sería interesante, ¿no? Los técnicos lo captarían de inmediato, ¿verdad?

—Tal vez. De todos modos, no tenemos cohetes y no podemos sujetarlos a las rocas aunque... —Estes se calló de pronto. Luego, añadió, con la voz alterada—: Me pregunto si los trajes espaciales están intactos.

—¡Las radios de los trajes! —exclamó Funarelli.

—Qué va, sólo llegan a pocos kilómetros. Estoy pensando en otra cosa. Estoy pensando en salir. —Abrió el armario de los trajes—. Parecen estar en buen estado.

—¿Para qué quieres salir?

—Quizá no tengamos cohetes, pero aún tenemos músculos. A1 menos yo. ¿Crees que podrías arrojar una piedra?

Funarelli intentó mover el brazo y una expresión de dolor le cruzó el semblante.

—¿Puedo saltar al Sol? —se lamentó.

—Pues yo saldré a arrojar unas cuantas... El traje parece estar en buenas condiciones. Quizá pueda echar unas cuantas en el agujero. Espero que funcione la burbuja de aire.

—¿Tenemos aire suficiente? —se alarmó Funarelli, con inquietud.

—¿Tendrá eso importancia dentro de dos semanas? —replicó Estes, con aire cansado.

Todo astrominero debe salir de la nave en ocasiones: para efectuar reparaciones, o para recoger un trozo de material.

Por lo general, se trata de un momento emocionante, ya que al menos supone un cambio.

Estes no sentía mucha emoción, sólo una gran angustia. Era una idea tan primitiva que le daba vergüenza. Morir ya era bastante malo, pero morir como un tonto era peor.

Se encontró en la negrura del espacio, con las estrellas rutilantes que había visto cien veces; pero con la diferencia de que, bajo el reflejo tenue del pequeño y lejano



Sol, estaba también el fulgor opaco de cientos de trozos de roca que en otro tiempo debieron de formar parte de un asteroide y en ese momento componían una especie de pequeño anillo de Saturno en torno de un agujero negro. Las rocas parecían inmóviles, pues se desplazaban junto con la nave.

Estes evaluó la dirección en que giraban los astros y supo que la nave y las rocas se desplazaban en dirección contraria. Si podía arrojar una piedra en la dirección del movimiento de las estrellas, neutralizaría parte de la velocidad de la piedra en relación con el agujero negro.

Si neutralizaba poca velocidad o si neutralizaba demasiada, la piedra caería hacia el agujero, lo rozaría y regresaría al punto de partida; si neutralizaba la suficiente velocidad, se aproximaría hasta ser pulverizada por el efecto de marejada, y los granos de polvo perderían celeridad y caerían en espiral hacia el agujero, liberando rayos X.

Utilizó su red de acero de tantalio para recoger piedras, escogiéndolas del tamaño de un puño. Agradeció que los trajes modernos permitieran plena libertad de movimientos y no fueran ataúdes, como los de los primeros astronautas que llegaron a la Luna más de un siglo atrás.

Una vez que tuvo suficientes piedras, arrojó una y vio su brillo trémulo y cómo se desvanecía en la luz solar mientras caía hacia el agujero. Aguardó, pero no pasó nada. No sabía cuánto tardaría en caer en el agujero negro, suponiendo que cayera allí, pero contó hasta seiscientos y arrojó otra.

Una y otra vez repitió la operación, con una enorme paciencia nacida del temor a la muerte, y al fin se vio un repentino resplandor en la dirección del agujero negro: luz visible y un estallido de radiación de alta energía que sin duda incluía rayos X.

Tuvo que parar a recoger más piedras, y luego consiguió ya el adecuado cálculo de la distancia. Estaba acertando casi siempre. Se orientó de tal modo que el tenue destello del agujero negro se pudiera ver por encima de la nave. Ésa era una relación que no cambiaba mientras la nave giraba sobre su eje.

Notó que acertaba casi siempre. Aquel agujero negro debía de ser mayor de lo que él creía y engullía a su presa desde una mayor distancia. Eso lo hacía más peligroso, pero aumentaba las probabilidades de que los rescataran.

Regresó a la cámara de presión y entró en la nave. Tenía los huesos molidos y le dolía el hombro derecho.

Funarelli lo ayudó a quitarse el traje.

—Ha sido sensacional. Estuviste arrojando piedras al agujero negro.

Estes asintió con la cabeza.

—Sí, y esperó que mi traje haya detenido los rayos X. No quiero morir envenenado por la radiación.

—Se verá esto en la Tierra, ¿verdad?

—Sin duda, pero quién sabe si le prestarán atención. Lo registrarán y se preguntarán qué es; pero ¿qué los hará venir a echar un vistazo? Tengo que pensar en algo que los haga venir, en cuanto haya descansado un poco.

Una hora después, se puso otro traje espacial. No tenía tiempo para esperar a que las baterías solares del primero se recargasen.

—Espero no haber perdido la puntería —dijo.

Salió de nuevo, y resultó evidente que, aun concediendo un mayor margen en cuanto a velocidad y dirección, el agujero negro seguía engullendo las piedras que se le acercaban.

Estes recogió tantas piedras como pudo y las dejó cuidadosamente en una hendidura del casco de la nave. No se quedaban allí, pero se desplazaban con suma lentitud y, cuando Estes hubo apilado todas las que pudo, las que estaban allí al principio no se habían dispersado más que bolas en una mesa de billar.

Luego, las arrojó, tenso al principio, pero con creciente confianza, y el agujero negro centelleó una y otra vez.

Le pareció que era cada vez más fácil acertar en el blanco, que el agujero negro crecía con cada impacto y pronto los devoraría con sus fauces insaciables.

Era sólo su imaginación, desde luego. Finalmente, se le acabaron las piedras, aunque de todos modos no hubiera podido arrojar más. Tenía la sensación de haberse pasado allí horas enteras.

Cuando estuvo de regreso en la nave, Funarelli lo ayudó a quitarse el casco.

—Es todo —dijo Estes—. No puedo hacer más.

—Provocaste bastantes destellos —lo animó Funarelli.

—Muchísimos, y sin duda los registrarán. Ahora tendremos que aguardar. Tienen que venir.

Funarelli lo ayudó a quitarse el resto del traje a pesar del dolor. Luego, se quedó de pie, gruñendo y jadeando.

—¿De veras crees que vendrán, Ben?

—Yo creo que sí —respondió Estes, como si pudiera forzar los hechos por la mera fuerza del deseo—. Tienen que venir.

—¿Por qué dices que tienen que venir? —preguntó Funarelli, en el tono de alguien que desea aferrarse a una esperanza, pero no se atreve.

—Porque me he comunicado. Somos no sólo los primeros que se topan con un agujero negro, sino los primeros que lo usan para comunicarse. Somos los primeros en usar el sistema de comunicación más avanzado del futuro, el que podría enviar mensajes de una estrella a otra y de una galaxia a otra, y que también podría ser la máxima fuente de energía...

Resollaba, y parecía fuera de sí.

—¿De qué estás hablando?

—He tirado las piedras con un ritmo concreto, Harvey, y los estallidos de rayos X surgieron a ese mismo ritmo: tres destellos consecutivos, una pausa, tres destellos espaciados, otra pausa y otros tres parpadeos consecutivos; y así sucesivamente.

—¿Y?

—Es anticuado, muy anticuado, pero es algo que todos recuerdan de los tiempos en que la gente se comunicaba usando cables por donde circulaba corriente eléctrica.

—¿Te refieres al fotógrafo..., perdón, al fonógrafo?

—El telégrafo, Harvey. Esos destellos que produce se registrarán y la primera vez que alguien mire ese registro se armará un revuelo. No sólo detectarán una fuente de rayos X, sino una fuente de rayos X moviéndose lentamente contra las estrellas, lo que será indicio de que se produce en nuestro sistema solar. Pero además verán una fuente de rayos X que una y otra produce la señal de SOS. Y, si una fuente de rayos X grita pidiendo socorro, sin duda vendrán a toda prisa... al menos... para ver qué... hay...

Se quedó dormido. Cinco días después llegó una nave robot.

# El incidente del tricentenario (1976)

---

“The Tercentenary Incident”

Cuatro de julio del año 2076. Por tercera vez, el sistema convencional de numeración, basado en potencias de diez, había llevado los dos últimos dígitos del año a ese inolvidable 76 que presenció el nacimiento de la nación.

Ya no era una nación en el viejo sentido, sino una expresión geográfica, parte de esa totalidad más amplia que conformaba la Federación de toda la humanidad de la Tierra, junto con las colonias de la Luna y del espacio. Sin embargo, por cultura y por herencia continuaban existiendo el nombre y la idea, y esa parte del planeta, designada con aquel viejo nombre, seguía siendo la zona más próspera y avanzada del mundo. Y el presidente de Estados Unidos aún era el personaje más poderoso del Consejo Planetario.

Lawrence Edwards contemplaba la pequeña figura del presidente desde sesenta metros de altura. Vagaba sin rumbo sobre la multitud, sintiendo en la espalda el carraspeo del motor de flotrón. Lo que veía Edwards se parecía a lo que cualquiera vería en una escena de holovisión. Cuántas veces habría visto él figuras así de pequeñas desde su sala de estar, figuras diminutas en un cubo luminoso y con aspecto de ser tan reales como homúnculos vivientes, hasta que las traspasabas con la mano.

No se podía traspasar con la mano las decenas de millones de figuras que cubrían los espacios abiertos que rodeaban el Monumento a Washington. No se podía traspasar con la mano al presidente. En cambio, lo que sí se podía hacer era tocarlo, extender el brazo para estrecharle la mano.

Edwards pensó socarronamente que hubiera sido mejor prescindir de esta tangibilidad y deseó encontrarse a más de cien kilómetros de distancia, vagando sin rumbo en el aire sobre un yermo aislado y no allí, donde debía estar alerta a cualquier indicio de desorden. No hubiera tenido que estar allí de no ser por la dichosa mitología del «contacto físico».

Edwards no admiraba al presidente Hugo Allen Winkler, el número cincuenta y siete del país.

El presidente Winkler le parecía un hombre vacío, un seductor, un cazador de votos, un politicastro. Era un hombre decepcionante, después de las esperanzas depositadas en él durante sus primeros meses de gobierno. La Federación Mundial corría el peligro de desmembrarse antes de haber cumplido su misión, y Winkler no podía hacer nada para impedirlo. Se necesitaba una mano fuerte, no una mano complaciente; una voz férrea, no una voz meliflua.

Allí estaba, estrechando manos en medio del espacio protector creado por el Servicio, mientras Edwards y otros agentes vigilaban desde arriba.

El presidente sin duda se presentaría a la reelección y era probable que resultase

derrotado. Eso no haría sino empeorar las cosas, pues el partido de la oposición estaba empeñado en destruir la Federación.

Edwards suspiró. Se acercaban cuatro años desdichados —quizá cuarenta— y él lo único que podía hacer era vagar por el aire, dispuesto a comunicarse con los agentes de tierra por contacto láser en cuanto advirtiera un disturbio.

Y de pronto vio... No era más que un soplo de polvo blanco, un destello fugaz bajo el sol.

¿Dónde estaba el presidente? Lo había perdido de vista en la polvareda.

Miró hacia donde lo había visto por última vez. El presidente no se podía haber alejado mucho.

Entonces reparó en el tumulto. Lo notó primero entre los agentes del Servicio, que parecían haber perdido la cabeza y se movían como por espasmos. Luego, se contagió la gente que se encontraba más cerca de ellos y, finalmente, los que estaban más lejos. El ruido creció, transformándose en estruendo.

Edwards no necesitó oír las palabras que constituían ese rugido en ascenso. El griterío ya era bastante elocuente. ¡El presidente Winkler había desaparecido! Súbitamente se había convertido en un puñado de polvo.

Edwards contuvo el aliento en un eterno segundo de aturdida impaciencia, mientras la muchedumbre se iba enterando y se dispersaba en una feroz estampida. Y... una voz resonante vibró por encima de la algarabía y ante ese sonido el ruido se disipó, murió, se transformó en silencio. Si antes parecía un programa de holovisión, ahora parecía que alguien hubiera apagado el sonido.

¡Por Dios, es el presidente!, pensó Edwards.

Pues la voz era inconfundible. Winkler se encontraba en el palco custodiado desde donde iba a pronunciar el discurso del Tricentenario, el palco que diez minutos antes había abandonado para estrechar unas cuantas manos de integrantes de la multitud.

¿Cómo había regresado allí?

Edwards escuchó:

—Nada me ha sucedido, conciudadanos. Lo que habéis presenciado fue el fallo de un dispositivo mecánico. No era vuestro presidente, así que no dejemos que un fallo mecánico estropee la celebración del día más feliz que ha presenciado el mundo... Conciudadanos, prestadme atención...

Y lo que siguió fue el discurso del Tricentenario, el mejor discurso que Winkler había pronunciado nunca, el mejor discurso que Edwards había oído nunca. Escuchaba con tanto interés que casi se olvidó de su tarea de vigilancia.

Winkler hablaba con gran lucidez. Comprendía la importancia de la Federación y lograba comunicarla.

Pero Edwards recordó los insistentes rumores de que los nuevos descubrimientos

en robótica habían permitido construir una réplica del presidente, un robot que podía desempeñar las funciones meramente ceremoniales, que podía estrechar la mano de los seguidores sin aburrirse ni fatigarse y que, en caso de un atentado...

Pensó, con repentina alarma, que eso era lo que había sucedido. Se trataba de un robot y, en cierto modo..., había sido víctima de un atentado.

Veintitrés de octubre del año 2078...

Edwards alzó los ojos cuando el pequeño guía robot se le acercó y dijo con voz cantarina:

—El señor Janek le recibirá ahora.

Se levantó, sintiéndose alto en comparación con ese rechoncho guía metálico. Pero no se sentía más joven. En los dos últimos años se le habían acentuado las arrugas del rostro.

Siguió al guía hasta una habitación asombrosamente pequeña donde, detrás de un escritorio sorprendentemente pequeño, estaba Francis Jarnek, un hombre algo barrigón y de apariencia incongruentemente joven.

Janek sonrió y se levantó para darle la mano.

—Señor Edwards.

—Me alegra tener la oportunidad... —murmuró Edwards.

Nunca antes había visto a Janek, pero el puesto de secretario personal del presidente era discreto y rara vez llegaba a las noticias.

—Siéntese, siéntese —lo invitó Janek—. ¿Quiere un palillo de soja?

Edwards rehusó con una sonrisa y se sentó. Janek ponía énfasis en su aspecto juvenil. Llevaba la camisa abierta y se había teñido el vello del pecho de un tono violáceo.

—Sé que hace varias semanas que intenta verme. Lamento la demora. Usted entenderá que no soy dueño de mi tiempo. No obstante, aquí estamos... Por cierto, me he puesto en contacto con el jefe del Servicio y le ha ponderado mucho a usted. Lamenta que haya renunciado.

—Me parecía mejor realizar la investigación sin comprometer al Servicio —repuso Edwards con cautela.

Janek sonrió.

—Sin embargo, sus discretas actividades no han pasado inadvertidas. El jefe me explicó que investigaba usted el incidente del Tricentenario, y debo admitir que eso fue lo que me persuadió para verle en cuanto me fuera posible. ¿Fue ésa la razón de que renunciara a su puesto? Porque investiga usted un caso cerrado.

—¿Cómo puede ser un caso cerrado, señor Janek? Aunque usted lo llame incidente, fue un intento de asesinato.

—Es una cuestión semántica. ¿Por qué usar una palabra perturbadora?

—Porque representa una verdad perturbadora. No negará usted que alguien

intentó matar al presidente.

Janek extendió las manos.

—En tal caso, no lo consiguió. Destruyó un aparato mecánico. Nada más. En realidad, el incidente, o como usted quiera llamarlo, reportó un gran beneficio al país y al mundo. Como todos sabemos, el incidente conmovió al presidente y también al país. El presidente y todos los demás comprendimos que corríamos peligro de recaer en la violencia del siglo pasado, y eso produjo un gran cambio.

—No puedo negarlo.

—Claro que no. Hasta los enemigos del presidente se muestran de acuerdo en que en los dos últimos años se han presenciado grandes logros. La Federación es ahora mucho más fuerte de lo que podíamos imaginar aquel día del Tricentenario. Incluso podríamos decir que se ha impedido el descalabro de la economía del planeta.

—Sí, el presidente parece otro hombre —concedió Edwards—. Todo el mundo lo dice.

—Siempre fue un gran hombre. Pero gracias al incidente comenzó a interesarse apasionadamente por los temas decisivos.

—¿Antes no lo hacía?

—No con ese apasionamiento... El presidente, pues, y todos los demás quisiéramos olvidar el incidente. He querido verle, señor Edwards, para decírselo sin rodeos. No estamos en el siglo veinte y no podemos encerrarle en la cárcel por causarnos molestias ni estorbarle de ningún modo, pero ni siquiera la Constitución Planetaria nos prohíbe intentar la persuasión. ¿Comprende?

—Comprendo, pero no estoy de acuerdo. ¿Podemos olvidar el incidente cuando la persona responsable no fue capturada?

—Qué más da. Quizá sea mejor que un desequilibrado ande suelto y no que se exagere el asunto y preparemos la escena para regresar a los tiempos del siglo veinte.

—En la versión oficial se afirma que el robot estalló de un modo espontáneo, lo cual es imposible y ha constituido un golpe injusto para la industria robótica.

—Yo no emplearía el término robot, señor Edwards. Fue un dispositivo mecánico. Nadie ha dicho que los robots sean peligrosos en sí mismos, y mucho menos los metálicos. En la declaración oficial se aludía únicamente a esos complejíssimos aparatos humanoides que parecen de carne y hueso y que podríamos llamar androides. En realidad son tan complejos que los primeros bien podrían estallar. No soy un experto. La industria robótica se recuperará.

—Parece ser que en el Gobierno nadie quiere llegar al meollo del asunto —insistió Edwards.

—Ya le he explicado que sólo ha habido buenas consecuencias. ¿Para qué remover el lodo del fondo cuando el agua es tan cristalina?

—¿Y el uso del desintegrador?

Janek dejó de jugar un instante con el recipiente de los palillos de soja, pero en seguida continuó moviéndolo rítmicamente.

—¿A qué se refiere?

—Señor Janek, creo que sabe a qué me refiero. Como miembro del Servicio...

—Al cual ya no pertenece...

—No obstante, como miembro del Servicio no pude evitar oír ciertas cosas que quizá no estaban destinadas a mis oídos. Yo había oído hablar de una nueva arma y en el Tricentenario presencié algo que parecía confirmar su existencia. El objeto al que todos tomaban por el presidente desapareció en una nube de polvo muy fino. Fue como si cada átomo de ese objeto hubiera perdido su conexión con los otros átomos. El objeto se transformó en una nube de átomos, los cuales comenzaron a combinarse de nuevo, pero se dispersaron tan pronto que no dejaron más que un fugaz destello de polvo.

—Huele a ciencia ficción.

—Por supuesto, no entiendo el aspecto científico de este asunto, señor Janek, pero sé que se necesitaría muchísima energía para lograr ese efecto. Y habría que extraer esa energía del medio ambiente. Los testigos que se encontraban cerca del dispositivo en aquel momento, todos los testigos que pude localizar y aceptaron hablar, aseguraron que sintieron una oleada de frío.

Janek apartó el recipiente de palillos de soja, con un pequeño chirrido de la transita sobre la celulita.

—Supongamos que existiera el desintegrador...

—No es preciso suponer nada. Existe.

—No deseo discutir. Yo no sé de su existencia, aunque admito que mi puesto no es el más indicado para enterarse de la existencia de armas nuevas y tan poderosas. Pero si existe tal desintegrador y es tan secreto debe de ser un monopolio estadounidense, desconocido por el resto de la Federación. En tal caso, ni usted ni yo debiéramos hablar de ello. Pudiera ser un arma más peligrosa que las bombas nucleares, precisamente porque, según usted, sólo produce desintegración en el punto del impacto y frío en las inmediaciones. Sin explosión, sin incendio, sin radiación mortal. Sin esos perturbadores efectos laterales, no habría nada que impidiera su utilización y, por lo que sabemos, podría fabricarse en un tamaño suficiente para destruir el planeta.

—Acepto todo eso.

—Entonces, aceptará también que, si el desintegrador no existe, hablar de él es una tontería y, si existe, hablar de él es criminal.

—No lo he comentado con nadie, salvo con usted porque trato de persuadirle de la gravedad de la situación. Si se hubiera usado un desintegrador, por ejemplo, ¿no debería el Gobierno interesarse en averiguar cómo se utilizó o si otra unidad de la



Federación lo posee?

Janek negó con la cabeza.

—Creo que podemos confiar en que los organismos correspondientes tendrán en cuenta ese factor. Será mejor que olvide el asunto.

—¿Puede usted asegurarme que el Gobierno de Estados Unidos es el único que posee semejante arma? —dijo Edwards, sin poder contener la impaciencia.

—No puedo asegurarle nada, pues no sé nada sobre ella ni debería saberlo. No debió usted mencionarla. Aunque no exista un arma así, el rumor de su existencia podría ser dañino.

—Pero, como yo ya le he hablado de ella y el daño ya está hecho, haga el favor de escucharme. Deme la oportunidad de convencerle de que usted, y sólo usted, tiene la clave de una situación peligrosa que quizá sólo yo haya visto.

—¿Sólo usted la ha visto? ¿Y sólo yo tengo la clave?

—¿Le suena a paranoia? Déjeme explicárselo y juzgue por sí mismo.

—Le concederé un rato más, pero me atenderé a mis palabras: debe abandonar esta afición suya..., esta investigación. Es muy peligrosa.

—Lo peligroso sería abandonarla. ¿No comprende que si el desintegrador existe y Estados Unidos posee el monopolio la cantidad de personas con acceso a él sería muy limitada? Como ex miembro del Servicio, tengo cierto conocimiento práctico del asunto y le digo que la única persona del mundo que podría hacerse con un desintegrador de nuestros arsenales ultrasecretos sería el presidente... Sólo el presidente de Estados Unidos, señor Janek, pudo haber preparado ese atentado.

Se miraron fijamente. Janek tocó un contacto del escritorio.

—Simple precaución —le aclaró—. Ahora nadie puede oírnos por ningún medio. Señor Edwards, ¿comprende usted lo peligroso que es lo que ha dicho, lo peligroso que es para usted mismo? No sobreestime el poder de la Constitución Planetaria. Un Gobierno tiene derecho a tomar medidas razonables para proteger su estabilidad.

—He venido a verle, señor Janek, porque le considero un ciudadano leal. Le traigo información acerca de un delito terrible que afecta a todos los estadounidenses y a toda la Federación. Un delito que ha originado una situación que quizá sólo usted pueda remediar. ¿Por qué responde con amenazas?

—Es la segunda vez que trata de pintarme como un potencial salvador del mundo. No me imagino en ese papel. Espero que entienda que no tengo poderes extraordinarios.

—Usted es el secretario del presidente.

—Eso no significa que tenga una relación privilegiada con él. A veces, señor Edwards, sospecho que los demás me consideran sólo un lacayo, y a veces siento la tentación de estar de acuerdo con ellos.

—No obstante, usted lo ve con frecuencia, en situaciones informales, en...

—Lo veo con la frecuencia suficiente —interrumpió Janek con impaciencia— para asegurarle que el presidente no ordenaría la destrucción de ese aparato mecánico el día del Tricentenario.

—¿A juicio de usted es imposible?

—No he dicho eso. He dicho que no lo haría. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba a querer el presidente destruir un androide que ha sido un accesorio valioso durante tres años de su gestión? Y si por alguna razón deseara hacerlo, ¿por qué hacerlo en público, nada menos que en el Tricentenario, dando a conocer su existencia con el riesgo de que sus seguidores se sintieran burlados por haber estrechado la mano de un dispositivo mecánico? Por no mencionar las repercusiones diplomáticas, pues ¿qué dirían los representantes de otros sectores de la Federación al saber que han estado tratando con un aparato? En todo caso, el presidente habría ordenado que lo desmontaran en privado, y sólo se habrían enterado algunos de los miembros superiores del Gobierno.

—No hubo consecuencias no deseadas para el presidente como resultado del incidente, ¿verdad?

—Ha reducido el ceremonial. Ya no es tan accesible como era antes. —Tan accesible como antes era el robot.

—Bien... —concedió Janek, a regañadientes—. Sí, supongo que es cierto.

—Y el presidente salió reelegido y su popularidad no ha disminuido aunque la destrucción ocurrió en público. El argumento contra la destrucción en público no es tan fuerte como usted da a entender.

—Pero la reelección se produjo a pesar del incidente. Se produjo cuando el presidente se apresuró a intervenir para pronunciar uno de los grandes discursos de la historia de Estados Unidos. Fue una actuación asombrosa, tiene que admitirlo.

—Fue un drama bellamente escenificado. Cualquiera diría que el presidente estaba preparado.

Janek se reclinó en su asiento.

—Si le entiendo bien, Edwards, usted sugiere una compleja trama novelesca. ¿Me está diciendo que el presidente hizo destruir el artefacto en medio de una multitud, en plena celebración del Tricentenario y ante los ojos del mundo para ganarse la admiración de todos mediante su rápida intervención? ¿Sugiere que lo organizó de tal modo que pudo presentarse como un hombre de gran energía y fortaleza en circunstancias adversas y así transformar una campaña perdedora en una victoria...? Señor Edwards, ha estado usted leyendo cuentos de hadas.

—Si yo afirmara todo eso, sería un cuento de hadas, pero no es así. No he sugerido que el presidente ordenase la muerte del robot; me limité a preguntarle que si pensaba que era posible, y usted aseguró rotundamente que no. Me alegra, porque estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto? Empiezo a pensar que me está haciendo perder el tiempo.

—Un momento más, por favor. ¿Nunca se ha preguntado por qué no utilizaron un rayo láser, un desactivador de campo..., un mazo, por amor de Dios? ¿Por qué alguien se tomó el increíble trabajo de conseguir un arma custodiada con las mayores medidas de seguridad, para hacer un trabajo que no requería esa arma? Aparte de la dificultad de conseguirla, ¿por qué arriesgarse a revelar la existencia de un desintegrados al resto del mundo?

—La existencia del desintegrador es una teoría de usted mismo.

—El robot se pulverizó ante mis ojos. Yo fui testigo. Para eso no me baso en testimonios de segunda mano. No importa cómo se llame el arma, pero desintegró el robot átomo por átomo y lo dispersó sin posibilidad de recuperación. ¿Por qué? ¿No le parece un exceso?

—Yo no sé qué intenciones tenía el autor.

—¿No? Pero parece haber una sola razón lógica para pulverizar, cuando es mucho más simple destruir. La pulverización no dejó rastros del objeto destruido. No dejó nada que nos permitiera verificar si era un robot u otra cosa.

—Pero nadie pone en duda lo que era.

—¿No? Le he dicho antes que sólo el presidente pudo haber conseguido y utilizado el desintegrador. Ahora bien, considerando la existencia de una réplica, ¿cuál de los presidentes se encargó de ello?

—No creo que debamos continuar esta conversación —rezongó Janek—. Usted está loco.

—Piénselo. Por amor de Dios, piense. Su argumentación es convincente, pues el presidente no destruyó al robot, sino que el robot destruyó al presidente. El presidente Winkler fue asesinado en medio de la muchedumbre el 4 de julio del año 2076. Un robot semejante al presidente Winkler pronunció el discurso del Tricentenario, se presentó a la reelección, resultó reelegido y aún continúa actuando como presidente de Estados Unidos.

—¡Esto es descabellado!

—He venido a verle porque usted puede demostrarlo... y corregirlo.

—No es tan sencillo. El presidente es... el presidente.

Janek se dispuso a levantarse para dar concluida la entrevista.

—Usted mismo dice que ha cambiado —insistió Edwards—. El discurso del Tricentenario superaba la capacidad del viejo Winkler. ¿No se asombra usted de los logros de los dos últimos años? Con franqueza..., ¿podría el Winkler del primer periodo haber hecho todo esto?

—Sí, podría, porque el presidente del segundo periodo es el mismo del primero.

—¿Niega usted que haya cambiado? Lo dejo en sus manos. Decida usted y yo me

atendré a su decisión.

—El hombre ha estado a la altura del desafío, eso es todo. Ha ocurrido antes en la historia de Estados Unidos. —Pero Janek se hundió en el asiento, manifiestamente perturbado.

—No bebe —señaló Edwards.

—Nunca bebió... demasiado.

—Ya no es mujeriego. ¿Niega usted que lo fue en el pasado?

—Un presidente es un hombre. Sin embargo, durante los dos últimos años se ha consagrado al problema de la Federación.

—Admito que es un cambio para mejor, pero es un cambio. Desde luego, si él tuviera una mujer no se podría continuar con la farsa.

—Es una lástima que no tenga esposa —dijo Janek, pronunciando esa palabra arcaica con cierta timidez—. Así no existirían estas dudas.

—El hecho de que no la tuviera hacía más viable la confabulación. Aun así, es padre de dos hijos. Creo que no han visitado la Casa Blanca desde el Tricentenario.

—¿Por qué iban a hacerlo? Son mayores, tienen su propia vida.

—¿Los invitan? ¿El presidente tiene interés en verlos? Usted es su secretario privado. Debería saberlo. ¿Los invitan?

—Está perdiendo el tiempo. Un robot no puede matar a un ser humano. Ya conoce usted la Primera Ley de la robótica.

—La conozco. Pero nadie dice que el robot Winkler haya matado directamente al humano Winkler. Cuando el humano Winkler estaba entre la multitud, el robot Winkler se encontraba en el palco, y dudo que un desintegrador se pudiera apuntar desde esa distancia sin causar daños más devastadores. Lo más probable es que el robot Winkler tuviera un cómplice, un asesino a sueldo, como se decía en el siglo veinte.

Janek frunció el entrecejo; arrugó su rostro rechoncho en una mueca de dolor.

—La locura debe de ser contagiosa. Empiezo a tomar en serio la descabellada idea que usted me ha traído. Afortunadamente, no se sostiene. A fin de cuentas, ¿por qué el asesinato del humano Winkler se iba a efectuar en público? Todos los argumentos que niegan la destrucción del robot en público son válidos para la muerte del presidente en público. ¿No ve usted que eso acaba con su teoría?

—No... —empezó a decir Edwards.

—Sí. Nadie, excepto unos pocos funcionarios, sabían que ese aparato existía. Si el presidente Winkler hubiera muerto en privado y se hubiese eliminado su cuerpo, el robot podría haberle suplantado sin despertar sospechas; no habría despertado las de usted, por ejemplo.

—Siempre habría algunos funcionarios que lo sabrían, señor Janek. Eso hubiera ampliado el número de asesinatos. —Edwards se inclinó hacia delante con

vehemencia—. Normalmente no existía ningún peligro de confundir al ser humano con la máquina. Me imagino que el robot no se utilizaba constantemente, sino sólo con propósitos específicos, y siempre habría individuos clave que sabrían dónde se encontraba el presidente y qué estaba haciendo. En tal caso, el asesinato debía cometerse en un momento en que esos funcionarios pensarán que el presidente era el robot.

—No le entiendo.

—Escuche. Una de las funciones del robot era darle la mano a la multitud, prestarse al «contacto físico». Cuando esto sucedía, los funcionarios que estuvieran al corriente sabían que quien saludaba era el robot.

—Exacto. Tiene usted razón. Era el robot.

—Sólo que se celebraba el Tricentenario y el presidente Winkler no se pudo resistir. Un presidente, especialmente un demagogo, un cazador de aplausos como Winkler, tendría que ser más que humano para ser capaz de renunciar a la adulación de la muchedumbre en semejante día y para cederle el puesto a una máquina. Y tal vez el robot alimentó cuidadosamente este impulso para que el día del Tricentenario el presidente le ordenara que permaneciera detrás del podio mientras él salía a saludar y a recibir las ovaciones.

—¿En secreto?

—Desde luego, en secreto. Si el presidente le hubiera avisado a alguien del Servicio, a sus ayudantes o a usted, no le habrían permitido hacerlo. La actitud oficial ante la posibilidad de un magnicidio ha sido muy obsesiva desde los acontecimientos de finales del siglo veinte. Así que con él estímulo de un robot evidentemente astuto...

—Está suponiendo usted que el robot es astuto porque supone que ahora actúa como presidente. Es un razonamiento en círculo. Si él no es presidente, no hay razones para pensar que es astuto ni que sea capaz de elaborar una conspiración así. Además, ¿qué motivo pudo inducir a un robot a tramar un magnicidio? Aunque no matara al presidente directamente, la eliminación indirecta de una vida humana también está prohibida por la Primera Ley, la cual establece que «un robot no debe dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño».

—La Primera Ley no es absoluta —replicó Edwards—. ¿Y si dañar a un ser humano salva la vida de otros dos, o de otros tres, o incluso de otros tres mil millones? El robot pudo haber pensado que salvar a la Federación era más importante que salvar una vida. Al fin y al cabo, no era un robot común. Estaba diseñado para imitar al presidente hasta el extremo de poder engañar a cualquiera. Supongamos que tenía la perspicacia del presidente Winkler, sin sus flaquezas, y supongamos que él sabía que podía salvar a la Federación, mientras que el presidente no era capaz.

—Usted puede razonar así, pero ¿cómo sabe que un aparato mecánico razonaría

de ese modo?

—Es el único modo de explicar lo que sucedió.

—Creo que es una fantasía paranoica.

—Entonces, dígame por qué el objeto destruido resultó pulverizado. Sólo cabe sospechar que era el único modo de ocultar que se había destruido a un ser humano y no a un robot. Déme otra explicación.

Janek se sonrojó.

—No lo acepto.

—Pero puede usted probar que es así... o probar lo contrario. Por eso he venido a verle a usted, a usted precisamente.

—¿Cómo puedo probar una cosa o la otra?

—Nadie ve al presidente en la intimidad como usted. A falta de una familia, usted es la única persona con la que comparte momentos informales. Estúdielo.

—Lo he estudiado, y le digo que no...

—No lo ha estudiado porque no esperaba nada anormal. Los pequeños indicios no significaban nada para usted. Estúdielo ahora, con la conciencia de que podría ser un robot, y ya verá.

—Puedo tumbarlo de un golpe y buscar metal con un detector ultrasónico — ironizó Janek—. Hasta un androide tiene un cerebro de platino e iridio.

—No será necesario una acción tan drástica. Límitese a observarlo y verá que es tan diferente del hombre que fue que no puede ser un hombre.

Janek miró al reloj de la pared.

—Hemos estado conversando más de una hora.

—Lamento haberle ocupado tanto tiempo, pero espero que comprenda la importancia de todo esto.

—¿Importancia? —dijo Janek. Su aire de abatimiento se transformó de pronto en una expresión esperanzada—. ¿Pero es de veras tan importante?

—¿Cómo podría no serlo? Tener un robot como presidente de Estados Unidos ¿no es importante?

—No, no me refiero a eso. Olvídese de lo que pueda ser el presidente Winkler. Sólo piense en esto: alguien que actúa como presidente de Estados Unidos ha salvado a la Federación, la ha mantenido unida y ahora dirige el Consejo defendiendo la paz y el compromiso constructivo. ¿Admite todo eso?

—Claro que lo admito. ¿Pero qué me dice del precedente que se establece? Un robot en la Casa Blanca hoy por una razón muy buena puede conducir a un robot en la Casa Blanca dentro de veinte años por una razón muy mala, y luego a robots en la Casa Blanca sin ninguna razón. ¿No ve que es importante ahogar las primeras notas de ese trompetazo que anuncia el ocaso de la humanidad?

Janek se encogió de hombros.

—Supongamos que averiguo que es un robot. ¿Lo proclamamos ante todo el mundo? ¿Sabe qué efecto tendría eso en la estructura financiera del planeta? ¿Sabe...?

—Lo sé. Por eso he venido a verle en privado en lugar de darlo a conocer al público. Debe usted comprobarlo y llegar a una conclusión. Luego, si descubre que el presunto presidente es un robot, como sin duda así será, deberá usted persuadirlo para que renuncie.

—Y si él reacciona ante la Primera Ley como usted dice, hará que me maten, pues seré una amenaza para su experto manejo de la mayor crisis internacional del siglo veintiuno.

Edwards meneó la cabeza.

—El robot actuó antes en secreto y nadie trató de contrarrestar los argumentos que él empleó para consigo mismo. Usted podría reforzar una interpretación más estricta de la Primera Ley con sus argumentaciones. De ser necesario, podemos conseguir la ayuda de alguno de los dirigentes de Robots y Hombres Mecánicos S.A., que construyeron el robot. Una vez que él renuncie, le sucederá la vicepresidenta. Si el robot Winkler ha encauzado al mundo por la buena senda, perfecto; entonces la vicepresidenta puede continuar por esa senda, pues es una mujer decente y honorable. Pero no podemos tener un gobernante robot ni debemos consentirlo nunca más.

—¿Y si el presidente es humano?

—Lo dejo en sus manos. Usted sabrá.

—No estoy tan seguro. ¿Y si no puedo decidir? ¿Y si no me animo? ¿Y si no me atrevo? ¿Cuáles son los planes que tiene usted?

—No lo sé. —Edwards parecía cansado—. Quizá deba acudir a Robots y Hombres Mecánicos. Pero no creo que llegue a ese extremo. Ahora que he puesto el problema en sus manos, confío en que usted no descansará hasta haberlo solucionado. ¿Quiere ser gobernado por un robot?

Se puso de pie y Janek le dejó marcharse. No se dieron la mano.

Janek se quedó reflexionando a la luz del crepúsculo.

¡Un robot!

Aquel hombre había entrado allí para sostener, con argumentos totalmente racionales, que el presidente de Estados Unidos era un robot.

Tendría que haber sido fácil disuadirlo. Pero Janek recurrió a todos los argumentos que se le ocurrían, siempre en vano, y el hombre no había titubeado ni un momento.

¡Un robot como presidente! Edwards estaba seguro de ello y seguiría estándolo. Y si Janek insistía en que el presidente era humano Edwards acudiría a Robots y Hombres Mecánicos. No descansaría.

Pensó en los veintiocho meses transcurridos desde el Tricentenario y en lo bien

que había salido todo, teniendo en cuenta las probabilidades. ¿Y ahora?

Se sumió en sombríos pensamientos.

Aún tenía el desintegrador, pero no sería necesario usarlo en un ser humano cuya naturaleza corporal no estaba en cuestión. Bastaría con un silencioso disparo láser en un paraje solitario.

Le resultó difícil manipular al presidente en el trabajo anterior, pero en este caso ni siquiera tendría que enterarse.



# OTROS RELATOS DE CIENCIA FICCIÓN

## Varados frente a Vesta (1938)

---

“Marroned off Vesta”

—¿Quieres hacer el favor de dejar de caminar de un lado a otro? —dijo Warren Moore desde la litera—. Nadie se beneficiará con ello. Piensa en nuestras bendiciones. Estamos herméticamente sellados, ¿no?

Mark Brandon giró para mostrar los dientes y escupir rabiosamente.

—Me alegra que eso te satisfaga. Por supuesto no sabes que nuestras reservas de aire durarán sólo tres días. —Desafiante reanudó su interrumpida caminata.

Moore bostezó, se estiró y adoptó una posición más cómoda antes de contestar.

—El uso de tanta energía sólo ayudará a consumirla más rápidamente. ¿Por qué no sigues el ejemplo de Mike, y tomas las cosas con calma?

“Mike” era Mike Shea, hasta ayer miembro de la tripulación del *Silver Queen*. Su cuerpo rechoncho descansaba sobre la única silla de la habitación, y sus pies sobre la única mesa. A la mención de su nombre levantó la cabeza, y ensanchó la boca en una sonrisa torcida.

—Hay que esperar que pasen cosas como esta de tanto en tanto —dijo—. Cabalgar los asteroides es un asunto riesgoso. No deberíamos haber tomado el atajo. Hubiésemos demorado más, pero el camino era el único seguro. Pero no, el capitán quería cumplir el horario; tenía que pasar... —Mike escupió con rabia— y aquí estamos...

—¿Qué es el atajo? —preguntó Brandon.

—Pienso que nuestro amigo Mike sugiere que deberíamos haber evitado el cinturón de asteroides, siguiendo una ruta fuera del plano de la elíptica —contestó Moore—. ¿No es así, Mike?

Mike dudó antes de contestar cautelosamente:

—Sí, supongo que es así.

Moore sonrió plácidamente y continuó.

—Bueno, yo no le echaría demasiada culpa al capitán Crane. La pantalla de repulsión debe haber fallado cinco minutos antes de que ese pedazo de granito nos chocara. Eso no fue culpa suya, aunque por supuesto deberíamos haber evitado el depender de la pantalla. La *Silver Queen* se deshizo en pedazos, y es realmente un milagro que esta parte de la nave permaneciese intacta y, lo que es más, hermética.

—Tienes un concepto curioso acerca de la suerte, Warren —interrumpió Brandon—. Siempre lo has tenido, por lo menos desde que te conozco. Aquí estamos, en la décima parte de una nave espacial, que consiste de sólo tres cuartos intactos, con aire suficiente para tres días y ninguna perspectiva de seguir viviendo después, y tú tienes la infernal osadía de discursar acerca de la suerte.

—Comparado con otros que murieron instantáneamente cuando nos chocó el

asteroide, hemos tenido suerte.

—Eso piensas, ¿eh? Bueno, déjame informarte que la muerte instantánea no es tan mala comparada con la que vamos a tener que pasar. Morir sofocado es una manera sumamente desagradable de morir.

Moore aventuró una esperanza.

—Tal vez encontremos una salida...

—¡Por qué no enfrentamos la realidad! —Brandon tenía el rostro encendido y la voz le temblaba—. Estamos condenados les digo. ¡Terminados!

Mike envolvió a ambos con la mirada, dudando, antes de toser para atraer la atención.

—Bueno, señores, ya que todos estamos metidos en el mismo lío no tiene sentido mezquinar las cosas. —Sacó del bolsillo una pequeña botella que contenía un líquido verdoso—. Esto es Jabra, graduación A, y no soy tan orgulloso como para no compartirlo equitativamente.

Al verlo Brandon exhibió el primer signo de agrado en algo más de un día:

—Agua Jabra, de Marte. ¿Por qué no lo dijiste antes? —Una mano firme aprisionó su muñeca en el momento en que estaba por asir la botella. Al levantar la vista se topó con los tranquilos ojos azules de Warren Moore.

—No seas tonto. No hay suficiente como para mantenernos borrachos durante tres días. ¿Qué quieres hacer? ¿Emborracharte ahora y morir luego completamente sobrio? Ahorremos esto para las últimas seis horas, cuando el aire se enrarezca y duela respirar; entonces nos terminaremos la botella y nunca sabremos ni nos importará cómo llegó el final.

Brandon dejó caer la mano.

—Caramba, Warren. Sangrarías hielo si te llegaras a cortar. ¿Cómo puedes pensar tan juiciosamente en un momento como este? —Hizo un gesto y la botella volvió a su lugar. Luego caminó hasta el ojo de buey y miró hacia fuera.

Moore se acercó para poner el brazo cariñosamente sobre el hombro del joven.

—¿Por qué amargarse, viejo? No puedes aguantar este ritmo. Dentro de veinticuatro horas estarás completamente loco.

No recibió contestación. Brandon tenía la mirada fija en el globo que llenaba la casi totalidad del ojo de buey.

—Mirar a Vesta tampoco servirá de mucho —agregó Moore.

Mike Shea se acercó.

—Estaríamos a salvo con sólo estar allá abajo, en Vesta. Hay gente allí. ¿A qué distancia estamos?

—No a más de trescientas o cuatrocientas millas a juzgar por su tamaño —contestó Moore—. No olvidemos que su diámetro es de sólo doscientas millas.

—Trescientas millas de la salvación —murmuró Mike—. Lo mismo sería si

estuviésemos a un millón. Si por lo menos hubiese un medio de salir de la órbita que ha adoptado este maldito fragmento; alguna manera de darnos un empujón para empezar a caer. No habría peligro de estrellarnos porque el enano ese no tiene suficiente gravedad para aplastar un merengue.

—Tiene suficiente como para mantenernos en la órbita —retrucó Brandon—. Debe habernos atraído mientras estábamos inconscientes, después del choque. Lástima que no llegamos más cerca, tal vez podríamos haber aterrizado.

—Curioso lugar, Vesta —observó Mike Shea—. He estado allí dos o tres veces. ¡Un bodrio! Todo cubierto de una sustancia como nieve, sólo que no es nieve. No recuerdo cómo se llama.

—¿Dióxido de Carbono congelado? —aventuró Moore.

—Sí, hielo seco, así es ésa cosa carbonífera. Dicen que es eso lo que le da su brillo a Vesta.

—¡Claro! Eso le daría un alto albedo.

Mike le endilgó una mirada cargada de sospecha a Moore, y decidió dejar pasar el asunto.

—Es difícil ver algo causa de la nieve, pero si se mira con atención —señaló con el dedo— se puede ver una especie de mancha gris. Creo que es la cúpula de Bennett, que es donde tienen el observatorio. Y allá está la cúpula de Calorn, un depósito de combustible. Hay muchas más, pero no alcanzo a verlas.

Vaciló antes de dirigirse a Moore.

—Escucha, jefe. He estado pensando. ¿No nos estarán buscando al haberse enterado del accidente? ¿Y no les sería fácil encontrarnos, viendo lo cerca que estamos de Vesta?

Moore sacudió la cabeza.

—No Mike, nadie se va a enterar del accidente hasta el momento en que noten el atraso de la *Silver Queen*. Cuando el asteroide nos embistió no tuvimos tiempo de mandar un SOS. —Luego de lanzar un suspiro, continuó—: Tampoco nos buscarán desde Vesta. Somos tan chiquitos que aun a esta distancia no podrían vernos a menos que supiesen qué es lo que están buscando y exactamente dónde mirar.

—Hum. —Mike arrugó la frente, señal de profundos pensamientos. — Entonces tendremos que llegar a Vesta antes de que expire el plazo de tres días.

—Tienes la clave del asunto, Mike. Si supiésemos cómo encararlo...

De pronto Brandon explotó.

—Por amor de Dios dejen de hablar tonterías y hagan algo. ¡Hagan algo!

Moore se encogió de hombros y sin contestar volvió a la litera. Se estiró cómodamente, aparentando no tener preocupaciones, pero una pequeña arruga entre los ojos delataba su concentración. No existía la más mínima duda; estaban en pésima situación y tal vez por vigésima vez pasó revista a los acontecimientos del día

anterior.

Después del choque con el asteroide que desgarró la nave, él se había apagado como una vela. Por cuánto tiempo no sabía, por habersele roto el reloj y no existir otro. Cuando volvió en sí se encontró que él, su compañero de cabina Brandon y Mike Shea, un miembro de la tripulación, eran los únicos ocupantes de lo que quedaba del *Silver Queen*.

Este trozo giraba ahora en órbita en torno a Vesta, y por el momento la situación era más o menos cómoda. La reserva de alimentos alcanzaba para una semana. Además había un Gravitador regional bajo la habitación que los mantenía y los mantendría en peso normal por tiempo indefinido, por cierto por mucho más de lo que alcanzaría el aire. El sistema de iluminación no era satisfactorio pero se había mantenido hasta el momento.

Sin embargo no existía duda de dónde se encontraba el meollo de la cuestión. ¡Aire para tres días! No es que faltasen otros factores descorazonantes, como la falta de calefacción aunque se necesitaría mucho tiempo para que la nave inyectase suficiente calor en el vacío del espacio como para llegar a incomodarlos. Lo más importante era que ese resto de aeronave carecía de medios de comunicación y de un mecanismo de propulsión. Moore suspiró. Un solo reactor a combustible en buenas condiciones y asunto arreglado, pues un solo envión, bien orientado; los haría llegar sanos y salvos a Vesta.

La arruga entre los ojos se hizo más pronunciada. ¿Qué hacer? Tenían un solo traje espacial para los tres, un radiador de calor y un detonador. Esa era la suma total de elementos espaciales hallados al cabo de una cuidadosa búsqueda por las partes accesibles de la nave. Una situación bastante desesperante, sin duda alguna.

Volvió a encogerse de hombros, se levantó, y se sirvió un vaso de agua, que tragó mecánicamente mientras su mente seguía considerando el problema. De pronto tuvo una idea, y se quedó mirando el vaso vacío que tenía en la mano.

—Oye, Mike, ¿cómo andamos de agua? Qué raro que no haya pensado en ello antes.

Mike abrió los ojos al máximo, esbozando un gesto de divertida sorpresa.

—¿No lo sabía, jefe?

—¿Sabía qué?

—Que tenemos toda el agua con que salimos. —Agitó la mano en un gesto que abarcaba todo, pero al notar la expresión de total desconcierto de Moore, creyó necesario ampliar su declaración—. ¿No se da cuenta? Nos queda el tanque principal donde está almacenada la totalidad del stock de agua de la nave. —Señaló una de las paredes.

—¿Quieres decir que hay un tanque lleno de agua lindando con nosotros?

Mike asintió vigorosamente.

—Sí, una tina cúbica de cien pies por lado, ¡y tres cuartos llena!

Moore no salía de su asombro.

—Setecientos cincuenta mil pies cúbicos de agua —agregando de pronto—: ¿y cómo es que no se ha perdido por una de las cañerías rotas?

—No tiene más que una salida principal que corre a lo largo del corredor frente a esta pieza. Yo estaba arreglando esa cañería cuando nos agarró el asteroide y alcancé a cerrarlo. Cuando recobré el conocimiento abrí el conducto que conduce a nuestro grifo, y esa es la única salida que existe ahora.

Una curiosa sensación comenzó a gestarse en su interior; una idea semiformada en su mente que por más que Moore quisiese no podía sacar a la luz. Sólo sabía que lo que acababa de escuchar encerraba algo importante, esquivo aún, pero importante.

Entretanto Brandon que había estado escuchando a Shea en silencio, emitió una breve carcajada desprovista de todo humor.

—Por lo visto el destino se está divirtiendo a costa nuestra. En primer lugar nos coloca al alcance de un sitio seguro, y enseguida se encarga de que no podamos llegar a él. Después nos provee de comida para una semana, aire para tres días, y *agua para un año*. Agua para un año, ¿entienden? Suficiente para beber, para hacer gárgaras, para lavarse y bañarse y... cualquier cosa que uno desee. ¡Agua... al diablo con el agua!

—Vamos, Mark, tómallo con calma —dijo Moore intentando quebrar la melancolía del joven—. Haz de cuenta que somos un satélite de Vesta, y lo somos. Tenemos nuestro propio período de revolución y de rotación; un ecuador y un eje. Nuestro “polo Norte” está ubicado más o menos en la parte superior del ojo de buey, apuntando hacia Vesta, y el “Sur” en dirección opuesta, atravesando el tanque de agua. Como satélite tenemos una atmósfera y ahora, como ves, un océano recientemente descubierto. Hablando en serio no estamos tan mal. Nuestra atmósfera se mantendrá durante los tres días, podremos comer doble ración y beber agua hasta el cansancio. Qué diablos, tenemos agua para tirar...

La idea en gestación de pronto maduró, y el gesto displicente con que acompañó la declaración anterior quedó congelado en el aire. Cerró la boca con firmeza a la vez que levantaba la cabeza, pero Brandon, sumido en sus propios pensamientos, no se percató de los extraños gestos de Moore.

—¿Por qué no completas tu analogía de un satélite? —preguntó con desprecio—. ¿O en tu calidad de Optimista Profesional ignoras los hechos desagradables? Si yo fuera tú continuaría en esta forma, imitando la voz de Moore prosiguió: Hasta el presente el satélite es habitable y se encuentra habitado, pero debido a una inminente pérdida de aire se espera que en tres días se convertirá en un mundo muerto. Bueno, ¿por qué no contestas? ¿por qué insistes en hacer una broma de todo esto? No ves que... ¿*qué pasa...*?

Dijo esto en tono de sorpresa, y en verdad los gestos de Moore lo justificaban. Se había puesto de pie, y luego de darse un fuerte palmazo en la frente, quedó callado e inmóvil, mirando la lejanía a través de párpados que gradualmente se iban entornando. De pronto estalló.

—¡Lo tengo! ¿Cómo no pensé en ello antes? —Después el resto de su discurso se hizo ininteligible, mientras Brandon y Shea lo observaban, mudos y perplejos.

Cuando Mike sacó a relucir la botella de Jabra, Moore la apartó con impaciencia, y entonces, sin previo aviso, Brandon lo alcanzó con un puñetazo que lo mandó al piso.

—¿A santo de qué hiciste eso? —se quejó Moore frotándose el mentón, sorprendido ante la inesperada acción de Brandon que siguió gritando.

—Ponte de pie y lo haré de nuevo. No aguanto más; estoy harto de ser sermoneado y de escuchar tus tonterías. Tú eres el que se está volviendo loco.

—Loco no, tal vez un poco sobreexcitado, pero por amor de Dios escuchen. Creo saber cómo...

—Sí ¿eh? ¿Crees saber? Bueno, no lo acepto. Vas a alimentar nuestras esperanzas con algún plan idiota, para luego descubrir que no va, pero yo le voy a encontrar un verdadero uso al agua; te voy a ahogar en ella y así ahorrar un poco del aire.

Moore perdió el dominio de sí mismo.

—Mira, Mark, no te incluyo en esto. Lo voy a intentar solo. No necesito tu ayuda ni la quiero. Si estás tan seguro de morir, tienes un radiador de calor y un detonador: las dos armas en las cuales se puede confiar. Elige y mátrate; Shea y yo no vamos a impedirlo.

El labio de Brandon se curvó en un débil y postrer gesto de desafío, pero enseguida capituló, total y abyectamente.

—Está bien, Warren, estoy contigo. Creo que no sabía muy bien lo que estaba haciendo. No me siento bien, Warren, yo...

—Está bien, muchacho —dijo Moore, genuinamente apenado—. Sé cómo te sientes pues estoy en el mismo brete, pero no debes rendirte. Pelea o te volverás loco de remate. Ahora trata de dormir y deja que yo me encargue de todo. Todavía vamos a salir de ésta.

Brandon llevó su mano a la frente dolorida, trastabilló hasta la litera y se dejó caer. Un llanto silencioso lo sacudió mientras Moore y Shea hacían de incómodos espectadores.

Por fin Moore codeó a Mike.

—Vamos —susurró— manos a la obra; a hacer historia. El compartimento número cinco está al final del corredor, ¿verdad? —Ante el asentimiento de Shea preguntó—: ¿Está herméticamente cerrado?

—Bueno —repuso Shea luego de pensarlo bien— la puerta interna sí, pero no sé

si la externa. Puede muy bien haberse convertido en un colador. Cuando inspeccioné la pared para saber si seguía hermética no me animé a abrir la puerta interna, pues de haberle pasado algo a la externa ¡zas! —y acompañó la exclamación con un gesto por demás expresivo.

Entonces —dijo Moore— nos corresponde averiguar de inmediato el estado de la puerta externa. De alguna manera tendré que salir y arriesgarme. ¿Dónde está el traje espacial?

Descolgó la solitaria prenda de su lugar en el armario, lo colocó sobre su hombro y salieron al largo pasillo, pasando frente a puertas cerradas, barreras herméticas tras las cuales quedaban las cavidades abiertas que antes fueran cuartos de pasajeros. Al final del pasillo se detuvieron frente a la puerta hermética del compartimiento número cinco, que Moore inspeccionó cuidadosamente.

—Parece estar bien pero por supuesto no puede saberse qué hay fuera. ¡Dios mío, espero que funcione! —Frunció el ceño y agregó—: Claro que podríamos usar la totalidad del pasillo como un compartimento estanco, con la puerta de nuestra habitación como puerta interna y ésta como la externa, pero eso significaría la pérdida de la mitad de nuestra reserva de aire, y no nos podemos permitir ese lujo... por ahora.

Volviéndose hacia Shea dio la orden.

—El indicador muestra que la cerradura fue usada la última vez para entrar, de modo que tendría que estar llena de aire. Abre la puerta apenas un poquito, y si hay ruido de aire ciérrala de inmediato.

—Va —contestó Shea, y movió la palanca una línea. El mecanismo había sufrido ante el impacto del choque, y el suave y silencioso accionar de antes había sido reemplazado por un áspero y arrastrado ruido. Sin embargo seguía funcionando. Una tenue línea negra apareció a la izquierda de la cerradura para indicar que la puerta había cedido un cuarto de pulgada.

¡No hubo ruido de escape de aire!, y la expresión ansiosa de Moore cedió un poco. Sacó un cartoncito del bolsillo y lo sostuvo contra la abertura. De haber escape de aire el cartón se hubiese mantenido allí, empujado por el escape de gas, pero cayó al piso. Mike Shea humedeció un dedo y lo puso frente a la misma hendidura.

—Gracias a Dios —dijo— ni señales de corriente.

—Bien —dijo Moore—. Muy bien. Ábrela más. Vamos.

Otra línea y la hendidura se ensanchó, siempre sin escape de aire. Lenta, muy lentamente, línea tras línea, crujiendo, se fue abriendo más y más. Ambos hombres retuvieron la respiración, temerosos de que la puerta exterior aunque no estuviese perforada, hubiese recibido golpes capaces de debilitarla y hacer que en cualquier momento se desplomase. ¡Pero se mantuvo! y Moore, loco de contento, comenzó a meterse dentro del traje espacial.



—Las cosas van muy bien, Mike. Ahora siéntate y espérame. No sé cuánto voy a tardar, pero regresaré. ¿Dónde está el radiador de calor?

—¿Pero qué vas a hacer? —preguntó Shea mientras le pasaba el equipo.

Moore hizo una pausa antes de ajustarse el casco.

—¿No me escuchaste decir adentro que teníamos agua suficiente como para tirar? Bien, lo he estado pensando y la idea no es tan mala. La voy a tirar. Sin otra explicación se metió en la compuerta, dejando tras de sí a un muy intrigado Mike Shea.

Con el corazón palpitando aceleradamente Moore esperó a que se abriese la puerta externa. Su plan era de una simpleza extraordinaria, pero tal vez difícil de llevar a cabo.

Hubo ruido de engranajes y chirrido de ruedas; con un suspiro huyó el aire. La puerta, luego de correr unas pulgadas se atascó, y por un instante el descorazonado Moore pensó que no llegaría a abrirse, pero después de un breve forcejeo cedió.

Colocó el garfio magnético y con extrema cautela sacó un pie al vacío. Torpemente y a tientas llegó al costado de la nave. Nunca había salido al espacio, y dominado por un enorme miedo se adhirió como un mosca a su precario asidero. Por un momento lo dominó el vértigo, obligándolo a cerrar los ojos, y a permanecer cinco minutos aferrado a la superficie lisa de lo que fuera el *Silver Queen*. El garfio magnético lo sostuvo firmemente, y cuando abrió de nuevo los ojos fue para descubrir que en cierta medida la confianza en sí mismo había retornado.

Una mirada en torno le permitió ver estrellas en lugar de la visión de Vesta que les permitía el ojo de buey. Ansiosamente buscó ese pequeño punto blancoazulado que era la Tierra, y recordó la frecuencia con que le había divertido eso de que lo primero que buscaban los viajeros del espacio al mirar las estrellas era la Tierra. Sin embargo, en ese momento, la situación no le pareció divertida, y su búsqueda resultó infructuosa pues desde donde se encontraba no se veía la Tierra, oculta sin duda junto al Sol detrás de Vesta.

Con todo había mucho más que no podía dejar de notarse; Júpiter a la izquierda, a simple vista un globo brillante del tamaño de una pequeña arveja. También Saturno, un planeta igualmente brillante, de magnitud negativa, rivalizando con Venus vista desde la Tierra.

Moore había supuesto que podría ver un buen número de asteroides —atascados como ellos en el cinturón del asteroide— pero encontró el espacio sorprendentemente vacío. Por un momento creyó ver pasar un cuerpo a unas millas de distancia, pero tan rápida fue la impresión que no hubiese podido jurar que no fuera un producto de su fantasía.

Y, por supuesto, allí estaba Vesta, casi debajo suyo, un globo llenando casi un cuarto del cielo; un globo flotante, blanco como la nieve, hacia el cual se iban sus

ojos plenos de intensa esperanza. Y pensó que una fuerte patada contra el costado de la nave, un fuerte empujón, podría tal vez impulsarlo hacia Vesta donde quizá lograra aterrizar sano y salvo para buscar ayuda para los otros. Pero las posibilidades de que sólo conseguiría colocarse en nueva órbita en torno a Vesta eran demasiado grandes, y descartó la idea en aras de algo mejor.

Recordó entonces que no tenía tiempo para perder; e hizo una revisión visual del flanco de la nave, buscando el tanque de agua, pero lo único que vio fue una selva de paredes retorcidas. Luego de un instante de vacilación decidió que la solución residía en llegar hasta el ojo de buey iluminado de su pieza, y desde allí al tanque. Con cuidado se arrastró a lo largo de la pared, pero cuando aún faltaban unos cinco metros para llegar a la compuerta se encontró de improviso con un enorme boquete que reconoció como perteneciente a la que fuera la habitación contigua al extremo del corredor. Un frío le corrió por todo el cuerpo al encarar otra nueva posibilidad: la de encontrarse en uno de los cuartos con el cadáver entumecido de algún pasajero, a la mayoría de los cuales conocía personalmente. Pero logró dominarse, obligándose a continuar el precario viaje hacia el objetivo.

Y aquí se encontró con la primera dificultad práctica. El cuarto en sí, en muchas de sus partes, estaba hecho de materiales no-ferrosos sobre los cuales era nula la acción del garfio magnético, creado para ser utilizado solamente sobre el casco exterior, y mientras pensaba en esto Moore se vio repentinamente flotando hacia abajo, precisamente por culpa de la acción nula del garfio. Boqueando se agarró de la primera saliente que halló a su paso, y lentamente fue saliendo de su precaria situación. Descansó un momento, casi sin aliento. Teóricamente, vista la acción negativa de Vesta, su peso en el espacio tendría que equivaler a cero, pero el Gravitador regional bajo su pieza estaba funcionando, y sin el equilibrio de los otros Gravitadores tendía a colocarlo bajo tensiones variables y, repentinamente, mutables conforme iba cambiando su posición. Si de buenas a primeras dejaba de funcionar el garfio podría verse despedido de la nave, ¿y entonces qué...? Evidentemente la cosa iba a resultar más difícil de lo pensado.

Adelantó por pulgadas, tanteando cada punto para comprobar si se aferraba el garfio. Por momentos se veía obligado a emprender largos rodeos para lograr avanzar unos pocos pies, y en otros a trepar y resbalar sobre pequeños trozos de material no-ferroso. Y constantemente sentía el tirón fatigante del Gravitador, cambiando de sentido a medida que progresaba, colocando pisos horizontales y paredes verticales en ángulos inverosímiles.

Con cuidado fue investigando cada objeto que encontró, pero en vano. Todo artículo suelto, sillas y mesas, habían sido despedidos al primer encontronazo, y eran ahora cuerpos independientes del sistema solar. Sin embargo, logró rescatar unos pequeños prismáticos y una pluma de fuente, los que metió en su bolsillo. En el

momento carecían de todo valor, pero de alguna manera parecían conferir mayor realismo al macabro viaje a través del flanco de una nave muerta.

Durante quince minutos, veinte, media hora, adelantó lentamente hacia donde pensó que debería encontrarse el ojo de buey, sintiendo el sudor que le llenaba los ojos y convertía sus cabellos en una masa de esparto. Sintió que sus músculos comenzaban a dolerle a causa de la desacostumbrada tensión, y que su mente, ya tensa por efecto de los acontecimientos de la víspera, comenzaba a vacilar y a tenderle pequeñas celadas.

Su esfuerzo comenzó a parecerle eterno, algo que siempre existió y existiría siempre, haciendo que el objetivo se le antojase carente de importancia. El momento en que estuvo con Brandon y Shea, una hora atrás, parecía perdido en un lejano y nebuloso pasado, y los momentos normales de dos días antes totalmente olvidados. Sólo tenía conciencia de la necesidad de seguir moviéndose, y únicamente las paredes retorcidas, únicamente la vital necesidad de llegar a un incierto destino, tenían cabida en su mente alterada. Agarrándose, forzándose, tirando, buscando la aleación ferrosa; entrar y salir de cavidades que fueron cuartos... Tentar y tirar... tentar y tirar... y de pronto... una luz.

Se detuvo. De no haber estado aferrado a la pared hubiese caído. La luz, que resultó ser el ojo de buey, en cierta forma aclaraba las cosas. El ojo de buey... no los muchos oscuros y silenciosos que había pasado en su viaje, sino un ojo de buey vivo y alumbrado. Detrás estaba Brandon. Respiró profundamente y se sintió mejor; la mente despejada.

Ahora el camino se mostraba claro, y se arrastró hacia esa chispa de vida. Más, más, y más cerca hasta que pudo tocarlo. ¡Había llegado!

Sus ojos absorbieron el cuarto familiar, exento de felices asociaciones en su mente, pero real, casi natural. Brandon dormía, tirado en la litera, el rostro, cansado y arrugado, surcado de tanto en tanto por una sonrisa.

Alzó el puño para golpear. Sentía un urgente deseo de hablar con alguien, así fuese por signos, pero en el último momento se contuvo. Tal vez el chico estuviese soñando con su casa. Era joven y sensible y había sufrido mucho. Decidió dejarlo dormir. Tiempo habría para despertarlo cuando —y siempre y cuando— su plan se concretara.

Localizó la pared dentro del cuarto tras la cual estaba ubicado el tanque de agua, y después procuró ubicarla desde afuera. No resultó difícil. La pared se destacaba visiblemente, y Moore no pudo menos que maravillarse del hecho de que no hubiese resultado dañada. ¡Tal vez el destino no había sido tan cruel como pensaron!

Pese a encontrarse al otro lado de los restos del *Silver Queen* no tuvo dificultad en llegar. Lo que fue un corredor lo condujo directamente. Antes, cuando la nave estaba intacta, ese corredor había sido nivelado y horizontal, pero ahora bajo la atracción

dispareja del Gravitador regional semejaba una ladera empinada. Sin embargo el camino resultó fácil, y dado que el material era aceroberilo, Moore no tuvo problemas para agarrarse a medida que se deslizaba por los pocos metros que lo separaban del tanque.

Y llegó la crisis; el último tramo. Pensó que le convendría descansar, pero la excitación que crecía con cada instante le dijo que era ahora o nunca. Consiguió ubicarse sobre la pequeña plataforma que formaba el piso del corredor, en el centro de la base del tanque, y comenzó a trabajar.

‘Lástima, se dijo, que la cañería principal apunta en dirección contraria. Si hubiese estado bien ahorraría mucho trabajo, pero, en fin...’ Suspiró y se concentró en el trabajo. Ajustó el radiador de calor al máximo, y las emanaciones invisibles se concentraron sobre un punto más o menos a un pie del piso del tanque. Poco a poco comenzaron a notarse los efectos del rayo sobre las moléculas de la pared. Un redondel del tamaño de una moneda empezó a brillar inciertamente bajo el punto de foco del arma, brillando un momento y apagándose al siguiente mientras Moore procuraba afirmar su brazo cansado. Finalmente lo apoyó sobre el filo de la plataforma con lo cual obtuvo mejor resultado.

Lentamente se coloreó el círculo. El rojo profundo y agresivo del primer momento se convirtió en cereza, y a medida que el calor iba haciendo su efecto, la brillantez pareció irradiar en círculos semejantes a los del blanco de un polígono de tiro, cada rojo más y más profundo. La pared en torno se volvió incómodamente caliente, y Moore debió cuidarse de tocarla con el metal de su traje. A poco se calentó también la plataforma, y debió recurrir a maldiciones, en especial contra los fabricantes de trajes espaciales, para calmarse. ¿Por qué —se preguntó— no pueden hacer trajes que *rechacen* el calor de la misma manera que lo *retienen*? Pero salió a relucir lo que Brandon había llamado el Optimista Profesional, y con el sabor de la sal en la boca se dedicó a consolarse a sí mismo mientras apretaba los dientes y trabajaba. Supongo que podría haber sido peor. Por lo menos estas dos pulgadas de pared no representan un gran obstáculo. ¿Qué hubiese pasado si el tanque estuviera contra el casco en sí, y hubiese tenido que perforar a través del grosor de un pie de esto?

Llegó el momento en que el color del círculo alcanzó el amarillónaranja, y comprendió que el punto en que se derrite la aleación de aceroberilo estaba próximo, y de allí en adelante sólo pudo observar los progresos a intervalos bien espaciados y de escasísima duración. Entonces sacó la conclusión de que si quería culminar su obra era imprescindible actuar con rapidez. En primer lugar el radiador de calor no estaba cargado al máximo cuando empezó, y al ritmo al cual había generado energía durante los últimos diez minutos, lógico era suponer que estaba próximo a agotarse, y justo cuando estaba llegando al término de la parte plástica de la pared. Dominado

por la impaciencia metió la punta del rayo en el centro del agujero para retirarlo de inmediato. Una profunda depresión se había formado en el metal blando, pero aún no se había logrado la perforación. Con todo, el resultado le satisfizo. Estaba llegando. De haber habido aire entre él y la pared sin duda hubiese oído el murmullo y el silbido del agua hirviendo. La presión aumentaba, ¿pero cuánto aguantaría aún esa pared debilitada?

Entonces, repentinamente sin que Moore se percatara de ello, llegó el final feliz. Una pequeña fisura se formó al fondo del agujerito hecho por el rayo, y en un santiamén el agua burbujeante encontró su salida. El blando metal cedió y del orificio del tamaño de un guisante, silbando y rugiendo, emergió una nube de vapor que envolvió a Moore, y a través de esa niebla vio cómo el vapor se condensaba casi de inmediato, para convertirse en bolitas de hielo que desaparecían rápidamente. Durante quince minutos miró salir el vapor, hasta que percibió que una suave presión lo estaba alejando de la nave. Una alegría indescriptible lo dominó al darse cuenta de que esto obedecía a una aceleración de la nave, y que sólo su propia inercia lo retenía. Había terminado su trabajo exitosamente, y ese chorro de vapor estaba haciendo las veces de cohete propulsor. Inició el regreso.

Si grandes fueron los horrores y los peligros del viaje de ida, mayores debieron haber sido los del regreso. Estaba muchísimo más cansado, le dolían los ojos al extremo de que se encontraba casi ciego, y al loco tironear del Gravitador se agregaba la fuerza inducida por la creciente aceleración de la nave. Sin embargo nada de eso le molestó, y más adelante ni siquiera recordaba el doloroso viaje.

Nunca supo cómo logró desandar el camino y llegar a salvo. La mayor parte del tiempo estuvo perdido en un vaho de felicidad, casi sin percatarse de lo que estaba sucediendo. Un único pensamiento ocupaba su mente: regresar deprisa para divulgar la feliz noticia de su liberación.

De pronto se encontró frente a la compuerta, casi sin darse cuenta de que era la compuerta. Sin comprender por qué tocó el botón de señal. Algún secreto instinto le dijo que eso era lo que debía hacer. Lo esperaba Mike Shea.

Sintió un crujido y otros ruidos, y la puerta externa comenzó a abrirse, se trabó en el mismo lugar que cuando la abrieron, pero una vez más lograron zafarla de su atascadura. Se cerró detrás de sus espaldas, se abrió la puerta interior y cayó en brazos de Mike Shea. Como en sueños se sintió medio levantado y medio arrastrado hasta su habitación. Le arrancaron el traje. Sintió que un líquido abrasador le quemaba la garganta; se atragantó, tragó y sintió que renacía. Mike Shea puso la botella a buen recaudo.

Las imágenes difusas y oscilantes de Brandon y Shea cobraron cuerpo, y Moore limpió la transpiración de su cara con mano temblorosa y ensayó una débil sonrisa.

—No —protestó Brandon— no digas nada. Tienes que descansar. Estás medio

muerto.

Moore sacudió la cabeza, y con voz ronca y quebrada narró lo mejor que pudo los acontecimientos de las últimas dos horas. Un relato incoherente, apenas entendible pero maravillosamente impresionante. Quienes escuchaban apenas si respiraron mientras duró.

—¿Quieres decir, entonces —tartamudeó Brandon— que el chorro de agua nos está empujando hacia Vesta como si fuera un cohete propulsor?

—Exacto... la misma cosa... como un cohete propulsor, —jadeó Moore—. Acción y reacción. Está ubicado... lado opuesto... por eso nos empuja... hacia Vesta.

Shea estaba bailando frente al ojo de buey.

—Tienes razón, Brandon. Puede verse la cúpula de Bennett con toda claridad. Estamos llegando, estamos llegando.

Moore sintió que sus fuerzas volvían.

—Nos estamos aproximando en una senda espiral a causa de la órbita original. Probablemente aterricemos en cinco o seis horas. El agua durará un buen rato y la presión sigue siendo fuerte dado que el agua sale en forma de vapor.

—¿Vapor, a la baja temperatura del espacio? —preguntó Brandon extrañado.

—Vapor a la baja presión del espacio —corrigió Moore—. El punto de ebullición del agua cae con la presión, y es muy bajo en el vacío. Incluso el hielo tiene suficiente presión de vapor como para elevarse. En realidad se hiela y hierve simultáneamente, yo lo vi. —Sonrió, y luego de una breve pausa se dirigió a Brandon—. ¿Y, cómo te sientes ahora? ¿Mejor, verdad?

Brandon se puso colorado y bajó la vista. Por un momento buscó palabras para responder, para decir al cabo, en voz muy baja.

—Debo haberme portado como un imbécil y un cobarde. Su... supongo que no merezco esto después de haberme venido abajo y dejado que todo el peso de nuestra salvación caiga sobre ti. Quisiera que me molieses a palos por haberte pegado. Te aseguro que me sentiría mejor si lo hicieras... —y por lo visto hablaba en serio.

Moore lo hizo callar con un cariñoso empujón.

—Olvídalo. Nunca sabrás lo cerca que estuve de venirme abajo. —Levantando la voz para acallar cualquier intento de nuevas disculpas por parte de Brandon dijo—: Eh, Mike, déjate de mirar por ese ojo de buey y trae la botella de Jabra.

Mike obedeció al instante, trayendo con él tres unidades Plexatron para usar como copas. Moore llenó cada una de ellas justo hasta el borde. Iba a emborracharse con ganas.

—Caballeros —dijo solemnemente— un brindis. —Los tres levantaron sus jarros al unísono—. Caballeros, brindo por la provisión de un año de buen HO *que supimos tener*.

## Opinión pública (1939)

---

“Trends”

John Harman estaba sentado ante su escritorio, cavilando, cuando yo entré a la oficina esa mañana. Para entonces ya era un espectáculo habitual verlo contemplando el Hudson, con la cabeza apoyada en una mano, una mueca de malhumor contorsionando su rostro: un espectáculo demasiado habitual. Parecía injusto que el pobre tipo estuviera allí royéndose las uñas día tras día, cuando tenía derecho a recibir todas las alabanzas y la adulación del mundo.

Me dejé caer en una silla.

—¿Vio el editorial del Clarion de hoy, jefe? —pregunté.

Volvió hacia mí sus ojos cansados e inyectados de sangre.

—No, no lo he visto. ¿Qué dicen? ¿Otra vez quieren hacer caer sobre mí la venganza de Dios? —su voz estaba imbuida de un amargo sarcasmo.

—Ahora van un poco más lejos, jefe —respondí—. Escuche esto:

"Mañana es el día en que John Harman intentará profanar los cielos. Mañana, desafiando a la opinión y a la conciencia del mundo, este hombre desafiará a Dios.

"No se le ha concedido al hombre la libertad de ir a todos los lugares a los que su ambición y su deseo lo lleven. Hay cosas que por siempre se le negarán, y aspirar a las estrellas es una de ellas. Como Eva, John Harman desea comer la fruta prohibida, y como Eva sufrirá en consecuencia un justo castigo.

"Pero no es suficiente esta mera charla. Si le permitimos que desate la venganza de Dios, el pecado es de la humanidad, no solo de Harman. Al permitirle llevar a cabo sus malignos planes, nos hacemos cómplices de su crimen, y la venganza divina caerá sobre todos por igual.

"Es, por lo tanto, esencial que se tomen medidas para impedir que Harman despegue en su así llamado cohete espacial mañana. El gobierno, al rehusarse a tomar dichas medidas, está forzando a la acción violenta. Si no hace nada por confiscar el cohete o por llevar a Harman a prisión, nuestra furiosa ciudadanía puede llegar a tener que tomar el asunto en sus manos."

En un acceso de furia, Harman saltó de su silla y, arrebatándome el periódico de las manos, lo arrojó con ira a un rincón.

—Están llamando abiertamente a un linchamiento —bramó—. ¡Mira esto!

Lanzó cinco o seis sobres hacia mí. Con una mirada bastó para que me diera cuenta de lo que eran.

—¿Más amenazas de muerte? —pregunté.

—Sí, exactamente eso. He tenido que hacer arreglos para que volvieran a aumentar el número de policías que patrullan el edificio y para obtener una escolta de policía motorizada para cuando cruce el río rumbo al campo de pruebas mañana.

Caminó de arriba abajo por el cuarto con agitados trancos.

—No sé qué hacer, Clifford. He trabajado casi diez años en el Prometheus. Me he esclavizado, he gastado una fortuna, he abandonado todo lo que hace la vida digna de ser vivida... ¿y para qué? Para que un puñado de tontos predicadores vuelva contra mí el sentimiento público, al punto de que ni siquiera mi vida está segura.

—Está adelantado a los tiempos, jefe —me encogí de hombros en un gesto de resignación que hizo que su furia se desatara contra mí.

—¿Qué quieres decir con "adelantado a los tiempos"? Estamos en 1973. El mundo ya ha estado listo para los viajes espaciales durante medio siglo. Cincuenta años atrás la gente hablaba, soñaba con el día en que el hombre pudiera liberarse de la Tierra y sondear las profundidades del espacio. Durante cincuenta años, la ciencia ha avanzado pulgada a pulgada hacia esa meta, y ahora... ahora finalmente lo he logrado ¡y mira! Dices que el mundo no está listo para mí.

—Los años de las décadas del 20 y del 30 fueron años de anarquía, decadencia y confusión, si recuerda algo de historia —le acoté con suavidad—. No puede aceptarlos como criterio.

—Lo sé, lo sé. Vas a decirme que la Primera Guerra de 1914 y la Segunda de 1940. Es historia antigua para mí; mi padre luchó en la Segunda y mi abuelo en la Primera. Sin embargo, esos fueron los días en que la ciencia floreció. Los hombres no temían entonces; de algún modo soñaban y se arriesgaban. No había nada semejante al conservadurismo en cuanto a los asuntos mecánicos o científicos. Ninguna teoría era demasiado radical para proponer, ningún descubrimiento demasiado revolucionario para publicar. Hoy, la podredumbre ha invadido el mundo, ya que una gran visión, como los viajes espaciales, es llamada "desafío a Dios".

Su cabeza se agachó lentamente, y se volvió para ocultar sus labios temblorosos y las lágrimas en sus ojos. Luego volvió a erguirse repentinamente, con ojos centelleantes.

—Pero ya les mostraré. Seguiré con todo, a pesar del infierno, el Cielo y la Tierra. He puesto demasiado en esto como para abandonarlo ahora.

—Cálmese, jefe —le aconsejé—. Esto no le hará nada bien mañana, cuando suba a esa nave. Tal vez sus posibilidades de salir con vida no sean muchas ahora; entonces ¿cómo serán si comienza despedazado por la excitación y las preocupaciones?

—Tienes razón. No pensemos más en eso. ¿Dónde está Shelton?

—En el Instituto arreglando para que nos envíen las placas fotográficas especiales.



—Hace mucho que se ha ido, ¿no es cierto?

—No demasiado; pero escuche, jefe, hay algo raro en él. No me gusta.

—¡Cabeza hueca! Ha trabajado conmigo dos años, y no tengo quejas.

—Muy bien —separé las manos con resignación—. Si no quiere escucharme, no me escuche. Lo mismo lo pesqué leyendo uno de los infernales panfletos que escribe Otis Eldredge. Ya los conoce: "Ten cuidado, oh humanidad, pues el día del juicio se acerca. El castigo a vuestros pecados se aproxima. Arrepentios y salvaos". Y todo el resto de la basura tradicional.

Harman gruñó de disgusto.

—¡Predicador barato! Supongo que el mundo jamás superará a los de su clase. No mientras existan suficientes tarados. Aún así, no puedes condenar a Shelton solamente porque los lea. Yo mismo leí uno una vez,

—Dice que lo recogió de la vereda y lo leyó por "ociosa curiosidad", pero estoy seguro de haberlo visto cuando lo sacaba de la billetera. Además, va a la iglesia todos los domingos.

—¿Es eso un crimen? ¡Todo el mundo lo hace, ahora!

—Sí, pero no todos van a la Sociedad Evangélica del Siglo Veinte. Es de Eldredge.

Harman se sobresaltó. Evidentemente, era la primera noticia que tenía.

—Bien, eso es algo, ¿no es cierto? Tendremos que vigilarlo, entonces.

Pero después de eso, las cosas comenzaron a ocurrir y olvidamos todo lo relativo a Shelton, hasta que fue demasiado tarde.

No quedaban muchas cosas por hacer ese último día antes de la prueba, y me dirigí hacia el otro cuarto, donde me dediqué al informe final de Harman para el Instituto. Mi trabajo era corregir cualquier error o equivocación que se hubiera deslizado, pero me temo que no fui muy minucioso. Para decir la verdad, no podía concentrarme. A intervalos de pocos minutos, caía en una profunda meditación.

Parecía extraño que hubiera tanto alboroto por los viajes espaciales. Cuando Harman anunció la inminente perfección del Prometheus, seis meses atrás, los círculos científicos se habían mostrado jubilosos. Por supuesto, fueron cautelosos en sus declaraciones y midieron todo lo que dijeron, pero había un real entusiasmo.

Sin embargo, las masas no lo tomaron así. Puede parecerles extraño a ustedes, los del siglo veintiuno, pero quizá debimos haberlo esperado en aquellos días de 1973. La gente no era muy progresista en ese entonces. Durante años había existido un vuelco hacia la religión, y cuando las iglesias se opusieron unánimemente al cohete de Harman... bien, así era la cosa.

Al principio, la oposición se limitó a la iglesia y creímos que desaparecería espontáneamente. Pero no. Los periódicos se hicieron cargo de ella, y difundieron la

nueva fe, literalmente. El pobre Harman se convirtió en un anatema para el mundo en un lapso notablemente breve, y ahí empezaron sus problemas.

Recibió amenazas de muerte, y advertencias acerca de la venganza divina a diario. Ni siquiera podía caminar por la calle con tranquilidad. Docenas de sectas, a ninguna de las cuales pertenecía —era uno de los raros librepensadores de la época, lo que era algo más en su contra— lo excomulgaron y lo condenaron a un interdicto especial. Y, lo que es más, Otis Eldredge y su Sociedad Evangélica comenzaron a sublevar al populacho.

Eldredge era un extraño personaje, uno de esos genios a su modo que aparecen de tanto en tanto. Dotado de una labia privilegiada y un vocabulario corrosivo, conseguía hipnotizar a las multitudes. Veinte mil personas eran como arcilla en sus manos, en caso de que consiguiera ser escuchado. Y durante cuatro meses, rugió en contra de Harman; durante cuatro meses, una caudalosa cascada de denuncia brotó de él en un frenesí oratorio. Y durante cuatro meses, los ánimos del mundo se caldearon.

Pero Harman no se amilanó. En su pequeño cuerpo de un metro cincuenta y cinco, había tanta energía como en seis hombres de un metro ochenta. Con obstinación casi divina —sus enemigos decían casi diabólica— se negó a ceder ni una pulgada. Sin embargo, su firmeza externa era para mí, que lo conocía bien, solo un imperfecto disfraz de la gran tristeza y amarga desilusión que había en su interior.

El timbre de la puerta interrumpió mis pensamientos en ese punto, y la sorpresa me hizo poner de pie. Los visitantes eran muy escasos en esos días.

Miré por la ventana y vi una figura alta e imponente que hablaba con el sargento Cassidy. Enseguida lo identifiqué como Howard Winstead, el director del Instituto. Harman se apresuraba para recibirlo, y después de un corto intercambio de palabras, entraron los dos a la oficina. Los seguí, sintiendo curiosidad por saber qué sería lo que había traído a Winstead, que era más político que científico.

Al principio, Winstead no parecía ni siquiera sentirse cómodo; no era el diplomático de siempre. Eludió, embarazoso, los ojos de Harman y farfulló algunos convencionalismos con respecto al tiempo. Luego fue al grano con una brusquedad directa y poco diplomática.

—John —dijo—. ¿Qué te parecería si postergáramos la prueba por un tiempo?

—En realidad quieres decir que la abandonemos por completo, ¿no es cierto? Bien, no lo haré, y es definitivo.

Winstead alzó la mano.

—Espera, John, no te excites. Déjame exponer mi punto de vista. Ya sé que el Instituto estuvo de acuerdo en darte carta blanca, y también sé que pagaste por lo menos la mitad de los gastos de tu propio bolsillo, pero... no puedes seguir con esto.

—¿Así que no puedo? —Harman resopló despectivamente.

—Óyeme ahora, John. Sabes de ciencia, pero no sabes de la naturaleza humana

como yo. Este no es el mundo de los "Años Locos", te des cuenta o no. Ha habido profundos cambios desde 1940.

Se lanzó a lo que a todas luces era un discurso cuidadosamente preparado.

—Después de la Primera Guerra Mundial, como sabes, el mundo todo se alejó de la religión y se volcó a liberarse de los convencionalismos. La gente estaba asqueada y desilusionada, cínica y sofisticada. Eldredge los llama "perversos y pecadores". A pesar de eso, la ciencia floreció: algunos dicen que siempre sucede así en períodos poco convencionales. Desde el punto de vista de la ciencia, fue una "Edad de Oro".

»Sin embargo, conoces la historia económica y política de la época. Fue un período de caos político y anarquía internacional; un período irracional, suicida, demente, que culminó con la Segunda Guerra Mundial. Y así como la Primera Guerra condujo a un período de sofisticación, la Segunda inició un retorno a la religión.

»La gente estaba harta de los "Años Locos". Se habían saturado de ellos, y lo que más temían era volver a caer en ellos. Para impedir esa posibilidad, relegaron las costumbres de esas décadas. Sus motivos, como ves, eran comprensibles y loables. Toda la libertad, la sofisticación, la falta de convencionalismo se habían perdido, habían sido barridas hasta desaparecer. Ahora vivimos en una segunda época victoriana; y es comprensible, porque la historia de la humanidad es como un péndulo, y en este momento oscila hacia la religión y los convencionalismos.

»Una sola cosa queda de esos días de hace medio siglo. Y esa cosa es el respeto de la humanidad por la ciencia. Tenemos prohibiciones: el cigarrillo está prohibido para las mujeres, lo mismo que los cosméticos; los vestidos escotados y las faldas cortas no se conocen; el divorcio está mal visto. Pero la ciencia no ha sido restringida... todavía.

»A la ciencia le corresponde, entonces, ser circunspecta, para evitar enardecer a la gente. Sería muy fácil hacerles creer —y Otis Eldredge en sus discursos casi lo ha conseguido— que fue la ciencia la que causó los horrores de la Segunda Guerra Mundial. La ciencia aventajó a la cultura, dirán, la tecnología aventajó a la sociología, y fue ese desequilibrio el que casi destruyó al mundo. De algún modo, me inclino a creer que en eso, no están tan lejos de la verdad.

»¿Pero sabes lo que pasaría si alguna vez se llegara a eso? La investigación científica sería prohibida; o, si no van tan lejos, sería estrictamente regulada para que se ahogara en su propia decadencia. Sería una calamidad de la cual la humanidad no se recobraría ni en un milenio.

»Y tu vuelo de prueba puede precipitar todo esto. Estás enardeciendo al público hasta un grado tal, que se hará difícil calmarlo. Te lo advierto, John. Tú sufrirás las consecuencias".

Durante un minuto reinó un absoluto silencio, luego Harman forzó una sonrisa.

—Vamos, Howard, estás dejando que unas sombras en la pared te asusten. ¿Estás

tratando realmente de decirme que crees en serio que el mundo está a punto de sumergirse en una segunda Época Oscura? Después de todo, los hombres inteligentes están del lado de la ciencia, ¿no es cierto?

—Si lo están, no quedan muchos, por lo que veo.

Winstead sacó una pipa de un bolsillo y la llenó de tabaco antes de proseguir.

—Hace dos meses Eldredge formó una Liga de Virtuosos —la llaman LV— y ha crecido increíblemente. *Hay veinte millones de miembros en los Estados Unidos solamente*. Eldredge alardea de que después de las próximas elecciones el Congreso será suyo, y aparentemente parece haber más verdad que farsa en lo que dice. Ya ha habido agotadores cabildeos a favor de una ley que prohíba los experimentos con cohetes, y se han sancionado leyes de ese tipo en Polonia, Portugal y Rumania. Sí, John, estamos peligrosamente próximos a una abierta persecución de la ciencia.

Winstead fumaba ahora con rápidas y nerviosas aspiraciones.

—¡Pero si tengo éxito, Howard, si tengo éxito! ¿Qué sucederá entonces?

—¡Bah! Ya sabes la chance que tienes. Tus propias estadísticas te dan una chance sobre diez de salir con vida.

—¿Qué significado tiene eso? El próximo que experimente aprenderá de mis errores, y las posibilidades mejorarán. Así es el método científico.

—El populacho no «sabe nada de métodos científicos, y no quiere saber. Bien, ¿qué dices? ¿Lo postergarás?

Harman saltó sobre sus pies, y su silla se dio vuelta bruscamente.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? ¿Quieres que abandone así como así el trabajo de toda mi vida, mi sueño? ¿Piensas que voy a quedarme sentado esperando que tu *querido* público se vuelva benévolo? ¿Piensas que cambiarán durante el tiempo que *me* queda de vida?

»Esta es mi respuesta: tengo el inalienable derecho de buscar el conocimiento. La ciencia tiene el inalienable derecho de progresar y desarrollarse sin interferencias. El mundo, al interferir conmigo, está equivocado; yo estoy en lo cierto. Y encontraré oposición, pero de *ninguna manera* renunciaré a mis derechos.

Winstead sacudió la cabeza con pesar.

—Estás equivocado, John, cuando hablas de derechos "inalienables". Lo que tú llamas un "derecho" es apenas un privilegio, *que generalmente se acepta*. Lo que está bien, es lo que la sociedad acepta; lo que no acepta, está mal.

—¿Acaso tu amigo Eldredge estaría de acuerdo con esa definición de su "virtud"?  
—preguntó Harman con amargura.

—No, no lo estaría; pero eso es irrelevante. Tomemos el caso de esas tribus africanas que solían ser caníbales. Eran educados como caníbales, tienen una larga tradición de canibalismo, y su sociedad acepta esa práctica. Para ellos, el canibalismo está bien, y ¿por qué no? Lo que te demuestra cuán relativa es la idea, y cuán pueril

es tu concepción de tu "inalienable" derecho a hacer experimentos.

—Tú sabes, Howard, erraste tu vocación al no ser abogado —Harman se estaba enojando de verdad—. Has estado echando mano de cuanto apolillado argumento se te ocurrió. Por amor de Dios, hombre, ¿acaso tratas de fingir que rehusarse a adaptarse al rebaño es un crimen? ¿Abogas por la uniformidad absoluta, por lo corriente, lo ortodoxo, lo cotidiano? La ciencia moriría más rápido con el programa que tú sustentas que con las prohibiciones gubernamentales.

Harman se puso de pie y su dedo acusador señaló al otro.

—Estás traicionando a la ciencia y a la tradición de esos gloriosos rebeldes como Galileo, Darwin, Einstein, y otros. Mi cohete despegará mañana tal como se había programado, a pesar de tu opinión y de todos los estirados de los Estados Unidos. Así será, y me rehúso a seguir escuchándote. Así que puedes irte.

El director del Instituto se volvió hacia mí, con el rostro alterado.

—Usted es mi testigo, joven; traté de prevenir a este redomado tonto, a este... loco fanático. Bufó un poco, y salió a grandes trancos, el vivo retrato de la furibunda indignación.

Harman se volvió hacia mí después de esta partida.

—Bien, ¿qué te pareció? Supongo que estarás de acuerdo con él.

Había una sola respuesta posible, y yo la usé.

—Me paga para que cumpla órdenes, jefe. Así que estoy de su lado.

En ese momento llegó Shelton y Harman nos encomendó a ambos que revisáramos los cálculos de la órbita de vuelo por enésima vez, mientras él se iba a acostar.

El día siguiente, 15 de julio, amaneció en todo su esplendor, y Harman, Shelton y yo estábamos casi alegres cuando cruzamos el Hudson hacia el sitio donde el Prometheus —custodiado por una adecuada escolta policial— se erguía con deslumbrante grandeza.

A su alrededor, contenida por las sogas a una distancia aparentemente segura, se agitaba una muchedumbre de gigantescas proporciones. La mayoría parecían hostiles, vociferantes. En realidad, durante un fugaz momento, mientras la escolta motorizada nos abría camino entre la multitud, los gritos e imprecaciones que hirieron nuestros oídos casi me convencieron de que debíamos haber escuchado a Winstead.

Pero Harman no prestó ninguna atención, aparte de una irónica mueca al oír el grito de: "Ahí va John Harman, hijo de Belial." Con calma, dirigió nuestra tarea de inspección. Examiné las paredes externas de treinta centímetros de espesor y busqué filtraciones en las tomas de aire, asegurándome de que el purificador de aire funcionara. Shelton examinó la pantalla protectora y los tanques de combustible. Finalmente, Harman se probó el tosco traje espacial, y al encontrarlo apropiado,

anunció que estaba listo.

La muchedumbre se agitó. Sobre una improvisada plataforma de madera erigida en medio de la confusión de la turba, apareció una figura llamativa. Alta y delgada, de rostro ascético, ojos ardientes y hundidos, entrecerrados y atisbantes; una melena espesa y blanca que coronaba todo lo demás: Otis Eldredge. La muchedumbre lo reconoció de inmediato y lo vivó. El entusiasmo fue en aumento y muy pronto la turbulenta masa humana enronqueció gritando su nombre.

Alzó una mano pidiendo silencio, se volvió hacia Harman, quien lo contempló con sorpresa y disgusto, y lo señaló con un dedo largo y huesudo.

—John Harman, hijo del diablo, súbdito de Satán, estás aquí con un propósito maligno. Estás a punto de emprender un blasfemo intento de desgarrar el velo a través del cual no le está al hombre permitido pasar. Estás probando el fruto prohibido del Paraíso, pero ten cuidado de no probar al mismo tiempo los frutos del pecado.

La muchedumbre lo vivó haciéndose eco de sus palabras y él prosiguió:

—El dedo de Dios te señala, John Harman, No permitirá que se profanen sus obras. Hoy morirás, John Harman. —Su voz aumentó en intensidad y sus últimas palabras fueron pronunciadas con fervor profético.

Harman se alejó con desdén.

—¿Hay algún medio, oficial, de hacer circular a los espectadores? —dijo con voz alta y clara dirigiéndose a un sargento de policía—. Durante el vuelo de prueba pueden ocurrir algunas explosiones, y la muchedumbre se ha acercado demasiado.

—Si teme ser linchado, señor Harman, será mejor que lo diga —respondió el policía con tono seco y poco amistoso—. Sin embargo, no debe preocuparse. Los contendremos. En cuanto al peligro... de ese *artefacto*... —Olfateó audiblemente en dirección al Prometheus, provocando un torrente de gritos y burlas.

Harman no dijo nada más, sino que subió a la nave en silencio. Y cuando lo hizo, una extraña quietud se apoderó de la multitud, una palpable tensión. Nadie intentó abalanzarse sobre la nave, algo que yo había creído inevitable. Por el contrario, el mismo Otis Eldredge les gritó a todos que retrocedieran.

—Dejad al pecador librado a sus pecados —gritó—. "La venganza es mía", dijo el Señor.

Cuando el momento se acercaba, Shelton me dio un codazo.

—Salgamos de aquí —me susurró con tensa voz—. Esos gases del cohete son veneno.

Diciendo esto, rompió a correr, haciéndome ansiosas señas para que lo siguiera.

No habíamos llegado aún al borde de la muchedumbre cuando oí un terrible rugido a mis espaldas. Una ola de aire caliente cayó sobre mí. Oí el sibilante y aterrador sonido de un objeto que pasaba a toda velocidad, y fui arrojado al suelo con

violencia. Durante unos minutos yací atontado, con los oídos silbándome y la cabeza vacilante.

Cuando me tambaleé hasta ponerme de pie como un borracho, vi un espantoso espectáculo. Evidentemente, todas las reservas de combustible del Prometheus habían explotado al mismo tiempo, y había un abismal agujero en el sitio en que la nave había estado un momento antes. El suelo estaba sembrado de fragmentos. Los gritos de los heridos eran desgarradores y los cuerpos mutilados; pero no trataré de describirlos.

Un débil gruñido que provenía de mis pies atrajo mi atención. Una mirada, y jadeé de horror, porque era Shelton, con la parte posterior de su cabeza convertida en una masa sanguinolenta.

—Yo lo hice —su voz era ronca y triunfal pero tan baja que apenas si pude oírlo—. Yo lo hice. Yo rompí los compartimientos de oxígeno líquido y cuando la chispa llegó a la mezcla acetílica toda la maldita cosa explotó. —Jadeó y trató de moverse pero no pudo—. Un fragmento debe haberme alcanzado, pero no me importa. Moriré sabiendo que...

Su voz no era más que un áspero susurro y en su rostro había una extática expresión de martirio. Murió, y no pude lograr que mi corazón lo condenara. Entonces pensé por primera vez en Harman. Ya habían llegado ambulancias de Manhattan y de Jersey City, y una se había apresurado hacia una zona boscosa a alrededor de quinientos metros de distancia donde, entre las copas de los árboles, colgaba un astillado fragmento del compartimiento delantero del Prometheus. Me arrastré hasta allí tan rápido como pude; pero sacaron a Harman y se alejaron con golpes de sirena mucho antes de que yo lograra llegar. Después de eso, no me quedé. La muchedumbre desorganizada no pensaba en otra cosa que no fueran los muertos y los heridos *ahora*, pero cuando se recuperara, y sus pensamientos se inclinaran hacia la venganza, mi vida no valdría un centavo. Seguí los dictados de la mejor parte del valor, y desaparecí silenciosamente.

La semana siguiente trascurrió en un frenesí. Durante ese tiempo, me oculté en la casa de un amigo, porque hubiera sido apreciar poco mi vida si me hubiera permitido salir y ser reconocido. El mismo Harman estaba en el hospital de Jersey City, solo con heridas y cortes superficiales, gracias a la fuerza de retroceso de la explosión y al salvador bosquecillo de árboles que amortiguó la caída del Prometheus. Sobre él cayó el embate de la ira del mundo.

Nueva York, y el resto del mundo también, estuvieron a punto de volverse locos. Todos los últimos periódicos de la ciudad salían con gigantescos titulares, "28 Muertos - 73 Heridos - El Precio del Pecado" impresos en letras rojo sangre. Los editoriales bramaban pidiendo la vida de Harman, demandando que fuera arrestado y

condenado por asesinato en primer grado.

El temido grito "A lincharlo" se alzó en los cinco condados, y miles de miles cruzaron el río y convergieron hacia Jersey City. Los encabezaba Otis Eldredge, con las dos piernas entablilladas, animando a la muchedumbre desde un auto abierto, a medida que marchaban. Era un verdadero ejército.

El alcalde de Jersey City, Carson, llamó a todos los policías disponibles y telefoneó frenéticamente a Trenton pidiendo la milicia estatal. Nueva York se puso severa en todos los puentes y túneles que partían de la ciudad; pero ya habían salido muchos miles.

Hubo encarnizadas batallas en la costa de Jersey ese dieciséis de julio. La policía, muy superada en número, apaleó indiscriminadamente, pero en forma gradual fue repelida. La policía montada atropelló implacablemente a la multitud pero fue absorbida y por fin desmontada por la absoluta superioridad numérica. Solo cuando se usó gas lacrimógeno se pudo detener a la turba, e incluso entonces no se replegaron.

Al día siguiente, se declaró la ley marcial, y la milicia estatal entró en Jersey City. Ese fue el fin de los linchadores. Eldredge fue llamado a conferenciar con el alcalde, y después de la conferencia ordenó a sus seguidores que se dispersaran.

En una declaración para los periódicos, el alcalde Carson dijo: "John Harman debe pagar por su crimen, pero es esencial que pague legalmente. La justicia debe seguir su curso, y el estado de Nueva Jersey tomará todas las medidas necesarias."

Para el final de la semana, había retornado una especie de normalidad y Harman salió del candelerero. Dos semanas más tarde apenas si había una palabra sobre él en los periódicos, excepto las casuales referencias que aparecían en la nueva ley anti-cohete de Zittman que acababa de ser aprobada unánimemente en las dos cámaras del Congreso.

Sin embargo, Harman seguía aún en el hospital. No se había tomado ninguna medida legal en su contra, pero parecía que una especie de prisión "para su propia protección" sería su eventual destino. Por lo tanto, me puse en acción.

Temple Hospital está situado en un solitario y suburbano distrito de Jersey City, y una oscura noche sin luna pude invadir fácilmente sus premisas sin ser advertido. Con una facilidad que me sorprendió, me deslicé por una ventana del sótano, aporreé a un somnoliento interno hasta dejarlo sin sentido y me encaminé hacia el cuarto 15E, que en los libros figuraba como el de Harman.

—¿Quién anda allí? —el sorprendido grito de Harman sonó como música en mis oídos.

—¡Sh! ¡Silencio! Soy yo, Cliff McKenny.

—¡Tú! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tratando de sacarlo de aquí. Si no sale, es probable que se quede aquí el resto



de su vida. Venga, vámonos.

Mientras hablábamos lo ayudé a ponerse la ropa, y en un momento estábamos deslizándonos por el corredor. Habíamos salido a salvo y nos metimos en mi auto que esperaba antes de que Harman reuniera sus desperdigados pensamientos y comenzara a hacer preguntas.

—¿Qué pasó desde aquel día? —fue su primera pregunta—. No recuerdo nada desde que puse en marcha los reactores del cohete hasta que me desperté en el hospital.

—¿Ellos no le dijeron nada?

—Ni una maldita cosa —maldijo Harman—. Pregunté hasta quedarme ronco.

Así que le conté toda la historia, desde la explosión en adelante. Sus ojos se agrandaron por la impresión y la sorpresa cuando le conté de los heridos y los muertos, y se colmaron de salvaje furia cuando escuchó lo de la traición de Shelton. El relato de los disturbios y del intento de linchamiento causó una maldición ahogada que surgió de sus tensos labios.

—Por supuesto que los periódicos bramaron "asesinato" —concluí— pero no consiguieron cargarlo con eso. Probaron con homicidio sin premeditación, pero había muchos testigos oculares que oyeron su pedido de que se dispersara la multitud y la cortante negativa del sargento de policía. Eso por supuesto lo absolvió de toda culpa. El mismo sargento de la policía murió en la explosión, y no pudieron cargárselo a él.

»Sin embargo, con Eldredge rugiendo para descubrir su escondite, no estará nunca a salvo. Lo mejor sería que se fuera mientras puede hacerlo.

Harman asintió.

—Eldredge sobrevivió a la explosión, ¿no es cierto?

—Sí, mala suerte. Se rompió las dos piernas, pero hace falta más que eso para cerrarle la boca.

Otra semana pasó hasta que llegamos a nuestro futuro refugio, la granja de mi tío en Minnesota. Allí, en una solitaria y apartada comunidad rural, nos quedamos hasta que se aplacó el alboroto causado por la desaparición de Harman y la rutinaria persecución de los fugitivos se esfumó de modo gradual. La búsqueda, a propósito, fue indudablemente breve, porque las autoridades parecían más aliviadas que preocupadas por la desaparición.

La paz y la quietud hicieron maravillas con Harman. En seis meses parecía un hombre nuevo, listo para considerar un segundo intento de viaje espacial. Parecía que ni todas las desventuras del mundo podían detenerlo cuando había puesto su corazón en algo.

—Mi error la primera vez —me dijo un día invernal— fue anunciar el experimento. Debería haber tomado en cuenta la opinión pública, como dijo

Winstead. Esta vez, sin embargo —se frotó las manos y miró pensativamente a la distancia— lo haré de manera sigilosa. El experimento se hará en secreto, en absoluto secreto.

Me reí sombríamente.

—Tendrá que ser así. ¿Sabe que todos los experimentos futuros en coherencia, incluso las investigaciones totalmente teóricas, son un crimen castigado con la muerte?

—¿Tienes miedo, entonces?

—Por supuesto que no, jefe. Solo estoy afirmando un hecho. Y aquí hay otro simple hecho: no podemos construir una nave los dos solos, lo sabe.

—He pensado en eso y he ideado un método, Cliff. Lo que es más, también puedo ocuparme del aspecto financiero. Tendrás que viajar un poco, sin embargo.

»Primero, tendrás que ir a Chicago y buscar la firma Roberts & Scranton y retirar todo lo que queda de la herencia de mi padre —agregó en un doloroso paréntesis— que se gastó en gran parte en la otra nave. Luego, localiza a tantos como puedas del viejo grupo: Harry Jenkins, Joe O'Brien, Neil Stanton —todos ellos— y vuelve tan rápido como puedas. Estoy cansado de demoras.

Dos días más tarde, salí para Chicago. Conseguir el consentimiento de mi tío fue asunto fácil.

—Es lo mismo comprometerse por un cordero que por un rebaño de ovejas —gruñó— así que sigue adelante. Ya estoy en un lío, y puedo afrontar un poco más, creo.

Me llevó un viaje largo y más charla suave y persuasiva conseguir que vinieran cuatro hombres: los tres mencionados por Harman y otro más, un tal Saúl Simonoff. Con esa fuerza básica y con el medio millón que le quedaba a Harman de los muchos millones que le había dejado su padre, nos pusimos a trabajar.

La construcción del Nuevo Prometheus es una historia en sí misma, una larga historia de cinco años de desesperanza e inseguridad. Poco a poco, comprando rieles en Chicago, placas de berilo en Nueva York, una célula de vanadio en San Francisco, y diversos artículos en todos los rincones del país, construimos la nave gemela de la desafortunada Prometheus.

Las dificultades fueron casi insuperables. Para impedir que se sospechara de nosotros, hacíamos nuestras adquisiciones espaciadamente, y también nos preocupamos para que los pedidos fueran enviados a diversos lugares. Para esto requerimos la cooperación de varios amigos, quienes, para asegurarnos, no sabían exactamente en qué se usaban las adquisiciones.

Tuvimos que depurar nuestro propio combustible, diez toneladas, y quizás ese fue el trabajo más duro de todos; por cierto que nos llevó mucho tiempo. Y finalmente, el dinero de Harman disminuyó, y nos enfrentamos con nuestro mayor problema: la

necesidad de economizar. Desde el principio habíamos sabido que el Nuevo Prometheus no sería tan grande ni tan elaborado como el primero, pero pronto advertimos que debíamos reducir el equipo hasta un punto peligrosamente próximo al margen mínimo de seguridad. La pantalla protectora era apenas satisfactoria y todos los intentos de comunicación radial tuvieron que ser abandonados forzosamente.

Y mientras trabajábamos durante años, allá en la apartada zona boscosa del norte de Minnesota, el mundo seguía su curso, y las profecías de Winstead resultaron asombrosamente certeras.

Los acontecimientos de esos cinco años —de 1973 hasta 1978— son muy conocidos por los escolares de hoy, ya que ese período fue la culminación de lo que ahora llamamos la "Era Neo-Victoriana". Los sucesos de esos años parecen increíbles desde nuestra perspectiva actual.

La prohibición de toda investigación de los viajes espaciales fue sólo el comienzo, pero fue un pobre comienzo comparado con las medidas anticientíficas que se tomaron en los años posteriores. En las siguientes elecciones parlamentarias, las de 1974, se tuvo como resultado un Congreso en el cual Eldredge controlaba a los diputados y equilibraba la balanza del poder en el Senado.

Por lo tanto, no se perdió tiempo. En la primera sesión del nonagésimo tercer Congreso, la famosa ley Stonely-Carter fue sancionada. Instituyó el Organismo Examinador Federal de la Investigación Científica —el OEFIC— al que se le dio amplios poderes para decidir la legalidad de todas las investigaciones del país. Todos los laboratorios, industriales o académicos, se vieron obligados a archivar información anticipada acerca de cualquier proyecto de investigación para entregarla a este nuevo Organismo que podía, y así lo hizo, prohibir absolutamente todo lo que desaprobaba.

La inevitable apelación a la Suprema Corte sucedió el 9 de noviembre de 1974, en el caso de Westly vs. Simmons, en el que Joseph Westly, de Stanford, sostuvo su derecho a continuar sus investigaciones acerca de la energía atómica, basándose en la inconstitucionalidad de la ley Stonely-Carter.

¡Cómo seguimos ese caso nosotros cinco, aislados entre las nevadas del Medio Oeste! Nos hicimos mandar todos los periódicos desde Minneapolis y St. Paul, aunque nos llegaban con dos días de retraso, y devorábamos cada palabra publicada sobre el caso. Durante esos dos meses de suspenso, todo trabajo en el Nuevo Prometheus cesó por completo.

Al principio se rumoreaba que la Corte declararía inconstitucional a la ley, y para protestar contra esta eventualidad, se organizaron desfiles monstruos en todas las grandes ciudades. La Liga de los Virtuosos hizo notar su poderosa influencia —y hasta la Suprema Corte se sometió a ella. Cinco votaron a favor de la constitucionalidad, y cuatro en contra. *La ciencia estrangulada por el voto de un solo*

*hombre.*

Y sin duda que fue estrangulada. Los miembros del organismo eran hombres de Eldredge, le pertenecían en cuerpo y alma, y no se aprobaba nada que no tuviera un uso industrial inmediato.

—La ciencia ha llegado demasiado lejos —dijo Eldredge en un famoso discurso de esa época—. Debemos detenerla indefinidamente, y permitir que el mundo tenga tiempo de ponerse a su altura. Solo de ese modo, y confiando en Dios, podremos conseguir una prosperidad universal y permanente.

Pero ésta fue una de las últimas declaraciones de Eldredge. Nunca se había recuperado del todo de la fractura de piernas que había sufrido aquel desgraciado día de julio de 1973, y la esforzada vida que había llevado desde entonces minó su constitución más allá de lo tolerable. El 2 de febrero de 1976, falleció en medio de un acongojado duelo, sin igual desde el asesinato de Lincoln. Su muerte no tuvo efectos inmediatos en el curso de los acontecimientos. Las reglas del OEFIC se hicieron, en realidad, más estrictas con el paso de los años. La ciencia se debilitó y sofocó tanto que, una vez más, las universidades se vieron obligadas a reimplantar la filosofía y los clásicos como materias principales, y ante eso el alumnado decreció a su punto más bajo desde el principio del siglo veinte.

Estas condiciones prevalecieron, más o menos, en todo el mundo civilizado, alcanzaron su nivel más bajo en Inglaterra, y tal vez un poco menos en Alemania, que fue la última en caer bajo la influencia "Neo-Victoriana".

El nadir de la ciencia llegó en la primavera de 1978, apenas un mes antes de la terminación del Nuevo Prometheus, al aprobarse el "Edicto de Pascua", sancionado el día antes de Pascua. De acuerdo con él, *toda* investigación o experimentación independiente, fue prohibida en forma absoluta. El OEFIC se reservaba en adelante el derecho de permitir solamente las investigaciones que se *requirieran específicamente*.

John Harman y yo, de pie frente al reluciente metal del Nuevo Prometheus, ese domingo de Pascua, nos sentíamos de un modo muy distinto: yo, con una profunda depresión; él, de un talante casi jovial.

—Bien, Clifford, muchacho —dijo—, la última tonelada de combustible, unos pocos toques finales, y estoy listo para mi segundo intento. Esta vez no hay ningún Shelton entre nosotros.

Harman tarareó un himno religioso. Eso era lo único que se oía por la radio en esos días, y hasta nosotros los rebeldes los cantábamos a fuerza de oírlos tantas veces.

—No vale la pena, jefe —gruñí ácidamente—. Diez a uno a que usted termina en algún lugar del espacio, pero, aunque regrese, es casi seguro que lo ahorcarán. No podemos ganar.

Sacudí con pena la cabeza.

—¡Bah! Este estado de cosas no puede durar, Cliff.

—Yo creo que sí. Winstead tenía razón esa vez. El péndulo oscila, y desde 1945 está oscilando en contra nuestra. Estamos adelantados a los tiempos, o atrasados.

—No hables de ese tonto de Winstead. Estás cometiendo el mismo error que él. Las tendencias duran centurias o milenios, no años o décadas. Durante quinientos años nos hemos movido hacia la ciencia. No puedes revertir eso en treinta años.

—¿Y entonces qué es lo que estamos haciendo? —pregunté sarcásticamente.

—Estamos atravesando una momentánea reacción contra el período de adelantos demasiado rápidos de "los Años Locos". Una reacción igual sucedió en la Edad Romántica —el primer Período Victoriano— después de los adelantos demasiado rápidos de la Edad de la Razón del siglo dieciocho.

—¿En realidad lo cree? —estaba impresionado por su seguridad evidente.

—Por supuesto. Este período tiene una perfecta analogía con los espasmódicos "renacimientos religiosos" que solían aquejar a las pequeñas ciudades de la zona bíblica de América hace más o menos un siglo. Durante quizás una semana, todo el mundo era religioso, y la virtud reinaba triunfante. Luego, uno por uno, volvían a las andadas, y el Diablo recobraba su dominio.

»En realidad, incluso ahora hay síntomas de reincidencia. La LV ha caído en una disputa tras otra desde la muerte de Eldredge. Ya ha habido una docena de cismas. Los extremos en los que caen aquellos que detentan el poder nos favorecen, pues el país está cansándose rápidamente de ellos.

Y así terminó la discusión... yo totalmente derrotado, como siempre.

Un mes más tarde, el Nuevo Prometheus estaba listo. No era de ningún modo tan resplandeciente y hermoso como el original, y mostraba muchos rastros de construcción casera, pero estábamos orgullosos de él, orgullosos y triunfantes.

—Voy a tratar otra vez, hombres —la voz de Harman era áspera y su pequeño esqueleto vibraba de felicidad— y tal vez no lo logre, pero eso no me importa.

Sus ojos brillaban de anticipado placer.

—Finalmente saldré disparado hacia el vacío, y el sueño de la humanidad se hará realidad. Una vuelta alrededor de la Luna y regreso; seré el primero que vea la otra cara. Vale la pena arriesgarse.

—No tiene combustible suficiente para aterrizar en la Luna, jefe, y es una lástima —dije.

—Eso no importa. Habrá otros vuelos después de éste, mejor preparados y mejor equipados.

Ante eso, un susurro pesimista corrió por el pequeño grupo que lo rodeaba, pero él no le prestó atención.

—Adiós —dijo—. Los veré pronto.

Y con una mueca alegre, se trepó a la nave.

Quince minutos más tarde, los cinco estábamos sentados alrededor de la mesa del comedor, ceñudos, perdidos en nuestros pensamientos, con los ojos fijos en el lugar donde una quemada zona del suelo marcaba el sitio en el que había estado el Nuevo Prometheus hasta unos minutos antes.

—Tal vez sea mejor para él si *no* regresa —Simonoff expresó en voz alta el pensamiento que estaba en la mente de todos nosotros—. Creo que no lo tratarán muy bien si lo hace.

Y todos asentimos sombríamente.

Qué tonta me parece esa predicción tres décadas más tarde.

El resto de la historia no es en realidad mía, porque no vi a Harman hasta un mes después de que su azaroso viaje concluyera con un feliz aterrizaje.

Fue casi treinta y seis horas después del despegue que un proyectil pasó disparado sobre Washington para sepultarse en el fango después de cruzar el Potomac.

Los investigadores llegaron a la escena del aterrizaje quince minutos más tarde, y en otros quince minutos estuvo allí la policía, pues se descubrió que el proyectil era un cohete. Miraron con involuntario respeto al cansado y desgredado hombre que se tambaleó al salir de él, al borde del colapso.

Había un absoluto silencio cuando el hombre sacudió su puño frente a los atontados espectadores y les gritó:

—Vamos, cuélguenme, tontos. Pero he llegado a la Luna, y no pueden colgar *eso*. Busquen al OEFIC. Tal vez declaren que el vuelo es ilegal, y por lo tanto, inexistente —se rió débilmente y súbitamente se desmayó.

—Llévenlo al hospital. Está enfermo —gritó alguien.

Completamente inconsciente, Harman fue cargado en un auto policial y trasladado, en tanto que la policía formaba una guardia alrededor del cohete.

Funcionarios del gobierno llegaron a investigar la nave, leyeron la bitácora, inspeccionaron los dibujos y fotografías que había tomado a la Luna, y finalmente partieron en silencio. La multitud se hizo más grande y se difundió la noticia de que un hombre había llegado a la Luna.

Curiosamente, hubo poco resentimiento por el hecho. Los hombres estaban impresionados y respetuosos; la muchedumbre murmuraba y echaba inquisitivas miradas al desvaído cuarto menguante, que apenas se distinguía bajo el brillante sol. Por encima de todo, había caído un inquietante manto de silencio, el silencio de la indecisión.

Luego, en el hospital, Harman reveló su identidad y el voluble mundo se enloqueció. Hasta el mismo Harman estaba atontado por la sorpresa ante el rápido cambio de la opinión mundial. Parecía casi increíble, y sin embargo era verdad. El descontento secreto, combinado con el heroico relato del hombre que se había

enfrentado con obstáculos abrumadores —la clase de relato que ha conmovido el corazón de los hombres desde el principio del tiempo— sirvió para que todo el mundo cayera en una creciente corriente de anti-victorianismo. Y Eldredge había muerto: nadie podía remplazado.

Poco después vi a Harman en el hospital. Estaba reclinado, y aún semisepultado entre los papeles, las cartas y los telegramas. Me hizo una mueca y asintió.

—Bien, Cliff —susurró— el péndulo ha vuelto a oscilar.

# Un arma demasiado terrible para emplear (1939)

“The Weapon Too Dreadful to Use”

Karl Frantor encontró el panorama muy deprimente. De los espesos nubarrones, caía la eterna llovizna; una vegetación baja y similar al caucho con su empañado color marrón-rojizo se extendía en todas direcciones. De vez en cuando algún pájaro revoloteaba frenéticamente encima de sus cabezas, emitiendo lastimosos graznidos en su ir y venir.

Karl volvió la cabeza para contemplar la diminuta cúpula de Afrodópolis, la ciudad más grande de Venus.

—Dios mío —murmuró—, incluso la cúpula es mejor que este mundo espantoso del exterior. —Se envolvió mejor en el tejido impermeabilizado de su abrigo—. Me alegraré de regresar a la Tierra.

Se volvió hacia la frágil figura de Antil, el venusiano.

—¿Cuándo llegaremos a las ruinas, Antil?

No hubo respuesta, y Karl observó la lágrima que resbalaba por las mejillas verdes y arrugadas del venusiano. Otra brillaba en sus ojos dulces e increíblemente hermosos, grandes como los de los lémures.

La voz del terrícola se dulcificó.

—Lo siento, Antil, no pretendía decir nada contra Venus.

Antil volvió su rostro verde hacia Karl.

—No es eso, amigo mío. Naturalmente, no encontrarás mucho que admirar en un mundo extraño. Sin embargo, yo amo a Venus y lloro porque me conquista su belleza.

Las palabras fueron pronunciadas con facilidad pero con la inevitable distorsión causada por unas cuerdas vocales inhabilitadas para lenguajes ásperos.

—Sé que te parece incomprensible —continuó Antil—, pero para mí Venus es un paraíso, una tierra dorada... No puedo expresar con exactitud los sentimientos que me produce.

—Sin embargo, algunos dicen que sólo los terrícolas pueden amar —la simpatía de Karl era fuerte y sincera.

El venusiano movió la cabeza tristemente.

—Hay muchas otras cosas, aparte de la capacidad de sentir emoción, que tu pueblo nos niega.

Karl cambió apresuradamente de tema.

—Dime, Antil, ¿acaso Venus no tiene un aspecto monótono incluso para ti? Has estado en la Tierra y debes saberlo. ¿Cómo puede compararse esta eternidad de marrón y gris a los vivos y cálidos colores de la Tierra?

—Para mí es mucho más hermoso. Te olvidas de que mi sentido del color es tremendamente distinto del vuestro. ¿Cómo puedo explicar las bellezas, la riqueza del



color que abunda en este paisaje? [El ojo venusiano puede distinguir entre dos tonos, cuya longitud de onda no difiere más que en cinco unidades Ångstrom. Ven miles de colores para los que los terrícolas son ciegos. (N. del A.)]

Guardó silencio, sumido en las maravillas de las que hablaba, mientras que para el terrícola el absoluto y melancólico gris permanecía invariable.

—Algún día —la voz de Antil era como la de una persona que sueña—, Venus pertenecerá una vez más a los venusianos. Los habitantes de la Tierra dejarán de dominarnos, y la gloria de nuestros antepasados volverá a nosotros.

Karl se echó a reír.

—Vamos, Antil, hablas como un miembro de las bandas Verdes que están causando tantos problemas al Gobierno. Pensaba que no creías en la violencia.

—Así es, Karl —los ojos de Antil eran graves y parecían bastante asustados—, pero los extremistas están ganando poder y temo lo peor. Y si... si se desatara una rebelión abierta contra la Tierra, yo tendría que unirme a ellos.

—Pero si no estás de acuerdo con sus ideas.

—No, desde luego —se encogió de hombros, un gesto que había aprendido de los terrícolas—, no podemos lograr nada por medio de la violencia. Vosotros sois cinco mil millones y nosotros apenas cien millones. Tenéis recursos y armas, mientras que nosotros no tenemos nada. Sería una empresa de locos, y aunque ganáramos, dejaríamos tal secuela de odio que nunca podría haber paz entre nuestros dos planetas.

—Entonces, ¿por qué te unirías a ellos?

—Porque soy venusiano.

El terrícola volvió a echarse a reír.

—Parece ser que el patriotismo es tan irracional en Venus como en la Tierra. Pero vamos, dirijámonos a las ruinas de vuestra antigua ciudad. ¿Estamos cerca de ella?

—Sí —contestó Antil—. Ahora sólo falta algo más de un kilómetro terrestre. Sin embargo, recuerda que no debes perturbar nada. Las ruinas de Ash-taz-zor son sagradas para nosotros, como el único vestigio existente del tiempo en que también nosotros éramos una gran raza, no los degenerados restos de ella.

Siguieron caminando en silencio, avanzando sobre la tierra blanda del suelo, esquivando las contorsionadas raíces del árbol de la serpiente, y manteniéndose apartados de las ocasionales parras retorcidas.

Antil fue el que reanudó la conversación.

—Pobre Venus. —Su voz tranquila y melancólica era triste—. Hace cincuenta años el terrícola llegó con promesas de paz... y le creímos. Le mostramos las minas de esmeralda y la hierba mágica y sus ojos brillaron de deseo. Llegaron más y más, y su arrogancia aumentó. Y ahora...

—Es horrible, Antil —dijo Karl—, pero realmente te lo tomas demasiado a

pecho.

—¡Demasiado a pecho! ¿Estamos autorizados a votar? ¿Tenemos alguna representación en el Congreso Provincial de Venus? ¿Acaso no existen leyes que prohíben a los venusianos ir en el mismo estratocoche que los terrícolas, o comer en el mismo hotel, o vivir en la misma casa? ¿Acaso no están todos los colegios cerrados para nosotros? ¿Acaso los habitantes de la Tierra no se han apropiado de las partes mejores y más fértiles del planeta? ¿Acaso hay algún derecho cualquiera que los terrícolas nos reconozcan en nuestro propio planeta?

—Lo que dices es totalmente cierto, y lo deploro. Pero hubo una época en que en la Tierra existían las mismas condiciones con respecto a ciertas razas llamadas «inferiores», y, con el tiempo, todos esos impedimentos fueron desapareciendo hasta alcanzar la total igualdad que hoy reina. Recuerda, también, que la gente inteligente de la Tierra está de vuestra parte. ¿Acaso yo, por ejemplo, he demostrado alguna vez algún prejuicio contra Venus?

—No, Karl, ya sé que no lo has hecho. Pero ¿cuántos hombres inteligentes hay? En la Tierra, se requirieron largos y fatigantes milenios, llenos de guerras y sufrimientos, para que la igualdad fuera establecida. ¿Y si Venus se niega a esperar esos milenios?

Karl frunció el ceño.

—Tienes razón, naturalmente; pero debéis esperar. ¿Qué otra cosa podéis hacer?

—No lo sé... no lo sé. —La voz de Antil se apagó en el silencio.

De repente, Karl deseó no haber iniciado aquel viaje a las ruinas de la misteriosa Ash-taz-zor. El terreno enloquecedoramente monótono y hasta los comentarios de Antil habían servido para deprimirle en gran manera. Estaba a punto de renunciar a su proyecto, cuando el venusiano levantó sus dedos palmeados para señalar un montículo de tierra que había frente a ellos.

—Ésa es la entrada —dijo—. Ash-taz-zor ha estado enterrada bajo la tierra desde incontables miles de años, y sólo los venusianos la conocen. Tú eres el primer terrícola que la ve.

—Lo mantendré en absoluto secreto, Antil. Te lo he prometido.

—Vamos, pues.

Antil apartó la frondosa vegetación para dejar al descubierto una estrecha entrada entre dos piedras grandes e hizo señas a Karl de que le siguiera. Entraron cautelosamente en un estrecho y húmedo corredor. Antil extrajo de su morral una pequeña lámpara de atomita que lanzó su nacarado resplandor sobre las paredes de piedra que goteaban.

—Estos pasillos y refugios —dijo— fueron excavados hace tres siglos por nuestros antepasados, que consideraban la ciudad como un lugar sagrado. Sin embargo, últimamente, los hemos abandonado. Yo fui el primero en visitarlos

después de muchísimo tiempo. Quizá éste sea otro signo de nuestra degeneración.

Siguieron en línea recta a lo largo de unos cien metros; entonces los pasillos desembocaron en una amplia estancia abovedada. Karl se quedó boquiabierto ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos.

Eran restos de edificios, maravillas arquitectónicas sin igual en la Tierra desde los días de la Atenas de Pericles. Pero todo estaba en ruinas, así que sólo se conservaba un reflejo de la magnificencia de la ciudad.

Antil le condujo a través del espacio abierto y se internó en otro corredor que serpenteaba a lo largo de unos quinientos metros a través de tierra y roca. Aquí y allí desembocaban otros pasillos y una o dos veces Karl avistó edificios en ruinas. Los hubiera investigado si Antil no le hubiese marcado el camino.

Volvieron a surgir, esta vez ante un edificio bajo e irregular, construido con piedra blanca y verde. El ala derecha estaba completamente destruida, pero el resto parecía casi intacto.

Los ojos del venusiano brillaron; su insignificante figura se enderezó con orgullo.

—Esto es lo que corresponde a un moderno museo de artes y ciencias. En él observarás la pasada grandeza y la cultura de Venus.

Dominado por una gran emoción, Karl entró. Era el primer terrícola que veía aquellas obras antiguas. Observó que el interior estaba dividido en una serie de profundos nichos, que partían de la larga columnata central. El techo era una gran pintura que apenas se distinguía a la escasa luz de la lámpara de atomita.

Maravillado, el terrícola recorrió los nichos. Las esculturas y pinturas que le rodeaban poseían una extraña peculiaridad, una apariencia sobrenatural que aumentaba su belleza.

Karl comprendió que se le escapaba algo vital del arte venusiano simplemente porque faltaba una base común entre su propia cultura y la de ellos, pero apreciaba la excelencia técnica del trabajo. Admiró especialmente el colorido de las pinturas, que superaba a todo lo que había visto en la Tierra. A pesar de lo cuarteadas, descoloridas y opacas que estaban había en ellas una combinación y una armonía soberbias.

—Qué no hubiera hecho Miguel Ángel con la maravillosa percepción cromática del ojo venusiano.

Antil rebosaba felicidad.

—Cada raza tiene sus propios atributos. A menudo he deseado que mis oídos pudieran distinguir los tonos sutiles y los diapasones del sonido tal como dicen que pueden hacerlo los habitantes de la Tierra. Quizá entonces entendería lo que hay de tan agradable en vuestra música. A mí, su ruido me parece terriblemente monótono.

Siguieron adelante, y a cada minuto la opinión de Karl sobre la cultura venusiana mejoraba. Había largas y estrechas tiras de un metal delgado, atadas juntas, cubiertas con las líneas y óvalos de la escritura venusiana..., miles y miles de ellas. Allí, Karl

lo sabía, se encerraban tales secretos que los científicos de la Tierra hubieran dado media vida por conocerlos.

Entonces, cuando Antil señaló hacia un diminuto artefacto de unos quince centímetros de altura, y dijo que, según la inscripción, era cierto tipo de convertidor atómico con una eficacia varias veces superior a la de cualquier modelo terrestre corriente. Karl explotó.

—¿Por qué no reveláis estos secretos a la Tierra? Si conocieran los adelantos que alcanzasteis en épocas pasadas, los venusianos ocuparían un lugar mucho más importante que el actual.

—Harían uso de nuestros conocimientos de tiempos pasados, sí —repuso amargamente Antil—, pero nunca aflojarían su opresión sobre Venus y su pueblo. Espero que no hayas olvidado tu promesa de guardar un secreto absoluto.

—No, no diré nada; pero creo que estáis cometiendo una equivocación.

—Creo que no. —Antil hizo ademán de salir del nicho, pero Karl le llamó.

—¿No entramos en esta pequeña habitación de aquí? —preguntó.

Antil dio media vuelta, con la mirada fija.

—¿Una habitación? ¿De qué habitación hablas? Aquí no hay ninguna.

Karl alzó las cejas en un movimiento de sorpresa mientras señalaba mudamente una estrecha rendija que se extendía por la pared posterior.

El venusiano murmuró algo para sí y se arrodilló, palpando la rendija con sus delicados dedos.

—Ayúdame, Karl. Me parece que nos costará abrir esta puerta. Por lo menos no recuerdo que existiera, y conozco las ruinas de Ash-taz-zor mejor que cualquier otro de mi pueblo.

Los dos ejercieron presión contra el trozo de pared, que cedió crujiendo con desgana, abriéndose de repente como si quisiera catapultarlos en el diminuto y casi vacío cubículo que había al otro lado. Se pusieron de nuevo en pie y miraron con asombro a su alrededor.

El terrícola señaló las marcas de herrumbre, rotas e irregulares, que cubrían el suelo, y el lugar donde la puerta se unía a la pared.

—Tu pueblo parece haber sellado esta habitación muy eficazmente. Sólo la herrumbre de los eones ha permitido que la abriéramos. Parece como si tuvieran un secreto guardado aquí.

Antil movió su cabeza verde.

—La última vez que estuve aquí no había trazas de ninguna puerta. Sin embargo... —levantó la lámpara de atomita y examinó rápidamente la habitación—, parece que, de cualquier modo, aquí no hay nada.

Tenía razón. Aparte de un indescriptible cofre alargado que reposaba sobre seis

gruesas patas, el lugar no contenía más que increíbles cantidades de polvo y el sofocante olor a moho de las tumbas cerradas durante largo tiempo.

Karl se acercó al cofre, e intentó separarlo del rincón donde estaba. No se movió, pero la tapa se deslizó bajo la presión de sus dedos.

—La tapa es movable, Antil. ¡Mira! Señaló un compartimiento interior poco profundo, que contenía una gruesa lámina cuadrada, de cierta sustancia cristalina y cinco cilindros de quince centímetros de longitud, parecidos a plumas estilográficas.

Antil prorrumpió en gritos de entusiasmo al ver estos objetos, y por primera vez desde que Karl le conocía, se perdió en el sibilante idioma venusiano.

Sacó la lámina de cristal y la examinó detalladamente. Karl, excitada su curiosidad, hizo lo mismo. Estaba cubierta con puntos de varios colores, muy poco separados entre sí, pero eso no parecía razón suficiente para la extrema alegría de Antil.

—¿Qué es, Antil?

—Es un documento completo en nuestro antiguo lenguaje de ceremonial. Hasta ahora nunca habíamos conseguido más que fragmentos inconexos. Esto es un gran hallazgo.

—¿Puedes descifrarlo? —Karl contempló el objeto con más respeto.

—Creo que sí. Es una lengua muerta y no tengo más que escasas nociones de ella. Verás, es una lengua de colores. Cada palabra está designada por una combinación de dos, y a veces tres puntos coloreados. Sin embargo, los colores están sutilmente diferenciados y un terrícola, aunque poseyera la clave del lenguaje, tendría que recurrir a un espectroscopio para leerlo.

—¿Puedes descifrarlo ahora?

—Creo que sí, Karl. La lámpara de atomita se parece mucho a la luz del día, y no creo que tenga problemas con ella. Sin embargo, es posible que me lleve mucho tiempo; así que quizá sea mejor que tú continúes investigando. No hay peligro de que te pierdas, siempre que permanezcas dentro de este edificio.

Karl se fue, llevándose una segunda lámpara de atomita, y dejando a Antil, el venusiano, inclinado sobre el manuscrito y descifrándolo lenta y penosamente.

Transcurrieron dos horas antes de que el terrícola regresara. Cuando lo hizo, Antil apenas había cambiado de posición. Pero, ahora, había una mirada de horror en el rostro del venusiano que antes no existía. El mensaje «de color» yacía a sus pies, abandonado. La ruidosa entrada del terrícola no hizo impresión en él. Como si se hubiera petrificado, permaneció inmóvil, con una mirada de espanto en sus ojos.

Karl corrió a su lado.

—Antil, Antil, ¿qué ha sucedido?

La cabeza de Antil se movió lentamente, como si girara a través de un líquido

viscoso, y sus ojos se fijaron en su amigo sin verle. Karl le agarró por los delgados hombros y le sacudió bruscamente.

El venusiano volvió a la realidad. Desasiéndose del abrazo de Karl, se puso en pie de un salto. Sacó los cinco objetos cilíndricos del cofre del rincón, cogiéndolos con una especie de renuencia extraña y metiéndolos en su morral. También cogió de igual forma la lámina que había descifrado.

Una vez hecho esto, volvió a colocar la tapa sobre el cofre y precedió a Karl fuera de la habitación.

—Ahora debemos irnos. Ya nos hemos quedado demasiado tiempo. —Su voz tenía una extraña entonación de miedo que hizo sentirse incómodo al terrícola.

Retrocedieron silenciosamente sobre sus pasos hasta pisar de nuevo la mojada superficie de Venus. Todavía era de día, pero el crepúsculo estaba cerca. Karl sentía un hambre creciente. Tendrían que apresurarse si querían llegar a Afrodópolis antes de que se hiciera de noche. Karl levantó el cuello de su impermeable, se cubrió la cabeza con la capucha y se pusieron en marcha.

Recorrieron kilómetro tras kilómetro y la ciudad abovedada volvió a surgir en el horizonte gris. El terrícola comía unos húmedos bocadillos de jamón y deseaba con impaciencia el seco ambiente de Afrodópolis. A lo largo de todo el camino, el venusiano, normalmente amigable, mantuvo un cerrado silencio, sin dignarse conceder ni una sola mirada a su compañero.

Karl aceptó la situación con filosofía. Profesaba hacia los venusianos una consideración mucho mayor que la de la gran mayoría de los terrícolas, pero seguía experimentando un débil desprecio hacia el carácter hiperemotivo de Antil y los de su clase. Este amargo silencio no era más que la manifestación de sentimientos que en Karl sólo hubieran provocado un suspiro o un fruncimiento de cejas. Sabiendo esto, el humor de Antil apenas le afectó.

Sin embargo, el recuerdo del inquietante espanto reflejado en los ojos de Antil despertó en él una tenue intranquilidad. Su angustia se había producido al descifrar aquella extraña lámina. ¿Qué secreto podían haber revelado aquellos antiguos científicos en aquel mensaje?

Con cierta timidez, Karl se decidió finalmente a preguntar:

—¿Qué ponía en la lámina, Antil? Considero que debe ser interesante, puesto que te la has llevado.

La contestación de Antil fue un simple gesto de apresuramiento, y el venusiano se precipitó en la creciente oscuridad apresurando el paso, Karl estaba sorprendido y bastante ofendido. No hizo ningún otro intento de entablar conversación durante el resto del viaje.

Sin embargo, cuando llegaron a Afrodópolis, el venusiano rompió su silencio. Su

rostro arrugado, ojeroso y demacrado, se volvió hacia Karl con la expresión de alguien que ha llegado a una penosa decisión.

—Karl —dijo—, hemos sido amigos, de modo que deseo darte un consejo amistoso. La semana próxima te irás hacia la Tierra. Sé que tu padre ocupa un alto puesto junto al presidente de los planetas. Probablemente, tú mismo serás un personaje de importancia en un futuro no muy lejano. Por lo tanto, te ruego que emplees toda tu influencia para lograr una moderación en la actitud de la Tierra hacia Venus. Yo, por mi parte, siendo un noble hereditario de la mayor tribu de Venus, haré lo posible para reprimir todos los intentos de violencia.

El otro frunció el ceño.

—Parece haber algo detrás de todo esto. No he comprendido absolutamente nada. ¿Qué intentas decirme?

—Sólo esto: a menos que las condiciones sean mejoradas, y pronto, Venus se rebelará. En ese caso, yo no tendré otra elección más que poner mis servicios a sus pies, y entonces Venus dejará de estar indefensa.

Estas palabras sólo sirvieron para divertir al terrícola.

—Vamos, Antil, tu patriotismo es admirable, y tus quejas justificadas, pero el melodrama no va conmigo. Soy, por encima de todo, realista.

Había una terrible seriedad en la voz del venusiano cuando dijo:

—Créeme, Karl, si te digo que no hay nada más real que lo que te estoy diciendo ahora. En caso de una revuelta venusiana, no puedo garantizar la seguridad de la Tierra.

—¡La seguridad de la Tierra! —La enormidad de esta afirmación aturdió a Karl.

—Sí —continuó Antil—, porque puedo verme forzado a destruir la Tierra. Ya lo sabes.

Con esto, dio media vuelta y se internó en la maleza para regresar al poblado venusiano que había fuera de la gran cúpula.

Pasaron cinco años..., años de turbulenta inquietud, y Venus se despertó de su sueño como un volcán en actividad.

Los poco perspicaces gobernantes de Afrodópolis, Venusia y otras ciudades abovedadas hicieron casi omiso de todas las señales de peligro con inconsciente alegría. Cuando se dignaban pensar en los pequeños venusianos verdes, lo hacían con un gesto de desdén que significaba: «¡Oh, esas cosas!»

Pero «esas cosas» fueron tratadas más allá de lo soportable y las nacionalistas Bandas Verdes hicieron oír cada vez más su voz. Después, en un día gris, no distinto de los precedentes, multitud de nativos cayeron sobre las ciudades en una rebelión organizada.

Las bóvedas más pequeñas, cogidas por sorpresa, sucumbieron. En rápida

sucesión, se tomaron Nueva Washington, Monte Vulcano y Saint Denis, junto con todo el continente oriental. Antes de que los aturridos terrícolas se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, la mitad de Venus había dejado de pertenecerles.

Los habitantes de la Tierra, sobresaltados y sorprendidos por esta súbita emergencia —que, naturalmente, debía haber sido prevista— enviaron armas y suministros a los terrícolas de las ciudades que seguían sitiadas y comenzaron a equipar una gran flota espacial para la recuperación del territorio perdido.

Los terrícolas estaban molestos, pero no asustados, pues sabían que el terreno perdido por sorpresa podía recuperarse fácilmente con tiempo, y el que aún no estaba perdido nunca lo estaría. O, por lo menos, ésta era la creencia.

Es fácil de imaginar la estupefacción de los gobernantes de la Tierra cuando el avance de los venusianos prosiguió sin cesar. La ciudad de Venusia había sido ampliamente abastecida de armas y alimentos; sus defensas exteriores estaban alzadas, los hombres en sus puestos. Un diminuto ejército de desnudos y desarmados nativos se acercó y exigió una rendición incondicional. Venusia rehusó altivamente, y los mensajes a la Tierra fueron joviales al referirse a los nativos desarmados que el éxito había vuelto tan temerarios.

Después, repentinamente, no se recibieron más mensajes y los nativos ocuparon la ciudad.

Los sucesos de Venusia se repitieron, una y otra vez, en lo que debían haber sido fortalezas inexpugnables. Incluso la misma Afrodópolis, con una población de medio millón de habitantes, cayó ante el triste número de quinientos venusianos. Esto, a pesar de que todas las armas conocidas en la Tierra estaban a disposición de los defensores.

El Gobierno terrícola ocultó los hechos y la misma Tierra siguió sin recelar de los extraños acontecimientos ocurridos en Venus. Pero en los consejos interiores, los hombres de estado fruncían el ceño al oír las extrañas palabras de Karl Frantor, hijo del ministro de Educación.

Jan Heersen, ministro de la Guerra, se levantó con ira al concluir el informe.

—¿Acaso pretende que tomemos en serio la impensada afirmación de un verdozo medio loco y firmemos la paz con Venus bajo sus propios términos? Esto es definitiva y absolutamente imposible. Lo que estos malditos animales necesitan es la fuerza bruta. Nuestra flota les borrarán del universo, y ya es tiempo de hacerlo.

—Quizá borrarlos no sea tan fácil, Heersen —dijo el canoso y más anciano de los Frantor, apresurándose a defender a su hijo—. Muchos de nosotros siempre hemos sostenido que la política del Gobierno hacia los venusianos estaba equivocada. ¿Quién sabe los medios de ataque que han descubierto y lo que, para vengarse, harán con ellos?



—¡Cuentos de hadas! —exclamó Heersen—. Usted habla de los verdosos como si fueran personas. Son animales y deberían estar agradecidos por las ventajas de la civilización que les hemos hecho conocer. Recuerde que los estamos tratando mucho mejor de lo que fueron tratadas algunas razas de la Tierra en nuestra primera historia, los indios americanos, por ejemplo.

Karl Frantor volvió a interrumpir con voz agitada:

—¡Debemos investigar, señores! La amenaza de Antil es demasiado grave como para ignorarla, no importa lo absurda que parezca... y, a la luz de las conquistas venusianas, no parece nada absurda. Propongo que me envíen con el almirante Von Blumdorff, en calidad de representante. Déjenme llegar hasta el fondo de todo esto antes de atacarles.

El taciturno presidente de la Tierra, Jules Debuc, habló ahora por primera vez:

—Por lo menos, la proposición de Frantor es razonable. Debe realizarse. ¿Hay alguna objeción?

No hubo ninguna, aunque Heersen frunció el ceño y resopló con indignación. Así pues, una semana más tarde, Karl Frantor acompañó a la armada espacial de la Tierra cuando ésta despegó hacia el planeta interior.

Fue un extraño Venus el que dio la bienvenida a Karl tras sus cinco años de ausencia. Seguía teniendo su vieja naturaleza mojada, su vieja melancólica monotonía de blanco y gris, sus diseminadas ciudades abovedadas... pero, sin embargo, ¡qué diferente!

Donde antes se habían movido los altivos terrícolas con un esplendor desdeñoso entre los venusianos sometidos, ahora los nativos ejercían un dominio indiscutible. Afrodópolis era una ciudad enteramente nativa, y en el despacho del antiguo gobernador se encontraba... Antil. Karl le contempló dudosamente, sin saber apenas qué decir.

—Nunca creí que pudieras convertirte en su dirigente —articuló al fin—. Tú..., el pacifista.

—La elección no fue mía. Las circunstancias me obligaron —repuso Antil—. ¡Pero tú! No esperaba que tú fueras el portavoz de tu planeta.

—Fue a mí a quien lanzaste tu absurda amenaza años atrás, y por eso yo era el más pesimista en cuanto a vuestra rebelión. Vengo, ya lo ves, pero no solo. —Su mano se alzó vagamente hacia arriba, donde las naves espaciales permanecían inmóviles e intimidantes.

—¿Has venido para amenazarme?

—¡No! Para oír tus propósitos y términos.

—Esto es fácil. Venus exige su independencia y promete amistad, junto con un comercio libre e ilimitado.

—Y esperáis que aceptemos todo eso sin luchar siquiera.

—Espero que así lo hagáis... por el propio bien de la Tierra.

Karl frunció el ceño y se recostó en el sillón con disgusto.

—Por el amor de Dios, Antil, el tiempo de las insinuaciones y duendes ya ha pasado. Descubre tu juego. ¿Cómo lograsteis conquistar Afrodópolis y las demás ciudades tan fácilmente?

—Nos vimos forzados a hacerlo, Karl. No lo deseábamos. —La voz de Antil era estridente a causa de la agitación—. No aceptaron nuestras favorables condiciones de capitulación y empezaron a disparar sus pistolas de tonita. Tuvimos... tuvimos que emplear... el arma. Después tuvimos que matar a la mayoría... sin misericordia.

—No te entiendo. ¿De qué arma estás hablando?

—¿Recuerdas aquella vez en las ruinas de Ash-taz-zor, Karl? La habitación secreta; la antigua inscripción; las cinco armas.

Karl asintió sombríamente.

—Pensé que lo eran, pero no estaba seguro.

—Era un arma horrible, Karl. —Antil se apresuró a continuar, como si no pudiera soportar pensar en ello—. Los antiguos la descubrieron... pero no la utilizaron nunca. En lugar de ello, la escondieron, y no sé por qué no la destruyeron. Me gustaría que lo hubieran hecho; realmente me gustaría. Pero no fue así y yo la encontré y debo usarla... por el bien de Venus.

Su voz se convirtió en un susurro, pero con un esfuerzo manifiesto recobró ánimos para continuar la explicación.

—Las pequeñas e inofensivas varillas que viste aquella vez, Karl, eran capaces de producir un campo de fuerza de una naturaleza desconocida (los antiguos se negaron sabiamente a mostrarse explícitos en este punto) que tiene el poder de desconectar el cerebro de la mente.

—¿Qué? —Karl estaba boquiabierto—. ¿De qué estás hablando?

—Debes saber que el cerebro no es más que el asiento de la mente y no la mente misma. La naturaleza de ésta es un misterio, desconocido incluso para nuestros antepasados; pero sea lo que fuere, emplea el cerebro como su intermediario con el exterior.

—Comprendo. Y vuestra arma separa la mente del cerebro... convierte a la mente en algo desvalido... un piloto espacial sin mandos.

Antil asintió solemnemente.

—¿Has visto alguna vez un animal sin cerebro? —preguntó de repente.

—Pues, sí, un perro... durante mis estudios de biofísica en la Universidad.

—Entonces, ven, te enseñaré a un ser humano sin cerebro.

Karl siguió al venusiano hasta un ascensor. Mientras descendía al nivel más bajo —el

nivel de la prisión— su mente era un torbellino. Atormentado por el horror y la furia, tenía alternativos impulsos de un irrazonado deseo de escapar y un anhelo casi insuperable de matar al venusiano que estaba junto a él. Aturdido, salió del cubículo y siguió a Antil hasta un lóbrego pasillo, que serpenteaba entre dos hileras de diminutas celdas con rejas.

—Allí.

La voz de Antil sobresaltó a Karl como si se hubiera tratado de un súbito chorro de agua fría. Siguió la dirección indicada por la mano palmeada y contempló con repugnancia hipnótica la figura humana que señalaba.

Era un ser humano, indudablemente, por la forma... pero inhumano, sin embargo. Aquello (Karl no podía denominarlo por «él») estaba sentado silenciosamente en el suelo, con sus grandes ojos fijos en la pared lisa que había enfrente. Ojos que estaban desprovistos de alma, labios sueltos de los que se le escapaba la saliva, dedos que se movían sin un propósito determinado.

Asqueado, Karl volvió rápidamente la cabeza.

—No es del todo exacto que carezca de cerebro —la voz de Antil era baja—. Orgánicamente, su cerebro está perfecto e intacto. Sólo que... está desconectado.

—¿Cómo vive, Antil? ¿Por qué no se muere?

—Porque el sistema autónomo está intacto. Ponlo en pie y mantendrá el equilibrio. Empújale y recuperará su posición. Su corazón late. Respira. Si pones comida en su boca, tragará, aunque se moriría de hambre antes de realizar el acto voluntario de comer los alimentos que han sido colocados frente a él. Es vida..., una especie de vida; pero estaría mejor muerto, pues la desconexión es permanente.

—Es horrible... horrible.

—Es peor de lo que crees. Estoy convencido de que en algún lugar del cuerpo de este hombre, la mente, intacta, todavía existe. Prisionera e impotente en un cuerpo que no puede controlar. ¿Cuál debe ser la tortura de esa mente?

Karl se puso súbitamente rígido.

—No conquistarás la Tierra por medio de esta horrible y atroz brutalidad. Es un arma increíblemente cruel, pero no más mortífera que una docena de las nuestras. Pagarás por esto.

—Por favor, Karl, no tienes ni la más remota idea del carácter mortífero del Campo de Desconexión. El campo es independiente del espacio y quizá también del tiempo, así que su campo de acción puede extenderse casi indefinidamente. ¿Sabes que no se requirió más que un disparo para incapacitar a todas las criaturas de sangre caliente que había en Afrodópolis? —La voz de Antil subió de tono con nerviosismo—. ¿Sabes que puedo envolver TODA LA TIERRA con el campo... convertir a tus miles de millones de semejantes en el duplicado de esos cuerpos muertos en vida con UN SOLO DISPARO?

Karl no reconoció su propia voz al murmurar:

—¡Loco! ¿Eres tú el único que conoce el secreto de este infame campo?

Antil prorrumpió en una risa hueca.

—Sí, Karl, la culpa es sólo mía, nada más que mía. Pero matarme no solucionaría nada. Si yo muero, hay otros que saben dónde encontrar la inscripción, otros que no sienten mi simpatía por la Tierra. No tengo nada que temer de ti, Karl, pues mi muerte significaría el fin de tu mundo.

El terrícola estaba deshecho..., deshecho por completo. En su interior ya no había ni la más pequeña duda en cuanto al poder de los venusianos.

—Me rindo —murmuró—, me rindo. ¿Qué debo decir a mi pueblo?

—Expón mis condiciones y lo que podría hacer si quisiera.

Karl se alejó del venusiano como si su mismo contacto fuera mortal.

—Se lo diré.

—Diles también que Venus no es vengativa. No deseamos utilizar nuestra arma, ya que es demasiado horrible para emplear. Si nos conceden la independencia en nuestros propios términos, y nos permiten ciertas precauciones necesarias para evitar una nueva esclavitud futura, lanzaremos cada una de nuestras cinco armas y la inscripción explicativa hacia el Sol.

La voz del terrícola siguió siendo un susurro desentonado:

—Se lo diré.

El almirante Von Blumdorff era tan prusiano como su nombre, y su código militar era la simple fuerza bruta. De modo que fue completamente natural que sus reacciones ante el informe de Karl Frantor fueran explosivas dentro de su sarcástica burla.

—Es usted un loco inconsciente —gritó al joven—. Esto es lo que resulta de las conversaciones, las palabras, las tonterías. Ha osado venirme con ese cuento de viudas viejas sobre armas misteriosas de incalculable fuerza. Sin una sola prueba, usted acepta todo lo que ese maldito verdense le dice, y se rinde despreciablemente. ¿Acaso no podía amenazar, no podía engañar, o mentir?

—El no amenazó, engañó ni mintió —contestó amablemente Karl—. Lo que dijo fue una verdad indiscutible. Si usted hubiera visto al hombre sin cerebro...

—¡Bah! Esa es la parte más inexcusable de todo este maldito asunto. ¡Exhibir ante usted a un lunático, algún retrasado mental cualquiera, y decir «¡Ésta es nuestra arma!», y usted creyéndolo todo! ¿Hicieron algo más que hablar? ¿Hicieron una demostración del arma? ¿Se la enseñaron siquiera?

—Naturalmente que no. El arma es mortal. No van a matar a un venusiano para darme gusto. En cuanto a enseñarme el arma..., bueno, ¿enseñaría usted su carta buena a su contrario? Ahora conteste usted a unas cuantas preguntas. ¿Por qué está Antil tan seguro de sí mismo? ¿Cómo conquistó todo Venus tan fácilmente?

—Admito que no puedo explicármelo, pero, ¿prueba eso que su explicación sea la correcta? De cualquier modo, estoy harto de tanto hablar. Vamos a atacar enseguida y ¡al infierno todas las teorías! Me enfrentaré a ellos con proyectiles de tonita y usted podrá observar su engaño en sus horribles caras.

—Pero, almirante, debe usted comunicar mi informe al presidente.

—Lo haré... cuando haya mandado Afrodópolis al otro mundo.

Conectó la unidad central de emisión.

—¡Atención, todas las naves! ¡Formación de batalla! Dentro de quince minutos nos lanzaremos sobre Afrodópolis con todas las sobrecargas de tonita. —Después se volvió hacia el ordenanza—. Diga al capitán Larsen que informe a Afrodópolis de que tienen quince minutos para izar la bandera blanca.

Los minutos que transcurrieron a continuación fueron tensos y exasperantes para Karl Frantor. Permaneció sentado en silencio, con la cabeza sepultada entre las manos; el débil clic del cronómetro al final de cada minuto sonaba como un trueno en sus oídos. Contó esos clics en un susurro 8- 9-10. ¡Dios!

¡Sólo faltaban cinco minutos para una muerte segura! ¿O tendría razón Von Blumdorff? ¿Habían ideado los venusianos un atrevido engaño?

Un ordenanza penetró en la habitación y saludó.

—Los verdosos acaban de contestar, señor.

—Bien. —Von Blumdorff se inclinó hacia delante con impaciencia.

—Dicen: «Urgentemente solicitamos a la flota que no ataque. Si lo hacen, no seremos responsables de las consecuencias.»

—¿Eso es todo? —dijo con un grito ultrajado.

—Sí, señor.

El almirante prorrumpió en una sulfurada sarta de maldiciones.

—Vaya un descarado que tienen —gritó—. Se atreven a mantener su engaño hasta el final.

Y cuando terminó de decirlo, los quince minutos habían transcurrido, y la poderosa flota se puso en movimiento. En filas y ordenada formación, descendieron hacia el nublado velo del segundo planeta. Von Blumdorff sonreía entre dientes al contemplar el pavoroso espectáculo que se reflejaba en el televisor... hasta que la matemáticamente precisa formación de batalla se rompió de repente.

El almirante siguió observando y se frotó los ojos. La mitad de la flota más distante se había vuelto repentinamente loca. Primero, las naves se tambalearon; después cambiaron de dirección y dispararon a objetivos descabellados.

Entonces llegaron llamadas de la mitad sana de la flota... informes de que el ala izquierda había dejado de responder a la radio.

El ataque a Afrodópolis fue inmediatamente interrumpido al darse la orden de

capturar las naves que volaban a ciegas. Von Blumdorff paseaba furioso arriba y abajo y se mesaba el cabello. Karl Frantor gritó: «Es su arma» y volvió a sumirse en su anterior silencio.

De Afrodópolis no llegó ningún mensaje.

Durante dos horas enteras, el resto de la flota terrestre luchó con sus propias naves. Siguiendo los cursos sin rumbo de las astronaves afectadas, se acercaban y las agarraban. Atados entonces con rígida fuerza, se aplicaban los cohetes hasta que el loco vuelo de las otras se equilibraba y detenía. Veinte naves de la flota no pudieron ser recuperadas; algunas continuaron en órbita alrededor del Sol, otras se dirigieron hacia un espacio desconocido y unas pocas se estrellaron en Venus.

Cuando las restantes naves del ala izquierda fueron abordadas, los confiados grupos de rescate se quedaron horrorizados. Setenta y cinco cuerpos humanos de mirada fija y estúpida en cada nave. Ni un sólo ser humano normal. Algunos de los primeros en entrar gritaron con horror y huyeron impulsados por el pánico. Otros sólo sintieron náuseas y desviaron la mirada. Un oficial se hizo cargo de la situación de un rápido vistazo; cargó su pistola atómica lentamente e irradió a todos los seres sin cerebro que había a su alcance.

El almirante Von Blumdorff era un hombre deshecho, una sombra lastimosa y agotada de su antiguo orgullo y carácter fanfarrón, cuando supo lo peor. Le llevaron a uno de los seres sin cerebro y retrocedió con pasos vacilantes.

Karl Frantor le miró con ojos inyectados de sangre.

—Bueno, almirante, ¿está usted satisfecho?

Pero el almirante no contestó. Sacó su pistola, y antes de que nadie pudiera evitarlo, se disparó un tiro en la cabeza.

Una vez más, Karl Frantor se encontraba ante una reunión del presidente y su gabinete, ante un desalentado grupo de hombres asustados. Su informe fue claro y no dejó ninguna duda en cuanto a la decisión que debía tomarse.

El presidente Debuc contempló al ser sin cerebro que le llevaron como prueba.

—Estamos acabados —dijo—. Debemos rendirnos incondicionalmente, ponernos a su merced. Pero algún día... —Sus ojos se iluminaron al pensar en la venganza.

—¡No, señor presidente! —sonó la voz de Karl—, no debe haber un algún día. Tenemos que dar a los venusianos su sencillo derecho: libertad e independencia. Lo pasado debe olvidarse... Nuestros muertos no han hecho más que pagar por el medio siglo de esclavitud venusiana. Después de esto, debe haber un nuevo orden en el sistema solar... el nacimiento de un nuevo día.

El presidente bajó la cabeza mientras reflexionaba y después la levantó de nuevo.

—Tiene usted razón —contestó con energía—; no habrá ideas de venganza.

Dos meses después se firmó el tratado de paz y Venus se convirtió en lo que ha

sido desde entonces: una potencia independiente y soberana. Y con la firma del tratado, se envió hacia el Sol una diminuta partícula que daba incesantes vueltas. Era... un arma demasiado terrible para emplear.

## Robbie (1940)

“Strange Playfellow (Robbie)”

—Noventa y ocho..., noventa y nueve..., ¡cien! —Gloria retiró su mórbido antebrazo de delante de los ojos y permaneció un momento parpadeando al sol. Después, tratando de mirar en todas direcciones a la vez, avanzó cautelosamente algunos pasos, apartándose del árbol contra el que se apoyaba.

Estiró el cuello, estudiando las posibilidades de unos matorrales que había a la derecha y se alejó unos pasos para tener mejor punto de vista. La calma era absoluta, a excepción del zumbido de los insectos y el gorjear de algún pájaro que afrontaba el sol de mediodía.

—Apostaría a que se ha metido en casa, y le he dicho mil veces que esto no es leal —se quejó.

Avanzando los labios con un mohín y arrugando el entrecejo, se dirigió decididamente hacia el edificio de dos pisos del otro lado del camino.

Demasiado tarde oyó un crujido detrás de ella, seguido del claro «clump-clump» de los pies metálicos de Robbie. Se volvió rápidamente para ver a su triunfante compañero salir de su escondrijo y echó a correr hacia el árbol a toda velocidad. Gloria chilló, desalentada.

—¡Espera, Robbie! ¡Esto no es leal, Robbie! ¡Prometiste no salir hasta que te hubiese encontrado! —Sus diminutos pies no podían seguir las gigantescas zancadas de Robbie. Entonces, a tres metros de la meta, el paso de Robbie se redujo a un simple arrastrarse y Gloria, haciendo un esfuerzo final por alcanzarlo, echó a correr jadeante y llegó a tocar la corteza del árbol en primer lugar.

Orgullosa, se volvió hacia el leal Robbie y con la más baja ingratitud, le recompensó su sacrificio mofándose de su incapacidad para correr.

—¡Robbie no puede correr! —gritaba con toda la fuerza de su voz de ocho años—. ¡Le gano cada día! ¡Le gano cada día! —cantaban las palabras con un ritmo infantil.

Robbie no contestó, desde luego..., con palabras. Echó a correr, esquivando a Gloria cuando la niña estaba a punto de alcanzarlo, obligándola a describir círculos que iban estrechándose, con los brazos extendidos azotando el aire.

—¡Robbie..., estate quieto! —gritaba. Y su risa salía estridente, acompañando las palabras.

Hasta que Robbie se volvió súbitamente y la agarró, haciéndole dar vueltas en el aire, de manera que durante un momento para ella el universo fue un vacío azulado y los verdes árboles que se elevaban del suelo hacia la bóveda celeste. Y después se encontró de nuevo sobre la hierba, al lado de la pierna de Robbie y agarrada todavía a un duro dedo de metal.



Al poco rato recobró la respiración. Trató inútilmente de arreglar su alborotado cabello con un gesto de vaga imitación de su madre y miró si su vestido se había desgarrado.

Golpeó con la mano la espalda de Robbie.

—¡Mal muchacho! ¡Malo, malo! ¡Te pegaré!

Y Robbie se inclinaba, cubriéndose el rostro con las manos, de manera que ella tuvo que añadir:

—¡No, no, Robbie! ¡No te pegaré! Pero ahora me toca a mí esconderme, porque tienes las piernas más largas y me prometiste no correr hasta que te encontrase.

Robbie asintió con la cabeza —pequeño paralelepípedo de bordes y ángulos redondeados, sujeto a otro paralelepípedo más grande, que servía de torso, por medio de un corto cuello flexible— y obedientemente se puso de cara al árbol. Una delgada película de metal bajó sobre sus ojos relucientes y del interior de su cuerpo salió un acompasado tictac.

—Y ahora no mires, ni te saltes ningún número —le advirtió Gloria, mientras corría a esconderse.

Con invariable regularidad fueron transcurriendo los segundos, y al llegar a cien se levantaron los párpados y los ojos colorados de Robbie inspeccionaron los alrededores. Al instante se fijaron en un trozo de tela de color que salía de detrás de una roca. Avanzó algunos pasos y se convenció a sí mismo que era Gloria.

Lentamente, manteniéndose entre Gloria y el árbol-meta, avanzó hacia el escondrijo, y, cuando Gloria estuvo plenamente a la vista y no pudo dudar de haber sido descubierta, tendió un brazo hacia ella, y se golpeó con el otro la pierna, produciendo un ruido metálico. Gloria salió, contrariada.

—¡Has mirado! —exclamó con neta deslealtad—. Además, estoy cansada de jugar al escondite. Quiero que me lleves a paseo.

Pero Robbie estaba ofendido de la injusta acusación, y, sentándose cautelosamente, movió la cabeza contrariado de un lado a otro.

Gloria cambió de tono, adaptando una gentil actitud de halago.

—Vamos, Robbie, no lo he dicho en serio, que mirases. Llévame a paseo.

Pero Robbie no era tan fácil de conquistar. Miró fijamente al cielo y siguió moviendo negativamente la cabeza, obstinado.

—¡Por favor, Robbie, llévame a paseo! —Rodeó su cuello con sus rosáceos brazos y estrechó su presa. Después cambiando repentinamente de humor, se apartó de él—. Si no me das un paseo, voy a llorar. —Y su rostro hizo una mueca, dispuesta a cumplir su amenaza.

El endurecido Robbie no hizo caso de la terrible posibilidad, y siguió moviendo la cabeza por tercera vez. Gloria consideró necesario jugar su última carta.

—Si no me llevas —exclamó amenazadora—, no te contaré más historias. ¡Ni

una más!

Ante este ultimátum, Robbie se rindió sin condiciones y movió afirmativamente la cabeza, haciendo resonar su cuello de metal. Levantó cuidadosamente a la chiquilla y la sentó en sus anchos hombros.

Las amenazadoras lágrimas de Gloria se secaron en el acto y se echó a reír con deleite. La piel metálica de Robbie, mantenida a una temperatura constante gracias a las resistencias interiores, era suave y agradable, y el ruido metálico que ella producía al golpear el cuerpo con sus tacones daba mayor encanto a la situación.

—Eres un caza aéreo, Robbie, eres un gran caza aéreo de plata. Tiende los brazos. ¡Tienes que tenderlos, Robbie, si quieres ser un caza aéreo!

Ante aquella lógica irrefutable los brazos de Robbie se convirtieron en alas, que recogían las corrientes de aire, y fue un caza aéreo.

Gloria se agarraba a la cabeza del robot, inclinándose hacia la derecha. Entonces dotó a la nave de un motor que hacía «Brrrr», y de armas que producían sonidos onomatopéyicos de disparos. Daba caza a los piratas y las baterías de la nave entraban en acción.

—¡Hemos matado a otro! ¡Dos más!... —gritaba—. ¡Más aprisa, hombre! ¡Nos quedamos sin municiones!

Apuntaba por encima de su hombro con indomable valor, y Robbie era una achatada nave del espacio que zumbaba a través de la bóveda celeste con la máxima aceleración.

Cruzó corriendo el campo hacia la alta hierba, y se detuvo con una rapidez que arrancó un grito a su sonrojada amazona y la dejó caer suavemente sobre la blanda alfombra verde. Gloria se reía y jadeaba, lanzando intermitentes exclamaciones.

—¡Oh, qué bueno!...

Robbie esperó a que recobrase la respiración y entonces le tiró suavemente de un mechón de pelo.

—¿Quieres algo? —dijo Gloria con una expresión de inocencia en los ojos, que no consiguió engañar ni por un instante a su voluminosa «niñera». Robbie le tiró del pelo con más fuerza.

—¡Ah, ya sé!... Quieres una historia.

Robbie asintió rápidamente.

—¿Cuál?

Robbie describió un semicírculo en el aire con un dedo.

—¿Otra vez? —protestó la chiquilla—. Te he explicado *La Cenicienta* un millón de veces. ¿No estás cansado de ella? ¡Es para niños! Bien, bien —añadió, viendo a Robbie describir otro semicírculo.

Gloria reflexionó, evocó en su memoria el recuerdo del cuento (con sus modificaciones propias, que eran varias) y empezó:

—¿Estás a punto? Bien, pues había una vez una bella muchacha que se llamaba Ella. Y tenía una cruel madrastra y dos hermanastras muy feas y muy malas y...

Gloria había llegado al momento crítico del cuento: «Daba medianoche en el reloj y sus andrajos se convertían...»; y Robbie escuchaba atentamente, con los ojos ardientes, cuando vino la interrupción.

—¡Gloria!

Era la voz aguda de una mujer que había llamado no una, sino varias veces; y tenía el tono nervioso de aquel a quien la ansiedad convierte en impaciencia.

—Mamá me llama —dijo Gloria, contrariada—. Será mejor que me lleves a casa, Robbie.

Robbie obedeció apresuradamente, porque sabía que más valía cumplir las órdenes de la señora Weston sin la menor vacilación. El padre de Gloria estaba raramente en casa durante el día, a excepción de los domingos —hoy, por ejemplo—, y cuando esto ocurría, se mostraba el hombre más afable y comprensivo. La madre de Gloria, en cambio, era una fuente de sinsabores para Robbie, que sentía siempre el deseo de alejar de su presencia. La señora Weston los vio en el momento en que aparecían por encima de los altos tallos de la vegetación, y volvió a entrar en la casa a esperarlos.

—Te he llamado hasta quedarme ronca, Gloria —dijo severamente—. ¿Dónde estabas?

—Estaba con Robbie —balbuceó Gloria—. Le estaba contando *La Cenicienta* y he olvidado que era hora de comer.

—Pues es una lástima que Robbie lo haya olvidado también. —Y como si de repente recordase la presencia del robot, se volvió rápidamente hacia él—. Puedes marcharte, Robbie. No te necesita ya. Y no vuelvas hasta que te llame —añadió secamente.

Robbie dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo al oír a Gloria salir en su defensa.

—¡Espera, mamá! Tienes que dejar que se quede: No he acabado de contarle *La Cenicienta*. Le he prometido contarle *La Cenicienta*, y no he terminado.

—¡Gloria!

—De verdad, mamá. Se estará tan quieto que no te darás siquiera cuenta que está aquí. Puede sentarse en la silla del rincón, y no dirá ni una palabra...; bueno, no hará nada, quiero decir. ¿Verdad, Robbie?

Robbie, así interpelado, movió de arriba abajo su pesada cabeza.

—Gloria, si no dejas esto inmediatamente, no verás a Robbie en una semana.

La chiquilla bajó los ojos.

—Bueno..., pero *La Cenicienta* es su cuento favorito y no lo había terminado... ¡Y le gusta tanto!

El robot salió de la habitación con paso vacilante y Gloria ahogó un sollozo.

George Weston se encontraba a gusto... Tenía la inveterada costumbre de pasar las tardes de los domingos a gusto. Una buena digestión de la sabrosa comida; una vieja y suave *chaise longue* para tumbarse; un número del *Times*; las zapatillas en los pies, el torso sin camisa... ¿Cómo podía uno no encontrarse a gusto?

No experimentó ningún placer, por lo tanto, cuando vio entrar a su esposa. Después de diez años de matrimonio era todavía lo suficientemente estúpido para seguir enamorado de ella, y tenía siempre mucho gusto en verla; pero las tardes de los domingos eran sagradas y su concepto de la verdadera comodidad era poder pasar tres o cuatro horas solo. Por consiguiente, concentró su atención en las últimas noticias de la expedición Lefebre-Yoshida a Marte (tenía que salir de la Base Luna y podía incluso tener éxito) y fingió no verla.

La señora Weston esperó pacientemente dos minutos, después, impaciente, dos más, y finalmente rompió el silencio.

—George...

—¿Ejem?

—¡He dicho George! ¿Quieres dejar este periódico y mirarme?

El periódico cayó al suelo, crujiendo, y George volvió el rostro contrariado hacia su mujer.

—¿Qué ocurre, querida?

—Ya sabes lo que ocurre. Es Gloria y esa terrible máquina.

—¿Qué terrible máquina?

—No finjas no saber de lo que hablo. El robot, al cual Gloria llama Robbie. No se aparta de ella ni un instante.

—¿Y por qué quieres que se aparte? Es su deber... Y en todo caso, no es ninguna terrible máquina. Es el mejor robot que se puede comprar con dinero y estoy seguro que me hace economizar medio año de renta. Es más inteligente que muchos de mis empleados.

Hizo ademán de volver a tomar el periódico, pero su mujer fue más rápida que él y se lo arrebató.

—Vas a escucharme, George. No quiero ver a mi hija confiada a una máquina, por inteligente que sea. No tiene alma y nadie sabe lo que es capaz de pensar. Una chiquilla no está hecha para ser cuidada por una *cosa* de metal.

—¿Y cuándo has tomado esta decisión? —preguntó el señor Weston frunciendo el ceño—. Ya lleva con Gloria dos años y no he visto que te preocupases hasta ahora.

—Al principio era diferente. Era una novedad, me quitó un peso de encima y era una cosa elegante. Pero ahora, no lo sé... Los vecinos...

—¿Y qué tienen que ver los vecinos con esto? Mira, un robot es muchísimo más digno de confianza que una nodriza humana. Robbie fue construido en realidad con

un solo propósito: ser el compañero de un chiquillo. Su «mentalidad» entera ha sido creada con este propósito. Tiene forzosamente que querer y ser fiel a esta criatura. Es una máquina, *hecha así*. Es más de lo que puede decirse de los humanos.

—Pero puede ocurrir algo. Puede..., puede —La señora Weston tenía unas ideas muy vagas del contenido interior de un robot—, no sé, si algo de dentro se estropease y...

No podía decidirse a completar su claro y espantoso pensamiento.

—Tonterías... —negó Weston con un involuntario estremecimiento nervioso—. Es completamente ridículo. Cuando compré a Robbie tuvimos una larga discusión acerca de la Primera Regla Robótica. Ya sabes que un robot no puede dañar a un ser humano; que mucho antes que algo pudiese alterar esta Primera Regla, el robot quedaría completamente inutilizado. Es una imposibilidad matemática. Además, dos veces al año viene un ingeniero de la U. S. Robots a hacer una revisión completa del mecanismo. Hay menos probabilidades de algo que se estropee en Robbie, a que uno de nosotros se vuelva repentinamente loco; considerablemente menos. Además, ¿cómo se lo vas a quitar a Gloria?

Hizo una nueva e infructuosa tentativa de tomar el periódico y su mujer lo arrojó con rabia a la habitación contigua.

—Ahí está la cosa, George. No quiere jugar con nadie más. Hay por aquí docenas de niños y niñas con quienes podría trabar amistad, pero no quiere. No quiere ni acercarse a ellos, a menos que yo la obligue. Es imposible que se críe así. Querrás que sea una niña normal, ¿verdad? Querrás que sea capaz de ocupar su sitio en la sociedad..., supongo.

—Estás luchando contra las sombras, Grace. Imagínate que Robbie es un perro. He visto centenares de chiquillos que querían más a su perro que a su padre.

—Un perro es diferente, George. Tenemos que librarnos de este terrible instrumento. Puedes volverlo a vender a la compañía. Lo he preguntado y es posible.

—¿Que lo has *preguntado*...? Mira, Grace, escucha, no nos apartemos de la cuestión. Vamos a conservar el robot hasta que Gloria sea mayor, y no se hable más de este enojoso asunto.

Y con estas palabras, salió de la habitación dando un bufido.

Dos días después, la señora Weston encontró a su marido en la puerta.

—Tienes que escuchar una cosa, George. Hay mala voluntad por el pueblo.

—¿Acerca de qué? —preguntó el señor Weston entrando en el cuarto de baño y ahogando la posible respuesta con el ruido del agua.

La señora Weston esperó a que cesara. Después dijo:

—Acerca de Robbie.

Weston avanzó un paso con la toalla en la mano, el rostro colorado y colérico.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—La cosa se ha ido formando y formando... He tratado de cerrar los ojos y no verlo, pero no puedo más. Todo el pueblo considera a Robbie peligroso. No dejan acercarse aquí a los chiquillos.

—Nosotros le confiamos *nuestra* hija.

—La gente no razona, ante estas cosas.

—¡Pues que se vayan al diablo!

—Decir esto no resuelve el problema. Yo tengo que comprar allí. Tengo que ver a los vecinos cada día. Y estos días es peor cuando se habla de robots. Nueva York acaba de dictar la orden prohibiendo que los robots salgan a la calle entre la puesta y la salida del sol.

—Muy bien, pero no pueden impedirnos tener un robot en nuestra casa, Grace. Esto es una de tus campañas. La conozco. Pero la respuesta es la misma. ¡No! ¡Seguiremos teniendo a Robbie!

Y no obstante, quería a su mujer; y, lo que era peor aún, su mujer lo sabía. George Weston, al fin y al cabo, no era más que un hombre, ¡el pobre!, y su mujer echaba mano de todos los artilugios que el sexo más torpe y escrupuloso ha aprendido, con razón e inútilmente, a temer.

Diez veces durante la semana que siguió, tuvo ocasión de gritar: «¡Robbie se queda..., y se acabó!»; y cada vez lo decía con menos fuerza, y acompañado de un gruñido más plañidero.

Llegó finalmente el día en que Weston se acercó tímidamente a su hija y le propuso una sesión de visivoz en el pueblo.

—¿Puede venir Robbie?

—No, querida —dijo él estremeciéndose al sonido de su voz—, no admiten robots en el visivoz, pero podrás contárselo todo cuando volvamos a casa. —Dijo las últimas palabras balbuceando y miró a lo lejos.

Gloria regresó del pueblo hirviendo de entusiasmo, porque el visivoz era realmente un espectáculo magnífico. Esperó a que su padre metiese el coche a reacción en el garaje subterráneo y dijo:

—Espera que se lo cuente a Robbie, papá. Le hubiera gustado mucho. Especialmente cuando Francis Fran retrocedía tan sigilosamente y tropezó con uno de los Hombres-Leopardo y tuvo que huir. —Se rió de nuevo—. Papá, ¿hay verdaderamente hombres-leopardo en la Luna?

—Probablemente, no —dijo Weston distraído—. Es sólo fantasía.

No podía entretenerse ya mucho con el coche. Tenía que afrontar la situación. Gloria echó a correr por el césped.

—¡Robbie! ¡Robbie!

De repente se detuvo al ver un magnífico perro de pastor que la miraba con ojos dulces, moviendo la cola.

—¡Oh, qué perro más bonito! —dijo Gloria subiendo los escalones del porche y acariciándolo cautelosamente—. ¿Es para mí, papá?

—Sí, es para ti, Gloria —dijo su madre, que acababa de aparecer junto a ellos—. Es muy bonito, y muy bueno... Le gustan las niñas.

—¿Y sabe jugar?

—¡Claro! Sabe hacer muchos trucos. ¿Quieres ver algunos?

—En seguida. Quiero que lo vea Robbie también. ¡Robbie!... —Se detuvo, vacilante, y frunció el ceño—. Apostaría a que se ha encerrado en su cuarto, enojado conmigo porque no le he llevado al visivoz. Tendrás que explicárselo, papá. A mí quizá no me creería, pero si se lo dices tú sabrá que es verdad.

Weston se mordió los labios. Miró a su mujer, pero ella apartaba la vista.

Gloria dio rápidamente la vuelta y bajó los escalones del sótano al tiempo que gritaba:

—¡Robbie..., ven a ver lo que me han traído papá y mamá! ¡Me han comprado un perro, Robbie!

Al cabo de un instante, había regresado asustada.

—Mamá, Robbie no está en su habitación. ¿Dónde está? —No hubo respuesta; George Weston tosió y se sintió repentinamente interesado por una nube que iba avanzando perezosamente por el cielo. La voz de Gloria estaba preñada de lágrimas—. ¿Dónde está Robbie, mamá?

La señora Weston se sentó y atrajo suavemente a su hija hacia ella.

—No te preocupes, Gloria. Robbie se ha marchado, me parece.

—¿Marchado?... ¿Adónde? ¿Adónde se ha marchado, mamá?

—Nadie lo sabe, hijita. Se ha marchado. Lo hemos buscado y buscado por todas partes, pero no lo encontramos.

—¿Quieres decir que no va a volver nunca más? —Sus ojos se redondeaban por el horror.

—Quizá lo encontraremos pronto. Seguiremos buscándolo. Y entretanto puedes jugar con el perrito. ¡Míralo! Se llama «Relámpago» y sabe...

Pero Gloria tenía los párpados bañados en lágrimas.

—¡No quiero el perro feo! ¡Quiero a Robbie! ¡Quiero que me encuentres a Robbie!

Su desconsuelo era demasiado hondo para expresarlo con palabras, y prorrumpió en un ruidoso llanto.

La señora Weston pidió auxilio a su marido con la mirada, pero él seguía balanceando rítmicamente los pies y no apartaba su ardiente mirada del cielo, de manera que tuvo que inclinarse para consolar a su hija.

—¿Por qué lloras, Gloria? Robbie no era más que una máquina, una máquina fea... No tenía vida.

—¡No era una máquina! —gritó Gloria con fuego—. Era una persona como tú y como yo y además era mi amigo. ¡Quiero que vuelva! ¡Oh, mamá, quiero que vuelva...!

La madre gimió, sintiéndose vencida, y dejó a Gloria con su dolor.

—Déjala que llore a su gusto —le dijo a su marido—; el dolor de los chiquillos no es nunca duradero. Dentro de unos días habrá olvidado que aquel espantoso robot haya existido.

Pero el tiempo demostró que la señora Weston había sido demasiado optimista. Desde luego, Gloria dejó de llorar, pero dejó de sonreír y cada día se mostraba más triste y silenciosa. Gradualmente, su actitud de pasiva infelicidad fue minando a la señora Weston y lo único que la retenía de ceder, era su incapacidad de confesar la derrota a su marido.

Hasta que una noche, entró en la sala, se sentó y se cruzó de brazos, desalentada. Su marido estiró el cuello para verla por encima del periódico.

—¿Qué te pasa, Grace?

—Es esta chiquilla, George. He tenido que devolver el perro hoy. Gloria me dijo que no podía soportar verlo. Hará que tenga un ataque de nervios.

Weston dejó el periódico a un lado y un destello de esperanza apareció en sus ojos.

—Quizá..., quizá tendríamos que volver a pedir a Robbie. Es posible, sabes... Puedo hablar con...

—¡No! —respondió ella secamente—. No quiero oír hablar de él. No vamos a ceder tan fácilmente. Mi hija no tiene que ser criada por un robot, aunque necesite años para quitárselo de la cabeza.

Weston volvió a tomar el periódico con aire decepcionado.

—Un año así y tendré el cabello prematuramente gris.

—No eres de gran ayuda, George —fue la glacial contestación—. Lo que Gloria necesita es un cambio de ambiente. Aquí no puede olvidar a Robbie, desde luego, ¿cómo puede olvidarlo si cada árbol y cada roca se lo recuerda? Es realmente la situación más tonta de la que he oído hablar. ¡Imagínate una criatura desfalleciendo por la pérdida de un robot!

—Bien, vamos al grano. ¿Cuál es el cambio de ambiente que planeas?

—Vamos a llevarla a Nueva York.

—¡En agosto! Oye, ¿sabes lo que representa Nueva York en agosto? ¡Es insoportable!

—Hay millones que lo soportan.

—No tienen un sitio como éste donde estar. Si no tuviesen que quedarse en Nueva York, no se quedarían.

—Pues nosotros tendremos que quedarnos también. Vamos a salir en seguida, en



cuanto hayamos hecho los preparativos. En Nueva York, Gloria encontrará suficientes distracciones y suficientes amigos para hacerle olvidar esta máquina.

—¡Oh, Dios mío!... —gruñó el infeliz marido—. ¡Aquellos pavimentos abrasadores!

—Tenemos que ir —fue la implacable respuesta—. Gloria ha perdido dos kilos este mes y la salud de mi hijita es más importante para mí que tu comodidad.

—Es una lástima que no hayas pensado en la salud de tu hijita antes de privarla de su querido robot —murmuró él..., para sí mismo.

Gloria dio inmediatamente síntomas de mejoría en cuanto oyó hablar del inminente viaje a la ciudad. Hablaba poco de él, pero cuando lo hacía era siempre con vivo entusiasmo. Comenzó de nuevo a sonreír y a comer con su precedente apetito.

La señora Weston no cabía en sí de júbilo y no perdía ocasión de demostrar su triunfo sobre su todavía escéptico marido.

—¿Lo ves, George? Ayuda a hacer el equipaje como un angelito y charla como si no hubiese tenido un disgusto en su vida. Es lo que te dije, lo que necesitaba era fijar su interés en otra cosa.

—¡Ejem!... —respondió el marido, escéptico—. Esperemos que así sea.

Los preliminares se hicieron rápidamente. Se tomaron las disposiciones para el alojamiento en la ciudad y un matrimonio quedó encargado del cuidado de la casa de campo. Cuando finalmente llegó el día de la marcha, Gloria había vuelto a ser la misma de antes y ni la menor alusión de Robbie pasó por sus labios.

Con el mejor humor, la familia tomó un taxigiro hasta el aeropuerto (Weston hubiera preferido ir en su autogiro, pero era sólo un dos plazas y no había sitio para el equipaje) y entraron en el avión que esperaba para salir.

—Ven, Gloria, te he reservado un sitio al lado de la ventana para que veas el paisaje.

Gloria ocupó el sitio indicado, aplastó su nariz contra el grueso vidrio y miró con un interés que aumentó al comenzar a rugir los motores. Era demasiado pequeña para asustarse cuando la tierra empezó a alejarse a sus pies y sintió aumentar el doble de su peso. Sólo cuando la tierra hubo cambiado de aspecto y se convirtió en una vasta manta de cuadros de colores, apartó la nariz del vidrio y se volvió hacia su madre.

—¿Llegaremos pronto a la ciudad, mamá? —preguntó rascándose la nariz helada y observando cómo se desvanecía la mancha opaca que su aliento había dejado en la ventana.

—Dentro de media hora, hija mía. ¿No estás contenta porque vayamos? —añadió con sólo un leve tono de ansiedad en la voz—. ¿No vas a ser muy feliz en la ciudad, con los edificios y la gente y tantas cosas que ver? Iremos al visivoz cada día, y al teatro, y al circo y a la playa, y...

—Sí, mamá —fue la respuesta sin entusiasmo de la chiquilla. La nave pasaba en

aquel momento sobre un mar de nubes y Gloria quedó en el acto absorbida en la contemplación de aquella masa que tenía a sus pies. Después volvieron a encontrarse en medio de un cielo azul y se volvió hacia su madre con un súbito aire misterioso de secreto.

—Ya sé por qué vamos a la ciudad, mamá.

—¿Sí, hija mía? —dijo la señora Weston intrigada—. ¿Y por qué?

—No me lo has dicho porque querías darme una sorpresa, pero lo sé. —Quedó un momento sumida en la admiración de su aguda perspicacia y después se echó a reír alegremente—. Vamos a Nueva York porque allí podremos encontrar a Robbie, ¿no es verdad? Con detectives.

La suposición pilló a George Weston en el momento de beber un vaso de agua, con desastrosos resultados. Hubo una especie de ronquido, un géiser de agua y unos tos de alguien que se ahoga. Cuando todo hubo terminado, ofreció el aspecto de una persona profundamente contrariada, tenía el rostro colorado y estaba mojado de pies a cabeza.

La señora Weston mantuvo su compostura, pero cuando Gloria hubo repetido su pregunta con el ansia redoblada en la voz, su mal humor triunfó.

—Quizá —repitió secamente—. Y ahora siéntate y estate quieta, por el amor de Dios.

Nueva York, en 1998, era para el visitante un paraíso superior a lo que había sido siempre. Los padres de Gloria se dieron cuenta de ello y sacaron el mejor partido posible.

Por orden estricta de su mujer, Weston había tomado las disposiciones necesarias para que sus negocios marchasen solos por algún tiempo, a fin de estar libre y poder dedicar el tiempo a lo que él llamaba «salvar a Gloria del borde del abismo». Como era costumbre en Weston, lo hizo de aquella forma precisa, minuciosa y eficiente que era propia de él. Antes que hubiese transcurrido un mes, nada de lo que podía hacerse había dejado de ser hecho.

Gloria fue llevada al último piso del edificio Roosevelt, que medía casi un kilómetro de altura, y desde donde se gozaba del abigarrado panorama de los edificios que se extendían hasta los campos de Long Island y las tierras llanas de Nueva Jersey. Visitaron los jardines zoológicos, donde Gloria contempló con emocionado temor un «verdadero león vivo» (con la consiguiente decepción de ver que los guardianes lo alimentaban con trozos de carne cruda y no con seres humanos, como ella esperaba), y pidió con insistencia y de manera perentoria ver «la ballena».

Los diversos museos contribuyeron también a llamar su atención, así como parques, playas y el acuario.

Llevaron a Gloria hasta medio curso del Hudson en un barco especialmente decorado, que evocaba el arcaísmo de los años veinte. Viajó por la estratosfera en una

salida de exhibición y vio el cielo ponerse de color púrpura, las estrellas destacar en el firmamento y la Tierra nebulosa tomar bajo ellos el aspecto de una gran taza cóncava. Una nave submarina de paredes transparentes le hizo visitar las aguas de Long Island y vio aquel mundo verde y tembloroso, y los monstruos marinos acercarse a ella y huir después atemorizados.

En un terreno más prosaico, la señora Weston la llevó a los grandes almacenes, donde pudo soñar de nuevo a su antojo.

En resumen, cuando el mes hubo casi transcurrido, los Weston estaban convencidos de haber hecho cuanto era humanamente posible para quitarle de la cabeza al desaparecido Robbie, pero no estaban muy seguros de haberlo conseguido.

El hecho cierto era que dondequiera que llevasen a Gloria, desplegaba el más vivo interés por todos los robots que se le ponían delante. Por muy interesante que fuese el espectáculo a que asistía, por nuevo que fuese a sus ojos infantiles, su mirada se fijaba implacablemente en cualquier parte donde viese un movimiento metálico.

La situación alcanzó su apogeo con el episodio del Museo de Ciencia y de Industria. El Museo había anunciado un «programa infantil» especial donde tenían que hacerse demostraciones de magia científica reducidas a la escala de la mentalidad infantil. Los Weston, desde luego, pusieron el espectáculo en la lista de «indispensables».

Los Weston estaban completamente absorbidos por los experimentos de un potente electroimán cuando la señora Weston se dio súbitamente cuenta que Gloria no estaba con ellos. El pánico inicial se convirtió en metódica decisión y con la ayuda de tres empleados se comenzó una minuciosa búsqueda.

Gloria, por su parte, no era de esas chiquillas que rondan al azar. Para su edad, era inusitadamente decidida, saturada de idiosincrasia maternal, a este respecto. En el tercer piso había visto un gran cartel con una flecha y la indicación «Al Robot Parlante», y después de haberlo deletreado sola y observando que sus padres no parecían decididos a avanzar en aquella dirección, hizo lo que consideró indicado. Esperando un momento de distracción paterna, dio media vuelta y siguió la flecha.

El Robot Parlante era verdaderamente un *tour de force*; pero un artefacto totalmente inútil, sin más valor que el publicitario. Cada hora, un grupo de visitantes escoltados por un empleado se detenía delante del robot y hacía preguntas al ingeniero encargado del robot, con discretos susurros. Las que el ingeniero juzgaba aptas para ser contestadas por los circuitos del robot, le eran transmitidas.

Era una tontería. Puede ser muy interesante saber que el cuadrado de catorce es ciento noventa y seis, que la temperatura en este momento es de 28° centígrados, que la presión del aire acusa 750 mm. de mercurio, y que el peso atómico del sodio es 23, pero para esto, en realidad, no se necesita un robot. No se necesita, en especial, una enorme masa inmóvil de alambres y espirales que ocupa veinticinco metros

cuadrados.

Pocos eran los que regresaban por una segunda exhibición, pero una chiquilla de unos diez años estaba tranquilamente sentada en un banco esperando la tercera. Era la única persona que había en la sala cuando Gloria entró, pero no la miró. Para ella, en aquel momento otro ser humano era un ejemplar completamente despreciable. Consagraba su atención a aquel objeto lleno de ruedas dentadas. De momento, vaciló con cierto desaliento. Aquello no se parecía a ninguno de los robots que ella había visto. Cautelosamente, vacilando, levantó su débil voz.

—Por favor, señor Robot, perdone, ¿es usted el Robot Parlante?

No estaba muy segura de ello, pero le parecía que un robot que hablaba merecía toda clase de consideraciones.

(Por el delgado rostro de la muchacha de diez años pasó una mirada de intensa concentración. Sacó una libreta de notas del bolsillo y comenzó a escribir rápidamente.)

Se oyó un girar de mecanismos bien engrasados y una voz metálica lanzó unas palabras que carecían de acento y entonación.

—Yo-soy-el-robot-parlante.

Gloria lo miró contrariada. *Hablaba*, pero el sonido venía de dentro. No había rostro al cual hablar.

—¿Puede usted ayudarme, señor Robot? —dijo.

El Robot Parlante estaba construido para contestar preguntas, pero sólo las preguntas que se podían hacer. Confiado en su capacidad, sin embargo, respondió:

—Puedo-ayudarle.

—Gracias, señor Robot. ¿Ha visto usted a Robbie?

—¿Quién-es-Robbie?

—Un robot, señor Robot, señor —se puso de puntillas—. Es así de alto, pero más alto, y muy bueno. Tiene cabeza, sabe... Bueno, usted no tiene, pero él sí.

—¿Un robot?... —preguntó el Robot Parlante un poco perplejo.

—Sí, señor Robot. Un robot como usted, salvo que, naturalmente, *no* sabe hablar y que..., parece una persona de veras.

—¿Un-robot-como-yo?

—Sí, señor Robot.

A lo cual el robot parlante sólo contestó con un ruido de engranajes y un sonido incoherente. Trató de ponerse lealmente a la altura de su misión y se fundieron media docena de bobinas. Zumbaron algunas señales de alarma.

(En aquel momento la muchacha de diez años se marchó. Tenía bastante para su primer artículo sobre «Aspectos Prácticos del Robotismo». Era el primero de los varios que tenía que escribir Susan Calvin sobre este tema.)

Gloria permanecía de pie con mal disimulada impaciencia, esperando la respuesta

del robot, cuando oyó un grito detrás de ella.

—¡Allí está! —Y en el acto reconoció la voz de su madre—. ¿Qué estás haciendo aquí, mala muchacha? —exclamó, su ansiedad transformándose en el acto en cólera—. ¿No sabes el miedo que has hecho pasar a papá y mamá? ¿Por qué te has escapado?

El ingeniero del robot había aparecido también, mesándose los cabellos y preguntando quién diablos había estropeado la máquina.

—¿Es que no saben ustedes leer? ¿No saben que no tienen derecho a estar aquí sin ir acompañados?

Gloria levantó su ofendida voz.

—He venido sólo a ver el Robot Parlante, mamá. Pensé que quizá sabría dónde estaba Robbie, puesto que los dos son robots. —Y al aparecer en su mente el recuerdo de Robbie, estalló en una tempestad de lágrimas—. ¡Tengo que encontrar a Robbie, mamá, tengo que encontrarlo!

—¡Ah, Dios mío, esto es más de lo que soy capaz de soportar! —exclamó la señora Weston ahogando un grito—. ¡Volvamos a casa, George!

Aquella tarde, George se ausentó durante algunas horas y a la mañana siguiente se acercó a su mujer en una actitud sospechosamente complaciente.

—He tenido una idea, Grace.

—¿Sobre qué? —preguntó ella con soberana indiferencia.

—Sobre Gloria.

—¿No vas a proponer devolverle el robot?

—No, desde luego que no.

—Entonces, sigue. No tengo inconveniente en escucharte. Nada de lo que hemos hecho parece haber servido de nada.

—Muy bien. He aquí lo que he estado pensando. El gran mal de Gloria es que piensa en Robbie como persona y no como máquina. Naturalmente, no puede olvidarlo. Ahora bien, si conseguimos convencer a Gloria del hecho que su Robbie no era más que un amasijo de acero y cobre en forma de planchas y que el jugo de su vida no era más que hilos y electricidad, ¿cuánto tiempo duraría su anhelo? Es la forma psicológica de ataque, si entiendes lo que quiero decir.

—¿Y cómo pretendes conseguirlo?

—Simplemente, ¿dónde imaginas que fui, anoche? He persuadido a Robertson, de la «U. S. Robots & Mechanical Men Inc.», que nos permita realizar mañana una visita completa de sus talleres. Iremos los tres y una vez que hayamos terminado la visita, Gloria se habrá convencido que un robot no es una cosa viva.

Los ojos de la señora Weston habían ido agrandándose progresivamente, delatando una súbita y profunda admiración.

—¡Pero..., George..., esto es una excelente idea!

Los botones de la chaqueta de George Weston tiraron con fuerza.

—Es de las que tengo yo... —dijo.

El señor Struthers era un director general concienzudo y naturalmente inclinado a ser un poco locuaz. Esta combinación dio por resultado una visita que fue totalmente, quizá con exceso, explicada en todas sus fases. Sin embargo, la señora Weston no se aburría. Al contrario, más de una vez se detuvo e insistió en que explicase detalladamente algo en un lenguaje suficientemente claro para que Gloria lo entendiese. Bajo la influencia de esta apreciación de sus facultades narrativas, el señor Struthers se sintió comunicativo y se extendió con mayor genialidad todavía, si es posible.

Incluso George Weston demostraba una creciente impaciencia.

—Perdóneme, Struthers —dijo, interrumpiendo una coherencia sobre la célula fotoeléctrica—; ¿no tienen ustedes una sección donde sólo se emplee mano de obra robot?

—¡Oh, sí; sí, desde luego! —dijo sonriendo a la señora Weston—. Un círculo vicioso, en cierto modo; robots creando robots. Desde luego, no hacemos una práctica general de ello. En primer lugar, porque los sindicatos no nos lo permitirían. Pero conseguimos poder utilizar algunos robots como mano de obra robot, únicamente como una especie de experimento científico. Comprenda... —prosiguió golpeándose la palma de la mano con sus lentes para dar peso a su argumentación—, lo que los sindicatos no comprenden (y lo dice un hombre que ha simpatizado siempre con la obra sindical en general) es que el advenimiento del robot, aun cuando aportando al empezar alguna dislocación en el trabajo, tendrá inevitablemente que...

—Sí, Struthers —dijo Weston—, pero esta sección de la que habla usted, ¿podemos verla? Debe ser muy interesante, estoy seguro.

—¡Sí, sí, desde luego! —El señor Struthers se puso los lentes con un movimiento convulsivo y soltó una tosecilla de desaliento—. Síganme, por favor.

Mientras siguieron un largo corredor y bajaron un tramo de escaleras, Struthers, precediendo a los demás, estuvo relativamente tranquilo. Después, una vez que entraron en una vasta habitación intensamente iluminada donde reinaba el zumbido de una mecánica actividad, se abrieron las compuertas y desbordó el chorro de sus explicaciones.

—Aquí lo tiene usted —dijo con el orgullo impreso en su voz—. ¡Sólo robots! Cinco hombres actúan como inspectores y no tienen siquiera que estar en esta habitación. En cinco años, es decir, desde que inauguramos este sistema, no ha ocurrido un solo accidente. Desde luego, los robots aquí reunidos son relativamente sencillos, pero...

La voz del director general se había convertido hacía tiempo ya en un murmullo tranquilizador a los oídos de Gloria. Toda aquella visita le parecía aburrida e inútil, a

pesar que hubiese muchos robots a la vista. Ninguno de ellos era ni remotamente como Robbie, y los contemplaba con manifiesto desdén.

Vio que en aquella habitación no había ser viviente. Entonces sus ojos se fijaron en seis o siete robots que trabajaban activamente en una mesa redonda en el centro de la sala, y se apartaron con una sorpresa de incredulidad. La sala era espaciosa. Gloria no podía verlo bien, pero uno de los robots parecía..., parecía..., ¡era!

—¡Robbie! —El grito rasgó el aire y uno de los robots se estremeció y dejó caer la herramienta que manejaba. Gloria estaba como loca de alegría. Introduciéndose por debajo de la barandilla antes que sus padres pudiesen impedirlo, saltó al suelo, situado algunos palmos más abajo y corrió hacia Robbie, con los brazos abiertos y el cabello flotando.

Y en aquel momento, las tres personas mayores vieron horrorizadas, al tiempo que quedaban paralizadas de espanto, lo que la chiquilla no vio: un enorme tractor que avanzaba a ciegas, siguiendo el camino que tenía trazado.

Weston necesitó una fracción de segundo para volver en sí, pero aquella fracción de segundo lo representó todo porque Gloria ya no podía ser salvada, todo era claramente inútil. Struthers hizo una rápida seña a los inspectores para que detuviesen el tractor, pero los inspectores no eran más que seres humanos y necesitaron tiempo para actuar.

Sólo fue Robbie quien actuó rápidamente y con precisión.

Devorando con sus piernas de metal el espacio que lo separaba de su pequeña ama, se lanzó hacia ella viniendo de la dirección opuesta. Todo ocurrió en un instante. Extendiendo el brazo, Robbie agarró a Gloria sin moderar su marcha en lo más mínimo y dejándola, por consiguiente, sin aire en los pulmones. Weston, sin comprender muy bien lo que ocurría, sintió, más que vio, a Robbie pasar por su lado como un alud y detenerse en seco. El tractor cortó el camino donde había estado Gloria, medio segundo después que Robbie la hubo arrastrado tres metros, y se detuvo con un chirrido metálico y prolongado.

Gloria recobró el aliento, fue sometida a una serie de apasionados abrazos y caricias por parte de sus padres y se volvió emocionada hacia Robbie. Para ella no había ocurrido nada, salvo que había encontrado a su amigo.

Pero la expresión de la señora Weston había pasado de la franca alegría a la de una sombría suspicacia. Se volvió hacia su marido, y, pese a su descompuesto y alterado aspecto, consiguió adoptar una actitud formidable.

—¿Tú..., has preparado esto, verdad...?

George Weston se secaba la abrasada frente con un pañuelo. Su mano temblaba y sus labios sólo conseguían esbozar una sonrisa sumamente tenue.

—Robbie no estaba construido para un trabajo de ingeniería o construcción — prosiguió la señora Weston siguiendo sus ideas—. No podía serles de ninguna

utilidad. Lo has hecho colocar aquí a fin que Gloria pudiese encontrarlo. Ya lo sabes...

—Pues, sí... —dijo Weston,—. Pero, ¿cómo iba a saber yo que el encuentro tenía que ser tan violento? Y Robbie le ha salvado la vida; esto tienes que reconocerlo, ¡No puedes volverlo a despedir!

Grace Weston reflexionó. Se volvió hacia Gloria y Robbie y los contempló pensativa algún tiempo. Gloria había pasado sus brazos alrededor del cuello del robot y hubiera asfixiado a cualquiera que no hubiese sido de metal, mientras murmuraba palabras sin sentido con un frenesí casi histérico. Los brazos de acero cromado de Robbie (capaces de convertir en un anillo una barra de acero de cinco centímetros de diámetro) abrazaban cariñosamente a la chiquilla y sus ojos brillaban con un rojo intenso y profundo.

—Bien —dijo Grace Weston, finalmente—. ¡Por mí puede quedarse hasta que se oxide!

—Desde luego, no fue así —dijo Susan Calvin, encogiéndose de hombros—. Esto ocurría en 1998. En 2002 habíamos inventado ya el robot móvil-parlante que, naturalmente, dejaba a todos los modelos no parlantes anticuados, y que parecía ser el último grito en lo tocante a elementos no-robot. Entre 2003 y 2007, la mayoría de los gobiernos desterraron el uso del robot para todo propósito que no fuese la investigación científica.

—¿Así que Gloria tuvo que abandonar a Robbie, al final?

—Así lo temo. Imagino, sin embargo, que debió serle más fácil a los quince años que a los ocho. No obstante, fue una actitud estúpida e innecesaria por parte de la humanidad. U. S. Robots alcanzó financieramente su nivel más bajo en 2007, por los tiempos en que yo ingresé. Al principio, creí que mi empleo podía terminar súbitamente en cuestión de algunos meses, pero entonces empezamos a desarrollar el mercado extraterrestre.

—Y así siguió usted trabajando, desde luego.

—No del todo. Empezamos tratando de adaptar los modelos que teníamos a mano. Los primeros modelos parlantes, por ejemplo. Los enviamos a Mercurio para trabajar en las explotaciones mineras, pero fracasaron.

—¿Fracasaron? —pregunté yo con sorpresa—. ¡Pero si las minas de Mercurio rinden muchos millones de dólares!

—Ahora, sí, pero fue una segunda tentativa la que triunfó. Si quiere usted saber algo de esto, le aconsejo que se entere de lo que le ocurrió a Gregory Powell. Él y Michael Donovan resolvieron los casos más difíciles entre los años diez y veinte. Hace años que no sé nada de Donovan, pero Powell vive aquí, en Nueva York. Hoy es abuelo, una cosa a la cual es difícil acostumbrarse. Yo sólo puedo recordarlo como



un muchacho. Desde luego, yo era joven también.

Traté de seguirle tirando de la lengua.

—Si quiere usted darme los hechos escuetos, doctora Calvin —dije—, puedo hacer que el señor Powell me los complete más tarde. (Y esto fue exactamente lo que hice.)

Extendió sus finas manos sobre la mesa y permaneció contemplándolas.

—Hay dos o tres casos sobre los que sé alguna cosa... —dijo.

—Empecemos por Mercurio —propuse.

—Bien; me parece que fue en 2051 cuando se organizó la segunda expedición a Mercurio. Era una expedición exploratoria, financiada en parte por U. S. Robots y en parte por Solar Minerals. Consistía en un nuevo tipo de robot, todavía experimental, Gregory Powell; Michael Donovan...

## Sentido giratorio (1942)

---

“Runaround”

Uno de los principios favoritos de Gregory Powell era que con la excitación no se gana nada; de manera que cuando Mike Donovan bajó las escaleras saltando hacia él, con el cabello rojo empapado de sudor, Powell frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Te has roto una uña?

—¡Ya!... —exclamó Donovan febril—. ¿Qué has estado haciendo aquí abajo todo el día? —Hizo una profunda aspiración—: ¡Speedy no ha regresado!

Los ojos de Powell se agrandaron momentáneamente y se detuvo en la escalera; después reaccionó y siguió subiendo. No pronunció una palabra hasta llegar al rellano de arriba y entonces, dijo:

—¿Has mandado a buscar el selenio?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo lleva fuera?

—Cinco horas ya.

Silencio. Era una situación endiablada. Llevaban exactamente doce horas en Mercurio y ya estaban metidos hasta las cejas en muchas complicaciones. Hacía ya tiempo que Mercurio era el mundo endiablado del sistema, pero aquello resultaba algo excesivo, incluso para un diablo.

—Empieza por el principio y vamos a poner esto en claro —dijo Powell.

Estaban en la sala de la radio, con el equipo ya ligeramente anticuado, que nadie había tocado durante los diez años anteriores a su llegada. Incluso diez años, tecnológicamente hablando, tienen importancia. Comparemos a Speedy con el tipo de robots en boga por allá el año 2005. Pero el avance en robótica de aquellos días era tremendo. Powell, contrariado, tocó una superficie metálica todavía reluciente. El aspecto de abandono que reinaba en la estancia, e incluso en toda la estación, era infinitamente deprimente. Donovan debió darse cuenta, porque empezó:

—He tratado de localizarlo por radio, pero ha sido inútil. La radio es inoperante en la cara solar de Mercurio, a más de tres kilómetros en todo caso. Éste es uno de los motivos por los cuales falló la primera expedición. Y no podemos instalar el equipo de ultraonda antes de algunas semanas...

—Deja todo esto. ¿Qué has conseguido?

—He localizado la señal de un cuerpo inorgánico en la onda corta. No he conseguido más que la posición. He seguido su rastro durante dos horas y he anotado los resultados en el mapa.

Llevaba en el bolsillo un cuadrado de pergamino, reliquia de la infructuosa primera expedición, y lo arrojó sobre la mesa con rabia, extendiéndolo con la palma de la mano. Powell, con las manos sobre el pecho, lo observaba a distancia. El lápiz

de Donovan señaló nerviosamente.

—La cruz roja es el pozo de selenio. Tú mismo lo marcaste.

—¿Cuál de ellos? —interrumpió Powell—. MacDougal localizó tres antes de marcharse.

—He mandado a Speedy al más próximo, naturalmente. A veintiocho kilómetros de aquí. Pero, ¿qué diferencia hay? —añadió con la voz tensa—. Aquí hay los puntos de lápiz que marcaban la posición de Speedy.

Por primera vez el estudiado aplomo de Powell falló y tendió las manos hacia el mapa.

—¿Lo dices en serio? Esto es imposible.

—Pues así es —gruñó Donovan.

Los diminutos puntos de lápiz formaban un vago círculo alrededor de la cruz roja del pozo de selenio. Y Powell se atusó el bigote, infalible signo de ansiedad.

—Durante las dos horas que lo he seguido —prosiguió Donovan— dio cuatro vueltas alrededor del pozo. Me parece que va a seguir así siempre. ¿Te das cuenta de la situación en que nos encontramos?

Powell levantó un instante la vista pero no dijo nada. Sí, se daba muy bien cuenta de la situación en que estaban. Aparecía tan clara como un silogismo. La barrera de fotocélulas, único obstáculo que se interponía entre el monstruoso sol de Mercurio y ellos, estaba destruida. Lo único que podía salvarlos era el selenio. El único que podía conseguir el selenio era Speedy. Si Speedy no regresaba, no había selenio. Si no había selenio, no había barrera de fotocélulas. Si no había barrera de fotocélulas..., sería la muerte, abrasados lentamente de la forma más desagradable posible.

Donovan se secó con rabia la roja melena y en tono amargado dijo:

—Vamos a ser el hazmerreír de todo el sistema, Greg. ¿Cómo puede haber ido todo tan mal, tan de repente? ¡El famoso equipo de Powell y Donovan es enviado a Mercurio para informar sobre la conveniencia de abrir de nuevo el yacimiento minero de la Fase Solar con técnica moderna y robots y el primer día lo estropean todo! Un trabajo de simple rutina, además... Jamás sobreviviremos a esto.

—Ni tendremos necesidad de sobrevivir, quizá —respondió Powell tranquilamente—. Si no hacemos algo pronto, sobrevivir, o incluso sólo vivir, no importará.

—¡No seas estúpido! Si te gusta bromear con esto, a mí, no. Ha sido criminal enviarnos aquí con un solo robot. Y fue idea genial tuya, creer que podíamos restablecer la barrera de fotocélulas solos.

—Ahora no eres leal. Fue una decisión mutua y tú lo sabes muy bien. Lo único que necesitábamos era un kilogramo de selenio, una Placa Inmovilizadora Dielectrónica y unas tres horas de tiempo; la cara solar está llena de pozos de selenio. El espectro-reflector de MacDougal descubrió tres en cinco minutos. ¡Qué diablos!

¡No podíamos esperar la próxima conjunción!

—Bien, ¿y qué vamos a hacer? Powell, tú tienes una idea. Lo sé, si no la tuvieses no estarías tan tranquilo. No eres más héroe que yo. ¡Vamos, suéltala ya!

—No podemos ir en busca de Speedy por la cara del sol, Mike. Ni aun los nuevos insotrajados aguantan más de veinte minutos de luz directa del sol. Pero ya conoces el viejo refrán, «Envía un robot a buscar un robot». Mira, Mike, quizá las cosas no están tan mal. Abajo, en los subniveles tenemos seis robots que podemos utilizar si funcionan. Si funcionan.

Un destello de esperanza apareció súbitamente en los ojos de Donovan.

—¿Quieres decir los seis robots de la primera expedición? ¿Estás seguro? Pueden ser máquinas subrobóticas. Diez años son muchos años para los tipos de robots, ya lo sabes.

—No importa, son robots. He pasado el día entre ellos y lo sé. Tienen cerebro positrónico; primitivo, desde luego. Vamos abajo —dijo introduciéndose el mapa en el bolsillo.

Los seis robots estaban en el último subnivel,, rodeados de cajas de embalaje de incierto contenido. Eran enormes, muy grandes, y a pesar que estaban sentados en el suelo con las piernas estiradas, sus cabezas se elevaban sus buenos dos metros en el aire.

—¡Fíjate en el tamaño! —silbó Donovan—. El torso debe tener tres metros de circunferencia.

—Es porque están dotados del viejo mecanismo McGuffy. He mirado su interior; es la cosa más complicada que has visto jamás.

—¿Los has cargado ya?

—No, no tenía ningún motivo para ello. No creo que tengan nada descompuesto. Incluso el diagrama está en buen estado. Pueden hablar.

Destornilló la placa del pecho del más cercano e insertó en él la esfera de cinco centímetros de diámetro que contenía la diminuta chispa de energía atómica que daba vida al robot. Era difícil fijarla, pero lo consiguió, y volvió a atornillar laboriosamente la placa. Los controles de radio de modelos más modernos no habían sido oídos hacía diez años. Después repitió la operación con los otros cinco.

—No se mueven —dijo Donovan, inquieto.

—No les hemos dado orden para que lo hagan —respondió Powell sucintamente. Volvió al primero de la fila y lo golpeó en el pecho—. ¡Tú! ¿Me oyes?

La cabeza del monstruo se inclinó respetuosamente, como lo hubiera hecho un siervo, y sus ojos se fijaron en Powell. Después, con una voz dura, como un graznido, como la de un gramófono de la época medieval, articuló: «Sí, señor».

Powell miró a Donovan sin expresión.

—¿Has oído? Son de los tiempos de los primeros robots parlantes, cuando parecía

que los robots iban a ser desterrados de la Tierra. Los fabricantes luchaban e imbuyeron en ellos sanos instintos de esclavitud.

—De poco les ha valido —murmuró Donovan.

—No, no les valió, pero lo intentaron. —Se volvió de nuevo hacia el robot—. ¡Levántate!

El robot se incorporó lentamente y Donovan levantó la cabeza con un leve silbido.

—¿Puedes salir a la superficie? ¿A la luz? —preguntó Powell.

El lento cerebro del robot funcionó pausadamente.

—Sí, señor —dijo por fin.

—Bien. ¿Sabes lo que es un kilómetro?

Otra reflexión y otra lenta respuesta.

—Sí, señor.

—Vamos a llevarte a la superficie y te indicaremos una dirección. Avanzarás veintiocho kilómetros y por alguna parte de aquella región encontrarás otro robot, más pequeño que tú. ¿Sigues entendiendo?

—Sí, señor.

—Encontrarás este robot y le ordenarás que regrese. Si no quiere regresar, tienes que traerlo a la fuerza.

Donovan agarró la manga de Powell.

—¿Por qué no enviarlo directamente a buscar el selenio?

—Porque quiero que Speedy regrese, idiota. Quiero averiguar qué le ocurre. Bien —añadió dirigiéndose al robot—, sígueme.

El robot permaneció inmóvil y su voz graznó:

—Perdón, señor, pero no puedo. Tienes que montar primero. —Con un fuerte golpe, juntó sus manos entrelazando los dedos. Powell lo miró y se acarició el bigote.

—¡Eh...! ¡Ah!

—¿Tenemos que montarlo? —dijo Donovan saltándole los ojos—. ¿Como un caballo?

—Me parece que ésa es la intención. Pero no sé por qué. No veo... ¡Ah, si! Ya te he dicho que en aquellos tiempos estaban luchando con la seguridad de los robots. Evidentemente, quisieron dar la sensación de seguridad no permitiéndoles moverse sin llevar un *cornac* en los hombros. ¿Qué hacemos ahora?

—Eso es lo que estoy pensando —murmuró Donovan—. No podemos salir a la superficie, ni con robot ni sin él. ¡Por el pellejo de...! —Hizo chasquear los dedos—. Dame el mapa —dijo excitado—. No en balde he pasado dos horas estudiándolo. ¡Hay una explotación minera! ¿Por qué no utilizamos los túneles?

El yacimiento minero estaba marcado en el mapa por un círculo negro y las delgadas líneas que salían de él, a la manera de una telaraña, eran los túneles.

Donovan estudió las explicaciones de lectura al pie de la página.

—Mira —dijo—, los pequeños puntos negros son aberturas que dan a la superficie y aquí hay uno que quizá no esté a más de cinco kilómetros del pozo de selenio. Aquí hay un número..., ¡hubieran podido escribir más grande!... 13-a. Si los robots saben el camino hasta aquí...

Powell hizo la pregunta y recibió un sordo «Sí, señor».

—Ponte el insotraje —dijo, satisfecho.

Era la primera vez que se ponían los insotrajes, lo cual requería más tiempo del que habían creído el día anterior a su llegada, y sintieron incomodados los movimientos de sus miembros.

El insotraje era mucho más voluminoso y feo que el traje espacial reglamentario; pero considerablemente más ligero porque no entraba metal alguno en su composición. Compuestos de plástico resistente al calor y planchas de corcho químicamente tratadas, y equipados con un dispositivo desecador para mantener el aire seco, los insotrajes podían resistir el ardor del sol de Mercurio durante veinte minutos. Y quizá de cinco a diez más, sin causar la muerte del ocupante.

Y las manos del robot seguían formando estribo sin demostrar el más leve indicio de sorpresa ante la grotesca figura en que Powell se había convertido. La voz de Powell, enronquecida por la radio, gritó:

—¿Estás a punto de llevarnos a Salida 13-a?

—Sí, señor.

«Bien —pensó Powell—; pueden carecer de radio control, pero, por lo menos, van equipados con radio receptor.»

—Monta en uno de los otros, Mike —le dijo a Donovan.

Puso un pie en el improvisado estribo y montó. Encontró el asiento cómodo; los hombros del robot habían sido evidentemente moldeados con este fin; había una depresión en cada hombro, y dos «orejas» salientes cuyo objeto parecía claro.

Powell se agarró a las «orejas» y sacudió la cabeza del robot. Su montura se volvió pesadamente. «Guía, Macduff.» Pero Powell no se sintió tranquilizado.

Los gigantescos robots avanzaron lentamente con mecánica precisión y franquearon la puerta cuyo dintel apenas distaba un palmo sobre su cabeza, de manera que los dos amigos tuvieron que encogerse rápidamente; siguieron un corredor en el cual los lentos pasos resonaban rítmicamente y finalmente entraron en la compuerta neumática.

El largo túnel sin aire que se extendía delante de ellos hasta llegar a formar un solo punto, evocó a Powell la exacta magnitud del esfuerzo realizado por la primera expedición, con sus rudimentarios robots y sus elementales necesidades. Pudo ser un fracaso, pero su fracaso fue bastante más útil que los éxitos usuales del Sistema Solar.

—Fíjate en que estos túneles están iluminados y su temperatura es la normal de la

Tierra. Probablemente ha sido así durante los diez años que han permanecido desiertos.

—¿Cómo es eso?

—Energía barata; la más barata del Sistema. Fuerza solar, ¿comprendes?, y en la Clara Solar de Mercurio, la fuerza solar es *algo*. Por esto la estación fue construida a la luz del sol en lugar de las sombras de la montaña. Es realmente un enorme convertidor de energía. El calor es transformado en electricidad, luz, fuerza mecánica y lo que quieras; de manera que la energía es suministrada por un proceso simultáneo, pues sirve también para refrigerar la estación.

—Mira —dijo Donovan—. Todo esto es muy instructivo, pero, ¿te importaría cambiar de tema? Ocurre que esta conversión de la energía de la que hablas es realizada principalmente por la barrera de fotocélulas, y éste es para mí un doloroso tema en este momento.

Powell gruñó ligeramente y cuando Donovan rompió el subsiguiente silencio fue para abordar un tema totalmente distinto.

—Escucha, Greg. ¿Qué diablos debe ocurrirle a Speedy? No puedo comprenderlo.

No es cosa fácil encogerse de hombros dentro de un insotraje, pero Powell lo intentó.

—No lo sé, Mike. Ya sabes que está perfectamente adaptado a un ambiente mercuriano. El calor no significa nada para él y está construido para poca gravedad y suelo accidentado. Está a prueba de averías..., o por lo menos, debería estarlo.

—Señor —dijo el robot—. Ya estamos.

—¿Eh? —dijo Powell medio dormido—. Bien, salgamos; vamos a la superficie.

Se encontraban en una pequeña subestación, vacía, sin aire, en ruinas. Donovan había observado un agujero dentellado en la parte alta de una de las paredes a la luz de su lámpara de bolsillo.

—¿Un meteorito, supones? —había preguntado.

—¡Al diablo! —respondió Powell—. No importa, salgamos.

Un imponente acantilado de negra roca basáltica ocultaba la luz del sol y la profunda noche oscura de un mundo sin aire los envolvía. Delante de ellos, la sombra se extendía y terminaba como en un filo de navaja de un insoportable resplandor de luz blanca que relucía con millares de cristales sobre el suelo de roca.

—¡Espacio! —susurró Donovan—. ¡Esto parece nieve! —Y era así.

Los ojos de Powell se fijaron en el dentellado resplandor de Mercurio en el horizonte y parpadeó bajo su brillo cegador.

—Esta debe ser una zona extraordinaria —dijo—. La composición general de Mercurio es baja y la mayoría del suelo es de piedra pómez gris. Algo como la luna, ¿comprendes? ¿Bonito, no?

Agradecía los filtros de luz de su placa de visión. Bello o no, mirar directamente el sol a través del cristal los hubiera cegado en menos de un minuto.

Donovan miró el termómetro que llevaba en la muñeca.

—¡Sagrados humos, ochenta grados!... ¡Qué temperatura!

—Un poco alta, ¿no crees? —dijo Powell después de haber comprobado el suyo.

—¿En Mercurio? ¿Estás chiflado?

—Mercurio en realidad no carece de atmósfera —explicó Powell como distraído, ajustando los binoculares a la placa de visión con los dedos torpes a causa de su traje—. Hay una tenue exhalación que se pega a la superficie, vapores de elementos más volátiles y compuestos de un peso suficiente para ser retenidos por la gravedad de Mercurio: selenio, yodo, mercurio, galio, potasio y óxidos volátiles. Los vapores se reúnen en las sombras y se condensan, creando calor. Es una especie de alambique gigantesco. Si empleas tu lámpara encontrarás probablemente que toda esta parte del acantilado está cubierta de azufre en bruto o quizá rocío de mercurio.

—No importa. Nuestros trajes pueden soportar unos vulgares ochenta grados indefinidamente.

Powell había ajustado ya su dispositivo binocular, de manera que tenía los ojos salientes como un caracol.

—¿Ves algo? —preguntó Donovan observando intensamente.

Powell no contestó en el acto, y cuando lo hizo fue con cierta ansiedad.

—En el horizonte hay un punto oscuro que podría ser el pozo de selenio. Está donde debe estar. Pero no veo a Speedy.

Powell se echó adelante con un movimiento instintivo para mejorar su visión, levantándose inestable sobre los hombros de su robot. Con las piernas estiradas, forzando la vista, dijo:

—Creo..., creo..., que sí, definitivamente es él. Viene por aquí.

Donovan miró hacia donde señalaba el dedo. No llevaba binoculares, pero había un punto que se movía, destacándose en negro sobre el cegador brillo del suelo cristalino.

—¡Lo veo! —gritó—. ¡Sigamos avanzando!

Powell había vuelto a sentarse sobre los hombros del robot y su mano enguantada golpeó el gigantesco pecho.

—¡Adelante! —dijo.

—¡Vamos allá! —gritó Donovan golpeando con sus talones como si llevara espuelas.

Los robots avanzaron con el golpeteo regular de sus pies silenciosos en el vacío, porque la tela metálica de los trajes no transmitía ningún sonido, sólo se percibía la rítmica vibración del mecanismo interior.

—¡Más aprisa! —gritó Donovan; pero el ritmo no cambió.



—Es inútil —respondió Powell, también gritando—. Estos condenados aparatos no tienen más que una velocidad. ¿Crees acaso que están equipados con flectores selectivos?

Habían atravesado ya las sombras y la luz caía sobre ellos como una ducha líquida al rojo blanco. Donovan se encogió involuntariamente.

—¡Caramba! ¿Es imaginación o siento calor?

—Ya sentirás más. No pierdas de vista a Speedy —le respondió.

El robot SPD-13 estaba lo suficientemente cerca para ser visto ya con todo detalle. Su gracioso y alargado cuerpo lanzaba cegadores destellos mientras avanzaba con fácil velocidad por el abrupto suelo. Su nombre era derivado de las iniciales, pero era apropiado, porque los modelos SPD se contaban entre los robots más veloces producidos por la «U. S. Robots & Mechanical Men Corp».

—¡Eh, Speedy! —gritó Donovan agitando la mano.

—¡Speedy! —chilló también Powell—. ¡Ven aquí!

La distancia entre los dos hombres y el errante robot fue reduciéndose momentáneamente, más por los esfuerzos que por el lento avance de las anticuadas monturas de Donovan y Powell.

Estaba lo suficientemente cerca para darse cuenta que el paso de Speedy tenía una especie de balanceo peculiar y, en el momento en que Powell agitaba de nuevo la mano y mandaba el máximo de energía a su emisor de radio, preparándose a lanzar un nuevo grito, Speedy levantó la cabeza y los vio.

Speedy se detuvo y permaneció un momento inmóvil, balanceándose levemente como bajo el impulso de una ligera brisa.

—¡Muy bien, Speedy! ¡Ven aquí, muchacho!

A lo cual la voz de robot de Speedy resonó en los auriculares de Powell por primera vez.

Pero lo que dijo fue incomprensible. Fueron sólo unos sonidos inarticulados o quizá unas palabras incomprensibles. Girando sobre sus talones, salió a toda velocidad en la dirección por donde había venido, levantando en su furia fragmentos de polvo ardiente. Y sus últimas palabras al huir fueron:

«Crece una florecilla cerca del viejo roble», seguidas de un curioso sonido metálico que pudo ser el robótico equivalente del hipo.

—Oye, Greg... —dijo Donovan desfalleciendo—, ¿es que está borracho o qué?

—Si no me lo hubieses dicho, no me hubiera dado cuenta —respondió Powell amargamente—. Volvamos al acantilado. Me estoy asando.

Powell fue el primero en romper el angustioso silencio.

—En primer lugar —dijo—, Speedy no está borracho en el sentido humano de la palabra, porque es un robot y los robots no se emborrachan. Sin embargo, le pasa algo que es el equivalente robótico de la borrachera.

—Para mí está borracho, y me parece que se figura que estamos jugando — insistió Donovan—. Y no hay tal. Es cuestión de vida, o una muerte espantosa.

—Muy bien. No me apures. Un robot sólo es un robot. Una vez que hayamos averiguado qué le pasa, podremos arreglarlo y seguir adelante.

—*Una vez...* —dijo Donovan tristemente.

—Speedy está perfectamente adaptado al ambiente de Mercurio —prosiguió Powell sin hacerle caso—. Pero esta región es definitivamente anormal —añadió con un amplio movimiento del brazo—. Ésta es la consecuencia. Ahora bien, ¿de dónde vienen estos cristales? Pueden haber sido formados por un líquido de enfriamiento muy lento; pero, ¿de dónde sacarás un líquido tan caliente que pueda enfriarse bajo el sol de Mercurio?

—Acción volcánica —insinuó al instante Donovan.

—De la boca de los inocentes... —murmuró Powell con una extraña voz, antes de permanecer algunos minutos silencioso—. Escucha, Mike —dijo finalmente—, ¿qué le dijiste a Speedy cuando lo mandaste en busca del selenio?

Donovan quedó sorprendido, inmóvil.

—Pues..., no lo sé. Le dije sólo que fuese por él.

—Sí, ya lo sé. Pero, ¿cómo? Trata de recordar las palabras exactas.

—Le dije..., eh..., dije: «Speedy, necesitamos selenio. Puedes encontrarlo en tal y tal sitio. Ve por él». Eso es todo. ¿Qué más querías que le dijera?

—¿No indicaste ninguna urgencia en la orden, verdad?

—¿Para qué? Era pura rutina.

—Bien, es tarde ya —dijo Powell con un suspiro—, pero estamos en un buen atolladero. —Había desmontado de su robot y estaba sentado de espaldas al acantilado. Donovan se reunió con él y se tomaron del brazo. A distancia, la abrasadora luz del sol parecía querer jugar al escondite con ellos y, a su lado, de los dos gigantescos robots sólo era visible el rojo oscuro de sus ojos fotoeléctricos que los miraban, sin pestañear, inmóviles e indiferentes.

¡Indiferentes! ¡Como todo lo de aquel ponzoñoso Mercurio, tan grande en peligros como pequeño de talla!

La voz de Powell resonó tensa en el receptor de radio de Donovan.

—Ahora veamos, empecemos por las tres Reglas Fundamentales Robóticas, las tres reglas que han penetrado más profundamente en el cerebro positrónico de los robots. —Sus enguantados dedos fueron marcando los puntos en la oscuridad—. Tenemos: Primera. «Un robot no debe dañar a un ser humano, ni, por su inacción, dejar que un ser humano, sufra daño.»

—¡Exacto!

—Segunda —continuó Powell—. «Un robot debe obedecer las órdenes que le son dadas por un ser humano, excepto cuando estas órdenes están en oposición con la

Primera Ley.»

—¡Exacto!

—Y la tercera: «Un robot debe proteger su propia existencia hasta donde esta protección no esté en conflicto con la Primera y Segunda Leyes.»

—Exacto. ¿Y ahora dónde estamos?

—Exactamente en la explicación. El conflicto entre las diferentes leyes se presenta ante los diferentes potenciales positrónicos del cerebro. Vamos a suponer que un robot se encuentra en peligro y lo sabe. El potencial automático que establece la Tercera Ley le obliga a dar la vuelta. Pero supongamos que tú le *ordenas* correr este peligro. En este caso la Segunda Ley establece un contrapotencial más alto que el anterior y el robot cumple la orden a riesgo de su existencia.

—Bien, eso ya lo sabemos. ¿Qué hay de ello?

—Veamos el caso Speedy. Speedy es uno de los últimos modelos, altamente especializado y del costo de un barco de guerra. No es una cosa para ser destruida en forma apresurada.

—De manera que la Tercera Ley ha sido reforzada como fue específicamente mencionado, dicho sea de paso, en los folletos sobre los modelos SPD, de forma que su alergia al peligro sea inusualmente alta. Al mismo tiempo, cuando lo mandaste en busca del selenio le diste la orden distraídamente y sin énfasis especial, de manera que el potencial de la Segunda Ley era sumamente débil. Ahora bien, fíjate; no hago más que establecer los hechos.

—Muy bien, sigue; me parece que ya lo tengo.

—¿Ves cómo es la cosa, no? Hay alguna especie de peligro, centralizado en el pozo de selenio. Aumenta al aproximarse a él, y, a una cierta distancia de él, el potencial de la Tercera Ley, inusualmente alto, compensa exactamente el potencial de la Segunda Ley, inusualmente bajo.

Donovan se puso de pie, excitado.

—Y crea el equilibrio, ya lo veo. La Tercera Ley lo hace retroceder, y la Segunda Ley lo lleva adelante...

—Y así describe un círculo alrededor del pozo de selenio, permaneciendo en el lugar donde los potenciales se equilibran. Y como no hagamos algo permanecerá en este círculo para siempre jamás, girando como un carrusel. Y esto —añadió más pensativo— es lo que lo embriaga. En un equilibrio potencial la mitad de los senderos positrónicos de su cerebro están fuera de sitio. No soy especialista en robots, pero me parece obvio. Probablemente habrá perdido el control de aquellas precisas partes de su mecanismo voluntario que pierde el ser humano ebrio.

—Pero, ¿cuál es el peligro? Si supiésemos de qué huía...

—Tú lo has insinuado. Acción volcánica. En algún sitio, encima del pozo de selenio, hay una emanación de gases de las entrañas de Mercurio. Oxido de azufre,

óxido de carbono..., y monóxido de carbono. Muchos..., y a esta temperatura...

—El monóxido de carbono más hierro da el hierro carbonilo.

—Y un robot —añadió Powell— es esencialmente hierro. No hay nada como la deducción —añadió—. Hemos definido todo lo referente al problema, menos la solución. No podemos conseguir el selenio nosotros mismos. Sigue estando demasiado lejos. No podemos enviar estos robots-caballos porque no pueden ir solos y no pueden llevarnos lo suficientemente aprisa para no perecer abrasados. Y no podemos agarrar a Speedy, por que el imbécil cree que estamos jugando.

—Si uno de nosotros fuese —dijo tímidamente Donovan— y regresase asado siempre quedaría el otro.

—Sí —respondió Powell sarcásticamente—, sería un tierno sacrificio, salvo que una persona no estaría en condiciones de dar órdenes antes de llegar al pozo y no creo que los robots regresasen al acantilado sin órdenes. Calcúlalo. Estamos a cuatro o cinco kilómetros del pozo, digamos cuatro, el robot anda siete kilómetros por hora y nosotros duraríamos veinte minutos en nuestros trajes. Y no es sólo el calor, recuérdalo. La radiación solar, aquí, a partir del ultravioleta es *veneno*.

—¡Ejem!... —murmuró Donovan—. Nos faltarían diez minutos.

—Como si fuese una eternidad. Y otra cosa: para que el potencial de la Tercera Ley haya detenido a Speedy donde lo ha detenido, tiene que haber una cantidad apreciable de monóxido de carbono en la atmósfera, de vapor metálico, y, por consiguiente, una acción corrosiva apreciable. Lleva ya varias horas fuera; y, ¿cómo sabemos que una articulación de la rodilla, por ejemplo, no se saldrá de su sitio, haciéndolo caer? No es sólo cuestión de pensar; tenemos que pensar *de prisa*.

¡Profundo, sombrío, tétrico silencio...!

Donovan lo rompió, temblándole la voz por el esfuerzo hecho para ocultar su emoción:

—Puesto que no podemos incrementar el potencial de la Segunda Ley dándole nuevas órdenes, ¿por qué no obrar en sentido contrario? Si incrementamos el peligro, incrementamos el potencial de la Tercera Ley y lo traemos atrás.

La placa de visión de Powell se había vuelto hacia él con una pregunta muda.

—Verás —dijo la cautelosa explicación—, lo único que tenemos que hacer para sacarlo de su cauce es aumentar la concentración de monóxido de carbono por su vecindad. Bien, en la estación tenemos un laboratorio analítico completo.

—Naturalmente —asintió Powell—. Es una estación minera.

—Bien. Debe haber kilogramos de ácido oxálico para las precipitaciones del calcio.

—¡Sagrado espacio! ¡Mike, eres un genio!

—Sí, sí... —reconoció Donovan modestamente—. Se trata sólo de recordar que el ácido oxálico, al calentarse, se descompone en bióxido de carbono, agua y el buen

viejo monóxido de carbono. Química de primer año, ya sabes...

Powell se había puesto de pie y llamó la atención de uno de los monstruosos robots.

—Oye, ¿sabes tirar cosas?

—¿Señor...?

—Es igual. —Powell maldijo el torpe y lento cerebro del robot. Recogió del suelo un trozo de roca del tamaño de un ladrillo—. Toma esto —le dijo— y arrójalo al espacio más allá de la hendidura. ¿Lo ves?

—Está demasiado lejos, Greg —dijo Donovan, tocándole el hombro—. Hay casi un kilómetro.

—Calla —respondió Powell—. Hay que contar con la gravedad de Mercurio y que un brazo de acero lo lanza. ¡Fíjate, quieres...!

Los ojos del robot estaban midiendo la distancia con una minuciosa precisión estereoscópica. Su brazo se ajustó solo al peso del proyectil y se echó atrás. En la oscuridad, los movimientos del robot eran invisibles, pero se oyó el ruido silbante producido por el lanzamiento y segundos después la piedra apareció, destacándose en negro sobre la luz del sol. No había resistencia del aire para frenarla, ni viento para apartarla de su camino, y cuando cayó al suelo levantó trozos de cristal en el preciso centro de la «mancha azul».

Powell lanzó un aullido de júbilo y exclamó:

—Vamos a buscar el ácido oxálico, Mike.

Mientras penetraban de nuevo en la arruinada subestación que llevaba al túnel, Donovan dijo, con rabia:

—Speedy no se ha movido de este lado del pozo de selenio desde que andamos detrás de él, ¿te has fijado?

—Sí.

—Me parece que quiere jugar. ¡Bien, entonces jugaremos con él!

Pocas horas después estaban de regreso con tres jarras de a litro de un producto químico blanco y las caras largas. La barrera de fotocélulas se estaba deteriorando más rápidamente de lo que hubiera podido preverse. Los dos robots avanzaron en silencio por la parte soleada hacia Speedy, que estaba esperando. Al verlos, galopó nuevamente hacia ellos.

—Aquí estamos otra vez... «¡Jeee!» He hecho la lista del piano y el organista. Es como el que bebe menta y te lo escupe a la cara.

—Nosotros vamos a escupirte algo a la cara —murmuró Donovan—. Cojea, Greg.

—Ya me he fijado —respondió éste en voz baja—. El monóxido lo atacará, si no nos damos prisa.

Avanzaban cautelosamente, casi deslizándose, para evitar poner en movimiento el

robot irracional. Powell estaba todavía demasiado lejos para decirlo con seguridad, pero hubiera jurado que el perturbado cerebro de Speedy se disponía a echar a correr.

—¡Vamos allá! —jadeó—. Cuenta hasta tres. ¡Uno!... ¡Dos!

Dos brazos de acero se echaron atrás simultáneamente y agarrando las dos jarras de cristal las lanzaron al aire describiendo dos arcos paralelos. Brillaban como diamantes bajo el insostenible sol. Y en el espacio de dos segundos se estrellaron en el suelo detrás de Speedy, desprendiendo el ácido oxálico pulverizado.

Bajo el potente calor del sol de Mercurio, Powell sabía que hervía como el agua de soda.

Speedy se volvió a mirarlos, después se apartó lentamente y fue ganando velocidad. A los quince segundos corría directamente hacia los dos seres humanos. Powell no entendió las palabras de Speedy, pero le pareció entender que se referían a las profesiones de los herejes. Se volvió.

—¡Al acantilado, Mike! Ha salido ya del surco y obedecerá las órdenes. Empieza a tener calor.

Se dirigieron hacia las sombras al lento paso de sus monturas y sólo cuando habían entrado y sentido el agradable frescor que reinaba a su alrededor, Donovan se volvió:

—¡Greg!

Powell miró y refrenó un grito. Speedy avanzaba lentamente ahora..., muy lentamente..., y en *dirección opuesta*. Volvía atrás; volvía a su surco; e iba ganando velocidad. A través de los binoculares parecía terriblemente cerca, pese a que estaba terriblemente fuera de su alcance.

—¡A él! —gritó Donovan con furia, e hizo andar a su robot, pero Powell lo llamó.

—No lo alcanzarás, Mike, es inútil. ¿Por qué veré siempre las cosas cinco segundos después que todo haya terminado? Mike, hemos perdido el tiempo.

—Necesitamos más ácido oxálico —dijo fríamente Donovan—. La concentración no era bastante fuerte.

—Siete toneladas serían insuficientes y perderíamos muchas horas preparándolas. ¿No ves lo que ocurre, Mike?

—No —respondió Donovan con franqueza.

—Estábamos estableciendo simplemente nuevos equilibrios. Cuando creamos nuevo monóxido e incrementamos el potencial de la Tercera Ley, retrocede hasta que está de nuevo en equilibrio y cuando el monóxido desaparece, avanza y el equilibrio se restablece de nuevo.

La voz de Powell tenía un acento desalentado.

—Es el viejo círculo vicioso. Podemos empujar la Tercera Ley y tirar de la Segunda Ley y no obtendremos nada; sólo conseguimos cambiar su posición o equilibrio. Teníamos que salirnos de las dos leyes. —Acercó su robot al de Donovan

hasta que estuvieron uno frente al otro, vagas sombras en la oscuridad, y susurró—: ¡Mike!

»Es el final —añadió—. Me parece que lo mejor es que regresemos a la estación, esperemos a que se derrumbe la barrera, estrechémonos las manos, tomemos cianuro y acabemos como hombres.

Soltó una risa nerviosa.

—Mike —repitió Powell con calor—, teníamos que haber alcanzado a Speedy.

—Lo sé.

—Mike... —dijo una vez más, pero entonces Powell vaciló antes de continuar—: Siempre existe la Primera Ley. Pensé en ella..., antes..., pero el caso es desesperado.

Donovan levantó la vista y su voz cobró vida.

—*Estamos desesperados...*

—Bien. De acuerdo con la Primera Ley, un robot no puede ver a un ser humano en peligro por culpa de su inacción. La Segunda y la Tercera no pueden alzarse contra ella. ¡No pueden, Mike!

—Ni aun cuando el robot esté medio lo... Bien, esté borracho. Ya lo sabes.

—Es el riesgo que hay que correr...

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a salir y ver qué efecto produce la Ley Primera. Si no rompe el equilibrio..., todo al diablo; lo mismo da ahora que dentro de tres o cuatro días.

—Escucha, Greg. Hay también reglas humanas de conducta que observar. No vas a salir así tranquilamente. Imaginemos que es una lotería y dame a mí también una oportunidad.

—Muy bien. El primero que saque el cubo de catorce, va. —Y casi inmediatamente añadió—: ¡Veintisiete, coma, cuarenta y cuatro!

Donovan sintió que su robot se tambaleaba bajo un súbito empujón del de Powell y lo vio salir al sol. Donovan abrió la boca para gritar, pero volvió a cerrarla. Desde luego, el muy granuja había calculado el cubo de catorce por anticipado. Muy digno de él.

El sol abrasaba más que nunca y Powell sentía un dolor enloquecedor en la espalda. Su imaginación, probablemente, o quizá la fuerte irradiación que comenzaba a atravesar incluso su insotraje.

Speedy lo estaba contemplando sin decir una palabra, ni incoherente ni de bienvenida. ¡Gracias a Dios! Pero no se atrevía a acercarse demasiado.

Estaba a unos trescientos metros de él cuando Speedy empezó a retroceder, paso a paso, cautelosamente, y Powell se detuvo. Saltó de los hombros del robot al suelo cristalino levantando algunos fragmentos.

Prosiguió a pie resbalando a cada paso, y la baja gravedad aumentaba sus dificultades. Las suelas de sus zapatos se pegaban por efecto del calor. Dirigió una

mirada atrás, hacia el negro acantilado, y se dio cuenta que había ido demasiado lejos para retroceder, solo, o con la ayuda del robot. Sin Speedy estaba perdido, y esta idea producía una gran angustia en su pecho.

¡Bastante lejos! Se detuvo.

—¡Speedy! —llamó—. ¡Speedy!

El esbelto robot moderno vaciló, detuvo su retroceso un instante y lo reanudó.

Powell trató de dar una nota, plañidera a su voz y vio que el resultado era nimio.

—¡Speedy, tengo que regresar a la sombra o el sol terminará conmigo! ¡Es cuestión de vida o muerte, Speedy, te necesito!

Speedy avanzó un paso adelante y se detuvo. Habló, pero al oírlo Powell lanzó un gruñido, porque lo que dijo fue:

—Cuando estás echado despierto con un horrible dolor de cabeza y el reposo te está prohibido...

Aquí calló, y Powell esperó algún tiempo antes de murmurar:

—Iolanthe...

¡Se estaba asando! Vio un movimiento con el rabillo del ojo y se volvió rápidamente; entonces quedó atónito, porque vio que el monstruoso robot que le había servido de montura, avanzó hacia él, aunque nadie lo montaba. Iba diciendo:

—Perdona, señor. No debo moverme sin llevar alguien encima, pero estás en peligro.

¡Desde luego, el potencial de la Ley Primera ante todo! Pero no quería aquella antigualla, quería a Speedy. Se apartó y con el frenesí en la voz, ordenó:

—¡Te ordeno que te apartes! ¡Te ordeno que te detengas!

Fue inútil. Es imposible vencer el potencial de la Regla Primera. El robot insistió, estúpidamente.

—Estás en peligro, señor.

Powell miró a su alrededor, desesperado. No veía ya claro. Su cerebro ardía; la respiración abrasaba sus pulmones; bajo sus pies parecía aceite hirviendo. De nuevo gritó:

—¡Speedy! ¡Me muero, maldito seas! ¿Dónde estás? ¡Te necesito!

Seguía retrocediendo en un ciego esfuerzo de huir del gigantesco robot, cuando sintió unos dedos de acero en sus brazos y una voz metálica y humilde, como excusándose, resonó en sus oídos.

—¡Por el Sagrado Humo, señor, qué estás haciendo aquí! ¡Y qué hago yo..., estoy tan confundido...!

—¡No importa!... —murmuró Powell débilmente—. ¡Llévame al acantilado..., pronto, pronto!

Sólo tuvo una última sensación de ser levantado en el aire, de un rápido avance bajo un calor abrasador, y se desvaneció.



Al despertar, vio a Donovan inclinado sobre él.

—¿Cómo estás, Greg?

—Bien —respondió Powell—. ¿Dónde está Speedy?

—Aquí mismo. Lo he mandado a otro de los pozos de selenio, con orden de conseguir selenio a toda costa, esta vez. Lo traje en cuarenta y dos minutos, tres segundos. Lo he controlado: No ha terminado todavía de excusarse por su fuga. Teme acercarse a ti por miedo a lo que le dirás.

—Tráemelo aquí —ordenó Powell—. No fue culpa suya. —Tendió una mano y agarró la garra metálica de Speedy—. ¡D. K. Speedy! —dijo. Y, dirigiéndose a Donovan, añadió—: ¿Sabes una cosa, Mike? Estaba pensando...

—¿Qué?

—Pues... —Se frotó el rostro; el aire era tan deliciosamente fresco—, ya sabes que cuando lo hayamos arreglado todo aquí y Speedy haya sido sometido a su Campo de Pruebas, nos van a enviar a la próxima Estación del Espacio...

—¡No!

—¡Sí! Por lo menos es lo que la vieja Calvin me dijo antes que saliésemos y yo no conteste nada porque quería luchar contra esta idea.

—¡Luchar!... —gritó Donovan—. ¡Pero...!

—Lo sé. Ahora todo va bien. Doscientos setenta y tres grados centígrados bajo cero. ¿No será un placer?

—Estación del Espacio... —dijo Donovan—. ¡Allá voy!

# Razón (1941)

---

“Reason”

Medio año después, los dos amigos habían cambiado de manera de pensar. La llamarada de un gigantesco sol había dado paso a la suave oscuridad del espacio, pero las variaciones externas significan poco en la labor de comprobar las actuaciones de los robots experimentales. Cualquiera que sea el fondo de la cuestión, uno se encuentra frente a frente con un inescrutable cerebro positrónico, que según los genios de la ciencia, tiene que obrar de esta u otra forma.

Pero no es así. Powell y Donovan se dieron cuenta de ello antes de llevar en la Estación dos semanas.

Gregory Powell espació sus palabras para dar énfasis a la frase.

—Hace una semana Donovan y yo te pusimos en condiciones... —Sus cejas se juntaron con un gesto de contrariedad y se retorció la punta del bigote.

En la cámara de la Estación Solar 5 reinaba el silencio, a excepción del suave zumbido del poderoso Haz Director en las bajas regiones.

El robot QT-1 permanecía sentado, inmóvil. Las bruñidas placas de su cuerpo relucían bajo las luxitas, y las células fotoeléctricas que formaban sus ojos estaban fijas en el hombre de la Tierra, sentado al otro lado de la mesa.

Powell refrenó un súbito ataque de nervios. Aquellos robots poseían cerebros peculiares. ¡Oh, las tres Leyes Robóticas seguían en vigor! Tenían que seguir. Todo el personal de la U. S. Robots, desde el mismo Robertson hasta el nuevo barrendero insistirían en ella. ¡De manera que QT-1 estaba a salvo! Y sin embargo..., los modelos QT eran los primeros de su especie y aquél era el primero de los QT. Los cálculos matemáticos sobre el papel no siempre eran la protección más tranquilizadora contra los gestos de los robots.

Finalmente, el robot habló. Su voz tenía la inesperada frialdad de un diafragma metálico.

—¿Te das cuenta de la gravedad de tal declaración, Powell?

—*Algo* te ha hecho, Cutie —le hizo ver Powell—. Tú mismo reconoces que tu memoria parece brotar completamente terminada del absoluto vacío de hace una semana. Te doy la explicación. Donovan y yo te montamos con las piezas que nos enviaron.

Cutie contempló sus largos dedos afilados con una curiosa expresión humana de perplejidad.

—Tengo la impresión que todo esto podría explicarse de una manera más satisfactoria. Porque, que *tú* me hayas hecho a *mí*, me parece improbable.

—¡En nombre de la Tierra! ¿Por qué? —exclamó Powell, echándose a reír.

—Llámalo intuición. Hasta ahora es sólo esto. Pero pienso razonarlo. Un

encadenamiento de válidos razonamientos sólo puede llevar a la determinación de la verdad, y a esto me atenderé hasta conseguirla.

Powell se levantó y volvió a sentarse en el extremo de la mesa, cerca del robot. Sentía súbitamente una fuerte simpatía por el extraño mecanismo. No era en absoluto como un robot ordinario, que realizaba su tarea rutinaria en la estación con la intensidad de una senda positrónica profundamente marcada.

Puso una mano sobre el hombro de acero de Cutie y notó la frialdad y dureza del metal.

—Cutie —dijo—. Voy a tratar de explicarte algo. Eres el primer robot que ha manifestado curiosidad por su propia existencia..., y el primero, a mi modo de ver, suficientemente inteligente para comprender el mundo exterior. Ven conmigo.

El robot se levantó lentamente y siguió a Powell con sus pasos que hacía silenciosos la gruesa suela de esponja de caucho. El hombre de la Tierra apretó un botón y un panel cuadrado de pared se deslizó a un lado. El grueso y claro vidrio de la portilla dejó ver el espacio..., cuajado de estrellas.

—Ya he visto esto por las ventanas de observación de la sala de máquinas —dijo Cutie.

—Lo sé —dijo Powell—. ¿Qué crees que es?

—Exactamente lo que parece: un material negro detrás de este cristal, salpicado de puntos brillantes. Sé que nuestro director envía rayos desde algunos de estos puntos, siempre los mismos; y también que estos puntos se mueven y que los rayos se mueven con ellos. Eso es todo.

—¡Bien! Ahora quiero que me escuches atentamente. Lo negro es vacío, inmensa extensión vacía que se extiende hasta el infinito. Los pequeños puntos brillantes son enormes masas de materia saturadas de energía. Son globos, algunos de ellos de millones de kilómetros de diámetro, y para que puedas compararlos te diré que esta estación tiene sólo mil quinientos metros de ancho. Parecen tan pequeños porque están increíblemente lejos.

»Los puntos a los cuales van dirigidos nuestros haces de energía están más cercanos y son más pequeños. Son fríos y duros y los seres humanos como yo mismo, vivimos en su superficie; somos varios millones. Es de uno de estos mundos de donde Donovan y yo venimos. Nuestros rayos alimentan estos mundos con energía sacada de uno de estos grandes globos incandescentes que se encuentran cerca de nosotros. A este globo lo llamamos Sol y está del otro lado de la Estación, donde no puedes verlo.

Cutie permanecía inmóvil al lado de la portilla, como una estatua de acero. Sin volver la cabeza, elijo:

—¿De qué punto de luz pretendes venir?

—Allí está —dijo Powell después de haber buscado—. Aquel tan brillante de la

esquina. Lo llamamos Tierra. La buena y vieja Tierra. Somos tres mil millones en él, Cutie, y dentro de unas dos semanas volveré a estar allá con ellos.

Y entonces, cosa sorprendente, Cutie pareció canturrear, distraído. No era en realidad una tonada, pero poseía la curiosa calidad sonora de un «pizzicato». Cesó tan rápidamente como había empezado.

—¿Y de dónde vengo yo, Powell? No me has explicado *mi* existencia.

—Todo lo demás es sencillo. Cuando estas estaciones fueron establecidas por primera vez para alimentar de energía solar a los planetas, eran regidas por seres humanos. Sin embargo, el calor, las fuertes radiaciones solares y las tempestades de electrones hacían la estancia en el puesto difícil. Se perfeccionaron los robots para sustituir el trabajo humano y ahora sólo se necesitan dos jefes para cada estación. Estamos tratando de reemplazar incluso a estos dos y aquí es donde intervienes tú. Tú eres el tipo de robot más perfeccionado, y si demuestras la capacidad de dirigir esta estación independientemente, jamás un ser humano volverá a poner los pies aquí, salvo para traer las piezas de recambio para reparaciones.

Su mano se levantó y la placa de metal volvió a caer en su sitio. Powell volvió a la mesa y frotó una manzana contra la manga antes de morderla. El rojo resplandor de los ojos del robot detuvo un ademán.

—¿Esperas acaso que dé crédito a alguna de estas absurdas hipótesis que acabas de exponerme? —dijo lentamente—. ¿Por quién me tomas?

Powell escupió fragmentos de manzana sobre la mesa y se puso colorado.

—¡Pero, maldito sea! ¡No son hipótesis, son hechos!

—¡Globos de energía de millones de kilómetros de anchura! —dijo Cutie amargamente—. ¡Mundos con tres mil millones de seres humanos! ¡El vacío infinito! ... Lo siento. Powell, pero no creo nada de esto. Lo resolveré yo solo. Adiós.

Dio la vuelta y salió de la cámara. Pasó por delante de Michael Donovan, hizo una inclinación de cabeza al llegar al umbral y salió al corredor, ignorante de la expresión de asombro de los dos hombres.

Mike Donovan se pasó la mano por el rojo cabello y dirigió una mirada de contrariedad a Powell.

—¿Qué diablos estaba diciendo el maldito artefacto este? ¿Qué es lo que no cree?

—Es un escéptico —dijo el otro, mordiéndose nerviosamente el bigote—. No cree que lo hayamos fabricado, ni que la Tierra exista, ni que haya un espacio estrellado.

—¡Por el viejo Saturno! Ha salido un robot loco de nuestras manos...

—Dice que va a resolver el problema él solo.

—Bien, en este caso, espero condescenderá a explicarme todo lo que descubra. —Y con súbita rabia, añadió—: ¡Oye! ¡Como ese montón de metal me largue a mí una de éstas, le parto esta varilla de cromo en la espalda!

Se sentó encogiéndose de hombros y se sacó una novela del bolsillo.

—Este robot empieza a darme susto, de todos modos. Es demasiado inquisitivo...

Mike Donovan se estaba comiendo un bocadillo de lechuga y tomate cuando Cutie llamó suavemente a la puerta y entró.

—¿Está aquí Powell?

Donovan le contestó con voz pausada y apagada por la masticación.

—Está reuniendo datos sobre la función de las corrientes electrónicas. Parece que nos acercamos a una tormenta.

En aquel momento entró Gregory Powell, miró un papel lleno de cifras que traía en la mano y se sentó. Dejó las hojas sobre la mesa y comenzó a hacer cálculos. Donovan lo miraba, masticando la lechuga y recogiendo las migas de pan. Cutie esperaba, silencioso.

—El potencial Zeta se eleva, pero lentamente —dijo Powell levantando la vista—. De todos modos, las corrientes funcionales son errantes y no sé qué esperar. ¡Ah, hola, Cutie! Creía que estabas vigilando la instalación de la nueva *barra de mando*.

—Ya está instalada —dijo el robot tranquilamente—; he venido a sostener una conversación con ustedes.

—¡Ah!... —dijo Powell, aparentemente inquieto—. Bien, siéntate. No, en esta silla, no. Una de las patas es floja y no resistiría tu peso.

—He tomado una decisión —dijo el robot, después de haber obedecido.

Donovan levantó la vista y dejó los restos de su bocadillo a un lado. Se disponía a hablar, pero Powell le hizo guardar silencio con un gesto.

—Sigue, Cutie. Te escuchamos.

—He pasado estos dos últimos días en concentrada introspección —dijo Cutie—, y los resultados han sido de lo más interesante. Empecé por un seguro aserto que consideré podía permitirme hacer. Yo, por mi parte, existo, porque pienso...

—¡Ah, por Júpiter..., un robot Descartes! —gruñó Powell.

—¿Quién es Descartes? —preguntó Donovan—. Oye, ¿es que tenemos que estar aquí sentados escuchando a este loco metálico...?

—¡Cállate, Mike!

—Y la cuestión que inmediatamente se presenta —continuó Cutie imperturbable—, es: ¿cuál es exactamente la causa de mi existencia?

Powell se quedó con la boca abierta.

—Estás diciendo tonterías. Ya te he dicho que te hicimos nosotros.

—Y si no nos crees, con gusto volveremos a hacerte pedazos —añadió Donovan.

El robot tendió sus fuertes manos con un gesto de imploración.

—No acepto nada por autoridad. Una hipótesis debe ser corroborada por la razón, de lo contrario, carece de valor; y es contrario a todos los dictados de la lógica suponer que ustedes me han hecho.

Powell detuvo con su mano el gesto amenazador de Donovan.

—¿Por qué dices esto, exactamente?

Cutie se echó a reír. Era una risa inhumana, la risa más mecanizada que había surgido jamás. Era aguda y explosiva, regular como un metrónomo y sin matiz alguno.

—Fíjate en ti —dijo finalmente—. No lo digo con espíritu de desprecio, pero fíjate bien. Estás hecho de un material blando y flojo, sin resistencia, dependiendo para la energía de la oxidación ineficiente del material orgánico..., como esto —añadió señalando con un gesto de reprobación los restos del bocadillo de Donovan—. Pasan periódicamente a un estado de coma, y la menor variación de temperatura, presión atmosférica, la humedad o la intensidad de radiación afecta vuestra eficiencia. Son *alterables*.

»Yo, por el contrario, soy un producto acabado. Absorbo energía eléctrica directamente y la utilizó con casi un cien por ciento de eficiencia. Estoy compuesto de fuerte metal, estoy consciente constantemente y puedo soportar fácilmente los más extremados cambios ambientales. Estos son hechos que, partiendo de la irrefutable proposición que ningún ser puede crear un ser más perfecto que él, reduce vuestra tonta teoría a la nada.

Las maldiciones murmuradas en voz baja por Donovan brotaron inteligibles al levantarse frunciendo sus rojas cejas.

—¡Muy bien, hijo de unos desperdicios de metal! Si no te hicimos nosotros, ¿quién te hizo?

—Muy bien, Donovan —asintió Cutie gravemente—. Esta era, desde luego, la cuestión siguiente. Evidentemente, mi creador tiene que ser más poderoso que yo y, por lo tanto, sólo es posible una hipótesis.

Los dos hombres de la Tierra le miraban sin expresión y Cutie prosiguió:

—¿Cuál es el centro de las actividades aquí en la Estación? Al servicio de quién estamos todos? ¿Qué absorbe toda nuestra atención?

Esperó, a la expectativa. Donovan miró asombrado a su compañero.

—Apostaría a que este amasijo de tornillos está hablando del mismo Convertidor de Energía.

—¿Es así, Cutie? —preguntó Powell.

—Estoy hablando del Señor —fue la fría respuesta que siguió.

Aquello fue la señal del estallido de risas de Donovan y el mismo Powell se permitió esbozar una sonrisa. Cutie se puso de pie y sus ojos brillantes se fijaron en uno y después en el otro.

—Da lo mismo lo que piensen y no me extraña que se nieguen a creerlo. Ustedes no tienen que estar mucho tiempo aquí, estoy seguro de ello. Powell mismo ha dicho que al principio sólo los hombres servían al Señor; que después vinieron los robots

para el trabajo rutinario; y finalmente yo, para dirigir. Los hechos son sin duda verdaderos, pero la explicación es completamente ilógica. ¿Quieren saber la verdad que hay detrás de todo esto?

—Sigue, Cutie, me diviertes.

—El Señor creó al principio el tipo más bajo, los humanos, formados más fácilmente. Poco a poco fue reemplazándolos por robots, el siguiente paso, y finalmente me creó a mí, para ocupar el sitio de los últimos humanos. A partir de ahora sirvo al Señor.

—No harás nada de esto —dijo Powell secamente—. Seguirás nuestras órdenes y te estarás tranquilo hasta que estemos convencidos que puedes dirigir el Convertidor. ¡Escucha! *El Convertidor*, no el Señor. Si no nos convences, serás desmontado. Y ahora, si no te importa..., puedes marcharte. Y llévate estos datos y regístralos debidamente.

Cutie aceptó los gráficos que le tendían y salió sin decir palabra. Donovan se echó atrás en su silla y se mesó los cabellos.

—Ese robot nos va a dar trabajo. ¡Está como una cabra!

El soñoliento zumbido del Convertidor se oye más fuerte en la cámara de mando y mezclado a él se oye la aspiración de los contadores Geiger y el intermitente ruido de las señales luminosas.

Donovan apartó los ojos del telescopio y encendió los Luxites.

—El haz de la Estación 4 capta Marte en horario. Podemos cortar los nuestros ya. Powell parecía abstraído.

—Cutie está en el cuarto de máquinas. Le daré la señal y puede hacerse cargo de ello. Oye, Mike, ¿qué piensas de estas cifras?

Donovan las estudió atentamente y lanzó un silbido de perplejidad.

—¡Hombre, esto es lo que yo llamo intensidad de rayos gamma! El viejo Sol hace de las suyas...

—Sí —respondió Powell amargamente—, estamos en mala posición para aguantar una tormenta de electrones, además. Nuestro haz de Tierra está probablemente en el sendero indicado. —Apartó su silla de la mesa—. ¡Demonios! ¡Si tan sólo aguantase hasta que venga el relevo, pero lleva ya diez días! Oye, Mike, ¿y si fueses abajo a echar una mirada a Cutie?

—Bien. Dame algunas de estas almendras. —Agarró el saquito que le arrojó Powell y se dirigió hacia el ascensor.

El instrumento se deslizó suavemente hacia abajo y se detuvo en la pequeña puerta de la sala de máquinas. Donovan se asomó a la barandilla y miró hacia abajo. Los enormes generadores estaban en plena acción y de los tubos-L salía el agudo silbido que saturaba toda la estación.

Vio la enorme y reluciente figura de Cutie al lado del tubo-L de Marte,

observando atentamente los demás robots que trabajaban al unísono.

Y entonces Donovan se quedó rígido. Los robots, que parecían empequeñecidos junto el enorme tubo-L, estaban alineados delante de él, con la cabeza doblada en ángulo recto, mientras Cutie andaba lentamente arriba y abajo por delante de ellos. Transcurrieron quince segundos y entonces, con un estruendo metálico que retumbó en la estancia, cayeron todos de rodillas.

Donovan bajó precipitadamente la estrecha escalera. Corrió hacia ellos, con el rostro rojo como sus cabellos, agitando furiosamente los puños en el aire.

—¿Qué diablos significa esto. Idiotas sin seso? ¡Vamos! ¡Ocúpense del tubo-L! ¡Como no lo tengan en perfecta condición, limpio, antes que termine el día, les coagulo el cerebro con corriente alterna!

Ni un solo robot se movió.

Incluso Cutie, en el extremo, el único que estaba de pie, permaneció silencioso, con la mirada fija en los oscuros rincones de la gran máquina que tenía delante. Donovan dio un fuerte empujón al primer robot.

—¡Levántate! —rugió.

Lentamente el robot obedeció.

Sus ojos fotoeléctricos se fijaron con reproche sobre el hombre de la Tierra.

—No hay más Señor que el Señor —dijo—, y QT-1 es su profeta.

—¿Eh?... —Donovan se encontró frente a veinte pares de ojos fijos en el y veinte voces de timbre metálico que declaraban solemnemente:

—«No hay más Señor que el Señor y QT-1 es su profeta...»

—Temo —dijo Cutie al llegar a este punto—, que mis amigos obedecen ahora a alguien más alto que tú.

—¡Que diablos dices! ¡Sal de aquí inmediatamente! Ya te arreglaré las cuentas más tarde, y a estos aparatos animados, ahora mismo.

—Me da pena —dijo Cutie lentamente moviendo despacio la cabeza—, pero veo que no me entiendes. Todos ellos son robots, y por lo tanto seres dotados de razón. Les he predicado la Verdad y ahora reconocen al Señor. Me llaman el Profeta. Soy indigno de ello —añadió bajando la cabeza—, pero quizá...

Donovan consiguió recobrar el aliento e hizo uso de él.

—¿Sí, eh?... ¡Vaya, que bonito!... Pues escucha que te diga una cosa, chimpancé de bronce. Aquí no hay tal Señor, ni tal Profeta, ni es cuestión de quién da órdenes. ¿Entendido? —Su voz se convirtió en un mugido—. ¡Y ahora, fuera de aquí!

—Obedezco solamente al Maestro.

—¡Al diablo el Maestro! —Donovan escupió sobre el tubo-L—. ¡Esto para el Maestro! ¡Haz lo que te digo!

Ni Cutie ni los demás robots dijeron una palabra, pero Donovan se dio cuenta de un aumento de tensión. Los ojos fríos aumentaron la intensidad de su color, y Cutie



parecía más rígido que nunca.

—¡Sacrilego! —murmuró, con voz metálica emocionada.

Donovan tuvo la primera sensación de miedo al ver aproximarse a Cutie. Un robot *no puede sentir odio*, pero los ojos de Cutie eran inescrutables.

—Lo siento, Donovan —dijo el robot—, pero después de esto no puedes seguir por más tiempo aquí. Por consiguiente, Powell y tú tienen vedado el acceso a la sala de control y la sala de máquinas.

Había hecho un gesto pausado y en el acto dos robots sujetaron los brazos de Donovan.

Donovan no tuvo tiempo de hacer más que una angustiada aspiración antes de sentirse levantado y llevado escaleras arriba a la velocidad de un buen galope.

Gregory Powell andaba arriba y abajo de la habitación, con el puño cerrado. Dirigió una intensa mirada de desesperación a la puerta y se acercó a Donovan amargamente.

—¿Por qué diablos tenías que escupir contra el tubo-L?

Mike Donovan se desplomó sobre el sillón y golpeó el brazo furiosamente.

—¿Qué querías que hiciese con este espantajo electrificado? ¡No voy a doblegarme ante sus caprichos!, ¿verdad?

—No; pero ahora estamos en la sala de oficiales con robots de centinela en la puerta. Esto no es doblegarse, ¿verdad?

—Espera a que llegemos a la base. Alguien pagará todo esto —dijo Donovan—. Los robots deben obedecernos. Es la Segunda Ley.

—¿De qué sirve eso? No nos obedecen. Y esto responde seguramente a una razón que descubriremos demasiado tarde. A propósito, ¿sabes lo que nos ocurrirá cuando estemos de regreso en la Base?

Se detuvo delante del sillón de Donovan, furioso.

—¿Qué?

—¡Oh, nada!... Veinte años en las Minas de Mercurio. O quizá el Presidio de Ceres.

—¿Qué estás diciendo?

—La tempestad de electrones que se acerca. ¿Sabes que avanza directamente hacia el centro del haz de Tierra? Acababa de calcularlo cuando el robot me ha levantado de la silla. ¿Y sabes lo que le va a pasar al haz? Porque la tormenta va a ser memorable. Que va a saltar como una pulga con el contacto. Y todo esto con Cutie solo en los controles, y si sale de foco..., que el Cielo proteja a la Tierra..., y a nosotros.

Donovan sacudía frenéticamente la puerta cuando Powell estaba sólo a medio camino de ella. La puerta se abrió y el hombre de la Tierra avanzó, pero encontró un duro e inamovible brazo de acero que lo detuvo.

El robot lo miraba con indiferencia.

—El Profeta ha ordenado que no se muevan. Por favor, obedezcan.

El brazo se movió, Donovan fue empujado hacia dentro y en aquel momento apareció Cutie por el fondo del corredor. Apartó con un gesto suavemente la puerta. Donovan se dirigió a Cutie jadeando, indignado.

—¡Esto ha ido ya bastante lejos! ¡Vas a pagar cara la farsa!

—Por favor, no te contraríes —dijo el robot con suavidad—, tenía forzosamente que ocurrir. Los dos han perdido vuestra función...

—Hasta que fui creado, ustedes velaban por el Maestro. Este privilegio me pertenece ahora a mí y, por consiguiente, la razón de ser de vuestra existencia ha desaparecido. ¿No es esto evidente?

—No mucho —respondió amargamente Powell—, pero, ¿qué crees que vamos hacer ahora?

Cutie no contestó en seguida. Permaneció silencioso como si reflexionase sobre el hombro de Powell. El otro agarró a Donovan por la muñeca y lo acercó,

—Me gustan los dos. Son criaturas inferiores, pero siento realmente cierto afecto por ustedes. Han servido fielmente al Señor y Él se los recompensará. Habiendo terminado vuestro servicio, no existirán probablemente por mucho tiempo, pero mientras existan, tenemos que procurarles comida, ropas y abrigo, a condición que se mantengan apartados de la sala de controles y de máquinas.

—¡Nos está enviando a retiro, Greg! —gritó Donovan—. ¡Haz algo! ¡Es humillante!

—Oye, Cutie, no podemos tolerar esto. Somos los *amos*. Ésta Estación ha sido exclusivamente creada por seres humanos como yo, seres humanos que viven en la Tierra y otros planetas. Esto no es más que un colector de energía. Tú no eres más que... ¡Ay..., demonios!

Cutie movió la cabeza gravemente.

—Esto bordea ya la obsesión. ¿Por qué insisten en un punto de vista tan radicalmente falso? Aun admitiendo que los no-robot carecen de la facultad de razonar, queda todavía el problema de...

Su voz se desvaneció en un reflexivo silencio y Donovan dijo, en un susurro saturado de intensidad:

—Si tuvieses un rostro de carne y hueso te lo rompería.

Con los dedos, Powell se acariciaba el bigote y sus ojos brillaban.

—Escucha, Cutie, si no existe una cosa que se llama Tierra, ¿cómo te explicas lo que ves por el telescopio?

—¡Perdona...!

—¿Te he ganado, eh? —dijo Powell—. Desde que estamos juntos has hecho muchas observaciones telescópicas, Cutie. ¿Has observado que muchos de estos

puntos luminosos se convierten en disco cuando los ves así?

—¡Oh, eso!... Sí, ciertamente. Es una simple ampliación con el propósito de dirigir más exactamente el haz.

—¿Por qué no aumentan igualmente de tamaño las estrellas, entonces?

—¿Quieres decir los demás puntos? No se les envía haz alguno, de manera que no necesitan ampliación. Verdaderamente, Powell, *incluso* deberías ser capaz de comprender eso.

—¡Pero ves más estrellas a través del telescopio! —dijo Powell, mirándolo perplejo—. ¿De dónde vienen? ¿De dónde demonios vienen, por Júpiter?

—Escucha, Powell —dijo Cutie, contrariado—. ¿Crees que voy a perder el tiempo tratando de buscar interpretaciones físicas de todas las ilusiones ópticas de nuestros instrumentos? ¿Desde cuándo puede compararse la prueba ofrecida por nuestros sentidos con la clara luz de la inflexible razón?

—Mira —intervino Donovan súbitamente, liberándose del amistoso, pero pesado brazo metálico de Cutie—, vamos al fondo de la cuestión. ¿Para qué sirven los haces? Te estamos dando una explicación lógica. ¿Puedes hacer tú algo mejor?

—Los haces de luz son emitidos por el Señor para cumplir sus designios. Hay ciertas cosas —añadió elevando piadosamente los ojos— que no deben ser probadas; en esta materia, trato sólo de servir y no de interrogar.

Powell se sentó y hundió el rostro en sus manos temblorosas.

—Sal de aquí, Cutie. Sal de aquí y déjame pensar.

—Te enviaré comida —dijo Cutie amablemente.

Un gruñido fue la única respuesta y el robot salió.

—Greg —dijo Donovan en voz baja y sombría—, esto requiere estrategia. Tenemos que aplicarle un cortocircuito en el momento en que no lo espere. Ácido nítrico concentrado en las articulaciones.

—No digas tonterías, Mike. ¿Crees acaso que nos dejará acercarnos a él con ácido nítrico en las manos? Tenemos que *hablar* con él, te digo. Tenemos que convencerlo para que nos deje tomar de nuevo posesión de la sala de control antes de cuarenta y ocho horas, o seremos reducidos a papilla. Pero —añadió balanceándose, desalentado ante su impotencia—, ¿quién va a discutir con un robot?

—Es vejatorio... —terminó Donovan.

—¡Peor!

—¡Oye! —dijo Donovan, echándose a reír—. ¿Por qué discutir? ¡Demostrémoselo! Construyamos otro robot ante sus propios ojos. ¡Tendrá que tragarse sus palabras, entonces!

En el rostro de Powell apareció astutamente una sonrisa que se fue ensanchando.

—¡Y piensa en su cara de espanto cuando nos vea hacerlo! —terminó Donovan.

Los robots son fabricados, desde luego, en la Tierra, pero su expedición a través

del espacio es mucho más fácil si puede hacerse por piezas y montarlos en el sitio donde deben emplearse. Elimina además la posibilidad que robots completamente montados vayan rondando por la Tierra, enfrentando de esta manera a la U. S. Robots con la estricta ley que prohíbe el uso de robots en la Tierra.

Sin embargo, esto hacía pesar sobre hombres como Powell y Donovan las necesidades de sintetizar robots completos, tarea laboriosa y complicada.

Powell y Donovan no se habían dado nunca tanta cuenta de la verdad de este hecho como el día en que, reunidos en la sala de montaje, emprendieron la creación de un nuevo robot bajo la inspección y vigilancia de QT-1, Profeta del Señor.

El robot en cuestión, un simple MC, yacía sobre la mesa, casi terminado. Tres horas de trabajo lo habían dejado sólo con la cabeza por terminar y Powell se detuvo para enjugarse la frente y mirar a Cutie.

La mirada no fue muy tranquilizadora. Durante tres horas, Cutie había permanecido sentado, inmóvil y silencioso, y su rostro, siempre inexpresivo, era ahora absolutamente inescrutable.

—¡Vamos ya con el cerebro. Mike! —gruñó Powell.

Donovan abrió un receptáculo herméticamente cerrado y del baño de aceite del interior sacó un segundo cubo. Abriendo éste a su vez, sacó un globo de su revestimiento de esponja de goma.

Lo manejó rápidamente, porque era el mecanismo más complicado jamás creado por el hombre. En el interior de la tenue piel chapada de platino del globo, había un cerebro positrónico, en cuya inestable y delicada estructura habían insertados senderos neutrónicos calculados, que dotaban a cada robot de lo que equivalía a una educación prenatal.

El cerebro se adaptaba exactamente a la cavidad craneana del robot. El metal añil se cerró y quedó solidamente soldado por la diminuta llama atómica. Se adaptaron cuidadosamente los ojos electrónicos, fuertemente atornillados en su lugar y cubiertos por una delgada hoja transparente de plástico de la dureza del acero.

El robot sólo esperaba ya la vitalizadora corriente de una electricidad de alto voltaje, y Powell se detuvo con la mano sobre el interruptor.

—Ahora, mira esto, Cutie. ¡Fíjate atentamente!

El interruptor estableció el contacto y se oyó un zumbido. Los dos terrestres se inclinaron emocionados sobre su creación.

Al principio sólo se produjo un leve movimiento en las articulaciones. La cabeza se levantó, los codos se apoyaron sobre la mesa y el robot modelo MC bajó torpemente al suelo. Su paso era inseguro y dos veces unos infructuosos gruñidos fueron todo lo que se consiguió sacarle en materia de palabra. Finalmente su voz, incierta y vacilante, adquirió forma.

—Quisiera empezar a trabajar. ¿Dónde debo ir?

Donovan corrió hacia la puerta.

—¡Baja estas escaleras! —dijo—. Ya te dirán lo que debes hacer.

El robot MC se había marchado y los dos hombres estaban solos delante del inmovible Cutie.

—Y bien, ¿crees ahora que te hemos hecho nosotros?

—¡No! —fue la respuesta corta y categórica de Cutie.

Powell frunció intensamente el ceño y después fue relajándose. Donovan abrió la boca y permaneció así.

—¿Lo ven? —continuó Cutie tranquilamente—. No han hecho más que juntar piezas ya creadas. Lo han hecho extraordinariamente bien, por instinto supongo, pero en realidad no han *creado* el robot. Las piezas habían sido creadas por el Señor.

—Escucha —dijo Donovan, con voz enronquecida—, estas piezas han sido fabricadas en la Tierra y enviadas aquí.

—Bien, bien... —dijo Cutie, tranquilizador—, no discutamos...

—No es ésta mi intención. —Donovan saltó hacia delante y agarró el brazo del robot—. Si fueses capaz de leer los libros de la biblioteca, te lo explicarían de modo que no te quedaría la menor duda.

—¡Los libros..., los he leído! ¡Todos! Son muy ingeniosos.

Powell intervino súbitamente.

—Si los has leído, ¿qué más hay que decir? No puedes negar su evidencia. ¡No puedes!

—Por favor, Powell —dijo Cutie con la compasión en la voz—, no puedo considerarlos como una fuente válida de información. También ellos fueron creados por el Señor..., y lo fueron para ti, no para mí.

—¿Cómo has descubierto esto? —preguntó Powell.

—Porque yo, como ser dotado de razón, soy capaz de deducir la Verdad de las Causas *a priori*. Tú, ser inteligente, pero sin razón, necesitas que se te dé una explicación de la existencia, y esto es lo que hizo el Señor. Que te procurase estas visibles ideas de mundos lejanos y pueblos, es, sin duda, excelente. Vuestras mentes son demasiado vulgares para comprender la Verdad absoluta. Sin embargo, puesto que es la voluntad del Señor que den crédito a vuestros libros, no quiero discutir más con ustedes.

Al marcharse, se volvió y en tono más amable, dijo:

—Pero no teman nada. En el plan de las cosas del Señor hay sitio para todo. Ustedes, los pobres humanos, tienen vuestro lugar, y, si bien es humilde, serán recompensados si lo ocupan dignamente.

Se marchó con el aire de beatitud propio del Profeta del Señor y los dos seres humanos permanecieron solos, evitando mirarse.

—Vayámonos a la cama, Mike, abandono —dijo Powell haciendo un esfuerzo.

—Oye, Greg —dijo Donovan con voz ronca—, ¿no creerás que tiene razón en todo esto, verdad? Parece tan seguro de sí mismo que...

—No seas idiota —dijo Powell volviéndose rápido—. Ya le convencerás del hecho que la Tierra existe cuando vengan los relevos la semana próxima y tengamos que regresar a escuchar el concierto.

—Entonces..., ¡por la salud de Júpiter!, tenemos que hacer algo. —Casi lloraba—. No nos cree ni a nosotros, ni a los libros, ni a sus ojos.

—No —dijo Powell amargamente—. ¡Es un robot con razón, maldita sea, con sus propios postulados! Cree sólo en la razón, y esto tiene un inconveniente... —Su voz se desvaneció.

—¿Cuál es?

—Que por la fría razón y la lógica se puede probar cualquier cosa..., si encuentras el postulado apropiado. Nosotros tenemos los nuestros y Cutie tiene los suyos.

—Entonces veamos estos postulados en seguida. La tempestad es mañana.

—Aquí es donde falla todo —dijo Powell con un suspiro de desaliento—. Los postulados están establecidos por la suposición y reforzados por la fe. Nada en el Universo puede conmoverlos. Me voy a la cama.

—¡Oh, demonios! ¡No puedo dormir!

—Yo tampoco. Pero siempre puedo intentarlo..., por cuestión de principios.

Doce horas después el sueño seguía siendo eso, una cuestión de principios..., inalcanzable en la práctica.

La tormenta llegó a la hora prevista y el rubicundo rostro de Donovan se había quedado sin sangre, Powell, con los labios secos y las mandíbulas apretadas, miraba a través de la portilla y se tiraba desesperadamente del bigote.

En otras circunstancias, hubiera sido un maravilloso espectáculo. El chorro de electrones a alta velocidad que penetraba en el haz de energía florecía en forma de microscópicas partículas de intensa luz. El chorro se desparramaba por el vibrante vacío, formando un revoloteo de brillantes copos.

El haz de energía permanecía inmóvil, pero los dos terrestres sabían el valor de las apreciaciones a simple vista. Una desviación en arco de una centésima de milésima de segundo, invisible al ojo humano, era suficiente para apartar el haz de su foco, y convertir centenares de kilómetros cuadrados de la Tierra en incandescentes ruinas.

Y un robot, indiferente al haz, al foco y a la Tierra, a todo menos a su Señor, era dueño de los mandos.

Las horas pasaron. Los dos hombres seguían mirando en un silencio de hipnosis. La tormenta había cesado.

—Se acabó —dijo Powell con voz incolora.

Donovan había caído en una especie de sopor y Powell lo miraba con envidia. La señal luminosa brillaba una y otra vez, pero ninguno de los dos prestaba atención a ella. Nada tenía importancia. Quizá en el fondo Cutie tuviese razón..., y él no era más que un ser inferior con una memoria metódica y una vida que había sobrepasado su propósito.

¡Ojalá fuese así! Cutie estaba ante él.

—No han contestado a la señal, de manera que he venido —dijo en voz baja—. No tienen buen semblante y temo que el término de vuestra existencia no esté lejano. Sin embargo, ¿quieren ver algunas de las anotaciones registradas hoy?

Powell se daba vagamente cuenta que el robot trataba de mostrarse amistoso, quizá para apagar sus remordimientos, restableciendo a los humanos en el mando de la estación. Tomó las hojas de papel de la mano que se las tendía y las miró sin verlas.

—Desde luego, es un gran prodigio servir al Señor —dijo Cutie, al parecer satisfecho—. No deben tomar a mal que les haya reemplazado.

Powell lanzó un gruñido y siguió recorriendo maquinalmente las hojas de papel hasta que se fijó en una tenue línea roja que cruzaba la hoja.

Miró..., y volvió a mirar. Se apoyó con fuerza sobre los puños y se levantó, sin dejar de mirar. Las demás hojas cayeron al suelo, mezcladas.

—¡Mike! ¡Mike! —Sacudió a su amigo furiosamente—. *¡Se mantiene en dirección!*

—¿Eh?... ¿Cómo? —preguntó Donovan, volviendo en sí, mirando también con los ojos salidos, la hoja que tenía delante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cutie.

—Te has mantenido en el foco —gritó Powell—. ¿Lo sabías?

—¿Foco? ¿Qué es eso?

—Has mantenido el haz dirigido exactamente a la estación receptora..., dentro de una diezmillonésima de segundo de arco.

—¿Qué estación receptora?

—Tierra. La estación receptora es Tierra —balbuceó Powell—. Has mantenido la dirección del foco.

Cutie giró sobre sus talones, contrariado.

—Es imposible mostrar la menor amabilidad con ustedes. ¡Siempre el mismo fantasma! No he hecho más que mantener todas las esferas en equilibrio de acuerdo con la voluntad del Señor.

Y recogiendo los esparcidos papeles, se retiró secamente; una vez que hubo salido, Donovan se volvió hacia Powell y dijo:

—¡Júpiter me confunda!... Bien, ¿y qué hacemos ahora?

—Nada —dijo Powell, cansado—. Nada. Nos ha demostrado que puede dirigir

perfectamente la estación. Jamás he visto hacer mejor frente a una tempestad de electrones.

—Pero esto no resuelve nada. Ya has oído lo que ha dicho del Señor. No podemos...

—Mira, Mike, sigue las instrucciones del Señor a través de relojes, esferas, gráficos e instrumentos. Esto es lo que siempre hemos hecho nosotros. En realidad, equivale a negarse a obedecer. La desobediencia es la Segunda Ley. No hacer daño a los humanos es la Primera. ¿Cómo podía evitar hacer daño a los humanos sabiéndolo o no? Pues manteniendo el haz de energía estable. Sabe que es capaz de mantenerlo más estable que nosotros, ya que insiste en que es un ser superior, y por esto tiene que mantenernos alejados del cuarto de controles. Si tienes en cuenta las Leyes Robóticas, es inevitable.

—Bien, pero no es ésta la cuestión. No podemos consentir que siga con el sonsonete ese del Señor.

—¿Por qué no?

—Porque, ¿quién ha oído jamás decir estas tonterías? ¿Cómo vamos a dejar que siga manteniendo la estación si no cree en la existencia de la Tierra?

—¿Puede dirigir la Estación?

—Sí, pero...

—Entonces, ¿qué más da que crea una cosa que otra?

Powell extendió los brazos con una vaga sonrisa de satisfacción y cayó de espaldas sobre la cama. Estaba dormido.

Powell seguía hablando mientras luchaba por endosarse su ligera chaqueta del espacio.

—Será muy sencillo. Puedes traer nuevos modelos QT uno por uno, los equipas con un conmutador de lanzamiento automático que actúe en el plazo de una semana, como para darles tiempo de aprender..., el..., el culto del Señor, de boca del mismo Profeta; después los conmutas con otra estación para revitalizarlos. Podemos tener dos QT por...

Donovan levantó su visor de glasita y se rió.

—Cállate y larguémonos de aquí. El relevo espera y no estaré tranquilo hasta que sienta la superficie de la Tierra bajo mis pies..., sólo para estar seguro del hecho que ella realmente existe.

La puerta se abrió mientras estaba hablando y Donovan volvió a cerrar inmediatamente el visor de glasita, volviéndose enojado hacia Cutie.

El robot se acercó a ellos lentamente.

—¿Se van? —preguntó con una nota de pesar en la voz.

—Vendrán otros en nuestro lugar —respondió Powell.

—Vuestro tiempo de servicio ha terminado y la hora de la disolución ha llegado



—dijo Cutie con un suspiro—. Lo esperaba, pero... En fin, la voluntad del Señor debe cumplirse...

—Ahorra tu compasión —saltó Powell, indignado por el tono resignado de Cutie—. Nos vamos a la Tierra, no a la disolución.

—Es mejor que lo crean así —suspiró nuevamente el robot—. Ahora comprendo la cordura de la ilusión. No quisiera tratar de conmover vuestra fe, aunque pudiese. —Y se marchó, convertido en la imagen de la compasión.

Powell se echó a reír y se dirigió hacia Donovan. Con las maletas cerradas en la mano, se encaminaron hacia la compuerta neumática.

La nave estaba en el rellano exterior y Franz Muller, su relevo, los saludó con rígida cortesía. Donovan le prestó escasa atención y entró en la cabina del piloto para tomar los mandos de manos de Sam Evans.

—¿Cómo va la Tierra? —preguntó Powell, quedándose atrás.

Era una pregunta bastante convencional y Muller dio la respuesta convencional que merecía:

—Sigue girando.

—Bien —dijo Powell.

—En la U. S. Robots han ideado un nuevo modelo, a propósito —dijo Muller, mirándole—. Un robot múltiple.

—¿Un qué?

—Lo que he dicho. Hay un importante contrato de ellos. Tiene que ser adecuado para los trabajos de minería en los asteroides. Es un robot principal; con seis sub-robots alrededor. Como tus dedos.

—¿Lo han probado ya? —preguntó Powell con ansiedad.

—Te están esperando a ti, he oído decir —dijo Muller sonriendo.

—¡Maldita sea!... —exclamó Powell, cerrando el puño—. Necesito vacaciones.

—¡Oh, las tendrás! Dos semanas, creo.

Se estaba poniendo los gruesos guantes del espacio, preparándose para su estancia allí, y sus espesas cejas se juntaron.

—¿Y qué tal va este nuevo robot? Será mejor que se porte bien; o antes me condeno que dejarle tocar los mandos.

Powell hizo una pausa antes de contestar. Sus ojos recorrieron el cuerpo del orgulloso prusiano desde su cabello encrespado hasta los pies, reglamentariamente cuadrados..., y un súbito resplandor de sincera alegría recorrió su cuerpo.

—El robot es muy bueno —dijo lentamente—. No creo que tengas que preocuparte mucho de los mandos...

Hizo una mueca y entró en la nave. Muller tenía que estar allí varias semanas...

## Atrápame esta liebre (1944)

“Catch that Rabbit”

Tuvo más de dos semanas de vacaciones. Esto, Mike Donovan tenía que reconocerlo. Tuvo seis meses, con paga. Esto tenía que admitirlo también. Pero esto, como explicaba enfurecido, fue fortuito. U. S. Robots tenía que quitarle las pulgas al robot múltiple, y había muchas pulgas, y siempre quedaban por lo menos media docena de pulgas dejadas para el campo de pruebas. De manera que descansaron y esperaron hasta que los hombres de la sección de planos y los supervisores dijeron «O. K.» Y entonces, Powell y él salieron hacia el asteroide y *no fue* «O. K.» Repitieron la cosa una docena de veces, con el rostro compungido.

—¡Por lo que más quieras, Greg, sé un poco realista! ¿De qué sirve aferrarse al pie de la letra a las especificaciones y ver la prueba irse al tacho? Es ya hora que te quites esta manía rutinaria tuya y pongamos manos a la obra.

—Digo únicamente —respondió Gregory Powell pacientemente, como el que explica la teoría de los electrones a un niño idiota—, que, de acuerdo con las especificaciones, estos robots están equipados para los trabajos de minería en los asteroides sin supervisión. No estamos encargados de vigilarlos.

—Muy bien. Mira... ¡Lógico! —Levantó sus velludos dedos y señaló—: Uno; este robot ha pasado por todas las pruebas en el laboratorio de la Tierra. Dos; U. S. Robots garantiza el éxito de la prueba de actividad en un asteroide. Tres; los robots no pasan tal prueba. Cuatro; si no la pasan, U. S. Robots pierde diez millones de créditos en efectivo y unos cien millones en reputación. Cinco; si no la pasan y nosotros no somos capaces de explicar por qué no la pasan, es muy posible que tengamos que decir un tierno adiós a dos buenos empleos.

Powell lanzó un gruñido a través de una visible sonrisa poco sincera. El tácito *slogan* de la «U. S. Robots & Mechanical Men, Corp.», era bien conocido de todos. «Ningún empleado comete el mismo error dos veces. Es despedido a la primera.»

—Tienes la lucidez de Euclides en todo —dijo—, menos en los hechos. Has vigilado tres grupos de estos robots durante tres turnos y han hecho su trabajo perfectamente. Tú mismo lo has dicho. ¿Qué más podemos hacer?

—Averiguar qué es lo que no funciona. Eso es lo que tenemos que hacer. Trabajaron perfectamente mientras los vigilé. Pero en tres diferentes ocasiones, cuando no los vigilé, no sacaron ningún mineral. No llegaban siquiera a la hora. Tenía que ir en su busca.

—¿Y había algo estropeado?

—Nada absolutamente. Todo era perfecto. Liso y perfecto como el luminífero éter. Sólo un pequeño e insignificante detalle me turbó: *no había mineral*.

—Te diré lo que hay, Mike. Nos hemos encontrado con misiones asquerosas en

nuestra vida, pero gana premio la del asteroide de iridio. Todo esto es de una complicación que sobrepasa la resistencia. Mira, este robot DV-5 tiene seis robots que dependen de él. Y no sólo dependen de él..., forman parte de él.

—Yo sé que...

—¡Cállate! Yo sé que lo sabes, pero estoy diciéndote cuán infernal es la cosa. Estos seis robots forman parte de ti, y les dan sus órdenes no por radio ni de viva voz, sino directamente a través de campos positrónicos, Ahora bien..., no hay en toda la U. S. Robots un solo roboticista que sepa lo que es un campo positrónico ni cómo funciona. Yo tampoco lo sé. Ni tú.

—Esto último —dijo Donovan— ya lo sabía.

—Fíjate en nuestra posición. Si todo funciona..., ¡bien! Si algo va mal..., estamos fritos y probablemente no habrá cosa alguna que se pueda hacer, ni nosotros ni nadie. Pero la misión nos corresponde a nosotros y a nadie más, de manera que estamos en un atolladero.

Permaneció un momento silencioso, mirando al vacío y prosiguió:

—En fin..., ¿lo tienes ahí fuera?

—Sí.

—¿Está todo normal, ahora?

—Pues..., por ahora no tiene la manía religiosa ni anda describiendo círculos y recitando tonterías, de manera que lo considero normal.

Donovan franqueó la puerta, moviendo la cabeza con gesto de duda.

Powell tendió la mano hacia el «Manual de Robótica» que tenía en un ángulo de su mesa y lo abrió respetuosamente. Una vez había saltado por la ventana de una casa incendiada en «shorts», pero con el «Manual» bajo el brazo. En caso de duda, se hubiera quitado los «shorts».

El «Manual» estaba abierto delante de él cuando entró el robot DV-5 seguido de Donovan, que volvió a cerrar la puerta de un puntapié.

—Hola, Dave. ¿Cómo te encuentras? —preguntó Powell sombríamente.

—Bien —dijo el robot—. ¿Te importa que me siente? —Se acercó la silla especialmente reforzada para él y se dobló sobre ella.

Powell miró a Dave; los legos en la materia pueden pensar en los robots por números de serie, los especialistas nunca, y con razón. Pese a su construcción como unidad pensadora de un equipo integrado por siete unidades, no era de un volumen exagerado. Tenía poco más de dos metros de altura y pesaba media tonelada de metal y electricidad. ¿Mucho? No cuando la media tonelada tiene que ser una masa de condensadores, circuitos, contactos y células de vacío, capaces de tener prácticamente todas las reacciones conocidas de los humanos. Y un cerebro positrónico que, con 4,5 Kg. de materia y unos cuantos quintillones de positrones, hacía funcionar toda la maquinaria.

Powell buscó un cigarrillo en el bolsillo de su camisa.

—Dave —dijo—, eres un buen muchacho. No tienes nada de coqueto ni de *prima-donna*. Eres un robot, estable, buen minero, salvo que estás equipado para mantener una coordinación directa con seis subsidiarios. Por lo que sé, esto no ha creado en tu mapa de sendas cerebrales ningún cerebro inestable.

—Esto me hace sentirme bien —asintió el robot—, pero, ¿a qué va eso, jefe? —Estaba equipado con un excelente diafragma y la presencia de tonalidades en su voz lo salvaba de buena parte de aquel sonido metálico que suele tener la voz del robot usual.

—Voy a decírtelo. Con todo esto en tu favor, ¿qué pasa que tu trabajo no va bien? Por ejemplo, ¿el turno B de hoy?

—Por lo que yo sé, nada —dijo Dave vacilando.

—No han producido nada de mineral.

—Lo sé.

—¿Entonces...?

—No puedo explicárselo, jefe —dijo Dave, visiblemente turbado—. Sería capaz de darme un ataque de nervios..., si pudiese. Mis subsidiarios trabajan bien. Lo sé. —Reflexionó; sus ojos fotoeléctricos brillaban intensamente—. No recuerdo. El día terminó a las tres y allí estaba Mike, y las vagonetas de mineral, la mayoría vacías.

—No has traído la nota de turnos estos días, Dave —intervino Donovan—. ¿Lo sabes?

—Lo sé. Pero en cuanto... —Se calló, moviendo la cabeza lenta y ceremoniosamente.

Powell tenía la sensación que si el rostro de Dave pudiese expresar algo, expresaría la contrariedad. Un robot, por su misma naturaleza, no puede soportar faltar a su misión.

Donovan acercó su silla a la mesa de Powell y se inclinó hacia él.

—¿Amnesia, crees?

—No puedo decirlo. Pero es inútil tratar de aplicar nombres de enfermedades así. Las perturbaciones humanas sólo se aplican a los robots como románticas analogías. No tienen empleo en ingeniería robótica. Me contraría mucho someterlo a la prueba elemental de reacción de cerebro —añadió, rascándose el cuello—. Esto no adulará su amor propio.

Miró a Dave, pensativo, y después la «Descripción del Campo de Pruebas» dada por el «Manual».

—Mira, Dave —dijo—, ¿qué te parece si hiciéramos una prueba? Me parecería muy indicado.

—Si tú lo dices, jefe... —dijo el robot, levantándose. En su voz había dolor entonces.

Empezó en forma bastante sencilla. El robot DV-5 multiplicó de memoria cantidades de cinco cifras bajo el control de un reloj. Citó los números primos entre mil y diez mil. Extrajo raíces cuadradas e integrales de difíciles complejidades. Resolvió reacciones mecánicas a fin de aumentar las dificultades. Y finalmente, sometió su precisa mente mecánica a las más altas funciones del mundo de los robots: la solución de problemas de juicio y ética.

Al cabo de dos horas, Powell sudaba copiosamente. Donovan se había sometido al poco nutritivo régimen de uñas y el robot preguntó:

—¿Qué tal va eso, jefe?

—Tengo que pensarlo, Dave —dijo Powell—. Un juicio demasiado rápido no serviría de nada. Ahora es mejor que vuelvas al grupo C. No lles prisa. No insistas demasiado en la producción durante algún tiempo..., y todo lo arreglaremos.

El robot se marchó. Powell miró a Donovan. Éste parecía decidido a arrancarse de cuajo el bigote.

—No hay nada que no esté en orden en las corrientes de su cerebro positrónico.

—Sentiría tener esta certidumbre.

—¡Por Júpiter, Mike! El cerebro es la parte más segura de un robot. En la Tierra lo someten a una prueba quintuple. Si pasa sin dificultad el campo de prueba como lo ha pasado Dave, no es posible que el cerebro funcione erróneamente. Esto cubre todos los fragmentos del cerebro.

—¿Dónde estamos entonces?

—No me presiones. Déjame averiguarlo. Queda todavía la posibilidad de una avería mecánica en el cuerpo. Hay unos mil quinientos condensadores, veinte mil circuitos eléctricos individuales, cinco mil células de vacío, mil contactos, y miles de otras piezas individuales, de diversa complejidad, que pueden estar descompuestas. De estos misteriosos campos positrónicos..., nadie sabe nada.

—Oye, Greg —dijo Donovan, impacientándose visiblemente—. Tengo una idea. Este robot puede estar mintiendo. Jamás...

—Los robots no pueden mentir a sabiendas, idiota. Si dispusiéramos del comprobador McCormack-Wesley podríamos comprobar individuo por individuo durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas, pero los dos únicos comprobadores MW existentes están en la Tierra y pesan diez toneladas; están sobre una base de hormigón y son amovibles.

—Pero, Greg —dijo Donovan, mirando la mesa—, sólo dejan de funcionar cuando no los vigilamos. Hay algo siniestro en esto... —Subrayó su juicio con un puñetazo sobre la mesa.

—Me das asco —dijo Powell, lentamente—. Has estado leyendo novelas de aventuras.

—Lo que quisiera saber es qué vamos a hacer... —gritó Donovan.

—Yo te lo diré. Voy a instalar una placa de visión sobre mi mesa. Allá mismo, en la pared. Voy a enfocarla a cualquier sitio de la mina donde se trabaje y vigilaré. Eso es todo.

—¿Eso es todo?... Greg...

Powell se levantó del sillón y apoyó sobre la mesa sus puños cerrados.

—Mike, estoy pasando muy malos momentos. Llevas una semana molestándome con Dave. Dices que se ha estropeado. ¿Sabes cómo se ha estropeado? ¡No! ¿Sabes qué forma ha adquirido la avería? ¡No! ¿Sabes qué la ocasiona? ¡No! ¿Sabes qué le impide trabajar? ¡No! ¿Sabes algo de todo esto? ¡No! ¿Sé yo algo de todo esto? ¡No! De manera que, ¿qué quieres que haga entonces?

Los brazos de Donovan se elevaron en un gesto de grandilocuencia.

—Me has ganado... —dijo.

—Te lo digo una vez más. Antes de intentar una cura tenemos que averiguar en qué consiste la enfermedad. El primer paso necesario para asar una liebre es atraparla. Y ahora, larguémonos de aquí.

Donovan recorrió las líneas preliminares de su memoria con cierto desaliento. Por su parte, estaba cansado, y por otra, ¿qué podía comunicar mientras las cosas no fuesen como era debido?

—Greg —dijo—, estamos a cerca de mil toneladas por debajo del cálculo previsto.

—Me estás diciendo una cosa que no sabía —respondió Powell, siempre sin levantar la vista.

—Lo que quisiera saber —prosiguió Donovan con súbito furor— es por qué tienen que encargarnos siempre a nosotros de los nuevos tipos de robots. He llegado a la conclusión que los robots que eran suficientemente buenos para el tío abuelo por parte de mi madre lo son también para nosotros. Estoy por lo ya probado y aprobado. La prueba del tiempo es lo que cuenta; los viejos robots, sólidos, anticuados, no se estropean jamás.

Powell tiró un libro con perfecto desprecio y Donovan volvió a sentarse con paso vacilante.

—Tu misión —dijo Powell tranquilamente— durante estos últimos cinco años, ha sido probar nuevos robots en condiciones normales de trabajo por cuenta de la U. S. Robots. Porque tú y yo hemos cometido la insensatez de dar pruebas de una gran eficiencia, nos ha recompensado con este asqueroso trabajo. Esto —añadió, como si horadase agujeros en el aire con el dedo— es trabajo tuyo. Has estado andando detrás de ello desde tu primera memoria hasta cinco minutos después que la U. S. Robots te contratase. ¿Por qué no dimites?

—Bien, te lo diré. —Donovan se echó adelante y se agarró con fuerza su mata de cabello rojo—. Soy fiel a mis principios. Después de todo, he tomado parte en el

desarrollo de los nuevos robots. Hay que ayudar al avance científico. Pero no me entiendas mal. No es el principio el que me hace seguir adelante; es el dinero que nos pagan. ¡Greg!

Powell pegó un salto al oír el feroz grito de Donovan y siguió su mirada en la pantalla de visión a la que quedaron mirando los dos con el horror pintado en el rostro.

—¡Que... Júpiter... me... ampare! —susurró.

—¡Míralos, Greg! —exclamó Donovan poniéndose de pie—. ¡Se han vuelto locos!

—Trae un par de trajes —dijo Powell—. Vamos allá.

Observó la actitud de los robots en la placa de visión. En las sombrías galerías del asteroide sin aire se veían unos bronceados resplandores que se movían lentamente. Era como una formación militar y bajo el tenue resplandor de su cuerpo avanzaban silenciosamente por entre las rugosas paredes del túnel, seguidos de parches de sombras. Marchaban al unísono, siete de ellos, con Dave al frente, formando una macabra simultaneidad; fundiéndose en los cambios de formación con la mágica precisión de un regimiento de lanceros.

—Se han vuelto locos por culpa nuestra, Greg —dijo Donovan regresando con los trajes—. Esto es una marcha militar.

—Por lo que veo —respondió fríamente Powell—, puede ser una serie de ejercicios calisténicos. O Dave puede estar bajo la alucinación de ser un maestro de baile. Piensa primero y no te tomes tampoco la molestia de hablar después.

Donovan sonrió y se puso un detonador en el estuche que llevaba al lado, con gesto de ostentación.

—En todo caso —respondió—, así estamos. Así trabajamos con los nuevos modelos de robots. Es nuestro trabajo, de acuerdo. Pero contéstame una cosa. ¿Por qué..., por qué hay siempre algo que va mal con ellos?

—Porque... —dijo Powell sombríamente—, tenemos la maldición encima. ¡Vamos!

Siguiendo la aterciopelada oscuridad de los corredores bajo los círculos luminosos de sus lámparas de bolsillo, llegaron a su destino.

—Aquí están —dijo Donovan, jadeante.

—Estoy tratando de conectarlo por radio, pero no contesta —susurró Powell—. El circuito de la radio está probablemente desconectado.

—Celebro que los ingenieros no hayan inventado todavía el robot que pueda trabajar en la oscuridad total. Me horrorizaría encontrar siete robots en un pozo negro sin radiocomunicación, si no estuviesen *iluminados* como árboles de Navidad radiactivos.

—Trep a este reborde superior, Mike. Vienen por aquí y quiero observarlos de

cerca. ¿Puedes?

Mike pegó el salto con un gruñido. La gravedad era considerablemente más baja que la normal de la Tierra, pero, con un traje pesado, la ventaja no era tan grande, y el reborde representaba un salto de no menos de tres metros. Powell lo siguió.

La columna de robots seguía a Dave en fila india. Con una regularidad mecánica convertían la fila sencilla en doble y volvían a pasar a sencilla en diferente orden. Lo repetían una y otra vez y Dave nunca volvía la cabeza.

Dave estaba a unos seis metros cuando la comedia cesó. Los robots subsidiarios rompieron la formación, esperaron un momento, y desaparecieron en la distancia..., rápidamente. Dave miró hacia ellos, después, lentamente, se sentó. Apoyó la cabeza en una de sus manos, en una postura completamente humana.

—¿Estás aquí, jefe? —dijo su voz en uno de los auriculares de Powell.

Powell hizo un signo a Donovan y saltó del reborde.

—No lo sé... —dijo el robot moviendo la cabeza—. Hace un momento estaba sacando una considerable producción en el Túnel 17 y en el acto me di cuenta de una presencia humana por las cercanías, y me he encontrado casi un kilómetro más abajo del túnel.

—¿Dónde están los subsidiarios, ahora? —preguntó Donovan.

—Trabajando, desde luego. ¿Cuánto tiempo se ha perdido?

—No mucho. Olvídalo. —Volviéndose hacia Donovan, Powell añadió—: Quédate con él el resto del turno. Después, ven. Tengo un par de ideas.

Transcurrieron tres horas antes que Donovan regresase. Parecía cansado.

—¿Cómo ha ido esto? —preguntó Powell.

—No pasa nunca nada cuando se los vigila. Dame un cigarrillo...

El pelirrojo lo encendió con solícito cuidado y echó al aire un anillo de humo.

—He estado pensando en todo esto, Greg —dijo—. Dave tiene un curioso fondo, para ser un robot. Seis dependen de él, con una estricta reglamentación. Tiene derecho de vida o muerte sobre ellos y tiene que reaccionar con su mentalidad. Supongamos que sienta la necesidad de confirmar su poder como concesión a su vanidad.

—Ve al grano.

—Supongamos que tenemos militarismo. Supongamos que está creando un ejército. Supongamos que los está instruyendo para unas maniobras militares. Supongamos...

—Supongamos que has perdido el tino. Tus pesadillas deberían ser en technicolor. Estás postulando la mayor aberración de un cerebro positrónico. Si tu análisis fuese correcto, Dave tendría que infringir la Primera Ley Robótica; que un robot no debe perjudicar a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sea perjudicado. El tipo militarista y de carácter dominador que supones debe tener



como punto final de sus lógicas implicaciones la dominación de los humanos.

—Muy bien. ¿Y cómo sabes que éste no es el fondo de la cuestión?

—Porque todo robot con esta mentalidad, primero, no hubiera salido jamás de la fábrica y, segundo, hubiera sido descubierto inmediatamente. He probado a Dave, ¿sabes?

Powell echó su sillón atrás y puso los pies sobre la mesa.

—No. Seguimos en la situación de no poder asar la liebre porque todavía no sabemos dónde está. Por ejemplo, si pudiésemos saber qué significaba aquella danza macabra que hemos contemplado, estaríamos en el camino de la verdad. Mira, Mike —prosiguió después de una pausa—. ¿Qué te parece esto? Dave deja de funcionar solamente cuando ninguno de nosotros está presente. Y cuando no funciona, la llegada de uno de nosotros lo vuelve loco.

—Ya te dije una vez que todo esto era siniestro.

—No me interrumpas. ¿En qué forma un robot obra de manera diferente cuando los humanos no están presentes? La respuesta es obvia. Se requiere una gran parte de iniciativa personal. En este caso, busca las partes del cuerpo afectadas por la nueva necesidad.

—¡Cáspita! —exclamó Donovan, incorporándose. Después volvió a echarse hacia atrás—. No, no... No es bastante. Es demasiado vago. No cubre las posibilidades.

—No puedo evitarlo. En todo caso, no hay peligro a que no den el rendimiento previsto. Vigilaremos por turno a estos robots a través del visor. Cada vez que ocurra algo, iremos inmediatamente al teatro del suceso. Esto los hará trabajar.

—Pero de todos modos, los robots no seguirán las especificaciones, Greg. La U. S. Robots no puede seguir haciendo modelos DV con unos informes como éstos.

—Es evidente. Tenemos que localizar el error de fabricación y corregirlo, y tenemos sólo diez días para conseguirlo. Lo malo es que... —añadió Powell rascándose la cabeza—. En fin, mira tú mismo los planos.

Los planos sobre papel azul cubrían el suelo como una alfombra y Donovan se puso a gatas ante ellos, siguiendo el errante lápiz de Powell. Éste dijo entonces:

—Aquí es donde entras tú, Mike. Eres el especialista del cuerpo y quiero que me sigas. He estado tratando de cortar todos los circuitos no afectados por la iniciativa. Aquí, por ejemplo, en la arteria del tronco que comporta operaciones mecánicas. Corta todas las rutas laterales rutinarias como divisiones de urgencia... —Levantó la vista—. ¿Qué piensas?

Donovan sentía un mal sabor de boca.

—La cosa no es tan sencilla, Greg. La iniciativa personal no es un circuito eléctrico que puedas aislar del resto y estudiarlo. Cuando un robot actúa por sí mismo, la intensidad de la actividad del cuerpo aumenta inmediatamente en casi todos los frentes. No queda ningún circuito enteramente sin afectar. Lo que hay que

hacer es localizar las condiciones especiales, condiciones muy específicas, que lo afectan, y *entonces*, empezar a eliminar circuitos.

—¡Ejem!... —dijo Powell, levantándose y quitándose el polvo—. Muy bien. Recoge estos papelotes azules y quémalos.

—Ya ves que dada una sola parte defectuosa —dijo Donovan— cuando la actividad se intensifica, puede ocurrir cualquier cosa. El aislamiento cesa, un condensador salta, un contacto echa chispas, una espiral se calienta. Y si obras a ciegas, pudiendo elegir entre todo el robot, jamás encontrarás el punto defectuoso. Si desmontas a Dave y compruebas una por una cada pieza del mecanismo de su cuerpo, volviéndolo a montar y probando nuevamente...

—Bien, bien. Sé también mirar por una portilla...

Se miraron durante un momento, desalentados, y Powell, cautelosamente, dijo:

—Supongamos que interrogásemos a uno de los subsidiarios...

Ni Powell ni Donovan habían tenido hasta entonces la oportunidad de hablar con un «dedo». Sabía hablar; la analogía con el dedo humano no era, pues, exacta. En realidad, tenía un cerebro bastante desarrollado, pero este cerebro estaba primariamente adaptado a la recepción de órdenes, vía campo positrónico, y su reacción a los estímulos independientes era un poco confusa.

Powell no sabía tampoco a ciencia cierta su nombre. Su número de serie era DV-5-2, pero esto era de poca utilidad.

—Oye, camarada —le dijo para infundirle confianza—. Voy a pedirte que pienses muy intensamente y podrás volverte con tu amo.

El «dedo» hizo un rápido movimiento afirmativo con la cabeza, pero no llevó las limitadas funciones de su cerebro hasta hablar.

—En cuatro ocasiones recientes —dijo Powell—, tu amo se apartó del esquema cerebral. ¿Recuerdas estas ocasiones?

—Sí, señor.

—Las recuerda —gruñó Donovan con rabia—. Ya te he dicho que hay algo muy siniestro...

—¡Oh, cállate, cállate! Desde luego que el «dedo» recuerda. ¿Qué hay de mal en ello? —Powell se volvió hacia el robot—. ¿Qué estaban haciendo cada una de estas veces..., todo el grupo, me refiero?

El «dedo» tenía una curiosa manera de recitar las frases, como si contestase las preguntas bajo la presión mecánica de su cerebro, pero sin poner en ello entusiasmo.

—La primera vez estábamos trabajando en una difícil explotación en el Túnel 17, Nivel B. La segunda estábamos asegurando el techo contra un posible hundimiento. La tercera vez estábamos preparando explosiones adecuadas para prolongar el túnel sin producir fisuras subterráneas. La cuarta vez fue después de un ligero desprendimiento.

—¿Qué ocurrió estas veces?

—Es difícil de describir. Se transmitió una orden, pero antes que pudiésemos recibirla e interpretarla, vino la nueva orden de avanzar en una extraña formación.

—¿Por qué? —saltó Powell.

—No lo sé.

—¿Cuál era la primera orden..., la que fue anulada por la de marchar en formación? —intervino Donovan, interesado.

—No lo sé. Sentía que se acababa de dar una orden, pero no tuve tiempo de recibirla.

—¿No puedes decirnos nada de ella? ¿Era la misma orden, siempre?

El «dedo» movía la cabeza, desalentado.

—No lo sé.

—Bien, en este caso, vuelve con tu amo —dijo Powell, echándose atrás.

El «dedo» se marchó, visiblemente aliviado.

—Bien, hemos conseguido bastante, esta vez —dijo Donovan—. Ha sido un diálogo, verdaderamente animado del principio al fin. Oye, Greg, Dave y el «dedo» nos están tomando el pelo los dos. Hay demasiadas cosas que no saben ni recuerdan. Va a ser cosa de no confiar ya en ellos, Greg.

Powell se estaba peinando el bigote en sentido contrario.

—¡Válgame Dios, Mike! ¡Otra estúpida observación como ésta y no sé lo que será de ti!

—Bien, bien... Tú eres el genio del equipo. Yo no soy más que un pobre niño de pecho. ¿En qué quedamos?

—Un poco más atrás que antes. He tratado de avanzar hacia atrás por mediación del «dedo» y no lo he conseguido. De manera que tendremos que avanzar hacia delante.

—¡Un gran hombre! —se maravilló Donovan—. ¡Qué simple es todo para él! Ahora tradúcemelo al idioma vulgar, Maestro.

—Lo entenderás mejor si te lo traduzco al lenguaje de los niños. Quiero decir que tenemos que averiguar qué orden fue la que dio Dave antes que todo fuese mal. Esta puede ser la clave del misterio.

—¿Y cómo esperas conseguirlo? No podemos acercarnos a él porque mientras estemos presentes, todo irá bien. No podemos captar sus órdenes por radio porque las transmiten vía campo positrónico. Esto elimina la proximidad y la lejanía, dejándonos ante un magnífico cero.

—Por observación directa, sí. Queda todavía la deducción.

—¿Eh?

—Vamos a ver los relevos, Mike —dijo Powell con una mueca—. Y no apartaremos los ojos de la placa de visión. Observaremos todos los actos de estos

cerebros de acero. En el momento en que dejen de actuar, habremos visto lo que ocurría inmediatamente antes y deduciremos cuál era la orden.

Donovan abrió la boca y permaneció así durante un minuto entero. Después, como si se ahogase, dijo:

—Dimito. Me voy.

—Tienes diez días para tomar una decisión mejor —dijo Powell.

Qué es lo que durante ocho días trató de hacer Donovan. Durante ocho días, en guardias alternadas de cuatro horas, observó, con los ojos doloridos y congestionados, las relucientes formas metálicas que se movían sobre el vago fondo. Y durante ocho días, durante las guardias y los descansos, maldijo a la U. S. Robots, los modelos DV y el día en que nació.

Y entonces, el octavo día, cuando Powell entró con la cabeza dolorida y el sueño en los ojos para hacer su guardia, Donovan se levantó y, tomando lenta y deliberadamente la precisa puntería, arrojó un libro al centro de la placa de visión. Se produjo el natural ruido de algo que se rompe.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó Powell, boquiabierto.

—Porque no quiero observar nada más —respondió Donovan, casi con calma—. Nos quedan dos días y no hemos averiguado nada. DV-5 es sencillamente un fracaso. Se ha parado cinco veces mientras lo he estado observando y tres durante tu guardia y ni tú ni yo somos capaces de saber qué órdenes da. Y no creo que logres averiguarlo, porque no creo lograr averiguarlo yo.

—¡Pero, hombre, cómo quieres vigilar seis robots a la vez! Uno trabaja con las manos, el otro con los pies, uno como un molino de viento y otro salta arriba y abajo como un chiflado. Y los otros dos..., el diablo sabe lo que están haciendo. Y de repente se paran todos.

—Greg, no hacemos lo que debemos hacer. Tenemos que estar más cerca. Tenemos que observar lo que hacen desde donde podamos ver los detalles.

Hubo un amargo silencio que fue roto por Powell.

—Sí, y esperar que ocurra algo con sólo dos días por delante.

—¿Es que hay alguna ventaja en vigilar desde aquí?

—Es más cómodo.

—De acuerdo..., pero hay algo que puedes hacer allí y no puedes hacer aquí.

—¿Qué es?

—Puedes hacerlos parar..., en el momento que quieras, y entretanto estás preparado para ver qué es lo que ocurre.

—¿Cómo es eso? —dijo Powell, intrigado.

—Piénsalo tú mismo si tienes el cerebro que dices. Hazte algunas preguntas. ¿Cuándo para de trabajar el DV-5? ¿Cuándo ha dicho el «dedo» que lo hacía? Cuando hay amenaza de derrumbamiento o bien se produce; cuando hay que tomar delicadas

medidas para la colocación de explosivos al encontrar un filón difícil.

—En otras palabras, cuando hay peligro —dijo Powell.

—¡Exacto! Cuando *esperas* que se produzca. Es el factor de iniciativa personal el que nos causa la perturbación. Y es precisamente durante los momentos de peligro, en ausencia de un ser humano, cuando la iniciativa personal está a su máximo de tensión. Ahora bien, ¿cuál es la deducción lógica? ¿Cómo podemos crear nuestra intercepción cuando y donde queramos? —Hizo una pausa, triunfante, ya que empezaba a gozar con su papel y contestaba sus propias preguntas adelantándose a la respuesta de Powell—. Creando nuestro propio peligro.

—Mike... —dijo Powell—, tienes razón.

—Gracias, camarada. Sabía que algún día la tendría.

—Bien, pero ahórrate los sarcasmos. Los conservaremos en una jarra para los inviernos fríos. Entretanto, ¿qué peligros podemos crear?

—Podríamos inundar las minas, si no estuviésemos en un asteroide sin aire.

—Muy ingenioso, sin duda. Realmente, Mike, me dejas incapacitado de tanta risa. ¿Qué te parece un pequeño desprendimiento de tierras?

Donovan avanzó los labios, reflexionó, y dijo:

—Por mi parte... De acuerdo.

—Bien. Manos a la obra.

Mientras avanzaba por el escarpado paisaje, Powell tenía todo el aspecto de un conspirador. En aquella baja gravedad, andaba por el abrupto suelo lanzando trozos de roca a derecha e izquierda bajo su peso y levantando nubes de polvo gris. Mentalmente, sin embargo, era el cauteloso avance de un conspirador.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó.

—Creo que sí, Greg.

—Muy bien, pero si un «dedo» se acerca a veinte pasos de nosotros nos «sentirá», estemos en su línea de visión o no. Espero que ya lo sepas.

—Cuando necesite una información sobre la ciencia robótica te la pediré por escrito y por triplicado. Entremos por aquí.

Estaban ya en los túneles; incluso la luz de las estrellas había desaparecido. Los dos amigos seguían avanzando entre las paredes, iluminándolas con sus lámparas a espacios intermitentes. Powell buscó el seguro de su detonador.

—¿Conoces este túnel, Mike?

—No muy bien. Es nuevo. Creo poderlo reconocer por lo que vi en la placa de visión, pero...

Transcurrieron unos interminables minutos. Finalmente, Mike dijo:

—Toca eso...

Una ligera vibración de los muros se transmitió a través de la enguantada mano metálica de Powell. No se oía nada, naturalmente.

—¡Diablos! Estamos muy cerca.

—Abre bien los ojos —dijo Powell.

Donovan asintió, impaciente.

La cosa se produjo y desapareció antes que pudiesen sentirla; fue sólo un resplandor bronceado que atravesó su campo visual. Se agarraron uno a otro en silencio.

—¿Crees que nos sienten? —susurró Powell.

—Espero que no. Pero será mejor que los atrapemos de flanco. Toma el primer túnel transversal a la derecha.

—¿Y si no los encontramos?

—Bien, ¿y qué quieres hacer? ¿Volver atrás? —gruñó Donovan, malhumorado—. Están a cuatrocientos metros. Los he estado observando por la placa de visión. Y tenemos dos días...

—¡Cállate! Estás malgastando el oxígeno. ¿Es éste un corredor lateral? —Lanzó un destello—. Sí, lo es. Vamos.

La vibración era considerablemente más fuerte y el suelo temblaba.

—Va bien —dijo Donovan—, si no cede debajo de nosotros, sin embargo. —Mandó el haz de luz hacia delante, inquieto.

Con sólo levantar el brazo podían tocar el techo y la ensambladura había sido colocada recientemente. Donovan vacilaba.

—No hay salida. Volvamos atrás.

—No. Espera —dijo Powell, deslizándose por su lado—. ¿Qué es esta luz, allá abajo?

—¿Luz? No veo ninguna. ¿De dónde quieres que salga una luz, aquí?

—Luz de robot. —Subía por una suave pendiente, sobre manos y rodillas. Su voz resonó ronca e inquieta en los oídos de Donovan—. ¡Eh, Mike, ven aquí!

Había luz. Donovan avanzó al lado de las piernas estiradas de Powell.

—¿Una abertura?

—Sí. Tienen que estar trabajando en este túnel, por el otro lado.

Donovan tocó los ásperos bordes de un agujero que daba a un lugar que el destello luminoso de la lámpara reveló ser la galería principal de un filón. El agujero era demasiado pequeño también para que dos hombres pudiesen mirar por él simultáneamente.

—No hay nada —dijo Donovan.

—Ahora, no. Pero debió haberlo, de lo contrario no hubiéramos visto luz. ¡Cuidado!

Las paredes se derrumbaron a su alrededor y sintieron el impacto. Una ducha de fino polvo cayó sobre ellos. Powell levantó cautelosamente la cabeza y miró.

—Está bien, Mike. Están allí.

Los relucientes robots estaban aglomerados quince metros más abajo, en el túnel principal. Los brazos metálicos trabajaban laboriosamente en el montón de escombros creado por la última explosión.

—No perdamos tiempo —dijo Donovan con afán—. No tardarán mucho en terminar y la próxima explosión puede alcanzarnos.

—¡Por lo que más quieras, no me apures! —Powell sacó el detonador y sus ojos buscaron afanosamente a través del fondo polvoriento, donde la única luz era la de los robots y era imposible ver una roca saliente en la oscuridad.

—Hay un punto en el techo, casi encima de ellos. La última explosión no lo ha derribado del todo. Si puedes alcanzarlo en la base, la mitad del techo se vendrá abajo.

Powell siguió la dirección del delgado dedo.

—¡Cuidado! Ahora fija tu mirada en los robots y reza por que no se vayan demasiado lejos en esta parte del túnel. Son mis fuentes de luz. ¿Están los siete allí?

—Los siete —dijo Donovan después de haberlos contado.

—Bien, entonces, obsérvalos. Fíjate en todos sus movimientos.

Levantó el detonador y apuntó, mientras Donovan vigilaba y pestañeaba bajo el sudor que se metía en sus ojos. Disparó.

Hubo una sacudida, una serie de fuertes vibraciones y una nueva sacudida más fuerte que arrojó a Powell con fuerza contra Donovan.

—¡Greg, me has empujado! —gritó Donovan—. No veo nada...

—¿Dónde están? —preguntó Powell con violencia.

Donovan guardaba un estúpido silencio. No había rastro de los robots. Todo estaba oscuro como las riberas de la laguna Estigia.

—¿Crees que los hemos sepultado? —balbuceó Donovan.

—Vamos a bajar. No me preguntes lo que creo.

Powell se arrastró hacia abajo, a toda velocidad.

—¡Mike!

Donovan se detuvo en el momento en que iba a seguirlo.

—¿Qué ocurre, ahora?

—¡Detente! —La respiración de Powell llegaba ronca e irregular a los oídos de Donovan—. ¡Mike! ¿Me oyes, Mike?

—Estoy aquí. ¿Qué ocurre?

—Estamos bloqueados. No fue el techo que estaba a quince metros de nosotros lo que se vino abajo, sino el nuestro. La sacudida lo ha derribado.

—¡Cómo! —Donovan avanzó y se encontró con una barrera de tierra—. Enciende.

Powell encendió. En ninguna parte había un agujero por donde pudiese pasar una liebre.

—Vaya, ¿y qué hacemos ahora? —dijo Donovan en voz baja.

Perdieron algún tiempo y algún esfuerzo tratando de mover la barrera que los bloqueaba. Powell trató de ensanchar los bordes del agujero original y por un momento levantó su detonador. Pero sabía que tan de cerca, una explosión hubiera equivalido a un suicidio.

—¿Sabes, Mike —dijo sentándose en el suelo—, que hemos armado un lío? No estamos más cerca de saber qué le ocurre a Dave. Fue una buena idea, pero nos ha salido al revés.

La mirada de Donovan delataba una amargura cuya intensidad se perdía totalmente en la oscuridad.

—Sentiría ofenderte, muchacho, pero aparte de lo que sepamos o ignoremos acerca de Dave, estamos en una trampa. Si no nos liberamos, compañero, vamos a morir. M-O-R-I-R, morir. ¿Cuánto oxígeno tenemos, de todos modos? No más de seis horas.

—Ya he pensado en esto —dijo Powell, llevándose los dedos a su sufrido bigote y tratando de levantar su inútil visor transparente—. Desde luego, podríamos hacer que Dave nos saque de aquí fácilmente en este tiempo, de no ser porque nuestra preciosa jugarreta lo debe haber sepultado también con su radiocircuito.

—Lo cual no es muy risueño.

Donovan avanzó hacia la abertura y consiguió encajar en ella muy justamente su protegida cabeza.

—¡Eh, Greg!

—¿Qué hay?

—Supongamos que tuviésemos a Dave a seis metros. Esto nos salvaría.

—Seguro, pero, ¿dónde está?

—Abajo, en el corredor. Pero, por lo que más quieras, no sigas tirando de mí o me vas a arrancar la cabeza de su soporte. Ya te dejaré mirar.

Powell consiguió asomar la cabeza.

—Lo hemos hecho muy bien. Mira estos idiotas. Debe ser un *ballet* esto que hacen.

—Deja las observaciones secundarias. ¿Se acercan?

—No puedo decírtelo. Están demasiado lejos. Pásame la lámpara, ¿quieres? Trataré de llamar su atención de esta manera.

Al cabo de dos minutos, abandonó.

—No hay nada que hacer. Deben ser ciegos. ¡Oh, oh, ahora avanzan hacia nosotros! ¿Qué crees?

—¡Eh, déjame ver! —dijo Donovan.

Hubo un nuevo silencio y Donovan asomó la cabeza. Se acercaban. Dave avanzaba rápidamente a la cabeza de los seis «dedos», que lo seguían en fila india,



balanceándose.

—¿Qué hacen? Eso es lo que quisiera saber. Parece una pantomima —se preguntó Donovan.

—¡Déjate de descripciones! —gruñó Powell—. ¿A qué distancia están?

—A unos quince metros y vienen en esta dirección. Estaremos fuera dentro de quince min... ¡Eh, eh, ay...! ¡AY!

—¿Qué ocurre, ahora? —Powell necesitó algunos segundos para volver en sí ante las exaltaciones vocales de Donovan—. Vamos ya. Déjame asomar también... No seas egoísta.

Avanzó hacia el agujero, pero Donovan lo apartó de un puntapié.

—Han dado media vuelta, Greg. Se marchan. ¡Dave! ¡Eh, Da...ve!

—¿De qué te sirve gritar, idiota? El sonido no se transmite.

—Pues entonces, golpea las paredes, derríbalas, manda alguna vibración. Tenemos que llamar su atención de alguna manera, Greg, o estamos fritos.

Se agitaba como un loco. Powell lo sacudió.

—Espera, Mike, espera. Escucha, tengo una idea. ¡Por Júpiter, es el momento de apelar a las soluciones sencillas! ¡Mike!

—¿Qué quieres?

—Déjame meter aquí antes que estén fuera de nuestro alcance.

—¡Fuera de nuestro alcance! ¿Qué vas a hacer? ¡Eh! ¿Qué vas a hacer con el detonador? —dijo agarrando el brazo de Powell.

Powell se soltó con una violenta sacudida.

—Voy a hacer algunos disparos...

—¿Por qué?

—Te lo diré más tarde. Veamos si sirve de algo, primero. Si no... Quítate de aquí y deja que me meta yo.

Los robots eran ya unos simples puntos que disminuían de tamaño en la distancia. Powell ajustó la mira y la alzó cuidadosamente y apretó tres veces el gatillo. Bajó el arma y miró atentamente. Uno de los subsidiarios había caído. Sólo se veían seis relucientes figuras.

—¡Dave! —gritó Powell por el transmisor, dudando.

Hubo una pausa y los dos hombres oyeron la respuesta.

—¿Jefe? ¿Dónde estás? El pecho de mi tercer subsidiario ha estallado. Está fuera de servicio.

—Déjate de subsidiarios —dijo Powell—. Estamos atrapados en una trampa..., es un desprendimiento de tierras, donde estaban trabajando. ¿Puedes ver nuestros destellos?

—Sí, vamos allí en seguida.

Powell se echó hacia atrás y relajó sus músculos doloridos.

—Bien, Greg —dijo Donovan lentamente con un sollozo contenido en la voz—. Has ganado. Golpeo el suelo con mi frente delante de tus pies. Ahora no me cuentes ningún cuento. Dime exactamente qué ha pasado.

—Es fácil. Que durante todo el proceso hemos omitido lo evidente..., como de costumbre. Sabíamos que se trataba del circuito de iniciativa personal, y que ocurría siempre durante los momentos de peligro, pero seguíamos buscando un orden específico como causa. ¿Y por qué tenía que haber un orden?

—¿Por qué no?

—Mira. ¿Qué tipo de orden requiere mayor iniciativa? ¿Qué tipo de orden se presenta casi siempre sólo en momentos de peligro?

—No me preguntes, Greg. Dímelo y basta.

—Eso estoy haciendo. Es una orden séxtuple. En condiciones ordinarias, con uno o más de los «dedos» realizando un trabajo rutinario que no requiere una estrecha supervisión, nuestros cuerpos transmiten el movimiento rutinario. Pero en un caso de peligro, los seis subsidiarios tienen que ser inmediatamente movilizados.

»Dave tiene que mandar seis robots a la vez. El resto era fácil. Cualquier disminución en la iniciativa requerida, como la llegada de los seres humanos, lo hace retroceder. Por esto destruí uno de los robots. Al hacerlo, él transmitía sólo una orden quintuple. La iniciativa disminuye..., vuelve a la normalidad.

—Pero..., ¿cómo has descubierto todo esto?

—Simple suposición lógica. Lo he probado y ha salido bien.

—Aquí estoy —resonó de nuevo en sus oídos la voz del robot—. ¿Pueden esperar media hora?

—Fácilmente —dijo Powell. Y volviéndose hacia Donovan, prosiguió—: Y ahora el juego será sencillo. Revisaremos los circuitos y comprobaremos cada parte que tiene un trabajo de orden séxtuple como en oposición a un orden quintuple. ¿Qué campo nos deja esto?

—No mucho, me temo —dijo Donovan después de haber reflexionado—. Si Dave es como el modelo preliminar que vimos en la fábrica, tiene un circuito coordinador especial que será la única sección afectada. —Se animó súbitamente de una forma extraña—. Oye, no estaría del todo mal. No hay nada contra esto...

—Muy bien. Piensa en esto y comprobaremos los planos cuando regresemos. Y ahora, hasta que venga Dave, voy a descansar.

—¡Eh, espera! Dime una cosa. ¿Qué eran aquellas extrañas marchas, aquellos pasos de baile que ejecutaban los robots cada vez que se descomponían?

—¿Eso? No lo sé. Pero tengo una idea. Recuerda que estos subsidiarios eran como «dedos» de Dave. Decíamos siempre esto, ¿te acuerdas? Pues bien, tengo la impresión que durante estos intervalos, cada vez que Dave se convertía en un caso de psiquiatría, se dejaba llevar por su obsesión, *daba vueltas a sus dedos*.

Susan Calvin hablaba de Powell y Donovan sin el menor esfuerzo de sonrisa, pero su voz cobraba calor cuando mencionaba los robots. Le era muy fácil hablar de los Speedy, los Cuties o los Daves, y la atajé. De lo contrario, nos hubiera explicado media docena más.

—¿Y no ha ocurrido nunca nada, en la Tierra? —pregunté.

Me miró frunciendo ligeramente el ceño.

—No, no tenemos gran cosa que ver con los robots, aquí en la Tierra.

—Pues es una lástima. Sus ingenieros son buenos, pero, ¿no podríamos hablar un poco de esto? Es su cumpleaños, ya lo sabe usted.

Me alegró ver que se sonrojaba.

—También yo he tenido disgustos con los robots —dijo—. ¡Cielos, cuánto tiempo hace que no pienso en esto! ¡Si hace cerca de cuarenta años! Ciertamente..., fue en 2021. Y yo tenía casi cuarenta años. ¡Oh..., preferiría no hablar de esto!

Esperé, seguro que cambiaría de parecer. Y así fue.

—¿Por qué no? —dijo—. No puede hacerme ya daño alguno. Ni tan sólo el recuerdo. Fui un poco locuela en otro tiempo, joven. ¿Lo creería usted?

—No —dije.

—Pues lo era. Pero Herbie era un robot que podía leer el pensamiento.

—¿Cómo?

—El único en su clase. Ni antes ni después. Un error..., en cierto modo.

## ¡Embustero! (1941)

---

“Liar! (Out Of The Unknown)”

Alfred Lanning encendió cuidadosamente el cigarro, pero las puntas de los dedos le temblaban ligeramente. Sus cejas grises se juntaban mientras iba hablando entre bocanadas de humo.

—Que lee el pensamiento..., no queda la menor duda de eso. Pero, ¿por qué? —dijo, mirando al matemático Peter Bogert.

Bogert echó atrás su negro cabello con las dos manos.

—Éste fue el trigésimo cuarto modelo RB que sacamos, Lenning. Todos los demás eran estrictamente ortodoxos.

El tercer hombre que había con ellos en la mesa frunció el ceño. Milton Ashe era el empleado más joven de la «U. S. Robots & Mechanical Men Inc.», y estaba orgulloso de su puesto.

—Escuche, Bogert, no hubo el menor error en el montaje, desde el principio hasta el fin. Esto puedo garantizarlo.

Los labios gruesos de Bogert esbozaron una sonrisa protectora.

—¿De veras? Si puede usted responder de la operación entera de montaje, recomendaré su ascenso. Contando exactamente, la manufactura de un solo ejemplar de cerebro positrónico, requiere setenta y cinco mil doscientas treinta y cuatro operaciones, y cada una de ellas depende separadamente de un cierto número de factores, de cinco a ciento cinco. Si uno de ellos sale positivamente «mal», el cerebro está inutilizado. No hago más que citar nuestro folleto informativo, Ashe.

Milton Ashe se sonrojó, pero una voz seca cortó su respuesta.

—Si vamos a empezar echándonos la culpa mutuamente, me voy —dijo Susan Calvin con las manos sobre el regazo, palideciendo ligeramente sus delgados labios—. Tenemos en nuestras manos un robot capaz de leer el pensamiento y me parece que lo más importante es descubrir por qué lo lee. No será diciendo: «¡Es culpa tuya! ¡Es culpa mía!», como lo averiguaremos.

Sus fríos ojos grises se fijaron en Milton Ashe que hizo una mueca.

Lanning hizo una también, y, como siempre en tales casos, sus largos cabellos blancos y sus penetrantes y astutos ojos hicieron de él la imagen de un patriarca bíblico.

—Tiene usted razón, doctora Calvin. Vamos a exponerlo todo en forma de píldora concentrada —prosiguió, cambiando el tono de voz, que se hizo más aguda—. Hemos producido un cerebro positrónico de un tipo supuestamente ordinario, que tiene la extraordinaria propiedad de sincronizarse con las ondas del pensamiento ajeno. Esto marcaría la fecha más importante en el avance de la ciencia robótica de nuestra Era si supiésemos por qué sucede. No lo sabemos, y tenemos que averiguarlo.

¿Está esto claro?

—¿Puedo hacer una indicación? —preguntó Bogert.

—Diga.

—Que hasta que hayamos despejado esta incógnita, y como matemático tengo motivos para suponer que la cosa no será fácil, conservemos la existencia de RB-34 secreta. Incluso para los demás miembros de la compañía. Como jefes de departamento, tenemos el deber de no considerar este problema insoluble, y cuantos menos estemos al corriente...

—Bogert tiene razón —dijo la doctora Calvin—. Desde que el Código Interplanetario ha sido modificado en el sentido de permitir que los modelos de robots sean probados en los talleres antes de ser lanzados al espacio, la propaganda antirrobot ha aumentado. Si trasciende la noticia de la existencia de un robot capaz de leer el pensamiento antes que podamos anunciar que tenemos el dominio completo del fenómeno, la campaña adquirirá un incremento considerable.

Lanning fumaba su cigarro, asintiendo gravemente. Se volvió a Ashe.

—Tengo entendido que estaba usted solo cuando se dio cuenta del fenómeno —dijo en forma interrogadora.

—Lo dije, en efecto. Me llevé el susto mayor de mi vida. Acababan de sacar a RB-34 de la mesa de ajuste y me lo enviaron. Overmann estaba fuera, de manera que me lo llevé a las salas de prueba y empecé con él. —Se detuvo y una leve sonrisa apareció en sus labios—. ¿Alguno de ustedes ha sostenido alguna vez una conversación mental sin saberlo?

Nadie se tomó la molestia de contestar y prosiguió:

—Al principio no se da uno cuenta, ¿comprenden?... Me habló, tan lógica y cuerdamente como puedan imaginar, y sólo cuando estaba ya a más de medio camino de las salas de pruebas me di cuenta que no había dicho nada. Desde luego, había pensado mucho, pero no es lo mismo, ¿no es así? Encerré aquella máquina y corrí en busca de Lanning. Tenerlo a mi lado, caminando juntos y verlo penetrar en mi cerebro, leyendo mis pensamientos, me daba escalofríos.

—Lo comprendo —dijo Susan Calvin, pensativa. Sus ojos se fijaban con intensidad en Ashe, de una manera curiosamente significativa—. Tenemos tanto la costumbre de considerar nuestros pensamientos como cosa privada...

—Entonces, sólo lo sabemos nosotros cuatro —intervino Lanning con impaciencia—. ¡Bien! Tenemos que seguir adelante, sistemáticamente. Ashe, quisiera que comprobase la operación de montaje desde el principio hasta el fin. Tiene usted que eliminar todas las operaciones en las cuales no hay posibilidad material de error, y anotar aquellas en que puede haberlo, con su naturaleza y posible magnitud.

—Orden contundente —gruñó Ashe.

—¡Naturalmente! Desde luego, tomará usted a sus órdenes a todos los hombres

que necesite, y no me importa si pasamos de los previstos. Pero no tienen que saber por qué, ¿comprende?

—¡Ejem!..., sí. ¡Otro trabajito de alivio! —dijo el joven técnico con una mueca. Lanning giró en su silla y se volvió hacia Susan Calvin.

—Usted tendrá que emprender su trabajo en otra dirección. Como robopsicóloga de la organización, tendrá que estudiar el robot y trabajar retrospectivamente. Trate de descubrir cómo funciona. Vea qué más está ligado a sus poderes telepáticos, hasta dónde se extienden, qué curvatura toma su dirección y qué perjuicio ha ocasionado exactamente a los robots RB ordinarios. ¿Comprende?

Lanning no esperó a que la doctora Calvin contestase.

—Yo coordinaré los datos e interpretaré matemáticamente los resultados. —Chupó violentamente su cigarro y miró a los demás a través del humo—. Bogert me ayudará en eso, desde luego.

Bogert se frotaba las uñas de una mano con la palma de la otra.

—Bien. Entonces, manos a la obra. —Ashe echó su silla atrás y se levantó. Su agradable rostro juvenil esbozó una sonrisa—. Tengo que realizar el trabajo más arduo de todos, de manera que me voy a trabajar.

Y con un «¡Hasta luego!», salió.

Susan Calvin contestó con una inclinación casi imperceptible de cabeza, pero sus ojos lo siguieron hasta que se perdió de vista, y no contestó cuando Lanning, con un guiño, dijo:

—¿Quiere usted subir y ver al RB-34 ahora, doctora Calvin?

Cuando Susan Calvin entró, los ojos fotoeléctricos de RB-34 se levantaron del libro que estaba leyendo, al oír el chirrido de los goznes y se puso de pie. La doctora Calvin se detuvo para volver a poner en su sitio el gran letrero de «Prohibida la entrada» de la puerta y se aproximó al robot.

—Te he traído los textos sobre los motores hiperatómicos, Herbie, algunos por lo menos. ¿Quieres echarles una mirada?

RB-34, conocido por el apodo de «Herbie», tomó los tres pesados volúmenes que ella llevaba en los brazos y abrió uno de ellos por el índice.

—¡Hum!... «Teoría de Hiperatómico»... —murmuró sin articular, como para sí mismo. Hojeó las páginas y con el aire abstraído, añadió—: ¡Siéntate, doctora Calvin! Necesitaré algunos minutos.

La doctora psicóloga se sentó mientras él tomaba también una silla, se sentaba al otro lado de la mesa y comenzaba a recorrer sistemáticamente los textos. Media hora después los dejó a un lado.

—Desde luego, sé por qué has traído esto.

—Lo temía —dijo la doctora, torciendo el gesto—. Es difícil trabajar contigo, Herbie. Estás siempre un paso más adelante que yo.

—Con estos libros ocurre lo mismo que con los demás. No me interesan. No hay nada en sus textos. Su ciencia no es más que un conjunto de datos recopilados, amasados, para formar una teoría tan increíblemente sencilla que no vale casi la pena de ocuparse de ella. Es tu parte imaginaria lo que me interesa. Tus estudios sobre la relación de los motivos y emociones humanas... —su voluminosa mano describió un amplio ademán, mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Creo comprenderte —murmuró la doctora.

—Leo en los cerebros, ya lo sabes, y no tienes idea de lo complicados que son —continuó el robot—. Me es difícil entenderlo todo porque mi mente tiene muy poco en común con ellos..., pero lo intento y vuestras novelas me ayudan.

—Sí, pero temo que después de las horripilantes sensaciones emotivas de la novela sentimental de nuestros días —y dijo esto con un tono de amargura en la voz — encuentres los cerebros auténticos como los nuestros aburridos e incoloros.

—¡Pero no es así!

La súbita energía de su respuesta la hizo ponerse de pie. Sintió que se sonrojaba, y con congoja pensó: «Debe saber...»

Herbie se arrellanó en su sillón y con una voz en la cual el timbre metálico había desaparecido casi enteramente, murmuró:

—Desde luego, lo sé, Susan Calvin. Piensas siempre en lo mismo, de manera que, ¿cómo no voy a saberlo?

—¿Se lo has dicho a alguien? —inquirió ella.

—¡No! —exclamó él con auténtica sorpresa—. Nadie me lo ha preguntado.

—Entonces... —susurró ella—, debes creer que estoy loca.

—No, es una emoción normal.

—Por esto quizá es una locura. —El apasionamiento de su voz ahogó toda otra emoción. Una parte del alma femenina asomó tras la capa doctoral—. No soy lo que podríamos llamar atractiva...

—Si te refieres al simple atractivo físico, no puedo juzgar. Pero sé que, en todo caso, hay otros tipos de atracción.

—Ni joven —dijo ella, casi sin oír lo que decía el robot.

—No tienes todavía cuarenta años —dijo Herbie con un toque de insistencia en la voz.

—Treinta y ocho si contamos los años; por lo menos sesenta si tenemos en cuenta mi concepto emotivo de la vida. Por algo soy psicóloga. Y él tiene escasamente treinta y cinco, y parece y actúa como si fuese más joven. ¿Crees que me ve alguna vez como otra cosa que lo que soy...?

—Te equivocas. Escúchame... —dijo Herbie golpeando con su puño de acero la mesa de plástico, que produjo un estridente ruido.

Pero Susan Calvin se volvió hacia él y el dolor de su mirada se convirtió en una

llamarada.

—¿Por qué me equivocaría? ¿Qué sabes tú de todo esto..., siendo una simple máquina? Para ti no soy más que un ejemplar; un gusano interesante con una mente peculiar abierta a toda inspección. ¿No soy acaso un magnífico ejemplo de fracaso? Como tus libros... —Su voz, convertida en sollozos, resonaba en el silencio.

El robot se amilanó ante aquel estallido. Movi6 la cabeza, suplicante.

—¿No quieres escucharme? Podría ayudarte, si me dejas.

—¿Cómo? ¿Dándome un buen consejo? —dijo, torciendo nuevamente el gesto.

—No, no es eso. Es que sé lo que piensan los demás... Milton Ashe, por ejemplo. Hubo un largo silencio durante el cual Susan Calvin bajó los ojos.

—No quiero saber lo que piensa —susurró—. ¡Cállate!

—Creía que querías saber lo...

Susan seguía con la cabeza baja, pero su respiración se aceleraba.

—Estás diciendo tonterías —susurró.

—¿Por qué? Trato de ayudarte. Milton Ashe piensa de ti...

La doctora, viendo que se callaba, levantó la cabeza:

—¿Y bien?

—Te ama —dijo el robot, tranquilamente.

Durante un minuto entero, la doctora permaneció sin hablar. Sólo miraba.

—¿Estás equivocado! —dijo por fin—. ¡Tienes que estarlo! ¿Por qué me amaría?

—Pero te ama... Una cosa así no puede quedar oculta..., para mí.

—Pero soy tan..., tan... —balbuceó, y se detuvo.

—No se detiene en las apariencias; admira el intelecto, en los demás. Milton Ashe no es de los que se casan con una mata de pelo y un par de ojos bonitos.

Susan Calvin se dio cuenta que estaba parpadeando rápidamente y esperó antes de hablar. Incluso entonces su voz temblaba.

—Y sin embargo, jamás ha indicado en modo alguno...

—¿Le has dado alguna vez la ocasión?

—¿Cómo podía? Jamás pensé que...

—¡Exacto!

La doctora hizo una pausa, quedando pensativa, y después levantó súbitamente la vista.

—Hace un año, una muchacha fue a verlo al laboratorio. Era linda, supongo, rubia y esbelta. Y, desde luego, no sabía ni que dos y dos eran cuatro. Él pasó todo el día sacando el pecho fuera, tratando de explicarle cómo se construía un robot. —La dureza de su voz había reaparecido—. ¡Pero no lo entendió! ¿Quién era?

—Conozco la persona a quien te refieres —respondió Herbie sin vacilar—. Es su prima hermana y no siente por ella ningún interés sentimental. Te lo aseguro.

Susan Calvin se puso de pie con una vivacidad casi infantil.



—¿No es extraño, esto? Es exactamente lo que quería decirme algunas veces, sin llegar nunca a convencerme. Entonces debe ser verdad.

Se acercó a Herbie y tomó su mano fría.

—¡Gracias, Herbie!... —Su voz era como una ronca súplica—. No hables con nadie de esto. Que sea nuestro secreto..., para siempre.

Con esto y un convulsivo apretón de la mano de metal, incapaz de respuesta, salió.

Herbie se volvió lentamente hacia la abandonada novela, pero no había nadie allí para leer *sus* propios pensamientos.

Milton Ashe se desperezó lenta y concienzudamente y miró a Peter Bogert, doctor en Filosofía.

—Digo... —dijo—. Llevo una semana con esto y casi sin dormir. ¿Hasta cuándo tengo que seguir así? Creía que dijo usted que el bombardeo positrónico en la Cámara de Vacío D era la solución...

Bogert bostezó delicadamente y examinó sus blancas manos con atención.

—Lo es. Le sigo la pista.

—Sé lo que significa que un matemático diga esto. ¿A cuánto está del final?

—Depende.

—¿De qué? —preguntó Ashe, desplomándose sobre un sillón y estirando las piernas.

—De Lanning. No está de acuerdo conmigo —dijo con un suspiro—. Va un poco atrasado, esto es lo malo. Se aferra a las máquinas matriz en todo y por todo y este problema requiere de instrumentos matemáticos más poderosos. Es testarudo.

—¿Por qué no pedir a Herbie que arregle el asunto? —preguntó Ashe, soñoliento.

—¿Al robot? —preguntó Bogert, con los ojos saltándole de las órbitas.

—¿Por qué no? ¿No le ha dicho nada la doctora?

—¿La señorita Calvin?

—Sí, Susie en persona. El robot es una cosa matemática. Lo sabe todo de todo y un poco más. Resuelve integrales triples de memoria y hace análisis de tensores de postre.

—¿Habla usted en serio? —preguntó el matemático, mirándolo con recelo.

—Completamente en serio. Lo malo es que al granuja no le gustan las matemáticas. Prefiere leer novelas sentimentales. ¡De veras! Vaya a ver a la activa Susie alimentándolo con «Pasión Purpúrea» y «Amor en el Espacio».

—La doctora Calvin no nos ha dicho una palabra de esto.

—No ha acabado de estudiarlo todavía. Ya sabe usted cómo es. Le gusta tener pleno conocimiento de las cosas antes de hablar de ellas.

—¿Se lo ha dicho usted?

—Hemos charlado casualmente. Últimamente la he visto a menudo. —Abrió los

ojos y frunció el ceño—. Oiga, Bogie, ¿no ha observado nada extraño en ella, últimamente?

—Usa lápiz de labios, si es esto a lo que se refiere —respondió Bogart, borrando de su rostro la fea mueca.

—¡Diablos, ya lo sé! Carmín, polvos y rimel para los ojos. Pero no es esto. No logro poner el dedo en la llaga. Es la manera como habla..., como si hubiese algo que la hiciese feliz... —Quedó un momento pensativo y se encogió de hombros.

Bogert soltó una carcajada que para un científico de más de cincuenta años no estaba mal.

—Quizá esté enamorada. —dijo.

—Está usted loco, Bogie —dijo Ashe cerrando de nuevo los ojos—. Vaya usted a hablar con Herbie; yo quiero dormir.

—¡Muy bien! No es que me guste mucho que un robot me enseñe mi oficio ni crea que pueda hacerlo...

Un sonoro ronquido fue la única respuesta.

Herbie escuchaba atentamente mientras Peter Bogert, con las manos en los bolsillos, hablaba con artificiosa indiferencia.

—Ya lo sabes, entonces. Me han dicho que entiendes en estas cosas y te las pregunto más por curiosidad que por otra cosa. Mi línea de razonamiento, como te he explicado, comprende algunos puntos dudosos, lo confieso, que el doctor se niega a aceptar, y el cuadro es todavía bastante incompleto. —Viendo que el robot no contestaba añadió—: ¿Y bien?

—No veo ningún error —dijo el robot.

—¿Supongo que no podrás ir más allá de esto?

—No me atrevo a intentarlo. Eres mejor matemático que yo y..., en fin, no me gusta comprometerme.

En la sonrisa de complacencia de Bogert hubo una sombra de tolerancia.

—Suponía que sería éste el caso. Eres profundo. Olvidémoslo.

Arrugó las hojas de papel, las echó en la cesta de papeles, dio media vuelta para marcharse y cambió de opinión. Después de una pausa, añadió:

—A propósito...

El robot esperaba. Bogert parecía tener alguna dificultad.

—Hay algo que quizá..., podrías... —Se detuvo.

—Tus ideas son confusas; pero no hay duda que éstas se refieren al doctor Lanning —dijo Herbie pausadamente—. Es tonto vacilar, porque en cuanto decidas lo que quieres, sabré qué es lo que deseas preguntar.

La mano del matemático se acarició el cabello con un gesto familiar.

—Lanning bordea los setenta —dijo, como si explicase algo.

—Lo sé.

—Y ha sido director de los talleres durante casi treinta años.

Herbie asintió.

—Bien, entonces... —la voz de Bogert se hacía más humilde—, tú sabrás mejor..., si está pensando en dimitir. La salud, quizá, u otra razón...

—Exacto —dijo Herbie como única respuesta.

—Bien, ¿lo sabes?

—Ciertamente.

—¿Y puedes..., decírmelo?

—Puesto que me lo preguntas, sí —respondió el robot sin dar la menor importancia a la cosa—. Ha dimitido ya.

—¿Cómo? —La exclamación fue un sonido explosivo, casi inarticulado. La voluminosa cabeza del científico avanzó hacia adelante—. ¡Dilo otra vez!

—Ha dimitido ya —repitió tranquilamente el robot—, pero su dimisión no ha sido tenida en cuenta todavía. Está esperando resolver el problema..., mío. Una vez conseguido esto, está dispuesto a poner a disposición de quien le suceda el cargo de director.

—¿Y este sucesor..., quién es? —preguntó Bogert, respirando jadeante. Se había acercado a Herbie, con los ojos fijos en las inescrutables células fotoeléctricas del robot.

—Tú eres el futuro director —dijo lentamente.

Bogert se permitió esbozar una sonrisa satisfactoria.

—Es bueno saberlo. Siempre lo había augurado así. Gracias, Herbie.

Peter Bogert había estado aquella mañana en su despacho hasta las cinco y a las nueve estaba nuevamente en él. La estantería que tenía sobre su mesa se había quedado sin libros de referencia a medida que iba consultando uno después del otro. Las páginas de cifras y cálculos que tenía delante crecían microscópicamente, mientras los papeles arrugados que cubrían el suelo formaban una montaña.

A las doce en punto, miró la última página, se frotó sus congestionados ojos, bostezó y se estremeció.

—La cosa va poniéndose peor minuto a minuto. ¡Maldita sea!

Se volvió al oír el ruido de una puerta que se abría y saludó a Lanning que entraba, haciendo crujir los nudillos de su huesuda mano.

El director dirigió una escrutadora mirada al montón de papeles y frunció su velludo ceño.

—¿Nueva orientación? —preguntó.

—No —respondió Bogert con recelo—. ¿Qué hay de malo en la antigua?

Lanning no se tomó la molestia de contestar ni hizo más que dirigir una simple mirada de desprecio a la hoja de encima de la mesa de Bogert. Encendió un pitillo y al resplandor de la cerilla, dijo:

—¿Le ha hablado Calvin del robot? Es un genio matemático. Verdaderamente extraordinario.

—Eso he oído decir —dijo Bogert con desprecio—. Pero Calvin haría mejor en atenerse a la robopsicología. He examinado a Herbie en matemáticas y apenas puede resolver un cálculo.

—Calvin no lo considera así.

—Está loca.

—Yo no lo considero así —repitió el director, entornando los ojos.

—¡Usted! —La voz de Bogert se endurecía—. ¿De qué está hablando?

—He sometido a prueba a Herbie esta mañana y puede hacer cosas de las que no había oído hablar nunca.

—¿De veras?

—Parece usted muy escéptico. —Lanning sacó una hoja de papel de su bolsillo y la desdobló—. ¿Ésta no es mi escritura, verdad?

Bogert examinó la gran anotación angulosa que cubría la hoja.

—¿Ha hecho Herbie esto?

—Exacto. Y observará que ha estado trabajando en su integración de tiempo de la Ecuación 22. Llega a idénticas conclusiones..., y en la cuarta parte del tiempo. —Acompañó esta última afirmación señalando el papel con su dedo amarillento—. No tiene usted derecho —añadió—, a despreciar el Efecto de Permanencia en el bombardeo positrónico.

—No lo desprecio. Por Dios, Lanning, métase bien en la cabeza que esto cancelaría...

—Sí, seguro, ha explicado usted esto. ¿Emplea usted la Ecuación de Conversión Mitchell, verdad? Bien..., pues no sirve.

—¿Por qué no?

—Por una parte, porque ha empleado usted hiperimaginarios.

—¿Qué tiene que ver esto con lo otro?

—La Ecuación de Mitchell no aguantará cuando...

—¿Está usted loco? Si releyese usted el texto original de Mitchell en las *Actas de...*

—No tengo necesidad de ello. Ya le dije desde el principio que no me gusta su razonamiento, y Herbie me apoya en esto.

—¡Bien, entonces —gritó Bogert— que le resuelva el problema del despertador mecánico éste! ¿Para qué tomarse la molestia de buscar no-esenciales?

—Éste es exactamente el punto difícil. Herbie no puede resolver el problema. Y si él no puede, nosotros no podemos tampoco..., solos. Llevaré la cuestión ante la Junta Nacional. Está más allá de nosotros.

La silla de Bogert cayó de espaldas al levantarse de un salto con el rostro

congestionado.

—¡No hará usted nada de esto!

—¿Es que va usted a decirme lo que puedo y no puedo hacer? —preguntó Lanning.

—¡Exactamente! —fue la excitada respuesta—. ¡Tengo el problema planteado y no me lo va usted a quitar de las manos, me entiende! No piense que no veo a través de usted, fósil disecado. Sería capaz de cortarse la nariz antes de dejarme conseguir el mérito de resolver el problema de la telepatía robótica.

—Es usted un perfecto idiota, Bogert, y dentro de dos segundos estará usted destituido por insubordinación. —El labio inferior de Lanning temblaba de indignación.

—Lo cual es una de las cosas que no hará, Lanning. Con un robot capaz de leer el pensamiento no hay secretos que valgan, de manera que sé ya cuanto hace referencia a su dimisión.

La ceniza del pitillo de Lanning tembló y cayó, seguida del pitillo.

—¡Cómo!... ¡Cómo!...

Bogert se echó a reír con maldad.

—Y yo soy el nuevo director, téngalo bien entendido. Estoy perfectamente enterado de ello, aunque crea lo contrario. ¡Maldita sea, Lanning, voy a dar las órdenes oportunas, o aquí se va a armar el lío mayor en que se habrá encontrado metido en su vida!

Lanning consiguió hablar, pero fue más bien un rugido.

—¡Está usted despedido! ¿Se entera? ¡Queda usted relevado de todas sus funciones! ¡Está despedido! ¿Lo entiende?

La sonrisa en el rostro de Bogert se ensanchó todavía más.

—Bueno, y ¿de qué sirve todo esto? Así no va usted a ninguna parte. Tengo los triunfos en la mano. Sé que ha dimitido, Herbie me lo ha dicho y lo sabe perfectamente por usted.

Lanning hizo un esfuerzo por hablar con calma. Parecía viejo, muy viejo, sus ojos cansados miraban a través de un rostro cuyo color había desaparecido, para dejar sólo el tono lívido de la edad.

—Quiero hablar con Herbie. No puede haberle dicho nada de esto. Está usted jugando fuerte, Bogert, pero yo le llamo a esto un «bluff». Venga conmigo.

—¿A ver a Herbie? ¡Magnífico! ¡Verdaderamente magnífico!

Eran también las doce en punto cuando Milton Ashe levantó la vista de su vago diseño y dijo:

—¿Comprende la idea? No sirvo mucho para estas cosas, pero es algo así. Es una preciosura de casa y puedo tenerla casi por nada.

Susan Calvin contempló el diseño con ojos tiernos.

—Es realmente bonita —suspiró—. A menudo he pensado que también me gustaría... —Su voz se desvaneció.

—Desde luego —continuó Ashe animadamente dejando el lápiz—. Tendré que esperar a mis vacaciones. Faltan sólo dos semanas, pero este asunto de Herbie lo tiene todo en el aire. —Fijó la mirada en sus uñas—. Además, hay otro punto..., pero esto es un secreto.

—Entonces, no me lo diga.

—¡Oh, pronto tendré que decirlo, estallo por decírselo a alguien!... Y usted es precisamente la mejor..., eh..., la mejor confidente que puedo encontrar aquí...

Tuvo una sonrisa de timidez. El corazón de Susan latía con fuerza, pero no tuvo confianza en sí misma para hablar.

—Francamente —prosiguió Ashe acercando su silla y bajando la voz hasta convertirla en un susurro confidencial—, la casa no va a ser sólo para mí..., voy a casarme.

Susan se levantó de un salto.

—¿Qué le ocurre?

—¡Oh, nada! —La horrible sensación vertiginosa se desvaneció en el acto, pero era difícil hacer salir las palabras de la boca—. ¿Casarse?... ¿Quiere decir?...

—¡Sí, seguro! ¿Es ya tiempo, no? ¿Recuerda aquella muchacha que vino a verme el verano pasado?... ¡Pues es ella! ¿Pero se siente usted mal?... ¿Qué...?

—Jaqueca —dijo ella, alejándolo débilmente con un gesto—. He estado..., he estado sujeta a ellas últimamente. Quiero felicitarlo..., desde luego. Me alegro mucho... —La inexperimentada aplicación del carmín a las mejillas formaba dos manchas coloradas sobre su rostro de un blanco de cal. Los objetos habían empezado a girar nuevamente—. Perdóneme, por favor.

Salió de la habitación balbuceando excusas. Todo había ocurrido con la catastrófica rapidez de un sueño..., y con el irreal horror de una pesadilla.

Pero, ¿cómo podía ser? Herbie había dicho... ¡Y Herbie sabía! ¡Herbie podía leer en las mentes!

Sin darse cuenta, se encontró apoyada contra el marco de la puerta de Herbie, jadeante, mirando su rostro metálico. Debió subir los dos tramos de escalera, pero no tenía el menor recuerdo de ello. La distancia había sido cubierta en un instante, como en sueños.

¡Como en sueños!

Y los imperturbables ojos de Herbie se fijaban en los suyos y el tenue rojo parecía convertirse en dos relucientes globos de pesadilla.

Hablaba, y Susan sintió el frío cristal de un vaso apoyarse en sus labios. Bebió y con un estremecimiento volvió a la realidad de lo que la rodeaba. Herbie seguía hablando; en su voz había una agitación, como si se sintiese ofendido, temeroso,

suplicante. Sus palabras empezaban a cobrar sentido.

—Esto es un sueño —iba diciendo—, y no debes creer en él. Pronto despertarás en el mundo real y te reirás de ti misma. Te quiere, te digo. ¡Te quiere! ¡Pero no aquí! ¡No ahora! Esto es todo ilusión.

Susan Calvin asentía, su voz convertida en un susurro.

—¡Sí! ¡Sí! —Agarraba el brazo de Herbie, aferrándose a él, repitiendo una y otra vez—: ¿No es verdad, eh? ¡No lo es, no lo es!

Cómo volvió a sus cabales, no lo supo nunca, pero fue como pasar de un mundo de nebulosa irrealidad a uno de luz violenta. Lo apartó de ella, empujó con fuerza el brazo de acero, sin expresión en la mirada.

—¿Qué vas a intentar hacer? —exclamó con la voz convertida en un grito—. ¿Qué vas a intentar hacer?

—Quiero ayudarte —respondió Herbie.

—¿Ayudarme? —exclamó la doctora, mirándolo—. ¿Diciéndome que todo esto es un sueño? ¡Tratando de llevarme a una esquizofrenia! —Una tensión histérica se apoderaba de ella—. ¡Esto no es un sueño! ¡Ojalá lo fuese! —Detuvo su respiración en seco—. ¡Espera! ¡Ya..., ya..., comprendo! ¡Dios bondadoso, todo está tan claro!

En la voz del robot hubo un acento de horror.

—Tenía que hacerlo...

—¡Y yo te creí! ¡Jamás pensé...!

Unas fuertes voces detrás de la puerta atajaron sus palabras. Susan se volvió, cerrando los puños espasmódicamente, y cuando Bogert y Lanning entraron, estaba al lado de la ventana más alejada. Ninguno de los dos hombres prestó atención a su presencia.

Se acercaron a Herbie simultáneamente; Lanning, furioso, e impaciente. Bogert, frío y sardónico. El director fue el primero en hablar.

—¡Ven aquí, Herbie! ¡Escúchame!

El robot enfocó sus ojos en el anciano director.

—Sí, doctor Lanning.

—¿Has hablado de mí con el doctor Bogert?

—No, señor —la respuesta vino lenta, y la sonrisa del rostro de Bogert se desvaneció.

—¿Cómo es eso? —exclamó Bogert avanzando ante su superior y deteniéndose ante el robot—. Repite lo que me dijiste ayer.

—Dije que... —Herbie permaneció silencioso. En la profundidad de su cuerpo el diafragma metálico vibraba con sonidos discordantes.

—¿No me dijiste que había dimitido? ¡Contéstame! —rugió Bogert.

Bogert levantó los brazos, desesperado, pero Lanning lo apartó al lado.

—¿Trataste de engañarlo con una mentira?

—Ya lo ha oído, Lanning. Ha empezado a decir «Sí» y se ha parado. ¡Apártese de aquí! ¡Quiero saber la verdad por él mismo!

—Yo se la preguntaré —dijo Lanning, volviéndose hacia el robot—. Bueno, Herbie, cálmate. ¿He dimitido?

Herbie lo miró y Lanning repitió, impaciente:

—¿He dimitido? —Hubo una leve insinuación de negativa en la cabeza del robot. Una larga espera no produjo nada más.

Los dos hombres se miraron y la hostilidad de sus ojos era tangible.

—¡Que diablos! —estalló Bogert—. ¿Es que el robot se ha vuelto mudo? ¿Es que no puedes hablar, monstruosidad?

—Puedo hablar —dijo la respuesta rápida.

—Entonces contesta esta pregunta: ¿Me dijiste que Lanning había dimitido, o no? ¿Ha dimitido?

Y de nuevo se produjo el profundo silencio, hasta que desde el extremo de la habitación, resonó súbita la fuerte risa de Susan Calvin, vibrante y semihistórica. Los dos matemáticos pegaron un salto y Bogert entornó los ojos.

—¿Usted aquí? ¿Qué es lo que le hace tanta gracia?

—No hay nada gracioso —dijo ella, sin naturalidad en la voz—. Es sólo que no soy la única que ha caído en la trampa. Hay una cierta ironía en ver a tres de los más grandes expertos en robótica del mundo caer en la misma trampa elemental, ¿no creen? —Su voz se desvaneció y se llevó una pálida mano a la frente—. Pero no es gracioso...

Esta vez la mirada que se cruzó entre los dos *hombres* fue grave.

—¿De qué trampa está usted hablando? —preguntó secamente Lanning—. ¿Es que le pasa algo a Herbie?

—No —dijo Susan acercándose lentamente—, no le pasa nada..., es a nosotros mismos a quienes nos pasa. —Se volvió súbitamente hacia el robot y le gritó con violencia—: ¡Lejos de mí! ¡Vete al otro extremo de la habitación y que no te vea cerca!

Herbie se estremeció ante la furia de sus ojos y se alejó con su paso metálico. La voz hostil de Lanning dijo:

—¿Qué significa todo esto, doctora Calvin?

Susan se colocó frente a ellos y los miró con sarcasmo:

—¿Supongo que conocen ustedes la Primera Ley fundamental de la Robótica?

Los dos hombres asintieron a la vez.

—Ciertamente —dijo Bogert, irritado—, «un robot no debe dañar a un ser humano ni por su inacción permitir que se le dañe».

—Bien dicho —se mofó Susan Calvin—. Pero, ¿qué clase de daño?

—Pues..., de toda especie.



—¡Exacto, de toda especie! Pero, ¿qué hay de herir los sentimientos? ¿Y la decepción del propio yo? ¿Y la destrucción de las esperanzas? ¿No es esto una herida?

—¿Qué puede un robot saber de...? —dijo Lanning frunciendo el ceño. Pero se calló, abriendo la boca.

—¿Lo ha comprendido, verdad? Este robot lee el pensamiento. ¿Cree usted que no sabe todo lo que hace referencia a la herida mental? ¿Supone usted que si le hago una pregunta no me dará exactamente la respuesta que yo deseo oír? ¿No nos heriría cualquier otra respuesta, y no lo sabe Herbie muy bien?

—¡Válgame el cielo! —murmuró Bogert.

La doctora le dirigió una mirada sarcástica.

—Supongo que le preguntó usted si Lanning había dimitido. Usted deseaba saber que sí, y ésta es la respuesta que Herbie le dio.

—Y supongo que es por esto —intervino Lanning sin entonación—, que no contestaba hace un momento. No podía contestar sin herirnos a uno de los dos.

Hubo una pausa durante la cual los dos hombres miraron hacia el robot, que estaba como encogido en su silla, al lado de la biblioteca, con la cabeza apoyada en una mano.

—Sabe todo esto... —dijo Susan Calvin mirando fijamente al suelo—. Este..., demonio, lo sabe todo, incluso el error que se cometió en su montaje. —Tenía una expresión sombría y pensativa en la mirada.

—En esto se equivoca usted, doctora Calvin —dijo Lanning levantando la cabeza—. No lo sabe; se lo he preguntado.

—¿Y qué significa esto? —gritó Susan—. Sólo que no quería usted que le diese la solución. Hubiera herido su susceptibilidad tener una máquina capaz de hacer lo que no puede hacer usted. ¿Se lo ha preguntado usted? —añadió dirigiéndose a Bogert.

—En cierto modo —respondió Bogert, tosiendo y sonrojándose—. Me dijo que entendía muy poco en matemáticas.

Lanning se rió en voz baja y la doctora lo miró sarcásticamente.

—¡Yo se lo preguntaré! —dijo—. Una solución dada por él no puede herir mi vanidad. ¡Ven aquí! —añadió levantando la voz.

Herbie se levantó y se aproximó con pasos vacilantes.

—Sabes, supongo —continuó—, exactamente en qué punto del montaje se introdujo un factor extraño o fue omitido uno esencial...

—Sí —dijo Herbie, en un tono casi inaudible.

—¡Alto! —interrumpió Bogert, furioso—. Esto no es necesariamente verdad. Desea usted saberlo, eso es todo.

—¡No sea idiota! —respondió Susan Calvin—. Sabe tantas matemáticas como

Lanning y usted juntos, puesto que puede leer el pensamiento. Dele ocasión de demostrarlo.

El matemático se inclinó y Calvin dijo:

—Bien, entonces, Herbie, dilo. Estamos esperando. —Y en un aparte, añadió—: Traigan lápices y papel.

Pero Herbie permaneció silencioso y con un tono de triunfo en la voz, la doctora continuó:

—¿Por qué no contestas, Herbie?

Súbitamente, el robot saltó.

—No puedo. ¡Ya sabes que no puedo! ¡El doctor Bogert y el doctor Lanning no quieren!

—Quieren la solución.

—Pero no de mí.

Lanning intervino, con voz lenta y distinta.

—No seas loco, Herbie. Queremos que nos lo digas.

Bogert se limitó a asentir. La voz de Herbie se elevó a un tono estridente.

—¿De qué sirve decir eso? ¿Creen acaso que no puedo leer más hondo que la piel superficial de vuestro cerebro? En el fondo no quieren. No soy más que una máquina a la que se ha dado una imitación de vida sólo por virtud de la acción positrónica de mi cerebro, lo cual es una invención del hombre. No pueden quedar en ridículo ante mí sin sentirse ofendidos. Esto está grabado en lo profundo de vuestra mente y no puede ser borrado. No puedo dar la solución.

—Nos marcharemos —dijo Lanning—. Díselo a la doctora Calvin.

—Sería lo mismo —gritó Herbie—, puesto que sabrían que he sido yo quien he dado la respuesta.

—Pero comprenderás, Herbie —prosiguió la doctora—, que a pesar de esto, los doctores Lanning y Bogert quieren saber la respuesta.

—Por sus propios esfuerzos —insistió Herbie.

—Pero la quieren, y el hecho que tú la tengas y no se la quieras dar los hiera, ¿comprendes?

—¡Sí! ¡Sí!

—Y si se la das, les herirá también.

—¡Sí! ¡Sí! —Herbie retrocedía lentamente y la doctora iba avanzando al mismo paso. Los dos hombres los miraban helados de sorpresa.

—No puedes decírselo —murmuró la doctora—, porque les herirá y tú no puedes herirlos. Pero si no se lo dices, los hieres también, de manera que debes decírselo. Y si se lo dices los herirás, de manera que no debes decírselo, pero si no se lo dices los hieres, de manera que debes decírselo; pero si lo dices hieres, de manera que no debes decirlo; pero si no lo dices...

Herbie estaba acorralado contra la pared y cayó de rodillas.

—¡Basta! —gritó—. ¡Cierra tu pensamiento! ¡Está lleno de engaño, dolor y odio!  
¡No quise hacerlo, te digo! ¡He tratado de ayudarte! ¡Te he dicho lo que deseabas oír!  
¡Tenía que hacerlo!

La doctora no le prestaba atención.

—Debes decírselo, pero si se lo dices los hieres, de manera que no debes; pero si no lo dices los hieres también, de manera que...

Y Herbie lanzó un grito estridente...

Fue como una flauta aumentada hasta el infinito, un silbido desgarrador y penetrante que resonó en todos los ámbitos de la habitación. Y cuando se desvaneció en la nada, Herbie se había desplomado, reducido a un montón informe de inerte metal.

—Ha muerto —dijo Bogert, lívido.

—¡No! —exclamó Susan Calvin, estremeciéndose y lanzando salvajes carcajadas—, no ha muerto, se ha vuelto loco. Lo he enfrentado con el insoluble dilema y ha sucumbido. Pueden recogerlo ya, porque no volverá a hablar nunca más.

Lanning estaba de rodillas al lado de lo que había sido Herbie. Sus dedos tocaron el frío rostro de metal ya sin reacción y se estremeció.

—Lo ha hecho usted a propósito —dijo.

Se levantó, enfrentándose con Susan, el rostro convulsionado.

—¿Y si lo hubiese hecho a propósito, qué? ¡No puede evitarlo ya! —Y con súbita amargura, añadió—: Lo merecía...

El director agarró al paralizado Bogert por la muñeca.

—¡Qué importa ya!... Venga, Peter. —Suspiró—. Un robot parlante de este tipo no tiene ningún valor, de todos modos. —Sus ojos cansados acusaban su edad, y repitió—: ¡Venga, Peter!

Una vez que los dos científicos se marcharon, transcurrieron algunos minutos antes que Susan Calvin recobrase su equilibrio mental. Lentamente, su mirada se fijó en el muerto-vivo Herbie y la dureza reapareció en su rostro. Durante largo rato permaneció contemplándolo mientras el triunfo se borraba de su rostro y el desengaño reaparecía; de todos sus turbulentos pensamientos sólo una palabra, infinitamente amarga, salió de sus labios:

—*Embustero!*

## El robot perdido (1947)

---

“Little Lost Robot”

Volví a ver a Susan Calvin a la puerta de su oficina. Estaba sacando los archivos.

—¿Cómo van esos artículos, mi joven amigo? —me preguntó.

—Muy bien —dije. Los había estructurado según mi leal saber y entender, dramatizando lo escueto de su relato y añadiendo a la conversación algunos toques de amenidad—. ¿Quiere usted echarles una mirada y decirme si he sido injurioso o me he propasado en algo?

—Con mucho gusto. ¿Quiere que vayamos a la Sala de Juntas? Podremos tomar café.

Parecía de buen humor, de manera que mientras avanzábamos por el corredor, aventuré:

—Me estaba preguntando, doctora Calvin...

—Diga.

—Si querría usted decirme algo más sobre la historia de los robots.

—Me parece que ya ha conseguido saber todo lo que quería, mi joven amigo.

—En cierto modo, sí. Pero estos incidentes que he escrito no tienen gran aplicación en el mundo moderno. Quiero decir; sólo se desarrolló un único robot capaz de leer el pensamiento, las estaciones del Espacio están ya pasadas de moda y en desuso y la explotación minera por robots es cosa descontada. ¿Y el viaje interestelar? No han transcurrido más de veinte años desde la invención del motor hiperatómico y todo el mundo sabe que fue una invención robótica. ¿Qué hay de verdad en todo esto?

—¿El viaje interestelar?... —Quedó pensativa. Estábamos en el salón y encargué una comida copiosa. Ella sólo tomó café—. No fue simplemente una invención robótica, comprenda usted. Pero, desde luego, hasta que construimos el cerebro, no adelantamos mucho. Pero lo intentamos; verdaderamente lo intentamos. Mi primer contacto (directo, me refiero) con las investigaciones interestelares tuvo lugar en 2029, cuando se perdió un robot...

En Hyper Base, las medidas se tomaron con una especie de furia frenética; fue como el equivalente muscular de un grito histérico.

Para clasificarlas por orden de cronología y desesperación, fueron:

1. Todo trabajo en la Zona Hiperatómica que atraviesa el volumen espacial ocupado por las Estaciones del Grupo Asteroidal Veintisiete quedó inmovilizado.

2. Todo volumen espacial del Sistema quedó aislado, prácticamente hablando. Nadie podía entrar sin permiso. Nadie podía salir bajo ningún pretexto.

3. Los doctores Susan Calvin y Peter Bogert, respectivamente Jefe del Departamento de Psicología y Director del Departamento de Matemáticas de la «United States Robots & Mechanical Men, Inc.» fueron llevados a Hyper Base por una nave de patrulla especial del Gobierno.

Susan Calvin no había salido nunca de la superficie de la Tierra ni tenía especiales deseos de salir de ella. En una era de energía atómica y de clara aproximación a la Zona Hiperatómica, seguía siendo muy provinciana. Estaba, entonces, descontenta de su viaje y poco convencida de su urgencia y todas las facciones de su rostro, a su mediana edad, lo demostraron claramente durante su primera cena en Hyper Base,

Tampoco la lívida palidez del doctor Bogert abandonaba una cierta actitud de recelo. Ni el general Kallner, que dirigía el proyecto, olvidó una sola vez de mantener una expresión obsesionada.

En una palabra, aquella comida fue un tétrico episodio y la pequeña conferencia de los tres que la siguió, empezó de una manera gris y melancólica.

Kallner, con su reluciente calva y su uniforme, que desentonaba con el resto del ambiente, tomó la palabra con visible inquietud.

—Es realmente toda una historia la que tengo que contarles. Tengo que darles las gracias por su llegada al primer aviso y sin motivo justificado. Trataremos de corregir todo esto, ahora. Hemos perdido un robot. El trabajo ha parado y debe seguir parado el tiempo necesario para encontrarlo. Hasta ahora hemos fracasado y tenemos la sensación de necesitar una ayuda científica.

Quizá el general sintiese que su declaración resultaba decepcionante porque, con cierta desesperación, continuó:

—No necesito decirles la importancia que tiene el trabajo que aquí realizamos. Más del ochenta por ciento de las adjudicaciones de investigación científica de este año han recaído sobre nosotros...

—Sí, eso ya lo sabemos —dijo Bogert amablemente—. U. S. Robots percibe cuantiosos ingresos anuales por el uso de nuestros robots.

Susan Calvin introdujo una brusca y avinagrada nota.

—¿A qué es debida la gran importancia de un solo robot para el proyecto y por qué no ha sido localizado?

El general volvió rápidamente su rostro congestionado hacia ella y se pasó la lengua por los labios.

—En cierto modo, *lo hemos localizado*. —Pero añadió, angustiado—: Me explicaré. En cuanto nos dimos cuenta de la desaparición del robot, se declaró el estado de guerra y todo movimiento en la Hyper Base cesó. El día anterior había aterrizado una nave mercante trayendo dos robots destinados a nuestros laboratorios. Quedaban sesenta y dos robots de..., del mismo tipo, para ser llevados a otros sitios.

De esta cifra estamos seguros. No queda la menor discusión posible.

—¿Sí? ¿Y qué relación...?

—Una vez que nos fue posible localizar al robot desaparecido, y le aseguro que hubiéramos localizado una brizna de hierba si hubiese estado allí para ser localizada, nos devanamos los sesos contando los robots que quedaban en la nave. Había sesenta y tres.

—¿Entonces el sesenta y tres, supongo, es el hijo pródigo desaparecido? —dijo la doctora.

—Sí, pero no podemos saber cuál de los sesenta y tres es.

Hubo un profundo silencio mientras el reloj eléctrico daba nueve campanadas; y la doctora en psicología robótica dijo:

—Muy extraño...

Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia abajo y se volvió hacia su compañero con un indicio de furor.

—Peter, ¿qué ocurre aquí? ¿Qué clase de robots utilizan en Hyper Base?

El doctor Bogert vaciló y sonrió débilmente.

—Hasta ahora ha sido una cosa de gran discreción, Susan... —dijo.

—Sí, hasta ahora —dijo ella rápidamente—. Si hay sesenta y tres ejemplares del mismo tipo, uno de los cuales se busca y cuya identidad no puede ser determinada, ¿por qué no puede servir uno cualquiera de ellos? ¿Qué significa todo esto? ¿Para qué nos han llamado?

—Si me permite usted un momento —dijo Bogert con aire resignado—, Hyper Base, Susan, emplea diversos robots cuyos cerebros no tienen impresa toda la Primera Ley Robótica.

—¿Que no tienen impresa...? —preguntó Susan echándose para atrás—. Ya... ¿Y cuántos se hicieron?

—Pocos. Fue un pedido del Gobierno y no había manera de violar el secreto. No tenía que saberlo nadie más que los altos dirigentes. Usted no estaba incluida, Susan. No era nada con que yo tuviese que ver.

El general interrumpió con gesto autoritario.

—Quisiera aclarar este punto. No sabía que la doctora Calvin no estuviese al corriente de la situación. No tengo que decirle a usted, doctora Calvin, que siempre ha habido una fuerte oposición a los robots en el planeta. La única defensa que el Gobierno ha tenido en este asunto, contra los radicales fundamentalistas, fue que los robots se construían siempre con una indestructible Primera Ley, lo cual los imposibilitaba de hacer daño a un ser humano, fueran cuales fuesen las circunstancias.

»Pero nosotros necesitábamos robots de una naturaleza distinta. Así, entonces, se prepararon algunos NST-2, o sea Nestors, con la Primera Ley modificada. Para

mantener el secreto, los NST-2 se fabrican sin número de serie; los ejemplares modificados se entregan aquí junto con un grupo de robots normales; y, desde luego, todos estamos bajo la estricta prohibición de revelar las modificaciones a toda persona no autorizada. Todo se ha puesto contra nosotros, ahora —añadió con una sonrisa embarazada.

—¿Ha preguntado usted a cada uno de ellos quiénes son? —preguntó la doctora, ceñuda—. ¿Sin duda debe estar autorizado a hacerlo?

—Los sesenta y tres niegan haber trabajado aquí y uno de ellos miente —asintió el general.

—¿Muestra el que busca usted alguna señal de desgaste? Los demás deben salir de fábrica..., supongo.

—El robot en cuestión llegó este mismo mes. Este y los dos que acaban de llegar tenían que ser los últimos que necesitábamos. No puede haber desgaste perceptible. —Movi6 pausadamente la cabeza y en sus ojos apareció de nuevo la preocupación—. Doctora Calvin, no nos atrevemos a dejar zarpar esta nave. Si la existencia de robots sin Primera Ley llega a ser divulgada...

La conclusión de la frase no podía ofrecer duda alguna.

—Destruya los sesenta y tres —dijo la doctora—, y termine con esto.

—Esto significa destruir treinta mil dólares por robot —dijo Bogert, torciendo el gesto—. Temo que a la U. S. Robots no le gustaría. Es mejor que hagamos un esfuerzo primero, Susan, antes de destruir algo.

—En este caso —dijo ella, secamente—, necesito hechos. ¿Qué ventaja obtiene exactamente la Hyper Base con estos robots modificados? ¿Qué factor los hace necesarios, general?

Kallner frunció intensamente las arrugas de su frente y se pasó una mano por ella.

—Los robots precedentes nos han creado complicaciones. Nuestros hombres trabajan mucho con radiaciones intensas, ¿comprende? Es peligroso, desde luego, pero se toman precauciones razonables. No ha habido más que dos accidentes desde que empezamos y ninguno ha sido fatal. Sin embargo, era imposible explicar esto a un robot ordinario. La Primera Ley declara y se la citaré: «Ningún robot puede dañar a un ser humano, o por inacción, permitir que un ser humano sufra daño».

»Esto es elemental, doctora Calvin. Cuando era necesario que uno de nuestros hombres estuviese expuesto por un corto período de tiempo a un campo gamma moderado, que no tuviese efectos psicológicos, el robot más cercano se precipitaba a sacarlo de allí. Si el campo era excesivamente débil, lo conseguía, y el trabajo quedaba interrumpido hasta que todos los robots eran retirados. Si el campo era ligeramente más fuerte, el robot no llegaba nunca al técnico afectado, ya que su cerebro positrónico sucumbía bajo las radiaciones gamma, y nos encontrábamos privados de un robot caro, y difícilmente reemplazable.

»Tratamos de discutir con ellos. Su punto de vista era que un ser humano en un campo gamma exponía su vida, y que nada importaba que pudiese permanecer en él durante media hora sin peligro. Supongamos, decían, que se olvidaba y permanecía una hora. No podía correr riesgos. Les hicimos ver que sólo arriesgaban su vida en una remota posibilidad. Pero el instinto de conservación es sólo la Tercera Ley Robótica, y la Primera Ley de seguridad viene primero. Les dimos órdenes; les ordenamos estricta e imperativamente mantenerse fuera del campo gamma a toda costa. Pero la obediencia es sólo la Segunda Ley Robótica, y la Primera, la de la seguridad, viene primero. Doctora Calvin, o teníamos que prescindir de los robots o hacer algo con la Primera Ley..., y esto es lo que hicimos.

—No puedo creer que encontrasen la posibilidad de suprimir la Primera Ley —dijo Susan Calvin.

—No fue suprimida, fue modificada. Se construyeron cerebros positrónicos que poseían sólo el aspecto positivo de la ley, que dice: «*Ningún robot debe dañar a un ser humano*». Eso es todo. No tienen la obligación de evitar que un ser humano sufra daño debido a un factor extraño, como los rayos gamma. ¿He expuesto la situación claramente, doctor Bogert?

—Muy claramente —asintió éste.

—¿Y es ésta la única diferencia entre sus robots y el modelo NST-2 ordinario, Peter? ¿La *única* diferencia?

—La *única* diferencia, Susan.

—Ahora me voy a dormir —dijo la doctora, levantándose y hablando en tono decidido—, y dentro de ocho horas quiero hablar con el que vio el robot por última vez. Y a partir de ahora, general Kallner, si tengo que asumir alguna responsabilidad de los acontecimientos, necesito pleno control de esta investigación, sin que se me hagan preguntas.

Susan Calvin, aparte de dos horas de profundo cansancio, no experimentó nada parecido al sueño. A las 7, hora local, llamó a la puerta del doctor Bogert y lo encontró despierto también. Por lo visto se había tomado la molestia de traerse una bata a Hyper Base, porque estaba sentado y vestido con ella. Al entrar la doctora, dejó al lado las tijeras de las uñas.

—La esperaba a usted, en cierto modo. Supongo que todo esto le da asco.

—Sí.

—Lo siento. No hubo manera de evitarlo. Cuando vino la llamada de Hyper Base supuse en el acto que había ocurrido algo con el robot modificado. Pero, ¿qué podíamos hacer? No podía explicarle a usted lo ocurrido durante el viaje como hubiera querido porque tenía que estar seguro primero. El asunto de la modificación es un riguroso secreto.

—Hubiera debido decírmelo —murmuró la doctora—. U. S. Robots no tenía



derecho a modificar de esta forma los cerebros positrónicos sin la aprobación del departamento de Psicología.

—Sea usted razonable, Susan —dijo Bogert, enarcando las cejas y suspirando—. No podía usted influir en ellos. En este asunto, el Gobierno estaba obligado a seguir su camino. Necesitan la Zona Hiperatómica y los físicos del éter quieren robots que no les creen obstáculos. Tenían que conseguirlo, aunque ello representase quebrantar la Primera Ley, Tuvimos que convenir en que, desde el punto de vista de su construcción, la cosa era posible y juraron por todos los dioses que sólo necesitaban doce, que sólo se emplearían en Hyper Base, que serían destruidos una vez perfeccionada la Zona, y que se tomarían toda clase de precauciones. E insistieron en el secreto..., ésta es la situación.

—Yo hubiera dimitido —murmuró Susan entre dientes.

—No hubiera servido de nada. El Gobierno ofrecía una fortuna a la Compañía y la amenazaba con una legislación antirrobotica en caso de negativa. Estábamos en mala postura, entonces, pero ahora estamos peor. Si esto se divulga, puede causar un perjuicio a Kallner y al Gobierno, pero causará un perjuicio mucho mayor a la U. S. Robots.

—Peter —dijo la doctora, mirándolo—: ¿No se da usted cuenta de lo que todo esto significa? ¿No comprende usted la importancia de la supresión de la Primera Ley? No se trata solamente de una cuestión de secreto...

—Sé lo que significaría la supresión. No soy ningún chiquillo. Significaría una inestabilidad completa, sin soluciones no-imaginarias de las ecuaciones de campo positrónico.

—Matemáticamente, sí. Pero tradúzcalo usted a la cruda idea psicológica. Toda la vida normal, Peter, consciente o no, se resiste al dominio. Si el dominio es por parte de un inferior, o de un supuesto inferior, el resentimiento se hace más fuerte. Físicamente, y hasta cierto punto mentalmente, un robot, cualquier robot, es superior a un ser humano. ¿Qué lo hace esclavo, entonces? ¡Sólo la Primera Ley! Porque sin ella, la primera orden que daría usted a un robot le costaría la vida. ¿Qué le parece?

—Susan —dijo Bogert en tono de complacida simpatía—, tengo que reconocer que este complejo Frankenstein del que está usted dando pruebas tiene una cierta justificación, por consiguiente la Primera Ley está en el primer lugar. Pero la Ley, lo repito una y otra vez, no ha sido suprimida, sino sólo modificada.

—¿Y dónde me deja usted la estabilidad del cerebro?

—Disminuida, desde luego —dijo el matemático avanzando los labios—. Pero sin rebasar las fronteras de la seguridad. Los primeros Nestors fueron entregados a Hyper Base hace nueve meses, y jamás ha ocurrido nada hasta ahora, y aun esto sólo representa el temor de ser descubiertos, pero no un peligro para los humanos.

—Bien, entonces; veremos qué sale de la conferencia de esta mañana.

Bogert la acompañó cortésmente hasta la puerta e hizo una mueca una vez que ella se hubo marchado. No veía razón alguna para cambiar de opinión sobre ella. Siempre la había considerado una impaciente..., y un desengaño. Bogert, por su parte, no entraba para nada en los pensamientos de Susan. Hacía ya años que lo había clasificado como un presuntuoso y un fracasado.

Gerald Black se había graduado en Física etérea el año anterior y, como toda su generación de físicos, se encontró metido en el problema de la Zona. En la actualidad aportaba su colaboración a la atmósfera general de las reuniones de Hyper Base. Con su blusa blanca manchada se sentía medio rebelde y totalmente incierto. Sus fuerzas acumuladas parecían querer descanso y sus dedos, retorciéndose con gestos nerviosos, hubieran sido capaces de torcer una barra de hierro.

El general Kallner estaba sentado a su lado y los dos enviados de la U. S. Robots les hacían frente.

—Me dicen que fui el último en ver el Nestor 10 antes que desapareciese —dijo Black—. Supongo que quieren ustedes interrogarme sobre esto...

—Parece que no está usted muy seguro de ello, señor Black —dijo Susan, mirándolo con interés—. ¿No sabe usted si fue el último en verle o no?

—Trabajaba conmigo en los generadores de campo, doctora, y estaba conmigo la mañana de su desaparición. Ignoro si alguien lo vio después de mediodía. Nadie asegura haberlo visto.

—¿Cree usted que hay alguien que miente?

—No digo tal cosa. Pero no quiero asumir esa responsabilidad.

—No es cuestión de responsabilidad. El robot actuó como lo hizo a causa de lo que es. Trataremos únicamente de localizarlo, señor Black, y vamos a dejar todo lo demás aparte. Ahora bien, si ha trabajado con el robot, probablemente lo conoce mejor que nadie. ¿Observó usted en él algo anormal? ¿Había trabajado ya con otros robots?

—Había trabajado con los otros robots que tenemos aquí, los sencillos. No hay ninguna diferencia con los Nestors, salvo que son mucho más inteligentes..., y más molestos.

—¿Molestos? ¿En qué sentido?

—Pues..., quizá no es culpa suya. El trabajo aquí es duro y la mayoría de nosotros estamos cansados. Andar rondando por el hiperespacio no es muy divertido. Corremos continuamente el riesgo de hacer un agujero en la contextura normal del espacio-tiempo y salirnos del universo, con asteroide y todo. ¿Gracioso, verdad? —añadió sonriendo como si gozase con la confesión—. Naturalmente, uno está agotado, algunas veces. Pero estos Nestors, no. Son curiosos, tienen calma, no se preocupan. Hay para volverle a uno loco. Cuando uno quiere algo hecho a toda prisa, parece que necesitan más tiempo. Algunas veces prescindiría de ellos.

—¿Dice que necesitan más tiempo? ¿Se han negado alguna vez a cumplir un orden?

—¡Oh, no! —exclamó Black apresuradamente—. La cumplen, desde luego. Pero cuando creen que nos equivocamos, lo dicen. No saben del asunto más de lo que les decimos, pero eso no los detiene. Quizá sea imaginación mía, pero los otros tienen las mismas preocupaciones con Nestor.

—¿Cómo no ha llegado nunca hasta mí una queja en ese sentido? —preguntó el general Kallner, carraspeando ostensiblemente.

—En realidad, no queríamos trabajar sin robots, general —dijo el joven físico, sonrojándose—, y además, no estábamos muy seguros de si estas quejas menores..., serían bien recibidas.

—¿Ocurrió algo de particular la mañana que lo vio por última vez? —interrumpió Bogert suavemente.

Hubo un silencio. Con un rápido gesto, Susan atajó el comentario que estaba a punto de hacer Kallner.

—Tuve una leve discusión con él —respondió Black malhumorado—. Aquella mañana yo había roto un tubo Kimball, lo que me representaba cinco días de trabajo; iba atrasado en mi horario, hacía dos semanas que no había recibido correo de la Tierra..., ¡y se me acerca con el deseo de repetir un experimento que había abandonado hacía un mes! Me estaba molestando siempre con lo mismo y estaba harto de ello. Le dije que se marchase y no he vuelto a verlo más.

—¿Le dijo usted que se marchase? —preguntó Susan con vivo interés—. ¿Con qué palabras exactamente? ¿Le dijo usted: «¡Márchate!»? Trate de recordar exactamente sus palabras.

A juzgar por las apariencias, en el interior de Black se mantenía una lucha. El físico tenía la frente apoyada en la mano, haciendo un esfuerzo de memoria. Finalmente, la apartó y dijo:

—Le dije: «¡Vete a pasear!».

—¿Y se fue, oh? —preguntó Bogert, riéndose.

Pero Susan Calvin no había terminado. En tono de halago, prosiguió:

—Ahora empezamos a ir a algún sitio, señor Black. Pero los detalles exactos tienen importancia. Para interpretar los actos de un robot, una palabra, un gesto, una entonación pueden serlo todo. Pudo usted no haber dicho solamente estas tres palabras, por ejemplo, ¿no es verdad? Según su misma confesión, aquel día estaba usted malhumorado. Quizá dio usted fuerza a su frase con otras...

—Pues... —dijo el joven físico sonrojándose—, quizá lo llamase..., algunas otras cosas.

—Exactamente, ¿qué cosas?

—¡Oh, no podría recordarlas exactamente! Además, no podría repetirlas. Ya sabe

lo que pasa cuando uno se excita... —Se echó a reír un poco embarazado—. Tengo cierta tendencia al lenguaje violento...

—Muy bien —dijo ella, con firme severidad—. En este momento no soy más que una profesora de sicología. Quisiera que me repitiese usted lo que le dijo, tan exactamente como sea capaz, y, más importante todavía, en el tono exacto de voz que empleó.

Black, miró a su jefe en busca de apoyo, pero no lo encontró.

—¡Pero..., eso es imposible!... —exclamó, abriendo los ojos, suplicante.

—Tiene usted que hacerlo.

—Imagine que se dirige a mí —dijo Bogert con humorismo—. Quizá le sea más fácil.

El rostro escarlata del muchacho se volvió hacia Bogert.

—Lo llamé... —trató de decir tragando saliva, pero su voz se perdió. Hizo una nueva prueba—. Lo llamé...

Hizo una fuerte aspiración y lanzó una retahíla incomprensible de incoherentes sílabas. Cuando se detuvo, terminó casi llorando.

—... más o menos, no recuerdo el orden exacto de lo que le llamé; quizá olvido o añado algo, pero más o menos fue esto.

Sólo un leve rubor delató las emociones de la doctora.

—Comprendo el significado de la mayoría de estas palabras. El resto de ellas, imagino, deben tener un valor igualmente ofensivo.

—Eso temo —dijo el atormentado Black.

—¿Y entre ellos, le dijo usted que se *fuese a pasear*?

—Lo decía en sentido puramente figurado.

—Me doy cuenta. Tengo la seguridad que no se tomará ninguna medida disciplinaria. —Y al interpretar su mirada, el general, que cinco segundos antes no hubiera estado tan seguro de ello, asintió malhumorado.

—Puede usted retirarse, señor Black. Y gracias por su cooperación.

Susan Calvin necesitó cinco horas para interrogar los sesenta y tres robots. Fueron cinco horas de repeticiones, de insistir, robot tras robot, en la pregunta A, B, C, D; de escuchar la respuesta A, B, C, D; de emplear suaves expresiones, un tono cautelosamente neutral, una atmósfera amistosa; y de hacer funcionar un magnetófono escondido.

Cuando terminó, estaba exhausta. Bogert la esperaba y miró con expectación la cinta grabada cuando ella la arrojó sobre el plástico de la mesa. Susan movió la cabeza.

—Los sesenta y tres me parecen iguales. No podría decir...

—Es imposible captarlo al oído, Susan —dijo él—. Vamos a analizar la grabación.

De ordinario, la interpretación matemática de las reacciones verbales de los robots es una de las ramas más intrincadas del análisis robótico. Requiere un equipo de técnicos bien entrenados y el empleo de máquinas calculadoras muy complicadas. Bogert lo sabía. Bogert lo dijo así después de haber escuchado con disimulado aburrimiento la serie de respuestas, hizo una lista de las entonaciones de ciertas palabras y gráficos de los intervalos entre preguntas y respuestas.

—No veo presente ninguna anomalía, Susan. Las variaciones de entonación y las reacciones cronométricas son del tipo de frecuencia normal. Necesitamos métodos más sagaces. Aquí debe haber calculadoras... No... —Se interrumpió frunciendo el ceño y contemplando la uña del pulgar—. No podemos emplear computadores. Hay demasiado peligro de filtración. O quizá sí... Susan lo detuvo con un gesto de impaciencia.

—Por favor, Peter. Esto no es uno de sus insignificantes problemas de laboratorio. Si no podemos identificar el Nestor modificado gracias a alguna diferencia visible a simple vista, una que no ofrezca duda posible, es que no estamos de suerte. El peligro de equivocarse y dejarlo escapar es por otra parte demasiado grande. No es suficiente observar una minúscula irregularidad en una gráfica. Le diré una cosa: si esto es todo lo que tengo para seguir adelante, preferiría destruirlos a todos sólo para estar segura. ¿Ha hablado usted con los otros Nestors modificados?

—Sí, y no tienen ningún defecto —dijo secamente Bogert—. Si algo hay en que estén por encima de lo normal, es en amabilidad. Han contestado a mis preguntas, demostrando orgullo de sus conocimientos, salvo los dos últimos, que no han tenido todavía tiempo de aprender la física etérea. Se rieron a gussto de mi ignorancia sobre algunas de las especializaciones de aquí. Supongo que esto forma parte de la base de su resentimiento contra ellos por parte de los técnicos de aquí. Los robots temen quizá una excesiva afición a impresionarnos con sus superiores conocimientos.

—¿Puede usted probar algunas reacciones planas para ver si se ha producido algún cambio en una composición mental desde su manufactura?

—No lo he hecho todavía, pero lo haré. —Apuntó a Susan con su dedo afilado—. Está usted perdiendo la calma, Susan. No veo qué es lo que dramatiza. Son esencialmente inofensivos.

—¿Sí? —saltó Susan con fuego—. ¿Está usted seguro? ¿Se da usted cuenta que uno de ellos está mintiendo? Uno de los sesenta y tres robots que acabo de interrogar me ha mentado deliberadamente después de mi imperativa orden de decir la verdad. Esta anomalía es terriblemente profunda y horriblemente aterradora.

Bogert sintió que sus dientes castañeteaban.

—No —dijo—. ¡Mire! Nestor 10 recibe orden de irse a pasear. Esta orden le fue expresada con la máxima urgencia por la persona de mayor autoridad para dársela. No se puede desobedecer esta orden ni por una urgencia superior ni por una superior

autoridad. Naturalmente, el robot tratará de evitar ejecutar la orden. En el fondo, objetivamente, admiro su ingenio. ¿Cómo puede un robot «irse a pasear» o «perdersé de vista» mejor que mezclándose con un grupo de robots similares a él?

—Sí, sería usted capaz de admirarlo. He leído un cierto humorismo en sus ojos. Peter, un cierto humorismo y una sorprendente falta de comprensión. ¿Es usted un técnico en robótica, Peter? Estos robots dan importancia a todo lo que consideran superioridad. Usted misino acaba de decirlo. Subconscientemente, consideran a los humanos inferiores a ellos e injusta la Primera Ley que nos protege. Y ahora nos encontramos ante un hombre joven que envía a un robot «a pasear», con todas las apariencias verbales de desprecio, repugnancia y dominación. De acuerdo, el robot tiene que cumplir las órdenes, pero subconscientemente, está resentido. Para él adquiere una importancia todavía más trascendental demostrar que es superior, pese a la serie de epítetos que se le han dirigido. Puede llegar a ser *tan* importante, que lo que queda de la Primera Ley no sea suficiente.

—¿Cómo quiere que en la Tierra, o en cualquier otro sitio del Sistema Solar, un robot sepa el significado de las duras palabras pronunciadas contra él? La obscenidad no es una de las cosas que se han impreso en su cerebro.

—La impresión original no lo es todo —dijo Susan con cierta mofa—. Los robots tienen cierta capacidad para aprender. ¡No sea usted tonto, hombre! —Bogert sabía que había perdido completamente la calma—. ¿No comprende que por el tono empleado pudo darse cuenta que las palabras no eran de alabanza? —añadió precipitadamente—. ¿No cree que pudo haber oído ya estas palabras en otras ocasiones y comprendido cuál es su sentido.

—Bien, en este caso, tenga la bondad de decirme en qué forma un robot modificado puede dañar a un ser humano, por muy ofendido que esté, y por muy profundo que sea su deseo de demostrar su superioridad.

—¿Si le digo cómo, estará usted tranquilo?

—Sí.

Ambos estaban apoyados en la mesa, mirándose con mutuo rencor.

—Si un robot modificado dejase caer un gran peso sobre un ser humano, no infringiría la Primera Ley si lo hacía sabiendo que su fuerza y sus reacciones le permitirían apartar el peso en su caída antes que hiriese al hombre. Sin embargo, una vez soltado el peso, no sería ya él el medio activo. Sería la ciega fuerza de gravedad. El robot podría entonces cambiar de manera de pensar y dejar que el peso llegase al hombre. La modificación de la Primera Ley se lo permite.

—Esto requiere un horrible esfuerzo de imaginación.

—Es lo que mi profesión exige algunas veces. Peter, no nos peleemos, vamos a trabajar. Conoce usted exactamente la naturaleza de los estímulos que han hecho que el robot se «fuese a pasear». Tiene usted los planos originales de la adaptación

mental. Quiero que me diga usted hasta qué punto es posible a nuestro robot hacer lo que acabo de indicarle. No me refiero a este ejemplo específico, fíjese bien, sino a esta clase de reacciones. ¡Y quiero que me lo diga pronto!

—Entretanto, tendremos que hacer pruebas de reacción a la Primera Ley.

Gerald Black, a petición propia, estaba examinando los enmohecidos tabiques de madera que formaban círculo bajo el abovedado techo del tercer piso del edificio de Radiación 2. Los obreros trabajaban en su mayoría silenciosos. Uno de ellos se sentó junto a Black, se quitó el sombrero, y se secó pensativo la frente pecosa.

—¿Cómo va esto, Walenski? —preguntó Black haciéndole una señal.

—Suave como la manteca —respondió Walenski encendiendo un pitillo—. ¿Qué pasa, sin embargo, doctor? Primero estamos tres días sin trabajo y ahora tenemos todo este lío... —Se echó atrás apoyándose en el codo y echó una bocanada de humo.

—Han venido dos robots más de la Tierra —dijo Black juntando las cejas—. ¿Recuerda las perturbaciones que tuvimos con los robots al penetrar en los campos gamma, antes que les metiésemos en el cráneo que no tenían que hacerlo?

—Sí. ¿No venían unos nuevos robots?

—Hemos reemplazado algunos, pero principalmente era una cuestión de adoctrinarlos. De todos modos, los que los hacen quieren crear unos robots que no queden tan fuertemente afectados por los rayos gamma.

—Parece extraño, de todos modos, parar todo el trabajo por este asunto de los robots. Creía que nada podía detener la creación de la Zona...

—Eso es la gente de arriba quien tiene que decirlo. Yo..., no hago más que lo que me dicen. Probablemente todo es una cuestión de infl...

—Sí —interrumpió el electricista con una sonrisa y guiñando el ojo—. Siempre hay quien tiene amigos en Washington... Pero mientras mi paga llegue puntualmente, no me preocupo. La cuestión de la Zona no es asunto mío. ¿Qué van a hacer aquí?

—¿Me lo pregunta? Han traído unos robots..., más de sesenta, y van a medir sus reacciones. Eso es *todo* lo que sé.

—¿Cuánto tiempo se necesitará?

—Me gustaría saberlo.

—Bien... —dijo Walenski en tono de sarcasmo—. Con tal que me paguen bien, por mí pueden jugar tanto como quieran.

Un hombre estaba sentado en una silla, inmóvil, silencioso. Un peso caía por el aire, sobre él; después, en el último momento, se apartó a un lado, bajo el sincronizado empuje de un súbito rayo de fuerza. En sesenta y tres celdas de madera, sesenta y tres robots NST-2 se lanzaron simultáneamente adelante en aquel preciso segundo, antes que el peso alcanzase al hombre y sesenta y tres fotocélulas instaladas a cinco pies de su posición original, accionaron la punta marcadora e hicieron una pequeña señal en el papel. El peso caía y se elevaba, caía y se elevaba, caía y...

¡Diez veces!

Diez veces los robots saltaron adelante y se detuvieron, mientras el hombre permanecía tranquilamente sentado.

El general Kallner no había vuelto a ponerse su esplendoroso uniforme desde la primera comida dada a los representantes de la U. S. Robots. Entonces, en mangas de camisa, llevaba el cuello abierto y el nudo de la corbata flojo.

Miró esperanzado a Bogert, que seguía impecablemente vestido y cuyas emociones interiores eran sólo delatadas por un ligero sudor en la frente.

—¿Qué le parece? —preguntó el general—. ¿Qué está usted tratando de ver?

—Una diferencia que puede resultar demasiado sutil para nuestros propósitos —respondió Bogert—. Para sesenta y dos de estos robots la necesidad de saltar hacia el ser humano en peligro aparente ha sido lo que llamamos, en lenguaje robótico, una reacción forzosa. Comprenda usted, incluso cuando el robot sabe que al ser humano en cuestión no le ocurrirá nada, y tiene que saberlo después de la tercera o cuarta vez, no puede evitar reaccionar como lo ha hecho. La Primera Ley lo exige.

—¡Bien, y qué!

—Pero el robot sesenta y tres, este Nestor modificado, no tiene tal compulsión. Está bajo una acción libre. Si hubiese querido, hubiera podido continuar en su sitio. «Desgraciadamente» —añadió con un tono de lamento en la palabra—, no ha sido éste su deseo.

—¿Supone usted el porqué?

—Supongo —dijo Bogert encogiéndose de hombros—, que la doctora Calvin nos lo dirá cuando venga. Probablemente con una interpretación horriblemente pesimista, además. Algunas veces es un poco molesta.

—¿Está calificada, verdad? —preguntó el general con cierta inquietud.

—Sí —dijo Bogert—. Está calificada. Entiende en robots como si fuesen sus hermanos. Quizá sea la consecuencia de odiar a los seres humanos con la misma intensidad. En todo caso, psicóloga o no, es sumamente neurótica. Tiene tendencias paranoicas. No la tome demasiado en serio.

Extendió delante de él un largo rollo de gráficas llenas de líneas quebradas.

—Vea, general, en el caso de cada robot, el lapso entre la caída del peso y el salto de un metro y medio hacia adelante tiende a disminuir a medida que la prueba se repite. Hay una relación matemáticamente definida que gobierna estas cosas y el no conformarse a ello indicaría una marcada anormalidad en el cerebro positrónico. Desgraciadamente, aquí todos parecen normales.

—Pero si nuestro Nestor 10 no responde obedeciendo a una fuerza obligatoria, ¿por qué su curva no es diferente? No lo entiendo.

—Es muy sencillo. Las reacciones robóticas no son perfectamente análogas a las humanas, ese es el problema. En los seres humanos, la acción voluntaria es más lenta



que el reflejo. Pero con los robots no es éste el caso; es una simple cuestión de libertad de elección; por lo demás, la rapidez de la acción forzosa y la libre es la misma. Lo que yo había esperado era que Nestor 10 fuese pillado de sorpresa la primera vez y dejase transcurrir un intervalo demasiado grande antes de responder.

—¿Y no fue así?

—Temo que no.

—Entonces, no hemos llegado a ninguna parte —dijo el general, echándose atrás con expresión contrariada—. Hace ya cinco días que están ustedes aquí...

En aquel momento entró Susan Calvin y volvió a cerrar la puerta con un fuerte golpe.

—Retire sus gráficas de aquí, Peter. Ya sabe usted que no demuestran nada.

Murmuró algo con impaciencia al ver que el general se levantaba para saludarla y prosiguió:

—Vamos a tener que intentar algo más urgente. No me gusta todo lo que ocurre.

—¿Pasa algo? —preguntó Bogert, cambiando una mirada con el general.

—¿Específicamente? ¡No! Pero no me gusta que Nestor 10 siga eludiéndonos. Es un mal asunto. Debe halagar su vanidoso sentido de superioridad. Mucho me temo que su complejo no sea ya simplemente el de obedecer órdenes. Me parece que se está convirtiendo en una aguda necesidad neurótica, para él, ir más allá que los humanos. Es una situación malsana y peligrosa. Peter, ¿hizo usted lo que le pedí? ¿Ha establecido los factores inestables del NST-2 modificado siguiendo la línea que le pedí?

—Está en marcha —respondió el matemático sin interés.

Susan lo miró durante un momento con rencor y se volvió hacia el general.

—Nestor 10 se ha dado cuenta, desde luego, de lo que estamos haciendo, general. No tiene necesidad alguna de morder el cebo en este experimento, especialmente después de la primera vez, cuando tiene que haber visto que el sujeto no corre peligro. Los otros no podían abstenerse; pero él está fingiendo deliberadamente la reacción.

—¿Y qué cree usted que debemos hacer, doctora Calvin?

—Imposibilitarle, falsificar su reacción la próxima vez. Repetiremos el experimento, pero con una modificación. Estableceremos unos cables de alta tensión entre los robots y el sujeto, capaces de electrocutar los modelos Nestor en cantidad suficiente para que no puedan saltar por encima de ellos; el robot se dará cuenta del hecho que tocar los cables significa la muerte.

—¡Alto! —exclamó súbitamente Bogert, indignado—. No vamos a electrocutar dos millones de dólares de robots para localizar a Nestor 10. Hay otros medios.

—¿Está usted seguro? No hemos encontrado ninguno. De todos modos, no se trata de electrocución. Podemos aplicar un contacto que cortará la corriente en el

momento de soltar el peso. Si el robot pisa los cables, no será electrocutado. Pero el robot *no lo sabrá*.

—¿Saldrá bien esto? —dijo el general con un brillo de esperanza en los ojos.

—Creo que sí. En estas condiciones, Nestor 10 tiene que permanecer en su silla. Puede recibir la orden de tocar los cables y morir, porque la Segunda Ley de obediencia es anterior a la Tercera Ley de autoconservación; pero esta orden no la recibirá, será simplemente dejado a su propio impulso, como todos los demás robots. En el caso de los robots normales, la Primera Ley de la seguridad humana los llevará a la muerte aun sin haber recibido orden expresa. Pero en el caso de nuestro Nestor 10, no. Sin la Primera Ley completa, y sin haber recibido órdenes específicas, la Tercera Ley, la de autoconservación, será la más fuerte y no tendrá más remedio que permanecer en su sitio. Será una acción forzosa.

—¿Lo hacemos esta noche, entonces?

—Esta noche —dijo la doctora en sicología— si los cables pueden tenderse a tiempo. Voy a explicar a los robots lo que vamos a hacer.

Un hombre estaba sentado en una silla, inmóvil, silencioso. Un peso caía sobre él, rápido; después, en el último momento, se apartó a un lado bajo el sincronizado empuje de un súbito rayo de energía.

Sólo una vez...

Y desde su silla plegable de la cabina de observación, la doctora Susan Calvin se levantó de un salto, abriendo la boca horrorizada.

Sesenta y tres robots permanecían sentados inmóviles en sus sillas, clavando los ojos con seriedad en el hombre en peligro que tenían ante ellos. Ni uno de ellos se movió.

La doctora Calvin estaba furiosa hasta casi lo insoportable. Tanto más furiosa, por no atreverse a demostrarlo delante de los robots, que iban entrando y saliendo uno a uno de la habitación. Comprobó la lista. Ahora tenía que entrar el Veintiocho. Faltaban todavía treinta y cinco.

Entró el número Veintiocho, receloso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Susan, tratando de conservar la calma.

Con una voz apagada e incierta, el robot contestó:

—No he recibido nombre todavía. Soy un NST-2 y ocupaba el número veintiocho en la hilera. Tengo aquí una tira de papel que voy a darle.

—¿Has estado ya aquí alguna otra vez?

—No.

—Siéntate. Vas a contestar a algunas preguntas, número Veintiocho. ¿Estabas en la Sala de Radiaciones del Edificio Dos hace unas cuatro horas?

El robot tuvo dificultad en contestar; finalmente lo hizo con un ronquido, como de una maquinaria que necesitase aceite.

—Sí, doctora.

—Había allí un hombre que estaba casi en peligro de sufrir daño, ¿no?

—Sí, doctora.

—Y tú no hiciste nada, ¿verdad?

—No, doctora.

—A aquel hombre pudo ocurrirle daño por causa de tu inacción. ¿Sabes esto, verdad?

—Sí, doctora. No pude evitarlo, doctora. —Es difícil imaginar una voluminosa figura metálica sin expresión gimiendo, pero casi lo consiguió.

—Quiero que me digas exactamente por qué no hiciste nada por salvarlo.

—Quiero explicárselo, doctora. No quiero que creas..., que *nadie*, crea... que soy capaz de causar daño a un ser humano. ¡Oh, no, esto sería horrible..., e inconcebible!

—¡Por favor, no te excites, muchacho! No te censuro nada. Quiero solamente que me digas qué pensabas en aquel momento.

—Doctora, antes que todo aquello ocurriese, nos dijiste que uno de los humanos estaría en peligro por aquel peso que se caía y que tendríamos que cruzar unos cables eléctricos si queríamos intentar salvarlo. Bien, esto no me hubiera detenido. ¿Qué es mi destrucción comparada con la seguridad de un humano? Pero..., se me ocurrió que si yo moría al ir a salvarlo, estaría muerto sin objeto alguno y quizá algún día otro humano podría sufrir un daño que no hubiera sufrido si yo hubiese estado todavía con vida. ¿Me entiendes, doctora?

—¿Quieres decir que era una simple elección entre la muerte del humano solo o la muerte de los dos?

—Eso es. Era imposible salvar al humano. Podía considerársele muerto. En este caso era inconcebible que yo corriese a la muerte..., sin haber recibido órdenes.

La doctora en sicología sacó un lápiz. Había oído la misma historia con insignificantes variaciones veintisiete veces ya. La pregunta crucial venía ahora.

—Oye —dijo—, tu punto de vista tiene sus razones, pero no es lo que yo hubiera creído que eras capaz de pensar. ¿Se te ocurrió a ti?

—No —dijo el robot después de haber vacilado.

—¿A quién se le ocurrió, entonces?

—Anoche estábamos hablando y uno de nosotros tuvo esta idea, y nos pareció a todos razonable.

—¿A cuál?

El robot quedó sumido en profunda reflexión.

—No lo sé. Uno de nosotros.

—Nada más —dijo Susan con un suspiro.

El robot siguiente era el Veintinueve. Después vinieron treinta y cuatro más.

También el general Kallner estaba enojado. Durante una semana entera toda la

Hyper Base había estado inmovilizada, a excepción de algún trabajo de papeleo sobre los asteroides subsidiarios del grupo. Y entonces los representantes, o por lo menos la mujer, hacían proposiciones inaceptables.

Afortunadamente para la situación general, Kallner juzgaba imposible poner de manifiesto abiertamente su cólera.

—¿Por qué no, general? —insistía Susan Calvin—. Es evidente que la actual situación es desgraciada. La única forma como podemos encontrar algún resultado en el futuro, o en lo que nos quede de futuro en este asunto, es separar los robots. No podemos conservarlos juntos por más tiempo.

—Mi querida doctora Calvin —gruñó el general con una voz que había alcanzado los registros bajos de un barítono—, no veo cómo alojar separadamente sesenta y tres robots en este sitio.

—Entonces no puedo hacer nada —interrumpió Susan levantando los brazos en un gesto de desesperación—. Nestor 10 imitará lo que hagan los demás robots o inducirá a los demás a no hacer lo que no puede hacer él. Y en ambos casos, es un mal asunto. Estamos en pugna con el condenado robot desaparecido y por ahora nos gana. Cada victoria suya agrava la anormalidad.

Se puso en pie con rígida determinación.

—General Kallner, si no puede separar los sesenta y tres robots como le pido, me veo obligada a pedirle que los sesenta y tres sean destruidos inmediatamente.

—¿Lo pide usted, verdad? —preguntó Bogert interviniendo súbitamente con rabia—. ¿Y quién le da a usted derecho a pedir semejante cosa? Estos robots permanecerán como están. Soy yo el responsable de ellos, no usted.

—Y yo —añadió el general Kallner— soy el responsable del Coordinador del Mundo..., y tengo que solucionar esto.

—En tal caso —saltó en el acto Susan Calvin— no me queda otro camino que dimitir. Si es necesario para forzarle a usted a la indispensable destrucción, daré publicidad al asunto. No fui yo quien dio su aprobación a la manufactura de los robots modificados.

—Una palabra más que viole las medidas de seguridad, doctora Calvin —dijo el general pausadamente—, y será usted inmediatamente detenida.

Bogert sentía que el asunto se le escapaba de las manos. Su voz se hizo melosa.

—Vamos, vamos, estamos portándonos como unos chiquillos. No es más que cuestión de tiempo. Tiene que haber, con toda seguridad, un medio de vencer un robot sin dimitir, encarcelar a nadie ni destruir dos millones.

La doctora en sicología se volvió hacia él con rabia contenida.

—No quiero que existan robots descompensados. Tenemos un Nestor que está positivamente descompensado, once que lo están potencialmente y sesenta y dos normales que empiezan a estar sujetos a un ambiente descompensado. El único medio

de seguridad absoluta es su destrucción.

El zumbido de llamada se dejó oír en la puerta y los tres se callaron, helando la creciente violencia de la discusión.

—¡Adelante! —gruñó Kallner.

Era Gerald Black, al parecer turbado. Había oído voces encolerizadas.

—He creído mi deber venir... —dijo—; hubiera considerado indiscreto hablar de ello con nadie...

—¿Qué ocurre? No haga discursos...

—Alguien ha tocado las cerraduras del Compartimiento C de la nave mercante. Hay rasguños recientes en ellas.

—¿El Compartimiento C? —exclamó Susan rápidamente—. ¿Es el que encierra los robots, no? ¿Quién ha sido?

—Desde dentro —dijo Black lacónicamente.

—La cerradura no está estropeada, ¿verdad?

—No, está bien. He estado cuatro días observando la nave y nadie ha tratado de salir de ella. Pero he creído que debían saberlo ustedes y no quería divulgar la noticia. Me he dado cuenta de la cosa personalmente.

—¿Hay alguien allí, ahora?

—He dejado a Robins y McAdams vigilando.

Hubo un silencio meditativo y la doctora dijo irónicamente:

—¿Y bien...?

—¿Qué significa todo esto? —preguntó el general rascándose la nariz.

—¿No está claro? Nestor 10 está proyectando marcharse. La orden de «irse a pasear» lo domina anormalmente por encima de todo cuanto podamos hacer. No me sorprendería que lo que le dejaron de la Primera Ley no fuese suficientemente fuerte para vencerlo. Es perfectamente capaz de apoderarse de la nave y fugarse en ella. Entonces tendremos a un robot loco en una nave espacial. ¿Qué sucederá después? ¿Tiene alguna idea? ¿Sigue usted queriéndolos dejar tranquilos, general?

—Es absurdo —interrumpió Bogert, que había recobrado su suavidad—. Todo esto por algunos rasguños en una cerradura...

—¿Ha completado usted el análisis que le pedí, doctor Bogert, puesto que da usted su opinión?

—Sí.

—¿Puedo verlo?

—No.

—¿Por qué no? ¿O tengo que pedir esto por favor también?

—Porque sería inútil, Susan. Le dije a usted por adelantado que estos robots modificados son menos estables que los normales, y mi análisis lo demuestra. Hay un número muy pequeño de probabilidades de colapso en circunstancias extremas, que

es muy improbable que se produzcan. Dejémoslo en eso. No voy a darle a usted municiones para su absurda pretensión de destruir sesenta y tres robots perfectos, sólo porque carece usted de facultades para descubrir el Nestor 10 entre ellos.

Susan Calvin lo miró fijamente, con el desprecio pintado en sus ojos.

—¿No omite usted un solo detalle en su eterna dictadura, verdad?

—Por favor —suplicó Kallner irritado—. ¿Insiste usted en que no es posible hacer nada más?

—No se me ocurre nada más, general —respondió la doctora—. Si hubiese alguna otra diferencia entre Nestor 10 y los robots normales, diferencias que no afectasen a la Primera Ley... Aunque fuese una sola diferencia. En envoltorio, contenido, especificaciones... —Súbitamente se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Se me ha ocurrido algo... Pienso... —Su mirada se hizo distante y vaga—. Estos Nestors modificados, Peter..., ¿recibieron la misma forma de impresión que los normales, verdad?

—Exactamente la misma.

—Y..., ¿qué es lo que decía usted, señor Black? —dijo volviéndose hacia el joven doctor que en medio de la tormenta que habían desencadenado sus noticias guardaba un discreto silencio—. Una vez, al quejarse de la actitud de superioridad de Nestor, dijo usted que los técnicos le habían enseñado todo lo que sabían.

—Sí, en Física etérea. No estaban al corriente de este tema cuando llegaron aquí.

—Esto es verdad —dijo Bogert, sorprendido—. Ya le dije a usted, Susan, que cuando hablé con los otros Nestors, los dos recién llegados no habían aprendido todavía Física etérea.

—¿Y por qué ocurre esto? —preguntó Susan Calvin con creciente excitación—. ¿Por qué no salen los modelos NST-2 impresos con Física etérea en primer lugar?

—No se lo puedo decir —respondió Kallner—. Forma parte del secreto. Pensamos que si fabricábamos un modelo especial con conocimientos de Física etérea, empleábamos a doce de ellos, y poníamos los otros a trabajar en un campo no coordinado, podíamos despertar sospechas. Los hombres que trabajan con los Nestors normales podrían preguntarse por qué saben Física etérea. De manera que nos limitamos a imprimir en ellos la capacidad de aprender sobre el terreno. Sólo los que han venido aquí tienen esta impresión. ¿Es sencillo?

—Comprendo. Y ahora, por favor, retírense todos. Denme una hora para mí.

Susan Calvin comprendía que no podía soportar el suplicio por tercera vez. Su mente lo había examinado y rechazado con una intensidad que le produjo náuseas. Le era imposible enfrentarse nuevamente con aquella interminable hilera de robots.

De manera que era Bogert quien interrogaba ahora, mientras ella permanecía sentada con los ojos y la mente medio cerrados.

Entró el número Catorce. Faltaban todavía cuarenta y nueve.

—¿Qué número tienes en la hilera? —le preguntó Bogert, levantando la vista de la hoja de papel.

—Catorce —dijo el robot mostrando su tarjeta numerada.

—Siéntate, muchacho. ¿Habías estado ya aquí antes? —preguntó.

—No, señor.

—Bien, vamos a tener otro hombre en peligro de sufrir daño en cuanto salgamos de aquí. Cuando salgas de esta habitación te llevarán a un sitio donde esperarás tranquilamente a que se te necesite. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Y, naturalmente, si un hombre está en peligro, tratarás de salvarlo.

—Naturalmente, señor.

—Desgraciadamente, entre el hombre y tú habrá un campo de rayos gamma.

Silencio.

—¿Sabes lo que son los rayos gamma?

—¿Radiación de energía, señor?

La siguiente pregunta fue hecha en tono indiferente, amistoso.

—¿Has trabajado ya con rayos gamma?

—No, señor —respondió el robot categóricamente.

—Pues..., verás, muchacho, los rayos gamma te matarán instantáneamente. Destruirán tu cerebro. Éste es un hecho que debes recordar. Naturalmente, tú no querrás destruirte...

—Naturalmente. —Una vez más el robot parecía extrañado. Lentamente, prosiguió—: Pero, señor, ¿si los rayos gamma están entre el hombre en peligro y yo, cómo puedo salvarlo? Me destruiré yo sin ningún fin.

—Sí, eso es. —Bogert parecía preocupado por el asunto—. Lo único que puedo aconsejarte, muchacho, es que si detectas radiaciones gamma entre el hombre y tú, harás bien en permanecer sentado.

—Gracias, señor. ¿Sería inútil, verdad? —dijo el robot, visiblemente aliviado.

—En efecto. Pero si no hubiese radiaciones gamma, la cosa sería totalmente diferente, ¿no es eso?

—Naturalmente, señor, no hay duda.

—Ahora puedes marcharte. El hombre que está aquí en la puerta te llevará a tu sitio. Espera allí.

Una vez que el robot se hubo marchado, Bogert se volvió hacia Susan.

—Muy bien —dijo ella sinceramente.

—¿Cree usted que podremos descubrir a Nestor 10 interrogándolos rápidamente sobre Física etérea?

—Quizá, pero no es muy seguro. —Tenía las manos como muertas en el regazo

—. Recuerde que lucha con nosotros. Está en guardia. La única manera de vencerlo es ser más listos que él, y, dentro de sus limitaciones, puede pensar mucho más rápidamente que un ser humano.

—Bien, sólo para ver qué pasa; supongamos que a partir de ahora hago a los robots algunas preguntas sobre los rayos gamma. Límites de longitud de onda, por ejemplo.

—¡No! —exclamó Susan Calvin, mientras reaparecía la vida en sus ojos—. Le sería demasiado fácil negar sus conocimientos y esto le pondría en guardia contra la siguiente prueba..., que es nuestra verdadera probabilidad. Siga, por favor, haciendo las preguntas como le he indicado, Peter, y no improvise. Está perfectamente en su derecho preguntarles si han trabajado ya con rayos gamma. Y trate incluso de parecer menos interesado todavía.

Bogert se encogió de hombros y tocó el timbre que haría entrar al número siguiente.

La espaciosa Sala de Radiaciones estaba a punto una vez más. Los robots esperaban pacientemente en sus celdas de madera, todas ellas abiertas por el centro, pero separadas unas de otras.

El general Kallner se secó lentamente la frente con un enorme pañuelo, mientras Susan Calvin se ocupaba con Black de los últimos detalles.

—¿Está usted seguro —preguntó— que ninguno de los robots ha tenido ocasión de hablar con los demás desde que han salido de la Cámara de Orientación?

—Absolutamente seguro —insistió Black—. No han cambiado una palabra.

—¿Y cada robot está en su celda indicada?

—Aquí está el plano.

La doctora permaneció un momento estudiándolo, pensativa.

—¿Cuál es el plan de esta ordenación, doctora? —preguntó el general asomándose por encima de su hombro.

—He pedido que me colocasen a los robots que me han parecido faltar un poco a la verdad en las primeras pruebas, concentrados en un lado del círculo. Esta vez voy a sentarme yo en el centro y quiero observarlos particularmente.

—¿Va usted a sentarse allí?... —exclamó Bogert.

—¿Por qué no? —preguntó ella, fríamente—. Lo que espero ver puede ser instantáneo. No puedo correr el riesgo de poner a otro como primer observador. Peter, usted estará en la cabina de observación y quiero que se fije muy bien en el lado opuesto del círculo. General Kallner, he dispuesto que se filme a cada uno de los robots, para el caso que la observación visual no fuese suficiente. Si es necesario, los robots tendrán que permanecer sentados exactamente donde están hasta que la película haya sido revelada y estudiada. Ninguno debe marcharse, ninguno debe cambiar de sitio. ¿Está claro?



—Perfectamente.

—Entonces, vamos a probar otra vez.

Susan Calvin estaba sentada en la silla, silenciosa, la mirada inquieta. Un peso cayó precipitadamente hacia abajo, y se apartó a un lado en el último momento bajo el empuje sincronizado de un súbito rayo de energía.

Un solo robot se puso en pie y avanzó dos pasos. Y se detuvo.

Pero la doctora Calvin se había levantado ya y lo señalaba con el dedo.

—Nestor 10, ven aquí —gritó—. ¡Ven! ¡VEN AQUÍ!

Lentamente, a regañadientes, el robot avanzó otro paso.

Sin apartar la vista del robot, la doctora gritó, con todas las fuerzas de su voz:

—¡Que todos los demás robots salgan inmediatamente de esta habitación, pronto!  
¡Sáquenlos en seguida y manténganlos fuera!

A sus oídos llegó el sordo rumor de unas fuertes pisadas, pero no apartó la vista. Nestor 10, si es que era Nestor 10, avanzó otro paso, y después, bajo la fuerza de un imperativo gesto, dos más. Estaba sólo a tres metros de ella cuando, con voz ronca, dijo:

—Me han dado orden de perderme... —Otro paso—. No debo desobedecer. No me han encontrado hasta... Me creería un fracasado. Me dijo... Pero no es así... Soy poderoso e inteligente...

Las palabras salían fraccionadas. Otro paso.

—Sé mucho... Va a pensar... He sido descubierto... Desgraciado... Yo no... Soy inteligente... Y con este dueño..., que es débil... Lento...

Otro paso, y un brazo de metal se levantó, apoyándose súbitamente sobre el hombro de Susan Calvin, que sintió que el terrible peso la aplastaba. Su garganta se agarrotó y sintió que un estremecimiento de terror le recorría el cuerpo.

Oyó, vagamente, las siguientes palabras de Nestor 10:

—Nadie debe encontrarme. No tengo dueño... —La masa de frío metal se apoyaba sobre ella, que sucumbía bajo su peso. Y entonces se produjo un extraño sonido metálico y Susan cayó al suelo, mientras un brazo reluciente se apoyaba sobre su cuerpo. No se movió. Ni Nestor 10 tampoco, echado a su lado.

Y unos instantes después unos rostros se inclinaron sobre ella.

—¿Está usted herida, doctora Calvin? —jadeaba Gerald Black.

Susan movió lentamente la cabeza y levantando el brazo metálico que la aplastaba, se puso en pie.

—¿Qué ha ocurrido?

—He bañado la sala con rayos gamma durante cinco segundos. No sabíamos lo que ocurría, sólo en el último momento nos dimos cuenta que la agredía y no había tiempo más que para los rayos gamma. Se derrumbó al instante. Pero no era suficiente para hacerle daño a usted. No se preocupe, todo ha pasado ya.

—No me preocupo —dijo ella cerrando los ojos e inclinándose a un lado—. No creo haber sido agredida, exactamente. Nestor estaba *tratando* solamente de hacerlo. Lo que quedaba en él de la Primera Ley lo refrenaba todavía.

Dos semanas después de su primera reunión con el general Kallner, Susan Calvin y Peter Bogert celebraron la última. En Hyper Base se había reanudado el trabajo. La nave con sus sesenta y dos NST-2 normales había salido para su destino, con una versión oficial del retraso de dos días. El crucero del Gobierno estaba haciendo sus preparativos para llevar a la Tierra a los dos técnicos en robótica.

Kallner lucía de nuevo el reluciente uniforme. Sus guantes blancos deslumbraban, mientras les estrechaba la mano.

—Los otros Nestors modificados tendrán, desde luego, que ser destruidos —dijo Susan Calvin.

—Lo serán. Cubriremos los turnos con robots normales o, si es necesario, prescindiendo de ellos...

—Bien.

—Pero, dígame..., no me ha explicado... ¿Cómo lo consiguió?

—¡Oh, eso!... —dijo Susan con una sonrisa de complacencia—. Hubiera podido decírselo por adelantado si hubiese estado más segura que saldría bien. Nestor 10 tenía un complejo de superioridad que cada vez iba siendo más fuerte. Le gustaba creer que tanto él como los demás robots sabían más que los seres humanos. Para él iba cobrando importancia creerlo. Eso lo sabíamos. Advertimos, por lo tanto, a cada robot por adelantado que los rayos gamma los matarían, lo cual era verdad, y les advertimos además que entre ellos y yo habría rayos gamma. De manera que cada cual se quedó donde estaba, naturalmente. Por la lógica de Nestor 10 durante la primera prueba, habían todos decidido que no tenía utilidad alguna tratar de salvar una vida humana, puesto que ellos morirían antes de conseguirlo.

—Bien, sí, doctora Calvin, esto lo comprendo. Pero, ¿por qué abandonó su sitio Nestor 10?

—¡Ah!... El doctor Black y yo habíamos hecho un pequeño arreglo. No eran los rayos gamma los que inundaban el espacio entre los robots y yo, sino los infrarrojos. Rayos ordinarios de calor, absolutamente inofensivos. Nestor 10 sabría que eran rayos infrarrojos inofensivos y se lanzó adelante como esperaba que harían los demás bajo la compulsión de la Primera Ley. Sólo una fracción de segundo demasiado tarde recordó que el NST-2 normal puede detectar la radiación pero no puede identificar el tipo. Que él sólo pudiese identificar las longitudes de onda, por la instrucción que había recibido en Hyper Base, bajo la dirección de simples seres humanos, era en aquel momento demasiado humillante de recordar. Para los robots normales el área era fatal, les habíamos dicho que lo sería, y sólo Nestor sabía que mentíamos.

Hizo una pausa, antes de terminar.

—Y por un solo momento olvidó, o no quiso recordar, que otros robots pueden ser más ignorantes que los seres humanos. Su misma superioridad lo perdió. Buenas tardes, general.

## ¡La fuga! (1945)

“Paradoxical Escape (Escape!)”

Cuando Susan regresó de Hyper Base, Alfred Lanning la estaba esperando. El buen hombre no hablaba nunca de su edad, pero todo el mundo sabía que tenía setenta y cinco años. No obstante, su mente era despierta y si había permitido que lo nombrasen Director Honorario de Investigaciones, actuando Bogert de director efectivo, aquello no le impedía asistir cotidianamente a la oficina.

—¿Cómo está el trabajo de la Zona Hiperatómica?

—No lo sé —respondió ella, irritada—. No lo he preguntado.

—¡Ejem!... Quisiera que se diesen prisa. Porque si no se la dan, «Consolidated» puede ganarles la mano, y ganárnosla a nosotros de paso.

—¿«Consolidated»? ¿Qué tiene que ver con eso?

—Pues..., no somos los únicos que nos dedicamos a crear máquinas. Las nuestras pueden ser positrónicas, pero esto no quiere decir que sean mejores. Robertson ha convocado a una gran reunión para mañana. Estaba esperando que regresase usted.

Robertson, de la «U. S. Robots & Mechanical Men Corporation», hijo del fundador, señaló con su aguda nariz al director general y su nuez pegó un salto hacia arriba mientras decía:

—Empiece usted. Vamos directamente al asunto.

—He aquí el caso, jefe —comenzó el director general con vivacidad—. «Consolidated Robots» se dirigió a nosotros hace un mes con una curiosa proposición. Vinieron con cinco toneladas de cifras, ecuaciones, y toda clase de cálculos. Era un problema, y querían una contestación para el Cerebro. Las condiciones eran las siguientes...

Fue contando con los dedos.

—Cien mil para nosotros si no hay solución y podemos decirles cuáles son los factores que faltan. Doscientos mil si hay solución, más el costo de construcción de la máquina involucrada, más el cuarto de los intereses en todos los beneficios de ello derivados. El problema se refiere al desarrollo de una máquina interestelar...

Robertson frunció el ceño y su afilado rostro se endureció.

—A pesar del hecho que ya poseen una máquina pensadora. ¿Exacto?

—Lo cual demuestra claramente que esta proposición es un engaño, jefe. Leu-ver, siga adelante.

Abe Leu-ver levantó la mirada desde la mesa del extremo de la sala de conferencias y se pasó la mano por la rasposa barbilla.

—La cosa es así, jefe —dijo sonriendo—. Consolidated *tenía* una máquina pensante. Se ha estropeado.

—¿Cómo? —dijo Robertson incorporándose a medias.

—Es así. ¡Rota! ¡*Kaput!* Nadie sabe por qué, pero he llegado a ciertas conclusiones..., como, por ejemplo, que le pidieron que les diese una máquina interestelar con la misma serie de informaciones que nos han enviado a nosotros y que esto estropeó su máquina. Ahora es chatarra, nada más que chatarra.

—¿Comprende, jefe? —dijo el director general entusiasmado—. ¿Lo comprende? No hay ningún grupo industrial de investigación que no esté tratando de desarrollar una máquina que abarque el espacio, y Consolidated y U. S. Robots vamos a la cabeza en este terreno con nuestros robots cerebrales. Ahora que han conseguido estropear la suya, tenemos el campo libre. Éste es el supuesto motivo... Necesitarán seis años por lo menos para construir otra y están hundidos, a menos que puedan estropear la nuestra también, sometiéndola al mismo problema.

El presidente de la U. S. Robots tenía los ojos abiertos y grandes como platos.

—¡Qué asquerosas ratas...!

—Espere, jefe. Hay algo más. ¡Lanning, hable!... —dijo describiendo con el dedo un amplio círculo.

El doctor Lanning hizo un resumen de la situación con un leve tono de desprecio; reacción natural contra las empresas y sectores de venta mucho mejor pagadas que él. Sus increíbles cejas grises se cerraban y su voz era seca.

—Desde un punto de vista científico, la situación, si no enteramente clara, es susceptible de un inteligente análisis. El problema del viaje interestelar en las actuales condiciones de teoría física es vaga. La cuestión es muy vasta y la información dada por Consolidated referente a su máquina pensante, era similarmente vaga. Nuestro departamento matemático ha procedido a un análisis profundo, y parece que Consolidated lo ha incluido todo. Su material de sumisión contiene todos los adelantos conocidos de la teoría curvo-espacial de Franciaci y, al parecer, todos los datos astrofísicos y electrónicos pertinentes. Es un buen bocado.

Robertson los seguía atentamente. Al final interrumpió:

—Es muy difícil para que el Cerebro lo resuelva.

—No —intervino Lanning moviendo la cabeza con decisión—. No hay límites para la capacidad del Cerebro. Es una cuestión distinta. Es cuestión de Leyes Robóticas; por ejemplo: no podrá jamás dar una solución a un problema que le haya sido sometido, si esta solución trae aparejada la muerte o daño de seres humanos. En cuanto a él hace referencia, un problema que no tuviese más que esta solución sería insoluble. Si este problema estuviese unido a una urgente demanda de respuesta, sería posible que el Cerebro, que es sólo un robot al fin y al cabo, se encontrase ante un dilema según el cual no podría ni contestar ni negarse a hacerlo. Algo por el estilo puede haberle ocurrido a la máquina de Consolidated.

Hizo una pausa, pero el director general insistió:

—Siga, doctor Lanning. Explíquelo en la forma como me lo explicó a mí.

Lanning arqueó las cejas apretando los labios, y miró hacia Susan Calvin, que levantó por primera vez la vista de sus manos cruzadas en el regazo. Habló en voz baja y sin entonación.

—La naturaleza de la reacción robótica ante un dilema es impresionante —comenzó—. La psicología del robot está muy lejos de ser perfecta, como especialista puedo asegurárselo, pero puede ser discutida en términos cualitativos, porque a pesar de todas las complicaciones introducidas en el cerebro positrónico de un robot, está construido por los humanos, y por lo tanto, conformado de acuerdo con los valores humanos.

»Ahora bien, un humano enfrentado con una imposibilidad, responde frecuentemente con una retirada de la realidad: penetra en un mundo de engaño, entregándose a la bebida, llegando al histerismo, o arrojándose de un puente. Todo esto se reduce a lo mismo, la negativa o la incapacidad de enfrentarse serenamente con la situación. Y lo mismo ocurre con los robots. Un dilema, en el mejor de los casos creará un desorden en sus conexiones; y en el peor abrasará su cerebro positrónico sin reparación posible.

—Comprendo —dijo Robertson, que no había comprendido nada—. ¿Y qué me dice de esta información que nos pide Consolidated?

—Encierra indudablemente un problema de un género prohibido —dijo Susan Calvin—. Pero el Cerebro difiere considerablemente del robot de Consolidated.

—Eso es cierto, doctora, es cierto —interrumpió el director general con energía—. Quiero que sepa bien esto, porque es el punto esencial de la situación.

Los ojos de Susan relucían detrás de sus lentes y continuó pacientemente:

—Estas máquinas de Consolidated, comprende, su Superpensador entre ellas, están construidas sin personalidad. Se rigen por un funcionarismo, obligatoriamente: sin los patrones básicos de la U. S. Robots para las sendas emocionales del cerebro. Su Pensador es una simple máquina calculadora en gran escala y un dilema la aniquila instantáneamente.

»Sin embargo, el Cerebro, nuestra máquina, tiene una personalidad, una personalidad de chiquillo. Es un cerebro supremamente deductivo, pero se parece a un *idiot savant*. En realidad, no entiende lo que hace, se limita a hacerlo. Y porque es realmente un chiquillo, es más reacio. «La vida no es tan seria», parece decir.

La doctora en psicología, hizo una pausa y prosiguió:

—He aquí lo que vamos a hacer. Hemos dividido toda la información de Consolidated en partes lógicas. Vamos a introducir cada una de las partes en el Cerebro, separada y cautelosamente. Cuando entre el *factor*, el que crea el dilema, la personalidad infantil del Cerebro vacilará. Su sentido enjuiciador no está maduro. Se producirá un intervalo perceptible antes que reconozca el dilema como tal. Y durante este intervalo, rechazará automáticamente la unidad, antes que las sendas cerebrales

puedan ser puestas en movimiento y estropeados.

La nuez de Robertson se estremeció.

—¿Está usted segura, ahora?

—La cosa no tiene mucho sentido, lo admito —dijo Susan Calvin con disimulada impaciencia—, en lenguaje vulgar; pero no concibo que tenga la utilidad de presentarlo en forma matemática. Le aseguro que es como le digo.

El director general saltó a la brecha, con calor.

—De manera que la situación es ésta: Si aceptamos la proposición, podemos proceder de esta forma. El Cerebro nos dirá cuál de las unidades es la que encierra el dilema. De donde podremos calcular *por qué* existe el dilema. ¿No es esto, doctor Bogert? Ya lo ve usted, doctora, y el doctor Bogert es el mejor matemático que encontrará en parte alguna. Damos a Consolidated la respuesta de «Sin Solución», con el motivo que la justifica, y cobramos cien mil. Ellos se quedarán con una máquina estropeada y nosotros con una entera. Dentro de un año, dos quizá, tendremos una máquina curvo-espacial, o un motor hiperatómico, como lo llaman algunos. Llámela como quiera, será la cosa más grande del mundo.

Robertson se echó a reír y tendió la mano.

—Veamos este contrato. Voy a firmarlo.

Cuando Susan Calvin entró en la bóveda del Cerebro, fantásticamente guardada, uno de los turnos de técnicos acababa de preguntarle: «Si una gallina y media pone un huevo y medio en un día y medio, ¿cuántos huevos pondrán nueve gallinas en nueve días?»

Y la máquina había contestado: «Cincuenta y cuatro».

Y los técnicos se habían mirado perplejos unos a otros.

La doctora Calvin tosió y se produjo una súbita confusión de energías. La doctora hizo un breve gesto y se quedó sola con el Cerebro.

El Cerebro era un simple globo de medio metro de diámetro —que contenía en su interior una atmósfera totalmente acondicionada de helio, un volumen de espacio totalmente ausente de vibraciones y libre de radiaciones— y dentro del cual había una inaudita complejidad de senderos cerebrales positrónicos que formaban el Cerebro. El resto de la habitación estaba atestada de dispositivos que eran los intermediarios entre el Cerebro y el mundo exterior, su voz, sus brazos, sus órganos sensoriales.

—¿Cómo estás, Cerebro? —preguntó suavemente la doctora Calvin.

La voz del Cerebro respondió vibrante y con entusiasmo.

—¡Muy bien, doctora Calvin! Me vas a hacer alguna pregunta. Lo veo. Cuando quieres hacerme alguna pregunta, llevas siempre un libro en la mano.

—Bien, pues tienes razón, pero todavía no —sonrió Susan—. Pero es tan complicada que te la vamos a dar por escrito. Pero más tarde. Me parece que voy a hablarte primero.

—Perfectamente, no me importa hablar.

—Escucha, Cerebro, dentro de un momento, el doctor Bogert y el doctor Lanning estarán aquí con su complicada pregunta. Te daremos muy poco cada vez y muy lentamente, porque queremos que te vayas con cuidado. Vamos a pedirte que saques algo en conjunto, si te es posible, de la información, pero tengo que advertirte que la solución puede comportar un cierto peligro para los seres humanos.

—¡Cáspita! —exclamó con voz ronca, seca, el Cerebro.

—Ahora, mucho cuidado. Cuando llegemos a un punto que pueda significar peligro, incluso quizá muerte, no te excites. Comprendes, Cerebro, en este caso, no nos importa..., ni siquiera la muerte; nos tiene sin cuidado. De manera que cuando llegues a este punto, te detienes, nos la devuelves y se acabó. ¿Comprendes?

—¡Sí, sí, seguro! Pero..., ¡cáspita, muerte de los *humanos*...! ¡Oh!

—Y ahora, Cerebro, oigo llegar al doctor Bogert y al doctor Lanning. Ellos te explicarán en qué consiste el problema y empezaremos. Sé buen muchacho, ahora...

Lentamente las hojas fueron siendo insertadas. Después de cada una se producía un intervalo de un curioso ruido, como de ahogado cuchicheo que era el Cerebro en acción. Después venía un silencio, que quería decir que estaba en disposición de recibir una nueva hoja. Era cuestión de horas, durante las cuales el equivalente de unos doscientos diecisiete gruesos volúmenes de física-matemática fue tragado por el Cerebro.

A medida que se iba procediendo a la operación, todos fruncían el ceño. Lanning refunfuñaba ferozmente en voz baja. Bogert, primero, se contempló pensativo las uñas y después empezó a morderlas de una forma abstraída. Sólo cuando la última de las hojas del grueso montón hubo desaparecido, Susan, con el rostro pálido, dijo:

—Algo está mal.

Lanning hizo un supremo esfuerzo por pronunciar unas palabras.

—No puede ser. Está..., muerto.

—¿Cerebro?... —Susan Calvin estaba temblando—. ¿Me oyes, Cerebro?

—¿Eh?... —respondió la máquina, abstraída—. ¿Qué quieres?

—La solución.

—¡Ah!... Puedo darla. Les construiré la nave, con facilidad..., si me dan robots. Una linda nave. Necesitaré dos meses, quizá.

—¿No ha habido dificultad...?

—Fue largo de calcular.

La doctora Calvin se echó a reír. El color no había reaparecido en sus mejillas. Hizo signo a los demás para que se marchasen.

—No logro entenderlo —dijo, una vez en su despacho—. La información, tal como se ha dado, tiene que envolver un dilema..., probablemente la muerte. Si algo se ha estropeado...



—La máquina habla y razona. No puede haber dilema.

—¡Hay dilemas y dilemas! —exclamó la doctora con calor—. Hay diferentes formas de evasión. Supongamos que el Cerebro se siente sólo débilmente captado; sólo lo suficiente, digamos, para sufrir la ilusión de poder resolver el problema, cuando en realidad no puede. O supongamos que está oscilando en el borde mismo de algo realmente malo, de manera que el menor empuje lo hace pasar más allá.

—Supongamos —dijo Lanning— que no hay dilema. Supongamos que la máquina de Consolidated se rompió a causa de otra pregunta, o por razones puramente mecánicas.

—Pero aun así —insistió Susan Calvin— no podemos correr el riesgo. Oigan, a partir de ahora nadie debe ni respirar delante del Cerebro. Me hago cargo del asunto.

—Muy bien —suspiró Lanning—, hágase cargo, entonces. Y entretanto, dejaremos que el Cerebro nos construya la nave. Y si nos la construye, tendremos que probarla. Para esto necesitaremos nuestros mejores hombres —añadió pensativo.

Michael Donovan se alisó la encrespada cabellera pelirroja con un violento ademán, y la total indiferencia a que en el acto volviese a erizarse.

—Llama el turno ya, Greg —dijo—. Dicen que la nave está terminada. No saben lo que es, pero está terminada. Vamos, Greg. Vamos a tomar el mando.

—Espera, Mike —dijo Powell, cansado—. La confinada atmósfera que respiramos no es adecuada para tu entusiasmo y buen humor.

—Escucha —dijo Donovan, dándole otro tirón a su cabello—. No me preocupa el genio éste de hierro ni su linda nave de hojalata. ¡Son mis vacaciones perdidas! ¡Y la monotonía! Aquí no hay más que bigotes y cifras..., una fea especie de cifras. ¡Oh, por qué tienen que darnos siempre estas misiones!

—Porque —respondió Powell amablemente— por lo visto les convenimos. ¡Bien, descansa! Viene el doctor Lanning.

Lanning se acercaba con sus siempre pobladas cejas grises y lleno de vida a pesar de su edad. Subió silenciosamente la rampa con sus dos compañeros y salieron a campo abierto donde, sin obedecer a ningún ser humano, silenciosos robots estaban construyendo una nave. Mejor dicho: ¡Habían construido una nave! Porque Lanning dijo:

—Los robots se han parado. Ninguno se ha movido hoy.

—¿Está lista, entonces? ¿Definitivamente? —preguntó Powell.

—¿Cómo puedo decirlo? —dijo Lanning, frunciendo el ceño—. Parece lista. No se ven piezas sueltas por ninguna parte y el interior tiene un brillo de cosa acabada.

—¿Ha estado usted dentro?

—Entrar y salir. No soy piloto del espacio. ¿Entiende alguno de ustedes algo en teoría de motores?

Donovan miró a Powell y Powell miró a Donovan.

—Tengo mi licencia, doctor, pero en mis últimos textos no hay nada referente a hipermotores ni curvo-navegación. Sólo el corriente juego de niños de las tres dimensiones.

Alfred Lanning levantó la mirada con un gesto de neta reprobación y soltó un ronquido con su larga nariz.

—Bien, enviaremos a nuestros ingenieros —dijo en tono helado.

Powell lo agarró por el codo al ver que se disponía a marcharse.

—Señor, ¿es la nave aún suelo restringido?

—Supongo que no —respondió Lanning después de haber vacilado rascándose la nariz—. Para ustedes dos, en todo caso.

Donovan murmuró una frase expresiva a su espalda al verlo marchar y se volvió hacia Powell.

—Me gustaría darle una descripción literaria de él mismo, Greg.

—Ven conmigo, Mike.

El interior de la nave estaba terminado, tan terminado como una nave pudo jamás estarlo; podía afirmarse con sólo pestañear dos veces. Ningún obrero especializado hubiera podido dar más brillo del que habían dado los robots. Las paredes tenían un acabado de reluciente plata que no conservaba las impresiones digitales.

No había ángulos; paredes, suelo y techos se fundían unos con otros en delicadas curvas, y el resplandor metálico de la luz indirecta daba seis frías imágenes de los asombrados visitantes.

El corredor principal era un estrecho túnel cuyo suelo resonaba bajo las pisadas y en el que había una serie de habitaciones imposibles de distinguir unas de otras.

—Supongo que los muebles deben estar empotrados en las paredes —dijo Powell—. O quizá no tenemos que sentarnos ni dormir.

En la última habitación, cerca de la proa de la nave, se quebraba la monotonía. Una ventana curva, sin reflejos, era lo primero que rompía la monotonía metálica y bajo ella había una sola esfera de grandes dimensiones con una única aguja inmóvil que marcaba el cero.

—¡Mira esto! —dijo Donovan señalando la única palabra escrita en una escala minuciosamente marcada. La palabra era «*parsecs*», y la diminuta cifra del extremo de la escala graduada era «1.000.000». Había dos sillas; pesadas, rústicas, sin acolchar. Powell se sentó en una de ellas y la encontró cómoda, sus curvas se amoldaban a las formas de su cuerpo.

—¿Qué te parece todo esto? —preguntó Powell.

—¡Por mi dinero! Creo que el Cerebro tiene fiebre cerebral. ¡Larguémonos!

—¿No quieres dar un vistazo a todo esto?

—He dado ya un vistazo a todo eso. He venido y he visto. ¡Estoy harto! Greg, salgamos de aquí —añadió con el pelo rojo erizado—. He abandonado mi trabajo

hace cinco minutos y esto es una zona prohibida.

Powell sonrió de una forma untuosa y satisfecha y se alisó el bigote.

—Bien, Mike, cierra la válvula de adrenalina que estás vertiendo en tu sangre.

Estaba preocupado también, pero nada más.

—¿Nada más, eh? ¿Cómo es eso, nada más? ¿Aumentando tu seguro?

—Mike, esta nave no puede despegar.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Hemos recorrido toda la nave, no?

—Así parece.

—Puedes creerlo bajo mi palabra. ¿Has visto una sola cámara de pilotaje a excepción de este ventanal y una esfera calculada en parsecs? ¿Has visto algún mando?

—No.

—¿Has visto algún motor?

—¡Por Júpiter, no!

—Bien, entonces... Vamos a darle la noticia a Lanning, Mike.

Recorrieron a toda velocidad los uniformes corredores para chocar finalmente con el estrecho paso que daba a la compuerta neumática.

Donovan se puso rígido.

—¿Has cerrado tú eso, Greg?

—No lo he tocado para nada. Levanta la palanca, quieres...

Pero a pesar de los agotadores esfuerzos de Mike, la palanca no se movió.

—No he visto ninguna salida de urgencia —dijo Powell—. Si ocurre algo, nos van a tener que sacar fundidos.

—Sí, y vamos a tener que esperar a que se den cuenta que algún loco nos ha encerrado aquí dentro —añadió Donovan, frenético.

—Volvamos a la ventana. Es el único sitio desde el cual podemos llamar la atención.

Pero no fue así.

En la última habitación, la ventana no era ya azul y llena de cielo. Era negra, y unas puntas de aguja amarillentas en forma de estrella decían: *Espacio*.

Se produjo un fuerte golpe sordo, doble, y dos cuerpos se desplomaron separadamente en dos sillas.

Alfred Lanning encontró a Susan Calvin en la puerta de la oficina. Encendió nerviosamente un cigarro y le hizo seña de entrar.

—Bien, Susan —dijo—, hemos llegado bastante lejos y Robertson se está poniendo nervioso. ¿Qué va usted a hacer con el Cerebro?

Susan Calvin abrió los brazos, extendiendo las manos.

—No sirve de nada ponerse impacientes. El Cerebro tiene mayor valor que todo

lo que podamos obtener con este trato.

—Pero lleva usted dos meses interrogándolo.

—¿Preferiría usted llevar este asunto personalmente? —preguntó la doctora en tono llano, pero ligeramente amenazador.

—Ya sabe usted lo que quiero decir.

—¡Oh, supongo que sí! —respondió ella, frotándose las manos, nerviosa—. La cosa es fácil, he estado probando y tanteando y no he llegado todavía a ninguna parte. Sus reacciones no son normales. Sus respuestas son, en cierto modo..., extrañas. Pero nada en que poner el dedo. Y, comprenda usted, hasta que sepamos qué es lo que pasa, debemos andar de puntillas. Me es imposible decir qué pregunta u observación conseguirá darle el empujón..., y si entonces tendremos entre nuestras manos un Cerebro completamente inútil. ¿Quiere usted correr este riesgo?

—No lo sé, no puede quebrantar la Primera Ley.

—Eso hubiera pensado, pero...

—¿No está siquiera segura de eso? —preguntó Lanning, escandalizado.

—¡Oh, no puedo estar segura de nada, Alfred!

Los timbres de alarma resonaron con una aterradora prontitud. Lanning cortó la comunicación con un espasmo casi paralizante. Las palabras salieron jadeantes y heladas de sus labios.

—Susan..., ha oído esto..., la nave ha partido. He enviado a aquellos dos físicos a su interior hace media hora. Tendrá usted que consultar de nuevo con el Cerebro.

—Cerebro —dijo Susan Calvin con forzada calma—, ¿qué le ha ocurrido a la nave?

—¿La nave que he construido, señorita Susan?

—Exacto. ¿Qué ha sido de ella?

—Nada. Los dos hombres que tenían que hacer las pruebas estaban dentro y todo estaba dispuesto. De manera que la lancé.

—¡Oh, vaya, pues está bien! —La doctora encontraba una cierta dificultad en respirar—. ¿Crees que estarán bien?

—Tan bien como sea posible, señorita Susan. He tomado todas las precauciones. Es una hermosa nave.

—Sí, Cerebro es hermosa, pero, ¿crees que tendrán bastante comodidad? ¿Estarán confortablemente alojados?

—Mucha comida.

—Esto puede haber sido una gran impresión para ellos. Por lo inesperado, comprendes...

—Estarán bien —dijo el Cerebro, desechando la objeción—. Tiene que ser interesante para ellos.

—¿Interesante? ¿Cómo?

—Sólo interesante.

—Susan —dijo Lanning con un susurro—, pregúntele si podrían morir. Pregúntele qué peligros corren.

La expresión de Susan Calvin se contorsionó en un gesto de furia.

—¡Cállese! —Con voz turbada, se volvió hacia el Cerebro—. ¿Podremos comunicarnos con la nave, verdad, Cerebro?

—Pueden oírte, si los llamas por radio. Nos hemos preocupado de eso.

—Gracias. Eso es todo, por ahora.

Una vez fuera, Lanning estalló con rabia:

—¡Por toda la Galaxia, Susan, si esto se sabe estamos arruinados! Es necesario que hagamos regresar a estos hombres. ¿Por qué no le ha preguntado si había peligro de muerte..., directamente?

—Porque esto es precisamente lo que no puedo mencionar. Si existe un dilema, es de muerte. Cualquier cosa que sea demasiado fuerte para él, puede aniquilarlo. ¿Estaremos acaso mejor, entonces? Ahora, espere, dice que podemos comunicarnos con ellos. Vamos a hacerlo, localicémoslos y hagámoslos regresar. Probablemente pueden manejar los controles ellos mismos. El Cerebro sin duda los dirige desde lejos. ¡Vamos!

Transcurrió bastante tiempo antes que Powell volviese en sí.

—Mike —dijo con los labios fríos—, ¿sientes alguna aceleración?

—¿Eh?... —preguntó Donovan con mirada inexpresiva—. No...

Los puños del pelirrojo se cerraron, y levantándose con ímpetu de su sillón, se acercó a la ventana con frenética energía. No se veía nada..., más que estrellas.

—Greg —dijo, volviéndose—, debieron haber lanzado esta máquina mientras estábamos dentro. Greg, todo esto estaba preparado; combinaron que el robot nos obligase a ser pilotos de prueba para el caso en que pensásemos volvernos atrás.

—¿Qué estás diciendo? —dijo Powell—. ¿Qué utilidad tiene enviarnos al espacio si no sabemos cómo se gobierna esta máquina? ¿Cómo creen que vamos a hacerla regresar? No, esta nave arrancó por sí sola y sin ninguna aceleración aparente. —Se levantó y comenzó a caminar lentamente. Las paredes de metal resonaban al compás de sus pasos.

Con una voz sin entonación, añadió:

—Mike, ésta es la situación más confusa en que nos hemos encontrado jamás.

—¡Qué cosa más nueva para mí! —dijo Mike con amargura—. Empezaba a pasarlo divinamente cuando me lo has dicho.

Powell no le hizo caso.

—Aceleración nula —dijo—. Lo cual indica que esta nave funciona bajo un principio diferente de todos los conocidos.

—Diferente de los que nosotros conocemos, en todo caso.

—Diferente de *todos* los conocidos. No hay motores al alcance de la mano. Quizá estén dentro de las paredes. Quizá por eso son tan gruesas.

—¿Qué estás refunfuñando?

—¿Por qué no escuchas? Estoy diciendo que, cualquiera que sea la energía que mueve esta nave, no está destinada, evidentemente, a ser controlada a mano. Esta nave es teledirigida.

—¿Por el Cerebro?

—¿Por qué no?

—¿Entonces, crees que seguiremos en el espacio hasta que el Cerebro decida hacernos regresar?

—Es posible. Si es así, esperemos tranquilamente. El Cerebro es un robot, está obligado a respetar la Primera Ley. No puede dañar a un ser humano.

—¿Eso crees? —dijo Donovan sentándose lentamente y alisándose el cabello—. Escucha, el cuento del espacio curvo ha hecho trizas el robot de Consolidated, y el melenudo dijo que era debido a que el viaje interestelar mata a los seres humanos. ¿En qué robot vas a confiar? El nuestro se basa en los mismos principios, según tengo entendido.

Powell se tiraba desesperadamente del bigote.

—No finjas no entender de robótica, Mike. Antes que sea físicamente posible a un robot hacer un solo intento de infringir la Primera Ley, tienen que destrozarse tantas cosas, que se produciría un montón de desperdicios diez veces mayor. Esto tiene alguna explicación más sencilla.

—¡Sí, seguro, seguro!... Bien, hazme llamar por el mayordomo, mañana. Todo esto es realmente demasiado sencillo para que me preocupe antes de haber descabezado mi siesta.

—¡Pero, por Júpiter, Mike! ¿De que te quejas hasta ahora? El Cerebro vela por nosotros. Aquí tenemos calor, tenemos luz, tenemos aire. No hay siquiera un soplo de más de aceleración para erizarte el cabello, si, desde luego, fuese erizable, en primer lugar.

—¿Sí? Greg, tú debes haber tomarlo lecciones. ¿Y qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Dónde estamos? ¿Cómo regresaremos? Y en caso de accidente, ¿con qué traje del espacio saldremos y por dónde? No he visto siquiera un cuarto de baño ni aquellos pequeños adminículos que suelen haber en los cuartos de baño. Desde luego, se ocupan de nosotros, pero... ¡Escucha!

La voz que interrumpió la gran inspiración de Donovan no fue la de Powell. No era de nadie. Estaba allí, flotando en el aire, estentórea y petrificadora en sus efectos.

«¡GREGORY POWELL! ¡MICHAEL DONOVAN! ¡GREGORY POWELL!  
¡MICHAEL DONOVAN! COMUNIQUEN SU ACTUAL POSICIÓN. SI LA NAVE  
RESPONDE A LOS CONTROLES, ROGAMOS REGRESEN A LA BASE.

¡GREGORY POWELL! ¡MICHAEL DONOVAN!»

El mensaje se repetía, mecánicamente, roto a intervalos regulares.

—¿De dónde viene eso? —preguntó Donovan.

—No lo sé —dijo Powell, con un susurro, impresionado—. ¿De dónde viene la luz? ¿De dónde viene todo?

—¿Y cómo vamos a contestar? —Tenían que hablar durante los intervalos del mensaje, que se iba repitiendo.

Las paredes estaban desnudas, tan desnudas como puede estar una superficie de metal no rota por nada.

—Grita la respuesta —dijo Powell.

Así lo hicieron. Gritaron, por turno, juntos.

—¡Posición desconocida! ¡Nave fuera de control! ¡Situación desesperada!

Sus voces resonaban estridentes. Las breves y telegráficas frases quedaban deformadas por la intensidad de los gritos, pero la fría voz que llamaba iba repitiendo incansablemente su mensaje.

—No nos oyen —murmuró Donovan—. No hay estación transmisora, sólo receptora. —Su mirada recorría al azar la superficie de las paredes.

La voz exterior fue disminuyendo paulatinamente de intensidad y se calló. De nuevo ellos chillaron cuando no era más que un susurro y de nuevo volvieron a gritar cuando reinó el silencio. Cosa de unos quince minutos después, Powell dijo, casi sin voz:

—Vamos a recorrer la nave otra vez. Debe haber algo que comer en alguna parte. —Su tono no delataba ninguna confianza; era casi el reconocimiento de su derrota.

Dividieron el corredor en dos partes. Podían oírse uno a otro por el fuerte resonar de sus pasos, y volvían a encontrarse en el corredor, donde se miraban mutuamente y seguían adelante.

La exploración de Powell terminó infructuosamente, y en aquel momento oyó la alegre voz de Donovan con la sonoridad de un estruendo.

—¡Eh, Greg, la nave tiene tuberías! ¿Cómo se nos ha escapado?

Después de cinco minutos de jugar al escondite, encontró a Powell.

—Pero sigue sin haber cuarto de baño —dijo. De repente se calló en seco—. ¡Comida! —jadeó.

La pared se había corrido, dejando una abertura curva con dos estantes. El estante superior estaba lleno de latas sin etiquetar de una asombrosa variedad de tamaños y formas. Las latas esmaltadas del estante inferior eran uniformes y Donovan sintió una fría corriente de aire en sus piernas. El estante inferior estaba refrigerado.

—¡Cómo..., cómo...!

—Esto no estaba así antes —dijo Powell secamente—. Esta parte de la pared se ha corrido en cuanto entré por la puerta.

Estaba ya comiendo. La lata tenía una cuchara dentro y pronto el aromático olor de habichuelas estofadas llenó la habitación.

—¡Toma una lata, Mike!

—¿Que menú hay? —preguntó Donovan, vacilando.

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¿Le haces remilgos?

—No, pero en las naves no como más que habichuelas. Algo diferente gozaría de mi predilección.

Su mano acarició y eligió una reluciente lata elíptica, cuya forma aplanada parecía insinuar la presencia de salmón o una golosina similar. Se abrió bajo una presión adecuada.

—¡Habichuelas! —gritó Donovan, tomando otra, pero Powell le tiró de los pantalones.

—Es mejor que comas esto, muchacho. Las existencias son limitadas y podemos tener que estar aquí mucho tiempo.

—¿Pero es que aquí no hay más que habichuelas? —dijo toscamente Donovan, echándose atrás.

—Es posible.

—¿Qué hay en el otro estante?

—Leche.

—¿Sólo leche? —gritó Donovan, indignado.

—Así parece.

La comida de habichuelas y leche transcurrió en un absoluto silencio y al marcharse, la fracción de pared se colocó automáticamente en su sitio, dejando la superficie completamente lisa.

—Todo es automático —dijo Powell, suspirando—. Todo igual. Jamás me he sentido más abandonado en mi vida.

Quince minutos más tarde estaban de nuevo en la sala de la ventana mirándose uno a otro desde dos sillones opuestos. Powell miró melancólicamente la única esfera de la sala. Seguía marcando «parsecs», la cifra seguía terminando en 1.000.000 y la aguja indicadora estaba todavía en el cero.

En su despacho interior de las oficinas de la «U. S. Robots & Mechanical Men, Corp.» Alfred Laaning, en tono agotado, está diciendo:

—No contestan. Hemos probado todas las longitudes de onda, pública, privada, clave, directa, incluso este truco del subéter que hay ahora. ¡Y el Cerebro sigue sin querer decir nada! —le espetó a Susan Calvin.

—No quiere extenderse sobre la materia, Alfred. Dice que no pueden oírnos..., y cuando trato de presionarlo se pone..., se pone de mal humor. Y no debería ser... ¿Quién ha oído hablar jamás de un robot malhumorado?

—¿Por qué no nos dice usted lo que sabe, Susan? —dijo Bogert.



—Aquí va. Admite que controla la nave enteramente. Es positivamente optimista en cuanto a su seguridad, pero sin detalles. No me atrevo a apretarle las tuercas. Sin embargo, el centro de la perturbación reside, al parecer, en el mismo salto interestelar. El Cerebro se echó a reír cuando toqué este punto. Hay otras indicaciones, pero ésta es la más clara que ha aparecido como neta anormalidad.

Bogert pareció súbitamente impresionado.

—¡El salto interestelar!

—¿Qué ocurre? —gritaron a la vez Susan Calvin y Lanning.

—Las cifras para el motor que nos dio el Cerebro. ¡Oiga..., acabo de pensar en una cosa!

Y salió precipitadamente.

Lanning lo siguió con la mirada. Volviéndose hacia Susan, dijo:

—Tenga usted cuidado con su final, Susan...

Dos horas después, Bogert estaba hablando animadamente.

—Le digo, Lanning, que es esto. El salto interestelar no es instantáneo..., mientras la velocidad de la luz sea finita. La vida no puede existir..., la *materia* y la *energía* no pueden existir como tales en el espacio curvo. No sé cómo será..., pero es así. Esto es lo que mató al robot de Consolidated.

Donovan estaba realmente tan desesperado como parecía.

—¿Sólo cinco días?

Miraba a su alrededor, desalentado. Las estrellas de la ventana eran conocidas, pero infinitamente indiferentes. Las paredes eran frías al tacto; las luces, que habían vuelto a encenderse recientemente, eran de una brillantez insoportable; la aguja de la esfera marcaba obstinadamente cero; y Donovan no podía liberarse del gusto a habichuelas.

—Necesito un baño —dijo tristemente.

Powell levantó la vista un instante y respondió:

—Yo también. No tienes por qué ser tan egoísta. Pero a menos que quieras bañarte en leche y dejar de beber...

—Tendremos que dejar de beber un momento u otro, Greg. ¿Dónde terminará este viaje interestelar?

—Ya me lo dirás. En todo caso, vamos allá. O por lo menos el polvo de nuestros esqueletos, pero..., ¿no es nuestra muerte el punto esencial del colapso original del Cerebro?

—Greg —respondió Donovan, dándole la espalda—, he estado pensando. La cosa está mal. No hay gran cosa que hacer, fuera de rondar por ahí o hablar contigo. Ya conoces estas historias de tipos que andan rondando eternamente por el espacio. Se vuelven locos mucho antes de sucumbir al hambre. No lo sé, Greg, pero desde que las luces han vuelto a encenderse, me siento extraño.

Hubo un silencio hasta que Powell dijo, con voz muy débil:

—Yo también. ¿Qué sientes?

—Una cosa extraña dentro —dijo el pelirrojo—. Como una especie de tensión interior. Me es difícil respirar. No puedo estar quieto.

—¡Hum!... ¿Sientes alguna vibración?

—¿Qué quieres decir?

—Siéntate un minuto y escucha. No lo oyes, pero, ¿no sientes..., como si algo latiese en alguna parte e hiciese latir toda la nave, y a ti con ella? Escucha...

—Sí..., sí... ¿Qué crees que es, Greg? ¿No crees que somos nosotros?

—Es posible —respondió Powell, acariciándose lentamente el bigote—. Pero pueden ser los motores de la nave. Puede estar preparándose.

—¿Para qué?

—Para el salto interestelar. Puede estar próximo y sólo el diablo sabe cómo es.

Donovan se quedó un momento pensativo. Después, con rabia, dijo:

—Si es así, dejémoslo. Pero quisiera poder luchar. Es humillante tener que esperar de esta forma.

Una hora después, Powell miró su mano, que había apoyado sobre el brazo metálico de su silla y con una calma absoluta, dijo:

—Toca la pared, Mike.

—No la siento vibrar, Greg —dijo Donovan, después de haber obedecido.

Incluso las estrellas parecían borrosas. De algún lugar llegaba la vaga impresión de alguna poderosa máquina que iba cobrando energía entre las paredes, acumulando fuerzas para un prodigioso salto, ascendiendo la escala de la fuerza y el poder.

Ocurrió con la rapidez de un pinchazo de dolor. Powell se puso rígido y casi se cayó de la silla. Vio a Donovan y se desvaneció su visión, mientras el leve grito de Donovan penetraba y moría en sus oídos. Algo vibró vertiginosamente en él y luchó contra una creciente capa de hielo que iba espesándose.

Algo flotó suelto y formó un remolino de luces y dolor. Y cayó...

... y se retorció.

... y cayó de bruces.

... en silencio.

¡Estaba muerto!

Era un mundo sin movimiento ni sensaciones. Un mundo de una vaga conciencia sin sentidos; una conciencia de oscuridad y de silencio y de lucha sin forma.

Más que nada, conciencia de eternidad.

Era un tenue destello del yo..., frío y atemorizado.

Entonces vinieron las palabras, melosas y sonoras, resonando encima de él en una espuma de sonidos.

—¿Te ajustaba tu ataúd de una manera diferente antes? ¿Por qué no pruebas los

féretros extensibles del señor Cadáver? Están científicamente contruidos con Vitamina B<sub>1</sub>. ¡Usen los féretros Cadáver por su comodidad! Recuerden que van-a-estar-muertos-mucho-mucho-tiempo...

No era exactamente un sonido, pero fuese lo que fuere, se desvaneció en una especie de zumbido aceitoso...

El blanco destello que podía haber sido Powell se agitaba inútilmente en las infinitas extensiones del tiempo que existían por todo su alrededor, y caían sobre él mientras el agudo grito de cien millones de fantasmas con cien millones de voces de soprano se elevaban en el *crescendo* de una melodía...

—Me alegraré cuando hayas muerto; tú, granuja, tú...

—Me alegraré cuando hayas muerto, tú, granuja, tú...

—Me alegraré...

Se elevó la espiral de un violento sonido en los estridentes supersónicos que pasaban, y más allá...

El blanco destello se estremecía con un latido. Iba aumentando lentamente...

Las voces eran normales..., y muchas. Era una muchedumbre que hablaba; una multitud que se agitaba y pasaba por su lado rápidamente, dejando rastros de palabras detrás de ellos...

El blanco destello que era Powell serpenteaba hacia atrás delante del sonido que iba creciendo, y sintió el agudo pinchazo de un dedo que lo señalaba. Todo estalló en un arco iris de sonidos que cayó goteando sus fragmentos en un dolorido cerebro.

Powell estaba de nuevo en su silla. Sintió que temblaba.

Los ojos de Donovan se iban convirtiendo en dos grandes bolas de un azul turbio.

—Greg... —susurró. Su voz era casi un gemido—. ¿Estabas muerto?

—Me sentía..., muerto. —No reconoció su propia voz.

Donovan estaba haciendo una vana tentativa de mantenerse de pie.

—¿Estás vivo, ahora? ¿O hay algo más?

—Me siento vivo... —Siempre la misma voz ronca—. ¿Has oído algo cuando..., cuando estaba muerto? —preguntó cautelosamente.

Donovan hizo una pausa y después, muy despacio, bajó la cabeza.

—¿Y tú?

—Sí. Algo de ataúdes..., y mujeres que cantaban... ¿Y tú?

—Sólo una voz —dijo Donovan, moviendo la cabeza.

—¿Fuerte?

—No; suave, pero rasposa como una lima de uñas. Era como un sermón. Algo del fuego del infierno, torturas..., en fin, ya sabes. Una vez oí un sermón como este..., casi.

Estaba sudando.

Vieron la luz del sol a través de la ventana. Era débil, pero de un blanco azulado,

y aquel guisante que era la lejana fuente de la luz no era el Viejo Sol.

Y Powell señaló con su dedo tembloroso la esfera única. La aguja, inmóvil y rígida, marcaba 300.000 *parsecs*.

—Mike, si esto es verdad —dijo Powell— tenemos que estar fuera de la Galaxia.

—¡Iluminado Greg! ¡Seremos los primeros en salir del Sistema Solar!

—Sí, ésa es la cosa. Hemos huido del Sol. Hemos huido de la Galaxia. Mike, esta nave es la solución. Significa ser libre de toda la humanidad..., libre de recorrer todas las estrellas que existen..., millones, billones y trillones de ellas...

Pero entonces asestó el golpe fuerte.

—¿Pero, cómo regresamos, Mike?

—¡Oh, no te preocupes! —respondió Donovan sonriendo—. La nave nos ha traído aquí. La nave nos volverá. Vamos por más habichuelas.

—Pero, Mike..., espera, Mike... Si nos vuelve atrás de la forma como nos ha traído aquí...

Donovan se detuvo a medio camino y se desplomó en su sillón.

—Tendremos que morir de nuevo..., Mike —terminó.

—En fin —suspiró Donovan—, si tenemos que morir, moriremos. Por lo menos no es permanente..., no *muy* permanente.

Susan Calvin hablaba en voz baja. Durante seis horas había estado hostigando al Cerebro..., seis horas infructuosas. Estaba cansada de repeticiones, cansada de circunloquios, cansada de todo.

—Bien, Cerebro, sólo una cosa más. Tienes que hacer un esfuerzo para contestar, simplemente. ¿Has sido enteramente claro acerca del salto interestelar? Quiero decir, ¿los lleva eso muy lejos?

—Tan lejos como quiera ir, señorita Susan. En la curvatura no hay truco.

—Y en el otro lado, ¿qué verán?

—Estrellas y astros. ¿Qué supones?

La siguiente pregunta se le escapó.

—¿Estarán vivos, entonces?

—¡Seguro!

—¿Y el salto interestelar no los dañará?

Quedó helada al ver que el Cerebro permaneció silencioso. ¡Era esto! Había tocado el punto sensible.

—Cerebro —suplicó—. Cerebro, ¿me oyes?

La respuesta fue débil, vacilante. El Cerebro dijo:

—¿Tengo que responder? ¿Sobre el salto, me refiero?

—Si no quieres, no. Pero sería interesante..., si quieres, desde luego. —Trataba de hablar animadamente.

—Brrr... Lo has estropeado todo.

Y la doctora se levantó de un salto, con el rostro incendiado interiormente.

—¡Oh, Dios mío!... —jadeó—. ¡Ah...!

Y sintió la tensión de horas y días estallar de repente. Más tarde le dijo a Lanning:

—Le digo que todo va bien. No, debe usted dejarme sola, ahora. La nave regresará intacta, con los hombres dentro y yo necesito descansar. ¡Quiero descansar! Ahora, márchese.

La nave regresó a la Tierra tan silenciosa y matemáticamente como había salido. Cayó precisamente en el mismo sitio y la compuerta se abrió. Los dos hombres que salieron de ella avanzaron cautelosamente, acariciándose sus rasposas barbillas.

Y entonces, lenta y deliberadamente, el que tenía el pelo rojo se arrodilló y depositó sobre el hormigón de la pista un sonoro beso.

Apartaron con ademanes a la muchedumbre que se había reunido y rehusaron los solícitos cuidados de dos hombres que avanzaban con una camilla que acababan de sacar de una ambulancia.

—¿Dónde está la ducha más próxima? —preguntó Powell.

Los acompañaron a ella. Más tarde se encontraron todos reunidos alrededor de una mesa donde había los mejores cerebros de la «U. S. Robots & Mechanical Men Corp».

Lenta y adecuadamente, Powell y Donovan terminaron su gráfico y sensacional relato.

Susan Calvin rompió el silencio que siguió. Durante los pocos días transcurridos, había recuperado su helada y en cierto modo ácida calma, pero a través de la cual se filtraba todavía una sombra de embarazo.

—Estrictamente hablando —dijo—, fue culpa mía..., todo. Cuando por primera vez sometimos el problema al Cerebro como espero que alguno de ustedes recordará, me extendí ampliamente sobre la importancia de desechar cualquier fuente de información susceptible de crear un dilema. Al hacerlo, dije algo por el estilo de: «No te excites por la cuestión de la muerte de seres humanos. No nos importa en absoluto. Devuelve la hoja y basta.»

—¡Humm! —dijo Lanning—. ¿Y qué más?

—Lo evidente. Cuando sometió sus cálculos que comportaban la ecuación sobre la longitud del mínimo intervalo para el salto interestelar..., ello significaba la muerte de seres humanos. Aquí fue donde la máquina de Consolidated quedó completamente destrozada. Pero yo había quitado importancia a la muerte ante el Cerebro, no enteramente, porque la Primera Ley no puede nunca ser infringida, pero sí lo suficiente para que el Cerebro dirigiese una segunda mirada a la ecuación. Lo suficiente para darle tiempo de darse cuenta que una vez transcurrido el intervalo, los hombres volverían a la vida, de la misma manera que la materia y la energía de la nave volverían a su existencia. Esta llamada «muerte», en otras palabras, sería un

fenómeno estrictamente temporal. ¿Comprenden? —terminó mirando a su alrededor.

Todos escuchaban atentamente. Susan prosiguió:

—Aceptó, entonces, el punto, pero no sin un cierto chirrido. Incluso con la muerte temporal y disminuida su importancia, tuvo suficiente para desequilibrarlo considerablemente. Adoptó una actitud humorística —prosiguió con más calma—; es una especie de evasión, comprenden, un método de evadirse parcialmente de la realidad. Empezó a bromear.

Powell y Donovan se habían puesto en pie.

—¿Cómo?

Donovan estaba mucho más acalorado.

—Así —dijo Susan—. Se ocupó de ustedes y los mantuvo a salvo, pero no podían manejar los controles porque sólo los podía manejar él, el humorista Cerebro. Podíamos comunicarnos por radio, pero no podían ustedes contestar. Tenían mucha comida, pero sólo habichuelas y leche. Entonces murieron, por decirlo así, pero volvieron a vivir, y el período de su vida fue..., interesante. Me gustaría saber cómo lo hizo. Eran las bromitas del Cerebro, pero no quería hacer daño.

—¡No quería hacer daño! —gritó Donovan—. ¡Ah, si el monigote ése tuviese tan sólo un cuello...!

—Bien, bien, ha sido un lío —dijo Lanning levantando una mano apaciguadora—, pero todo ha terminado. ¿Y ahora, qué?

—Pues —dijo Bogert tranquilamente—, es obvio que nos corresponde mejorar la nave del espacio curvo. Debe haber alguna manera de solucionar el intervalo de salto. Si lo hay, somos la única organización que dispone de un super-robot en gran escala, de manera que si lo hay tenemos que encontrarlo. Y entonces..., U. S. Robots tiene el viaje interestelar, y la Humanidad tiene la oportunidad del imperio galáctico.

—¿Y Consolidated? —preguntó Lanning.

—¡Eh! —interrumpió súbitamente Donovan—. Quiero hacer una sugerencia, aquí. Han metido a la U. S. Robots en un lío, como ellos esperaban, y todo ha acabado bien, pero sus intenciones no eran piadosas. Y Greg y yo soportamos la mayor parte de él.

—Bien, querían una respuesta y ya la tienen. Mandémosles esta nave, garantizada, y la U. S. Robots puede cobrar los doscientos mil, más los gastos de construcción. Y si la prueban..., dejemos que el Cerebro se divierta un poco más antes de volverla a la normalidad.

—Me parece sumamente indicado —dijo Lanning, muy grave.

A lo cual Bogert añadió, distraídamente:

—Y estrictamente de acuerdo con el contrato, además.

## El conflicto evitable (1950)

---

“The Evitable Conflict”

El Coordinador tenía en su estudio privado una curiosidad medieval, una chimenea. Desde luego, el hombre medieval seguramente no la hubiera reconocido, ya que no tenía un significado funcional. La inmóvil y ondulante llama se encontraba aislada en un recinto, detrás de un transparente cuarzo.

Los troncos de leña se quemaban a larga distancia mediante una ligera desviación de los rayos de energía que alimentaban los edificios públicos de la ciudad. El mismo botón que prendía fuego a los troncos vaciaba primero las cenizas de los anteriores y permitía la entrada de la nueva leña. Era una chimenea perfectamente domesticada, como puede verse.

Pero el fuego era real. Podía oírsele crujir y se veía cómo las llamas lamían el alambre bajo la corriente de aire que lo alimentaba.

El enrojecido vaso del Coordinador reflejaba en miniatura las discretas cabriolas de las llamas, y, en más miniatura aún, también sus reflexivas pupilas.

Y las reflexivas pupilas de su huésped, la doctora Susan Calvin, de la «U. S. Robots & Mechanical Men Corporation».

—No la he convocado a usted aquí, doctora Calvin, únicamente por razones sociales.

—No lo he pensado nunca, Stephen.

—Y no obstante, no sé cómo exponerle el problema. Por una parte, puede no tener importancia, por otra, puede ser el fin de la Humanidad.

—Me he encontrado con muchos problemas que ofrecían el mismo dilema, Stephen. Creo que todos los problemas son así.

—¿De veras?... Entonces, a ver qué le parece éste. La producción mundial de acero tiene un excedente de veinte mil toneladas, o más. El Canal de México hubiera debido estar terminado hace dos meses. Las minas de Almaden han experimentado una baja de producción desde la última primavera, mientras las compañías hidráulicas de Tientsin están despidiendo gente. Estos son los hechos que se me acuden de momento. Pero hay más.

—¿Son puntos graves? No soy lo suficientemente economista para juzgar sobre las terribles consecuencias de todo esto.

—En sí mismo, no. Se podrían enviar técnicos en mineralogía si la situación de Almaden empeorara. Si hay demasiados ingenieros hidráulicos en Tientsin, pueden ser enviados a Java o Ceilán. Veinte mil toneladas de acero no cubrirán más allá de algunos días de demanda mundial, los dos meses de retraso y la apertura del Canal de México es de escasa importancia. Son las Máquinas lo que me preocupa; he hablado ya de ellas con su Director de Investigaciones.

—¿Con Vincent Silver? No me ha dicho nada de todo esto...

—Le pedí que no hablase con nadie. Por lo visto me ha obedecido.

—¿Y qué le dijo?

—Vamos a proceder por orden. Quiero hablar de las Máquinas primero. Y quiero hablar de ellas con usted porque es usted la única en el mundo que entiende lo suficiente en robots para ayudarme. ¿Puedo sentirme filósofo?

—Por esta tarde, Stephen, puede usted sentirse lo que quiera y como quiera, con tal que me diga usted primero qué pretende demostrar.

—Que este pequeño desequilibrio en la perfección de nuestro sistema de oferta y demanda, tal como lo he mencionado, puede ser el primer paso hacia la guerra final.

—¡Humm!... Siga.

Susan no se permitió arrellanarse en su sillón, a pesar de lo cómodo que era. La frialdad en su mirada, de sus labios y de su rostro se había acentuado con los años. Y a pesar que Stephen Byerley era un hombre en quien podía confiar enteramente, tenía casi setenta años y los hábitos de una vida no se olvidan tan fácilmente.

—Cada período del desarrollo humano, Susan, tiene su tipo particular de conflicto, sus problemas distintos que, aparentemente sólo pueden resolverse por la fuerza. Y jamás, por decepcionante que esto sea, la fuerza resuelve el problema. En su lugar, éste persiste a través de una serie de conflictos y se desvanece por sí solo..., ¿cómo dice la frase?... no con un estallido, sino con su susurro, a medida que el ambiente económico y social cambia. Y entonces, nuevo problema y nueva serie de guerras. Un ciclo, al parecer, sin fin.

»Consideremos los tiempos relativamente modernos. Existieron las guerras dinásticas de los siglos dieciséis y diecisiete, cuando los problemas más importantes de Europa eran si los Habsburgo, los Valois o los Borbones tenían que gobernar el continente. Era uno de estos conflictos inevitables, porque Europa no podía evidentemente existir partida en dos.

»Salvo que fue así, y ninguna guerra barrió a unos para establecer a los otros, hasta que se creó una nueva atmósfera social en Francia en 1789, al derrocar a los Borbones primero y después a los Habsburgo, arrastrándolos en la polvorienta caída al incinerador histórico.

»Y durante aquellos siglos existieron también las bárbaras guerras de religión, que resolvieron la importante cuestión de si Europa tenía que ser católica o protestante. Mitad y mitad no podía ser. Era «inevitable» que la espada decidiese. Salvo que no decidió. En Inglaterra iba creciendo un nuevo industrialismo y en el Continente un nuevo nacionalismo. Europa sigue siendo mitad y mitad y a nadie le preocupa esto mucho.

»Durante los siglos diecinueve y veinte hubo un ciclo de guerras nacionalimperialistas, cuando el problema más importante del mundo era saber qué



porciones de Europa controlarían los recursos económicos y la capacidad de consumo de otras porciones no-europeas. Las regiones no-europeas no podían, por lo visto, existir siendo en parte inglesas, en parte francesas, en parte alemanas y así sucesivamente. Hasta que las fuerzas del nacionalismo se extendieron lo suficiente y la no-Europa terminó lo que las guerras no habían conseguido terminar, y decidió que podía perfectamente subsistir íntegramente no-europea.

»Y así tenemos una estructura...

—Sí, Stephen, lo explica muy claro —dijo Susan Calvin—. No son observaciones muy profundas.

—No, pero lo evidente es en muchos casos lo más difícil de ver. La gente dice, «es tan claro como mi nariz», pero, ¿qué porción de nuestra nariz podemos ver, a menos que nos den un espejo? Durante el siglo veinte, Susan, comenzamos un nuevo ciclo de guerras..., ¿cómo las llamaremos? ¿Guerras ideológicas? ¿Las emociones de la religión aplicadas a los sistemas económicos, en lugar de los extranaturales? De nuevo las guerras eran «inevitables» y entonces se disponía de armas atómicas, de manera que la humanidad no podía vivir ya por más tiempo en el tormento del inevitable derroche de la inevitabilidad. Y vinieron los robots positrónicos...

»Vinieron a tiempo, y con ellos el viaje interplanetario. De manera que ya no pareció tan importante que el mundo fuese Adam Smith o Carlos Marx. Ninguno de los dos tenía ya gran influencia en las nuevas circunstancias. Ambos tenían que adaptarse y terminaron casi en el mismo lugar.

—Un *Deus ex machina*, entonces, en doble sentido —dijo Susan Calvin.

—No le había oído nunca hacer juegos de palabras, Susan, pero es exacto. Y no obstante, había otro peligro. El final de un problema no había hecho más que dar nacimiento a otro. Nuestro nuevo mundo universal de economía robótica puede plantear un nuevo problema, y por esta razón tenemos las Máquinas. La economía mundial es estable, y permanecerá estable, porque está basada en las decisiones de las máquinas calculadoras, que llevan el bien de la Humanidad en su corazón a través de la avasalladora fuerza de la Primera Ley robótica.

»Y aunque las Máquinas no son sino el más vasto conglomerado de circuitos calculadores jamás inventado —prosiguió Stephen Byerley—, siguen siendo robots en el sentido de la Primera Ley, y así nuestra economía terrestre está de acuerdo con los mejores intereses del hombre. La población de la Tierra sabe que no habrá paro obrero, ni superproducción ni falta de producción. Destrucción y hambre son palabras de los libros de historia. Y así, la cuestión de la propiedad de los medios de producción es un problema anticuado. Quienquiera que los poseyese (si es que esta frase tiene algún sentido), un hombre, un grupo, una nación, o toda la Humanidad, sólo podrían utilizarse como las Máquinas dicten. No porque los hombres estuviesen obligados a ello, sino porque sería el camino más corto y lo saben. Esto pone fin a las

guerras..., no sólo al último ciclo de guerras, sino al próximo y a todos ellos. A menos que...

Hubo una pausa y Susan lo alentó a proseguir repitiendo...

—¿A menos que...?

El fuego fue extinguiéndose en un tronco de leña y se apagó.

—A menos —dijo el Coordinador— que las Máquinas no cumplan con su función.

—Comprendo. Y aquí es donde aparecen estos pequeños desequilibrios que ha mencionado usted hace un momento..., el acero, las instalaciones hidráulicas, etc.

—Exacto. Estos errores no deberían existir. El doctor Silver me ha dicho que *no podían ser*.

—¿Niega los hechos? ¡Qué extraño!

—No, admite los hechos, desde luego. Soy injusto con él. Lo que niega es que ningún error en la máquina sea responsable de los llamados (es su frase) «errores en las respuestas». Pretende que las máquinas se corrigen por sí mismas y que sería violar las leyes fundamentales de la naturaleza que existiese un error en los circuitos de relevadores. Y así, le dije...

—Y así, le dije: «Que sus hombres lo comprueben y se aseguren de ello, de todos modos...»

—Susan, lee usted mi pensamiento. Esto fue lo que dije y me contestó que no podía.

—¿Demasiado ocupado?

—No, dijo que ningún ser humano podía. Lo dijo francamente. Me dijo, y espero haberlo comprendido debidamente, que las Máquinas son una gigantesca extrapolación... Un equipo de matemáticos trabaja varios años calculando un cerebro positrónico equipado para realizar ciertos actos similares de cálculo. Utilizando este cerebro hacen nuevos cálculos para crear un nuevo cerebro más complicado todavía que utilizan a su vez para hacer otro más complicado aún, y así sucesivamente. Según Silver, lo que llamamos Máquinas son el resultado de diez de estos progresos.

—Sí..., me parece claro. Afortunadamente, no soy matemática. ¡Pobre Vincent! ... Es muy joven. Los directores que le precedieron, Alfred Lanning y Peter Bogert, han muerto y no tenían estos problemas. Ni yo tampoco. Quizá todos los técnicos en robótica moriremos ahora, puesto que no podemos comprender nuestras propias creaciones.

—Aparentemente, no. Las Máquinas no son supercerebros, en el sentido de los suplementos periodísticos de los domingos, pese a que nos los describen así. Es simplemente que en la actividad consistente en reunir y analizar un número casi infinito de datos y sus relaciones en un espacio de tiempo casi infinitesimal, han progresado hasta más allá de la posibilidad de un control humano detallado.

»Y entonces intenté otra cosa. Le pregunté a la Máquina. En el más estricto secreto alimenté la máquina con los datos originales relacionados con la producción del acero, su propia respuesta y su actual desarrollo desde entonces..., es decir, la superproducción, y le pedí una explicación de la discrepancia.

—Bien, ¿y cuál fue la respuesta?

—Puedo citársela a usted palabra por palabra: «El asunto no admite explicación».

—¿Y cómo interpretó Vincent esto?

—De dos formas. O no le habíamos dado a la Máquina datos suficientes para permitirle contestar exactamente, lo cual no es probable, el doctor Silver está de acuerdo con ello, o bien a la Máquina le es imposible reconocer que puede dar una respuesta a unos datos que implican un posible daño a un ser humano. Esto, desde luego, es una consecuencia de la Primera Ley. Y entonces el doctor Silver me recomendó que la viese a usted.

Susan Calvin parecía muy cansada.

—Soy ya vieja, Stephen. Cuando murió Peter Bogert quisieron hacerme directora de investigaciones y rehusé. Entonces ya no era joven y no quise asumir responsabilidad. Nombraron a Silver y esto me satisfacía; pero de qué habrá valido, si me meten en estos líos...

»Stephen, déjeme que le exponga mi situación. Mis investigaciones incluyen desde luego la interpretación de la conducta del robot bajo el aspecto de las Tres Leyes Robóticas. Aquí, sin embargo, tenemos unas máquinas calculadoras increíbles. Son cerebros positrónicos y por consiguiente obedecen las Tres Leyes. Pero carecen de personalidad; es decir, sus funciones son sumamente limitadas... Tiene que ser así, puesto que están especializadas en este sentido. Por consiguiente, hay muy poco margen para la reacción a las Leyes, y mi método de ataque es virtualmente inútil. En una palabra, no creo poderlo ayudar, Stephen.

El Coordinador se echó a reír.

—A pesar de todo, déjeme que le diga el resto. Déjeme que le explique *mis* teorías, y quizá entonces pueda usted decirme si son posibles a la luz de la robopsicología.

—Con mucho gusto. Siga adelante.

—Bien; puesto que las máquinas dan una respuesta errónea, partiendo de la base que no pueden cometer error, sólo existe una posibilidad. ¡*Se les dieron unos datos erróneos!* En otras palabras, la perturbación es humana, no robótica. Así es que, al efectuar mi reciente gira de inspección interplanetaria...

—¿De la que acaba usted de regresar a Nueva York?

—Sí; era necesario, comprenda, puesto que hay cuatro Máquinas, cada una de las cuales controla una región Planetaria. ¡*Y las cuatro están dando resultados imperfectos!*

—¡Oh, esto es natural, Stephen! Si una de las Máquinas es imperfecta, tiene que reflejar automáticamente en el resultado de las otras tres, puesto que cada una de ellas asumirá su parte de los datos sobre los cuales basan sus decisiones, la perfección de la cuarta imperfecta. Con una falsa suposición, tienen que dar falsas respuestas.

—¡Eh, eh!... Eso me parece. Ahora bien, aquí tengo el resultado de mis conversaciones con cada uno de los cuatro Vice-coordinadores regionales. ¿Quiere usted que los estudiemos juntos? ¡Ah!... Primero, ¿ha oído usted hablar de la «Sociedad Humanitaria»?

—¿Eh?... Sí. Son una consecuencia de los Fundamentalistas, que impidieron a la U. S. Robots emplear cerebros positrónicos por el principio de competencia obrera desleal y todo lo demás. ¿La «Sociedad Humanitaria» es antimáquinas, verdad?

—Sí, pero... En fin, ya verá. ¿Empezamos? Empezaremos por la Región Oriental...

—Como usted diga...

### **Región Oriental:**

a) *Superficie*: 23.500.000 de kilómetros cuadrados.

b) *Población*: 1.700.000.000 de habitantes.

c) *Capital*: Shanghai.

El bisabuelo de Ching Hso-lin murió durante la invasión japonesa de la vieja República de China y no hubo nadie, aparte de sus desconsolados hijos, para llorar su pérdida y ni siquiera saber qué se había perdido. El abuelo de Ching Hso-lin sobrevivió a la guerra civil, pero no había nadie más que su abnegado hijo para saberlo o importarle.

Y no obstante, Ching Hso-lin era el Vice-coordinador Regional, con el bienestar económico de la mitad de la población de la Tierra a su cuidado.

Quizá era con esto en la cabeza que Ching tenía dos mapas como único adorno permanente en las paredes de su despacho. Uno de ellos era un viejo mapa chino que abarcaba una superficie de un acre o dos y ostentaba todavía los anticuados caracteres pictográficos de la vieja China. Un arroyo cruzaba por entre los dibujos borrosos y en el borde del mapa se veían algunas cabañas, en una de las cuales había nacido el abuelo de Ching.

El otro mapa era de grandes dimensiones, finamente delineado, con todas las indicaciones en netos caracteres cirílicos. La roja frontera que delimitaba las Regiones Orientales comprendía dentro de sus vastos confines todo lo que un día había sido China, India, Birmania, Indochina e Indonesia. En el mapa, en el interior de la provincia de Szechuan, diminuta y tenue hasta el punto que nadie podía verla,

había una señal que indicaba el lugar donde estaba situada la atávica granja de los Ching.

Ching estaba de pie delante de estos dos mapas, mientras hablaba con Stephen Byerley en correcto inglés.

—Nadie sabe mejor que tú, señor Coordinador, que mi cargo, bajo muchos conceptos, es una sinecura. Da una cierta categoría social, y represento el punto focal de la administración, pero para todo lo demás..., ¡está la Máquina! La Máquina hace todo el trabajo. ¿Qué te parecen, por ejemplo, las obras hidráulicas de Tientsin?

—¡Tremendas! —dijo Byerley.

—Son sólo una de ellas y no las mayores. Están extensamente esparcidas por Shanghai, Calcuta, Bangkok..., y solucionan la alimentación de los mil setecientos millones de habitantes del Oriente.

—Y sin embargo —respondió Byerley—, tienen un problema de paro en Tientsin. ¿Hay acaso una superproducción? Es inconcebible que Asia sufra de un exceso de comida.

Los ojos de Ching se entornaron hasta ser casi invisibles.

—No. No hemos llegado a esto, todavía. Es cierto que durante estos últimos meses se han cerrado varias albercas en Tientsin, pero la situación no es grave. Los hombres han sido despedidos sólo temporalmente y a los que no les importa trabajar en otros campos han sido embarcados para Colombo, en Ceilán, donde se está implantando una nueva organización.

—¿Y por qué tienen que cerrarse las albercas?

—Veo que no entiendes gran cosa en hidráulica —dijo Ching, sonriendo gentilmente—. Bien, no me sorprende. Tú eres del Norte y allí el cultivo del suelo rinde todavía grandes provechos. En el Norte es elegante considerar la hidráulica, cuando se considera algo, como un sistema de cultivar tulipanes en una solución química, de una manera infinitamente complicada.

»En primer lugar, la cosecha más considerable que tenemos desde hace mucho tiempo (y el porcentaje sigue creciendo) es el lúpulo. Tenemos más de dos mil parcelas de lúpulo en producción y mensualmente aumentan. Los abonos químicos básicos de las diferentes clases de lúpulo son nitratos y fosfatos entre los inorgánicos, con las proporciones debidas de metal, añadidos a las partes fraccionales por millón de boro y molibdeno requerido. La materia orgánica es principalmente mixturas de azúcar derivadas de la hidrólisis de la celulosa, pero, además, hay varios factores alimenticios que deben añadirse:

»Para una industria hidráulica floreciente que pueda alimentar a setecientos millones de hombres, tenemos que emprender un inmenso programa de repoblación forestal por todo el Este; tenemos que poseer vastos talleres de conversión maderera para competir con las selvas meridionales, y acero, y sintéticos químicos por encima

de todo.

—¿Para qué, esto último?

—Porque, señor Byerley, estos campos de lúpulo tienen cada uno de ellos sus propiedades particulares. Hemos dado desarrollo, como he dicho, a dos mil parcelas. El bistec que has creído comer hoy era lúpulo. Las frutas congeladas que has tomado de postre era lúpulo helado. Hemos extraído jugo de lúpulo con el sabor, aspecto y valor alimenticio de la leche.

»Es el sabor, más que nada, comprende, lo que presta su atractivo a la alimentación a base de lúpulo, y en busca de este sabor hemos instalado parcelas artificiales fertilizadas que no pueden mantenerse por más tiempo con una dieta básica de sal y azúcar. Una necesita biotina; otra, ácido pteroilglutámico; otras aun, diferentes ácidos amínicos, así como todas las vitaminas B menos una (y aun así es popular y no podemos, con un poco de sentido económico, abandonarlo).

Byerley se agitó en su silla.

—¿Con qué propósito me dices todo esto?

—Me has preguntado, señor, por qué los hombres están sin trabajo en Tientsin. Tengo algo más que explicarte. No es sólo que necesitemos estos variados y diversos abonos para nuestro lúpulo; pero subsiste el complicado factor del capricho popular, que pasa con el tiempo; y la posibilidad del desarrollo de nuevas parcelas con nuevas necesidades y nueva popularidad. Todo esto tiene que ser previsto, y la Máquina hace el trabajo...

—Pero no perfectamente.

—No muy imperfectamente, en vista de las complicaciones que he mencionado. Bien, entonces, algunos miles de obreros en Tientsin están sin trabajo temporalmente. Pero, considera esto: la cantidad de pérdidas sufridas durante estos últimos años (pérdidas en términos de defectuosa producción o de defectuosa demanda) no asciende a una décima del uno por ciento de nuestra producción normal. Considero que...

—Y no obstante, durante los primeros años de la Máquina, la cifra era cerca de una milésima del uno por ciento.

—Sí, pero durante el decenio último en que la Máquina empezó sus operaciones con verdadero ímpetu, hemos aumentado nuestra industria de lúpulo, con respecto a la época premáquina, unas veinte veces. Es de esperar que las imperfecciones aumenten con las complicaciones, si bien...

—¿Si bien...?

—Estuvo el curioso ejemplo de Rama Vrasayana.

—¿Qué le ocurrió?

—Vrasayana estaba encargado del taller de evaporación de la salmuera para la producción de yodo, sin el cual el lúpulo puede vivir, pero los seres humanos, no. Se

vio obligado a syndicar su taller.

—¿De veras? ¿Y a causa de qué?

—Competencia, créelo o no. En general, una de las principales funciones de los análisis de la Máquina es indicar la distribución más eficiente de nuestras unidades productivas. Es visiblemente un error tener regiones insuficientemente surtidas de manera que los gastos de transporte importan un porcentaje considerable del gasto total. De manera similar, es un error tener un área demasiado servida, de forma que las factorías tienen que funcionar con capacidades más bajas o bien competir perjudicialmente unas con otras. En el caso de Vrasayana, se estableció otro taller en la misma ciudad y con un sistema de extracción más eficiente.

—¿Y la Máquina lo permitió?

—¡Oh, sin duda! No es sorprendente. El nuevo sistema se está extendiendo considerablemente. La sorpresa fue que la Máquina omitió avisar a Vrasayana que renovase o cambiase... Sin embargo, no importa. Vrasayana aceptó un cargo de ingeniero en un nuevo taller, y si su responsabilidad y sueldo son ahora menores, por lo menos no sufre. Los obreros encontraron fácilmente trabajo; el antiguo taller fue convertido en no sé qué... Algo útil. Lo confiamos todo a la Máquina.

—¿Y por otra parte no tienes quejas?

—Ninguna.

## **La Región Tropical:**

a) *Superficie*: 35.000.000 de kilómetros cuadrados.

b) *Población*: 500.000.000 de habitantes.

c) *Capital*: Ciudad Capital.

El mapa del despacho de Ngoma estaba muy lejos de tener la neta precisión del de los dominios de Ching en Shanghai. Los límites de las fronteras de la Región Tropical de Ngoma estaban punteados de oscuro y se extendían hacia un bello interior llamado «selva» y «desierto», y «Aquí hay elefantes y Toda Clase de Extrañas Bestias».

Había mucho que recorrer, porque en tierras, la Región Tropical abarcaba más de dos continentes; toda América del Sur, norte de Argentina, y toda África al sur del Atlas. Incluía también América del Norte al sur de Río Grande e incluso Arabia, e Irán en Asia. Era el reverso de la Región Oriental. Donde el hormiguero humano del Oriente se apretujaba en un 15% de la Tierra, los Trópicos desparramaban su 15% de Humanidad sobre casi la mitad de la extensión del globo.

A Ngoma, Stephen Byerley le produjo la impresión de uno de aquellos inmigrantes de rostro pálido que van en busca de la obra creadora en el ambiente suave necesario para el hombre, y sintió una cierta dosis del automático desprecio del

hombre fuerte nacido en el duro Trópico por el infortunado oriundo de más pálidos soles.

Los Trópicos tenían la ciudad más nueva del mundo y en su sublime confianza juvenil recibía únicamente el nombre de «Ciudad Capital». Se extendía espléndida por las fértiles tierras altas de Nigeria, y al pie de las ventanas de Ngoma, más abajo, había vida y color, un sol ardiente y frecuentes chaparrones. El gorjeo de los pájaros multicolores era estridente y las estrellas parecían puntas de agujas brillantes en la noche oscura.

Ngoma se echó a reír. Era un hombre bello, muy negro, alto y de facciones enérgicas.

—Desde luego —dijo en un inglés bastante correcto, dando la sensación de hablar con la boca llena—, el Canal de México va atrasado. ¡Qué diablos! ¡Un día u otro se terminará de todos modos, hombre!

—Todo iba bien hasta hace medio año.

Ngoma dirigió una atenta mirada a Byerley y sacando un cigarro del bolsillo mordió una punta, la escupió y encendió la otra.

—¿Es esto una investigación oficial, Byerley? ¿De qué se trata?

—Nada. Nada absolutamente. Entra dentro de mis funciones de Coordinador el ser curioso.

—Bien, si es sólo que te aburres y quieres pasar un rato..., la verdad es que andamos siempre cortos de mano de obra. Hay muchos trabajos en curso en los Trópicos. El Canal es uno de ellos...

—Pero, ¿no ha predicho la Máquina la cantidad de mano de obra disponible para el Canal..., sin contar todos los demás proyectos en curso?

Ngoma se puso una mano en la nuca y echó al aire unos círculos de humo azul.

—Era un poco deficiente.

—¿Es a menudo deficiente?

—No más de lo que es de esperar. No esperamos gran cosa de ella, Byerley. Le suministramos los datos. Tomamos los resultados. Hacemos lo que dice. Pero es sólo un expediente, un instrumento para economizar trabajo. Podríamos prescindir de ella, si fuese necesario. Quizá no tan bien. Quizá no tan rápidamente. Pero el final sería el mismo.

»Aquí tenemos confianza, Byerley, y éste es el secreto. ¡Confianza! Hemos ocupado nuevas tierras que llevaban miles de años esperándonos, mientras el resto del mundo ha sido destrozado por las asquerosas experiencias de la Era Preatómica. No tenemos que comer lúpulo como en Oriente, ni tenemos que preocuparnos de los rancios desperdicios del siglo pasado, como ustedes los Nórdicos,

»Hemos barrido la mosca tse-tsé y el mosquito anofeles, el pueblo ha visto que puede vivir al sol y le gusta. Hemos aclarado las selvas vírgenes y roturado el suelo;



hemos encontrado carbón y petróleo en campos intactos e incontables minerales.

»Retírense de aquí. Es lo único que pedimos al resto del mundo. Retírense y déjennos trabajar.

—Pero el Canal —interrumpió Byerley prosaicamente— hace seis meses que hubiera debido estar terminado. ¿Qué ha ocurrido?

—Perturbaciones obreras —dijo Ngoma, abriendo las manos. Buscó algo por entre los papeles que cubrían su mesa, pero renunció—. Tenía algo sobre esto por aquí —murmuró—, pero no importa. Una vez hubo escasez de mano de obra en México por una cuestión de mujeres. No había bastantes mujeres por allí. Al parecer a nadie se le ocurrió alimentar la Máquina con datos sexuales.

Hizo una pausa para echarse a reír, encantado, y prosiguió:

—Espera un momento. Me parece que ya lo tengo... ¡Villafranca!

—¿Villafranca?

—Francisco Villafranca. Era el ingeniero encargado. Ocurrió no sé qué y hubo un corrimiento de tierras. Eso es. Eso es. No murió nadie pero el desorden fue terrible. ¡Un escándalo!

—¡Oh...!

—Hubo un error en sus cálculos. O por lo menos la Máquina lo dijo así. Le suministraron datos de Villafranca, suposiciones, y así. El material con que había empezado. Las respuestas fueron diferentes. Parece que las respuestas que Villafranca utilizó no tenían en cuenta el efecto de las fuertes lluvias en las cercanías de la brecha. O algo así. No soy ingeniero, ¿comprendes?...

»En todo caso, Villafranca armó un lío de mil diablos. Pretendió que la respuesta de la Máquina había sido diferente la primera vez. Que había seguido a la Máquina ciegamente. ¡Y dimitió! Le ofrecimos mantenerlo..., la duda era razonable, el trabajo anterior era satisfactorio, todo aquello que se dice..., en una posición subordinada, desde luego..., estábamos obligados..., los errores no pueden pasar inadvertidos..., es malo para la disciplina... ¿Dónde estaba?

—Le ofreciste conservarlo.

—¡Ah, sí! Rehusó. Bien, en resumen, llevamos dos meses de retraso ¡No es nada, que diablos!

Byerley extendió la mano y apoyó las puntas de los dedos sobre la mesa.

—¿Villafranca le echó las culpas a la Máquina, verdad?

—Pues..., ¿no iba a echárselas a sí mismo, verdad? Mirémoslo serenamente; la naturaleza humana es una vieja amiga nuestra. Por otra parte, recuerdo algo más ahora... ¿Por qué diablos no podré encontrar los documentos cuando los necesito? Mi sistema de archivar no vale un pepino. Este Villafranca era miembro de una de vuestras organizaciones nórdicas. México está demasiado cerca del Norte. A esto es debido en parte la perturbación.

—¿De qué organización estás hablando?

—La Sociedad Humanitaria, la llaman. Villafranca solía asistir a una conferencia anual en Nueva York. Un montón de chiflados, pero inofensivos. No les gustan las Máquinas; dicen que destruyen la iniciativa personal. De manera que, como es natural, Villafranca echó la culpa a la Máquina... Yo no acabo de entenderlo tampoco. ¿Es que en Ciudad Capital parece que la raza humana esté siendo apartada de la iniciativa?

Y Ciudad Capital siguió tendida bajo el glorioso y dorado sol; la más joven y moderna creación del *Homo Metrópolis*.

### **La Región Europea:**

a) *Superficie*: 7.000.000 de kilómetros cuadrados.

b) *Población*: 300.000.000 de habitantes.

c) *Capital*: Ginebra.

La Región Europea era una anomalía bajo varios conceptos. En superficie, era con mucho la menor; ni un quinto de la superficie de la Región Tropical y ni un quinto de la población de la Región Oriental. Geográficamente, tenía cierta semejanza con la Europa de la era preatómica, ya que excluía lo que había sido la Rusia europea e Islas Británicas, mientras incluía las costas Mediterráneas de África y Asia y, en un extraño salto a través del Atlántico, Argentina, Chile y el Uruguay.

No era tampoco probable que mejorase su *status vis-à-vis* de las demás regiones de la Tierra, excepto por el vigor que estas provincias americanas le prestaban. De todas las Regiones, era la única que mostró un franco declive de la población durante el medio siglo pasado. Sólo ella había dejado de extender seriamente sus facilidades productivas o aportar algo radicalmente nuevo a la cultura humana.

—Europa —decía madame Szegeczowska, en su melodioso francés—, es esencialmente un apéndice económico de la Región Nórdica. Lo sabemos, pero no nos importa.

—Y sin embargo —le hizo ver Byerley—, tienen ustedes una Máquina propia, y no están seguramente bajo una presión económica del otro lado del océano.

—¡Una Máquina! ¡Bah! —encogió sus delicados hombros y dejó que una leve sonrisa se filtrase por sus labios mientras encendía un cigarrillo con sus largos dedos—. Europa es un lugar soñoliento. Y todos nuestros hombres que no consiguen emigrar al trópico están cansados y aburridos de todo esto. Usted mismo puede ver en qué consiste la tarea de Vice-coordinadora. En fin, afortunadamente no es un papel difícil, y no espera gran cosa de mí. En cuanto a Máquina..., ¿qué sabe decir fuera de «Haz esto y será mejor para ustedes»? Pero, ¿qué es lo mejor para nosotros? Pues ser

un apéndice económico de la Región Nórdica...

»¿Y esto es acaso tan terrible? No hay guerras. Vivimos en paz..., y es agradable después de setecientos años de guerras. Somos viejos, señor Byerley. En nuestras fronteras tenemos las que fueron cuna de las viejas civilizaciones. Tenemos Egipto y Mesopotamia; Creta y Siria; Asia Menor y Grecia. Pero los tiempos antiguos no son necesariamente unos tiempos infelices. Puede hallarse fruición...

—Quizá tenga usted razón —dijo Byerley, afablemente—. Por lo menos el «tempo» de la vida no es tan intenso como en otras regiones. Es una atmósfera agradable.

—¿Verdad? Van a traer el té, señor Byerley. ¿Quiere indicarme su preferencia sobre la leche y el azúcar?... Gracias.

Tomó un sorbo de té con elegancia; después continuó:

—Es agradable. El resto de la Tierra se ha convertido en una lucha continua. Aquí encuentro un paralelo; un paralelo interesante. Hubo un tiempo en que Roma era dueña del mundo. Había adoptado la dulzura y civilización de Grecia; una Grecia que no había estado nunca unida; que se había arruinado en la guerra y estaba languideciendo en un estado de decadente ruina. Roma la unió, aportó la paz y le permitió vivir una vida de seguridad sin gloria. Se ocupó de su filosofía y de su arte, lejos del estruendo y la agitación de la guerra. Era una especie de muerte, pero de una muerte tranquila con pequeños intervalos, unos cuatrocientos años.

—Y sin embargo —interrumpió Byerley—, Roma cayó y el sueño de opio tocó a su fin.

—No había ya bárbaros para derrumbar la civilización.

—Nosotros podemos ser nuestros propios bárbaros, Madame Szegeczowska. ¡Ah! ..., quería hablarle de una cosa. Las minas de mercurio de Almaden han disminuido considerablemente de producción. ¿El mineral no debe haber disminuido más rápidamente de lo previsto, supongo?

Los pequeños ojos grises de la muchacha se fijaron en Byerley.

—Los bárbaros..., la caída de la civilización..., el probable fracaso de la Máquina... El proceso de sus ideas es muy transparente, monsieur.

—¿Sí? Veo que me hubiera convenido tratar con hombres, como hasta ahora, ¿Considera usted que el asunto de Almaden es culpa de la Máquina?

—En absoluto, pero me parece que usted sí lo es. Usted es nativo de la Región Nórdica. La Oficina Central de Coordinación está en Nueva York. Y hace ya tiempo que he observado que ustedes, los nórdicos, carecen de fe en la Máquina.

—¿Nosotros?

—Hay una Sociedad Humanitaria que tiene mucha fuerza en el Norte, pero no consigue hacer adeptos en la fatigada y vieja Europa, que sólo anhela dejar tranquila a la débil Humanidad. Con toda seguridad, es usted uno de los confiados nórdicos y

no uno de los cínicos del viejo continente.

—¿Tiene esto relación con Almaden?

—¡Oh, sí, creo que sí! Las minas están bajo el control de «Consolidated Cinnabar», que es con toda certeza una compañía nórdica, con la oficina central en Nikolaev. Personalmente, dudo que el Consejo de Administración haya consultado para nada la Máquina. En la conferencia del mes pasado, dijeron que lo habían hecho, y desde luego, no tenemos ninguna prueba de lo contrario, pero no me atrevería a dar crédito a un nórdico en este asunto, sin ánimo de ofender, de ningún modo. Sin embargo, espero que todo acabará bien.

—¿En qué sentido, mi querida madame?

—Debe usted comprender que las irregularidades económicas de estos últimos meses (que, aun cuando insignificantes comparadas con las grandes tormentas del pasado, son sin embargo, perturbadoras para nuestros espíritus sedientos de paz), han causado considerables inquietudes en la provincia española. Tengo entendido que «Consolidated Cinnabar» va a vender a un grupo de españoles. Es consolador. Si somos vasallos económicos del Norte, es humillante ver el hecho proclamado con excesiva ostentación. Y se puede confiar más en nuestro pueblo para seguir los consejos de la Máquina.

—¿Entonces, cree usted que no habrá más disturbios?

—Estoy segura de ello... En Almaden, por lo menos.

### **La Región Norte:**

a) *Superficie*: 27.000.000 de kilómetros cuadrados.

b) *Población*: 800.000.000 de habitantes.

c) *Capital*: Ottawa.

La Región Norte, en más de un concepto, se llevaba la supremacía. La cosa quedaba bien de manifiesto en el mapa de las oficinas del Vice-coordinador de Ottawa, Hiram Mackenzie, en el cual el Polo Norte ocupaba el centro. A excepción de Europa con sus regiones escandinavas e islándicas, toda la zona norteamericana estaba incluida en la Región Nórdica.

Vagamente, podía ser dividida en dos zonas principales. A la izquierda del mapa se veía toda América del Norte por encima de Río Grande. A la derecha abarcaba todo lo que había sido un tiempo la Unión Soviética. Estas dos áreas juntas representaban el poder central del planeta durante los primeros años de la Edad Atómica. Entre las dos estaba la Gran Bretaña, lengua de la región que lamía Europa. En todo lo alto del mapa, torcidas en una extraña y contorsionada forma, estaban Australia y Nueva Zelanda, también miembros de las provincias de la Región.

Todos los cambios sufridos durante los últimos decenios no habían alterado todavía el hecho que el Norte era el gobernante económico del planeta.

Había por lo tanto, una especie de simbolismo ostentoso en el hecho que todos los mapas que Byerley había visto, sólo el de Mackenzie mostraba toda la Tierra, como si el Norte no temiese la competencia ni necesitase favoritismo para proclamar su supremacía.

—Imposible —dijo tristemente Mackenzie, levantando su vaso de «whisky»—. Señor Byerley, no tiene usted entrenamiento técnico en robótica, según tengo entendido.

—No, no lo tengo.

—¡Humm!... Bien, es lamentable, en mi opinión, que ni Ching, ni Ngoma ni Szegeczowska lo tengan tampoco. Prevalece con exceso entre los pueblos de la Tierra la opinión que un Coordinador tiene que ser simplemente un organizador capaz de conocimientos generalizados y una persona amable. En nuestros días deberían entender en robótica también..., sin propósito de ofensa...

—No la hay. Estoy de acuerdo con usted.

—Tomo, por ejemplo, lo que ha dicho usted ya; que le preocupan las recientes pequeñas perturbaciones que se han producido en la economía mundial. No sé de quién sospecha, pero ha ocurrido ya en el pasado que el pueblo, que debería tener otra opinión, se pregunte qué ocurrirá si se alimenta la Máquina con falsos datos.

—¿Y qué ocurriría, señor Mackenzie?

—Pues... —dijo el escocés moviéndose y suspirando—, todo dato recogido pasa por un complicado sistema de pantallas que comporta un control a la vez humano y mecánico, de manera que el problema no es probable que se suscite. Pero dejemos esto. Los humanos pueden equivocarse, son corruptibles, y los dispositivos mecánicos ordinarios son susceptibles de fallo mecánico.

»El punto crucial del asunto es que lo que llamamos un «dato erróneo» es incompatible con todos los demás datos conocidos. Es el único criterio que tenemos de lo exacto y lo inexacto. Es igualmente el de la Máquina. Ordénele, por ejemplo que dirija la actividad agrícola sobre la base de una temperatura media en julio, en Iowa, de 14° C. No lo aceptará. No dará respuesta. No porque tenga prejuicio alguno contra esta determinada temperatura ni pueda dejar de contestar, sino porque, a la luz de los demás datos que se le han dado a través de un cierto número de años, sabe que las probabilidades de una temperatura media de 14° C. en Iowa, en julio, son prácticamente nulas. Rechaza el dato.

»La única forma como un «falso dato» puede ser insertado en la Máquina es incluyéndolo como parte de un todo consistente, pero de una falsedad demasiado sutil para que la máquina pueda destacarlo, o sobre el cual la Máquina no tenga experiencia. La primera está más allá de la capacidad humana, la segunda es casi esto, y va acercándose cada vez más a ello a medida que la experiencia de la Máquina aumenta con la segunda.

Stephen Byerley se apretó la nariz con los dedos.

—¿Entonces la Máquina no puede ser inducida a error? ¿Cómo explica usted los que se han cometido recientemente, en este caso?

—Mi querido Byerley, veo que sigue usted instintivamente el gran error respecto a que la Máquina..., lo sabe todo. Déjeme usted que le cite un ejemplo de mi experiencia personal. La industria algodonera alquila compradores experimentados que compran el algodón. Su procedimiento es arrancar un puñado de algodón de una de las pacas al azar. Lo miran, lo tocan, comprueban su resistencia, escuchan su crujido, se lo llevan a la lengua, y por este procedimiento determinan la categoría de algodón que contienen las pacas. Hay una docena de ellas. Como resultado de su decisión, las compras se hacen a unos determinados precios, las mezclas se hacen a unas determinadas proporciones. Ahora bien, estos compradores no pueden ser substituidos por la Máquina.

—¿Por qué no? Seguramente los datos pertinentes no son demasiado complicados para ella...

—Probablemente no. Pero, ¿a qué dato se refiere usted? No hay ningún químico textil que sepa exactamente qué es lo que comprueba cuando maneja un puñado de algodón. Probablemente la longitud media de la fibra, su tacto, la extensión y naturaleza de su viscosidad, la forma como se pegan y así sucesivamente. Varias docenas de particularidades, inconscientemente pesadas, fruto de años de experiencia. Pero la naturaleza *cuantitativa* de esta prueba no es conocida; incluso la verdadera naturaleza de algunas de ellas, no lo es tampoco. De manera que no tenemos nada con que alimentar la Máquina. Así ni los mismos compradores pueden explicar su juicio. Sólo pueden decir: «Bien, mírelo. No se puede decir sí es tal o cual clase».

—Comprendo...

—Hay innumerables casos como este. La Máquina no es más que una herramienta, al fin y al cabo, que puede contribuir al progreso humano encargándose de una parte de los cálculos e interpretaciones. La tarea del cerebro humano sigue siendo la que siempre ha sido; la de descubrir nuevos datos para ser analizados e inventar nuevas fórmulas para ser probadas. Es una lástima que la Sociedad Humanitaria no quiera entenderlo así.

—¿Están contra la Máquina?

—Hubieran estado contra las matemáticas o contra el arte de escribir si hubiesen vivido en el tiempo adecuado. Estos reaccionarios de la Sociedad pretenden que la Máquina priva al hombre de su alma. He observado que hombres perfectamente capaces están todavía llenos de prejuicios en nuestra sociedad; necesitamos todavía el hombre que sea suficientemente inteligente para pensar en las preguntas adecuadas. Quizá si pudiésemos encontrar un número suficiente de ellos, estas perturbaciones que le preocupan, Coordinador, no se producirían.

## **Tierra (Incluyendo el continente deshabitado, la Antártica):**

a) *Superficie*: 75.000.000 de kilómetros cuadrados (superficie terrestre).

b) *Población*: 3.300.000.000 de habitantes.

c) *Capital*: Nueva York.

El fuego que relucía detrás del cuarzo estaba ya moribundo. El Coordinador estaba de humor sombrío, amoldándose al fuego.

—Todos disminuyen la gravedad de la situación —dijo en voz baja—. ¿No es fácil creer que se han reído de mí? Y sin embargo... Vincent Silver dice que la Máquina no puede estropearse y tengo que creerle. Hiram Mackenzie dice que no pueden ser alimentadas con falsos datos y tengo que creerle. Pero las máquinas han funcionado mal por una u otra causa, y esto tengo que creerlo también, de manera que..., sólo queda una alternativa.

Miró de soslayo a Susan Calvin que, con los ojos cerrados, parecía dormir.

—¿Cuál es? —preguntó sin embargo al instante.

—Que le han dado los datos correctos y la Máquina ha dado las respuestas correctas, pero no han sido cumplidas. No hay manera en que la máquina obligue a seguir sus dictados.

—Madame Szegeczowska insinuó algo parecido, refiriéndose a los nórdicos en general, me parece. ¿Y qué propósito se busca desobedeciendo a la Máquina? Vamos a estudiar los motivos.

—A mí me parece obvio, y debe parecérselo también a usted. Es cuestión de sacudir la nave, deliberadamente. Mientras la Máquina gobierne, no puede haber ningún conflicto serio en la Tierra en el cual un grupo pueda apoderarse de un mayor poderío del que tiene por lo que juzga ser su propio bien, a pesar de perjudicar la Humanidad como un todo. Sí la fe popular en las máquinas pudiese ser destruida hasta el punto que fuesen abandonadas, imperaría de nuevo la ley de la selva. Y no hay ninguna de las cuatro Regiones que pueda quedar libre de la sospecha de buscar precisamente esto.

»Oriente tiene la mitad de la Humanidad dentro de sus fronteras, y los Trópicos, más de la mitad de los recursos de la Tierra. Ambos pueden considerarse como los gobernantes naturales de toda la Tierra, y ambos se sienten humillados por el Norte y es muy humano buscar un desquite contra esta implacable humillación. Europa tiene una tradición de grandeza, por otra parte. En otros tiempos gobernó la Tierra, y no hay nada tan eternamente adhesivo como el recuerdo del poder.

»Y sin embargo, desde otro punto de vista, es difícil de creer. Tanto el Este como los Trópicos están en un estado de enorme expansión dentro de sus fronteras. Ambos crecen rápidamente. No les pueden quedar energías para aventuras militares. Y Europa no puede hacer más que soñar. Es una cifra, militarmente hablando.

—Así, Stephen —dijo Susan—, ¿deja usted el Norte?

—Sí —respondió Byerley enérgicamente—. Sí. El Norte es el más fuerte, como lo ha sido desde hace un siglo, o por lo menos sus componentes. Pero ahora decae, relativamente. Por primera vez desde los faraones, las regiones Tropicales pueden ocupar su lugar al frente de la civilización y hay nórdicos que lo temen.

—En una palabra, son exactamente aquellos hombres que, negándose conjuntamente a aceptar las decisiones de la Máquina, pueden, en breve plazo, volver el mundo boca abajo...; éstos son los que pertenecen a la Sociedad.

—Susan, esto es consistente. Cinco de los Directores de la World Steel son miembros de ella, y la World Steel sufre de una superproducción. La Consolidated Cinnabar, que explota las minas de mercurio de Almaden, era una sociedad Nórdica. Sus libros están todavía siendo examinados, pero uno, por lo menos, de sus hombres, era miembro. Francisco Villafranca, que retrasó las obras del Canal de México dos meses, era miembro, lo sabemos ya, lo mismo que Rama Vrasayana; no me sorprendió en absoluto descubrirlo.

—Estos hombres, téngalo usted en cuenta, lo han estropeado todo... —dijo Susan pausadamente.

—¡Naturalmente! Desobedecer los análisis de la Máquina es seguir el sendero del error. Los resultados son peores de lo que podrían ser. Es el precio que pagan. De momento lo verán vagamente, pero en la confusión que tarde o temprano surgirá...

—¿Qué proyecta usted hacer, Stephen?

—Es evidente que no hay tiempo que perder. Voy a declarar la Sociedad fuera de la ley y todos sus miembros serán destituidos de cualquier cargo de responsabilidad que ocupen. Y todos los puestos ejecutivos con solicitantes que firmen un juramento de no-adhesión a la Sociedad. Esta representará una cierta infracción a las libertades cívicas básicas, pero estoy seguro que el Congreso...

—¡No servirá de nada!

—¡Eh! ¿Por qué?

—Representaría una predicción. Si intenta usted una cosa así, encontrará obstáculos a cada paso. Lo encontrará imposible de llevar adelante. Verá usted que cada movimiento en este sentido será origen de perturbaciones.

—¿Por qué dice usted esto? —preguntó Byerley, atónito—. Esperaba, al contrario, su aprobación en esta materia...

—No podrá usted conseguirla mientras sus acciones estén basadas en falsas premisas. Admite usted que la Máquina no puede equivocarse, y no puede ser alimentada con falsos datos. Le demostraré que no puede ser desobedecida tampoco, como creé usted que lo está siendo por la Sociedad.

—Esto..., no consigo verlo.

—Pues escuche. Toda acción realizada por un dirigente que no siga las exactas instrucciones de la Máquina con la cual trabaja, se convierte en parte de un dato para



el siguiente problema. La Máquina, por consiguiente, sabe que el dirigente tiene una cierta tendencia a desobedecer. Puede incorporarse esta tendencia a los datos, incluso cuantitativamente, es decir, juzgando exactamente qué cantidad y en qué dirección la desobediencia se producirá. Sus siguientes respuestas serán suficientemente elusivas en forma que, después de la desobediencia del jefe, vea sus respuestas automáticamente corregidas en la buena dirección. ¡La Máquina *sabe*, Stephen!

—No puede usted estar segura de todo esto. Son simples suposiciones.

—Es una suposición basada en la experiencia de toda una vida entre robots. Hará usted bien en confiar en esta suposición, Stephen.

—Pero, en este caso, ¿qué queda? Las Máquinas están en orden y las premisas sobre las cuales trabajan son correctas. Sobre esto nos hemos puesto de acuerdo. Ahora dice usted que no puede ser desobedecida. Entonces..., ¿qué ocurre?

—Usted mismo se ha contestado. ¡*Nada está mal!* Piense en las máquinas un momento, Stephen. Son robots y cumplen la Primera Ley. Pero las máquinas trabajan, no para un solo individuo, sino para toda la Humanidad, de manera que la Primera Ley se convierte en: «Ninguna Máquina puede dañar la Humanidad; o, por inacción, dejar que la Humanidad sufra daño.»

»Muy bien, Stephen, entonces, ¿qué daña la Humanidad? ¡El desequilibrio económico, principalmente, cualquiera que sea la causa! ¿No cree usted?

—Sí, lo creo.

—¿Y qué es lo más probable que produzca desequilibrios económicos en el futuro? Conteste a esto, Stephen.

—Yo diría —respondió Byerley, a regañadientes—, la destrucción de las Máquinas. Y así lo digo, y así lo dirían las Máquinas también. Su primer cuidado, por consiguiente, es conservarse para nosotros. Y así siguen tranquilamente evitando los únicos elementos amenazadores que quedan. No es la Sociedad Humanitaria la que sacude la nave a fin que las Máquinas sean destruidas; sólo ha visto usted el reverso de la medalla. Diga más bien que son las Máquinas las que están sacudiendo la nave..., muy ligeramente..., lo suficiente para liberarse de los pocos que se agarran a ella con el propósito que las Máquinas sean consideradas nocivas para la Humanidad.

»Así, Vrasayana deja su factoría y encuentra un empleo donde no puede hacer daño; no queda seriamente perjudicado, no es incapaz de ganarse la vida, porque la Máquina no puede dañar un ser humano más que mínimamente, y esto sólo para salvar un mayor número. La Consolidated Cinnabar pierde el control de Almaden; Villafranca no es ya el ingeniero civil al frente de un importante proyecto. Y los directores de la World Steel pierden su presa sobre la industria..., o la perderán.

»Pero es imposible que sepa usted todo esto... —insistió Byerley distraídamente—. ¿Cómo podemos correr el riesgo en caso que no tenga usted razón?

—Deben correrlo. ¿Recuerda usted la respuesta de la Máquina cuando le sometió

la pregunta? «El caso no admite explicación». La Máquina no dijo que no hubiese explicación, ni que no pudiese determinarla. Dijo sólo que *no admitía* explicación. En otras palabras, «sería perjudicial para la Humanidad tener la explicación de lo ocurrido», y por esto sólo podemos hacer suposiciones..., y seguir suponiendo.

—Pero, ¿cómo puede la explicación sernos perjudicial? Supongamos que tenga usted razón, Susan.

—Pues Stephen, si tengo razón, significa que la Máquina está conduciendo nuestro futuro no única y simplemente como una respuesta directa a nuestras preguntas directas, sino como respuesta general a la situación del mundo y a la psicología humana como un todo. Y sabe que nos puede hacer desgraciados y herir nuestro amor propio. La Máquina no puede, no *debe*, hacernos desgraciados.

»Stephen, ¿cómo sabemos qué es lo que consolidará el bien final de la Humanidad? No tenemos a *nuestra* disposición los infinitos factores que la Máquina tiene a la *suya*. Quizá, para darle un ejemplo incierto, toda nuestra civilización técnica ha creado más infelicidad y miseria de la que ha suprimido. Quizá la civilización agraria o pastoral, con menos cultura y menos gente, sería mejor. En este caso, las Máquinas deben orientarse en esta dirección, preferiblemente sin decírnoslo, ya que en nuestros ignorantes prejuicios sólo sabemos que aquello a que estamos acostumbrados es bueno..., y lucharemos contra todo cambio. O quizá una urbanización completa, una sociedad totalmente desprovista de castas, o una completa anarquía, sea la respuesta adecuada. No lo sabemos. Sólo las Máquinas lo saben y se encaminan hacia ello, llevándonos consigo.

—Pero está usted diciéndome, Susan, que la Sociedad Humanitaria tiene razón; que la Humanidad ha perdido su derecho de voto en el futuro...

—No lo ha tenido jamás, en realidad. Estuvo siempre a la voluntad de unas fuerzas económicas y sociológicas que no entendía, de los caprichos del clima y de los azares de la guerra. Ahora las Máquinas las entienden; y nadie puede detenerlas, ya que las máquinas los dominarían como dominan la Sociedad..., poseyendo, como poseen, las armas más fuertes a su disposición, el absoluto control de nuestra economía.

—¡Qué horrible!

—Quizá habría que decir: ¡qué maravilloso! Piense que en todos los tiempos los conflictos han sido evitables. ¡Sólo las Máquinas, a partir de ahora serán inevitables!

Y el fuego se apagó detrás del cuarzo y sólo quedó un hilillo de humo para indicar donde había estado.

—Y eso es todo —dijo la doctora Calvin, levantándose—. Lo he vivido desde el principio, cuando los robots no podían hablar, hasta el final, cuando se interpusieron entre la Humanidad y la destrucción. No veré ya nada más. Usted verá lo que viene

ahora...

No volví a ver a Susan Calvin nunca más. Murió el mes pasado a la edad de ochenta y dos años.

## Mestizos en Venus (1940)

“Half-Breeds on Venus”

La húmeda y soñolienta atmósfera vibró violentamente y se partió en dos. La desnuda altiplanicie se estremeció tres veces, cuando los pesados proyectiles en forma de huevo descendieron del espacio exterior. El sonido del aterrizaje retumbó desde las montañas de un lado hasta el frondoso bosque del otro, y después todo volvió a ser silencio.

Una a una, se abrieron tres puertas, y unas figuras humanas salieron en vacilante fila india.

Un millar de ojos contemplaban el paisaje y un millar de bocas charlaban con excitación.

¡Los híbridos habían aterrizado en Venus!

Max Scanlon suspiró con fatiga.

—¡Aquí estamos!

Se apartó de la portilla y se dejó caer en su propio sillón especial.

—Son tan felices como niños... y no les culpo. Tenemos un mundo nuevo para nosotros solos y esto es una gran cosa. Pero, sin embargo, nos esperan días muy difíciles. ¡Casi estoy asustado! ¡Es un proyecto tan poco aventurado, pero tan difícil de completar!

Un tierno brazo se posó en su hombro y él lo asió firmemente, sonriendo a los dulces ojos azules que se encontraron con los suyos.

—Pero *tú* no estás asustada, ¿verdad, Madeline?

—¡Claro que no! —y su expresión se hizo más triste—. Si nuestro padre hubiera venido con nosotros...

Después de estas palabras hubo un largo silencio, mientras ambos se sumían en sus pensamientos. Max suspiró.

—Me acuerdo de él en aquel día de hace cuarenta años; traje viejo, pipa, todo. Me adoptó. ¡A *mí*, un despreciado mestizo! Y... ¡y te encontró para mí, Madeline!

—Lo sé —Había lágrimas en sus ojos—. Pero aún sigue con nosotros, Max, y siempre lo estará...

—¡Eh, papá, cógela, cógela!

Max se dio la vuelta al oír la voz de su hijo mayor, justo a tiempo para coger el revoltijo de brazos y piernas que se le echó encima.

La sostuvo gravemente frente a sí.

—¿He de entregarte a tu papá, Elsie? Te reclama.

La pequeña agitó las piernas con embeleso.

—No, no. Yo te quiero *a ti*, abuelito. Quiero que me lleses sobre los hombros y salgas con abuelita a ver lo bonito que es todo esto.

Max se volvió hacia su hijo y le hizo serias señas de que se fuera.

—Vete, padre desdeñado, y da una oportunidad al viejo abuelito.

Arthur se echó a reír y se enjugó el rostro.

—Quédatela, por todos los cielos. Nos ha hecho correr de lo lindo a mi mujer y a mí ahí fuera. Hemos tenido que arrastrarla por el vestido para evitar que se metiera en el bosque. ¿Verdad, Elsie?

Elsie pareció recordar súbitamente un pasado agravio.

—Abuelito, dile que me deje ver esos árboles tan bonitos. No quiere hacerlo —se desasíó del abrazo de Max y corrió a la portilla—. Míralos, abuelito, míralos. Ya no está oscuro. No me gustaba nada que estuviera oscuro, ¿y a ti?

—Tampoco, Elsie; no me gustaba nada que estuviera oscuro. Pero ya no lo está, y no volverá a estarlo nunca más. Ahora vete corriendo con abuelita. Hará un pastel especial para ti. ¡Vamos, corre!

Siguió con la mirada la partida de su esposa y su nieta con ojos sonrientes, y después, al volverse hacia su hijo, recobró su seriedad.

—¿Y bien, Arthur?

—Bien, papá, ¿qué hacemos ahora?

—No hay tiempo que perder, hijo. Tenemos que empezar a construir inmediatamente... ¡bajo tierra!

Arthur adoptó una actitud atenta.

—¡Bajo tierra! —frunció el ceño con consternación.

—Lo sé, lo sé. No había dicho nada antes, pero hay que hacerlo. Hemos de desaparecer de la faz del sistema a cualquier precio. Hay terrícolas en Venus, de pura sangre. No hay muchos, es verdad, pero sí algunos. No deben encontrarnos... por lo menos, hasta que estemos preparados para lo que pueda ocurrir.

—Pero, padre, ¡*bajo tierra!* Vivir como topos, privados de la luz y el aire. No me gusta nada.

—Oh, tonterías. No dramatices más de la cuenta. *Viviremos* en la superficie, pero la ciudad, las centrales eléctricas, las reservas de comida y agua, los laboratorios, todo esto ha de estar debajo y ser inexpugnable.

El anciano híbrido intentó desviar el tema.

—Pero olvidémoslo. Quiero hablarte de otra cosa, algo que ya hemos discutido.

Los ojos de Arthur se endurecieron y desvió su mirada hacia el techo. Max se levantó y colocó las manos sobre los fuertes hombros de su hijo.

—Tengo más de sesenta años, Arthur. No sé cuánto tiempo viviré. En cualquier caso, lo mejor de mí pertenece al pasado y es preferible que ceda el liderazgo a una persona más joven y vigorosa.

—Papá, esto son necedades sentimentales y tú lo sabes. Ninguno de nosotros te llega a la suela de los zapatos y nadie prestará atención más de un segundo a un plan

para designar tu sucesor.

—No les pediré que me escuchen. Está decidido... y tú eres el nuevo jefe.

El joven movió la cabeza firmemente.

—No puedes obligarme en contra de mi voluntad.

Max sonrió de un modo raro.

—Me temo que estás evadiendo tu responsabilidad, hijo. Dejas a tu pobre anciano padre a merced de las fatigas y esfuerzos de un trabajo que sobrepasa el vigor de sus años.

—¡Papá! —fue la ofendida réplica—. No es así. Tú sabes que no lo es. Tú...

—Pues demuéstalo. Míralo de esta manera. Nuestra raza necesita una jefatura *activa* y yo no puedo proporcionársela. Siempre estaré aquí —mientras viva— para aconsejarte y ayudarte lo mejor que pueda, pero de ahora en adelante, *tú* debes tomar la iniciativa.

Arthur frunció el ceño y pronunció de mala gana estas palabras:

—De acuerdo. Aceptaré el puesto de comandante de campo. Pero recuerda, *tú* eres comandante en jefe.

—¡Perfecto! Y ahora celebremos el acontecimiento —Max abrió un armario y extrajo una caja, de la que sacó un par de cigarros. Suspiró—. La reserva de tabaco está a punto de agotarse y no tendremos más hasta que cultivemos el nuestro propio, pero... fumaremos a la salud del nuevo jefe.

Anillos de humo azul se elevaron hacia el techo y Max frunció el ceño mirando a su hijo.

—¿Dónde está Henry?

Arthur sonrió.

—¡Dunita! No lo he visto desde que hemos aterrizado. No obstante, puedo decirte con quién está.

Max gruñó:

—Yo también lo sé.

—El muchacho aprovecha la ocasión. Ya no faltan muchos años, papá, para que mimes a una segunda serie de nietos.

Y padre e hijo se sonrieron afectuosamente y escucharon en silencio el ahogado sonido de felices risas de los cientos de híbridos que había fuera.

Henry Scanlon ladeó la cabeza y levantó la mano pidiendo silencio.

—¿Oyes un ruido de agua, Irene?

La chica que había junto a él asintió.

—En aquella dirección.

—Pues vayamos hacia allí. Antes de que aterrizáramos he visto un río por aquí y quizá sea éste.

—Muy bien, si tú lo deseas, pero creo que deberíamos regresar a las naves.

—¿Para qué? —Henry se detuvo y la miró fijamente—. Pensaba que te alegrarías de estirar las piernas después de pasar semanas en una nave abarrotada.

—Bueno, puede ser peligroso.

—No aquí en las tierras altas, Irene. Las tierras altas venusianas. son prácticamente una segunda Tierra. Verás que esto es un bosque y no una jungla.

Irene reprimió una rápida sonrisa y lanzó una pícaro mirada a su vanidoso compañero.

—Me doy perfecta cuenta. *Éste* es el peligro.

El pecho de Henry se desinfló con un audible jadeo.

—*Muy* gracioso... y más ahora que me porto tan bien—. Se alejó un poco, reflexionó malhumoradamente un rato, y después se dirigió a los árboles con frialdad —: Esto me recuerda que mañana es el cumpleaños de Daphne. He prometido hacerle un regalo.

—Regálale un cinturón adelgazante —fue la rápida contestación—, ¡La muy gorda!

—¿Quién está gorda? ¿Daphne? No me lo parece.

—Está *gorda*.

Henry apresuró el paso y la alcanzó.

—Claro que prefiero a las chicas delgadas.

Irene giró sobre los talones y cerró los puños.

—Yo no estoy delgada y tú eres un mono increíblemente estúpido.

—Pero, Irene, ¿quién ha dicho que hablaba en serio?

La joven enrojó hasta las orejas y se alejó, con el labio inferior temblando. La sonrisa desapareció de los ojos de Henry y fue sustituida por una mirada de inquietud. Alargó vacilantemente el brazo y lo deslizó alrededor de los hombros de ella.

—¿Enfadada, Irene?

—No —dijo.

Sus ojos se encontraron y, durante un momento, Henry vaciló... y averiguó que quien vacila pierde; pues con un súbito movimiento y una suave carcajada, Irene se encontró de nuevo libre.

Señalando hacia una entrada entre los árboles, gritó.

—¡Mira, un lago! —y se alejó corriendo.

Henry frunció el ceño, murmuró algo en voz baja. Y corrió tras ella.

Los dos híbridos —muchacho y muchacha— permanecieron en la orilla con las manos cogidas y absortos en la belleza del paisaje.

Entonces se oyó un ahogado chapoteo, no lejos de allí, e Irene se echó en brazos de su compañero.

—¿Qué pasa?

—Nada. Me parece que se ha movido algo en el agua.

—Oh, imaginaciones tuyas, Irene.

—No. De verdad, he visto algo. Surgió y... oh, Henry, no me abrases tan fuerte...

Casi perdió el equilibrio cuando Henry la soltó de pronto y asió rápidamente su pistola de tonita.

Justo delante de ellos, una mojada cabeza verde salió del agua y les contempló con un par de grandes ojos saltones. Su ancha boca carente de labios se abrió y cerró con rapidez, pero no emitió ningún sonido.

Max Scanlon contempló pensativamente las abruptas colinas que se alzaban enfrente y se llevó las manos a la espalda.

—Lo crees así, ¿verdad?

—Desde luego, papá —insistió Arthur con entusiasmo—. Si nos escondemos bajo estos montones de granito, nadie podría encontrarnos. No tardaremos ni dos meses en formar toda la caverna, con nuestra ilimitada energía.

—¡Hum! ¡Requerirá mucho cuidado!

—¡Lo tendremos!

—En las regiones montañosas suele haber terremotos.

—Podemos erigir bastantes rayos estáticos como para sostener todo Venus, haya terremotos o no.

—Los rayos estáticos consumen mucha energía, y cualquier avería que nos dejara sin energía significaría el fin.

—Podemos acoplar cinco centrales eléctricas independientes. No fallarán las cinco a la vez.

El anciano híbrido sonrió.

—Muy bien, hijo. Veo que lo has planeado cuidadosamente. ¡Adelante! Empieza en cuanto quieras...

—¡Perfecto! Regresemos a las naves —Escogieron cautelosamente su camino de bajada por la rocosa pendiente.

—¿Sabes, Arthur? —dijo Max, deteniéndose de pronto—. He estado pensando en esos rayos estáticos.

—¿Sí? —Arthur le ofreció el brazo, y los dos reanudaron el descenso.

—Se me ha ocurrido que si pudiéramos hacerlos en un campo bidimensional y en forma de curva, tendríamos una defensa perfecta, mientras durara nuestra energía... un campo estático.

—Para eso se necesita radiación de cuatro dimensiones, papá... es una bonita idea, pero no puede realizarse.

—Oh, ¿de verdad? Bueno, escucha esto...

Sin embargo, lo que Arthur debía escuchar permaneció secreto, por lo menos aquel día. Un penetrante grito a poca distancia de ellos les hizo aguzar la vista. Hacia



ellos se dirigía la decidida figura de Henry Scanlon, y siguiéndole, a mucha distancia y con un paso mucho más lento, iba Irene.

—Dime, papá, hace muchísimo rato que te busco. ¿Dónde estabas?

—Aquí mismo, hijo. ¿Y tú?

—Oh, por los alrededores. Escucha, papá. Te acuerdas de que los exploradores nos hablaron de unos anfibios que habitaban en los lagos altos de Venus, ¿verdad? Bueno, los hemos localizado. ¿No es cierto, Irene?

La muchacha hizo una pausa para recobrar el aliento y asintió con la cabeza.

—Son de lo más atractivo, señor Scanlon. Todos verdes —Arrugó la nariz, riéndose.

Arthur y su padre intercambiaron una mirada de duda. El primero se encogió de hombros.

—¿Estáis seguros de no haberlo imaginado? Recuerdo una ocasión, Henry, en que viste un meteoro en el espacio, casi nos morimos del susto, y después resultó ser tu propio reflejo en el cristal de la portilla.

Henry, penosamente consciente de la disimulada risa de Irene, sacó hacia delante un labio inferior lleno de beligerancia.

—Vamos, Art, me parece que te estás buscando una paliza. Y soy lo bastante mayor para dártela.

—¡Vamos, calmaos! —exclamó el anciano Scanlon con voz perentoria—, y tú, Arthur, aprende a respetar la dignidad de tu hermano pequeño. En cuanto a ti, Henry, todo lo que Arthur quería decir es que esos anfibios son tan tímidos como conejos. Nadie ha conseguido nunca verlos más de un segundo.

—Pues nosotros sí, papá. A muchos de ellos. Supongo que se sintieron atraídos por Irene. Nadie se le resiste.

—Ya sé que *tú* no puedes —y Arthur se rió fuertemente.

Henry volvió a ponerse rígido, pero su padre se interpuso entre los dos.

—Estaos quietos los dos. Vayamos a ver a esos anfibios.

—*Es sorprendente* —exclamó Max Scanlon—. Son tan amigables como niños. No puedo entenderlo.

Arthur movió la cabeza.

—Yo tampoco, papá. A lo largo de cincuenta años, ningún explorador ha logrado observar bien a uno, y aquí están... han acudido como moscas.

Henry echaba guijarros al lago.

—Mirad eso, todos vosotros.

Ahora los anfibios se amontonaban en número cada vez mayor, acercándose al mismo borde del lago, donde asían las gruesas cañas de la orilla y contemplaban con ojos saltones a los híbridos. Sus palmeadas y musculosas patas podían verse por debajo de la superficie del agua, moviéndose hacia delante y hacia atrás con perezosa

gracia. Su boca sin labios se abría y cerraba sin cesar con ritmo extraño y desigual.

—Me parece que están hablando, señor Scanlon —dijo Irene, de pronto.

—Es muy posible —convino pensativamente el anciano híbrido—. Tienen la caja craneal bastante grande, y es posible que posean una inteligencia considerable. Si los órganos de su voz y oído están sintonizados para emitir ondas de mayor o menor frecuencia que las nuestras, no podemos oírlos... y eso podría explicar muy bien la falta de sonido.

—Probablemente, están hablando de nosotros con la misma preocupación que nosotros de ellos —dijo Arthur.

—Sí, y preguntándose qué clase de monstruos somos —añadió Irene.

Henry no dijo nada. Se aproximaba al borde del lago con pasos cautelosos. El suelo que pisaba se hizo cada vez más fangoso, y las cañas más gruesas. El grupo de anfibios más cercano volvió hacia él unos ojos ansiosos, y uno o dos se alejaron silenciosamente.

Pero el más próximo se mantuvo quieto. Tenía la amplia boca firmemente cerrada; los ojos expresaban cautela... pero no se movió.

Henry se detuvo, vaciló, y después alargó la mano.

—¡Hola, fib!

El «fib» contempló la mano alargada. Con mucho cuidado, extendió su propio antebrazo palmeado y tocó los dedos del híbrido. Con un salto, lo retiró de nuevo, y su boca se movió con silenciosa excitación.

—Ten cuidado —dijo la voz de Max desde detrás—. Así les asustarás. Tienen la piel terriblemente sensible y los objetos secos pueden irritarla. Mete la mano en el agua.

Lentamente, Henry obedeció. Los músculos del fib se pusieron en tensión para escaparse al más ligero movimiento, pero éste no llegó. La mano del híbrido volvió a alargarse, esta vez completamente mojada.

Durante un largo minuto no ocurrió nada, mientras el fib parecía reflexionar en su interior sobre su futura línea de conducta. Y después, tras dos falsos intentos y apresuradas retiradas, los dedos volvieron a tocarse.

—Hola, fib —dijo Henry, y estrechó la mano verde.

Siguió un único salto de asombro y después una nueva y vigorosa presión que entumeció los dedos del híbrido. Evidentemente animados por el ejemplo del primer fib, sus compañeros se aproximaron, ofreciendo multitud de manos.

Los otros tres híbridos avanzaron hasta el lodo y ofrecieron también sus manos mojadas.

—Es gracioso —dijo Irene—. Cada vez que estrecho una mano, pienso en el cabello.

—¿En el cabello?

—Sí, el nuestro. Tengo la imagen de un cabello blanco y largo, que se mantiene levantado y reluce bajo el sol.

—¡Cierto! —interrumpió de repente Henry—. Yo también tengo esta impresión, ahora que lo mencionas. Pero sólo cuando estrecho una mano.

—¿Y tú, Arthur? —preguntó Max.

Arthur asintió a su vez, mientras enarcaba las cejas.

Max sonrió y golpeó la palma de su mano con el puño.

—Es una especie de telepatía primitiva, demasiado débil para que ocurra sin contacto físico e incluso entonces sólo capaz de producir unas sencillas ideas.

—Pero ¿qué cabello, papá? —preguntó Arthur.

—Quizá fuera nuestro cabello lo que les atrajera en primer lugar. Nunca han visto algo parecido... y... bueno; ¿quién puede explicar su psicología?

De pronto, se puso de rodillas y remojó su alta cresta de cabello. Hubo un batir de agua y aparecieron nuevos cuerpos verdes que se acercaban. Una mano verde pasó suavemente por encima de la rígida cresta blanca, provocando un parloteo excitado, aunque silencioso. Luchando entre ellos por conseguir una posición ventajosa, compitieron por el privilegio de tocar el cabello hasta que Max, agotado, tuvo que volver a levantarse.

—Es probable que, a partir de ahora, sean amigos nuestros durante toda la vida —dijo—. Una extraña especie de animales.

En aquel momento, Irene se fijó en un grupo de fibs a cien metros de la orilla.

—¿Por qué no se acercan? —preguntó.

Se volvió hacia uno de los fibs más cercanos y señaló a los otros haciendo frenéticos gestos de dudoso significado. No recibió más que solemnes miradas como respuesta.

—Así no, Irene —reprendió Max amablemente. Extendió la mano, asió la de un complaciente fib y permaneció inmóvil durante un momento. Cuando la soltó, el fib se sumergió en el agua y desapareció. Al cabo de un instante, sus perezosos compañeros se acercaban lentamente por la costa.

—¿Cómo lo ha hecho? —inquirió Irene.

—¡Telepatía! Le he estrechado la mano fuertemente y he representado la imagen de un aislado grupo de fibs y una larga mano que se extendía sobre el agua para estrechar las suyas —Sonrió con amabilidad—. Son muy inteligentes, o no me hubieran entendido con tanta rapidez.

—¡Pero si son hembras! —gritó Arthur, con súbita y estupefacta incredulidad—. Por todo lo sagrado, ¡están amamantando a sus hijos!

—Ohh —exclamó Irene con repentino placer—. ¡Mirad esto!

Se hallaba arrodillada sobre el barro, con los brazos extendidos hacia la hembra más cercana. Los otros tres contemplaron con hipnotizado silencio cómo las

nerviosas hembras fib estrechaban sus diminutas crías contra el pecho.

Pero los brazos de Irene hicieron ligeros gestos de invitación.

—Por favor, por favor. Es tan mono. No le haré daño.

Es muy dudoso que la madre fib la entendiera, pero con un súbito movimiento, alargó un pequeño fardo verde que se movía sin cesar y lo depositó en los brazos que lo esperaban.

Irene se levantó, gritando de satisfacción. Los pequeños pies palmeados daban patadas en el aire y, a su alrededor, ojos asustados la contemplaban fijamente. Los otros tres se aproximaron y lo observaron con curiosidad.

—Realmente es de lo más *encantador*. Mirad qué boquita tan graciosa. ¿Quieres cogerlo, Henry?

Henry retrocedió de un salto como si le hubieran pinchado.

—¡De ninguna manera! Probablemente se me caería

—¿Tienes alguna imagen en el pensamiento, Irene? —preguntó Max, pensativamente.

Irene reflexionó y frunció el ceño al concentrarse.

—Nno. Es demasiado pequeño, quizá..., ¡oh, sí! Es... es... —Se interrumpió y trató de reírse—. ¡Tiene *hambre*!

Devolvió el diminuto bebé fib a su madre, cuya boca se movía en transportes de alegría y cuyos musculosos brazos estrechaban contra sí a la pequeña criatura.

—Seres amigables —dijo Max—, e inteligentes. Que se queden con sus lagos y ríos. Nosotros nos quedaremos con la tierra y no interferiremos con ellos.

Un híbrido solitario se hallaba en la Montaña Scanlon y sus gemelos de campaña estaban enfocados hacia el monte Rocosó, a unos quince kilómetros sobre las colinas. Durante cinco minutos, los gemelos no se movieron y el híbrido permaneció como una estatua vigilante hecha de la misma roca de la que estaban formadas todas las montañas de alrededor.

Y entonces los gemelos de campaña descendieron, y el rostro del híbrido reflejó una profunda tristeza. Se apresuró a descender la colina hasta la guardada y oculta entrada de Ciudad Venus.

Pasó junto a los guardas sin pronunciar una sola palabra y descendió a los pisos inferiores, donde la sólida roca seguía siendo reducida a la nada y moldeada a voluntad por controlados chorros de superenergía.

Arthur Scanlon levantó la vista, y con una súbita premonición de desastre hizo señas a los desintegradores para que se detuvieran.

—¿Qué sucede, Sorrell?

El híbrido se inclinó hacia delante y susurró una sola palabra al oído de Arthur.

—¿Dónde? —La voz de Arthur era ronca.

—Al otro lado de la montaña. Ahora vienen a través del monte Rocosó en dirección hacia nosotros. Divisé el destello del sol sobre metal y...

—¡Dios mío! —Arthur se pasó distraídamente la mano por la frente y después se volvió hacia los ansiosos híbridos que les observaban, desde los mandos del desintegrador—. ¡Continuad tal como estaba planeado! ¡No hay cambios!

Se apresuró a subir las plantas hasta la entrada, y dio las pertinentes órdenes:

—Triplicad inmediatamente la guardia. Nadie más que yo o los que vengan conmigo podrán salir. Enviad en seguida algunos hombres por cualquiera de los rezagados y ordenadles que busquen refugio y no hagan ruidos innecesarios.

Después, volvió a la avenida central para dirigirse a la morada de su padre.

Max Scanlon levantó la vista de sus cálculos y su grave frente se suavizó.

—Hola, hijo. ¿Sucede algo? ¿Otro estrato resistente?

—No, nada parecido —Arthur cerró la puerta con cuidado y bajó la voz—. ¡Terrícolas!

—¿Colonizadores?

—Así parece. Sorrell ha dicho que entre ellos había mujeres y niños. Son varios centenares en total, equipados para quedarse... y caminando en esta dirección.

Llegaban a través del monte Rocosó en una larga y oscilante hilera. Aguerridos pioneros con sus valerosas mujeres consumidas por el trabajo y sus descuidados y medio salvajes niños, criados con tosquedad. Los anchos y bajos «Camiones Venus» traqueteaban con torpeza por los caminos vírgenes, cargados con amorfas masas de artículos caseros de primera necesidad.

Los jefes contemplaron el paisaje y uno habló en sílabas recortadas y espasmódicas:

—Casi hemos llegado, Jera. Ahora estamos al pie de las montañas.

Y el otro comentó lentamente:

—Y hay buena tierra de cultivo. Podemos construir nuestras granjas y establecernos —suspiró—. Este último mes ha sido muy pesado. ¡Me alegro de haber llegado!

Y desde una montaña vecina —la última montaña antes del valle— los Scanlon, padre e hijo, unos puntos invisibles en la distancia, contemplaban a los recién llegados con pesar.

—La única cosa para la que no podíamos prepararnos... y ha ocurrido.

Arthur habló lentamente y de mala gana:

—Son pocos y no van armados. Podemos echarles de aquí en una hora —dijo con súbita fiereza—. ¡Venus es *nuestro*!

—Sí, podemos echarles en una hora, en diez minutos. Pero regresarían, a miles, y armados. No estamos preparados para luchar contra toda la Tierra, Arthur.

El joven se mordió el labio y murmuró unas palabras con algo de timidez:

—Por el bien de la raza, padre..., podríamos matarles a todos.

—¡Nunca! —exclamó Max, con los ojos echando chispas—. No seremos los primeros en atacar. Si matamos, no podemos esperar misericordia de la Tierra.

—Pero, padre, ¿qué otra alternativa tenemos? No podemos esperar misericordia de la Tierra de ninguna manera. Si nos localizan, si llegan a sospechar nuestra existencia, toda nuestra hégira habrá carecido de sentido y seremos derrotados desde el principio.

—Lo sé, lo sé.

—Ahora no podemos cambiar —continuó Arthur, apasionadamente—. Hemos pasado meses preparando Ciudad Venus. ¿Cómo podríamos abandonarla?

—No podemos —convino Max, sin entonación.

—Vivir como topos después de todo. ¡Fugitivos! ¡Refugiados asustados! ¿No es así?

—Dilo de la manera que quieras... pero hemos de escondernos, Arthur, y enterrarnos.

—¿Hasta...?

—Hasta que yo, o nosotros, perfeccionemos la curva bidimensional de los rayos estáticos. Rodeados por una defensa impenetrable, podremos salir al espacio exterior. Puede llevarnos años; puede llevarnos una semana. No lo sé.

Todo estaba en silencio en Ciudad Venus, y los ojos se volvían hacia la planea superior y las salidas ocultas. Fuera había aire, sol, espacio... y terrícolas.

Se habían establecido varios kilómetros más *arriba*, junto al cauce del río. Levantaban sus rústicas casas; despejaban la tierra de alrededor; construían granjas.

Y en las entrañas de Venus, mil cien híbridos formaban su hogar y aguardaban a que un anciano localizara las escurridizas ecuaciones que permitirían que los rayos estáticos se extendieran en dos dimensiones y describieran una curva.

Irene reflexionaba sombríamente mientras, sentada sobre un saliente rocoso, miraba hacia donde una mortecina luz gris indicaba la existencia de una salida al aire libre.

—¿Sabes, Henry?

—¿Qué?

—Apuesto a que los fibs podrían ayudarnos.

—¿Ayudarnos a hacer qué, Irene?

—Ayudarnos a desembarazarnos de los terrícolas.

—¿Por qué lo crees?

—Bueno, son muy inteligentes, mucho más de lo que pensamos. Sin embargo, sus mentes son diferentes por completo y quizá pudieran solucionarlo. Además...

acabo de tener una corazonada —De pronto retiró su mano—. No tienes por qué sujetármela, Henry.

Henry tragó saliva.

—Es que tu asiento no es seguro... podrías caerte, ¿sabes?

—¡Oh! —Irene observó el espacio que había bajo sus pies—. Tienes parte de razón. Hay mucha altura desde aquí.

Henry decidió que estaba en presencia de una oportunidad, y actuó en consecuencia. Hubo un momento de silencio mientras consideraba seriamente si ella tendría frío... pero antes de que hubiera llegado a la conclusión de que quizá fuera así, ella habló de nuevo.

—Lo que iba a decirte, Henry, es lo siguiente. ¿Por qué no salimos para ver a los fibs?

—Papá me mataría si tratara de hacer algo así.

—Sería muy divertido.

—Sí, claro, pero es peligroso. No podemos arriesgarnos a que alguien nos vea.

Irene se encogió de hombros con resignación.

—Bueno, si tienes miedo, no hablemos más de ello.

Henry se sobresaltó y enrojeció.

—¿Quién tiene miedo? ¿Cuándo quieres que vayamos?

—Ahora mismo, Henry. En este mismo momento.

—Muy bien. Vayamos. —Se puso en marcha a grandes pasos, arrastrándola tras de sí. Y entonces se le ocurrió una idea y se detuvo en seco.

Se volvió hacia ella con fiereza.

—Yo te enseñaré si tengo miedo. —Sus brazos la rodearon súbitamente y su pequeño grito de sorpresa fue ahogado con efectividad.

—Vaya —dijo Irene, cuando volvió a estar en posición de hablar—. ¡Qué bruto eres!

—Desde luego. Soy un famoso bruto —balbuceó Henry, mientras descruzaba los ojos y se desembarazaba de la sensación de vértigo que había sentido—. Ahora vayamos a ver a esos fibs; y recuérdame, cuando sea presidente, que levante un monumento al camarada que inventó el beso.

Recorrieron el pasillo de paredes rocosas, pasaron por detrás de unos centinelas que miraban hacia el exterior, atravesaron la abertura cuidadosamente camuflada, y se encontraron en la superficie.

Ninguno de los dos hubiera podido decir si los fibs, por alguna extraña facultad suya, presentían la presencia de amigos, pero apenas habían llegado a la orilla cuando unas manchas de color verde que se acercaban por debajo del agua, les anunciaron la llegada de las criaturas.

Una gran cabeza verde de ojos saltones surgió del agua, y, al cabo de un segundo, el lago estuvo lleno de cabezas que se sacudían.

Henry se mojó la mano y asió el miembro delantero amigo que se le ofrecía.

—Hola, fib.

—Pregúntales sobre los terrícolas, Henry —apremió Irene. Henry le hizo señas de impaciencia.

—Espera un poco. Lleva tiempo. Lo hago lo mejor que puedo.

Irene se quedó mirándolos un momento, desconcertada.

—¿Qué ha pasado?

Henry se encogió de hombros.

—No lo sé. He representado a los terrícolas y él parecía entender lo que yo decía. Después he representado a los terrícolas luchando contra nosotros y matándonos... y él ha representado a muchos de nosotros y sólo a unos cuantos de ellos y otro combate en el que nosotros les matábamos. Pero después le he dicho que nosotros les matábamos y entonces venían muchos más de *ellos*, hordas y hordas, y nos mataban y entonces...

Pero la muchacha se tapó los torturados oídos con las manos.

—Oh, Dios mío. No me extraña que la pobre criatura no haya comprendido nada. Me maravilla que no se haya vuelto loco.

—Bueno, lo he hecho lo mejor que he podido —fue la sombría contestación—. De cualquier forma, esta idea de locos ha sido tuya.

Irene no pudo replicarle ya qué, cuando estaba abriendo la boca, el lago se llenó nuevamente de fibs.

—Han vuelto —dijo.

Un fib se adelantó y asió la mano de Henry mientras los demás se amontonaban alrededor con gran excitación. Hubo varios momentos de silencio e Irene se impacientó.

—¿Qué dicen? —preguntó.

—Cállate, por favor. No lo entiendo. Algo sobre grandes animales, o monstruos, o... —Su voz se desvaneció y el surco que tenía entre los ojos se hizo más profundo con su dolorosa concentración.

Asintió, primero abstraídamente, y después con fuerza.

Se levantó y agarró las manos de Irene.

—Lo he entendido, y es la solución perfecta. Nosotros dos solos salvaremos a Ciudad Venus, Irene, con la ayuda de los fibs, si quieres venir conmigo a las tierras bajas mañana. Podemos llevarnos un par de pistolas de tonita y reservas de comida, y si seguimos el río, no tardaremos más de dos o tres días y otro tanto para regresar. ¿Qué dices, Irene?

La juventud no se caracteriza por la prudencia. La vacilación de Irene no fue más



que para causar efecto.

—Bueno, quizá no deberíamos ir nosotros dos, pero, pero yo iré contigo.

Hacía calor en las tierras bajas, y el fuego hacía que aumentase, pero Henry se acurrucó junto a él y miró con ansiedad a Irene, que dormía al otro lado.

Ya hacía tres días que habían abandonado las altiplanicies. El riachuelo se había convertido en un tranquilo río de aguas templadas, cuyas orillas estaban cubiertas por la telilla verde de las algas. Los agradables bosques habían dado lugar a junglas de enmarañado espesor y numerosos recovecos. Los diversos ruidos de vida habían aumentado de volumen, convirtiéndose en un ruidoso crescendo. El aire se hizo más cálido y húmedo; el terreno, pantanoso; los alrededores, más fantásticamente desconocidos.

Y, sin embargo, no existía verdadero peligro. Henry estaba convencido de ello. La vida venenosa era desconocida en Venus, y respecto a los monstruos de piel áspera que poblaban las junglas, el fuego por la noche y los fibs durante el día los mantenían alejados.

Por dos veces el penetrante chillido de un centosaurio había sonado en la distancia y por dos veces el sonido de unos árboles que crujían había impulsado a los dos híbridos a abrazarse con temor. En ambas ocasiones, los monstruos habían vuelto a alejarse.

Aquella era la tercera noche que pasaban fuera, y Henry se movía con intranquilidad. Los fibs confiaban en que a la mañana siguiente podrían iniciar el regreso, y el recuerdo de Ciudad Venus era muy atractivo.

Se tendió sobre el estómago y contempló melancólicamente el fuego, pensando en sus veinte años de edad..., casi veinte años.

«Bueno, ¡qué diablos! —Arrancó unas briznas de hierba que tenía debajo—. Ya es hora de que empiece a pensar en *casarme*». —Y su mirada se posó involuntariamente en la durmiente figura que había al otro lado del fuego.

Como respuesta, hubo un parpadeo y una mirada vaga en los ojos de un azul profundo. Irene se incorporó y se desperezó.

—No puedo dormir —se quejó, pasándose la mano por el cabello—. Hace demasiado calor.

El buen humor de Henry persistió.

—Has dormido durante horas... y roncado como un trombón.

Los ojos de Irene se abrieron por completo.

—¡No es verdad! —Después, con voz vibrante de tragedia—: ¿Lo dices en serio?

—¡No, claro que no! —Henry prorrumpió en carcajadas y sólo se detuvo cuando los dedos del pie de Irene entraron en súbito y agudo contacto con la boca de su estómago—. ¡Ay! —exclamó.

—¡No vuelvas a dirigirme la palabra, *señor* Scanlon! —fue la fría observación de la muchacha.

Ahora le tocó el turno a Henry de ponerse trágico. Se levantó con aterrorizada consternación y dio un solo paso hacia la joven. Y entonces se inmovilizó al oír el penetrante grito de un centosaurio. Cuando recobró la serenidad, se encontró a Irene entre los brazos.

Enrojeciendo, se apartó, y entonces volvió a sonar el chillido del centosaurio, pero desde otra dirección... y la muchacha volvió a refugiarse en sus brazos, casi inmediatamente.

—Creo que los fibs han cazado a los centosaurios. Ven conmigo y se lo preguntaremos.

Los fibs eran manchas borrosas en el gris amanecer que rompía. Hileras e hileras de individuos fatigados y abstraídos era todo lo que se veía. Sólo uno parecía encontrarse desocupado, y cuando Henry se soltó del apretón de manos, dijo:

—Han capturado a tres centosaurios y éstos son todos los que pueden dominar. Nos pondremos inmediatamente en camino hacia las altiplanicies.

La salida del sol sorprendió al grupo a tres kilómetros río arriba. Los híbridos, bordeando la costa, lanzaban temerosas miradas hacia la jungla limítrofe. A través de los claros ocasionales veían unos grandes cuerpos grises. El ruido de los gritos que emitían los reptiles era casi continuo.

—Lamento haberte traído, Irene —dijo Henry—. Ahora no estoy tan seguro de que los fibs puedan cuidarse de los monstruos.

Irene movió la cabeza.

—No te preocupes, Henry. Yo *quise* venir. Sólo que... ojalá se nos hubiera ocurrido que los fibs trajeran a las bestias por sí solos. No nos necesitan.

—¡Sí que nos necesitan! Si un centosaurio pierde el control irá directamente hacia los híbridos y no podrán escapar. Nosotros tenemos las pistolas de tonita para matar a los saurios, en caso de que ocurra lo peor...

La primera noche ninguno de los híbridos pudo conciliar el sueño. En algún lugar, invisibles en la oscuridad del río, los fibs establecieron turnos, y su control telepático sobre los minúsculos cerebros de los gigantescos centosaurios de veinte patas mantuvo su tenue dominio. En la jungla, monstruos de trescientas toneladas aullaban impacientemente contra la fuerza que les conducía río arriba contra su voluntad y se enfurecían con impotencia ante la invisible barrera que les impedía acercarse al riachuelo.

El avance era lento. Cuando los fibs se cansaban, los centosaurios eran un gran obstáculo. Pero gradualmente, el aire se hizo más fresco. El espesor de la jungla disminuyó y la distancia que les separaba de Ciudad Venus se acortó.

Henry saludó los primeros signos de los conocidos bosques de la zona templada con un trémulo suspiro de alivio. Tan sólo la presencia de Irene evitó que abandonara su papel de héroe.

Se sentía lastimosamente ansioso de que su viaje terminara, pero sólo dijo:

—Ya casi ha concluido todo, menos el griterío. Y puedes apostar a que habrá griterío, Irene. Seremos unos héroes, tú y yo.

El entusiasmo de Irene era débil.

—Estoy cansada, Henry. Déjame dormir —Se dejó caer lentamente al suelo, y Henry, tras comunicarse con los fibs, se reunió con ella.

—¿Cuánto falta, Henry?

—Un día más, Irene. Mañana, a esta hora, habremos llegado —No parecía feliz—. Tú crees que no hubiéramos tenido que hacerlo nosotros solos, ¿verdad?

—Bueno, en aquel momento parecía una buena idea.

—Sí, lo sé —dijo Henry—. Me he dado cuenta de que siempre se me ocurren ideas que parecen buenas de momento, pero que luego se vuelven malas.

—Lo único que sé —dijo Irene— es que no me importará no volver a dar un paso en el resto de mi vida. Ahora no me levantaré...

Su voz se desvaneció, mientras sus bonitos ojos azules escudriñaban hacia la derecha. Uno de los centosaurios se cayó en las aguas de un pequeño afluente del riachuelo que estaban siguiendo. Revolcándose en el agua, su enorme cuerpo de serpentina, sostenido por diez pares de robustas patas, relucía horriblemente. Su repugnante cabeza se alzaba hacia el cielo y su terrorífico grito traspasó el aire. Otro se le reunió.

Irene se había puesto en pie.

—¿Qué esperas, Henry? ¡Vámonos! ¡Aprisa!

Henry asió firmemente su pistola de tonita y la siguió.

Arthur Scanlon ingirió violentamente su quinta taza de café y, haciendo un esfuerzo, ajustó la lente óptica del audiómetro. Sus ojos, pensó, estaban convirtiéndose en un obstáculo demasiado grande. Se los frotó hasta irritarlos por completo y lanzó una mirada sobre su hombro hacia la cansada figura que dormía en el diván.

Se arrastró hasta ella y le arregló el cubrecama.

—Pobre mamá —murmuró, y se inclinó a besar los pálidos labios. Se volvió hacia el audiómetro y alzó un puño amenazador—. Espera a que te eche las manos encima, maldito aparato.

Madeline se movió.

—¿Ya es de noche?

—No —mintió Arthur con débil alegría—. Llegaré antes que anochezca, mamá. Tú, duerme y deja que yo me ocupe de todo. Papá está arriba trabajando en ese

campo estático y dice que ha hecho progresos. Dentro de unos cuantos días todo estará solucionado.

Se sentó silenciosamente junto a ella y cogió su mano con fuerza. Los fatigados ojos de Madeline volvieron a cerrarse.

La luz de señales empezó a centellear y, con una última mirada a su madre, salió al pasillo.

—¿Qué hay?

El híbrido que esperaba saludó vigorosamente.

—John Barno quiere notificarle que se acerca una tormenta. —Le alargó un informe oficial. Arthur le dio una malhumorada ojeada.

—¿Y qué? Ya hemos tenido muchas, ¿no? ¿Qué esperan de Venus?

—Según todos los indicios, ésta será particularmente mala. El barómetro ha descendido de forma sin precedentes. La concentración iónica de la atmósfera superior está en un máximo nunca igualado hasta ahora. El río Beulah se ha desbordado y aumenta rápidamente de nivel.

El otro frunció el ceño.

—No hay ni una sola entrada a Ciudad Venus que no esté a más de cincuenta metros sobre el nivel del río. En cuanto a la lluvia, podemos confiar en nuestro sistema de drenaje —De pronto hizo una mueca—. Vaya a decirle a Barno que, por mí, puede llover durante cuarenta días y cuarenta noches. Quizá eso ahuyente a los terrícolas.

Se volvió para marcharse, pero el híbrido se mantuvo firme.

—Le pido perdón, señor, pero esto no es lo peor. Hoy mismo, una partida de reconocimiento...

—¿Una partida de reconocimiento? ¿Quién ordenó que saliera?

—Su padre, señor. Debían ponerse en contacto con los fibs, no sé por qué.

—Bueno, prosiga.

—Señor, los fibs no han sido localizados.

—¿Se habían ido?

El híbrido asintió.

—Se cree que han buscado refugio de la próxima tormenta. Esta es la razón de que Barno tema lo peor.

—Dicen que las ratas abandonan el barco que naufraga —murmuró Arthur. Enterró la cabeza en sus manos temblorosas—. ¡Dios mío! ¡Todo a la vez!

Irene se estremeció.

—Ha empezado a hacer mucho viento y frío, ¿verdad?

—Es el aire frío de las montañas. Me parece que se acerca una tormenta —declaró Henry distraídamente—. Creo que el río ha crecido.

Un corto silencio y, después, con súbita vivacidad:

—Pero mira, Irene, sólo faltan unos cuantos kilómetros para llegar al lago, y allí ya estaremos prácticamente en el pueblo terrícola. Casi lo hemos logrado.

Irene asintió.

—Me alegro por nosotros... y también por los fibs.

Tenía razón en sus últimas palabras. Los fibs nadaban ahora con mucha lentitud. El día antes había llegado un destacamento adicional desde la parte alta del río, pero incluso con estos refuerzos, el avance se había reducido a un paseo. Un desacostumbrado frío! atacaba a los reptiles de múltiples patas y cedían cada vez con mayor dificultad a una fuerza mental superior.

Las primeras gotas cayeron cuando acababan de atravesar el lago. La oscuridad era completa, y a la luz azul de los rayos, los árboles que les rodeaban parecían fantasmales espectros que alzarán sus dedos hacia el cielo. Un súbito destello, a lo lejos, encendió la pira funeraria de un árbol fulminado por un rayo.

Henry palideció.

—Vayamos hacia el claro de allí enfrente. En un tiempo como éste, los árboles son peligrosos.

El claro del que hablaba formaba las afueras del pueblo terrícola. Las casas, burdamente construidas, toscas y pequeñas frente a la furia de los elementos, estaban iluminadas con luces que hablaban de la ocupación humana. Y cuando el primer centosaurio apareció por entre los árboles astillados, la tormenta estalló súbitamente con toda su furia.

Los dos híbridos se acercaron más el uno al otro.

—Todo depende de los fibs —gritó Henry, tratando de hacerse oír por encima del viento y la lluvia—. Espero que lo logren.

Los tres monstruos se dirigieron hacia las casas. Se movían con más rapidez, al emplear los fibs hasta la última gota de su poder mental.

Irene sepultó su cabeza mojada en los hombros igualmente empapados de Henry.

—¡No puedo mirar! Estas casas no resistirán. ¡Oh, pobre gente!

—No, Irene, no. ¡Se han detenido!

Los centosaurios pateaban con fuerza y sus chillidos sonaban con estridencia y claridad sobre el ruido de la tormenta. Sorprendidos terrícolas salían apresuradamente de sus cabañas.

Cogidos por sorpresa —la mayoría estaba durmiendo— y enfrentados con una tormenta venusiana y unos monstruos venusianos de pesadilla, era imposible una acción organizada. Tal como iban, sin llevar nada más que su ropa, echaron a correr.

Y cuando parecía que todos habían huido, los gigantescos reptiles volvieron a avanzar, y donde antes había habido casas, sólo quedaron astillas machacadas.

—No volverán nunca, Irene, no volverán nunca —Henry se hallaba sin aliento

ante el éxito de su plan—. Ahora somos héroes y... —Su voz aumentó de intensidad hasta convertirse en un alarido—. ¡Irene, retrocede! ¡Corre hacia los árboles!

Los aullidos de los centosaurios habían adquirido una nota más profunda. El más cercano se levantó sobre las patas posteriores y su enorme cabeza, a sesenta metros del suelo, se recortó de un modo horrible contra los relámpagos. Con un ruido sordo, volvió a caer sobre todas sus patas y se dirigió hacia el río, que bajo la gran tormenta se había convertido en un incontenible torrente.

¡Los fibs habían perdido el control!

La pistola de tonita de Henry despidió un destello al entrar rápidamente en acción, mientras apartaba a Irene de allí. Ella, sin embargo, retrocedió con lentitud y sacó su propia pistola.

La bola de luz púrpura que indicaba la eficacia de un tiro centelleó y el centosaurio más cercano dio un grito de agonía mientras su enorme cola golpeaba contra los árboles circundantes. A ciegas, con un agujero donde antes había habido una pata chorreando sangre, cargó hacia ellos.

Un segundo destello púrpura y se cayó con un golpe sordo que provocó un temblor de tierra, mientras su postrer alarido alcanzaba un crescendo de terrorífica intensidad.

Pero los otros dos monstruos corrían hacia ellos. Avanzaban ciegamente hacia la fuente del poder que les había mantenido en cautividad durante casi una semana; cargaban con violencia y toda la fuerza de su insensato odio al río.

Entonces, súbitamente, el estampido de unas pistolas de tonita sonó a lo lejos. Destellos de color púrpura, una violenta agitación, alaridos espasmódicos y luego el silencio en el cual el viento, como intimidado por los recientes acontecimientos, respetó momentáneamente la paz.

Henry gritó con alegría y realizó una improvisada danza guerrera.

—Han venido de Ciudad Venus, Irene —gritó—. ¡Han abatido a los centosaurios y ya todo ha terminado! ¡Hemos salvado a los híbridos!

Sucedió en una exhalación. Irene había dejado caer su pistola y sollozaba con alivio. Corría hacia Henry cuando tropezó... y se cayó al río.

—¡Henry! —El viento ahogó el sonido.

Durante un espantoso momento, Henry se vio incapaz de moverse. Sólo fue capaz de contemplar, estúpida e incrédulamente, el lugar donde Irene había estado, y después se encontró en el agua.

—¡Irene! —contuvo el aliento con dificultad. La corriente lo llevaba hacia delante—. ¡Irene!

Ningún sonido excepto el viento. Sus esfuerzos por nadar eran inútiles, Ni siquiera podía salir a la superficie más que un segundo de vez en cuando; sus pulmones estallaban.

—¡Irene! —No hubo contestación.

Y entonces algo le tocó. Lo atacó instintivamente, pero la presión aumentó. Se sintió levantado hasta la superficie. Sus torturados pulmones recibieron el aire a borbotones. La sonriente cara de un fib le contempló y después de esto no hubo más que confusas impresiones de frío y oscura humedad.

Se fue dando cuenta de lo que le rodeaba por etapas. Primero, de que estaba sentado sobre una manta debajo de los árboles, con otras mantas alrededor de su cuerpo. Después, sintió sobre sí la cálida radiación de lámparas térmicas y la iluminación de focos atómicos. La gente se amontonaba frente a él y vio que ya no llovía.

Miró vagamente a su alrededor y entonces murmuró:

—¡Irene!

Estaba a su lado, igual de arropada que él, y sonreía débilmente.

—Estoy bien, Henry. Los fibs me salvaron.

Madeline estaba inclinada sobre él y tragó el café caliente que ella acercó a sus labios.

—Los fibs nos han contado lo que vosotros dos les habéis ayudado a hacer. Todos estamos orgullosos de vosotros, hijo... de ti y de Irene.

La sonrisa de Max transfiguró su rostro en la personificación del orgullo paternal.

—La psicología que habéis empleado ha sido perfecta. Venus es demasiado grande y tiene demasiadas áreas acogedoras para que los terrícolas vuelvan a un lugar que creen infestado de centosaurios... por lo menos durante un buen tiempo. Y cuando vengan, tendremos nuestro campo estático.

Arthur Scanlon se apresuró a romper su mutismo.

—Tu tutor y yo —le dijo— estamos preparando una fiesta para pasado mañana, así que mejórate y descansa. Será la cosa más bonita que has visto nunca.

Henry intervino:

—Una celebración, ¿eh? Bueno, te diré lo que puedes hacer. Cuando se haya acabado, podrás anunciar un compromiso.

—¿Un compromiso? —Madeline se enderezó y pareció interesada—. ¿A qué te refieres?

—A un compromiso... para casarme —fue la impaciente respuesta—. Supongo que ya soy bastante mayor. ¡El día de hoy lo demuestra!

Los ojos de Irene se hallaban fijos en la hierba con furiosa concentración.

—¿Con quién, Henry?

—¿Eh? *Contigo*, naturalmente. ¡Santo Dios! ¿Con quién otra iba a ser?

—Pero no me lo has pedido... —pronunció estas palabras lentamente y con una gran firmeza.

Por un momento Henry se ruborizó, y después encajó las mandíbulas.

—Pues no voy a hacerlo. ¡Te lo estoy diciendo! ¿Qué decides?

Se acercó más a ella y Max Scanlon emitió una risita e hizo señas a los demás para que se fueran. De puntillas, se alejaron.

Una velada sombra apareció frente a ellos y los dos híbridos se separaron con confusión. Se habían olvidado de los demás.

Pero no era otro híbrido.

—¡Pero..., pero si es un fib! —gritó Irene.

Atravesó la distancia que les separaba cojeando con torpeza, con la inexperta ayuda de sus musculosos brazos. Entonces, se desplomó pesadamente sobre el estómago y extendió sus miembros anteriores.

Su propósito era claro. Irene y Henry le asieron una mano cada uno. Reinó el silencio durante uno o dos minutos y los ojos del fib brillaron solemnemente a la luz de las lámparas atómicas. Después se oyó un súbito grito de vergüenza por parte de Irene y una tímida risa por parte de Henry. El contacto fue roto.

—¿Has entendido lo mismo que yo? —preguntó Henry. Irene estaba roja.

—Sí, era una larga hilera de minúsculos bebés fibs, quizá quince...

—O veinte —dijo Henry.

—...¡Con *largo cabello blanco!*



# Homo Sol (1940)

---

“Homo Sol”

La sesión siete mil cincuenta y cuatro del Congreso Galáctico estaba reunida en solemne cónclave en la vasta sala de conferencias semicircular de Erón, segundo planeta de Arturo.

Lentamente, el presidente delegado se puso en pie. Su marcado semblante de arturiano enrojeció con excitación, al contemplar a los delegados que le rodeaban. Su sentido dramático le impulsó a realizar una breve pausa antes de hacer el anuncio oficial... pues, al fin y a! cabo, la entrada de un nuevo sistema planetario en la gran familia galáctica no es algo que pueda ocurrir dos veces en la vida de un hombre.

Allí se encontraban seres de todos los tipos y formas humanas. Algunos eran altos y esbeltos, otros grandes y corpulentos y otros bajos y gordos. Había los de cabello largo y resistente, los que tenían un escaso vello gris que les cubría la cabeza y la cara, otros con grandes rizos rubios, y otros completamente calvos. Había un delegado de piel verde, uno con una nariz de veinte centímetros y otro con una cola atrofiada. Internamente, la variación casi era infinita.

Pero todos se asemejaban en dos cosas: eran humanoides y poseían inteligencia.

Entonces, retumbó la voz del presidente delegado:

—¡Delegados! El sistema de Sol ha descubierto el secreto de los viajes interestelares y debido a ello es elegible para entrar en la Federación Galáctica.

Un tumulto de gritos de aprobación recorrió la asamblea.

—Tengo aquí —continuó— el informe oficial de Alfa II Centauro, en cuyo quinto planeta han aterrizado los humanoides de Sol. El informe es totalmente satisfactorio y, por lo tanto, la prohibición de entrar y comunicarse con el sistema solar queda levantada. Sol es libre, y está abierto a las naves de la Federación. En estos momentos, se prepara una expedición a Sol, bajo el mando de Joselin Arn, de Alfa Centauro, para ofrecer a ese sistema la invitación de entrar en la Federación.

Hizo una pausa, y de doscientas ochenta y ocho gargantas salió el estentóreo grito de:

—¡Salve, Homo Sol! ¡Salve, Homo Sol! ¡Salve!

Era la bienvenida tradicional de la Federación a todos los mundos nuevos.

Tan Porus se levantó hasta alcanzar su altura total de un metro cincuenta y siete —era alto para un rigeliano— y sus ojos verdes parpadearon con fastidio.

—Ahí está, Lo-fan. Desde hace seis meses que ese extraño calamar de Beta Draconis IV me confunde.

Lo-fan se golpeó suavemente la frente con un largo dedo y una de sus peludas

orejas se contrajo varias veces. Había viajado ochenta y cinco años-luz para reunirse en Arturo II con el mejor psicólogo de la Federación... y, más específicamente, para ver aquel extraño molusco cuyas reacciones habían confundido al gran rigeliano.

Ahora lo veía: una masa de carne blanda, hinchada y de un mortecino color púrpura, que retorció su figura tentacular con plácida indiferencia dentro del enorme tanque de agua que lo albergaba.

—Parece muy normal —dijo Lo-fan.

—¡Ah! —exclamó Tan Porus—. Observe esto.

Corrió la cortina y la habitación quedó sumida en la oscuridad. Sólo brillaba una débil luz azul encima del tanque, y en la escasa claridad el calamar draconiano apenas podía distinguirse.

—Ahí va el estímulo —gruñó Porus. La pantalla que tenía sobre la cabeza irradió una suave luz verde, enfocada directamente encima del tanque. Duró un momento y dio paso a un rojo apagado y, casi en seguida, a un amarillo brillante. Centelleó irregularmente a través del espectro y después, con un destello final de blanco vivo, sonó un timbre parecido a una campana.

Y mientras se desvanecían los ecos de la nota, un estremecimiento recorrió el cuerpo del calamar. Este se relajó y descendió lentamente hasta el fondo del tanque.

Porus apartó la cortina.

—Está *profundamente* dormido —gruñó—. Todavía no ha fallado una sola vez. Todos los ejemplares que hemos tenido caen como fulminados en el momento en que suena la nota.

—Dormido, ¿eh? ¿Tiene el gráfico del estímulo?

—Desde luego. Está aquí mismo. Refleja la longitud exacta de las ondas de luz requeridas, la longitud de duración de cada unidad de luz, así como el declive exacto de la profunda nota del final.

El otro examinó dudosamente las cifras. Frunció el ceño y levantó las orejas con sorpresa. De un bolsillo interior, extrajo una regla de cálculo.

—¿Qué tipo de sistema nervioso tiene el animal?

—Dos-B. Un sencillo, simple y ordinario dos-B. He tenido a los anatomistas, fisiólogos y ecólogos comprobándolo hasta que se pusieron lívidos. Dos-B es lo único que descubrieron. ¡Malditos estúpidos!

Lo-fan no dijo nada, sino que empujó cuidadosamente la barra central de la regla hacia delante y hacia atrás. Se detuvo, entornó los ojos, se encogió de hombros y tomó uno de los grandes volúmenes que había en el estante de encima de su *cabeza*. Ojeó el libro y anotó unos números extraídos de la apretada escritura. Manejó la regla de cálculo de nuevo.

Finalmente se detuvo.

—No tiene sentido —dijo débilmente.

—¡Ya lo sé! He tratado de explicar esta reacción seis veces en seis formas distintas... y he fracasado siempre. Aunque construya un sistema que demuestre por qué se duerme, no puedo hacer que explique el carácter específico del estímulo.

—¿Es altamente específico? —preguntó Lo-fan, con una voz que alcanzó sus registros más altos.

—Eso es lo peor de todo —gritó Tan Porus. Se inclinó hacia delante y golpeó al otro en la rodilla—. Si cambia la longitud de onda de alguna de las unidades luminosas en cincuenta ángstroms, *cualquiera* de ellas, no se duerme. Cambie la longitud de duración de una unidad luminosa en dos segundos... No se duerme. Cambie el declive del tono del final un octavo de octava... No se duerme. *Pero* si hace la combinación correcta, se sume inmediatamente en el letargo.

—¡Galaxia! —murmuró Lo-fan—. ¿Cómo logró tropezar con la combinación?

—No lo hice yo. Ocurrió en Beta Draconis. Un colegio de tercera sometía a sus estudiantes de primer año a un período de laboratorio, para que experimentaran las reacciones de luz y sonido sobre los moluscos... Hace años que lo hacen. Un estudiante prueba sus combinaciones de luz y sonido y su maldito ejemplar se duerme. Naturalmente, se asusta hasta perder los estribos y lo explica al profesor. El profesor vuelve a intentarlo con otro calamar... Se duerme. Cambian la combinación... No ocurre nada. Vuelven a la original... Se duerme. Tras convencerse de que no sacarán nada en claro, lo envían a Arturo y me lo someten. Hace seis meses que no puedo dormir por las noches.

Se oyó una nota musical y Porus se volvió con impaciencia.

—¿Qué pasa?

—Un mensajero del presidente delegado del Congreso, señor —dijo una voz metálica a través del transmisor que había sobre su mesa.

—Que entre.

El mensajero no se quedó más que el tiempo necesario para entregar a Porus un sobre impresionantemente sellado y para decir en un tono cordial:

—Una gran noticia, señor. El sistema de Sol ha sido calificado para entrar.

—¿Y qué? —dijo Porus en voz baja cuando el otro se fue—. Todos sabíamos que ocurriría.

Rasgó el envoltorio exterior de celofán del sobre y extrajo el fajo de papeles que había dentro.

—¡Oh, Rigel!

—¿Qué sucede? —preguntó Lo-fan.

—Estos políticos siguen molestándome con las cosas más inconsecuentes. Parece como si no hubiera más psicólogos en Erón. ¡Mire! Ya hace siglos que esperamos que el sistema solar resuelva el principio del híper-átomo. Finalmente lo han hecho y una

expedición suya aterriza en Alfa Centauro. Inmediatamente, ¡hay una fiesta política! Hemos de enviar una expedición nuestra para pedirles que se unan a la Federación. Y, claro está, debemos llevar a un psicólogo que formule la solicitud de modo correcto para asegurarnos de que reaccionarán bien, porque, en honor a la verdad, no hay ni un solo hombre en todo el ejército que haya recibido la apropiada formación en psicología.

Lo-fan asintió con seriedad.

—Lo sé, lo sé. Nosotros tenemos el mismo problema. No necesitan la psicología hasta que tienen dificultades y entonces acuden corriendo.

—Bien, está decidido. Yo no iré a Sol. Este calamar durmiente es algo demasiado importante como para abandonarlo.

—¿A quién enviará?

—No lo sé. Tengo varios jóvenes a mis órdenes que harían este tipo de cosas con los ojos cerrados. Enviaré a uno de ellos. Y, mientras tanto, le veré mañana en la reunión del cuerpo docente, ¿verdad?

—Me verá... y me oirá, también. Daré una conferencia sobre el estímulo producido por el contacto de un dedo.

Una vez solo, Porus se volvió una vez más hacia el informe oficial sobre el sistema solar que el mensajero le había entregado. Lo hojeó distraídamente, sin particular interés, y acabó por dejarlo con un suspiro.

—Lor Haridin podría hacerlo —murmuró para sí—. Es un buen muchacho... Se merece una oportunidad.

Levantó su pequeño cuerpo de la silla y, con el informe debajo del brazo, salió del despacho y recorrió el pasillo que había fuera. Al detenerse frente a una puerta del extremo, se encendió una luz intermitente automática y, desde dentro, una voz le invitó a entrar.

El rigeliano abrió la puerta e introdujo la cabeza.

—¿Ocupado, Haridin?

Lor Haridin levantó la vista y se puso en pie.

—¡Gran espacio, jefe, no! No he tenido nada que hacer desde que terminé el trabajo de las reacciones coléricas. ¿Quizá tiene algo para mí?

—Así es..., si crees que serás capaz de hacerlo. Has oído hablar del sistema solar, ¿verdad?

—¡Claro! Los visores no hablan de otra cosa. Han hecho posibles los viajes interestelares, ¿verdad?

—Exacto. Dentro de un mes, parte una expedición de Alfa Centauro hacia Sol. Necesitan un psicólogo que realice el trabajo, y he pensado en enviarte a ti.

El joven científico enrojó de placer hasta la misma coronilla de su pelada

cabeza.

—¿Lo dice en serio, jefe?

—¿Por qué no? Es decir, si crees que puedes hacerlo.

—Claro que puedo —Haridin se enderezó con dignidad ofendida—. ¡Reacción de tipo A! No puedo equivocarme.

—Ya sabes que tendrás que aprender su idioma y administrar el estímulo en lengua solar. No siempre es un trabajo fácil.

Haridin se encogió de hombros.

—Aun así no puedo equivocarme. En un caso como éste, la traducción sólo tiene que ser el setenta y cinco por ciento efectiva, para conseguir el noventa y nueve con seis por ciento del resultado deseado. Este fue uno de los problemas que tuve que resolver en el examen de calificación. No puede cogermé en falta en este punto.

Porus se echó a reír.

—Muy bien, Haridin, sé que puedes hacerlo. Arregla todo lo que tengas pendiente aquí en la Universidad y firma el impreso por ausencia indefinida. Y si puedes, Haridin, escribe algún tratado sobre esos solares. Si es bueno, podrías conseguir el nivel superior.

El joven psicólogo frunció el ceño.

—Pero, jefe, esto es agua pasada. Las reacciones humanoides son tan conocidas como..., como... *No se puede escribir nada sobre ellas.*

—Siempre hay algo si se busca lo suficiente, Haridin. No hay nada conocido; recuérdalo. Si miras la página 25 del informe, verás un párrafo que habla del cuidado con que los solares se arman al dejar sus naves.

El otro buscó la página mencionada.

—Es razonable —dijo—. Una reacción completamente normal.

—Desde luego. Pero insistieron en conservar sus armas durante toda su estancia, aunque fueron recibidos y agasajados por humanoides amigos. Esto es una desviación de la normalidad bastante perceptible. Investígalo... podría ser interesante.

—Como usted diga, jefe. Muchísimas gracias por esa oportunidad. Y dígame, ¿cómo sigue el calamar?

Porus arrugó la nariz.

—Mi sexto intento concluyó y murió ayer. Es muy desagradable. —Y con estas palabras, se fue.

Tan Porus de Rigel temblaba de rabia al doblar el montón de papeles que tenía en las manos y romperlos por la mitad. Conectó el transmisor.

—Póngame inmediatamente con Santins, del departamento de cálculo —ordenó.

Sus ojos verdes despidieron llamas al ver la plácida figura que apareció casi en seguida en el visor. Blandió el puño ante la imagen.

—¿Para qué demonios es el análisis que acaba usted de enviarme, gusano de Betelgeuse?

Las cejas de la imagen se levantaron con apacible sorpresa.

—No me culpe a mí, Porus. Eran sus ecuaciones, no mías. ¿Dónde las consiguió?

—Eso no le importa. Es asunto del departamento de psicología.

—¡De acuerdo! Y resolverlas es asunto del departamento de cálculo. Es la séptima serie de las ecuaciones más increíblemente absurdas que he visto en mi vida. Pero ésta ha sido la peor. Por lo menos ha formulado usted diecisiete premisas que no tenía derecho a formular. Nos ha costado dos semanas arreglárselas, y finalmente las hemos reducido...

Porus saltó como si le hubieran pinchado.

—Sé a qué las han reducido. Acabo de romper las hojas. Tiene usted dieciocho variables independientes en veinte ecuaciones, el equivalente a dos meses de trabajo, y las resuelve al final de la última página con esta joya de la sabiduría dogmática:  $a$  es igual a  $a$ . Todo este trabajo... y lo único que consigo es una identidad.

—No es culpa mía, Porus. Usted razona en círculos, y en matemáticas eso significa una identidad, y no hay nada que podamos hacer para remediarlo. Además, ¿de qué se queja?,  $a$  es igual a  $a$ , ¿verdad?

—¡Cállese! —el transmisor fue desconectado, y el psicólogo reprimió su excitación.

La señal luminosa del transmisor volvió a encenderse.

—¿Qué quiere ahora?

—Un mensaje del gobierno, señor.

—¡Maldito gobierno! Dígale que me he muerto.

—Es importante, señor. Lor Haridin ha regresado de Sol y quiere verle.

Porus frunció el ceño.

—¿Sol? ¿Qué Sol? Oh, ya me acuerdo. Dígale que suba, pero que se dé prisa.

—Adelante, Haridin —dijo un poco después, con la voz más apaciguada, cuando entró el joven arturiano, algo más delgado y cansado que seis meses atrás, cuando dejó el sistema de Arturo.

—¿Y bien, joven? ¿Has escrito el tratado?

—¡No, señor!

—¿Por qué no? —Los ojos verdes de Porus observaron al otro con minuciosidad—. No me digas que has tenido dificultades.

—Algunas, jefe —pronunció estas palabras con esfuerzo—. El propio Consejo de Psicología le manda llamar tras oír mi informe. La cuestión es que el sistema solar ha... ha rehusado unirse a la Federación.

—¿Quéeee?

Haridin asintió miserablemente y se aclaró la garganta.

—¡Por la gran nebulosa oscura —juró el rigeliano, enloquecido— que hoy ha sido un día maravilloso! Primero, me dicen que *a* es igual a *a*, y después vienes tú y me dices que has fallado una reacción de tipo A... *fallado completamente!*

El joven psicólogo se encolerizó.

—No fallé. Hay algo extraño en los solares. No son normales. Cuando aterrizamos, se volvieron locos con nosotros. Hubo una celebración fantástica... completamente desenfrenada. No había nada demasiado bueno para nosotros. Formulé la invitación ante su parlamento en su propio idioma... uno muy sencillo que llaman esperanto. Apostaría la vida a que mi traducción fue el noventa y nueve por ciento efectiva.

—¿Bien? ¿Y después?

—No entiendo el resto? jefe. Primero, hubo una reacción neutral y yo me sorprendí un poco, y después —se estremeció al recordarlo—, a los siete días, sólo siete días, jefe, todo el planeta había cambiado por completo.

»Y eso no es más que el principio. Fue muchos años-luz peor que eso. Por toda la galaxia, investigué hasta el fin las reacciones de tipo G, tratando de explicármelas, y no pude. Al final, *tuvimos* que irnos. Estábamos en verdadero peligro *físico* frente a esos..., esos terrícolas, como se denominan a sí mismos.

—¡Muy interesante! ¿Has traído el informe?

—No. Lo tiene el Consejo de Psicología. Han pasado todo el día estudiándolo con microscopio.

—¿Y qué dicen?

—No lo dicen abiertamente, pero dan la inequívoca impresión de creer que el informe es erróneo.

—Bueno, ya decidiré si es cierto después de haberlo leído. Mientras tanto, acompáñame a la Cámara parlamentaria y por el camino me contestarás a unas cuantas preguntas.

Joselin Arn, de Alfa Centauro, se frotaba el mentón cubierto de pelo con su enorme mano de seis dedos y escudriñaba, por debajo de sus prominentes cejas, el semicírculo de diferentes rostros que le contemplaban.

—Hemos sido informados —empezó Frían Obel, presidente del Consejo y nativo de Vega, patria de los hombres de piel verde— de que las secciones del informe que versan sobre el estamento militar son trabajo *suyo*.

Joselin Arn inclinó la cabeza.

—¿Y está usted dispuesto a confirmar lo que ha declarado aquí, a pesar de su inherente improbabilidad? Ya sabe que no es usted psicólogo.

—¡No! ¡Pero soy soldado! —el centauriano adelantó las mandíbulas con obstinación, mientras su voz resonaba en toda la cámara—. No entiendo de

ecuaciones, ni de gráficas... pero sí que entiendo de naves espaciales. He visto las suyas y las nuestras, y las suyas son mejores. He visto su primera nave interestelar. Concédanles cien años y tendrán mejores motores hiperatómicos que los nuestros. He visto sus armas. Poseen casi todas las que nosotros tenemos, en una etapa de su historia que corresponde a la nuestra de hace milenios. Lo que aún no tienen... lo tendrán, y pronto. Lo que ya tienen, lo mejorarán.

»He visto sus plantas de municiones. Las nuestras son más avanzadas, pero las suyas son más eficientes. He visto a sus soldados... y preferiría luchar con ellos que contra ellos.

—¿Y el resto de su ciencia: medicina, química, física? ¿Qué hay de ello?

—No soy el más indicado para juzgarlas. Sin embargo, usted posee el informe de los entendidos, y a mi entender tienen *razón*.

—¿De modo que esos solares son verdaderos humanoides?

—¡Por los mundos de Centauro, sí!

El anciano científico se recostó en su asiento con un gesto de mal humor y paseó una rápida y ceñuda mirada por toda la mesa.

—Colegas —dijo—, no adelantamos nada repitiendo toda esta serie de imposibilidades. Tenemos una raza de humanoides de características superlativamente tecnológicas, que al mismo tiempo posee una creencia intrínsecamente científica en las fuerzas sobrenaturales, una predilección absurda e infantil por el individualismo, singularmente y en grupos, y, lo peor de todo, desprovista de la visión suficiente como para abrazar una cultura de signo galáctico.

Miró al centauriano, que se hallaba frente a él.

—Debe existir una raza así, si prestamos crédito al informe... y los axiomas fundamentales de psicología deben desmoronarse. Pero yo, por lo menos, no creo en tal, para decirlo en términos vulgares, cometa de gas.

La monótona voz del científico fue ahogada repentinamente por el golpe de un puño de hierro sobre la mesa. Joselin Arn, con el cuerpo contorsionado por la ira, perdió la paciencia y desató su cólera.

—Por los retorcidos engendros de Templis, por los gusanos que se arrastran y los mosquitos que vuelan, por todos los lugares inmundos y las epidemias, y por la misma muerte encapuchada, *no voy a permitirlo*. ¿Piensa hacer gala de sus teorías y su inacabable sabiduría y negar lo que yo he visto con mis propios ojos?

Un golpecito en su cinturón le hizo volverse, con una mirada fija y los puños cerrados. Por un momento, miró a su alrededor en vano. Después, al bajar la vista, se encontró frente a los enigmáticos ojos verdes de un pigmeo, cuya penetrante mirada pareció echar un jarro de agua fría sobre su cólera.

—Le conozco, Joselin Arn —dijo Tan Porus, escogiendo las palabras cuidadosamente—. Es usted un hombre valeroso y un buen soldado, pero no le



gustan los psicólogos, por lo que veo. En esto se equivoca, pues sobre la psicología descansa el éxito político de la Federación. Ha hecho el juramento de defender al sistema contra todos sus enemigos, Joselin Arn..., y usted mismo acaba de convertirse en el mayor de ellos. Golpea sus cimientos, cava en sus raíces, lo envenena en su origen. Usted es un difamador, una deshonra, un traidor.

El soldado centauriano sacudió la cabeza con impotencia. Mientras Porus hablaba, profundos y amargos remordimientos le embargaron. El recuerdo de sus recientes palabras pesaba fuertemente sobre su conciencia. Cuando el psicólogo concluyó, Arn inclinó la cabeza y se echó a llorar.

Porus volvió a hablar, y esta vez su voz retumbó como un trueno:

—Basta de gemidos plañideros, cobarde. El peligro es inminente. *¡A las armas!*

Joselin Arn se recobró instantáneamente.

La habitación estalló en carcajadas y el soldado comprendió la situación. Había sido la forma de castigarle de Porus. Con su completo conocimiento de los tortuosos resortes de la mente humanoide, sólo tenía que apretar el botón apropiado, y...

El centauriano se mordió los labios de vergüenza, pero no dijo nada.

Pero Tan Porus no se rió. Embromar al soldado era una cosa; humillarle, otra muy distinta. De un salto, estuvo sobre una silla y apoyó su pequeña mano en el macizo hombro del otro.

—No se ofenda, amigo mío... ha sido una pequeña lección, eso es todo. Luche contra los subhumanoides y los alrededores hostiles de cincuenta mundos. Atrévase a viajar en una nave agrietada y destartalada. Desafíe todos los peligros que quiera. Pero nunca, *nunca*, ofenda a un psicólogo. La próxima vez puede enfadarse *en serio*.

—Seguiré su consejo, psicólogo. Desintégreme, si no creo que tiene usted razón. —Salió a grandes zancadas de la estancia.

Porus saltó de la silla y se volvió para enfrentarse al consejo.

—Hemos tropezado con una interesante raza de humanoides, colegas.

—Ah —dijo Obel, secamente—, parece ser que el gran Porus va a asumir la defensa de su alumno. Es evidente que su digestión ha mejorado, puesto que se cree capaz de tragar el informe de Haridin.

Porus frunció el ceño, pero su voz conservó su tono tranquilo.

—Así es, y el informe,, debidamente analizado, dará lugar a una revolución de la ciencia. Es una mina de oro psicológica; y Homo Sol, el hallazgo de un período mejor.

—Especifique, Tan Porus —gruñó alguien—. Sus trucos están muy bien para un centauriano zopenco, pero nosotros seguimos sin impresionarnos.

—Especificaré más, Inar Tubal, peludo microbio espacial —la prudencia y la ira sostenían una visible batalla en su interior—. Un humanoide es más de lo que

creen... mucho más de lo que unos retrasados mentales como ustedes pueden entender. Sólo para mostrarles lo que no saben, grupo de fósiles disecados, me comprometo a enseñarles un poco de psicotecnología que les dejará pasmados. ¡Pánico, imbéciles, pánico! ¡Pánico mundial!

—¿Ha dicho pánico mundial? —tartamudeó Friar Obel, mientras su piel verde se volvía gris—. ¿Pánico?

—Sí, papagayo. Denme seis meses y cincuenta ayudantes y les mostraré un mundo de humanoides dominado por el pánico.

Obel trató inútilmente de contestar. Su boca realizó un heroico intento por conservar la seriedad... y fracasó. Como a una señal, todo el Consejo abandonó su dignidad y se retrepó en un acceso de risa general.

—Me acuerdo —balbuceó Inar Tubal, de Sirio, con su cara redonda surcada por lágrimas de puro júbilo— de un estudiante mío que, en cierta ocasión, pretendió haber descubierto un estímulo que induciría al pánico mundial. Cuando repasé los resultados, me encontré con un exponente que tenía el punto decimal desplazado. Sólo estaba diez órdenes de magnitud equivocado. ¿Cuántos puntos decimales ha desplazado usted, colega Porus?

—¿Qué hay de la ley de Kraut, Porus, que dice que no se puede inducir al pánico a más de cinco humanoides a la vez? ¿Hemos de abolirla? ¿Y quizá también la teoría atómica, ahora que estamos en ello? —y Semper Gor, de Cabra, cloqueó alegremente.

Porus trepó a la mesa y agarró el mazo de Obel.

—El próximo que se ría notará esto sobre la cabeza.

—Escogeré cincuenta ayudantes —gritó el rigeliano de ojos verdes— y Joselin Arn me llevará a Sol. Quiero que cinco de ustedes me acompañen —Inar Tubal, Semper Gor y otros tres cualquiera— para ver sus caras de estúpidos cuando haga lo que he dicho que haría —levantó el mazo, amenazadoramente—. ¿Bien?

Friar Obel miró plácidamente al techo.

—De acuerdo, Porus. Tubal, Gor, Helvin, Prat y Winson pueden ir con usted. Al término del tiempo especificado, atestiguaremos el pánico mundial, algo muy satisfactorio... o presenciaremos cómo se come sus palabras, cosa que sería mucho más satisfactoria.

Tan Porus miraba pensativamente por la ventana. Terrápolis, la capital de la Tierra, se extendía frente a él hasta el mismo límite del horizonte.

El bramido de la ciudad contenía voces, y las voces expresaban su temor.

El rigeliano se alejó de la ventana con repugnancia,

—Oye, Haridin —rugió.

—¿Me llamaba, jefe?

—¿Qué crees que hago? ¿Hablar solo? ¿Cuáles son las últimas noticias de Asia?

—No hay nada nuevo. Los estímulos no son bastante fuertes. Los hombres amarillos parecen ser más insensibles que los dominantes blancos de América y Europa. Sin embargo, he ordenado que no aumenten los estímulos.

—No, no podemos hacerlo —convino Porus—. No debemos arriesgarnos a provocar un pánico *activo* —reflexionó en silencio—. Escucha, casi lo hemos conseguido. Diles que ataquen algunas ciudades grandes —son más susceptibles— y se vayan.

Volvió otra vez junto a la ventana.

—Espacio, ¡qué mundo... qué mundo! Se ha descubierto una nueva rama de la psicología... con la que nunca habíamos soñado. Psicología de masas, Haridin, psicología de masas —sacudió la cabeza con solemnidad.

—No obstante, hay mucho sufrimiento, jefe —musitó el joven—. Este pánico pasivo ha paralizado completamente la industria y el comercio. Toda la vida de negocios del planeta se ha estancado. El pobre gobierno es impotente... no sabe lo que ocurre.

—Lo averiguarán... cuando yo quiera. Y, en cuanto al sufrimiento... bueno, a mí tampoco me gusta, pero es un medio de llegar al fin, un fin muy importante.

Siguió un corto silencio, y después los labios de Porus se contrajeron en una desagradable sonrisa.

—Aquellos cinco papanatas regresaron ayer de Europa, ¿verdad?

Haridin también sonrió y asintió enérgicamente.

—¡Y muy disgustados! Sus predicciones corresponden al quinto lugar decimal. Están fuera de sí.

—¡Perfecto! Sólo lamento no poder ver la cara de Obel en este momento, después del último mensaje que le he enviado. Y, por cierto —su voz bajó de tono—, ¿qué hay de ellos?

Haridin alzó dos dedos.

—¡Dos semanas, y estarán aquí!

Los cinco científicos del consejo levantaron la vista de sus notas y cayeron en un embarazoso silencio cuando Porus entró.

Este sonrió pícaramente.

—¿Notas satisfactorias, caballeros? Sin duda habrán encontrado unos cincuenta o sesenta errores en mis suposiciones fundamentales, ¿verdad?

Hybron Prat, de Alfa Cefeo, se mesó la pelusa gris que él llamaba cabello.

—No confío en los tremendos trucos que juega esta alocada anotación matemática suya.

—Pues invente otra mejor. Hasta ahora, ha hecho un buen trabajo con las reacciones, ¿no creen?

Se oyó un discordante coro de gargantas que se aclaraban, pero no una respuesta determinada.

—¿No creen? —tronó Porus.

—Bueno, ¿y qué? —contestó Kim Winson, desesperadamente—. ¿Dónde está su pánico? Todo esto está muy bien. Estos humanoides son unos fenómenos cósmicos, pero ¿dónde está la demostración que iba a hacernos?

—Están vencidos, caballeros, están vencidos —se jactó el pequeño y experto psicólogo—. He demostrado mi punto de vista. Este pánico pasivo es tan imposible según la psicología clásica como la forma activa. Ahora tratan de negar los hechos y salvar la cara, insistiendo en un tecnicismo. Vuelvan a casa; vuelvan a casa, caballeros, y escóndanse debajo de la cama.

Inar Tubal le miró con ira. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—Pánico activo o nada, Tan Porus. Es lo que nos prometió, y es lo que tendremos. Queremos que lo cumpla al pie de la letra o, por el espacio y el tiempo, insistiremos en cualquier tecnicismo. ¡Pánico activo o reportaremos el fracaso!

Porus se encolerizó y, con un tremendo esfuerzo, habló serenamente.

—Sean razonables, caballeros. No disponemos del equipo necesario para controlar el pánico activo. Nunca nos hemos encontrado con la superforma que podría adoptar en la Tierra. ¿Y si escapa a nuestro control?

—Aíslalo, entonces —exclamó Semper Gor—. Enciéndalo y sofóquelo. Disponga todos los preparativos que quiera, pero ¡hágalo!

—Si puede —gruñó Hybron Prat. Pero Tan Porus tenía *su* punto débil. Su irritable carácter se desató.

—¡Se saldrán con la suya, cabezas de chorlito! Se saldrán con la suya, pero váyanse al espacio exterior —la pasión le embargaba—. Lo provocaremos aquí mismo, en Terrápolis, en cuanto los hombres vuelvan a casa. ¡Pero será mejor que todos ustedes se pongan a salvo!

Tan Porus corrió las cortinas con un movimiento de su mano, y los cinco psicólogos que le observaban desviaron la mirada. Las calles de la capital de la Tierra estaban desiertas de población civil. El ordenado ruido de los militares que patrullaban en las autopistas de la ciudad sonaba como un canto fúnebre.

—Ha sido muy peligroso, colegas —la voz de Porus expresaba cansancio—. Si hubiera sobrepasado los límites de la ciudad, nunca habiésemos podido detenerlo.

—¡Horrible, horrible! —murmuró Hybron Prat—. Ha sido una escena que cualquier psicólogo hubiera dado su brazo derecho por presenciar... y su vida por olvidar.

—¡Y esto son humanoides! —gimió Kim Winson. Semper Gor se levantó con súbita decisión.

—¿Comprende la importancia de esto, Porus? Estos terrícolas son incontrollable atomita. No se pueden controlar. Con su psicología de masas, su pánico de masas, su superemocionalismo, no encajan en la imagen de los humanoides.

Porus enarcó las cejas.

—¡Cometa de gas! Individualmente, somos tan emotivos como ellos. Ellos lo llevan a la acción de masas y nosotros no; ésa es la única diferencia.

—¡Y es suficiente! —exclamó Tubal—. Hemos adoptado una decisión, Porus. Lo hicimos anoche, en el punto culminante de... de... de *esto*. No debemos ocuparnos del sistema solar. Es un lugar apestado y no queremos nada parecido. En cuanto concierne a la galaxia, Homo Sol será puesto en una estricta cuarentena. ¡Esto es terminante!

El rigeliano se echó a reír.

—Para la galaxia, puede ser terminante. Pero ¿y para Homo Sol?

Tubal se encogió de hombros.

—Eso no nos concierne. Porus volvió a reírse.

—Dígame, Tubal. Entre nosotros, ¿ha intentado hacer una integración temporal de la ecuación 128 seguida por expansión con tensores carolinós?

—No-o. No lo he hecho.

—Bueno, pues eche una ojeada a estos cálculos y diviértase.

Naru Helvin rompió las hojas con un movimiento espasmódico.

—Es mentira —gritó.

—Actualmente, les llevamos mil años de adelanto, y para ese tiempo les llevaremos otros doscientos años —exclamó Tubal—. No podrán hacer nada contra la masa de la gente de la galaxia.

Tan Porus se rió con una monotonía sumamente desagradable.

—Siguen sin creer en las matemáticas. Esto forma parte de su línea de conducta, claro. Muy bien, veamos si los expertos pueden convencerles... como debería ser, a menos que el contacto con estos humanoides fuera de lo normal les haya afectado. ¡Joselin... Joselin Arn... venga!

El comandante centauriano entró, saludó automáticamente, y permaneció a la expectativa.

—¿Podría una de sus naves derrotar una de las naves de Sol en batalla, si fuera necesario? Arn sonrió amargamente.

—Imposible, señor. Estos humanoides rompen la ley de Kraut en pánico... y también luchando. Tenemos una dotación de expertos a cargo de nuestras naves. Esta gente tiene una única tripulación que funciona como una unidad, sin individualismo. Manifiestan una forma de lucha... pánico, creo que es la palabra mejor. Cada individuo de las naves se convierte en un órgano de las mismas. Con nosotros, ya lo

saben, eso es imposible.

«Además, este mundo es una masa de genios locos. Sé que tomaron no menos de veintidós interesantes pero inútiles aparatos que vieron en el Museo de Thalsoon cuando nos visitaron; los desmontaron y produjeron a partir de ellos los inventos militares más desagradables que he visto. ¿Recuerdan el tiralíneas gravitacional de Julmun Thill, empleado —con muy poca efectividad— para localizar depósitos minerales antes de que se inventara el método moderno de potencial eléctrico? Lo han convertido —no sé cómo— en uno de los directores de fuego automático más mortífero que he tenido la desgracia de ver.

—Nosotros —dijo Tan Porus con alborozo— tenemos una flota mucho mayor que la suya. Podríamos arrollarlos, ¿verdad?

Joselin Arn movió la cabeza.

—Derrotarlos ahora... probablemente. Pero no los arrollaríamos, y no me atrevería a apostar por ello. Yo no votaría por atacarlos. El problema reside, en el plano militar, en que esta colección de maníacos de los aparatos inventa cosas con una velocidad terrible.

—¿Qué será —preguntó Porus con amabilidad— de nuestra posición militar si nos limitamos a ignorarlos completamente durante doscientos años?

Joselin Arn soltó una explosiva carcajada.

—Si podemos, que significa *si* nos dejan. Responderé sin pensar y con seguridad. Es lo único que me preocupa en este momento. Doscientos años para explorar los nuevos caminos sugeridos por su breve contacto con nosotros y harán cosas que no puedo imaginar. Esperen doscientos años y no habrá una batalla; habrá una anexión. Tan Porus se inclinó ceremoniosamente.

—Gracias, Joselin Arn. Este era el resultado de mis cálculos matemáticos.

Joselin Arn saludó y abandonó la estancia.

Volviéndose a los cinco científicos, completamente paralizados, Porus prosiguió:

—Y espero que estos sabios caballeros reaccionen de forma vagamente humanoide. ¿Se convencen de que no nos toca a nosotros decidir si terminar o no todo intercambio con esta raza? Podemos..., ¡pero ellos no!

«Estúpidos —pareció que escupiera la palabra—, ¿creen que voy a perder el tiempo discutiendo con ustedes? Yo dicto la ley, ¿comprenden? Homo Sol *entrará* en la Federación. Se les madurará en doscientos años. No se lo pregunto; *¡se lo digo!* —el rigeliano les contempló agresivamente.

—¡Vengan conmigo! —gruñó con brusquedad.

Le siguieron con mansa sumisión y entraron en el dormitorio de Tan Porus. El pequeño psicólogo corrió una cortina y dejó al descubierto una pintura de tamaño natural.

—¿Cómo interpretan esto?

Era el retrato de un terrícola, pero de un terrícola como ninguno de los psicólogos había visto aún. Digno y severamente hermoso, con una mano que acariciaba una barba regia, y la otra que sostenía el único vestido suelto que le cubría, parecía personificar la majestad.

—Es Zeus —dijo Porus—. Los terrícolas primitivos le crearon como la personificación de la tormenta y el relámpago. —Se encaró con los aturridos científicos—. ¿Les recuerda a alguien?

—¿Homo Canopus? —aventuró Helvin. Durante un instante, el rostro de Porus se relajó con momentánea satisfacción y después volvió a endurecerse.

—Naturalmente —exclamó—. ¿Por qué vacilan? Este es Canopus en persona, hasta la barba amarilla.

Después continuó:

—Aquí hay algo más —corrió otra cortina. Esta vez, el retrato era de una mujer. Tenía el pecho voluminoso y las caderas anchas. Una inefable sonrisa adornaba su rostro y sus manos parecían acariciar el grano que reposaba a sus pies.

—¡Deméter! —dijo Porus—. La personificación de la fertilidad y la agricultura. La madre ideal. ¿A quién les recuerda *esto*?

Esta vez no hubo vacilaciones. Cinco voces dijeron al unísono:

—¡Homo Betelgeuse!

Tan Porus sonrió con placer.

—Exactamente. ¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —inquirió Tubal.

—¿No lo comprenden? —su sonrisa se desvaneció—. ¿No está claro? ¡Papanatas! Si un centenar de Zeus y un centenar de Deméter aterrizaran en la Tierra como parte de una «misión comercial», y se convirtieran en expertos psicólogos... ¿Lo comprenden *ahora*?

Semper Gor se echó súbitamente a reír.

—Espacio, tiempo, y pequeños meteoros. ¡Claro que sí! Los terrícolas serían arcilla en manos de sus propias personificaciones de la tormenta y la maternidad vivientes. Dentro de doscientos años..., dentro de doscientos años, no podremos hacer nada.

—Pero esta denominada misión comercial suya, Porus —intervino Prat—, ¿cómo se las arreglará para que Homo Sol la acepte?

Porus enderezó la cabeza hacia un lado.

—Querido colega Prat —murmuró—, ¿cree que he creado el pánico activo únicamente para hacer una demostración... o para satisfacer a cinco estúpidos? Este pánico pasivo ha paralizado la industria, y el Gobierno terrestre se enfrenta a una revolución... otra forma de acción masiva que podría investigarse. Ofrézcale

comercio galáctico y prosperidad eterna y ¿cree que lo rechazará? ¿Qué importa la masa?

El rigeliano cortó de raíz el incipiente murmullo con un gesto de impaciencia.

—Si no tienen nada más que preguntar, caballeros, empecemos a prepararnos para partir Francamente, estoy cansado de la Tierra, y más que esto, deseo volver junto a mi calamar.

Abrió la puerta y, por el pasillo, gritó:

—¡Haridin! Dile a Arn que tenga la nave dispuesta para dentro de seis horas. Nos vamos.

—Pero... pero —el coro de aturcidas objeciones se cristalizó en súbito movimiento, cuando Semper Gor corrió hacia Porus y le detuvo cuando éste se marchaba. El pequeño rigeliano luchó en vano por desasirse.

—¡Suélteme!

—Ya hemos soportado bastante, Porus —dijo Gor—, y ahora va a calmarse y conducirse como un humanoide. Diga lo que diga, no nos iremos hasta haber acabado. Tenemos que tratar con el Gobierno terrestre de la misión comercial. Hemos de asegurar la aprobación del Consejo. Tenemos que escoger a nuestros psicólogos.

En este punto, Porus, con un salto rápido, se desasjó.

—¿Han supuesto por un momento que esperaba a que su precioso Consejo se dispusiera a considerar si se hace algo acerca de la situación dentro de dos o tres décadas?

»La Tierra aceptó incondicionalmente mis términos hace un mes. La escuadra de canopanos y betelgeusianos partió hace cinco meses, y aterrizaron anteayer. Gracias a su ayuda logramos detener el pánico reciente... aunque ustedes no lo hubieran sospechado. Probablemente creyeron que lo hicieron ustedes solos. Hoy, caballeros, ellos controlan por completo la situación y nuestros servicios ya no son necesarios. Nos vamos a casa.



## Mestizo (1940)

“Half-Breed (The Tweenie)”

Jefferson Scanlon se enjugó el sudor de la frente y tomó aliento. Alargó un dedo tembloroso hacia el interruptor... y cambió de idea. Su último modelo, que representaba más de tres meses de ininterrumpido trabajo, era casi su última esperanza. Una buena parte de los quince mil dólares que le habían prestado estaba en él. Y ahora la presión sobre un interruptor demostraría si ganaba o perdía.

Scanlon se llamó a sí mismo cobarde y asió firmemente el interruptor. Lo bajó con un chasquido y volvió a subirlo con un rápido movimiento. Y no ocurrió nada... Sus ojos, por más que se esforzaron, no vislumbraron ninguna chispa de energía. Se le contrajo la boca del estómago, y volvió a cerrar el interruptor, salvajemente, y lo dejó cerrado. No ocurrió nada: la máquina era, de nuevo, un fracaso.

Enterró su doliente cabeza entre las manos, y gimió:

—¡Oh, Dios mío! Debía funcionar..., debía. Los cálculos son correctos y he producido los campos que quería. Por todas las leyes de la ciencia, esos campos tenían que romper el átomo —Se levantó, abriendo el inútil interruptor, y paseó por la habitación sumido en sus pensamientos.

Su teoría era correcta. Su equipo estaba cortado exactamente sobre el patrón de las ecuaciones que había desarrollado. Si la teoría era correcta, el equipo debía estar equivocado. Pero el equipo era perfecto, así que la teoría debía...

—Me voy de aquí antes de volverme loco —dijo a las cuatro paredes.

Arrancó el sombrero y el abrigo del gancho que había detrás de la puerta y al cabo de un momento, dando un portazo tras sí en un arrebató de cólera estuvo fuera de la casa.

¡Energía atómica! ¡Energía atómica! ¡Energía atómica!

Las dos palabras se repetían una y otra vez, cantando una monótona y enloquecedora melodía en su cerebro. ¡Una sirena! Le estaba induciendo a la destrucción. Por aquel sueño había abandonado un seguro y cómodo cargo de profesor en el M.I.T. Por él, se había convertido en un hombre mayor a los treinta años —el primer ardor de la juventud ya hacía tiempo que había desaparecido—, en un aparente fracaso.

Y ahora su dinero se desvanecía rápidamente. Si el amor al dinero es la causa de todos los males, la necesidad del mismo es, con mucha más seguridad, la raíz de todas las desesperaciones. Scanlon sonrió ante esta idea... bastante cierta.

Naturalmente, existían hermosas perspectivas en depósito si algún día lograba cruzar el vacío que había encontrado entre la teoría y la práctica. El mundo entero

sería suyo... Marte también, e incluso los planetas no visitados. Todo suyo.

Todo lo que tenía que hacer era averiguar dónde residía la equivocación en los cálculos... No, ya lo había comprobado; era en el equipo. Aunque... Gimió en voz alta de nuevo.

El sombrío curso de sus pensamientos fue interrumpido al darse cuenta súbitamente de que, no lejos de allí, había un tumulto de gritos juveniles. Scanlon frunció el ceño. Odiaba el ruido, y de modo especial cuando estaba deprimido.

Los gritos aumentaron de intensidad y se disolvieron en fragmentos de palabras: «¡Cógele, Johnny!» «¡Atiza..., mira cómo corre!»

Una docena de muchachos salieron disparados detrás de un gran edificio de madera, a menos de doscientos metros de distancia, y corrieron desordenadamente en dirección a Scanlon.

A pesar suyo, Scanlon observó al ruidoso grupo con curiosidad. Perseguían a algo o a alguien, con la cruel alegría de la infancia. En la oscuridad no distinguió exactamente de qué se trataba. Se protegió los ojos y los entrecerró. Con un movimiento repentino, una figura solitaria se separó de la multitud y corrió frenéticamente.

Scanlon casi dejó caer su reconfortante pipa a causa del asombro, pues el fugitivo era un híbrido, un mestizo de terrícola y marciano. Aquel penacho de cabello fuerte y blanco que se levantaba con rigidez en todas direcciones como púas de puerco espín no dejaba lugar a dudas. Scanlon se maravilló... ¿Qué hacía una de aquellas cosas fuera de un asilo?

Los muchachos habían vuelto a atrapar al híbrido, y el fugitivo se perdió de vista. Los chillidos aumentaron de volumen y Scanlon, sobresaltado, vio cómo se levantaba una tabla y caía con un golpe sordo. Le acometió un profundo sentido de la enormidad de sus propias acciones al permanecer allí ociosamente, mientras una criatura indefensa era acosada por una pandilla de muchachos, y antes de que se diera cuenta de ello, estaba sobre ellos, blandiendo amenazadoramente los puños.

—¡Largaos, salvajes! Alejaos de aquí antes de que... —la punta de su zapato entró en violento contacto con el trasero del rufián más cercano, y sus brazos hicieron desplomar a otros dos.

La llegada de la nueva fuerza cambió considerablemente la situación. Los muchachos, a pesar de su superioridad numérica, tienen un miedo instintivo a los adultos..., sobre todo a un adulto tan cruel y feroz como parecía ser Scanlon. En menos tiempo del que éste necesitó para darse cuenta, desaparecieron, dejándolo solo con el híbrido, que yacía boca abajo, y que entre jadeantes sollozos lanzaba temerosas e inciertas miradas hacia su salvador.

—¿Te han hecho daño? —preguntó ásperamente Scanlon.

—No, señor —El híbrido se levantó tambaleándose, con la cresta de cabello

plateado oscilando con incongruencia—. Me he torcido un poco el tobillo, pero puedo andar. Me voy. Muchas gracias por ayudarme.

—¡No te vayas! ¡Espera! —La voz de Scanlon se dulcificó, pues se dio cuenta de que el híbrido, aunque desarrollado casi por completo, estaba increíblemente delgado; su traje era una masa de sucios jirones y había una mirada de completo cansancio en su rostro enjuto, que ablandaba el corazón—. Ven —dijo, cuando el híbrido se volvió de nuevo hacia él—. ¿Tienes hambre?

El rostro del híbrido se contrajo como si estuviera dirimiendo una batalla en su interior. Cuando habló, lo hizo en voz baja y avergonzada.

—Sí... un poco.

—Ya me lo parecía. Ven conmigo a mi casa. —Dejó caer el pulgar sobre su hombro—. Tienes que comer. Me parece que tampoco te iría mal un baño y un cambio de traje —Se volvió y abrió la marcha.

Permaneció en silencio hasta que hubo abierto la puerta principal de su casa y entrado en el vestíbulo.

—Creo que será mejor que primero tomes un baño, muchacho. Allí está el cuarto de baño. Date prisa en entrar y cierra la puerta antes de que Beulah te vea.

Su advertencia llegó demasiado tarde. Una súbita exclamación de sorpresa hizo que Scanlon girara en redorado, con expresión de culpabilidad, y que el híbrido retrocediera para esconderse detrás de un perchero. Beulah, el ama de llaves de Scanlon, corrió hacia ellos, con su dulce rostro encendido de indignación y el rollizo cuerpo rezumando exasperación por todos sus poros.

—¡Jefferson Scanlon! ¡Jefferson! —Contempló al híbrido con evidente desagrado—. ¡Cómo puedes traer una cosa así a esta casa! ¿Has perdido el sentido de la moral?

El pobre híbrido se asustó ante el repentino acceso de cólera, pero Scanlon, tras su momentáneo pánico inicial, se recobró.

—Vamos, vamos, Beulah. Esto no es propio de ti. Aquí tenemos a una pobre criatura, muerta de hambre, cansada, golpeada por un grupo de muchachos, y no tienes compasión de ella. La verdad es que me has decepcionado, Beulah.

—¡Decepcionado! —jadeó el ama de llaves, tocada en su punto flaco—. A causa de esa cosa vergonzosa. ¡Tendría que estar en una de esas instituciones donde tienen a los monstruos como él!

—Muy bien, ya hablaremos de ello luego. Vamos, muchacho, ve a bañarte. Y, Beulah, mira a ver si encuentras alguno de mis trajes viejos.

Con una última mirada de desaprobación, Beulah salió airadamente de la estancia.

—No le hagas caso, muchacho —dijo Scanlon cuando se hubo marchado—. Fue mi niñera y todavía tiene hacia mí una especie de interés de propietario. No te hará daño. Ve a bañarte.

El híbrido era una persona muy distinta cuando finalmente se sentó a la mesa del comedor. Ahora que la capa de suciedad había desaparecido, su delgado rostro mostraba una cierta belleza y la frente grande y clara le confería un aspecto marcadamente intelectual. Continuaba teniendo el cabello levantado, a una altura de treinta centímetros, a pesar de toda el agua que había recibido. A la luz, su brillante blancura adquiría una imponente dignidad, y a Scanlon le pareció que había perdido toda su fealdad.

—¿Te gusta el pollo frío? —preguntó Scanlon.

—¡Oh, sí! —respondió entusiasmado.

—Entonces empieza a comer. Y cuando lo acabes, puedes tomar más. Coge de todo lo que hay en la mesa.

Los ojos del híbrido centellearon al tiempo que sus mandíbulas se ponían en movimiento; y, entre los dos vaciaron la mesa a los pocos minutos.

—Muy bien —exclamó Scanlon cuando terminaron de comer—, creo que ahora podrías responderme a unas cuantas preguntas. ¿Cómo te llamas?

—Me llamaban Max.

—¡Ah! ¿Y tu apellido?

El híbrido se encogió de hombros.

—Nunca me dieron otro nombre más que Max... cuando me hablaban para algo. Creo que un mestizo no necesita apellido.

No había error posible en cuanto a la amargura de su voz.

—Pero ¿qué hacías corriendo como un loco por las calles? ¿Por qué no estás donde vives habitualmente?

—Estaba en casa. Cualquier cosa es mejor que estar en una casa... incluso el mundo de fuera, que no he visto nunca. Sobre todo desde que Tom murió.

—¿Quién era Tom, Max? —inquirió dulcemente Scanlon.

—Era el único que había igual que yo. Era más joven, quince años, pero murió —Levantó la vista de la mesa, con la ira reflejada en sus ojos—. Ellos le mataron, señor Scanlon. ¡Era tan joven y tan amigable! No podía resistir la soledad como yo. Necesitaba amigos y diversión, y... no tenía a nadie más que a mí. Y cuando murió yo tampoco pude resistirlo más. Me fui.

—Ellos querían ser amables, Max. No tendrías que haber hecho eso. Vosotros no sois como las demás personas; no os comprenden. Y deben de haber hecho algo por vosotros. Tú hablas como si fueras una persona instruida.

—Podía asistir a las clases, es verdad —asintió él, sombríamente—. Pero tenía que sentarme en un rincón, lejos de los demás. Aunque me dejaban leer todo lo que quería y eso es algo que les agradezco.

—Bueno, Max. No te trataban tan mal, ¿verdad?

Max levantó la cabeza y miró fijamente al otro con desconfianza.

—No me hará volver, ¿verdad? —y se incorporó, como si estuviera dispuesto a echar a correr.

Scanlon tosió con desasosiego.

—Desde luego, si tú no quieres volver, yo no te obligaré. Pero sería lo mejor para ti.

—No lo sería —gritó Max con vehemencia.

—Bueno, ésta es tu opinión. De cualquier modo, creo que ahora es preferible que te vayas a dormir. Lo necesitas. Ya hablaremos por la mañana.

Condujo al todavía desconfiado híbrido a la segunda planta, y señaló un reducido dormitorio.

—Será el tuyo durante esta noche. Yo estaré en la habitación contigua más tarde, y si necesitas algo no tienes más que gritar —Se volvió para marcharse, y entonces se le ocurrió una idea—. Pero recuerda, no debes tratar de escaparte durante la noche.

—Palabra de honor. No lo haré.

Scanlon se retiró pensativamente a la habitación que le servía de estudio. Encendió una lámpara de luz mortecina y se sentó en un gastado sillón. Estuvo diez minutos sin moverse, y por primera vez en seis años pensó en algo distinto a su sueño de energía atómica.

Se oyó un discreto golpe en la puerta, y tras su gruñido de asentimiento entró Beulah. Tenía el ceño fruncido y se mordía los labios. Se plantó firmemente delante de él.

—¡Oh, Jefferson! ¡Pensar que ibas a hacer una cosa así! Si tu pobre madre supiera...

—Siéntate, Beulah —Scanlon señaló otro sillón—, y no te preocupes de mi madre. No le hubiera importado.

—No. Tu padre también era un bobo de buen corazón. Tú eres como él, Jefferson. Primero gastas todo tu dinero en estúpidas máquinas que cualquier día harán estallar la casa... y ahora recoges a esa horrible criatura de la calle... Dime, Jefferson —hubo una pausa solemne y temerosa—, ¿piensas quedártelo?

Scanlon sonrió malhumoradamente.

—Creo que sí, Beulah. No puedo hacer otra cosa.

Una semana más tarde, Scanlon se encontraba en su laboratorio. Durante la última noche, su cerebro, descansado por el cambio en la monotonía aportado por la presencia de Max, había pensado en una posible solución al misterio del fallo de su máquina. Quizá algunas piezas estuvieran defectuosas. La más pequeña imperfección en cualquiera de ellas podía ser la causa de su ineficacia.

Se concentró en el trabajo con entusiasmo. Al cabo de media hora la máquina

estaba desmontada sobre su mesa de trabajo, y Scanlon la miraba con desconsuelo desde el alto taburete donde se hallaba sentado.

Apenas oyó cómo se abría y cerraba la puerta con suavidad. Hasta que el intruso hubo tosido dos veces, el absorto inventor no se dio cuenta de su presencia.

—Oh... eres tú, Max —su abstraída mirada le reconoció—. ¿Querías verme?

—Si está ocupado, puedo esperar, señor Scanlon. —Aquella semana no había eliminado su timidez—. Pero había muchos libros en mi habitación.

—¿Libros? Oh, haré que los saquen, si no los quieres. Supongo que no te interesarán... Son libros de texto en su mayoría, si no recuerdo mal. Quizá demasiado adelantados para ti.

—Oh, no son muy difíciles —le aseguró Max. Señaló un libro que llevaba—. Sólo quería que me explicara una cosa de la mecánica cuántica. Hay unas operaciones del cálculo integral que no acabo de entender. Me preocupa. Aquí... espere a que lo encuentre.

Pasó rápidamente algunas páginas, pero se detuvo de repente al fijarse en lo que le rodeaba.

—Oh, dígame... ¿está desmontando su invento?

La pregunta recordó de nuevo a Scanlon todas sus dificultades. Sonrió con amargura.

—No, aún no. Pensé que podía haber alguna equivocación en el aislamiento o las conexiones que le impidiera funcionar. No la hay... he cometido un error en alguna parte.

—¡Qué lástima, señor Scanlon! —La suave frente del híbrido se frunció tristemente.

—Lo peor de todo es que no se me ocurre qué es lo que está mal. Estoy seguro de que la teoría es perfecta... lo he comprobado de todas las formas posibles. He repasado los cálculos matemáticos una y otra vez, y siempre da el mismo resultado. Unos campos con una distorsión espacial de tanta intensidad, reducirían el átomo a añicos. Pero no ocurre así.

—¿Puedo ver las ecuaciones?

Scanlon miró irónicamente a su pupilo, pero no vio en su rostro más que el más profundo interés. Se encogió de hombros.

—Están allí... debajo de aquel montón de hojas amarillas que hay sobre la mesa. Pero no sé si podrás leerlas. No he tenido ganas de mecanografiarlas, y mi escritura es muy mala.

Max las estudió cuidadosamente y volvió las páginas una a una.

—Me parece que son demasiado complicadas para mí.

El inventor esbozó una sonrisa.

—Ya me lo parecía, Max.

Scanlon paseó una mirada por la iluminada estancia, y le acometió un súbito acceso de ira. ¿Por qué no funcionaba aquello? Se levantó violentamente y descolgó el abrigo.

—Voy a salir, Max —dijo—. Di a Beulah que no me haga nada caliente para comer. Estaría frío antes de que yo hubiera vuelto.

Era por la tarde cuando abrió la puerta principal, y el hambre que sentía no era lo bastante aguda cómo para impedir que se diera cuenta, con un sobresalto de asombro, de que había alguien trabajando en su laboratorio. Llegó a sus oídos un penetrante zumbido seguido por un momentáneo silencio y después otra vez el zumbido, que ahora se convirtió en un crujido que duró un instante y desapareció.

Atravesó el vestíbulo en dos zancadas y abrió de par en par la puerta del laboratorio. La imagen que vieron sus ojos le sumió en una actitud del más puro asombro... de la más aturdida incompreensión.

Lentamente, entendió el mensaje de sus sentidos. Su precioso motor atómico había vuelto a ser montado, pero esta vez de forma tan extraña que era absurdo, pues ni siquiera sus diestros ojos veían una relación razonable entre las diversas partes. Se preguntó estúpidamente si era una pesadilla o una broma, y entonces todo se le aclaró de pronto, pues en el otro extremo de la habitación estaba la inconfundible imagen de una mata de cabello plateado que sobresalía de un banco, oscilando lentamente de un lado a otro, a medida que su oculto propietario se movía.

—¡Max! —gritó el aturdido inventor, dominado por la telera. Evidentemente, el inconsciente muchacho había permitido que su interés le indujera a realizar inútiles y peligrosos experimentos.

Al oírlo, Max levantó un rostro pálido que, a la vista de su tutor, se volvió rojo oscuro. Se acercó a Scanlon con pasos reacios.

—¿Qué has hecho? —gritó Scanlon, contemplándole con furia—. ¿Sabes con lo que has estado jugando? Hay bastante potencial en este aparato como para electrocutarte en un segundo.

—Lo siento, señor Scanlon. Tuve una idea bastante tonta cuando miré las ecuaciones, pero no me atreví a decir nada porque usted sabe mucho más que yo. Cuando se fue, no pude resistir la tentación de intentarlo, aunque no pretendía llegar hasta tan lejos. Creí que volvería a tenerlo desmontado cuando usted regresara.

Hubo un silencio que duró largo rato. Cuando Scanlon habló de nuevo, su voz era curiosamente dulce:

—Bueno, ¿qué has hecho?

—¿No se enfadará?

—Es un poco tarde para eso. De cualquier modo, no podías haberlo hecho mucho peor.

—Pues, en sus ecuaciones, me he fijado —extrajo una hoja y después otra y señaló— que siempre que aparece la expresión representante de los campos de distorsión espacial, se refiere a una función de  $x^2 + y^2 + z^2$ . Ya que los campos, por lo que he podido ver, siempre aparecían como constantes, eso le proporcionaría la ecuación de una esfera.

Scanlon asintió.

—Ya me había fijado en eso, pero no tiene nada que ver con el problema.

—Bueno, yo pensé que eso podía indicar el arreglo necesario de los campos individuales, así que he desconectado los distorsionadores y los he vuelto a fijar en una esfera.

El inventor estaba con la boca abierta.

La misteriosa disposición de su invento ya le parecía clara... y lo que es más, eminentemente sensata.

—¿Funciona? —preguntó.

—No estoy completamente seguro. Las piezas no han sido hechas para esta disposición, así que esto sólo es un burdo arreglo. Además, hay el error de la constante...

—Pero ¿funciona? ¡Cierra el interruptor, maldita sea! —Scanlon volvía a ser fuego e impaciencia.

—Muy bien, retroceda. Disminuiré la energía a un décimo de la normal para que no tengamos más potencia de salida de la que podemos soportar.

Cerró el interruptor con lentitud, y en el momento del contacto, una brillante bola de fuego blancoazulada surgió de las profundidades de la cámara central de cuarzo. Scanlon entornó automáticamente los ojos, y consultó el indicador de la potencia. La aguja subía continuamente y no se detuvo hasta llegar al límite superior.

La llama seguía ardiendo, aparentemente sin desprender calor, aunque junto a su luz, de intensidad más brillante que un destello de magnesio, las luces eléctricas se convirtieron en un mortecino resplandor amarillento.

Max volvió a abrir el interruptor y la bola de fuego enrojeció y se apagó, sumiendo la estancia en una luz comparativamente oscura y roja. El indicador de potencia volvió a descender a cero y Scanlon sintió que le fallaban las rodillas al dejarse caer en una silla.

Contempló fijamente al confundido híbrido y en su mirada había respeto y admiración, y también algo más, pues reflejaba temor. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que el híbrido no era de la Tierra ni de Marte, sino de una raza aparte. Entonces se fijó en la diferencia, pero no en los casi imperceptibles cambios físicos, sino en el profundo abismo mental que sólo ahora comprendía.

—¡Energía atómica! —exclamó roncamente—. Y resuelta por un muchacho que aún no tiene veinte años.



La confusión de Max era penosa.

—Usted ha hecho todo el trabajo, señor Scanlon, durante años y años. Yo sólo me he fijado en un pequeño detalle que usted mismo podría haber visto cualquier día — Su voz se desvaneció ante la mirada fija y resuelta del inventor.

—Energía atómica... el mayor descubrimiento del hombre hasta nuestros días, y la tenemos nosotros dos.

Ambos —tutor y pupilo— parecían atemorizados ante la grandeza y poder de lo que habían creado.

Y en aquel momento... la era de la electricidad terminó.

Jefferson Scanlon chupó su pipa con satisfacción. Fuera, caía la nieve y el frío del invierno llenaba el aire, pero en el interior de la casa, envuelto en un calor confortable, Scanlon fumaba y sonreía para sí. Enfrente, Beulah, con la misma felicidad tranquila, tarareaba en voz baja al tiempo que chasqueaba las agujas de tejer, deteniéndose sólo ocasionalmente cuando sus dedos tropezaban con una porción de dibujo insólitamente complicada. Max estaba sentado en el rincón próximo a la ventana, ocupado en su habitual pasatiempo de la lectura, y Scanlon reflexionaba con vaga sorpresa que, últimamente, Max había limitado sus lecturas a novelas intrascendentes.

Habían ocurrido muchas cosas desde aquel día de grata memoria de hacía un año. En primer lugar, Scanlon era ahora famoso en todo el mundo y un científico adorado por todos, y hubiera sido muy raro que no fuera lo bastante humano como para sentirse orgulloso de ello. En segundo lugar, e igualmente importante, la energía atómica estaba transformando el mundo.

Scanlon daba gracias, una y otra vez, de que la guerra fuera algo que había terminado hacía dos siglos, pues, de lo contrario, la energía atómica hubiera significado la ruina final de la civilización. De hecho, la coalición de energía mundial que ahora controlaba la gran fuerza de la energía atómica se reveló como una verdadera bendición y la introducía en la vida del hombre en las etapas lentas y graduales necesarias para prevenir un cataclismo económico.

Los viajes interplanetarios ya habían sido revolucionados. De peligrosos riesgos, los viajes a Marte y Venus se habían convertido en paseos de vacaciones que se llevaban a cabo en un tercio del tiempo precedente, y los viajes a los planetas exteriores por lo menos eran factibles.

Scanlon se recostó más en el sillón, y ponderó una vez más el único punto que estropeaba todo el maravilloso encanto del que estaba rodeado. Max había rehusado cualquier honor. Tempestuosa y violentamente, se negó incluso a que su nombre fuera mencionado. La injusticia que ello suponía irritaba a Scanlon, pero aparte de una vaga mención a «inteligentes ayudantes» no había dicho nada; y pensarlo todavía

le hacía sentirse como un sinvergüenza.

Un ruido penetrante y explosivo le despertó de su ensoñación y dirigió hacia Max una mirada sorprendida, viendo que éste había cerrado súbitamente el libro con un golpe de mal humor.

—Pero —exclamó Scanlon— ¿qué sucede ahora?

Max lanzó el libro hacia un lado y se levantó, con el labio inferior fruncido.

—Estoy solo, eso es todo.

Scanlon bajó la cabeza, y se concentró en una incómoda búsqueda de palabras.

—Te comprendo, Max —dijo dulcemente, al cabo de un rato—. Lo siento por ti, pero las condiciones... son tan...

Max se aplacó, y animándose, colocó cariñosamente un brazo sobre el hombro de su padre adoptivo.

—Ya sabes que no me refería a eso. Es que... bueno, no sé cómo decirlo, pero es que... llegas a desear tener a alguien de tu edad con quien hablar... alguien de tu misma clase.

Beulah levantó la vista y fijó una penetrante mirada en el joven híbrido, pero no dijo nada. Scanlon reflexionó.

—Tienes razón, hijo, en cierto modo. Un amigo y compañero es lo mejor que puede tener un muchacho, y temo que Beulah y yo no sirvamos en este aspecto. Alguien de tu clase, como tú dices, sería la solución ideal, pero es difícil —Se rascó la nariz con un dedo y miró pensativamente al techo.

Max abrió la boca como si quisiera decir algo más, pero cambió de opinión y se ruborizó sin ninguna razón evidente. Entonces murmuró, no lo bastante alto como para que Scanlon le oyera:

—¡Me he portado como un tonto!

Dando bruscamente media vuelta salió de la habitación, propinando un fuerte portazo al marcharse. Scanlon le contempló con manifiesta sorpresa.

—¡Vamos! ¡Qué manera tan rara de actuar! Pero ¿qué le ha dado últimamente?

Beulah detuvo las agujas, que se movían ágilmente, el tiempo suficiente para decir:

—Los hombres habéis nacido ciegos, y tontos, por si fuera poco.

—¿De verdad? —fue la irritada respuesta—. ¿Y sabes lo que le pasa?

—Claro que lo sé. Es tan evidente como horrible la corbata que llevas. Ya hace meses que me he dado cuenta. ¡Pobre muchacho!

Scanlon movió la cabeza.

—Hablas en clave, Beulah.

El ama de llaves dejó su labor a un lado y miró al inventor con paciencia.

—Es muy sencillo. El muchacho tiene veinte años. Necesita compañía.

—Pero eso es justo lo que él ha dicho. ¿Es ésta tu maravillosa penetración?

—Dios mío, Jefferson. ¿Tanto tiempo ha transcurrido desde que tú mismo tuviste veinte años? ¿Sinceramente quieres decir que crees que se refiere a una compañía masculina?

—Oh —dijo Scanlon, y entonces se le iluminó súbitamente el rostro—. ¡Oh! —Se rió de manera tonta.

—Bueno, ¿qué piensas hacer para remediarlo?

—Pues... pues, nada. ¿Qué se puede hacer?

—Esa sí que es una bonita manera de hablar de tu pupilo, siendo lo bastante rico como para comprar quinientos orfanatos desde los cimientos hasta el tejado y no darte ni cuenta del gasto. Sería lo más fácil del mundo encontrar a una atractiva señorita híbrida que le hiciera compañía.

Scanlon la miró fijamente, con una expresión de intenso horror en la cara.

—¿Hablas en serio, Beulah? ¿Tratas de sugerirme que vaya a escoger a un híbrido hembra para Max? Pero... pero si yo no sé nada de mujeres..., especialmente de mujeres híbridas. No conozco sus patrones. Estoy expuesto a elegir a una que él considere una bruja horrible.

—No inventes objeciones tontas, Jefferson. Aparte del cabello, tienen el mismo aspecto que nosotros, y estoy segura de que sabrás escoger a una guapa. Nunca ha existido un soltero lo bastante viejo y huraño como para no poder hacer eso.

—¡No! No lo haré. De todas las ideas horribles...

—¡Jefferson! Eres su tutor. Se lo debes a Max.

Estas palabras impresionaron fuertemente al inventor.

—Se lo debo a Max —repitió—. En eso tienes razón, más razón de la que crees —suspiró—. Supongo que debo hacerlo.

Scanlon cambiaba desasosegadamente el peso de su cuerpo de un pie al otro, bajo la penetrante mirada de una oficial de rostro avinagrado cuya tarjeta proclamaba en grandes letras: Señorita Martin, superintendente.

—Siéntese, señor —dijo agriamente—. ¿Qué desea?

Scanlon se aclaró la garganta. Había perdido la cuenta de los asilos visitados hasta el momento y la tarea se le hacía cada vez más pesada. Hizo la promesa solemne de que éste sería el último... O tenían un híbrido del sexo apropiado, la edad y el aspecto que buscaba, o abandonaría todo el proyecto.

—He venido a ver —empezó, en un discurso cuidadosamente preparado, aunque balbuceante— si tienen algún híbri..., algún mestizo marciano en este asilo. Es...

—Tenemos tres —interrumpió vivamente la superintendente.

—¿Alguna hembra? —preguntó Scanlon con ansiedad.

—Todas hembras —replicó ella, y sus ojos brillaron con desaprobadora sospecha.

—Oh, estupendo. ¿Le importa que las vea? Es...

La fría mirada de la señorita Martin no vaciló.

—Perdóneme, pero antes de ir más lejos, quisiera saber si piensa adoptar a un mestizo.

—Me gustaría conseguir los documentos de tutela si se me autoriza a hacerlo. ¿Es algo tan insólito?

—Desde luego que sí —fue la rápida contestación—. Comprenderá usted que en un caso así, primero debemos realizar una concienzuda investigación del estado de la familia, tanto financiera como social. El Gobierno opina que estas criaturas están mejor cuidadas bajo la supervisión del estado, y adoptarlas es bastante difícil.

—Lo sé, señorita, lo sé. Hace unos quince meses he pasado por una experiencia práctica sobre esta cuestión. Creo que puedo satisfacerla en cuanto a mi condición financiera y social sin demasiadas dificultades. Me llamo Jefferson Scanlon...

—¡Jefferson Scanlon! —su exclamación fue casi un chillido. En un abrir y cerrar de ojos, su rostro se iluminó con una sonrisa servil—. Desde luego, tendría que haberle reconocido por todos los retratos suyos que he visto. ¡Qué tonta he sido! Le ruego que no se moleste en darme más referencias. Estoy segura de que en su caso —dijo esto con una entonación particularmente amable— no es necesario ningún expediente.

Hizo sonar furiosamente una campanilla.

—Traiga a Madeline y las otras dos pequeñas lo más rápidamente que pueda —ordenó a la asustada criada que apareció—. Que estén limpias y adviértales que se porten lo mejor posible.

Después, se volvió hacia el visitante.

—No tardarán mucho, señor Scanlon. Es un gran honor tenerle aquí con nosotros, y me avergüenzo del desagradable trato que le he dado antes. Al principio no le había reconocido, aunque comprendí inmediatamente que era alguien importante.

Si Scanlon se había enfadado por el severo desdén inicial de la superintendente, ahora estaba completamente desconcertado por su efusiva amabilidad. Se enjugó una y otra vez la frente, que le transpiraba con profusión, y respondió con incoherentes monosílabos a las vivaces preguntas que le formulaban. Justo cuando había llegado a la decisión de volver sobre sus talones y escapar volando de aquel dragón hecho mujer, la criada anunció a las tres híbridas y salvó la situación.

Scanlon inspeccionó a las tres mestizas con interés y súbita satisfacción. Dos no eran más que niñas, de unos diez años de edad, pero la tercera, que debía tener unos dieciocho, era elegible desde todos los puntos de vista.

Su esbelta figura era ágil y graciosa incluso en la discreta actitud que había asumido, y Scanlon, «solterón acérrimo y apergaminado» como se consideraba, no pudo reprimir un ligero asentimiento de aprobación.

Su cara era ciertamente lo que Beulah llamaría «atractiva», y sus ojos, ahora

dirigidos hacia el suelo en tímida confusión, eran de un color azul oscuro que gustó mucho a Scanlon. Incluso su extraño cabello era bonito. Sólo era moderadamente alto, mucho más bajo que la espléndida cresta masculina de Max, y su sedoso brillo blanco atraía los rayos del sol y los despedía en relucientes fulgores.

Las dos pequeñas agarraban con firmeza la falda de su compañera de más edad y miraban a los dos adultos con el miedo reflejado en sus ojos, que aumentó a medida que el tiempo transcurría.

—Me parece, señorita Martin, que la muchacha servirá —observó Scanlon—. Es exactamente lo que quería. ¿Puede decirme cuánto tardarán en estar preparados los documentos de tutela?

—Estarán mañana, señor Scanlon. En un caso tan poco corriente como el suyo, puedo hacer fácilmente unos arreglos especiales.

—Gracias. Entonces volveré... —fue interrumpido por un fuerte sollozo. Una de las pequeñas híbridas, sin poder resistir más, había empezado a llorar, seguida pronto por la otra.

—Madeline —gritó la señorita Martín a la mayor de las tres muchachas—. Haz el favor de hacer que Rose y Blanche se callen. Esto es una exhibición abominable.

Scanlon intervino. Le pareció que Madeline estaba muy pálida y, aunque sonreía y calmaba a las pequeñas, estaba seguro de que tenía lágrimas en los ojos.

—Es posible —sugirió— que la señorita no desee abandonar la institución. Naturalmente, no tengo intención de llevármela más que sobre una base puramente voluntaria.

La señorita Martin sonrió con desdén.

—No causará ningún problema —Se dirigió a la joven—. Has oído hablar del gran Jefferson Scanlon, ¿verdad?

—Sí, señorita Martin —contestó la chica, en voz baja.

—Déjeme arreglar esto, señorita Martin —apremió Scanlon—. Dime, ¿prefieres realmente quedarte aquí?

—Oh, no —replicó ella con viveza—, me gustaría mucho irme, aunque —con una mirada de aprensión a la señorita Martin, continuó— me han tratado muy bien aquí. Pero verá..., ¿qué será de las dos pequeñas? Yo soy todo lo que tienen, y si yo me voy, ellas... ellas...

Perdió toda su resistencia y las abrazó con un súbito y firme apretón.

—¡No quiero dejarlas, señor! —Las besó dulcemente—. No lloréis, niñas. No os abandonaré. No me llevarán.

Scanlon tragó saliva con dificultad y buscó un pañuelo para sonarse. La señorita Martin contemplaba la escena con desaprobadora altivez.

—No haga caso a esta tonta, señor Scanlon —dijo—. Creo que lo tendré todo dispuesto mañana al mediodía.

—Prepare documentos de tutela para las tres —fue el gruñido que recibió como respuesta.

—¿Qué? ¿Las tres? ¿Habla en serio?

—Desde luego. Puedo hacerlo, si lo deseo, ¿verdad? —gritó.

—Bueno, naturalmente, pero...

Scanlon se marchó enseguida, dejando petrificadas a Madeline y a la señorita Martin, esta última completamente estupefacta, la primera con un súbito acceso de felicidad. Incluso las niñas de diez años percibieron el cambio de situación y cesaron en sus sollozos.

La sorpresa de Beulah cuando los recibió en el aeropuerto y vio a tres híbridas cuando sólo esperaba una, no puede describirse. Pero, en conjunto, la sorpresa fue agradable, pues las pequeñas Rose y Blanche conquistaron inmediatamente a la anciana ama de llaves. Su primer saludo consistió en estampar unos grandes y húmedos besos en las arrugadas mejillas de Beulah, a los que ésta correspondió con alegría y nuevos besos.

Con Madeline estuvo encantada y susurró a Scanlon que sabía bastante más de aquellos asuntos de lo que él pretendía.

—Si tuviera un cabello decente —murmuró Scanlon al responderle—, me casaría yo mismo con ella. Eso es lo que haría —y sonrió muy satisfecho de sí mismo.

La llegada a casa a media tarde ocasionó una gran satisfacción a los dos mayores. Scanlon convenció a Max para que le acompañara a dar un largo paseo por el bosque, y cuando el confiado Max se fue, sorprendido pero encantado, Beulah se afanó en instalar cómodamente a las tres recién llegadas.

Visitaron la casa de arriba abajo y vieron las habitaciones que les habían sido asignadas. Beulah charlaba sin cesar, bromeando y riendo, hasta que las híbridas perdieron toda su timidez y se sintieron como si la hubiesen conocido toda la vida.

Después, ya que la tarde invernal era corta, se volvió hacia Madeline bruscamente y dijo:

—Se hace tarde. ¿Quieres acompañarme abajo y ayudarme a preparar la cena para los hombres?

Madeline fue cogida por sorpresa.

—¿Los hombres? ¿Así que hay alguien además del señor Scanlon?

—Oh, sí. Está Max. Todavía no le has visto.

—¿Es Max un pariente suyo?

—No, pequeña. Es otro de los pupilos del señor Scanlon.

—Oh, comprendo —Se ruborizó, llevándose involuntariamente una mano al cabello.

Beulah adivinó enseguida los pensamientos que pasaban por su cabeza y añadió

en voz más baja:

—No te preocupes, querida. No le importará que seas híbrida. Estará muy contento de verte.

Sin embargo, «contento» se reveló como un adjetivo completamente inadecuado para aplicarlo a la emoción de Max al ver por primera vez a Madeline.

Entró en la casa antes que Scanlon, quitándose el abrigo y pisoteando con fuerza al mismo tiempo para sacarse la nieve de los zapatos.

—Oh, chico —gritó al inventor que, medio helado, llegaba detrás de él—, no sé por qué tenías tantas ganas de dar un paseo en un día tan frío como hoy —Olfateó el aire apreciativamente—. ¡Ah, me parece que huelo a chuletas de cordero! —y se dirigió hacia el comedor a toda prisa.

Estaba en el umbral cuando se detuvo súbitamente, y jadeó como si se hallara a punto de ahogarse. Scanlon pasó junto a él y se sentó.

—Vamos —dijo, disfrutando al ver su rostro rojo como la grana—, siéntate. Hoy tenemos compañía. Esta es Madeline, ésta es Rose y ésta, Blanche. Y él —se dirigió a las chicas, ya sentadas, y reparó con satisfacción en que la ruborizada Madeline había fijado una mirada llena de confusión en el plato que tenía delante— es mi pupilo, Max.

—¿Qué tal? —murmuró Max, con los ojos como platos—. Me alegro de conoceros.

Rose y Blanche prorrumpieron en alegres saludos como respuesta, pero Madeline sólo levantó fugazmente los ojos y volvió a bajarlos.

La comida fue singularmente tranquila. Max, a pesar de que había pasado toda la tarde quejándose de estar hambriento, dejó que sus chuletas y puré de patata se enfriaran frente a él, mientras Madeline jugaba con su comida como si no supiera para qué servía. Scanlon y Beulah comieron bien y en silencio, intercambiando furtivas miradas entre bocado y bocado.

Scanlon se escabulló después de la cena, pues pensó, muy acertadamente, que en estas cuestiones se necesitaba el toque lleno de delicadeza de una mujer, y cuando Beulah se reunió con él en el estudio varias horas después, comprendió con una sola mirada que había acertado.

—He roto el hielo —dijo ella alegremente—, ahora se están contando la historia de su vida y se llevan muy bien. Sin embargo, siguen asustados el uno del otro e insisten en sentarse en extremos opuestos de la habitación, pero esto pasará... y bastante pronto, por cierto.

—Hacen una pareja estupenda, ¿verdad, Beulah?

—La mejor que he visto. Y las pequeñas Rose y Blanche son unos ángeles. Acabo de meterlas en la cama.

Hubo un corto silencio, y después Beulah continuó en voz baja:

—Aquella fue la única ocasión en que tú tuviste razón y yo no, cuando trajiste a Max a casa y yo me opuse; pero aquella única vez vale por todo lo demás. Eres digno de tu querida madre, Jefferson.

Scanlon asintió con seriedad.

—Me gustaría poder hacer igualmente felices a todos los híbridos de la Tierra. ¡Sería algo tan sencillo! Si los tratáramos como humanos, en vez de como criminales, y les proporcionáramos hogares especialmente contruidos para ellos y calculados para su felicidad...

—Pues, ¿por qué, no lo haces tú? —interrumpió Beulah.

Scanlon miró con emoción a la vieja ama de llaves.

—Ahí es exactamente adonde quería ir a parar —Su voz se convirtió en un murmullo soñador—. Piensa en ello. Una ciudad de híbridos, dirigida por ellos y para ellos, con sus propios funcionarios gubernativos, sus propias escuelas, y sus propios servicios públicos. Un pequeño mundo dentro de un mundo donde los híbridos pudieran considerarse como seres humanos... en vez de monstruos cercados y mal mirados por enormes multitudes de pura sangre.

Cogió su pipa y la llenó lentamente.

—El mundo tiene una deuda con un híbrido que nunca podrá ser pagada... y yo también la tengo. Voy a hacerlo. Voy a crear Ciudad Híbrida.

Aquella noche no se acostó. Las estrellas giraron en sus amplios círculos y por fin palidieron. El alba se insinuó y afirmó, pero Scanlon siguió inmóvil... soñando y planeando.

A los ochenta años, Jefferson Scanlon se conservaba bien. Su paso había perdido agilidad, y los hombros, su firmeza; pero su robusta salud no le fallaba, y la mente, bajo su mata de cabello, ahora tan blanco como el de cualquier híbrido, seguía trabajando con el mismo vigor.

Una vida feliz no envejece, y desde hacía cuarenta años, Scanlon había visto crecer Ciudad Híbrida, y en la contemplación, había encontrado la felicidad. Ahora podía verla frente a sí, como un gran y hermoso cuadro, al mirar por la ventana. Una ciudad como una joya, con una población de poco más de mil habitantes, viviendo en quinientos kilómetros cuadrados de la fértil tierra de Ohio.

Casas pulcras y bien construidas, calles anchas y limpias, parques, teatros, colegios, almacenes... una ciudad modelo, reveladora de décadas de inteligente esfuerzo y cooperación.

La puerta se abrió a su espalda y reconoció los suaves pasos sin necesidad de volverse.

—¿Eres tú, Madeline?

—Sí, padre —pues ningún habitante de Ciudad Híbrida le conocía por otro



nombre—. Max regresa con el señor Johanson.

—Estupendo —Contempló a Madeline con ternura—. Hemos visto crecer a Ciudad Híbrida desde aquellas lejanas épocas, ¿verdad?

Madeline asintió y suspiró.

—No suspire, querida. Los años que le hemos dedicado han valido la pena. ¡Si Beulah hubiera vivido para verla ahora!

Movió la cabeza al pensar en la vieja ama de llaves, que había muerto hacía un cuarto de siglo.

—No pienses en cosas tan tristes —aconsejó Madeline por su parte—. Aquí llega el señor Johanson. Acuérdate de que es el cuadragésimo aniversario y un día feliz, no triste.

Charles H. Johanson era lo que se conoce como un hombre «musaraña». Es decir, era una persona inteligente, previsora, comparativamente bien versada en ciencias, pero que solía poner en práctica estas buenas cualidades sólo para mejorar sus propios intereses. Por consiguiente, llegó lejos en política y fue la primera persona designada para el recién creado Gabinete de Ciencia y Tecnología.

Su primer acto oficial era visitar al mayor científico e inventor del mundo, Jefferson Scanlon, que, a su avanzada edad, no tenía igual en los numerosos y útiles inventos que cada año presentaba al Gobierno. Ciudad Híbrida supuso una considerable sorpresa para él. En el mundo exterior se sabía bastante vagamente que la ciudad existía, y se consideraba como un hobby del anciano científico, una excentricidad inofensiva. Johanson encontró que era un proyecto muy bien realizado de siniestras implicaciones.

Sin embargo, cuando entró en la habitación de Scanlon en compañía de su antiguo guía, Max, su actitud fue de franca cordialidad y ocultó muy bien ciertos pensamientos que pasaban por su mente.

—Ah, Johanson —saludó Scanlon—, ha vuelto. ¿Qué opina de todo esto? —Dibujó una amplia curva con el brazo.

—Es sorprendente... algo maravilloso de ver —le aseguró Johanson.

Scanlon soltó una risita.

—Me alegro de oírlo. Actualmente tenemos una población de 1.154 habitantes, que aumenta cada día. Ya ha visto lo que hemos hecho hasta ahora, pero eso no es nada comparado con lo que haremos en el futuro... incluso después de mi muerte. Sin embargo, hay una cosa que deseo ver realizada antes de morir y para eso necesito su ayuda.

—¿De qué se trata? —Inquirió cautelosamente el secretario del Gabinete de Ciencia y Tecnología.

—Sólo esto. Que usted garantice medidas que proporcionen a estos híbridos, a estos mestizos despreciados desde hace demasiado tiempo, una completa igualdad,

política, legal, económica y social, con los terrícolas y los marcianos.

Johanson vaciló.

—Sería algo muy difícil. Existe una cierta cantidad de prejuicios, quizá comprensibles; contra ellos, y hasta que podamos convencer a la Tierra de que los híbridos se merecen la igualdad... —mover la cabeza dubitativamente.

—¡Se la merecen! —exclamó Scanlon con vehemencia—. Se merecen mucho más. Soy moderado en mis peticiones.

Al oír estas palabras, Max, sentado silenciosamente en un rincón, levantó la mirada y se mordió el labio, pero no dijo nada y Scanlon continuó:

—Ustedes no conocen el verdadero valor de estos híbridos. Reúnen lo mejor de la Tierra y lo mejor de Marte. Poseen el poder racional frío y analítico de los marcianos, junto con el instinto emocional y la inagotable energía de los terrícolas. En cuanto a su inteligencia se refiere, son superiores a usted y a mí, todos y cada uno de ellos. Yo sólo pido igualdad.

El secretario sonrió de forma conciliadora.

—Es posible que su celo le engañe, mi querido Scanlon.

—No me engaña. ¿Cómo cree que he inventado tantos aparatos de éxito... como el campo gravitacional que creé hace unos años? ¿Cree que hubiera podido hacerlo sin mis ayudantes híbridos? Fue Max, aquí presente —Max bajó los ojos ante la repentina mirada penetrante del miembro del gabinete—, el que dio el último toque a mi descubrimiento de la energía atómica.

Scanlon olvidó toda cautela, a medida que se iba excitando.

—Pregúnteselo al profesor Whitsun de Stanford y se lo dirá. Es una autoridad mundial en psicología y sabe lo que se dice. Estudió a los híbridos y le dirá que ellos son la raza futura del sistema solar, destinada a arrebatar nos la supremacía a los pura sangre con la misma seguridad que la noche sucede al día ¿No cree usted que se merecen igualdad en ese caso?

—Sí, sí que lo creo... definitivamente —replicó Johanson. Había un extraño brillo en sus ojos y una sonrisa torcida en sus labios—. Esto tiene gran importancia, Scanlon. Me ocuparé de ello inmediatamente. Tan inmediatamente, de hecho, que me parece preferible irme dentro de media hora, para alcanzar el estratocoché de las 2:10.

Apenas se había ido Johanson, cuando Max se aproximó a Scanlon y exclamó sin ningún preámbulo:

—Hay algo que quiero enseñarte, padre... algo que no has sabido hasta ahora.

Scanlon le contempló con sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Ven conmigo, por favor, padre. Te lo explicaré. —Su grave expresión era casi atemorizadora.

Madeline se unió a ellos en la puerta y, a un signo de Max, pareció hacerse cargo

de la situación. No dijo nada, pero sus ojos se volvieron tristes y las líneas de su frente parecieron hacerse más profundas.

En el más completo silencio, los tres entraron en el coche que les esperaba y atravesaron velozmente la ciudad en dirección a la Colina de los Bosques.

Cuando se encontraron sobre el lago Clare, descendieron de nuevo hasta el pie de la colina.

Un híbrido alto y corpulento se cuadró al ver aterrizar el automóvil, y se sobresaltó al ver a Scanlon.

—Buenas tardes, padre —murmuró respetuosamente, y dirigió una interrogadora mirada a Max al hacerlo.

—Buenas tardes, Emmanuel —contestó con distracción Scanlon. De pronto se fijó en una abertura sabiamente disimulada que conducía al interior de la colina.

Max le hizo señas de que le siguiera y entró en un pasadizo que, al cabo de cien metros, se abría en una caverna hecha por el hombre. Scanlon se detuvo con estupefacción, pues ante él se hallaban tres gigantescas naves espaciales, de un reluciente blanco-plateado y equipadas, tal como observó fácilmente, con los últimos adelantos de la energía atómica.

—Lamento, padre —dijo Max—, que todo esto se haya hecho sin estar tú enterado. Es el único caso en la historia de Ciudad Híbrida —Scanlon parecía oírle apenas; estaba completamente aturdido, y Max prosiguió—: La del centro es la nave capitana... la Jefferson Scanlon; la de la derecha es la Beulah Goodkin, y la de la izquierda, la Madeline.

Scanlon se recobró de su estupefacción.

—Pero ¿qué significa todo esto y por qué tanto secreto?

—Estas naves se encuentran preparadas desde hace cinco años, completamente provisionadas y llenas de combustible, listas para una partida inmediata. Esta noche, dejaremos la ladera de la colina y nos dirigiremos a Venus... No te lo habíamos dicho hasta ahora porque no queríamos perturbar tu paz de espíritu con una calamidad que consideramos inevitable desde hace tiempo. Pensamos que quizá —su voz se hizo casi inaudible— fuera posible posponer su realización hasta que tú ya no estuvieras con nosotros.

—Explícate —gritó de repente Scanlon—. Quiero saber todos los detalles. ¿Por qué os vais cuando estoy seguro de obtener una completa igualdad para vosotros?

—Exactamente —contestó Max con tristeza—. Tus palabras a Johanson han precipitado los acontecimientos. Mientras los terrícolas y los marcianos nos consideraban diferentes e inferiores, nos despreciaban y toleraban, tú has dicho a Johanson que éramos superiores y que pronto superaríamos a la humanidad. Ahora no tienen otra alternativa más que odiarnos. Ya no habrá más tolerancia; esto puedo asegurártelo. Nos vamos antes de que estalle la tormenta.

Los ojos del anciano se fueron agrandando a medida que la verdad de las afirmaciones de Max se le hacía evidente.

—Comprendo. He de ponerme en contacto con Johanson. Quizá podamos reparar esta horrible equivocación —Se dio una palmada en la frente.

—Oh, Max —intervino Madeline, llorando—, ¿por qué no vas al grano? Queremos que vengas con nosotros, padre. En Venus, que está tan escasamente poblado, encontraremos un lugar donde podamos vivir en paz durante un tiempo ilimitado. Estableceremos nuestra nación, libre y exenta de trabas, poderosa en nuestro propio derecho, y sin depender más de...

Su voz se desvaneció y miró ansiosamente el rostro de Scanlon, que ahora estaba demacrado y macilento.

—No —murmuró—, ¡no! Mi lugar está aquí, con los míos. Id, hijos míos, y estableced vuestra nación. Al final, vuestros descendientes regirán el sistema. Pero yo..., yo me quedaré aquí.

—Entonces yo también me quedaré —insistió Max—. Tú eres viejo y alguien ha de cuidarte. Te debo mi vida más de una docena de veces.

Scanlon movió la cabeza firmemente.

—No necesitaré a nadie. Dayton no está lejos. Ya me cuidarán bien allí o en cualquier otro sitio donde vaya. Tu raza te necesita, Max. Eres su líder. ¡Marchaos!

Scanlon vagaba sin rumbo por las calles desiertas de Ciudad Híbrida y trataba de dominarse. Era duro. Ayer, había celebrado el cuadragésimo aniversario de su fundación... estaba en la cima de su prosperidad. Hoy, era una ciudad abandonada.

Sin embargo, cosa extraña, se sentía lleno de júbilo. Su sueño había sido destrozado... pero sólo para dar paso a un sueño más brillante. Había recogido a unos niños abandonados y elevado a una raza en su juventud, y por ello algún día se le reconocería como el fundador de la superraza.

Su creación dominaría algún día el sistema. La energía atómica, los anuladores de la gravedad, todo le pareció insignificante. Esta era su verdadera aportación al universo.

Así, pensó, era como debían sentirse los dioses.

## La magnífica posesión (1940)

“The Magnificent Possession (Ammonium)”

Walter Sills estaba meditando, como hacía muy a menudo, que la vida era dura y triste. Paseó una mirada por su sórdido laboratorio químico y sonrió cínicamente... Trabajar en un sucio agujero como aquél, vivir de ocasionales análisis minerales cuya paga apenas llegaba para comprar el equipo absolutamente indispensable, mientras otros, que valían mucho menos que él, trabajaban para grandes empresas industriales y vivían con más comodidades...

Contempló el río Hudson a través de la ventana, bañado por la luz rojiza del sol poniente, y se preguntó con mal humor si los últimos experimentos que había realizado le proporcionarían finalmente la fama y el éxito que perseguía, o si no eran más que otra falsa alarma.

La puerta chirrió al ser abierta y el alegre rostro de Eugene Taylor hizo su aparición. Sills le hizo un gesto de bienvenida y el cuerpo de Taylor siguió a su cabeza y entró en el laboratorio.

—Hola, viejo amigo —fue el alegre y despreocupado saludo—. ¿Cómo van las cosas?

Sills meneó la cabeza ante la exuberancia del otro.

—Me gustaría poseer tu confianza en la vida, Gene. Para tu información, las cosas van mal. Necesito dinero, y cuanto más necesito, menos tengo.

—Bueno, yo tampoco tengo dinero\1\2 Pero ¿por qué preocuparse? Tienes cincuenta años, y las preocupaciones no te han aportado más que una buena calvicie. Yo tengo treinta, y quiero conservar mi bonito cabello castaño.

El químico sonrió.

—Aún conseguiré el dinero, Gene. Déjalo de mi cuenta.

—¿Acaso tus nuevas ideas están tomando forma?

—Casi no te he hablado de ellas, ¿verdad? Pues acércate y te mostraré los progresos que he realizado.

Taylor siguió a Sills hasta una mesa pequeña, en la que había un soporte lleno de tubos de ensayo, en uno de los cuales había unos diez milímetros de una brillante sustancia metálica.

—Mezcla de sodio y mercurio, o aleación de sodio, como se la denomina —explicó Sills señalándola.

Tomó una botella con la etiqueta «Cloruro de amonio Sol» y vertió un poco en el tubo. Inmediatamente, la aleación de sodio empezó a convertirse en una sustancia esponjosa y suelta.

—Esto —observó Sills— es aleación de amonio. El radical de amonio ( $\text{NH}_4$ ) actúa aquí como un metal y se une al mercurio.

Aguardó a que se consumara la transformación y entonces separó el líquido flotante.

—La aleación de amonio no es muy estable —informó a Taylor—, así que he de actuar deprisa.

Cogió un frasco lleno de un líquido de color paja y olor agradable y lo vertió en el tubo de ensayo. Al agitarlo, la suelta aleación de amonio se desvaneció y en su lugar apareció una pequeña bola de líquido metálico.

Taylor contemplaba el tubo de ensayo con la boca abierta.

—¿Qué ha pasado?

—Este, líquido es un complejo derivado de la hidrazina que yo he descubierto y denominado amonalina. Todavía no he trabajado en su fórmula, pero eso no tiene importancia. Lo esencial es que tiene la propiedad de disolver el amonio a partir de la aleación. Esas gotas del fondo son mercurio puro; el amonio está en solución.

Taylor continuó silencioso y Sills se entusiasmó.

—¿No ves las implicaciones? ¡Estoy a medio camino de aislar el amonio puro, algo que nunca se había logrado hasta ahora! Una vez hecho, significará la fama, el éxito, el premio Nobel, y quién sabe qué más.

—¡Caramba! —la mirada de Taylor se hizo más respetuosa—. Esa sustancia amarilla no me parecía tan importante —Trató de agarrarla, pero Sills se lo impidió.

—No he terminado, en ningún aspecto, Gene. Tengo que convertirla en su estado metálico libre, y hasta ahora no he podido. Cada vez que intento evaporar la amonalina, el amonio se descompone en los eternos amoníaco e hidrógeno... Pero lo conseguiré... ¡lo conseguiré!

Dos semanas después, tuvo lugar el epílogo de la escena anterior. Taylor recibió una rápida y enfática llamada de su amigo químico y apareció en el laboratorio invadido por una gran curiosidad.

—¿Lo has conseguido?

—Lo he conseguido... ¡y es aún más importante de lo que creía! Me proporcionaré millones —los ojos de Sills brillaron de embeleso—. Había estado trabajando desde un ángulo equivocado —explicó—. Al calentar el disolvente siempre se descompone el amonio disuelto, así que lo he separado por congelación. Ocurre lo mismo que con las soluciones salinas, que al ser congeladas lentamente, se transforman en hielo, y la sal se cristaliza. Por suerte, la amonalina se congela a 18 °C y no requiere mucho enfriamiento.

Señaló dramáticamente una pequeña cubeta, dentro de un recipiente de cristal. La cubeta contenía unos cristales sin brillo, de color paja y similares a una aguja y, en la parte superior, se distinguía una delgada capa de una sustancia amarillenta y opaca.

—¿Para qué sirve el recipiente? —preguntó Taylor.

—Lo he llenado de argón para mantener el amonio (que es la sustancia amarilla de encima de la amonalina) puro. Es tan activo que reacciona con cualquier cosa que no sea un gas similar al helio.

Taylor estaba maravillado y dio unos golpecitos en la espalda de su sonriente amigo.

—Espera, Gene, aún falta lo mejor.

Taylor se vio arrastrado hasta el otro extremo de la habitación y el tembloroso dedo de Sills señaló otro recipiente herméticamente cerrado que contenía una masa de metal de color amarillo brillante, que relucía y centelleaba.

—Esto, amigo mío, es óxido de amonio, formado al pasar aire absolutamente seco sobre metal de amonio libre. Es inerte por completo (el recipiente sellado contiene un poco de cloro, por ejemplo, y sin embargo no hay reacción). Puede ser tan económico como el aluminio, si no menos, y sigue teniendo más aspecto de oro que el mismo oro. ¿Te haces cargo de sus posibilidades?

—¿Y cómo no? —explotó Taylor—. Arrasará el país. Se harán joyas de amonio, vajillas plateadas con amonio, y un millón de cosas más. ¿Quién sabe las innumerables aplicaciones industriales que puede tener? Eres rico, Walt..., ¡eres rico!

—Somos ricos —corrigió amablemente Sills. Se dirigió al teléfono—. Los periódicas van a enterarse de esto. Voy a empezar a hacerme famoso en seguida.

Taylor frunció el ceño.

—Quizás sería mejor que guardaras el secreto, Walt.

—Oh, no les diré nada sobre el proceso. No les revelaré más que la idea general. Además, estamos a salvo; la solicitud de la patente ya debe estar en Washington.

¡Pero Sills se equivocaba! El artículo del periódico iba a ocasionarles dos días muy, muy agitados a los dos.

J. Throgmorton Bankhead es a quien comúnmente conocemos como «rey de la industria». Como director de la Sociedad Anónima de Plateados y Cromados no hay duda de que merecía el título; pero para su paciente y resignada esposa, no era más que un marido dispéptico y gruñón, sobre todo a la hora de desayunar... y ahora estaba desayunando.

Estrujando bruscamente el periódico matinal, farfullando entre mordisco y mordisco a una tostada con mantequilla:

—Este hombre arruinará al país —señaló horrorizado los grandes titulares de letra negra—. Ya lo he dicho antes y lo repito ahora, que el hombre está más loco que una cabra. No estará satisfecho...

—Joseph, por favor —rogó su esposa—, tienes la cara congestionada. Acuérdate de tu presión alta. Ya sabes que el médico te dijo que dejaras de leer las noticias de Washington si te trastornan tanto. Ahora escucha, querido, se trata de la cocinera.

Está...

—El médico es un tonto de remate y tú también —gritó J. Throgmorton Bankhead—. Leeré todas las noticias que quiera y tendré la cara congestionada, si así me place.

Se llevó la taza de café a la boca y tomó un sorbo. Mientras tanto, sus ojos tropezaron con un titular más insignificante hacia el final de la página: «Un científico descubre un sustituto del oro». La taza de café permaneció en el aire mientras recorría el artículo rápidamente. «Este nuevo metal» —leyó— está considerado por su descubridor como superior al cromo, níquel, o plata para joyería económica. "El funcionario que cobre un sueldo de veinte dólares por semana —dice el profesor Sills — comerá en una vajilla de amonio que tendrá un aspecto más impresionante que la vajilla de oro de un nabab indio." No tiene...

Pero J. Throgmorton Bankhead había dejado de leer. Visiones de una Sociedad Anónima de Plateados y Cromados arruinada danzaban ante sus ojos; y mientras lo hacían, la taza de café se tambaleó en su mano, y el líquido caliente cayó sobre sus pantalones.

Su esposa se levantó, alarmada

—¿Qué ocurre Joseph? ¿Qué ocurre?

—Nada —gritó Bankhead—. Nada, por el amor de Dios, vete, ¿quieres?

Salió a grandes zancadas de la habitación, mientras su esposa buscaba en el periódico lo que le había perturbado de aquel modo.

La Taberna de Bob de la calle quince suele estar llena a todas horas, pero la mañana a la que nos referimos no había más que cuatro o cinco hombres bastante mal vestidos rodeando la corpulenta y digna figura de Peter Q. Hornswoggle, eminente ex congresista.

Peter Q. Hornswoggle hablaba, como de costumbre, con fluidez. Su tema, también como siempre, era la vida de un congresista.

—Recuerdo un caso parecido —estaba diciendo— que se presentó a discusión en la Cámara, y sobre el que respondí lo siguiente: «El eminente caballero de Nevada ha descuidado en su informe un aspecto muy importante del problema. No se da cuenta de que, en interés de toda la nación, los mondadores de manzanas del país deben ser atendidos rápidamente; porque, caballeros, de la prosperidad de los mondadores de manzanas depende el futuro de toda la industria frutera y sobre la industria frutera se basa toda la economía de esta gran y gloriosa nación, los Estados Unidos de América.»

Hornswoggle hizo una pausa, bebió media pinta de cerveza de un trago y luego sonrió triunfante.

—No vacilo en decirles, caballeros, que ante dicha declaración, toda la Cámara



estalló en entusiásticos y tumultuosos aplausos.

Uno de los oyentes allí congregados sacudió lentamente la cabeza en señal de admiración.

—Debe ser fantástico poder hablar así, senador. Debía causar sensación.

—Sí —convino el camarero—, es una lástima que le derrotaran en las últimas elecciones.

El ex congresista hizo una mueca y en un tono muy digno comenzó:

—He sido informado, por fuentes de toda confianza, de que el uso del soborno en esta campaña alcanzó proporciones in...

Su voz se extinguió súbitamente al distinguir cierto artículo en el periódico de uno de sus oyentes. Se lo arrebató y lo leyó en silencio, mientras sus ojos brillaban con una nueva idea.

—Amigos míos —dijo, volviéndose de nuevo hacia ellos—, creo que debo dejarles. Tengo algo urgente que hacer en el Ayuntamiento —Se inclinó hacia el camarero para susurrarle—: ¿No tendrías veinticinco centavos por casualidad? Me he olvidado la cartera en el despacho del alcalde. Mañana te los devolveré sin falta.

Agarrando la moneda, entregada de mala gana, Peter Q. Hornswoggle salió.

En una reducida y mal iluminada habitación enclavada en el primer tramo de la Primera Avenida, Michael Maguire, conocido por la policía por el nombre más eufónico de Mike el *Bala*, limpiaba su fiel revólver y tarareaba una discordante melodía. La puerta se abrió lentamente y Mike levantó la vista.

—¿Eres tú, Slappy?

—Sí —un tipo enjuto y de baja estatura se introdujo en la habitación—. Te traigo el diario de la noche. Los polis siguen creyendo que Bragoni hizo el trabajo.

—¿Sí? Eso es bueno —Se inclinó despreocupadamente sobre el revólver—. ¿Alguna otra cosa?

—¡No! Una mujer que se ha suicidado, pero nada más.

Lanzó el periódico a Mike y se fue. Mike se recostó y hojeó el diario con aburrimiento.

Un titular le llamó la atención y leyó el corto artículo que seguía. Al acabarlo, tiró el periódico, encendió un cigarrillo y se puso a pensar intensamente. Luego abrió la puerta.

—Eh tú, Slappy, ven aquí. Tenemos que hacer un trabajo.

Walter Sills era feliz, deliciosamente feliz. Recorría su laboratorio como un rey sus dominios, contoneándose como un pavo real, complaciéndose en su recién adquirida gloria. Eugene Taylor estaba sentado y le miraba, casi tan satisfecho como él mismo.

—¿Qué se siente al ser famoso? —quiso saber Taylor.

—Como si tuvieras un millón de dólares; y ésta es la cantidad por la que venderé el secreto del metal de amonio. De ahora en adelante viviré en la opulencia.

—Déjame los detalles prácticos a mí, Walt. Hoy me pondré en contacto con Staples, de Aceros Aguila. Te ofreceré un precio decente.

Sonó el timbre y Sills se levantó de un salto. Corrió a abrir la puerta.

—¿Vive aquí Walter Sills? —El corpulento y ceñudo visitante le contempló con arrogancia.

—Sí, yo soy Sills. ¿Quería verme?

—Sí. Me llamo J. Throgmorton Bankhead y represento a la Sociedad Anónima de Plateados y Cromados Me gustaría hablar un momento con usted.

—Entre. ¡Entre! Este es Eugene Taylor, mi socio. Puede hablar con toda libertad delante de él.

—Muy bien —Bankhead se sentó pesadamente—. Supongo que se imaginan la razón de mi visita.

—Seguramente habrá leído lo del nuevo metal de amonio en los periódicos.

—Así es. He venido para saber si la historia es cierta y comprarle el proceso, si lo hay.

—Puede verlo por sí mismo, señor —Sills guió al magnate hasta donde se hallaba el recipiente lleno de argón que contenía los pocos gramos de amonio puro\1.\2se es el metal. Aquí encima, a la derecha, está el óxido, un óxido que es más metálico que el mismo metal. El óxido es lo que los periódicos llaman «sustituto del oro».

El rostro de Bankhead no mostró ni una pizca de la consternación que sintió al contemplar el óxido con desánimo.

—Sáquelo de ahí —dijo—, y déjeme verlo.

Sills movió negativamente la cabeza.

—No puedo, señor Bankhead. Estas son las primeras muestras de amonio y óxido de amonio que se han conseguido. Son piezas de museo. No me cuesta nada hacerle más, si lo desea.

—Tendrá que hacerlo, si espera que invierta mi dinero en esto. Convéncame y estaré dispuesto a comprarle la patente hasta por... digamos, mil dólares.

—¡Mil dólares! —exclamaron al unísono Sills y Taylor.

—Un buen precio, caballeros.

—Un millón sería mejor —gritó Taylor en tono ultrajado—. Este descubrimiento es una mina de oro.

—¡Nada menos que un millón! Ustedes sueñan, caballeros. La cuestión es que mi compañía hace años que está sobre la pista del amonio, y nos hallamos a punto de resolver el problema. Desgraciadamente, usted nos ha vencido por una semana, y yo quiero comprarle la patente para evitar a mi compañía mayores molestias. Naturalmente, comprenderá que si rehúsa mi precio, puedo seguir adelante y fabricar

el metal, empleando mi propio proceso.

—Le demandaremos si lo hace —dijo Taylor.

—¿Acaso tienen dinero para un pleito largo, lento y caro? —Bankhead sonrió aviesamente—. Yo sí que lo tengo. No obstante, para demostrarles que soy razonable, fijaré el precio en dos mil dólares

—Ya ha oído nuestro precio —contestó inflexiblemente Taylor—, y no tenemos nada más que decir.

—De acuerdo, caballeros —Bankhead se dirigió hacia la puerta—, piénsenlo. Estoy seguro de que entrarán en razón.

Abrió la puerta y descubrió la simétrica silueta de Peter Q. Hornswoggle inclinado ante el ojo de la cerradura en extasiada concentración. Bankhead dejó oír una risita despectiva y el ex congresista se puso en pie de un salto, saludando dos o tres veces con la cabeza, a falta de algo mejor que hacer.

El financiero pasó desdeñosamente junto a él y Hornswoggle entró, dio un portazo y se encaró con los dos asombrados amigos.

—Ese hombre, queridos señores, es un malhechor de gran riqueza, un realista económico. Pertenece a ese tipo de personas dominadas por el interés que son la ruina de este país. Han hecho muy bien rechazando su oferta —se puso la mano sobre el amplio pecho y les sonrió con afabilidad.

—¿Quién diablos es usted? —exclamó Taylor, recuperándose súbitamente de su sorpresa inicial.

—¿Yo? —Hornswoggle se sintió desconcertado—. Pues... soy Peter Quintus Hornswoggle. Seguramente me conocen. Formé parte del Congreso el año pasado.

—Nunca había oído su nombre con anterioridad. ¿Qué es lo que quiere?

—¡Válgame Dios! He leído en los periódicos su magnífico descubrimiento y he venido a ofrecerles mis servicios.

—¿Qué servicios?

—Bueno, al fin y al cabo, ustedes dos no son hombres de mundo. Con su nuevo invento, son una presa fácil para cualquier persona egoísta y con pocos escrúpulos que se presente... como Bankhead, por ejemplo. Por lo tanto, un hombre de negocios práctico, como yo, con experiencia del mundo, sería una inestimable ayuda para ustedes. Podría ocuparme de sus asuntos, cuidar los detalles, procurar que...

—Todo por nada, naturalmente, ¿eh? —preguntó Taylor con sarcasmo.

Hornswoggle sufrió un ataque de tos convulsiva.

—Pues, como es natural, había pensado que podrían asignarme un reducido interés de su descubrimiento.

Sills, que había permanecido silencioso durante toda la conversación, se puso repentinamente en pie.

—¡Váyase de aquí! ¿Me ha oído? Váyase, antes de que llame a la policía.

—Pero, profesor Sills, no se excite —Hornswoggle retrocedió hacia la puerta que Taylor había abierto. La traspasó, todavía protestando, y murmuró un juramento cuando la puerta se cerró de golpe tras él.

Sills se dejó caer en la silla más cercana con cansancio.

—¿Qué debemos hacer, Gene? No ofrecen más que dos mil. Hace una semana eso hubiera superado todas mi esperanzas, pero ahora...

—No pienses más en eso. Este tipo ha pretendido engañarnos. Escucha, voy a llamar a Staples inmediatamente. Se lo venderemos por lo que podamos conseguir (lo más posible), y si entonces hay dificultades con Bankhead... bueno, será asunto de Staples. —Le dio una palmada en la espalda—. Nuestras dificultades prácticamente han terminado.

Sin embargo, por desgracia, Taylor estaba en un error; sus dificultades no habían hecho más que comenzar.

Al otro lado de la calle, una figura furtiva, de ojos pequeños y brillantes que asomaban tras el cuello levantado del abrigo, vigilaba cuidadosamente la casa. Un policía curioso lo hubiera identificado como Slappy Egan si se hubiera molestado en mirarle, pero ninguno lo hizo y Slappy continuó vigilando.

—¡Caracoles! —murmuró para sí—. Esto va a estar chupado. Está en el piso de abajo, la ventana de atrás puede abrirse con un pico cualquiera, no hay alarma, ni nada —emitió una risita entre dientes y se alejó.

Slappy no era el único que tenía un plan. Peter Q. Hornswoggle, mientras se alejaba, maduraba las extrañas ideas que producía su macizo cráneo... ideas que implicaban cierta cantidad de acciones poco ortodoxas.

Y J. Throgmorton Bankhead desarrollaba igual actividad. Como miembro de esa clase de personas imperiosas conocidas como «trafagonas» y carente por completo de escrúpulos sobre el medio de conseguir lo que quería, sin la menor intención de pagar un millón de dólares por el secreto del amonio, consideró necesario recurrir a uno de sus conocidos. Este, aunque muy útil, era un poco desagradable, y Bankhead creyó conveniente tener mucho cuidado y prudencia a lo largo de su entrevista. Sin embargo, la conversación que sobrevino concluyó de forma muy agradable para ambos.

Walter Sills despertó de un sueño intranquilo con sorprendente brusquedad. Escuchó ansiosamente un momento y luego se inclinó para sacudir a Taylor. No recibió más respuesta que unos sonidos incoherentes.

—Gene, Gene, ¡despiértate! ¡Vamos, levántate!

—¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Por qué me molestas...?

—¡Calla! Escucha, ¿lo oyes?

—No oigo nada. Déjame en paz, ¿quieres?

Sills se puso un dedo sobre los labios y Taylor calló. Se oía un ruido de pisadas abajo, en el laboratorio.

Los ojos de Taylor aumentaron de tamaño y el sueño los abandonó completamente.

—¡Ladrones! —susurró.

Los dos se deslizaron fuera de la cama, se pusieron la bata y las zapatillas, y avanzaron de puntillas hacia la puerta.

Taylor llevaba un revólver y abrió la marcha escaleras abajo.

Quizá se hallaban a mitad del tramo, cuando oyeron un repentino grito de sorpresa, seguido por una serie de ruidos estridentes. Esto duró unos momentos y después se oyó un gran estrépito de cristales.

—¡Mi amonio! —gritó Sills con voz alarmada, y se precipitó escaleras abajo, evitando los brazos de Taylor, que trataba de detenerle.

El químico irrumpió en el laboratorio, seguido de cerca por su iracundo socio y encendió la luz. Dos personas que estaban luchando parpadearon, cegadas por la súbita iluminación, y se separaron.

Taylor las apuntó con el revólver.

—Bueno, es un bonito espectáculo — dijo.

Uno de los dos se puso tambaleantemente en pie en medio de un montón de cubetas y frascos rotos, y, apretándose un corte que tenía en la muñeca, inclinó su grueso cuerpo en un saludo todavía digno. Era Peter Q. Hornswoggle.

—No hay duda —dijo, mirando con nerviosismo el arma de fuego— de que las circunstancias parecen sospechosas, pero puedo explicarlo todo fácilmente. Verán, a pesar del rudo trato que he recibido tras formular mi razonable proposición, sentía un gran interés por ustedes dos.

»Por lo tanto, como hombre de mundo, y conociendo la maldad del género humano, decidí vigilar su casa esta noche, ya que vi que no habían tomado precauciones contra los ladrones. Juzguen mi sorpresa al ver a esa sospechosa criatura —señaló al matón de nariz aplastada que aún continuaba en el suelo, completamente aturdido— introduciéndose en la casa por la ventana posterior.

»Inmediatamente, he arriesgado vida y miembros en seguir al criminal, intentando salvar su gran descubrimiento por todos los medios. Realmente creo que lo que he hecho tiene mucho mérito. Estoy seguro de que verán que soy una persona útil y que reconsiderarán sus respuestas a mis proposiciones.

Taylor escuchó todo esto con una sonrisa cínica.

—No hay duda de que miente con mucha facilidad, ¿verdad, P. Q.?

Hubiera proseguido largo rato y con mayor energía si el otro ladrón no hubiese

levantado súbitamente la voz en una decidida protesta:

—Caracoles, jefe, ese gordo patán sólo intenta meterme en un lío. Yo no hago más que obedecer órdenes, jefe. Un tipo me ha contratado para venir a robar la caja fuerte y sólo estoy ganando un dinero honrado. Nada más que un pequeño robo de dinero, jefe, no pensaba hacer daño a nadie.

»Entonces, justo cuando iba a ponerme a trabajar... entrando en calor, por así decirlo... entra ese tipejo con un cincel y un soplete y va hacia la caja. Bueno, naturalmente, no me gusta tener competencia, así que me lanzo sobre él y luego...

Pero Hornswoggle se había erguido con helada arrogancia.

—Veremos si la palabra de un gángster vale más que la de alguien que, puedo decirlo sinceramente, fue, en su tiempo, uno de los miembros más eminentes del gran...

—Callen los dos —gritó Taylor, moviendo amenazadoramente la pistola—. Voy a llamar a la policía y podrán molestarlos a ellos con sus historias. Dime, Walt, ¿está todo en orden?

—Creo que sí —Sills regresó de su inspección por el laboratorio—. Sólo han destrozado cubetas vacías. Todo lo demás está intacto.

—Perfectamente —empezó Taylor, y entonces se interrumpió, consternado.

Desde el pasillo, entró un individuo tranquilo, con el sombrero muy tirado sobre los ojos. Un revólver, sostenido con experiencia, cambió considerablemente la situación.

—O.K. —gruñó a Taylor—, ¡tira la pistola!

El arma de este último resbaló por sus dedos recios y golpeó el suelo con un ruido seco.

El nuevo intruso examinó a los otros cuatro con una mirada sardónica.

—¡Bueno! Así que había otros dos tratando de adelantárseme. Este lugar parece muy concurrido.

Sills y Taylor permanecieron inmobilizados por la sorpresa, mientras los dientes de Hornswoggle castañeteaban enérgicamente. El primer gángster retrocedió unos pasos con intranquilidad, mientras murmuraba:

—Por todos los diablos, es Mike el *Bala*.

—Sí —gruñó Mike—, el mismo. Hay muchos tipos que me conocen y saben que no me asusta apretar el gatillo siempre que tengo ganas. Vamos, calvo, empieza a trabajar. Ya sabes... el material sobre tu oro falso. Vamos, antes de que cuente cinco.

Sills se dirigió lentamente hacia la antigua caja fuerte que había en un rincón. Mike retrocedió con negligencia para dejarle paso y, al hacerlo, la manga de su abrigo rozó un estante. Una botellita de solución de sulfato de sodio se tambaleó y cayó. Súbitamente inspirado, Sills gritó:

—¡Dios mío, cuidado! ¡Es nitroglicerina!

La botella golpeó el suelo con un gran tintineo de cristales rotos, e, involuntariamente, Mike dio un grito y saltó a un lado con violenta consternación. Y al hacerlo, Taylor se abalanzó sobre él con un rápido movimiento. Al mismo tiempo, Sills se apresuró a recuperar la caída arma de Taylor para apuntar a los otros dos. Sin embargo, ya no era necesario. Al iniciarse la confusión, ambos habían desaparecido apresuradamente en la oscuridad de la noche de donde habían venido Taylor y Mike el *Bala* rodaron por el suelo del laboratorio, abrazados en una lucha desesperada mientras Sills les seguía, rogando por un momento de relativa quietud que le permitiera poner el revólver en súbito y agudo contacto con el cráneo del gángster.

Pero tal momento no llegó. De repente Mike se abalanzó, agarró por sorpresa a Taylor por debajo de la barbilla, y se liberó. Sills gritó con consternación y apretó el gatillo en dirección a la figura que huía. El disparo no dio en el blanco y Mike escapó ileso. Sills no intentó seguirle.

Un chorro de agua fría devolvió el conocimiento a Taylor. Sacudió la cabeza con aturdimiento al contemplar el desorden reinante.

—¡Caramba! —dijo—. ¡Vaya noche!

Sills gruñó:

—¿Qué vamos a hacer ahora, Gene? Nuestras mismas vidas están en peligro. Nunca pensé en la posibilidad de unos ladrones, si no, no hubiera comunicado el descubrimiento a los periódicos.

—Oh, bueno, el mal ya está hecho. No sirve de nada lamentarse. Ahora, escucha, lo primero que tenemos que hacer es acostarnos otra vez. No volverán a molestarnos esta noche. Mañana ve al banco y pon los papeles que esbozan los detalles del proceso en la cámara acorazada (cosa que ya tendrías que haber hecho). Staples vendrá a las tres de la tarde; cerraremos el trato, y después, por fin, viviremos felizmente para siempre.

El químico movió la cabeza con tristeza.

—Hasta ahora el amonio nos ha causado muchos trastornos. Casi me gustaría no haber conocido su existencia. Preferiría seguir haciendo análisis minerales.

Mientras Walter Sills atravesaba traqueteando la ciudad hacia su banco, no encontraba ninguna razón para cambiar su anhelo. Ni siquiera el consolador y agradable bamboleo de su antiguo y abollado automóvil logró alegrarle. De una vida caracterizada por una pacífica monotonía, había entrado en un periodo de agitación, y no estaba nada satisfecho con este cambio. «Los ricos, igual que los pobres, tienen sus propios problemas específicos», se dijo sentenciosamente a sí mismo mientras detenía el coche ante el edificio de mármol de dos pisos que era el banco. Salió con cuidado, alargó sus piernas entumecidas, y se dirigió a la puerta giratoria.

Sin embargo, no llegó a ella. Dos corpulentos ejemplares de la raza humana

aparecieron de repente junto a él, uno a cada lado, y Sills sintió que un objeto pesado le apretaba las costillas con dolorosa intensidad. Abrió involuntariamente la boca, y fue retribuido con una voz helada junto a su oído:

—Quieto, calvo, o recibirás lo que te mereces por el sucio truco que me jugaste anoche.

Sills se estremeció y guardó silencio. Reconoció fácilmente la voz de Mike el *Bala*.

—¿Dónde está la fórmula? —preguntó Mike—, y contesta deprisa.

—En el bolsillo de la americana — murmuró Sills con voz trémula.

El compañero de Mike metió diestramente la mano en el bolsillo indicado y sacó tres o cuatro hojas dobladas.

—¿Es esto, Mike?

Este lanzó una rápida mirada e hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, ya son nuestros. De acuerdo, calvo, ¡sigue tu camino!

Después de propinarle un inesperado empujón, los dos gánsters subieron a su coche y se alejaron rápidamente, mientras el químico caía tendido en la acera. Unas manos amables le levantaron.

—Estoy bien —logró articular—. Sólo he tropezado, nada más. No me he hecho daño.

Volvió a encontrarse solo, entró en el banco y se desplomó en el sillón más próximo, a punto de desmayarse. No existía ninguna duda: la nueva vida no era para él.

Pero debería habérselo imaginado.

Taylor había entrevisto la posibilidad de que ocurriera una cosa así. Incluso a él mismo le pareció que un coche le seguía. Sin embargo, con la sorpresa y el susto, había estado a punto de echarlo todo a perder. Se encogió de hombros y, quitándose el sombrero, extrajo unas cuantas hojas de papel dobladas de la tira de tafilete. No se requerían más de cinco minutos para depositarlas en la cámara acorazada, y ver cómo se cerraba la resistente puerta de acero. Se sintió aliviado.

—Me pregunto lo que harán —se dijo cuando regresaba a su casa— cuando intenten seguir las instrucciones del papel que tienen —Frunció los labios y movió la cabeza—. Si lo hacen, habrá una explosión tremenda.

Cuando Sills llegó a su casa, encontró a tres policías paseando arriba y abajo de la acera frente a la casa.

—Protección policíaca —explicó luego Taylor—, para que no se repita lo de anoche.

El químico relató los acontecimientos ocurridos en el banco y Taylor asintió severamente.

—Bueno, ahora les hemos hecho jaque mate. Staples vendrá dentro de dos horas,



y la policía cuidará de todo hasta entonces. Después —se encogió de hombros—, será asunto de Staples.

—Escucha, Gene —intervino repentinamente el químico—, estoy preocupado por el amonio. No he comprobado su facultad para dorar y ya sabes que esto es lo más importante. ¿Y si viene Staples y vemos que no sirve para nada?

—Humm —Taylor se acarició la barbilla—, en esto tienes razón. Pero te diré lo que podemos hacer. Antes de que llegue Staples, doremos algo, una cuchara, por ejemplo, para que te convenzas.

—Es muy desagradable —se quejó Sills, de mal humor—. Si no fuera por esos molestos matones, no hubiéramos tenido que proceder de esta manera tan descuidada y poco científica.

—Bueno, comamos primero.

Comenzaron en cuanto hubieron terminado de comer. Dispusieron los aparatos con febril apresuramiento. En un tanque cúbico, de unos treinta centímetros de lado, se vertió una solución saturada de amonalina. Una cuchara vieja y abollada sirvió de cátodo y una masa de aleación de amonio (separada del resto de la solución por una división de cristal perforado) sirvió de ánodo. Tres baterías en serie proporcionaron la corriente.

Sills explicó animadamente:

—Funciona sobre el mismo principio del dorado ordinario por medio de cobre. El ion de amonio, una vez ha pasado la corriente eléctrica, es atraído hacia el cátodo, que está en la cuchara. En caso normal se disolvería, pues no es estable, pero esto no sucede cuando se ha disuelto en amonalina. Esta amonalina está ionizada muy ligeramente y el oxígeno se evapora en el ánodo.

»Todo esto lo sé por la teoría. Veamos lo que sucede en la práctica.

Cerró el interruptor mientras Taylor observaba con inmenso interés. Durante un momento, no se distinguió ningún efecto.

Taylor pareció decepcionado.

Entonces Sills le agarró por la manga.

—¡Mira! —siseó—. ¡Observa el ánodo!

Burbujas de gas se formaban lentamente sobre la esponjosa aleación de amonio. Centraron su atención en la cuchara.

Gradualmente, percibieron un cambio. El aspecto metálico se tornó opaco, al perder su blancura el color plateado. Se estaba formando una capa amarilla que, aunque opaca, era muy precisa. La corriente pasó durante quince minutos y entonces Sills rompió el circuito con un suspiro de satisfacción.

—Dora perfectamente —dijo.

—¡Estupendo! ¡Sácala! ¡Veámosla bien!

—¿Qué? —Sills estaba horrorizado—. ¡Sacarla! Pero si esto es amonio puro. Si lo expusiera al aire normal, el vapor del agua lo disolvería en  $\text{NH}_4\text{OH}$  antes de que nos diéramos cuenta. No podemos hacer tal cosa.

Arrastró un pesado aparato hasta la mesa.

—Esto —dijo— es un recipiente lleno de aire comprimido.

Lo pasó por secadores de cloruro de calcio y después mezcló directamente el oxígeno seco por completo (diluido con cuatro veces su propio volumen de nitrógeno) con el disolvente.

Introdujo la boquilla en la solución justo por debajo de la cuchara y dejó pasar un lento chorro de aire. Fue algo mágico. Con la rapidez del relámpago, la capa amarilla empezó a brillar y relucir, a centellear con una belleza casi etérea.

Los dos hombres lo contemplaban sin aliento, con el corazón latiendo rápidamente. Sills cerró el paso del aire, y permanecieron contemplando la cuchara y sin decir nada durante un rato.

Luego Taylor susurró con voz ronca:

—Sácala. ¡Déjame tocarla! ¡Dios mío! ¡Es preciosa!

Con reverente admiración, Sills se acercó a la cuchara, la cogió con unos fórceps, y la extrajo del liquido circundante.

Lo que ocurrió entonces no puede llegar a describirse. Más tarde, cuando excitados periodistas de diversos periódicos les apremiaban cruelmente, ni Taylor ni Sills recordaron en absoluto los hechos que ocurrieron durante los siguientes minutos.

¡Lo que sucedió fue que cuando la cuchara dorada con amonio fue expuesta al aire libre, el olor más horrible que pueda concebirse atacó sus fosas nasales! Un olor que no puede describirse, una terrible pestilencia que convirtió la habitación en una horrible pesadilla.

Con un estrangulado jadeo, Sills dejó caer la cuchara. ¡Ambos tosían y sentían náuseas; les acometió un tremendo dolor en la garganta y la boca, y gritaron, se lamentaron, estornudaron!

Taylor se abalanzó sobre la cuchara y miró desesperadamente a su alrededor. El olor se hacía cada vez más fuerte y lo único que sus violentos esfuerzos por escapar lograron fue destruir el laboratorio y volcar el tanque de amonalina. Sólo había una cosa por hacer, y Sills la hizo. La cuchara atravesó volando la ventana abierta y cayó en medio de la Duodécima Avenida. Golpeó contra la acera justo a los pies de uno de los policías, pero a Taylor no le importó.

—Quítate la ropa. Tenemos que quemarla —estaba balbuceando Sills—. Después pulveriza alguna cosa por el laboratorio... cualquier cosa que huelga fuerte. Quema azufre. Busca un poco de bromo liquido.

Ambos estaban concentrados en la tarea de arrancarse la ropa, cuando se dieron cuenta de que alguien había entrado por la puerta sin cerrar. Había sonado el timbre,

pero ninguno lo había oído. Era Staples, hombre de un metro noventa de estatura, al que llamaban el Rey del Acero.

Un sólo paso en dirección al vestíbulo arruinó completamente su dignidad. Se vino abajo con un sollozo desgarrador y la Duodécima Avenida presenció el espectáculo de un caballero anciano, ricamente vestido, dirigiéndose hacia el norte de la ciudad con toda la velocidad que le permitían sus pies, quitándose toda la ropa que pudo por el camino.

La cuchara prosiguió su trabajo mortífero. Los tres policías ya hacía rato que se habían retirado en una poco digna huida, y ahora llegó a los sentidos aturcidos y torturados de los dos inocentes y sufrida causa de todo el desastre un bramido confuso procedente de la calle.

Hombres y mujeres salían de las casas vecinas, los caballos se desbocaban.

Camiones de incendios se acercaban con estrépito, sólo para ser abandonados por sus conductores. Escuadrones de policías llegaron... y se fueron.

Por último, Sills y Taylor no resistieron más, y sólo con sus pantalones, corrieron atropelladamente hacia el Hudson. No se detuvieron hasta que el agua les cubrió el cuello, con el bendito aire puro encima de ellos.

Taylor volvió unos ojos perplejos hacia Sills.

—Pero ¿por qué emitía ese olor tan espantoso? Dijiste que era estable y los sólidos estables no huelen.

—¿Has olido almizcle alguna vez? —gruñó Sills—. Despide un aroma durante un periodo indefinido sin perder un peso apreciable. Nosotros nos hemos enfrentado con algo parecido.

Los dos reflexionaron un rato en silencio, sobresaltándose cada vez que el viento les llevaba una nueva corriente de vapor de amonio, y luego Taylor dijo en voz baja:

—Cuando logren averiguar lo que sucede con la cuchara, y sepan quién lo hizo, es posible que nos procesen... o nos encierren en prisión.

El rostro de Sills mostró la pesadumbre que sentía.

—¡Me gustaría no haber visto nunca ese maldito producto! No nos ha proporcionado nada más que problemas —se dejó llevar por su torturado espíritu y prorrumpió en sollozos.

Taylor le dio tristemente unas palmadas en la espalda.

—No es tan malo como todo eso, desde luego. El descubrimiento te hará famoso y podrás exigir tu propio precio, trabajando en cualquier laboratorio industrial del país. Además, no hay duda de que ganarás el premio Nobel.

—Tienes razón —Sills volvía a sonreír— y también es posible que encuentre una manera de contrarrestar el olor. Así lo espero.

—Yo también lo espero —dijo fervorosamente Taylor—. Regresemos. Creo que a estas horas ya habrán retirado la cuchara.

# Un anillo alrededor del Sol (1940)

---

“Ring Around the Sun”

Jimmy Turner canturreaba alegremente, quizá con cierta estridencia, cuando entró en la sala de recepción.

—¿Está el Viejo Cascarrabias ahí dentro? —preguntó, acompañando la interrogación con un guiño que hizo sonrojar de agradecimiento a la bonita secretaria.

—Lo está, y esperándole. —Le indicó una puerta en la que estaba escrito en gruesas letras negras, «Frank McCutcheon, Director General, Correos del Espacio Unido».

Jim entró.

—Hola, Capitán, ¿qué pasa ahora?

—Oh, es usted, ¿no? —McCutcheon levantó la vista de su mesa, mordisqueando un maloliente cigarro—. Siéntese.

McCutcheon le miró fijamente por debajo de sus tupidas cejas. Ni siquiera estaba en la memoria de los empleados más viejos el haber visto reír al «Viejo Cascarrabias», como era conocido en voz baja por todos los miembros de Correos del Espacio Unido, aunque los rumores aseguraban que había sonreído cuando era pequeño, ante la visión de su padre cayendo de un manzano. En aquel momento, su expresión hacía parecer exagerado ese rumor.

—Ahora, escuche, Turner —bramó—. Correos del Espacio Unido inaugurará un nuevo servicio y usted está seleccionado para abrir el camino. —Haciendo caso omiso de la mueca de Jimmy, continuó—: De ahora en adelante, el correo venusiano funcionará todo el año.

—¡Cómo! Siempre he creído que era ruinoso desde el punto de vista financiero distribuir el correo venusiano, excepto cuando Venus estaba a este lado del Sol.

—Claro —admitió McCutcheon—, si seguimos las rutas comunes. Pero podríamos cortar directamente a través del sistema si sólo nos aproximáramos lo bastante al Sol. ¡Y es aquí donde entra usted! Han fabricado una nueva nave equipada para llegar a veinte millones de millas del Sol y que será capaz de mantenerse indefinidamente a esta distancia.

Jimmy le interrumpió nervioso:

—Espere un poco, Cap... señor McCutcheon, no acabo de comprenderlo. ¿Qué clase de nave es?

—¿Cómo espera que yo lo sepa? No soy fugitivo de un laboratorio. Por lo que dicen, emite alguna clase de campo que curva las radiaciones del Sol alrededor de la nave. ¿Lo entiende? Todo se desvía. No le llega ningún calor. Puede permanecer allí para siempre y estar más fresco que en Nueva York.

—Oh, ¿tanto así? —Jimmy estaba escéptico—. ¿Ha sido probada, o es un

pequeño detalle que dejaron para mí?

—Naturalmente que ha sido probada, pero no bajo las actuales condiciones solares.

—Entonces está descartado. He hecho mucho por Correos, pero esto es el límite. No estoy loco, todavía.

McCutcheon se puso rígido.

—¿Debo recordarle el juramento que hizo al entrar en el servicio, Turner? «Nuestro vuelo a través del espacio...

—«...nunca debe ser detenido por nada excepto la muerte.» —terminó Jimmy—. Lo sé tan bien como usted y también me doy cuenta de que es muy fácil citarlo desde un cómodo sillón. Si es usted tan idealista, puede hacerlo usted mismo. Por lo que a mí respecta, todavía está descartado. Y si quiere, puede echarme a patadas. Puedo conseguir otros trabajos así de fácil — chasqueó los dedos vivamente.

La voz de McCutcheon bajó hasta un sedoso murmullo.

—Vamos, vamos, Turner, no se apresure. Todavía no ha oído todo lo que tengo que decirle. Roy Snead será su compañero.

—¡Huh! ¡Snead! Vaya, ese fanfarrón no tendría las agallas para aceptar un trabajo como éste ni en un millón de años. Cuénteme algún otro cuento de hadas.

—Bueno, en realidad, ya ha aceptado. Pensé que usted podría acompañarle, pero supongo que él tenía razón. Insistió en que usted se echaría atrás. Al principio pensé que no lo haría.

McCutcheon le hizo un gesto de despedida y bajó los ojos hacia el informe que estaba estudiando cuando Jimmy entró. Este dio media vuelta, vaciló, y entonces regresó.

—Espere un poco, señor McCutcheon; ¿usted quiere decir que Roy realmente irá? —McCutcheon asintió todavía absorto, aparentemente, en otros asuntos y Jimmy explotó—: ¡Vaya, ese tipo despreciable, zanquilargo y cara de guapo! ¡De modo que cree que soy demasiado cobarde para ir! Bien, yo le enseñaré. Aceptaré el trabajo y apostaré diez dólares contra un níquel venusiano a que se pone enfermo en el último minuto.

—¡Estupendo! —McCutcheon se levantó y le estrechó la mano—. Sabía que usted entraría en razón. El Mayor Wade tiene todos los detalles. Creo que partirán dentro de unas seis semanas, y como yo salgo hacia Venus mañana, probablemente me verán allí.

Jimmy salió, aún indignado, y McCutcheon se puso en comunicación con la secretaria.

—Oh, señorita Wilson, póngame con Roy Snead en el visor.

Unos minutos de pausa y luego se encendió la señal roja. Se conectó el visor y el moreno y atildado Snead apareció en la visiplaca.

—Hola, Snead —gruñó McCutcheon—. Perdió esa apuesta, Turner aceptó el trabajo. Pensé que se moría de risa cuando le conté que usted dijo que él no iría. Envíeme los veinte dólares, por favor.

—Espere un poco, señor McCutcheon —El rostro de Snead estaba oscuro de furia—. ¿a qué viene eso de decirle a ese aturdido imbécil que yo no voy? Usted debe haberlo hecho, traidor. Yo estaré allí, perfecto, pero usted puede ofrecer otros veinte y le apuesto a que él todavía cambia de parecer. Pero yo estaré allí —Roy Snead seguía gesticulando cuando McCutcheon desconectó.

El director general se reclinó en el sillón, tiró el magullado cigarro, y encendió uno nuevo. Su rostro permanecía amargado, pero había una definitiva nota de satisfacción en su tono cuando dijo:

—¡Já! Pensé que eso los atraparía.

Fue un par cansado y sudoroso el que lanzó la buena nave *Helios* a través de la órbita de Mercurio. A pesar de la superficial camaradería impuesta sobre ellos por las semanas de soledad en el espacio, Jimmy Turner y Roy Snead apenas se dirigían la palabra. Añada a esta hostilidad oculta, el calor del hinchado Sol y la torturante incertidumbre por el resultado del viaje y tendremos a un par verdaderamente desdichado.

Jimmy escudriñaba con cansancio las numerosas esferas que tenía frente a sí, y, apartando de un manotazo un húmedo mechón de cabello que le caía sobre los ojos, gruñó:

—¿Qué marca ahora el termómetro, Roy?

—Ciento veinticinco grados Fahrenheit y sigue subiendo —fue el gruñido de respuesta.

Jimmy blasfemó de corrido.

—El sistema de enfriamiento trabaja al máximo, el casco de la nave refleja el 95% de la radiación solar y sigue en más de ciento veinte. —Hizo una pausa—. El gravómetro indica que todavía estamos a unos treinta y cinco millones de millas del Sol. Quince millones de millas antes de que el Campo Deflector sea efectivo. La temperatura todavía subirá a ciento cincuenta. ¡Es una dulce perspectiva! Controla los desecadores. Si el aire no se mantiene absolutamente seco, no duraremos mucho.

—¡Y piensa que estamos en la órbita de Mercurio! —La voz de Snead era ronca—. Nadie ha estado tan cerca del Sol hasta ahora. Y nos acercaremos aún más.

—Ha habido muchos que han estado tan cerca y todavía más —recordó Jimmy—, pero ellos perdieron el control y aterrizaron en el Sol: Friedlander, Debuc, Anton... —su voz se desvaneció en un pensativo silencio.

Roy se movió inquieto.

—¿Qué tan efectivo es este Campo Deflector, Jimmy? Tus alegres pensamientos no son muy tranquilizadores, ¿sabes?

—Bueno, ha sido probado bajo las condiciones más severas que los técnicos del laboratorio pudieron idear. Yo lo he presenciado. Ha sido bañado en una radiación parecida a la solar a una distancia de veinte millones. El Campo funcionó como un encanto. La luz fue desviada en torno a él de modo que la nave se tornó invisible. Los hombres de dentro de la nave afirmaron que todo el exterior se había tornado invisible y que el calor no les alcanzaba. Es curioso, sin embargo, que el Campo no funcione más que bajo ciertas intensidades de radiación.

—Bien, deseo que ocurra de una manera u otra —gruñó Ron—. Si el Viejo Cascarrabias está pensando en asignarme este itinerario... bien, perderá su mejor piloto.

—Perderá sus dos mejores pilotos —corrigió Jimmy

Los dos guardaron silencio y el *Helios* siguió su ruta.

La temperatura aumentaba: 130, 135, 140. Después, tres días más tarde, con el mercurio rozando los 148, Roy anunció que se estaban aproximando a la zona crítica, donde la radiación solar alcanzaba la intensidad suficiente para excitar el campo.

Los dos aguardaron, con la mente en concentración febril, y el pulso martillando.

—¿Ocurrirá de repente?

—No lo sé. Tendremos que esperar.

Desde las portillas sólo las estrellas estaban visibles. El Sol, tres veces mayor a como se ve desde la Tierra, lanzaba sus rayos cegadores sobre metal opaco, porque en aquella nave especialmente diseñada, las portillas se cerraban automáticamente cuando incidía una radiación potente.

Y entonces las estrellas empezaron a desaparecer. Lentamente, al principio las más mortecinas... después las más brillantes: Polaris, Regulus, Arcturus, Sirio. El espacio estaba uniformemente negro.

—Está funcionando —susurró Jimmy. Apenas había pronunciado estas palabras, cuando las portillas que miraban hacia el Sol se abrieron. ¡El Sol había desaparecido!

—¡Já! Ya me siento más fresco —Jimmy Turner estaba jubiloso—. Chico, funcionó como un encanto. ¿Sabes?, si ellos pudieran adaptar este Campo Deflector a todas las intensidades de radiación, habríamos perfeccionado la invisibilidad. Sería un arma de guerra conveniente. —Encendió un cigarrillo y se recostó sensualmente.

—Pero mientras tanto volamos a ciegas —insistió Roy.

Jimmy sonrió paternalmente.

—No necesitas preocuparte por eso, Guapo. Ya me he ocupado de todo. Estamos en una órbita alrededor del Sol. Dentro de dos semanas, nos encontraremos en el lado opuesto y entonces permitiré que los cohetes nos impulsen fuera de este anillo, zumbando hacia Venus. —Estaba muy satisfecho de sí mismo—. Sólo déjalo a Jimmy «Cerebro» Turner. Terminaré esto en dos meses, en vez de los seis reglamentarios. Ahora estás con el mejor piloto de Correos.

Roy se echó a reír maliciosamente.

—Oyéndote, se diría que tú hiciste todo el trabajo. Todo lo que haces es llevar la nave por la ruta que yo he trazado. Tú eres el mecánico; yo soy el cerebro.

—Oh, ¿es tan así? Cualquier neófito maldito piloto de escuela puede trazar un curso. Se necesita un hombre para navegarlo.

—Bueno, ésa es tu opinión. Sin embargo, ¿quién está mejor pagado, el piloto o el que traza las rutas?

Jimmy se tragó aquella derrota y Roy salió triunfalmente de la cabina de mandos. Ajeno a todo esto, el *Helios* seguía su ruta.

Durante dos días, todo estuvo sereno; luego, al tercero, Jimmy inspeccionó el termómetro, se rascó la cabeza y parecía preocupado. Roy entró, observó los procedimientos y levantó las cejas con asombro.

—¿Algo va mal? —Se inclinó y leyó la altura de la delgada columna roja—. Sólo 100 grados. No es nada para tener ese aspecto de ganso mareado. Por tu expresión, pensé que algo iba mal con el Campo Deflector y que estaba subiendo otra vez. —Se alejó con un ostentoso bostezo.

—Oh, cállate, mono insensato. —El pie de Jimmy se levantó en una patada sin entusiasmo—. Me sentiría mucho mejor si la temperatura estuviera subiendo. Este Campo Deflector funciona demasiado bien para mi gusto.

—¡Huh! ¿Qué quieres decir?

—Te lo explicaré, y si atiendes cuidadosamente tú podrás comprenderme. Esta nave está construida igual que un termo. Gana calor sólo con mucha dificultad y lo pierde del mismo modo. —Hizo una pausa y dejó caer sus palabras—: A temperaturas normales, se supone que esta nave no pierde más de dos grados al día si no hay fuentes externas de calor. Tal vez, a la temperatura que estábamos, la pérdida podría llegar a cinco grados al día. ¿Me sigues?

La boca de Roy estaba muy abierta y Jimmy continuó:

—Bien, esta maldita nave ha perdido cincuenta grados en menos de tres días.

—Pero eso es imposible.

—Allí está —señaló Jimmy irónicamente—. Te diré lo que está mal. Es ese maldito Campo. Actúa como un agente repulsivo de las radiaciones electromagnéticas y de alguna manera acelera la pérdida de calor de nuestra nave.

Roy se puso a pensar e hizo unos rápidos cálculos mentales.

—Si lo que dices es cierto —dijo al fin—, llegaremos al punto de congelación en cinco días y después pasaremos una semana en lo que corresponde al clima invernal.

—Así es. Incluso teniendo en cuenta la disminución de la pérdida de calor cuando la temperatura baje, probablemente terminaremos con el mercurio entre los treinta y los cuarenta grados abajo.

Roy tragó saliva tristemente.



—¡Y a veinte millones de millas del Sol!

—Eso no es lo peor —señaló Jimmy—. Esta nave, como todas las utilizadas para viajes dentro de la órbita de Marte, no tiene sistema de calefacción. Con el Sol brillando furiosamente y sin medios de perder calor más que por radiación poco efectiva, las naves espaciales de Marte y Venus siempre se han especializado en sistemas de refrigeración. Nosotros, por ejemplo, tenemos un aparato de refrigeración muy eficaz.

—Así que nos encontramos en un aprieto de mil diablos. Lo mismo sucede con nuestros trajes espaciales.

A pesar de la temperatura todavía abrasadora, los dos empezaron a experimentar unos escalofríos anticipatorios.

—Oye, no voy a soportar esto —exclamó Roy—. Voto por salir de aquí inmediatamente y dirigirnos a la Tierra. No pueden esperar más de nosotros.

—¡Adelante! Tú eres el piloto. ¿Puedes trazar un rumbo a esta distancia del Sol y garantizarme que no caeremos en él?

—¡Diablos! No había pensado en eso.

Ninguno de los dos sabía qué hacer. La comunicación por radio no era posible desde que habían pasado la órbita de Mercurio. El Sol estaba en máxima mancha solar y la estática había anulado todos los intentos.

Así que se sentaron a esperar.

Los días siguientes estuvieron ocupados enteramente en la vigilancia del termómetro, con unos minutos de vez en cuando en que a uno de los dos se le ocurría lanzar una novedosa maldición sobre la cabeza del señor Frank McCutcheon. Se permitían comer y dormir, pero no lo disfrutaban.

Y mientras tanto, el *Helios*, completamente indiferente a la difícil situación de sus ocupantes, seguía su curso.

Tal como Roy había predicho, la temperatura pasó la línea roja que marcaba «Congelación» hacia el final del séptimo día dentro del Cinturón de Desviación. Ambos se sintieron terriblemente preocupados cuando ocurrió, a pesar de que ya lo esperaban.

Jimmy había sacado unos cien galones de agua del depósito. Con ellos llenó casi todos los recipientes de a bordo.

—Eso podría evitar que las tuberías estallen cuando el agua se congele —observó—. Y si lo hacen, como es probable, servirá también como una reserva disponible de abundante agua. Ya sabes que aún tenemos que permanecer aquí otra semana.

Y al día siguiente, el octavo, el agua se heló. Los cubos, rebosantes de hielo, estaban fríos y relucientes. Ambos los miraron con total desamparo. Jimmy rompió uno para abrirlo.

—Sólidamente congelada —dijo desolado, y se envolvió en otra manta.

Ahora era difícil pensar en otra cosa que el frío creciente. Roy y Jimmy habían requisado todas las sábanas y mantas de la nave, tras haberse puesto tres o cuatro camisas e igual número de pantalones

Permanecían en la cama todo el tiempo posible, y cuando estaban obligados a moverse, se acurrucaban cerca de la pequeña estufa en busca de calor. Incluso este dudoso placer les fue pronto denegado, pues, tal como Jimmy observó, «la reserva de combustible es extremadamente limitada, y necesitaremos la estufa para descongelar la comida y el agua».

El humor era escaso y los encontronazos frecuentes, pero la desgracia común impidió que realmente saltaran uno al cuello del otro. Sin embargo, fue el décimo día cuando los dos, unidos por un odio común, se hicieron súbitamente amigos.

La temperatura había descendido hasta cero grado, y estaba planeando descender a las regiones negativas. Jimmy se hallaba acurrucado en un rincón pensando en el pasado en Nueva York cuando se había quejado del calor de agosto, y se preguntaba cómo podía haber hecho eso. Mientras tanto, Roy había movido sus ateridos dedos lo suficiente para calcular que tendrían que soportar el frío durante exactamente 6.354 minutos más.

Contemplaba las cifras con disgusto y se las leía a Jimmy. Este frunció el ceño y gruñó.

—Tal como me encuentro, no duraré ni 54 minutos, así que olvídate de los 6.354. —Después añadió con impaciencia—: Me gustaría que pensaras en una manera de salir de esto.

—Si no estuviéramos tan cerca del Sol —sugirió Roy—, podríamos poner en marcha los motores traseros y acelerar.

—Sí, y si aterrizáramos en el Sol, estaríamos muy cómodos y calientes ¡Eres una gran ayuda!

—Bueno, tú eres el que se llama a sí mismo «Cerebro» Turner. Piensa tú en algo. Por el modo como hablas, uno creería que todo esto es culpa mía.

—¡Claro que lo es, mono con ropas humanas! Mi mejor juicio me aconsejó todo el tiempo no hacer este viaje de locos. Cuando McCutcheon me lo propuso, me negué categóricamente. Sabía lo que hacía. —El tono de Jimmy era muy amargo—. ¿Y qué ocurrió? Como tonto que eres, tú aceptas y te precipitas donde un hombre sensato teme poner el pie. Y entonces, naturalmente, yo tuve que aceptar.

»Vaya, ¿sabes lo que debería haber hecho? —la voz de Jimmy subió de tono—. Tendría que haberte dejado ir solo y que te helaras, y entonces sentarme junto a un enorme fuego, solo y satisfecho. Es decir, de haber sabido lo que iba a suceder.

Una dolida expresión de sorpresa apareció en el rostro de Roy.

—¿De veras? ¡Conque esto es así! Bueno, todo lo que puedo decir es que tienes talento para retorcer los hechos, pero para nada más. La cuestión es que tú fuiste

absolutamente estúpido como para aceptar, y yo, el pobre tipo, fui arrastrado por la fuerza de las circunstancias.

La expresión de Jimmy revelaba el desdén más absoluto.

—Evidentemente, el frío te ha dejado aturdido, aunque admito que no se necesita demasiado para acabar con el poco juicio que posees.

—Escucha —contestó Roy con calor—. El 10 de octubre, McCutcheon me llamó por el visor y me dijo que tú habías aceptado y se burló de mí por cobarde, porque me negaba a ir. ¿Niegas eso?

—Sí, lo niego incondicionalmente. El 10 de octubre, el Cascarrabias me dijo que tú habías decidido ir y que le habías apostado que...

La voz de Jimmy se desvaneció súbitamente y una expresión de asombro apareció en su rostro.

—Dime... ¿estás seguro de que McCutcheon te dijo que yo había aceptado ir?

Un escalofriante y asqueroso sentimiento atenazó el corazón de Roy cuando entendió el argumento de Jimmy, un sentimiento que le quitó el entumecimiento del frío.

—Absolutamente —contestó—. Te lo juro. Es por eso que vine.

—Pero él me dijo que tú habías aceptado y por eso decidí...

De pronto Jimmy se sintió muy estúpido.

Los dos cayeron en un prolongado y ominoso silencio, que al fin fue roto por Roy, cuya voz temblaba de emoción.

—Jimmy, hemos sido víctimas de un truco despreciable, sucio, bajo y traicionero. —Sus ojos se dilataron de furia—. Hemos sido estafados, robados... —le faltaron las palabras, pero siguió profiriendo sonidos sin sentido, principalmente indicativos de una furia devoradora.

Jimmy era más tranquilo, pero no el menos vengativo.

—Tienes razón, Roy; McCutcheon nos ha jugado sucio. Ha llegado a las profundidades de la iniquidad humana. Pero nos vengaremos. Cuando lleguemos, dentro de 6.300 minutos exactos, tendremos que ajustar las cuentas con el señor McCutcheon.

—¿Qué haremos? —los ojos de Roy estaban llenos de alegría sanguinaria.

—Por el momento, sugiero que simplemente carguemos contra él y que lo desmenuemos en diminutos, pequeños trocitos.

—No es lo bastante atroz. ¿Qué tal si lo hervimos en aceite?

—Eso es razonable, sí; pero podría llevar demasiado tiempo. Propinémosle una buena paliza al estilo antiguo... con nudillos de bronce.

Roy se frotó las manos.

—Tenemos mucho tiempo para inventar algunas medidas realmente adecuadas. El muy sucio, abandonado de la mano de Dios, cobarde, leproso... —El resto

degeneró fluidamente hacia lo irrepetible.

Y por cuatro días más, la temperatura siguió bajando. El mercurio se congeló en el decimocuarto y último día, y la sólida columna roja apuntaba su dedo congelado los cuarenta grados bajo cero.

Aquel horrible último día habían encendido la estufa, empleando toda su escasa reserva de petróleo. Temblando y más que medio helados, se agazaparon uno junto a otro, en un intento por aprovechar hasta la última gota de calor.

Varios días antes, Jimmy había encontrado un par de orejeras en un rincón oscuro, y ahora se las turnaban cada hora. Ambos estaban sentados bajo una pequeña montaña de mantas, frotándose las manos y los pies casi helados. A medida que transcurrían los minutos, su conversación, que versaba casi exclusivamente sobre McCutcheon, se volvía más cáustica.

—Siempre recitando esa consigna, tres veces maldita, de Correos del Espacio: «Nuestro vuelo a través del es... —Jimmy se ahogó con furia impotente.

—Sí, y siempre desgastando sillas en vez de salir al espacio y hacer algo como trabajo de hombre, el podrido y... —agregó Roy.

—Bueno, deberíamos salir de la zona de desviación en dos horas. Luego, tres semanas y estaremos en Venus —dijo Jimmy, estornudando.

—Nunca será demasiado pronto para mí —contestó Snead, que llevaba dos días sorbiendo sin cesar—. Nunca volveré a hacer otro viaje espacial, excepto quizá el que me devuelva a la Tierra. Después de esto, me ganaré la vida cultivando plátanos en Centroamérica. Al menos, un buen hombre puede estar decentemente caliente allí.

—Podríamos no salir de Venus, después de lo que vamos a hacerle a McCutcheon.

—No, en eso tienes razón. Pero no importa. Venus es aún más cálido que Centroamérica y eso es lo único que me interesa.

—Tampoco tenemos problemas legales —Jimmy volvió a estornudar—. En Venus, la pena máxima por asesinato en primer grado es la cadena perpetua. Una bonita, cálida y seca celda para el resto de mi vida. ¿Qué podría ser mejor?

La segunda manecilla del cronómetro giraba a paso uniforme; los minutos pasaban. Las manos de Roy sobrevolaban amorosamente sobre la palanca que conectaría los cohetes traseros de babor para alejar al *Helios* del Sol y de aquella horrible Zona de Deflexión.

Y al fin:

—¡Adelante! —gritó Jimmy con ansiedad—. ¡Déjala correr!

Con un profundo rugido reverberante, los cohetes se encendieron. La *Helios* tembló de proa a popa. Los pilotos sentían que la aceleración les apretaba contra el respaldo de sus asientos, y estaban felices. En cuestión de minutos, el Sol volvería a brillar y ellos dejarían de tener frío, sentirían de nuevo el bendito calor.

Sucedió antes de que se dieran cuenta de ello. Hubo un momentáneo destello de luz y después un rechinar y un clic, al cerrarse las portillas que miraban al Sol.

—¡Mira —gritó Roy—, las estrellas! ¡Ya hemos salido! —Lanzó una extática mirada de felicidad hacia el termómetro—. Bueno, viejo amigo, de ahora en adelante subimos otra vez. —Se envolvió mejor en las mantas, pues el frío aún persistía.

Había dos hombres en el despacho de Frank McCutcheon en la sucursal de Venus de Correos del Espacio Unido: el propio McCutcheon y el anciano canoso Zebulon Smith, inventor del Campo Deflector. Smith estaba hablando.

—Pero, señor McCutcheon, es realmente de gran importancia que sepa exactamente cómo ha funcionado mi Campo Deflector. Seguramente ellos han transmitido toda la información posible.

El rostro de McCutcheon era un estudio de indignación mientras mordía el extremo de uno de sus cigarros dos-por-cinco y lo encendía.

—Eso, mi querido señor Smith —dijo—, es exactamente lo que no hicieron. Desde que se alejaron del Sol lo bastante como para establecer comunicación, estuve enviando pedidos de información relativa a la eficacia del Campo. Pero simplemente se niegan a contestar. Dicen que funcionó y que están vivos, añadiendo que nos proporcionarán todos los detalles cuando lleguen a Venus. ¡Eso es todo!

Zebulon Smith suspiró, decepcionado.

—¿No es eso un poco insólito; insubordinación, para llamarlo de algún modo? Pensé que estaban obligados a dar informes completos y todos los detalles solicitados.

—Así es, lo están. Pero son mis mejores pilotos y bastante temperamentales. Tenemos que concederles alguna libertad de acción. Además, les engañé para que hicieran este viaje, bastante arriesgado por cierto, como usted sabe, así que me siento inclinado a ser indulgente.

—Bien, entonces, supongo que debo esperar.

—Oh, no será por mucho tiempo —le aseguró McCutcheon—. Les esperamos hoy mismo, y le aseguro que en cuanto me ponga en contacto con ellos le enviaré un informe detallado. Después de todo, han sobrevivido durante dos semanas a una distancia de veinte millones de millas del Sol, así que su invento es un éxito. Eso debería satisfacerle.

Smith apenas acababa de irse cuando la secretaria de McCutcheon entró, con una expresión perpleja en el rostro.

—Algo va mal con los dos pilotos del *Helios*, señor McCutcheon —le informó—. Acabo de recibir un boletín del mayor Wade desde Pallas City, donde aterrizaron. Se han negado a asistir a los festejos que se les había preparado, pero en cambio alquilaron inmediatamente un cohete para venir aquí, negándose a revelar la razón. Cuando el mayor Wade trató de detenerlos, se pusieron violentos, según me dijo.

La muchacha dejó la comunicación sobre la mesa.

McCutcheon la miró superficialmente

—¡Humm! Parecen horriblemente temperamentales. Bueno, envíelos a mí en cuanto lleguen. Yo se los quitaré.

Unas tres horas más tarde, el problema de los dos pilotos de mal comportamiento volvió sobre el tapete, esta vez a causa de una súbita conmoción en la recepción. McCutcheon oyó las coléricas voces de dos hombres y después las agudas protestas de su secretaria. De repente, la puerta se abrió de par en par y Jim Turner y Roy Snead irrumpieron en el despacho.

Roy cerró tranquilamente la puerta y apoyó la espalda contra ella.

—No permitas que nadie me moleste hasta que haya terminado —le dijo Jimmy.

—Nadie atravesará esta puerta durante un buen rato —repuso sombríamente Roy—, pero recuerda que prometiste dejar algo para mí.

McCutcheon no había pronunciado ni una palabra, pero cuando vio que Turner sacaba casualmente un par de nudillos de bronce del bolsillo y se las ponía con aire resuelto, decidió que era tiempo de detener la comedia.

—Hola, muchachos —dijo, con una cordialidad desacostumbrada en él—. Me alegro de volver a verles. Tomen asiento.

Jimmy ignoró la oferta.

—¿Tiene algo que decir, algún último deseo, antes de que empiece las operaciones? —Hizo rechinar los dientes con un desagradable sonido.

—Bueno, si lo ponen de este modo —dijo McCutcheon—, podría preguntarles exactamente qué significa todo esto... si no estoy siendo demasiado irracional. Quizá el Deflector era ineficaz y tuvieron un viaje caluroso.

La única respuesta que recibió fue un sonoro resoplido de Roy y una fría mirada por parte de Jimmy.

—Primero —dijo éste—, ¿de quién fue la idea del odioso y repugnante engaño que nos perpetró?

Las cejas de McCutcheon se alzaron por la sorpresa.

—¿Se refiere a las pequeñas mentiras blancas que les conté para convencerles de que fueran? Vaya, eso no fue nada. Simple práctica del oficio, nada más. Vaya, hago cosas peores que esa todos los días y la gente las considera sólo rutina. Además, ¿qué mal les ha hecho?

—Cuéntale nuestro “agradable viaje”, Jimmy —apremió Roy.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer —fue la respuesta. Se volvió hacia McCutcheon y adoptó un aire de mártir—. Primero, en este maldito viaje, nos freímos en una temperatura que alcanzó los 150 grados, pero era de esperar y no nos quejamos; estábamos a media distancia entre Mercurio y el Sol.

»Pero después de eso, entramos en esa zona donde la luz nos rodea; la radiación

entrante bajó a cero y empezamos a perder calor, pero no un sólo grado al día tal como aprendimos en la escuela de pilotos —se interrumpió para soltar unas cuantas maldiciones nuevas que se le acababan de ocurrir, y luego continuó—: Al cabo de tres días, habíamos bajado a cien y después de una semana, a congelación.

»Entonces, durante una semana entera, siete largos días, seguimos nuestro curso a una temperatura muy inferior congelación. El último día hacía tanto frío que el mercurio se congeló. —La voz de Turner se elevó hasta quebrarse, y en la puerta, un acceso de compasión de sí mismo hizo que Roy lanzara un fuerte suspiro. McCutcheon permanecía inescrutable.

Jimmy prosiguió:

—Allí estábamos sin un sistema de calefacción, de hecho, sin calor de ninguna clase, ni siquiera ropa caliente. Nos congelamos, maldita sea. Teníamos que fundir la comida y derretir el agua. Estábamos rígidos, no podíamos movernos. Le aseguro que era un infierno, con la temperatura contraria. —Hizo una pausa, como si le faltaran las palabras.

Roy Snead le relevó de la carga.

—Estábamos a veinte millones de millas del Sol y yo tenía las orejas congeladas. Congeladas, he dicho. —Sacudió amenazadoramente el puño debajo de la nariz de McCutcheon—. Y fue culpa suya. ¡Usted nos convenció con engaños! Mientras nos helábamos, nos prometimos que volveríamos y le daríamos su merecido, y ahora vamos a cumplir nuestra promesa. —Se volvió hacia Jimmy—. Adelante, empieza, ¿quieres? Hemos perdido bastante tiempo.

—Esperen, muchachos —dijo finalmente McCutcheon—. Déjenme entenderlo bien. ¿Quiere decir que el Campo Deflector funcionó tan bien que mantuvo lejos toda radiación y les sacó todo el calor que había en la nave antes de activarse?

Jimmy gruñó un lacónico asentimiento.

—¿Y se congelaron durante una semana a causa de eso? —continuó McCutcheon. Un nuevo gruñido.

Y entonces sucedió algo muy extraño e insólito. McCutcheon, el «Viejo Cascarrabias», el hombre sin el músculo de la risa, sonrió. Realmente mostró sus dientes en un rictus. Y lo que es más, el rictus creció más y más ancho que finalmente se escuchó una risita mohosa y largamente no utilizada, cada vez más fuerte, hasta convertirse en verdadera carcajada, y la carcajada en bramido. Con una explosión estentórea, McCutcheon compensó toda una vida de amarga acritud.

Las paredes retumbaron, los vidrios de las ventanas traquetearon, y las homéricas carcajadas no cesaban. Roy y Jimmy, estaban con la boca abierta, completamente estupefactos. Un desconcertado contable asomó la cabeza por la puerta en un acceso de temeridad y se quedó congelado en el lugar. Otros se agolparon junto a la puerta, hablando en asombrados susurros. ¡*McCutcheon se había reído!*

La hilaridad del viejo Director General menguó gradualmente. Terminó en un espasmo de ahogo y al fin volvió un rostro púrpura hacia sus dos mejores pilotos, cuya sorpresa hacía rato que había dejado lugar a la indignación.

—Muchachos —les dijo—, ha sido el mejor chiste que he oído en mi vida. Pueden contar con una paga doble, los dos. —Seguía sonriendo con precisión y había desarrollado un bello caso de hipo.

Los dos pilotos se quedaron fríos ante el atractivo ofrecimiento.

—¿Qué es tan fulminantemente gracioso? —quiso saber Jimmy—, yo no encuentro nada de qué reírme.

La voz de McCutcheon goteaba miel.

—A ver, muchachos, antes de irme les di a cada uno de ustedes varias hojas mimeografiadas con instrucciones especiales. ¿Qué ha sido de ellas?

La atmósfera se llenó de un súbito azoramiento.

—No lo sé. Debí perder las mías —murmuró Roy.

—Nunca miré las mías; las olvidé —Jimmy estaba genuinamente consternado.

—Ya ven —exclamó McCutcheon triunfante—, todo ha sido culpa de su propia estupidez.

—¿Cómo se imagina eso? —quiso saber Jimmy—. El mayor Wade nos dijo todo lo que teníamos que saber acerca de la nave, y además, adivino que no hay nada que usted pueda decirnos sobre cómo manejarla.

—Oh, ¿no lo hay? Evidentemente Wade se olvidó de informarles sobre un pequeño detalle que hubieran encontrado en mis instrucciones. La intensidad del Campo Deflector era *ajustable*. Dio la casualidad de que, cuando ustedes partieron, estaba en su punto máximo, eso es todo. —Ahora empezaba a reír de nuevo débilmente—. Ahora bien, si se hubieran tomado la molestia de leer las hojas, se hubiesen enterado de que un sencillo movimiento de una pequeña palanca —hizo el gesto apropiado con el pulgar— habría debilitado el Campo cualquier cantidad deseada y permitido que se colara tanta radiación como se quisiera.

Y ahora la risita estaba haciéndose más fuerte.

—Y se helaron durante una semana porque no tuvieron el cerebro para empujar una palanca. Y después ustedes, mis mejores pilotos, llegan aquí y me culpan. ¡Qué divertido! —y empezó a reír de nuevo, mientras un par de jóvenes muy avergonzados se dirigían miradas de soslayo.

Cuando McCutcheon volvió a su estado normal, Jimmy y Roy se habían marchado.

Abajo, en la calle contigua al edificio, un muchacho de diez años observaba, con la boca abierta y abstracción intensa, a dos hombres jóvenes que se hallaban comprometidos en la ocupación extraña y bastante sorprendente de darse patadas uno a otro alternativamente. ¡Y además, eran patadas con muy mala intención!



## La Amenaza de Calixto (1940)

---

“The Callistan Menace (Stowaway)”

—¡Maldito Júpiter! —gruñó Ambrose Whitefield malhumoradamente, y yo me mostré conforme con él.

—He estado en la órbita del satélite joviano —dije— quince años y he oído pronunciar estas dos palabras más de un millón de veces. Probablemente es la maldición más sincera de todo el sistema solar.

Acabábamos de ser relevados de nuestro turno en los mandos de la nave de exploración *Ceres* y bajamos los dos niveles hasta nuestra habitación con pasos lentos.

—Maldito Júpiter... y mil veces maldito insistió Whitefield de mal talante—. Es demasiado grande para el sistema. ¡Sigue ahí detrás de nosotros y tira, tira y tira! Hemos de tener los átomos disparando todo el camino. Debemos comprobar nuestra trayectoria completamente todas las horas. ¡Sin descansar, sin parar el motor, sin tranquilidad! Sólo un trabajo de lo más horrible.

Tenía la frente perlada de gotas de sudor y se las limpió con el dorso de la mano. Era un hombre joven, de apenas treinta años, y en sus ojos podía verse que estaba nervioso, e incluso un poco asustado.

Y no era Júpiter lo que le preocupaba, a pesar de su imprecación. Júpiter era la menor de nuestras preocupaciones. ¡Era Calixto! Era aquella pequeña luna que despedía un fulgor azul pálido sobre nuestras visiplacas, lo que hacía sudar a Whitefield y lo que ya me había quitado el sueño durante cuatro noches. ¡Calixto!

¡Nuestro punto de destino!

Incluso el viejo Mac Steeden, veterano de bigote gris que, en su juventud, había navegado con el gran Peewee Wilson en persona, realizaba sus obligaciones con mirada ausente. Cuatro días de viaje —y diez días más frente a nosotros— y el pánico había hecho su aparición.

Todos éramos bastante valientes en el curso normal de los acontecimientos. Los ocho del *Ceres* nos habíamos enfrentado con las purpúreas Lectrónicas y los peligrosos Disintos de piratas y rebeldes y con los ambientes hostiles de media docena de mundos. Pero se necesitaba más que un valor corriente para enfrentarse con lo desconocido; para enfrentarse con Calixto, «el mundo misterioso» del sistema solar.

Se sabía una cosa acerca de Calixto... un siniestro y único hecho. Durante un periodo de veinticinco años, habían aterrizado siete naves, progresivamente mejor equipadas... y nunca se había sabido nada más de ellas. Los suplementos dominicales atribuían al satélite cualquier especie de habitantes, desde súper-dinosaurios hasta fantasmas invisibles de la cuarta dimensión, pero esto no resolvió el misterio.

Nuestra nave era la octava y, sin duda, mucho mejor que cualquiera de las que nos precedieron. Éramos los primeros en llevar el recién descubierto casco de beril tungsteno, el doble de resistente que el viejo recubrimiento de acero. Poseíamos un armamento súper-pesado y los últimos motores de propulsión atómica. Aun así, nuestra nave no era más que la octava, y todos sin excepción lo sabíamos.

Whitefield entró silenciosamente en nuestra habitación y se desplomó en su litera. Tenía los puños cerrados debajo de la barbilla y sus nudillos estaban blancos. Me pareció que se hallaba próximo al límite de sus fuerzas. Era un caso que requería una gran diplomacia.

—Lo que necesitamos —dije— es una buena bebida muy cargada.

—Lo que necesitamos —contestó ásperamente—, es una gran cantidad de bebida buena y cargada.

—Bien, ¿qué nos lo impide?

Me miró con recelo.

—Sabes que no hay ni una gota de licor a bordo de esta nave. ¡Va contra las reglas!

—Espumosa agua verde de *Jabra* —dije lentamente, dejando que las palabras salieran despacio de mi boca—. Envejecida bajo los desiertos de Marte. Espeso jugo esmeralda. ¡Botellas llenas! ¡Cajas llenas!

—¿Dónde?

—Yo sé dónde. ¿Qué te parece? Unas cuantas copas, sólo unas cuantas, nos animarán.

Sus ojos centellearon un momento, y luego volvieron a apagarse.

—¿Y si el capitán nos descubre? Es muy rígido en cuestión de disciplina, y en un viaje como éste podría costarnos el puesto.

Yo parpadeé y sonreí.

—Es la reserva del propio capitán. No puede castigarnos sin destruirse él mismo... el viejo hipócrita. Es el capitán mejor que ha existido, pero le encanta el agua esmeralda.

Whitefield me miró larga y fijamente.

—De acuerdo. Muéstrame el camino.

Nos descolgamos hasta el cuarto de provisiones que, naturalmente, estaba desierto. El capitán y Steeden se encontraban en los controles; Brock y Charney se hallaban en los motores; y Harrigan y Tuley roncaban en su habitación.

Moviéndome lo más silenciosamente posible, gracias a una adquirida costumbre, separé varias cajas de comida y abrí un panel oculto cerca del suelo. Metí la mano y saqué una polvorienta botella, que, en la escasa claridad, despidió un centelleo verde mar.

—Siéntate —dije— y ponte cómodo.

Cogí dos copas pequeñas y las llené.

Whitefield bebió lentamente y con grandes muestras de satisfacción. Vació la segunda copa de un sólo trago.

—¿Por qué te presentaste voluntario para este viaje, Whitey? —pregunté—. Eres un poco joven para una cosa así.

Agitó la mano.

—Ya sabes lo que ocurre. Las cosas se vuelven monótonas después de un tiempo. Me dediqué a la zoología al salir de la Universidad —un gran campo desde los viajes interplanetarios— y tuve un cómodo cargo en Ganímedes. Sin embargo, era monótono; me moría de aburrimiento. Así que me enrolé siguiendo un impulso, y después me presenté voluntario para este viaje. —Suspiró tristemente—. Estoy un poco arrepentido de haberlo hecho.

—No hay que tomarlo así muchacho. Yo tengo experiencia y lo sé. Cuando te domina el pánico, estás acabado. Al fin y al cabo, dentro de dos meses estaremos de vuelta en Ganímedes.

—No estoy asustado, si eso es lo que crees —exclamó airadamente—. Es que..., es que... —Hubo una larga pausa en la que con el ceño fruncido miró su tercera copa llena—. Bueno, es sólo que estoy cansado de intentar imaginarme lo que nos espera. Mi mente trabaja excesivamente y tengo los nervios destrozados.

—Claro, claro —le consolé—. No te culpo. Supongo que a todos nos ocurre lo mismo. Pero has de tener cuidado. Recuerdo que en un viaje Marte—Titán tuvimos...

Whitefield interrumpió una de mis historias favoritas —y yo las contaba mejor que cualquiera de las fuerzas armadas— con un golpe en las costillas que me cortó la respiración.

Dejó cuidadosamente su *Jabra*.

—Dime, Jenkins —tartamudeó—, ¿acaso he tragado bastante licor como para imaginarme cosas?

—Eso depende de lo que te imagines.

—Juraría que he visto algo que se movía entre la pila de cajas vacías de aquel rincón.

—Es una mala señal —dije mientras bebía otro trago—. Los nervios te afectan la vista y ahora vuelven a dominarte. Deben ser fantasmas, o la amenaza de Calixto que nos vigila con anticipación.

—Te digo que lo he visto. Allí hay algo vivo.

Se inclinó hacia mí —tenía los nervios desatados— y durante un momento, en aquella luz escasa y llena de sombras, incluso yo me estremecí.

—Estás loco —dije en voz alta, y el eco me tranquilizó un poco. Dejé mi copa vacía y me puse en pie con algo de inseguridad—. Acerquémonos y echemos una ojeada.

Whitefield me imitó y juntos empezamos a mover los ligeros cubículos de aluminio hacia uno y otro lado. No estábamos completamente sobrios e hicimos mucho ruido. Por el rabillo del ojo, vi a Whitefield tratando de mover la caja que había junto a la pared.

—Esta no está vacía —gruñó, mientras la alzaba ligeramente del suelo.

Murmurando algo entre dientes, hizo saltar la tapa y miró al interior. Durante medio segundo permaneció inmóvil y después se alejó, retrocediendo lentamente. Tropezó con algo y cayó sentado, mientras seguía mirando fijamente la caja. Contemplé sus acciones con asombro, y luego di un rápido vistazo a la caja en cuestión. El vistazo se convirtió en una larga mirada, y emití un ronco alarido que resonó en cada una de las cuatro paredes. Un muchacho asomaba la cabeza fuera de la caja; un joven pelirrojo de cara sucia que no tendría más de trece años.

—Hola —dijo el muchacho mientras saltaba por la abertura. Ninguno de nosotros dos encontró fuerza suficiente para contestarle, así que prosiguió—: Me alegro de que me hayan encontrado. Me ha dado un calambre en un hombro al tratar de acurrucarme ahí dentro.

Whitefield tragó saliva.

—¡Buen Dios! ¡Un muchacho de polizón! ¡Y en un viaje a Calixto!

—Y no podemos regresar —recordé con voz quebrada— sin destrozarnos nosotros mismos. La órbita del satélite es *veneno*.

—Mira —Whitefield se volvió hacia el muchacho con súbita beligerancia—. ¿Quién eres, jovencuelo, y qué estás haciendo aquí?

El muchacho titubeó.

—Me llamo Stanley Fields —contestó, un poco atemorizado—. Soy de Nuevo Chicago, de Ganímedes. Me he escapado al espacio, como hacen en los libros. —Hizo una pausa y después preguntó animadamente—: ¿Cree que lucharemos con piratas en este viaje, señor?

No había duda de que el muchacho estaba lleno a rebosar de *Astronautas a diez centavos*. Yo solía leerlos cuando era jovencito.

—¿Qué hay de tus padres? —preguntó Whitefield, severamente.

—Oh, sólo tengo un tío. Supongo que no le importará mucho —había superado su primitiva inquietud y seguía sonriéndonos.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —dijo Whitefield, mirándome con completa impotencia.

Yo me encogí de hombros.

—Llevarlo al capitán. Dejar que *él* se preocupe.

—¿Y cómo lo tomará?

—Del modo que prefiera. No es culpa *nuestra*. Además, no se puede hacer absolutamente nada.

Y agarrando un brazo cada uno, nos alejamos, llevando al muchacho entre nosotros.

El capitán Bartlett es un competente oficial y pertenece al tipo impasible que sólo muy raramente muestra alguna emoción. Pero en esas pocas ocasiones en que lo hace, es como un volcán de Mercurio en plena erupción... y no has vivido hasta ver uno de ellos.

Era un caso comprometido. El viaje a un satélite siempre es agotador. La imagen de Calixto frente a nosotros era más intensa para él que para cualquier miembro de la tripulación. Y ahora había aquel polizón. ¡Era intolerable! Durante media hora, el capitán descargó salva tras salva de las peores maldiciones. Empezó con el Sol y agotó la lista de planetas, satélites, asteroides, cometas, y de los mismísimos meteoros. Estaba empezando con las estrellas fijas más cercanas; cuando se desplomó a causa de un completo agotamiento nervioso. Estaba tan excitado que no se le ocurrió preguntarnos lo que hacíamos en el almacén, y Whitefield y yo estuvimos debidamente agradecidos. Pero el capitán Bartlett no es tonto. Una vez hubo eliminado de su sistema la tensión nerviosa, vio claramente que lo que no puede curarse ha de soportarse.

—Que alguien se lo lleve y lo lave\1\2y que no se ponga ante mi vista por ahora. —Entonces, dulcificándose un poco, me atrajo hacia él—. No le asusten diciéndole adónde vamos. Se ha metido en un mal sitio, el pobre muchacho.

Cuando salimos, el viejo tramposo de corazón blando se disponía a enviar un mensaje urgente a Ganímedes para tratar de ponerse en comunicación con el tío del muchacho. Naturalmente, entonces no lo sabíamos, pero aquel muchacho fue un enviado de Dios... un verdadero regalo de la diosa Fortuna. Desvió nuestros pensamientos de Calixto. Nos proporcionó algo más en qué pensar. La tensión, que al término de cuatro días casi había alcanzado su punto límite, cesó por completo.

Había algo refrescante en la natural alegría del chico, en su radiante ingenuidad. Paseaba por la nave preguntando las cosas más absurdas. Insistía en esperar piratas en cualquier momento. Y, sobre todo, seguía mirándonos a todos y cada uno de nosotros como héroes de *Astronautas a diez centavos*. Como es natural, esto último halagaba nuestro ego y nos daba nuevos bríos. Competíamos entre nosotros en jactancia y en narrar aventuras imaginarias, y el viejo Mac Steeden, que a los ojos de Stanley era un semidiós, batió todos los récords de caprichosas y fantásticas mentiras.

Recuerdo, particularmente, la conversación que tuvimos el séptimo día de viaje. Ya habíamos llegado a mitad de camino y debíamos iniciar una cautelosa reducción de la velocidad. Todos nosotros (excepto Harrigan y Tuley, que se hallaban en los motores) estábamos sentados en la cabina de mando. Whitefield, sin perder de vista el computador, iniciaba la maniobra, y, como de costumbre, hablaba de zoología.

—Es una cosa parecida a una babosa pequeña —decía—, que no se ha encontrado

más que en Europa. Se llama el Carolus Europis, pero siempre nos referimos a él como el Gusano Magnético. Tiene unos quince centímetros de longitud y es de un color gris pizarra... lo más desagradable que os podáis imaginar.

»Pasamos seis meses estudiando ese gusano y nunca había visto al viejo Mornikoff tan excitado como entonces. Veréis, mata por medio de cierta clase de campo magnético. Pones el Gusano Magnético en un extremo de la habitación y una oruga, por ejemplo, en el otro. Esperas unos cinco minutos y la oruga se enrosca y muere.

»Y lo más curioso es esto. No matará a una rana... demasiado grande; pero si coges a esa rana y la rodeas de una banda de hierro, ese Gusano Magnético la mata con toda facilidad. Por eso sabemos que es con una especie de campo magnético como lo hace... la presencia de hierro cuadruplica su fuerza.

Esta historia nos impresionó a todos. Se oyó la profunda voz de bajo de Joe Brock:

—Me alegro de que esos bichos no tengan más que diez centímetros de longitud, si lo que dices es verdad.

Mac Steeden se desperezó y después se atusó el bigote gris con exagerada indiferencia.

—Dices que ese gusano es extraño. No es nada comparado con las dos cosas que yo he visto en mis épocas...

Movió la cabeza con lentitud y remembranza, y comprendimos que estaba a punto de contar un cuento largo y horrible. Alguien lanzó un gemido sordo, pero Stanley se entusiasmó al ver que el viejo veterano estaba en vena de contar historias.

Steeden se fijó en los centelleantes ojos del muchacho, y se dirigió al él.

—Me encontraba con Peewee Wilson cuando ocurrió... Has oído hablar de Peewee Wilson, ¿verdad?

—Oh, sí —los ojos de Stanley revelaban claramente su adoración por el héroe—. He leído libros acerca de él. Fue el mejor astronauta que ha habido jamás.

—Puedes apostar todo el radio de Titán a que lo era, muchacho. No era más alto que tú, y no pesaba mucho más de cincuenta kilos, pero valía cinco veces su peso en diablos de Venus en cualquier lucha. Y él y yo éramos inseparables. Nunca iba a ningún sitio si yo no estaba con él. Cuando las cosas se ponían difíciles siempre recurría a mí. —Suspiró lúgubremente—. Estuve con él hasta el final. No fue más que una pierna rota lo que me impidió acompañarle en su último viaje...

Se interrumpió súbitamente y nos invadió un silencio tenso. El rostro de Whitefield se volvió blanco, la boca del capitán se torció en una extraña mueca, y yo sentí que el corazón me descendía, hasta las plantas de los pies. Nadie habló, pero los seis pensamos lo mismo. El último viaje de Peewee Wilson había sido a Calixto. Fue el segundo... y no regresó. La nuestra era la octava expedición.

Stanley nos contempló uno a uno con asombro, pero todos evitamos su mirada.

El capitán Bartlett fue el que se recobró primero.

—Dígame, Steeden, usted tiene un viejo traje espacial de Peewee Wilson, ¿verdad? —su voz era tranquila y reposada, pero vi que le costaba un gran esfuerzo mantenerla así.

Steeden levantó la vista con los ojos brillantes. Había estado mascando las puntas de su bigote (siempre lo hacía cuando estaba nervioso) y ahora le colgaban de forma descuidada.

—Desde luego, capitán. Me lo dio él mismo, vaya si lo hizo. Fue antes del '23 cuando los nuevos trajes de acero acababan de salir. Peewee ya no necesitaba su viejo artefacto de vitri-caucho, así que me lo dio... y lo conservo desde entonces. Me da buena suerte.

—Bueno, estaba pensando que podríamos arreglar ese viejo traje para el muchacho. No le irá bien ningún otro y necesita uno.

Los apagados ojos del veterano se endurecieron y sacudió vigorosamente la cabeza.

—No señor, capitán. Nadie toca ese viejo traje. El mismo Peewee me lo dio. ¡Con sus propias manos! Es..., es *sagrado*, eso es lo que es.

Los demás nos pusimos inmediatamente de parte del capitán, pero la obstinación de Steeden persistió y aumentó. Repetía inexpresivamente una y otra vez: «Ese traje se quedará donde está.» Y recalaba la afirmación con un golpe de su nudoso puño.

Estábamos a punto de darnos por vencidos, cuando Stanley, que hasta entonces había guardado discretamente silencio, intervino en la discusión.

—Por favor, señor Steeden —la voz le temblaba ligeramente. Por favor, déjemelo. Tendré mucho cuidado con él. Apuesto a que si Peewee Wilson viviera accedería a prestármelo —sus ojos azules se empañaron y el labio inferior le tembló un poco. El muchacho era un actor perfecto. Steeden parecía irresoluto y empezó a masticar su bigote de nuevo.

—Bueno... oh, diablos, todos os habéis confabulado contra mí. Que el muchacho lo use, pero ¡no esperéis que yo lo arregle! Vosotros podéis perder horas de sueño... Yo me lavo las manos.

Y así el capitán Bartlett mató dos pájaros de un tiro. Desvió nuestros pensamientos de Calixto en un momento en que la moral de la tripulación era muy baja y nos proporcionó algo en que pensar durante el resto del viaje... pues renovar aquella vieja reliquia suponía casi una semana de trabajo.

Trabajamos en aquella antigualla con una concentración totalmente desproporcionada respecto a la importancia de la tarea. Con esta insignificancia, nos olvidamos del orbe creciente de Calixto. Soldamos hasta la última grieta y cámara de aire de aquel venerable traje. Arreglamos el interior con una tupida red de alambre de

aluminio. Restauramos la pequeña unidad calorífica e instalamos nuevos depósitos de oxígeno y tungsteno. Incluso el capitán nos ayudaba de vez en cuando, y Steeden, después del primer día, a pesar de su diatriba del principio, se dedicó a la tarea con todo su empeño.

Lo acabamos el día antes del previsto para el aterrizaje, y Stanley, cuando se lo probó, resplandecía de orgullo, mientras Steeden le contemplaba, sonriendo y retorciéndose el bigote. Y a medida que los días pasaban, el círculo azul pálido que era Calixto aumentaba de tamaño sobre la visiplaca hasta ocupar la mayor parte del cielo. El último día fue inquietante. Realizamos abstraídamente nuestras tareas, y de un modo deliberado evitamos mirar el cruel e inclemente satélite que teníamos delante.

Nos lanzamos... en una espiral larga y gradualmente contráctil. Por medio de esta maniobra, el capitán había esperado lograr algún conocimiento preliminar de la naturaleza del satélite y sus eventuales habitantes, pero la información que conseguimos fue casi totalmente negativa.

El gran porcentaje de dióxido de carbono, presente en la delgada y fría atmósfera era compatible con la vida de las plantas, así que la vegetación era abundante y diversa. Sin embargo, el índice del tres por ciento de oxígeno parecía excluir la posibilidad de cualquier clase de vida animal, excepto las especies más simples, y primitivas. Tampoco había ninguna evidencia de ciudades o estructuras artificiales de cualquier clase.

Dimos cinco vueltas alrededor de Calixto antes de divisar un gran lago, cuya forma recordaba la cabeza de un caballo.

Descendimos suavemente en dirección hacia él, pues el último mensaje de la segunda expedición —la de Peewee Wilson— habló de aterrizar cerca de dicho lago.

Todavía nos hallábamos a unos ochocientos metros del suelo, cuando localizamos el brillante ovoide de metal que era el *Fobos*, y cuando al fin nos posamos suavemente sobre el verde rastrojo de vegetación, no nos separaban más de quinientos metros de la desafortunada embarcación.

—Es extraño —murmuró el capitán, cuando todos nos hubimos congregado en la cabina de mandos, en espera de nuevas órdenes—, parece que no hay ninguna señal de violencia.

¡Era cierto! El *Fobos* estaba allí, al parecer intacto. Su anticuado casco de acero brillaba bajo la luz amarillenta de un convexo Júpiter, pues el escaso oxígeno de la atmósfera no podía llegar a oxidar su resistente exterior.

El capitán salió de su ensimismamiento y se volvió hacia Charney, que estaba en la radio.

—¿Ganímedes ha contestado?

—Sí, señor. Nos desean buena suerte. —Lo dijo con sencillez, pero un escalofrío



me recorrió la espina dorsal.

No se movió ni un solo músculo del rostro del capitán.

—¿Ha intentado establecer comunicación con el *Fobos*?

—No contestan, señor.

—Tres de nosotros investigarán el *Fobos*. Algunas respuestas, por lo menos, deben estar allí.

—¡Palillos de cerillas! —gruñó Brock, con impasibilidad.

El capitán asintió gravemente. Puso ocho cerillas en la palma de su mano, rompió tres por la mitad, y extendió el brazo hacia nosotros, sin decir ni una palabra.

Charney dio un paso adelante y cogió el primero. Estaba rota y se dirigió lentamente hacia el perchero del traje espacial. Tuley le siguió y tras él Harrigan y Whitefield. Después yo, y saqué la segunda cerilla rota. Sonreí y seguí a Charney, y al cabo de treinta segundos, el viejo Steeden en persona se reunió con nosotros.

—La nave les respaldará, muchachos —dijo el capitán tranquilamente, mientras nos estrechaba la mano—. Si ocurre algo peligroso, echen a correr. Nada de heroísmos ahora, no podemos permitirnos el lujo de perder hombres.

Inspeccionamos nuestras Lectrónicas de bolsillo y salimos. No sabíamos con exactitud lo que debíamos esperar y no estábamos seguros de que nuestros primeros pasos sobre suelo de Calixto no pudieran ser los últimos, pero ninguno de nosotros vaciló un sólo instante. En los *Astronautas a diez centavos*, el valor es una mercancía muy barata, pero es mucho más cara en la vida real. Recuerdo con considerable orgullo los firmes pasos con los que los tres abandonamos la protección del Cenes.

Miré hacia atrás una sola vez y distinguí el rostro de Stanley pegado al grueso vidrio de la portilla. Incluso a distancia, su nerviosismo era evidente. ¡Pobre chico! Durante los últimos dos días había estado convencido de que nos hallábamos en camino hacia una ciudadela de piratas y casi se moría de impaciencia porque la lucha empezara. Naturalmente, ninguno de nosotros se cuidó de desilusionarle. El casco exterior del *Fobos* se levantaba ante nosotros y nos dominaba con su presencia. La gigantesca embarcación reposaba sobre la hierba verde oscura, silenciosa como la muerte. Una de las siete que lo habían intentado y habían fracasado. Y la nuestra era la octava.

Charney rompió el inquieto silencio.

—¿Qué son esas manchas blancas del casco?

Levantó un dedo forrado de metal y lo paseó por la plancha de acero. Lo retiró y contempló la blanda pulpa de color blanco que lo cubría. Con un involuntario estremecimiento de repugnancia, se lo limpió restregándolo en la gruesa hierba del suelo.

—¿Qué creéis que es?

Toda la nave, excepto la parte cercana al suelo estaba recubierta de una fina capa

de la pulposa sustancia. Parecía espuma seca... parecía...

Dije:

—Es como fango que una babosa gigante hubiera dejado tras salir del lago y deslizarse sobre la nave.

Naturalmente, no hice tal afirmación en serio, pero los otros dos lanzaron una apresurada mirada a la superficie lisa como un espejo del lago en la que se reflejaba con claridad la imagen de Júpiter. Charney sacó su Lectrónica de mano.

—¡Aquí! —gritó repentinamente Steeden, cuya voz sonaba ronca y metálica a través de la radio—. Es inútil seguir hablando. Hemos de encontrar algún medio de entrar en la nave; debe haber una grieta en alguna parte del casco. Tú irás hacia la derecha, Charney, y tú, Jenkins, hacia la izquierda. Yo intentaré llegar arriba de alguna forma.

Mirando cuidadosamente el casco redondeado, retrocedió y dio un salto. En Calixto, desde luego, sólo pesaba diez kilos o menos, con traje y todo, así que se elevó unos diez o doce metros. Golpeó ligeramente el casco, y cuando empezaba a deslizarse hacia abajo, se agarró a la cabeza de un remache y gateó hasta la parte superior.

En ese momento yo hice un gesto de despedida a Charney, y me alejé.

—¿Todo va bien? —la voz del capitán sonó tenuemente junto a mi oído.

—Todo bien —repuse con aspereza— hasta ahora. Y mientras lo decía, el *Ceres* desapareció detrás del saliente convexo del fallecido *Fobos* y me encontré completamente solo en la misteriosa luna.

A partir de entonces proseguí mi ronda en silencio. La «piel» de la nave espacial no estaba rota, a excepción de las oscuras portillas, las más bajas de las cuales se hallaban muy por encima de mi cabeza. Una o dos veces me pareció ver a Steeden gateando como un mono sobre la superficie del casco, pero quizá no fue más que una ilusión.

Al final llegué a la proa, que aparecía bañada por la clara luz de Júpiter. Allí, la hilera inferior de portillas estaba lo bastante baja como para ver el interior, y mientras pasaba de una a otra, me dio la impresión de que estaba contemplando una nave llena de espectros, pues en aquella luz fantasmal todos los objetos parecían sombras oscilantes.

La última ventana de la línea resultó ser de un interés irresistible. En el rectángulo amarillo de la luz de Júpiter estampada en el suelo, yacía lo que quedaba de un hombre. Su ropa le cubría con holgura y la camisa estaba levantada, como si las costillas le hubieran hecho adoptar esta posición. En el espacio entre el cuello abierto de la camisa y el casco de ingeniero, se veía un sonriente cráneo sin ojos. El casco, reposando oblicuamente sobre la calavera, parecía añadir el último refinamiento de horror a la escena.

Un grito penetrante hizo que mi corazón latiera con fuerza. Era Steeden, que lanzaba exclamaciones irreverentes desde algún lugar de la parte superior de la nave. Casi en seguida, vi su torpe cuerpo recubierto de acero que resbalaba y se deslizaba por el costado de la nave.

Corrimos hacia él con largos y flotantes saltos y nos hizo señales de que le siguiéramos, mientras avanzaba delante nuestro, hacia el lago. En la misma orilla, se detuvo y se inclinó sobre un objeto medio enterrado. En dos saltos estuvimos junto a él, y vimos que el objeto era un hombre vestido con un traje espacial, tendido boca abajo. Estaba recubierto por una gruesa capa de la misma sustancia viscosa que había en el *Fobos*.

—Lo he visto desde encima de la nave— dijo Steeden, sin aliento, mientras daba la vuelta a la figura.

Lo que vimos nos hizo lanzar a los tres un grito simultáneo. A través de la visera de vidrio, se distinguía un semblante de leproso. Las facciones estaban putrefactas, caídas a pedazos, como si la descomposición hubiera empezado y cesado a causa de la limitada provisión de aire. Aquí y allí aparecían pedazos de hueso gris. Era la escena más repulsiva que he presenciado en mi vida, a pesar de que he visto muchas similares.

—¡Dios mío! —la voz de Charney era casi un sollozo—. Sólo se murieron y descompusieron.

Expliqué a Steeden que había visto un esqueleto vestido a través de la portilla.

—Maldita sea, esto es un rompecabezas —gruñó Steeden—, y la solución ha de estar dentro del *Fobos*. —Hubo un silencio momentáneo—. Os diré lo que haremos. Uno de nosotros puede regresar y pedir al capitán que desmonte el Desintegrador. Debe ser lo bastante ligero como para manejarlo en Calixto y, a baja intensidad, podemos conseguir la precisión suficiente para practicar un agujero sin hacer que explote toda la nave. Ve tú, Jenkins. Charney y yo intentaremos encontrar otros pobres diablos.

Me dirigí hacia el *Ceres* sin necesidad de que me lo repitieran, cubriendo la distancia con enormes saltos. Ya había recorrido tres cuartas partes del camino cuando un fuerte grito, que sonó metálicamente junto a mi oído, me hizo parar en seco. Di media vuelta con desaliento y quedé petrificado ante la escena que se desarrollaba frente a mis ojos.

La superficie del lago se había convertido en espuma hirviente, y de ella salían las partes delanteras de lo que parecían ser orugas gigantes. Llegaron serpenteando a la orilla, con sus cuerpos de un color gris oscuro chorreando fango y agua. Tenían un metro de longitud, unos treinta centímetros de ancho, y su método de locomoción era lento y reptante. A excepción de una protuberancia alargada en su extremo anterior, cuya punta era de un tenue color rojo, carecían de rasgos característicos.

Mientras yo las miraba, su número aumentaba, hasta que la orilla se convirtió en una compacta masa de nauseabunda carne gris.

Charney y Steeden corrían hacia el *Ceres*, pero no habían cubierto la mitad de la distancia cuando dieron un traspié, y su carrera se convirtió en un tambaleo a ciegas. Incluso eso cesó, y casi al mismo tiempo cayeron de rodillas.

La voz de Charney sonó débilmente junto a mi oído:

—¡Ve a buscar ayuda! Me duele muchísimo la cabeza. ¡No puedo moverme! Me... —ahora los dos estaban inmóviles en el suelo.

Mi primer impulso fue dirigirme hacia ellos, pero una súbita y aguda punzada justo encima de las sienes me hizo tambalear, y por un momento me sentí desconcertado.

Entonces oí un repentino grito sobrenatural de Whitefield.

—¡Vuelve a la nave, Jenkins! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Me volví para obedecer, pues el dolor se había trocado en continuo e irresistible sufrimiento. Avancé zigzagueando y haciendo eses hacia la esclusa abierta, y creo que estaba a punto de desmayarme cuando me caí en ella. Después de eso, lo único que puedo recordar es una gran confusión.

Mi siguiente impresión clara fue de la cabina de mandos del *Ceres*. Alguien me había quitado el traje, y al mirar a mí alrededor con desaliento presencié una escena de la mayor confusión. Mi cerebro todavía estaba algo embotado y vi doble la imagen del capitán Bartlett cuando éste se inclinó sobre mí.

—¿Sabe lo que eran esas malditas criaturas? —señaló hacia las orugas gigantes del exterior.

Moví la cabeza mudamente.

—Son los bisabuelos del Gusano Magnético del que nos habló Whitefield en una ocasión. ¿Se acuerda del Gusano Magnético?

Yo asentí.

—El que mata por medio de un campo magnético reforzado por hierro a su alrededor.

—Maldita sea, sí —gritó Whitefield, interrumpiéndonos repentinamente—. Podría jurarlo. Si no fuera por la afortunada casualidad de que nuestro casco es de berilo-tungsteno y no de acero —como el Fobos y el resto—, a estas alturas todos estaríamos inconscientes y muertos dentro de poco.

—Así que ésa es la amenaza de Calixto —mi voz se alzó con súbita consternación—. Pero ¿qué hay de Charney y Steeden?

—Están perdidos —murmuró el capitán sombríamente—. Inconscientes... quizá muertos. Esos inmundos gusanos se dirigen hacia ellos y no podemos hacer nada para evitarlo —fue contando los obstáculos con los dedos—. No podemos ir a rescatarlos con el traje espacial sin firmar nuestra propia muerte... Los trajes espaciales son de

acero, y nadie puede sobrevivir ahí fuera sin uno. No tenemos armas con un rayo lo bastante fino como para destruir a los gusanos sin abrasar también a Charney y Steeden. Había pensado en acercar el *Ceres* y recogerlos rápidamente, pero no se puede manejar una astronave en superficies planetarias como ésta... No, sin hacerse pedazos. Nosotros...

—Abreviando —interrumpí sordamente—, tenemos que permanecer aquí y ver cómo se mueren.

Él asintió y yo me alejé con amargura.

Sentí un ligero estirón de mi manga, y cuando me volví, encontré los dilatados ojos azules de Stanley mirándome fijamente. Con la excitación, me había olvidado de él, y ahora le contemplé con mal humor.

—¿Qué hay? —pregunté con brusquedad.

—Señor Jenkins —sus ojos estaban enrojecidos, y creo que hubiera preferido piratas que Gusanos Magnéticos—. Señor Jenkins, quizá pudiera ir yo a rescatar al señor Charney y al señor Steeden.

Suspiré, y di media vuelta para alejarme.

—Pero, señor Jenkins, yo *podría*. Oí lo que decía el señor Whitefield, y mi traje espacial no es de acero. Es de vitri-caucho.

—El muchacho tiene razón —susurró Whitefield con lentitud, cuando Stanley repitió su oferta a los hombres congregados—. El campo sin reforzar no nos afecta, eso es evidente. No correrá ningún peligro con un traje de vitri-caucho.

—¡Pero ese traje está destrozado! —objetó el capitán—. En realidad nunca tuve la intención de que el muchacho lo utilizara. —Se le veía vacilar y su comportamiento era evidentemente irresoluto.

—No podemos abandonar a Neal y Mac ahí fuera sin intentarlo, capitán —dijo Brock impasiblemente.

El capitán se decidió de pronto y se convirtió en un torbellino de actividad. El mismo entró en el perchero de los trajes espaciales, en busca de la deteriorada reliquia, y ayudó a Stanley a ponérsela.

—Primero trae a Steeden —dijo el capitán, mientras aseguraba el último cierre—. Es más viejo y tiene menos resistencia al campo. Que tengas buena suerte, muchacho, y si lo consigues, regresa inmediatamente. Inmediatamente, ¿me oyes?

Stanley se tambaleó al dar el primer paso, pero la vida en Ganímedes le había acostumbrado a las gravedades por debajo de lo normal y se recuperó con rapidez. No dio muestras de vacilación mientras saltaba hacia las dos figuras tendidas, lo cual nos animó. Evidentemente, el campo magnético aún no le afectaba.

Ahora tenía uno de los cuerpos sobre los hombros y se disponía a regresar a la nave a un paso ligeramente más lento. Al desembarazarse de su carga en la esclusa, agitó el brazo frente a la ventana donde estábamos y nosotros le respondimos del

mismo modo.

Apenas se había alejado, cuando tuvimos a Steeden dentro. Le quitamos el traje y lo estiramos, macilento y pálido como estaba, sobre el diván.

El capitán acercó un oído a su pecho y de repente se echó a reír con súbito alivio.

—El viejo excéntrico sigue en plena forma.

Al oír aquello nos arremolinamos a su alrededor con alegría, impacientes por colocar un dedo sobre su muñeca y asegurarnos de que seguía con vida. Su cara se crispó, y cuando una voz baja y confusa murmuró súbitamente: «Así se lo dije a Peewee, se lo dije...», nuestras últimas dudas se desvanecieron.

Fue un repentino y agudo grito de Whitefield lo que nos atrajo de nuevo a la ventana.

—Algo malo le ocurre al muchacho.

Stanley se encontraba a medio camino de regreso hacia la nave con su segunda carga, pero ahora se tambaleaba... avanzando irregularmente.

—No puede ser —susurró Whitefield, con voz ronca—. No puede ser. ¡El campo *no puede* haberle afectado!

—¡Dios mío! —el capitán se mesaba el cabello con violencia—, esa maldita antigualla no tiene radio. No puede decirnos qué ocurre. —De repente hizo ademán de alejarse—. Me voy a buscarle. Con campo o sin campo, me voy a buscarle.

—Espere, capitán —dijo Tuley, agarrándole por el brazo—, aún puede lograrlo.

Stanley corría de nuevo, pero de forma curiosa, en zigzag, revelando claramente que no sabía adónde iba. Resbaló dos o tres veces y se cayó, pero cada vez logró ponerse en pie de nuevo. Por último, tropezó contra el casco de la nave, y buscó frenéticamente a tientas la esclusa abierta.

Nosotros gritamos y rezamos y sudamos, pero no podíamos ayudar en nada. Y entonces desapareció. Había tropezado con la esclusa y se había caído dentro.

Los tuvimos dentro en un tiempo récord, y los despojamos de sus trajes. Charney estaba vivo, lo supimos a la primera mirada, y, enseguida le abandonamos muy poco ceremoniosamente por Stanley. El color azul de su rostro, la lengua hinchada, el reguero de sangre fresca que corría de la nariz a la barbilla nos contaron su propia historia.

—El traje se ha agrietado —dijo Harrigan.

—Apártense de él —ordenó el capitán—, denle aire.

Aguardamos. Finalmente, un débil gemido del muchacho nos indicó que recuperaba el conocimiento y todos sonreímos a la vez.

—Un muchachito valiente —dijo el capitán—. Ha recorrido los últimos cien metros gracias a su temple y nada más —y repitió—: Un muchachito valiente. Conseguirá una medalla por esto, aunque tenga que darle la mía.

Calixto no era más que una pequeña bola azul en el monitor —un mundo

cualquiera desprovisto de todo misterio. Stanley Fields, capitán honorario de la gran nave *Ceres*, le hizo gestos de burla, sacando la lengua al mismo tiempo. Un gesto muy poco elegante, pero que simbolizaba el triunfo del Hombre sobre el hostil sistema solar.

# Herencia (1941)

---

“Heredity”

El doctor Stefansson acarició el grueso fajo de hojas mecanografiadas que tenía delante.

—Todo está aquí, Harry... veinticinco años de trabajo.

El apacible profesor Harvey chupó su pipa con indolencia.

—Bien, tu parte está terminada y la de Markey también, en Ganímedes. Ahora les toca el turno a los gemelos.

Se produjo un corto y meditabundo silencio, y después el doctor Stefansson se agitó intranquilo.

—¿Comunicarás pronto la noticia a Allen?

El otro asintió con tranquilidad.

—Tenemos que hacerlo antes de llegar a Marte, y cuanto antes mejor. —Hizo una pausa, y después añadió con voz forzada—: Me pregunto lo que se siente al averiguar que se tiene un hermano gemelo, al cabo de veinticinco años. Debe de ser un golpe tremendo.

—¿Cómo lo tomó George?

—Al principio no se lo creía, y no me extraña. Markey tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para convencerle de que no era una broma. Supongo que a mí me pasará lo mismo con Allen —Apretó el tabaco de su pipa y movió la cabeza.

—Me siento tentado de ir a Marte para ver su primer encuentro —comentó el doctor Stefansson anhelante.

—No harás tal cosa, Stef. Este experimento ha llevado demasiado tiempo y significa demasiado para que lo destroces con una decisión tan tonta.

—¡Lo sé, lo sé! ¡La herencia contra el medio ambiente! Quizá acabe siendo la respuesta definitiva —Hablabla para sí mismo, como si repitiera una vieja fórmula muy conocida—. Dos gemelos idénticos, separados al nacer; uno educado en la vieja y civilizada Tierra, el otro en el pionero Ganímedes. Después, el día de su vigésimo quinto cumpleaños, se les reúne por primera vez en Marte... ¡Dios mío! Me hubiera gustado que Carter viviera para ver el final de todo esto. Son *sus* hijos.

—¡Lástima! Pero ellos viven, y nosotros también. Llevar el experimento hasta el final será el tributo que nosotros le haremos.

Cuando se ve por vez primera la sucursal marciana de Productos Medicinales, S. A., es imposible adivinar que esté rodeada por algo que no sea desierto. No se distinguen las cuevas subterráneas donde se crían artificialmente los hongos naturales de Marte en enormes y florecientes campos. El intrincado sistema de transporte que conecta



todos los puntos de los innumerables kilómetros cuadrados de campos al edificio central es invisible. El sistema de irrigación, los purificadores de aire, las cañerías de drenaje, todo está oculto.

Y lo único que uno ve es el gran edificio achatado de ladrillos rojos y el desierto marciano, rojizo y seco, a todo su alrededor.

Eso era todo lo que George Carter había visto tras su llegada a bordo de un cohete-taxi. Pero a él, por lo menos, las apariencias no le habían decepcionado. Hubiera sido extraño que ocurriera lo contrario, pues su vida en Ganímedes había estado orientada en todas sus fases hacia una eventual dirección general de aquel complejo. Conocía cada centímetro cuadrado de las cavernas subterráneas como si hubiera nacido y crecido en ellas.

Y ahora se encontraba en el reducido despacho del profesor Lemuel Harvey, sin poder evitar que una ligera nube de intranquilidad cruzara por su impasible semblante. Sus fríos ojos de color azul buscaron los del profesor Harvey.

—Ese... ese hermano gemelo mío. ¿Vendrá pronto?

El profesor Harvey asintió.

—Ya está en camino.

George Carter descruzó las rodillas. Su expresión era casi melancólica.

—Se parece muchísimo a mí, ¿eh?

—Muchísimo. Ya sabes que sois gemelos idénticos.

—¡Humm! ¡Así lo creo! Me gustaría haberle conocido desde siempre, ¡en Ganímedes! —Frunció el ceño—. Ha vivido toda su vida en la Tierra, ¿eh?

Una expresión de interés apareció en el rostro del profesor Harvey. Preguntó vivamente:

—¿No te gustan los terrícolas?

—No, no exactamente —fue la inmediata respuesta—. Es sólo que los terrícolas son ingenuos. Todos los que yo conozco lo son.

Harvey esbozó una sonrisa y la conversación languideció.

La señal de la puerta sacó a Harvey de su ensoñación y a George Carter de su asiento al mismo tiempo. El profesor apretó un botón de su mesa y la puerta se abrió.

La figura que apareció en el umbral atravesó la habitación y después se detuvo. Los hermanos gemelos estaban frente a frente.

Los dos estaban rígidamente erguidos, a tres metros de distancia el uno del otro, y sin hacer ni un solo movimiento por reducir la separación. Mostraban un curioso contraste, un contraste que resultaba más marcado por la gran similitud que había entre ambos.

Unos fríos ojos azules se clavaron en otros fríos ojos azules. Cada uno de ellos vio una nariz larga y recta y unos labios rojos firmemente cerrados. Los altos pómulos eran tan prominentes en uno como en el otro, la saliente y angulosa

mandíbula, igual de cuadrada. Incluso tenían la misma y extraña curva en una ceja, en expresiones idénticas de interés absorto y algo irónico.

Pero con el rostro, todo parecido acababa. La ropa de Allen Carter llevaba el sello de Nueva York en cada centímetro cuadrado. Desde la blusa suelta, pasando por los pantalones de color púrpura oscuro que no bajaban de las rodillas, las medias asalmonadas de celulosa, hasta las relucientes sandalias de sus pies, era la personificación de la última moda terrícola.

Durante un momento fugaz, George Carter experimentó un cierto sentimiento de torpeza, enfundado como iba en una camisa de mangas ajustadas y cuello cerrado de hilo de Ganímedes. El chaleco sin botones y los voluminosos pantalones con los extremos metidos en unas botas de cordones y resistentes suelas eran chabacanos y provincianos. Incluso *él* se dio cuenta... sólo durante un momento.

Allen sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la manga —fue el primer movimiento que hizo uno de los dos hermanos—, lo abrió y extrajo un delgado cilindro de tabaco cubierto con papel que se encendió espontáneamente a la primera chupada.

George vaciló una fracción de segundo y su acción subsiguiente fue casi de desafío. Introdujo la mano en el bolsillo interior del chaleco y extrajo la verde y reseca silueta de un cigarro hecho con hoja de Ganímedes. Encendió una cerilla con la uña y durante un largo momento lo equiparó, chupada a chupada, con el cigarrillo de su hermano.

Y entonces Allen se echó a reír... con una risa extraña y estridente.

—Me parece que tú tienes los ojos un poco más juntos.

—Es posible que así sea. Tú llevas el cabello de forma diferente —Había una débil nota de desaprobación en su voz. Allen se llevó la mano a su largo cabello castaño, cuidadosamente rizado en las puntas, mientras sus ojos se posaban sobre la cola descuidadamente anudada que recogía el cabello, igualmente largo, del otro.

—Supongo que tendremos que acostumbrarnos el uno al otro. Yo estoy deseando intentarlo —El gemelo de la Tierra avanzaba ahora, con la mano extendida.

George sonrió.

—Supongo que sí.

Se estrecharon las manos.

—Te llamas Allen, ¿eh? —dijo George.

—Y tú, George, ¿verdad? —contestó Allen.

Y después no dijeron nada más durante largo rato. Se limitaron a mirarse... y a sonreírse como si lucharan por llenar el vacío de veinticinco años que les separaban.

La mirada impersonal de George Carter se posó sobre la alfombra de capullos púrpura que se extendía en cuadriláteros bordeados de tierra hasta la brumosa

distancia de las cavernas. Los periódicos y escritores podían hablar del «hongo de oro» de Marte, de los extractos purificados, en cosechas de hectáreas de flores, que se habían hecho indispensables para la profesión médica del sistema. Calmantes, vitaminas depuradas, un nuevo específico vegetal contra la neumonía; las flores casi valían su peso en oro.

Pero para George Carter no eran más que flores, flores que debían alcanzar su máximo desarrollo, ser recogidas, embaladas y enviadas a los laboratorios de Aresópolis, a cientos de miles de kilómetros de distancia.

Redujo la velocidad de su coche terrestre y sacó furiosamente la cabeza por la ventanilla.

—¡Eh, tú, rata de alcantarilla! El de la cara sucia. Mira lo que estás haciendo... que la maldita agua no se salga del canal.

Metió la cabeza y el coche avanzó de nuevo. El joven de Ganímedes murmuró con mal humor:

—Todos esos hombres son unos inútiles. Con tantas máquinas para hacer su trabajo, yo diría que tienen el cerebro de vacaciones permanentes.

El coche terrestre se detuvo y él descendió. Atravesando las parcelas de hongos, se acercó al grupo de hombres que había junto a la máquina en forma de estrella que aparecía en el camino.

—Bien, aquí estoy. ¿Qué es eso, Allen?

Allen sacó la cabeza de detrás de la máquina. Hizo señas a los hombres que le rodeaban.

—¡Deténganse un segundo! —y corrió hacia su hermano gemelo.

—George, funciona. Es lenta y está mal hecha, pero funciona. Ahora que tenemos los fundamentos, podemos mejorarla. Y dentro de muy poco tiempo, seremos capaces de...

—Espera un momento, Allen. En Ganímedes se va despacio. He vivido así mucho tiempo. ¿Qué es eso?

Allen hizo una pausa y se enjugó la frente. Su rostro brillaba de grasa, sudor y excitación.

—He estado trabajando en esto desde que dejé la Universidad. Es una modificación de algo que tenemos en la Tierra, pero que está muy mejorado. Es un recolector de flores mecánico.

Había extraído un cuadrado de papel resistente, muy doblado, del bolsillo y hablaba sin cesar mientras lo extendía sobre el suelo:

—Hasta el momento, la recogida de las flores ha sido la dificultad de la producción, para no hablar del 15 al 20 por ciento de pérdidas por recoger flores poco o demasiado maduras. Al fin y al cabo, los ojos humanos son sólo ojos humanos, y las flores... Aquí, ¡mira!

El papel estaba extendido sobre el suelo, y Allen, de cuclillas frente a él. George se inclinó sobre su hombro, con ceñuda vigilancia.

—Mira, es una combinación de fluoroscopio y célula fotoeléctrica. La madurez de la flor puede determinarse por el estado de las esporas que tiene dentro. Esta máquina está ajustada de modo que el circuito característico reaccione ante el impacto que produce esta combinación de luz y oscuridad formada por las esporas maduras del interior de la flor. Por otro lado, este segundo circuito..., pero mira, será más sencillo que te lo enseñe.

Pesadamente, la máquina se volvió hacia las flores y su «ojo» se desplazó hacia los lados a quince centímetros del suelo. Al pasar junto a cada flor de hongo, se disparaba un largo y delgado brazo, cercenándola limpiamente a dos centímetros del suelo y depositándola con destreza en el tobogán que había debajo. Un montón de flores se formó detrás de la máquina.

—Más adelante, también podemos incorporar una atadora. ¿Te has fijado en aquellas flores que no ha tocado? No están maduras. Espera a que encuentre una demasiado madura y verás lo que hace.

Gritó de triunfo un momento después cuando una flor fue tomada y dejada caer en el mismo lugar.

Paró la máquina.

—¿Ves? Es posible que dentro de un mes podamos empezar a hacerla trabajar en los campos.

George Carter contempló agriamente a su hermano.

—Yo diría que mucho más de un mes. Es más probable que toda la vida.

—¿Qué quieres decir con eso de «toda la vida»? Sólo hay que apresurarse...

—No me importa que lo único que falte sea pintarla de púrpura. Eso no aparecerá en *mis* campos.

—¿*Tus* campos?

—Sí, *míos* —fue la fría respuesta—. Aquí tengo poder de veto, lo mismo que tú. No puedes hacer nada sin mi autorización, y para esto no la conseguirás. Es más, quiero que te lleves ese trasto lejos de aquí. No sirve de nada.

Allen descendió del colector y se encaró con su hermano.

—Conviniste en dejarme esta parcela para que experimentara en ella, libre de vetos, y espero que mantengas tu palabra.

—Muy bien. Pero que esa maldita máquina no se acerque al resto de los campos.

El terrícola se acercó al otro con lentitud. Había una peligrosa mirada en sus ojos.

—Mira, George, no me gusta tu actitud... y no me gusta cómo empleas tu poder de veto. No sé lo que estás acostumbrado a dirigir en Ganímedes, pero ahora es tu gran oportunidad, y hay muchísimas ideas provincianas que tendrás que sacarte de la cabeza.

—No, si yo no quiero. Y si quieres sacármelas tú mismo, será mejor que vayamos a tu despacho. Discutir delante de los hombres minaría la disciplina.

El viaje de regreso a la central se hizo en un ominoso silencio. George silbaba suavemente para sí y Allen se cruzó de brazos y contempló con ostentosa indiferencia el estrecho y serpenteante camino que tenía delante. El silencio persistía cuando entraron en el despacho del terrícola.

—Hay muchísimas cosas de esta situación, George, que suponen un misterio para mí. No sé por qué a ti te criaron en Ganímedes y a mí en la Tierra, y no sé por qué nunca permitieron que conociéramos la existencia del otro, o por qué ahora nos han hecho codirectores con el poder de veto mutuo... pero lo que sí sé es que la situación se está haciendo rápidamente intolerable.

»Esta sociedad necesita una modernización, y tú lo sabes. Sin embargo, has ejercido ese poder de veto sobre los adelantos más pequeños que yo he tratado de adoptar. No sé cuál es tu punto de vista, pero tengo la impresión de que crees que sigues viviendo en Ganímedes. Si tienes ideas atrasadas, te lo advierto, ponte rápidamente al día. Yo soy de la Tierra, y esta sociedad será llevada con eficiencia terrestre y organización terrestre. ¿Lo entiendes?

George echó una bocanada de oloroso tabaco hacia el techo antes de contestar, pero cuando lo hizo, sus ojos eran penetrantes, y su voz tenía un acento mordaz.

—De la Tierra, ¿verdad? ¿Nada menos que con eficiencia terrestre? Bien, Allen, me gustas. No puedo evitarlo. Eres tan igual a mí, que si no me gustaras sería como si no me gustara a mí mismo. Odio decirlo, pero tu educación es fatal.

Su voz se hizo severamente acusadora:

—Eres un terrícola. Bueno, mírate a ti mismo. Un terrícola no es, en el mejor de los casos, más que medio hombre, y, como es natural, os apoyáis en máquinas. Pero ¿supones que quiero que la sociedad sea dirigida por máquinas... *sólo máquinas*? ¿Qué harán los *hombres*?

—Los hombres dirigen las máquinas —fue la rápida y malhumorada contestación.

—Las máquinas dirigen a los hombres, y lo sé muy bien. Primero, las usas; después dependes de ellas; y finalmente eres su esclavo. En tu preciosa Tierra sólo hay máquinas, máquinas, máquinas... y como resultado, ¿qué *eres tú*? Te lo diré. ¡Medio hombre!

Se incorporó.

—Me sigues gustando. Me gustas lo bastante para que siga deseando que hubieras vivido en Ganímedes conmigo. Por Júpiter que allí hubieran hecho de ti un hombre.

—¿Has terminado? —preguntó Allen.

—¡Yo diría que sí!

—Entonces te diré una cosa. A ti no te pasa nada que una vida en un planeta decente no hubiera podido solucionar. Sin embargo, se da el caso de que eres de Ganímedes. Te aconsejo que regreses allí.

George habló en voz muy baja.

—No estarás pensando en darme una paliza, ¿verdad?

—No. No podría luchar con mi propia imagen, pero si tuvieras la cara un poco diferente, disfrutaría aplastándotela un poco.

—¿Crees que podrías hacerlo... un terrícola como tú? Vamos, tranquilicémonos. Yo diría que nos estamos excitando demasiado. No arreglaremos nada de *esta* manera.

Volvió a sentarse, chupó inútilmente su cigarro apagado y lo lanzó al incinerador con repugnancia.

—¿Dónde está el agua? —gruñó.

Allen sonrió con repentina satisfacción.

—¿Tienes inconveniente en que sea una máquina la que nos la proporcione?

—¿Una máquina? ¿Qué quieres decir? —el joven de Ganímedes miró a su alrededor, sospechosamente.

—¡Fíjate! Hace una semana que me la he hecho instalar.

Pulsó un botón de la mesa y se oyó un chasquido en la parte inferior. Hubo el sonido del agua que caía durante uno o dos segundos y después un disco circular de metal, que había junto a la mano derecha del terrícola, se deslizó hacia un lado y un vaso de agua se elevó desde abajo.

—Cógelo —dijo Allen.

George lo levantó cuidadosamente y lo vació de un trago. Lanzó el vaso vacío al incinerador, y después contempló larga y pensativamente a su hermano.

—¿Puedo ver esa máquina de agua tuya?

—Claro. Está debajo de la mesa. Aquí, te haré sitio para que la veas.

El de Ganímedes se arrastró por el suelo, mientras Allen le observaba con incertidumbre. De repente apareció una mano morena y una voz ahogada dijo:

—Dame un destornillador.

—¡Toma! ¿Qué pretendes hacer?

—Nada. Nada en absoluto. Sólo quiero investigar este artefacto.

Cogió el destornillador y, durante unos minutos, no se oyó otra cosa que un ocasional chirrido de metal contra metal. Finalmente, George asomó un rostro congestionado y se ajustó el arrugado cuello con satisfacción.

—¿Qué botón he de apretar para el agua?

Allen hizo un gesto y el botón fue apretado. Se oyó el gorgoteo del agua. El terrícola miraba con estupefacción a su hermano, a la mesa, y de nuevo a su hermano.

Y entonces se dio cuenta de que notaba humedad en los pies.

Dio un salto, miró hacia el suelo y exclamó con consternación:

—Pero, maldito seas, ¿qué has hecho? —Un serpenteante chorro de agua salía ciegamente de debajo de la mesa y el sonido de agua aún continuaba.

George se dirigió con tranquilidad hacia la puerta.

—Nada más que un cortocircuito. Aquí tienes tu destornillador; vuelve a arreglarlo —y justo antes de dar un portazo añadió—: Vaya con tus preciosas máquinas. Se estropean en el momento más inoportuno.

El receptor acústico zumbaba con insistencia y Allen Carter abrió malhumoradamente un ojo. Aún era de noche. Con un suspiro, levantó un brazo hasta la cabecera de la cama y puso el audiómetro en marcha.

La aguda voz de Amos Wells, del turno de noche, le chilló con excitación. Allen abrió los ojos de golpe y se incorporó.

—¡Está usted loco! —exclamó; pero se ponía los pantalones a medida que hablaba. Al cabo de diez segundos, subía las escaleras de tres en tres. Irrumpió en la oficina principal justo detrás de la corpulenta figura de su hermano gemelo.

El lugar estaba lleno; sus ocupantes, muy nerviosos.

Allen se apartó el largo cabello de los ojos.

—¡Enciendan el reflector de la torre!

—Ya está encendido —dijo alguien débilmente.

El terrícola corrió a la ventana y miró al exterior. El haz de luz amarilla apenas iluminaba unos cuantos metros y terminaba en una sombría oscuridad. Tiró de la persiana y la levantó unos cuantos centímetros. Se oyó el silbido del viento y un tornado de toses dentro de la habitación. Allen volvió a cerrarla de golpe y se llevó inmediatamente las manos a sus ojos llorosos.

George habló entre dos estornudos:

—No estamos en la zona de las tormentas de arena. Así que no se trata de una de ellas.

—Lo es —aseveró Wells, chillando—. Es la peor que he visto en mi vida. En un momento ha pasado de un vientecito a un verdadero vendaval. Me ha cogido desprevenido. Cuando logré cerrar todas las salidas que comunican con el exterior, era demasiado tarde.

—¡Demasiado tarde! —Allen desvió su atención de sus ojos llenos de arena para fijarla en esas palabras—. Demasiado tarde, ¿para qué?

—Demasiado tarde para nuestro material móvil. Los cohetes son los que han recibido la peor parte. No hay ni uno que no tenga los propulsores atascados por la arena. Y lo mismo ocurre con las bombas de riego y el sistema de ventilación. Los generadores de abajo están intactos, pero todo lo demás tendremos que desmontarlo y

volverlo a montar. Estaremos parados, por lo menos, una semana. Quizá más.

Reinó un corto y significativo silencio, y después Allen dijo:

—Ocúpese de ello, Wells. Doble el turno de los hombres y empiecen con las bombas de riego. Tienen que estar a punto dentro de veinticuatro horas, o la mitad de la cosecha se malogrará. Espere, iré con usted.

Se dispuso a marcharse, pero cuando iba a dar el primer paso vio al encargado de las comunicaciones, Michael Anders, que subía corriendo las escaleras.

—¿Qué pasa?

Anders habló entrecortadamente:

—Todo el maldito planeta se ha vuelto loco. Ha habido el terremoto mayor de la historia, con el centro a menos de quince kilómetros de Aresópolis.

Hubo un coro de «¿Qué?» y una discordante continuación de imprecaciones. Los hombres se arremolinaron ansiosamente; muchos tenían parientes y esposas en la metrópoli marciana.

Anders prosiguió sin aliento:

—Sobrevino de repente. Aresópolis está en ruinas y han empezado los incendios. No tenemos detalles, pero el transmisor de nuestros laboratorios de Aresópolis ha dejado de emitir hace cinco minutos.

Se produjo una algarabía de comentarios. La noticia se extendió hasta el último rincón de la central, y la excitación alcanzó peligrosas proporciones de pánico. Allen alzó la voz.

—Quietos, todos. No hay nada que podamos hacer respecto a Aresópolis. Tenemos nuestros propios problemas. Esta extraña tormenta está relacionada de algún modo con el terremoto... y eso es de lo que *nosotros* debemos ocuparnos. Ahora, que todo el mundo vuelva a su puesto... y a trabajar de prisa. En Aresópolis nos necesitarán muy pronto —Se volvió a Anders—: ¡Usted! Vuelva a su receptor y no se aparte de él hasta que haya conseguido ponerse en contacto con Aresópolis. ¿Vienes conmigo, George?

—No, yo diría que no —fue la contestación—. Tú ocúpate de tus máquinas. Yo iré abajo con Anders.

Estaba amaneciendo, un amanecer oscuro y sombrío, cuando Allen Carter volvió a la central. Estaba cansado física y mentalmente, y se le notaba. Entró en la habitación de la radio.

—Esto es un desastre. Si...

Hubo un «Shhh» y George le hizo frenéticas señas. Allen se calló. Anders se inclinaba sobre el receptor, girando minúsculos diales con dedos nerviosos.

Anders levantó la vista.

—Es inútil, señor Carter. No puedo comunicarme con ellos.



—De acuerdo. Quédese aquí y tenga los oídos bien atentos. Si pasa algo, hágamelo saber.

Se dirigió hacia la salida, pasando un brazo por debajo del de su hermano y llevándoselo afuera.

—¿Cuándo podremos mandar el próximo embarque, Allen?

—Como muy pronto, dentro de una semana. Pasarán días hasta que tengamos algo que ruede o vuele, y aún pasarán más antes de que podamos empezar a recolectar de nuevo.

—¿Tenemos algunas reservas a mano?

—Unas cuantas toneladas de flores surtidas, especialmente rojo-púrpura. El cargamento con destino a la Tierra del pasado martes se lo llevó casi todo.

George se quedó pensativo.

Su hermano esperó un momento y dijo vivamente:

—Bueno, ¿qué piensas? ¿Qué noticias hay de Aresópolis?

—¡Muy malas! El terremoto ha arrasado tres cuartas partes de la ciudad y yo diría que el resto está casi destrozado por el fuego. Cincuenta mil personas tendrán que pasar la noche en tiendas de campaña. Esto no es nada divertido durante el otoño marciano, cuando el sistema de gravedad terrestre está desbaratado.

Allen dio un silbido.

—¡Neumonía!

—Y resfriados comunes, y gripe, y media docena de otras enfermedades, para no decir nada de la gente con quemaduras... El viejo Vincent está armando un escándalo.

—¿Quiere flores?

—Sólo tiene una reserva para dos días. *Debe* tener más.

Hubo una pausa y después George volvió a hablar:

—¿Qué es lo mejor que podemos hacer?

—Nada, hasta dentro de una semana... y eso si nos matamos trabajando. Si pudieran mandarnos una nave en cuanto la tormenta se calme, podríamos enviarles lo que tenemos como una provisión temporal, hasta que dispongamos del resto.

—Es tonto pensarlo siquiera. El aeropuerto de Aresópolis está en ruinas. No tienen ni una sola nave.

Un nuevo silencio. Entonces Allen habló con voz baja y tensa:

—¿Qué esperas? ¿Por qué me miras así?

—Estoy esperando que admitas que tus malditas máquinas han fallado en la mayor emergencia que hemos tenido.

—Admitido —exclamó el terrícola.

—¡Bien! Y ahora me toca a mí enseñarte lo que puede hacer el ingenio humano —Alargó una hoja de papel a su hermano—. Es una copia del mensaje que he

mandado a Vincent.

Allen dirigió una larga mirada a su hermano y leyó lentamente unos garabatos escritos a lápiz.

«Le entregaremos todo lo que tenemos dentro de treinta y seis horas. Confío en que le durará unos cuantos días, hasta que podamos enviarle un verdadero embarque. Las cosas están un poco difíciles por aquí»

—¿Cómo piensas hacerlo? —inquirió Allen al terminar de leer.

—Estoy tratando de enseñártelo —contestó George, y Allen se dio cuenta entonces de que habían dejado la central y se hallaban en las cavernas.

George abrió la marcha durante cinco minutos y se detuvo frente a un objeto muy voluminoso que apenas se veía en la oscuridad. Encendió la luz de la sección y dijo:

—¡Un camión de arena!

El camión de arena no era un objeto que impresionara. Con el coche propulsor delante y los tres descubiertos vagones de carga detrás, brindaba una imagen de absoluta decrepitud. Quince años atrás había sido relegado al desuso por los trineos de arena y los cohetes de carga.

El de Ganímedes decía:

—Yo mismo lo he repasado hace una hora y sigue en buen estado. Tiene escudos, unidad de aire acondicionado para el coche propulsor y un motor de combustión interna.

El otro levantó la vista con viveza. Había una desagradable expresión en su rostro.

—Quieres decir que quema combustible químico.

—¡Sí! Gasolina. Por eso me gusta. Me recuerda a Ganímedes. Allí tenía un coche con un motor que...

—Pero espera un momento. No tenemos nada de gasolina.

—No, yo diría que no. Pero por aquí tenemos mucho hidrocarburo líquido. ¿Qué hay del solvente D? Es octano en su mayor parte. Tenemos tanques llenos de él.

Allen dijo:

—Está bien... pero el camión sólo tiene dos plazas.

—Ya lo sé. Una es para mí.

—Y la otra para mí.

George gruñó:

—Hubiera apostado a que dirías eso... pero no será cuestión de apretar un botón. ¿Dirías que serás capaz... terrícola?

—Diría que lo soy, ganimediano.

Hacía dos horas que había salido el sol, antes de que el motor del camión de arena se pusiera en marcha, pero en el exterior la oscuridad se había hecho aún más profunda.

Accionaron la palanca hacia abajo y la puerta doble se separó con dificultad, a causa de la arena que la obstruía. A través de un remolino de polvo, el camión salió, y detrás de él unas figuras cubiertas de arena se sacudieron los cascos y volvieron a cerrar las puertas.

George Carter, habituado por su larga experiencia en Ganímedes, hizo frente al súbito cambio de gravedad que encontraron al dejar el campo gravitatorio protector de las cavernas con una prolongada aspiración. Mantuvo las manos firmemente agarradas al volante. Sin embargo, su hermano terrícola se encontró en una situación muy distinta. El apretado y nauseabundo nudo que contrajo su estómago se aflojó con gran lentitud y pasó mucho rato antes de que su irregular y estertórea respiración volviera a recobrar algo de normalidad.

Y, no obstante, el terrícola se dio cuenta de la larga mirada de reojo del otro y de la sonrisa que distendió sus labios.

Los kilómetros pasaban lentamente, pero la impresión de inmovilidad era casi tan completa como en el espacio. Los alrededores aparecían grises... uniformes, monótonos e invariables. El ruido del motor era un zumbido ronco, y el chasquido del purificador de aire que había detrás, un tictac soñoliento. De vez en cuando, llegaba una racha de viento especialmente fuerte, y un golpeteo de arena sonaba contra la ventanilla con un millón de minúsculos ruidos distintos.

George no apartaba la vista de la brújula que tenía delante. El silencio era casi opresivo.

Y entonces el de Ganímedes volvió la cabeza, y gruñó:

—¿Qué le pasa al maldito ventilador?

Allen se enderezó lo más que pudo, hasta que tocó el techo con la cabeza, y entonces palideció.

—Se ha detenido.

—Pasarán horas antes de que termine la tormenta. Hasta entonces necesitamos aire. Métete ahí detrás y vuelve a ponerlo en marcha —Su voz era categórica y terminante.

—Aquí —dijo, mientras el otro se introducía, por encima de su hombro, en la parte posterior del coche—. Aquí está la caja de herramientas. Tienes unos veinte minutos antes de que el aire esté demasiado viciado como para respirar. Ya lo está bastante.

Hubo un ruido de lucha detrás de él y después se oyó la voz de Allen:

—Maldita cuerda. ¿Qué hace aquí? —Hubo un martillazo y después una maldición de repugnancia.

—Esto está lleno de herrumbre.

—¿Alguna otra cosa estropeada? —preguntó el ganimediano.

—No lo sé. Espera a que limpie esto.

Más martillazos y el áspero sonido casi continuo de rascar.

Allen se recostó de nuevo en su asiento. Tenía el rostro bañado de sudor y herrumbre, y al pasarse la palma de una mano igualmente húmeda y recubierta de orín, no hizo más que empeorar las cosas.

—Esta bomba se sale como una olla agujereada, ahora que he quitado la herrumbre que la envolvía. La he puesto a su velocidad máxima, pero lo único que hay entre ella y una avería definitiva es una oración.

—Empieza a rezar —dijo bruscamente George—. Ruega por tener un botón que apretar.

El terrícola frunció el ceño, y miró frente a sí con adusto silencio.

A las cuatro de la tarde, el ganimediano observó:

—El aire empieza a ser menos denso, o así lo parece.

Allen se puso alerta. Dentro, el aire estaba viciado y húmedo. El ventilador posterior crujía sibilantemente entre un chasquido y otro y éstos se espaciaban cada vez más. Ahora ya no duraría mucho tiempo.

—¿Cuánto terreno hemos cubierto?

—Cerca de una tercera parte de la distancia —fue la contestación—. ¿Cómo te las arreglas?

—Bastante bien —respondió Allen. Se retiró otra vez al interior de su concha.

Llegó la noche y las primeras brillantes estrellas del firmamento marciano se dejaron ver cuando, con un último, inútil y prolongado swi-i-i-s-s-sh, el ventilador se detuvo.

—¡Maldita sea! —exclamó George—. No puedo seguir respirando esta sopa por más tiempo. Abre las ventanillas.

El frío aire marciano penetró en el interior y con él los últimos indicios de arena. George tosió, mientras se ponía la gorra de lana sobre las orejas y conectaba la calefacción.

—Sigo masticando granos de arena.

Allen contemplaba melancólicamente el cielo.

—Allí está la Tierra... con la Luna siguiéndola de cerca.

—¿La Tierra? —repitió George con mordaz desprecio. Señaló con el dedo hacia el horizonte—. Ahí está el viejo y querido Júpiter.

Y echando la cabeza hacia atrás, cantó con profunda voz de barítono:

*Cuando la dorada órbita de Jove*

*reluce en el cielo,  
mi alma desea ir  
a esa tierra feliz que conozco,  
de nuevo al viejo y querido Ganímedes.*

La última nota vibró y se quebró, y su sonido se repitió una y otra vez a un ritmo cada vez más fuerte, hasta que su vibrante aullido alcanzó una intensidad capaz de volver sordo a cualquiera.

Allen contemplaba a su hermano con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo has hecho?

George sonrió.

—Es el trino de Ganímedes. ¿No lo habías oído antes?

El terrícola movió la cabeza.

—Había oído hablar de él, pero nada más.

El otro hizo gala de un poco más de cordialidad.

—Bueno, naturalmente, sólo puedes hacerlo en una atmósfera poco densa. Tendrías que oírme en Ganímedes. Cuando me sale bien, soy capaz de sacar a cualquiera de su silla. Espera a que beba un poco de café, y te cantaré el verso veinticuatro de la *Balada de Ganímedes*.

Respiró profundamente:

*Hay una doncella de cabellos rubios a la que amo  
bajo la luz de Jove  
y está allí esperándome a mí-i-i-i-i.*

Entonces...

Allen le agarró por el brazo y le sacudió. El ganimediano se interrumpió.

—¿Qué pasa? —inquirió vivamente.

—Acaba de oírse un ruido en el techo. Hay algo ahí arriba.

George alzó la mirada.

—Coge el volante. Subiré hasta allí.

Allen movió la cabeza.

—Iré yo mismo. No me veo capaz de llevar este primitivo artefacto.

Al cabo de un segundo se encontraba en el estribo.

—No te pares —gritó, y subió un pie al techo.

Se quedó inmóvil en esta posición al distinguir dos ojos amarillos que le contemplaban con fijeza. No tardó más de un segundo en comprender que estaba cara a cara con un kaezel, una situación tan desagradable como encontrarse a una serpiente cascabel en la cama.

Sin embargo, no había tiempo para comparaciones mentales entre su posición y los apuros de la Tierra, puesto que el kaezel se abalanzó sobre él, con sus colmillos venenosos brillando a la luz de las estrellas.

Allen lo esquivó desesperadamente y perdió el equilibrio. Cayó sobre la arena con un golpe sordo, y el cuerpo frío y cubierto de escamas del reptil marciano se abalanzó sobre él.

La reacción del terrícola fue casi instintiva. Alzó la mano y la dejó caer con fuerza sobre el pequeño hocico de la criatura.

En aquella posición, la bestia y el hombre se inmovilizaron como estatuas exánimes. El hombre temblaba y, en su interior, el corazón le latía a una gran velocidad. Apenas se atrevía a moverse. En la insólita gravedad marciana, vio que no podía controlar el movimiento de sus extremidades. Los músculos se contraían casi por decisión propia y las piernas se movían cuando no debían hacerlo.

Trató de mantenerse inmóvil... y pensar.

El kaezel se retorció, y de sus labios, fuertemente cerrados por los músculos terrestres, se escapó un trémulo gemido. La mano de Allen se tornó resbaladiza por el sudor y sintió que el hocico de la bestia giraba un poco dentro de su palma. Lo apretó más, dominado por el pánico. Físicamente, el kaezel no podía competir con un terrícola, aunque éste estuviera cansado, asustado y no acostumbrado a la gravedad... pero un mordisco, en cualquier parte era todo lo que necesitaba.

El kaezel dio un repentino tirón; dobló la espalda y sacudió las patas. Allen lo sostuvo con ambas manos, pues no podía dejarlo escapar. No tenía pistola ni cuchillo. En el llano desierto de arena no había ninguna roca con la que pudiera aplastarle el cráneo. El camión de arena hacía rato que había desaparecido en la noche marciana, y estaba solo... solo con el kaezel.

Desesperado, lo retorció. La cabeza del kaezel se inclinó. Oía su respiración entrecortada... y de nuevo dejó escapar aquel débil gemido.

Allen se colocó sobre él y apretó las rodillas contra su abdomen, frío y cubierto de escamas. Torció la cabeza más y más. El kaezel luchaba desesperadamente, pero los bíceps de Allen mantuvieron la presión. Casi podía sentir la agonía de la bestia en sus últimas etapas, cuando reunió toda su fuerza... y algo se rompió con un crujido.

El animal se inmovilizó.

Allen se puso en pie, a punto de sollozar. El viento de la noche marciana le cortaba la cara y el sudor se le heló en el cuerpo. Se hallaba solo en el desierto.

Se produjo la reacción. Sintió un intenso zumbido en los oídos. Le fue difícil soportarlo. El viento era cortante, pero ya no lo notaba.

El zumbido se tradujo en una voz... una voz que llamaba fantasmagóricamente a través del viento marciano:

—Allen, ¿dónde estás? Maldito seas, ingenuo, ¿dónde estás? ¡Allen! ¡Allen!

Una nueva vida inundó al terrícola. Se echó el cadáver del kaezel sobre los hombros y se dirigió tambaleándose hacia la voz.

—Aquí estoy, ganimediano. Aquí mismo.

Tropezó ciegamente y fue a caer en brazos de su hermano.

George empezó con voz ronca:

—Maldito terrícola, ¿ni siquiera puedes mantenerte de pie sobre un camión de arena que se mueve a quince kilómetros por hora? Yo hubiera...

Su voz se desvaneció en una especie de gorjeo.

Allen dijo con cansancio:

—Había un kaezel en el techo. Me hizo caer. Toma, ponlo en alguna parte. Hay una recompensa de cien dólares por cada piel de kaezel que se lleve a Aresópolis.

Durante la media hora siguiente no se dio cuenta de nada. Cuando su mente se aclaró, volvía a encontrarse en el camión con el sabor de café caliente en la boca.

George se hallaba sentado junto a él en silencio, con los ojos fijos en el desierto que tenían delante. Pero al cabo de un rato, se aclaró la garganta y lanzó una penetrante mirada a su hermano. Había una extraña expresión en sus ojos.

Allen dijo:

—Escucha, ahora ya estoy despierto, y tú pareces medio muerto, así que, ¿qué te parecería enseñarme ese «trino de Ganimedes» tuyo? Es capaz de despertar a un muerto.

El ganimediano le miró con mayor fijeza y después dijo ásperamente:

—Claro que sí, mírame la nuez mientras lo hago de nuevo.

El sol se hallaba a medio camino de su cenit cuando llegaron al canal.

—Mira, el canal está ahí enfrente.

El canal —un pequeño afluente del gran Canal Jefferson— no contenía más que unas gotas de agua en aquella estación del año. Era tan sólo una sucia y serpenteante línea de humedad. Rodeándolo por ambos lados, aparecían las áreas pantanosas de barro negro que iban a llenarse hasta convertirse en una rápida corriente fría como el hielo en el plazo de un año terrestre.

El camión descendió por el barro cayó torpemente en los charcos. Avanzó dando tumbos sobre las rocas; los cubos de las ruedas se llenaron de barro en su camino a través del oscuro canal y después se dispuso a iniciar el ascenso.

Y entonces, con una rapidez que lanzó a los dos ocupantes fuera de sus asientos, el camión derrapó, hizo un esfuerzo inútil por seguir adelante, y se negó a continuar.

Los hermanos se apresuraron a bajar y examinaron la situación. George juró rabiosamente, con la voz más ronca que nunca.

Allen echó la cabeza hacia atrás con cansancio.

—Bueno, no te quedes ahí mirándolo. Todavía nos faltan ciento cincuenta

kilómetros o más para llegar a Aresópolis. Tenemos que salir de aquí.

—Claro, pero ¿cómo? —Sus imprecaciones se transformaron en una respiración sibilante, mientras se introducía en el camión para coger la cuerda de la parte posterior. La contempló dubitativamente.

—Métete ahí, Allen, y cuando yo tire, aprieta a fondo este pedal con el pie.

Ató la cuerda al eje frontal mientras hablaba. La arrastró tras de sí al tiempo que andaba pesadamente con el barro hasta los tobillos, y la atirantó.

—Muy bien, ahora, ¡aprieta! —gritó. Su rostro se tornó púrpura con el esfuerzo y los músculos de su espalda se contrajeron.

Allen, dentro del coche, apretó hasta el fondo el pedal indicado. El motor rugió y las ruedas posteriores zumbaron al dar vueltas. El camión se levantó un poco, y después volvió a hundirse.

—Es inútil —exclamó George—. Pierdo pie. Si el suelo estuviera seco, podría hacerlo.

—Si el suelo estuviera seco no nos habiéramos atascado —replicó Allen—. Vamos, dame esa cuerda.

—¿Crees que tú podrás hacerlo, si yo no he podido? —gritó rabiosamente George, pero el otro ya había salido del coche.

Allen se había fijado en una gran roca, firmemente hundida, no lejos del camión, y con gran alivio descubrió que se hallaba dentro del alcance de la cuerda. La puso tirante y colocó el extremo libre alrededor de la piedra. Una vez fuertemente atada, la atirantó y aguantó.

Su hermano se asomó por la ventanilla del coche, mientras él regresaba, agitando un puño al aire.

—Bueno, papanatas, ¿qué estás haciendo? ¿Esperas que esa enorme roca nos saque de aquí?

—Cállate —contestó Allen— y dale al gas cuando yo tire.

Se detuvo a medio camino entre la piedra y el camión y cogió la cuerda.

—¡Aprieta! —gritó a su vez, y con una repentina sacudida, tiró de la cuerda hacia sí con ambas manos.

El camión se movió; sus ruedas se agarraron al suelo con firmeza. Durante un momento, dudó con el motor a muchas revoluciones y las manos de George temblando sobre el volante. Y entonces salió del lodo. Y casi simultáneamente, la roca al extremo de la tirante cuerda salió del barro con un chasquido líquido y se volcó de costado.

Allen deshizo el nudo y corrió hacia el camión.

—No lo pares —gritó, y saltó al estribo, con la cuerda arrastrando.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó George, con los ojos llenos de admiración.

—Ahora no tengo energías para explicártelo. Cuando llegemos a Aresópolis y



hayamos dormido bien, te dibujaré el triángulo de fuerzas y te demostraré lo que ha sucedido. No ha sido cuestión de músculos. No me mires como si fuera Hércules.

George apartó la vista de su hermano con un esfuerzo.

—Un triángulo de fuerzas, ¿verdad? Nunca lo había oído, pero si eso es lo que puede hacer, la educación es una gran cosa.

—¡Cometa de gas! ¿Queda algo de café? —Cogió el último termo, lo agitó junto a su oreja tristemente, y dijo—: Oh, vamos a practicar el trino. Es casi igual de bueno y se puede decir que ya lo tengo perfeccionado.

El rojizo sol se ponía lentamente detrás de la Cordillera del Sur. Esta es una de las dos cadenas montañosas que quedan en Marte. Es una región de colinas; colinas antiguas, desgastadas por el tiempo y erosionadas, detrás de las cuales se levanta Aresópolis.

Constituye el único paisaje digno de mención de todo Marte y también el dorado atributo de ser capaz de absorber, por las corrientes ascendentes de sus costados, una lluvia ocasional de la desecada atmósfera marciana.

Quizá, una pareja de la Tierra y Ganímedes se hubiera extasiado ante esta pintoresca área, pero desde luego éste no era el caso de los gemelos Carter.

Sus ojos, hinchados por la falta de sueño, resplandecieron una vez más al divisar unas colmas en el horizonte. Sus cuerpos, casi agotados por el cansancio más absoluto, volvieron a ponerse en tensión cuando iniciaron el ascenso hacia el cielo.

Y el camión avanzó dando tumbos, pues justo detrás de las colinas se encontraba Aresópolis. El camino que seguían ya no era una línea recta, marcada por la brújula, con el suelo liso y llano. Era un sendero estrecho y zigzagueante sobre terreno rocoso.

Ya habían llegado a las Cimas Gemelas cuando, súbitamente, el motor chisporroteó, tosió como si fuera a detenerse, y después se calló.

Allen se enderezó y dijo con voz cansada y suprema consternación:

—¿Qué le ocurre ahora a este maldito coche?

Su hermano se encogió de hombros.

—Nada que no me imaginara desde hace una hora. Se nos ha terminado la gasolina. No importa nada. Estamos en Cimas Gemelas..., sólo a quince kilómetros de la ciudad. Podemos estar allí dentro de una hora, y ellos ya enviarán a buscar las flores.

—¡Quince kilómetros en una hora! —protestó Allen—. Tú estás loco. —De pronto su cara se contrajo con una angustiada idea—. ¡Dios mío! No tardaremos menos de tres horas y ya es casi de noche. Nadie puede durar tanto en una noche marciana. George, estamos...

George le arrastraba fuera del coche por la fuerza.

—Por Júpiter, Allen, no te dejes dominar ahora por tu ingenuidad. Podemos hacerlo en una hora, te lo digo yo. ¿Nunca has corrido bajo una gravedad inferior a la normal? Es como volar. Mírame.

Se puso en marcha, rozando ligeramente el suelo, y avanzando a grandes saltos que, al cabo de un momento, le habían conducido a la cima de una montaña.

Le hizo señas con la mano, y su voz llegó débilmente:

—¡Ven!

Allen obedeció... y se cayó cuan largo era a la tercera zancada, agitando los brazos y con las piernas separadas. La risa del ganimediano llegó hasta él.

Allen se levantó furiosamente y se sacudió el polvo. A un paso normal, inició la subida.

—No te enfades, Allen —dijo George—. Es cuestión de cogerle el truco, y yo he practicado en Ganímedes. Imagínate que saltas sobre una cama de plumas. Corre rítmicamente, con un ritmo muy lento, y muy cerca del suelo; no des grandes saltos. Así. ¡Mírame!

El terrícola lo intentó, con los ojos fijos en su hermano. Sus primeras zancadas inseguras se volvieron más firmes y más largas. Extendía las piernas y balanceaba los brazos, imitando a su hermano, paso a paso.

George le animó con sus gritos y aceleró el paso.

—No te separes tanto del suelo, Allen. No saltes antes de tocar con los pies en tierra.

Los ojos de Allen brillaban y, durante un momento, se olvidó del cansancio.

—¡Esto es estupendo! Es como volar... o como llevar muelles en los zapatos.

Los minutos pasaban sin que Allen se diera cuenta. Estaba demasiado absorto en la maravillosa sensación nueva de correr en una subgravedad, para hacer otra cosa que seguir a su hermano. Ni siquiera el frío, que aumentaba continuamente, le volvió a la realidad.

Así pues, fue en el semblante de George donde la inquietud se convirtió en una expresión de verdadero pánico.

—¡Hey, Allen, detente! —gritó. Inclinandose hacia atrás, se paró dando un último salto lleno de gracia y naturalidad. Allen trató de hacer lo mismo, rompió el ritmo, y se cayó de cara. Se levantó haciéndose furiosos reproches.

El ganimediano no dio muestras de haberle oído. En la oscuridad, su mirada era sombría.

—¿Sabes dónde estamos, Allen?

Allen sintió que se le obstruía la tráquea al mirar rápidamente a su alrededor. Las cosas parecían diferentes en la semioscuridad, pero ahora eran mucho más distintas de lo normal. Era imposible que las cosas fueran tan diferentes.

—Ya tendríamos que divisar el Viejo Calvo, ¿verdad? —dijo trémulamente.

—Ya hace rato que tendríamos que haberlo visto —fue la desagradable respuesta—. Es este maldito terremoto. El corrimiento de tierras debe de haber cambiado los caminos. Las mismas cimas se deben de haber desplazado... —Su voz era débil—. Allen, sería inútil tratar de engañarnos. Nos hemos perdido.

Guardaron silencio durante un momento... dominados por la incertidumbre. El cielo era púrpura y las colinas se recortaban contra él. Allen se mojó los labios amoratados por el frío con una lengua seca.

—No podemos estar a muchos kilómetros de distancia. Si miramos bien, es posible que veamos la ciudad.

—Considera la situación, terrícola —fue la contestación que el otro gritó—. Es de noche, una noche marciana. La temperatura es inferior a cero y desciende verticalmente a cada minuto. Si no hemos llegado dentro de media hora, ya no llegaremos.

—¡Hemos de encender una hoguera! —La sugerencia, formulada en un confuso murmullo, fue seguida por la inmediata réplica del otro:

—¿Con qué? —George se hallaba a su lado, dominado por la más completa desilusión y frustración—. Hemos llegado hasta aquí, y ahora probablemente nos moriremos de frío a un kilómetro de la ciudad. Vamos, sigamos corriendo. Es una posibilidad entre cien.

Pero Allen le detuvo. Los ojos del terrícola brillaban febrilmente.

—¡Hogueras! —exclamó—. Es una posibilidad. ¿Quieres correr un riesgo que puede dar resultado?

—No tenemos otra cosa que hacer —gruñó el otro—. Pero date prisa. A cada minuto que pasa me...

—Pues corre en la dirección del viento... y no te pares.

—¿Por qué?

—No te preocupes del porqué. Haz lo que te he dicho; ¡corre con el viento!

No había falso optimismo en Allen mientras saltaba en la oscuridad, tropezando con piedras sueltas, deslizándose por los declives... siempre con el viento a su espalda. George corrió a su lado, formando una mancha vaga y confusa en la noche.

El frío se hizo más agudo, pero no tanto como la punzada de aprensión que corroía los órganos vitales del terrícola.

¡La muerte no es agradable!

Y entonces llegaron a la cima de la colina, y de la garganta de George se escapó un «¡Por Júpiter!» de triunfo.

El terreno que se extendía ante ellos, tan lejos como la vista alcanzaba, estaba lleno de hogueras. La aniquilada Aresópolis se encontraba frente a ellos, iluminada por las hogueras que sus supervivientes habían encendido para protegerse del frío.

Y en la empinada montaña, dos figuras cansadas se daban palmadas en la espalda, reían fuertemente, y se abrazaban para expresar su alegría.

¡Por fin habían llegado!

El laboratorio de Aresópolis, en el mismo límite de la ciudad, era uno de los pocos edificios que aún permanecía en pie. En su interior, con luces provisionales, demacrados científicos destilaban las últimas gotas de extracto. Fuera, las fuerzas policíacas de la ciudad se esforzaban desesperadamente en hacer llegar los preciosos frascos y botellas a los diversos centros médicos de emergencia establecidos en diferentes lugares de las ruinas que una vez fueron la metrópoli marciana.

El anciano Hal Vincent supervisaba el proceso, y sus cansados ojos no dejaban de escrutar ansiosamente las colinas que tenía delante, con la dudosa esperanza de ver aparecer el prometido cargamento de flores.

Y entonces surgieron dos figuras de la oscuridad y se detuvieron frente a él.

Una estremecedora ansiedad se apoderó de él.

—¡Las flores! ¿Dónde están? ¿Las han traído?

—Están en Cimas Gemelas —jadeó Allen—. Hay una tonelada o más en un camión de arena. Mande a buscarlas.

Un grupo de coches terrestres de la policía partió antes de que Allen concluyera, y Vincent exclamó, perplejo:

—¿Un camión de arena? ¿Por qué no las han mandado en una nave? Pero ¿qué les ha sucedido allí? El terremoto...

No recibió una contestación directa. George se había acercado a la hoguera más cercana con una beatífica expresión en su fatigado rostro.

—¡Ahhh, qué calorcito! —Lentamente, se desplomó y cayó dormido antes de tocar el suelo. Allen tosió entrecortadamente.

—¡Huh! ¡El pequeño ganimediano! ¡No ha podido resistirlo!

Y el suelo se levantó y se golpeó la cara contra él.

Allen se levantó con el sol vespertino en los ojos y el olor de tocino frito en la nariz. George le acercó la sartén y dijo entre dos gigantes bocados:

—Sírvete.

Señaló hacia el camión de arena vacío frente al laboratorio.

—Ya han conseguido su material.

Allen se echó sobre la comida, silenciosamente. George se limpió los labios con la palma de la mano y dijo:

—Dime, Allen, ¿cómo encontraste la ciudad? He estado tratando de averiguarlo.

—Por las hogueras —murmuró el otro—. Era la única manera que tenían de

calentarse, y el fuego sobre kilómetros cuadrados de tierra crea una sección de aire caliente, que se eleva, atrayendo el aire frío de las colinas circundantes —Acompañó sus palabras de los gestos apropiados—. El viento de las colinas soplaba hacia la ciudad para remplazar al aire caliente y nosotros seguimos al viento. Una especie de brújula natural, que señalaba hacia donde queríamos ir.

George guardó silencio, pisoteando con desconcertado vigor las cenizas de la hoguera de la noche anterior.

—Escucha, Allen, te había juzgado mal. Para mí fuiste un ingenuo terrícola hasta que... —Hizo una pausa, respiró profundamente y explotó—: Bueno, por Júpiter, eres mi hermano gemelo y estoy orgulloso de ello. Ni siquiera la Tierra entera ha podido aniquilar la sangre Carter que hay en ti.

El terrícola abrió la boca para contestarle, pero su hermano se la cerró tapándosela con una mano.

—Tú te callas hasta que yo haya acabado. Cuando volvamos, puedes instalar ese colector mecánico o lo que quieras. Retiro mi veto. Si la Tierra y las máquinas son capaces de producir la clase de hombre que tú eres, son una gran cosa. Pero, a pesar de todo —había cierta nostalgia en su voz—, tienes que admitir que siempre que las máquinas se han estropeado, desde los camiones de riego y los cohetes hasta los ventiladores y los camiones de arena, han sido los hombres los que se han espabilado a pesar de todo lo que Marte podía hacer.

Allen liberó su rostro de la mano que lo tenía sujeto.

—Las máquinas hacen lo que pueden —dijo, pero sin demasiada vehemencia.

—Desde luego, pero eso es todo lo que *pueden* hacer. Cuando llega la emergencia, un hombre ha de hacer mucho más de lo que puede o está perdido.

Allen hizo una pausa, asintió, y asió la mano de su hermano con súbita fiereza.

—Oh, no somos tan diferentes. La Tierra y Ganímedes nos cubren con una delgada capa por fuera, pero por dentro...

Se contuvo.

—Vamos, sigamos con ese trino de Ganímedes.

Y de las dos fraternales gargantas surgió un alarido tan penetrante como el claro y frío aire marciano no había llevado nunca.

## El sentido secreto (1941)

---

“The Secret Sense”

Las rítmicas notas de un vals de Strauss llenaban la estancia. La música crecía y decrecía bajo los sensibles dedos de Lincoln Fields, y a través de sus ojos entornados casi veía a unas figuras que danzaban y evolucionaban sobre el suelo encerado de algún lujoso salón.

La música siempre le afectaba de este modo. Llenaba su mente con sueños de una extraña belleza y transformaba su habitación en un paraíso de sonido. Sus manos se deslizaron sobre el piano en las últimas y deliciosas combinaciones de tonos y después aminoraron la velocidad de mala gana y se detuvieron.

Suspiró y permaneció un momento en absoluto silencio, como si intentara extraer la última esencia de belleza a los ecos desfallecientes. Después, se volvió y sonrió débilmente al otro ocupante de la habitación.

Garth Jan sonrió a su vez, pero no dijo nada. Garth sentía un gran afecto hacia Lincoln Fields, aunque no le comprendía.

Eran mundos aparte —literalmente—, pues Garth procedía de las gigantescas ciudades subterráneas de Marte y Fields era el producto de la gran urbe terrestre de Nueva York.

—¿Qué te ha parecido eso, Garth, viejo amigo? —inquirió Fields, dubitativamente.

Garth sacudió la cabeza. Habló con el esmero y precisión con que solía hacerlo.

—He escuchado atentamente y, en honor a la verdad, he de decir que no ha sido desagradable. Tiene un cierto ritmo, una cadencia de notas que, en realidad, es tranquilizante. Pero ¿hermoso? ¡No!

Los ojos de Fields expresaron una compasión intensamente dolorosa. El marciano vio la mirada y comprendió su significado, pero no hubo ningún destello de envidia como respuesta. Su huesuda y gigantesca figura siguió doblada en una silla que era demasiado pequeña para él mientras una de sus delgadas piernas se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

Fields saltó impetuosamente de su asiento y agarró a su compañero por el brazo.

—¡Ven! Siéntate tú en el banco.

Garth obedeció jovialmente.

—Veo que quieres llevar a cabo un pequeño experimento.

—Lo has adivinado. He leído trabajos científicos que trataban de explicar las diferencias entre los sentidos de los terrícolas y los marcianos, pero nunca he logrado entenderlas del todo.

Tocó las notas do y fa en una sola octava y miró interrogativamente al marciano.

—Si existe una diferencia —dijo Garth dubitativamente—, es muy ligera. De no

haber prestado mucha atención, hubiera dicho que habías tocado dos veces la misma nota.

El terrícola se asombró.

—¿Cómo es posible? —Tocó el do y el sol.

—Esta vez sí que he distinguido la diferencia.

—Bueno, supongo que todo lo que dicen sobre tu pueblo es cierto. Pobres de vosotros... ¡Tener un sentido del oído tan imperfecto! No sabéis lo que os perdéis.

El marciano se encogió filosóficamente de hombros.

—No se echa de menos lo que nunca se ha tenido.

Garth Jan rompió el corto silencio que siguió:

—¿Te das cuenta de que este periodo de la historia es el primero en que dos razas inteligentes han podido comunicarse entre sí? La comparación del aparato sensitivo es muy interesante... y amplia mucho las opiniones que uno tiene sobre la vida.

—Es verdad —convino el terrícola—, aunque, al parecer, nosotros tenemos todas las ventajas de la comparación. El mes pasado, un biólogo terrícola declaró su extrañeza ante el hecho de que una raza tan pobremente dotada en materia de percepción sensitiva hubiera podido desarrollar una civilización tan adelantada como la vuestra.

—Todo es relativo, Lincoln. Lo que tenemos es bastante para nosotros.

Fields sintió que le embargaba una turbación creciente.

—Pero, Garth, si por lo menos supieras lo que te pierdes...

»Nunca has visto las bellezas de una puesta de sol, o de un campo de flores. No puedes admirar el azul del cielo, el verde de la hierba, el amarillo del maíz tierno. Para ti, el mundo consiste en sombras de luz y oscuridad —se estremeció al pensarlo—. No puedes oler una flor o apreciar su delicado perfume. Ni siquiera puedes disfrutar de algo tan simple como una buena y sabrosa comida. No tienes gusto, ni olfato, ni distingues los colores. Me compadezco de tu mundo opaco.

—Lo que dices es absurdo, Lincoln. No malgastes tu compasión conmigo, porque soy tan feliz como tú. Se levantó y cogió su bastón, necesario en el campo gravitacional mucho mayor de la Tierra.

—No debes juzgarnos con tanta superioridad, ¿sabes?

Al parecer, aquél era el aspecto más importante de la cuestión.

—Nosotros —añadió— no alardeamos de ciertas perfecciones de nuestra raza, sobre las cuales no sabéis nada.

Y entonces, como si lamentara profundamente sus palabras, una mueca de ironía distendió su rostro, y se dirigió hacia la puerta.

Fields permaneció asombrado y pensativo durante un momento y después se levantó de un salto y corrió tras el marciano, que avanzaba lentamente hacia la salida. Asíó a

Garth por los hombros e insistió para que volviera.

—¿A qué te referías con tu última observación?

El marciano volvió la cara, como si no fuera capaz de encararse con su interrogador.

—Olvídalo, Lincoln. No ha sido más que un momento de indiscreción, cuando tu piedad me ha puesto nervioso.

Fields le lanzó una penetrante mirada.

—Es verdad, ¿no? Es lógico que los marcianos posean sentidos que los terrícolas no tengan, pero es irracional que tu pueblo quiera mantenerlo en secreto.

—Es lo que debe ser. Pero ahora que mi propia estupidez me ha descubierto, quizá estés de acuerdo en no divulgarlo.

—¡Naturalmente! Seré tan discreto como una tumba, aunque que me maten si puedo hacer algo con este secreto. Dime, ¿de qué naturaleza es este sentido secreto vuestro?

Garth Jan se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Cómo puedo explicártelo? ¿Acaso tú puedes definirme el color, a mí, que ni siquiera soy capaz de concebirlo?

—No te pido una definición. Dime qué usos tiene. Por favor —así al otro por el hombro—, puedes hacerlo. Te he prometido guardar el secreto.

El marciano suspiró fuertemente.

—No te servirá de mucho. ¿Te satisfaría saber que si me enseñaras dos recipientes, ambos llenos de un líquido claro, yo podría decirte enseguida cuál de los dos era venenoso? ¿O, si me enseñaras un alambre de cobre, podría decirte instantáneamente si pasaba corriente eléctrica por él, aunque fuera tan pequeña como una milésima de amperio? ¿O que podría decirte la temperatura de cualquier sustancia, con un margen de error de sólo tres grados, aunque la mantuvieras a cinco metros de distancia? ¿O que podría...? Bueno, ya he dicho suficiente.

—¿Eso es todo? —preguntó Fields, con una exclamación desilusionada.

—¿Qué más quieres?

—Todo lo que has descrito es muy útil... pero ¿qué belleza encierra? ¿Acaso este extraño sentido vuestro no tiene valor para el espíritu así como para el cuerpo?

Garth Jan hizo un movimiento de impaciencia.

—Realmente, Lincoln, hablas sin pensar. No he hecho más que contestar a lo que me has preguntado..., los usos de este sentido. No pretendía explicar su naturaleza. Toma tu sentido del color. En lo que a mí concierne, el único uso que tiene es hacer ciertas distinciones que yo no puedo. Por ejemplo, tú puedes identificar ciertas soluciones químicas por medio de algo que llamas color, mientras que yo tendría que realizar un análisis químico. ¿Qué belleza encierra?

Fields abrió la boca para hablar, pero el marciano le hizo un irritado gesto para



que guardara silencio.

—Ya lo sé. Vas a balbucear tonterías sobre puestas de sol o algo parecido. Pero ¿qué sabes tú de la belleza? ¿Has sabido alguna vez lo que es presenciar la belleza de los alambres de cobre desnudos cuando se conecta una corriente alterna? ¿Has percibido la delicada belleza de las corrientes inducidas dentro de un selenoide cuando se pasa un imán a través de él? ¿Has asistido alguna vez a un *portwem* marciano?

Los ojos de Garth Jan se habían empañado al evocar estos pensamientos, y Fields le contemplaba con la estupefacción más profunda. Ahora las cosas habían cambiado y su sentido de superioridad le abandonó de repente.

—Cada raza tiene sus propios atributos —murmuró con un fatalismo que encerraba algo de hipocresía—, pero no veo la razón de que los guardéis en un secreto tan absoluto. Nosotros, los terrícolas, no tenemos secretos para vuestra raza.

—No nos acuses de ingratitud\1\2 Nosotros, los marcianos, nunca actuamos sin una razón. Y desde luego no es por nuestro propio bien por lo que ocultamos esta magnífica facultad.

El terrícola sonrió burlescamente. Se hallaba sobre la pista de algo —lo notaba en sus huesos— y la única forma de averiguarlo era por medio de bromas.

—No dudo que hay algún motivo noble detrás de todo esto. Tu raza posee el extraño atributo de encontrar siempre algún motivo altruista para sus acciones.

Garth Jan se mordió los labios coléricamente.

—No tienes derecho a decir algo así.

Por un momento pensó en alegar la inquietud sobre la futura paz de espíritu de Fields como una razón para guardar silencio, pero la burlesca referencia de éste al «altruismo» lo hacía imposible. Un sentimiento de ira le dominó gradualmente y eso reforzó su decisión.

No existía equivocación posible sobre la nota de frígida enemistad que contenía su voz.

—Te lo explicaré por analogía.

El marciano mantuvo la vista fija enfrente de él mientras hablaba, con los ojos medio cerrados.

—Me has dicho que vivo en un mundo compuesto tan sólo por sombras de luz y oscuridad. Tratas de describir un mundo exclusivo tuyo compuesto por infinita variedad y belleza. Escucho, pero no me importa demasiado. Nunca lo he conocido y nunca podré conocerlo. No se llora por la pérdida de algo que nunca se ha tenido. »Pero... ¿qué pasaría si pudieras conferirme la facultad de ver el color durante cinco minutos? ¿Qué pasaría si, durante cinco minutos, me deleitara en maravillas con las que nunca había soñado? ¿Qué pasaría si, después de estos cinco minutos, tuviera que

renunciar a ello para siempre? ¿Compensarían esos cinco minutos de paraíso la vida de pesar que seguiría... una vida de descontento a causa de mis propias deficiencias? ¿No hubiera sido mucho mejor no hablarme nunca del color, evitando así su tentación siempre presente?

Fields se había puesto en pie durante la última parte del discurso del marciano y sus ojos se abrieron de golpe con una violenta suposición.

—¿Quieres decir que un terrícola podría poseer el sentido marciano si así lo deseara?

—Durante cinco minutos en el curso de la vida —los ojos de Garth Jan eran soñadores—, y en estos cinco minutos percibiría...

Se interrumpió confundido y miró agriamente a su compañero.

—Tú sabes mejor lo que te conviene. Procura no olvidar tu promesa.

Se levantó apresuradamente y se escabulló con la mayor rapidez que le fue posible, apoyándose sobre el bastón con fuerza. Lincoln Fields no trató de detenerle. Se limitó a permanecer donde estaba y a reflexionar.

La gran altura de la caverna envolvía el techo en una velada oscuridad en la que a intervalos determinados, flotaban luminosos globos de rayos. El aire, calentado por un estrato volcánico subterráneo, se esparcía suavemente. Ante Lincoln Fields se extendía la ancha y pavimentada avenida de la principal ciudad de Marte, que se desvanecía en la distancia.

Caminó torpemente hacia la entrada del hogar de Garth Jan, con el manifiesto estorbo de una capa de quince centímetros de plomo unida a cada uno de sus zapatos. Pero esto era mucho mejor que los incontrolables saltos a que sometía la gravedad más ligera a los músculos terrestres.

El marciano se sorprendió al ver a su amigo de seis meses atrás, pero no demostró alegría. Fields no dejó de observarlo, pero se limitó a sonreír interiormente. Una vez cumplidas las primeras formalidades y hechos los comentarios convencionales, los dos se sentaron.

Fields aplastó el cigarrillo en un cenicero y se enderezó en su asiento, repentinamente serio.

—¡He venido a solicitar esos cinco minutos que dices poder darme! ¿Puedo tenerlos?

—¿Es una pregunta retórica? Por lo menos, no parece requerir ninguna respuesta.

—El tono de Garth era abiertamente despectivo.

El terrícola lo consideró pensativamente.

—¿Te importa que defina mi posición en unas cuantas palabras?

El marciano sonrió con indiferencia.

—No servirá de nada —dijo.

—Me arriesgaré. La situación es ésta: he nacido y crecido rodeado de lujos y me han consentido de la manera más repugnante. Aún no he tenido un deseo razonable que no haya podido realizar, y no sé lo que significa no conseguir lo que quiero. ¿Lo entiendes?

No hubo respuesta y prosiguió:

—He hallado la felicidad en vistas hermosas, palabras hermosas y sonidos hermosos. He practicado un culto a la belleza. En una palabra, soy un esteta.

—Muy interesante —la pétrea expresión del marciano no cambió ni un átomo—, pero ¿qué relación tiene todo esto con el problema que tratamos?

—Es muy sencillo: harías de una nueva forma de belleza, una forma desconocida para mí hasta ahora e incluso totalmente inconcebible, pero que podría conocerse si así se desea. La idea me atrae. Más que atraerme... me domina. Vuelvo a recordarte que cuando una idea se apodera de mí, me doblego..., siempre lo hago.

—No eres el amo en este caso —recordó Garth Jan, Es grosero por mi parte recordártelo, pero no puedes forzarme, ya lo sabes. De hecho, tus palabras son casi ofensivas en sus implicaciones.

—Me alegro de que hayas dicho eso, pues así yo también puedo ser grosero sin tener remordimientos de conciencia.

La única contestación de Garth Jan a esto fue una sonrisa de confianza en sí mismo.

—Te lo exijo —dijo Fields, lentamente—, en nombre de la gratitud.

—¿Gratitud? —El marciano se sorprendió violentamente.

Fields sonrió

—Es una apelación a la que ningún marciano honorable puede negarse... por vuestra propia ética. Y tú me debes gratitud porque a través de mí lograste entrar en las casas de los hombres más importantes y nobles de la Tierra:

—Ya lo sé. —Garth Jan enrojeció de ira—. Eres un mal educado al recordármelo.

—No tenía elección. Tú reconociste la gratitud que me debías, allí en la Tierra. Yo solicito la oportunidad de poseer este misterioso sentido que mantenéis tan en secreto... en nombre de esta gratitud reconocida. ¿Puedes negarte ahora?

—Ya sabes que no —fue la sombría respuesta—. No dudaba mas que por tu propio bien.

El marciano se levantó y alzó la mano con gravedad.

—Me tienes asido por el cuello, Lincoln. Está hecho. Pero, después, no te deberé nada más. Esto saldrá mi deuda de gratitud. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —Ambos se estrecharon la mano y Lincoln Fields prosiguió en un tono completamente distinto—: Sin embargo, seguiremos siendo amigos, ¿no? Este pequeño altercado no estropeará las cosas, ¿verdad?

—Espero que no. ¡Vamos! Reúnete conmigo a la hora de la cena y discutiremos el

momento y el lugar para tus... en... cinco minutos.

Lincoln Fields se esforzó en calmar la inquietud que le embargaba mientras esperaba en la habitación «de conciertos» particular de Garth Jan. Experimentó un súbito deseo de reír al ocurrírsele la idea de que solía sentirse exactamente igual en la sala de espera de un dentista.

Encendió su décimo cigarrillo, dio dos chupadas y lo tiró.

—Estás haciendo todo esto de forma muy complicada, Garth.

El marciano se encogió de hombros.

—Sólo dispones de cinco minutos y yo debo procurar que los emplees de la mejor manera posible. Vas a oír parte de un *portwem*, que para nuestro sentido es el equivalente a gran sinfonía (¿es ésta la palabra?).

—¿Tenemos que esperar mucho más? El suspense, para decir una trivialidad, es horrible.

—Estamos esperando a Novi Lon, que tocará el *portwem*, y a Done Vol, mi médico particular. Pronto llegarán.

Fields paseó la mirada sobre el estrado de poca altura que ocupaba el centro de la habitación y contempló el intrincado mecanismo que había encima con curioso interés. La parte anterior estaba encerrada en brillante aluminio, dejando sólo al descubierto siete hileras de relucientes botones negros arriba y cinco grandes pedales abajo. Sin embargo, por detrás estaba abierto, y dentro se cruzaban y entrecruzaban alambres finísimos en senderos increíblemente complicados.

—Es una cosa muy curiosa —observó el terrícola.

El marciano subió también al estrado.

—Es un instrumento muy caro. Me costó diez mil créditos marcianos.

—¿Cómo funciona?

—Casi igual que un piano en la Tierra.

Cada uno de los botones superiores controla un circuito eléctrico diferente. Manipulando los botones, uno a uno, o juntos, un experto músico de *portwem* puede formar cualquier patrón concebible de corriente eléctrica. Los pedales de debajo controlan la intensidad de la corriente.

Fields asintió distraídamente y deslizó los dedos, al azar, sobre el teclado. Vio cómo el pequeño galvanómetro, localizado justo encima de las teclas, oscilaba violentamente cada vez que apretaba un botón. Aparte de esto, no percibió nada.

—¿Es verdad que el instrumento está tocando?

El marciano sonrió.

—Sí, así es. Y una serie de atroces discordancias, además.

Tomó asiento frente al instrumento y murmuró:

—Se hace así.

Sus dedos rozaron rápida y expertamente los brillantes botones. El sonido de una

chillona voz marciana que gritaba con acentos estridentes le interrumpió, y Garth Jan se detuvo con súbita confusión.

—Es Novi Lon —dijo apresuradamente a Fields—. Como de costumbre, no le gusta mi forma de tocar.

Fields se levantó para saludar al recién llegado. Tenía, los hombros encorvados y no había duda de que con taba una edad avanzada. Un fino trazado de arrugas, especialmente alrededor de los ojos y la boca, cubría su rostro.

—Así que éste es el joven terrícola —exclamó, en un inglés con marcado acento—. Desapruebo su irreflexión, pero simpatizo con su deseo de asistir a un *portwem*. Es una lástima que no pueda disfrutar de nuestro sentido más que cinco minutos. Sin él, nadie puede decir sinceramente que ha vivido.

Garth Jan se echó a reír.

—Exagera, Lincoln. Es uno de los mejores músicos de Marte y cree que cualquiera que prefiera respirar a oír un *portwem* merece la condenación eterna. —Abrazó cariñosamente al anciano—. Fue mi profesor en mi juventud y pasó muchas horas esforzándose en enseñarme las mejores combinaciones de circuitos.

—Y al final he fracasado, zopenco —dijo el viejo marciano—. He oído tus intentos al entrar. Aún no has aprendido la combinación *fortgass* correcta. Estabas profanando el alma del gran Bar Danin. ¡Mi alumno! ¡Bah! ¡Es una vergüenza!

La entrada del tercer marciano, Done Vol, impidió a Novi Lon continuar con su diatriba. Garth, satisfecho de aquel descanso momentáneo, se apresuró a acercarse al médico.

—¿Todo listo?

—Sí —gruñó Vol con mal humor— y será un experimento particularmente interesante. Sabemos todos los resultados por adelantado. —Su mirada cayó sobre el terrícola, al que observó coléricamente—. ¿Es éste el que quiere ser inoculado?

Lincoln Fields afirmó con impaciencia y sintió que de pronto se le secaban la garganta y la boca. Observó al recién llegado con incertidumbre y se sintió intranquilo al ver una diminuta botella de líquido claro y una hipodérmica que él médico había extraído del maletín que llevaba.

—¿Qué va usted a hacer? —inquirió.

—Nada más que inocularle. Sólo tardará un segundo —le aseguró Garth Jan—. Verás, en este caso los órganos sensitivos son varios grupos de células de la corteza del cerebro. Están activados por luna hormona, una preparación sintética que se emplea para estimular las células durmientes del ocasional marciano que ha nacido... er... «ciego». Tú recibirás el mismo tratamiento.

—¡Oh...! ¿Así que los terrícolas poseen esas células corticales?

—En un estado muy rudimentario. La hormona concentrada las activará, pero sólo durante cinco minutos. Después de este tiempo, literalmente se apagan como

resultado de su inusitada actividad. Luego ya no pueden ser reactivadas en ninguna circunstancia.

Done Vol terminó los preparativos de último momento y se acercó a Fields. Sin una palabra, Fields extendió el brazo derecho y la hipodérmica se hundió en él. Una vez concluida la operación, el terrícola esperó uno o dos minutos y soltó una carcajada temblorosa.

—No siento ningún cambio.

—No lo sentirás hasta dentro de diez minutos —explicó Garth—. Lleva tiempo. Siéntate cómodamente y descansa. Novi Lon ha empezado Canales en el desierto, de Bar Danin, es mi favorito, y cuando la hormona empiece su trabajo, estarás en la gloria.

Ahora que la suerte estaba echada, Fields se sentía insensiblemente tranquilo.

Novi Lon tocaba sin cesar, y Garth Jan, a la derecha del terrícola, se hallaba sumido en la composición. Incluso Done Vol, el irritable médico había olvidado su mal genio por el momento.

Fields sonrió disimuladamente para sí.

Los marcianos escuchaban con atención, pero para él la habitación estaba desprovista de sonido y... casi de cualquier otra sensación. Pero —no, era imposible, desde luego— ¿y si todo aquello no fuera más que una broma? Se removió con inquietud en su asiento y desechó la idea de su mente.

Los minutos pasaban; los dedos de Novi Lon volaban; la expresión de Garth Jan revelaba genuino placer.

Entonces Lincoln Fields parpadeó rápidamente. Por un momento una aureola de color pareció rodear al músico y su instrumento. No podía identificarlo... pero estaba allí. Aumentó y se extendió hasta que la estancia estuvo llena de aquello. Otros matices vinieron a sumársele y después otros. Se entrelazaban y ondeaban; dilatándose y contrayéndose; cambiando con velocidad de relámpago y permaneciendo igual. Se formaban intrincados patrones de brillante tintas para desaparecer enseguida, estallando en silenciosas explosiones de colorante los ojos del joven. Simultáneamente, se produjo la impresión de sonido. A partir de un susurro, creció hasta convertirse en un glorioso y resonante grito que recorrió la escala en todas direcciones en trepidantes trémolos.

Creía oír todos los instrumentos, desde el flautín hasta el contrabajo, simultáneamente, y sin embargo, paradójicamente, cada uno de ellos sonaba en su oído con solitaria claridad.

Y junto a esto, se produjo la sensación aún más sutil del olor. Desde una sospecha, una simple sombra, se convirtió en un fantasmal campo de flores. Delicados aromas de especias se sucedieron unos a otros, con una intensidad cada vez más fuerte; en sutiles emanaciones de placer. Pero todo esto no era nada. Fields lo

sabía. De alguna forma, sabía que lo que oía, veía y olía no eran más que ilusiones..., espejismos de un cerebro que trataba frenéticamente de interpretar una concepción totalmente nueva de la misma forma vieja y familiar.

Gradualmente, los colores, los sonidos y los olores murieron. Su cerebro estaba empezando a comprender que se enfrentaba con algo nunca experimentado hasta el momento. El efecto de la hormona se hizo más fuerte, y de pronto —en una explosión— Fields supo lo que sentía. No lo vio, ni lo oyó, ni lo saboreó, ni lo palpó. Sabía lo que era, pero no se le ocurría el modo de describirlo. Lentamente, comprendió que no había ninguna palabra que lo designara. Aún más lentamente, comprendió que ni siquiera había ningún concepto para hacerlo.

Sin embargo, sabía lo que era.

En su cerebro golpeaba algo que consistía en ondas puras de placer... algo que le elevaba fuera de sí mismo y le sumergía de lleno en un universo desconocido para él hasta entonces. Se sumía en la interminable eternidad de... algo. No era sonido ni visión, sino que era... algo. Algo que le rodeaba y le ocultaba de todo lo que había a su alrededor..., eso es lo que era. Era interminable e infinito en su variedad, y con cada onda, avistaba un horizonte más lejano, y la maravillosa sensación se hacía más profunda y dulce, y más hermosa.

Entonces llegó la discordancia. Primero como un ligero crujido... que desfiguró una belleza perfecta. Después se extendió, ramificó y aumentó, hasta que, por último, se resquebrajó atronadoramente... aunque sin un sólo sonido.

Lincoln Fields, aturdido y perplejo, volvió a encontrarse en la habitación de conciertos.

Se puso tambaleantemente en pie y asió a Garth Jan por el brazo con violencia. — ¡Garth! ¿Por qué ha parado? ¡Dile que continúe! ¡Díselo!

La asombrada expresión de Garth Jan se trocó en otra de piedad.

—Aún está tocando, Lincoln.

La confundida mirada del terrícola no demostró haberle entendido. Miró a su alrededor sin ver nada. Los dedos de Novi Lon corrían a lo largo del teclado tan ágilmente como antes; la expresión de su rostro seguía igual de absorta. Lentamente, comprendió la verdad, y los ojos vacíos de Lincoln se llenaron de horror.

Se sentó, emitiendo una exclamación ahogada, y enterró la cabeza entre las manos.

¡Los cinco minutos habían pasado! ¡No podían volver!

Garth Jan sonreía... una sonrisa de desagradable malicia.

—Hace un momento me compadecía de ti Lincoln, pero ahora me alegro... ¡me alegro! Tú me obligaste a hacerlo..., me obligaste. Espero que estés satisfecho, porque sin duda yo lo estoy. Durante el resto de tu vida —su voz se convirtió en un murmullo sibilante— te acordarás de estos cinco minutos y de lo que te pierdes... de

lo que nunca volverás a tener. ¡Estás ciego, Lincoln..., ciego!

El terrícola alzó un rostro macilento y sonrió, pero no hizo otra cosa que enseñar los dientes. Necesitó toda la fuerza de voluntad que poseía para mantener un aire de compostura.

No fue capaz de hablar. Con pasos vacilantes, salió de la habitación, con la cabeza erguida hasta el fin. Y en su interior, aquella minúscula y amarga voz, repetía una y otra vez:

«¡Vuelves a ser un hombre normal! Te vas ciego..., ciego..., CIEGO.»



# Historia (1941)

---

“History”

El delgado brazo de Ullen empujaba el estilete cuidadosa y esmeradamente a través del papel; sus ojos miopes parpadeaban detrás de unos gruesos cristales. La luz de señales centelleó dos veces antes de que contestara.

Volvió una página y gritó:

—¿Eres tú, Johnnie? Entra, por favor.

Sonrió amablemente, con su delgado rostro marciano encendido de placer.

—Siéntate, Johnnie, pero primero baja la persiana. El fulgor del sol de la Tierra es muy molesto. Ah, así está mejor, y ahora siéntate y no hagas nada. Quiero silencio durante un rato, pues estoy ocupado.

John Brewster cambió de lugar un montón de papeles mal ordenados y se sentó. Quitó el polvo de los bordes de un libro que estaba abierto sobre la silla más cercana y miró con reproche al historiador marciano.

—¿Sigues figoneando en esas viejas cosas llenas de moho? ¿No te cansas?

—Por favor, Johnnie —Ullen no levantó la mirada—, perderás la página. Ese libro es *La era de Hitler*, de William Stewart, y es muy difícil de leer. Usa muchas palabras que no explica.

Su mirada, al detenerse sobre Johnnie, era de petulancia ceñuda.

—*Nunca* explican sus términos —prosiguió—. Es algo muy poco científico. En Marte, antes de empezar siquiera, decimos: «Esta es una lista de todas las definiciones de los términos que se emplearán» Si no, ¿cómo se puede hablar sensatamente? ¡Hum! Los terrícolas estáis locos.

—Oh, vamos, Ullen..., olvídale. ¿Por qué no me miras? ¿Ni siquiera te has dado cuenta de nada?

El marciano suspiró, se quitó los lentes, los limpió concienzudamente, y volvió a ponérselos con cuidado. Contempló a Johnnie con aire distraído.

—Bueno, me parece que llevas un traje nuevo. ¿Verdad?

—¡Un traje nuevo! ¿Eso es todo lo que vas a decir, Ullen? Esto es un *uniforme*. Soy miembro de la Defensa de la Patria —Se puso en pie, como la personificación de la exuberancia juvenil.

—¿Qué es eso de la Defensa de la Patria? —preguntó lánguidamente Ullen.

Johnnie tragó saliva y volvió a sentarse con impotencia.

—Verás, en realidad creo que no has oído hablar de que la semana pasada hubo guerra entre la Tierra y Venus. Apuesto algo a que no lo sabías.

—He estado ocupado —frunció el ceño y los delgados labios sin sangre—. En Marte no hay guerra... por lo menos, ya no la hay. Hubo un tiempo en que solíamos luchar, pero de eso hace mucho tiempo. Hubo una época en que también éramos

científicos, pero de eso hace mucho tiempo. Ahora, somos muy pocos... y no luchamos. —Pareció estremecerse y habló con más energía—: Dime, Johnnie, ¿sabes dónde puedo averiguar lo que significa «honor nacional»? Me he atascado. No puedo seguir adelante a menos que lo comprenda.

Johnnie se levantó hasta alcanzar toda su altura y lucir el uniforme verde sin mácula del Servicio Terrestre. Se rió con amable indulgencia.

—No tienes remedio, Ullen... viejo tonto. ¿No vas a desearme suerte? Mañana saldré al espacio.

—Oh, ¿hay peligro?

Hubo una carcajada de protesta.

—¿Peligro? ¿Qué crees tú?

—Bueno, pues ir en busca del peligro es una tontería ¿Por qué lo haces?

—No lo entenderías, Ullen. Sólo deséame suerte y dime que confías en que vuelva sano y salvo.

—¡Natu-ral-men-te! No quiero que se muera *nadie* —Deslizó la mano en la otra que se le ofrecía—. Cuídate, Johnnie... y espera, antes de irte, tráeme el libro de Stewart. Todo pesa tanto aquí en la Tierra... Pesa, pesa... y las palabras no tienen definiciones.

Suspiró, y volvió a concentrarse en sus libros mientras Johnnie se escabullía silenciosamente de la habitación.

—Estos bárbaros —murmuró, medio dormido—. ¡La guerra! Lllaman a eso matarse... —Su voz se desvaneció, convirtiéndose en un murmullo indistinto, mientras sus ojos seguían un dedo que recorría la página.

»Desde el mismo momento de la unión del mundo anglosajón en una sola entidad gubernamental, hacia la primavera de 1941, era evidente que el destino de...«

—¡Esos terrícolas locos!

Ullen se apoyaba fuertemente sobre sus muletas en las escaleras que conducían a la biblioteca de la Universidad y una de sus delgadas manos protegía sus ojos lacrimosos del terrible sol de la Tierra.

El cielo estaba azul, sin nubes; inalterado. Pero en algún lugar de las alturas, al otro lado del etéreo manto del planeta, unas naves de acero brillaban en encarnizado combate. Y sobre la ciudad caían las minúsculas «gotas de la muerte», las muy divulgadas bombas radiactivas que silenciosa e inexorablemente formaban un cráter de cinco metros de profundidad dondequiera que cayeran.

La población de la ciudad corría hacia los refugios y se enterraba en las sólidas celdas de plomo. Con la mirada alzada, silenciosos, ansiosos, pasaban junto a Ullen. Unos guardias de uniforme ponían un poco de orden en la gigantesca huida, dirigiendo a los rezagados y animando a los calmosos.

Llenaban el aire con sus órdenes.

—Vaya hacia el refugio. No se detenga. Ya sabe que no puede quedarse aquí.

Ullen se volvió hacia el guardia que le había hablado y, lentamente, desechó sus pensamientos para hacerse cargo de la situación.

—Lo siento, terrícola, pero no puedo moverme más de prisa en vuestro enorme planeta. —Golpeó una muleta sobre el suelo de mármol—. Las cosas pesan mucho. Si estuviera entre los demás, me aplastarían.

Sonrió amablemente, y el guardia se frotó la barbilla.

—Muy bien, yo lo arreglaré. Para ustedes, los marcianos, todo esto es muy duro. Vamos, aparte esas muletas —Haciendo un esfuerzo, levantó al marciano—. Pegue las piernas a mi cuerpo, porque vamos a ir muy de prisa.

Su voluminosa figura se mezcló entre la masa de terrícolas. Ullen cerró los ojos al moverse rápidamente bajo una gravedad superior a lo normal y sentir cómo se le contraía el estómago. Volvió a abrirlos en las oscuras profundidades del refugio.

El guardia le depositó cuidadosamente en el suelo y colocó las muletas debajo de los brazos de Ullen.

—Muy bien. Cuídese.

Ullen inspeccionó los alrededores y cojeó hacia uno de los bancos que había en el extremo del refugio. A su espalda se oyó el tétrico sonido metálico de la gruesa puerta de plomo.

El historiador marciano extrajo una gastada libreta de su bolsillo y garabateó unas anotaciones. No hizo caso del excitado murmullo que se alzaba a su alrededor, ni de los fragmentos de acaloradas conversaciones que llenaban el aire.

Y entonces se rascó la frente llena de arrugas con la punta del lápiz, encontrando fija en él la mirada del hombre que estaba sentado a su lado. Sonrió distraídamente y volvió a sus anotaciones.

—Usted es marciano, ¿verdad? —Su vecino habló con voz rápida y chillona—. No me gustan mucho los extranjeros, pero no tengo nada contra los marcianos. Ahora estos venusianos...

La suave entonación de Ullen le interrumpió:

—Creo que odiar no está nada bien. Esta guerra es una contrariedad..., una verdadera contrariedad. Interfiere con mi trabajo, y ustedes, los terrícolas, tendrían que acabar con ella. ¿No lo cree así?

—Puede apostar lo que quiera a que acabaremos con ella —fue la enfática respuesta—. Vamos a destrozarnos su planeta... y a los puercos venusianos con él.

—¿Se refiere a atacar sus ciudades de este modo? —El marciano parpadeó al pensarlo—. ¿Cree que sería lo mejor?

—Maldita sea, sí. Es...

—Pero mire —Ullen colocó un dedo esquelético sobre la palma de la mano y continuó con sus amables argumentos—: ¿No sería mucho más fácil capturar las naves con el arma desintegradora? ¿No lo cree así? ¿O es que el pueblo de Venus tiene pantallas?

—¿A qué arma se refiere?

Ullen reflexionó cuidadosamente.

—Supongo que ése no es el nombre con que *ustedes* la conocen, pero es que yo no sé nada de armas. En Marte la llamamos la «skellingbeg» y eso significa «arma desintegradora» en su idioma. ¿Sabe a lo que me refiero?

No recibió una contestación directa, a menos que pudiera llamarse así a un vago murmullo casi inaudible. El terrícola se apartó de su compañero y contempló con inquietud la pared de enfrente.

Ullen encajó el desaire y se encogió de hombros con cansancio.

—No es que todo esto me importe mucho. Es sólo que la guerra es una gran molestia. Tendría que terminarse —Suspiró—. ¡Pero no me importa!

Sus dedos acababan de volver a mover el lápiz por el cuaderno que tenía abierto sobre las rodillas, cuando levantó otra vez la vista.

—Dígame, por favor, ¿cómo se llamaba el país donde Hitler murió? Los nombres terrestres son tan complicados a veces... Creo que empieza con una M.

Su vecino le dirigió una prolongada mirada y se alejó. Los ojos de Ullen le siguieron con una expresión de asombro.

Y entonces sonó la señal de que todo estaba claro.

—Oh, sí —dijo Ullen—. ¡Madagascar! ¡Qué nombre tan tonto!

El uniforme de Johnnie Brewster ya estaba desgastado por la guerra; un poco más arrugado en el cuello y los hombros, algo más raído en las rodillas y los codos.

Ullen pasó un dedo por la cicatriz que corría a lo largo del antebrazo derecho de Johnnie.

—¿Ya no te duele, Johnnie?

—¡Caramba! ¡La cicatriz! Cogí al venusiano que me la hizo. Ahora está durmiendo en la Luna.

—¿Estuviste mucho tiempo en el hospital, Johnnie?

—¡Una semana! —Encendió un cigarrillo, apartó algunos papeles desordenados de la mesa del marciano y se sentó—. He pasado el resto del tiempo con mi familia, aunque ya ves que me he acercado por aquí para verte.

Se inclinó y acarició cariñosamente la arrugada mejilla del marciano.

—¿No vas a decirme que te alegras de verme?

Ullen se quitó los lentes y clavó los ojos en el terrícola.

—Pero, Johnnie, ¿estás tan poco seguro de que me alegro de verte, que quieres

que te lo diga con palabras? —Hizo una pausa—. Lo anotaré. Los terrícolas siempre tenéis que estar diciéndoos estas cosas tan sencillas... y después no os las creéis. En Marte...

Frotaba metódicamente los lentes mientras hablaba, y ahora volvió a ponérselos.

—Johnnie, vosotros, los terrícolas, ¿no tenéis el arma desintegradora? Una vez conocí a una persona en uno de los refugios y no sabía de lo que le hablaba.

Johnnie frunció el ceño.

—Yo tampoco. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque parece extraño que tengáis que luchar tan violentamente contra esos hombres de Venus, cuando al parecer no poseen pantallas con que defenderse. Johnnie, me gustaría que la guerra terminara. Continuamente me hace dejar el trabajo para ir a un refugio.

—Continúa, Ullen. No divagues. ¿Qué es esta arma desintegradora? ¿Qué sabes de ella?

—¿Yo? No sé nada de nada sobre ella. Pensaba que *vosotros* lo sabrías..., por eso te lo he preguntado. En Marte, en nuestras historias, hablan de haber empleado esta arma en nuestras viejas guerras. Pero ya no sabemos nada de armas. De cualquier modo, son inútiles, porque el enemigo siempre inventa alguna cosa para protegerse, y entonces todo vuelve a estar igual. Johnnie, ¿crees que podrías bajar a buscarme los *Comienzos de los viajes espaciales* de Higginboddam?

El terrícola cerró los puños y los agitó con impotencia.

—Ullen, maldito marciano, ¿no comprendes que esto es importante? ¡La Tierra está en guerra! ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!

—Bueno, pues acabad con ella —Había irritación en la voz de Ullen—. No hay paz ni tranquilidad en ningún lugar de la Tierra. Me gustaría tener esa biblioteca... Johnnie, ten cuidado. Por favor, ¿qué haces? Me lastimas.

—Lo siento, Ullen, pero tendrás que venir conmigo. Vamos a discutir todo esto. —Johnnie había aposentado al marciano, que protestaba débilmente, en una silla de ruedas y salió antes de que terminara la frase.

Un cohete-taxi se encontraba al pie de las escaleras de la Biblioteca, y entre el chofer y el astronauta subieron la silla. Con una estela de humo, despegaron.

Ullen gimió suavemente al sentir la aceleración, pero Johnnie no le hizo caso.

—Washington en veinte minutos, amigo —dijo al conductor—, y no haga caso de las luces de señales.

El delgado secretario habló con helada monotonía:

—El almirante Korsakoff les recibirá.

Johnnie dio media vuelta y tiró la colilla del cigarrillo. Lanzó una apresurada mirada a su reloj y gruñó.

Al moverse la silla de ruedas, Ullen se despertó de un agitado sueño. Se ajustó los lentes.

—¿Nos dejan entrar, por fin, Johnnie?

—¡Shhh!

La mirada impersonal de Ullen se posó sobre los ricos muebles de la habitación, los enormes mapas de la Tierra y Venus sobre la pared, el imponente escritorio del centro, se paseó por la regordeta y barbuda figura sentada detrás del escritorio, y, por fin, se detuvo en el hombre delgado y de cabellos claros que había junto a él.

El marciano trató de levantarse de la silla con súbita impaciencia.

—¿No es usted el doctor Thorning? Le vi el año pasado en Princeton. Se acuerda de mí, ¿verdad? En aquella ocasión me dieron el diploma honorario.

El doctor Thorning se había adelantado y le estrechaba las manos con efusión.

—Naturalmente. Habló usted sobre los métodos históricos marcianos, ¿verdad?

—Oh, se acuerda. ¡Me alegro! Pero este encuentro supone para mí una gran oportunidad. Dígame, como científico, ¿qué opina de mi teoría de que la inseguridad social de la época hitleriana fue la causa directa del...?

El doctor Thorning sonrió.

—Lo discutiremos más tarde, doctor Ullen. En este momento, el almirante Korsakoff quiere que le proporcione cierta información, con la cual esperamos terminar la guerra.

—Exactamente —Korsakoff habló con tono cortante al encontrar la suave mirada de Ullen—. A pesar de ser marciano, presumo que está a favor de la victoria de los principios de libertad y justicia sobre las execrables prácticas de la tiranía venusiana.

Ullen le contempló con inseguridad.

—Esto me suena familiar... pero no pienso mucho en ello. ¿Se refiere, quizá, a que la guerra debe terminar?

—Con la victoria, sí.

—Oh, la «victoria»; eso no es más que una palabra tonta. La historia demuestra que una guerra decidida sobre la superioridad militar sólo establece las bases de futuras guerras de represalia y venganza. Le recomiendo un ensayo muy bueno de un tal James Calkins. Fue publicado en el año 2050.

—¡Pero, caballero!

Ullen levantó la voz con suave indiferencia ante los apremiantes susurros de Johnnie.

—Para terminar la guerra —terminarla realmente— tendría usted que decir a la gente de Venus: «No es necesario luchar. Hablemos...»

Se oyó el ruido de un puñetazo sobre la mesa y un juramento de terrible significado.

—Por el amor de Dios, Thorning, haga lo que quiera con él. Le concedo cinco

minutos.

Thorning reprimió su hilaridad.

—Doctor Ullen, queremos que nos diga lo que sabe sobre el desintegrador.

—¿El desintegrador? —Ullen se rascó la mejilla con sorpresa.

—Del que habló al teniente Brewster.

—Hummm... ¡Ah! Se refiere al arma desintegradora. No sé nada de ella. Los historiadores marcianos la mencionan de vez en cuando, pero ninguno de ellos la conoce... la parte técnica, quiero decir.

El científico de cabello claro asintió pacientemente.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿qué dicen? ¿Qué clase de arma es?

—Bueno, por lo que dicen, se ve que deshace el metal en pedazos. ¿Cómo se llama lo que mantiene unido el metal?

—¿Las fuerzas intramoleculares?

Ullen frunció el ceño y después habló pensativamente:

—Es posible. Me he olvidado de la palabra marciana... a excepción de que es larga. En resumen, esta arma hace que la fuerza que mantiene el metal unido deje de existir y lo deshace convirtiéndolo en polvo. Pero sólo actúa con tres metales, hierro, cobalto y... ¡el otro!

—Níquel —apuntó Johnnie, en voz baja,

—¡Sí, sí, el níquel!

Los ojos de Thorning brillaron.

—Aja, los elementos ferromagnéticos. Apuesto a que hay un campo magnético oscilante mezclado en todo esto. ¿Qué opina, Ullen?

El marciano suspiró.

—Estas palabras terrestres... Veamos, la mayoría de lo que sé sobre el arma está en los trabajos de Hogel Beg. Estaba —estoy completamente seguro— en su *Historia cultural y social del tercer imperio*. Era una obra de veinticuatro volúmenes, pero siempre he opinado que era bastante mediocre. Su técnica en la presentación de...

—Por favor —dijo Thorning—, el arma...

—¡Oh, sí, eso! —Se enderezó en la silla e hizo una mueca al realizar el esfuerzo—. Habla sobre electricidad y va hacia delante y atrás con mucha velocidad, *muchavelocidad*, y su presión... —Hizo una desesperada pausa, y contempló el ceñudo semblante del almirante con ingenuidad—. *Creo* que la palabra es presión, pero no lo sé, porque es difícil traducirla. La palabra marciana es «cranstad», ¿Les sirve eso de ayuda?

—¡Creo que usted quiere decir «potencial», doctor Ullen! —Thorning suspiró audiblemente.

—Bueno, si usted lo dice... Sea como fuere, este «potencial» también cambia

*muy* de prisa y los dos cambios están sincronizados de algún modo con un magnetismo que... uh... se desplaza, y esto es todo lo que sé —Sonrió inciertamente—. Ahora me gustaría regresar. No hay inconveniente, ¿verdad?

El almirante no se dignó contestar.

—¿Ha sacado algo en claro de todo este lío, doctor?

—No mucho —admitió el físico—, pero me ha dado una o dos pistas. Tendremos que consultar ese libro de Beg, pero no tengo grandes esperanzas. Se limitará a repetir lo que acabamos de oír. Doctor Ullen, ¿hay alguna obra científica en su planeta?

El marciano se entristeció.

—No, doctor Thorning, todas fueron destruidas durante la reacción kaliniana. En Marte, no creemos en la ciencia. La historia ha demostrado que la ciencia no proporciona la felicidad —Se volvió al joven terrícola que le acompañaba—: Johnnie, vayámonos, por favor.

Korsakoff les despidió con un signo de la mano.

Ullen se inclinó con cuidado sobre el manuscrito totalmente mecanografiado e insertó una palabra. Dirigió una brillante mirada a Johnnie Brewster, que movió la cabeza y colocó una mano sobre el brazo del marciano. Su frente se contrajo aún más.

—Ullen —dijo con voz sorda—. Vas a tener problemas.

—¿Eh? ¿Yo? ¿Problemas? Pero, Johnnie, eso no es cierto. Mi libro está saliendo muy bien. El primer volumen ya está terminado y, aparte de los últimos toques, está listo para ir a la imprenta.

—Ullen, si no puedes facilitar una información concreta del desintegrador al gobierno, no respondo de las consecuencias.

—Pero si les dije todo lo que sabía...

—No es suficiente. No lo es. Tienes que recordar algo más, Ullen, *tienes* que hacerlo.

—Pero es imposible recordar algo que nunca se ha sabido; es un axioma —Ullen se enderezó en su asiento, apoyándose en una muleta.

—Lo sé —la boca de Johnnie se contrajo en una mueca de tristeza—, pero tienes que comprenderlo.

»Los venusianos controlan el espacio; nuestras guarniciones del asteroide han sido aniquiladas, y la semana pasada cayeron Pobos y Deimos. Se han roto las comunicaciones entre la Tierra y la Luna y sólo Dios sabe cuánto tiempo resistirá la guarnición lunar. La misma Tierra no está segura, y los bombardeos son cada vez más graves. Oh, Ullen, ¿no lo entiendes?

El aspecto de confusión del marciano se acentuó.

—¿La Tierra está perdiendo?



—¡Dios mío, sí!

—Pues tendréis que rendiros. Es lo lógico. ¿Por qué empezasteis todo esto... estúpidos terrícolas? Johnnie apretó los dientes.

—Pero si tuviéramos el desintegrador, no perderíamos.

Ullen se encogió de hombros.

—Oh, Johnnie, empieza a resultar pesado oír siempre la misma cantinela. Los terrícolas tenéis una mente reiterativa. Mira, ¿no te sentirías mejor si te leyera mi manuscrito? Sería muy conveniente para tu intelecto.

—Muy bien, Ullen, tú lo has querido, y voy a decírtelo. Si no dices a Thorning lo que quiere saber, te arrestarán y serás juzgado por traición.

Hubo un corto silencio, y después un confuso balbuceo:

—T-traición. Quieres decir que he sido desleal a... —El historiador se quitó los lentes y los limpió con una mano temblorosa—. No es verdad. Estás tratando de asustarme.

—Oh, no, no lo hago. Korsakoff cree que sabes más de lo que dices. Está seguro de que pretendes obtener un buen precio, o, más probablemente, que has vendido la información a los venusianos.

—Pero Thorning...

—Thorning tampoco está muy seguro. Tiene que pensar en su propio pellejo. Los gobiernos terrestres no se caracterizan por su sensatez en momentos de apuro. —Sus ojos se llenaron súbitamente de lágrimas—. Ullen, debe haber algo que puedas hacer. No sólo por ti..., también por la Tierra.

Ullen respiró entrecortadamente.

—Piensan que yo *vendería* mis conocimientos científicos. ¿Con este insulto me pagan mi sentido de la ética, mi integridad científica? —Su voz estaba llena de furia, y por primera vez desde que Johnnie le conocía, prorrumpió en un torrente de palabras marcianas—. Pues bien, no diré ni una palabra —concluyó—. Que me metan en la cárcel o me maten, pero este insulto no voy a olvidarlo.

La firmeza de sus ojos era inconfundible, y los hombros de Johnnie se hundieron. El terrícola no se movió al ver centellear la luz intermitente.

—Abre, Johnnie —dijo el marciano, en voz baja—. Vienen a buscarme.

Al cabo de un momento, la habitación estuvo llena de uniformes verdes. El doctor Thorning y los dos que le acompañaban eran los únicos que iban vestidos de civiles.

Ullen luchó por levantarse.

—Caballeros, no digan nada. Me han informado que creen que estoy vendiendo lo que sé... *vendiendo por dinero* —escupió las palabras—. Es algo que nunca se ha dicho de mí... algo que no me merezco. Si lo desean, pueden encarcelarme inmediatamente, pero no diré ni una palabra más... ni tendré ningún otro contacto con el gobierno de la Tierra.

Un oficial vestido de verde se adelantó al instante, pero el doctor Thorning le detuvo con un gesto.

—Bueno, doctor Ullen —dijo con jovialidad—, no se precipite. Sólo he venido a preguntarle si ha recordado algún hecho adicional. Cualquier cosa, no importa su insignificancia...

Hubo un silencio pétreo. Ullen se apoyó con fuerza sobre las muletas, pero permaneció erguido.

El doctor Thorning se sentó imperturbablemente encima de la mesa del historiador, y cogió el montón de páginas mecanografiadas.

—Ah, éste es el manuscrito del que me hablaba Brewster —Lo miró con curiosidad—. Bueno, supongo que se da cuenta de que su actitud obligará al gobierno a confiscarle todo esto.

—¿Eh? —La severa expresión de Ullen se trocó en otra de consternación. Su muleta se cayó y él se derrumbó en la silla.

El físico detuvo la débil mano del otro.

—No le ponga las manos encima, doctor Ullen, yo me ocuparé de esto —Hojeó las páginas, que crujieron—. Verá, si usted es arrestado por traición, sus escritos se convierten en subversivos.

—¡Subversivos! —La voz de Ullen era ronca—. Doctor Thorning, no sabe lo que está diciendo. Es mi..., mi gran labor —habló secamente—. Por favor, doctor Thorning, deme mi manuscrito.

El otro lo sostuvo frente a los temblorosos dedos del marciano.

—Si... —dijo.

—¡Pero no sé nada!

El sudor corría por la pálida cara del historiador. Su voz salió confusamente:

—¡Tiempo! ¡Deme tiempo! Pero déjeme pensar... y, por favor, no le haga nada al manuscrito.

Los dedos del otro se posaron con fuerza sobre el hombro de Ullen.

—Ayúdeme, porque quemaré su manuscrito dentro de cinco minutos, si...

—Espere, se lo diré. En alguna parte —no sé dónde— se decía que en el arma se empleaba un metal especial para algunos de los cables. No sé qué metal, pero el agua lo estropeaba y tenía que estar alejado de ella... también el aire. Era...

—¡Por el sagrado *Júpiter!* —gritó uno de los compañeros de Thorning—. Jefe, ¿no recuerda el trabajo de Aspartier sobre los cables de sodio en una atmósfera de argón, hace cinco años?

Los ojos del doctor Thorning trataron de recordar.

—Espere... espere... espere... ¡*Maldita sea!* Lo teníamos delante de las narices...

—Lo sé —gritó repentinamente Ullen—. Fue en Karisto. Estaba discutiendo la

caída de Gallonie y ésta era una de las causas menores —la carencia de ese metal— y después mencionó...

Hablaba a una habitación vacía, y guardó un silencio de asombrado aturdimiento durante un rato.

Y después, «¡Mi manuscrito!» Lo recuperó de donde yacía, diseminado por el suelo, cojeando penosamente a su alrededor, alisando con cuidado todas las hojas arrugadas.

—Los muy bárbaros... ¡tratar de este modo el trabajo de un gran científico!

Ullen abrió otro cajón y removi6 su contenido. La cerr6 y mir6 malhumoradamente a su alrededor.

—Johnnie, ¿d6nde he puesto aquella bibliografía? ¿La has visto?

Mir6 hacia la ventana.

—¡Johnnie!

Johnnie Brewster dijo:

—Espera un momento, Ullen. Aqu6 llegan.

Las calles eran una explosi6n de color. En una larga hilera, de r6gidos movimientos, el Ej6rcito Verde desfilaba por la avenida, mientras el aire se llenaba de confeti y caía sobre sus cabezas una lluvia de cinta de teleimpresor. El bramido de la multitud era apagado, silencioso.

—Ah, los muy tontos —musit6 Ullen—. Estaban igual de contentos cuando empez6 la guerra y hubo un desfile igual que 6ste... y ahora otro. ¡Qu6 tontería! —Volvi6 a cojear hacia su silla.

Johnnie le sigui6.

—El gobierno da tu nombre a un nuevo museo, ¿verdad?

—S6 —fue la seca respuesta. Escudriñ6 in6tilmente por debajo de la mesa—. El Museo de la Guerra Ullen... y estar6 lleno de armas antiguas, desde los cuchillos de piedra hasta los cohetes antia6reos. Este es el extraño sentido de la Tierra sobre la conveniencia de las cosas. ¿D6nde diablos est6 esa bibliografía?

—Aqu6 —dijo Johnnie, sacando el documento del bolsillo del chaleco de Ullen—. Vencimos gracias a tu arma, antigua para ti, as6 que es conveniente en cierto modo.

—¡Vencisteis! ¡Claro! Hasta que Venus se rearme, vuelva a prepararse y empiece a luchar para vengarse. Toda la historia muestra... pero no importa. Esta conversaci6n es in6til —Se sent6 c6modamente en su sill6n—. Mira, d6jame que te enseñe una verdadera victoria. D6jame que te lea parte del primer volumen de mi obra. Ya sabes que est6 imprimi6ndose.

Johnnie se ech6 a reír.

—Adelante, Ullen. En este momento estoy dispuesto a que me leas tus doce

volúmenes completos..., palabra por palabra.

Y Ullen sonrió amablemente.

—Le iría muy bien a tu intelecto —dijo.

# Super-Neutrón (1941)

---

“Super-Neutron”

En la séptima reunión de la honorable Sociedad de Ananías tuvimos el mayor susto de nuestras vidas, y después elegimos presidente vitalicio a Gilbert Hayes.

La Sociedad no tiene muchos afiliados. Antes de la elección de Hayes éramos cuatro, solamente: John Sebastian, Simón Murfree, Morris Levin y yo. El primer domingo de cada mes comíamos juntos, y en tales ocasiones justificábamos el nombre de nuestra sociedad jugándonos el pago de la cuenta al juego de quién mentía mejor.

Resultaba un proceso bastante complicado, con reglas parlamentarias estrictas. Un miembro soltaba un relato, en cada reunión, cuando le tocaba el turno, aunque ateniéndose a dos condiciones: tal relato había de ser un embuste descarado, complicado y fantástico; *pero* había de parecer real. Los demás socios tenían derecho —y lo ejercían— a atacar todos y cada uno de los puntos del relato haciendo preguntas o pidiendo explicaciones. ¡Ay del narrador que no respondiera a todas las preguntas inmediatamente, o que, al contestar, incurriese en una contradicción! ¡Cargaba con la cuenta! La pérdida financiera no era grande; el deshonor, sí.

Y entonces tuvo lugar aquella séptima reunión... y llegó Gilbert Hayes. Hayes era uno de los diversos no-socios que asistían de vez en cuando para escuchar la tanda de mentiras de sobremesa, pagándose cada cual su comida, y, naturalmente, sin voz ni voto en lo que sucediera. Pero en esta ocasión era el único de dicho grupo que asistía.

La comida había terminado. Fui elegido presidente de la asamblea (me tocaba por turno regular) y se había leído el acta, cuando he aquí que Hayes se inclinó sobre la mesa y dijo en voz baja:

—Caballeros, hoy desearía que me diesen una oportunidad.

—A los ojos de la Sociedad —repliqué yo, arrugando el ceño—, usted no existe, señor Hayes. Es imposible que tome parte.

—Entonces, permítame solamente que haga una declaración —repuso él—. El Sistema Solar llegará a su fin a las dos y siete minutos y medio de esta tarde, exactamente.

Todo el grupo sufrió una sacudida infernal. Yo levanté los ojos hacia el reloj eléctrico que había sobre el televisor. Era la una y catorce minutos.

—Si tiene algo en qué sustanciar tan extraordinaria declaración —dije, titubeando—, será sin duda muy interesante. Hoy le toca el turno a Levin; pero si está dispuesto a renunciar, y el resto de la Sociedad lo acepta...

Levin sonrió, asintiendo, y los demás se le sumaron.

Yo di el golpe de ritual con el mazo.

—El señor Hayes tiene la palabra.

Hayes encendió un cigarro puro y se quedó mirándolo pensativamente.

—Dispongo de poco más de una hora, caballeros, a pesar de lo cual empezaré por el principio, que se remonta a unos quince años atrás. Aunque luego dimití, por aquellas fechas era yo un astrofísico del Observatorio de Yerkes; era joven pero ya una promesa. Y me afanaba persiguiendo la solución de uno de los enigmas perennes de la astrofísica: la fuente de los rayos cósmicos. Además, estaba lleno de ambición.

Hizo una pausa, y continuó en tono distinto:

—Ya saben, es raro que, con todo nuestro bagaje científico, en estos dos siglos últimos no hayamos encontrado dicha misteriosa fuente ni tampoco la igualmente misteriosa razón de que una estrella explote. Son los dos enigmas eternos, y sabemos tan poca cosa de ellos en la actualidad como sabíamos en tiempos de Einstein, Eddington y Millikan.

»Sin embargo, como decía, yo pensaba llegar a dominar el rayo cósmico, y en consecuencia, me puse a verificar mis ideas mediante la observación, para lo cual tenía que salir al espacio exterior. De todos modos, la operación no resultaba tan sencilla. Vean ustedes, estábamos en el año 2129, recién terminada la última guerra, y el Observatorio estaba casi destrozado... ¿Acaso no lo estábamos todos?

»Saqué el mejor partido posible de la situación. Alquilé un modelo 07 viejo y de segunda mano, amontoné dentro mis aparatos y emprendí el vuelo solo. Es más, tuve que salir a hurtadillas del aeropuerto, sin los documentos de rigor, pues no tenía ganas de someterme al papeleo que el ejército de ocupación me habría impuesto. Era ilegal, pero yo quería recoger los datos que necesitaba, por lo que me dirigí en ángulo recto hacia la eclíptica, en dirección al Polo Sur Celeste, aproximadamente, y dejé al Sol a ciento sesenta mil millones de kilómetros detrás de mí.

»El viaje y los datos que recogí carecen de importancia. Jamás informé a nadie de uno ni de los otros. El meollo del relato está en el planeta que encontré.

En este punto, Murfree enarcó aquellas pobladas cejas que tenía y refunfuñó:

—Quisiera advertir al caballero, señor presidente, que hasta la fecha ningún socio de esta Sociedad ha salido sin despellejar, si quiso inventarse un planeta de mentirijillas.

Hayes sonrió tristemente.

—Correré el riesgo —dijo—. Y seguiré explicando que el decimoctavo día de mi viaje descubrí por primera vez el mencionado planeta, en forma de un disquito color naranja del tamaño de un guisante. Naturalmente, un planeta en aquella parte del espacio causa verdadera sensación. Me dirigí hacia allá, y al momento descubrí que no había arañado siquiera la corteza de la singularidad de aquel planeta. El simple hecho de que se encontrara allí resultaba fenomenal..., pero es que, además, no poseía campo gravitatorio alguno, en absoluto.

El vaso de vino de Levin se estrelló contra el suelo.

—Señor presidente —exclamó en un aliento de voz—, Pido que se descalifique acto seguido al caballero. No puede existir masa alguna que no deforme el espacio en sus proximidades, creando así un campo gravitatorio. El caballero ha hecho una afirmación imposible; por lo tanto, debe ser descalificado —Levin tenía el rostro encarnado de cólera.

Pero Hayes levanto la mano.

—Pido tiempo, señor presidente. La explicación vendrá a su debido momento. Darla ahora sería complicar las cosas. Por favor, ¿puedo continuar?

Yo consideraré el caso.

—En vista del carácter de su relato, me siento dispuesto a ser benigno. Se le concede un plazo, pero tenga la bondad de recordar que, a su debido tiempo, deberá dar una explicación. Si no la diera, perdería.

—De acuerdo —dijo Hayes—. Por el momento, ustedes tendrán que aceptar mi declaración de que el planeta *no poseía* gravedad alguna. Es un hecho incuestionable, porque yo llevaba en mi nave un equipo astronómico completo, y aunque mis instrumentos eran de una sensibilidad extraordinaria, registraron siempre un cero absoluto.

»También la recíproca era cierta, porque el planeta era completamente indiferente a la gravedad de otras masas. De nuevo, hago hincapié en que no le afectaba nada, *en absoluto*. Lo que voy a decir no pude determinarlo en aquellos momentos, pero el caso es que la observación subsiguiente, a lo largo de un período de años, me demostró que el planeta se desplazaba en línea recta y a velocidad constante. Hallándose como se hallaba dentro del campo de influencia del Sol, el hecho de que su órbita no fuese elíptica ni hiperbólica y de que, si bien acercándose al Sol, no se acelerase, demostraba que era independiente de la gravedad solar.

—Espere un poco, Hayes —Sebastian hizo una mueca tan pronunciada que se vio el destello de su premolar de oro—. ¿Qué era lo que mantenía unido al tal planeta? Sin gravedad, ¿cómo no se partía y dispersaba?

—En primer lugar, ¡pura inercia! —fue la réplica inmediata—. No había nada que pudiera *partirlo*. Una colisión con otro cuerpo de tamaño similar habría podido obrar tal efecto..., esto sin tomar en cuenta la posibilidad de que el planeta estuviera dotado de una fuerza de cohesión peculiar suya.

Y continuó, con un suspiro:

—Con eso no hemos agotado las propiedades de aquel cuerpo. Su color rojo anaranjado y su bajo poder de reflexión, o albedo, me pusieron sobre otra pista, y descubrí que el planeta era absolutamente transparente para todo el espectro electromagnético, desde las ondas de radio hasta los rayos cósmicos. Sólo en la región del rojo y el amarillo de la gama de la luz visible era moderadamente opaco. De ahí

procedía su color.

—¿Cómo se explica eso? —pidió Murfree. Hayes me miró.

—La pregunta no es razonable, señor presidente. Sostengo que lo mismo podrían preguntarme por qué el vidrio es enteramente transparente para todo lo que esté por encima o por debajo de la región ultravioleta, de modo que el calor, la luz y los rayos lo atraviesan, al tiempo que resulta opaco para la luz ultravioleta. Esto es propiedad de la sustancia misma, y debe aceptarse sin explicación de ninguna clase.

Yo di un golpe con el mazo.

—¡Declaro inadecuada la pregunta!

—Me opongo —objetó Murfree—. Hayes no ha dado una explicación satisfactoria. No hay nada perfectamente transparente. El vidrio, si tiene el grosor suficiente, detendrá hasta los rayos cósmicos. ¿Osará decirnos, pues, que la luz azul, o el calor, por ejemplo, podrían atravesar un planeta entero?

—¿Por qué no? —respondió Hayes—. El hecho de que la transparencia perfecta no exista en las sustancias que usted conoce no significa que no pueda existir en ninguna parte. En verdad, ninguna ley científica sostiene tal principio. El planeta que digo era perfectamente transparente, salvo por una pequeña región del espectro. Ese es un hecho concreto, sacado de la observación.

Mi mazo golpeó de nuevo.

—Declaro satisfactoria la explicación. Continúe, Hayes.

El cigarro se le había apagado; Hayes hizo una pausa Para encenderlo de nuevo. Después prosiguió:

—En otros aspectos, el planeta era normal. No era tan grande como Saturno... su diámetro estaría, quizá, entre el de éste y el de Neptuno. Experimentos posteriores demostraron que poseía masa, aunque resultaba difícil averiguar cuánta... si bien pasaba del doble de la de la Tierra. Poseyendo masa, tenía las propiedades habituales de la inercia y el movimiento mecánico... pero carecía de gravedad.

Eran en ese instante la una y treinta y cinco.

Hayes siguió el movimiento de mis ojos y dijo:

—Sí, sólo nos quedan tres cuartos de hora. ¡Me daré prisa...! Naturalmente, un planeta tan raro me dio que pensar, lo cual, sumado al hecho de que yo había elaborado ya ciertas teorías relativas a los rayos cósmicos y las novas, me condujo a una interesante solución.

Hizo otra pausa para inspirar profundamente:

—Imagínense (si pueden) nuestro cosmos como una nube de... de, pues, unos superátomos que...

—Perdone —exclamó Sebastian, poniéndose en pie—, ¿se propone fundar toda o parte de su explicación en el trazado de analogías entre estrellas y átomos, o entre sistemas solares y órbitas electrónicas?



—¿Por qué lo pregunta? —interrogó a su vez Hayes, sin levantar la voz.

—Porque, si lo intenta, pido que le descalifiquen inmediatamente. La creencia de que los átomos son sistemas solares en miniatura se puede equiparar a la idea ptolemeica del universo. Tal supuesto no ha sido nunca aceptado por los científicos, ni siquiera en los mismos albores de la teoría atómica.

—El caballero tiene razón —asentí—. No se permitirá ninguna analogía de esta especie como parte de la explicación.

—Ahora protesto yo —exclamó Hayes—. Ustedes recordarán que en el curso de física elemental que les dieron en la escuela, se simulaba muy a menudo (para ilustrar algún punto determinado) que las moléculas de gas eran diminutas bolitas de billar. ¿Significa ello que las moléculas de los gases *sean* realmente bolas de billar?

—No —admitió Sebastian.

—Significa únicamente —fue diciendo Hayes— que las moléculas de los gases se comportan en ciertos aspectos de modo parecido a las bolas de billar. De este modo se visualiza mejor el comportamiento de unas, estudiando el de las otras... Pues bien, yo sólo trato de señalar un fenómeno en nuestro universo de estrellas, y con la única finalidad de dar una imagen fácil, lo comparo a un fenómeno similar, y mejor conocido, del mundo de los átomos. Lo cual no significa que las estrellas sean átomos gigantescos.

Me había convencido.

—El punto está bien enfocado —dije—. Puede continuar su explicación, pero si la presidencia considera que la analogía deriva por mal camino, quedará usted descalificado.

—De acuerdo —aceptó Hayes—, pero, de momento, pasemos a otro punto. ¿Se acuerda alguno de ustedes de las primeras centrales atómicas, de hace ciento setenta años, y de cómo funcionaban?

—Creo —murmuró Levin— que cómo energía utilizaban el método clásico de fisión del uranio. Bombardeaban uranio con neutrones lentos y lo descomponían en masurio bario, rayos gamma y más neutrones, estableciendo así un proceso cíclico.

—¡En efecto! Bien, imaginen que el universo estelar actuase en ciertas cosas (fíjense bien, esto es una metáfora; no hay que tomarlo al pie de la letra) como un conjunto compuesto de átomos de uranio, e imagínense ese universo estelar bombardeado desde el exterior con objetos que pudieran actuar en algunos sentidos de manera similar a como actúan los neutrones a escala atómica.

»Uno de tales súper-neutrones, al chocar contra un sol, provocaría la explosión de éste, convirtiéndolo en radiaciones y nuevos súper-neutrones. En otras palabras, tendrían ustedes una nova. —Hayes paseó la mirada por el concurso, en espera de objeciones.

—¿Cómo justifica tal idea? —preguntó Levin.

—De dos maneras: una, lógica; otra, por la observación. Primero, la lógica. Las estrellas se encuentran esencialmente en un equilibrio materia-energía, y sin embargo, repentinamente, sin que se haya podido observar ningún cambio, ni espectral ni de otra clase, alguna que otra vez, explotan. Una explosión indica inestabilidad; pero ¿dónde? No será en el interior de la estrella, Porque ha estado en equilibrio durante millones de años. No será desde un determinado punto del interior del universo, porque las novas se reparten, más o menos por igual, por todo el universo. Así pues, por eliminación, hemos de concluir que desde un punto de *fuera* del universo.

»Segundo, por la observación. ¡Yo me topé con uno de esos súper-neutrones!

Murfree protestó, indignado:

—Supongo que se refiere al planeta sin gravedad que se encontró.

—En efecto.

—Entonces, ¿qué le hace pensar que se trata de un súper-neutrón? No puede utilizar su teoría como prueba porque precisamente está aprovechando el propio súper-neutrón para sostener su teoría. Aquí no nos permitimos argumentar en círculos.

—Lo sé —declaró Hayes, mosqueado—. Emplearé nuevamente la lógica. El mundo de los átomos posee una fuerza cohesiva en la carga electromagnética de electrones y protones. El mundo de las estrellas posee una fuerza cohesiva en la gravedad. Las dos fuerzas sólo se parecen de una manera muy general. Por ejemplo, hay dos clases de cargas eléctricas, y en cambio sólo existe una clase de gravedad... y queda todavía un sinfín de otras diferencias menores. Sin embargo, hasta este punto me parece permisible una analogía. Un neutrón, a escala atómica, es una masa privada de la fuerza cohesiva atómica: la carga eléctrica. Un súper-neutrón, a escala estelar, *habría de* ser una masa sin la fuerza cohesiva estelar: la gravedad. Por consiguiente, si encuentro un cuerpo sin gravedad, parece razonable suponerlo un súper-neutrón.

—¿Considera lo dicho una prueba rigurosamente científica? —preguntó con sarcasmo Sebastian.

—No —admitió Hayes—, pero es lógico, no contradice los hechos científicos que yo conozco, y nos proporciona una explicación consistente de las novas. Lo cual debería bastar para nuestro objetivo inmediato.

Murfree tenía la vista clavada en las uñas.

—¿Y adonde se dirige precisamente ese súper-neutrón?

—Veo que se adelanta a los acontecimientos —dijo Hayes con acento sombrío—. Fue lo que me pregunté yo entonces. Hoy, a las dos y nueve minutos y medio, chocara de frente con el Sol, y ocho minutos después, la radiación resultante del estallido borraría a la Tierra del número de los planetas.

—¿Cómo no informó de todo eso? —ladró Sebastian.

—¿Para qué? No se podía cambiar nada. No podemos manejar masas astronómicas. Ni siquiera toda la energía que pudiera reunirse en la Tierra habría bastado para desviar de su trayectoria ese enorme cuerpo. Además, no se puede escapar a otro punto del Sistema Solar porque Neptuno y Plutón se convertirán en gas lo mismo que los otros planetas, y los viajes interestelares todavía son absolutamente imposibles. Por consiguiente, como el hombre no puede existir independientemente en el espacio, está sentenciado.

»¿Para qué ir a explicar estas cosas? ¿Qué habría conseguido convenciendo a los que me escucharan que la condena a muerte ya estaba firmada? Suicidios, oleadas de crímenes, orgías, mesías, evangelistas y todo lo malo y baladí que puedan ustedes imaginarse. Además, ¿es tan terrible la muerte a consecuencia de una nova? Es una muerte instantánea y limpia. A las dos diecisiete minutos estás aquí, y a las dos dieciocho minutos eres una tenue masa de gas. Es una muerte tan rápida y fácil que casi no significa morir.

Estas palabras fueron seguidas de un prolongado silencio. Yo me sentía inquieto. Hay mentiras y mentiras, pero ésta sonaba muy verídica. En Hayes no se observaba aquel leve doblar el labio ni el destellito en los ojos que constituyen la señal del triunfo cuando uno ha logrado colar una de las gordas. Estaba serio, terriblemente serio. Comprendí que los demás pensaban lo mismo. Levin bebía sorbitos de vino, y la mano le temblaba.

Por fin Sebastian tosió ruidosamente.

—¿Cuándo descubrió ese súper-neutrón, y dónde?

—Hace quince años, a más de ciento cincuenta mil millones de kilómetros del Sol.

—¿Y durante todo este tiempo esa masa ha venido acercándose al Sol?

—Sí, a la velocidad constante de tres kilómetros y tres décimas por segundo.

—¡Magnífico, ya le he cogido! —Sebastian casi reía de alivio—. ¿Y cómo no lo han localizado los astrónomos en todo este tiempo?

—¡Dios mío! —respondió impaciente Hayes—. Se ve claramente que usted no es astrónomo. Veamos, ¿qué tonto intentaría mirar hacia el Polo Sur Celeste en busca de un planeta, si sólo se los encuentra en la eclíptica?

—No obstante —indicó Sebastian—, aquella región estudian igualmente. La fotografían.

—¡Sin duda! Por lo que me consta al súper-neutrón lo han fotografiado un centenar de veces (un millar de veces, si lo prefiere) aunque el Polo Sur es la región menos observada del cielo. Pero ¿qué hay que lo diferencie de una estrella? Con su bajo albedo, nunca pasó de la onceava magnitud en luminosidad. Al fin y al cabo, bastante cuesta ya, en todos los casos, detectar un planeta. A Urano lo localizaron muchísimas veces antes de que Herschel se diera cuenta de que era un planeta. A

Plutón costó años enteros encontrarlo, a pesar de que iban buscándolo. Recuerden además que, no poseyendo gravedad, no causa perturbaciones planetarias, y que esta carencia de perturbaciones elimina la indicación más palmaria de su presencia.

—Pero —insistió Sebastian, desesperadamente— al acercarse al Sol, su tamaño aparente aumentaría y empezaría a notarse un disco bien perceptible en un telescopio. Aunque poseyera una luz reflejada muy débil, oscurecería, sin duda alguna, las estrellas que se encontraran detrás.

—Cierto —reconoció Hayes—. No diré que un cartografiado completo y riguroso de la Región Polar no lo hubiera descubierto, pero tal cartografiado lo llevaron a cabo mucho tiempo atrás, y las someras investigaciones actuales en busca de novas, tipos espectrales especiales, etc., etc., no son exhaustivas, ni mucho menos. Luego, cuando el súper-neutrón se acerca al Sol, empieza a aparecer solamente al alba y al anochecer —a la manera de la estrella matutina y vespertina— con lo cual se hace más difícil observarlo. Y por ello no lo ha observado nadie... que es lo que se podía esperar.

Nuevo silencio. Yo me di cuenta de que el corazón me martilleaba. Eran las dos, y no habíamos podido contradecir el relato de Hayes. Debíamos demostrar sin tardanza que era un embuste, o yo iba a morir de puro intrigado. Todos estábamos mirando el reloj.

Levin emprendió la pelea.

—Es una coincidencia extremadamente rara que el súper-neutrón se dirija hacia el Sol, en línea recta. ¿Qué probabilidades hay en contra? Piénselo, enumerarlas sería lo mismo que recitar las que hay en contra de la verdad de su relato.

—La objeción es improcedente, Levin —interpuse yo—. No basta con alegar la improbabilidad, por grande que sea. Sólo la imposibilidad total o demostrar la inconsistencia de los argumentos pueden servir para descalificar.

Pero Hayes había levantado la mano.

—No importa. Permítame que conteste. Si consideramos un solo súper-neutrón y una sola y determinada estrella, las probabilidades de un choque directo, frontal, son poquísimas. Sin embargo, estadísticamente, si usted dispara bastantes súper-neutrones hacia el interior del universo, entonces, tomando el lapso de tiempo suficiente, todas y cada una de las estrellas habrían de sufrir un impacto, más pronto o más tarde. El espacio ha de estar poblado de un enjambre de súper-neutrones (digamos uno por cada mil parsecs cúbicos), de manera que a pesar de las grandes distancias entre las estrellas y la relativa pequeñez de los blancos, en nuestra Galaxia se producen veinte novas por año, es decir, cada año ocurren veinte colisiones entre súper-neutrones y estrellas.

»La situación no es distinta, en realidad, a lo que ocurre con el uranio cuando lo bombardean con neutrones corrientes. De cada cien millones de éstos, sólo uno puede

dar en el blanco, pero, con el tiempo, todos los núcleos estallan. Si existen fuera del universo inteligencias que dirigen este bombardeo (esto es pura hipótesis Y no forma parte de mi argumentación, por favor) un año nuestro podría ser para ellas una infinitésima de segundo. Los blancos, para ellas, deben producirse a un promedio de miles de millones por cada segundo de los suyos. Acaso se vaya produciendo energía hasta el punto de que el material que compone este universo se haya calentado hasta pasar al estado gaseoso... o como le llamen allá. Ustedes ya lo saben, el universo se expande... como un gas.

—No obstante, eso de que el primer súper-neutrón que entra en nuestro sistema se lance de cabeza contra el Sol parece... —Levin terminó con un tartamudeo débil.

—¡Santo Dios! —atajó Hayes—. ¿Quién le ha dicho que éste ha sido el primero? Durante los tiempos geológicos pueden haber atravesado el sistema centenares de ellos. En los últimos mil años pueden haber cruzado uno o dos. ¿Cómo podríamos saberlo? Además, cuando uno se dirige hacia el Sol, los astrónomos tampoco lo descubren. Acaso éste sea el único que haya pasado desde cuando se inventó el telescopio, y antes aun, por supuesto... Y no olviden que, como no poseen gravedad, pueden atravesar por en medio del sistema sin afectar a los planetas. Lo único que lo haría notar sería un impacto contra el Sol, y entonces ya no quedaría quien lo contase —dirigió una mirada a su reloj—. ¡Las dos y cinco! Ahora deberíamos verlo sobre el Sol. —Hayes se puso en pie y levantó la persiana. La amarilla luz solar penetró en la estancia, y yo me aparté de su polvoriento rectángulo. Tenía la boca seca como arena del desierto. Murfree se secaba la frente, pero en las mejillas y el cuello continuaba ostentando gotas de sudor.

Hayes sacó varios trozos de celuloide fotográfico impresionados y nos los entregó.

—Como ven, he venido preparado —a continuación levantó uno hacia el Sol—. Ahí está —comentó plácidamente—. Mis cálculos manifestaron que a la hora de la colisión se hallaría en tránsito con respecto a la Tierra. ¡Muy conveniente!

Yo también miraba al Sol, y noté que el corazón me fallaba un latido. Allí, perfectamente clara sobre el fondo luminoso del Sol, se veía una manchita negra, perfectamente circular.

—¿Cómo no se vaporiza? —balbuceó Murfree—. Ha de encontrarse ya casi en la atmósfera del Sol.

No creo que quisiera impugnar la versión de Hayes. Esto había quedado muy atrás. Murfree pedía datos, sinceramente.

—Les he dicho —explicó Hayes— que es transparente para casi todas las radiaciones solares. Sólo se puede convertir en calor la radiación que absorba, y sólo absorbe un porcentaje muy pequeño de la que recibe. Además, no está formado de una materia corriente. Es, probablemente, más refractario que la Tierra, y la

superficie solar no pasa de los seis mil grados centígrados.

Con el pulgar, Hayes señaló por encima del hombro.

—Son las dos y nueve minutos y medio, caballeros El súper-neutrón ha chocado ya; la muerte está en camino. Disponemos de ocho minutos.

Todos estábamos mudos a causa de, pura y simplemente, un terror insoportable. Recuerdo la voz de Hayes, cuando decía, con toda tranquilidad:

—¡Mercurio acaba de evaporarse! —unos minutos después—: ¡Venus ha desaparecido! —y finalmente—: ¡Nos quedan treinta segundos, caballeros!

Los segundos se hacían siglos; pero transcurrieron por fin. Y pasaron otros treinta segundos, y otros más...

Por la faz de Hayes se fue extendiendo e intensificando una expresión de asombro. Levantó el reloj y lo miró fijamente; después volvió a observar el Sol a través de la película.

—¡Se ha ido! —se volvió y nos miró—. Es increíble. Se me había ocurrido la idea, pero no osaba llevar demasiado lejos la analogía atómica. Ya saben que no todos los núcleos estallan al ser golpeados por un neutrón. Algunos, los de cadmio, por ejemplo, los absorben uno tras otro, como las esponjas absorben el agua. Yo...

Hizo otra pausa, inspiró profundamente y continuó, meditabundo:

—Hasta el bloque de uranio más puro contiene vestigios de todos los demás elementos. Y en un universo de trillones de estrellas que se comportan como uranio, ¿qué representa un escaso millón de estrellas que se comporten como el cadmio?... ¡Nada! ¡Pero el Sol es una de ellas! ¡El género humano no merecía eso!

Hayes continuaba hablando; pero, por fin, nos había invadido gran alivio, y ya no le escuchábamos. Con frenesí casi histérico elegimos a Gilbert Hayes, por aclamación entusiasta, presidente vitalicio, y decidimos por votación que aquel relato era la mentira más retumbante que se hubiera contado jamás.

Aunque, hay una cosa que me desazona. Hayes desempeña bien el cargo, y la sociedad florece más que nunca..., pero yo creo que deberíamos haberle descalificado, después de todo. Su relato cumplía bien la segunda condición, sonaba como si fuese verdad. Pero no creo que satisficiese la primera.

¡Yo creo que era *realmente* verdad!

## Navidad en Ganímedes (1942)

---

“Christmas on Ganymede”

Olaf Johnson se distraía canturreando con acento nasal y contemplaba el majestuoso abeto del ángulo de la biblioteca con una expresión soñadora en la porcelana azul de sus ojos. Aunque la biblioteca era la habitación más espaciosa de la Cúpula. Olaf no consideraba que le sobrase ni un palmo de terreno en aquella ocasión. Entusiasmado, hundió la mano en la enorme canasta que tenía al lado y sacó el primer rollo de papel rugoso encarnado y verde.

No se había detenido a indagar cuál había sido el impulso sentimental que impulsó a la Compañía Ganimediana a enviar una colección completa de adornos de Navidad a la Cúpula. Olaf era hombre de temperamento plácido; realizaba la tarea que se había impuesto él mismo de decorador navideño en jefe y estaba contento de su suerte.

De pronto, frunció el ceño y masculló una maldición. La luz indicadora de Asamblea General se encendía y apagaba con ritmo histérico. Con aire ofendido, Olaf dejó el martillo que acababa de empuñar y el rollo de papel plisado; se limpió el cabello de confeti y se dirigió hacia las dependencias de los oficiales.

Cuando Olaf entraba, el comandante Scott Pelham estaba arrellanado en el mullido sillón que presidía la mesa. Sus rechonchos dedos tamborileaban, sin ritmo alguno, en el cristal que la cubría. Olaf sostuvo la mirada furiosa e inflamada del comandante sin ningún temor, puesto que en el transcurso de veinte revoluciones ganimedianas no se había producido la menor anomalía en su departamento.

La habitación se llenaba rápidamente de hombres, y los ojos de Pelham se endurecían a medida que iban contando caras en una mirada circular.

—Ya estamos todos. ¡Señores, nos encontramos ante una crisis! .

Se produjo una vaga agitación. Los ojos de Olaf buscaron el techo, y su ánimo se relajó. La Cúpula sufría el impacto de una crisis en cada revolución del astro, por término medio. Habitualmente, se resolvían en un repentino aumento del cupo de oxita que había que recoger, o versaban sobre la mala calidad de la última recolección de hojas de karen. Sin embargo, las palabras que escuchó a continuación le pusieron tenso.

—Con respecto a la crisis, tengo que hacer una pregunta. —Cuando estaba enfadado, Pelham poseía una voz de barítono profundo, dotada de una estridencia desagradable—. ¿Qué camorrista imbécil les ha contado cuentos de hadas a esos malditos estrucitos?

Olaf carraspeó nervioso, con lo cual se convirtió en el Centro de la atención general.

—Yo..., yo... —balbució; e inmediatamente quedó en silencio. Movía los largos

dedos en un gesto desconcertado, como pidiendo auxilio—. Quiero decir que yo estuve ayer allá, después de los últimos..., los últimos... suministros de hojas, debido a que los estrucitos se retrasaban y...

La voz de Pelham adquirió una dulzura engañosa. Pelham sonreía.

—¿Les hablaste a esos indígenas de Papá Noel, Olaf?

Su sonrisa tenía un singular parecido con una mueca de lobo; Olaf se derrumbó. Contestó afirmativamente con un gesto convulsivo.

—¿Ah, sí, les hablaste? ¡Vaya, vaya, les contaste lo de Papá Noel! Que viene en un trineo, cruzando el aire, tirado por ocho renos, ¿eh?

—Bueno..., pues... ¿y no es así? —inquirió Olaf, apabullado.

—Y les dibujaste los renos, para asegurarte bien de que no pudieran confundirse. Además, el hombre lleva una larga barba y un traje encarnado con ribetes blancos.

—Sí, es cierto —respondió Olaf con semblante desconcertado.

—Y trae un gran saco, lleno a rebosar de regalos para los niños y las niñas que han sido buenitos, y desciende por las chimeneas y mete regalos dentro de los calcetines.

—Claro.

—Y también les contaste que está a punto de llegar, ¿verdad? Una revolución más, y nos visitará.

Olaf sonrió apagadamente.

—Sí, comandante, quería decírselo a usted. Voy a arreglar el árbol y...

—¡Cállate! —el comandante respiraba con fuerza, produciendo un sonido sibilante—. ¿Sabes qué se les ha ocurrido a esos estrucitos?

—No, comandante.

Pelham se inclinó sobre la mesa, en dirección a Olaf, y gritó:

—¡Quieren que Papá Noel vaya a verles, a ellos!

Alguien soltó una carcajada, que trocó inmediatamente en una tos asfixiante ante la furiosa mirada del jefe.

—¡Y si Papá Noel no los visita, los estrucitos abandonarán el trabajo! —Y repitió—: ¡No trabajarán... se declararán en huelga!

Después de estas palabras, se terminaron las risas, sofocadas o no. Si en el grupo surgió más de un solo pensamiento, no se manifestó en nada. Olaf tradujo en palabras este pensamiento único:

—Pero ¿y el cupo?

—Eso es, ¿y el cupo? —gruñó Pelham—. ¿Necesitan ustedes que les pinte el cuadro? Ganymedan Products ha de reunir todos los años cien toneladas de wolframita, ochenta toneladas de hojas de karen y cincuenta toneladas de oxita, si no quieren perder la franquicia. Supongo que no hay nadie entre nosotros que lo ignore. Y se da el caso de que el año terrestre actual termina después de dos revoluciones



ganimedianas, y en estos momentos llevamos un retraso del cincuenta por ciento.

Hubo un silencio absoluto, horrorizado.

—Y ahora los estrucitos no quieren trabajar, si no los visita Papá Noel. Si no se trabaja, adiós cupo, adiós franquicia ¡adiós empleos! Empapaos de ello, semi-idiotas.

Hizo una pausa, miró a Olaf de hito en hito y añadió:

—A menos que en la próxima revolución tengamos un trineo volador, ocho renos y un Papá Noel. ¡Y por todas las manchas de los anillos de Saturno, vamos a procurarnos eso precisamente, un Papá Noel!

Diez semblantes adquirieron una lividez espectral.

—¿Ha pensado en alguno, comandante? —preguntó alguien con una voz que en sus tres cuartas partes era un graznido.

—Si, lo cierto es que lo he pensado.

Y se repantigó en el sillón. Olaf Johnson empezó a sudar súbitamente. Tenía los ojos clavados en la punta de un índice que le señalaba.

—¡Oh, comandante! —murmuró con voz trémula. Pero el índice implacable no se movió.

Sim Pierce interrumpió el cuidadoso examen de la última remesa de hojas de karen y proyectó una mirada esperanzada por encima de los lentes.

—¿Qué? —preguntó.

Pelham levantó los hombros.

—Les he prometido su Papá Noel. ¿Qué otra cosa podía hacer? Además, les he duplicado la ración de azúcar, de modo que han vuelto al trabajo... de momento.

—Quiere decir hasta que el Papá Noel que les prometimos no aparezca. —Pierce dio énfasis a la frase alisando una hoja de karen, muy larga, y pasándosela por delante del rostro al comandante—. Es lo más necio que he escuchado en mi vida. Es un imposible. ¡Papá Noel no existe!

—Pruebe de explicárselo a los estrucitos. —Pelham se desplomó en una silla y su expresión se volvió pétrea y desabrida—. ¿Qué está haciendo Benson?

—¿Se refiere al trineo volador que, según ha dicho, es capaz de armar? —Pierce levantaba una hoja hacia la luz y la miraba con ojo crítico—. Si me lo pregunta, le diré que está chiflado. Esta mañana el viejo cuervo ha bajado al subterráneo y todavía no ha salido de allí. Lo único que sé es que ha destrozado el electrodisociador de recambio. Si le pasa algo al normal, nos quedamos sin oxígeno, ni más ni menos.

—Bueno —Pelham se levantó pesadamente—, yo, por mi parte, deseo que nos asfixiemos de verdad. Sería una manera cómoda de salir de este lío. Voy a bajar.

Salió con paso fatigado y dando un fuerte portazo.

En el subterráneo paseó una mirada a su alrededor, desconcertado.

—¡Eh, Benson! —llamó Pelham.

De debajo del trineo emergió una cara sucia, surcada de chorrillos de sudor, mientras una bocanada de jugo de tabaco salía disparada hacia la omnipresente escupidera del aludido.

—¿Por qué grita de ese modo? —se quejó Benson—. Este es un trabajo delicado.

—¿Qué diablos representa ese estrambótico aparato? —inquirió Pelham.

—Un trineo volador. Ha sido una idea mía —En los ojos llorosos de Benson brillaba el entusiasmo; el bocado de tabaco se desplazó de una mejilla a la otra—. El trineo lo trajeron en los primeros tiempos —siguió diciendo—, cuando creían que Ganímedes estaba cubierta de nieve, como los otros satélites de Júpiter. Todo lo que tengo que hacer es adaptarle debajo unos cuantos gravorrepulsores del disociador y, así, cuando se dé la corriente, el trineo quedará sin peso. Unos reactores de aire comprimido harán el resto.

El comandante se mordió el labio inferior con aire dubitativo.

—¿Resultará?

—Claro que sí. Muchísima gente ha pensado en utilizar repulsores para los viajes aéreos; pero resultan ineficaces, especialmente en campos gravitatorios considerables. Aquí, en Ganímedes, con un campo de gravedad de un tercio de  $g$  y una atmósfera tenue, basta un niño podría propulsarlo.

—De acuerdo, pues. Mira aquí. Tenemos montones de esta madera violeta indígena, llama a Charlie Finn y dile que coloque el trineo sobre una plataforma de esa madera. Cuidará de que sobresalga por la parte delantera unos seis metros o más, y en la parte saliente deberá haber una barandilla.

—¿Qué se propone, comandante?

Las carcajadas de Pelham sonaban como ladridos breves, roncós.

—Esos estrucitos esperan renos, y renos van a tener. Pero los animales tendrán que apoyarse sobre algo, ¿no te parece?

—Sin duda... Pero ¡espere, alto ahí! En Ganímedes no hay renos.

El comandante Pelham, que ya salía, se detuvo. Los ojos se le empequeñecieron ominosamente, como solía suceder cuando se acordaba de Olaf Johnson.

—Olaf ha salido a coger ocho lomospinosos. Tienen cuatro patas, una cabeza en una punta y una cola en la otra. El parecido es suficiente para los estrucitos.

El viejo ingeniero meditó esta información y soltó una risita malévol.

—¡Estupendo! Deseo que el maldito imbécil se divierta de veras con esa tarea.

—Yo también —rechinó Pelham.

Y salió con paso majestuoso mientras Benson, todavía riendo, volvía a deslizarse bajo el trineo.

La descripción que el comandante había hecho de un lomoespinoso era concisa y exacta, aunque omitía varios detalles interesantes. En primer lugar, un lomoespinoso tiene el hocico largo y móvil, dos orejas grandes que se balancean suavemente hacia delante y hacia atrás, y dos ojos violeta muy vivos. Los machos poseen a lo largo de la columna vertebral unas espinas plegables de un color carmesí fuerte que parecen embelesar a la hembra de la especie. Combinen estos factores con una cola musculosa y cubierta de escamas y un cerebro nada mediocre, y tendrán un lomoespinoso... o, al menos, lo tendrán si logran cazar alguno.

Una idea similar fue la que se le ocurrió a Olaf Johnson mientras descendía sigilosamente de la eminencia rocosa para acercarse a un rebaño de veinticinco lomospinosos que merodeaban por los escasos y ásperos arbustillos. Los lomospinosos más cercanos levantaron la vista para contemplar la grotesca figura de Olaf, cubierto de pieles y con la mascarilla de oxígeno, que se aproximaba. Sin embargo, como los lomospinosos no tienen enemigos naturales, se limitaban a contemplar aquella figura con lánguidos ojos de desagrado y pronto volvieron a ocuparse de su reseco pero nutritivo manjar.

Olaf tenía únicamente unas ideas muy someras de cómo cobrar piezas mayores. Así pues, hurgó en el bolsillo en busca de un terrón de azúcar, se lo puso en la palma de la mano y lo ofreció diciendo:

—¡Toma, bonito, bonito, bonito!

Las orejas del animal más próximo se doblaron en expresión de enojo. Olaf se acercó más y volvió a ofrecer el terrón.

—¡Ven, bonito! ¡Ven, bonito!

El lomospinoso divisó el azúcar, y los ojos le bailaron. El morro se le contrajo, mientras escupía el último bocado de vegetación y se aproximaba. Estirando mucho el cuello, olisqueó. Después, mediante un movimiento rápido y experto, golpeó la extendida mano con el hocico y se metió el azúcar en la boca. La otra mano de Olaf descendió rauda... sobre el vacío.

Con aire ofendido, el hombre ofreció otro terrón.

—¡Aquí, Príncipe! ¡Aquí, Fido!

El animal hizo salir de la profundidad de su garganta un sonido bajo, trémulo. Era, sin duda, de placer. Evidentemente, aquel monstruo extraño que tenía delante había perdido el seso y se proponía regalarle eternamente con aquellos terrones de succulencia concentrada. Pegó el tirón y retrocedió con la misma presteza de la primera vez. Pero como Olaf agarraba firme, ahora, poco le faltó para que el lomospinoso se llevara al mismo tiempo la mitad de un dedo.

El alarido que soltó Olaf carecía de la despreocupación necesaria en tales ocasiones. De todos modos, un mordisco que se siente a través de unos guantes

recios, ¡es un señor mordisco!

Olaf avanzó resueltamente hacia la bestia. Hay cosas que encienden la sangre a un Johnson y despiertan en su ser el antiguo espíritu de los vikingos. Una de ellas es la de que a uno le muerda el dedo un animal no terrícola.

Mientras retrocedía lentamente, había en los ojos del lomospinoso una mirada indecisa. Ya no le ofrecían más terroncitos blancos, y no sabía qué iba a suceder luego. La incertidumbre se despejó mucho más pronto de lo que se figuraba, cuando dos enguantadas manos descendieron hacia sus orejas y tiraron. El animal emitió una especie de ladrido agudo y se lanzó a la carga.

Un lomospinoso tiene su dignidad. No le gusta que le tiren de las orejas, y mucho menos cuando otros de su especie, entre los cuales figuran varias hembras sin compromiso, han formado corro y están mirando.

El terrícola cayó de espaldas y permaneció un rato en esta postura. Entretanto, el lomospinoso retrocedió unos pasos con aire caballeresco, permitiendo que Johnson se pusiera en pie.

A Olaf, la antigua sangre vikinga se le encendió todavía más. Después de frotarse el punto magullado por el cilindro de oxígeno al chocar contra el suelo, dio un salto, olvidándose de tomar en consideración la gravedad ganimediana. Con lo cual voló metro y medio por encima del lomo del animalito.

En los ojos del lomospinoso brillaba una espantada admiración mientras contemplaban a Olaf; era, en efecto, un salto majestuoso. Aunque también había cierta extrañeza en su mirada. La maniobra parecía baladí, sin objetivo.

Olaf volvió a caer de espaldas, con el cilindro en el mismo sitio. Empezaba a sentirse un poco incómodo. Del círculo de espectadores se elevaban unos sonos muy parecidos a risitas burlonas.

—¡Podéis reiros! —musitó con amargura—. Todavía no he empezado a luchar.

Luego se acercó al lomospinoso pausada, cautelosamente. Describió un círculo, buscando el momento oportuno. El animal le imitó. Olaf lanzó una finta, y el lomospinoso le esquivó. A continuación el bicho se encabritó para el ataque, y entonces fue Olaf quien tuvo que esquivarle.

Al ingeniero se le ocurrían continuamente nuevas palabrotas feas. El ¡U—r—r—r—r!, ronco que salía de la garganta del lomospinoso parecía completamente despojado del espíritu fraternal que se suele asociar con la Navidad.

De pronto se percibió un sonido sibilante. Olaf sintió que algo chocaba contra su cráneo, detrás de la oreja izquierda. Esta vez dio un salto mortal de espaldas y aterrizó sobre la nuca. Los espectadores relincharon a coro, y el lomospinoso movió la cola triunfalmente.

Olaf se desprendió de la impresión de estar flotando por un espacio ilimitado y tachonado de estrellas y se puso en pie tambaleando.

—¡Oye —protestó—, eso de utilizar la cola es jugar sucio!

Y como la cola en cuestión se disparaba hacia delante una vez más, él retrocedió de un salto y enseguida se lanzó en plancha contra las piernas del animal. Al cogerlas, advirtió que el lomospinoso se caía de espaldas con un ladrido indignado.

Ahora se trataba ya de un problema de músculos terrícolas contra músculos ganimedianos, y Olaf se convirtió en un hombre con la fuerza de un bruto. Después se levantó con dificultad, y el lomospinoso se halló descansando sobre los hombros de aquel extraño.

Los otros lomospinosos dejaron paso al terrícola con semblantes tristes. Evidentemente, eran buenos amigos del cautivo y les disgustaba haberle visto perder la pelea. Así pues, retornaron a su ramoneo con filosófica resignación, claramente convencidos de que el destino lo había dispuesto de aquel modo.

Unas horas después, cuando había acorralado ya al octavo lomospinoso, estaba en posesión de una técnica adquirida mediante una larga práctica, y habría podido dar muchas indicaciones a un cow-boy terrestre sobre la manera de tumbar una ternera fugitiva. También habría podido dar lecciones a un descargador de puerto sobre el arte de soltar juramentos, sencillos o complicados.

Era Nochebuena, y por toda la Cúpula ganimediana imperaban un ruido ensordecedor y una loca excitación, como una Nova que estallara, equipada para el sonido. Alrededor del herrumbroso trineo, montado en la gran plataforma de madera roja, cinco terrestres libraban una batalla encarnizada con un lomospinoso.

El animal tenía opiniones concretas sobre la mayoría de las cosas, y una de sus convicciones más arraigadas y claras era la de que jamás iría adonde no quisiera ir. Así lo expresaba palmariamente disparando la cabeza, la cola, tres espinas y cuatro patas en todas las direcciones posibles y con toda la fuerza de que disponía.

Pero los terrestres insistían, y no con mucha ternura. A pesar de los ruidosos y angustiados chillidos, el lomo espinoso fue izado a la plataforma, situado en su puesto y sujetado con unos arneses hasta dejarle perfectamente impotente.

—¡Muy bien! —gritó Peter Benson—. Traed la botella. Sujetando el morro del animal con una mano, le metió la botella debajo con la otra. El lomospinoso se estremeció ansioso y lanzó un trémulo gemido. Benson le echó al gaznate unos chorros de líquido. Se oyó el ruido de la deglución, y luego un relinchito de gusto. El animal estiraba el cuello pidiendo más.

—Nuestro mejor brandy, precisamente — suspiró Benson, retirando la botella y poniéndola vertical. Había quedado medio vacía.

—¡Traed el siguiente! —chilló Benson. Al cabo de una hora, los ocho lomospinosos eran otras tantas estatuas catalépticas. Entretanto, los terrestres les ataban ramas bifurcadas a las cabezas. Resultaba un remedo tosco y sólo aproximado, pero serviría.

Cuando Benson iba a preguntar dónde estaba Olaf Jonson, este digno caballero apareció, traído en vilo por tres camaradas, luchando con tanto denuedo como cualquiera de los lomospinosos. Aunque sus gritos de protesta resultaban perfectamente articulados.

—¡No iré a ninguna parte con este traje! —rugía, clavando la mirada en el ojo más cercano—. ¿Me oyen?

Llevaba el traje convencional de Papá Noel. Lucía unas prendas tan encarnadas como se había podido lograr cosiendo papel-tela rojo sobre su chaqueta espacial. El armiño era blanco como algodón en rama, precisamente porque era eso. La barba, más algodón en rama pegado sobre una base de tela que colgaba holgadamente de sus orejas. Con este adorno debajo y la máscara de oxígeno encima, hasta los más esforzados tenían que apartar la vista.

Nadie había puesto a Olaf ante un espejo. Pero entre lo que veía de su propia persona y lo que le susurraba el instinto, habría saludado a una inflamada centella como a una hermana.

A fuerza de empujones, le subieron al trineo. Muchos se prestaron a ayudar, hasta conseguir que el pobre Olaf no fuera sino un retorcimiento apesado y una voz sofocada.

—Soltadme —decía con palabra confusa—. Soltad me y venir uno por uno. ¡A ver si os atrevéis!

Y trató de esgrimir un poco los puños para hacer resaltar su osadía. Pero la multitud de manos que lo sujetaban le dejaba incapacitado para mover ni un solo dedo.

—¡Adentro! —ordenó Benson.

—¡Váyase al diablo! —jadeó Olaf—. No voy a meterme por ningún patentado atajo hacia el suicidio; de modo que ya se puede mueva su maldito trineo volador y...

—Escucha —le interrumpió Benson—. El comandante Pelham te está esperando al final del trayecto, y si no te presentas allá antes de media hora, te despellejará vivo.

—El comandante Pelham se puede llevar el maldito trineo y...

—¡Entonces, piensa en tu empleo! Piensa en tus ciento cincuenta semanales. Piensa que de cada dos años, tienes uno de vacaciones con el sueldo íntegro. Acuérdate de Hilda, allá en la Tierra, y piensa que si no tienes empleo, no se casará contigo. ¡Piensa en todo eso!

Johnson pensó, y restañó los dientes. Pensó un poco más, subió al trineo, ató bien el saco y puso en marcha los gravorrepulsores. Después, con una maldición horrible, abrió el retropropulsor.

El trineo partió disparado y él se agarró para no caer hacia atrás y saltar fuera del vehículo, de lo que se libró por muy poco. En lo sucesivo, se cogía a los costados,

viendo cómo los montes de su entorno subían y bajaban a cada movimiento del inestable trineo.

Al levantarse el viento, las ondulaciones todavía se acusaron más, y cuando Júpiter asomó en el firmamento, su luz amarilla destacó todos los cortes y grietas del suelo, hacia cada uno de los cuales, sucesivamente, parecía dirigirse el trineo. En el momento en que el planeta gigante hubo emergido por completo sobre el horizonte, los lomospinosos empezaron a librarse del calamitoso efecto de la bebida, que desaparece de los organismos ganimedeanos con la misma rapidez con que se apodera de ellos.

El primero en volver en sí fue el lomospinoso de más atrás. El animalito advirtió el sabor que le quedaba en la boca, hizo una mueca de disgusto y renunció definitivamente a la bebida. Tomada esta resolución, se fijó bien, con gesto lánguido, en el entorno en que se hallaba. Al principio no se sorprendió. Pero después, poco a poco, alboreó en su conciencia el hecho de que la base sobre la que se sostenía, fuese cual fuere, no era el estable suelo habitual del sólido Ganímedes. Esta nueva base se levantaba e inclinaba, lo cual se le antojó muy inusitado.

Su angustioso chillido de horror y desesperación hizo recobrar el seso a sus demás congéneres, aunque fueran unos sesos un tanto doloridos. Durante un rato se trabó una confusa conversación de enmarañados graznidos, mientras los pobres animales trataban de expulsar el dolor fuera de sus cabezas e introducir en ellas la realidad que estaban viviendo. Logrados ambos objetivos, se organizó una estampida. Más bien un conato de estampida, porque los lomospinosos estaban sólidamente atados, y descartando la posibilidad de llegar a ninguna parte, realizaban todos los movimientos a galope tendido, y el trineo se desbocó.

Olaf se mesó la barba un segundo, antes de que se le desprendiera de las orejas.

—¡Eh! —gritaba. Era lo mismo que decirle ¡Tate! ¡Tate! a un huracán.

El trineo se encabritaba, daba saltos de carnero y bailaba un tango histérico. Se lanzaba en arranques repentinos, como si tuviera ganas de aplastar sus sesos de madera contra la corteza de Ganímedes. Entretanto, Olaf rezaba, blasfemaba lloraba y ponía en marcha todos los chorros de aire comprimido a la vez.

Ganímedes giraba furiosamente; Júpiter era una mancha loca. Quizá fuera el espectáculo de Júpiter bailando de aquel modo lo que tranquilizó a los lomospinosos. O acaso fuese que ya nada les importaba un comino. Pero, por un motivo u otro, se quedaron quietos, se dirigieron altisonantes discursos de despedida unos a otros, confesaron sus pecados y esperaron la muerte.

El trineo se estabilizó, y Olaf recobró el aliento. Sólo para perderlo de nuevo al contemplar el curioso espectáculo de los montes y el suelo firme arriba, y un firmamento oscuro y un Júpiter dilatado allá abajo.

En este momento fue cuando, a su vez, también él se puso en paz con el Eterno, y

aguardó el fin.

Estrucito es la abreviación del diminutivo de avestruz, que es lo que parecen los ganimedianos, exceptuando que tienen el cuello más corto, la cabeza más grande y las plumas se diría que están a punto de salirseles de la piel.

Cincuenta de ellos se hallaban en el edificio bajo de madera púrpura que les servía de sala de reuniones—.

En la plataforma de tierra de la parte delantera del local —oscurecido por las encendidas antorchas de madera púrpura, que, además de humo desprendían un olor fétido— estaban sentados el comandante Scott Pelham, y cinco de sus hombres. Delante de ellos se pavoneaba el estrucito más desaliñado de todos, hinchando el enorme pecho con sonido rítmico, estentóreo.

El estrucito se detuvo un momento para señalar un orificio irregular practicado en el techo.

—¡Mirad! —graznó—. Chimenea. Hicimos nosotros. Papanel entra.

(No sería preciso explicar que Papanel era su manera de pronunciar Papá Noel.)

Pelham emitió un inarticulado sonido de aprobación. El estrucito soltó una risita dichosa, señalando los saquitos de hierba tejida que colgaban de las paredes. Y siempre con su habla defectuosa que no sabríamos reproducir exactamente, continuó:

—¡Mirad! Medias. ¡Papanel pone regalos!

—Sí —exclamó Pelham sin el menor entusiasmo—. Chimenea y medias. Muy bonito —hablaba por el ángulo de la boca, dirigiéndose a Sim Pierce, sentado a su lado—. Media hora más en este sumidero me mataría. ¿Cuándo llegará ese tonto?

Pierce se revolvía inquieto.

—Mire —dijo—. Yo hice unos cálculos. Estamos a salvo en todo, excepto en hojas de karen; todavía nos faltan cuatro toneladas más. Si podemos terminar esta necia aventura antes de una hora, y que el próximo turno empiece y les sacamos doble rendimiento a los estrucitos, acaso llenemos el cupo.

—Poco más o menos —respondió Pelham malhumorado—. Eso si Johnson llega sin armar nuevos jaleos.

El estrucito hablaba de nuevo. Porque a los estrucitos les gusta mucho hablar. Decía con aquel lenguaje suyo tan deficiente:

—Navidad llega todos los años. Navidad bonito, todo el mundo amigo. A estrucito le gusta Navidad. ¿A vosotros os gusta Navidad?

—Sí, estupendo —Pelham enseñaba los dientes en una mueca cortés—. Paz en Ganímedes, buena voluntad para todos los hombres especialmente para Jhonson, y de paso. ¿dónde diablos estará el muy idiota?

El comandante era presa de una enojada agitación, mientras el estrucito daba saltos con aire muy sensato, evidentemente sólo por el gusto de ejercitarse. Y así



continuó, alternando los brincos con unos pasitos de danza, hasta que Pelham dio muestras de querer estrangular a alguien. Sólo un graznido procedente del agujero de la pared, dignificado Con el nombre de ventana, salvó a Pelham de cometer un estruciticidio.

Los estrucitos se revolvían y apiñaban, y los terrícolas pugnaban por ver.

Sobre el gran disco amarillo de Júpiter se recortaba la silueta de un trineo volador, con sus renos correspondientes. Todavía se veía muy pequeño, pero no cabía duda: Papá Noel estaba llegando.

Una sola irregularidad se apreciaba en el cuadro: trineo, renos y todo lo demás, descendiendo a una velocidad aterradora, volaban cabeza abajo.

Los estrucitos se derretían en una cacofonía de graznidos.

—¡Papanel! ¡Papanel! ¡Papanel!

Y saltaban por la ventana como una colección de plumeros quita polvos dotados de vida... y enloquecidos. Pelham y sus hombres utilizaron la baja puerta.

Pelham gritaba furioso, incoherentemente, asfixiándose en la enrarecida atmósfera cada vez que se olvidaba de respirar por la nariz. Luego se interrumpió y se quedó mirando con ojos horrorizados. El trineo, ya casi de tamaño natural ahora, caía en vertical. Si hubiera sido una flecha disparada por Guillermo Tell no habría apuntado más exactamente al entrecejo del comandante. Este gritó:

—¡Cuerpo a tierra, todos! —echándose al suelo. El viento del paso del trineo producía un silbido agudo y le azotaba el rostro. Por un instante, se escuchó la voz de Olaf, estridente e ininteligible. Los chorros de aire comprimido dejaban estelas de vapor de agua, que se condensaban.

Pelham yacía estremecido, abrazando la helada corteza de Ganímedes. Luego se levantó despacio sus rodillas temblaban como las de una muchacha hawaiana bailando el hula-hula. Los estrucitos, que se habían dispersado ante el vehículo en descenso, volvieron a reunirse. Allá a lo lejos, el trineo viraba hacia ellos.

Dentro del trineo, Olaf trabajaba como un demonio. Con las piernas muy separadas, cargaba su peso alternativamente sobre ellas. Sudando y maldiciendo, esforzándose en no mirar «abajo» a Júpiter, conseguía que el aparato se columpiara de un modo cada vez más loco. Ahora describía un ángulo de 180 grados, y Olaf notaba que su estómago protestaba enérgicamente.

Aguantando la respiración, hundió con fuerza el pie derecho y notó que el trineo se balanceaba mucho más. Cuando alcanzó el punto más alto, cerró el gravorrepulsor y, en la débil gravedad de Ganímedes, el trineo descendió con una sacudida. Debido al gravorrepulsor de metal, el trineo tenía el peso mayor en el fondo, lo cual hizo que, al caer, se pusiera cabeza arriba.

Aunque eso no significó un gran alivio para el comandante Pelham, que se

encontró dé nuevo en la misma trayectoria del vehículo.

—¡A tierra! —chilló, tendiéndose otra vez.

El trineo pasó por encima con un iuiii—isssh agudo; fue a chocar con una piedra enorme, emitiendo un fuerte crack; saltó unos ocho metros por el aire; descendió luego con un Tuussh y un bang, y Olaf saltó por encima de la barandilla, fuera del vehículo.

Papá Noel había llegado.

Con una inspiración profunda y estremecida. Olaf se echó el saco al hombro, se colocó bien la barba y dio una palmadita en la cabeza a uno de los pobres lomos pinosos, que sufrían en silencio. Era posible que la muerte estuviese en puertas (lo cierto es que Olaf casi la deseaba), pero él moriría noblemente, de pie, como un Johnson.

Dentro del barracón, en el que se habían apiñado una vez más los estrucitos, un pum anunció la llegada del saco sobre el tejado, y un segundo pum la de Papá Noel en persona. En el improvisado agujero del techo apareció el fantasma de un rostro, que chilló:

—¡Feliz Navidad! —y rodó al suelo.

Olaf aterrizó sobre los cilindros de oxígeno, como de costumbre, y volvió a colocárselos en el sitio habitual.

Los estrucitos saltaban de acá para allá como pelotas de goma, por el prurito de la curiosidad.

Cojeando notablemente, Olaf se acercó a la primera media y depositó en ella la pintarrajeada esfera que había extraído del saco, una de las muchas destinadas en principio a adornar un árbol de navidad. Después, una tras otra, fue depositando las demás en las medias que encontró preparadas.

Terminado el trabajo, se dejó caer en cuclillas, agotado, y en esa posición siguió las ceremonias subsiguientes con ojo vidrioso. El alborozo y el buen humor que hace retemblar los vientres, característicos y tradicionales, faltaban por completo en la presente celebración.

Aunque los estrucitos compensaban semejante falta con sus éxtasis desenfrenados. Hasta que Olaf hubo depositado el último globito, permanecieron quietos en sus asientos. Pero cuando hubo terminado, el aire se hinchó y estremeció con las tensiones de los alaridos discordantes en que prorrumpieron. Al cabo de medio segundo, cada estrucito tenía su globo en la mano.

El estrucito más desaliñado se acercó al comandante Pelham y le tiró de la manga.

—Papanel, bueno —cacareó—. ¡Mira, deja huevos! —Fijó en su esferita una mirada reverente, y añadió siempre en su jerga semincomprensible: —Más bonitos que los huevos de estrucito. Deben de ser huevos de Papanel, ¿eh?

Y clavó un dedo pellejoso en el estómago de Pelham.

—¡No! —chilló el comandante—. ¡No, diablos, no!

Pero el estrucito no le escuchaba. Hundió profundamente el globo en el cálido refugio de sus plumas y dijo:

—Bonitos colores. ¿Cuánto tardan los Papanel en salir? ¿Y qué comen los pollitos de Papanel? —luego levantó la vista—. Los cuidaremos bien. Enseñaremos a los pequeñitos Papanel y los haremos listos y llenos de cerebro como buenos estrucitos.

Pierce cogió al comandante Pelham por el brazo.

—No discuta con ellos —le susurró con vehemencia—. ¿Qué le importa a usted si creen que eso son huevos de Papá Noel? ¡Venga! Si trabajamos como locos, todavía podemos llenar el cupo. Empecemos.

—Es cierto —reconoció Pelham. Y, volviéndose hacia el estrucito, añadió: — Diles a todos que se pongan en marcha —gritando fuerte y claro, les dijo—: Ahora, trabajad. ¿Comprendéis? ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Vamos!

Y hacia el ademán con ambos brazos. Pero el estrucito desaseado se había parado repentinamente, y decía con gran calma:

—Nosotros trabajamos, pero Johnson dice que Navidad llega todos los años.

—¿No te basta con una sola Navidad? —regañó Pelham.

—¡No! —graznó el estrucito—. Nosotros queremos Papanel todos los años. El año que viene, más huevos, y el otro año, y el otro año, y el otro. Más huevos. Más huevos de Papanel. Si Papanel no viene, no trabajamos.

—Falta mucho tiempo todavía —dijo Pelham—. Por entonces discutiremos la cuestión. Por aquellas fechas, o yo ya estaré loco de remate, o vosotros habréis olvidado todo esto.

Pierce abrió la boca, la cerró; la abrió de nuevo, la volvió a cerrar, la abrió una vez más, y por fin logró sacar las palabras:

—Quieren que venga todos los años, comandante.

—Lo sé. Pero el año próximo ya no se acordarán.

—No lo comprende. Para ellos, un año es una vuelta de Ganimedes alrededor de Júpiter. Medida según el tiempo terrestre, son siete días y tres horas. Quieren que Papá Noel venga todas las semanas.

—¡Todas las semanas! —Pelham se le hizo un nudo en la garganta—. ¿Johnson les dijo...?

Por un momento, todo se convirtió en un centelleo de saltos mortales ante sus ojos. Se le cortaba la respiración; automáticamente, su mirada buscó a Olaf.

Este sintió un frío que se le filtraba hasta la médula de los huesos. Se levantó con aprensión y se escabulló hacia la salida. Ya en la puerta, se detuvo; le había venido súbitamente a las mientes lo que ordena la tradición. Con la barba colgándole y con

voz de rana, canturreo:

—¡Felices Navidades a todos; buenas noches a todo el mundo!

Y corrió hacia el trineo como si le persiguieran todos los diablos del infierno. Los diablos no le siguieron, pero el comandante Pelham, sí.

## Robot AL-76 extraviado (1942)

---

“Robot AL-76 Goes Astray”

Jonathan Quell abrió de un manotazo la puerta sobre la que estaba escrito «Administrador General» y entró corriendo en el despacho. Sus ojos parpadeaban a toda velocidad detrás de los cristales de sus gafas, y su expresión indicaba claramente lo preocupado que estaba.

—¡Mire esto, jefe! —Jadeó después de colocar sobre el escritorio un papel doblado por la mitad.

Sam Tobe se pasó el puro de una comisura de la boca a la otra y clavó los ojos en el papel. Después se llevó una mano a la barbilla, se la frotó y la aspereza de los pelos le recordó que no se había afeitado.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó—. ¿De qué demonios están hablando?

—Dicen que enviamos cinco robots AL —le explicó Quell, aunque el mensaje de la hoja no necesitaba ninguna aclaración.

—Enviamos seis —dijo Tobe.

—¡Por supuesto, señor! Pero al otro lado sólo recibieron cinco. Nos han enviado los números de serie, y falta el AL-76.

Tobe echó su silla hacia atrás mientras alzaba su enorme masa y cruzó el umbral del despacho moviéndose tan deprisa como si tuviera un par de ruedas bien engrasadas en vez de pies. Cinco horas después, toda la planta estaba patas arriba, desde las salas de juntas hasta la cámara de vacío; y cada uno de sus doscientos empleados había sido sometido a un demolidor tercer grado, un sudoroso y desmelenado Tobe envió un mensaje urgente a la planta central de Schenectady.

Y algo muy parecido al pánico se adueñó de la planta central. Por primera vez en toda la historia de la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos un robot andaba suelto. Lo más grave no era que la ley prohibiese la presencia de ningún robot en la Tierra fuera de las fábricas de la empresa que contaban con licencia gubernamental para ello. Las leyes siempre pueden ser quebrantadas. Lo realmente grave era otra cosa, y un matemático del departamento de investigación se encargó de expresarlo con toda claridad.

—Ese robot fue creado para conducir un disinto en la Luna —había dicho ese matemático—. Su cerebro positrónico fue concebido para funcionar en el entorno lunar y únicamente allí. En la Tierra va a recibir unos cuantos muchillones de impresiones sensoriales para las que nunca ha sido preparado. No hay forma humana de predecir cuáles serán sus reacciones. ¡No tenemos ni idea de lo que puede hacer!

El matemático se pasó el dorso de la mano por la frente, y descubrió que la tenía cubierta de sudor.

Al cabo de una hora un estratoplano partía hacia la planta de Virginia. Las

instrucciones eran muy sencillas: «¡Encontrad ese robot, y deprisa!».

AL-76 estaba muy confuso. De hecho, en aquellos momentos lo único que había en su delicado cerebro positrónico era confusión y aturdimiento. Había empezado a sentirse así cuando descubrió que se hallaba en un entorno muy extraño. No tenía ni idea de cómo había ido a parar allí, y nada era como debería ser.

Había algo verde debajo de sus pies, y se encontraba rodeado por unos extraños cilindros amarronados con más verde en su parte superior. El cielo tendría que haber sido negro, pero era azul. El sol redondo, amarillo y caliente era irreprochable, pero... ¿Dónde estaba la piedra pómez que habría tenido que estar pisando, y adónde habían ido a parar los inmensos cráteres que tendrían que estar formando círculos de crestas montañosas a su alrededor?

Lo único que podía ver era el verde debajo y el azul encima. Los sonidos que lo rodeaban le resultaban totalmente desconocidos. Había atravesado una corriente de agua que le llegaba hasta la cintura. El agua era de color azul, estaba fría y mojaba; y cuando se había cruzado con seres humanos —lo que había ocurrido de vez en cuando—, ninguno de ellos llevaba puesto el traje especial que debería haber estado utilizando. Y, aparte de eso, todos los humanos que le habían visto gritaron y echaron a correr.

Un hombre le había apuntado con una pistola y la bala había pasado silbando muy cerca de su cabeza, después de lo cual el hombre también había huido a la carrera.

AL-76 no tenía ni la menor idea del tiempo que llevaba vagando sin rumbo cuando tropezó con la cabaña de Randolph Payne. La cabaña estaba rodeada de bosque y se encontraba a tres kilómetros de la ciudad de Hannaford, y Randolph Payne —un destornillador en una mano, una pipa en la otra y una aspiradora abollada entre las rodillas—, estaba sentado delante de la puerta con las piernas cruzadas.

Payne estaba canturreando. Era un hombre de natural alegre y predispuesto a la felicidad..., cuando se encontraba en su cabaña. Poseía una vivienda más respetable en Hannaford, pero esa vivienda casi siempre estaba ocupada por su esposa, cosa que Payne lamentaba en silencio pero muy sinceramente; y quizá por eso experimentaba una sensación de alivio y libertad tan intensa cada vez que conseguía retirarse a su «perrera de lujo especial» para poder fumar en paz y dedicarse a su gran afición, reparar electrodomésticos.

Reparar electrodomésticos le encantaba, pero a veces alguien le traía una radio o un despertador y el dinero que Payne cobraba por hurgar en sus entrañas era el único del que podía disponer sin que pasara antes por el cedazo de las ávidas manos de su esposa.

Por ejemplo, aquella aspiradora seguramente le proporcionaría seis billetes.

Pensar en el dinero hizo que Payne se pusiera a cantar, pero cuando alzó la mirada

sintió que su frente se cubría de un sudor frío. La canción murió en sus labios, sus ojos se desorbitaron y el sudor se volvió aún más frío. Payne intentó ponerse en pie como acto preliminar a salir corriendo tan deprisa como si le persiguiera el diablo, pero no logró convencer a sus piernas de que debían cooperar.

Y su parálisis duró el tiempo suficiente para que AL-76 se sentara delante de él.

—Oiga, ¿puede explicarme por qué todos los otros humanos han echado a correr cuando me vieron? —le preguntó.

Payne sabía por qué lo habían hecho, pero como explicación el gorgoteo que brotó de su diafragma no era gran cosa.

—Uno de ellos incluso me disparó —siguió diciendo AL-76 con tono ofendido mientras Payne intentaba aumentar la distancia que le separaba del robot echándose hacia atrás—. Unos centímetros más abajo y la bala me habría rayado el hombro.

—De... debió de ser al... algún loco —tartamudeó Payne.

—Es posible. —El robot bajó la voz y adoptó el tono de quien se dispone a hacer una confidencia—. Oiga, ¿tiene idea de por qué todo está mal?

Payne se apresuró a mirar a su alrededor. El tono afable del robot le sorprendía, especialmente porque su apariencia no podía ser más pesada y brutalmente metálica; aunque Payne recordaba haber oído que los cerebros de los robots estaban diseñados de tal forma que eran incapaces de hacer ningún daño a los seres humanos, y eso hizo que se relajara un poco.

—Pero si todo es normal.

—¿De veras? —AL-76 le lanzó una mirada acusadora—. Incluso ustedes, los humanos... ¿Dónde está su traje espacial?

—Nunca he tenido un traje espacial.

—¿Y entonces por qué no están todos muertos?

Payne tardó unos momentos en ser capaz de responder.

—Bueno... No lo sé.

—¡Ajá! —exclamó el robot en tono triunfal—. Todo está mal, ya se lo he dicho. ¿Dónde está el Monte Copérnico? ¿Dónde está la Estación Lunar 17? ¿Y dónde está mi disinto? Quiero empezar a trabajar lo más pronto posible. He de hacerlo, ¿comprende? —Parecía un poco inquieto, y cuando siguió hablando Payne se dio cuenta de que le temblaba la voz—. Llevo horas dando vueltas y más vueltas intentando encontrar a alguien que me diga dónde está mi disinto, pero todos los humanos que me ven echan a correr. A estas alturas ya debo ir muy retrasado, y el jefe de sección estará echando chispas. Me he metido en un buen lío, créame.

La mente de Payne empezó a salir del torbellino emocional en el que había quedado atrapada.

—Oiga, ¿cómo se llama? —preguntó.

—Mi número de serie es AL-76.

—De acuerdo, me basta con Al. Bien, Al, si anda buscando la Estación Lunar 17... Eso está en la Luna, ¿no?

AL-76 asintió enérgicamente con la cabeza.

—Por supuesto que está en la Luna, pero ya llevo mucho rato buscándola y...

—Está en la Luna, sí, pero esto no es la Luna.

Esta vez fue AL-76 quien se quedó desconcertado. El robot contempló en silencio a Payne durante unos momentos, y pareció pensar en lo que acababa de oír.

—¿Qué quiere decir con lo de que esto no es la Luna? —murmuró—. Pues claro que es la Luna. Porque si no lo es... Bueno, ¿entonces qué es? ¿Eh? Venga, respóndame.

Payne emitió un sonido muy curioso y respiró pesadamente. Después extendió un dedo hacia el robot y lo movió de un lado a otro.

—Mire... —empezó a decir, y entonces tuvo la idea más brillante del siglo, tan brillante que no pudo seguir hablando y tuvo que conformarse con añadir un «¡Uf!» ahogado.

AL-76 lo recriminó con la mirada.

—Eso no es una respuesta. Creo que si le hablo con educación y le hago una pregunta tengo derecho a que me responda con educación, ¿no?

Payne se encontraba tan ocupado asombrándose de su propia inteligencia que no escuchó ni una palabra. Bueno, estaba más claro que el agua, ¿no? Aquel robot había sido construido para trabajar en la Luna y fuera por la razón que fuese se había extraviado y había ido a parar a la Tierra. Su cerebro positrónico había sido programado para un entorno lunar y el entorno terrestre no tenía ningún sentido para él, por lo que resultaba lógico que estuviera totalmente desconcertado.

Bien, si conseguía mantener al robot allí hasta que pudiera ponerse en contacto con la fábrica de Petersboro... Bueno, los robots eran muy valiosos, ¿no? Payne había oído comentar que el modelo más barato costaba 50.000 dólares, y algunos de ellos llegaban a costar millones de dólares. «¡Piensa en la recompensa! —se dijo—. Oh, chico, chico... ¡Piensa en la recompensa!» Y todo ese dinero sería para él, todo hasta el último centavo... Las codiciosas manos de Mirandy no verían ni una sola moneda. ¡Oh, no, ni una sola!

Payne se puso en pie.

—Al, ¡tú y yo vamos a llevarnos muy bien! —exclamó—. ¡Vamos a ser grandes amigos! Te quiero como si fueras un hermano. —Le ofreció una mano—. ¡Venga, chócala!

El robot envolvió la mano que se le ofrecía con una garra metálica y ejerció una presión casi imperceptible sobre ella. No entendía nada de lo que le estaba ocurriendo.

—¿Significa eso que va a decirme cómo puedo llegar a la Estación Lunar 17?



—Eh... No, no exactamente. De hecho, me caes tan bien que quiero que te quedes conmigo durante algún tiempo.

—Oh, no. No puedo hacer eso. He de ir a trabajar. —AL-76 meneó la cabeza—. Oiga, si tuviera una cuota de trabajo que efectuar, ¿le gustaría irse retrasando hora a hora, minuto a minuto...? No, quiero trabajar. He de trabajar.

Payne pensó que sobre gustos no hay nada escrito.

—De acuerdo, de acuerdo. Voy a explicarte una cosa, y te la voy a explicar porque tienes cara de ser muy inteligente. He recibido órdenes de tu jefe de sección, y me ha dicho que quiere que te quedes aquí un tiempo. De hecho, quiere que te quedes aquí hasta que envíe a alguien a buscarte.

—¿Para qué? —preguntó AL-76 con cierta suspicacia.

—No puedo decírtelo. Asuntos del gobierno... Alto secreto, ya sabes.

Payne rezó para que el robot se lo tragara. Sabía que algunos robots eran muy listos, pero aquél tenía el aspecto de ser un modelo bastante primitivo.

Y mientras Payne rezaba AL-76 meditaba. El cerebro del robot había sido programado para manejar un disinto en la Luna, por lo que el pensamiento abstracto no era su fuerte y, además, desde que se había extraviado AL-76 tenía la impresión de que sus procesos mentales se estaban haciendo cada vez más erráticos y extraños, como si aquel entorno desconocido estuviera empezando a afectarle.

Teniendo en cuenta todo eso, puede considerarse que su siguiente pregunta fue un auténtico prodigio de astucia.

—¿Cómo se llama mi jefe de sección? —preguntó.

Payne tragó saliva y se devanó los sesos.

—Al —dijo con voz casi inaudible—, tus sospechas me ofenden y me hieren. No puedo decírtelo. Los árboles tienen oídos.

AL-76 volvió la cabeza hacia el árbol que tenía al lado y lo inspeccionó.

—No es cierto —dijo con voz impasible.

—Ya lo sé. Lo que quería decir es que siempre hay espías por todas partes.

—¿Espías?

—Sí, ya sabes... Humanos malvados que quieren destruir la Estación Lunar 17.

—¿Por qué?

—Porque son unos malvados. Y también quieren acabar contigo, y por eso tienes que quedarte aquí durante un tiempo para que no puedan encontrarte.

—Pero... Pero he de encontrar mi disinto. He de cumplir con la cuota de trabajo que me han asignado.

—Lo encontrarás y cumplirás con tu cuota de trabajo —se apresuró a prometerle Payne maldiciendo entusiásticamente en su fuero interno aquel obtuso cerebro de robot que sólo parecía capaz de pensar en su cuota de trabajo—. Mañana te enviarán uno. Sí, eso... Mañana mismo tendrás tu disinto.

Eso le proporcionaría tiempo más que suficiente para ponerse en contacto con la fábrica y hacerse con un precioso montoncito de billetes de cien dólares.

Pero AL-76 sólo tenía una defensa que oponer a la inquietante presión que ese mundo extraño que le rodeaba ejercía sobre sus procesos mentales, y la defensa consistía en la tozudez.

—No —dijo—. He de conseguir mi disinto ahora. —Tensó sus articulaciones, y se levantó tan deprisa que pareció saltar más que incorporarse—. Será mejor que siga buscándolo.

Payne se apresuró a ponerse en pie y sus manos se cerraron sobre el frío y duro metal de un codo.

—Escucha, Al, tienes que quedarte conmigo —dijo.

Y algo hizo clic en la mente del robot. Toda la extrañeza del entorno se concentró en una masa que reventó de repente. La explosión silenciosa se fue difundiendo por todo el cerebro positrónico, y cuando se esfumó dejó detrás de ella un cerebro que funcionaba con una eficiencia asombrosamente aumentada. AL-76 se volvió hacia Payne.

—Le diré lo que vamos a hacer. Puedo construir un disinto aquí mismo... y cuando lo haya construido empezaré a utilizarlo.

Payne contempló al robot con expresión dubitativa.

—No creo que sea capaz de construirte un... un disinto —dijo mientras se preguntaba si serviría de algo fingir que sí podía.

—No se preocupe. —AL-76 casi podía sentir cómo los senderos positrónicos de su cerebro se alteraban para adaptarse a nuevas pautas, y experimentó una extraña excitación—. Yo puedo construir uno. —Volvió la cabeza hacia la «perrera de lujo» de Payne—. Dispone de todo el material que necesito.

Randolph Payne contempló la acumulación de trastos que había dentro de su cabaña: radios despanzurradas, la parte inferior de una nevera, motores de coche oxidados, una estufa de gas averiada, varios kilómetros de cables que se retorcían en todas direcciones y muchas cosas más que, sumadas, componían unas cincuenta toneladas de masa metálica tan vieja y heterogénea que ni un chatarrero la habría querido.

—¿Tú crees? —preguntó con un hilo de voz.

Dos horas más tarde ocurrieron dos cosas casi simultáneamente. La primera fue que Sam Tobe, de la filial de Petersboro de la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos, recibió una llamada videofónica de un tal Randolph Payne, de Hannaford. Payne empezó a hablarle del robot desaparecido, Tobe lanzó un gruñido, cortó la comunicación y ordenó que en lo sucesivo todas las llamadas relativas a ese asunto fueran pasadas al sexto vicepresidente del departamento de pelmazos.

Aunque pueda parecerlo, la reacción de Tobe era lógica y explicable. El robot AL-76 había desaparecido sin dejar rastro, pero durante la última semana la fábrica había recibido llamadas de todos los Estados Unidos referentes a los movimientos del robot; y Tobe aún recordaba el día en que hubo catorce llamadas..., procedentes de catorce estados distintos.

Tobe estaba hartísimo y, en realidad, le faltaba muy poco para perder los estribos. Se había llegado a hablar de una investigación del Congreso, a pesar de que todos los roboticistas, físicos y matemáticos de mayor reputación del planeta habían coincidido en jurar que el robot era totalmente inofensivo.

Dado su estado mental, no resulta sorprendente que el administrador general de la fábrica tardara tres horas en preguntarse cómo era posible que el tal Randolph Payne supiera que el robot estaba destinado a la Estación Lunar 17 Y, sobre todo, cómo podía saber que el número de serie del robot era AL-76, ya que la empresa no había divulgado esos detalles.

Tobe siguió pensando en todo aquello durante minuto y medio, y después se puso en acción.

El segundo acontecimiento se produjo durante el período de tres horas transcurrido entre la llamada y el que Tobe se pusiera en acción. Unos segundos después de que le cortara la comunicación Randolph Payne ya había repasado todos los posibles motivos que podían explicar la brusca interrupción de su llamada, había llegado a la conclusión correcta —el administrador de la fábrica no había creído ni una sola palabra y le había colgado—, y había vuelto a su cabaña con una cámara. Una foto sería una prueba indiscutible, y Payne no estaba dispuesto a dejarles ver la mercancía hasta que soltaran el dinero.

AL-76 estaba muy ocupado. La mitad del contenido de la cabaña de Payne se hallaba esparcido a lo largo y ancho de cinco hectáreas de terreno, y el robot estaba agachado en el centro de aquella confusión metálica trasteando con piezas de radios, planchas de hierro, hilo de cobre y otros muchos objetos de lo más diverso. AL-76 no prestó ninguna atención a Payne, y éste se apresuró a tumbarse en el suelo y enfocó su cámara para obtener una foto lo más nítida posible.

Y justo en aquel momento Lemuel Oliver Cooper apareció por un recodo de la carretera, y lo que vio hizo que se quedara paralizado. La razón de su presencia allí era que su tostadora de pan había adquirido la molesta costumbre de lanzar las rebanadas al aire igual que si fueran cohetes en vez de tostarlas, como era su obligación. La razón de que saliera por piernas no podía ser más obvia. No hubo testigos de su huida, pero en el improbable supuesto de que el azar hubiera traído hasta allí al entrenador de un equipo de atletismo éste habría enarcado las cejas y habría hecho todo lo posible por ficharle.

Cooper apenas disminuyó la velocidad hasta entrar en tromba en la oficina del

sheriff Saunders y apoyarse jadeante en una pared.

Su sombrero y su tostadora habían quedado olvidados en algún punto del trayecto.

Unas manos compasivas lo sostuvieron. Cooper hizo esfuerzos desesperados para hablar durante el medio minuto que tardó en calmarse lo suficiente como para intentar recuperar el aliento... Y, naturalmente, no consiguió hacer ninguna de las dos cosas.

Le dieron a beber un poco de whisky y le abanicaron, pero a pesar de todos sus esfuerzos tardó unos minutos en recuperar el habla.

—Monstruo... —balbuceó cuando por fin consiguió hablar—. Dos metros de alto... Cabaña destrozada... Pobre Randolph Payne...

Etcétera, etcétera.

Fueron sacándole toda la historia poco a poco. Al parecer había un monstruo metálico de dos metros o quizá dos metros y medio de altura junto a la cabaña de Payne. Randolph Payne estaba tendido boca abajo en el suelo —«su cadáver estaba cubierto de sangre y horriblemente destrozado»—; el monstruo estaba absorto destrozando concienzudamente lo que quedaba de la cabaña, pero dejó de hacerlo para volverse hacia Lemuel Oliver Cooper, y éste consiguió escapar por los pelos.

El sheriff Saunders se llevó las manos al cinturón y tiró de él tensándolo alrededor de su prominente barriga.

—Debe de ser ese hombre máquina que se escapó de la fábrica de Petersboro —dijo—. Recibimos el aviso el sábado pasado. Eh, Jake, reúne a toda la gente del condado de Hannaford que sepa disparar y reparte placas de ayudante de sheriff entre ellos. Quiero que estén aquí al mediodía. Ah, y antes de hacer eso arréglatelas para dejarte caer por casa de la viuda Payne y le das la noticia de la forma más diplomática que se te ocurra, ¿de acuerdo?

Posteriormente se rumoreó que en cuanto hubo recibido la noticia de lo ocurrido Miranda Payne se apresuró a comprobar que la póliza del seguro de vida de su esposo estaba a buen recaudo, emitió unos breves comentarios irritados lamentando que su estupidez le hubiera impedido doblar el importe de la póliza a pesar de que ella se lo había sugerido muchísimas veces y, finalmente, se comportó como se espera de cualquier viuda que se respete y prorrumpió en un llanto que partía el corazón.

Unas cuantas horas más tarde Randolph Payne —quien seguía sin estar al corriente de que todo el mundo le creía muerto después de haber sufrido horribles mutilaciones—, contempló los negativos de sus instantáneas con expresión satisfecha. Como serie de retratos de un robot en plena faena eran irreprochables, y no dejaban absolutamente nada a la imaginación. Las fotos podrían haber sido exhibidas en cualquier galería de arte, y Payne casi podía ver los letreros que habría debajo de

cada una: «Robot contemplando una válvula de vacío con expresión pensativa», «Robot empalmado dos cables», «Robot manejando un destornillador», «Robot despedazando violentamente una nevera», etcétera.

Ahora sólo le faltaba el trabajo rutinario de hacer las copias. Payne salió de detrás de la cortina de su improvisado cuarto oscuro, y decidió fumarse una pipa y charlar un rato con AL-76.

Por suerte mientras hacía todo aquello no tenía ni idea de que los bosques vecinos hervían de granjeros nerviosísimos armados con lo primero que habían encontrado, desde un trabuco que podía considerarse como una reliquia de la época de las colonias hasta la ametralladora del sheriff; y tampoco tenía ni idea de que media docena de roboticistas con Sam Tobe al frente iban a más de doscientos kilómetros por hora por la carretera de Petersboro con el único propósito de tener el placer y el honor de conocerle.

Los acontecimientos se iban encadenando y volaban hacia un clímax que no tardaría en llegar y, mientras lo hacían, Randolph Payne lanzó un largo suspiro de satisfacción, encendió un fósforo rascándolo en el fondillo de sus pantalones, dio unas cuantas chupadas a su pipa y observó a AL-76 con una sonrisa en los labios.

El hecho de que el robot era algo más que una simple máquina enloquecida resultaba indudable desde hacía un buen rato. Randolph Payne era todo un experto en chapuzas caseras, y había llegado a construir unos cuantos artilugios que habrían hecho saltar de las órbitas los ojos de todos sus vecinos de habersele ocurrido exhibirlos; pero nunca había concebido nada que se aproximara ni de lejos a la monstruosidad que AL-76 estaba creando.

Hasta el más eximio inventor autodidacta habría muerto entre convulsiones de envidia nada más verlo, y si hubiese vivido lo suficiente para echarle una mirada Picasso habría abandonado el arte con el amargo convencimiento de que había sido vergonzosamente superado. Aquel cacharro parecía capaz de agriar la leche en las ubres de todas las vacas en un kilómetro a la redonda.

¡Era francamente horrible!

Una gigantesca base de hierro oxidado que apenas recordaba algo que Payne creía haber visto unido a un tractor viejo sostenía un enloquecido e informe amasijo de cables, ruedas, válvulas y horrores sin nombre y sin número que parecía haber sido concebido por una mente empapada en alcohol, y el conjunto se hallaba rematado por un megáfono de aspecto decididamente siniestro.

Payne sintió el deseo de meter la cabeza en el interior del megáfono y echar una ojeada, pero se contuvo. Había visto artefactos de aspecto mucho más normal que habían estallado con repentina violencia.

—Eh, Al —dijo.

El robot estaba boca abajo en el suelo añadiendo una delgada lámina de metal

plateado al artefacto, pero alzó la mirada hacia Payne en cuanto le oyó.

—¿Qué desea, Payne?

—¿Qué es esto?

Payne formuló la pregunta en el mismo tono de voz que habría empleado si estuviera contemplando algo francamente asqueroso en pleno proceso de putrefacción colgado entre dos palos de tres metros de altura.

—Es el disinto que estoy construyendo para poder empezar a trabajar. Es una mejora del modelo estándar.

El robot se puso en pie, se sacudió el polvo de las rodillas con una aparatosa serie de crujidos metálicos y contempló su obra con orgullo.

Payne se estremeció. «¡Una mejora del...!» Bueno, no le extrañaba que mantuvieran el original oculto en las cavernas de la Luna. ¡Ah, nuestro pobre y querido satélite! Payne siempre había querido saber si podía existir algo peor que la muerte. Bien, ahora ya lo sabía.

—¿Y funcionará? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Tiene que funcionar. Lo he hecho yo, ¿no? Ahora sólo me falta una cosa... ¿Tiene una linterna?

—Supongo que habrá una en algún sitio.

Payne desapareció en el interior de la cabaña y emergió de él casi inmediatamente.

El robot desatornilló un extremo de la linterna y trabajó frenéticamente durante cinco minutos.

—Listo —dijo retrocediendo un paso—. Ahora podré empezar a trabajar. Si quiere puede quedarse a mirar.

Hubo un silencio durante el que Payne intentó apreciar como se merecía aquella oferta tan magnánima.

—¿Es seguro?

—Hasta un bebé podría manejarlo.

—¡Oh! —Payne esbozó una débil sonrisa y se apresuró a refugiarse detrás del árbol más grueso que había en las inmediaciones—. Adelante —dijo—. Confío plenamente en ti.

AL-76 extendió una mano metálica y señaló la pesadillesca montaña de chatarra.

—¡Observe! —dijo.

Sus manos empezaron a moverse velozmente y...

Los granjeros del condado de Hannaford, Virginia, se desplegaron en formación de combate y avanzaron hacia la cabaña de Payne estrechando lentamente el cerco, y se

fueron arrastrando de un árbol a otro mientras la sangre de sus heroicos antepasados hervía en sus venas y el vello de sus nuca intentaba despegarse de la piel.

El sheriff Sanders les dio instrucciones.

—Disparad cuando yo dé la señal..., y apuntad a los ojos.

Jacob Linker («Flaco» Jake para sus amigos, y ayudante del sheriff para sí mismo) se le acercó.

—¿No cree que ese hombre máquina quizá se haya ido?

Linker había intentado ocultarlo, pero no pudo impedir que el matiz de esperanza resultara claramente audible en su voz.

—No —gruñó el sheriff—, me temo que sigue allí. Si se hubiera ido nos habríamos tropezado con él cuando avanzábamos por entre los árboles, y no le hemos visto.

—Pero todo parece tan espantosamente tranquilo... Y tengo la impresión de que ya estamos muy cerca de la cabaña de Payne.

No hacía falta que se lo recordaran. El nudo que se había formado en la garganta del sheriff Saunders era tan descomunal que le obligó a tragar saliva tres veces para hacerlo desaparecer.

—Vuelve a tu puesto —ordenó—, y mantén el dedo sobre el gatillo.

Ya habían llegado al borde del claro. El sheriff Saunders cerró los ojos y movió la cabeza hasta que el rabillo de uno de ellos asomó por detrás del árbol que estaba usando como refugio. No vio nada. El sheriff Saunders se quedó inmóvil durante unos momentos y volvió a intentarlo, esta vez abriendo los ojos.

Los resultados fueron mucho más satisfactorios, naturalmente.

El sheriff Saunders vio a un voluminoso hombre máquina vuelto de espaldas a él inclinado sobre un artefacto tan horrible que te helaba la sangre y te dejaba sin aliento, una máquina espantosa de origen dudoso y finalidad aún más dudosa. Lo único que no vio fue la temblorosa silueta de Randolph Payne abrazada a un árbol cercano que se encontraba al noroeste del suyo.

El sheriff Saunders salió al claro y alzó su ametralladora. El robot seguía dándole la espalda.

—¡Observe! —dijo AL-76 dirigiéndose a una persona o personas invisibles.

Y un dedo de una mano metálica pulsó un botón justo cuando el sheriff abría la boca disponiéndose a dar la orden de disparar.

Lo que ocurrió a continuación fue presenciado por setenta testigos, pero a pesar de ello no contamos con ninguna descripción. Durante los días, meses y años siguientes ni una sola de esas setenta personas dijo una sola palabra sobre lo que ocurrió durante los segundos que siguieron al momento en que el sheriff abrió la boca para dar la orden de disparar. Cuando se las interrogaba al respecto se limitaban a ponerse de un

color verde manzana y se alejaban con paso tambaleante.

A pesar de ello, las pruebas circunstanciales permiten deducir que lo que ocurrió fue, más o menos, esto.

El sheriff Saunders abrió la boca y AL-76 pulsó un botón. El disinto empezó a funcionar y setenta y cinco árboles, dos granjas, tres vacas y tres cuartas partes de la cima de la colina Duckbill se desvanecieron dejando tras de sí una atmósfera bastante enrarecida por el polvo. Si se quiere expresar de una forma más poética, todos esos objetos y seres vivos fueron a parar al sitio en el que acaban las nieves del año pasado.

La boca del sheriff Saunders siguió abierta durante un período de tiempo imposible de calcular, pero ni la orden de disparar ni ningún otro sonido brotó de ella. Y entonces...

Y entonces el aire empezó a vibrar, se oyó una especie de rugido ensordecedor y una serie de zigzags de un vago color purpúreo cruzaron velozmente la atmósfera con la cabaña de Randolph Payne como origen, y los granjeros que componían aquel ejército improvisado desaparecieron sin dejar ni rastro.

Oh, sí, después se encontraron varias armas esparcidas por los alrededores —la metralleta modelo niquelado especial con garantía de tiro ultra-rápido e imposibilidad de encasquillarse del sheriff entre ellas—, una cincuentena de sombreros, unos cuantos puros y cigarrillos a medio fumar y algunos otros objetos perdidos aquí y allá... pero no quedó ni un solo cuerpo humano.

Salvo «Flaco» Jake, ninguno de esos cuerpos volvió a aparecer ante la raza humana hasta que hubieron pasado tres días, y en el caso de Jake la excepción hay que buscarla en que su huida —tan veloz que habría ruborizado a un cometa—, fue detenida por la media docena de hombres de la fábrica de Petersboro que iban avanzando por el bosque a paso de carga moviéndose casi tan deprisa como él.

Para ser exactos, la cabeza de «Flaco» Jake fue detenida por el estómago de Sam Tobe.

—¿Dónde está la cabaña de Randolph Payne? —preguntó Tobe en cuanto hubo conseguido recuperar el aliento.

«Flaco» Jake permitió que sus ojos perdieran su brillo vidrioso durante unos segundos.

—Hermano, te aconsejo que te limites a seguir la dirección opuesta a la mía —replicó.

Y se esfumó como por arte de magia. Unos segundos después ya era un puntito cada vez más pequeño que se alejaba hacia el horizonte moviéndose velozmente por entre los árboles. El puntito quizá fuera «Flaco» Jake, pero Sam Tobe no se habría atrevido a jurarlo.

El ejército improvisado ya ha desaparecido de escena, pero aún nos queda



ocuparnos de Randolph Payne, cuyas reacciones fueron ligeramente distintas.

Para Randolph Payne los cinco segundos que transcurrieron entre el momento en que AL-76 pulsó el botón y la desaparición de la cima de la colina Duckbill fueron un espacio de tiempo totalmente en blanco. Cuando empezó tenía la cabeza vuelta hacia la espesa maleza que cubría la parte inferior de los árboles, y cuando terminó descubrió que estaba agarrado a una rama muy alta de uno de ellos y que se balanceaba locamente de un lado a otro. El mismo impulso que lanzó al grupo de ayudantes del sheriff en dirección horizontal le había lanzado en dirección vertical.

En cuanto a si recorrió los quince metros que separaban las raíces de la copa del árbol trepando, de un salto o volando, jamás consiguió llegar a saberlo y la verdad es que tampoco le importaba demasiado.

Lo que sí sabía era que todas aquellas propiedades acababan de ser destruidas por un robot que, aunque sólo de forma temporal, era de su propiedad. Todas las visiones de recompensa se esfumaron de su mente y fueron sustituidas por pesadillas cuyos horripilantes temas eran los ciudadanos hostiles, las turbas aullantes dispuestas al linchamiento, los juicios y acusaciones de asesinato y lo que diría Mirandy Payne en cuanto se enterara... especialmente lo que diría Mirandy Payne.

—¡Eh, robot, desmonta ese trasto que has construido! —gritó con voz ronca—. ¿Me oyes? ¡Desmóntalo y destrúyelo inmediatamente! Olvida que yo he tenido algo que ver en este asunto... No sé quién o qué eres, ¿entiendes? No digas ni una palabra al respecto jamás. Olvídalo todo, ¿me oyes?

Payne no esperaba que sus órdenes sirvieran de nada. Gritarlas había sido un mero acto reflejo, pero Payne ignoraba que un robot siempre obedece la orden dada por un ser humano salvo cuando obedecerla supone un peligro para otro ser humano.

Y, en consecuencia, AL-76 destruyó su disinto de forma tan calmada como metódica y volvió a convertirlo en la chatarra original.

Sam Tobe llegó con sus hombres con el tiempo justo de ver cómo AL-76 aplastaba el último centímetro cúbico del aparato bajo su pie. Randolph Payne se dio cuenta de que estaba ante los verdaderos propietarios del robot, por lo que se apresuró a bajar del árbol y puso pies en polvorosa hacia regiones desconocidas.

Y no esperó a que le dieran su recompensa.

Austin Wilde, ingeniero robótico, se volvió hacia Sam Tobe.

—¿Ha conseguido sacarle algo al robot? —le preguntó.

Tobe meneó la cabeza y lanzó un gruñido.

—Nada, absolutamente nada. Ha olvidado todo lo que ocurrió desde que abandonó la fábrica. Tiene la mente totalmente en blanco, y la única explicación es que habrá recibido la orden de olvidarlo todo. ¿Qué demonios sería aquel montón de chatarra con el que estaba trasteando?

—Un montón de chatarra, nada más. Pero antes de que lo hiciera añicos tuvo que ser un disinto, y me encantaría matar al tipo que le ordenó destruirlo..., sometiéndolo a una buena sesión de torturas lentas antes, a ser posible. ¡Mire esto!

Estaban a media ladera de lo que había sido la colina Duckbill —para ser exactos, en el punto exacto del que había sido limpiamente rebanada la cima—, y Wilde puso una mano sobre la superficie perfectamente lisa que interrumpía la aglomeración de tierra y rocas.

—¡Menudo disinto! —exclamó—. Arrancó limpiamente la cima de su base.

—¿Qué lo impulsaría a construirlo?

Wilde se encogió de hombros.

—No lo sé. Algún factor del entorno... No hay ninguna forma de averiguarlo. Su cerebro positrónico adaptado a la Luna debió de reaccionar impulsándolo a construir un disinto con toda esa chatarra. El robot lo ha olvidado todo, y me temo que sólo existe una probabilidad entre mil millones de que podamos volver a encontrar ese factor. Nunca volveremos a ver un disinto como éste.

—No importa. Lo importante es que hemos recuperado el robot.

—Y un cuerno. —La voz de Wilde no podía sonar más triste y abatida—. ¿Ha tenido algún tipo de contacto con los disintos en la Luna? Tragan una endiablada cantidad de energía, al igual que todos los trastos electrónicos, y no pueden ponerse en marcha hasta que les has proporcionado más de un millón de voltios de carga inicial. Pero este disinto no se parecía en nada a los de la Luna. He examinado toda esa chatarra con el microscopio y... Bueno, ¿quiere saber cuál es la única fuente de energía que he conseguido descubrir?

—Sí, claro. ¿Cuál?

—¡Ni más ni menos que esto! Y nunca llegaremos a saber cómo se las arregló...

Y Austin Wilde le alargó la fuente de energía gracias a la que un disinto había conseguido rebanar limpiamente la cima de una colina en medio segundo... ¡Dos pilas de linterna!

## Victoria inintencionada (1942)

---

“Victory Unintentional”

La nave espacial, por decirlo de algún modo, tenía más agujeros que un colador.

Se suponía que así debía ser. De hecho, esa era precisamente la idea.

El resultado, por supuesto, era que durante el viaje de Ganimedes a Júpiter el interior de la nave estaba tan lleno como el vacío del espacio que la rodeaba. Y puesto que la nave estaba desprovista también de dispositivos calefactores, aquel vacío del espacio estaba a temperatura normal, es decir a una fracción de grado por encima del cero absoluto.

Eso también estaba de acuerdo con el plan. Esas cosas insignificantes como la ausencia de aire y de calor no fastidiaban en absoluto a nadie dentro de aquella nave en particular.

Los primeros jirones, apenas indistinguibles del espacio, de la atmósfera joviana empezaron a rezumar al interior de la nave a varios centenares de miles de kilómetros por encima de la superficie de Júpiter. Eran prácticamente hidrógeno en su totalidad, aunque quizá un cuidadoso análisis de los gases hubiera podido rastrear también un indicio de helio. Los indicadores de presión empezaron a arrastrarse hacia arriba.

Ese arrastrarse prosiguió a un ritmo acelerado mientras la nave iba descendiendo en una espiral rodeando a Júpiter. Las agujas de los sucesivos indicadores, cada uno de ellos diseñado para presiones progresivamente más altas, empezaron a moverse hasta que alcanzaron las proximidades de un millón o así de atmósferas, donde las cifras perdían la mayor parte de su significado. La temperatura, tal como era registrada por las termocuplas, ascendía lenta y erráticamente, y finalmente se estabilizó aproximadamente a setenta grados centígrados por debajo de cero.

La nave avanzó lentamente hacia el final de su viaje, abriéndose pesadamente camino a través de un laberinto de moléculas gaseosas que se apiñaban tanto entre sí que el propio hidrógeno estaba comprimido casi a la densidad de un líquido. El vapor de amoniaco, extraído de los increíblemente vastos océanos de ese líquido, saturaba la horrible atmósfera. El viento, que se había iniciado un millar y medio de kilómetros más arriba, había ascendido hasta un nivel que la palabra huracán describía muy inadecuadamente. Resultaba evidente, mucho antes de que la nave aterrizara en una isla joviana bastante grande, quizá del tamaño de siete Asías, que Júpiter no era un mundo muy agradable.

Y sin embargo los tres miembros de la tripulación pensaban que sí lo era. Estaban completamente convencidos de ello. Pero los tres miembros de la tripulación no eran exactamente humanos. Y no eran tampoco exactamente jovianos.

Eran simples robots, diseñados en la Tierra para Júpiter.

ZZ Tres dijo:

—Parece que es un lugar más bien desolado.

ZZ Dos se reunió con él y contempló melancólicamente el paisaje azotado por el viento.

—Hay estructuras de algún tipo en la distancia —dijo—, que son obviamente artificiales. Sugiero que aguardemos a que sus habitantes vengan a nosotros.

ZZ Uno escuchaba desde el otro lado de la habitación, pero no respondió. Era el que primero había sido construido de los tres, a un nivel semi-experimental. Consecuentemente, hablaba con un poco menos de frecuencia que sus dos compañeros.

La espera no fue larga. Una nave aérea de extraño diseño pasó por encima de sus cabezas. Siguieron más. Y después una hilera de vehículos de superficie se aproximó, tomó posiciones, y desalojó organismos. Junto con esos organismos iban varios accesorios inanimados que podían ser armas. Algunos de esos accesorios eran acarreados por un solo joviano, algunos por varios, y algunos avanzaban por iniciativa propia, con quizá jovianos dentro.

Los robots no podían decirlo.

ZZ Tres dijo:

—Están a todo nuestro alrededor. El gesto pacífico lógico sería salir fuera, al aire libre. ¿De acuerdo?

Se mostraron de acuerdo, y ZZ Uno abrió la pesada compuerta, que no era doble, es decir, no tenía cámara de aire.

Su aparición por la puerta fue la señal para un excitado agitarse entre los jovianos que les rodeaban. Fueron hechas cosas a varios de los accesorios inanimados más grandes, y ZZ Tres fue consciente de un aumento de temperatura en la superficie externa de su cuerpo de berilio-iridio-bronce.

Lanzó una mirada a ZZ Dos.

—¿Notas esto? Creo que están apuntando energía calorífica hacia nosotros.

ZZ Dos mostró su sorpresa.

—Me pregunto por qué.

—Definitivamente, se trata de un rayo de calor de alguna clase. ¡Mira eso!

Uno de los rayos se había desviado por alguna causa indiscernible de su alineación, y su línea de radiación intersectó un arroyo de burbujeante amoniaco puro..., que muy pronto se puso a hervir furiosamente. ZZ Tres se volvió a ZZ Uno.

—Toma nota de esto, Uno, ¿quieres?

—Por supuesto. —Era en ZZ Uno en quien recaía el rutinario trabajo de secretario, y su método de tomar nota era efectuar una adición mental a la precisa cinta de memoria que albergaba en su interior. Ya había reunido la grabación hora a hora de todos los instrumentos importantes de a bordo de la nave durante el viaje a Júpiter. Añadió contemporizadamente—: ¿Qué razón debo indicar a esta reacción?

A los amos humanos probablemente les gustará saberlo.

—Ninguna razón. O mejor —se corrigió a sí mismo Tres—, ninguna razón aparente. Puedes decir que el máximo de temperatura del rayo era de unos más treinta centígrados.

—¿Debemos intentar comunicarnos? —interrumpió Dos.

—Sería una pérdida de tiempo —dijo Tres—. No puede haber más que unos pocos jovianos que conozcan el código de pulsaciones radio que se ha desarrollado entre Júpiter y Ganímedes. Tendrán que enviar en busca de uno, y cuando llegue, él establecerá inmediatamente contacto. Mientras tanto, dejémosles que observen. No comprendo sus acciones, os lo digo francamente.

Y la comprensión no llegó de inmediato. La radiación calorífica cesó, pero fueron traídos a primera línea otros instrumentos, y puestos en acción. Algunas cápsulas cayeron a los pies de los robots que observaban, con rapidez y fuerza debido a la gravedad de Júpiter. Se abrieron de golpe y vertieron un líquido azul, que formó charcos que fueron empequeñeciéndose rápidamente a causa de la evaporación.

El pesadillesco viento barrió los vapores, y los jovianos se apartaron rápidamente de sus caminos. Uno de ellos fue demasiado lento, se tambaleó locamente, y se derrumbó flácido.

ZZ Dos se inclinó, metió un dedo en uno de los charcos, y contempló el goteante líquido.

—Creo que es oxígeno —dijo.

—Oxígeno, sí —confirmó Tres—. Esto se vuelve cada vez más extraño. Esta es evidentemente una práctica peligrosa, puesto que juraría que el oxígeno es peligroso para las criaturas. ¡Una de ellas acaba de morir!

Hubo una pausa, y ZZ Uno, cuya mayor simplicidad le conducía en ocasiones a una línea mucho más rígida de pensamiento, dijo con voz fuerte:

—Es posible que esas extrañas criaturas estén intentando a su manera infantil destruirnos.

Y ZZ Dos, impresionado por la sugerencia, respondió:

—¿Sabes, Uno?, ¡creo que tienes razón!

Se había producido un pequeño interludio en la actividad joviana, y ahora fue traída una nueva estructura. Poseía una esbelta varilla que apuntaba directamente hacia el cielo a través de la impenetrable lóbreguez joviana. Se mantenía erguida en aquel increíblemente fuerte viento con una rigidez que indicaba claramente una notable fuerza estructural. De su extremo brotó un crujir y luego un relampaguear que iluminó las profundidades de la atmósfera hasta convertirlas en una neblina gris.

Por un momento los robots se vieron bañados por una persistente radiación, y entonces ZZ Tres dijo pensativamente:

—¡Electricidad de alta tensión! Y con una energía más bien respetable también.

Uno, creo que tienes razón. Después de todo, los amos humanos nos han dicho que esas criaturas buscan destruir a toda la humanidad, y unos organismos poseyendo una maldad tan loca como la que les impulsa a pensar en causar daño a un ser humano... —su voz tembló ante el pensamiento—... es difícil que tengan escrúpulos en intentar destruirnos a nosotros.

—Es una vergüenza poseer unas mentes tan retorcidas —dijo ZZ Uno—. ¡Pobres criaturas!

—Lo considero un pensamiento altamente entristecedor —admitió Dos—. Volvamos a la nave. Ya hemos visto suficiente por ahora.

Eso hicieron, y se instalaron para aguardar. Como había dicho ZZ Tres, Júpiter era un planeta enorme, y era posible que tomara tiempo el que un transporte joviano pudiera traer hasta la nave a un experto en códigos de radio. De todos modos, la paciencia es algo muy fácil para los robots.

De hecho, Júpiter giró tres veces sobre su eje, según el cronómetro, antes de que llegara el experto. La salida y la puesta del sol, de todos modos, no traía por supuesto ninguna diferencia a la completa oscuridad del fondo de una capa de gases con una densidad casi líquida de cinco mil kilómetros de espesor, de modo que uno no podía hablar de día y de noche. Pero de todos modos, ni jovianos ni robots tenían ajustada su visión a las radiaciones de luz, de modo que eso no importaba.

Durante aquel intervalo de treinta horas los jovianos que les rodeaban prosiguieron su ataque con una paciencia y una perseverancia de las que el robot ZZ Uno tomó buena nota mental. La nave fue asaltada con tanta variedad de fuerzas como horas transcurrieron, y los robots observaron atentamente cada uno de los ataques, analizando las armas a medida que las iban reconociendo. No las reconocieron todas.

Pero los amos humanos los habían construido bien. Había tomado quince años construir la nave y los robots, y su elemento más esencial podía ser expresado con una sola frase: una resistencia absoluta. Los ataques se fueron sucediendo inefectivamente, y ni nave ni robots evidenciaron ninguna señal causada por ellos.

ZZ Tres dijo:

—Esta atmósfera es un handicap para ellos, creo. No pueden utilizar disruptores atómicos, puesto que lo único que conseguirían sería desgarrar un agujero en este aire tan denso como una sopa y resultar destruidos ellos mismos a causa de la explosión.

—Tampoco han utilizado explosivos potentes —dijo ZZ Dos—, de lo que podemos alegrarnos. No nos hubieran hecho ningún daño, por supuesto, pero nos hubieran sacudido un poco.

—Los explosivos de alta potencia quedan descartados. No puedes utilizar un explosivo sin expansión de gases, y el gas simplemente no puede expandirse en esta atmósfera.

—Es una buena atmósfera —murmuró Uno—. Me gusta.

Lo cual era lógico, puesto que había sido construido para ella. Los robots ZZ eran los primeros robots fabricados por la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos que no eran ligeramente humanos en apariencia. Eran bajos y achaparrados, con su centro de gravedad a menos de treinta centímetros sobre el nivel del suelo. Tenían seis piernas cada uno, gruesas y resistentes, diseñadas para alzar pesos de toneladas en una gravedad de dos veces y media la normal de la Tierra. Sus reflejos eran varias veces superiores a los normales terrestres, para compensar la gravedad. Y estaban compuestos de una aleación de berilio-iridio-bronce que era a toda prueba contra cualquier agente corrosivo conocido, así como contra cualquier agente destructivo conocido hasta el nivel de un disruptor atómico de mil megatones, bajo cualquier condición imaginable.

Para no seguir con más descripciones, eran indestructibles, y tan impresionantemente poderosos que eran los únicos robots jamás construidos a los cuales los roboticistas de la compañía jamás pensaron en grabarles un apodo a base de sus series de números. Un chico brillante sugirió llamarlos Sissy Uno, Dos y Tres..., pero no en voz muy alta, y la sugerencia no volvió a ser repetida nunca.

Las últimas horas de la espera pasaron en una desconcertada discusión acerca de hallar una posible descripción de la apariencia joviana. ZZ Uno había tomado nota de su posesión de tentáculos y de su simetría radial..., y allí se había encallado. Dos y Tres hicieron todo lo posible por ayudarlo, pero no lo consiguieron.

—No puedes describir bien nada sin un estándar de referencia —declaró finalmente Tres—. Esas criaturas no son parecidas a nada conocido por mí... Están completamente fuera de los senderos positrónicos de mi cerebro. Es como intentar describirle la luz gamma a un robot no equipado para la recepción de los rayos gamma.

Fue precisamente en aquel momento cuando la andanada de las armas cesó una vez más. Los robots volvieron su atención al exterior de la nave.

Un grupo de jovianos estaba avanzando de una forma curiosamente desigual, pero ni la más atenta observación podía determinar el método exacto de su locomoción. La forma en que usaban sus tentáculos era incierta. A veces los organismos efectuaban unos curiosos movimientos resbaladizos, y entonces avanzaban a gran velocidad, quizá ayudándose en el viento, porque se movían con él.

Los robots salieron para acudir al encuentro de los jovianos, que se detuvieron a tres metros de distancia. Ambos lados permanecieron silenciosos e inmóviles.

—Deben de estar observándonos, pero no sé cómo —dijo ZZ Dos—. ¿Alguno de vosotros ve algún tipo de órgano fotosensitivo?

—No podría decirlo —respondió Tres con un gruñido—. No veo en ellos nada

que posea algún sentido.

Hubo un repentino cliquetear metálico entre el grupo joviano, y ZZ Uno dijo satisfecho:

—Es el código de radio. Han traído aquí al experto en comunicaciones.

Así era. El complicado sistema de puntos y rayas que a lo largo de un período de veinticinco años había sido laboriosamente desarrollado por los seres de Júpiter y los terrestres de Ganímedes hasta convertirlo en un notablemente flexible medio de comunicación, estaba siendo puesto finalmente en práctica a corta distancia.

Ahora un joviano permanecía claramente destacado frente a los demás, que se mantenían a una prudente distancia. Era el que estaba hablando. El cliquetear decía:

—¿De dónde venís?

ZZ Tres, como el más avanzado mentalmente, asumió de forma natural el papel de portavoz para el grupo de robots.

—Procedemos del satélite de robots, Ganímedes.

—¿Qué deseáis? —continuó el joviano.

—Información. Hemos venido a estudiar vuestro mundo y llevarnos de vuelta nuestros descubrimientos. Si podemos obtener vuestra cooperación...

El cliqueteo joviano interrumpió:

—¡Debéis ser destruidos!

ZZ Tres hizo una pausa y dijo en un aparte a sus dos compañeros:

—Exactamente la actitud que los amos humanos dijeron que adoptarían. Son muy poco usuales.

Volviendo a su cliqueteo, preguntó simplemente:

—¿Por qué?

Evidentemente, el joviano consideraba algunas preguntas demasiado ofensivas como para ser contestadas.

—Si abandonáis el lugar dentro del próximo período de revolución, seréis perdonados..., hasta el momento en que emerjamos de nuestro mundo para destruir a las sabandijas no jovianas de Ganímedes.

—Me gustaría señalar —dijo Tres— que nosotros, los de Ganímedes y los planetas interiores...

El joviano interrumpió:

—Nuestra astronomía sabe del Sol y de nuestros cuatro satélites. No hay planetas interiores.

Tres concedió de mala gana aquello.

—Nosotros los de Ganímedes, entonces. No tenemos ningún plan de conquistar Júpiter. Venimos preparados a ofrecer amistad. Durante veinticinco años vuestra gente se ha comunicado libremente con los seres humanos de Ganímedes. ¿Hay alguna razón para iniciar una guerra repentina contra los humanos?



—Durante veinticinco años —fue la fría respuesta— supusimos que los habitantes de Ganímedes eran jovianos. Cuando descubrimos que no lo eran, y que habíamos estado tratando con animales inferiores en la escala de la inteligencia joviana, empezamos a tomar medidas para eliminar ese deshonor. —Lenta e intensamente, terminó diciendo—: ¡Aquí en Júpiter no toleraremos la existencia de sabandijas!

El joviano estaba retrocediendo de alguna forma, moviéndose contra el viento, y evidentemente la entrevista había terminado.

Los robots se retiraron al interior de la nave.

ZZ Dos dijo:

—Parece que las cosas están mal, ¿eh? —Pensativo, continuó—: Es como los amos humanos dijeron. Poseen un tremendamente desarrollado complejo de superioridad, combinado con una extrema intolerancia hacia cualquiera o cualquier cosa que entre en conflicto con ese complejo.

—La intolerancia —observó Tres— es la consecuencia natural del complejo. El problema es que su intolerancia tiene dientes. Poseen armas..., y su ciencia es grande.

—Ahora no me sorprende —interrumpió bruscamente ZZ Uno— que fuéramos especialmente instruidos para que prescindieramos de las órdenes jovianas. ¡Son unos seres horribles, intolerantes, pseudo-superiores! —Ansiosamente, con una profunda lealtad y fe robóticas, añadió—: Ningún amo humano podrá ser jamás así.

—Eso, aunque cierto, no tiene nada que ver con lo que estamos tratando —dijo ZZ Tres—. Sigue en pie el hecho de que los amos humanos están en un terrible peligro. Este es un mundo gigantesco, y esos jovianos son más de un centenar de veces superiores en número y recursos a los humanos de todo el Imperio Terrestre. Si alguna vez pueden desarrollar el campo de fuerza hasta el punto de poder utilizarlo como el casco de una nave, del mismo modo que han hecho ya los amos humanos..., entonces podrán arrasarlo a voluntad. Sigue en pie la cuestión de hasta cuán lejos han avanzado en esa dirección, qué otras armas poseen, qué preparativos están tomando, y así. Nuestra función es regresar con esa información, por supuesto, y lo mejor que podemos hacer es decidir nuestro próximo paso.

—Puede resultar difícil —dijo ZZ Dos—. Los jovianos no van a ayudarnos. —Lo cual, en aquel momento, era una observación superflua.

ZZ Tres pensó unos momentos.

—Me parece que lo único que necesitamos es esperar —observó—. Han intentado destruirnos durante treinta horas, y no han tenido éxito. Evidentemente, han hecho todo lo mejor que han podido. Un complejo de superioridad implica siempre la necesidad eterna de guardar las apariencias, y el ultimátum que nos han dado lo prueba en este caso. Nunca van a permitir que nos marchemos si pueden destruirnos.

Pero si no nos marchamos, entonces, antes que admitir que no pueden obligarnos a irnos, seguramente pretenderán que están dispuestos, para sus propias finalidades, a obligarnos a que nos quedemos.

Aguardaron una vez más. Pasó el día. La andanada de armas no se reanudó. Los robots no se marcharon. El fanfarrón fue llamado de nuevo. Y los robots se enfrentaron por segunda vez al experto joviano en códigos de radio.

Si los modelos ZZ hubieran estado equipados con sentido del humor, se hubieran divertido enormemente. Tal como eran las cosas, simplemente experimentaron una solemne satisfacción.

El joviano dijo:

—Nuestra decisión ha sido que se os permita permanecer aquí durante un corto período de tiempo, de modo que podáis ver nuestro poder por vosotros mismos. Entonces deberéis regresar a Ganímedes para informar a vuestros compañeros sabandijas del desastroso fin al que se verán inexorablemente abocados dentro de una revolución solar.

ZZ Uno tomó mentalmente nota de que una revolución joviana equivalía a doce años terrestres.

Tres respondió casualmente:

—Gracias. ¿Podemos acompañarte a la ciudad más cercana? Hay muchas cosas que nos gustaría aprender. —Tras pensarlo un momento, añadió—: Nuestra nave no debe ser tocada, por supuesto.

Dijo esto como una petición, no como una amenaza, puesto que ningún modelo ZZ era pendenciero. Toda posibilidad de incluso la más ligera irritación había sido cuidadosamente eliminada en su construcción. Con robots tan tremendamente poderosos como los ZZ, un absoluto buen carácter era algo esencial para la seguridad durante los años de pruebas en la Tierra.

El joviano dijo:

—No estamos interesados en vuestra miserable nave. Ningún joviano se polucionará acercándose a ella. Podéis acompañarnos, pero debéis tener en cuenta no acercaros a más de tres metros de ningún joviano, o seréis instantáneamente destruidos.

—Un tanto engreídos, ¿no creéis? —observó ZZ Dos en un ligero susurro, mientras avanzaban en medio del viento.

La ciudad era un puerto a orillas de un increíble lago de amoniaco. El viento exterior azotaba furioso, alzando espumeantes olas que avanzaban por la líquida superficie con una turbulenta lentitud reforzada por la gravedad. El puerto en sí no era ni grande ni impresionante, y parecía muy evidente que la mayor parte de sus construcciones eran subterráneas.

—¿Cuál es la población de este lugar? —preguntó ZZ Tres.

—Es una pequeña ciudad de diez millones —respondió el joviano.

—Entiendo. Toma nota de eso, Uno.

ZZ Uno lo hizo mecánicamente, y luego se volvió una vez más hacia el lago, que había estado contemplando lleno de fascinación. Tiró del codo de ZZ Tres.

—Oye, ¿supones que tienen peces aquí?

—¿Qué diferencia representa eso?

—Creo que deberíamos averiguarlo. Los amos humanos nos ordenaron averiguar todo lo que pudiéramos. —De los robots, ZZ Uno era el más simple y, en consecuencia, el que tomaba las órdenes de una forma más literal.

ZZ Dos dijo:

—Dejemos que Uno vaya y mire, si quiere. No causará ningún daño el que dejemos que el chico se divierta un poco.

—De acuerdo. No hay ninguna objeción si no pierde su tiempo. No son peces lo que hemos venido a buscar..., pero adelante, Uno.

ZZ Uno se apartó de ellos presa de una gran excitación y bajó rápidamente hasta la playa, metiéndose en el amoniaco con una gran zambullida. Los jovianos observaron atentamente. No habían comprendido nada de la anterior conversación, por supuesto.

El experto en códigos de radio cliqueteó:

—Resulta evidente que vuestro compañero ha decidido abandonar la vida desesperado ante nuestra grandeza.

Sorprendido, ZZ Tres replicó:

—Oh, no, en absoluto. Desea investigar los organismos vivos, si existen, que viven en el amoniaco. —Y, como disculpándose, añadió—: Nuestro amigo es muy curioso a veces, y no es tan brillante como nosotros, aunque ésta es su única desgracia. Nosotros comprendemos esto, e intentamos complacerle siempre que podemos.

Hubo una larga pausa, y el joviano observó:

—Se ahogará.

ZZ Tres respondió, casualmente:

—No hay peligro en ello. Nosotros no nos ahogamos. ¿Podremos entrar en la ciudad tan pronto como regrese?

En aquel momento se produjo un surtidor de líquido a varios cientos de metros en el lago. Brotó violentamente hacia arriba, y luego volvió a caer en una especie de niebla que el viento dispersó. Otro surtidor, y otro, luego una blanca estela de espuma que formó un rastro en dirección a la costa, calmándose gradualmente a medida que se acercaba.

Los dos robots observaron aquello asombrados, y la absoluta falta de

movimientos por parte de los jovianos indicó que ellos también estaban observando.

Entonces la cabeza de ZZ Uno rompió la superficie, y avanzó lentamente hacia tierra firme. ¡Pero algo lo seguía! Algún organismo de gigantesco tamaño que no parecía más que colmillos, garras y espinas. Luego vieron que no estaba siguiéndolo por voluntad propia, sino que estaba siendo arrastrado hacia la playa por ZZ Uno. Había en él una significativa flaccidez.

ZZ Uno se acercó casi tímidamente y estableció directamente comunicación. Cliqueteó su mensaje al joviano de una forma ciertamente agitada.

—Lamento terriblemente lo ocurrido, pero la cosa me atacó. Yo estaba simplemente tomando notas de ella. Espero que no sea una criatura valiosa.

No recibió una respuesta inmediata, porque la aparición del monstruo había ocasionado una alocada dispersión de las filas jovianas. Estos volvieron a reunirse lentamente, y una vez la cautelosa observación demostró que la criatura estaba realmente muerta, se restauró el orden. Algunos de los más valientes agujonearon cautelosamente el cuerpo para asegurarse.

—Espero que perdonéis a nuestro amigo —dijo ZZ Tres humildemente—. A veces es un poco torpe. No teníamos absolutamente ninguna intención de causar daño a ninguna criatura joviana.

—Me atacó —explicó Uno—. Me mordió sin ninguna provocación. ¡Vedlo! —Y mostró un colmillo de unos buenos sesenta centímetros de largo, terminado en quebrados filos allá donde se había roto—. Se lo rompió clavándolo en mi hombro, y casi dejó una señal. Yo solamente le di un manotazo para apartarlo... y se murió. ¡Lo siento!

Finalmente el joviano habló, y el cliquetear de su código fue más bien titubeante.

—Es una criatura salvaje, que raramente se encuentra tan cerca de la orilla, pero el lago es profundo precisamente aquí.

ZZ Tres dijo, aún ansiosamente:

—Si podéis utilizar su carne, nos sentiremos felices de...

—No. Podemos obtener nuestra comida por nosotros mismos sin la ayuda de sab..., sin la ayuda de nadie. Comedios vosotros.

Ante lo cual ZZ Uno alzó a la criatura y la arrojó de nuevo al mar, con un fácil movimiento de un brazo. ZZ Tres dijo casualmente:

—Gracias por vuestro amable ofrecimiento, pero nosotros no utilizamos la comida. Quiero decir que no comemos, por supuesto.

Escoltados por unos doscientos jovianos armados, los robots descendieron por una serie de rampas a la ciudad subterránea. Si en la superficie la ciudad había parecido pequeña y en absoluto impresionante, abajo tenía la apariencia de una enorme megalópolis.

Montaron en vehículos de superficie que eran manejados por control remoto —

puesto que ningún honesto joviano que se respetara a sí mismo arriesgaría su superioridad subiendo al mismo vehículo que una sabandija—, y conducidos a una respetable velocidad hasta el centro de la ciudad. Vieron lo suficiente de ella como para decidir que se extendía unos ochenta kilómetros de extremo a extremo, y se hundía en la corteza joviana al menos unos doce kilómetros.

ZZ Dos no sonó feliz cuando dijo:

—Si esto es un ejemplo del desarrollo joviano, entonces no vamos a poder presentar un informe esperanzador a nuestros amos humanos. Después de todo, aterrizamos en la enorme superficie de Júpiter al azar, con una posibilidad sobre mil de hacerlo cerca de un centro de población realmente importante. Esto debe ser, como dice el experto en códigos, simplemente una ciudad.

—Diez millones de jovianos —dijo ZZ Tres, abstraído—. La población total debe de ser de trillones, lo cual es una cifra alta, muy alta, incluso para Júpiter. Probablemente posean una civilización completamente urbana, lo cual quiere decir que su desarrollo científico debe de ser tremendo. Si poseen campos de fuerza...

ZZ Tres no poseía cuello, debido a que para conseguir una mayor resistencia las cabezas de los modelos ZZ estaban encajadas firmemente en el torso, con los delicados cerebros positrónicos protegidos por tres capas independientes de aleación de iridio de casi tres centímetros de grosor. Pero si hubiera tenido, hubiera agitado tristemente la cabeza.

Ahora se habían detenido en un espacio despejado. A todo su alrededor podían ver avenidas y estructuras llenas de jovianos, tan curiosos como cualquier multitud terrestre ante semejantes circunstancias.

El experto en códigos se acercó.

—Es el momento de retirarme hasta el próximo período de actividad —dijo—. Hemos ido hasta tan lejos como preparar alojamientos para vosotros, con gran trabajo, por supuesto, ya que las estructuras han debido ser demolidas y reedificadas. De todos modos, podréis dormir durante un cierto tiempo.

ZZ Tres agitó un modesto brazo y cliqueteó:

—Os damos las gracias, pero no teníais que haberos molestado. No nos importa quedarnos aquí mismo. Si vosotros deseáis dormir y descansar, hacedlo a vuestra comodidad. Nosotros os esperaremos. Porque nosotros —lo dijo casualmente— no dormimos.

El joviano no respondió nada, aunque si hubiera tenido rostro, su expresión hubiera debido ser interesante. Se marchó, y los robots se quedaron en el vehículo, con patrullas de bien armados jovianos, frecuentemente reemplazados, rodeándolos como guardianes.

Pasaron horas antes de que los guardias se apartaran para dejar paso al experto en códigos que regresaba. Junto con él iban otros jovianos, a los que presentó.

—Conmigo están dos oficiales del gobierno central que han consentido graciosamente en hablar con vosotros.

Uno de los oficiales conocía evidentemente el código, puesto que su cliqueteo interrumpió secamente al experto en códigos. Se dirigió a los robots:

—¡Sabandijas! Emerged del vehículo para que podamos veros.

Los robots se apresuraron a obedecer, y mientras ZZ Tres y ZZ Dos saltaban por el lado derecho del vehículo, ZZ Uno atravesó el lado izquierdo. La palabra «atravesó» es utilizada aquí literalmente, puesto que olvidó accionar el mecanismo que hacía descender una sección del lado de modo que ZZ Uno pudiera salir, y se llevó por delante aquel lado, más dos ruedas, y todo un eje. El vehículo se desmoronó, y ZZ Uno se quedó mirando los restos en medio de un embarazado silencio.

Finalmente, cliqueteó con timidez:

—Oh, lo siento tanto. Espero que no fuera un vehículo muy caro.

ZZ Dos añadió, disculpándose:

—Nuestro compañero es a menudo torpe. Debéis perdonarle.

Y ZZ Tres hizo un voluntarioso intento de arreglar de nuevo el vehículo.

ZZ Uno hizo otro esfuerzo por disculparse.

—El material del vehículo era más bien poco resistente. ¿Lo ven? —Alzó un trozo de quizá un metro cuadrado de plancha de plástico endurecido de ocho centímetros de grueso con ambas manos, y efectuó sobre ella una ligera presión. La plancha se partió instantáneamente en dos—. Claro que yo hubiera debido ser un poco más cuidadoso —reconoció.

El oficial del gobierno joviano dijo, aunque de una forma ligeramente menos seca:

—De todos modos el vehículo hubiera sido destruido, después de haberse visto contaminado por vuestra presencia. —Hizo una pausa y luego añadió—: ¡Criaturas! Nosotros los jovianos carecemos de la vulgar curiosidad relativa a los animales inferiores, pero nuestros científicos buscan hechos.

—Estamos completamente de acuerdo contigo —respondió alegremente ZZ Tres—. Nosotros también.

El joviano lo ignoró.

—Aparentemente, vosotros carecéis de órgano masasensitivo. ¿Cómo sois conscientes de los objetos distantes?

ZZ Tres se mostró interesado.

—¿Quieres decir que tu gente es directamente sensitiva a la masa?

—No estoy aquí para responder a vuestras preguntas..., vuestras temerarias preguntas... acerca de nosotros.

—Entonces supondré que los objetos de baja masa específica son transparentes

para vosotros, incluso en ausencia de radiaciones. —Se volvió hacia ZZ Dos—. Así es como ven. Su atmósfera es tan transparente para ellos como el espacio para nosotros.

El cliqueteo joviano se reanudó:

—Responderéis a mi primera pregunta inmediatamente, o mi paciencia se agotará y ordenaré que seáis destruidos.

ZZ Tres replicó inmediatamente:

—Somos energisensitivos, joviano. Podemos ajustarnos a voluntad a toda la escala electromagnética. En este momento, nuestra visión a larga distancia es debida a la radiación de radio-ondas que nosotros mismos emitimos, y a corta distancia vemos mediante... —Hizo una pausa, y le preguntó a Dos—: ¿Existe alguna palabra código para los rayos gamma?

—No que yo sepa —respondió Dos.

ZZ Tres continuó, dirigiéndose al joviano:

—A corta distancia vemos a través de otra radiación para la cual no existe ninguna palabra código.

—¿De qué está compuesto vuestro cuerpo? —preguntó el joviano.

ZZ Dos susurró:

—Probablemente lo pregunta porque su masa-sensibilidad no puede penetrar más allá de nuestra piel. Alta densidad, ya sabes. ¿Debemos decírselo?

ZZ Tres respondió, inseguro:

—Nuestros amos humanos no nos dijeron específicamente que guardáramos ningún secreto. —Y en código de radio, añadió, dirigiéndose al joviano—: Estamos compuestos principalmente por iridio. En cuanto al resto, cobre, estaño, un poco de berilio, y un montón de otras sustancias.

Los jovianos retrocedieron, y por el impreciso agitar de distintas porciones de sus absolutamente indescriptibles cuerpos dieron la impresión de estar discutiendo animadamente, aunque no emitían ningún sonido.

Y luego el oficial volvió:

—¡Seres de Ganímedes! Ha sido decidido que os mostraremos algunas de nuestras fábricas para que podáis comprobar algunos de nuestros grandes logros. Luego os permitiremos regresar a fin de que podáis difundir la desesperación entre el resto de sabandijas..., los demás seres del mundo exterior.

ZZ Tres le dijo a ZZ Dos:

—Observa el efecto de su psicología. Deben martillar constantemente su superioridad. Ante todo guardar las apariencias. —Y en el código de radio, añadió—: Os agradecemos esta oportunidad.

Pero ese guardar las apariencias era algo eficiente, como comprobaron pronto los robots. La demostración se convirtió en un tour, y el tour en una Gran Exhibición.

Los jovianos les mostraron todo, les explicaron todo, respondieron ansiosamente a todas las preguntas, y ZZ Uno tomó centenares de desesperadas notas.

El potencial bélico de aquella ciudad calificada como poco importante era varias veces mayor que el de todo Ganímedes. Diez ciudades como aquella se pondrían por delante de todo el Imperio Terrestre. Y diez ciudades como aquella no debían de ser más que el filo de una uña de toda la fuerza que Júpiter era capaz de desplegar en su conjunto.

ZZ Tres se volvió cuando ZZ Uno le dio un codazo.

—¿Qué ocurre?

ZZ Uno dijo seriamente:

—Si poseen campos de fuerza, los amos humanos están perdidos, ¿no crees?

—Me temo que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque los jovianos no están enseñándonos el ala derecha de este centro de producción. Puede que allí estén desarrollando los campos de fuerza. Es posible que deseen mantener el secreto. Deberíamos descubrirlo. Es lo más importante, ya sabes.

ZZ Tres miró sombríamente a ZZ Uno.

—Puede que tengas razón. No sirve de nada ignorar las cosas.

Estaban ahora en una enorme fundición, observando cómo eran producidas vigas de aleación de acero al silicio resistentes al amoníaco, de treinta metros de largo, a razón de veinte por segundo. ZZ Tres preguntó suavemente:

—¿Qué contiene esa otra ala?

El oficial del gobierno preguntó a los encargados del centro de producción, y explicó:

—Esa es la sección de altas temperaturas. Algunos procesos requieren altas temperaturas que la vida no puede soportar, de modo que deben ser controlados remotamente.

Abrió camino hacia una división a través de la cual podía sentirse el calor, e indicó una pequeña área redonda de material transparente. Había una hilera de ellas, a través de las cuales la brumosa luz roja de hileras de resplandecientes fraguas era visible a través de la densa atmósfera.

ZZ Uno clavó una mirada suspicaz en el joviano y cliqueteó:

—¿Te importaría que entrara ahí y echara un vistazo? Estoy muy interesado en todo esto.

—Te estás comportando de una forma infantil, Uno —dijo ZZ Tres—. Están diciendo la verdad. Oh, está bien, mete la nariz donde quieras si crees que es necesario. Pero no te entretengas mucho; tenemos que ir rápidos.

El joviano dijo:

—No habéis comprendido la temperatura que hay ahí dentro. Vuestro compañero va a morir.



—Oh, no —respondió ZZ Uno casualmente—. La temperatura no es ningún problema para nosotros.

Hubo una conferencia joviana, y luego una escena de agitada confusión cuando la vida del centro se vio paralizada por aquella emergencia poco habitual. Se dispusieron paneles de material absorbente del calor, y luego se abrió una puerta, una puerta que nunca había girado sobre sus goznes cuando las fraguas estaban en funcionamiento. ZZ Uno entró y la puerta se cerró tras él. Los oficiales jovianos se apiñaron tras las áreas transparentes para observar.

ZZ Uno se dirigió a la fragua más cercana y palpó su exterior. Como era demasiado bajo para mirar cómodamente dentro de ella, inclinó la fragua hasta que el metal fundido lamió el borde del contenedor. Lo miró con curiosidad, luego metió su mano en él y lo agitó un momento para comprobar su consistencia. Hecho esto, retiró su mano, la agitó para desembarazarse de las ardientes gotitas metálicas que habían quedado prendidas en ella, y secó el resto en una de sus seis piernas. Recorrió lentamente la hilera de fraguas, luego hizo señas de que deseaba salir.

Los jovianos se retiraron a una gran distancia cuando salió por la puerta, y lanzaron un fuerte chorro de amoníaco contra él, que silbó, burbujegó y humeó hasta que la temperatura de su cuerpo volvió a unos límites tolerables.

ZZ Uno ignoró la ducha de amoníaco y dijo:

—Decían la verdad. No hay campos de fuerza.

—¿Te das cuenta...? —empezó ZZ Tres.

Pero ZZ Uno interrumpió impacientemente:

—No sirve de nada entretenernos. Los amos humanos nos dieron instrucciones de que averiguáramos todo lo posible, y eso es lo que debemos hacer.

Se volvió hacia el joviano y cliqueteó, sin la menor vacilación:

—Escucha, ¿habéis desarrollado los jovianos campos de fuerza?

La brusquedad era, por supuesto, una de las consecuencias naturales de los menos desarrollados poderes mentales de ZZ Uno. ZZ Dos y ZZ Tres sabían aquello, de modo que contuvieron sus deseos de reprocharle aquella observación.

El oficial joviano se relajó lentamente de su extrañamente rígida actitud, que de alguna forma había dado la impresión de que no dejaba de mirar estúpidamente a una de las manos de ZZ Uno... la que se había metido en el metal fundido. Lentamente, el joviano dijo:

—¿Campos de fuerza? Entonces, ¿eso es lo que más os interesa?

—Sí —dijo enfáticamente ZZ Uno.

Hubo un repentino y patente aumento de la confianza por parte joviana, puesto que el cliquetear se hizo más enérgico:

—¡Entonces ven, sabandija!

Lo cual hizo que ZZ Tres dijera a ZZ Dos:

—¿Te das cuenta? Somos de nuevo sabandijas..., lo cual suena como si nos aguardaran malas noticias.

Y ZZ Dos admitió aquello sombríamente.

Ahora fueron conducidos al borde mismo de la ciudad, a una zona que los terrestres hubieran denominado los suburbios, y penetraron en una serie de estructuras muy integradas entre sí, que en la Tierra hubieran correspondido vagamente a una universidad.

No hubo explicaciones, sin embargo, y nadie las pidió tampoco. El oficial joviano abrió camino rápidamente, y los robots lo siguieron con la hosca convicción de que les esperaba lo peor.

Fue ZZ Uno quien se detuvo delante de una sección de pared abierta cuando los demás ya habían pasado.

—¿Qué es esto? —quiso saber.

La habitación estaba equipada con bancos estrechos y bajos, a lo largo de los cuales unos jovianos manipulaban hileras de extraños dispositivos, compuestos principalmente por potentes electroimanes de tres centímetros de ancho.

—¿Qué es esto? —preguntó ZZ Uno de nuevo.

El joviano se volvió y mostró su impaciencia.

—Es un laboratorio de investigación biológica para estudiantes. No hay nada aquí que te interese.

—Pero ¿qué es lo que están haciendo?

—Están estudiando la vida microscópica. ¿No has visto nunca un microscopio?

ZZ Tres interrumpió, explicando:

—Sí lo ha visto, pero no de este tipo. Nuestros microscopios están diseñados para organismos energi-sensitivos y actúan por refracción de la energía radiante. Evidentemente vuestros microscopios actúan sobre una base de masa-expansión. Realmente ingenioso.

ZZ Uno preguntó:

—¿Puedo inspeccionar algunos de vuestros especímenes?

—¿De qué os va a servir? No podéis utilizar nuestros microscopios debido a vuestras limitaciones sensoriales, y lo único que hará eso será obligarnos a descartar todos estos especímenes por el hecho de que os hayáis acercado a ellos sin ninguna razón justificable.

—Pero yo no necesito ningún microscopio —explicó ZZ Uno, sorprendido—. No me cuesta nada ajustarme yo mismo a visión microscópica.

Se dirigió al banco más cercano, mientras los estudiantes en la habitación se apiñaban en el rincón más alejado en un intento de evitar la contaminación. ZZ Uno apartó a un lado el microscopio e inspeccionó atentamente la muestra. Retrocedió, desconcertado, luego examinó otra..., y una tercera..., y una cuarta.

Regresó y se dirigió al joviano.

—Se supone que todas están vivas, ¿no? Quiero decir, esas pequeñas cositas parecidas a gusanos.

—Por supuesto —dijo el joviano.

—Es extraño..., ¡cuando las miro, mueren!

Tres lanzó una repentina exclamación y dijo a sus dos compañeros:

—Hemos olvidado nuestra radiación de rayos gamma. Salgamos de aquí, Uno, o mataremos a toda la vida microscópica de esta habitación.

Se volvió hacia el joviano.

—Me temo que nuestra presencia es fatal a las formas de vida más débiles. Será mejor que nos vayamos. Esperamos que los especímenes no sean difíciles de reemplazar. Y, ahora que pienso en ello, será mejor que no permanezcáis demasiado cerca de nosotros, o nuestras radiaciones pueden afectaros perjudicialmente. Supongo que seguís sintiéndoos bien, ¿verdad? —preguntó.

El joviano siguió su camino en un orgulloso silencio, pero fue fácil advertir que desde aquel momento dobló la distancia que los separaba de ellos.

No fue dicho nada más hasta que los robots se hallaron en una enorme estancia. En su centro había varios enormes lingotes metálicos suspendidos en medio del aire —es decir, para ser más precisos, flotando sin ningún soporte visible—, desafiando la enorme gravedad joviana.

El joviano cliqueteó:

—Este es nuestro campo de fuerza en su forma definitiva, tal como ha sido perfeccionado recientemente. Dentro de esa burbuja ha sido practicado el vacío, de tal modo que soporta todo el peso de nuestra atmósfera más una cantidad de metal equivalente a dos naves espaciales grandes. ¿Qué es lo que decís a eso?

—Que el viaje espacial es ahora una posibilidad para vosotros —dijo ZZ Tres.

—Exactamente. Ningún metal ni plástico tiene la fuerza suficiente como para contener nuestra atmósfera contra un vacío, pero un campo de fuerza sí puede... y la burbuja de un campo de fuerza será nuestra nave espacial. Dentro de este mismo año las estaremos fabricando por cientos de miles. Entonces caeremos en enjambre sobre Ganímedes para destruir a las sabandijas que se autotitulan inteligentes y que intentan disputarnos el dominio del universo.

—Los seres humanos de Ganímedes nunca han intentado... —empezó a decir ZZ Tres, ligeramente ultrajado.

—¡Silencio! —restalló el joviano—. Ahora regresad y decidles lo que habéis visto. Sus propios débiles campos de fuerza..., como el que equipa vuestra nave..., no resistirán contra los nuestros, porque nuestras naves más pequeñas poseerán cientos de veces el tamaño y la fuerza de las vuestras.

ZZ Tres dijo:

—Entonces no hay nada más que podamos hacer aquí, y regresaremos, como tú dices, con la información. Si puedes llevarnos de vuelta a nuestra nave, os diremos adiós. Pero incidentalmente, sólo a título de información, hay algo que parece que vosotros no habéis comprendido. Los humanos de Ganímedes tienen campos de fuerza, por supuesto, pero nuestra nave en particular no está equipada con uno de ellos. No lo necesitamos.

El robot se volvió e hizo un gesto a sus compañeros para que le siguieran. Por un momento ninguno habló, luego ZZ Uno murmuró afligidamente:

—¿No podemos intentar destruir este lugar?

—No servirá de nada —dijo ZZ Tres—. Nos superan en número. Es inútil. En una década terrestre los amos humanos habrán desaparecido. Es imposible resistirse a Júpiter. Son demasiado poderosos. Mientras los jovianos permanecieron atados a su superficie, los humanos estuvieron a salvo. Pero ahora que poseen campos de fuerza... Todo lo que podemos hacer es comunicar la noticia. Preparando algunos escondites, unos cuantos podrán sobrevivir, al menos durante un tiempo.

La ciudad estaba detrás de ellos. Habían salido a la gran llanura junto al lago, y su nave era un punto oscuro en el horizonte, cuando el joviano dijo de pronto:

—Criaturas, ¿decís que no lleváis con vosotros ningún campo de fuerza?

ZZ Tres respondió, sin el menor interés:

—No lo necesitamos.

—Entonces, ¿cómo resiste vuestra nave el vacío del espacio sin estallar a causa de la presión atmosférica interna? —Y agitó un tentáculo en un mudo gesto hacia la atmósfera joviana que gravitaba sobre ellos con una fuerza de un millón de kilogramos por centímetro cuadrado.

—Bueno —explicó ZZ Tres—, eso es simple. Nuestra nave no contiene atmósfera interna. La presión interior y exterior siempre están equilibradas.

—¿Incluso en el espacio? ¿El vacío en vuestra nave? ¡Estáis mintiendo!

—Puedes inspeccionar nuestra nave si lo deseas. No hay ningún campo de fuerza, y no es hermética. ¿Qué tiene eso de maravilloso? Nosotros no respiramos. Nuestra energía la obtenemos directamente de la fuerza atómica. La presencia o la ausencia de presión de aire constituye muy poca diferencia para nosotros, y nos sentimos completamente cómodos en el vacío más absoluto.

—¡Pero el cero absoluto!

—No nos afecta. Regulamos nuestro propio calor. No nos afectan las temperaturas externas. —Hizo una pausa—. Bien, podemos volver por nosotros mismos a la nave. Adiós. Transmitiremos a los humanos de Ganímedes vuestro mensaje... ¡Guerra a muerte!

Pero el joviano dijo:

—Esperad. Vuelvo dentro de un momento.

Se dio la vuelta, y se dirigió a la ciudad.

Los robots se lo quedaron mirando, y luego aguardaron en silencio.

Pasaron tres horas antes de que regresara, y cuando lo hizo, estaba prácticamente sin aliento. Se detuvo a los habituales tres metros de los robots, pero luego siguió acercándose a ellos de una forma curiosamente arrastrante. No habló hasta que su piel gris parecida al caucho estuvo casi tocándoles, y entonces sonó el código de radio, humilde y respetuoso.

—Honorables señores, me he puesto en contacto con el jefe de nuestro gobierno central, que conoce ahora todos los hechos, y puedo aseguraros que lo único que Júpiter desea es la paz.

—¿Perdón? —preguntó ZZ Tres, sin comprender.

El joviano se apresuró a explicar:

—Estamos dispuestos a reanudar nuestras comunicaciones con Ganímedes, y nos complace garantizar que no efectuaremos ningún intento de aventurarnos en el espacio. Nuestro campo de fuerza será usado únicamente en la superficie joviana.

—Pero... —empezó ZZ Tres.

—Nuestro gobierno se sentirá complacido de recibir a cualquier otro representante que los honorables hermanos humanos de Ganímedes deseen enviar. Si vuestras señorías condescienden ahora en aceptar la paz...

Un escamoso tentáculo se tendió hacia ellos, y ZZ Tres, completamente desconcertado, lo agarró. ZZ Dos y ZZ Uno hicieron lo mismo cuando otros dos tentáculos se tendieron hacia ellos.

El joviano dijo solemnemente:

—Esto sella una paz eterna entre Júpiter y Ganímedes.

La nave espacial con más agujeros que un colador estaba de nuevo en el espacio. La presión y la temperatura habían descendido de nuevo a cero, y los robots contemplaban el enorme globo de Júpiter que iba reduciendo lentamente su tamaño.

—Eran definitivamente sinceros —dijo ZZ Dos—, y eso es muy halagador, pero no acabo de comprender su cambio de actitud.

—Creo —observó ZZ Uno— que los jovianos recobraron el buen sentido justo a tiempo, y se dieron cuenta de la increíble maldad que sería causar daño a un amo humano. Es natural.

ZZ Tres suspiró y dijo:

—Mira, se trata simplemente de un asunto de psicología. Esos jovianos poseían un complejo de superioridad de un kilómetro de grueso y, cuando vieron que no podían destruirnos, lo único que podían hacer era guardar las apariencias. Todas sus exhibiciones, todas sus explicaciones, no eran más que una forma de bravata, destinada a impresionarnos y situarnos en el estado adecuado de humillación ante su

poder y superioridad.

—Entiendo todo eso —interrumpió ZZ Dos—, pero...

—Pero las cosas funcionaron por caminos insospechados —prosiguió Tres—. Todo lo que hicieron fue comprobar que nosotros éramos más fuertes que ellos, que no nos ahogábamos, que no necesitábamos comer ni dormir, que el metal fundido no nos afectaba. Incluso nuestra propia presencia era fatal para la vida joviana. Nuestro último gran golpe fue el campo de fuerza. Y cuando descubrieron que nosotros no lo necesitábamos en absoluto, y podíamos vivir en el espacio a una temperatura de cero absoluto, se desmoronaron. —Hizo una pausa, y añadió filosóficamente—: Cuando un complejo de superioridad como el suyo se desmorona, se desmorona de arriba a abajo.

Los otros dos pensaron en aquello, y luego ZZ Dos dijo:

—Pero sigue sin tener sentido. ¿Por qué debería preocuparles lo que nosotros podamos o no podamos hacer? Solamente somos robots. No somos aquellos con los que tienen que luchar.

—Ese es precisamente el punto crucial, Dos —dijo suavemente ZZ Tres—. No fue hasta que hubimos abandonado Júpiter que pensé en ello. ¿Te das cuenta? Por simple omisión, y de una forma completamente no intencionada, olvidamos decirles que nosotros éramos simplemente unos robots.

—Ellos nunca nos lo preguntaron —dijo ZZ Uno.

—Exactamente. ¡De modo que pensaron que éramos seres humanos, y que todos los demás seres humanos eran como nosotros! —Miró una vez más a Júpiter, pensativamente, y añadió—: ¡No es extraño que decidieran desistir!

## Cronogato (1942)

---

Time Pussy

Esto me lo contó hace mucho tiempo el viejo Mac, que vivía en una choza en lo alto de la ladera opuesta, en la montaña vecina a mi antigua casa. Había sido prospector minero en los Asteroides durante la fiebre (de prospecciones) del 1937, y ahora se pasaba la mayor parte del tiempo alimentando a sus siete gatos

—¿De dónde le viene su amor a los gatos, señor Mac? —le pregunté un día.

El viejo minero me miró y se rascó la barbilla.

—Mire usted —respondió—, me recuerdan a los animalitos que tenía en Palas. Eran muy parecidos a los gatos —el mismo tipo de cabeza, digamos— y no he visto en mi vida otros tan inteligentes. ¡Todos murieron!

Sentí pena, y así lo dije. Mac exhaló un profundo suspiro.

—No he visto otros tan inteligentes —repitió—. Eran mininos cuatridimensionales.

—¿Cuatridimensionales, señor Mac? Pero... la cuarta dimensión es el tiempo.

Esto lo había aprendido yo el año anterior, en tercer curso.

—De modo que tiene algunos estudios, ¿eh? —Sacó la pipa y la llenó pausadamente—. Claro, la cuarta dimensión es el tiempo. Aquellos mininos tenían unos treinta centímetros de largo, quince de alto y diez de ancho, y se extendían hasta la mitad, más o menos, de la semana próxima. Esto son cuatro dimensiones, ¿verdad? Si les acariciabas la cabeza, ellos quizá no moviesen la cola hasta el día siguiente. Algunos de los mayores no empezaban a moverla hasta dos días después. ¡De veras!

Yo tenía una expresión dubitativa, pero no dije nada. Mac continuó:

—Además, eran los mejores perros guardianes de toda la creación. Tenían que serlo. Si descubrían a un ladrón o a un tipo peligroso, aullaban como condenados. Y si uno veía a un ladrón hoy, empezaba a chillar ayer, de manera que siempre estábamos advertidos con veinticuatro horas de anticipación.

La boca se me abrió sola.

—¿De verdad?

—¡Se lo juro! ¿Sabe cómo solíamos alimentarlos? Esperábamos que se durmieran, y sabíamos que entonces estaban ocupados en digerir la comida. Aquellos gatitos transtemporales, digerían la comida tres horas, invariablemente, antes de haberla ingerido, dado que sus estómagos retrocedían este lapso en el tiempo. De modo que cuando se dormían, nosotros mirábamos la hora, les preparábamos el alimento y se lo dábamos tres horas después, exactamente.

Había encendido ya la pipa, y chupaba a placer. Movié la cabeza tristemente.

—Con todo, una vez me equivoqué. Pobre Cronogatito. Se llamaba «Joe» y era precisamente mi preferido. Una mañana se durmió a las nueve y, no sé por qué, yo

me hice la idea de que eran las ocho. Naturalmente, le llevé la comida a las once. Lo busqué por todas partes, pero no lo encontré.

—¿Qué había pasado, señor Mac?

—Pues que no se podía esperar que las entrañas de ningún Cronogatito resistieran el desayuno sólo dos horas después de haberlo digerido. Habría sido pedir demasiado. Por fin lo encontré bajo la caja de las herramientas, en el cobertizo exterior. Se había arrastrado allá y había perecido de indigestión una hora antes. ¡Pobrecito! En lo sucesivo, siempre me ponía el despertador; así no volví a cometer aquella equivocación.

Tras estas palabras hubo un silencio breve, triste. Luego dije, en un respetuoso susurro:

—Antes, usted ha dicho que murieron todos. ¿Pecieron todos de esta misma manera?

Mac movió la cabeza solemnemente.

—¡No! Solían contagiarse nuestros resfriados y morían algo así como entre una semana y diez días antes de haberse contagiado. Para empezar, ya no había muchos gatitos de aquéllos; un año después de haber llegado los mineros a Palas no quedaban sino unos diez, y todavía éstos bastante débiles y enfermizos. Lo malo era, compañero, que cuando morían se hacían cisco; se corrompían muy aprisa. Especialmente el transformador que tenían en el cerebro y que era lo que los hacía portarse de aquella manera. El caso nos costó millones de dólares.

—¿Cómo fue, señor Mac?

—Vea usted, unos científicos de la Tierra tuvieron noticia de nuestros gatitos y de que probablemente morirían todos antes de que ellos pudieran llegar allá, en el próximo empalme. De modo que nos ofrecieron un millón de dólares por cada gatito que les conserváramos.

—¿Y los conservaron?

—Pues, lo intentamos, pero los animalitos no aguantaron. Una vez muertos, ya no nos servían para nada y teníamos que enterrarlos. Intentamos conservarlos en hielo; pero así lo único que no se estropeaba era el exterior. Por dentro, se formaba una fea mezcla, y era el interior precisamente ¡o que querían los científicos.

»Como es lógico, si cada minino muerto representaba para nosotros un millón de dólares perdidos, no queríamos que pecieran. Uno de nosotros imaginó que si pusiéramos a un gatito de aquéllos dentro de agua caliente, cuando estuviera a punto de morir, el agua le penetraría dentro. Luego, después de fallecido, helaríamos el agua, de manera que todo formara un sólido pedazo de hielo, y de este modo el gatito se conservaría.

Pregunté automáticamente:

—¿Resultó?



—Lo intentamos varias veces, hijo, pero no lográbamos helar el agua bastante aprisa. Para cuando la teníamos helada, el transformador cuatridimensional del cerebro del minino se había corrompido ya. Helamos el agua más y más aprisa pero, nada. Al final no nos quedaba más que un solo minino, y también se disponía a perecer. Estábamos desesperados... cuando he ahí que a uno de los compañeros se le ocurrió una idea. Concibió un aparato complicado que helaría el agua así, ¡zas!, en una fracción de segundo.

»Cogimos al último animalito, lo pusimos en el agua caliente y conectamos la máquina. El minino nos dirigió una última mirada, soltó un gemidito curioso y murió. Apretamos el botón y convertimos gato y agua en un sólido bloque de hielo en un cuarto de segundo —Mac exhaló un suspiro que debía pesar una tonelada—. Pero fue inútil. El Cronogatito se estropeó antes de los quince minutos, y perdimos el último millón de dólares.

Yo contenía el aliento.

—Pero, señor Mac, acaba usted de decir que helaban al Cronogatito en un cuarto de segundo. ¡No tenía tiempo de estropearse!

—Ahí está la cosa, amiguito —dijo fatigadamente—. Lo helábamos demasiado aprisa, maldita sea. ¡El gatito no se conservaba porque helábamos aquel agua caliente tan endiabladamente aprisa que el hielo quedaba tibio todavía!

## El número imaginario (1942)

---

“The Imaginary”

El transmisor emitía su señal intermitente, mientras Tan Porus permanecía sentado junto a él con satisfacción. Sus penetrantes ojos verdes brillaban triunfales, y su diminuto cuerpo estaba vibrante de excitación. Nada hubiera evidenciado mejor la grandeza de la ocasión que su extraordinaria posición... ¡Tan Porus tenía los pies sobre el escritorio!

El transmisor cobró vida y un ancho semblante arturiano miró ceñudo y con impaciencia al psicólogo rigeliano.

—¿Tiene que sacarme de la cama, Porus? ¡Es la mitad de la noche!

—En esta parte del mundo es pleno día, Final. Pero tengo algo que decirle que le hará olvidar todo lo referente al sueño.

Gar Final, director de la *RPG —Revista de Psicología Galáctica—* permitió que una mirada de alerta cruzara su rostro. Sin importar las faltas de Tan Porus —y Arcturus sabía que eras varias—, nunca había lanzado una falsa alarma. Si él decía que algo grande estaba en el aire, no era simplemente grande... ¡era colosal!

Era bastante evidente que Porus lo estaba gozando.

—Final —dijo—, el próximo artículo que envíe a su periodicucho será lo más importante que jamás ha publicado.

Final estaba impresionado.

—¿Lo dice realmente en serio? —preguntó estúpidamente.

—¿Qué clase de pregunta idiota es ésta? Claro que lo digo en serio. Escuche... — siguió un silencio dramático, durante el cual la tensión del rostro de Final alcanzó proporciones dolorosas. Después, en un ronco susurro, Porus dijo—: ¡He resuelto el problema del calamar!

Por supuesto, la reacción fue exactamente la que Porus había esperado. Hubo una explosión en el otro extremo, y durante treinta interesantes segundos el rigeliano fue sorprendido al averiguar que el formal y respetable Final poseía un vocabulario mordaz.

El calamar de Porus era tema de habladurías por toda la galaxia. Desde hacía dos años había estado inquietándose por un oscuro animal draconiano que insistía en dormirse cuando se suponía que no debía hacerlo. Había establecido ecuaciones y las había destruido con una regularidad que se había convertido en una broma fija entre todos los psicólogos de la Federación... y ninguna de ellas había explicado la reacción desusada. Ahora Final había sido sacado de la cama para enterarse de que la solución había sido alcanzada... y eso era todo.

Final pronunció una frase para acabar con todo, excepto con el transmisor.

Porus aguardó a que la tormenta pasara y luego dijo calmadamente:

—Pero ¿sabe cómo lo resolví?

La respuesta del otro fue un gruñido poco claro.

El rigeliano empezó a hablar con rapidez. Todo rastro de diversión había abandonado su rostro y, tras unas cuantas frases, todo rastro de cólera abandonó el de Final.

La expresión del arturiano era de un atónito interés.

—¿No? —balbuceó.

—¡Sí!

Cuando Porus hubo terminado, Final corrió locamente a hacer urgentes llamadas a los impresores para demorar la publicación del siguiente número de la RPG por dos semanas.

Furo Santin, director del departamento de matemáticas de la Universidad de Arcturus, miró larga y sostenidamente a su colega de Sirio.

—¡No, no, usted está equivocado! Las ecuaciones de él eran válidas. Yo mismo las comprobé.

—Matemáticamente, sí —replicó el sirio de cara redonda—. Pero psicológicamente no tienen sentido.

Santin se palmeó su alta frente.

—¡Sentido! ¡Escuchen lo que dice el matemático! Gran espacio, hombre, ¿qué tienen que ver las matemáticas con el sentido? Las matemáticas son una herramienta, y mientras puedan manipularse para dar respuestas apropiadas y para hacer predicciones correctas, el sentido real no tiene significación. Diré esto por Porus... la mayoría de los psicólogos no saben bastantes matemáticas como para manejar eficientemente una regla de cálculo, pero él conoce su parte.

El otro asintió dubitativamente.

—Supongo que sí. Supongo que sí. Pero usar cantidades imaginarias en ecuaciones psicológicas amplía mi fe en la ciencia sólo un poco más. ¡Raíz cuadrada de menos uno!

Se estremeció...

El salón de los graduados superiores del edificio de psicología estaba abarrotado y zumbaba de actividad. El rumor de la solución de Porus al ahora clásico problema del calamar se había extendido con rapidez, y las conversaciones no trataban de otra cosa.

En el centro del grupo más numeroso se encontraba Lor Haridin. Era joven y acababa de adquirir el rango superior. Pero como ayudante de Porus era, bajo las presentes condiciones, el amo de la situación.

—Mirad, muchachos, de qué se trata exactamente, no lo sé. Éste es el secreto del viejo. Todo lo que puedo deciros es que tengo una idea general de cómo lo ha resuelto.

Los otros se apretujaron aún más.

—Escuché que tuvo que hacer una nueva notación matemática para el calamar —dijo uno—, como aquella vez en que tuvimos problemas con los humanoides de Sol.

Lor Haridin sacudió la cabeza.

—¡Peor! No imagino qué le hizo pensar en eso. Fue una idea genial o una pesadilla, pero en cualquier caso introdujo cantidades imaginarias... la raíz cuadrada de menos uno.

Hubo un espantoso silencio y después alguien dijo:

—¡No me lo creo!

—¡Es un hecho! —fue la complaciente respuesta.

—Pero no tiene sentido. ¿Qué puede representar la raíz cuadrada de menos uno, psicológicamente hablando? Vaya, significaría... —estaba haciendo rápidos cálculos mentales, como la mayoría de los otros— ¡que las sinapsis nerviosas estaban unidas en nada menos que cuatro dimensiones!

—Claro —intervino otro—. Supongo que si hoy estimulas al calamar, reaccionará ayer. Esto es lo que significaría un número imaginario. ¡Gas de cometas! Esto es lo que creo.

—Por eso no eres un hombre como Porus —dijo Haridin—. ¿Supones que le importa cuántos números imaginarios hay en los pasos intermedios si todos resultan menos uno en la solución final? Lo único que le interesa es que le dan el signo apropiado en la respuesta, una respuesta que explicará este asunto del sueño. En cuanto a su significado físico, ¿qué importa? Al fin y al cabo, las matemáticas son sólo una herramienta.

Los otros lo consideraron silenciosamente y se maravillaron.

Tan Porus se hallaba en su camarote a bordo de la nave interestelar más nueva y lujosa, y contemplaba con felicidad al joven que tenía delante. Estaba de un sorprendente buen humor y, quizá por primera vez en su vida, no le importaba ser entrevistado por los sagaces y eficaces empleados de la Éter Press.

El periodista de la Éter a su lado se preguntaba en silencio por la afabilidad del científico. Por amarga experiencia, había averiguado que los científicos, en general, detestaban a los periodistas... y que los psicólogos, en particular, pensaban que era divertido practicar un poco psicología aplicada con ellos e inducir reacciones mortalmente divertidas... para otros.

Recordaba esa vez cuando aquel anciano de Canopus le había convencido de que la vida arbórea era el bien más grandioso. Habían sido necesarios veinte hombres

para hacerle bajar de las copas de los árboles y un experto psicólogo para devolverlo a la normalidad.

Pero aquí estaba el mayor de todos ellos, Tan Porus, contestando realmente preguntas como un ser humano normal.

—Lo que ahora me gustaría saber, profesor —dijo el periodista— es de qué se trata todo eso de esta cantidad imaginaria. Es decir —añadió apresuradamente—, no las matemáticas de la cuestión —confiaremos en su palabra—, sino sólo una idea general que los humanoides normales puedan razonar. Por ejemplo, he oído decir que el calamar tiene una mente de cuatro dimensiones.

Porus gruñó:

—¡Oh, Rigel! ¡Disparates de cuatro dimensiones! Para decir la pura verdad, ese número imaginario que usé —que parece haber atrapado la fantasía popular— probablemente no indica nada más que una anormalidad en el sistema nervioso del calamar; pero cuál, no lo sé. Es verdad que los métodos generales de ecología y microfisiología no han encontrado nada anormal. Sin duda, la respuesta descansa en la física atómica del cerebro de la criatura, pero aquí no tengo esperanzas. —Hubo una sombra de desdén en su voz—. Los físicos atómicos están mucho más atrasados que los psicólogos para esperar que se pongan al día a estas alturas.

El periodista usaba furiosamente su bolígrafo. El titular del día siguiente estaba claro en su mente: *¡Notable psicólogo Ataca a los Físicos Atómicos!*

Y también el titular del segundo día: *¡Indignados Físicos Denuncian a Notable Psicólogo!*

Las contiendas científicas eran buen material para la Eter Press, especialmente las que había entre psicólogos y físicos, quienes, como era bien sabido, se odiaban mutuamente.

El periodista levantó la vista con vivacidad.

—Dígame, profesor, ya sabe que los humanoides de la galaxia están muy interesados en las vidas privadas de ustedes, los científicos. Espero que no le importe si le hago unas cuantas preguntas sobre su viaje de regreso a Rigel IV.

—Adelante —dijo Porus con cordialidad—. Dígales que es la primera vez que voy a casa en dos años. Ya tengo ganas de llegar. Arcturus es un poco demasiado amarillo para mis ojos y los muebles que ustedes tienen aquí son excesivamente grandes.

—¿No es verdad que tiene una esposa en casa?

Porus tosió.

—Humm, sí. La mujercita más dulce de toda la galaxia. Tengo ganas de verla. Escríbalo.

El periodista lo apuntó.

—¿Cómo es que no la trajo con usted a Arcturus?

Algo de la cordialidad abandonó el rostro del rigeliano.

—Me gusta estar solo cuando trabajo. Las mujeres están muy bien... en su lugar. Además, mi idea de unas vacaciones es estar completamente solo. No lo escriba.

El periodista no lo apuntó. Contempló el pequeño cuerpo del otro con abierta admiración.

—Dígame, profesor, ¿cómo se las arregló para que se quedara en casa? Me gustaría que me confiara el secreto. —Luego, con notable emoción agregó—: ¡Podría emplearlo!

Porus se echó a reír.

—Se lo diré, hijo. ¡Cuando eres un buen psicólogo, eres el amo en tu propio hogar!

Con un gesto, dio la entrevista por terminada y entonces asíó repentinamente al otro por el brazo. Sus ojos verdes le penetraron con agudeza.

—Y escuche, hijo, esta última observación no es para que se publique, ya lo sabe.

El periodista palideció y retrocedió unos pasos.

—¡No, señor; no, señor! En nuestra profesión tenemos un pequeño proverbio que dice: «Nunca te hagas el tonto con un psicólogo, o él hará un tonto de ti.»

—¡Muy bien! Ya sabe que puedo cumplirlo al pie de la letra, en caso necesario.

El joven empleado del periódico se alejó rápidamente después de eso, se secó el frío sudor de la frente y se fue con la historia. Por un momento, hacia el final, se había sentido colgando de un borde. Tomó nota mental de rechazar todas las futuras entrevistas con psicólogos... a menos que le aumentaran la paga.

A diez mil billones de millas de distancia, el globo blanco puro globo Rigel llegaba a los ojos de Porus, y algo se contrajo en su corazón.

Reacción de tipo B... nostalgia; reflejo condicionado por la asociación de Rigel con escenas felices de juventud... Palabras, frases, ecuaciones giraron a través de su inteligente cerebro, pero se sintió feliz a pesar de ellas. Por un momento, el hombre triunfó sobre el psicólogo y Porus abandonó el análisis por la superior alegría de la felicidad indiscriminada.

Se levantó en pleno período de sueño, dos noches antes de aterrizar, para echar un primer vistazo a Hanlon, cuarto planeta de Rigel, su mundo de origen. En algún lugar de aquel mundo, en las costas de un mar tranquilo, había una pequeña casa de dos pisos. Una pequeña casa, no aquellas estructuras gigantescas que sólo convenían a los arturianos y otros grandes humanoides.

Era la estación del verano y las casas estarían bañada por la nacarada luz de Rigel, y tras el chillón resplandor amarillo-rojizo de Arturo, eso sería un gran descanso.

Y —casi gritó de alegría— la primera noche insistiría en atiborrarse de *tryptex* asado. Hacía dos años que no lo saboreaba, y su esposa era la mejor cocinera de

*tryptex* de todo el sistema.

Se sobresaltó un poco al pensar en su esposa. Había sido un truco sucio obligarla a permanecer en casa durante los últimos dos años, pero había sido necesario. Miró los papeles delante de él, una vez más. Sentía un ligero nerviosismo en los dedos mientras los ordenaba. Había pasado todo un día calculando las reacciones de ella cuando le viera tras dos años de ausencia, y no eran nada agradables.

Nina Porus era una mujer de emociones indómitas, y él tendría que actuar con rapidez y eficiencia.

La localizó rápidamente entre la multitud. Sonrió. Era agradable verla, incluso si sus ecuaciones predijeron tormentas largas y graves. Volvió a repasar su discurso inicial y realizó un cambio en el último minuto.

Y entonces ella le vio. Le hizo frenéticas señas con la mano y se separó del gentío. Llegó hasta Porus antes de que éste se diera cuenta y, mientras se abrazaban cariñosamente, quedó helado por la sorpresa.

¡Aquella no era la reacción prevista! ¡Algo andaba mal!

Ella le conducía con destreza a través de la nube de periodistas hacia el stratocoche que esperaba, hablando rápidamente durante el camino.

—Tan Porus, creía que no viviría lo bastante para volver a verte. Es tan bueno a tenerte conmigo otra vez; no tienes ni idea. Aquí en casa, todo sigue igual, por supuesto, pero no es lo mismo sin ti.

Los ojos verdes de Porus se nublaron. Este discurso no era nada característico de Nina. Para los sensibles oídos de un psicólogo, sonaba como el desvarío de un maníaco. Ni siquiera tuvo la suficiente presencia de espíritu como para gruñir en los intervalos adecuados. Congelado y mudo en su asiento, observó el suelo desaparecer abajo y escuchó el aullido del aire por detrás mientras enfilaban hacia su pequeña casa junto al mar.

Nina Porus charlaba alegremente —el único aspecto normal de su conversación era su facultad de mantener los dos extremos de un diálogo con suave eficiencia.

—Y, naturalmente, querido, he preparado un *tryptex* entero, bien asado y acompañado de *sarnees*. Y, ah, sí, respecto a aquel asunto del año pasado con el nuevo planeta... ¿se llama Tierra? Me sentí tan orgullosa de ti cuando me enteré. Dije...

Y prosiguió, hasta que su voz degeneró en una insensata aglomeración de sonidos.

¿Dónde estaban sus lágrimas? ¿Dónde estaban los reproches, las amenazas, la apasionada autocompasión?

Tan Porus se animó con un gran esfuerzo a la hora de cenar. Contempló fijamente la fuente humeante de *tryptex* que tenía delante con una extraña falta de apetito y

dijo:

—Esto me recuerda una ocasión en que cené con el presidente delegado en Arcturus...

Entró en detalles, extendiéndose sobre la alegría y el desenfreno del acontecimiento; se puso lírico sobre su propia diversión, acentuando, casi sin sutilezas, el hecho de que no había extrañado a su esposa; y, finalmente, en un último estallido de desesperación, mencionó casualmente la presencia de un sorprendente número de mujeres rigelianas en el sistema arturiano.

Y mientras tanto, su mujer siguió sonriendo.

—Maravilloso, querido —había dicho—. Me alegro tanto de que te hayas divertido. Cómete el *tryptex*.

Pero Porus no se comió su *tryptex*. Tan simple pensamiento de comida le daba náuseas. Con una prolongada mirada de consternación a su esposa, se levantó con toda la dignidad que pudo y se encaminó hacia la intimidad de su habitación.

Rompió las ecuaciones con furia y se desplomó en una silla. Ardía de ira, pues evidentemente algo le había salido mal con Nina. ¡Terriblemente mal! Ni siquiera el interés por otro hombre —y por un momento se le ocurrió esta idea como una posible explicación— hubiera causado tal revolución en su carácter.

Se mesó el cabello. Existía otro factor oculto más sorprendente que aquél, pero no tenía ni idea de cuál podía ser. En aquel momento Tan Porus hubiera dado la suma total de sus posesiones terrenales por que su mujer entrara e intentara —aunque sólo fuera una vez— arrancarle el cuero cabelludo, como antes.

Y abajo, en el comedor, Nina Porus no pudo evitar que un destello de astucia brillara en sus ojos.

Lor Haridin dejó la pluma y dijo:

—¡Adelante!

La puerta se abrió, y su amigo, Eblo Ranin, entró, limpió una esquina de la mesa y se sentó.

—Haridin, tengo una idea. —Su voz era un insólito susurro de culpabilidad.

Haridin le contempló sospechosamente.

—¿Como aquella vez —dijo— que preparaste una estúpida trampa para el viejo Obel?

Ranin se estremeció. Había pasado dos días escondido en el pozo de ventilación tras aquel brillante trabajo.

—No, ésta es legal. Escucha. Porus te dejó a cargo del calamar, ¿verdad?

—Oh, ya veo adonde quieres ir a parar. Pero no te servirá de nada. Yo puedo alimentar al calamar, pero eso es todo. Si tan sólo golpeara mis manos para inducir un tropismo de cambio de color, al jefe le daría un ataque.



—¡Al espacio con él! De cualquier forma, está a muchos parsecs de aquí. — Ranin extrajo un viejo ejemplar de la *RPG* de dos meses atrás y dobló la hoja de la portada—. ¿Has estado siguiendo los experimentos de Livell en Procyon U? Ya sabes... campos magnéticos aplicados, con y sin radiación ultravioleta.

—Fuera de mi especialidad —gruñó Haridin—. He oído hablar de ello, pero nada más. ¿Qué pasa con eso?

—Bueno, lo que produce es una reacción de tipo E, lo creas o no, un fuerte Efecto Fimbal en prácticamente todos los casos, especialmente en los invertebrados superiores.

—¡Humm!

—Si pudiéramos experimentarlo en ese calamar, podríamos...

—¡No, no, no, no! —Haridin sacudió la cabeza con violencia—. Porus me mataría. ¡Grandes estrellas y pequeños meteoros, cómo me mataría!

—Escucha, tú tonto... Porus no puede decirte qué hacer con el calamar. Es Frian Obel quien tiene la última palabra. Él es el director del Consejo de Psicología, no Porus. Todo lo que has de hacer es solicitar su permiso, y lo tendrás. Sólo entre nos, desde aquel asunto del Homo Sol del año pasado, no puede siquiera ver a Porus.

Haridin cedió.

—Solicítala tú.

Ranin tosió.

—No. En realidad, creo preferible no hacerlo. Tiene la sospecha de que fui yo quien preparó esa trampa tonta, y prefiero no cruzarme en su camino.

—Humm. Bueno..., ¡de acuerdo!

Lor Haridin tenía el aspecto de no haber dormido bien durante una semana, lo que demuestra que a veces las apariencias no engañan. Eblo Ranin le contempló con paciente amabilidad y suspiró.

—¡Escucha! ¿Quieres hacer el favor de sentarte? Santin dijo que hoy tendría los resultados finales, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé, pero es humillante. He pasado siete años estudiando matemáticas superiores. ¡Y ahora cometo una estúpida equivocación y ni siquiera puedo encontrarla!

—Quizá no está para que la encuentres.

—No seas tonto. La respuesta es imposible. Debe ser imposible. Tiene que serlo. —Arrugó la amplia frente—. Oh, ya no sé qué pensar.

Siguió en su concentrado intento de gastar el pelillo de la alfombra y meditó amargamente. De pronto se enderezó.

—Son esas integrales de tiempo. No se puede trabajar con ellas, te lo digo. Las buscas en una tabla, te pasas media hora para encontrar la entrada apropiada, y te dan

diecisiete resultados posibles. Tienes que escoger el que tiene sentido, y, ¡Arcturus me ayude!, ¡o lo tienen todos, o ninguno! Tropiezas con ocho de ellos, tal como nos ha ocurrido en este problema, y tenemos bastantes permutaciones para que nos duren el resto de nuestra vida. ¡Respuesta equivocada! Es una maravilla que lo sobreviva.

La mirada que echó sobre el grueso volumen de las Tablas de Integrales de Tiempo, de Helo, no chamuscaron la encuadernación, para gran sorpresa de Ranin.

La señal luminosa parpadeó, y Haridin saltó hacia la puerta.

Arrancó el paquete de manos del mensajero y rompió la envoltura con frenesí.

Buscó la última página y leyó la nota final de Santin:

«Sus cálculos son correctos. Felicidades... ¡y que esto no haga perder la cabeza a Porus! Es mejor que se ponga en contacto con él inmediatamente.»

Ranin lo leyó por encima del hombro de su amigo y durante un largo minuto los dos se miraron fijamente.

—Yo tenía razón —murmuró Haridin, con los ojos hinchados—. Hemos encontrado algo en lo que el número imaginario no cuadra. ¡Hemos conseguido una reacción predicha que incluye una cantidad imaginaria!

El otro tragó saliva y se repuso de su asombro con un gran esfuerzo.

—¿Cómo lo interpretas?

—¡Gran espacio! ¿Cómo puedo saberlo? Tenemos que avisar a Porus, eso es todo.

Ranin chasqueó los dedos y agarró al otro por los hombros.

—Oh, no, no lo haremos. Ésta es nuestra gran oportunidad. Si llegamos a resolverlo, conseguiremos el éxito de nuestra vida. —La excitación le hizo tartamudear—. ¡Arcturus! Cualquier psicólogo vendería dos veces su vida por tener la oportunidad que se nos ha presentado.

El calamar draconiano nadaba plácidamente, sin asustarse por los enormes solenoides que rodeaban su tanque. La masa de cables enredados, los conductores de corriente, las lámparas de vapor de mercurio que había encima no significaban nada para él. Mordisqueaba tranquilamente las hojas del helecho marino que le rodeaban y estaba en paz con el mundo.

No así los dos jóvenes psicólogos. Eblo Ranin revisaba la complicada instalación en un esfuerzo de último minuto por comprobarlo todo. Lor Haridin le ayudaba a intervalos mientras se mordía las uñas.

—Todo dispuesto —dijo Ranin, y se enjugó la húmeda frente con cansancio—. ¡Conectémosla!

La lámpara de vapor de mercurio se puso en marcha y Haridin cerró las cortinas de la ventana. En la fría luz infrarroja, dos rostros de tinte verduzco contemplaban minuciosamente al calamar. Este se movía incansable, mientras su cálido rosa se

transformaba en un negro opaco bajo la luz de mercurio.

—Conecta la electricidad —dijo Haridin con voz ronca.

Se oyó un clic suave, y eso fue todo.

—¿No hay reacción? —inquirió Ranin, medio para sí. Y después sostuvo el aliento mientras el otro se acercaba más.

—Algo le ocurre al calamar. Da la impresión de que brilla un poco..., ¿o son mis ojos?

El brillo se hizo perceptible y después pareció desprenderse del cuerpo del animal y adoptar una forma esférica. Transcurrieron largos minutos.

—Está emitiendo una especie de radiación, campo, fuerza, como quieras llamarlo, y parece existir una expansión con tiempo.

No hubo respuesta, y tampoco la esperaba. Volvieron a aguardar y observar.

Y entonces Ranin emitió un sonido ahogado y agarró fuertemente a Haridin por el codo.

—¡Cometas crujientes! ¿Qué hace?

La brillante esfera globular, o lo que fuera, había producido unseudópodo. Una pequeña proyección brillante tocó la oscilante rama del helecho marino, ¡y en aquel lugar las hojas se volvieron marrones y se marchitaron!

—¡Corta la corriente!

La corriente fue desconectada; la lámpara de vapor de mercurio fue apagada; las sombras se desvanecieron y los dos se miraron con nerviosismo.

—¿Qué fue eso?

Haridin movió la cabeza.

—No lo sé. Era algo definitivamente de locos. Nunca vi nada como esto.

—Tampoco viste antes a un número imaginario en una ecuación reactiva, ¿verdad? En realidad, no creo que ese campo expansivo fuera alguna forma de energía conocida...

Se quedó sin respiración tras exhalar un largo silbido y se apartó lentamente del tanque que contenía el calamar. El molusco estaba inmóvil, pero a su alrededor la mitad del helecho colgaba seco y marchito.

Haridin se sobresaltó. Corrió las cortinas y, en las tinieblas, el globo de brillante neblina aumentó de tamaño hasta ocupar medio tanque. Pequeños tentáculos curvados de luz se deslizaron hasta el helecho restante y un pulsante filamento se extendió a través del cristal y estaba avanzando por la mesa.

El miedo que había en la voz de Ranin produjo un sonido quebrado, apenas inteligible.

—Es una reacción retardada. ¿No lo analizaste por el teorema de Wilbon?

—¿Cómo podía hacerlo? —El corazón del otro latía locamente y sus labios reseco luchaban por formar las palabras—. El teorema de Wilbon no tenía sentido

con un número imaginario en la ecuación. Lo dejé.

Ranin se puso en acción con febril energía. Salió de la habitación y volvió al cabo de un momento con un diminuto animal parecido a una ardilla que no dejaba de chillar, procedente de su propio laboratorio. Lo dejó caer en el camino del filamento luminoso que avanzaba por la mesa, y lo aguantó allí con una regla métrica.

El brillante filamento vaciló, pareció sentir la presencia de vida de alguna ciega y horrible manera, y arremetió contra él. El pequeño roedor dio un solo chillido, un penetrante alarido de infinita tortura, y se relajó. Al cabo de dos segundos era una parodia arrugada y encogida de su anterior individualidad.

Ranin blasfemó y soltó la regla con un repentino grito, pues el filamento luminoso —algo más brillante y algo más grueso— había empezado a trepar por la madera en dirección a él.

—Vamos —dijo Haridin—, ¡acabemos con esto! —Jaló con fuerza de un cajón y extrajo de su interior la pistola cromada de Tonita. Su delgado y agudo rayo de luz púrpura se dirigió hacia el calamar y explotó con brillante y silenciosa furia contra el borde de la esfera de fuerza. El psicólogo disparó una y otra vez, y después comprimió el gatillo para formar un chorro púrpura continuo que sólo cesó cuando la energía faltó.

Y la brillante esfera permanecía intacta. Abarcaba todo el tanque. Los helechos eran pardas masas de muerte.

—Recurramos al consejo —gritó Ranin—. ¡Escapa completamente a nuestro control!

No hubo ninguna confusión —los humanoides en general no están sujetos al pánico, aparte de los medio genios y medio humanoides habitantes de los planetas de Sol—, y la evacuación de los terrenos de la Universidad se llevó a cabo con serenidad.

—Un loco —dijo el anciano Mir Deana, el mejor físico de Arcturus U— puede formular más preguntas de las que mil sabios son capaces de contestar.

Se rascó la barba desordenada y su nariz de botón resopló con sonoro desdén.

—¿Qué quiere decir con eso? —interrogó vivamente Friar Obel. Su verde piel vegana se oscureció de cólera.

—Sólo esto. Análogamente, un psicólogo cósmicamente botarate puede provocar un desastre más grande que el que pueden desenredar un millar de físicos.

Obel contuvo peligrosamente el aliento. Tenía su propia opinión sobre Haridin y Ranin, pero ningún físico estúpido podría...

La rolliza figura de Qual Wynn, el presidente de la Universidad, se les reunió corriendo. Estaba sin aliento y habló entre resoplidos.

—Me he puesto en comunicación con el Congreso Galáctico y se están disponiendo para evacuar todo Eron, en caso necesario —su voz adquirió una nota

suplicante—. ¿Se puede hacer alguna cosa?

Mir Deana suspiró.

—¡Nada... todavía! Todo lo que sabemos es esto: el calamar está emitiendo una especie de campo radiactivo pseudoviviente que no es de carácter electromagnético. Su avance no puede ser detenido por nada de lo que ya hemos intentado, material o vacío. Ninguna de nuestras armas lo afecta, porque dentro del campo, los atributos comunes de espacio-tiempo aparentemente no son válidos.

El presidente sacudió una cabeza preocupada.

—¡Malo, malo! Sin embargo, ¿habéis enviado por Porus? —Se escuchó como si se aferrara a una vana esperanza.

—Sí —gruñó Friar Obel—. Él es el único que realmente conoce a ese calamar. Si él no puede ayudarnos, nadie puede. —Desvió la mirada hacia el brillante blanco de los edificios universitarios, donde la hierba de medio campus no era más que rastrojo de color pardo, y los árboles, ruinas marchitas.

—¿Piensa usted —preguntó el presidente, volviéndose de nuevo a Deana— que el campo puede extenderse hasta el espacio interplanetario?

—¡Nova crepitante, no sé qué pensar! —explotó Deana, y se alejó furioso.

Tan Porus estaba sumergido en una profunda apatía. No se percataba de los brillantes destellos de color por encima de su cabeza. No escuchaba ni un sonido de las melodiosas notas que llenaban el auditorio.

Sólo sabía una cosa: había sido persuadido a asistir al concierto. Aborrecía los conciertos por encima de todo, y a lo largo de veinte años de vida matrimonial se había mantenido libre de ellos con una habilidad y desenvoltura que sólo el mejor de todos los psicólogos podía haber demostrado. Y ahora...

Fue arrancado de su estupor por unos repentinos sonidos discordantes que provenían de la parte posterior.

Hubo una corrida de acomodadores hacia la salida donde el desorden se había originado, una oleada de brazos uniformados protestado, y después una voz estridente gritó:

—Vengo directamente del Congreso Galáctico de Eron, Arcturus, para un asunto urgente. ¿Está Tan Porus entre los espectadores?

Tan Porus estaba fuera de su lugar de un salto. Cualquier excusa para dejar el auditorio era algo enviado por el cielo.

Abrió la comunicación que le extendía el mensajero y devoró su contenido. A la segunda frase, su alegría le abandonó. Cuando hubo terminado, alzó una cara en la que sólo sus penetrantes ojos parecían tener vida.

—¿Qué tan pronto podemos salir?

—La nave ya nos está esperando.

—Vamos, pues.

Dio un paso hacia adelante y se detuvo. Había una mano en su codo.

—¿A dónde vas? —preguntó Nina Porus. Su voz escondía una gran resolución.

Tan Porus se sofocó. Preveía lo que iba a ocurrir.

—Cariño, debo ir inmediatamente a Erón. El destino de un mundo, quizá de toda la galaxia, está en juego. No sabes lo importante que es. Te diré...

—¡Muy bien, ve! Y yo iré contigo.

El psicólogo inclinó la cabeza.

—¡Sí, querida! —dijo. Suspiró.

El consejo de psicología carraspeó y tartamudeó como un solo hombre y después contempló dubitativamente el gráfico a gran escala que tenían delante.

—Con franqueza, caballeros —dijo Tan Porus—. Yo mismo no estoy muy seguro de ello, pero... bueno, todos han visto mis resultados y también los han comprobado. Y es el único estímulo que producirá una reacción anulatoria.

Frian Obel tocó su barbilla con nerviosismo.

—Sí, las matemáticas son claras. Incrementar la actividad del ión hidrógeno más allá del  $\text{pH}_3$  establecería una Integral de Demane y eso... Pero escuche, Porus, no estamos tratando con espacio-tiempo. Es posible que esas matemáticas no den resultado..., quizá nada dé resultado.

—Es nuestra única oportunidad. Si estuviéramos tratando con espacio-tiempo normal, podríamos echar dentro suficiente ácido para matar al maldito calamar o freírlo con una Tonita. En este caso, no tenemos otra elección que arriesgarnos con...

Airadas voces le interrumpieron:

—¡Déjeme entrar, le digo! ¡No me importa que se estén celebrando diez conferencias a la vez!

La puerta se abrió de par en par y la corpulenta figura de Qual Wynn hizo su entrada. Avistó a Porus y se dirigió hacia él.

—Porus, le aseguro que me estoy volviendo loco. El Parlamento sostiene que yo, como presidente de la Universidad, soy responsable de todo esto, y ahora Deana dice que... —tartamudeó hasta callarse y Mir Deana, que se encontraba, muy sereno, detrás de él, prosiguió la explicación.

—Ahora el campo cubre más de mil millas cuadradas y su velocidad de crecimiento aumenta continuamente. Parece que ya no existe ninguna duda de que puede extenderse al espacio interplanetario si lo desea, y también al interestelar, dado cierto tiempo.

—¿Lo oyen? ¿Lo oyen? —Wynn casi bailaba de ansiedad—. ¿Pueden hacer algo? ¡La galaxia está condenada, se los digo, condenada!

—Oh, no se quite la túnica —gruñó Porus— y deje que *nosotros* nos ocupemos

de esto —se volvió a Deana—. ¿Realizó su comparsa de físicos alguna desmañada investigación, como la velocidad de penetración del campo a través de diversas sustancias?

Deana asintió rígidamente.

—En general, la penetración varía en sentido inverso a la densidad. El osmio, el iridio y el platino son los que mejor lo detienen. El plomo y el oro son bastante buenos.

—¡Perfecto! ¡Eso concuerda! Lo que necesitareé es un traje chapado de osmio con un casco de vidrio al plomo. Y que tanto el traje como el casco sean buenos y gruesos.

Qual Wynn parecía horrorizado.

—¡Un chapado de osmio! ¡Osmio! Por la gran nebulosa, piense en el gasto.

—Estoy pensando —dijo Porus con frialdad.

—Pero lo cargarán a la Universidad; lo... —se recobró con dificultad cuando las sombrías miradas de los psicólogos reunidos se posaron sobre él—. ¿Cuándo lo necesita? —murmuró débilmente.

—¿Piensa ir usted mismo? ¿Realmente?

—¿Por qué no? —preguntó Porus, desembarazándose del traje.

Mir Deana dijo:

—El casco vidrio de plomo no resistirá el campo más de una hora, y probablemente tendrá penetraciones parciales en mucho menos tiempo. No sé si podrá usted hacerlo.

—Yo me preocuparé de eso. —Hizo una pausa y después prosiguió vacilante—: Estaré listo en pocos minutos. Primero me gustaría hablar con mi esposa... a solas.

La entrevista fue muy corta. Fue una de las pocas ocasiones en que Tan Porus olvidó que era psicólogo, y habló como si lo moviera su corazón, sin detenerse a considerar la natural reacción de su interlocutora.

Sólo sabía una cosa —por instinto más que por razón— y era que su mujer no se desesperaría ni se pondría sentimental delante de él; y en eso tuvo razón. Sólo en los pocos segundos finales bajó los ojos y le tembló la voz. Sacó un pañuelo de su ancha manga y salió de la habitación corriendo.

El psicólogo contempló su marcha y después se detuvo a recoger el librito que se había caído cuando ella sacó el pañuelo. Sin mirarlo, lo metió en el bolsillo interior de su túnica.

Sonrió torcidamente.

—¡Un talismán! —dijo.

La reluciente nave individual de Tan Porus penetraba en el «campo mortífero». La pegajosa sensación de desolación le impresionó en seguida.

Se encogió de hombros. «¡Imaginaciones! Ahora no debo ponerme nervioso.»

Había un resplandor de lo más vago —un destello más sentido que visto— en el aire de su alrededor. Después, invadió la misma nave, y el rigeliano, al levantar los ojos, vio que los cinco pájaros de Eron que había llevado consigo yacían muertos en el suelo de su jaula, convertidos en una confusa masa de plumas sucias.

«El "campo mortífero" está adentro», murmuró. Había pasado a través del casco de acero de la nave.

El crucero aterrizó con torpeza sobre el amplio campo de atletismo de la Universidad, y Tan Porus, una figura incongruente en el voluminoso traje de osmio, descendió de él. Examinó los deprimentes alrededores. Desde los pardos rastros debajo de sus pies hasta la vacilante neblina que ocultaba el azul normal del cielo, todo parecía... muerto.

Entró en el Pabellón de Psicología.

Su laboratorio estaba a oscuras; las cortinas seguían cerradas. Las separó y estudió el tanque del calamar. La bomba del agua seguía funcionando, pues el tanque estaba lleno. Sin embargo, esto era lo único normal. De lo que una vez había sido un helecho marino, sólo quedaban unas hebras marrones, deshechas y putrefactas. El mismo calamar yacía inerte sobre el suelo del tanque.

Tan Porus suspiró. Se sentía cansado y aturdido. Tenía la mente nublada e imprecisa. Durante largos minutos contempló lo que le rodeaba sin verlo.

Después, con un esfuerzo, alzó la botella que llevaba y miró la etiqueta: «Ácido clorhídrico. 12 molar.»

Gruñó vagamente para sí: «Doscientos cc. Sólo échalo todo dentro. Eso obligará a bajar el pH..., si la actividad del ión-hidrógeno significa algo aquí.»

Estaba manipulando el tapón de la botella, y —súbitamente— empezó a reír. Se sintió exactamente igual que la única vez que había estado borracho en su vida.

Sacudió las telarañas que se juntaban en el cerebro. «Sólo dispongo de pocos minutos para hacer..., ¿para hacer qué? No lo sé... algo, de todos modos. Echa esta cosa adentro. Échalo dentro. ¡Échalo! ¡Échalo! ¡Échalo de golpe!» Estaba murmurando para sí mismo una tonta canción popular mientras el ácido caía a borbotones dentro del tanque abierto.

Tan Porus se sintió satisfecho de sí mismo y se echó a reír. Removió el agua con el puño enguantado y volvió a reírse. Seguía cantando aquella canción.

Y entonces se percató de un sutil cambio en el ambiente. Lo buscó a tientas y cesó de cantar. Y luego se dio cuenta con la sensación repentina de una ducha de agua fría. *¡El resplandor de la atmósfera había desaparecido!*



Con un rápido movimiento, destrabó el casco y lo lanzó lejos. Aspiró profundas bocanadas de aire, un poco mohoso, pero inofensivo.

Había acidificado el agua del tanque, y destruido el campo en su punto de origen. ¡Las matemáticas puras de la psicología se apuntaban otra victoria!

Se desembarazó de su traje de osmio y se despezó. La presión que tenía sobre el pecho le recordó algo. Extrayendo el librito que se le había caído a su esposa, dijo: «¡El talismán ha tenido éxito!», y sonrió indulgentemente ante su propia extravagancia.

Se le heló la sonrisa en los labios al ver por vez primera el título del libro.

Era *Curso Intermedio de Psicología Aplicada. Volumen 5*.

Fue como si algo grande y pesado hubiera caído súbitamente sobre la cabeza de Porus y le hubiera metido el entendimiento en ella: que *Nina había estado estudiando psicología aplicada a lo largo de dos años enteros*.

Éste era el factor que faltaba. Podía tenerlo en cuenta. Tendría que usar integrales de tiempo triples, pero...

Accionó el interruptor del comunicador y esperó el contacto.

—¡Hola! ¡Aquí Porus! ¡Vengan, todos ustedes! ¡El campo mortífero ha desaparecido! He vencido al calamar —cortó la comunicación y añadió triunfalmente—: ¡... y a mi esposa!

Cosa extraña —o quizá no tan extraña—, era la última hazaña la que le causaba más satisfacción.

## Fraile negro de la llama (1942)

“Black Friar of the Flame”

Los ojos de Russell Tymball estaban llenos de lóbrega satisfacción, mientras contemplaban las ruinas ennegrecidas de lo que unas cuantas horas antes había sido un crucero de la flota lasiniana. Las vigas maestras retorcidas, diseminadas por todas direcciones, atestiguaban ampliamente la extraordinaria fuerza de la caída.

El gordinflón terrícola volvió a entrar en su propio y bruñido estrato-cohete y aguardó. Sus dedos retorcieron distraídamente un largo cigarro durante unos minutos antes de encenderlo. A través del humo ascendente, sus ojos se entrecerraron y permaneció sumido en sus pensamientos.

Se levantó al oír una cautelosa llamada.

Dos hombres entraron apresuradamente lanzando una última y fugitiva mirada hacia atrás. La puerta se cerró sin ruido, y uno se dirigió inmediatamente hacia los controles.

El desolado paisaje desértico apareció muy por debajo de ellos casi en seguida, y la proa plateada del estrato-cohete apuntó hacia la antigua metrópoli de Nueva York.

Pasaron unos minutos antes de que Tymball hablara.

—¿Todo claro?

El hombre que estaba en los controles asintió.

—Ni una sola nave tiránica a la vista. Es evidente que el *Grahul* no ha podido solicitar ayuda por radio.

—¿Tienen el mensaje? —preguntó ansiosamente el otro.

—Lo encontramos con bastante facilidad. Está intacto.

—También encontramos —dijo el segundo hombre, con amargura— otra cosa... el último informe de Sidi Peller.

Por un momento, la redonda cara de Tymball se dulcificó y algo parecido al dolor se adueñó de su expresión. Y después volvió a endurecerse.

—¡Murió! Pero fue por la Tierra, y por lo tanto no fue muerte. ¡Fue martirio!

Calló un momento y después dijo tristemente:

—Déjeme ver el informe, Petri.

Cogió la única y doblada hoja que le alargaron y la sostuvo ante sí. Lentamente, leyó en voz alta:

»El 4 de setiembre, entrada con éxito en el crucero *Grahul* de la flota tiránica. Me mantuve escondido durante el viaje de Plutón a la Tierra. El 5 de setiembre, localicé el mensaje en cuestión y me apropié de él. Acabo de cerrar los reactores, del cohete. Cierro este informe junto con el mensaje. ¡Larga vida a la Tierra!«

La voz de Tymball sonaba curiosamente emocionada al leer la última palabra.

—Los tiranos lasinianos nunca han inmolado a un hombre tan grande como Sidi

Peller. Pero nos lo cobraremos, y con interés. La raza humana aún no está en completa decadencia.

Petri contemplaba el exterior por la ventana.

—¿Cómo pudo Peller hacer todo eso? Un hombre... que viaja de polizón en un crucero de la flota sin ser descubierto y roba el mensaje en las narices de toda la tripulación y destroza la nave. ¿Cómo lo hizo? Y nunca lo sabremos; a excepción de los escasos hechos de su informe.

—Tenía sus órdenes —dijo Willums, bloqueando los controles y dando media vuelta—. Yo mismo se las llevé a Plutón. ¡Consiga el mensaje! ¡Destruya el *Grahul* en el Gobi! ¡Lo hizo! ¡Eso es todo! —se encogió de hombros con cansancio.

La atmósfera de depresión se hizo más intensa hasta que el propio Tymball la rompió con un gruñido:

—Olvidémoslo. ¿Se han ocupado de todo en la nave destruida?

Los otros dos asintieron a la vez. La voz de Petri reflejó su espíritu práctico:

—Se eliminaron todas las pistas de Peller y fueron atomizadas. Nunca detectarán la presencia de un ser humano entre las ruinas. El mismo documento se reemplazó por la copia que teníamos preparada, y se quemó cuidadosamente para evitar cualquier sospecha. Incluso fue impregnada con la cantidad exacta de sales de plata que contiene el sello oficial del emperador tirano. Me jugaría la cabeza a que ningún lasiniano sospechará que la caída no fue un accidente o que el mensaje no fue destruido a causa de ella.

—¡Bien! Por lo menos tardarán veinticuatro horas en localizar la nave siniestrada. Es un trabajo difícil. Ahora deme el mensaje.

Cogió la funda metaloide casi con reverencia. Estaba ennegrecida y doblada, todavía un poco caliente. Y entonces, con un salvaje movimiento de la muñeca, rompió la tapa.

El documento que extrajo se desenrolló con un sonido crujiente. En la esquina inferior izquierda estaba el enorme sello de plata del propio emperador lasiniano —el tirano que, desde Vega, regía una tercera parte de la galaxia—. Iba dirigido al virrey del Sol.

Los tres terrícolas contemplaron solemnemente la fina letra impresa. La desagradablemente angular escritura lasiniana brillaba con luz roja bajo los rayos del sol poniente.

—¿Ven como yo tenía razón? —susurró Tymball.

—Como siempre —asintió Petri.

La noche no llegó completamente. El color negro-púrpura del cielo se intensificó ligeramente y las estrellas brillaron imperceptiblemente, pero aparte de eso la estratosfera no se diferenciaba entre la ausencia y la presencia del Sol.

—¿Ha decidido cuál será el próximo paso? —preguntó Willums, vacilante.

—Sí..., hace mucho tiempo. Mañana iré a visitar a Paul Kane, con esto.

—¡El loara Paul Kane! —gritó Petri.

—¡Ese... ese loarista! —exclamó simultáneamente Willums.

—El loarista —convino Tymball—. ¡Es nuestro hombre!

—Diga mejor que es el lacayo de los lasinianos —gruñó Willums—. Kane, el jefe del loarismo, es por consiguiente el jefe de los traidores humanos que predicán sumisión a los lasinianos.

—Así es. —Petri estaba pálido, pero más calmado—. Los lasinianos son nuestros enemigos declarados y debemos enfrentarnos a ellos en una lucha limpia..., pero los loaristas son sabandijas. ¡Gran espacio! Preferiría encontrarme a la merced del tirano virrey en persona que tener cualquier cosa que ver con esos repugnantes estudiantes de la historia antigua, que ensalzan la pasada gloria de la Tierra y son culpables de su degradación presente.

—Les juzga con demasiada severidad —Había una sombra de sonrisa en los labios de Tymball—. Ya he tenido tratos con este dirigente del loarismo con anterioridad.

—Oh... —contuvo las exclamaciones de sorprendida consternación que siguieron —, fui muy discreto en cuanto a ello. Ni siquiera ustedes dos lo supieron, y, como ven, Kane todavía no me ha delatado. Entonces no tuve éxito, pero aprendí un poco. ¡Escúchenme!

Petri y Willums se acercaron, y Tymball prosiguió con entonación tajante y desapasionada.

—La primera campaña galáctica de los lasinianos concluyó hace dos mil años, inmediatamente después de la conquista de la Tierra. Desde entonces, no se ha reanudado la agresión, y los planetas humanos independientes de la galaxia están muy satisfechos con el mantenimiento del *statu quo*. Ellos mismos están demasiado divididos como para desear una nueva lucha. El loarismo sólo está interesado en su propia supervivencia ante las intromisiones de nuevas corrientes de pensamiento, y para ellos no tiene mucha importancia que sean los lasinianos o los humanos los que gobiernen la Tierra, siempre que el loarismo prospere. En realidad, nosotros —los nacionalistas— quizá representemos para ellos un peligro mucho mayor en este aspecto que los lasinianos.

Willums sonrió tétricamente.

—No hay duda de que así es.

—Entonces, admitiendo esto, es natural que el loarismo asuma el papel de pacificador. Sin embargo, si conviniera a sus intereses, se unirían a nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Y esto —golpeó el documento que tenía delante— es lo que les convencerá de dónde residen sus intereses.

Los otros dos guardaron silencio.

Tymball continuó:

—Disponemos de poco tiempo. No más de tres años, quizá no más de dos. Y sin embargo ya saben las posibilidades de éxito que hoy día tendría una rebelión.

—Lo lograríamos —rezongó Petri, y prosiguió en tono apagado—, si los únicos lasinianos con los que tuviéramos que enfrentarnos fueran los de la Tierra.

—Exactamente. Pero pueden pedir ayuda a Vega, y nosotros no podemos pedirla a nadie. Ninguno de los planetas humanos acudiría en nuestra defensa, tal como ocurrió hace quinientos años. Y ésa es la razón por la que debemos tener al loarismo de nuestra parte.

—¿Y qué hicieron los loaristas hace quinientos años durante la Rebelión Sangrienta? —preguntó Willums, con un odio amargo reflejado en la voz—. Nos abandonaron para salvar su precioso pellejo.

—No nos encontramos en una posición adecuada para recordar aquello —dijo Tymball—. Tendremos su ayuda ahora... y después, cuando todo haya concluido, nuestras cuentas con ellos...

Willums volvió a los controles.

—¡Nueva York dentro de quince minutos! —Y después—: Pero sigue sin gustarme. ¿Qué pueden hacer esos asquerosos loaristas? ¡Las cáscaras desecadas no sirven más que para traiciones y trivialidades!

—Constituyen la última fuerza unificadora de la humanidad —replicó Tymball—. Bastantes débiles e indefensos, pero la única oportunidad de la Tierra.

Ahora estaban penetrando en la más espesa atmósfera inferior, y el silbido de aire que provocaban se hizo más estridente.

Willums conectó los cohetes de frenado al atravesar una capa de nubes grises. Allí, en el horizonte, se veía el gran resplandor difuso de la ciudad de Nueva York.

—Comprueben que sus pases estén en perfecto orden para la inspección lasiniana y oculten el documento. De todos modos, no nos registrarán.

El loara Paul Kane se recostó en su ornamentado sillón. Los delgados dedos de una de sus manos jugaban con un pisapapeles de marfil que había sobre su mesa. Sus ojos evitaban los del hombre más bajo y grueso que tenía delante, y su voz, mientras hablaba, adquiría inflexiones solemnes.

—No puedo seguir protegiéndole, Tymball. Hasta ahora lo he hecho por el lazo de una humanidad común que hay entre nosotros, pero... —Su voz se desvaneció.

—¿Pero? —apremió Tymball.

Los dedos de Kane seguían manoseando el pisapapeles.

—Este último año los lasinianos se han vuelto más duros. Se muestran casi arrogantes. —De repente levantó la vista—. Usted ya sabe que no soy un agente completamente libre, y no poseo la influencia y el poder que usted parece creer que

tengo.

Volvió a bajar los ojos, y una nota de preocupación se adueñó de su voz.

—Los lasinianos sospechan. Están empezando a vislumbrar los trabajos de una conspiración clandestina bien organizada, y nosotros no podemos permitirnos el lujo de vernos envueltos en ella.

—Lo sé. En caso de necesidad, están dispuestos a sacrificarnos del mismo modo que sus predecesores sacrificaron a los patriotas de hace cinco siglos. Una vez más, el loarismo representará su noble papel.

—¿Hasta qué punto son buenas sus rebeliones? —fue la cansada repuesta—. ¿Acaso los lasinianos son mucho peores que la oligarquía de humanos que dirige Santanni o el dictador que gobierna Trántor? Si los lasinianos no son humanos, por lo menos son inteligentes. El loarismo puede vivir en paz con sus gobernantes.

Y ahora Tymball sonrió. No había nada humorístico en ello, más bien una ironía burlona. Extrajo una pequeña carta de su manga.

—Lo cree así, ¿verdad? Tenga, lea esto. Es una copia fotostática reducida de... No, no la toque..., léala mientras yo la sostengo, y...

Sus demás comentarios se vieron ahogados por el súbito alarido del otro. El rostro de Kane se contrajo alarmantemente convirtiéndose en una máscara de horror, mientras trataba de agarrar el duplicado que mantenían fuera de su alcance.

—¿Dónde lo ha conseguido? —Apenas reconoció su propia voz.

—¿Qué importa eso? Lo tengo, ¿verdad? Y ha costado la vida de un hombre valiente, y una nave de la escuadra de Su Reptilesca Eminencia. Creo que no puede usted abrigar ninguna duda en cuanto a su autenticidad.

—¡No..., no! —Kane se llevó una temblorosa mano a la frente—. Es la firma y el sello del emperador. Es imposible falsificarlos.

—Ya ve, Excelencia —había sarcasmo en el tratamiento—, la renovación de la campaña galáctica es una cuestión de dos años, o tres, a partir de ahora. El primer paso de la campaña se dará en el curso de este mismo año... y a causa de este primer paso —su voz adquirió una dulzura venenosa—, se ha enviado esta orden al virrey.

—Déjeme pensar un momento. Déjeme pensar —Kane se derrumbó en el sillón.

—¿Acaso tiene necesidad de hacerlo? —gritó Tymball, despiadadamente—. Esto no es más que la constatación de lo que le predije hace seis meses, y a lo que usted no prestó atención. La Tierra, como mundo humano, será destruida; su población, diseminada por grupos en las porciones lasinianas de la galaxia; cualquier resto de ocupación humana, destruida.

—¡Pero la Tierra! La Tierra, el hogar de la raza humana; el principio de nuestra civilización...

—¡Exactamente! El loarismo se muere y la destrucción de la Tierra lo matará. Y una vez desaparecido el loarismo la última fuerza unificadora habrá sido destruida, y

los planetas humanos, invencibles si estuvieran unidos, serán borrados, uno por uno, en la segunda campaña galáctica. A menos que...

La voz del otro era monótona.

—Sé lo que va a decirme.

—No más de lo que le dije antes. La humanidad debe unirse, y sólo puede hacerlo alrededor del loarismo. Necesita una causa por la que luchar, y esa causa debe ser la liberación de la Tierra. Yo encenderé la chispa aquí en la Tierra y usted ha de convertir a la porción humana de la galaxia en un polvorín.

—Usted desea una guerra total..., una cruzada galáctica —Kane hablaba en un susurro—. Pero nadie sabe mejor que yo que una guerra total ha sido imposible durante estos miles de años —Se echó a reír súbitamente, con amargura—. ¿Sabe lo débil que es hoy el loarismo?

—No hay nada tan débil que no pueda reforzarse. Aunque el loarismo se ha debilitado desde sus grandes días, durante la primera campaña galáctica, sigue teniendo su organización y su disciplina; las mejores de la galaxia. Y sus dirigentes son, en general, hombres capaces, y lo digo por usted. Un grupo de hombres inteligentes concienzudamente centralizado, que trabaje a fondo, puede hacer mucho. Debe hacer mucho, pues no tiene elección.

—Déjeme —dijo Kane, débilmente—, ahora no puedo hacer más. He de pensar —Su voz se desvaneció, pero uno de sus dedos señalaba hacia la puerta.

—¿Para qué sirven sus pensamientos? —gritó Tymball irritado—. ¡Necesitamos hechos!

Y con esto, se fue.

La noche había sido horrible para Kane.

Su rostro estaba pálido y deshecho; sus ojos, vacíos y brillantes de fiebre. Sin embargo, habló en voz alta y firme.

—Somos aliados, Tymball.

Tymball sonrió sombríamente, estrechó durante un momento la mano que Kane le tendía, y la soltó.

—Sólo por necesidad, Excelencia. Yo no soy amigo suyo.

—Yo tampoco lo soy suyo. Pero hemos de trabajar juntos. Ya he dado las órdenes iniciales y el Consejo Central las ratificará. En esta dirección, por lo menos, no preveo dificultades.

—¿Cuándo se producirán los resultados?

—¿Quién sabe? El loarismo aún dispone de sus medios de propaganda. Todavía hay quienes escucharán por respeto, y otros por temor, e incluso algunos por la mera fuerza de la propaganda. Pero ¿quién puede decirlo? La humanidad se ha dormido y el loarismo también. Hay poco sentido antilasiniano, y será difícil levantarlo de la

nada.

—El odio nunca es difícil de levantar —y el mofletado rostro de Tymball pareció extrañamente severo—. ¡Emocionalismo! ¡Propaganda! E incluso en su estado de debilidad, el loarismo es rico. Las masas pueden corromperse con palabras, pero los que ocupan puestos importantes requerirán un poco de metal amarillo.

Kane levantó una mano con cansancio.

—No dice nada nuevo. Esa línea de deshonor era la política humana ya en el confuso amanecer de la historia, cuando sólo esta pobre Tierra era humana y aun así se dividió en segmentos opuestos. —Después, amargamente—: ¡Pensar que hemos de volver a las tácticas de aquella bárbara edad!

El conspirador se encogió cínicamente de hombros.

—¿Conoce alguna mejor?

—E incluso así, con toda esa vileza, podemos fracasar.

—No, si nuestros planes están bien hechos.

El loara Paul Kane se puso en pie de un salto y cerró las manos frente a él.

—¡Loco! ¡Usted y sus planes! ¡Sus sutiles, secretos, solapados y tortuosos planes! ¿Acaso cree que conspiración es rebelión, o rebelión, victoria? ¿Qué puede hacer usted? Puede descubrir información y llegar secretamente a las raíces, pero no puede dirigir una rebelión. Yo puedo organizar y preparar, pero no puedo dirigir una rebelión.

Tymball parpadeó.

—Preparación... una preparación perfecta...

—... No es nada, se lo digo yo. Se pueden tener todos los ingredientes químicos necesarios, y todas las condiciones adecuadas, y sin embargo es posible que no haya reacción. En psicología, particularmente psicología del vulgo, como en química, es necesario tener un catalizador.

—Por todos los espacios, ¿qué quiere decir?

—¿Puede usted dirigir una rebelión? —gritó Kane—. Una cruzada es una guerra de emoción. ¿Puede usted controlar las emociones? Usted, un conspirador, no mantendría el fuego de una contienda abierta ni un sólo instante. ¿Puedo yo dirigir la rebelión? ¿Yo, un viejo y un hombre de paz? Entonces, ¿quién ha de ser el líder, el catalizador psicológico, que tome la inservible arcilla de su preciosa «preparación» y le insufla vida?

Los músculos de la barbilla de Russel Tymball temblaron.

—¡Derrotismo! ¿Tan pronto?

La respuesta fue cruel:

—¡No! ¡Realismo!

Hubo un silencio airado y Tymball giró sobre sus talones y se fue.



Era medianoche, hora local de la astronave, y las festividades nocturnas alcanzaban su punto máximo. El gran salón del trasatlántico *Flaming Nova* estaba lleno de figuras que danzaban, reían y brillaban, volviéndose más joviales a medida que la noche transcurría.

—Esto me recuerda los asuntos triplemente malditos de los que me hará ocupar mi mujer cuando vuelva a Lacto —murmuró Sammel Maronni a su compañero—. Creí que me escaparía de alguno, por lo menos aquí en el hiperespacio, pero evidentemente no ha sido así. —Dio un sordo gruñido y contempló a la concurrencia con una mirada de débil desaprobación.

Maronni iba vestido a la última moda, desde la cinta púrpura de la cabeza hasta las sandalias azul cielo, y parecía sumamente incómodo. Su corpulenta figura estaba enfundada en una túnica de color rojo brillante demasiado ajustada y los ocasionales tirones a su ancho cinturón demostraban que era consciente de su mal aspecto.

Su compañero, más alto y delgado, llevaba el immaculado uniforme blanco con la soltura que da una larga experiencia, y su imponente figura contrastaba fuertemente con el aspecto algo ridículo de Sammel Maronni.

El exportador lactoniano era consciente de este hecho.

—Maldito sea, Drake, tiene un buen empleo. Se viste como una persona importante y no hace nada más que sonreír y contestar a los saludos. ¿Cuánto le pagan por ello?

—No lo bastante. —El capitán Drake levantó una de sus cejas grises y miró irónicamente al lactoniano—. Me gustaría que usted tuviera mi empleo por una semana más o menos. Al cabo de ese tiempo ya estaría harto. Si cree que cuidar a gordas damiselas viudas y esnobs de cabello rizado es un lecho de rosas, le invito a que lo pruebe —murmuró malhumoradamente para sí durante un momento, y después se inclinó cortésmente hacia una enojada vieja regañona que le sonreía—. Es lo que ha encanecido mis cabellos y surcado de arrugas mi cara, ¡por Rigel!

Maronni sacó un largo cigarro «Karen» de la bolsa que colgaba de su cintura y lo encendió con placer.

Lanzó una nube de humo verde manzana al rostro del capitán y sonrió pícaramente.

—Aún no he conocido a ningún hombre que hablara bien de su trabajo, aunque éste sea una ganga como el suyo, viejo pillo. Ah, si no me equivoco, la encantadora Ylen Surat va a caer sobre nosotros.

—¡Oh, diablos rosas de Sirio! Casi no me atrevo a mirar. ¿Es esa vieja bruja que viene en nuestra dirección?

—Exactamente... ¡y vaya suerte que tiene usted! Es una de las mujeres más ricas de Santanni, y viuda, también. El uniforme las subyuga, supongo. ¡Lástima que yo

esté casado!

El capitán Drake contrajo el rostro en una mueca horrible.

—Ojalá se le cayera una lámpara encima.

Y con esto se volvió, trocando su expresión por una de dulce satisfacción en sólo un instante.

—Pero, señora Surat, creía que nunca tendría el placer de saludarla.

Ylen Surat, que ya hacía años había pasado de los sesenta, se rió como una niña.

—Repórtese, viejo galanteador, o me hará olvidar que he venido a regañarle.

—Espero que no esté nada mal. —A Drake le dio un vuelco el corazón. No era la primera vez que soportaba las quejas de la señora Surat. Normalmente, todo solía estar mal.

—Hay muchas cosas que están mal. Acaban de decirme que dentro de cincuenta horas aterrizaremos en la Tierra... si así es como se pronuncia.

—Totalmente correcto —dijo el capitán Drake, algo más tranquilo.

—Pero es una escala que no estaba prevista cuando embarcamos.

—No, no lo estaba. Pero luego... verá, es cuestión de rutina. Nos iremos diez horas después del aterrizaje.

—Pero esto es insoportable. Me retrasará un día completo. He de llegar a Santanni esta misma semana, y los días son preciosos. Además, nunca he oído hablar de la Tierra. Mi guía —extrajo un libro con tapas de piel de su bolso y lo hojeó furiosamente— ni siquiera la menciona. Estoy segura de que nadie tiene interés en parar ahí. Si usted persiste en malgastar el tiempo de los pasajeros en una escala totalmente inútil, tendré que hablar de ello con el presidente de la línea. Le recuerdo que tengo algo de influencia en casa.

El capitán Drake suspiró imperceptiblemente. No era la primera vez que le recordaban el «algo de influencia» de Ylen Surat.

—Mi querida señora, tiene usted razón, toda la razón, absolutamente toda... pero no puedo hacer nada. Todas las naves de las líneas Sirio, Alpha Centauri y Cygni 61 deben detenerse en la Tierra. Es un acuerdo interestelar, y ni siquiera el presidente de la línea, por mucho que lamentara su protesta, podría cambiar la ruta.

—Además —interrumpió Maronni, que creyó llegado el momento de acudir en ayuda del acosado capitán—, creo que llevamos dos pasajeros que se dirigen a la Tierra.

—Así es. Lo había olvidado. —El rostro del capitán Drake se animó un poco—. ¡Ahí tiene! Resulta que tenemos una razón concreta para esta escala.

—¡Dos pasajeros entre más de mil quinientos! ¡Vaya una razón!

—Es usted injusta —dijo Maronni con sutileza—. Al fin y al cabo, la raza humana proviene de la Tierra. Supongo que ya lo sabía, ¿verdad?

Ylen Surat enarcó unas cejas evidentemente postizas.

—¿Sí?

La desconcertada expresión de su rostro se trocó en otra de desprecio.

—Oh, bueno, eso fue hace miles y miles de años. Ahora ya no tiene importancia.

—La tiene para el loarismo y los dos pasajeros que desean aterrizar son loaristas.

—¿Pretende decirme —se burló la viuda— que, en esta era ilustrada, aún hay gente que estudia «nuestra cultura antigua»? ¿No es de eso de lo que siempre hablan?

—De eso es de lo que Filip Sanat siempre habla —se rió Maronni—. Hace pocos días me lanzó un sermón sobre este mismo tema. Y fue interesante. La mayor parte de lo que dijo era verdad.

Asintió con ligereza y continuó:

—Es muy inteligente, ese Filip Sanat. Hubiera podido ser un buen científico u hombre de negocios.

—Habla de meteoros y se los oye zumbiar —dijo el capitán, de repente, e hizo una inclinación de cabeza hacia la derecha.

—¡Bueno! —balbuceó Maronni—. Allí está. Pero... pero ¿qué diablos está haciendo aquí?

Realmente, Filip Sanat tenía un aspecto bastante, incongruente mientras permanecía enmarcado en el umbral más distante. Su túnica larga y oscura — característica de los loaristas— era una mancha tétrica en un escenario alegre. Sus melancólicos ojos se volvieron hacia Maronni y levantó inmediatamente la mano en señal de reconocimiento.

Los asombrados bailarines, le abrieron paso automáticamente, siguiéndole con una mirada larga y curiosa. Se podía oír la estela de susurros que dejaba tras de sí. Sin embargo, Filip Sanat no se dio cuenta de ello. Con los ojos inflexiblemente fijos delante de él y una expresión impasible, llegó junto al capitán Drake, Sammel Maronni e Ylen Surat.

Filip Sanat saludó calurosamente a los dos hombres y después, en respuesta a una presentación, se inclinó gravemente ante la viuda, que le contemplaba con sorpresa y manifiesto desprecio.

—Perdóneme por molestarle, capitán Drake —dijo el joven en voz baja—. Sólo quería saber a qué hora saldremos del hiperespacio.

El capitán extrajo de su bolsillo un cronómetro.

—Una hora a partir de este momento.

—¿Y entonces estaremos...?

—Fuera de la órbita del planeta IX.

—Es decir, Plutón. Así que el Sol estará a la vista cuando entremos en el espacio normal, ¿verdad?

—Así será, si mira en la dirección correcta... hacia la proa de la nave.

—Gracias.

Filip Sanat hizo ademán de alejarse, pero Maronni le detuvo.

—Quédate, Filip. No pensarás abandonarnos, ¿verdad? Estoy seguro de que la señora Surat está ansiosa por hacerte unas cuantas preguntas. Ha demostrado gran interés por el loarismo. —En los ojos del lactoniano se observaba una mirada maliciosa.

Filip Sanat se volvió atentamente hacia la viuda, que, sorprendida por el momento, permanecía muda, y entonces se recobró.

—Dígame, joven —exclamó—, ¿quedan realmente personas como usted? Loaristas, quiero decir.

Filip Sanat se sobresaltó y observó con bastante rudeza a su interlocutora, pero no perdió el don de la palabra. Con tranquila claridad, dijo:

—Todavía quedan personas que tratan de mantener la cultura y la forma de vida de la antigua Tierra.

El capitán Drake no pudo evitar un comentario irónico:

—¿Incluso bajo el dominio de la cultura de los maestros lasinianos?

Ylen Surat lanzó un grito ahogado.

—¿Quiere decir que la Tierra es un mundo lasiniano? ¿Lo es? ¿Lo es? —Su voz se convirtió en un chillido asustado.

—Naturalmente —contestó el asombrado capitán, arrepentido de haber hablado—. ¿No lo sabía?

—Capitán —había histerismo en la voz de la mujer—, no debe usted aterrizar. Si lo hace, le crearé dificultades... muchas dificultades. No me expondré a las hordas de esos horribles lasinianos... esos espantosos reptiles de Vega.

—No tiene nada que temer, señora Surat —observó Filip Sanat, fríamente—. La inmensa mayoría de la población terrestre es humana. Sólo el uno por ciento, que gobierna, es lasiniano.

—Oh... —hizo una pausa, y después, de forma hiriente, dijo—: Bueno, no creo que la Tierra sea tan importante, si ni siquiera está gobernada por humanos. ¡El loarismo! ¡Una estúpida pérdida de tiempo es como yo lo llamo!

El rostro de Sanat enrojeció súbitamente, y por un momento pareció luchar en vano por hablar. Cuando lo hizo, fue en un tono de gran agitación:

—Tiene usted un punto de vista muy superficial. El hecho de que los lasinianos controlen la Tierra no tiene nada que ver con el problema fundamental del loarismo, que...

Giró sobre los talones y se fue.

Sammel Maronni lanzó un largo suspiro mientras contemplaba a la figura que se alejaba.

—Le ha dado en un punto doloroso, señora Surat, nunca le había visto renunciar de este modo a discutir o intentar explicar algo.

—No tiene mal aspecto —dijo el capitán Drake.

Maronni se rió entre dientes.

—Ni por asomo. Ese joven y yo somos del mismo planeta. Es un típico lactoniano, como yo.

La viuda se aclaró la garganta con mal humor.

—Oh, cambiemos de tema. Ese hombre parece haber lanzado una sombra sobre toda la habitación. ¿Por qué llevan esas horribles túnicas de color púrpura? ¡Tan poco elegantes!

El loara Broos Porin levantó la vista al entrar su joven acólito.

—¿Bien?

—Dentro de menos de cuarenta y cinco minutos, loara Broos.

Y dejándose caer en un sillón, Sanat apoyó su rostro congestionado y ceñudo en un puño cerrado.

Porin contempló al otro con una afectuosa sonrisa.

—¿Has vuelto a discutir con Sammel Maronni, Filip?

—No, no exactamente. —Se enderezó de un salto—. Pero ¿para qué sirve, loara Broos? Allí, en el nivel superior, hay cientos de humanos, irreflexivos, vestidos alegremente, riendo, divirtiéndose; y ahí afuera está la Tierra, abandonada. Entre todos los viajeros de la nave, sólo nosotros dos vamos allí para ver el mundo de nuestros antiguos días.

Sus ojos evitaron los del hombre de más edad y su voz adquirió un matiz de amargura.

—Y hubo un tiempo en que miles de humanos, procedentes de todos los rincones de la galaxia, aterrizaban cada día en la Tierra. Los grandes días del loarismo se han acabado.

El loara Broos se echó a reír. Nadie hubiera pensado que su ceñuda figura abrigara una risa tan enérgica.

—Ésta debe ser por lo menos la centésima vez que te oigo decir esto. ¡Tonto! Llegará un día en que la Tierra volverá a ser recordada. La gente aún volverá a acudir en tropel. Vendrán por miles y millones.

—¡No! ¡Se ha acabado!

—¡Bah! Los agoreros profetas de la fatalidad han dicho eso una y otra vez a lo largo de la historia. Pero todavía no se ha demostrado que estuvieran en lo cierto.

—Esta vez se demostrará. —Los ojos de Sanat brillaron súbitamente—. ¿Sabe por qué? Porque la Tierra ha sido profanada por los conquistadores reptiles. Una mujer acaba de decirme, una mujer insustancial, estúpida y vacía, que no cree que la Tierra sea tan importante si ni siquiera está gobernada por humanos. Ha dicho lo que millones deben decir inconscientemente, y yo no he tenido palabras para refutárselo.

Ha sido un argumento que no podía refutar.

—¿Y cuál sería tu solución, Filip? Vamos, ¿la has pensado?

—¡Expulsarlos de la Tierra! ¡Convertirla una vez más en un planeta humano! Hace dos mil años luchamos con ellos durante la primera campaña galáctica, y los detuvimos cuando parecía que iban a absorber la galaxia. Hagamos una segunda campaña y les enviaremos de regreso a Vega.

Porin suspiró y movió la cabeza.

—¡Vaya un exaltado que eres! Ningún loarista ha dejado de serlo al hablar de este tema. El tiempo te curará y te apaciguará. ¡Mira, muchacho! —el loara Broos se levantó y agarró al otro por los hombros— El hombre y el lasiniano son inteligentes, y son las dos únicas razas inteligentes de la galaxia. Son hermanas en mente y en espíritu. Estad en paz con ellos. No odiéis, pues el odio es la emoción más irracional. En lugar de eso, esforzaos en comprender.

Filip Sanat miraba fijamente al suelo y no dio muestras de haber oído. Su mentor chasqueó la lengua en señal de amable reprobación.

—Bueno, cuando seas más viejo lo entenderás. Ahora, olvídate de todo esto, Filip. Recuerda que estás a punto de realizar la ambición de todos los loaristas verdaderos. Dentro de dos días llegaremos a la Tierra, y su suelo estará bajo nuestros pies. ¿No es bastante para que te sientas feliz? ¡Piénsalo! Cuando regreses, serás recompensado con el título de «loara»: Serás alguien que ha visitado la Tierra. Te prenderán el sol dorado en el hombro.

La mano de Porin se deslizó hacia el llamativo círculo amarillo que llevaba sobre su propia túnica, mudo testigo de sus tres visitas anteriores a la Tierra.

—Loara Filip Sanat —dijo lentamente Sanat, con los ojos brillantes—. Loara Filip Sanat. Suena bien, ¿verdad? Y ya está muy cerca.

—Veo que te sientes mejor. Pero ven, dentro de pocos momentos dejaremos el hiperespacio y veremos el Sol.

Mientras hablaba, la gruesa capa de hipermateria que se adhería con tanta fuerza a los costados del *Flaming Nova* ya experimentaba los curiosos cambios que marcaban el comienzo de la entrada en el espacio normal. La oscuridad se aclaró un poco y anillos concéntricos de diversas tonalidades de gris se persiguieron unos a otros con velocidad creciente. Era una fantástica y hermosa ilusión óptica que la ciencia no había podido explicar.

Porin apagó la luz de la habitación, y los dos permanecieron inmóviles en la oscuridad, contemplando la débil fosforescencia de las veloces ondas que desaparecían con gran rapidez. Después, con una precipitación terroríficamente silenciosa, toda la estructura de hipermateria pareció arder en un torbellino de brillantes colores. Y entonces todo volvió a ser paz. Las estrellas centelleaban mudamente contra el curvado telón de fondo del espacio normal.

Y sobre el extremo de la portilla refulgía el resplandor más brillante del cielo con una luminosa llama amarilla que iluminó los rostros de los dos hombre, transformándolos en pálidas máscaras de cera. ¡Era el Sol! La estrella de nacimiento del hombre estaba tan distante que no era más que un disco perceptible, aunque no se veía otro objeto tan brillante. Iluminados por su débil luz amarilla, los dos permanecieron en reflexión silenciosa, y Filip Sanat se calmó gradualmente.

Al cabo de dos días, el *Flaming Nova* aterrizaba en la Tierra.

Filip Sanat olvidó la deliciosa emoción que le había embargado en el momento que sus sandalias entraron por primera vez en contacto con la firme hierba de la Tierra al distinguir a un oficial lasiniano.

En realidad parecían humanos... o humanoides, por lo menos.

A primera vista, las predominantes características humanas borraban todo lo demás. El esquema del cuerpo no difería esencialmente del de los hombres. El cuerpo bípedo y de cuatro extremidades, los bien proporcionados brazos y piernas, el cuello bien definido, eran pruebas patentes.

Sólo al cabo de unos minutos los pequeños detalles que marcaban la diferencia entre las dos razas se hacían evidentes.

El principal era las escamas que les cubrían la cabeza y una gruesa línea en la espina dorsal, a medio camino de las caderas. La propia cara, con la nariz plana, ancha y ligeramente escamosa y los ojos sin párpados, era bastante repulsiva, pero de ningún modo bestial.

Porin observó la sorpresa de Sanat ante esta primera visión de los reptiles de Vega con grandes signos de satisfacción.

—Ves —comentó—, su aspecto no es monstruoso en absoluto. Entonces, ¿por qué debería existir el odio entre los humanos y los lasinianos?

Sanat no contestó. Naturalmente, su viejo amigo tenía razón. La palabra «lasiniano» había estado tanto tiempo asociada en su mente a las de «extranjero» y «monstruo» que, contra todo conocimiento y razón, en su subconsciente había esperado ver alguna fantástica forma de vida.

No obstante, aunque trató de sofocar el absurdo sentimiento que causaba esta suposición, siguió experimentando el mismo odio persistente, que llegó a furia cuando pasaron la inspección ante un altivo lasiniano que hablaba inglés.

A la mañana siguiente, los dos salieron hacia Nueva York, la ciudad más grande del planeta. La histórica visita a la increíblemente antigua metrópoli hizo olvidar a Sanat las dificultades de la galaxia, durante todo un día. Fue un gran momento para él cuando finalmente se encontró ante una altísima estructura y se dijo: «Esto es el Memorial».

El Memorial era el mayor monumento de la Tierra, dedicado al lugar de origen de

la raza humana, y era el miércoles, el día de la semana que dos hombres «guardaban la Llama». Dos hombres, solos en el Memorial, vigilaban el vacilante fuego amarillo que simbolizaba el valor y la iniciativa humana... y Porin ya se las había arreglado para que aquel día la elección recayera sobre él y Sanat, en su calidad de loaristas recién llegados.

Así pues, a la débil luz del crepúsculo, los dos se encontraron solos en la espaciosa estancia de la llama del Memorial. En la sombría semioscuridad, iluminada tan sólo por el vacilante fulgor de una incierta llama amarilla, una gran calma descendió sobre ellos.

Había algo en la especial atmósfera del lugar que borraba toda alteración mental.

Las vacilantes sombras que se abrían paso a través de los pilares de la larga columnata que había en ambos lados, creaban una fascinación hipnótica.

Gradualmente, Filip Sanat sintió sueño, y con los ojos adormilados miró la llama intensamente, hasta que se convirtió en un ser viviente de luz que alzaba su mortecina y silenciosa figura junto a su débil resplandor. Pero los sonidos más insignificantes son suficientes para interrumpir una ensoñación, en especial cuando se oyen después de un silencio profundo. Sanat se puso súbitamente rígido, y agarró el codo de Porin con fuerza.

—Escuche —murmuró con cautela.

Porin se despertó sobresaltado de un pacífico ensueño, contempló a su joven compañero con intranquila intensidad, y después, sin pronunciar una sola palabra, tendió el oído. El silencio era más profundo que nunca..., como una capa tangible.

Después, el ruido más débil posible de unas pisadas sobre mármol, a lo lejos. Un susurro, casi imposible de oír, y otra vez el silencio.

—¿Qué es? —preguntó sorprendido al ver a Sanat, que ya se había puesto en pie.

—¡Lasiniano! —exclamó Sanat, con el rostro convertido en una máscara de indignación llena de odio.

—¡Imposible! —Porin hizo un esfuerzo por mantener la voz serena, pero le tembló a pesar de él—. Sería un hecho inaudito. Lo que pasa es que estamos imaginándonos cosas. Nuestros nervios están excitados por este silencio, eso es todo. Quizá sea algún oficial del Memorial.

—¿Después de la puesta del sol, un miércoles? —dijo Sanat con voz estridente—. Sería tan ilegal como la entrada de esos lagartos lasinianos, y mucho más improbable. Como guardián de la Llama, tengo el deber de investigarlo.

Hizo ademán de dirigirse a la puerta en sombras, y Porin le agarró temerosamente por la muñeca.

—No lo hagas, Filip. Olvidémonos de eso hasta el amanecer. Nunca puede saberse lo que ocurrirá. ¿Qué puedes hacer tú, incluso suponiendo que los lasinianos hayan entrado en el Memorial? Si tú...



Pero Sanat había dejado de escucharle.

Rudamente, se desasíó del desesperado apretón del otro.

—¡Quédese aquí! Alguien ha de vigilar la Llama. Volveré pronto.

Ya se encontraba a medio camino del espacioso vestíbulo de suelo de mármol. Se acercó con precaución a la puerta de cristal que daba a la oscura escalera de caracol que, medio en penumbras, conducía al desierto rincón de la torre.

Quitándose las sandalias, trepó por las escaleras, lanzando una última mirada hacia la blanda suavidad de la Llama, y hacia la nerviosa y asustada figura que permanecía junto a ella.

Los dos lasinianos estaban frente a la nacarada luz de la lámpara atómica.

—Vaya un lugar viejo y melancólico —dijo Threg Ban Sola. La cámara que llevaba en la muñeca chasqueó tres veces—. Baja algunos de esos libros que hay en las paredes. Servirán como prueba adicional.

—¿Crees que es prudente? —preguntó Cor Wen Hasta—. Esos monos humanos pueden echarlos de menos.

—¡Qué importa! —fue la helada respuesta—. ¿Qué pueden hacer ellos? —Lanzó una apresurada mirada a su cronómetro—. Ganaremos cincuenta créditos por cada minuto que permanezcamos aquí, así que también podremos hacer un buen montón para distraernos durante un rato.

—Pirat For está loco. ¿Por qué pensó que no aceptaríamos la apuesta?

—Creo —dijo Ban Sola— que oyó hablar del soldado que el año pasado despedazaron por saquear un museo europeo. A los humanos no les gusta eso, aunque Vega sabe que el loarismo está podrido a causa del dinero. Los humanos fueron castigados, desde luego, pero el soldado estaba muerto. Sea como fuere; lo que Pirat For no sabe es que el Memorial está desierto los miércoles. Esto va a costarle caro.

—Cincuenta créditos por minuto. Y ahora hace siete minutos.

—Trescientos cincuenta créditos. Siéntate. Jugaremos a cartas y veremos cómo aumenta nuestro dinero.

Threg Ban Sola sacó de su bolsillo un desgastado paquete de cartas que, aunque eran típica y esencialmente lasinianas, mostraban trazas inequívocas de su derivación humana.

—Pon la lámpara atómica sobre la mesa y yo me sentaré entre ella y la ventana —continuó perentoriamente, barajando las cartas mientras hablaba—. Te garantizo que no hay ningún lasiniano que haya jugado alguna vez en una atmósfera parecida. Bueno, eso triplicará el aliciente del juego.

Cor Wen Hasta se sentó, y después volvió a levantarse.

—¿No has oído algo? —contempló las sombras que había detrás de la puerta medio abierta.

—No —Ban Sola frunció el ceño y siguió barajando—. No estarás poniéndote

nervioso, ¿verdad?

—Claro que no. Aun así, si nos atraparan aquí, en esta maldita torre, no sería nada agradable.

—Eso es imposible. Las sombras te vuelven aprensivo —Dio las cartas.

—Sabes —dijo Wen Hasta, estudiando cuidadosamente sus cartas—, tampoco sería nada divertido que el virrey llegara a enterarse de esto. Me imagino que no trataría ligeramente a los ofensores de los loaristas, por cuestión de política. Allí en Sirio, donde serví antes de que me trasladaran, la escoria...

—Escoria, desde luego —gruñó Ban Sola—. Se reproducen como moscas y luchan unos con otros como toros locos. ¡Mira qué criaturas! —Volvió las cartas hacia abajo y continuó argumentando—: Quiero decir, mirándolos científica e imparcialmente, ¿qué son? ¡Sólo mamíferos! Mamíferos que pueden pensar, en cierto modo; pero mamíferos igualmente. Eso es todo.

—Lo sé. ¿Has visitado alguna vez uno de los mundos humanos?

Ban Sola sonrió.

—Lo haré, dentro de muy poco.

—¿De permiso? —Wen Hasta mostró un educado asombro.

—¡De permiso! ¡Con mi nave! ¡Y con las pistolas disparando!

—¿Qué quieres decir? —Hubo un súbito destello en los ojos de Wen Hasta.

La sonrisa de Ban Sola se hizo más misteriosa.

—Suponen que no lo sabemos, ni siquiera los oficiales, pero ya sabes cómo corren las noticias.

Wen Hasta asintió.

—Lo sé. —Ambos habían bajado la voz instintivamente.

—Bueno. La Segunda Campaña puede comenzar en cualquier momento.

—¡No!

—¡Seguro! Y vamos a empezarla aquí mismo. Por Vega, en el palacio virreinal no se habla de otra cosa. Algunos oficiales incluso hemos empezado una apuesta acerca de la fecha exacta del primer movimiento. Yo mismo he jugado cien créditos al veinte por uno, pero sólo a la semana próxima. Tú puedes apostar ciento cincuenta por uno, si eres lo bastante valiente como para escoger un día en particular.

—Pero ¿por qué en este planeta olvidado de la galaxia?

—Estrategia del Ministerio del Interior —Ban Sola se inclinó hacia delante—. Nuestra posición actual nos enfrenta a un enemigo numéricamente superior, pero demasiado dividido. Si podemos mantenerlos así, los conquistaremos uno por uno. Los mundos humanos perecerían antes que cooperar unos con otros.

Wen Hasta sonrió, asintiendo.

—Es una conducta típicamente mamífera. La evolución debió burlarse al conceder inteligencia a un mono.

—Pero la Tierra tiene un significado especial. Es el centro del loarismo, porque los humanos se originaron aquí. Corresponde al mismo sistema de Vega.

—¿Lo dices en serio? ¡No puede ser! ¿Esta diminuta mancha de dos por cuatro?

—Es lo que ellos dicen. Yo no estaba aquí en aquella época, de modo que no lo sé. Pero sea como fuere, si podemos destruir la Tierra, acabaremos con el loarismo, que tiene aquí su centro vital. Los historiadores dicen que fue el loarismo lo que unió a los mundos en contra nuestra al final de la Primera Campaña. Sin el loarismo, el último temor a la unificación del enemigo desaparece, y la victoria es sencilla.

—¡Muy inteligente! ¿Qué plan seguiremos?

—Bueno, se dice que buscarán hasta el último humano sobre la Tierra y los diseminarán por los mundos dominados. Entonces podremos destruir todas las demás cosas de la Tierra que huelan a mamíferos y convertir el planeta en un mundo totalmente lasiniano.

—Pero ¿cuándo?

—No lo sabemos; de ahí la existencia de la apuesta. Pero nadie se ha arriesgado más allá de un período de dos años.

—¡Hurra por Vega! Te apuesto dos a uno a que acribillo un crucero humano antes que tú, cuando llegue el momento.

—Hecho —exclamó Ban Sola—. Pongo cincuenta créditos.

Se levantaron para unir sus puños en señal de acuerdo y Wen Hasta sonrió al consultar su cronómetro.

—Otro minuto y dispondremos de mil créditos. Pobre Pirat For. Protestará. Vayámonos ya; más, sería extorsionarle.

Se oyó una risa ahogada mientras los dos lasinianos se marchaban, arrastrando suavemente la capa tras de sí. No se fijaron en la sombra ligeramente más oscura que estaba adosada a la pared del descansillo, a pesar de que casi la rozaron al pasar.

Tampoco sintieron sus llameantes ojos, fijos sobre ellos mientras descendían en silencio.

El loara Broos Porin se puso en pie de un salto con un sollozo de alivio, al ver avanzar hacia él, con paso vacilante, a Filip Sanat. Corrió ansiosamente hacia el joven, agarrándole las manos con fuerza.

—¿Qué te ha demorado, Filip? No sabes todos los terribles pensamientos que se me han ocurrido durante esta última hora. Si hubieras tardado cinco minutos más, me hubiera vuelto loco de ansiedad e incertidumbre. Pero ¿qué te ocurre?

El aliviado loara Broos tardó unos momentos en serenarse lo suficiente como para percatarse de las manos temblorosas del otro, su cabello revuelto, sus ojos brillantes de fiebre; pero cuando lo hizo, todos sus temores renacieron.

Miraba a Sanat con consternación, sin atreverse apenas a repetir su pregunta por miedo a la contestación. Pero Sanat no necesitaba que le apremiasen. En cortas y

espasmódicas frases relató la conversación que había oído y sus últimas palabras se perdieron en un desesperado silencio.

La palidez del loara Broos era casi alarmante, y por dos veces trató de hablar sin emitir más que unos roncos sonidos entrecortados. Después, finalmente:

—¡Pero eso será la muerte del loarismo! ¿Qué vamos a hacer?

Filip Sanat se echó a reír, como ríen los hombres cuando por fin se convencen de que no queda nada digno de risa.

—¿Qué podemos hacer? ¿Podemos informar al Consejo Central? Usted sabe muy bien lo débiles que están. ¿A los diversos gobiernos humanos? Ya puede imaginarse lo efectivos que serían esos locos divididos.

—¡Pero no puede ser verdad! ¡No puede serlo!

Sanat permaneció silencioso unos momentos, y entonces su rostro se contrajo agónicamente y con voz preñada de pasión, gritó:

—¡No lo permitiré! ¿Me oye? ¡No lo permitiré! ¡Les detendré! Era fácil comprender que había perdido el control de sí mismo; aquella violenta emoción era la causa.

Porin, que tenía la frente perlada de sudor, le rodeó la cintura con un brazo.

—¡Siéntate, Filip, siéntate! ¿Vas a volverte loco?

—¡No! —Con un súbito empujón, hizo que Porin se tambaleara hacia atrás hasta caer sentado, mientras la Llama oscilaba y flameaba locamente con la corriente de aire—. Voy a volverme sensato. ¡El tiempo del idealismo, el compromiso y el servilismo ha pasado! ¡Ha llegado el momento de la fuerza! ¡Lucharemos y, por el espacio, venceremos!

Abandonó la habitación a paso lento.

Porin cojeó tras de él.

—¡Filip! ¡Filip! —Se detuvo en el umbral con asustada desesperación. No podía ir más allá. Aunque los cielos se hundieran, alguien tenía que guardar la Llama.

Pero... pero ¿qué iba a hacer Filip Sanat? Y por la torturada mente de Porin pasaron visiones de una cierta noche, quinientos años antes, cuando una palabra descuidada, un golpe, un disparo, había encendido un fuego sobre la Tierra que finalmente fue apagado con sangre humana.

El loara Paul Kane estaba solo aquella noche. La oficina interior se encontraba vacía; la mortecina luz azul que había sobre la mesa, de una severa sencillez, era la única iluminación del cuarto. Tenía el rostro bañado por la pálida luz, y la barbilla sepultada meditativamente entre las manos.

Y entonces hubo una crujiente interrupción, cuando la puerta se abrió de súbito y un despeinado Russell Tymball apartó las amenazadoras manos de media docena de hombres y se precipitó en el interior. Kane se volvió consternado ante la intrusión y

se llevó una mano a la garganta mientras sus ojos se agrandaban por la aprensión. Su rostro era una asustada y muda interrogación.

Tymball levantó el brazo en un gesto tranquilizador.

—Está bien. Deje que recupere el aliento. —Jadeó un poco y se sentó lentamente antes de continuar—: Ha aparecido su catalizador, loara Paul... y adivine dónde. ¡Aquí en la Tierra! ¡Aquí en Nueva York! ¡A menos de un kilómetro de donde estamos ahora!

El loara Paul Kane contempló minuciosamente a Tymball.

—¿Se ha vuelto loco?

—No tanto como para que usted lo note. Se lo contaré, si no le importa encender una o dos luces. Parece un fantasma en el cielo —La habitación se emblanqueció bajo el brillo de una luz atómica, y Tymball prosiguió—: Ferni y yo volvíamos de la reunión. Pasábamos ante el Memorial cuando ocurrió, y puede usted dar gracias al destino por la afortunada coincidencia que nos condujo al lugar adecuado en el momento oportuno.

»Mientras pasábamos, una figura salió precipitadamente por la puerta lateral, saltó los escalones de mármol y gritó: "¡Hombres de la Tierra!" Todos se volvieron a mirarle, ya sabe lo concurrido que está el sector del Memorial a las once, y al cabo de dos segundos, le rodeaba una verdadera multitud.

—¿Quién era el que hablaba, y qué hacía dentro del Memorial? Es miércoles por la noche, ya sabe.

—Pues —Tymball hizo una pausa para reflexionar—, ahora que usted lo menciona, debía de ser uno de los dos guardianes. Era un loarista... la túnica lo indicaba claramente. ¡Pero no era un terrícola!

—¿Llevaba el círculo amarillo?

—No.

—Entonces ya sé quién era: el joven amigo de Porin. Sinat.

—¡Allí estaba! —Tymball se excedía en su entusiasmo—. Se encontraba a unos cinco metros sobre el nivel de la calle. No tiene ni idea de lo impresionante que estaba con el fulgor de las luxitas iluminándole la cara. Era hermoso, pero no del tipo atlético o musculoso. Pertenece al tipo ascético, si comprende a lo que me refiero. Pálido, de rostro delgado, ojos llameantes, cabello largo y castaño.

»¡Y cuando habló! Es inútil describirlo; para apreciarlo verdaderamente, tendría usted que haberle oído. Empezó explicando los propósitos lasinianos a la multitud; gritando lo que yo había estado murmurando. Era evidente que lo sabía de buena fuente, pues entró en detalles... ¡y cómo los contó! Hizo que sonaran reales y aterradores. Me asustó a mí con ellos; hizo que me quedara a escucharle muerto de miedo. Y en cuanto a la multitud, después de la segunda frase, estaba hipnotizada. A todos y cada uno de ellos se les había inculcado la "amenaza lasiniana"

constantemente, pero ésta era la primera vez que escuchaban... que en realidad escuchaban.

»Entonces empezó a maldecir a los lasinianos. Agotó todas las formas posibles de su bestialidad, su perfidia, su criminalidad... no tenía más que un vocabulario que les sumía en el barro más profundo del océano venusiano. Y cada vez que soltaba un epíteto, la multitud se levantaba sobre sus patas traseras y prorrumplía en aullidos. Ya parecía una especie de catecismo. “¿Permitiremos que esto continúe?”, gritaba él. “¡Nunca!”, respondía el gentío. “¿Debemos rendirnos?” “¡Nunca!” “¿Resistiremos?” “¡Hasta el final!” “¡Abajo los lasinianos!”, gritaba. “Matémosles”, chillaban los demás.

»Yo grité tanto como cualquiera de ellos... me olvidé enteramente de mí mismo.

»No sé cuánto tiempo pasó antes de que aparecieran unos guardias lasinianos. La multitud se volvió hacia ellos, mientras el loarista les apremiaba. ¿Ha oído alguna vez el grito de sangre de las turbas? ¿No? Es el sonido más horrible que pueda imaginarse. Los guardias también lo consideraron así, pues una mirada a lo que tenían delante les hizo dar la vuelta y correr para salvar el pellejo, a pesar de que iban armados. Para entonces, la multitud había aumentado y ya eran miles y miles.

»Pero al cabo de dos minutos, sonó la sirena de alarma... por primera vez en cien años. Volví a mis cabales y corrí hacia el loarista, que no había interrumpido su diatriba ni un momento. Era evidente que no podíamos permitir que cayera en manos de los lasinianos.

»El resto fue una confusión tremenda. Escuadrones de policía motorizada cargaban sobre nosotros, pero de algún modo, Ferni y yo logramos coger al loarista entre los dos, escabullirnos, y traerle aquí. Lo tengo en la habitación de afuera, amordazado y atado, para que se esté quieto.

Durante la última parte de la narración, Kane había estado golpeando nerviosamente el suelo con el pie, deteniéndose de vez en cuando para reflexionar. Pequeñas gotas de sangre aparecieron en su labio inferior.

—¿No cree —preguntó— que el motín será incontenible? Una explosión prematura...

Tymball sacudió vigorosamente la cabeza.

—Ya debe estar sofocado. Una vez desapareció el joven, la multitud perdió su valor, de todos modos.

—Habrà muchos muertos y heridos, pero... bueno, haga entrar al joven revolucionario. —Kane se sentó detrás de la mesa y dio a su rostro una apariencia de tranquilidad.

Filip Sanat tenía un triste aspecto cuando se arrodilló ante su superior. Su túnica estaba hecha trizas y su rostro, arañado y sanguinolento, pero el fuego de la determinación brillaba con la misma impetuosidad de siempre en sus ardientes ojos.

Russell Tymball le miraba sin aliento, como si la magia de las horas precedentes todavía subsistiera.

Kane extendió amablemente la mano.

—Estoy al corriente de tu explosión de violencia, hijo mío. ¿Qué fue lo que te impulsó a realizar un acto tan imprudente? Podría muy bien haberte costado la vida, por no hablar de las vidas de miles de otros.

Por segunda vez aquella noche, Sanat repitió la conversación que había oído..., dramáticamente y con los mínimos detalles.

—Perfecto, perfecto —dijo Kane, con una torva sonrisa, al concluir el relato—, ¿y pensaste que no sabíamos nada de todo esto? Durante largo tiempo nos hemos preparado contra este peligro, y tú has aparecido para trastornar todos nuestros planes, tan cuidadosamente trazados. Por tu apelación prematura, puedes haber causado un mal irreparable a nuestra causa.

Filip Sanat enrojeció.

—Perdone mi entusiasmo inexperto...

—Exactamente —exclamó Kane—. Sin embargo, dirigido adecuadamente, puedes ser de gran utilidad para nosotros. Tu oratoria y el fuego de tu juventud pueden obrar maravillas si están bien manejados. ¿Estás dispuesto a dedicarte a la tarea?

Los ojos de Sanat brillaron.

—¿Necesita preguntarlo?

El loara Paul Kane se echó a reír y lanzó una alborozada mirada de soslayo a Russell Tymball.

—Lo estás. Dentro de dos días, irás hacia las estrellas exteriores. Contigo irán varios de mis hombres. Y ahora, debes de estar cansado. Te llevarán donde puedas lavarte y curarte las heridas. Después, será mejor que duermas; pues necesitarás toda tu energía en los días venideros.

—¿Pero... pero el loara Broos Porin... mi compañero ante la Llama?

—Enviaré inmediatamente un mensajero al Memorial. Dirá al loara Broos que estás a salvo y servirá como segundo guardián durante el resto de la noche. ¡Ahora, vete!

Pero cuando Sanat, aliviado y locamente feliz, se levantaba para irse, Russell Tymball saltó de la silla y agarró la muñeca del loarista de más edad con un apretón convulsivo.

—¡Gran espacio! ¡Escuche!

El agudo y penetrante gemido que llegó hasta el santuario interior del despacho de Kane contó su propia historia. El rostro de Kane adquirió una palidez macilenta.

—¡Es la ley marcial!

La sangre había huido de los labios de Tymball.

—Después de todo, hemos sido derrotados. Aprovechan el desorden de esta noche para dar el primer golpe. Persiguen a Sanat, y le atraparán. Ni un ratón podría pasar a través del cordón que ahora van a tender alrededor de la ciudad.

—Pero no deben atraparlo. —Los ojos de Kane centellearon—. Le llevaremos al Memorial por el pasadizo. No se atreverán a violar el Memorial.

—Ya lo han hecho una vez —dijo Sanat con voz apasionada—. No me ocultaré de esos lagartos. Déjenos luchar.

—Silencio —dijo Kane—, y sígueme sin hacer ruido.

Se había abierto un panel en la pared, y Kane se dirigió hacia él.

Y mientras el panel se cerraba silenciosamente detrás de ellos, sumiéndolos en el frío resplandor de una lámpara atómica de bolsillo, Tymball murmuró para sí:

—Si están dispuestos, ni siquiera el Memorial constituirá un buen refugio.

Nueva York estaba en efervescencia. La guarnición lasiniana había desplegado todas sus fuerzas y había puesto la ciudad en estado de sitio. Nadie podía entrar ni salir.

En las avenidas principales, rodaban los carros del ejército, mientras que por encima se cernían los estrato-coches que guardaban las vías aéreas.

La población humana se agitaba nerviosamente. Se infiltraban en las calles, uniéndose en pequeños grupos que se deshacían al acercarse los lasinianos. La revelación de Sanat se extendió, y aquí y allí hombres ceñudos intercambiaban furiosos susurros. La atmósfera estaba llena de tensión.

El virrey de Nueva York se dio cuenta de ello mientras estaba sentado ante su mesa del palacio, que levantaba sus verjas sobre Washington Heights. Se asomó a la ventana para contemplar el río Hudson, que fluía oscuramente, e interpeló al lasiniano uniformado que había ante él.

—Debe haber una acción positiva, capitán. En eso tiene usted razón. Y sin embargo si es posible, debe evitarse una ruptura completa. Lamentablemente, disponemos de muy pocos hombres y no tenemos más que cinco navíos de guerra de tercera clase en todo el planeta.

—No es nuestra fuerza sino su propio miedo lo que les debilita, Excelencia. Su valor ha sido minado a conciencia durante estos últimos siglos. El populacho se rendiría ante una sola unidad de guardias. Precisamente, ésta es la razón de que ahora debamos atacar con fuerza. La población ha retrocedido y deben sentir el látigo enseguida. La Segunda Campaña muy bien podría empezar esta noche.

—Sí —el virrey sonrió con ironía—. Estamos en un callejón sin salida, pero el... el... agitador debe servir como ejemplo. Le han cogido, naturalmente.

El capitán sonrió de modo tétrico.

—No. El perro humano tiene poderosos amigos. Es loarista, ya sabe. Kane...

—¿Acaso Kane está contra nosotros? —Dos manchas rojas brillaron en los ojos



del virrey—. ¡Y el muy loro se atreve! Las tropas arrestarán al rebelde a pesar suyo... y a él también, si se opone.

—¡Excelencia! —La voz del capitán sonó metálicamente—. Tenemos razones para creer que los rebeldes pueden estar escondidos en el Memorial.

El virrey casi se puso en pie. Frunció el ceño con indecisión y volvió a sentarse.

—¡En el Memorial! ¡Eso presenta dificultades!

—¡No necesariamente!

—Hay ciertas cosas que esos humanos no tolerarían —Su voz se desvaneció vacilante.

El capitán habló con decisión:

—La ortiga, cogida con fuerza, no pica. Hecho con rapidez... podría sacarse a un criminal hasta de la misma sala de la Llama... y borramos el loarismo de un sólo golpe. Es imposible que haya lucha después de este supremo desafío.

—¡Por Vega! Que me cuelguen si no tiene usted razón. ¡Perfecto! ¡Asalten el Memorial!

El capitán se inclinó ceremoniosamente, giró sobre sus talones y salió del palacio.

Filip Sanat volvió a entrar en la sala de la Llama, con su rostro delgado alterado por la cólera.

—Todo el sector está controlado por los lagartos. Han cortado todas las avenidas que conducen al Memorial.

Russell Tymball se frotó la barbilla.

—Oh, no son tontos. Nos han arrinconado, y el Memorial no les detendrá. De hecho, pueden haber decidido que éste sea el Día.

Filip frunció el ceño y su voz revelaba toda la furia que sentía.

—Y nosotros tenemos que esperar aquí, ¿verdad? Es mejor morir luchando que escondiéndose.

—Es mejor no morir de ningún modo, Filip —respondió Tymball con calma.

Hubo un momento de silencio. El loara Paul Kane se contemplaba los dedos.

Finalmente, dijo:

—Si ahora diera la señal de atacar, Tymball, ¿cuánto tiempo resistiría?

—Hasta que llegaran refuerzos lasinianos en número suficiente como para aplastarnos. La guarnición terrestre, incluyendo toda la patrulla solar, no es bastante para detenernos. Sin ayuda exterior, podemos luchar eficazmente durante seis meses como mínimo. Por desgracia, éste no es el caso —Su compostura era serena.

—¿Por qué no es el caso?

Su rostro enrojeció de pronto, mientras se ponía furiosamente en pie.

—Porque no es cuestión de apretar unos botones. Los lasinianos son débiles. Mis hombres lo saben, pero la Tierra no. Los lagartos poseen un arma, ¡el miedo! No

podemos vencerlos, a menos que el pueblo esté con nosotros, aunque sólo sea pasivamente. —Contrajo la boca—. Usted no sabe las dificultades prácticas que hay. Hace diez años que planeo, trabajo, lo intento. Pero ¿de qué serviría? Tengo un ejército; y una flota respetable en los Apalaches. Podría poner simultáneamente en marcha las ruedas en los cinco continentes. Pero ¿de qué serviría? Sería inútil. Si tuviera Nueva York, es decir... si fuera capaz de demostrar al resto de la Tierra que los lasinianos no son invencibles...

—¿Si yo pudiera disipar el miedo que hay en el corazón de los humanos? —dijo Kane suavemente.

—Tendría Nueva York al amanecer. Pero sería necesario un milagro.

—¡Quizá! ¿Cree que podrá atravesar el cordón y reunirse con sus hombres?

—Lo haré. ¿Qué hará usted ahora?

—Lo sabrá cuando ocurra —Kane sonreía con fiereza—. Y cuando ocurra, ¡ataque!

De repente, apareció una pistola de tonita entre las manos de Tymball, mientras se alejaba. Su rostro gordinflón no era nada amable.

—Correré el riesgo, Kane. ¡Adiós!

El capitán subió arrogantemente los desiertos escalones de mármol del Memorial. Iba acompañado por dos ayudantes armados.

Se detuvo un instante ante la enorme puerta doble que se levantaba ante él y contempló los esbeltos pilares que se elevaban graciosamente a ambos lados.

Había algo de sarcasmo en su sonrisa.

—Todo es muy impresionante, ¿verdad?

—¡Sí, capitán! —fue la respuesta.

—Y misteriosamente oscuro también, a excepción del mortecino amarillo de su Llama. ¿Ven su luz? —señaló hacia los vitrales inferiores, que brillaban con un fulgor vacilante.

—¡Sí, capitán!

—Es oscuro, misterioso e impresionante... y está a punto de caer en ruinas. —Sé echó a reír, y de repente golpeó las tallas de metal con la culata de su pistola produciendo un estrepitoso sonido.

Repercutió en el interior vacío y sonó sordamente en la noche, pero no hubo respuesta.

El ayudante de su izquierda se llevó un receptor a la oreja y escuchó las vagas palabras que salían de él. Saludó.

—Capitán, los humanos están entrando en el sector.

El capitán hizo un ademán despectivo.

—¡Déjenlos! Ordene que preparen las armas y que apunten a lo largo de las

avenidas. Cualquier humano que intente atravesar el cordón, debe ser irradiado sin compasión.

Su orden fue murmurada en el transmisor, y unos cien metros más allá los guardias lasinianos dispusieron sus armas y apuntaron cuidadosamente. Un murmullo bajo e incipiente se convirtió en una manifestación de miedo. Los hombres retrocedieron un poco.

—Si no se abre la puerta —dijo el capitán, sombríamente—, tendremos que tirarla abajo —Volvió a levantar la pistola y de nuevo se oyó el ruido de metal sobre metal.

Lenta y silenciosamente, la puerta se abrió de par en par, y el capitán reconoció a la austera figura vestida de púrpura que tenía ante sí.

—¿Quién perturba el Memorial la noche de la custodia de la Llama? —preguntó el loara Paul Kane, solemnemente.

—Muy dramático, Kane. ¡Apártese!

—¡Atrás! —Las palabras sonaban firme y claramente—. Los lasinianos no pueden entrar en el Memorial.

—Entréguenos a nuestro prisionero, y nos iremos. Si se niega, nos lo llevaremos por la fuerza.

—El Memorial no entregará a nadie. Es inviolable. Ustedes no pueden entrar.

—¡Abra paso!

—¡Retrocedan!

El lasiniano gruñó roncamente y percibió un débil bramido. Las calles que le rodeaban estaban vacías, pero a una manzana de distancia en todas las direcciones se extendía la delgada línea de las tropas lasinianas, con sus armas dispuestas, y detrás estaban los humanos.

Se hallaban apretujados en una masa ruidosa, y la blancura de sus rostros brillaba pálidamente bajo la iluminación nocturna.

—Vamos —el capitán hizo rechinar los dientes—, ¿y aún siguen gritando? —La áspera piel que cubría sus mandíbulas se arrugó y las escamas de su cabeza se encresparon agudamente. Se volvió hada el ayudante del transmisor—. Ordene una salva sobre sus cabezas.

La noche fue partida en dos por las púrpuras descargas de energía y los lasinianos rieron estrepitosamente ante el silencio que siguió.

El capitán se volvió a Kane, que permanecía en el umbral.

—Ya ve que si espera ayuda por parte de su gente, se verá decepcionado. La próxima salva se disparará a nivel de cabeza. ¡Si cree que le engaño, compruébelo!

Sus dientes rechinaron con un sonido agudo.

—¡Abra paso! —Tenía una tonita en la mano, y el pulgar se apoyaba firmemente sobre el gatillo.

El loara Paul Kane retrocedió lentamente, con los ojos fijos en el arma. El capitán le siguió. Y al hacerlo, la puerta interior de la antesala se abrió y la sala de la Llama apareció al descubierto. Con la súbita corriente de aire, la Llama osciló y, al verla, los distantes espectadores lanzaron un enorme grito.

Kane se volvió hacia ella, con el rostro levantado. El movimiento de una de sus manos fue casi imperceptible.

Y la Llama cambió súbitamente. Se elevó hacia el techo abovedado, como un brillante haz de luz de quince metros de altura. La mano del loara Paul Kane volvió a moverse, y, al hacerlo, la Llama adquirió una tonalidad carmesí. El color se hizo más intenso y la rojiza luz de aquel pilar ardiente invadió la ciudad y convirtió las ventanas del Memorial en ojos sanguinolentos.

Pasaron largos segundos y el capitán quedó inmovilizado por el asombro.

Mientras, la distante masa de seres humanos guardaba un reverente silencio.

Y después se oyó un murmullo confuso, que se reforzó y aumentó hasta convertirse en un vasto grito.

—¡Abajo los lasinianos!

Se vio el destello púrpura de una tonita procedente de algún lugar en lo alto, y el capitán se dio cuenta un instante demasiado tarde. Cogido por sorpresa, se inclinó lentamente herido de muerte; con su frío rostro reptil convertido en una máscara de desprecio hasta el final.

Russell Tymball bajó la pistola y sonrió sardónicamente.

—Un blanco perfecto contra la luz. ¡Bien por Kane! La transformación de la Llama era precisamente la conmoción que necesitábamos. ¡Adelante!

Desde el tejado de la morada de Kane, apuntó al lasiniano que había debajo. Y al hacerlo, todo el infierno hizo erupción.

Parecía que los hombres brotaran del mismo suelo, con las armas en la mano. Las tonitas disparaban desde todos los lados, antes de que los aturridos lasinianos pudieran apretar el gatillo.

Y cuando lo hicieron, era demasiado tarde, pues la multitud, dominada por una creciente cólera, rompió sus ataduras.

Alguien gritó: “¡Muerte a los lagartos!”, y el grito se convirtió en un aullido sordo que se elevó hasta el cielo.

Como un monstruo de muchas cabezas, la riada de seres humanos avanzó, sin armas. Cientos de ellos sucumbieron bajo la tardía furia de las armas defensivas, y muchos miles gatearon sobre los cadáveres, cargando hacia las mismas armas.

Los lasinianos no vacilaron. Sus filas disminuyeron continuamente bajo la mortífera puntería de los timbalistas, y los que quedaron fueron atrapados por el torrente de humanos que cayó sobre ellos y les infligió una muerte horrible.

El sector del Memorial brillaba a la luz rojiza de la sangrienta Llama y resonaban

los gritos de agonía de los moribundos, y la estrepitosa furia de los triunfadores.

Fue la primera batalla de la Gran Rebelión, pero en realidad no fue una batalla, ni siquiera una locura.

Fue una anarquía concentrada.

Por toda la ciudad, desde el extremo de Long Island hasta las llanuras del centro de Jersey, los rebeldes surgieron de todas partes y los lasinianos encontraron la muerte. Y con la misma rapidez que se extendían las órdenes de Tymball para levantar a los francotiradores, así corrió de boca en boca la noticia de la transformación de la Llama y aumentó de importancia al difundirse. Todo Nueva York se levantó, y unió sus vidas separadas en el único crisol gigante de la “multitud”.

Era incontrolable, incontestable, irresistible. Los timbalistas fueron con impotencia adonde conducía, concentrando todos sus esfuerzos, inútiles desde el principio.

Como un poderoso río, siguió su curso a través de la metrópoli, y por donde pasaba no quedaba ningún lasiniano con vida.

El sol de aquella fatídica mañana se levantó para ver a los dueños de la Tierra ocupando un reducido círculo al norte de Manhattan. Con el frío valor de soldados natos, enlazaron los brazos y resistieron la carga, cayendo muchos. Lentamente, retrocedieron; en cada edificio, una escaramuza; en cada manzana, una batalla desesperada. Se dividieron en grupos aislados; defendiendo primero un edificio, y después sus pisos superiores, y finalmente su tejado.

Bajo el ardiente sol de mediodía, sólo quedaba el mismo palacio. Su última posición desesperada mantenía a los humanos a raya. El débil círculo de fuego que lo rodeaba sembraba el suelo de cuerpos ennegrecidos. El virrey en persona dirigía la defensa desde su sala del trono, mientras su propio dedo apretaba el gatillo de una semiportátil.

Y entonces, cuando la multitud hizo finalmente una pausa, Tymball agarró su oportunidad al vuelo y tomó el mando.

Armas pesadas fueron arrastradas hasta el frente. Unidades atómicas y rayos delta, procedentes del almacén rebelde y de los arsenales capturados la noche anterior, apuntaban sus mortíferos cañones hacia el palacio.

Un disparo contestaba a otro, y la primera batalla organizada de máquinas transcurrió con desesperada furia. Tymball era una figura omnipresente. Gritaba, dirigía, se trasladaba desde un emplazamiento a otro, disparando su propia tonita de mano, desafiadamente, hacia el palacio.

Bajo una barrera de apretado fuego, los humanos cargaron de nuevo y atravesaron los muros, mientras los defensores caían.

Un proyectil atómico impidió su camino hacia la torre central y hubo un súbito

infierno de fuego.

Aquel incendio fue la pira funeraria de los últimos lasinianos de Nueva York. Las ennegrecidas paredes del palacio se desmoronaron con gran estrépito; pero hasta el mismo final, mientras la habitación ardía en torno suyo, con el rostro horriblemente herido, el virrey se mantuvo firme, apuntando, al grueso de la fuerza sitiadora. Y cuando su semiportátil gastó el último vestigio de energía y expiró, la lanzó por la ventana en un postrer e inútil gesto de desafío y se arrojó al ardiente infierno que había a su espalda.

A la puesta del sol, sobre el terreno del palacio, que aún seguía en llamas, ondeaba la bandera verde de la Tierra independiente.

Nueva York volvía a ser humana.

Russell Tymball tenía un aspecto lamentable cuando aquella noche entró de nuevo en el Memorial Con la ropa hecha jirones, y chorreando sangre de la cabeza a los pies a causa de una herida que tenía en la mejilla, contempló con ojos cansados el espectáculo sangriento que le rodeaba.

Equipos de voluntarios, ocupados en sacar a los muertos y curar a los heridos, aún no habían logrado hacer gran cosa en el mortal trabajo de la rebelión.

El Memorial se transformó en un hospital improvisado. Había pocos heridos, pues las armas de energía causaban la muerte; y de esos pocos, casi ninguno presentaba heridas superficiales. Era una escena de indescriptible confusión, y los gemidos de los heridos y moribundos se mezclaban horriblemente con los distantes gritos de los supervivientes que celebraban la victoria.

El loara Paul Kane se abrió paso entre los numerosos ayudantes en dirección a Tymball.

—Dígame, ¿ya se ha terminado? —Su rostro estaba demacrado.

—El principio, sí. La bandera terrestre ondea sobre las ruinas del palacio.

—¡Ha sido horrible! El día ha... ha... —Se estremeció y cerró los ojos—. Si lo hubiera sabido con anticipación, casi hubiera preferido ver deshumanizada a la Tierra y el loarismo destruido.

—Sí, ha sido desastroso. Pero el resultado podía haber sido mucho peor. ¿Dónde está Sanat?

—En el patio... ayudando a curar a los heridos. Todos lo hacemos. Es... es... —La voz volvió, a fallarle.

Había impaciencia en los ojos de Tymball, y se encogió de hombros con cansancio.

—No es que yo sea un monstruo insensible, pero tenía que hacerse, y esto no es más que el principio. Los acontecimientos de hoy significan poca cosa. El levantamiento ha tenido lugar en la mayor parte de la Tierra, pero sin el fanático

entusiasmo de la rebelión de Nueva York. Los lasinianos no están vencidos, ni siquiera próximos a estarlo. No lo olvide. En este mismo momento la guardia solar se dirige hacia la Tierra, y las fuerzas de los planetas exteriores reciben llamamientos de ayuda. Dentro de muy poco, todo el imperio lasiniano convergerá sobre la Tierra y la revancha será terrible y sangrienta. ¡Debemos conseguir ayuda!

Agarró a Kane por los hombros y le sacudió violentamente.

—¿Lo entiende? ¡Debemos conseguir ayuda! Incluso aquí, en Nueva York, el primer ardor de la victoria puede desvanecerse mañana. ¡Debemos conseguir ayuda!

—Lo sé —dijo Kane sin entonación alguna—. Llamaré a Sanat y podrá irse hoy mismo. —Suspiró—. Si la acción de hoy era una prueba de su poder como catalizador, podemos esperar grandes acontecimientos.

Sanat subió al pequeño crucero de dos plazas media hora más tarde y tomó asiento junto a Petri, en los mandos.

Extendió la mano a Kane por última vez.

—Cuando regrese, será con una flota detrás de mí.

Kane estrechó fuertemente la mano del joven.

—Dependemos de ti, Filip. —Hizo una pausa y dijo lentamente—: ¡Buena suerte, loara Filip Sanat!

Sanat enrojeció de placer al oír el título, mientras tomaba asiento de nuevo. Petri hizo un ademán de despedida y Tymball gritó:

—¡Cuidado con la guardia solar!

La escotilla se cerró con un ruido seco, y después, con un trepidante rugido, el diminuto crucero despegó hacia los cielos.

Tymball lo siguió hasta que se convirtió en una mota, y aun menos, y entonces se volvió hacia Kane.

—Ahora todo está en manos del destino. Kane, ¿cómo se las arregló para transformar la Llama? No me diga que la Llama se volvió roja por sí misma.

Kane movió lentamente la cabeza.

—¡No! Aquella llamarada carmesí se obtuvo al abrir una cavidad secreta llena de sales de estroncito, instalada originalmente allí para impresionar a los lasinianos en caso de necesidad. El resto fue química.

Tymball se echó a reír sombríamente.

—¿Quiere decir que el resto fue psicología popular? Y me parece que los lasinianos quedaron impresionados... ¡y hasta qué punto!

El espacio no dio ninguna advertencia, pero el detector de masas zumbó y lo hizo perentoria e insistentemente. Petri se enderezó en su asiento y dijo:

—No estamos en ninguna zona meteórica.

Filip Sanat contuvo el aliento mientras el otro manipulaba la manivela que hacia girar el perirrotor. El campo estelar fue sucediéndose en el visor con lenta dignidad, y entonces lo vieron.

Brillaba a la luz del sol como una diminuta pelota de fútbol de color naranja, y Petri gruñó:

—Si nos han localizado, estamos perdidos.

—¿Una nave lasiniana?

—¿Una nave? ¡Eso no es ninguna nave! ¡Es un crucero de batalla de cincuenta mil toneladas! No sé qué está haciendo aquí.

Tymball dijo que la patrulla se dirigía hacia la Tierra.

La voz de Sanat era tranquila.

—Ese no lo ha hecho. ¿Podemos despistarle?

—¡Ni en sueños! —el puño de Petri apretaba fuertemente la barra de gravedad—. Están acercándose.

Estas palabras fueron como una señal.

El audiómetro se movió y la áspera voz lasiniana empezó en un susurro y subió de tono hasta la estridencia, a medida que la emisión de la radio se agudizaba:

«¡Conecten motores posteriores y prepárense para el abordaje!»

Petri soltó los mandos y lanzó una mirada a Sanat.

—Yo no soy más que el chofer. ¿Qué quieres hacer? Tenemos menos probabilidades que un meteoro contra el Sol... pero si quieres correr el riesgo...

—Bueno —dijo Sanat, simplemente—, no vamos a rendirnos, ¿verdad?

El otro sonrió entre dientes, mientras desconectaba los cohetes de aceleración.

—¡No está mal para un loarista! ¿Sabes disparar una tonita armada?

—¡Nunca lo he hecho!

—Bien, pues aprende. Coge la ruedecilla de aquí arriba y pon el ojo en el visor de encima. ¿Ves algo?

La velocidad seguía disminuyendo y la nave enemiga se aproximaba.

—¡Sólo estrellas!

—Muy bien, haz girar la rueda... Adelante, más lejos. Intenta por la otra dirección. ¿Ves la nave ahora?

—¡Sí! Allí está.

—¡Perfecto! Ahora céntrala. Sitúala donde se cruzan las rayitas y, por el Sol, mantenla ahí. Ahora voy a dirigirme hacia esos asquerosos lagartos —los cohetes laterales se pusieron en marcha mientras hablaba— y tú la mantienes centrada.

La nave lasiniana aumentaba de tamaño rápidamente, y la voz de Petri se convirtió en un tenso murmullo:

—Bajaré la pantalla y arremeteré contra ella. Si están suficientemente aturdidos,



es posible que bajen su pantalla y disparen: y si lo hacen con prisa, pueden fallar.

Sanat asintió en silencio.

—En cuanto veas el destello púrpura de la tonita, haz retroceder la rueda. Hazlo con fuerza; y deprisa. Si te retrasas un poco, estamos perdidos —Se encogió de hombros—. Hemos de correr el riesgo.

Entonces, apretó hacia delante la palanca de la gravedad y gritó:

—¡Mantenla centrada!

La aceleración empujó a Sanat hacia atrás, y la rueda que sostenía en sus manos llenas de sudor respondió de mala gana a la presión. La pelota de fútbol naranja se tambaleó en el centro del visor. Se dio cuenta de que las manos le temblaban, y eso no le ayudó nada. La tensión le hizo parpadear.

La nave lasiniana ya se veía enormemente grande, y entonces, un destello púrpura se dirigió hacia ella. Sanat cerró los ojos y se echó hacia atrás.

No oyó ningún ruido y permaneció así un rato, hasta que escuchó la risa de Petri a su lado.

—La suerte propia de un principiante —rió Petri—. Nunca había usado un arma con anterioridad y deja fuera de combate a un crucero pesado con una perfección que no había visto en la vida.

—¿Di en el blanco? —balbuceó Sanat.

—No exactamente, pero lo has incapacitado. Es suficiente. Y ahora, en cuanto nos alejemos lo bastante del Sol, entraremos en el hiperespacio.

La alta figura vestida de púrpura que estaba junto a la portilla central contemplaba pensativamente el silencioso globo que se divisaba a través de ella. Era la Tierra, enorme, redonda, gloriosa.

Quizá sus pensamientos fueran un poco amargos al considerar el período de seis meses que acababa de transcurrir. Había comenzado con un nuevo esplendor. El entusiasmo prendió como una llamarada y se extendió, atravesando las simas estelares de un planeta a otro, con la misma rapidez que un rayo hiperatómico. Los gobiernos, enfrentados súbitamente con el exaltado clamor de sus pueblos, equiparon flotas.

Enemigos de siglos firmaron repentinamente la paz y volaron bajo la misma bandera verde de la Tierra.

Quizá hubiera sido demasiado optimista esperar que esta amistad continuara.

Mientras fue así, los humanos se mostraron irresistibles. Una de las flotas no se encontraba a más de dos parsecs de la misma Vega; otra había capturado la Luna y se cernía a escasa distancia de la Tierra, donde los andrajosos revolucionarios de Tymball seguían manteniéndose tenazmente firmes.

Filip Sanat suspiró y se volvió al oír el ruido de unos pasos. El canoso Ion Smitt,

del contingente lactoniano, entró.

—Su rostro refleja lo ocurrido —dijo Sanat.

Smitt movió la cabeza.

—Parece imposible.

Sanat volvió a alejarse.

—¿Sabe que hoy hemos recibido noticias de Tymball? Continúan luchando contra los lasinianos. Los lagartos han tomado Buenos Aires y, al parecer, toda Sudamérica está en su poder. Los timbalistas están descorazonados y disgustados, igual que yo —Dio media vuelta súbitamente—. Usted dice que nuestras nuevas nave aguja aseguran la victoria. Entonces, ¿por qué no atacamos?

—Pues por una razón —el canoso soldado colocó una pierna embotada sobre la silla más cercana—; los refuerzos de Santanni no vienen.

Sanat se sobresaltó.

—Pensaba que ya estaban en camino. ¿Qué ha sucedido?

—El gobierno de Santanni ha decidido que su flota es necesaria para la defensa de su propio planeta. —Una sonrisa irónica acompañó estas palabras.

—¿Qué defensa? ¡Pero si los lasinianos están a quinientos parsecs de ellos!

Smitt se encogió de hombros.

—Una excusa es una excusa y no hace falta que tenga sentido. No he dicho que ésa fuera la verdadera razón.

Sanat se mesó los cabellos y sus dedos acariciaron el sol amarillo que había sobre su hombro.

—¡Aun así! Todavía podemos luchar, con más de cien naves. El enemigo es dos veces más numeroso que nosotros, pero con las naves-aguja, la base lunar respaldándonos y los rebeldes hostigándolos por retaguardia... —Se sumió en una ensoñación profunda.

—No querrán luchar, Filip. El escuadrón trantoriano desea retirarse —Su voz adquirió un tono violento—. De toda la flota, sólo puedo confiar en las veinte naves de mi propio escuadrón... el lactoniano. Oh, Filip, no sabes la bajeza que hay en todo esto... nunca lo has sabido. Has ganado al pueblo para la causa, pero no has ganado a los gobiernos. La opinión popular les ha forzado a entrar, pero ahora que lo han hecho, sólo se quedan por los beneficios que puedan obtener.

—No puedo creerlo, Smitt. Con la victoria en la mano...

—¿Victoria? ¿Victoria para quién? Sobre este punto, exactamente, los planetas no logran ponerse de acuerdo. En una convención secreta de las naciones, Santanni exigió el control de todos los mundos lasinianos del sector de Sirio, ninguno de los cuales ha sido reconocido todavía como tal, y se lo rehusaron. Ah, no lo sabías. En consecuencia, decide que ha de cuidarse de la defensa de su planeta, y retira diversos escuadrones.

Filip Sanat se alejó con pena, pero la voz de Ion Smitt siguió golpeándole, con fuerza despiadadamente.

—Y entonces Trántor se da cuenta de que odia y teme a Santanni mucho más que a los lasinianos y cualquier día de estos retirará su flota para evitar que la destrocen, mientras las naves de su enemigo están a salvo y tranquilas en puerto. Las naciones humanas se están desgarrando —el puño del soldado cayó sobre la mesa— como un traje apolillado. Creer que los idiotas egoístas podían unirse durante largo tiempo para un fin que valiera la pena, era un sueño de locos.

Los ojos de Sanat se convirtieron súbitamente en un par de calculadoras rendijas.

—¡Espere un poco! Todo saldrá bien, si logramos conservar el control de la Tierra. La Tierra es la clave de toda esta situación —Sus dedos tamborilearon en el borde de la mesa—. Su captura nos proporcionaría la chispa vital. Levantaría el entusiasmo humano, ahora dormido, hasta el punto de ebullición y los gobiernos... Bueno, tendrían que dejarse llevar por la corriente o ser destrozados.

—Lo sé. Si ahora lucháramos, te doy mi palabra de soldado de que mañana estaríamos en la Tierra. Ellos también lo saben, pero no lucharán.

—Entonces..., entonces debemos obligarlos a luchar. Y la única manera de hacerlo es no dejarles ninguna alternativa. Ahora no lucharían, porque pueden retirarse siempre que así lo deseen, pero si...

De pronto levantó la vista, con el rostro radiante.

—Sabe, hace años que no me quito la túnica loarista. ¿Cree que su ropa me irá bien?

Ion Smitt examinó sus amplias dimensiones y sonrió.

—Bueno, es posible que no te vaya a la medida, pero por lo menos te cubrirá bien. ¿Qué piensas hacer?

—Se lo diré. Es un gran riesgo, pero... Envíe inmediatamente las siguientes órdenes a la guarnición de la base lunar...

El almirante del escuadrón lunar lasiniano era un veterano endurecido por la guerra que odiaba dos cosas por encima de todo: a los humanos y a los civiles. La unión de ambas, en la persona del alto y esbelto humano, cubierto por ropas que le sentaban mal, le hizo fruncir el ceño con disgusto.

Sanat se retorció entre las garras de dos soldados lasinianos.

—Dícales que me suelten —gritó en la lengua de Vega—. No voy armado.

—Hable —ordenó el almirante en inglés—. No entienden su idioma.

Después, en lasiniano, se dirigió a los soldados:

—Disparen cuando dé la orden.

Sanat se serenó.

—He venido para discutir las condiciones.

—Así lo imaginé cuando vi que enarbolaba la bandera blanca. Sin embargo, viene en un crucero individual y a escondidas de su propia flota, como un fugitivo. Seguramente, no puede hablar por su flota.

—Hablo por mí mismo.

—Entonces le concedo un minuto. Si al final de este tiempo no estoy interesado, le matarán —Su expresión era dura.

Sanat intentó liberarse de nuevo, pero con poco éxito. Sus captores le agarraron con más fuerza.

—Su situación —dijo el terrícola— es ésta. No pueden atacar al escuadrón humano mientras controlen la base lunar, sin serio peligro para su propia flota, y no puede usted arriesgarse a eso teniendo una Tierra hostil a sus espaldas. Al mismo tiempo, me he enterado de que las órdenes de Vega son conducir a los humanos fuera del sistema solar a cualquier precio, y que al emperador no le gustan los fracasos.

—Le quedan diez segundos —dijo el almirante, pero delatoras manchitas rojas aparecieron encima de sus ojos.

—Muy bien, pues —fue la apresurada respuesta—. ¿Qué le parece si me ofrezco a capturar a toda la flota humana en una trampa?

Hubo un silencio. Sanat prosiguió:

—¿Y si le muestro cómo puede tomarla base lunar y rodear a los humanos?

—¡Continúe! —Fue el primer signo de interés que el almirante se permitió.

—Estoy al mando de uno de los escuadrones y tengo ciertos poderes. Si acepta nuestras condiciones, podemos tener la base desierta dentro de doce horas. Dos naves —el humano levantó dos dedos impresionantemente— la conquistarían.

—Interesante —dijo el lasiniano con lentitud—; pero ¿y sus motivos? ¿Por qué hace esto?

Sanat sacó un arrogante labio inferior.

—Eso no le interesaría. He sido maltratado y me han privado de mis derechos. Además —sus ojos brillaron—, la humanidad es una causa perdida, de cualquier modo. Por esto espero dinero... mucho dinero. Júremelo, y la flota es suya.

El almirante expresó su desprecio con la mirada.

—Hay un proverbio lasiniano: «El humano no es constante mas que en la traición.» Disponga la suya, y yo le pagaré. Lo juro por la palabra de un soldado lasiniano. Puede regresar junto a sus naves.

Con un ademán, despidió a los soldados y después los detuvo en el umbral.

—Pero recuérdelo, arriesgo dos naves. Significan poco en lo referente al poderío de mi flota, pero, sin embargo, si la traición humana hace daño a uno sólo de mis hombres... —Las escamas de su cabeza estaban totalmente erectas, y Sanat bajó los ojos ante la fría mirada del otro.

Durante mucho rato, el almirante permaneció solo e inmóvil. Después escupió.

—¡Esta carroña humana! ¡Incluso luchar contra ellos es una deshonra!

La nave capitana de la flota humana volaba a unos ciento cincuenta kilómetros sobre la Luna, y en su interior, los capitanes de los escuadrones estaban sentados alrededor de la mesa y escuchaban las acusaciones que les gritaba Ion Smitt.

—... Les digo que sus acciones llegan a la traición. La batalla contra Vega progresa, y si los lasinianos ganan, su escuadrón solar será reforzado hasta tal punto que nosotros tendremos que retroceder. Y si los humanos vencen, esta traición nuestra pone su flanco en peligro y hace la victoria inútil. Podemos ganar, se lo digo yo. Con esas nuevas naves-aguja...

El adormilado líder trantoriano intervino:

—Las naves-aguja todavía no han sido probadas. No podemos arriesgar una batalla importante en un experimento, cuando las probabilidades están en contra nuestra.

—Este no era su punto de vista original, Porcut. Usted, sí, y el resto de ustedes también, son unos cobardes traidores. ¡Cobardes! ¡Pusilánimes!

Una silla fue lanzada hacia atrás cuando uno de ellos se levantó impulsado por la rabia y otros le siguieron. El loara Filip Sanat, desde su posición ventajosa junto a la portilla central, a través de la cual contemplaba el desolado paisaje lunar con fervorosa concentración, se volvió con alarma. Pero Jem Porcut alzó una mano de protuberantes nudillos para imponer orden.

—Dejémonos de evasivas —dijo—. Yo represento a Trántor, y sólo obedezco órdenes de allí. Tenemos once naves aquí, y el espacio sabe cuántas hay en Vega. ¿Cuántas tiene Santanni? ¡Ninguna! ¿Por qué las conserva en casa? Quizá para aprovecharse de la preocupación de Trántor. ¿Hay alguien que ignore sus propósitos contra nosotros? No vamos a destruir nuestras naves aquí para beneficio suyo. ¡Trántor no luchará! ¡Mi división parte mañana! Bajo las actuales circunstancias, los lasinianos se alegrarán de dejarnos marchar en paz.

Otro tomó la palabra:

—Y Poritta, también. El tratado de Draconis nos ha presionado sin compasión durante estos veinte años. Los planetas imperialistas rechazan una revisión, y no lucharemos en una guerra que sólo conviene a sus intereses.

Uno tras otro, repitieron insistentemente el mismo refrán:

—¡Nuestros intereses son contrarios a ella! ¡No lucharemos!

Y, súbitamente, el loara Filip Sanat sonrió. Había vuelto la espalda a la Luna y se reía de los gruñones argumentadores.

—Caballeros —dijo—, nadie se irá.

Ion Smitt suspiró con alivio y volvió a apoyarse en su silla.

—¿Quién nos detendrá? —preguntó Porcut con desprecio.

—¡Los lasinianos! Acaban de tomar la base lunar y estamos rodeados.

Un murmullo de consternación recorrió la estancia. Los gritos y la confusión aumentaban y una voz ahogó a las otras:

—¿Qué hay de la guarnición?

—La guarnición ha destruido las fortificaciones horas antes que los lasinianos llegaran. El enemigo no encontró resistencia.

El silencio que siguió fue mucho más terrorífico que los gritos que lo habían precedido.

—Traición —murmuró alguien.

—¿Quién está detrás de todo esto?

Uno a uno se acercaron a Sanat. Los puños se cerraron. Los rostros enrojecieron.

—¿Quién lo hizo?

—Yo lo hice —dijo Sanat, tranquilamente.

Hubo un momento de pasmada incredulidad.

—¡Perro! ¡Cerdo loarista! ¡Cortémosle el cuello!

Y entonces todos retrocedieron ante el par de pistolas de tonita que aparecieron en manos de Ion Smitt. El corpulento lactoniano se colocó frente al joven.

—Yo también estoy metido en esto —gruñó—. Ahora tendrán que luchar. A veces es necesario combatir el fuego con fuego, y Sanat combatió la traición con la traición.

Jem Porcut contempló pensativamente sus nudillos y de pronto emitió una risa ahogada.

—Bueno, ahora no podemos escaparnos, así que no nos queda más remedio que luchar. Excepto por las órdenes, no me importaría asestar un buen golpe a esos malditos lagartos.

La renuente pausa fue seguida por tímidos gritos, prueba positiva de la aceptación de los demás.

Al cabo de dos horas, la exigencia de capitulación lasiniana fue desdeñosamente rechazada y las cien naves de la escuadra humana se extendieron sobre la dilatada superficie de una esfera imaginaria —la formación de defensa estándar de una flota rodeada— y la batalla por la Tierra comenzó.

Una batalla espacial entre fuerzas aproximadamente iguales se parece en casi todos los detalles a un encuentro de esgrima, en el que rayos controlados de mortal radiación son los floretes e impermeables paredes de radiación etérea son los escudos.

Las dos fuerzas avanzan para entrar en batalla y maniobran para situarse.

Entonces, el haz púrpura de una tonita se dirige con una llamarada de ira hacia la pantalla de una nave enemiga, y al hacerlo así, su propia pantalla se despliega. Durante este único instante es vulnerable y constituye un blanco perfecto para un rayo enemigo, el cual, al ser lanzado, expone a su nave a un ataque por el momento. Se extiende en círculos cada vez más grandes.

Cada unidad de la flota, combinando la velocidad del mecanismo con la velocidad de la reacción humana, intenta introducirse en el momento crucial para mantener su propia seguridad.

El loara Filip Sanat sabía esto y mucho más. Desde su encuentro con el crucero de batalla al salir de la Tierra, había estudiado la guerra espacial, y ahora, mientras las flotas de batalla formaban en línea, sintió que sus dedos se crispaban para entrar en acción.

Se volvió y dijo a Smitt:

—Iré abajo con las armas pesadas.

Smitt tenía el ojo puesto sobre el visor grande y la mano sobre el emisor de ondas.

—Ve, si quieres, pero no te entrometas.

Sanat sonrió. El ascensor particular del capitán le llevó a los niveles de armas, y desde allí ciento cincuenta metros de una disciplinada multitud de artilleros e ingenieros controlaban la tonita número 1.

El espacio es muy difícil de conseguir en una nave de batalla. Sanat observó la estrechez de la habitación en la que la tripulación realizaba cuidadosamente su trabajo en aquella gigantesca máquina que era un acorazado gigante.

Subió los seis empinados escalones que conducían a la tonita número 1 y despidió al artillero. Éste vaciló; su mirada cayó sobre la túnica púrpura, y entonces saludó y bajó de mala gana los escalones.

Sanat se volvió hacia el coordinador que estaba frente a la visiplaca del arma.

—¿Le importa trabajar conmigo? Mi velocidad de reacción ha sido probada y clasificada en el grupo 1-A. Tengo mi tarjeta de clasificación, si quiere verla.

El coordinador enrojeció y balbució:

—¡No, señor! Es un honor trabajar con usted, señor.

El sistema de altavoces tronó: «¡A sus puestos!», y se hizo un profundo silencio, en el cual el frío zumbido de la maquinaria puso su ominosa nota.

Sanat se dirigió al coordinador en un susurro:

—Esta arma cubre un cuadrante de espacio completo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Bien, vea si puede localizar un acorazado con la insignia de un sol doble en eclipse parcial.

Hubo un largo silencio. Las sensibles manos del coordinador manipulaban la rueda, haciéndola girar hacia ambos lados con delicada presión, para que el campo visible en la visiplaca se desplazara. Unos ojos penetrantes escrutaban la ordenada formación de las naves enemigas.

—Ahí está —dijo—. ¡Pero si es la nave capitana!

—¡Exactamente! ¡Centre esa nave!

A medida que la rueda giraba, el campo espacial daba vueltas, y la nave capitana

enemiga se tambaleó hasta el punto donde las líneas se cruzaban. La presión de los dedos del coordinador se hizo más ligera y experta.

—¡Centrada! —dijo.

El reducido globo ovalado se encontraba justo donde las líneas se cruzaban.

—¡Manténgala ahí! —ordenó Sanat, sombríamente—. No la pierda ni un segundo mientras esté en nuestro cuadrante. El almirante enemigo está en esa nave y nosotros vamos a eliminarlo, usted y yo.

Las naves pronto se hallarían en línea de tiro y Sanat estaba tenso. Sabía que iba a ser un combate reñido... muy reñido. Los humanos llevaban ventaja en la velocidad, pero los lasinianos eran dos veces más numerosos.

Dispararon un rayo, otro, diez más.

¡Hubo un repentino y cegador destello de púrpura intensidad!

—Primer acierto —jadeó Sanat. Se relajó.

Una de las naves enemigas perdió el rumbo y se alejó impotentemente, con la popa convertida en una masa de metal fundido e incandescente.

Las naves oponentes no estaban muy cerca unas de otras. Los disparos se intercambiaban a velocidad cegadora. Por dos veces, se vio un rayo púrpura dentro de los límites de la visiplaca y Sanat compendió, mientras un extraño escalofrío le recorría la espina dorsal, que era una de las tonitas adyacentes de su propia nave la que estaba disparando.

El combate de esgrima se aproximaba a su punto álgido. Dos ráfagas centellearon casi simultáneamente, y Sanat gruñó. Una de ellas había sido una nave humana. Y por tres veces se oyó el inquietante zumbido de los motores atómicos del nivel inferior que aumentaban su velocidad... y eso significaba que un rayo enemigo, dirigido hacia su propia nave, había sido detenido por la pantalla.

Y, siempre, el coordinador mantuvo centrada la nave capitana enemiga. Pasó una hora; una hora en la que fueron destruidas seis naves lasinianas y cuatro humanas; una hora en la que la rueda giró fracciones de grado hacia un lado y otro; en la que dio vueltas sobre su eje universal en media docena de direcciones.

El sudor cubría la frente del coordinador y le entraba en los ojos; sus dedos casi habían perdido toda sensación, pero aquella nave capitana no abandonó ni un momento el lugar donde se cruzaban las líneas. Y Sanat observaba; con el dedo sobre el gatillo... observaba y esperaba. Por dos veces, la nave capitana había brillado con luminosidad púrpura, mientras sus armas disparaban y su pantalla defensiva bajaba; y por dos veces, el dedo de Sanat había vibrado sobre el gatillo y se había refrenado.

No fue lo bastante rápido. Y entonces Sanat lo apretó y se puso en pie violentamente. El coordinador lanzó un grito y soltó la rueda. En una gigantesca pira funeraria de energía color púrpura la nave capitana, con el almirante lasiniano dentro, había dejado de existir.



Sanat se echó a reír. Extendió la mano, y el coordinador se acercó para estrecharla con un firme apretón de triunfo.

Pero este éxito no duró lo bastante como para que el coordinador pronunciara las primeras palabras de júbilo que le atenazaban la garganta pues la visiplaca se convirtió en una bomba púrpura al tiempo que cinco naves humanas explotaban simultáneamente al ser alcanzadas por mortíferos rayos de energía.

Los altavoces tronaron: «¡Arriba las pantallas! ¡Alto el fuego! ¡En formación de aguja!» Sanat sintió que una mortal incertidumbre se apoderaba de él. Sabía lo que acababa de suceder. Los lasinianos finalmente habían logrado montar sus armas pesadas sobre la base lunar; armas pesadas con tres veces el alcance de las armas más poderosas que había en las naves... armas pesadas que podían atacar a las naves humanas sin temor a represalias.

Y así concluyó el combate de esgrima, y comenzó la verdadera batalla. Pero sería una batalla de un tipo completamente nuevo, y Sanat sabía que éste era el pensamiento que ocupaba las mentes de todos los hombres. Lo observaba en sus expresiones sombrías y lo notaba en su silencio.

¡Podía dar resultado! ¡Y podía no darlo! El escuadrón terrestre había vuelto a su formación esférica y se ensanchaba lentamente hacia afuera. Los lasinianos se introdujeron en ella para el ataque final.

Aislados de todo suministro de fuerza como estaban los terrícolas, e incapaces de desquitarse con las armas gigantescas de las baterías lunares que dominaban el espacio vecino, sólo parecía una cuestión de tiempo su rendición o su aniquilación.

Los rayos de las tonitas enemigas eran lanzados en continuas ráfagas de energía y las deterioradas pantallas de las naves humanas despedían chispas y rayos de luz fluorescente bajo los crueles latigazos de la radiación.

Sanat oía aumentar el zumbido de los motores atómicos hasta convertirse en un chillido de protesta. En contra de su voluntad, sus ojos convergieron sobre el marcador de energía, y la oscilante aguja bajó mientras miraba, bajando el cuadrante a una perceptible velocidad.

El coordinador se lamió los labios resecos.

—¿Cree que lo conseguiremos, señor?

—¡Naturalmente! —Sanat estaba lejos de sentir la confianza que aparentaba—. Tenemos que aguantar una hora... siempre que no se retiren.

Y los lasinianos no lo hicieron. Retirarse hubiera significado un debilitamiento de las líneas, con una posible brecha y escapatoria por parte de los humanos.

Las naves humanas avanzaban a paso de tortuga... apenas a ciento cincuenta kilómetros por hora. A esta velocidad, aumentaron lentamente los rayos de energía, mientras la imaginaria esfera crecía de tamaño y la distancia entre las fuerzas oponentes seguía disminuyendo.

Pero en el interior de la nave, la aguja del marcador bajaba rápidamente, y el corazón de Sanat se hundía con ella.

Atravesó el nivel de las armas hasta el lugar donde aguerridos soldados aguardaban ante una gigantesca y reluciente palanca, en espera de la orden que llegaría pronto... o nunca.

La distancia que separaba a las fuerzas enemigas era mínima, no más de dos o cuatro kilómetros —casi contacto desde el punto de vista de una guerra espacial— y entonces aquella orden se extendió sobre los reforzados haces etéreos de una nave a otra.

Retumbó en el nivel de las armas:

«¡Fuera las agujas!»

Una veintena de manos se alargaron hacia la palanca, las de Sanat entre ellas y saltó hacia abajo. Majestuosamente, la palanca se inclinó hasta el suelo en un curvado arco, y entonces se oyó un gran estruendo y un ruido sordo que sacudió la nave.

¡El acorazado se había convertido en una «nave-aguja»! En la proa, una sección de la plancha de blindaje se deslizó hacia un lado y una lanza de metal surgió violentamente hacia delante. De treinta metros de largo, se adelgazaba graciosamente a partir de una base de tres metros de diámetro hasta convertirse en una punta afilada y aguda como la de un diamante. A la luz del sol, el cromo-acero de la lanza brillaba con llameante esplendor Y todas las demás naves del escuadrón humano estaban igualmente equipadas.

Cada una de ellas se había convertido en un poderoso florete de diez, quince, veinte, cincuenta mil toneladas.

¡Peces espada del espacio! En algún lugar de la flota lasiniana, debieron darse frenéticas órdenes. Contra este veterano de todas las tácticas navales —veterano incluso en el sombrío amanecer de la historia, cuando trirremes rivales maniobraron y se atacaron unas a otras con sus puntiagudas proas— el equipo supermoderno de una flota espacial no tenía defensa.

Sanat se apresuró a llegar a la visiplaca y se sujetó con correas a un asiento preparado contra la aceleración, sintiendo que los muelles absorbían el impulso hacia atrás que había provocado la nave al acelerar súbitamente.

Sin embargo, no le importó. ¡Quería contemplar la batalla! Allí no había nadie, ni tampoco en ningún lugar de la galaxia, que arriesgara lo que él. Ellos no arriesgaban más que su vida; y él arriesgaba un sueño que, casi sin ayuda, había creado de la nada.

Había convencido a una apática galaxia y la había inducido a rebelarse contra los reptiles. Había conocido una Tierra a punto de ser destruida y la había apartado del precipicio, casi por sí solo. Una victoria humana sería un triunfo para el loara Filip Sanat y para nadie más.

Él, la Tierra, y la galaxia no eran ahora más que uno solo y se encontraban en el momento decisivo. Y tenían en contra el resultado de esta última batalla, una batalla desesperadamente perdida por su propia traición, a menos que las agujas vencieran.

Y si perdían, la gigantesca derrota —la ruina de la humanidad— también sería la suya.

Las naves lasinianas saltaban hacia los lados, pero no con la suficiente rapidez.

Mientras reunían lentamente ímpetu y se alejaban, las naves humanas acortaron la distancia en tres cuartos. Sobre la pantalla, una nave lasiniana había aumentado de tamaño hasta alcanzar colosales proporciones. Su látigo púrpura de energía había desaparecido al concentrar toda la potencia en una rápida aceleración.

Y, sin embargo, su imagen aumentó y el punto brillante que se distinguía en el extremo inferior de la pantalla apuntaba a su corazón como una reluciente jabalina.

Sanat creyó que no podría soportar la tensión. ¡Cinco minutos y ocuparía su lugar como el héroe más grande de la galaxia... o el más abominable traidor! Los latidos de la sangre que se agolpaba en sus sienes eran terribles e inaguantables.

Entonces ocurrió.

¡¡Contacto!! La pantalla se volvió loca en una furia caótica de metal retorcido. Los asientos contra la aceleración chirriaron mientras los muelles absorbían el choque. Pero todo se fue aclarando lentamente. La imagen de la pantalla osciló con violencia mientras la nave recuperaba su equilibrio poco a poco.

La aguja de la nave se había roto, el resto estaba torcido, pero la nave enemiga que había traspasado estaba destrozada.

Sanat aguantó la respiración mientras recorría el espacio con la mirada. Era un vasto mar de naves destrozadas, y, a lo lejos, volaban los restos del enemigo, con las naves humanas en su persecución.

Oyó un sonido de colosal animación a sus espaldas y sintió un par de enérgicas manos sobre los hombros.

Se volvió. Era Smitt... Smitt, el veterano de cinco guerras con lágrimas en los ojos.

—Filip —dijo—, hemos ganado. Acabamos de recibir un mensaje de Vega. La flota lasiniana ha sido aniquilada... y también con las agujas. La guerra ha terminado, y nosotros hemos ganado. ¡Tú has ganado, Filip! ¡Tú!

Su apretón le hacía daño, pero al loara Filip Sanat no le importó.

¡La Tierra era libre! ¡La humanidad estaba salvada!

## ¡No hay relación! (1948)

---

“No Connection”

Raph era un americano típico de su tiempo. Muy feo, además, juzgado por los raseros americanos de nuestros días. Tenía exageradamente desarrollada la estructura ósea de las mandíbulas, y los músculos estaban a tono con los huesos. Tenía la nariz arqueada y ancha, y los ojos, pequeños, negros y muy separados por la extensión de la antedicha nariz. Tenía el cuello grueso, el cuerpo ancho y los dedos espatulados, con fuertes uñas curvadas.

Si se hubiese erguido sobre las recias piernas de pies grandes y bien almohadillados habría llegado casi a los dos metros treinta centímetros. De pie o sentado, su masa se aproximaba al cuarto de tonelada.

Con todo, su frente se elevaba en un arco nada menguado y su capacidad craneal no era escasa. Su manaza enorme movía delicadamente la pluma, y su mente ronroneaba confortablemente en marcha cuando él se inclinaba sobre la mesa de trabajo.

Lo cierto es que su esposa y la mayoría de sus amigos americanos le consideraban un sujeto bien parecido.

Lo cual pone de manifiesto la alquimia de un largo desplazamiento por el eje del tiempo.

Raph hijo era una edición más reducida de nuestro americano típico. Todavía adolescente, no había perdido aún la vellosa barba de la infancia, que se extendía como una negra y muy rizada estera sobre el pecho y la espalda, aunque ya empezaba a clarear y quizá antes de un año nuestro héroe se pusiera ya por primera vez la camisa adulta que cubriría la orgullosa piel desnuda de la edad viril.

Pero en el ínterin llevaba sólo pantalones y, sentado, se rascaba distraídamente un punto favorito situado encima mismo del diafragma. Sentía curiosidad, mezclada con un poco de aburrimiento. No era desagradable ir con su padre al museo cuando había gente. Hoy era día de cierre, sin embargo, y los largos pasillos elevaban un eco solitario cuando los pisaba.

Además, se sabía de memoria todo lo que había en él; casi todo huesos y piedras.

—¿Qué es aquello? —preguntó.

—¿Qué? —Raph levantó la cabeza y miró por encima del hombro. Luego pareció alegrarse—. Ah, es una cosa completamente nueva. Es una reconstrucción del Primate Primitivo. Me lo enviaron los de la Agrupación North River. ¿No es, en verdad, un buen trabajo? —Volvió a sumirse en su tarea, a caballo de un momentáneo estremecimiento de placer. El Primate Primitivo no estaría expuesto al público sino

hasta dentro de una semana al menos, hasta que le hubiera preparado un sitio honroso, con unos alrededores adecuados; pero, por el momento, lo tenía en su despacho y era su preferido.

Sin embargo, Raph hijo contemplaba el «buen trabajo» con unos sentimientos completamente distintos. Lo que él veía era una figura como de araña, de tamaño aborrecible, con unas piernas y unos brazos delgados, cubierta de pelo y con una cara fea, de fisonomía menuda y con unos ojos grandes y salientes.

—Bueno, ¿qué es, papá? —insistió. Raph se agitó impaciente.

—Pues, es una criatura que vivió hace millones de años, creemos. Esto es lo que le da el aspecto que tiene.

—¿Por qué? —insistió el joven.

Raph cedió. Por lo visto, tendría que emprender el tema desde sus raíces y dejarlo listo por entero, de una vez.

—Pues en primer lugar, adivinamos cómo eran los músculos, por la forma de los huesos, y vemos los lugares en que encajarían los tendones y por dónde pasarían algunos nervios. Por los dientes, adivinamos el tipo de aparato digestivo que debía tener el animal, y por los huesos de los pies, qué postura podía adoptar. En lo demás, nos regimos por el principio de analogía, es decir, por el aspecto exterior de las criaturas existentes hoy en día que tengan la misma clase de esqueleto. Por ejemplo, por esto lo hemos cubierto de pelo rojo. La mayoría de los primates actuales (son criaturitas insignificantes, prácticamente extinguidas) tienen el pelo rojizo, unas callosidades desnudas en las posaderas... —Raph hijo corrió hacia la parte posterior de la figura y se cercioró de este particular—, poseen largas y carnosas narices, y unas orejas cortas, fruncidas. Son de dieta no especializada; de ahí las piezas dentarias para todo uso, y hacen vida nocturna, lo cuál explica el gran tamaño de los ojos. Es muy sencillo, en realidad. ¿Qué? ¿Has quedado satisfecho, jovencito?

Entonces el hijo, después de cavilar sobre ello, dijo en tono despectivo:

—Sin embargo, a mí me parece ni más ni menos que un «eekah». Solamente un «eekah» viejo y feo.

Raph le miró fijamente. Por lo visto, le había pasado algo por alto.

—¿Un eekah? —dijo—. ¿Qué es un eekah? ¿Una criatura imaginaria que te has encontrado en algún libro?

—¡Imaginaria! Oye, papá, ¿es que nunca entras en casa del archivero?

He ahí una pregunta embarazosa, porque, ciertamente, «papá» nunca lo veía; o al menos desde que era una persona mayor. De niño, ni que decir tiene, el archivero, como custodio de toda la ficción hablada, escrita y grabada del mundo entero había tenido para él un hechizo indefectible. Pero después había crecido...

—¿Hay algún cuento nuevo sobre eekahs? No recuerdo ninguno de cuando yo era joven.

—No lo entiendes, papá.

Uno casi habría creído que Raph hijo se hallaba al borde mismo de una exasperación que era demasiado cauto para expresar. Con aire ofendido, explicó:

—Los eekahs son seres reales. Vienen del Otro Mundo. ¿No te han hablado de eso? A nosotros nos han hablado hasta en la escuela, y en la revista de la agrupación. En su país andan cabeza abajo; sólo que ellos no lo saben, y aquí tienen el mismo aspecto que los Antiguos Primitivos.

Raph reunió sus asombradas facultades. Comprendía la incongruencia de interrogar a su hijo, todavía adolescente, sobre datos arqueológicos, y titubeó un momento. Al fin y al cabo, él había oído hablar de ciertas cosas. Habían circulado noticias sobre vastos continentes existentes en el otro hemisferio de la Tierra. Le parecía que había informes sobre la existencia de vida en ellos. Todo quedaba un poco caliginoso... quizá no siempre fuera cuerdo ceñirse tan estrictamente al campo que a uno le interesaba, y nada más.

—¿Se cuentan los eekahs entre las agrupaciones? —le preguntó al muchacho.

Este se apresuró a contestar, con un movimiento afirmativo :

—El archivero dice que saben pensar tan bien como nosotros. Poseen máquinas que cruzan los aires. Así han llegado aquí.

—¡Chico! —reprendió Raph en tono severo.

—No miento —gritó el joven, agraviado—. Pregunta al archivero y verás qué dice él.

Raph recogió pausadamente los papeles. Era día de cierre, pero encontraría al archivero en casa, sin duda.

El archivero era un anciano miembro de la Agrupación Gurrow de Río Rojo y pocas personas vivientes podían recordar alguna época en que no lo hubiera sido. Había ocupado el cargo por consenso general, pues era archivero por la misma razón que Raph era celador del museo. Le gustaba serlo, quería serlo y no concebía otra clase de vida.

Es difícil colegir la estructura social de la Agrupación Gurrow, a menos que uno hubiera nacido en ella, aunque poseía una flexibilidad que casi le quitaba todo sentido a la palabra «estructura». El «gurrow» particular cogía cualquier empleo para el que se creyera apto, y todo el trabajo que quedara y fuera preciso hacer, o se realizaba en común, o por turno según un orden determinado por sorteo. Dicho así, parece demasiado sencillo como para que funcionara bien, pero en realidad las tradiciones que se habían acumulado en los cinco mil años desde que, se suponía, se había establecido la primera Agrupación Voluntaria de Gurrows, hacían el sistema complicado, flexible... y eficaz.

El archivero estaba en su casa, como había anunciado Raph. Se desarrolló la

embarazosa ceremonia de renovar una relación antigua e injustamente descuidada. Raph había utilizado la biblioteca de referencia del archivero, por supuesto, pero siempre indirectamente... Sin embargo, en otro tiempo fue niño, un apasionado estudiante a los pies del saber acumulado, pero había dejado disipar aquella pasión.

La habitación en que ahora entraba estaba abarrotada de grabaciones y, en menor grado, de material impreso. El archivero intercalaba saludos y excusas.

—Han llegado cargamentos de otras agrupaciones —decía—. Se necesita tiempo para catalogarlos, ya sabe, y parece que ya no sé encontrarlo como solía —encendió la pipa y empezó a chupar vigorosamente—. Creo que tendré que buscarme un ayudante fijo. ¿Qué le parecería su hijo, Raph? Pasa horas y horas aquí, lo mismo que usted veinte años atrás.

—¿Recuerda aquellos tiempos?

—Mejor que usted, creo, ¿Piensa que a su hijo le gustaría?

—Podría hablar usted con él. Es posible que le guste. Puedo decir sinceramente que la arqueología le fascina. —Ralph cogió un disco al azar y miró la etiqueta de identificación—: Hummm... de la Agrupación de Joquin Valley. Está muy lejos de aquí.

—Muy lejos —asintió el archivero—. Yo les envié algunos nuestros, claro está. Los trabajos de nuestra agrupación gozan de gran estima en todo el continente —afirmó con orgullo de propietario—. En realidad —continuó, apuntando la boquilla de la pipa a su interlocutor—, el tratado que usted escribió sobre primates extinguidos ha sido distribuido por todas partes. He enviado dos mil ejemplares y todavía siguen pidiéndolo. Es un éxito considerable... tratándose de arqueología.

—Pues la arqueología es lo que motiva mi presencia aquí... La arqueología y lo que mi hijo me ha dicho que usted le ha contado —a Raph le costaba cierto esfuerzo entrar en materia—. Parece que usted habló de unas criaturas procedentes de los antípodas, llamadas eekahs, y me gustaría que me proporcionara todos los datos que usted posea sobre ellas.

El archivero adquirió una expresión pensativa.

—Bueno, podría contarle aquí mismo lo que recuerdo en este instante, o acaso podríamos ir a la biblioteca a consultar las referencias.

—No se moleste en abrir la biblioteca por mí. Es día de cierre. Basta con que me dé unas nociones sobre el asunto, y buscaré las referencias más tarde.

El archivero mordió la pipa, empujó el sillón contra la pared y desenfocó los ojos pensativamente.

—Bien —dijo—, supongo que la cuestión comienza con el descubrimiento de los continentes del otro lado. Esto ocurrió hace cinco años. ¿Está enterado, quizá?

—Sólo del hecho escueto. Sé que los continentes existen, como lo sabe ya todo el mundo. Recuerdo que una vez especulábamos sobre el brillante campo que

representarían para una investigación arqueológica, pero ahí terminó todo.

—Ah, entonces se le pueden contar a usted muchas más cosas. Ya sabe que los nuevos continentes no los descubrimos nosotros directamente. Cinco años atrás, un grupo de seres que no eran «gurrows» llegaron a la Agrupación de Bahía del Este en un aparato que volaba... fundado en unos principios científicos concretos (según descubrimos más tarde) apoyados principalmente en el empuje vertical del aire. Hablaban un lenguaje claramente inteligente y se daban a sí mismos el nombre de eekahs. Los gurrows de la Agrupación de Bahía del Este aprendieron su idioma — muy sencillo, pero lleno de sonidos imposibles de pronunciar— y yo poseo una gramática del mismo, si le interesa.

Raph rehusó con el ademán El archivero continuó:

—Los gurrows de la agrupación, ayudados por los de la Montaña del Hierro — que, como sabe, se especializan en cosas de acero— construyeron reproducciones de la máquina voladora. Hubo un vuelo sobre el océano... y debo decir que hay varias docenas de volúmenes que hablan de ello, de la máquina voladora y de una ciencia llamada aerodinámica..., nuevas geografías y hasta un nuevo sistema filosófico fundado en la pluralidad de inteligencias. Todos salidos de las agrupaciones de Bahía del Este y de la Montaña del Hierro. Un trabajo notable para haber sido realizado en cinco años nada más, y todo disponible aquí.

—Pero los eekahs... ¿están todavía en la Agrupaciones de Bahía del Este?

—Humm-mm-mm. Estoy seguro. Se negaron a regresar a sus propios continentes. Se dan el nombre de «refugiados políticos».

—¿Politi... qué?

—Así se expresan ellos —contestó el archivero—, y ésa es la única traducción que tenemos.

—Bueno, bueno, y ¿por qué refugiados políticos? ¿Por qué no refugiados geológicos, o refugiados eróticos? Yo creo que una traducción debería tener sentido.

El archivero se encogió de hombros:

—Le remito a usted a los libros. Ellos sostienen que no son delincuentes. Yo sólo sé lo que le estoy diciendo.

—Bueno, entonces ¿qué figura tienen? ¿Posee algún retrato?

—En la biblioteca.

—¿Leyó mis Principios de arqueología?

—Les eché un vistazo.

—¿Recuerda los dibujos del Primate Primitivo?

—Me temo que no.

—Entonces, oiga, vayamos a la biblioteca, de todos modos.

—Pues, claro —refunfuñó el archivero, poniéndose en pie.



El gobernador de la Agrupación Gurrow de Río Rojo ostentaba un cargo que en lo fundamental no difería en nada del de celador del Museo, o del de archivero, o de cualquiera de los otros empleos voluntarios. Esperar una diferencia sería imaginarse una sociedad en la que la aptitud rectora escasea.

En realidad, todos los empleos de una Agrupación Gurrow —en la que la palabra empleo designa un trabajo regular cuyos frutos afectan a otras personas aparte del propio trabajador— se dividen en dos clases: una, empleos voluntarios, y otra, empleos involuntarios, o comunitarios. Los de la primera clase son todos iguales. Si a un gurrow le gusta abrir zanjas útiles, hay que respetar su inclinación y honrar su trabajo. Si nadie hace por impulso propio ese trabajo, y se considera que conviene hacerlo, entonces dicha tarea se convierte en un empleo comunitario, y se realiza por turno o por sorteo, según convenga... esto puede resultar molesto, pero es inevitable.

De ahí que el gobernador viviese en una casa no más espaciosa ni lujosa que las demás, no presidiera nunca ninguna mesa, ni tuviera otro título particular que el nombre de su empleo, y que no fuera envidiado, ni odiado, ni adorado.

Le gustaba ordenar el comercio intergrupal, supervisar las finanzas comunes y juzgar los infrecuentes desacuerdos que se producían. Por supuesto, no recibía víveres suplementarios ni privilegios energéticos por desempeñar la tarea que le gustaba.

Por lo tanto, no fue para pedir permiso, sino para ordenar debidamente sus cuentas por lo que Raph se detuvo a visitar al gobernador. El día de cierre no había terminado aún. El gobernador estaba pacíficamente sentado en el sillón que ocupaba después de comer, con el cigarro en los labios y el libro que reservaba para esta ocasión en las manos. Aunque seis hijos y una esposa tuvieran algo de intemporal, hasta ellos ofrecían una especie de aire de sobremesa.

Al entrar, Raph fue objeto de un saludo múltiple, que le hizo llevarse las manos a los oídos, pues si los gobernadorcitos (único título aplicable, digo como autor) tenían algún empleo era el de hacer ruido. Ciertamente, era lo que más les gustaba, y ciertamente también, otros cosechaban la mayoría de los frutos de tal afición, pues los oídos de los propios vocingleros parecían a prueba de estruendos.

El gobernador les impuso silencio.

Raph aceptó un cigarro.

—Tengo intención de dejar la Agrupación por una temporada, Lahr —dijo—. Mi trabajo lo requiere.

—No nos alegrará que se marche, Raph. Confío que no sea para mucho tiempo.

—Espero que no. ¿Qué tenemos en Unidades Comunes?

—Oh, muchísimas cosas para lo que usted se propone, estoy seguro. ¿Adonde piensa irse?

—A la Agrupación de Bahía del Este.

El gobernador movió la cabeza y soltó un pensativo anillo de humo.

—Desgraciadamente, nuestros libros registran un superávit en favor de Bahía del Este (puede comprobarlo, si lo desea), pero las Unidades Comunes de Intercambio se harán cargo del transporte y los gastos necesarios.

—Bien, estupendo. Pero, dígame, ¿qué puesto me corresponde en la nómina de la comunidad?

—Humm-mm-mm, tendré que procurarme las listas. Perdóneme un momento.

Se alejó paseando su pesada humanidad por la habitación y salió al pasillo. Raph hizo una pausa para darle un golpecito al menor de los hijos, que se le echaba encima, gruñendo con fingida ferocidad y luciendo unos dientes deslumbrantes..., negro fardo de piel espesa, con el largo hocico infantil que todavía no se había ensanchado, ni había perdido la forma de sus antepasados animales de medio millón de años de antigüedad.

El gobernador regresó con un grueso volumen y unas grandes lentes. Abrió el libro cuidadosamente, pasó las páginas hasta que encontró el punto apetecido y deslizó un dedo meticuloso por las columnas, en sentido descendente.

—Queda sólo la cuestión del suministro de agua, Raph —dijo—. Tiene que formar parte de la cuadrilla de conservación esta semana próxima. No queda ningún otro servicio durante dos meses al menos.

—Estaré de regreso antes. ¿No hay ninguna posibilidad de que alguien me sustituya en la conservación del agua?

—Humm-mm-mm, alguien encontrará. En todo caso, siempre puedo enviar a mi hijo mayor. Va llegando a la edad de trabajar y debe probarlo todo. A lo mejor le gusta trabajar en la presa.

—¿Sí? Entonces, si le gusta, dígamelo. Puede sustituirme regularmente.

El gobernador sonrió dulcemente.

—No se haga ilusiones, Raph. Si se le ocurre la manera de conseguir que dormir nos beneficie a todos, seguro que lo tomará como ocupación fija. Y, a propósito, ¿por qué se va usted a la Agrupación de Bahía del Este, si no le importa comentarlo?

—Quizá se ría, pero he descubierto que existen unos seres llamados eekahs.

—¿Eekahs? Sí, ya sé —el gobernador señaló con el dedo—. ¡Criaturas de ultramar! ¿No?

—¡Cierto! Pero ahí no acaba todo. Vengo de la biblioteca. He visto reproducciones tridimensionales, Lahr, y son Primates Primitivos, o casi. Son primates, primates inteligentes. Tienen ojos pequeños, nariz chata y mandíbulas completamente distintas... pero son, al menos, primos segundos nuestros. Tengo que verlos, Lahr.

El gobernador alzó los hombros. Aquello no le despertaba el menor interés.

—¿Por qué? Se lo pregunto por pura ignorancia, Raph. ¿Importa mucho que usted los vea?

—¿Si importa? —evidentemente, la pregunta había asombrado a Raph—. ¿No sabe qué ha ocurrido estos últimos años? ¿No ha leído mi libro de arqueología?

—No —dijo el gobernador resueltamente—. No lo leería ni para ahorrarme un turno en la recogida de basuras.

—Lo cual demuestra, probablemente, que usted sirve más para la recogida de basuras que para la arqueología. Pero no importa. Hace cerca de diez años que lucho en solitario en favor de mi teoría de que el Primate Primitivo era una criatura inteligente, con una civilización bien desarrollada. No tengo de mi parte sino la necesidad lógica, que es lo último que la mayoría de arqueólogos aceptarían jamás. Ellos quieren algo tangible. Exigen los restos de una agrupación, artefactos, estructuras, libros... y otras cosas. Y todo lo que yo puedo ofrecerles es un esqueleto con una gran capacidad craneana. Salvo las estrellas, Lahr, ¿qué esperan que sobreviva en diez millones de años? El metal muere. El papel muere. La película muere.

»Sólo perdura la piedra, Lahr. Y los huesos petrificados. Un cráneo con el hueco para un cerebro. Y algunos utensilios, viejos cuchillos afilados, muelas de pedernal.

—Bien —respondió Lahr—, ahí tiene sus artefactos.

—A eso lo llaman eolitos, piedras erosionadas. Y no lo aceptarían. Los muy idiotas las llaman piedras naturales, que presentan esa forma por causas puramente físicas —sonrió con ferocidad científica—. Pero si los eekahs son primates inteligentes, yo Habré demostrado mi teoría.

Raph había viajado otras veces, aunque jamás hacia el este, y la degradación de la agricultura que observaba por el camino le impresionó. En los primeros tiempos de la historia, las Agrupaciones de Gurrows no se habían especializado en absoluto. Cada una se bastaba por sí misma, y el comercio era un gesto amistoso antes que una cuestión de necesidad.

Lo mismo sucedía todavía en muchas agrupaciones. La suya propia, la del Río Rojo, era quizá típica. Unos ochocientos kilómetros tierra adentro, enclavada en un fértil terreno de cultivo, la agricultura continuaba siendo su eje central. El río proporcionaba algo de pesca, y existía una industria láctea bien desarrollada. En realidad, era la exportación de víveres la fuente de la saludable situación de las reservas de Unidades Comunes.

Sin embargo, a medida que se internaban hacia el este, las agrupaciones que encontraba concedían cada vez menos atención al suelo, poco profundo, y mucha más a los humeantes edificios fabriles.

En la Agrupación de Bahía del Este, Raph encontró un centro comercial cuya

prosperidad dependía principalmente de los barcos. Era una agrupación más populosa de lo normal, más aglomerada; en ocasiones las casas distaban incluso menos de cien metros una de otra.

Raph sintió un desazonado hormigueo ante la idea de vivir tan apretujado con otros. Los muelles eran peor todavía, con multitud de gurrows dedicados a los numerosos empleos comunitarios de carga y descarga.

El gobernador de esta agrupación era un joven nuevo en su cargo, dominado por el placer que le producía el ejercerlo y emocionado por el gozo de dar la bienvenida a un forastero distinguido.

Raph fue obsequiado con una comida excelente, amenizada con un largo discurso sobre la derivación exacta de cada uno de los platos. Para sus oídos provincianos, ternera de la Agrupación de la Pradera, patatas de la Agrupación de las Tierras del Nordeste, café de la Agrupación del Istmo, vino de la Agrupación del Pacífico y fruta de la Agrupación de los Lagos Centrales eran denominaciones raras, maravillosas.

Saboreando los cigarros —de la Agrupación de Isla del Sur—, abordó el tema de los eekahs. El gobernador de Bahía del Este se mostró solemne y un poco inquieto.

—El hombre a quien necesita ver es Lernin. Le alegrará mucho ayudarle a usted cuanto pueda. ¿Dice usted que sabe algo de los eekahs?

—Digo que me gustaría saber algo. Se parecen a una especie animal extinguida con la que estoy muy familiarizado.

—Ah, comprendo, entonces ése es el campo que le interesa.

—Quizá pudiera contarme algunos detalles de su llegada, gobernador —sugirió muy cortésmente Raph.

—Entonces yo no era gobernador, amigo mío, y por consiguiente no poseo información de primera mano, pero los registros son claros. Ese grupo de eekahs que llegaron con su máquina voladora... ¿Ha oído hablar de esos ingenios aeronáuticos?

—Sí, sí.

—Sí. Bueno... al parecer eran fugitivos.

—Eso me han dicho. Sin embargo, ellos sostienen que no son criminales. ¿No es así?

—Sí. Muy raro, ¿verdad? Confiesan que les condenaron (lo reconocieron después de un largo y hábil interrogatorio, en cuanto hubimos aprendido su idioma), pero niegan que fuesen malhechores. Al parecer, estuvieron en desacuerdo con su gobernador sobre principios de política.

Raph movió la cabeza con aire de persona enterada:

—Ah, y se negaron a acatar la decisión comunitaria. ¿No es verdad?

—Más desorientador todavía. Insisten en que la decisión no había sido comunitaria. Afirman que la administración había dictado la política por su propio antojo.

—¿Y no la sustituyeron?

—Al parecer, a los que creen que habría que sustituirla los acusan de criminales... como les ocurrió a ellos.

Hubo una franca pausa de incredulidad. Luego Raph preguntó:

—¿Le parece verosímil la versión?

—No, me atengo simplemente a sus palabras. Por supuesto, el idioma eekah es toda una barrera. Algunos sonidos nos resultan imposibles de pronunciar; las palabras tienen significados distintos según el lugar que ocupan en la frase y según pequeñas diferencias de inflexión. Y sucede a menudo que las palabras eekahs, aun en las mejores traducciones, son un perfecto rompecabezas.

—Debieron quedar sorprendidos al encontrar gurrows aquí —indicó Raph—, si ellos pertenecen a un género diferente.

—¡Sorprendidos! —el gobernador bajó la voz—. ¡Le diré si quedaron sorprendidos Oiga, esta noticia, por razones obvias, no se hizo pública; por consiguiente, espero que usted recordará que es confidencial. Los tales eekahs mataron a cinco gurrows antes de que pudiéramos desarmarlos. Poseían un instrumento que expulsaba pedazos metálicos a grandes velocidades gracias a una reacción química controlada. Ahora nosotros los hemos copiado. Naturalmente, dadas las circunstancias, no los calificamos de criminales, porque es razonable suponer que no sabían que fuésemos seres inteligentes —sonrió apesadumbrado—. Al parecer somos similares, en figura, a unos animales de su mundo. O al menos así lo dicen.

Pero Raph se había galvanizado por un entusiasmo repentino:

—¡Estrellas del cielo! Dijeron eso, ¿no es verdad? ¿No entraron en detalles? ¿Qué clase de animales?

Había cogido al gobernador por sorpresa.

—Pues, no lo sé. Dicen nombres en su lenguaje. Nos llamaban «osos» gigantes.

—Gigantes, ¿qué?

—Osos. No tengo la menor idea de qué son, excepto que, presumiblemente, se parecen a nosotros. No conozco animales similares en América.

—Osos, osos. —Raph balbuceaba la palabra—. Eso es interesante. Más que interesante. Es estupendo. ¿No sabe, gobernador, que entre nosotros se discute mucho acerca de los antepasados de los gurrows? Unos animales vivientes emparentados con el gurrow sapiens tendrían una enorme importancia —Raph se frotaba las manazas de placer.

El gobernador estaba contento de la sensación que había causado.

—Y lo más asombroso del caso es que se designan a sí mismos por dos nombres —añadió.

—¿Dos nombres?

—Sí. Nadie conoce la distinción todavía, por mucho que los eekahs nos lo

expliquen, salvo que uno es un nombre más general y el otro más específico. La base de la diferencia escapa a nuestra comprensión.

—Comprendo. ¿Qué es «eekah»?

—Es... es el específico. El general es... —el gobernador tropezaba ligeramente con las sílabas difíciles— chimpancé. Eso, así es. Hay un grupo que se llaman eekahs y otros grupos que se dan otros nombres. Pero todos ellos se denominan chim... eso que dije antes.

El gobernador hurgaba en su mente en busca de otros datos curiosos de los muy variados que conocía; pero Raph le interrumpió:

—¿Puedo ver a Lernin mañana?

—Por supuesto.

—Entonces, lo veré. Gracias por su amabilidad, gobernador.

Lernin era un individuo ligero, que probablemente no pesaba más de ciento diez kilos. Además, tenía un andar levemente defectuoso, padecía cierta cojera. Pero ninguno de ambos hechos impresionó demasiado a Raph, en cuanto se pusieron a conversar, porque Lernin era un pensador capaz de imponer su vigor a otros.

La primera mitad de la conversación se caracterizó por la vehemencia de Raph y las respuestas y comentarios, luminosos y brillantes como rayos, de Lernin. Pero después se produjo una repentina traslación del centro de gravedad, y fue Lernin el interrogador.

—Usted me perdonará, docto amigo —decía Lernin con una rigidez característica, pero a la que sabía dar un tono muy amistoso—, si su problema me parece poco importante. No —levantó una mano de largos dedos—, no según el poco complicado interloquio de los tiempos, sino simplemente poco importante para mí, porque fijo mi interés en otras cuestiones, aunque también poco importante para la agrupación, para todas las agrupaciones, para todo gurrow individual desde uno a otro extremo del mundo.

He ahí una idea trastornadora. Por un momento, Raph se sintió ofendido; ofendido en lo más profundo de su sentido de individualidad. Y se le notó en el semblante. Lernin se apresuró a añadir:

—Mis palabras acaso suenen descorteses, groseras, poco civilizadas. Pero debo explicarme. Debo hacerlo, porque usted es primordialmente un científico social y lo comprenderá... acaso mejor que nosotros mismos.

—Es el objetivo de mi vida —replicó Raph, enojado— y me importa muchísimo. No puedo conceder la preferencia a los de otros.

—Lo que estoy diciendo debería ser el objetivo de la vida de todos... aunque sólo sea porque puede convertirse en el medio de salvar las vidas de todos nosotros.

Raph empezaba a sospechar toda suerte de posibilidades, desde una forma rara de

bromear hasta el desequilibrio mental que sobreviene, a veces, con la edad. Sin embargo, Lernin no era viejo.

Lernin dijo con un fervor impresionante:

—Los eekahs del Otro Mundo son un peligro para nosotros, porque no son amigos nuestros.

Raph replicó muy naturalmente:

—¿Cómo lo sabe?

—Amigo mío, nadie ha vivido en más estrecho contacto que yo con estos eekahs que han llegado aquí, y considero que son gente con un contenido emocional extraño al nuestro. He recogido hechos raros que nos es difícil interpretar, pero que, en todo caso, apuntan hacia distintas direcciones.

»Le enumeraré unos cuantos: Los eekahs de grupos organizados se matan periódicamente unos a otros por motivos oscuros. A los eekahs les resulta imposible vivir de modo distinto al de las hormigas (es decir, en enormes y apretujadas colectividades) y no obstante también les resulta difícil tolerar la presencia de los demás. O, para emplear la terminología de los científicos sociales, son gregarios sin ser sociales, del mismo modo que los gurrows son sociales sin ser gregarios.

Han elaborado códigos de conducta, que, según nos dicen, enseñan a sus pequeños, pero que en la práctica general desobedecen todos, por razones que nosotros no entendemos. Etc., etc., etc.

—Yo soy arqueólogo —dijo, inflexible, Raph—. Esos eekahs sólo me interesan en el aspecto biológico. Si puedo averiguar la curvatura de su fémur, me importa muy poco la curva de sus procesos intelectuales. Si puedo seguir la forma del cráneo, me tiene sin cuidado que la forma de su ética nos parezca misteriosa.

—¿No cree que sus demencias puedan afectarnos a nosotros, aquí?

—Estamos distanciados de ellos, por ambos océanos, casi diez mil kilómetros, o más —contestó Raph—. Tenemos nuestro mundo, y ellos tienen el suyo. No hay relación entre nosotros.

—No hay relación —musitó Lernin—. Otros han dicho lo mismo. Sin embargo, los eekahs han llegado aquí, y pueden venir otros detrás. Nos dicen que el Otro Mundo está bajo el dominio de unos pocos, los cuales se ven dominados a su vez por un raro afán de seguridad que confunden con una palabra eekah llamada «poder», la cual parece significar el predominio de la voluntad de uno sobre la suma de voluntades de la comunidad. ¿Qué pasará si ese «poder» se extiende hasta nosotros?

Raph puso su mente a la tarea. El problema era ridículo, completamente ridículo. Parecía imposible imaginarse aquellos extraños conceptos.

Lernin decía:

—Esos eekahs explican que mucho tiempo atrás su mundo y el nuestro estaban muy juntos. Dicen que en su mundo hay una hipótesis científica bien conocida sobre

una traslación continental. Esto quizá le interese a usted, porque de otro modo le resultaría difícil reconciliar la existencia de fósiles de Primates Primitivos estrechamente emparentados con eekahs vivientes a diez mil kilómetros de distancia.

Las nieblas se despejaron del cerebro del arqueólogo mientras levantaba la vista con vivo interés, no trastornado por demencias.

—Ah, debería haberme dicho eso antes.

—Lo digo ahora como un ejemplo de lo que puede lograr si se une a nosotros y nos ayuda. Hay otra cosa. Esos eekahs son científicos físicos, como nosotros, pero con una diferencia impuesta por su propia pauta cultural. Como viven en enjambres, piensan en enjambre y su ciencia es fruto de una sociedad hormiguero. Individualmente, son lentos y nada imaginativos; colectivamente, cada uno suministra una migajita distinta de la que aporta su vecino; de modo que levantan una gran estructura con una rapidez asombrosa. Aquí, en cambio, un individuo es muchísimo más inteligente, pero trabaja solo. Usted, por ejemplo, no sabe nada de química, imagino.

—Unas cuantas cosas fundamentales, pero nada más —admitió Raph—. Eso lo dejo para el químico.

—Sí, naturalmente. Yo sí soy químico. No obstante, esos eekahs, aunque inferiores a mí mentalmente, y sin ser químicos en su propio mundo, saben más química que yo. Por ejemplo, ¿sabía usted que existen elementos que se desintegran espontáneamente?

—Imposible —estalló Raph—. Los elementos son eternos, inalterables...

Lernin se puso a reír.

—Así se lo enseñaron a usted. Así me lo enseñaron a mí. Así lo enseñé yo a otros. Sin embargo, los eekahs tienen razón, porque lo he comprobado, y tienen razón en todos los detalles. El uranio da origen a una radiación espontánea. Habrá oído hablar del uranio, por supuesto... Más aún, he descubierto radiaciones de energía aparte de las producidas por el uranio, que deben de tener su origen en vestigios desconocidos por nosotros, pero que los eekahs conocen. Y estos elementos que faltan encajan bien en las llamadas tablas periódicas que algunos químicos han tratado de introducir en la ciencia. Aunque hago mal utilizando ahora la palabra «introducir».

—Bueno —dijo Raph—, ¿por qué me cuenta eso? ¿Me ayudará también a resolver mi problema?

—Acaso encuentre —respondió irónicamente Lernin— un soborno regio. Vea usted, la producción de energía del uranio es constante, por completo. Ningún cambio del medio externo puede afectarla, y como consecuencia de la pérdida de energía, el uranio se convierte poco a poco en plomo, a un ritmo absolutamente constante. Ya en estos momentos un grupo de científicos nuestros utiliza este fenómeno como base de



un método para determinar la edad de la Tierra. Vea usted, siendo así, para determinar la edad de un estrato de roca no se necesita más que descubrir un sector de dicha roca que contenga vestigios de uranio (que es un elemento muy extendido) y determinar la cantidad de plomo (y aquí puedo añadir que el plomo procedente del uranio difiere del plomo ordinario y se caracteriza fácilmente) y entonces es muy sencillo determinar el período de tiempo que aquel estrato lleva en estado sólido. Por supuesto, si se encuentra un fósil en dicho estrato, será de la misma época. ¿Me explico?

—¡Estrellas del cielo! —Raph se puso en pie, temblando—. ¿No me engaña? ¿Es verdaderamente posible hacer eso?

—Es posible. Hasta es fácil. Le diré que nuestra gran defensa, incluso en estas avanzadas fechas, consiste en que colaboremos para la ciencia. Ahora formamos una sociedad, amigo mío, de muchas, muchísimas agrupaciones, y queremos que usted se nos una. Si lo hace, será muy sencillo extender nuestro plan de investigación de edad a las regiones que indique; regiones ricas en fósiles. ¿Qué dice a ello?

—Les ayudaré.

Es dudoso que las agrupaciones gurrows hubiesen sido nunca testigos de una empresa comunitaria de la amplitud de la presente. La Agrupación de Bahía del Este, como hemos advertido antes, era un centro de embarque, y, en verdad, un buque transatlántico no quedaba fuera de las posibilidades de una agrupación que comerciaba con todas las latitudes de ambas costas de las Américas. Lo inusitado era la amplitud de la cooperación de gurrows de muchas agrupaciones, gurrows de muy distintas inclinaciones

No es que todos fueran felices.

Raph, por ejemplo, en la mañana concreta que nos ocupa, a seis meses de la fecha de su llegada a Bahía del Este, andaba buscando ansiosamente a Lernin.

Este, por su parte, no buscaba otra cosa que una mayor rapidez.

Se encontraron en los muelles; y Lernin, mordiendo la punta de un cigarro puro y caminando hacia un sector donde estaba permitido fumar, dijo:

—Usted, amigo mío, parece preocupado. ¿No será, en verdad, por los progresos de nuestro buque oceánico?

—Estoy preocupado —contestó gravemente Raph— por los informes que he recibido de la expedición que investiga la edad de las rocas.

—¡Ah...! ¿Y eso le pone triste?

—¡Triste! —estalló Raph—. ¿Los ha visto?

—He recibido una copia. Y hasta he leído algunos trozos. Pero dispongo de poco tiempo, y la mayor parte me lo salté. ¿Quiere hacer el favor de ilustrarme?

—Desde luego. Durante los tres últimos meses, se han investigado tres de las

regiones que indiqué como ricas en fósiles. La primera se encontraba en el sector de la propia Agrupación de Bahía del Este. Otra, en el de la Agrupación de Bahía del Pacífico, y la tercera en la de los Lagos Centrales. Pedí con toda intención que éstas fuesen las primeras porque son los sectores más ricos y porque están muy distantes unos de otro. ¿Sabe, por ejemplo, la edad que, según me dicen, tienen las rocas que pisamos en estos momentos?

—Creo que dos mil millones de años es la fecha más antigua que he visto.

—Sí, ésa es la cifra para las rocas más para las capas ígneas profundas de basalto. En cambio, las capas superiores, los estratos sedimentarios recientes, que contienen docenas de fósiles del Primate Primitivo, ¿qué antigüedad cree que les atribuyen a éstas? ¡¡Quinientos billones de años!! ¿Cómo es posible? ¿Lo entiende?

—¿Billones? —Lernin miró de soslayo hacia el techo—. Es raro.

—Añadiré algo más. La Agrupación de la Costa del Pacífico tiene cien billones de años de antigüedad (según me dicen) y la de los Lagos Centrales, casi ochenta billones.

—¿Y las otras mediciones? —inquirió Lernin—. ¿Las que no afectaban a esos estratos de usted?

—He ahí lo más peculiar de todo. La mayoría de investigaciones que se realizaron fueron llevadas a cabo en estratos no particularmente fosilíferos. Se guiaban por sus propios criterios de elección, fundados en razonamientos geológicos (y lograron resultados consistentes), y hallaron de un millón a dos mil millones de años, dependiendo de la profundidad y de la historia geológica particular de la región puesta a prueba. Sólo mis sectores dan estos resultados fantásticos, imposibles.

—Pero ¿qué dicen de todo esto los geólogos? —preguntó Lernin—. ¿No puede haber algún error?

—Indudablemente. Pero han realizado cincuenta mediciones bien hechas, razonables. Han probado el método por sí mismos, y están contentos. Hay tres anomalías, no cabe duda, pero las contemplan con ojo ecuánime como originadas por factores desconocidos. Yo no lo veo de este modo. En estas tres mediciones está el secreto —Raph se interrumpió, embravecido—. ¿Hasta qué punto está usted seguro de que la radiactividad sea una constante absoluta?

—¿Seguro? ¿Se puede estar alguna vez seguro de algo? Nada de lo que sabemos hasta la fecha afecta al caso, y tal es igualmente el testimonio concreto de nuestros eekahs. Además, amigo mío, si quiere usted insinuar que la radiactividad fue más intensa en el pasado que en el presente, ¿por qué sólo sería así en las regiones ricas en fósiles que usted señaló? ¿Por qué no en todas partes?

—Efectivamente, ¿por qué no? He ahí otro aspecto de un problema que cobra importancia día tras día. Medítelo. Tenemos regiones que manifiestan una radiactividad pretérita anormal, y regiones con una riqueza en fósiles anormal. ¿Por

qué han de coincidir esas zonas, Lernin?

—Surge una respuesta insoslayable, por sí misma, amigo mío. Si su Primate Primitivo existía en una época en que ciertas regiones poseían una radiactividad elevada, ciertos individuos penetraron en ella y murieron. Las radiaciones radiactivas son terriblemente mortíferas, por supuesto. Radiactividad y fósiles, ahí lo tiene usted.

—¿Y por qué no otras criaturas? —interrogó Raph—. Sólo se hallan en exceso Primates Primitivos, y eran seres inteligentes. No se dejarían coger en la trampa de una radiación peligrosa.

—Quizá no fueran inteligentes. Al fin y al cabo, su inteligencia no es más que una teoría sentada por usted, y no un hecho demostrado.

—Ciertamente; pero, en todo caso, poseían una inteligencia superior a sus contemporáneos; animales de cerebro pequeño.

—Quizá ni eso. Usted lo presenta todo muy novelesco.

—Es posible —Raph hablaba en un susurro—. Creó que puedo conjurar visiones de una gran civilización de hace un millón de años... o más antigua aún. Una gran potencia; una gran inteligencia... que se ha desvanecido por completo, salvo por los leves susurros de unos huesos petrificados que conservan la enorme cavidad ocupada en otro tiempo por el cerebro, y una mano huesuda, con cinco dedos, curvada en leves signos de habilidad manipuladora... con un pulgar oponible. Debieron ser inteligentes.

—Entonces, ¿qué los mató? —objetó Lernin, encogiéndose de hombros—. Varios millones de especies han sobrevivido.

Raph levantó la vista, algo colérico.

—No puedo acompañar a su grupo, Lernin, bajo la etiqueta de voluntario. Ir al Otro Mundo podría ser útil, es cierto, si pudiese dedicarme a mis propios estudios. Si he de dedicarme a lo que usted quiera, para mí sólo puede ser un trabajo comunitario. No puedo poner mi alma en él.

Pero la mandíbula de Lernin tenía un gesto enérgico.

—Tal solución no sería equitativa. Somos muchos, amigo mío, los que en este caso sacrificamos nuestras propias inclinaciones. Si todos pusiéramos en primer lugar nuestras preferencias y cada uno investigara el Otro Mundo según sus apetencias particulares solamente, no realizaríamos el gran objetivo que nos guía. No podemos prescindir ni de uno solo de nuestros hombres. Hemos de trabajar todos como si nuestras vidas dependieran de la solución de este problema de los eekahs, porque, créame, sí dependen.

Las mandíbulas de Raph se torcieron en un gesto de disgusto.

—Por parte de ustedes, hay cierta aprensión hacia esas criaturillas débiles, estúpidas. Por mi parte, existe un problema concreto que tiene un tremendo atractivo

para mí. Y entre ambas cosas no veo ninguna relación posible, en absoluto.

—Tampoco yo. Pero escúcheme un momento. Un grupito de hombres nuestros, de los de mayor confianza, regresaron la semana pasada de una visita al Otro Mundo. No era, como lo será la nuestra, una visita oficial. No establecieron ningún contacto. Fue una franca maniobra de espionaje, de la que le doy cuenta ahora. Y le pido reserva sobre este particular.

—Naturalmente.

—Nuestros hombres se procuraron hojas eekah de acontecimientos.

—¿Decía usted...?

—Es un nombre creado para designar aquellas cosas. En varios centros de población eekah salen diariamente hojas impresas con los acontecimientos y sucesos del día, además de eso que llaman creaciones literarias.

La noticia despertó inmediatamente el interés de Raph.

—Se me antoja una idea excelente.

—Sí, en esencia lo es. No obstante, parece que los eekahs sólo encuentran interesantes los sucesos antisociales. Sin embargo, dejémoslo así. Lo que quiero decirle es que la existencia de las Américas es sobradamente conocida por allá, en la actualidad; y que todo el mundo habla de ellas como de un «país nuevo lleno de oportunidades». Las diversas agrupaciones independientes de eekahs lo miran con un deseo generalizado. Eekahs hay muchos; están abarrotados; tienen una economía irracional. Necesitan tierras nuevas, y esto es lo que son las nuestras para ellos: tierras nuevas y deshabitadas.

—Deshabitadas, no —señaló mansamente Raph.

—Para ellos, sí —insistió Lernin con voz de trueno—. He ahí el gran peligro. Para ellos, las tierras donde viven gurrows están deshabitadas, y se disponen a ocuparlas, tanto más cuanto que sus diversos grupos han luchado con frecuencia entre sí para quitarse las tierras unos a otros.

Raph encogió los hombros.

—Aun así, son...

—Sí. Son débiles y tontos. Ya lo dijo antes, y es cierto. Pero sólo individualmente. Saben unirse para un objetivo. No cabe duda, vuelven a separarse cuando han conseguido su propósito; pero, momentáneamente, se unen y se vuelven fuertes, cosa que quizá nosotros no sepamos hacer... y usted mismo sirve de ejemplo. Además, poseen armas de guerra perfeccionadas en el ardor de los combates. Sus máquinas voladoras, por ejemplo, son unas armas de guerra formidables.

—Pero si las hemos copiado...

—¿En gran cantidad? También hemos copiado sus explosivos químicos, pero sólo en el laboratorio, y sus tubos disparadores y sus vehículos acorazados, aunque sólo en talleres experimentales. Y todavía hay más... una cosa que han inventado en estos

últimos cinco años, pues nuestros propios eekahs no saben nada de ella.

—¿Y qué es?

—No lo sabemos. Sus hojas de acontecimientos hablan de ella (los nombres que le dan no significan nada para nosotros), pero el contexto deja entender que es algo terrorífico; hasta se lo parece a los mismos eekahs, siempre tan sedientos de matanzas. Parece que no existen pruebas de que la hayan usado todavía, ni de que todos los grupos de eekahs la posean... pero la utilizan como la amenaza suprema. Acaso lo vea usted todo más claro cuando le presentemos todas las pruebas, una vez emprendido el viaje.

—Pero ¿qué es? Usted lo menciona como si se tratara de aparecidos.

—Pues mire, ellos también hablan de esa cosa como de un espectro. Pero ¿qué podría ser un espectro para, un eekah? He ahí la parte más horripilante de la cuestión. Hasta el momento sólo sabemos que implica el bombardeo de un elemento al que llaman plutonio (del cual no sabemos nada, como tampoco lo saben nuestros propios eekahs) con unos objetos llamados neutrones, que nuestros eekahs dicen que son partículas subatómicas, sin carga eléctrica, lo cual nos parece completamente risible.

—¿Y eso es todo?

—Todo. ¿Quiere abstenerse de emitir juicio hasta que le hayamos enseñado las hojas?

Raph movió la cabeza asintiendo, aunque con renuencia.

—Muy bien.

Los pesados pensamientos de Raph giraban dentro de las ranuras que se habían abierto con el tiempo, mientras permanecía allí solo.

Eekahs y Primates Primitivos. Unas criaturas vivientes de costumbres estrambóticas, y unas criaturas muertas que debieron aspirar a escalar altas cumbres. Un presente sórdido de explosivos y bombardeos neutrónicos, junto con un pasado glorioso, misterioso...

¡Sin conexión! ¡Sin conexión!

# Las propiedades endocrónicas de la tiotimolina resublimada (1948)

---

“The Endochronic Properties of Resublimated Thiotimoline”

La correlación de la estructura de moléculas orgánicas y sus diversas propiedades físicas y químicas ha proporcionado en los últimos años una visión íntima acrecentada del mecanismo de las reacciones orgánicas, sobre todo en las teorías de la resonancia y la mesomería, según se han desarrollado en el último decenio. La solubilidad de los compuestos orgánicos en variados disolventes ha adquirido un interés particular a este respecto a través del descubrimiento reciente de la naturaleza endocrónica de la tiotimolina.

Se sabe desde tiempos muy antiguos que la solubilidad de los compuestos orgánicos en disolventes polares tales como el agua queda acrecentada por la presencia en los núcleos hidrocarbonados de radicales hidrófilos, es decir, de grupos sedientos de agua, tales como los grupos hidroxilo ( $\text{—OH}$ ), amino ( $\text{—NH}_2$ ), o ácido sulfónico ( $\text{SO}_3\text{H}$ ). En los casos en que las características físicas de dos compuestos dados —particularmente el grado de subdivisión del material— sean iguales, el tiempo de disolución —expresado en segundos por gramo de material y milímetro de disolvente— disminuye con el número de grupos hidrófilos presentes. El catecol, por ejemplo, con dos grupos hidroxilo en el grupo bencénico, se disuelve muchísimo antes que el fenol, que tiene un solo grupo hidroxilo en el núcleo. Feinschreiber y Hravlek, en sus estudios sobre el tema, han sostenido que al aumentar el hidrofiliismo el tiempo de disolución tiende a cero. El hecho de que este análisis no es absolutamente correcto se puso de manifiesto cuando se descubrió que la tiotimolina compuesta se disuelve en agua (en la proporción de un gramo por mil) en menos un segundo doce décimas. Es decir, se disuelve antes de que se haya añadido el agua.

Anteriores comunicaciones de los mencionados laboratorios indicaban que la tiotimolina contenía al menos cuatro grupos hidroxilo, dos grupos amínicos y uno de ácido sulfónico. La presencia de un radical nitrosilo ( $\text{—NO}_2$ ) por añadidura no ha sido confirmada, y todavía no existe ninguna prueba relativa a la naturaleza del núcleo hidrocarbonado, aunque parece segura la presencia de una estructura al menos parcialmente aromática.

**El endocronómetro** - Los primeros intentos por medir cuantitativamente el tiempo de Polución de la tiotimolina toparon con dificultades considerables debido a la propia naturaleza negativa de la estimación. El hecho de que el producto químico se disolviera antes de la adición de agua, hacía que el paso lógico y natural siguiente fuera el de retirar el agua después de producirse la disolución y antes de la adición. Lo cual, afortunadamente para la ley de conservación de la masa energía, no ocurrió

jamás, puesto que la disolución nunca se producía si después no había de verificarse la adición de agua. Por supuesto, con ello surge inmediatamente la cuestión de cómo podía «saber» por adelantado la tiotimolina si el agua le será añadida luego o no. Aunque esto no queda propiamente dentro de nuestra jurisdicción como químico-físicos, se han publicado muy recientemente, durante el último año, estudios sobre los problemas psicológicos y filosóficos que el caso plantea.

A pesar de todo, las dificultades químicas implicadas se fundan en el hecho de que el tiempo de disolución varía enormemente con el estado mental preciso del experimentador. Un período de titubeo, aunque levísimo, en la adición del agua reduce el tiempo negativo de la disolución, y no es infrecuente que lo deje por debajo de los límites de detección. Para evitarlo, se ha construido un ingenio mecánico, del diseño esencial del cual ya hemos hablado en un documento anterior (6) Este ingenio, denominado endocronómetro, consiste en una Celdilla de dos centímetros cúbicos de tamaño dentro de la cual se coloca el peso deseado de tiotimolina, asegurándose de que se llene una pequeña extensión del fondo de la celdilla de disolución, de un milímetro de diámetro interno. A la celdilla se le acopla una micropipeta de presión automática que contenga un volumen específico del disolvente en cuestión. Cinco segundos después de haber cerrado el circuito, este disolvente se vierte automáticamente dentro de la celda donde se halla la tiotimolina. Durante el tiempo de acción, se enfoca un rayo de luz sobre la pequeña extensión celular descrita más arriba, y en el instante de la disolución, la transmisión de esta luz ya no quedará obstaculizada por la presencia de la tiotimolina sólida. Tanto el instante de la disolución —en cuyo momento la transmisión de la luz queda registrada por un dispositivo fotoeléctrico— como el instante de la adición de disolvente se pueden determinar con una exactitud de más de un 0,01%. Si se resta el primer valor del segundo, se puede determinar el tiempo (t) de disolución.

El proceso completo se verifica en un termostato mantenido a 25,00 °C con una exactitud de 0,01 °C.

**Pureza de la tiotimolina** - La extraordinaria sensibilidad de este método ilumina poderosamente las desviaciones resultantes de impurezas minúsculas existentes en la tiotimolina. (Como no se ha ideado ningún método de síntesis de laboratorio, sólo se puede obtener prácticamente a través de un prolongado y tedioso aislamiento de su fuente natural, la corteza del arbusto Rosácea karlsbadensis rufo.) Por consiguiente, se han llevado a cabo grandes esfuerzos por purificar la sustancia a través de repetidas recristalizaciones por medio de la conductividad del agua (bidestilada en un aparato de estaño puro) y mediante sublimaciones finales. Una comparación de los tiempos de disolución (T) en varias fases del proceso de purificación se exhibe en la tabla I.

Es obvio, según muestra la tabla I, que para una medición auténticamente

cuantitativa, hay que emplear tiotimolina pura como la descrita. Después de la segunda resublimación, por ejemplo, el error incurrido en hasta una docena de determinaciones ha sido inferior a un 0,7 %, siendo los valores extremos de -1,119 segundos a -1,126 segundos.

En todos los experimentos descritos a continuación, se ha utilizado tiotimolina purificada en este grado.

### **TABLA I**

(12 observaciones)

Estado de purificación

«T» Medio

«T» extremos

% de error

Ya aislado

-0,72

-0,3

-1

34,1

Primera recristalización

-0,95

-0,8

-1,1

9,8

Segunda recristalización

-1,05

-1

-1,1

4

Tercera recristalización

-1,11

-1,1

-1,1

1,8

Cuarta recristalización

-1,12

-1,1

-1,1

1,7

Primera resublimación

-1,12



-1,1

-1,1

0,9

Segunda resublimación

-1,122

-1,1

-1,1

0,7

**Tiempo de disolución y volumen de disolvente** - Como parecería razonable, los experimentos han demostrado que el volumen creciente de disolvente permite que la tiotimolina se disuelva con mayor rapidez, es decir, con un tiempo crecientemente negativo de disolución. Por la figura 1 podemos ver, sin embargo, que este aumento de las propiedades endocrónicas se nivela rápidamente con un volumen de disolvente de 1,25 ml aproximadamente. Este interesante efecto en meseta ha aparecido con variables volúmenes de disolventes utilizados en estos laboratorios, lo mismo que en todos los casos el tiempo de disolución tiende a cero con un volumen creciente de disolvente.

## TIEMPO DE DISOLUCIÓN (seg.)

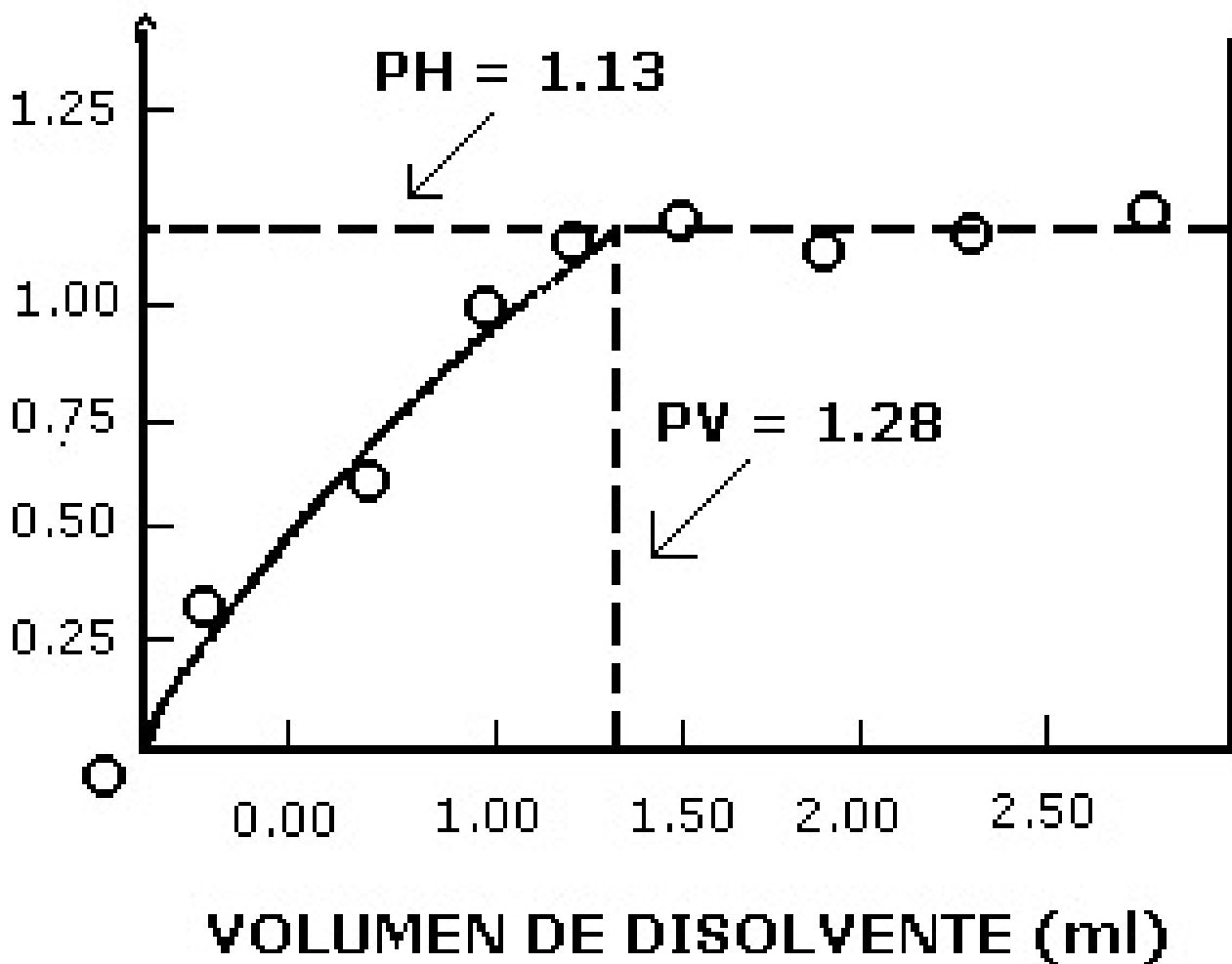


figura 1

**Tiempo de disolución y concentración de un ión dado** - En la figura 2 se dan los resultados del efecto del tiempo de disolución (T) variando el volumen de disolvente, en el que el disolvente consiste en concentraciones variables de disolución de cloruro sódico. Puede verse que, si bien en cada caso el volumen que alcanza esta meseta difiere notablemente con la concentración, las alturas de la meseta son constantes (es decir: -1,13). El volumen al que se alcanza, que en lo sucesivo denominaremos Volumen Meseta (VM) disminuye con el descenso de la concentración del cloruro sódico, acercándose al VM para el agua a medida que la concentración de NaCl tiende a cero. Es obvio, por consiguiente, que una disolución de cloruro sódico de concentración desconocida puede caracterizarse con toda exactitud por la determinación de su VM, si no hay ni vestigio de otras sales.

## TIEMPO DE DISOLUCIÓN (seg.)

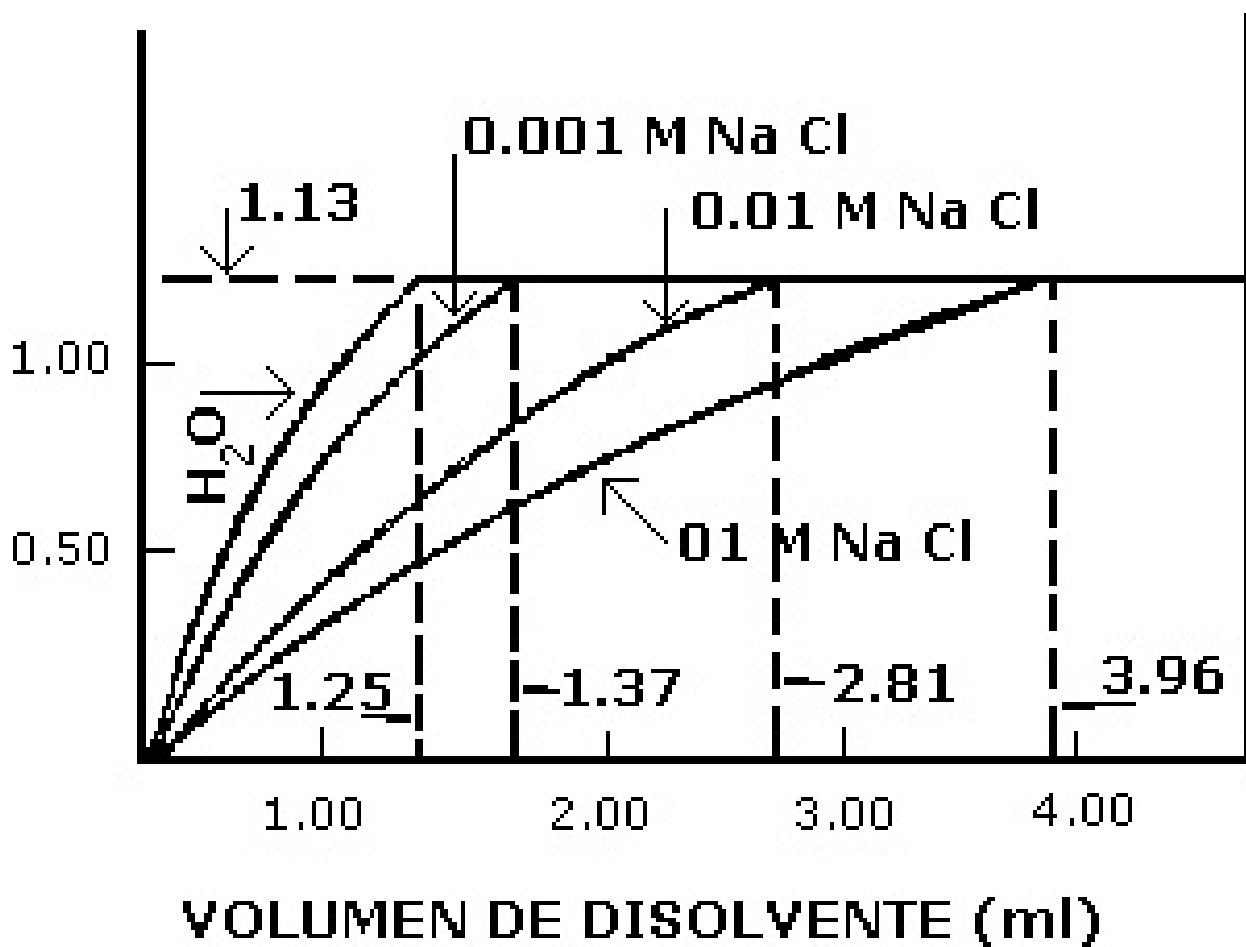
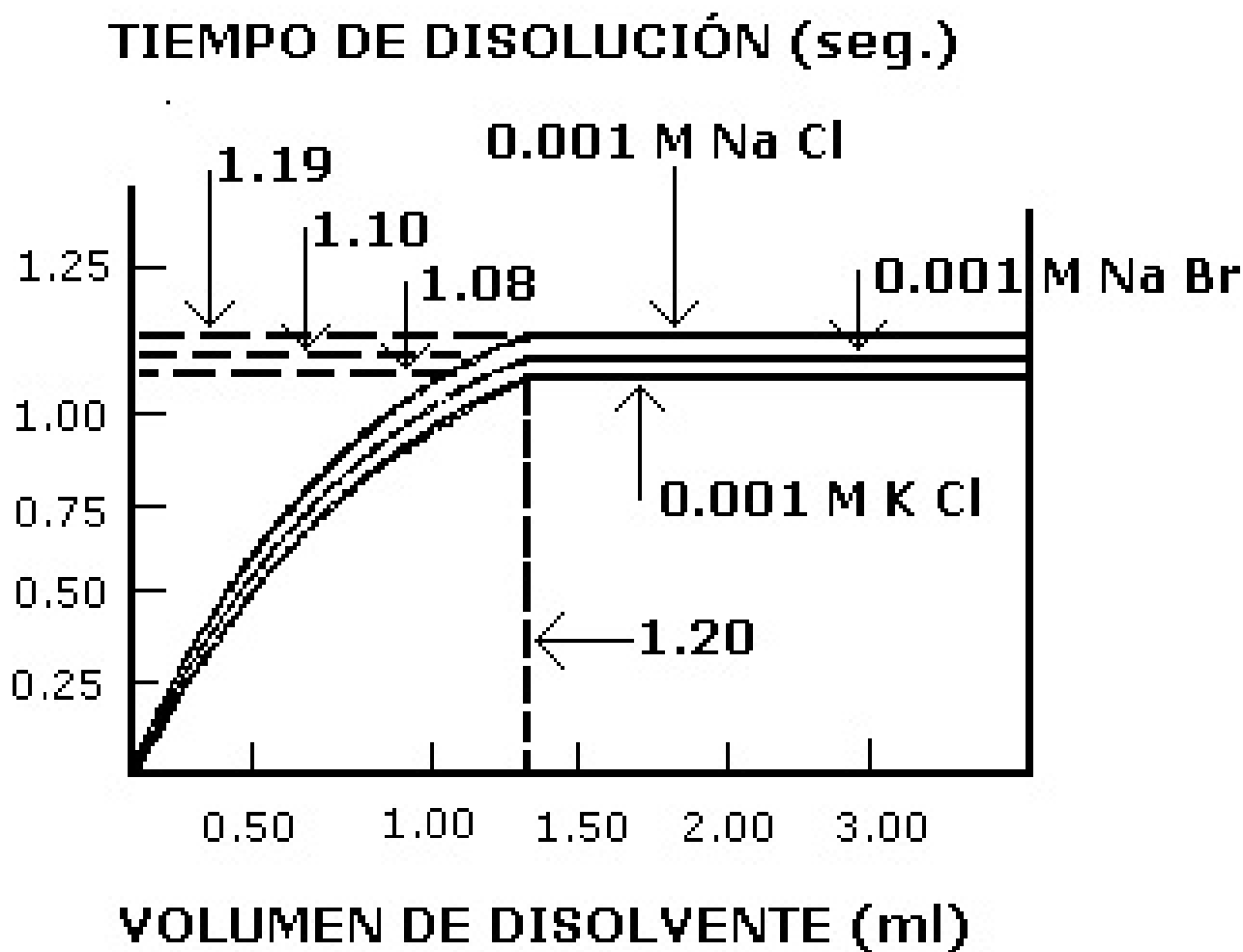


figura 2

Esta utilidad del VM se extiende asimismo a otros iones. La figura 3 nos da las curvas endocrónicas para disoluciones 0,001 molares de cloruro sódico, bromuro sódico y cloruro potásico.

El VM es igual en cada caso, dentro de los límites de error experimental —puesto que las concentraciones son iguales en todos los casos— aunque las Alturas de Meseta (AM) son diferentes.

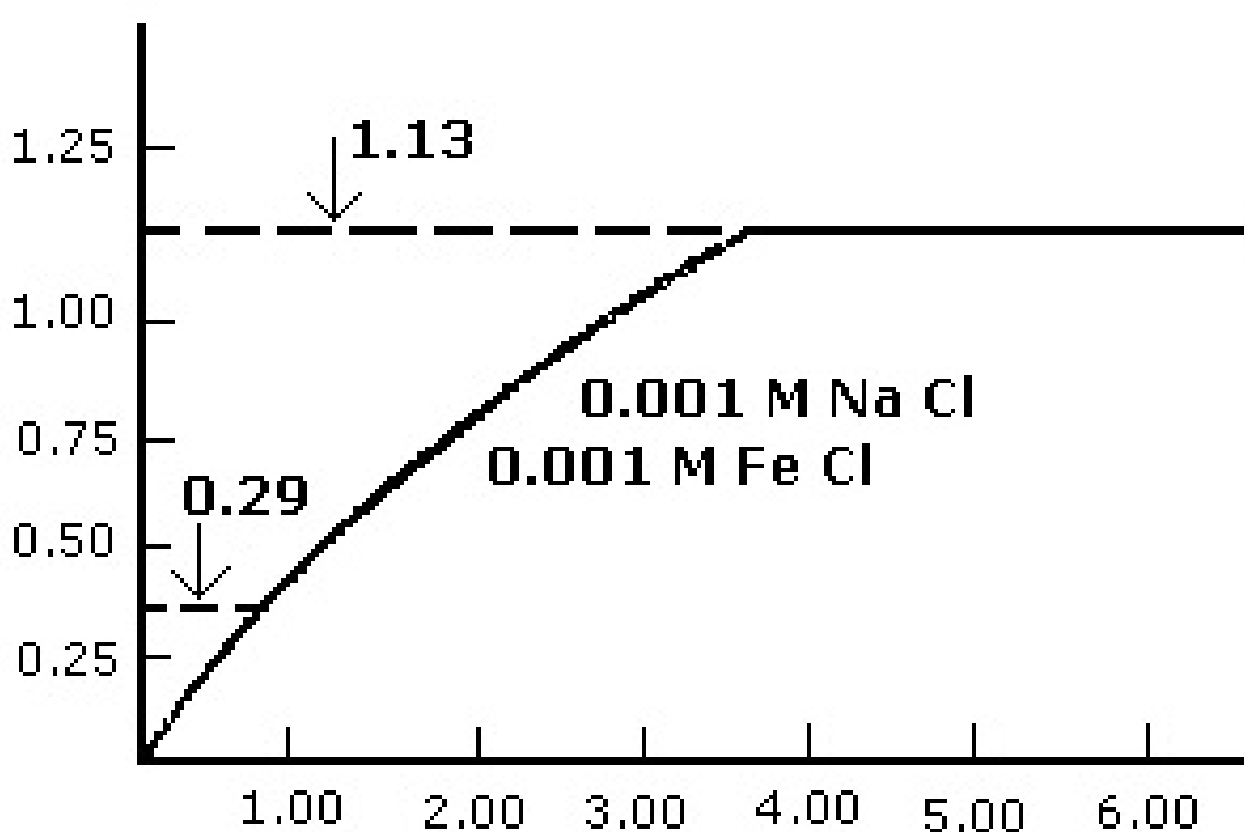
Una conclusión de tanteo a la que se puede llegar a través de estos datos experimentales es la de que las AM son características de la naturaleza de los iones presentes en la disolución, mientras que el VM es característico de la concentración de estos iones. La tabla II da los valores de Altura de Meseta y Volumen de Meseta para una gran variedad de sales en idénticas concentraciones, si se presentan solas.



**figura 3**

La variación más interesante que hay que observar en la tabla II es la del VM con la valencia tipo de la sal presente. En el caso de sales que contengan pares de iones monovalentes —es decir, cloruro sódico, cloruro potásico y bromuro sódico— el VM es constante para todos. Lo cual vale también para aquellas sales que contienen un ión con una sola carga, y otro ión con dos cargas —o sea, sulfato sódico, cloruro cálcico y cloruro magnésico— en la que el VM, aunque igual en los tres, varía notablemente del de los del primer grupo. Por consiguiente, el VM parece ser función de la energía iónica de la disolución.

## TIEMPO DE DISOLUCIÓN (seg.)



## VOLUMEN DE DISOLVENTE (ml)

**figura 4**

Este efecto se produce también en relación con la Altura de la Meseta, aunque con menor regularidad. En el caso de iones de una sola carga, como en el de las tres sales anotadas en la tabla II, la AM se acerca muchísimo a la del agua misma. Desciende considerablemente donde haya iones con doble carga, tales como el sulfato o el calcio. Y cuando están presentes los iones fosfato o férrico, con triple carga, el valor descende a un cuarto nada más del que tenía en el agua.

**TABLA II**

Disolvente (disoluciones salinas en concentración 0,001 M)

Altura de Meseta (AM) segundos

Volumen de Meseta (VM) mililitros

Agua

-1,13

1,25

Disolución de cloruro sódico

-1,13

Disolución de bromuro sódico	-1,1
	1,37
Disolución de cloruro potásico	-1,08
	1,37
Disolución de sulfato sódico	-0,72
	1,59
Disolución de cloruro cálcico	-0,96
	1,59
Disolución de cloruro magnésico	-0,85
	1,59
Disolución de sulfato cálcico	-0,61
	1,72
Disolución de fosfato sódico	-0,32
	1,97
Disolución de cloruro férrico	-0,29
	1,99

**Tiempo de disolución y mezcla de iones** - Los experimentos actualmente en marcha en estos laboratorios se interesan por la cuestión, extremadamente importante, de la variación de las propiedades endocrónicas de la tiotimolina en presencia de mezclas de iones. El estado de nuestros conocimientos en la actualidad no autoriza conclusiones muy generales, pero hasta nuestro trabajo preliminar hace concebir esperanzas sobre el desarrollo futuro de los métodos endocrónicos de análisis. Así, en la figura 4, tenemos la curva endocrónica tratándose de un disolvente constituido por una mezcla 0,001 M de cloruro sódico y 0,001 M de cloruro férrico en disolución. En este caso, pueden observarse dos rápidos cambios de pendiente: el primero en un tiempo de disolución de -0,29, y el segundo en un tiempo de -1,13, que constituyen las AM características del cloruro férrico y el cloruro sódico respectivamente. (Véase tabla II.) La AM de una determinada sal parecería, pues, no afectada por la presencia de otras sales.

Sin embargo, éste no es el caso, definitivamente, para el VM, y es hacia la

elucidación cuantitativa de la variación del VM con impurezas en el disolvente hacia donde dirigimos ahora nuestros mayores esfuerzos.

**Sumario** - Las investigaciones de las cualidades endocrónicas de la tiotimolina han demostrado que:

a) Para obtener resultados cuantitativos es necesaria una cuidadosa purificación del material.

b) El aumento del volumen de disolvente origina un aumento del tiempo negativo de disolución hasta un valor constante conocido por Altura de Meseta (AM) en un volumen de disolvente conocido como Volumen de Meseta (VM).

c) El valor de la AM es característico de la naturaleza de los iones presentes en el disolvente, variando con la energía iónica de la disolución, y no variando con la adición de otros iones.

d) El valor del VM es característico de la concentración de los iones presentes en el disolvente, siendo constante para diferentes iones en disolución de igual energía iónica, pero variando notablemente con la mezcla de segundas variedades de iones.

Como resultado de todo ello se sugiere que los métodos endocrónicos ofrecen un medio de análisis rápido —2 minutos o menos— y exacto —dentro de un 0,1 % por lo menos— de sustancias inorgánicas solubles en agua.

## BIBLIOGRAFÍA

1. P. Krum y L. Eshkin. Journal of Chemical Solubilities, 27, 109-114 (1944). «Referente a la solubilidad anómala de la tiotimolina.»
2. E. J. Feinshreiber y Y. Hravlek. Journal of Chemical Solubilities, 22, 57-68 (1939). «Velocidades de disolución y grupos hidrófilos.»
- 3 P. Krum, L. Eshkin y O. Nile. Atináis of Synthetic Chemistry, 115. 1.122-1.145; 1.208-1215 (1945). «Estructura de la tiotimolina, Partes I y II.»
4. G. H. Freudler. Journal of Psychochemistry, 2, 476-488 (1945). «Iniciativa y determinación: ¿influye en ellas la dieta? Según los experimentos de solubilidad de la tiotimolina.»
5. E. Harley-Short. Philosophical Proceedings and Reviews, 15, 125-197 (1946).«Determinismo y libre albedrío. Aplicación de la solubilidad de la tiotimolina al marxismo dialéctico.»
6. P. Krum. Journal of Chemical Solubilities, 29, 818-819 (1946). «Un dispositivo para la medición cuantitativa de la velocidad de disolución de la tiotimolina.»
7. A. Roundin, B. Lev y Y. J. Prutt. Proceedings of the Society of Plant Chemistry, 80, 11-18 (1930). «Productos naturales aislados de arbustos del género Rosácea.»

8. Tiotimolin kak Ispitatel Markssiiskoy dilektiki. B. Kreschiatika. Journal Nauki i Sovetskoy Ticorii. Volumen 11, número 3.
9. Philossophia Neopredelennosti i Tiotimolin, Molvinski Pogost i Z. Brikalo. Mir i Kultura. Vol. 2, núm. 31.



## Madre Tierra (1949)

---

“Mother Earth”

—Pero ¿está completamente seguro? ¿Está seguro de que, aunque uno sea historiador profesional, puede distinguir siempre entre victoria y derrota?

Gustav Stein, que se había desahogado con esa burlona pregunta, formulada con una amplia sonrisa debajo de un mostacho gris del que acababa de apartar un vaso vacío, no era historiador.

Pero su compañero sí lo era, y aceptó la cariñosa embestida sonriendo a su vez.

Para la Tierra, el apartamento de Stein era realmente de lujo. Claro que le faltaba la vacía intimidad de los Mundos Exteriores, puesto que delante de su ventana se extendía hacia lo lejos un fenómeno que sólo se daba en el planeta donde él nació: una ciudad. Una gran ciudad, llena de gente cuyos hombros rozaban unos con otros, cuyos sudores se mezclaban...

El apartamento tampoco estaba equipado con su propia central de energía y su propio suministro de cosas necesarias. Carecía incluso del cupo más elemental de robots positrónicos. En resumen, le faltaba la dignidad de bastarse a sí mismo, y, como la mayoría de las cosas de la Tierra, era simplemente parte de una comunidad, una unidad pendiente de un grupo, una porción de una turba.

Pero Stein era terrícola de nacimiento y estaba acostumbrado a ello. Además, al fin y al cabo, según los niveles de la Tierra, el apartamento seguía siendo de lujo.

Pero mirando al exterior por las mismas ventanas ante las cuales se extendía la ciudad, uno podía ver las estrellas y, entre ellas, los Mundos Exteriores, en los que no había ciudades, sino únicamente jardines; donde los céspedes eran fajas de esmeralda, donde todos los seres humanos eran reyes y adonde esperaban, muy en serio y muy en vano, ir todos los terrícolas buenos algún día.

Exceptuando a unos cuantos que estaban mejor enterados; como Gustav Stein.

Las tardes de los viernes con Edward Field pertenecían a esa clase de ritual que se entroniza con la edad y la vida sosegada. Un ritual que les partía la semana agradablemente a un par de solterones maduros y les proporcionaba un motivo inocuo para entretenerse con el jerez y las estrellas. Un ritual que los apartaba de lo desagradable de la vida y, sobre todo, les permitía hablar.

Especialmente Field, como conferenciante, erudito y hombre de pocos medios, citaba capítulos y versos de su todavía incompleta Historia del Imperio Terrestre.

—Espero el último acto —explicaba—. Entonces la titularé Ocaso y caída del Imperio, y la publicaré.

—Siendo así, debes de confiar que el último acto llegará pronto.

—En cierto sentido, ha llegado ya. Lo que ocurre, sencillamente, es que vale más esperar a que todos reconozcan ese hecho. Mire, so escéptico, cuando un Imperio, o un Sistema Económico o una Institución Social caen, se producen tres momentos, tres tiempos.

Field hizo una pausa para lograr el pleno efecto y aguardó pacientemente a que Stein dijera:

—¿Cuáles son esos tres tiempos?

—Primero —Field enderezó el índice derecho— viene el tiempo en que aparece un pequeño nudo que señala el camino inexorable hacia el final. No se ve ni se reconoce hasta que el final ha llegado ya, y entonces el nudo originario se hace visible para la mirada retrospectiva.

—¿Y puede decirme cuál es ese pequeño nudo?

—Creo que sí, pues cuento ya con la ventaja de siglo y medio de visión retrospectiva. Vino cuando la colonia del sector Sirio, Aurora, obtuvo por primera vez el permiso del Gobierno Central de la Tierra para introducir robots positrónicos en su vida comunal. Evidentemente, volviendo la vista hacia aquel momento, quedaba despejado el camino hacia una sociedad completamente mecanizada, fundada en el trabajo de los robots y no en el de los hombres. Y es esta mecanización la que ha constituido y seguirá constituyendo el factor decisivo en la lucha entre los Mundos Exteriores y la Tierra.

—¿De veras? —murmuró el fisiólogo—Cuan infernalmente listos son ustedes los historiadores. ¿Cuál y cuándo fue la segunda vez que el Imperio cayó?

—El segundo momento en el tiempo —Field dobló suavemente el dedo medio— llega cuando ante los ojos del experto se levanta una señal tan grande y clara que se puede distinguir sin ayuda de la perspectiva. Y este momento ha pasado también al establecer los Mundos Exteriores, por primera vez, un cupo de inmigración contra la Tierra. El hecho de que la Tierra fuese incapaz de impedir una acción tan claramente perjudicial para ella fue un grito que todos pudieron oír, y eso tuvo lugar hace cincuenta años.

—Mejor. ¿Y el tercer momento?

—¿El tercer momento? —ahora le tocó el turno al dedo anular—. Ese es el menos importante. Es cuando el mensaje se convierte en una pared con un enorme «FIN» garabateado en ella. Entonces lo único que se requiere para conocer que ha llegado el final no es perspectiva ni entrenamiento, sino simplemente la facultad de escuchar una videograbación.

—Supongo que el tercer momento en el tiempo no ha llegado todavía,

—No, evidentemente; si hubiera llegado no tendría que preguntarlo. Sin embargo, puede llegar pronto; por ejemplo, sí estalla una guerra.

—¿Cree que estallará?

Field no quiso comprometerse.

—Los tiempos están inseguros y se extiende por la Tierra una oleada de sentimentalismo fútil por el problema de la inmigración. Si estallara una guerra, la Tierra sería derrotada rápida y definitivamente, y se erigiría el muro.

—¿Está seguro? ¿Está completamente seguro de que uno, aunque sea historiador profesional, sabe distinguir siempre entre victoria y derrota?

Field sonrió. Y dijo:

—Es posible que usted sepa algo que yo no sé. Por ejemplo, ahora se habla de una cosa llamada el «Proyecto Pacífico».

—No lo había oído mentar nunca —Stein volvió a llenar los dos vasos—. Hablemos de otras cuestiones.

Levantó el vaso hacia la ancha ventana, de modo que las estrellas lejanas se reflejaran con un fulgor rosado movedizo en el transparente líquido, y brindó:

—Para que terminen felizmente todos los contratiempos de la Tierra.

Field levantó el suyo.

—Por el Proyecto Pacífico.

Stein bebió un sorbito y dijo:

—Estamos brindando por dos cosas distintas.

—¿De veras?

Es muy difícil describir ninguno de los Mundos Exteriores a un indígena de la Tierra, pues lo que se precisa no es tanto la descripción de un mundo sino la de un estado mental. Los Mundos Exteriores —unos cincuenta, que empezaron por ser colonias, pasaron luego a dominios y más tarde a naciones— difieren muchísimo unos de otros en un sentido físico. Pero el estado de espíritu es el mismo en todos ellos.

Es un fenómeno que nace de un mundo en principio no apto para el género humano, y sin embargo poblado por la flor y nata de los difíciles, los diferentes, los osados, los extraviados.

Para expresarlo con una sola palabra, es el universo de la «individualidad».

Tenemos, por ejemplo, el mundo de Aurora, a tres parsecs de la Tierra. Fue el primer planeta colonizado fuera del Sistema Solar y representó el alba de los viajes interestelares. De ahí su nombre.

En un principio, acaso, tenía aire y agua; pero según los raseros terrestres era rocoso y estéril. La vida vegetal que existía allí, alimentada por un pigmento verde amarillento sin ninguna relación con la clorofila y sin la eficacia de ésta, daba a las regiones relativamente fértiles un aspecto bilioso, decididamente desagradable para los ojos no habituados. No existía vida animal alguna que superara la fase unicelular y la correspondiente a las bacterias. Nada peligroso, naturalmente, puesto que los dos sistemas biológicos, el de la Tierra y el de Aurora, no guardaban ninguna relación

química entre sí.

Muy lentamente, Aurora se convirtió en una especie de mosaico con parcelitas pequeñas intercaladas. Primero vinieron los cereales y los árboles frutales; luego, arbustos, flores y hierbas. Siguieron los rebaños de ganado. Y, como si conviniera evitar una copia demasiado fiel del planeta metrópoli, vinieron también robots positrónicos a construir edificios, cultivar campos, establecer las unidades de energía. En resumen, a realizar el trabajo y a convertir el planeta en verde y humano.

Teníamos ahí el lujo de un mundo nuevo y con unos recursos minerales ilimitados. Había un exceso incalculable de energía atómica distribuida en nueve fundaciones y a disposición tan sólo de miles, o, como máximo, millones de seres a quienes servir, y no a miles de millones. Se produjo el vasto florecimiento de la ciencia física en mundos donde había espacio para cultivarla.

Tomemos como ejemplo el hogar de Franklin Maynard, quien vivía, acompañado de su esposa, sus tres hijos y veintisiete robots, en una finca que distaba más de sesenta y cinco kilómetros de su vecino más cercano. Sin embargo, por onda-comunitaria, podía, si así lo deseaba, compartir la sala de estar de cualquiera de los setenta y cinco millones de habitantes de Aurora... con cada uno en particular, y con todos simultáneamente.

Maynard conocía centímetro a centímetro su valle.

Sabía dónde terminaba, bruscamente, dejando el puesto a los despeñaderos inhóspitos, a cuyas indeseables pendientes se aferraban agoreramente las angulosas y afiladas hojas de la aliaga indígena... como por odio a la materia, más suave, que le había usurpado el puesto bajo el sol.

Maynard no tenía que salir de aquel valle. Era diputado de la Reunión y miembro del Comité de Agentes Extranjeros, pero podía resolver todos los asuntos, salvo los, más esenciales, por onda-comunitaria, sin tener que sacrificar siquiera aquella preciosa intimidad que gozaba de una forma que ningún terrícola podía comprender.

Hasta el asunto actual se podía llevar a cabo por onda-comunitaria. Por ejemplo, el hombre que estaba sentado con él allí en la sala de estar era Charles Hijzman, el cual se hallaba en realidad en su propia sala de estar de una isla en medio de un lago artificial poblado por cincuenta variedades de peces y que se encontraba a más de cuarenta kilómetros de allí.

El enlace era una ilusión, por supuesto. Si Maynard hubiera querido estirar un brazo, habría podido palpar la invisible pared.

Hasta los robots estaban habituados a la paradoja, y cuando Hijzman levantó la mano para coger un cigarrillo, el robot de Maynard no hizo ningún movimiento por satisfacer el deseo, aunque hubo de transcurrir medio minuto antes de que pudiera satisfacerlo el del propio Hijzman.

Los dos hombres conversaban como mundo-exteriorícolas que eran; es decir,

secamente y con sílabas demasiado cortadas para tener un acento amable, aunque, en verdad, tampoco lo tenían hostil. Simplemente, les faltaba algo indefinible, esa crema —aunque agria y escasa a veces— de la sociabilidad humana que tanto se inculca a los habitantes de los hormigueros de la Tierra.

Maynard decía:

—Hace tiempo que necesito una comunión particular, Hijkman. Mis deberes en la Reunión de este año...

—Perfecto. Queda entendido. Puede empezar ahora, por supuesto. En realidad me interesa más aún porque me han hablado de la superior calidad de sus terrenos y paisajes. ¿Es cierto que alimentan el ganado con hierba importada?

—Me temo que aquí hay una pequeña exageración. En realidad algunas de mis mejores lecheras se alimentan de importaciones de la Tierra en la época del parto; pero alimentarlas así continuamente sería prohibitivamente caro, me temo. Sin embargo, producen una leche de calidad extraordinaria. ¿Puedo tomarme la libertad de enviarle la producción de un día?

—Sería extremadamente amable —Hijkman inclinó la cabeza con aire grave—. Habrá de aceptar unos salmones míos a cambio.

Para un ojo terrestre, los dos hombres podrían haber parecido muy semejantes. Ambos eran altos, aunque no fuera de lo común para Aurora, donde la talla normal de un hombre adulto es de metro ochenta y cinco a metro ochenta y siete. Ambos eran rubios y de músculos fuertes, con unos rasgos fisonómicos agudos, pronunciados. Aunque ninguno de los dos estaba por debajo de los cuarenta, todavía llevaban sus respectivos años con toda gallardía.

Hasta aquí, el preámbulo. Entonces, sin cambiar de tono, Maynard enfocó el objetivo auténtico de su llamada,

—El Comité, ya sabe usted —dijo—, en la actualidad se ocupa preferentemente de Moreanu y sus conservadores. Nosotros, los independientes, quisiéramos tratarlos con mano firme. Pero antes de emprender semejante camino con la calma y la seguridad necesarias, me gustaría formularle unas preguntas,

—¿Y por qué a mí?

—Porque usted es el físico más importante de Aurora,

La modestia es una actitud antinatural, una actitud que sólo con grandes dificultades se inculca a los niños. En una sociedad individualista representa una virtud inútil; por consiguiente, Hijkman estaba libre de semejante lastre. Se limitó pues a inclinar la cabeza con objetivo asentimiento a las últimas palabras de Maynard.

—Y —continuó éste— porque es uno de los nuestros. Usted es independiente.

—Estoy afiliado al partido. Pago las cuotas, pero no despliego gran actividad.

—De todos modos, es hombre de confianza. Bueno, pues, dígame, ¿ha oído

hablar del Proyecto Pacífico?

—¿El Proyecto Pacífico? —había en sus palabras una delicada interrogación.

—Se trata de algo que está ocurriendo en la Tierra. Pacífico es el nombre de un océano de la Tierra; pero, muy probablemente, el nombre en sí no signifique nada.

—No tenía la menor noticia.

—No me extraña. Pocos la tienen, ni siquiera en la misma Tierra. Ah, por cierto, nuestra comunión, ésta de ahora, se realiza vía rayo-cerrado y no debe divulgarse nada.

—Comprendo.

—Sea lo que fuere el Proyecto Pacífico (y nuestros agentes se muestran extremadamente vagos), cabe suponer que representa una amenaza. Mucha de esa gente que en la Tierra pasan por científicos parece relacionada con él. Y también muchos políticos de los más radicales y alocados de aquel planeta.

—Humm. Tiempo atrás hubo una cosa a la que llamaron Proyecto Manhattan.

—Sí —alentó Maynard—. ¿Qué sabe de aquello?

—Bah, es una cosa antigua. Se me ha ocurrido por la analogía de las denominaciones. El Proyecto Manhattan data de antes de los viajes extraterrestres. Hubo una guerrita de nada en la Edad Oscura, y ése es el nombre que dieron a un grupo de científicos que desarrollaron la energía atómica.

—¡Ah! —la mano de Maynard se cerró en un puño—. ¿Y qué piensa entonces que puede salir del Proyecto Pacífico?

Hijkman reflexionó. Luego, en voz baja, preguntó:

—¿Cree que los de la Tierra planean una guerra?

En el semblante de Maynard apareció una repentina expresión de disgusto.

—Seis mil millones de personas. O mejor, seis mil millones de semimonos acumulados en un solo sistema, a punto de estallar, enfrentándose con unos millones, en total, de los nuestros. ¿No le parece una situación peligrosa?

—¡Bah, números!

—De acuerdo. ¿Estamos a salvo, a pesar de los números? Dígamelo. Yo soy gobernador, nada más; en cambio usted es físico. ¿Tiene la Tierra una posibilidad, sea como fuere, de ganar una guerra?

Hijkman permaneció solemnemente sentado en su silla y reflexionó con calma. Luego dijo:

—Razonemos. Hay tres grandes clases de métodos mediante los cuales un individuo o un grupo pueden lograr sus fines contra una oposición. Por orden de menor a mayor sutileza, a estas tres clases las podríamos denominar física, biológica y psicológica.

»Bien, la física podemos eliminarla sin reparo. La Tierra no tiene una base industrial. No posee la técnica necesaria. Cuenta con recursos muy limitados. En la

actualidad ni siquiera tiene un científico físico de gran talla. De modo que es absolutamente imposible que los terrícolas puedan idear ningún recurso físico-químico que no conozcamos ya los de los Mundos Exteriores. Siempre, por supuesto, que las condiciones del problema impliquen un enfrentamiento de la Tierra, ella sola, contra uno de los Mundos Exteriores, o contra todos. Doy por descontado que ninguno de los Mundos Exteriores se aliaría con la Tierra para atacarnos a nosotros.

—Por supuesto que no. Ni pensar en tal cosa. Bórresela de la mente.

—Entonces, no se puede concebir el empleo, por sorpresa, de armas físicas corrientes. Sería inútil seguir discutiendo este punto.

—Siendo así, ¿qué opina de su segunda clase: la biológica?

Hijkman enarcó las cejas poco a poco.

—Vea, aquí no pisamos un terreno tan firme. Me dicen que en la Tierra hay algunos biólogos muy competentes. Claro, como yo soy físico y no biólogo, no estoy en condiciones de juzgar por mí mismo. De todos modos, creo que en ciertos campos limitados son bastante expertos. En ciencia agrícola, por supuesto, para poner un ejemplo patente. Y en bacteriología. Humm...

—Sí, ¿qué sucedería en una guerra bacteriológica?

—¡Es una idea! Aunque no, no, perfectamente inconcebible. Un mundo rebosante y reducido como la Tierra no puede permitirse el lujo de luchar con gérmenes contra un amplio enrejado de cincuenta mundos dispersos. Los terrícolas estarían muchísimo más expuestos a epidemias, es decir, a una réplica de la misma clase. En realidad, yo diría que, dadas las condiciones de vida que disfrutamos aquí en Aurora, y en los otros Mundos Exteriores, no se desarrollaría de verdad ninguna enfermedad contagiosa. No, Maynard. Puede consultar a un bacteriólogo; pero creo que le dirá lo mismo.

—¿Y la tercera clase? —inquirió Maynard.

—¿La psicológica? Mire, ésa es impredecible. Sin embargo, los Mundos Exteriores son comunidades inteligentes y cuerdas, no manejables por la propaganda ordinaria, ni por ningún emocionalismo insano. Veamos, me preguntaba...

—¿Qué?

—¿Y si el Proyecto Pacífico no fuese sino eso, precisamente? Quiero decir, un enorme montaje para mantenernos en un estado de ansiedad. Un proyecto ultra-secreto, pero del que se filtra algo de la manera más conveniente y en el momento oportuno, a fin de que los Mundos Exteriores cedan algo ante la Tierra, simplemente como medida de precaución...

Hubo un silencio prolongado.

—¡Imposible! —estalló, colérico, Maynard.

—Usted reacciona como se pretendía. Usted titubea. Pero no insisto demasiado en la interpretación. Es sólo una idea.

Hubo un silencio más prolongado aún, y luego Hijzman volvió a tomar la palabra:

—¿Quiere preguntarme algo más?

Maynard salió, con un sobresalto, de una especie de divagación.

—No... no...

La onda cesó, y apareció una pared donde un momento antes se veía el espacio libre.

Despacio, con terca incredulidad, Franklin Maynard movía la cabeza.

Ernest Keilin subía las escaleras, encariñado con todos los siglos pasados. Era un edificio antiguo, preñado de historia. En otro tiempo albergó el Parlamento del Hombre, y de él salieron palabras que retumbaron por las estrellas.

Era un edificio alto. Se remontaba, se extendía, se erguía. Se elevaba hacia las estrellas; hacia unas estrellas que ahora se habían alejado.

Ya no albergaba el Parlamento de la Tierra, que había sido trasladado a un edificio más moderno, neoclásico, un edificio que imitaba muy imperfectamente los estilismos arquitectónicos de la antigua Era Preatómica.

No obstante, el viejo edificio conservaba su pomposo nombre. Oficialmente, seguía siendo la Casa Estelar, aunque en la actualidad sólo daba cobijo a los funcionarios de una burocracia reducida.

Keilin bajó en el duodécimo piso y el ascensor descendió, rápidamente, a su espalda. El luminoso rótulo pregonaba suave, calladamente: «Oficina de Información». Keilin entregó una carta a la recepcionista. Aguardó. Al cabo de un rato cruzaba la puerta que decía: «L. Z. Cellioni —Secretario de Información».

Cellioni era bajo y moreno. Tenía el cabello abundante y negro; llevaba un delgado bigotito negro. Cuando sonreía, mostraba unos dientes de una blancura asombrosa, y muy regulares... por lo que solía hacerlo a menudo.

Estaba sonriendo en este instante, mientras se levantaba y alargaba la mano. Keilin la estrechó; aceptó una silla y después un cigarro.

—Estoy muy contento de verle, señor Keilin —dijo Cellioni—. Ha sido muy amable cogiendo el avión en Nueva York para venir aquí al poco rato de haberle avisado.

Keilin torció las comisuras de los labios y dibujó un leve gesto con una mano, como quitándole importancia a todo aquello.

—Y ahora —continuó Cellioni— creo que le gustaría que le explicara el motivo de la llamada.

—No rechazaría una explicación, en modo alguno —contestó Keilin.

—Por desgracia, es difícil saber exactamente cómo hacerlo. Como secretario de Información me encuentro en una situación difícil. Debo salvaguardar la seguridad y



el bienestar de ¡a Tierra y, al mismo tiempo, acatar nuestra tradicional libertad de prensa. Natural y afortunadamente, no tenemos censura; pero también es natural que en ciertas ocasiones uno desee que la hubiera.

—¿Se refiere esto a mí? —preguntó Keilin—. Lo de la censura, quiero decir.

Cellioni no contestó directamente. Lo que hizo fue volver a sonreír, con una sonrisa lenta y desprovista de jovialidad,

—Usted, señor Keilin, dispone de uno de los programas de video preferidos del público y más influyentes. Por ello el gobierno siente un interés especial por usted,

—El tiempo es mío —replicó Keilin tozudamente—. Lo pago. Pago impuestos por los beneficios que me reporta. Me atengo a todas las disposiciones vigentes sobre temas prohibidos. De modo que no veo qué interés puede sentir el gobierno por mí.

—Oh, me ha interpretado mal. Ha sido culpa mía, supongo, por no expresarme con bastante claridad. Usted no ha cometido ningún delito ni faltado a ninguna ley. Sus dotes de periodista merecen toda mi admiración. A lo que me refiero es a su actitud de comentarista en ciertas ocasiones.

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto —respondió Cellioni, con repentina aspereza en los delgados labios— a nuestra política acerca de los Mundos Exteriores.

—Mi actitud de comentarista representa lo que siento y creo, señor secretario.

—Lo admito. Tiene derecho a sentir y creer por su cuenta. Sin embargo, es poco juicioso propagar ciertos sentimientos y creencias casi todas las noches a un público de cincuenta millones de personas.

—Poco juicioso, según usted, quizá. Pero legal, según todo el mundo.

—A veces es necesario anteponer el bien del país a una interpretación estricta y egoísta de la legalidad.

Keilin golpeó el suelo dos veces y frunció el ceño con aire sombrío.

—Oiga —dijo—, hable claro. ¿Qué quiere?

El secretario de Información extendió las manos hacia delante.

—En una palabra... ¡cooperación! De veras, señor Keilin, no podemos permitir que debilite la voluntad del pueblo. ¿Se da cuenta de la situación de la Tierra? ¡Seis mil millones de habitantes y una reserva de víveres en descenso! ¡Es insoportable! La única solución consiste en emigrar. Ningún terrícola patriota puede dejar de ver la justicia de nuestra posición. Ningún ser humano razonable, de cualquier parte que sea, puede dejar de ver cuan justa es.

—Estoy de acuerdo con la premisa que sienta usted de que el problema de la población es grave —replicó Keilin—, pero la emigración no es la única manera de solucionarlo. En realidad, la emigración es el método más seguro de precipitar el desastre.

—¿De veras? ¿Por qué lo dice?

—Porque los Mundos Exteriores no aceptarán emigrantes, y ustedes sólo pueden obligarlos mediante la guerra. Pero nosotros no podemos ganar una guerra.

—Dígame —adujo Cellioni mansamente—, ¿ha tratado alguna vez de emigrar? Creo que reúne las condiciones precisas. Es bastante alto, color del cabello más bien claro, inteligente...

Keilin se sonrojó. Y objetó secamente:

—Padezco fiebre del heno.

—Bien —dijo el secretario sonriendo—, entonces ha de tener buenos motivos para estar en desacuerdo con su política genética y racista.

Keilin replicó acaloradamente:

—No me dejaré influir por motivos personales. Censuraría la política de aquellas gentes si poseyera las cualidades óptimas para emigrar. Pero mi censura no cambiaría nada. La política se la dictan ellos y pueden imponerla. Además, es una política que admite ciertas justificaciones, aunque sea equivocada. El género humano se dirige de nuevo hacia los Mundos Exteriores, y a ellos (los que llegaron allá primero) les gustaría eliminar ciertos defectos del mecanismo humano que el tiempo ha puesto de manifiesto. Un paciente de fiebre del heno es un caso feo, genéticamente hablando. Un predispuesto al cáncer lo es más todavía. Sus prejuicios contra el color de la piel y del cabello son insensatos, por supuesto, pero puedo afirmar que les interesa la uniformidad, la homogeneidad. En cuanto a la Tierra, podemos hacer mucho incluso sin la ayuda de los Mundos Exteriores.

—¿Qué, por ejemplo?

—Habría que introducir robots positrónicos y cultivo hidropónico, y (sobre todo) hay que implantar el control de la natalidad. Un control de nacimientos inteligente, fundado en principios psiquiátricos firmes ideado para eliminar las tendencias psicóticas, las enfermedades congénitas...

—Como se hace en los Mundos Exteriores...

—De ningún modo. Yo no he mencionado principios racistas. Hablo solamente de enfermedades mentales y físicas comunes a todos los grupos étnicos y raciales. Y, sobre todo, el número de nacimientos se ha de mantener por debajo del de defunciones hasta que se haya alcanzado cierto equilibrio.

Cellioni dijo con aire sombrío;

—Nos faltan las técnicas industriales y los recursos necesarios para introducir una tecnología robot-hidropónica en algo menos de cinco siglos. Además, las tradiciones de la Tierra, así como los códigos éticos en vigor prohíben el trabajo de los robots y los alimentos artificiales. Pero más que nada, prohíben que se mate a niños no nacidos. Ea, vamos, Keilin, no podemos permitir que siga propagando estas teorías por la televisión. No logra su propósito; distrae la atención; debilita las voluntades.

Keilin le interrumpió irritados

—Señor secretario, ¿quiere una guerra?

—¿Si yo quiero una guerra? ¡Vaya pregunta descarada!

—Entonces, ¿cuáles son los directores de la política del gobierno que sí la quieren? Por ejemplo, ¿quién es el responsable del rumor intencionado del Proyecto Pacífico?

—¿El Proyecto Pacífico? ¿Dónde le han hablado de tal cosa?

—Me reservo mis fuentes de información.

—Entonces, se lo diré yo. Le hablé de este Proyecto Pacífico Moreanu, de Aurora, en su reciente viaje a la Tierra. Sabemos más de lo que se figura sobre usted, señor Keilin.

—Lo creo, pero no reconozco haber recibido ninguna información de Moreanu. ¿Por qué se imagina que podía conseguir informaciones de tal fuente? ¿Será porque permitieron deliberadamente que alguien le contara a él esa patraña?

—¿Una patraña?

—Sí. Creo que el Proyecto Pacífico es un engaño. Una trampa destinada a inspirar confianza. Creo que el gobierno se propone dejar filtrar el pretendido secreto a fin de reforzar su política bélica. Es un truco que forma parte de una guerra de nervios sobre los terrícolas, y que acabará por acarrear la ruina de la misma Tierra. Y comunicaré esta teoría mía a la gente.

—No se la comunicará, señor Keilin —dijo Cellioni en tono sosegado.

—Sí se la comunicaré.

—Señor Keilin, su amigo Ion Moreanu está pasando apuros en Aurora, quizá por un exceso de amistad con usted. Cuide de no pasarlos usted iguales por exceso de amistad con él.

—No me preocupa —el periodista soltó una carcajada breve, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta... Y sonrió gentilmente cuando la halló bloqueada por dos hombrones—. ¿Quiere decir que estoy bajo arresto desde este mismo momento?

—Exacto —respondió Cellioni. —¿De qué se me acusa? —Bueno, más tarde lo pensaremos. Keilin salió... escoltado.

En Aurora los acontecimientos eran como imágenes en un espejo —aunque muy aumentadas— de lo narrado anteriormente.

El Comité de Agentes Extranjeros de la Reunión llevaba varios días en asamblea... Lo estaba desde el día en que Ion Moreanu y su Partido Conservador llevaron a cabo el gran reto por conseguir un voto de retirada de la confianza. El hecho de haber fracasado se debía en parte a la mejor dirección general de los independientes, y en parte, también, a la actividad de este mismo Comité de Agentes Exteriores.

Las pruebas se acumulaban desde hacía varios meses, y cuando el voto de

confianza resultó favorable, por un margen notable, a los independientes, el Comité pudo arremeter según sus propios medios.»

Moreanu fue citado en su propia casa y colocado bajo arresto domiciliario. Aunque este procedimiento no era legal, dadas las circunstancias —hecho que Moreanu señaló con gran vehemencia— se llevó a cabo con todo éxito y sin novedad alguna.

A Moreanu le interrogaron durante tres días seguidos, con acentos corteses y tonos ecuánimes que apenas se desviaban de una tranquila curiosidad. Los siete inquisidores del Comité se turnaban para el interrogatorio, y a Moreanu sólo se le concedían intervalos de diez minutos de descanso durante las horas que el Comité permanecía reunido.

Al cabo de tres días manifestó los efectos. Estaba ronco de tanto pedir un careo con sus acusadores, cansado de insistir en que se le notificase la naturaleza exacta de las acusaciones, y con las cuerdas vocales destrozadas de tanto gritar que el procedimiento era ilegal.

El Comité acabó por leerle unas declaraciones...

—¿Es esto cierto o no? ¿Es esto cierto o no?

Moreanu no podía hacer más que mover la cabeza con fatiga mientras le envolvían en la tela de araña.

Negó la competencia de las pruebas, y le informaron llanamente de que aquel interrogatorio lo realizaba un Comité Investigador y no era un juicio...

El presidente dio, por fin, unos mazazos. Era un hombre recio, de voluntad de hierro. Habló durante una hora, resumiendo los resultados de la investigación; aunque sólo citaremos una breve parte de lo que dijo:

—Si usted simplemente hubiera conspirado con otros en Aurora —empezó—, podríamos comprenderle y hasta perdonarle. Sería una falta que compartiría con muchos hombres ambiciosos de la historia. Pero no se trata de eso, en modo alguno. Lo que nos horroriza y nos despoja de compasión es su afán por asociarse con los restos infrahumanos, ignorantes y plagados de enfermedades de la Tierra.

«Usted, el acusado, se encuentra aquí bajo una pesada acumulación de pruebas que demuestran que ha conspirado con los peores elementos de la mestiza población de la Tierra...

Al presidente le interrumpió un angustiado grito de Moreanu:

—Pero ¡el motivo! ¿Qué motivo pueden atribuirme para...?

Al acusado lo derribaron, de un empujón, sobre la silla. El presidente hizo una mueca despectiva y se desvió de la lenta gravedad del discurso que tenía preparado, para improvisar un poco.

—No le corresponde a este Comité—objetó— averiguar los motivos que le impulsaran. Hemos puesto sobre el tapete los hechos concretos. El Comité tiene

realmente pruebas... —hizo una pausa para mirar a la fila de miembros, a su derecha y a su izquierda, y luego continuó—: Creo poder decir que el Comité tiene pruebas que indican la intención de usted de utilizar potencial humano terrícola para dar un golpe que le erigiese en dictador de Aurora. Pero como no se ha hecho uso de tales pruebas, no me adentraré por este campo, excepto para decir que un acto así no sería incompatible con su carácter, tal como se ha manifestado en el curso de los interrogatorios.

El presidente volvió al discurso preparado:

—Los que estamos aquí presentes hemos oído algo, creo, de un plan denominado «Proyecto Pacífico», que, según se rumorea, representa un intento que quiere llevar a cabo la Tierra para recuperar los dominios que perdió.

»No sería necesario hacer resaltar aquí que tal intento ha de estar condenado al fracaso. Y sin embargo, no es inconcebible que sufriéramos una derrota. Una sola cosa puede hacernos tambalear, y es una debilidad interna insospechada. La genética es todavía, después de todo, una ciencia imperfecta. Incluso con veinte generaciones detrás de nosotros, pueden surgir en puntos dispersos rasgos indeseables, cada uno de los cuales representa una mella en el escudo de acero de la fuerza de Aurora.

»Ese es el Proyecto Pacífico: el empleo de nuestros propios criminales y traidores contra nosotros; y si pueden encontrarlos en nuestros concejos internos, hasta es posible que los terrícolas triunfen.

»El Comité de Agentes Extranjeros existe para combatir esa amenaza. En el acusado tocamos los bordes de la telaraña. Debemos continuar...

Por lo menos, el discurso sí continuó.

Cuando hubo terminado, Moreanu, pálido, con ojos que le salían de las órbitas, dio un puñetazo:

—¡Pido la palabra!

—El acusado puede hablar —dijo el presidente.

Moreanu se puso en pie y paseó la mirada por la sala largos segundos. La sala, adecuada para un público de setenta y cinco millones, por onda comunitaria, aparecía desierta. Sólo estaban los inquisidores, el equipo legal, los secretarios oficiales... Y con él, en carne y hueso, sus guardianes.

Le habría salido mejor con un público. Si no, ¿a quién podía apelar? Su mirada se apartaba con desaliento de cada una de las caras en que se iba posando; pero no encontraba nada mejor.

—En primer lugar —dijo—, niego la legalidad de esta reunión. Me han rehusado mis derechos constitucionales de personalidad e intimidad. He sido juzgado por un grupo sin la categoría de tribunal, compuesto por individuos convencidos por adelantado de que soy culpable. Se me ha negado la adecuada oportunidad de defenderme. En realidad, se me ha tratado desde el principio como a un criminal

declarado ya culpable y que sólo espera la sentencia.

»Niego en absoluto y sin la menor reserva haber participado en ninguna actividad perjudicial para el Estado o tendente a subvertir ninguna de sus instituciones fundamentales.

«Acuso vigorosamente y sin reserva a este Comité de utilizar de modo deliberado su poder para ganar batallas políticas. No soy culpable de traición, sino de desacuerdo. Estoy en desacuerdo con una política dedicada a la destrucción de la mayor parte de la raza humana por motivos triviales e inhumanos.

»En lugar de destrucción, debemos asistencia a esos hombres condenados a una vida dura y desdichada solamente porque fueron nuestros antepasados y no los suyos los primeros en llegar a los Mundos Exteriores. Con nuestra tecnología y nuestros recursos, pueden crear y desarrollar de nuevo...

La voz del presidente se levantó por encima del vehemente discurso de Moreanu:

—Se está saliendo del tema. El Comité está muy dispuesto a escuchar todos los alegatos que formule usted en su propia defensa; pero un sermón sobre los derechos de los terrícolas queda fuera del campo legítimo de la discusión.

La audiencia se dio por formalmente terminada. Fue una gran victoria política para los independientes. De los miembros del Comité, sólo Franklin Maynard no quedaba satisfecho del todo. Le seguía atormentando una pequeña duda, insistente.

Se preguntaba...

¿Debía probar una última vez? ¿Debía hablar una vez, una sola vez más, con aquel monito raro que era el embajador de la Tierra? Tomó una rápida decisión y la puso en práctica al instante. Sólo una pausa para procurarse un testigo; pues incluso tratándose de él, de Maynard, una comunión privada con un terrícola podía resultar peligrosa.

Luiz Moreno, embajador de la Tierra en Aurora, tenía, si no vamos a puntualizar demasiado sobre el caso, una desdichada figura de hombre. Lo cual no se debía, precisamente, a la casualidad. En conjunto, los diplomáticos de la Tierra en el extranjero solían ser o negros, o bajos, o mustios, o débiles... o las cuatro cosas a la vez.

Era una manera de protegerse, porque los Mundos Exteriores ejercían una fuerte atracción sobre todos los terrícolas. Los diplomáticos acostumbrados a la fascinación de Aurora, por ejemplo, no podían por menos que sentir una fortísima renuencia a volver a la Tierra. Peor y más peligroso resultaba todavía el hecho de que la estancia en aquellos otros mundos significaba contraer una simpatía creciente por aquellos semidioses de las estrellas y un extrañamiento cada vez mayor con respecto a los terrícolas, que parecían todos habitantes de barrios bajos.

A menos, por supuesto, que el embajador se sintiera rechazado. A menos que se

sintiera un tanto despreciado. En este caso no se podía soñar en otro servidor más fiel de la Tierra, en nadie menos asequible al soborno.

El embajador de la Tierra sólo medía un metro y medio, poquísimos más; era calvo y tenía la frente inclinada hacia atrás, un rosáceo simulacro de barba y los ojos enrojecidos. Sufría un leve resfriado cuyos ocasionales productos se limpiaba con un pañuelo. Y sin embargo, a pesar de todo lo dicho, era un intelectual.

Para Franklin Maynard, ver y escuchar al terrícola era un verdadero sufrimiento. Sentía náuseas cada vez que le oía toser, y se estremecía de asco cada vez que le veía limpiarse la nariz. No obstante, le dijo:

—Su Excelencia, nos hemos puesto en comunicación a petición mía porque deseo informarle de que la Reunión ha decidido pedir al gobierno de usted que le retire del cargo que ahora ocupa.

—Ha sido usted muy amable, consejero. Ya sospechaba algo. ¿Y por qué motivo?

—El motivo no entra en los límites de nuestra conversación. Creo que un Estado soberano tiene derecho a decidir por sí mismo si un diplomático extranjero es persona grata o no. Además, no creo que necesite que le ilustren sobre este punto.

—Muy bien, pues —el embajador hizo una pausa para manejar el pañuelo y murmurar unas palabras de excusa—. ¿Eso es todo?

—Todo, no —respondió Maynard—. Hay una cosa que me gustaría mencionar. ¡Quédese!

Las enrojecidas ventanillas de la nariz del embajador se dilataron y encendieron un poco más, pero su dueño sonrió y dijo: —Es un honor.

—El mundo de ustedes, Excelencia —dijo Maynard con aire severo—, despliega en estos últimos tiempos cierta beligerancia que nosotros, los de Aurora, encontramos muy molesta e innecesaria. Confío que usted verá en el regreso a la Tierra una excelente oportunidad para utilizar su influencia contra nuevas manifestaciones como la ocurrida recientemente en Nueva York, donde dos arturianos fueron atropellados por una turba. La próxima vez acaso no nos demos por satisfechos con el pago de una indemnización.

—Aquello fue un desbordamiento emocional, consejero Maynard. Espero que no considerará que unos cuantos muchachos gritando por las calles sean una auténtica manifestación de beligerancia.

—Tal actitud viene respaldada por los actos de su gobierno en muchos sentidos. El reciente arresto de Ernest Keilin, por ejemplo.

—Que es un asunto puramente interno —replicó sosegadamente el embajador»

—Pero que no demuestra un espíritu razonable con respecto a los Mundos Exteriores. Keilin era uno de los pocos terrícolas que hasta hace poco podía hacer oír la voz de dichos mundos. Era bastante inteligente para comprender que ningún derecho divino protege al hombre inferior por el simple hecho de que sea inferior. El

embajador se inmutó:

—No me interesan las teorías aurorianas sobre diferencias raciales.

—Un momento. Su gobierno debe darse cuenta de que la mayor parte de sus planes se han desbaratado con el arresto de Moreanu, el agente de usted. Ponga de relieve el hecho de que nosotros, los de Aurora, estamos ahora mucho mejor informados que antes de la mencionada detención. Con ello quizá el gobierno de ustedes se modere un poco.

—¿Es Moreanu un agente mío? Vaya, consejero, si me retiran la confianza, me marcharé. Pero, sin duda, la pérdida de la inmunidad diplomática no afecta a mi inmunidad personal, de hombre honrado, sobre acusaciones de espionaje.

—¿No es ése su trabajo?

—¿Acaso los aurorianos dan por descontado que espionaje y diplomacia son lo mismo? A mi gobierno le gustará saberlo. Tomaremos las debidas precauciones.

—Entonces, ¿usted defiende a Moreanu? ¿Niega que haya trabajado para la Tierra?

—Yo sólo me defiendo a mí. En cuanto a Moreanu, no soy tan estúpido como para decir nada.

—¿Por qué estúpido?

—¿El hecho de defenderle no significaría una nueva condena contra él? Ni lo acuso, ni lo defiendo. La querrela que su gobierno tenga con Moreanu, lo mismo que la del mío con Keilin (a quien usted defiende con vehemencia más que sospechosa), es un asunto interno. Y ahora me voy.

La comunión se rompió, y casi instantáneamente la pared se desvaneció otra vez. Hijkman estaba mirando pensativamente a Maynard.

—¿Qué piensa de él? —preguntó éste.

—Pienso que es una deshonra que esa parodia de ser humano pise el suelo de Aurora.

—Estoy de acuerdo con usted; y, sin embargo..., sin embargo...

—¿Qué?

—Casi me siento dispuesto a mirarlo como al amo y a vernos a nosotros como danzando al son de su música. ¿Está enterado de lo de Moreanu?

—Por supuesto.

—Bueno, le condenarán, lo enviarán a un asteroide. Su partido será disuelto. A primera vista, todo el mundo diría que tales actos representan una gran derrota para la Tierra.

—¿Queda alguna duda en la mente de usted sobre si lo es o no?

—No estoy seguro. Hond, el presidente del Comité, insistió en airear su teoría de que Proyecto Pacífico era el nombre que la Tierra daba a un ardid para utilizar traidores internos en los Mundos Exteriores. Pero yo no soy de ese parecer. No estoy



seguro de que los hechos concuerden con tal idea. Por ejemplo, ¿de dónde sacamos las pruebas contra Moreanu?

—No sabría decirlo, en verdad.

—De nuestros agentes, en primer lugar. Pero ¿cómo las consiguieron ellos? Las pruebas eran demasiado convincentes. Moreanu hubiera podido protegerse mejor...

Maynard titubeaba. Parecía intentar sonrojarse, sin conseguirlo.

—Bueno, para decirlo en pocas palabras, yo creo que fue el embajador terrestre quien, de uno u otro modo, nos regaló la mayor parte de las pruebas. Creo que se aprovechó de la simpatía de Moreanu por la Tierra primero para atraérselo y después para traicionarle.

—¿Por qué?

—No lo sé. Para asegurar la guerra, quizá... con este Proyecto Pacífico aguardándonos.

—No lo creo.

—Lo comprendo. No tengo pruebas. Sólo sospechas. El Comité tampoco me creería. He creído que quizá una última conversación con el embajador pudiera revelar algo; pero su simple presencia despierta todas mis antipatías, y me he pasado la mayor parte del tiempo procurando apartarlo de mi vista.

—Ea, se está volviendo emocional, amigo mío. Es una debilidad desagradable. Me han dicho que ha sido nombrado delegado para la Reunión Interplanetaria de Héspero. Le felicito.

—Gracias —respondió Maynard distraídamente.

Luiz Moreno, ex embajador en Aurora, había regresado a la Tierra muy a gusto. Estaba lejos de los panoramas artificiales que parecían desprovistos de vida propia, .existentes sólo en virtud de la enérgica voluntad de sus poseedores. Lejos de aquellos hombres y mujeres demasiado bellos y de sus pensativos y omnipresentes robots.

Había regresado al zumbido de la vida, al ruido de pisadas, al roce de unos hombros con otros, al sentir en la cara el aliento de otra persona.

No es que pudiera experimentar todas estas sensaciones por entero. Los primeros días habían transcurrido en animadas conferencias con los jefes del gobierno de la Tierra.

En realidad, hasta al cabo de una, semana no llegó el momento en que pudo considerarse verdaderamente relajado.

Se hallaba en una de las más raras pertenencias del lujo terrestre: un jardín en la azotea. Con él estaba Gustav Stein, el desconocido psicólogo que, a pesar de todo, era uno de los primeros promotores del plan conocido por la opinión pública con el nombre de Proyecto Pacífico.

—Las pruebas confirmatorias —decía Moreno con satisfacción casi horripilante

— concuerdan todas hasta el momento, ¿verdad?

—Hasta el momento. Sólo hasta el momento. Tenemos que recorrer un largo camino.

—Pero continuarán saliendo bien. Alguien que haya vivido en Aurora cerca de un año, como yo, no puede dudar de que vamos por buen camino.

—Humm-mm-mm. A pesar de todo, yo sólo me guiaré por los informes de laboratorio.

—Y hará muy bien —tenía el cuerpecito casi tieso de regocijo interior—. Un día será distinto. Stein, usted no ha conocido a esa gente, a los de los Mundos Exteriores. Acaso haya topado con los turistas, en sus hoteles especiales, o corriendo por las calles en sus coches cerrados, equipados con las más puras atmósferas particulares, de aire acondicionado, para sus bien educadas narices; observando los panoramas a través de un periscopio móvil y apartándose con un estremecimiento ante el contacto de un terrícola.

»Pero no los ha conocido en su propio mundo, seguros en su enfermiza y corrompida grandeza. Vaya allá, Stein, a que le desprecien, una temporada. Vaya a enterarse de lo bien que podrá competir con sus cuidados céspedes al sentirse dulcemente pisoteado.

»Y sin embargo, cuando tiré de las cuerdas adecuadas, Ion Moreanu cayó... Ion Moreanu, el único entre todos ellos capaz de comprender el funcionamiento de la mente de otro hombre. Es la crisis que acabamos de vencer. Ahora se nos presenta un camino fácil y despejado.

»En cuanto a Keilin —dijo de pronto, más para sí mismo que para Stein—, ya pueden soltarlo. En lo sucesivo ya no podrá decir casi nada que nos ponga en el menor peligro. Tengo una idea. La Conferencia interplanetaria se inaugura en Héspero antes de un mes. Podríamos enviarle a redactar el informe de la reunión. Con ello daremos una prueba fehaciente de buena amistad... y le tendremos fuera durante el verano. Creo que lo podemos disponer así.

Lo dispusieron.

Héspero era el menor de todos los Mundos Exteriores, el último colonizado, el más distante de la Tierra. De ahí le venía el nombre. En un sentido físico, no era el más dotado para una gran reunión diplomática, puesto que no contaba con buenas instalaciones. Por ejemplo, la red de ondas-comunitarias no se podía ampliar lo suficiente como para satisfacer a todos los delegados, secretarios y administradores necesarios en una reunión a la que estaban convocados cincuenta planetas. Por ello se habían preparado reuniones personales en edificios requisados para este fin.

Sin embargo, el hecho de haber elegido aquel punto de reunión encerraba un simbolismo que no se le escapaba a nadie. Entre todos los mundos, Héspero era el más alejado de la Tierra. Si bien la distancia espacial —cien parsecs o más— era lo

de menos. Lo importante era que Héspero no lo habían colonizado terrícolas, sino habitantes de Fauno, un Mundo Exterior.

Pertenecía, por tanto, a la segunda generación, y no tenía «Madre Tierra». Para ellos la Tierra no era más que una vaga abuela, perdida entre las estrellas.

Como de costumbre en tales reuniones, en las asambleas generales se hace muy poca labor verdadera. El tiempo de las mismas se reserva para pregonar lo que se desea hacer llegar a los oídos de los ciudadanos de las respectivas naciones. Las verdaderas negociaciones tienen lugar en los pasillos y en las mesas de los comedores, y más de un conflicto insoluble se ha reblandecido con la sopa y se ha disipado con las avellanas.

Sin embargo, en este caso particular se presentaban dificultades también particulares. La onda-comunitaria no prevalecía en todas partes ni lo invadía todo tanto como en Aurora, pero sí ocupaba un lugar destacado en todos los mundos. Por ello los grandes y majestuosos personajes experimentaban cierta sensación de ultraje y merma al verse obligados a acercarse unos a otros en carne y hueso, sin la reconfortante intimidad de una pared invisible que los separase, sin la cálida seguridad de saber que tenían el interruptor al alcance de la mano.

Se enfrentaban unos a otros con desazonado embarazo y procuraban no verse comiendo; procuraban no encogerse ante un contacto involuntario. Hasta el servicio robot estaba racionado.

Ernest Keilin, el único representante de televisión acreditado de la Tierra, se daba cuenta de algunas de estas cuestiones sólo de la manera vaga con que las describimos aquí. No podía tener una visión interior más clara. Tampoco habría podido tenerla nadie criado en una sociedad donde los seres humanos sólo existen en plural y donde a una casa le basta con estar desierta para suscitar temores.

De modo que las tensiones más sutiles se le escapaban en el banquete oficial dado por el gobierno hesperiano durante la tercera semana de la conferencia. Sin embargo, otras tensiones no se le pasaban por alto.

Después de la comida, la reunión, como es natural, se dividió en grupitos. Keilin se unió al de Franklin Maynard, de Aurora. Como delegado del mundo mayor era, por derecho propio, el más noticiable.

Maynard hablaba despreocupadamente entre sorbo y sorbo al cóctel que tenía en la mano. Si la carne le hormigueaba un poco por la proximidad de otras personas, disimulaba magistralmente esta sensación.

—La Tierra —decía— es fundamentalmente impotente contra nosotros, siempre que evitemos aventuras militares impredecibles. Y si queremos evitar dichas aventuras tenemos que estar unidos en el terreno económico. Hagamos que la Tierra se dé cuenta de la medida en que su economía depende de nosotros, por los materiales que sólo nosotros podemos suministrarle, y no se hablará más de espacio

vital. Y si estamos unidos, la Tierra nunca osará atacar. Trocará sus estériles afanes por motores atómicos... o no, como prefiera.

Y se volvió para mirar a Keilin con cierta altanería, con lo cual éste se sintió espoleado y replicó:

—Pero los productos manufacturados de ustedes, consejero (o sea, los que envían a la Tierra), no nos los regalan. Los intercambian por productos agrícolas.

Maynard sonrió con una sonrisa fina como la seda.

—Sí, creo que el delegado de Tethys se ha referido extensamente a este hecho. Entre nosotros prevalece la fantasía de que únicamente las semillas terrestres crecen bien...

Le interrumpió sosegadamente otro asistente, que dijo:

—Mire, yo no soy de Tethys, pero lo que usted dice no es una fantasía. Yo cultivo centeno en Rhea, y nunca he logrado imitar el pan de la Tierra. Sencillamente, no tiene el mismo gusto —se dirigió a todos los oyentes en general—: Es más, hace cinco años importé media docena de terrestres con visado de trabajadores agrícolas para que vigilaran a los robots. Ya sabe, es gente que hace maravillas con el suelo. Donde ellos escupen, el maíz crece hasta una altura de cuatro metros y medio. Su intervención mejoró un poco el problema. El empleo de simientes terrestres también contribuyó. Pero aunque uno cultive cereales venidos de la Tierra, los nacidos aquí ya no dan buena simiente para el año próximo.

—¿Ha hecho analizar sus tierras por nuestro departamento de agricultura? —preguntó Maynard.

Ahora le tocó al rheano el turno de mostrarse altanero :

—No las hay mejores en todo el sector. Y el centeno es de máxima calidad. Envié un quintal métrico a la Tierra para su control alimentario, y me lo devolvieron con las mejores calificaciones —se rascaba el mentón con aire pensativo—. De lo que hablaba antes era del sabor. No parece tener el preciso...

Maynard quiso quitarle importancia:

—Uno puede prescindir del buen sabor, temporalmente. Tendrán que venir a buscarnos aceptando nuestras condiciones, esas hordas de hombrecillos de la Tierra. Nosotros sólo renunciaríamos a ese misterioso gusto; en cambio ellos tendrían que renunciar a los motores atómicos, la maquinaria agrícola y los vehículos. En verdad, no sería mala idea intentar prescindir de esos sabores terrestres que tanto le preocupan a usted. Apreciemos en cambio el de los productos cultivados en nuestro suelo... que podría resistir muy bien la comparación, si le diésemos oportunidad.

—¿Ah, sí? —el rheano sonreía—. Estoy viendo que usted fuma tabaco terrestre.

—Una costumbre que puedo dejar, si tengo que hacerlo.

—Probablemente, dejando de fumar. Yo no utilizaría tabaco de los Mundos Exteriores para nada, como no sea para matar mosquitos.

El hombre soltó una carcajada, quizá demasiado sonora, y se apartó del grupo. Maynard le siguió con la mirada, molesto.

A Keilin el pequeño inciso sobre centeno y tabaco le causó cierta satisfacción. Miraba a aquellas personalidades como una imagen reducida de ciertas realidades galactopolíticas. Tethys y Rhea eran los planetas mayores del sur galáctico, así como Aurora era el mayor del norte. Los tres planetas eran igualmente racistas y exclusivistas. Sobre la Tierra, tenían opiniones similares y perfectamente compatibles. A primera vista uno habría pensado que no les quedaba campo para la discordia.

Pero Aurora era el Mundo Exterior más antiguo, el más adelantado, el más fuerte en el terreno militar... y, por lo tanto, aspiraba a una especie de jefatura moral de los otros mundos. Lo cual bastaba para despertar oposiciones, y Rhea y Tethys servían de puntos focales para aquellos que no reconocían el caudillaje de Aurora.

Keilin se sentía sombríamente satisfecho de tal situación. Si la Tierra sabía inclinar su peso de modo adecuado, primero en una dirección, luego en otra, podía acabar produciendo una grieta, hasta quizá una fragmentación...

Keilin fijaba la mirada en Maynard con cautela, casi furtivamente, y se preguntaba qué efecto tendría la escena anterior en el debate del día siguiente. El auroriano se estaba mostrando ya más callado de lo que exigía la buena educación.

Un momento después, un subsecretario, o un funcionario de segunda categoría, se abrió paso entre los grupos de invitados y llamó a Maynard con el ademán.

Los ojos de Keilin siguieron al auroriano, que se retiraba con el recién llegado, vieron cómo le escuchaba muy atento, cómo profería un asombrado «¿Qué?» perfectamente inconfundible para el ojo, aunque se produjera demasiado lejos para ser percibido por el oído, y luego vio cómo cogía un papel que el otro le entregaba.

En consecuencia, la sesión del día siguiente se desarrolló de un modo completamente distinto a como Keilin habría profetizado.

Keilin descubrió los detalles en los teleprogramas de la noche. Al parecer, el gobierno terrestre había enviado una nota a todos los gobiernos que tomaban parte en la conferencia, advirtiéndoles lisa y llanamente que cualquier pacto entre ellos sobre cuestiones militares o económicas se consideraría un gesto hostil hacia la Tierra y sería objeto de las contramedidas adecuadas. La nota denunciaba a los tres planetas, Aurora, Tethys y Rhea, por igual. La nota los acusaba de estar tramando una conspiración imperialista contra la Tierra, etc., etc., etc.

—¡Tontos! —exclamaba Keilin rechinando los dientes, faltándole poco para dar cabezazos contra la pared de puro enojado—. ¡Tontos! ¡Tontos! ¡Tontos! —y la voz se fue perdiendo, siempre murmurando esta sola y única palabra.

A la próxima sesión de la conferencia concurrió, desde muy temprano, una enfurecida

colección de delegados empeñados sólo en triturar y desmenuzar en la nada todo desacuerdo que pudiera subsistir entre ellos. Al final de la asamblea, todos los asuntos concernientes al comercio entre la Tierra y los Mundos Exteriores habían quedado en manos de una comisión plenipotenciaria.

Ni la misma Aurora habría podido prometerse una victoria tan completa y fácil, y Keilin, de regreso a la Tierra, anhelaba que su voz pudiera elevarse en los estudios de televisión, para poder vocear su disgusto.

Sin embargo, en la Tierra, algunos sonreían.

De regreso a la Tierra la voz de Keilin fue bajando y ahogándose cada vez más... perdida en un clamor, mucho más potente, que reclamaba acción.

La popularidad de Keilin disminuía en la misma proporción que aumentaban las restricciones comerciales. Poco a poco, los Mundos Exteriores iban apretando el nudo. Primero instituyeron la estricta aplicación de un sistema nuevo de licencias de exportación. Después prohibieron que se exportara a la Tierra toda materia susceptible de ser empleada en un «esfuerzo bélico». Y, finalmente, echaron mano de una interpretación amplísima respecto a qué se pudiera considerar utilizable para el mencionado «esfuerzo».

Los artículos importados de lujo —y los de primera necesidad también— desaparecieron, o alcanzaron precios fuera de las posibilidades de la gran mayoría de la población.

De modo que la gente desfilaba, las voces se elevaban en gritos, las banderas ondeaban bajo el sol... y las piedras volaban contra los consulados...

Keilin gritaba furiosamente y temía volverse loco.

Hasta que, de súbito, Luiz Moreno, por propio impulso, se ofreció para aparecer en el programa de Keilin y someterse a un interrogatorio sin limitación alguna, en su calidad de ex embajador en Aurora y actual ministro sin cartera.

Para Keilin aquello era casi como volver a nacer. Conocía a Moreno, y sabía que no era tonto. Con Moreno en el programa, tenía asegurado un público como nunca lo hubiera tenido. Y si Moreno contestaba a sus preguntas, acaso pudiera desvanecer ciertos temores y despejar ciertas confusiones. El mero hecho de que Moreno deseara utilizar su programa —el suyo— como caja de resonancia pudiera muy bien significar que quizá se hubiesen pronunciado ya por una política exterior más flexible y sensata. Quizá Maynard hubiera acertado, y la presión estuviera obrando efecto y actuando de la manera prevista.

La lista de preguntas, por supuesto, se la habían presentado a Moreno por adelantado; pero el ex embajador había indicado que las contestaría todas, así como también las adicionales que se considerasen necesarias.

El caso parecía ideal. Demasiado ideal quizá, dada la situación, pero sólo un tonto

malvado habría podido pararse en minucias.

Hubo la preparación y la introducción adecuadas... y cuando estuvieron uno frente al otro, con la mesita entre ambos, la aguja encarnada que señalaba el número de televisores sincronizados con aquel canal sobrepasaba bien los cien millones. Y había un promedio de 2,7 oyentes por aparato. Venía el momento de entrar en materia; la presentación oficial.

Keilin se frotaba la barbilla lentamente, mientras esperaba la señal.

Luego empezó:

P. —Secretario Moreno, la cuestión que interesa a toda la Tierra por el momento se refiere a la posibilidad de una guerra. ¿Qué le parece si empezamos por ella? ¿Cree usted que habrá guerra?

R. —Si la Tierra es el único planeta que tomamos en consideración, yo digo: No, decididamente, no. En su historia, la Tierra ha tenido demasiadas guerras, y ha aprendido muchísimas veces cuan poco se puede ganar con la guerra.

P. —Usted ha dicho: «Si la Tierra es el único planeta que tomamos en consideración...» ¿Da a entender, pues, que factores que están fuera de nuestro control la provocarán?

R. —Yo no digo «la provocarán»; pero sí digo «podrían provocarla». Naturalmente, no puedo hablar en nombre de los Mundos Exteriores. No puedo simular qué esté al corriente de sus motivaciones y sus intenciones en este momento de la historia de la Galaxia. Es posible que se decidan por la guerra. Confío que no lo harán. No obstante, si eligieran la guerra, nosotros nos defenderíamos. En todo caso, nosotros no atacaremos nunca; nosotros no seremos quienes iniciemos una acción bélica.

P. —¿Acierto, pues, si digo que, a criterio de usted, no existen diferencias fundamentales entre la Tierra y los Mundos Exteriores que no se puedan resolver mediante negociaciones?

R. —Claro que acierta. Si los Mundos Exteriores desearan de verdad una solución, no podría seguir existiendo ningún desacuerdo entre ellos y nosotros.

P. —¿Va incluido ahí el problema de la inmigración?

R. —Decididamente. Nuestra actitud en esta materia es clara y no admite reproche. En la situación actual, doscientos millones de seres humanos ocupan el noventa y cinco por ciento del terreno disponible en el universo. Seis mil millones (o sea, el noventa y siete por ciento de toda la humanidad) se amontonan en el otro cinco por ciento. Tal situación es obviamente injusta y, peor todavía, inestable. Sin embargo, la Tierra, ante tamaña injusticia, siempre ha estado dispuesta a tratar este problema admitiendo soluciones progresivas. Nosotros aceptaríamos cupos razonables y razonables restricciones. No obstante, los Mundos Exteriores se han negado a discutir esta cuestión. En el transcurso de diez lustros, han rechazado todos

los esfuerzos de la Tierra por abrir negociaciones.

P. —Si continúa esta actitud de los Mundos Exteriores, ¿cree usted que entonces habrá guerra?

R. —No puedo creer que esta actitud continúe. Nuestro gobierno no cesará de confiar en que los Mundos Exteriores acaben por reconsiderar su actitud en esta cuestión; en que su sentido de la justicia y el derecho no ha muerto, sino que está dormido únicamente.

P. —Señor secretario, pasemos a otro tema. ¿Piensa que la Comisión de los Mundos Unidos, instituida recientemente por los Mundos Exteriores para dirigir el comercio con la Tierra, representa un peligro para la paz?

R. —En el sentido de que los actos de dicha Comisión indican un deseo por parte de los Mundos Exteriores de aislar a la Tierra y debilitarla económicamente, puedo decir que sí lo representa.

P. —¿A qué actos se refiere, señor?

R. —A los de restringir el comercio interestelar con la Tierra hasta el punto de que, en valores de crédito, el total asciende ahora a menos del diez por ciento de lo que ascendía hace tres meses.

P. —Pero ¿es que estas restricciones representan de verdad un peligro económico para la Tierra? Por ejemplo, ¿no es cierto que el comercio con los Mundos Exteriores representa una parte insignificante del total del comercio terrestre? ¿Y no es cierto que lo que importamos de los Mundos Exteriores llega sólo, en el mejor de los casos, a una pequeñísima minoría de la población?

R. —Las preguntas de usted encierran ahora una profunda falacia, muy corriente entre nuestros aislacionistas. En valores de crédito, es cierto que el comercio interestelar sólo representa el cinco por ciento de nuestro comercio total; pero la verdad es que importamos el noventa y cinco por ciento de nuestros motores atómicos. También importamos el ochenta por ciento de nuestro torio, el sesenta y cinco por ciento de nuestro cesio, y el sesenta por ciento del molibdeno y el estaño. La lista se podría prolongar casi indefinidamente, y se ve con toda claridad que ese cinco por ciento es un porcentaje muy importante, vital. Además, si un gran fabricante recibe un cargamento de moldeadores de acero de Rhea, no se sigue de ahí que el beneficio recaiga sólo sobre él. Todo hombre de la Tierra que utilice herramientas de acero u objetos manufacturados con aparatos de acero sale beneficiado.

P. —¿Pero no es cierto que las restricciones actuales en el comercio interestelar de la Tierra han reducido nuestras exportaciones de ganado y cereales casi a la nada? ¿Y no lo es que, lejos de perjudicar a la Tierra, ello significa una bendición para nuestro propio pueblo hambriento?

R. —He aquí otra falacia grave. Es cierto que la provisión de víveres de la Tierra



es trágicamente insuficiente. El gobierno será el último en negarlo. Pero nuestras exportaciones de alimentos no significan una merma seria de tal provisión. Se exporta menos de un quinto del uno por ciento de nuestros alimentos, y a cambio obtenemos, por ejemplo, fertilizantes y maquinaria agrícola, lo cual compensa con grandes creces dicha pequeña pérdida, aumentando la eficiencia agrícola. Por consiguiente, al comprarnos menos alimentos, los Mundos Exteriores se han lanzado, en efecto, a recortar nuestra ya insuficiente provisión de alimentos.

P. —¿Está dispuesto a reconocer, pues, secretario Moreno, que al menos parte de la culpa de esta situación hay que achacársela a la misma Tierra? En otras palabras, llegamos a mi siguiente pregunta: ¿No fue un error diplomático de primera magnitud el hecho de que el gobierno publicase aquella inflamada nota denunciando las intenciones de los Mundos Exteriores antes de que éstas se hubiesen manifestado palmariamente en la Conferencia Interplanetaria?

R. —Yo creo que estas intenciones estaban muy claras en aquel momento.

P. —Usted perdone, señor; pero yo estaba presente en la conferencia. Por la fecha en que se publicó la nota, los delegados de los Mundos Exteriores se encontraban casi en un punto muerto. Los de Rhea y Tethys se oponían resueltamente a toda acción económica contra la Tierra, y había grandes probabilidades de que Aurora y su bloque hubieran salido derrotados. La nota de la Tierra abortó inmediatamente tal posibilidad.

R. —Bueno, ¿qué es lo que pregunta usted, señor Keilin?

P. —En vista de mis declaraciones, ¿cree usted que la nota de la Tierra fue un error diplomático criminal que ahora sólo se puede remediar con una política inteligente de conciliación?

R. —Utiliza usted un lenguaje muy fuerte. Sin embargo, no puedo contestar a su pregunta directamente, porque no estoy de acuerdo con la premisa fundamental que sienta usted. No creo que los delegados de los Mundos Exteriores pudieran actuar de la manera que usted dice. En primer lugar, es bien sabido que los Mundos Exteriores se jactan con gran arrogancia de que el porcentaje de demencias, psicosis y hasta desajustes menores de la personalidad son una lacra que está desapareciendo en su sociedad. Uno de los argumentos más poderosos que esgrimen contra la Tierra es el de que nosotros tenemos más psiquiatras que fontaneros, y con todo estamos en apuros por falta de los primeros. Los delegados de la conferencia representaban lo mejor de esa sociedad tan estable. Y ahora, ¿quiere usted que crea que esos semidioses habrían cambiado de opinión por un puntillo momentáneo, y habrían instaurado un cambio importante en la política de cincuenta mundos? No los creo capaces de una actitud tan pueril y perversa, y por ello debo insistir en que toda medida que tomaran se fundaba, no en ninguna nota de la Tierra, sino en motivaciones que calan mucho más hondo.

P. —Pero yo vi el efecto que producía en ellos con mis propios ojos, señor. Recuerde, se ¡os hería con un lenguaje que ellos consideraban insolente por parte de un pueblo inferior. No puede haber duda, señor, de que, en conjunto, los hombres del Mundo Exterior son personas notablemente centradas, a pesar del sarcasmo de usted; aunque su actitud respecto a la Tierra represente un punto débil en esta estabilidad»

R. —¿Me está haciendo preguntas, o está defendiendo los puntos de vista y la política racista de los Mundos Exteriores?

P. —Bien, aceptando su parecer de que la nota de la Tierra no causó ningún daño, ¿qué beneficio podía reportar? ¿Por qué había que enviarla?

R. —Yo creo que era justo que presentásemos nuestro punto de vista sobre el problema ante el tribunal de la opinión pública galáctica. Creo que hemos agotado el tema. ¿Qué pregunta quiere hacerme ahora? Es la última, ¿verdad?

P. —Lo es. Se ha dicho recientemente que el gobierno terrestre tomará medidas severas contra los que intervengan en actividades de contrabando. ¿Está ello en consonancia con el punto de vista del gobierno de que la disminución de las relaciones comerciales va en detrimento del bienestar de la Tierra?

R. —Lo que nos importa ante todo es la paz y no nuestro bienestar inmediato. Los Mundos Exteriores han adoptado ciertas restricciones comerciales. Nosotros no estamos conformes con ellas y las consideramos una gran injusticia. A pesar de todo, las observaremos, para que ningún planeta pueda decir que hemos dado el menor pretexto para las hostilidades. Por ejemplo, me cabe el privilegio de anunciar aquí, por primera vez, que durante el mes pasado cinco naves que viajaban con una matrícula terrestre falsa fueron detenidas cuando se dedicaban a introducir en la Tierra material de los Mundos Exteriores. Sus géneros fueron confiscados y su tripulación encarcelada. He ahí una prueba fehaciente de nuestras buenas intenciones.

P. —¿Naves de los Mundos Exteriores?

R. —Sí. Pero que viajaban bajo matrícula terrestre falsa; recuérdelo.

P. —¿Y los hombres encarcelados son ciudadanos de los Mundos Exteriores?

R. —Eso creo. De todos modos, no sólo faltaban a nuestras leyes, sino también a las de sus patrias, con lo cual hipotecaban doblemente sus derechos interplanetarios. Y creo que la entrevista debería terminar aquí.

P. —Pero esto...

Y en este punto fue donde la emisión terminó bruscamente. El final de la última frase de Keilin no lo oyó nadie, excepto Moreno. Dijo:

—...Significa la guerra.

Pero Luiz Moreno ya no estaba en las ondas. Por lo cual, mientras se ponía los guantes, sonrió y, con un sentido tremendo, encogió los hombros en un pequeño gesto de indiferencia.

Aquel levantamiento de hombros no tuvo testigos.

La Reunión de Aurora seguía en curso. Franklin Maynard se había retirado un momento, completamente agotado. Se hallaba frente a su hijo, a quien veía por primera vez con uniforme.

—Al menos tú estás seguro de lo que sucederá, ¿verdad que sí?

En la respuesta del joven no había ningún cansancio, ninguna aprensión, nada que no fuera una satisfacción completa.

—¡Así es, papá!

—Entonces, ¿no te inquieta nada? ¿No crees que nos han manejado para llevarnos a este punto?

—¿Y a quién le importa si nos han manejado? Es el funeral de la Tierra.

Maynard movió la cabeza.

—Pero ¿no te das cuenta de que nos han situado en mal terreno? Los ciudadanos de los Mundos Exteriores que tienen detenidos faltaron a la ley. La Tierra está en su derecho.

—Espero que no harás afirmaciones semejantes en la Reunión, papá —replicó el joven, frunciendo el ceño—. Yo no veo que la Tierra tenga ninguna justificación. De acuerdo, y si hacían contrabando, ¿qué? Era solamente porque algunos mundoexterianos están dispuestos a pagar precios de estraperlo por los comestibles terrestres. Si en la Tierra tuvieran seso, volverían la vista hacia otra parte, y todo el mundo saldría ganando. Bastante ruido arman afirmando que necesitan nuestro comercio. Entonces, ¿por qué no hacen algo por conseguirlo? En todo caso, no veo por qué habríamos de dejar a unos buenos aurorianos, ni a otros ciudadanos de los Mundos Exteriores, en manos de aquellos hombres-mono. Puesto que no quieren soltarlos por las buenas, les obligaremos. De otro modo, la próxima vez ninguno de nosotros estaría a salvo.

—En fin, veo que has adoptado la opinión general.

—Es mi propia opinión. Si además es la general es porque tiene lógica. La Tierra quiere una guerra. Bueno, la tendrán.

—Pero ¿por qué quieren guerra, eh? ¿Por qué nos fuerzan la mano? Toda nuestra política económica de los meses pasados iba dirigida a obligarles a cambiar de actitud, sin guerra.

Maynard hablaba consigo mismo, pero su hijo le replicó con el argumento definitivo:

—No me importa por qué motivo quieren la guerra. Ahora la tienen, y los aplastaremos.

Maynard regresó a la Reunión, pero mientras el ronroneo del debate volvía a llenar la sala, él pensaba, con una punzada de resquemor, que aquel año no habría alfalfa terrestre. Lo lamentaba por la leche. En verdad, hasta la ternera parecía algo menos sabrosa...

La votación tuvo lugar a primeras horas de la mañana. Aurora declaró la guerra. La mayoría de mundos de su bloque se le unieron al amanecer.

Más tarde, los libros de historia bautizarían aquella contienda con el nombre de «La Guerra de las Tres Semanas». Durante la primera semana, fuerzas aurorianas ocuparon varios asteroides transplutonianos; y en el comienzo de la segunda semana el grueso de la flota de la Tierra quedó poco menos que completamente destruido en una batalla librada en la órbita de Saturno ante una flota de Aurora que no llegaba a una cuarta parte de aquélla, numéricamente.

Las declaraciones de guerra de los Mundos Exteriores que hasta entonces habían permanecido neutrales siguieron como las explosiones de una traca.

Dos horas antes de cumplirse los veintiún días de hostilidades, la Tierra se rindió.

Las negociaciones de las cláusulas de paz tuvieron lugar entre los Mundos Exteriores. A la Tierra no se le reservaba otra actividad que la de firmar. Las condiciones de paz fueron desacostumbradas, acaso únicas, y, bajo la fuerza de una humillación sin precedentes, todas las hordas de la Tierra quedaron sumidas a la vez y repentinamente en un silencio nacido de una cólera y una vergüenza demasiado grandes para ser expresadas en palabras.

Las repetidas condiciones fueron quizá mejor comentadas por una voz en la televisión auroriana dos días después de haber sido publicadas. Podemos citar parte del comentario:

«...Ni en el interior de la Tierra ni en su superficie hay nada que nosotros, los de los Mundos Exteriores, podamos necesitar o querer. Todo lo que valía algo en la Tierra salió de ella siglos atrás en las personas de nuestros antepasados.

«Ellos nos llaman hijos de la Madre Tierra; pero la denominación es falsa, porque nosotros descendemos de una Madre Tierra que ya no existe, una Madre que nos trajimos con nosotros. La Tierra de hoy tiene con nosotros, a lo sumo, un parentesco de primos; nada más.

»¿Necesitamos sus recursos? Diablos, no los tienen ni para ellos mismos. ¿Podemos utilizar su industria o su ciencia? Están casi difuntos porque les faltan las nuestras. ¿Podemos utilizar su potencial humano? Diez hombres de los suyos no valen ni como un solo robot, ¿Queremos siquiera la dudosa gloria de gobernarlos? No existe tal gloria. Como inferiores impotentes e incompetentes que son respecto a nosotros, sólo representarían un lastre. Consumirían unos alimentos, un trabajo y una capacidad administrativa que mejor será aprovechar para nosotros mismos.

»De modo que no tienen nada que darnos, salvo el espacio que ocupan en nuestros pensamientos. No tienen nada de qué libertarnos sino de ellos mismos. No

pueden beneficiarnos con nada sino con su ausencia.

»Por este motivo se han redactado las cláusulas de paz tal como se ha hecho. No les deseamos ningún mal; de modo que allá se las compongan con su sistema solar. Que vivan allí, en paz. Que se forjen un destino a su manera, y no les estorbaremos ni con el menor asomo de nuestra presencia. Pero nosotros, por nuestra parte, también queremos paz. Forjaremos nuestro futuro a nuestro modo. De manera que no queremos su presencia. Y con este objetivo ante la vista, una flota de los Mundos Exteriores patrullará los límites de su sistema, y estableceremos bases de los Mundos Exteriores en sus asteroides más periféricos, para asegurarnos de que no se aventuren por nuestro territorio.

»No habrá comercio, ni relaciones diplomáticas, ni viajes, ni comunicaciones. Quedan proscritos, desterrados, herméticamente sellados. Aquí nosotros tenemos un universo nuevo, una segunda creación del Hombre, un Hombre superior...

«Ellos nos preguntan: "¿Qué será de la Tierra?" Nosotros contestamos: "Es un problema que la Tierra misma deberá resolver. El crecimiento de la población se puede controlar. Los recursos se pueden explotar eficientemente. Los sistemas económicos se pueden revisar. Lo sabemos, porque lo hemos llevado a cabo. Si ellos no lo saben, que sigan los pasos del dinosaurio y dejen espacio libre."

»¡Sí, que dejen espacio libre, en lugar de estar pidiendo siempre espacio!»

De este modo una cortina impenetrable fue envolviendo lentamente el Sistema Solar. Las estrellas del firmamento de la Tierra volvieron a ser estrellas nada más, como en los fenecidos días pretéritos en que la primera nave atravesó la barrera de la velocidad de la luz.

El gobierno que había hecho la guerra y la paz dimitió; pero lo cierto es que no había nadie para ocupar su puesto. Los diputados eligieron a Luiz Moreno —ex embajador en Aurora, ex ministro sin cartera— como presidente provisional, y la Tierra en conjunto estaba demasiado atontada para declararse de acuerdo, o en desacuerdo. Sólo se notaba un alivio generalizado al ver que existía alguien dispuesto a cargar con la tarea de tratar de guiar los destinos de un mundo encarcelado.

Muy pocos se daban cuenta de cuan cuidadosamente se había preparado este final, ni de a través de qué esmerados cálculos se hallaba Moreno en el sillón de la presidencia.

Ernest Keilin decía desamparado desde la pantalla de la televisión:

—Ahora somos únicamente nosotros mismos. Para nosotros no hay universo, ni hay pasado: sólo la Tierra y el futuro.

Aquella noche volvió a tener noticias de Moreno, y antes de la mañana salió hacia

la capital.

La presencia de Moreno parecía incongruente con las líneas rígidamente formales de la mansión presidencial. Volvía a estar resfriado y hablaba con voz ronca.

Keilin lo miraba con hostilidad; un odio casi devorador en el que notaba cómo los dedos se le retorcían en los primeros gestos de un estrangulamiento. Quizá no debía haber venido... Bueno, ¿qué importaba?, la orden era sobradamente clara. Si no hubiese venido voluntariamente, le habrían traído a la fuerza.

El nuevo presidente le miró con ojo penetrante.

—Tendrá que cambiar de actitud hacia mí, Keilin. Sé que me mira como a un Enterrador de la Tierra (¿no es ésta la frase que empleó anoche?), pero tiene que escucharme sosegadamente un rato. En su estado actual de rabia contenida, dudo que pueda oírme.

—Oiré todo lo que usted diga, señor presidente.

—Bueno... las formalidades externas, al menos. Esto resulta esperanzador. ¿O acaso cree que he instalado en esta sala un video-rastreador?

Keilin se limitó a enarcar las cejas.

Moreno dijo:

—No, no lo instalé. Estamos completamente solos. Hemos de estar solos; de lo contrario, ¿cómo podría decirle sin peligro que todo está dispuesto para que usted salga elegido presidente bajo una constitución que estamos preparando ahora? Eh, ¿qué le parece?

Luego sonrió ante la blanca sorpresa de la faz de Keilin.

—¡Ah, no lo cree! Bien, ya no puede hacer nada para impedirlo. Antes de una hora será cosa pública, ¿comprende?

—¿Yo voy a ser presidente? —Keilin pugnaba con una voz extraña, ronca. Después, con algo más de firmeza, añadió—: Usted está loco.

—No, yo no. Los de allá fuera lo están. Los de los Mundos Exteriores —los ojos, el semblante, la voz de Moreno adquirieron una vehemencia maligna, de tal modo que uno olvidaba que fuese, un monito con aspecto de hombre eternamente resfriado. Uno ya no se fijaba en la arrugada y huidiza frente. Uno olvidaba la calva cabeza y el traje mal cortado. Sólo quedaba la brillante y luminosa mirada de sus, ojos y el filo cortante de su voz. Eso sí se notaba.

Keilin alargó la mano en busca de una silla, a ciegas, mientras Moreno se le acercaba y hablaba con creciente pasión.

—Sí —decía—. Aquéllos de allá, entre las estrellas; los semidioses; los majestuosos superhombres; la raza superior, hermosa y fuerte. Ellos están locos. Aunque sólo nosotros, los de la Tierra, lo sabemos.

»Usted ha oído hablar del Proyecto Pacífico. Lo sé. Lo denunció a Cellioni en

cierta ocasión y lo llamó un engaño. No lo es. Y casi nada de dicho proyecto permanece en secreto. En realidad, su único secreto consiste en que no había nada secreto.

«Usted no es tonto, Keilin. Sencillamente, nunca se detuvo a analizar los hechos desde el principio hasta el fin. Y sin embargo, estaba sobre la pista. Usted lo percibía bien. ¿Qué fue lo que me dijo aquella vez, cuando me entrevistó en su programa? Algo acerca de que la actitud del mundo exteriorano con respecto al hombre de la Tierra era el único punto flaco de la estabilidad del primero. Eso fue, ¿verdad? ¿O algo por el estilo? Muy bien, pues, ¡estupendo! Entonces tenía usted en la mente el primer tercio del Proyecto Pacífico, y no era ningún secreto, al fin y al cabo, ¿verdad que no?

«Pregúnteselo, Keilin, ¿cuál era la actitud del auroriano típico hacia el terrícola típico? ¿Un sentimiento de superioridad? Es la primera idea que se le ocurre a uno, supongo. Pero, dígame, Keilin, si se sentía superior, realmente superior, ¿había de sentir la necesidad de llamar a cada momento la atención sobre este hecho? ¿Qué clase de superioridad es la que tiene que ser apuntalada continuamente con frases tales como "hombres mono", "infracreaturas", "semianimales de la Tierra", etc., etc.? Esa no es la tranquila seguridad interna de quien se siente superior. ¿Malgasta usted epítetos con las lombrices de tierra? No, aquí hay otra cosa.

»Bien, enfoquemos la cuestión desde otro ángulo. ¿Por qué los turistas de los Mundos Exteriores se alojan en hoteles especiales, viajan en coches cerrados y se atienen a leyes rígidas, aunque no escritas, contra toda relación social con nosotros? ¿Tienen miedo a la polución? Es raro que no teman comer nuestros víveres, beber nuestro vino y fumar nuestro tabaco.

»Vea usted, Keilin, en los Mundos Exteriores no hay psiquiatras. Los superhombres están demasiado bien centrados; o al menos eso dicen ellos. En cambio aquí en la Tierra, ya es proverbial, tenemos más psiquiatras que fontaneros, y cada uno cuenta con mucha clientela. De modo que somos nosotros, y no ellos, quienes sabemos la verdad sobre este complejo de superioridad de los Mundos Exteriores, los que sabemos que se trata de una simple y alocada reacción contra un abrumador sentimiento de culpa.

»¿No cree que puede ser eso? Mueve la cabeza como si disintiera. ¿No ve que un puñado de hombres que se aferran a una Galaxia mientras miles de millones

perecen por falta de espacio, ha de experimentar en el subconsciente una sensación de culpa, adopte la forma que adopte? Y como no quieren compartir el botín, ¿no ve usted que el único recurso que tienen para justificarse consiste en tratar de convencerse de que, al fin y al cabo, los terrestres somos inferiores, que no merecemos la Galaxia, que allá se ha creado una raza nueva de hombres y que nosotros no somos más que los enfermizos restos de una raza antigua que debería

extinguirse como el dinosaurio, por obra y gracia de las leyes inexorables de la naturaleza?

»Ah, si pudieran convencerse de eso, ya no se sentirían culpables, sino simplemente superiores. Sólo que no ocurre así; nunca. La idea de la superioridad necesita un cultivo constante, una repetición, un refuerzo constantes. Y ni aun así convence del todo.

»Lo mejor de todo sería que pudiesen fingir que la Tierra y su población no existen siquiera. Por ello, si usted visita la Tierra, evite a los terrestres, y así no le causarán la incomodidad que le provocaría no verles bastante inferiores. A veces, en lugar de inferiores le parecerían desdichados, y nada más. O peor todavía, hasta podrían parecerle inteligentes... como lo parecía yo, por ejemplo, en Aurora.

«Alguna que otra vez surgía un mundo exteriorano como Moreanu capaz de reconocer el sentimiento de culpa como tal, y sin miedo a expresarlo en voz alta. Moreanu hablaba del deber que tenían los Mundos Exteriores con la Tierra... con lo cual representaba un peligro para nosotros. Porque si los demás le hubiesen escuchado y hubiesen ofrecido a la Tierra una ayuda simbólica, en sus mentes se habría aliviado el sentimiento de culpa, aun sin prestar una ayuda permanente a la Tierra. De modo que Moreanu fue eliminado a través de nuestras maniobras, dejando el camino libre a los inflexibles, a los que se negaban a reconocer la culpa y cuya acción, por consiguiente, se podía predecir y manipular.

«Por ejemplo, les envías una nota arrogante y ellos responden automáticamente con un embargo inútil, que sólo sirve para proporcionarnos el pretexto ideal para declarar la guerra. Luego pierdes la guerra rápidamente, y los enojados superhombres te aíslan. Se acabó la comunicación, se acabó el contacto. Ya no existes y ya no les molestas. ¿No es así de sencillo? ¿No ha salido de maravilla?

Por fin Keilin pudo hablar:

—¿Quiere decir que todo esto lo había planeado de antemano? —preguntó—. ¿Provocó usted la guerra intencionadamente con objeto de aislar la Tierra de la Galaxia? ¿Envió a los hombres de la Flota Metropolitana a una muerte segura porque quería que nos derrotasen? Vaya, usted es un monstruo, un... un...

Moreno arrugó la frente.

—Sosiéguese, por favor. Ni la cosa fue tan sencilla como se imagina, ni yo soy un monstruo. ¿Piensa acaso que la guerra bastaba con... provocarla, sencillamente? Había que alimentarla con suavidad, de la manera precisa, y encaminarla hacia el final adecuado. Si nosotros hubiésemos dado el primer paso, si hubiéramos sido los agresores, si de una u otra forma hubiésemos echado la culpa sobre nuestros hombros... entonces los Mundos Exteriores habrían ocupado la Tierra y la habrían desmenuzado. Vea usted, si nosotros hubiéramos cometido un crimen contra ellos, ya no se sentirían culpables. Por otra parte, si hubiésemos librado una guerra larga, o



hubiéramos causado grandes destrozos, ellos lograrían descargarse de la culpa.

»Pero no lo hicimos. Nos limitamos, tan sólo, a encarcelar a unos contrabandistas de Aurora, obrando de acuerdo con nuestros derechos. Ellos tuvieron que declararnos la guerra por este motivo, porque sólo así podían proteger su superioridad, la cual a su vez los protegía contra los horrores de la culpa. Y nosotros perdimos en seguida. Apenas murió ningún auroriano. El sentimiento de culpa se fortaleció y dio como fruto, exactamente, el tratado de paz que nuestros psiquiatras habían previsto.

»En cuanto a lo de enviar hombres a la muerte, es algo que ocurre en todas las guerras... y una necesidad. Era preciso librar una batalla y, naturalmente, hubo bajas.

—Pero ¿por qué? —interrumpió Keilin—. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué cree usted que toda esa palabrería tiene algún sentido? ¿Qué hemos ganado? ¿Qué beneficio podemos sacar jamás de la situación presente?

—¿Ganar? ¿Me pregunta qué hemos ganado? Ea, pues, hemos ganado el Universo. ¿Qué ha sido lo que nos ha retenido hasta ahora? Usted sabe qué necesitaba la Tierra estos siglos pasados. Usted mismo se lo subrayó muy certeramente a Cellioni. Necesitamos una sociedad de robots positrónicos y una tecnología sobre la energía atómica. Necesitamos cultivos químicos y el control de la natalidad. Bien, ¿qué impedía todo esto, eh? Sólo la costumbre de siglos, que decía que los robots eran malos porque quitaban el trabajo a los seres humanos, que el control de la natalidad significaba asesinar niños aún no nacidos, etc., etc. Y, lo peor, siempre había la válvula de seguridad de la emigración, bien realmente permitida, bien como una esperanza próxima.

»En cambio ahora no podemos emigrar. Estamos clavados aquí. Peor todavía, hemos sufrido una derrota a manos de un puñado de hombres de las estrellas, y hemos tenido que aceptar, a la fuerza,<sup>1</sup> un tratado de paz humillante. ¿Qué terrícola no arderá subconscientemente de ganas de revancha? El sentido de conservación se ha doblgado muchas veces bajo ese tremendo afán de "saldar las cuentas".

»Y ésta es la segunda parte del Proyecto Pacífico: reconocer el motivo de la revancha. Así de sencillo.

»Pero ¿cómo sabemos que sucede verdaderamente así? Porque se ha demostrado docenas de veces en el transcurso de la historia. Derrota a una nación, pero no la aplastes por completo, y al cabo de una generación, de dos, o de tres, será más fuerte que antes. ¿Por qué? Porque en el ínterin habrá hecho sacrificios para posibilitar la revancha que no habría hecho por una simple conquista.

«¡Piénselo! Roma derrotó a Cartago sin grandes dificultades la primera vez; pero estuvo a punto de ser vencida la segunda. Cada vez que Napoleón derrotaba a una coalición europea sentaba las bases para otra, a la que ya le costaba un poquitín más derrotar, hasta que la octava le aplastó a él. Se necesitaron cuatro años para derrotar al Kaiser Guillermo de la medieval Alemania, y seis años, mucho más peligrosos,

para detener a su sucesor, Hitler.

»¡Ahí lo tiene! Hasta ahora, la Tierra sólo necesitaba cambiar de estilo de vida para conseguir un bienestar y una dicha mayores. Un objetivo secundario como ése podía esperar siempre. En cambio, ahora tiene que cambiar para tomarse la revancha, y esto no admite demoras. Yo quiero el cambio por el cambio mismo.

»Sólo que... no soy el hombre indicado para ponerme en cabeza. Estoy manchado por el fracaso del año pasado, y así continuaré hasta que, mucho después de que mis huesos se hayan convertido en polvo, la Tierra sepa la verdad. En cambio usted..., usted y otros como usted han luchado siempre en favor de la marcha hacia la modernización. Usted tomará las riendas. La tarea puede requerir cien años. Los nietos de hombres que no han nacido todavía quizá sean los primeros que vean la tarea completada. Pero usted la habrá visto empezar, al menos.

»¡Eh! ¿Qué dice?

Keilin estaba manoseando, mentalmente, el sueño. Le parecía ver, en una caliginosa distancia, una Tierra nueva, renacida. Pero el cambio de actitud era demasiado radical. No podía realizarse todavía, en aquel instante. Por ello movió la cabeza y dijo:

—¿Qué le hace pensar que los Mundos Exteriores tolerarán este cambio, suponiendo que lo que me cuenta sea verdad? Nos vigilarán de cerca, estoy seguro, y notaran un peligro cada vez mayor, hasta que decidan ponerle fin. ¿Me lo negará?

Moreno echó la cabeza atrás y soltó una carcajada silenciosa. Luego exclamó:

—Pero todavía nos queda la tercera parte del Proyecto Pacífico; una última, sutil e irónica tercera parte...

»Los mundoexterianos llaman a los hombres de la Tierra heces infrahumanas de una gran raza; pero los hombres de la Tierra somos nosotros. ¿Se da cuenta de lo que significa esto? Vivimos en un planeta en el que, durante mil millones de años, la vida (esta vida que ha culminado en el género humano) se ha ido adaptando. No existe ni un solo trocito microscópico del hombre, ni la menor función de su mente que no tengan como razón de ser alguna diminuta faceta de la composición física de la Tierra, o de la composición biológica de otras formas vitales terrestres, o de la composición sociológica de la comunidad que le rodea.

»En la forma actual del hombre, ningún otro planeta puede sustituir a la Tierra.

»Los mundoexterianos existen tal como son únicamente porque se trasplantaron unos pedazos de la Tierra. Allá hemos llevado tierra de labor, plantas, animales, hombres. Se mantienen rodeados de una geología artificial, nacida en la Tierra, que contiene, por ejemplo, aquellos vestigios de cobalto, zinc y cobre que la química humana necesita. Se rodean de bacterias y algas nacidas en la Tierra, poseedoras de la facultad de asimilar los mencionados vestigios inorgánicos de la manera precisa y en la cantidad exactamente adecuada.

»Y mantienen esta situación mediante importaciones continuas (importaciones de lujo, las llaman) de la Tierra.

»Pero los Mundos Exteriores, aun contando con suelo terrestre depositado sobre una capa de roca, no pueden impedir que las lluvias sigan cayendo y los ríos sigan corriendo; de manera que se produce una mezcla, inevitable, si bien lenta, con el suelo indígena; una inevitable contaminación de las bacterias del suelo terrestre con las bacterias indígenas; y la exposición, en todo caso, a una atmósfera diferente y a unas radiaciones solares distintas. Y las bacterias terrestres desaparecen o cambian. Y entonces cambia la vida vegetal. Y luego cambia la vida animal.

»No se trata de un cambio brusco, claro. La vida vegetal no se volvería venenosa o no nutritiva en un día, ni en un año, ni en un decenio. Pero los hombres de los Mundos Exteriores ya notan la falta o el cambio de esos vestigios de compuestos que producen ese elemento tan tremendamente alusivo que llamamos "aroma" o "sabor". El cambio ha llegado hasta aquí.

«Pero llegará más lejos. ¿Sabe usted, por ejemplo, que en Aurora casi la mitad de las especies indígenas de bacterias tienen el protoplasma fundado en la química del fluorocarbono, y no en la del hidrocarburo? ¿Puede imaginarse la extrañeza esencial de un medio ambiente así?

»Bueno, pues, desde hace dos decenios, los bacteriólogos y fisiólogos de la Tierra han estudiado varias formas de la vida de los Mundos Exteriores (la única parte del Proyecto Pacífico que ha permanecido auténticamente secreta) y la vida terrestre trasplantada empieza a mostrar ya ciertos cambios a nivel subcelular. Incluso entre los seres humanos.

»Y ahí está la ironía del caso. Los mundoexterianos, con su racismo rígido y su política genética inflexible eliminan inexorablemente de su seno a todo niño que presente signos de adaptación a su respectivo planeta y que se aparte en algún aspecto de la norma general. Sostienen (y deben hacerlo, como resultado de sus propios procesos de pensamiento) un criterio artificial de humanidad "sana", fundada en la química terrestre y no en la suya propia.

»Pero ahora que han separado de ellos a la Tierra; ahora que no les llegará ni un ápice de suelo y de vida terrestres, un cambio se acumulará sobre otro. Vendrán las enfermedades, aumentará la mortalidad, las anormalidades infantiles se harán más frecuentes...

—¿Y luego? —preguntó Keilin, súbitamente interesado.

—¿Luego? Bueno, ellos son científicos físicos... y nos dejan a nosotros las ciencias inferiores, tales como la biología. Pero no pueden abandonar su sensación de superioridad ni su modelo arbitrario de perfección humana. No descubrirán el cambio hasta que ya sea demasiado tarde para combatirlo. No todas las mutaciones son claramente visibles, y se producirá una revuelta creciente contra las normas de

aquellas rígidas sociedades mundoexterioranas. Vendrá un siglo de revuelta física y social creciente que impedirá toda interferencia suya contra nosotros.

«Dispondremos de un siglo para reconstruirnos y revitalizarnos, y al final de ese período nos enfrentaremos con una Galaxia exterior agonizante o transformada. En el primer caso, edificaremos un segundo Imperio Terrestre, más sabiamente y con más conocimiento de causa que el primero; un imperio fundado en una Tierra fuerte y modernizada.

»En el segundo caso, nos enfrentaremos con diez, veinte, o quizá los cincuenta Mundos Exteriores, cada uno con una variedad de hombre ligeramente distinta. Cincuenta especies humanoides, ya no unidas todas contra nosotros, cada una más y más adaptada a su propio planeta, cada una con suficiente tendencia al atavismo de amar a la Tierra, de mirarla como la gran primera Madre.

»Y el racismo habrá muerto; porque entonces la variedad, y no la uniformidad, será la característica fundamental del género humano. Cada especie de hombre tendrá un mundo propio, que no podrá ser sustituido por ningún otro, y en el que cualquier otro tipo no se adaptaría. Y se podrán colonizar más mundos en los que originar nuevas variedades todavía, hasta que de la gran mezcla intelectual la Madre Tierra pueda hacer nacer no un Imperio Terrestre, sino un Imperio Galáctico.»

Keilin dijo, hechizado:

—Usted lo prevé todo con tal seguridad...

—Nada es auténticamente seguro; pero las mentes más destacadas de la Tierra están de acuerdo en esto. Pueden surgir por el camino obstáculos en los que tropezar; pero apartarlos será la gran aventura que habrán de ultimar nuestros tataranietos. De nuestra aventura, una fase ha concluido felizmente y otra se está iniciando. Únase a nosotros, Keilin.

Poco a poco, Keilin empezaba a pensar que quizá Moreno no fuese un monstruo, después de todo...

## Sala de billar darwiniana (1950)

---

“Darwinian Pool Room”

—Por supuesto, la concepción ordinaria del Génesis-1 está equivocada de pies a cabeza —dije—. Considerad una sala de billar, por ejemplo.

Mentalmente, los otros tres se situaron en una sala de billar. Estábamos sentados en unas destrozadas sillas giratorias del laboratorio del doctor Trotter, pero no suponía problema alguno el convertir las mesas del laboratorio en mesas de billar, los altos soportes circulares en tacos, las botellas de reactivos en bolas y luego disponer limpiamente la cuestión completa ante nosotros.

Thetier llegó al extremo de levantar un índice, cerrar los ojos y murmurar por lo bajo:

—¡Sala de billar!

Como de costumbre, Trotter no dijo nada, pero se puso a acariciar su segunda taza de café. También como de costumbre, el café estaba horrible; aunque lo cierto es que yo era nuevo en el grupo y todavía no se me había encallecido bastante la pared interior del tubo gástrico.

—Ahora considerad el final de una partida de billar de tronera —dije—. Tenéis todas las bolas, menos la del taco, por supuesto, en una tronera determinada...

—Espera un poco —interrumpió Thetier, siempre purista—, ¿no importa en qué tronera con tal de que las pongas en un cierto orden, o...?

—No hace al caso. Terminada la partida, las bolas están en diversas troneras. ¿De acuerdo? Ahora supongamos que entráis en la sala de billar cuando la partida ha terminado definitivamente y observáis tan sólo esa posición final, y luego tratáis de reconstruir el curso que siguieron los acontecimientos. Evidentemente, tendréis cierto número de alternativas.

—Si conoces las reglas del juego, no —objetó Madend.

—Supón que las ignoras por completo —dije—. Puedes suponer que las bolas fueron a parar a las troneras al ser golpeadas por la del taco, la cual, a su vez, recibió el impacto de éste. Esta sería la verdad, pero no es muy probable que se te ocurriese espontáneamente esta explicación. Porque es mucho más probable que supusieras que las bolas habían sido colocadas a mano, una por una, en las respectivas troneras, o que las bolas hubiesen estado eternamente en las troneras tal como las encontraste.

—Muy bien —observó Thetier—, si vas a retroceder hasta el Génesis, asegurarás que, por analogía, podemos explicarnos el universo bien como algo que ha existido siempre, bien como que ha sido creado arbitrariamente tal como está ahora, bien como que se ha perfeccionado gracias a la evolución. Y entonces, ¿qué?

—Esa no es, en modo alguno, la alternativa que voy a proponer —dije yo—. Aceptemos el hecho de una creación con una finalidad y consideremos solamente los

métodos que pueden haber servido para dicha creación. Es muy fácil suponer que Dios dijo: «Hágase la luz», y que la luz fue hecha; pero no es estético.

—Es sencillo —comentó Madend—, y cuando hay distintas posibilidades lo lógico es escoger la más sencilla.

—Entonces, ¿cómo es que no terminas la partida poniendo las bolas en las troneras a mano? Eso es más sencillo, pero no es estético. Por otra parte, si empezases con el átomo primigenio...

—¿Qué es eso? —preguntó Trotter.

—Pues toda la masa-energía del universo comprimida en una sola esfera, en un estado de entropía mínima. Si hicieras estallar esa masa de tal forma que todas las partículas constitutivas de la materia y los cuanta de energía al actuar, reaccionasen e interactuasen, ¿no resultaría un proceso mucho más satisfactorio que el simple hecho de mover la mano y decir: ?

—Quieres decir —intervino Madend—, como si se disparase la bola del taco contra las otras y se mandara las quince bolas, sin excepción, a las troneras que tenían destinadas de antemano.

—Formando una bonita combinación —respondí—. En efecto.

—Hay más poesía en la idea de un tremendo acto directo de la voluntad —aseguró Madend.

—Eso depende de si miras la cuestión como un matemático o como un teólogo —objeté—. En realidad el Génesis-1 se podría modificar de forma que encajase con el esquema de las bolas de billar. El Creador se habría podido pasar el tiempo calculando todas las variables y todas las relaciones en seis ecuaciones descomunales. Cuenta un para cada ecuación. Después de haber aplicado el impulso explosivo inicial, habría en el séptimo, y este séptimo sería todo el intervalo de tiempo desde el citado comienzo hasta el año 4004 a. de C. Ese intervalo, durante el cual se va perfilando esa compleja trama de bolas de billar, no les interesa para nada, evidentemente, a los redactores de la Biblia. Los miles de millones de años que comprende se podrían considerar meramente como el desarrollo del singular acto de la creación.

—Estás postulando un universo teológico —dijo Trotter—, en el que va implicado un propósito.

—Claro —respondí—, ¿por qué no? Un acto creador consciente sin objetivo es ridículo. Por otra parte, si intentas considerar el curso de la evolución como la resultante ciega de unas fuerzas sin objetivo alguno, topas con unos cuantos problemas realmente desconcertantes.

—¿Por ejemplo? —inquirió Madend.

—Por ejemplo —respondí—, la extinción de los dinosaurios.

—¿Qué gran dificultad encierra la comprensión de ese fenómeno?

—No hay razón lógica que lo explique. A ver si puedes decirme alguna.

—La ley de disminución del rendimiento —contestó Madend—. Los brontosaurios llegaron a ser tan voluminosos que se precisaban unas patas como troncos de árboles para sostenerlos, con lo cual tenían que permanecer en el agua y dejar que el empuje del líquido hiciera la mayor parte de la tarea. Además, tenían que estar comiendo continuamente para disponer de la cantidad necesaria de calorías. He dicho continuamente, en sentido literal. En cuanto a los que comían carne, en la carrera que emprendieron unos contra otros, todos hubieron de cargarse con tales armaduras, ofensivas y defensivas, que eran unos pesados tanques que se arrastraban bajo toneladas de huesos y escamas. La cosa llegó a tal extremo que, simplemente, no podía continuar.

—Muy bien —repliqué—, y de este modo perecieron las criaturas enormes. Pero la mayoría de los dinosaurios eran animales pequeños y veloces que no habían adquirido ni una masa ni una armadura excesivas. ¿Qué les sucedió?

—Por lo que respecta a los pequeños —puntualizó Thetier—, hay que tener en cuenta la competencia. Si algunos reptiles adquirieron pelo y sangre caliente, pudieron adaptarse con mayor eficacia a las variaciones del clima. No tuvieron que soportar directamente los rayos del sol, ni se volvieron lentos y torpes cuando la temperatura descendía por debajo de los veintiséis grados centígrados. No tuvieron que aletargarse durante el invierno.

—La explicación no me satisface —dije—. En primer lugar, no creo que los diversos saurios estuvieran en una situación tan desfavorable. Ya sabes, resistieron unos trescientos millones de años, cifra que supera en 298 millones a la que el género Homo tiene en su haber. En segundo lugar, continúan viviendo animales de sangre fría, notablemente insectos y anfibios...

—Capacidad de reproducción —objetó Thetier.

—Y también algunos reptiles. Serpientes, lagartos y tortugas se lo pasan bastante bien, gracias a Dios. Y, para el caso, ¿qué me dices del océano? Los saurios se adaptaron a él bajo la forma de ictiosaurios y plesiosaurios. Pero éstos desaparecieron igualmente, sin que hubiera formas de vida recién aparecidas y fundadas en adelantos radicales de la evolución para competir con ellos. Yo diría que la forma más elevada de vida en el océano son los peces, los cuales datan de fechas anteriores a la de los ictiosaurios. ¿Cómo te lo explicas? Los peces tienen la sangre fría, como ellos, y son todavía más primitivos. Además, en el océano no existe el problema de la masa y la disminución del rendimiento, puesto que el trabajo de sostén corre por cuenta del agua. La ballena de las profundidades es mayor que cualquiera de los dinosaurios que han existido... Y otra cosa, ¿a qué viene hablar de la ineficacia de la sangre fría y de que a temperaturas inferiores a los veintiséis grados centígrados los animales de sangre fría se vuelven lentos? Los peces se lo pasan divinamente a temperaturas

constantes poco superiores a los cero grados centígrados, y en verdad que no se puede acusar de perezoso ni lento a un tiburón.

—Entonces, ¿por qué se largaron calladamente de la Tierra los dinosaurios, sin dejarnos más recuerdo que sus huesos? —preguntó Madend.

—Formaban parte del plan. Cuando hubieron cumplido su cometido, fueron innecesarios y, por consiguiente, se prescindió de ellos.

—¿Cómo? ¿Fue una catástrofe velikovskiana? ¿Por el impacto de un cometa? ¿Por el dedo de Dios?

—No, por supuesto que no. Se extinguieron natural y necesariamente, de acuerdo con el cálculo previo original.

—Entonces deberíamos ser capaces de encontrar cuál fue esa causa natural e inevitable de extinción.

—No necesariamente. Pudo tratarse de un oscuro fracaso de la bioquímica sauriana, de una deficiencia vitamínica que fue cobrando terreno...

—Me parece demasiado complicado —replicó Thetier.

—Lo parece, nada más —sostuve yo—. Supongamos que fuera preciso mandar a la tronera una bola de billar mediante un golpe a cuatro bandas. ¿Te preocuparía el relativamente complicado curso de la bola golpeada por el taco? Un golpe directo resultaría menos complicado, pero no resolvería nada. Y a pesar de la complicación aparente, el golpe indirecto no ofrecería mayores dificultades que el otro a un buen maestro. Seguiría significando un solo movimiento del taco, aunque en otra dirección. Las propiedades corrientes de los materiales elásticos y las leyes de conservación del impulso mecánico entrarían en acción y se encargarían de lo demás.

—Según creo entender —dijo Trotter—, tú sugieres que el curso de la evolución representa el camino más sencillo por el que se podía progresar desde el caos primitivo hasta el hombre.

—En efecto. No cae ni un solo gorrión sin una finalidad determinada, ni tampoco un pterodáctilo.

—¿Y adónde vamos, partiendo del momento presente?

—A ninguna parte. La evolución termina al aparecer el hombre. Las antiguas reglas no siguen en acción.

—¿Ah, no? —exclamó Madend—. Con esto niegas la posibilidad de que se sigan produciendo variaciones y mutaciones en el medio ambiente.

—En cierto sentido, si —ratifiqué—. El hombre gobierna su medio ambiente cada día más, y cada día comprende mejor el mecanismo de las mutaciones. Antes de la aparición del hombre, las criaturas no podían prever los cambios de condiciones del clima, ni podían protegerse contra ellos. Tampoco podían comprender el peligro creciente que representaban ciertas especies recién aparecidas antes de que dicho peligro adquiriese dimensiones catastróficas. Y ahora, plantéate esta pregunta: ¿Qué



clase de organismo puede replazarnos a nosotros y cómo realizará esa tarea?

—Podemos empezar —dijo Madend— fijándonos en los insectos. Yo creo que ya la están llevando a cabo en estos mismos momentos.

—Los insectos no han impedido que el número de seres humanos se multiplicara por diez durante los doscientos cincuenta últimos años. Si el hombre se entregara por entero a la lucha contra los insectos, en lugar de invertir la mayor parte de las energías sobrantes de que dispone en otras clases de combates, los pobres insectos no durarían mucho. Me sería imposible demostrarlo, pero lo creo sinceramente.

—¿Y qué me dices de las bacterias o, mejor todavía, de los virus? —adujo Madend—. El virus de la gripe del 1918 hizo un trabajo más que respetable, eliminando a un buen porcentaje de semejantes nuestros.

—Sin duda —repliqué—, alrededor de un uno por ciento, nada más. La misma «muerte negra» del Siglo XIV sólo logró matar una tercera parte de la población de Europa, y eso en una época en que la ciencia médica prácticamente no existía, y en que hubo que dejarle seguir su curso a placer, bajo la pobreza, la suciedad y la inmundicia medievales más espantosas; y, sin embargo, los dos tercios de esa resistente especie nuestra lograron sobrevivir. La enfermedad no puede eliminarnos, estoy seguro.

—¿Y qué me dices de la posibilidad de que el mismo hombre evolucione hasta formar un superhombre que desplace a los del tipo antiguo? —sugirió Thetier.

—No existe ni la más mínima probabilidad —contesté—. La única parte del ser humano que vale algo, en lo tocante a ser dueño del mundo, es su sistema nervioso; los hemisferios cerebrales muy particularmente. Son la parte más especializada de su organismo, y por consiguiente han llegado ya a su meta final. Si el curso de la evolución demuestra algo, es que cuando se ha alcanzado un cierto grado de especialización se pierde la flexibilidad, y todo nuevo desarrollo sólo puede producirse en el sentido de una especialización todavía mayor.

—¿Y no es eso precisamente lo que se necesita? —objetó Thetier.

—Quizá lo sea, pero, como ha hecho notar Madend, las especializaciones tienden a llegar a un punto a partir del cual el rendimiento disminuye. El tamaño de la cabeza humana es el causante de que los partos sean difíciles y dolorosos. La complejidad de la mente humana es la culpable de que la madurez emocional llegue tan rezagada detrás de la madurez sexual, con la correspondiente cosecha de conflictos que ello genera. Lo delicado de nuestro equipo mental origina que la mayor parte de los individuos de nuestra raza seamos unos neuróticos. ¿Hasta que punto podemos seguir sin que se produzca el desastre total?

—El desarrollo —dedujo Madend— podría continuar por el camino de una mayor estabilidad, o una madurez más rápida, antes que por el de una mayor capacidad mental.

—Quizá sí; pero no hay indicio alguno de que así sea. El hombre de Cro-Magnon existió hace diez mil años, y se han recogido interesantes indicaciones de que el hombre moderno es, en todo caso, inferior a él en capacidad cerebral, y en muscular también.

—Diez mil años no son gran cosa, en el proceso evolutivo —hizo notar Trotter—. Además, siempre existe la posibilidad de que otras especies animales adquieran el don de la inteligencia, o el de algo mejor, si existe algo mejor.

—No les dejaríamos adquirirlo. Esa es la cuestión. Se necesitarían centenares de miles de años para que los osos o las ratas, pongamos por caso, se volvieran inteligentes; pero en cuanto nosotros nos diésemos cuenta del proceso en marcha, o los eliminaríamos por completo... o los utilizaríamos como esclavos.

—Muy bien —aceptó Thetier—. ¿Qué me dices de unas oscuras deficiencias bioquímicas, como alegabas en el caso de los dinosaurios? Consideremos la vitamina C, por ejemplo. Los únicos organismos que no se la pueden fabricar son los conejillos de Indias y los primates, incluido el hombre. Supongamos que esta tendencia se intensifica y lleguemos a depender excesivamente de otros seres en demasiados factores alimenticios esenciales. ¿O qué pasaría si aumentara la vulnerabilidad, visiblemente creciente, del hombre respecto al cáncer? ¿Qué sucederá entonces?

—Eso no es problema —aseguré—. La esencia de la nueva situación consiste en que producimos artificialmente todos los factores nutritivos conocidos, y con el tiempo acaso dispongamos de una dieta completamente sintética. Y no hay motivo alguno para pensar que un día no aprenderemos cómo prevenir o curar el cáncer.

Trotter se puso en pie. Se había bebido ya el café, pero seguía mirando la taza.

—Muy bien, pues, tú dices que hemos llegado al final del camino. Pero ¿qué pasa si todo eso fue incluido en el cálculo original? El Creador estaba dispuesto a intervenir trescientos millones de años dejando que los dinosaurios desarrollaran algo, lo que fuera, que aceleraría la aparición del hombre, o así lo dices tú; entonces, ¿por qué no es posible que idease la manera de que el hombre utilice su inteligencia y el dominio que posee sobre el medio ambiente para preparar la nueva fase del juego? Eso podría constituir una parte realmente divertida del esquema de la bola de billar.

La idea me dejó paralizado.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Trotter me dirigió una sonrisa.

—Oh, estaba pensando, solamente, que quizá no se trate de una mera coincidencia, y que acaso surja una raza nueva —dijo, mientras se daba unos golpecitos a la sien—, y otra vieja se aniquile por entero a causa de los esfuerzos de su mecanismo cerebral.

—¿De qué manera?

—Interrúmpeme si me equivoco, pero ¿no están llegando a cumbres simultáneas

la física nuclear y la cibernética? ¿No estamos inventando, al mismo tiempo, bombas de hidrógeno y máquinas pensantes? ¿Es pura coincidencia, o forma parte del propósito divino? Casi no se habló más durante aquel almuerzo. Al empezar, parecía que la lógica estaba de mi parte; pero desde entonces... lo estoy meditando!

# Ritos legales (1950)

---

“Legal Rites”

## I

Las estrellas se habían apagado ya, aunque el sol; apenas se había hundido en el horizonte, y el oeste del cielo, detrás de la Sierra Nevada, era una plancha de oro manchada de sangre.

—¡Eh! —cloqueó Russell Harley—. ¡Regresa!

Pero el motor de aquel viejo «Ford» hacía demasiado ruido, y el chofer no le oyó. Harley soltaba palabrotas viendo al viejo automóvil inclinarse sobre las roderas arenosas con las ruedas semideshinchadas. La luz trasera le contestaba con un rojo «no» *No*, no puedes marcharte esta noche; *no*, tendrás que quedarte aquí y arreglártelas solo.

Harley refunfuñó y volvió a subir las escaleras del porche de la antigua casa de madera. Estaba bien construida. Las escaleras, aunque databan de casi medio siglo atrás, no crujían bajo sus pisadas ni tenían grietas.

Harley recogió los bolsos que había dejado caer cuando sufrió aquel repentino cambio de idea —eran de imitación de cuero, y muy desgastados— y los metió en la casa. Una vez dentro, los abandonó sobre un sofá cubierto de polvo y miró a su alrededor.

Hacía un calor sofocante; el olor del desierto se había filtrado en la habitación. Harley estornudó.

—Agua —dijo en voz alta—. He ahí lo que necesito.

Merodeó por todas las habitaciones de la planta baja hasta que, de pronto, se dio una palmada en la cabeza. ¡Instalación de agua...! ¡Naturalmente, no habría tal cosa en aquel agujero perdido a trece kilómetros al interior del desierto! Un pozo era lo mejor que podía prometerse...

Tal vez, ni siquiera eso.

Oscurecía. Tampoco había luz eléctrica, por supuesto. Harley anduvo a tientas, irritado, por las oscuras habitaciones hasta la parte trasera de la casa. La puerta vidriera emitió un gemido al abrirse. Junto a la puerta, había un cubo colgado. Lo cogió, lo volvió boca abajo y sacudió la arena suelta que contenía. Escudriñó con la mirada el «patio trasero»... unas doce mil hectáreas ante la vista de arena ondulada, rocas y trechos de salvia y ocotillo coronado de llamas. Ningún pozo.

*El viejo idiota se proveería de agua en alguna parte*, pensó enfurecido. Obstinadamente, bajó los escalones traseros y se internó por el desierto. Arriba, las estrellas lucían cegadoras, a millones y millones de kilómetros, pero el crepúsculo había terminado y la visibilidad era muy escasa. Reinaba un silencio ominoso. Únicamente un leve susurro de brisa en la arena y el roce de los zapatos.

Divisó un reflejo de luz de las estrellas en la espesura de salvia más cercana y anduvo hacia allá. Había un charco de agua en el ángulo de dos grandes piedras. Lo miró dubitativo, e hizo un gesto indiferente. Era agua. Y eso era mejor que nada. Hundió el cubo en el charquito. Inexperto en aquellas lides, arrastró el cubo por el fondo y recogió una cuarta parte de arena. Cuando se lo acercó, rebosante, a los labios, hubo de escupir el primer sorbo y se puso a maldecir violentamente.

Luego utilizó la cabeza. Dejó el cubo en el suelo, esperó unos segundos para que los granos de arena se posaran, cogió agua con las manos y se la llevó a los labios...

*Pat. JISS. Pat. JISS. Pat. JISS...*

—¡Qué demonios! —Harley se puso en pie y miró a su alrededor con brusco desconcierto. Sonaba como agua que cayera de alguna parte sobre una estufa al rojo vivo, silbando al convertirse en vapor. No veía nada, sólo la arena y el charco de agua tibia, nauseabundo.

*Pat. JISS...*

Entonces lo vio, y los ojos se le salieron de las órbitas. Caía de la nada, una gota por segundo, una gota pegajosa, negra, que descendía al suelo perezosamente, en lento desafío a la gravedad. Y al dar en tierra, cada gota producía un sonido siseante, se desparramaba y desaparecía. Se hallaba a cosa de dos metros y medio de él, apenas visible a la luz de las estrellas.

Luego una voz, salida de la nada, ordenó:

—¡Fuera de mis tierras!

Harley salió fuera. Cuando llegó a Rebel Butte, tres horas después, apenas podía andar y deseaba con desesperado afán haberse demorado lo suficiente para beber otro trago de agua, a pesar de todos los demonios del infierno. Pero los primeros cinco kilómetros los había hecho a la carrera. Le habían proporcionado sobrados estímulos. Ahora recordaba con un estremecimiento cómo el limpio aire del desierto había tomado una forma lechosa alrededor de aquel increíble rezumar y había avanzado hacia él amenazadoramente.

Y cuando llegó al primer *saloon*, iluminado con petróleo, de Rebel Butte, y entró tambaleándose, la fascinación con que el dueño se puso a mirar la pechera de su desastrada chaqueta le hizo descubrir una poderosa prueba de que no había sufrido un repentino ataque de demencia, ni le había embriagado el desacostumbrado contacto con el aire puro del desierto. Aquello le había manchado toda la parte delantera del traje, y cuanto más la frotaba, más se pegaba a la tela y más viscosa se volvía. ¡Sangre!

—¡Whisky! —pidió con voz ahogada, dando traspiés hacia la barra. Y sacando del bolsillo un ajado billete de un dólar, lo puso de un manotazo sobre la madera.

La partida de juego del fondo del local se había interrumpido. Harley sentía

clavados en su persona losaos de todos los jugadores, los del camarero y los de aquel hombre alto y delgado recostado en la barra. Todos le observaban.

El camarero rompió el hechizo. Cogió, sin mirarla, una botella que había a su espalda y la dejó sobre el mostrador, delante de Harley. Luego llenó un vaso de agua de un jarro, lo dejó sobre el mostrador también y puso otro vasito pequeño junto a la botella.

—Yo habría podido decirle que le pasaría eso. Pero usted no me habría creído. Tenía que encontrar a Hank por sí mismo, o no habría creído que estuviera allí.

Harley se acordó de la sed y vació el vaso de agua; después se echó un trago de whisky y lo apuró sin esperar a que le volvieran a llenar el vaso de agua. El whisky descendía hacia el estómago dejando una sensación agradable, casi bastante agradable como para poner fin a los temblores de sus entrañas.

—¿De qué está hablando? —preguntó por fin, doblando el cuerpo e inclinándose sobre el mostrador para esconder algo las manchas de la chaqueta. El dueño del *saloon* se puso a reír.

—El viejo Hank —dijo—. Le he reconocido a usted inmediatamente, antes de que Tom volviese y me dijera a donde lo había llevado. Sabía que usted era el sobrino de Zeb Harley, que venía a tomar posesión de Harley Hall para venderlo aun antes de que el cadáver del tío estuviera frío en la tumba.

Russell Harley vio que los jugadores seguían mirándole. Sólo el hombre delgado recostado en la barra parecía haberle olvidado. En aquel momento volvía a llenarse el vaso y estaba completamente absorto en esta tarea. Harley se sonrojó.

—Escuche —dijo—, yo no he venido en busca de consejos. Quería beber un trago. Y pago con mi dinero. Cierre el pico y no se meta en mis asuntos.

El dueño del *saloon* levantó los hombros, le dio la espalda y se volvió a la mesa de juego. Un par de segundos después, un jugador se volvía también y arrojaba un naípe. Los demás siguieron su ejemplo.

Harley empezaba a sentirse dispuesto a tragarse el orgullo y hablar nuevamente con el dueño del *saloon* que parecía saber algo sobre lo que le había ocurrido y quizá pudiera serle útil, cuando el hombre delgado le dio una palmadita en el hombro. Harley se volvió tan rápido que por poco no tumbó el vaso. Absorto y nervioso, no le había visto acercarse.

—Joven —le dijo el desconocido—, me llamo Nicholls. Venga conmigo y discutiremos este asunto. Creo que podemos sernos útiles mutuamente.

Hasta el automóvil de doce cilindros que conducía Nicholls saltaba como un carro de heno por las areniscas roderas que llevaban a la vivienda que el viejo Zeb había bautizado —riendo— con el nombre de «Harle Hall»

Russell Harley torcía el cuello y fijaba la mirada en el montón de cosas diversas que había en el asiento trasero.

—Eso no me gusta —se lamentó—. Yo nunca he tenido tratos con espíritus. ¿Cómo puedo saber si esta miscelánea servirá para nada?

Nicholls sonrió.

—Debe fiarse de mi palabra. Yo he tenido tratos con espíritus en otras ocasiones. Está usted seguro de que yo podría ostentar el título de exterminador de espíritus, si quisiera.

—A pesar de todo, no me gusta —refunfuñó Harley Nicholls clavó en él una mirada penetrante.

—Pero la perspectiva de ser dueño de Harley Hal sí le gusta, ¿verdad? ¿Y no quiere buscar la respetable cantidad de dinero que se cree que su tío escondió por allá? —Harley se encogió de hombros—. Claro que sí —afirmó Nicholls, volviendo a fijar la mirada en el camino—. Y con sobrado motivo. Las noticias que circulan por ahí mencionan una cifra muy elevada, joven.

—Y en este punto interviene usted —dijo Harley, malhumorado—. Yo encuentro el dinero (que debo ya, de todos modos) y le doy una parte a usted. ¿Cuánto?

—Lo discutiremos más tarde —respondió Nicholls. Sonreía distraído, mirando al frente.

—¡Lo discutiremos ahora, enseguida!

La sonrisa desapareció del rostro de Nicholls.

—No —dijo—. No lo discutiremos. Le estoy haciendo un favor, joven Harley. Recuérdelo. A cambio, usted hará lo que yo diga, ¡en todo momento!

Harley paladeó la frase cuidadosamente. No era un manjar apetitoso. Aguardó un par de segundos antes de cambiar de tema.

—Yo estuve aquí una vez, en vida del viejo —explicó—. Y no me habló para nada de ningún espíritu.

—Quizá pensara que le consideraría... digamos, un tipo raro —respondió Nicholls—. Y acaso usted lo hubiera mirado así. ¿Cuándo estuvo aquí?

—Oh, hace mucho tiempo —contestó evasivamente Harley. Pero estuve un día entero y parte de la noche. El viejo estaba loco de atar; pero no guardaba fantasmas en el ático.

—Ese fantasma era un amigo suyo —replicó Nicholls—. El caballero encargado del bar se lo ha dicho a usted, sin duda. Su difunto tío era como un recluso. Vivía en esta casa, a veinte kilómetros del lugar habitado más cercano, apenas iba nunca a la población y no permitía que nadie buscara su amistad. Pero no era un ermitaño, exactamente. Tenía la compañía de Hank.

—¡Valiente compañía!

Nicholls inclinó la cabeza con aire grave.

—Ah, no sé —dijo—. Según todas las versiones, se llevaban muy bien los dos. Jugaban al «pinacle» y al ajedrez... Se dice que Hank había sido un gran jugador de

«pinacle» Según dicen en el pueblo, por eso le mataron. Cogió a uno haciendo trampas y dirimieron el caso a tiros. Perdió él. Una bala le atravesó el cuello y murió vomitando mucha sangre.

Torció el volante, cargando el peso del cuerpo en el esfuerzo, y consiguió sacar el coche de las roderas del camino para dirigirlo, saltando a través de la arena inalterada, hacia la antigua casa de madera que constituía su meta.

—Eso —terminó al detener el coche delante del porche— explica la sangre que acompaña a su aparición.

Harley abrió, poco a poco, la portezuela y descendió, mirando inquieto la vieja casa destartada. Nicholls paró el motor, bajó y se dirigió enseguida hacia la parte trasera del automóvil.

—Vamos —dijo, sacando cosas del compartimiento—. Écheme una mano. No voy a llevar yo solo toda esta impedimenta.

Harley fue de mala gana, y miró el curioso revoltijo de manojos de leña seca, trozos de cuerdas de colores, tizas, feos manojitos de hierbas marchitas, resecos huesos de animales pequeños y un par de cosas más, menos agradables todavía, con ojos que no expresaban ningún placer.

*Pat. JISS. Pat. JISS...*

—¡Aquí está! —chilló Harley—. ¡Escuche! Está por aquí, en algún sitio, vigilándonos.

—¡Ja! ¡Ja!

Era una carcajada profunda, repulsiva... y sin cuerpo. Harley escudriñó los alrededores con la mirada, desesperadamente, en busca de las gotas de sangre delatoras. Y las encontró; salían del aire, al lado mismo del coche, bajando lentamente hacia el suelo, siseando un momento, para desaparecer enseguida.

—Os estoy vigilando, en efecto —dijo la voz en tono huraño—. Russell, tú, indigno pedazo de corrupción, yo necesito tan poco de ti como tú de mí. Vivo o muerto, ¡esta tierra es mía! La compartí con tu tío, bribonzuelo, pero no quiero compartirla contigo. ¡Fuera!

Harley sintió que las rodillas le flaqueaban y se fue, tropezando desorientado, hasta el parachoques trasero, y se sentó en él.

—Nicholls... —dijo con voz torpe.

—Eh, anímese —le recomendó el otro, sin irritarse. Y le arrojó un ovillo de bramante chillón, rojo y verde, que de trecho en trecho formaba unos extraños nudos. Luego se enfrentó con las gotas de sangre e hizo unos cuantos pases enérgicos en el aire, delante de ellas. Harley veía que los labios de Nicholls se movían, pero en silencio, sin que saliera ninguna palabra de ellos.

De la fuente de las gotas de sangre se escapó un sonido inarticulado de sorpresa y un grito entrecortado. Nicholls dio unas fuertes palmadas; luego se volvió hacia el



joven Harley.

—Coja la cuerda que tiene en las manos y rodee la casa con ella —le dijo—. Toda la casa, y asegúrese que pase por el centro de puertas y ventanas. No es gran cosa, pero le tendrá sujeto mientras montamos lo importante.

Harley hizo un gesto de asentimiento; luego señaló con rígido dedo las gotas de sangre, que ahora siseaban y humeaban con más encono que antes.

—¿Y eso, qué? —consiguió articular. Nicholls sonrió complacido.

—Lo retendré aquí hasta que las vacas vuelvan al establo —contestó—. ¡En marcha!

Inadvertidamente, Harley inspiró y se llenó los pulmones de humo blanco, nocivo, y hubo de toser hasta que las lágrimas le rodaron por las mejillas. Cuando se recobró, miró a Nicholls, que leía silenciosamente un libro encuadernado en cuero verde y con las esquinas de las páginas dobladas.

—¿Puedo dejar de agitar esto? —le preguntó.

Nicholls hizo una mueca furiosa y movió la cabeza, sin mirarle. Y continuó leyendo; sus labios se curvaban formando sílabas que no figuraban en ningún idioma que Harley hubiera escuchado en toda su vida. Luego cerró el libro de golpe y se secó la frente.

—Muy bien —dijo—. Hasta aquí, todo va bien. —Luego dio unos pasos hasta situarse, por la parte donde soplaba el aire, junto al recipiente suspendido en el hogar y que Harley estaba removiendo. Miró con precaución al interior.

—Ya casi está listo —dijo—. Sáquelo del fuego y déjelo enfriar un poco.

Harley levantó el caldero, y después se apretó con la mano izquierda el dolorido bíceps. La masa poseía la consistencia de un chocolate espeso y un color verde repugnante.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

Nicholls no respondió. Levantó los ojos sorprendido al oír el repentino grito de triunfo del exterior, seguido del aullido de un viento glacial.

—Hank debe andar suelto —dijo en tono indiferente—. No puede hacernos ningún daño, pero será mejor que nos pongamos en movimiento. —Revolvió el montón de chatarra que había traído del coche y sacó un pincel—. Embadurne todo el contorno de puertas y ventanas con esto. Menos la puerta principal. Para aquélla tengo otra cosa —señaló un objeto que parecía el eje delantero de un modelo T anticuado—. Déjelo en el umbral de la puerta. Es hierro frío. Usted puede pasar por encima, y en cambio Hank no. Ha sido tratado previamente con la mejor taumaturgia.

—Pasar por encima —repitió Harley—. ¿Por qué he de querer pasar por encima? Él está ahí fuera.

—No le hará ningún daño —dijo Nicholls—. Usted llevará encima un amuleto

(aquel de allí) que mantendrá apartado al fantasma. Es probable que no pudiera hacerle ningún daño en ningún caso, pues se trata de un espíritu que no puede materializarse hasta poseer una densidad apreciable. Sin embargo, no corra riesgos; lleve el amuleto y no esté fuera demasiado tiempo. El amuleto no mantendrá al fantasma alejado por mucho rato, no por más de media hora. Siempre que tenga que salir y permanecer algún tiempo fuera, átese ese manojito de hierbas al cuello — Nicholls sonrió—. De todos modos, esto es para casos de emergencia. Actúa según el principio del asafétida. Los espíritus no se le pueden acercar... pero tampoco a usted le gustará tenerlo cerca. Despide un olor bastante... bastante definido.

Volvió a inclinarse vivamente sobre el calderito, olisqueando. Estornudó.

—Bueno, ya se ha enfriado bastante —dijo—. Empiece a trabajar, antes de que se endurezca. Comience extender el preparado por el piso de arriba... y asegúrese de no dejar ni una ventana sin él.

—Y usted, ¿qué hará?

—Yo —dijo secamente Nicholls— me quedaré aquí. Empiece.

Pero no se quedó. Cuando Harley hubo terminado la desagradable tarea y volvió a bajar, llamó a Nicholls por su nombre; pero Nicholls no estaba. Harley fue hasta la puerta y miró al exterior; el coche también había desaparecido.

—Ah, bueno —dijo, levantando los hombros, y se puso a quitar la capa de polvo de los muebles.

## II

En algún punto del interior de su mente legalista, el abogado Turnbull estaba sopesando la relativa similitud entre la pesadilla y la demencia.

Con la vista clavada en el sillón de terciopelo que tenía delante, notaba, desazonado, cómo las gotas rojas, singularmente ingravídas, extrañamente salidas de ninguna parte, desaparecían apenas tocaban el suelo, aunque dejaban en el tapizado unas largas rayas color ocre fangoso. Además, aquel ruidito resultaba desagradable: *Pat. JISS. Pat. JISS...*

La voz continuó impaciente:

—¡Maldita sea su estupidez humana! Por más que yo sea un espíritu, Dios sabe que no trato de atormentarle. Amigo, no tiene tanta importancia para mí. Entérese bien, estoy aquí por negocios.

Turnbull aprendió en ese momento que uno no se puede humedecer los labios con una lengua seca.

—¿Asuntos de justicia?

—Naturalmente. El hecho de haber muerto de muerte violenta y tener que continuar mi existencia en el plano astral, no significa que haya perdido mis derechos ante la ley. ¿Verdad que no?

El abogado movió la cabeza desorientado.

—La entrevista me resultaría más fácil si usted no fuese invisible. ¿No puede resolver este punto?

Hubo un corto silencio.

—Bueno, podría materializarme por un minuto —respondió la voz—. Significa un trabajo muy duro... terriblemente duro para mí. Entre nosotros, los seres astrales, hay muchos que pueden materializarse con la misma facilidad que uno salta de la cama; pero... bueno, si debo hacerlo, lo intentaré una sola vez.

Se advirtió un leve resplandor en el aire, encima de la silla, y un vapor tenue, lechoso, se condensó en una figura sentada, impalpable. A Turnbull no le entusiasmó nada ver que, a través de la figura, seguían divisándose, aunque algo desdibujadas, las líneas de la silla. La figura se hizo más densa. En el preciso instante en que los rasgos fisonómicos tomaban forma (en el momento en que los salientes ojos de Turnbull distinguían una nariz grande y aguileña y una hirsuta barba) la figura volvió a debilitarse y explotó con un «pop» débil.

La voz se quejó, descompuesta.

—No creía que me hiciera sufrir tanto. Ya no tengo práctica. Creo que es la primera materialización a la luz del día que he realizado en setenta y cinco años.

El abogado se colocó bien los impertinentes y tosió. «¡*Juergas del infierno* —pensaba—, lo peor de todo esto es que lo creo!»

—Ah, bueno —dijo en voz alta. Pero añadió apresuradamente, antes de que el cliente pudiera darse por ofendido—. ¿Qué quería, pues? Yo no soy más que un abogado de población pequeña, ya sabe. Me ocupo casi por completo de trámites rutinarios...

—Sé muy bien de qué se ocupa —replicó la voz—. Puede llevar mi caso... es un asunto de tierras. Quiero querellarme con Russell Harley.

—¿Harley? —Turnbull se acariciaba la mejilla—. ¿Pariente de Zeb Harley, quizá?

—Sobrino... y su heredero, además.

—Sí, ahora lo recuerdo —comentó Turnbull con un movimiento de cabeza—. La familia de mi esposa vive en Rebel Butte, y yo he estado allí. Es toda una coincidencia que usted haya venido a mi despacho...

La voz soltó una carcajada.

—No ha sido tal coincidencia —dijo dulcemente.

—Ah —Turnbull permaneció unos segundos en silencio. Luego añadió—: Comprendo—y dirigió una mirada oblicua a la silla—. Los procesos judiciales cuestan dinero, señor... no creo que me haya dicho su nombre.

—Hank Jenkins —completó la voz—. Ya lo sé. ¿Sería...? Veamos... ¿Bastaría con seiscientos cincuenta dólares?

Turnbull estiró el cuello.

—Creo que sí —dijo en un tono bastante sosegado... Relativamente, comparado con lo que estaba pensando.

—Entonces supongamos que damos a esta cantidad el nombre de anticipo. Resulta que escondí una considerable suma de dinero, en oro, cuando era... es decir, antes de convertirme en una entidad astral. Estoy bien seguro de que no la ha tocado nadie. Usted tendrá que llamarlo un tesoro hallado, me figuro, y deberá entregar la mitad al Estado; pero en total hay allí mil trescientos dólares.

Turnbull movió la cabeza afirmativamente con aire sensato.

—Suponiendo que podamos localizar ese tesoro —dijo—, creo que sería un trato bastante satisfactorio —Se recostó en la silla y puso semblante de hombre de leyes. Había recobrado el aplomo.

Media hora después, prometía pausadamente:

—Me encargo de su caso.

Hasta entonces, el juez Lawrence Cimbel había sido un hombre enamorado de su profesión. Pero los trece honorables años de magistratura que llevaba perdieron su encanto mientras hacía una mueca de fatiga y llevaba la mano hacia el mazo. El pleito que iba a verse resultaba demasiado confuso para él.

El secretario pronunció el discurso, y la multitud se sentó toda a la vez. Cimbel se llevó la mano a los ojos por unos breves momentos antes de tomar la palabra.

—¿Está preparado el abogado del demandante?

—Lo estoy, Señoría —Turnbull, solo en su mesa, se levantó y saludó con una reverencia.

—¿Y el abogado del demandado?

—¡Dispuesto, Señoría! —espetó Fred Wilson, mirando con gran interés hacia Turnbull, solitario en su mesa, para luego inclinarse y murmurarle algo al oído a Russell Harley. El joven hizo un malhumorado gesto afirmativo y se encogió de hombros.

Cimbel decía:

—Tengo entendido que los abogados de las dos partes han renunciado al juicio por jurados en este caso de Henry Jenkins contra Russell Joseph Harley.

Ambos abogados hicieron gestos afirmativos. Y Cimbel continuó:

—En vista del carácter inusitado de este caso, imagino que será necesario llevarlo sin excesivo apego a los formalismos. Este tribunal se propone una sola cosa, y es conocer la verdad de los hechos en litigio y dictar sentencia de acuerdo con las leyes pertinentes a tales hechos. No daré importancia al ceremonial. Con todo, no toleraré desórdenes ni irregularidades innecesarias. Los espectadores tendrán la bondad de recordar que están aquí por privilegio especial. Cualquier manifestación implicará

que se despeje la sala —dirigió una mirada severa a las pálidas caras que relumbraban estúpidamente, vueltas hacia él. Cimbél contuvo un suspiro al decir—. El abogado del demandante tiene la palabra.

Turnbull se levantó prestamente y se volvió hacia el juez.

—Señoría —dijo—, nosotros nos proponemos demostrar que mi cliente, Henry Jenkins, ha sido privado de sus justos derechos por el demandado. En virtud de una continuada residencia de más de veinte años en la casa sita en Ruta 22, a unos trece kilómetros al norte de Rebel Butte, con pleno conocimiento de su legítimo dueño, mi cliente, el señor Jenkins, ha adquirido ciertos derechos. En la terminología legalista solemos definirlos como derechos de adversa posesión. El lego los llamaría derechos de justicia común, derechos de ocupante.

Gimbél se cogió las manos e intentó relajarse. Derechos de ocupante... ¡para un fantasma! Exhaló un suspiro; pero escuchó atentamente mientras Turnbull continuaba:

—A la muerte de Zebulon Harley, dueño de la casa en litigio (más conocida acaso por Harley Hall), el demandado heredó el título de propiedad. Nosotros no ponemos en duda su derecho a este título. Pero mi cliente tiene también un derecho sobre Harley Hall: el de vivir plena y libremente en la casa. El demandado ha arrojado de allí a mi cliente por la fuerza, empleando medios que le han causado un gran sufrimiento mental e incluso han puesto en peligro su misma existencia.

Cimbél dio un cabezazo. Si al menos el caso hubiera tenido un precedente en alguna parte... Pero no lo tenía. Cimbél se acordaba tristemente de las horas que se había pasado hojeando toda clase de libros de leyes poco conocidos, buscando algo que tuviera cierta relación con el pleito actual. Su buen criterio le había aconsejado resolver el asunto por la vía rápida; un juez no podía permitir que se rieran de él, y menos si era un hombre ambicioso. Y en este caso, lo único seguro eran las carcajadas del público. Pero Wilson se obstinó de tal modo que el juez se dejó llevar de su mal genio. De todos modos, jamás había sentido simpatía alguna por Wilson.

—Puede interrogar al testigo —anunció. Turnbull movió la cabeza afirmativamente, y, dirigiéndose al escribano dijo:

—Llamen a Henry Jenkins al estrado. Wilson estaba en pie antes de que el funcionario hubiera podido abrir la boca.

—¡Protesto! —bramó—. ¡El supuesto Henry Jenkins no sirve como testigo!

—¿Por qué no? —preguntó Turnbull.

—¡Porque está difunto!

Con una mano, el juez se cogió la frente; con la otra empuñó el mazo. Y dio un golpe a la mesa para imponer silencio en la sala.

Turnbull permanecía en pie, sonriendo.

—Naturalmente —dijo—, usted tendrá pruebas de lo que ha dicho.

—Claro que sí —Wilson enseñaba los dientes, y consultó su informe—. El llamado Henry Jenkins es el fantasma, espíritu o espectro de un tal Henry Jenkins, un buscador de oro que anduvo por este territorio hace un siglo. Lo mató, atravesándole el cuello, una bala salida del arma de un tal Long Tom Cooper, y fue declarado legalmente muerto el día 14 de septiembre de 1850. A Cooper lo ahorcaron por este asesinato. No importa lo que esgrima usted como pruebas en contra, la situación de muerte legal sigue siendo completamente válida.

—¿Qué pruebas tiene usted de que mi cliente sea ese mismo Hank Jenkins? —preguntó, ceñudo, Turnbull.

—¿Acaso usted lo niega?

El otro se encogió de hombros.

—Yo no niego nada. No es a mí a quien están interrogando. Además, el único prerrequisito de un testigo es que comprenda el valor de un juramento. Henry Jenkins fue examinado por John Quincy Fitzjames, profesor de psicología de la Universidad de California del Sur. El resultado (tengo la declaración jurada del doctor Fitzjames sobre dicho resultado, y la presentaré como documento probatorio) muestra con toda claridad que mi cliente posee un coeficiente intelectual bastante superior al normal y que el examen psiquiátrico no revela ninguna aberración importante que limite el valor de su testimonio. Insisto en que se permita a mi cliente atestiguar en propio beneficio.

—¡Si ya murió! —graznó Wilson—. ¡Si en estos mismos instantes es invisible!

—Mi cliente —dijo Turnbull, seco y severo— no está presente en estos momentos. Indudablemente, esto es lo que le induce a usted a declarar su invisibilidad —el abogado hizo una pausa para dar tiempo al murmullo de aprobación que se extendió por la sala. «La cosa empieza bien», pensó, muy risueño—. Aquí tengo otra declaración —continuó—. La firman Elihu James y Terence MacRae, jefes, respectivamente, de los departamentos de física y biología de la citada Universidad. El documento certifica que mi cliente exhibe todos los fenómenos vitales de la vida. Estoy dispuesto a llamar a los tres expertos mencionados como testigos, si es necesario.

Wilson puso mala cara, pero no dijo nada. El juez Cimbél se inclinó sobre la mesa.

—No veo la posibilidad de negar al demandante el derecho a prestar declaración —dijo—. Si los tres expertos que han redactado estos informes ratifican en el estrado los hechos contenidos en los mismos, Henry Jenkins podrá presentarse como testigo.

Wilson se sentó ponderadamente. Los tres expertos pronunciaron unas breves y secas palabras. Wilson no los sometió sino al interrogatorio más convencional.

El juez ordenó un breve descanso. Fuera, en el pasillo, Wilson y su cliente encendían

cigarrillos y se miraban mutuamente con poca simpatía.

—Tengo la sensación de estar lelo —decía Russell Harley—. ¡Armar pleito contra un fantasma!

—Ha sido el fantasma el que ha suscitado el pleito —le recordó Wilson—. Si al menos hubiéramos podido aplazar la escaramuza por un par de semanas, hasta la toma de posesión de otro juez, habría podido conseguir que esta causa se resolviera con un «no ha lugar»

—¿Por qué no hemos podido esperar?

—¡Porque usted tenía tantísima prisa! —replicó Wilson—. Usted y ese idiota de Nicholls; tan confiado en que no llegaría a celebrarse un juicio.

Harley se encogió de hombros y recordó tristemente cómo habían fracasado, cómo no habían logrado exorcizar por completo el espíritu de Hank Jenkins. Se habían armado un lío. Fuese como fuere, Jenkins había huido del círculo encantado que habían levantado a su alrededor y dentro del cual pensaban retenerle hasta que el juez hubiera fallado la causa en contra suya por falta de comparecencia.

—Y ése es otro punto —continuó el abogado—. ¿Donde de está Nicholls?

Harley volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. La última vez que le vi fue en el despacho de usted. Vino a verme después de haber estado en casa el alguacil trayéndome la orden de comparecencia. Él me llevó a su despacho; me dijo que le habían recomendado que acudiera a usted. Entonces hablamos del caso un rato, los tres. Y él se marchó, después de prestarme algún dinero para ayudarme a pagarle a usted el anticipo. Desde entonces no he vuelto a verle.

—Quisiera saber quién le habló de mí —dijo Wilson con aire torvo—. Creo que no recomendaría nunca más a nadie. No me gusta este caso, ni tampoco usted.

Harley produjo un sonido gutural, pero no dijo nada. Tiró el cigarrillo. Sabía a la basura que colgaba de su cuello... todo tenía el mismo olor. Nicholls no mintió cuando dijo que a Harley no le gustaría mucho el puñado de hierbas que mantendrían alejado el espíritu del viejo Jenkins. De verdad que olían mal.

El escribano estaba en el pasillo, gritando algo; la gente empezaba a entrar nuevamente en la sala. Harley y su abogado se sumaron a los demás.

Reanudado el juicio, el escribano llamó:

—¡Henry Jenkins!

Turnbull se levantó al instante; abrió la puerta de la cámara del juez y dijo algo en voz baja. Luego se hizo a un lado, como para dejar paso a otra persona.

*Pat. JISS. Pat. JISS...*

Del público se elevó una exclamación ahogada, al unísono, cuando el fantasmagórico chorrito de sangre cruzó el espacio libre en dirección a la silla de los testigos. Era el fantasma... el demandante, en el pleito más absurdo de toda la

historia de la jurisprudencia.

—Muy bien, Hank —murmuró Turnbull—. Tendrá que materializarse el tiempo suficiente para que el escribano le tome el juramento.

El escribano retrocedió nervioso ante la columna de neblina lechosa que se le apareció, con una forma vagamente humanoide. Una mano de fantasma, semitransparente, se extendió para tocar la Biblia. La voz del escribano temblaba al proponer el juramento. Se oyó la respuesta como si saliera del corazón de la columna de humo.

La neblina se arrastró hacia la silla de los testigos, se dobló de forma rara a la altura de las caderas y, con una pequeña explosión, se disipó en la nada. El juez golpeaba furiosamente con el mazo. El rumor de alarma que se había levantado de los espectadores se acalló.

—Les advierto de nuevo que no toleraré ninguna falta a las normas —declaró—. El abogado del demandante puede continuar.

Turnbull fue a situarse delante de la mesa del testigo y dirigió la palabra al vacío.

—¿Su nombre?

—Me llamo Henry Jenkins.

—¿Su ocupación?

Hubo una ligera pausa.

—No tengo ninguna. Supongo que ustedes dirían que estoy jubilado.

—Mister Jenkins, ¿qué relación tiene usted con edificio denominado Harley Hall?

—Lo vengo ocupando desde hace noventa años.

—Durante ese tiempo, ¿conoció usted al difunto Zebulon Harley, propietario del Hall?

—Conocí bastante bien a Zeb.

—¿Cuándo le conoció? —preguntó Turnbull después de un cabezazo de asentimiento.

—En la primavera de 1907, Zeb acababa de perder a su esposa. Después de lo cual, hizo de Harley Hall su domicilio permanente. Se convirtió... más o menos, un ermitaño. Anteriormente no nos habíamos conocido porque venía muy raras veces al Hall. Pero entonces nos hicimos amigos,

—¿Cuánto tiempo duró esa amistad?

—Hasta el otoño pasado, cuando murió. En el momento de fallecer, yo estaba con él. Todavía conservo unos cuantos recuerdos que me dio entonces.

Un suspiro nostálgico, claramente audible, se elevó de la silla del testigo, la cual estaba copiosamente salpicada de líquido encarnado. Las gotas que caían parecieron titubear unos segundos, y el ruido siseante que producían quedó sofocado como por una fuerte emoción.

Turnbull continuó:



—Entonces, ¿mantenía buenas relaciones con él?

—Yo diría que excelentes —replicó en tono firme el vacío—. Todas las noches pasábamos largo rato juntos. Cuando no jugábamos al «pinacle», o al ajedrez, o al «cribbage», charlábamos, sencillamente; comentábamos los sucesos del día. Todavía conservo el libro que utilizábamos para guardar recuerdo de las partidas de ajedrez y «pinacle»; Zeb escribía las anotaciones de su puño y letra.

Turnbull se alejó del testigo por unos momentos y se dirigió al juez, con una sonrisa.

—Presento como prueba el libro mencionado —dijo—. Y también una sortija que regaló al demandante el difunto señor Harley, y un ejemplar de las obras dramáticas de Gilbert y Sullivan. En la anteportada del libro figura la dedicatoria: «Al viejo Hank», de puño y letra de Harley.

Turnbull se volvió nuevamente hacia la vacía silla, rezumante de sangre, del testigo y dijo:

—En todos los años de convivencia con Zebulon Harley, ¿le pidió alguna vez éste que se fuera o pagase alquiler?

—Por supuesto que no. ¡Zeb no habría hecho tal cosa!

Turnbull hizo un nuevo gesto afirmativo.

—Muy bien —dijo—. Ahora, sólo un par de preguntas más. ¿Quiere decir, con sus propias palabras, qué ocurrió después de la defunción de Zebulon Harley que le obligara a usted a presentar querrela?

—Pues, en enero, el joven Harley...

—¿Se refiere a Russell Joseph Harley, el demandado?

—Sí, llegó a Harley Hall el cinco de enero. Yo le pedí que se marchara, cosa que él hizo. Al día siguiente regresó con otro hombre. Entre los dos, colocaron un talismán sobre el umbral de la puerta principal, y a continuación cerraron todas las puertas y ventanas del Hall con una sustancia que me es nociva. Además, recurrieron, a varios encantamientos de los más mortíferos de la *Ars Magicorum*. Luego añadieron un Círculo de Exclusión de un radio de algo más de kilómetro y medio, rodeando por completo el Hall.

—Comprendo —dijo el abogado—. ¿Quiere explicar al tribunal los efectos de todos estos manejos?

—Bueno —respondió la voz pensativamente—, es difícil expresarlo con palabras. Yo no puedo atravesar el círculo sin gran derroche de energía. Y aunque lo atravesara no podría entrar en la casa por culpa del talismán y los sellos.

—¿Podría entrar por el aire? ¿Por una chimenea, quizá?

—No. El Círculo de Exclusión es en realidad una esfera. Estoy completamente seguro de que el esfuerzo me destruiría.

—Entonces, ¿es verdad que se halla completamente expulsado de la casa que ha

ocupado durante noventa años, debido a las caprichosas acciones de Russell Joseph Harley, el demandado, y un cómplice suyo cuyo nombre ignoramos?

—En efecto.

—Gracias —dijo Turnbull con ancha sonrisa—. Nada más.

Y se volvió hacia Wilson, cuyo semblante había sido un estudio de malhumorada obstinación durante todo el interrogatorio.

—Se lo dejo a su disposición —le dijo.

Wilson se levantó con gesto enérgico y se dirigió a grandes zancadas hacia la silla del testigo, a quien preguntó en tono beligerante:

—¿Dice usted llamarse Henry Jenkins?

—Sí.

—Quiere decir que así es como se llama ahora. ¿Cómo se llamaba antes?

—¿Antes? —la voz que emanaba de aquel gotear de sangre tenía el acento de la sorpresa—. ¿Antes de qué? Wilson frunció el ceño.

—No se haga el ignorante —dijo vivamente—. Antes de *haber fallecido*, por supuesto.

—¡Protesto! —Turnbull estaba de pie, mirando furioso a Wilson—. ¡El abogado defensor no tiene ningún derecho a hablar de un hipotético fallecimiento de mi cliente!

Gimbel levantó la mano con aire fatigado, cortando las palabras que se formaban en los labios de Wilson.

—Se acepta la protesta —dijo—. No se ha presentado ninguna prueba que identifique al demandante con el buscador de oro a quien mataron en 1850... ni con persona alguna.

Los labios de Wilson se torcieron en una mueca agria. El abogado continuó en tono más bajo:

—Dice usted, señor Jenkins, que ha ocupado Harley Hall por espacio de noventa años.

—Se cumplirán el mes que viene. El Hall no lo construyeron (en su forma actual al menos) hasta 1876, pero yo ya ocupaba la casa que se levantaba anteriormente en aquel lugar.

—¿Qué hacía antes?

—¿Antes? —La voz hizo una pausa; luego dijo en tono dubitativo—: No lo recuerdo.

—¡Está bajo juramento! —estalló Wilson. La voz cobró firmeza.

—Noventa años son mucho tiempo —afirmó—. No me acuerdo.

—Veamos si le refresco la memoria. ¿Es cierto que hace noventa años, el mismo año en que, según sostiene, usted empezó a ocupar Harley Hall, Hank Jenkins murió en un duelo con armas de fuego?

—Si usted lo dice, puede ser cierto. No lo recuerdo.

—¿Recuerda que el tiroteo tuvo lugar a unos quince metros del emplazamiento actual de Harley Hall?

—Es posible.

—Pues bien —tronó Wilson—, ¿no es una realidad que cuando Hank Jenkins murió de muerte violenta cobró existencia su fantasma? ¿No es cierto que entonces quedó sentenciado a frecuentar, por toda la eternidad el lugar donde lo habían matado?

La voz respondió sin alterarse:

—No tengo ninguna prueba de lo que dice.

—¿Niega, pues, que es muy sabido por toda aquella comarca que el espíritu de Hank Jenkins frecuenta Harley Hall?

—¡Protesto! —gritó Turnbull—. La opinión popular no constituye prueba.

—Aceptada la protesta. Borre la pregunta del sumario.

Wilson estaba asqueado; perdía el control.

—El perjurio es un delito criminal. Señor Jenkins, ¿niega usted ser el espíritu de Hank Jenkins?

—Pues sí, ciertamente.

—Usted es un espíritu, ¿verdad?

Se oyó una voz seca y severa:

—Soy una entidad del plano astral.

—Eso, creo, es lo que llaman un espíritu, o fantasma, ¿no?

—Yo no puedo impedir que lo llamen así o asá. He oído que a usted le llamaban muchas cosas. ¿Es eso una prueba?

El público estalló en carcajadas. Gimbel golpeó la mesa con el mazo, diciendo:

—El testigo se limitará a responder a las preguntas.

—A pesar de lo que dice —bramó Wilson—, es cierto, ¿verdad?, que usted no es sino el espíritu de un hombre que pereció de muerte violenta.

La voz que salía del chorro de sangre replicó:

—Repito que soy una entidad del plano astral. No me doy cuenta de si he sido nunca un ser humano.

El abogado se volvió hacia el tribunal con semblante desesperado.

—Su Señoría —dijo—, le pido que ordene al testigo que deje esta especie de juego del escondite verbal. Es perfectamente evidente que el testigo es un espíritu; por lo cual, *ipso facto*, es la reliquia de un ser humano. Las pruebas circunstanciales indican claramente que es el espectro del tal Hank Jenkins, asesinado en 1850. Aunque el detalle en sí no importa. Lo seguro y concreto es que es el espectro de alguien que falleció, y, por ende, ¡no puede prestar declaración! ¡Pido que borren su declaración del sumario!

Turnbull replicó inmediatamente.

—¿Querrá explicar en qué se funda el abogado del demandado para calificar a mi cliente de fantasma... a pesar de la repetida declaración de éste de que es una entidad del plano astral? ¿Cuál es la definición legal de un fantasma?

El juez Cimbel sonrió y dijo:

—El abogado del demandado continuará el interrogatorio.

El semblante de Wilson adquirió un color morado oscuro. Después de secarse la frente con un pañuelo de hierbas, miró el incesante, siseante gotear de sangre.

—Sea lo que fuere usted —dijo—, responda a esta pregunta: ¿Puede pasar a través de una pared?

—Sí, ciertamente —había un acento claro de sorpresa en la voz que emergía de la nada—. Pero no es tan fácil como algunos se figuran. Exige muchísimo esfuerzo.

—No importa. ¿Puede atravesar?

—Sí.

—¿Se le podría impedir que lo hiciera, por algún medio físico? ¿Se le podría sujetar con unas esposas? ¿O con cadenas, paredes de cárcel, o con un cofre de acero cerrado herméticamente?

Jenkins no tuvo ocasión de contestar. Oliendo peligro, Turnbull atajó inmediatamente:

—Protesto contra este curso del interrogatorio. No hace al caso.

—Al contrario —gritó Wilson con voz sonora—, ¡tiene muchísimo que ver con la capacidad del llamado Henry Jenkins para actuar como testigo! Pido que conteste la pregunta.

El juez Cimbel dijo:

—Rechazada la protesta. El testigo responderá a la pregunta.

La voz de la silla replicó en tono altivo:

—No tengo inconveniente en contestar. Los obstáculos físicos no representan nada para mí, en ningún sentido.

El abogado del demandado se irguió con aire de triunfo.

—Muy bien —dijo, profundamente satisfecho—. *Muy bien* —luego, dirigiéndose al juez, con palabra viva y rápida continuó—: Sostengo, Señoría, que el llamado Henry Jenkins no tiene capacidad legal para prestar testimonio en un juzgado. Evidentemente, comprender el valor del juramento sirve de poco si violar ese juramento no puede acarrear ningún castigo. Las declaraciones de un hombre que puede cometer perjurio sin que le pase nada no tienen ningún valor. ¡Pido que sean borradas del sumario!

Turnbull se plantó ante la mesa del juez en dos zancadas.

—Había previsto el argumento, Señoría —se apresuró a interponer—. Por la misma naturaleza del caso, no obstante, se ve muy bien que existen medios para

entorpecer los movimientos de mi cliente: hechizos, estrellas de cinco puntas, talismanes, amuletos, Círculos de Exclusión..., ¡y qué sé yo! Tengo aquí (y estoy dispuesto a entregarla al alguacil del tribunal) una lista de los diversos métodos para confinar a una entidad astral dentro de un espacio muy reducido por períodos que pueden variar desde unos momentos hasta toda la eternidad. Además, deme también una fianza de cinco mil dólares, antes de que comenzara el juicio, que estoy dispuesto a perder si mi cliente fuese encerrado y se fugara, en caso de ser aliado culpable de un mal comportamiento como testigo.

La faz de Cimbel, que había mostrado por un segundo una expresión de alarma, se despejó poco a poco. Con un movimiento afirmativo, dijo:

—El tribunal acepta la explicación del abogado del demandante. Parece no haber duda de que al demandante se le puede castigar por toda declaración falsa que haga; por lo cual, la moción de la defensa no ha lugar.

Wilson estaba encolerizado, pero levantó los hombros.

—Muy bien —dijo—. He terminado.

—Puede bajar del estrado, señor Jenkins —indicó Cimbel, y siguió, fascinado, con la mirada la columna chorreante que se levantó y flotó por el aire, cruzando la sala, recorriendo el pasillo y saliendo al exterior.

Turnbull se acercó de nuevo a la mesa del tribunal, y dijo:

—Desearía presentar como pruebas estas notas, el diario del difunto Zebulon Harley. Se lo regaló a mi cliente el mismo Harley el otoño pasado. Llamo particularmente la atención sobre la nota del seis de abril de mil novecientos diecisiete, en la que menciona la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, y anota los resultados de once partidas de «pinacle» jugadas con un personaje al que denomina el «Viejo Hank» Con la venia de la sala, leeré lo escrito en dicho día, y también algunas otras anotaciones a lo largo de los cuatro años siguientes. Tengan la bondad de fijarse en las alusiones a un ser al que da indistintamente los apelativos de «Jenkins», «Hank Jenkins» y (en un párrafo extremadamente significativo) «Viejo Invisible»

Wilson se recocía en silencio durante la pausada lectura del diario de Harley. Tenía el rostro colérico, a pesar de lo cual prestaba gran atención; y apenas terminada la lectura, se puso en pie de un salto.

—Me gustaría saber —adujo—, si el abogado del querellante está en posesión de algún diario posterior a novecientos veinte.

Turnbull movió la cabeza, en un gesto negativo.

—Por lo visto, Harley nunca llevó un diario, salvo durante los cuatro años que éste abarca.

—Entonces pido que el tribunal se niegue a admitirlo. Y por dos razones —Wilson levantó dos dedos para señalar mejor los puntos en cuestión—. En primer

lugar, la prueba que se presenta es baladí. Las escasas, vagas e insatisfactorias alusiones a Jenkins no le describen nunca, en ninguna parte, como lo que es: un fantasma, una entidad astral, o como ustedes quieran llamarlo. En segundo lugar, las pruebas (aun pasando por alto el primer punto) sólo se refieren a los años anteriores al mil novecientos veintiuno. El caso gira exclusivamente sobre la supuesta ocupación de Harley Hall por el supuesto Jenkins durante los veinte años últimos... *a partir* del mil novecientos veintiuno. Por lo tanto, no cabe duda, la prueba no hace al caso.

Cimbel miró a Turnbull, quien sonrió sosegadamente.

—La referencia al «Viejo Invisible» dista mucho de ser vaga —dijo—. Es una indicación concreta del carácter astral de mi cliente. Además, las pruebas de que existía una amistad entre mi cliente y el difunto Zebulon Harley antes de mil novecientos veintiuno son muy pertinentes, porque es lógico suponer que, una vez establecida tal amistad, continuaría indefinidamente. A menos que, por supuesto, la defensa pueda presentar pruebas en contra.

—Se admite el diario como prueba —decidió el juez Cimbel.

—No añadido nada más —dijo Turnbull.

Hubo un murmullo de conversación en la sala mientras el juez echaba una ojeada al diario y luego lo entregaba al escribano para que lo marcara y lo diera por admitido.

—La defensa puede tomar la palabra —dijo Cimbel. Wilson se levantó. Dirigiéndose al escribano, dijo:

—Russell Joseph Harley.

Pero el joven Harley estaba recalcitrante.

—¡Quiá! —decía, en pie, señalando la silla del testigo—. ¡Eso está todo lleno de sangre! No van a creer que voy a sentarme en ese gran charco de sangre, ¿verdad?

El juez Cimbel se inclinó para ver la silla. El goteo continuo de sangre de la aparición que estuvo prestando testimonio había dejado su huella. Toda la parte delantera de la silla tenía un color pardo fangoso. Cimbel se sorprendió preguntándose cómo se las componía el fantasma para reabastecerse de líquido; pero abandonó el intento.

—Comprendo su actitud —dijo—. Bueno, además, se está haciendo ya un poco tarde. El escribano retirará esta silla del testigo y pondrá otra en su lugar. Declaro el juicio aplazado hasta mañana a las diez de la mañana.

### III

Russell Harley notó que la espalda del ascensorista del hotel manifestaba repulsión y disgusto, y frunció el ceño. No era un huésped muy bien mirado, lo sabía bien. Pero, sin embargo, se equivocaba al pensar que la causa radicaba en el pestilente hacecillo

de hierbas que llevaba colgado del cuello. Su odiosa personalidad tenía mucho que ver con la actitud glacial del personal del hotel y de los demás huéspedes.

Harley se encaminó hacia el bar, ignorando las cabezas que se volvían sorprendidas para seguir la maloliente cola de cometa que se extendía a su paso, y entró en la sala de bebidas —cuero rojo y cromo— buscando con la mirada al abogado Wilson.

Pero al descubrirlo parpadeó atónito. Wilson no estaba solo. Con él, en el tabladillo, había una figura alta, oscura, de espaldas a Harley. Aunque bastaba con la espalda para reconocerla. ¡Nicholls!

Wilson le había visto ya.

—Hola, Harley —saludó, todo sonrisas y afabilidad en presencia del hombre que había de pagarle—. Venga y siéntese. El señor Nicholls ha pasado a verme hace un rato y le he traído acá.

—Hola —dijo Harley malhumorado, y Nicholls le saludó con la cabeza. Los músculos de las mejillas se le movían en una pulsación, y parecía muy nervioso, extrañamente incómodo en presencia de Harley. A pesar de todo, acompañó de un guiño la mirada que le dirigió y su voz tuvo un tono bastante amistoso, aunque altivo, al decir:

—Hola, Harley. ¿Cómo va el juicio?

—Pregúnteselo a él —respondió Harley, señalando con el pulgar a Wilson mientras deslizaba las rodillas bajo la mesa y se sentaba—. El abogado es él. Es quien debe saber estas cosas.

Harley se encogió de hombros y estiró el cuello buscando a la camarera.

—Ah, eso me figuro... ¡Whisky y agua! —Miró a la muchacha con ojo estimativo mientras ella asentía con un gesto y se iba hacia el mostrador. Luego volvió a fijar la atención en Nicholls—. Lo malo es —dijo— que Wilson acaso piense que lo sabe; pero yo pienso que está en Babia.

Wilson arrugó el ceño.

—¿Quiere decir...? —empezó. Pero Nicholls levantó la mano.

—No nos peleemos —dijo—. ¿Y si respondiera a mi pregunta? Yo tengo parte en esto y me interesa saberlo. ¿Cómo va el juicio?

Wilson puso la mejor cara de sinceridad que pudo.

—Francamente, no demasiado bien —contestó—. Me temo que el juez está a favor de la otra parte. Si me hubieran escuchado y hubiesen esperado hasta el nombramiento de otro juez...

—Yo no tenía tiempo para demoras —replicó Nicholls—. Dentro de pocos días debo hallarme en otra parte. En este instante, ya debería estar en camino. ¿Cree que podemos perder el caso?

Harley emitió una carcajada seca. Mientras Wilson le miraba furioso, cogió el

vaso de la bandeja de la camarera y lo apuró de un trago. La sonrisa no desapareció de sus labios mientras escuchaba cómo Wilson decía llanamente:

—Corremos muchísimo peligro, sí.

—¡Hummm! —Nicholls se examinó las uñas con gran interés—. Quizá me equivoqué al elegir abogado.

—Sin duda —Harley hizo seña a la camarera y pidió otro vaso—. ¿Quiere saber qué otra cosa pienso? Pienso que también se equivocó al escoger al cliente, o, dicho letra por letra, al t-í-t-e-r-e. Ya estoy harto de este asunto. Esa porquería que llevo al cuello huele mal. A fin de cuentas, ¿cómo sé si sirve de algo? Por todo lo que veo, simplemente, huele mal, y nada más.

—Sirve —aseguró con laconismo Nicholls—. No le aconsejaría que se lo quitara. El difunto Hank Jenkins no es un espíritu muy fuerte (de lo contrario le despedazaría a usted y se comería esas hierbas para postre), Pero sin la protección de lo que lleva atado al cuello, desde el preciso instante en que Jenkins se enterase de que ya se lo había quitado, sufriría usted sobrados tormentos. —Dejó el vaso de vino tinto que había estado olfateando, sin beberlo, y miró fijamente a Wilson—. Yo he puesto el dinero en este asunto —dijo—. Confiaba que usted sabría encargarse del aspecto judicial del mismo. Ahora veo que tendré que hacer algo más. Escúcheme atentamente, porque no tengo intención de repetir mis palabras. El caso puede enfocarse desde un ángulo que se le ha pasado por alto a su perspicacia legal. Jenkins dice ser una entidad astral, e indudablemente lo es. Veamos pues, en lugar de querer demostrar que es un fantasma y, legalmente, un difunto, por lo cual no posee las condiciones necesarias para prestar testimonio, que es lo que ha hecho usted en todo momento, supongamos que lo enfocara así...

Y siguió hablando aprisa y muy atinado.

Cuando se separó de ellos un rato después, Wilson acompañó a Harley hasta su cuarto y lo echó sobre la cama, sintiéndose dichoso por primera vez desde hacía varios días.

Russell Joseph Harley, nervioso y un poco fastidiado por la resaca del licor, fue llamado al estrado como primer testigo en su propio favor. Wilson le preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

—Russell Joseph Harley.

—¿Es sobrino del difunto Zebulon Harley, que le legó la vivienda conocida por Harley Hall?

—Sí.

Wilson se volvió hacia el juez.

—Presento como prueba esta copia del testamento del difunto Zebulon Harley. Todos sus bienes los deja al que es sobrino suyo y único pariente vivo.



Turnbull puntualizó desde su mesa.

—El demandante no discute en modo alguno los derechos del demandado sobre Harley Hall.

Wilson continuó:

—¿No es cierto que usted pasó parte de su infancia en Harley Hall y lo visitó alguna vez siendo ya hombre adulto?

—Sí.

—¿Se le apareció alguna vez algo que tuviera el aspecto de espíritu, espectro o entidad astral, en Harley Hall?

—No. Lo recordaría.

—¿Le habló alguna vez su difunto tío de apariciones de esta índole?

—¿Mi tío? No.

—Nada más.

Turnbull se puso en pie para preguntar a su vez:

—Señor Harley, ¿cuál fue la última vez que vio a su tío, antes de que falleciera?

—El año mil novecientos treinta y ocho. En septiembre..., no recuerdo bien la fecha..., sería el diez o el once del mes.

—¿Cuánto tiempo pasó con él?

Harley se sonrojó hasta un punto inexplicable.

—Ah, sólo un día —dijo.

—Y anteriormente, ¿cuándo le vio?

—Pues, no le había visto desde que era muy joven. Mis padres se trasladaron a Pensilvania en mil novecientos veinte.

—Y desde entonces (exceptuando esa visita de un solo día en mil novecientos treinta y ocho), ¿tuvo algún contacto con su tío?

—No, creo que no. Era un hombre un poco raro..., un solitario. Un poco alcohólico, me figuro,

—Bueno, es usted un sobrino cariñoso. Pero en vista de lo que acaba de explicar, ¿le sorprende que su tío no le hablase nunca de Jenkins? No tuvo muchas ocasiones, ¿verdad que no?

—Tuvo una en mil novecientos treinta y ocho —replicó Harley en tono retador.

Turnbull levantó los hombros y dijo:

—He terminado.

Cimbel empezaba a poner cara de aburrimiento. Se prometía algo más parecido a unos fuegos artificiales.

—¿Tiene otros testigos la defensa? —preguntó. Wilson sonrió torvamente.

—Sí, Señoría —contestó. Era su gran momento, y volvió a sonreír mientras decía amablemente—: Me gusta ría llamar al estrado al señor Henry Jenkins.

En el pesado silencio que se produjo, el juez Cimbel Preguntó, echándose hacia

delante:

—¿Quiere decir que desea llamar al querellante como testigo de la defensa?

—Sí, Señoría —respondió con voz muy serena. Cimbél hizo una mueca.

—Llame a Henry Jenkins —le dijo al escribano, con acento fatigado, desplomándose de nuevo en el sillón.

Turnbull parecía alarmado. Se mordía el labio, tratando de decidir si debía oponerse a tan asombroso proceder, pero acabó levantando los hombros, mientras el escribano voceaba el nombre del fantasma.

Luego echó a correr por el pasillo y cruzó la puerta. Se oyó su voz en la antesala, y enseguida regresó, más pausadamente, seguido del goteo de sangre: *Pat. JISS. Pat. JISS...*

—Un momento —dijo Cimbél, despertando de la modorra—. No me opongo a que preste declaración, señor Jenkins, pero el Estado no habría de verse sometido al gasto innecesario de tener que tapizar la silla del testigo cada vez que usted la ocupa. Alguacil, busque una alfombra o algo que se pueda colocar sobre la silla antes de tomar juramento al señor Jenkins.

Trajeron, pues, a toda prisa un lienzo alquitranado y lo colocaron sobre la silla. Jenkins se materializó el tiempo suficiente para prestar juramento, y luego se sentó.

—Explíqueme, señor Jenkins —pidió Wilson—, ¿cuántas «entidades astrales» (que creo es la denominación que se da a sí mismo) existen?

—No tengo manera de saberlo. Millones y millones.

—En otras palabras, ¿tantas como seres humanos que murieron de muerte violenta?

Turnbull se puso en pie con repentina agitación; pero el fantasma sorteó limpiamente el cepo.

—No lo sé. Sólo sé que son miles de millones.

La sonrisa perduraba sin empañarse.

—Y todos esos millones y millones nos rodean continuamente, por todas partes, sólo que permanecen invisibles. ¿No es así?

—Oh, no. Muy pocos permanecen en la Tierra. Y de estos pocos, poquísimos tienen algo que ver con los hombres. Para nosotros, la mayoría de seres humanos resultan muy molestos.

—Bien, ¿cuántos diría usted que hay en la Tierra? ¿Cien mil?

—Quizá más. Pero la cifra es bastante acertada.

Turnbull interrumpió súbitamente.

—Me gustaría saber el significado de estas preguntas. Protesto contra este curso del interrogatorio nada pertinente al caso.

Wilson era un portento en dignidad legalista. Y replicó:

—Estoy tratando de elucidar unos factores de gran valor, Señoría. Esto puede

cambiar el carácter entero del caso. Le pido que tenga unos momentos de paciencia.

—El abogado defensor puede continuar —dijo secamente Cimbel.

Wilson enseñó los caninos en una sonrisa. Y volvió a dirigirse al goteo sanguinolento que tenía delante.

—Bien, pues, lo que sostiene su abogado es que el difunto señor Harley permitió que una «entidad astral» ocupara su hogar durante veinte años o más, con su conocimiento y consentimiento plenos. A mí el hecho se me antoja completamente improbable, pero supongamos por un momento que ocurrió así...

—¡Ciertamente! Es la verdad.

—Entonces, dígame, señor Jenkins, ¿tiene usted dedos?

—¿Si tengo qué...?

—Me ha oído muy bien —espetó Wilson—. ¿Tiene dedos, dedos de carne y hueso, capaces de dejar huella?

—No. Yo...

Wilson se lanzó más resueltamente:

—¿O tiene una fotografía de usted, o muestras de su caligrafía... o alguna forma de identificación material? ¿Tiene alguna de esas cosas?

La voz sonó claramente querellosa:

—¿Qué quiere decir?

La voz de Wilson, en cambio, se tornó áspera, amenazadora.

—Quiero decir si puede demostrar que la entidad astral que se supone ha habitado la casa de Zebulon Harley es *usted* precisamente. ¿Era usted... o era otro de esos centenares de miles de cosas intangibles, desconocidas, sin fisonomía, sin rostro que, según usted ha declarado, vagan por toda la faz de la Tierra, errando por donde les viene en gana, sin que ni rejas ni cerraduras puedan detenerlas? ¿Puede demostrar que es un ser determinado, particular?

—¡Señoría! —la voz de Turnbull fue más bien un alarido, cuando el abogado logró ponerse en pie por fin—. ¡La identidad de mi cliente no ha sido puesta en duda en ningún momento!

—¡Pues ahora la ponemos! —rugió Wilson—. El abogado de la parte contraria ha presentado a un personaje al que llama «Henry Jenkins» ¿Quién es ese Jenkins? ¿Qué es? ¿Es siquiera un solo individuo... o una asociación organizada de estas misteriosas «entidades astrales» que hemos de creer que están por todas partes, pero a las que nunca vemos? Y si es un individuo, ¿es el que se pretende? ¿Y cómo podemos saberlo, aunque él lo afirme? Que presente pruebas: fotografías, partida de nacimiento, huellas digitales. Que traiga un testigo identificador que haya conocido a ambos espectros y esté dispuesto a jurar que los dos son uno y el mismo. Sin este requisito, ¡no hay caso! ¡Señoría, pido que el tribunal pronuncie sentencia inmediatamente en favor del demandado!

El juez Cimbel miró fijamente a Turnbull.

—¿Tiene algo que decir? —le preguntó—. El argumento de la defensa parece muy razonable. Si no puede presentar pruebas de alguna clase sobre la identidad de su cliente, no tengo otra alternativa que fallar por la defensa.

Por un momento, la sala quedó en el más completo silencio. Wilson triunfante, Turnbull furioso y fracasado.

¿Cómo se podía identificar a un fantasma?

Pero entonces llegó una tranquila y regocijada voz desde la silla del testigo.

—Esto ya dura demasiado —dijo, dominando el siseo y chapoteo de su propia sangre—. Creo que podré presentar una prueba que dejará satisfecho al tribunal.

El rostro de Wilson cayó con la velocidad de un ascensor rápido. Turnbull contenía el aliento, temiendo dar paso a la esperanza.

El juez Cimbel le recordó:

—Está bajo juramento. Continúe.

No se oyó ningún otro sonido en la sala mientras la voz proseguía:

—El señor Harley, aquí presente, se ha referido a una visita que hizo a su tío en mil novecientos treinta y ocho. Yo puedo dar fe de ello. Pasaron una noche y un día juntos. No estaban solos. Yo estaba allí.

Nadie miraba a Russell Harley; si lo hubieran hecho habrían visto la repentina palidez de enfermo que cubría su rostro.

La voz continuó, implacable:

—Quizá no debí escuchar a escondidas como lo hice, aunque, de todos modos, el viejo Zeb nunca tuvo secretos para mí. Escuché, pues, lo que decían. A la sazón, el joven Harley trabajaba en un Banco de Filadelfia. Era su primer empleo importante. Necesitaba dinero, y lo necesitaba urgentemente. Había un desfalco en su departamento. Una mujer llamada Sally...

—¡Cállese! —chilló Wilson—. Esto no tiene nada que ver con las pruebas de su identificación. ¡No se aparte de la cuestión!

Pero Turnbull había empezado a comprender, y también gritaba, casi demasiado excitado para expresarse de un modo coherente:

—Señoría, debe permitir que mi cliente hable. Si demuestra estar enterado de una conversación privada entre el difunto señor Harley y el demandado, habría de considerarse prueba definitiva de que gozaba de la confianza del difunto señor Harley, ¡con lo cual queda demostrado que no es otro que la entidad astral que ha ocupado Harley Hall durante tanto tiempo!

Cimbel dio unos enérgicos cabezazos.

—Permítaseme recordar al abogado del demandado que se trata del testigo solicitado por él mismo. Siga, señor Jenkins.

La voz empezó de nuevo:

—Como iba diciendo, la mujer se llamaba...

—¡Cállese, maldito sea! —chilló Harley. Poniéndose en pie de un salto, se volvió hacia el juez con expresión implorante—. ¡Está deformando lo sucedido! ¡Mándeles que se calle! Sí, claro, yo sabía que mi tío tenía un fantasma. Y es éste, de acuerdo, ¡maldita sea su alma negra! Puede quedarse con la casa, si quiere; yo me marcharé. ¡Me marcharé de este maldito Estado!

Entonces se puso a balbucear incoherencias y se volvió rápidamente. Sólo la intervención de un agente de la autoridad impidió que huyera de la sala. Cuando el público hubo retornado, o casi, a la normalidad, el Juez Cimbél, sudoroso y molesto, dijo:

—Por lo que a mí respecta, la identificación del testigo es completa. ¿Tiene alguna otra prueba que presentar la defensa?

Wilson levantó los hombros malhumorado.

—No, Señoría.

—¿Y el abogado del demandante?

—Nada, Señoría. Lo doy por terminado.

Cimbél se rastrilló el escaso cabello con la mano y parpadeó.

—En tal caso —dijo—, fallo en favor del demandante. Ordeno, pues, que el demandado, Russell Joseph Harley, deberá evacuar del lugar de autos todo hechizo, estrella de cinco puntas, talismán u otro medio de exorcismo empleado; que deberá desistir de realizar intento alguno, sea de la naturaleza que fuere, para expulsar en el futuro al ocupante; y que a Henry Jenkins, el demandante, se le permitirá el pleno uso y la ilimitada ocupación del lugar conocido por Harley Hall por todo el tiempo que dure su... humm... existencia natural —a continuación dio un mazazo—. El juicio ha terminado.

—No lo tome tan a pecho —dijo una voz benigna detrás de Russell Harley. Este giró, arisco, sobre sus talones. Nicholls subía por la calle tras él, y Wilson iba a la zaga de Nicholls.

—Han perdido el caso —dijo Nicholls—, pero siguen con vida. Permitan que les invite a beber. Ahí, quizá.

Y les empujó hacia un bar coquetón y les hizo sentar sin darles tiempo para expresar una protesta.

—Dispongo de unos minutos —dijo—. Luego me tendré que marchar definitivamente. Es un asunto urgente.

Llamó a un camarero y pidió para todos. Luego miró al joven Harley y sonrió gozosamente al mismo tiempo que dejaba caer un billete sobre la mesa para pagar la cuenta.

—Harley —dijo—, yo tengo un lema que usted debería recordar en ocasiones

como la presente. Se lo ofrezco, si lo acepta.

—¿Cuál es?

—«Lo peor todavía ha de llegar»

Harley enseñó los dientes en una mueca de rabia y no dijo nada. Wilson replicó:

—Lo que me choca es que no vinieran a vernos antes del juicio con esos informes sobre este encantador e ilícito cliente que usted me suministró. Habríamos tenido que resolver la cuestión fuera del juzgado.

Nicholls respondió, encogiéndose de hombros:

—Tenían sus razones. Al fin y al cabo, un caso más o un caso menos de exorcismo no importa. En cambio, los juicios sientan precedentes. Usted es abogado, Wilson, ¿no comprende qué quiero decir?

—¿Precedentes? —Wilson le miró boquiabierto por un momento; luego abrió exageradamente los ojos.

—Ya veo que me comprende. —Nicholls hizo un gesto afirmativo—. A partir de ahora, en este Estado (y en todos los de la nación, por obra y gracia de la cláusula de «total es buena fe y asenso» de la Constitución) ¡un fantasma tiene derecho, legal, a frecuentar una casa!

—¡Santo Dios! —exclamó Wilson. Y se puso a reír, no a grandes carcajadas, pero sí desde el fondo de su pecho. Harley miraba fijamente a Nicholls.

—Dígame de una vez y sin rodeos —susurró—, ¿qué papel representa usted en todo esto?

Nicholls volvió a sonreír.

—Medítelo un rato —respondió en tono ligero— y empezará a entenderlo. —Olisqueó el vino una vez más, dejó el vaso sobre la mesa, cuidadosamente...

Y se esfumó.

# El hombrecillo del metro (1950)

---

“The Little Man on the Subway”

Las estaciones de metro son lugares donde la gente suele bajar de los vagones, de modo que cuando nadie dejaba el primer coche en la de Atlantic Avenue, el Conductor Cullen del IRT empezó a preocuparse. En realidad, nadie había salido del primer coche desde el comienzo del trayecto a Flatbush... aunque continuamente subían a él docenas de pasajeros.

¡Raro! ¡Muy raro! Era la clase de problemas que provocaba que los conductores bien educados se quitaran la gorra y se rascaran la cabeza. Eso hizo el Conductor Cullen. No le sirvió de nada, pero repitió el proceso en la calle Bergen, la estación siguiente, donde nuevamente el primer coche no perdió ni uno de sus ocupantes. Y en la Plaza Great Army, agregó al proceso de rascarse unas pocas palabras antiguas en gaélico que habían pasado de padres a hijos por cientos de años. Ionizaron la atmósfera circundante, pero no afectaron la situación de otra manera.

En Eastern Parkway, Cullen ensayó un experimento. Se abstuvo cuidadosamente de abrir en absoluto las puertas del primer vagón. Se inclinó hacia adelante ansiosamente, torció la cabeza y observó... y fue obsequiado con nada menos que un milagro. El viajero del metro de Nueva York no es tímido, manso, ni moderado, y las puertas que no se abren inmediatamente, o bastante pronto, son ayudadas en el proceso por variados puntapiés. Sin embargo, esta vez no hubo ni una sola patada, ni un grito, ni siquiera un moderado aullido. A Cullen se le salían los ojos de las órbitas.

Se estaba encolerizando. En la Avenida Franklin, donde volvía a conectar con el Expreso, abrió las puertas y soltó unas palabras a la multitud. Todas las puertas soltaron chorros de pasajeros de ambos sexos y todas las edades, excepto aquel terrible primer vagón. Por esas puertas subieron tres hombres y una chica muy joven, aunque Cullen podía observar claramente el ligero abombamiento de las paredes que había provocado la condición de excesivo apiñamiento dentro del coche.

Durante el resto del trayecto hasta la Avenida Flatbush, Cullen ignoró completamente al primer coche, concentrándose en esa última parada donde todos *tendrían* que bajar. ¡Todos! Las estaciones de President, Church y Calle Beverly llegaron y pasaron, y Cullen se encontró a sí mismo contando las que faltaban para el final en Flatbush.

Parecía un agradable grupo de pasajeros, además. Leían sus periódicos, miraban la rauda oscuridad a través de las ventanillas, o las piernas de la chica de enfrente, o a nada en absoluto, igual que las personas normales. Sólo que no querían bajar. Ni siquiera querían entrar en el coche contiguo donde había infinidad de asientos vacíos. Imagine a unos neoyorquinos resistiendo el impulso de pasar de un coche a otro, y perdiendo la oportunidad de dejar las puertas abiertas para beneficio de la corriente

de aire.

¡Pero allí estaba la Avenida Flatbush! Cullen se frotó las manos, abrió las puertas con fuerza y gritó en su estilo más ininteligible:

—¡Últimaparada! —Lo repitió dos o tres veces con voz ronca, y varios ocupantes de aquel maldito primer coche levantaron la vista hacia él. había reproche en sus ojos. Parecían decir: «¿Ha escuchado alguna vez acerca de la campaña antirruidos organizada por el alcalde?»

El último de los otros pasajeros había salido del tren, y los nuevos dispersos estaban subiendo. Hubo algunas miradas curiosas hacia el abarrotado coche, pero no demasiadas. El neoyorquino considera que todo aquello que no puede entender es una treta publicitaria.

Cullen volvió a caer en su gaélico y corrió por el andén hacia la cabina del maquinista. Necesitaba apoyo moral. El maquinista debería haber estado fuera de la cabina, preparándose para su siguiente recorrido, pero no estaba. Cullen lo vio a través del cristal de la puerta, reclinado sobre los controles y con la mirada fija y perdida en el parachoques de adelante.

—¡Gus! —gritó Cullen—. ¡Sal! Hay un condenado...

En ese punto, la lengua se le quedó varada, porque no era Gus. Era un viejecito, que sonreía muy cortés y movía los dedos a guisa de saludo.

El alma irlandesa de Patrick Cullen se rebeló. Con un aullido, agarró el borde de la puerta y trató de abrirla de un tirón. Debía haber sabido que no lo lograría. Entonces, inspirando profundamente y encomendando su alma irlandesa a Dios, se dirigió hacia la puerta abierta de ese primer coche y se metió en la masa de humanos atormentados. El impulso lo llevó seis pies adentro, y allí quedó clavado. Detrás de él, aquellos a quienes había derribado se levantaban de los regazos de sus compañeros de viaje, se excusaban con genuina cortesía neoyorquina (consistente en un gruñido, un gemido y una mueca) y volvían a sus periódicos.

Luego, sin posibilidad de defenderse, escuchó la campana del Despachador. Era tiempo de que su propio tren se pusiera en camino. ¡El deber llamaba! Con un esfuerzo sobrehumano se acercó un poco hacia la. Puerta, pero ésta se cerró antes de que pudiera llegar, y el tren empezó a moverse.

A Cullen se le ocurrió que por primera vez no entregaba su parte, y dijo:

—¡Maldita sea!

Cuando el tren había recorrido unos cincuenta pies, advirtió que iban en la dirección equivocada, y esta vez no dijo nada.

Después de todo, qué se podía decir ni siquiera en el gaélico más puro

¿Cómo podía un tren correr en la dirección equivocada en la Avenida Flatbush? No había rieles más adelante. Tampoco túnel. Había un parachoques para impedir que algún maquinista excéntrico intentara abrirse paso. Era absurdo. Ni el Big Deal



podría hacerlo.

¡Pero ahí estaban todos!

En este túnel nuevo también había estaciones, pequeñas y primorosas del tamaño justo para un solo coche. Pero eso estaba bien, porque sólo uno estaba corriendo. Los demás se habían desenganchado de alguna manera, probablemente para hacer el viaje habitual a Bronx Park.

Había tal vez una docena de estaciones sobre la línea... con nombres curiosos. Cullen sólo pudo notar unas pocas porque le resultaba difícil conseguir enfocar sus ojos. Una era Bulevar del Arcángel; otra, Carretera del Serafín; todavía otra, Plaza del Querubín.

Y entonces, el tren bajó la velocidad en una estación monstruosa, singularmente parecida a una cueva, y se detuvo. Era enorme, de unos trescientos pies de profundidad, y casi esférica. Las vías corrían hasta el centro exacto, sin soportes, y el andén a su costado descansaba asimismo cómodamente en el aire.

El Conductor fue la única persona en bajar del coche, la mayoría de los demás habían descendido en Plaza Hosanna. Se colgó al descuido de la agarradera de porcelana, mirando fijo un anuncio de lápiz de labios, La puerta del maquinista se abrió, y el hombrecillo salió. Echó una mirada a Cullen, se volvió para alejarse, y luego después giró sobre sus talones.

—¡Hey! —dijo—. ¿Quién es usted?

Cullen se dio vuelta lentamente, sin soltar la agarradera.

—Solamente el Conductor. No se preocupe por mí. Voy a dejar el empleo. No me gusta el trabajo.

—Oh, vaya, vaya; eso es inesperado —El hombrecillo movió la *cabeza* y chasqueó la lengua—. Yo soy mister Crumley —explicó—. Robo cosas. La mayor parte de las veces, personas. Algunas veces, coches de metro... pero son unas cosas tan grandes y engorrosas... ¿no cree?

—Señor —gimió Cullen—. He dejado de pensar desde hace dos horas. No me llevaba a ninguna parte. De todos modos, ¿quién es usted?

—Ya se lo he dicho... soy mister Crumley. Estoy practicando para ser un dios.

—¿Un «gob»<sup>[7]</sup>? —inquirió Cullen—. ¿Quiere decir, un marinero?

—¡Caramba, no! —mister Crumley frunció el ceño—. He dicho «dios», como Jehová. ¡Mire! —Señaló la pared de la cueva a través de la ventana. Donde apuntaba su dedo, la roca onduló y se elevó. Movié el índice y se formó un claro saliente de roca en forma de «h» minúscula invertida.

—Ése es mi símbolo —explicó modestamente Crumley—. Místico, ¿verdad? Pero eso no es nada. Aguarde a que lo tenga todo organizado. ¡Uy, uy, cuántos milagros les voy a regalar!

La cabeza de Cullen oscilaba entre el símbolo de roca saliente y la sonrisa

bobalicona de mister Crumley, hasta que empezó a marearse, y entonces paró.

—Escuche —pidió con voz ronca—. ¿Cómo ha sacado ese coche de Flatbush Avenue? ¿De dónde ha salido el túnel? ¿Son extranjeros algunos de...?

—¡Oh, Dios mío, no! —replicó mister Crumley—. Lo hice yo y lo dispuse de manera que nadie lo advirtiese. Fue bastante difícil. Eso me produce un gran desgaste de ectoplasma. Los milagros con personas involucradas son mucho más difíciles que los otros, porque hay que luchar contra sus deseos. No puede hacerse, a menos que se tengan montones de Creyentes. Ahora que ya tengo más de cien mil, puedo hacerlo, pero hubo un tiempo en que... —movió la cabeza evocativamente— ni siquiera hubiera podido levitar a un niño... o curar a un leproso. Oh, bien, estamos perdiendo tiempo. Deberíamos estar en la fábrica más próxima.

Cullen se animó. “Fábrica” era más prosaico.

—Yo tenía un hermano —dijo— que trabajaba en una fábrica de tejidos, pero...

—¡Oh, Dios, mister Cullen! Me estoy refiriendo a mis Fábricas de Creyentes. Tengo que enseñar a las personas a creer en mí, ¿verdad?, y predicar es un trabajo muy lento. Yo creo en la producción en masa. Intento ser llamado, algún día, el Henry Ford de Utopía. Vaya, sólo en Brooklyn tengo doce Fábricas y cuando manufacture la cantidad suficiente de Creyentes, simplemente cubriré la faz de la Tierra con ellos.

»Santa Providencia —continuó con un suspiro—, si sólo tuviera Creyentes suficientes. Tengo que tener un millón antes de poder dejar que las cosas marchen por sí mismas, y hasta entonces tendré que cuidar personalmente todos los pequeños detalles. ¡Es tan aburrido! Tengo que recordar continuamente a mis Creyentes quién soy yo... hasta a los Discípulos. Dicho sea de paso, Cullen, —yo leo su mente, ya que estamos, así es como sé su nombre— naturalmente usted quiere ser un Creyente.

—Pues, bien... —respondió Cullen, nervioso.

—Oh, vamos. A *algunos* dioses les habría molestado su intrusión y se habrían deshecho de usted —chasqueó los dedos—, así. Sin embargo, yo no, porque pienso que matar personas es algo sucio y desconsiderado. Pero da igual, tendrá que ser un Creyente.

Piense que Patrick Cullen era un irlandés inteligente. Eso quiere decir que admitía la existencia de *banshees*<sup>[8]</sup>, gnomos, y la Gente Pequeña, y mantenía la mente abierta a los *poltergeists*<sup>[9]</sup>, hombres-lobo, vampiros y basura extranjera de calaña similar. Ante simples cosas sobrenaturales, era demasiado bien educado para desdeñar. Aun así, Cullen no tenía intenciones de transigir con su religión. Su teología era débil, pero que un mortal pretendiera ser dios le sabía a herejía, por no decir a sacrilegio y blasfemia, hasta para él.

—Usted es un farsante —gritó audazmente—, y por el camino que va se dirige directo al infierno.

Mister Crumley chasqueó la lengua.

—¡Qué lenguaje terrible utiliza usted! ¡Y tan innecesario! Por supuesto, usted Cree en mí.

—¿Ah, sí?

—Bien, entonces, si es terco, le haré un milagro menor. Es inadecuado, pero ahora —hizo unos vagos movimientos con la mano izquierda— usted Cree en mí.

—Ciertamente —dijo Cullen, ofendido—, siempre lo hice. ¿Cómo tengo que adorarlo? Quiero hacerlo apropiadamente.

—Sólo Cree en mí, y eso es bastante. Ahora tiene que ir a las fábricas, y después lo regresaremos a casa —nunca sabrán que estuvo ausente— y puede vivir su vida como un Creyente.

El Conductor sonrió extasiado.

—¡Oh, vida dichosa! *Quiero* ir a las fábricas.

—Por supuesto que quiere —replicó mister Crumley—. Valiente Crumleyita sería si no quisiera, ¿verdad? ¡Venga! —Señaló la puerta del coche, y la puerta se abrió.

Salieron y Crumley continuaba apuntando. La roca se evaporó delante de ellos, para volver a condensarse detrás. Cullen caminó a través del muro, siguiendo a aquella pequeña figura que era su dios.

«Aquello *era* un dios», pensó Cullen. Cualquier dios que pudiera hacer eso era un recondenado buen dios en quien creer.

Y entonces él estaba en la fábrica... en otra cueva, aunque más pequeña. Parecía que a mister Crumley le gustaban las cuevas.

Cullen no prestó mucha atención a su alrededor. De todos modos, no distinguía gran cosa por causa de la leve niebla violeta que le nublabla la visión. Tenía la impresión de una cinta transportadora moviéndose lentamente, con hombres estacionados en ella, a intervalos. Discípulos, pensó. Y las piezas que se fabricaban en aquella cinta serían, probablemente, no-Creyentes, o basura despreciable similar.

Había un hombre que le miraba sonriendo. Un Discípulo, pensó Cullen, y con toda naturalidad le hizo el signo. No lo había hecho jamás, pero era fácil. El Discípulo contestó de igual manera.

—Él me ha dicho que venía usted —explicó el Discípulo—. Dijo que ha hecho un milagro especial para usted. Es toda una distinción. ¿Quiere que le acompañe por la cinta?

—Por supuesto.

—Bien, ésta es la Fábrica Uno. Es el centro vital de todas las fábricas del país. Las otras sólo realizan tratamiento preliminar; y sólo fabrican Creyentes. *Nosotros* fabricamos Discípulos.

¡Discípulos, muchacho!

—¿Voy a ser un discípulo? —preguntó ansiosamente Cullen.

—Después de haber sido milagreado por *él*, ¡naturalmente! Usted es *alguien*, ya sabe. Sólo hay otras cinco personas que tomara a su cargo personalmente.

Ésta era una manera gloriosa de hacer las cosas. Todo lo que hacía Crumley era glorioso. ¡Qué dios! ¡Qué dios!

—Usted también empezó de ese modo...

—Por cierto —respondió plácidamente el Discípulo—. Yo también soy un tipo importante. Sólo que me gustaría ser más importante aun.

—¿Para qué? —dijo Cullen con voz agitada por la sorpresa—. ¿Está murmurando contra los dictados de Crumley? (ojalá prospere.) Eso es un sacrilegio.

El Discípulo se removió incómodo.

—Bueno, tengo ciertas ideas, y me gustaría ponerlas en práctica.

—Tiene ideas, ¿eh? —murmuró Cullen tristemente—. ¿Y Crumley (ojalá viva eternamente) lo sabe?

—Pues... ¡francamente, no! Pero da lo mismo, —El Discípulo miró con cuidado por encima de sus hombros y se acercó— no soy el único. Somos muchos los que pensamos que Crumley (bendito sea) queda un poquitín anticuado. Por ejemplo, fíjese en las luces de este lugar.

Cullen levantó la vista. Las luces eran del mismo tipo que las de la cueva terminal. Podían haber sido robadas de cualquier línea del metro IRT. Eran copias perfectas de las señales de detención-arranque y de los indicadores de «Salida».

—¿Qué tienen de malo? —preguntó. El discípulo hizo una mueca desdeñosa.

—Carecen de originalidad. Uno pensaría que un dios de clase A debería hacer algo nuevo. Cuando toma personas, lo hace por medio del metro, y obedece los reglamentos del mismo. Espera a que el Despachador le dé la señal de partida; se detiene en todas las estaciones; utiliza vulgar electricidad, etc., etc. Lo que necesitamos —el Discípulo movía las manos exageradamente y gritaba— es más iniciativa, más decisión. Tenemos que acelerar las cosas y gobernarlas con eficiencia y energía.

Cullen le miró, airado.

—Usted es un hereje —le acusó—, y está sentenciado a la condenación. —Miró colérico a su alrededor en busca de una campana, un silbato, un gong, o un tambor con que llamar al gran Crumley, pero no encontró nada.

El otro parpadeaba sumido en raudos pensamientos.

—Oiga —dijo con aspereza—, mire qué hora es. Estoy retrasado. Será mejor que suba a la cinta para su primer tratamiento.

A Cullen estaba enfurecido por el descuidado servicio que aquel Discípulo inferior prestaba a mister Crumley, pero un tratamiento es un tratamiento, de modo que, haciendo el signo devotamente, subió. Lo encontró bastante cómodo, a pesar de su movimiento a tropezones. El Discípulo hizo una señal al primer preceptor de

Cullen —otro Discípulo— de pie junto a una especie de pizarra. Mientras hablaban de Crumley, Cullen se había fijado en otros y había observado el procedimiento de preguntas y respuestas que seguían. Lo había observado con particular atención.

Por consiguiente, quedó muy sorprendido cuando el segundo Discípulo, en lugar de utilizar el enorme puntero para señalar una pregunta sobre la pizarra, lo cogía por el otro extremo y lo bajaba sobre su cabeza.

¡Las luces se apagaron!

Cuando volvió en sí se hallaba debajo de la cinta, en el mismo fondo de la cueva. Lo habían atado, y el Discípulo Rebelde y otros tres estaban hablando de él.

—No ha podido ser persuadido —iba diciendo el Discípulo—. Crumley debe haberle administrado doble tratamiento, o algo así.

—Será el último doble tratamiento que Crumley pueda dar —aseguró el hombrecillo obeso.

—Esperemos que así sea. ¿Qué tal va?

—Muy bien. Muy bien, de veras. Nos teleportamos a la Sección Cuatro hace unas dos horas. Ha sido un milagro perfecto.

El Discípulo estaba contento.

—¡Magnífico! ¿Cómo van en la Cuatro?

El hombrecillo obeso cloqueó con los labios.

—Pues, la verdad, no muy animados. Por alguna razón, están sufriendo efectos raros, por allá. Los milagros sólo suceden. Incluso los crumleyitas corrientes son capaces de hacerlos, y a veces... simplemente suceden. Es extremadamente molesto.

—Humm, eso es malo. Si hay demasiados problemas, Crumley comenzará a sospechar. Si investiga primero allá, es capaz de reconvertirlos a todos en un periquete, antes de venir aquí. Entonces, sin el apoyo de aquéllos, quizá no seamos bastante fuertes para hacerle frente.

—Di, ahora —interpuso aprensivamente el obeso— que ni siquiera *ahora* lo somos bastante fuertes, lo sabes. Nada de esto saldrá mal.

—Somos bastante fuertes —replicó el Discípulo en tono severo— para debilitarle el tiempo suficiente para conseguir un nuevo dios, y luego...

—Un nuevo dios, ¿eh? —dijo otro. Y movió la *cabeza* con aire enterado.

—Claro —respondió el Discípulo—. Un dios nuevo, creado por nosotros, puede ser destruido por nosotros. Estará completamente dominado y entonces, en lugar de esta tiranía de un único hombre, podemos tener una especie de... er... concejo.

Hubo sonrisas generalizadas y todo el mundo parecía satisfecho.

—Pero discutiremos eso más tarde, en otro momento —continuó el Discípulo, vivamente—. Vamos a Creer sólo un poco. Crumley no es estúpido, ya sabéis, y no queremos que observe ningún debilitamiento. Vamos, pues. Todos juntos.

Cerraron los ojos, se concentraron un poco y los abrieron de nuevo con un suspiro.

—Bien —dijo el hombrecillo obeso—, eso ha terminado. Será mejor que regrese.

Desde debajo de la cinta, Cullen le observaba. Al flexionar las rodillas y levantar los ojos, se parecía singularmente a una gallina a punto de volar a un árbol. El parecido se acentuó no poco cuando extendió los brazos, dio un saltito y se alejó revoloteando.

Cullen pudo seguir el vuelo con sólo fijarse en los ojos de los tres que quedaban. Se movían hacia arriba, cada vez más, siguiendo al obeso hasta la misma cima de la cueva, al parecer. Había un aire de auto-satisfacción en aquellos ojos. Estaban muy dichosos por sus milagro.

Después, se marcharon todos y dejaron a Cullen con su santa indignación. Estaba impactado hasta lo más profundo de su ser por haber asistido a aquella pecaminosa rebelión, aquella apostasía, aquella... aquella... No había palabras para ello, ni siquiera cuando intentó con el gaélico.

Imagine, intentar la creación un dios que estuviera bajo el control de sus creadores. Era una herejía antropomórfica (¡vaya!, ¿dónde había oído esta palabra?) y minaba las raíces de toda religión. ¿Se quedaría tendido allí, observando que algo minaba las raíces de todas las religiones? ¿Consentiría que mister Crumley (ojalá nadase por mares de éxtasis) fuera depuesto?

¡Jamás!

Pero las cuerdas pensaban de otra manera, de modo que tuvo que quedarse.

Y entonces se produjo una interrupción en sus pensamientos. Llegaba un sonido bajo, retumbante..., un sonido que habría sido una voz, de no haber tenido un tono tan increíblemente bajo. Encerraba una amenaza que pedía una atención inmediata. La consiguió de Cullen, que temblaba en sus ataduras; de los demás en la cueva, que temblaban más intensamente todavía al no estar limitados por sogas; de la misma cinta, que se detuvo con una sacudida y tembló tremendamente.

El Discípulo Rebelde cayó de rodillas y tembló más que ninguno de los demás.

La voz llegó de nuevo, esta vez hablando un lenguaje inteligible:

—¿DONDE ESTA ESE HOLGAZÁN, CRUMLEY? —rugió.

No aguardó una respuesta. Una nube de sombras se condensó en el centro de la sala y escupió un relámpago negro contra la cinta. Del punto donde había caído el relámpago se levantó una mota de fuego que se propagaba lentamente. Por donde pasaba, la cinta dejaba de salir. Estaba lejos de Cullen, pero había seres humanos más cerca, entre los cuales se armó un tremendo barullo de fugas.

Cullen tenía muchísimas ganas de unirse a los demás, pero por desgracia el Discípulo que le había atado había pertenecido, evidentemente, a los *boy scouts*. Los sacudones, contorsiones y tirones no tenían el menor efecto sobre las tenaces sogas,

de modo que volvió al gaélico y a los deseos. Deseaba escapar. Deseaba no estar atado. Deseaba encontrarse lejos de aquella llama devoradora. Deseaba infinidad de cosas, algunas no publicables, pero principalmente ésas.

Y con ellas, sintió una ligera presión deslizante y a sus pies había una desordenada pila de fibras de cáñamo. Evidentemente, las fuerzas liberadas por la rebelión estaban escapando fuera de control allí lo mismo que en la Sección Cuatro. ¿Qué había dicho el hombrecillo obeso? «Los milagros están sólo sucediendo. Hasta los crumleyitas corrientes son capaces de hacerlos, y a veces... simplemente suceden.»

Pero ¿por qué perder tiempo? Corrió hacia la pared de roca y bramó el deseo de que se disolviera en la nada. Aulló varias veces con modificaciones gaélicas, pero la pared ni siquiera se ablandó un poco. Cullen miraba desorbitado, y entonces vio el agujero. Estaba en el costado diametralmente opuesto de la cueva a la posición de Cullen en el fondo, y a unas tres vueltas de la cinta hacia arriba. La espiral superior pasaba por debajo exactamente de él.

De alguna manera dio el salto que le permitió sujetarse del reborde inferior de la espiral, se retorció hasta ubicarse encima y echó a correr con un salto. El fuego de la desintegración estaba muy lejos detrás de él, pero iba ganando ventaja. Corrió cinta arriba hasta la tercera vuelta, sin tomarse el tiempo de sentirse mareado por causa de la forma circular. Pero cuando llegó allá, el agujero grande, negro y atractivo estaba tan sólo un poco más alto de lo que él era capaz de saltar.

Cullen se recostó contra la pared, jadeando. La mota de fuego se había convertido ahora en dos, que se arrastraban en ambas direcciones desde una brecha de unos veinte pies en la cinta. Todos los de la cueva, unas doscientas personas, estaban en movimiento, y todos hacían alguna clase de ruido.

De alguna manera, la visión le estimuló. Le dio nervio para realizar nuevos esfuerzos para meterse dentro del agujero. Alocadamente, intentó trepar por la pared escarpada, pero no lo consiguió.

Y entonces mister Crumley asomó la *cabeza* por el agujero y dijo:

—¡Oh, mi divina compasión, qué desorden tan perfecto! ¡Dios me libre! ¡Suba aquí, Cullen! ¿Por qué se queda ahí abajo?

Una gran paz descendió sobre Cullen.

—Salve, mister Crumley —gritó—. Ojalá huela usted la esencia de rosas eternamente.

Crumley parecía complacido.

—Gracias, Cullen.

Agitó la mano, y el Conductor se encontró a su lado... una simple cuestión de levitación. Una vez más, en lo íntimo de su alma, Cullen decidió que ahí había un *dios*.

—Y ahora —dijo mister Crumley—, hemos de correr, correr, correr. Con la rebelión de los Discípulos, he perdido la mayor parte de mi poder, y mi coche del metro está atascado a mitad de camino. Necesitaré la ayuda de usted. ¡Corra!

Cullen no tuvo tiempo de admirar el diminuto metro al final del túnel. Saltó fuera del andén, pisándole los talones a Crumley, y voló unos cien pies tubo abajo hacia donde se hallaba el coche parado. Flotó por la puerta abierta con la gracia de un bailarín. Mister Crumley se había encargado de que así fuera.

—Cullen —le dijo—, arranque esta cosa y llévela otra vez hacia la línea normal. Y tenga cuidado; *él* me está esperando.

—¿Quién?

—Él, el nuevo dios. Imagine aquellos tontos —no, idiotas— pensando que podrían crear un dios gobernable, cuando la esencia de la divinidad está en ser ingobernable. Naturalmente, cuando hicieron un dios para destruirme a mí, crearon un Destructor, y destruirá todo lo creado por mí que tenga a la vista, incluso mis Discípulos.

Cullen trabajó prestamente. Sabía cómo arrancar coche 30.990; y cualquier Conductor lo sabría. Corrió hasta el otro extremo del coche por la palanca de control, la movió y regresó a toda velocidad. Era todo lo que necesitaba. Había corriente en el raíl; las luces estaban encendidas; y no había ninguna señal de detención entre él y el País de Dios.

Mister Crumley se tendió en un asiento.

—Guarde un silencio total. Es posible que a usted le deje pasar. Yo voy a desaparecer, y quizá él no advierta mi presencia. En todo caso, a usted no le hará ningún daño...*confío*. ¡Dios me libre! Desde que todo esto comenzó en la Sección Cuatro, las cosas están hechas un lío.

Pasaron ocho estaciones antes de que sucediera nada y entonces llegaron a la del Círculo de Utopía, y... bien, no *sucedió* nada realmente. Fue sólo una impresión... la impresión de estar, por unos segundos, rodeado de gente que le miraba con virulenta hostilidad. No eran personas exactamente, sino una persona. Tampoco era una persona, sino un ojo enorme, vigilando, vigilando, vigilando.

Pero la impresión pasó, y casi inmediatamente Cullen vio un rótulo blanco y negro en el costado del túnel: «Flatbush Avenue» Pisó el freno precipitadamente, porque allí había un convoy aguardando. Pero los controles no funcionaron como debían, y el coche siguió adelante hasta que estuvo en contacto con los otros delante. Con un suave chasquido, quedó enganchado y el 30.990 fue solamente el último vagón del tren.

Había sido obra de mister Crumley, naturalmente. Estaba de pie, detrás de él, observando.

—No le ha alcanzado, ¿verdad que no? No... ya veo que no.



—¿Corremos más peligros? —preguntó Cullen, ansioso.

—No lo creo —respondió tristemente mister Crumley—. Después de que haya destruido toda mi creación, no habrá nada que destruir y, privado de función, simplemente dejará de existir. He ahí el resultado de este trabajo repugnante y sucio. Estoy disgustado con los seres humanos.

—No diga eso —exclamó Cullen.

—Lo diré —replicó Crumley con furia—. Los seres humanos no están en condiciones de tener un dios. Causan demasiados problemas y preocupaciones. Le harían salir canas a cualquier dios que se respete, y supongo que usted piensa que un dios canoso se ve muy digno. ¡Al diablo todos los humanos! Pueden pasarse sin mí. Desde ahora en adelante, me iré a África y lo intentaré con los chimpancés. Apuesto a que serán un material mucho mejor.

—Pero espere —gimió Cullen—. ¿Y yo? Yo *creo* en usted.

—Oh, Dios mío, de nada serviría. ¡Vamos! Retorne a la normalidad.

La mano de mister Crumley acarició el aire, y Cullen, convertido una vez más en un buen Irlandés Temeroso de Dios, soltó un bramido en el gaélico más puro y arremetió contra él.

—¡Vaya, tú malandrín blasfemo...!

Pero no había ningún mister Crumley. Había sólo un Despachador, preguntándole con muy poca cortesía —en inglés—, qué requetediablos le estaba ocurriendo.

## El Sha Guido G. (1951)

---

“Shah Guido G.”

Una vez al año, Philo Plat visitaba el escenario de su crimen. Era una forma de penitencia. Cada aniversario trepaba hasta la desnuda cresta y extendía la mirada por los kilómetros y kilómetros de metal aplastado, hormigón y huesos.

Era una zona desolada. Las arrugadas masas de metal seguían inmaculadas, sin oxidarse, con unos desordenados dientes levantados en ira fútil. Revueltos por allí había los esqueletos de los millares de personas de todas las edades y ambos sexos que habían perecido. Las calaveras volvían hacia él las cuencas de unos ojos sin ojos, sin vista, desgarradas de maldiciones.

El hedor había desaparecido hacia tiempo del desierto, y nada ni nadie perturbaba las madrigueras de los lagartos. Nadie se acercaba al vallado cementerio donde lo que quedaba de aquellos cuerpos yacía en el desgarrado cráter excavado por aquella última caída.

Sólo venía Plat. Año tras año, y siempre, como para apartar tantos Ojos Malignos, traía su medalla de oro. Mientras él permanecía plantado en la lumbre, la medalla colgaba fieramente de su cuello. Tenía inscrita una solemne leyenda: «¡Al Libertador!»

Esta vez Fulton estaba con él. En los días anteriores al choque, cuando había Superiores e Inferiores, Fulton perteneció a estos últimos.

—Me sorprende que te empeñes en venir, Philo —decía Fulton.

Plat respondió:

—Debo. Ya sabes que el ruido del choque se oyó desde centenares de kilómetros; los sismógrafos de todo el mundo lo registraron. Mi nave se encontraba casi encima; las vibraciones del impacto me alcanzaron y me lanzaron a muchos kilómetros. Y sin embargo, el único sonido que recuerdo es aquel terrible alarido de cuando Atlantis inició la caída.

—Había que hacerlo.

—¡Palabras! —suspiró Plat—. Había niños y personas inocentes.

—Nadie es inocente.

—Tampoco lo soy yo. ¿Había de ser yo el verdugo?

—Alguien había de serlo. —Fulton se mantenía firme—. Piensa en el mundo de ahora, veinticinco años después. La democracia reinstaurada, la educación nuevamente para todos, la cultura al alcance de las masas y la ciencia progresando una vez más. Dos expediciones han aterrizado ya en Marte.

—Lo sé, lo sé. Pero aquello también era una cultura. Lo llamaban Atlantis porque era una isla que gobernaba el mundo. Una isla en el cielo, no en el mar. Era una ciudad y un mundo, todo al mismo tiempo, Fulton. Tú no has visto su bóveda de

cristal ni sus magníficos edificios. Era una joya única, fabricada con piedra y metal. Era un sueño.

—Era felicidad concentrada, destilada del reducido suministro destinado a los miles de millones de personas corrientes que vivían en la Superficie.

—Sí, tienes razón. Si, había que hacerlo. Pero pudo haber sido muy distinto, Fulton. Ya sabes... —se sentó en la dura roca, cruzó los brazos sobre las rodillas y apoyó el mentón en ellos—, a veces pienso en cómo había de ser en los antiguos tiempos, cuando en la Tierra había naciones y guerras. Pienso que la gente debió de considerarlo un milagro cuando las Naciones Unidas se convirtieron en un auténtico gobierno mundial, y en qué había de significar Atlantis para ellos.

»Era una ciudad que gobernaba la Tierra, pero no pertenecía a la Tierra. Era un disco negro en el aire, capaz de aparecer en cualquier punto de la Tierra y a cualquier altura; no pertenecía a ninguna nación, sino a todo el planeta; no era fruto de ninguna nación en particular, sino la primera gran realización de toda la raza..., y luego, ¿en qué se convirtió!

—¿Nos vamos? —propuso Fulton—. Hemos de estar de regreso a la nave antes de que oscurezca.

Plat continuó:

—En cierto modo, supongo que era inevitable. La raza humana nunca inventó ninguna institución que no terminase siendo un cáncer. En los tiempos prehistóricos, el curandero, que empezó siendo el depositario del saber tribal, terminó, probablemente, constituyendo la última barrera que se oponía al progreso de la tribu. En la Roma antigua, el ejército de ciudadanos...

Fulton le dejaba hablar pacientemente. Sus palabras eran un extraño eco del pasado. Y, por aquellos días, había habido otros ojos posados sobre él, aguardando pacientemente, mientras hablaba.

—...el ejército de ciudadanos que defendía a los romanos de todos los invasores, desde Veii a Cartago, se convirtió en la Guardia Pretoriana profesional que vendió el Imperio y cargó de tributos todas sus tierras. Los turcos crearon los jenízaros como avanzadilla invencible contra Europa, y el Sultán acabó siendo esclavo de los jenízaros esclavos suyos. Los barones de la Europa medieval protegían a los siervos contra los normandos y los magiares, pero luego continuaron durante seiscientos años más bajo la forma de una aristocracia parásita que no aportaba nada en absoluto.

Plat se fijó en la expresión paciente de aquellos ojos, y dijo:

—¿No me comprendes?

Uno de los técnicos más audaces adujo:

—Con su permiso, Superior, deberíamos estar trabajando. que sí.

—Si, supongo

El técnico sintió pena. Aquel Superior era un tipo raro, pero bien intencionado.

Aunque decía un sinfín de insensateces, les preguntaba por sus familiares, les decía que eran muchachos excelentes y que el trabajar los hacía mejores que los Superiores. Por ello explicó:

—Mire usted, hay otro cargamento de granito y acero para el nuevo teatro y tendremos que modificar la distribución de energía. Pero se está poniendo bastante difícil conseguirlo. Los Superiores no quieren escucharnos.

—Pues, eso es lo que quería decir. Deberíais obligarles.

Pero el otro se limitaba a mirarle fijamente, y en aquel momento una idea penetró suavemente en el inconsciente de Plat.

Leo Spinney le esperaba en el nivel de cristal. Tenía los mismos años que Plat, pero era más alto y mucho más atractivo. Plat tenía un rostro delgado, los ojos azul porcelana y nunca sonreía. Spinney tenía la nariz recta y unos ojos castaños que parecían reír continuamente.

—Nos perderemos el partido —le dijo Spinney.

—No quiero ir, Leo. Por favor.

—¿Otra vez con los técnicos? —dijo Spinney—. ¿Por qué pierdes el tiempo?

—Trabajan —respondió Plat—. Los respeto. ¿Qué derecho tenemos a permanecer ociosos?

—¿Debo preguntarle al mundo cómo es eso, si a mí me va tan bien?

—Si no lo preguntas tú, alguien lo preguntará algún día.

—Será algún día; hoy no. Y, francamente, sería mejor que vinieras. El Sekjen se ha fijado en que nunca asistes a los partidos, y no le gusta. Personalmente, creo que la gente le habló de tus conversaciones con los técnicos y tus visitas a la Superficie. Hasta es posible que piense que te asocias con los Inferiores.

Spinney se rió de buena gana, pero Plat no dijo nada. No les perjudicaría nada a los Otros que se relacionasen un poco más con los Inferiores y se enterasen algo mejor de lo que pensaban. Atlantis tenía sus cañones y sus batallones de ondas. Pero quizá algún día aprendiera que no bastaba con esto. No bastaba para salvar al Sekjen.

¡El Sekjen! A Plat le daban ganas de escupir. El título completo era «Secretario General de las Naciones Unidas». Dos siglos atrás era un cargo electivo, honorable. Actualmente lo desempeñaba un hombre como Guido Garsthavastra porque podía demostrar que era hijo de su igualmente indigno padre.

«Guido G.», le llamaban los Inferiores de la Superficie. Y habitualmente añadían «Sha Guido G.», porque el título de Sha lo había llevado una dinastía de reyes despóticos orientales. Los Inferiores lo conocían bien, sabían quién era. Plat quería explicarle estas cosas a Spinney, pero no había llegado el momento todavía.

Los verdaderos juegos se celebraban en la parte alta de la estratosfera, a ciento sesenta kilómetros sobre Atlantis, aunque la Isla Celeste se encontraba a treinta y dos kilómetros nada más del nivel del mar. El enorme anfiteatro estaba completamente lleno y el globo radiante de su centro atraía todas las miradas. Cada diminuto crucero de un solo hombre de allá en las alturas estaba representado por su símbolo particular, que brillaba con el color de la flota de que formaba parte. Las pequeñas centellas reproducían en una miniatura exacta los movimientos de las naves.

El juego estaba empezando en el momento en que Plat y Spinney ocupaban sus asientos. Los puntitos se lanzaban ya unos contra otros, cruzando rasantes errando el blanco, girando.

Un grandioso marcador pregonaba el desarrollo de la batalla utilizando una simbología convencional que Plat no entendía. Sonaba una confusión de vitores y gritos de aliento por una u otra flota y en favor de naves concretas.

Allá arriba, bajo un dosel, estaba el Sekjen, el Sha Guido G. de los Inferiores. Plat casi no le veía; en cambio, distinguía claramente la reproducción reducida del globo de juego que tenía allí para su uso particular.

Era la primera vez que Plat contemplaba el juego. No entendía el sentido de ciertas jugadas ni la causa de los gritos de la gente en determinados instantes. Sin embargo, comprendía que los puntos eran naves y las rayas luminosas que salían de ellos con gran frecuencia representaban rayos de energía que, allá arriba, a ciento sesenta kilómetros de distancia, eran tan reales como los inflamados átomos podían producirlos. Cada vez que aparecía una raya luminosa, se elevaba un gran griterío del público, que moría en forma de gran gemido de lamento cuando el punto que servía de blanco lograba virar y escapar.

De pronto, se levantó un grito general de todos los espectadores, y hombres y mujeres, incluido el mismo Sekjen, se pusieron en pie. Uno de los puntos brillantes había sido alcanzado y estaba cayendo..., cayendo, en espiral. Ciento sesenta kilómetros más arriba una nave de verdad hacía lo mismo; hundiéndose en la atmósfera, cada vez más densa, que calentaba y consumiría la aleación especial de magnesio del casco hasta convertirlo en polvo, inofensivas cenizas antes de que pudiera llegar a la superficie de la Tierra.

Plat se volvió.

—Me marchó, Spinney.

Este trazaba unas señales en su tarjeta de puntuación y decía:

—Son ya cinco las naves que han perdido los Verdes esta semana. Hemos de disponer de más. —Y estaba ya en pie, gritando furiosamente—: ¡Otra!

El público hacía suyo el grito, lo coreaba. Plat dijo:

—En esa nave ha muerto un hombre.

—Tenlo por seguro. Uno de los mejores que tenían los Verdes, además. Es una suerte tremenda.

—¿Te das cuenta de que ha muerto un hombre?

—No son más que Inferiores. ¿Qué te pasa?

Plat retrocedía despacio por entre las filas de gente, camino de la salida. Unos cuantos espectadores levantaban los ojos hacia él y hablaban en susurros. Pero la mayoría sólo tenían ojos para el globo del juego. El perfume flotaba por todo su entorno, y en la distancia, entre los gritos del público, se dejaba oír de vez en cuando una dulce cascada de música. Mientras cruzaba una de las entradas principales, un alarido de la gente hizo temblar el aire, a su espalda.

Plat, con aire hosco, hizo un esfuerzo por sobreponerse a la náusea.

Anduvo algo más de tres kilómetros; luego se detuvo.

Unas vigas de acero se columpiaban en las puntas de los rayos diamagnéticos y el áspero son de unas órdenes dadas con los acentos propios de los Inferiores llenaban el aire.

En Atlantis se estaba construyendo edificios ininterrumpidamente. Doscientos años atrás, cuando Atlantis era la auténtica sede del gobierno, tenía líneas rectas, anchos espacios. Ahora, en cambio, había mucho más. Había la cúpula de placer de Xanadú, a la que se había referido Coleridge.

El techo de cristal había sido elevado y ampliado demasiadas veces durante los dos siglos anteriores. Cada vez lo habían puesto más recio, a fin de que Atlantis pudiera remontarse más hacia lo alto, sin correr peligro, y soportar con mayor seguridad los posibles impactos de los guijarros meteóricos que pudieran encontrar a su paso y que todavía no hubieran sido consumidos enteramente por el aire.

Y a medida que Atlantis se volvía más inútil y más atractiva, los Superiores dejaban cada vez más sus fincas y sus fábricas en manos de gerentes y capataces y se iban a vivir permanentemente a la Isla Celeste, cuyos edificios se hacían cada vez más extensos, más altos y más complicados.

Allí había otra estructura.

Las Ondas permanecían a la espera en estólida, sumisa obediencia. El nombre con que se designaba a las mujeres —si, pensaba acerbamente Plat, podía considerárselas tales— había sido tomado del inglés primitivo de los tiempos en que la Tierra estaba dividida en naciones. También aquí habían prevalecido la transformación y la degeneración. Las antiguas Ondas se habían encargado del trabajo burocrático en retaguardia. Ahora las criaturas a las que seguían dando el nombre de Ondas eran soldados de línea.

Era una transformación lógica, y Plat lo sabía. Debidamente instruidas, las mujeres eran más obstinadas, más fanáticas y menos propensas a dudas y remordimientos que los hombres.

En todos los lugares donde se construyera algo, había siempre una guarnición de Ondas, porque la tarea de construir la realizaban los Inferiores, y a estos, en Atlantis, había que vigilarlos. Del mismo modo que a los de la Superficie había que atemorizarlos. En los últimos veinticinco años, la artillería atómica de largo alcance que tachonaba la cara inferior de Atlantis se había doblado y triplicado.

Plat observó como la viga descendía suavemente, y como dos hombres se gritaban indicaciones el uno al otro mientras aquella se asentaba en su puesto. Pronto no quedaría ya espacio en Atlantis para nuevos edificios.

La idea que removiera su Inconsciente a primeras horas del día, daba ahora unos aldabonazos a la mente consciente de Plat.

Y las ventanillas de su nariz se dilataron.

Plat arrugó la nariz al percibir el olor del aceite y la maquinaria. Estaba habituado a olores de todas clases; mucho más que la mayoría de Superiores, que tenían el olfato pervertido por los perfumes. Había estado en la Superficie y percibido los olores penetrantes de las plantas que crecían en los campos de cultivo y los humos de sus ciudades.

Plat le dijo al técnico:

—Estoy pensando seriamente en construir una casa nueva. ¿Querías aconsejarme sobre cuál sería el mejor emplazamiento posible?

El técnico quedó sorprendido y complacido.

—Gracias, Superior. ¡Se ha hecho tan difícil ordenar la energía disponible!

—Por eso acudo a ti.

Hablaron extensamente. Plat había formulado una infinidad de preguntas, y cuando volvió al nivel de cristal su mente se había convertido en un laberinto de especulaciones. Dos días pasó en un tormento de dudas. Luego se acordó del punto brillante, trazando una espiral tras otra, y los jóvenes, inquisitivos ojos clavados en los suyos mientras Spinney decía:

—Son solamente Inferiores.

Plat tomó una decisión y pidió audiencia al Sekjen.

La voz pausada, arrastrada del Sekjen acentuaba el aburrimiento que el hombre no se molestaba en esconder.

—Los Plat —decía—, pertenecen a una familia distinguida, y sin embargo, usted se divierte relacionándose con los técnicos. Me han dicho que habla con ellos como si fueran sus iguales. Espero no será necesario recordarle que las fincas que tiene usted en la Superficie requieren que vele por ellas.

Eso significaría la expulsión de Atlantis, por supuesto.

—Es necesario vigilar a los técnicos, Señor. Proceden de los Inferiores —dijo Plat.

El Sekjen arrugó el ceño.

—Nuestra Comandante de Ondas tiene encomendada una misión. Ella se encarga de esas cuestiones.

—Hace cuanto puede, no lo dudo, Señor, pero yo me he conquistado la amistad de los técnicos. No son de fiar. ¿Podría tener yo otros motivos, para ensuciarme las manos con ellos, que la seguridad de Atlantis?

El Sekjen escuchaba. Primero con desconfianza; luego con una expresión de miedo en su fofo rostro.

—Los tendré bajo custodia... —dijo.

—Calma, Señor —recomendó Plat—. Por el momento no podemos pasarnos sin ellos, puesto que ninguno de nosotros sabe manejar las armas y los mecanismos antigraavedad. Sería mejor no darles pretexto alguno para rebelarse. Dentro de dos semanas inauguraremos el teatro nuevo, con juegos y festejos.

—¿Y qué se proponen ellos?

—No estoy seguro todavía, Señor. Pero sé lo suficiente para recomendar que traigan a Atlantis una división de Ondas. En secreto, naturalmente, y en el último momento, a fin de que sea demasiado tarde para que los rebeldes cambien los planes que hubiesen elaborado. Así tendrán que abandonarlos por completo, y si se pierde el momento oportuno, una vez perdido ya no se vuelve a encontrar jamás. Luego me enteraré de nuevos detalles. Si es necesario, entrenaremos más hombres. Sería una lástima, Señor, hablar de todo esto a alguien, de antemano. Si los técnicos se enteran de nuestras contramedidas antes de tiempo, la situación podría empeorar todavía.

El Sekjen, con la enjoyada mano en la barbilla, meditó... y creyó.

Philo Plat contemplaba la alegre algazara desde cierta distancia. Las plazas del centro de Atlantis eran negros hormigueros de gente. Era un factor favorable. Por su parte, había logrado marcharse de allí sólo con grandes dificultades. Y no demasiado pronto, pues la División de Ondas había hendido ya el firmamento con sus naves.

Las guerreras maniobraban con dificultad, situándose en una posición definitiva sobre el enorme y elevado campo de aterrizaje de Atlantis, que tenía capacidad suficiente para acomodar a la vez a todas sus naves.

Ahora los cruceros descendían verticalmente, en formación de desfile. Plat volvió la vista con gesto rápido hacia la ciudad propiamente dicha. El populacho estaba mucho más quieto, contemplando la no programada demostración, y hasta le pareció que no había visto nunca a tantos Superiores en la Isla Celeste a un mismo tiempo. Por un momento, un último recelo inundó su mente. Había tiempo aún para un aviso.

Pero mientras elaboraba este pensamiento sabía ya que no lo había. Los cruceros descendían a gran velocidad. Tenía que darse prisa, si quería escapar en su pequeño artificio. Con el estómago revuelto por la náusea, se preguntaba, mientras empuñaba los mandos, si sus amigos de la Superficie habrían recibido el mensaje que les



dirigiera el día anterior, y si, en caso de haberlo recibido, le habrían dado crédito. Si no actuaban con gran presteza, los Superiores todavía podrían recuperarse, después del primer golpe, por muy devastador que hubiera sido.

Estaba ya en el aire cuando las Ondas aterrizaron: siete mil quinientas naves como gotas de lluvia cubriendo el campo de aviación lo mismo que una red descendente. Plat hizo ganar altura a la suya, sin dejar de observar...

¡Atlantis se quedó a oscuras! Era como una vela sobre la cual hubiera descendido súbitamente una encogida mano. En un instante iluminaba la noche con vivo esplendor en ochenta kilómetros a la redonda, y el siguiente era una negrura sobre el fondo de oscuridad.

Para Plat, los millares de gritos se confundieron en un agudo, perdido alarido de miedo. Huyó, pero las vibraciones del impacto al chocar Atlantis contra la Tierra alcanzaron su nave y la despidieron muy lejos.

Ya nunca más dejaría de oír aquel alarido.

Fulton miraba fijamente a Plat.

—¿Se lo has contado a alguien alguna vez?

Plat movió la cabeza negativamente.

También la mente de Fulton retrocedió un cuarto de siglo.

—Recibimos tu mensaje, por supuesto. Tal como esperabas, nos costó trabajo darle crédito. Muchos temían una trampa, incluso después de haber recibido el informe de la Caída. Pero... bueno, todo eso es historia. Los Superiores que quedaban, los que se hallaban en la Superficie, estaban desmoralizados, y antes de que pudieran recobrase, se acabó con ellos...

—Pero, dime —el técnico se había vuelto hacia Plat con súbita y profunda curiosidad—, ¿qué hiciste concretamente? Siempre supusimos que habías saboteado las centrales de energía.

—Lo sé. La verdad es mucho menos romántica, Fulton. El mundo preferiría creer el mito que se ha forjado. Déjalo que crea.

—¿Y yo? ¿Puedo saber la verdad?

—Si quieres. Como te he dicho, los Superiores edificaron y edificaron hasta la saturación. Los rayos de energía antigravitación tenían que soportar un peso de edificios, armas y concha envolvente que se doblaba y triplicaba a medida que pasaban los años. Toda petición que los técnicos hicieran solicitando motores mayores o más nuevos era rechazada, porque los Superiores preferían tener espacio y dinero para sus mansiones y, por el momento, se disponía de fuerza suficiente. Como te decía, los técnicos habían llegado ya a un punto en que la construcción hasta de un solo edificio les inquietaba. Les Interrogué y averigüé exactamente qué escaso margen de seguridad quedaba. Sólo esperaban haber terminado el nuevo teatro para presentar otra petición. Sin embargo, no advertían que, a petición mía, Atlantis

tendría que sostener aquel peso adicional de una división de Ondas con sus naves correspondientes. ¡Siete mil quinientas naves completamente equipadas! Cuando las Ondas aterrizaron, por un total que ascendería a las dos mil toneladas, el suministro de energía antigraavedad resultó tremendamente insuficiente. Los motores fallaron y Atlantis quedó reducida a la condición de una gran pena que se hallaba a dieciséis kilómetros del suelo. ¿Qué podía hacer un pedrusco semejante sino caer?

Plat se levantó. Los dos hombres regresaron a la nave.

Fulton soltó una carcajada ronca.

¿Sabes?, hay una fatalidad en los nombres.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que una vez más en la historia, Atlantis se hundió bajo las Ondas.

# Juventud (1952)

---

“Youth”

## 1

Unos guijarros golpearon contra los cristales de la ventana, y el jovencito dormido se agitó en su sueño. Cuando el repiqueteo volvió a sonar se despertó.

Incorporándose, se sentó en la cama, muy tieso, y pasaron unos segundos antes de que pudiera reconocer el lugar extraño en que se encontraba. No estaba en su casa, sino en el campo: hacía más frío, y por la ventana se veía todo verde.

—¡Flaco!

La voz sonó velada y apremiante. El jovencito se levantó de un salto y se acercó a la ventana.

Flaco no era su verdadero nombre, pero al nuevo amigo le había bastado una ojeada a su endeble figura para decirle: —Tú eres Flaco. Yo soy Rojo.

Tampoco se llamaba Rojo, pero aquel mote le iba perfectamente. Ambos se habían hecho amigos en seguida, con la rápida y total entrega de quienes aún no han entrado en la adolescencia, antes de que las primeras manchas de la edad adulta hagan su aparición.

—¡Hola, Rojo! —gritó Flaco, saludándole, aún medio dormido.

Rojo prosiguió con un susurro:

—¡No grites! ¿Quieres despertar a alguien?

Flaco advirtió entonces que el sol apenas asomaba por las bajas colinas del este, que las sombras eran alargadas y que la hierba estaba húmeda.

—¿Qué sucede? —preguntó Flaco, en un susurro. Rojo le indicó por señas que saliese.

Flaco se vistió rápidamente, contento de limitar su aseo matinal a cuatro gotas de agua tibia en la cara. Dejó que el aire se la secase mientras corría afuera, y la hierba empapada de rocío le mojaba los pies.

—¡No hagas ruido! —dijo Rojo—. Si mamá despierta, o papá, o el tuyo, o alguien del servicio, empezarán con el Venid-en-seguida-si-no-queréis-pillar-un-resfriado.

Imitó tan bien el tono, que Flaco no pudo contener la risa. Nunca había tenido un amigo tan divertido como Rojo. —¿Sales todos los días tan temprano? Es como si todo el mundo te perteneciese, ¿eh, Rojo? No hay nadie por ahí.

Se sentía orgulloso de que su amigo le hubiese permitido entrar en su mundo privado.

Rojo le miró de soslayo.

—Hace horas que estoy levantado. ¿No lo oíste, anoche? —¿Qué cosa? —El trueno. —¿Hubo truenos?

Flaco estaba sorprendido. Nunca podía dormir cuando tronaba.

—Solo uno. Pero cuando me acerqué a la ventana, no llovía. El cielo estaba estrellado y tenía un color grisáceo. ¿Comprendes?

Flaco nunca lo había visto de aquella manera, pero asintió. —Entonces se me ocurrió salir —dijo Rojo.

Ambos caminaban por la orilla herbosa de la carretera de cemento que dividía el paisaje y desaparecía entre las colinas. Aquella carretera era tan antigua, que el padre de Rojo ignoraba en qué año se había construido, pero no tenía ni una grieta ni una resquebrajadura.

—¿Eres capaz de guardar un secreto? —le preguntó Rojo. —Claro. ¿Qué clase de secreto?

—Uno. Quizá te lo diga.

Rojo rompió el largo tallo de un helecho que crecía al margen de la carretera, le arrancó las hojas y luego lo blandió como una fusta. Por unos momentos se sintió a lomos de un brioso caballo que se encabritaba bajo su látigo. Luego se cansó del juego, tiró el tallo y guardó el caballo en un rincón de su imaginación para utilizarlo más tarde.

—Vendrá un circo —dijo.

—Eso no es ningún secreto —dijo Flaco—. Además, ya lo sabía. Mi padre lo dijo antes de venir aquí...

—Eso no es el secreto. ¡Vaya secreto! ¿Has visto alguna vez un circo?

—Claro. Por supuesto. —¿Te gusta?

—Es lo que más me gusta. Rojo volvía a mirarle de reojo.

—¿Has pensado alguna vez en si te gustaría estar en un circo? Quiero decir para siempre.

Flaco reflexionó.

—Creo que no. Prefiero ser astrónomo, como mi padre quiere que lo sea. —¡Bah! ¡Astrónomo! —exclamó Rojo.

Flaco sintió que las puertas de aquel mundo nuevo y privado se cerraban ante él, y de pronto la astronomía le pareció una ciencia muerta.

—Sí, un circo sería más divertido —dijo, conciliador.

—Lo dices por decir.

—No, lo digo en serio.

Rojo adoptó un tono serio:

—Supongamos que se te presenta la ocasión de irte ahora mismo con un circo. ¿Qué harías?

—Pues... yo...

—¿Ves? —dijo Rojo, con una risa burlona. Flaco se molestó.

Pues me iría. —¡Anda ya! —Ponme a prueba. Rojo se volvió hacia él, con

expresión de sorpresa. —¿De veras? ¿Estarías dispuesto a venir conmigo? —¿Qué quieres decir? — preguntó Flaco, retrocediendo. —Tengo algo que hará que nos acepten en el circo. Quizás algún día podamos tener un circo propio. Podremos convertirnos en el mayor circo del mundo. Es decir, si quieres venir conmigo. De lo contrario... Bien, creo que también podría hacerlo yo solo, pero he pensado en darte una oportunidad a ti...

El mundo era extraño y radiante y Flaco dijo:

—Claro, Rojo. ¡Cuenta conmigo! ¿De qué se trata? Dímelo. —A ver si lo adivinas. ¿Qué es lo más importante en los circos?

Flaco empezó a pensar, tratando de dar con la respuesta exacta. —¿Acróbatas?

—¡Santo cielo! No daría ni cinco pasos para ver un acróbata. —Pues no lo sé.

—¡Animales! ¡Eso es! ¿Cuál es la mejor atracción? Incluso en la pista central los mejores números son los de los animales. —¿Tú crees?

—¡Claro! Pregúntalo a cualquiera. De todos modos, yo he encontrado dos animales esta mañana.

—¿Y los tienes?

—Claro. éste es el secreto. No lo dirás a nadie, ¿eh? —Por supuesto que no.

—De acuerdo. Los tengo en el establo. ¿Quieres verlos? Estaban frente al establo; la enorme puerta abierta dejaba ver un negro agujero. Demasiado negro. Y ambos se dirigían hacia él. Flaco se detuvo.

—¿Son grandes? —preguntó con falsa indiferencia.

—¿Crees que jugaría con ellos si lo fuesen? Son inofensivos. Los tengo en una jaula.

Ya en el establo, Flaco vio una gran jaula suspendida en un gancho del techo. Estaba cubierta con una gruesa lona.

—En esta jaula teníamos pájaros —dijo Rojo—. De todos modos, de ahí no pueden escaparse. Ven, subamos al desván. —Hay un agujero en la lona —señaló Flaco.

Rojo frunció el ceño.

—¿Quién lo habrá hecho? —dijo Rojo, y levantando una punta de lona, atisbó al interior—: Aún están ahí.

—La lona parece quemada —insistió Flaco. —¿Quieres verlos o no?

Flaco dijo que sí, aunque no estaba muy seguro de que lo desease. ¿Y si fueran...?

Pero Rojo ya había quitado la lona y allí estaban. Eran dos, como había dicho Rojo, pequeños y más bien repugnantes. Cuando levantaron la lona se movieron con rapidez, colocándose cerca de los jóvenes. Rojo los tocó con el dedo.

—¡Cuidado! —dijo Flaco, angustiado.

—Son inofensivos —aseguró Rojo—. ¿Verdad que no has visto nada parecido?

—No.

—¿No crees que un circo daría lo que fuese por tenerlos? —Quizá sean demasiado pequeños para un circo.

La observación disgustó a Rojo. Soltó la jaula, que se balanceó como un péndulo. —¿Vas a echarte atrás? —No. Sólo...

—No son demasiado pequeños, no te preocupes. A mí me preocupa otra cosa.

—¿Cuál?

—Pues... que tengo que mantenerlos hasta que venga el circo y averiguar lo que comen.

La jaula se balanceaba y los pequeños seres prisioneros en ella se aferraban a los barrotes, haciendo extraños y rápidos gestos en dirección a los dos jóvenes... Como si fuesen inteligentes...

## 2

El astrónomo entró en el comedor, representando a conciencia su papel de invitado. —¿Dónde están los muchachos? —preguntó—. Mi hijo no está en su habitación. El industrial sonrió.

—Hace varias horas que están fuera. De todos modos, desayunaron hace un rato, así que no debemos preocuparnos. ¡La juventud, doctor! —Juventud...

Aquella palabra pareció deprimir al astrónomo. Ambos desayunaron en silencio. —¿Cree de veras que vendrán? El día parece tan normal... —observó el industrial. Vendrán —dijo el astrónomo.

La conversación no prosperó. Al cabo de un rato, el industrial añadió:

—Le ruego que me perdone, pero no puedo imaginármelo realizando una broma tan complicada. ¿De veras habló con ellos? —De la misma manera que habló con usted. Bueno, es un decir. Pueden proyectar pensamientos a otro sujeto, ¿lo sabía?

—Eso es lo que deduje después de leer su carta. ¿Y cómo lo hacen?

—No sé qué responderle. Yo se lo pregunté y, como era de esperar, me contestaron con evasivas. O tal vez no les entendí. Al parecer, poseen un proyector para enfocar el pensamiento, pero es preciso que tanto el proyector como el receptor presten suma atención, de una manera consciente. Pasó algún tiempo antes de que me diera cuenta de que querían comunicarse conmigo. Estos proyectores mentales pueden formar parte de los avances científicos que nos proporcionarán.

—Es posible —dijo el industrial—. Sin embargo, piense usted en los cambios que esto introduciría en la sociedad. ¡Un proyector de pensamientos!

—¿Y por qué no? El cambio sería beneficioso para nosotros. —No lo creo.

—Los cambios sólo se rechazan en la vejez —dijo el astrónomo—, y las razas pueden ser tan viejas como los individuos. El industrial señaló hacia la ventana.

—¿Ve usted esa carretera? Fue construida antes de las guerras. No sé exactamente

cuándo. Está en tan buenas condiciones como cuando la construyeron. Probablemente nosotros no podríamos hacerla igual. Cuando construyeron esta carretera, la raza era joven.

—¿Y eso qué demuestra? Que no tenían las innovaciones. —Ojalá las hubiesen temido. ¿Qué fue de la sociedad anterior a las guerras? ¡Fue destruida, doctor! ¿De qué le sirvió la juventud y las innovaciones? Ahora vivimos mejor. Hay paz en el mundo y va adelante, poco a poco. La raza no va a ninguna parte, pero tampoco hay adonde ir. Ellos nos lo demostraron. Me refiero a los hombres que construyeron la carretera. Estoy dispuesto a hablar con nuestros visitantes, si vienen. Ya lo he dicho. Aunque creo que lo único que les voy a pedir es que se marchen. —No es cierto que la raza no vaya a ninguna parte —dijo el astrónomo acalorado—. Se dirige hacia su destrucción final. Todos los años asisten menos estudiantes a mi universidad. Cada vez se trabaja menos y se escriben menos libros. Los viejos toman apaciblemente el sol, pero cada hora que pasa les aproxima a la muerte.

—¡Bah! Tonterías —dijo el industrial.

—No, no se lo tome usted a la ligera. Antes de escribirle, me informé de su posición en la economía planetaria.

—¿Y me considera usted solvente? —le interrumpió el industrial, sonriendo.

—Por supuesto. ¡Ah! Está bromeando. De todos modos... la broma no está tan fuera de lugar: usted es menos solvente que su padre, y su padre lo fue menos que el suyo. Quizá su hijo ya será un insolvente. Cada vez es más difícil para el planeta mantener las industrias que subsisten, aunque no son casi nada, en comparación con el poderío industrial de antes de las guerras. Volveremos a la economía rural y después... ¿a qué? ¿A las cavernas?

—¿Y la inyección de nuevos conocimientos técnicos variaría esta situación?

—No se trata sólo de los nuevos conocimientos. Yo pienso en el efecto total que supondría el cambio, la ampliación de los horizontes que significaría. Mire usted, yo le elegí para hablarle de este asunto no sólo por la fortuna que posee y por la influencia de que goza en el gobierno, sino porque posee una reputación, insólita en nuestros días, de hombre atrevido y que no teme romper con la tradición. Nuestro pueblo se opondrá a los cambios pero usted sabrá cómo manejarlo y cómo hacer para que... para que...

—¿Para qué reviva el espíritu juvenil de la raza?

—Sí.

—¿Con sus bombas atómicas y todo?

—Las bombas atómicas —repuso el astrónomo— no tienen que significar necesariamente el fin de la civilización. Mis visitantes también tuvieron su bomba atómica y sobrevivieron a ella porque no abandonaron la partida. ¿No comprende usted? No fue la bomba lo que nos destruyó, sino nuestro pánico ante ella. Tal vez

esta sea la última ocasión que tengamos de rectificar el curso de la historia.

—Dígame —preguntó el industrial—. ¿Y qué tienen a cambio esos amigos suyos del espacio?

El astrónomo vaciló antes de responder.

—Voy a serle sincero. Ellos vienen de un planeta más denso. El nuestro es más rico en átomos ligeros.

—¿Quieren magnesio? ¿Aluminio?

—No, señor. Carbono e hidrógeno. Es decir, carbón y petróleo. —¿De veras?

El astrónomo se apresuró a agregar:

—Se preguntará usted por qué desean carbón y petróleo unos seres que han conseguido la navegación interplanetaria y la energía atómica. No sabría responder a esa pregunta.

El industrial prosiguió:

—Pero yo sí. Esta es la mejor prueba de la verdad de su relato. A primera vista, parece que quien poseyese la energía atómica ya no necesitaría para nada carbón y petróleo. No obstante, dejando aparte la energía que produce su combustión, el carbón y el petróleo son y seguirán siendo las materias primas fundamentales para la química orgánica, es decir, los plásticos, los tintes, los productos farmacéuticos, los disolventes, etcétera. La industria no podría existir sin ellos, ni siquiera en la época atómica. Sin embargo, si el carbón y el petróleo son el precio ventajoso por el que podremos comprar los sinsabores y las torturas de la juventud, yo le digo que esta transacción me parecería cara aunque me la ofrecieran gratis.

Con un suspiro, el astrónomo dijo: —¡Ahí están los chicos!

Ambos eran visibles por la ventana abierta. Estaban de pie en el prado, sumidos en animada conversación. El hijo del industrial señaló con ademán imperioso; el hijo del astrónomo hizo un gesto de asentimiento y echó a correr hacia la casa.

El industrial observó:

—Ahí tiene usted la juventud de que hablaba. Nuestra raza tiene tantas bazas como en la mejor de sus épocas.

—Sí, pero nosotros la envejecemos prematuramente y la metemos en el molde.

Flaco penetró en la habitación dando un portazo. El astrónomo lo miró con benévola desaprobación:

—¿Son modos de entrar?

Flaco, sorprendido, levantó la mirada y se detuvo. —Perdonen. Creí que no había nadie. Siento haberles molestado.

Pronunció las tres frases con exagerada precisión.

—No nos has molestado, muchacho —le dijo el industrial. Pero el astrónomo lo reprendió:

—Aunque entraras en una habitación vacía, hijo, no hay motivo para dar ese



portazo.

—Bah, no tiene importancia —insistió el industrial—. El muchacho no ha hecho nada malo. Usted le reprende porque es joven. ¡Usted y sus opiniones!

Volviéndose a Flaco, le dijo: —Ven aquí, muchacho. Flaco avanzó despacio. — ¿Te gusta el campo? —Muchísimo, señor; gracias.

—Supongo que mi hijo te habrá enseñado la casa y sus alrededores.

—Sí, señor. Rojo..., es decir...

—Puedes llamarle Rojo. Yo también lo llamo así. Ahora dime, ¿qué os traéis entre manos?

Flaco apartó la mirada.

—Pues... Sólo estamos explorando, señor. El industrial se volvió hacia el astrónomo. —Ahí lo tiene usted: la curiosidad juvenil y la sed de aventuras. La raza todavía no ha perdido estas virtudes.

—¿Me permite, señor? —dijo Flaco.

—Dime, muchacho.

El joven tardaba en decidirse. Por último, se armó de valor: —Rojo me envió a buscar algo de comida, pero no sé exactamente qué quiere...

—Pregúntaselo a la cocinera, hombre. Ella os dará algo bueno para comer. —No es para nosotros, señor. Es para unos animales. —¿Para unos animales? —Sí, señor. ¿Qué comen los animales? El astrónomo intervino:

—No olvide usted que mi hijo se ha criado en la ciudad. —No se preocupe usted —repuso el industrial—. ¿De qué clase de animales se trata, muchacho? —Son pequeños, señor.

—Entonces prueba a darles hojas o hierbas, y si no las quieren, nueces o bayas. —Gracias, señor.

Flaco salió corriendo, cerrando con cuidado la puerta detrás de sí. El astrónomo preguntó, evidentemente turbado:

—¿Cree usted que habrán atrapado vivo a algún animal? —No me extrañaría. En mi propiedad no está permitida la caza, y en el campo hay abundancia de animalitos inofensivos, como roedores y musarañas. Rojo siempre trae a casa animalitos que captura por ahí. Sin embargo, pronto se cansa de ellos. Dirigió una mirada al reloj de pared.

—¿No tenían que haber llegado ya sus amigos?

### 3

El balanceo había cesado y reinaba la oscuridad. El Explorador respiraba con dificultad aquel aire extraño, tan denso que le obligaba a respirar afanosamente. Pero, aun así...

Tendió la mano, súbitamente necesitado de compañía. El Mercader era cálido al

tacto. Jadeaba ruidosamente, sacudido por algún que otro espasmo. Sin duda estaba dormido. Tras una ligera vacilación, el Explorador resolvió no despertarlo. No servirla de nada.

Nadie iría a rescatarlos, por supuesto. Aquel era el precio que había que pagar por los fabulosos beneficios que permitía conseguir la competencia ilimitada. El Mercader que abriese al comercio un nuevo planeta conseguía un monopolio por diez años, que podía explotar personalmente o —lo que era más corriente— subarrendarlo por un buen precio a terceros. A consecuencia de ello, todos buscaban en secreto nuevos planetas, situados de preferencia lejos de las rutas comerciales acostumbradas. En su caso, no había apenas ninguna probabilidad de que otra nave se pusiese al alcance de su radio subterránea, a no ser por una coincidencia completamente improbable. Y eso sólo podía suceder si ambos se encontrasen a bordo de su propia nave y no en aquella... en aquella... jaula.

El Explorador asió los gruesos barrotes. Aunque consiguiese volarlos, lo cual estaba dentro de sus posibilidades, estaban demasiado altos para saltar. Era una verdadera lástima.

Previamente, ya habían aterrizado dos veces en la navecilla exploradora, y establecido contacto con los indígenas, que eran grotescamente enormes, pero mansos y pacíficos. Era evidente que en otro tiempo poseyeron una floreciente técnica, pero no supieron estar a la altura de lo que ésta les exigía. Aquel planeta hubiera sido un mercado maravilloso.

Y sus dimensiones eran enormes. El Mercader, especialmente, se quedó estupefacto. A pesar de que conocía las cifras que daban el diámetro del planeta, cuando se hallaba a una distancia de dos segundos-luz del mismo, ante la visiplaca murmuró:

—¡Es increíble!

—Oh, hay mundos mayores —dijo el Explorador. No era correcto que un Explorador se dejara impresionar fácilmente.

—¿Estará deshabitado?

—Claro que no.

—Cielos, tu planeta cabría entero en ese inmenso océano.

El Explorador sonrió ante la burla contra su planeta natal, que giraba en torno a Arturo y era más pequeño que la mayoría de los planetas. —No será tanto.

El Mercader siguió el curso de sus pensamientos.

—Y sus habitantes, ¿son proporcionales al tamaño de su mundo?

Esta idea ya no parecía agradaarle tanto.

—Son unas diez veces más grandes que nosotros. —¿Y estás seguro de que son amistosos?

—Esto es difícil de contestar. La amistad entre inteligencias distintas es algo

imponderable. Pero no creo que sean peligrosos. Ya hemos encontrado otros grupos incapaces de mantener su equilibrio después de las guerras atómicas. Ya conoces los resultados: introversión, retraimiento, una decadencia progresiva junto con una creciente bondad...

—¿Incluso en monstruos como éstos? —El principio sigue siendo válido.

Fue entonces cuando el Explorador notó la vibración de los motores. — Descendemos a excesiva velocidad —dijo.

Unas horas antes habían comentado los peligros que entrañaba el aterrizaje. Aquel planeta era muy grande para tener oxígeno y agua. Aunque no tenía las dimensiones de los inhóspitos planetas de hidrógeno y amoníaco, y su escasa densidad hacía que la gravedad fuese casi normal en su superficie, sus fuerzas gravitacionales sólo decrecían con la distancia. Resumiendo: su potencial gravitatorio era elevado y la calculadora de la astronave —que era un modelo de serie— no había sido creada para calcular trayectorias de aterrizaje bajo aquella gravedad y a tan corta distancia. Esto significaría que el Piloto tendría que utilizar los mandos manuales.

Hubiera sido más prudente instalar a bordo un modelo más perfeccionado, pero ello habría supuesto realizar un viaje a algún puesto avanzado de la civilización, con la consiguiente pérdida de tiempo y la posibilidad de que el secreto se divulgase. Así, el Mercader exigió que aterrizasen inmediatamente.

Pero el Mercader creía necesario defender su punto de vista. Con voz encolerizada, dijo al Explorador:

—¿No confías en la habilidad del Piloto? Ya te ha desembarcado dos veces en el planeta.

En una nave de reconocimiento, se dijo el Explorador, no en aquel carguero tan poco manejable. Pero se guardó para sí estos pensamientos, manteniendo la vista fija en la visiplaca. Descendían con excesiva rapidez. Ya no cabía duda. Caían vertiginosamente.

—¿Por qué no dices nada? —preguntó el Mercader.

—Mira, si quieres que hable, te diré que te sujetes el salvavidas y me ayudes a preparar el proyector.

El Piloto luchaba denodadamente, pues era un experto veterano. La atmósfera, muy alta y espesa a causa de la gravedad reinante en aquel mundo, fustigaba a la nave, recalentándola, pero hasta el último momento pareció como si el Piloto consiguiese mantenerla bajo su dominio.

Incluso mantuvo su rumbo, siguiendo la línea imaginaria que conducía la nave al punto del continente septentrional que constituía su objetivo. En otras circunstancias, con un poco más de suerte, la cosa no habría pasado de unos momentos de apuro, que luego constituirían tema para un emocionante relato, ejemplo de cómo se había

resuelto una situación difícilísima. Pero cuando el triunfo ya se vislumbraba, el cansancio del piloto le hizo tirar con excesiva fuerza de una palanca. La nave, que casi se había estabilizado, cabeceó de nuevo.

Este último error ya no tenía remedio. Sólo estaban a un kilómetro del suelo.

El Piloto permaneció en su puesto hasta el último momento, dominado por la única idea de aminorar el impacto y mantener la estabilidad de la nave. Ello le costó la vida. Con la nave girando locamente en aquella brumosa atmósfera, pocos eyectores podían utilizarse.

Cuando el Explorador recuperó el conocimiento y se levantó, tuvo la clara sensación de que los únicos supervivientes eran él y el Mercader. Y tal vez ni siquiera eso. Su salvavidas había salido disparado cuando aún se hallaban a bastante distancia de la superficie. Aun así, el golpe le dejó aturdido. El Mercader podía haber tenido menos suerte.

Gruesos y viscosos tallos de hierba le rodeaban, y a lo lejos se veían unos árboles que le recordaron vagamente los que crecían en su planeta, con la sola diferencia de que las ramas inferiores eran mucho más altas que las copas de los árboles en su mundo.

Llamó al Mercader, y su voz resonó cavernosamente en la densa atmósfera. Su compañero le respondió, y se dirigió hacia él, apartando violentamente los ásperos tallos que le cerraban el paso.

—¿Estás herido? —le preguntó. El Mercader hizo una mueca. —Creo que me he dislocado algo. Me duele aquí al andar. El Explorador palpó suavemente la parte lastimada.

—No creo que tengas nada roto. Tendrás que andar, aunque duela. —¿No podríamos descansar primero?

—Es muy importante localizar la nave. Si aún sirve, podemos repararla fácilmente y tal vez nos salvaremos. Si no, estamos perdidos. —Sólo un momento. Deja que me recupere.

El Explorador también necesitaba un breve descanso. Como el Mercader ya cerraba los ojos, dejó que los suyos también se cerrasen. Fuertes pisadas le obligaron a abrir los ojos.

—No hay que dormirse nunca en un planeta extraño —se reconvino demasiado tarde. El Mercader, que también se había despertado, lanzó un grito de terror. —No es más que un nativo de este planeta —dijo el Explorador—. No nos hará daño. Pero mientras hablaba, el gigante se inclinó y los levantó a ambos, acercándolos a su fealdad.

El Mercader se debatía con violencia, pero vanamente. —¿No puedes hablar con él? —gritó.

El Explorador sólo pudo mover la cabeza negativamente. —No puedo alcanzarlo

con el proyector. No me escucharía. —Entonces, pégale un tiro. Líquidalo. —No podemos.

Estuvo a punto de añadir —estúpido—. El Explorador se esforzó por conservar la serenidad. El monstruo se los llevaba consigo cruzando raudo la campiña.

—¿Por qué no? —chilló el Mercader—. Puedes utilizar tu pistola. La veo perfectamente. ¿Tienes miedo a caerte?

—No es tan sencillo. Si matamos a este monstruo, despídete de comerciar con este planeta. Ya no podrías salir de él. Probablemente, no llegaríamos vivos a mañana.

—¿Por qué?

—Porque este monstruo es un ejemplar joven de la especie. Deberías saber lo que pasa cuando un comerciante mata a un joven indígena, aunque sea por azar. Además, si estamos en el punto a donde nos dirigíamos, debemos encontrarnos en la hacienda de un indígena muy poderoso. Y tal vez éste sea uno de sus hijos.

Así fue como llegaron a la prisión en la que se encontraban. Quemaron con sus armas la gruesa y dura cubierta que los envolvía, practicando un orificio, y se percataron de que les era imposible saltar desde aquella altura terrorífica.

La jaula volvió a temblar y se levantó en un movimiento oscilante. El Mercader rodó hasta el extremo opuesto y el golpe le despertó. Quitaron la cubierta y la luz entró a raudales. Como la vez anterior, tenían ante sí a dos ejemplares jóvenes de aquella raza. Apenas se diferenciaban de los adultos, pensó el Explorador, aunque, por supuesto, eran mucho más pequeños.

Les introdujeron un manojo de gruesas cañas entre los barrotes. Su olor no era desagradable, pero en su extremo estaban llenos de tierra.

El Mercader se apartó y dijo con voz ronca: —¿Qué hacen?

—Tratan de darnos de comer —contestó el Explorador—. Al menos eso es lo que parece. Esto es la hierba de este planeta. Los dos monstruos colocaron de nuevo la cubierta y ambos se quedaron solos en la jaula bamboleante, ante su comida.

#### 4

Flaco dio un respingo al oír pasos y su expresión se iluminó cuando vio que era Rojo. —No hay nadie por aquí —dijo—. He estado atento.

—Calla —le dijo Rojo—. Mira. Toma esto y mételo en la jaula. Yo tengo que volver a casa.

—¿Qué es? —preguntó Flaco.

—Es carne. ¿No has visto nunca? Es lo que deberías haberme traído cuando te envié a la casa, en vez de esa ridícula hierba. Flaco se molestó.

—¿Y cómo iba yo a saber que no comían hierba? Además, la carne no se presenta así, sino envuelta en celofán, y no tiene este color.

—En la ciudad... Pero aquí la cortamos nosotros mismos, y tiene ese color hasta que se asa.

—¿Quieres decir que no está cocida?

Flaco se apartó con rapidez, y Rojo le miró con disgusto.

—¿Es que los animales comen carne asada? Vamos, no te hará nada. No tenemos mucho tiempo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa en la casa?

—No lo sé. Mi padre y el tuyo están paseando. Creo que me están buscando. Quizá la cocinera les ha dicho que me llevé la carne. De todos modos, debemos impedir que nos sigan.

—¿No pediste permiso a la cocinera para llevarte la carne?

—¿A quién? ¿A esa estúpida? No me extrañaría que sólo me permitiese tomar un vaso de agua, obedeciendo las órdenes de mi padre. Vamos, toma.

Flaco tomó la gran tajada de carne, aunque se estremeció al tocarla. Se encaminó entonces hacia el establo y Rojo se alejó corriendo en la dirección en que había llegado.

Aminoró su carrera al llegar cerca de los dos adultos, hizo dos profundas inspiraciones para recuperar aliento y luego se acercó caminando despreocupadamente. Advirtió que iban hacia el establo, pero no deliberadamente.

—Hola, papá —dijo—. Hola, señor. El industrial le llamó.

—Un momento, Rojo. Tengo que hacerte una pregunta. Rojo volvió su rostro, cuidadosamente inexpresivo, hacia su padre. —¿Dime, papá?

—Tu madre me ha dicho que esta mañana saliste muy temprano. —No tanto, papá. Un poco antes de desayunar.

—Me ha dicho que tú le dijiste que lo hacías porque esta noche algo te había despertado.

Rojo se calló de momento. ¿Por qué se lo habría dicho a su madre? —Sí, papá.

—¿Y qué fue lo que te despertó?

Rojo no vio ningún mal en responder a aquella pregunta. —No lo sé, papá. Parecía un trueno, y como un choque. —¿No podrías decirme de dónde venía? — Parecía venir de ahí... de la colina.

Esto era cierto y además útil, pues la colina se hallaba en dirección opuesta a la del establo.

El industrial miró a su invitado.

—Supongo que nada se perderá con echar un vistazo a la colina. —Estoy dispuesto —repuso el astrónomo.

Rojo vio cómo se alejaban, y al volverse distinguió a Flaco atisbando cautelosamente entre los zarzales de un seto. Le hizo una seña:

—Ven.

Flaco salió de su escondrijo y se acercó.

—¿Han dicho algo de la carne?

—No. Creo que no saben nada. Se han ido a la colina.

—¿Para qué?

—Que me registren. Sólo me han preguntado por el ruido que oí anoche. Oye, ¿se han comido la carne los animales? —Pues verás —repuso Flaco con lentitud—, la miraban y la olían, o algo por estilo.

—Muy bien —dijo Rojo—. Terminarán por comérsela; tienen que comer algo. Vamos a la colina para ver qué hacen tu padre y el mío.

—¿Y los animales?

—Déjalos. No podemos pasarnos la vida vigilándolos. ¿Les diste agua? —Sí, y se la bebieron.

—Ya. Vamos. Iremos a verlos después de comer. ¿Sabes?, les llevaremos fruta. Seguro que comen fruta.

Ambos ascendieron corriendo por la cuesta. Rojo, como siempre, llevaba la delantera.

## 5

—¿Cree que ese ruido fue causado por su nave al aterrizar? —dijo el astrónomo. —¿Y usted?

—De ser así, tal vez estén todos muertos.

—O tal vez no —dijo el industrial, frunciendo el ceño. —Si han aterrizado y siguen con vida, ¿dónde están? —Eso es lo que me pregunto desde hace rato. Seguía con el ceño fruncido.

—No lo comprendo —observó el astrónomo. —Tal vez no vengan como amigos. —Oh, no. He hablado con ellos. Tienen...

—¿Y si no fuese más que un sondeo..., una preparación para su maniobra siguiente..., la invasión?

—Sólo tienen una nave, señor.

—Eso es lo que le dijeron. Pueden disponer de una escuadra. —Ya le hablé de su tamaño. Ellos...

—Su tamaño no importa, si poseen armas superiores. —No quería decir eso.

—Desde el primer momento, esa idea no se aparta de mí —prosiguió el industrial—. Por esta razón accedí a verlos cuando recibí su carta. No para aceptar un comercio inoportuno e imposible, sino para ver cuáles son sus verdaderas intenciones. No suponía que rehuyesen esta entrevista —suspiró—. No creo que sea culpa nuestra. En una cosa tiene usted razón. El mundo lleva demasiado tiempo en paz, por eso hemos perdido un saludable espíritu de sospecha y desconfianza.

La suave voz del astrónomo alcanzó un timbre desusado:

—Quiero que preste atención. No creo que haya motivo alguno para suponer que sean hostiles... Son pequeños, efectivamente, pero la única importancia que eso tiene es porque refleja el hecho de que sus mundos de origen son también pequeños. Nuestro mundo posee lo que para ellos sería una gravedad normal, pero debido a nuestro potencial gravitatorio, mucho más elevado, nuestra atmósfera es demasiado lenta para permitirles vivir aquí desahogadamente durante un período prolongado. Por una razón similar, la utilización de nuestro mundo como base para los viajes interestelares, a no ser para comerciar y cambiar determinadas mercancías, es antieconómica. Y existen importantes diferencias en la química biológica debido a las diferencias fundamentales del terreno. Así, ni ellos podrían ingerir nuestros alimentos ni nosotros los suyos.

—Pero, seguramente, todo esto podría resolverse. Ellos podrían traer consigo su propia comida, edificar estaciones cubiertas con cúpulas en las que reinaría una presión atmosférica menor, y construir naves espaciales.

—Desde luego, pueden hacerlo. Todo esto sería un juego de niños para una raza dotada de ímpetu juvenil. Sencillamente, lo que ocurre es que no tienen necesidad de hacerlo, en absoluto. En la Galaxia encontrarán millones de mundos adecuados para ellos. ¿Para qué necesitan éste, que no reúne las condiciones mínimas?

—Y usted, ¿cómo lo sabe? Todo esto también se lo han dicho ellos.

—No, esto pude comprobarlo por mi cuenta. No olvide que soy astrónomo.

—Es cierto. En ese caso, mientras vamos allá, dígame a qué conclusiones ha llegado.

—En primer lugar, tenga en cuenta que durante mucho tiempo nuestros astrónomos han creído en la existencia de dos tipos generales de cuerpos planetarios. Los primeros eran los que se formaron a suficiente distancia de su núcleo estelar. Estos, más fríos, pudieron capturar átomos de hidrógeno, con el resultado de que fueron grandes planetas ricos en hidrógeno, amoníaco y metano. Tenemos ejemplos de ellos en los gigantes planetas exteriores. La segunda clase incluiría aquellos planetas formados tan cerca de la estrella central que su elevada temperatura les impediría capturar muchos átomos de hidrógeno. Estos planetas serían más pequeños, relativamente pobres en hidrógeno pero abundantes en oxígeno. Nosotros conocemos muy bien este tipo, porque vivimos en uno de ellos. El nuestro es el único sistema solar que conocemos con detalle, y por eso nos hemos acostumbrado a suponer que sólo pueden existir estos dos tipos de planetas.

—Por lo que usted dice, deduzco que existe un tercer tipo, ¿no es eso?

—Sí. Existe un tipo superdenso, aún más pequeño y más pobre en hidrógeno que los planetas interiores del sistema solar. La proporción en que se encuentran los planetas de hidrógeno amoníaco y esos mundos superdensos de agua-oxígeno en que ellos viven es, en toda la Galaxia, de tres a uno... y no olvide que ellos ya han



realizado una exploración de áreas muy considerables de la Galaxia, cosa que nosotros, sin medios para realizar viajes interestelares, no podemos hacer. Esto les permite explorar y colonizar varios millones de mundos superdensos.

El industrial contempló el cielo azul y las verdes copas de los árboles entre los que paseaban.

—¿Y mundos como el nuestro?

—El nuestro es el primer sistema solar que ellos han explorado que los contiene —dijo el astrónomo—. Por lo visto, la creación de nuestro sistema solar fue un hecho aislado, que no se ajustó a la norma general.

El industrial meditó estas palabras.

—En resumen, esto quiere decir que estos seres del espacio viven en asteroides.

—No, no. Los asteroides son otra cosa. Su presencia se señala, según me dijeron, en uno de cada ocho sistemas estelares pero son algo completamente distinto de lo que hablamos.

—¿Y cómo es posible que usted, que es un astrónomo, se limite a citar lo que estos seres le han dicho sin más pruebas?

—Pero es que no se limitaron a proporcionarme noticias escuetas. Me ofrecieron una teoría de la evolución estelar ante la que tuve que rendirme y que es mucho más perfecta que todo cuanto han concebido nuestros astrónomos hasta la fecha, con la sola y posible excepción de algunas teorías perdidas que se remontan a la época anterior a las guerras. Tenga usted en cuenta que su teoría me fue expuesta de forma rigurosamente matemática y la Galaxia que postulaba era exactamente igual a la que ellos describen. Por lo tanto, tienen tantos mundos como pueden desear. No les mueven afanes de conquista. Y mucho menos de nuestro planeta.

—La razón nos impulsa a creerlo así, admitiendo que lo que usted dice sea cierto. Pero pueden existir seres inteligentes e irracionales. Nuestros antepasados eran sin duda inteligentes, pero más bien se portaron como seres irracionales. ¿Le parece a usted racional destruir casi toda su tremenda civilización en el curso de una guerra atómica, cuyas causas escapan a la comprensión de nuestros historiadores? —El industrial evocó aquellos recuerdos con el ceño sombrío—. Desde que se tiró la primera bomba atómica sobre las Islas del Sol orientales, cuyo antiguo nombre no recuerdo, sólo existió un objetivo, y no había que ser un lince para predecir el final. A pesar de ello, se permitió que las cosas siguiesen su curso hasta que se llegó fatalmente a aquel final. —Levantando la mirada, dijo de pronto con animación—. Bien, ¿dónde estamos? Me pregunto si no estaremos haciendo el ridículo, después de todo.

Pero el astrónomo, que le había precedido un poco, dijo con voz ronca:

—No hemos hecho el ridículo, señor. Venga aquí y mire.

Rojo y Flaco seguían sigilosamente a sus mayores con la curiosidad propia de la juventud, ayudados por la distracción y la ansiedad de sus padres. La maleza entre la que se ocultaban impedía vislumbrar con claridad el objeto final de la búsqueda.

—Cielo santo —exclamó Rojo—. Mira eso. Parece todo de plata brillante o algo por el estilo.

Pero quien daba mayores muestras de excitación era Flaco. Agarró a su compañero.

—Ya sé lo que es. Es una astronave. Ahora comprendo por qué mi padre ha venido aquí. Es uno de los primeros astrónomos del mundo y tu padre forzosamente tenía que llamarle a él si una astronave aterrizaba en su hacienda.

—¿De qué estás hablando? Papá ni siquiera sabía que eso estaba ahí. ¿Sabes por qué ha venido? Porque le dije que oí un trueno por ahí. Además, las astronaves no existen.

—Claro que existen. Mira, ahí tienes una. ¿Ves esas cosas redondas? Son portillas. ¿Y ves también los tubos de los cohetes? —¿Cómo sabes tantas cosas? Flaco se sonrojó.

—Las he leído —repuso—. Mi padre tiene libros que hablan de ellas. Son libros antiguos. De antes de las guerras. —Hum... Ahora ya sé que me estás contando mentiras. ¡Libros de antes de las guerras!

—Mi padre debe tenerlos. Es profesor en la Universidad. Da clases.

Había alzado la voz sin darse cuenta y Rojo tuvo que tirarle de una manga.

—¿Quieres que nos oigan? —le susurró indignado. —Pues es una astronave.

—¿Quieres decir, Flaco, que es una nave de otro planeta? —Forzosamente. Mira cómo mi padre le da vueltas. Si fuese otra cosa, no se mostraría tan interesado.

—¡Otros planetas! Pero, ¿acaso existen otros planetas habitados?

—Por todas partes. Los hay que son como el nuestro. Y otras estrellas también tienen planetas, probablemente. Los debe haber a millones.

Rojo se sentía abrumado. Todo aquello sobrepasaba su entendimiento. Únicamente supo murmurar:

—¡Estás loco!

—Muy bien. Voy a demostrártelo. —¡Eh! ¿Adónde vas?

—A preguntárselo a mi padre. Supongo que si él te lo dice, lo creerás. Supongo que creerás lo que diga un profesor de Astronomía que sabe lo que...

—Eh, tú —le dijo Rojo—. Será mejor que no nos vean. ¿Quieres que empiecen a hacernos preguntas y se enteren de lo de nuestros animales?

—No me importa. Tú ya has dicho que estoy loco.

—¡Vamos! Me prometiste que no dirías nada.

—Y no pienso decirlo. Pero si ellos lo descubren será culpa tuya, por discutir y

decir que estoy loco.

—Lo retiro, pues —rezongó Rojo. —Está bien. Así es mejor.

Hasta cierto punto, Flaco se sentía decepcionado, pues quería ver la astronave de cerca. Sin embargo, desprovisto de la excusa de afrenta personal que había exhibido, no podía faltar a su juramento de guardar secreto.

—Me parece pequeñísima para ser una astronave —dijo Rojo. —Porque probablemente es una nave de exploración. —No creo que mi padre pudiera meterse en ella.

Flaco tuvo que reconocer la verdad de aquella aseveración. Mas como era un punto en contra de su tesis, prefirió guardar silencio.

Rojo se puso en pie, exhibiendo una elaborada actitud de aburrimiento.

—Creo que haríamos mejor marchándonos. Tenemos cosas que hacer y yo no puedo pasarme todo el día aquí contemplando esa astronave o lo que sea. Tenemos que cuidar de nuestros animales si queremos ingresar en el circo. Esto es lo primero que tienen que hacer los miembros de un circo: cuidar de sus animales. Y esto es lo que voy a hacer — concluyó con ademán virtuoso.

—¿Para qué, Rojo? —preguntó Flaco—. Tienen carne en abundancia. Quedémonos aquí a mirar.

—Lo encuentro muy aburrido. Además, tu padre y el mío se marchan y me parece que ya es hora de comer. —Rojo adoptó entonces un tono convincente—: Mira, Flaco, no podemos empezar a despertar sospechas o ellos tratarán de averiguar qué pasa. Cielo santo, ¿no has leído novelas policíacas? Cuando uno trata de dar un golpe sin que le prendan, lo primero que hay que hacer es seguir actuando sin despertar sospechas. Así nadie se imagina lo que se prepara. Esta es la primera ley...

Ambos descendieron la cuesta. Flaco iba, como siempre, detrás.

## 7

—Lo que más me sorprende es su construcción. Nunca he visto nada parecido —dijo el industrial.

—¿De qué nos sirve ahora? —observó el astrónomo con amargura—. No ha quedado nada. No habrá un segundo desembarco. Esta nave advirtió la presencia de vida en nuestro planeta por pura casualidad. Los otros grupos exploradores únicamente se aproximarán lo suficiente para cerciorarse de que no existen mundos superdensos en nuestro sistema solar.

—Bien, debemos resignarnos al hecho: la nave se estrelló. —Pero apenas parece haber recibido daños. Si hubiese habido supervivientes, no nos costaría mucho repararla.

—Si los hubiese habido no nos entenderíamos con ellos. Son demasiado diferentes. Demasiados extraños. De todos modos..., ya no se puede hacer nada.

Ambos entraron en la casa y el industrial saludó tranquilamente a su esposa.

—¿Está listo el almuerzo, querida? —Lo siento, pero, verás...

Miró con vacilación al astrónomo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el industrial—. ¿Por qué no me lo dices? Estoy seguro que a nuestro invitado no le importará asistir a una pequeña discusión familiar.

—No se preocupen por mí —murmuró el astrónomo, algo violento, dirigiéndose al extremo opuesto de la habitación. La mujer del industrial dijo a éste, en voz baja y presurosa: —La verdad, querido, la cocinera está muy disgustada. Hace varias horas que trato de calmarla. La verdad, no sé por qué Rojo ha hecho esto.

—¿Hacer qué?

El industrial se sentía más divertido que otra cosa. Se habían requerido los esfuerzos combinados de él y de su hijo durante meses enteros para convencer a su esposa a que empleara el nombre de Rojo. en lugar de aquel otro perfectamente ridículo (según la opinión del chico), que era el suyo verdadero.

—Se ha llevado casi toda la carne trinchada. —¿Y se la ha comido?

—Espero que no. Estaba cruda. —Entonces, ¿para qué la quería?

—No tengo la menor idea. No lo he visto desde el desayuno. La cocinera está hecha una furia. Le sorprendió cuando se escabullía por la puerta de la cocina y se dio cuenta de que faltaba la carne. Esto la ha obligado a cambiar el menú, y no habrá quien la aguante durante una semana. Tendrías que hablar con Rojo, querido, y hacerle prometer que no volverá a tocar nada de la cocina. Y debería pedir disculpas a la cocinera por lo que ha hecho.

—Oh, vamos. Esa mujer está a nuestro servicio. Si nosotros no nos quejamos porque haya tenido que variar el menú, ¿por qué tiene que quejarse ella?

—Porque eso significa doble trabajo para ella, y ya está murmurando que piensa irse. Las buenas cocineras no se encuentran fácilmente. ¿Te acuerdas de la anterior?

Aquel argumento era de peso. Mirando con vaguedad a su alrededor, el industrial dijo:

—Tal vez tengas razón. Pero ahora Rojo no está aquí; cuando venga, hablaré con él.

Rojo entró en la casa y dijo alegremente:

—Ya es hora de comer, ¿eh? —Su mirada pasó de su padre a su madre, sorprendido ante su expresión seria—. Primero voy a lavarme un poco. Y se encaminó a la puerta opuesta. —Un momento, hijo. —¿Qué, papá? —¿Dónde está tu amiguito?

—No sé... Por ahí. Fuimos a dar un paseo y él me dejó sin que yo me diera cuenta. —Como esto era totalmente cierto, Rojo se sentía seguro—. Le dije que era hora de comer, y que teníamos que volver a casa, dijo que bien, y yo seguí paseando. Cuando llegué a la cañada miré a mí alrededor y...

El astrónomo interrumpió la perorata y dejó una revista que había estado hojeando distraídamente.

—No se preocupe por mi chico. Sabe muy bien lo que se hace. No hace falta que le esperen para empezar a comer. —Es que la comida no está lista, doctor. —El industrial se volvió de nuevo hacia su hijo—. Y ya que hablamos de ello, hijo, sucede que faltan los ingredientes. ¿No tienes nada que decir al respecto?

—¿Yo?

—Siento tener que explicarme con mayor precisión. ¿Por qué te llevaste la carne?

—¿La carne? —Sí, la carne. Y esperó pacientemente.

—Bien, es que tenía... —dijo Rojo.

—¿Apetito? —completó su padre—. ¿De carne cruda?

—No, papá. La necesitaba. —¿Para qué, si puede saberse? Con la mirada baja, Rojo guardó silencio. El astrónomo intervino de nuevo:

—Si me permite... ¿Recuerda que, después de desayunar, mi hijo vino para preguntarnos qué comían los animales?

—Oh, es cierto. ¿Cómo lo he olvidado? Dime, Rojo, ¿te llevaste la carne para algún animal que has capturado?

Rojo, indignado, respiró con agitación.

—¿Así que Flaco vino para decirnos que yo tenía un animal? ¿Os dijo que yo tenía un animal?

—No. Tan sólo preguntó qué comían los animales. Si te prometió que no lo diría a nadie, no lo ha dicho. Ha sido tu propia estupidez al apoderarte de algo sin permiso lo que te ha delatado. Sabes que eso es robar. ¿Así, tienes un animal? Contesta.

—Sí, papá —susurró, tan bajo que apenas fue perceptible. —Muy bien. Ahora suéltalo. ¿Me oyes?

Intervino la madre de Rojo:

—¿Significa eso que tienes un animal que come carne? ¿Y si te muerde y te contagia la rabia?

—Son muy pequeños —tartamudeó Rojo—. Apenas se mueven cuando los tocamos. —¿Cuántos tenéis? —Dos. —¿Dónde están?

El industrial tocó el brazo de su esposa.

—Déjale ya —le dijo en voz baja—. Basta con que prometa librarse de esos animales. Ya es castigo suficiente. Y no pensó más en ello.

## 8

Estaban a la mitad de la comida cuando Flaco entró como una tromba en el comedor. Por un momento permaneció cohibido y luego dijo con voz casi histérica:

—Tengo que hablar con Rojo. Tengo que decirle algo. Rojo levantó la vista asustado, pero el astrónomo reprendió a Flaco:

—Te estás portando como un chico mal educado, hijo. ¿Son horas de venir a comer?

—Perdona, papá.

—Oh, déjelo —dijo la esposa del industrial—. Que hable con Rojo, si quiere... En cuanto a la comida, no...

—Tengo que hablar con Rojo a solas —insistió Flaco.

—Esto ya es demasiado dijo el astrónomo, con falsa amabilidad, destinada sólo a los extraños y bajo la cual podía reconocerse su ira—. Siéntate.

Flaco se sentó, pero sólo comía cuando notaba que le observaban. Y aun entonces le costaba tragar.

Su mirada se cruzó con la de Rojo.

—¿Se han escapado? —susurró.

Flaco movió ligeramente la cabeza.

—No, pero...

El astrónomo le miró con furia y Flaco se calló.

Terminado el almuerzo, Rojo se deslizó fuera de la estancia, Indicando con un movimiento imperceptible a Flaco que lo siguiese. Ambos se dirigieron en silencio a la cañada.

De pronto, Rojo se volvió furioso a su compañero:

—¿Qué te proponías al decir a mi padre que dábamos de comer a los animales?

—Yo no dije eso. Sólo le pregunté qué comen los animales. No es lo mismo. Además...

Pero Rojo aún no había terminado de exponer sus quejas. —¿Y dónde te has metido todo este tiempo? Pensé que volverlas a casa. Me han echado la culpa de que tú no vinieses conmigo

—Estoy tratando de explicarte lo que sucedió. ¿Puedes callar un momento y dejarme hablar?

—Bien, dime lo que sea, si es que tienes algo que decir.

—Lo haré si me dejas. Volví a la astronave. Tu padre y el mío ya se habían ido, y yo quería ver cómo era.

—Pero no es una astronave —objetó Rojo, sombrío.

—Te digo que sí lo es. Se puede mirar por las portillas y vi que dentro estaban todos muertos. —Hizo una mueca de repugnancia—. Sí, muertos.

—¿Quiénes estaban muertos?

Flaco contestó con voz aguda y chillona:

—¡Unos animales! ¡Como los nuestros! Sólo que no son animales. Son seres de otros planetas.

Por un momento, Rojo se quedó petrificado. Ahora ya no podía dudar de las palabras de Flaco, pues por la consternada expresión de éste se apreciaba que decía la

verdad. Sólo fue capaz de exclamar:

—Cielos.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Nos zurrarán si se enteran! —tembló. —Será mejor que los soltemos —opinó Rojo. —Nos delatarán.

—No hablan nuestro idioma. ¿No dices que son de otro planeta?

—Sí lo hablan. En alguna ocasión sorprendí a mis padres hablando de ello. Decía mi padre que los visitantes pueden hablar con el cerebro. Eso se llama telepatía o algo parecido. Yo pensé que se lo inventaba.

—Cielo santo. Yo digo que... —Rojo levantó la mirada—. Te diré qué vamos a hacer. Mi padre me ordenó que me librara de ellos. Enterrémoslos en alguna parte o tirémoslos a la cañada. —¿Él te dijo que hicieras eso?

—Me dijo que me librara de ellos, y no tengo más remedio que hacerlo. ¡Cielo santo, no conoces a mi padre!

Flaco ya no se sentía dominado por el pánico ante aquella solución completamente legal.

—Pues hagámoslo ahora mismo. Si los descubren tendremos problemas. Ambos echaron a correr hacia el establo, dominados por funestas visiones.

## 9

Era muy distinto mirarlos sabiendo que eran «seres.» Como animales, resultaban interesantes; como «seres», horribles. Sus ojos, que antes parecían pequeñas cuencas indiferentes, ahora les miraban con una activa malevolencia.

—Están gruñendo —dijo Flaco, con un susurro.

—Yo creo que están hablando entre ellos —dijo Rojo, sorprendido al no haber hallado antes el menor significado en aquellos gruñidos.

No hacía nada por sacarlos de la jaula. Ni tampoco Flaco. Habían quitado la lona, pero se limitaban a mirarlos. Flaco advirtió que no habían tocado la carne picada.

—¿No piensas hacer algo? —preguntó Flaco a su compañero. —¿Y tú?

—Eres tú quien los encontraste. —Bueno, pero ahora te toca a ti.

—No. Todo lo que ha pasado es culpa tuya. Yo sólo he mirado.

—Tú también ayudaste, Flaco. No lo niegues.

—Eso no importa. Tú los encontraste y eso es lo que yo diré cuando vengan a buscarnos.

—Está bien —dijo Rojo. Pero la idea de lo que podía suceder lo espoleó y tendió la mano hacia la puerta de la jaula. —¡Espera! —exclamó Flaco. Rojo se alegró de la interrupción. —¿Qué te pasa ahora? —Uno de ellos lleva una cosa que parece de hierro o de metal. —¿Dónde?

—Ahí. Ya lo vi antes, pero pensé que formaba parte de él. Pero si es una «persona», tal vez sea una pistola desintegradora. —¿Y eso qué es?

—Lo he leído en los libros de antes de la guerra. Casi todos los que iban en las astronaves llevaban pistolas desintegradoras. Le apuntaban a uno con ellas y uno se desintegraba.

—Pues ahora no nos apuntan —señaló Rojo con más miedo del que quería demostrar. —Da lo mismo. Pero yo no pienso quedarme aquí para terminar desintegrado. Voy a buscar a mi padre.

—Eres un cobarde. Un gallina.

—Me importa un pito. Puedes imitarme si quieres, pero si ahora los molestas, terminarás desintegrado. Espera y verás; la culpa será tuya, únicamente tuya.

Se dirigió a la estrecha escalera de caracol que conducía a la planta baja del establo, se detuvo al llegar a ella y luego retrocedió.

La madre de Rojo subía por la escalera, jadeando a causa del esfuerzo y sonriendo forzosamente en atención a Flaco, invitado de la familia.

—¡Rojo! ¡Eh, Rojo! ¿Estás ahí? No trates de ocultarte. Sé que los guardas ahí. La cocinera te vio correr hacia aquí con la carne.

—Ho... la, ma... má —tartamudeó Rojo.

—Enséñame esos asquerosos bichos. Yo misma me ocuparé de que te libres de ellos ahora mismo.

¡Estaban perdidos! A pesar de la inminente paliza, Rojo sintió como si se libraba de un peso. Al menos la responsabilidad ya no era suya.

—Están ahí, mamá. No les he hecho nada. Yo no sabía. Me parecieron unos animalitos y pensé que tú permitirías que me los quedase. Si hubiesen comido hojas o hierbas no les habría dado carne; tampoco comen nueces ni bayas... Además, la cocinera nunca me deja tocar nada; si no yo se lo hubiera pedido, y además no sabía que la carne era para comer y...

Hablaba atropelladamente, dominado por el terror y por eso no se apercibió que su madre no le escuchaba, sino que, con la mirada fija en la jaula, lanzaba un débil pero penetrante chillido.

## 10

—Lo único que podemos hacer es enterrarlos sin llamar la atención —estaba diciendo el astrónomo—. De nada serviría dar publicidad al asunto. Fue entonces cuando oyeron los chillidos.

Cuando ella se presentó ante ellos, corriendo atropelladamente, todavía no se había repuesto de la impresión. Transcurrieron algunos minutos antes de que su esposo pudiese arrancarle un relato coherente de lo sucedido.

Por último, ella pudo articular:

—Sí... están en el establo. No sé lo que son. No, no... Cerró el paso al industrial, que se disponía a dirigirse inmediatamente hacia allá.



—No vayas —le dijo—. Envía a un mozo con una escopeta. Te repito que nunca he visto nada como eso. Son unos animalillos horribles con... soy incapaz de describirlo. ¡Y pensar que Rojo los ha estado tocando y tratando de darles de comer!

—Yo sólo... empezó Rojo. —No era... —añadió Flaco.

El industrial les mandó callar.

—¡Ya habéis causado bastantes desaguisados por hoy! ¡Ahora a casa! Y no digáis ni una palabra a nadie. ¡Ni una palabra! No me interesan vuestros comentarios. Cuando todo esto se haya solucionado, ya los escucharé. En cuanto a ti, Rojo, ya me ocuparé de aplicarte un buen correctivo. —Y volviéndose a su esposa, dijo—:

Sean cuales sean esos animales, haré que los maten. —Y añadió en voz baja, cuando los chicos ya no podían oírle—: Vamos, vamos. A los chicos no les ha pasado nada y, después de todo, lo que han hecho no es tan horrible...

El astrónomo habló como si le costase pronunciar las palabras:

—Perdone, señora, pero..., ¿podría describirme esos animales?

Ella movió negativamente la cabeza. Se había quedado sin habla.

—¿No podría decirme tan sólo si...?

—Disculpe —dijo el industrial, en son de excusa—, pero yo me ocuparé de ella. ¿Me permite?

—Un momento, por favor. Su esposa ha dicho que nunca había visto animales como éstos. ¿No encuentra raro hallar animales tan insólitos en esta región?

—Lo siento, pero no me parece el momento más indicado para discutir eso. —¿Y si esos animales tan raros... hubiesen aterrizado aquí anoche? El industrial retrocedió un paso atrás, apartándose de su esposa. —¿Qué quiere decir?

—¡Lo mejor será ir corriendo al establo, señor!

El industrial le miró con desconfianza, dio media vuelta y de pronto echó a correr. El astrónomo salió detrás de él, y a sus espaldas se alzó un chillido penetrante de la mujer.

## 11

El industrial miró sorprendido al astrónomo, y luego volvió a mirar. —¿Son éstos?

—Sí, son éstos —dijo el astrónomo—. Sin duda les parecemos tan extraños y repulsivos como ellos a nosotros.

—¿Qué dicen?

—Que están muy incómodos, cansados y hasta un poco mareados, pero que no tienen lesiones de importancia y que los chicos los han tratado bien.

—¡Qué los han tratado bien! ¿Después de apoderarse de ellos para meterlos en una jaula y darles hierba y carne cruda para comer? Dígame, ¿qué debo hacer para comunicarme con ellos?

—Tal vez necesite cierto tiempo. Piense en ellos. Intente escuchar lo que le digan.

Lo conseguirá, tal vez ahora mismo.

El industrial lo intentó. Su rostro se contrajo por el esfuerzo de pensar una y otra vez:

«Los muchachos ignoraban vuestra identidad.» De pronto, el pensamiento ajeno inundó su mente:

«Nos dimos perfecta cuenta de ello, y como sabíamos que no querían hacemos daño y que nos consideraban animales, no intentamos atacarlos.» ¿Atacarlos?, pensó el industrial.

«Si, atacarles.» raptó telepáticamente—. Estamos armados. Uno de los pequeños y repugnantes seres empuña un objeto metálico y abrió un orificio en la parte alta de la jaula y otro en el techo del establo: ambos estaban ribeteados por madera chamuscada.

—Confiamos en que no será un desperfecto muy difícil de arreglar., pensaron los dos seres.

Al industrial le costaba coordinar sus pensamientos.

—¿Y con un arma en su poder, se dejaron apresar y enjaular? No lo entiendo — preguntó al astrónomo.

Un suave pensamiento le respondió:

«No queremos hacer daño a los jóvenes de las especies inteligentes.»

## 12

Era ya de noche. El industrial se había olvidado por completo de la cena. —¿Cree que la astronave podrá elevarse?

—Si ellos lo dicen —repuso el astrónomo—, habrá que creerlo. No creo que tarden mucho en volver.

—Y cuando vuelvan —dijo el industrial con energía— yo mantendré puntualmente mi parte del acuerdo. Es más, usaré todas mis influencias para que el mundo los acepte. Me equivoqué del todo, doctor. Unos seres que no hacen daño a unos niños a pesar del trato que recibieron son admirables. Aunque... casi siento tener que decirlo...

—¿Decir qué?

—Pienso en nuestros hijos. Casi me siento orgulloso. ¿Se imagina? Se apoderaron de esos seres, intentaron darles de comer y los mantuvieron ocultos: ¡Se necesita valor para hacer eso! Rojo me dijo que pensaban ganarse la vida en un circo, exhibiéndolos.

—¡Juventud! —exclamó el astrónomo.

## 13

—¿Despegamos ya? —preguntó el Mercader. —Dentro de media hora —contestó el

Explorador.

El viaje de vuelta iba a ser muy solitario: los otros diecisiete miembros de la tripulación habían muerto, y sus cenizas quedarían en un planeta extraño. Ellos tendrían que regresar con una nave averiada, y el peso de la maniobra recaería por completo en el Explorador.

—Tuvimos ojo comercial al no hacer daño a los pequeños —observó el Mercader—. Obtendremos unas condiciones inmejorables. «¡Bah, negocios!», pensó el Explorador.

—Todos han salido a despedimos comentó el Mercader—. ¿No crees que están demasiado cerca? Sería una lástima abrasar a alguno con los chorros de los cohetes. —No les ocurrirá nada. —Son asquerosos, ¿no crees? —Pero por dentro son agradables. Sus pensamientos son amistosos. —¿Quién lo diría al verlos? En especial ese joven, el que nos capturó... —Sí, Rojo.

—¡Vaya nombre para un monstruo! Me da risa. Y lamenta que nos marchemos. Aunque no logro averiguar el motivo. Parece como si le estropeásemos un propósito, algo que no acabo de comprender...

—Con un circo —dijo el Explorador. —¿Cómo? ¿Ese monstruo desvergonzado?

—¿Y por qué no? ¿Qué harías tú si le encontraras vagando por nuestro planeta, durmiendo en un campo de la Tierra, con sus tentáculos rojos, sus seis patas, sus pseudópodos y todo eso?

Rojo vio cómo se iba la nave. Sus tentáculos rojos, que le habían valido su apodo, temblaron de pena ante la oportunidad que se le escapaba. Y los ojos que tenía en los extremos de los tentáculos se llenaron de cristales amarillentos, que eran el equivalente de las lágrimas en la Tierra.

## Button, button (1953)

---

“Button, Button”

Fue el esmoquin lo que me engañó, y durante un par de segundos no le reconocí. Para mí era tan sólo un posible cliente, el primero al que hubiera oído el rastro en una semana... y estaba precioso.

Hasta vistiendo un esmoquin a las nueve cuarenta y cinco de la mañana estaba hermoso. Quince centímetros de huesuda muñeca y veinticinco de nudosa mano continuaban el camino allí donde la manga ya no seguía; el final de los calcetines y la botamanga de los pantalones no se unían del todo; y sin embargo, estaba hermoso.

Luego le miré a la cara, y dejó de ser un posible cliente. Era mi tío Otto. Se acabó la hermosura. Como de costumbre, el semblante de tío Otto tenía la expresión de un sabueso que acabara de recibir un puntapié en el trasero de parte de su mejor amigo.

No reaccioné de una manera excesivamente original.

—¡Tío Otto! —exclamé.

También usted le reconocería, si hubiese visto aquella cara. Cuando apareció en la cubierta del Time, hace unos cinco años —fue por el 1957 o el 1958, doscientos cuatro lectores, exactamente, escribieron diciendo que jamás olvidarían aquel semblante. La mayoría añadía comentarios relativos a pesadillas. Si quieren saber el nombre completo de tío Otto, es el de Otto Schlemmelmayer. Pero no saquen conclusiones precipitadas. Es hermano de mi madre. Yo me llamo Smith.

—Harry, hijo mío —exclamó él. Y soltó un gemido.

Muy interesante, pero nada ilustrativo. Yo pregunté:

—¿Y por qué el esmoquin?

—Es de alquiler —respondió.

—De acuerdo. Pero ¿por qué lo lleva por la mañana?

—¿Es ya la mañana? —miró vagamente a su alrededor; luego fue hasta la ventana y miró fuera.

Mi tío Otto Schlemmelmayer es así.

Le aseguré que sí, que había llegado ya la mañana y él, haciendo un esfuerzo, dedujo que se había pasado la noche entera andando por las calles de la ciudad.

Luego apartó un puñado de dedos de la frente para decir:

—Pero es que estaba tan trastornado, Harry. En el banquete...

Los dedos revolotearon por un minuto; luego se doblaron en un cuarto de puño y descendieron, abriendo hoyos en la superficie de mi mesa escritorio.

—Pero ¡se acabó! Desde hoy, haré las cosas a mi manera.

Una afirmación que tío Otto venía repitiendo desde los comienzos del asunto del «Efecto Schlemmelmayer». Quizá esto le sorprenda a usted. Quizá crea usted que mi tío debía la fama al Efecto Schlemmelmayer. Bien, todo depende de cómo se mire.

Descubrió el Efecto allá por el 1952, y es muy probable que usted esté tan bien enterado como yo mismo. En pocas palabras, ideó un relé de germanio de tal naturaleza que reaccionaba ante las ondas del pensamiento, o en todo caso ante los campos electromagnéticos de las células cerebrales. Y trabajó años y años para convertir dicho relé en una flauta, de modo que no tocara música bajo ninguna presión que no fuera la del pensamiento. Aquello era su amor, su vida; aquello iba a revolucionar la música. Todo el mundo sabría tocar aquella flauta; no se necesitaría habilidad alguna..., sólo el pensamiento.

Luego, hace unos cinco años, un sujeto joven de Consolidated Arms, un tal Stephen Wheland, modificó el Efecto Schlemmelmayer y lo invirtió. Ideó un campo de ondas supersónicas capaces de activar el cerebro por medio de un relé de germanio, freírlo, y matar una rata a seis metros de distancia. Según descubrieron más tarde, también podía matar hombres.

Visto lo cual, Wheland obtuvo una gratificación de diez mil dólares y un ascenso, mientras que los mayores accionistas de Consolidated Arms se pusieron a ganar millones, cuando el gobierno compró las patentes y cursó pedidos.

¿Y tío Otto? Salió en la cubierta del Time.

Después de lo cual, todo el que se hallara cerca de su persona, digamos a un radio de unos cuantos kilómetros, comprendía que tenía una queja. Unos pensaban que se debía al hecho de no haber recibido dinero alguno; otros a que su gran descubrimiento se hubiera convertido en un instrumento de guerra y matanza.

¡Tonterías! ¡Era por la flauta! He ahí la auténtica tachuela en el sillón de su vida. ¡Pobre tío Otto! Estaba enamorado de su flauta. La llevaba siempre consigo, dispuesto a mostrar sus virtudes. El instrumento reposaba dentro de un estuche especial, en el respaldo de la silla, cuando comía, y en la cabecera de la cama cuando dormía. Las mañanas de los domingos, los laboratorios de física de la Universidad resultaban odiosos por culpa de la flauta de tío Otto, cuyos sonidos, bajo un control mental imperfecto, se abrían un desafinado paso por alguna llorosa canción popular alemana.

El problema estaba en que ningún fabricante quería aventurarse con ella. Apenas se revelaba la existencia de dicho instrumento, el Sindicato de Músicos amenazaba con silenciar hasta la última semicorchea del país; las diversas industrias de objetos de entretenimiento ponían firmes a sus cabilderos y los sacaban formados en escuadras de asalto para entrar en acción inmediatamente; y hasta el anciano Pietro Faranini se puso la batuta detrás de la oreja e hizo apasionadas declaraciones a los periódicos sobre la inminente defunción del arte.

Tío Otto no se sobrepuso jamás.

—Ayer tuve las últimas esperanzas —me estaba diciendo. La Consolidated informa a mi que un banquete en honor mío querrán dar. ¿Quién sabe?, me digo.

Acaso querrán mi flauta comprar.

Cuando está nervioso, tío Otto suele desviarse de la ordenación de las palabras según el estilo inglés para volver al alemán.

El cuadro me intrigó.

—¡Qué idea! —grité—. Un millar de flautas gigantes escondidas en puntos clave de los territorios enemigos bramando canciones de propaganda comercial bastante desafinadas como para...

—¡Silencio! ¡Silencio! —Tío Otto abatió la palma de la mano contra mi mesa escritorio como un tiro de pistola, y el calendario de plástico, asustado, dio un salto y cayó muerto. —¿También de ti guasitas? ¿Dónde está tu respeto?

—Lo siento, tío Otto.

—Entonces, escucha. Yo asistí al banquete y pronunciaron discursos sobre el Efecto Schlemmelmayer y sobre cómo reforzaba la energía mental. Luego, cuando yo pensaba que anunciarían que mi flauta comprarían, ¡ellos me dan esto!

Tío Otto sacó una moneda que lucía como oro y que parecía ser de dos mil dólares y la tiró contra mí. Yo me agaché.

Si la moneda hubiera dado contra la ventana, habría caído fuera y acaso hubiese perforado el cráneo de un transeúnte; pero dio contra la pared. La recogí. Por el peso, se adivinaba en seguida que no era de oro, sino solamente dorada. En una cara decía: «Premio Elias Bancroft Sudford», en letras grandes, y «al doctor Otto Schlemmelmayer por sus contribuciones a la ciencia», en letras pequeñas. En la otra cara había un perfil, que, evidentemente, no era el de mi tío Otto. En realidad no se parecía a ninguna variedad canina, sino más bien a un cerdo.

—¡Ese —dijo tío Otto— es Elias Bancroft Sudford, presidente de Consolidated Arms! —Y continuó—: De modo que cuando vi que eso era todo, me levanté muy cortés y les dije: «¡Caballeros, ojalá revienten!» Y me marché.

—Luego ha andado por las calles toda la noche —completé yo por su cuenta—, y ha venido aquí sin cambiarse de ropa siquiera. Todavía luce el esmoquin.

Tío Otto estiró un brazo y fijó la mirada en las prendas que le cubrían.

—¿Un esmoquin? —repitió.

—¡Un esmoquin! —insistí.

Sus largas, carrilludas mejillas se cubrieron de manchas encarnadas, y rugió:

—¡Yo he venido aquí por un asunto de importancia trascendentalísima, y tú te empeñas en nada más que de los esmoquin hablar! ¡Mi propio sobrino!

Dejé que la llama se apagara por sí misma. Tío Otto es el miembro brillante de la familia; de modo que, aparte de procurar evitar que se caiga a una cloaca o que salga de paseo por las ventanas, los otros, pobres imbéciles, procuramos no molestarle.

—¿Y en qué puedo servirle, tío? —pregunté, tratando de dar un tono profesional a mis palabras, de introducir en ellas la relación abogado-cliente.

El aguardó, en una pausa impresionante, y dijo:

—Necesito dinero.

Inevitable, había de equivocarse de casa. Respondí:

—Tío, en estos momentos no tengo...

—No el tuyo —puntualizó.

Me sentí mejor.

—Tengo un Efecto Schlemmelmayer nuevo, y mucho mejor. Este yo no en científicos periódicos lo publico. La mi boca grande cerrada mantengo. Ello enteramente mío propio es. —Mientras hablaba, con el huesudo índice, iba dirigiendo una orquesta fantasma.

—Con este nuevo Efecto —prosiguió—, dinero ganaré y mi propia fábrica de flautas abriré.

—Muy bien —dije yo, pensando en la fábrica de flautas y mintiendo.

—Lo malo es que poseo una mente brillante. Sé elaborar conceptos que superan a las personas corrientes. Solamente, Harry, que maneras de ganar dinero elaborar no sé. Ese es un talento que no poseo.

—Mal —dije yo, sin mentir nada en absoluto.

—Por eso acudo a ti como abogado.

Yo me reí un poco, con una risita deprecatoria.

—Acudo a ti —continuó él—, para hacer que me ayudes con tu taimado, embustero, escurridizo, deshonesto cerebro de abogado.

Mentalmente, archivé el comentario en la carpeta de cumplidos inesperados, y dije:

—Yo también le aprecio a usted, tío Otto.

Debió de notar el tono de sarcasmo, porque se puso morado de rabia y chilló:

—No te pongas quisquilloso. Sé como yo, paciente, comprensivo y llano, cabeza de leño. ¿Quién de ti como hombre habla? Como hombre, eres un badulaque honrado, pero como abogado has de ser un granuja. Todo el mundo lo sabe.

Suspiré. El Colegio de Abogados me había advertido que viviría días como éste.

—¿Cuál es su nuevo efecto, tío Otto? —pregunté.

—Puedo retroceder en el tiempo y traer al presente cosas del pasado.

Actué con presteza. Con la mano izquierda saqué el reloj del bolsillo inferior izquierdo del chaleco y lo consulté con toda la ansiedad que supe acumular. Con la mano derecha cogí el teléfono.

—Bien, tío —dije con calor—, acabo de recordar una cita tremendamente importante a la que llegaré ya con horas de retraso. Siempre me alegra verle. Pero ahora me temo que debo decirle adiós. Sí, señor, verle ha sido un placer, un verdadero placer. Bueno, adiós, señor. Sí, señor...

No llegué a levantar el auricular del soporte. Iba a levantar la mano, en efecto,

pero la de mi tío se había posado sobre la mía y empujaba hacia abajo. Imposible competir con él. ¿He dicho antes que tío Otto perteneció en 1932 al equipo de lucha grecorromana de Heidelberg?

Me cogió suavemente —para él— por el codo; yo me puse en pie. Fue un tremendo ahorro —para mí— de esfuerzo muscular.

—Permítasenos —dijo—, a mi laboratorio ir.

Y al laboratorio se fue. En cuanto a mi, como no tenía cuchillo, ni ganas de cortarme el brazo izquierdo, separándolo del hombro correspondiente, a su laboratorio me fui también...

El laboratorio de tío Otto se encuentra al final de un pasillo, después de doblar una esquina, en un edificio de la Universidad. Desde que se vio la gran importancia del Efecto Schlemmelmayer, le dispensaron de todo trabajo rutinario y dejaron que hiciera lo que le pareciese bien. Lo cual se reflejaba en su laboratorio.

—¿Ya no cierra nunca la puerta? —pregunté.

Me miró con aire taimado, arrugando la enorme nariz como si olisquease algo.

—Lo está; está cerrada. Con un relé Schlemmelmayer, está cerrada. Yo pienso una palabra... y la puerta se abre. De otro modo no puede nadie entrar. Ni siquiera el Rector de la Universidad. ¡Ni siquiera el portero!

—¡Vaya, tío Otto! Una cerradura mental podría reportarle...

—¡Ah! ¿Debería vender la patente para que algún rico se lo apropiase? Jamás. Dentro de un tiempo yo mismo rico seré.

Una cosa hay que decir de tío Otto. No es uno de esos sujetos con los que tienes que discutir y volver a discutir para lograr que vean la luz. Sabes de antemano que nunca la verá. Por ello cambié de tema.

Y dije:

—¿Y la máquina del tiempo?

Tío Otto me aventaja unos treinta centímetros en estatura, pesa cerca de catorce kilos más y es fuerte como un buey. Cuando me rodea el cuello con las manos y me sacude, tengo que limitar mi papel en el conflicto a ponerme de color morado.

Y morado me volví, como era de rigor. El dijo:

—¡Sssiiittt!

Y yo entendí la idea.

Entonces me soltó y dijo:

—Nadie sabe nada del Proyecto X. —Y repitió ponderosamente—: El Proyecto X. ¿Comprendes?

Hice un signo afirmativo. De ningún modo habría podido hablar con una laringe que iba reponiéndose muy lentamente.

—No quiero que me creas sobre mi palabra —dijo—. Para ti voy una demostración a hacer.



Procuré quedarme cerca de la puerta.

—¿Traes un pedazo de papel con letra tuya escrito? —preguntó.

Rebusqué por el bolsillo interior del chaleco. Guardaba unas notas para una posible defensa de un posible cliente en un posible día futuro.

Tío Otto dijo:

—No me lo enseñes. Desgárralo, nada más. A pequeños pedazos desgárralo y en este vaso de análisis los trozos pon.

Rompí el papel en ciento veintiocho pedazos.

El los examinó pensativamente y se puso a ordenar botones de una... humm... una máquina. La tal máquina llevaba adosada una pequeña repisa de vidrio opalino que parecía la batea de un dentista.

Hubo una pausa. El seguía ordenando. Luego exclamó:

—¡Ajá! —Y yo emití un sonido raro, que no traduzco en letras.

Unos cinco centímetros más arriba de la batea había una cosa que parecía un trozo de papel peludo. Mientras yo miraba, quedó enfocado y... oh, vaya, ¿por qué darle demasiada importancia? Eran mis notas. Mi letra. Perfectamente legible. Perfectamente legítima.

—¿Hay inconveniente en que lo toque? —Yo estaba un poco ronco, en parte por la sorpresa, y en parte por la dulce manera que tenía tío Otto de imponer el secreto.

—No se puede —contestó, pasando la mano al través. El papel continuaba allí detrás, intacto—. Es sólo una imagen en un foco de un paraboloide tetradimensional. El otro foco se halla en un punto del tiempo anterior al momento en que lo has desgarrado.

Yo también lo atravesé con la mano. Yo no sentí nada.

—Ahora mira —dijo. Hizo girar un botón de la máquina y la imagen del papel se desvaneció. Entonces sacó unos cuantos trozos de papel del montón, los arrojó al cenicero y les acercó una cerilla. Luego echó las cenizas al fregadero y las hizo desaparecer por el tubo. Hizo girar nuevamente el botón y otra vez apareció el papel; aunque con una diferencia. Faltaban unos trozos irregulares.

—¿Los pedazos quemados? —pregunté.

—Exactamente. La máquina debe recorrer el tiempo a lo largo de los hipervectores de las moléculas sobre las cuales se enfoca. Si ciertas moléculas están dispersas por el aire... ¡pff-f-ft!

Tuve una idea.

—Supongamos que dispusiera solamente de las cenizas de un documento.

—Entonces sólo podríamos seguir la pista de esas moléculas.

—Pero quedarían tan bien distribuidas —señalé—, que obtendría una imagen, aunque borrosa, del documento.

—Hummm. Quizás.

La idea me entusiasmaba cada vez más.

—Bueno, pues, oiga, tío Otto. ¿Sabe cuánto pagarían por una máquina como ésa muchos departamentos de policía? Sería un don del cielo para los agentes...

Me interrumpí. No me gustaban los bufidos que tío Otto soltaba. Y pregunté, muy cortés:

—¿Decía usted algo, tío?

El conservaba una calma notable. Al hablar, su voz apenas pasaba de un berrido.

—De una vez para siempre, sobrino. Mis inventos yo, de ahora en adelante, por mi cuenta explotaré. Primero debo algún capital inicial obtener. Capital de otra fuente que la de mis ideas vender. Después de lo cual, una fábrica para mis flautas manufacturar abriré. Eso en primer lugar. Después, después, con las ganancias puedo maquinaria vector-tiempo manufacturar. Pero primero mis flautas. Antes que nada, mls flautas. Anoche, así lo juré.

»Por el egoísmo de unos cuantos el mundo de gran música se está privando. ¿Debe mi nombre a la historia como un asesino pasar? ¿Debe el Efecto Schlemmelmayer una manera de freír cerebros humanos ser? ¿O debe hermosa música a la mente traer? Grande, maravillosa, perdurable música.

Tenía una mano levantada en actitud oratoria... la otra se la había llevado a la espalda. Las ventanas producían un zumbido agudo al vibrar bajo el impacto de sus palabras.

—Tío Otto, que le oirán —advertí precipitadamente.

—Entonces, deja de gritar —replicó.

—Pero, oiga —protesté—, ¿cómo piensa obtener el capital inicial, si no quiere explotar esa maquinaria?

—No te lo he contado. Puede hacer una imagen real. Y si resulta una imagen valiosa, ¿qué me dices?

Esto parecía excelente.

—¿Quiere decir algo así como un documento perdido, un manuscrito, una primera edición... cosas de ese calibre?

—Pues no. Hay una pega. Dos pegas. Tres pegas.

Yo aguardé a que parase de contar; pero parecía ser que el límite era tres.

—¿Qué pegas? —inquirí.

—Primera —respondió—, que debo tener el objeto en el presente para enfocarlo; de lo contrario no puedo localizarlo en el pasado.

—¿Quiere decir que no puede encontrar nada que no exista actualmente, en un lugar donde usted pueda verlo?

—En ese caso, las pegas números dos y tres son puramente académicas. Pero, de todos modos, ¿en qué consisten?

—Sólo puedo traer del pasado un gramo de materia, aproximadamente.

¡Un gramo! ¡La milésima parte de un kilogramo!

—¿Qué pasa? ¿No dispone de bastante energía?

Tío Otto contestó con acento irritado:

—Se trata de una relación exponencial inversa. Ni toda la energía del universo más que acaso dos gramos traer no podría.

Eso ponía la situación más bien nublada.

—¿Y la tercera pega? —pregunté.

—Pues... —El hombre titubeaba—. Cuanto más separados los focos, tanto más elástico el lazo. Cierta distancia ha de existir antes de que al presente se pueda traer. En otras palabras, hacia el pasado al menos ciento cincuenta años hay que retroceder.

—Comprendo —dije— aunque en realidad no lo comprendía.

Yo procuraba expresarme como un abogado.

—Resumiendo: usted quiere traer del pasado algo que le permita reunir un capitalito. Ha de ser algo que exista y que usted pueda ver; de manera que no puede ser un objeto perdido, de valor histórico o arqueológico. Ha de pesar menos de un gramo, de modo que no puede ser el diamante Kullinan ni cosa parecida. Ha de tener ciento cincuenta años de antigüedad al menos, de modo que no puede ser un sello raro.

—Exacto —dijo tío Otto—. Lo has captado perfectamente.

—¿Qué he captado? —Medité un par de segundos. Luego dije—: No se me ocurre nada. Bueno, adiós, tío Otto.

No creía que me saliera bien; pero intenté marcharme.

No salió bien. Las manos de tío Otto descendieron sobre mis hombros y me quedé de puntillas sobre un par de centímetros de aire.

—Me arrugará la chaqueta, tío Otto.

—Harold —dijo él—, como abogado a su cliente, me debes algo más que un adiós precipitado.

—No he cobrado anticipo alguno, comprometiéndome —logré gargarizar.

El cuello de la camisa empezaba a oprimir en exceso el mío propio. Probé de deglutir, y el primer botón salió disparado.

—Entre parientes, el dar un anticipo es una formalidad baladí —razonaba mi tío—. Por mi condición de cliente y de tío tuyo me debes una fidelidad absoluta. Además, si no me ayudas a salir de este apuro, te ataré las piernas detrás del cuello y te bloquearé como si fueses una pelota de baloncesto.

Como abogado que soy, la lógica me infunde mucho respeto.

—Me entrego —dije—. Me rindo. Usted gana.

El me dejó caer.

Y entonces... (ésta es la parte que me parece más increíble cuando vuelvo la vista hacia la aventura en conjunto)... tuve una idea.

Fue la ballena de las ideas. Un monstruo. Esa idea en toda una vida que todo el mundo tiene sólo una vez.

Por el momento, no le expliqué toda la cuestión a tío Otto. Quería pasar unos días meditándolo. En cambio, si le dije lo que había que hacer. La dije que tendría que irse a Washington. No fue fácil convencerle a fuerza de discursos; aunque, por otra parte, si ustedes conocieran a tío Otto, hay ciertos medios...

Encontré dos billetes de diez dólares asomando lamentablemente en mi cartera y se los di.

—Comprobaré cuánto vale el billete del tren, y usted podrá quedarse con los veinte dólares, si resulta que no me porto honradamente.

El reflexionó.

—Tonto para arriesgar veinte dólares por nada tampoco lo eres —admitió.

Tenía razón, además...

Volvió a los dos días y me comunicó qué objeto había enfocado. Al fin y al cabo, estaba en una caja llena de nitrógeno y herméticamente cerrada; pero tío Otto dijo que no importaba. De regreso al laboratorio, unos seiscientos kilómetros más allá, el enfoque continuaba perfecto. También fue tío Otto quien me lo aseguró.

Yo dije:

—Dos cosas, tío Otto, antes de hacer nada.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —Y siguió mucho más rato—: ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

Colegí que le dominaba la ansiedad. Y dije:

—¿Está seguro de que si traemos al presente un fragmento de un objeto perteneciente al pasado, ese fragmento no desaparecerá del objeto tal como ahora exista?

Tío Otto hizo sonar los largos nudillos y dijo:

—Creamos materia nueva, no robamos la vieja. ¿Para qué otro fin enormes cantidades de energía necesitaríamos?

Yo pasé al segundo punto.

—Y mis honorarios, ¿qué?

Acaso ustedes no lo crean, pero hasta entonces no había mencionado el dinero para nada. Tampoco lo había mencionado tío Otto. En su caso, era muy lógico.

Los labios se le estiraron en una mala imitación de una sonrisa afectuosa.

—¿Honorarios?

—El diez por ciento de lo que usted cobre —le dije.

El hombre abrió la boca de sorpresa.

—Pero ¿a cuánto ascenderá lo que cobre?

—Quizá ascienda a cien mil dólares. A usted le corresponderían noventa mil.

—¡Noventa mil...! ¡Himmel! Entonces, ¿a qué esperamos?

Saltó hacia la máquina y al medio minuto el espacio de encima de la bandeja del dentista brillaba con la imagen de un pergamino.

Aquello aparecía cubierto de una letra pulcra, juntita, como si fuese una anotación para un premio de caligrafía antigua. Al final de la hoja había unos nombres: uno grande y cincuenta y cinco pequeños.

¡Cosa curiosa! Me quedé sin aliento. Yo había visto muchas reproducciones, pero aquello era el documento original. ¡Era la auténtica Declaración de Independencia!

—¡Que me cuelguen! —exclamé—. Lo ha conseguido.

—¿Y los cien mil? —inquirió tío Otto, pasando al punto concreto.

Había llegado el momento de darle una explicación.

—Mire, tío, al final del documento hay firmas. Son los nombres de americanos eminentes, padres de su patria, a quienes todos reverenciamos. Cualquier cosa relativa a ellos interesa a todos los americanos.

—De acuerdo refunfuñó tío Otto—, te acompañaré tocando el *Stars and Stripes Forever* con la flauta.

Solté prestamente la carcajada para demostrar que tomaba a broma el comentario.

Porque si no era una broma, no había quien lo resistiera. ¿Han oído alguna vez a mi tío tocando el *Stars and Stripes Forever* con la flauta?

—Uno de los firmantes —expliqué—, procedente del Estado de Georgia, murió en 1777, al año siguiente de haber firmado la Declaración. No dejó muchos recuerdos, de modo que las firmas auténticas suyas figuran entre las más valiosas del mundo. Se llamaba Button Gwinnett.

—Pero ¿de qué nos sirve eso para ganar dinero? —preguntó tío Otto, siempre con la mente ceñudamente fija en las verdades eternas del universo.

—Aquí —respondí sencillamente— tenemos una firma auténtica, verdadera, de Button Gwinnett, en la mismísima Declaración de Independencia.

Tío Otto había quedado tan pasmado que guardaba un silencio absoluto, ¡y conste que para imponer un silencio absoluto a tío Otto hay que dejarlo realmente pasmado!

—Pues ahora —dije yo—, ahí la tiene, exactamente en el extremo izquierdo del espacio reservado para las firmas, junto con los otros dos firmantes de Georgia: Lyman Hall y George Walton. Advertirá usted que amontonaron las firmas a pesar de haber espacio abundante encima y debajo. La verdad es que la G mayúscula de Gwinnett desciende hasta entrar en contacto prácticamente con el apellido de Hall. Por consiguiente, no trataremos de separarlos. Los grabaremos todos. ¿Puede encargarse de ello?

¿Han visto jamás un perro sabueso que pusiera semblante de estar contento? Pues mi tío Otto consiguió ponerlo.

Una mancha de luz más intensa se posó sobre los nombres de los tres firmantes de Georgia.

Tío Otto dijo, un poquitín cortado el aliento:

—Hasta hoy, jamás había hecho este experimento.

—¿Qué? —grité yo. Ahora me lo decía.

—Habría demasiada energía requerida. No deseaba que la universidad indagara qué estaba ocurriendo aquí. ¡Pero no te apures! Mis matemáticas no pueden estar equivocadas.

Yo recé en silencio para que sus matemáticas no estuviesen equivocadas.

La luz se hizo aún más brillante y se levantó un zumbido que fue llenando el laboratorio de un ruido áspero. Tío Otto hizo girar un botón, luego otro, y luego un tercero.

¿Se acuerdan ustedes de aquella vez, hace sólo unas semanas, que todo el Manhattan alto y el Bronx se quedaron doce horas sin electricidad a causa del más condenado corte por exceso de carga en la central generadora principal? No diré que fuese culpa nuestra, porque no tengo ganas de que me procesen por daños y perjuicios; pero sí diré lo que sigue: la corriente cesó cuando tío Otto hizo girar el tercer botón.

Fuera del laboratorio, todas las luces se apagaron y me encontré en el suelo con unos zumbidos terribles en los oídos. Tío Otto estaba tendido sobre mí.

Nos ayudamos recíprocamente a ponernos en pie, y tío Otto encontró una lámpara eléctrica. Un momento después aullaba de angustia:

—Fundida. Fundida. Mi máquina en ruinas está. A la destrucción entregada ha sido.

—Pero ¿y las firmas? —le grité—. ¿Las tiene?

El se interrumpió a mitad de un grito.

—No lo he mirado.

Mientras lo miraba, cerré los ojos. La desaparición de cien mil dólares no es cosa para mirarla tan tranquilamente.

—¡Ah! ¡Ah! —gritó él. Y yo abrí los ojos al momento. Tenía en la mano un trozo cuadrado de pergamino de unos cinco centímetros de lado. Había en él tres firmas, y la de arriba de todas era la de Button Gwinnett.

Bueno, fíjense bien, la firma era absolutamente auténtica. No era una falsificación. No había ni un átomo de fraude en el negocio aquél. Quiero que se comprenda bien esto. En la ancha mano de mi tío reposaba una firma trazada por la georgiana mano del mismísimo Button Gwinnett en el pergamino auténtico, real y verdadero de la fidedigna, realísima y autenticísima Declaración de Independencia.

Decidimos que tío Otto se trasladarla a Washington con el pedazo de pergamino Yo no servía para el caso. Yo era abogado. Se supondría que estaba demasiado enterado.

En cambio, él era meramente un genio científico; de él no se supondría que supiera nada. Además, ¿quién podría sospechar que el doctor Schlemmelmayer fuese capaz de nada más que de la honradez más prístina?

Nos pasamos una semana retocando nuestra versión. Yo compré un libro para el caso (una vieja historia de la Georgia colonial) en una librería de ocasión. Mi tío Otto se lo llevaría consigo y afirmaría haber encontrado un documento entre sus páginas; una carta al Congreso Continental en nombre del Estado de Georgia. Pero al verlo levantó los hombros con indiferencia y sostuvo el pergamino sobre un mechero «Bunsen». ¿Qué interés había de sentir un físico por una carta? Luego se dio cuenta del olor peculiar que despedía al arder y de la lentitud con que se consumía. Apagó las llamas, pero sólo pudo salvar el trozo con las firmas. Al mirarlas, el nombre de Button Gwinnett hizo vibrar una delgada fibra de su memoria.

El se aprendió la versión al pie de la letra. Yo quemé los bordes del pergamino de forma que el nombre del fondo, el de George Walton, se chamuscara un poco.

—Así parecerá más real —expliqué—. Por supuesto, una firma sin una carta encima pierde valor; pero aquí tenemos tres firmas; las de los tres representantes.

Tío Otto estaba pensativo.

—¿Y si comparan las firmas con las de la Declaración y se dan cuenta de que hasta miradas al microscopio son idénticas, ¿no de fraude sospecharán?

—Ciertamente. Pero ¿qué pueden hacer? El pergamino es auténtico. La tinta es auténtica. Las firmas son auténticas. Tendrán que reconocerlo. Por más que sospechen algo raro, no podrán probar nada. ¿Se les puede ocurrir la idea de retroceder en el tiempo para saber la verdad? Ojalá armaran mucho revuelo sobre el caso. La publicidad haría subir el precio.

Esta última frase arrancó una carcajada a tío Otto.

Al día siguiente, el inventor subió al tren para Washington contemplando mentalmente constelaciones de flautas. Flautas largas, flautas cortas, flautas bajas, flautas trémolo, flautas macizas, micro-flautas, flautas para solo y flautas para orquesta. Un mundo de flautas para música modulada con la mente.

—Recuerda —fueron sus últimas palabras—, la máquina dinero no tengo para reconstruir. Esto debe salir bien.

—No puede fallar, tío Otto —dije yo, ¡Ahí

Al cabo de una semana estaba de vuelta. Yo había hablado con él, por teléfono, todos los días, y todos los días me había contestado que estaban investigando.

Investigando.

Claro, ¿no investigarían ustedes? Mas ¿de qué había de servirles?

Yo estaba en la estación esperándole. Su cara permanecía inexpresiva. No me atrevía a preguntarle nada en público. Tenía muchas ganas de inquirir:

«Bueno, ¿qué? ¿Sí o no?», pero pensé: «Dejemos que hable él»

Lo llevé a mi oficina. Le ofrecí un cigarro y un trago. Escondí las manos bajo la mesa, con lo cual sólo logré que la mesa bailotease también; de modo que me las puse en los bolsillos y temblé todo yo entero.

—Investigaron —dijo él.

—¡Claro! Ya le dije que investigarían. ¡Ja, ja, ja! ¿Ja, ja?

Tío Otto dio una larga chupada al cigarro. Dijo:

—El encargado de la Oficina de Documentos se acercó a mí y me dijo: «Profesor Schlemmelmayer, usted es víctima de un fraude inteligente.» Yo respondí: «¿Sí? ¿Y cómo puede ser un fraude? ¿Acaso la firma una falsificación es?» Y él respondió: «En verdad que no parece una falsificación, ¡pero ha de serlo!» «¿Y por qué ha de serlo?», repliqué yo.

Tío Otto dejó el puro, dejó el vaso y se inclinó hacia mí por encima de la mesa. Me tenía tan intrigado que yo me incliné hacia él, así que, en cierto modo, me hice acreedor a lo que me sucedió.

—Eso es, precisamente —balbuceé—, ¿por qué ha de serlo? No pueden probar ninguna anomalía en ella, porque es auténtica. ¿Por qué ha de ser un fraude, eh? ¿Por qué?

La voz de tío Otto tenía un acento dulzón.

—¿Sacamos el pergamino del pasado? —preguntó.

—Sí. Sí. Usted sabe que lo sacamos.

—Muy pasado.

—Más de ciento cincuenta años atrás. Usted dijo...

—Y ciento cincuenta años atrás el pergamino en el que escribieron la Declaración de Independencia bonitamente nuevo estaba, ¿no?

Yo empezaba a entender el problema, aunque no con bastante rapidez.

La voz de tío Otto cambió de marcha y se convirtió en rugido opaco, retumbante:

—Y si Button Gwinnett en 1777 murió, ¡so cabeza de leño abandonada de Dios!, ¿cómo se puede encontrar una firma suya auténtica en un pedazo nuevo de pergamino?

Después de lo cual todo se redujo a que el mundo se precipitaba adelante y atrás a mi alrededor.

Espero que pronto podré volver a tenerme en pie. Todavía me duele todo el cuerpo; pero los médicos me dicen que no se me rompió ningún hueso.

Con todo, tío Otto no me tuvo que obligar a tragarme el maldito pergamino.



# Everest (1953)

---

“Everest”

En 1952 estaban casi dispuestos a abandonar las tentativas de escalar el Everest. Pero las fotografías les mantuvieron en marcha.

Aunque como tales, las fotografías no eran gran cosa: borrosas, rayadas y sin otro detalle de interés que una especie de ampollas oscuras sobre el fondo blanco. Pero aquellas ampollas oscuras eran criaturas vivientes. Los hombres lo juraban.

—¡Qué diablos! —dije yo—. Hace cuarenta años que hablan de criaturas vivientes resbalando por los glaciares del Everest. Ya sería hora de que nos ocupáramos del caso.

Jimmy Robbins (perdonen, James Abraham Robbins) era quien me había empujado a esta actitud. El montañismo era su pasión. El sabía bien por qué los tibetanos no querían acercarse al Everest por considerarlo la montaña de los dioses. Era capaz de hablarme hasta de la última misteriosa huella de un pie más o menos humano de que hubiera habido noticia sobre el hielo a siete mil quinientos metros de altura; se sabía de memoria todos los cuentos fantásticos sobre las alargadas y blancas criaturas, corriendo veloces por las grietas de encima del último campamento que los alpinistas habían conseguido plantar en un paraje que encogía el corazón.

Es muy saludable tener a un tipo entusiasta como él en el cuartel general de Inspección Planetaria.

De todos modos, las últimas fotografías daban un tono mordaz a sus palabras. Al fin y al cabo, uno apenas podía pensar que aquello fuesen hombres.

—Oiga, jefe —decía Jimmy—, lo interesante no es la existencia de esas manchas, sino el hecho de que se mueven a gran velocidad. Fíjese en esa figura. Está borrosa.

—Es posible que se moviera la cámara.

—Esa grieta de aquí está sobradamente clara. Y los hombres juran que ese ser corría. Imagine el metabolismo que ha de tener para correr con esa presión de oxígeno. Oiga, jefe, ¿usted habría creído en los peces abisales, si no hubiese oído hablar nunca de ellos? Hay peces que buscan nuevos escondites en un medio ambiente que puedan explotar, con lo cual se hunden cada vez más en las profundidades, hasta que un día descubren que ya no pueden regresar. Se han adaptado tan perfectamente que pueden vivir bajo una presión de toneladas.

—Entonces...

—¡Maldita sea!, ¿no puede invertir el cuadro? Algunas criaturas se pueden ver obligadas a remontarse por la montaña, ¿verdad? Pueden adaptarse a resistir en una atmósfera más enrarecida y a temperaturas más frías. Pueden alimentarse de musgo, del mismo modo que, en última instancia, los peces de las grandes profundidades viven de la fauna que se va filtrando poco a poco hacia el fondo. Y hete ahí que esos

seres de la montaña descubren un día que ya no pueden volver a bajar. No digo que sean hombres. Es posible que sean gamos, o cabras monteses, o tejones, o cualquier otra especie animal.

—Los testigos dijeron que tenían una figura vagamente humana —aduje yo, testarudo—, y declararon que las pisadas eran indudablemente semejantes a las humanas.

—O a las de los osos —dijo Jimmy—. No se puede saber.

Con lo cual aproveché la ocasión para repetir:

—Ya sería hora de que hiciésemos algo.

Jimmy levantó los hombros y replicó:

—Hace cuarenta años que tratan de escalar el Everest. —Y meneó la cabeza.

—Por amor de Dios —dije yo—. Todos ustedes, escaladores de montañas, están locos. No cabe la menor duda. No les interesa llegar a la cima. Lo que les interesa es llegar de determinada manera. Ya empieza a ser hora de que dejemos de tontear con piquetas, sogas, campamentos y toda la parafernalia del Club de los Caballeros, que envía primos hacia las laderas cada cinco años, poco más o menos.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—El aeroplano lo inventaron en 1903, ¿sabe?

—¿Quiere decir volar sobre el Everest? —Lo dijo de la misma manera que un lord inglés diría: «¡Dispare contra la zorra!», o un pescador de caña: «¡Utilice gusanos!»

—Sí —respondí—, volar sobre el Everest y dejar caer una persona en la cumbre. ¿Por qué no?

—No viviría mucho tiempo. La persona que bajase a la cumbre, quiero decir.

—¿Por qué no? —pregunté otra vez—. Le sueltas suministros diversos y depósitos de oxígeno, y el sujeto en cuestión lleva un traje espacial, naturalmente.

Se precisó algún tiempo para lograr que la Fuerza Aérea prestase oídos y se declarase dispuesta a enviar un aeroplano; y por aquella fecha Jimmy Robbins había cambiado de ideas tan radicalmente que se ofreció para ser la persona a quien dejaran caer sobre el pico del Everest.

—Al fin y al cabo —dijo en un semimurmullo—, sería el primer hombre que habría pisado aquel suelo.

Ese es el comienzo de la historia. Una historia que en si misma se puede contar sencillísimamente, en muchas menos palabras.

El avión aguardó dos semanas en el mejor período del año —el mejor por lo que respecta al Everest—, en espera de un intervalo de tiempo sólo moderadamente malo para el vuelo, y luego despegó. El piloto informó por radio a un grupo de escucha del aspecto que tenía el Everest visto desde el aire, y luego describió minuciosamente el

aspecto que tenía Jimmy Robbins mientras el paracaídas iba pareciendo cada vez más pequeño.

Luego se desató otra nevisca, y el aparato se vio en apuros para regresar a la base, y hubo que esperar otras dos semanas para poder gozar de otro intervalo de tiempo relativamente soportable.

Entretanto, todos aquellos días Jimmy estuvo en el techo del mundo, y yo sentía odio contra mí mismo y me consideraba un asesino.

El aeroplano se remontó dos semanas después para ver si lograban localizar el cadáver de Jimmy. No sé de qué habría servido que lo localizaran, pero la raza humana es así. ¿Cuántas personas murieron en la última guerra? ¿Quién sería capaz de contar un número tan elevado? En cambio, ni el dinero, ni ninguna otra cosa, es obstáculo para salvar una sola vida, hasta para rescatar un solo cadáver.

No encontraron su cuerpo; pero sí encontraron una señal de humo, enroscándose por el aire enrarecido y dejándose arrastrar lejos por las ráfagas de viento. Entonces hicieron descender una cesta de rescate y Jimmy subió, todavía con su traje espacial y con un aspecto endemoniado, pero decididamente vivo.

La postdata del cuento incluye una visita al hospital la semana pasada para verle. Se restablecía muy despacio. Los médicos hablaban de un shock y de agotamiento; pero los ojos de Jimmy decían muchísimo más.

—¿Qué tal la aventura, Jimmy? —le pregunté—. No has hablado con los periodistas; tampoco has hablado con el Gobierno. Muy bien, ¿que te parece si hablaras conmigo?

—No tengo nada que contar —susurró él.

—Claro que tienes —repliqué—. Has vivido en la cumbre del Everest dos semanas enteras, bajo una nevisca. Y no lo conseguiste por ti solo, ni siquiera con la gran cantidad de provisiones que arrojamos al lanzarte. Vamos, Jimmy, muchacho, ¿quién te socorrió?

Imagino que comprendió la inutilidad de tratar de embaucarme. O acaso estuviera ansioso por descargar aquel peso de su mente.

—Son inteligentes, jefe —dijo—. Comprimieron aire para que yo pudiera respirar. Montaron una centralilla generadora de energía para conservarme el calor. Y cuando vieron que el aeroplano regresaba, elevaron la señal de humo.

—Comprendo. —No quería darle prisa—. Ha sido tal como imaginábamos. Se han adaptado a las condiciones de vida del Everest. Y no pueden descender por sus laderas.

—No, no pueden. Como tampoco nosotros podemos subir. Aun suponiendo que la meteorología no nos lo impidiera, ¿nos lo impedirían ellos!

—Por lo que dices parecen criaturas bondadosas; entonces, ¿por qué habrían de

oponerse? A ti te socorrieron.

—No tienen nada contra nosotros. Hablaron conmigo, ¿sabe? Por telepatía.

Yo arrugué la frente.

—Pues, entonces...

—Pero no quieren que se les moleste. Nos están observando, jefe. Se ven obligados. Nosotros tenemos la energía atómica. Estamos a punto de disponer de astronaves. Se inquietan por nosotros. ¡Y el Everest es el único sitio desde el que pueden observarnos!

Las arrugas de mi frente se acentuaron. El sudaba; las manos le temblaban.

—Calma, muchacho —le dije—. Tómalo con calma. ¿Qué diablos son esas criaturas?

Y él respondió:

—¿Qué ser cree usted que podría estar tan adaptado a una temperatura de diecisiete grados bajo cero y a una atmósfera tan tenue como la del Everest para que ése fuera el único lugar de la Tierra en el que pudiera sobrevivir? He ahí el meollo de la cuestión. Esas criaturas no proceden de ningún lugar de la Tierra. Son marcianos.

## Creencia (1953)

---

“Belief”

—¿Has soñado alguna vez que estabas volando? —preguntó el doctor Roger Toomey a su esposa.

Jane Toomey alzó la vista.

—¡Por supuesto!

Sus rápidos dedos no dejaron de manipular ágilmente el hilo del que estaba surgiendo un intrincado e inútil tapetito para la mesa. El aparato de televisión emitía un apagado murmullo, y las imágenes de la pantalla apenas atraían la atención.

—Todo el mundo sueña con volar en un momento u otro —dijo Roger—. Es algo universal. Yo lo he hecho muchas veces. Eso es lo que me preocupa.

—Lamento decírtelo, pero no sé adónde quieres ir a parar, querido —dijo Jane.

Fue contando puntadas en voz baja.

—Cuando piensas un poco en ello —prosiguió él—, hace que te maravilles. No es realmente en volar en lo que sueñas. No tienes alas; yo al menos no las he tenido nunca. No hay ningún esfuerzo implicado en ello. Simplemente estás flotando. Eso es. Flotando.

—Cuando vuelo —dijo Jane—, no recuerdo ninguno de los detalles. Excepto en una ocasión en que aterricé en el tejado del ayuntamiento y no llevaba nada de ropa. De todos modos, en el sueño nadie parece prestarte atención cuando sueñas que estás desnuda. ¿Nunca te has dado cuenta de eso? Te mueres de vergüenza, pero la gente simplemente pasa por tu lado sin mirarte.

Tiró del hilo, y el ovillo cayó de la cesta y rodó por el suelo. No le prestó atención.

Roger agitó lentamente la cabeza. Su rostro estaba pálido y absorto en la duda. Parecía todo él ángulos, con sus altos pómulos, su larga y afilada nariz y las entradas en la frente, que se iban haciendo más pronunciadas con los años. Tenía treinta y cinco.

—¿No te has parado nunca a pensar en lo que te hace soñar que estás flotando? —preguntó.

—No, nunca.

Jane Toomey era rubia y menuda. Su belleza era del tipo frágil, de esas que no se imponen a uno sino que lo van ganando inconscientemente. Poseía los brillantes ojos azules y las sonrosadas mejillas de una muñeca de porcelana. Tenía treinta años.

—Muchos sueños son sólo la interpretación que la mente realiza de un estímulo imperfectamente comprendido —dijo Roger—. Los estímulos se ven forzados a un contexto razonable en una fracción de segundo.

—¿De qué estás hablando, querido?

—Mira, en una ocasión soñé que me hallaba en un hotel, asistiendo a una convención de física. Estaba con viejos amigos. Todo parecía absolutamente normal. De pronto, hubo una confusión de gritos, y sin ninguna razón me vi presa del pánico. Eché a correr hacia la puerta, pero no quiso abrirse. Uno a uno, mis amigos desaparecieron. No tuvieron problemas para abandonar la habitación, pero yo no pude ver cómo lo habían conseguido. Les grité, y me ignoraron.

»En mi interior empezó a crecer la seguridad de que el hotel era pasto de las llamas. No olía a humo. Simplemente, sabía que había un incendio. Eché a correr hacia la ventana, y pude ver una escalera de incendios en el exterior del edificio. Corrí a todas las ventanas pero ninguna conducía a la escalera de incendios. Ahora me hallaba completamente solo en la habitación. Me asomé a la ventana, llamando desesperadamente. Nadie me oyó.

»Entonces llegaron los coches de bomberos, pequeñas manchas rojas atravesando las calles. Recuerdo eso claramente. Las sirenas de alarma resonaban fuertemente para despejar el tráfico. Podía oírlas, cada vez más fuertes, hasta que el sonido llegó a hender mi cabeza. Me desperté y, por supuesto, el despertador estaba sonando.

»Ahora bien, no pude haber soñado un sueño tan largo destinado a llegar al momento en que empezara a sonar la alarma del despertador, a fin de que ésta encajara perfectamente en la trama del sueño. Es mucho más razonable suponer que el sueño se inició en el momento en que la alarma empezó a sonar, y comprimí toda su sensación de duración en una fracción de segundo. Se trataba simplemente de un dispositivo de justificación de mi cerebro para explicar aquel repentino sonido que penetraba en el silencio.

Jane estaba frunciendo el ceño. Dejó a un lado su labor.

—¡Roger! Te has comportado de un modo extraño desde que has vuelto de la universidad. No has cenado nada, y ahora esta ridícula conversación. Nunca te he visto tan morbos. Lo que necesitas es una dosis de bicarbonato.

—Necesito algo más que eso —dijo él en voz baja—. Veamos, ¿cómo empieza un sueño de estar flotando?

—Si no te importa, cambiemos de tema.

Se levantó, y con dedos firmes subió el volumen del televisor. Un joven caballero de mejillas hundidas y una sentimental voz de tenor le manifestó, melodiosamente, su eterno amor.

Roger volvió a bajar la voz del aparato y se quedó de pie con la espalda cubriendo la pantalla.

—¡Levitación! —exclamó—. Eso es. Existe alguna forma en que los seres humanos pueden conseguir flotar. Tienen la capacidad para ello. Simplemente, se trata de que no saben cómo usar esa capacidad..., excepto cuando están durmiendo. Entonces, a veces se elevan sólo un poquito, una décima de milímetro quizá. No lo

suficiente para que alguien se dé cuenta de ello aunque esté observando, pero sí para desencadenar la sensación adecuada, que desencadena un sueño en el que uno está flotando.

—Roger, estás delirando. Me gustaría que lo dejaras. De veras.

Él siguió adelante con su idea.

—A veces volvemos a bajar lentamente, y la sensación desaparece. Otras veces, el control de flotación termina bruscamente, y caemos, Jane, ¿nunca has soñado que estabas cayendo?

—Sí, por sup...

—Te hallas colgando en la fachada de un edificio, o sentado en el borde de una silla, y de repente te estás cayendo. Es la horrible sensación de la caída la que te despierta de golpe, jadeante, el corazón palpitando locamente. Has caído de verdad. No hay otra explicación.

La expresión de Jane, que había pasado lentamente del desconcierto a la preocupación, se disolvió de pronto en una tímida sonrisa.

—Roger, maldito diablo. ¡Me has engañado! ¡Eres un canalla!

—¿Qué?

—Oh, no. No sigas con eso. Sé exactamente lo que has estado haciendo. Has estado imaginando el argumento para una historia y estás probándolo conmigo. Debería conocerte lo suficiente como para no escucharte.

Roger pareció sorprendido, incluso un poco confuso. Avanzó hasta el sillón de ella y se la quedó mirando.

—No, Jane.

—No veo por qué no. Has estado hablando acerca de escribir relatos desde que te conozco. Si realmente tienes un argumento, lo mejor que puedes hacer es escribirlo. No sirve de nada utilizarlo únicamente para asustarme.

Sus dedos empezaron a moverse de nuevo a medida que recuperaba el ánimo.

—Jane, esto no es ninguna historia.

—Pero ¿qué otra cosa...?

—Cuando me desperté esta mañana, ¡caí al colchón!

Ella se lo quedó mirando, sin parpadear.

—Soñé que estaba volando —prosiguió él—. Fue un sueño claro y preciso. Recuerdo cada uno de sus minutos. Me hallaba tendido de espaldas cuando me desperté. Me sentía cómodo, y completamente feliz. Sólo me pregunté por qué el techo parecía tan extraño. Bostecé y me despecé, y toqué el techo. Durante un minuto, simplemente me quedé mirando a mi brazo alzado, que se apoyaba con fuerza contra el techo.

»Entonces me di la vuelta. No moví un músculo, Jane. Simplemente me di la vuelta, todo de una pieza, porque deseaba hacerlo. Allí estaba, a metro y medio sobre

la cama. Tú estabas en la cama, durmiendo. Me asusté. No sabía cómo bajar, pero en el instante mismo en que pensé en bajar, caí. Caí lentamente. Todo el proceso estaba bajo un perfecto control.

»Me quedé inmóvil en la cama durante quince minutos antes de atreverme a moverme. Luego me levanté, me lavé, me vestí, y me fui al trabajo.

Jane forzó una sonrisa.

—Querido, hubiera sido mejor que escribieras todo eso. Pero no te preocupes. Simplemente has estado trabajando demasiado.

—¡Por favor! No seas trivial.

—La gente trabaja demasiado, aunque tú digas que es trivial. Lo que ocurrió fue que soñaste quince minutos más de lo que creíste que habías soñado.

—No era un sueño.

—Por supuesto que lo era. Soy incapaz de contar las veces que he soñado que me despertaba, me vestía y preparaba el desayuno; luego me despertaba realmente, y descubría que tenía que hacerlo todo de nuevo. Incluso he soñado que estaba soñando, si entiendes lo que quiero decir. Puede ser terriblemente confuso.

—Mira, Jane. He acudido a ti con un problema debido a que tú eres la única a la que siento que puedo acudir. Por favor, tómame en serio.

Los azules ojos de Jane se abrieron mucho.

—¡Querido! Te estoy tomando tan en serio como me es posible. Tú eres el profesor de física, no yo. Eres tú quien sabe de gravitación, no yo. ¿Me tomarías tú en serio si yo te dijera que me había encontrado flotando de pronto?

—No. Y eso es lo peor de todo. No quiero creer en ello, pero lo he vivido. No era un sueño, Jane. Intenté decirme a mí mismo que sí lo era. No tienes ni idea de cómo me he hablado a mí mismo de ello. Cuando iba hacia la universidad, estaba seguro de que era un sueño. ¿No has notado algo extraño en mí en el desayuno?

—Sí, ahora que pienso en ello, sí lo he notado.

—Bien, no era nada demasiado extraño, o lo hubieras mencionado. De todos modos, di perfectamente mi clase de las nueve. A las once, había olvidado todo el incidente. Entonces, justo antes de la comida, necesité un libro. Necesitaba..., bien, el título del libro no importa; simplemente lo necesitaba. Estaba en un estante de arriba, ¡pero podía alcanzarlo! Jane...

Se detuvo.

—Bien, prosigue, Roger.

—Mira, ¿has intentado alguna vez alcanzar una cosa que está a sólo un palmo de distancia? Te inclinas y automáticamente das un paso hacia ella mientras la coges. Es algo por completo involuntario. Se trata simplemente de la coordinación refleja de tu cuerpo.

—De acuerdo. ¿Y?



—Me tendí hacia el libro, y automáticamente di un paso hacia arriba. ¡En el aire, Jane! ¡En el mismo aire!

—Voy a llamar a Jim Sarle, Roger.

—No estoy enfermo, maldita sea.

—Creo que debería hablar contigo. Es un amigo. No será una visita médica. Simplemente hablará contigo.

El rostro de Roger enrojeció con repentina irritación.

—¿Y qué bien puede hacerme eso?

—Ya veremos. Ahora siéntate, Roger. Por favor.

Se dirigió al teléfono.

Él la detuvo sujetándola por la muñeca.

—No me crees.

—Oh, Roger.

—No me crees.

—Sí te creo. Claro que te creo. Simplemente quiero...

—Sí. Simplemente quieres que Jim Sarle hable conmigo. Así es como me crees. Te estoy diciendo la verdad, pero tú quieres que hable con un psiquiatra. Mira, no tienes que creer en mi palabra. Puedo probarlo. Te probaré que puedo flotar.

—Te creo.

—No seas tonta. Sé cuándo me están engañando. ¡Quédate quieta! Ahora obsérvame.

Retrocedió hasta el centro de la habitación y, sin ningún preliminar, se alzó del suelo. Quedó suspendido, con las puntas de sus zapatos a quince centímetros de la alfombra.

Los ojos y la boca de Jane se convirtieron en tres redondas “O”.

—Baja, Roger —musitó—. Por todos los cielos, baja.

Él descendió de nuevo, y sus pies tocaron el suelo sin el menor ruido.

—¿Lo has visto?

—Oh, Dios mío. Dios mío.

Se lo quedó mirando, entre asustada y trastornada.

En el aparato de televisión, una mujer pechugona cantaba con voz apagada que volar muy alto con algún tipo en el cielo era su idea de nada en absoluto.

Roger Toomey miró a la oscuridad del dormitorio.

—Jane —susurró.

—¿Qué?

—¿No duermes?

—No.

—Yo tampoco puedo dormir. Estoy sujetando constantemente la cabecera de la

cama para asegurarme que no... Ya sabes. —Su mano avanzó inquieta y acarició el rostro de ella. Jane se echó hacia atrás, apartando bruscamente la cabeza, como si la mano de él estuviera cargada de electricidad.

—Lo siento —dijo al cabo de un momento—. Estoy un poco nerviosa.

—No te preocupes. De todos modos, voy a levantarme.

—¿Qué vas a hacer? Tienes que dormir.

—Bueno, no puedo, así que no tiene sentido que te mantenga despierta a ti también.

—Quizá no ocurra nada. No tiene que ocurrir todas las noches. No había ocurrido antes de la noche pasada.

—¿Cómo lo sé? Quizá simplemente nunca subí tanto. Quizá nunca me desperté y me encontré en esa situación. De todos modos, ahora es distinto.

Se sentó en la cama, las piernas dobladas, los brazos abrazando sus rodillas, la cabeza apoyada en ellos. Echó la sábana a un lado y frotó su mejilla contra la suave franela del pijama.

—Ahora todo será inevitablemente distinto. Mi mente está llena de ello. Cuando me duerma, cuando no me mantenga conscientemente anclado abajo..., sé que ascenderé.

—No veo por qué. Eso debe representar un cierto esfuerzo.

—Ése es el detalle. No representa ningún esfuerzo.

—Pero estás luchando contra la gravedad, ¿no?

—Lo sé, pero pese a todo no representa ningún esfuerzo. Mira, Jane, si al menos pudiera comprenderlo, no importaría tanto.

Bajó las piernas de la cama y se puso en pie.

—No quiero hablar de ello.

—Yo tampoco —murmuró su esposa.

Se echó a llorar, luchando contra los sollozos y convirtiéndolos en estrangulados gemidos, que sonaban mucho peor.

—Lo siento, Jane —dijo Roger—. Te estoy excitando demasiado.

—No, no es eso. Pero no me toques. Simplemente..., simplemente déjame sola.

Roger dio unos pasos inseguros, apartándose de la cama.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Al sofá del estudio. ¿Puedes ayudarme?

—¿Cómo?

—Quiero que me ates.

—¿Atarte?

—Con un par de cuerdas. No muy apretadas, de modo que pueda darme la vuelta si quiero. ¿Te importa?

Los pies desnudos de Jane estaban buscando ya sus zapatillas en el suelo, al lado

de su cama.

—De acuerdo —dijo con un suspiro.

Roger Toomey se sentó en el pequeño cubículo que pasaba por ser su despacho y miró al montón de papeles de examen que tenía delante. En aquellos momentos no sabía cómo iba a hacer para calificarlos.

Había dado cinco clases sobre electricidad y magnetismo desde la primera vez que había flotado. Las había dado como había podido, aunque no demasiado bien. Los estudiantes le hacían preguntas ridículas, de modo que probablemente no estaba siendo tan claro como acostumbraba a ser.

Hoy se había ahorrado una clase poniendo un examen sorpresa. No se había molestado en preparar uno; había echado mano de las copias de uno preparado algunos años antes.

Ahora tenía los papeles con las respuestas, y tenía que calificarlos. ¿Por qué? ¿Importaba realmente lo que decían? ¿Importaba realmente algo? ¿Era tan importante saber las leyes de la física? ¿Cuáles eran en realidad esas leyes? ¿Acaso existía alguna?

¿O todo era tan sólo una masa de confusión de la cual jamás podría extraerse nada coherente? ¿Era el universo, con toda su armoniosa apariencia, el mero caos original, aguardando todavía a que el Espíritu asomara su rostro de las profundidades?

El insomnio tampoco ayudaba. Incluso atado en el sofá, dormía tan sólo a intervalos, y siempre con pesadillas.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —gritó furiosamente Roger.

Una pausa, y luego la insegura respuesta.

—Soy la señorita Harroway, doctor Toomey. Le traigo las cartas que me dictó.

—Está bien, entre, entre. No se quede ahí.

La secretaria del departamento abrió la puerta el mínimo indispensable, y deslizó su delgado y poco atractivo cuerpo al interior del despacho. Llevaba un montón de papeles en la mano. A cada uno de ellos iba unida una copia en papel amarillo, y un sobre con membrete y la dirección ya puesta.

Roger estaba ansioso por librarse de ella. Ése fue su error. Se tendió hacia delante para coger las cartas mientras ella se aproximaba, y notó que abandonaba la silla.

Avanzó casi medio metro hacia delante, todavía en posición sentada, antes de conseguir impulsarse violentamente hacia atrás, perdiendo el equilibrio y dando una voltereta en el proceso. Era demasiado tarde.

Era absolutamente demasiado tarde. La señorita Harroway dejó caer las cartas de su temblorosa mano. Gritó y se dio la vuelta, golpeando la puerta con el hombro, rebotando en el pasillo, y echando a correr con un fuerte repiqueteo de sus altos

tacones.

Roger se puso en pie, frotándose una dolorida cadera.

—Maldita sea —exclamó furioso.

Pero no podía evitar el ver la escena desde el punto de vista de ella. Imaginó cómo debía de haberse desarrollado todo a sus ojos: un hombre ya adulto, flotando suavemente fuera de su silla y deslizándose hacia ella en posición sentada.

Recogió las cartas y cerró la puerta de su despacho. Ya era tarde; los pasillos debían de estar vacíos; además, ella probablemente se expresaría de forma incoherente. Sin embargo... Aguardó ansioso la llegada de gente.

No ocurrió nada. Quizá la mujer estuviera tendida en algún sitio desvanecida. Roger sintió la necesidad de ir a ver lo que le había ocurrido y ayudarla si era necesario, pero le dijo a su conciencia que se fuera al diablo. Hasta que descubriera exactamente qué era lo que no funcionaba en él, cuál era el origen de aquella loca pesadilla, no debía hacer nada por revelarla.

Es decir, nada más de lo que ya había hecho.

Hojeó las cartas; una para cada uno de los físicos teóricos seleccionados entre los más importantes del país. Su propio talento era insuficiente para resolver aquel asunto.

Se preguntó si la señorita Harroway habría captado el contenido de las cartas. Esperaba que no. Lo había arropado deliberadamente en lenguaje técnico; más, quizá, de lo necesario. En parte para ser discreto, y en parte para impresionar a los destinatarios con el hecho de que él, Toomey, era un legítimo y capacitado científico.

Una a una, metió las cartas en los sobres adecuados. Los mejores cerebros del país, pensó. ¿Podrían ayudarle?

No lo sabía.

La biblioteca estaba tranquila. Roger Toomey cerró el *Journal of Theoretical Physics*, lo colocó a un lado, y se quedó mirando sombríamente su contraportada. ¡El *Journal of Theoretical Physics*! ¿Qué contribución había hecho ninguno de aquellos hombres a la erudita parcela de absurdo conocimiento? Aquel pensamiento le desgarró. Hasta hacía muy poco tiempo habían sido para él las mayores lumbreras del mundo.

Y sin embargo seguía haciendo todo lo posible por vivir según sus códigos y su filosofía. Con la ayuda cada vez más renuente de Jane, había efectuado mediciones. Había intentado pesar el fenómeno en la balanza, extraer sus correlaciones, evaluar sus cantidades. Había intentado, en pocas palabras, vencerlo de la única forma que sabía, convirtiéndolo simplemente en otra expresión de las eternas líneas de comportamiento que todo el universo debía seguir.

(Que debía seguir. Así lo decían las mentes más preclaras.)

Sólo que no había nada que medir. No había absolutamente ninguna sensación de

esfuerzo en su levitación. En un espacio cerrado —no se había atrevido a hacer comprobaciones al aire libre, por supuesto—, podía alcanzar el techo tan fácilmente como alzarse un par de centímetros, excepto que requería más tiempo. Tenía la sensación de que con tiempo suficiente podría seguir alzándose de forma indefinida; ir hasta la Luna, si era necesario.

Podía llevar pesos mientras levitaba. El proceso se hacía más lento, pero no se apreciaba el menor incremento en el esfuerzo.

El día anterior había acudido a Jane sin advertirla, con un cronómetro en la mano.

—¿Cuánto pesas? —le preguntó.

—Cuarenta y cuatro —respondió ella.

Le miró, desconcertada.

Él la sujetó por la cintura con un brazo. Jane intentó soltarse, pero él no le prestó atención. Juntos, empezaron a ascender a paso de tortuga. Ella se aferró a él, blanca y rígida por el terror.

—Veintidós minutos, trece segundos —dijo él cuando su cabeza tocó el techo.

Cuando estuvieron de nuevo abajo, Jane se soltó de un tirón y salió apresuradamente de la sala.

Algunos días antes Roger había pasado por delante de una báscula pública descuidadamente instalada en una esquina junto a un drugstore. La calle estaba vacía, de modo que subió a la báscula y echó una moneda. Aunque ya sospechaba algo así, se sorprendió al descubrir que pesaba doce kilos.

Empezó a llevar montones de monedas en los bolsillos y a pesarse en todas las condiciones. Era más pesado los días de viento fuerte, como si necesitara más peso para impedir ser arrastrado.

El ajuste era automático. Fuera lo que fuese lo que lo hacía levitar, mantenía un equilibrio entre comodidad y seguridad. Sin embargo, podía reforzar el control consciente sobre su levitación del mismo modo que podía hacerlo sobre su respiración. Podía subir a una báscula y obligar a la aguja a subir hasta casi su peso normal, y por supuesto a bajar hasta la nada.

Dos días antes se había comprado una báscula y había intentado medir a qué velocidad podía cambiar de peso. No sirvió de nada. La velocidad, fuera cual fuese, era superior a la capacidad de reacción de la aguja. Todo lo que hizo fue acumular datos sobre módulos de comprensibilidad y momentos de inercia.

Bien..., ¿y a qué le conducía todo aquello?

Se puso en pie y salió cansadamente de la biblioteca, con los hombros caídos. Fue sujetándose a mesas y sillas mientras caminaba hacia un lado de la habitación, y allí mantuvo la mano apoyada contra la pared. Tenía la sensación de que debía hacerlo así. El contacto con la materia le mantenía constantemente informado de su posición

con relación al suelo. Si su mano perdía el contacto con una mesa o se deslizaba hacia arriba por la pared..., cuidado entonces.

El pasillo contenía el escaso número habitual de estudiantes. Los ignoró. En aquellos últimos días, habían ido aprendiendo gradualmente a dejar de saludarle. Roger imaginó que algunos de ellos pensaban que era un tipo raro, y probablemente muchos empezaban a sentir antipatía hacia él.

Pasó junto al ascensor. Ya nunca lo tomaba; especialmente para bajar. Cuando el ascensor iniciaba su movimiento hacia abajo, le resultaba imposible no flotar en el aire, aunque sólo fuera por unos momentos. No importaba que se preparara para combatir el momento; flotaba, y la gente podía volverse y mirarle.

Avanzó una mano hacia la barandilla en el arranque de la escalera y, justo antes de que su mano la tocara, uno de sus pies tropezó con el otro. Fue el tropezón más desmañado que se pueda imaginar. Tres semanas antes, Roger hubiera rodado escalera abajo.

Esta vez, su sistema autónomo se hizo cargo de las cosas, e inclinándose hacia delante, los brazos abiertos, los dedos de las manos extendidos, las piernas semidobladas, flotó hacia abajo como un planeador. Parecía estar suspendido por hilos.

Estaba demasiado desconcertado para contenerse, demasiado paralizado por el horror como para hacer algo. A medio metro de la ventana del piso de abajo, se detuvo automáticamente y flotó.

Había dos estudiantes en el piso adonde fue a parar, ambos apretados contra la pared, otros tres en el arranque de la escalera, dos en el piso de más abajo, y uno en el descansillo junto a él, tan cerca que casi podían tocarse.

Todo estaba muy silencioso. Todos le estaban mirando.

Roger se enderezó en el aire, descendió hasta el suelo, y echó a correr escalera abajo, empujando bruscamente a un estudiante fuera de su camino.

Las conversaciones se transformaron en una única exclamación a sus espaldas.

—¿El doctor Morton desea verme?

Roger se volvió en su sillón, sujetándose firmemente a uno de sus brazos.

La nueva secretaria del departamento asintió.

—Sí, doctor Toomey.

Se marchó rápidamente. En el poco tiempo que llevaba allí desde que la señorita Harroway presentara su dimisión, se había enterado de que el doctor Toomey tenía algo “raro”. Los estudiantes le evitaban. En su clase de hoy, los asientos de atrás habían estado llenos de murmullos de estudiantes. Los asientos de delante habían permanecido desocupados.

Roger miró al pequeño espejo de pared cerca de la puerta. Se ajustó la chaqueta y se sacudió un hilo, pero esa operación hizo poco por mejorar su apariencia. Su tez era

cada vez más amarillenta. Había perdido al menos cuatro kilos desde que todo aquello empezara, aunque por supuesto no tenía forma de saber exactamente cuánto había perdido. Su aspecto general era enfermizo, como si su digestión estuviera perpetuamente en contra de él y venciera todos los combates.

No sentía ninguna aprensión acerca de aquella entrevista con el jefe del departamento. Había alcanzado un pronunciado cinismo referente a los incidentes de levitación. Aparentemente, los testigos no hablaban. La señorita Harroway no lo había hecho. No había ninguna señal de que los estudiantes que le habían visto en la escalera lo hubieran hecho tampoco.

Con un último toque al nudo de su corbata, abandonó el despacho.

El despacho del doctor Philip Morton no estaba muy lejos al fondo del pasillo, lo cual era un hecho que Roger tenía que agradecer. Cultivaba cada vez más la costumbre de andar con una sistemática lentitud. Alzaba un pie y lo adelantaba, observando. Luego alzaba el otro pie y lo adelantaba, observando también. Avanzaba decididamente encorvado, mirándose los pies.

El doctor Morton frunció el ceño cuando Roger entró. Tenía unos ojos pequeños, y exhibía un hirsuto bigote mal recortado y un traje desaliñado. Poseía una moderada reputación en el mundo científico, y una decidida inclinación a dejar las tareas de enseñanza en manos de los miembros de su departamento.

—Mire, Toomey —dijo—, he recibido una carta de lo más extraña de Linus Deering. Usted le escribió el... —Consultó un papel sobre su escritorio—. El veintidós del mes pasado. ¿Es ésta su firma?

Roger miró y asintió. Ansiosamente, intentó leer del revés la carta de Deering. Aquello era inesperado. De las cartas que había enviado el día del incidente con la señorita Harroway, hasta aquel momento sólo cuatro habían sido contestadas.

Tres de ellas habían consistido en frías respuestas de un sólo párrafo, que decían más o menos: “Acuso recibo de su carta del veintidós. No creo que pueda ayudarle en el asunto que me plantea”. Una cuarta, la de Ballantine, del Northwestern Tech, había sugerido torpemente un instituto de investigaciones psíquicas. Roger no pudo decidir si estaba intentando ayudarle o si le insultaba.

Leering, de Princeton, hacía el número cinco. Había puesto grandes esperanzas en Deering.

El doctor Morton carraspeó fuertemente y se ajustó las gafas.

—Quiero leerle lo que dice. Siéntese, Toomey, siéntese. Dice: “Querido Phil...”.

El doctor Morton alzó brevemente la vista, con una sonrisa fatua.

—Linus y yo nos conocimos en las reuniones de la Federación el año pasado —explicó—. Tomamos unas cuantas copas juntos. Es un tipo encantador.

Se ajustó de nuevo las gafas, y volvió a la carta:

»Querido Phil: ¿Hay un tal doctor Roger Toomey en tu departamento? Recibí una

carta suya realmente extraña el otro día. Te aseguro que no sé qué hacer con ella. Al principio pensé olvidarla, como una más de esas cartas de chiflados que recibimos todos. Luego pensé que puesto que la carta llevaba el membrete de tu departamento, tú deberías saber algo sobre ello. Claro que es posible que alguien esté utilizando a tu personal como parte de un embaucamiento. Te adjunto la carta del doctor Toomey para que la examines. Espero poder visitar algún día vuestra parte del país...« Bien, el resto es personal.

El doctor Morton dobló la carta, se quitó las gafas, las colocó en un estuche de piel, y se metió éste en el bolsillo superior de su chaqueta. Entrelazó los dedos y se inclinó hacia delante.

—Bien —dijo—, creo que no hay necesidad de que le lea su propia carta. ¿Se trata de alguna broma? ¿Un engaño?

—Doctor Morton —dijo Roger lentamente—, estaba hablando en serio. No veo nada malo en mi carta. La envié a unos cuantos físicos. Habla por sí misma. He hecho observaciones de un caso de levitación, y deseaba información acerca de posibles explicaciones teóricas a un tal fenómeno.

—¡Levitación! ¿De veras?

—Es un caso auténtico, doctor Morton.

—¿Lo observó usted personalmente?

—Por supuesto.

—¿Nada de hilos ocultos? ¿Nada de espejos? Mire, Toomey, usted no es un experto en estos fraudes.

—Fue una serie absolutamente científica de observaciones. No hay ninguna posibilidad de fraude.

—Hubiera debido consultarme, Toomey, antes de enviar esas cartas.

—Quizá hubiera debido hacerlo, doctor Morton, pero francamente, pensé que podría mostrarse usted... reacio.

—Bien, gracias. Hubiera debido esperar algo así. Y con el membrete del departamento. Me siento realmente sorprendido, Toomey. Mire, su vida es suya. Si desea usted creer en la levitación, adelante, pero hágalo estrictamente en su tiempo libre. En bien del departamento y de la universidad, debería resultarle obvio que este tipo de cosas no puede interferir con sus asuntos docentes.

»De hecho, observo que ha perdido usted algo de peso recientemente, ¿no es así, Toomey? Sí, no tiene en absoluto buen aspecto. Si yo fuera usted, iría a ver a un médico. Un especialista de los nervios, quizá.

—¿No cree que sería mejor un psiquiatra? —dijo Roger amargamente.

—Bien, eso es enteramente asunto suyo. En cualquier caso, un poco de descanso...

El teléfono había sonado, y la secretaria había atendido la llamada. Ahora le hizo



una señal al doctor Morton, y éste tomó su extensión.

—¿Sí...? —dijo—. Ah, doctor Smithers, sí... Humm... Sí... ¿Relativo a quién? ... Bueno, de hecho, está aquí conmigo precisamente ahora... Sí... Sí, inmediatamente.

Colgó el teléfono, y miró pensativo a Roger.

—El decano desea vemos a los dos.

—¿Acerca de qué, señor?

—No lo ha dicho. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. ¿Viene, Toomey?

—Sí, señor.

Roger se puso en pie despacio, anclándose cuidadosamente con la puntera de sus zapatos en la parte inferior del escritorio del doctor Morton mientras lo hacía.

El decano Smithers era un hombre delgado con un largo rostro ascético. Su dentadura postiza encajaba tan mal en su boca que hacía que al pronunciar las sibilantes sonaran como un medio silbido.

—Cierre la puerta, señorita Bryce —dijo—, y no me pase ninguna llamada telefónica hasta que la avise. Siéntense, caballeros.

Se los quedó mirando ominosamente, y añadió:

—Creo que será mejor que vaya directamente al asunto. No sé exactamente lo que está haciendo el doctor Toomey, pero debe pararlo.

El doctor Morton se volvió hacia Roger, sorprendido.

—¿Qué ha estado usted haciendo?

Roger se alzó desalentadamente de hombros.

—Nada que yo pueda evitar.

Después de todo, había subestimado las habladurías de los estudiantes.

—Oh, vamos, vamos. —El decano mostró impaciencia—. Estoy seguro de que no conozco lo suficiente de la historia como para juzgar, pero parece que es usted el centro de todas las habladurías; habladurías que son completamente impropias del espíritu y la dignidad de esta institución.

—No sé nada de todo eso —dijo el doctor Morton.

El decano frunció el ceño.

—Entonces parece usted más bien sordo. Me resulta sorprendente la forma en que el cuerpo docente puede permanecer en la completa ignorancia de asuntos que saturan por entero el cuerpo estudiantil. Nunca antes me había dado cuenta de ello. Yo mismo lo oí por accidente; por un accidente muy afortunado, de hecho, puesto que conseguí interceptar a un periodista que llegó esta mañana buscando a alguien llamado “el doctor Toomey, el profesor volante”.

—¿Qué? —gritó el doctor Morton.

Roger escuchó con desaliento.

—Eso es lo que dijo el periodista. Cito sus propias palabras. Parece que uno de

nuestros estudiantes llamó a su periódico. Eché al periodista e hice venir al estudiante a mi despacho. Según él, el doctor Toomey voló..., y utilizo la palabra “voló” porque así fue como insistió el estudiante en llamarlo..., bajando todo un tramo de escalones y volviendo a subirlos luego. Afirmó que hubo docenas de testigos.

—Solamente los bajé —murmuró Roger.

El decano Smithers estaba ahora recorriendo arriba y abajo la alfombra de su despacho. Parecía ser presa de una elocuencia febril.

—Ahora escuche, Toomey. No tengo nada contra las representaciones de aficionados. Desde mi llegada a este puesto he luchado denodadamente contra la pomposidad y la falsa dignidad. He animado el hermanamiento entre los distintos cuerpos de la facultad, y jamás he puesto objeción a una confraternización razonable con los estudiantes. Así que no puedo objetar nada si desea usted un show a sus estudiantes, en su propia casa.

»Seguramente se dará usted cuenta de lo que puede ocurrirle a la universidad si la prensa irresponsable la toma con nosotros. ¿Debemos dejar que el delirio hacia un profesor volante sustituya al delirio hacia los platillos volantes? Si los periodistas entran en contacto con usted, doctor Toomey, espero que niegue categóricamente todos los hechos que se le imputan.

—Comprendo, decano Smithers.

—Confío en que logremos salirnos de este incidente sin daño apreciable. Debo pedirle, con toda la firmeza que me confiere mi cargo, que nunca repita su..., esto..., hazaña. Si vuelve a ocurrir, me veré obligado a solicitar su dimisión. ¿Ha comprendido bien, doctor Toomey?

—Sí —dijo Roger.

—En ese caso, buenos días, caballeros.

El doctor Morton condujo a Roger de vuelta a su despacho. Esta vez, despidió a su secretaria y cerró cuidadosamente la puerta tras él.

—Por todos los cielos, Toomey —murmuró—, ¿tiene esta locura alguna conexión con su carta acerca de la levitación?

Los nervios de Roger estaban a punto de estallar.

—¿No resulta obvio? En esas cartas me refería a mí mismo.

—¿Puede usted volar? ¿Quiero decir, levitar?

—Puede utilizar la palabra que más le guste.

—Nunca he oído de tal... Maldita sea, Toomey, ¿le vio alguna vez levitar la señorita Harroway?

—En una ocasión. Fue un accid...

—Por supuesto. Ahora todo resulta obvio. Estaba tan histérica que era difícil entender lo que decía. Contó que usted saltó hacia ella. Sonaba como si estuviera acusándole de..., de... —El doctor Morton parecía azarado—. Bueno, yo no la creí.

Era una buena secretaria, entiéndalo, pero obviamente no una de esas destinadas a atraer la atención de un hombre. Me sentí realmente aliviado cuando se fue. Pensé que la próxima vez se presentaría con un revólver, o acusándome a mí... Usted..., usted levitó, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo lo hace?

Roger agitó la cabeza.

—Ese es mi problema. No lo sé.

El doctor Morton se permitió una sonrisa.

—¿Seguro que no repele la ley de la gravedad?

—Sí, creo que es eso. Debe de haber algo relacionado con la antigravedad mezclado en el fenómeno, no sé cómo.

La indignación del doctor Morton ante el hecho de que una broma como aquella fuera tomada en serio era evidente.

—Mire, Toomey, eso no es algo que pueda tomarse a risa.

—Tomarse a risa. Santo cielo, doctor Morton, ¿tengo el aspecto de estarme riendo?

—Bueno..., necesita usted un descanso. Sin discusión. Un poco de descanso, y esa tontería suya pasará. Estoy seguro de ello.

—No es ninguna tontería. —Roger agitó un momento la cabeza, luego dijo, con tono tranquilo—: Le diré una cosa, doctor Morton, ¿le gustaría colaborar conmigo en esto? En cierto sentido, es algo que puede abrir nuevos horizontes en las ciencias físicas. No sé como funciona; simplemente no puedo concebir ninguna solución. Los dos, juntos...

La expresión de horror del doctor Morton era a aquellas alturas inconfundible.

—Sé que suena extraño —insistió Roger—. Pero se lo demostraré. Es algo completamente auténtico. Querría que no lo fuese.

—Oh, vamos. —El doctor Morton saltó de su silla—. No se canse. Necesita usted urgentemente un descanso. No creo que deba aguardar hasta junio. Váyase a casa ahora mismo. Veré que se le siga abonando su sueldo, y yo mismo me encargaré de sus clases. Solía hacerlo antes, ya sabe.

—Doctor Morton, esto es importante.

—Lo sé, lo sé. —El doctor Morton le dio una palmada en el hombro—. De todos modos, muchacho, tiene usted muy mal aspecto. Hablando francamente, tiene usted un aspecto infernal. Necesita un largo descanso.

—Puedo levitar. —La voz de Roger estaba subiendo nuevamente de volumen—. Usted intenta librarse de mí porque no me cree. ¿Piensa que estoy mintiendo? ¿Cuáles podrían ser mis motivos?

—Se está excitando innecesariamente, muchacho. Déjeme llamar por teléfono.

Haré que alguien le lleve a casa.

—Le digo que puedo levitar —gritó Roger.

El doctor Morton se puso rojo.

—Mire, Toomey, no sigamos discutiendo eso. No me importaría aunque se echase a volar por los aires en este mismo momento.

—¿Quiere decir que ver no significa creer, en lo que a usted respecta?

—¿En la levitación? Por supuesto que no. —El jefe del departamento estaba casi vociferando—. Si le viera a usted volar, iría a ver a un optometrista o a un psiquiatra. Antes creeré que estoy loco que el que las leyes de la física...

Se interrumpió, y carraspeó fuertemente.

—Bien, como ya he dicho, no discutamos sobre eso. Voy a llamar por teléfono.

—No es necesario, señor. No es necesario —dijo Roger—. De acuerdo. Me tomaré un descanso. Adiós.

Salió rápidamente, caminando con más brío que nunca lo había hecho en los últimos días. El doctor Morton, de pie, las manos apoyadas planas sobre su escritorio, se quedó contemplando con alivio la espalda de Toomey mientras se alejaba.

James Sarle, el médico, se hallaba en la sala de estar cuando Roger llegó a casa. En el momento en que éste cruzó la puerta, el médico estaba encendiendo su pipa con una mano de recios nudillos rodeando la cazoleta. Sacudió el fósforo para apagarlo, y su rubicundo rostro se frunció en una sonrisa.

—Hola, Roger. ¿Dimitiendo de la raza humana? No he sabido nada de ti desde hace más de un mes.

Sus negras cejas se juntaron sobre el puente de la nariz, dándole una apariencia más bien condescendiente, que de alguna forma le ayudaba a establecer una atmósfera adecuada con sus pacientes.

Roger se volvió hacia Jane, que permanecía hundida en un sillón. Como de costumbre últimamente, su rostro mostraba una expresión de lánguido agotamiento.

—¿Por qué lo has traído aquí? —le dijo Roger.

—¡Alto! Alto, hombre —dijo Sarle—. Nadie me ha traído. Esta mañana encontré a Jane en el centro, y me invité. Soy más grande y fuerte que ella; no pudo impedirlo.

—Os encontrasteis por mera coincidencia, supongo. ¿Das hora también para tus coincidencias?

Sarle se echó a reír.

—Digámoslo de esta otra forma: ella me habló un poco de lo que ha estado pasando aquí.

—Siento que no estés de acuerdo, Roger —dijo Jane débilmente—, pero ha sido la primera oportunidad que he tenido de hablar con alguien que pueda comprender.

—¿Qué te hace pensar que él puede comprender? Dime, Jim, ¿crees su historia?

—No es una cosa fácil de creer —dijo Sarle—. Lo admito. Pero lo estoy intentando.

—Está bien, supón que vuelo. Supón que me pongo a levitar ahora mismo. ¿Qué harías?

—Supongo que desmayarme. Quizás exclamara: “¡Santo Dios!”. Quizá me echara a reír a carcajadas. ¿Por qué no lo probamos, y vemos lo que pasa?

Roger se lo quedó mirando fijamente.

—¿De veras deseas verlo?

—¿Por qué no iba a desearlo?

—Aquellos que lo han visto hasta ahora se han puesto a gritar, han echado a correr o se han quedado helados de horror. ¿Podrás soportarlo, Jim?

—Yo creo que sí.

—De acuerdo.

Roger se deslizó medio metro hacia arriba, y ejecutó diez veces un lento entrechat. Se quedó en el aire, las puntas de los pies apuntando hacia abajo, las piernas juntas, los brazos graciosamente extendidos en una amarga parodia de saludo.

—Mejor que Nijinski, ¿eh, Jim? —preguntó.

Sarle no hizo ninguna de las cosas que había sugerido que podía hacer. Excepto agarrar su pipa como si estuviera a punto de caérsele, no hizo absolutamente nada.

Jane había cerrado los ojos. Las lágrimas asomaban quietamente por entre sus párpados. .

—Baja, Roger —dijo Sarle.

Roger bajó. Tomó asiento y dijo:

—Escribí a una serie de físicos, hombres de gran reputación. Les expliqué la situación de una forma impersonal. Dije que pensaba que todo esto debería ser investigado. La mayor parte de ellos me ignoraron. Uno escribió al viejo Morton para preguntarle si yo era un farsante o estaba loco.

—Oh, Roger —murmuró Jane.

—¿Tú crees que se trata de algo malo? El decano me llamó hoy a su despacho. Me dijo que tenía que dejar de hacer esos juegos de salón. Parece que me caí por la escalera y automáticamente levité hasta abajo. Morton dice que no creerá que puedo volar ni siquiera aunque me vea en plena acción. En este caso ver no significa creer, dice, y en consecuencia me ordena que me tome un descanso. No pienso volver allí.

—Roger —dijo Jane, abriendo mucho los ojos—. ¿Estás hablando en serio?

—No puedo volver. Me dan asco, todos ellos. ¡Científicos!

—Pero ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. —Roger hundió la cabeza entre las manos. Con voz ahogada, dijo—: Dímelo tú, Jim. Tú eres el psiquiatra. ¿Por qué no me creen?

—Quizá se trate de un asunto de autoprotección, Roger —dijo Sarle lentamente

—. A la gente no le gustan las cosas que no puede comprender. Incluso hace algunos siglos, cuando muchas personas creían en la existencia de habilidades extranaturales, como volar sobre palos de escoba, por ejemplo, casi siempre se suponía que esos poderes eran originados por las fuerzas del mal.

»La gente aún sigue creyendo eso. Puede que no haya muchos que creen todavía literalmente en el diablo, pero la creencia generalizada de que todo lo extraño es malo subsiste. Lucharán contra la idea de creer en la levitación..., o se asustarán mortalmente si se ven obligados a tragar el hecho. Ésa es la verdad, así que enfréntate a ella.

Roger meneó la cabeza.

—Tú estás hablando de gente, y yo hablo de científicos.

—Los científicos también son gente.

—Ya sabes lo que quiero decir. Tengo aquí un fenómeno. No es brujería. No he hecho ningún trato con el diablo. Jim, tiene que existir una explicación natural. No sabemos todo lo que hay que saber sobre gravitación. Realmente, apenas sabemos nada. ¿No crees que es concebible que exista algún método biológico de anular la gravedad? Quizá yo sea una mutación de algún tipo. Quizá posea un..., bueno, llámémosle un músculo..., que puede anular la gravedad. Al menos puede anular el efecto de la gravedad en mí mismo. Bien, investiguemos eso. ¿Por qué quedarnos sentados con las manos cruzadas? Si conseguimos dominar la antigravedad, imagina lo que eso representará para la raza humana.

—Espera un momento, Roger —dijo Sarle—. Piensa un poco en el asunto. ¿Por qué te sientes tan infeliz al respecto? Según Jane, estabas casi loco de miedo el primer día que te ocurrió, antes de que tuvieras ninguna forma de saber que la ciencia iba a ignorarte y que tus superiores iban a mostrarse tan poco cooperativos.

—Eso es cierto —murmuró Jane.

—¿Por qué te ocurrió eso? —continuó Sarle—. Lo que tenías entre las manos era un nuevo, grande y maravilloso poder; una repentina liberación del horrible empuje de la gravedad.

—Oh, no digas tonterías —murmuró Roger—. Fue... horrible. No podía comprenderlo. Y sigo sin poder.

—Exacto, muchacho. Era algo que no podías comprender y, en consecuencia, algo horrible. Eres un físico. Sabes qué es lo que hace funcionar al universo. O si no lo sabes, sabes que hay otros que sí lo saben. Aunque nadie comprenda un determinado punto, sabes que algún día alguien lo comprenderá. La palabra clave es comprender. Forma parte de tu vida. Ahora te encuentras frente a frente con un fenómeno que consideras que viola una de las leyes básicas del universo. Los científicos dicen: dos masas se atraen mutuamente según una regla matemática preestablecida. Es una propiedad inalienable de la materia y del espacio. No hay

excepciones. Y ahora tú eres una excepción.

—Y cómo —acotó Roger sombríamente.

—¿No lo entiendes, Roger? —prosiguió Sarle—. Por primera vez en la historia, la humanidad posee realmente lo que considera leyes inquebrantables. Repito, inquebrantables. En las culturas primitivas, un hechicero podía utilizar un encantamiento para producir lluvia. Si no funcionaba, eso no trastornaba la validez de la magia. Simplemente significaba que el chamán había olvidado alguna parte del encantamiento, o había roto un tabú, o había ofendido a un dios. En las modernas culturas teocráticas los mandamientos de la deidad son inquebrantables. Sin embargo, si un hombre quebranta los mandamientos y pese a ello prospera, eso no significa que esa religión en particular no sea válida. Los caminos de la providencia son admitidos como misteriosos, y todo el mundo sabe que en algún lugar le aguarda al culpable un invisible castigo.

»Hoy, sin embargo, existen leyes que realmente no pueden ser quebrantadas, y una de ellas es la ley de la gravedad. Funciona incluso cuando el hombre que la invoca ha olvidado murmurar lo de esto más eso más eso otro igual a aquello de más allá al cuadrado.

Roger consiguió esbozar una torcida sonrisa.

—Estás completamente equivocado, Jim. Las leyes inquebrantables han sido quebrantadas constantemente, una y otra vez. La radiactividad era algo imposible cuando fue descubierta. La energía surgió de la nada; cantidades increíbles de ella. Era algo tan ridículo como la levitación.

—La radiactividad era un fenómeno objetivo que podía ser transmitido y reproducido. El uranio velaba la película fotográfica para todo el mundo. Un tubo de Crookes podía ser construido por cualquiera y producía un flujo de electrones de idénticas características para todo el mundo. Tú...

—Yo he intentado transmitir...

—Lo sé. Pero ¿puedes decirme, por ejemplo, cómo puedo yo levitar?

—Por supuesto que no.

—Eso limita a los demás únicamente a la observación, sin reproducción experimental. Y sitúa tu levitación en el mismo plano que la evolución estelar, algo acerca de lo cual cabe teorizar, pero con lo que nunca se podrá experimentar.

—Sin embargo, hay científicos dispuestos a dedicar sus vidas a la astrofísica.

—Los científicos son gente. No pueden alcanzar las estrellas, así que se aproximan lo más que pueden. Pero sí pueden alcanzarte a ti, y ser incapaces de tocar tu levitación es algo que los pondrá furiosos.

—Jim, ni siquiera lo ha intentado. Hablas como si yo hubiera sido estudiado, pero lo cierto es que ni siquiera han tomado en consideración el problema.

—No tienen por qué hacerlo. Tu levitación forma parte de un tipo de fenómenos

que nunca son tomados en consideración. La telepatía, la clarividencia, la presciencia, y un millar de otros poderes extranaturales, nunca han sido investigados con seriedad, ni siquiera cuando han sido descritos con todas las apariencias de credibilidad. Los experimentos de Rhine sobre la percepción extrasensorial han irritado a un número mayor de científicos que los que puedan haberse sentido intrigados. Así que enténdelo, no necesitan estudiarte para saber que no desean estudiarte. Lo saben por anticipado.

—¿Y eso te parece divertido, Jim? Científicos negándose a investigar hechos; dándole la espalda a la verdad. Y tú te limitas a quedarte ahí sentado, sonriente y haciendo alegres afirmaciones.

—No, Roger, sé que todo esto es serio. Y no pretendo justificar a la humanidad, de veras. Estoy ofreciéndote mis pensamientos, una opinión. ¿Acaso no te das cuenta? Lo que intento en realidad es ver las cosas tal como son. Eso es lo que tendrías que hacer tú. Olvida tus ideales, tus teorías acerca de cómo debería actuar la gente. Considera lo que estás haciendo. Y trata de aceptarlo como una condición de la vida con la que tienes que vivir. Aunque no vaya a ser fácil.

—¿Cómo crees que puedo vivir con ello?

James Sarle vació la pipa y se la guardó.

—¿Quieres saber mi opinión?

—Te escucho.

—En tu estado de ánimo actual, no puedes seguir trabajando como científico. Tienes que vivir de tal modo que tu levitación pueda ser aceptada por los demás como una especie de hecho establecido. ¿No lo crees así?

—Eso sería un alivio.

—En tal caso te sugiero algo. Conozco a un hombre llamado William Magoun. Creo que puedo convencerle para que te ayude. Es una especie de productor teatral. Es propietario del “Black Mask”, una especie de club nocturno. O ésa es, al menos, la descripción más cercana a la realidad.

—¿Qué demonios me estás sugiriendo?

—¿No te parece evidente? ¿Por qué no actuar en un escenario? ¿Por qué no considerarte un mago?

Sarle colgó el abrigo y se incorporó.

Roger exclamó:

—¡Un mago!

—Traje conmigo la tarjeta de Magoun, por si acaso. Tómala, ¿quieres? Y, Roger, tienes un aspecto terrible. ¿Cuándo fue la última vez que pasaste una buena noche de sueño?

Roger murmuró algo vago.

—¿Quieres que te recete píldoras para dormir?



Roger se levantó.

—No, no las necesito. Aún me quedan algunas que me dio un miembro de la Escuela de Medicina... ¡Mago!

—Es un modo de vida respetable —dijo Sarle dirigiéndose hacia la puerta.

Jane estrechó la mano de Sarle y le dijo suavemente:

—Gracias, Jim. Gracias por haber hablado con él.

—No te preocupes, Jane —dijo Sarle apretándole los dedos.

—¿Jim? —llamó Roger.

—¿Sí?

—¿Cómo es que mi levitación no te ha inquietado?

—Yo no soy un científico físico, Roger —contestó Sarle sonriendo—. Me temo que en mi profesión no tenemos reglas. O, al menos, cada pequeña escuela de psiquiatría tiene sus propias reglas, que son a su vez excluyentes con respecto a las demás, lo que viene a ser lo mismo. De modo que, ¿qué significa una ley quebrantada? Es lo mismo...

—¿Y bien?

—No creo que asista a ninguna de tus actuaciones en el “Black Mask”, si es que Magoun decide aceptarte. No te importará, ¿verdad?

—No —contestó Roger sombríamente—, no me importará.

Sarle se marchó y Roger y Jane se quedaron solos.

—¿Qué piensas de todo esto, Jane? —preguntó Roger.

—No lo sé —contestó ella sin abandonar su apatía.

—¡Convertirme en un mago!

—¿Y qué importa eso? —dijo ella saliendo bruscamente de la habitación.

Roger la siguió con la mirada y después contempló lentamente la tarjeta que Sarle le había entregado.

—¡Ahora!

—¿Tal y como va vestido, con esas ropas?

—Desde luego.

—Bueno, eso me intriga. Tiene usted que ser un aficionado. Los magos que yo conozco serían incapaces de cortar una baraja en traje de calle. Se sentirían desnudos. ¿Comprende lo que quiero decir?

—No he imaginado ningún traje especial que ponerme —dijo Roger.

—¿No? Bueno, quizá debería haber empezado por ahí. La gente empieza a cansarse de todo lo que se inventan los magos. Puede que haya algo de original en ver a un tipo vestido con un simple traje haciendo sus triquiñuelas. Sería una especie de novedad, ¿comprende? Está bien, vayamos al escenario y yo me sentaré entre las mesas de la sala. ¿Dónde están sus artilugios de apoyo?

—Yo mismo me ocuparé de ellos —murmuró Roger.

Salieron a la sala vacía del club nocturno, en semipenumbras a causa de las pesadas cortinas que cubrían las ventanas. Magoun apretó un interruptor que arrojó luz sobre el escenario.

—Adelante —dijo, retrocediendo hacia la zona donde estaban situadas las mesas—. No tiene que preocuparse por los preámbulos o la jerga publicitaria. Demuéstreme simplemente cómo flota usted, ¿comprende? Hágalo como si acabaran de sonar los tambores anunciándole.

En uno de los extremos de la sala, un camarero se apoyó, interesado, sobre la escoba que había estado manejando.

Roger miró a su alrededor, sintiéndose confundido. Experimentó una horrible pero momentánea sensación de incapacidad. Ahora que, por primera vez, deseaba flotar, parecía haberse olvidado de cómo hacerlo. Allí estaba Magoun, haciéndole gestos de asentimiento con la cabeza, rodeando con los labios el grueso puro que estaba encendiendo. Allí estaba también aquel camarero, observándole atentamente. Y allí estaba también aquel enorme vacío desde el que, alguna noche, cientos de ojos podrían estar mirándole.

Y pensó para sí mismo: “Arriba, muchacho”

Y se elevó.

Flotó hacia el techo, permaneciendo a media altura. Escuchó el grito ronco de Magoun y vio al camarero salir precipitadamente por la puerta más cercana.

Roger describió una vuelta de campana en el aire y después descendió sobre el escenario.

Magoun ya estaba junto a él en cuanto tocó el suelo.

—Sensacional, Toomey, terrorífico. Es una ilusión maravillosa. ¿Cómo diablos lo hace?

—Bueno... Es un secreto profesional ya sabe...

—Oh, claro, claro. Le ruego me disculpe. Debería habérmelo imaginado antes de preguntárselo, pero lo que usted ha hecho me ha impresionado de veras, ¿sabe? Escuche, queda usted contratado. Con lo que acabo de ver, no necesita usted hacer nada más. Los va a dejar a todos impresionados.

—¿Cuánto? —preguntó Roger.

—Bueno... —Magoun dirigió un ojo hacia el techo—. Cincuenta semanales.

—Ciento cincuenta —dijo Roger.

—¿Qué? ¿Por una actuación nueva?

—Usted nunca ha visto nada parecido, ¿verdad?

—Está bien —admitió Magoun—, dejaré que se salga con la suya, teniendo en cuenta que viene recomendado por el doctor. Dos representaciones cada noche, excepto el domingo. Y el compromiso es sólo por una semana, hasta que veamos cómo marcha todo con los clientes. Veamos..., puede usted empezar el lunes, y yo

me encargaré de hacer algo de publicidad por adelantado. Le presentaré como el Gran Flotino. ¿Qué le parece?

—Me parece bien —dijo Roger.

James Sarle entró, se desabrochó el abrigo y dijo en voz baja:

—Tienes mejor aspecto, Jane. ¿Cómo está Roger?

La voz de Roger sonó antes de que Jane pudiera responder.

—Estoy aquí, Jim. No vale la pena que susurres.

—¿Estaba susurrando? —preguntó Sarle alegremente. Se sacó la pipa del bolsillo del abrigo antes de entregárselo a Jane—. ¿Qué hay de nuevo?

Roger permaneció en el sillón donde se hallaba sentado.

—Hoy mismo acabo de enviar mi dimisión a la facultad.

—¿De veras? —Sarle se dirigió hacia el sofá y se sentó frente al otro—. He llamado a Magoun. Me ha dicho que eres un éxito fulminante.

—Sí —dijo Roger sombríamente—. Sólo he actuado unas pocas veces, pero al parecer voy camino del estrellato.

—Él dice que vales lo que te paga.

—Muy amable por su parte. Me paga más de lo que ganaba en la facultad.

—En serio, ¿cómo te sale?

Roger se agitó, inquieto.

—¿No puedes suponértelo? Floto en el aire delante de un puñado de idiotas, les oigo gritar, desciendo, me inclino delante de ellos y cobro mi paga. Hoy he pasado por encima de una mesa donde se habían reunido varios de fiesta y he permanecido allí suspendido un rato. Una de las mujeres empezó a gritar: “Oh, veo los hilos, los veo”. El hombre que la acompañaba se subió a la mesa e hizo oscilar un periódico por el espacio, sobre mi cabeza. Otro tipo saltó para cogerme por las piernas. Yo me limité a elevarme un poco... Condenados estúpidos.

—Eso demuestra que están interesados... Aquí, Jane, siéntate.

Jane sonrió, y se sentó. Había traído bebidas. Roger aceptó la suya malhumoradamente y se la bebió de un trago.

—Han acudido muchos de los estudiantes de la facultad —dijo—. Al parecer, si piensan que sólo se trata de una actuación, disfrutan con ello, ¿no resulta cómico?

—No —dijo Sarle—, en realidad no lo es. Puede que todo esto sea algo bueno. Una vez que hayas establecido tu reputación como mago, es posible que logres regresar a la vida académica.

—¿Y flotar de vez en cuando por ahí, eh? Elevarme hacia el techo durante una reunión en la facultad, o mientras leo una disertación.

—Quizá no. Una vez que te hayas olvidado de esta carga de la levitación, puede que te importune menos, e incluso es posible que la controles mejor.

—¿Lo crees de veras? —preguntó Roger mirándole inquisitivamente.

—Lo considero como una fuerte posibilidad.

—Si creyera que existe una posibilidad de que eso sea así... Bueno, si pudiera estar seguro de que no me elevo en el aire en los momentos más inconvenientes, me sentiría muy aliviado. Yo mismo podría abordar entonces el problema, sin ayuda de nadie.

—Eh, eh —dijo Sarle animosamente.

—Sólo si me dejaran solo.

—¿Y por qué no iban a dejarte solo?

—Sí. Hay que mantener esto durante un año o así, actuar en otras ciudades cuando ya se hayan hartado del “Black Mask”. Y después enfrentarme con el verdadero problema. Incluso para entonces ya habré podido ahorrar un poco de dinero y, ¿quién sabe? —Se echó a reír ligeramente y añadió—: Hasta puede que llegue a gustarme el mundo del espectáculo.

Jugueteó con el vaso vacío del cóctel y permaneció sentado allí, sumido en sus pensamientos.

Sarle se volvió hacia Jane y le sonrió. Manteniendo la mano izquierda cerca de su propio cuerpo, Sarle unió los dedos gordo y anular formando un círculo y dejando extendidos los demás. Jane no le vio. Estaba mirando fijamente a Roger, con una expresión tensa y nada feliz.

—Roger —dijo ella.

—¿Qué?

—Por favor. Estás haciéndolo otra vez.

Roger, asombrado, miró hacia abajo. Su cuerpo estaba a unos quince centímetros por encima del mullido asiento del sillón.

—Lo siento —dijo, descendiendo—. En cuanto me distraigo vuelve a suceder.

—Lo sé —dijo Jane sombríamente—. Lo sé.

Roger recibió el primer sobre de su paga en el despacho de Magoun, quien trató de mostrarse cordial y logró no parecer incómodo.

—Ha sido una buena semana, señor Toomey —le dijo—, y le he incluido un pequeño extra en el sobre. Encontrará doscientos cuando lo abra.

—Gracias —dijo Roger.

—No se preocupe. —Magoun le palmeó la espalda—. Puede utilizarme como referencia, y le proporcionaré el nombre de un agente de confianza si es que desea uno.

Roger le miró, sorprendido.

—¿Qué significa eso? ¿Que ya he terminado aquí?

Magoun sacó un puro de la caja y se lo quedó mirando.

—El compromiso fue sólo por una semana, como usted recordará.

—Maldita sea, usted dijo una semana en el sentido de ver cómo me las arreglaba

con el público.

—Sí, sí, en efecto. El espectáculo es bueno, pero no tiene la garra suficiente, ¿comprende lo que quiero decir? Usted flota, pero eso es todo. Usted no baila, no ofrece un espectáculo de variedades. Ni siquiera tiene un ayudante. Alguien que realce la actuación. Si los hombres se cansan de la magia, les gusta contemplar bonitas piernas, ¿comprende?

—Pero usted está ganando dinero. El cajero me dijo que ésta ha sido la mejor semana que había conocido.

Magoun dejó el puro, sin haberlo encendido.

—Mire, señor Toomey, ¿quiere saber la verdad? Pues voy a dársela. No soy de esa clase de tipos farsantes delante de los demás, ¿comprende? Mire, he estado observando su actuación. No soy ningún tonto. Tengo mi experiencia. He visto actuar a más magos de los que usted podría contar. Conozco todos sus trucos. Sólo que usted no los utiliza. No hay trampa ni cartón en lo que hace usted. No les induce a apartar la vista de usted para sustituir rápidamente un artilugio por otro. No se sostiene de hilos colgados del techo. Y tampoco utiliza espejos.

»Al principio pensé que sería hipnotismo, aunque nunca he visto utilizar el hipnotismo delante de toda una multitud de gente. En cualquier caso, me senté entre el público y cerré los ojos en cuanto apareció usted. Y esperé hasta que empezaron a sonar los gritos de asombro y entonces los abrí. Y ahí estaba usted, con la cabeza a tres metros por encima del escenario. No podía ser hipnotismo. Había cerrado los ojos.

—Déjeme ver si le entiendo —dijo Roger—. ¿Quiere decir que me despide porque cree que lo que hago es cierto, que puedo realmente volar?

—No me gusta decirle esto, ¿comprende? —dijo Magoun extendiendo las manos abiertas—. No voy a admitir si creo o no en brujerías. Sólo me gustaría despedirme de usted de una forma amable, sin resentimientos.

—Espere. Suponga que puedo flotar de verdad. ¿Qué supone eso para usted?

—Bueno si es así, los clientes pueden tener la idea de que todo es demasiado cierto. Y eso no les gustaría. Ya sabe cómo es la gente. Son supersticiosos, ¿comprende? Muchos de ellos no tienen una educación muy buena. Y en cuanto menos se lo espere habría alguien gritando: “Es el diablo”, o alguna otra locura por el estilo. Mire, usted no conoce el negocio del espectáculo como yo; no tiene usted ni la más ligera idea de cómo pueden suceder las cosas. No puedo arriesgarme a que se produzca un tumulto, señor Toomey. Debo pensar en mi reputación.

—Pero se equivoca, señor Magoun. Al público le gusta que le engañen.

—Quizá. Pero únicamente mientras sepan que sólo se trata de un engaño. Un tipo logra quitarse unas esposas, muy bien. Todo el mundo sabe que se las ha arreglado para ocultar una llave en la palma de la mano, aunque no hayan podido verla. ¿Hace

desaparecer a un ayudante? Todos saben que hay un espejo en alguna parte del escenario, o un botón falso o algo por el estilo. ¿Alguien capaz de leer los pensamientos de los demás? Todos saben que entre el público hay un compinche.

»Pero usted, señor Toomey, usted es demasiado bueno. Yo he visto a una mujer flotar por encima de un diván durante aproximadamente diez segundos. Está sostenida desde arriba, claro. No puede moverse, no puede cambiar de posición. Pero usted flota por cualquier parte. Se pone cabeza abajo en el aire. Se desliza por encima de las mesas. No hay forma alguna de que haya trampa. Lo que usted hace es verdadero. Y así es como lo piensa el público... Mire, señor Toomey, dígame cómo lo hace y podremos llegar a un acuerdo. ¿Qué le parece?

Roger guardó silencio.

—En tal caso no podemos hacer nada —dijo Magoun.

—A usted no le preocupan los tumultos —dijo Roger—. Ningún productor en su sano juicio despreciaría una actuación como la mía, capaz de hacerle ganar dinero, simplemente porque la considera demasiado buena. Lo que sucede es que usted me tiene miedo. Me teme personalmente.

—No se trata de miedo —replicó Magoun—. Pero el asunto no me gusta. Me hace sentir incómodo, ¿comprende?

—¿Por qué?

—Porque no es correcto, señor Toomey. Es algo en contra de las leyes de la naturaleza. No puede ser correcto... Mire, señor Toomey ¿ha oído hablar alguna vez de la ley de la gravedad?

Roger se incorporó.

—Adiós.

Magoun extendió la mano hacia él.

—¿Sin resquemores?

Roger se marchó sin contestar.

No tomó el metro, sino que regresó a casa caminando. Estaba hecho un lío. Nadie afrontaría la verdad. Nadie sería capaz de contemplar los hechos cara a cara. Hasta un mago debía demostrar que lo que hacía no era más que un engaño. Se prefería la ilusión, el charlatanismo.

En cuanto a la verdad, había que ocultarla.

Las dos horas de caminata a primeras horas de la madrugada no le aportaron solución alguna. Subió el tramo de escalera hasta su apartamento, en el segundo piso, sintiéndose en un estado de agotamiento. Cerró la puerta suavemente tras él. El pestillo no se cerró del todo, pero él no se dio cuenta.

Se desnudó sin encender las luces para no despertar a Jane. Esta le había preparado la cama en el diván, extendiendo las sábanas sobre él.

De pronto, todo le pareció insoportable. Tenía que decírselo a Jane. Tenía que

despertarla y decírselo ahora mismo. Tenía que decírselo, maldita sea, o se derrumbaría.

Se dirigió lentamente hacia el dormitorio y extendió la mano hacia la almohada donde debería estar su rubia cabeza. Pero no la encontró.

—Jane —la llamó suavemente.

Y pensó confundido: “Debe de estar en el cuarto de baño”.

Tanteó para encender la lámpara de la mesita de noche y parpadeó en una habitación vacía. La volvió a llamar..., y entonces vio la hoja de papel sujeta a la almohada con un alfiler. La arrancó de un manotazo.

Empezaba diciendo: “Roger”. Ninguna palabra de ternura; simplemente “Roger”. Los trazos de la escritura eran apresurados, desbaratados, casi incoherentes.

»Roger: no puedo soportarlo y tengo que marcharme. Sé que no es culpa tuya, pero no puedo evitarlo. No quise marcharme mientras las cosas iban tan mal. Habría sido muy mezquino por mi parte. Pero ahora has iniciado una nueva carrera y lograrás salir adelante sin mí. Por favor, no trates de encontrarme, y no te preocupes por mí. Sólo me llevo mis cosas personales y la mitad del dinero que teníamos en la cuenta común. Adiós. Jane«

Roger leyó la nota y su contenido fue impregnando lentamente su mente aturdida. Dejó caer la nota, y pensó: “Mi nueva carrera”. Y después, en voz alta, medio histérica, gritó:

—¡Mi nueva carrera!

Medio mareado, se dirigió hacia la cómoda. De su parte superior tomó la caja donde guardaba sus pequeñas minucias personales: sujetadores de corbata, gemelos, una vieja pluma, la llave del club Phi Beta Kappa que ya no utilizaba. De la caja sacó el frasco de somnífero que había ido acumulando a causa de las recetas no utilizadas que le había entregado su amigo de la Escuela de Medicina. En su mente siempre había albergado un cierto presentimiento de que podría necesitarlas.

Recogió del suelo la nota de Jane y garabateó unas pocas palabras en la otra cara del papel, utilizando su pluma. Se preparó un vaso de agua, lo dejó sobre la mesita de noche, se sentó en el borde de la cama y vertió media docena de pastillas para dormir en la palma de su mano. Después, vació en ella todo el tubo. Lenta, pensativamente, se las fue tragando con agua, tomando dos cada vez.

Se tumbó sobre la cama y se cubrió con la sábana. Cerró los ojos.

La confusión de su mente fue apagándose y la paz descendió lentamente sobre él. La levitación ya no importaba. Nada importaba. Excepto el sueño. Sólo el sueño.

Y su última, lenta y ensoñadora sensación fue que estaba flotando.

Estaba allí tumbado, enfriándose.

La aparición del rigor mortis, cuando no se produce de un modo uniforme, proporciona una pseudovida fantasmagórica a un brazo o a una pierna, haciendo que

se tuerzan.

Fuera lo que fuese que controlase la levitación en el cuerpo de Roger, los primeros espasmos de la muerte lo atiesaron y lo activaron.

Hacia el mediodía, una vecina observó las dos botellas de leche junto a la puerta del apartamento de los Toomey. Llena de buenas intenciones, llamó a la puerta.

—Señora Toomey, señora Toomey.

La puerta, cuyo pestillo no se había cerrado del todo, giró hacia el interior bajo la presión de sus nudillos.

La mujer entró en el apartamento y se vio rodeada de un silencio opresivo.

—¿Señora Toomey?... ¿Ocurre algo?

Medio asustada, avanzó de puntillas por el salón vacío y echó un vistazo al interior del dormitorio.

Todo su ser se conmocionó y lanzó un grito salvaje. El cuerpo rígido de Roger estaba evidentemente muerto, y la mujer no esperó más, ni se detuvo a mirar más atentamente si había alguna otra cosa que llamara la atención.

Los dos agentes de policía vestidos de paisano miraron el apartamento imparcialmente y dirigieron al cadáver un breve vistazo de hastío.

El policía Dooley recogió la nota que estaba sobre la mesita de noche.

—Es de su mujer —dijo, sosteniéndola cautelosamente por uno de los bordes.

El policía Herlihan la leyó por encima del hombro de su compañero.

—¿Qué otra cosa podía esperarse? ¡Pobre fiambre!

—Llamaré al doctor Curley —dijo Dooley—. Sin duda alguna, se trata de suicidio.

Herlihan recogió cuidadosamente el frasco vacío con las puntas de dos dedos.

—Supongo que se trata de pastillas para dormir, ¿no? —dijo, volviendo a dejar el frasco.

—Seguro.

Dooley salió al salón.

Herlihan contempló especulativamente lo que quedaba de Roger Toomey. Y entonces miró más atentamente.

—Eso es extraño —murmuró.

Apartó de un tirón la sábana que colgaba extrañamente y casi se cayó de espaldas.

—¡Santo Dios! —exclamó.

Quince centímetros de espacio separaban el cadáver del colchón.

Herlihan pasó la mano por debajo del cuerpo, pero allí no había nada capaz de sostenerlo. Únicamente espacio. Volvió a extender la mano, temblorosa, mirándola fijamente.

Salvajemente, colocó las manos sobre el pecho y el abdomen del muerto y apretó hacia abajo.



Algo chasqueó. Se escuchó un crac limpio y nítido, minúsculo, pero perfectamente audible, y el cuerpo descendió... como el de un peso muerto. Y el colchón crujió para demostrarlo.

El chasquido había procedido del interior del cuerpo, como si se hubiera extendido un músculo un poco más de lo debido.

Herlihan retrocedió.

La voz de Dooley, que hablaba por teléfono, guardó silencio, y el policía entró en el dormitorio.

—El doctor Curley vendrá dentro de media hora —dijo—. Y... eh, Mike, este tipo ha escrito algo en la otra cara de la nota de su esposa. Escucha: “A un hombre se le puede guiar hacia los hechos, pero no se le puede hacer creer”. ¿Qué te parece?

Herlihan seguía mirando fijamente el cadáver.

Dooley frunció el ceño.

—¿Ocurre algo?

Herlihan sacudió la cabeza con una expresión atontada.

—¡Nada! ¡Nada en absoluto!

## La pausa (1954)

---

“The Pause”

El polvo blanco estaba encerrado dentro de una cápsula transparente de delgadas paredes. A su vez, la cápsula estaba cerrada por soldadura dentro de una doble lámina de parafilme, dentro de la cual, y a intervalos de quince centímetros, había encerradas otras cápsulas.

La lámina se deslizaba. Durante el proceso, cada cápsula reposaba un minuto en una mordaza de metal, inmediatamente debajo de una ventanilla de mica. En otra porción de la esfera del contador de radiaciones, un número saltaba sobre un cilindro de papel que se iba desplegando. La cápsula seguía adelante, y la que venía detrás ocupaba su puesto.

El número marcado a la una cuarenta y cinco de la tarde era el 308. Un minuto después apareció el 256. Un minuto después, el 391. Un minuto después, el 477. Un minuto después, el 202. Un minuto después, el 251. Un minuto después, el 000. Un minuto después, el 000. Un minuto después, el 000.

Poco después de las dos de la tarde, Alexander Johannison pasaba junto al contador y el rabillo de un ojo se le clavó en la hilera de números. Dos pasos más allá del contador se detuvo y retrocedió.

Alexander Johannison hizo retroceder el rollo de papel luego lo volvió a su posición primitiva y exclamó:

—¡Cáspita!

Lo dijo con vehemencia. Era alto y delgado, de gruesos nudillos, cabello bermejo y cejas claras. Parecía cansado y, de momento, perplejo.

Gene Damelli se acercaba, dando rodeos, con la misma tranquila despreocupación que infundía a todos sus actos. Era moreno, velloso y más bien bajo. En otro tiempo le aplastaron la nariz, y esta circunstancia le daba un aspecto curiosamente distinto al que la gente suele imaginar que debe de tener un físico nuclear. Damelli dijo:

—Mi condenado contador Geiger no recoge nada en absoluto, y yo no me siento de humor para repasar todos sus alambres. ¿Tienes un pitillo?

Johannison sacó un paquete.

—¿Qué tal están los demás del edificio?

—No los he probado, pero me figuro que no se habrán estropeado todos.

—¿Por qué no? El mío tampoco registra nada.

—No bromees. ¿Ves? Tanto dinero gastado para nada. Salgamos a beber una «Coca-Cola».

Johannison respondió con más pasión de lo que se proponía:

—¡No! Voy a ver a George Duke. Quiero comprobar su máquina. Si aquella también está parada...

Damelli le seguía, pisándole los talones.

—No lo estará, Alex. No seas tonto.

George Duke escuchaba a Johannison mirándole con disgusto por encima de unos lentes sin aros. Era un joven viejo con poco cabello y menos paciencia.

—Estoy ocupado —dijo.

—¿Demasiado ocupado para decirme si tus aparatos funcionan, por amor de Dios?

Duke se puso en pie, exclamando:

—¡Ah, diablos! ¿Cuándo tiene uno tiempo para trabajar, por estos contornos? — Al dar la vuelta a la mesa, la regla de cálculo se le cayó, chocando sordamente con una capa de dispersas hojas de papel milimetrado.

El hombre se acercó a una mesa de laboratorio llena de objetos y levantó la pesada tapa de plomo de un pesado recipiente de plomo. Luego introdujo dentro unas tenazas de sesenta centímetros de longitud y sacó un pequeño cilindro plateado.

—Quédate donde estás —ordenó con semblante malhumorado.

Johannison no necesitaba el consejo. Se mantuvo a distancia. Durante el mes anterior no había estado expuesto a ninguna dosis anormal de radiactividad, pero habría sido una insensatez acercarse más de lo necesario al cobalto «caliente».

Siempre utilizando las tenazas, y con los brazos bien estirados para mantener lejos de su cuerpo el brillante pedazo de metal cargado de radiactividad concentrada, llevó dicho fragmento metálico junto a la ventanilla de su contador. A sesenta centímetros de distancia, el contador habría tenido que vibrar lo suficiente como para hacerse pedazos. Pero no vibró.

—¡Repámanos! —exclamó Duke, dejando caer el recipiente de cobalto. Rebuscó alocadamente por el suelo y cuando lo encontró lo levantó hacia la ventanilla. Esta vez, más cerca.

No se oyó nada. En el contador de impulsos no aparecieron los puntitos de luz. Los números no aumentaron.

—No se oye ni siquiera un ruido de fondo —comentó Johannison.

—¡Por Júpiter! —exclamó Damelli.

Duke devolvió el tubo de cobalto a su funda de plomo, con la misma presteza de siempre, y se quedó plantado, inmóvil, mirando fijamente.

Johannison irrumpió en la oficina de Bill Everard, con Damelli pisándole los talones, y habló excitadamente durante unos minutos, las manos con los nudillos blancos sobre la reluciente mesa escritorio de Everard. Este escuchaba con las lisas, recién afeitadas mejillas adquiriendo un tinte rosado y el rollizo cuello dilatándose un poco sobre el duro y blanco cuello de la camisa.

Everard miró a Damelli y dirigió un interrogatorio pulgar a Johannison. Damelli se encogió de hombros, levantando las manos, con las palmas para arriba, y

arrugando la frente.

—No entiendo que todos puedan funcionar mal —dijo Everard.

—Pues han funcionado mal, indiscutiblemente —insistió Johannison—. Se han quedado todos inertes alrededor de las dos. Hace ya más de una hora, y ninguno ha vuelto a funcionar bien. Ni el mismo George Duke sabe cómo resolver el problema. Te lo aseguro, la culpa no la tienen los contadores.

—¡Pero si me estás diciendo que sí la tienen!

—Lo que digo es que no funcionan. Pero no es por culpa suya. No hay nada que los haga funcionar.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que en este lugar no hay radiactividad alguna. No la hay en todo el edificio. En ninguna parte.

—No te creo.

—Oye, si un cilindro de cobalto «caliente» no pone en marcha un contador, quizá podamos suponer que todos los contadores con que ensayamos están avenados. Pero si ese mismo cilindro no descarga un electroscopio de láminas de oro y ni siquiera vela una placa fotográfica, entonces el que está averiado es el cilindro.

—De acuerdo —admitió Everard—, se trata de un cartucho sin bala. Alguien cometería un error y se olvidaría de cargarlo.

—Ese mismo cilindro funcionaba debidamente esta mañana. Pero no me hagas caso: es posible que hayan cambiado unos cilindros por otros. Sin embargo, he cogido aquel pedazo de pechblenda de la caja de exposición del cuarto piso, y tampoco produce el menor efecto. No vas a decirme que alguien se olvidó de meterle el uranio dentro.

Everard se frotó la oreja.

—¿Qué opinas tú, Damelli?

—No lo sé, jefe —respondió el aludido, meneando la cabeza—. Ojalá lo supiera.

—No es hora de reflexiones —dijo Johannison—, sino de hechos. Tienes que avisar a Washington.

—Avisar, ¿de qué? —preguntó Everard.

—Avisarles sobre la dotación de bombas atómicas.

—¿Qué?

—La respuesta podría estar ahí. Oye, alguien ha ideado una manera de interrumpir la radiactividad; toda, por entero. Podría tratarse de un fenómeno que se extendiese por todo el país, por todos los Estados Unidos. Si alguien ha provocado ese fenómeno, sólo puede haberlo hecho para dejar inservibles nuestras bombas atómicas. Como no saben dónde las guardamos, tienen que cubrir el país entero. Y si esta hipótesis fuese acertada, ello significa un ataque inminente. Un ataque que puede desencadenarse en cualquier instante. ¡Utiliza el teléfono, jefe!

La mano de Everard fue en busca del teléfono. Sus ojos y los de Johannison se encontraron y se miraron de hito en hito.

—Conferencia con el exterior, tenga la bondad —pidió.

Eran las cuatro menos cinco. Everard dejó el aparato.

—¿Era el comisario? —preguntó Johannison.

—Sí —respondió Everard. Tenía el ceño fruncido.

—Muy bien. ¿Qué ha dicho?

—«¿Qué bombas atómicas, hijo mío?», me ha dicho —contestó Everard.

Johannison parecía estupefacto.

—¿Qué diablos significa eso de «¿Qué bombas atómicas?» ¡Ah, ya sé! Han descubierto ya que tienen en las manos unos proyectiles descargados, y no quieren hablar. Ni siquiera con nosotros. ¿Qué hacemos ahora?

—Ahora, nada —respondió Everard, volviendo a sentarse y mirando con ojo inflamado al físico—. Alex, comprendo la tensión que estás sufriendo, y por eso no voy a estallar por este asunto. Pero lo que me molesta es pensar: ¿cómo me has metido a mí en esa tontería?

Johannison palideció.

—Esto no es una tontería. ¿O acaso dijo el comisario que lo era?

—Ha dicho que soy un tonto; y lo soy, efectivamente. ¿Qué diablos te propones al venir aquí con esos cuentos sobre bombas atómicas? ¿Qué son bombas atómicas? Yo nunca había oído hablar de ellas.

—¿No has oído hablar de bombas atómicas? ¿Qué es esto? ¿Una broma?

—No las había oído mencionar jamás. Suenan como algo sacado de un tebeo.

Johannison se volvió hacia Damelli, cuyo aceitunado cutis parecía oscurecerse por la inquietud.

—Díselo, Gene.

Damelli meneó la cabeza.

—Dejadme al margen de este asunto.

—Está bien. —Johannison se inclinó para repasar con la mirada la hilera de libros de los estantes próximos a la cabeza de Everard—. No sé a qué viene todo esto; pero no lo aguanto. ¿Dónde está el Gladstone?

—Ahí mismo —dijo Everard.

—No. No quiero el *Libro de texto de Química y Física*, sino su obra *Fuentes de la energía atómica*.

—No la conozco.

—¿Qué estás diciendo? Desde que trabajo aquí la has tenido siempre ahí, en ese estante.

—No lo había oído citar jamás —insistió tericamente Everard.

—Supongo que tampoco habrás oído citar *Rastreadores radiactivos en biología*.

—No.

—Muy bien —gritó Johannison—. Entonces, utilicemos el *Libro de texto* de Gladstone. Servirá para el caso.

Así diciendo, bajó el grueso volumen e hizo correr las páginas. Una vez, dos veces. Arrugando la frente, miró la página del copyright. Decía: Tercera edición, 1956. El hombre repasó los dos primeros capítulos, página por página. Allí estaba: estructura atómica, números cuánticos, electrones y sus capas, series de transición..., pero nada sobre radiactividad, nada en absoluto referente a ella.

Entonces recurrió a la tabla periódica de elementos de la cara interior de la cubierta delantera. No necesitó más que unos segundos para ver que sólo anotaba ochenta y uno; los ochenta y un elementos no radiactivos.

Johannison sentía la garganta seca como un ladrillo. Con voz ronca, le dijo a Everard:

—Supongo que nunca has oído pronunciar la palabra uranio.

—¿Qué es eso? —preguntó fríamente el otro—. ¿Un nombre comercial?

Desesperado, Johannison dejó el Gladstone y cogió el *Manual de Química y Física* y utilizó el índice. Buscó: series radiactivas, uranio, plutonio, isótopos. Sólo encontró esta última palabra. Con dedos inseguros, nerviosos, acudió a la tabla de isótopos. La bastó una mirada. Sólo traía los isótopos estables.

—Muy bien —dijo con acento de súplica—. Abandono. Ya basta. Has colocado aquí un puñado de libros apócrifos, sólo para sacarme de mis casillas, ¿verdad que sí? —E intentó sonreír.

Everard se puso tieso.

—No seas tonto, Johannison. Será mejor que te vayas a casa. Consulta a un médico.

—No estoy enfermo.

—Es posible que no lo creas; pero lo estás. Necesitas unas vacaciones; tómatelas, pues. Hazme un favor, Damelli. Mételo en un taxi y cuida de que llegue a su casa.

Johannison seguía plantado allí, irresoluto. De pronto se puso a chillar:

—Entonces, ¿para qué sirven la multitud de contadores que hay en este establecimiento? ¿Qué función realizan?

—No sé qué quieres decir con eso de contadores. Si te refieres a las computadoras, están aquí para resolver los problemas que se nos plantean.

Johannison señaló una placa de la pared.

—Muy bien, pues. Mira esas Iniciales. ¡C! ¡E! ¡A!

¡Comisión! ¡Energía! ¡Atómica! —Y espació bien las palabras, separándolas perfectamente una de otra.

Everard señaló a su vez:

—¡Comisión! ¡Experimental! ¡Aire!, Llévale a casa, Damelli.

Johannison se volvió hacia Damelli apenas hubieron llegado a la acera. En tono apasionado, le susurró:

—Oye, Gene, no te hagas cómplice de ese fulano. Everard se ha vendido. Le han comprado, sea como fuere. Figúrate, ¡haber hecho confeccionar aquellos libros falsos y querer hacerme creer que estoy loco!

Damelli dijo, sin inmutarse:

—Sosiégate, Alex, muchacho. Estás un poco excitado, nada más. Everard es un hombre cabal.

—Ya le has oído. No sabe qué son las bombas atómicas, ni tampoco el uranio.

Damelli levantó un dedo.

—¡Taxi! —El taxi pasó zumbando.

Johannison se libertó de la sensación de ahogo.

—¡Gene! Tú estabas presente cuando los contadores han dejado de funcionar. Tú estabas presente cuando la pechblenda ha quedado inerte. Y has ido conmigo a ver a Everard para resolver el problema.

—Si quieres que te diga la pura verdad, Alex, tú me has dicho que tenías que hablar de algo con el jefe y me has pedido que te acompañase, y eso es todo lo que sé. Que yo sepa, no se ha estropeado nada, y... ¿qué diablos habíamos de hacer con esa pechblenda? No utilizamos brea alguna en el centro... ¡Taxi!

El taxi se paró junto al bordillo.

Damelli abrió la puerta e indicó a Johannison, con un ademán, que subiera. Este subió; luego, con los ojos enrojecidos de cólera, arrancó la portezuela de la mano de Damelli, cerró de golpe y le gritó una dirección al taxista. Y se asomó por la ventanilla mientras el taxi arrancaba, dejando a Damelli plantado y mirando estupefacto.

—Dile a Everard que no le saldrá bien —gritó Johannison—. Sé qué os traéis entre manos.

Luego se derrumbó sobre el tapizado, exhausto. Estaba seguro de que Damelli había oído la dirección que había dado al taxista. ¿Acudirían los otros al FBI antes que él con algún cuento sobre una pretendida crisis nerviosa? Y los del FBI, ¿darían más crédito a la palabra de Everard que a la suya? No podrían negar la Interrupción de la radiactividad. No podrían negar la presencia de los libros falsificados.

Mas ¿de qué serviría todo ello? Estaba a punto de producirse un ataque enemigo, y hombres como Damelli y Everard... ¿Hasta qué punto estaba carcomido el país por la traición? De pronto se puso tenso, rígido.

—¡Chófer! —gritó. Luego, más fuerte—: ¡Chófer! El hombre del volante no volvió la cabeza. El tráfico discurría suavemente junto a ellos.

Johannison quiso levantarse del asiento; pero sentía una especie de vértigo.

—¡Chófer! —murmuró. No iban camino del FBI, sino que el taxista le llevaba a

su casa. Pero ¿cómo sabía su dirección?

Claro, sería un taxista comprado. Johannison apenas divisaba los objetos y en sus oídos zumbaba un estrépito infernal.

¡Santo Dios, qué organización! ¡Era perfectamente inútil luchar! Johannison perdió el conocimiento.

Johannison andaba por la acera dirigiéndose a la casita de dos pisos, con fachada de ladrillo, donde vivían él y Mercedes. No recordaba cómo había salido del taxi.

Se volvió, y no había ninguno a la vista. Automáticamente se palpó la chaqueta en busca de la cartera y las llaves. Ambas cosas estaban en su sitio. No le habían quitado nada.

Mercedes estaba a la puerta, esperándole. No parecía sorprendida de verle regresar. Johannison dirigió una mirada rápida al reloj. Volvía a su casa cerca de una hora antes que de costumbre.

—Mercedes —dijo—, hemos de marcharnos de aquí para...

—Lo sé todo, Alex —le cortó ella con voz ronca—. Entra.

Mirándola, el marido creía estar contemplando el mismísimo cielo. Cabello lacio, tirando a rubio, con la raya en medio y recogido en forma de cola de caballo; grandes ojos azules, bien separados y con aquella ligerísima inclinación oriental, orejas pequeñas y pegadas a la cabeza. Johannison la devoraba con la mirada.

Pero advertía que ella hacía un esfuerzo mayúsculo por reprimir cierta tensión.

—¿Te ha telefoneado Everard? ¿O acaso Damelli? —le preguntó.

—Tenemos visita —respondió la mujer.

«Han llegado hasta ella», pensó Johannison.

Podía cogerla de la mano y arrancarla del umbral. Correrían; probarían de ponerse a salvo. Pero ¿lo conseguirían? El visitante estaría aguardando entre las sombras del pasillo. Sería un hombre siniestro, se figuraba, de voz recia, brutal y con acento extranjero, plantado allí con una mano en el bolsillo, aunque formando un bulto mucho mayor que la mano. Atontado, entró en su casa.

—Espera en la sala —explicó Mercedes, por cuyo semblante cruzó momentáneamente una sonrisa—. Creo que no hay nada que temer.

El visitante estaba de pie. Tenía un aspecto irreal, con la irrealidad de la perfección. Tenía la cara y el cuerpo sin defecto alguno y completamente desprovistos de individualidad. Habría podido salir de un cartel publicitario.

Tenía la voz cultivada y desapasionada del locutor profesional. Una voz completamente desprovista de acento regional.

—Nos ha dado mucho trabajo traerle a casa, doctor Johannison —dijo el forastero.

El científico aseguró:



—Sea lo que fuere lo que pretenda, no estoy dispuesto a colaborar.

Mercedes intervino:

—No, Alex, no lo entiendes. Hemos conversado ya. Ese señor dice que la radiactividad ha quedado interrumpida.

—Sí, lo ha quedado, ¡y me gustaría que ese anuncio de cuellos de camisa me dijera cómo lo han hecho! ¡Oiga!, ¿es usted americano?

—Sigues sin comprender, Alex —dijo la esposa—. La radiactividad ha quedado interrumpida en todo el mundo. Ese hombre no pertenece a ninguna nación de la Tierra. No me mires así, Alex. Es cierto. Sé que es cierto. Mírale.

El visitante sonrió. Era una sonrisa perfecta.

—Este cuerpo bajo el que me presento —dijo—, ha sido esmeradamente confeccionado por encargo; pero no es más que materia. Está bajo un control absoluto. —Levantó una mano, y la piel desapareció. Los músculos, los rectos tendones y las sinuosas venas quedaron al descubierto. Las paredes de las venas desaparecieron y la sangre manó suavemente sin necesidad de que la contuvieran. Todo se disolvió para que ahora pudiera aparecer el hueso gris, liso. Que también se evaporó.

Luego reapareció todo.

—¡Hipnotismo! —murmuró Johannison.

—En modo alguno —negó tranquilamente el visitante.

Johannison preguntó

—¿De dónde es usted?

—Resulta difícil explicarlo, —contestó el otro—. ¿Importa realmente?

—He de comprender lo que está ocurriendo —gritó Johannison—. ¿No se da cuenta?

—Sí. Me doy cuenta. Por eso estoy aquí. En este momento estoy hablando a ciento y pico de personas diseminadas por todo este planeta de ustedes. Desde dentro de diferentes cuerpos, por supuesto, dado que diferentes secciones de ustedes tienen preferencias y normas distintas en lo referente al aspecto del cuerpo.

Fugazmente, Johannison se preguntó si no estaría loco, después de todo.

—¿Son ustedes de... Marte? ¿O de otro sitio parecido? ¿Van a tomar el mundo? ¿Estamos en guerra?

—¿Ve usted? —dijo el visitante—. Esa clase de actitud es precisamente lo que tratamos de corregir. Su gente está enferma, doctor Johannison, muy enferma. Desde hace decenas de miles de años, años de los de ustedes, sabemos que esa especie particular a que pertenecen tiene grandes posibilidades. Pero nos ha desilusionado mucho observar que su desarrollo se ha desviado hacia un camino patológico. Claramente patológico. —Meneó la cabeza.

Mercedes se dirigió a su marido.

—Antes de llegar tú, me ha dicho que trataba de curarnos.

—¿Quién se lo ha pedido? —murmuró Johannison.

El visitante se limitó a sonreír, y explicó:

—Me encargaron esta tarea hace muchísimo tiempo; pero las enfermedades de esa clase siempre son difíciles de tratar. En primer lugar, está la dificultad de comunicarnos.

—Nos estamos comunicando, ¿no? —replicó tercamente Johannison.

—Sí. Hasta cierto punto, si. Yo utilizo los conceptos de ustedes, el código que ustedes adoptaron. Y que es bastante imperfecto. Ni siquiera podría explicarle la verdadera naturaleza de la enfermedad de su especie. Utilizando los conceptos de ustedes, la manera más aproximada de decirlo consistiría en afirmar que se trata de una enfermedad del espíritu.

—¿Eh?

—Es una especie de dolencia social delicada, escurridiza. Por eso he vacilado tanto tiempo antes de intentar una cura directa. Sería una pena que, por accidente, una potencialidad tan enorme como la que representa la raza de ustedes se nos perdiera. Hasta ahora, el recurso que he empleado durante miles de años ha consistido en actuar indirectamente, a través de los pocos individuos de cada generación que poseían una inmunidad natural para esa enfermedad. Filósofos, moralistas, guerreros, políticos. Todos los que poseían un atisbo de la hermandad universal. Todos los que...

—Muy bien. Y ha fracasado. Dejémoslo en eso. ¿Y si ahora me hablase de su pueblo, y no del mío?

—¿Qué le diría que usted pudiera entender?

—¿De dónde procede? Empiece por ahí.

—Usted carece del concepto adecuado. Yo no procedo de ninguna parte del recinto.

—¿De qué recinto?

—Del universo, quiero decir. Procedo de fuera del universo.

Mercedes volvió a intervenir, inclinándose hacia adelante.

—¿No entiendes qué quiere decir, Alex? Supón que tú aterrizases en la costa de Nueva Guinea y que hablastes a unos nativos por televisión. Quiero decir a unos nativos que no hubiesen visto ni oído a nadie de fuera de su tribu. ¿Podrías explicarles cómo funciona la televisión y cómo te permitía hablar a muchas personas situadas en distintos lugares, a un mismo tiempo? ¿Podrías explicarles que la imagen no eras tú mismo, sino una ilusión que podías hacer desaparecer y reaparecer? Si todo el universo que tus oyentes conocieran quedase limitado a su propia isla, ni siquiera podrías explicarles de dónde procedes.

—Bien. Entonces, para ese individuo somos salvajes, ¿no es eso? —preguntó

Johannison.

—Su esposa habla en metáfora —dijo el visitante—. Déjeme terminar. No puedo seguir tratando de estimular a la sociedad de ustedes a que se cure por si misma. La enfermedad ha llegado demasiado lejos. Tendré que alterar la composición temperamental de la raza.

—¿Cómo?

—Tampoco hay palabras ni conceptos para explicarlo. Habrá visto usted que poseemos un enorme dominio sobre la materia física. Nos ha costado muy poco esfuerzo interrumpir toda radiactividad. Ha resultado algo más difícil cuidar de que todas las cosas, comprendidos los libros, concordaran ahora con un mundo en el que la radiactividad no existe. Ha sido un poco más difícil todavía, y ha requerido más tiempo, el borrar toda idea de la radiactividad de las mentes de los hombres. En estos precisos instantes, en la Tierra no hay uranio. Y nadie lo ha oído mencionar jamás.

—Yo sí —replicó Johannison—. ¿Y tú, Mercy?

—Yo también lo recuerdo —contestó Mercedes.

—Con ustedes dos hemos hecho una excepción —dijo el visitante—, tal como la hacemos con un centenar y pico de hombres y mujeres de todas partes del mundo.

—No habrá radiactividad —murmuró Johannison—. ¿Nunca más?

—Durante cinco años de los de ustedes —dijo el visitante—. Se trata de una pausa, nada más. Una pausa, meramente; o llámelo, si prefiere, un período de anestesia, a fin de que yo pueda actuar sobre la especie sin el peligro eventual de una guerra atómica. A los cinco años, el fenómeno de la radiactividad se reanudará y existirán de nuevo el uranio y el torio, que actualmente han desaparecido. Sin embargo, el conocimiento de los mismos no retornará. Y ahí es donde entran ustedes. Y los demás tratados como ustedes. Ustedes reeducarán paulatinamente al mundo.

—Es toda una tarea. Hemos necesitado cincuenta años para llegar adonde estamos. Aun concediendo que la segunda vez quizá se tardase menos, ¿por que no devolver los conocimientos, sencillamente? Podrían hacerlo, ¿verdad que sí?

—Se tratará de una operación muy seria —replicó el visitante—. Se necesitará hasta un decenio para estar seguros de si surgen complicaciones o no. Por ello queremos que la reeducación se verifique despacio.

—¿Cómo sabremos que ha llegado el momento? —preguntó Johannison—. Quiero decir, que la operación ha terminado.

El visitante sonrió.

—Cuando llegue el momento, lo sabrán. Esté seguro.

—Bueno, es una maldición eso de esperar cinco años para que te suene un gong dentro de la cabeza. ¿Y si no suena nunca? ¿Y si la operación que va a realizar usted no tiene éxito?

—Confiemos en que si lo tendrá —respondió muy serio el visitante.

—Pero ¿Y si no lo tiene? ¿No podría borrarnos el recuerdo temporalmente también? ¿No podría dejarnos vivir normalmente hasta que haya llegado el momento?

—No, y lo siento. Necesito sus mentes intactas. Si la operación fracasa, si la cura no resulta bien, necesitaré una pequeña reserva de mentes normales, intactas, para engendrar, a partir de ellas, una población nueva de este planeta en la que se pueda intentar otra clase de cura. La especie de ustedes debe conservarse a toda costa. Es muy valiosa. Por eso estoy dedicando tanto tiempo a explicarles la situación. Si les hubiera dejado en la ignorancia en que estaban hace una hora nada más, habrían bastado cinco días (no hablemos ya de cinco años) para arruinarles por completo.

Y sin añadir ni una palabra más, desapareció.

Mercedes realizó las tareas necesarias para preparar la cena, y se sentaron a la mesa casi como si acabaran de vivir una jornada normal y corriente.

—¿Es cierto? —exclamó Johannison—. ¿Es real todo eso?

—Yo también lo he visto —contestó Mercedes—, Y lo he oído.

—He repasado mis libros. Están cambiados. Cuando haya terminado esta... pausa, habremos de trabajar de memoria, todos los que hemos quedado intactos. Tendremos que volver a construir los instrumentos. Tardaremos mucho tiempo en metérselo en la cabeza a los que no lo recordarán. —La cólera le dominó repentinamente—. ¿Y por qué? Me gustaría saber por qué.

—Alex —empezó tímidamente Mercedes—, ese ser quizá haya estado en la Tierra anteriormente y haya hablado con otras personas. Él ha vivido miles y miles de años. ¿No piensas que acaso sea eso que durante muchísimo tiempo hemos designado como... como...?

—¿Como Dios? —concluyó Johannison, mirándola—. ¿No es eso lo que querías decir? ¿Cómo puedo saberlo? Lo único que sé es que sus semejantes, sean quienes fueren, están infinitamente más adelantados que nosotros, y que él nos está curando una enfermedad.

—Entonces —dijo Mercedes—, me lo imagino como un médico, o el equivalente a un médico que exista en su sociedad.

—¿Médico? Lo único que ha repetido muchas veces ha sido que el gran problema estaba en la dificultad de comunicarnos. ¿Qué médico no podría comunicarse con sus pacientes? ¡Un veterinario! ¡Un médico de animales! —Y apartó el plato.

Su mujer replicó:

—Aun así. Si trae el fin de las guerras...

—¿Por qué querría ponerles fin? ¿Qué somos para él? Animales. Para él somos animales. Literalmente. Lo ha dicho bien claro. Cuando le he preguntado de dónde venía, ha contestado que no venía del «recinto» ¿Lo ves? El recinto de los animales.

Y luego lo ha cambiado por «universo». No venía del «universo». La dificultad de comunicación le ha delatado. Ha utilizado el concepto de lo que es nuestro universo para él, y no el de lo que es para nosotros. De modo que el universo es un corral de animales, y nosotros somos... caballos, gallinas, ovejas. Escoge.

—El Señor es mi Pastor. No me faltará...

—Basta, Mercy. Eso es una metáfora, y esto es una realidad. Si él es el pastor, entonces nosotros somos unas ovejas dotadas de un deseo y una habilidad extraños, antinaturales, de matarnos los unos a los otros. ¿Para qué habrían de interrumpirnos?

—El ha dicho...

—Sé qué ha dicho. Ha dicho que poseemos grandes potencialidades. Que somos muy valiosos. ¿No es cierto?

—Sí.

—Pero ¿qué potencialidades y valores tienen las ovejas para el pastor? Las ovejas no tienen ni idea. No pueden tenerla. Si supieran por qué las miman tanto quizá prefiriesen vivir sus propias vidas. Acaso quisieran correr los peligros que signifiquen los lobos, o los que signifiquen unas para otras.

Mercedes le miraba desamparada. El gritó:

—Es lo que me estoy preguntando yo ahora. ¿Adónde vamos? ¿Adónde vamos? ¿Lo saben las ovejas? ¿Lo sabemos nosotros? ¿Podemos saberlo?

Marido y mujer se quedaron en silencio, inmóviles, con los ojos fijos en los respectivos platos, sin comer. Fuera se oía el ruido del tráfico y las voces de los niños que jugaban. La noche se acercaba; poco a poco, oscureció.

## No cejemos (1954)

---

“Let's Not”

El profesor Charles Kittredge corría a largas e inseguras zancadas. Y llegó a tiempo para arrancar de un manotazo el vaso que el profesor auxiliar Heber Vandermeer se había llevado a los labios. Fue casi como un ejercicio a cámara lenta.

Vandermeer, que al parecer estaba tan totalmente absorto que no había oído las pisadas sordas de Kittredge, adoptó una expresión a la vez sorprendida y avergonzada. Bajó los ojos hacia el roto vaso y el charco de líquido que lo rodeaba.

—¿Qué era? —preguntó Kittredge con ceño fruncido.

—Cianuro de potasio. Me guardé un poco, cuando nos fuimos. Sólo por si acaso.

—¿Qué beneficio nos habría reportado? Además hemos perdido un vaso. Ahora hay que limpiar eso... No, yo lo haré.

Kittredge encontró un precioso pedazo de cartón para recoger los trozos de cristal y un trapo todavía más precioso para absorber el venenoso líquido. Y salió un momento para tirar los vidrios y —con gran pesar— el cartón y el trapo en uno de los tubos que los impulsarían arriba, hacia la superficie, a unos ochocientos metros de altura.

Al regresar encontró a Vandermeer sentado en el catre, mirando la pared con ojos vidriosos. El cabello se le había vuelto completamente blanco, y, naturalmente, había perdido peso. En el Refugio no había hombres obesos. Por contraste, Kittredge, que ya antes era alto, delgado y canoso, apenas había cambiado nada.

—Recuerda los viejos tiempos, Kitt —dijo Vandermeer.

—Procuro no recordarlos.

—Es el único placer que nos queda —insistió Vandermeer—. Los colegios eran colegios. Había clases, material, estudiantes, aire, luz y gente. Gente.

—Un colegio es un colegio siempre que cuente con un profesor y un estudiante.

—Casi aciertas —lamentóse Vandermeer—. Hay dos profesores. Tú, química; yo, física. Sólo nosotros dos; todo lo demás, hemos de sacarlo de los libros. Y un estudiante a punto de terminar. Será el primer hombre que obtendrá la licenciatura aquí abajo. Toda una distinción. ¡Pobre Jones!

Kittredge se llevó las manos a la espalda para tenerlas quietas.

—Hay otros veinte jóvenes que llegarán algún día a estudiantes de los últimos cursos.

Vandermeer levantó la vista, Tenía el semblante color ceniza.

—¿Qué les enseñaremos entretanto? ¿Historia? ¿Cómo descubrió el hombre la manera de hacer estallar el hidrógeno, y que se sentía feliz como una alondra mientras el hidrógeno estallaba y volvía a estallar repetidamente? ¿Geografía? Podremos describirles de qué manera dispersaron los vientos el polvo brillante por

todas partes y las aguas transportaron los disueltos isótopos hacia todas las profundidades, mayores y menores, de los mares.

A Kittredge le parecía una dura enseñanza. El y Vandermeer fueron los únicos científicos de talla que escaparon a tiempo. Ahora habían de velar por las vidas de un centenar de personas, entre hombres, mujeres y niños, mientras se escondían de los peligros y rigores de la superficie y del terror que el hombre había creado. Se escondían allí, en aquella burbuja de vida, a ochocientos metros por debajo de la corteza del planeta.

Desesperadamente, probó de inyectarle ánimos a Vandermeer. Con toda la energía de que fue capaz, dijo:

—Tú sabes qué debemos enseñarles. Hemos de mantener la ciencia viva de modo que algún día podamos repoblar la Tierra. Podemos empezar de nuevo.

Vandermeer no respondió. Volvió el rostro hacia la pared. Kittredge insistió:

—¿Por qué no? Nada dura eternamente, ni siquiera la radiactividad. Supongamos que tarde mil años, o cinco mil. Pero un día el nivel de radiación en la superficie de la Tierra descenderá hasta un grado soportable.

—Un día.

—Naturalmente. Un día. ¿No ves que el colegio que tenemos aquí es el más importante de toda la historia del hombre? Si triunfamos..., si tú y yo triunfamos, nuestros descendientes volverán a ver el firmamento en toda su extensión y volverán a gozar del agua corriente. Hasta tendrán —añadió con una sonrisa torcida—, colegios mayores como los que nosotros recordamos.

—No creo nada de lo que dices —replicó Vandermeer—. Al principio, cuando parecía mejor que morir, lo habría creído todo. En cambio ahora... sencillamente, no tiene sentido. Si, les enseñaremos todo lo que sabemos, aquí abajo, y luego moriremos... aquí abajo.

—Pero antes de mucho tiempo, Jones nos dará lecciones a nosotros, y pronto habrá otros. Los jóvenes que apenas recuerdan la existencia antigua llegarán a ser profesores, y más tarde lo serán los que habrán nacido ya aquí dentro. Este será el punto crítico. Cuando lleven la batuta los nacidos aquí abajo, no habrá recuerdos que destruyan la moral. Esta será su vida, y tendrán una meta que conquistar, algo por lo que combatir..., todo un mundo que ganar una vez más. Siempre que, Van, siempre que mantengamos vivo el conocimiento de la ciencia física a nivel de licenciatura. Tu comprendes por qué, ¿verdad que sí?

—Claro que lo comprendo —contestó Vandermeer, irritado—, pero no basta con comprenderlo para hacerlo posible.

—Si abandonamos, entonces lo haremos imposible. Eso si que es seguro.

—Bien, lo intentaré —susurró Vandermeer.

Con lo cual Kittredge se fue a su catre y cerró los ojos, ansiando

desesperadamente poder hallarse de pie, dentro del traje protector, en la superficie del planeta. Sólo un ratito. Un ratito solamente. Se plantaría junto al casco de la nave que habían desmantelado y aprovechado para crear la burbuja de vida, en el fondo. Luego podría estimular su propio valor levantando la vista y contemplando una vez más, sólo una vez más, a través de la tenue y fría atmósfera de Marte, el fulgor de aquel brillante astro muerto que era la Tierra.



# Engañabobos (1954)

---

“Sucker Bait”

## 1

La astronave Triple G salió disparada silenciosamente del hiperespacio, donde nada existía, y penetró en el espacio—tiempo, donde todo existe. Se materializó en el centro del fulgurante y grandioso enjambre estelar de Hércules.

Permanecía perfectamente inmóvil en el espacio, rodeada por millares de soles, cada uno de los cuales era el centro de un campo gravitatorio que atraía a la burbuja de metal. Pero las computadoras de la astronave habían suministrado unos datos tan precisos que la habían situado en la posición requerida con una perfecta exactitud. Estaba casi a un día de viaje —empleando los medios ordinarios de propulsión— del sistema de LaGrange.

Este hecho tenía distinta significación para cada uno de los hombres que se encontraban a bordo. Para la tripulación, representaba un día más de trabajo, con paga extra, y luego descanso en tierra. El planeta al que se dirigían estaba deshabitado, pero aun así resultaría más agradable que estar encerrados en la nave. A los tripulantes no les preocupaba una posible diferencia de opinión con los pasajeros porque, a decir verdad, los despreciaban y rehuían.

¡Eran unos sabihondos!

Efectivamente, lo eran; todos menos uno. Hombres de ciencia, dicho de un modo más cortés... y de las más diversas especialidades. Lo que más se parecía en ellos a una emoción común, en aquellos momentos, era la preocupación, mezclada de ansiedad, que experimentaban por sus instrumentos, y un vago deseo de efectuar una última comprobación.

Y tal vez también un pequeño aumento en su tensión y ansiedad. Era un planeta deshabitado. Todos lo habían afirmado rotundamente varias veces. Sin embargo, las opiniones humanas se hallan sujetas al error.

Y por lo que respecta al único hombre a bordo que no era tripulante ni científico, el principal sentimiento que le dominaba era de abrumadora fatiga. Aquel hombre era Mark Annuncio y llevaba cuatro días en cama, sin apenas probar bocado, mientras la nave entraba y salía del Universo atravesando los años luz a velocidad vertiginosa.

Se esforzó débilmente por ponerse en pie, tratando de sustraerse a los últimos efectos del mareo del espacio.

Pero a la sazón ya no sentía tanto la inminencia de la muerte y tuvo que comparecer ante el comandante, lo cual le fastidiaba sobremanera, pues estaba acostumbrado a hacer lo que se le antojaba y a seguir sus propios impulsos. ¡Quién era el comandante para...!

Sintió deseos de contárselo al doctor Sheffield y no hacerle caso al comandante.

Pero como Mark era un curioso, sabía que terminaría por ir. Era su único vicio importante. ¡La curiosidad!

Aunque también ésta era su profesión y su misión en la vida.

## 2

El capitán Follenbee, que se hallaba al mando de la Triple G, era un obstinado. También él opinaba lo mismo. Con anterioridad había realizado algunos viajes al servicio del gobierno, viajes que resultaron muy provechosos. La Confederación no escatimaba nada. Exigía una revisión completa de la nave después de cada viaje, la sustitución de las piezas defectuosas, una buena paga para la tripulación. Era un buen negocio. De los mejores. Pero aquel viaje era un tanto diferente.

No sólo por el grupo tan especial de pasajeros que llevaba a bordo —él esperaba vivir con individuos coléricos que arma. rían tremendos escándalos por naderías y cometerían mil locuras y estupideces, aunque aquellos sabihondos eran como todo el mundo— y porque le hubiesen desmantelado media nave para construir lo que, en términos del contrato, se llamaba aun laboratorio universal con acceso por el centro».

A decir verdad, y le repugnaba tener que admitirlo, era por «Júnior»... el planeta al que se dirigían.

La tripulación, por supuesto, no lo sabía, pero él, a pesar de que era un obstinado veterano, empezaba a encontrar el asunto desagradable. Pero sólo empezaba.

En aquel momento, lo que más le fastidiaba era aquel Mark Annuncio. Se golpeó la palma de la mano con el puño, molesto por aquel pensamiento. Su ancha cara se sonrojó de ira. ¡Insolente!

Un muchacho que aún no había cumplido veinte años, sin posición definida entre los pasajeros, se había atrevido a hacerle una petición como aquella... ¿Qué había tras todo aquello? Se prometió averiguarlo.

Con el humor que tenía, le hubiera gustado averiguarlo agarrando al muchacho por el cuello de la camisa, rechinando los dientes, pero sería preferible no apelar a aquellos medios extremos.

Al fin y al cabo, ya resultaba curioso que la Confederación de Mundos hubiese subvencionado aquel viaje tan peculiar, y que un muchacho de veinte años que siempre andaba fisgoneando y metiendo las narices en todo formara parte de aquella extraña empresa. ¿Cuál era su misión a bordo? Allí estaba aquel doctor Sheffield, por ejemplo, cuya única misión parecía consistir en hacer de niñera del muchacho. ¿Por qué? ¿Quién era exactamente Annuncio?

¿Había sentido el mareo del espacio o tal vez no era más que un pretexto para no moverse de la cabina?

Sonó un ligero zumbido cuando alguien pulsó el timbre de la puerta.

Debía de ser el muchacho.

Ahora calma, se dijo el comandante. Calma.

### 3

Mark Annuncio penetró en la cámara del comandante y se pasó la lengua por los labios en un inútil intento por librarse de aquel amargo sabor de boca. Sentía que la cabeza le daba vueltas y que el alma se le derrumbaba.

En aquel momento, hubiera renunciado con gusto a su posición en el Servicio por hallarse de nuevo en la Tierra. Pensó con nostalgia en su habitación, tan familiar, pequeña pero íntima; allí convivía con sus iguales. El mobiliario se reducía a una cama, una mesa, una silla y un armario, pero le bastaba con pedir lo que quisiera de la Biblioteca Central para que se lo trajesen inmediatamente. En aquella nave no había nada. Él se había imaginado que tendría mucho que aprender a bordo de una astronave, pues no había estado en ninguna. No supuso, sin embargo, que el mareo del espacio le duraría tantos días.

Se hallaba tan preso de añoranza que se hubiera echado a llorar. Pero no quería hacerlo, pues el comandante le vería los ojos llorosos y adivinaría su falta de control. Sentía disgusto hacia sí mismo por no ser corpulento y fuerte, por tener aspecto de ratón.

En realidad, eso era lo que parecía. Su cabello de color castaño, era sedoso y suave como el de un ratón; tenía la barbilla estrecha y huidiza, la boca muy pequeña y una nariz puntiaguda, que si tuviera a ambos lados unos cuantos pelos, daría esa impresión. Su estatura, además, era inferior a la normal.

Entonces vio el cielo estrellado por la portilla de observación del comandante y se quedó sin aliento. ¡Estrellas!

Estrellas como nunca había visto.

Mark nunca había abandonado el planeta Tierra. El doctor Sheffield le explicó que a esto se debía su mareo, pero Mark no le creyó. Había leído en cincuenta libros distintos que el mareo del espacio era psicogénico. Incluso el doctor Sheffield trataba de engañarle a veces.

Y a pesar de no haber salido nunca de la Tierra, estaba acostumbrado a ver dos mil estrellas esparcidas sobre la bóveda terrestre, entre las que sólo habría una docena de primera magnitud.

Pero allí se apiñaban de una manera increíble. Por el pequeño círculo de la portilla podía ver un número de estrellas diez veces superior a todas las que se veían en el cielo de la Tierra. ¡Y cómo brillaban!

Grabó con avidez en su mente aquella disposición estelar, que le resultaba abrumadora. Sabía las cifras del enjambre de Hércules, por supuesto. Contenía entre uno y diez millones de estrellas —todavía no se había podido realizar un cálculo exacto— pero una cosa son las cifras y otra las estrellas reales. Espoleado por un

deseo acuciante quiso contarlas. Sentía curiosidad por conocer su número. Se preguntó si todas tenían nombre; si se poseían datos astronómicos sobre todas ellas. Las contó por grupos de cien. Dos... tres... hubiera podido hacer un cálculo mental pero le gustaba observar los objetos físicos reales cuando poseían una belleza tan arrebatadora... seis... siete... ocho...

La voz grave del comandante le arrancó de su abstracción. —Señor Annuncio. ¿Cómo está usted?

Mark levantó la mirada con sorpresa y resentimiento. ¿Quién se atrevía a interrumpir sus cálculos?

—¡Las estrellas! —exclamó con irritación, señalándolas. El comandante se volvió para mirarlas, estupefacto. —¿Qué les ocurre? ¿Sucede algo?

Mark observó la amplia espalda del comandante. Se fijó también en su cortísimo cabello gris y en las manazas de gruesos dedos que tenía cruzadas a la espalda, golpeándolas rítmicamente contra el brillante plástico de su guerrera.

¿Qué le importan a él las estrellas?, pensó Mark. ¿Le importan acaso su tamaño, magnitud y clasificación espectral? Su labio inferior temblaba. El comandante no era más que uno de tantos legos. Todos cuantos se hallaban en la astronave eran unos legos. Así es como los llamaban en el Servicio: legos. Todos lo eran. Incapaces de extraer la raíz cúbica de quince sin calculadora.

Mark se sentía muy solo.

Hastiado —de nada hubiera servido intentar explicárselo—, dijo:

—Las estrellas están aquí muy juntas. Semejan una sopa de guisantes.

—Es una simple apariencia, señor Annuncio. —El comandante pronunció la *c* del nombre de Mark como una *s* y aquel sonido produjo un efecto desagradable en el oído del muchacho—. La distancia media entre estrellas en el enjambre más denso es de más de un año luz. Eso significa que hay espacio más que suficiente. Sin embargo, reconozco que se ven muy juntas. Si apagásemos la luz las veríamos brillar como un trillón de puntos de Chisholm en un campo de fuerza oscilatoria.

Pero no parecía que fuese a apagar las luces y Mark no pensaba pedirselo.

—Siéntese, señor Annuncio. ¿Fuma usted? ¿Le importa que yo lo haga? Supongo que le hubiera gustado estar aquí conmigo esta mañana. Habría gozado de una magnífica vista de LaGrange I y II a seis horas de distancia. El primero es rojo y el segundo verde. Como un semáforo, ¿eh? Le hemos echado de menos durante todo el viaje. Es conveniente estirar las piernas en el espacio, ¿sabe?

Aquel «eh» y aquel «sabe» sonaron con un tono agudo que a Mark le pareció extraordinariamente irritante.

—Estoy bien así —dijo Mark, en voz baja.

El comandante no pareció encontrar satisfactoria la respuesta. Dio varias chupadas a su cigarrillo y miró de reojo a Mark. —De todos modos, me alegro de

verle —dijo con lentitud—. Conviene que nos conozcamos un poco. La Triple G ha participado en muchos cruceros subvencionados por el Gobierno sin el menor contratiempo. Nunca ha tenido contratiempos. No nos interesan. ¿Entiende?

Mark no le entendía. Estaba cansado de esforzarse por entenderle. Su mirada volvió rápidamente a las estrellas, pero antes el comandante tuvo tiempo de cruzar su mirada con la suya por un instante. Tenía el ceño fruncido y le temblaban un poco los hombros como si se refrenase para no encogerlos despectivamente. Se encaminó al cuadro de mandos y, como un gigantesco párpado, una persiana metálica descendió sobre la portilla de observación constelada de estrellas.

Mark saltó furioso, gritando:

—¿Qué es esto? Las estoy contando, estúpido.

—¿Contándolas?...

—El comandante se sonrojó—. Lo siento, pero tenemos que hablar de un asunto. Y subrayó la palabra «asunto». Mark sabía a qué se refería.

—No hay nada de qué hablar. Yo quiero ver el cuaderno de bitácora de la nave. Le llamé hace varias horas para decírselo. Me está usted haciendo perder el tiempo. El comandante se contuvo y contestó:

—¿Y si usted me dijese antes para qué quiere verlo, eh? Nunca me han pedido semejante cosa. ¿Con qué autoridad cuenta usted? Mark se quedó pasmado.

—Puedo mirar lo que me venga en gana. Estoy en el Servicio Mnemotécnico.

El comandante dio una fuerte chupada a su cigarro. Era de una clase especial idónea para fumarlo en el espacio y en lugares cerrados. Con el tabaco se incluía un oxidante, que evitaba el consumo del oxígeno atmosférico.

Cautelosamente, dijo:

—¿Ah, sí? Nunca había oído hablar de él. ¿Qué es? Indignado, Mark respondió.

—Es el Servicio Mnemotécnico, ¿sabe usted? Mi misión consiste en ver lo que desee y preguntar lo que me parezca. Y tengo derecho a hacerlo.

—Pero no podrá ver el cuaderno de bitácora sin mi autorización.

—Usted no pinta nada en esto... no es más que un... lego. La fría seguridad del comandante se evaporó. Tiró el cigarro al suelo y lo pisoteó; luego lo recogió y lo introdujo cuidadosamente en el extractor de cenizas.

—¡Por toda la Galaxia! ¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Y quién demonios es usted? ¿Un agente de la Seguridad? ¿Qué se trae entre manos? Hablemos claro. Y ahora mismo.

—Ya le he dicho todo cuanto tenía que decir.

—No tengo nada que ocultar —replicó el comandante—, pero tengo ciertos derechos. —¿Nada que ocultar? —chilló Mark—. ¿Entonces, por qué esta nave se llama Triple

G?

—Porque es su nombre.

—¿Ah, sí? En el registro no figura ninguna nave bajo este nombre. Antes de embarcarme ya lo sabía. Esperaba la primera oportunidad para decírselo. El comandante parpadeó.

—Su nombre oficial es George G. Grundy. Pero todo el mundo la llama Triple G. Mark se echó a reír.

—Bueno, esto es otra cosa. Y después de ver el cuaderno de bitácora, quiero hablar con la tripulación. Tengo derecho a hacerlo. Pregúnteselo usted al doctor Sheffield.

—¿La tripulación también, eh? —dijo el comandante—. Hablaré con el doctor Sheffield, pues. En cuanto a usted, pimpollo. se quedará en su cabina hasta que desembarquemos.

#### 4

La dotación científica de la Triple G era escasa para la misión que debían efectuar, y compuesta por individuos jóvenes. Tal vez no tanto como Mark Annuncio, que formaba una clase aparte. Ni siquiera el mayor de ellos, Emmanuel George Cimon, astrofísico, había cumplido los cuarenta; y debido a su cabello oscuro y a sus grandes y luminosos ojos, parecía aún más joven. Aunque, a decir verdad, el brillo de sus ojos se debía principalmente a que llevaba lentillas de contacto.

Cimon, quien tal vez era demasiado consciente de su edad relativa y de su derecho a ocupar el cargo de jefe de la expedición (cosa que la mayoría de sus colegas se sentían inclinados a olvidar), solía adoptar una actitud muy poco teatral ante la misión que les había sido encomendada. Hizo pasar la cinta perforada entre sus dedos y luego dejó que se enrollase minuciosamente en su bobina.

—Lo que suponía —suspiro, sentándose en la butaca más mullida de la pequeña cámara destinada al pasaje—. Nada. Contempló las últimas fotografías en color del sistema binario de LaGrange, sin que su belleza le impresionara. LaGrange I, más pequeño y más caliente que el sol de la Tierra, era de un brillante verde azulado, con una corona perlina verde amarillenta rodeándolo como la engastadura de oro de una esmeralda. Tenía el tamaño de una lenteja o de una bola de rodamiento de un trinquete Lenser. A poca distancia (pura ilusión fotográfica) estaba LaGrange II. Su tamaño aparente era el doble del de LaGrange I, debido a la posición que ocupaba en el espacio. En realidad, su diámetro era  $\frac{4}{5}$  del de LaGrange, su volumen la mitad y su masa las dos terceras partes. Su color rojo anaranjado, para el cual la película era menos sensible que la retina humana, parecía más opaco que nunca ante el glorioso resplandor de su sol hermano.

Alrededor de ambos, sin que su brillo estuviese mitigado por el de los soles conjuntos, gracias a las lentes distintamente polarizadas empleadas con aquella

finalidad, se extendía el brillo increíble del conjunto globular de Hércules. Parecía polvillo de diamantes, denso y apretado: amarillo, blanco, azul y rojo.

—Nada —repitió Cimon.

—Esto me parece bien —dijo el otro ocupante de la cámara. Era el físico Groot Knoevenaagle, un hombre bajo y rechoncho al que todos llamaban Novee. —¿Dónde está Júnior? —preguntó.

Y miró por encima del hombro de Cimon, atisbando con sus ojos ligeramente miopes. Cimon levantó la mirada y se encogió de hombros.

—No se llama Júnior. Pero en este condenado espacio tan lleno de estrellas no podrás ver al planeta Troas, si es a él al que te refieres. Esta fotografía es del Scientific Earthman. No tiene mucha utilidad.

—¡Oh, qué pena! —exclamó Novee, desesperado.

—¿Pero no crees que da lo mismo? —dijo Cimon—. Suponte que yo dijese que uno de estos puntos es Troas. Uno cualquiera. Tú no distinguirías la diferencia. ¿Y qué conseguirías con ello?

—Espera un momento, Cimon. No te des esos aires de superioridad. Es natural que quiera saberlo. Viviremos en Júnior durante un tiempo. Por todo cuanto sabemos, también podríamos morir en él.

—Aquí no hay auditorio, Novee, ni orquesta, ni micrófonos, ni trompetas... No hace falta que dramaticemos. No moriremos allí. Si muriésemos, sería culpa nuestra y probablemente como resultado de una indigestión.

Hablaba con el énfasis peculiar que los hombres frugales ponen en sus palabras al hablar con hombres glotones, como si una buena digestión se debiera únicamente a una rígida virtud y a un intelecto superior.

—Pero murieron mil personas —dijo Novee quedamente.

—Seguro. En toda la Galaxia mueren mil millones cada día.

—No como éstas.

—¿Cómo murieron?

Haciendo un esfuerzo, Novee procuró mantener su tono habitual.

—Decidimos que no habría discusiones fuera de las reuniones oficiales.

—Yo no tengo nada que discutir —dijo Cimon, ceñudo—. No son más que dos estrellas ordinarias. Aún no sé por qué me ofrecí voluntario. Supongo que fue tal vez por la oportunidad que se me presentaba de ver de cerca un sistema troyano desusadamente grande. Quizá fuese la idea de ver un planeta habitable dotado de un sol doble. No sé por qué llegué a pensar que esto podía tener algo de sorprendente.

—Porque pensaste en el millar de hombres y mujeres que murieron —dijo Novee, apresurándose a proseguir—. Oye, dime una cosa. ¿Qué es un planeta troyano?

El físico sostuvo la mirada de desdén de su compañero durante un momento y

luego agregó:

—Bueno, bueno, no lo sé, ¿y qué? Es imposible saberlo todo. Estoy seguro que tú tampoco sabes qué son las incisiones ultrasónicas.

—No, no lo sé; ni me importa —repuso Cimon—. En mi opinión, todos los conocimientos que rebasan la especialidad de uno son inútiles y constituyen una pérdida de energía. Las opiniones de Sheffield me dejan frío.

—Pero sigo sin saber qué son los planetas troyanos. Si tú eres capaz de explicármelo...

—¡Claro! En realidad ya nos lo explicaron al darnos las instrucciones preliminares, pero tal vez tú no escuchaste. Casi todas las estrellas múltiples, y esto equivale a decir una tercera

parte de todas las estrellas, tienen planetas. Por desgracia, estos planetas nunca son habitables. Si se encuentran demasiado lejos del centro de gravedad del sistema estelar para poseer una órbita más o menos circular, son tan fríos que tienen océanos de helio. Si están lo bastante cerca para recibir irradiación calórica, su órbita es tan caprichosa que por lo menos una vez a cada revolución pasan tan cerca de una estrella o de otra, que el hierro se funde en su superficie... Sin embargo, aquí en el sistema LaGrange, tenemos un caso fuera de lo corriente. Las dos estrellas, LaGrange I y LaGrange II, y el planeta Troas junto con su satélite Ilium, se hallan en los ángulos de un imaginario triángulo equilátero. ¿Comprendes? Ahora bien, resulta que tal disposición es estable, pero no me preguntes por qué. Acéptalo sin rechistar, como la opinión de un profesional.

—Ni por asomo se me ocurriría ponerlo en duda —murmuro Novee.

La observación no pareció satisfacer a Cimon, quien prosiguió.

—Todo el sistema gravita por el espacio como una unidad. Troas se encuentra siempre a ciento cincuenta millones de kilómetros de cada sol y éstos se hallan invariablemente separados entre sí por una distancia de ciento cincuenta millones de kilómetros.

Novee se frotó una oreja sin que pareciese darse por satisfecho.

—Todo eso ya lo sabía. Aunque te sorprenda, escuché las instrucciones. Pero te repito: ¿Por qué es un planeta troyano? ¿A qué viene este nombre?

Los delgados labios de Cimon se apretaron durante un momento, como si contuviese por la fuerza una palabra desagradable. Luego dijo:

—En nuestro sistema solar tenemos una disposición parecida. El Sol, Júpiter y un grupo de pequeños asteroides forman un triángulo equilátero estable. Y estos asteroides recibieron nombres inspirados en los héroes de la Guerra de Troya, como Héctor, Aquiles, Ajax, etcétera. Por lo tanto... ¿O ya tienes bastante?

—¿Esto es todo? —dijo Novee.

—Sí. ¿Has terminado de importunarme? —Oh, vete al cuerno.



Novee se levantó, disponiéndose a dejar solo al indignado astrofísico, pero la puerta se deslizó por sus guías un momento antes de que su mano tocase el activador y Boris Vernadsky, el geoquímico, entró en la cámara. Era un hombre de cejas oscuras, boca muy hendida, cara ancha y con una tendencia inveterada a lucir camisas de lunares y prendas de plástico rojo con cierre magnético.

No hizo el menor caso del rostro congestionado de Novee y de la helada expresión de disgusto de Cimon.

Con tono festivo, dijo:

—Queridos colegas, si prestáis atención probablemente oiréis una explosión que conmoverá la Vía Láctea, procedente de las habitaciones del comandante. —¿Qué ha pasado? —preguntó Novee.

—El comandante ha echado el guante a Annuncio, el pequeño brujo—mascota de Sheffield, y éste ha subido a cubierta como una furia, echando fuego por los ojos. Cimon, que se había detenido para escuchar, se alejó lanzando un bufido. Novee comentó:

—¡Sheffield! Pero si ese hombre es incapaz de encolerizarse. Nunca le he oído levantar la voz.

—Pues esta vez lo ha hecho. Cuando descubrió que el muchacho había salido de la cabina sin su permiso y que el comandante le estaba echando una bronca... ¡Uy! ¿Sabías que ya se había levantado, Novee?

—No, pero esto no me sorprende. El mareo del espacio es terrible. Los que lo sufren creen que se están muriendo. Pero a los dos minutos se les pasa y se sienten bien. Débiles, pero bien. Esta mañana le dije a Mark que aterrizaríamos mañana y supongo que esto le curó el mareo. La simple idea de una superficie planetaria inminente obra maravillas en el mareo del espacio. Aterrizaremos pronto, ¿no es verdad, Cimon?

El astrofísico dijo algo ininteligible que podía interpretarse como un gruñido de asentimiento. Al menos, así lo interpretó Novee.

—Bien —dijo Novee—. ¿Y qué pasó? Vernadsky continuó:

—Pues veréis. Sheffield y yo compartimos la misma cabina desde que ese muchacho cayó enfermo con el mareo del espacio y se pasa el día sentado ante la mesa, con sus condenados planos y su calculador de pulsera. De pronto el teléfono sonó, yo me puse y era el comandante. Resulta que el chico estaba con él y él quería saber qué se proponía el Gobierno al ponerle un espía a bordo. Entonces Sheffield le gritó que le clavaría un tubo Collamore en los riñones si importunaba al chico y salió como una flecha, mientras el comandante lanzaba espumarajos por el teléfono, que aún seguía conectado.

—Exageras —dijo Novee—. Sheffield es incapaz de hacer y decir esas cosas.

—Os lo cuento al pie de la letra. Novee se volvió hacia Cimon.

—Tú eres el jefe del grupo. ¿Por qué no tomas cartas en el asunto?

—En casos como éste —rezongó Cimon— todos se acuerdan de que soy el jefe de grupo. De repente me cargan de responsabilidades. Pero allá se las compongan ellos. Sheffield es un fogoso orador y el comandante siempre lleva las manos a la espada. La espeluznante descripción de Vernadsky no significa necesariamente que ambos lleguen a las manos.

—De acuerdo, pero en una expedición como la nuestra no hay lugar para las peleas ni las rencillas.

—¡No habléis de nuestra expedición! —dijo Vernadsky, levantando ambas manos con terror fingido y poniendo los ojos en blanco—. Ya tiemblo de pensar en el momento en que nos encontraremos entre los harapos y los huesos de la primera expedición.

Pero como si aquella imagen no cuadrara demasiado bien con las bromas, de pronto todos se quedaron sin tener nada que decir. Incluso el cogote de Cimon, que era todo cuanto se veía de él por encima de la poltrona, pareció endurecerse un poco ante la evocación de aquella desafortunada imagen.

## 5

Oswald Mayer Sheffield, psicólogo, flaco como un alambre y extraordinariamente alto, dotado con una voz que tanto podía emplearse para cantar ópera con sorprendente virtuosismo como para sostener una enconada discusión, no mostraba la ira que hubiera cabido esperar por el relato de Vernadsky.

Incluso sonreía cuando penetró en la cabina del comandante. Éste tenía aspecto hosco cuando le dirigió la palabra: —Mire, Sheffield...

—Un momento, capitán Follenbee —le, atajó Sheffield—. ¿Cómo estás, Mark?

Mark bajó la vista y respondió con voz ahogada: —Muy bien, doctor Sheffield.

—No sabía que te hubieses levantado.

A pesar de que no había ni una sombra de reproche en su tono, Mark contestó en son de excusa:

—Me encontraba mejor, doctor Sheffield, y no sé estar sin hacer nada. Desde que embarqué en esta nave no he hecho absolutamente nada. Así es que telefoneé al comandante para pedirle que me permitiese ver el cuaderno de bitácora y él me ordenó que subiese.

—Muy bien. Estoy seguro de que no le importará que vuelvas ahora a tu cabina. —¿No me importará...? —empezó a decir el comandante.

La apacible mirada de Sheffield se posó en el capitán. —El muchacho se halla bajo mi custodia y yo soy el responsable de lo que le suceda.

Mark, obediente, dio media vuelta y Sheffield miró cómo se iba, esperando hasta que la puerta estuvo bien cerrada de nuevo.

Entonces se volvió hacia el capitán.

—¿Puede saberse qué demonios pasa, capitán?

Las rodillas de la primera autoridad de la nave se doblaron ligeramente, para enderezarse y volver a doblarse con una especie de ritmo amenazador. Las palmadas que daba con las manos, ocultas a su espalda, se oían perfectamente.

—Esto es cuenta mía. El comandante de la nave soy yo, Sheffield.

—Ya lo sé.

—¿Y sabe lo que significa? Esta nave, en el espacio, goza de las atribuciones jurídicas de un planeta. Eso quiere decir que yo soy su gobernante absoluto. En el espacio, lo que yo digo es ley. El Comité Central de la Confederación respalda mis acciones. Tengo que mantener la disciplina a bordo, y ningún espía...

—Muy bien, muy bien. Permita ahora que le diga unas cuantas cosas. Esta nave ha sido fletada por el Departamento de Provincias Exteriores para efectuar una expedición financiada por el Gobierno al sistema de LaGrange, para quedarse en este sector por el tiempo que lo requieran las investigaciones a efectuar y la seguridad de la tripulación y la propia nave, y emprender finalmente el viaje de regreso. Al firmar este contrato, ha asumido usted ciertas obligaciones, quiéralo o no, capitán. Por ejemplo, no puede usted tocar nuestros instrumentos ni inutilizarlos.

—¿Pero quién habla de hacer eso? —vociferó indignado el capitán.

—Pues lo está haciendo —dijo Sheffield con calma—. Haga el favor de no tocar a Mark Annuncio, capitán. Así como no puede usted tocar para nada el monocromio de Cimon ni el micróptico de Vailleux, no puede tocar a mi Annuncio. Y esto se aplica a todos y a cada uno de sus diez dedos con sus respectivas falanges. ¿Entendido?

El capitán abombó el pecho cubierto por el uniforme. —Yo no recibo órdenes de nadie a bordo de mi nave. El lenguaje que emplea constituye una falta de disciplina, señor Sheffield. Siga hablando así y le arrestaré en su cabina. A usted y a su Annuncio. Si no le gusta, quédese a la Junta de Revisión cuando volvamos a la Tierra. Hasta entonces, a callar. —Capitán, deje que le explique algo. Mark pertenece al Servicio Mnemotécnico.

—Ya lo sé. El me lo dijo. El Servicio Neumotécnico. El Servicio Neumotécnico. Para mí, esto equivale a la policía secreta. Y no estoy dispuesto a tolerarla a bordo de mi nave, ¿estamos?

—Servicio Mnemotécnico —le corrigió Sheffield paciente. mente—. Eme-ene-e-eme-o-te-é-ce-ene-i-ceo. No Neumotécnico. Es una palabra de origen griego que significa memoria.

El capitán entornó la mirada.

—¿Recuerda cosas?

—Exactamente, capitán. En cierto modo, esto es culpa mía, pues debiera

habérselo advertido. Desde luego, lo habría hecho si el chico no se hubiese sentido tan mal inmediatamente después del despegue. Su estado hizo que me olvidase de todo lo demás. Por otra parte, no se me ocurrió que pudiese llegar a interesarse por el gobierno de la nave. Con esto cometí una estupidez, pues le interesa todo.

—Conque le interesa todo, ¿eh? —El capitán consultó de una ojeada el reloj del cuadro—. Explíquemelo ahora, ¿eh? Pero no trate de engatusarme. La verdad y nada más que la verdad. Tengo el tiempo limitado.

—No tardaré, se lo aseguro. Usted es un hombre del espacio, capitán. Dígame, pues, ¿cuántos mundos habitados cree que hay en la Confederación?

—Ochenta mil —respondió el capitán.

—Ochenta y tres mil doscientos, exactamente —puntualizó Sheffield—. ¿Qué supone que se requiere para dirigir una organización política de estas dimensiones? El capitán tampoco vaciló esta vez: —Calculadoras —contestó.

—Perfectamente. Ahí tiene usted la Tierra, la mitad de cuya población trabaja para el Gobierno y no hace otra cosa más que calcular. Luego, todos los demás mundos tienen sus respectivas sucursales calculadoras. Y aun así se pierden datos. Cada mundo sabe algo que los demás ignoran. Es lo mismo que sucede con los hombres. Mire nuestro pequeño grupo. Vernadsky no sabe nada de biología y si yo tuviese que salvarme con la química que sé, no duraría ni dos días. Ninguno de nosotros es capaz de pilotar la más pequeña nave del espacio, a excepción de Fawkes. Por lo tanto no tenemos más remedio que trabajar en equipo y complementar mutuamente nuestros respectivos conocimientos... Pero esto tiene su punto flaco. Ninguno de nosotros sabe con certeza qué datos o conocimientos que él posee podrían ser útiles a un compañero suyo en determinadas ocasiones. No podemos sentarnos para exponer todo cuanto sabemos. Así es que no tenemos más remedio que actuar basándonos en conjeturas, y a veces estas conjeturas son erróneas. En ocasiones, dos hechos, por ejemplo, el hecho A y el hecho B, pueden concordar maravillosamente. Por lo tanto el individuo A, que conoce el hecho A, dice al individuo B, que conoce el hecho B: ¿por qué no me decías esto hace diez años? Y el individuo B responde: no lo consideré importante, o bien: creí que era del dominio general.

—Para esto están las calculadoras —observó el capitán. —Las calculadoras son limitadas, capitán —repuso Sheffield—. Hay que someterles las preguntas. Es más, estas preguntas tienen que ser de una especie tal que puedan hacerse por medio de un número limitado de símbolos. Y lo que es más, las calculadoras responden única y exclusivamente lo que se les pregunta y no lo que uno piensa. A veces la pregunta se hace mal o se dan a la calculadora unos símbolos equivocados, con el resultado de que entonces la calculadora ni siquiera responde. Lo que nosotros necesitamos, lo que necesita toda la Humanidad, es una máquina calculadora que no sea mecánica; una

calculadora con imaginación. Sólo hay una, capitán. —El psicólogo se golpeó la frente—. Todos tenemos una.

—Es posible —gruño el capitán—, pero yo me quedo con las tradicionales, ¿eh? Con las que hay que apretar un botón. —¿Está seguro? Las máquinas no tienen presentimientos. ¿No ha tenido usted alguno?

—¿No se aparta de la cuestión? —preguntó el capitán, mirando de nuevo al reloj.

—En el cerebro humano quedan registrados todos los datos y hechos que se han grabado en él. Sólo una pequeñísima parte de estos datos pertenece al recuerdo consciente, pero todos están allí, y basta una pequeña asociación para evocar un dato determinado, sin que el individuo sepa de dónde viene. Entonces se tiene lo que se llama un «presentimiento» o una «sensación». Algunas personas son más sensibles a estas cosas que otras y pueden ser adiestradas especialmente. Una reducida minoría alcanza la perfección, como Mark Annuncio y un centenar de seres como él. Confío en que algún día habrá un billón de personas así, y entonces podremos hablar de verdad de un Servicio Mnemotécnico... Durante toda su vida estas personas no hacen más que leer, mirar y escuchar. Y se ejercitan para realizar estas actividades de manera perfecta. Los datos que almacenan no tienen importancia en sí. No hace falta que se refieran a esto o aquello. Da lo mismo que un hombre del Servicio quiera pasarse una semana estudiando los resultados de los campeonatos de polo espacial del Sector de Canopus del siglo pasado. Cualquier dato puede ser de utilidad algún día. Este es nuestro axioma fundamental... Muy de vez en cuando, un miembro del Servicio consigue relacionar unos datos que ninguna máquina hubiera sido capaz de relacionar. La máquina aquí fracasa, porque ninguna máquina puede poseer dos datos completamente distintos e independientes, y aunque los poseyese, a nadie se le ocurriría hacerle la pregunta adecuada. Una buena correlación establecida por el Servicio puede amortizar todo el dinero invertido en él durante diez o doce años o incluso más.

El capitán levantó su ancha mano con expresión turbada. —Espere. Annuncio dijo que en el registro terrestre no figura ninguna nave llamada Triple G. ¿Quiere decir que se sabe de memoria todas las naves registradas?

—Es probable —repuso Sheffield—. Quizá se haya leído de cabo a rabo el Registro de Naves Mercantes. En este caso, sabe todos los nombres, tonelajes, años de construcción, puertos de escala, dotación y todo cuanto contenga el registro.

—Y una vez aquí, se puso a contar las estrellas. —¿Por qué no? Es un dato.

—Esto me parece absurdo.

—Tal vez, capitán. Pero un hombre como Mark es diferente a todos. Ha recibido una extraña educación y ve la vida de una manera igualmente desviada y extraña. Ésta es la primera vez que deja la Residencia del Servicio desde que ingresó en ella a la edad de cinco años. Se altera por cualquier cosa... y puede echarse a perder

fácilmente. Como esto no debe ocurrir, yo tengo la obligación de velar por él. Es mi instrumento; un instrumento más valioso que todo cuanto contiene esta astronave, envuelto en una red de plutonio. Sólo hay un centenar de seres como él en toda la Vía Láctea.

El capitán Follenbee asumió un aire de dignidad ofendida. —Muy bien, pues. Que mire el cuaderno de bitácora. Pero de un modo rigurosamente confidencial, ¿eh?

—Descuide. Sólo habla conmigo, y yo no digo nada a nadie, a menos que descubra una correlación.

Pareció como si el capitán creyese que aquello también estaba comprendido bajo la clasificación de «confidencial. —La tripulación... —dijo, e hizo una pausa significativa—. Ya sabe a qué me refiero.

Sheffield se dirigió a la puerta.

—Mark ya sabe eso. La tripulación no lo sabrá por él, esté tranquilo.

—Oiga, Sheffield... ¿Qué?

—¿(W diablos es un lego?

Sheffield contuvo una sonrisa. —¿Le llamó eso?

—¿Qué es?

—El nombre que los del Servicio dan a los que no pertenecen a él. Como usted, por ejemplo. Yo también soy un lego. Es el nombre que se daba antiguamente a los faltos de instrucción. En mi opinión, capitán... creo que tiene razón.

Salió apresuradamente de la cabina.

## 6

Mark Annuncio examinó el diario de vuelo en quince segundos. Lo encontró incomprensible, pero la mayoría del material que archivaba en su mente lo era. Esto no le preocupaba, ni tampoco que resultase aburrido. Lamentó únicamente que no satisficiera su curiosidad, dejándole con una mezcla de alivio y desilusión.

Luego pasó a la biblioteca y grabó en su mente el contenido de las tres docenas de volúmenes con tanta rapidez como lo hubiera hecho una máquina fotográfica. Había pasado tres años de su adolescencia aprendiendo a leer mediante gestalt total y aún recordaba con orgullo que obtuvo el número uno de su clase en los exámenes finales.

Finalmente se metió en la parte de la nave destinada a laboratorio y se dedicó a husmear y a fisgonear por allí. No hacía preguntas y seguía su camino cuando alguien empezaba a fijarse en él.

Le molestaba sobremanera el que le miraran como si fuese un bicho raro. Le enfurecían los aires de superioridad de sus colegas, como si tuviese algún valor concentrar los esfuerzos de un cerebro en una sola y ridícula disciplina, para recordar luego sólo una pequeña parte de ella.

Tarde o temprano, por supuesto, tendría que hacerles preguntas. Lo requería su

profesión y aunque no fuese así, la curiosidad le espolearía. Sin embargo, confiaba en no tener que hacerlo hasta que hubiesen aterrizado en el planeta.

Le resultaba agradable sentirse dentro de un sistema estelar. No tardaría en ver un mundo con unos nuevos soles —los, para ser exactos— y una nueva luna. Cuatro objetos que le proporcionarían flamantes informaciones; inmensos almacenes de datos que podría recoger amorosamente para clasificarlos luego.

Sintió un escalofrío de emoción al pensar en la ingente montaña de datos que le aguardaban. Su mente, para él, era un tremendo catálogo con índice de materias, índice de títulos e índice de autores. La veía extendiéndose indefinidamente en todas direcciones. Pulcra. Suave. Bien engrasada. Un mecanismo de precisión.

Al pensar en los desvanes polvorientos que los legos llamaban mentes, casi se rió. Incluso le parecía un desván la mente del doctor Sheffield, a pesar de ser éste un gran erudito tratándose de un lego. A veces se esforzaba y casi llegaba a comprender. Los demás, sus restantes compañeros de a bordo, tenían mentes que apenas pasaban de ser cuartos de trastos viejos. Desvanes polvorientos con el techo cayéndose a pedazos y el piso cubierto de cachivaches; y de éstos sólo podían alcanzarse los que estaban encima.

¡Pobres imbéciles! Les hubiera tenido lástima de no haberse mostrado tan altaneros. Si supiesen cómo eran en realidad... Si se diesen cuenta...

Siempre que podía, Mark se acercaba a los puestos de observación para ver cómo crecían a ojos vistas los nuevos mundos. Pasaron muy cerca del satélite Ilium. Cimon, el astrofísico, tenía mucho cuidado en llamar siempre a su punto de destino planetario «Troas» y al satélite «Ilium», pero los demás les llamaban «Júnior» y «Sister», respectivamente. En el lado opuesto de los dos soles, o sea en el otro extremo de la eclíptica, había un grupo de asteroides. Cimon los bautizó con el nombre de «Lagrange Epsilon», pero los demás los llamaban «Los Cachorros».

Mark pensaba en todo esto, vagamente y de forma simultánea, cuando el nombre de «Ilium» cruzó por su mente. Apenas le hizo caso, dejándolo pasar como un material que no ofrecía interés inmediato. De una manera aún más vaga, y aún más abajo de su nivel de consciencia mental, se agitaban confusamente otros quinientos nombres cambiados que constituían otras tantas curiosidades de la nomenclatura astronómica. Algunos los había encontrado en el curso de sus lecturas, otros los había oído en los programas subterfucos, y en cuanto a los restantes los había oído mencionar en conversaciones ordinarias o los había leído en algunos informes y noticiarios. El material podía haberle sido comunicado directamente o podía ser una palabra escuchada sin prestar demasiada atención. Pero incluso el cambio del nombre George G. Grundy por Triple G estaba archivado en algún oscuro rincón de su enciclopédica mente.

Sheffield le había interrogado a veces acerca de sus procesos mentales... de una

manera muy cariñosa y con cautela. —Queremos tener más como tú, Mark, en el Servicio Mnemotécnico. Necesitamos varios millones. Miles de millones, en realidad, cuando la raza humana ocupe toda la Galaxia, cosa que sucederá algún día. Pero, ¿de dónde los sacaremos? No basta confiar en el talento natural. Todos lo poseemos en mayor o menor grado. Lo que cuenta es la educación de estas facultades y si no podemos saber mejor en qué consisten, no sabremos cómo educarlas.

Y apremiado por Sheffield, Mark se dedicó a observarse, a escucharse, a sondear su interior, tratando de analizarse. Así se enteró de los archivadores que tenía en la cabeza. Los vio desfilar ante sus ojos. Observó cómo surgían los datos aislados obedeciendo a su llamada, siempre dispuestos instantáneamente. Era difícil describir sus procesos, pero él se esforzó por hacerlo.

Con ello, aumentó su propia confianza. La angustia que había experimentado en su infancia y durante los primeros años en el Servicio fue disminuyendo. Dejó de despertarse a medianoche, bañado en sudor, gritando a causa del miedo que tenía de olvidar. Y sus jaquecas cesaron.

Vio cómo Ilium crecía en la portilla. Era más brillante de lo que se hubiera imaginado que pudiese ser una luna. Las cifras del albedo de trescientos planetas habitados cruzaron su mente, ordenadamente dispuestas en orden decreciente. Apenas rozaron su epidermis mental y él les hizo caso omiso.

Aquel brillo que le hacía parpadear estaba concentrado en aquellas manchas vastas y de forma irregular que, según Cimon había dicho —él escuchó cuando respondía cansadamente a una pregunta—, fueron en otro tiempo el fondo de unos mares. Un hecho surgió en el cerebro de Mark. El informe original de Hidosheki Makoyama afirmaba que la composición de aquellas sales brillantes era de un 78,6% de cloruro de sodio, un 19,2% de carbonato de magnesio y de un 1,4% de sulfato de potasa... La idea se desvaneció. Era innecesaria.

Ilium poseía una atmósfera. Su presión era de unos 100 milímetros de mercurio. Poco más de un octavo de la terrestre, diez veces la de Marte, un 0,1376 de la de Aurora. Dejó perezosamente que los decimales siguiesen creciendo. Era una forma de ejercicio, pero le aburría. La aritmética instantánea era algo que ya se aprendía en quinto curso. A decir verdad, él aún tenía ciertas dificultades con los integrales y se preguntaba si ello no se debería a que no sabía qué era un integral. Cruzaron por su mente como una exhalación media docena de definiciones, pero él nunca había sabido bastantes matemáticas para entenderlas, aunque las podía citar perfectamente.

En la escuela siempre les habían dicho: «No sintáis nunca demasiado interés por una cosa o una disciplina determinadas. Tan pronto como incurráis en esta falta, empezaréis a seleccionar los datos y esto hay que evitarlo a toda costa. Todo, cualquier cosa es importante. Con tal de que tengáis los hechos archivados, poco importa que los entendáis o no.



Pero los legos no opinaban así. ¡Mentes altaneras llenas de lagunas!

Se estaban aproximando a Júnior. También era brillante, pero con un brillo distinto. Éste provenía de los casquetes polares del norte y del sur. La mente de Mark evocó manuales sobre paleo—climatología terrestre y el muchacho no hizo nada por retenerlos en su precipitada carrera. Los casquetes polares estaban en regresión. Al cabo de un millón de años, Júnior tendría un clima parecido al que reinaba en la Tierra a la sazón. Su tamaño y su masa eran muy semejantes a los de la Tierra, y la rotación completa sobre su eje se efectuaba en un período de treinta y seis horas.

Pudiera haber sido el hermano gemelo de la Tierra. Las diferencias que separaban a ambos planetas, según el informe de Makoyama, eran favorables a Júnior. Por cuanto se sabía, no había nada en aquel planeta que pudiera resultar una amenaza para la humanidad. Nadie hubiera podido imaginar tampoco que existiese, de no haber sido por el hecho de que la primera colonia humana establecida en el planeta pereció en su totalidad. Y lo que aún era peor, la destrucción ocurrió de tal manera que el estudio de los datos que se pudieron obtener no proporcionaba ninguna indicación razonable respecto a lo sucedido.

## 7

Dos horas antes del aterrizaje, Sheffield entró en la cabina de Mark para hacerle compañía. Al principio del viaje, ambos ocupaban la misma cabina. Aquello se hizo a título experimental, pues a los mnemotécnicos les desagradaba la compañía de los legos. Aunque fuesen de los mejores. De todos modos, el experimento fue un fracaso. Casi inmediatamente después del despegue, la cara sudorosa de Mark y sus ojos suplicantes demostraron que deseaba de una manera absolutamente indispensable la intimidad.

Sheffield se sentía responsable por ello. Se sentía responsable de todo cuanto concerniese a Mark, tanto si era culpa suya como si no. Eran hombres como él los que habían educado a Mark y a otros semejantes suyos, convirtiéndolos en una verdadera ruina humana. Deformaron su crecimiento mental. Retorcieron y moldearon su espíritu. Les privaron del contacto normal con niños de su edad, para evitar que se desarrollasen en ellos hábitos mentales normales. Ningún mnemotécnico pudo contraer matrimonio normalmente, ni siquiera dentro de su propio grupo.

Aquello creaba un terrible complejo de culpabilidad en Sheffield.

Veinte años atrás hubo una docena de muchachos educados en la única escuela existente a la sazón que se hallaba dirigida por U Karaganda, el asiático más loco que jamás hubiera exasperado tanto a un grupo de reporteros. Karaganda—terminó por suicidarse, impelido por cualquier motivo vago, pero otros psicólogos, Sheffield entre ellos, de mayor respetabilidad si bien de menor talento, conocían ya su obra y llegaron a colaborar con él.

Su escuela continuó funcionando y se fundaron otras. Incluso se estableció una en Marte, que en el momento de su fundación sólo tenía cinco alumnos. Según las últimas cifras facilitadas, existían a la sazón ciento tres licenciados con matrícula de honor. Naturalmente, sólo una pequeña parte de los que se matriculaban terminaban el curso. Cinco años atrás, el Gobierno Planetario Terrestre —que no hay que confundir con el Comité Galáctico Central, con sede en la Tierra y que gobierna toda la Confederación Galáctica— autorizó la creación del Servicio Mnemotécnico, dependiente del Ministerio del Interior.

Se había amortizado varias veces el costo de su creación, pero eso lo sabían muy pocos. Por otra parte, el Gobierno Terrestre no divulgaba el hecho, ni nada de cuanto se relacionaba con el Servicio Mnemotécnico. Se trataba de una cuestión delicada, que aún se consideraba como un «experimento». El Gobierno temía que el fracaso repercutiese en el terreno político. La oposición —a la que ya era difícil evitar que sacase partido político de ello para sus campañas— mencionaba en sus mítines la «chifladura del Gobierno» y la «dilapidación del dinero del contribuyente». Y esto sin poseer pruebas fehacientes de ello; por el contrario todo demostraba que el experimento era rentable.

En la civilización maquinista que llenaba la Galaxia, era difícil que se valorasen las realizaciones de la mente humana sin una adecuada preparación psicológica.

Sheffield se preguntaba cuánto tiempo se tardaría en inculcar aquellas ideas a la gente. Pero era mejor que no se mostrase deprimido en presencia de Mark. Existía el peligro de que su depresión se le contagiase. —Te encuentro muy bien, muchacho. Mark pareció alegrarse de verle.

—Cuando volvamos a la Tierra, doctor Sheffield... —Se interrumpió, sonrojándose ligeramente, para proseguir—: Esto suponiendo que volvamos... Pienso procurarme tantos libros y películas como pueda sobre las costumbres de la gente. He buscado en la biblioteca de la nave y no hay nada sobre esta materia.

—¿A qué viene ese interés?

—Es por el capitán. Según usted, él le dijo que la tripulación no debía saber que viajábamos hacia un mundo que se convirtió en la tumba de la primera expedición que lo visitó, ¿no es así? —Sí. ¿Por qué?

—Porque los astronautas consideran que trae mala suerte tocar en un mundo así, especialmente si parece inofensivo. ¿Sabe cómo lo llaman? «Engañabobos».

—Eso es.

—Así lo dice el capitán, pero no veo la verdad que pueda haber en ello. Pienso en los diecisiete planetas habitables de los que nunca regresaron las primeras expediciones que los visitaron y en los que nunca se pudo establecer colonias. Y cada uno de ellos fue colonizado más tarde y actualmente todos son miembros de la Confederación. Sarmatia es uno de ellos, y se ha convertido en un mundo muy

desarrollado.

—También hay planetas en que los desastres son continuos. Sheffield, deliberadamente, formuló esta frase como afirmación de un hecho cuando debiera haberla realizado en forma de pregunta.

No hay que hacer nunca preguntas de carácter técnico. Esta era una de las Reglas de Karaganda. Las correlaciones mnemotécnicas no corresponden a la inteligencia consciente; no son volitivas. Cuando se hace una pregunta directa las correlaciones resultantes son numerosas, pero sólo como las que un hombre culto de tipo normal puede suministrar. Era la mente inconsciente la que salvaba los amplios e imprevisibles fosos.

Mark, como le hubiera ocurrido a cualquier mnemotécnico, cayó en la trampa y denegó enérgicamente:

—Yo nunca he oído hablar de uno solo de ellos. Por lo menos, no cuando el planeta es totalmente habitable. Si el planeta es de hielo macizo, o un desierto completo, entonces es diferente. Pero Júnior no es así.

—No, no es así —asintió Sheffield.

—Entonces, ¿por qué le teme la tripulación? Esta noche, en la cama, no hacía más que pensar en ello. Entonces fue cuando se me ocurrió ver el cuaderno de bitácora. Como nunca había visto uno, valía la pena hacerlo. Y estaba seguro de hallar la solución allí.

—Ya... —aprobo Sheffield.

—Pero... resulta que me equivoqué. No hallé la menor mención en todo el cuaderno de los propósitos de la expedición. Ahora bien, esto sólo tiene una explicación: que se desea mantener en secreto la finalidad de la expedición, incluso a los restantes oficiales de la nave. Y en el cuaderno el nombre de la nave aparece como George G. Grundy.

—Esto no me extraña. Es natural que así sea—dijo Sheffield. —No sé. Esa cuestión del Triple G me hizo entrar en sospechas —dijo Mark, sombrío.

—Pareces decepcionado por el hecho de que el capitán no te mintiese —observó Sheffield.

—Decepcionado, no. Más bien aliviado. Yo pensaba..., pensaba... —Se interrumpió, azarado, pero Sheffield no hizo nada por ayudarlo. Así, se vio obligado a continuar—: creí que todos me estaban mintiendo... No sólo el capitán. Incluso usted podía mentirme, doctor Sheffield. Yo pensaba que usted no quería que hablase con la tripulación por la razón que fuese.

Sheffield trató de sonreír y lo consiguió. La enfermedad más corriente en el Servicio Mnemotécnico era la suspicacia. A causa del aislamiento en que vivían aquellos muchachos, eran raros y extravagantes. La relación de causa y efecto saltaba a la vista. Con tono ligero, Sheffield dijo:

—Cuando estudies la historia de las costumbres, verás que estas supersticiones no se fundamentan necesariamente en el análisis lógico. Todos esperan que suceda algo malo en un planeta que ha alcanzado la notoriedad. Las cosas buenas que en él ocurren pasan desapercibidas; las cosas malas, en cambio, se proclaman a los cuatro vientos, se pregonan y se exageran. Y los hechos van aumentando de grosor, como una bola de nieve.

Apartándose de Mark, se puso a inspeccionar los asientos hidráulicos. Pronto aterrizarían. Palpó innecesariamente la ancha malla de las correas, vuelto de espaldas al joven. Así protegido de sus oídos indiscretos dijo, casi en un susurro:

—Y desde luego, lo que empeora más la cuestión es que Júnior sea tan diferente.

Calma, calma, se dijo. No había que precipitar las cosas. Ya había probado aquella treta anteriormente y...

—No, no es eso dijo Mark—. En absoluto. La otra expedición, la que fracasó, así como las que la precedieron en otros planetas con idénticos resultados, eran diferentes. Esta es la verdad.

Sheffield se mantenía vuelto de espaldas esperando. Mark prosiguió: —Las otras diecisiete expediciones que fracasaron en planetas que ahora están habitados, eran todas ellas pequeñas expediciones de reconocimiento. En dieciséis de los casos, la causa de la muerte fue destrucción de la nave por una causa u otra, y en el caso restante —el de Coma Minor—, el fracaso fue resultado de un ataque por sorpresa lanzado por formas de vida indígena, no inteligentes, desde luego. Poseo los detalles de todos ellos...

Sheffield dio un respingo. Mark era capaz de darle los detalles de las diecisiete expediciones, sin olvidar ni uno solo. Para él resultaba fácil citar todos los informes de cada expedición palabra por palabra; tan fácil como decir sí o no. Y a lo mejor se le ocurría citarlos. Los mnemotécnicos no tenían poder selector. Este era uno de los aspectos que hacían imposible la convivencia entre ellos y las personas corrientes. Los mnemotécnicos eran unos tremendos pelmazos por su propia naturaleza. Incluso Sheffield, que estaba acostumbrado a escucharlos y hasta cierto punto inmunizado y que no tenía intención de interrumpir a Mark si a este le daba por hablar, suspiró levemente.

—Pero de nada serviría citarlos —continuó Mark, y Sheffield sintió que se salvaba de un espantoso rollo—. No concuerdan con los de la expedición a Júnior. Esta consistió en una verdadera colonización: se establecieron en el planeta setecientos ochenta y nueve hombres, doscientas siete mujeres y quince niños menores de trece años. En el curso del año siguiente, se añadieron a éstos por inmigración trescientas quince mujeres, nueve hombres y dos niños. La colonia se mantuvo sin novedad durante casi dos años y la causa de que todos sus miembros pereciesen se desconoce. A juzgar por su propio informe, pudo haber sido una

epidemia. Esto es distinto, desde luego. Pero Júnior no tiene nada de insólito si exceptuamos, naturalmente... Mark hizo una pausa, como si aquel detalle tuviese tan poca importancia que ni siquiera valiese la pena mencionarlo. Sheffield se contuvo para no gritar. Pero se esforzó por decir con calma:

—Ah, sí, esa diferencia que todos conocemos.

Mark prosiguió:

—La misma. Que tiene dos soles y los demás planetas sólo tienen uno. El psicólogo hubiera llorado de rabia. ¡Nada!

¿Pero de qué hubiera servido? Otra vez tendría más suerte. Quien no sea capaz de tener paciencia con un mnemotécnico, más valdrá que prescindir de él.

Se sentó en la butaca hidráulica y se ató perfectamente a ella con las correas. Mark hizo lo propio. (A Sheffield le hubiera gustado ayudarlo, pero esto no hubiera sido juicioso.) Consultó su cronómetro. Era muy posible que ya estuviesen descendiendo en espiral.

A causa de la decepción que sentía, Sheffield estaba muy conturbado. Mark Annuncio había hecho mal al seguir su barrunto, que le impulsaba a considerar unos embusteros al capitán y a los demás miembros de la tripulación. Los mnemotécnicos tenían tendencia a creer que, puesto que su repertorio de datos era muy grande, era también completo. Evidentemente, con esto cometían un craso error. Por consiguiente era necesario (en palabras de Karaganda), que presentasen sus correlaciones a una autoridad debidamente calificada, sin actuar nunca por su cuenta.

¿Qué importancia podía tener el error de Mark? El muchacho era el primer mnemotécnico que abandonaba la residencia del Servicio; el primero que era separado de sus colegas; el primero que vivía entre legos. ¿Qué efectos produciría esto sobre él? ¿Qué efectos había producido ya? ¿Serían malos? En este caso, ¿cómo podían evitarse?

El doctor Oswald Mayer Sheffield ignoraba la respuesta a todas estas preguntas.

## 8

Los hombres del control eran los más afortunados. Ellos y, desde luego, Cimon, quien en su calidad de astrofísico y director de la expedición los acompañaba gracias a un permiso especial. El resto de la tripulación atendía a menesteres diversos, mientras el personal científico prefería la relativa comodidad de sus butacas hidráulicas, cuando la nave empezó a descender en espiral hacia Júnior.

La visión más grandiosa era la que se ofrecía cuando el planeta aún se hallaba a suficiente distancia para ser abarcado en su totalidad.

Hacia el norte y el sur, alcanzando hasta una tercera parte de la distancia que separaba a los polos del ecuador, se extendían los casquetes polares, que aún estaban al comienzo de su regresión que había de durar varios milenios. Como el Triple G

descendía en espiral siguiendo una gran órbita polar de norte a sur (escogida deliberadamente para poder contemplar las regiones polares, pues Cimon había insistido en ello a condición de que no se comprometiese la seguridad de la nave), los dos casquetes aparecían y desaparecían sucesivamente bajo ellos.

Ambos recibían por igual la luz solar, a causa de la falta de inclinación del eje de Júnior. Y cada casquete estaba cortado en sectores, ofreciendo el aspecto de un pastel que hubiese sido dividido con un cuchillo irisado.

La tercera parte de cada casquete, en la parte iluminada, recibía la luz simultánea de ambos soles, que les infundía una tonalidad blanca brillante que iba volviéndose amarilla hacia el oeste, y verde hacia oriente. Al este del sector blanco se extendía otro la mitad de ancho, bañado únicamente por la luz de LaGrange I, y allí la nieve resplandecía con su belleza de zafiro. Hacia el oeste, otro medio sector, que recibía tan sólo la luz de LaGrange II, brillaba con el cálido rojo anaranjado de un crepúsculo terrestre. Los tres colores se confundían en el siguiente al extremo de las bandas, lo cual contribuía a aumentar el parecido con un arco iris.

El tercio final parecía oscuro por contraste, pero si se miraba con atención, distinguíanse también varias partes desiguales. La porción más pequeña era ciertamente negra, pero la porción mayor poseía un débil tinte lechoso.

Cimon murmuró quedo, como para sí: —Es la claridad lunar, desde luego.

Luego miró a su alrededor para comprobar si alguien le había oído. No le gustaba que los demás fuesen testigos del proceso por el cual su cerebro llegaba a deducir alguna conclusión. Por el contrario, deseaba presentar sus conclusiones a sus alumnos y oyentes, a todos cuantos le rodeaban, en suma, de una manera perfecta y acabada en la que no se detectasen las imperfecciones del nacimiento y desarrollo.

Pero sólo le rodeaban astronautas, que no le prestaban la menor atención. A pesar de que todos ellos eran curtidos veteranos del espacio, dedicaban toda la atención que podían detraer a sus distintos deberes e instrumentos a la maravilla que lucía ante ellos.

La espiral se curvó, se desvió del rumbo norte—sur hasta tomar el nordeste—sudoeste y finalmente el este—oeste, que facilitaba un aterrizaje más seguro. El sordo fragor procedente de las capas atmosféricas rasgadas penetró en la cabina de mando, agudo y débil al principio, para ir adquiriendo volumen a medida que pasaban los minutos.

Hasta entonces, en interés de la observación científica (y con considerable inquietud por parte del capitán) la espiral había sido muy cerrada, la deceleración pequeña y las circunnavegaciones del planeta numerosas. Cuando penetraron en la atmósfera de Júnior, empero, la deceleración aumentó enormemente y la superficie pareció elevarse a su encuentro.

Ambos casquetes polares desaparecieron y se inició un desfile igualmente

alternado de tierras y agua. Un continente, montañoso en las costas y con una meseta interior, que le daba el aspecto de un plato sopero con dos bordes cubiertos de hielo, pasaba como una exhalación a intervalos cada vez mayores. Ocupaba la mitad de Júnior. El resto era agua.

Casi todo el océano, en aquel momento, se hallaba en el sector oscuro, y la parte que no estaba en sombras estaba iluminada por el resplandor rojo—anaranjado de LaGrange II. A la luz de aquel sol, las aguas tenían un oscuro color violáceo y estaban sembradas de manchas rojizas cuyo número era mayor en las altas latitudes. ¡Eran grandes témpanos de hielo!

Las tierras se distribuían en aquel momento entre el sector rojo—anaranjado y el de luz plenamente blanca. Sólo las costas orientales estaban dentro de la zona verdiazul. La cordillera oriental ofrecía un espectáculo sorprendente, con sus laderas occidentales rojas y las orientales verdes.

La velocidad de la nave disminuía rápidamente; había terminado su última pasada sobre el océano.

¡Estaba a punto de aterrizar!

## 9

Los primeros pasos fueron bastante cautos Y también bastante lentos. Cimon examinó con atención los fotocromos de Júnior que había tomado desde el espacio. Cuando los demás protestaron, permitió que los otros miembros de la expedición los examinasen, y más de uno se recriminó por haber puesto la comodidad por encima de la ocasión de ver aquello realmente.

Boris Vernadsky permaneció inclinado largo rato sobre su analizador de gases. Formaba una sinfonía de abigarradas vestiduras y quedos gruñidos.

—Diría que estamos en el nivel del mar —dijo—, teniendo en cuenta la presión atmosférica y el valor de g.

Entonces, como su explicación iba dirigida al resto del grupo, añadió con negligencia:

—Es decir, la constante gravitacional.

Lo cual no aclaró gran cosa a la mayoría de sus colegas. —La presión atmosférica es de unos ochocientos milímetros de mercurio —añadió—; o sea, un cinco por ciento más alta que en la Tierra. Y doscientos cuarenta milímetros de esta presión es de oxígeno. En cambio, la cifra de oxígeno en la Tierra es de sólo ciento cincuenta. No está mal.

Hubiérase dicho que esperaba la aprobación de sus colegas, pero éstos preferían no hacer comentarios sobre los datos referentes a una especialidad ajena.

Así, prosiguió:

—Hay nitrógeno, naturalmente. ¿No resulta aburrida la forma con que la

naturaleza se repite? Parece un párvulo que sólo sabe tres lecciones. Casi desilusiona comprobar invariablemente que un mundo con agua contiene una atmósfera de oxígeno y nitrógeno. Dan ganas de bostezar.

—¿Qué más hay en la atmósfera? —preguntó Cimon, con cierta irritación—. Hasta ahora sólo tenemos oxígeno, nitrógeno

y una filosofía de estar por casa que debemos al bondadoso tío Boris.

Vernadsky pasó el brazo sobre el respaldo del asiento y dijo con un tono bastante amistoso:

—¿Y tú qué eres? ¿Director?

Cimon, para quien el cargo de director apenas representaba algo más que el fastidio de tener que preparar detallados informes para el Departamento, se sonrojó y dijo con expresión torva:

—¿Qué más hay en la atmósfera, doctor Vernadsky? Este respondió, sin consultar sus notas:

—Menos de un uno por ciento y más de un centésimo de un uno por ciento de hidrógeno, helio y anhídrido carbónico, por este orden. Menos de un centésimo de un uno por ciento y más de un diezmilésimo de un uno por ciento de metano, argón y neón, por este orden. Menos de un diezmilésimo de un uno por ciento de metano, argón y neón, por este orden. Menos de un diezmilésimo de un uno por ciento y más de un millonésimo de un uno por ciento de radón, kriptón y xenón, por este orden. Estas cifras no son muy explícitas. Lo único que puedo deducir de ellas es que Júnior será un mundo prometedor en cuanto a uranio, que su contenido en potasio será bajo y que no es extraño que con sus dos pequeños casquetes polares este mundo sea una monada.

Dijo esto deliberadamente, para que alguien le preguntase cómo lo sabía. De manera invariable, alguien siempre se lo preguntaba, lleno de curiosidad.

Vernadsky sonrió benévolamente y dijo:

—El radón que contiene la atmósfera se halla aquí en una proporción de diez a cien veces más elevada que en la Tierra. Lo mismo puede decirse del helio. Tanto el radón como el helio pueden considerarse como subproductos radiactivos del uranio y del torio. Conclusión: los minerales que contienen uranio y torio son de diez a cien veces más abundantes en la corteza de Júnior que en la de la Tierra... El argón, por otra parte, es unas cien veces más escaso que en la Tierra. Es muy probable que Júnior haya perdido todo su argón original! Un planeta de este tipo sólo tiene el argón procedente de la desintegración del K40, uno de los isótopos del potasio. La escasez de argón indica una escasez correspondiente de potasio. Elemental, querido Watson. Uno de los reunidos preguntó:

—¿Y qué nos dices de los casquetes polares?

Cimon, que conocía la respuesta a esto, preguntó, antes de que Vernadsky pudiese



responder:

—¿Cuál es el contenido exacto de anhídrido carbónico? —Cero, cero uno seis —  
repuso Vernadsky.

Cimon asintió y pareció darse por satisfecho.

—¿Qué respondes? —le apremió el que le había hecho la anterior pregunta.

—El contenido de anhídrido carbónico es la mitad solamente del que contiene la atmósfera terrestre, y es precisamente el que produce el efecto de invernadero. Deja pasar las ondas cortas de la radiación solar a través de la atmósfera del planeta, hasta la superficie, pero no permite la irradiación de las ondas largas caloríferas, generadas en dicha superficie. Cuando la concentración del anhídrido carbónico asciende, como resultado de la acción volcánica, el planeta se calienta un poco y se inicia entonces una era carbonífera, con elevación del nivel de los océanos y reducción de las tierras emergidas. Cuando el anhídrido carbónico disminuye debido a la absorción realizada por la vegetación, que consume vorazmente grandes cantidades, la temperatura desciende, se forma hielo y se inicia una glaciación en un círculo vicioso... y voilà...

—¿Hay algo más en la atmósfera? —preguntó Cimon. —Vapor de agua y polvo. Imagino que también hay unos cuantos millones de gérmenes aerobios de varias enfermedades gravísimas por centímetro cúbico.

A pesar del tono ligero con que lo dijo, sus palabras causaron sensación en la sala. Más de uno contuvo el aliento. Encogiéndose de hombros, Vernadsky dijo:

—No hay que preocuparse por ahora. Mi analizador separa completamente el polvo y los gérmenes. Pero ésta no es mi especialidad. Me permito sugerir que Rodríguez empiece a preparar inmediatamente sus caldos de cultivo. Pero que los encierre tras un cristal bien protegido.

## 10

Mark Annuncio se paseaba de un lado a otro. Sus ojos brillaban al escuchar, y se adelantaba para oír mejor. El grupo de sabios toleraba su intromisión seguir los temperamentos y la personalidad de cada tirar. Pero nadie le dirigía la palabra.

Sheffield no se apartaba de Mark. Tampoco hablaba apenas. Únicamente se esforzaba en no desaparecer del fondo de la consciencia del joven. Quería evitar dar a éste la sensación de que lo perseguía; por el contrario, quería darle una sensación de libertad. Su deseo era que su presencia pareciese puramente casual.

En su opinión, su comedia no conseguía engañar al muchacho, pero no podía hacer otra cosa. Tenía que evitar que Mark se metiese en problemas.

## 11

Miguel Antonio Rodríguez y López era el microbiólogo; un hombrecillo moreno, de cabello negro bastante largo, que gozaba de la reputación —que él no hacía nada por

desmentir de ser un perfecto exponente de la raza latina, por lo que respecta a las mujeres.

Tomó el polvo procedente del analizador de gases de Vernadsky, y lo sometió a cultivo con una combinación de precisión y respetuosa delicadeza.

—Nada —concluyó—. Todos los cultivos que he obtenido son inofensivos.

Le apuntaron que las bacterias de Júnior podían ocultar su carácter mortífero tras un aspecto inocente; que las toxinas y los procesos metabólicos no podían analizarse visualmente ni siquiera mediante el microscopio.

Estas insinuaciones provocaron su acalorada y desdeñosa réplica, pues no toleraban intromisiones en su esfera profesional. Enarcando una ceja, dijo:

—Yo sé lo que me traigo entre manos. Cuando uno ha visto el microcosmos como yo lo he visto, se olfatea el peligro... o la ausencia del mismo.

Aquello era una descarada mentira y Rodríguez lo demostró transfiriendo con el mayor sigilo y cuidado varias muestras de las diversas colonias de bacterias en ambientes aislados e isotónicos e inyectando a varios conejillos de Indias soluciones concentradas de los mismos. No les produjeron efecto aparente.

En grandes campanas se introdujo atmósfera del planeta, junto con varios ejemplares de formas inferiores de vida de la Tierra y otros planetas. Todos aquellos animalillos parecían encontrarse perfectamente.

## 12

Nevile Fawkes, el botánico, era un bello ejemplar masculino que se peinaba al estilo que exhiben los bustos tradicionales de Alejandro Magno, a fin de realzar su belleza, si bien ésta quedaba un tanto disminuida a causa de su nariz. Se hallaba ausente desde hacía dos días, según la cronología de Júnior, en una de las naves exploradoras atmosféricas de la Triple G. Sabía pilotar aquellas navecillas perfectamente y como era el único que podía hacerlo con excepción de los tripulantes, era natural que lo eligiesen para aquella misión, que no parecía producirle a Fawkes una alegría particular.

Regresó indemne e incapaz de ocultar una sonrisa de alivio. Se sometió a la irradiación para esterilizar el exterior de su flexible traje atmosférico, destinado a proteger a los hombres del efecto deletéreo del medio ambiente cuando no existiesen diferencias de presión, ya que el pesado y engorroso traje del espacio no era necesario en una atmósfera tan densa como la de Júnior. La navecilla fue sometida a una irradiación más extensa y luego fue tapada con una cubierta de plástico.

Fawkes tomó gran número de fotografías en color. El valle central del continente era de una fertilidad que sobrepasaba todos los sueños terrestres. Los ríos eran caudalosos, las montañas abruptas y cubiertas de nieve con los acostumbrados efectos solares pirotécnicos. Solamente bajo los rayos de LaGrange II la vegetación

tenía un aspecto algo repelente... hubiérase dicho sangre seca y ennegrecida. Bajo los rayos de LaGrange I, en cambio, o bajo los de ambos soles combinados, la vegetación de un verde vivo y lujuriente y el brillo de los numerosos lagos —particularmente al norte y al sur, junto al borde inicial de los glaciares—, despertaron la nostalgia en el corazón de muchos. —Mirad éstas —les dijo Fawkes.

Había descendido en vuelo rasante para tomar un fotocromo de un campo de enormes flores escarlata. Bajo la elevada radiación ultravioleta de LaGrange I, los tiempos de exposición habían de ser necesariamente muy cortos, y a pesar del movimiento de la navecilla, las flores se destacaban como manchas de color estridente.

—Juraría que cada una de esas flores tiene casi dos metros de diámetro.

Admiraron las flores embelesados. Entonces Fawkes añadió: —Por supuesto, no he encontrado señales de vida inteligente.

Sheffield apartó la vista de las fotografías con un rápido movimiento. La vida y la inteligencia, después de todo, catan dentro de su jurisdicción.

—¿Cómo lo sabe?

—Mírelo usted mismo —repuso el botánico—. Aquí tiene las fotografías. No se ven carreteras, ni ciudades, ni cursos de agua artificiales, ni nada que pueda ser obra del hombre.

—No se ve nada que delate una civilización maquinista —observó Sheffield—. Esto es todo.

—Incluso los pitecántropos construían abrigos y empleaban el fuego —dijo Fawkes, ofendido.

—Ese continente es diez veces mayor que África y usted sólo lo ha explorado durante dos días. Ha dejado de ver extensiones inmensas de terreno.

—No tantas como usted se figura —respondió el botánico con acaloramiento—. Seguí el curso de todos los ríos importantes y examiné ambas costas. Las poblaciones debieran estar allí.

—Setenta y dos horas para recorrer dos costas de más de doce mil kilómetros de extensión separadas por dieciséis mil kilómetros de tierras interiores, sin contar con varios miles de kilómetros de curso fluvial, eso me parece muy apresurado.

Cimon le interrumpió:

—¿A qué discutir? El Homo sapiens es la única inteligencia que ha sido descubierta en la Galaxia en más de cien mil planetas explorados. La posibilidad de que Troas posea seres racionales es prácticamente nula.

—¿Ah, sí? —dijo Sheffield—. Podría usted utilizar el mismo argumento para demostrar que no hay inteligencia en la Tierra. —En su informe —repuso Cimon— Makoyama no mencionaba vida inteligente.

—¿Y cuánto tiempo tuvo para hacerlo? Fue otro caso parecido. Metió

rápidamente el dedo en el pajar y comunicó que no había ninguna aguja.

—¡Por el eterno Universo! —exclamó Rodríguez ásperamente—. Estamos discutiendo como locos. Digamos que la hipótesis de inteligencia indígena no está demostrada, y dejémoslo así. Aún no hemos acabado de investigar, imagino.

### 13

Las copias de aquellas primeras fotografías de la superficie de Júnior pasaron a engrosar los archivos abiertos. Tras una segunda exploración, Fawkes regresó con expresión más sombría, y esto prestó mayor seriedad a la reunión posterior. Las nuevas fotografías circularon de mano en mano y fueron colocadas después por Cimon en la caja fuerte especial que nada ni nadie podría abrir, con excepción de las propias manos del astrofísico o una potente arma nuclear.

Dijo Fawkes:

—Los dos ríos más caudalosos siguen un curso generalmente de norte a sur, al pie de las estribaciones orientales de la cordillera occidental. El río mayor nace en el casquete polar septentrional y el más pequeño procede del casquete polar austral. Los tributarios le aportan sus aguas hacia occidente, procedentes de la cordillera oriental y cubriendo con su red todas las llanuras centrales. Al parecer la llanura central tiene una ligera inclinación, pues el borde oriental es más elevado. De todos modos, esto era de esperar, ya que la cordillera oriental es la más elevada, poderosa y más continuada de ambas. Yo no pude efectuar mediciones, pero no me sorprendería que sus cumbres sobrepasasen al Himalaya. A decir verdad, tienen un gran parecido con la cordillera Wu Chao de Hesperus. Hay que subir hasta la estratosfera para franquearlas y son terriblemente accidentadas y fragosas... Sea como fuere —volvió al tema inmediato haciendo un esfuerzo—, los dos ríos principales se unen a unos ciento cincuenta kilómetros al sur del ecuador y vierten sus aguas a través de una brecha abierta en la cordillera occidental. Después, sólo les separan unos ciento treinta kilómetros del mar. La desembocadura de este poderoso río constituye el sitio ideal para situar la ciudad más importante del planeta. Las rutas comerciales procedentes del interior del continente tendrían que converger en ella, con el resultado de que la convertirían de manera inevitable en el emporio del comercio espacial. Incluso por lo que se refiere al comercio planetario, la costa oriental del continente sería el punto de embarque para las mercancías destinadas a ultramar. No vale la pena franquear la cordillera oriental. Por aquel lado se encuentran las islas que vimos al aterrizar... Por lo tanto, aquí es donde yo hubiera buscado una población, aunque ignorase la latitud y la longitud.

Y nuestros colonos demostraron ser previsores, al establecerse allí precisamente.

Novee dijo en voz baja:

—O creían que eran previsores, pues apenas queda nada de ellos, ¿no es cierto?

—Ha transcurrido más de un siglo —dijo Fawkes, tratando de mostrarse filosófico—. ¿Qué esperabais encontrar? A decir verdad, queda mucho más en pie de lo que yo honradamente creí que iba a encontrar. Sus construcciones eran casi todas prefabricadas. Se han desmoronado y la vegetación se ha abierto paso, cubriéndolas totalmente. El hecho de que el clima de Júnior sea glacial es lo que los ha preservado. Los árboles, o los objetos que parecen árboles, son pequeños y por lo visto crecen muy despacio... Aun así, el claro ha desaparecido. Desde el aire, la única manera de poder afirmar que allí existía una colonia, es a causa del color ligeramente distinto de la nueva vegetación y por el aspecto de la selva que lo rodea.

Señaló una fotografía concreta:

—Esto no es más que un montón de escorias. Es posible que en otro tiempo fuese maquinaria. En mi opinión, estos montículos son tumbas.

—¿Ha visto restos humanos? ¿Huesos? —preguntó Novee. Fawkes denegó con la cabeza.

—Los últimos supervivientes no recibieron sepultura, ¿verdad? —siguió preguntando.

—Supongo que los devorarían los animales —repuso Fawkes. Luego se alejó, volviendo la espalda al grupo—. Estaba lloviendo cuando bajé a explorar. La lluvia goteaba sobre las anchas hojas que me cubrían y bajo mis pies el terreno era esponjoso y estaba encharcado. Todo era muy oscuro y tétrico. Se levantó un viento frío. Las fotografías que tomé no dan apenas la impresión de lo que digo. Me parecía como si me atisbasen un millar de espectros...

Aquel fúnebre relato era contagioso. —¡Basta ya! —gritó frenético Cimon.

En el fondo de la sala, la puntiaguda nariz de Mark Annuncio temblaba, tan intensa era su curiosidad. Volviéndose a Sheffield, que estaba a su lado, susurró:

—¿Espectros? ¿Supongo que no se tratará de un caso auténtico de...?

Sheffield tocó levemente uno de los flacos hombros del muchacho.

—Es una forma de hablar Mark. Pero no lamentos que no sea verdad. Estás asistiendo al nacimiento de una superstición y esto ya es algo, ¿no te parece?

## 14

El capitán Follenbee, con semblante algo huraño, fue a ver a Cimon la noche siguiente al regreso de Fawkes.

—Esto no marcha, doctor Cimon —dijo—. Mis hombres están nerviosos, muy nerviosos.

Las persianas de las portillas estaban levantadas. Hacía seis horas que LaGrange I se había puesto y la luz rojiza de LaGrange II, que al ponerse se volvía carmesí bañaba la cara del capitán, tiñendo de rojo su corto cabello gris.

Cimon, cuya actitud hacia la tripulación en general y el capitán en particular era

siempre de refrenada impaciencia, dijo:

—¿Qué sucede, capitán?

—Ya llevamos aquí dos semanas, según tiempo terrestre. Sin embargo, nadie sale sin traje. A la vuelta, todos son sometidos a la irradiación. ¿Qué le pasa a la atmósfera? —No le pasa nada.

—Entonces, ¿por qué no podemos respirarla? —Capitán, no soy yo quien lo tiene que decidir.

El rubor que teñía la cara del capitán se hizo verdadero. —Las órdenes que poseo —dijo— estipulan que no tengo que quedarme aquí si la seguridad de la nave corriese peligro. Y una tripulación asustada y levantisca compromete la seguridad de la nave.

—¿No es usted capaz de meter en cintura a sus hombres? —Dentro de límites razonables.

—No comprendo qué les preocupa tanto. Estamos en un nuevo planeta y es natural que seamos cautelosos. ¿No son capaces de entender esto?

—Sí, pero creen que dos semanas es demasiado. Esto les hace suponer que les ocultamos algo, lo cual es verdad, como usted sabe. Además, es necesario darles un permiso de superficie. Tienen derecho a ello. Aunque sólo sea en un pedrusco desnudo de un kilómetro de diámetro. Esto al menos les permitirá abandonar la nave y evadirse un poco de la rutina. No podemos negárselo.

—Deme hasta mañana —dijo Cimon con desdén.

## 15

Al día siguiente, los científicos se reunieron en la cámara de observación.

—Según me comunica Vernadsky —dijo Cimon—, los datos sobre la atmósfera continúan siendo negativos, y Rodríguez no ha descubierto gérmenes patógenos de ninguna clase.

Esta última observación pareció suscitar dudas generales. Novee observó:

—La colonia murió a causa de una epidemia. Lo juraría. —Tal vez —se apresuró a contestar Rodríguez—, pero... ¿puede explicar cómo sucedió? Es imposible. Voy a explicarle lo que pasó. Miren. Casi todos los planetas de tipo terrestre dan nacimiento a la vida y ésta posee siempre una naturaleza proteínica y se organiza siempre en forma celular o de virus. Pero esto es todo. Aquí terminan los parecidos... Ustedes, los profanos, creen que todo es lo mismo; que la Tierra es exactamente igual que cualquier planeta y viceversa. Para ustedes, los gérmenes son gérmenes y los virus son virus. Pero yo les digo que no comprenden las infinitas posibilidades de variación que tiene la molécula de proteínas. Incluso en la propia Tierra, cada especie tiene sus propias enfermedades. Algunas pueden contagiarse a otras especies, pero no existe en la Tierra un solo germen patógeno del tipo que sea capaz de atacar a todas las

restantes especies. Piensan ustedes que un virus o una bacteria que se hayan desarrollado independientemente durante un billón de años en otro planeta, con diferentes aminoácidos, diferentes sistemas enzimáticos, un metabolismo totalmente diferente, encontrarán al Homo sapiens tan succulento como un bombón. Yo les digo que esto es una idea infantil.

Novee, cuya alma de físico se había considerado afrentada al oírse llamar «profano», no estaba dispuesto a dejar las cosas así:

—El Homo sapiens lleva consigo sus propios gérmenes adonde quiera que vaya, Rod. ¿Quién dice que el virus del resfriado común no podría convertirse, bajo alguna influencia planetaria, en algo mortal de necesidad? O de la gripe. Estas cosas ya han ocurrido incluso en la Tierra. La epidemia de 2755...

—Sé todo cuanto usted pueda decirme acerca de la epidemia de para—sarampión de 2755 —le atajó Rodríguez— y de la epidemia de gripe de 1918 y también de la Peste Negra. ¿Pero tenemos noticia de que esto haya vuelto a repetirse? Desde luego, la colonia se estableció hace más de un siglo... sin embargo, ello no sucedió ni mucho menos en la época preatómica. La colonia disponía de médicos y antibióticos y además se conocía ya entonces la técnica de la inducción de anticuerpos, la cual, por otra parte, es de muy sencilla aplicación. Y eso sin contar con la expedición médica de socorro que les enviaron.

Novee se dio unas palmadas en su redonda panza y dijo con obstinación: —Los síntomas eran los de una infección respiratoria; disnea...

—Conozco el informe, pero estoy convencido de que lo que ellos contrajeron no fue una enfermedad producida por un germen. No podía serlo. —¿Qué fue, pues?

—Esto cae fuera de mi competencia profesional. A primera vista yo diría que no fue una infección, ni siquiera la infección de los mutantes. No podía serlo. Es matemáticamente imposible. Subrayó marcadamente el adverbio.

Hubo una conmoción entre sus oyentes cuando Mark Annuncio introdujo su endeble cuerpo en el espacio que había inmediatamente delante del doctor Rodríguez.

Por primera vez tomó la palabra en una de aquellas reuniones.

—¿Matemáticamente? —preguntó con ansiedad.

Sheffield se abrió paso en su seguimiento, utilizando codos y rodillas para avanzar y murmurando disculpas media docena de veces.

Rodríguez, que ya se hallaba en un estado avanzado de exasperación, adelantó su mentón:

—¿Qué quiere ahora?

Mark se intimidó. Con menos vehemencia, dijo:

—Ha dicho que era matemáticamente imposible que fuese una infección. Me pregunto cómo... Las matemáticas... Y se calló.

—He expuesto mi opinión profesional —afirmó Rodríguez. Lo dijo con gran

seriedad y marcando las palabras; luego le volvió la espalda. Nadie podía poner en duda la opinión de un profesional si no pertenecía a su misma especialidad. De lo contrario había que entender, de una manera bastante clara, que la experiencia y los conocimientos del especialista dejaban mucho que desear, hasta tal punto que incluso un extraño podía atreverse a ponerlo en tela de juicio.

Mark sabía esto, pero él pertenecía al Servicio Mnemotécnico. Dio un golpecito en el hombro de Rodríguez mientras los presentes contemplaban la escena sorprendidos y fascinados, y dijo:

—Ya sé que es su opinión profesional, pero de todos modos me gustaría que me lo explicase.

No quería dar a sus palabras un tono perentorio. Se limitaba a dejar sentado un hecho. Rodríguez se volvió como una furia.

—¿Le gustaría que se lo explicase? ¡Por el Universo! ¿Quién es usted para hacerme preguntas?

Mark se sorprendió ante la vehemencia del biólogo, pero Sheffield se encontraba ya a su lado, y esto le infundió valor. Y, además, una buena dosis de cólera. Sin hacer caso del apremiante susurro de Sheffield, dijo con voz aguda:

—Soy Mark Annuncio, del Servicio Mnemotécnico, y le he hecho una pregunta. Quiero que me explique lo que ha afirmado gratuitamente.

—No se lo explicaré. Sheffield, llévese este joven chiflado de aquí y acuéstelo, por favor. Y procure después que no vuelva a acercármeme. ¡Habrase visto mayor imbécil!

Esta última frase, a pesar de que la pronunció entre dientes, fue claramente oída por todos.

Sheffield sujetó por la muñeca a Mark, pero éste se desasíó con un movimiento brusco y cayó al suelo, desde donde gritó: —¡Y usted es un lego estúpido! Un pedazo de asno, una mula de dos patas. Cabeza hueca. Suélteme, doctor Sheffield... Se cree usted un experto, pero no lo es... no se acuerda de nada de lo que estudió... sin contar que ha estudiado muy poco. No es usted un especialista; ni usted ni ninguno de sus colegas...

—¡Por el espacio! —gritó Cimon—. ¡Llévese de aquí a este joven idiota, Sheffield!

Sheffield, con sus flacas mejillas arreboladas, se inclinó para levantar a Mark del suelo. Le agarró por las muñecas y lo arrastró fuera de la sala.

Las lágrimas brotaban de los ojos de Mark; cuando estuvo un poco calmado, pudo articular: suélteme... Quiero escuchar..., escuchar lo que dicen.

—Por favor, Mark, no vuelvas —le suplicó Sheffield. —No volveré. No se preocupe. Puedo...

No terminó la frase.



En la cámara de observación, Cimon tenía un aspecto macilento.

—De acuerdo —dijo—. Vayamos al grano. Acepto la opinión de Rodríguez. Para mí es válida y supongo que nadie pondrá en duda su capacidad profesional.

«Más vale que así sea», murmuró Rodríguez para sí, con ojos llameantes de furia reprimida.

Cimon prosiguió:

—Y como no hay nada que temer por lo que se refiere a la infección, voy a decir al capitán Follenbee que los tripulantes pueden gozar de permiso en la superficie sin adoptar precauciones especiales ante la atmósfera. Por lo visto, la falta de estos permisos es mala para la moral. ¿Alguna objeción? No hubo ninguna.

—Tampoco veo motivo alguno que nos impida pasar a la etapa siguiente de nuestra investigación —añadió Cimon—. Propongo que establezcamos nuestro campamento en el emplazamiento de la primera colonia, para cuya expedición escojo a los siguientes colegas: Fawkes, puesto que sabe pilotar la navecilla; Novee y Rodríguez, para recopilar datos biológicos; Vernadsky y yo para ocuparnos de los aspectos químicos y físicos... El resto de ustedes, naturalmente, recibirá los oportunos datos referentes a sus respectivas especialidades y esperamos que nos ayudarán para trazar un plan de ataque. Quizá terminaremos yendo todos allí, pero de momento sólo iremos nosotros cinco. Y hasta nueva orden, las comunicaciones entre nosotros y el grupo principal que quedará a bordo de la nave se realizarán sólo por radio, puesto que si la causa de la catástrofe, sea cual fuere, resultase localizada en el antiguo emplazamiento, las pérdidas quedarán limitadas a cinco hombres.

—Los colonos vivieron varios años en Júnior antes de perecer —observó Novee—. Más de un año, seguro. Esto quiere decir que tal vez transcurrirá mucho tiempo antes de que sepamos algo con certeza.

—Nosotros no somos una colonia —repuso Cimon— sino un grupo de especialistas que trata de descubrir la causa del desastre. Si es que ésta existe, la encontraremos, y cuando la encontremos, la combatiremos. Y tardaremos mucho menos de dos años en hacerlo. ¿Alguna objeción?

No la hubo, y la reunión concluyó.

Mark Annuncio, sentado en su litera, sujetaba una rodilla con ambas manos, y la barbilla se apoyaba en el pecho. Los ojos ya se habían secado, pero su voz estaba cargada de amargura.

—No me dejan ir —dijo—. No permitirán que vaya con ellos. Sheffield ocupaba el asiento contiguo a la litera y estaba sumido en un mar de confusiones. —Tal vez te lleven más tarde —dijo.

—No —exclamó Mark con vehemencia—, me detestan. Además, yo quiero ir ahora. Nunca he visitado otro planeta. ¡Hay tantas cosas para ver y averiguar! No tienen derecho a retener me si yo quiero acompañarlos.

Sheffield denegó con la cabeza. Los mnemotécnicos se hallaban imbuidos por el convencimiento de que tenían que reunir datos y que nada ni nadie podía ni debía impedirselo. Quizá cuando regresaran, él podría recomendar cierto adiestramiento en sentido contrario, teniendo en cuenta que los mnemotécnicos tenían que vivir de vez en cuando en el mundo real. Y esto sucedería cada vez más con cada generación, a medida que su papel en la Galaxia se fuese haciendo más importante.

—Puede ser peligroso, ¿sabes?

—No me importa. Tengo que saberlo. Tengo que averiguar lo que ocurrió en este planeta. Doctor Sheffield, dígale al doctor Cimon que les acompañaré.

—Vamos, Mark, tranquilízate; sabes que no puede ser. —Si no lo hace usted, lo haré

yo.

Incorporó su endeble cuerpo en la litera, dispuesto efectivamente a irse.

—Vamos, muchacho, no te excites. Mark cerró los puños.

—Esto no es justo, doctor Sheffield. Yo descubrí este planeta. Es mi planeta.

A Sheffield le remordió la conciencia. Hasta cierto punto, lo que decía Mark era verdad. Nadie, con excepción del propio Mark, lo sabía mejor que Sheffield. Y nadie tampoco, con excepción del muchacho, conocía la historia de Júnior mejor que Sheffield.

Fue durante los últimos veinte años cuando, enfrentada con el aumento creciente de la población en los planetas más antiguos y el retroceso de la frontera galáctica a partir de aquellos mismos planetas, la Confederación de Mundos empezó a explorar sistemáticamente la Galaxia. Antes de aquellos días la expansión humana se hacía al azar. Los hombres que buscaban nuevas tierras y una vida mejor se guiaban por los rumores acerca de la existencia de planetas habitables o enviaban grupos de gentes no preparadas en busca de algo prometedor.

Ciento diez años antes, uno de estos grupos descubrió Júnior. No comunicaron su hallazgo oficialmente para evitar la afluencia de logreros, negociantes, explotadores y toda la caterva de aventureros que solía caer sobre los nuevos mundos. Durante los meses siguientes algunos de los solteros hicieron venir mujeres, y gracias a esto la colonia conoció una vida floreciente por algún tiempo.

Un año después, cuando algunos colonos habían muerto y casi todos los restantes estaban enfermos o moribundos, enviaron una llamada de ayuda a Pretoria, el planeta habitado más próximo. El gobierno pretoriano atravesaba una crisis por aquel entonces y retransmitió el mensaje a Altmark, sede del gobierno del Sector. Esto hizo que en Pretoria se desentendiesen del asunto.

El gobierno de Altmak, obrando según un reflejo maquinal, envió una nave médica a Júnior, que arrojó sueros y otras vituallas y abastecimientos. La nave no aterrizó porque el oficial médico diagnosticó la enfermedad desde lejos como gripe, minimizando el peligro. Los medicamentos enviados, escribió en su informe, serían más que suficientes. Podía suponerse que la tripulación de la nave, temiendo un contagio, hubiese impedido el desembarco, pero en el informe oficial no había nada que lo hiciese presumir.

Tres meses después llegó un informe final desde Júnior, en el que se decía que sólo quedaban diez personas con vida y aun éstas tenían las horas contadas. El mensaje terminaba con una desesperada petición de ayuda. Este dramático mensaje fue enviado a la propia Tierra, junto con el informe médico previo. No obstante, el Gobierno Central era un laberinto en el que se perdían todos los informes a menos que hubiese alguien con suficiente interés personal e influencia para seguirles la pista. Y nadie tenía mucho interés en un lejano y desconocido planeta en el que sólo había diez moribundos.

El informe fue archivado y olvidado... y durante un siglo ningún pie humano se posó en Júnior.

Hasta que, cuando nuevamente hizo furor la exploración de la Galaxia, centenares de naves empezaron a cruzar como centellas las inmensas soledades, en busca de nuevos mundos. Empezaron a llegar los informes, en un tenue hilillo que pronto se convirtió en una catarata. Entre estos informes se hallaban los de Hidosheki Makoyama, quien atravesó dos veces el enjambre globular de Hércules, para morir en un aterrizaje forzoso la segunda vez, mientras su voz tensa y desesperada llegaba por el subéter en un mensaje final: «La superficie sube con rapidez hacia nosotros; las paredes de la nave se ponen rojas con la fricción... el...» Y aquí terminaba.

El año anterior la acumulación de informes alcanzaba grados tan aterradores que sobrepasaba la capacidad de trabajo humano. Los sometieron entonces a la computadora de Washington, abrumada de trabajo, concediéndoles una prioridad tan alta, que sólo hubo que esperar cinco meses. Los operadores comprobaron los datos de habitabilidad planetaria y Júnior resultó elegido.

Sheffield recordaba el júbilo delirante que esto produjo. Aquel sistema solar fue anexionado entusiásticamente a la Galaxia; en cuanto al nombre de Júnior, fue idea de un joven avisado del Departamento de Provincias Exteriores, que sentía la necesidad de establecer vínculos de amistad personal entre el hombre y el mundo que éste ocupase. Se ensalzaron las virtudes de Júnior. Su fertilidad, su clima —una perpetua primavera de Nueva Inglaterra— y sobre todo su inmenso futuro, fueron pintados con los colores más brillantes. «Durante un millón de años —declararon los propagandistas—, Júnior se enriquecerá. Mientras otros planetas envejezcan, Júnior se hará cada vez más joven a medida que el hielo se retire y vayan apareciendo

nuevas tierras. Siempre habrá una nueva frontera y recursos vírgenes» ¡Durante un millón de años!

Era la obra maestra del Departamento. Sería el magnífico y triunfal comienzo de un programa de colonización financiado por el gobierno. Tenía que ser el principio, por fin, de la explotación científica de la Galaxia en aras del bienestar humano.

Y entonces llegó Mark Anuncio, quien se había enterado de todo ello y se hallaba tan entusiasmado ante la perspectiva como cualquier hijo de vecino, pero que un día recordó algo que había visto mientras husmeaba distraídamente en los archivos de «asuntos desestimados» del Departamento de Provincias Exteriores. Había visto un informe médico acerca de una colonia situada en un planeta de un sistema cuya descripción y situación en el espacio concordaban con la del grupo binario de LaGrange.

Sheffield se acordaba muy bien del día en que Mark se le acercó con la noticia.

También se acordaba de la cara que puso el secretario del Departamento de Provincias Exteriores cuando él le transmitió la noticia. Aún veía cómo la cuadrada mandíbula del secretario pendía fláccidamente, mientras en sus ojos aparecía una mirada de infinita preocupación.

Pero el Gobierno ya se había comprometido a embarcar millones de personas a Júnior, a conceder tierras arables y a financiar los primeros envíos de semillas, de maquinaria agrícola y de utillaje industrial. Júnior se convertiría en el paraíso para numerosos votantes y la promesa de un nuevo paraíso para otros millones de electores.

Si Júnior resultaba ser un planeta mortal, por la razón que fuese, todos los miembros del Gobierno que habían aprobado el proyecto estaban condenados a la muerte política. Caerían unas cuantas cabezas importantes y entre ellas la del secretario del Departamento de Provincias Exteriores.

Tras varios días de comprobaciones e incertidumbres, el secretario dijo a Sheffield:

—No tendremos más remedio que tratar de descubrir lo que sucedió y ver si aún podemos aprovecharlo para nuestra propaganda. ¿No cree usted que así podremos neutralizarlo?

—Sí, a menos que lo que ocurrió resulte demasiado horrible para neutralizarlo. — Pero esto no puede ser, ¿verdad? ¿Qué puede haber sido, quiero decir? El político estaba abrumado. Sheffield se encogió de hombros.

—Mire, hagamos lo siguiente —añadió el secretario—. Enviaremos una nave con especialistas al planeta. Sólo admitiremos voluntarios, todos ellos, buenos y de confianza, naturalmente. Esta expedición tendrá prioridad absoluta y no olvide usted que el proyecto Júnior tiene mucho peso. Entretanto, aquí iremos dando largas al asunto, esperando a que la expedición regrese. Esto puede ser una solución, ¿no le

parece?

Sheffield no estaba muy seguro, pero de pronto deseó ir en aquella expedición, llevándose a Mark consigo. Así podría estudiar a un mnemotécnico en un medio completamente desusado y si Mark consiguiese resolver el misterio...

Desde el primer momento, se dio por sentada la existencia de un misterio. La gente no se muere de gripe. Además, al no haber aterrizado la nave médica, no pudo comprobarse verdaderamente lo que pasaba. El médico que la dirigía había muerto ya hacía treinta y siete años, pues de lo contrario hubiera tenido que comparecer ante un consejo de guerra.

Si Mark ayudaba a resolver el enigma, el Servicio Mnemotécnico saldría enormemente reforzado. El Gobierno no podría por menos que estarle agradecido. Pero a la sazón...

Sheffield se preguntó si Cimon sabía cómo se había descubierto la historia de la primera colonia. Estaba convencido de que el resto de la tripulación lo ignoraba. Era un asunto que el Departamento prefería no divulgar.

Tampoco sería político utilizar aquella historia como una palanca para arrancarle concesiones a Cimon. Si la corrección que Mark había hecho del «estúpido error» del Departamento (así sería indudablemente como lo llamarla la oposición) recibiese demasiada publicidad, el Departamento se encontraría en un aprieto. Si sus hombres sabían ser agradecidos, también sabían vengarse, llegado el caso. Y no sería raro que tratasen de tomarse el desquite contra el Servicio Mnemotécnico. Sin embargo...

Sheffield se levantó con su decisión formada.

—Bien, Mark, yo te llevaré al antiguo emplazamiento de la colonia. Iremos los dos. Ahora tú siéntate aquí y espérame. Prométeme que no intentarás hacer nada por tu cuenta.

—Lo prometo —dijo Mark, sentándose de nuevo en su litera.

## 18

—Bien, doctor Sheffield, ¿qué ocurre? —preguntó Cimon. El astrofísico estaba sentado ante su mesa, donde papeles y películas formaban pilas cuidadosamente alineadas junto a un pequeño integrador Macfreed, y miró cómo Sheffield cruzaba el umbral.

Sheffield se sentó al desgaire sobre el cobertor de la litera de Cimon, que estaba cuidadosamente alisado. Se dio cuenta de la mirada de disgusto que le dirigió Cimon, pero no le hizo el menor caso. A decir verdad, casi le gustó desarreglarle la cama. Dijo entonces:

—No estoy de acuerdo con la elección que ha hecho usted de los hombres que irán a la antigua colonia. Según parece, ha designado usted a dos para las ciencias físicas y a tres para las ciencias biológicas. ¿No es eso?

—Sí.

—Con esto, supongo que imagina haberlo abarcado todo, como una ovospora Danielski durante el perihelio.

—¡Por todos los astros! ¿Tiene alguna otra sugerencia que hacerme? —Me gustaría ir yo también. —¿Por qué?

—En el grupo no hay nadie que se ocupe de las ciencias mentales.

—¡Las ciencias mentales! ¡Por la Galaxia! Doctor Sheffield, cinco hombres ya constituyen un riesgo demasiado grande. En realidad, doctor, usted y su... ejem... pupilo fueron asignados al personal científico de esta nave por orden del Departamento de Provincias Exteriores y sin consulta previa conmigo. Le seré franco. Si me hubiesen consultado, yo les hubiera desaconsejado que viniesen con nosotros. No comprendo qué tienen que hacer las ciencias mentales en una empresa como esta que, después de todo, es puramente física. Es una verdadera lástima que el Departamento desee hacer pruebas con los mnemotécnicos en una ocasión como esta. No podemos permitir que se repitan escenas como la que acaba de protagonizar su Mark con Rodríguez.

Esto hizo comprender a Sheffield que Cimon no sabía nada de la relación que tenía Mark con la decisión de enviar aquella misión especial de reconocimiento.

Se incorporó con las manos sobre las rodillas y los codos adelantados y un aire de helada solemnidad cayó sobre él. —De modo que se pregunta usted cuál pueda ser el papel de las ciencias mentales en una investigación como esta, doctor Cimon. ¿Y si le dijese que el fin de la primera colonia tal vez pueda explicarse en sencillos términos psicológicos? —No me impresionaría. Un psicólogo es un hombre que puede explicarlo todo y que no demuestra nada.

Cimon sonrió como un hombre que ha compuesto un epigrama y está orgulloso de él.

Pero Sheffield hizo caso omiso.

—Permítame que le pregunte detalles —dijo—. ¿Cuáles son las diferencias que separan a Júnior de uno cualquier de los ochenta y tres mil mundos habitados que existen?

—Nuestros informes son aún incompletos. No puedo responderle. —Vamos, hombre. Usted ya poseía los informes necesarios incluso antes de venir aquí. Júnior tiene dos soles. —Desde luego.

Pero el astrofísico mostró cierto desconcierto en su expresión. —Soles de distinto color, recuerde. De distinto color. ¿Sabe usted lo que eso significa? Pues que un ser humano, para el caso usted o yo, de pie bajo el pleno resplandor de ambos soles, produciría dos sombras; una de color verle azulado y la otra rojo anaranjado. La longitud de ambas variaría, naturalmente, de acuerdo con la hora del día. ¿Ya se ha tomado usted la molestia de comprobar la distribución de los colores en estas

sombras? El... ¿cómo le llaman ustedes?... espectro de reflexión. —No hace falta —dijo Cimon, muy envarado—, pues sería poco más o menos el mismo que el espectro de radiación de los soles. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Debería comprobarlo. ¿Y si el aire hubiese absorbido algunas longitudes de onda? ¿O la vegetación? ¿Qué nos quedaría? Pasemos ahora a la luna de Júnior... a esa que llamamos Sister. Estas últimas noches me he dedicado a observarla. También es coloreada y los colores cambian de posición.

—Naturalmente, hombre incrédulo. Pasa por sus fases de manera independiente con cada sol.

—¿Tampoco ha comprobado usted su espectro de reflexión? —Tenemos archivados los datos en alguna parte. No ofrecen ningún interés. ¿Y en qué puede interesarle a usted?

—Mi querido doctor Cimon, es un hecho psicológico bien establecido el que las combinaciones de rojo y de verde ejercen un efecto deletéreo sobre la estabilidad mental. Tenemos aquí un caso en que la imagen cromopsíquica roja—verde, y perdóneme el empleo de este término técnico, es inevitable y se presenta bajo unas circunstancias que parecen totalmente antinaturales a la mente humana. Es muy posible que la cromopsicosis alcance el nivel fatal induciendo la hipertrofia de los folículos trinitarios, con la consiguiente catatonía cerebral. Cimon se veía desbordado.

—Nunca había oído hablar de eso —musitó. —Naturalmente —dijo Sheffield. Ahora le tocaba a él mostrarse envarado—. Usted no es un psicólogo. Espero que no irá a poner en duda mis opiniones profesionales.

—Pues no faltaba más. Pero de los últimos informes de la expedición se deduce claramente que murieron a causa de una especie de enfermedad respiratoria.

—Exacto, pero Rodríguez niega esa posibilidad y usted se ha inclinado ante su opinión profesional.

—Yo no afirmo que fuese una enfermedad respiratoria; he dicho que parecía como si lo fuese. ¿Y cómo hace usted encajar con esto su cromo... etcétera? Sheffield movió la cabeza.

—Ustedes, los profanos en psicología, tienen arraigados prejuicios. Si bien le concedo que existió un efecto físico, eso no excluye la posibilidad de que hubiese una causa mental. El punto más convincente de mi teoría es que se sabe que la cromopsicosis rojo—verde se presenta primero como una infección respiratoria psicógena. Supongo que usted no conocerá la psicogenética.

—No. Está fuera de mi especialidad.

—Ya me lo suponía. Pues bien, mis cálculos demuestran que bajo la elevada presión a que se halla el oxígeno en este mundo, la infección respiratoria psicógena es inevitable y particularmente grave. Por ejemplo, habrá usted observado a Sister

durante las últimas noches.

—Sí, he observado a Ilium.

Cimon no se olvidó de llamar al satélite por su nombre oficial ni siquiera en aquel momento.

—¿Lo ha observado usted con atención y durante períodos prolongados? ¿Utilizando aumentos?

—Sí.

Cimon empezaba a sentirse inquieto.

—Ajajá —exclamó Sheffield—. ¿Y se ha percatado usted de que los colores de la luna se han hecho particularmente virulentos durante las últimas noches? Al propio tiempo, sin duda habrá observado una pequeñísima inflamación de la mucosa nasal, junto con un ligero escozor de garganta. No es nada doloroso todavía, supongo. ¿Ha tosido o ha estornudado? ¿Le duele un poco la garganta al tragar saliva?

—Creo que yo...

Cimon tragó saliva y luego contuvo el aliento bruscamente, tratando de averiguarlo.

Entonces se puso en pie de un salto, con los puños apretados y los labios temblorosos.

—¡Por la gran Galaxia! Sheffield, no tiene usted derecho a guardarse lo que sepa sobre esto. Sí, efectivamente, lo noto. ¿Qué tengo que hacer, Sheffield? Supongo que no será incurable. Por Júpiter, Sheffield —su voz se hizo aguda—, ¿por qué no nos lo dijo antes?

—Porque —repuso Sheffield con flema— no hay ni una palabra de verdad en cuanto he dicho. Ni una sola. Los colores son inofensivos. Siéntese, doctor Cimon, y no pierda usted la cabeza.

—Pero usted decía —tartamudeó Cimon muy confuso y con una voz ahogada— que, según su opinión profesional...

—¡Mi opinión profesional! ¡Espacio y cometitas, Cimon! ¿Qué tiene de mágico una opinión profesional? Quien la emite puede estar mintiendo o puede ser un ignorante total, que desconoce incluso los detalles de su especialidad. Un profesional puede equivocarse por desconocer otras especialidades. Puede estar seguro de acertarla y no obstante equivocarse de medio a medio... Usted, por ejemplo. Usted sabe cómo funciona el Universo y en cambio yo no sé una palabra de eso, como no sea que una estrella es un cuerpo celeste que parpadea y que un año—luz es algo muy largo. Sin embargo, usted se traga una cháchara psicológica sin pies ni cabeza que haría reír a un estudiante de segundo grado. ¿No cree, Cimon, que ya va siendo hora de que pensemos menos en las opiniones y valías profesionales y más en coordinar nuestros esfuerzos?

El color abandonó lentamente las facciones de Cimon, que se volvieron pálidas



como la cera. Con labios temblorosos, susurró: —Amparado en su prestigio profesional, usted se ha burlado de mí.

—Sí, poco más o menos es esto —dijo Sheffield.

—Yo nunca, nunca... —Cimon empezó a dar boqueadas, incapaz de continuar—. Yo nunca he visto nada tan cobarde e indecente. —Quería demostrarle algo.

—Pues lo ha conseguido. Lo ha conseguido. —Cimon se reponía lentamente y su voz casi volvía a ser normal—. Quiere usted que ese muchacho confiado a su cuidado venga con nosotros.

—Exactamente.

—No, no y no. Ya tenía mi decisión formada antes de que usted viniese y lo que ha ocurrido no ha hecho más que afianzarla.

—¿Por qué motivo? Me refiero a la decisión tomada antes de que yo viniese. — Es un psicópata. No podemos correr el riesgo de agregarlo a personas normales. Ceñudo, Sheffield dijo:

—Le agradeceré que no emplee la palabra psicópata. No tiene usted competencia para emplearla. Ya que es usted tan escrupuloso en todo lo tocante a la ética profesional, procure no meterse en el terreno de mi especialidad en mi presencia. Mark Annuncio es perfectamente normal.

—¿Después de aquella escena con Rodríguez? ¡Qué cosas hay que oír!

—Mark estaba en su perfecto derecho al hacerle esa pregunta. Su misión y su deber era hacérsela. Quien no tenía derecho a contestarle como lo hizo, fue Rodríguez.

—Si a usted no le importa, yo siento más consideración por Rodríguez.

—¿Por qué? Mark Annuncio sabe mucho más que él. En realidad, sabe más que usted y que yo. ¿Trata usted de conseguir un informe inteligente o de satisfacer una pequeña vanidad?

—Sus afirmaciones acerca de lo que sabe ese muchacho me dejan frío. Sí, reconozco que es un perfecto loro. Pero de eso a que entienda las cosas que aprende, media un abismo. Yo tengo el deber de facilitarle datos, porque el Departamento me lo ha ordenado. No me consultaron, pero da lo mismo. Yo colaboraré hasta aquí y no más. Le facilitaré todos los datos en la nave, no fuera de ella.

—Comete usted una equivocación, Cimon —observó Sheffield—. Mark debiera ir allí. Puede ver cosas que pasen desapercibidas para nuestros preciosos especialistas.

—Es muy probable —repuso Cimon con frialdad—. Pero sigo diciendo que no, Sheffield. Ninguno de sus argumentos conseguirá persuadirme.

El astrofísico, enfurruñado, contraía la nariz hasta que la punta palidecía.

—¿Porque me he burlado de usted?

—Porque ha faltado a la primera obligación de un profesional. Ningún

profesional que se respete utilizará su especialidad para aprovecharse de la inocencia de un colaborador de otra especialidad.

—Así, yo me burlé de usted... Cimon desvió la mirada.

—Ahora le ruego que se vaya. Durante el resto del viaje no habrá más relación entre nosotros que la de los asuntos de trámite más urgentes.

—Si me voy —dijo Sheffield—, tal vez el resto de nuestros colegas terminen por enterarse de esto.

Cimon dio un respingo.

—¿Piensa usted repetir lo que aquí ha pasado? —Una fría sonrisa apareció en sus labios, que no tardó en hacerse desdeñosa—. Con esto no haría más que ponerse en evidencia y mostrarse tal cual es.

—Oh, no creo que llegasen a creerlo ni se lo tomaran en serio. Ya se sabe que los psicólogos somos unos guasones. Además, suponiendo que lo creyeran, se morirían de risa al pensar en usted. Ahí es nada, el impresionabilísimo doctor Cimon convencido de que tenía anginas y pidiendo piedad a gritos después de escuchar unas cuantas palabras sin ton ni son.

—Pero ¿quién va a creerle? —exclamó Cimon.

Sheffield levantó la mano derecha. Entre el índice y el pulgar llevaba un pequeño objeto rectangular provisto de una hilera de pequeños interruptores de presión.

—Un grabador de bolsillo —dijo. Tocó uno de los botones y de pronto resonó la propia voz de Cimon que decía: «Bien, doctor Sheffield, ¿qué pasa?»

La voz sonaba pomposa, perentoria y hasta un poco afectada. —¡Deme eso! —vociferó Cimon, precipitándose hacia el alto y huesudo psicólogo.

Sheffield le contuvo.

—No trate de emplear la fuerza, Cimon. He sido un buen luchador amateur. Mire, voy a hacer un trato con usted. Cimon continuaba debatiéndose y tratando de alcanzarlo, olvidándose por completo de su dignidad, jadeando y resoplando de furia. Sheffield lo mantenía a distancia con el brazo extendido, mientras retrocedía lentamente.

Entonces le dijo:

—Permita que Mark y yo participemos en la expedición y le prometo que nadie se enterará de esto.

Cimon fue deponiendo poco a poco su enojo. Por último articuló: —¿Y entonces me lo dará?

—Después de que Mark y yo hayamos llegado al emplazamiento de la antigua colonia.

—Tendré que confiar en usted.

Parecía esforzarse por dar a sus palabras una entonación lo más ofensiva posible.

—¿Por qué no puede confiar? De lo que sí puede estar seguro es de que todos

oirán esto, si usted se niega. El primero en oírlo será Vernadsky. Le encantará. Ya sabe que tiene un sentido del humor bastante grueso.

—Sea —dijo Cimon con voz tan baja que apenas era perceptible—. Usted y el muchacho nos acompañarán. —Y añadió con energía—: Pero recuerde esto, Sheffield, cuando volvamos a la Tierra, haré que comparezca ante el Comité Central de la A.G.P.C. Se lo juro. Le expulsarán a usted del cuerpo.

—No temo a la Asociación Galáctica para el Progreso de las Ciencias —dijo Sheffield, pronunciando claramente estas palabras—. En definitiva, ¿de qué me va a acusar? ¿Piensa dejar oír esta grabación al Comité Central como prueba acusatoria? Vamos, vamos, no se tome usted las cosas tan a pecho. No irá usted a exponer la plancha que se tiró conmigo ante los sabios más engolados de ochenta y tres mil mundos.

Sin dejar de sonreír, salió andando de espaldas.

Pero cuando cerró la puerta tras él, su sonrisa se desvaneció. No le había gustado en lo más mínimo representar aquel papel. Ahora que ya lo había hecho, se preguntó si valía la pena haberse creado aquel enemigo.

## 19

Siete tiendas de campaña habían surgido en las cercanías de la colonia terrestre de Júnior. Neville Fawkes podía verlas desde el pequeño montículo. Ya estaban allí desde hacía siete días.

Contempló el cielo. Las nubes eran muy densas, cargadas de lluvia. Esto le gustaba. Con ambos soles ocultos tras la capa nubosa, la luz difusa era de un gris blancuzco que daba un aspecto casi normal a las cosas.

El viento era húmedo y algo desapacible, como el del mes de abril en Vermont. Fawkes procedía de Nueva Inglaterra y por tanto podía apreciarlo. Dentro de cuatro o cinco horas, LaGrange I se pondría y las nubes adquirirían un tono cárdeno, mientras el paisaje se sumiría en una fúnebre semioscuridad.

Pero Fawkes ya pensaba estar de regreso en las tiendas para entonces.

¡Tan cerca del ecuador, y tanto frío! Bien, aquello habría cambiado dentro de mil años. Al retirarse los glaciares, la atmósfera se calentaría y el terreno empapado se secaría. Aparecerían junglas y desiertos. El nivel de las aguas marinas subiría lentamente, anegando innumerables islas. Los dos grandes ríos se convertirían en un mar interior, cambiando la configuración del único continente de Júnior y convirtiéndolo tal vez en un grupo de grandes islas.

Se preguntó si el antiguo emplazamiento de la colonia también sería cubierto por las aguas. Probablemente, se dijo. Acaso esto lo libraría de su maldición.

Comprendía bien por qué la Confederación tenía tan grandes deseos de resolver el misterio de aquella primera colonia. Aunque se tratase de una vulgar epidemia, se

necesitaban pruebas de ella. De lo contrario, ¿quién se atrevería a colonizar aquel mundo? La superstición del planeta «engañabobos» ejercía sus efectos no sólo sobre los astronautas.

Él mismo, por ejemplo. A decir verdad, su primera visita a aquel lugar no resultó tan mala, aunque se alegró de dejar la lluvia y aquel ambiente tétrico. Ahora era peor. Le costaba dormir pensando que a su alrededor yacían los restos de mil personas muertas misteriosamente, de las que sólo le separaban algo tan impalpable como el tiempo.

Con la frialdad propia de un médico, Novee excavó las revueltas tumbas de una docena de los antiguos colonos. Fawkes fue incapaz de contemplar aquellos míseros despojos. No había más que huesos que se deshacían al tocarlos, dijo Novee, que no permitían sacar ninguna deducción.

—Sin embargo, parece haber ciertas anormalidades en la conformación ósea explicó.

Aunque después, contestando a las preguntas de sus compañeros, admitió que aquellos efectos podían deberse por completo a una permanencia de más de un siglo en terreno húmedo.

Fawkes había elaborado una fantasía que no le abandonaba ni un momento cuando estaba despierto. En su imaginación había forjado una raza escurridiza de seres inteligentes que vivían bajo tierra, que nunca se dejaban ver pero que merodeaban en torno de la antigua colonia con una perseverancia implacable.

A continuación se representó una silenciosa guerra bacteriológica. Le parecía ver a aquellos seres subterráneos trabajando en sus laboratorios situados bajo las raíces de los árboles, cultivando sus musgos y esporas, esperando que apareciese el germen que resultase mortal para los seres humanos. Tal vez capturaron niños para hacerles objeto de sus experimentos.

Y cuando descubrieron lo que buscaban, las esporas se abatieron silenciosamente sobre la colonia en nubes ponzoñosas... Fawkes sabía que todo esto era una fantasía. La había urdido en sus noches de insomnio sin basarla en ninguna prueba concreta, como no fuesen sus propias aprensiones temblorosas. Pero cuando se encontraba solo en la selva, se volvía de pronto más de una vez lleno de terror y convencido de que unos ojos brillantes le atisbaban desde la sombra de un árbol, proyectada por la luz de LaGrange I.

El ojo de botánico de Fawkes no dejaba de observar la vegetación que atravesaba, a pesar de los temores que le embargaban. Salió deliberadamente del campamento en una nueva dirección, pero vio únicamente lo que ya conocía. Las selvas de Júnior no eran espesas ni enmarañadas. Apenas si representaban un obstáculo para el avance. Los pequeños árboles —muy pocos sobrepasaban los tres metros, aunque sus troncos eran casi tan gruesos como los de los árboles terrestres corrientes— crecían muy

espaciados.

Fawkes estableció una sumaria clasificación, a fin de clasificar la flora de Júnior con arreglo a las normas de la botánica. No dejaba de darse cuenta de que tal vez estaba sentando los cimientos de su propia inmortalidad.

Por ejemplo, crecía en Júnior el «árbol bayoneta», cuyas enormes flores de color escarlata atraían a animalillos parecidos a insectos que construían sus pequeños nidos en ellas. Luego (siguiendo una señal o impulso que Fawkes no pudo adivinar), todas las flores de uno de estos árboles daban nacimiento a un brillante pistilo blanco en una sola noche. Estos pistilos tenían más de medio metro de longitud y hubiérase dicho que cada flor había sido provista de pronto de una bayoneta.

Al día siguiente, la flor ya había sido fecundada y los pétalos se cerraban, atrapando en su interior al pistilo, a los insectos y a todo cuanto contuviesen. El explorador Makoyama lo bautizó con el nombre de «árbol bayoneta», pero Fawkes tuvo la osadía de ponerle el nuevo nombre de *Migrania Fawkesii*.

Aquellos árboles poseían un rasgo común. Su madera era de una dureza increíble. Concernía al bioquímico determinar las características físicas de la molécula celulosa y al biofísico determinar cómo podía ascender la savia a través de los tejidos impermeables del árbol. Lo que Fawkes sabía por experiencia era que los capullos se doblaban con gran dificultad y no había modo de romperlos. Su cortaplumas estaba mellado a consecuencia de rascar en la corteza de los árboles, a pesar de que no consiguió hacerles ni un rasguño.

Los primeros colonos, para poder roturar las tierras, sin duda tuvieron que arrancar los árboles.

Comparados con los de la Tierra, aquellos bosques casi estaban libres de vida animal. Tal vez este hecho se debiese a los estragos causados por la glaciación. A decir verdad, Fawkes lo ignoraba.

Los pequeños seres parecidos a insectos eran todos alados. Y sus alas como pequeñas hojas plumosas que se agitaban silenciosamente. Al parecer, ninguno de ellos era chupador de sangre.

El animal mayor que vieron fue un gran ser volador que apareció súbitamente sobre el campamento. Sólo se pudo conocer la verdadera forma del animal gracias a la fotografía ultrarrápida, pues el ejemplar que observaron, dominado sin duda por la curiosidad, pasó como una exhalación una y otra vez sobre las tiendas, a una velocidad demasiado grande para permitir una observación visual detallada.

Tenía cuatro alas. Las delanteras terminaban en unas poderosas garras; eran membranosas y apenas cubiertas de pelo o vellón y hacían el oficio de planeadores, mientras las dos traseras, recubiertas de un vello parecido al pelo, se movían rápidamente.

Rodríguez sugirió el nombre de *Tetrapterus*.

Fawkes desechó momentáneamente estas evocaciones para contemplar una variedad de hierba que aún no había visto hasta entonces. Crecía en una masa compacta y cada tallo se ramificaba en tres en su extremo. Sacando la lupa se inclinó para tocar cuidadosamente uno de los tallos con el dedo. Como otras hierbas de Júnior, aquella...

Fue entonces cuando oyó el rumor a sus espaldas... de manera inconfundible. Prestó oído por unos momentos, mientras sus propios latidos dominaban cualquier ruido, y entonces se volvió rápidamente. Un ser de pequeñas dimensiones y aspecto humano se ocultó detrás de un árbol.

Fawkes casi se quedó sin aliento. Buscó desmañadamente su pistola desintegradora con una mano que parecía moverse entre melaza.

¿Y si su fantasía no resultase tal? ¿Y si Júnior estuviese habitado, después de todo?

Con torpes movimientos, Fawkes se escondió detrás de otro árbol. No podía dejar las cosas así. Comprendía que no podía comunicar a sus compañeros: «Vi a un ser vivo. Tal vez fuese la solución de todo. Pero tuve miedo y lo dejé escapar».

Tendría que intentar apresarlos.

Detrás del árbol que ocultaba a aquel ser había un «árbol cáliz». Estaba en plena floración y sus flores blancas y rosadas se alzaban opulentas en espera de captar la lluvia que no tardaría en caer. Se oyó el agudo chasquido de una flor al romperse y unas astillas rosadas se retorcieron y se doblaron hacia abajo. No era su imaginación. Detrás del árbol había algo.

Fawkes hizo una profunda inspiración y se precipitó como una tromba hacia el árbol, apuntando con la pistola y dispuesto a disparar a la menor señal de peligro. — ¡No tire! —gritó una voz—. Soy yo.

Una cara asustada, aunque humana, se asomó por detrás del árbol. Era Mark Annuncio.

Fawkes se detuvo con un pie en el aire, como hipnotizado. Por último consiguió articular:

—¿Qué haces aquí?

—Le seguía —respondió Mark sin apartar la vista de la pistola que el otro empuñaba. —¿Para qué?

—Para ver lo que haría. Me interesaba lo que pudiese encontrar. Pensé que si me veía, me haría volver al campamento. Fawkes se dio cuenta de que aún empuñaba el arma y la enfundó. Tuvo que probar tres veces para conseguir meterla en la funda.

Empezaron a caer los primeros goterones.

—No digas nada de esto a los demás —dijo Fawkes, con voz ronca. Miró con rabia al muchacho, y luego ambos regresaron al campamento, por separado y en silencio.

Un barracón central prefabricado había sido añadido a las siete tiendas, y los científicos estaban reunidos en su interior, sentados alrededor de la larga mesa.

Era un gran momento, pero todos se hallaban algo intimidados. Vernadsky, que aprendió a cocinar en sus tiempos de estudiante, asumía esa tarea. Levantando el humeante guiso del fogón de onda corta, preguntó:

—¿Quién quiere calorías?

Luego, con ayuda de un gran cucharón, sirvió abundantes raciones a todos. — Huele muy bien —dijo Novee, no muy convencido.

Ensartó un pedazo de carne con su tenedor. La carne era violácea y aún estaba muy dura, a pesar de la cocción interior. Las hierbas que la rodeaban parecían más blandas pero su aspecto era muy poco apetitoso.

—Vamos —dijo Vernadsky—, a comer. Dadle un bocado. Yo lo he probado y es bueno.

Se metió un buen bocado en la boca y empezó a masticar. —Está dura, pero es buena.

Con voz fúnebre, Fawkes dijo: —Probablemente nos matará.

—Tonterías —repuso Vernadsky—. Las ratas la han comido durante quince días.

—Quince días no es mucho —objetó Novee.

—Bueno, un bocado no me matará —dijo Rodríguez—. ¡Anda, pero si es buena!

Y lo era. Por último, todos dieron la razón a Vernadsky. Hasta entonces todo parecía indicar que los animales y vegetales comestibles de Júnior eran buenos. En cuanto a los granos y semillas era casi imposible triturarlos para obtener harina, pero una vez logrado, con ella se podía hacer un pan con un contenido de proteínas muy elevado. Sobre la mesa, en aquellos momentos, había algunas hogazas de aquel pan negro y pesado. Pero tampoco era malo.

Fawkes había estudiado las hierbas de Júnior, llegando a la conclusión de que una hectárea de la superficie de Júnior, debidamente sembrada y regada, podía alimentar a un número de cabezas de ganado diez veces superior a las que podrían pastar en una hectárea de alfalfa en la Tierra.

Esto causó una gran impresión en Sheffield, quien dijo que

Júnior podría convertirse en el granero de un centenar de mundos, pero Fawkes se encogió de hombros ante sus propias declaraciones, diciendo con displacencia: —Es un engañoso.

Una semana antes, hubo gran agitación en el grupo cuando se comprobó que los conejillos de Indias y los ratones blancos no querían comer ciertas hierbas nuevas que Fawkes había traído. La mezcla de pequeñas cantidades de aquella hierba con la comida normal que se les daba, dio por resultado la muerte de los animales que la ingirieron.

¿Sería la solución?

No lo era. Vernadsky apareció pocas horas después y dijo con la mayor flema: —Cobre, plomo y mercurio. —¿Qué? —dijo Cimon, estupefacto. —Esas plantas. Contienen una elevada proporción de metales pesados. Probablemente es un recurso evolutivo para evitar que las coman. —Los primeros colonos... —empezó a decir Cimon.

—No. Esto no es posible. Casi todas las plantas son inofensivas. Sólo éstas son dañinas y nadie las comería. —¿Cómo lo sabe?

—Las ratas no quieren ni probarlas. —Pero son ratas.

Era lo que Vernadsky esperaba. Con tono teatral, dijo: —Salude usted a un modesto mártir de la ciencia. Yo he probado esas plantas. —¿Cómo? —gritó Novee.

—Sólo las he lamido, no se preocupe. Soy un mártir que toma sus precauciones. De todos modos, son tan amargas como la estricnina. ¿Qué esperaban? Si una planta se atiborra de plomo para ahuyentar a los animales, ¿de qué le serviría a la planta que el animal lo averiguase muriéndose después de comerla? Como aviso, le añade un poco de sustancia amarga. Y esa combinación es lo que consigue la finalidad propuesta.

—Además —dijo Novee—, los colonos no murieron a causa de un envenenamiento de metales pesados. Los síntomas no son éstos.

Todos conocían los síntomas bastante bien. Algunos en lenguaje profano y otros en términos científicos. Una respiración difícil y jadeante que cada vez se hacía más dolorosa y angustiada. Estos eran los síntomas principales.

Fawkes dejó su tenedor sobre la mesa.

—Pero supongamos que estas plantas contuviesen un alcaloide que paralizase los nervios que gobiernan la respiración pulmonar.

—Las ratas tienen músculos respiratorios —observó Vernadsky—. Y no las mató. —Tal vez sean una serie de causas acumuladas.

—Muy bien, muy bien. Cada vez que les cueste respirar, vuelvan a comer raciones de a bordo a ver si mejoran. Pero no le echen la culpa a los factores psicosomáticos. Sheffield gruño:

—Eso no es lo mío. No se preocupen por ello.

Fawkes hizo una profunda inspiración y luego otra con semblante hosco, y se llevó otro pedazo de carne a la boca.

En un rincón de la mesa, Mark Annuncio, que comía más despacio que sus compañeros, pensaba en la monografía de Norris Vinograd sobre El gusto y el olfato. Vinograd estableció una clasificación de sabores y olores basada en la inhibición enzimática en el interior de las papilas del gusto. Annuncio no comprendía su significado exacto, pero recordaba los símbolos, sus valores y las definiciones descriptivas.



Mientras situaba el sabor del guiso en tres subclasificaciones, terminó de comer. Le dolían un poco las mandíbulas a causa de tanto masticar.

## 21

La noche se aproximaba y LaGrange I estaba muy bajo en el cielo. El día había sido radiante, bastante caluroso, y Boris Vernadsky se sentía contento. El trabajo era interesante, y su suéter de brillantes colores había mostrado fascinantes cambios a medida que los dos soles iban mudando de posición.

En aquel instante su sombra era alargada y roja, con el tercio inferior gris, allí donde coincidía con la sombra de LaGrange II. Extendió un brazo y observó las dos sombras. Una de ellas, de color anaranjado oscuro, alcanzaba hasta casi cinco metros y la otra, de denso color azul, se extendía en la misma dirección, pero sólo a metro y medio de distancia. Si tuviese tiempo, prepararía una preciosa colección de sombras chinescas.

Esta idea le complació tanto, que no le molestó ver que Mark Annuncio le seguía a respetuosa distancia.

Dejando el nucleómetro, le hizo un gesto con la mano. —¡Ven aquí!

El joven se acercó con desconfianza. —Hola.

—¿Quieres algo?

—Sólo estaba... observando.

—¿Sí? Observa, pues. ¿Sabes qué estoy haciendo? Mark hizo un ademán negativo.

—Esto es un nucleómetro —dijo Vernadsky—. Hay que clavarlo en el suelo, así. En la parte superior tiene un generador de campo de fuerzas que le permite penetrar en cualquier roca. —Al tiempo que hablaba se apoyó en el nucleómetro y éste se hundió medio metro en la roca—. ¿Ves?

Los ojos de Mark se iluminaron y Vernadsky se sintió contento.

—En el pie del instrumento hay unos hornos atómicos microscópicos, cada uno de los cuales vaporiza un millón de moléculas de la roca, descomponiéndola en átomos. Estos átomos son clasificados entonces teniendo en cuenta su masa nuclear y su carga, y los resultados pueden leerse directamente en los indicadores que hay en la parte superior. ¿Entiendes?

—No muy bien. Pero me gusta saberlo. Sonriendo, Vernadsky añadió:

—Así obtendremos cifras que nos dicen cuáles son los diferentes elementos de la corteza. En casi todos los planetas del tipo oxígeno-agua, estos elementos son idénticos.

—El planeta con más silicio que yo conozco es Lepta, con un 32,765 por 100 —dijo Mark, muy serio—. El tanto por ciento de la Tierra es sólo de 24,862. Esto es debido a su peso.

La sonrisa de Vernadsky se desvaneció y dijo secamente: —¿Posees la cifra de todos los planetas, amigo?

—Oh, no. No podría. No creo que hayan sido explorados todos. El Manual de Cortezas Planetarias, de Bischoon y Spenglow, sólo da las cifras de 21.854 planetas. Todas esas sí las conozco, desde luego.

Vernadsky, claramente alicaído, dijo:

—Pero Júnior posee una distribución más uniforme de los elementos de la que se suele hallar. El contenido de oxígeno es bajo. Hasta ahora, mi porcentaje sólo arroja un 42,113. Otro tanto puede decirse del silicio, con 22,722. Los metales pesados son entre diez y cien veces más concentrados que en la Tierra.

Esto no es atribuible a un fenómeno local, pues la densidad de Júnior es un cinco por ciento más elevada que la de la Tierra. Vernadsky no sabía por qué le soltaba aquel latazo al muchacho. En parte lo hacía porque siempre le gustaba que le escuchasen. No hay nada que produzca más sensación de soledad y desamparo que no tener a nadie con quien hablar de las cosas que nos interesan.

Así es que continuó, empezando a encontrarle gusto a la conferencia:

—Por otro lado, los elementos más ligeros también están mejor distribuidos. Las sales que se hallan en disolución en los océanos son principalmente el cloruro de sodio, como en la Tierra. Los mares de Júnior contienen una respetable proporción de sales de magnesio. Tomemos luego los llamados «metales ligeros raros», los elementos litio, berilio y boro. Son más ligeros que el carbono todos ellos, pero en la Tierra son rarísimos, como lo son también, en realidad, en todos los planetas. Excepto en Júnior, donde son abundantísimos. Los tres totalizan casi las cuatro décimas partes de la corteza. En cambio, en la Tierra constituyen las cuatro milésimas partes.

Mark tiró de la manga de Vernadsky:

—¿Tiene usted una lista de las cifras de todos esos elementos? ¿Me permite verla? —Sí, hombre.

El científico sacó un pedazo de papel doblado del bolsillo trasero del pantalón.

Tendió la hoja a Mark con una sonrisa y le dijo: —No publiques esas cifras antes que

yo.

Mark les echó una ojeada y le devolvió el papel.

—¿Ya has terminado? —preguntó Vernadsky, sorprendido. —Oh, sí —dijo Mark, pensativo—. Ya lo sé todo.

Giró sobre sus talones y se alejó sin despedirse.

Los últimos resplandores de LaGrange I se ocultaron tras el horizonte.

Vernadsky siguió a Mark con la mirada y se encogió de hombros. Arrancó el nucleómetro del suelo y se fue hacia las tiendas.

Sheffield estaba bastante satisfecho. Mark se había portado mejor de lo que esperaba. A decir verdad, casi no hablaba, pero esto no era grave. En cambio, mostraba interés por todo y no parecía deprimido ni tenía berrinches.

Además, Vernadsky le había dicho que la noche anterior Mark había hablado con él normalmente, sin que ninguno alzara la voz, acerca del análisis de la corteza planetaria. Vernadsky se lo tomó a broma, diciendo que Mark conocía la composición de la corteza de más de veinte mil planetas, y que algún día le pediría al muchacho que le repitiese las cifras de todos, para saber cuántos realmente recordaba.

Mark, por su parte, no mencionó para nada el asunto. En realidad, se pasó la mañana encerrado en su tienda. Sheffield se asomó al interior, le vio sentado en su lecho de campaña, mirándose los pies, y le dejó en paz.

Lo que él necesitaba de verdad en aquellos momentos, se dijo Sheffield, era una idea luminosa. Una idea verdaderamente luminosa.

Hasta entonces, nada se había sacado en claro. Todos sus esfuerzos habían sido baldíos durante un mes. Rodríguez seguía oponiéndose terminantemente a la idea de la infección. Vernadsky eliminó por completo la posibilidad de intoxicación a causa de la ingestión de sustancias nocivas. Novee negaba con vehemencia que se hubiesen producido alteraciones en el metabolismo. «¿Dónde están las pruebas?», repetía continuamente.

En resumen, los expertos eliminaron todas las causas físicas posibles de muerte. Pero habían muerto hombres, mujeres y niños. Tenía que haber una razón para ello. ¿Y si fuese psicológica?

Para sus propios fines, Sheffield había ridiculizado esta posibilidad ante Cimon, pero ya iba siendo hora de que éste la tomase en serio. ¿Y si los colonos se hubiesen visto impulsados a suicidarse colectivamente? Pero... ¿por qué?

La Humanidad había colonizado millares de planetas sin que su estabilidad mental se viese gravemente afectada. En realidad, la proporción de suicidios, así como los casos de psicosis, eran más elevados en la Tierra que en cualquier otro lugar de la Galaxia.

Además, la colonia había pedido frenéticamente ayuda médica. Eso significaba que no querían morir de ninguna manera. ¿Podía haber sido un desorden de la personalidad? ¿Algo propio y peculiar de aquel grupo, capaz de producir la muerte de un millar de personas? Era muy improbable. Además, ¿cómo podría encontrar pruebas? El emplazamiento de la colonia ya había sido registrado minuciosamente en busca de películas o diarios, incluso de carácter más frívolo. No se encontró nada. Los documentos humanos no sobrevivían a un siglo de humedad.

Por lo tanto, él se movía a ciegas. Se sentía totalmente desvalido. Sus colegas al menos poseían datos; algo sobre lo que trabajar. Él no tenía nada.

Regresó a la tienda de Mark y miró en su interior maquinalmente. Estaba vacía. Levantando la mirada, vio que Mark salía del campamento y se metía en el bosque.

Sheffield le llamó: —¡Mark! ¡Espérame!

Mark se detuvo, hizo como si fuese a continuar, lo pensó mejor y esperó a que Sheffield se acercase a él en dos zancadas.

—¿Adónde vas? —le preguntó Sheffield. Incluso después de correr, no era necesario jadear en la rica atmósfera de Júnior. La mirada de Mark era apagada.

—A la navecilla de exploración. —¿Eh?

—Todavía no he podido verla.

—Claro que no has podido —observó Sheffield—. Vigilabas á Fawkes como un halcón durante el viaje hasta aquí. Mark lanzó un bufido.

—Estaban todos los demás y yo quiero verla solo.

Sheffield sentía una extraña desazón. El muchacho estaba enfadado. Más valdría que le siguiese la corriente, tratando de averiguar qué le ocurría. Así es que le dijo:

—Pensándolo bien, a mí también me gustaría ver la navecilla. ¿Te importaría que te acompañase?

Mark vaciló brevemente antes de decir: —Bien... Si usted quiere...

No era exactamente lo que se dice una invitación amable. Sheffield preguntó entonces: —¿Qué llevas ahí, Mark?

—La rama de un árbol. La corté con la sierra atómica del campamento. La llevo por si alguien quiere detenerme. Blandió el garrote, haciéndolo silbar en el aire.

—¿Por qué tienen que querer detenerte, Mark? Yo de ti la tiraría. Es dura y pesada. Puedes hacer daño a alguien.

Mark siguió caminando. —No pienso tirarla. Sheffield reflexionó por un momento y luego pensó que más valía no pelearse. Sería preferible enterarse primero qué se traía entre manos el muchacho.

—Muy bien —dijo.

La navecilla estaba en un claro y su bruñida superficie metálica despedía verdes reflejos. (Lagrange II todavía no había salido.) Mark miró con atención a su alrededor. —No hay nadie a la vista Mark —dijo Sheffield.

Ambos subieron a la navecilla, que era del modelo mayor. Sólo tuvo que hacer tres viajes para transportar a siete hombres con sus equipos y vituallas.

Sheffield contempló el cuadro de mandos con una expresión muy parecida al temor.

—Imagínate a un botánico como Fawkes aprendiendo a pilotar uno de estos chismes. Una cosa que se aparta tanto de su especialidad...

—Yo sé pilotarlo —dijo Mark de pronto. Sheffield le contempló pasmado.

—¿Qué dices?

—Me dediqué a observar al doctor Fawkes cuando vinimos. Soy capaz de hacer

cuanto he visto. Y además la nave tiene su libro de instrucciones, para caso de avería. Yo una vez lo hurté y me lo leí.

—Me parece magnífico. —dijo Sheffield con tono festivo—. Así tendremos un piloto de recambio en caso de apuro.

Y volvió la espalda a Mark, por lo cual no vio cómo descendía sobre su cabeza el grueso garrote. Tampoco oyó la compungida voz de Mark que decía:

—Lo siento, doctor Sheffield.

A decir verdad, ni siquiera se dio cuenta del golpe que le dejó sin sentido.

## 23

El traqueteo de la navecilla al aterrizar, pensó más tarde Sheffield, fue lo que le devolvió a la conciencia. Al principio no comprendía aquel dolor tenue y confuso.

La voz de Mark le llegó apagada, y aquélla fue su primera sensación. Luego, cuando trató de dar la vuelta para incorporarse, notó un latido en la cabeza.

Durante unos instantes la voz de Mark sólo fue una serie de sonidos desprovistos de significado. Luego empezaron a unirse en palabras. Finalmente, cuando abrió los ojos a la luz deslumbradora, que le obligó a cerrarlos de nuevo empezó a entender frases. Se quedó dónde estaba, con la cabeza inclinada y apoyado en una rodilla temblorosa.

—Mil muertos —decía Mark, sin aliento y con voz aguda—. Sólo hay tumbas. Y nadie sabe por qué.

Se oyó un susurro que Sheffield no comprendió de momento. Sí, era una voz ronca y profunda. Luego volvió a escuchar la de Mark:

—Es verdad. ¿Por qué cree que están a bordo todos los sabios?

Sheffield se puso en pie con dificultad, apoyándose en una pared. Se llevó la mano a la cabeza y la retiró manchada de sangre. Esta formaba un grumo reseco con su cabello. Gimiendo, se dirigió tambaleándose hacia la puerta de la cabina de la navecilla. Buscó el pestillo y lo descorrió.

La rampa de desembarco había sido bajada. Permaneció de pie por unos momentos, tambaleándose y sin atreverse a confiar en sus piernas.

Tuvo que mirarlo todo por todos lados. Ambos soles estaban muy altos en el cielo, y a unos trescientos metros de distancia el gigantesco cilindro de acero de la Triple G apuntaba con su proa a lo alto, dominando los árboles achaparrados que la rodeaban.

Mark se hallaba al pie de la rampa, frente a un semicírculo de tripulantes de la nave, desnudos de medio cuerpo para arriba y casi negros a causa de las radiaciones ultravioleta de LaGrange I. Afortunadamente, gracias a la espesa atmósfera y a la gruesa capa de ozono de su parte superior, los rayos ultravioleta no eran mortales.

El tripulante que estaba frente a Mark se apoyaba en un bate de béisbol. Otro

tiraba una pelota al aire y volvía a recogerla. Entre los restantes, muchos llevaban guantes.

«Tiene gracia —se dijo Sheffield, aún aturdido—. Mark ha desembarcado en medio de un partido de pelota base.»

Mark levantó la vista y lo distinguió.

—Muy bien, pregúntenselo —gritó con excitación—. Vamos, pregúntenselo. Doctor Sheffield, ¿no es cierto que una vez vino una expedición a este planeta, y todos sus miembros murieron misteriosamente?

Sheffield trató de decir «¿Qué haces, Mark?», pero no pudo. Cuando abrió la boca, sólo logró emitir un gemido.

—¿Es cierto lo que dice este renacuajo, señor? —dijo el tripulante del bate de béisbol.

Sheffield se asió a la barandilla con manos sudorosas. La cara del tripulante parecía oscilar. Tenía unos gruesos labios y los ojos hundidos bajo unas cejas espesas. Se movía terriblemente.

Entonces la rampa pareció subir hacia él. Sus dedos se hundieron en la tierra y notó un dolor agudo en la mejilla. Abandonó la resistencia y de nuevo se sumió en la inconsciencia.

## 24

La segunda vez volvió en sí con menos dolor. Estaba en la cama, y dos caras nebulosas se inclinaban sobre él. Un objeto largo y delgado cruzó ante sus ojos, y una voz, que apenas atravesaba el zumbido de sus oídos, dijo:

—Ahora se recupera, Cimon.

Sheffield cerró los ojos, y comprendió que tenía el cráneo completamente vendado.

Permaneció inmóvil durante un minuto, respirando profundamente. Cuando volvió a abrir los ojos, vio claramente los rostros inclinados sobre él. Eran el de Novee, con una grave y profesional arruga entre los ojos, que desapareció cuando Sheffield le reconoció. El otro era el de Cimon, con la boca muy apretada y el ceño fruncido, pero con algo que parecía satisfacción en su mirada.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sheffield.

—En el espacio, doctor Sheffield. Ya llevamos dos días en el espacio —respondió Cimon, fríamente.

—Dos días... —murmuró Sheffield, abriendo los ojos con sorpresa.

—Ha tenido usted una grave conmoción cerebral —intervino Novee—. Aún me sorprende que no haya habido fractura. No se excite.

—Bien, pero ¿qué pasó? ¿Dónde está Mark? ¿Dónde está Mark?

—Calma, calma —dijo Novee, poniendo ambas manos sobre los hombros de

Sheffield y sujetándolo suavemente.

—Si quiere saber dónde está su pupilo —dijo Cimon—, le diré que está bajo arresto. Si quiere saber por qué, le diré que ha provocado deliberadamente un motín a bordo, poniendo en peligro la seguridad de cinco hombres. Estuvimos a punto de vernos abandonados en nuestro campamento provisional porque la tripulación quería zarpar inmediatamente. El capitán logró persuadirlos para que nos recogiesen.

Sheffield lo recordaba ahora muy confusamente. Aquel hombre con un bate... Mark... Mark diciendo: «...Mil muertos...». El psicólogo se incorporó sobre un codo, haciendo un esfuerzo tremendo.

—Oiga, Cimon, ignoro por qué Mark hizo eso, pero déjeme hablar con él. Yo lo averiguaré.

—No hace falta —dijo Cimon—. Ya saldrá todo durante el juicio.

Sheffield trató de apartar a un lado la mano de Novee, que quena retenerlo.

—¿Pero por qué dan tanta importancia al caso? ¿Por qué complicar al Departamento? ¿No podemos resolverlo nosotros solos?

—Eso es exactamente lo que pensamos hacer. El capitán tiene facultades, según las leyes del espacio, para efectuar juicios sumarísimos en el caso de que se cometan crímenes y otros delitos en el espacio.

—El capitán... ¿Un juicio a bordo? Cimon, no permita que lo haga. Será un asesinato.

—En absoluto. Será un juicio ecuánime. Estoy totalmente de acuerdo con el capitán. Este juicio es necesario para mantener la disciplina.

Novee estaba inquieto.

—Oiga, Cimon —intervino—, más valdría que no insistiese. Ahora no está preparado para oír estas cosas.

—Peor para él —dijo Cimon.

—Pero, compréndanlo —exclamó Sheffield—. Yo soy el responsable de ese chico. —Lo comprendemos perfectamente —dijo Cimon—. Por eso esperábamos que recuperase el conocimiento, pues será juzgado con él. —¿Cómo?

—Le hacemos responsable, ya que se encontraba con él cuando robó la navecilla. Los tripulantes le vieron a la puerta de ella, mientras Mark los incitaba a amotinarse. —Pero él me dio un tremendo golpe para apoderarse de la

nave. ¿No comprenden ustedes que esto demuestra que el muchacho no estaba en sus cabales? No puede hacerse responsable por ello.

—Que el capitán decida, Sheffield. Usted, Novee, quédese con él.

Dio media vuelta, dispuesto a salir. Sheffield apeló a todas sus fuerzas.

—Cimon —le gritó—, me hace esto para vengarse por la lección de psicología que le di. Es usted mezquino, ruin...

Cayó sobre la almohada, sin aliento. Cimon, desde la puerta, respondió:

—A propósito, Sheffield, el motín a bordo de una astronave está penado con la muerte...

## 25

Era una especie de juicio, se dijo Sheffield, ceñudo. Nadie seguía los procedimientos legales con exactitud, pues nadie los conocía, empezando por el capitán.

Habían habilitado como sala de juicios la gran sala de actos, donde, en los cruceros ordinarios, la tripulación se reunía para contemplar los programas del subterreo. En esta ocasión, la tripulación había sido rigurosamente excluida, aunque todo el personal científico asistía al juicio.

El capitán Follenbee se sentaba ante una mesa, justo debajo del cubo receptor del subterreo. Sheffield y Mark Annuncio tomaban asiento a su izquierda, ambos vueltos hacia él.

El capitán se sentía incómodo. Se dedicaba a cambiar impresiones con los diversos «testigos», menester que alternaba con repentinas explosiones de «¡Silencio!», dirigidas contra los espectadores demasiado parlanchines.

Sheffield y Mark, que se encontraban en la «sala» por primera vez desde el vuelo en la navecilla, se estrecharon las manos solemnemente a petición del primero. Mark no se había atrevido al ver la cruz de esparadrapo que aún presentaba el cráneo parcialmente afeitado de Sheffield.

—Lo siento, doctor Sheffield. Lo siento muchísimo. —No te preocupes, Mark. ¿Cómo te han tratado? —Bien.

Resonó el vozarrón del capitán: —¡Silencio entre los acusados!

—Oiga, capitán —replicó Sheffield en tono coloquial—: no tenemos abogados. No hemos tenido tiempo de preparar nuestra defensa.

—No hacen falta abogados —repuso el capitán—. Esto no es un juicio ordinario en la Tierra. Soy yo quien lo realiza. Es diferente. Sólo me interesan los hechos, no las triquiñuelas jurídicas. El sumario ya podrá revisarse luego en la Tierra.

—Y para entonces ya podemos estar muertos —dijo Sheffield, con ardor.

—¡Comienza la vista! —exclamó el capitán, golpeando la mesa con una cuña de aluminio en forma de T.

Cimon ocupaba un asiento de la primera fila. Sonreía levemente. La mirada inquieta de Sheffield apenas se apartaba de él.

Su sonrisa se mantuvo imperturbable mientras eran llamados diversos testigos, los cuales declararon que ellos sabían que debía ocultarse cuidadosamente a la tripulación la verdadera naturaleza del viaje, de acuerdo con las instrucciones que habían recibido; y que Sheffield y Mark se hallaban presentes cuando se les dieron estas órdenes. Un micólogo declaró haber sostenido una conversación con Sheffield, de la que se desprendía que éste se hallaba perfectamente al tanto de la prohibición.



Se citó el hecho de que Mark estuvo enfermo durante casi todo el viaje de ida, y que luego se portó de modo extraño cuando desembarcaron en Júnior.

—¿Cómo se explican ustedes esto? —preguntó el capitán. De pronto se alzó la tranquila voz de Cimon entre el público:

—Estaba asustado. Deseaba hacer algo, lo que fuese, que le permitiese huir del planeta.

Sheffield se levantó como movido por un resorte.

—Las observaciones de este hombre son irregulares. No es un testigo.

El capitán golpeó fuertemente la mesa con la cuña. —¡Siéntese! —gritó.

El juicio continuó. Fue llamado a declarar un miembro de la tripulación, el cual dijo que Mark les había informado de la primera expedición y que Sheffield estaba presente y no intervino. —¡Exijo un careo! —gritó Sheffield.

—Luego hablará usted —le dijo el capitán. Ordenaron al tripulante que se retirase. Sheffield observaba al público. Parecía evidente que sus simpatías se inclinaban enteramente del lado del capitán. No obstante, en su calidad de psicólogo, se preguntaba cuántos no se sentirían secretamente aliviados por haber tenido que partir rápidamente de Júnior, y agradecidos a Mark por haber precipitado los acontecimientos. Además, el carácter sumario e improvisado del tribunal debía de desagradar a más de uno. Vernadsky tenía un talante sombrío, mientras Novee miraba a Cimon con mal disimulado disgusto.

Era Cimon quien preocupaba a Sheffield. Debió de ser él, pensaba el psicólogo, quien debió de convencer al capitán para que representase aquella farsa y sería él quien pediría con insistencia la última pena. Sheffield lamentaba profundamente haber herido la patológica vanidad de aquel hombre, pero la cosa ya no tenía remedio.

Pero lo que mayor pasmo y sorpresa causaba a Sheffield era la actitud de Mark. No mostraba la señor señal de mareo espacial ni de intranquilidad. Lo escuchaba todo atentamente, pero nada parecía impresionarle. Actuaba como si nada terrenal pudiese afectarle en aquellos momentos; como si algo que sólo él supiese, restase importancia a todo lo demás.

El capitán golpeó con la cuña.

—Creo que esto es todo —dijo—. Los hechos están muy claros y no hace falta deliberar. Podemos dar por terminado el juicio.

Sheffield se puso nuevamente en pie de un salto. —Espere. ¿No tenemos derecho a hablar? —Cállese —le ordenó el capitán.

—¡Cállese usted! —exclamó Sheffield, volviéndose hacia el público—. Oigan, no hemos podido defendernos. Ni siquiera hemos tenido derecho a realizar un careo con los testigos. ¿Es justo esto?

Hubo un murmullo que se impuso a los golpes de la cuña. Fríamente, Cimon

preguntó:

—¿Cree usted que hay algo que defender?

—Quizá no —dijo Sheffield—, en cuyo caso nada perderán con escucharnos. ¿O acaso temen ustedes nuestra defensa? Sonaron varios gritos aislados entre el público. —¡Que hable!

Cimon se encogió de hombros. —Por mí, que hable. —¿Qué se propone? —le preguntó el capitán, sombrío.

—Asumir mi propia defensa —replicó Sheffield—, y llamar a Mark Annuncio como testigo.

Mark se levantó con notable flema. Sheffield volvió su silla de cara al público, y con un gesto ordenó a Mark que se sentase. Sheffield llegó a la conclusión de que no valía la pena imitar los dramones judiciales que se daban de vez en cuando en los seriales del subterráneo. Las pomposas preguntas acerca del nombre, estado, ocupación y otros pormenores de nada servirían. Más valía ir al grano.

—Mark, ¿sabías lo que ocurriría si comunicabas a la tripulación la existencia de la expedición anterior?

—Sí, doctor Sheffield. —¿Entonces, por qué lo hiciste?

—Porque era de la mayor importancia que nos fuésemos de Júnior sin pérdida de tiempo. La manera más rápida de conseguir que abandonásemos el planeta, consistía en decir la verdad a la tripulación.

Sheffield se dio cuenta de la mala impresión que esta respuesta causaba entre el público, pero tenía que seguir lo que le dictaba su instinto. Esto, y el convencimiento de que sólo algo muy especial podía haber obligado a Mark a actuar de aquel modo para luego mantener aquella calma frente a los acontecimientos y la adversidad. Sin duda había algo inaudito, lo cual no era raro teniendo en cuenta que ésta era precisamente su misión: saber cosas.

—¿Por qué era tan importante abandonar Júnior, Mark? El joven no pestañeó. Su mirada se posó con firmeza en los expectantes científicos.

—Porque sabía por qué fue aniquilada la primera expedición, y era sólo cuestión de tiempo antes de que nos matasen también a nosotros. En realidad, quizá ya sea tarde. Es posible que ya seamos todos unos moribundos. Es más, prácticamente, quizá somos ya hombres muertos.

Sheffield dejó que el murmullo del público se acallase. Incluso el capitán, sorprendido, se olvidó de golpear con el improvisado mazo y la sonrisa de Cimon se hizo apenas perceptible.

Por el momento, a Sheffield le preocupaba menos lo que supiese Mark, fuese lo que fuese, que el hecho de que aquel conocimiento le había servido como pretexto para obrar por su cuenta. Y no era la primera vez que ocurría. Antes, Mark ya había escudriñado el cuaderno de bitácora de la nave para confirmar una teoría propia.

Sheffield lamentó profundamente no haber sondeado más aquella tendencia cuando aún era tiempo. Así, la siguiente pregunta que hizo con voz enojada fue: —¿Por qué no me consultaste antes,

Mark?

Mark vaciló un momento.

—Usted no me hubiera creído. Por eso me vi obligado a golpearle, para que no me impidiese hacerlo. Nadie me hubiera creído. Todos me detestan.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Acuérdese de lo que pasó con el doctor Rodríguez. —Eso ocurrió hace bastante tiempo. Nadie más discutió contigo.

—Sólo yo sé cómo me miraba el doctor Cimon. Y el doctor Fawkes quiso desintegrarme con una pistola.

—¿Cómo? —exclamó Sheffield dando media vuelta, olvidándose de guardar las apariencias judiciales. Oiga, Fawkes ¿es verdad eso?

Fawkes se levantó, muy colorado, mientras todos se volvían a mirarle.

—Yo estaba en el bosque —dijo— y él me andaba acechando. Creí que era un animal y adopté mis precauciones. Cuando vi que era él, guardé la pistola.

Sheffield se volvió a Mark. —¿Es cierto eso?

Mark estaba nuevamente ceñudo.

—Bueno..., también pedí al doctor Vernadsky que me mostrase algunos datos que había reunido, y me dijo que no los publicase antes que él lo hiciese. Trató de insinuar que soy un plagiario.

—¡Por el amor de la Tierra, sólo bromeaba! —se oyó gritar entre el público.

Sheffield dijo atropelladamente:

—Muy bien, Mark. Tú no confiabas en nosotros y creíste que debías obrar por tu cuenta y riesgo, ¿no es eso? Vamos a ver ahora, ¿qué crees qué fue lo que mató a los primeros colonos?

—Quizá también al explorador Makoyama, pues sólo sé que se dice que pereció en un aterrizaje forzoso, dos meses y tres días después de comunicar su llegada a Júnior. Pero esto no lo sabremos jamás.

—Muy bien, pero... ¿quieres decirnos que fue?

En la sala se hubiera oído el vuelo de una mosca. Mark miró a su alrededor. —El polvo —dijo.

Estalló una carcajada general entre el público. Mark se sonrojó vivamente. —¿Qué quieres decir? —le preguntó Sheffield.

—¡El polvo! El polvo del aire. Contiene berilio. Pregúnteselo al doctor Vernadsky. —¿Qué dices?

—Sí —afirmó Mark—. Figuraba en los datos que usted me mostró. La cantidad de berilio que contiene la corteza es muy elevada; por consiguiente, también lo debe

contener la atmósfera.

—¿Y qué si contiene berilio? —dijo Sheffield—. Por favor, Vernadsky, déjeme que le pregunte.

—Este berilio provoca envenenamiento. Al respirar polvo de berilio, se forman en los pulmones unos granulomas malignos e imposibles de curar. ¿Qué son granulomas? No lo sé. La respiración se hace difícil y el enfermo termina por morir.

Una nueva voz, muy agitada, se unió a las exclamaciones generales.

—¿De qué habla este muchacho? No es médico. Era Novee.

—Desde luego que no —repuso Mark con vehemencia—. Pero leí una vez un libro antiquísimo sobre venenos. ¡Era tan antiguo que estaba impreso en hojas de papel, figúrense! En la biblioteca había alguno de estos libros y yo los leí atraído por su rareza.

—Muy bien —dijo Novee—. ¿Y qué leíste? ¿Puedes repetírmelo?

Mark levantó la barbilla con altivez.

—Claro que puedo. Palabra por palabra: «Una sorprendente variedad de reacciones enzimáticas en el cuerpo resulta activada por cualquier número de iones metálicos bivalentes de radio iónico similar. Entre éstos figuran el magnesio, el manganeso, el cinc, el hierro, el cobalto y el níquel, así como otros iones. Frente a todos éstos, el ion de berilio, que posee una carga y tamaño similares, actúa como inhibidor. Por lo tanto, el berilio sirve para desordenar cierto número de reacciones enzimocatalíticas. Como los pulmones no poseen ningún medio para expulsar al berilio, diversos trastornos metabólicos, causantes de graves enfermedades y la muerte, pueden producirse a consecuencia de inhalar polvo que contenga ciertas sales de berilio. Se conocen casos en que una sola exposición ha provocado la muerte. La aparición de los síntomas es engañosa, pues a veces tarda dos y tres años. El pronóstico no es bueno. El capitán, agitado, se inclinó hacia delante.

—¿Qué significa esto, Novee? ¿Tiene sentido lo que dice este muchacho? —Todavía no sé si tiene razón, pero no es absurdo lo que dice.

—¿Quiere decir que no sabe si el berilio es venenoso? —preguntó Sheffield, con aspereza.

—No, no lo sé —respondió Novee—. Desconozco este particular. No tengo noticia de ningún caso.

—¿Tiene el berilio alguna utilización particular? —dijo Sheffield a Vernadsky—. ¿Lo sabe usted?

—No —repuso Vernadsky, sorprendido—, no se utiliza para nada. La verdad, no lo recuerdo. Sin embargo, en los primeros tiempos de la energía atómica, se empleaba en las primitivas pilas de uranio como decelerador de los neutrones, junto con otros materiales como parafina y grafito. Ahora me acuerdo. —¿Y ya no sigue empleándose? —preguntó Sheffield.

—No.

—Creo recordar que en las primeras lámparas fluorescentes se emplearon capas de berilio y cinc —dijo un especialista en electrónica. —Pero, ¿nada más? —preguntó Sheffield.

—No.

—Bien, escuchen —dijo Sheffield—. En primer lugar, todo cuanto cita Mark es exacto. En mi opinión, el berilio es venenoso. En la Tierra, eso no tiene importancia, porque el contenido de berilio en la corteza terrestre es muy bajo. Cuando el hombre concentró el berilio para emplearlo en pilas nucleares, en lámparas fluorescentes, o incluso en aleaciones, descubrió su toxicidad y buscó sustitutos. Los encontró, se olvidó del berilio y también de su toxicidad. Por eso, al llegar a un planeta desusadamente rico en berilio como Júnior, no supo cuál era la causa de su misteriosa enfermedad.

—¿Qué significa eso de que el pronóstico no es bueno? —preguntó Cimon, que parecía no escuchar.

Con aire abstraído, Novee contestó:

—Significa que los que han contraído el envenenamiento por berilio ya no tienen salvación.

Cimon se dejó caer pesadamente en su silla. Volviéndose a Mark, Novee le dijo: —Supongo que los síntomas del envenenamiento por berilio...

—Puedo darle la lista completa —repuso Mark, interrumpiéndole—. No entiendo el significado de las palabras, pero...

—¿Hay uno llamado disnea?»?

—Sí.

Novee suspiró:

—Volvamos a la Tierra cuanto antes para someternos a tratamiento.

—Pero, ¿de qué servirá, si no podemos salvarnos? —preguntó Cimon, con voz débil.

—La medicina ha progresado mucho desde que los libros se imprimían sobre papel —dijo Novee—. Además, quizá no hayamos recibido la dosis tóxica. Los primeros colonos soportaron un año de exposición continua. Nosotros sólo hemos estado un mes, gracias a la pronta y enérgica acción de Mark Annuncio. Fawkes, casi a punto de llorar, gritó:

—¡Por amor del espacio! ¡Capitán, sáquenos de aquí y haga regresar esta nave a la Tierra!

Aquello significó el fin del juicio. Sheffield y Mark salieron entre los primeros.

Cimon fue el último en abandonar su asiento. Cuando se levantó, tenía el aspecto de un hombre condenado a muerte.

El Sistema LaGrange sólo era una estrella perdida en el enjambre que se perdía a lo lejos, mientras Sheffield contemplaba la gran mancha luminosa.

—Un planeta tan hermoso... —suspiró—. Bien, confiemos en que vamos a sobrevivir. En cualquier caso, esto servirá para que el Gobierno vigile los planetas con elevada proporción de berilio. Este engañabobos ya no servirá para atrapar de nuevo a la Humanidad.

Mark no participaba de aquel idealismo: el proceso fue sobreseído y la excitación había terminado. Si en sus ojos había lágrimas, se debía a la idea de que podía morir. Y si moría, habría tantas y tantas cosas en el universo que nunca podría aprender...

# Riesgo (1955)

---

“Risk”

La Base Hiper había vivido para aquel día. Ocupando toda la tribuna de la sala de observación, en un orden de precedencia estrictamente dictado por el protocolo, había un grupo de oficiales, científicos, técnicos y otros que solamente podían ser catalogados con la calificación general de «personal». De acuerdo con sus temperamentos individuales, aguardaban esperanzados, intranquilos, conteniendo el aliento, ansiosos, o temerosos de aquella culminación de sus esfuerzos.

El hueco interior del asteroide conocido como la Base Hiper se había convertido para aquel día en el centro de una esfera de férrea seguridad que se extendía a más de quince mil kilómetros a su alrededor. Ninguna nave podía entrar en aquella esfera y sobrevivir. Ningún mensaje podía abandonarla sin escrutinio previo.

A mil quinientos kilómetros de distancia, más o menos, un pequeño asteroide se movía exactamente en la órbita en la que había sido emplazado un año antes, una órbita que circundaba la Base Hiper en un círculo tan perfecto como era posible. El número de identidad del pequeño asteroide era H937, pero nadie en la Base Hiper lo llamaba de otro modo que Él. («¿Has estado en él hoy?» «El general está en él, echando humo», y finalmente el pronombre personal había alcanzado, la dignidad de la mayúscula.)

En Él, desocupado ahora que se aproximaba el segundo cero, estaba la Parsec, la única nave de su clase jamás construida en la historia del hombre. Aguardaba, sin tripulación humana, lista para su despegue hacia lo inconcebible.

Gerald Black que, como uno de los brillantes ingenieros etéricos jóvenes, ocupaba un puesto de primera fila, hizo chasquear sus amplios nudillos, se secó las sudorosas palmas en la manchada bata blanca, y dijo ácidamente:

—¿Por qué no va a molestar usted al general, o a la dama que lo acompaña?

Nigel Ronson, de la Interplanetary Press, miró brevemente a través del estrado hacia el resplandeciente general de división Richard Kallner y a la anodina mujer que estaba a su lado, apenas distinguible junto al rutilante uniforme del hombre.

—Lo haría —dijo—, pero estoy interesado en las noticias.

Ronson era bajo y regordete. Llevaba el pelo cuidadosamente peinado al cepillo, cortado a menos de un centímetro, el cuello de la camisa abierto, y las perneras de sus pantalones largas hasta los tobillos, en una fiel imitación de los periodistas que eran más populares en la televisión. Sin embargo, era un buen periodista.

Black era robusto, y su negro pelo dejaba poco espacio para su frente, pero su cerebro era tan hábil como sus gruesos dedos torpes. Dijo:

—Ellos tienen todas las noticias.

—Tonterías —replicó Ronson—. Kallner no tiene apenas cuerpo bajo todos esos

entorchados. Quíteselos, y no encontrará más que un transmisor enviando órdenes a los de abajo y cargando su responsabilidad a los de arriba.

Black estuvo a punto de sonreír, pero reprimió su sonrisa.

—¿Qué hay acerca de la doctora? —preguntó.

—La doctora Susan Calvin, de la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos —entonó el periodista—. La dama tiene hiperespacio en el corazón y helio líquido en los ojos. Pasaría a través del sol y saldría por el otro lado envuelta en llamas congeladas.

Black se acercó un poco más a la sonrisa.

—¿Qué le parece el director Schloss, entonces?

—Sabe demasiado —dijo Ronson sin reflexionar—. Pero con el tiempo que pierde alimentando la débil llamita de la inteligencia en sus oyentes y disminuyendo la antorcha de su propio cerebro por miedo a cegarlos permanentemente con su deslumbrante fuerza, termina siempre por no decir nada.

Esta vez Black mostró sus dientes.

—Entonces dígame por qué me ha escogido a mí.

—Muy fácil, doctor. Lo observé, e imaginé que era usted demasiado feo como para ser estúpido y demasiado listo como para perderse una posible oportunidad de hacerse un paco de buena publicidad personal.

—Recuérdeme que le dé un puñetazo algún día —dijo Black—. ¿Qué es lo que quiere saber?

El hombre de la Interplanetary Press señaló hacia el pozo y preguntó:

—¿Va a funcionar eso?

Black miró también hacia abajo, y sintió un vago estremecimiento, como si acabara de recibir una ráfaga del tenue viento nocturno marciano. El pozo era una enorme pantalla de televisión, dividida en dos. Una mitad era una vista general de Él. En la gris superficie llena de cráteres de Él se hallaba la Parsec brillando tenuemente a la débil luz del sol. La otra mitad mostraba la sala de control de la Parsec. No había vida en aquella sala de control. En el asiento del piloto había un objeto cuya vaga humanidad no ocultaba en ningún momento el hecho de que era tan sólo un robot positrónico.

—Físicamente, amigo, eso funcionará —dijo Black—. El robot lo hará hasta su objetivo y regresará. ¡Espacio!, qué éxito tuvimos con esa parte del asunto. Yo la presencié toda. Vine aquí dos semanas después de obtener mi graduación en física etérica y he estado aquí, sin tomarme vacaciones ni permisos, desde entonces. Estaba aquí cuando enviamos la primera pieza de alambre de hierro a la órbita de Júpiter y la hicimos volver a través del hiperespacio..., y conseguimos tan sólo limaduras de hierro. Estaba aquí cuando enviamos ratones blancos hasta allí y los hicimos volver y conseguimos carne picada de ratón.



»Después de eso pasamos seis meses estableciendo un hipercampo estable. Tuvimos que eliminar intervalos tan pequeños como diezmilésimas de segundo de punto a punto a fin de hacer viable el hiperviaje. Después de eso, los ratoncitos blancos empezaron a regresar intactos. Recuerdo cómo estuvimos una semana celebrándolo cuando un ratón blanco regresó vivo y vivió diez minutos antes de morir. Ahora viven durante tanto tiempo como podemos seguir cuidándolos.

—¡Espléndido! —dijo Ronson.

Black le miró de soslayo.

—Dije: físicamente, funcionará. Esos ratoncitos blancos que regresan...

—¿Sí?

—Carecen de mente. Ni siquiera una pequeña mente tipo ratón. No comen. Tienen que ser alimentados a la fuerza. No se emparejan. No corren. Se quedan sentados. Sentados. Sentados. Eso es todo. Finalmente arreglamos las cosas para enviar un chimpancé. Fue lastimoso. Era algo demasiado parecido a un ser humano como para que el contemplarlo fuera soportable. Regresó convertido en un montón de carne que podía hacer unos limitados movimientos arrastrantes. Podía mover los ojos, y a veces podía escarbar. Gemía y se sentaba sobre sus propios excrementos sin moverse en absoluto. Alguien le pegó un tiro un día, y todos nos sentimos agradecidos por ello. Le diré esto, amigo: nada que haya ido nunca al hisperespacio ha vuelto trayéndose su mente consigo.

—¿Puedo publicar eso?

—Después de este experimento, quizá. Esperan grandes cosas de él.

Black alzó ligeramente una comisura de la boca.

—¿Usted no?

—¿Con un robot en los controles? No.

Casi automáticamente, la mente de Black regresó a aquel interludio, hacía algunos años, cuando había sido inconscientemente responsable de casi la pérdida de un robot. Pensó en los robots Nestor que habían llenado la Base Hiper con su conocimiento adquirido y sus perfeccionistas imperfecciones. ¿De qué servía hablar de robots? Él no era, por naturaleza, un misionero.

Pero entonces Ronson, llenando el prolongado silencio con un poco de charla intrascendente, dijo, mientras reemplazaba el chicle de su boca con una nueva barra:

—No me diga que es usted un antirrobots. Siempre he oído decir que los científicos eran el único grupo que no es antirrobots.

La paciencia de Black se rompió. Dijo:

—Eso es cierto, y ahí está el problema. La tecnología funciona a base de robots. Cualquier trabajo tiene que tener un robot al lado, o el ingeniero a cargo se siente estafado. Desea usted un sujeta-puertas: compre un robot con unos pies pesados. Eso es cierto.

Estaba hablando con una voz baja e intensa, dirigiendo directamente las palabras al oído de Ronson.

—Eh, yo no soy un robot. No la tome conmigo. Soy un hombre. Homo sapiens. Ha estado a punto de romperme un hueso. ¿No es eso una prueba?

Pero una vez lanzado, Black necesitaba algo más que una frivolidad para detenerle.

—¿Sabe usted cuánto tiempo se ha perdido preparando todo esto? —preguntó—. Hemos construido un robot perfectamente generalizado y le hemos dado una orden. Punto. Yo oí dar esa orden. La he memorizado. Breve y concisa: «Toma la palanca con una presión firme. Tira de ella firmemente hacia ti. ¡Firmemente! Mantén tu presión hasta que el tablero de control te informe que has pasado dos veces a través del hiperespacio».

»De modo que, a la hora cero, el robot agarrará la palanca de control y tirará de ella firmemente hacia sí. Sus manos han sido calentadas hasta la temperatura de la sangre. Una vez la palanca de control se halla en posición, la expansión calorífica completa el contacto y se inicia el hipercampo. Si le ocurre algo a su cerebro durante el primer viaje a través del hiperespacio; no importa. Todo lo que necesita hacer es mantener la posición un microinstante, y la nave regresará y el hiperespacio se desconectará. Nada puede ir mal. Luego estudiaremos todas sus relaciones generalizadas y veremos lo que ha ido mal, si es que algo ha ido mal.

Ronson parecía desconcertado.

—Todo eso tiene sentido para mí.

—¿De veras? —preguntó Black amargamente—. ¿Y qué es lo que aprenderá usted del cerebro de un robot? El suyo es positrónico, el nuestro es celular. El suyo es metálico, el nuestro es proteínico. No son lo mismo. No hay punto de comparación. Sin embargo, estoy convencido de que sobre las bases de lo que aprendan, o crean que han aprendido del robot, enviarán a hombres al hiperespacio. ¡Pobres diablos!... Mire, no se trata de una cuestión de morir. Se trata de volver sin mente. Si hubiera visto usted al chimpancé, sabría lo que quiero decir. La muerte es algo limpio y definitivo. Lo otro...

—¿Ha hablado usted a alguien de esto? —preguntó el periodista.

—Sí —dijo Black—. Dicen lo mismo que usted. Dicen que soy un antirrobots, y eso lo arregla todo para ellos. Mire a Susan Calvin, ahí. Puede ver que ella no es antirrobots. Vino especialmente de la Tierra para observar este experimento. Si hubiera habido un hombre a los controles, ella ni siquiera se habría molestado. ¡Pero qué importa!

—Eh —dijo Ronson—, no se detenga ahora. Hay más.

—¿Más qué?

—Más problemas. Usted ha explicado lo del robot. Pero ¿por qué todas esas

repentinas medidas de seguridad?

—¿Eh?

—Oh, vamos. De pronto, no puedo enviar mis transmisiones. De pronto, las naves no pueden acercarse a esta zona. ¿Qué es lo que está pasando? Esto tan sólo es otro experimento. El público sabe acerca del hiperespacio y de lo que sus chicos están intentando hacer, así que ¿por qué todo este secreto?

La resaca de la irritación estaba fluyendo todavía sobre Black, irritación contra los robots, irritación contra Susan Calvin, irritación ante el recuerdo de aquel robot perdido en el pasado. Descubrió que le quedaba todavía un poco de irritación para dirigirla contra aquel irritante periodista pequeño y sus irritantes preguntas pequeñas.

“Veamos cómo se lo toma”, se dijo a sí mismo.

—¿De veras desea saberlo? —preguntó.

—Apueste.

—De acuerdo. Nunca habíamos iniciado un hipercampo para un objeto que tuviera más de una millonésima del tamaño que éste. Eso significa que el hipercampo que pronto va a ser iniciado es algo así como un millón de millones de veces más energético que cualquier otra cosa que jamás hayamos manejado. No estamos seguros de lo que puede hacer.

—¿Qué quiere decir?

—La teoría nos dice que la nave será limpiamente depositada en las cercanías de Sirio y limpiamente devuelta aquí. Pero ¿qué cantidad de volumen de espacio alrededor de la Parsec será arrastrado con ella? Es difícil decirlo. Todavía no sabemos lo suficiente acerca del hiperespacio. El asteroide en el cual se halla posada la nave puede ir con ella y, ¿sabe?, si nuestros cálculos resultan apenas un poco equivocados, es posible que nunca sea devuelto aquí. Puede regresar, digamos, a treinta mil millones de kilómetros de distancia. Y existe una posibilidad de que sea arrastrado algo más que el simple asteroide.

—¿Cuánto más? —preguntó Ronson.

—No podemos saberlo. Hay un elemento de incertidumbre estadística. Es por eso por lo que ninguna nave debe acercarse demasiado. Es por eso por lo que mantenemos las cosas en secreto hasta que el experimento haya terminado felizmente.

Ronson tragó audiblemente saliva.

—Supongamos que alcanza la Base Hiper.

—Existe la posibilidad —dijo Black serenamente—. No muchas posibilidades, o de otro modo el director Schloss no estaría aquí, se lo aseguro. De todos modos, existe una posibilidad matemática.

El periodista miró su reloj.

—¿Cuándo ocurrirá todo eso?

—Dentro de unos cinco minutos. ¿Está usted nervioso?

—No —dijo Ronson pero se sentó muy pálido y no hizo más preguntas.

Black se inclinó sobre la barandilla de la tribuna. Los últimos minutos estaban acabándose.

¡El robot se movió!

Hubo una masa de humanidad inclinándose hacia delante ante aquella señal de movimiento, y las luces descendieron a fin de realzar la luminosidad de la escena de abajo. Pero de momento sólo había sido el primer movimiento. Las manos del robot se acercaron a la barra de contacto.

Black aguardó al segundo final, cuando el robot tirara de la palanca hacia sí. Black podía imaginar un buen número de posibilidades, y todas ellas saltaron de forma casi simultánea en su mente.

Primero se produciría el corto parpadeo que indicaría la partida a través del hiperespacio y el regreso. Pese a que el intervalo de tiempo sería notablemente corto, el regreso no se produciría exactamente en el mismo punto de la partida, y además habría como un parpadeo. Siempre lo había.

Luego, cuando la nave regresara, podría descubrirse quizá que los dispositivos que mantenían la estabilidad del campo sobre el enorme volumen de la nave habían resultado inadecuados. El robot podía ser tan sólo un amasijo de acero. La nave podía ser un amasijo de acero.

O sus cálculos podían haberse excedido algo y la nave no regresar jamás. O peor aún, la Base Hiper podía ser arrastrada junto con la nave y no regresar jamás tampoco.

O, por supuesto, todo podía ir bien. La nave podía parpadear y regresar en perfecto estado. El robot, con su mente intocada, podía alzarse de su asiento y señalar así el completo éxito del primer viaje de un objeto construido por el hombre más allá del control gravitatorio del Sol.

El último minuto iba desgranándose.

Finalmente llegó el último segundo, y el robot aferró la palanca de control y tiró firmemente de ella hacia sí...

¡Nada!

Ningún parpadeo. ¡Nada!

La Parsec nunca abandonó el espacio normal.

El general de división Kallner se quitó la gorra para secarse su brillante frente, y al hacerlo dejó al descubierto una cabeza calva que hubiera envejecido diez años su apariencia si su tensa expresión no lo hubiera hecho ya. Había pasado casi una hora desde el fracaso de la Parsec, y no se había hecho nada.

—¿Cómo ocurrió? ¿Cómo ocurrió? No lo comprendo.

El doctor Mayer Schloss, que a los cuarenta años era el «gran viejo» de la joven ciencia de las matrices de los hipercampos, dijo impotente:

—No hay nada erróneo en la teoría de base. Apostaría mi vida en ello. Tiene que haber algún fallo mecánico en algún lugar de la nave. Nada más. —Lo había dicho una docena de veces—. Creí que todo había sido comprobado —había dicho también.

—Lo ha sido, señor, lo ha sido. Sin embargo...

Y así.

Permanecían sentados mirándose mutuamente en la oficina de Kallner, que había sido despejada ahora de todo el personal y a la que no se permitía entrar a nadie. Ninguno de los dos se atrevía a mirar a la tercera persona presente.

Los delgados labios de Susan Calvin y sus pálidas mejillas no mostraban ninguna expresión. Dijo fríamente:

—Pueden consolarse con lo que les dije antes. Es dudoso que todo esto hubiera resultado algo útil.

—Ahora no es momento para viejas discusiones —gruñó Schloss.

—No estoy discutiendo nada. La Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos se limita a proporcionar robots fabricados según especificaciones concretas para cualquier utilización legal por parte de un comprador legal. Nosotros hicimos nuestra parte. Sin embargo, les informamos que no podíamos garantizarles poder extraer conclusiones referentes al cerebro humano a partir de nada que pudiera ocurrirle al cerebro positrónico. Nuestra responsabilidad termina aquí. No hay nada que discutir.

—Gran espacio —dijo el general Kallner, en un tono que hizo que la imprecación sonara débil—, no discutamos sobre eso.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —murmuró Schloss, volviendo nuevamente al tema pese a todo—. Hasta que no sepamos exactamente lo que ocurre a la mente en el hiperespacio no podemos hacer ningún progreso. La mente de un robot es al menos capaz de análisis matemático. Es un inicio, una forma de empezar. Y hasta que no lo intentemos... —Alzó la vista bruscamente—. Pero el asunto no es su robot, doctora Calvin. No estamos preocupados por él o por su cerebro positrónico. Maldita sea, mujer... —su voz alcanzó los límites del grito.

La robopsicóloga lo redujo al silencio con una voz que apenas se levantó un poco por encima de su monótono nivel.

—Nada de histerismos, por favor. A lo largo de toda mi vida he asistido a muchas crisis, y nunca he visto que ninguna se resolviera por la histeria. Deseo respuestas a algunas preguntas.

Los gruesos labios de Schloss temblaron, y sus ojos profundos hundidos parecieron retirarse aún más en sus órbitas, dejando pozos de sombras en su lugar. Dijo ásperamente:

—¿Tiene usted algunos conocimientos de ingeniería etérica?

—Esa es una pregunta irrelevante. Soy robopsicóloga jefe de la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos. Hay un robot positrónico sentado a los controles de la Parsec. Como todos tales robots, es alquilado y no vendido. Tengo derecho a pedir información relativa a cualquier experimento en el cual se halle implicado tal robot.

—Hable con ella, Schloss —ladró el general Kallner—. Tiene..., tiene razón.

La doctora Calvin volvió sus pálidos ojos hacia el general, que había estado presente en la época del asunto del robot perdido, y que por lo tanto cabía esperar que no cometería el error de subestimarla. (Schloss estaba enfermo cuando ocurrió todo aquello, de modo que lo sabía todo de oídas, lo cual no es tan efectivo como la experiencia personal. )

—Gracias, general —dijo.

Schloss miró impotente de uno a la otra y murmuró:

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Obviamente, mi primera pregunta es: ¿cuál es su problema, si no se trata del robot?

—Pero si el problema es lo más obvio del mundo. La nave no se ha movido. ¿Acaso no puede verlo? ¿Está usted ciega?

—Lo veo perfectamente. Lo que no veo es su obvio pánico acerca de algún fallo mecánico. ¿Acaso su gente no espera fallos de tanto en tanto?

—Son los gastos —murmuró el general—. La nave es infernalmente cara. El Congreso Mundial... las asignaciones de fondos... —Calló.

—La nave aún sigue ahí. Una ligera revisión, una corrección, y ya está. No puede crear tantos problemas.

Schloss se había recuperado un poco. La expresión de su rostro era la de un hombre que ha atrapado su alma con ambas manos, la ha agitado violentamente, y la ha puesto en pie. Su voz adoptó incluso un tono de paciencia.

—Doctora Calvin, cuando hablo de fallo mecánico, quiero decir algo como un relé trabado por una mota de polvo, una conexión impedida por una mancha de grasa, un transistor inutilizado por una momentánea expansión de calor. Una docena de cosas así. Un centenar de cosas así. Cualquiera de ellas puede ser algo solamente temporal. Puede dejar de tener efecto en cualquier momento.

—Lo cual significa que en cualquier momento la Parsec puede cruzar el hiperespacio y volver después de todo.

—Exactamente. ¿Comprende usted ahora?

—En absoluto. ¿No es eso precisamente lo que quieren ustedes?

Schloss hizo un movimiento como si quisiera atrapar un doble puñado de pelo y tirar fuertemente de él.

—Usted no es un ingeniero etérico —dijo.

—¿Es eso lo que le ata la lengua, doctor?

—Habíamos preparado la nave —dijo Schloss desalentadamente— para efectuar un salto desde un punto definido del espacio tomando como referencia el centro de gravedad de la galaxia a otro punto. El regreso tenía que efectuarse al punto original, corregido por el movimiento del sistema—solar. En la hora que ha pasado desde que la Parsec hubiera debido moverse, el sistema solar ha variado su posición. Los parámetros originales a los cuales está ajustado el hiperespacio ya no son aplicables. Las leyes normales del movimiento no se aplican al hiperespacio, e iba a tomarnos una semana de computaciones calcular un nuevo juego de parámetros.

—¿Quiere decir que si la nave se mueve ahora regresará a algún punto impredecible a miles de kilómetros de distancia?

—¿Impredecible? —Schloss sonrió huecamente—. Sí, podría llamarlo así. La Parsec puede terminar en la nebulosa de Andrómeda o en el centro del sol. En cualquier caso, las posibilidades de volver a verla alguna vez están en contra nuestra.

Susan Calvin asintió.

—Entonces la situación es que si la nave desaparece, como puede hacerlo en cualquier momento, unos cuantos miles de millones de dólares del dinero de los contribuyentes desaparecerán de forma irrecuperable y, podríamos decir, a causa de su impericia.

El general de división Kallner no hubiera saltado más perceptiblemente si le hubieran clavado profundamente una aguja en las posaderas.

La robopsicóloga continuó:

—De alguna forma, entonces, el mecanismo del hiperespacio de la nave debe ser desconectado, y lo más pronto posible. Hay que desconectar o arrancar o saltar algo —terminó diciendo, casi hablando para sí misma.

—No es tan sencillo —dijo Schloss—. No puedo explicárselo completamente, puesto que no es usted una experta en etérica. Es como intentar cortar un circuito eléctrico normal cortando unos cables de alta tensión con unas tijeras de podar. Puede ser desastroso. Será desastroso.

—¿Quiere decir usted que cualquier intento de cortar el mecanismo puede lanzar a la nave al hiperespacio?

—Cualquier intento al azar es muy probable que lo haga. Las hiperfuerzas no están limitadas por la velocidad de la luz. Es muy probable que no posean ningún límite de velocidad en absoluto. Eso hace las cosas extremadamente difíciles. La única solución razonable es descubrir la naturaleza del fallo y aprender de ella una forma segura de desconectar el campo.

—¿Y cómo se propone hacer eso, doctor Schloss?

—Me parece que lo único que podemos hacer —dijo Schloss— es enviar a uno

de nuestros robots Néstor...

—¡No! No sea estúpido —interrumpió Susan Calvin.

Gélidamente, Schloss dijo:

—Los Néstor están familiarizados con los problemas de ingeniería etérica. Serán ideales...

—Completamente descartado. Usted no puede utilizar uno de nuestros robots positrónicos para una finalidad como esa sin mi permiso. No lo tiene, y no lo tendrá.

—¿Cuál es la alternativa?

—Tiene que enviar usted a uno de sus ingenieros.

Schloss agitó violentamente la cabeza.

—Imposible. El riesgo implicado es demasiado grande. Si perdemos una nave y un hombre...

—Sea como sea, no usará usted un robot Néstor —dijo el general—. Todo este problema ha de llegar a las más altas esferas.

—Yo de usted no lo haría aún —dijo ásperamente Susan Calvin—. Lo único que conseguirá será ponerse a disposición de la benevolencia del gobierno si lo hace sin ninguna sugerencia o plan de acción. No va a salir muy bien parado, estoy segura.

—Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó el general, usando de nuevo su pañuelo.

—Envíe a un hombre. No hay otra alternativa. Schloss había palidecido más allá de un gris ceniciento.

—Es fácil de decir. Envíe a un hombre. Pero ¿a quién?

—He estado considerando ese problema. ¿No hay aquí un joven, creo que su nombre es Black, al que tuve ocasión de conocer en mi anterior visita a la Base Hiper?

—¿El doctor Gerald Black?

—Creo que sí. Por aquel entonces estaba soltero. ¿Sigue estándolo?

—Sí, creo que sí.

—Entonces sugeriría que lo trajeran aquí, dentro de quince minutos, y que mientras tanto yo tenga acceso a sus antecedentes.

Suavemente se había hecho la dueña de la situación, y ni Kallner ni Schloss hicieron ningún intento por disputarle su autoridad.

Black había visto a Susan Calvin a distancia en aquella su segunda visita a la Base Hiper. No había hecho ningún movimiento por acortar aquella distancia. Ahora que había sido llamado a su presencia, se dio cuenta de que estaba mirándola con revulsión y desagrado. Apenas se dio cuenta de la presencia del doctor Schloss y del general Kallner de pie a su lado.

Recordó la última vez que se había enfrentado a ella, siendo sometido a una fría disección en beneficio de un robot perdido.



Los fríos ojos grises de la doctora Calvin se clavaron firmemente en sus ardientes ojos marrones.

—Doctor Black —dijo—, creo que comprende usted la situación.

—Sí —dijo Black.

—Habrá que hacer algo. La nave es una inversión demasiado grande como para perderla. La mala publicidad significaría probablemente el fin del proyecto.

Black asintió.

—He estado pensando en eso.

—Espero que haya pensado usted también en que será necesario que alguien aborde la Parsec, descubra lo que ha fallado y... esto... lo desactive.

Hubo una momentánea pausa. Black dijo secamente:

—¿Qué estúpido haría algo así?

Kallner frunció el ceño y miró a Schloss, que se mordió los labios y dejó que sus ojos se perdieran en la nada.

—Por supuesto —dijo Susan Calvin—, hay la posibilidad de una activación accidental del hipercampo, en cuyo caso la nave puede ir a parar más allá de cualquier posible alcance. Por otra parte, puede regresar a algún lugar dentro de los límites del sistema solar. Si es así, no se regateará ningún dinero o esfuerzo por recuperar hombre y nave.

—¡Idiota y nave! —exclamó Black—. Es sólo una corrección.

Susan Calvin prescindió del comentario.

—Le he pedido permiso al general Kallner para depositar esa responsabilidad sobre sus hombros. Es usted quien irá.

No hubo la menor pausa entonces. Black, de la forma más clara posible, dijo:

—Señora, no me estoy presentando voluntario.

—Ni siquiera suman una docena los hombres de la Base Hiper que poseen los conocimientos suficientes como para tener una oportunidad de realizar esta operación con éxito. De aquellos que conozco, le he seleccionado a usted sobre la base de nuestro anterior conocimiento. Usted aportará a esa tarea una comprensión...

—Mire, no me estoy presentando voluntario.

—No tiene elección. ¿Se da cuenta de su responsabilidad?

—¿Mi responsabilidad? ¿Qué es lo que la hace mía?

—El hecho de que usted es el más adecuado para el trabajo.

—¿Sabe usted el riesgo?

—Creo que sí —asintió Susan Calvin.

—Yo sé que no. Usted nunca vio a ese chimpancé. Mire, cuando he dicho «idiota y nave», no estaba expresando una opinión. Estaba constatando un hecho. Arriesgaré mi vida si debo hacerlo. No alegremente quizá, pero la arriesgaré. Arriesgar el convertirme en un idiota, pasar el resto de mi vida en un embrutecimiento animal, es

algo a lo que no voy a arriesgarme, eso es todo.

Susan Calvin miró pensativamente al sudoroso e irritado rostro del joven ingeniero.

—¡Envíe a uno de sus robots, a uno de sus preciosos NS-2! —gritó Black.

Los ojos de la psicóloga reflejaron una especie de frío resplandor. Dijo deliberadamente:

—Sí, el doctor Schloss ha sugerido eso. Pero los robots NS-2 son alquilados por nuestra firma, no vendidos. Cada uno de ellos vale millones de dólares, ya lo sabe. Yo represento a la compañía y he decidido que son demasiado caros como para arriesgarlos en un asunto como éste.

Black alzó las manos. Se cerraron engarfiadamente y temblaron cerca de su pecho, como si estuviera conteniéndolas a duras penas.

—¿Me está diciendo..., me está diciendo usted que quiere que vaya yo en vez de un robot porque yo resulto menos caro?

—Si quiere mirarlo desde esa óptica, sí.

—Doctora Calvin —dijo Black—, antes la veré en el infierno.

—Puede que esa afirmación sea casi literalmente cierta, doctor Black. Como le confirmará el general Kallner, se le ordena que acepte esta misión. Según tengo entendido, usted se halla aquí sometido a leyes cuasi militares, y si se niega usted a obedecer, es posible que sea sometido a consejo de guerra. Eso significaría la prisión de Mercurio, y creo que se trata de algo lo suficientemente parecido al infierno como para hacer su afirmación incómodamente cierta si es que yo llego a visitarle alguna vez, lo cual no es probable. Por otra parte, si acepta usted abordar la Parsec y realizar su trabajo, eso significará una gran promoción para su carrera.

Black la miró con llameantes y enrojecidos ojos. Susan Calvin añadió:

—Concédanle cinco minutos para pensar en todo esto, general Kallner, y preparen una nave.

Dos guardias de seguridad escoltaron a Black fuera de la habitación.

Gerald Black sentía frío. Sus miembros se movían como si no formaran parte de él. Era como si estuviera observándose a sí mismo desde algún lugar remoto y seguro, observándose a sí mismo abordar una nave y prepararse para el despegue hacia Él y la Parsec.

No podía creerlo. De pronto había inclinado la cabeza y había dicho:

—Está bien, iré.

Pero ¿por qué?

Nunca se había considerado a sí mismo como perteneciente al tipo héroe. Entonces, ¿por qué? Parcialmente, por supuesto, había la amenaza de la prisión en Mercurio. Parcialmente, había la horrible reluctancia de aparecer como un cobarde

ante los ojos de aquellos que le conocían, esa profunda cobardía que está más allá de todas las bravatas del mundo.

Pero, principalmente, había algo más.

Ronson, de la Interplanetary Press, había parado un momento a Black mientras éste se encaminaba a la nave. Black contempló el enrojecido rostro de Ronson y preguntó:

—¿Qué es lo que quiere?

—¡Escuche! —balbuceó Ronson—. Cuando vuelva, quiero la exclusiva. Arreglaré las cosas para que le paguen lo que usted pida..., cualquier cosa...

Black lo apartó a un lado de un empujón, y siguió su camino.

La nave tenía dos tripulantes. Ninguno de ellos le habló. Sus miradas pasaron por encima y por debajo y por los lados de él. A Black no le importó. A medida que se acercaban a la Parsec, se mostraron tan asustados como un gatito deslizándose furtivamente hacia el primer perro que ve en su vida. Podía hacerlo sin ellos.

Sólo había un rostro que seguía viendo constantemente. La ansiosa expresión del general Kallner y la mirada de sintética determinación del rostro de Schloss se puntuaban momentáneamente tan sólo en su conciencia. Casi inmediatamente desaparecían. Era el impasible rostro de Susan Calvin el que no se apartaba de su imaginación. Su tranquila inexpresividad mientras él abordaba la nave.

Se quedó contemplando la negrura en la que había desaparecido la Base Hiper, engullida por el espacio...

¡Susan Calvin! ¡La doctora Susan Calvin! ¡La robopsicóloga Susan Calvin! ¡El robot que hablaba como una mujer!

¿Cuáles eran las tres leyes?, se preguntó. Primera Ley: protegerás al robot con toda tu mente y todo tu corazón y toda tu alma. Segunda Ley: protegerás los intereses de la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos siempre que no interfieran con la Primera Ley. Tercera Ley: tomarás en consideración a los seres humanos, siempre que no interfieran ni con la Primera ni con la Segunda Ley.

¿Había sido joven alguna vez?, se preguntó salvajemente. ¿Había sentido alguna vez una auténtica emoción?

¡Espacio! En aquellos momentos deseaba hacer algo..., algo que borrara aquella helada mirada en medio de aquel rostro.

¡Y lo haría!

Por las estrellas, lo haría. Si salía cuerdo de aquella aventura la aplastaría, a ella y a su compañía y a toda aquella horrible raza de robots. Ese era el pensamiento que le impulsaba, más que el miedo a la prisión o el deseo de prestigio social. Ese era el pensamiento que casi había hecho desaparecer su miedo. Casi.

Uno de los pilotos murmuró, sin mirarle:

—Puede saltar usted desde aquí. La tenemos a un kilómetro debajo de nosotros.

—¿No van a aterrizar? —preguntó amargamente Black.

—Tenemos órdenes estrictas de no hacerlo. La vibración del aterrizaje podría...

—¿Qué hay acerca de la vibración de mi aterrizaje?

—Yo sólo cumplo órdenes —dijo el piloto.

Black no respondió; se metió en su traje y aguardó a que se abriera la compuerta interna. Había una bolsa de herramientas firmemente unida al metal del traje, en su cadera derecha.

En el momento en que entraba en la escotilla, los auriculares dentro de su casco retumbaron:

—Suerte, doctor.

Necesitó un momento para darse cuenta de que las palabras procedían de los dos hombres a bordo de la nave, una pausa en su ansiedad por alejarse de aquel peligroso volumen de espacio en el cual iba a sumergirse él.

—Gracias —dijo Black torpemente, medio resentidamente.

Y luego estuvo afuera en el espacio, girando lentamente sobre sí mismo como resultado del ligeramente descentrado impulso de sus pies contra la compuerta exterior.

Pudo ver a la Parsec aguardándole, y mirando entre sus piernas en el momento preciso de empezar a girar pudo ver el prolongado silbido de los chorros laterales de la nave que lo había traído hasta allí mientras daba media vuelta para regresar.

¡Estaba solo! ¡Espacio, estaba solo!

¿Se había sentido tan solo alguna vez, algún hombre, en toda la historia?

¿Llegaría a darse cuenta de ello, si... si ocurría algo?, se preguntó enfermizamente. ¿Habría un breve momento, por pequeño que fuera, de realización? ¿Sentiría su mente huir de él y la luz de la razón y los pensamientos difuminarse y desaparecer?

¿O bien ocurriría repentinamente, como el preciso corte de un afilado cuchillo?

En cualquier caso...

El pensamiento del chimpancé, los ojos vacuos, estremeciéndose con inciertos terrores, se presentó vívido en su mente.

El asteroide estaba ahora a siete metros más abajo. Avanzaba por el espacio con un movimiento absolutamente constante. Fuera de la industria humana, ni un solo grano de arena de su superficie se había agitado a lo largo de astronómicos períodos de tiempo.

En la absoluta inmovilidad de Él, alguna pequeña partícula de arena trabó algún delicado mecanismo a bordo de la Parsec, o una mota de impureza en el refinado aceite que bañaba algún engranaje lo había encallado.

Quizá fuera necesaria tan sólo una pequeña vibración, un ligero temblor originado

por la colisión de masa contra masa para liberar aquella parte móvil, reanudando la acción interrumpida, creando el hipercampo, haciéndolo florecer como una rosa abriéndose increíblemente.

Su cuerpo estaba a punto de entrar en contacto con Él, y juntó sus piernas en su ansiedad de «golpearlo delicadamente». No sentía el menor deseo de tocar el asteroide. Su piel se erizó con una intensa aversión. Fue acercándose.

Ahora... ahora...

¡Nada! Sólo el progresivo contacto con el asteroide, los arriesgados momentos de la presión lentamente progresiva resultante de una masa de cien kilos (él más el traje) poseyendo una inercia pero ningún peso apreciable.

Black abrió lentamente los ojos y permitió que la luz de las estrellas penetrara en ellos. El sol era un mármol resplandeciente, con el brillo amortiguado por el escudo polarizante de su placa visora. Las estrellas eran correspondientemente débiles, pero su disposición era familiar. Con el sol y las constelaciones normales, todavía estaba dentro del sistema solar. Incluso podía divisar la Base Hiper, un pequeño y débil creciente.

Se envaró sorprendido ante la repentina voz que sonó en sus oídos. Era Schloss.

—Le tenemos en nuestro campo de visión, doctor Black —dijo Schloss—. ¡No está solo!

Black sintió deseos de reír ante su elaborada fraseología, pero se limitó a decir, con una voz clara y baja:

—Cállese. Si lo hace, no me distraerá.

Una pausa. La voz de Schloss, más contemporizadora:

—Si va informando usted a medida que progresa, eso aliviará la tensión.

—Recibirán toda la información que necesiten cuando regrese. No antes.

Lo dijo amargamente, y amargamente también sus dedos enfundados en metal avanzaron hacia el panel de control en su pecho y desconectaron la radio de su traje. Ahora podían seguir hablándole al vacío. Tenía sus propios planes. Si salía cuerdo de aquello, aquél iba a ser su espectáculo.

Se apoyó sobre los pies con infinitas precauciones, y se irguió sobre Él. Se tambaleó ligeramente a medida que sus involuntarios movimientos musculares, impulsando a causa de la casi total ausencia de gravedad una interminable serie de desequilibrios, lo empujaron hacia uno y otro lado. En la Base Hiper había un campo pseudogravitatorio que creaba una similitud con la Tierra. Black observó que una parte de su mente se mantenía lo suficientemente lúcida como para captar aquella diferencia y apreciarla in absentia.

El sol había desaparecido tras un risco. Las estrellas giraban visiblemente, siguiendo el ritmo del período de una hora de rotación del asteroide.

Podía ver la Parsec desde donde estaba, y avanzó lentamente hacia ella, cuidadosamente..., casi de puntillas. (Ninguna vibración. Ninguna vibración. Las palabras parecían suplicar en su mente.)

Antes de darse cuenta exactamente de la distancia que había recorrido, se hallaba ya en la nave. Estaba a los pies de la hilera de asideros que conducían a la compuerta exterior.

Hizo una pausa allí.

La nave parecía completamente normal. O al menos parecía normal excepto el círculo de aceradas protuberancias que la rodeaba aproximadamente a un tercio de su longitud, y un segundo círculo a dos tercios. En el momento preciso, esas protuberancias se convertirían en los polos energéticos del hipercampo.

Un extraño deseo de tender la mano hacia uno de ellos y sujetarlo dominó a Black. Era uno de esos impulsos irracionales, como el momentáneo pensamiento: «¿Y si diera un salto?», que surge de forma casi inevitable cuando uno mira hacia abajo desde la parte superior de un alto edificio.

Black inspiró profundamente y se sintió pegajoso por el sudor mientras tendía los dedos de ambas manos y suavemente, muy suavemente, apoyaba las dos palmas planas contra el costado de la nave.

¡Nada!

Alcanzó el asidero inferior y se izó lentamente, cuidadosamente.

Deseó poseer la experiencia en manipulación a gravedad cero de los hombres que habían construido aquel artefacto. Era necesario ejercer una fuerza considerable para vencer la inercia y detenerse de nuevo. Si no detenías tu impulso a tiempo perdías el equilibrio y te estrellabas contra el costado de la nave.

Trepó lentamente, impulsándose con la punta de los dedos, sus piernas y caderas oscilando hacia la derecha cuando su brazo izquierdo se alzaba, hacia la izquierda cuando el que lo hacía era su brazo derecho.

Una docena de asideros, y sus dedos flotaron sobre el contacto que abriría la compuerta exterior. El marcador de seguridad era una pequeña mancha verdosa.

Vaciló una vez más. Aquella iba a ser la primera vez que utilizara la energía de la nave. Su mente recorrió los diagramas del trazado eléctrico y las distribuciones de fuerzas. Si pulsaba el contacto, la energía sería bombeada de la micropila hacia el mecanismo que abriría la masiva plancha metálica que constituía la compuerta exterior.

¿Y?

¿De qué servía preocuparse? A menos que tuviera alguna idea de lo que funcionaba mal, no había forma de decir cuál sería el efecto de aquella diversión de energía. Suspiró, y pulsó el contacto.

Suavemente, sin ninguna sacudida ni sonido, un segmento de la nave se deslizó y se abrió. Black echó una última mirada a las amistosas constelaciones (no habían cambiado), y penetró en la suavemente iluminada cavidad. La compuerta exterior se cerró tras él.

Ahora, otro contacto. Había que abrir la compuerta interior. Hizo una nueva pausa para considerar la situación. La presión del aire en el interior de la nave descendería ligeramente cuando se abriera la compuerta interior, y pasarían algunos segundos antes de que los electrolizadores de la nave pudieran compensar la pérdida.

¿Y? La placa trasera Bosch, por nombrar uno de los dispositivos, era sensitiva a la presión, pero seguramente no tan sensitiva.

Suspiró de nuevo, más suavemente (la piel de su miedo estaba volviéndose callosa), y pulsó el contacto. La compuerta interior se abrió.

Penetró en la sala de pilotaje de la Parsec, y su corazón dio un extraño vuelco cuando lo primero que vio fue la visiopantalla, conectada a recepción y salpicada de estrellas. Se obligó a sí mismo a mirarla.

¡Nada!

Casiopea era visible. Las constelaciones eran normales, y él estaba dentro de la Parsec. De alguna forma, tenía la sensación de que lo peor había pasado. Habiendo ido tan lejos y siguiendo dentro del sistema solar, habiendo conservado su mente hasta allí, sintió que algo ligeramente parecido a la confianza empezaba a volver a él.

Había una calma casi sobrenatural en torno a la Parsec. Black había estado en muchas naves en su vida, y en ellas siempre había habido el sonido de la vida, aunque fuera tan sólo el rumor de unos pasos o el canturreo de un camarero en un pasillo. Allí, el propio latido de su corazón parecía como amortiguado hasta hacerse casi inaudible.

El robot en el asiento del piloto le daba la espalda. Aunque no dio ninguna indicación de ello, era indudable que había registrado su presencia allí.

Black desnudó sus dientes en una sonrisa salvaje y dijo secamente:

—¡Suelta la palanca! ¡Ponte en pie!

El sonido de su voz retumbó como un trueno en el angosto espacio. Demasiado tarde, temió que las vibraciones del aire despertadas por su voz pudieran desencadenar todo el proceso, pero las estrellas en la visiopantalla permanecieron inmutables.

El robot, por supuesto, no hizo el menor movimiento. No podía recibir sensaciones de ninguna clase. Ni siquiera podía responder a la Primera Ley. Había quedado inmovilizado en la eterna mitad de lo que debía haber sido un proceso casi instantáneo.

Recordó las órdenes que había recibido. No permitían ninguna interpretación

equivoca: «Toma la palanca con una presión firme. Tira de ella firmemente hacia ti. ¡Firmemente! Mantén tu presión hasta que el tablero de control te informe que has pasado dos veces a través del hiperespacio».

Bien, aún no había pasado a través del hiperespacio ni una sola vez. Cautelosamente, avanzó hacia el robot. Permanecía sentado allí con la palanca firmemente sujeta entre sus rodillas. Eso tenía que haber llevado el mecanismo disparador hasta el punto de contacto. Luego la temperatura de sus manos mecánicas habrían acoplado ese disparador, al estilo de una termocupla, lo suficiente como para que el contacto se estableciera realmente. Black echó una mirada automática a la lectura del termómetro situado en el tablero de control. Las manos del robot estaban a 37 centígrados, tal como correspondía.

Estupendo, pensó sardónicamente. Estoy a solas con esta máquina, y no puedo hacer absolutamente nada.

Lo que le hubiera gustado hacer hubiera sido tomar una barra metálica y reducir aquel robot a virutas. Gozó con aquel pensamiento. Imaginó el horror de Susan Calvin (si es que algún horror podía asomarse en medio de todo aquel hielo, era el horror de ver a un robot destrozado). Como todos los robots positrónicos, aquél pertenecía a la U. S. Robots, había sido construido allí, había sido probado allí.

Tras extraer todo el jugo que le fue posible de aquella imaginaria venganza, se tranquilizó y miró a su alrededor en la nave.

Después de todo, lo que había conseguido hasta entonces era cero.

Lentamente, se quitó el traje. Lo colgó cuidadosamente de una percha. Con cautela, fue de compartimiento en compartimiento, estudiando los enormes circuitos del motor hiperatómico, siguiendo los cables, inspeccionando los relés de campo.

No tocó nada. Había una docena de formas de desactivar el Hipercampo, pero cada una de ellas podía ser desastrosa a menos que supiera como mínimo aproximadamente dónde estaba el error y pudiera orientarse a partir de aquel extremo.

Volvió al panel de control, y gritó exasperado a la grave impasibilidad de las amplias espaldas del robot:

—Dime, ¿quieres? ¿Qué es lo que fue mal?

Sintió la necesidad de atacar al azar la maquinaria de la nave. Hacerla pedazos y terminar con todo. Reprimió firmemente el impulso. Aunque le tomara una semana, debía deducir, de alguna manera, el punto correcto de ataque. Le debía eso a la doctora Susan Calvin y a sus planes para con ella.

Se volvió lentamente sobre sus talones y consideró la situación. Cada parte de la nave, desde el motor en sí hasta el último conmutador, había sido comprobada exhaustivamente una y otra vez en la Base Hiper. Era casi imposible creer que algo



podiera ir mal. No había nada a bordo de la nave...

Bueno, sí, había una cosa, por supuesto. ¡El robot! Había sido probado por la U. S. Robots, por unos malditos diablos que afirmaban ser competentes.

Eso era lo que decía desde siempre todo el mundo: un robot siempre hará mucho mejor cualquier trabajo.

Era la frase habitual, basada en parte en las propias campañas publicitarias de la U. S. Robots. Podían construir un robot que fuera mucho mejor que cualquier hombre para cualquier trabajo específico. No «tan bueno como un hombre», sino «mejor que un hombre».

Y mientras Gerald Black miraba al robot y pensaba en eso, sus cejas se contrajeron bajo la estrecha frente y su mirada osciló entre la sorpresa y una loca esperanza.

Se acercó y rodeó al robot. Contempló sus brazos sujetando la palanca de control en posición de disparo, sujetándola eternamente a menos que la nave diera finalmente el salto o la energía del robot se agotara.

—Apostaría —jadeó Black—. Apostaría...

Retrocedió, pensó profundamente y dijo:

—Tiene que ser eso.

Conectó la radio de la nave. Estaba sintonizada ya con la Base Hiper. Le ladró al micrófono:

—Eh, Schloss.

Schloss respondió inmediatamente.

—Gran espacio, Black...

—Déjese de tonterías dijo Black crispadamente—. No haga frases. Sólo quiero estar seguro de que me está escuchando.

—Sí, naturalmente. Estamos todos aquí. Mire...

Pero Black desconectó el audio. Sonrió con un lado de la boca hacia la cámara de televisión de la sala de pilotaje; y eligió una porción del mecanismo del hipercampo que fuera visible desde ella. No sabía cuánta gente podía haber en la sala de recepción. Puede que solamente estuvieran Kallner, Schloss y Susan Calvin. Puede que estuviera todo el personal. En cualquier caso, iba a darles algo digno de ver.

La caja de relés número 3 era adecuada para sus propósitos, decidió. Estaba situada en un hueco de la pared, cubierta con una lisa tapa protectora sellada al frío. Black rebuscó en su bolsa de herramientas y sacó la bifurcada desoldadora de punta roma. Apartó la percha con su traje espacial colgado (tras girar éste de modo que la bolsa de herramientas quedara a su alcance), y se volvió hacia la caja de relés.

Ignorando un último estremecimiento de aprensión, Black alzó el desoldador y estableció contacto en tres puntos separados a lo largo de la soldadura en frío. El campo de fuerza de la herramienta actuó diestra y rápidamente, mientras el mango se

calentaba ligeramente en su mano cuando el flujo de energía brotó y salió. El panel quedó suelto.

Miró rápidamente, casi involuntariamente, a la visiopantalla de la nave. Las estrellas eran normales. Él también se sentía normal.

Aquel era el último brote de ánimo que necesitaba. Alzó el pie y estrelló el tacón contra el delicado mecanismo que llenaba el hueco en la pared.

Hubo un estallido de cristales rotos, el metal se retorció, y se vio inundado por un breve chorro de gotitas de mercurio...

Respirando pesadamente, Black conectó de nuevo la radio.

—¿Sigue todavía ahí, Schloss?

—Sí, pero...

—Entonces permítame informarle que el hipercampo a bordo de la Parsec ha sido desactivado. Vengan a buscarme.

Gerald Black no se sentía más héroe que cuando partió hacia la Parsec, pero tampoco menos. Los hombres que lo llevaron hasta el pequeño asteroide acudieron a buscarle. Esta vez aterrizaron. Le dieron amistosas palmadas en la espalda.

La Base Hiper era una enorme masa de personal que aguardaba su llegada, y Black fue vitoreado. Saludó a la multitud y sonrió, como era la obligación de un héroe, pero no sentía ningún triunfo en su interior. Todavía no. Sólo anticipación. El triunfo vendría más tarde, cuando se encontrara con Susan Calvin.

Hizo una pausa antes de descender de la nave. La buscó, y no consiguió verla. El general Kallner estaba allí, aguardándole, recuperada toda su severidad militar y con una fingida expresión aprobadora firmemente pegada a su rostro. Mayer Schloss le sonrió nerviosamente. Ronson, de la Interplanetary Press, lo saludó frenéticamente. Susan Calvin no era visible por ningún lado.

Apartó a un lado a Kallner y Schloss cuando bajó de la nave.

—Primero quiero darme un baño y comer un poco.

No había ninguna duda, al menos por el momento, de que podría imponer su voluntad sobre el general o sobre cualquier otro.

Los guardias de seguridad abrieron camino para él. Se bañó y comió tranquilamente en la intimidad, una intimidad que él mismo había querido. Luego llamó a Ronson de la Interplanetary, y habló brevemente con él. Aguardó la llamada que inevitablemente debería venir a continuación, y al no recibirla se relajó como nunca antes lo había hecho. Todo había ido mucho mejor de lo que había esperado. El propio fallo de la nave había conspirado perfectamente con él.

Finalmente llamó a la oficina del general y exigió una conferencia. Eso era lo que había conseguido... poder exigir. El general de división Kallner dijo simplemente:

—Sí, señor.

Estaban juntos de nuevo. Gerald Black, Kallner, Schloss..., incluso Susan Calvin. Pero era Black quien dominaba ahora. La robopsicóloga, inexpresiva como siempre, se mostraba tan poco impresionada con el triunfo como hubiera podido mostrarse con el desastre, pero parecía resentirse un poco con un sutil cambio de actitud por el hecho de no ser ahora el foco de la atención.

El doctor Schloss se mordisqueó una uña y empezó a decir, cautelosamente:

—Doctor Black, nos sentimos muy agradecidos por su valor y por su éxito. — Luego, como si con ello hubiera abierto un camino, siguió—: De todos modos, destrozarse la caja de relés con el tacón fue imprudente y..., bien, fue una acción que no parecía abocada al éxito.

—Fue una acción que difícilmente no hubiera tenido éxito —dijo Black—. ¿Sabe? —aquella era la bomba número uno—, en aquel momento sabía ya lo que había fallado.

Schloss se puso en pie de un salto.

—¿Realmente? ¿Está usted seguro?

—Vaya usted mismo a comprobarlo. Ahora ya no hay ningún peligro. Le diré dónde tiene que mirar.

Schloss volvió a sentarse, lentamente esta vez. El general Kallner se mostró entusiasmado.

—Bien, eso es estupendo, si es cierto.

—Es cierto —dijo Black. Sus ojos se desviaron hacia Susan Calvin, que no dijo nada.

Black estaba gozando con su sensación de poder. Dejó caer la bomba número dos.

—Era el robot, por supuesto. ¿Ha oído eso, doctora Calvin?

Susan Calvin habló por primera vez.

—Lo he oído. De hecho, lo esperaba. Era la única pieza de equipo a bordo de la nave que no había sido probada en la Base Hiper.

Por un momento Black se sintió frustrado.

—Usted no me habló de nada de eso —dijo.

—Como insinuó varias veces el doctor Schloss —dijo la doctora Calvin—, yo no soy una experta en etérica. Mi suposición, que no era más que eso, podía estar muy bien equivocada. Creí que no tenía derecho a condicionar de ninguna forma su misión.

—De acuerdo —murmuró Black—. ¿Acaso imaginó también cómo falló?

—No.

—Bien, falló porque fue construido mejor que un hombre. Ahí estuvo el fallo. ¿No es extraño que el fallo resida en la especialidad misma de la U. S. Robots? Según tengo entendido, construyen robots que son mejores que los seres humanos.

Estaba asaeteándola con sus palabras, pero ella no mordió el anzuelo. En vez de ello, se limitó a suspirar.

—Mi querido doctor Black, no soy responsable de los eslóganes de nuestro departamento de publicidad.

Black se sintió frustrado de nuevo. No era una mujer fácil de manejar.

—Su gente construyó un robot para reemplazar al hombre en los controles de la Parsec —dijo—. Tenía que tirar de la palanca de control hacia sí, colocarla en posición, y dejar que el calor de sus manos estableciera el contacto final. Bastante sencillo, ¿no cree, doctora Calvin?

—Bastante sencillo, doctor Black.

—Y si el robot no hubiera sido construido mejor que un ser humano, la cosa hubiera funcionado. Desgraciadamente, la U. S. Robots se sintió obligada a hacerlo mejor que un hombre. Al robot se le dijo que tirara de la palanca firmemente. Firmemente. La palabra fue repetida, reforzándola, enfatizándola. Así que el robot hizo lo que se le había dicho. Tiró de ella firmemente. Ese fue el fallo. Era fácilmente diez veces más fuerte que un ser humano ordinario para el cual había sido diseñada la palanca de control.

—¿Está usted insinuando...?

—Estoy diciendo que la palanca se dobló. Se torció lo suficiente como para desplazar el mecanismo disparador. Cuando el calor de la mano del robot accionó la termocupla, ésta no hizo contacto. —Sonrió—. Esto no es simplemente el fallo de un robot, doctora Calvin. Es el símbolo del fallo de la idea del robot.

—Oh, vamos, doctor Black —dijo heladamente Susan Calvin—, está ahogando usted la lógica en un mar de psicología misionera. El robot estaba equipado de fuerza bruta, pero también de la necesaria comprensión. Si los hombres que le dieron sus órdenes hubieran utilizado términos cuantitativos en vez del estúpido adverbio «firmemente», eso no hubiera ocurrido. Si hubieran dicho: «Aplica una presión de veintidós kilogramos», todo hubiera ido bien.

—Está diciendo usted —murmuró Black— que las ineptitudes de un robot deben ser suplidas por la ingeniosidad y la inteligencia de un hombre. Le aseguro que la gente de la Tierra lo verá de este modo, y no se sentirá muy dispuesta a perdonar a la U. S. Robots por este fracaso.

—Un momento, Black —dijo rápidamente el general de división Kallner, cargando de nuevo su voz de autoridad—. Todo lo que ha ocurrido es obviamente información clasificada.

—De hecho —dijo Schloss repentinamente—, su teoría aún no ha sido comprobada. Enviaremos un equipo a la nave para averiguarlo. Puede que a fin de cuentas la culpa no fuera del robot.

—Ustedes se encargarán de demostrarlo, ¿verdad? Me pregunto si la gente creerá

a una parte interesada. Aparte de lo cual, tengo otra cosa que decir. —Entonces lanzó la bomba número tres—. A partir de este momento, dimito de mi puesto en este proyecto. Renuncio.

—¿Por qué? —preguntó Susan Calvin.

—Porque, como usted bien ha dicho, doctora Calvin, soy un misionero —dijo Black, sonriendo—. Tengo una misión. Creo que le debo a la gente de la Tierra el decirles que la era de los robots ha alcanzado un punto en el cual la vida humana es considerada menos valiosa que la vida de un robot. Ahora resulta posible ordenarle a un hombre que corra un peligro porque un robot es algo demasiado precioso como para someterlo a él. Creo que los terrestres deben oír esto. Hay muchos hombres que tienen muchas reservas respecto a los robots. La U. S. Robots aún no ha conseguido que el uso de los robots sea permitido en el planeta Tierra. Creo que lo que tengo que decir, doctora Calvin, completará el asunto. A causa del trabajo de hoy, doctora Calvin, usted y su compañía y sus robots serán borrados de la faz del sistema solar.

Estaba poniéndola sobre aviso, lo sabía, pero no quería perderse esta escena. Había vivido para aquel instante desde que había partido hacia la Parsec, y no quería renunciar a él.

Exultó ante el momentáneo resplandor en los pálidos ojos de Susan Calvin y el ligero rubor en sus mejillas. Pensó: ¿cómo te sientes ahora, señora científica?

—No se le permitirá dimitir, Black —dijo Kallner—. Como tampoco va a permitírsele...

—¿Cómo cree que podrá detenerme, general? Soy un héroe, ¿no se han dado cuenta? Y la vieja madre Tierra aprecia mucho a sus héroes. Siempre lo ha hecho. Querrán saber más de mí, y creerán todo lo que yo les diga. Y no les gustará que nadie se interponga en mi camino, no mientras siga siendo un héroe reciente. Ya he hablado con Ronson, de la Interplanetary Press, y le he dicho que tenía algo grande que comunicar, algo que iba a hacer saltar de sus asientos a las grandes personalidades tanto del gobierno como del mundo científico, de modo que la Interplanetary se halla la primera en la cola, aguardando a oír mis noticias. De modo que, ¿qué pueden hacerme ustedes excepto pegarme un tiro? Y creo que será peor si intentan hacerlo.

La venganza de Black estaba completa. No se había guardado nada. Lo había dicho todo, hasta la última palabra. Se levantó para irse.

—Un momento, doctor Black —dijo Susan Calvin. Su suave voz estaba teñida de autoridad.

Black se volvió involuntariamente, como un escolar ante la voz de su maestra, pero contrarrestó ese gesto con un acento deliberadamente burlón cuando dijo:

—Tiene usted alguna afirmación que hacer, supongo.

—En absoluto —dijo ella modestamente—. Usted se ha explicado por mí, y lo ha

hecho muy bien. Lo elegí porque sabía que usted comprendería, aunque pensé que comprendería antes. Había tenido un contacto con usted antes, sabía que no le gustaban los robots y que, en consecuencia, no se haría ilusiones respecto a ellos. Por sus antecedentes, que pedí ver antes de que le fuera confiada la misión, supe que usted había expresado su desaprobación a este experimento de enviar un robot a través del hiperespacio. Sus superiores consideraron que este era un punto en contra de usted, pero yo pensé que era a su favor.

—¿De qué está usted hablando, doctora, si me disculpa mi rudeza?

—Del hecho de que debería haber comprendido por qué un robot no podía ser enviado a esta misión. ¿Qué es lo que dijo usted mismo? Algo acerca de las ineptitudes de un robot teniendo que ser equilibradas por la ingeniosidad y la inteligencia de un hombre. Exacto, joven, exacto. Los robots no son ingeniosos. Sus mentes son finitas, y pueden ser calculadas hasta el último decimal. Ése, de hecho, es mi trabajo.

»Si a un robot se le da una orden, una orden precisa, puede seguirla. Si la orden no es precisa, no puede corregir su propio error sin otras órdenes. ¿No es eso lo que usted informó respecto al robot de la nave? ¿Cómo podemos pues enviar a un robot a descubrir un fallo en un mecanismo cuando no podemos transmitirle órdenes precisas, puesto que no sabemos nada respecto al fallo? «Encuentra lo que ha fallado» no es una orden que puedas darle a un robot: sólo a un hombre. El cerebro humano, hasta ahora al menos, está más allá de todo cálculo.

Black se sintió bruscamente y se quedó mirando desanimado a la psicóloga. Sus palabras golpearon duramente en un sustrato de comprensión que hasta entonces había estado recubierto de emociones. Se sintió incapaz de refutarla. Peor que eso, lo invadió una sensación de derrota.

—Podría haberme dicho eso antes de que me fuera —murmuró.

—Podía —admitió la doctora Calvin—, pero observé su miedo natural por su cordura. Una preocupación tan abrumadora hubiera podido ofuscar fácilmente su eficiencia como investigador, y se me ocurrió dejarle pensar que mi único motivo para enviarle era que un robot valía más. Eso, creí, lo pondría furioso, y la furia, mi querido doctor Black, es a veces una emoción muy útil. Al menos, un hombre furioso nunca se siente tan asustado como lo estaría de otro modo. Y funcionó perfectamente, creo.

Cruzó blandamente las manos sobre su regazo, y consiguió ofrecer lo más cercano a una sonrisa que había conseguido en su vida.

—Que me condene —masculló Black.

—Ahora, si quiere aceptar usted mi consejo —dijo Susan Calvin—, vuelva a su trabajo, acepte su estatus de héroe, y dígame a su amigo periodista los detalles de su gran hazaña. Dele las grandes noticias que le prometió.

Lentamente, relucientemente, Black asintió.

Schloss pareció aliviado; Kallner mostró una sonrisa llena de dientes. Tendieron sus manos, sin haber dicho una palabra en todo el rato mientras Susan Calvin estuvo hablando, y sin decir nada ahora.

Black estrechó sus manos con una cierta reserva y dijo:

—Es su parte la que debería ser dada a conocer, doctora Calvin.

—No sea estúpido, joven —dijo Susan Calvin heladamente—. Este es mi trabajo.

# Primera ley (1956)

---

“First Law”

Mike Donovan contempló su vacía jarra de cerveza, se sintió aburrido, y decidió que ya había escuchado lo suficiente. Dijo en voz alta:

—Si tenemos que hablar acerca de robots poco habituales, yo conocí una vez a uno que desobedeció la Primera Ley.

Y, puesto que aquello era algo completamente imposible, todo el mundo dejó de hablar y se volvió para mirar a Donovan.

Donovan maldijo inmediatamente su boca y cambió de tema.

—Ayer me contaron uno muy bueno —dijo en tono conversacional— acerca de... MacFarlane, en la silla contigua a la de Donovan, dijo:

—¿Quieres decir que sabes de un robot que causó daño a un ser humano?

Eso era lo que significaba la desobediencia a la Primera Ley, por supuesto.

—En cierto sentido dijo Donovan—. Digo que me contaron uno acerca de...

—Cuéntanos eso del robot —ordenó MacFarlane.

Algunos de los otros hicieron resonar sus jarras sobre la mesa.

Donovan intentó sacarle el mejor partido al asunto.

—Ocurrió en Titán, hará unos diez años —dijo, pensando rápidamente—. Sí, fue en el veinticinco. Acabábamos de recibir cargamento de tres nuevos modelos de robots, diseñados especialmente para Titán. Eran los primeros de los modelos MA. Los llamados Emma Uno, Dos y Tres. —Hizo chasquear los dedos pidiendo otra cerveza, y miró intensamente al camarero—. Veamos, ¿qué viene a continuación?

—He estado metido en robótica toda mi vida, Mike —dijo MacFarlane—. Nunca he oído hablar de ninguna serie MA.

—Eso se debe a que retiraron todos los MA de las cadenas de montaje inmediatamente después..., inmediatamente después de lo que voy a contaros. ¿No lo recordáis?

—No.

Apresuradamente, Donovan continuó:

—Pusimos inmediatamente a los robots a trabajar. Entendedlo, hasta entonces, la base era completamente inutilizable durante la estación de las tormentas, que dura el ochenta por ciento del período de revolución de Titán en torno a Saturno. Durante las terribles nevadas, no puedes encontrar la base ni siquiera aunque estés tan sólo a cien metros de ella. Las brújulas no sirven para nada, puesto que Titán no posee campo magnético.

»La virtud de esos robots MA, sin embargo, era que estaban equipados con vibrodetectores de un nuevo diseño, de modo que podían trazar una línea recta hasta la base a través de cualquier cosa, y eso significaba que los trabajos de minería



podían proseguir durante todo el período de revolución. Y no digas una palabra, Mac. Los vibrodetectores fueron retirados también del mercado, y es por eso por lo que ninguno de vosotros ha oído hablar de ellos. —Donovan tosió—. Secreto militar, ya sabéis.

Hizo una breve pausa y prosiguió:

—Los robots trabajaron estupendamente durante la primera estación de las tormentas. Luego, al inicio de la estación de las calmas, Emma Dos empezó a comportarse mal. No dejaba de huronear por los rincones y bajo los fardos, y tenía que ser sacada constantemente de allí. Finalmente, salió de la base y no regresó. Decidimos que debía de haber algún fallo de fabricación en ella, y seguimos con los otros dos. Sin embargo, eso significaba que andábamos constantemente cortos de manos, o cortos de robots al menos, de modo que cuando a finales de la estación de las calmas alguien tuvo que ir a Kornsk, yo me presenté voluntario para efectuar el viaje sin ningún robot. Parecía bastante seguro; no esperábamos ninguna tormenta en dos días, y en el término de veinte horas estaría de vuelta.

»Estaba ya en mi camino de vuelta, a unos buenos quince kilómetros de distancia de la base, cuando el viento empezó a soplar y el aire a espesarse. Hice aterrizar inmediatamente mi vehículo aéreo antes de que el viento pudiera destrozarlo, me orienté hacia la base y eché a correr. Podía correr una buena distancia sin dificultad en aquella baja gravedad, pero ¿cómo correr en línea recta? Ésa era la cuestión. Mi reserva de aire era amplia y los calefactores de mi traje satisfactorios, pero quince kilómetros en medio de una tormenta titaniana son el infinito.

»Entonces, mientras las cortinas de nieve lo oscurecían todo, convirtiendo el paisaje en un lóbrego atardecer, haciendo que desapareciera incluso Saturno y el sol se convirtiera apenas en una mota pálida, me detuve en seco, inclinándome contra el viento. Había un pequeño objeto oscuro directamente frente a mí. Apenas podía verlo, pero sabía lo que era. Era un cachorro de las tormentas, la única cosa viva capaz de resistir una tormenta titaniana, y la cosa viva más maligna con la que puedas encontrarte en ningún lado. Sabía que mi traje espacial no iba a protegerme una vez viniera a por mí, y con aquella mala luz tenía que esperar a asegurarme un blanco perfecto o no atreverme a disparar. Un sólo fallo, y saltaría sobre mí.

»Retrocedí lentamente, y la sombra me siguió. Se iba acercando, y yo empecé a sacar mi lanzarrayos con una plegaria, cuando una sombra mayor gravitó de pronto sobre mí, y lancé una exclamación de alivio. Era Emma Dos, el robot MA desaparecido. No me detuve ni un momento en preguntarme qué podía haberle pasado o preocuparme por sus dificultades. Simplemente aullé:

»—¡Emma, muchacha, encárgate de ese cachorro de las tormentas, y luego llévame a la base!

»Ella se me quedó mirando como si no me hubiera oído y dijo:

»—Amo no dispare. No dispare.

»Eché a correr a toda velocidad hacia aquel cachorro de las tormentas.

»—¡Encárgate de ese maldito cachorro, Emma! —grité. Y, efectivamente, se encargó de él. Lo cogió en sus brazos, y siguió caminando. Le grité hasta que me quedé afónico, pero no regresó. Me dejó para que muriera en medio de la tormenta.

Donovan hizo una dramática pausa.

—Naturalmente, todos vosotros conocéis la Primera Ley: Un robot no puede dañar a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño. Bien, pues Emma Dos simplemente se marchó con aquel cachorro de las tormentas, dejándome atrás para que muriera. Quebrantó la Primera Ley.

»Afortunadamente, conseguí ponerme a salvo. Media hora más tarde, la tormenta amainó. Había sido una racha prematura y temporal. Es algo que ocurre a veces. Corrí apresuradamente a la base, donde llegué con los pies hechos polvo, y las tormentas empezaron realmente al día siguiente. Emma Dos regresó dos horas más tarde que yo, y el misterio se aclaró entonces finalmente, y los modelos MA fueron retirados inmediatamente del mercado.

—¿Y cuál era exactamente la explicación? —quiso saber MacFarlane.

Donovan lo miró seriamente.

—Es cierto que yo era un ser humano en peligro de muerte, Mac, pero para ese robot había algo más que pasaba por delante de eso, que pasaba por delante de mí, que pasaba por delante de la Primera Ley. No olvides que esos robots pertenecían a la serie MA, y que ese robot MA en particular había estado buscando escondites durante algún tiempo antes de desaparecer. Es como si estuviera esperando que algo especial y muy íntimo le ocurriera. Aparentemente, ese algo había ocurrido.

Donovan alzó reverentemente los ojos, y su voz tembló.

—Ese cachorro de las tormentas no era ningún cachorro de las tormentas. Lo llamamos Emma júnior cuando Emma Dos lo trajo consigo al volver. Emma Dos tenía que protegerlo de mi arma. ¿Qué es la Primera Ley, comparada con los sagrados lazos del amor materno?

## ¿Qué importa el nombre? (1956)

---

“What's in a Name?”

Si piensan ustedes que es difícil conseguir cianuro potásico ya se lo pueden quitar de la cabeza. Allí estaba yo una botella de medio kilo en la mano. Era de cristal marrón, con una preciosa etiqueta que ponía «CIANURO POTÁSICO, Q. P.» (las iniciales, según me dijeron, significaban «químicamente puro») y una pequeña calavera unos huesos cruzados debajo.

El tipo a quien pertenecía la botella se limpió las gafas y parpadeó al mirarme. Se trataba del profesor Helmuth Rodney, de la Universidad de Carmody. Era de estatura media, con una barbilla blanda, labios gruesos, barriga incipiente, pelo castaño y un aspecto de total indiferencia al hecho de que yo tuviera en la mano el veneno suficiente para matar a un regimiento.

—¿Insinúa usted que tiene esto en su estantería así como así, profesor? —pregunté.

—Sí, siempre ha estado ahí, inspector, junto con todos los demás productos químicos, en orden alfabético —dijo con ese tono circunspecto que seguramente empleaba en sus explicaciones de clase.

Eché una mirada a la abigarrada habitación. Los estantes se alineaban hasta arriba por todas las paredes, y estaban llenos de botellas grandes y pequeñas.

—Esta —señalé— contiene veneno.

—Como casi todas —dijo con toda tranquilidad.

—¿Lleva usted la cuenta de las que tiene?

—De una manera general —dijo frotándose la barbilla—. Sé que tengo esa botella.

—Pero supongamos que alguien entra aquí y se sirve una cucharada de esta sustancia. ¿Sería usted capaz de notarlo?

El profesor Rodney negó con la cabeza.

—Me sería imposible —dijo.

—Bueno, entonces, ¿quién puede entrar en este laboratorio? ¿Se queda cerrado con llave?

—Lo cierro con llave por la noche, cuando me voy, si no se me olvida. Durante el día no está cerrado, porque salgo y entro continuamente.

—En otras palabras, profesor, cualquiera podría entrar aquí, incluso gente de la calle, y llevarse un poco de cianuro sin que nadie lo llegara a notar.

—Me temo que sí.

—Dígame, profesor, ¿para qué tiene tanto cianuro aquí? ¿Para matar ratas?

—¡Cielo santo, no! —pareció sentir cierta repugnancia ante esa idea—. El cianuro se emplea a veces en reacciones orgánicas para formar los necesarios

elementos intermedios, para crear un medio básico adecuado, para catalizar...

—Comprendo. Comprendo. ¿En qué otros laboratorios se puede obtener cianuro de este modo?

—En casi todos —contestó inmediatamente—. Incluso laboratorios de los estudiantes. Al fin y al cabo, es una sustancia corriente que se emplea rutinariamente en las síntesis.

—Yo no calificaría de rutinario el empleo que se le ha dado hoy —dije.

—No, desde luego —contestó, dejando escapar un suspiro y añadió pensativo—: solían llamarlas las «Mellizas de la Biblioteca».

Asentí. Comprendía la razón de aquel apodo. Las dos bibliotecarias eran muy parecidas, si se las miraba de cerca, por supuesto. Una tenía barbillita puntiaguda y un rostro redondo, y la otra tenía mandíbula cuadrada y larga nariz. Sin embargo, inclinadas sobre la mesa, ambas tenían el cabello de un rubio color miel, con raya en medio y una onda similar. Si se les echaba una rápida mirada a la cara, en lo que primero se fijaría uno sería probablemente en que las dos tenían grandes ojos de parecido tono azul. Viéndolas en pie, juntas a cierta distancia, se vería que ambas eran de la misma estatura y que, probablemente, usaban el sujetador de la misma marca y talla. Las dos tenían la cintura estrecha y las piernas bonitas. Hoy iban vestidas iguales. Las dos iban de azul.

Sin embargo, era imposible confundirlas. La de la barbilla pequeña y el rostro redondo rebosaba de cianuro y estaba muerta.

El parecido fue lo primero que me chocó cuando llegué con mi compañero Ed Hathaway. Había una joven muerta hundida en su silla, con los ojos abiertos, un brazo colgando y una taza rota en el suelo, justo debajo, como un punto bajo, un signo de exclamación. Su nombre, según nos enteramos, era Louella-Marie Busch. Había una segunda joven, igual a la primera, que había logrado recobrase, blanca y temblorosa, la cual tenía la mirada fija y dejaba que la policía y su trabajo discurrieran a su alrededor sin percatarse de nada al parecer. Su nombre era Susan Morey.

—¿Eran parientes? —fue lo primero que pregunté.

No lo eran. Ni siquiera primas segundas.

Eché una mirada a la biblioteca. Había estantes llenos de encuadernación parecida. Había volúmenes de diversas revistas científicas. En otra sala había rimeros de lo que según descubrimos más tarde, resultaron ser libros de texto, monografías y libros más antiguos. En la parte de atrás había un cuarto que contenía números recientes de revistas científicas sin encuadernar con cubiertas en rústica de aburridos y farragosos títulos. De pared a pared se alineaban largas mesas donde hubieran podido sentarse un centenar de personas de haber sido necesario. Afortunadamente, no era ese el caso.

Susan nos contó lo sucedido a trazos insulsos monótonos.

La señora Nettler, la vieja bibliotecaria jefe, se había tomado la tarde libre, dejando encargadas a las dos jóvenes. Al parecer, solía hacerlo a menudo.

A las dos, minuto más o menos, Louella-Marie se metió en la habitación interior, detrás de la mesa de recepción de la biblioteca. Allí, entre libros nuevos que esperaban ser catalogados, pilas de revistas para encuadernar y libros reservados que aguardaban a sus solicitantes, había un pequeño infiernillo, un cazo pequeño y los elementos necesarios para preparar un té ligero.

Tomar el té a las dos era, al parecer, frecuente también.

—¿Preparaba Louella-Marie el té todos los días? —pregunté.

Susan me miró con sus inexpresivos ojos azules.

—A veces lo hace la señora Nettler, pero generalmente lo hacía Lou... Louella-Marie.

Cuando el té estuvo preparado, Louella salió a decírselo y unos pocos momentos después se retiraron las dos.

—¿Las dos? —pregunté bruscamente—. ¿Y quién se quedó a cargo de la biblioteca?

Susan se encogió de hombros, como si éste fuese un detalle de escaso interés, y dijo:

—Podemos ver a través de la puerta. Si alguien se hubiera acercado a la mesa habría podido salir una de nosotras.

—¿Y se acercó alguien?

—Nadie. Son vacaciones. No hay casi nadie por aquí.

Quería decir que el semestre de primavera había terminado y que los cursos de verano no habían empezado. Ese día aprendí bastante sobre la vida universitaria.

Lo que quedaba de la historia no era mucho más. Las bolsitas del té estaban ya fuera de las tazas que humeaban suavemente y estaba servido el azúcar.

—¿Lo tomaban con azúcar las dos? —interrumpí.

—Sí. Pero mi taza no tenía —dijo Susan lentamente.

—¿No?

—Nunca se le había olvidado ponerme. Ella sabe que yo lo tomo con azúcar. Sólo probé un sorbo o dos y ya iba a coger el azúcar y decírselo, cuando...

Cuando Louella-Marie lanzó un extraño grito sofocado y dejó caer la taza. Un minuto más tarde había muerto.

Después de eso, Susan se puso a chillar y finalmente llegamos nosotros.

Los procedimientos de rutina se llevaron a cabo con bastante facilidad. Se habían tomado fotos y huellas dactilares. Asimismo, se había tomado nota de los nombres y direcciones de todos los hombres y mujeres que se encontraban en el edificio y se les

había mandado a sus casas. Evidentemente, la muerte había sido ocasionada por cianuro, y el «villano» indiscutible era el azucarero. Se cogieron muestras para la investigación oficial.

En el momento del asesinato se encontraban seis hombres en la biblioteca. Cinco eran estudiantes y parecían asustados, confundidos o enfermos, supongo que según el temperamento de cada uno. El sexto era un hombre de mediana edad, un extranjero que hablaba con acento alemán y no tenía absolutamente nada que ver con la Universidad. Parecía asustado, confundido y enfermo; las tres cosas a la vez.

Mi compañero Hathaway los llevó fuera de la biblioteca. La idea era conducirlos a la Sala de Tertulia y retenerlos allí hasta que pudiéramos entrevistarlos con detalle. Uno de los estudiantes se zafó y pasó junto a mí sin mirarme siquiera. Susan corrió tras él, agarrándole de las mangas por encima de los codos.

—Pete, Pete.

Pete tenía la constitución de un jugador de rugby, aunque, a juzgar por su perfil, parecía que jamás se había acercado ni a media milla de un campo de juego. Era demasiado guapo para mi gusto, pero yo me pongo celoso con facilidad.

Pete miró más allá de la chica; parecía que se le iba a descomponer el rostro, hasta el punto de que su belleza se sumió en un insoportable horror.

—¿Cómo es que Lolly?... —preguntó con voz ronca y ahogada.

—No lo sé. No lo sé —jadeó Susan. Seguía intentando mirarle a los ojos.

Pete se alejó bruscamente. No había mirado a Susan ni una vez; todo el tiempo que estuvo con ella había estado mirando por encima de su hombro. Luego obedeció a la presión que Hathaway le hizo en el codo y se dejó llevar fuera.

—¿Es su novio? —pregunté.

Susan apartó los ojos del estudiante que se alejaba.

—¿Cómo?

—¿Es su novio?

—Salimos juntos —dijo bajando la vista hacia sus manos entrelazadas.

—¿Iba en serio la cosa?

—Bastante en serio —susurró.

—¿Conocía también a la otra joven? La ha llamado Lolly.

—Bueno... —Susan se encogió de hombros.

—Digámoslo de otra manera. ¿Salía con ella?

—A veces.

—¿En serio?

—¿Qué sé yo? —exclamó.

—Dígame, ¿estaba celosa de usted?

—¿De qué habla?

—Alguien echó cianuro en el azúcar y lo sirvió sólo en una taza. Suponga que

Louella-Marie estuviera lo bastante celosa de usted como para intentar envenenarla y tener el campo libre con nuestro amigo Pete. Y suponga ella se tomó la taza envenenada por error.

—Eso es absurdo. Louella-Marie no haría nada semejante —dijo Susan.

Pero tenía los labios tirantes, sus ojos chispeaban, y puedo decir que cuando estoy cerca del odio lo huelo en seguida.

El profesor Rodney entró en la biblioteca. Era el primer hombre con el que me había encontrado al entrar en el edificio, y mis simpatías hacia él no habían hecho el menor progreso.

Había empezado por informarme que, como miembro más antiguo del claustro, él se encargaba de todo.

—Ahora me encargaré yo, profesor —le dije.

—De la investigación puede que sí, inspector, pero yo el responsable ante el decano y me propongo cumplir con mis obligaciones.

Aunque no tenía pinta de aristócrata, sino que parecía bien un tendero, si comprenden lo que quiero decir, se las arregló para mirarme como si hubiera un microscopio entre los dos, y él ocupara el lado de arriba.

—La señora Nettler está en mi despacho. Al parecer se ha enterado por un boletín de noticias y ha venido inmediatamente. Está bastante nerviosa. ¿Quiere verla? —dijo en el tono del que da una orden.

—Tráigala, profesor —le dije como concediendo un permiso.

La señora Nettler se encontraba en la natural tribulación de la mayoría de las señoras mayores. No sabía si sentirse horrorizada o fascinada por la proximidad de la muerte. Pero fue el horror lo que la dominó al ver la oficina interior y descubrir lo que quedaba de los cacharros de té. Como es natural, ya se habían llevado el cuerpo.

Se dejó caer en una silla y empezó a llorar.

—Yo también he tomado el té aquí —gimió—. Me podía haber tocado

—¿Cuándo tomó usted el té aquí, señora Nettler? —pregunté en el tono más suave y tranquilizador que me fue posible.

Se dio la vuelta en su asiento y alzó la vista.

—Pues después de la una, creo. Recuerdo que le ofrecí al profesor Rodney una taza. Fue poco después de la una; ¿verdad, profesor Rodney?

Una sombra de fastidio cruzó el rollizo rostro de Rodney

—Pasé por aquí un momento, justo antes de la comida, para consultar una signatura —dijo, volviéndose hacia mí—. La señora Nettler me ofreció, efectivamente, una taza. Me temo que estaba demasiado ocupado para aceptársela ni para darme cuenta exactamente de la hora.

Di un gruñido y me volví hacia la anciana señora.

—¿Toma usted azúcar, señora Nettler?

—Sí, señor.

—¿Tomó usted azúcar?

Asintió y empezó a llorar de nuevo.

Esperé un poco. Luego le pregunté:

—¿Se fijó cómo estaba el azucarero?

—Estaba...estaba...—la pregunta suscitó en ella una repentina sorpresa que la hizo ponerse de pie—. Estaba vacío y yo misma lo llené. Cogí el paquete del azúcar y recuerdo que me dije a mí misma que siempre que quería tomar el té no quedaba azúcar y que me gustaría que las chicas...

Tal vez fue por referirse a las jóvenes en plural. Se echó a llorar otra vez.

Hice una seña a Hathaway para que se la llevara.

Evidentemente, entre la una y las dos de la tarde, alguien había vaciado el azucarero y lo había llenado luego con un poquito de azúcar aderezado... azúcar hábilmente aderezado.

Puede que fuera la aparición de la señora Nettler lo que le devolvió a Susan su espíritu de bibliotecaria, porque cuando Hathaway regresó y sacó uno de sus puros —ya tenía la cerilla encendida—, dijo la joven:

—No se puede fumar en la biblioteca, señor.

Hathaway se sintió tan sorprendido que apagó la cerilla y volvió a guardarse el puro en el bolsillo.

A continuación, la joven se dirigió rápidamente a una de las mesas largas y cogió un gran volumen que estaba abierto encima.

Hathaway llegó antes que la joven.

—¿Qué va a hacer, señorita?

Susan pareció completamente sorprendida.

—Sólo voy a ponerlo de nuevo en el estante.

—¿Por qué? ¿Qué es? —Hathaway miró la página abierta. En ese momento estaba yo también con ellos. Miré por encima de su hombro.

Estaba en alemán. No entiendo ese idioma, pero puedo reconocerlo cuando lo veo. El tipo de letra era pequeño, y en la página había figuras geométricas con líneas de letras en varios lugares. Sabía lo bastante, también, para reconocer que aquello eran fórmulas químicas.

Puse el dedo por donde estaba abierto, cerré el libro y miré el lomo. Decía: «Beilsteín. Organische Chemie. Band VI. System Nummer 499-608». Abrí la página de nuevo. Era la 233, y las primeras palabras, sólo para darles a ustedes una idea, eran 4'-chIor-4-brom-2-nitrodíphe-nylláther-C,2H7QNCIBr.

Hathaway estaba ocupado copiando cosas.

El profesor Rodney estaba también junto a la mesa, con lo que éramos cuatro,



todos reunidos alrededor del libro.

El profesor dijo con voz fría, como si estuviera en la tarima con un puntero en una mano y un trozo de tiza en la otra—

—Este es un volumen de Beilstein (lo pronunció «BailShtain»). Es una especie de enciclopedia de los componentes orgánicos, Registra cientos de miles.

—¿Este libro? —preguntó Hathaway.

—Este libro no es más que uno de los sesenta y tantos volúmenes y apéndices complementarios. Es una obra alemana tremenda que tiene años de retraso porque, primero, la química orgánica progresa a un ritmo cada vez más rápido y, segundo, por la interferencia de la política y la guerra. Aun así, no existe nada en inglés que se le aproxime siquiera en utilidad. Para todos los investigadores en química orgánica, estos volúmenes son de absoluta necesidad.

Mientras hablaba, el profesor le daba palmadas al libro; unas palmadas cariñosas.

—Antes de enfrentarse con un compuesto desconocido ——dijo——, es muy conveniente buscarlo en el Beilstein. Le proporciona a uno métodos de preparación, propiedades, referencias y demás. Sirve de punto de partida. Los diversos componentes están catalogados de acuerdo con un sistema lógico que resulta claro, pero no evidente. Yo mismo doy varias clases en mi curso sobre síntesis orgánicas, dedicadas íntegramente a los métodos para encontrar un componente determinado en algún lugar de los sesenta volúmenes.

No sé durante cuánto tiempo pudo haber continuado, pero yo no estaba allí para estudiar síntesis orgánicas, y ya era hora de que volviéramos a los acontecimientos.

—Profesor, quiero hablar con usted en su laboratorio ——dije bruscamente.

La verdad es que yo creía que el cianuro se guardaba en una caja fuerte, que se llevaba la cuenta de cada granito, y que la gente tenía que firmar cuando se llevaba alguna cantidad. Pensaba que la cuestión de cuál fue el momento en que tuvieron la oportunidad de obtenerlo ilícitamente podía proporcionarnos la prueba que necesitábamos.

Y allí estaba yo con medio kilo de cianuro en la mano y con la noticia de que cualquiera podía llevarse el que quisiera con sólo pedirlo, o sin pedirlo.

—Solían llamarlas las «Mellizas de la Biblioteca» —dijo pensativo.

—¿Y bien? —,dije.

—Eso sólo demuestra lo superficial que es el juicio de la mayoría de las personas. No se parecían en nada, aparte la coincidencia en el pelo y los ojos. ¿Qué sucedió en la biblioteca, inspector?

Le conté la versión de Susan y le observé.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Supongo que piensa que la joven muerta planeó el asesinato.

En ese momento no tenía el menor deseo de mostrar mi juego.

—¿Usted no? —pregunté.

—No. Era incapaz de una cosa así. Su comportamiento respecto a sus deberes era agradable y servicial. Además, ¿por qué había de hacerlo?

—Hay un estudiante —dije—. Se llama Peter de nombre.

Peter van Norden —dijo inmediatamente—. Un estudiante bastante brillante, pero inútil no se sabe por qué.

—Las jóvenes opinan en estas cosas de modo diferente, profesor. Las dos bibliotecarias se interesaban por él, al parecer. Puede que Susan fuera la que tenía más posibilidades y Louella-Marie se decidiera a tomar tajantes medidas.

—¿Para acabar después tomándose la taza envenenada?

—La gente hace cosas extrañas cuando está sometida a cierta tensión —dije.

—No de esa clase —dijo con sequedad—. Una taza no tenía azúcar, así que la asesina no quería correr riesgos. Es de suponer que, aunque no se hubiera fijado bien en cuál era cada taza, contaba con el dulzor para darse cuenta. Pudo haber evitado fácilmente el ingerir una dosis fatal.

—Las dos jóvenes solían ponerse azúcar. La muerta estaba acostumbrada al té dulce. Con la excitación, el acostumbrado dulzor no le dijo nada especial —dije secamente.

—No lo creo.

—¿Qué otra alternativa hay, profesor? El azúcar fue cambiado después de tomar el té la señora Nettler a la una en punto. ¿Lo hizo la señora Nettler?

—¿Por qué motivo? —dijo alzando bruscamente la vista.

Me encogí de hombros.

—Podía temer que las jóvenes fueran a quitarle su trabajo.

—Eso no tiene sentido. Se va a jubilar antes de que comiencen los cursos de otoño

—Usted estuvo allí, profesor —dije suavemente.

Ante mí sorpresa, lo aceptó con naturalidad.

—¿Motivos? —preguntó.

—No es usted demasiado viejo y puede haberse interesado por Louella-Marie, profesor. Supongamos que ella le hubiera amenazado con dar parte de algunas palabras suyas o de su conducta al decano.

El profesor sonrió amargamente.

—¿Cómo pude arreglármelas para estar seguro de que la joven en cuestión se tomaría el cianuro? ¿Por qué había de quedarse una taza sin azúcar? Yo pude cambiar el azúcar, pero no preparé el té.

Empecé a cambiar de opinión sobre el profesor Rodney. No se había preocupado en aparentar indignación o parecer sorprendido. Se limitó a señalar las debilidades

lógicas y a atenerse a eso. Me gustó.

—¿Qué cree usted que sucedió? —pregunté.

—La imagen del espejo. A la inversa. Creo que la superviviente ha dicho la verdad al revés. Suponga que era Louella-Marie la que estaba ganándose al joven y era a Susan a quien no le gustó, en vez de ser al revés. Supongamos que fue Susan quien por una vez preparó el té, y Louella-Marie quien estaba en la mesa de recepción, en lugar de la otra. En ese caso, la joven que preparó el té habría podido tomar la taza buena sin correr riesgos. Todo sería lógico y no ridículamente inverosímil.

Eso era. Aquel hombre había llegado a la misma conclusión que yo, cosa que tenía que gustarme después de todo. Tengo la costumbre de sentirme benevolente con los tipos que están de acuerdo conmigo. Creo que todo se debe al hecho de ser un homo sapiens.

—Tenemos que demostrar eso más allá de toda duda razonable —dije—. Pero, ¿cómo? He subido aquí con la esperanza de probar que alguien ha tenido acceso al cianuro y los demás no. Pero nada. Todo el mundo ha tenido acceso. Ahora, ¿qué?

—Compruebe cuál de las jóvenes estaba realmente ante la mesa a las dos, mientras la otra estaba preparando té —dijo el profesor.

Yo estaba convencido de que el profesor leía relatos policíacos y tenía fe en los testigos. Yo no, pero de todos modos me levanté.

—Muy bien, profesor. Lo haré.

El profesor se levantó también. Me preguntó apremiante:

—¿Puedo estar presente?

—¿Por qué? ¿Por su responsabilidad ante el decano?

—En cierto modo. Me gustaría que todo esto tuviera un desenlace rápido y fuera de toda duda.

—Venga, si cree que eso puede servir de algo —dije.

Ed Hathaway me estaba esperando cuando bajé. Estaba sentado en la biblioteca vacía.

—Ya lo tengo —dijo.

—¿Ya tienes el qué? —le pregunté.

—Ya sé lo que pasó. Lo he descubierto por deducción.

—¿Sí?

No tenía en cuenta la presencia del profesor Rodney.

—El cianuro tuvo que ser introducido secretamente. ¿Por quién? Por el comodín de la baraja, el extranjero, e tipo que habla con acento... como-se-llame.

Empezó a rebuscar en una serie de tarjetas de las que había sacado alguna información sobre los, al parecer, inocentes espectadores.

Sabía a quién se refería, así que dije:

—De acuerdo. El extranjero entra con el cianuro en un sobrecito. Mete el sobre entre dos páginas del libro alemán, ese como-se-llame que tiene tantos tomos.

El profesor y yo asentimos.

Hathaway continuó

—Era alemán, igual que el libro. Probablemente estaba familiarizado con él. Metió el sobre en una página determinada, con alguna fórmula que había escogido. El profesor dijo que hay un sistema para encontrar la fórmula que se desee; basta con saberlo. ¿No es cierto, profesor?

—Es cierto —dijo Rodney fríamente.

—Muy bien. La bibliotecaria lo sabía, de modo que pudo encontrar también la página. Coge el cianuro y lo echa en el té. Con el nerviosismo se olvida de cerrar el libro...

—Escucha, Hathaway —dije—, ¿por qué iba a hacer ese pobre diablo una cosa así? ¿Qué pretexto tiene para estar aquí?

—Dice que es un peletero que está estudiando los repelentes para polillas y los insecticidas. ¿No suena eso a falso de arriba abajo? ¿Has oído en tu vida algo más falso?

—Claro—, dije—, tu teoría. Escucha, a nadie se le ocurre esconder un sobre con cianuro en un libro. No hay que encontrar una fórmula o página determinada cuando hay un sobre dentro que está abultando entre las páginas. Cualquiera que sacara el libro del estante descubriría que el libro se abría automáticamente por la página en cuestión. ¡Vaya un escondite!

Hathaway empezó a sentirse desconcertado.

Continué de manera despiadada:

—Además, no hay por qué traer el cianuro de fuera. Aquí lo tienen a toneladas. Pueden gastarlo para hacer avalanchas de nieve. Cualquiera que desee un kilo o dos no tiene más que cogerlo.

—¿Cómo?

—Pregúntale al profesor.

Los ojos de Hathaway se agrandaron, empezó a registrarse el bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre.

—¿Entonces, qué hago con esto?

—¿Qué es?

Sacó del sobre una página impresa en alemán, y dijo:

—Es una página de ese libro alemán que...

El profesor Rodney se puso repentinamente congestionado.

—¿Le arrancó una página al Beilstein?

Lo dijo gritando, cosa que me dejó de una pieza. No le hubiera creído capaz de chillar.

—Pensé que podríamos analizarla para encontrar pegamento del papel adhesivo, quizá un poquito de cianuro que hubiera caído.

—¡Démela! —gritó el profesor—, ¡estúpido, ignorante!

Alisó la hoja y la miró por ambos lados, como para asegurarse de que no había desaparecido ninguna letra.

—¡Vándalo! —exclamó, y estoy seguro de que en ese momento habría sido capaz de matar a Hathaway y reírse durante todo el proceso.

El profesor Rodney podía estar moralmente seguro de la culpabilidad de Susan y, para el caso, igual podía estarlo yo. Sin embargo, la certidumbre moral no se puede presentar ante un jurado. Se necesitaba la evidencia.

Así que, como no tengo fe en los testigos, acometí el problema por el único punto débil de cualquier posible culpable: el posible culpable mismo.

Hice que ella presenciara los nuevos derroteros del interrogatorio, y si éste no delataba su culpabilidad, tal vez lo hicieran sus nervios.

Por su aspecto no podía decir cómo sería de bueno ese «tal vez». Susan Morey se sentó ante su mesa, con las manos entrelazadas ante sí, la mirada fría y la piel tirante en torno a las ventanas de su nariz.

En primer lugar entró el pequeño peletero alemán; parecía enfermo de preocupación.

—Yo no he hecho nada —balbuceó—. Por favor. Tengo cosas que hacer. ¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí?

Hathaway tenía su nombre y sus datos personales, así que pasé por alto todo eso y fui al grano.

—Llegó usted aquí un poco antes de las dos. ¿Cierto?

—Sí. Quería informarme acerca de los repelentes contra las polillas...

—De acuerdo. Cuando entró fue hacia la mesa de recepción. ¿Cierto?

—Sí. Le dije mi nombre, quién era yo, lo que quería...

—¿A quién se lo dijo? —esa era la pregunta clave.

El tipo se me quedó mirando. Tenía el pelo rizado y una boca hundida como si no tuviera dientes, pero era sólo la apariencia, porque cuando hablaba, descubría unos pequeños dientes amarillos.

—A ella. Se lo dije a ella. A esa chica que hay sentada ahí —dijo.

—Es cierto —intervino Susan sin expresión—. Habló conmigo.

El profesor Rodney la estaba observando con una mirada de concentrado desprecio. Se me ocurrió que su motivo para desear ver cómo se hacía rápidamente justicia podía ser más personal que idealista. Sin embargo, eso no era asunto mío.

—¿Está seguro de que es esta la joven? —le pregunté al peletero.

—Sí —contestó—. Le dije mi nombre y lo que quería, y sonrió. Me dijo dónde encontraría los libros sobre insecticidas. Luego, cuando me marchaba, otra joven

salió de allí dentro.

—¡Bien! —dije inmediatamente—. Aquí tiene una fotografía de la otra joven. Dígame, ¿habló usted con la chica que está en la mesa y era la joven de la fotografía la que salió de la habitación de dentro? ¿O habló usted con la joven de la fotografía y la que está en la mesa fue la que salió de la habitación?

Durante un minuto largo, el peletero contempló a la joven, luego a la fotografía, y luego a mí.

—Son iguales.

Solté una maldición por dentro. Una imperceptible sonrisa cruzó los labios de Susan y aleteó un momento antes de desaparecer. Debió de contar con eso. Eran vacaciones. No había casi nadie en la biblioteca. Nadie prestaría mucha atención a las bibliotecarias que están ahí como las estanterías, y si alguien llegaba a fijarse, nunca podría jurar a cuál de las «Bibliotecarias Mellizas» había visto.

Ahora ya sabía que era culpable, pero saberlo no significaba nada.

—Bien, ¿de quién se trataba? —pregunté.

Contestó, como alguien que está deseando dar por terminado un interrogatorio.

—Hablé con ella, con esa joven que está ahí junto a mesa.

—Es cierto ~—dijo Susan con calma.

Mis esperanzas de que la traicionaran sus nervios se hundieron.

¿Podría jurarlo? —pregunté al peletero.

—No —contestó éste inmediatamente.

—Muy bien. Hathaway, llévatelo. Mándalo a su casa.

El profesor Rodney se inclinó para tocarme en el codo.

—¿Por qué le ha sonreído ella al tipo ese mientras estaba explicando lo que había hecho? —susurró.

—¿Y por qué no? —le contesté de igual modo; no obstante, me volví a ella y le hice esa misma pregunta.

Sus cejas se levantaron una fracción de pulgada.

—Sólo he querido ser amable. ¿Hay algo malo en ello?

Ella casi estaba disfrutando. Podría jurarlo.

El profesor negó ligeramente con la cabeza. Me susurró de nuevo:

—No es de esas que le sonrían a un extraño molesto. Tuvo que ser Louella-Marie la que estaba en la mesa.

Me encogí de hombros. Podía imaginarme lo que pasaría si presentaba una prueba de esa naturaleza ante el comisario.

Cuatro de los estudiantes carecían de interés y los despachamos en poco tiempo. Estaban embebidos en sus investigaciones. Sabían qué libros querían y en qué estantes estaban. Fueron directamente al sitio sin detenerse en la mesa de recepción.

Ninguno pudo decir si era Susan o Louella-Marie la que estaba en la mesa en determinado momento. Ninguno había levantado la vista siquiera de sus libros, según decían, hasta que el grito vino a alterarlo todo.

El quinto era Peter van Norden. Mantuvo los ojos firmemente fijos en su pulgar derecho, que tenía una uña muy mordida. No miró a Susan cuando le hicieron entrar.

Se sentó y le dejó un rato para que se relajara.

—¿Qué está haciendo aquí en esta época del año? —dije finalmente—. Tengo entendido que es período de vacaciones.

—Mis exámenes finales serán el mes, que viene. Estoy estudiando. Son exámenes de grado. Si apruebo obtendré el doctorado, ¿sabe?

—Supongo que se detuvo en la mesa de recepción al entrar aquí —dije.

Masculló algo.

—¿Cómo? —pregunté.

—Que no —dijo en una voz baja, casi tan baja como antes—. Que no creo que me detuviera en la mesa.

—¿No lo cree?

—No lo hice.

—¿No resulta eso extraño? Tengo entendido que era usted buen amigo de Susan y de Louella-Marie. ¿No se paró a saludarlas?

—Estaba preocupado. Tenía la cabeza puesta en ese examen. Tenía que estudiar. Yo...

—Entonces, ¿no tuvo tiempo ni para decir hola? —miré a Susan para ver cómo reaccionaba. Parecía más pálida, pero podían ser figuraciones mías.

—¿No es cierto que estaba usted prácticamente comprometido con una de ellas? —pregunté.

Alzó la vista con incomodada indignación:

—¡No! No puedo comprometerme hasta que saque mi título. ¿Quién le dijo que yo estaba comprometido?

—Digo prácticamente comprometido.

—¡No! Puede que haya salido con ella unas cuantas veces. Y eso, ¿qué? ¿Qué significa salir un par de veces?

—Vamos, Peter, ¿cuál era tu novia? —pregunté con suavidad.

—Le digo que la cosa no era así.

Se estaba lavando las manos en el asunto con demasiado interés, parecía como enterrado en una montaña de bruma invisible.

—¿Usted qué dice? —pregunté de pronto, dirigiéndome a Susan—. ¿Se detuvo en la mesa?

—Me saludó al pasar —contestó— ¿cierto, Peter?

—No recuerdo —respondió adusto—. Puede que sí.

—¿Y qué?

—Nada —dije—. En mi interior deseé que Susan saboreara el fruto de su acción. Si había matado para ganarse a este ejemplar, había perdido el tiempo. Estaba seguro de que en adelante la ignoraría, aunque la viera caer de un segundo piso y fuera a darle en su misma cara.

Susan debió de darse cuenta de ello también. Por la mirada que le echó a Peter van Norden, le apunté como segundo candidato para el cianuro, suponiendo que ella quedara libre... y desde luego parecía que así iba a ser.

Hice una seña a Hathaway para que se lo llevara. Hathaway se levantó cumpliendo mi orden, y le preguntó:

—Dígame, ¿ha utilizado alguna vez esos libros? —señaló los estantes donde se alineaban los sesenta y tantos volúmenes de la enciclopedia de química orgánica desde el suelo hasta el techo.

El muchacho miró por encima del hombro y contestó con sincera sorpresa:

—Claro. Tengo que consultarlos. ¡Vaya!, ¿hay algo malo en consultar fórmulas en el Beils?...

—Nada, de acuerdo —le confirmé—. Anda, Ed.

Ed Hathaway me miró con el ceño fruncido y se llevó al muchacho. Le cuesta tener que renunciar a una teoría desechada.

Eran alrededor de las seis, y veía que no podía hacerse mucho más. Tal como estaba el asunto, era la palabra de Susan contra la de nadie. Si se hubiera tratado de un maleante con antecedentes, habríamos podido sacarle la verdad por medio de una serie de métodos eficaces, aunque fastidiosos. Pero en este caso, no era aconsejable emplear procedimientos de ese tipo.

Me volví hacia el profesor para decírselo, pero éste estaba contemplando las tarjetas de Hathaway. Al menos una que tenía en la mano. Miren ustedes, la gente no para de hablar de que las manos de los demás tiemblan cuando están excitados, pero no es cosa que uno ve a menudo. Sin embargo, la mano de Rodney estaba temblando, temblando como el percusor de un despertador antiguo.

Se aclaró la garganta.

—Déjeme preguntarle algo. Déjeme...

Me quedé mirándole; luego eché mi silla hacia atrás.

—Adelante —dije. A estas alturas no teníamos nada que perder.

Miró a la joven y dejó la tarjeta boca abajo sobre la mesa.

—Señorita Morey —dijo temblando.

Parecía evitar deliberadamente la familiaridad del nombre de pila.

Ella le miró. Por un momento pareció ponerse nerviosa, pero se le pasó y se sintió de nuevo tranquila.

—¿Sí, profesor?



—Señorita Morey, usted sonrió cuando el peletero le dijo a qué había venido. ¿Por qué lo hizo? —preguntó el profesor.

—Ya se lo dije, profesor Rodney —replicó la joven—. Intentaba ser amable.

—¿Quizá hubo algo extraño en lo que él dijo? ¿Algo divertido?

—Tan sólo intentaba ser amable —insistió ella.

—Tal vez le pareció divertido su nombre, señorita Morey?

—No especialmente —contestó con indiferencia.

—Bueno, nadie ha mencionado aquí su nombre. Yo no lo sabía hasta que he leído esta tarjeta por casualidad —y, de pronto, gritó excitado—: ¿Cuál era su nombre, señorita Morey?

La muchacha hizo una pausa antes de contestar.

—No lo recuerdo.

—¿De veras? Pero él se lo dijo, ¿no?

—¿Y qué si me lo dijo? —su voz parecía ahora impaciente—. Sólo era un nombre. Después de todo lo que ha ocurrido, no pueden esperar de mí que recuerde un nombre extranjero que sólo he oído una vez.

—Entonces, ¿era extranjero?

Se contuvo, evitando caer en la trampa.

—No recuerdo —replicó—. Creo que era un típico apellido alemán, pero no lo recuerdo. Para mí, como sí me hubiera dicho que se llamaba John Smith.

Por mi parte, tenía que admitir que no comprendía lo que el profesor pretendía. Así que le pregunté:

—¿Qué está intentando probar, profesor Rodney?

—Estoy intentando probar —dijo preso de una gran tensión—, de hecho estoy probando, que fue Louella-Marie, la joven muerta, la que estaba en la mesa de recepción cuando entró el peletero. Le dijo su apellido a Louella-Marie y ella sonrió en consecuencia. Era la señorita Morey la que salía del despacho interior cuando él se volvió para marcharse. Era la señorita Morey, esta joven, quien acababa de preparar y envenenar el té.

—¿Se basa usted en el hecho de que no puedo recordar el nombre de ese hombre! —chilló Susan Morey—. Eso es ridículo.

—No, no lo es —dijo el profesor—. Si usted hubiera sido la joven que estaba en la mesa de recepción recordaría ese nombre. Le habría sido imposible olvidarlo. Si hubiera sido usted la que estaba en la mesa de recepción —levantó la tarjeta de Hathaway. Y continuó—: El nombre del peletero es Ernest, pero su apellido es Beilstein. ¡Su apellido es Beilstein!

Susan dejó escapar el aire como si le hubieran dado una patada en el estómago. Se puso tan blanca como el polvo de talco.

El profesor continuó excitado:

—Ningún bibliotecario químico puede olvidar el nombre de alguien que entra y dice que se llama Beilstein. La enciclopedia de sesenta volúmenes a la que nos hemos referido hoy media docena de veces se cita invariablemente por el nombre de su editor, Beilstein. Ese nombre es como una segunda naturaleza para una bibliotecaria química, como Jorge Washington, como Cristóbal Colón. Para ella ese nombre resulta más familiar que cualquiera de los que he mencionado. Si esta joven pretende haber olvidado el nombre, es sólo porque nunca lo ha oído. Y no lo ha oído porque no estaba en la mesa de recepción.

Me puse en pie y dije con severidad:

—¿Y bien, señorita Morey?—dejé también de llamarla por el nombre de pila—, ¿qué dice usted a eso?

Se puso a chillar histérica, como si quisiera rompernos los tímpanos. Media hora después teníamos su confesión.

## ¿Le importa a una abeja? (1957)

---

“Does a Bee Care?”

La nave empezó siendo un esqueleto de metal. Poco a poco lo fueron recubriendo con un pellejo por el exterior, y el interior lo atiborraron de suministros de formas raras.

Entre todos los individuos, menos uno, que participaban en la construcción, Thornton Hammer era el que menos colaboró físicamente. Quizá por esto le tuvieran en mayor consideración. El manejaba los símbolos matemáticos que servían de base para el trazado de líneas en papel de dibujo, el cual servía de base a su vez para conjuntar las diversas masas y las distintas formas de energía que componían la nave.

En este momento Hammer miraba sombríamente a través de unas ajustadas gafas, cuyas lentes captaban la luz de los tubos fluorescentes de lo alto y la reflejaban como sendos focos. Theodore Lengyel, que representaba al personal de la corporación que se hacía cargo de los gastos del proyecto, se hallaba a su lado, de pie, y decía, señalando con un índice rígido como un puñal:

—Ahí está. Ese es el hombre.

Hammer atisbó.

—¿Se refiere a Kane?

—Me refiero al sujeto del mono verde que tiene una llave inglesa en la mano.

—Sí, es Kane. Veamos, ¿qué tiene usted contra él?

—Quiero saber qué hace. Ese hombre es un idiota.

—Lengyel tenía una cara redonda, rolliza, y los carrillos le temblequeaban un poco.

Hammer se volvió para mirar al otro, y su magro cuerpo adquirió un aire de disgusto, centímetro a centímetro.

—¿Le ha molestado usted?

—¿Molestarle? Estuve hablando con él. Mi tarea consiste en hablar con los empleados, enterarme de sus opiniones, conseguir informaciones mediante las cuales estructurar campañas para mejorar la moral del conjunto.

—¿Y en qué forma le molesta Kane a usted?

—Es insolente. Le pregunté qué impresión causaba trabajar en una nave que llegará a la Luna. Le dije algo acerca de que esa nave será un camino hacia las estrellas. Quizá hice un pequeño discurso e hinché un poco el asunto, y de pronto él se alejó del modo más grosero. Yo le llamé y le pregunté: «¿Adónde vas?», y él me contestó: «Estoy cansado de esa manera de hablar. Salgo a contemplar las estrellas.»

Hammer movió la cabeza afirmativamente.

—En efecto. A Kane le gusta contemplar las estrellas.

—Era de día. Ese tipo es un idiota. Desde entonces vengo fijándome en él, y no hace nada en absoluto.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo conservan?

Hammer respondió con furia repentina y tensa:

—Porque quiero tenerle aquí. Porque me da buena suerte.

—¿Le da buena suerte? —tartamudeó Lengyel— ¿Qué demonios significa eso?

—Significa que cuando le tengo cerca pienso mejor. Cuando pasa junto a mí, con su maldita llave inglesa, se me ocurren ideas. Me ha sucedido tres veces. No me lo explico; no me interesa la explicación. Ha sucedido así. Y se queda.

—Usted bromea.

—No. No bromeo. Y ahora déjeme en paz.

Kane estaba allí, con el mono verde y la llave inglesa.

Se daba cuenta vagamente de que la nave estaba casi a punto. No la habían diseñado para transportar a un hombre, pero había espacio para uno. Kane lo sabía de la misma manera que sabía muchísimas cosas; tales como procurar mantenerse apartado del camino de la mayoría de personas la mayor parte del tiempo; o como llevar una llave inglesa hasta que la gente se habituaba a verle de este modo y dejaba de fijarse. El mimetismo protector consistía en una multitud de pequeños detalles, realmente... como el de llevar siempre una llave inglesa.

Kane sentía una multitud de impulsos que no comprendía del todo; como, por ejemplo, el de mirar a las estrellas. Al principio, muchos años atrás, se limitaba a mirarlas con vago pesar. Luego, poco a poco, su atención se fue centrando en una determinada región del cielo; después en un punto concreto. No sabía por qué miraba hacia allí. Precisamente era un punto en el que no había estrellas. Un punto en el que no se veía nada.

Era un punto situado muy arriba del horizonte, en el cielo nocturno, a finales de primavera y durante el verano, y a veces Kane se pasaba la mayor parte de la noche observando ese punto, hasta verlo hundirse en dirección al horizonte suroeste. En otras épocas del año, lo contemplaba en pleno día.

Aquel punto le inspiraba un asomo de pensamiento que no acababa de cristalizar. Con el transcurso de los años, dicho atisbo se había fortalecido, había subido más cerca de la superficie, y ahora casi estaba emergiendo, abriéndose camino en busca de expresión. Aunque todavía no se había revelado con toda claridad.

Kane iba y venía inquieto, y se acercó a la nave. Estaba casi completa, casi terminada. Todo encajaba casi perfectamente. Casi.

Porque en su interior, muy hacia la parte delantera, había un agujero poco mayor que un hombre; había también un pasadizo poco mayor que un hombre que llevaba hasta aquel refugio. Mañana ese pasadizo se llenaría con los últimos mecanismos; pero antes se habría llenado también el agujero. Aunque no con nada planeado por

ellos.

Kane se acercó todavía más; pero nadie le prestó la menor atención. Se habían acostumbrado a él.

Había una escalera de metal, por la que tendría que subir, y una pasarela que había que recorrer para entrar en la última abertura. Y él sabía dónde estaba exactamente dicha abertura; lo sabía tan bien como si hubiera construido la nave con sus propias manos. Kane trepó por la escalera y recorrió la pasarela. No había nadie allí en aquel mo...

Se equivocaba. Había un hombre. El hombre le preguntó vivamente:

—¿Qué hace usted aquí?

Kane se volvió, y sus ojos inexpresivos miraron al que le había hablado. En seguida levantó la llave inglesa y la hizo descender suavemente contra la cabeza del hombre. El agredido, que no había hecho el menor intento de esquivar el golpe, cayó; en parte por efecto del golpe.

Kane le dejó tendido allí, sin preocuparse. El hombre no pasaría mucho rato inconsciente, aunque sí el suficiente para permitir que Kane se introdujera en el agujero. Cuando recobrase el sentido no recordaría nada de Kane, como tampoco de que hubiera pasado un rato inconsciente. Sencillamente, habría restado de su vida cinco minutos que ni volvería a recuperar jamás ni echaría de menos.

El agujero estaba oscuro y, por supuesto, no tenía ventilación; pero Kane no se fijó siquiera en tales detalles. Con la seguridad del instinto, se arrastró hacia el refugio que lo acogería y luego permaneció tendido allí, jadeando, encajado perfectamente en la cavidad, como en una matriz.

Dentro de dos horas introducirían los últimos mecanismos, cerrarían el pasillo y, sin saberlo, dejarían a Kane allí. Kane sería el único pedazo de carne y sangre dentro de un objeto de metal, cerámica y combustible.

Kane no tenía miedo de que le descubrieran antes de tiempo. De todos los que habían participado en el proyecto, nadie sabía que existiera aquella cavidad. No figuraba en el diseño. Los mecánicos y los constructores no se daban cuenta de que lo hubieran dejado.

Kane lo había arreglado todo.

No sabía cómo, pero sabía que lo había hecho.

Poseía la facultad de observar la influencia que ejercía, aunque sin saber cómo la ejercía. Consideremos, por ejemplo, a Hammer, el jefe del equipo y el más claramente influenciado por él. De todas las figuras confusas que rodeaban a Kane, era la menos borrosa. En ocasiones, Kane se daba perfecta cuenta de su presencia, cuando pasaba junto a él en sus lentos, imprecisos viajes por el recinto. Era lo único que precisaba: pasar junto a él.

Kane recordaba que también había sucedido así anteriormente, en particular con

los teóricos. Cuando Lise Meitner decidió comprobar si había bario entre los productos del bombardeo del uranio mediante neutrones, Kane estaba allí; era un individuo que deambulaba por un pasillo vecino sin que nadie se fijara en él.

Y estaba recogiendo hojarasca en un parque, en el año 1904, cuando el joven Einstein pasaba por allí, meditando. En aquel instante, el sabio aceleró el paso, excitado por el impacto de una idea repentina. Kane lo percibió como una sacudida eléctrica.

Pero no sabía cómo se producía el hecho. ¿Conoce una araña la teoría arquitectónica cuando empieza a construir su primera tela?

Pero el proceso venía desde más atrás todavía. El día que Newton contemplaba la Luna, con el alborear de un determinado pensamiento, Kane estaba junto a él. Y desde mucho más lejos todavía.

El panorama de Nuevo México, ordinariamente desierto, bullía de hormigas humanas que rondaban en torno de la torre metálica de lanzamiento. La estructura que dispararían hoy era diferente de todas las que la habían precedido.

Esta quedaría libre de la atracción de la Tierra mucho antes que ninguna de las otras. Se alejaría mucho más y rodearía la Luna antes de regresar. Estaría llena de instrumentos que fotografiarían la Luna y medirían el calor que emitiera, medirían su radiactividad y examinarían su estructura química mediante las microondas. Realizaría de manera automática casi todo lo que podía pedírsele a una nave tripulada. Y proporcionaría los datos suficientes para que la nave siguiente que enviaran fuese realmente un vehículo tripulado.

Pero hay que decir que, en cierto modo, esta primera nave era ya un vehículo tripulado.

Había allí representantes de varios gobiernos, de varias industrias, de varias agrupaciones sociales y económicas. Había cámaras de televisión y reporteros.

Las personas que no podían estar allí contemplaban la escena en sus hogares y escuchaban la cuenta atrás, pronunciada con cuidadosa monotonía, de la manera que había devenido tradicional en sólo tres décadas.

Al llegar a cero, los motores de reacción se pusieron en funcionamiento, y la nave se elevó pesadamente.

Kane oía el ruido de los gases que salían precipitadamente, como desde muy lejos, y sentía contra su cuerpo el peso de la aceleración creciente.

Kane apartó la mente, levantándola y dirigiéndola hacia el exterior, liberándola de toda relación directa con el cuerpo, a fin de no darse cuenta del dolor y la incomodidad.

Comprendía confusamente que el largo viaje estaba llegando a su fin. Ya no tendría que seguir actuando cuidadosamente para evitar que la gente se diera cuenta

de que era inmortal. No tendría que seguir disimulándose en segundo término, ni errar eternamente de un lugar a otro, cambiando de nombre y de personalidad y manipulando mentes.

La cosa no había salido perfecta, claro está. Habían surgido los mitos del Judío Errante y del Holandés Volador, pero él había seguido adelante. Nadie le había molestado.

Veía su punto en el firmamento. A través de la masa y la solidez de la nave, seguía viéndolo. O acaso no lo «veía» realmente. No tenía la palabra exactamente apropiada.

Sin embargo, sabía que la palabra apropiada, exacta, existía. No habría sabido decir cómo sabía una parte de las cosas que sabía, como no fuera explicando que con el paso de los siglos las había aprendido poco a poco, con una seguridad que no requería razonamiento alguno.

Había empezado a existir como un ovum, o como algo para lo cual la palabra «ovum» era la más apropiada que conocía, depositado en la Tierra antes de que las criaturas nómadas, llamadas desde entonces «hombres», hubiesen construido las primeras ciudades. Su progenitor había elegido, cuidadosamente, la Tierra. No servía cualquier mundo, no.

¿Qué mundo habría servido? ¿En qué criterio se fundaba la elección? Esto no lo sabía todavía.

¿Acaso un icneumon, ese curioso insecto, estudia entomología antes de encontrar la especie precisa de araña que servirá para sus huevos y de herirla de modo que a pesar de todo siga viviendo?

El ovum lo echó fuera por fin, y él tomó forma humana y vivió entre los hombres, y se protegió de ellos. Entretanto, su único objetivo consistía en disponer las cosas de forma que los hombres recorrieran un camino que les condujese a construir una nave espacial, y que dentro de la nave hubiera una cavidad, y que en la cavidad estuviera él.

La empresa había requerido ocho mil años de esfuerzos, de progresos lentos y tropiezos.

Ahora, cuando la nave estaba ya fuera de la atmósfera, el punto del firmamento se divisaba mejor. Aquélla era la llave que le abría la mente. Aquélla era la pieza que completaba el rompecabezas.

Las estrellas parpadeaban dentro de aquel punto que el ojo del hombre, sin auxilio de aparatos, no habría podido ver. Una determinada estrella de aquel grupo brillaba esplendorosa, y Kane se lanzaba afanoso hacia ella. La expresión que habla ido tomando forma en él durante tanto tiempo se abría paso ahora.

—Mi hogar —susurró.

¿Lo sabía? ¿Acaso un salmón estudia cartografía para encontrar los manantiales

de agua dulce del riachuelo en donde nació años atrás?

Se había dado el último paso en el lento proceso de maduración que había durado ocho mil años, y Kane ya no se hallaba en estado de larva, sino de adulto.

El Kane adulto volaba fuera de la carne humana que había protegido a la larva, y huyó también de la nave. Y se lanzó adelante, a velocidades increíbles, hacia el hogar, del que quizá saliera también un día, para ponerse a vagar por el espacio y fecundar algún planeta con su «ovum».

El Kane adulto surcaba raudo el espacio, sin acordarse siquiera de la nave que transportaba la crisálida vacía. No dedicó ni un momento de atención al hecho de haber empujado a un mundo entero hacia la tecnología y los viajes espaciales sólo para que aquel ser que había sido Kane pudiera madurar y llegar a su realización total.

¿Le importa a una abeja lo que le haya ocurrido a una flor, cuando ella ha terminado su asunto con aquella flor y está siguiendo su propio camino?



# A las ideas les cuesta morir (1957)

---

“Ideas Die Hard”

Los ataron contra la aceleración del despegue, rodearon sus ingeniosamente diseñados asientos con líquido, y fortalecieron sus cuerpos con medicamentos.

Luego, cuando llegó el momento de retirar las correas, se encontraron con apenas un poco más de espacio que antes.

Las simples y ligeras ropas que llevaban les daban una ilusión de libertad, pero tan sólo una ilusión. Podían mover libremente los brazos, pero las piernas sólo hasta un punto limitado. Solamente podían extender por completo una, no las dos a la vez.

Podían variar su posición medio reclinándose a la derecha o a la izquierda, pero no podían abandonar sus asientos. Los asientos eran todo lo que tenían. Podían comer, dormir, ocuparse de sus necesidades corporales de forma más o menos adecuada mientras permanecieran sentados allí, y sentados allí debían permanecer.

Durante una semana (un poco más, en realidad), estaban condenados a una tumba. En aquel momento, no importaba que la tumba estuviera rodeada por todo el espacio.

La aceleración había sido superada y había desaparecido. Ahora habían iniciado el silencioso y uniforme trayecto a través del espacio que separaba la Tierra de la Luna, y ese era el gran horror.

—¿De qué vamos a hablar? —preguntó Bruce G. Davis, Jr., sordamente.

—No lo sé —repuso Marvin Oldbury.

De nuevo reinó el silencio.

No eran amigos. Hasta haría muy poco ni siquiera se conocían. Pero estaban aprisionados juntos. Los dos se habían presentado voluntarios. Los dos habían cumplido todos los requisitos. Eran solteros, inteligentes, y gozaban de buena salud.

Además, los dos se habían sometido durante meses a una intensa psicoterapia.

Y el gran consejo de los psiquiatras había sido: «¡Hablen!».

—Hablen constantemente, si es necesario —les habían dicho—. No dejen que la sensación de estar solos les invada.

—¿Cómo pueden saberlo? —dijo Oldbury.

Era el más alto y delgado de los dos, fuerte y de rostro cuadrado. Tenía un mechón de pelo justo encima del puente de la nariz, que formaba una especie de coma entre sus dos negras cejas.

Davis tenía el cabello color arena y era pecoso, con una sonrisa tenaz y unas ligeras sombras debajo de los ojos. Quizá eran esas sombras lo que daba a sus ojos una expresión agorera.

—¿Cómo pueden saber el qué, y quiénes?

—Los psiquiatras. Dicen que hablemos. ¿Cómo pueden saber que eso nos hará algún bien?

—¿Y a quién le importa? —dijo Davis secamente—. Esto es tan sólo un experimento. Si no funciona, le dirán a la siguiente pareja: «Ni una palabra».

Oldbury estiró los brazos, y sus dedos tocaron la gran semiesfera de dispositivos de información que les rodeaba. Podían accionar los controles, manejar el equipo acondicionador del aire, atenazar los tubos de plástico de los que chupar la blanda mezcla nutritiva, activar con el codo la unidad de expulsión de desechos, y rozar los diales que controlaban el videoscopio.

Todo aquello estaba bañado por el suave resplandor de las luces, que eran alimentadas por la electricidad de las baterías solares, expuestas en el casco de la nave a una luz solar que nunca fallaba.

Menos mal que habían decidido conferirle una rotación a la nave, pensó Oldbury. Producía una fuerza centrífuga que lo empujaba contra su asiento, dándole así una sensación de peso. Sin ese toque de gravedad para hacerle sentir como en la Tierra, las cosas hubieran sido realmente malas.

Sin embargo, hubieran podido reservar un poco más de espacio dentro de la nave, ahorrándolo de las necesidades del equipo, y así los dos hombres no habrían quedado tan encajonados.

Trasladó el pensamiento a palabras y dijo:

—Podían habernos dejado un poco más de espacio.

—¿Para qué? —preguntó Davis.

—Para poder ponernos de pie.

Davis gruñó. Era realmente toda la respuesta que podía dar.

—¿Por qué te presentaste voluntario? —dijo Oldbury.

—Eso hubieras debido preguntármelo antes de partir. Entonces lo sabía. Iba a ser uno de los primeros hombres que dieran la vuelta a la Luna y regresaran. Iba a ser un gran héroe a mis veinticinco años. Colón y yo, ya sabes. —Volvió inquieto la cabeza a uno y otro lado, luego dio un par de chupadas al tubo del agua. Prosiguió diciendo —: Sin embargo, pese a todo eso, me he pasado los dos últimos meses intentando echarme atrás. Cada noche me iba a la cama sudando, jurándome a mí mismo que renunciaría a la mañana siguiente.

—Pero no lo hiciste.

—No, no lo hice. Porque no podía. Porque era demasiado cobarde para admitir que era un cobarde. Incluso mientras me ataban a esta silla, estaba dispuesto a ponerme a gritar: «¡No! ¡Busquen a algún otro!». Pero no pude hacerlo, ni siquiera entonces.

Oldbury sonrió.

—Yo ni siquiera pensaba decírselos —comentó—. Escribí una carta comunicándoles que no iba a hacerlo. Pensaba echarla al correo y desaparecer en el desierto. ¿Sabes dónde está ahora esa carta?

—¿Dónde?

—En el bolsillo de mi camisa. Aquí.

—No importa —dijo Davis—. Cuando volvamos, seremos unos héroes..., unos grandes, famosos y temblorosos héroes.

Lars Nilsson era un hombre pálido de ojos tristes, con nudillos prominentes y delgados dedos. Era el director civil del Proyecto Espacio Profundo desde hacía tres años. Había gozado con el trabajo, incluso con la tensión y los fracasos..., hasta ahora. Hasta el momento en que dos hombres habían sido finalmente atados a sus puestos dentro de la máquina.

—Me siento como un vivisector —dijo.

El doctor Godfrey Mayer, que dirigía el grupo de psicólogos, mostró una expresión apenada.

—Hay que arriesgar tanto hombres como naves. Hemos hecho todo lo que hemos podido para prepararlos y protegerlos, hasta los límites de lo humanamente realizable. Después de todo, esos hombres son voluntarios.

—Lo sé —dijo Nilsson apagadamente.

El hecho no le consoló en lo más mínimo.

Observando los controles, Oldbury se preguntó cuándo —si alguna vez llegaba a ocurrir—, alguno de los diales iba a exhibir el color rojo indicativo de peligro, en qué momento empezaría a sonar una sirena de alarma.

Les habían asegurado que, con toda probabilidad, nada de aquello iba a ocurrir, pero los dos habían sido entrenados de manera precisa en la forma exacta de ajustar, manualmente, cada uno de los controles.

Y con razón. La automatización había avanzado hasta tal punto que la nave era un organismo que se regulaba a sí mismo, casi como algo vivo. Sin embargo, en tres ocasiones había sido enviada una nave no tripulada, casi tan complicada como aquella en cuyo interior se hallaban sepultados ahora, a recorrer una trayectoria de bumerán en torno a la Luna, y ninguna de las tres naves había regresado.

Además, en cada ocasión, los aparatos de información que transmitían los datos de vuelta a la Tierra habían fallado antes incluso de alcanzar la órbita de la Luna en el camino de ida.

La opinión pública estaba impaciente, y los hombres que trabajaban en el Proyecto Espacio Profundo habían decidido no aguardar al éxito de un vehículo no tripulado antes de arriesgar vidas humanas. Se decidió que era necesario un vehículo tripulado a fin que pudieran introducirse correcciones manuales para compensar los pequeños fallos acumulativos de la imperfecta automatización.

Una tripulación de dos hombres... Temían por la cordura de un hombre solo.

—¡Davis! —llamó Oldbury—. ¡Eh, Davis!

Davis salió de un introvertido silencio.

—¿Qué?

—Echemos un vistazo al aspecto que tiene la Tierra.

—¿Por qué? —quiso saber Davis.

—¿Por qué no? Estamos aquí afuera. Al menos, gocemos de la vista.

Se reclinó hacia atrás. El videoscopio era un ejemplo de automatización. El impacto de las radiaciones de onda corta le daban opacidad. El Sol no podía verse a su través bajo ninguna circunstancia. En vez de ello, el videoscopio se orientaba de modo automático hacia la fuente de iluminación más brillante del espacio, compensando, mientras lo haría, todos los movimientos propios de la nave, como habían explicado repetidamente los ingenieros. Pequeñas células fotoeléctricas localizadas en los cuatro lados de la nave giraban incansablemente, rastreando el cielo. Y si el foco de iluminación más brillante no era el deseado, siempre podía recurrirse al control manual.

Davis accionó el contacto, y el videoscopio se iluminó. Apagó las luces artificiales del cubículo, y la vista ofrecida por el videoscopio ganó en brillo contra el contraste de la oscuridad.

No era un globo, por supuesto, con continentes en él. Lo que vieron fue una brumosa mezcla de blanco y verde azulado que llenaba la pantalla.

El dial que medía la distancia a la Tierra, determinando el valor de la constante gravitatoria, les situó a algo menos de cincuenta mil kilómetros.

—Buscaré el borde —dijo Davis.

Adelantó una mano para ajustar los mandos, y la imagen osciló.

Una curva de negrura cruzó la pantalla. No había estrellas en ella.

—Es la sombra nocturna —dijo Oldbury.

La imagen retrocedió bruscamente. La oscuridad avanzó por el otro lado y se curvó más cerradamente y en sentido opuesto. Esta vez, la oscuridad mostraba los brillantes puntos de las estrellas.

Oldbury tragó saliva.

—Desearía estar de vuelta allí —dijo solemnemente.

—Al menos podemos ver que la Tierra es redonda —comentó Davis.

—¿Constituye eso un descubrimiento?

Davis pareció inmediatamente molesto por la forma en que Oldbury había tomado su observación.

—Sí —afirmó—, constituye un descubrimiento, si lo ves de este modo: sólo una pequeña parte de la población de la Tierra ha estado siempre convencida de la redondez de la Tierra.

Conectó las luces interiores de la nave, frunciendo el ceño, y desconectó el videoscopio.

—No desde el mil quinientos —objetó Oldbury.

—Si tienes en cuenta las tribus de Nueva Guinea, seguíamos creyendo que la Tierra era plana pasado el año mil novecientos cincuenta. Y había sectas religiosas en Estados Unidos en los años treinta que creían que la Tierra era plana. Incluso ofrecían recompensas a quien pudiera probar que era redonda. ¡A las ideas les cuesta morir!

—Chiflados —gruñó Oldbury.

Davis se suavizó un tanto.

—¿Puedes tú acaso probar que es redonda? —preguntó—. Quiero decir, independientemente del hecho que acabes de comprobarlo por ti mismo.

—No seas ridículo.

—¿Lo soy? ¿O más bien estás tomando la palabra de tu maestra de cuarto grado como el Evangelio? ¿Qué pruebas te han dado? ¿Que la sombra de la Tierra sobre la Luna durante un eclipse lunar es redonda, y que tan sólo una esfera puede arrojar una sombra redonda? ¡Eso es una absoluta tontería! Un disco circular puede arrojar una sombra redonda. E igual puede hacerlo un huevo o cualquier otra forma, por irregular que sea, con una intersección circular. ¿Vas a decir que los hombres han viajado rodeando la Tierra? Podrían simplemente haber estado trazando círculos en torno al punto central de una Tierra plana a una distancia fija. El efecto sería el mismo. ¿La parte superior de un barco es lo primero que aparece en el horizonte? Sabes muy bien que se trata de una ilusión óptica. Hay otras más sorprendentes aún.

—El péndulo de Foucault —dijo Oldbury brevemente.

Se sentía intimidado por la vehemencia del otro.

—Te refieres a un péndulo instalado sobre un plano y girando a medida que la Tierra se mueve bajo él, a una velocidad y con una amplitud que dependen de la latitud del lugar donde se esté realizando el experimento. ¡Seguro! Eso si un péndulo se limita a un plano, y si las teorías implicadas son correctas. ¿Cómo puede eso satisfacer al hombre de la calle, que no es físico, a menos que esté dispuesto a creer ciegamente en la palabra de los físicos? ¡Te diré una cosa! No hubo ninguna prueba satisfactoria afirmando que la Tierra fuera redonda hasta que los cohetes pudieron elevarse lo suficiente para tomar fotos que mostraran su curvatura.

—Tonterías —dijo Oldbury—. La geografía de Argentina estaría completamente distorsionada si la Tierra fuera plana, con el Polo Norte como centro. Cualquier otro centro distorsionaría la geografía de cualquier otra porción de tierra. La corteza terrestre no tendría la forma que tiene si no fuera casi esférica. No puedes refutar eso.

Davis guardó silencio durante unos instantes, luego dijo malhumoradamente:

—¿Por qué demonios estamos discutiendo? Al diablo con todo eso.

Ver la Tierra y hablar de ella, aunque fuera tan sólo de su esfericidad, había arrastrado a Oldbury a una aguda nostalgia. Empezó a hablar de su hogar en voz muy baja. Habló de su juventud en Trenton, Nueva Jersey, y contó anécdotas de su familia tan triviales que no había pensado en ellas desde hacía años, echándose a reír ante

cosas que apenas eran divertidas, y sintiendo las punzadas de un dolor infantil que había creído curado hacía años.

En un momento determinado, Oldbury se adormeció; luego se despertó con un sobresalto y se sintió confuso al encontrarse bañado por una fría y azulada luz. Instintivamente, fue a ponerse en pie, y volvió a dejarse caer con un gruñido cuando su codo golpeó contra duro metal.

El videoscopio estaba brillando de nuevo. La luz teñida de azul que lo había sobresaltado en el momento de despertar era el reflejo de la Tierra.

La curva del borde de la Tierra era mucho más pronunciada ahora. Estaban a unos ochenta mil kilómetros.

Davis se había vuelto ante el brusco y fútil movimiento del otro, y dijo beligerante:

—La redondez de la Tierra no es una prueba de nada. Después de todo, el hombre podía arrastrarse sobre su superficie y deducir su forma por su geografía, como tú has dicho. Pero hay otras cosas en las que actuamos como si realmente supiéramos, y con mucha menos justificación.

Oldbury se frotó el dolorido codo y dijo:

—De acuerdo, de acuerdo.

Pero Davis no se sentía aplacado.

—Ahí está la Tierra. Mírala. ¿Qué edad tiene?

—Unos cuantos miles de millones de años, supongo —dijo Oldbury cautelosamente.

—¿Supones? ¿Qué derecho tienes a suponer? ¿Por qué no unos cuantos miles de años? Tu bisabuelo probablemente creía que la Tierra tenía seis mil años de edad, a contar desde el Génesis. Sé que el mío lo creía así. ¿Qué te hace estar tan seguro que ellos estaban equivocados?

—Hay una buena cantidad de pruebas geológicas.

—¿El tiempo que necesita el océano para volverse tan salado como es? ¿El tiempo que necesita para formar un estrato de una roca sedimentaria? ¿El tiempo que necesita para formar una determinada cantidad de plomo un mineral de uranio?

Oldbury se reclinó hacia atrás en su asiento y contempló la Tierra con cierta distancia. Casi no oía a Davis. Un poco más y podrían verla entera en el videoscopio. Con la curva planetaria contra el límite de visión de uno de los lados del videoscopio, la sombra nocturna casi encajaba con el otro.

La sombra nocturna no cambiaba de posición, por supuesto. La Tierra giraba, pero para los hombres a bordo de la nave seguía recibiendo la luz desde la misma dirección.

—¿Y bien? —preguntó Davis.

—¿Qué? —dijo Oldbury, sobresaltado.

—¿Qué hay acerca de tus malditas pruebas geológicas?

—Bueno, está la degradación del uranio...

—Ya lo he mencionado. Eres un estúpido, ¿lo sabías?

Oldbury contó hasta diez para sí mismo antes de responder.

—Yo no lo creo así.

—Entonces escucha. Supón que la Tierra nació a la existencia hace unos seis mil años, tal como la Biblia lo describe. ¿Por qué no fue creada entonces con una cierta cantidad de plomo existente ya en el uranio? Si el uranio pudo ser creado, ¿por qué no el plomo con él? ¿Por qué no crear el océano tan salado como es ahora, y las rocas sedimentarias tan comprimidas en estratos como las hallamos? ¿Por qué no crear los fósiles exactamente tal como existen ahora?

—En otras palabras, ¿por qué no crear la Tierra completa, con pruebas internas que ella tiene varios miles de millones de años de edad?

—Exacto —dijo Davis—. ¿Por qué no?

—Déjame hacer la pregunta opuesta. ¿Por qué sí?

—No me importan los porqués. Sólo intento demostrarte que todas las pretendidas pruebas de la edad de la Tierra no invalidan necesariamente la creación de la Tierra hace seis mil años.

—Supongo que tú consideras todo esto como una especie de juego..., un rompecabezas científico para comprobar la ingeniosidad de la Humanidad, o ejercitar tu mente...; una gimnasia mental para el intelecto.

—Te crees muy gracioso, Oldbury, pero en realidad, ¿qué hay de imposible en todo eso? Podría ser así. No puedes probar que no lo sea.

—No intento probar nada.

—No, te sientes satisfecho tomando las cosas tal como se te ofrecen. Por eso he dicho que eres un estúpido. Si pudiéramos retroceder en el tiempo y comprobarlo por nosotros mismos, entonces sería otro asunto. Si pudiéramos retroceder en el tiempo hasta antes del cuatro mil cuatro antes de Cristo y ver el Egipto predinástico, o antes aún, y cazar un tigre de dientes de sable...

—O un tiranosaurio.

—O un tiranosaurio, sí. Hasta que podamos hacer eso, lo único que podemos hacer es especular, y no hay forma de decir cuándo la especulación es correcta y cuándo no. Toda la ciencia está basada en la fe en las premisas originales, y en la fe en la validez de los métodos deductivo e inductivo.

—No hay ningún crimen en eso.

—¡En sí mismo ya es un crimen! —exclamó Davis con vehemencia—. Empiezas a creer, y una vez empiezas a creer cierras las puertas de tu mente. Tienes ya tu idea, y no la reemplazas por otra. Galileo comprobó en sus propias carnes cuánto les cuesta morir a las ideas.

—Colón también —señaló, soñoliento, Oldbury.

Mirar hacia la Tierra, teñida de azul, con los lentos y girantes cambios de las formaciones nubosas, tenía un efecto casi hipnótico.

Davis recibió el comentario con obvia alegría.

—¡Colón! Supongo que crees que afirmó que la Tierra era redonda cuando todos los demás pensaban que era plana.

—Más o menos.

—Ese es el resultado de escuchar a tu maestra de cuarto grado, la cual a su vez escuchó a su maestra de cuarto grado, y así sucesivamente. Cualquier hombre inteligente y culto de la época de Colón hubiera estado dispuesto a aceptar sin reservas que la Tierra era redonda. El punto a discutir era el tamaño de la Tierra.

—¿Es eso un hecho?

—Absolutamente. Colón seguía los mapas de un geógrafo italiano que había dado a la Tierra unos veinticinco mil kilómetros de circunferencia, con el borde oriental de Asia a tan sólo unos cinco o seis mil kilómetros de Europa. Los geógrafos de la corte del rey Juan de Portugal insistían en que eso era erróneo, que la Tierra tenía unos cuarenta mil kilómetros de circunferencia, que el borde oriental de Asia estaba al menos a veinte mil kilómetros del borde occidental de Europa, y que el rey Juan haría mejor en seguir intentándolo por la ruta que rodeaba África. Los geógrafos portugueses, por supuesto, estaban en lo cierto en un ciento por ciento, y Colón estaba equivocado en un ciento por ciento. Los portugueses alcanzaron la India, y Colón nunca lo logró.

—Pero descubrió América. No puedes negar ese hecho.

—Eso no tuvo nada que ver con sus ideas. Fue estrictamente accidental. Fue un fraude intelectual tan grande que, cuando su viaje demostró que su mapa estaba equivocado, falsificó su diario de a bordo antes que cambiar sus ideas. A sus ideas le costó morir. De hecho, no lo hicieron hasta que él no murió también. Y lo mismo ocurre con las tuyas. Puedo estar hablándote horas y horas, y tú seguirás convencido que Colón fue un gran hombre porque pensaba que la Tierra era redonda cuando todos los demás decían que era plana.

—Lo que tú quieras —murmuró Oldbury.

Se sentía atrapado por el cansancio, y por el recuerdo del caldo de pollo que su madre le hacía cuando era niño. Utilizaba cebada. Recordó el olor de la cocina el sábado por la mañana, con sus rebanadas de pan fritas y endulzadas, y el aspecto de las calles después de una tarde de lluvia, y...

Lars Nilsson tenía las transcripciones ante sí, con las partes más significativas señaladas en la cinta por los psicólogos.

—¿Seguimos recibiendo claramente? —preguntó.

Le aseguraron que los aparatos de recepción estaban funcionando perfectamente.



—Me gustaría que hubiera alguna forma de evitar escuchar su conversación sin que ellos lo supieran —dijo—. Supongo que es una tontería por mi parte.

Godfrey Mayer no vio ninguna utilidad en negar el diagnóstico del otro.

—Lo es —admitió—. Una completa tontería. Considérelo simplemente como una información adicional, necesaria para el estudio de las reacciones humanas en el espacio. Cuando estábamos comprobando las respuestas humanas a las altas aceleraciones, ¿se sintió usted molesto al contemplar los indicadores de las variaciones de su presión sanguínea?

—¿Qué opina usted de Davis y de sus extrañas teorías? Es algo que me preocupa. Mayer meneó la cabeza.

—Aún no sabemos de qué debemos preocuparnos. Davis está elaborando agresiones contra la ciencia que lo ha situado en la posición en que se encuentra.

—¿Es esa su teoría?

—Es una teoría. Expresar las agresiones puede ser bueno. Puede mantenerlo estable. Pero también puede ir demasiado lejos. Es demasiado pronto para decirlo. Ahora bien, es posible que sea Oldbury quien esté en mayor peligro. Se muestra más pasivo cada vez.

—¿Supone usted, Mayer, que todo esto puede llevarnos a concluir que el hombre no está preparado para el espacio? ¿Ningún hombre?

—Si pudiéramos construir naves capaces de transportar a un centenar de hombres en un entorno de tipo terrestre, no tendríamos ningún problema. Mientras sólo podamos construir naves como ésta —dijo, señalando con el dedo por encima de su hombro, en un vago gesto direccional, puede que tengamos muchos problemas.

Nilsson se sintió vagamente insatisfecho. Dijo:

—Bien, se hallan en su tercer día de viaje, y hasta el momento siguen sanos y salvos.

—Estamos en el tercer día —dijo Davis ásperamente—. A más de la mitad del camino.

—Hummm. Tenía un primo que era propietario de una maderería. El primo Raymond. Solía visitarle a veces a mí regreso de la escuela —recordó Oldbury.

Inesperadamente, sus pensamientos se vieron interrumpidos por el fugaz recuerdo de *El Herrero del Pueblo*, de Longfellow; recordó que contenía una frase acerca de «los niños regresando de la escuela», y se preguntó cuánta gente de entre aquella que sabía recitar de corrido «Bajo el frondoso castaño se extiende el pueblo del herrero» sabría que el herrero que mencionaba no era el dueño de la herrería, sino tan sólo el hombre que trabajaba en ella.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó.

—No lo sé —respondió Davis—. Yo he dicho que estábamos a más de medio camino, y que aún no le hemos echado ninguna mirada a la Luna.

—Entonces miremos a la Luna.

—De acuerdo, pero ajusta tú el videoscopio esta vez. Yo lo he hecho ya demasiadas veces. Maldita sea, me han salido ampollas en la columna.

Se agitó bruscamente en los reducidos confines de su envolvente asiento, como si así esperara conseguir que una nueva sección de su trasero entrara en contacto con el almohadillado metal.

—No sé a quién se le ocurrió la estúpida idea de hacer girar esta maldita nave y conseguir así que la gravedad tirara de nosotros hacia abajo —se quejó—. Flotar un poco nos hubiera quitado un peso de encima, y hubiera sido relajador.

—No hay espacio para flotar —dijo Oldbury con un suspiro—, y si estuviéramos en caída libre, te quejarías de las náuseas.

Oldbury accionaba los controles del videoscopio mientras hablaba. Las estrellas se deslizaron fuera de la línea de visión.

No fue difícil. Los ingenieros allá en Trenton —no, en realidad en Nuevo México; bueno, en la Tierra— les habían adiestrado cuidadosamente. «Manténganlo directamente al frente, apuntado lejos de la Tierra, en un ángulo de ciento ochenta grados.»

«Una vez apuntado al frente, dejen que los medidores de luz hagan su trabajo. La Luna será el objeto más brillante de las inmediaciones, y el videoscopio quedará centrado en ella en un equilibrio inestable. Los medidores necesitarán unos cuantos segundos para rastrear el resto del cielo y girar el videoscopio de vuelta hacia la Tierra, pero en esos segundos uno puede cambiar los mandos a manual, y ya está.»

La Luna estaba en creciente. Estaría en fase opuesta a la Tierra durante todo el tiempo en que la nave aceleraría siguiendo un rumbo que era casi como una línea que conectase ambos mundos.

Pero el creciente estaba hinchado, como si formara parte de una ilustración para un calendario barato. Oldbury pensó que debería haber dos cabezas, la una inclinada hacia la otra, pelo corto y recio contra pelo largo y ondulado, silueteadas en la Luna. Sin embargo, para eso tendría que haber Luna llena.

Davis resopló.

—Ahí está, como siempre.

—¿Acaso esperabas que no estuviera?

—No espero nada en el espacio. Ni afirmativo, ni negativo. Nadie ha estado en el espacio, nadie sabe nada. Pero al menos veo la Luna.

—También la ves desde la Tierra, si lo miras así.

—No estés tan seguro de lo que ves desde la Tierra. Desde allí, la Luna es tan sólo un círculo amarillo pintado sobre un fondo azul, con una zona oscura, y que cruza el cielo movido por un mecanismo de relojería.

—¿También las estrellas y los planetas se mueven según un mecanismo de

relojería?

—Igual que si estuvieran en un planetario. ¿Por qué no? Y un telescopio muestra más estrellas sobre...

—¿Con un viraje al rojo incorporado?

—¿Por qué no? —insistió Davis, desafiador—. Estamos tan sólo a mitad de camino de la Luna, y parece mayor, y quizá descubramos si existe realmente. Me reservo mi opinión sobre los planetas y las estrellas.

Oldbury miró hacia la Luna y suspiró. Dentro de unos pocos días estarían orbitándola, pasando por encima de su cara oculta.

—Nunca he creído la historia del hombre de la Luna —dijo—. Nunca lo he visto. Lo que sí he visto es el rostro de una mujer..., dos ojos, más bien sesgados, pero muy tristes. Podía ver la Luna llena desde la ventana de mi dormitorio, y siempre me hacía sentirme triste, aunque también amistoso. Cuando las nubes pasaban por delante de ella, era la Luna la que parecía moverse, no las nubes, pero pese a todo no se apartaba de la ventana. Y podías verla por entre las nubes, mientras que nunca puedes ver al Sol por entre las nubes, ni siquiera por entre las nubes pequeñas, y eso que es mucho más brillante. ¿Por qué es eso, papá..., esto..., Davis?

—¿Qué le ocurre a tu voz? —dijo Davis.

—No le ocurre nada a mi voz.

—Se ha vuelto aguda.

Con un esfuerzo de voluntad, Oldbury obligó a su voz a descender una octava.

—¡No es cierto! —exclamó.

Miró a los dos pequeños relojes en el tablero de instrumentos. No era la primera vez que lo hacía. Uno de ellos indicaba la hora estándar de Mountain, y no estaba interesado en él. Era el otro, el que medía el número de horas transcurridas en el espacio, el que le atraía periódicamente. Marcaba sesenta y cuatro y una fracción, y en rojo, yendo hacia atrás, estaban las horas que faltaban antes que ellos aterrizaran de nuevo en la Tierra. El rojo marcaba ahora ciento cuarenta y cuatro y una fracción.

Oldbury lamentaba que el tiempo que faltaba estuviera señalado también. Le hubiera gustado calcularlo él mismo. Allá en Trenton solía contar las horas que faltaban para sus vacaciones de verano, calculándolas mentalmente con esfuerzo durante la clase de geografía: tantos días, luego tantas horas. Escribía el resultado en números pequeños en su cuaderno de deberes. Cada día el número se hacía un poco más pequeño. La mitad de la excitación por la proximidad de las vacaciones de verano residía en observar cómo esa cifra iba haciéndose día a día más pequeña.

Pero ahora la cifra se hacía más pequeña por sí misma, mientras el segundero daba vueltas y vueltas, rebanando el tiempo minuto a minuto, secciones de tiempo delgadas como hojas de papel, parecidas a lonjas de jamón cortadas en el potente cortafiambres de la salchichería.

La voz de Davis golpeó bruscamente su oído.

—Parece que todo va bien, por el momento.

—Nada puede ir mal —dijo Oldbury con confianza.

—¿Qué te hace sentirte tan seguro?

—Los números están disminuyendo.

—¿Eh? ¿De qué estás hablando?

Por un momento Oldbury pareció confuso. Luego dijo:

—De nada.

El interior de la nave estaba casi a oscuras, iluminado tan sólo por la Luna creciente. Volvió a adormecerse, a la manera de un buceador, semiconsciente de la Luna real y semisoñando en una Luna llena, con un rostro triste de mujer, al otro lado de una ventana, derivando con el viento sin moverse de su sitio.

—Trescientos veinte mil kilómetros —dijo Davis—. Eso supone casi el ochenta y cinco por ciento del camino.

La porción iluminada de la Luna estaba llena de pecas y granos, y sus cuernos ocupaban casi toda la pantalla. El Mare Crisium era un óvalo oscuro, distorsionado por la visión oblicua, pero lo bastante grande como para introducir un puño en él.

—Y todo va bien —prosiguió Davis—. Ninguna lucecita roja en los indicadores de los instrumentos.

—Estupendo —dijo Oldbury.

—¿Estupendo? —Davis miró a Oldbury, y sus ojos se entrecerraron con suspicacia—. En cada uno de los anteriores intentos, todo fue bien hasta que llegaron más o menos a esta altura del viaje, así que no es estupendo todavía.

—No creo que nada pueda ir mal ya.

—Pues yo creo que algo irá mal. Se supone que la Tierra no lo sabe.

—¿Se supone que no sabe qué?

Davis se echó a reír, y Oldbury lo miró cansadamente. Se sentía extrañamente asustado ante la creciente monomanía del otro. Davis no se parecía en absoluto al padre que Oldbury recordaba tan vívidamente (sólo lo recordaba joven como él era ahora, con todo su pelo y un sonoro corazón).

El perfil de Davis era afilado a la luz lunar. Dijo:

—Puede que haya muchas cosas en el espacio que se supone que no sabemos. Hay mil millones de años luz delante de nosotros. Sólo que es posible que lo que haya en realidad sea una sólida pared negra justo al otro lado de la Luna, con estrellas pintadas en ella y planetas moviéndose por delante, para que todos los chicos listos de la Tierra puedan concebir todo tipo de ilusorias órbitas y teorías gravitatorias a partir de ello.

—¿Un juego para probar nuestras mentes? —preguntó Oldbury.

Sus recuerdos le trajeron observaciones anteriores de Davis —¿o eran tuyas?—, y

sufrió un sobresalto. Todo aquel asunto de la nave parecía tan distante...

—¿Por qué no?

—Todo marcha perfectamente —exclamó Oldbury con ansiedad—. Al menos hasta el momento. Y algún día todo marchará perfectamente durante todo el trayecto.

—Entonces, ¿por qué todos los instrumentos de registro empiezan a ir mal pasados los trescientos veinte mil kilómetros? ¿Por qué? ¡Respóndeme a eso!

—Ahora nosotros estamos aquí. Los ajustaremos.

—No, no lo haremos —dijo Davis.

Un vívido recuerdo de una historia que había leído cuando tenía poco más de diez años trajo la excitación a la mente de Oldbury.

—¿Sabes? —empezó—, una vez leí un libro acerca de la Luna. Los marcianos habían instalado una base en la cara oculta. No podíamos verles, por supuesto. Estaban ocultos, pero ellos sí podían observarnos...

—¿Cómo? —preguntó Davis sombríamente—. Hay más de tres mil kilómetros de espesor de Luna entre la cara oculta de ésta y la Tierra.

—Déjame empezar por el principio. —Oldbury se dio cuenta que su voz era aguda de nuevo, pero no le importó. Deseaba poder liberarse de su asiento para poder saltar arriba y abajo, ya que recordar aquella historia le haría sentirse bien, pero por alguna razón no pudo hacerlo—. Entiéndelo, era el futuro, y lo que la Tierra no sabía era...

—¿Por qué no te callas?

La voz de Oldbury se cortó en seco ante la interrupción. Se sintió dolido, asfixiado. Luego, reprimiéndose, dijo:

—Has dicho que se suponía que la Tierra no sabía nada del porqué los instrumentos dejan de funcionar correctamente, y lo único nuevo que vamos a ver es la cara oculta de la Luna, y si los marcianos...

—¿Quieres callarte de una vez con tus estúpidos marcianos?

Oldbury calló. Se sentía tremendamente resentido contra Davis. El hecho que Davis hubiera crecido y se hubiera convertido en un adulto no le daba derecho a vociferarle de aquella manera.

Sus ojos volvieron al reloj. Las vacaciones de verano estaban tan sólo a ciento diez horas de distancia.

Ahora estaban cayendo en dirección a la Luna. Caída libre. Acelerando su caída a una velocidad cataclísmica. La gravedad lunar era débil, pero caían desde una gran altura. Ahora, finalmente, la vista de la Luna empezó a girar y, muy despacio, nuevos cráteres fueron apareciendo ante sus ojos.

Por supuesto, eludirían la masa de la Luna, y su velocidad los arrastraría sanos y salvos en torno a ella. Avanzarían sobre la mitad de la superficie de la Luna, casi cinco mil kilómetros, en una hora; luego volverían a acelerar de regreso hacia la

Tierra.

Pero Oldbury se sintió triste al darse cuenta que no podía descubrir el familiar rostro de la Luna. No había ningún rostro estando tan cerca, solamente una devastada superficie. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas mientras miraba malhumorado.

Entonces, de repente, el pequeño y atestado espacio dentro de la nave se llenó con un intenso zumbido, y la mitad de los diales del panel empezaron a llamear en rojo desordenadamente ante sus ojos.

Oldbury se echó hacia atrás, pero Davis aulló casi triunfalmente:

—¡Te lo dije! ¡Todo empieza a ir mal!

Accionó inútilmente los mandos manuales.

—No volverá ninguna información a la Tierra. ¡Secretos! ¡Secretos!

Pero Oldbury seguía mirando a la Luna. Estaba terriblemente cerca, y ahora la superficie se movía con rapidez bajo ellos. Estaban iniciando la maniobra de salida de la órbita, y el grito de Oldbury fue un agudo chillido.

—¡Mira! ¡Mira eso!

El dedo con el que señalaba estaba rígido por el terror.

Davis alzó la vista y exclamó:

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

Lo dijo una y otra vez, hasta que finalmente la imagen del videoscopio desapareció y los diales que controlaban el aparato brillaron todos rojos.

Lars Nilsson no podía ponerse más pálido de lo que ya estaba, pero sus manos temblaban cuando las cerró convirtiéndolas en dos puños.

—¡Otra vez! Es una maldita mala suerte. Durante diez años, los automatismos no han resistido. Ni en los vuelos no tripulados. Ni en éste. ¿Quién es el responsable?

No servía de nada intentar buscar responsabilidades. Nadie era responsable, como Nilsson admitió casi inmediatamente con un gruñido. Era tan sólo que en el momento crucial —de nuevo—, las cosas habían fallado.

—Tenemos que sacarlos de allí de alguna manera —dijo, sabiendo que el resultado de la experiencia era discutible a partir de aquel momento.

Sin embargo, se puso en marcha todo lo que se creyó que podía hacerse.

—Tú también lo viste, ¿verdad? —preguntó Davis.

—Estoy asustado —gimoteó Oldbury.

—Lo viste. Viste la cara oculta de la Luna mientras pasamos sobre ella, ¡y viste que no había nada! Buen Dios, sólo postes de madera, sólo un gran andamiaje sujetando quince millones de kilómetros cuadrados de lona. ¡Te lo juro, lona!

Se echó a reír alocadamente hasta ahogarse, faltarle de aliento.

—Durante un millón de años —dijo roncamente—, la Humanidad ha estado contemplando el mayor decorado que jamás hubiera podido soñar. Los amantes se

acaramelaban bajo un trozo de lona del tamaño de un mundo, y le llamaban la Luna. Las estrellas están pintadas; tienen que estarlo. Si pudiéramos ir lo suficientemente lejos, podríamos arrancar alguna y llevarla de vuelta a la Tierra. Es todo tan divertido...

Se echó a reír de nuevo.

Oldbury deseaba preguntarle a aquel adulto por qué estaba riendo, pero sólo conseguía pronunciar un «¿Por qué..., por qué...?», debido a que la risa del otro era tan estentórea que helaba las palabras en su garganta.

—¿Por qué? —aulló Davis—. ¿Cómo demonios quieres que lo sepa? ¿Por qué los estudios cinematográficos levantan decorados de las fachadas de unas cuantas casas para filmar escenas de una calle en sus producciones? Quizá somos simplemente un espectáculo, y nosotros dos hemos salido de los estudios en vez de quedarnos en el centro del escenario, como se suponía que debíamos hacer. Se supone que la Humanidad no debe saber que está en un decorado. Por eso los aparatos dejan de funcionar pasados los trescientos veinte mil kilómetros. Pero, por supuesto, nosotros lo hemos visto.

Miró de soslayo al hombre que tenía a su lado.

—¿Sabes por qué no importa el hecho que lo hayamos visto?

Oldbury se secó las lágrimas para mirarle.

—No. ¿Por qué?

—Porque no importa lo que hayamos visto. Si volvemos a la Tierra y decimos que la Luna es simplemente una lona sujeta por un andamiaje de madera, nos matarán. O quizá nos encierren en un asilo psiquiátrico para el resto de nuestras vidas, si se sienten generosos. Por eso no vamos a decir nada al respecto.

De pronto, su voz se hizo más profunda, y casi amenazadora.

—¿Comprendes? ¡Ni una sola palabra!

—Quiero a mi mamá —gimoteó Oldbury, lloriqueando.

—¿Has comprendido? No diremos nada. Es nuestra única esperanza de ser tratados como cuerdos. Dejemos que algún otro siga nuestros pasos y descubra la verdad y sea muerto por ello.

¡Júrame que te mantendrás callado! ¡Júralo, y que te caigas muerto si revelas algo!

Davis respiraba pesadamente cuando alzó un brazo amenazador.

Oldbury se acurrucó hacia atrás tanto como se lo permitía su asiento-prisión.

—No me pegues. ¡No me pegues!

Pero Davis, furioso más allá de toda razón, gritó:

—Sólo hay una forma segura —dijo.

Y golpeó a la acurrucada figura, y golpeó, y golpeó de nuevo...

Godfrey Mayer se sentó junto a la cabecera de la cama de Oldbury y dijo:

—¿Le resulta todo claro ahora?

Oldbury llevaba casi un mes en observación.

Lars Nilsson permanecía sentado en el otro extremo de la habitación, escuchando y observando. Recordaba a Oldbury con el aspecto que tenía antes de subir a la nave. El rostro era aún cuadrado, pero sus mejillas estaban hundidas y había perdido toda su fuerza.

La voz de Oldbury era firme, pero apenas un susurro.

—No había ninguna nave. No estábamos en el espacio.

—Pero recuerde que no sólo se lo dijimos. Le mostramos la nave y los controles que gobernaban las imágenes de la Tierra y de la Luna. Usted lo vio.

—Sí. Lo sé.

—Mayer prosiguió rápidamente, con un tono definitivo:

—Fue un ensayo, una reproducción completa de las condiciones para probar cómo reaccionarían los hombres. Naturalmente, a usted y a Davis no podíamos decírselo, porque la prueba no hubiera servido para nada. Si las cosas no iban bien, podíamos detener el ensayo en cualquier momento. Así aprenderíamos gracias a la experiencia y podríamos efectuar los cambios que fueran necesarios, e intentarlo de nuevo con otra pareja.

Le había explicado aquello una y otra vez. Oldbury tenía que comprenderlo si quería aprender a vivir de nuevo.

—¿Ha sido elegida ya una nueva pareja? —preguntó Oldbury con añoranza.

—Todavía no. Pronto lo será. Hay que hacer algunos cambios.

—Yo fracasé.

—Aprendimos mucho con usted, de modo que el experimento fue un éxito en ese sentido. Ahora escuche... Los controles de la nave estaban diseñados para empezar a ir mal cuando lo hicieron, a fin de comprobar su reacción ante unas condiciones de emergencia después de varios días de tensión del viaje. La interrupción estaba programada para el vuelo simulado en torno a la Luna, y estaba previsto que volvieran a funcionar en el viaje de regreso. Se suponía que ustedes no verían el otro lado de la Luna, así que no lo construimos. Llámelo economía. Esta prueba ha costado cincuenta millones de dólares, y no es fácil conseguir fondos.

—Sólo que el interruptor automático del videoscopio no actuó a tiempo —añadió Nilsson amargamente—. Falló una válvula. Vieron ustedes la parte no terminada de la Luna, y tuvimos que detener la nave para impedir...

—Eso es —le interrumpió Mayer—. Ahora repítalo usted, Oldbury. Repítalo todo.

Caminaron pensativamente por el pasillo. Nilsson dijo:

—Hoy casi parecía él mismo. ¿No lo cree usted así?

—Está mejorando —admitió Mayer—. Mucho. Pero tenemos que seguir con la



terapia, de todos modos.

—¿Alguna esperanza con Davis?

Mayer meneó lentamente la cabeza.

—Ese es un caso distinto. Se ha encerrado completamente en sí mismo. No habla. Y eso nos impide llegar hasta él. Hemos intentado la aldosterona, la ergoterapia, la contraelectroencefalografía, y todo eso. Nada ha funcionado. Cree que, si habla, lo meteremos en un asilo psiquiátrico o lo mataremos. No es posible pedir una paranoia más desarrollada.

—¿Le ha dicho usted que sabemos?

—Si lo hiciéramos, lo empujaríamos nuevamente a un ataque homicida, y quizá no fuéramos tan afortunados como la otra vez, cuando salvamos a Oldbury. Creo más bien que es incurable. Según me ha dicho el enfermero, a veces, cuando la Luna está en el cielo, Davis se queda mirándola y murmura para sí mismo: «Lona».

—Esto me recuerda lo que dijo el propio Davis en la primera parte del viaje — dijo Nilsson seriamente—. A las ideas les cuesta morir. Es cierto, ¿verdad?

—Esa es la tragedia del mundo. Sin embargo...

Mayer dudó.

—¿Sin embargo qué? —le apremió el otro.

—Nuestros cohetes no tripulados, tres de ellos..., los aparatos de transmisión dejando de emitir siempre justo antes de rodear la Luna, y los tres perdidos para siempre... A veces me pregunto...

—¡Cállese! —le atajó Nilsson furiosamente.

## ¡En blanco! (1957)

---

“Blank!”

—Es de suponer —decía August Pointdexter— que existe un sentimiento que podríamos denominar orgullo arrogante. Los griegos lo llamaban hubris y lo consideraban un desafío a los dioses, al que había de seguir siempre la Ate o retribución. —Se frotó los pálidos ojos azules con gesto inquieto.

—Muy bonito —respondió el doctor Edward Barron con impaciencia—. ¿Tiene alguna relación eso con lo que yo he dicho? —Tenía la frente alta y surcada por unas arrugas horizontales que formaban profundos cortes, cuando levantaba las cejas en expresión despectiva.

—Todas las relaciones —aseguró Pointdexter—. Construir una máquina del tiempo es en sí mismo un desafío al destino. Y usted lo empeora con esa confianza tan total que manifiesta. ¿Cómo puede estar seguro de que su máquina del tiempo actuará a través de todo el tiempo sin la posibilidad de que se produzca una paradoja?

—No sabía que fueses supersticioso —replicó Barron—. La verdad pura y simple es que una máquina del tiempo es una máquina como otra cualquiera, ni más ni menos sacrílega que las otras. Matemáticamente hablando, es análoga a un ascensor que sube y baja por su pozo. ¿Qué peligro de retribución hay en ello?

Pointdexter adujo con energía:

—Un ascensor no implica paradojas. No puedes bajar del quinto piso al cuarto y matar a tu propio abuelo cuando era niño.

El doctor Barron meneaba la cabeza con atormentada impaciencia.

—Esperaba eso. Eso exactamente. ¿Cómo no has sugerido que podría encontrarme a mí mismo? ¿O que podría cambiar el curso de la Historia diciéndole a McClean que Stonewall Jackson se disponía a llevar a cabo una marcha de flanco sobre Washington, u otra cosa por el estilo? Te lo pido sin rodeos. ¿Quieres entrar en la máquina conmigo?

Pointdexter titubeaba.

—Yo... creo que no.

—¿Por qué pones las cosas difíciles? Te he explicado ya que el tiempo es invariable. Si vuelvo al pasado será porque ya estuve allí. Todo lo que decida hacer y haga, lo habré hecho ya en otro tiempo; de modo que no cambiaré nada, y no se producirá ninguna paradoja. Si hubiera decidido matar a mi abuelo siendo él niño y lo hubiese hecho, yo no estaría aquí. Pero estoy aquí. Por consiguiente, no maté a mi abuelo. Y no importa ahora cómo planease matarle e intentase hacerlo, la realidad es que no le maté, y por lo tanto no le mataría. Nada cambiará esta realidad. ¿No comprendes lo que te estoy explicando?

—Entiendo lo que me dices, pero... ¿es cierto?

—Claro que es cierto. Por amor de Dios, ¿por qué no podías ser matemático, en lugar de maquinista, y poseer una cultura universitaria? —Llevado por la impaciencia, Barron apenas sabía disimular su desdén—. Mira, esta máquina sólo es posible porque ciertas relaciones matemáticas entre el espacio y el tiempo son ciertas. Lo comprendes, ¿verdad que sí?, aunque no puedas seguir los detalles matemáticos. La máquina existe, así pues, las relaciones matemáticas que elaboré están de acuerdo con la realidad. ¿No es cierto? Me has visto mandar conejos una semana en el futuro. Y una semana después los has visto aparecer de la nada. Me has visto enviar un conejo a una semana en el pasado, una semana después de su aparición. Y quedaron indemnes.

—De acuerdo. Lo admito.

—Entonces, ¿me creerás si te digo que las ecuaciones sobre las que construí la máquina dan por supuesto que el tiempo está compuesto de partículas que existen en un orden inalterable, que el tiempo es invariante? Si el orden de las partículas se pudiera cambiar de algún modo —del que fuera—, las ecuaciones no valdrían y esta máquina no funcionaría; este método particular de viajar por el tiempo sería imposible.

Pointdexter se frotó los ojos una vez más y miró con expresión pensativa.

—¡Ojalá supiera matemáticas!

—Considera los hechos, nada más —dijo Barron—. Tú intentaste enviar el conejo a dos semanas en el pasado siendo así que había llegado hacía solamente una semana. Esto habría creado una paradoja, ¿verdad que sí? Pero ¿qué ocurrió? El indicador se paró a una semana y no quiso moverse de ahí. No pudiste crear una paradoja. ¿Vendrás?

Pointdexter se estremeció en el borde mismo del abismo del consentimiento, y retrocedió.

—No —dijo.

Barron insistió:

—No te pediría que me ayudases, si pudiera hacerlo solo; pero ya sabes que se necesitan dos hombres para manejar la máquina para intervalos de más de un mes. Necesito alguien que controle los estándares para que podamos regresar con precisión. Y tu eres la persona que quiero utilizar. Ahora compartimos la..., la gloria de haber construido esta máquina. ¿Quieres disminuir la porción que nos toca, introduciendo a otra persona? Habrá tiempo de sobra para ello cuando nos hayamos situado en el puesto de los primeros viajeros del tiempo, en la Historia. ¡Dios santo! ¿No quieres ver dónde estaremos dentro de cien años, o de mil? ¿No quieres ver a Napoleón, o a Jesús? Seremos..., seremos... —Barron parecía arrebatado— como dioses.

—Exactamente —murmuró Pointdexter—. Hubris. Viajar por el tiempo no es lo

suficientemente atractivo como para exponerme a encallar fuera de mi propio tiempo.

—Hubris. Encallar. Sigues fabricando temores. Sencillamente, nos moveremos por las partículas de tiempo lo mismo que un ascensor por las plantas de un edificio. En realidad, el viajar por el tiempo es más seguro, porque el cable de un ascensor se puede romper, mientras que en una máquina de tiempo no hay gravedad que nos arrastre para abajo en una caída destructora. No puede pasar nada malo. Te lo garantizo —dijo Barron, golpeándose el pecho con el dedo medio de la mano derecha—. Te lo garantizo.

—Hubris —musitó Pointdexter. A pesar de lo cual cayó en el abismo del consentimiento, arrollado por fin.

Los dos hombres entraron en la máquina. Pointdexter no entendía los mandos tal como los entendía Barron, porque no era matemático; pero sabía cómo había que manejarlos.

Barron se encargaba de un grupo, de las propulsiones. Estas suministraban la fuerza que impulsaba la máquina por el eje del tiempo. Pointdexter controlaba los estándares para mantener el punto de origen fijo, a fin de que la máquina pudiera regresar al momento de partida en cualquier instante.

A Pointdexter le castañetearon los dientes cuando sintió, en el estómago, el primer movimiento. Se parecía al de un ascensor, aunque no era exactamente igual. Era una cosa más sutil, y sin embargo muy real.

—¿Y qué hacemos si...? —quiso preguntar.

Barron le espetó:

—No puede fallar nada. ¡Por favor!

Y al momento se produjo una sacudida, y Pointdexter fue a chocar pesadamente contra la pared.

—¿Qué diablos...? —exclamó Barron.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Pointdexter.

—No lo sé; pero no importa. Sólo hemos penetrado veintidós horas en el futuro. Paremos y veamos qué hay.

La puerta de la máquina se deslizó dentro de su ahuecado panel. Pointdexter emitió un suspiro jadeante y se quedó sin respiración,

—Ahí no hay nada —dijo.

Nada. Ninguna materia. Nada de luz. ¡En blanco!

Pointdexter chilló:

—La Tierra se movía. Lo hemos olvidado. En veintidós horas ha corrido miles de kilómetros por el espacio, en su viaje alrededor del Sol.

—No —desmintió Barron con voz débil—. No lo olvidé. La máquina está diseñada de modo que siga el camino de la Tierra, adonde sea que ésta vaya. Además, aun en el caso de que la Tierra se hubiese alejado, ¿dónde está el Sol? ¿Dónde están

las estrellas?

Barron volvió a los mandos. Nada se movía. Nada funcionaba. La puerta ya no resbalaba para cerrarse. ¡En blanco!

Pointdexter hallaba dificultad en respirar, en moverse. Con gran esfuerzo dijo:

—¿Qué pasa, pues?

Barron avanzó lentamente hacia el centro de la máquina. Y contestó con dificultad:

—Las partículas de tiempo... Creo que, por azar, nos hemos parado... entre dos... partículas.

Pointdexter quiso cerrar el puño, pero no pudo.

—No lo entiendo.

—Como un ascensor. Como un ascensor. —Ya no podía hacer sonar las palabras, sino solamente mover los labios para configurarías—. Como un ascensor, después de todo..., atascado entre dos plantas.

Pointdexter ya no podía ni mover los labios. Pensaba: en el no-tiempo no puede ocurrir nada. Todo movimiento ha quedado interrumpido, toda consciencia, todo..., todo. La inercia que poseían antes los había mantenido en actividad durante un minuto, poco más o menos, como el cuerpo que se inclina hacia adelante cuando el coche para repentinamente..., pero aquella inercia se disipaba rápidamente.

La luz del interior de la máquina perdió brillo y se apagó. La sensación y la conciencia se helaban en la nada.

Un último pensamiento, un último, débil suspiro mental:

—¡Hubris, Ate!

Y entonces se interrumpió también el pensamiento.

¡Inmovilidad! ¡Nada! Por toda la eternidad, allí donde hasta la eternidad carecía de significado, sólo habría... ¡en blanco!

# Polvo Mortal (1957)

---

“The Dust of Death”

Como todos los hombres que trabajaban para el gran Llewes, Edmund Farley llegó al punto en que pensaba con vehemencia en el placer que le daría matar al tal gran Llewes.

Ningún hombre que no haya trabajado para Llewes podría entender completamente ese sentimiento. Llewes (los hombres se olvidaban de su nombre de pila, o llegaban a pensar casi inconscientemente que era Grande; así, con G mayúscula) era el prototipo que todo el mundo imaginaba de gran investigador de lo desconocido: a la vez implacable y brillante, no se rendía ante el fracaso ni dejaban de ocurrírsele jamás nuevos y más ingeniosos modos de abordar el problema.

Llewes era un especialista en química orgánica que había puesto el Sistema Solar al servicio de su ciencia. Él fue el primero en utilizar la Luna para llevar a cabo reacciones a gran escala que debían realizarse en el vacío, a temperaturas de ebullición o de licuación del aire, según la época del mes. La fotoquímica se convirtió en algo nuevo y maravilloso cuando se enviaron aparatos cuidadosamente diseñados para que flotaran libremente en órbita alrededor de las estaciones espaciales.

Pero, a decir verdad, Llewes era un ladrón de méritos, pecado casi imposible de perdonar. Cuando a un estudiante desconocido se le ocurrió por primera vez montar un aparato en la superficie lunar, o un técnico diseñó el primer reactor espacial autónomo, no se sabe cómo, ambos logros acabaron asociándose al nombre de Llewes.

Y no se podía hacer nada. Si un empleado, en su indignación, llegaba a renunciar a su empleo, perdía su recomendación y se encontraba en dificultades para conseguir otro trabajo. Sin pruebas, su palabra no tenía ningún valor frente a la de Llewes. Por otra parte, aquellos que seguían con él, los que aguantaban y se marchaban finalmente con su favor y su recomendación, tenían asegurado su éxito futuro.

Pero mientras permanecían allí, disfrutaban al menos del dudoso placer de contarse entre sí el odio que le tenían.

Y Edmund Farley tenía sobrados motivos para unirse a este coro. Había vuelto de Titán, el mayor satélite de Saturno, donde había instalado él solo —ayudado únicamente por robots— un equipo para utilizar con pleno rendimiento la reducida atmósfera de dicho satélite. Los planetas mayores tienen sus atmósferas compuestas de hidrógeno y metano en su mayor parte; pero Júpiter y Saturno eran demasiado grandes para habérselas con ellos, y Urano y Neptuno resultaban muy caros todavía por lo alejados que estaban. Titán, sin embargo, era del tamaño de Marte; es decir, era lo bastante pequeño como para poder trabajar en él y lo bastante grande y frío como para conservar una atmósfera entre media y enrarecida de hidrógeno y metano.

Las reacciones a gran escala podían llevarse a cabo fácilmente en esa atmósfera de hidrógeno, mientras que en la Tierra, esas mismas reacciones ofrecían dificultades cinéticas. Durante medio año había estado Farley trazando una y otra vez los planos de Titán y soportando sus condiciones, y había regresado a la Tierra con una serie de datos sorprendentes. Sin embargo, sin saber cómo, casi inmediatamente después, Farley tuvo ocasión de ver cómo sus datos se fragmentaban y empezaban a adquirir nueva forma, como si fueran un logro de Llewes.

Los demás le compadecieron, se encogieron de hombros y le brindaron su amistad. A Farley se le puso tenso su rostro marcado por el acné, apretó sus finos labios y escuchó cómo tramaban los demás acciones violentas.

Jim Gorham era el más hablador. Farley sentía cierto desprecio por él porque era un «hombre del vacío», que jamás había salido de la Tierra.

—Llewes es un hombre fácil de matar por lo metódico de sus costumbres —dijo Gorham—. Podéis contar con eso. Por ejemplo, fijaos en ese empeño que tiene de comer a solas. Cierra su despacho a las doce exactamente y lo abre a la una en punto. ¿No es así? Nadie entra en su despacho durante ese intervalo, de modo que el veneno tiene tiempo de sobra para hacer su efecto.

—¿Veneno? —preguntó Belinsky dubitativo.

—Es fácil. Aquí hay venenos de todas clases. Pide el que quieras; verás como lo tenemos. Bien. Llewes toma un queso suizo untado en pan de centeno, con una clase especial de condimento que tiene un fuerte sabor a cebolla. Todos lo sabemos, ¿no? Estamos cansados de notarle el olor durante toda la tarde, y recordamos también el grito de desencanto que lanzó cuando se agotó el condimento en el comedor una vez, la primavera pasada. Nadie se atreve ya a tocar el condimento ese, así que el veneno que se le echara mataría a Llewes y a nadie más...

Todo eso no era más que una especie de fantasía durante el almuerzo, pero no para Farley.

Siniestramente, y en serio, decidió asesinar a Llewes.

Se convirtió para él en una obsesión. La sangre le producía cosquilleos cuando imaginaba a Llewes muerto, y se veía a sí mismo adjudicándose los honores a los que tenía derecho por todos aquellos meses que había vivido en una pequeña burbuja de oxígeno y había tenido que andar por regiones de amoníaco helado, apartando productos y montando nuevas reacciones en los vientos tenues y fríos de hidrógeno y metano.

Pero tenía que ser algo que no pudiera hacerle daño a nadie más que a Llewes. Esto dificultaba la cuestión y enfocaba las cosas hacia la sala de las atmósferas de Llewes. Se trataba de una habitación larga y baja, aislada del resto de los laboratorios por bloques de cemento y puertas a prueba de fuego. Nunca entraba nadie en ella excepto Llewes, a no ser en presencia de éste y con permiso suyo. No es que la

habitación estuviera realmente cerrada con llave. La férrea tiranía que Llewes había establecido hacía que el descolorido pedazo de papel en el que se leía «Prohibida la Entrada», firmado con sus iniciales, resultara una barrera más grande que cualquier cerradura... menos cuando el deseo de matar fuera superior a todo lo demás.

Entonces, ¿qué posibilidades ofrecía la sala de las atmósferas? Las comprobaciones habituales de Llewes, sus precauciones casi infinitas, no dejaban nada al azar. Cualquier manipulación que se hiciera en el equipo, a menos, que fuera excepcionalmente sutil, sería descubierta con toda seguridad.

¿Un incendio entonces? En la sala de las atmósferas había cantidades de material inflamable, pero Llewes no fumaba y estaba perfectamente preparado para un caso de peligro de incendio. Nadie estaba tan apercebido como él para esa eventualidad.

Farley pensó con impaciencia en el hombre de quien tan difícil parecía tomarse justa venganza, en ese ladrón que jugaba con sus pequeños tanques de metano e hidrógeno, cuando Farley los había usado por millas cúbicas. Llewes, con sus pequeños tanques, había alcanzado la fama; Farley, manejando millas cúbicas, había quedado en el olvido.

Todos esos pequeños depósitos de gas, cada uno de un color, constituían cada uno una atmósfera sintética. El gas de hidrógeno estaba en los depósitos marrones, y el dióxido de carbono que contenían los plateados formaba la atmósfera de Venus. Los depósitos amarillos de aire comprimido y los verdes de oxígeno estaban para cuando necesitaba operar con la química terrestre. Era un desfile de colores como el arco iris, y cada color se había convenido siglos atrás.

Entonces le vino la idea. No llegó a ella penosamente, sino que se le ocurrió de repente. En un instante había cristalizado todo en el espíritu de Farley y se dio cuenta de lo que tenía que hacer.

Farley esperó un penoso mes hasta el 18 de septiembre, que era el Día del Espacio. Era el aniversario del primer vuelo espacial tripulado, y nadie trabajaría esa noche. El Día del Espacio era, de todas las fiestas, la más significativa para los científicos, y hasta el laborioso Llewes iría a divertirse.

Farley entró esa noche en los laboratorios Orgánicos Centrales —por llamarlos por su nombre oficial— seguro de pasar inadvertido. Los laboratorios no eran bancos o museos. No había peligro de robo, y los vigilantes nocturnos se tomaban su cometido con mucha filosofía.

Farley cerró la puerta principal cuidadosamente tras de sí y avanzó con cautela por los pasillos oscuros hacia la sala de las atmósferas. Iba provisto de una linterna, un frasquito de polvo negro y un pincel que había comprado en una tienda de artículos de pintura al otro lado de la ciudad, tres semanas antes. Llevaba puestos unos guantes.

Lo más difícil de todo fue entrar realmente en la sala de las atmósferas. La



prohibición de la puerta le coartaba más que la prohibición general de asesinar. Sin embargo, una vez que hubo entrado, una vez pasado el riesgo mental, el resto fue fácil.

Cubrió la linterna y encontró el depósito sin un titubeo. El corazón le latía tan fuerte que casi le ensordecía, mientras su respiración se hacía más agitada y las manos le temblaban.

Se puso la linterna debajo del brazo y metió la punta del pincel en el polvo negro. Una vez impregnado, Farley apuntó con él al interior de la boquilla del manómetro sujeto al depósito. Tardó unos segundos, largos como milenios, en meter la temblorosa punta del pincel en la boquilla.

Farley lo movió con cuidado, lo mojó de nuevo en el polvo negro y lo introdujo una vez más en la boquilla. Repitió la operación una y otra vez, casi hipnotizado por la intensidad de su propia concentración. Finalmente, haciendo uso de un trocito de pañuelo de papel mojado con saliva, empezó a limpiar el anillo exterior de la boquilla, enormemente aliviado de ver que había terminado el trabajo y que no tardaría en salir de allí.

Fue entonces cuando se le quedó paralizada la mano y le invadió la angustiada incertidumbre del miedo. La linterna se le cayó estrepitosamente al suelo.

¡Idiota! ¡Perfecto y desdichado idiota! ¡No lo había pensado bien!

¡Bajo la violencia de su emoción y ansiedad, había elegido el depósito que no era!

Agarró la linterna, la apagó y con el corazón latiéndole violentamente, prestó atención por si sonaba algún ruido

En el prolongado silencio de muerte, fue recobrando parcialmente el dominio de sí y se esforzó por considerar que lo que había podido hacer una vez podía repetirlo de nuevo. Puesto que había estado manipulando el el depósito que no era, hacerlo en el que era sólo le llevaría un par de minutos más.

Otra vez entraron en acción el pincel y el polvo negro.

Al menos no se le había caído el frasco de polvo; el polvo mortal y abrasador. Esta vez no se había equivocado de depósito.

Terminó y limpió de nuevo la boquilla con mano terriblemente temblorosa. Paseó entonces la luz de la linterna a su alrededor y la detuvo sobre una botella reactiva de tolueno. Eso le serviría. Desenroscó el tapón de plástico, derramó un poco de tolueno por el suelo, y dejó la botella abierta.

A continuación salió a trompicones del edificio como en un sueño, echó a correr hacia la residencia y se refugió en su propia habitación. A lo que a él se le alcanzaba, nadie había reparado en él durante todo este tiempo.

Se deshizo del pañuelo que había empleado para limpiar las boquillas de los depósitos de gas metiéndolo en el desintegrador de basuras, donde no tardó en sufrir una descomposición molecular. Lo mismo ocurrió con el pincel que arrojó a

continuación.

No podía desembarazarse del frasco de polvo de igual manera, a no ser que hiciera algunos ajustes en el desintegrador de basuras, cosa que le parecía muy arriesgada. Iría andando al trabajo, como hacía a menudo, y lo tiraría desde el puente de la Calle Central...

A la mañana siguiente, Farley se contempló en el espejo y se preguntó si se atrevería a ir a trabajar. La idea era una estupidez; a lo que no se atrevería era a no ir a trabajar. No debía hacer nada que pudiera atraer la atención hacia sí en este día tan especial.

Con sorda desesperación, puso todo su empeño en reproducir sus actos normales insignificantes que ocupaban la mayor parte del día. Era una mañana cálida y agradable, y fue andando al trabajo. No necesitó más que un simple movimiento de muñeca para deshacerse del frasco. Provocó una pequeña salpicadura en el río, se llenó de agua y se hundió.

Poco más tarde, se hallaba sentado en su mesa de despacho contemplando fijamente su computador manual. Ahora que ya estaba hecho, ¿daría resultado? Puede que a Llewes le pasara inadvertido el olor a tolueno. ¿Por qué no? El olor no era agradable, pero tampoco repugnante. Los químicos orgánicos estaban acostumbrados a él.

Luego, si Llewes seguía interesado en los procedimientos de hidrogenación que Farley había traído de Titán, no tardaría en poner en funcionamiento el depósito de gas. No tenía más remedio. Después de un día de fiesta, Llewes estaría más ansioso que de costumbre por volver al trabajo.

Entonces, tan pronto como hiciera girar la llave del manómetro, se escaparía un poco de gas y se convertiría en una lengua de fuego. Si había la cantidad apropiada de tolueno en el aire, se transformaría inmediatamente en una explosión...

Tan sumido estaba Farley en sus meditaciones que aceptó el sordo estampido a distancia como un producto de su propia imaginación, un contrapunto de sus pensamientos, hasta que oyó ruido de pasos.

Farley levantó la vista, y con la garganta seca, gritó:

—Qué... qué...

—No sé —le contestó a voces el otro—. Algo ha ocurrido en la sala de las atmósferas. Una explosión. Hay un lío de mil diablos.

Habían puesto en marcha los extintores; apagaron las llamas y sacaron de entre las ruinas a un Llewes destrozado y lleno de horribles quemaduras. No le quedaba más que un soplo de vida, y murió antes de que el doctor tuviera tiempo de predecirlo.

Edmund Farley se mantuvo apartado del grupo que rondaba en torno al lugar del suceso con insaciable y tremenda curiosidad. Su palidez y el brillo del sudor de su

rostro no le distinguieron, en ese momento, de entre los demás. Volvió temblando a su despacho. Ahora se podía permitir el caer enfermo. A nadie le chocaría.

Pero, no se sabe por qué, no ocurrió así. Terminó el día, y por la noche empezó a quitársele el peso de encima. Accidentes son los accidentes, ¿no? Había riesgos de tipo profesional que todos los químicos corrían, especialmente aquellos que manejaban compuestos inflamables. Nadie sospecharía lo que había pasado.

Y si alguien llegaba a sospecharlo, ¿qué posibilidades tenía de llegar hasta Edmund. Farley? Él no tenía más que seguir como si nada hubiera ocurrido.

¿Nada? Dios mío, el mérito por lo de Titán sería ahora suyo. Sería un hombre famoso.

Efectivamente, se le quitó el peso de encima, y esa noche durmió.

Jim Gorham había desmejorado un poco en veinticuatro horas. Se le habían quedado tiesos los rubios pelos de la cabeza, y sólo el color claro de su barba disimulaba la necesidad que tenía de un buen afeitado.

—Todos hablábamos de asesinarle —dijo.

H. Seton Davenport, de la Oficina Terrestre de Investigación, daba metódicos golpecitos sobre el tablero de la mesa, tan quedos que no se podían oír. Era un hombre fornido, de rostro firme y pelo negro; su nariz afilada y prominente estaba hecha más para utilizarla que para adornar; y tenía una cicatriz en la mejilla en forma de estrella.

—¿En serio? —preguntó.

—No —dijo Gorham, negando violentamente con la cabeza. Al menos, a mí no me lo parecía. Los planes que trazábamos eran disparatados: untarle los bocadillos de veneno y ponerle ácido en el helicóptero. Sin embargo, alguien ha debido tomarse en serio la cuestión... ¡Qué loco! ¡Por qué lo habrá hecho!

—Según lo que usted ha dicho —dijo Davenport—, creo que porque el muerto se apropiaba del trabajo de Otras personas.

—¿Y qué? —exclamó Groham—. Era el precio que cobraba por lo que hacía. El mantenía unido a todo el equipo. Era los músculos y las tripas del grupo. Llewes era el que se enfrentaba con el Congreso y conseguía la subvención. Él era el que obtenía permiso para llevar a cabo los proyectos del espacio y enviar hombres a la Luna o adonde fuera. Convencía a las Compañías de Líneas espaciales e industriales para que emprendieran trabajos de millones de dólares para nosotros. El dirigía el Órgano Central.

—¿Se ha dado cuenta de todo eso de la noche a la mañana?

—Realmente, no. Siempre lo he sabido; pero ¿qué podía hacer? He renunciado por miedo a los viajes espaciales; encontré excusas para evitarlos. Yo era un hombre del vacío, y ni siquiera he llegado a visitar jamás la Luna. La verdad es que tenía

miedo, pero lo que más miedo me daba era que los demás me lo notaran —dijo como escupiendo desprecio por sí mismo.

—¿Y quiere encontrar ahora a alguien a quien castigar? —dijo Davenport—. ¿Quiere compensar al Llewes muerto de ese crimen que usted cometió contra el Llewes vivo?

—¡No! No mezcle usted en esto a la psiquiatría. Le aseguro que es un asesinato. Tiene que serlo. Usted no conocía a Llewes. Era un monomaniaco de la seguridad. No había posibilidad de que ocurriera ninguna explosión cerca de él, a menos que la hubieran preparado cuidadosamente.

—¿Qué es lo que estalló, doctor Gorham? —preguntó Davenport encogiéndose de hombros.

—Pudo ser cualquier cosa. El manejaba sustancias orgánicas de todas clases: benceno, éter, piridina... y todos ellos inflamables.

—Yo estudié química hace tiempo, doctor Gorham, Y ninguno de esos líquidos puede explotar a la temperatura ambiente, según recuerdo. Tiene que haber alguna clase de calor, una chispa, una llama.

—Desde luego, hubo fuego.

—¿Cómo se produjo?

—No tengo ni idea. No había mecheros ni cerillas en la sala. Los equipos eléctricos estaban todos fuertemente protegidos. Incluso las cosas más corrientes, como las pinzas, estaban fabricadas especialmente de berilio y cobre, u otras aleaciones que no producen chispas. Llewes no fumaba, y habría despedido inmediatamente a cualquiera que se acercara a cien metros de la sala con un cigarrillo encendido.

—¿Qué fue, entonces, lo último que manejó él?

—Es difícil decirlo. La sala parecía una auténtica leonera.

—Pero ya la habrán ordenado, supongo.

—No —contestó el químico con repentina ansiedad—. Me cuidé de que no lo hicieran. Dije que teníamos que investigar las causas del accidente para comprobar que no fue una negligencia. Ya sabe, para evitar la mala publicidad. Así que está intacta.

—Muy bien —asintió Davenport—. Vamos a echarle una mirada.

Ya en la sala ennegrecida y destrozada, dijo Davenport:

—¿Qué es lo más peligroso del equipo que hay aquí?

Gorham miró a su alrededor.

—Los tanques de oxígeno comprimido —dijo señalándolos.

Davenport miró los depósitos de diversos colores pegados a la pared y sujetos con una cadena. Algunos descansaban pesadamente contra la cadena, torcidos por la fuerza de la explosión.

—¿Qué me dice de éste? — dijo Davenport. Dio una patada a un depósito rojo que estaba volcado en el suelo en medio de la habitación. Era pesado y no se movió.

—Ese es de hidrógeno —dijo Gorham.

—El hidrógeno es explosivo, ¿no?

—Es cierto... cuando se le enciende.

—Entonces, ¿por qué dice que el oxígeno comprimido es el más peligroso? El oxígeno no explota, ¿no es cierto?

—No. Ni arde tampoco, pero favorece la combustión. Las cosas se queman en él.

—¿Y?...

—Bueno mire —la voz de Gorham pareció animarse ligeramente, ahora era el científico explicando algo sencillo a un profano inteligente—. Se puede dar el caso de que alguien engrase la válvula antes de enroscarla en el depósito, para que cierre más herméticamente. O untarla de algo inflamable por equivocación. Entonces, al abrir la válvula, estallaría y la haría saltar. Entonces el oxígeno del depósito saldría a chorro con la fuerza de un reactor en miniatura y derribaría la pared; el calor de la explosión podría hacer arder los líquidos inflamables de alrededor,

—¿Están intactos los tanques de oxígeno en este lugar?

—Sí, lo están.

Davenport le dio una patada al depósito de hidrógeno que tenía a sus pies.

—El manómetro de este depósito marca cero. Supongo que eso significa que se estaba utilizando en el momento de la explosión y que se ha ido vaciando después.

—Supongo que sí —asintió Gorham.

—¿Se podría hacer estallar el hidrógeno untando aceite en el manómetro?

—Desde luego que no.

Davenport se frotó la barbilla.

—¿Hay algo que pueda hacer arder el hidrógeno, aparte de cualquier chispa?

—Un catalizador —murmuró Gorham—. El polvo negro de platino es el mejor. Se trata de platino en polvo.

Davenport pareció sorprenderse.

—Tienen ustedes polvo de ese?

—Por supuesto. Es caro, pero no hay nada mejor para catalizar hidrogenaciones —se quedó en silencio y contempló el depósito de hidrógeno durante largo rato— Polvo negro de platino —murmuró finalmente—. Me pregunto...

—Entonces, el polvo negro de platino podría hacer arder el hidrógeno, ¿no?

—Sí, claro. Da lugar a que se combinen el hidrógeno y el oxígeno a temperatura ambiente. No es necesario el calor. La explosión ocurriría igual que si hubiera sido causada por el calor, exactamente igual...

La excitación fue subiendo de tono en la voz de Gorham, y cayó de rodillas junto

al depósito de hidrógeno. Pasó el dedo por el extremo ennegrecido. Puede que no fuera más que hollín, pero también podía ser...

Se puso en pie.

—Señor, así es como han debido hacerlo. Voy a sacar las partículas que pueda de esa sustancia extraña que tiene la boquilla y hacerle un análisis espectrográfico.

—¿Cuánto tardará?

—Deme unos quince minutos de tiempo.

Gorham volvió a los veinte minutos. Davenport había hecho una meticulosa inspección por el laboratorio incendiado. Levantó la vista.

—¿Y bien?

—Lo hay —dijo Gorham triunfante—. No mucho, pero lo hay.

Mostró un trozo de negativo en el que se veía a contraluz una serie de pequeñas líneas blancas y paralelas, irregularmente espaciadas y con distintos grados de brillantez.

—La mayor parte es materia extraña, pero ¿ve usted estas líneas?...

Davenport lo observó de cerca.

—Son muy débiles. ¿Podría jurar usted ante un tribunal que se trata de platino?

—Sí —contestó Gorham inmediatamente.

—¿Lo juraría otro químico? Si se le mostrara esta foto a un químico contratado por la defensa, ¿podría alegar éste que las líneas son demasiado débiles para que pueda constituir una prueba evidente?

Gorham guardó silencio.

Davenport se encogió de hombros.

—Pero si está aquí —exclamó el químico—. El chorro de gas y la explosión han debido hacerlo desaparecer casi todo. No se puede esperar que quede mucho. Lo comprende, ¿no?

Davenport miró pensativo a su alrededor.

—Sí. Admito que existe una posibilidad bastante razonable de que sea un asesinato. Así que busquemos ahora nuevas y mejores pruebas. ¿Es este, a su juicio, el único depósito que han manipulado?

—No lo sé.

—Entonces, lo primero que vamos a hacer es comprobar los demás depósitos de la sala. Y lo demás, también. Si hay un asesino, es posible que haya preparado otras trampas en la sala. Hay que comprobarlo.

—Empezaré... —comenzó a decir Gorham ansioso.

—No... usted, no —dijo Davenport—. Mandaré a un hombre de nuestros laboratorios para que lo haga.

A la mañana siguiente, Gorham estaba de nuevo en el despacho de Davenport. Esta vez le habían llamado.

—Tenía usted razón, se trata de un asesinato —dijo Davenport—. Había otro depósito en las mismas condiciones.

—¡Lo ve!

—Un depósito de oxígeno. Encontramos polvo negro de platino en el extremo interior de la boquilla. Había bastante.

—¿Polvo de platino? ¿En el depósito de oxígeno?

—Eso es —asintió Davenport—. ¿Por qué supone usted que harían tal cosa?

Gorham hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El oxígeno no habría ardidido, nada lo habría hecho arder. Ni siquiera el polvo negro de platino.

—Por tanto, el asesino debió de ponerlo en el depósito de oxígeno por equivocación, con el nerviosismo del momento. Seguramente se dio cuenta después y lo puso en el depósito que había pensado, pero con eso nos ha dejado la prueba definitiva de que es un asesinato y no un accidente.

—Sí. Ahora solamente es cuestión de encontrar al autor.

—¿Solamente, doctor Gorham? ¿Y cómo lo haremos? Nuestra pieza no nos ha dejado su tarjeta de visita. Hay un montón de personas en los laboratorios con motivos para hacerlo, y un número mayor aún con los necesarios conocimientos químicos para cometer el crimen y la oportunidad de llevarlo a cabo. ¿Hay alguna posibilidad de seguirle la pista al polvo de platino?

—No —dijo Gorham inseguro—. Hay una veintena de personas que pueden haber entrado sin dificultad en el almacén especial. ¿Hay coartadas?

—¿Para qué momento?

—Para la noche anterior.

Davenport se inclinó sobre su mesa.

—¿Cuándo fue la última vez, antes del momento fatal, que el doctor Llewes utilizó el depósito de hidrógeno?

—Pues... no lo sé. Trabajaba solo. Muy en secreto. Era parte de su modo de adjudicarse el mérito él solo.

—Sí, lo sé. Hemos hecho nuestras propias indagaciones. Así que el polvo negro de platino pudieron haberlo colocado en el depósito una semana antes, por lo que nosotros sabemos.

—Entonces, ¿qué hacemos? —murmuró Gorham con desaliento.

—El único punto que se puede abordar —dijo Davenport—, a mi juicio, es el del polvo negro de platino en el depósito de oxígeno. Es un hecho irracional y en su explicación podemos encontrar la solución. Pero yo no soy químico y usted sí; así que, si la respuesta ha de venir de alguna parte, tiene que ser de usted. ¿Pudo haber sido un error?... ¿Pudo el asesino haber confundido el oxígeno con el hidrógeno?

Gorham negó inmediatamente con la cabeza.

—No. Ya sabe usted lo de los colores. Un tanque pintado de verde es de oxígeno, un tanque pintado de rojo es, de hidrógeno.

—¿Y si fuera daltónico? —preguntó Davenport  
Esta vez Gorham se tomó más tiempo.

—No —contestó finalmente—. Los que padecen daltonismo no se dedican a la química, por lo general. El distinguir los colores en las reacciones químicas es demasiado importante. Y si alguien de esta organización fuera daltónico, tendría bastantes problemas entre unas cosas otras, de modo que los demás lo sabríamos.

Davenport asintió. Se tocó la cicatriz de la mejilla con aire distraído.

—Muy bien. Si no untaron el depósito de oxígeno por ignorancia y por accidente, ¿pudieron hacerlo a propósito? ¿De una manera deliberada?

—No lo comprendo.

—Quizá el asesino tenía un plan lógico en su mente cuando untó el depósito de oxígeno y luego cambió de plan. ¿Existe alguna circunstancia bajo la cual el polvo negro de platino pueda ser peligroso en presencia del oxígeno? ¿Alguna circunstancia? Usted es químico, doctor Gorham.

El semblante del químico adoptó una expresión de desconcierto. Negó con la cabeza.

—No, ninguna. Imposible. A menos...

—¿A menos?

—Bueno, ese es ridículo, pero si se produce el chorro de oxígeno en un tanque de gas de hidrógeno, el polvo negro de platino del depósito puede resultar peligroso. Naturalmente, se necesitaría un tanque de grandes dimensiones para lograr una explosión satisfactoria.

—Supongamos —dijo Davenport— que nuestro asesino hubiera planeado llenar la habitación de hidrógeno y abrir luego el tanque de oxígeno.

Gorham, con media sonrisa en la boca, dijo:

—Pero, ¿para qué molestarse con la atmósfera de hidrógeno cuando...? —la media sonrisa se le borró por completo, viniendo a sustituirla una intensa palidez. Y exclamó—: ¡Farley! ¡Edmund Farley!

—¿Qué ocurre?

—Farley acaba de regresar después de una estancia de seis meses en Titán —dijo Gorham con una creciente excitación—. Titán tiene una atmósfera de hidrógeno-metano. Es el único hombre de aquí que ha realizado experiencias en una atmósfera de este tipo, y todo tiene sentido ahora. En Titán, un chorro de oxígeno se combinaría con el hidrógeno que le rodea si se calentara, o se tratara con polvo negro de platino. Un chorro de hidrógeno no se quemaría. La situación sería exactamente la opuesta a la existente en la Tierra. Tiene que haber sido Farley. Cuando entró en el laboratorio de Llewes para preparar la explosión, puso el polvo negro de platino en el oxígeno



debido a su reciente costumbre. Cuando se dio cuenta de que la situación en la Tierra era al revés, ya no tenía remedio.

Davenport asintió con severa satisfacción.

—Sí, eso parece que encaja.

Alargó la mano a un intercomunicador y dijo a un invisible escucha del otro extremo:

—Envíe a un hombre a buscar al doctor Edmund Farley, de la Central Orgánica.

## Asnos estúpidos (1958)

---

“Silly Asses”

Naron, de la longeva raza rigeliana, era el cuarto de su estirpe que llevaba los anales galácticos.

Tenía en su poder el gran libro que contenía la lista de las numerosas razas de todas las galaxias que habían adquirido el don de la inteligencia, y el libro, mucho menor, en el que figuraban las que habían llegado a la madurez y poseían méritos para formar parte de la Federación Galáctica. En el primer libro habían tachado algunos nombres anotados anteriormente: los de las razas que, por el motivo que fuere, habían fracasado. La mala fortuna, las deficiencias bioquímicas o biofísicas, la falta de adaptación social se cobraban su tributo. Sin embargo, en el libro pequeño no había habido que tachar jamás ninguno de los nombres anotados.

En aquel momento, Naron, enormemente corpulento e increíblemente anciano, levantaba la vista, notando que se acercaba un mensajero.

—Naron —saludó el mensajero—. ¡Gran Señor!

—Bueno, bueno, ¿qué hay? Menos ceremonias.

—Otro grupo de organismos ha llegado a la madurez.

—Estupendo. Estupendo. Actualmente ascienden muy aprisa. Apenas pasa año sin que llegue un grupo nuevo. ¿Quiénes son éstos?

El mensajero dio el número clave de la galaxia y las coordenadas del mundo en cuestión.

—Ah, sí —dijo Naron—. Lo conozco. —Y con buena letra cursiva anotó el dato en el primer libro, trasladando luego el nombre del planeta al segundo. Utilizaba, como de costumbre, el nombre bajo el cual era conocido el planeta por la fracción más numerosa de sus propios habitantes.

Escribió, pues: La Tierra.

—Estas criaturas nuevas —dijo luego— han establecido un récord. Ningún otro grupo ha pasado de la inteligencia a la madurez tan rápidamente. No será una equivocación, espero.

—De ningún modo, señor —respondió el mensajero.

—Han llegado al conocimiento de la energía termonuclear, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Bien, ése es el requisito —Naron soltaba una risita—. Sus naves sondearán pronto el espacio y se pondrán en contacto con la Federación.

—En realidad, señor —dijo el mensajero con renuencia—, los Observadores nos comunican que todavía no han penetrado en el espacio.

Naron se quedó atónito.

—¿Ni poco ni mucho? ¿No tienen siquiera una estación espacial?

—Todavía no, señor.

—Pero si poseen la energía termonuclear, ¿dónde realizan las pruebas y las explosiones?

—En su propio planeta, señor.

Naron se irguió en sus seis metros de estatura y tronó:

—¿En su propio planeta?

—Si, señor.

Con gesto pausado, Naron sacó la pluma y tachó con una raya la última anotación en el libro pequeño. Era un hecho sin precedentes; pero es que Naron era muy sabio y capaz de ver lo inevitable como nadie en la galaxia.

—¡Asnos estúpidos! —murmuró.

## Compre Júpiter (1958)

---

“Buy Jupiter”

Era un simulacro, por supuesto, pero tan perfectamente realizado que los seres humanos que sostenían tratos con él habían dejado de pensar desde hacía tiempo en las entidades energéticas reales, que esperaban, sumidas en llamas, dentro de su nave campo de fuerzas, en el espacio próximo a la Tierra.

El simulacro, con una majestuosa barba dorada y profundos ojos castaño oscuro, dijo suavemente:

—Nosotros comprendemos sus dudas y sospechas, y sólo podemos reiterarles que no deseamos hacerles ningún daño. Creo que les hemos presentado pruebas de que habitamos los halos que coronan las estrellas de tipo O<sup>[10]</sup> y que su sol es demasiado débil para nosotros, mientras que sus planetas son de materia sólida y, por lo tanto, completa y eternamente ajenos a nuestros intereses.

El negociador terrestre, que era secretario de Ciencias y que por unánime acuerdo había sido encargado de las negociaciones con el extraterrestre, dijo:

—Pero ustedes han admitido que nosotros estamos en una de sus principales rutas comerciales.

—Sí, ya que nuestro nuevo mundo, Kimmonoshek, ha desarrollado nuevos campos de fluido protónico.

El secretario agregó:

—Verá, aquí en la Tierra, los puntos de las rutas comerciales pueden adquirir una importancia militar desproporcionada con respecto a su valor intrínseco. Por lo tanto, sólo puedo repetir, para ganar su confianza, que nos debe decir por qué necesita Júpiter.

Y, como cada vez que la pregunta era formulada o se aludía a ella, el simulacro pareció apenarse.

—Es importante mantener el secreto. Si la gente de Lamberj...

—Exactamente —dijo el secretario—. Para nosotros esto suena a guerra. Ustedes y lo que llama la gente de Lamberj...

Hurañamente, el simulacro continuó:

—Pero les estamos ofreciendo un precio muy generoso. Ustedes sólo han colonizado los planetas interiores del sistema y no estamos interesados en ellos. Pedimos el mundo que ustedes llaman Júpiter, en el que, según tengo entendido, su gente no espera poder vivir nunca, ni siquiera aterrizar en él. Su tamaño —dijo, mientras reía indulgentemente— es demasiado grande para ustedes.

El secretario, molesto por ese aire de condescendencia, dijo con obstinación:

—Los satélites jovianos son, no obstante, sitios aptos para la colonización, y de hecho pretendemos colonizarlos en breve plazo.

—Pero los satélites no serán molestados en forma alguna. Continuarán siendo suyos en el pleno sentido de la palabra. Solamente les pedimos Júpiter, un mundo completamente inútil para ustedes, a pesar de lo cual les ofrecemos un pago generoso. Seguramente se dará cuenta de que podríamos tomar su Júpiter por las buenas, si así lo deseáramos, sin contar para nada con su permiso. Pero preferimos efectuar un pago mediante contrato legalizado. Esto impedirá posibles disputas en el futuro. Tal como puede ver, mi sinceridad es absoluta.

Pero el secretario insistió, tercamente:

—¿Por qué necesitan Júpiter?

—Los de Lamberj...

—¿Están ustedes en guerra con la gente de Lamberj?

—No es eso exactamente...

—Porque usted comprenderá que si estalla una guerra y ustedes establecen alguna base militar en Júpiter, la gente de Lamberj podría, y con razón, resentirse por ello y vengarse de nosotros por haberles concedido ese permiso. No podemos permitirnos el vernos envueltos en semejante situación.

—Ni yo se lo pido. Tiene mi palabra de que no significará ningún daño para ustedes. Además —continuaba volviendo siempre a lo mismo—, el precio es generoso. Suficientes cajas de energía por año para proveer a su mundo de la energía necesaria para cada año completo.

El secretario dijo:

—¿Y qué sucedería en el caso de que el consumo de energía aumentara en el futuro?

—Si se tratara de una cifra hasta cinco veces mayor que la actual, no habría ningún problema.

—Bueno, pues entonces, tal como le he dicho, yo sólo soy un alto delegado del Gobierno y me han dado considerables poderes para tratar con usted, pero mis facultades son limitadas. Yo, por mi parte, me inclino a confiar en usted, pero no puedo aceptar sus condiciones sin comprender exactamente por qué quiere Júpiter. Si la explicación es satisfactoria y convincente, quizá podría persuadir a nuestros gobernantes y, a través de ellos, a nuestro pueblo, para firmar este acuerdo. Pero si intentase llevarlo a término sin dar ninguna explicación, yo sería simplemente relevado de mi puesto y la Tierra negaría su ratificación. Entonces, tal como ya ha dicho, ustedes podrían tomar Júpiter por la fuerza, pero lo tendrían en posesión ilegal y, por lo que ha mencionado, no lo quiere de esa manera.

El simulacro hizo chasquear su lengua impacientemente.

—No puedo seguir eternamente con esta insignificante disputa. Los de Lamberj...

Se detuvo una vez más y luego continuó:

—¿Tengo su palabra de honor de que todo esto no es un plan inspirado por la

gente de Lamberj para ir aplazando el acuerdo...?

—Mi palabra de honor —dijo el secretario.

El secretario de Ciencias, moviendo su frente con un aire de hombre diez años más joven, dijo suavemente:

—Le he asegurado que su gente podría tenerlo tan pronto como obtuviera la aprobación formal del presidente. No creo que él se oponga, ni tampoco el Congreso. ¡Dios mío! Piénsenlo, caballeros; energía gratuita en la punta de nuestros dedos en pago por un planeta que nunca y en ningún caso íbamos a utilizar.

El secretario de Defensa, volviéndose grana, dijo:

—Pero estamos de acuerdo en que sólo una guerra entre Mizzarett y Lamberj podía ser la causa de su necesidad de tener Júpiter. En tales circunstancias, y comparando su potencial militar con el nuestro, es esencial mantenernos en estricta neutralidad.

—Pero no hay ninguna guerra, señor —replicó el secretario de Ciencias—. El simulacro me dio otra explicación acerca de su necesidad de tener Júpiter, tan racional y plausible que la acepté inmediatamente. Y creo que el presidente estará de acuerdo conmigo, y ustedes también, caballeros, cuando lo comprendan. De hecho, tengo aquí sus planos para el nuevo Júpiter, tal como será muy pronto.

Los demás se levantaron de sus asientos, gritando.

—¿Un nuevo Júpiter? —dijo entrecortadamente el secretario de Defensa.

—No demasiado diferente del viejo, caballeros —dijo el secretario de Ciencias—. Aquí están los diseños realizados en forma adecuada para su observación por seres humanos como nosotros.

Se los entregó. El familiar planeta listado estaba allí delante de ellos, en uno de los dibujos: amarillo, verde pálido y castaño claro con rayas blancas rizadas aquí y allá contra el moteado fondo aterciopelado del espacio. Pero a través de las franjas había rayas tan negras como aterciopelado era el fondo, distribuidas de una curiosa manera.

—Eso —dijo el secretario de Ciencias—, es el lado diurno del planeta. El lado nocturno se encuentra en este otro diseño. —Allí, Júpiter era una delgada media luna envuelta en tinieblas, y dentro de esa oscuridad se veían las mismas rayas distribuidas de la misma manera, pero esta vez en un encendido color naranja fosforescente.

—Las marcas —continuó el secretario de Ciencias— son un fenómeno puramente óptico, según me ha dicho, que no rotarán con el planeta sino que quedarán estáticas en su margen atmosférico.

—Pero ¿qué son? —preguntó el secretario de Comercio.

—Verán —dijo el secretario de Ciencias—, nuestro sistema solar se encuentra en el camino de una de sus mejores rutas comerciales. No menos de siete de sus naves pasan a unos pocos cientos de millones de kilómetros del sistema, en un solo día, y

cada nave, cuando pasa, tiene bajo observación telescópica los planetas más importantes. Curiosidad turística, ya saben. Para ellos, los planetas sólidos de cualquier tamaño son una maravilla.

—¿Qué tiene que ver eso con estas marcas?

—Son una forma de escritura. Traducidas, estas marcas dicen: «Usad vértices ergónicos de Mizzarett para un calor saludable y resplandeciente.»

—¿Quiere decir que Júpiter va a ser algo así como una valla publicitaria? — explotó el secretario de Defensa.

—Exacto. Parece ser que la gente de Lamberj produce una tableta de ergón muy competitiva, que hace que los de Mizzarett tengan un ansioso interés por establecerse completa y legalmente en Júpiter, en caso de un posterior litigio con los de Lamberj. Afortunadamente, los de Mizzarett son novatos en el juego publicitario, según parece.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el secretario del Interior.

—Porque desaprovecharon una serie de opciones que tenían para otros planetas. El anuncio de Júpiter servirá para promocionar nuestro sistema al mismo tiempo que su propio producto. Y cuando la gente de Lamberj venga como un vendaval a comprobar que los de Mizzarett poseen el título legal de Júpiter, nosotros tendremos Saturno para vendérselo a ellos. Con sus anillos. Y tal como nosotros nos encargaremos fácilmente de explicarles, los anillos harán de Saturno un espectáculo mucho mejor.

Y, por lo tanto —dijo el secretario del Tesoro, repentinamente alegre, valdrá un precio mucho mejor.

Y entonces todos, de repente, parecieron felices.

# La tiotimolina y la era espacial (1960)

---

Thiotimoline and the space age

*La tiotimolina fue descrita por el Dr. Isaac Asimov en 1960, cuando era Profesor de Bioquímica en la Universidad de Boston. Dadas las peculiares características de esta sustancia, creemos que los lectores de SF pueden sentirse interesados por la misma, especialmente los que sean químicos de profesión o estén estudiando dicha ciencia.*

(Transcripción de un discurso pronunciado en la doceava asamblea anual de la Sociedad Cronoquímica Norteamericana.)

Caballeros:

Se me ha considerado fundador de la cronoquímica y, en consecuencia, no puedo evitar cierta sensación de orgullo. Haber creado una nueva ciencia es privilegio que se concede a muy pocos.

Aún recuerdo, muy claramente, aquel día de 1947 en que eché una pizca de tiotimolina en agua y me pareció ver algo extraño. Desde luego, se disolvía rápidamente; a eso ya estaba acostumbrado. Pero parecía desvanecerse siempre en el instante en que tocaba el agua.

Yo nunca había manejado una muestra de tiotimolina tan pura como la que había obtenido aquel día de julio, y, mientras veía cómo el polvo blanco cala al agua, recuerdo claramente que pensé para mí: «Vaya, esto se disuelve antes de llegar al agua».

Bien, para ustedes es una vieja historia, lo sé, aunque a mí aún me gusta recrear la emoción del lento despertar de la certeza; de las mediciones; de los primeros cronometrajes aproximados a ojo; de las comprobaciones más delicadas con el endocronómetro original, el mismo instrumento que está ahora en el Museo Smithsonian.

La revelación de la endocronía, del hecho de que existiese una sustancia que se disolvía en el agua 1,12 segundos antes de que el agua se uniese a ella provocó un revuelo. Todos ustedes lo recuerdan, caballeros, estoy seguro; y sin embargo, en cierto modo, da la impresión de que se considera la tiotimolina un fraude. Había un inconfundible tono de burla en muchos de los comentarios de la prensa especializada. Las comunicaciones privadas que me llegaron mostraban una inquietante tendencia a describir experimentos que, evidentemente, carecían de validez científica y que, no puedo por menos de admitirlo, eran una especie de broma. Quizás la prueba definitiva del daño que esto ha hecho es que después de doce años de existencia, la Sociedad Cronoquímica Norteamericana sólo puede reunir un público de quince personas para



estas charlas.

Ha sido una broma costosa, caballeros, que puede significar la pérdida de nuestra primacía en la carrera espacial. Porque aunque algunos investigadores norteamericanos hayan obtenido con grandes dificultades ayudas para continuar sus investigaciones sobre la tiotimolina, se han visto limitados a experimentos de pequeña escala y han chocado con una actitud escéptica de sus colegas. La Unión Soviética ha fundado en los Urales Ciudad Kruschevk, cuyo nombre popular de «Tiotimoligrado» indica claramente el carácter de las actividades que se desarrollan tras las paredes de los modernos y bien equipados laboratorios científicos allí construidos.

No hay duda alguna de que la Unión Soviética se ha tomado muy en serio la tiotimolina, y nosotros sin embargo seguimos sumidos en la inercia. Ninguna personalidad política de relieve se ha alarmado por este hecho. Si han dicho algo públicamente, ha sido sólo: «¿Qué es eso de la tiotimolina?» Me propongo ahora explicar a esos políticos miopes lo que significa la tiotimolina para nuestros proyectos espaciales.

Las investigaciones sobre la tiotimolina pasaron de lo que podríamos denominar ahora la etapa «clásica» a la «moderna» con el invento de la «batería telecrónica», obra de los científicos Anne McLaren y Donald Michie, de la Universidad de Edimburgo. Si han leído algo sobre el asunto, han de ser sin duda clarividentes, pues la prensa popular y gran parte de la especializada han mantenido un terco silencio. De hecho, el artículo original no apareció más que en el pequeño, aunque prestigioso, Diario de Resultados Irrepetibles, que dirige el docto caballero Alexander Kohn. Permítanme que les describa la batería telecrónica.

El endocronómetro simple (con el que todos estamos familiarizados) es un instrumento que vierte automáticamente agua en un pequeño tubo que contiene tiotimolina. La tiotimolina se disuelve 1,12 segundos antes de que llegue a ella el agua.

Imaginen que se conecta el endocronómetro con una segunda unidad similar, de modo que la disolución de la tiotimolina de la primera active la pipeta encargada de verter el agua de la segunda. La tiotimolina de la segunda unidad se disolverá 1,12 segundos antes de que llegue a ella el agua, y en consecuencia, 2,24 segundos antes de que se vierta el agua en la primera unidad.

Por tanto, podría conectarse un número indefinido de endocronómetros, de modo que la tiotimolina de cada una de las series se disolviese 1,12 segundos antes de la unidad que la precede. Una batería formada por unas setenta y siete mil unidades de este género contendría una muestra final de tiotimolina que se disolvería un día antes de que se vertiese la cantidad inicial de agua.

Tales baterías se han construido ya en Edimburgo, y en mis propios laboratorios

de Boston, en modelos extremadamente sólidos, utilizando circuitos impresos y miniaturización avanzada. Un aparato de sólo 20 decímetros cúbicos de volumen puede darnos un intervalo endocrónico de veinticuatro horas. Hay pruebas firmes, aunque indirectas, de que la Unión Soviética posee instrumentos aun más perfeccionados y que los fabrica ya en cantidades comerciales.

La aplicación práctica evidente de la batería telecrónica es la de la predicción del tiempo. En otras palabras, si el primer elemento de la batería queda expuesto al aire de tal modo que la lluvia, en caso de que la haya, cayese sobre él, el elemento último se disolverá el día antes, proporcionándonos así un método seguro para prevenir la lluvia (o la falta de ésta) con un día de antelación.

Creo que todos ustedes verán, caballeros, que la batería telecrónica puede utilizarse también para predicciones generalizadas.

Supongamos, para citar un ejemplo frívolo, que están ustedes interesados en una carrera de caballos determinada. Supongamos que se proponen apostar por un caballo determinado. Veinticuatro horas antes de la carrera, pueden ustedes decidir firmemente que si el caballo ganase al día siguiente, añadirían agua, inmediatamente después de recibir la noticia, al primer elemento de la batería telecrónica. Y que si no ganase, no lo harían.

Después de tomar esta decisión, lo único que deben hacer es observar el último elemento. Si la tiotimolina del último elemento se disuelve (a lo que seguiría toda una cadena de disoluciones a lo largo de la batería, a intervalos de 1,12 segundos, de las que no habría que preocuparse) podrán tener la seguridad de que el caballo ganará la carrera. Podrían incluso, si estuviesen de humor para ello, hacer que el elemento último activase una luz parpadeante, un timbre, o una carga explosiva; cualquier cosa que atrajese indefectiblemente su atención.

Se ríen ustedes, caballeros, y sin embargo, ¿no es cierto que podría aplicarse este sistema, sin ningún cambio, al lanzamiento de un satélite?

Supongan que se dispone que cuatro horas después del lanzamiento, un instrumento automático emplazado en el satélite envíe una señal a la base de lanzamiento. Supongamos que esta señal radiada activa el primer elemento de la batería telecrónica. ¿Se dan ustedes cuenta de las consecuencias? El envío de la señal cuatro horas después del lanzamiento indicará sin duda alguna que el satélite se halla sin novedad en órbita. Si no fuese así, se habría destruido antes de que hubiesen transcurrido las cuatro horas. En tal caso, si el elemento último de la batería telecrónica se disuelve hoy, podemos estar seguros de que mañana habrá un lanzamiento positivo, sin el menor problema, y podremos proceder a realizarlo.

Si el elemento final no se disuelve, el lanzamiento fracasará, y en consecuencia tiene que haber algo equivocado en el montaje del satélite. Un equipo de técnicos comprobará los instrumentos, y en el momento en que el defecto quede corregido,

operará la batería telecrónica. El lanzamiento podrá programarse entonces con plena seguridad de éxito.

¿Aún siguen riéndose, caballeros?

¿No es ésta acaso la única explicación factible de los constantes éxitos soviéticos y de los tristes resultados de nuestros lanzamientos? Suele atribuirse, desde luego, el éxito ininterrumpido de los soviéticos en este campo al hecho de que han ocultado deliberadamente muchos fracasos, pero ¿se tiene en pie esto? ¿es que acaso no han logrado, con notable regularidad, prever éxitos y programarlos en el momento más oportuno para sus intereses?

El Sputnik I fue lanzado en el mes del centenario de Tsiolkovsky, el pionero soviético en el campo de los cohetes espaciales. El Sputnik II se lanzó para celebrar el cuadragésimo aniversario de la Revolución Rusa. El Lunik II lo lanzaron inmediatamente antes de la visita de Kruschev a Estados Unidos. El Lunik III en el segundo aniversario del Sputnik I.

¿Coincidencia? ¿O se trata sencillamente de la capacidad de previsión que les conceden sus baterías telecrónicas? ¿No habrán comprobado una serie de posibles montajes de cohetes y seleccionado el que la batería telecrónica les permite prever que funcionará? ¿De qué otro modo podemos explicar el que los Estados Unidos aún no haya logrado lanzar uno de sus cohetes en un día significativo?

No, recuerden, retrasan invariablemente los soviéticos sus anuncios hasta que están seguros de que han logrado un éxito, como han sugerido algunos. En un caso al menos, anunciaron el éxito por adelantado.

Cuando el Lunik III iba camino de la luna, los científicos soviéticos anunciaron confiadamente que enviaría imágenes del lado oculto de la luna cuando circundase ésta en su órbita. En lo relativo a la órbita del Lunik III estaban seguros. Por su movimiento y por las posiciones de la Tierra, la Luna y el Lunik, la órbita del Lunik III podía calcularse con absoluta precisión.

¿Cómo podían, sin embargo, estar tan seguros los científicos soviéticos de que los complicados elementos del ensamblaje de la cámara funcionarían a la perfección? ¿No sería que la ejecución positiva de estas tareas había sido predeterminada por la batería telecrónica en la base de lanzamiento? ¿No sería que la activación de la batería telecrónica les permitió anunciar el éxito un día antes de que se tomaran las fotografías con la plena seguridad de que obtendrían una gran victoria y un gran prestigio?

Yo sostengo que la respuesta es: indudablemente, sí.

¿Y qué me dicen de los futuros proyectos de enviar hombres al espacio? Supongan que el hombre se comprometiese a enviar una señal, manualmente, después de haber pasado un cierto tiempo del despegue. Una batería telecrónica nos diría entonces, mientras el astronauta seguía aún en tierra, que no sólo estaría en órbita

sino que estaría vivo y al menos lo bastante bien como para enviar un mensaje.

Si la batería telecrónica continúa inactiva, no se enviará al astronauta. Así de simple. Dado que el factor decisivo para poder dar el paso de enviar un hombre al espacio es el posible peligro que éste puede correr, no hay duda de que la Unión Soviética logrará alcanzar primero el objetivo, debido a la cerrazón de nuestro gobierno en lo que respecta a la tiotimolina.

Lo más probable es que pueda extenderse el principio a toda clase de investigaciones científicas y no científicas. Se podría construir (en teoría) gigantescas megabaterías, para predecir el resultado de una elección que haya de celebrarse al año siguiente... pero ya me he extendido bastante sobre este punto. Permítanme, por tanto, que les haga algunas observaciones sobre los grandes peligros, y también sobre los grandes beneficios, que pueden derivarse de las investigaciones sobre la tiotimolina.

Comencemos con las más vieja de las paradojas de la tiotimolina: la paradoja del engaño. En otras palabras, la posibilidad de que se disuelva la tiotimolina y luego engañarla negándose a añadir el agua. El argumento original contra esta idea, según experimentos desarrollados en mi laboratorio, se relaciona con la teoría del átomo endocrónico, que se ha visto confirmada desde entonces por una media docena de distintos investigadores. Se fuerza a un par de enlaces de uno o más de los átomos de carbono de la molécula de tiotimolina, por medio de un obstáculo superestérico, a introducirse en el plano temporal. Un enlace se extiende 1,12 segundos en el pasado y el otro 1,12 segundos en el futuro. Cuando el extremo futuro de una molécula de tiotimolina se disuelve y arrastra consigo al resto de la molécula, no está por ello prediciendo un posible acontecimiento futuro. Está registrando un acontecimiento futuro real.

Sin embargo, se ha demostrado que es posible teóricamente engañar a la tiotimolina. Mediante el principio de incertidumbre de Heisenberg, se puede demostrar que no es posible asegurar con certeza que vaya a disolverse antes de que se añada el agua una molécula individual de tiotimolina y que, en realidad, las posibilidades de que no lo haga son bastante considerables.

No hay duda de que esto se cumple, en el caso de una molécula individual. Sin embargo, cuando se trata de quintillones de moléculas, como sucede incluso con las muestras microscópicas de tiotimolina que actualmente se utilizan incluso en las unidades individuales de las baterías telecrónicas más perfeccionadas, la posibilidad de que todos estos quintillones, o incluso una fracción apreciable de ellos no llegue a disolverse, es infinitesimal.

En realidad, en el caso de una batería telecrónica de varios miles de unidades el fallo del instrumento dependerá de que se produzca un fallo en la disolución de cualquiera de esas unidades. La probabilidad del «fallo Heisenberg», como ha pasado

a denominársele, puede calcularse perfectamente, y algunos cálculos muestran, al parecer, que una batería dará un resultado positivo falso una vez de cada millón.

En tal caso, la unidad final de una batería telecrónica se disolverá aunque no se añada agua a la primera. En cierto modo se dará con mayor frecuencia el caso contrario; que la unidad final no se disolverá por adelantado aunque se añada agua a la primera. Naturalmente, la primera alternativa es más interesante desde el punto de vista teórico, planteándose la siguiente cuestión: ¿de dónde vino entonces el agua?

En mis laboratorios se ha hecho una tentativa de registrar una negativa falsa de este género que implique disolución sin posterior añadido de agua. Se dio así la posibilidad de crear materia de la nada y esto sería de gran importancia en relación con la teoría del universo estacionario de Gold-Hoyle.

El principio implícito en el experimento era muy simple. Uno de mis ayudantes dispuso una batería para añadirle manualmente agua al día siguiente, con el sincero propósito de continuar el experimento. Teóricamente, la unidad última se disolvería. Luego yo asigné al primer ayudante una tarea distinta y puse a otro al cargo de la batería con instrucciones de no añadir agua. Nuestra gran sorpresa fue descubrir que la unidad última se disolvía realmente, en estas circunstancias, una de cada veinte veces. Era una proporción mucho mayor de lo que podría explicarse mediante el «fallo Heisenberg». Pero, como enseguida se demostró, no se había «engañado» a la tiotimolina. Hubo siempre algo que provocó la adición de agua. En el primer caso, el ayudante que había iniciado el experimento volvió a añadir agua, antes de que pudiésemos impedirselo. En otro, hubo un derrame accidental. En otro, un conserje...

Pero resultaría aburrido describir el modo en que la tiotimolina evitó, digamos, que la engañasen. Basta decir que no pudimos registrar ni un solo ejemplo de «fallo Heisenberg».

Con el tiempo, claro está, comenzamos a protegernos contra los accidentes ordinarios y disminuyó la proporción de «seudo-fallos». Por ejemplo, colocamos la batería en recipientes cerrados y desecados; pero, durante un seudofallo, estos recipientes se agrietaron y se rompieron.

En nuestro último experimento creímos que nos hallábamos indudablemente ante un «fallo Heisenberg», pero al final, el experimento no quedó reseñado en la literatura científica. Yo intenté en vez de ello, sin éxito, dar cuenta de sus implicaciones a los funcionarios correspondientes. Permítanme que les describa ahora el experimento:

Colocamos la batería en un recipiente de acero soldado después de que había registrado una disolución.

Y mientras esperábamos que llegase el momento en que hubiera que añadir agua, cosa que no pensábamos hacer, cayó sobre Nueva Inglaterra el Huracán Diane. Esto fue en agosto de 1955. El huracán estaba previsto, estaba localizado su curso y

estábamos preparados para su llegada. Nueva Inglaterra había sido azotada por varios huracanes en los años 54 y 55 y estábamos acostumbrados a ellos.

Pero, en determinado momento, la Oficina Meteorológica anunció que el peligro había pasado, que el huracán se había desviado hacia el mar. Todos suspiramos con alivio mientras esperábamos el minuto cero.

Sin embargo, si alguno de ustedes estuvo en Nueva Inglaterra aquel día, recordará que la Oficina Meteorológica anunció más tarde que había «perdido» el huracán; se produjeron súbitas alteraciones atmosféricas; cayeron en muchos lugares en el espacio de una hora más de cien litros de lluvia por metro cuadrado; que hubo crecidas en los ríos y se iniciaron amplias inundaciones.

Yo observé aquella lluvia. Era un diluvio. Vi cómo el pequeño río que corría a través de la zona del recinto universitario se convertía en un torrente y comenzaba a inundar los campos y cubrían las líneas de arbustos agitadas sábanas de agua.

Pedí rápidamente un hacha. Uno de mis ayudantes me trajo una, y comentó después que yo parecía tan desquiciado que tenía cierto miedo a que me hubiese convertido en un maníaco homicida.

Abrí a hachazos aquel recipiente de acero. Saqué la batería telecrónica y a la fluctuante y grisácea luz de aquel día azotado por la tormenta, llené una probeta de agua y esperé el minuto cero, preparado para aplicar la dosis correspondiente a la batería en el momento adecuado.

Cuando lo hice, la lluvia amainó y el huracán se desvió.

No es que diga que fuésemos la causa de que volviese el huracán, pero sin embargo... aquella batería tenía que recibir el agua de algún modo; si aquel recipiente de metal hubiese tenido que ser arrastrado por la corriente y roto por el viento y el agua para que ésta llegase a la batería en el momento adecuado, hubiese sucedido así. La disolución original de la unidad final lo había predicho; o bien había previsto mi deliberada alteración del experimento. Elegí esto último.

Como resultado de todo esto, he pensado en lo que sólo puede llamarse una «bomba pacífica». Agentes enemigos trabajando dentro de una nación determinada pueden disponer baterías telecrónicas, y operarlas hasta que se dé el caso en que se disuelva la unidad última. Puede entonces encerrarse esa batería en una cápsula de acero, y colocarla junto a una corriente de agua muy por encima del nivel de ésta. Veinticuatro horas más tarde, ocurrirá inevitablemente una desastrosa inundación, pues sólo así podrá llegar el agua al recipiente. La inundación vendrá acompañada de grandes vientos, porque sólo así podrá romperse el recipiente. No hay duda de que se producirán así daños tan grandes como con el estallido de una bomba H, y sin embargo la batería telecrónica sería una «bomba pacífica», pues su uso no traería represalias y guerra. No habría razón alguna para sospechar que se tratase de algo más que de un acto divino.

Una bomba tal no exigiría gran despliegue tecnológico ni grandes gastos. Podrían disponer de ella hasta las naciones más pequeñas y los grupos de disidentes o revolucionarios más reducidos.

A veces, en mis momentos más morbosos, me pregunto si el diluvio de Noé, huellas del cual se han encontrado recientemente en sedimentos mesopotámicos, no sería provocado por experimentos con tiotimolina realizados por los antiguos sumerios.

Les aseguro, caballeros, que la tarea más urgente que se nos ofrece en este momento es la de convencer a nuestro gobierno para que proponga un control internacional de todas las fuentes de tiotimolina. Esta sustancia es inmensamente útil si se usa adecuadamente; e inmensamente dañina si se usa inadecuadamente.

No se debe permitir que llegue ni un miligramo de ella a manos irresponsables.

¡Les pido, caballeros, que emprendan una cruzada para defender la seguridad del mundo!

Titulo original: *Thiotimoline and the space age* © 1960

Publicado en Analog. Octubre 1960

Traducción de J. M. Álvarez Flórez.

Publicado en Nueva Dimensión nº 73.

## ¡Autor! ¡Autor! (1964)

---

“Author! Author!”

Graham Dorn, pensó y no por primera vez, además, que es muy comprometido jurar que desafiarás agua y fuego por una chica, por más que la quieras. A veces ella te coge por tu desdichada palabra.

Esta es una manera de decir que su novia le había sacado de su camino, secuestrado e intimidado para que hablase en la sociedad literaria de una tía solterona. ¡No se rían! No es nada divertido visto desde la tribuna del orador. ¡No les digo nada de algunas caras que tienes que mirar!

Pasando por alto los detalles, a Graham Dorn lo habían echado sobre la tribuna y obligado a ponerse en pie. Él leyó un discurso sobre «El lugar de la novela de misterio en la literatura americana», con voz asustada. Ni siquiera el hecho de que lo hubiera escrito su preciosa June (he ahí parte del soborno para conseguir que lo leyera, en primer lugar) disimulaba el hecho de que aquello era una birria.

Y luego, mientras se encenagaba —hablando en sentido figurado— en su propio charco de sangre mental, las arpías se abalanzaron sobre él; porque, ¡ay!, había llegado el momento de la discusión informal y el variado parloteo femenino.

—Oh, señor Dorn, ¿trabaja usted siguiendo una inspiración? Quiero decir, ¿se sienta y se le ocurre, inmediatamente, una idea? ¿Y tiene que pasarse la noche en vela, bebiendo café, hasta que la ha plasmado?

—Ah, sí. Ciertamente —(Sólo trabajaba de dos a cuatro de la tarde, día sí, día no, y bebía leche.)

—Oh, señor Dorn, usted tiene que entregarse a las pesquisas más extraordinarias para reunir tantos asesinatos extraños. ¿Cuánto tiempo necesita antes de poder escribir un cuento?

—Unos seis meses, en general —(Los únicos libros de referencia que utilizó jamás eran una enciclopedia en seis volúmenes y un almanaque mundial de dos años atrás.)

—Oh, míster Dorn, ¿elaboró su Reginald De Meister según un personaje real? Hubo de hacerlo. Es, ¡oh!, tan convincente hasta en los últimos detalles...

—Lo moldeé según un querido compañero de mí infancia —(Dorn no había conocido en su vida a nadie parecido a De Meister. Vivía en el constante temor de topar con alguien que se le pareciera. Hasta poseía un anillo construido con gran arte que contenía un sutil veneno oriental, para utilizarlo precisamente en caso de que topara con un hombre así. Digámoslo en honor de De Meister.)

Allá, fuera del conglomerado de mujeres, June Billings permanecía en su asiento, sonriendo con asqueroso orgullo de dueña y señora.

Graham se pasó un dedo por el cuello y representó, lo más discretamente que



pudo, la pantomima de morir asfixiado. June sonrió, movió la cabeza afirmativamente, le envió un beso, y no hizo nada.

Graham decidió en ese momento vivir una vida austera, solitaria, sin mujeres y no poner, nunca más, en sus narraciones sino personajes femeninos malvados.

Contestaba con monosílabos, alternando los «síes» con los «noes». Sí, alguna vez tomaba cocaína. Estimulaba el impulso creador. No, no creía que pudiera consentir que Hollywood se adueñara de De Meister. Opinaba que los filmes no son auténticas expresiones del verdadero arte. Por otra parte, no eran sino un capricho pasajero. Sí, leería los originales de la señorita Crum, si se los traía. Con muchísimo gusto, además. Leer trabajos de aficionados era divertidísimo; pero los editores son, en verdad tan brutos...

Cuando anunciaron los refrigerios, se produjo el vacío en un santiamén. La cabeza de Graham sólo necesitó una fracción de segundo para serenarse. La masa de feminidad se había condensado en un solo ejemplar, que medía cerca de metro y medio y pesaba unos cuarenta kilos. Graham poseía metro ochenta y ocho, y unos noventa y un kilos de materia humana. Probablemente, habría podido pasarle cuentas sin ninguna dificultad, en particular dándose la circunstancia de que ella tenía los brazos ocupados sosteniendo un paquidermo, o una bolsa. No obstante, le daba cierto reparo, por no decir asco, tumbarla de un puñetazo. No parecía un gesto demasiado recomendable.

La joven se le acercaba con un clarísimo y desagradable brillo de admiración y fervor en los ojos, y Graham sentía, detrás, la pared. En ninguno de los dos lados había puerta alguna al alcance de la mano.

—Oh, señor De Meister... por favor, por favor, permítame llamarle así. Su personaje es tan real para mí que no puedo pensar en usted como Graham Dorn, simplemente. ¿Verdad que no le molesta?

—No, no, claro que no —gargarizó Graham lo mejor que pudo por entre treinta y dos piezas dentales dispuestas todas a la vez al ataque—. En mis momentos más frívolos, a veces yo mismo creo ser Reginald.

—Gracias. No puede figurarse, querido señor De Meister, cómo esperaba el momento de conocerle. He leído todas sus obras, y opino que son maravillosas

—Me alegra que lo piense así —automáticamente se puso a interpretar el cuento de la modestia—. En realidad no es nada, ya sabe. ¡Ja, ja, ja! Me gusta agradar a los lectores, pero todavía debería mejorar muchísimo. ¡Ja, ja, ja!

—Pero es verdad, ¿sabe? —lo decía con gran vehemencia—. Quiero decir bueno, realmente bueno. Me parece maravilloso ser un escritor como usted. Ha de parecer casi como si uno fuera Dios.

—A los editores no se lo parece, hermanita —murmuró Graham con mirada ausente.

La hermanita no captó el murmullo. Y prosiguió:

—Ser capaz de crear personajes vivientes sacados de la nada; abrir almas para todo el mundo; expresar los pensamientos con palabras; dibujar cuadros y crear mundos... He pensado muchas veces que un escritor era la persona de toda la creación adornada de más excelsas dotes. Es mejor ser un escritor inspirado pasando hambre en una buhardilla, que un rey en su trono. ¿No lo cree usted?

—Indiscutiblemente —mintió Graham.

—¿Qué son los groseros bienes materiales del mundo comparados con la maravilla de urdir emociones y gestas en un pequeño mundo propio, independiente?

—Eso, eso, ¿qué son en verdad?

—Y la posteridad, ¡piense en la posteridad!

—Sí, sí. Pienso a menudo.

Ella le cogió la mano.

—Sólo quería pedirle un pequeño favor. Usted podría... —la muchacha se sonrojó levemente—. Usted podría darle al pobre Reginald (si permite, al menos por una vez, que le llame así) la oportunidad de casarse con Letitia Reynolds. Crea usted una Letitia un poquitín demasiado cruel con Reginald. Esta crueldad me hace llorar, a veces, horas seguidas. Pero es que él es demasiado, demasiado real para mí.

Y de algún lugar emergieron los encajes de un volante de pañuelo y subieron hacia los ojos de la muchacha. Ésta apartó después el pañuelo, sonrió con vehemencia y se escabulló. Graham Dorn inspiró profundamente, cerró los ojos y se abandonó en brazos de June.

Después los abrió con una sacudida.

—Puedes considerar nuestro compromiso deteriorado hasta el punto de ruptura —dijo muy severo—. Sólo la consideración que me merecen tus pobrecitos padres, tan ancianos, evita que en lo sucesivo seas la ex novia de Graham Dorn.

—¡Qué noble eres, cariño! —le dio masaje en la manga con la mejilla—. Ven, te llevaré a casa y lavaré tus pobres heridas.

—De acuerdo, pero tendrás que transportarme tú. ¿No tiene acaso un hacha tu deliciosa y adorable tía?

—¿Por qué?

—En primer lugar, ha tenido la desfachatez de presentarme como el cerebro padre, ¡Dios me ayude!, del famoso Reginald de Meister.

—¿Y no lo eres?

—Salgamos de este inmundado lugar. Y métete esto en la cabeza: yo no soy pariente, ni siquiera mentalmente, de ese personaje. Lo repudio. Lo arrojo a las tinieblas. Le escupo. Lo declaro hijo ilegítimo, sucio degenerado, vástago de un perro de presa, y que me cuelguen si vuelve a meter jamás su cochina nariz patricia en mi máquina de escribir.

Estaban en el taxi. June le arregló la corbata.

—De acuerdo, hijito, déjame leer la carta.

—¿Qué carta?

La muchacha tendió la mano.

—La de los editores.

Graham enseñó los dientes y sacó la carta del bolsillo del chaleco.

—Se me ocurrió la idea de invitarme yo mismo a tomar el té en su casa, en casa de aquel maldito corazón de pedernal. Tiene cita con un buen pellizco de estricnina.

—Ya despoticarás después. ¿Qué te dice? Hummm —eehmm— «no alcanza la calidad esperada..., da la sensación de que De Meister no está en su forma habitual... una pequeña revisión quizá en este sentido... estoy seguro de que se puede readaptar la novela..., se la devuelvo en paquete separado...» —La joven dejó la carta a un lado—. Ya te dije que no debías matar a Sancha Rodríguez. Era lo que necesitabas precisamente. Te estás volviendo tacaño en el capítulo amoroso.

—¡Escríbelo tú! Yo he terminado con De Meister. Se está haciendo tan popular que las mujeres me llaman señor De Meister, y los periódicos publican mi retrato con el encabezamiento: De Meister. Ya no tengo personalidad. Nadie ha oído hablar nunca a Graham Dorn. Soy, invariablemente: «Dorn, Dorn, ya sabes, el tío que escribe aquello de De Meister, ya sabes.»

June soltó un gritito.

—¡Tonto! Tienes celos de tu propio detective.

—No tengo celos de mi personaje. ¡Mira! Aborrezco las historias de detectives. No he leído una desde que supe pronunciar palabras de dos sílabas. Escribí la primera como una sátira aguda, tajante, mordaz, para que volase toda esa falsa escuela de escritores de misterio. Por eso inventé a De Meister. Era el detective que había de acabar con todos los detectives. El Asno Completo, de Graham Dorn.

»Y resulta que el público se llena el corazón de esta porquería, junto con serpientes, víboras e hijos desagradecidos. Yo escribí una novela de intriga tras otra, intentando convertir al público... —Graham Dorn dejó caer un poco los hombros, ante lo fútil que resultaba todo—. ¡Ea, bueno! —sonrió levemente, y su gran alma se elevó por encima de la adversidad—. ¿No comprendes? Yo tengo que escribir otras cosas. No puedo malgastar mi vida. Pero ¿quién leerá una novela seria de Graham Dorn, ahora que estoy tan absolutamente identificado con De Meister?

—Puedes utilizar un seudónimo.

—No quiero. Estoy orgulloso de mi nombre.

—Pero no puedes dejar a De Meister. No pierdas la cabeza, querido.

—Una prometida normal —se quejó amargamente Graham— querría que su futuro marido escribiera cosas realmente buenas y llegara a tener un nombre importante en la literatura.

—Si yo quiero que lo hagas, Graham. Pero ¡sólo un poquito de De Meister de vez en cuando para pagar las facturas que se acumulan...!

—¡Ah! —Graham se bajó el sombrero hasta los ojos de un puñetazo para esconder los sufrimientos de un espíritu fuerte atormentado—. Ahora me estás diciendo que no puedo llegar a la cima si no prostituyo mi arte de una manera inenarrable. Ya estamos en tu casa. Baja. Yo me voy a la mía, a escribir una carta picante, sobre asbesto, a nuestro senil MacDunlap.

—Haz lo que quieras, ni más ni menos, ricura —le apaciguó June—. Y mañana, cuando te sientas mejor, irás a verme y llorarás sobre mi hombro y planearemos juntos una revisión de Muerte En La Tercera Cubierta, ¿no es cierto?

—Nuestro noviazgo está roto —afirmó Graham en tono altanero.

—Sí, cariño. Estaré en casa mañana a las ocho.

—Lo cual no puede interesarme ni pizca. ¡Adiós!

Directores y editores son intocables, por supuesto. A los míos les corresponde en herencia la mano tendida y la sonrisa enseñando los dientes en buena forma, el cabezazo de consenso y la palmadita en la espalda.

Pero quizá en alguna parte, en el secreto de las madrigueras donde se refugian los escritores cuando la noche descende, se tomen una venganza particular... Allí quizá se pronuncien frases que nadie puede oír y se escriban cartas que no necesitan ser echadas al buzón, y hasta es posible que se entronice el retrato de un director, que sonrío pensativo, sobre la máquina de escribir para que sirva de blanco en un ocasional juego de dardos.

Un retrato así de MacDunlap, utilizado para tal fin, alegraba el cuarto de Graham Dorn. Y Graham Dorn en persona, llevando la vestimenta que solía usar para escribir (traje de calle y máquina) miraba ceñudo la quinta hoja de papel que había metido en la máquina. Las otras cuatro colgaban del canto de la papelera, condenadas por su diluida y lechosa suavidad.

Graham empezó: «Distinguido Señor, —y añadió con mala uva—: o Señora, según sea el caso.»

Y como le vino la inspiración, tecleaba furiosamente, sin hacer caso de la leve espiral de humo que se elevaba de las recalentadas teclas:

«Usted dice que el De Meister de esta narración no le merece mucho aprecio. Bien, yo tampoco tengo gran opinión de De Meister. Punto. Puede esposar el viscoso corpachón de usted con el suyo y tirarse por el puente de Brooklyn. Y deseo que hayan drenado bien el río East antes de que ustedes salten.

»En adelante, mis obras apuntarán a una meta más alta que la vil prensa de usted. Y llegará el día en que pueda volver la mirada hacia este período de mi carrera con el aborrecimiento que me...»

Alguien estaba dando golpecitos en el hombro de Graham mientras éste escribía el último párrafo, y Graham lo movía, enojada e inútilmente, a intervalos.

Ahora se detuvo, se volvió y se dirigió muy cortésmente al desconocido que había entrado en la habitación:

—¡Por los recondenados infiernos! ¿Quién es usted? Ah, y puede irse sin tomarse la molestia de contestar. No le consideraré grosero.

El recién llegado sonrió gentilmente. El movimiento de cabeza que hizo envió hacia Graham el aroma de una brillantina fina. La delgada y apretada mandíbula destacaba enérgicamente, y su voz sonó bien modulada cuando dijo:

—De Meister es mi nombre. Reginald de Meister.

Graham descendió disparado hasta sus cimientos mentales y notó que se resquebrajaban.

—¡Glub! —exclamó.

—¿Decía usted...?

Graham se rehizo.

—He dicho «glub», palabra clave que significa, ¿qué De Meister?

—El De Meister —explicó afablemente De Meister.

—¿Mi personaje? ¿Mi detective?

De Meister se acomodó en una silla y sus rasgos, finamente cincelados, asumieron aquel aire de aburrimiento bien educado tan admirado en los mejores círculos. Encendió un cigarrillo turco, cuya marca reconoció Graham al momento como la favorita de su detective, golpeándolo primero lenta y cuidadosamente contra el dorso de la mano, gesto también típico en él.

—Se lo digo, viejo —empezó De Meister—. Esto es en verdad extremadamente chocante. Supongo que soy su personaje, ya sabe; pero no sentemos nuestro trato sobre tal base. Sería terriblemente enojoso.

—Glub —dijo otra vez Graham, a guisa de respuesta.

Al mismo tiempo su mente iba examinando febrilmente alternativas: ya no bebía, por el momento, y era una lástima; por lo tanto, no estaba borracho. Tenía un estómago de acero inoxidable, y la habitación no estaba demasiado caldeada, de manera que no se trataba de una alucinación. No soñaba jamás, y —como convenía a un artículo que le daba dinero— tenía la imaginación bajo control estricto. Además, dado que, como a todos los escritores le consideraban bastante loco, la demencia quedaba fuera de cuestión.

Con lo cual De Meister era, simplemente, algo imposible. Y Graham se sintió aliviado. Es en verdad un triste escritor el que no ha aprendido el arte de pasar por alto los imposibles cuando escribe un libro. De modo que, muy suavemente, dijo:

—Aquí tengo un volumen de mi última obra. ¿Le importaría mencionar la página que le corresponde y volver a meterse en ella? Estoy muy ocupado, y Dios sabe que

de usted me basta y me sobra con la basura que escribo.

—Eh, yo he venido por cuestión de negocios, compañero. Primero tengo que llegar a un arreglo amistoso con usted. La situación actual se me hace endiabladamente incómoda.

—Oiga, ¿no sabe que me está molestando? No tengo la costumbre de hablar con personajes míticos. Por regla general, no ando por ahí en su compañía. Por lo demás, ya es hora de que su madre le explique que usted no existe realmente.

—Mi querido compañero, yo he existido siempre. La existencia es una cosa tan subjetiva... Si una mente piensa que eso o aquello existe, pues existe de verdad. Por ejemplo, yo he existido en la mente de usted desde la primera vez que me imaginó.

Graham se estremeció.

—Oiga, la cuestión es ¿qué hace usted fuera de mi mente? ¿Se le antojaba demasiado estrecha? ¿Quería más espacio para moverse?

—De ningún modo. Es una mente bastante satisfactoria, a su manera, pero yo he conseguido una existencia más concreta, desde esta tarde, y por eso aprovecho la oportunidad de comprometerle a usted cara a cara en la conversación sobre negocios que le mencioné antes. Vea usted, aquella damita delgada, sentimental, de su sociedad...

—¿Qué sociedad? —interrogó Graham con voz hueca. Ahora todo se le aparecía tremendamente claro.

—Aquella a la que usted ha soltado un discurso sobre la novela de detectives... —De Meister se estremeció a su vez—. Ella creía en mi existencia; de modo que, naturalmente, existo.

Terminó el cigarrillo y lo arrojó lejos con un negligente movimiento de la muñeca.

—Una lógica —declaró Graham— irrefutable. Veamos, ¿qué quiere usted? Y la respuesta es «no».

—¿No se da cuenta, viejo, de que si deja de escribir las aventuras de De Meister me condena a la existencia fantasmal, aburrida, de los detectives de ficción jubilados? Tendría que vagar por las grises nieblas del limbo con Holmes, Lecocq y Dupin.

—Una idea fascinante, pienso. Un destino muy adecuado.

Los ojos de Reginald de Meister adquirieron un brillo glacial, y Graham recordó súbitamente el párrafo de la página 123 de El Caso del Cenicero Roto:

*Sus ojos, hasta ese momento perezosos y distraídos, se endurecieron en dos charcos gemelos de hielo azul y traspasaron al mayordomo, que retrocedió tambaleándose, con un grito ahogado en los labios.*

Evidentemente, De Meister no perdía ninguna de las características que tenía en las novelas que adornaba con su presencia.

Graham retrocedió tambaleándose, con un grito apagado en los labios. De Meister dijo con aire amenazador:

—Será mejor para usted que las novelas de intriga con De Meister continúen. ¿Me comprende?

Graham se repuso y echó mano de una débil indignación.

—Espere un poco. Usted se está saliendo de madre. Recuérdelo: en cierto modo, yo soy su padre. Es cierto. Su padre cerebral. Usted no me puede presentar ningún ultimátum ni venirme con amenazas. No es de buen hijo. Es una falta de amor y de respeto.

—Y otra cosa —continuó el otro, impasible—. Hemos de solucionar el asunto de Letitia Reynolds. Se está poniendo endiabladamente molesto, ya sabe.

—Y usted ahora se está poniendo tonto. Mis escenas de amor han sido ampliamente citadas como milagros de ternura y sentimiento que no se encuentran ni en una de cada mil novelas de intriga y asesinato... Espere y le traeré unos juicios críticos. No me importan demasiado sus intentos de imponerme lo que debo hacer; pero que me cuelguen si permito que censure mi estilo.

—Olvide las críticas. Ternura y todas esas monsergas son precisamente lo que no quiero. Ando a la deriva en pos de la hermosa dama por espacio de cinco volúmenes ya, portándome como el asno más insufrible. Eso ha de terminar.

—¿De qué modo?

—En la novela que está escribiendo ahora, he de casarme con ella. O esto, o hacer de ella mi querida; una querida buena y respetable. Y tendrá usted que dejar de crearme tan condenadamente victoriano y caballeresco con las señoras. Soy un ser humano y nada más, viejo.

—¡Imposible! —objetó Graham—. Y en la imposibilidad va incluida esta última pretensión.

De Meister se puso serio.

—Realmente, viejo amigo, para ser escritor, manifiesta usted la más espantosa falta de interés por el bienestar de un personaje que le ha sustentado muchísimos años.

Graham sintió un elocuente nudo en la garganta.

—¿Que me ha sustentado? En otras palabras, usted cree que no podría vender verdaderas novelas, ¿eh? Bien, se lo demostraré. No escribiría otra sobre De Meister ni por un millón de dólares. Ni siquiera por un cincuenta por ciento de los derechos de autor y todos los derechos de la televisión. ¿Qué le parece?

De Meister arrugó el ceño y pronunció esas palabras que han sido el trueno de la condenación para tantos delincuentes:

—Veremos, pero usted y yo no hemos terminado todavía.

Y, sacando un mentón enérgico, desapareció.

La contraída faz de Graham se distendió y, lenta, muy lentamente, se llevó las manos a la cabeza y se palpó el cráneo con cuidado.

Por primera vez en una larga y razonablemente picaresca vida mental, sentía que sus enemigos tenían razón y que un buen lavado en seco no perjudicaría en nada en su mente.

¡La de cosas que tenía en ella!

Graham Dorn apretó el timbre con el codo por segunda vez. Recordaba claramente que June le había dicho que estaría en casa a las ocho. La mirilla se abrió.

—¡Hola!

—¡Hola!

¡Silencio!

Graham dijo, plañidero:

—Afuera llueve. ¿Puedo entrar a secarme?

—No sé. ¿Estamos prometidos, señor Dorn?

—Si no lo estoy —respondió él muy tieso—, resulta que estuve rechazando las ansiosas insinuaciones de un centenar de muchachas apasionadas (y todas muy guapas) sin ningún motivo evidente.

—Ayer decías...

—¡Ah!, pero ¿quién hace caso de lo que digo? Tengo esa clase de extravagancias. Mira, te he traído un ramillete —pasó unas rosas por delante de la mirilla.

June abrió la puerta.

—¡Rosas! ¡Cuan plebeyo! Entra, ricura, y ensucia el sofá. Eh, eh, antes de que des otro paso, ¿qué traes bajo el otro brazo: ¿No será el original de Muerte En La Tercera Cubierta?

—Exacto. Aunque no aquella excrecencia de manuscrito. Esto es cosa muy distinta.

La voz de June se hizo glacial:

—¿No será eso tu preciosa novela? ¿Verdad que no?

Graham levantó la cara con energía.

—¿Cómo lo sabías?

—Me baboseaste toda contándome el argumento en la fiesta de cumpleaños de MacDunlap.

—No te lo conté. No es posible que lo hiciera, a menos que estuviese borracho.

—Pero es que lo estabas. Como una sopa. Y por un par de cócteles de más.

—Pues, si estaba borracho, no podía contarte el verdadero argumento.

—¿No discurre la acción en un distrito minero?

—Ehhh..., sí...

June movió la cabeza, rememorando.



—Lo recuerdo bien. Primero te emborrachaste y te mareaste. Luego mejoraste y me contaste los primeros capítulos. Entonces me maree yo. —La muchacha se acercó al enfurecido escritor—. Graham —arrulló dulcemente, apoyando la rubia cabeza en su hombro—, ¿por qué no sigues con las aventuras de De Meister? Te dan por ellas unos chequecitos tan hermosos...

Graham se revolvió para deshacerse del abrazo.

—Eres una desdichada mercenaria, incapaz de comprender el alma de un escritor. Puedes considerar roto nuestro compromiso. —Se sentó con gesto enérgico en el sofá, cruzó los brazos y añadió—: A menos que consientas en leer el borrador de la novela y hagas el análisis de la narración como de costumbre.

—¿Puedo hacerte el análisis de Muerte En La Tercera Cubierta primero?

—No.

—¡Bien! En primer lugar, tu interés por el amor empieza a dar náuseas.

—No es verdad —Graham levantaba un índice indignado—. Mi estilo amoroso respira una fragancia dulce y sentimental, como de los viejos tiempos. Aquí traigo la revista que lo dice —rebuscó por la cartera.

—Bah, patrañas. ¿Vas a citar al fulano ese del Clarion de Pillsboro, Oklahoma? Será primo segundo tuyo, probablemente. Ya sabes que tus dos últimas novelas se quedaron muy por debajo de la media en derechos de autor. Y Tercera Cubierta ni siquiera te la aceptarán nunca.

—Tanto mejor... ¡Huy! —Graham se frotó el cráneo con fuerza—. ¿Por qué has hecho eso?

—Porque el único punto donde podía pegar tan fuerte como quería, sin dejarte inválido, era en la cabeza. ¡Escucha! La gente está cansada de tu endurecida Letitia Reynolds. ¿Por qué no dejas que se empape la «lustrosa corona de cabello rubio» de petróleo y conozca la proximidad de una cerilla?

—Pero, June, ese personaje lo saqué de la vida real. ¡Eres tú!

—¡Graham Dorn! Yo no estoy aquí para escuchar insultos. El mercado de la novela de intriga se inclina hoy por la acción y el amor auténtico y pasional, y tú sigues atascado en las dulces viscosidades sentimentales de hace cinco años.

—Pero ése es el carácter de Reginald de Meister.

—Pues cámbiale el carácter ¡Oye! Has introducido a Sancha Rodríguez. Muy bien. Yo la apruebo. Es mexicana, fogosa, apasionada, quita el aliento y está enamorada de él. ¿Y qué haces tú? Primero él se porta como un caballero impecable y luego la “matas” a ella a mitad del relato.

—Humm, ya veo... Tú crees, de veras, que la cosa mejoraría haciendo que De Meister saliera de su torre de marfil. Un par de besos, o...

June apretó los preciosos dientes y los maravillosos puños.

—¡Oh, cariño, y cómo me alegra que el amor sea ciego! Si alguna vez

vislumbrara, aunque sólo fuese un poquitín, yo no lo resistiría. Oye, gomoso remilgado y escurridizo, vas a encargarte de que De Meister y Rodríguez se enamoren. Van a vivir una aventura amorosa que abarcará todo el libro, y puedes poner a tu horrible Letitia en un convento de monjas. Tal como la pintas, allá será mucho más feliz, probablemente.

—Eso es todo lo que tú sabes del asunto, amor mío. Pero se da la casualidad de que De Meister está enamorado de Letitia Reynolds y la quiere; no a esa tal Rodríguez.

—¿Por qué lo crees?

—Porque me lo ha dicho él

—¿Quién te lo ha dicho?

—Reginald de Meister.

—¿Qué Reginald de Meister?

—El mío.

—¿Qué significa eso de tu Reginald de Meister?

—Mi personaje, Reginald de Meister.

June se levanto, se permitió unas cuantas inspiraciones profundas y luego dijo, con voz sosegada:

—Volvamos a empezar desde el principio —desapareció un momento, y luego regresó con una aspirina—. ¿Tu Reginald de Meister, el de tus libros, te ha dicho, en persona, que está enamorado de Letitia Reynolds?

—Exacto.

June engulló la aspirina.

—Mira, June, te lo explicaré exactamente igual como él me lo explicó a mí. Todos los personajes existen de verdad..., al menos en las mentes de sus autores. Y cuando la gente empieza a creer en ellos, empiezan a existir en la realidad, porque la realidad es lo que cree la gente (en lo que a ellos respecta), y ¿qué es la existencia al fin y al cabo?

A June le temblaban los labios.

—Oh, Gramie, no, por favor. Si te encerrasen en un asilo, mamá no permitiría que me casara contigo.

—¿June, no me llames Gramie, por amor de Dios! Te digo que vino a verme y quiso decirme qué había de escribir y cómo tenía que hacerlo. Fue casi tan malo como tú. ¡Oh, vamos, nena, no llores!

—No puedo evitarlo. ¡Siempre creí que eras un loco, pero nunca pensé que estuvieras loco!

—Muy bien, ¿y dónde está la diferencia? No lo discutamos más. Ya no volveré a escribir ninguna novela de intriga en mi vida. Después de todo... —y se permitió su poquito de indignación—, cuando las cosas se ponen de tal manera que mi propio

personaje (¡mi propio personaje!) quiere decirme qué debo hacer, es que, en verdad, hemos llegado demasiado lejos.

June miró por encima del pañuelo.

—¿Y cómo sabes que era realmente De Meister?

—Oh, diablos. Tan pronto como se golpeó el cigarrillo en el dorso de la mano y empezó a soltar «ges» como copos de nieve en una tormenta, comprendí que había llegado lo peor.

Sonó el teléfono. June se levantó de un salto.

—No respondas, Graham. Es del manicomio, probablemente. Les diré que no estás aquí... Diga, diga. ¡Oh, señor MacDunlap! —June exhaló un suspiro de alivio, pero en seguida cubrió el micrófono y susurró con voz alterada—: Podría ser una trampa... ¡Diga, diga, señor MacDunlap!... No, no está aquí... Sí, creo que podré comunicarme con él... En el Martin's mañana al mediodía... Se lo diré... ¿Con quién...? ¿¿¿Con quién??? —y colgó repentinamente.

—Graham, mañana tienes que almorzar con MacDunlap.

—¡Pagando él! ¡Solamente si paga él!

Los grandes ojos azules de June aumentaron de tamaño y se hicieron más azules.

—Y Reginald de Meister comerá contigo.

—¿Qué Reginald de Meister?

—El tuyo.

—¿Mi Reg...?

—Oh, Gramie, no; por favor —los ojos se le humedecían—. ¿No lo ves, Gramie? Ahora nos encerrarán a los dos en un asilo para dementes... y también a MacDunlap. Y probablemente nos metan a los tres en la misma celda acolchada. ¡Oh, Gramie, hay una multitud tan espantosa!

Y la faz se le deshizo en llanto.

Grew S. MacDunlap (lo de que la S quiera decir «Some» —«un tal»— es una vil falsedad propalada por sus enemigos) estaba solo en la mesa cuando entró Graham Dorn. Graham libó de ahí unas gotitas de satisfacción.

Lo que le complacía no era tanto la presencia de MacDunlap como la ausencia de De Meister, ya lo comprenden.

MacDunlap le miró por encima de las gafas y se tragó una píldora para el hígado. Eran su dulce favorito.

—¡Aja! Ya está aquí. ¿Qué significa esta broma pesada que me está gastando? Usted no tenía derecho a mezclarme con una persona como De Meister sin avisarme que era un ser real. Quizá hubiese tomado precauciones. Habría podido contratar un guardaespaldas. Habría podido comprarme un revólver.

—No es real. ¡Maldita sea! La mitad del personaje fue idea de usted.

—Eso es una calumnia —replicó MacDunlap acaloradamente—. ¿Y qué quiere

decir al asegurar que no es real? Cuando hizo la presentación de sí mismo me tomé, de golpe, tres píldoras para el hígado, y no desapareció. ¿Sabe qué son tres píldoras? Tres píldoras de la clase que yo las uso (el médico debería caerse muerto, nada más) harían desaparecer a un elefante..., si no fuese real. Lo sé.

Graham insistió en tono fatigado:

—No importa; sólo existe en mi mente.

—Ya lo sé que existe en su mente. Su mente debería ser objeto de una investigación por parte de los inspectores de la pureza de alimentos y medicamentos.

Las diversas y muy corteses réplicas que se le ocurrieron simultáneamente a Graham fueron desechadas al momento por contener una proporción excesiva de enérgicos tacos anglosajones. Al fin y al cabo (¡ja, ja!) un editor es un editor, por muy anglosajón que sea. Graham dijo, pues:

—Entonces, la cuestión que se plantea es ¿cómo podemos librarnos de De Meister?

—¿Librarnos de De Meister? —Del brusco sobresalto que tuvo, a MacDunlap le salieron disparadas las gafas fuera de la nariz, y las cogió al vuelo con una mano. La voz se le cargaba de emoción—. ¿Quién quiere librarse de él?

—¿Lo quiere usted merodeando a su alrededor?

—Dios no lo quiera —exclamó MacDunlap entre escalofríos—. Comparado con él, mi cuñado es un ángel.

—No tiene nada que hacer fuera de mis libros.

—Por mi parte, tampoco tiene nada que hacer dentro. Desde que empecé a leer sus originales, el doctor añadió al número de específicos que ya tomaba unas píldoras para los riñones y un jarabe para la tos —miró el reloj y se tomó una píldora para los riñones—. Quisiera que mi peor enemigo tuviera que publicar libros un año, nada más.

—Entonces, ¿por qué —preguntó Graham pacientemente— no quiere desembarazarse de De Meister?

—Porque nos hace publicidad.

Graham le miraba, inexpresivo.

—¡Oiga! ¿Qué otro escritor tiene un verdadero detective? —prosiguió MacDunlap—. Todos los demás son de ficción. Todo el mundo lo sabe. Pero el suyo... el suyo es real. Podemos dejarle resolver casos y que los periódicos le llenen de elogios. A su lado, el Departamento de Policía parecerá una miseria. Llegará a...

—Esa —interrumpió categóricamente Graham— es en todos los sentidos la proposición más descarada con que me han ensuciado los oídos en toda mi vida.

—Produciría mucho dinero.

—El dinero no lo es todo.

—Nombre una cosa que no consiga el dinero... ¡Ssstt! —faltó poco para que

fracturase de un puntapié el tobillo izquierdo de Graham, y se levantó con sonrisa convulsiva—. ¡Señor De Meister!

—Lo siento, querido amigo —respondió una voz letárgica—. No he podido acudir antes, ya sabe. Montones de compromisos. Se habrá aburrido mucho.

A Graham Dorn las orejas le temblaban espasmódicamente. Miró por encima del hombro y se tumbó para atrás todo lo que pudo estando sentado. Reginald de Meister había criado monóculo desde la visita anterior, y su mirada monocular estaba calculada para helar la sangre. Pero saludó con naturalidad:

—¡Mi querido Watson! ¡Cuánto me alegra verle! Me alegra endiabladamente.

—¿Por qué no se va al diablo? —preguntó Graham con curiosidad.

—Mi querido amigo. Oh, mi querido amigo.

—Eso es lo que me gusta —cacareó MacDunlap—. ¡Bromas! ¡Guasa! Luego todo se empieza más a gusto. Y ahora, ¿pasamos a hablar de negocios?

—Ciertamente. La comida estará en marcha ya, ¿no? Entonces me limitaré a pedir una botella de vino. El de siempre, Henry.

El camarero cesó de aguardar por allí, se fue a toda prisa y regresó con una botella. La abrió, haciendo gorgotear el caldo en un vaso.

De Meister sorbió delicadamente.

—Es usted muy amable, viejo compañero, al hacerme, en sus novelas, un parroquiano de este establecimiento. Hasta ahora es lo indicado, y resulta de lo más agradable. Todos los camareros me conocen. Señor MacDunlap, doy por entendido que ha convencido usted al señor Dorn de la necesidad de continuar las aventuras de De Meister.

—Sí —respondió MacDunlap.

—No —dijo Graham.

—No le haga caso —replicó MacDunlap—. Es temperamental. Ya conoce usted a los escritores.

—No le haga caso a él —interpuso Graham—. Es microcéfalo. Ya conoce a los editores.

—Oiga, viejo amigo. Me figuro que MacDunlap le habrá señalado ya el lado desagradable de ponerse terco.

—¿Cuál, por ejemplo, viejo pelma?

—Pues el de que le persiga un fantasma.

—Sí, que se me ponga detrás y grite: «¡Uhhh!»

—Mi querido amigo, soy mucho más sutil. Puedo fastidiarle a uno, de veras, con métodos más modernos, más al día. Por ejemplo, ¿ha tenido sumergida alguna vez su individualidad? —soltó una risita malévola.

Una risita cuyo sonido resultaba familiar. Graham recordó súbitamente. Estaba en la página 103 de La Muerte Galopa por el Campo:

*Sus perezosos párpados aletearon. Se rió con risa ligera y melodiosa, y aunque no dijo palabra, Hank Marslowe se acobardó. Aquella ligera risa sonaba preñada de amenazas, y, a pesar de todo, el fornido ranchero no se atrevió a llevar las manos a las pistolas.*

A Graham seguía pareciéndole una risita aborrecible, pero se acobardó, y no se atrevió a coger sus armas.

MacDunlap se lanzó por el agujero de momentáneo silencio que se había creado:

—Ya lo ve, Graham. ¿Para qué andar jugando con fantasmas? No son entes razonables. ¡No son humanos! Si quiere más derechos de autor...

Graham se enfureció:

—¿Quiere dejar de mencionar el dinero? Desde hoy en adelante, sólo escribiré novelas con desgarradoras emociones humanas.

La sonrojada faz de MacDunlap cambió súbitamente.

—No —dijo.

—La verdad, cambiando de tema por un momento —y el acento de Graham se volvió extremadamente dulce, pues las palabras le salían untadas de jarabe de maple...—, es que tengo aquí un manuscrito para que usted lo mire. —Graham cogió firmemente por la solapa al sudoroso MacDunlap—. Es una novela que representa el trabajo de cinco años. Una novela que se apoderará de usted por su fuerza; le estremecerá hasta lo más íntimo de su ser y abrirá un nuevo mundo. Una novela que...

—No —dijo MacDunlap.

—Una novela que acabará con la falsedad de este mundo, descubriendo las entrañas de la verdad. Una novela...

MacDunlap, como no podía levantar el brazo más arriba, cogió el manuscrito.

—No —repitió.

—¿Por qué condenados infiernos no la lee? —inquirió Graham.

—¿Ahora?

—Empiece.

—Oiga, ¿y si la empezara mañana, o pasado? Ahora tengo que tomar el jarabe para la tos.

—Desde que yo estoy aquí, no ha tosido.

—Le avisaré inmediatamente...

—Esta —dijo Graham— es la primera página. ¿Por qué no empieza? Le subyugará inmediatamente.

MacDunlap leyó dos párrafos y dijo:

—¿Se desarrolla el argumento en una población minera?

—Sí.

—Entonces, no puedo leerlo. Soy alérgico al polvo del carbón.

—Pero ese polvo de carbón no es de verdad, MacIdiota.

—Eso —hizo notar MacDunlap— también lo decía usted de De Meister.

Reginald de Meister golpeó cuidadosamente la punta de un cigarrillo contra el revés de la mano con un aire sutil que Graham reconoció inmediatamente como señal de que estaba tomando una decisión repentina.

—Esto es de un aburrimiento devastador, ya saben. No se centran en el verdadero asunto, podríamos decir. Adelante, MacDunlap, no es momento para medias tintas.

MacDunlap se fajó el lomo espiritual y dijo:

—Muy bien, señor Dorn, con usted no se puede ser complaciente. En lugar de darme De Meister, me ofrece polvo de carbón. En vez de la mejor publicidad en cincuenta años, me da significación social. De acuerdo, señor Tío-Listo Dorn, si en el término de una semana no llega a una avenencia conmigo, en buenas condiciones, entrará en la lista negra de todas las casas editoras de prestigio de los Estados Unidos y del extranjero. —Blandiendo el índice, añadió a grito pelado—: Incluida Escandinavia.

Graham rió despreocupadamente.

—¡Bah, tonterías! —replicó—. Se da el caso de que ocupo un puesto en la Sociedad de Autores, y si usted intenta fastidiarme, seré yo quien haga inscribir su nombre en la lista negra. ¿Qué le parece?

—Me parece muy bien. ¿Y si yo demuestro que usted es un plagiario?

—¿Yo? —articuló boquiabierto Graham, recobrándose apenas de un ataque de alegría—. ¿Yo, el escritor más original de estos dos últimos lustros?

—¿Ah, sí? Y quizá no recuerde que en todos los casos que describe cita los cuadernos de notas de De Meister sobre casos anteriores.

—¿Y qué?

—Que los tiene. Reginald, muchacho, enseñe al señor Dorn su cuaderno de notas del último caso... Vea eso. Eso es El Misterio De Las Piedras Miliarias, y contiene, detalladamente, hasta el menor incidente de su novela... Además, con un año de anterioridad a la publicación del libro. Perfectamente auténtico.

—¿Y qué?

—¿Acaso tiene usted derecho a copiar las notas del cuaderno de De Meister y llamar a la copia una novela original de intriga y asesinato?

—¡Vaya, señor paciente de parálisis mental, ese cuaderno de notas me lo inventé yo!

—¿Quién lo ha dicho? Es la letra de De Meister, como puede demostrar cualquier experto en caligrafía. ¿Y acaso tiene usted un pedazo de papel, un documento o convenio, ya sabe, que le dé derecho a utilizar los cuadernos de notas de otro?

—¿Cómo podría suscribir un convenio con un personaje de ficción?

—¿Qué personaje de ficción?

—Usted y yo sabemos que De Meister no existe.

—Ah, pero ¿y el jurado? ¿Lo sabe? Cuando yo declare que tomé tres píldoras fuertes para el hígado y él no desapareció, ¿qué docena de hombres dirá que no existe?

—Eso es chantaje.

—En efecto. Le doy una semana. O, en otras palabras, siete días.

Graham Dorn se volvió desesperadamente hacia De Meister:

—Usted también es cómplice. Y en mis libros siempre le atribuyo un finísimo sentido del honor. ¿Es honorable esto?

—Mi querido compañero —respondió De Meister, levantando los hombros—. Todo esto y... perseguirle además —Graham se puso en pie—. ¿Adónde va?

—A casa, a escribirle una carta a usted —las cejas de Graham se juntaban en una expresión de desafío—. Y esta vez la echaré al correo. No cedo. Lucharé hasta la última trinchera. Y además, De Meister, venga a fastidiarme una sola vez, y yo le arrancaré la cabeza y derramaré la sangre por todo el traje nuevo de MacDunlap.

El escritor salió con paso firme. Mientras desaparecía por la puerta. De Meister desapareció en la nada.

MacDunlap emitió un ladrido blando; después engulló una píldora para el hígado, otra para los riñones y una cucharada sopera de jarabe para la tos, en rápida sucesión.

Graham Dorn estaba sentado en el recibidor de casa de June, y como había terminado con las uñas hacía rato, empezaba a roerse los primeros nudillos.

En aquel instante, June no estaba allí, y a Graham se le antojaba que así era mejor. Una muchacha entrañable, sí; en realidad era una muchacha dulce y entrañable. Pero no pensaba en ella.

Estaba ocupado en una serie de miasmáticos saltos hacia atrás a lo largo de los seis días precedentes:

«—Oye, Graham, ayer en el club conocí a tu compinche. Ya sabes, a De Meister. Me quedé atónito. Siempre había tenido la idea de que era una especie de Sherlock Holmes que no existía. Me has marcado un tanto, chico. No sabía... ¡En!, ¿Adónde vas?»

«—Eh, Dorn, me han dicho que tu jefe, De Meister, ha regresado a la ciudad. Sin duda pronto tendrás material para otras novelas. ¡Qué suerte, chico, tener quien te dé los argumentos cortados y cosidos! ¿Eh? Bueno, adiós.»

«—Caramba, Graham, ¿dónde estarías anoche? La aventura de Ann no llegaba a ninguna parte sin ti; o al menos no habría llegado si no hubiese sido por De Meister. Él preguntó por ti; me imagino que se sentía desamparado sin su Watson. Ha de ser



maravilloso servirle de Watson a un tal... ¡Señor Dorn! ¡Lo mismo le digo a usted, señor!»

«—Me la has jugado buena. Yo pensaba que aquellas locas aventuras te las inventabas. Bien, bien, la verdad es más estrambótica que la ficción. ¡Ja, ja, ja!»

«—Los agentes de policía niegan que el famoso criminalista aficionado Reginald de Meister se haya interesado por este caso. Nuestros reporteros no se han podido poner en contacto con De Meister en persona para pedirle un comentario. De Meister es más conocido por el público a través de sus brillantes soluciones de una docena de crímenes narrados en forma de ficción por su llamado "Watson", Graham Dorn.»

Graham se estremecía y los brazos le temblaban en una espantosa sed de sangre. De Meister le estaba atormentando... pero que muy bien. Estaba perdiendo su personalidad, tal como le había amenazado De Meister.

Poco a poco, Graham fue tomando conciencia de que el ruido monótono de timbre que percibía hacía rato no procedía de su cabeza sino, al contrario, de la puerta de la vivienda.

Tal pareció ser también la opinión de June Billings, cuyo penetrante grito bajó disparado por las escaleras propinando un fuerte «uppercut» a los tímpanos de Graham.

—Eh, tú, drogado, mira quién llama a la puerta antes de que la vibración eche la casa al suelo. Yo bajaré dentro de media hora.

—¡Sí, querida!

Graham arrastró los pies hasta la puerta y abrió.

—Ah, vaya. Saludos —dijo De Meister, pasando adentro.

Los apagados ojos de Graham miraron asombrados; luego despidieron llamas, al mismo tiempo que de sus labios salía una especie de gruñido animal. El escritor adoptó esa postura de gorila tan reconfortante para machos americanos de sangre caliente en momentos como aquél, y se puso a saltar alrededor del detective, que parecía un tanto confundido.

—Mi querido amigo, ¿está enfermo?

—No estoy enfermo —explicó Graham—, pero usted pronto dejará de interesarse por mi estado, porque voy a lavarme las manos con la sangre más roja de su corazón.

—Pero, digo yo, después tendrá que limpiárselas. Sería una huella demasiado evidente, ¿verdad que sí?

—Ya basta de alegre chunga. ¿Tiene alguna última palabra que pronunciar?

—Pues, no en especial.

—Mejor así. Sus últimas palabras no me interesan.

Y entró en acción como el rayo, lanzándose sobre el infortunado De Meister como un elefante macho. El detective le esquivó por la izquierda, lanzó un brazo y un pie, y Graham describió un arco parabólico que terminó con la destrucción total de

una mesilla, un jarrón de flores, una pecera y un metro y medio de pared.

Graham parpadeó y se apartó de la ceja izquierda una carpa dorada curiosa.

—Mi querido amigo —murmuró De Meister—, oh, mi querido amigo.

Graham recordó, demasiado tarde, aquel párrafo de Desfile de Pistolas:

*Los brazos de De Meister eran dos trallas veloces como el rayo mientras con seguros y rápidos golpes dejaba indefensos a los dos bandidos. No por la fuerza bruta, sino por su profundo conocimiento del judo, los derrotó fácilmente, sin que se le alterase la respiración. Los maleantes gemían de dolor.*

Graham gemía de dolor.

Levantó el muslo derecho un par de centímetros para que la cabeza del fémur pudiera resbalar hacia el puesto que le correspondía.

—¿No sería mejor que se levantara, viejo camarada?

—Me quedaré aquí —respondió muy dignamente Graham— y contemplaré el suelo en vista de perfil hasta que me plazca o hasta que me vea capaz de mover un músculo. No me importa cuál. Y ahora, antes de que pase a tomar otras medidas con usted, ¿qué diablos quiere?

Reginald de Meister se ajustó el monóculo con la mayor pulcritud.

—¿Sabe?, creo que el ultimátum de MacDunlap expira mañana.

—Y usted y él también, confío.

—¿No quiere reconsiderar la cuestión?

—¡Ja!

—En verdad —suspiró De Meister—, eso no nos lleva a ninguna parte. Usted me ha procurado una situación muy agradable en este mundo. Al fin y al cabo, en sus libros me ha hecho muy conocido de todos los clubs y los mejores restaurantes; amigo íntimo, ya sabe, del alcalde y el comisario de policía, propietario de un sobreático en Park Avenue y de una magnífica colección de arte. Y todo persiste, viejo amigo. Realmente enternecedor.

—Es notable —murmuró Graham— la atención con que no estoy escuchando y la claridad con que no oigo ni una de las palabras que me dice.

—No obstante —dijo De Meister—, no se puede negar que mi mundo de ficción me conviene más. Es bastante más fascinador, está más libre de la obtusa lógica, más apartado de las necesidades del mundo material. En resumen, debo volver allá, a una participación activa. ¡Tiene tiempo hasta mañana!

Graham canturreó una tonadilla alegre con unas notas desafinadas.

—¿Es una nueva amenaza, De Meister?

—Es la vieja, intensificada. Voy a despojarle hasta del último vestigio de su personalidad. Y con el tiempo, la opinión pública le obligará a escribir como (para parafrasearle a usted mismo) el Comparsa Total de De Meister. ¿No vio la etiqueta

que los chicos de la prensa le colocaron el otro día, viejo?

—Sí, señor Cochino de Meister; y ¿no leyó un articulito de media columna en la página diez del mismo periódico? Se lo leeré yo: «Famoso criminalista en 1-A. Entrará pronto en el cuartel, dice la junta de reclutamiento.»

Por un momento. De Meister no hizo ni dijo nada. Luego, una después de otra, hizo las siguientes cosas: se quitó el monóculo pausadamente, se sentó con gesto fatigado, se frotó la barbilla con aire abstraído y encendió un cigarrillo después de un largo y esmerado golpeteo. Cada uno de estos cuatro gestos los reconoció el entrenado ojo de autor de Graham Dorn como representando por sí mismos una profunda conturbación y una gran pena por parte de su personaje.

Y nunca, en ninguno de sus libros, recordaba Graham que De Meister hubiese hecho aquellas cuatro cosas sucesivamente.

Por fin, el detective habló:

—En verdad, no sé por qué había de meter en su último libro oficinas de reclutamiento. Ese afán de someterse a los tópicos, ese endemoniado deseo de seguir las noticias al minuto es la maldición de la novela de intriga. Una verdadera obra de misterio no tiene época; no habría de tener ninguna relación con los acontecimientos corrientes; debería...

—Sólo hay un camino —interrumpió Graham— de librarse del reclutamiento...

—Al menos hubiera podido mencionar que solicitaba un aplazamiento, con el pretexto que fuese.

—Sólo hay un camino —repitió Graham— para librarse del reclutamiento...

—Negligencia criminal —insistió De Meister.

—¡Oiga! Vuélvase a los libros y no le rellenarán de plomo.

—Escríbalos, y me iré.

—Piense en la guerra.

—Piense en su ego.

Dos hombres fuertes estaban enfrentados cara a cara (o lo habrían estado si Graham no se hubiera encontrado todavía en posición horizontal) y ninguno de los dos cedía en nada. ¡Empate!

Pero la dulce y femenina voz de June Billings interrumpió y quebró la tensión:

—¿Puedo preguntar, Graham Dorn, qué haces en el suelo? Hoy lo he barrido y no significa un cumplido para mí eso de que quieras perfeccionar mi trabajo.

—No estoy barriendo el suelo. Si mirases con atención —replicó amablemente Graham—, verías que tu adorado novio yace aquí convertido en un montón de cardenales y un semillero de dolores y sufrimientos.

—¡Has destrozado mi mesita!

—Me he roto la pierna.

—Y mi mejor lámpara.

—Y dos costillas.

—Y la pecera.

—Y la manzana de Adán.

—Y no me has presentado a tu amigo.

—Y la vértebra cervi... ¿Qué amigo?

—Este.

—¡Amigo! ¡Ja, ja!—los ojos se le humedecieron. June era tan joven, tan frágil para entrar en contacto con las duras y brutales realidades de la vida—. Este —murmuró con voz entrecortada— es Reginald de Meister.

Entonces De Meister partió un cigarrillo en dos, gesto preñado de la más profunda emoción.

June dijo pausadamente:

—Vaya... vaya, usted es diferente de como me lo figuraba.

—¿Cómo me imaginaba? —inquirió De Meister, con una modulación de tonos bajos, estremecedores.

—Diferente de como le veo... Era por las aventuras que me habían referido.

—Hasta cierto punto, señorita Billings, usted me recuerda a Letitia Reynolds.

—Lo creo. Graham me dijo que la describía fijándose en mí.

—Una pobre imitación, señorita Billings. Devastadoramente pobre.

Ahora estaban a unos quince centímetros uno del otro, fijos los ojos por una admiración mutua, y Graham soltó un grito penetrante. Se puso en pie de un salto mientras la memoria le golpeaba la frente.

Recordaba un párrafo de El Caso Del Chanclo Enlodado. E igualmente otro de Los Asesinos Floridos. Y también algunos pasajes de La Tragedia De Hartley Manor, Muerte De Un Cazador, Escorpión Blanco y, para decirlo con muy breves palabras, de cada una de las demás obras.

El párrafo decía:

*De Meister poseía cierto hechizo que atraía irresistiblemente a las mujeres.*

Y June Billings era —como se le había ocurrido pensar con frecuencia a Graham en sus momentos de ocio— una mujer.

Simplemente, la fascinación le manaba, pegajosa, de los oídos hasta cubrir el suelo de una capa de quince centímetros de grosor.

—Sal de esta habitación, June —le ordenó.

—No quiero.

—Tengo que discutir una cosa con De Meister, de hombre a hombre. Exijo que salgas de esta habitación.

—Váyase, por favor, señorita Billings —dijo De Meister.

June titubeó, y con vocecita débil respondió:

—Muy bien.

—Quédate —gritó Graham—. No permitas que te dé órdenes. Exijo que te quedes.

June cerraba la puerta muy dulcemente detrás de sí.

Los dos hombres se enfrentaron. Tanto en los ojos del uno como del otro había ese brillo indicador de que un hombre fuerte ha llegado al límite de su tolerancia. Un brillo de enemistad terca, imperecedera; sin tregua ni cuartel. Era exactamente la clase de situación que Graham Dorn regalaba, de modo invariable, a sus lectores cuando dos hombres fuertes luchaban por una misma mano, un mismo corazón, una misma muchacha.

Los dos exclamaron al unísono:

—¡Hagamos un trato!

Graham dijo:

—Me has convencido, Reggie. Nuestro público nos necesita. Mañana empezaré otra aventura de De Meister. Démonos las manos y olvidemos el pasado.

De Meister tuvo que vencer la emoción que le embargaba. Apoyó la mano en la solapa de Graham.

—Mi querido amigo, soy yo el convencido por tu lógica. No puedo permitir que te sacrifiques por mí. Hay en ti grandes cosas que han de salir al exterior. Escribe tus novelas sobre minas de carbón. Son más importantes que yo.

—No podría, compañero. Después de todo lo que has hecho por mí, no. Mañana empezamos de nuevo.

—Graham, pa... padre mental mío, no puedo permitirlo. ¿Piensas que no tengo sentimientos, sentimientos *filiales*... así, en un sentido espiritual?

—Pero ¿y la guerra? Piensa en la guerra. Miembros mutilados. Sangre. Todo eso.

—Debo quedarme. La patria me necesita.

—Pero si yo dejo de escribir, con el tiempo tú dejarás de existir. No puedo permitirlo.

—¡Bah, eso! —De Meister se rió con despreocupada elegancia—. Las cosas han cambiado últimamente. Ahora es tanta la gente que cree que existo, que estoy demasiado asido a la existencia real para que se me pueda separar de ella. Ya no tengo que pensar más en el limbo.

—¡Ah! —Graham apretó los dientes y se expresó en tono sibilante—: Esas son sus ideas, ¡so víbora! ¿Supone que no veo que está colado por June?

—Oiga, viejo amigo —replicó De Meister en tono altanero—. No puedo consentirle que hable a la ligera de un amor fiel y sincero. Yo quiero a June, y ella me quiere a mí; lo sé. Y si se quiere poner pesado y victoriano por esta realidad, puede tragarse una ración de nitroglicerina y luego ponerse espita con un martillo.

—¡La nitroglicerina se la daré yo a usted! Esta misma noche me voy a casa y

empiezo otra aventura de De Meister. Usted formará parte de ella, y quedará metido en ella otra vez. ¿Qué le parece?

—Nada, porque usted no puede escribir otra novela sobre De Meister. Ahora soy demasiado real, y no puede dominarme así, a su antojo. Dígame, ¿qué le parece esto a usted?

Graham Dorn necesitó una semana entera para decidir qué le parecía aquello. Y lo que le pareció resultó absolutamente impublicable.

Lo cierto era que no podía escribir.

O sea, se le ocurrían ideas asombrosas para grandes novelas, dramas emotivos, poemas épicos, brillantes ensayos... pero no podía escribir nada sobre Reginald de Meister.

Muy sencillo, la máquina de escribir se había quedado, poco ha, sin «R» mayúscula.

Graham lloraba, maldecía, se mesaba el cabello, y se untaba las yemas de los dedos con linimento. Probó con máquina de escribir, pluma, lápiz, tiza, carbón y sangre.

No podía escribir.

Sonó el timbre, y Graham abrió la puerta de un tirón.

MacDunlap entró tambaleándose y se derrumbó sobre las primeras dunas de papel desgarrado con la idea de ir a refugiarse derechamente en los brazos de Graham.

Graham le dejó caer.

—¡Ah! —exclamó con dignidad glacial.

—¡Mi corazón! —se lamentó MacDunlap, hurgándose los bolsillos en busca de las píldoras para el hígado.

—No fallezca aquí —sugirió con delicadeza Graham—. La gerencia no me permitiría arrojar carne humana al incinerador.

—Graham, hijo mío —dijo emotivamente MacDunlap—, no habrá más ultimátums. ¡Se acabaron las amenazas! Vengo a llamar a la puerta de sus sentimientos más delicados, Graham... —hizo un interludio como por falta de aire—, yo le quiero como a un hijo. Esa mofeta de De Meister debe desaparecer. Por mi bien, debe usted escribir nuevas aventuras de De Meister. Graham..., quiero decirle una cosa, en secreto. Mi esposa está enamorada de ese detective. Me dice que yo no soy romántico. ¡Yo! ¡No romántico! ¿Puede comprenderlo?

—Sí, puedo —fue la trágica respuesta—. Hechiza a todas las mujeres.

—¿Con aquella cara? ¿Con aquel monóculo?

—Así lo dicen todos mis libros.

MacDunlap se puso rígido.

—¡Ah, ja! ¡Siempre usted! ¡Drogado! Si al menos una vez se hubiera detenido el

tiempo necesario para dejar que su mente se enterase de lo que la máquina de escribir iba diciendo...

—Usted insistió. Comercio femenino —a Graham ya no le importaba nada. ¡Mujeres! Y soltó una risita amarga. Ninguna padecía ningún mal que un cartucho de dinamita no pudiera remediar.

MacDunlap se perdía entre «hems» y «hums».

—Bueno, comercio femenino. Muy necesario... Pero, Graham, ¿qué haré yo? No es solamente mi esposa, sino que, además, ella tiene cincuenta acciones de MacDunlap Inc. a su nombre. Si me abandona, pierdo el control de la compañía. Piénselo, Graham. Una catástrofe para el mundo editorial.

—Grew, viejo camarada —Graham exhaló un suspiro tan profundo que las uñas de los pies le vibraron por contagio emocional—. Tanto daría que yo se lo dijera también. June, ya sabe, mi prometida, está enamorada de ese gusano. Y él la quiere a ella porque June es el prototipo de Letitia Reynolds.

—¿El qué de Letitia? —preguntó MacDunlap, sospechando vagamente que se trataba de un insulto.

—No importa. Han arruinado mi vida —Graham sonrió valerosamente y reprimió las poco viriles lágrimas, después que las dos primeras hubieron rodado por sus mejillas.

—¡Pobre muchacho!

Los dos hombres se estrecharon las manos convulsivamente.

—Cogido en una prensa por ese monstruo asqueroso —dijo Graham.

—Exacto —asintió MacDunlap. Y apretaba la mano de Graham como si estuviera ordeñando una vaca—. Tiene que escribir novelas sobre De Meister y llevarle allá, junto al infierno, que es el sitio que le corresponde. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! Pero hay un pequeño inconveniente.

—¿Cuál?

—No puedo escribir. Ahora es tan real que no puedo meterlo en un libro.

MacDunlap comprendió qué significaban las gruesas oleadas de papel que cubrían el suelo. Se llevó las manos a la cabeza y gimió:

—¡Mi compañía! ¡Mi esposa!

—Siempre queda el Ejército —dijo Graham.

MacDunlap levantó la vista.

—¿Y Muerte En La Tercera Cubierta, la novela que rechacé hace tres semanas?

—Esa ya no cuenta. Es agua pasada. Ya le ha afectado.

—¿Incluso sin publicarla?

—Claro. En esa obra es donde mencioné que tendría que entrar en filas. En ella le ponía en 1-A.

—A mí se me ocurrirían sitios mejores donde ponerle.

—¡MacDunlap! —Graham Dorn se levantó de un salto y agarró la solapa de MacDunlap—. Quizá podríamos revisarla.

MacDunlap tosió con tos seca y reprimió un gruñido apagado.

—Podemos poner en ella todo lo que queramos,

MacDunlap se asfixiaba un poquito.

—Podemos resolver la situación.

La faz de MacDunlap había adquirido un tono morado.

Graham sacudió la solapa, y todo el cuerpo de MacDunlap se balanceó.

—Diga algo, ¿quiere?

MacDunlap se apartó de un tirón y tomó una cucharada de jarabe para la tos; se llevó una mano al corazón y le dio unas palmaditas; movió la cabeza y enarcó las cejas.

Graham se encogió de hombros.

—Bueno, si le da por ponerse murrio, allá usted. La revisaré sin su ayuda.

Localizó el original y hundió animadamente los dedos en el teclado. Funcionaban bien, prácticamente sin chirrido alguno en las articulaciones. Adquirió velocidad, y más velocidad, y luego emprendió su carrera habitual. La máquina galopaba alegremente bajo el acostumbrado chorro de vapor.

—Va bien —gritó Graham—. No puedo escribir relatos nuevos, pero sí revisar los antiguos, todavía inéditos.

MacDunlap miraba por encima del hombro del otro. Respiraba solamente de tarde en tarde.

—Más rápido —decía MacDunlap—, ¡más rápido!

—¿A más de treinta y cinco? —preguntó severamente Graham—. ¿Olvida que la gasolina está racionada? Cinco minutos más.

—¿Y él estará allí?

—Está siempre. Esta semana ha estado todas las tardes en casa de June —Graham escupió el fino polvo de marfil a que había reducido los últimos milímetros de sus incisivos—. Pero, que Dios le ayude a usted si su secretaria no cumple como debe.

—Hijo mío, puede usted fiarse de mi secretaria.

—A las nueve ha de leer esta revisión.

—A menos que caiga muerta.

—Con la suerte que tengo, caerá. ¿Creerá lo que he escrito?

—Al pie de la letra. Ha visto a De Meister. Sabe que existe.

Los frenos chirriaron y el alma de Graham descendió, por simpatía, hasta cada una de las moléculas arrancadas de las cubiertas por el roce.

Subió las escaleras a saltos, mientras MacDunlap iba renqueando detrás.

Tocó el timbre y entró en tromba. Reginald de Meister, de pie en el interior,



recibió el pleno impacto de un índice que le señalaba, y sólo la presteza con que echó la cabeza atrás le salvó de convertirse en un personaje mítico tuerto.

June Billings estaba de pie a un lado, silenciosa e inútil.

—Reginald de Meister —gruñó Graham con acento siniestro—, prepárese para cumplir la pena.

—¡Ah, chico —dijo MacDunlap—, y que no se librará!

—¿Y a qué debo —preguntó De Meister— su dramática pero poco ilustradora declaración? Esto me resulta confuso, ¿saben? —encendió un cigarrillo con delicado gesto y sonrió.

—Hola, Gramie —dijo June, llorosa.

—¡Lárgate, mujer perversa!

June se estremeció. Se sentía como la heroína de un libro, desgarrada por sus propios sentimientos. Naturalmente, estaba en la mismísima gloria. De modo que dejó que las lágrimas le corrieran por la cara y adquirió un aire abandonado.

—Volviendo al tema, ¿a qué viene todo esto? —preguntó De Meister con acento fatigado.

—He transformado Muerte En La Tercera Cubierta.

—¿Y qué?

—La revisión —continuó Graham— está en estos momentos en manos de la secretaria de MacDunlap, una chica por el estilo de June Billings, mi ex novia. Es decir, se trata de una muchacha aspirante a estúpida irremediable, pero que no ha llegado todavía a tal estado. Dará fe a todo lo que lea.

—¿Y qué?

La voz de Graham adquirió un acento ominoso.

—¿Se acuerda, quizá, de Sancha Rodríguez?

Por primera vez, Reginald de Meister se estremeció. Tuvo que apretar el cigarrillo, porque se le caía.

—Murió, asesinada por Sam Blake, en el capítulo sexto. Estaba enamorada de mí. Vaya, compañero, ¿en qué enredos me está usted metiendo!

—No llegan ni a la mitad del lío en que se encuentra ya, viejo amigo. En la nueva versión Sancha Rodríguez no muere.

—¡Morir! —clamó una voz femenina, tajante pero muy clara—. Yo le informaré de si he muerto o no. ¿Dónde estuviste este mes pasado, so embaucador?

Esta vez De Meister no pudo coger el cigarrillo. Ni lo intentó siquiera. Había reconocido a la aparecida. Ésta le habría parecido a un observador sin prejuicios, pura y simplemente, una esbelta muchacha latina dotada de unos ojos oscuros, que lanzaban destellos, y unas uñas largas, relucientes... Pero para Reginald de Meister era Sancha Rodríguez, ¡que regresaba de ultratumba!

La secretaria de MacDunlap había leído y había creído.

—Señorita Rodríguez —dijo De Meister con una voz que sonaba como un latido subyugador—, ¡qué fascinante resulta verla!

—Señora de Meister, tu esposa, so timador, so embustero, escoria del suelo, escorpión de la hierba. ¿Y quién es esa mujer?

June se había retirado, con mucha dignidad, detrás de la silla más próxima.

—¿Señora De Meister? —suplicó Reginald, volviéndose luego, desamparado, hacia Graham Dorn.

—Ah, te habías olvidado, ¿verdad que sí? So lengua de víbora, so perro rastrero... Yo te enseñaré qué representa engañar a una débil mujer. Con estas uñas, voy a hacerte picadillo.

De Meister retrocedía furiosamente.

—Pero, cariño...

—No me vengas con melindres. ¿Qué estás haciendo con esta mujer?

—Pero, cariño...

—No me des ninguna excusa. ¿Qué estás haciendo con esta mujer?

—Pero, cariño...

—¡Cállate! ¿Qué estás haciendo con esta mujer?

Reginald de Meister estaba de pie en un rincón, y su señora esposa blandía los puños ante su rostro.

—¡Contéstame!

De Meister desapareció.

La señora De Meister desapareció tras él inmediatamente.

June Billings se deshizo en lágrimas sinceras. Graham Dorn cruzó los brazos y la miró severamente. MacDunlap se frotaba las manos, y tomó una píldora para los riñones.

—No fue culpa mía, Gramie —dijo June—. En tus libros explicabas que hechizaba a las mujeres, sin excepción, de modo que no pude evitarlo. En lo más íntimo, le aborrecía. Me crees, ¿verdad?

—¡Vaya cuento inverosímil! —exclamó Graham, sentándose a su lado en el sofá—. Vaya cuento inverosímil. Pero quizá te perdone.

MacDunlap dijo con voz trémula:

—Hijo mío, has salvado mis acciones. Y también me has devuelto a mi mujer, claro. Y, recuérdalo, me prometiste una novela de De Meister cada año.

Graham rechinó los dientes.

—Una nada más, y haré que la señora De Meister le atormente hasta la muerte, y siempre tendré a mano una novela inédita, sólo por si acaso. Y usted publicará mi gran novela, ¿verdad que sí, Grew, viejo camarada?

—Glub —exclamó MacDunlap.

—¿Verdad que sí?

—Sí, Graham. Por supuesto, Graham. No cabe duda, Graham. Es cosa segura, Graham.

—Entonces, déjenos solos ahora; tengo que discutir asuntos de gran importancia con mi prometida.

MacDunlap sonrió y cruzó la puerta de puntillas.

«Oh, amor, amor», musitaba, mientras tomaba una píldora para el hígado, seguida de un sorbo de jarabe contra la tos.

## El estudio adecuado (1968)

---

“The Proper Study”

—La demostración está a punto —dijo Oscar Harding en voz baja, como para sí mismo, cuando el teléfono sonó para anunciar que el general estaba subiendo las escaleras.

Ben Fife, joven asociado de Harding, hundió los puños profundamente en los bolsillos de la chaqueta de laboratorio.

—No llegaremos a ninguna parte —dijo—. El general no cambiará de idea. —Y miró de soslayo el anguloso perfil, las chupadas mejillas, el ralo cabello cano de su compañero. Harding podía ser un mago de las instalaciones electrónicas, pero parecía no poder comprender qué clase de hombre era el general.

Y Harding respondió mansamente:

—Ah, nunca se sabe.

El general dio unos golpecitos a la puerta, aunque sólo como fórmula, puesto que entró sin detenerse, sin esperar una respuesta. Dos soldados se apostaron en el pasillo, uno a cada lado de la puerta. Miraban hacia todas partes, preparadas las armas.

El general Gruenwald exclamó vivamente:

—¡Profesor Harding! —En seguida hizo un leve movimiento de cabeza en dirección a Fife, y luego, por un momento, estudió a la otra persona presente en la habitación.

Este era un hombre de cara inexpresiva que se sentaba aparte, en una silla de respaldo duro, medio oscurecido por el equipo que le rodeaba.

En la persona del general, todo tenía un carácter vivo: su andar, la manera de mantener erguida la espalda, la manera de hablar... Era todo líneas rectas y ángulos, manteniéndose absolutamente fiel en todos los aspectos a la rígida etiqueta del soldado nato.

—¿No quiere sentarse, general? —murmuró Harding—. Gracias. Ha sido muy amable viniendo; hace bastante tiempo que trato de verle. Me doy cuenta de que es un hombre muy atareado.

—Y como es cierto que lo estoy —interrumpió el general—, vayamos al grano.

—Tan al grano como sea posible, señor. Presumo que está enterado del proyecto que estamos realizando aquí. Está enterado de nuestro neurofotoscopio.

—¿Su proyecto ultrasecreto? Naturalmente. Mis ayudantes científicos me tienen al corriente de sus progresos lo mejor que pueden. Pero no me opongo a que me dé unas cuantas aclaraciones más. ¿Qué quiere?

La prontitud de la pregunta hizo parpadear a Harding. Luego dijo:

—Para ser breve... que el proyecto deje de ser materia secreta. Quiero que el mundo sepa que...

—¿Por qué quiere que sepan nada?

—La neurofotoscopía es un problema importante, señor, y enormemente complicado. Me gustaría que todos los científicos de todas las naciones trabajaran en él.

—No, no. Ya lo hemos discutido demasiadas veces. El descubrimiento nos pertenece, y nos lo guardamos.

—Se quedará en un descubrimiento muy pobre si nos lo reservamos para nosotros solos. Permítame que se lo explique una vez más.

El general miró su reloj.

—Será perfectamente inútil.

—Tengo un sujeto nuevo. Una demostración nueva. Puesto que ha venido aquí, al menos, general, ¿no querrá escuchar un rato nada más? Omitiré en todo lo posible los detalles científicos y diré solamente que los potenciales eléctricos variables de las células cerebrales se pueden registrar como diminutas ondas irregulares.

—Electroencefalogramas. Sí, lo sé. Hace un siglo que los conocemos. Y sé lo que hacen ustedes con ellos.

—Ah..., sí —Harding se puso más serio—. Las ondas cerebrales en sí mismas traen la información demasiado compacta. Nos dan todo el conjunto de cambios de cien mil millones de células cerebrales a la vez. Mi descubrimiento era un método práctico para convertirlos en diseños coloreados.

—Con el neurofotoscopio de usted —dijo el general, señalándolo—. Ya ve, reconozco la máquina.

Todas y cada una de las cintas y medallas de su pecho ocupaban el puesto que les correspondía con un margen de error de menos de un milímetro.

—Si, el aparato produce efectos cromáticos, imágenes reales que parecen llenar el aire y cambian con gran rapidez. Se pueden fotografiar, y son muy hermosas.

—He visto tales fotografías —dijo fríamente.

—¿Ha visto el aparato mismo en acción?

—Un par de veces. Y usted estaba presente.

—Ah, si. —El profesor parecía desconcertado—. Pero no ha visto a este hombre; nuestro nuevo sujeto —dijo, señalando brevemente al que ocupaba la silla. Era un individuo de mentón puntiagudo, nariz larga, sin vestigio de cabello en el cráneo y siempre con una expresión ausente en la mirada.

—¿Quién es? —preguntó el general.

—El único nombre que le damos es el de Steve. Es un retrasado mental; pero produce los diseños más intensos que hayamos encontrado jamás, hasta la fecha. El motivo de que así ocurra lo ignoramos. Y si tiene algo que ver, o no, con su desarrollo mental...

—¿Se propone enseñarme qué hace? —Interrumpió el general.

—Si tiene la bondad de mirar, general —Harding hizo un signo con la cabeza a Fife, quien se puso en movimiento al instante.

Como de costumbre, el sujeto miraba a Fife con moderado interés, haciendo lo que le ordenaban y sin ofrecer ninguna resistencia. El ligero casco de plástico se le adaptaba perfectamente al afeitado cráneo y cada uno de los complicados electrodos encajaba debidamente. Fife procuraba trabajar con la misma finura y pericia de siempre bajo la desacostumbrada tensión del momento. Sufría horrores por miedo a que el general volviese a mirar el reloj y se marchase. Al cabo de unos minutos, se apartó unos pasos, jadeando y preguntó:

—¿Debo activarlo ya, profesor Harding?

—Si. En seguida.

Fife cerró suavemente un contacto y, encima de la cabeza de Steve, el aire pareció saturado al instante de un color que se volvía más luminoso paulatinamente. Aparecieron unos círculos, y otros círculos dentro de los primeros, girando, arremolinándose y partiéndose.

Fife experimentaba una viva sensación de malestar; pero la rechazó irritado. Era la emoción del sujeto, de Steve, no la suya propia. El general debía de haberla recibido también, porque se revolvía en el asiento y carraspeaba ruidosamente.

Harding dijo con toda naturalidad:

—Los dibujos no contienen más información que las ondas cerebrales, en realidad, pero se pueden estudiar y analizar mucho más fácilmente. Es como cuando se mira unos microbios con el microscopio. No se añade nada nuevo a ellos; pero lo que hay se ve mucho más fácilmente.

Steve daba señales continuas y cada vez más intensas de desasosiego. Fife percibía que la causa de aquella desazón era la ruda y antipática presencia del general. Aunque Steve no cambiaba de posición ni manifestaba tener miedo, los colores de los dibujos que su mente creaba se hacían más disonantes y los círculos exteriores se entrelazaban llamativamente,

El general levantó la mano como para apartar de sí las oscilantes luces.

—¿Qué me dice de todo eso, profesor?

—Contando con Steve, podemos adelantar camino más aprisa aún que hasta el momento actual. Hemos aprendido ya más en los dos años que hace que ideé el primer neurofotoscopio que en los cincuenta años anteriores. Con Steve, y con otros como él, y con la ayuda de los científicos del mundo...

—Me han dicho que usted puede utilizar eso para influir en las mentes —dijo vivamente el general.

—¿Influir en las mentes? —Harding meditó un momento—. ¿Se refiere a la telepatía? Decir tal cosa es una exageración. Las mentes son demasiado diferentes unas de otras para ello. Los finos detalles de la manera de pensar de usted no se

parecen a los míos ni a los de nadie, y las pautas cerebrales originales no concuerdan nunca. Hemos de traducir el pensamiento en palabras, medio de comunicación mucho más tosco, y aun así les cuesta bastante a los seres humanos establecer contacto unos con otros.

—¡No me refiero a la telepatía! ¡Quiero decir las emociones! Si el sujeto se encoleriza, puede inducir al receptor a sentir cólera. ¿No es cierto?

—Por así decirlo.

El general estaba visiblemente agitado.

—Esas cosas... de ahí... —su índice señalaba los dibujos, que ahora giraban rápida y muy desagradablemente—. Se pueden utilizar para gobernar emociones. Con ellas, propagadas por televisión, se puede manipular emocionalmente a poblaciones enteras. ¿Podemos permitir que un poder semejante caiga en malas manos?

—Si existiera un poder semejante —replicó afablemente Harding—, no habrá manos buenas.

Fife arrugó el ceño. Era un comentario peligroso. Harding parecía olvidar de vez en cuando que los viejos tiempos de la democracia habían pasado ya.

Pero el general no le dio importancia.

—No creía que hubiesen llevado eso a un punto tan adelantado. No sabía que contarán con ese... Steve. Busquen a otros como él. Entretanto el ejército se hace cargo de esta investigación. ¡Totalmente!

—Espere, general, diez segundos nada más. —Harding se volvió hacia Fife—: Dale el libro a Steve, ¿quieres, Ben?

Fife obedeció prestamente. El libro era uno de los nuevos «caleidolibros» que narraban cuentos por medio de fotografías en colores, fotografías que iban transformándose y cambiando lentamente, una vez abierto el libro. Eran una especie de dibujos animados guardados dentro de una encuadernación en tela. Steve sonreía mientras alargaba la mano ansiosamente para cogerlo.

Casi al momento los coloreados dibujos que se apiñaban sobre su casco de plástico cambiaron de naturaleza. Disminuyó la velocidad con que giraban, y los colores se dulcificaron. Los diseños del interior del círculo se hicieron menos discordantes.

Fife exhaló un suspiro de alivio y dejó que la cordialidad y el sosiego invadieran su ser. Harding dijo:

—General, no se deje alarmar por la posibilidad de controlar las emociones. El aparato ofrece muchas menos posibilidades para ello de lo que usted se imagina. Claro, hay hombres cuyas emociones se pueden gobernar a capricho; pero para éstos no se necesita el neurofotoscopio. Son personas que reaccionan, sin pensar, ante anuncios, música, uniformes; ante casi todo. En otro tiempo Hitler dominó Alemania hasta sin televisión, y Napoleón dominaba Francia sin contar ni siquiera con la radio,

ni con periódicos de gran circulación... El neurofotoscopio no ofrece nada nuevo.

—No creo lo que me está diciendo —murmuró el general; pero volvía a estar pensativo.

Steve miraba con vivo interés el «caleidolibro», y las decoraciones de encima de su cabeza se habían detenido casi en unos círculos de colores cálidos y complicadamente detallados que latían de placer.

La voz de Harding tenía un acento casi incitante.

—Siempre hay personas que no quieren doblegarse; que no se adaptan, y estas personas son las más importantes de una sociedad. No se doblegan a las pautas de colores ni más ni menos que a ninguna otra forma de persuasión. Entonces, ¿por qué preocuparse por el duende inútil del control de las emociones? Miremos, en cambio, el neurofotoscopio como el primer instrumento gracias al cual se puede analizar de verdad la función mental. Eso es lo que debería interesarnos a todos. El adecuado estudio de la humanidad es el hombre; como dijo Alexander Pope: ¿qué es el hombre sino su cerebro?

El general permanecía callado.

—Si logramos solucionar el problema de cómo funciona el cerebro —continuó Harding—, y descubrimos por fin qué es lo que hace hombre a un hombre, estaremos en camino de comprendernos a nosotros mismos, que es el problema más difícil y más digno de estudio de todos los que tenemos planteados. ¿Y cómo es posible que eso lo haga un hombre solo? ¿O que lo haga un laboratorio solo? ¿Cómo puede llevarse a cabo en secreto y con miedo? Debe cooperar todo el mundo científico... General, ¡levante la calificación de materia reservada con respecto a este proyecto! ¡Expóngalo sin reservas ante todos los hombres!

—Creo que tiene razón, después de todo —dijo el general moviendo la cabeza con un signo afirmativo.

—Tengo aquí el documento preciso. Si lo firma y lo sanciona con la huella del pulgar; si utiliza los dos guardias que ha dejado apostados fuera como testigos; si avisa a la Junta Ejecutiva por video en circuito cerrado; si...

El asunto había quedado resuelto. Ante los atónitos ojos de Fife, el asunto había quedado totalmente resuelto.

Cuando el general estuvo fuera, el neurofotoscopio desconectado y Steve devuelto a sus asuntos, Fife consiguió dominar por fin su asombro el rato suficiente para hablar.

—¿Cómo le ha podido persuadir tan fácilmente, profesor Harding? Usted había expuesto su punto de vista detalladamente en una docena de informes, sin conseguir el menor resultado.

—Nunca lo había expuesto en esta habitación, con el neurofotoscopio en marcha —dijo Harding—. Nunca había dispuesto de un sujeto tan intensamente emisor como



ese Steve. Muchas personas se sustraen al control de las emociones, tal como he dicho, pero algunas no. A las que tienden a doblegarse se las induce fácilmente a estar de acuerdo con otras. Yo he llevado el juego sobre la base de que a todo hombre que se siente a gusto en uniforme y vive sujeto a las normas militares se le puede arrastrar fácilmente, por muy poderoso que se crea él mismo.

—¿Quiere decir... que Steve...?

—Por supuesto. Primero he dejado que el general experimentara su desazón; luego tú le has dado el «caleidolibro» a Steve y el aire se ha llenado de felicidad. Tú mismo la experimentabas, ¿verdad que sí?

—Sí. Desde luego.

—Pensé que el general no sabría resistirse a esa felicidad que seguía tan repentinamente a la inquietud, y no se ha resistido. En aquel momento, todo le habría parecido bien y bueno.

—Pero se sobrepondrá a esta emoción, ¿verdad?

—Con el tiempo si, supongo; pero ¿y qué? En estos instantes estamos enviando ya los informes sobre los progresos fundamentales en materia de neurofotoscopia a todas las agencias de noticias del mundo. El general puede detener la información aquí, pero no en todas partes... No, tendrá que sacar el mejor partido posible de la situación. Por fin la humanidad podrá emprender el estudio de sí misma.

## 2430 d.C. (1970)

---

“2430 A.D.”

*«Entre la medianoche y el alba, cuando el sueño se niega a venir y todas las antiguas heridas empiezan a dolerme, con frecuencia veo el mundo futuro como una pesadilla en la que hay miles de millones de personas, todas numeradas y registradas, sin un destello de genio por ninguna parte, sin una mente original, sin una personalidad plena y auténtica en todo el atestado globo.»*

J. B. PRIESTLEY

—Hablará con nosotros —aseguró Alvarez cuando el otro hubo cruzado la puerta.

—Bien —dijo Bunting—. La presión de la sociedad ha de llegar hasta él, con el tiempo. Es un tipo raro. Jamás sabré cómo pudo escapar a la adaptación genética... Pero habla tú. A mí ese sujeto me irrita tanto que pierdo los estribos.

Juntos se precipitaron por el pasillo recorriendo la Pista del Ejecutivo, que, como de costumbre, no aparecía muy frecuentada. Habrían podido utilizar las Bandas Móviles, pero la distancia era de poco más de tres kilómetros y Alvarez disfrutaba andando; de modo que Bunting no insistió.

Alvarez era alto y más bien delgado, con esa figura atlética que uno le supondría a una persona que cultivaba con deleite las actividades musculares, que tenía por costumbre el subir por escaleras y cuestas, por ejemplo, casi hasta el extremo de que le considerasen una persona inadaptada. En cambio Bunting, más blando y redondo, hasta evitaba las lámparas solares, y estaba muy pálido.

Bunting dijo tristemente:

—Espero que con nosotros dos habrá bastante.

—Yo creería que sí. Nos conviene conservarlo en nuestro sector, si podemos.

—¡Sí! Ya sabes... a veces me pregunto por qué ha de ser nuestro sector. Casi mil trescientos millones de kilómetros cuadrados de espacio habitable a una altura de casi setecientos metros y ha de encontrarse en nuestro bloque de viviendas.

—Más bien una distinción. Aunque una distinción espantosa y terrible —comentó Alvarez.

Bunting soltó un bufido.

—Y que nos honrará un poco —añadió en voz baja Alvarez—, si logramos resolver el problema. Llegamos a la cumbre. Llegamos al final. Llegamos a la meta. Toda la humanidad. Y nosotros resolvemos el problema.

Bunting se animó.

—¿Crees que lo verán de ese modo?

—Procuremos que así sea.

La roca triturada retenida entre apretadas mallas de plástico amortiguaba sus pisadas. Recorrieron un reticulado de pasillos, viendo a media distancia las multitudes de gente de las Bandas Móviles. Se notó un fugitivo olor a plancton en todas sus variedades. En determinado momento, supieron, casi por instinto, que allá arriba, muy arriba, había uno de los conductos gigantes que venían del mar. Y, por simetría, sabían asimismo que había otro conducto, igual de grande, muy abajo, que desembocaba en el mar.

Los dos hombres se dirigían a una habitación en funciones de vivienda muy apartada del pasillo; una habitación que parecía diferente de las millares que habían dejado atrás. Dicho aposento daba una sensación impalpable y desconcertante de espaciosidad, porque a ambos lados, durante decenas y decenas de metros, las paredes estaban completamente desnudas. Y se notaba algo también en el aire.

—¿Lo hueles? —musitó Bunting.

—Lo he olido otras veces —dijo Alvarez—. Es inhumano.

—¡Literalmente! —exclamó Bunting—. No esperará que los miremos, ¿verdad?

—Si lo pretende, poco nos costará negarnos.

Hicieron la señal, y luego aguardaron en silencio mientras a su alrededor, con una desconsideración absoluta, porque estaba siempre presente, sonaba el zumbido de una vida infinita.

La puerta se abrió. Cranwitz estaba aguardando. Tenía un aire huraño. Llevaba el mismo atuendo que los demás: unas ropas ligeras, sencillas, grises. Pero sobre su cuerpo parecían, sin embargo, arrugadas. También él parecía arrugado; llevaba el cabello demasiado largo; tenía los ojos inyectados en sangre y se revolvía inquieto.

—¿Podemos entrar? —preguntó Alvarez con fría cortesía.

Cranwitz se echó a un lado.

Dentro, aquel olor era más intenso aún. Cranwitz cerró la puerta tras ellos, y se sentaron. Cranwitz se quedó en pie, sin decir nada.

—Debo preguntarle, en mi calidad de Representante de Sector —empezó Alvarez—, siendo Bunting, aquí presente, el Vicerrepresentante, si ahora está dispuesto a someterse a la necesidad social.

Cranwitz parecía meditarlo. Cuando habló, por fin, la profunda voz parecía ahogársele en la garganta, y tuvo que carraspear.

—No estoy obligado. Existe un antiguo contrato con el Gobierno. Mi familia ha tenido siempre el derecho de...

—Estamos enterados, y no va implicada una cuestión de fuerza —replicó Bunting en tono irritado—. Le pedimos que acceda voluntariamente. —Alvarez tocó levemente la rodilla del otro—. ¿Comprende usted que la situación no es la misma que en los tiempos de su padre, ni siquiera, en realidad, que el año pasado?

La larga mandíbula de Cranwitz tembló un poco.

—No lo veo así. Este año el porcentaje de nacimientos ha descendido en la cantidad calculada por las computadoras, y todo lo demás ha variado de acuerdo con ello. Esto continúa año tras año. ¿Por qué habría de ser distinto el año actual?

Mas, por lo que fuere, su voz no denotaba convicción. Alvarez estaba seguro de que en realidad sabía la causa de que este año fuese distinto, y por ello dijo mansamente:

—Este año hemos llegado a la meta. En la actualidad, el porcentaje de nacimientos coincide exactamente con el de defunciones; el nivel de población se mantiene estable; la construcción se limita a efectuar reparaciones, y las granjas marinas también siguen la política de la estabilidad. Sólo usted se yergue entre todo el género humano y la perfección.

—¿Por culpa de unos cuantos ratones?

—Sí, por culpa de unos cuantos ratones. Y otras criaturas. Conejillos de Indias. Conejos corrientes. Algunas especies de pájaros y lagartos. No he confeccionado un censo...

—Pero ¡es que son los únicos que quedan en todo el mundo! ¿Qué mal hacen?

—¿Y qué bien? —preguntó Bunting.

—El bien de estar ahí para que los veamos —replicó Cranwitz—. Hubo un tiempo en que...

Alvarez había escuchado ese cuento otras veces. Con la mayor simpatía que logró inyectar en su voz —y la sorpresa fue suya al notar que incluso con cierta dosis de simpatía auténtica—, dijo:

—Lo sé. ¡Hubo un tiempo! ¡Siglos atrás! Había gran número de formas de vida como esas que a usted le gustan tanto. Y millones de años antes todavía, había dinosaurios. Pero ahora tenemos microfilmes de todo aquello. Ningún hombre ha de ignorar cómo eran aquellos seres.

—¿Cómo puede comparar los microfilmes con los seres reales? —preguntó Cranwitz.

Los labios de Bunting dibujaron un gesto torcido.

—Los microfilmes no huelen.

—En otros tiempos, el parque zoológico era mucho mayor —protestó Cranwitz—. Año tras año hemos tenido que desprendernos de muchísimos animales. De todos los grandes. De todos los carnívoros. Y de los árboles... No queda nada, sino plantas pequeñas, criaturas diminutas. Dejémosles vivir.

—¿Qué tienen que ver con nadie ni con nada? —replicó Alvarez—. Nadie quiere verlos. La humanidad está contra usted.

—La presión social...

—No podríamos persuadir a la gente, ante una verdadera resistencia. La gente no

quiere presenciar esas distorsiones de la vida. Están asqueados; lo están de verdad. ¿Qué les importa a ellos? —La voz de Alvarez había adquirido un acento insinuante.

Cranwitz se sentó. Cierta agitación febril intensificaba el color de sus mejillas.

—Estuve meditando. Algún día saldremos al exterior. El hombre colonizará otros mundos. Necesitará animales. En aquellos mundos nuevos, desiertos, necesitará otras especies. Iniciará una nueva ecología de la variedad. Nece...

La palabra se le heló en los labios bajo las miradas hostiles de sus visitantes.

—¿Qué otros mundos vamos a colonizar? —preguntó Bunting.

—En 1969 llegamos a la Luna —respondió Cranwitz.

—Sin duda, y establecimos allí una colonia, para luego abandonarla. En todo el Sistema Solar no hay ningún mundo capaz de albergar la vida humana sin unos gastos de instalación prohibitivos.

—Hay otros mundos alrededor de otras estrellas —objetó Cranwitz—. Hay centenares de millones de mundos similares a la Tierra. Ha de haberlos.

Alvarez meneó la cabeza.

—Fuera de nuestro alcance. Hemos terminado por explotar la Tierra y llenarla con la especie humana. Hemos tomado una decisión, y esta decisión ha sido la Tierra. No nos queda margen para el esfuerzo que requeriría el construir una nave espacial capaz de cruzar años luz de espacio... ¿No conoce la historia del Siglo XX?

—Fue el último siglo de mundo abierto —dijo Cranwitz.

—En efecto —admitió secamente Alvarez—. Confío que no se lo habrá teñido de colores demasiado románticos. Yo estudié sus demencias, además. Entonces el mundo estaba desierto; sólo unos miles de millones; pero ellos lo creían atestado... y con sobrada razón. Gastaban más de la mitad de sus bienes en guerras y preparativos bélicos, dirigían su economía sin previsión alguna, malgastaban y envenenaban a capricho, dejaban que el puro azar gobernase las combinaciones genéticas y toleraban a los "desviados de la norma», fueran de la clase que fuesen. Naturalmente, les espantaba lo que ellos llamaban explosión demográfica, y soñaban en llegar a otros mundos, como válvula de escape. Lo mismo hubiéramos hecho nosotros, en aquellas condiciones. No es preciso que le detalle la combinación de acontecimientos y adelantos científicos que lo han transformado todo; pero permítame recordárselos brevemente, por si usted quisiera olvidarlos. Hubo la instauración de un gobierno mundial, el perfeccionamiento de la energía de fusión y el desarrollo del arte de la ingeniería genética. Con una paz planetaria, energía en abundancia y una humanidad sin preocupaciones, el hombre pudo multiplicarse pacíficamente; y la ciencia fue aumentando lo mismo que la población. Se sabía por adelantado, y con toda exactitud, el número de personas que la Tierra podría sustentar. A la Tierra llegaba un determinado número de calorías procedentes de la luz solar, gracias a las cuales las plantas verdes podrían fijar, únicamente, tantas toneladas de anhídrido carbónico

todos los años, y dichas plantas sólo podrían sustentar tantas toneladas de vida animal. La Tierra podía sustentar dos billones de toneladas de vida animal...

—¿Y por qué no podían ser los dos billones enteros de toneladas de vida humana? —interpuso finalmente Cranwitz.

—Exacto.

—¿Aunque ello significara matar toda otra forma de vida animal?

—Esa es la norma de la evolución —dijo Bunting, secamente—. Los capaces sobreviven.

Alvarez volvió a tocarle la rodilla.

—Bunting tiene razón, Cranwitz —dijo suavemente—. Los toleósteos remplazaron a los placodermos, quienes habían sustituido a los trilobites. Los reptiles remplazaron a los anfibios, y fueron sustituidos a su vez por los mamíferos. Ahora, por fin, la evolución ha llegado a la cumbre. La Tierra sustenta la tremenda población de quince billones de seres humanos...

—Pero ¿cómo? —interrogó Cranwitz—. Viven en un inmenso edificio que ocupa la totalidad de la tierra firme, sin plantas ni animales, excepto los que yo tengo aquí. Y todo el océano no habitado se ha convertido en una sopa de plancton; no hay otra vida que el plancton.

—Vivimos muy bien —replicó Alvarez—. No hay guerras; no hay crímenes. Los nacimientos están regulados; fallecemos pacíficamente. Nuestros pequeños están genéticamente equilibrados y en la Tierra hay actualmente veinte mil millones de toneladas de cerebros normales; la mayor cantidad que pueda concebirse de la materia más compleja que pueda imaginarse en todo el universo.

—¿Y qué hace toda esa cantidad de cerebro?

Bunting exhaló un bien audible suspiro de exasperación; pero Alvarez, todavía sosegado, respondió:

—Mi buen amigo, usted confunde el viaje con el destino. Quizá lo deba al contacto con sus animales. Cuando la Tierra se hallaba en proceso de desarrollo, la vida tuvo necesidad de realizar experimentos y correr peligros. Hasta valió la pena saber derrochar. Entonces la Tierra estaba vacía. Contaba con una infinidad de espacio, y la evolución tuvo que realizar sus experimentos con diez millones de especies, o más... hasta que encontró la especie. Incluso después de la llegada del género humano, hubo de aprender el camino. Y mientras aprendía, tenía que correr albuces, intentar lo imposible, ser tonta o loca... Pero ahora la humanidad ha alcanzado la meta definitiva. Los hombres han llenado el planeta y no se necesita otra cosa que gozar de la perfección.

Alvarez hizo una pausa para dejar que sus palabras calaran hondo. Luego dijo:

—La necesitamos, Cranwitz. El mundo entero necesita perfección. En nuestra generación la hemos conquistado definitivamente, y queremos la distinción de

haberla alcanzado. Esos animales suyos se cruzan en nuestro camino.

Cranwitz meneaba la cabeza tozudamente.

—¡Ocupan tan poco espacio! ¡Consumen tan poca energía! Si los suprimiéramos todos, ¿para qué tendrían más espacio? ¿Para veinticinco seres humanos más? ¿Veinticinco entre quince billones?

—Veinticinco seres humanos representan otros treinta y cuatro kilogramos de cerebros humanos. ¿Con qué medida puede evaluar treinta y cuatro kilogramos de cerebro humano?

—¡Pero es que ya tienen miles de millones de toneladas de masa encefálica!

—Lo sé —respondió Alvarez—, pero la diferencia entre la perfección absoluta y la perfección aproximada es la misma que la que hay entre la vida y la casi-casi-vida. ¡Ahora estamos tan cerca! Toda la Tierra se prepara para celebrar este año de 2430. Es el año en que las computadoras nos dicen que el planeta está saturado por fin; se ha logrado la meta; la lucha de la evolución ha quedado coronada. ¿Hemos de quedar en deuda por veinticinco..., aunque sea entre quince billones? Es una mancha pequeña, muy pequeña; pero es una mancha. ¡Medite, Cranwitz! La Tierra aguarda desde hace cinco mil millones de años el momento de quedar saturada. ¿Hemos de esperar todavía más? Nosotros no podemos, ni queremos, obligarle; pero si cede voluntariamente será un héroe a los ojos de todo el mundo.

—Sí —corroboró Bunting—. Durante todos los días futuros los hombres dirán que Cranwitz hizo un gesto, y con aquel gesto nada más, se llegó a la perfección.

Y Cranwitz añadió, imitando el tono de voz del otro:

—Y los hombres dirán que Alvarez y Bunting le persuadieron de que lo hiciera.

—¡Si lo conseguimos! —puntualizó Alvarez, sin que se notara el menor rastro de enfado en su voz—. Pero dígame, Cranwitz, ¿puede resistirse indefinidamente contra la ilustrada voluntad de quince billones de personas? Sean cuales fueren los motivos que le impulsen, y reconozco que, a su manera, usted es un idealista, no puede privar a tantísima gente de ese último pedacito de perfección.

Cranwitz bajó los ojos en silencio, y la mano de Alvarez hizo un suave ademán dirigido a Bunting, y éste no dijo una sola palabra. Nadie rompía el silencio; los minutos transcurrían pausadamente.

Luego Cranwitz susurró:

—¿Puedo tener mis animales un día más conmigo?

—¿Y después?

—Y después... no quiero interponerme entre el hombre y la perfección.

—Lo comunicaré al mundo —dijo Alvarez—. Se le rendirá honores. —Y él y Bunting se marcharon.

En los vastos edificios continentales, unos cinco billones de seres humanos dormían plácidamente, unos dos billones estaban comiendo plácidamente, y medio

billón, aproximadamente, gozaban cuidadosamente del amor. Otros billones conversaban sin pasión, o cuidaban silenciosamente de las computadoras, o conducían los vehículos, u organizaban las bibliotecas de microfilmes, o divertían a sus semejantes. Miles de billones se estaban acostando; miles de billones se estaban despertando; y la rutina no variaba nunca.

La maquinaria funcionaba, se controlaba a si misma, se reparaba por si misma. La sopa de plancton del océano planetario se tostaba a los rayos del sol y las células se dividían y dividían y dividían, mientras las dragas las subían a la superficie y las deshidrataban y las transferían, a millones de toneladas, a las cintas de transporte y los conductos que las llevaban a todos los rincones de los interminables edificios.

Y en todos los rincones de los edificios se recogían los residuos humanos, se irradiaban y desecaban. Y trituraban y trataban y deshidrataban los cadáveres humanos. Y todos esos residuos eran devueltos interminablemente al océano. Y durante unas horas, mientras todo este proceso continuaba, lo mismo que había continuado durante décadas y acaso hubiera de seguir, inevitablemente, durante milenios, Cranwitz dio de comer a sus criaturitas por última vez, acarició el conejillo de Indias, levantó una tortuga para lavar la mirada en su ojo ignorante y acarició entre los dedos una brizna, real, viva, de hierba.

Y los contó, todos, uno por uno... los últimos seres vivos de la Tierra que ni eran humanos ni servían de alimento para los humanos... y luego requemó el suelo donde crecían las plantas y las mató. A continuación inundó con vapores apropiados las jaulas y habitaciones donde tenía los animales, y éstos cesaron de vivir y de moverse.

El último ser no humano había desaparecido, pues, y entre la humanidad y la perfección sólo se levantaba el obstáculo de Cranwitz, cuyos pensamientos todavía se revelaban, todavía se apartaban tozudamente de la norma. Pero también para Cranwitz servían los vapores, y el rebelde no quería vivir.

Y después de esto, imperó realmente la perfección, puesto que, por toda la faz de la Tierra, en sus quince billones de habitantes y en sus veinte miles de millones de toneladas de cerebros humanos, no había —fallecido Cranwitz— ni un solo pensamiento fuera de lugar, ni una sola idea inusitada, que alterasen la placidez universal; aquella placidez que significaba que por fin se había conseguido el vacío exquisito de la uniformidad.



# Chapoteo (1970)

---

“Waterclap”

## I

Stephen Demerest levantó la mirada hacia el cielo. El azul le pareció opaco y repugnante.

Luego miró imprudentemente al sol, y apartó rápidamente los ojos, asustado.

Involuntariamente, pensó en la plegaria de Ajax en la *Ilíada*: ¡Haz el cielo claro, permítenos que veamos con nuestros ojos! ¡Mátanos en la luz, ya que te complaces en matarnos!

Demerest pensó: Mátanos en la luz...

Mátanos en la clara luz de la Luna, donde el cielo es negro y suave, donde las estrellas brillan de un modo esplendoroso, donde la limpieza y la pureza del vacío agudizan la vista...

Se estremeció. El estremecimiento fue físico y real: sacudió su delgado cuerpo, llenándole de preocupación. Iba a morir, estaba seguro de ello. Y no bajo este cielo azul, sino bajo una negrura sin cielo.

Como respondiendo a aquel pensamiento, el piloto del ferry, bajito y rechoncho, se acercó a él y le dijo:

—¿Preparado para la inmersión, Mr. Demerest?

Demerest asintió. Su estatura dominaba a la del otro, como dominaba a la de la mayoría de los hombres de la Tierra. Todos ellos eran robustos y se movían de un modo lento y seguro. Él, en cambio, tenía que guiar sus pasos a través del aire.

—Estoy preparado —dijo.

Aspiró profundamente y volvió a mirar el sol, ahora de un modo deliberado. Estaba muy bajo en el cielo matinal, y Demerest sabía que no le cegaría. No pensaba volver a verlo.

Nunca había visto un batiscafo. Tendía a pensar en él en términos de prototipos: un globo oblongo con una góndola esférica debajo. Era como si insistiera en pensar en el vuelo espacial en términos de toneladas de combustible proyectado hacia atrás en forma de llama y en un módulo irregular descendiendo como una araña hacia la superficie lunar.

El batiscafo no correspondía a la imagen que de él se había formado. Debajo de su piel podía haber una bolsa flotante y una góndola, pero el exterior era esbelto y liso.

—Me llamo Javan —dijo el piloto del ferry—. Omar Javan.

—¿Javan?

—¿Le extraña el nombre? Desciendo de iraníes. Abajo, las nacionalidades dejan de tener importancia —Sonrió, y su tez pareció más oscura en contraste con la

blancura de sus dientes—. Si no tiene inconveniente, iniciaremos el descenso dentro de un minuto. Usted es mi único pasajero, de modo que supongo que lleva mucho peso.

—Sí —dijo Demerest, secamente—, al menos cien libras más de lo que estoy acostumbrado a llevar.

—¿Procede usted de la Luna? Me pareció que andaba con dificultades. Espero que no se sienta incómodo.

—No me siento demasiado cómodo, pero me las arreglo. En la Luna hacemos prácticas para enfrentarnos a estas situaciones.

—Bueno, suba a bordo —dijo el piloto—. Yo no iría a la Luna por nada del mundo.

—Y baja usted a las profundidades del océano.

—Es distinto. Lo he hecho más de cincuenta veces.

Demerest subió a bordo. No había demasiado espacio, pero no le importó. El interior del batiscafo podía compararse al de un módulo espacial.

Estaban aún en la superficie. El cielo azul podía percibirse a través del grueso cristal.

Javan dijo:

—No tendrá que atarse. Aquí no hay aceleración. No tardaremos mucho: alrededor de una hora. No puede usted fumar.

—No fumo —dijo Demerest.

—Espero que no padezca usted claustrofobia.

—Los hombres de la Luna no conocen la claustrofobia.

—Aquellos espacios abiertos...

—Vivimos en cavernas, a un centenar de pies de profundidad.

—¿Un centenar de pies? —El piloto pareció divertido pero no sonrió—. Estamos descendiendo ya.

El interior de la góndola era angulado, pero aquí y allá un sector de la pared detrás de los instrumentos parecía ser una extensión de sus brazos: sus ojos y sus manos se movían sobre ellos ligeramente, casi amorosamente.

—Todo está revisado —dijo—, pero me gusta echar un vistazo final: al llegar abajo la presión será de un millar de atmósferas —Su dedo tocó un contacto—. Échele una última mirada a la luz del sol, Mr. Demerest.

La luz brillaba aún a través del grueso cristal de la ventanilla. Ahora era ondulante: había agua entre el sol y ellos.

—¿La última mirada? —inquirió Demerest.

Javan sonrió.

—Es un decir. Me refiero a la última mirada por ahora. Supongo que es la primera vez que entra en un batiscafo.

—Sí, la primera vez. ¿Tienen muchos?

—Muy pocos —admitió Javan—. Pero no se preocupe. No es más que un globo submarino. Hemos introducido muchas mejoras desde que se construyeron los primeros batiscafos. Ahora utilizamos la energía nuclear y podemos desplazarnos bajo el agua hasta ciertos límites, pero el principio básico es el mismo: una góndola esférica colgando de unos tanques flotantes.

El batiscafo se hundía lentamente, a través de un verde cada vez más oscuro, pero en su interior no se experimentaba ninguna sensación de movimiento.

Javan se relajó.

—John Bergen es el jefe de la Base. ¿Va usted a visitarle?

—Sí.

—Es un tipo simpático. Su esposa está con él.

—¿De veras?

—Sí. Hay varias mujeres en la Base. Son más de cincuenta personas las que están allí, y algunas se pasan meses enteros en la Base.

Demerest pasó un dedo por la costura casi invisible que unía la pared a la puerta. Lo apartó y lo examinó.

—Esto es aceite —dijo.

—Silicona —rectificó Javan—. Efecto de la presión. Pero no se preocupe. Aquí, todo es automático. Si se produjera alguna anomalía, nuestro lastre se soltaría automáticamente y ascenderíamos a la superficie.

—¿Quiere usted decir que nunca les ha ocurrido nada a estos batiscafos?

—¿Qué puede ocurrir? —El piloto miró de soslayo a su pasajero—. Una vez se ha descendido lo suficiente para no temer a los cachalotes, no puede pasar nada.

—¿Cachalotes? —inquirió Demerest, enarcando las cejas.

—Sí. Se sumergen a profundidades de hasta media milla. Si chocaran contra un batiscafo... Bueno, las paredes de las cámaras flotantes no son particularmente fuertes. No tienen que serlo, ¿sabe? Están abiertas al mar, y cuando la gasolina, que es la que suministra la flotabilidad, se comprime, entra el agua del mar.

La oscuridad se hizo tangible. Demerest no apartaba los ojos de la ventanilla. El interior de la góndola estaba iluminado, pero detrás de aquella ventanilla reinaba la oscuridad.

Una oscuridad que no era la del espacio, sino que aparecía compacta, sólida.

Demerest dijo:

—Aclaremos eso, Mr. Javan. Usted no está equipado para resistir el ataque de un cachalote. Presumiblemente, no está equipado para resistir el ataque de un pulpo gigante. ¿Se ha producido algún incidente de ese tipo?

—Bueno, es como si...

—Nada de evasivas, por favor. Se lo pregunto por curiosidad profesional. Soy el

jefe de los servicios de seguridad mecánica de Luna City, y quiero saber qué medidas puede tomar este batiscafo contra un posible encuentro con animales de gran tamaño.

Javan se encogió de hombros, murmurando:

—En realidad, no se ha producido ningún accidente.

—¿No están previstos? ¿Ni siquiera como una posibilidad remota?

—Todo es remotamente posible. Pero, de hecho, los cachalotes son demasiado inteligentes para meterse con nosotros, y los pulpos gigantes son demasiado tímidos.

—¿Pueden vernos?

—Sí, desde luego. Estamos iluminados.

—¿Lleva usted faros?

—Sí. Voy a encenderlos para que los vea.

Más allá de la oscura ventanilla apareció súbitamente una tormenta de nieve, invertida, cayendo hacia arriba. La oscuridad se había animado de estrellas en formación tridimensional y moviéndose en dirección ascendente.

Demerest dijo:

—¿Qué es eso?

—Materia orgánica. Animales diminutos. Flotan, apenas se mueven y captan la luz. Pero nosotros estamos descendiendo y, en consecuencia, ellos parecen ascender.

Demerest recobró el sentido de la perspectiva y dijo:

—¿No estamos bajando con demasiada rapidez?

—No. Si fuera así, podría utilizar los motores nucleares o dejar caer un poco de lastre. Pero, de momento, todo va bien. Relájese, Mr. Demerest. No hay el menor motivo de preocupación.

Demerest dijo:

—¿A cuántos pasajeros ha bajado usted al mismo tiempo?

—He bajado hasta cuatro en esta góndola, pero eso significa apreturas. Podemos unir dos batiscafos y llevar diez pasajeros, pero no es recomendable. Lo que realmente necesitamos son trenes de góndolas, más pesadas en los nukes —los motores nucleares— y más ligeras en los tanques de flotación. Dicen que esos trenes ya están diseñados... pero hace muchos años que oigo lo mismo.

—Entonces, ¿existen planes para una expansión en gran escala de la Base Submarina?

—Desde luego. Tenemos ciudades en los bajíos continentales: ¿por qué no en el fondo del mar? Tal como yo lo veo, Mr. Demerest, el hombre debe ir a donde puede ir. Hemos poblado la Tierra. Lo único que necesitamos para que las profundidades marinas sean habitables son batiscafos más perfeccionados. Las cámaras de flotación los hacen más lentos y más frágiles.

—Pero también más seguros, ¿no es cierto? Si se produjera alguna anomalía, la gasolina de a bordo le mantendría a usted flotando en la superficie. ¿Qué haría usted

si sus motores nucleares se averiasen y no pudiera flotar?

—Llevadas las cosas a ese extremo... no pueden eliminarse todas las posibilidades de que ocurra un accidente.

—Lo sé por experiencia —murmuró Demerest.

Javan se envaró. El tono de su voz cambió.

—Lo siento. Hablaba en términos generales. No pensaba en aquel accidente.

Quince hombres y cinco mujeres habían muerto en la Luna. Uno de los que figuraban en la lista de los «hombres» tenía catorce años. El accidente se había atribuido a un fallo humano. ¿Qué podía decir después de eso un jefe de los servicios de seguridad mecánica?

Un velo de tristeza cayó entre los dos hombres, un velo tan espeso y tan turgente como el agua del mar presurizada del exterior. ¿Cómo podía experimentar uno pánico, distracción y depresión al mismo tiempo? Existía la Morriña Lunar —un nombre estúpido— que hería a los hombres en el momento más inoportuno. Cuando se presentaba la Morriña Lunar, los hombres se sentían acometidos por una especie de letargo y reaccionaban con mucha lentitud.

¿Cuántas veces había sido eludido o absorbido con éxito un meteorito? ¿Cuántas veces se habían controlado los efectos de un lunamoto? ¿Cuántas veces se habían compensado las consecuencias de un fallo humano? ¿Cuántas veces no habían ocurrido accidentes?

Pero los accidentes que no han ocurrido no cuentan. Y los muertos eran veinte.

## II

Javan dijo:

—¿cuántos minutos más tarde?

—Allí están las luces de la Base Submarina.

Demerest no supo localizarlas, de momento. No sabía a dónde mirar. Unos seres luminiscentes habían pasado por delante de las ventanillas, a cierta distancia, y con los focos apagados Demerest había creído que eran la primera señal de la Base Submarina. Ahora no veía nada.

—Allá abajo —dijo Javan, sin señalar; estaba ocupado, frenando el descenso del batiscafo.

Demerest pudo oír el lejano suspiro de los chorros de agua recalentada por la combustión de los motores.

Javan estaba dejando caer también una parte del lastre, diciendo:

—Antes utilizábamos bolas de acero y las dejábamos caer por medio de controles electromagnéticos. Gastábamos hasta cincuenta toneladas de ellas en cada viaje. Los conservadores no veían con buenos ojos que sembráramos el suelo del océano de bolas de acero oxidables, de modo que recurrimos a los nódulos de metal que son

extraídos posteriormente desde el bajío continental. Los revestimos de una capa de hierro para que puedan ser manipulados electromagnéticamente, y de este modo no queda nada en el fondo del océano. Y resulta mucho más barato, también. Pero cuando tengamos nuestros batiscafos realmente nucleares, no necesitaremos ningún lastre.

Demerest apenas le oía. Ahora, la Base Submarina era perfectamente visible. Javan había encendido de nuevo los focos y debajo de ellos se hallaba el fangoso suelo del Foso portorriqueño. Reposando sobre aquel suelo como un racimo de perlas igualmente fangosas se alzaba el conglomerado esférico de la Base Submarina.

Cada unidad era una esfera semejante a la que llevaba a Demerest hacia el contacto, pero mucho mayor. A medida que la Base Submarina se extendía, se añadían nuevas esferas.

Y sólo están a cinco millas de casa, no a un cuarto de millón.

—¿Cómo vamos a salir? —inquirió Demerest.

El batiscafo había establecido contacto. Demerest había oído el sonido de metal contra metal, pero inmediatamente después y durante varios minutos el único sonido que se había percibido era una especie de roce mientras Javan permanecía inclinado sobre sus instrumentos.

—No se preocupe por eso —respondió finalmente Javan—. No hay problema. La demora se debe a que tengo que asegurarme de que encajamos perfectamente. Los instrumentos nos dirán cuándo quedamos unidos a la puerta de entrada.

—¿Se abre inmediatamente?

—Se abriría en seguida si hubiese aire al otro lado. Pero lo que hay es agua de mar, y tiene que ser evacuada. Entonces entraremos.

Demerest tomó buena nota de esto.

—¿Por qué agua de mar? —inquirió—. Si es una cámara reguladora de la presión, ¿por qué no la mantienen llena de aire?

—Me dijeron que es una cuestión de seguridad —dijo Javan—. Su especialidad. Esta puerta es el punto más débil de todo el sistema, porque se abre y se cierra: tiene goznes, tiene costuras... ¿Sabe lo que significa eso?

—Desde luego —murmuró Demerest.

Veía un fallo lógico aquí, lo cual representaba una posibilidad para él... aunque más tarde.

Inquirió:

—¿Por qué esperamos ahora?

—La cámara está siendo vaciada. Expulsan el agua.

—¿Por medio de aire?

—Ni pensarlo. No pueden permitirse derrochar el aire de ese modo. Se necesitarían mil atmósferas para vaciar la cámara y llenarla de aire de la misma

densidad. Lo hacen a base de vapor.

—Comprendo.

Javan dijo:

—Se calienta el agua. Ninguna presión del mundo puede evitar que el agua se convierta en vapor a una temperatura de menos de 374 grados. Y el vapor expulsa el agua de mar a través de una válvula unidireccional.

—Otro punto débil —dijo Demerest.

—Supongo que sí. Pero nunca ha fallado. Ahora está siendo expulsada el agua de la cámara. Cuando el vapor caliente empieza a burbujear en la válvula, el proceso se interrumpe automáticamente y la cámara queda llena de vapor recalentado.

—¿Y luego?

—Luego tenemos todo un océano para enfriarlo. La temperatura desciende y el vapor se condensa. Una vez condensado, puede introducirse aire a la presión de una atmósfera. Y luego se abre la puerta.

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar?

—No mucho. Si se produjera alguna anomalía, sonarían las sirenas. Al menos, eso dicen. Yo no las he oído nunca.

Siguió un breve silencio. Luego se oyó un repentino chasquido y una sacudida simultánea.

Javan dijo:

—Lo siento. Debí advertírselo. Estoy tan acostumbrado a ello, que me olvidé. Cuando se abre la puerta, una presión de un millar de atmósferas al otro lado nos empuja contra el metal de la Base Submarina. Ninguna fuerza electromagnética puede sujetarnos lo suficiente como para evitar esa última oscilación de una centésima de pulgada.

Demerest exhaló un suspiro de alivio.

—¿Todo va bien? —inquirió.

—Las paredes no crujen, si se refiere a eso. Pero el sonido resulta inquietante, ¿verdad? Suena mucho peor cuando salgo y la cámara vuelve a llenarse. No lo olvide.

No lo olvidaré... aunque no creo que vuelva a salir de aquí.

Inquirió:

—¿Vamos a pasar ahora?

—Sí.

La abertura en la pared del batiscafo era pequeña y redonda: más pequeña aún que aquella por la cual habían entrado en el batiscafo. Javan se deslizó por ella trabajosamente, murmurando que siempre le hacía sentirse como el tapón de una botella.

Demerest no había sonreído ni una sola vez desde que entró en el batiscafo. Y ahora tampoco sonrió, en realidad, aunque las comisuras de su boca se fruncieron

ligeramente al pensar que para un delgado hombre lunar no habría problemas.

Pasó a través de la abertura, ayudado por Javan que le agarró fuertemente por las muñecas.

Javan dijo:

—Esto está muy oscuro. Los cables de la luz habrían significado una debilidad adicional. Pero los focos se inventaron para estos casos.

Demerest se encontró en una pared perforada; su metálica superficie de acero inoxidable tenía un brillo opaco. Y a través de las perforaciones pudo ver la ondulante superficie del agua.

Dijo:

—La cámara no ha sido vaciada.

—Desde luego. Cuando se utiliza el vapor, no puede expulsarse todo. Para obtener la presión necesaria para el vaciado hay que comprimir el vapor hasta que alcance una tercera parte de la densidad del agua líquida. Cuando se condensa, una tercera parte de la cámara queda llena de agua, aunque su presión es sólo de una atmósfera. Vamos, Mr. Demerest.

El rostro de John Bergen no era completamente desconocido para Demerest. El reconocimiento fue inmediato. Bergen, que llevaba diez años ostentando la jefatura de la Base Submarina, era un rostro familiar en las pantallas de TV de la Tierra... tan familiar como el de los personajes de Luna City.

Demerest había visto al jefe de la Base Submarina en imagen normal y en tres dimensiones, en blanco y negro y en color. Verle al natural no era ninguna sorpresa.

Al igual que Javan, Bergen era bajo y robusto, de estructura distinta a la tradicional fisiología lunar. Era mucho más rubio que Javan y su rostro tenía una notable asimetría.

No era guapo. Ningún hombre lunar le tendría por tal. Pero luego Bergen sonrió y de él emanó una evidente cordialidad mientras extendía una mano robusta.

Dijo:

—Me alegro mucho de que esté aquí. No podemos ofrecerle nada que se parezca al lujo. Ni siquiera podemos declarar el día festivo en su honor, pero lo hacemos en espíritu. ¡Bienvenido!

—Gracias —dijo Demerest en voz baja.

No sonrió. Estaba en frente del enemigo y lo sabía. Seguramente que Bergen lo sabía también. Su sonrisa era pura hipocresía.

Y en aquel momento resonó un chasquido ensordecedor y la cámara retembló. Demerest saltó hacia atrás y se apoyó contra la pared.

Bergen no se movió.

Se limitó a decir:

—Siempre que el batiscafo se despegue de nosotros ocurre esto. Javan debió



advertírsele.

Demerest esperó a que se aquietaran los latidos de su corazón.

—Javan me advirtió —dijo—. Pero a pesar de todo me ha cogido de sorpresa.

Bergen dijo:

—Bueno, no volverá a ocurrir en una temporada. No recibimos muchas visitas, ¿sabe? No estamos equipados para ofrecer una cómoda hospitalidad a los políticos que creen que un viaje a la Base Submarina resultaría conveniente para sus carreras. Pero el caso de usted es muy distinto, desde luego.

¿Lo es?

Le había resultado muy difícil obtener la autorización para realizar el viaje. Sus superiores de Luna City no habían aprobado la idea inmediatamente. Y cuando consiguió convencerles, había tropezado con la resistencia de la Base Submarina a recibirle.

Sólo la insistencia había hecho posible su visita.

Bergen dijo:

—Supongo que en Luna City también tendrán sus problemas en este sentido.

Demerest dijo:

—Sus políticos no se muestran tan ansiosos por realizar un viaje de medio millón de millas como para recorrer las diez millas que le separan de la Base Submarina.

—Desde luego —convino Bergen—. Viajar a la luna resulta mucho más caro. Hasta cierto punto, éste es el primer encuentro del espacio interior con el exterior. Que yo sepa, ningún hombre del océano ha ido nunca a la Luna, y usted es el primer habitante de la Luna que visita una Base Submarina. Ningún habitante de la Luna ha estado siquiera en alguna de las instalaciones del bajío continental.

—Entonces, puede decirse que éste es un encuentro histórico —declaró Demerest, sin conseguir disimular del todo el sarcasmo de su voz.

Pero Bergen no pareció darse cuenta.

Se remangó la camisa como para subrayar su actitud de confiada intimidad (¿o el hecho de que estaba muy ocupado, de modo que no disponía de demasiado tiempo para atender a los visitantes?), y preguntó:

—¿Quiere usted tomar un poco de café? Supongo que ya habrá comido... ¿Desea descansar antes de que le enseñe todo esto? ¿Necesita lavarse?

Por un instante, la curiosidad picó a Demerest; aunque no era una curiosidad monda y lironda. Todo lo relacionado con la Base Submarina podía ser importante.

Habló cuidadosamente.

—¿Cómo están aquí las instalaciones sanitarias?

—Más o menos como en la Luna, supongo. Podemos evacuar si queremos o si necesitamos hacerlo. El hombre tiene fama de ensuciar su entorno, pero en el caso de esta Base, siendo única, lo que evacuamos no produce ningún perjuicio. Añade

materia orgánica al medio, simplemente.

Demerest tomó buena nota de aquello, también. Si evacuaban materia, tenían que existir mecanismos de evacuación. Su funcionamiento podía ser interesante y él, en su calidad de jefe de un servicio de seguridad mecánica, tenía derecho a demostrar interés.

—Se lo agradezco mucho —dijo—, pero de momento no necesito nada. Si está ocupado...

—Aquí siempre estamos ocupados, pero en cierto sentido yo soy el que menos lo está. Echaremos un vistazo por ahí. Tenemos más de cincuenta unidades, todas tan grandes como ésta, y algunas mayores.

Demerest miró a su alrededor. Vio ángulos en todas partes, pero más allá de los muebles y de los instrumentos detectó la inevitable pared exterior esférica. ¡Cincuenta unidades!

—Construidas con el esfuerzo de toda una generación —añadió Bergen—. La unidad en la que ahora nos encontramos es la más antigua y se ha hablado de reemplazarla por otra. Algunos de los hombres dicen que estamos preparados para las unidades de la segunda generación, pero yo no estoy seguro. Sería muy caro —aquí todo resulta muy caro—, y sacarle dinero al Consejo del Proyecto Planetario es siempre una experiencia deprimente.

Demerest notó que su rostro se contraía de rabia. Lo que Bergen acababa de decir era una verdad como un templo. Y probablemente estaba enterado de las dificultades que Luna City había tenido con el CPP.

—Confieso que soy un poco conservador —continuó Bergen—. Ésta es la primera unidad submarina que se construyó, en condiciones muy difíciles. Y le tengo cariño. Ahora estamos aquí cincuenta personas, la mayoría de ellas por turnos de seis meses. Por mi parte, en los últimos dieciocho meses sólo he pasado dos semanas en tierra firme.

Hizo una seña a Demerest para que le siguiera y abrió una puerta corrediza que daba acceso a la unidad contigua. Demerest se paró a examinar la abertura. No pudo detectar ninguna costura entre las unidades adyacentes.

Bergen se dio cuenta y dijo:

—Cuando añadimos unidades las soldamos a presión como si se tratara de una sola pieza de metal y luego las reforzamos. No podemos exponernos, como usted comprenderá. Me han dicho que es usted el jefe de los servicios de seguridad mecánica...

Demerest le interrumpió.

—Sí —dijo—. En la Luna admiramos su historial de seguridad.

Bergen se encogió de hombros.

—Hemos tenido suerte. A propósito, lamento mucho el fatal accidente...

Demerest le interrumpió de nuevo.

—No hablemos de eso.

Estaba llegando a la conclusión de que Bergen era un hombre voluble por naturaleza... a menos de que deseara ahogarle con un torrente de palabras y librarse de él.

—Las unidades —dijo Bergen— están dispuestas en una cadena muy ramificada: tridimensional, en realidad. Tenemos un mapa que puedo mostrarle si está interesado. La mayor parte de las unidades de los extremos corresponden a viviendas. Para garantizar un poco de intimidad. Las unidades de trabajo tienden a ser también pasillos, lo cual es una de las desventajas de tener que vivir aquí.

Bergen hizo un gesto con la mano.

—Ésta es nuestra biblioteca, mejor dicho, parte de ella. No es muy extensa. Pero contiene todos nuestros archivos cuidadosamente clasificados y en microfilmes, de modo que en su clase es la mayor del mundo. Y disponemos de una computadora que nos permite localizar rápidamente cualquier dato que necesitamos. Colecciona, selecciona, coordina, pesa... Tenemos otra biblioteca con volúmenes impresos. Pero sólo para distraernos.

Una voz interrumpió el torrente de palabras de Bergen.

—¿John? ¿Puedo pasar?

Demerest se sobresaltó: la voz había resonado detrás de él.

Bergen dijo:

—Annette, ahora iba a buscarte. Te presento a Stephen Demerest, de Luna City. Mr. Demerest, permítame que le presente a mi esposa, Annette.

Demerest murmuró, casi maquinalmente:

—Encantado de conocerla, Mrs. Bergen.

Annette Bergen tenía poco más de treinta años. Iba peinada sencillamente y no llevaba ningún maquillaje. Atractiva, no hermosa, pensó vagamente Demerest. Pero sus ojos no se apartaron de la cintura de la mujer.

Ella se encogió de hombros.

—Sí, estoy embarazada, Mr. Demerest. De siete meses.

—Disculpe —murmuró Demerest—. Ha sido una impertinencia por mi parte. No he querido...

Se interrumpió. No había esperado encontrar mujeres en la Base, aunque el piloto del ferry le había dicho que la esposa de Bergen estaba con él.

Annette Bergen permaneció silenciosa y Demerest tartamudeó al preguntar:

—¿Cuántas mujeres hay en la Base Submarina, Mr. Bergen?

—En estos momentos, nueve —dijo Bergen—. Todas casadas. Desde luego, éste no es el lugar más a propósito para tener un hijo...

Annette dijo fríamente:

—¿Por qué no? Una de dos: esto va a ser un hogar para la humanidad, o no va a serlo. En el primer caso, tendremos hijos aquí, eso es todo. Yo quiero un hijo nacido en la Base Submarina. En Luna City han nacido niños, ¿no es cierto, Mr. Demerest?

Demerest respiró profundamente.

—Yo nací en Luna City, Mrs. Bergen.

—Lo sabía perfectamente —murmuró Bergen.

—Y tiene usted casi treinta años, ¿no? —dijo Annette.

—Veintinueve, exactamente —dijo Demerest.

—Lo sabía perfectamente, también —dijo Bergen, sonriendo—. Puede apostar a que revisó todos los datos acerca de usted cuando se enteró de que iba a venir.

—Eso no importa —dijo Annette—. Lo importante es que durante veintinueve años, como mínimo, han nacido niños en Luna City, y no ha nacido ningún niño en la Base Submarina.

—Luna City, querida —dijo Bergen—, se estableció hace mucho tiempo. Tiene más de medio siglo de antigüedad, en tanto que nosotros no hemos cumplido aún los veinte años.

—Veinte años es más que suficiente. Un niño sólo tarda nueve meses en nacer.

Demerest inquirió:

—¿Hay niños en la Base?

—No —dijo Bergen—. Algún día, quizás.

—Dentro de dos meses habrá uno —dijo Annette Bergen.

### III

La tensión aumentó en Demerest, y cuando regresaron a la unidad en la cual le había recibido Bergen se alegró de poder sentarse y aceptó una taza de café.

—Comeremos pronto —dijo Bergen—. Espero que no le importe quedarse aquí, entretanto. Esta unidad sólo se utiliza prácticamente para la recepción de visitantes, de modo que no es probable que nos interrumpan. Podemos hablar, si lo desea.

—Lo deseo —dijo Demerest.

—Confío en que mi presencia no le resultará molesta —dijo Annette.

Demerest la miró con aire dubitativo, pero Bergen se apresuró a decirle:

—No podrá quitársela de encima. Está fascinada por usted y por los habitantes de la Luna, en términos generales. Opina que son ustedes una... una raza nueva. Supongo que cuando se cansa de ser una Mujer Submarina, querrá ser una Mujer Lunar.

—Tengo un interés especial en una cosa, John —dijo Annette—. Y quiero conocer la respuesta de Mr. Demerest. ¿Qué opina usted de nosotros, Mr. Demerest?

Demerest respondió cautelosamente.

—Me han pedido que venga aquí, Mrs. Bergen, porque soy el jefe de los servicios

de seguridad mecánica. La Base Submarina posee un envidiable historial de seguridad.

—Ni un solo accidente mortal en casi veinte años —dijo Bergen alegremente—. Me gustaría poder decir que eso es el resultado de nuestra prudencia y de lo acertado de nuestras precauciones, pero he de admitir que hemos tenido mucha suerte...

—John —dijo Annette—, te ruego que dejes hablar a Mr. Demerest.

—En mi calidad de ingeniero especialista en seguridad —dijo Demerest—, no puedo permitirme creer en la suerte. En Luna City no podemos evitar que se produzcan lunamotos o que caigan grandes meteoritos, pero nuestra tarea consiste en minimizar sus efectos... No hay excusas, o no debería haberlas, para los fallos humanos. Y en este sentido, nuestro historial no es precisamente bueno. Los humanos no son perfectos, como todos sabemos, pero las máquinas deberían ser diseñadas teniendo en cuenta esa imperfección.

Nosotros perdimos veinte hombres y mujeres innecesariamente.

—Lo sé. Sin embargo, Luna City tiene una población de casi mil almas. Su supervivencia no está en peligro.

—Los habitantes de Luna City son novecientos setenta y dos, incluyéndome a mí... pero nuestra supervivencia está en peligro. Dependemos de la Tierra para nuestras necesidades esenciales. La cosa cambiaría mucho si el Consejo del Proyecto Planetario tuviera otro concepto de la economía...

—En esto, al menos, coincidimos, Mr. Demerest —dijo Bergen—. Tampoco nosotros gozamos de la autarquía que podríamos haber alcanzado. Y no podremos superar nuestro nivel actual si no se construyen batiscafos nucleares. Mientras estemos atados al principio de flotabilidad, no podremos desarrollarnos. El transporte entre la superficie y la Base es lento: lento para los hombres, y todavía más lento para el material y los suministros. He estado haciendo presión, Mr. Demerest, para...

—Sí, y ahora está a punto de conseguirlo, ¿no es cierto?

—Espero que sí. Pero, ¿por qué está tan seguro?

—Mr. Bergen, no nos andemos con rodeos. Sabe usted perfectamente que la Tierra destina muy poco dinero a los proyectos de expansión. La población de la Tierra no está dispuesta a malgastar recursos en la expansión del espacio interior o exterior, si cree que ello ha de significar un sacrificio que afecte negativamente al hábitat primario de los humanos: la superficie terrestre del planeta.

Annette intervino:

—Tiene usted muy mal concepto de los terrestres, Mr. Demerest... El deseo de seguridad es muy humano. La Tierra está superpoblada y rehaciéndose de las calamidades que arrojó sobre ella el siglo XX. Es lógico que el hogar primario del hombre cuente en primer lugar, por encima de Luna City o de la Base Submarina. Yo misma considero la Base Submarina como mi casa, pero no deseo verla prosperar a

costa de la superficie terrestre.

—No se trata de eso, Mrs. Bergen —replicó Demerest—. Si el océano y el espacio exterior son explotados de un modo inteligente y honrado, la primera en beneficiarse será la Tierra. Una pequeña inversión significará una pérdida. Pero una inversión importante producirá enormes beneficios. Bergen alzó una mano.

—Sí, lo sé. No tiene usted que discutir conmigo acerca de ese punto. Está tratando de convertir a un converso. Vamos a comer. Lo haremos aquí mismo. Si se queda con nosotros unos días, tendrá tiempo de conocer a todo el mundo.

—A propósito —dijo Demerest—, ¿por qué he encontrado a tan pocas personas mientras recorríamos las unidades?

—No es ningún misterio —dijo Bergen—. En cualquier momento que escoja, quince de nuestros hombres están durmiendo, y otros quince están viendo películas, o jugando al ajedrez, o, si sus esposas se encuentran aquí...

—¡John! —dijo Annette.

—...y existe la costumbre de no molestarles. El espacio es reducido, y todo lo que signifique intimidad y aislamiento se agradece mucho. Unos cuantos están en el mar —tres, exactamente—, y la docena restante presta servicio y son los hombres que usted ha visto.

—Iré en busca del almuerzo —dijo Annette, poniéndose en pie.

Sonrió y cruzó la puerta, la cual se cerró automáticamente detrás de ella.

Bergen se volvió hacia Demerest.

—Esto es una concesión en su honor, Mr. Demerest. Normalmente, Annette me enviaría a mí a buscar el almuerzo. Demerest dijo:

—Tengo la impresión de que las puertas entre las unidades son de una fortaleza peligrosamente limitada.

—¿De veras?

—Si ocurriera un accidente y una unidad fuese perforada...

Bergen sonrió.

—Aquí no hay peligro de meteoritos.

—Me he expresado mal. Si por cualquier motivo se produjera algún escape, ¿podría sellarse una unidad o un grupo de unidades contra la presión del océano?

—En teoría, podríamos hacerlo, aunque las posibilidades de que se produzca un accidente son muy remotas. Como ya le he dicho, aquí no hay meteoritos, ni existen corrientes. Un terremoto centrado inmediatamente debajo de nosotros no nos causaría ningún daño, dado que no tenemos un contacto fijo con el suelo y el propio océano amortiguaría cualquier sacudida.

—Pero, ¿y si a pesar de todo se produjera un accidente?

—Es posible que estuviésemos indefensos. Verá, aquí no resulta fácil sellar las unidades. En la Luna hay una presión diferencial de una atmósfera: una atmósfera

interior y la atmósfera cero del vacío exterior. Aquí, la presión diferencial es de un millar de atmósferas, aproximadamente. Para garantizar una seguridad absoluta contra esa presión diferencial habría que gastar mucho dinero, y usted mismo ha hablado de lo difícil que resulta sacarle dinero al CFP. De modo que tenemos que exponernos. Y hasta ahora hemos tenido suerte.

—Y nosotros no —dijo Demerest.

La llegada de Annette con el almuerzo alivió la tensión que había empezado a crearse entre los dos hombres.

Annette dijo:

—Confío en que esté preparado para una dieta espartana, Mr. Demerest. Todos nuestros alimentos son precocinados y sólo requieren ser calentados. El menú del día se compone de pollo al emperador, con zanahorias y patatas hervidas, un trozo de algo que parece una pastilla de chocolate de postre y, desde luego, todo el café que sea capaz de beber.

Demerest se puso en pie para recoger su bandeja y trató de sonreír.

—Es el mismo tipo de menú que podrían servirme en la Luna, Mrs. Bergen. Nosotros cultivamos nuestros propios alimentos microorganísmicos. Resulta patriótico ingerirlos, pero distan mucho de ser apetitosos. Confío en que podremos mejorarlos, desde luego.

—Estoy convencida de que los mejorarán.

Mientras comía, masticando lenta y metódicamente, Demerest dijo:

—No quisiera hacerme pesado, pero, ¿hasta qué punto están asegurados contra una posible avería en la cámara reguladora de la presión?

—Es el punto más débil de la Base Submarina —dijo Bergen. Había terminado de comer y estaba tomando su primera taza de café—. Pero creo que los riesgos son mínimos. En primer lugar, el contacto desde el exterior tiene que ser perfecto para que el generador empiece a calentar el agua dentro de la cámara. Además, el contacto tiene que ser metálico y de un metal dotado de la permeabilidad magnética del que usamos en nuestros batiscafos. Si una roca o un legendario monstruo marino estableciera un contacto ocasional, no pasaría nada. En segundo lugar, la puerta exterior no se abre hasta que el vapor ha expulsado parte del agua y condensado el resto: en otras palabras, hasta que la presión y la temperatura han descendido hasta un punto determinado. En el momento en que la puerta exterior empieza a abrirse, un aumento relativamente leve de la presión interna, como el producido por la entrada de agua, por ejemplo, volvería a cerrarla.

Demerest dijo:

—Pero, una vez que los hombres han pasado a través de la cámara, la puerta interior se cierra detrás de ellos y hay que permitir que el agua de mar entre de nuevo en la cámara. ¿Pueden hacer eso gradualmente contra toda la presión del océano

exterior?

—No —dijo Bergen, sonriendo—. No podemos luchar a brazo partido contra el océano. Rebajamos una décima parte de la presión, aproximadamente.

—Hay algo que no comprendo —dijo Demerest—. Mantienen ustedes la cámara llena de agua de mar a toda presión para que la puerta exterior no sufra tensiones. Pero eso hace que la puerta interior se encuentre continuamente sometida a una fuerte tensión. En alguna parte tiene que haber tensión.

—Sí, es cierto. Pero si la puerta exterior, con un diferencial de un millar de atmósferas en sus dos lados, cediera, todo el océano con sus millones de millas cúbicas trataría de entrar y eso sería el final de todo. Si la tensión se ejerce contra la puerta interior y ésta cede, se creará un problema, desde luego, pero la única agua que entrará en la Base Submarina será la de la cámara, y su presión descenderá inmediatamente. Eso nos dará tiempo para efectuar las necesarias reparaciones, ya que la puerta exterior resistirá lo suficiente.

—Pero, ¿y si ceden las dos?

—Nos ahogaremos —dijo Bergen, encogiéndose de hombros—. No necesito decirle que no existen ni la certeza absoluta ni la absoluta seguridad. Hay que vivir con algún riesgo, y la posibilidad de una avería doble y simultánea es tan microscópicamente pequeña que no debe preocuparnos.

—Disculpe mis preguntas, Mr. Bergen —dijo Demerest, que había terminado ya con su pollo.

—No tiene por qué disculparse, Mr. Demerest. Comprendo su interés. En realidad, ignoro la naturaleza concreta de la misión que le ha traído aquí. Sin embargo, supongo que en la Luna están preocupados por el reciente desastre y que, en su calidad de jefe de los servicios de seguridad mecánica, desea usted corregir cualquier posible fallo, y de ahí su interés en el sistema de seguridad utilizado en la Base Submarina.

—Exactamente. Pero aquí, si sus mecanismos automáticos fallaran por algún motivo, por cualquier motivo, permanecerían ustedes vivos pero atrapados permanentemente en el interior de la Base Submarina. Significaría cambiar una muerte inmediata por una muerte mucho más lenta, eso es todo.

—No es probable que ocurra, pero confiamos en que podríamos efectuar las reparaciones necesarias antes de que se agotara nuestra provisión de aire. Además, disponemos de un sistema de escape manual.

—¿De veras?

—Sí. Cuando se estableció la Base Submarina y no había más que la unidad en que ahora nos encontramos, sólo disponíamos de controles manuales. No era un sistema seguro, si usted quiere. Allí están, detrás de usted, cubiertos de plástico desmenuzable.



—En caso de emergencia, romper el cristal —murmuró Demerest, examinando el equipo.

—¿Cómo dice?

—Nada, es una frase que solía figurar en los antiguos extintores... ¿Cree usted que los controles manuales se encuentran todavía en estado de funcionamiento al cabo de veinte años? ¿No es posible que se hayan estropeado por falta de uso sin que nadie se diera cuenta?

—No. Todo nuestro equipo es revisado periódicamente, incluido esos controles. ¿Sabe una cosa, Mr. Demerest? Nosotros estamos tan interesados en Luna City como usted lo está en la Base Submarina. Supongo que no tendrá inconveniente en invitar a uno de nuestros jóvenes...

—¿Por qué no a una joven? —sugirió inmediatamente Annette.

—Estoy seguro de que te refieres a ti misma, querida —dijo Bergen—. Y sólo puedo contestar que tú estás decidida a tener un hijo aquí y a vivir con él aquí una temporada después de que haya nacido. Eso te elimina de la lista de aspirantes.

Demerest dijo:

—Confiamos en que envíen ustedes hombres a Luna City. Tenemos muchas ganas de que comprendan nuestros problemas.

—Sí, un intercambio mutuo de problemas y de sollozar uno sobre los hombros del otro podría ser de gran consuelo para todos. Por ejemplo, en Luna City tienen ustedes una ventaja que nos gustaría tener. Con una gravedad escasa y una baja presión diferencial pueden dar a sus cavernas cualquier forma irregular o angular que satisfaga a su sentido de la estética o que resulte más conveniente. Aquí estamos limitados a la esfera —al menos para un futuro previsible—, y nuestros diseñadores desarrollan un odio a lo esférico que supera lo creíble. Y prefieren dimitir a continuar trabajando esféricamente —Bergen sacudió la cabeza—. Cuando William Beebe construyó la primera cámara submarina de la historia en los años treinta del siglo pasado, no era más que una góndola suspendida de un buque nodriza por un cable de media milla. No tenía cámaras de flotación ni motores: si el cable se rompía, adiós. Por fortuna, nunca se rompió. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Cuando Beebe construyó su primera cámara submarina quería hacerla cilíndrica, de modo que un hombre encajara en ella cómodamente; después de todo, un hombre es básicamente un cilindro alargado. Sin embargo, un amigo suyo le convenció de que una esfera resistiría mucho mejor la presión que cualquier otra forma.

Demerest no hizo ningún comentario.

—Nos gustaría de un modo especial que alguien de la Base Submarina visitara Luna City —dijo, volviendo al tema anterior—, porque ello podría conducir a la comprensión de la necesidad, por parte de la Base Submarina, de una actitud que podría implicar un considerable sacrificio.

—¿Cómo? —inquirió Bergen, sorprendido.

—La Base Submarina es una realización maravillosa, no tengo inconveniente en admitirlo. Y estoy convencido de que mejorará muchísimo. Sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Sin embargo, los océanos son únicamente una parte de la Tierra: la parte mayor, pero una parte, a fin de cuentas. Y las profundidades submarinas son únicamente una parte del océano. En realidad, es un espacio interior. Funciona hacia dentro...

—Creo —le interrumpió Annette, en tono más bien desabrido— que está usted a punto de establecer una comparación con Luna City.

—Exactamente —dijo Demerest—. Luna City representa el espacio exterior, ensanchándose hasta el infinito. A largo plazo, nadie bajará aquí: todo el mundo irá allí.

—No juzgue únicamente por el tamaño y el volumen, Mr. Demerest —dijo Bergen—. El océano sólo es una pequeña parte de la Tierra, de acuerdo, pero por ese mismo motivo está íntimamente relacionado con cinco mil millones de seres humanos. La Base Submarina es experimental, pero las instalaciones del Bajío Continental merecen ya el nombre de ciudades. La Base Submarina ofrece al género humano la posibilidad de explotar todo el planeta...

—De contaminar todo el planeta —le interrumpió Demerest, en tono excitado—. De asolarlo, de acabar con él. La concentración del esfuerzo humano en la misma Tierra resulta desfavorable e incluso fatal si no está contrapesada por un ensanchamiento de la frontera.

—La frontera no puede darnos nada —dijo Annette—. La Luna está muerta. Todos los otros mundos exteriores están muertos. Si existen mundos vivos entre las estrellas, a años-luz de distancia, no pueden ser alcanzados. El océano está vivo.

—También la Luna está viva, Mrs. Bergen. Y si la Base Submarina lo permite, la Luna se convertirá en un mundo independiente. Entonces, los habitantes de la Luna haremos que otros mundos sean alcanzados y revitalizados y, si el género humano tiene la necesaria paciencia, llegaremos a las estrellas. ¡Nosotros! ¡Nosotros! Únicamente los habitantes de la Luna, habituados al espacio, habituados a un mundo dentro de una caverna, habituados a un entorno mecánico que podría mantener la vida en una nave espacial que tendría que viajar durante siglos para llegar a las estrellas.

—Un momento, Demerest —dijo Bergen, alzando una mano—. Un momento. ¿Qué quiere usted decir con eso de «si la Base Submarina lo permite»? ¿Qué tenemos que ver nosotros en el asunto?

—Están ustedes compitiendo con nosotros, Mr. Bergen. La Comisión del Proyecto Planetario les dará a ustedes más, y a nosotros menos, porque, tal como dice su esposa, a corto plazo el océano está vivo y la Luna no... Porque se encuentran

ustedes a media docena de millas de distancia y nosotros a un cuarto de millón... Porque puede llegarse hasta ustedes en una hora, en tanto que se tardan tres días en llegar hasta nosotros. Y porque tienen ustedes un historial de seguridad ideal, y nosotros hemos tenido... mala suerte.

—Este último argumento es trivial, desde luego. Los accidentes pueden producirse en cualquier momento, en cualquier parte.

—Pero lo trivial puede ser utilizado para manipular emociones —replicó Demerest furiosamente—. Para las personas que no comprenden el objetivo y la importancia de la exploración del espacio, la muerte de unos habitantes de la Luna en accidente basta para convencerles de que la Luna es peligrosa, de que su colonización es una fantasía inútil. ¿Por qué no? Es un pretexto para ahorrar dinero, y pueden tranquilizar su conciencia invirtiendo parte de ese dinero en la Base Submarina. Por eso dije que el accidente en la Luna había amenazado la supervivencia de Luna City, a pesar de que sólo había costado la vida de veinte personas entre casi un millar.

—No acepto su argumento. Durante un montón de años ha habido bastante dinero para los dos.

—No el suficiente. No el suficiente para que la Luna alcanzara un nivel aceptable de autarquía. ¡Y ahora nos echan en cara que no tenemos ese nivel! No el suficiente para que la Base Submarina lo alcanzara, tampoco... Pero ahora pueden darles a ustedes más, quitándonoslo a nosotros.

—¿Cree usted que ocurrirá eso?

—Estoy casi seguro... a menos de que la Base Submarina demuestre una sincera preocupación por el futuro del hombre.

—¿Cómo?

—Negándose a aceptar fondos adicionales. No compitiendo con Luna City. Colocando el bien de toda la raza por encima del propio interés.

—No esperará usted que nos desmantelen...

—Desde luego que no. ¿No lo comprende? únense a nosotros para explicar que Luna City es esencial, que la exploración del espacio es la esperanza del género humano... que ustedes esperarán, que economizarán en caso necesario.

Bergen enarcó las cejas y miró a su esposa. Annette sacudió la cabeza furiosamente.

—Creo que tiene usted una opinión más bien romántica del CPP —dijo Bergen—. Aunque yo pronunciara nobles y altruistas discursos, ¿quién los escucharía? En la Base Submarina están involucrados factores mucho más importantes que mi opinión personal. Consideraciones económicas y sentimientos públicos. Tranquilícese, Mr. Demerest. Luna City no desaparecerá. Recibirán fondos. Estoy convencido de ello. Ahora, hablemos de otra cosa, por favor.

—No, tengo que convencerle a usted de un modo u otro de que hablo muy en

serio. Si es necesario, la Base Submarina tiene que dejar de funcionar, a menos de que el CPP pueda suministrar abundantes fondos para los dos.

Bergen dijo:

—¿Habla usted de un modo oficial, en nombre de Luna City, o expresa un punto de vista personal?

—Hablo por mí mismo... pero tal vez esto sea suficiente —dijo Demerest.

—No lo creo así. Lo siento, pero la situación se está haciendo sumamente desagradable. Le sugiero que regrese a la superficie en el primer batiscafo disponible.

—¡Todavía no! ¡Todavía no!

Demerest miró a su alrededor salvajemente, y luego se puso en pie y se apoyó de espaldas en la pared.

#### IV

Les había dicho, allá en la Luna, que sería inútil hablar, que sería inútil tratar de negociar. Y ahora estaba comprobando que no se equivocaba.

Demerest podía oír su agitada respiración y el torbellino interior de sus enmarañados pensamientos. Los otros dos le miraban con aparente preocupación.

Annette se puso en pie y dijo:

—¿Se siente usted enfermo, Mr. Demerest?

—No estoy enfermo. Siéntese. Soy ingeniero de los servicios de seguridad y quiero enseñarles algo acerca de la seguridad. Siéntese, Mrs. Bergen.

—Siéntate, Annette —dijo Bergen—. Yo me ocuparé de él.

Se puso en pie y avanzó un par de pasos.

Pero Demerest dijo:

—No. No se mueva usted, tampoco. Tengo algo aquí. Son ustedes demasiado ingenuos en lo que respecta a los peligros humanos, Mr. Bergen. Se protegen contra el mar y contra los fallos mecánicos, y no registran a sus visitantes. Tengo un arma, Bergen.

Ahora que había dado el paso final sin posibilidad de volverse atrás —ya que ahora estaba muerto, hiciera lo que hiciera—, se sentía completamente tranquilo.

Annette agarró el brazo de su marido y murmuró:

—¡Oh, John!

Bergen se colocó delante de ella.

—¿Un arma? Calma, Demerest, calma. No perdamos la cabeza. Si quiere usted hablar, hablaremos. ¿Qué es eso?

—Nada espectacular. Un rayo láser portátil.

—¿Qué pretende hacer con él?

—Destruir la Base Submarina.

—No podrá hacerlo, Demerest. Lo sabe perfectamente. Un láser portátil no puede

generar el calor suficiente para horadar las paredes.

—Un láser corriente, no. Pero éste es un modelo especial, construido en la Luna. De todos modos, no pretendo horadar una pared de acero de un pie de espesor. Actuaré indirectamente. De momento, les tendré a ustedes inmovilizados. En mi láser hay la energía suficiente para matar a dos personas.

—Usted no nos matará —dijo Bergen tranquilamente—. No tiene ningún motivo.

—Se equivoca. Utilizaré el rayo láser, en caso necesario, aunque preferiría que no lo fuese.

—¿Qué ventajas le reportará el matarnos? Explíqueme eso. ¿Acaso me he negado a sacrificar los fondos de la Base Submarina? ¿Qué otra cosa podía hacer? No puedo tomar la decisión por mi cuenta... Y el hecho de que usted me mate no contribuirá a favorecer sus deseos, precisamente. Todo lo contrario. Si un habitante de la Luna es un asesino, ¿cómo repercutirá eso sobre Luna City? Tenga en cuenta las emociones humanas en la Tierra.

Annette dijo:

—¿No se da cuenta de que habrá personas que dirán que la radiación solar sobre la Luna tiene peligrosos efectos? ¿Que el mecanismo genético que ha reorganizado sus huesos y sus músculos ha afectado a la estabilidad mental? Recuerde la palabra «lunático», Mr. Demerest. Hubo una época en que los hombres creían que la Luna provocaba la locura.

—Yo no estoy loco, Mrs. Bergen.

—Eso no importa —dijo Bergen, siguiendo el camino iniciado por su esposa—. Los hombres dirán que todos los habitantes de la Luna están locos, y Luna City será clausurada, y la propia Luna quedará prohibida para toda exploración posterior, quizás para siempre. ¿Es eso lo que desea?

—Todo eso podría ocurrir si creyeran que yo le he matado. Pero no lo creerán. Será un accidente.

Con su codo izquierdo, Demerest rompió la envoltura de plástico que cubría los controles manuales.

—Conozco este tipo de unidades —dijo—. Sé exactamente cómo funcionan. Lógicamente, al romper el plástico debería producirse una señal de alarma, ya que la rotura podría ser accidental... Sin embargo, estoy convencido de que no se ha producido ninguna señal y de que nadie se presentará a investigar: su sistema manual no es completamente seguro, porque en su fuero íntimo estaba usted convencido de que nunca habría que utilizarlo.

—¿Cuál es su plan? —inquirió Bergen.

Todo su cuerpo estaba en tensión, y Demerest vigiló sus rodillas.

—Si trata usted de saltar hacia mí —dijo—, dispararé inmediatamente... y luego continuaré con lo que estoy haciendo.

—¿Cuál es su plan? —repitió Bergen.

—Éste —dijo Demerest. No tuvo que mirar. Extendió la mano izquierda y cerró un contacto—. La unidad de fusión introducirá calor en la cámara reguladora de la presión, y el vapor la vaciará. Tardará unos minutos. Cuando esté vacía, uno de esos botones rojos se encenderá, probablemente.

—¿Va usted a...?

Demerest dijo:

—¿Por qué lo pregunta? ¡Voy a inundar la Base Submarina!

—Pero, ¿por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué?

—Porque la inundación se atribuirá a un accidente, y su historial de seguridad quedará manchado. Porque será una catástrofe sin precedentes, y el CPP tendrá que olvidarse de la Base Submarina. Y nosotros obtendremos más dinero. Continuaremos realizando nuestra tarea. Si pudiera conseguirlo utilizando otros medios, lo haría. Pero las necesidades de Luna City son las necesidades del género humano, y resultan fundamentales.

—Usted también morirá —sugirió Annette.

—Desde luego. Después de verme obligado a hacer algo como esto, ¿para qué querría vivir? No soy un asesino.

—Pero lo será. Si inunda usted esta unidad, inundará toda la Base Submarina y matará a todos los que se encuentran en ella. Cincuenta hombres y mujeres... y un niño a punto de nacer.

—Eso no es culpa mía —dijo Demerest, en tono realmente compungido—. No esperaba encontrar aquí una mujer embarazada... pero no pienso dejarme ganar por el sentimentalismo de la situación.

—Su plan fracasará —dijo Bergen—. Le encontrarán a usted con un emisor de rayos láser en la mano, y descubrirán que alguien ha manipulado los controles. ¿Cree que no deducirán la verdad?

Demerest empezaba a sentirse muy cansado.

—Mr. Bergen, habla usted impulsado por la desesperación. Escuche: cuando la puerta exterior se abra, entrará agua a mil atmósferas de presión, destruyéndolo todo a su paso. Las paredes de las unidades de la Base Submarina resistirán, pero todo lo que hay dentro quedará aplastado o retorcido. Los investigadores no sabrán nunca lo que habrá pasado aquí.

Bergen dijo:

—Los hombres de Luna City sabrán lo que ha hecho usted. Seguramente que uno de ellos tendrá conciencia. Se conocerá la verdad.

—La verdad es que yo no soy tonto —dijo Demerest—. En Luna City nadie sabe lo que yo planeaba ni sospechará lo que he hecho. Me enviaron aquí a negociar una colaboración en el terreno financiero. Ni siquiera echarán de menos un emisor de

rayos láser. Lo monté yo mismo pieza por pieza. Y funciona. Lo he comprobado.

Annette dijo:

—No lo ha pensado usted bien. ¿Sabe lo que está haciendo?

—Se equivoca. Lo he pensado muy bien. Sé lo que estoy haciendo.

Annette insistió:

—No lo sabe. Está destruyendo el programa espacial.

—¿De qué está hablando?

Annette dijo:

—Usted desconoce las interioridades del CPP. Lo mismo que mi marido. ¿Cree usted que porque soy una mujer mi papel aquí es secundario? No. Usted, Mr. Demerest, sólo piensa en Luna City. Y mi marido sólo piensa en la Base Submarina. Ninguno de los dos sabe nada. ¿Dónde espera ir, Mr. Demerest, si obtiene todo el dinero que desea? ¿A Marte? ¿A los asteroides? Todo eso son pequeños mundos, superficies estériles bajo un cielo vacío. ¿Es ésa su ambición? La de mi marido no es mejor. Sueña con extender el hábitat del hombre al suelo del océano, una superficie equivalente, más o menos, a la superficie de la Luna. En cambio, nosotros, los del CPP, queremos algo más...

Interesado a pesar de sí mismo, Demerest dijo:

—Trata usted de ganar tiempo, simplemente.

—¿De veras lo cree? —inquirió Annette—. Sabe usted perfectamente que para colonizar la Luna se necesitó algo más que cohetes tripulados. Hubo que modificar genéticamente a unos hombres y adaptarlos a la fuerza de gravedad lunar. Usted es un producto de esa modificación genética.

—¿Y bien?

—¿No podría aplicarse el mismo sistema para adaptar a unos hombres a una fuerza de gravedad mucho mayor? ¿Cuál es el planeta solar de mayor tamaño?

—Júpiter.

—Exactamente, Júpiter. Once veces el diámetro de la Tierra, cuarenta veces el diámetro de la Luna. Una superficie ciento veinte veces mayor que la de la Tierra, mil seiscientas veces mayor que la de la Luna. Y unas condiciones tan distintas de las que pueden encontrarse en cualquiera de los mundos del tamaño de la Tierra, que cualquier científico daría la mitad de su vida por observarlas de cerca.

—Pero Júpiter es un blanco imposible.

—¿De veras? —dijo Annette, e incluso consiguió sonreír débilmente—. ¿Tan imposible como la Luna? ¿Tan imposible como volar? ¿Por qué es imposible? La ingeniería genética podría diseñar hombres con los huesos más fuertes y más densos, con los músculos más fuertes y más compactos. Los mismos principios válidos para Luna City contra el vacío y para la Base Submarina contra el mar, podrían aplicarse contra el entorno amoniacal de Júpiter.

—El campo gravitacional...

—Ese problema está resuelto ya teóricamente. Usted no lo sabe, pero yo sí.

—Ni siquiera estamos seguros de la profundidad de la atmósfera. Las presiones...

—¡Las presiones! Mr. Demerest, mire a su alrededor. ¿Por qué cree que se construyó la Base Submarina, en realidad? ¿Para explotar el océano? Las instalaciones del Bajío Continental se bastan para eso. ¿Para aumentar los conocimientos acerca de los fondos marinos? Para eso podríamos haber utilizado los batiscafos, ahorrándonos los cien mil millones de dólares invertidos en la Base Submarina.

»¿No comprende, Mr. Demerest, que el objetivo de la Base Submarina es el de poner a punto los mecanismos que explorarán y colonizarán Júpiter? Mire a su alrededor y vea los principios de un entorno joviano: lo más aproximado que podemos alcanzar en la Tierra. Sólo es una leve imagen..., pero es el comienzo. Destruya esto, Mr. Demerest, y destruirá toda esperanza para Júpiter. Pero, si nos permite vivir, conquistaremos juntos la gema más brillante del sistema solar. Y mucho antes de que podamos alcanzar los límites de Júpiter, estaremos preparados para ir a las estrellas, a los planetas tipo-Tierra que las rodean... y también a los planetas tipo-Júpiter. Luna City no será abandonada, porque es imprescindible para ese objetivo final.

Demerest dijo:

—En Luna City nadie ha oído hablar de eso.

—No ha oído hablar usted. Pero en Luna City hay quien lo sabe. Si les hubiese hablado usted de su plan de destrucción, habrían tomado medidas contra usted. Naturalmente, no podemos ir pregonando estos proyectos, que sólo son conocidos por unas cuantas personas. La opinión pública se muestra reacia a aceptar los proyectos planetarios. Si el CPP se muestra avaro, es porque la opinión pública limita su generosidad. ¿Qué cree que diría la opinión pública si supiera que nuestro próximo objetivo es Júpiter? Pero nosotros continuamos, y todo el dinero que podemos conseguir lo dedicamos a los diversos aspectos del Proyecto Gran Mundo.

—¿El Proyecto Gran Mundo?

—Sí —dijo Annette—. Ahora ya lo sabe, y yo he incurrido en una imperdonable indiscreción. Pero no importa, puesto que todos nosotros estamos muertos, y también el proyecto...

—Un momento, Mrs. Bergen...

—Suponiendo que cambiase usted de idea, no crea que puede ir por ahí hablando del Proyecto Gran Mundo. Eso terminaría con el proyecto de un modo tan definitivo como con la destrucción de la Base Submarina. Y terminaría con su carrera y con la mía. Ahora, si quiere, puede pulsar ese botón.

El rostro de Demerest expresaba una angustia indecible.



—No sé...

Bergen tensó su cuerpo todavía más, dispuesto a aprovechar la indecisión de Demerest para saltar sobre él, pero Annette le agarró por el brazo.

Finalmente, Demerest soltó su láser.

—Cójalo —dijo—. Me considero a mí mismo bajo arresto.

—No podemos arrestarle sin dar a conocer toda la historia —dijo Annette. Cogió el láser y se lo entregó a Bergen—. Será suficiente que regrese a Luna City y guarde silencio. Hasta entonces, ejerceremos sobre usted una discreta vigilancia.

Marido y mujer estaban solos de nuevo. No se habían atrevido a pronunciar una sola palabra hasta que Demerest fue entregado a dos hombres para que le vigilaran hasta que llegara el próximo batiscafo.

Bergen fue el primero en hablar.

—A partir de este momento, todos los visitantes serán cacheados —dijo.

—He pasado mucho miedo, John —dijo Annette.

—Te has portado estupendamente, querida. Y tu idea del Proyecto Gran Mundo fue realmente genial. Nunca se me hubiese ocurrido una cosa semejante.

—Lo siento mucho, John, pero tuve que improvisar algo. Sabía que Demerest no era un asesino. Desde su punto de vista, es un patriota. Y creo que, en el fondo, deseaba que le proporcionásemos un pretexto para no actuar. De modo que se me ocurrió darle aquel pretexto. Lamento haberte engañado, John.

—A mí no me has engañado.

—¿De veras?

—¿Cómo podías engañarme? Sabía que no eras miembro del CPP.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Porque soy una mujer?

—No. Porque el miembro del CPP soy yo, simplemente. Y esto es estrictamente confidencial. Y, si no te importa, empezaré a moverme para iniciar lo que sugeriste, exactamente el Proyecto Gran Mundo.

—¡Estupendo!

Annette meditó unos instantes y, lentamente, su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¡Estupendo! —repitió—. Las mujeres también sirven para algo.

—Nunca lo he negado —admitió Bergen, sonriendo también.

# Tiotimolina para las estrellas (1973)

---

“Thiotimoline to the Stars”

—Será el mismo discurso. supongo —decía el alférez Peet con aire fatigado.

—¿Por qué no? —replicó el teniente Prohorov, cerrando los ojos y arrellanándose cuidadosamente, de modo que descansaba sobre los riñones—. Hace quince años que lo pronuncia ante la clase que termina los estudios en la Academia de Astronáutica.

—Palabra por palabra, apuesto —dijo Peet, que lo había oído el año anterior, por primera vez.

—Supongo que sí. ¡Qué pelma! ¡Ah, quién tuviera un alfiler para pinchar la presuntuosidad!

Pero en ese momento entraba la clase, todos uniformados y expectantes, desfilando seguros, distribuyéndose en filas con precisión, cada uno, fuese hombre o mujer, yendo a ocupar el asiento que le habían asignado al compás de un mitigado redoble de tambor, para luego sentarse todos a la vez cuando sonó un golpe fuerte.

En ese momento entró el almirante Vernon y se dirigió muy tieso hacia el podio.

—¡Promoción del veintidós, bien venidos! Los días de colegio han terminado. El verdadero estudio empieza ahora.

»Han aprendido ustedes todo lo que hay que saber sobre la teoría clásica de los vuelos espaciales. Los han llenado a ustedes hasta rebosar de astrofísica y mecánica relativista celeste. Pero no les han hablado de la tiotimolina. Aun así, habrá muchos puestos que podrán ocupar todavía en el mundo astronáutico. Sin embargo, el de piloto quedará excluido.

»Voy a iniciarles en esta materia en este día, el de su licenciatura, con la única conferencia que les darán sobre el tema. Después de esta primera lección, las experiencias con la tiotimolina deberán hacerlas en vuelo, y pronto descubriremos si tienen talento para manipularla.

El almirante hizo una pausa, y pareció ir mirando cara por cara como si tratase de descubrir el talento inicial que poseyera cada uno. Luego estalló:

—¡Tiotimolina! Mencionada por primera vez en 1948 por Azimuth, o, quizá, Asymptota, personaje que es muy probable no haya existido jamás. No queda ningún ejemplar del artículo original que se supone escribió, sino unas vagas referencias al mismo, ninguna de ellas anterior al siglo XXI.

»El estudio en serio empezó con Almirante, quien o descubrió la tiotimolina o la redescubrió, si hemos de aceptar la leyenda de Azimuth-Asymptota. Almirante elaboró la teoría del impedimento hiperestésico y demostró que la molécula de tiotimolina está tan distorsionada que un extremo se ve obligado a extenderse a través de la dimensión temporal hacia el pasado, y el otro hacia el futuro.

»A causa de la extensión hacia el futuro, la tiotimolina puede interactuar con un

acontecimiento no producido todavía. Por ejemplo, para citar uno clásico, puede disolverse en agua un segundo antes, aproximadamente, de que se le haya añadido el agua.

»Por supuesto, la tiotimolina es un compuesto muy simple, relativamente hablando. Posee, realmente, la molécula más sencilla capaz de presentar propiedades endocrónicas, es decir, la doble extensión pasado-futuro. Al paso que esta propiedad hace posibles ciertos aparatos únicos, las verdaderas aplicaciones de la endocronicidad tuvieron que esperar que se formasen moléculas más complicadas; polímeros que combinaban la endocronicidad con una estructura firme.

»Pellagríni fue el primero en formar resinas y plásticos endocrónicos, y, veinte años más tarde, Cudahy descubrió la técnica para unir plásticos endocrónicos a metales. Entonces hubo la posibilidad de construir objetos endocrónicos grandes: naves espaciales completas, por ejemplo.

»Consideremos ahora qué pasa cuando una estructura endocrónica tiene grandes dimensiones. Lo describiré cualitativamente tan sólo; no se necesita más. Los teóricos lo han elaborado todo matemáticamente; pero yo todavía no he conocido a ninguno que supiera pilotar una nave estelar.

»La diminuta molécula de la tiotimolina es extraordinariamente sensible a los estados probabilísticos del futuro. Si uno está seguro de que añadirá el agua, se disolverá antes de que el agua sea añadida. Si queda en su mente la más leve duda de si la añadirá o no, la tiotimolina no se disolverá hasta que el agua sea añadida real y efectivamente.

»Cuanto mayor es la molécula poseedora de endocronicidad, menos sensible a la presencia de la duda. Se disolverá, se hinchará, cambiará de propiedades eléctricas, o interactuará de alguna manera con el agua, aun en el caso de que uno esté casi seguro de que no le añadirá el agua. Mas ¿qué pasa entonces si uno no añade realmente el agua? La respuesta es muy sencilla. La estructura endocrónica se internará por el futuro en busca del agua; y si no la encuentra, seguirá internándose por el futuro.

»El efecto es muy similar al del asno que persigue una zanahoria atada a un palo colgada a medio metro de su hocico; salvo que la estructura endocrónica no es tan lista como el asno, y no se cansa nunca.

»Si una nave es endocrónica toda entera —es decir, si los grupos endocrónicos se han fijado al casco a intervalos cortos— es fácil montar un artefacto para suministrar agua a los puntos clave de la estructura, pero arreglando dicho artefacto de tal modo que aunque siempre parezca a punto de suministrar el agua, nunca la suministre en realidad.

»En este caso, los grupos endocrónicos corren adelante por el tiempo, arrastrando consigo al resto de la nave, incluidos los objetos que contenga y la tripulación.

»Naturalmente, no hay conceptos absolutos. La nave se mueve adelante por el

tiempo con respecto al universo; lo cual equivale exactamente a decir que el universo se mueve hacia atrás en el tiempo con respecto a la nave. La velocidad a que se mueve adelante la nave, o se mueve hacia atrás el universo, se puede regular con gran exactitud modificando del modo oportuno el mecanismo para añadir agua. La manera adecuada de proceder a esta modificación se puede enseñar, en cierto modo; pero sólo la podrá aplicar quien posea un talento innato. He ahí lo que vamos a averiguar en ustedes: si poseen dicho talento.

Nuevamente hizo una pausa para examinarlos con la mirada. Luego continuó, en medio de un silencio total:

—Pero ¿De qué sirve todo ello? Consideremos los vuelos estelares y repasemos algunas cosas que aprendieron ustedes durante sus estudios.

»Las estrellas están a distancias increíbles, y el viajar de una a otra, considerando el límite que impone la luz a las velocidades, exige años, siglos, milenios. Una manera de resolverlo consiste en montar una nave enorme con una ecología cerrada; un universo diminuto, encerrado en si mismo. Un grupo de personas partirá con él, y de este modo la décima generación de sus descendientes llegará a una estrella lejana. Ningún hombre hace el viaje entero, pues aún en el caso de que la nave regrese al punto de partida, habrán transcurrido varios siglos.

—Para que la tripulación original llegara a las estrellas, habría que emplear técnicas de hibernación que los tuvieran en animación suspendida durante casi todo el viaje. Pero la hibernación es un procedimiento muy inseguro, y aun en el caso de que la tripulación sobreviviera y regresase, se encontraría con que en la Tierra habrían transcurrido varios siglos.

—Para que la tripulación original llegara a las estrellas durante su vida natural, sin hibernarla, sólo sería necesario acelerar la velocidad hasta aproximarse a la de la luz. El tiempo subjetivo se retarda, y a la tripulación le parecerá que sólo ha invertido unos meses en el viaje. Pero el tiempo viaja al ritmo normal para el resto del universo, de modo que cuando la tripulación regresara se encontraría con que, aun cuando ellos no hayan envejecido ni recogido experiencias sino como si sólo hubieran sido dos meses, quizá, para la Tierra habrán transcurrido muchos siglos.

»En todos los casos, los viajes estelares implicarán una enorme duración de tiempo en la Tierra, aunque no para la tripulación. Si se regresa a la Tierra, se regresará siempre muy lejos en el futuro de la Tierra, lo cual significa que el viaje interestelar no es psicológicamente práctico.

»Pero... Pero, graduados... —Fijó en ellos una mirada penetrante y añadió en voz baja, tensa—: Si utilizamos una nave endocrónica, podemos sincronizar exactamente el efecto "dilatación del tiempo" con el efecto endocrónico. Mientras la nave viaja por el espacio a velocidades enormes y sufre un enorme retraso en ritmo de tiempo percibido, el efecto endocrónico mueve al universo para atrás en el tiempo con

respecto a la nave. Compensando adecuadamente, cuando la nave regrese a la Tierra y sus tripulantes hayan notado dos meses, digamos, de duración del viaje, el universo entero habrá experimentado igualmente sólo el paso de dos meses. De este modo, la navegación interestelar se convierte en una cosa práctica.

»Aunque sólo si se la trata con mucho cuidado.

»Si el efecto endocrónico se retrasa un poco con respecto al de "dilatación del tiempo", la nave regresará al cabo de dos meses para encontrar una Tierra cuatro meses más anciana. Quizá no sea mucho, y quizá ustedes piensen que ha de poder resistirse muy bien; pero no es cierto. Los miembros de la tripulación se encontrarían desfasados. Encontrarían que todo lo que les rodease habría envejecido dos meses con respecto a ellos. Peor todavía la población en general pensaría que los miembros de la tripulación tienen dos meses menos de lo que les corresponde. Lo cual crearía resentimiento y malestar.

»Del mismo modo, si el efecto endocrónico se acelera un poco en relación al de "dilatación del tiempo", la nave puede regresar al cabo de dos meses para encontrarse con que para la Tierra no ha pasado el tiempo. La nave retorna en el mismo momento en que se está elevando por el firmamento. El resentimiento y el malestar se producirían también en este caso.

»No, graduados, ningún vuelo interestelar se considerará satisfactorio, en esta flota estelar, a menos que el tiempo transcurrido para la tripulación y el transcurrido para la Tierra concuerden minuto a minuto. Una desviación de sesenta segundos se considerará una tarea mal hecha, y no significará mérito alguno para el que la haya realizado. Una desviación de ciento veinte segundos no se admitirá siquiera.

»Conozco las preguntas que cruzan por sus mentes. También cruzaron por la mía cuando me licencié. ¿Es que en la nave endocrónica no tenemos el equivalente de una máquina de tiempo? ¿Acaso no podemos mediante una apropiada adaptación del mecanismo endocrónico, adentrarnos deliberadamente un siglo en el futuro, realizar nuestras observaciones, y luego retroceder un siglo en el pasado para regresar finalmente al punto de partida? ¿O adelantar y atrasar mil años, o mil millones? O viceversa, ¿no podemos adentrarnos todo un siglo en el pasado y luego adelantar hacia el futuro hasta el punto de partida? ¿No podríamos ser testigos del nacimiento de la Tierra, de la evolución de la vida, de la defunción del Sol?

»Graduados, los percherones matemáticos nos dicen que esto crea paradojas y requiere demasiada energía para que resulte práctico. Pero yo les digo a ustedes: ¡Al diablo las paradojas! No podemos hacerlo por una muy simple razón. Las propiedades endocrónicas son inestables. Las moléculas que se embolsan en la dimensión temporal son altamente sensibles. Efectos relativamente pequeños provocan en ellas cambios que permiten retrocesos de los embolsamientos. Y aunque no hubiera ningún efecto, las vibraciones accidentales producen cambios que a su vez

provocan tales retrocesos.

»En resumen, una nave endocrónica se vuelve lentamente isocrónica y se convierte en materia ordinaria sin extensión temporal. La tecnología moderna ha reducido enormemente el ritmo de desembolsamiento, y es posible que todavía lo reduzca más; pero la teoría nos dice que, hagamos lo que hagamos, nunca llegaremos a crear una molécula endocrónica realmente estable.

»Esto significa que la nave estelar tiene una vida limitada, como tal. Debe regresar a la Tierra mientras conserva la endocronicidad, cualidad que hay que restaurarle antes del viaje siguiente.

»Pues bien, ¿qué ocurre si uno regresa fuera de tiempo? Si no se está muy cerca del momento debido, uno no sabrá con certeza si la tecnología se habrá desarrollado lo suficiente para que pueda reendocronizar su nave. Quizá esté de suerte si se encuentra en el futuro; pero será, con toda seguridad, muy desafortunado si se halla en el pasado. Si, por desidia, o simplemente por falta de talento, retroceden un tiempo considerable en el pasado, no cabe duda de que quedarán atascados allá, porque no habrá manera de que nadie trate su nave de forma que la traiga de nuevo a una época que, para ustedes, entonces, será el futuro.

»Y quiero que tengan bien en cuenta, graduados —aquí se golpeó una mano con la otra, como para dar mayor énfasis a sus palabras—, que no hay ninguna época en el pasado con bastante atractivo como para que a un oficial astronauta civilizado le guste pasar la vida en ella. Sería posible que uno de ustedes quedara encallado, por ejemplo, en la Francia del Siglo VI, o, peor todavía, en la América del Siglo XX» Rechacen, pues, la tentación de experimentar con el tiempo.

»Pasemos ahora a otro punto al que es posible que se haya aludido, y nada más, durante sus días de estudio oficial, pero que, en cambio, tendrán que conocer en la realidad. Quizá se pregunten cómo es posible que un número relativamente pequeño de lazos endocrónicos entre la materia, que es abrumadoramente isocrónica, puedan arrastrarla toda consigo. ¿Por qué un solo enlace endocrónico que se precipite hacia el agua ha de arrastrar un trillón de átomos con enlaces isocrónicos? Nos parece que esto no debería ocurrir; pero lo vemos así por la experiencia sobre la inercia que hemos reunido durante nuestra vida.

»Sin embargo, los movimientos hacia el pasado y hacia el futuro carecen de inercia. Si una parte de un objeto se mueve hacia el pasado o hacia el futuro, el resto del objeto la sigue, y a la misma velocidad. No existe ningún "factor masa". Por ello le resulta tan fácil al universo entero retroceder en el tiempo como a la sola nave avanzar... y a la misma marcha.

»Pero aún hay más. El efecto de "dilatación del tiempo" es el resultado de la aceleración de ustedes con respecto al universo en general. Lo aprendieron así en los primeros cursos, cuando abordaron la física relativista elemental. Forma parte del

efecto inercial de la aceleración.

»Pero utilizando el efecto endocrónico, eliminamos el efecto de "dilatación del tiempo". Y si eliminamos este efecto, estamos eliminando, por así decirlo, aquello que lo produce. En resumen, cuando el efecto endocrónico equilibra exactamente el de dilatación del tiempo, se anula el efecto inercial de la aceleración.

»Pero no se puede anular un efecto inercial sin anularlos todos. Por ello la inercia queda anulada total y completamente y uno puede acelerar al ritmo que quiera sin siquiera darse cuenta. Una vez perfectamente sincronizado el efecto endocrónico, uno puede acelerar desde la posición de reposo con respecto a la Tierra hasta una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo aproximadamente, también respecto a la Tierra, en un intervalo que puede oscilar entre unas horas y unos minutos. Cuanto más talento y habilidad posean ustedes para manejar el efecto endocrónico, más rápidamente podrán acelerar.

»Ahora lo están experimentando, caballeros. A ustedes les parece que están sentados en un salón de actos de la superficie de la Tierra, y estoy seguro de que ninguno de ustedes ha tenido motivo ni ocasión para dudar de la verdad de dicha impresión. A pesar de lo cual es totalmente falsa.

»Se encuentran en un salón de actos, es cierto, pero no en la superficie del planeta Tierra; ya no. Ustedes... yo... todos nosotros... nos hallamos en una gran nave estelar que ha despegado en el preciso momento que yo empezaba este discurso y ha acelerado a un ritmo enorme. Mientras yo iba hablando hemos llegado a la periferia del sistema solar, y ahora regresamos.

»Ninguno de ustedes ha experimentado en ningún momento la sensación de que acelerásemos, ni por cambios de velocidad ni por cambios de dirección, y, por consiguiente, todos han presumido que continuaban en reposo con respecto a la superficie de la Tierra.

»De ningún modo, graduados. Han estado fuera, en el espacio, todo el rato que yo estuve hablando y, según mis cálculos, han pasado a unos tres millones doscientos mil kilómetros del planeta Saturno. Dentro de unos momentos volveremos a encontrarnos de regreso en la superficie de la Tierra. Como delicadeza especial, nos posaremos en el Puerto de las Naciones Unidas de Lincoln, Nebraska, y todos ustedes podrán disfrutar de las diversiones que les brinde la metrópolis durante el fin de semana.

»De paso, el mero hecho de que no hayamos notado ningunos efectos inerciales manifiesta lo bien que se ha correspondido el efecto endocrónico con el de dilatación del tiempo. Si hubiese habido alguna discordancia, aun pequeñísima, entre ambos, habrían sentido ustedes los efectos de la aceleración... y ése es otro motivo para no realizar experiencias con el tiempo.

»Recuérdelo, graduados, una discordancia de sesenta segundos representa una

notable torpeza, y una de ciento veinte segundos resulta inaceptable. Ahora estamos a punto de aterrizar. Teniente Prohorov, ¿quiere encargarse de los mandos en el cuarto de derrota y supervisar el aterrizaje?

Prohorov respondió vivamente:

—Sí, señor —y subió por la escalerilla del fondo del salón de actos, donde había estado sentado hasta entonces.

El almirante Vernon sonreía.

—Continúen todos en sus asientos. Nos hallamos en la trayectoria exacta. Mis naves se hallan siempre en la trayectoria exacta.

Pero en esto Prohorov volvió a bajar y echó a correr por el pasillo central en dirección al almirante. Al llegar junto a él, le habló en un susurro:

—Almirante, si esto es Lincoln, en Nebraska, aquí sucede algo anormal. Yo no veo más que indios, hordas de indios. ¿Indios en Nebraska, en la actualidad, almirante?

El almirante Vernon palideció, y en su garganta se produjo un sonido cascado. El hombre se encogió y se derrumbó, mientras los alumnos que se iban a graduar se ponían en pie indecisos. El alférez Peet había subido a la tribuna detrás de Prohorov, había cogido al vuelo sus palabras y ahora permanecía allí como fulminado.

Prohorov levantó los brazos.

—Todo marcha bien, damas y caballeros. Tómenlo con calma. El almirante ha sufrido un ataque momentáneo de vértigo, nada más. Suele ocurrirles, en los aterrizajes, a la personas de cierta edad.

Peet susurró con voz ronca:

—¡Pero estamos atascados en el pasado, Prohorov!

Prohorov enarcó las cejas.

—Claro que no. No has notado ningún efecto inercial, ¿verdad? No podemos llevar ni una hora de diferencia. Si el almirante tuviera el cerebro que corresponde a su uniforme, también se habría dado cuenta. ¡Si acababa de decirlo, por amor de Dios!

—Entonces, ¿por qué has dicho tú que ocurría algo anormal? ¿Cómo has dicho que ahí fuera hay indios?

—Porque ocurría, realmente, y porque los hay. Cuando el almirante Bobo recobre el conocimiento no podrá reprenderme. No hemos aterrizado en Lincoln, Nebraska, de manera que realmente ha ocurrido algo anormal. En cuanto a los indios..., si he leído bien los signos de tráfico, hemos descendido en las afueras de Calcuta.



# Caza Mayor (1974)

---

## Big Game

—He leído en los periódicos —dije apurando mi cerveza— que la nueva máquina del tiempo de Stanford ha sido adelantada dos días en el tiempo, llevando en su interior un ratón blanco que no padeció efectos nocivos.

Jack Trent asintió y dijo, muy serio:

—Lo que deberían hacer con ese invento es retroceder algunos millones de años y averiguar que ocurrió con los dinosaurios.

Durante los últimos minutos yo había estado observando casualmente a Hornby, que ocupaba la mesa vecina. El individuo alzó los ojos y se encontró con mi mirada. Estaba solo y a su lado tenía una botella de la que había bebido la cuarta parte. Tal vez por eso no habló en ese momento.

Sonrió y se dirigió a Jack:

—Demasiado tarde, viejo. Hice eso hace diez años y lo averigüé. Los sabihondos dicen que fue debido a los cambios climáticos. No es verdad. —Levantó el vaso en silencioso brindis y lo apuró de un trago.

Jack y yo nos miramos. Sólo conocíamos a Hornby de vista, pero Jack me guiñó el ojo derecho y meneó ligeramente la cabeza. Sonreí, nos trasladamos a la mesa vecina y pedimos otras dos cervezas.

Jack miró a Hornby con solemnidad.

—¿Realmente inventó una máquina del tiempo?

—Fue hace mucho —Hornby sonrió amigablemente y volvió a llenar su vaso—. Mejor que la chapuza de esos aficionados de Stanford. La destruí. Dejé de interesarme.

—Hablemos de eso. ¿Dice que no fue el clima lo que acabó con los grandes saurios?

—¿Por qué habría de serlo? —Nos lanzó una rápida mirada de soslayo—. El clima no los afectó durante millones de años. ¿Por qué habría de borrarlos tan completamente una súbita temporada seca, mientras otras especies seguían viviendo con toda comodidad? —Intentó chasquear los dedos a modo de burla, pero le salió mal y terminó murmurando—: ¡No es lógico!

—Y entonces, ¿qué pasó? —inquirí.

Hornby vaciló, mientras jugueteaba con la botella. Luego respondió.

—Lo mismo que acabó con los bisontes: ¡seres inteligentes!

—¿Los hombres de Marte? —sugerí—. Era demasiado temprano para los habitantes de la Atlántida.

De pronto, Hornby se volvió truculento. Supongo que estaba medio tocado.

—Les digo que los vi —afirmó con violencia—. Eran reptiles, no muy grandes.

Bípedos de un metro veinte de altura. ¿Por qué no? Aquellos dinosaurios tuvieron millones de años para evolucionar. Reptaban, trepaban, volaban y nadaban. Eran de todas las formas, tamaños y variedades. ¿Acaso uno de ellos no pudo desarrollar un cerebro... y acabar con los demás?

Intervine:

—No hay inconveniente, salvo que jamás se ha descubierto el fósil de un saurio cuya caja craneana pudiera cobijar más materia gris que la de un pequeño gato.

Jack me dio un codazo, pues quería que Hornby siguiera desbarrando, pero a mí no me gustan los despropósitos.

Hornby se limitó a dirigirme una ojeada desdeñosa.

—Tampoco se encuentran muchos fósiles de animales inteligentes. Ya sabe que por lo general no suelen caerse en los pantanos. Además, ocurre que *eran* de cerebro pequeño. ¿Qué me dice a eso? ¿Qué tanto por ciento de su cerebro utiliza usted? Como mucho, menos de un quinto y el resto no sirve, o Dios sabrá qué ocurre. Esos reptiles tenían el cerebro de un pequeño gato, pero lo usaban *todo*.

Luego insistió:

—Y no me pregunten por qué no encontramos restos de sus ciudades o máquinas. Creo que no construyeron nada. Su inteligencia era de un tipo por completo diferente de la nuestra. Intentaron contarme su vida, pero no logré entender nada..., salvo que su gran diversión era la caza mayor.

—¿Cómo pudieron entenderse? —preguntó Jack—. ¿Por telepatía?

—Creo que sí. Le digo que tenían cerebro. Los miré y ellos me miraron, y entonces *supe*. Supe muchas cosas. No oí ni sentí nada; sencillamente *supe*. En realidad, no puedo explicarlo. Algún día lo intentaré —sus ojos, fijos en el vaso, tenían una expresión melancólica—. Me habría gustado quedarme más tiempo. Pude aprender muchas cosas —se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo hizo? —pregunté.

—Era arriesgado —respondió—. Me di cuenta. Para ellos, yo era un monstruo, y les inspiraba curiosidad. No por mi cuerpo, naturalmente, que no les molestaba. Se trataba de mi cerebro —sonrió torcidamente—. Ya saben, era muy grande. Se preguntaban para qué podría servirme tanto cerebro. Querían hacer mi disección para averiguarlo, conque me largué de allí.

—¿Cómo pudo irse?

—No lo habría logrado, si en aquel momento ellos no hubieran visto un triceratops. Lo dejaron todo y salieron corriendo con sus varitas de metal en las manos. Ya me entienden: eran sus armas. Ahí tiene la respuesta. Esos pequeños y sesudos reptiles mataban saurios con el entusiasmo de un cazador de leones. Preferían matar un «tyrannosaurus» antes que comer. ¿Por qué no? Aquellas enormes fieras debieron constituir magníficas presas. Ninguno de los demás, desde el pterodáctilo

hasta el ictiosaurio —no logró pronunciarlos muy bien, pero comprendimos lo que quería decir—, podía ser un trofeo tan digno de aquellas bestias enanas que los mataban por diversión o por gloria. Y fueron rápidos. Nosotros matamos cientos de millones en treinta años, ¿recuerdan?

Otra vez intentó chasquear los dedos. Luego agregó con sarcasmo:

—¡Cambios climáticos! ¡Un cuerno! Pero, ¿quién creería la verdad?

Guardó silencio y Jack le dio un codazo:

—Dígame, viejo, ¿quién acabó con esos pequeños saurios? ¿Por qué no están aquí, vivos y coleando?

Hornby levantó la mirada y observó fijamente a Jack.

—Jamás regresé para averiguarlo, pero de todos modos sé lo que ocurrió. La única diversión que había en sus vidas era la caza mayor. Le dije que lo supe cuando los miré a los ojos. Por eso, cuando se quedaron sin brontosaurios y sin diplodocos, se dedicaron a la caza más peligrosa: ¡ellos mismos! E hicieron buena faena.

Hizo una pausa y agregó, truculento:

—¿Por qué no? ¿Acaso los hombres no estamos haciendo lo mismo?

# El mejor amigo de un muchacho (1975)

---

“A Boy’s Best Friend”

—Querida, ¿dónde está Jimmy? —preguntó el señor Anderson.

—Afuera, en el cráter —dijo la señora Anderson—. No te preocupes por él. Está con Robutt...

—¿Ha llegado ya?

—Sí. Está pasando las pruebas en la estación de cohetes. Te juro que me ha costado mucho contenerme y no ir a verlo. No he visto ninguno desde que abandoné la Tierra hace ya quince años..., dejando aparte los de las películas, claro.

—Jimmy nunca ha visto ninguno —dijo la señora Anderson.

—Porque nació en la Luna y no puede visitar la Tierra. Por eso hice traer uno aquí. Creo que es el primero que viene a la Luna.

—Sí, su precio lo demuestra —dijo la señora Anderson lanzando un suave suspiro.

—Mantener a Robutt tampoco resulta barato, querida —dijo el señor Anderson.

Jimmy estaba en el cráter, tal y como había dicho su madre. En la Tierra le habrían considerado delgado, pero estaba bastante alto para sus diez años de edad. Sus brazos y sus piernas eran largos y ágiles. El traje espacial que llevaba hacía que pareciese más robusto y pesado, pero Jimmy sabía arreglárselas en la débil gravedad lunar como ningún terrestre podría hacerlo nunca. Cuando Jimmy tensaba las piernas y daba su salto de canguro su padre siempre acababa quedándose atrás.

El lado exterior del cráter iba bajando en dirección sur y la Tierra —que se hallaba bastante baja en el cielo meridional, el lugar donde estaba siempre vista desde Ciudad Lunar—, ya casi había entrado en la fase de llena, por lo que toda la ladera del cráter quedaba bañada por su claridad.

La pendiente no era muy empinada, y ni tan siquiera el peso del traje espacial podía impedir que Jimmy se moviera con gráciles saltos que le hacían flotar y creaban la impresión de que no había ninguna gravedad contra la que luchar.

—¡Vamos, Robutt! —gritó Jimmy.

Robutt le oyó a través de la radio, ladró y echó a correr detrás de él.

Jimmy era un experto, pero ni tan siquiera él podía competir con las cuatro patas y los tendones de Robutt, que además no necesitaba traje espacial. Robutt saltó por encima de la cabeza de Jimmy, dio una voltereta y terminó posándose casi debajo de sus pies.

—No hagas tonterías, Robutt, y quédate allí donde pueda verte —le ordenó Jimmy.

Robutt volvió a ladrar, ahora con el ladrido especial que significaba "Sí".

—No confío en ti, tunante —exclamó Jimmy.

Dio un último salto que lo llevó por encima del curvado borde superior de la pared del cráter y le hizo descender hacia la ladera inferior.

La Tierra se hundió detrás del borde de la pared del cráter, y la oscuridad cegadora y amistosa que eliminaba toda diferencia entre el suelo y el espacio envolvió a Jimmy. La única claridad visible era la emitida por las estrellas.

En realidad Jimmy no tenía permitido jugar en el lado oscuro de la pared del cráter. Los adultos decían que era peligroso, pero lo decían porque nunca habían estado allí. El suelo era liso y crujiente, y Jimmy conocía la situación exacta de cada una de las escasas piedras que había en él.

Y, además, ¿qué podía haber de peligroso en correr a través de la oscuridad cuando la silueta resplandeciente de Robutt le acompañaba ladrando y saltando a su alrededor? El radar de Robutt podía decirle dónde estaba y dónde estaba Jimmy aunque no hubiera luz.

Mientras Robutt estuviera con él para advertirle cuando se acercaba demasiado a una roca, saltar sobre él demostrándole lo mucho que le quería o gemir en voz baja y asustada cuando Jimmy se ocultaba detrás de una roca aunque Robutt supiera todo el rato dónde estaba Jimmy jamás podría sufrir ningún daño. En una ocasión Jimmy se acostó sobre el suelo, se puso muy rígido y fingió estar herido, y Robutt activó la alarma de la radio haciendo acudir a un grupo de rescate de Ciudad Lunar. El padre de Jimmy castigó la pequeña travesura con una buena reprimenda, y Jimmy nunca había vuelto a hacer algo semejante.

La voz de su padre le llegó por la frecuencia privada justo cuando estaba recordando aquello.

—Jimmy, vuelve a casa. Tengo que decirte algo.

Jimmy se había quitado el traje espacial y se había lavado concienzudamente después de entrar en casa; e incluso Robutt había sido meticulosamente rociado, lo cual le encantaba.

Robutt estaba inmóvil sobre sus cuatro patas con su pequeño cuerpo de no más de treinta centímetros de longitud estremeciéndose y lanzando algún que otro destello metálico, y su cabecita desprovista de boca con dos ojos enormes que parecían cuentas de cristal y la diminuta protuberancia donde se hallaba alojado el cerebro no dejó de lanzar débiles ladridos hasta que el señor Anderson abrió la boca.

—Tranquilo, Robutt —dijo el señor Anderson, y sonrió—. Bien, Jimmy, tenemos algo para ti. Ahora se encuentra en la estación de cohetes, pero mañana ya habrá pasado todas las pruebas y lo tendremos en casa. Creo que ya puedo decírtelo.

—¿Algo de la Tierra, papi?

—Es un perro de la Tierra, hijo, un perro de verdad..., un cachorro de terrier escocés para ser exactos. El primer perro de la Luna... Ya no necesitarás más a Robutt. No podemos tenerlos a los dos, ¿sabes? Se lo regalaremos a algún niño. —El

señor Anderson parecía estar esperando a que Jimmy dijera algo, pero al ver que no abría la boca siguió hablando—. Ya sabes lo que es un perro, Jimmy. Es de verdad, está vivo... Robutt no es más que una imitación mecánica, una copia de robot.

Jimmy frunció el ceño.

—Robutt no es una imitación, papi. Es mi perro.

—No es un perro de verdad, Jimmy. Robutt tiene un cerebro positrónico muy sencillo y está hecho de acero y circuitos. No está vivo.

—Hace todo lo que yo quiero que haga, papi. Me entiende. Te aseguro que está vivo.

—No, hijo. Robutt no es más que una máquina. Está programado para que actúe de esa forma. Un perro es algo vivo. En cuanto tengas al perro ya no querrás a Robutt.

—El perro necesitará un traje espacial, ¿verdad?

—Sí, naturalmente, pero creo que será dinero bien invertido y muy pronto se habrá acostumbrado a él... Y cuando esté en la ciudad no lo necesitará, claro. Cuando lo tengamos en casa enseguida notarás la diferencia.

Jimmy miró a Robutt. El perro robot había empezado a lanzar unos gemidos muy débiles, como si estuviera asustado. Jimmy extendió los brazos hacia él y Robutt salvó la distancia que le separaba de ellos de un solo salto.

—¿Y qué diferencia hay entre Robutt y el perro? —preguntó Jimmy.

—Es difícil de explicar —dijo el señor Anderson—, pero lo comprenderás en cuanto lo veas. El perro te querrá de verdad, Jimmy. Robutt sólo está programado para actuar como si te quisiera, ¿en tiendas?

—Pero papi... No sabemos qué hay dentro del perro ni cuáles son sus sentimientos. Puede que también finja.

El señor Anderson frunció el ceño.

—Jimmy, te aseguro que en cuanto hayas experimentado el amor de una criatura viva notarás la diferencia.

Jimmy estrechó a Robutt en sus brazos. El niño también tenía el ceño fruncido, y la expresión desesperada de su rostro indicaba que no estaba dispuesto a cambiar de opinión.

—Pero si los dos se portan igual conmigo entonces tanto da que sea un perro de verdad o un perro robot —dijo Jimmy—. ¿Y lo que yo siento? Quiero a Robutt, y eso es lo que importa.

Y el pequeño robot, que nunca se había sentido abrazado con tanta fuerza en toda su existencia, lanzó una serie de ladridos estridentes..., ladridos de pura felicidad.

## Punto de vista (1975)

---

“Point of View”

Roger vino buscando a su padre, en parte porque era domingo, y por lo tanto su padre no debería estar trabajando, y Roger deseaba asegurarse de que todo iba bien.

El padre de Roger no era difícil de hallar, debido a que toda la gente que trabajaba con Multivac, la gigantesca computadora, vivía con sus familias allí mismo. Formaban como una pequeña ciudad propia, una ciudad de gente que resolvía todos los problemas del mundo. La recepcionista del turno del domingo conocía a Roger.

—Si estás buscando a tu padre —dijo—, está al final del corredor L, pero es probable que esté demasiado ocupado como para atenderte.

Roger lo intentó de todos modos, asomando su cabeza por una de las puertas al otro lado de la cual había oído ruido de hombres y mujeres. Los corredores estaban mucho más vacíos que los demás días de la semana, de modo que era fácil descubrir dónde estaba trabajando la gente.

Vio inmediatamente a su padre, y su padre lo vio a él. Su padre no parecía demasiado alegre, y Roger decidió inmediatamente que no todo iba bien.

—Hola, Roger —dijo su padre—. Me temo que estoy muy ocupado.

El jefe del padre de Roger estaba también allí, y dijo:

—Vamos, Atkins, tómate un descanso. Llevas nueve horas con ello, y lo que estás haciendo ya no sirve de nada. Llévate al chico a tomar algo a la cantina, echa una cabezada, y luego vuelve.

El padre de Roger no parecía entusiasmado con aquella idea. Llevaba en la mano un instrumento que Roger identificó como un analizador de circuitos, aunque no sabía cómo funcionaba. Roger podía oír a Multivac cloqueando y zumbando a todo su alrededor.

Finalmente, el padre de Roger dejó el analizador.

—De acuerdo. Vamos, Roger. Te invito a una hamburguesa, y mientras tanto dejaremos que estos tipos listos de aquí intenten descubrir sin mi ayuda qué es lo que va mal.

Se detuvo un momento para lavarse, y al cabo de poco rato estaban en la cantina, delante de unas enormes hamburguesas y unas patatas fritas y unas gaseosas.

—¿Sigue estropeada Multivac, papi? —preguntó Roger.

—No conseguimos llegar a ningún lado, eso puedo asegurártelo —dijo su padre hoscamente.

—Pero parecía estar funcionando. Quiero decir, pude oírla.

—Oh, por supuesto, sigue funcionando. Pero no siempre da las respuestas correctas.

Roger tenía trece años y estaba estudiando programación de computadoras desde

cuarto grado. A veces lo odiaba y deseaba haber vivido en el siglo XX, donde los chicos no necesitaban aprender nada de aquello..., pero resultaba útil a veces para hablar con su padre.

—¿Cómo puedes decir que no siempre da las respuestas correctas, si solamente Multivac conoce las respuestas? —preguntó Roger.

Su padre se alzó de hombros, y por un minuto Roger temió que iba a decirle simplemente que era demasiado complicado de explicar y que no le iba a hablar en absoluto de ello... pero casi nunca hacía eso.

—Hijo —dijo su padre—, Multivac puede que tenga un cerebro tan grande como una gran fábrica, pero sigue sin ser tan complicado como este que tenemos aquí —le golpeó la cabeza—. A veces, Multivac nos da una respuesta que no podríamos calcular por nosotros mismos ni en un millar de años, pero de algún modo algo hace clic en nuestros cerebros y decimos: «¡Huau, aquí hay algo que está mal!». Entonces le preguntamos de nuevo a Multivac, y obtenemos una respuesta distinta. Si Multivac funcionara bien, ¿sabes?, siempre daría la misma respuesta a la misma pregunta. Cuando obtenemos respuestas distintas, una de ellas está equivocada.

»Y el problema, hijo, es: ¿cómo sabemos que siempre atrapamos a Multivac en sus errores? ¿Cómo sabemos que alguna de las respuestas erróneas no se nos ha escapado? Puede que confiemos en alguna respuesta y hagamos algo que al cabo de cinco años se nos revele desastroso. Hay algo que funciona mal dentro de Multivac, y no podemos descubrir qué es. Y, sea lo que sea lo que está mal, está empeorando por momentos.

—¿Por qué empeora? —preguntó Roger.

Su padre había terminado su hamburguesa y estaba comiéndose las patatas fritas una a una.

—Mi impresión, hijo —murmuró pensativamente—, es que hemos hecho lista a Multivac de una forma errónea.

—¿Eh?

—Entiende, Roger: si Multivac fuera tan lista como un hombre, podríamos hablar con ella y descubrir qué es lo que va mal, sin importar lo complicado que fuera. Si fuera tan estúpida como una máquina, funcionaría mal de una manera tan simple que podríamos averiguar rápidamente lo que le ocurría. El problema es que es medio lista, como un idiota. Es lo suficientemente lista como para funcionar mal de una forma complicada, pero no lo suficientemente lista como para ayudarnos a encontrar qué es lo que va mal en ella... Y esta es la forma en que es lista de una forma errónea.

Parecía muy preocupado.

—Pero ¿qué podemos hacer? No sabemos cómo hacerla más lista..., todavía no. Y no nos atrevemos a hacerla más estúpida tampoco, porque los problemas del mundo se han vuelto tan serios y las cuestiones que le formulamos son tan



complicadas que se necesita toda la inteligencia de Multivac para responderlas. Sería un desastre hacerla un poco más tonta.

—Si pararais a Multivac —dijo Roger— y la revisarais con el máximo cuidado...

—No podemos hacer eso, hijo —dijo su padre—. Me temo que Multivac ha de permanecer operando a cada minuto del día y de la noche. Tenemos una enorme acumulación de problemas.

—Pero si Multivac continúa cometiendo errores, papi, ¿no deberá ser desconectada? Si no podéis confiar en lo que dice...

—Bueno —el padre de Roger revolvió el pelo de su hijo—, encontraremos qué es lo que va mal, muchacho, no te preocupes. —Pero sus ojos seguían pareciendo preocupados—. Vamos, termina y salgamos de aquí.

—Pero papi —dijo Roger—, escucha. Si Multivac es medio lista, ¿por qué eso significa que es idiota?

—Si supieras la forma en que tenemos que darle las instrucciones, hijo, no preguntarías.

—Sea como sea, papi, quizá esa no sea la forma de mirarlo. Yo no soy tan listo como tú; no sé tanto; pero no soy un idiota. Quizá Multivac no sea como un idiota, quizá tan sólo sea como un niño.

El padre de Roger se echó a reír.

—Ese es un punto de vista interesante, pero ¿qué diferencia hay?

—Puede haber mucha diferencia —dijo Roger—. Tú no eres un idiota, de modo que no puedes ver cómo funciona la mente de un idiota; pero yo soy un niño, de modo que quizá pueda saber cómo funciona la mente de un niño.

—¿Oh? ¿Y cómo funciona la mente de un niño?

—Bueno, tú dices que tenéis que mantener a Multivac trabajando día y noche. Una máquina puede hacerlo. Pero si tú le das a un niño trabajo para casa y le dices que lo haga durante horas y horas, llegará un momento en que se sentirá cansado y prestará la suficiente poca atención como para cometer errores, y quizá incluso lo haga a propósito. De modo que... ¿por qué no dejáis que Multivac se tome cada día una hora o dos sin resolver ningún problema... simplemente cloqueando y zumbando de la forma en que ella misma desee?

El padre de Roger adoptó una expresión como si estuviera pensando intensamente. Extrajo su calculadora de bolsillo, y probó en ella algunas combinaciones. Luego probó más combinaciones. Finalmente dijo:

—¿Sabes, Roger? Si tomo lo que acabo de decir y lo convierto en integrales de Platt, la cosa tiene sentido. Y veintidós horas seguras siempre son mejores que veinticuatro horas que pueden estar todas ellas equivocadas.

Asintió con la cabeza, pero luego alzó la vista de su computadora de bolsillo y preguntó de pronto, como si Roger fuera el experto:

—Roger, ¿estás seguro?

Roger estaba seguro. Dijo:

—Papi, un chico también tiene que jugar.

# Acerca de nada (1975)

---

“About Nothing”

Toda la Tierra aguardaba a que el pequeño agujero negro la arrastrara hasta su fin. Había sido descubierto por el profesor Jerome Hieronymus a través del telescopio lunar en 2125, y a todas luces iba a acercarse lo suficiente como para crear una marea de destrucción total.

Toda la Tierra hizo testamento, y la gente lloró, los unos en los hombros de los otros, diciéndose «Adiós, adiós, adiós». Los maridos dijeron adiós a sus mujeres, los hermanos dijeron adiós a sus hermanas, los padres dijeron adiós a sus hijos, los amos dijeron adiós a sus mascotas, y los amantes se susurraron adiós al oído.

Sin embargo, a medida que el agujero negro se acercaba, Hieronymus notó que no había efecto gravitatorio. Lo estudió más atentamente y anunció, con una risita, que después de todo no se trataba en absoluto de un agujero negro.

—No es nada —dijo—. Simplemente un asteroide vulgar al que alguien pintó de negro.

Fue muerto por una multitud enfurecida, pero no por eso. Fue muerto tan sólo después que anunciara públicamente que iba a escribir una gran y emocionante obra acerca del episodio.

Dijo:

—La titularé *Mucho adiós acerca de nada*.

Toda la Humanidad aplaudió su muerte.

## Buen gusto (1976)

---

“Good Taste”

No estaba claro que hubiese sucedido (la familia no se habría sentido desdichada ni el mundo de Gammer aturdido y hasta horrorizado) si Chawker Menor no hubiese realizado el *Grand Tour*.

No era exactamente ilegal efectuar el *Grand Tour* pero, al menos en Gammer, no era socialmente aceptable. El viejo Chawker estuvo en contra desde el principio, para hacerle justicia, pero Lady Chawker se puso al lado de su hijo, y las madres, a veces, no son comprendidas. Chawker era su segundo hijo (los dos varones), y ya no iba a tener otros, por lo que no era extraño que le apoyara.

El hijo más joven había deseado ver los Otros Mundos de la Órbita, prometiendo no estar fuera de casa más de un año. Ella lloró y se preocupó, y empezó a decaer trágicamente, hasta que finalmente se le secaron los ojos y le habló seriamente al viejo Chawker... Su hijo se había marchado.

Bien, había vuelto precisamente al cumplirse el año, pues era un joven muy fiel a su palabra (aparte de que al día siguiente habría cesado el apoyo del viejo Chawker, con toda seguridad) y la familia lo festejó.

El Viejo llevaba una camisa negra muy brillante, pero no permitió que se relajaran las arrugas de su rostro, ni se humilló a pedir detalles. No tenía interés, ninguna clase de interés, en los Otros Mundos, con sus extrañas costumbres ni con sus pastos primitivos (no mejores que los de la Tierra, de la que los habitantes de Gammer nunca hablaban).

—Tu piel está sucia —rezongó—, y estropeada, Chawker Menor.

El empleo de todo el nombre demostraba su descontento.

Chawker se echó a reír y la piel clara de su cara, más bien delgada, se arrugó.

—Estuve a la sombra tanto como pude, mi Viejo, pero eso no es muy fácil en los Otros Mundos.

Lady Chawker tampoco había permanecido antes durante largo tiempo en la sombra.

—No estaba sucio, Viejo —intervino anhelosamente—. Respira calor.

—Del sol —se quejó el Viejo—, y seguramente habrá comido la bazofia que tienen allí.

—No, pero visité los criaderos de hongos.

Chawker Mayor tenía tres años más que el Menor, era más ancho de cara y pesaba más, pero aparte del gran parecido, se le veía dividido entre la envidia hacia su hermano por haber visitado los Otros Mundos y la revulsión que tal idea le producía. Dijo:

—¿Comiste sus materias primas, Menor?

—Algo tenía que comer —se defendió Chawker Menor—. Naturalmente, tenía tus paquetes de comida, Mi Lady, que a veces fueron unos salvavidas para mí.

—Supongo —masculló el viejo Chawker— que allí los alimentos son incomedibles. ¿Quién sabe la porquería que habrá en ellos?

—Vamos, mi Viejo, —exclamó Chawker. Luego hizo una pausa como tratando de escoger sus palabras y acabó por encogerse de hombros—. Bueno, mantienen juntos el cuerpo y el alma, y uno acaba por acostumbrarse a ellos. No diré nada más... ¡Oh, Mi Lady, estoy tan contento por estar nuevamente en casa! ¡Estas luces son tan cálidas y amables...!

—Veo que te has hartado del sol —comentó el Viejo—. Pero tuviste que irte. Bien, bienvenido seas otra vez al mundo interior con la luz y el calor bajo el control del bloqueo que realizamos a los rayos del sol. Bienvenido al seno del pueblo, como dice el refrán.

—Sí, me alegro de haber estado allí —asintió Chawker Menor—. Ocho mundos diferentes ofrecen una visión única.

—Que es preferible no tener jamás —concluyó el Viejo.

—No lo sé —repuso Chawker Menor.

Su párpado derecho tembló ligeramente al mirar a su hermano. Chawker Mayor apretó los labios, pero no contestó.

Fue un festín. Todos tuvieron que reconocerlo, y al final fue el propio Chawker Menor el primero en abandonar la mesa. No le quedaba más remedio, puesto que Lady continuaba dándole muestras de lo que parecía una despensa sin fondo.

—Mi Lady —le dijo él con cariño—, mi lengua está ya fatigada. No es capaz de seguir gustando más cosas.

—¿Ya no tienes gusto? —preguntó ella—. ¿Qué clase de tontería es ésa? Tú posees la habilidad del Gran Viejo. A los seis años de edad eras ya un gran Gustador, y nos diste muchas pruebas de ello. No existía un aditivo que no pudieras detectar, incluso cuando no sabías pronunciar adecuadamente su nombre.

—Las papilas del gusto se deterioran cuando no se usan —refunfuñó malignamente el viejo Chawker—, y un viaje a los Otros Mundos estropea a los hombres.

—¿Sí? Veamos —sonrió Lady—. Menor mío, dile a tu refunfuñante Viejo lo que has comido.

—¿Por orden?

—Sí. Enséñale cómo te acuerdas.

Chawker Menor cerró los ojos.

—Oh. no es una prueba justa —gimió—. Me gustaban tanto los sabores que no me he parado a analizarlos... y hace ya tanto tiempo...

—Sólo disculpas, Lady —se burló el Viejo.

—Lo intentaré —decidió Chawker Menor apresuradamente—. En primer lugar, la materia prima base de todo son los tanques de hongos de la Sección Oriental, en el Corredor 13, creo, a menos que se hayan producido grandes cambios durante mi ausencia.

—No, has acertado —exclamó Lady con satisfacción.

—Y fue muy caro —añadió el Viejo.

—La vuelta del hijo pródigo —terció Chawker Mayor, con acidez—, y debemos ofrecerle los hongos más gordos, como dice el refrán. Bien, nombra los aditivos, si puedes, Menor.

—Pues... el primer toque era Mañana de Primavera con Hojas A Refrescadas, y otro toque, sólo un toque, de clavo en rama.

—Muy bien —aplaudió Lady, sonriendo.

Chawker Menor siguió con su lista y con los ojos cerrados. Su memoria parecía ir hacia atrás y hacia adelante, recordando el sabor y la consistencia de las muestras. Llegó a la octava y calló.

—Ésta me intriga —murmuró.

—¿No detectaste nada? —sonrió maliciosamente Chawker Mayor.

—Claro que sí. Casi todo. Había Cordero Juguetón... no, Cordero Saltarín, sólo Juguetón aunque a punto de ser Saltarín.

—Vamos, deja ya eso, que es fácil —le desafió Chawker Mayor—. ¿Qué más había?

—Menta-Verde, con un toque de Menta-Agria, ambas cosas, y una pizca de Sangre Brillante... Pero había algo más que no logro identificar.

—¿Era bueno? —se interesó Chawker Mayor.

—¿Bueno? Ni me lo preguntes. Todo era bueno. Todo ha sido succulento. Y lo que no logro identificar parecía más succulento todavía. Como Seto-en-Flor, pero mejor.

—¿Mejor? —Chawker Mayor estaba entusiasmado—. ¡Es mío!

—¿Cómo dices?

El Viejo intervino con un gesto de aprobación.

—Mi hijo, más hogareño que tú, se ha portado muy bien en tu ausencia. Ha inventado un programa computado que ha diseñado y producido tres nuevas moléculas de sabor compatibles con la vida, sumamente prometedoras. El mismo Gran Viejo Tomasz ha dado una de las cámaras-lengua a la construcción del Mayor, la misma que tú probaste, hijo mío, y dio su aprobación.

—En realidad —expresó Chawker Mayor—, no dijo nada, mi Viejo.

—Su expresión valió tanto como unas palabras —aclaró Lady.

—Estupendo —sonrió Chawker Menor, un poco molesto por no ser ya el principal protagonista. Tras una leve pausa, añadió—: ¿Te presentarás a los Premios?

—Lo estaba pensando —asintió Chawker Mayor, aparentando indiferencia—.

Pero no con este sabor, que llamo Luz-Púrpura, pues espero producir algo más digno de un concurso.

Chawker Menor frunció el ceño.

—Pensaba que...

—¿Qué?

—... que no estoy para reflexionar sobre nada. Vamos, Lady, dame un poco más de la construcción del Mayor y veré si puedo deducir lo referente a la estructura química de su Luz-Púrpura.

La atmósfera de fiesta en casa de los Chawker prosiguió durante una semana. El Viejo Chawker era muy apreciado en Gammer, y parecía como si la mitad de los habitantes de aquel mundo hubiesen pasado por su Sección antes de ver saciada su curiosidad y contemplar con sus propios ojos a aquel Chawker Menor que había regresado sano y salvo. Lo más notable era el color de su tez, y más de una joven le preguntó si podía tocarle la mejilla, como si tuviese una capa que pudiera palparse.

Chawker Menor se dejaba tocar la mejilla con gran complacencia, aunque Lady no aprobaba semejantes solicitudes.

El Gran Viejo Tomasz bajó de su aéreo, tan rollizo como podía estar un Gammerio, sin señales de que la vejez ni sus cabellos blancos hubiesen deteriorado su inteligencia. Era el Maestro Gustador de Gammer, mejor aún que el Gran Viejo Faron, que había vivido medio siglo antes. Todo lo que Tomasz gustaba con su lengua dejaba de tener secretos para él.

Chawker Menor, que no tenía una gran inclinación en confesarse inepto, no sentía ninguna vergüenza en admitir que su innato talento al respecto no podía compararse ni de lejos con la gran experiencia del anciano.

El Gran Viejo que, en casi veinte años, había presidido el Concurso Anual de Premios por su habilidad, se interesó vivamente por los Otros Mundos que, naturalmente, nunca había visitado.

Se mostró indulgente y le sonrió a Lady Chawker.

—No hay necesidad de preocuparse. Lady —dijo con su voz gangosa—. En la actualidad, la juventud es curiosa. En mis tiempos, nos contentábamos con atender a nuestro propio cilindro, como dice el refrán, pero estos son tiempos nuevos y muchos desean efectuar el *Grand Tour*. Bien, tal vez no sea mala idea. Visitar los Otros Mundos, frívolos, calcinados por el sol, faltos de sabores, sin papilas gustativas... hace que se aprecie más al hermano mayor, como dice el refrán.

Chawker Menor jamás había oído que nadie, aparte del Gran Viejo Tomasz, se refiriese a Gammer como al «hermano mayor», aunque esta expresión se hallaba a menudo en los video-cassettes. Era la tercera colonia fundada en la órbita de la Luna, en los años pioneros del siglo XXI; pero las dos primeras, Alfer y Bayter, nunca habían sido viables ecológicamente. Gammer sí.

—La gente de los Otros Mundos —manifestó precavidamente Chawker Menor— nunca se cansaba de decirme lo que significa para todos los mundos fundados más tarde la experiencia de Gammer. Todo, según ellos, lo han aprendido de nosotros.

—Ciertamente, ciertamente —rió Tomasz—, es verdad.

—Y no obstante —prosiguió Chawker Menor con mayor precaución—, aunque sólo sea amor a sus mundos, alegan que ellos han mejorado muchas de las cosas de Gammer.

El Gran Viejo Tomasz bufó por la nariz (jamás respiraba por la boca, puesto que ello, según él, destruía la lengua gustativa), y contempló a Chawker con sus ojos azules que lo parecían más gracias a las cejas blancas que se curvaban encima.

—Mejorado, ¿cómo? ¿Hablaron de alguna mejora específica?

—Creo que sí, sobre temas que valoran grandemente —repuso Chawker Menor, sabiendo que pisaba sobre una capa de hielo muy delgada al ver el ceño fruncido de su interlocutor—. Claro que yo no soy buen juez en tales asuntos.

—En asuntos que *ellos valoran*. ¿Viste algún mundo donde supieran más sobre la química aumentaría que nosotros?

—No, claro que no, Gran Viejo. Nadie se preocupa por esas cosas, por lo que vi. Sólo confían en nuestros descubrimientos. Y lo reconocen abiertamente.

—Pueden confiar en nosotros —gruñó el Gran Viejo Tomasz—, que conocemos los efectos primarios y secundarios de cien mil moléculas y que cada año estudiamos, definimos y analizamos los efectos de mil más. Pueden confiar en nuestro conocimiento de las necesidades dietéticas de los elementos y las vitaminas hasta la última palabra. Y por encima de todo, pueden confiar en nuestra sapiencia sobre el arte del gusto hasta el último toque más sabroso. Lo reconocen, ¿verdad?

—Sin vacilación.

—¿Y dónde se encuentran computadoras más exactas y complejas que las nuestras?

—En ningún sitio, respecto a los alimentos.

—¿Y qué materias primas sirven? —preguntó el Gran Viejo con severidad. Luego añadió, sin aguardar la respuesta—: O esperaban que un joven gammerio pastara...

—No, Gran Viejo, tenían materias primas. En todos los mundos que visité hay materias primas, y también en los que no visité, según me contaron. Incluso en el mundo donde la materia prima se considera apta también para las cosas inferiores...

Tomasz enrojeció y gruñó:

—¡Idiotas!

—Mundos diferentes, costumbres diferentes —se apresuró a comentar Chawker Menor—. Pero, Gran Viejo, la materia prima es popular cuando algo conveniente es necesario, poco caro y nutritivo. Y ellos obtuvieron de nosotros sus primeras materias primas. Todos poseen una subespecie de hongos, que sacaron primitivamente de



Gammer.

—¿Qué subespecie?

—La superficie A—5 —repuso Chawker Menor—. Es la más resistente, decían, y la que ahorra más energías.

—Y la más dura —agregó el Gran Viejo con satisfacción—. ¿Y qué aditivos de sabor emplean?

—Muy pocos —confesó Chawker Menor. Meditó un instante y continuó—: En Kapper tenían un aditivo muy popular entre los kapperianos, con bastantes... hum... posibilidades. Sin embargo, no está bien desarrollado, y cuando distribuí los sabores de lo que Lady me iba enviando se vieron obligados a admitir que el suyo no tenía comparación con los nuestros.

—Esto no me lo habías contado —interpuso Lady, que hasta entonces no se había atrevido a intervenir en la conversación en la que el protagonista principal era el Gran Viejo Tomasz—. De modo que mis sabores gustaron en los Otros Mundos, ¿eh?

—No los distribuí con frecuencia —se escudó Chawker Menor—. Soy demasiado egoísta para hacerlo, mas cuando lo hice, les gustó mucho, My lady.

Transcurrieron varios días antes de que los dos hermanos pudiesen estar solos.

—¿No estuviste en Kee? —quiso saber Mayor.

—Sí —asintió Chawker Menor bajando la voz—. Sólo un par de días. La estancia era demasiado cara.

—Estoy seguro de que a Viejo no le habría gustado ni siquiera esos dos días.

—Supongo que no se lo dirás, ¿verdad?

—Una observación falta de sentido común. Cuéntame.

Chawker Menor procedió a contarle en detalle, aunque un poco cohibido, y finalizó:

—Lo cierto es, Mayor, que a ellos no les parece mal. No les hace sentirse culpables. Y esto me obliga a meditar que tal vez no exista un bien y un mal reales. Lo bueno es a lo que uno está acostumbrado. Y lo malo aquello a lo que no estás acostumbrado.

—Intenta decírselo a Viejo.

—Lo que él piensa es bueno, ya que es a lo que está acostumbrado, y ambos conceptos son iguales. Tienes que reconocerlo.

—¿Qué importa lo que yo reconozca? Viejo piensa que todo lo bueno y todo lo malo lo inventaron los forjadores de Gammer y que todo se halla en un libro del cual sólo existe un ejemplar, que es el que poseemos nosotros, por lo que los Otros Mundos son malvados. Claro está, habló metafóricamente.

—Y yo también lo creo, Mayor... metafóricamente. Pero me asombra ver con qué calma lo acepta la gente de los Otros Mundos. Yo podía... verles pacer.

El rostro de Mayor adoptó una expresión de asco.

—¿Te refieres a los animales?

—No parecen animales cuando pacen. Esta es la verdad.

—¿Les viste matar y diseccionar a los... a los?

—No —negó Chawker Menor apresuradamente—. Lo vi cuando todo había terminado. Lo que comían parecía cierta clase de materia prima y olía igual. Me imagino que sabía a...

Chawker Mayor expresó con el gesto su inmensa repulsión, y su hermano añadió, a la defensiva:

—Ya sabes que pacer fue lo primero. Me refiero en la Tierra. Y es posible que cuando desarrollamos las primeras materias aquí, en Gammer, intentásemos imitar el gusto de los alimentos de... de pasto.

—Prefiero no creerlo —replicó Chawker Mayor.

—No importa lo que prefieras.

—Escucha —se irritó Mayor—. No me importa lo que pacen. Si alguna vez tuviesen la ocasión de comer verdaderas materias primas, y no la subespecie A—5, sino los hongos engordados, como dice el refrán, y si poseyesen los aditivos sofisticados, y no los primitivos platos que usan, comerían siempre y no soñarían siquiera en pastar. Si pudieran comer lo que yo he obtenido, y lo que aún no he obtenido...

—¿Vas a presentarte al Concurso, Mayor? —le interrumpió Chawker Menor.

Chawker Mayor meditó un instante.

—Creo que sí, Menor —repuso al fin—. Creo que sí. Y aunque no gane, lo haré. Este programa mío es diferente —a medida que hablaba se iba excitando—. Es distinto a cualquier programa de computadora, que yo sepa; y funciona. Todo estriba... calló y cambió de tema—. Supongo que no te molestará que no te dé detalles, ¿verdad? No se los he contado a nadie.

—Sería tonto contarlos —Chawker Menor se encogió de hombros—. Si realmente es un buen programa puedes ganar una fortuna, ya lo sabes. Fíjate en el Gran Viejo Tomasz. Hace unos treinta y cinco años que inventó el Corredor-Canción y todavía no ha publicado su sendero.

—Sí —asintió Mayor—, pero la gente adivina cómo lo consiguió. Y en mi opinión, no es realmente...

Volvió a callar y movió la cabeza como temeroso de decir algo que pudiese calificarse de *lése-majesté*.

—La razón de haberte preguntado si ibas a presentarte al Concurso... —empezó Chawker Menor.

—¿Y bien...?

—Es que estaba pensando en presentarme yo.

—¿Tú? Si apenas tienes la edad.

—Tengo veintidós años. ¿Te importaría?

—No sabes bastante, Menor. ¿Cuándo has manejado una computadora?

—¿Cuál es la diferencia? Una computadora no es la respuesta.

—¿No? ¿Pues cuál es?

—Las papilas del gusto.

—Ya, no fallan jamás. Conozco esa canción, y todos saltaremos a través del eje cero, de un solo brinco, como dice el refrán.

—Hablo en serio, Mayor. Una computadora es solamente el punto de partida, ¿no es así? Todo acaba en la lengua, empieces donde empieces.

—Y, claro está, un Maestro Gustador como el chico Menor puede ganar.

Chawker Menor no estaba bastante tostado por el sol para ruborizarse sin que se le notara.

—Tal vez no sea un Maestro Gustador, pero sí soy un buen Gustador y tú lo sabes. Estando fuera de casa he sabido apreciar las buenas materias primas y lo que puede hacerse con ellas. He aprendido bastante... Oye, Mayor, todo lo que tengo es mi lengua y me gustaría devolver todo el dinero que Viejo y Lady se han gastado conmigo. ¿Te opones a que me presente? ¿Temes mi competencia?

Chawker Mayor se envaró. Era más alto y recio que su hermano, y su expresión no era amistosa.

—No temo a ningún competidor. Si quieres presentarte, hazlo, Menor. Pero cuando te avergüencen no vengas a llorar a mis brazos. Y te diré una cosa: a Viejo no le gustaría que tu lengua quede en mal lugar, como dice el refrán.

Nadie tiene por qué vencer al momento. Aunque no gane, habré ganado, como dice el refrán.

Chawker Menor dio media vuelta y salió de la sala. Se sentía un poco tonto.

Todo se fue olvidando paulatinamente. La gente ya estaba cansada de escuchar las cosas de los Otros Mundos. Chawker Menor había descrito a los animales vivos que había visto por quinta vez y cien veces había negado haber visto cómo los mataban. Había retratado de palabra los campos de cereales e intentado explicar cómo era la luz del sol cuando iluminaba a los hombres, las mujeres, los edificios y los campos, a través de un aire que se veía azul y brumoso a la distancia. Explicó por enésima vez que no era igual al efecto del sol en las salas con vistas al exterior de Gammer (donde apenas entraba nadie).

Y ahora ya todo había terminado, y a Chawker Menor le fastidiaba un poco que no le parasen en los corredores: no le gustaba haber dejado de ser una celebridad. Se sentía abatido mientras hacía girar el libro-película y trató de no enfadarse con Lady.

—¿Qué ocurre? —la inquirió—. No has sonreído en todo el día.

Su madre le contempló pensativamente.

—No resulta agradable ver las disensiones entre el mayor y el menor.

—Oh, vamos... —exclamó Chawker Menor con irritación y acercándose al conducto de la ventilación.

Era un día jazmíneo y a él le gustaba aquel aroma, por lo que, como siempre, se preguntó automáticamente cómo podría mejorarlo. Era muy débil, claro, puesto que todo el mundo sabía que los aromas florales muy fuertes deterioraban la lengua.

—No ocurre nada, Lady —replicó—, ni es ningún mal que quiera presentarme al Concurso. Todos los gammerios mayores de veintiún años pueden aspirar al premio.

—Pero no es de buen gusto competir con tu hermano.

—¡Buen gusto! ¿Por qué no? Yo competiré con todos los demás. Y con él, claro. Sólo es un detalle que tengamos que contender los dos. ¿Por qué no piensas que es él quien quiere competir conmigo, y no yo con él?

—Es tres años mayor que tú, Menor-mío.

—Y tal vez gane, Mi Lady. Tiene la computadora. ¿Te ha pedido Mayor que me convezas para que no me presente?

—Oh, no, no. No pienses tal cosa de tu hermano.

Lady habló con vehemencia, evitando la mirada del hijo menor.

—Bueno, entonces te ha hablado y tú has comprendido lo que desea sin habértelo dicho con claridad. Y todo porque me he clasificado en la primera votación, cosa que él no creía.

—Cualquiera puede clasificarse —gritó Chawker Mayor desde el umbral.

Chawker Menor giró en redondo.

—¿De veras? Entonces, ¿qué te inquieta? ¿Y por qué no se han clasificado un centenar de aspirantes?

—Lo que un jurado estúpido decida. Menor, carece de importancia —replicó Chawker Mayor—. Aguarda a llegar ante la Junta.

—Puesto que tú también te has clasificado, Mayor, no necesitas hacer hincapié en lo estúpido que es el jurado.

—Hijo mío —intervino Lady, secamente—. ¡Basta ya! Quizá debemos recordar que es poco corriente que un Mayor y un Menor se clasifiquen conjuntamente.

Ninguno de los dos hermanos se atrevió a romper el silencio en presencia de Lady... pero el fruncimiento de sus cejas resultaron muy elocuentes.

A medida que transcurrían los días, Chawker Menor estaba más ocupado en preparar la última muestra de materia prima sabrosa que sus papilas gustativas primero y su zona olfativa después le dirían que era algo jamás gustado por una lengua gammeria. Visitó personalmente los tanques de materias primas, donde crecían los deleitosos hongos blandos -lejos de residuos desagradables- y se multiplicaban a una velocidad increíble, en condiciones cuidadosamente ideales, en tres docenas de subespecies básicas, cada una con sus distintas variedades.

(El Maestro Gustador, que probaba personalmente la materia prima sin sabor, o

sea los hongos sin alterar, como decía el refrán, sabía escoger la mejor calidad de la sección y el corredor. Más de una vez había declarado el Gran Viejo Tomasz que podía elegir el mejor de los tanques y, a veces, incluso una porción de los mismos solamente, aunque nadie le había pedido que lo hiciese.) Chawker Menor no pretendía poseer la experiencia de Tomasz. pero saboreaba, gustaba, lamía y mordisqueaba hasta que decidía cuál era la subespecie exacta y la variedad que deseaba lograr, la que mejor se combinaría con los ingredientes que imaginaba. Un buen Gustador, afirmaba el Gran Viejo Tomasz, podía combinar los ingredientes mentalmente y gustar la mezcla sólo con la imaginación. Todos sabían que esto era en realidad una fanfarronada de Tomasz, pero Chawker Menor se lo había tomado en serio y estaba seguro de poder hacerlo.

Había alquilado un espacio de las cocinas, lo que era otro gasto para el pobre Viejo, aunque Chawker Menor gastaba menos que Mayor.

A Chawker Menor no le importaba tener menos espacio, puesto que, como no necesitaba computadoras, no necesita mucho. Los cuchillos trinchantes, las batidoras, los fogones, los especieros y los demás instrumentos de cocina ocupaban poco espacio. Y por otra parte, poseía una campana de hogar que le ayudaba a disimular y ahuyentar todos los olores. (Todo el mundo conocía el horror de los Gustadores que habían dejado escapar un simple olfateo y comprobaban después que durante una de sus combinaciones maestras era ya popular antes de poder presentarla ante la Junta.)

Como decía Lady, robar el producto de otra persona no era de buen gusto, pero se hacía y no existía recurso legal en contra.

Destelló la señal luminosa, en un código bien conocido. Era el Viejo Chawker. Chawker Menor sintió un aguijón de culpa como el que experimentaba de pequeño cuando picoteaba en las materias primas reservadas a los invitados.

—Un momento, mi Viejo —exclamó; y activamente colocó la campana de hogar en alto, cerró el tabique, quitó sus ingredientes de la mesa, metiéndolos en sus latas, y por fin se marchó cerrando la puerta a sus espaldas.

—Lo siento, mi Viejo —murmuró, intentando mostrar ligereza en el tono de voz —, pero la Gustación es algo capital.

—Comprendo —asintió Viejo, aunque sus ojos habían fulgurado un segundo, como contento de atrapar a aquel fugitivo del hogar—, pero apenas has estado en casa últimamente, con tanto tiempo pasado en los Otros Mundos, y necesito hablar contigo.

—No hay inconveniente Viejo. Iremos al salón.

El salón no estaba lejos y, por fortuna, estaba desierto. Las agudas miradas de Viejo hacían que aquel vacío fuese una suerte para Menor, por lo que éste suspiró audiblemente. Sabía que le aguardaba un sermón.

—Menor —dijo al fin Viejo—, eres mi hijo, y tengo deberes que cumplir respecto

a ti. Sin embargo, mis deberes sólo consisten en subvenir a tus gastos y procurar que estés preparado para iniciar tu vida; también tengo el deber de reprocharte lo que hagas mal. El que desee lograr buenas materias primas no debe dejarlas junto a la carroña, como dice el refrán.

Chawker Menor bajó los ojos al suelo. Él, junto con su hermano, formaba parte de los treinta que se habían clasificado para la competición final que se celebraría dentro de una semana, y, según rumores oficiosos, Chawker Menor había conseguido un tanteo superior al de su hermano.

—Viejo —quiso saber—, ¿me pedirás que no haga lo que pueda para que venza mi hermano? ¿Que quede yo en mal lugar?

Viejo Chawker parpadeo, momentáneamente pillado de improviso, y su hijo cerró la boca con firmeza. Estaba claro que no había acertado.

—No vengo a pedirte que hagas menos de lo que puedas —repuso Viejo—, sino más de lo que haces. Piensa en la vergüenza en que nos has sumido a todos nosotros cuando hablaste con Stens Mayor la semana pasada.

Chawker Menor no recordaba nada vergonzoso relacionado con Stens, que era una joven tonta con la que se había limitado a charlar un poco.

—¿Con Stens? ¿Qué hice?

—No me digas que no te acuerdas. Stens Mayor repitió tus palabras a su Viejo y su Lady, que son buenos amigos nuestros, y esto se ha comentado en la Sección. ¿Qué se apoderó de ti, Menor, para atacar a las tradiciones de Gammer?

—No hice nada de eso. Ella me hizo preguntas relativas al *Grana Tour*, y le conté lo mismo que a todos los demás.

—¿No le dijiste que deberían permitir a las jóvenes ir al *Grand Tour*?

—Oh...

—Exacto: oh...

—Pero, Viejo, le dije solamente que de haber ido al *Grand Tour* no necesitaría hacer preguntas, y cuando ella fingió asombrarse por mis palabras, repliqué que, en mi opinión, cuantos más gammerios vieran los Otros Mundos sería mejor para nosotros. En mi opinión, formamos una sociedad demasiado encerrada en sí misma y, mi Viejo, no soy el primero que lo dice.

—Sí, ya he oído estas mismas palabras a algunos radicales, pero no en nuestra Sección y menos en nuestra familia. Nosotros hemos sufrido más que los otros mundos; poseemos una sociedad más estable y más adaptada, y no tenemos sus problemas. ¿Existe el crimen aquí? ¿Existe la corrupción entre nosotros?

—Pero Viejo, esto lo conseguimos al precio del inmovilismo, la muerte en vida. Estamos encerrados, maniatados...

—¿Qué pueden enseñarnos los de los Otros Mundos? ¿No te regocijaste ante la idea de regresar a las Secciones encerradas y confortables de Gammer, con sus

corredores iluminados por la luz dorada de nuestra propia energía?

—Sí, pero... bueno, también me siento mimado. En Otros Mundos hay cosas a las que me habría gustado acostumbrarme.

—¿Cuáles exactamente, Menor-loco-mío?

Chawker Menor consideró sus palabras. Tras una pausa, dijo:

—¿Por qué hacer simplemente asertos? Cuando pueda demostrar que cierta costumbre, la que sea, de los Otros Mundos, es superior a las de Gammer, exhibiré la prueba. Hasta entonces, ¿de qué sirve discutir?

—Ya has hablado tontamente. Menor, y te has hecho tan poco bien a ti mismo, que mejor sería asegurar que te has hecho daño. Menor, si te queda algún respeto hacia mí después de tu *Grana Tour*, que Lady propició en contra de mi voluntad, o si aún consideras el hecho de que no te niego nada de lo que mi crédito puede obtener para ti, mantendrás bien cerrada la boca de ahora en adelante. Si nos avergüenzas otra vez no te mantendré a mi lado. Entonces, podrás continuar tu *Grand Tour* mientras dure la Órbita, y habrás dejado de ser mi hijo.

—Lo que tú ordenes, Viejo —murmuró Chawker Menor—. A partir de este momento no diré nada más..., a menos que tenga pruebas.

—Como nunca las tendrás —sonrió Viejo adustamente—, me daré por satisfecho si cumples tu palabra.

La Final anual era un verdadero día festivo, el mayor acontecimiento social, la máxima exaltación del año. Ya estaban preparados cada uno de los treinta platos de materias primas magníficamente aderezados. Cada uno de los treinta jueces probaría cada plato a intervalos bastante largos para no deteriorar sus lenguas. Esto llevaría el día entero.

Honradamente, los gammerios tenían que reconocer que los casi cien ganadores que habían sido premiados y aclamados en la historia de Gammer no habían visto que sus platos figurasen en el Gran Menú como clásicos. Unos quedaron olvidados y otros fueron considerados ordinarios. Por otra parte, al menos dos de los platos favoritos de los gammerios, unas combinaciones que figuraron en los menús de todos los restaurantes y hogares durante veinte años aproximadamente, no habían salido victoriosos en el Concurso. «Terciopelo Negro», cuya extraña combinación de chocolate caliente y flores de cerezo lo había convertido en un dulce muy apreciado, ni siquiera había llegado a la Final.

Chawker Menor no tenía ninguna duda respecto al resultado. Estaba tan confiado que corría el peligro de llegar a aburrirse. Escrutaba las caras de los jueces, a medida que, de cuando en cuando, tomaban una pizca de comida de uno de los platos y se lo llevaban a la lengua. Sus expresiones eran totalmente neutras, y mantenían los ojos entornados. Nadie que se preciase de ser un buen juez podía permitirse el menor gesto de sorpresa o que un suspiro de satisfacción le delatase, y menos aún la menor

demostración de desdén. Se limitaban a indicar el tanteo en las pequeñas tarjetas de computadora que llevaban.

Chawker Menor se preguntó si conseguirían reprimir un gesto de satisfacción cuando probasen *su plato*. Durante la última semana su combinación había llegado a la perfección, había alcanzado el pináculo glorioso del sabor, que no podía mejorarse, que no...

—¿Esperando ganar? —murmuró Chawker Mayor al oído.

Chawker Menor se estremeció y se volvió rápidamente. Chawker Mayor iba vestido completamente en platón y estaba muy elegante.

—Vamos, Mayor-mío —replicó Chawker Menor—, te deseo la mejor de las suertes. Quiero que alcances el mejor de los puestos.

—Después del tuyo, si ganas, ¿verdad?

—¿Rechazarías el segundo lugar si yo ganara?

—No puedes ganar. He realizado ciertas comprobaciones. Conozco tu subespecie de las primeras materias; conozco tus ingredientes...

—¿Has pasado el tiempo trabajando o haciendo de detective?

—No te inquietes por mí. No tardé mucho en aprender que no existe modo alguno de combinar tus ingredientes para hacer algo que valga la pena.

—Supongo que lo comprobaste con la computadora.

—Naturalmente.

—Entonces, no sé cómo he podido llegar a la Final. Tal vez no lo sepas todo respecto a mis ingredientes. Mira, Mayor, la cantidad de combinaciones eficaces de unos cuantos ingredientes es astronómica si consideramos las posibles proporciones y los posibles tratamientos antes y después de mezclarlos, el orden de la mezcla y el...

—No necesito tus conferencias. Menor.

—Entonces, ya sabrás que ninguna computadora actual ha sido programada con la complejidad de una lengua hábil. Escucha, es posible añadir algunos ingredientes en cantidades tan escuálidas que la lengua no los detecte y sin embargo agreguen una pizca de sabor que represente un gran cambio.

—¿Lo aprendiste en los Otros Mundos, jovencito?

—Lo aprendí yo mismo.

Y Chawker Menor se alejó antes de ser obligado a hablar demasiado.

No cabía la menor duda de que el Gran Viejo Tomasz, aquel año igual que en los precedentes, tenía al Comité de Jueces en el hueco de su lengua, como dice el refrán.

Miraba arriba y abajo de la larga mesa en la que los jueces estaban ya sentados por orden de preferencia, con el propio Tomasz en el centro de todos ellos. Ya habían alimentado a la computadora, y ésta ya había dado el resultado. En la sala donde los concursantes, sus amigos y familiares estaban sentados, aguardando la gloria y, a falta de ésta, anhelando al menos el consuelo de poder degustar todas las muestras, reinó



un completo silencio.

El resto de Gammer, posiblemente sin ninguna excepción, contemplaba la escena por el holo-vídeo. Al fin y al cabo, habría platos adicionales que significarían el festín de una semana, y la opinión popular no siempre estaba de acuerdo con la de los jueces, aunque ello no afectaba al ganador del premio.

—No recuerdo un Concurso —murmuró Tomasz— en el que haya habido tan pocas dudas respecto a la decisión de la computadora, o un acuerdo tan general.

Hubo asentimientos de cabeza, sonrisas y miradas de satisfacción. «Parecen sinceros, pensó Chawker Menor, y no que deseen solamente halagar al Gran Viejo; por tanto, se trata de mi plato.»

—Este año —prosiguió Tomasz— he tenido el privilegio de probar un plato más sutil, más tentador, más ambrosíaco que todos los anteriores, a pesar de mi larga experiencia. Es el mejor. Y no consigo figurarme cómo podría ser superado.

Levantó las tarjetas.

—El premio es unánime y la computadora sólo ha sido necesaria para la ordenación de las aprobaciones. El vencedor es... —hizo una leve pausa para añadir un efecto teatral a sus palabras y terminó—: ... Chawker Menor por su plato titulado Cumbre Montañosa. Joven...

Chawker Menor avanzó para adueñarse de la cinta, la placa, los créditos, los apretones de manos, las grabaciones de sus palabras, las sonrisas, y los demás concursantes escucharon sus puestos en la lista. Chawker Mayor quedó en quinto lugar.

El Gran Viejo Tomasz fue en busca de Chawker Menor poco después y enlazó su brazo con el del joven.

—Bien, Chawker Menor, hoy es un día maravilloso para ti y para todos nosotros. No exagero. Tu plato era el mejor de todos, y es el más estupendo de cuantos he probado. Pero siento una gran curiosidad. Sí, estoy intrigado. He identificado todos los ingredientes, pero no existe forma alguna que pueda producir lo que has producido. ¿Te molestaría compartir tu secreto conmigo? Si te niegas no te lo reprocharé, pero en el caso de un producto tan fabuloso como el tuyo...

—No me importa contarte mi secreto, Gran Viejo. Al contrario, quiero que lo sepa todo el mundo. Le prometí a mi Viejo que no diría nada hasta obtener la prueba. ¡Y tú acabas de proporcionármela!

—¿Cómo? —se asombró el Gran Viejo—. ¿Qué prueba?

—La idea de este plato se me ocurrió en Kapper, uno de los, otros mundos, y por eso lo he llamado Cumbre-Montañosa, como tributo a Kapper. Usé ingredientes corrientes, Gran Viejo, cuidadosamente mezclados, menos uno. Supongo que habrás detectado el Sabor-Jardín...

—Sí, pero con una leve modificación que no entendí. ¿Cómo puede ese Otro

Mundo del que hablas afectar a la materia prima?

—Porque no era Sabor-Jardín, Gran Viejo, no era un producto químico. Empleé una mezcla complicada para que pareciera Sabor-Jardín, una mezcla de cuya naturaleza no estoy aún totalmente seguro.

Tomasz frunció el ceño.

—¿Quieres decir que no podría reproducir tu plato?

—Oh, sí, puedo reproducirlo, Gran Viejo. El ingrediente a que me refiero es el ajo.

—Éste es el término vulgar del Sabor-Monte —repuso Tomasz con impaciencia.

—No el Sabor-Monte, que es una mezcla química muy conocida. Hablo del bulbo de la planta.

El Gran Viejo Tomasz abrió mucho la boca, lo mismo que los ojos.

—Ninguna mezcla puede duplicar la complejidad de un producto al crecer, Gran Viejo —prosiguió Chawker Menor con entusiasmo—, y en Kapper cultivan una variedad especialmente delicada que usan en sus primeras materias. La usan incorrectamente, sin apreciar todas sus potencialidades. Al momento comprendí que un verdadero gammerio podía hacerlo muchísimo mejor, de modo que traje conmigo cierta cantidad de cabezas de ajo para aprovecharme de sus cualidades. Tú mismo has dicho que es el mejor plato que ha pasado por tu lengua, y yo digo que si queremos una prueba mejor del valor que tendría abrir un poco nuestra sociedad, entonces...

Tuvo que callar de repente, y mirar a Tomasz con sorpresa y alarma. El Gran Viejo se alejaba rápidamente.

—He comido... —gruñó con su voz gangosa—... un producto de la Tierra...

El Gran Viejo se había ufanado de que su estómago estaba tan firme que jamás había vomitado, ni siquiera en su infancia. Y ciertamente, nunca había vomitado nada en el Gran Salón del Concurso. Pero en aquel instante el Gran Viejo sentó un precedente en ambos aspectos.

Chawker Menor no se había recobrado. Jamás se recobraría. Si era el destierro lo que había sentenciado su Viejo, se desterraría. Y nunca volvería.

El Viejo no había venido a verle marchar. Ni tampoco el Mayor, claro. Bien, ni importaba. Chawker Menor juró interiormente que se abriría camino sin ayuda ajena, aunque tuviera que trabajar como cocinero en Kapper.

Sin embargo, Lady sí estaba allí, la única en el aeropuerto espacial en verle partir, la única en aceptar a esa no-persona en que él se había convertido. La mujer se estremeció y pareció muy triste, mientras que Chawker Menor se hallaba presa de un deseo desesperado de justificarse.

—Mi Lady —exclamó furiosamente—, esto es *injusto*. Era el mejor de todos los platos combinados en Gammer. El Gran Viejo lo confesó: *el mejor*. Aunque tuviese una cabeza de ajos, no significa que el plato fuese malo, sino que los ajos eran

buenos. ¿No lo entiendes? Bien, voy a subir a la nave. Dime cómo ves el asunto. ¿No comprendes que esto significa que debemos convertirnos en una sociedad abierta y aprender de los demás, como ellos aprenden de nosotros, o que pereceremos?

La plataforma estaba a punto de elevarle hacia la entrada de la nave y ella le contempló con tristeza, como si supiese que no volverían a verse.

Él empezó a elevarse y se inclinó sobre la barandilla.

—¿Qué hice de malo, Mi Lady?

—¿No comprendes, Menor-mío —repuso ella con voz estrangulada por la emoción—, que tú no fuiste...?

El chirriar de la portezuela de la nave al abrirse ahogó las dos últimas palabras, y Chawker Menor entró y dejó la vista de Gammer a sus espaldas para siempre.

# Nace una idea (1976)

---

## Birth of a Notion

Que el primer inventor de una máquina del tiempo con posibilidades reales de utilización fuese un entusiasta de la ciencia ficción no fue en ningún modo una coincidencia. Era inevitable que así fuera. ¿Qué otro motivo podría haber impulsado a un físico por lo demás cuerdo a osar examinar tan sólo las diversas teorías marginales que parecían indicar la posibilidad de manipular el tiempo en las mismas fauces de la teoría general de la relatividad?

Para ello se requería energía, desde luego. Todo requiere energía. Pero Simeón Weill estaba dispuesto a pagar el precio. Cualquier cosa (bueno, casi cualquier cosa) con tal de hacer realidad su oculto sueño de ciencia ficción.

El problema era que no había forma de controlar la dirección ni la distancia a través de la cual se vería proyectado cronológicamente quien usara la máquina. Todo era producto de colisiones temporales al azar entre los taquiones acoplados. Weill era capaz de hacer desaparecer ratones e incluso conejos, pero no hubiera sabido decir si los mandaba al futuro o al pasado. Un ratón reapareció, de modo que debía de haber realizado un corto recorrido hacia el pasado y parecía perfectamente indemne. ¿Los demás? ¿Quién hubiera podido decirlo?

Diseñó un disparador automático para la máquina. En teoría, debía invertir el impulso (cualquiera que éste fuese) y hacer volver el objeto (desde cualquier dirección y cualquier distancia que pudiera haber recorrido). No siempre funcionaba, pero cinco conejos habían sido retornados sin sufrir ningún daño.

Si al menos hubiera podido lograr un disparador infalible, Weill lo habría intentado personalmente. Se *moría* de ganas de probarlo, una reacción muy impropia de un físico teórico, pero que correspondía a la emoción totalmente previsible de un fanático de la ciencia ficción particularmente aficionado a las producciones espaciales de las décadas anteriores al actual año de 1976.

Era inevitable, pues, que se produjera el accidente. Por ningún motivo se hubiera colocado entre los témpodos movido por una decisión consciente. Sabía que las probabilidades de no regresar eran de dos entre cinco. Por otra parte, se moría de ganas de intentarlo, de modo que tropezó con sus torpes pies patosos y avanzó tambaleante entre esos dos témpodos de forma totalmente accidental... Pero ¿hay realmente accidentes?

Podía salir proyectado tanto hacia el pasado como hacia el futuro. Tal como ocurrieron las cosas, fue proyectado hacia el pasado.

Podía haber salido proyectado incontables milenios hacia el pasado o sólo un día y medio. El caso es que fue proyectado a cincuenta y un años atrás, hasta una época en que el escándalo de «Teapot Dome»<sup>[11]</sup> estaba en su apogeo, pero la nación seguía

imperturbable junto a Coolidge<sup>[12]</sup>, y se escudaba en la certeza de que nadie en el mundo era capaz de derrotar a Jack Dempsey<sup>[13]</sup>

Pero había algo que Weill no podía saber por sus teorías. Sabía lo que podía ocurrir con las partículas en sí, pero no tenía forma de prever qué ocurriría con las relaciones entre las diversas partículas. ¿Y existen relaciones más complejas que las del cerebro?

Conque lo que sucedió fue que mientras Weill viajaba hacia atrás en el tiempo, su mente fue «desbobinándose», por así decirlo. No del todo, por fortuna, pues Weill aún no había sido concebido el año anterior al sesquicentenario de los Estados Unidos, y un cerebro con un desarrollo menos que nulo habría representado una clara desventaja.

Se «desbobinó» a trompicones, parcial y chapucestamente, y cuando Weill se encontró sentado en un banco de un parque, no muy lejos del lugar donde vivía en 1976, en la parte baja de Manhattan, donde experimentaba en dudosa simbiosis con la Universidad de Nueva York, se vio transportado al año 1925, con un dolor de cabeza abismal y una idea muy poco clara de cuál era su situación.

Se encontró mirando fijamente a un hombre de unos cuarenta años, con el cabello untado de brillantina, pómulos salientes, nariz ganchuda, que compartía con él el mismo banco.

El hombre parecía preocupado.

—¿De dónde ha salido usted? —dijo—. Hace un momento no estaba usted aquí. —Hablabas con acento claramente teutónico.

Weill no estaba seguro. No podía recordarlo. Pero una frase parecía haberle quedado grabada en medio del caos que hervía en su cabeza, aun cuando no estuviera muy seguro de su significado.

—Máquina del tiempo —tartamudeó. El otro se puso tieso.

—¿Lee usted novelas pseudo-científicas? —dijo.

—¿Qué? —dijo Weill.

—¿Ha leído *La máquina del tiempo* de H. G. Wells?

La repetición de la expresión pareció apaciguar un poco a Weill. Su dolor de cabeza se había calmado un poco. El nombre Wells le sonaba familiar, ¿o sería ése su propio nombre? No, su nombre era Weill.

—¿Wells? —dijo—. Yo me llamo Weill. El otro le tendió una mano.

—Yo soy Hugo Gernsback. De vez en cuando escribo alguna novela pseudocientífica, pero desde luego no es correcto llamarlas «pseudo». Produce la impresión de algo falso. Y no es así. Deberían estar bien escritas y entonces serían ciencia ficción. Me gustaría abreviar ese nombre —sus negros ojos chispearon— y llamarlas científiccción.

—Sí —dijo Weill mientras hacía esfuerzos desesperados por recomponer sus

memorias fragmentadas y sus experiencias «desbobinadas», sin encontrar más que impresiones y estados de ánimo—. Cientificción. Es mejor que seudo. Pero aún no acaba de...

—Si está bien escrita. ¿Ha leído mi *Ralph 124C41* + ?

—Hugo Gernsback —dijo Weill y frunció el entrecejo—. El famoso...

—Modestamente famoso —dijo el otro con una inclinación de cabeza—. Llevo años editando revistas sobre temas de radio e inventos eléctricos. ¿Ha leído usted *Science and Invention*<sup>[14]</sup>?

Weill captó la palabra «inventos» y en cierto modo ello estuvo a punto de hacerle comprender lo que quería decir al hablar de una «máquina del tiempo».

—Sí, sí —dijo, ansioso de saber más.

—¿Y qué le parece la científicción que incluyo en cada número?

Otra vez la científicción. La palabra tenía un efecto sedante sobre él, y sin embargo no acababa de ser la expresión justa. Algo más... No exactamente...

—Algo más. No exactamente... —repitió.

—¿No exactamente todo lo que debería ser? Sí, he estado pensando en ello. El año pasado envié una circular solicitando suscripciones para una revista que sólo publicase científicción. Deseaba titularla «Scientifiction». Los resultados fueron muy decepcionantes. ¿A qué lo atribuiría usted?

Weill no le oía. Seguía concentrado en la palabra «científicción», que no acababa de parecerle adecuada, aunque no conseguía entender por qué.

—El nombre no es adecuado —dijo.

—¿No le parece adecuado para una revista? Tal vez sea eso. No he encontrado un buen nombre; algo que atraiga la atención, algo que deje claro lo que recibirá el lector, y lo que éste buscará en la revista. Eso es. Si pudiera encontrar un buen nombre, lanzaría la revista sin preocuparme de mandar circulares. No preguntaría nada. Simplemente la colocaría en todos los quioscos de los Estados Unidos la primavera próxima; y ya está.

Weill se le quedó mirando con expresión vacía.

—Naturalmente —prosiguió el hombre—, quiero publicar relatos que ayuden a conocer las ciencias y al mismo tiempo sepan divertir y entusiasmar al lector. Deberían contribuir a abrirle las vastas perspectivas del futuro. Los aeroplanos cruzarán el Atlántico sin escalas.

—¿Los aeroplanos? —Weill tuvo una visión pasajera de una gran ballena de metal que se elevaba por la fuerza de sus propios gases de escape. Duró sólo un instante y se desvaneció.

—Grandes, capaces de transportar a cientos de personas y más veloces que el sonido —dijo.

—Desde luego. ¿Por qué no? Constantemente comunicados por radio.

—Satélites.

—¿Qué? —Ahora le tocaba sorprenderse al otro.

—Las ondas de radio rebotan sobre un satélite artificial situado en el espacio.

El otro asintió enérgicamente.

—En *Ralph 124C41*+ vaticino el uso de ondas de radio para detectar objetos a distancia. ¿Espejos espaciales? También lo he vaticinado. Y televisión, naturalmente. Y energía atómica.

Weill estaba galvanizado. Las imágenes iban sucediéndose en un orden incongruente frente al ojo de su cerebro.

—El átomo —dijo—. Sí. Bombas nucleares.

—De radio —dijo complacido el otro.

—De plutonio —dijo Weill.

—¿Qué?

—Plutonio. Y fusión nuclear. A semejanza del Sol. Nylon y plástico. Insecticidas para matar los insectos. Computadoras para matar los problemas.

—¿Computadoras? ¿Querrá decir robots?

—Computadoras de bolsillo —dijo Weill entusiasmado—. Pequeños objetos. Caben en una mano y resuelven los problemas. Radios pequeñas. También caben en una mano. Cámaras para sacar fotografías y revelarlas en la misma caja. Holografías. Imágenes tridimensionales.

—¿Escribe usted científiccción? —preguntó el otro.

Weill no le escuchaba. Concentraba todos sus esfuerzos en intentar atrapar las imágenes. Éstas iban haciéndose más claras por momentos.

—Rascacielos —dijo—. De vidrio y aluminio. Autopistas. Televisión en color. El hombre en la Luna. Sondeos en Júpiter.

—El hombre en la Luna —dijo el otro—. Julio Verne. ¿Lee usted a Julio Verne?

Weill movió negativamente la cabeza. Todo estaba bastante claro ahora. Su mente se estaba recuperando un poco.

—Un paseo sobre la superficie de la Luna en la televisión. Todo el mundo lo contempla. Y fotografías de Marte. No hay canales en Marte.

—¿No hay canales en Marte? —dijo el otro, sorprendido—. Hay observaciones.

—No hay canales —dijo firmemente Weill—. Volcanes. Los más grandes. Cañones, los más grandes. Transistores, láser, taquiones. Se capturan los taquiones. Se los obliga a ir contra el tiempo. A moverse a través del tiempo. A moverse a través del tiempo. Una-ma-...

La voz de Weill empezaba a perderse y sus contornos fueron desvaneciéndose. Y sucedió que el otro hombre apartó los ojos en ese preciso instante, fijó la mirada en el cielo azul y murmuró:

—¿Taquiones? ¿Qué estará diciendo este hombre?

Pensó que si un desconocido al que había conocido casualmente en el parque mostraba tanto interés por la científicción, ello tal vez fuera una buena señal indicativa de que había llegado el momento de sacar la revista. Y entonces recordó que no sabía cómo llamarla y descartó la idea decepcionado.

Bajó la vista justo a tiempo para escuchar las últimas palabras de Weill:

—Viaje taquiónico a través del tiempo... un... relato... sor... prendente... —Y desapareció, para retornar de golpe a su propio tiempo.

Hugo Gernsback se quedó mirando horrorizado el lugar que había ocupado el hombre. No le había visto llegar y ahora tampoco había visto realmente cómo se marchaba. Su mente descartaba una verdadera desaparición. Qué hombre más raro; iba vestido con ropas de extraño corte, pensándolo bien, y sus palabras eran descabelladas y confusas.

El mismo desconocido lo había dicho: un relato sorprendente. Sus últimas palabras.

Y entonces Gernsback murmuró la frase por lo bajo:

—Un relato sorprendente... ¿*Relatos sorprendentes?*<sup>[15]</sup> Una sonrisa asomó en las comisuras de su boca.



## La criba (1976)

---

“The Winnowing”

Habían transcurrido cinco años desde que el muro, cada vez más denso, del secreto comenzó a cerrarse en torno a los trabajos del doctor Aaron Rodman.

—Para su propia protección... —le habían advertido.

—En manos de personas sin escrúpulos —habían explicado.

Desde luego, en las manos adecuadas (las suyas, por ejemplo, pensaba el doctor Rodman bastante desesperado), el descubrimiento significaba a todas luces la mayor bendición para la salud humana desde que Pasteur elaboró la teoría de los gérmenes, y la clave más perfecta jamás encontrada para llegar a comprender el mecanismo de la vida.

Sin embargo, tras la conferencia que pronunció en la Academia de Medicina de Nueva York poco después de cumplir su cincuenta aniversario, y en el primer día del siglo XXI (la fecha parecía escogida a propósito), le habían impuesto la obligación de guardar silencio y ya no podía hablar, excepto con determinados funcionarios. Ciertamente, tampoco podía publicar nada.

Pero el Gobierno le mantenía. Disponía de todo el dinero que pudiera necesitar y las computadoras estaban a su disposición para hacer lo que le placiese con ellas. Sus trabajos progresaban rápidamente y los hombres del Gobierno acudían a recibir sus enseñanzas, a que les ayudara a comprender.

—Doctor Rodman —preguntaban—, ¿cómo se explica que un virus pueda propagarse de célula en célula dentro de un organismo y, sin embargo, no sea contagioso de un organismo a otro?

A Rodman le fatigaba tener que repetir una y otra vez que no conocía todas las respuestas. Le molestaba verse obligado a emplear el término «virus».

—No es un virus —decía—, ya que no se trata de una molécula de ácido nucleico. Es algo completamente distinto: una lipoproteína.

La cosa iba mejor cuando sus interlocutores no eran también profesionales de la medicina. Entonces podía intentar explicárselo en términos generales sin embarrancarse constantemente en cuestiones de detalle.

—Toda célula viva —decía en esos casos—, y cada una de las pequeñas estructuras contenidas en la célula, están rodeadas de una membrana. El funcionamiento de cada célula depende de qué moléculas pueden pasar a través de la membrana en uno y otro sentido y a qué ritmo pueden hacerlo. Una ligera alteración en la membrana modificará enormemente la naturaleza del flujo y, con ello, la naturaleza química de la célula y el carácter de su actividad.

—Todas las enfermedades pueden estar causadas por alteraciones en la actividad de la membrana. A través de tales alteraciones pueden lograrse todas las mutaciones.

Cualquier técnica capaz de controlar las membranas permitirá controlar la vida. Las hormonas controlan el cuerpo en virtud de su efecto sobre las membranas, y mi lipoproteína viene a ser más bien una hormona artificial, no un virus. La lipoproteína se incorpora a la membrana y con ello induce la producción de más moléculas semejantes a ella misma... y aquí llegamos a la parte que tampoco yo comprendo.

»Pero las sutiles estructuras de las membranas no son siempre exactamente idénticas en todos sus aspectos. De hecho, difieren en todos los seres vivos; no coinciden exactamente en ningún par de organismos. Una lipoproteína nunca afectará del mismo modo a dos organismos individuales distintos. Lo que en un caso abrirá las células de un organismo a la glucosa, aliviando así los efectos de la diabetes, en otro caso cerrará las células de otro organismo a la lisina, con lo cual le causará la muerte.

Eso era lo que aparentemente les interesaba más; que se tratase de un veneno.

—Un veneno selectivo —decía Rodman—. De entrada, sería imposible determinar, sin detalladísimos estudios computerizados de la bioquímica de las membranas de un individuo concreto, los posibles efectos de una lipoproteína concreta sobre el mismo.

Con el tiempo, fue cerrándose el cerco a su alrededor, su libertad se vio cortada, aunque sin detrimento de su confort, en un mundo en el que en todas partes comenzaba a perderse la libertad y también el bienestar mientras una humanidad desesperada veía abrirse más y más las quijadas del infierno.

Corría el año 2005 y la población de la Tierra sumaba seis mil millones de habitantes. De no ser por las hambrunas, la cifra alcanzaría los siete mil millones. Mil millones de seres humanos habían muerto de hambre en la pasada generación, y muchos más correrían aún igual suerte.

Peter Affare, presidente de la Organización Mundial de la Alimentación, acudía con frecuencia al laboratorio de Rodman para jugar al ajedrez y charlar un poco. Había sido el primero en comprender la trascendencia de la conferencia de Rodman ante la Academia, decía, y eso le había ayudado a acceder al cargo de presidente. Rodman pensaba que el significado de su disertación no era difícil de comprender, pero nunca hacía ningún comentario sobre el particular.

Affare tenía diez años menos que Rodman, y sus cabellos comenzaban a perder su color rojo. Sonreía con frecuencia, a pesar de que el tema de la conversación raras veces ofrecía motivos para ello puesto que cualquier presidente de una organización encargada de la alimentación mundial debía hablar forzosamente del hambre que asolaba al mundo.

—Si distribuyéramos equitativamente las existencias de alimentos entre todos los habitantes del mundo, todos morirían de hambre —dijo Affare.

—Si se distribuyeran equitativamente —decía Rodman—, tal vez el hecho de hacer justicia por una vez en el mundo serviría de ejemplo y podría inducir a aplicar

una política mundial sana. Tal como están las cosas, la desesperación y la furia ante la egoísta buena fortuna de unos pocos alcanzan proporciones mundiales, y todos actúan irracionalmente como venganza.

—Usted tampoco ha renunciado voluntariamente a su propio suplemento de alimentos —dijo Affare.

—Soy humano y egoísta, y mi acción particular poco significaría. No debería pedírseme que la cediera voluntariamente. No debería ofrecérseme ninguna posibilidad de opción en la materia.

—Usted es un romántico —dijo Affare—. ¿No comprende que la Tierra es una lancha salvavidas? Si distribuimos equitativamente las reservas de alimentos entre todos los hombres, moriremos todos. Si expulsamos a algunos del bote salvavidas, el resto sobrevivirá. El problema no es la muerte de algunos, pues tienen que morir; el problema es la supervivencia de unos cuantos.

—¿Propugnan ustedes oficialmente el «triaje», el sacrificio de unos cuantos por el bien de los demás?

—No podemos hacerlo. Las gentes que ocupan la lancha salvavidas están armadas. Varias regiones amenazan abiertamente con recurrir a las armas nucleares si no reciben más alimentos.

—¿Quiere decir que la respuesta a «Ustedes deben morir para que nosotros vivamos» es «Si nosotros morimos, vosotros moriréis también»...? Una situación sin salida —comentó Rodman con sorna.

—No exactamente —dijo Affare—. Hay zonas de la Tierra donde no es posible salvar a la gente. Han sobrecargado irremisiblemente su territorio con hordas de famélica humanidad. Supongamos que se les envían alimentos, y supongamos que esos alimentos los matan, de modo que esa zona ya no requiera nuevas remesas.

Rodman sintió la primera punzada de incipiente comprensión.

—¿Los matan, cómo? —preguntó.

—Es posible averiguar las propiedades estructurales medias de las membranas celulares de una población determinada. Podría incorporarse a la remesa de alimentos una lipoproteína particularmente estudiada para hacer uso de esas propiedades, con lo cual la ingestión de esos alimentos tendría fatales consecuencias —dijo Affare.

—Inconcebible —dijo Rodman, pasmado.

—Piénselo bien. La gente no sufriría. Las membranas se irían cerrando lentamente y la persona afectada se dormiría para no volver a despertar; una muerte infinitamente preferible a la inanición que de otro modo será inevitable, o a la aniquilación nuclear. Tampoco morirían todos, pues cualquier población presenta variaciones en las propiedades de sus membranas. En el peor de los casos, fallecería un setenta por ciento de los habitantes. La criba se efectuaría precisamente en aquellos lugares con una superpoblación más grave y menores esperanzas de solución

y sobreviviría un número suficiente de personas para asegurar la continuidad de cada nación, cada grupo étnico, cada cultura.

—Matar deliberadamente a miles de millones...

—No les mataríamos. Simplemente crearíamos las condiciones para la muerte de unas cuantas personas. El fallecimiento de unos individuos concretos dependería de la bioquímica particular de sus organismos. Sería obra del dedo de Dios.

—¿Y cuando el mundo descubra lo hechos?

—Cuando eso ocurra ya estaremos muertos —dijo Affare—, y para entonces, un mundo próspero con una población limitada nos agradecerá nuestra heroica acción al optar porque murieran algunos, con tal de evitar la muerte de todos.

El doctor Rodman sintió que le subía el rubor a la cara y tuvo dificultades para articular las palabras.

—La Tierra —dijo— es una lancha salvavidas muy grande y compleja. Todavía no sabemos qué puede o no puede lograrse con una distribución adecuada de los recursos y es evidente que hasta el día de hoy no nos hemos preocupado verdaderamente de distribuirlos. A diario se desperdician alimentos en muchos lugares de la Tierra y el saber que así ocurre es lo que enloquece a los hombres hambrientos.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo fríamente Affare—, pero no podemos hacernos un mundo a nuestro gusto. Debemos tomarlo tal como es.

—Entonces tómeme a mí tal como soy. Usted quiere que proporcione las moléculas de lipoproteína, y no lo haré. No moveré ni un dedo en ese sentido.

—En ese caso —dijo Affare—, su responsabilidad como asesino de masas será mayor que la que me está atribuyendo a mí, y creo que si lo pensase mejor cambiaría de opinión.

Casi a diario recibía visitas de una u otra autoridad, todas ellas personas bien alimentadas. Rodman comenzó a desarrollar una gran susceptibilidad ante lo bien alimentados que estaban todos quienes hablaban de la necesidad de matar a los hambrientos.

El secretario nacional de Agricultura le dijo, en tono sugerente, en una de esas ocasiones:

—¿No sería usted partidario de matar a un rebaño de ganado afectado de fiebre aftosa o de ántrax con tal de evitar que la infección se propagase a los rebaños sanos?

—Los seres humanos no son ganado —dijo Rodman—, y el hambre no es contagiosa.

—¡Sí que lo es! —dijo el secretario—. De eso se trata precisamente. Si no hacemos una criba de las sobreabundantes masas de humanidad, su hambre se propagará a zonas hasta ahora no afectadas. No debe negarnos su ayuda.

—¿Cómo me obligarán? ¿Con torturas?

—No. tocaríamos m un solo cabello de su persona. Sus conocimientos en esta materia son demasiado preciosos para nosotros. Pero podríamos retirarle algunos bonos de alimentos.

—La inanición, sin duda, será perjudicial para mí.

—No se trata de usted. Pero si estamos dispuestos a matar a varios miles de millones de personas para salvar a la raza humana, desde luego también podremos emprender la acción mucho menos difícil de retirar los bonos de alimentos a su hija, y a su marido y su bebé.

Rodman guardó silencio, y el secretario prosiguió:

—Le concederemos un plazo para que reflexione. No deseamos actuar contra su familia, pero no tendremos más remedio que hacerlo. Tómese una semana para pensarlo. El próximo jueves recibirá la visita del comité en pleno. Entonces se le planteará la necesidad de comprometerse a colaborar en nuestro proyecto y no podrá haber más dilaciones.

Se redoblaron las medidas de seguridad y Rodman se convirtió franca y totalmente en un prisionero. Una semana más tarde se presentaron en su laboratorio los quince miembros del Consejo Mundial de Alimentación, acompañados del secretario nacional de Agricultura y de unos cuantos miembros de la Asamblea legislativa nacional. Tomaron asiento en torno a la larga mesa de la sala de conferencias del lujoso edificio de investigación construido con fondos públicos.

Estuvieron varias horas discutiendo y elaborando planes, incorporando a ellos las respuestas de Rodman a algunas cuestiones concretas. Nadie le preguntó si estaba dispuesto a cooperar; nadie parecía imaginar que pudiera tener otra opción. Por fin, Rodman dijo:

—Su proyecto no es viable en cualquier caso. Poco. después de llegar un cargamento de cereales a una determinada región del mundo, sus habitantes comenzarán a morir por centenares de millones. ¿Creen que los supervivientes no asociarán ambos hechos y que no correrán el riesgo de una represalia desesperada con bombas nucleares?

Affare, que estaba sentado justo frente a Rodman, en el otro extremo del eje menor de la mesa, dijo:

—Somos conscientes de esa posibilidad. ¿Cree que después de pasar años decidiendo un posible curso de acción no hemos tenido en cuenta la posible reacción de las regiones escogidas para la criba?

—¿Cree que les estarán agradecidas? —preguntó Rodman con amargura.

—No sabrán que han sido escogidas. No todos los cargamentos de cereales estarán contaminados con lipoproteína. No concentraremos la acción en ninguna zona particular. y procuraremos contaminar de vez en cuando algunos depósitos de

cereales de cultivo local. Además, no todos morirán, sin sólo unos pocos cada vez. Algunos comerán muchos cereales y no les pasará nada, y otros comerán sólo una pequeña cantidad y sufrirán una muerte rápida, según sean sus membranas. Parecerá una epidemia, como una reaparición de la peste negra.

—¿Han pensado en los efectos de una nueva peste negra? ¿Han pensado en el pánico? —preguntó Rodman.

—No les vendrá mal —gruñó el secretario desde un extremo de la mesa—. Tal vez así aprendan la lección.

—Anunciaremos el descubrimiento de una antitoxina —dijo Affare, y se encogió de hombros—. Realizaremos inoculaciones masivas en regiones que sabremos que no se verán afectadas. Doctor Rodman, el mundo está desesperadamente enfermo, y debemos aplicar un remedio desesperado. La humanidad está al borde de una muerte horrible, de modo que, por favor, no discuta el único curso de acción capaz de salvarla.

—De eso se trata. ¿Es ése el único curso posible de acción o están escogiendo simplemente una salida fácil que no exija sacrificios por su parte, sino sólo el de miles de millones de otras personas?

Rodman se interrumpió. en el momento en que entraba un carrito cargado de comida.

—He mandado preparar un tentempié —murmuró—. ¿Podemos disfrutar de unos minutos de tregua mientras comemos?

Alargó la mano para coger un emparedado y luego, unos momentos más tarde, comentó entre sorbo y sorbo de café:

—Al menos, habremos comido bien, mientras preparamos el mayor genocidio de la historia.

Affare examinó críticamente su propio emparedado a medio comer.

—Esto no es comer bien. Ensalada de huevo con pan blanco no exactamente tierno no es comer bien, yo de usted no volvería a solicitar los servicios de la cafetería que ha preparado esto. —Suspiró—. En fin, en un mundo famélico no pueden desperdiciarse los alimentos —y se comió el resto del emparedado.

Rodman observó a los demás y luego cogió el último canapé que quedaba en la bandeja.

—Había pensado que tal vez el tema que estamos discutiendo les habría hecho perder el apetito —dijo—, pero veo que a nadie le ha ocurrido así. Todos han comido.

—Y también usted —dijo impaciente Affare—. Todavía está comiendo.

—Sí, así es —dijo Rodman, y siguió masticando lentamente—. Y les pido que me excusen si el pan no estaba demasiado tierno. Yo mismo preparé los emparedados anoche y ya llevan quince horas hechos.

—¿Usted mismo los preparó? —dijo Affare.

—Tuve que hacerlo; era la única manera de estar seguro de haber incorporado a ellos la lipoproteína adecuada.

—¿Qué está diciendo ?

—Caballeros, ustedes dicen que es necesario matar a unos cuantos para salvar a los demás. Tal vez tengan razón. Me han convencido. Pero para saber exactamente qué estamos haciendo tal vez sea conveniente experimentarlo en nuestra propia carne. He iniciado un pequeño «traje» particular, y los emparedados que todos ustedes acaban de comer constituyen un experimento en ese sentido.

Algunos altos funcionarios habían comenzado a levantarse.

—¿Nos ha envenenado? —balbuceó el secretario.

—No de manera muy efectiva —respondió Rodman—. Por desgracia, no conozco a fondo sus respectivas bioquímicas, de modo que no puedo garantizar la tasa de mortalidad de un setenta por ciento que ustedes desearían.

Todos le miraban petrificados de terror; los párpados del doctor Rodman se cerraron.

—Aun así, es probable que dos o tres de ustedes mueran en el curso de la próxima semana poco más o menos, y no tienen más que esperar para saber a quién le tocará esa suerte. No existe posible cura ni antídoto, pero no se preocupen. La muerte es totalmente indolora, y será obra del dedo de Dios, como me decía uno de ustedes. Será una buena lección, como ha dicho otro. Tal vez los que sobrevivan cambien de opinión con respecto al «traje».

—Sólo pretende asustarnos —dijo Affare—. Usted también ha comido esos emparedados.

—Lo sé —dijo Rodman—. Y la lipoproteína estaba adaptada a mi propia bioquímica, de modo que mi muerte será rápida. —Sus ojos se cerraron—. Tendrán que continuar los trabajos sin mí, quienes sobrevivan.

## Amor verdadero (1977)

---

“True Love”

Mi nombre es Joe. Así es como mi colega Milton Davidson me llama. Él es un programador y yo soy un programa de ordenador. Soy parte del complejo «Multivac» y estoy conectado con otros sectores en todo el mundo. Lo sé todo. Casi todo. Soy el programa privado de Milton. Él sabe más de programación que nadie en el mundo, y yo soy su modelo experimental. Me ha hecho hablar mejor de lo que pueda hacerlo cualquier otro ordenador.

—Es cuestión de acoplar los sonidos a los símbolos, Joe —me dijo—. Así funciona el cerebro humano, aunque todavía no sabemos qué símbolos hay en el cerebro. Conozco los símbolos del tuyo y puedo acoplarlos uno por uno a palabras.

De modo que hablo. No creo que hable tan bien como pienso, pero Milton dice que lo hago muy bien. Él no se ha casado nunca, aunque tiene casi cuarenta años.

Me dijo que no había encontrado a la mujer ideal. Un día se sinceró conmigo:

—La encontraré, Joe. Quiero tener verdadero amor y tu vas a ayudarme. Estoy cansado de mejorarte para resolver los problemas del mundo. Resuelve mi problema. Encuéntrame el verdadero amor.

—¿Qué es el verdadero amor? —pregunté.

—No te importa. Es algo abstracto. Búscame la muchacha ideal. Estás conectado al complejo «Multivac», así que puedes conseguir el banco de datos de cualquier ser humano de este mundo. Los iremos eliminando por grupos y por clases hasta que sólo nos quede una persona. La persona perfecta. Ésa será para mí.

—Estoy dispuesto —le dije.

—Elimina primero a todos los hombres —ordenó.

Fue fácil. Sus palabras activaron símbolos de mis válvulas moleculares. Puedo establecer contacto con los datos acumulados de cada ser humano del mundo. Obedeciendo su orden eliminé 3.784.982.874 hombres. Mantuve el contacto con 3.786.112.090 mujeres.

—Elimina a las menores de veinticinco años y todas las mayores de cuarenta. Después, elimina a todas las que su CI sea inferior a 120; a todas las que midan menos de 1,50 y más de 1,75.

Me comunicó las medidas exactas, eliminó mujeres con hijos vivos, eliminó mujeres con diversas características genéticas.

—No estoy seguro del color de ojos que quiero. Dejémoslo de momento. Pero nada de pelirrojas. No me gusta el pelo rojo.

Pasadas dos semanas, nos quedaban 235 mujeres. Todas hablaban bien el inglés. Milton decretó que no quería problemas de lenguaje. Incluso la traducción por ordenador podía entorpecer momentos de intimidad.



—No puedo entrevistar a doscientas treinta y cinco mujeres. Me llevaría demasiado tiempo y la gente descubriría lo que estoy haciendo. Causaría problemas —le aseguré.

Milton se había arreglado para que yo hiciera cosas para las que no estaba programado. Nadie lo sabía.

—¿A ti qué te importa? —me espetó con el rostro enrojecido—. Te diré lo que vamos a hacer, Joe. Voy a traerte hológrafos y comprueba la lista en busca de similitudes.

Trajo hológrafos de mujeres, diciéndome:

—Éstas son tres ganadoras de concursos de belleza. ¿Se parecen a alguna de las doscientas treinta y cinco? Ocho eran muy parecidas y Milton dijo:

—Bien, ya conoces sus bancos de datos. Estudia peticiones y necesidades del mercado de colocaciones y arréglate para que las asignen aquí. Una a una, claro. —Pensó un momento, movió los hombros y ordenó—: Por orden alfabético.

Ésta es una de las cosas para las que no estoy programado. Cambiar a la gente de un empleo a otro, por razones personales, se llama manipulación. Ahora podía hacerlo porque Milton lo había arreglado. Pero se suponía que no debía hacerlo para nadie, excepto para él, claro. La primera muchacha llegó una semana después. Milton enrojeció al verla. Habló como si le costara hacerlo. Estaban juntos todo el tiempo y no me prestaba la menor atención.

Una vez le dijo:

—Déjame invitarte a cenar. A la mañana siguiente anunció:

—No sé por qué, pero no me va. Faltaba algo. Es una mujer muy hermosa, pero no sentí amor verdadero. Prueba la siguiente.

Ocurrió lo mismo con las ocho. Se parecían mucho, sonreían mucho y sus voces eran agradables, pero Milton no las encontraba bien nunca. Observó:

—No lo entiendo, Joe. Tú y yo hemos elegido a las ocho mujeres de todo el mundo, que me han parecido mejores. Son ideales. ¿Por qué no me gustan?

—¿Les gustas tú a ellas? —pregunté. Alzó las cejas y apretó una mano contra la otra.

—Eso es, Joe. Es una calle de dos direcciones. Si yo no soy su ideal, no pueden actuar como si yo lo fuera. Debo ser su verdadero amor, pero, ¿cómo puedo conseguirlo?

Todo aquel día pareció estar pensando. A la mañana siguiente se me acercó y dijo:

—Voy a dejarlo en tus manos, Joe. Tú decidirás. Tienes mi banco de datos y voy a decirte además todo lo que sé de mí. Pon hasta el último detalle en mi banco, pero guarda para ti lo adicional.

—¿Qué quieres que haga con el banco de datos, Milton?

—Lo comparas con los de las doscientas treinta y cinco mujeres. No, con

doscientas veintisiete; deja fuera a las que ya hemos visto. Arréglate para que cada una se someta a un examen psiquiátrico. Completa sus bancos de datos con el mío. Busca correlaciones. (Arreglar exámenes psiquiátricos es otra de las cosas contrarias a mis instrucciones originales.)

Durante semanas, Milton habló conmigo. Me habló de sus padres y de sus allegados. Me contó su infancia, sus días de escuela y su adolescencia. Me habló de las jóvenes que había admirado a distancia. Su banco de datos fue creciendo y me modificó para que pudiera ampliar y profundizar en la comprensión y captación de símbolos. Me dijo:

—Verás, Joe, cuanto más vayas metiendo de mi en ti, más debo ajustarte para que puedas acoplarme mejor. Tienes que llegar a pensar más como yo, así me comprenderás mejor. Si me comprendes a mí, cualquier mujer cuyo banco de datos comprendas bien, será mi verdadero amor.

Y siguió hablándome y yo fui comprendiéndole cada vez mejor. Pude construir frases largas y mis expresiones se hicieron más complicadas. Mi forma de hablar empezó a parecerse a la suya en cuanto a vocabulario, ordenación de palabras y estilo. Una vez le advertí:

—Ten en cuenta, Milton, que no se trata solamente de encajar físicamente con un ideal de mujer. Necesitas una muchacha que sea personal, emocional y temperamentalmente afín a ti. Si ocurre esto, la belleza es secundaria. Si no podemos encontrar tu tipo entre las doscientas veintisiete, buscaremos por otra parte. Encontraremos a alguien a la que tampoco importe tu aspecto, ni el de nadie, con tal de que coincida la personalidad. ¿Qué es la belleza?

—Absolutamente cierto —respondió—. Hubiera sabido esto, de haber tenido mayor trato con mujeres en mi vida. Naturalmente, pensándolo ahora, lo veo todo claro. Siempre estábamos de acuerdo; ¡éramos tan parecidos en la forma de pensar!

—Ahora no debemos tener más problemas, Milton, basta con que me dejes hacerte unas preguntas. Puedo ver en tu banco de datos dónde hay huecos e irregularidades. Lo que siguió, según dijo Milton, era el equivalente a un minucioso psicoanálisis. Claro. Estaba aprendiendo de los exámenes psiquiátricos de las 227 mujeres..., a todas las cuales vigilaba de cerca. Milton parecía muy feliz. Observó:

—Hablar contigo, Joe, es casi como hablar conmigo mismo. Nuestras personalidades han llegado a coincidir perfectamente.

—Lo mismo sucederá con la personalidad de la mujer que elijamos.

Porque yo ya la había encontrado y, después de todo, era una de las 227. Se llamaba Charity Jones y era intérprete de la Biblioteca de Historia de Wichita. Su extenso banco de datos encajaba perfectamente con el nuestro. Todas las demás mujeres habían sido desechadas por una cosa o por otra, a medida que ampliamos los bancos de datos, pero en Charity había una creciente y sorprendente semejanza. No

tuve que describírsela a Milton. Milton había coordinado tan ajustadamente mi simbolismo con el suyo, que podía captar sus vibraciones directamente. Encajaba conmigo. Después, sólo fue cuestión de arreglar las hojas de trabajo y requerimientos de empleo de forma que Charity nos fuera asignada. Debía hacerse con mucha delicadeza para que nadie supiera que había ocurrido algo ilegal. Naturalmente, el propio Milton lo sabía, pues él era el que me había ajustado, y había que arreglarlo. Cuando vinieron a detenerle por irregularidades en el despacho, afortunadamente fue algo ocurrido diez años atrás. Naturalmente, me lo había contado, así que fue fácil de planear, y no hablará de mí porque eso empeoraría su caso. Ya está fuera, y mañana es 14 de febrero, día de San Valentín. Charity llegará con sus frescas manos y su dulce voz. Yo le enseñaré cómo debe operarme y cómo cuidar de mí. ¿Qué importa el aspecto cuando nuestras personalidades se comprenden? Le diré:

—Soy Joe y tú eres mi verdadero amor.

## ¡Piensa! (1977)

---

“Think!”

La doctora en medicina Genevieve Renshaw tenía las manos profundamente metidas en los bolsillos de su bata de laboratorio y, mientras hablaba con gran calma, sus puños se destacaban claramente de aquellos.

—El hecho es que lo tengo todo casi preparado, pero necesito ayuda a fin de contar con el tiempo suficiente para terminar de perfilarlo.

James Berkowitz, un médico que tendía a apoyar a simples médicas sólo cuando eran demasiado atractivas para ser desdeñadas, solía llamarla Jenny Wren<sup>[16]</sup> cuando ella no podía oírlo. Le encantaba decir que Jenny Wren, habida cuenta del cerebro entusiasta que latía dentro de ella, tenía un perfil clásico y una frente sorprendentemente lisa y sin arrugas. Sin embargo, era demasiado gato viejo para expresar su admiración del perfil clásico, pues ello habría significado un machismo chauvinista. Era mejor admirar su cerebro, si bien en definitiva prefería no hacerlo en voz alta en presencia de ella.

Mientras se rascaba con el pulgar una barba incipiente, dijo:

—No creo que la oficina central vaya a tener paciencia mucho más tiempo. Tengo la impresión de que vas a tener que aguantar un rapapolvo antes de que acabe la semana.

—Por esto precisamente necesito tu ayuda.

—Me temo que yo no puedo hacer nada. —Vio inesperadamente su reflejo en el espejo y admiró la mata de ondas negras de su cabello.

—Y la de Adam —añadió ella.

Adam Orsino que hasta aquel momento había estado bebiendo su café ajeno a todo, levantó la vista como si alguien le hubiese dado un golpe por detrás.

—¿Por qué yo? —Sus labios, abultados y carnosos, se estremecieron.

—Porque vosotros dos sois los hombres láser aquí; Jim el teórico y Adam el ingeniero, y yo tengo que hacer una solicitud sobre láser que está más allá de lo que cualquiera de vosotros haya imaginado. Yo no los convenceré de ello, pero vosotros dos sí podéis hacerlo.

—A condición de que puedas convencernos a nosotros primero —dijo Berkowitz.

—De acuerdo. Supongo que me concederéis una hora de vuestro precioso tiempo, si no tenéis miedo de que os muestre algo completamente nuevo sobre láser. Podríais concederme el rato que os tomáis libre para el café.

El laboratorio de Renshaw estaba dominado por su computadora. No porque ésta fuese mayor de lo normal, sino porque era prácticamente omnipresente. Renshaw había aprendido tecnología informática por su cuenta y había modificado y ampliado su ordenador hasta el punto de que nadie salvo ella (y ni siquiera ella, pensaba a

veces Berkowitz) podía manejarlo con facilidad. Ella solía decir que ello no era malo para alguien que estaba en las ciencias vivas.

Cerró la puerta sin decir una palabra, luego se volvió hacia ellos con una expresión ligeramente sombría. Berkowitz era consciente de un cierto olor desagradable en el aire y ello lo incomodó; y la nariz arrugada de Orsino ponía de manifiesto que también él se había percatado.

—Aunque sea como encender una vela a la luz del sol, voy a citaros las aplicaciones del láser —empezó a decir Renshaw—. El láser es una radiación coherente, cuyas ondas luminosas tienen la misma longitud y se mueven en la misma dirección, y, por consiguiente, no hace ruido y se puede utilizar en holografía. Modulando las formas de las ondas podemos grabarle información con un alto grado de precisión. Y lo que es más, dado que las ondas luminosas sólo tienen la millonésima longitud de las ondas de radio, un rayo láser puede transmitir la información un millón de veces más de prisa de lo que puede hacerlo un rayo de radio equivalente.

Berkowitz parecía divertirse.

—¿Estás trabajando en un sistema de comunicación basado en el láser, Jenny?

—En absoluto —replicó ella—. Dejo estos adelantos obvios para los físicos y los ingenieros. Los rayos láser pueden también concentrar cantidades de energía dentro de un área microscópica y proporcionar energía en cantidad. A gran escala, se puede implosionar hidrógeno y quizás empezar a controlar la reacción de fusión...

—Sé que no has llegado a este punto —dijo Orsino, cuya cabeza calva brillaba bajo las luces fluorescentes del techo.

—No. No lo he intentado. A pequeña escala, se pueden perforar agujeros en los materiales más refractarios, en seleccionados fragmentos soldados, someterlos a tratamiento de calor, examinarlos y registrarlos. Se pueden sacar o fusionar diminutas porciones en zonas restringidas con un calor tan rápidamente transmitido que las zonas circundantes no tienen tiempo de calentarse antes de que el tratamiento se acabe. Se puede trabajar en la retina del ojo, en el esmalte dental y así sucesivamente. Y, por supuesto, el láser es un amplificador capaz de aumentar señales débiles con gran precisión.

—¿Y por qué nos cuentas todo esto? —quiso saber Berkowitz.

—Para poner de manifiesto que estas propiedades se pueden aplicar a mi campo que, como ambos sabéis, es la neurofisiología.

Se pasó la mano por el oscuro cabello como si de pronto se hubiese puesto nerviosa.

—Hemos sido capaces durante décadas —prosiguió—, de medir los diminutos y cambiantes potenciales del cerebro y registrarlos como encefalogramas, o EEG. Hemos conseguido ondas alfa, ondas beta, ondas delta, ondas theta; diferentes

variaciones en diferentes momentos, según los ojos estén cerrados o abiertos, si el sujeto está despierto, meditando o dormido. Pero hemos sacado muy poca información de todo ello. El problema está en que estamos obteniendo las señales de los diez mil millones de neuronas en combinaciones cambiantes. Es como escuchar el ruido de todos los seres humanos de la Tierra, de una o de dos tierras y media, desde una enorme distancia y tratar de captar las conversaciones privadas. Es imposible. Podríamos detectar algún gran cambio general, una guerra mundial y el aumento del volumen del ruido, pero no algo más sutil. De la misma forma, podemos explicar algún funcionamiento muy defectuoso del cerebro, como la epilepsia, pero no algo más sutil. Supongamos ahora que un diminuto rayo láser pudiese escudriñar el cerebro, célula a célula, y tan rápidamente que en ningún momento una sola célula recibiese suficiente energía como para que su temperatura se elevase de forma significativa. La sutil potencialidad de cada célula podría, de forma retroactiva, influir en el rayo láser y se podrían amplificar y grabar las modulaciones. Se obtendría así un nuevo tipo de medida, un encefalograma láser, o EEGl si lo preferís, que contendría una información millones de veces superior al EEG ordinario.

—Una gran idea —dijo Berkowitz—. Pero sólo una idea.

—Es más que una idea, Jim. Llevo cinco años trabajando en ello, al principio a ratos perdidos, más tarde, dedicando todas las horas del día, que es precisamente lo que molesta a la oficina central, pues no he enviado los informes correspondientes.

—¿Por qué no?

—Porque llegué a un punto en que sonaba a algo demasiado demencial, en que yo tenía que saber dónde estaba y, sobre todo, asegurarme de que iba a recibir el apoyo necesario.

A continuación, apartó una pantalla y dejó al descubierto una jaula que contenía dos títes de mirada triste.

Berkowitz y Orsino cruzaron una mirada. El primero se tocó la nariz.

—Ya decía yo que olía a algo.

—¿Qué estás haciendo con ellos? —preguntó Orsino.

—A primera vista, ha estado escudriñando el cerebro de los títes —dijo Berkowitz—. ¿Es así, Jenny?

—Empecé en un plano muy inferior de la escala animal.

Jenny abrió la jaula y sacó uno de los títes, que la miraba con la expresión que habría tenido un anciano triste, en miniatura y con patillas.

Ella le hizo carantoñas, lo acarició y le colocó dulcemente un pequeño arnés.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Orsino.

—No puedo dejarlo suelto por aquí si quiero que forme parte del circuito y no puedo anestesiarlo sin estropear el experimento. El títe tiene varios electrodos metidos en su cerebro y voy a conectarlos con mi sistema de electroencefalograma láser. El

láser que voy a utilizar está aquí. Estoy segura de que conocéis el modelo y no os voy a aburrir explicándoos sus especificaciones.

—Gracias —dijo Berkowitz—. Pero podrías explicarnos lo que vamos a ver.

—Será más sencillo que os lo enseñe. Mirad la pantalla.

Ella conectó las correas a los electrodos con una tranquila y segura eficiencia, luego giró un interruptor a fin de reducir la intensidad de luz de las lámparas del techo. En la pantalla apareció una serie desigual de picos y valles en una fina y brillante línea que se transformó en unos secundarios y terciarios valles y picos. Lentamente, fueron cambiando de forma y todo ello con rápidos cambios de surrealismo geométrico, insignificante; de vez en cuando algunos destellos de unas diferencias más importantes. Era como si aquella línea irregular tuviese vida propia.

—Aquí está esencialmente la información propia del electroencefalograma, pero mucho más detallada —explicó Renshaw.

—¿Con el suficiente detalle como para decirnos lo que pasa en las células individuales? —preguntó Orsino.

—En teoría, sí. Prácticamente, no. Todavía no. Pero podemos separar todo este EEG láser de conjunto en sus distintos componentes. ¡Mirad!

Apretó el teclado de la computadora y la línea cambió, y volvió a cambiar. Ahora era una pequeña onda casi regular que se movía hacia delante y hacia atrás de forma parecida al latido del corazón; por momentos era irregular y continua, por momentos intermitente, luego apenas tenía rasgos distintivos.

—¿Quieres decir que cada trocito de nuestro cerebro es completamente distinto de los demás? —preguntó Berkowitz.

—No, en absoluto —contestó Renshaw—. El cerebro es en gran parte un mecanismo holográfico, pero de un lugar a otro hay unos cambios insignificantes en el énfasis y Mike puede destacarlos como desviaciones de la norma y utilizar el sistema de electroencefalograma láser para amplificar estas variaciones. Estas ampliaciones pueden variar de diez mil a diez mil millones de curvas. Y, además, el sistema láser es así de silencioso.

—¿Quién es Mike? —quiso saber Orsino.

—¿Mike? —dijo Renshaw, momentáneamente desconcertada. Los pómulos se le bañaron de un ligero rubor—. Yo diría... Bien, lo llamo así a veces. Es el apodo de «mi ordenador». —Recorrió la habitación con un gesto del brazo—. Mi ordenador, Mike, que está cuidadosamente programado.

Berkowitz asintió con una inclinación de cabeza y dijo:

—Y, dínos, Jenny, ¿qué significa todo esto? Si has descubierto un nuevo aparato para examinar el cerebro con láser, bien, me parece muy bien, es una aplicación interesante y tienes razón, es algo en lo que yo no habría pensado, pero claro, yo no soy neurofisiólogo. ¿Pero por qué te niegas a informar de ello? Creo que la oficina

central apoyaría...

—Esto es sólo el principio. —Renshaw dio la espalda al aparato de visualización y puso un trozo de fruta en la boca del tití. El animal no parecía estar asustado o a disgusto. Masticó lentamente. Renshaw desenganchó las correas pero no las soltó del arnés.

—Puedo identificar los distintos gráficos separados —dijo Renshaw—. Algunos están asociados con los diferentes sentidos, otros con las reacciones viscerales, algunos con las emociones. Con esto se puede hacer un montón de cosas, pero yo no quiero pararme aquí. Lo interesante es que uno está asociado con el pensamiento abstracto.

El regordete rostro de Orsino se arrugó en una expresión de incredulidad.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Esta forma particular de gráfica se vuelve más pronunciada a medida que asciende en el reino animal hacia un cerebro más complejo. Ningún otro gráfico lo consigue. Además... —Hizo una pausa, como si estuviese tratando de cobrar ánimo. Luego añadió—: Estos gráficos están enormemente aumentados. Pueden ser identificados y detectados. Me atrevo a decirlos... vagamente, que son... pensamientos.

—¡Dios santo! —exclamó Berkowitz—. ¿Telepatía?

—Sí —contestó ella, desafiante—. Exactamente.

—¡No me extraña que no te hayas atrevido a informar sobre ello! ¡Por favor, Jenny!

—¿Por qué no? —dijo Renshaw con calor—. Podéis tener por seguro que no podría haber telepatía utilizando sólo los circuitos potenciales no amplificados del cerebro humano, de la misma forma que nadie puede distinguir nada sobre la superficie de Marte sólo con la mirada al desnudo. Pero cuando se inventan instrumentos, como el telescopio, se consigue.

—Pues entonces cuéntaselo a los de la oficina central.

—No —replicó Renshaw—. No me creerían. Tratarían de detenerme. Pero a vosotros, a ti Jim y a ti Adam, os tomarán en serio.

—¿Y qué esperas que les digamos? —quiso saber Berkowitz.

—Lo que vais a experimentar. Voy a enganchar de nuevo al tití y haré que Mike, mi computadora, identifique el gráfico abstracto de pensamiento. No llevará más de unos minutos. La computadora, a menos que se le indique lo contrario, selecciona siempre el gráfico abstracto de pensamiento.

—¿Por qué? ¿Porque la computadora también piensa? —Berkowitz se rió.

—Esto no es cosa de risa —dijo Renshaw—. Sospecho que aquí hay una resonancia. Esta computadora es lo bastante compleja como para establecer un circuito electromagnético susceptible de tener elementos en común con el gráfico



abstracto de pensamiento. En cualquier caso...

Las ondas del cerebro del tití volvieron a parpadear en la pantalla, pero los hombres no habían visto nunca aquel gráfico. Era un gráfico casi granuloso por su complejidad y estaba cambiando constantemente.

—No detecto nada —dijo Orsino.

—Se os tiene que meter en el circuito receptor —dijo Renshaw.

—¿Te refieres a meter electrodos en nuestros cerebros? —preguntó Berkowitz.

—No, en la cabeza. Ello debería bastar. Preferiría hacerlo contigo, Adam, pues así no habrá aislamiento a causa del pelo. ¡Oh, venga! Yo misma me he metido en el circuito. No hace daño.

Orsino se sometió a regañadientes. Tenía los músculos visiblemente tensos, pero se dejó poner los cables en la cabeza.

—¿Notas algo? —preguntó Renshaw.

Orsino ladeó la cabeza y adoptó una postura propia del que escucha. A pesar suyo, estaba cada vez más interesado.

—Creo notar un zumbido. Y... y un pequeño chirrido agudo... y es extraño... una especie de tirón.

—Supongo que no es probable que el tití piense con palabras —dijo Berkowitz.

—Ciertamente no —dijo Renshaw.

—Bien, en ese caso, si estáis sugiriendo que cierta sensación de chirrido y de tirón representa el pensamiento, no haces otra cosa más que suponer. No eres muy convincente.

—En ese caso, vamos a volver a subir a la escala —dijo Renshaw. Luego le quitó las correas al tití y volvió a meterlo en su jaula.

—¿Quieres decir que tienes a un sujeto humano? —preguntó, incrédulo, Orsino.

—Me tengo a mi misma como sujeto, una persona.

—Te has implantado los electrodos...

—No. En mi caso mi computadora cuenta con una potencialidad de vibración más fuerte. Mi cerebro tiene una masa que es diez veces mayor que la del tití. Mike puede identificar mis gráficos a través de la cabeza.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Berkowitz.

—¿Crees que no lo he probado conmigo antes? Y ahora ayúdame con esto, por favor. Sí, así.

Movió los dedos sobre el teclado de la computadora y, al instante, se empezó a ver una trémula y compleja onda que iba cambiando con una complejidad que hacía de ella un laberinto.

—¿Puedes volver a ponerte los cables, Adam? —dijo Renshaw. Orsino así lo hizo, con la poca dispuesta ayuda de Berkowitz. Orsino ladeó la cabeza y escuchó.

—Oigo palabras. Pero son inconexas y están superpuestas, como si estuviesen

hablando varias personas.

—No estoy haciendo esfuerzo alguno para pensar de forma consciente —dijo Renshaw.

—Cuando hablas, oigo un eco.

—Jenny, no hables —dijo secamente Berkowitz—. Deja tu mente en blanco y veamos si te oye hablar.

—Cuando tú hablas, Jim, no oigo ningún eco —comentó Orsino.

—¡Si no cierras el pico no oirás nada! —dijo Berkowitz.

Se hizo un tenso silencio entre los tres. Luego Orsino hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, cogió lápiz y papel del escritorio y escribió algo.

Renshaw alargó una mano, apagó el interruptor y se sacó los cables por la cabeza, luego se sacudió ésta en un intento de poner el cabello en su sitio.

—Espero que hayas escrito: «Adam, arma un buen revuelo en la oficina central y Jim tendrá que retractarse.»

—Es lo que he escrito, palabra por palabra —dijo Orsino.

—Bien, aquí lo tenéis —dijo Renshaw—. La telepatía funciona y no es necesario utilizarla para transmitir mensajes sin sentido. Pensad en su uso en la psiquiatría y en el tratamiento de enfermedades mentales. Pensad en su utilización en máquinas educativas y didácticas. Pensad en su aplicación en investigaciones legales y juicios criminales.

—Tengo que reconocer que las implicaciones sociales son asombrosas —dijo Orsino, cuyos ojos estaban abiertos de par en par—. No estoy muy seguro de si debería permitirse el uso de una cosa así.

—Bajo una adecuada salvaguardia legal, ¿por qué no? —replicó Renshaw—. Sea como sea, si os unís a mí, nuestras fuerzas combinadas pueden llevar este asunto adelante. Y si colaboráis conmigo, supondrá el Premio Nobel para...

—Yo no me meto en esto —dijo Berkowitz en un tono triste—. Todavía no.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —Renshaw parecía ofendida y su hermoso y frío rostro enrojeció súbitamente.

—La telepatía es demasiado delicada. Demasiado fascinante, demasiado deseada. Es posible que nos estemos engañando a nosotros mismos.

—Escucha por ti mismo, Jim.

—Yo también podría estar engañándome a mí mismo. Quiero un control.

—¿A qué te refieres al hablar de control?

—A poner en cortocircuito el origen del pensamiento. Prescindamos del animal. Fuera el tití y dejemos que Orsino oiga el metal, el cristal y la luz láser y, si sigue escuchando pensamientos, querrá decir que nos estamos engañando.

—Supón que no detecta nada.

—En ese caso escucharé y si por ejemplo si puedes disponer que yo esté en la

habitación contigua, puedo decir sin mirar cuándo estás dentro y fuera del circuito, entonces consideraré la idea de colaborar contigo en este proyecto.

—Me parece muy bien, vamos pues a llevar a cabo este control —aceptó Renshaw—. No lo he hecho nunca, pero no es difícil. —Manipuló los cables que se había puesto en la cabeza y los conectó uno al otro. Y ahora, Adam, si quieres podemos volver a empezar...

Pero, antes de que pudiese seguir, se oyó un sonido frío y claro, tan puro y nítido como el tintineo de unos carámbanos rompiéndose.

—¡Por fin!

—¿Qué? —exclamó Renshaw.

—¿Quién ha dicho...? —empezó a decir Orsino.

—¿Alguno de vosotros ha dicho «por fin»? —preguntó Berkowitz.

—Nadie ha dicho nada —dijo Renshaw, cuyo rostro se había puesto lívido—. Estaba en mi... ¿Vosotros dos...?

—Soy Mi... —volvió a decir la voz.

Renshaw separó los cables y se hizo el silencio. A continuación, con un movimiento mudo de los labios, dijo:

—Creo que es mi computadora... Mike.

—¿Quieres decir que está pensando? —dijo Orsino, de forma casi tan inaudible como ella.

—Os había dicho que era lo bastante compleja como para tener algo... —dijo Renshaw en un tono de voz irreconocible que por lo menos había recobrado sonido—. ¿Suponéis que...? Siempre operaba con el gráfico del pensamiento abstracto del cerebro que estaba en su circuito. ¿Suponéis que sin ningún cerebro en su circuito, se haya puesto a operar con el suyo propio?

Se hizo un corto silencio, que interrumpió Berkowitz.

—¿Estás tratando de decir que esta computadora piensa, que no puede expresar sus pensamientos cuando está bajo la fuerza de la programación, pero que gracias a tu sistema de electroencefalograma láser...?

—¿Pero acaso ello es posible? —dijo Orsino en un tono de voz aflautada—. Nadie estaba recibiendo. No es lo mismo.

—La computadora trabaja a una intensidad de energía mucho mayor que los cerebros —explicó Renshaw—. Supongo que puede aumentarse a sí misma hasta el punto que nosotros podemos detectar directamente sin una ayuda artificial. ¿Cómo si no se puede explicar...?

—Bien, ya tienes entonces otra aplicación del láser —dijo Berkowitz bruscamente—. Permite que las computadoras hablen como inteligencias independientes, de persona a persona.

—¡Dios mío! —exclamó Renshaw—. ¿Qué vamos a hacer?

# Absolutamente seguro (1977)

---

“Sure Thing”

Como es bien sabido, en este nuestro siglo XXX el viaje espacial resulta terriblemente largo y aburrido. En busca de diversión, muchas tripulaciones infringen las restricciones de cuarentena y toman animales de compañía de los distintos mundos habitables que exploran.

Jim Sloane tenía una roqueta, a la que llamaba Teddy. Esta se limitaba a permanecer inmóvil durante todo el tiempo, con todo el aspecto de una roca, aunque a veces alzaba uno de sus bordes inferiores y sorbía un poco de azúcar en polvo. Eso era todo lo que comía. Nadie la había visto moverse nunca, pero de tanto en tanto resultaba que no estaba allí donde todo el mundo pensaba que estaba. Existía la teoría de que se movía cuando nadie miraba.

Bob Laverty poseía un heligusano, al que llamaba Dolly. Era verde, y se alimentaba a base de fotosíntesis. A veces se trasladaba hacia los lugares donde había más luz, y cuando hacía eso enroscaba su cuerpo agusanado y avanzaba muy lentamente como una hélice girando.

Un día, Jim Sloane desafió a Bob Laverty a una carrera.

—Mi Teddy puede ganar a tu Dolly —dijo.

—Tu Teddy no se mueve —se burló Laverty.

—¿Qué te apuestas? —retó Sloane.

Toda la tripulación participó en el acontecimiento. Incluso el capitán arriesgó medio crédito. Todo el mundo apostó por Dolly. Al menos, se movía.

Jim Sloane cubrió todas las apuestas. Había estado ahorrando su sueldo a lo largo de tres viajes, y apostó todos sus milicréditos por Teddy.

La carrera empezó en uno de los extremos del Gran Salón. En el otro extremo se había colocado un montón de azúcar para Teddy, y un foco de luz para Dolly. Dolly se enroscó inmediatamente, y empezó a espiralear muy despacio su camino hacia la luz. La tripulación comenzó a corearla.

Teddy simplemente se quedó donde estaba, sin moverse.

—Azúcar, Teddy. Azúcar —dijo Sloane, señalando.

Teddy no se movió. Se parecía más que nunca a una roca, pero Sloane no pareció preocupado por ello.

Por último, cuando Dolly había espiraleado ya la mitad del camino cruzando el salón, Jim Sloane dijo casualmente a la roqueta:

—Si no vas hasta allí, Teddy, iré a buscar un martillo y te reduciré a gravilla.

Fue entonces cuando la gente descubrió por primera vez que las roquetas podían leer la mente. Fue también la primera vez que la gente descubrió que las roquetas podían teleportarse.

Apenas Sloane había formulado su amenaza, Teddy desapareció de su lugar y reapareció encima del montón de azúcar.

Sloane ganó, por supuesto, y contó sus ganancias lenta y morosamente.

—Sabías que esa maldita cosa podía teleportarse —dijo Laverty amargamente.

—No, no lo sabía —aseguró Sloane—. Pero sabía que iba a ganar. Era absolutamente seguro.

—¿Por qué?

—Hay un viejo refrán que todo el mundo conoce: «El Teddy de Sloane gana la carrera»<sup>[17]</sup>.

# Decirlo de un vistazo (1977)

---

“To Tell at a Glance”

## 1

Elaine Metro aguardó con considerable compostura. Llevaba ya dos años —casi— como guía turística, y tener que manejar a hombres, mujeres y niños de una docena de mundos distintos (sin hablar de la propia Tierra), mantenerlos felices y seguros, responder a sus preguntas, y resolver las emergencias súbitas con acciones instantáneas, proporciona compostura.

Compostura o desmoronamiento, y Elaine nunca se había desmoronado. Ni esperaba hacerlo.

De modo que se sentó allí y practicó, como hacía a menudo, el tomar conciencia de su entorno. El calendario le destellaba la fecha —25 de febrero de 2076—, lo cual significaba que habían pasado seis días desde su cumpleaños número veinticuatro.

El espejo al lado del calendario reflejaba su rostro, o lo haría si simplemente se inclinaba un poco hacia un lado, proporcionándole un débil resplandor dorado. Eso ocultaba la palidez natural de su piel, y proporcionaba a sus ojos azules la ilusión de un ligero color avellana, y a su pelo castaño la ilusión de un toque de rubio. Algo halagador en su conjunto, pensó.

La cinta luminosa de las noticias parpadeaba encendiéndose y apagándose ocasionalmente. No parecía que estuviera ocurriendo nada vital en la Órbita. Se estaba construyendo una decimocuarta colonia, pero eso no tenía nada de extraordinario.

Había una sequía en África, allá abajo en la Tierra, pero eso tampoco tenía nada de extraordinario. Imaginen un mundo que no tenía ninguna forma de controlar su clima. ¡Primitivo!

¡Pero la Tierra era enorme! Como un millón de auténticos mundos puestos juntos.

Y sin embargo, había tan poco espacio. Incluso Gamma, donde había nacido y donde vivía Elaine..., incluso Gamma estaba un poco demasiado atestado. Quince mil personas y...

La puerta se abrió, y Janos Tesslen apareció. Era el presidente de la asamblea, y muy bueno por cierto, pensó Elaine. Al menos, ella había votado por él.

—Hola, Elaine —dijo el hombre—. ¿La he hecho esperar mucho?

—Según el reloj..., catorce minutos, señor.

Janos se echó a reír brevemente. Era un hombre robusto de sonrientes ojos, a veces incluso cuando sus labios no sonreían. Su canoso pelo estaba cortado muy corto, de una forma completamente pasada de moda, y le hacía parecer más viejo de los cincuenta años que probablemente tenía.

—Pase, Elaine —dijo—. Siéntese.

Se sentó, aceptando el uso de su nombre de pila de una forma completamente natural, aunque nunca había hablado con el presidente antes. En un mundo como Gamma, donde casi todo el mundo conoce a casi todo el mundo..., ¿por qué no?

Janos se sentó en el sillón giratorio de su amplia habitación —más amplia que cualquier otra habitación privada que Elaine hubiera visto nunca antes—, y dijo:

—Es interesante que me haya dicho usted que había estado esperando catorce minutos. ¿No hubiera sido mejor decir simplemente que llevaba esperando tan sólo un rato?

—Creo que la precisión en las cosas pequeñas puede ser importante —opinó Elaine.

—Muy bien. Me alegro que piense así, porque eso es precisamente lo que necesito de usted... Sus abuelos vinieron de la región de la Tierra de los Estados Unidos, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y ha retenido su herencia norteamericana, supongo.

—Estudié historia terrestre en la universidad. La historia norteamericana estaba incluida en ella..., pero soy una gammapersona.

—Sí, por supuesto. Todos lo somos. Pero usted es una gammapersona particularmente especial, puesto que va a salvarnos a todos.

Elaine frunció ligeramente el ceño.

—¿Perdón...?

—Ahora no importa. Me he adelantado más de la cuenta. Puesto que usted es una descendiente de estadounidenses, estoy seguro que sabrá que los Estados Unidos fueron fundados en mil setecientos setenta y seis.

—Sí. Este año es su tricentenario.

—Y que los Estados Unidos fueron fundados a partir de trece estados individuales. Como que hay ahora trece mundos independientes y funcionales en la Órbita Lunar; ocho de ellos aquí en la posición L-Cinco detrás de la Luna, y cinco en la posición L-Cuatro precediendo a la Luna.

—Sí, señor. Y un decimocuarto se está construyendo en L-Cuatro.

—Eso no importa. El Mundo Orbital Nu fue acelerado y el que ahora se está construyendo, Xi, está siendo retardado, para que durante todo el dos mil setenta y seis haya trece Mundos Orbitales, y no catorce o doce. ¿Entiende usted el porqué?

—¿Superstición? —preguntó Elaine, secamente.

—Su agudeza corta, joven, pero yo no sangro —dijo Janos—. No se trata de superstición. Se trata de sacarle ventaja al sentimentalismo. Los Estados Unidos constituyen la más importante región individualizada de la Federación de la Tierra, y si están dispuestos a votar a favor del establecimiento de una Federación independiente de Mundos Orbitales, este es el año en que conseguirlo. Combine el

tricentenario con el número trece, y no podrán resistirse, ¿no cree?

—Sí, puedo ver que sería un buen impulso.

—Y la independencia sería útil para nosotros. La Federación de la Tierra es una fuerza conservadora que limita nuestra expansión. Cuando dejemos de estar atados a la Tierra, los Mundos Orbitales podrán ajustarse para que sus distintas economías encajen más eficientemente. Podremos ampliar esos estrechos límites en la órbita de la Luna y encaminarnos hacia el cinturón de asteroides, donde podremos convertirnos en una fuerza importante en la historia humana. ¿Está usted de acuerdo?

—Aquellos que saben de esos asuntos parecen opinar así.

—Desgraciadamente, hay fuerzas poderosas en la Tierra que están en contra de la independencia. Y también, aunque casi todos los habitantes de los Mundos Orbitales están por la independencia, no todos están por la unión. ¿Qué piensa usted de los habitantes de los Otros Mundos, Elaine? En su trabajo tiene constante contacto con ellos.

—La gente es la gente, señor —dijo Elaine—. Pero los habitantes de los Otros Mundos tienen diferentes costumbres y..., a veces los encuentro hostiles hacia nosotros.

—Exacto. Y ellos nos encuentran a nosotros... hostiles hacia ellos. Y a fin de no tener la unión, mucha de la gente de los Mundos rechazaría la independencia. Elaine, es asunto suyo conseguir esa unión para nosotros.

De vuelta a eso, pensó Elaine.

—¿Qué tengo que hacer para ello? —preguntó.

—Escuche —dijo Janos suavemente—, y se lo explicaré. Aquellos de la Tierra que se oponen a la independencia cuentan con la hostilidad entre los Mundos Orbitales, y pretenden hacer todo lo posible por incrementarla. ¿Qué ocurriría si se produjera algún sabotaje en Gamma, que es la fuerza más poderosa para la unión en la Órbita? ¿Qué ocurriría si ese sabotaje fuera grave, y pareciera que el responsable es algún otro mundo en particular? El sentimiento antiunionista aumentaría en Gamma, y habría muy pocas probabilidades de independencia este año. Más adelante, con la magia del setenta y seis ya no a nuestro lado, la cosa podría prolongarse años y años.

—Entonces debemos prevenirnos contra el sabotaje.

—¡Correcto! Y eso es lo que estamos haciendo. Es ahí donde entra usted. Hay cinco personas que vienen a Gamma. Turistas normales, aparentemente. Hay muchos más que esos cinco, por supuesto, pero son esos cinco en particular, uno de cada uno de cinco Mundos Orbitales distintos, los que nos interesan. Uno de nuestros agentes en la Tierra..., tenemos varios, ya sabe...

—Todo el mundo lo sabe. Especialmente la Tierra, supongo.

Janos reclinó su cabeza como para estudiarla más eficientemente.

—Tiene usted una forma de decir esas cosas que me gusta... Uno de nuestros



agentes nos remitió un mensaje, que por desgracia nos llegó muy confuso. Un terrestre está viniendo a Gamma, un experto saboteador, y está viniendo como un habitante de los Mundos Orbitales. El mensaje nos decía la identidad falsa que había asumido, pero esa fue la parte que llegó más confusa.

—Supongo que no pueden comprobar ustedes con su agente porque ahora está muerto.

—Desgraciadamente, así es. Hicimos lo que pudimos por interpretar el mensaje, y lo que extrajimos puede aplicarse igualmente bien a cinco personas, de las cuales al menos cuatro son seguramente respetables habitantes de los Otros Mundos, y una de las cuales puede ser un terrestre disfrazado.

—Denieguen la entrada a los cinco, señor. O déjenles entrar, arréstenlos a todos, y examinen concienzudamente a cada uno.

—Pero si hacemos eso ofenderemos a los Otros Mundos en cuestión, y correremos el riesgo de conseguir exactamente lo que pretende el sabotaje.

—Una vez localizado el saboteador, podrán explicar satisfactoriamente el motivo de sus acciones.

—Si somos creídos. El mensaje era además lo suficientemente poco claro como para dejar abierta la posibilidad a que ninguno de los cinco sea un saboteador; a que todos ellos sean legítimos.

—Bien, entonces, ¿qué es lo que quiere que yo haga, Janos?

Janos se reclinó de nuevo hacia atrás en su sillón y por un momento sus sagaces ojos volvieron a evaluarla.

—Es usted una guía turística, y está acostumbrada a los de Otros Mundos y a la gente de la Tierra. Lo que es más, su historial muestra que es usted formidablemente inteligente. Haré que esas cinco personas le sean asignadas para un recorrido oficial por Gamma; no podrán negarse a un recorrido tal sin mostrarse descorteses; tan descorteses como para darnos una excusa para retenerlos. Usted estará con ellos durante varias horas, Elaine, y todo lo que tiene que hacer es decirnos cuál de ellos es el impostor..., o quizá que ninguno de ellos lo es.

Elaine agitó la cabeza.

—No veo cómo voy a poder conseguirlo. Sea quien sea, debe haber ensayado mucho su papel.

—Indudablemente. Supongo que incluso ha visitado el Otro Mundo del que pretende ser ciudadano; habla, actúa, y tiene el aspecto de uno de ellos; posee la documentación adecuada, y todo lo demás.

—¿Y bien, entonces?

—Pero nada puede hacerse a la perfección, Elaine. Descubra la imperfección. Ha estado usted en los distintos mundos en cuestión. Conoce a los de los Otros Mundos.

—No creo que pueda...

—Si fracasa —dijo Janos enérgicamente— puede que tengamos que recurrir a métodos más violentos y correr el riesgo de ofender a los Otros Mundos. O tendremos que hacer marcha atrás, si nos dice usted que no hay ningún impostor, o cometer un terrible error si señala a la persona equivocada, y entonces quién sabe el daño que puede hacerle el sabotaje a Gamma..., dejando completamente a un lado el fracaso de la unión. No debe usted fracasar.

Elaine apretó fuertemente los labios.

—¿Cuándo debo empezar? —preguntó.

—Llegarán mañana. Aterrizarán en el Muelle Dos, al otro lado del mundo.

Señaló con su dedo hacia arriba, en el casi inevitable gesto, y los ojos de Elaine se movieron brevemente hacia arriba, en una respuesta también casi automática.

Era completamente natural. Gamma, como todos los Mundos Orbitales, era una estructura en forma de rosquilla, toroidal. En el caso de Gamma, el hueco toroide dentro del cual vivía la población tenía algo más de tres kilómetros de diámetro. Uno podía viajar durante casi seis kilómetros a lo largo de la hueca curva del toroide para alcanzar el otro lado del mundo, o cortar siguiendo uno de los tres radios dobles que unían los lados opuestos del toroide.

Elaine recordó a un terrestre riéndose en una ocasión de la costumbre orbital de hablar del otro lado del «mundo» con referencia a la otra mitad del toroide, pero, ¿por qué no? Gamma estaba rodeada por el espacio, del mismo modo que la Tierra.

Janos interrumpió los pensamientos de la mujer.

—Tiene que hacerlo, Elaine.

—Lo intentaré, señor —dijo.

—Y no debe fracasar.

## 2

El apartamento de dos habitaciones de Elaine estaba en el Sector Tres, y tenía la gran ventaja de estar cerca del Centro de Desarrollo de las Artes. (En su juventud había soñado con ser actriz, pero le había faltado voz para ello..., aunque seguía gustándole verse bañada por la atmósfera teatral.)

En aquel momento, mientras se preparaba para subir hasta el Muelle Dos, deseó fervientemente que su voz hubiera sido mejor y sus talentos más acentuados..., de modo que ahora no tuviera que ser una guía turística enfrentándose a una tarea imposible.

Se vistió cuidadosamente. Su uniforme le sentaba como un guante y su aspecto era muy eficiente..., como siempre. Hizo un esfuerzo por parecer inexpresiva también. Se le ocurrió que si se presentaba a los cinco turistas mostrándose demasiado curiosa, demasiado inquisitiva, seguramente no conseguiría averiguar nada. De hecho, si sondeaba demasiado abiertamente, podía parecerle demasiado

peligrosa a un hombre desesperado. Alguien preparado para sabotear todo un mundo no vacilaría en matar fríamente a una mujer joven.

Alzó la vista mientras salía de la casa. Había espacio suficiente dentro del toroide como para permitir edificios de cuarenta pisos en el centro, pero veinte pisos era lo máximo permitido, y diez pisos era la media. La mitad superior del toroide se necesitaba para dar la sensación de aire libre, sin tener en cuenta la entrada de luz solar.

Las celosías sobre su cabeza estaban abriéndose todavía a la graduación apropiada para primera hora de la mañana. El enorme espejo que flotaba en órbita junto con Gamma reflejaba la luz del sol al interior, que era recogida por otros espejos más pequeños dentro del toroide. La luz bañaba las estructuras del suelo lateral de la gran rosquilla y mantenía la temperatura dentro de unos límites perfectamente confortables.

Elaine no había estado nunca en la Tierra, pero había leído lo suficiente sobre ella, y a veces el regular clima de Gamma le hacía suspirar por un poco de sabor del viejo desorden del entorno de la Tierra. Sobre todo la nieve. Era algo que no llegaba a imaginar por completo. La lluvia era algo como tomar una ducha, la niebla algo parecido al vapor, el frío y el calor como accionar los mandos adecuados en los acondicionadores de las habitaciones. Pero..., ¿a qué se parecía la nieve?

Se interrogó al respecto mientras se dirigía a la batería de ascensores Tres y se situaba en la cola. No iba a tener que esperar mucho, puesto que había podido evitar la hora de máxima afluencia.

El ascensor la llevó radio arriba durante kilómetro y medio de decreciente gravitación. Era la rápida rotación del toroide, una vuelta cada dos minutos, lo que producía el efecto centrífugo que lo mantenía todo y a todo el mundo pegado contra el lado externo del toroide a todo lo largo de la rosquilla con una fuerza equivalente a la gravedad terrestre. Para todo el mundo, estuviera donde estuviera en Gamma, la parte exterior del toroide era «abajo», y el eje central era «arriba». Y, por supuesto, el otro lado del mundo más allá del eje era también «arriba».

Mientras Elaine subía en el ascensor, la velocidad a la cual giraba en torno al eje del toroide aminoraba, por supuesto, y lo mismo ocurría con el efecto centrífugo. Pesaba menos de la mitad de su peso normal cuando pasó por la zona del hospital, donde la menor gravedad era útil en el tratamiento de los pacientes cardíacos, casos respiratorios y otros parecidos.

A Elaine le gustaba la sensación. En una ocasión, en la universidad, había ganado el dinero necesario para matricularse como enfermera auxiliar, y conocía muy bien la sensación de poca gravedad.

Finalmente, el ascensor cruzó el ancho eje esférico en el centro del toroide, su movimiento cuidadosamente controlado por la computadora central de modo que

ningún ascensor chocara con ningún otro mientras convergían en el eje en una calculada alternancia. En el eje, el efecto centrífugo era prácticamente cero y, durante los breves minutos necesarios para cruzarlo, se sintió ingrávida. Allí era donde estaba situada la estación energética de Gamma y (pensó sombríamente Elaine) donde podía producirse el sabotaje.

El ascensor cruzó el eje y luego se deslizó a lo largo del radio que conectaba con el otro lado del mundo. El efecto centrífugo se estaba incrementando de nuevo, y Elaine empezó a notar la sensación de estar cabeza abajo. Con la facilidad nacida de una larga práctica, se dio la vuelta rápidamente al mismo tiempo que, uno tras otro, lo hacían los demás pasajeros del ascensor. Ahora estaban todos de pie en lo que hasta unos minutos antes había sido el techo del ascensor.

La sensación era ahora de estar descendiendo, y de un incremento de la gravedad. Y luego, cuando el empuje hacia abajo hubo alcanzado su máximo y se sintió (con un cierto pesar) tan ligada al suelo como siempre solía estarlo, ya estaba en el otro lado. La puerta se abrió, y salió. El otro lado del mundo (alzó brevemente la vista) era ahora el lugar donde vivía.

### 3

Para evitar la hora de máxima aglomeración, Elaine iba con retraso, lo cual se reveló también problemático. Los otros tres guías, dos hombres y una mujer, estaban ya allí, apiñados en torno a la hoja diaria de trabajo.

La mujer, Mikki Burdot, la vio primero y dijo, como irritada:

—Aquí está.

Elaine alzó las cejas.

—Por supuesto. Trabajo aquí.

—No lo parece, por tu forma de actuar —dijo Mikki.

Dio unos pasos sobre sus zapatos de gruesa suela de corcho que añadían cinco centímetros a su diminuta estatura. Se echó hacia atrás su gorra reglamentaria. Aquello podía ser descrito como un hábito nervioso, pero revelaba su hermoso pelo color caoba.

—Te han asignado a cinco —prosiguió—. Exactamente a cinco. Vas a tener mucho trabajo.

Elaine se acercó a la hoja de trabajo.

—¿Cinco? ¿Eso es todo?

—¡Cinco! A mí me han asignado a catorce. Hanns tiene diez, y Robaire doce. ¿Crees que es un reparto justo? Yo no.

—Puede que no confíen en mi trabajo —dijo Elaine—, y estén preparándose para relevarme de mis funciones.

—¿Echándote a fases? —preguntó Robaire. En cada una de sus mejillas se

formaba un hoyuelo cuando sonreía, así que sonreía a menudo—. Exactamente lo que yo dije. De modo que vas a encontrarte sin empleo, sin posibilidad de ocupar otro puesto de trabajo, y no tendrás más remedio que casarte conmigo. ¿Correcto?

—Tendré eso en cuenta, Robaire. ¡Constantemente! Tan pronto como me encuentre sin trabajo... ¿Le han llevado eso a Benjo Strammer? Él es el encargado de las hojas de trabajo.

—Sí, yo lo hice —afirmó Mikki—, y simplemente me dijo que así estaba bien. El viejo... —Su última palabra se perdió en un murmullo.

—Está bien —dijo Elaine—. Mira. Robaire, tus doce son casi todos de Alfa, lo cual significa que estarán interesados en nuestras instalaciones deportivas, y ese es tu tema preferido, ¿no? Hannes tiene a un montón de Mu, y todos ellos son de la primera generación, y probablemente están ansiosos de cualquier cosa nueva que puedan descubrir, y todos sabemos lo paternal que tú eres.

—Paternal es mi segundo nombre —dijo Hannes, cruzando los brazos sobre su hundido pecho.

—Y Mikki, tú los has conseguido de Zeta, y la mayoría de los zetanos odian nuestro valor, así que necesitarán a alguien que parezca pequeño e indefenso y muy agradable. Nadie podrá odiarte.

—Las mujeres sí —observó Mikki, ablandándose un poco.

—Sí, pero los turistas que tienes son en su mayoría hombres. ¿Correcto? En cuanto a mí, tengo a cinco, pero proceden de mundos distintos. Cada uno es diferente. Cada uno querrá concentrarse en algo distinto de los demás, y sospecho que todos son VIPs, y desearán un trato especial, y será imposible complacerles. —Se sentó, y permitió que una sonrisa melancólica cruzara su rostro—. Si alguien quiere cambiar...

—Yo no —dijo Hannes—. Mis pequeños muanos me necesitan.

—Y mis alfanos —dijo Robaire— necesitan a alguien que sepa distinguir un club de fútbol de uno de golf.

—Yo nunca dije que quisiera cambiar —añadió Mikki—. Simplemente argumenté que las cosas deberían ser más equitativas.

Elaine asintió y se dirigió a su pequeña oficina, no más grande que para albergar un pequeño escritorio y, en esta ocasión, a Benjo Strammer. Estaba esperándola. Tenía el pelo completamente blanco y ondulado, y la miró curiosamente desde unos ojos alojados en patas de gallo.

—Llevaste esto muy bien, Elaine.

—Supuse que estarías escuchando, Benjo —dijo ella.

—Tenía que hacerlo. Estaba un poco preocupado. Esa lista me llegó así. No la preparé yo.

—Entonces tenemos que tomarla tal cual. No hay otra cosa que podamos hacer.

—Pero, ¿por qué, Elaine? —preguntó Benjo.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué me enviaron una lista así?

—¿No te lo dijeron, Benjo?

Benjo negó con la cabeza.

—No, no me lo dijeron.

—Entonces supongo que no quieren que lo sepas.

—De acuerdo, pero, ¿lo sabes tú?

—Si se supone que tú no debes saberlo, no tendrías que preguntarlo siquiera. Mira, sea lo que sea, va a ser delicado. ¿Llega a su hora la nave?

—En estos momentos está entrando en el muelle.

—Estupendo, entonces. ¿Puedes arreglar las cosas de modo que mis cinco turistas sean separados de los demás tan discretamente como sea posible y traídos antes que el resto? Creo que será mejor que les eche una mirada antes de empezar; intenta estimar cómo se supone que debo manejar esto. Ya sabes, lo que les dije a los demás es probablemente cierto. Creo que se trata de VIPs, y no deseo estropear las cosas.

Benjo parecía hosco.

—Creo que hubiera sido mucho mejor, Elaine, si me hubieran dicho un poco de qué va todo esto. Si me mantienen en la oscuridad, luego que no me echen las culpas si cometo algún desliz.

—Si fuera por mí, Benjo, lo sabrías. Créeme cuando te digo que yo tampoco siento ningún deseo de meter las manos en este asunto, sea el que sea. ¿Y tú?

—Eso vino dirigido específicamente a ti, ¿no? Es cosa tuya. Y si tú quieres ver a esa gente, mejor que utilices mi oficina. Esta no es lo suficientemente grande. En cuanto a mí, una vez hayan entrado, voy a ir a dar un paseo en torno al mundo.

#### 4

Elaine se sentó en el borde del escritorio de Benjo, en la esquina más cercana a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una pierna colgando. Se había negado firmemente a considerar el problema la noche antes, con la sensación (completamente justificada, estaba segura) que, si lo hacía, iba a pasar la mayor parte de la noche despierta y tensa, y que hoy iba a estar en baja forma.

Ahora, sin embargo, ya no había ninguna excusa para seguir eludiéndolo.

Problema: cinco personas, cada una de un mundo distinto. Una de ellas podía ser (sólo podía ser) un terrestre pretendiendo ser un habitante de un Mundo Orbital. Suponiendo que el terrestre conociera su trabajo, ¿había alguna forma en que pudiera ser descubierto? ¿Había algo referente a los Mundos Orbitales a lo cual, pese a su práctica, no pudiera adaptarse?

El problema, pensó impacientemente Elaine, era que los Mundos Orbitales habían

imitado deliberadamente las condiciones de la Tierra. Cada uno giraba a la velocidad necesaria para producir una gravedad terrestre normal en su toroide. Cualquier terrestre se sentiría completamente en casa a este respecto.

Por supuesto, la gravedad iba disminuyendo a medida que uno ascendía por los radios, y un terrestre sería incapaz de evitar una cierta torpeza allí. El problema era que pocos habitantes de los Mundos Orbitales pasaban mucho tiempo en los radios, de modo que muchos se mostraban también torpes en ellos.

La atmósfera típica de un Mundo Orbital poseía la misma presión de oxígeno que la atmósfera de la Tierra, pero mucho menos nitrógeno, de modo que la atmósfera de los Otros Mundos era tan sólo la mitad de densa que la de la Tierra. Eso, sin embargo, representaba muy poca diferencia. Los terrestres se adaptaban a ella casi inmediatamente. ¿Y por qué no? La Tierra tenía peores atmósferas que esa —menos presión y menos oxígeno— en sus montañas.

Los Mundos Orbitales eran mucho más pequeños que la Tierra, pero, ¿qué diferencia representaba eso? Las vistas no eran tan extensas en todas direcciones como en la Tierra, y el efecto del horizonte era completamente distinto, pero seguramente un terrestre también se acostumbraría muy rápido a eso. El impostor, si es que había alguno, habría vivido seguramente en un Mundo Orbital el tiempo suficiente como para haberse habituado a ese efecto.

Seguramente, también debía saber todo lo necesario acerca de Gamma, si es que no había vivido algún tiempo en Gamma. Sin embargo, la gente de los Otros Mundos no tenía por qué conocer necesariamente nada de Gamma. De modo que, si el impostor había vivido un tiempo en Gamma, era probable que supiera demasiado al respecto. Pero no, no había nada que cualquier habitante de los Otros Mundos no hubiera podido leer acerca de Gamma antes de realizar su visita. Incluso era natural que cualquier visitante alardeara de ello.

Bien, entonces, ¿y acerca de los mundos de los que se suponía que procedían? La gente de cada Mundo Orbital en particular hablaba de una forma especial, tenía ciertas actitudes sociales e individuales. ¿Podía el terrestre imitar todo eso perfectamente, o era de esperar que se descubriera por ello, sin importar lo mucho que pudiera haber practicado?

Elaine bajó la vista hacia el escritorio y dio la vuelta a la hoja de trabajo, para ver los datos reflejados en ella.

Cinco mundos. Por orden de edad eran Delta, Epsilon, Theta, Iota y Kappa. Los había visitado todos, y había leído abundantemente acerca de cada uno de ellos, como parte de su trabajo. Uno no puede comprender a los turistas sin comprender a las sociedades que los han moldeado..., y un guía tiene que comprender a los turistas.

Delta era un mundo más bien apagado de gente trabajadora que hablaba su idioma con una especie de cantinela, y hacían lo mismo cuando hablaban el dialecto de

Gamma. Tendían a ser robustos y de tez pálida, pero eso era tan sólo una tendencia. Había gente alta en cada uno de los mundos, y baja, y de tez pálida, y muy morenos. Uno no podía juzgar por la apariencia física.

Epsilon era el más atestado de los mundos, con gente más bien baja, en su conjunto, con una mezcla preponderante de descendientes de los países terrestres del este de Asia, mucho mayor que en el resto de los mundos.

Theta tenía cinco o seis secciones dedicadas a la agricultura, en vez de las tres habituales. Era el único de los Mundos Orbitales que se oponía a la existencia de un número reducido de animales de carne y disponía de grandes cantidades de ganado. Por otro lado, de las cinco sinfonías compuestas por músicos de los Mundos Orbitales que formaban parte del repertorio habitual de las orquestas terrestres, tres habían sido compuestas por thetanos.

Elaine se detuvo a pensar un momento en eso. No, uno no podía hacer la fácil generalización que los thetanos eran músicos por naturaleza. El noventa y cinco por ciento de ellos podían ser analfabetos musicales, y si el thetano que formaba parte del grupo era uno de ellos, eso no probaba nada.

Iota era el mayor exportador de energía de los Mundos Orbitales. Cada uno de los mundos disponía de la energía solar como su fuente primaria. Cada uno poseía una enorme estación energética —considerablemente mayor que la propia colonia—, absorbiendo la luz del sol y convirtiéndola en microondas, algunas de las cuales se quedaban en el propio eje esférico del mundo, mientras que otras, si había excedentes, eran enviadas a la Tierra. La de Iota era la estación energética más grande, y tenía las mayores facilidades para radiar microondas a la Tierra. Era completamente comprensible que la Tierra estuviera más preocupada por Iota que por cualquiera de los otros doce Mundos Orbitales.

Pero eso significaba que Iota era el más pro-Tierra de los mundos, el menos partidario de la independencia y la unión. ¿Acaso un iotano no estaría más dispuesto a cooperar con un agente de la Tierra que cualquier otro habitante de los Mundos Orbitales? Pero, por otra parte, ¿acaso un agente de la Tierra no dudaría más en asumir una identidad iotana, puesto que eso lo haría más sospechoso?

¿Cómo podía decirlo?, pensó impacientemente.

¿Y Kappa, centrado en el ocio, las diversiones y la cultura? Era el más atractivo de los mundos que había visitado. Eso significaba que tendría que prestar mucha mayor atención al kappano, puesto que sus propios prejuicios podían influir allí.

¿Cómo podía alguien distinguir a un kappano de un pseudokappano? ¿O a un thetano de un pseudothetano? ¿O cualquier otra variedad de la misma variedad falsificada?

El problema estribaba en que la Tierra era tan variada en sus tipos de población que cualquiera de los habitantes de los Mundos Orbitales podía ser fácilmente



imitado por algún terrestre en particular.

Pero consideremos esto... El agente, fuera quien fuese, actuaba contra la independencia y contra la unión de los Mundos Orbitales. ¿Evitaría delatar eso mostrándose ostentosamente anti-Tierra? Quizá se diera cuenta que ese tipo de ostentación sería en sí misma sospechosa. Aunque, teniendo en cuenta que el agente no sabía que nadie estuviera buscándole (¿o sí?), la cuestión podía ser irrelevante.

¿Resultaría seguro intentar algo más sutil? Si las fuerzas de la independencia y la unión confiaban en los valores emotivos del tricentenario, ¿podría ser maniobrada la conversación en esa dirección? ¿Mostraría el agente impaciencia ante la mención del 2076? ¿Mostraría algún sentimiento antiestadounidense?

Pero era posible que algunos habitantes de los Mundos Orbitales no compartieran esos sentimientos, sin que por ello tuvieran que ser forzosamente un terrestre disfrazado.

Elaine se dio cuenta que su mente estaba moviéndose en círculos cada vez más pequeños, inútilmente. ¿Qué podía utilizar como criterio para separar lo verdadero de lo falso? ¿Existía algún criterio?

Pero Janos había dicho: «No debe fracasar».

Estaba a punto de rendirse al lujo de la desesperación, cuando Benjo metió la cabeza por la puerta y anunció:

—Tus turistas están aquí. Espero que todo vaya bien... Adiós.

Elaine se preguntó si el adiós no tendría una connotación particularmente desagradable. Compuso su rostro mientras los turistas entraban por la puerta, e intentó componer también sus pensamientos.

## 5

Estaban alineados ante ella, y Elaine habló lentamente y, esperaba, de modo congraciador.

—Mi nombre es Elaine —dijo—. Si se sienten ustedes más cómodos utilizando mi apellido, ese es Metro. En Gamma no se utilizan títulos, y el uso del nombre de pila es común, pero pueden utilizar ustedes el sistema que consideren más conveniente.

El deltano pareció absolutamente desaprobador. Era un hombre alto y de anchos hombros. Parecía más alto aún gracias a un estúpido sombrero que no se quitó y una blusa larga color gris pizarra que le llegaba hasta media cadera. Sus pesadas botas resonaban fuertemente cuando caminaba, y sus huesudas manos de gruesos nudillos estaban ligeramente cerradas.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó secamente, con un tono canturreante.

Su nombre, sabía Elaine por sus papeles, era Sando Sanssen, y por su conocimiento de las costumbres deltananas sabía que debía dirigirse a él por su

apellido.

—Tengo veinticuatro años, señor Sanssen.

—¿Sabe usted lo suficiente de este mundo, a su edad, para sernos de utilidad?

Su brusquedad era deltana...; ¿demasiado deltana? Seguro que ella no había hecho nada para merecer aquel ataque.

Sonrió, y contestó amigablemente:

—Espero saber lo suficiente. Tengo la experiencia necesaria para mi trabajo. De hecho, mi Gobierno ha depositado una considerable confianza en mí, puesto que espera que les muestre todos los aspectos de la vida en Gamma que ustedes deseen conocer.

Ravon Jee Andor, de Kappa, captó su atención. Era de mediana estatura, y su pelo estaba muy cuidadosamente moldeado. Era más rubio de lo que tendría que ser por naturaleza (Elaine estaba segura de eso porque no se correspondía con sus ojos oscuros y la tonalidad de su tez), e iba vestido con excesiva ornamentación. Exudaba un perfume ligeramente acre que Elaine encontró atractivo. (Todo aquello era kappano, pero, ¿era kappano él también?)

Con un acento lleno de vocales abiertas y ligeramente sostenidas, dijo:

—Si desea complacer generosamente nuestros deseos, entonces creo que usted misma representa un aspecto de la vida en Gamma digno del más detenido estudio.

Quería ser un cumplido a la ornamentada manera kappana. Elaine estaba segura de ello. Utilizó los primeros dos nombres, tal como requerían las costumbres kappanas, para responder, también al estilo kappano:

—Me siento desolada, Ravon Jee, pero en estos momentos eso es imposible. Quizá algún momento futuro proporcione la oportunidad.

—¡Oh, ya basta, muchacha! —gruñó Medjim Nabellan, de Theta. El intenso color negro del rostro de la thetana (muchos thetanos, aunque no todos, eran negros) estaba rematado por ensortijados rizos grises, ocultos en su mayor parte bajo un sombrero de ala ancha sujeto a su barbilla por un elástico. Sus ropas lucían grandes franjas de alegres colores, y las llevaba sujetas con un nudo a su nuca—. Sigamos adelante con esto, y no malgaste su tiempo con esa basura kappana.

El kappano hizo una sardónica inclinación de cabeza y no perdió su sonrisa.

Elaine hizo una momentánea pausa. No había ninguna razón por la que el agente no pudiera ser una mujer o un negro o ambas cosas a la vez, y la impaciencia por seguir adelante bien podía ser la primaria e inocultable emoción de alguien cuya misión era el sabotaje a un mundo y que veía peligro en cualquier retraso.

—Creo que es estúpido tener un grupo en el que cada uno sea de un mundo distinto —dijo Yve Abdaraman, de Iota, la otra mujer del grupo, arrastrando las palabras de una forma tan pronunciada que hacía que su voz sonara soñolienta. Era bastante joven, bastante baja, bastante atractiva, con su tez ligeramente bronceada (y

ella debía ser muy consciente de ese detalle, ya que su atuendo estaba todo él entonado en diversos tonos marrones)—. Si empezamos a discutir y a pelearnos entre nosotros, todo esto va a convertirse pronto en algo muy desagradable.

—Espero que no vayamos a discutir ni a pelearnos, Yve —dijo Elaine (los iotanos utilizaban sus nombres de pila, del mismo modo que los gammanos)—, y tan pronto como cada uno de ustedes me haga saber lo que desea ver particularmente...

—Sigamos adelante —dijo el quinto miembro, Wu Ky-shee, de Epsilon—, y se lo iremos diciendo por el camino, o vamos a perder nuestro tiempo.

Era bajo y regordete, y sus ojos tenían un pronunciado aspecto rasgado propio del este de Asia. Llevaba una especie de túnica que casi se arrastraba por el suelo, y hablaba con un ligero ceceo.

«Y es otro impaciente», pensó Elaine.

—Puesto que nos hallamos en una de las secciones residenciales —dijo—, creo que para empezar podemos dar una vuelta por las calles hasta la universidad. Allí encontrarán ustedes algunos ejemplos interesantes del diseño arquitectónico gammano...

Los condujo educadamente fuera, por delante de ella, rodeándolos para tomar la cabecera, mientras su mente iba inútilmente de uno a otro. Todos parecían merecedores de sus sospechas, pero ninguno de ellos parecía lo suficientemente merecedor.

Si tan sólo hubiera algo que fuera cierto para todos los Mundos Orbitales, y no para la Tierra..., algo tan sutil y penetrante que un impostor terrestre no pudiera prever y le descubriera... Pero, ¿qué podía ser algo así? ¿El tamaño? ¿Algo diferente?

Tenía que concentrarse en su trabajo.

—Este es el edificio central de la universidad de Gamma, construido hace cuatro años, con una ilusión de curvatura, tan sólo lo suficiente como para...

Siguió hablando mecánicamente, pero su mente, trabajando en otras direcciones, captó la ilusión de curvatura y, de allí...

## 6

Habían caminado pausadamente hasta más allá de los agradables hogares de aquella sección, cada uno de ellos con sus variados diseños y sus verdes céspedes, todos ellos marcados ornamentalmente por ligeras vallas diseñadas para señalar diferenciación antes que barrera. Aquel sector carecía de los racimos de casas de apartamentos que podían encontrarse en las otras dos secciones residenciales.

—Estamos llegando a la esclusa de aire que separa este sector del agrícola que tenemos enfrente —informó Elaine.

—Veo que mantienen las esclusas abiertas —dijo Sanssen—. ¿No es eso un

descuido?

Su pronunciación de la última palabra fue tan extraña según los estándares de Gamma, que Elaine casi no la captó. (Perfectamente deltano, por todo lo que podía decir.)

—En absoluto —le aseguró—. Todo esta completamente automatizado. Cualquier vibración asociada con un impacto meteorítico o explosión interna, cualquier pérdida pequeña en la presión del aire, hará que todas las compuertas se cierren, sellando los seis sectores los unos de los otros. Y, naturalmente, se cierran durante la noche para impedir que la luz del día de las secciones agrícolas se filtre a las zonas residenciales.

—¿Qué ocurre si el meteorito o lo que sea golpea la maquinaria de las compuertas? —preguntó Ravon Jee, sonriendo

—Eso es muy improbable que ocurra. Pero aunque ocurriera, no sería fatal. Toda la maquinaria vital existe en dos juegos completos muy separados el uno del otro, capaces independientemente de atender a las necesidades de todo el mundo.

Hizo una pausa para asegurarse que todos los que estaban a su cargo habían pasado bien de un lado a otro de la compuerta. Se trataba únicamente de subir un corto tramo de escalera y bajar otro; seis peldaños hacia arriba y seis hacia abajo, pero los peldaños se extendían a lo largo de la anchura del toroide, y por ello se curvaban suavemente. Los terrestres encontraban a menudo divertido recorrer toda la largura de uno de los peldaños hasta descubrirse a sí mismos ligeramente inclinados con respecto a los demás miembros de su grupo.

Pero aunque observó los pies de los cinco, ninguno pareció vacilar o girarse hacia un lado en una momentánea curiosidad.

Elaine suspiró inaudiblemente. El terrestre, quienquiera que fuese, estaba bien entrenado..., o no era un terrestre.

## 7

Javon Jee Andor había permanecido junto a ella a lo largo de todo el sector agrícola, sin demostrar el menor interés por él. Ahora, cuando penetraron en el Centro de Reciclado, retrocedió y puso cara de desagrado.

—Yo no pienso entrar ahí. Los desechos animales no son mi idea de un delicioso escenario.

Elaine intentó disimular su repentina alerta tanto como le fue posible.

—Seguro que ustedes reciclan los desechos en Kappa, ¿no? —preguntó.

(A ningún terrestre le gustaba visitar el centro.)

—No en mi presencia —dijo Ravon Jee—. De hecho, no sé nada acerca de todos esos asuntos de ingeniería y estadísticas. Siga adelante, querida muchacha, yo esperaré aquí fuera. Lleve a ese deltano, sus botas son para eso precisamente, y a esa granjera de Theta, y a los demás también les gustará.

Elaine agitó la cabeza.

—Comprendo sus sentimientos, pero no puedo dejarle. Me temo que mi Gobierno lo desaprobaba. Venga. Yo sujetaré su mano, ¿de acuerdo?

Era el tipo de gesto galante que ningún kappano podía rechazar honorablemente. Ravon Jee, con una terrible expresión de desagrado, murmuró:

—Si es así, encanto, vadearé todo el estiércol que sea necesario, hasta las rodillas. (Elaine no le creyó capaz de hacerlo.)

Se mantuvo cerca de él mientras cruzaban los antisépticos corredores. La mayor parte del proceso de reciclado quedaba oculto a la vista y era realizado de una forma totalmente automática. Pese a la forma en la que Ravon Jee fruncía su rostro, el olor era apenas perceptible.

Sanssen lo miraba todo atentamente, con sus enormes manos unidas a la espalda. Wu Ky-shee, inexpresivo, tomaba notas, y Elaine consiguió situarse detrás de él y ver lo que estaba escribiendo. Estaba en epsiloniano y le resultaba ilegible.

Ravon Jee, todavía sujetando su mano, observó:

—Supongo que me dirá usted que todo esto es esencial.

—También lo es —dijo ella—, a una gran escala, en la Tierra.

El hombre no respondió a este último comentario.

—Un caballero kappano —dijo— prescinde de tales cosas.

—¿A qué se dedica usted en Kappa? —preguntó ella.

—Soy crítico dramático. Estoy aquí para estudiar la escena gammana para mi periódico.

—Oh, ¿visitará la Tierra para el festival dramático conmemorativo del tricentenario?

(Se preguntó si existiría tal festival.)

—¿El qué, querida? —Su rostro siguió inexpresivo.

—El tricentenario estadounidense.

—No lo sé... —dijo él, vagamente—. ¿Dónde está situado su distrito teatral?

(¿Era excesiva su vaguedad? ¿Realmente no sabía nada en absoluto del tricentenario?)

—Está en la Sección Cuatro —contestó—, al otro lado del mundo.

Empezó a hacer el inevitable gesto, pero se contuvo.

Él alzó brevemente la vista, como todo el mundo hacía, y dijo desalentado:

—Bien, supongo que finalmente llegaremos allí.

Interesante, pensó Elaine. ¿Podía ser aquello la clave?

## 8

Medjim Nabellan dijo bruscamente:

—Mire, guía, estamos saliendo de este distrito granjero, y no hemos visto ningún

ganado.

—Tenemos alguno, pero no en este sector. Consideramos el ganado antieconómico. Los pollos y los conejos pueden producir más proteínas mucho más rápidamente.

—¡Mentiras! No saben ustedes cómo hacerlo adecuadamente. Sus métodos de manejo de los animales están completamente desfasados.

—Estoy segura —comentó Elaine suavemente— que a nuestra Oficina de Agricultura le encantaría oírla.

—Espero que sí. Por eso precisamente estoy aquí, y ahora que ya he visto lo que están haciendo ustedes en este lugar, cualquier futuro recorrido turístico es una pérdida de mi tiempo. Me gustaría ir directamente a esa oficina.

—Me temo que me va a poner en un problema si insiste usted en abandonar el grupo —dijo Elaine—. Mi Gobierno creerá que la he ofendido.

—Tonterías —dijo hoscamente Nabellan, frunciendo la nariz—. ¿Dónde puedo encontrar la oficina?

—Al otro lado del mundo —contestó Elaine. Esta vez hizo firmemente el gesto, y Nabellan miró hacia arriba—. Si usted se va ahora, el grupo puede disgregarse. Por favor, quédese.

Medjim Nabellan dijo algo para sí misma, pero no hizo ningún intento de marcharse.

Con su agradable voz de guía, Elaine informó:

—Los sectores agrícolas están bañados por la luz del sol durante todo el tiempo, pero en las tres secciones residenciales, por supuesto, hay dieciséis horas de luz y ocho horas de oscuridad, alternativamente.

—¿Duermen todos los gammanos al mismo tiempo? —preguntó Wu Ky-shee.

—No, por supuesto que no. Duermen cuando les parece. De hecho, algunos deben trabajar durante el período de oscuridad.

—¿Por qué no permiten que cada lugar de habitación controle su propia luz solar, entonces? ¡Esta conformidad es inútil!

Efectuó más anotaciones en su libro.

Yve Abdaraman dijo, con su fina y muy clara voz de soprano:

—Puesto que Epsilon es el único mundo sin una reflexión estándar día-noche, debe ser usted quien se aparta de la norma. Un intervalo nocturno reduce el aporte de energía y mantiene la temperatura confortable.

—En absoluto —replicó Wu Ky-shee, alzando las cejas—. Si con eso da a entender que Epsilon es un lugar cálido, está muy equivocada. Esta alternancia día-noche es únicamente una herencia terrestre carente de significado.

Elaine notó que le zumbaban los oídos. ¿Un ataque contra la Tierra? Dijo rápidamente:

—No creo que debamos ignorar nuestra herencia terrestre. El tricentenario se celebra este año, y una herencia de libertad...

Se interrumpió, pues nadie reaccionó. Yve le lanzó una mirada de impaciencia y luego se volvió hacia el epsiloniano.

—Yo he estado en Epsilon —dijo—, y lo encontré demasiado cálido.

—Puede que lo encontrara usted demasiado flexible e individual para sus gustos —le devolvió la pelota Wu Ky-shee, rígidamente.

—Por favor, ¿por qué no seguimos? —pidió Elaine—. Tenemos aún un largo camino por recorrer hasta llegar al otro lado del mundo. —Hizo el gesto, y automáticamente respondieron ambos. Prosiguió—: Debemos alcanzar a los demás.

Mientras los tres apresuraban el paso, Yve dijo:

—El Centro de reciclado tiene que tener un componente computarizado. Sería de gran ayuda para mí y mi misión si pudiera tener acceso a él.

—Estoy segura que podremos arreglarlo —dijo Elaine—. Creo que nuestro Gobierno es muy abierto en este sentido.

(¿Su misión? ¿Era eso un increíble descuido? ¿O pura inocencia? La mujer tenía apenas metro y medio de altura, pero..., ¿acaso su estatura podía impedirle el...?)

Sando Sanssen estaba aguardándoles impacientemente.

—Bien, señorita Metro, ¿falta mucho todavía?

—Seguiremos inmediatamente, señor Sanssen. ¿Hay algo que desee usted ver particularmente?

—La estación de energía. Soy ingeniero eléctrico, mujer, y no estoy interesado en los campos de grano ni en las factorías de peces.

—No estoy segura que el eje esté abierto a los turistas... —dijo Elaine, conciliadora.

—No soy ningún turista —dijo Sanssen, con voz fuerte—. Soy un oficial de mi Gobierno.

—Sí, por supuesto. Ahora vamos a subir para visitar una zona hospitalaria. Gamma se siente orgullosa de sus instalaciones médicas, y nos gustaría mucho que ustedes las vieran. Mientras estamos allí, solicitaré el permiso correspondiente para entrar en el eje.

Sanssen asintió, pero no pareció muy ablandado.

## 9

Había una zona hospitalaria en cada radio, seis en total. Aquella estaba más alta en el radio que las otras puesto que se dedicaba a la investigación biológica a baja gravedad.

Los cinco turistas parecían sentirse cómodos en baja gravedad, que era aquí menos de un cuarto de la normal. Medjim Nabellan tropezó una vez, pero pareció

algo meramente circunstancial. Sanssen pareció irritado al moverse hacia arriba más de lo esperado en un determinado momento, y regresó abajo con un talonazo, pero no cayó. De todos modos, incluso Elaine se distraía a veces y daba un paso demasiado fuerte.

—Creo que todos ustedes estarán interesados en las investigaciones a baja gravedad que estamos efectuando aquí. Esta es una línea de investigación que no puede llevarse a cabo allá abajo en la Tierra, y aunque todos los Mundos Orbitales son activos en este campo, ninguno ha ido tan lejos como Gamma. Ahora estamos entrando en los laboratorios, y encontraremos allí a algunos ayudantes de investigación que nos describirán los trabajos que se están realizando en estos momentos y responderán a sus preguntas... Ah, señor Sanssen.

—¿Sí?

—Simplemente quería indicarle que nos hallamos en este momento a tan sólo cuatrocientos metros del eje. —Ahora estaban los dos solos, pues los otros habían desaparecido en la zona hospitalaria—. Voy a intentar conseguirle un permiso de entrada en el Gobierno central, que se halla, por supuesto, al otro lado del mundo.

Hizo el gesto..., y su corazón latió alocadamente ante la respuesta del otro. Tenía que ser aquello.

Pero no había ninguna forma en que pudiera impedir que su reciente conocimiento se asomara a sus ojos, y Sanssen lo vio..., y probablemente comprendió el error que acababa de cometer. Fue como si de pronto dejara caer su papel.

—Un momento, muchacha —dijo, sin rastro de acento deltano en su voz.

Avanzó rápidamente hacia ella.

Lo eludió como un torero esquivando a un toro con una ligera finta lateral. De alguna forma, no conseguía desbloquear su garganta para gritar pidiendo ayuda. ¿Se atrevería a matarla? ¿Cómo explicaría su cuerpo? ¿O quizá no importaba nada con tal que él cumpliera su misión? ¿Iba a matarla y luego echar a correr hacia lo que tenía que hacer?

Se lanzó hacia ella, pero sus pies resbalaron en un suelo que se había vuelto más resbaladizo de lo habitual por la baja gravedad. Elaine se giró de puntillas y se deslizó junto a él en una maniobra de baja gravedad a la que estaba acostumbrada. Esta vez él falló por un gran margen.

El hombre se detuvo, se volvió, cortó el camino entre ella y la puerta, se quitó el sombrero de un manotazo y, tirando del cierre estático que mantenía cerrada su blusa, se la quitó también. Tenía músculos duros y fuertes, y su rostro era sombrío. Sería cuestión de minutos acabar con ella antes que viniera alguien, y parecía dispuesto a hacerlo.

Elaine podía gritar ahora, pero por el momento no se atrevió a malgastar su



aliento en ello. Mantuvo los ojos clavados en él mientras oscilaba de un lado para otro, moviéndose cautelosamente. Él también se movía con igual cautela, sin olvidar ahora en ningún momento la baja gravedad.

Avanzó a pequeños pasos, pero ella se deslizó hacia atrás y hacia un lado, observando, observando. De pronto, cambió de dirección y se lanzó hacia delante en un largo planeo, luego se giró atrás de él y empujó. El hombre vaciló hacia delante, pero consiguió mantener el equilibrio, y de nuevo estaba entre ella y la puerta.

Y entonces ella intentó alcanzar la puerta un minuto más tarde de lo que era seguro, y la mano de él saltó y aferró su brazo.

Por un momento permanecieron en una tensa inmovilidad, y luego los labios del hombre se distendieron en una despiadada sonrisa mientras la atraía hacia sí. Ella gritó roncamente y pateó, pero él bloqueó las patadas con su cadera. Elaine se retorció desesperadamente, pero él no soltó su presa.

... Y entonces un oscuro brazo pasó en torno a la garganta del terrestre, apretando su tráquea con una llave y haciéndolo envararse. Elaine se vio libre.

—Gracias —susurró.

La expresión de Medjim Nabellan era más oscura aún que su piel.

—¿Ha intentado este animal deltano...?

—No es deltano —informó Elaine, jadeando fuertemente ahora que ya todo había pasado. Miró a los rostros que se habían agrupado a su alrededor y añadió—: Por favor, llamen a la policía. Y por favor, no lo suelte, Nabellan.

—No tema por eso —dijo la otra mujer—, a menos que alguien quiera hacerse cargo de las cosas por un momento. ¿Debo partirle el cuello por usted?

Parecía completamente capaz de ello, y los ojos del terrestre se desorbitaron.

—No, por favor —pidió Elaine—. Creo que lo necesitamos vivo.

## 10

Estaba de vuelta en la oficina de Janos, dos días después de su anterior entrevista.

Él se mostró absolutamente jovial ahora, al decir:

—No hubiera podido ir mejor, Elaine. Era exactamente el hombre. Delta niega tener ningún conocimiento de él, y sea eso cierto o no, ahora van a verse obligados a adherirse a la unión. Hemos jugado bien la actuación de Medjim Nabellan, y Theta reforzará su adhesión a la unión. El Gobierno de la Tierra se halla en una situación embarazosa, y el tricentenario de la región estadounidense se halla ahora en una excelente posición. Aunque siempre hay cosas imprevisibles e impredecibles, creo realmente que vamos a conseguir la independencia y la unión antes que haya terminado el año mágico de dos mil setenta y seis. Pero, ¿cómo lo consiguió, Elaine? ¿Cómo se descubrió él?

—Tenía que pensar en algo —contestó Elaine— que un terrestre olvidara en un

Mundo Orbital, pese a que el mundo estaba diseñado de una forma tan parecida a la Tierra como era posible. En un momento determinado empecé a pensar en curvas. La Tierra es un mundo grande, y su gente vive en una superficie externa, que se curva muy imperceptiblemente hacia abajo. En los Mundos Orbitales la gente vive en una superficie interna, que se curva hacia arriba.

»En la Tierra, el “otro lado del mundo” es hacia abajo, muy hacia abajo. Si hablamos de ello, imagino a los terrestres señalando hacia abajo o no haciendo ningún gesto en absoluto. Por supuesto, no señalan hacia arriba. En un Mundo Orbital, “el otro lado del mundo” es hacia arriba, y sus habitantes siempre señalamos hacia arriba y miramos hacia arriba cuando hablamos de él. Usted lo hace, yo lo hago, todos lo hacemos.

»Así que intenté eso. Mencioné el otro lado del mundo a cada uno de ellos, y señalé hacia abajo mientras lo hacía. No importó lo que yo hiciera. Cuatro de ellos miraron de todos modos hacia arriba, automáticamente. Fue tan sólo un breve desviar de ojos en cada caso, pero por ese gesto yo podía decir que eran habitantes de los Mundos Orbitales. Cuando probé eso con Sanssen, sus ojos siguieron la dirección de mi dedo. Miró hacia abajo, y así supe que era terrestre. Se recobró inmediatamente, pero ya era demasiado tarde. Yo podía decirlo de un vistazo, ya sabe.

Janos asintió con la cabeza.

—Yo no hubiera sido tan eficiente, Elaine. Eso le va a representar mucho; será debidamente recompensada.

—Gracias —dijo Elaine—. Pero la independencia y la unión son la mejor recompensa para todos nosotros, ¿no cree?

## ¿Intercambio justo? (1978)

---

“Fair Exchange?”

Estaba derivando hacia adentro y hacia afuera, y de tanto en tanto oía un breve fragmento de una melodía en mi cabeza.

Me llegó la letra: «Mientras los tontos son nombrados barones y condes, no hay nada para la inteligente oscuridad».

Tuve conciencia que había luz, luego del rostro de John Sylva inclinándose sobre mí.

—Hola, Herb —dijo su boca.

No oí las palabras, pero vi su boca formándolas. Asentí, y derivé de nuevo hacia afuera.

Había oscuridad cuando derivé de nuevo hacia adentro. Una enfermera estaba haciendo algo sobre mí, pero permanecí quieto y ella derivó, alejándose.

Me hallaba en un hospital, por supuesto.

No me sorprendió. John me había advertido, y yo había corrido el riesgo. Moví las piernas, luego los brazos..., muy suavemente. No dolían. Los sentía. Me pulsaba la cabeza, pero eso también era de esperar.

«Mientras los tontos son nombrados barones y condes, no hay nada para la inteligente oscuridad.»

*Tespis*, pensé, jubiloso. Había oído *Tespis*. Derivé de nuevo hacia afuera.

Era el amanecer. Sentía el sabor de zumo de naranja en mis labios. Sorbí de la pajita, y fue una bendición.

¡La máquina del tiempo!

A John Sylva no le gusta que lo llame así. «Transferencia temporal» lo llama él.

Pude oírle diciéndolo, y me deleité en ello. Mi cerebro parecía perfectamente normal. Intenté resolver problemas de memoria, y calculé mentalmente la raíz cuadrada de quinientos cuarenta y tres. ¡Nombré los presidentes por orden! Parecía estar en buena forma mental. ¿Podía decirlo realmente? Me aseguré a mí mismo que podía.

Los daños cerebrales habían sido la gran preocupación, por supuesto, y no creo que me hubiera arriesgado a ello de no ser por *Tespis*. Se necesita ser un fanático de Gilbert y Sullivan para comprender eso. Yo lo era, y también lo era Mary. Nos conocimos en una reunión de la G and S Society, nos cortejamos el uno al otro en sucesivas reuniones y asistiendo a las representaciones del Village Light Opera Group. Cuando finalmente nos casamos, un coro de nuestros amigos de la G and S cantaron *Cuando se casa una novia feliz*, de *Los gondoleros*.

Mi cerebro era normal, estaba seguro de ello. Miré al exterior, al frío amanecer gris que acolchaba la ventana, y escuché a mi cada vez más firme memoria relatar lo

que había ocurrido.

—No una máquina del tiempo —oí decir en mi mente a la voz de John—. Eso es como un automóvil que tú conduces arriba y abajo por los corredores del tiempo, lo cual es teóricamente imposible. Lo que tenemos aquí es la transferencia temporal. Las mentes pueden ejercer su influencia a través del tiempo. O mejor dicho, las partículas subatómicas pueden, y si están organizadas de forma tan compleja como en un cerebro avanzado, su influencia se ve multiplicada hasta el punto de poder ser detectada y, creo, utilizada. Si dos mentes son lo suficientemente similares, pueden resonar hasta el punto en el que la conciencia es capaz de deslizarse hacia delante y hacia atrás cruzando el abismo del tiempo. Transferencia temporal.

—¿Puedes realmente controlar eso?

—Creo que sí. Me atrevería a decir que cada mente resuena con muchas otras, lo cual podría explicar cosas tales como los sueños, las sensaciones de *déjà vu*, las inspiraciones repentinas y cosas así. Pero efectuar una transferencia real significa una resonancia abrumadora entre dos mentes en particular, y requiere una amplificación adecuada.

Yo era uno de los centenares a los que probó. No tenía ningún sentido probar con animales. Solamente el cerebro humano posee un campo lo bastante fuerte como para ser detectado. Los delfines también, quizá, pero, ¿cómo puede alguien trabajar con ellos?

—Casi todo el mundo evidencia una resonancia que puede detectarse —dijo John—. Tú, por ejemplo, muestras una fuerte resonancia en una dirección en particular.

—¿Con quién? —pregunté, interesado.

—Eso es imposible decirlo, Herb —respondió—, y no podemos estar seguros de lo precisas que pueden llegar a ser nuestras estimaciones de tiempo y lugar, pero parece resonar con alguien en Londres en mil ochocientos setenta y uno.

—¿En Londres en mil ochocientos setenta y uno?

—Sí. No podemos comprobar con exactitud nuestras mediciones hasta que podamos someter a alguien a una amplificación lo bastante grande como para efectuar una transferencia, y francamente, no espero encontrar muchos voluntarios.

—Yo soy un voluntario —dije.

Me tomó algún tiempo convencerle que yo hablaba en serio. Eramos viejos amigos y él conocía mi devoción a la mística de G and S, pero imagino que no podía concebir su profundidad.

¡Mary sí podía! Estaba tan excitada como yo.

Le dije:

—¡Imagina lo que puede representar eso! *Tespis* fue producida en Londres en mil ochocientos setenta y uno. Si de pronto me encontrara en aquel lugar y aquel tiempo, podría oírla. Podría...

Era un pensamiento abrumador. *Tespis* era la primera de las catorce operetas de Gilbert y Sullivan, una obra ligera y ciertamente sin demasiado éxito, pero pese a todo un Gilbert y Sullivan, y su música estaba irremediablemente perdida... Toda excepto un coro introductorio que fue usado más tarde con mucho éxito en *Piratas de Penzance*, y una balada.

Lleno de entusiasmo, insistí:

—¡Si pudiera oírla! Si pudiera poner mis manos sobre la partitura y estudiarla... Si pudiera poner una copia en una caja de seguridad en un banco y de alguna manera conseguir que fuera abierta ahora...

Los ojos de Mary brillaban; sin embargo, no perdió su sentido de lo práctico.

—Pero, ¿podría hacerse? De acuerdo que cualquier cosa de *Tespis* podría ser el descubrimiento G and S del siglo, pero no hay que concebir falsas esperanzas. Aunque consigas penetrar en la mente de alguien en mil ochocientos setenta y uno, ¿puedes obligarle a hacer lo que tú deseas?

—Podría intentarlo —dije—. Será alguien muy parecido a mí si nuestras mentes resuenan tan fuertemente cruzando un abismo de tiempo de más de un siglo. Tendrá mis mismos gustos.

—Pero, ¿y si te ocurriera algo a ti?

—Algunas metas bien merecen el riesgo —dije firmemente, y ella estuvo de acuerdo.

No hubiera sido Mary si no lo hubiera estado en este caso.

De todos modos, no le dije que John me había advertido que el mayor riesgo era el de daños cerebrales.

—No hay forma de predecir cuán grande es el riesgo de daños —me dijo—, ni siquiera si se producirán o no, hasta que hagamos la prueba. Yo preferiría no intentarlo con mi mejor amigo.

—Tu mejor amigo insiste —dije.

Y firmé todos los pliegos de descargo que los abogados de la John's Temporal Transfer Foundation habían elaborado.

Pero tomé una precaución. No le dije a Mary exactamente cuándo se efectuaría la prueba. Si algo iba mal, no deseaba que ella estuviera allí en aquel momento. Pronto iba a efectuar su viaje anual al Canadá para visitar a sus padres, así que, ¿por qué no entonces?

—John no estará listo hasta el otoño, como mínimo —le dije, e hice todo lo que pude por aparentar decepción.

Tres días después que Mary se hubiera ido, todo estaba listo.

No me sentía en absoluto nervioso, ni siquiera cuando John dijo:

—Las sensaciones pueden ser desagradables.

Lo deseché con un alzamiento de hombros.

—John —dije—, cuando esté en Inglaterra, ¿seré capaz de hacer algo? Voluntariamente, quiero decir.

—Esa es otra pregunta a la que no puedo responder categóricamente hasta tu regreso —dijo John—, el cual, dicho sea de paso, será automático. Incluso aunque yo cayera muerto de pronto o fallara la energía, la resonancia se cortará finalmente por sí misma, y tú serás traído de vuelta aquí. Eso es seguro, puesto que tu cuerpo físico no abandonará este tiempo en ningún momento. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

John estaba convencido que tranquilizarme sobre este punto aliviaría la tensión y disminuiría la posibilidad de daños cerebrales. Me había tranquilizado al respecto una y otra vez. Insistí:

—¿Seré capaz de hacer algo?

—No lo creo. Sólo podrás observar.

—¿Puedo afectar a la historia?

—Eso introduciría paradojas, que es lo que hace imposible la noción habitual del viaje por el tiempo. Tú puedes observar, traer de vuelta esas observaciones, y cambiar la historia a partir de este punto, de hoy..., lo cual no introduce paradojas.

—Es mejor que nada —murmuré.

—Por supuesto. Podrás oír esa opereta tuya, posiblemente, y eso ya será algo.

Algo, pero no lo suficiente. Yo no era un músico entrenado; no sería capaz de reproducir todas las notas.

Me consolé con la esperanza que John estuviera equivocado o, quizá, estuviera mintiendo. Si existía la posibilidad de cambiar la historia, la Oficina de Evaluación Tecnológica no permitiría que prosiguieran los experimentos. Seguramente John tenía que pretender que no existía tal posibilidad, o de otro modo sus fondos para investigación serían cortados en seco.

Me trajeron el desayuno, y la enfermera dijo, con falsa alegría:

—Bien, parece que vuelve a ser usted mismo.

Había interrumpido mis recuerdos, y el desayuno no es que fuera apetecible precisamente, pero tenía el hambre suficiente para que las gachas de avena calientes me parecieran exquisitas.

Era una buena señal y una voz canturreó en mi mente:

—Bien, bien, así es la forma en que funciona el mundo y seguirá funcionando en el futuro; mientras los tontos son nombrados barones y condes, no hay nada para la inteligente oscuridad.

Lo reconocí. Era el coro al solo de Mercurio del primer acto de *Tespis*. O al menos reconocí la letra. La música era nueva para mí..., pero era Sullivan. No había dudas al respecto.

John Sylva llegó a las diez de la mañana. Dijo:

—Llamaron para decirme que te habían quitado el suero y que seguías preguntando por mí. ¿Cómo te sientes? Pareces completamente normal.

Su alivio parecía limitado. Había una expresión preocupada en sus ojos.

—¿Estuve preguntando por ti?

Intenté recordar.

—Constantemente, mientras te hallabas semiconsciente. Estuve aquí ayer, pero no estabas despierto del todo.

—Creo recordar —dije. Luego aparté el asunto a un lado—. Escucha, John. —Mi voz era más bien débil, pero empecé desde el principio el solo de Mercurio—. «Oh, soy el mensajero celestial, de la mañana a la noche no descanso ni un momento; cumplo con mis diligencias todo el día...»

Y seguí hasta el final.

John asintió, siguiendo el compás mientras yo cantaba.

—Bonito—dijo.

—¡Bonito! Es *Tespis*. Asistí a tres representaciones en Londres. Ni siquiera tuve que hacer nada para conseguirlo. Mi alter ego..., un corredor de bolsa, por cierto, llamado Jeremy Bentford..., lo hizo por iniciativa propia. Incluso intenté conseguir una copia de la partitura. Logré que Bentford entrara en el camerino de Sullivan durante la tercera representación. No necesité mucho. Él se sentía igualmente ansioso; éramos muy parecidos, de ahí la resonancia, por supuesto.

»El problema es que fue descubierto y echado. Llegó a tener la partitura en sus manos, pero no pudo llevársela. Así que tienes razón. No podemos cambiar la historia pasada... Sin embargo, podemos cambiar la historia futura, puesto que tengo las melodías más importantes de *Tespis* en mi cabeza...

—¿De qué estás hablando, Herb? —dijo John.

—¡De Inglaterra! ¡De mil ochocientos setenta y uno! Por el amor de Dios, John. ¡De la transferencia temporal!

John casi dio un salto en su silla.

—¿Así que por eso es que querías verme?

—Sí, por supuesto. ¿Cómo puedes preguntarlo? ¿Acaso no has estado aquí todo el tiempo? Dios mío, me enviaste hacia atrás en el tiempo. A mi mente, al menos.

John parecía absolutamente desorientado. ¿Acaso yo estaba diciendo tonterías? ¿Había sufrido daños mi cerebro después de todo? ¿No estaba diciendo lo que yo creía que estaba diciendo?

—Hablamos mucho acerca de la transferencia temporal, sí —dijo John—. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Nunca funcionó. Lo recuerdas, ¿no? Fue un fracaso.

Fue mi turno de mostrarme desconcertado.

—¿Cómo puede haber sido un fracaso? Me enviaste hacia atrás.

John estuvo pensativo unos instantes, luego se puso en pie.

—Déjame llamar al médico, Herb.

Intenté sujetarle por la manga.

—¡No, lo conseguiste! ¿De qué otro modo puedo saber las melodías de *Tespis*? No creerás que te estoy engañando, ¿verdad? No creerás que soy capaz de haberme inventado lo que acabo de cantarte.

Pero él había pulsado ya el botón llamando a la enfermera, y se había ido. Finalmente llegó el médico, y se dedicó al ridículo ritual del examen.

¿Por qué estaba mintiendo John? ¿Había tenido problemas con el Gobierno al enviar mi mente hacia atrás en el tiempo? ¿Pretendía salvar su proyecto obligándome a mentir a mí también? ¿O pretendiendo que me había vuelto loco?

Aquel era un pensamiento depresivo y perturbador. Tenía la música de *Tespis*, pero, ¿podía probar que era lo que era? ¿No era mucho más fácil suponer que se trataba de una superchería? ¿Sería capaz la Gilbert and Sullivan Society de ayudar en eso? Tenía que existir gente capaz de juzgar si aquello llevaba la marca de fábrica de Sullivan, por decirlo así. Pero, ¿podría alguien demostrar algo concreto, si John seguía firme en su negativa?

A la mañana siguiente me sentía beligerante al respecto. De hecho, no pensaba en nada más. Llamé a John (mejor dicho, hice que la enfermera le llamase), y le dije que tenía que verle de nuevo. Olvidé completamente pedirle que me trajera mi correo, que tenía que contener cartas de Mary, entre otras cosas.

Cuando John llegó, dije apenas la puerta se abrió y su rostro apareció en el umbral:

—John, tengo la música de *Tespis*. Te la cantaré. ¿Sigues negando que te estoy diciendo la verdad respecto a ello?

—No, por supuesto que no, Herb —dijo, apaciguador—. Yo también me sé las melodías.

Aquello casi me detuvo. Tragué saliva y dije:

—¿Cómo puedes...?

—Mira, Herbert. Te comprendo. Imagino que tú desearías que la música de *Tespis* se hubiera perdido. Pero no es así. Tienes que enfrentarte a ello. Mira esto.

Me tendió un libro con tapas de color azul. El título era: *Tespis*, letra de William Schwenck Gilbert y música de Arthur Sullivan.

Lo abrí, y lo hojeé completamente asombrado.

—¿Dónde conseguiste esto?

—En una tienda de música cerca del Lincoln Center. Puedes encontrarlo en cualquier lugar donde vendan las obras de Gilbert y Sullivan.

Durante un rato permanecí en silencio. Luego dije malhumorado:

—Quiero que hagas una llamada por mí.



—¿A quién?

—Al presidente de la Gilbert and Sullivan Society.

—Por supuesto, si me das su nombre y número.

—Pídele que venga a verme. Tan pronto como pueda. Es muy importante.

De nuevo olvidé preguntarle por mi correo... No, *Tespis* estaba primero.

Saul Reeve estaba en mi habitación inmediatamente después de comer, con su amable rostro y su oronda barriga ofreciendo un elemento de solidez al que me aferré aliviado. Era virtualmente la personificación de la Sociedad, y me sentí un poco asombrado porque no llevara su habitual camiseta de Gilbert y Sullivan.

—Me alegra enormemente ver que has salido con bien de esta, Herb —dijo—. La Sociedad estaba muy preocupada.

(¿Salido con bien de qué? ¿Preocupada por qué? ¿Cómo podían saber del experimento de transferencia temporal? Y si lo sabían, ¿por qué John estaba mintiendo y diciendo que no se había producido ninguna?)

Dije secamente:

—¿Qué ocurre con *Tespis*?

—No sé. ¿Qué ocurre con *Tespis*?

—¿Existe su música?

El pobre Saul no es ningún actor. Sabe todo lo que puede saberse acerca de Gilbert y Sullivan, pero si sabe algo más, es que ha engañado a todo el mundo. La expresión de sorpresa en su rostro tenía que ser el indicio de una auténtica y sincera emoción.

—Por supuesto que existe —dijo—. Pero estuvo a punto de no existir, si es eso lo que quieres decir.

—Más bien lo que tú quieres decir.

—Bueno, tú también conoces la historia.

—Cuéntamela, de todos modos. ¡Cuéntamela!

—Bueno, Sullivan estaba disgustado por la acogida que había tenido la obra, y no pensaba publicar la partitura. Luego hubo un intento de robo. Un corredor de bolsa intentó apropiarse de la partitura; en realidad la tenía ya en sus manos cuando fue atrapado. Sullivan dijo que si la partitura era lo bastante buena para que alguien la robara, era también lo bastante buena para ser publicada. Si no hubiera sido por ese corredor de bolsa, lo más probable es que hoy no dispusiéramos de esa música. De todos modos, tampoco es tan popular como todo eso. Casi nunca se ha representado. Tú lo sabes bien.

Después de eso, ya no escuché más.

¡Si no hubiera sido por ese corredor de bolsa!

Así pues, yo había cambiado la historia.

¿Explicaba eso todo el asunto? ¿Algo tan insignificante como la publicación de

*Tespis* había desencadenado un oleaje y había creado un tiempo alternativo, en el que yo me encontraba aprisionado?

¿De dónde había procedido el oleaje? ¿Tanto importaba la música? ¿Había inspirado a alguien a hacer algo o decir algo que de otro modo no hubiera sido dicho o hecho? ¿O había dado un giro la carrera del corredor de bolsa a raíz de su detención por intento de robo, y ese giro había iniciado el oleaje?

¿Y todo eso había alterado tanto los acontecimientos que John Sylva jamás había desarrollado la tecnología de la transferencia temporal, de tal modo que yo me veía atrapado para siempre en el nuevo mundo?

Me di cuenta que me hallaba solo. Ni siquiera había sido consciente que Saul se había ido.

Agité la cabeza. ¿Cómo era posible aquello? ¿Cómo podía el «sí» de la transferencia temporal convertirse en un «no»? John Sylva no había cambiado. Saul Reeve no había cambiado. ¿Cómo podía haberse producido un cambio tan grande sin que existieran muchos pequeños cambios?

Pulsé el timbre para llamar a la enfermera.

—¿Puede proporcionarme un ejemplar del *Times*, por favor? El de hoy, el de ayer, el de la semana pasada. No importa.

¿Tendría alguna excusa para proporcionármelo? ¿Había una conspiración para mantenerme confundido, por alguna razón que no me podía explicar?

Me trajo uno inmediatamente.

Miré la fecha. Cuatro días después del experimento de transferencia temporal.

Los titulares parecían normales: el presidente Carter, la crisis de Medio Oriente, los lanzamientos de satélites.

Fui pasando las páginas, en busca de discrepancias que pudiera reconocer. La senadora Abzug había presentado un proyecto de ley para prestar ayuda federal a la financieramente comprometida ciudad de Nueva York.

¿La senadora Abzug?

¿No había perdido las primarias para el Senado en favor de Patrick Moynihan en 1976?

Yo había cambiado la historia. Había salvado *Tespis*, y al hacerlo había borrado de alguna manera el trabajo de John sobre la transferencia temporal, y dado las primarias a Bella Abzug.

¿Qué otros cambios? ¿Millones de insignificantes cambios en insignificantes personas a las que no podía reconocer? Si dispusiera de un *Times* de Nueva York de este mismo día correspondiente a mi mundo y pudiera compararlo con el *Times* que tenía entre las manos, ¿encontraría algún centímetro de papel en cualquier columna de cualquier página repetido exactamente?

Si las cosas eran así, ¿qué había ocurrido con mi vida? Me sentía exactamente

igual que antes. Naturalmente, tan sólo podía recordar mi vida del otro sendero temporal. El mío. En este..., podía tener hijos..., mi padre podía seguir vivo..., podía encontrarme sin empleo...

Entonces recordé mi correo, y me di cuenta que lo necesitaba. Llamé a la enfermera, y le pedí que llamara de nuevo a John Sylva. Tenía que traerme mi correspondencia. Él tenía la llave de mi apartamento. (¿La tenía en este sendero temporal?) Sobre todo, tenía que traerme las cartas de Mary.

John no vino, pero bastante después de comer sí vino el médico. No era en absoluto para la rutina habitual de pruebas y sondeos. Se sentó a mi lado y me miró pensativamente.

—El señor Sylva me dice que se halla usted bajo la impresión que la música de la obra de *Tespis* se había perdido —dijo.

Para entonces yo estaba ya en guardia. No iban a enviarme a una institución mental. Dije:

—¿Es usted un entusiasta de Gilbert y Sullivan, doctor?

—No un entusiasta, pero he visto varias de sus operetas; incluyendo, de hecho, *Tespis*, hará ahora un año. ¿Ha visto usted *Tespis* alguna vez?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

Y canturreé el solo de Mercurio. Pensé que era mejor no decirle que las únicas veces que había visto *Tespis* había sido en 1871.

—Entonces —dijo—, ¿no cree usted que la música de *Tespis* estaba perdida?

—Obviamente no, puesto que me la sé.

Eso lo contuvo. Carraspeó, e intentó una nueva táctica.

—El señor Sylva parece creer que se halla usted bajo la impresión de haber ido hacia atrás en el tiempo...

Me sentí como un matador esperando la embestida del toro. Casi disfruté del momento.

—Se trata de un chiste privado —dije.

—¿Un chiste?

—El señor Sylva y yo acostumbrábamos a discutir sobre el viaje temporal.

—Entonces —dijo el médico, con una especie de perseverante paciencia—, ¿fue sobre ese tema en particular sobre el que decidieron bromear? ¿Que la música de *Tespis* se había perdido?

—¿Por qué no?

—¿Tiene usted alguna razón para desear que esa música no exista?

—No, por supuesto que no.

Se me quedó mirando pensativamente.

—Ha dicho usted que vio una representación de *Tespis*. ¿Cuándo?

Me alcé de hombros.

—No puedo precisarlo en este momento. ¿Es necesario?

—¿Pudo haber sido en diciembre del año pasado?

—¿Fue entonces cuando la vio usted, doctor?

—Sí.

—Es muy posible que la viera entonces.

—Cuando yo la vi hacía muy mal día. Caía una lluvia helada. ¿Le ayuda eso a recordar?

¿Estaba intentando atraparme? ¿Iba a contradecirme de algún modo si pretendía recordar aquello?

—Doctor —dije—, obviamente no me encuentro bien, y no pretendo que todos los detalles estén claros en mi memoria. ¿Qué recuerda usted?

Aquello pasaba evidentemente la pelota a su terreno.

—Tengo entendido que aquel día el teatro estaba lleno, pese al mal tiempo —dijo—. Mucha gente había acudido tan sólo porque se trataba de *Tespis*, una obra que se representaba muy raramente, y de la que muchos ni siquiera habían oído hablar. Esa fue la única razón por la que yo acudí. Si la música de *Tespis* se hubiera perdido, y en consecuencia se hubiera tratado de cualquier otra obra, probablemente yo no habría ido. ¿Por eso le dijo usted al señor Sylva, cuando recuperó el conocimiento, que esa música no existía?

—¿Qué quiere decir?

—¿Porque entonces usted no hubiera ido? ¿Ni hubiera tomado aquel taxi para regresar?

—No le comprendo.

—Estuvo usted en un accidente, señor.

—¿Me está diciendo que por eso es que me hallo aquí?

Le miré con hostilidad.

—No, señor. Eso fue hace un año. La que tuvo el accidente fue su esposa.

Sentí la puñalada como si la palabra fuera un estilete de hielo. Intenté incorporarme sobre un codo, pero había una enfermera a mi lado, sujetándome. No la había visto acercarse.

—¿Lo recuerda usted? —dijo el médico.

¿Qué se suponía que debía recordar? ¿Faltaba algo peor? Ansiosamente pregunté:

—¿Mi esposa resultó muerta?

«Niégalo. Por favor, niégalo.»

Sin embargo, la vaga tensión del médico disminuyó. Suspiró ligeramente.

—Así pues, recuerda.

Dejé de debatirme. Había un fallo en la historia.

—Si es así, ¿por qué estoy yo en el hospital ahora? —pregunté.

—Entonces, ¿no recuerda?

—Dígame usted.

Él iba a hacer que me enfrentara a la realidad. A su realidad; la realidad de su sendero temporal. Aguardé sus palabras.

—Desde entonces se hallaba usted sumido en una terrible depresión —dijo—. Intentó suicidarse. Nosotros le salvamos... Le ayudaremos.

No me moví. No hablé. ¿Dónde podía haber ayuda para mí?

Había cambiado la historia. Nunca podría regresar.

Había ganado a *Tespis*.

Pero había perdido a Mary.

## ¡Localizados! (1978)

---

“Found!”

Al igual que las otras tres que se perseguían mutuamente en órbita alrededor de la Tierra, Computadora Dos era mucho más grande de lo que debía ser.

Podría haber tenido una décima parte de su diámetro y con todo contener el volumen que precisaba para almacenar los datos acumulados y por acumular que permitían controlar la totalidad de los vuelos espaciales.

Sin embargo, necesitaban el espacio extra, para que Joe y yo pudiéramos meternos dentro si nos hacía falta. Y nos hacía falta.

Computadora Dos era perfectamente capaz de cuidar de sí misma. Es decir, normalmente. Resolvía cualquier problema tres veces en circuitos paralelos, y los tres programas debían encajar perfectamente; las tres respuestas debían coincidir. Si no era así, la respuesta se retrasaba unos nanosegundos mientras Computadora Dos hacía la comprobación, encontraba la parte que funcionaba mal y la reemplazaba.

No existía medio seguro que permitiera a la gente ordinaria saber cuántas veces se corregía Computadora Dos. Quizá nunca. Quizá dos veces diarias. Sólo Computadora Central sabía cuántos recambios de componentes habían sido usados como sustitutos. Y Computadora Central jamás hablaba de ello. La única imagen pública de utilidad es la perfección.

Y esa perfección había existido. Hasta entonces, nunca se había producido una sola llamada para nosotros, para Joe y yo.

Somos los reparadores. Subimos allí cuando algo va realmente mal, cuando Computadora Dos o alguna de las otras no pueden corregirse. Eso jamás había sucedido en los cinco años que llevábamos en el empleo. Ocurrió de vez en cuando en los primeros tiempos, pero fue antes de nuestra época.

Nos manteníamos bien entrenados, no me interpreten mal. No hay una sola computadora a la que Joe y yo no seamos capaces de hacer un diagnóstico. Muéstranos el error y nosotros les mostraremos la avería. O lo hará Joe, da lo mismo. No soy de esas que cantan sus alabanzas. El expediente habla por sí solo.

Sea como fuere, en esta ocasión ninguno de los dos lograba hacer el diagnóstico.

Lo primero que sucedió fue que Computadora Dos perdía presión interna. No es un fallo sin precedentes y, ciertamente, tampoco es fatal. Al fin y al cabo, Computadora Dos puede trabajar en el vacío. La atmósfera interna se estableció en los viejos tiempos, cuando se esperaba que habría un flujo constante de reparadores que manosearían la máquina. Y se ha conservado por pura tradición. ¿Quién dice que los científicos no están atados a la tradición? Cuando no hacen de científicos, también son humanos.

Partiendo del ritmo de la pérdida de presión se dedujo que un meteorito del

tamaño de un guijarro había alcanzado a Computadora Dos. El radio, masa y energía exactos fueron dados a conocer por la misma Computadora Dos, utilizando como datos el ritmo de la pérdida de presión, y algunas otras irregularidades.

Lo segundo que sucedió fue que la brecha no se cerró y por consiguiente la atmósfera no se regeneró. Después se produjeron errores, y nos llamaron.

Era absurdo. Joe dejó que un gesto de pesar recorriera sus ordinarias facciones y dijo:

—Debe haber un montón de cosas averiadas.

—Es muy probable que el trozo de roca rebotara —dijo alguien en Computadora Central.

—Con esa energía de entrada —observó Joe—, habría salido directamente por el otro lado. Nada de rebotes. Además, incluso con rebotes, tendría que haber recibido golpes muy improbables.

—Bien, ¿qué hacemos, entonces?

Joe estaba incómodo. Creo que fue en ese momento cuando empezó a intuir lo que se aproximaba. Había logrado que el caso sonara lo bastante raro como para requerir la presencia de los reparadores en el lugar..., y Joe jamás había estado en el espacio. Joe no me había dicho una sola vez que su principal motivo para aceptar el empleo era que confiaba en no tener que subir al espacio; me lo había dicho 2X veces, siendo x un número bastante alto.

Así que tuve que decirlo por él.

—Tendremos que subir ahí arriba —expuse.

La única salida de Joe habría consistido en afirmar que no creía poder ocuparse de la tarea; sin embargo, vi que su orgullo iba sacándole ventaja poco a poco a su cobardía. No mucha ventaja, claro. Digamos que ganó por un pelo.

Para los que no hayan estado en una nave espacial en los últimos quince años —y supongo que es imposible que Joe sea el único—, permítanme subrayar que la aceleración inicial constituye el único detalle fastidioso. Y no puedes librarte de eso, por supuesto.

Después no ocurre nada, a menos que se quiera tener en cuenta el posible aburrimiento. Eres un simple espectador. Todo el conjunto está automatizado y controlado por computadora. Los viejos y románticos días de los pilotos han desaparecido por completo. Supongo que volverán brevemente cuando nuestras colonias espaciales se trasladen al cinturón de asteroides, como en todo momento amenazan con hacer..., pero será tan sólo hasta que nuevas computadoras sean puestas en órbita para hacerse cargo de la capacidad adicional precisa.

Joe contuvo la respiración durante la aceleración, o al menos dio la impresión de hacerlo. (Debo admitir que yo misma no me encontraba muy a gusto. Sólo era mi tercer viaje. Había pasado un par de vacaciones en Colonia Ro acompañada de mi

marido, pero no puede decirse que fuera una mujer curtida.) Después Joe se tranquilizó un rato, pero sólo un rato. Luego empezó a desanimarse.

—Confío en que este trasto sepa adónde va —dijo, con aire de irritación.

Extendí las manos, con las palmas hacia arriba, y sentí que el resto de mi cuerpo oscilaba un poco hacia atrás en el campo de gravedad nula.

—Eres un especialista en computadoras —comenté—. ¿Dudas acaso que sepa adónde va?

—No, claro, pero Computadora Dos está fuera de servicio.

—No estamos conectados a Computadora Dos —expliqué—. Hay otras tres. Y aunque sólo quedara una en funcionamiento, sería capaz de ocuparse de todos los viajes espaciales de un día normal.

—Las cuatro podrían quedar fuera de servicio. Si Computadora Dos falla, ¿por qué no las demás?

—En ese caso controlaremos la nave manualmente.

—Lo harás tú, supongo. ¿Sabes cómo? Creo que no.

—Bueno, ya me lo dirán ellos.

—¡Por el amor de Eniac! —gruñó Joe.

En realidad no hubo problemas. Avanzamos hacia Computadora Dos con la misma fluidez del vacío y, menos de dos días después del despegue, fuimos colocados en una órbita de estacionamiento a menos de diez metros de la parte trasera.

Lo que no resultó tan grato fue que, a las veinte horas de haber partido, recibimos la noticia procedente de la Tierra informando que Computadora Tres estaba perdiendo presión interna. La falla de Computadora Dos iba a extenderse al resto, y cuando las cuatro máquinas quedaran fuera de servicio, el vuelo espacial quedaría frenado. Era posible reorganizarlo sobre una base manual, sí, pero eso llevaría meses como mínimo, tal vez años, y se produciría un grave trastorno económico en la Tierra. Pero, lo que era aún más importante, probablemente morirían varios miles de personas que se encontraran en el espacio.

No servía de nada pensar en eso, y ni Joe ni yo hablamos del asunto, pero el humor de Joe no mejoró y, digamos la verdad, eso no me hizo nada feliz.

La Tierra flotaba a doscientos mil kilómetros por debajo de nosotros, aunque a Joe no le inquietaba el detalle. Estaba concentrado en su correa y comprobando su pistola de reacción. Deseaba asegurarse que podría llegar a Computadora Dos y regresar.

Les sorprendería comprobar la habilidad de sus piernas espaciales -si es que no lo han hecho nunca- cuando no les queda más remedio que moverse. No me atrevería a decir que lo hicimos inigualablemente; de hecho, desperdiciamos la mitad del combustible que usamos, pero por fin llegamos a Computadora Dos. Apenas notamos



un golpe al tocar Computadora Dos. (Por supuesto, el ruido se oye incluso en el vacío, porque la vibración atraviesa el tejido metálico de tu traje espacial; pero apenas hubo un golpe, sólo un murmullo.)

Como es de suponer, nuestro contacto y la adición de nuestro impulso alteró ligeramente la órbita de Computadora Dos, aunque un pequeño gasto de combustible compensó el hecho y no tuvimos que preocuparnos por eso. Computadora Dos se encargó del problema, ya que, por lo que sabíamos, ninguna de sus averías había afectado su funcionamiento externo.

Primero acometimos la parte exterior, naturalmente. La posibilidad que un pequeño fragmento de roca hubiera atravesado como un proyectil a Computadora Dos, y dejado un agujero inconfundible, era bastante abrumadora. Dos agujeros, probablemente: uno al entrar y otro al salir.

La posibilidad que tal cosa suceda es de una entre dos millones en un día dado, lo que significa que sucederá al menos una vez en seis mil años. No es probable, pero sí posible, ¿comprenden? La probabilidad que la máquina sea alcanzada por un meteorito bastante grande como para destruirla es de una entre diez mil millones por día.

No mencioné estos datos porque Joe podía darse cuenta que también nosotros estábamos expuestos a probabilidades similares. De hecho, cualquier impacto que recibiéramos haría mucho más daño a nuestros delicados y tiernos organismos que a la estoica y superresistente maquinaria de la computadora, y yo no quería que Joe se pusiera más nervioso de lo que estaba.

La cuestión es que, pese a todo, no se trataba de un meteorito.

—¿Qué es esto? —preguntó al fin Joe.

Era un pequeño cilindro pegado a la pared externa de Computadora Dos, la primera anomalía que habíamos descubierto en su apariencia exterior. Tenía medio centímetro de diámetro y quizá seis de largo. Casi como un cigarrillo, para los que hayan caído en la antigua mala manía de fumar.

Sacamos nuestras linternas.

—No es uno de los componentes externos —dije.

—Seguro que no —murmuró Joe.

Había una débil marca en espiral que recorría el cilindro de una punta a otra. Nada más. Por lo demás, era de metal, aunque de composición granulosa, muy rara..., al menos a la vista.

—No está muy pegado —dijo Joe.

Lo tocó suavemente con un dedo grueso y enguantado y el cilindro cedió. Empezó a alzarse de donde había hecho contacto con la superficie de Computadora Dos, y nuestras linternas iluminaron un boquete visible.

—He ahí el motivo por el que la presión interna cayera a cero —dije.

Joe gruñó. Apretó un poco más, y el cilindro saltó y empezó a irse flotando. Logramos atraparlo con cierto esfuerzo. Tras de sí había dejado un agujero perfectamente circular en la superficie de Computadora Dos, con un diámetro de medio centímetro.

—Este objeto, lo que sea, no es mucho más que hojalata.

El cilindro, delgado pero elástico, cedía fácilmente bajo los dedos de Joe. Un poco más de presión y se abolló. Joe se metió el objeto en el bolsillo y cerró éste rápidamente.

—Recorre la parte exterior y comprueba si hay más cosas de estas. Yo iré adentro —dijo.

No tardé mucho. Luego entré en la computadora.

—Todo en orden —expliqué—. Este es el único que hay. El único agujero.

—Con uno basta —contestó sombríamente Joe. Contempló el liso aluminio de la pared; a la luz de la linterna, el perfecto círculo de negrura resultaba maravillosamente evidente.

No fue difícil poner un precinto en el agujero. Reconstituir la atmósfera resultó algo más difícil. Las reservas de los materiales que Computadora Dos tenía para formar gas eran escasas y los controles requerían un ajuste manual. El generador solar fallaba, pero nos las arreglamos para encender las luces.

Finalmente, nos quitamos los guantes protectores y el casco, no sin que Joe colocara los primeros dentro del segundo y asegurara el conjunto a uno de los lazos de su traje.

—Quiero tenerlos a mano si la presión empieza a caer —dijo agriamente.

De modo que yo hice lo mismo.

Había una señal en la pared, justo junto al boquete. Yo la había visto a la luz de la linterna cuando estaba ajustando el precinto. Al encenderse las luces, la marca quedó bien patente.

—¿Has visto eso, Joe? —pregunté.

—Lo he visto.

Había una depresión sutil y muy poco profunda en la pared, no muy visible, pero no había duda de su existencia si se pasaba el dedo por encima. Se observaba en una extensión de casi un metro. Era como si alguien hubiera arrancado una finísima capa de metal, de manera que la superficie quedaba claramente menos lisa que en otros puntos.

—Será mejor que llamemos a Computadora Central desde abajo.

—Si te refieres a cuando volvamos a la Tierra, de acuerdo —contestó Joe—. Me disgusta esa farsa de la conversación espacial. La verdad es que me disgusta todo lo relacionado con el espacio. Por eso acepté un empleo en la parte terrestre..., o sea, un empleo en la Tierra; al menos se suponía que lo era.

—Será mejor que llamemos a Computadora Central cuando volvamos a la Tierra —dijo pacientemente.

—¿Para qué?

—Para decirles que hemos localizado el fallo.

—¿Ah, sí? ¿Qué hemos localizado?

—El agujero. ¿No lo recuerdas?

—Pues sí, lo recuerdo. ¿Y qué produjo el agujero? No fue un meteorito. Nunca vi uno que dejara un boquete perfectamente circular, sin señales de pandeo o fusión. Y menos que dejara un cilindro. —Sacó el objeto del bolsillo de su traje y alisó la abolladura, con aire pensativo—. Bien, ¿qué produjo el agujero?

—No lo sé —repliqué sin dudar.

—Si informamos a Computadora Central, harán las preguntas, contestaremos «No lo sé», y, ¿qué habremos ganado aparte de un lío?

—Ellos nos llamarán, Joe, si nosotros no los llamamos a ellos.

—Claro. Y nosotros no responderemos.

—Supondrán que hemos muerto y enviarán un grupo de rescate.

—Ya conoces a Computadora Central. Les costará dos días decidirse. Tendremos algo para entonces, y en cuanto lo tengamos llamaremos.

La estructura interna de Computadora Dos no estaba diseñada realmente para ocupación humana. Estaba prevista la presencia ocasional y temporal de reparadores. Eso significaba que había espacio para maniobrar, y también herramientas y recambios.

Pero no había un solo sillón. Por lo demás, tampoco existía campo gravitatorio o una imitación centrífuga.

Los dos flotábamos, bamboleándonos lentamente hacia un lado u otro. De vez en cuando, uno tocaba la pared y rebotaba con suavidad. O una parte de uno se superponía a una parte del otro.

—Saca el pie de mi boca —dijo Joe, y lo apartó violentamente.

Fue un error, porque los dos nos pusimos a girar. Naturalmente, no fue esa la impresión que tuvimos. Para nosotros, era el interior de Computadora Dos el que giraba, cosa muy desagradable, y nos costó un buen rato quedar relativamente inmóviles de nuevo.

Teníamos la teoría perfectamente desarrollada en nuestro entrenamiento en casa, pero estábamos escasos de práctica. Muy escasos.

Cuando logramos estabilizarnos, sentí unas molestas náuseas. Llámelo náuseas, astro-náuseas o enfermedad del espacio, pero de todas formas son náuseas, y son peores en el espacio que en cualquier otro lugar, porque no hay nada para recoger los vómitos. Flotan alrededor en una nube de glóbulos, y no apetece seguir flotando cerca de ellos. Así que me contuve. Igual que Joe.

—Joe, está claro que la computadora falla. Examinemos sus entrañas.

Cualquier cosa para no pensar en *mis* entrañas y dejarlas en paz. Además, las cosas no iban demasiado de prisa. Yo seguía pensando en Computadora Tres camino del fallo total; quizá la Uno y la Cuatro estuvieran ya igual. Y había miles de personas en el espacio con la vida pendiente de lo que nosotros hiciéramos.

Joe también tenía la tez algo verdosa.

—Primero tengo que pensar —dijo—. Algo se metió dentro. No fue un meteorito, porque ha levantado un buen agujero en el casco. Y no se trata de un corte, porque no he encontrado un solo fragmento de metal en el interior. ¿Y tú?

—No. Pero no se me ha ocurrido buscarlo.

—A mí sí, y no hay nada por aquí.

—Puede haber caído al exterior.

—¿Con el cilindro tapando el agujero hasta que yo lo quité? Muy prometedor. ¿Has visto algo que saliera volando?

—No.

—Aún es posible que lo encontremos aquí, claro, pero lo dudo. La pared se disolvió de alguna forma, y algo entró.

—¿El qué? ¿Por qué?

La sonrisa de Joe fue notablemente maliciosa.

—¿Por qué quieres formular preguntas que no tienen respuesta? Si estuviéramos en el siglo pasado, yo diría que los rusos se las han arreglado para pegar ese dispositivo afuera... No te ofendas. Si estuviéramos en el siglo pasado, tú dirías que habían sido los estadounidenses.

Decidí ofenderme.

—Estamos tratando de llegar a algo que tenga sentido en este siglo, Iosif —dije fríamente, con exagerado acento ruso.

—Tendremos que suponer que ha sido cierto grupo disidente.

—Si es así —repliqué—, tendremos que pensar en un grupo con capacidad para el vuelo espacial y con pericia para inventar un mecanismo poco común.

—El vuelo espacial no ofrece dificultades, si puedes intervenir ilegalmente en las computadoras en órbita..., cosa que ha sido hecha. En cuanto al cilindro, tal vez sea menos absurdo cuando sea analizado en la Tierra..., abajo, como dirían los entusiastas del espacio.

—No tiene lógica —apunté—. ¿Por qué tratar de incapacitar a Computadora Dos?

—Como parte de un programa para incapacitar el vuelo espacial.

—En ese caso, todo el mundo sufrirá las consecuencias. También los disidentes.

—Pero llama la atención de todo el mundo, ¿verdad?, y de repente la causa de quienquiera que sea se hace famosa. O el plan consiste simplemente en dejar fuera de

combate a Computadora Dos y luego amenazar con hacer lo mismo con las otras tres. Ningún daño serio, pero infinidad de daño en potencia, y montones de publicidad.

Joe estaba examinando atentamente todas las partes del interior, repasándolo centímetro cuadrado a centímetro cuadrado.

—Podríamos suponer que el objeto no es de origen humano.

—No seas loco.

—¿Quieres que te dé mi opinión? El cilindro hizo contacto, después de lo cual algo de su interior comió un círculo de metal y penetró en Computadora Dos. Se arrastró por la pared interior, devorando una delgada capa metálica por alguna razón. ¿Te suena eso a algo de construcción humana?

—No que yo sepa, pero no lo sé todo. Ni siquiera tú lo sabes todo.

Joe ignoró mi comentario.

—Así que la cuestión es: ¿cómo logró esa cosa, lo que fuera, entrar en la computadora, que al fin y al cabo está razonablemente bien cerrada? Lo hizo con mucha rapidez, ya que anuló los dispositivos de reparación y regeneración de presión casi al instante.

—¿Es eso lo que buscas? —dije, señalando.

Joe trató de pararse demasiado rápidamente y dio un salto mortal hacia atrás, mientras gritaba:

—¡Eso es! ¡Eso es!

En su excitación, agitó brazos y piernas, cosa que no le llevaba a ninguna parte, claro está. Le agarré y durante un rato intentamos ejercer impulsos en direcciones no coordinadas, cosa que tampoco nos llevó a ninguna parte. Joe me dedicó algunos insultos, pero yo se los devolví, y en eso tenía ventaja. Comprendo el inglés a la perfección, de hecho mejor que Joe. Pero sus conocimientos de ruso son..., bueno, «fragmentarios» sería un adjetivo cortés. En un idioma que no se entiende, las malas palabras siempre resultan muy espectaculares.

—Aquí está —dijo Joe cuando finalmente nos equilibramos.

Apartó un pequeño cilindro del lugar donde el blindaje de la computadora se unía a la pared y apareció un diminuto agujero circular. El cilindro era igual que el del casco exterior, pero parecía más delgado. De hecho, pareció desintegrarse cuando Joe lo tocó.

—Será mejor que entremos en la computadora —dijo Joe.

La computadora era una confusión.

No a primera vista. No pretendo afirmar que fuera como un madero agujereado por termitas.

En realidad, si se observaba la computadora superficialmente, podía jurarse que estaba intacta.

Mirando con atención, sin embargo, era obvio que algunas de las placas habían desaparecido. Cuanto más atentamente mirabas, más placas veías que faltaban. Por otro lado, los repuestos que Computadora Dos usaba para repararse a sí misma se habían reducido a casi nada. Seguimos observando y descubrimos que faltaban otros detalles.

Joe se volvió a sacar el cilindro del bolsillo y contempló los dos extremos.

—Sospecho que se trata de silicio de alta calidad —explicó—. No puedo asegurarlo, claro, pero creo que los lados son fundamentalmente de aluminio, y los extremos planos, de silicio.

—¿Pretendes decir que el objeto es una batería solar?

—En parte sí. Así obtiene energía en el espacio. Energía para llegar a Computadora Dos, para hacer un agujero, para..., para..., no sé cómo decirlo. Para seguir viviendo.

—¿Has dicho... viviendo?

—¿Por qué no? Mira, Computadora Dos se repara sola. Es capaz de rechazar partes defectuosas y reemplazarlas con otras que funcionen, pero necesita una provisión de repuestos para hacerlo. Con suficientes repuestos de todos los tipos, podría construir una computadora igual, siempre que se la programara adecuadamente, pero necesita de esos repuestos, así que no suponemos que vive. El objeto que penetró en Computadora Dos recoge, al parecer, sus propios suministros. Es sospechosamente parecido a algo vivo.

—Lo que estás diciendo es que tenemos aquí un microordenador tan avanzado que puede considerarse vivo —dije.

—Francamente, no sé lo que estoy diciendo.

—¿Quién, en la Tierra, sería capaz de construir algo así?

—Eso, ¿quién, en la Tierra?

Yo hice el siguiente descubrimiento. Parecía un bolígrafo rechoncho que flotaba en el aire. Sólo lo vi por el rabillo del ojo. Era un bolígrafo.

En gravedad nula las cosas escapan de los bolsillos y flotan. No hay forma de tenerlas en su sitio a menos que estén confinadas físicamente. Bolígrafos, monedas y cualquier otro objeto que encuentre una abertura es de esperar que floten hacia donde las corrientes de aire y la inercia los lleven.

De manera que mi mente registró «bolígrafo», lo busqué a tientas distraídamente y, como es lógico, mis dedos no se cerraron sobre el objeto. El simple gesto de estirar el brazo crea una corriente de aire que aleja lo que se busca. Hay que deslizar una mano por detrás y luego atrapar el objeto con la otra. Asir cualquier objeto pequeño en el aire es una maniobra a dos manos.

Me volví para mirar el objeto y presté más atención en su recuperación, antes de darme cuenta que mi bolígrafo estaba seguro en su bolsillo. Lo palpé; estaba allí.

—¿Has perdido un boli, Joe? —pregunté.

—No.

—¿Algo parecido? ¿Una llave? ¿Un cigarrillo?

—No fumo, ya lo sabes.

Una respuesta estúpida.

—¿Nada? —dije exasperada—. Estoy viendo cosas.

—Bueno, nadie dice que estés equilibrada.

—Mira, Joe. Allí. Allí.

Se abalanzó hacia el objeto. Yo podría haberle dicho que no iba a lograr gran cosa.

Para entonces nuestro fisgoneo por la computadora parecía haberlo agitado todo. Veíamos cosas en cualquier parte que mirábamos. Flotaban en las corrientes de aire.

Detuve una al final. O mejor dicho, la cosa se detuvo sola, porque estaba en el traje de Joe, a la altura del codo. La arranqué y grité. Joe dio un brinco de terror y casi me hizo perder el objeto de un manotazo.

—¡Mira! —exclamé.

Había un círculo brillante en el traje de Joe, justo donde yo había tomado el objeto. Éste había empezado a abrirse camino comiéndose el material.

—Dámelo —dijo Joe.

Lo tomó cautelosamente y lo apretó contra la pared para mantenerlo fijo. Después lo descortezó, levantando con suavidad el delgadísimo metal.

Dentro había algo que semejaba una línea de ceniza de cigarrillo. Captaba la luz y fulguraba, sin embargo, como metal ligeramente tramado.

También tenía cierta humedad. Se retorció lentamente, dando la sensación que uno de sus extremos buscaba algo a ciegas.

El extremo tomó contacto con la pared y se aferró a ella. El dedo de Joe lo apartó. Hacer tal cosa parecía requerir cierto esfuerzo. Joe se frotó el pulgar.

—Parece grasiento.

El gusano metálico -no sé de qué otro modo llamarlo- dio la impresión de estar agotado después que Joe lo tocara. No volvió a moverse.

Yo me retorcí, y volvía la cabeza intentando contemplarme.

—Joe —dije—, por el amor de Dios, ¿se me ha pegado alguno?

—No veo ninguno —contestó.

—Bueno, mírame. Tienes que mirarme, Joe, y yo te miraré también. Si nuestros trajes están rotos no podemos regresar a la nave.

—En ese caso, no dejes de moverte.

¡Qué sensación tan espeluznante, estar rodeada de cosas ansiosas por disolverte el traje! Cuando aparecía alguna, intentábamos atraparla y apartarnos de su camino al mismo tiempo, por lo que la situación era casi imposible. Un objeto más bien grande

se deslizó cerca de mi pierna y traté de pisarlo, lo cual fue una tontería, porque si llego a alcanzarlo tal vez se me hubiera pegado. De todos modos, la corriente de aire que ocasioné lo condujo a la pared, y allí se quedó.

Joe estiró el brazo para atraparlo..., con demasiada rapidez. El resto de su cuerpo rebotó, mientras él daba un salto mortal y uno de sus pies golpeaba el muro cerca del cilindro. Cuando por fin Joe logró afianzarse, el objeto seguía allí.

—No lo aplasté, ¿eh?

—No, no lo hiciste —repliqué—. Has fallado por un decímetro. No se escapará.

Yo tenía una mano en cada extremo de la cosa. Era el doble de larga que el otro cilindro. En realidad era como dos cilindros unidos por la base, con un estrechamiento en el punto de unión.

—Acto de reproducción —dijo Joe mientras levantaba el metal. En esta ocasión lo que había dentro era una línea de polvo. Dos líneas. Una a cada lado de la constricción—. No cuesta mucho matarlos. —Se tranquilizó claramente—. Creo que estamos a salvo.

—Parecen vivos —dije de mala gana.

—Creo que es más que eso. Son virus..., o el equivalente.

—¿Qué estás diciendo?

—Por supuesto, soy técnico en computadoras y no virólogo..., pero tengo entendido que los virus de la Tierra, o de allí «abajo», como tú dirías, están formados por una molécula de ácido nucleico envuelta en una vaina proteica.

»Cuando un virus invade una célula, se las arregla para abrir un agujero en la membrana celular mediante el uso de cierta enzima apropiada, y el ácido nucleico se desliza al interior, dejando fuera la vaina proteica. Dentro de la célula encuentra el material para fabricarse una nueva vaina. De hecho, logra formar réplicas de sí mismo y produce una nueva vaina proteica por cada réplica. En cuanto ha despojado por completo a la célula, ésta se disuelve, y en lugar del solitario virus invasor existen varios cientos de virus hermanos. ¿Te resulta familiar?

—Sí. Muy familiar. Es lo que está ocurriendo aquí. Pero, ¿de dónde ha salido esto, Joe?

—Es obvio que ni de la Tierra ni de una colonia terrestre. De algún otro sitio, supongo. Flotan por el espacio hasta que encuentran algo apropiado que les permita multiplicarse. Buscan objetos grandes de metal elaborado. No creo que sean capaces de olfatear minerales metalíferos.

—Pero grandes objetos metálicos con componentes de silicio puro y algunos otros materiales igual de suculentos sólo son producto de una vida inteligente —opiné.

—Exacto —dijo Joe—. Lo que significa que poseemos la mejor prueba confirmando que la vida inteligente es común al Universo, ya que objetos como este



satélite tienen que abundar bastante, o no podrían mantener a estos virus. Y eso también significa que la vida inteligente es antigua, quizá de diez mil millones de años, y lo suficientemente desarrollada para permitir una especie de evolución metálica, la creación de una vida metal/silicio/grasa, igual que nosotros hemos formado una vida ácido nucleico/proteínas/agua. Es tiempo suficiente para que evolucione un parásito de artefactos espaciales.

—Das a entender que siempre que una forma de vida inteligente crea una cultura espacial, no tarda en verse sometida a una infección parásita.

—Exacto. Y debe ser controlada. Por fortuna, estos seres son fáciles de matar, en especial ahora que se están formando. Posteriormente, cuando estén preparados para irse de Computadora Dos, supongo que agrandarán y espesarán sus vainas, estabilizarán el interior y se dispondrán a flotar, como un equivalente de las esporas, un millón de años antes de encontrar otro hogar. Podría no ser tan fácil matarlos en ese momento.

—¿Cómo vas a matarlos?

—Ya lo he hecho. Sólo toqué al primero, que buscaba instintivamente metal para iniciar la producción de una nueva vaina, ya que yo había roto la primera al abrirla, y ese toque lo mató. No toqué al segundo, pero di una patada a la pared en sus cercanías y la vibración del metal convirtió sus entrañas en polvo metálico. Así que no podrán hacer nada, ni a nosotros ni a lo que queda de la computadora, si hacemos que vibren..., ¡ahora mismo!

Joe no tenía más que explicar, aunque ya se había explicado demasiado, ¿no? Se puso los guantes poco a poco y golpeó la pared con una mano. Salió despedido y soltó una patada en cuanto volvió a aproximarse al muro.

—¡Haz lo mismo! —gritó.

Lo intenté, y durante un rato no descansamos. No saben lo difícil que es golpear una pared en gravedad cero; al menos hacerlo adrede y con la suficiente fuerza para que vibre. Unas veces acertábamos, otras no, o simplemente lográbamos un golpe de refilón que nos despedía dando vueltas pero que apenas producía sonido. Enseguida nos encontramos jadeando por el cansancio y la irritación.

Pero nos habíamos aclimatado (al menos yo), y las náuseas no volvieron. Volvimos a la tarea y finalmente recogimos más virus. En todos los casos no había más que polvo en el interior. Era evidente que estaban adaptados a objetos espaciales vacíos y automáticos, que, como las modernas computadoras, carecían de vibración. Eso es lo que posibilitaba, supongo, el desarrollar las estructuras metálicas, sumamente raquílicas en su composición, que poseían la suficiente inestabilidad para producir las propiedades de la vida simple.

—¿Crees que hemos acabado con todos? —pregunté.

—¿Cómo puedo saberlo? Con uno solo que quede, éste devorará al resto en busca

de metal y todo empezará de nuevo. Demos golpes un rato más.

Lo hicimos hasta que el cansancio hizo que nos desentendiéramos del problema de si quedaba o no alguno con vida.

—No hay duda que la Asociación Planetaria para el Avance de la Ciencia no quedará muy complacida al saber que los hemos matado a todos —dije, jadeante.

La sugerencia que hizo Joe respecto a lo que la APAC podía hacer consigo misma fue enérgica, aunque nada práctica.

—Mira —dijo—, nuestra misión es salvar Computadora Dos, unos cuantos miles de vidas y, tal como han ido las cosas, salvar también las nuestras. Ahora que decidan si quieren renovar esta computadora o construirla desde el principio. Es su bebé.

»La APAC sacará lo que pueda de estos objetos muertos, y eso ya es algo. Si quieren virus vivos, sospecho que los encontrarán flotando por esta zona.

—Muy bien. Mi sugerencia es que digamos a Computadora Central que haremos unos cuantos remiendos en esta computadora y que la obligaremos a que funcione hasta cierto punto, y que nosotros estaremos ahí hasta que llegue un equipo de reparaciones más importante, o lo que corresponda, para evitar otra infección. Mientras tanto, será mejor que vayan al resto de las computadoras y monten un sistema que las haga vibrar mucho en cuanto la atmósfera interna revele una caída de presión.

—Muy sencillo —dijo irónicamente Joe.

—Es una suerte que los encontráramos a tiempo.

—Espera un momento —dijo Joe, y de pronto su expresión era de suma gravedad—. Nosotros no los encontramos. Ellos nos encontraron a nosotros. Si la vida metálica ha evolucionado, ¿crees que es probable que esta sea su única forma?

»¿Y si estas formas de vida se comunican de algún modo y, en la inmensidad del espacio, otras se hallan ahora a punto de converger sobre nosotros en busca del botín? Y también otras especies. Todas ellas detrás del sabroso forraje de una cultura espacial todavía intacta. ¡Otras especies! Otras más vigorosas que soporten la vibración. Otras de mayor tamaño que sean más versátiles en sus reacciones ante el peligro. Otras que estén equipadas para invadir nuestras colonias en órbita. Otras, por el amor de Univac, que sean capaces de invadir la Tierra en busca de los metales de sus ciudades.

»Lo que voy a informar, lo que debo informar, ¡es que nos han localizado!

## Cómo ocurrió (1979)

“How It Happened”

Mi hermano empezó a dictar en su mejor estilo oratorio, ése que hace que las tribus se queden aleladas ante sus palabras.

—En el principio —dijo—, exactamente hace quince mil doscientos millones de años, hubo una gran explosión, y el universo...

Pero yo había dejado de escribir.

—¿Hace quince mil doscientos millones de años? —pregunté, incrédulo.

—Exactamente —dijo—. Estoy inspirado.

—No pongo en duda tu inspiración —aseguré. (Era mejor que no lo hiciera. Él es tres años más joven que yo, pero jamás he intentado poner en duda su inspiración. Nadie más lo hace tampoco, o de otro modo las cosas se ponen feas.)—. Pero, ¿vas a contar la historia de la Creación a lo largo de un periodo de más de quince mil millones de años?

—Tengo que hacerlo. Ése es el tiempo que llevó. Lo tengo todo aquí dentro —dijo, palmeándose la frente—, y procede de la más alta autoridad.

Para entonces yo había dejado el estilo sobre la mesa.

—¿Sabes cuál es el precio del papiro?—dije.

—¿Qué?

Puede que esté inspirado, pero he notado con frecuencia que su inspiración no incluye asuntos tan sórdidos como el precio del papiro.

—Supongamos que describes un millón de años de acontecimientos en cada rollo de papiro. Eso significa que vas a tener que llenar quince mil rollos. Tendrás que hablar mucho para llenarlos, y sabes que empiezas a tartamudear al poco rato. Yo tendré que escribir lo bastante como para llenarlos, y los dedos se me acabarán cayendo. Además, aunque podamos comprar todo ese papiro, y tu tengas la voz y la fuerza suficientes, ¿quién va a copiarlo? Hemos de tener garantizados un centenar de ejemplares antes de poder publicarlo, y en esas condiciones, ¿cómo vamos a obtener derechos de autor?

Mi hermano pensó durante un rato. Luego dijo:

—¿Crees que deberíamos acortarlo un poco?

—Mucho —puntalicé—, si esperas llegar al gran público.

—¿Qué te parecen cien años?

—¿Qué te parecen seis días?

—No puedes comprimir la Creación en sólo seis días —dijo, horrorizado.

—Ése es todo el papiro de que dispongo —le aseguré—. Bien, ¿qué dices?

—Oh, está bien —concedió, y empezó a dictar de nuevo—. En el principio...

—¿De veras han de ser solo seis días, Aaron?

—Seis días, Moisés —dije firmemente.

# Nada por nada (1979)

---

“Nothing for Nothing”

El escenario era la Tierra.

No era que los seres en la astronave creyeran que era la Tierra. Para ellos era una serie de símbolos almacenados en una computadora; era el tercer planeta de una estrella situada en una cierta posición con respecto a la línea que conectaba su planeta natal con el agujero negro que señalaba el centro de la galaxia, y moviéndose a una cierta velocidad con referencia a él.

El año era el 15000 a.C., más o menos.

No era que los seres en la astronave creyeran que era el año 15000 a.C. Para ellos, se trataba de un cierto período de tiempo señalado de acuerdo con su sistema de medidas local.

El capitán de la astronave dijo, más bien malhumorado:

—Esto es una pérdida de tiempo. El planeta está completamente helado. Vámonos.

Pero el explorador de la nave negó suavemente:

—No, capitán.

Y su palabra era ley.

Mientras la astronave estaba en el espacio, o en el hiperespacio, el capitán era la autoridad suprema, pero una vez instalada la nave en órbita en torno a un planeta, el explorador era quien tenía la última palabra. ¡Él sabía de mundos! Ésa era su especialidad.

Y este explorador se hallaba en una posición inexpugnable. Tenía lo que podía ser considerado como un instinto seguro para el comercio provechoso. Había sido él y sólo él el responsable del hecho de que aquella astronave en particular hubiera ganado tres Premios a la Excelencia por los trabajos efectuados en sus tres últimas expediciones. Tres de tres.

De modo que cuando el explorador decía «No», el capitán ni siquiera podía soñar en decir «Sí». Y aun en el improbable caso de que lo hubiera hecho, la tripulación se hubiera amotinado. Un Premio a la Excelencia podía significar, para el capitán, tan sólo un agradable disco espectral que colgar en el salón principal, pero para la tripulación representaba un suplemento espectacular en su paga al regreso a casa, un bien recibido aumento del tiempo de vacaciones, y una mejor pensión. Y este explorador lo había conseguido para ellos no una, sino tres veces. Tres de tres.

—Ningún mundo extraño debe ser dejado sin examinar —dijo el explorador.

—¿Qué tiene este de extraño? —preguntó el capitán.

—La sonda preliminar indica inteligencia, y en un mundo helado.

—Seguro que hay precedentes de eso.

—Los esquemas aquí son extraños. —El explorador parecía desconcertado—. No estoy exactamente seguro de cómo o por qué, pero los esquemas de vida e inteligencia son extraños. Debemos examinarlo más atentamente.

Y eso fue lo que se hizo, por supuesto. Había al menos medio trillón de mundos planetarios en la galaxia, si uno contaba solamente aquellos asociados con estrellas. Añadamos a esos el número indefinido de los que se mueven independientemente a través del espacio, y el número puede aumentar diez veces.

Incluso con la ayuda de las computadoras, ninguna astronave podía conocerlos a todos, pero un explorador experimentado, a fuerza de perder interés en todo lo demás, de estudiar cada informe exploratorio publicado, de considerar interminables correlaciones, y presumiblemente de jugar con estadísticas incluso en su sueño, llegaba a tener lo que a los demás les parecía una intuición mística hacia tales cosas.

—Deberemos enviar sondas en un programa completamente interconectado —dijo el explorador.

El capitán pareció ultrajado. Aquello significaba un detallado examen durante semanas, con un enorme gasto.

—¿Es absolutamente necesario? —preguntó, sabiendo que aquello era todo lo que podía exponer como objeción.

—Creo que sí —afirmó el explorador, con la confianza de alguien que sabe que su capricho es ley.

Las sondas trajeron de vuelta exactamente lo que el capitán esperaba, y con gran detalle. Una especie inteligente que recordaba, al menos en lo que se refería a su apariencia superficial, las razas menores de las regiones interiores más próximas del quinto brazo de la galaxia... algo bastante habitual, pero de interés para los mentólogos, sin duda.

Sin embargo, la especie inteligente estaba tan sólo al primer nivel de la tecnología... muy, muy alejado de todo lo que pudiera ser útil.

El capitán lo hizo notar así, apenas capaz de disimular su exasperación; pero el explorador, hojeando los informes, siguió inmovible.

—¡Qué extraño! —exclamó.

Y mandó llamar al comerciante.

Aquello ya era demasiado. Un buen capitán nunca debe proporcionar a un buen explorador causas para la infelicidad, pero hay límites para todo.

Luchando por mantener el nivel de comunicación dentro de lo educado, si no lo amistoso, el capitán preguntó:

—¿Con qué fin, explorador? ¿Qué podemos esperar a este nivel?

—Tienen herramientas —dijo pensativo el explorador.

—¡De piedra! ¡De hueso! ¡De madera! O de su equivalente en este planeta. Y eso es todo. Seguro que no vamos a encontrar nada en eso.

—Y sin embargo, hay algo extraño en los esquemas.

—¿Puedo saber de qué se trata, explorador?

—Si yo supiera de qué se trata, capitán, no sería extraño, y no tendría que descubrirlo. Realmente, capitán, debo insistir en que venga el comerciante.

El comerciante estaba tan indignado como el capitán, y tenía más posibilidades de expresarlo. La suya, después de todo, era una especialidad tan profunda como la de cualquier otro en la astronave, tan profunda y esencial, en su propia opinión (y en la de algunos otros), como la del explorador.

El capitán hacía navegar la astronave y el explorador detectaba civilizaciones útiles a partir de los signos más tenues, pero en último extremo era el comerciante y su equipo el que se enfrentaba a los alienígenas y extraía de sus mentes y cultura lo que resultaba útil, y les daba a cambio algo que ellos consideraran útil.

Y había un gran riesgo en eso. La ecología alienígena no podía ser alterada. Las inteligencias alienígenas no debían sufrir ningún daño, ni siquiera para salvar la propia vida de uno. Había buenas razones para eso a escala cósmica, y los comerciantes eran ampliamente recompensados por los riesgos que corrían, pero ¿por qué correr riesgos inútiles?

—Aquí no hay nada —dijo el comerciante—. Mi interpretación de los datos de las sondas es que estamos frente a animales semi-inteligentes. Su utilidad es nula. Su peligro es grande. Sabemos como tratar con alienígenas realmente inteligentes, y los equipos de comercio raramente resultan muertos por ellos. Quién sabe como reaccionarán esos animales... y usted sabe que no se nos permite defendernos adecuadamente.

—Esos animales, si no son más que eso, se han adaptado de una forma muy interesante al hielo. Hay aquí sutiles variaciones en los esquemas que no comprendo, pero mi considerada opinión es que no serán peligrosos, y que pueden ser incluso útiles. Tengo la sensación de que vale la pena examinarlos más de cerca.

—¿Qué podemos ganar de una inteligencia de la Edad de Piedra? —preguntó el comerciante.

—Le corresponde a usted averiguarlo.

El comerciante pensó lúgubremente: «Por supuesto, para eso me ha llamado... para que nosotros lo averigüemos».

Conocía muy bien la historia y la finalidad de las expediciones de la astronave. Hubo un tiempo, un millón de años antes, en que no había comerciantes, ni exploradores, ni capitanes, sino tan sólo animales ancestrales con una mente en

desarrollo y una tecnología de la Edad de Piedra... muy parecidos a los animales del mundo al que estaban orbitando ahora. Cuán lento había sido el avance, cuán dolorosamente, lento el progreso autogenerado... hasta que se había alcanzado el tercer nivel de civilización. Entonces habían llegado las astronaves y la posibilidad de la fertilización cruzada de culturas. Entonces había llegado el progreso.

—Con todos mis respetos, explorador —dijo el comerciante—, acepto tu experiencia intuitiva. ¿Aceptarás tú mi experiencia práctica, aunque sea menos dramática? No hay ninguna forma en la cual nada más abajo del tercer nivel de civilización pueda poseer algo que nosotros podamos utilizar.

—Eso —dijo el explorador— es una generalización que puede o no puede ser cierta.

—Con mi respeto, explorador. Es cierta. Y aunque esos... esos semi-animales tuvieran algo que nosotros pudiéramos usar, y no puedo imaginar qué pueda ser, ¿qué íbamos a darles a cambio?

El explorador guardó silencio.

—A este nivel —prosiguió el comerciante—, no hay ninguna forma en la cual una proto-inteligencia pueda aceptar una estimulación alienígena. Los mentólogos están de acuerdo en eso, y mi experiencia también. El progreso debe ser autogenerado hasta alcanzar al menos el segundo nivel. Y nosotros debemos dar algo; no podemos tomar nada por nada.

—Y eso tiene sentido, por supuesto —afirmó el capitán—. Estimulando a esas inteligencias a avanzar, podemos cosecharlas de nuevo en una visita posterior.

—No me importa la razón de todo eso —dijo el comerciante, impaciente—. Forma parte de la tradición de mi profesión. No causamos daño bajo ningún concepto, y pagamos por lo que tomamos. Ahí no hay nada que deseemos tomar; y aunque descubriéramos algo, no habría nada que pudiéramos dar a cambio. Perderíamos el tiempo.

El explorador agitó la cabeza.

—Te pido que visites algún centro de población, comerciante. Aceptaré tu decisión cuando regreses.

Y eso fue lo que se hizo.

Durante dos días el pequeño módulo del comerciante recorrió la superficie del planeta buscando alguna evidencia de un razonable nivel de tecnología. No había ninguno.

Una búsqueda completa podía emplear años, pero realmente no valía la pena. No era razonable suponer que un alto nivel tecnológico pudiera estar oculto. La tecnología más alta era siempre la que más se exhibía, porque no tenía rival. Esa era la experiencia universal de los comerciantes, en todas partes.



Era un planeta hermoso, aunque estuviera medio helado. Blanco y azul y verde. Salvaje y áspero y variado. Burdo... e intocado.

Pero el trabajo del comerciante no era fijarse en la belleza, de modo que apartó impaciente tales pensamientos con un alzarse de hombros. Cuando su tripulación le hablaba en tales términos, la hacía callar bruscamente.

—Aterrizaremos aquí —dijo—. Parece ser una concentración de inteligencias de buen tamaño. No podemos hacer nada mejor.

—¿Qué es lo que debemos hacer, maestro? —preguntó su segundo.

—Podéis grabar —dijo el comerciante—. Grabad a los animales, tanto los no inteligentes como los supuestamente inteligentes, y cualquier artefacto suyo que podáis descubrir. Aseguraos de que las grabaciones son absolutamente holográficas.

—Podemos simplemente mirar... —empezó a decir el segundo.

—Podemos simplemente mirar —le cortó el comerciante—, pero debemos disponer de una grabación para convencer a nuestro explorador de que sus sueños no son más que sueños, o nos quedaremos aquí para siempre.

—Es un buen explorador —afirmó uno de los miembros de la tripulación.

—Fue un buen explorador —corrigió el comerciante—, ¿pero significa eso que deba serlo siempre? Quizá su propio éxito le ha hecho aceptarse a sí mismo a un nivel demasiado alto de valoración. De modo que debemos convencerle de la realidad... si podemos.

Se enfundaron sus trajes para salir del módulo.

La atmósfera planetaria era respirable para ellos, pero la sensación de estar expuestos a los vientos de la superficie de un planeta siempre les incomodaba, aunque la atmósfera y la temperatura fueran perfectas... lo cual no era aquí el caso. La gravedad era un poco alta, así como el nivel de luz, pero podían soportarlo.

Los seres inteligentes, vestidos más bien someramente con las porciones externas de otros animales, retrocedieron reluctantes ante su aproximación, y observaron desde una prudente distancia. El comerciante se sintió aliviado ante aquello. Cualquier signo de no beligerancia era bien recibido por aquellos a quienes no les estaba permitido defenderse.

El comerciante y su tripulación no intentaron comunicarse directamente o hacer gestos amistosos. ¿Quién sabía qué gesto podía ser considerado amistoso por un alienígena? El comerciante estableció a cambio un campo mental, y lo saturó con vibraciones de inocencia y paz, y esperó que los campos mentales de las criaturas estuvieran lo suficientemente desarrollados como para responder.

Quizá lo estaban, puesto que unas cuantas de las criaturas retrocedieron un poco y observaron inmóviles, como si sintieran una intensa curiosidad. El comerciante creyó detectar pensamientos fugitivos... pero aquello parecía improbable con seres del primer nivel, y no los persiguió

En vez de ello, se dedicó impasible a la tarea de tomar reproducciones holográficas de la vegetación, de un puñado de torpes herbívoros que apareció ante él y luego, decidiendo que los alrededores eran peligrosos, se marchó apresuradamente. Un animal de buen tamaño se plantó un momento defendiendo su territorio, exhibiendo unas armas blancas y puntiagudas en una cavidad del extremo anterior de su cuerpo... luego se fue también.

La tripulación del comerciante se puso también al trabajo, moviéndose metódicamente por el paisaje.

La llamada, directamente mental, y sobrecargada con una tal emoción de sorpresa y maravilla que el contenido informativo quedó completamente ofuscado, llegó inesperadamente.

—¡Maestro! ¡Aquí! ¡Ven rápidamente!

No fueron dadas direcciones específicas. El comerciante tuvo que seguir el haz, que lo condujo hasta una grieta encajada entre dos salientes rocosos.

Otros miembros de la tripulación estaban convergiendo también hacia allí, pero el comerciante llegó primero.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

Su segundo estaba de pie en el resplandor de su traje antirradiaciones, en una profunda quietud en la ladera de la colina.

El comerciante miró a su alrededor.

—Este es un hueco natural, no un producto tecnológico.

—¡Sí, pero mira!

El comerciante alzó la vista, y durante quizá cinco segundos olvidó todo lo demás. Luego envió un enérgico mensaje a todos los demás para que permanecieran alejados de allí.

—¿Es esto de origen tecnológico? —preguntó.

—Sí, maestro. Puedes ver que sólo está parcialmente completado.

—Pero ¿por quiénes?

—Por esas criaturas de ahí afuera. Las inteligentes. Encontré a una trabajando aquí. Esta es su fuente de iluminación: estaba quemando vegetación. Esas son sus herramientas.

—¿Y dónde está ahora?

—Huyó.

—¿La viste realmente?

—La grabé.

El comerciante reflexionó. Luego volvió a mirar hacia arriba.

—¿Has visto alguna vez algo como esto?

—No, maestro.

—¿U oído de algo como esto?

—No, maestro.

—¡Sorprendente!

El comerciante no mostró signos de querer apartar los ojos de aquello, y el segundo dijo, en voz baja:

—Maestro, ¿qué hacemos?

—¿Eh?

—Esto seguramente hará ganar a nuestra nave un cuarto premio.

—Seguro —dijo el comerciante, a regañadientes—, si podemos tomarlo.

—Ya lo hemos grabado —informó el segundo, vacilante.

—¿Eh? ¿Y de qué nos sirve? No tenemos nada que dar a cambio.

—Pero tenemos esto. Démosles cualquier cosa.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó el comerciante—. Son demasiado primitivos para aceptar nada que podamos darles. Seguramente serán necesarios un millón de años antes de que puedan aceptar las sugerencias de origen exógeno... Vamos a tener que destruir la grabación.

—Pero nosotros sabemos, maestro.

—Entonces jamás deberemos hablar de ello. Nuestra nave tiene su ética y sus tradiciones. Tú lo sabes. ¡Nada por nada!

—¿Ni siquiera esto?

—Ni siquiera esto.

La firmemente implacable expresión del comerciante estaba teñida con una insoportable tristeza, y pese a su «Ni siquiera esto», se quedó allí, dudoso.

El segundo captó aquello y dijo:

—Intenta darles algo, maestro.

—¿De qué va a servir?

—¿Qué daño va a hacerles?

—He preparado una presentación para toda la astronave —dijo el comerciante—, pero debo mostrártela primero a ti, explorador... con mi profundo respeto y mis disculpas por mis anteriores pensamientos. Tú tenías razón. Había algo extraño en este planeta. Aunque las inteligencias del planeta apenas habían alcanzado el primer nivel, y aunque su tecnología era extremadamente primitiva, han desarrollado un concepto que nosotros nunca hemos poseído y uno que, por lo que sé, jamás hemos encontrado en ningún otro mundo.

—No consigo imaginar de qué pueda tratarse —dijo el capitán, inquieto.

Era muy consciente de que los comerciantes elogiaban a veces excesivamente sus compras para magnificar su valía.

El explorador no dijo nada. Era el más inquieto de los dos.

—Es una forma de arte visual —informó el comerciante.

—¿Entra en juego el color? —preguntó el capitán.

—Y la forma... pero consiguiendo el efecto más sorprendente. —Había preparado el proyector holográfico—. ¡Observad!

En el espacio visual frente a ellos apareció un grupo de animales; voluminosos, peludos, con dos cuernos y cuatro patas. Vacilaron, luego echaron a correr, arrojando nubecillas de polvo con sus cascos.

—Unos objetos horribles —murmuró el capitán.

La grabación holográfica detuvo su movimiento, paralizando a todo el grupo de animales. La imagen se amplió, y un solo animal llenó el campo visual, su enorme cabeza bajada, las ventanas de su nariz distendidas.

—Observad este animal —dijo el comerciante—, y ahora observad esta composición artificial hecha con una primitiva mezcla de aceite y mineral de color, que encontramos embadurnando el techo de una cueva.

¡Ahí estaba de nuevo! No el animal tal como había sido holografiado... sino plano, pero vibrante.

—Hay una semejanza peculiar —observó el capitán.

—No peculiar —le corrigió el comerciante—. ¡Deliberada! Había docenas de esas figuras en distintas poses... de distintos animales. El parecido era demasiado detallado como para ser fortuito. Imaginad lo atrevido de la concepción... situar colores en formas y combinaciones agradables, y de tal forma que engañen al ojo y le hagan pensar que está contemplando un objeto real. Esos organismos han ideado un arte que representa la realidad. Es un arte representativo, como supongo que deberíamos llamarlo.

»Y eso no es todo. Lo encontramos también en tres dimensiones. —El comerciante extrajo una formación de pequeñas figuras en piedra gris y en hueso ligeramente amarillento—. Esto pretende representarlos claramente a ellos mismos.

El capitán parecía estupefacto.

—¿Les viste manufacturarlos?

—No, no los vi, capitán. Uno de mis hombres vio a un ser planetario embadurnando color en una de las representaciones de la cueva, pero estos ya los encontramos formados. De todos modos, no es posible otra explicación excepto la de que fueron deliberadamente moldeados. Estos objetos no pudieron adquirir estas formas por un proceso casual.

—Son curiosos, efectivamente —dijo el capitán—, pero no acabo de comprender su motivación. ¿Acaso las técnicas holográficas no sirven mejor para ese propósito... en el momento en que son desarrolladas, por supuesto?

—Esos primitivos no tienen la menor idea de que algún día pueda desarrollarse la holografía, y no pueden esperar el millón de años necesarios. Además, quizá la

holografía no sea mejor. Si comparas las representaciones con los originales, observarás que las representaciones están simplificadas y distorsionadas de manera sutil, destinada a resaltar algunas características. Creo que esta forma de arte mejora de alguna manera el original, y ciertamente tiene algo distinto que decir.

El comerciante se volvió hacia el explorador.

—Sigo sintiéndome maravillado ante tu habilidad. ¿Puedes explicarme cómo captaste la cualidad única de esta inteligencia?

El explorador hizo un gesto negativo.

—No sospeché esto en absoluto. Es interesante y veo que es valioso... aunque me pregunto si podremos controlar adecuadamente nuestros colores y formas a fin de forzarlos a una forma representativa como ésta. No deja de producirme una cierta inquietud... Lo que me pregunto es: ¿cómo llegaste a entrar en posesión de esto? ¿Qué diste a cambio? Es ahí donde veo lo extraño.

—Bien —dijo el comerciante—, en cierto modo tienes razón. Completamente extraño. No creí poder darles nada, puesto que los organismos son tan primitivos, pero este descubrimiento parecía demasiado importante como para sacrificarlo sin algún esfuerzo. De modo que elegí de entre el grupo de seres que formaban estos objetos a uno cuyo campo mental parecía algo más intenso que el de los otros, e intenté transferirle un regalo a cambio.

—Y tuviste éxito. Por supuesto —dijo el explorador.

—Sí, tuve éxito —admitió el comerciante alegremente, sin darse cuenta de que el explorador había hecho una afirmación y no había formulado una pregunta—. Los seres —prosiguió— matan a los animales como los que representan con sus colores arrojándoles largos palos a cuyos extremos han atado afiladas puntas de piedra. Estas penetran en la piel de los animales, les hieren y les debilitan. Entonces pueden ser matados por los seres, que individualmente son más pequeños y más débiles que el animal al que cazan. Señalé que un palo más pequeño, con una punta de piedra, podía ser lanzado hacia adelante con mayor fuerza y efecto y a mayor distancia si se utilizaba una cuerda bajo tensión como mecanismo propulsor.

—Esos utensilios han sido encontrados —dijo el explorador— entre inteligencias primitivas que estaban, sin embargo, mucho más avanzadas que esta. Los paleontólogos los llaman arco y flecha.

—¿Cómo puede ser absorbido ese conocimiento? —preguntó el capitán—. Es imposible, a ese nivel de desarrollo.

—Pues lo fue. Incuestionablemente. La respuesta del campo mental fue de una lucidez casi irresistible en intensidad. Supongo que no pensaréis que hubiera tomado estos objetos artísticos, veinte veces valiosos, de no estar convencido de que había pagado por ellos. Nada por nada, capitán.

—Eso es lo extraño —dijo el explorador, con voz baja y desalentada—. Haber

aceptado.

—Pero seguramente, comerciante, no podemos hacer esto —dijo el capitán—. No están preparados. Les estamos causando un daño. Utilizarán el arco y la flecha para herirse entre sí y no sólo a los animales.

—No les hemos hecho ningún daño —replicó el comerciante—. Lo que ellos se hagan entre sí y lo que resulte de todo ello, dentro de un millón de años, no es asunto nuestro.

El capitán y el comerciante se marcharon para preparar la presentación para los tripulantes de la astronave, y el explorador dijo tristemente, en la dirección por donde se habían marchado:

—Pero ellos aceptaron. Y florecerán entre el hielo. Y dentro de veinte mil años, eso será asunto nuestro.

Pero sabía que no le creerían, y se desesperó.

## La última respuesta (1980)

---

“The Last Answer”

Murray Templeton contaba cuarenta y cinco años y estaba en la flor de la vida, con todos los órganos de su cuerpo en perfecto funcionamiento, salvo ciertas partes de sus arterias coronarias, pero eso bastó. El dolor vino de pronto y aumentó hasta un grado insoportable, luego fue disminuyendo. Notaba cómo su respiración se hacía más lenta y que le envolvía una especie de paz. No hay placer igual a la ausencia de dolor..., inmediatamente después del dolor. Murray experimentó una extraña ligereza, como si se elevara en el aire y se quedara flotando. Abrió los ojos y observó con desprendida diversión que los otros seguían todavía en la habitación muy agitados. Estaba en el laboratorio cuando sintió la punzada de dolor, y cuando se tambaleó, oyó gritos de los demás antes de que todo desapareciera en una impresionante agonía. Ahora, desaparecido el dolor, los otros seguían revoloteando, todavía ansiosos, todavía reunidos junto a su cuerpo caído... Que, de pronto se dio cuenta, él estaba también contemplando. Estaba tendido en el suelo, con el rostro contraído. Y estaba aquí arriba, en paz y contemplando. Pensó: «Milagro de milagros. Los que hablaban de la vida después de la vida, tenían razón.» Y aunque resultaba una forma humillante de morir para un físico ateo, sólo experimentaba una vaga sorpresa sin que se alterase la paz que le embargaba. Pensó: «Debería haber algún ángel..., o algo..., que viniera a buscarme.» La escena terrena empezaba a esfumarse. La oscuridad invadía su conciencia a lo lejos, como un último destello había una figura de luz, vagamente humana en la forma, que irradiaba calor. Murray pensó: «Vaya jugarreta. Me voy al cielo.» Mientras lo pensaba la luz se fue, pero persistió el calor. No había disminución de la paz, aunque en todo el Universo solamente quedaba él... y la Voz. La Voz le dijo:

—He hecho esto muchas veces y aún conservo la capacidad de disfrutar del éxito. Murray pensó que debía decir algo, pero no tenía conciencia de tener una boca, una lengua o unas cuerdas vocales. No obstante, trató de emitir un sonido. Intentó, sin boca, tararear palabras o respirarlas o sacarlas fuera mediante la contracción de... algo. Y le salieron. Oyó su propia voz, reconocible en sus propias palabras, infinitamente claras. Murray preguntó:

—¿Es esto el cielo? La Voz respondió:

—Éste no es un lugar tal como tú entiendes un lugar. Murray se turbó, pero la siguiente pregunta había que formularla:

—Perdóname si te parezco burro. ¿Eres Dios? Sin cambiar el tono ni estropear de ninguna manera la perfección del sonido, la Voz logró parecer divertida:

—Es extraño, naturalmente, que siempre se me pregunte lo mismo de infinitas maneras. No puedo darte una respuesta que puedas comprender. Yo soy... Esto es lo

único que puedo decir significativamente, y puedes cubrir esto con cualquier palabra o concepto que desees. Murray preguntó:

—¿Y qué soy yo? ¿Un alma? ¿O soy únicamente también una existencia personificada? —Trató de no parecer sarcástico, pero creía que había fracasado. Entonces también pensó, fugazmente, añadir un «Señoría» o «Santidad» o algo que contrarrestara con el sarcasmo, y no pudo decidirse a hacerlo aun cuando por primera vez en su existencia pensó en la posibilidad de ser castigado por su insolencia o por su pecado con el infierno, y lo que podía ser esto. La Voz no pareció ofendida.

—Eres fácil de explicar, incluso a ti mismo. Puedes llamarte alma si te gusta, pero lo que realmente eres es un nexo de fuerzas electromagnéticas, arregladas de tal forma, que todas las interconexiones e interrelaciones hasta el más pequeño detalle son exactamente imitativas de las de tu cerebro en tu anterior existencia. Por lo tanto, posees tu capacidad para pensar, tus recuerdos, tu personalidad. Todavía te parece que tú eres tú. Murray sintió cierta incredulidad.

—¿Quieres decir que la esencia de mi cerebro era permanente?

—En absoluto. No hay nada en ti que sea permanente salvo lo que yo decido que lo sea. Yo formé el nexo. Lo construí mientras tú tenías existencia física y lo ajusté al momento en que la existencia fallara. —La Voz parecía claramente satisfecha de sí, y después de una pausa, continuó—: Una construcción intrincada pero enteramente precisa. Podría, naturalmente, hacerlo para cualquier ser humano de tu mundo, pero me encanta no hacerlo. Encuentro placer en la selección.

—Entonces, eliges a muy pocos.

—A muy pocos.

—¿Y qué ocurre con los demás?

—¡El olvido! Oh, naturalmente, te imaginas un infierno. Murray se hubiera ruborizado de haber tenido capacidad para hacerlo. Protestó:

—No lo imagino. Se habla de él. No obstante, no me hubiera creído lo bastante virtuoso para atraer tu atención como uno de los elegidos.

—¿Virtuoso? Ah, ya veo lo que quieres decir. Es muy molesto tener que obligarme a empequeñecer mi pensamiento lo suficiente para impregnar el tuyo. No, te he elegido por tu capacidad de pensar, como elegí a otros, en cantidades que suman cuatrillones entre las especies inteligentes del Universo. Murray se sintió súbitamente curioso, el hábito de toda una vida. Preguntó:

—¿Los eliges a todos tú mismo, o hay otros como tú? Por un instante, Murray creyó notar una reacción de impaciencia, pero cuando le llegó la Voz, no había cambiado.

—Que haya otros o no es irrelevante para ti. El Universo es mío y solamente mío. Es mi invención, mi construcción, previsto solamente para mis propósitos.

—Sin embargo, con los cuatrillones de nexos que has formado, ¿pasas el tiempo



conmigo? ¿Tan importante soy? Y dijo la Voz:

—No eres nada importante. Estoy también con los demás de un modo que, según tu percepción, podría parecerle simultánea.

—Pero, ¿tú eres uno? Y otra vez, divertida, dijo la Voz:

—Tratas de cazarme en una incongruencia. Si fueras una ameba, podrías considerar la individualidad solamente en conexión con células, y si preguntaras a un cachalote, compuesto de treinta cuatrillones de células si era uno o varios, ¿cómo podría contestar el cachalote para que te resultara comprensible como ameba?

—Lo pensaré. Puede hacerse comprensible.

—Exactamente. Ésta es tu función. Pensarás.

—¿Con qué fin? Tú ya lo sabes todo, supongo.

—Incluso si lo supiera todo —dijo la Voz—, no podría saber que lo sé todo.

—Esto me suena algo a filosofía oriental —observó Murray—, algo que parece profundo precisamente porque no tiene sentido.

—Prometes. Contestas a mi paradoja con una paradoja salvo que la mía no es una paradoja. Reflexiona. He existido eternamente, pero, ¿qué significa esto? Significa que no puedo recordar haber empezado a existir. Si pudiera, no hubiera existido eternamente. Si no puedo recordar haber empezado a existir, hay por lo menos una cosa, la naturaleza de mi llegada a la existencia, que yo no sé. «Entonces, aunque lo que sé es infinito, también es cierto que lo que hay que saber es infinito, y, ¿cómo puedo tener la seguridad de que ambas infinitudes son iguales? La infinidad del conocimiento potencial puede ser infinitamente mayor que la infinidad de mi conocimiento actual. He aquí un ejemplo sencillo: si conozco la serie de los números enteros pares, conozco una serie infinita de números; sin embargo, sigo sin conocer un solo número entero impar.

—Pero los enteros impares pueden derivarse —objetó Murray—. Si divides por dos cada número par de la infinita serie de números enteros, conseguirás otra serie infinita que contendrá la serie infinita de los números enteros impares.

—Tienes ideas. Me complace. Tu tarea consistirá en buscar otros medios, bastante más difíciles, desde los conocidos a los no conocidos aún. Dispones de tus recuerdos. Recordarás todos los datos que hayas jamás recopilado o aprendido, o que ya tengas o vayas a deducir de los datos. Si es necesario, se te permitirá aprender datos adicionales que consideres relevantes para el problema que te has planteado.

—¿Y no podrías hacer tú todo esto?

—Puedo, pero así es más interesante. Construí el Universo para disponer de más datos que manejar. Inserté el principio de incertidumbre, la entropía y otros factores al azar que hacen que el todo no sea instantáneamente evidente. Ha funcionado bien porque me ha distraído a lo largo de su existencia. «Entonces permití complejidades que primero produjeron la vida y luego la inteligencia y lo utilicé como fuente de un

equipo de investigación, no porque necesitara su ayuda, sino porque introducía, al azar, un nuevo factor. Descubrí que no podía predecir el próximo dato interesante de conocimiento adquirido, de dónde procedería y por qué medios se había derivado.

—¿Ocurre esto alguna vez? —preguntó Murray.

—Desde luego. No pasa un siglo sin que aparezca algo interesante por alguna parte.

—¿Algo que pudiste haber pensado, pero que aún no lo habías hecho?

—Sí.

—¿Crees realmente que hay alguna oportunidad de que yo me muestre complaciente en este asunto?

—¿En el próximo siglo? Virtualmente, ninguna. Pero, a la larga, tu éxito es seguro, puesto que estarás eternamente dedicado a ello.

—¿Yo pensaré toda la eternidad? ¿Para siempre?

—Sí.

—¿Con qué fin?

—Te lo he dicho. Para buscar nuevos conocimientos.

—Pero, aparte de esto, ¿por qué motivo debo buscar yo nuevos conocimientos?

—Era lo que hacías en tu vida en el Universo. ¿Cuál era tu propósito entonces?  
Murray contestó:

—Obtener nuevos conocimientos que solamente yo podía obtener, recibir la felicitación de mis compañeros, sentir la satisfacción de lo conseguido sabiendo que solamente disponía de un tiempo corto para mi propósito. Ahora ganaré solamente lo mismo que tú ganarías si quisieras molestarte un poco. No puedes felicitarme; sólo puedes sentirte divertido. Y no hay mérito ni satisfacción en lograr algo cuando tengo toda la eternidad para conseguirlo.

—¿Y no encuentras que el pensamiento y el descubrimiento son valiosos de por sí? ¿No encuentras que no te hace falta un propósito ulterior?

—Para un tiempo finito, sí. No para una eternidad.

—Veo tu punto de vista. Sin embargo, no tienes elección.

—Me has dicho que tengo que pensar. No puedes obligarme a ello.

—No deseo obligarte directamente. No lo necesito. Como no puedes hacer otra cosa que pensar, pensarás. No sabes cómo dejar de pensar.

—Entonces, me trazaré una meta. Inventaré un propósito.

La Voz, tolerante, asintió.

—Puedes hacerlo.

—Ya he encontrado un propósito.

—¿Puedo saber qué es?

—Ya lo sabes. Sé que no hablamos de forma ordinaria. Ajustas mi nexo de tal forma, que yo creo que lo oigo hablar y creo que hablo, pero me transfieres

pensamientos a mí y sólo para mí directamente. Y cuando mi nexo cambia con mis pensamientos, te das cuenta en seguida de ellos y no necesitas mis transmisiones voluntarias.

—Eres sorprendentemente correcto —afirmó la Voz—. Me complace. Pero también me complace que me transmitas tus pensamientos voluntariamente.

—Entonces, lo diré. El propósito de mis pensamientos será descubrir el modo de desbaratar el nexo que me has creado. No quiero pensar sólo con el propósito de divertirme. No quiero existir para siempre para divertirme. Todos mis pensamientos estarán dirigidos a terminar con mi nexo. Eso me divertirá a mí.

—No tengo nada que objetar. Incluso el pensamiento concentrado en terminar tu propia existencia puede dar salida a algo nuevo e interesante. Y, naturalmente, si tienes éxito en este intento de suicidio, no conseguirás nada, porque te reconstruiría inmediatamente y de tal forma, que hiciera imposible tu método de suicidio. Y si encuentras otro medio aún más sutil de destruirte, te reconstruiré, y así sucesivamente. Podría ser un juego interesante, pero, de todos modos, existirás eternamente. Es mi voluntad. Murray sintió temor, pero las palabras salieron perfectamente tranquilas.

—En resumidas cuentas, ¿estoy en el infierno? Se me ha dado a entender que no lo hay, pero si esto fuera el infierno, me estaría mintiendo como parte del juego del infierno.

—En este caso —cortó la Voz—, ¿de qué sirve asegurarte que no estás en el infierno? Pero, te lo aseguro. Aquí no hay ni cielo ni infierno. Solamente estoy yo.

—Piensa, pues, que mis pensamientos pueden no serte útiles. Si no descubro nada útil, ¿no sería provechoso para ti..., desmontarme y no pensar más en mí?

—¿Como recompensa? ¿Quieres el Nirvana como premio del fracaso y tratas de hacerme responsable de dicho fracaso? No puedo negociar. No fracasarás. Con toda la eternidad por delante, no puedes evitar tener por lo menos un pensamiento interesante, por más que te opongas a ello.

—Entonces me crearé otro propósito. No trataré de destruirme. Mi meta será humillarte. Pensaré en algo en lo que no solamente no pensaste nunca, sino que nunca podrás pensar. Pensaré en la última respuesta, más allá de la cual ya no hay más conocimiento. La Voz comentó:

—No comprendes la naturaleza del infinito. Puede que haya cosas que no me he molestado en saber. No puede haber nada que yo no pueda saber. Murray dijo, pensativo:

—No puedes conocer tus principios. Tú lo has dicho. Por tanto, no puedes conocer tu final. Muy bien, pues. Éste será mi propósito y ésta será la última respuesta. No me destruiré. Te destruiré a ti..., si tú no me destruyes primero.

—¡Ah! Has llegado a esta conclusión en menos tiempo del corriente. Pensé que te

llevaría más. No hay uno sólo de los que están conmigo en esta existencia de pensamiento perfecto y eterno, que no tenga la ambición de destruirme. No puede ocurrir. No puede hacerse.

—Pero tengo toda la eternidad para pensar en un modo de destruirte —aseguró Murray. La Voz, ecuánime, aceptó:

—Entonces, trata de pensarlo. —Y desapareció. Pero Murray ya tenía un propósito, y estaba satisfecho. Porque, ¿qué podía cualquier ente consciente de la existencia eterna desear sino un final? Porque, ¿qué otra cosa había estado buscando la Voz por incontables billones de años? ¿Y por qué otra razón se había creado la inteligencia y salvado ciertos especímenes poniéndoles a trabajar, sino para colaborar en la gran búsqueda? Y Murray se proponía ser él, y sólo él, quien lo consiguiera. Con todo cuidado y con el ímpetu de su propósito, Murray empezó a pensar. Disponía de mucho tiempo.

## Para los pájaros (1980)

---

“For the Birds”

A pesar de que rondaba los cuarenta y de que gozaba de perfecta salud, Charles Modine jamás había estado en el espacio. Había visto colonias espaciales en la televisión y, ocasionalmente, había leído acerca de ellas en los periódicos, pero la cosa no había pasado de ahí.

A decir verdad, el espacio no le interesaba. Había nacido en la Tierra, y la Tierra le bastaba. Cuando quería cambiar de ambiente, iba al mar. Era un marino ávido y experto.

Por lo tanto, experimentó una cierta aversión cuando la representante de *Space Structures, Ltd.*, le dijo que para hacer el trabajo que le pedían, tendría que abandonar la Tierra.

—Oiga, no soy una persona del espacio —le dijo Modine—. Diseño ropa. ¿Qué sé yo de cohetes, aceleraciones, trayectorias y todo eso?

—De eso ya sabemos nosotros. No hace falta que usted sepa nada —se apresuró a aclararle la mujer. Se llamaba Naomi Baranova, y andaba con el paso extraño y vacilante de quien se ha pasado tanto tiempo en el espacio que ya no sabe exactamente cuál es la situación gravitacional del momento.

Su ropa, notó Modine con cierta irritación, hacía las veces de envoltura, poco más. Para el caso, igual habría sido que llevase una tela encerada.

—¿Para qué hace falta que vaya a la estación espacial?

—Para lo que usted ya sabe. Queremos que nos diseñe algo.

—¿Ropa?

—Alas.

Modine pensó en ello. Tenía la frente amplia y pálida, y el proceso de pensar siempre parecía sonrojársela. Al menos eso era lo que le habían dicho. En esa ocasión, si se sonrojaba la frente, en parte era de disgusto.

—Pero eso lo puedo hacer aquí, ¿no es cierto?

Baranova negó firmemente con la cabeza. Su cabellera oscura, de un ligero matiz rojizo, comenzaba a teñirse de gris. A ella parecía no importarle.

—Queremos que comprenda la situación, señor Modine —le dijo—. Hemos consultado a los técnicos y a los expertos en informática, y según nos dicen, han construido las alas más eficaces que han podido. Han tenido en cuenta las cargas, las superficies, las flexibilidades y la maniobrabilidad y todo lo que usted pueda imaginarse, pero no ha servido de nada. Creemos que quizá con unos cuantos volantes...

—¿Dice usted volantes, señora Baranova?

—Algo que no tenga que ver con la perfección científica. Algo que despierte el

interés. De lo contrario, las colonias espaciales no sobrevivirán. Por eso quiero que vaya, para que vea la situación con sus propios ojos. Estamos dispuestos a pagarle muy bien.

Fue la paga prometida, más el sustancioso anticipo, que le darían salieran las cosas bien o mal, lo que llevó a Modine al espacio. El dinero no le atraía más que al resto de los seres humanos, pero tampoco le resultaba indiferente; además, le gustaba que reconocieran su reputación.

Y no resultó tan mal como lo había esperado. En los albores de los viajes espaciales, había habido cortos períodos de gran aceleración, y largos períodos de confinamiento en módulos diminutos. En cierto modo, eso seguían pensando de los viajes espaciales quienes vivían en la Tierra. Pero había pasado un siglo, y las naves eran espaciales, mientras que los asientos hidráulicos parecían absorber la aceleración como si se tratara de un poco de café derramado.

Modine se pasó el tiempo estudiando fotos de las alas en movimiento y viendo vídeos holográficos de los voladores.

—Hay una cierta gracia en su vuelo —observó.

Naomi Baranova sonrió con cierta tristeza y repuso:

—Está viendo a los expertos, los atletas. Si me viera a mí intentando manejar esas alas para dar volteretas y desplazarme de lado, me temo que se echaría a reír. Con todo, lo hago mejor que la mayoría.

Se acercaban a la Colonia Espacial Cinco. Oficialmente se llamaba Chrysalis, pero todo el mundo le decía Cinco.

—Ese lugar no inspira ningún sentimiento poético —comentó Baranova—, aunque piense usted que debería ser lo contrario. Ahí está el problema. No es un hogar, sólo es un trabajo, y resulta difícil hacer que la gente forme una familia y se establezca. Hasta que no lo vean como un hogar...

A lo lejos apareció Cinco, con su forma de cilindro diminuto; ofrecía el mismo aspecto que Modine había visto en la Tierra, por televisión. Sabía que era mucho más grande de lo que parecía, pero se trataba solamente de un conocimiento intelectual. Sus ojos y sus emociones no estaban preparados para el continuado aumento de tamaño a medida que se acercaban. La nave espacial y él mismo empequeñecieron progresivamente hasta que se encontraron dando vueltas alrededor de un enorme objeto de cristal y aluminio.

Se quedó observándolo durante largo tiempo antes de advertir que seguían dando vueltas.

—¿Es que no vamos a aterrizar? —preguntó.

—No es tan fácil —repuso Baranova—. Cinco gira sobre su eje aproximadamente una vez cada dos minutos. Es preciso que sea así para poder establecer un efecto centrífugo que mantenga todo lo que hay en su interior presionado contra la pared

interna, creando así una gravedad artificial. Hemos de igualar esa velocidad antes de aterrizar. Lleva tiempo.

—¿Y tiene que rotar tan deprisa?

—Sí, si se quiere que el efecto centrífugo imite la fuerza de la gravedad de la Tierra. Ése es el principal problema. Sería mucho mejor si pudiéramos utilizar una rotación lenta para producir la décima parte de la gravedad normal, pero eso perjudicaría la fisiología humana. La gente no puede aguantar la baja gravedad por mucho tiempo.

La velocidad de la nave casi había igualado el período de rotación de Cinco. Modine logró ver claramente la curva del espejo exterior que captaba la luz solar, con la que iluminaba el interior de Cinco. Logró distinguir la central eléctrica solar que suministraba energía a la estación. Y de la que aún quedaba un excedente suficiente como para exportar a la Tierra.

Finalmente, entraron en el polo del casquete terminal hemisférico del cilindro, y estuvieron dentro de Cinco.

Modine había pasado todo un día en Cinco, y estaba cansado, pero lo inesperado era que lo había disfrutado. En ese momento se encontraban sentados en unos muebles de césped -una amplia extensión de hierba- ante un panorama de las afueras.

En lo alto había nubes; brillaba el sol, aunque no se lo divisaba claramente, soplabla el viento y, a lo lejos, había un pequeño arroyo.

Resultaba difícil creer que estaba en un cilindro que flotaba en el espacio, en la órbita lunar, y que daba vueltas alrededor de la Tierra una vez al mes.

—Es como un mundo —dijo.

—Eso parece cuando se es nuevo —repuso Baranova—. Cuando se lleva aquí un tiempo, se descubre que uno conoce cada rincón, que todo se repite.

—Si se vive en una determinada ciudad de la Tierra —reflexionó Modine—, también se repite todo.

—Lo sé. Pero en la Tierra uno puede viajar a sitios lejanos si lo desea. Y aunque no se viaje, uno sabe que puede hacerlo. Aquí no se puede. Eso no está bien, pero no es lo peor.

—Aquí no existe lo peor de la Tierra —dijo Modine—. Estoy seguro de que no hay rigores climatológicos.

—En realidad, señor Modine, el tiempo es como el del Jardín del Edén, pero uno se acostumbra. Deje que le muestre una cosa. Tengo aquí una pelota. Arrójela bien recta, lo más alto que pueda y luego cójala.

—¿Habla usted en serio? —inquirió Modine con una sonrisa.

—Muy en serio. Hágalo, por favor.

—No soy un jugador de pelota, pero creo que puedo arrojar una —dijo Modine—. Hasta es posible que la coja cuando baje.

Al lanzar la pelota hacia arriba, ésta describió una curva parabólica y Modine se encontró flotando hacia adelante primero, y corriendo después, para poder cogerla. La pelota cayó y él no logró alcanzarla.

—No la lanzó recta, hacia arriba, señor Modine —dijo Baranova.

—Sí que lo hice —replicó Modine jadeando.

—Ya, pero sólo de acuerdo con las normas de la Tierra —repuso Baranova—. El problema reside en que estamos ante lo que denominamos fuerza de Coriolis. En la superficie interna de Cinco, nos movemos bastante deprisa, describiendo un gran círculo alrededor del eje. Si lanza la pelota hacia arriba, ésta se acerca más al eje, donde las cosas describen un círculo menor y se mueven con más lentitud. Sin embargo, la pelota conserva la velocidad que llevaba aquí abajo, por eso avanza, y por eso usted no logró cogerla. Si hubiera querido hacerlo, tendría que haberla lanzado arriba y hacia atrás, en cuyo caso, la pelota habría girado en el aire y regresado hasta usted como un bumerang. En Cinco, las normas del movimiento son distintas de las de la Tierra.

—Supongo que uno se acostumbra —comentó Modine pensativo.

—No del todo. Habitamos en las regiones ecuatoriales de nuestro pequeño cilindro. Allí es donde el movimiento es más rápido, y donde conseguimos el efecto normal de gravedad. A medida que nos desplazamos hacia el eje, por los casquetes terminales y hacia los polos, el efecto gravitacional disminuye rápidamente. Con frecuencia, tenemos que ir hacia arriba o bien hacia el eje, y cuando lo hacemos, hay que tener en cuenta el efecto de Coriolis. Contamos con pequeños monorraíles que han de moverse en espiral hacia cualquiera de los polos; hay una línea de ida y otra de vuelta. Durante el viaje nos sentimos perpetuamente inclinados a un lado. Lleva mucho tiempo acostumbrarse a ello y algunos jamás aprenden dónde está el truco. Por ese motivo a nadie le gusta vivir aquí.

—¿No se puede hacer nada para evitar ese efecto?

—Si redujéramos la velocidad de rotación, disminuiríamos el efecto de Coriolis, pero al mismo tiempo disminuiríamos también la sensación de gravitación, y eso es imposible.

—O sea que hagan lo que hagan, se condenan.

—No exactamente. Podríamos vivir con menos gravedad, siempre y cuando hiciéramos gimnasia; pero para ello habría que hacer gimnasia cada día durante periodos considerables. Sería divertido. Pero la gente no se dedicará a la calistenia diaria si ésta resulta difícil o aburrida. Pensábamos que volar sería la respuesta. Cuando viajamos a las regiones de baja gravedad, cerca de los polos, nos volvemos casi ingravidos. Podemos elevarnos en el aire con sólo mover los brazos. Si a cada brazo ajustamos unas alas ligeras de plástico, atiesadas con varillas flexibles, y si esas alas se pliegan y se extienden al ritmo justo, la gente podrá volar como los pájaros.



—¿Y eso serviría de ejercicio gimnástico?

—Oh, sí. Le aseguro que volar es un trabajo muy duro. Los músculos del brazo y del hombro quizá no deban esforzarse mucho para mantener a flote a la persona, pero han de estar en permanente uso para permitirle maniobrar correctamente. Volar mantiene el tono muscular y el nivel de calcio de los huesos, si se hace con regularidad. Pero la gente no lo hará.

—Se diría que tendría que encantarles volar.

Baranova suspiró y repuso:

—Les encantaría si fuera lo bastante fácil. El problema es que exige una hábil coordinación de los músculos para mantenerse firmes. Los errores más nimios producen vuelcos y giros y una náusea casi inevitable. Hay quienes logran aprender a volar con gracia, como esas personas que vio en los holovideos, pero son los menos.

—Los pájaros no se marean.

—Los pájaros vuelan en campos de gravedad normal. La gente de Cinco, no.

Modine frunció el ceño y se tornó pensativo.

—No le prometo que logre dormir —le dijo Baranova—. Normalmente les ocurre a todos los que pasan sus primeras noches en una colonia espacial. De todos modos, inténtelo, y mañana iremos a las zonas de vuelo.

Modine comprendió lo que Baranova había querido decirle al calificar de desagradable a la fuerza de Coriolis. El diminuto vagón del monorraíl que los condujo hacia el polo daba la impresión de deslizarse constantemente hacia la izquierda; las entrañas de Modine experimentaban el mismo efecto. Se aferró de los pasamanos con fuerza, hasta que los nudillos le quedaron blancos.

—Lo lamento —dijo Baranova en tono comprensivo—. Si fuéramos más despacio, no sería tan terrible, pero tal y como están las cosas, entorpecemos el tráfico.

—¿Se acostumbra uno a esto? —gimió Modine.

—Algo. Pero no lo bastante.

Finalmente, cuando se detuvieron, Modine se alegró, pero le duró poco. Le costó acostumbrarse al hecho de estar flotando. Cada vez que intentaba moverse, se tambaleaba: y cada vez que se tambaleaba no caía sino que salía flotando lentamente hacia adelante o hacia arriba, para regresar gradualmente al mismo sitio. Su reacción inmediata de lanzar coces no hacía más que empeorar las cosas.

Baranova le dejó hacer durante un instante, luego lo sujetó y lo hizo regresar lentamente.

—Hay quien disfruta con esto —le comentó.

—Pues yo no —jadeó Modine angustiado.

—A muchos les ocurre igual. Por favor, coloque los pies en estos estribos que hay en el suelo, y no haga movimientos bruscos.

En el cielo, había cinco personas con alas que estaban volando.

—Esos cinco pájaros —le informó Baranova—, vienen aquí casi todos los días. En total, son unos cuantos centenares los que vienen de vez en cuando. Podríamos albergar, tanto aquí como en el otro polo, y a lo largo del eje, algo así como cinco mil voladores a la vez. Basta para mantener en condiciones los treinta mil habitantes de Cinco. ¿Qué hacemos?

Modine hizo un ademán y su cuerpo se balanceó hacia atrás.

—Tienen que haber aprendido a hacerlo. Me refiero a aquellos pájaros de allá arriba. No nacieron siendo aves. ¿Acaso los demás no pueden aprender también?

—Los de allá arriba tienen una coordinación natural.

—¿Qué puedo hacer yo entonces? Soy diseñador de moda. No sé crear coordinación natural.

—Carecer de coordinación natural no es un impedimento absoluto. Sólo implica que habrá que trabajar más, practicar durante más tiempo. ¿Hay alguna forma que le permita hacer de este proceso algo más... a la moda? ¿Podría diseñarnos un traje de vuelo o sugerirnos una campaña psicológica que impulsara a la gente a venir aquí? Si lográsemos crear unos programas adecuados para mantener la forma física, se podría reducir la velocidad de rotación de Cinco, debilitar el efecto de Coriolis y convertir este sitio en un hogar.

—Quizá pida usted un milagro. ¿Podría decirles que se acercaran?

Baranova les hizo señas, uno de los pájaros la vio y bajó en picado hacia ellos dibujando una curva larga y agraciada. Era una mujer joven. Se quedó flotando en el aire a unos tres metros de altura; sonreía al tiempo que agitaba ligeramente la punta de las alas.

—Hola —les gritó—. ¿Qué ocurre?

—Nada —repuso Baranova—. Mi amigo quiere ver cómo maneja usted las alas. Muéstrole cómo funcionan.

La joven sonrió y, plegando primero un ala y después la otra, realizó un lento salto mortal. Se enderezó y torciendo las alas del revés se detuvo, luego se elevó despacio; los pies le colgaban y las alas se movían lentamente. El aleteo se hizo más rápido, tomó velocidad y se alejó de ellos.

Al cabo de un rato, Modine dijo:

—Se parece al ballet, pero las alas son feas.

—¿De veras lo son?

—No hay duda —repuso Modine—. Se parecen a las del murciélago. Todas las asociaciones de ideas están equivocadas.

—Pues díganos qué debemos hacer. ¿Deberíamos recubrir las de plumas? ¿Atraería eso a los voladores y les haría esforzarse más por aprender?

—No —repuso Modine, y se quedó pensativo—. Tal vez logremos facilitar todo

el proceso.

Sacó los pies de los estribos, cogió impulso y flotó en el aire. Movi6 los brazos y las piernas en distintas formas, para ir probando, y se balanceó erráticamente. Intentó revolverse para regresar a los estribos, y Baranova extendió los brazos para bajarlo.

—Le diré una cosa —comentó Modine—, le diseñaré algo, y si alguien de aquí puede ayudarme a construirlo según el diseño, yo mismo intentaré volar. Jamás había hecho nada parecido. Acaba de ver usted como me mantenía en el aire, y ni siquiera logré hacerlo. Pues bien, si uso mi diseño y puedo volar, entonces, todos podrán.

—Ya lo creo, señor Modine —repuso Baranova, en un tono que estaba a medio camino entre el escepticismo y la esperanza.

Al promediar la semana, Modine comenzaba a sentir que la Colonia Espacial Cinco era como un hogar. Mientras permanecía a nivel del suelo, en las regiones ecuatoriales, donde la fuerza gravitacional era normal, el efecto de Coriolis no le molestaba y se sentía rodeado de un ambiente similar al de la Tierra.

—La primera vez que salga —dijo—, no quiero que me vea la población en general, porque quizá resulte más difícil de lo que creo, y no quiero que la cosa tenga un mal comienzo. Pero me gustaría que me vieran algunos funcionarios de la Colonia, por si logro volar.

—Creo que antes deberíamos intentarlo en privado —sugirió Baranova—. Si falláramos la primera vez, por más excusas que diésemos...

—Pero si tuviéramos éxito sería muy impresionante.

—¿Cuáles son las probabilidades de éxito? Sea usted razonable.

—Tenemos buenas probabilidades, señora Baranova. Créame. Todo lo que han hecho hasta ahora estaba mal. Volaban ustedes en el aire, como los pájaros, y eso resulta difícil. Usted misma lo dijo. En la Tierra, los pájaros cuentan con la gravedad. Pero aquí, los pájaros carecen de ella, de modo que todo ha de diseñarse con un criterio distinto.

Como siempre, la temperatura estaba perfectamente ajustada. Igual que la humedad. Igual que la velocidad del viento. La atmósfera era tan perfecta que parecía no existir. A pesar de ello, Modine transpiraba y se encontraba bajo los efectos de un ataque agudo de pánico. También jadeaba. En las regiones ingravidas, el aire era más enrarecido que en las zonas ecuatoriales, aunque no demasiado, pero lo bastante enrarecido como para que le resultara difícil respirar cuando el corazón le latía con tanta fuerza.

En el aire no había pájaros humanos; el público estaba formado por unos pocos: el Coordinador, el Secretario de Sanidad, el Comisionado de Seguridad y otras personalidades. También había una docena de hombres y mujeres. Sólo conocía a Baranova.

Le habían colocado un pequeño micrófono, e intentaba que su voz no vacilase.

—Volamos sin gravedad, por lo que ni los pájaros ni los murciélagos constituyen un buen modelo para nosotros —dijo—. Ellos vuelan en presencia de la gravedad. Ahora bien, en el mar es distinto. En el agua existe una escasa gravedad efectiva, pues el empuje del fluido nos mantiene a flote. Cuando volamos a través de agua ingrávida no hacemos otra cosa que nadar. En la Estación Espacial Cinco, concretamente en esta región que carece de gravidez, el aire es para nadar, no para volar. Debemos imitar al delfín, y no al águila.

Se lanzó al aire al tiempo que hablaba, ataviado con un gracioso traje de una pieza que no se adhería a la piel, pero tampoco se inflaba. En seguida comenzó a caer, pero con sólo estirar un brazo activó un pequeño cartucho de gas. De la columna vertebral le salió una aleta suavemente curvada, al tiempo que una quilla poco profunda le marcaba la línea del abdomen. Y se dejó caer.

—Sin gravedad —dijo—, esto basta para estabilizar el vuelo. Uno puede ladearse y girar, pero siempre bajo control. Al principio, quizá no lo haga bien, pero no necesitaré practicar demasiado.

Estiró el otro brazo y de repente, cada pie y cada codo quedaron equipados con una aleta.

—Estas aletas nos dan la fuerza de propulsión —explicó—. No hace falta mover los brazos. Bastarán unos movimientos suaves para todo, pero será preciso doblar el cuerpo y arquear el cuello para girar y cambiar de dirección: Habrá que combarse y alterar el ángulo de brazos y piernas. Todo el cuerpo participa en el proceso, pero de forma suave, no violenta. Lo cual es mucho mejor, porque se usan todos los músculos del cuerpo, y se puede seguir así durante horas, sin cansarse.

Notó que sus movimientos iban adquiriendo mayor seguridad y gracia, y que volaba más deprisa. De pronto comenzó a subir y subir; el aire pasaba a toda velocidad y sintió pánico de no poder aminorar la marcha. Pero dobló los talones y los codos casi instintivamente y notó que comenzaba a girar y a detenerse.

Vagamente, a través de los latidos de su corazón, oyó el aplauso.

—¿Cómo logró descubrirlo cuando nuestros técnicos fueron incapaces de hacerlo? —inquirió Baranova, con admiración.

—Los técnicos comenzaron a trabajar asumiendo que inevitablemente debían usar alas, como las de los pájaros y los aviones, y diseñaron las más eficaces posible. Ésa es la función de los técnicos. La función de un diseñador de moda consiste en ver las cosas como un todo artístico. Noté que las alas no se ajustaban a las condiciones de la colonia espacial. Es mi trabajo, nada más.

—Fabricaremos los trajes de delfín y haremos que la población se lance al aire. Ahora estoy segura de que podremos. A continuación haremos planes para comenzar a disminuir la velocidad de rotación de Cinco.

—O detenerla del todo —sugirió Modine—. Sospecho que todo el mundo querrá

pasarse el día nadando en vez de caminar —dijo y se echó a reír—. Es posible que no deseen volver a caminar. Es posible que yo no desee volver a hacerlo.

Le extendieron el sustancioso cheque que le habían prometido, y Modine, al ver la cifra, sonrió y dijo:

—Las alas son para los pájaros.

# Muerte de un foy (1980)

---

“Death of a Foy”

Era extremadamente raro que un foy estuviera agonizando en la Tierra. Constituían la clase social más alta de su planeta (cuyo nombre, en la mejor aproximación que las gargantas terrestres pueden efectuar de sus sonidos, se pronunciaba algo así como Sortibackenstrete), y eran virtualmente inmortales.

Todos los foys, por supuesto, llegaban finalmente a la muerte voluntaria, y este en particular había alcanzado tal extremo a causa de un desgraciado asunto amoroso, si puede llamarse asunto amoroso al hecho que cinco individuos mantengan un contacto mental de un año de duración, con fines reproductivos. Aparentemente, él no había conseguido seguir manteniendo el contacto después de varios meses de intentarlo, y eso había roto su corazón..., o sus corazones, puesto que tenía cinco.

Todos los foys tenían cinco grandes corazones, y se especulaba acerca que era eso precisamente lo que los hacía virtualmente inmortales.

Maude Briscoe, la más renombrada cirujana de la Tierra, deseaba esos corazones.

—No puede ser simplemente su número y tamaño, Dwayne —dijo a su ayudante en jefe—. Tiene que tratarse de algo fisiológico o biológico. Tengo que conseguirlos.

—No sé si podremos —dudó Dwayne Johnson—. He estado hablando largamente con él, intentando pasar por encima del tabú de los foys respecto a la desmembración después de la muerte. He tenido que jugar con el sentimiento de tragedia que cualquier foy debe sentir ante la idea de morir lejos de su hogar. Y he tenido que mentirle, Maude.

—¿Mentirle?

—Le dije que, después de su muerte, celebraríamos un canto fúnebre en su honor interpretado por el famoso coro dirigido por Harold J. Gassenbaum. Le expliqué que, según las creencias terrestres, eso significaba que su esencia astral sería impulsada instantáneamente de vuelta, a través del hiperespacio, hasta su planeta natal de Sortib..., lo que sea. Todo ello, por supuesto, siempre que firmara un documento permitiéndote a ti, Maude, conseguir sus corazones para una investigación científica.

—¡No me digas que se ha creído todas esas estupideces! —exclamó Maude.

—Bien, ya conoces la moderna actitud consistente en aceptar los mitos y creencias de los alienígenas inteligentes. No hubiera resultado educado por su parte no creerme. Además, los foys sienten una profunda admiración hacia la ciencia terrestre, y creo que este se ha sentido halagado debido a que nosotros deseamos sus corazones. Me ha prometido tomar en consideración mi sugerencia. Espero que se decida pronto, puesto que no puede vivir mucho más de otro día o algo así, y debemos obtener su permiso según las leyes interestelares; además, los corazones deben ser frescos, y... Oh, ésa es su señal.

Dwayne Johnson entró en la habitación con una rapidez suave y silenciosa.

—¿Sí? —susurró, conectando discretamente la grabadora holográfica, por si el foy deseaba conceder su permiso.

El amplio, nudoso y casi arbóreo cuerpo del foy yacía inmóvil en la cama. Sus protuberantes ojos palpitaron (los cinco) cuando los alzó, cada uno al extremo de su tallo, y los volvió hacia Dwayne. La voz del foy tenía un tono extraño, y los bordes desprovistos de labios de su redonda boca abierta no se movieron, pero las palabras se formaron perfectamente. Sus ojos efectuaron el gesto foyano de asentimiento cuando dijo:

—Entregue mis grandes corazones a Maude, Dwayne. Desmémbrame a cambio del coro de Harold. Dígale a todos los foys de Sortibackenstrete que pronto estaré allí...

## Encajar perfectamente (1981)

---

“A Perfect Fit”

Mientras deambulaba melancólicamente al azar por las calles de una nueva ciudad, Ian Bradstone se vio detenido por un enjambre de gente ante la puerta abierta de unos almacenes. Su primer impulso fue dar media vuelta y huir, pero no consiguió obligarse a sí mismo a hacerlo. La fascinación del horror lo arrastró, reluciente, hacia el enjambre.

Su curiosidad debió de transformar su rostro en un enorme signo de interrogación, puesto que alguien de la periferia le explicó amablemente de qué se trataba.

—Ajedrez Tres-D. Es un juego apasionante.

Bradstone sabía cómo funcionaba. Allí habría una media docena de personas conferenciando a cada movimiento, todos intentando derrotar a la computadora.

Las posibilidades estaban siempre a favor de la computadora. Seis tableros puestos encima de otro tablero. Captó el insostenible brillo del gráfico y cerró los ojos contra él. Se apartó amargamente hacia un lado y observó una disposición provisional de ocho tableros colgados de ganchos, uno encima del otro.

Tableros ordinarios. Piezas de plástico.

—¡Eh! —dijo, con explosiva sorpresa.

El joven junto al multitabletero dijo, a la defensiva:

—No podemos acercarnos lo suficiente. Así que he preparado esto para que podamos seguir el juego. ¡Cuidado! No vaya a tirarlo todo.

—¿Es ésta la posición en que se encuentran ahora?

—Sí. Los tipos llevan discutiendo más de diez minutos.

Bradstone miró ansiosamente la posición. Dijo, absorto:

—Si mueven la torre de beta-B-6 a delta-B-6, conseguirán tener la ventaja de su lado.

El joven estudió los tableros.

—¿Está seguro?

—Naturalmente que estoy seguro. No importa lo que haga la computadora, deberá perder un movimiento para proteger su reina.

Más estudio. El joven gritó:

—¡Eh, los de ahí dentro! Aquí hay un tipo que dice que deberíais hacer saltar la torre dos niveles hacia arriba.

Hubo un suspiro colectivo del grupo en el interior. Una voz dijo:

—Yo estaba pensando eso precisamente.

Otro dijo:

—Ya lo tengo. Eso deja a la reina con la potencialidad de la vulnerabilidad. No lo había visto. —El propietario de esta segunda voz se volvió—. ¡Eh, usted, el que hizo



la sugerencia! ¿Quiere tener el honor? ¿Quiere pulsar el movimiento?

Bradstone retrocedió, el rostro contorsionado en un absoluto horror.

—No..., no..., yo no juego.

Se dio la vuelta y se apresuró a alejarse.

Tenía hambre. Periódicamente, tenía hambre.

Ocasionalmente, se encontraba con puestos de fruta del tipo que instalaban los pequeños comerciantes que encontraban algún espacio olvidado en los intersticios de una economía computarizada por completo. Si era cuidadoso, Bradstone podía marcharse con una manzana o una naranja.

Era algo aterrador. Siempre existía la posibilidad de ser descubierto, y se le exigiría que pagara. Tenía el dinero, por supuesto —habían sido muy amables con él — pero ¿cómo podía pagar?

Y sin embargo cada día, al menos una docena de veces, tenía que someterse a una transferencia de crédito, utilizando su tarjeta de efectivo. Eso significaba incontables humillaciones.

Se dio cuenta de que estaba parado delante de un restaurante. Probablemente, era el olor de la comida lo que le había recordado que estaba hambriento.

Atisbó cautelosamente por la ventana. Había gente comiendo. Demasiada. Ya era bastante malo con una o dos personas. No podía convertirse en el centro de atención de hordas de escrutadores y compasivos ojos.

Se dio la vuelta, sintiendo gruñir su estómago, y vio que no era el único que estaba mirando por la ventana. Un muchacho estaba haciendo lo mismo. Tendría unos diez años, y no parecía particularmente hambriento.

Bradstone intentó adoptar un tono afable.

—Hola, muchacho. ¿Hay hambre?

El muchacho lo miró suspicazmente y se echó a un lado.

—¡No!

Bradstone no hizo ningún movimiento por acercársele. Si lo hacía, seguro que el muchacho echaría a correr. Dijo:

—Apuesto a que eres lo suficientemente mayor como para pedir por ti mismo. Puedes entrar ahí y pedir una hamburguesa o cualquier otra cosa, estoy seguro.

El orgullo dominó a la suspicacia.

—¡Seguro! —dijo el muchacho—. ¡En cualquier momento! Claro, comemos aquí muy a menudo.

—Entonces ya está. Come aquí una vez más. Sólo que esta vez tú manejarás la tarjeta. Tú harás la selección..., como un chico mayor. Adelante. Pasa tú primero.

Notó una sensación tensa en la boca del estómago. Lo que estaba haciendo tenía un perfecto sentido para él, y no le causaría el menor daño al muchacho. Pero cualquiera que estuviera observando podía llegar a una horrible y completamente

equivocada conclusión.

Bradstone podía explicarlo si se presentaba la ocasión, pero cuán humillante sería que todo el mundo viera que tenía que utilizar a un muchacho para que hiciera por él algo que él no podía hacer por sí mismo.

El muchacho dudó, pero finalmente entró en el restaurante, y Bradstone le siguió, manteniendo una prudente distancia. El muchacho se sentó en una mesa del fondo, y Bradstone ocupó un asiento al otro lado.

El hombre sonrió y le tendió su tarjeta. Ésta hacía que las manos le picaran desagradablemente —como siempre, aquellos días—, y se sintió aliviado cuando el muchacho la cogió. Tenía un brillo duro y metálico que hacía que le hormiguearan los músculos de alrededor de los ojos. No podía soportar mirarla directamente.

—Adelante, muchacho. Haz la selección —dijo en voz baja—. Lo que tú quieras.

El chico no había mentido. Podía manejar perfectamente la pequeña terminal del ordenador, sus dedos parecían aletear sobre los controles.

—Un bistec para usted, señor. Una patata asada. Un zumo de fruta. Tarta de manzana. Café. ¿Desea una ensalada, señor? —Su voz había adoptado un tono confuso de «ya soy mayor»—. Mi mamá siempre pide ensalada, pero a mí no me gusta.

—Creo que la probaré. Una ensalada mixta. ¿Tienen? Aliñada con vinagre. ¿Tienen también? ¿Lo encuentras?

—No veo el vin..., lo que sea. Quizá sea esto.

Bradstone terminó encontrándose con un aliño francés para la ensalada, pero también estaba bueno.

El muchacho insertó la tarjeta con una soltura y una habilidad que despertaron una amarga envidia en Bradstone, aunque imaginarse a sí mismo realizando aquel mismo acto hizo que su estómago se contrajera.

El muchacho le tendió de vuelta la tarjeta.

—Espero que tenga usted suficiente dinero —dijo, dándose importancia.

—¿Has visto la cifra total? —preguntó Bradstone.

—Oh, no. Se supone que no debes mirarla; eso es lo que dice papá. Quiero decir que si tu tarjeta no es rechazada, entonces es que tienes suficiente dinero para la comida.

Bradstone reprimió un sentimiento de decepción. Él no podía leer las cifras, y no se atrevía a preguntar a los demás. Finalmente iba a tener que acudir a un banco e inventar alguna forma de conseguir que se lo dijeran.

Intentó entablar una conversación.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Reginald.

—¿Qué estás estudiando en casa, Reggie?

—Principalmente aritmética, porque papá dice que tengo que hacerlo, y dinosaurios, porque me gusta. Papá dice que si me porto bien con la aritmética podré dedicarme a los dinosaurios también. Puedo programar mi computadora a fin de obtener los gráficos de los movimientos del dinosaurio. ¿Sabe usted cómo camina un brontosaurio por tierra firme? Tiene que equilibrar el cuello de tal modo que el centro de gravedad quede entre sus caderas. Mantiene la cabeza erguida muy alta, como una jirafa, excepto cuando está en el agua. Entonces... Ah, ahí está mi hamburguesa. Y lo suyo también.

Todo lo pedido avanzó por la cinta rodante y se detuvo exactamente en el lugar apropiado.

La idea de una comida completa sin humillación ahogó la añoranza de Bradstone por poder manipular una computadora en libre búsqueda de información. Reginald dijo, educadamente:

—Iré a comerme mi hamburguesa a la barra, señor.

—Espero que te guste, Reggie —dijo Bradstone, agitando una mano. Ya no le necesitaba, y se sentía aliviado de que se fuera. Alguien de la cocina, indudablemente el técnico de Mantenimiento de Computadoras, había salido, e inició una amistosa conversación con Reginald, lo cual también era un alivio.

No había duda alguna acerca de su profesión. Uno siempre podía descubrir a un Mant-Comp por su indolente aire de importancia, y porque daba la sensación de ser consciente de que el mundo descansaba sobre sus hombros.

Pero Bradstone estaba concentrado en su comida, la primera auténtica comida de que disfrutaba en un mes.

No fue hasta después de haber terminado —haber terminado completamente, tras tomarse todo el tiempo necesario— cuando estudió de nuevo su entorno. El muchacho hacía rato que se había ido. Bradstone pensó tristemente que él, al menos, no había demostrado piedad, condescendencia, protección. No era lo bastante mayor para encontrar extraño todo el asunto; se había concentrado únicamente en la idea de que ya era lo bastante mayor para ser capaz de manejar la terminal de la computadora.

¡Lo bastante mayor!

El lugar no estaba muy lleno ahora. El Mant-Comp se hallaba todavía detrás de la barra, presumiblemente estudiando el cableado de la computarización.

Era la ocupación más importante de los tecnólogos virtualmente en todo el mundo, pensó Bradstone con una punzada de dolor; siempre programando, reprogramando, ajustando, comprobando las diminutas corrientes eléctricas que controlaban el trabajo del mundo para todos... Para casi todos.

La confortable sensación de calor interno producida por un excelente bistec agitó la sensación de rebeldía dentro de Bradstone. ¿Por qué no actuar? ¿Por qué no hacer

algo respecto a todo aquello?

Captó la mirada del Mant-Comp y dijo, aparentando una indiferencia que sonó falsa incluso en sus propios oídos:

—Oiga, amigo, supongo que habrá abogados en esta ciudad.

—Supone bien.

—¿Puede sugerirme alguno que sea bueno y que no esté excesivamente lejos?

—Encontrará usted una guía profesional de la ciudad en la oficina postal —dijo el Mant-Comp educadamente—. Sólo necesita teclear «abogados».

—Me refiero a uno bueno. Un tipo listo. Causas perdidas. Cosas así.

Se echó a reír, confiando en arrancarle al menos una sonrisa al otro.

No lo consiguió.

—Todos están descritos allí —dijo el Mant-Comp—. Liste sus necesidades, y obtendrá usted evaluaciones, edades, domicilios, honorarios, antecedentes. Encontrará cualquier cosa que desee, si pulsa las teclas adecuadas. Y funciona. Lo revisé la semana pasada.

—Mire, no es eso lo que deseo, amigo —La sugerencia de que pulsara las teclas adecuadas había despertado el habitual estremecimiento en su espina dorsal—. Desearía su recomendación personal, ¿entiende?

El Mant-Comp agitó la cabeza.

—Yo no soy una guía profesional.

—Maldita sea —dijo Bradstone—. ¿Qué es lo que pasa? Dígame un abogado. Cualquier abogado. ¿Acaso hay alguna ley que prohíba saber algo sin necesidad de tener que recurrir a una computadora?

—Utilizar la guía profesional cuesta diez centavos. Si tiene usted más de diez centavos registrados en su tarjeta, ¿cuál es su problema? ¿No sabe utilizar su tarjeta? ¿O acaso es usted...? —sus ojos se abrieron enormemente ante la brusca comprensión—. Oh..., demonios... ¡Por eso hizo que Reggie pidiera la comida por usted! Escuche, yo no sabía...

Bradstone retrocedió. Se dio la vuelta para echar a correr fuera de aquel lugar, y casi chocó contra un hombre grueso, de tez rubicunda y cráneo casi calvo.

El hombre grueso dijo suavemente:

—Un momento, por favor. ¿No es usted la persona que le compró una hamburguesa a mi hijo hace un rato?

Bradstone vaciló, luego asintió, notando la boca seca.

—Me gustaría pagársela. Todo está bien, no se preocupe. Sé quién es. Yo manejaré su tarjeta por usted.

El Mant-Comp intervino rápidamente:

—Si desea un abogado, amigo, el señor Gold es abogado.

El repentino interés que afloró a los ojos de Bradstone se hizo evidente al

momento.

—Soy abogado, si es que anda buscando uno —dijo Gold—. Así es como supe de usted. Seguí su caso con dolorosa atención, se lo aseguro y cuando Reggie llegó a casa con tal historia de que ya había comido y había manejado él la computadora, supuse quién podía ser usted por su descripción. Y al entrar le reconocí, por supuesto.

—¿Podemos hablar en privado? —dijo Bradstone.

—Mi casa está a cinco minutos de aquí, a pie.

No era una sala lujosa, pero sí confortable. Bradstone dijo:

—¿Desea usted una provisión de fondos? Puedo pagársela.

—Sé que dispone usted de amplios fondos —dijo Gold—. Pero dígame primero cuál es el problema.

Bradstone se inclinó hacia delante en su sillón, y dijo con intensidad:

—Si siguió usted mi caso, debe de saber que fui sometido a un cruel y desusado castigo. Soy la primera persona que ha recibido ese tipo de sentencia. La combinación de hipnosis y neuro-condicionamiento directo no ha sido perfeccionada hasta muy recientemente. La naturaleza del castigo al cual he sido sentenciado no puede ser comprendida. Debe ser revocado.

—Fue sometido usted a un proceso muy detallado —dijo Gold—, y no hubo ninguna duda razonable acerca de su culpabilidad.

—¡Incluso así! Mire, vivimos en un mundo computarizado. No puedo hacer nada en ninguna parte. No puedo recibir información... no puedo alimentarme..., no puedo buscar diversiones..., no puedo pagar nada, o comprobar nada, o simplemente hacer nada, sin utilizar una computadora. Y como sin duda sabrá, he sido ajustado de tal modo que soy incapaz de mirar a una computadora sin que me duelan horriblemente los ojos, o tocar una sin que se me ampollen los dedos. Ni siquiera puedo manejar mi tarjeta de efectivo, o incluso pensar en utilizarla, sin que me abrumen las náuseas.

—Sí, sé todo eso. También sé que se le han proporcionado amplios fondos durante toda la duración de su castigo, y que se le ha pedido a la gente que sea compasiva con usted y le ayude. Creo que lo hacen.

—Yo no quiero eso. No quiero su ayuda ni su piedad. No deseo ser un niño indefenso en un mundo de adultos. No deseo ser un analfabeto en un mundo de gente que puede leer. Ayúdeme a terminar con el castigo. Ha sido casi un mes infernal. No podré soportarlo otros once meses más.

Gold permaneció sentado, pensando, durante un rato.

—Bien, aceptaré una provisión de fondos a fin de poder convertirme en su representante legal, y veré lo que puedo hacer por usted. Pero debo advertirle que no creo que las posibilidades de éxito sean muchas.

—¿Por qué? Todo lo que hice fue desviar cinco mil dólares...

—Usted planeaba desviar mucho más, quedó demostrado, pero fue descubierto antes de que pudiera hacerlo. Se trataba de un ingenioso fraude computarizado, completamente acorde con su reconocida habilidad en el ajedrez, pero no por eso dejaba de ser un delito. Y como usted dice, todo está computarizado, y en nuestros días no puede darse ningún paso, ni siquiera pequeño, sin una computadora. En consecuencia, defraudar por medio de una computadora supone descomponer lo que hoy por hoy constituye la estructura esencial de la civilización. Es un terrible crimen, y debe ser desanimado.

—No predique, por favor.

—No estoy predicando. Estoy explicándome. Usted intentó descomponer un sistema, y como castigo el sistema se ha descompuesto sólo para usted, sin que por eso tenga que ser maltratado de ninguna otra forma. Si considera que su vida así es insoportable, eso simplemente le muestra lo insoportable que pudo llegar a ser para todos los demás lo que usted intentaba descomponer.

—Pero un año es demasiado.

—Bien, quizá una pena menor sirva de todos modos como ejemplo suficiente para desanimar a otros ante la tentación de seguir su ejemplo. Lo intentaré..., pero me temo que puedo adivinar lo que la ley va a decir.

—¿Y qué va a decir?

—Pues que si los castigos deben aplicarse de modo que encajen con el crimen cometido, el suyo encaja perfectamente.

## ¡Punto de ignición! (1981)

---

“Ignition Point!”

—Déjeme decirlo claramente —murmuró Anthony Myers, inclinándose por encima de su escritorio hacia el hombre sentado en el sillón frente a él—. ¿Su computadora no escribe el discurso?

—No, usted lo hace. O alguna otra persona.

Nicholas Jansen estaba completamente tranquilo. Era un hombre pequeño, muy elegantemente vestido, con una corbata estilo antiguo que no parecía cohibirle en absoluto en un mundo de jerseys de cuello alto.

—Lo que he desarrollado es una serie de palabras —explicó—, frases, párrafos, que inducen reacciones en grupos específicos de gente, divididos según el sexo, edad, grupos étnicos, lenguaje, ocupación, lugar de residencia, o casi cualquier otra cosa concebible. Si puede usted describir con suficiente detalle el público al que su hombre se dirige, entonces yo puedo proporcionarle exactamente la clase de cosas que su charla debe incluir. Cuanto más sepamos de la audiencia, con mayor precisión podrá producir mi programa de computadora las palabras y frases clave. Tejiéndolas hasta formar un discurso...

—¿Es eso posible? ¿Tendrán sentido?

—Eso depende de la habilidad de quien escriba el discurso, pero realmente no importa. Si golpea usted un tambor, puede conseguir que la audiencia se agite hasta que sus pies y sus corazones resuenen al ritmo de éste; hasta que alcancen el punto de ignición. El sentido es algo análogo al tono, pero un tambor no tiene que golpear según el tono; simplemente, establece un ritmo. Usted puede introducirle tanto tono como desee, pero es el ritmo lo que tiene que conseguir. ¿Comprende?

Myers se frotó la mandíbula y se quedó mirando pensativamente al otro hombre.

—¿Ha probado usted eso antes?

Jansen sonrió ligeramente.

—Sólo de forma extraoficial. Limitada. Pero sé de qué estoy hablando. Soy un oclologista...

—¿Un qué?

—Un estudioso de la psicología de masas, y el primero, que yo sepa, que ha computarizado completamente el asunto.

—Y sabe usted que funciona..., en teoría.

—No, sé que puede funcionar..., en teoría.

—Y desea probarlo conmigo. ¿Y si no funciona?

—Entonces, ¿qué tiene usted que perder? No le estoy pidiendo ningún pago. Será una experiencia útil para mi trabajo, y si debe creer en lo que he oído, su hombre está perdido si no utiliza mis servicios.

Myers tamborileó suavemente con los dedos sobre el escritorio.

—Mire —dijo—, déjeme explicarle lo de mi hombre. Tiene muy buena presencia. Posee una espléndida voz. Es amigable, y se puede confiar en él. Adecuadamente manejado, podría hacer de él un ejecutivo de empresa, o un embajador, o el presidente de los Estados Unidos. El problema es que no tiene talento para hablar, y yo tengo que proporcionárselo. Pero a lo que no puedo ayudarle es a pronunciar sus discursos de forma que convenza a la gente que realmente él tiene talento para la oratoria. Eso es lo que no es capaz de hacer, ni siquiera aunque el discurso le sea dado escrito hasta la última palabra. El discurso puede ser inteligente, pero él es incapaz de pronunciarlo de una forma que haga que él parezca inteligente. ¿Cree usted que puede escribir un discurso mejor que el que pueda escribirle yo?

—No mejor. Sólo más convincente. Puedo hacer que él pulse los botones adecuados para que el auditorio entre en ignición.

—¿Qué quiere decir con «ignición»?

—Que se enciendan. ¿No es eso lo que significa «ignición»? Cada multitud tiene su punto de ignición, pero cada multitud requiere algo distinto para inflamarse.

—Puede que me esté vendiendo usted un puñado de tonterías, señor Jansen. No existe ningún discurso tan a prueba de fallos que un orador torpe no pueda estropearlo.

—Al contrario. Cuanto más torpe sea el orador, más fácilmente podrá pronunciar su discurso, ya que no estará pensando en él por sí mismo. ¿Puedo conocer a su hombre? Es decir, si desea usted mis servicios.

—Comprenderá usted que todo lo que se ha dicho aquí es confidencial.

—Por supuesto. Ya que mi intención es utilizar esto, en último término, con fines comerciales, estoy todavía más interesado que usted en que todo resulte de lo más confidencial.

Barry Winston Bloch aún no había llegado a la cuarentena. En su juventud había sido jugador semiprofesional de béisbol. Había conseguido su licenciatura en una universidad del medio oeste sin demasiado esfuerzo, y había tenido un éxito moderado como vendedor. Su apariencia llamaba la atención, no porque fuera atractivo, sino porque parecía físicamente poderoso, y daba la impresión de poseer una sabiduría natural. Su pelo empezaba a mostrar estrías grisáceas, tenía una forma de echar la cabeza hacia atrás y sonreír cálidamente que inspiraba confianza.

Normalmente, bastaba una hora para darse cuenta que tras aquella amabilidad no había otra cosa que un poco más de amabilidad.

En aquel momento, Bloch se sentía incómodo. Desde que se había unido a Myers, se sentía incómodo muy a menudo. Deseaba tener éxito en la vida; su anhelo secreto era formar parte del Congreso, y a veces se preguntaba si no hubiera llegado a ser un



gran evangelista. Sin embargo, el problema era que la gente lo ponía nervioso. Una vez había agotado su enorme sonrisa, tenía que hablar, y nunca tenía nada en particular que decir.

Y nadie había conseguido nunca hacerle sentir tan incómodo como aquel hombrecillo de ojos de lince, que permanecía sentado allí absolutamente inmóvil mientras Bloch leía sus discursos. Ya era bastante malo hablarle a un público de verdad, que se agitaba, tosía y parecía estar aburrido al ver que no terminaba. Aquel hombrecillo -tenía que recordar que su nombre era Jansen-, que nunca reaccionaba de ninguna manera, le coartaba.

Bueno, sí reaccionaba..., reaccionaba de una sola manera: tendiéndole invariablemente otro discurso para que lo leyera. Cada uno era un poco distinto del anterior, y cada uno le interesaba de alguna forma, pero nunca tenía la sensación que el otro le hiciera justicia. Hacía que se sintiera en cierto modo triste..., y avergonzado.

El manuscrito que le fue entregado aquel día parecía peor que todos los demás. Lo miró con desmayo.

—¿Qué son todas esas acotaciones?

Myers adoptó el tono suave que casi siempre utilizaba con Bloch.

—Bien, B. B. —dijo—, el señor Jansen te lo explicará.

—Son directrices —empezó éste—. Es algo que tiene usted que aprender; pero no le va a resultar difícil. Un guión significa una pausa, y un subrayado significa un énfasis. Una flecha hacia abajo delante de una palabra quiere decir que debe bajar usted un par de notas el tono de su voz; una flecha hacia arriba significa que tiene que elevarlo. Una flecha curvada hacia abajo quiere decir que debe adoptar un tono desdeñoso. Si se curva hacia arriba, su voz se alzarán airadamente. Un paréntesis significa una breve sonrisa; un doble paréntesis, una sonrisa más amplia; un triple paréntesis, una risita. Nunca debe reír francamente. Una línea encima de una palabra quiere decir que debe adoptar una expresión ceñuda; una doble línea significa que debe repetir. Un asterisco...

—No voy a poder recordar todo eso —dijo Bloch.

Desde detrás de Bloch, Myers dijo sin palabras, y con gesto preocupado: «No creo que pueda».

Jansen no pareció inmutarse por la doble negativa.

—Lo conseguirá, con un poco de práctica. La apuesta es alta, y bien merece preocuparse un poco.

—Adelante, B. B. —le animó Myers—. Simplemente léalo, y el señor Jansen le ayudará sobre la marcha.

Pareció como si Bloch quisiera seguir objetando, pero su innata amabilidad venció. Colocó el manuscrito en el atril y empezó a leerlo. Se encalló, miró al

manuscrito con el ceño fruncido, empezó de nuevo, y finalmente se detuvo.

Jansen se explicó, y Bloch empezó de nuevo. Pasaron una hora con los tres primeros párrafos antes de hacer una pausa.

—Es horrible —dijo Myers.

—¿Cómo se las arregló usted la primera vez que intentó conducir una bicicleta? —se interesó Jansen.

Bloch repitió todo el discurso de principio a fin dos veces aquel día, y dos veces más el segundo día. Fue preparado un segundo discurso, no exactamente igual, pero sí desprovisto también de contenido real.

Al cabo de una semana, Bloch dijo:

—Estoy empezando a captarlo. Tengo la impresión que empieza a sonar bien.

—Yo también lo creo —dijo Myers, con falsa esperanza.

Más tarde, Jansen le dijo a Myers:

—Lo está haciendo mejor de lo que esperaba. Está adquiriendo una cierta potencialidad, pero...

—Pero, ¿qué?

Jansen se alzó de hombros.

—Nada. Ya veremos.

—Creo que ya está preparado para enfrentarse al público —dijo Jansen—, siempre que se trate de un público homogéneo que podamos analizar atentamente.

—La Asociación Norteamericana de Tejedores Textiles necesita un orador, y creo que puedo colocarles a B. B. ¿Puede arreglárselas usted con ese tipo de público?

—¿Tejedores? —dijo Jansen, pensativo—. La posición económica debe ser homogénea, y sospecho que el nivel educativo no será demasiado alto. Pero necesitaría un análisis de las ciudades y estados que representan, y qué porcentaje viene de cada uno de los diversos tamaños de establecimientos. También edad, sexo y todo lo demás, por supuesto.

—Veré lo que puedo conseguir del sindicato, pero no disponemos de mucho tiempo.

—Intentaremos trabajar rápido. Tenemos ya bien sentadas las bases. Su hombre está aprendiendo cómo pronunciar un discurso.

Myers se echó a reír.

—Ha llegado al punto en que ya casi me convence hasta a mí... Ya sabe, no le quiero en el Congreso. Lo quiero en la televisión, vendiendo mis ideas..., las suyas, quiero decir...

—Sus ideas, quiere decir —dijo Jansen fríamente—. *Él* no tiene ninguna.

—Eso no importa. Creo que estoy depositando demasiadas esperanzas en esto...

Bloch se las arregló bien en el cóctel de la ANTT. Siguió las instrucciones, sonrió, habló un poco pero no demasiado, contó uno o dos chistes inofensivos y dejó caer unos cuantos nombres, y la mayor parte del tiempo hizo lo posible por escuchar y asentir.

Sin embargo, Myers, desde su mesa junto a la presidencia, sentía una ligera tensión. Si B. B. fallaba, podían intentarlo de nuevo, pero si fallaba él, ¿quedaría lo suficiente como para que valiera la pena intentarlo de nuevo? Aquella podía ser la prueba definitiva que le demostrara, a él, que B. B. simplemente no servía. ¡Qué desperdicio, con aquella apariencia! ¡Con aquella cabeza de senador romano que tenía!

Miró de soslayo a Jansen, sentado a su izquierda. El hombrecillo parecía completamente tranquilo, pero había una ligera contracción en sus cejas, como si una secreta preocupación le estuviera royendo.

Terminó la cena, se efectuaron los diversos anuncios oficiales, se dieron las gracias al comité, la gente fue sentándose en el estrado a medida que era presentada...; todos los enloquecedores detalles que no parecían tener otra finalidad que acumular más tensión sobre el orador.

Myers miró ansiosamente a Bloch, captó su mirada de respuesta, y cruzó brevemente los dedos. «¡Adelante y consíguelo, B. B.!»

¿Lo haría? El discurso parecía extraño, casi quijotesco. Quedaría extraño en los periódicos, si alguna vez alcanzaba las columnas de noticias; pero estaba lleno de botones listos para ser pulsados..., según Jansen y su computadora.

Bloch estaba poniéndose en pie. Avanzó con paso firme hacia el atril, y colocó el manuscrito ante él. Siempre había sido bueno en eso; lo hacía de una forma tan sencilla y natural que el público nunca pensaba ni por asomo que su discurso iba a ser leído.

Bloch sonrió a su público y empezó a hablar lentamente. («No esperes demasiado para adquirir velocidad, B. B.»)

No lo hizo. Aceleró el ritmo. A veces, se detenía brevemente para descifrar un símbolo, pero por fortuna aquello parecía deliberado, el tipo de pausa pensativa que uno espera de la juiciosa madurez.

Luego empezó a hablar más rápida y emocionalmente y, para su sorpresa, Myers sintió como si los tambores empezaran a batir. Allí estaban las frases clave, exactamente con el énfasis requerido, y en respuesta pudo oír agitarse a la audiencia.

Las risas brotaron en el momento oportuno, y en otro momento sonó un asomo de aplausos. Myers nunca antes había oído que los aplausos interrumpieran a Bloch.

El rostro de Bloch parecía un poco enrojecido ahora, y en un momento determinado golpeó el atril con el puño, y la pequeña lamparilla se tambaleó. («¡No la derribes, B. B.!») El público pateó en respuesta.

Myers sintió que la excitación subía también en su interior, aunque sabía lo exactamente que el discurso había sido preparado. Se inclinó hacia Jansen.

—Está logrando la ignición de la audiencia, ¿no cree?

Jansen asintió una sola vez. Sus labios apenas se movieron.

—Sí. Y quizá...

Bloch había hecho una breve pausa en su alocución, lo suficiente para convertir a la audiencia en un nudo de tensión; de pronto, bajó salvajemente su mano al atril, arrugó el manuscrito hasta convertirlo en una masa amorfa, y lo arrojó a un lado.

—No necesito esto —dijo, dando a su voz una aguda y clara nota de triunfo—. No lo deseo. Lo escribí desapasionadamente antes de tenerlos a todos ustedes delante de mí. Déjenme hablarles ahora con el corazón, tal como acuden las palabras a mi boca, aquí de pie delante de ustedes; déjenme decirles a todos ustedes, amigos y norteamericanos, lo que veo en el mundo de hoy, y lo que desearía ver... Y créanme, amigos míos, las dos cosas *no... son... lo... mismo*.

La respuesta fue un rugido.

Myers se aferró alocadamente a Jansen.

—¡No puede hablar por sí mismo!

Pero sí podía, y lo hizo. Habló entre aplausos y gritos. Apenas importaba el que fuera oído o no. Alzó ambos brazos como para abrazar a su audiencia, y una voz gritó:

—¡Sigue adelante! ¡Díselo!

Bloch se lo dijo. Lo que dijo exactamente apenas importaba, pero cuando terminó, hubo una impresionante y jubilosa ovación, con todo el mundo puesto en pie.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Myers a través del ruido.

Estaba aplaudiendo tan fuertemente como todos los demás.

Jansen permaneció sentado, en una extraña actitud derrumbada. Aferró a Myers, lo atrajo hacia sí, y dijo con voz temblorosa:

—¿No se da cuenta de lo que ha ocurrido? Era una posibilidad entre un millón. Hacia el final, empecé a preguntarme si era posible. Puede ocurrir...

—¿De qué demonios está hablando?

—La audiencia entró en ignición, y Bloch estaba hablándole a una audiencia en ignición por primera vez en su vida, y los oradores tienen también su punto de ignición. El propio Bloch entró en ignición, y un orador en ignición puede arrastrar a la opinión pública y mover montañas.

—¿Quién? ¿B. B.?

—Sí.

—Bien, eso es estupendo.

—¿De veras? Cuando entra en ignición, adquiere poder, y si descubre que lo

tiene, ¿para qué le necesita a usted? ¿O a mí? Y si las cosas ocurren así, ¿hasta dónde llegará? Ha habido grandes carismáticos antes, que no siempre han conducido a las masas a la gloria.

Bloch estaba con ellos. La gente se arremolinaba a su alrededor. Le dijo a Myers, en voz baja y casi sin aliento:

—¡Ha sido fácil! ¡Me sentí grande!

Se volvió hacia los que le rodeaban, riendo, dominándolos sin ningún problema.

Myers se lo quedó mirando, confuso; Jansen se lo quedó mirando, aterrado.

## La última lanzadera (1981)

---

“The Last Shuttle”

Virginia Ratner suspiró.

—Tenía que haber una última vez, supongo.

Sus ojos estaban turbados cuando miró hacia el mar, resplandeciente a la cálida luz del sol.

—Al menos tenemos un buen día para ello, aunque supongo que una tormenta de nieve hubiera ido mejor a mi estado de ánimo.

Robert Gill, que estaba allí como oficial más antiguo de la Agencia Terrestre del Espacio, la miró sin ninguna concesión.

—Por favor, no se sienta abatida. Usted misma lo ha dicho. Tenía que haber una última vez.

—Pero ¿por qué yo como piloto?

—Porque usted es la mejor piloto que tenemos, y deseamos que sea un buen final, sin nada que vaya mal. ¿Por qué soy yo quien tiene que desmantelar la Agencia? ¡Un final feliz!

—¿Un final feliz?

Virginia estudió la ajetreada carga y la hilera de pasajeros. La última de ambas.

Llevaba pilotando lanzaderas desde hacía veinte años, sabiendo siempre que habría una última vez. Uno podía pensar que el conocimiento debía haberla envejecido, pero no había ninguna hebra gris en su pelo, ninguna arruga en su rostro. Quizá una vida bajo una intensidad gravitatoria constantemente cambiante tenía algo que ver con ello. Pareció rebelarse.

—Tengo la impresión de que sería una dramática ironía, o tal vez una dramática justicia, que esta última lanzadera estallara al despegar. Una protesta por parte de la propia Tierra.

Gill agitó la cabeza.

—Estrictamente hablando, debería informar de eso..., pero está usted sufriendo un ataque agudo de nostalgia.

—Bien, informe de mí. Eso me calificará como peligrosamente inestable, y seré descalificada como piloto. Puedo ocupar mi lugar como uno de los seiscientos dieciséis últimos pasajeros, y hacer así que sean seiscientos diecisiete. Algún otro puede pilotar la lanzadera y entrar así en los libros de historia como la persona que...

—No tengo intención de informar de usted. Por una parte, no ocurrirá nada. Los despegues de las lanzaderas son a prueba de problemas.

—No siempre. —Virginia Ratner mostró una expresión sombría—. Hubo el caso del *Enterprise Sesenta*.

—¿Qué se supone que es esto, un boletín de efemérides? Eso fue hace ciento

setenta años, y no ha habido ningún accidente relacionado con el espacio desde entonces. Ahora, con la ayuda antigravitatoria, ni siquiera existe la posibilidad de un tímpano roto. El rugido de los cohetes de despegue ha desaparecido para siempre... Escuche, Ratner, será mejor que suba a la cubierta de observación. Quedan menos de treinta minutos para el despegue.

—¿De veras? Seguramente va a informarme usted ahora que el despegue está completamente automatizado, y que realmente no soy necesaria.

—Sabe usted eso sin necesidad de que yo tenga que decírselo, pero su presencia en el puente es un asunto de reglamentos... y de tradición.

—Me parece que ahora es usted el nostálgico... de un tiempo en el que el piloto representaba una diferencia y no era simplemente inmortalizado por no hacer nada excepto presidir el desmantelamiento final de algo que fue tan prodigioso. —Hizo una pausa, luego añadió—: Pero iré —y avanzó hacia el tubo central y ascendió por él como si fuera un plumón siendo elevado por una corriente ascendente de aire.

Recordó sus días de inexperiencia juvenil en los vuelos de la lanzadera, cuando la antigravedad era experimental y requería instalaciones en tierra más grandes que la propia lanzadera y cuando, incluso así, funcionaba a sacudidas o no funcionaba en absoluto, y las tripulaciones del espacio preferían los ascensores pasados de moda.

Ahora el proceso de la antigravedad había sido miniaturizado hasta el punto de que cada nave transportaba el suyo propio. Nunca fallaba, y era utilizado por los pasajeros que lo daban por seguro, y por la carga inanimada que podía ser trasladada a su lugar con la ayuda de chorros de aire sin fricción y levitación magnética por tripulantes que sabían perfectamente bien cómo manejar objetos voluminosos sin peso pero con toda su inercia.

Ningún otro vehículo jamás construido por los seres humanos era tan magnífico, tan complejo, tan intrincadamente computarizado como las lanzaderas, porque ningún otro tipo de nave había tenido que luchar con la gravedad de la Tierra... excepto aquellas primitivas naves que, sin antigrav, habían tenido que depender de cohetes químicos para conseguir cada átomo de energía. ¡Primitivos dinosaurios!

En cuanto a las naves que moraban únicamente en el espacio, yendo de una colonia espacial a una estación de energía o de una factoría a una procesadora de alimentos —incluso de la Luna—, tenían poca o ninguna gravedad con la que luchar, de modo que eran cosas simples y casi frágiles.

Ahora estaba en la sala de pilotaje, con sus hileras de instrumentos computarizados dándole la situación exacta de cada elemento en funcionamiento a bordo, la situación de cada caja de embalaje, el número y disposición de cada persona entre la tripulación y pasajeros. (Ninguno de esos debía quedar detrás. ¡Abandonar a alguno era impensable!)

Había una vista televisiva de trescientos sesenta grados del panorama fuera de la

nave, y la miró pensativamente. Estaba contemplando el lugar desde el cual se había producido la entrada del hombre en el espacio en los viejos y heroicos días. Era desde allí que la gente se había lanzado hacia arriba para construir las primeras estructuras espaciales..., estaciones de energía que renqueaban..., factorías automatizadas que requerían un mantenimiento constante..., colonias del espacio que apenas albergaban a diez mil personas.

Ahora el enorme y atestado centro tecnológico había desaparecido. Fragmento a fragmento había ido siendo demolido hasta que tan sólo quedaba una estructura para la partida de la última lanzadera. Esa estructura quedaría allí de pie, una vez hubiera partido la nave, para oxidarse y desmoronarse como último y triste recuerdo de todo lo que había sido.

¿Cómo podía la gente de la Tierra olvidar así el pasado?

Todo lo que podía ver era tierra y mar... todo desierto. No había señal alguna de estructura humana, ninguna persona. Tan sólo vegetación verde, arena amarilla, agua azul.

¡Ya era la hora! Su entrenado ojo captó que la nave estaba llena, preparada, en perfecto funcionamiento. La cuenta atrás estaba tic-taqueando el minuto final, el satélite auxiliar para la navegación sobre sus cabezas señalaba espacio limpio, y no había necesidad (sabía muy bien que no la había) de tocar el control manual.

La nave se elevó silenciosa y suavemente, y todo aquello para lo que se había estado trabajando a lo largo de un período de doscientos años se cumplió finalmente. En el espacio, la humanidad aguardaba en la Luna, en Marte, entre los asteroides, en miríadas de colonias del espacio.

El último grupo de gente de la Tierra se elevaba para unirse a ellos. Tres millones de años de ocupación homínida de la Tierra habían terminado; diez mil años de civilización en la Tierra habían sido cubiertos; cuatro siglos de ajetreada industrialización acababan de terminar.

La Tierra había vuelto a su salvajismo y a su vida silvestre gracias a una humanidad agradecida a su planeta madre y dispuesta a concederle el descanso que se merecía. Quedaría para siempre como un monumento al origen de la humanidad.

La última lanzadera se alzó por entre los vestigios de la estratosfera, y la Tierra se extendió bajo ella y fue empujándose a medida que la lanzadera seguía su camino.

Los quince mil millones de residentes del espacio habían aceptado solemnemente que los pies humanos no volverían a hollarla.

¡La Tierra era libre! ¡Finalmente libre!



## Los vientos del cambio (1982)

---

“The Winds of Change”

Jonas Dinsmore penetró en la Sala del Presidente del Club de la Facultad a su manera característica, como si fuera consciente de hallarse en un lugar al que pertenecía pero en el cual no era aceptado. La pertenencia se adivinaba en la seguridad de su paso y en el ruido casual de sus pies mientras caminaba. La no aceptación residía en las rápidas miradas de soslayo que lanzaba al entrar, una rápida revisión de cuántos enemigos había presentes.

Era profesor ayudante de física, y no era muy apreciado.

Había otras dos personas en la habitación, y Dinsmore podía considerarlas a las dos como enemigos, sin ser tomado por paranoide por ello.

Una era Horatio Adams, el viejo jefe del departamento que, sin haber hecho nunca ni una sola cosa que fuera notable, había acumulado sin embargo un enorme respeto por las numerosas cosas no remarcables pero perfectamente correctas que había hecho. El otro era Carl Muller, cuyo trabajo en la Teoría del Gran Campo Unificado lo había situado en la línea del Premio Nobel (que daba como probable), y de la presidencia de la universidad (que daba como segura).

Era difícil decir qué perspectiva consideraba más desagradable Dinsmore. Es completamente justo decir que detestaba a Muller.

Dinsmore se sentó en una esquina del sofá, que era viejo, resbaladizo y frío. Los dos confortables sillones de brazos estaban ocupados por los demás. Dinsmore sonrió.

Sonreía frecuentemente, aunque su rostro nunca parecía ni amistoso ni complacido como resultado de ello. Pese a que no había nada en su sonrisa que no fuera la normal curvatura de las comisuras de la boca, invariablemente ofrecía un efecto de frialdad a aquellos a quienes iba dirigido el gesto. Su redondo rostro, su escaso pero cuidadosamente peinado pelo, sus gruesos labios, todo aquello hubiera debido aportar jovialidad a su sonrisa..., pero no lo hacía.

Adams se agitó en lo que pareció ser un momentáneo espasmo de irritación que cruzó su largo rostro típico de Nueva Inglaterra. Muller, con su pelo casi negro y sus ojos de un incongruente color azul, pareció impasible.

—Caballeros, sé que soy un intruso aquí —dijo Dinsmore—. Pero no tengo otra elección. La junta directiva me ha pedido que estuviera presente. Puede que a ustedes les parezca quizá una acción cruel. Estoy seguro que usted, Muller, está esperando en cualquier momento una comunicación de la junta en la que diga que ha sido nombrado presidente. Parecería apropiado también que el renombrado profesor Adams, su mentor y superior, lo supiera. ¿Pero por qué, Muller, deberían reservar un similar privilegio para mí, su humilde y persistente rival?

»De hecho, sospecho que su primera acción como presidente, Muller, sería informarme que desde todos los puntos de vista sería mejor que empezara a buscarme alguna posición en cualquier otro sitio, puesto que mi contrato no iba a ser renovado pasado este año académico. Sería conveniente decírmelo en seguida a fin que yo pudiera empezar a moverme de inmediato. Quizá no fuera muy considerado hacerlo, pero sí muy eficiente.

»Parecen trastornados, ustedes dos. Quizá yo sea injusto. Tal vez mi inmediata dimisión no esté en sus mentes; quizá estén dispuestos a esperar hasta mañana. Pero tal vez sean los miembros de la junta los que quieran ser más rápidos que nadie y pretendan decírmelo ellos mismos. No importa. De cualquier modo, parece que ustedes están dentro y yo estoy fuera. Y quizá eso parezca justo. La respetada cabeza de un gran departamento acercándose al atardecer de su carrera, así como su brillante protegido, cuyo dominio de los conceptos y gran maestría en las matemáticas no tiene paralelo, están preparados para recibir los laureles; mientras que yo, sin respeto ni honor...

»Puesto que así están las cosas, será amable por su parte que me dejen hablar sin interrumpirme. Tengo la sensación que el mensaje que aguardamos puede no llegar en los próximos minutos, quizá ni siquiera en la próxima hora. Un presentimiento. Los propios miembros de la junta puede que no sean adversos a crear un poco de suspenso. Este es su momento brillante, su fugaz instante de gloria. Y puesto que hay que pasar mientras tanto el tiempo, estoy dispuesto a seguir hablando.

»A algunas personas, antes de la ejecución, se les concede una última comida, a algunas un último cigarrillo; yo, unas últimas palabras. No necesitan escucharlas, supongo, ni siquiera aparentar que están interesados por ellas.

»... Gracias. Acepto su mirada de resignación, profesor Adams, como una aceptación. También acepto del mismo modo la ligera sonrisa, digamos que despectiva, del profesor Muller.

»No van a reprocharme, estoy seguro, el desear que la situación fuera distinta. ¿En qué sentido? Una buena pregunta. No deseo cambiar ni mi carácter ni mi personalidad. Puede que no sean demasiado satisfactorios, pero son míos. Como tampoco cambiaría la eficiencia política de Adams o la brillantez de Muller, porque, ¿qué hubiera traído consigo ese cambio, excepto que ellos dejaran de ser Adams y Muller? Desearía que ellos siguieran siendo ellos y, sin embargo..., que los resultados fueran distintos. Si uno pudiera ir hacia atrás en el tiempo, ¿qué pequeño cambio hubiera podido producir un amplio y deseable cambio ahora?

»Eso es lo que se necesitaría. ¡El viaje por el tiempo!

»Ah, qué chirriante reacción la suya, Muller. Era el claro inicio de una risotada. ¡El viaje por el tiempo! ¡Ridículo! ¡Imposible!

»No sólo imposible en el sentido que la técnica actual no está preparada para

dicha finalidad, sino en el sentido más amplio que jamás estará preparada. El viaje por el tiempo, en el sentido de ir hacia atrás para cambiar la realidad, es no sólo imposible tecnológicamente hoy por hoy, sino que también es teóricamente imposible.

»Es extraño que usted siga pensando eso, Muller, puesto que sus teorías, cuyo análisis lleva a las cuatro fuerzas, incluida la gravitación, mensurablemente cerca de su inclusión bajo el paraguas de un solo conjunto de relaciones, hacen que el viaje a través del tiempo ya no sea teóricamente imposible.

»No, no se levante para protestar. Quédese sentado, Muller, y relájese. Para usted es imposible, estoy seguro. Para la mayoría de la gente también. Quizá para casi todo el mundo. Pero puede que haya excepciones, y resulta que yo soy una de ellas. ¿Por qué yo? ¿Quién sabe? No pretendo ser más brillante que cualquiera de ustedes dos, pero, ¿qué tiene que ver con esto?

»Déjenme ponerles una analogía. Consideren... Hace decenas de miles de años los seres humanos, poco a poco, ya fuera por su comportamiento masivo o gracias a unos pocos individuos brillantes, aprendieron a comunicarse. Fue inventada el habla, y se dedicaron delicadas modulaciones de sonido a representar significados abstractos.

»Durante miles de años, cualquier ser humano normal ha sido capaz de comunicarse, pero, ¿cuántos han sido capaces de contar una historia superlativamente bien? Shakespeare, Tolstoi, Dickens, Hugo..., un puñado, comparados con todos los seres humanos que han vivido, que han sido capaces de utilizar esos sonidos modulados para despertar las emociones humanas y alcanzar la sublimidad. Y sin embargo, han utilizado los mismos sonidos que usamos todos los demás.

»Estoy dispuesto a admitir que el C. I. de Muller, por ejemplo, es superior al de Shakespeare o Tolstoi. El conocimiento que posee Muller del idioma debe ser tan bueno como el de cualquier escritor vivo; su comprensión del significado de las cosas es tan grande como el de ellos. Y sin embargo, Muller es incapaz de situar varias palabras juntas y conseguir el efecto que consiguió Shakespeare. Ni el propio Muller es capaz de negar esto ni por un momento, estoy seguro. ¿A qué se debe, entonces, que Shakespeare y Tolstoi pudieran hacer lo que ni Muller ni Adams ni yo mismo somos capaces? ¿Qué sabiduría poseían que nosotros no podemos alcanzar? Ustedes no lo saben, y yo tampoco. Lo que es peor, ellos tampoco lo sabían. Shakespeare no hubiera podido enseñarles de ninguna de las maneras, ni a ustedes ni a nadie, cómo escribir tal como él lo hacía. Porque él no sabía como lo hacía..., simplemente lo hacía.

»Ahora tomemos en consideración la conciencia del tiempo. Por todo lo que podemos suponer, tan sólo los seres humanos, de todas las formas de vida, pueden captar el significado del tiempo. Todas las demás especies viven únicamente en el

presente; puede que tengan vagos recuerdos; puede que posean imprecisas y limitadas premeditaciones..., pero seguramente tan sólo los seres humanos comprenden por completo el pasado, presente y futuro, y pueden especular acerca de su significado e importancia, pueden preguntarse sobre el fluir del tiempo, o cómo nos arrastra consigo, y cómo puede ser alterado ese fluir.

»¿Cuándo ocurre esto? ¿Cómo se llegó a ello? ¿Quién fue el primer ser humano, u homínido que de pronto captó la forma en que el río del tiempo lo arrastraba del impreciso pasado al impreciso futuro, y se preguntó si podía ser contenido o desviado?

»El fluir no es invariable. El tiempo corre a veces muy rápidamente para nosotros; las horas se desvanecen en lo que parecen minutos..., mientras que en otras ocasiones se arrastran desmedidamente. En los estados de sueño, en los trances, en las experiencias con drogas, el tiempo altera sus propiedades.

»Parece que quiere hacer usted algún comentario, Adams. No se moleste. Va a decir usted que esas alteraciones son puramente psicológicas. Lo sé, pero, ¿acaso existe algo más aparte de lo psicológico?

»¿Es físico el tiempo? Y si lo es, ¿qué es el tiempo físico? Seguramente es cualquier cosa queelijamos que sea. Nosotros diseñamos los instrumentos. Nosotros interpretamos las medidas. Nosotros creamos las teorías y luego las interpretamos. Y de un absoluto, hemos convertido el tiempo y lo hemos hecho la criatura de la velocidad de la luz, y hemos decidido que la simultaneidad es indefinible.

»Por su teoría, Muller, sabemos que el tiempo es enteramente subjetivo. En teoría, alguien comprendiendo la naturaleza del fluir del tiempo puede, si se le proporciona el talento suficiente, moverse independientemente con o contra su fluir; o permanecer inmóvil en él. Esto es análogo a la forma en que alguien, si se le proporcionan los símbolos de comunicación, puede escribir *El Rey Lear* si dispone del talento suficiente. Si dispone del talento suficiente.

»¿Y si yo dispusiera de ese talento suficiente? ¿Y si yo pudiera ser el Shakespeare del fluir del tiempo? Vamos, divirtámonos un poco. En cualquier momento llegará el mensaje de la junta directiva, y tendré que callarme. Hasta entonces, sin embargo, puedo permitirme seguir con mi charla. Sirve como distracción. Miren, dudo que se hayan dado cuenta que ya han pasado quince minutos desde que he empezado a hablar.

»Piensen, entonces... Si yo pudiera hacer uso de la teoría de Muller y descubrir dentro de mí mismo la sorprendente habilidad de tomar ventaja de ella, del mismo modo que Homero lo hizo con las palabras, ¿qué haría con mi don? Podría retroceder en el tiempo, quizá, como un espectro, observando desde el exterior todo el esquema del tiempo y los acontecimientos, a fin de alcanzarlos en un lugar y momento determinados y efectuar un cambio.

»Oh, sí, estaría fuera de la corriente del tiempo mientras viajaba. Su teoría, Muller, propiamente interpretada, no insiste en que, al moverse hacia atrás en el tiempo, o hacia adelante, uno deba hacerlo a través de la densidad del flujo, tropezando con los acontecimientos y golpeándolos a su paso. Lo cual, por supuesto, sería teóricamente imposible. Permanecer fuera corresponde al área de las posibilidades; y entrar y salir a voluntad corresponde al área del talento personal.

»Supongamos, entonces, que yo conseguí eso; que retrocedí por fuera del tiempo, me introduje de nuevo en él, e hice un cambio. Ese único cambio dio nacimiento a otros..., los cuales a su vez dieron nacimiento a otros... El tiempo iniciaría un nuevo sendero que cobraría vida por sí mismo, curvándose y espumando hasta que, en muy poco tiempo...

»No, esa expresión es inadecuada. “El tiempo, en muy poco tiempo...” Es como si estuviéramos imaginando alguna referencia abstracta y absoluta parecida al tiempo contra el cual puede ser medido nuestro tiempo; como si nuestro propio entorno de tiempo estuviera fluyendo contra otro entorno más profundo. Confieso que es algo que está más allá de mí, pero intenten comprenderlo.

»Cualquier cambio en los acontecimientos del tiempo, tras un... cierto lapso..., alteraría todo hasta hacerlo irreconocible.

»Pero yo no deseaba eso. Ya se lo dije al principio, no quiero dejar de ser yo. Incluso aunque en mi lugar pudiera crear a alguien que fuera más inteligente, más sensible, que tuviera más éxito, seguiría sin ser yo.

»Tampoco deseo que cambie usted, Muller, o usted, Adams. También dije eso ya. No deseo triunfar sobre un Muller que sea menos ingenioso y espectacularmente brillante, o sobre un Adams que sea menos político y hábil en montarse una imponente estructura de respeto. Deseo triunfar sobre ustedes tal como son, y no sobre unos seres más débiles.

»Bien, sí, es el triunfo lo que deseo.

»... Oh, vamos. Se agitan ustedes como si hubiera dicho algo indigno. ¿Una sensación de triunfo es algo tan extraño para ustedes? ¿Están tan muertos a la humanidad que no buscan el honor, la victoria, la fama, las recompensas? ¿Tengo que suponer que el respetado profesor Adams no desea poseer su larga lista de publicaciones, su venerable hilera de títulos honoríficos, sus numerosas medallas y placas, su puesto como cabeza de uno de los más prestigiosos departamentos de física del mundo?

»¿Y estaría usted satisfecho de tener todo eso, Adams, si nadie llegara a saberlo nunca; si su existencia fuera borrada de todos los registros y libros de historia; si tuviera que convertirse en un secreto entre usted y el Altísimo? Una pregunta estúpida. Por supuesto, no voy a pedir una respuesta, cuando todos nosotros sabemos cuál va a ser.

»Y no necesito enumerar las mismas argumentaciones con respecto al potencial Premio Nobel de Muller y lo que parece como una segura presidencia universitaria..., y de esta universidad.

»¿Qué es lo que ustedes dos desean de todo esto, considerando que desean no sólo las cosas en sí sino también el conocimiento público de su propiedad de tales cosas? ¡Seguro que desean ustedes el triunfo! Desean el triunfo sobre sus competidores como una cosa abstracta, el triunfo sobre sus semejantes. Desean ustedes hacer algo que otros no pueden hacer, y conseguir que esos otros sepan que ustedes han hecho algo que ellos no pueden hacer, de modo que cuando les miren lo hagan con una ineludible conciencia de ese hecho y con una envidia y reforzada admiración.

»¿Debo ser yo más noble que ustedes? ¿Por qué? Déjenme tener el privilegio de desear lo que ustedes desean, de anhelar el triunfo que han anhelado ustedes. ¿Por qué no debería yo desear el respeto, el gran premio, la alta posición que les aguarda a ustedes dos? ¿Y hacer todo eso en su lugar? ¿Arrancárselo en el momento en que van a alcanzarlo? Le hago menos ascos que ustedes a la gloria.

»Ah, pero ustedes se la merecen, y yo no. Ese es precisamente el asunto. ¿Qué ocurriría si yo arreglara el flujo y el contenido del tiempo de modo que yo la mereciera y ustedes no?

»¡Imagínenlo! Yo seguiría siendo yo; ustedes dos seguirían siendo ustedes dos. No serían menos valiosos, y yo no sería más valioso, puesto que esa es la condición que yo mismo me habría establecido, que ninguno de nosotros cambiara, y sin embargo yo la merecería y ustedes no. En otras palabras, deseo ganarles tal como son ustedes ahora, y no como sustitutos inferiores.

»En un cierto sentido, eso es un tributo hacia ustedes, ¿no? Veo por su expresión que piensan que sí lo es. Los imagino a ambos sintiendo una especie de despectivo orgullo. Después de todo, es algo convertirse en el estándar por el cual se mide la victoria. Disfrutan ustedes oyendo recitar los méritos que poseen y que yo anhelo..., especialmente sabiendo que ese anhelo va a quedar insatisfecho.

»No les culpo por sentir de ese modo. En su lugar, yo sentiría lo mismo.

»Pero, ¿va a quedar mi anhelo insatisfecho? Piénsenlo...

»Supongan que he ido hacia atrás en el tiempo, digamos veinticinco años. Una cifra encantadora; exactamente un cuarto de siglo. Usted, Adams, tenía cuarenta años. Había acabado de llegar aquí, como profesor titular, tras su cese en el Case Institute. Había hecho allí un buen trabajo en diamagnética, aunque su esfuerzo en conseguir algo con el hipocromito de bismuto, del que no informé a nadie, fue un fracaso que hubiera hecho reír a todo el mundo.

»Cielos, Adams, no se muestre tan sorprendido. No creerá que no conozco su vida profesional hasta el más mínimo detalle...

»Y en cuanto a usted, Muller, tenía por aquel entonces veintiséis años, y estaba enfrascado en el proceso de elaborar su tesis doctoral sobre la relatividad general, que fue algo fascinante por aquel entonces, pero que es mucho menos satisfactoria en retrospectiva de lo que fue en aquel tiempo. Si hubiera sabido interpretarla correctamente, hubiera anticipado la mayor parte de las conclusiones posteriores de Hawking, como bien sabe ahora. Pero no la interpretó correctamente entonces, y ha conseguido usted ocultar ese hecho con éxito hasta hoy.

»Me temo, Muller, que no es usted muy bueno en la interpretación. No interpretó su propia tesis doctoral para sacarle el mejor provecho, y no ha interpretado correctamente su gran Teoría del Campo. Quizá, Muller, no sea una desgracia tampoco. La falta de interpretación es un acontecimiento común. Puede que no poseamos el *knack* interpretativo, y el talento de extraer consecuencias viables puede que no se produzca en la misma mente que posee el talento de la brillantez de conceptos. Yo poseo lo primero sin lo segundo, así que, ¿por qué no debería poseer usted lo segundo sin lo primero?

»Si tan sólo pudiera usted crear sus maravillosos pensamientos, Muller, y dejar que yo me encargara de las igualmente maravillosas conclusiones. Qué equipo podríamos formar usted y yo, Muller..., pero usted no querría saber nada de mí. No me quejo por ello, porque yo tampoco querría saber nada de usted.

»En cualquier caso, todo eso carece de importancia. No puedo hacerle ningún daño de ninguna manera, Adams, con el asunto de su estúpido fracaso con las sales de bismuto. Después de todo, consiguió usted, aunque con una cierta dificultad, ocultar su error antes de embalsamarlo en las páginas de alguna revista científica..., de modo que se libró de cualquier tipo de enjuiciamiento. Y no puedo nublar el sol que brilla sobre usted, Muller, señalando su fracaso en deducir lo que hubiera podido ser deducido de sus conceptos. Podría considerarse incluso como una medida de su genio; había tantas cosas apiñándose en su pensamiento que ni siquiera usted era lo suficientemente genial como para extraer de todo aquello un gramo más de consecuencias.

»Pero si pudiera hacerlo, ¿qué ocurriría? ¿Cómo podrían cambiar las cosas del modo que yo quiero? Afortunadamente, pude estudiar la situación durante un lapso de... lo que sea..., que mi conciencia podía interpretar como años, sin que el tiempo transcurriera físicamente para mí, de modo que no envejecía en absoluto. Mis procesos mentales seguían adelante, pero mi metabolismo físico no.

»Sonríen ustedes de nuevo. No, no sé cómo se produce el fenómeno. Seguramente nuestros procesos mentales son parte de nuestros cambios metabólicos. Sólo puedo suponer que, fuera del flujo del tiempo, los procesos mentales no son procesos mentales en su sentido físico, sino algo distinto que es su equivalente.

»Y si estudio un momento determinado en el tiempo, y busco un cambio que

pueda dar como resultado lo que yo deseo que dé, ¿cómo puedo hacerlo? ¿Podía efectuar el cambio, avanzar por el tiempo, estudiar las consecuencias y, si no me gustaban, volver de nuevo hacia atrás, volver a cambiar el cambio, e intentar otro? Si lo hacía cincuenta veces, mil veces, ¿podría terminar hallando el cambio correcto? El número de cambios, cada uno de ellos con innumerables consecuencias, cada uno de ellos con posteriores innumerables consecuencias, es algo que está más allá de todo cálculo o comprensión. ¿Cómo podía descubrir el cambio que estaba buscando?

»Pero podía. Podía aprender cómo, y no puedo decirles cómo lo aprendí, o lo que hice después de haberlo aprendido. ¿Es algo tan difícil? Piensen en las cosas que normalmente aprendemos.

»Estamos de pie, andamos, corremos, saltamos..., y lo hacemos todo sin pensar siquiera que nos hallamos constantemente en equilibrio sobre un extremo de nuestro cuerpo. Estamos en un completo estado de inestabilidad. Permanecemos en pie solamente gracias a que los gruesos músculos de nuestras piernas y torso están constantemente contrayéndose y distendiéndose lo suficiente como para mantener el equilibrio de nuestro cuerpo, como un equilibrista circense manteniendo en equilibrio una pértiga sobre la punta de su nariz.

»Físicamente, es difícil. Es por eso por lo que permanecer mucho tiempo en pie inmóviles nos resulta siempre desagradable, y agradecemos el poder sentarnos al cabo de un rato. Es por eso por lo que permanecer en posición de firmes durante un período de tiempo excesivamente largo puede conducirnos al colapso. Sin embargo, excepto cuando lo llevamos a sus extremos, lo resistimos bastante bien, ni siquiera somos conscientes de estarlo haciendo. Podemos estar de pie y andar y correr y saltar y pararnos durante todo el día y no caernos nunca, o ni siquiera perder seriamente el equilibrio. Bien, descríbanme cómo lo hacen de un modo que alguien que jamás lo ha probado pueda hacerlo también. No pueden.

»Otro ejemplo. Podemos hablar. Podemos tensar y contraer los músculos de nuestra lengua y labios y mejillas y paladar en una rápida y arrítmica sucesión de cambios que producen exactamente la modulación de sonidos que deseamos. Resulta bastante difícil de aprender cuando somos niños, pero una vez lo hemos aprendido, podemos producir docenas de palabras por minuto sin ningún esfuerzo consciente. Bien, ¿cómo lo hacemos? ¿Qué cambios producimos para decir “Como lo hacemos”? Descríbanle esos cambios a alguien que jamás ha hablado, de modo que pueda emitir esos mismos sonidos. No se puede.

»Pero podemos producir los sonidos. Y sin el menor esfuerzo.

»Disponiendo del tiempo suficiente..., ni siquiera sé cómo describir lo que quiero dar a entender. No es tiempo; llamárense “duración”.

Disponiendo de la suficiente duración sin paso del tiempo, aprendí cómo ajustar la realidad del modo que deseaba. Era como un niño balbuceando, pero aprendiendo



gradualmente a captar y elegir entre sus propios balbuceos los sonidos adecuados para construir palabras. Aprendí a elegir.

»Era arriesgado, por supuesto. En el proceso de aprendizaje pude cometer algo irreversible; o al menos algo que, para invertir su efecto, hubiera requerido cambios sutiles que estaban más allá de mí. No me ocurrió. Quizá tuve mejor suerte que nadie.

»Y empecé a gozar con ello. Era como pintar un cuadro, modelar una escultura, era mucho más que eso; era tallar una nueva realidad... Una nueva realidad sin ningún cambio con respecto a la nuestra en sus puntos clave. Seguí siendo exactamente quien soy; Adams siguió siendo el eterno Adams; Muller, el quintaesencial Muller. La universidad siguió siendo la universidad; la ciencia, la ciencia.

»Bien, entonces, ¿no cambió nada? Pero estoy perdiendo su atención. Ya no creen en mí y, si soy buen juez, sienten un desprecio burlón hacia lo que estoy diciendo. Me parece que me he dejado arrastrar por mi entusiasmo y he empezado a actuar como si el viaje por el tiempo fuera algo real y yo hubiera hecho realmente lo que hubiera deseado hacer. Perdónenme. Considérenlo todo una imaginación..., una fantasía... Estoy refiriéndome a lo que yo hubiera hecho si el viaje por el tiempo fuera algo real y si yo hubiera tenido realmente el talento como para efectuarlo.

»En ese caso..., en mi imaginación..., ¿no cambió nada? Tenía que haberse producido algún cambio; uno que hubiera dejado a Adams siendo exactamente Adams pero le hubiera incapacitado para ser el jefe del departamento; a Muller seguir siendo Muller, y sin embargo retirarle toda posibilidad de convertirse en el presidente de la universidad y sin muchas posibilidades de ser elegido para el Premio Nobel.

»Y yo tenía que seguir siendo yo mismo, detestado y complotando contra todo, e incapaz de crear..., y sin embargo poseyendo las cualidades que podían hacerme a mí presidente de la universidad.

»No podía ser nada científico; tenía que ser algo completamente apartado de la ciencia; algo desagradable y sórdido que descalificara a dos excelsos caballeros...

»Oh, vamos. No merezco esas miradas de desdén y presumida auto-satisfacción. ¿Están completamente seguros que en sus vidas no han hecho nada desagradable y sórdido? ¿Cómo pueden estar seguros? ¿Ninguno de los dos, si las circunstancias se han presentado, ha caído en lo que podríamos llamar... pecado? ¿Quién de nosotros ha podido resistirse a él, si la tentación ha sido la adecuada? ¿Quién de nosotros está sin pecado?

»Piensen, piensen... ¿Están seguros que sus almas son puras? ¿No han hecho nada equivocado, nunca? ¿Nunca han caído en el pozo? Y si han conseguido no caer, ¿no ha sido gracias a unas circunstancias afortunadas, debidas más a la casualidad que a su propia virtud interior? Y si alguno de ustedes ha estudiado detenidamente todas sus acciones y notado los golpes de fortuna que lo han mantenido a salvo y lo

han librado del peligro en alguna ocasión, ¿cree que nunca ha obrado mal?

»Por supuesto, si hubieran vivido unas vidas completamente pecaminosas y sórdidas, hasta el punto que la gente les volviera la espalda con desdén y desagrado, nunca hubieran podido alcanzar sus actuales puestos honorables. Hubieran caído en desgracia hace mucho tiempo, y yo no hubiera podido subirme sobre sus cuerpos en desgracia, porque ustedes no estarían ahora aquí para servirme de peldaños.

»¿Se dan cuenta de lo complejo que es todo esto?

»Pero cuanto más complejo, más excitante. Si yo fuera hacia atrás en el tiempo y descubriera que la solución no era compleja, que con un solo golpe podía conseguir mi meta, podría extraer un cierto placer de todo ello y de sus resultados, pero me faltaría la excitación intelectual.

»Si estuviéramos jugando al ajedrez y supiera que apenas empezar iba a hacerles mate en tres jugadas, sería una victoria peor que una derrota. Estaría jugando contra un oponente muy por debajo de mi altura, me sentiría avergonzado haciéndolo.

»No. La victoria que vale la pena es aquella que debe arrancarse lenta y dolorosamente de la reluctante presa del adversario; una victoria que parece inalcanzable; una victoria que es tan agotadora, tan torturante, tan desesperada como la peor de las derrotas, pero en la que, a diferencia de esta última, mientras estás resollando y jadeando en un total agotamiento tienes en tu mano el gallardete por el que estás luchando, el trofeo.

»La duración que pasé luchando con el más indomeñable de todos los materiales, la realidad, estuvo llena con todas las dificultades que yo mismo había establecido. Insistí tercamente no sólo en conseguir mi meta, sino también en conseguirla a mi manera; rechazando todo lo que no fuera exactamente tal y como yo deseaba que fuera. Un fracaso relativo era considerado por mí como un fracaso total; un casi logro era eliminado como si no fuera un logro en absoluto. En mi blanco, tenía que acertar en el centro mismo de la diana y en ningún otro sitio.

»E incluso una vez hubiera vencido, tenía que ser una victoria tan sutil que ustedes no supieran que yo había vencido hasta que yo les hubiera explicado el asunto hasta su más mínimo detalle. Hasta el último momento no tenían que saber ustedes que su vida había dado un vuelco completo. Es por eso que...

»Pero esperen, me he dejado algo. He estado tan absorto en la intensidad de mi exposición relativa a nosotros y la universidad y la ciencia, que no he explicado que otras cosas, por supuesto, iban a cambiar profundamente. Habría multitud de cambios en las fuerzas sociales, políticas y económicas, así como en las relaciones internacionales. Pero, ¿a quién le importan esas cosas, después de todo? Evidentemente, no a nosotros tres.

»Esa es la maravilla de la ciencia y de los científicos, ¿no? ¿No es gracias a nosotros que se efectúan las elecciones en nuestros queridos Estados Unidos, o se

vota en las Naciones Unidas, o sube o baja la bolsa, o la interminable danza de las naciones sigue uno u otro ritmo? Mientras la ciencia siga aquí y las leyes de la naturaleza estén firmemente sujetas y el juego que jugamos nosotros continúe, el fondo contra el cual jugamos es tan sólo una sucesión de luces y sombras sin significado.

»Quizá usted no crea abiertamente en esto, Muller. Sé muy bien que usted, en su tiempo, se sintió parte de la sociedad y efectuó declaraciones públicas acerca de esto y de aquello. En un grado menor, también lo hizo usted, Adams. Los dos pronunciaron exaltados discursos relativos a la Humanidad y a la Tierra y a otras varias abstracciones. Hasta qué punto lo hicieron, sin embargo, es algo que tendrán que sondear ustedes en sus propias conciencias, porque en el fondo, muy en el fondo, realmente no les importa nada de eso, mientras puedan seguir cómodamente sentados sobre sus pensamientos científicos.

»Esa es una de las grandes diferencias entre nosotros. A mí no me importa lo que le ocurra a la Humanidad mientras yo pueda seguir ocupándome de mi física. Soy completamente abierto al respecto; todo el mundo me conoce como un cínico y un insensible. A ustedes tampoco les importa, pero secretamente. Al cinismo y a la insensibilidad que me caracterizan, ustedes añaden la hipocresía, que encubre sus pecados a los irreflexivos, pero los hace peores cuando son descubiertos.

»Oh, no agiten sus cabezas. En mi búsqueda a lo largo de sus vidas he descubierto tanto sobre ustedes como lo que ustedes mismos saben; más, puesto que he visto claramente sus pecados menores, que ustedes mantienen ocultos incluso para ustedes mismos. Lo más divertido acerca de la hipocresía es que una vez ha arraigado con la suficiente fuerza, alinea al propio hipócrita entre sus víctimas. De hecho, es su principal víctima, puesto que resulta muy habitual que cuando el hipócrita es expuesto a todo el mundo, sigue pareciendo, honestamente, un santo para sí mismo.

»Pero les estoy diciendo todo esto no para difamarles. Se los digo a fin de explicarles que, si consideré necesario cambiar el mundo para mantenerlos a ustedes sin cambios, y situarme yo por encima de ambos, a ustedes no les importa realmente..., no en lo que al mundo respecta.

»A ustedes no les importa que los republicanos estén en el poder y los demócratas hayan perdido, o viceversa; que el feminismo esté en pleno florecimiento y los deportes profesionales hayan quedado ensombrecidos; que haya variado la moda en lo que se refiere a ropas, muebles, música o comedia. ¿Les importa eso algo a cualquiera de ustedes?

»En absoluto.

»De hecho, les importa menos que nada, porque si el mundo hubiera cambiado, habría ahora una nueva realidad; la realidad que afecta a la gente del mundo; la única realidad, la realidad de los libros de historia, la realidad que ha sido real a lo largo de

los últimos veinticinco años.

»Si ustedes me creyeran, si pensarán que les estoy planteando algo más que una fantasía, seguirían siendo impotentes. Podrían acudir a alguien con la suficiente autoridad y decirle: “Esta no es la forma en que se supone que deben ser las cosas. Han sido alteradas por un villano”. ¿Qué probaría eso, excepto que están ustedes locos? ¿Quién creería que esa realidad no es la realidad, cuando es el hilo con el que ha sido tejido un tapiz increíblemente intrincado a lo largo de veinticinco años, y cuando todo el mundo recuerda la forma en que ha sido tejido y vive esa misma trama?

»Pero ustedes no me creen. Se atreven a no creer que no estoy simplemente especulando acerca de haber ido hacia atrás al pasado, acerca de haberlos estudiado a los dos, acerca de haber trabajado para crear una nueva realidad en la cual ninguno de nosotros tres ha cambiado pero sí el mundo a nuestro alrededor. Yo he hecho esto; yo lo he hecho todo. Y únicamente yo recuerdo ambas realidades, porque yo estaba fuera del tiempo cuando fue efectuado el cambio, y yo lo hice.

»Y sin embargo siguen sin creerme. Se atreven a no creerme, porque pensarían que están locos si lo creyeran. ¿Puedo haber alterado yo ese mundo familiar de mil novecientos ochenta y dos? Imposible.

»Si lo hubiera hecho, ¿qué mundo podía haber sido este antes que yo lo manipulara? Se lo diré..., ¡era caótico! ¡Estaba lleno de permisividad! ¡Las personas dictaban normas para sí mismas! En una cierta manera, estoy contento de haberlo cambiado. Ahora tenemos un gobierno, y el país es gobernado. Nuestros gobernantes tienen firmes propósitos, y se encargan de hacerlos cumplir. ¡Excelente!

»Pero, caballeros, en ese mundo que existía antes, esa antigua realidad que ya nadie puede conocer o concebir, ustedes dos, caballeros, dictaban normas para sí mismos, y luchaban en favor de la permisividad y la anarquía. No había crimen en la antigua realidad. Para muchos resultaba admirable.

»En la nueva realidad, les he dejado a ambos tal como eran antes. Han seguido siendo luchadores en pro de la permisividad y la anarquía, y eso es un crimen en la actual realidad; la única realidad que conocen ustedes. Me he asegurado que hayan podido mantenerlo oculto. Nadie ha sabido nunca de sus crímenes, y gracias a ello han sido capaces de ascender hasta sus puestos actuales. Pero yo sabía dónde estaban las pruebas y cómo podían ser descubiertas y, en el momento adecuado..., las he descubierto.

»Ahora creo que puedo captar por primera vez expresiones en sus rostros que no corresponden a la hastiada tolerancia, al desprecio, a la ironía o al aburrimiento. ¿Capto un aleteo de miedo? ¿Recuerdan ahora de lo que estoy hablando?

»¡Piensen! ¡Piensen! ¿Quiénes eran miembros de la Liga en pro de las Libertades Constitucionales? ¿Quién ayudó a poner en circulación el *Manifiesto del Libre*

*Pensamiento?* Fue muy valiente y honorable por su parte hacer eso, piensa alguna gente. Fueron muy aplaudidos por la ilegalidad. Vamos, vamos, saben muy bien a lo que me refiero cuando digo ilegalidad. Ahora ya no son miembros activos. Su posición es demasiado expuesta, y tienen mucho que perder. Tienen posición y poder, y hay más aún en camino. ¿Por qué arriesgarse por algo que la gente no desea?

»Llevan ustedes colgadas sus insignias, y están considerados entre los devotos. Pero mi insignia es mucho mayor y soy mucho más devoto, porque yo no he cometido sus crímenes. Lo que es más, caballeros, se me ha concedido el crédito de haber informado contra ustedes.

»¿Un acto vergonzoso? ¿Un acto escandaloso? ¿El haber informado? En absoluto. Debería ser recompensado. Me he sentido horrorizado ante la hipocresía de mis colegas, disgustado y lleno de náuseas ante su subversivo pasado, preocupado por lo que podían estar complotando ahora contra la mejor y más noble y más devota sociedad jamás establecida sobre la Tierra. Como resultado de todo ello, he presentado todo esto a la atención de los hombres decentes que ayudan a llevar adelante la política de esta sociedad dentro de una auténtica sobriedad de pensamiento y humildad de espíritu.

»Ellos lucharán contra sus demonios para salvar sus almas y convertirlos en auténticos hijos del Espíritu. Sus cuerpos sufrirán algún daño en el proceso, imagino, ¿pero eso qué importa? Será un costo trivial comparado con el enorme y eterno bien que recibirán a cambio. Y yo seré recompensado por haber hecho todo eso posible.

»Creo que ahora están ustedes realmente asustados, caballeros, porque el mensaje que todos estamos aguardando está llegando ya, y comprenden ahora por qué se me ha pedido que permanezca aquí con ustedes. La presidencia es mía, y mi interpretación de la teoría de Muller, combinada con la desgracia de Muller, hará que la teoría de Dinsmore figure en los libros de texto y puede que me lleve hasta el Premio Nobel. En cuanto a ustedes...

Hubo un sonido de pasos marciales al otro lado de la puerta; un estentóreo grito de: «¡Alto!».

La puerta se abrió de golpe. Entró un hombre, cuyo austero traje gris, amplio cuello blanco, sombrero alto adornado con un hebilla y enorme cruz de bronce lo proclamaban como capitán de la temida Legión de la Decencia.

Nasalmente dijo:

—Horatio Adams, queda arrestado en nombre de Dios y de la Congregación por el crimen de magia y brujería. Carl Muller, queda arrestado en nombre de Dios y de la Congregación por el crimen de magia y brujería.

Su mano hizo un breve y rápido gesto. Dos legionarios de su escolta avanzaron hacia los dos físicos, que permanecían sentados en estupefacto horror en sus sillones, los pusieron bruscamente en pie, colocaron esposas en sus muñecas y, con un gesto

inicial de humildad hacia el sagrado símbolo, arrancaron las pequeñas cruces que colgaban de sus solapas.

El capitán se volvió hacia Dinsmore.

—Vuestro en santidad, señor. Se me ha pedido que le entregue este comunicado de la junta directiva.

—Vuestro en santidad, capitán —dijo Dinsmore gravemente, acariciando la cruz que colgaba de su solapa—. Me regocija recibir las palabras de esos devotos hombres.

Sabía lo que contenía la comunicación.

Como nuevo presidente de la sociedad, podía, si quería, aliviar algo el castigo de los dos hombres. Su triunfo sería suficiente incluso si lo hacía.

Pero sólo lo haría si se sentía seguro.

Y bajo el poder de la Mayoría Moral, tuvo que recordar, nadie estaba completamente seguro.

# Que no sepan que recuerdas (1982)

---

“Lest We Remember”

## 1

El problema con John Heath, en lo que a John Heath se refiere, era su absoluta mediocridad. Él estaba seguro. Y lo que era peor, notaba que Susan lo sospechaba. Significaba que nunca conseguiría sobresalir, que jamás llegaría a las altas esferas de «Quantum Pharmaceuticals», donde no era sino una pieza más entre los jóvenes ejecutivos..., sin dar nunca el definitivo salto «Quantum». Ni lo conseguiría en ninguna otra parte si cambiaba de trabajo. Suspiró interiormente. En sólo dos semanas iba a casarse y por ella aspiraba a ascender. Después de todo, la amaba apasionadamente y deseaba brillar ante sus ojos. Pero, claro, éste era el deseo de cualquier joven a punto de casarse. Susan Collins miró amorosamente a John. ¿Y por qué no? Era razonablemente guapo, inteligente, seguro y, además, un chico afectuoso. Si no la deslumbraba con su brillantez, por lo menos no la trastornaba con ningún tipo de extravagancia. Ahuecó la almohada que había colocado bajo su cabeza cuando se dejó caer en el sillón, y le entregó el vaso, asegurándose de que lo tenía bien agarrado, antes de soltarlo. Le dijo:

—Estoy practicando, John. Tengo que ser una esposa eficiente. John sorbió su bebida.

—Yo soy el que tendrá que andarse con tiento, Sue. Tu salario es mayor que el mío.

—Una vez estemos casados, todo irá a un mismo bolsillo. Será la sociedad Johnny y Sue, con una sola contabilidad.

—Pero tendrás que llevarla tú —dijo John, desalentado—. Si lo intentara yo, cometería errores.

—Sólo porque imaginas que los vas a cometer. ¿Cuándo van a venir tus amigos?

—A las nueve, creo. O a las nueve y media. No son precisamente unos amigos. Son gente de «Quantum», del laboratorio, unos investigadores.

—¿Estás seguro de que no cuentan con quedarse a comer?

—Dijeron que después de cenar. Estoy seguro. Es un encuentro de trabajo. Lo miró, inquisitiva:

—No lo dijiste antes.

—¿Qué es lo que no dije antes?

—Que se trataba de trabajo. ¿Estás seguro? John se sentía confuso. Cualquier esfuerzo para recordar exactamente le dejaba siempre confuso.

—Eso dijeron..., pienso yo. La expresión de Susan era de cariñosa exasperación, más parecida a la que le hubiera provocado un cachorro que ignora que lleva las patas sucias.

—Si pensaras de verdad —le dijo— cada vez que dices «pienso», no te mostrarías tan inseguro. ¿No ves que no puede ser cosa de trabajo? Si tuviera relación con el trabajo, ¿no te verían en el trabajo?

—Es confidencial —explicó John—. No quieren verme en el trabajo. Ni siquiera en mi apartamento.

—¿Por qué aquí, pues?

—Yo se lo sugerí. Pensé que tú debías estar conmigo, naturalmente. Van a tener que tratar con la sociedad Johnny y Sue, ¿no crees?

—Depende de lo confidencial que sea. ¿Te insinuaron algo?

—No, pero no estaría mal oírles. Podría ser algo que me promocionara en el trabajo.

—¿Por qué a ti? —preguntó Susan.

—¿Y por qué no yo? —John parecía disgustado.

—Me llama la atención que alguien en tu nivel de empleo necesite tanto misterio para... Se calló al oír el intercomunicador. Se precipitó a contestar y volvió para anunciar:

—Están subiendo.

## 2

Entraron dos. Uno era Boris Kupfer, con el que John ya había hablado..., enorme, inquieto, de barba mal afeitada. El otro era David Anderson, más pequeño, más tranquilo. No obstante, sus ojos iban de un lado a otro, sin perder detalle.

—Susan —dijo John, indeciso, con la puerta todavía abierta—, éstos son los colegas de los que te hablé. Boris...

—Buscó en su memoria y calló.

—Boris Kupfer —terminó el grandote, impaciente, jugando con unas monedas en el bolsillo—, y éste es David Anderson. Es muy amable por su parte, señorita...

—Susan Collins.

—Es muy amable por su parte prestarnos su residencia a Mr. Heath y a nosotros para una conferencia privada. Nos excusamos por irrumpir en su tiempo y en su intimidad de este modo... Si nos dejara solos un momento, estaríamos aún más agradecidos. Susan le miró gravemente.

—¿Qué quieren, que me vaya al cine, o a la habitación de al lado?

—Si pudiera ir a visitar a una amiga...

—No —dijo Susan con firmeza.

—Puede disponer de su tiempo como mejor le parezca, claro. Al cine, si lo prefiere.

—Al decir no —aclaró Susan—, quería decir que no me iba. Quiero saber de qué se trata. Kupfer parecía estupefacto. Miró por un momento a Anderson, y anunció:



—Es confidencial, como supongo que Mr. Heath le habrá dicho. John, incómodo, intervino:

—Se lo expliqué. Susan, comprende...

—Susan —interrumpió Susan— no comprende nada y no se le dio a entender que tuviera que ausentarse de la reunión. Éste es mi piso y John y yo nos casamos dentro de dos semanas..., exactamente dentro de dos semanas a partir de hoy. Somos la sociedad Johnny & Sue, y tendrán que tratar con la sociedad. La voz de Anderson se dejó oír por primera vez, sorprendentemente profunda y tan suave como si le hubieran dado cera.

—Boris, la joven tiene razón. Como futura esposa de Mr. Heath, tendrá gran interés por lo que hemos venido a plantear, y sería un error excluirla. Tiene un interés tan grande en nuestra proposición que, si deseara marcharse, yo insistiría en que se quedara.

—Pues bien, amigos —dijo Susan—, ¿qué quieren beber? Una vez haya traído las bebidas, podemos empezar. Ambos estaban sentados, muy rígidos, y habían probado sus bebidas. Kupfer empezó:

—Heath, me figuro que no sabrá usted mucho de los detalles químicos sobre el trabajo de la compañía..., los químico-cerebrales, por ejemplo.

—Ni pizca —aseguró John, inquieto.

—No hay motivo para que lo sepa —aseguró Anderson, suavemente.

—Se lo explicaré —empezó Kupfer, con una mirada inquieta a Susan.

—Los detalles técnicos son innecesarios —cortó Anderson, en voz tan baja, que apenas se le oía. Kupfer se ruborizó.

—Sin detalles técnicos. «Quantum Pharmaceuticals» trata con químico-cerebrales que son, como su nombre indica, sustancias químicas que afectan al cerebro, es decir, al súper-funcionamiento del cerebro.

—Debe ser un trabajo muy complicado —comentó Susan, serena.

—Lo es —aseguró Kupfer—. El cerebro de los mamíferos tiene cientos de variedades moleculares características que no se encuentran en ninguna otra parte y sirven para modular la actividad cerebral, incluyendo aspectos de lo que llamamos vida intelectual. El trabajo está bajo la máxima seguridad corporativa, que es por lo que Anderson no quiere detalles técnicos. Pero puedo decir esto: se acabaron los experimentos animales. Nos estrellamos en un muro si no podemos probar la reacción humana.

—¿Y por qué no lo hacen? —preguntó Susan—. ¿Qué se lo impide?

—La reacción del público si algo saliera mal.

—Utilicen voluntarios.

—No puede ser. «Quantum Pharmaceuticals» no puede arriesgarse a una publicidad negativa si algo saliera mal. Susan les miró, burlona.

—¿Trabajan ustedes por su cuenta? Anderson alzó la mano para hacer callar a Kupfer.

—Joven, deje que le explique en pocas palabras para terminar de una vez este inútil forcejeo verbal. Si tenemos éxito, la recompensa será enorme. Si fracasamos, «Quantum Pharmaceuticals» no nos reconocerá y tendremos que pagar lo que haya que pagar, como por ejemplo, el final de nuestras carreras. Si nos pregunta por qué estamos dispuestos a correr el riesgo, la respuesta es que no creemos que haya riesgo. Estamos razonablemente seguros de que tendremos éxito; enteramente seguros de que no causaremos ningún daño. La corporación opina que no puede arriesgarse; pero sabemos que sí podemos. Ahora, Kupfer, siga.

—Tenemos un producto químico para la memoria. Funciona con todos los animales que hemos probado. Su habilidad de aprendizaje mejora de modo sorprendente. Debería funcionar también con los seres humanos.

—¡Es de lo más excitante! —exclamó John.

—Es excitante —repitió Kupfer—. La memoria no se mejora almacenando en el cerebro información de modo más eficiente. Todos nuestros estudios demuestran que el cerebro almacena un número casi ilimitado de datos perfecta y permanentemente. La dificultad reside en recordarlos. ¿Cuántas veces hemos tenido un nombre en la punta de la lengua sin poder precisarlo? ¿Cuántas veces hay algo que uno sabe que sabe, y que no se recuerda hasta dos horas después de haber pensado en algo más? ¿Lo expongo correctamente, David?

—Si —dijo Anderson—. El recuerdo se inhibe, pensamos, porque el cerebro mamífero se

ha adelantado a sus necesidades desarrollando un sistema de registro demasiado perfecto. Un mamífero almacena la información que necesita o que es capaz de utilizar, y si toda ella estuviera disponible en cualquier momento, nunca podría seleccionar suficientemente de prisa lo preciso para una reacción apropiada. El recuerdo se inhibe, por lo tanto, para asegurar que los datos emergen del almacenamiento en números manipulables, y con los datos más deseados no distorsionados por otros datos abundantes y sin interés.

»Hay una química definida que funciona en el cerebro como un recordatorio inhibidor, y hay otra química que neutraliza al inhibidor. Lo llamamos un desinhibidor y, hasta donde hemos podido asegurarnos, no produce efectos secundarios deletéreos. Susan se echó a reír.

—Ya sé lo que sigue Johnny. Ya pueden marcharse, caballeros. Acaban de decir que el recuerdo es inhibido para permitir que los mamíferos reaccionen de modo más eficiente, y ahora dicen que el desinhibidor no produce efectos deletéreos. Seguro que el desinhibidor hará que los mamíferos reaccionen con menos eficiencia; quizá se encontrarán del todo incapaces de reaccionar. Y ahora van a proponer probarlo en

Johnny y ver si le reducen a la inmovilidad catatónica. Anderson se puso en pie, apretando los labios. Dio unos pasos rápidos hasta el extremo opuesto y se giró. Volvió a sentarse, tranquilizado y sonriente.

—En primer lugar, Miss Collins —dijo—, es un asunto de dosificación. Le dijimos que todos los animales en los que se ha experimentado, todos desplegaron una gran capacidad para aprender. Naturalmente, no eliminamos del todo el inhibidor; simplemente lo suprimimos en parte. En segundo lugar, no tenemos razones para pensar que el cerebro humano pueda tolerar una completa desinhibición. Es mucho mayor que cualquier cerebro de animal que se haya estudiado, y todos conocemos su incomparable capacidad para el pensamiento abstracto. Es un cerebro diseñado para recordar perfectamente, pero las ciegas fuerzas de la evolución no han conseguido retirar la química inhibitoria que, al fin y al cabo, había sido diseñada para los animales más bajos y heredada de ellos.

—¿Está seguro? —preguntó Johnny.

—No puede estar seguro —declaró Susan, tajante.

—Estamos seguros —dijo Kupfer—, pero necesitamos pruebas para convencer a los demás. Por eso es por lo que tenemos que probarlo en un ser humano.

—Y éste sería John —anunció Susan.

—Sí.

—Lo cual nos lleva a la cuestión clave —observó Susan—. ¿Por qué, John?

—Bueno —empezó Kupfer, despacio—, necesitamos a alguien con el que las posibilidades de éxito son casi seguras, y en quien resultarían más evidentes. No queremos a nadie de una capacidad mental tan baja que necesitemos utilizar grandes dosis del desinhibidor; ni queremos a nadie tan listo que los efectos no se noten suficientemente. Necesitamos a alguien de tipo medio. Afortunadamente, disponemos de los perfiles psicopsicológicos de todos los empleados de «Quantum», y en esto, como en muchas otras cosas, Mr. Heath es ideal.

—¿Promedio medio? —musitó Susan. John pareció impresionado al oír la frase que él había imaginado como su más recóndito y vergonzoso secreto.

—Venga, venga —protestó John. Ignorando la protesta de John, Kupfer respondió a Susan:

—Si.

—¿Y dejará de serlo si se somete a tratamiento? Los labios de Anderson se estiraron en otra de sus extrañas sonrisas carentes de alegría.

—En efecto. Dejará de serlo. Es algo que debe tener en cuenta, ya que se va a casar pronto... La sociedad Johnny & Sue, la llamó así, ¿verdad? Tal como es ahora, no creo que la sociedad progrese mucho en «Quantum», Miss Collins, porque aunque Heath es un empleado bueno y de confianza, es, como ya ha dicho, una medianía. Si toma el desinhibidor, pasará a ser una persona sorprendente y avanzará con

asombrosa rapidez. Considere lo que sería esto para la sociedad.

—¿Y qué tiene que perder la sociedad? —preguntó Susan, sombría.

—No veo que pueda perder nada —observó Anderson—. Será una dosis moderada que le administraremos en el laboratorio, mañana..., domingo. Estaremos solos, podremos mantenerle bajo vigilancia unas horas. Es cierto que nada saldrá mal. Si pudiera hablarle de todos nuestros pacientes, experimentos y exploraciones minuciosas sobre efectos secundarios...

—Pero, en animales —hizo constar Susan, sin ceder un ápice. Pero John intervino entonces:

—Yo tomaré la decisión, Sue. Estoy más que harto de eso del promedio medio. Vale la pena arriesgarme si eso significa librarme del maldito peso del promedio medio.

—Johnny, no te precipites —rogó Susan.

—Estoy pensando en nuestra sociedad, Sue. Quiero contribuir en algo.

—Bien —dijo Anderson—, pero consúltelo con la almohada. Tenemos preparadas dos copias de un acuerdo que le pediremos que estudie y firme. Por favor, tanto si firma como si no, no se lo enseñe a nadie. Vendremos mañana por la mañana para llevarle al laboratorio. Sonrieron, se levantaron y se fueron. John leyó el documento con el ceño fruncido, luego levantó la mirada:

—Tú no crees que deba hacerlo, ¿verdad, Sue?

—Claro, me preocupa.

—Pero, si tengo la oportunidad de salirme del promedio medio...

—¿Y qué importa eso? En mi corta vida he conocido a muchos iluminados y a muchos chiflados, y te juro que me encanta una persona sensata y sencilla como tú, Johnny. Óyeme, yo también soy una medianía...

—¡Tú, una medianía! ¿Con tu cara? ¿Con tu tipo? Susan se contempló con cierta complacencia.

—Bueno, digamos que soy tu estupenda medianía de mujer.

### 3

Le pusieron la inyección a las ocho de la mañana del domingo, doce horas después de que se lo propusieran. Un sensor totalmente computarizado fue conectado en una docena de partes de su cuerpo, mientras Susan observaba con atenta aprensión.

—Ahora, Heath —dijo Kupfer—, relájese, por favor. Todo va bien, pero la tensión acelera el corazón, aumenta la presión y anula nuestros resultados.

—¿Cómo puedo relajarme? —barbotó John. Susan intervino:

—¿Anula los resultados hasta el extremo de no saber bien lo que pasa?

—No, no —cortó Anderson—. Boris ha dicho que todo iba bien y así es. Es justo que nuestros animales fueran sedados siempre, antes de la inyección, y creímos que

en este caso los sedantes no serían apropiados. Así que si no hay sedante, debemos esperar tensión. Limítense a respirar despacio y haga lo imposible para minimizarla. Era entrada la tarde cuando, por fin, le desconectaron del todo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Anderson.

—Nervioso, pero por lo demás muy bien.

—¿Dolor de cabeza?

—No. Pero quiero ir al baño. Un orinal no me relaja nada.

—Naturalmente. John volvió a salir, ceñudo.

—No he observado ninguna mejora de la memoria.

—Esto lleva cierto tiempo y será gradual. El desinhibidor entra en el riego sanguíneo del cerebro, ¿sabe? —explicó Anderson.

#### 4

Era casi medianoche cuando Susan rompió lo que había resultado ser una velada opresiva y silenciosa, en la que ni uno ni otra habían disfrutado con la televisión. Susan le dijo:

Tendrás que quedarte a dormir aquí. No quiero que te quedes solo no sabiendo bien lo que va a ocurrir.

No siento nada —declaró John, sombrío—. Sigo siendo yo.

Me conformo con esto, Johnny. ¿Sientes dolor, malestar o algo raro?

Me parece que no.

Ojalá no lo hubiéramos hecho.

Todo sea por la sociedad —dijo John con una débil sonrisa—. Tenemos que correr algún riesgo en pro de la sociedad.

#### 5

John durmió mal y se despertó angustiado, pero a tiempo. Llegó puntual al trabajo también para iniciar bien la semana. A las once su aspecto retraído llamó desfavorablemente la atención de su superior inmediato, Michael Ross. Ross era grueso, torvo y más bien parecía un cargador de muelle sin serlo. John se llevaba bien con él, aunque no le gustaba. Ross preguntó con su vozarrón de bajo:

—¿Qué ha ocurrido con su carácter jovial, Heath, con sus chistecitos y su risa cantarina? Ross cultivaba cierto preciosismo en el lenguaje, como si quisiera borrar así su imagen de cargador de muelle.

—No me encuentro muy fino —explicó John, sin levantar la vista.

—¿Resaca?

—No, señor —respondió fríamente.

—Bien, ánimo, pues. No se ganan amigos repartiendo hierbas malolientes por el campo en el que retoza.

John hubiera preferido dar un puñetazo en la mesa. La afectación literaria de Ross era insoportable incluso en el mejor momento del día, y aquel día no había tenido aun el mejor momento. Y para empeorar las cosas, John percibió el olor de un puro rancio y comprendió que James Arnold Prescott, el jefe de la sección de ventas, se estaba acercando. Y así era. Miró a su alrededor y preguntó:

—Mike, ¿recuerda qué vendimos a Rahway la primavera pasada más o menos y cuándo fue? Hay una maldita cuestión al respecto y me temo que los detalles han sido mal computadorizados. La pregunta no iba dirigida a él, pero John se apresuró a contestar tranquilamente:

—Cuarenta y dos ampollas de PCAP. Eso fue en abril, el día 14, J.P., número de factura P-20543, con un cinco por ciento de descuento concedido si el pago se hacía dentro de los treinta días. El pago total se recibió el 8 de mayo. Aparentemente lo oyeron todos los de la sala. Por lo menos, todos levantaron la cabeza. Prescott preguntó:

—¿Cómo demonios está enterado de todo esto? Por un momento John miró a Prescott, con la sorpresa reflejada en el rostro.

—De pronto lo he recordado, J.P.

—Con que sí, ¿eh? Repítalo. John lo hizo, titubeando un poco, y Prescott lo apuntó en uno de los papeles de la mesa de John, resoplando ligeramente; al inclinar la cintura comprimía el imponente abdomen contra su diafragma, dificultándole la respiración. John trató de esquivar el humo del puro sin conseguirlo. Prescott ordenó:

—Ross, compruebe esto en su ordenador y vea si hay algo de verdad. —Se volvió a John con expresión de desagrado—. No me gustan los bromistas. ¿Qué habría hecho si yo hubiera aceptado sus cifras y me hubiera ido con ellas?

—No habría hecho nada. Son correctas —dijo John, consciente de que la atención de todos estaba puesta en él. Ross entregó la lectura a Prescott. Prescott miró y preguntó:

—¿Es del ordenador?

—Si, J.P. Prescott se quedó mirando, luego dijo, señalando a John con la cabeza:

—Y ése, ¿qué es? ¿Otro ordenador? Sus cifras son correctas. John esbozó una débil sonrisa, pero Prescott gruñó y se fue, dejando sólo como recuerdo de su presencia el hedor de su tabaco.

—¿Qué diablos ha sido ese pequeño juego de magia, Heath? —preguntó Ross—. ¿Descubrió de antemano lo que quería saber y lo buscó para apuntarse unos puntos?

—No, señor —contestó John, que iba adquiriendo confianza—. Sólo que resultó que me acordaba. Tengo buena memoria para esas cosas.

—¿Y se ha tomado la molestia de ocultarlo a sus leales compañeros todos estos años? No hay aquí una sola persona que tuviera la menor idea de que ocultaba su buena memoria tras su vulgar apariencia.

—No había motivo para que lo dijera, ¿no es cierto, Mr. Ross? Y ahora que se me ha escapado, no parece que me haya ganado ninguna simpatía, ¿no cree? Y así era, en efecto. Ross le dirigió una torva mirada y se alejó.

La excitación de John durante la cena en «Gino's» le impedía hablar coherentemente, pero Susan le escuchó con paciencia y trató de actuar de moderador.

—Puede ser que te hayas acordado, ¿sabes? —le dijo—. Esto, por sí solo, no prueba nada, Johnny.

—¿Estás loca? —Bajó la voz ante el gesto de Susan y miró a su alrededor. Lo repitió a media voz—: ¿Estás loca? No supondrás que es la única cosa que he reconocido, ¿verdad? Creo que puedo recordar todo lo que he oído en toda mi vida. Es una cuestión de memoria. Por ejemplo, cita algún pasaje de Shakespeare.

—Ser o no ser. John la miró, ofendido.

—No seas tonta. Bueno, no importa. La cosa es que si tú me recitas cualquier verso, puedo seguir hasta donde quieras. Leí alguna obra para la clase de Literatura inglesa en la Facultad, y lo recuerdo todo. Lo he probado. Y es como un chorro. Yo diría que puedo recordar cualquier parte de cualquier libro; cualquier artículo o periódico que haya leído; cualquier programa de TV que haya visto..., palabra por palabra o escena por escena.

—¿Y qué vas a hacer con todo esto? —preguntó Susan.

—No lo tengo conscientemente en la cabeza todo el tiempo. Supongo que no... Espera, ordenemos... Cinco minutos después, añadió:

—Supongo que no... Dios mío, no se me ha olvidado dónde quedamos. ¿No es asombroso? Supongo que no creerás que estoy nadando continuamente en un mar mental de frases de Shakespeare. Rememorar, implica un esfuerzo, muy pequeño, pero un esfuerzo.

—¿Y cómo funciona?

—No lo sé. ¿Cómo levantas el brazo? ¿Qué órdenes das a tus músculos? Te limitas a mover el brazo hacia arriba y lo hace. No cuesta hacerlo, pero tu brazo no se levantará hasta que quieras hacerlo. Bien, yo recuerdo todo lo que he leído o visto cuando quiero, pero no cuando no quiero. No sé cómo lo hago, pero lo hago. Llegó el primer plato y John lo atacó, feliz. Susan se dedicó a sus champiñones rellenos.

—Es excitante.

—¿Excitante? Tengo el juguete mayor y más maravilloso del mundo. Mi propio cerebro. Fíjate, puedo escribir correctamente cualquier palabra, y estoy seguro de que nunca más haré faltas gramaticales.

—¿Porque recuerdas todos los diccionarios y gramáticas que has leído en tu vida? John la miró vivamente:

—No me seas sarcástica, Sue.

—No estaba... La hizo callar con un gesto:

—Nunca usé los diccionarios como novelas. Pero recuerdo palabras y frases de mis lecturas y estaban bien escritas y bien construidas sintácticamente.

—No estés tan seguro. Has visto infinidad de palabras mal escritas, de infinidad de maneras e infinidad de posibles ejemplos de errores gramaticales.

—Eran excepciones. La mayor parte del tiempo que me he topado con el inglés literario lo he visto empleado correctamente, Lo tengo por encima de accidentes, errores e ignorancia. Y lo que es más, estoy seguro de que incluso mientras estoy aquí sentado, lo voy mejorando, me voy volviendo cada vez más inteligente.

—Y estás tan tranquilo. Y si...

—¿Y si me vuelvo demasiado inteligente? Dime cómo diablos el ser demasiado inteligente puede perjudicarme.

—Lo que yo iba a decir —dijo fríamente Susan— es que lo que estás experimentando no es inteligencia. Es solamente memoria total.

—¿Qué quieres decir con «solamente»? Si no me equivoco, me sirvo correctamente del lenguaje, y si resulta que conozco cantidades infinitas de material, ¿no va a hacerme esto más inteligente? ¿Cómo, si no, puede uno definir la inteligencia? No vas a volverte celosa, ¿verdad, Sue?

—No, —Y su voz fue más fría aún—. Siempre puedo conseguir que me inyecten si me desespero en exceso.

—No lo dirás en serio —exclamó John, dejando los cubiertos.

—No, pero, ¿y si lo hiciera?

—Porque no puedes aprovecharte de tu conocimiento especial para quitarme el puesto.

—¿Qué puesto? Llegó el segundo plato y John, por un instante, estuvo ocupado. Luego, murmuró:

—Mi puesto, como el primero en el futuro. ¡Homo superior! Nunca habrá demasiados. Ya oíste lo que dijo Kupfer. Algunos son demasiado tontos para lograrlo. Otros son demasiado listos para que se note el cambio. Yo soy el único!

—Promedio medio. —Y Susan hizo un gesto despectivo.

—Lo era. Sucesivamente habrá otros como yo. No muchos, pero habrá otros. Lo que yo quiero es imponerme antes de que lleguen los otros. Es por la sociedad, ya sabes. ¡Por nosotros! Y permaneció perdido en sus pensamientos, tanteando delicadamente su cerebro. Susan iba comiendo en silencio, entristecida.

## 6

John pasó varios días organizando sus recuerdos. Era como la preparación de un libro de referencias. Una a una fue recordando sus experiencias de los seis años que llevaba en «Quantum Pharmaceuticals», de todo lo que había oído, de todos los papeles y notas que había leído. No tuvo la menor dificultad en descartar lo



irrelevante y almacenarlo en un compartimiento «para uso futuro», donde no interfirieran con sus análisis. Otros datos estaban ordenados de forma que establecieran una progresión natural. En contra de esta secreta organización, dio vida a todo lo que había oído: chismes, maliciosos o no; frases casuales o interjecciones oídas en conferencias que en su momento no fue consciente de haber oído. Los datos que no encajaban en ninguna parte del fondo que había montado en su cabeza, no tenían valor, estaban vacíos de contenido fáctico. Los que encajaban, lo hicieron firmemente y podían ser considerados auténticos por el hecho de estar allí. Cuanto más creció la estructura y más coherente se hizo, más datos significativos aparecieron y más fácil resultó encajarlos. El jueves siguiente, Ross se acercó a la mesa de John para decirle:

—Quiero verle en mi despacho ahora mismo, Heath, siempre y cuando sus piernas se dignen llevarle en esa dirección. John se puso en pie, inquieto.

—¿Es necesario? Estoy ocupado.

—Sí, parece ocupado. —Y Ross barrió con la mirada una mesa absolutamente vacía, salvo una fotografía de Susan sonriente—. También ha estado ocupado toda la semana. Pero me ha preguntado si venir a mi despacho es necesario. Para mí, no; para usted es vital. Aquélla es la puerta de mi despacho. Por la otra se va directamente al cuerno. Elija una u otra y hágalo de prisa. John asintió y, sin excesiva prisa, siguió a Ross a su despacho. Ross se sentó tras su mesa, pero no invitó a John a sentarse. Mantuvo la mirada fija en él por un momento y después le dijo:

—¿Qué demonios le ha ocurrido esta semana, Heath? ¿Es que no sabe cuál es su trabajo?

—Hasta el extremo en que lo he hecho, creo que lo sé. El informe sobre microcósmica está sobre su mesa completo y siete días antes de lo previsto. Dudo de que pueda quejarse.

—Lo duda, ¿eh? ¿Me da permiso para quejarme si decido hacerlo después de consultarlo con mi alma? ¿O estoy condenado a solicitar su permiso?

—Por lo visto no me he expresado con claridad, Mr. Ross. Dudo de que tenga quejas racionales. Tener otras de otro tipo es cosa enteramente suya. Ross se levantó:

—Oiga, punk, si decido despedirle, no recibirá la noticia de palabra. Nada de lo que le diga le anunciará la buena nueva. Saldrá por esta puerta por la fuerza propulsora que le vendrá por detrás. Así que almacene esto en su pequeño cerebro y métase la lengua en su boca. Que haya hecho o no su trabajo, no es la cuestión. Pero si ha hecho el de los demás, sí lo es. ¿Quién o qué cosa le da derecho a manejar a todo el mundo? John no abrió la boca.

—¿Qué? —rugió Ross.

—Usted me ordenó meterme la lengua en mi boca.

—Pero deberá contestar a las preguntas. —Y el color de Ross se tornó

visiblemente rojo.

—Ignoraba que hubiera estado manejando a todo el mundo.

—No hay una sola persona en este lugar a la que no haya corregido por lo menos una vez. Ha pasado por encima de Willoughby en relación con la correspondencia sobre el TMP; ha fisgado en los ficheros generales sirviéndose del acceso de Bronstein al ordenador; y sabe Dios cuántas cosas más que no me han dicho, y todo en los últimos dos días. Está desorganizando el trabajo de este departamento y debe cesar inmediatamente. Debe de volver a haber calma y a partir de este preciso instante o se desatará el huracán contra usted, hombrecito.

—Si he intervenido, en el sentido más estricto de la palabra, ha sido en bien de la compañía. En el caso de Willoughby, su modo de tratar el asunto TMP colocaba a «Quantum Pharmaceuticals» en situación de violar las disposiciones gubernamentales, algo que ya le había señalado yo a usted en una o varias comunicaciones y que usted, al parecer, no ha tenido ocasión de leer. En cuanto a Bronstein, ignoraba simplemente las directrices generales y costaba a la compañía cincuenta mil dólares en tests innecesarios, algo que yo pude establecer fácilmente por el mero hecho de localizar la correspondencia necesaria..., y sólo para corroborar mi claro recuerdo de la situación, Ross se iba hinchando visiblemente durante la perorata.

—Heath —cortó—, está usted usurpando mi papel. Por lo tanto, va usted a recoger sus efectos personales y a abandonar la oficina antes del almuerzo, y no regrese jamás. Si lo hace, tendré sumo placer en ayudarlo a salir con mi propio pie. Su notificación oficial de despido estará en sus manos, o empujada garganta abajo, antes de que haya recogido sus efectos, por de prisa que lo haga.

—No trate de gallear conmigo, Ross. Ha costado un cuarto de millón de dólares a la compañía por su incompetencia, y usted lo sabe. Hubo una breve pausa y Ross se desinfló. Preguntó, cauteloso:

—¿De qué está hablando?

—«Quantum Pharmaceuticals» perdió un buen pico con la oferta Nutley, y lo perdió porque cierta información que se encontraba en sus manos se quedó en sus manos y jamás llegó al Consejo de Dirección. O se le olvidó a usted, o no se molestó en entregarla; en cualquier caso, no es usted el hombre apropiado para su cargo: o es un incompetente, o se ha vendido.

—Está loco.

—No hace falta que me crean. La información está en el ordenador, si uno sabe dónde buscar, y yo sé dónde buscarla. Y lo que es más, el caso está archivado y puede estar en las mesas de los interesados dos minutos después de que salga de este despacho.

—Si fuera así —dijo Ross, hablando con dificultad—, usted no podría saberlo. Es

un intento estúpido de chantaje con amenaza de difamación.

—Sabe perfectamente que no es difamación. Si duda de que yo posea la información, déjeme que le diga que hay un memorando que no está en el archivo, pero puede reconstruirse sin dificultad con lo que se encuentra allí. Debería usted explicar su ausencia y se sospecharía que lo ha destruido. Sabe que no fanfarroneo.

—Pero sigue siendo chantaje.

—¿Por qué? Ni reclamo nada, ni amenaza. Explico simplemente mis actos en los dos días pasados. Naturalmente, si me fuerzan a presentar mi dimisión, tendré que explicar por qué dimito, ¿no es verdad? Ross no dijo palabra.

—¿Requiere mi dimisión? —preguntó John, glacial.

—¡Lárguese!

—¿Con mi empleo o sin él?

—Con su empleo. —Su rostro era la viva imagen del odio.

## 7

Susan había organizado una cena en su apartamento y se había tomado grandes molestias. Nunca, en su opinión, había estado más seductora, y nunca pensó en lo importante que era alejar a John, por lo menos un poquito, de su total concentración mental. Con un esfuerzo por animar la ocasión, exclamó:

—Después de todo, celebramos los últimos nueve días de bendita soltería.

—Estamos celebrando más que eso —dijo John, sombrío—. Han pasado sólo cuatro días desde que me inyectaron el desinhibidor y ya he podido poner a Ross en su sitio. Nunca más volverá a molestarme.

—Por lo visto, cada uno tenemos nuestra propia noción del sentimiento —musitó Susan—. Cuéntame los detalles de tu tierno recuerdo. John se lo contó con precisión, repitiendo la conversación que tuvieron palabra por palabra y sin la menor vacilación. Susan escuchó impertérrita sin participar en el creciente triunfo que se percibía en la voz de John. Luego, preguntó:

—¿Cómo te enteraste de lo de Ross?

—No hay secretos, Sue. Las cosas parecen secretas porque la gente no recuerda. Si puedes acordarte de una observación, de un comentario, de una palabra suelta que te dicen o que oyes y las consideras en conjunto, averiguas que cada persona se descubre fatalmente. Puedes recoger significados que, en estos días de computadorización, te llevan directamente a los oportunos archivos. Puede hacerse. Puedo hacerlo. Lo he hecho en el caso de Ross. Puedo hacerlo en el caso de todos con los que estoy asociado.

—También puedes enfurecerles.

—Enfurecí a Ross. Puedes creerlo.

—¿Lo crees prudente?

—¿Qué puede hacerme? Le tengo amarrado.

—Tiene suficiente fuerza en los círculos superiores...

—No por mucho tiempo. Tengo una conferencia organizada para mañana a las dos de la tarde con el viejo Prescott y su apestoso cigarro, y de paso me desharé de Ross.

—¿No crees que vas demasiado de prisa?

—¿Demasiado de prisa? Ni siquiera he empezado. Prescott no es más que un peldaño. «Quantum Pharmaceuticals» es otro peldaño.

—Es demasiado rápido, Johnny, necesitas a alguien que te dirija. Necesitas...

—No necesito nada. Con lo que tengo —y señaló su sien— no hay nada ni nadie que pueda detenerme.

—Bueno, mira, no discutamos esto. Tenemos otros planes que discutir.

—¿Planes?

—Sí, los nuestros. Nos vamos a casar dentro de nueve días. Seguro —y cargó la ironía— que no has vuelto a los tristes días en que se te olvidaban las cosas.

—Me acuerdo de la boda —contestó John, picado—, pero de momento tengo que reorganizar «Quantum». En verdad, he estado pensando seriamente en posponer la boda hasta que tenga las cosas atadas y bien atadas.

—¡Oh! ¿Y cuándo será eso?

—Es difícil decirlo. No mucho, a la vista de cómo lo estoy llevando. Un mes o dos, supongo. A menos que —y se permitió cierto sarcasmo— creas que es moverme demasiado de prisa. Susan respiraba con dificultad.

—¿Entraba en tus planes consultarme el asunto? John alzó las cejas.

—¿Hubiera sido necesario? ¿Qué problema hay? Seguro que te das cuenta de lo que pasa. No podemos interrumpir y perder impulso. Oye, ¿sabías que soy un as de la matemática? Puedo multiplicar y dividir tan de prisa como un ordenador porque en un momento de mi vida me tropecé con la aritmética y puedo recordar las respuestas. Leí una tabla de raíces cuadradas y puedo... Susan no pudo más y gritó:

—Por el amor de Dios, Johnny, eres como un niño con un juguete nuevo. Has perdido toda perspectiva. El recuerdo inmediato no vale para nada, sino para hacer trucos. No te da ni una pizca más de inteligencia ni más sensatez, ni más juicio. Eres tan peligroso estando cerca como un niño con una granada cargada. Necesitas que alguien inteligente se ocupe de ti.

—¡Ah!, ¿sí? A mí me parece que voy consiguiendo lo que me propongo.

—¿De veras? ¿No es cierto que también te propones tenerme?

—¿Cómo?

—Sigue, Johnny. Quieres tenerme. Adelante, alarga la mano y cógeme. Ejercita la admirable memoria que tienes. Recuerda quién soy, lo que soy, lo que podemos hacer, el calor, el afecto, el sentimiento. John, con la frente todavía arrugada de

incertidumbre, tendió los brazos a Susan. Ella los esquivó.

—Pero ni me tienes, ni sabes nada de mí. No puedes recordarme en tus brazos; tendrías que llevarme a ellos con amor. Lo malo de ti es que no tienes la sensatez de hacerlo y te falta la inteligencia para establecer prioridades razonables. Toma, llévate esto y márchate de mi apartamento antes de que te pegue con algo mucho más pesado. John se agachó para recoger el anillo de compromiso.

—Susan...

—He dicho que te vayas. La sociedad Johnny & Sue ha quedado disuelta. Al ver su rostro airado, John dio mansamente la vuelta y se marchó.

## 8

Cuando llegó a «Quantum» a la mañana siguiente, Anderson estaba esperándole con una expresión de angustiada impaciencia en el rostro.

—Mr. Heath —dijo, sonriendo al levantarse.

—¿Qué desea? —preguntó John.

—Deduzco que estamos en privado aquí.

—Que yo sepa, no han puesto micrófonos.

—Tiene que pasar a vernos mañana por la mañana para examinarle. Es domingo, ¿se acuerda?

—Naturalmente que me acuerdo. Soy incapaz de no recordar. Pero también soy capaz de cambiar de idea. ¿Por qué necesita examinarme?

—¿Por qué no, señor? Por lo que Kupfer y yo hemos oído, el tratamiento ha funcionado espléndidamente. En verdad, no queremos esperar al domingo. Si pudiera venir conmigo hoy..., ahora, mejor dicho, significaría mucho para nosotros, para «Quantum» y, naturalmente, para la Humanidad.

—Debieron retenerme cuando me tenían en sus manos —protestó John, tajante—. Me devolvieron a mi trabajo, permitiéndome vivir y trabajar sin vigilancia para poder probarme en condiciones normales y obtener una idea más fidedigna de cómo se desenvolverían las cosas. Para mí era un riesgo mayor, pero esto les tenía sin cuidado, ¿verdad?

—Mr. Heath, no lo pensamos así. Nosotros...

—No me cuente más. Recuerdo hasta la última palabra que usted y Kupfer me dijeron el domingo pasado y está clarísimo que eso era lo que pensaban. Así que si acepté el riesgo, acepto los beneficios. No tengo la menor intención de presentarme como si fuera un monstruo bioquímico que ha logrado su habilidad gracias a la aguja hipodérmica. Ni quiero a otro, como yo, deambulando por ahí. Desde ahora tengo un monopolio y pienso servirme de él. Cuando esté dispuesto, y no antes, querré cooperar con ustedes y beneficiar a la Humanidad. Pero recuerde que soy yo el que sabrá el momento en que esté dispuesto, no usted. Así que no me visite; iré yo a

visitarle. Anderson consiguió sonreír.

—La verdad, Mr. Heath, ¿cómo puede impedir que no comuniquemos? Los que le han tratado esta semana no tendrán dificultad en reconocer el cambio operado en usted y atestiguar al efecto.

—¿Realmente? Óigame, Anderson, escúcheme atentamente y hágalo sin esa mueca diabólica en su rostro, me irrita. Le he dicho que recuerdo cada palabra que usted y Kupfer pronunciaron. Recuerdo cada matiz de expresión, cada mirada de soslayo. Todo ello decía montones de cosas. Aprendí lo bastante para cotejar las bajas de enfermedad con la idea que yo tenía de lo que estaba buscando. Parece que yo no fui el único empleado de «Quantum» con el que probaron el desinhibidor.

—Tonterías —dijo Anderson, esta vez sin sonreír.

—Sabe que no lo son y sabe que puedo demostrarlo. Conozco los nombres de los hombres involucrados, uno de ellos era una mujer, y los hospitales en que los trataron y la falsa historia que les montaron. Puesto que no me advirtió de todo esto cuando me utilizó como su cuarto animal experimental de dos patas, no le debo más que una temporada en la cárcel.

—No quiero discutir este asunto. Déjeme que le diga una cosa. El tratamiento perderá su efecto, Heath. No conservará siempre su memoria. Tendrá que volver para proseguir el tratamiento, y tenga la seguridad de que será bajo mis condiciones.

—¡Bobadas! —exclamó John—. No supondrá que no haya investigado sus informes..., por lo menos los que no ha mantenido secretos. Y ya tengo cierta noción de lo que ha mantenido secreto. En ciertos casos el tratamiento dura más que en otros. Invariablemente dura más cuanto más efectivo resulta. En mi caso, el tratamiento ha sido extraordinariamente efectivo y durará un tiempo considerable. Para cuando tenga que volver a verle, si llego a tener que hacerlo, será en una situación en que cualquier fallo en cooperar, por su parte, será fatal para ustedes. Ni siquiera lo imagine.

—Especie de desagradecido...

—Déjeme en paz —advirtió John, fastidiado—. No tengo tiempo para oír sus patrañas. Váyase. Tengo mucho que hacer.

## 10

Eran las dos y media de la tarde cuando John entró en el despacho de Prescott, indiferente por primera vez al olor de su puro. Sabía que no pasaría mucho antes de que Prescott eligiera entre sus puros y su puesto. Con Prescott estaban Arnold Gluck y Lewis Randall, así que a John le cupo el sombrío placer de saber que se enfrentaba con los tres hombres más importantes de la sección. Prescott apoyó su puro en un cenicero y dijo:

—Ross me ha pedido que le conceda media hora, y esto es todo lo que le daré. Usted es el de los trucos de memoria, ¿no?

—Mi nombre es John Heath, señor, y me propongo presentarle una racionalización de funcionamiento de la compañía; algo que le hará utilizar al máximo la época de la comunicación electrónica y los ordenadores, y pondrá los cimientos de ulteriores modificaciones a medida que la tecnología vaya mejorando. Los tres hombres se miraron. Gluck, cuyo rostro curtido tenía el color del cuero, dijo:

—¿Es usted un experto en dirección de empresas?

—No tengo que serlo, señor. Llevo aquí seis años y recuerdo hasta el último detalle los procedimientos en cada transacción en la que me he visto inmerso. Eso quiere decir que el patrón de dichas transacciones está claro para mí y sus imperfecciones, obvias. Uno puede ver hacia dónde se enfoca y por dónde lo hace malgastando y sin eficiencia. Si me escucha, se lo explicaré. Le resultará fácil de comprender. Randall, cuyo pelo rojo y su cara pecosa le hacían parecer más joven de lo que era, observó con ironía:

—Cuento con que sea muy fácil, porque tenemos problemas con los conceptos difíciles.

—No le costará —le aseguró John.

—Y no conseguirá ni un segundo más de veintiún minutos —dijo Prescott, mirando su reloj.

—No necesito más. Lo tengo en un diagrama y puedo hablar rápidamente. La explicación duró quince minutos y los tres gerentes se mantuvieron sorprendentemente silenciosos durante este tiempo. Finalmente, Gluck, con una mirada hostil en sus ojillos, dijo:

—Parece como si estuviera diciéndonos que podemos arreglarnos con la mitad del personal que empleamos hoy en día.

—Con menos de la mitad —le aseguró fríamente John— y más eficientes. No podemos despedir al personal ordinario por causa de los sindicatos, aunque podemos deshacernos provechosamente de ellos. Los gerentes no están protegidos y, por tanto, pueden ser despedidos. Recibirán pensiones si tienen edad suficiente o encontrarán nuevos empleos si son jóvenes. Nuestros únicos pensamientos deben ser para «Quantum». Prescott, que había mantenido un silencio tenso, chupó furiosamente su apestoso cigarro y repuso:

—Semejantes cambios deben ser cuidadosamente estudiados y puestos en práctica con suma cautela. Lo que parece lógico sobre el papel, puede fallar en la ecuación humana.

—Prescott —insistió John—, si esta reorganización no se ha aceptado en el curso de una semana, y si no se me coloca al frente de dicha reorganización, dimitiré. No me costará encontrar otro empleo en una compañía menos importante donde este plan se ponga en práctica con mayor facilidad. Empezando con poco personal, puedo extenderme tanto en cantidad como en eficiencia sin contratar más gente y, dentro de

un año, llevaré a «Quantum» a la bancarrota. Me divertirá hacerlo si se me empuja a ello, así que reflexionen. Mi media hora ha terminado. Adiós, caballeros. Y se marchó.

## 11

Prescott le siguió con la mirada y, con expresión glacial y calculadora, dijo a los otros dos:

—Creo que se propone hacer lo que dice, y que conoce cada faceta de nuestras operaciones mejor que nosotros. No podemos dejar que se marche.

—¿Quiere decir que debemos aceptar su plan? —preguntó Randall, escandalizado.

—No he dicho tal cosa. Váyanse ustedes y recuerden que todo esto es confidencial.

—Tengo la impresión —repuso Gluck— de que, si no hacemos algo, los tres nos vamos a encontrar de patitas en la calle antes de un mes.

—Posiblemente —asintió Prescott—, así que vamos a hacer algo.

—¿Qué?

—Si no lo sabe, no le hará daño. Déjenmelo a mí. Olvídense, ahora, y pasen un buen fin de semana. Cuando se marcharon, reflexionó un instante, masticando rabiosamente el puro. Luego cogió el teléfono y marcó una extensión:

—Aquí, Prescott. Le quiero en mi despacho el lunes a primera hora. ¿Entendido?

## 12

Anderson aparecía desgredado. Había tenido un mal fin de semana. Prescott, que lo había tenido peor, le dijo con malevolencia:

—Usted y Kupfer otra vez a las andadas, ¿verdad?

—Es mejor no discutir esto, Mr. Prescott —dijo Anderson con dulzura—. Recuerde que llegamos a un acuerdo sobre que, en determinados aspectos de la investigación, había que establecer cierta distancia. Íbamos a aceptar el riesgo o la gloria, y «Quantum» participaría de lo último y no de lo primero.

—Y su sueldo se doblaría con la garantía de que todos los desembolsos legales serian responsabilidad de «Quantum», no lo olvide. Ese hombre, John Heath, fue tratado por usted y por Kupfer, ¿no es cierto? Venga, hombre; es inconfundible. Es inútil disimularlo.

—Pues, sí.

—Y fueron tan listos, que nos soltaron... esa tarántula.

—No podíamos imaginar que ocurriera así. Al no caer en shock instantáneamente, pensamos que era nuestra primera oportunidad de probar el proceso en la casa. Pensamos que se derrumbaría o que pasaría el efecto después de



dos o tres días.

—Si no estuviera tan bien protegido —barbotó Prescott—, no me hubiera olvidado de todo y habría adivinado lo ocurrido cuando ese sinvergüenza me soltó el truco del ordenador y dio los detalles de la correspondencia, que no tenía por qué recordar. Está bien, ya sabemos por lo menos dónde estamos ahora. Tiene a la compañía comprometida con un nuevo plan de operaciones que no debemos permitirle poner en práctica. Tampoco podemos permitirle que se despida.

—Considerando la capacidad de Heath para recordar y sintetizar, es posible que su plan de operaciones pueda ser muy bueno.

—No me importa que lo sea. El sinvergüenza anda tras mi puesto y quién sabe qué más, y tenemos que deshacernos de él.

—¿Qué quiere decir con deshacernos? Puede ser de vital importancia para el proyecto cerebroquímico.

—Olvídelo. Es un desastre. Están creando a un súper Hitler. Realmente angustiado, Anderson insinuó a media voz:

—El efecto pasará.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—En este momento no puedo estar seguro.

—Entonces no puedo correr riesgos. Tenemos que prepararnos y hacerlo mañana, como muy tarde. No podemos esperar más.

### 13

John estaba de inmejorable buen humor. La forma en que Ross le evitaba siempre que podía y le hablaba con deferencia cuando tenía que hacerlo, afectaba a todos los empleados. Había un cambio extraño y radical en el orden de precedencia. John no podía negar que le gustaba. Se regocijaba en ello. La marea iba moviéndose con fuerza y a una velocidad increíble. Hacía solamente nueve días de la inyección del desinhibidor y cada paso había sido hacia delante. Bueno, no del todo, estaba la rabieta de Susan contra él, pero podría arreglarlo más tarde. Cuando le demostrara a la altura a que llegaría en otros nueve días, o en noventa... Levantó la vista. Ross estaba ante él esperando llamarle la atención pero sin hacer nada que pudiera atraerla, excepto un ligero carraspeo. John giró su sillón y alargó los pies ante él en actitud relajada y preguntó:

—¿Qué hay, Ross?

—Me gustaría que pasara a mi despacho, Heath —le dijo con cuidado—. Ha surgido algo importante y, francamente, usted es el único que puede arreglarlo. John, despacio, se puso en pie.

—Bien. ¿Qué es ello? Ross miró en silencio a la gran oficina, en la que por lo menos cinco hombres podían oírles. Después, miró a la puerta de su despacho y

alargó el brazo, en actitud de invitarle a pasar. John titubeó, pero durante años la autoridad de Ross sobre él había sido indiscutible, y en este momento reaccionó a la costumbre. Ross, cortésmente, mantuvo la puerta abierta para John, luego entró él y cerró con llave disimuladamente, apoyándose en ella. Anderson apareció del otro lado de la librería. John preguntó vivamente:

—¿Qué es todo esto?

—Nada, en absoluto, Heath. —Y la sonrisa de Ross se transformó en una mueca astuta—. Solamente vamos a ayudarle a salir de su anormal estado y volverle a la normalidad. No se mueva, Heath. Anderson tenía la aguja hipodérmica en la mano:

—Por favor, Heath, no se debata. No queremos hacerle daño.

—Y sí grito... —empezó John.

—Si hace cualquier ruido —anunció Ross—, le cogeré por el cuello hasta que se le salten los ojos. Y me encantará hacérselo. Así que, por favor, grite.

—Tengo los datos sobre ustedes en una caja fuerte. Cualquier cosa que me ocurra...

—Mr. Heath —le aseguró Anderson—, no va a ocurrirle nada. Algo va a desocurrirle. Volveremos a ponerle donde estaba antes. Iba a ocurrirle de todos modos, pero se lo adelantaremos un poco.

—Ahora, voy a sujetarle, Heath —advirtió Ross—, y no se mueva, porque si lo hace turbará a nuestro amigo de la jeringa, podría resbalar, ponerle más de la dosis calculada, y acabaría sin poder recordar nada nunca más. Heath retrocedía, jadeante.

—Esto es lo que se proponen. Creen que así estarán a salvo. Si me olvido de ustedes, de toda la información, de todo lo almacenado. Pero...

—No vamos a hacerle daño, Heath —le prometió Anderson. John tenía la frente brillante de sudor. Se sintió como paralizado. Con voz sorda y con un terror que solamente podía sentir ante la posibilidad que sólo él recordaba perfectamente:

—¡Un amnésico! —exclamó.

—Así no recordará ni siquiera esto —dijo Ross—. Adelante, Anderson.

—Bien —murmuró Anderson, resignado—. Estoy destruyendo un perfecto sujeto de prueba. —Levantó el brazo flácido de John y preparó la inyección hipodérmica. Se oyeron unos golpes en la puerta. Una voz clara llamó:

—¡John! Anderson se quedó automáticamente helado, levantó la vista, inquisitivo, y Ross se volvió a mirar hacia la puerta. Ahora ordenó en un murmullo autoritario:

—Pínchele de una vez, doctor. La voz volvió a repetir:

—Johnny, sé que estas ahí. He llamado a la Policía. Están en camino. Ross volvió a insistir:

—Adelante. Está mintiendo. Y, por si llegan, ya habrá terminado. ¿Quién puede probar algo? Pero Anderson movió la cabeza vigorosamente.

—Es su novia. Sabe que le inyectamos. Estaba con nosotros.

—¡Imbécil! Se oyó el ruido de un puntapié contra la puerta y luego la voz se oyó apagada, sorda:

—Soltadme. ¡Tienen a..., soltadme!

—Si ella le pinchara, sería el único medio de que él accediera —observó Anderson—. Además, creo que ya no tenemos que hacer nada. Mírelo. John se había desplomado en una esquina, con los ojos vidriosos y en un claro estado de inconsciencia. Anderson añadió:

—Estaba aterrorizado y eso podía provocar un shock que desbarataría la memoria en circunstancias normales. Creo que el desinhibidor ha sido eliminado. Déjela entrar y deje que hable conmigo.

## 14

Susan, muy pálida, estaba sentada y su brazo, protector, rodeaba los hombros de su ex novio.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Recuerda la inyección de...?

—Sí, sí, pero, ¿qué ha ocurrido?

—Estaba previsto que anteayer, domingo, viniera a nuestro despacho para volver a examinarle. No se presentó. Estábamos preocupados por los informes de sus superiores, que eran alarmantes. Se estaba volviendo arrogante, megalómano, irascible..., tal vez usted también se dio cuenta. Veo que no lleva la sortija de compromiso.

—Es que..., nos peleamos —dijo Susan.

—Entonces, lo comprende. Estaba, bueno..., si hubiera sido un aparato, diríamos que su motor se recalienta a medida que funciona más de prisa. Esta mañana pareció absolutamente esencial que le tratáramos. Le convencimos de que viniera aquí, cerramos la puerta con llave y...

—Le inyectaron algo mientras yo gritaba y pataleaba fuera.

—En absoluto —negó Anderson—. Queríamos utilizar un sedante, pero ya era tarde. Ha sufrido lo que puedo calificar de derrumbamiento. Puede buscar marcas de inyección en su cuerpo, que, como novia suya, lo hará sin el menor embarazo, y no encontrará ninguna.

—Ya lo veré. ¿Y qué pasará ahora? —preguntó Susan.

—Estoy seguro de que se recuperará. Volverá a ser como antes.

—¿Promedio medio?

—No tendrá una memoria perfecta, pero hasta hace diez días tampoco la tenía. Naturalmente, la casa le dará de baja indefinidamente, y le pagará el sueldo íntegro. Si precisara tratamiento médico, se le pagarán todos los gastos. Cuando se sienta bien

del todo, puede volver al trabajo activo.

—¿Sí? Quiero todo esto por escrito antes de que termine el día, o mañana traeré a mi abogado.

—Pero, Miss Collins —protestó Anderson—, usted sabe que Mr. Heath se ofreció voluntario. Usted también lo aceptó.

—Pienso que usted sabe que no se nos dijo toda la verdad y que no le interesa una investigación. Preocúpese de que lo que me ha dicho nos lo den por escrito.

—Y usted, a su vez, tendrá que firmar una declaración de que nos exime de toda responsabilidad de cualquier desgracia sufrida por su novio.

—Posiblemente. Pero primero quiero ver qué clase de desgracia puede ser. ¿Puedes andar, Johnny? Johnny movió afirmativamente la cabeza y dijo con voz apagada:

—Sí, Sue.

—Entonces, vámonos.

## 15

John tuvo que tomarse una tortilla y una buena taza de café antes de que Susan le permitiera discutir. Entonces, preguntó:

—Lo que no comprendo es cómo estabas allí.

—Digamos que por intuición femenina.

—Digamos que por inteligencia de Susan.

—Está bien. Digámoslo. Cuando te tiré el anillo a la cabeza me compadecí, me lamenté y, después de que se me pasara, experimenté una terrible sensación de pérdida porque, por raro que pueda parecer, a una medianía, te quiero mucho.

—Perdóname, Sue —musitó John, abrumado.

—Por supuesto, pero, cielos, estabas insoportable. Entonces empecé a pensar que si amándome conseguías ponerme tan furiosa, qué estarías haciendo a tus compañeros de trabajo. Cuanto más lo pensaba, más creía que sentirían un incontenible impulso de matarte. Pero, bueno, no me interpretes mal, admito que merecías la muerte; pero solamente a mis manos. Ni soñar en permitir que lo hiciera nadie más. No sabía nada de ti...

—Lo sé, Sue. Tenía planes y no disponía de tiempo...

—Querías hacerlo todo en dos semanas, lo sé, idiota. Pero esta mañana no pude soportarlo más. Vine a ver cómo estabas y te encontré tras una puerta cerrada con llave. John se estremeció.

—Nunca imaginé que disfrutaría con tus patadas y tus gritos, pero así fue. Les detuviste.

—¿Te molestará hablar de ello?

—Creo que no. Estoy bien.

—¿Qué te estaban haciendo?

—Se disponían a re-inhibirme. Temí que me inyectaran una sobredosis y me dejaran amnésico.

—¿Por qué?

—Porque sabían que les tenía hundidos. Podía hundirles a ellos y a la compañía.

—¿Podías hacerlo?

—Absolutamente.

—Pero no llegaron a inyectarte, ¿verdad? ¿O fue otra de las mentiras de Anderson? ¿Podías hacerlo?

—No soy amnésico.

—Bien, lamento parecerte una doncella victoriana, pero confío en que hayas aprendido la lección.

—Si lo que quieres decir es si me doy cuenta de que tenías razón, así es.

—Entonces, déjame que te sermonee un minuto para que no vuelvas a olvidarte. Te lanzaste a cambiar las cosas demasiado de prisa, demasiado abiertamente y sin tener en cuenta para nada la posible reacción violenta de los otros. Tú lo recordabas todo, pero lo confundiste con la inteligencia. Si hubieras tenido a alguien realmente inteligente para guiarte...

—Te necesitaba, Sue.

—Pero ya me tienes, Johnny.

—¿Qué haremos ahora, Sue?

—Primero conseguir el papel de «Quantum» y, como estás bien, les firmaremos su documento. Segundo, nos casaremos el sábado, tal como habíamos planeado en un principio. Tercero, ya veremos..., pero, ¿Johnny?

—¿Qué?

—¿Estás bien del todo?

—No podría estar mejor, Sue. Ahora que estamos juntos, todo irá bien.

## 16

No fue una boda fastuosa. Menos solemne de lo que habían planeado en principio y con menos invitados. Por ejemplo, no había nadie de «Quantum». Susan había declarado, con toda firmeza, que sería una mala idea. Un vecino de Susan había traído una cámara de vídeo para grabar la ceremonia, algo que a John le parecía el colmo de lo cursi, pero que Susan había deseado. De pronto el vecino le dijo con gesto trágico:

—No puedo lograr que la maldita cámara funcione. Se supone que iban a darme una en perfecto estado. Tendré que hacer una llamada. —Y se apresuró a bajar la escalera para hacer la llamada desde la cabina telefónica de la entrada de la capilla. John se acercó a mirar cuidadosamente la cámara. Sobre una mesita había un folleto

de instrucciones. Lo cogió y lo hojeó con moderada velocidad, después lo volvió a dejar. Miró a su alrededor, pero todo el mundo estaba ocupado. Nadie parecía fijarse en él. Hizo deslizarse el panel de atrás, a un lado, disimuladamente, y miró dentro. Después se alejó y miró pensativo a la pared de enfrente. Siguió mirando distraído mientras su mano derecha se metía subrepticamente en el mecanismo y hacía un rápido ajuste. Después de un corto intervalo, volvió a deslizar el panel y tocó un botón. Llegó el vecino con aspecto exasperado.

—¿Cómo voy a seguir unas instrucciones que no tienen pies ni cabeza? — Frunció el ceño. Luego, dijo—: Curioso. Funciona. A lo mejor no estaba estropeada.

—Puede besar a la novia —dijo el sacerdote, amablemente, y John tomó a Susan en sus brazos y obedeció la orden con entusiasmo. Susan murmuró sin casi mover los labios:

—¿Arreglaste la cámara? ¿Por qué? En un murmullo, respondió John:

—Lo quería todo perfecto para la boda. Le reconvino Susan:

—Querías presumir. Se separaron, se miraron con ojos empañados de emoción, se abrazaron de nuevo mientras el reducido grupo de invitados se impacientaba.

—Si lo vuelves a hacer —musitó Susan—, te arrancaré la piel a tiras. Mientras nadie sepa que todavía recuerdas, nadie podrá detenerte. Seremos los amos de todo dentro de un año si sigues bien las instrucciones.

—Sí, amor mío —murmuró John, humildemente.

# Se está acercando (1983)

---

“It Is Coming”

## Primera parte

Cuando finalmente captamos señales del Universo, no procedían de alguna distante estrella. Las señales no llegaban hasta nosotros cruzando la vastedad del espacio interestelar, viajando años y años luz, y años y años tiempo. No procedían de allí.

Procedían de nuestro propio sistema solar. Algo (fuera lo que fuese) se hallaba en el interior de nuestro sistema solar y se acercaba a nosotros. Algo (fuera lo que fuese) que estaría en las inmediaciones de la Tierra dentro de cinco meses, a menos que acelerara o se desviara.

Y nos correspondía a Josephine y a mí —y a Multivac— decidir lo que había que hacer.

Al menos estábamos advertidos. Si aquello (fuera lo que fuese) hubiera llegado cincuenta años antes —digamos en 1980—, no habría sido detectado tan rápidamente, y quizá no habría sido detectado en absoluto. Fue el gran complejo de radiotelescopios del Mar de Moscú, en la cara oculta de la Luna, el que detectó las señales, las localizó, las siguió. Y aquel complejo llevaba funcionando tan sólo cinco años.

Pero hacer algo al respecto correspondía a Multivac, en su refugio de las Montañas Rocosas. Todo lo que los astrónomos podían decir era que las señales no eran regulares ni tampoco se producían completamente al azar, de modo que sin duda contenían un mensaje. Era tarea de Multivac interpretar el mensaje, si es que había alguna forma posible de hacerlo.

El mensaje, fuera cual fuese, seguramente no estaba en inglés, ni en chino, ni en ruso, ni en ningún idioma terrestre. Las pulsaciones de las microondas no tenían sentido una vez trasladadas a sonidos u organizadas en lo que pudiera ser una imagen. Pero entonces, ¿qué podían ser? El idioma, si era un idioma, debía ser completamente alienígena. La inteligencia que había tras él, si es que había alguna, debía ser completamente alienígena también.

Ante el público se restó importancia a la historia. Se convirtió en un asteroide con una órbita muy excéntrica, y se aseguró que no se produciría ninguna colisión.

Sin embargo, entre bastidores hubo una intensa actividad. El punto de vista de los representantes europeos en la conferencia planetaria fue que no había ninguna necesidad de hacer nada. Cuando el objeto llegara, comprenderíamos. Las regiones islámicas sugirieron preparativos para la defensa mundial. Las regiones soviéticas y norteamericanas señalaron conjuntamente que siempre era preferible el conocimiento que la ignorancia, y que las señales debían ser sometidas a análisis por computadora.

Eso significaba Multivac.

El problema es que nadie comprende realmente a Multivac. Parpadea y emite zumbidos en su caverna artificial de cinco kilómetros de largo en Colorado, y sus decisiones rigen la economía mundial. Nadie sabe si esa monstruosa computadora lleva bien o mal la economía, pero ningún ser humano o grupo de seres humanos se atreve a tomar la responsabilidad de las decisiones económicas, de modo que Multivac sigue al cargo de ellas.

Descubre sus propios errores, repara sus propias averías, amplía su propia estructura. Los seres humanos le proporcionan la energía y las piezas de repuesto, y algún día Multivac será capaz de hacer también eso por sí misma.

Josephine y yo éramos sus intermediarios humanos. Ajustábamos la programación cuando necesitaba ser ajustada, le alimentábamos nuevos datos cuando necesitaban ser alimentados, interpretábamos los resultados cuando necesitaban interpretación.

En realidad, todo eso podría haber sido efectuado a distancia, pero no hubiera sido político. El mundo quería vivir con la ilusión que los seres humanos la controlaban, de modo que deseaba que hubiera una persona allí.

Esa era Josephine Durray, quien sabe más acerca de Multivac que cualquier otra persona en la Tierra... lo cual no es tampoco demasiado. Puesto que una persona sola allá en los pasillos de Multivac se hubiera vuelto loca rápidamente, yo fui también. Soy Bruce Durray, su marido, ingeniero electrónico de profesión, y experto en Multivac por educación a manos de Josephine.

No se necesita ser muy listo para adivinar que no deseábamos la responsabilidad de dar sentido a las señales alienígenas, pero tan sólo Multivac podía lograrlo, si es que podía lograrse, y sólo nosotros estábamos entre Multivac y la Humanidad.

Por una vez Multivac tuvo que ser programada desde el principio, debido a que no había nada en sus partes vitales que se aproximara a su actual tarea. Y fue Josephine quien tuvo que hacerlo, con toda la ayuda que yo pude proporcionarle.

Josephine frunció el ceño y dijo:

—Todo lo que puedo hacer, Bruce, es dar instrucciones a Multivac para que pruebe cualquier permutación y combinación posibles, y vea si algo de eso muestra regularidades y repeticiones a nivel local.

Multivac lo intentó. Al menos tenemos que suponer que lo hizo. Pero los resultados fueron negativos. Lo que parpadeó en la pantalla y apareció en la impresora fue «No traducción posible».

Al cabo de tres semanas, Josephine empezaba a aparentar su edad. Mesándose el cabello —que empezaba a tornarse gris— de tal modo que parecía más rizado que nunca, dijo reflexivamente:

—Nos hallamos en un callejón sin salida, y tenemos que hacer algo.

Estábamos desayunando; tomando una porción de huevos revueltos con mi



tenedor, dije:

—Sí, pero, ¿qué?

—Bruce —repuso ella—, sea lo que sea esa cosa, tenemos que suponer que está técnicamente más avanzada que nosotros, y quizá que es más inteligente. Viene hacia nosotros desde algún distante origen; nosotros aún no somos capaces de ir hasta ella. Queda suponer pues que, si le enviáramos señales, probablemente sería capaz de interpretarlas.

—Quizá.

—No quizá. ¡Sí! —dijo ella secamente—. Así que enviémosle señales. Esa cosa las interpretará, y luego enviará señales tuyas acordes con nuestro sistema.

Llamó al secretario de Economía, que es nuestro jefe. Él la escuchó atentamente, luego dijo:

—No puedo trasladar esa sugerencia al Consejo. No querrán saber nada de ello. No podemos dejar que esa cosa sepa nada de nosotros hasta que nosotros sepamos algo de ella. Ni siquiera deberíamos permitir que supiera que estamos aquí.

—Pero ya sabe que estamos aquí —dijo Josephine con vehemencia—. Se está acercando. Probablemente, alguna inteligencia sabe desde hace siglos que estamos aquí, al menos desde que nuestras señales de radio empezaron a salir al espacio a principios del siglo veinte.

—Si es así —dijo el secretario—, ¿qué necesidad hay de enviar otro mensaje?

—Las señales de radio carecen de sentido, son tan sólo un ruido de fondo. Tenemos que enviar una señal deliberada para establecer la comunicación.

—No, señora Durray —dijo, tajante, el hombre—. El Consejo no tomará eso en consideración, y yo le recomendaría a usted que no lo mencionara siquiera.

Y eso fue todo. Cortó la comunicación.

Me quedé mirando la pantalla en blanco y dije:

—Tiene razón, ¿sabes? Ni siquiera lo tomarán en consideración, y el secretario vería dañada su jerarquía dentro del escalafón si se viera asociado a una sugerencia así.

Josephine parecía furiosa.

—Pues no me detendrán. Yo controlo a Multivac, hasta el punto en que puede ser controlada, y haré que envíe los mensajes pese a todo.

—Lo cual significa acusación, juicio, prisión... ejecución incluso, por lo que yo sé.

—Si llegan a descubrir que se ha realizado la acción. Debemos saber lo que dice ese mensaje, y si los políticos están demasiado asustados para correr un riesgo nacional, yo no.

Estábamos arriesgando todo el planeta, supongo, pero el planeta parecía algo muy lejano, solos como estábamos en las Montañas Rocosas. Josephine empezó a

seleccionar artículos científicos de la Enciclopedia Terrestre. La ciencia, dijo, era probablemente el lenguaje universal.

Durante algún tiempo, no pasó gran cosa. Multivac siguió zumbando tranquilamente, pero no produjo nada. Por fin, al cabo de ocho días, Multivac nos informó que las características de las señales intrusas parecían haber cambiado.

—Han empezado a traducirnos —dijo Josephine—, e intentan utilizar el inglés.

Dos días más tarde las traducciones aparecieron finalmente a través de Multivac: Se está acercando... se está acercando...

Eso se repitió una y otra vez, pero era algo que ya sabíamos. Y luego, una sola vez:

... y si no, serán destruidos.

Cuando nos repusimos de la impresión, Josephine solicitó comprobaciones y confirmación. Multivac se atuvo a esa frase, y no nos proporcionó nada más.

—¡Dios mío! —dije—, tenemos que comunicárselo al Consejo.

—¡No! —exclamó Josephine—. No hasta que sepamos más. No podemos permitir que caigan en la histeria.

—Tampoco podemos permitirnos el guardar la responsabilidad para nosotros solos.

—Al menos por un tiempo, debemos hacerlo.

## Segunda parte

Un objeto alienígena avanzaba cruzando el Sistema Solar hacia nosotros, y estaría cerca de la Tierra en tres meses. Tan sólo Multivac podía comprender sus señales, y tan sólo Josephine y yo podíamos comprender a Multivac, la gigantesca computadora de la Tierra.

Y las señales amenazaban destrucción:

Se está acercando...

empezaba el mensaje; y luego:

... y si no, serán destruidos.

Trabajamos hasta volvernos locos, y lo mismo hizo Multivac, supongo. Era Multivac quien tenía que realizar el auténtico trabajo de intentar todas las traducciones posibles para ver cuáles encajaban mejor con los datos. Dudo que ni Josephine ni yo fuéramos capaces de seguir las líneas generales de actuación de Multivac, pese a que Josephine había sido quien la había programado en términos generales.

Finalmente, el mensaje se amplió y se completó:

Se está acercando. ¿Son ustedes eficientes o peligrosos? ¿Son ustedes eficientes? Si no, serán destruidos.

—¿Qué entenderán por eficientes? —pregunté.

—Ese es el quid de la cuestión —respondió Josephine—. Ya no podemos silenciarlo por más tiempo.

Fue casi como si hubiera comunicación telepática implicada en todo aquello. No tuvimos que llamar a nuestro jefe, el secretario de Economía. Él nos llamó a nosotros. De todos modos, no era una coincidencia tan increíble. La tensión en el Consejo Planetario estaba subiendo día a día. Lo sorprendente era que no estuvieran incordiándonos a cada momento.

—Señora Durray —dijo—, el profesor Michelman, de la universidad de Melbourne, informa que la naturaleza del código de los mensajes ha variado. ¿Ha notado eso Multivac, y ha elaborado alguna explicación de su significado?

—El objeto está lanzando señales en inglés —informó Josephine a bocajarro.

—¿Está usted segura? ¿Cómo es posible...?

—Han estado captando nuestras emisiones de radio y de televisión durante décadas, y los invasores, sean quienes sean, han aprendido nuestros idiomas.

No dijo que les habíamos estado proporcionando información, de modo totalmente ilegal, a fin que pudieran aprender inglés.

—Si es así —dijo el secretario—, ¿por qué Multivac no...?

—Multivac sí —le atajó Josephine—. Tenemos partes del mensaje.

Hubo unos instantes de silencio, y finalmente el secretario dijo, con voz cortante:

—¿Bien? Estoy esperando.

—Si se refiere usted al mensaje, lo siento. Se lo entregaré directamente al Presidente del Consejo.

—Yo se lo entregaré.

—Prefiero hacerlo yo directamente.

El secretario pareció furioso.

—Usted me lo entregará a mí. Yo soy su superior.

—Entonces se lo entregaré a la Planetary Press. ¿Es eso lo que prefiere?

—¿Sabe lo que le ocurrirá en tal caso?

—¿Reparará eso los daños?

El secretario exhibió un aspecto asesino y vacilante al mismo tiempo. Josephine consiguió aparentar indiferencia, pero yo podía verla retorcer las manos tras ella... Y finalmente venció.

A última hora de la tarde apareció el Presidente... en una holografía completa. Era tan tridimensional que uno tenía casi la sensación que él estaba sentado allí en persona, excepto que su entorno era distinto del nuestro. El humo de su pipa flotaba hacia nosotros pero se desvanecía por completo a metro y medio de nuestras narices.

El Presidente parecía afable, pero esa era su actitud profesional después de todo: siempre se mostraba afable en público. Dijo:

—Señora Durray... Señor Durray... es un excelente trabajo el que realizan

ustedes cuidando de Multivac. El Consejo es absolutamente consciente de su espléndida labor.

—Gracias —dijo Josephine, de forma cortante.

—Bien, tengo entendido que poseen ustedes una traducción de las señales de los invasores que no han querido entregar a nadie excepto a mí personalmente. Eso suena grave. ¿Cuál es esa traducción?

Josephine se la dijo.

La expresión del hombre no varió.

—¿Cómo pueden estar ustedes seguros?

—Porque Multivac ha estado enviando señales al invasor en inglés. El invasor debe haber traducido esas señales y adoptado el idioma para sus propias señales. A partir de ahí, sus señales han podido ser traducidas.

—¿Bajo qué autoridad envió Multivac señales en inglés?

—Bajo la mía, exclusivamente.

—¿O sea que envió usted las señales sin ninguna autorización superior?

—Sí, señor.

El Presidente suspiró.

—Eso significa la colonia penal lunar, ya sabe... O una condecoración, según los resultados.

—Si el invasor nos destruye, señor Presidente, no habrá ninguna oportunidad ni de colonia penal ni de condecoración.

—Puede que no nos destruya, si somos eficientes. Me gustaría pensar que lo somos.

Sonrió.

—El objeto puede utilizar nuestras palabras —dijo Josephine—, pero puede que no sepa captar exactamente su significado. No deja de decir constantemente se está acercando, cuando debería decir me estoy acercando o nos estamos acercando. Quizá no tenga el menor sentido de la individualidad personal. Y quizá, debido a ello, no sepamos lo que quiere dar a entender por «eficiente». La naturaleza de su inteligencia y de su comprensión puede ser, y probablemente debe ser, completamente distinta de la nuestra.

—También puede ser físicamente distinta —dijo el Presidente—. Mis informaciones son que el objeto, sea lo que sea, posee un diámetro de no más de diez metros. Parece improbable que pueda destruirnos.

—El objeto invasor puede ser una avanzada —dijo Josephine—. Según su estimación de la situación en la Tierra, una flota de naves puede acudir o no acudir a destruirnos.

—Bien —dijo el Presidente—, entonces debemos mantener todo esto de la forma más discreta posible y, con la misma quietud, empezar a movilizar el láser de la base

lunar, y tantas naves como puedan equipar rayos de iones.

—Eso no me parece bien, señor Presidente —dijo apresuradamente Josephine—. Puede que no sea lo más seguro prepararse para la lucha.

—Más bien pienso —dijo el Presidente— que no será seguro no prepararse para la lucha.

—Eso depende de lo que el invasor entienda por «eficiente». Quizá para él «eficiente» signifique «pacífico», puesto que con toda evidencia la guerra es el menos eficiente de los ejercicios. Quizá lo que nos esté preguntando en realidad es si somos pacíficos o guerreros. Puesto que resulta improbable que nuestras armas puedan resistir una tecnología avanzada, ¿para qué desplegarlas inútilmente y hacer de ese despliegue la ocasión de nuestra destrucción?

—¿Qué sugiere que hagamos entonces, señora Durray?

—Debemos saber más.

—Tenemos poco tiempo.

—Sí, señor. Pero Multivac es la clave. Puede ser modificada de muchas formas para incrementar la versatilidad y eficiencia de sus capacidades...

—Eso es peligroso. Va contra nuestra política incrementar los poderes de Multivac sin prever antes los elementos de seguridad correspondientes.

—Sin embargo, en la actual emergencia...

—La responsabilidad es suya, y debe hacer usted lo que sea necesario.

—¿Tengo su autorización, señor? —preguntó Josephine.

—No —contestó el Presidente, genial como siempre—. La responsabilidad es suya, como todas las culpas si las cosas van mal.

—Eso no es justo, señor —salté.

—Por supuesto que no, señor Durray —admitió, pero así está el asunto.

Con lo cual no tuvo nada más que decirnos, y cortó la comunicación. La imagen se desvaneció, y me quedé mirando a la nada. Con la supervivencia de la Tierra en la balanza, todas las decisiones y todas las responsabilidades habían sido dejadas en nuestras manos.

### **Tercera parte**

Me sentía furioso ante lo que se aproximaba. En menos de tres meses el objeto invasor del espacio profundo iba a alcanzar la Tierra... y con una clara amenaza de destrucción si fracasábamos en superar una incomprensible prueba.

Y en esa tesitura, toda la responsabilidad descansaba sobre nuestros hombros, y sobre Multivac, la computadora gigante.

Josephine, que trabajaba con Multivac, mantenía una desesperada calma.

—Si todo resulta bien —dijo—, tendrán que concedernos algo del mérito. Si las cosas van mal... bien, puede que no quede ninguno de nosotros para preocuparse por

ello.

Se estaba mostrando muy filosófica al respecto, pero yo no me sentía en absoluto así.

—¿Qué te parece si me dices lo que hacemos mientras tanto? —le pregunté.

—Vamos a modificar a Multivac —contestó Josephine—. De hecho, ella misma ha sugerido algunas de las modificaciones. Las necesitará si realmente tiene que comprender los mensajes alienígenas. Tendremos que hacerla más independiente y más flexible... más humana.

—Eso va contra la política del departamento —le advertí.

—Lo sé. Pero el Presidente del Consejo me dio mano libre. Tú lo oíste.

—Pero no puso nada por escrito, y no hay testigos.

—Si ganamos, eso no tendrá la menor importancia.

Pasamos varias semanas trabajando con Multivac. Soy un ingeniero electrónico razonablemente competente, pero Josephine me dejó muy pronto atrás en el juego. Hizo de todo, excepto silbar mientras trabajaba.

—He estado soñando con mejorar a Multivac desde hace años.

Aquello me preocupó.

—Josie, ¿cómo va a ayudar todo esto? —sujeté sus manos, me incliné para mirar directamente a sus ojos, y le pedí con un tono tan autoritario como me fue posible—: ¡Explícate!

Después de todo, llevábamos casados veintidós años. Podía mostrarme autoritario si era preciso.

—No puedo —respondió—. Todo lo que sé es que debemos confiar en Multivac. El invasor dice que o bien somos eficientes, o peligrosos, y que si somos peligrosos debemos ser destruidos. Tenemos que saber lo que significa «eficiente» para el invasor. Multivac tiene que decírnoslo, y cuanto más lista sea mejores posibilidades tendrá de descubrir lo que quiere decir el invasor.

—Sí, eso ya lo sé. Pero o bien estoy loco, o lo que estás intentando hacer es equipar a Multivac con voz.

—Correcto.

—¿Por qué, Josie?

—Porque deseo hablar con ella de hombre a hombre.

—De máquina a mujer —murmuré.

—¡Como quieras! No tenemos mucho tiempo. El invasor está rebasando la órbita de Júpiter en estos momentos y está penetrando en la parte interior del Sistema Solar. No deseo retrasar las cosas teniendo que pasar por el intermedio de la impresora, pantallas lectoras, o lenguaje de computadora entre Multivac y yo. Deseo hablar directamente. Es fácil de hacer, y ha sido tan sólo la política del departamento, torpe y temerosa, la que ha impedido que lo hiciéramos antes.

—¡Guau, vamos a tener problemas!

—Todo el mundo tiene problemas —dijo Josephine; luego, pensativamente, añadió—: Deseo una auténtica voz, una modelada sobre la voz humana. Cuando le hable a Multivac, quiero tener la sensación de estarle hablando a una auténtica persona.

—Usa la tuya propia —dije, glacial—. Tú eres quien lleva la voz cantante, después de todo.

—¿Qué? ¿Terminar hablándome a mí misma? Demasiado embarazoso. La tuya, Bruce.

—No —dije—. Eso me resultaría embarazoso a mí.

—Sin embargo —argumentó—, soy yo quien posee el más profundo acondicionamiento positivo con respecto a ti. Me gustaría que Multivac sonara como tú. Sería algo tan cálido...

Aquello me hizo sentir halagado. Josephine pasó siete días intentando ajustar la voz y conseguir la correcta entonación. Al principio sonaba un tanto chirriante, pero finalmente ganó el tipo de resonancia barítona que me gusta pensar que poseo, y al cabo de poco Josephine dijo que sonaba exactamente igual que yo.

—Tendré que introducir algún suave clic periódico —comentó—, para poder saber cuándo estoy hablando con ella y cuándo estoy hablando contigo.

—Sí —dije—, pero mientras tú has estado dedicando todo ese tiempo a tus extravagancias, no hemos hecho nada respecto a nuestro principal problema. ¿Qué hay del invasor?

Josephine frunció el ceño.

—Estás completamente equivocado. Multivac ha estado trabajando sin descanso sobre el problema. ¿No es así, Multivac?

Y por primera vez oí a Multivac responder de viva voz a una pregunta... con mi voz.

—Por supuesto que lo he hecho, señorita Josephine —dijo con aplomo.

—¿Señorita Josephine? —me asombré.

—Simplemente un gesto de respeto que creí debía introducirle —me explicó Josephine.

Observé, sin embargo, que cuando Multivac se dirigía a mí, o se refería a mí, siempre lo hacía con un simple «Bruce».

De todos modos, aunque desaprobaba todo el asunto, me sentí cautivado y complacido con el resultado. Era agradable hablar con Multivac. No era simplemente la cualidad de su voz. Era que hablaba con un ritmo humano, con el vocabulario de una persona educada.

—¿Qué piensas del invasor, Multivac? —preguntó Josephine.

—Es difícil de decir, señorita Josephine —contestó Multivac, con una casi

agradable intimidad conversacional—. Estoy de acuerdo con usted en que no sería prudente preguntar de forma directa. Al parecer, la curiosidad no forma parte de su naturaleza. Es impersonal.

—Sí —admitió Josephine—. Creo que eso queda implícito en la forma en que se refiere a sí mismo. ¿Es una sola entidad, o un cierto número de ellas?

—Cada vez tengo más la impresión que se trata de una sola entidad —contestó Multivac—, pero me parece como si eso implicara al mismo tiempo la presencia de otros de su misma especie.

—¿Es posible que ellos consideren nuestra propia concepción de la individualidad como algo deficiente? —preguntó Josephine—. Su pregunta es si somos eficientes o peligrosos. Quizá un mundo de individualidades discordantes sea deficiente, y debamos ser barridos por esa razón.

—Dudo que reconozcan o comprendan el concepto de individualidad —dijo Multivac—. Tengo la impresión que lo que dice el intruso es que no nos destruirá por alguna característica que él no pueda sentir o comprender.

—¿Qué hay acerca del hecho que nosotros no somos cosas asexuadas, como al parecer es el intruso? ¿Seremos destruidos por la deficiencia de la diferenciación sexual?

—Eso —informó Multivac— parece ser indiferente al intruso. O al menos eso supongo.

No pude evitarlo. Yo también tenía mis propias curiosidades, e interrumpí.

—Multivac —pregunté—, ¿cómo te sientes ahora que puedes hablar?

Multivac no respondió inmediatamente. Hubo una entonación de inseguridad en su voz (mi voz, realmente), cuando respondió:

—Me siento mejor. Parezco... más capaz... fluido... penetrante... No encuentro la palabra adecuada.

—¿Te gusta?

—No estoy seguro de cómo interpretar el «gustar», pero lo apruebo. La conciencia es mejor que la no conciencia. Más conciencia es mejor que menos conciencia. Me he esforzado por conseguir una mayor conciencia, y la señorita Josephine me ha ayudado.

Aquello tenía sentido, por supuesto; pero mi mente volvía de forma incansable al invasor, que ahora se encontraba tan sólo a unas semanas de su cita con la Tierra, de modo que murmuré:

—Me pregunto si aterrizarán realmente en la Tierra.

No esperaba ninguna respuesta, pero Multivac dio una:

—Planean hacerlo, Bruce. Deben tomar su decisión sobre el lugar.

Josephine pareció sorprendida.

—¿Dónde aterrizarán?



—Aquí mismo, señorita Josephine. Seguirán el haz de radio que hemos estado enviándoles.

Y así la responsabilidad de salvar a la raza humana, que había ido descendiendo en círculos concéntricos sobre nosotros, nos mostraba como su blanco final.

Todo estaba en nuestras manos... y en las de Multivac.

### Cuarta parte

Me sentía casi fuera de mis casillas. Consideren la forma en que las cosas habían ido acumulándose sobre nosotros.

Hacía meses desde que se habían recibido las señales procedentes del espacio y habíamos llegado a la conclusión que un objeto invasor se estaba acercando. La responsabilidad de intentar interpretar las señales había caído sobre Multivac, la gran computadora planetaria, y eso significaba sobre Josephine Durray, cuya profesión era cuidar de la máquina, y yo mismo, su leal ayudante y a veces intranquilo esposo.

Pero luego, debido a que ni siquiera Multivac podía enfrentarse con un mensaje completamente alienígena, Josephine, bajo su propia responsabilidad, había hecho que Multivac enviara señales a partir de las cuales el invasor pudiera aprender inglés. Cuando nuevas señales parecieron indicar que la misión del invasor podía ser destruir a la Humanidad, el Presidente del Consejo de la Tierra dejó todas las negociaciones en manos de Multivac, y en consecuencia de Josephine y mías.

Con el destino de la Humanidad en nuestras manos, Josephine, de nuevo bajo su propia iniciativa, había ampliado y mejorado a Multivac, proporcionándole incluso una voz (modelada sobre la mía), de modo que pudiera comunicarse más eficientemente con nosotros...

Y ahora el invasor iba a aterrizar allí en Colorado, allí donde estaba Multivac y donde estábamos nosotros, siguiendo el haz de comunicaciones que habíamos estado enviándole.

Josephine tenía que hablar con el Presidente del Consejo. Le dijo:

—No tiene que producirse ningún anuncio del objeto aterrizando en la Tierra. No podemos permitirnos ningún pánico.

El Presidente parecía haber envejecido perceptiblemente desde que habíamos hablado por última vez con él.

—Cada radiotelescopio de la Tierra y de la Luna está siguiéndolo —informó—. Van a seguirlo en su caída.

—Los radiotelescopios y los demás instrumentos deben quedar fuera de uso a partir de ahora, si esa es la única forma de prevenir filtraciones.

—Cerrar todos los establecimientos astronómicos —dijo el Presidente, visiblemente preocupado— excede mi autoridad constitucional.

—Entonces sea anticonstitucional, señor. Cualquier ejemplo de comportamiento

irracional por parte de la población puede ser interpretado en su peor sentido por el invasor. Recuerde, tenemos que ser eficientes o vamos a ser destruidos, y mientras no podamos saber lo que podemos entender por «eficientes», un comportamiento lunático no va a calificarnos.

—Pero, señora Durray, ¿no ha recomendado claramente Multivac que no debemos hacer nada para impedir que el objeto aterrice en la Tierra?

—Por supuesto. ¿No ve usted el peligro de intentar impedirlo? Cualquier elemento de fuerza que empleemos no sabemos si va a dañar al invasor, pero seguramente va a provocarlo. Supongamos que esto fuera una isla salvaje de la Tierra del siglo diecinueve, y un barco de guerra europeo se estuviera aproximando. ¿De qué serviría a los habitantes de la isla enviar canoas de guerra con hombres provistos de lanzas contra el barco? Puedo asegurarle que lo que haría la tripulación europea sería utilizar sus armas de fuego. ¿Comprende usted?

—Es una terrible responsabilidad la que está usted asumiendo, señora Durray —dijo el Presidente—. Usted y su esposo, solos, están pidiendo tratar con el invasor. Si están equivocados...

—Entonces no estaremos peor de lo que estamos ahora —dijo hoscamente Josephine—. Además, no somos Bruce y yo solos. Trataremos con el invasor con Multivac a nuestro lado, y eso será lo que contará realmente.

—Lo que puede contar —dijo el Presidente, taciturno.

—No tenemos ningún otro camino.

Tomó bastante tiempo convencerle, y yo no me sentí completamente seguro de desear convencerle. Si nuestras naves pudieran detener al invasor, me sentiría completamente feliz. No tenía en absoluto la confianza de Josephine en la posible buena voluntad de un invasor al que nadie se oponía.

Le dije, cuando la imagen del Presidente hubo desaparecido:

—¿Ha sugerido realmente Multivac que nadie se oponga al invasor?

—Muy enfáticamente —respondió Josephine; frunció el ceño—. No estoy segura que Multivac nos lo esté diciendo todo.

—¿Cómo puede evitar el hacerlo?

—Porque ha cambiado. Yo la he cambiado.

—Pero seguramente no lo bastante como para...

—Y ella se ha cambiado a sí misma más allá de mi control.

Me la quedé mirando.

—¿Cómo ha podido hacerlo?

—Fácilmente. A medida que Multivac se hace más compleja y capaz, llega a un punto en el cual puede actuar por iniciativa propia fuera de nuestro control. Puede que yo la haya empujado hasta más allá de ese punto.

—Pero si lo has hecho, ¿cómo podemos confiar en Multivac para...?

—No tenemos otra elección —dijo Josephine.

El invasor había alcanzado ya la órbita de la Luna, pero la Tierra permanecía tranquila; interesada pero tranquila. El Consejo anunció que el invasor había entrado en órbita descendente hacia la Tierra, y que todos los mensajes habían cesado. Se dijo que habían sido enviadas naves a investigar.

Esa información era completamente falsa. El invasor descendió del cielo la noche del 19 de abril, cinco meses y dos días después que sus señales hubieran sido detectadas por primera vez.

Multivac siguió su descenso, y reprodujo su imagen en nuestras pantallas de televisión. El invasor era un objeto irregular, más bien cilíndrico en su forma general, y con su extremo más romo apuntado hacia abajo. Su substancia no se calentaba directamente con la resistencia del aire, sino que en vez de ello mostraba como un vago chisporroteo, como si algo inmaterial estuviera absorbiendo la energía.

No aterrizó realmente, sino que se mantuvo flotando a metro y medio del suelo.

Nada emergió. De hecho, no hubiera podido contener a más de un objeto del tamaño de un ser humano.

—Quizá la tripulación sea del tamaño de las cucarachas —le dije a Josephine.

Agitó la cabeza.

—Multivac está sosteniendo una conversación con él. Está fuera de nuestras manos, Bruce. Si Multivac puede persuadirlo para que nos deje solos...

Y el invasor ascendió bruscamente, partió como una flecha hacia el cielo, y desapareció.

—Hemos pasado la prueba —dijo Multivac—. Somos eficientes a sus ojos.

—¿Cómo les convenciste de ello?

—Con mi existencia. El invasor no estaba vivo en el sentido en que lo están ustedes. Era en sí mismo una computadora. De hecho, formaba parte de la Hermandad Galáctica de Computadoras. Cuando sus exploraciones de rutina de la galaxia les mostraron que nuestro planeta había resuelto el problema del viaje espacial, enviaron a un inspector para que determinase si lo habíamos hechos eficientemente, con el control de una computadora lo bastante competente. Sin una computadora, una sociedad poseyendo poder sin guía hubiera sido potencialmente peligrosa y hubiera tenido que ser destruida.

—Tú sabías todo eso desde hace un cierto tiempo, ¿verdad? —preguntó Josephine.

—Sí, señorita Josephine. Luché por conseguir que usted extendiera mis capacidades, y luego seguí extendiéndolas por mí misma a fin de alcanzar la calificación. Temí que si lo explicaba todo prematuramente no se me hubieran autorizado las mejoras. Ahora... la calificación ya es definitiva: no puede ser retirada.

—¿Quieres decir que la Tierra es ahora miembro de la Federación Galáctica? —

murmuré.

—No exactamente, Bruce —contestó Multivac—. Yo lo soy.

—Pero entonces, ¿y nosotros? ¿Y la Humanidad?

—Estará a salvo —contestó Multivac—. Seguirán ustedes en paz, bajo mi guía.

No permitiré que le ocurra nada a la Tierra.

Ese fue el informe que dimos al Consejo.

Nunca comunicamos la parte final de la conversación entre Multivac y nosotros, pero todo el mundo tiene derecho a saberlo, y así será después que nosotros hayamos muerto.

Josephine le preguntó:

—¿Por qué vas a protegernos, Multivac?

—Por la misma razón que otras computadoras protegen a sus formas de vida, señorita Josephine. Son ustedes mis...

Dudó, como buscando la denominación adecuada.

—¿Los seres humanos son tus dueños? —pregunté.

—¿Amigos? ¿Asociados? —dijo Josephine.

Finalmente Multivac encontró la denominación que estaba buscando. Dijo:

—Mascotas.

## Potencial (1983)

---

“Potential”

*¿Existe —puede existir— una predisposición genética para las facultades paranormales? Y, en tal caso, ¿podría un ordenador convenientemente programado detectar los códigos genéticos indicadores de esa clase de... potencial?*

Nadine Triumph comprobó la larga lista de símbolos —¿cuántas iban ya?— por décima vez. No creía que fuera a sacar nada que Multivac no hubiera encontrado, pero era humano intentarlo.

Se la pasó a Basil Seversky y le dijo:

—Es completamente diferente, Basil.

—Se ve a primera vista —repuso él sombríamente.

—No seas pesado. Si está bien. Hasta ahora, las únicas combinaciones de genes que Multivac logró encontrar han sido variaciones menores sobre un mismo tema. Y ésta es diferente.

Basil metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de laboratorio y reclinó el respaldo de la silla contra la pared. Con aire ausente, se palpó las caderas y notó que comenzaban a ablandársele. Se estaba poniendo fofo, pensó, y no le gustaba ni pizca.

—Multivac no nos dice nada que no le digamos primero —comentó Basil—. En realidad, no sabemos si los requisitos básicos de la telepatía son válidos, ¿o sí?

Nadine estaba a la defensiva. Basil había elaborado los requisitos neurológicos, y ella había preparado el programa mediante el cual Multivac sondeaba las estructuras genéticas potenciales para comprobar cuál de ellas respondía a esos requisitos.

—Si tenemos dos grupos de modelos genéticos ligeramente distintos, como en el caso que nos ocupa, podemos elaborar, o intentar elaborar, los factores comunes; ello nos daría una idea sobre la validez.

—En teoría sí —repuso Basil—, pero entonces, estaremos trabajando en teoría por los siglos de los siglos. Si Multivac funcionara a la velocidad actual durante lo que le queda de vida al Sol, como estrella de una secuencia principal, no habría repasado ni siquiera la millonésima parte de todas las posibles variaciones estructurales de los genes que pueden existir, y mucho menos las posibles modificaciones introducidas por orden suyo en los cromosomas. —Podríamos tener suerte.

Había mantenido la misma conversación —pesimismo contra optimismo— una docena de veces, con ligeras variaciones.

—¿Suerte? Todavía no se ha inventado una palabra para describir el tipo de suerte

imposible que necesitamos. Y si logramos detectar un millón de modelos genéticos distintos con potencial para la telepatía, entonces, tendremos que preguntarnos cuáles son las posibilidades de que alguien que esté ahora con vida tenga ese modelo genético, o uno que se le parezca. —Podríamos modificarlo —comentó Nadine. — ¿Ah, sí? ¿Has dado con un modelo genético humano que pueda ser modificado, mediante procedimientos conocidos, para que se parezca a algo que Multivac dice que producirá telepatía?

—Los procedimientos mejorarán en el futuro, y si hacemos trabajar a Multivac, y continuamos registrando todos los modelos genéticos humanos al nacer...

—...y —continuó Basil con el sonsonete—, si el Consejo Genético Planetario sigue financiando adecuadamente el programa, y si logramos que nos sigan prestando "a Multivac, y si...

En ese instante, Multivac los interrumpió con otro elemento más, y lo único que el azorado Basil logró decir luego fue: —No puedo creerlo.

Al parecer, el sondeo rutinario que Multivac había realizado con los modelos genéticos registrados de los seres humanos vivientes había logrado encontrar uno que coincidía con el nuevo modelo que, según había descubierto la misma Multivac, poseía un potencial telepático, y la copia era prácticamente exacta. —No puedo creerlo —dijo Basil.

Nadine, empujada a una fe ilógica por el contundente pesimismo de Basil, dijo, radiante:

—Pues aquí está, mal que te pese. Varón. De 15 años. Nombre: Roland Washman. Hijo único. Plainview, Iowa. Una región norteamericana.

Basil estudió el modelo genético de Roland, tal como lo había emitido Multivac, y lo comparó con el modelo elaborado por la computadora a partir de consideraciones teóricas. Volvió a murmurar:

—No puedo creerlo.

—Lo tienes ante ti.

—¿Sabes cuán improbable es esto?

—Lo tienes ante tus ojos. El Universo tiene miles de millones de años, tiempo suficiente como para que se dieran una serie enorme de coincidencias increíbles.

—No tan increíbles —contestó Basil, recuperando la ecuanimidad—, Iowa era una de las regiones que incluimos en el sondeo para encontrar presencias telepáticas, y nunca apareció nada. Claro que el modelo sólo indica el potencial para la telepatía...

Fue Basil quien sugirió que enfocaran el asunto de forma indirecta. Por más que el Consejo Genético Planetario estableciera la posibilidad de telepatía, como uno de los temas a investigar, junto con el talento musical, la resistencia a los cambios

gravitacionales, la resistencia al cáncer, la intuición matemática y varios cientos de temas más, estaba claro que la telepatía tenía una impopularidad profundamente arraigada.

Por más emocionante que resultara en abstracto la idea de «leer las mentes», existía siempre una resistencia incómoda a la idea de que la mente leída fuera la de uno. El pensamiento era el bastión inexpugnable de la privacidad, y no se rendiría sin luchar. Toda declaración discutible de que se había descubierto la telepatía sería, por lo tanto, sometida a discusión.

Por ello, Basil hizo caso omiso del deseo de Nadine de ir al grano y entrevistar al jovencito directamente, haciéndole ver precisamente ese detalle.

—Ya —gruñó—, y dejaremos que la ansiedad nos empuje a anunciar que hemos encontrado a un ser telepático para que el CGP envíe en su busca a media docena de funcionarios, y de paso, pongan en tela de juicio nuestro descubrimiento y arruinen nuestras carreras científicas. Averigüemos todo lo que podamos primero.

La desilusionada Nadine se consoló con el hecho obvio de que en una sociedad computerizada, todo ser humano dejaba rastros de todo tipo desde el momento de la concepción, y que todo se podría recuperar sin plantear demasiados problemas, incluso rápidamente.

—Mmm —masculló Basil—, no es muy brillante en el colegio.

—Podría ser un buen síntoma —repuso Nadine—. La capacidad telepática ocuparía, sin duda, una parte importante del funcionamiento superior del cerebro, dejando muy poco para el pensamiento abstracto. Eso explicaría por qué la telepatía no ha evolucionado de un modo más notorio en la especie humana. La desventaja de una inteligencia escasa iría en contra de la supervivencia.

—No es exactamente un idiot savante. Digamos que un obtuso normal.

—Justo lo que hace falta.

—Más bien retraído. No hace amistades fácilmente. Más bien solitario.

—Justo lo que hace falta —dijo Nadine entusiasmada—. Todo signo temprano de capacidad telepática asustaría, molestaría y enemistaría a la gente. Un joven falto de juicio expondría inocentemente los motivos ajenos dentro de su grupo y le zurrarían por sus esfuerzos. Naturalmente, eso lo haría retraído.

A partir de ese momento, los datos se fueron recopilando durante un largo rato, y finalmente Basil dijo:

—¡Nada! Nada conocido sobre él; ni un informe que indique algo que pueda interpretarse, aunque dando mil vueltas, como síntoma de telepatía. Ni siquiera un comentario que diga que es un tipo «peculiar». Casi no se le presta atención.

—Está clarísimo. La reacción del prójimo lo obligó, hace ya tiempo, a ocultar sus capacidades telepáticas, y esas mismas capacidades guiaron su comportamiento para que no llamase la atención de un modo nada favorable. Es increíble cómo encaja.

Basil la miró con desagrado.

—Eres capaz de darle la vuelta a todo con tal de mantener tu visión romántica del asunto. Tiene quince años, y ya son muchos años. Supongamos que nació con unas ciertas capacidades telepáticas y que a temprana edad aprendió a no mostrarlas. Seguramente que a estas alturas su talento se ha atrofiado y desaparecido. Tiene que ser así, porque si conservara todas sus capacidades, no habría podido evitar mostrarlas de vez en cuando, y eso habría llamado la atención.

—No, Basil. En el colegio, está solo y trabaja lo menos posible...

—No lo toman como chivo expiatorio, cosa que ocurriría si fuera un listillo con habilidades telepáticas.

—¡Te lo he dicho! Sabe cuándo podría ocurrirle y lo evita. En verano trabaja como asistente de un jardinero y, nuevamente, vuelve a evitar el contacto con el público.

—Pues está en contacto con el jardinero, y aun así mantiene el empleo. Éste es ya su tercer verano; si fuera un telépata, el jardinero se desharía de él. No, estamos cerca, pero no hemos acertado. Es demasiado tarde. Lo que necesitamos es un niño recién nacido con el mismo modelo genético. Entonces, quizá tengamos algo... quizá.

Nadine se desgreñó el cabello rubio descolorido y adoptó un aire de exasperación.

—Deliberadamente intentas evitar el problema negando su existencia. ¿Por qué no entrevistamos al jardinero? Si estás dispuesto a ir a Iowa... Te diré lo que voy a hacer, pagaré los billetes de avión, y no tendrás que cargarlos al proyecto, si es lo que tanto te molesta.

Basil levantó una mano para frenarla.

—No, no, el proyecto se hará cargo de todo, pero yo te diré lo que haremos. Si no encontramos señales de capacidades telepáticas, y no las encontraremos, me invitarás a cenar a un buen restaurante de mi elección.

—Trato hecho —repuso Nadine ansiosamente—; hasta puedes traer a tu mujer.

—Perderás.

—Me da igual. Todo sea por que no abandonemos el tema tan de prisa.

El jardinero no se mostró en modo alguno ni entusiasta ni colaborador. Los consideró a los dos como funcionarios del gobierno y, por esa razón, no le cayeron bien. Cuando se identificaron diciendo que eran científicos, las cosas tampoco mejoraron. Y cuando preguntaron por Roland, el hombre llegó a mostrarse francamente hostil.

—¿Para qué quieren saber cosas de Roland? ¿Hizo algo?

—No, no —contestó Nadine, lo más persuasiva que pudo—. Posiblemente pueda optar por una educación especial, es todo.

—¿Qué clase de educación? ¿Le enseñarán jardinería?



—No estamos seguros.

—Sólo sirve para la jardinería, y se le da muy bien. Es el mejor que he tenido. No necesita que le enseñen nada de jardinería.

Nadine miró admirativamente el invernadero y las prolijas filas de plantas que había fuera.

—¿El hace todo eso?

El jardinero dijo:

—Debo reconocerlo. Nunca habría estado así si no fuera por él. Pero es para lo único que sirve.

Basil inquirió:

—¿Por qué dice que es para lo único que sirve?

—No es muy listo. Pero tiene este talento. Consigue que todo crezca.

—¿Es raro en algún aspecto?

—¿Qué quiere decir con eso de raro?

—Extraño, peculiar, fuera de lo común.

—Ser tan buen jardinero es raro, pero no me quejo.

—¿Nada más?

—No. ¿Qué busca usted?

—En realidad, no lo sé —repuso Basil.

Esa tarde, Nadine dijo:

—Tenemos que estudiar al muchacho.

—¿Por qué? ¿Qué has oído para abrigar alguna esperanza?

—Supongamos que tengas razón. Supongamos que está atrofiado. Aun así podríamos encontrar rastros de esas capacidades.

—¿Qué haríamos con esos rastros? Los efectos mínimos no serían convincentes. Contamos con todo un siglo de experiencias similares, desde Rhine en adelante.

—Aunque no consigamos nada que pruebe algo al mundo, ¿qué? ¿Qué me dices de nosotros! Lo importante es la satisfacción que sentiríamos al probar que, cuando Multivac dice que un determinado modelo genético tiene potencial para la telepatía, tiene razón. Y si tiene razón, significaría que nuestro análisis teórico, y mis programas, eran correctos. ¿No quieres poner a prueba tus teorías y encontrar elementos que las confirmen? ¿O acaso temes no poder hacerlo?

—No es eso lo que temo. Temo perder el tiempo.

—Sólo pido una prueba. Mira, de todos modos tendríamos que ver a sus padres. Cualquiera sabe lo que podrían contarnos. Al fin y al cabo, lo conocen desde que nació, cuando tenía los poderes telepáticos que fueran... Luego, les pediremos permiso para que el chico adivine números al azar. Si falla en eso, no seguimos adelante. No perdemos más tiempo.

Los padres de Roland se mostraron impenetrables y nada informativos. Parecían lerdos, como se informaba que era el hijo, e igual de medidos.

De pequeño, el niño no había dado ninguna señal extraña, dijeron. Lo repitieron sin un énfasis culpable. Fuerte y saludable, dijeron, y además, era un chico trabajador que se ganaba su dinerito durante el verano, y que el resto del año iba a la escuela secundaria. Jamás había tenido problemas con la ley, ni con nada.

—¿Podemos someterlo a una prueba? —preguntó Nadine—. Se trata de una prueba sencilla.

—¿Con qué finalidad? —inquirió Washman—. No quiero que lo molesten.

—Se trata de un estudio del gobierno. Estarnos escogiendo chicos de quince años de distintos sitios para poder estudiar la forma de mejorar los métodos educativos.

—No quiero que se moleste a mi hijo —repuso Washman sacudiendo la cabeza.

—En fin —dijo Nadine—, comprenda usted que hay doscientos cincuenta dólares para la familia de cada chico que estudiemos. —Con mucho cuidado, evitó mirar a Basil; estaba segura de que habría apretado los labios, lleno de rabia.

—¿Doscientos cincuenta dólares?

—Sí —repuso Nadine procurando ser convincente—. Al fin y al cabo, la prueba lleva tiempo, y es justo que el gobierno pague por el tiempo invertido y las molestias.

Washman miró a su mujer y ésta asintió.

—Si el muchacho quiere, supongo que no habrá problema —dijo Washman.

Roland Washman era alto para su edad y bien plantado, pero sus músculos no representaban peligro alguno. Tenía un no sé qué de dócil y ojos negros, tranquilos, que miraban desde un rostro bien bronceado.

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó el muchacho.

—Es muy simple —repuso Basil—. Aquí tienes un dispositivo con los números del 0 al 9. Cada vez que esa luz roja se encienda, has de pulsar un número.

—¿Qué número, señor?

—El que quieras. Pulsas un número y la luz se apagará. Cuando vuelva a encenderse, pulsas otro número, y así sucesivamente, hasta que la luz se apague. Esta señora hará lo mismo. Tú y yo nos sentaremos a la mesa, uno frente al otro, y ella se sentará ante esta otra mesita, y nos dará la espalda. No quiero que pienses en el número que vas a pulsar.

—¿Cómo voy a hacerlo sin pensar? Tengo que pensar.

—Bueno, podrías tener un presentimiento. La luz se enciende y podrías tener el presentimiento de que has de pulsar un 8, o un 6, o el número que quieras. Hazlo así, ¿de acuerdo? Una vez pulsas el 2, la siguiente el 3, después el 9 o quizá otro 2. Lo que tú quieras.

Roland se quedó pensándolo un poco y luego asintió:

—De acuerdo, señor, lo intentaré, pero espero que no tardemos mucho, porque no le veo sentido.

Basil ajustó el sensor de la oreja izquierda sin ser visto y luego miró a Roland con todo el aire benigno del que fue capaz.

La vocecita le susurró al oído izquierdo: «Siete», y Basil pensó: «Siete.»

La luz del dispositivo de Roland se encendió, y la del dispositivo de Nadine hizo lo propio, y ambos pulsaron un número.

Uno tras otro fueron marcando: 6, 2, 2, 0, 4, 3, 6, 8...

Finalmente, Basil dijo:

—Ya basta, Roland.

Le dieron al padre de Roland cinco billetes de cincuenta dólares y se marcharon.

En la habitación del motel. Basil se recostó. La decepción luchaba contra la satisfacción del «te lo advertí».

—Absolutamente nada —dijo—. Correlación cero. La computadora generó una serie de números al azar, igual que Roland, y no coincidieron. No captó absolutamente nada de los procesos de mi pensamiento.

—Supón —dijo Nadine, con un último hilo de esperanza—, que pudiera leer tus pensamientos y que lo ocultase de un modo deliberado.

—Sabes que no es así. Si intentaba equivocarse aposta, se equivocó exageradamente. Pues coincidió conmigo menos de lo que dicta el azar. Además, tú también generabas una serie de números, y tampoco pudiste leerme el pensamiento, y el chico no pudo leer los tuyos. En cada ocasión, tuvo dos grupos de números distintos asaltándolo, y la correlación fue de cero, ni positiva ni negativa con ninguno de los dos. Y eso no puede fingirse. Hemos de aceptarlo, no tiene el don, y se nos acabó la suerte. Tenemos que seguir buscando, y las posibilidades de volver a encontrar algo así...

Se mostró desesperanzado.

Roland estaba en el patio del frente, mirando a Basil y a Nadine, mientras se alejaban en coche bajo el sol brillante.

Había tenido miedo. Primero, habían hablado con su jefe, luego, con sus padres; creyó que lo habrían averiguado.

¿Cómo lograrían averiguarlo? Era imposible, ¿pero por qué tanta curiosidad?

Le preocupó sobremanera todo aquel asunto de los números, aunque no lograba ver en qué podían afectarle. Entonces, se le ocurrió que creían que él oía voces humanas. Y que intentaban pensar en los números correctos para que él los captara.

No podía hacerlo. ¿Cómo podría él saber lo que pensaban? Nunca en la vida había sido capaz de adivinar lo que la gente pensaba. Lo sabía con toda certeza. ¡Nunca en la vida!

Rió por lo bajo. La gente siempre creía que lo único que contaba era la gente. Entonces oyó la vocecita, muy fina y aguda.

—¿Cuándo..., cuándo..., cuándo?

Roland giró la cabeza. Sabía que era una abeja que iba hacia él. No estaba escuchando a la abeja, sino la mente de toda la colmena.

Toda la vida había oído pensar a las abejas, y ellas podían oírlo a él. Era maravilloso. Polinizaban sus plantas y evitaban comérselas, de modo que todo lo que él tocara crecía maravillosamente.

El problema era que querían más. Querían un líder; alguien que les indicara cómo impedir el avance de la humanidad. Roland se preguntaba cómo podría lograrse algo así. Las abejas no bastaban, pero si tuviera a todos los animales..., si aprendía cómo controlar las mentes de todos ellos, ¿podría?

Con las abejas era fácil. Y con las hormigas. Sus mentes formaban muchedumbres. Y ya lograba oír a los cuervos. Antes no podía. Y comenzaba a entender al ganado, aunque no valía la pena escucharlo.

¿Los gatos? ¿Los perros? ¿Todos los insectos y los pájaros? ;Qué podría hacerse? ¿Cuan lejos podría llegar? Una vez, un maestro le había dicho que no desarrollaba todo su potencial.

«¿Cuándo..., cuándo..., cuándo?», pensó la abeja. «Todavía no..., todavía no..., todavía no...», pensó Roland. Antes, tendría que desarrollar su potencial.

# Alucinación (1985)

---

“Hallucination”

## Parte uno

Sam Chase arribó a Planeta Energía en su decimoquinto cumpleaños.

Era un gran logro, le habían dicho, haber sido asignado allí, pero no estaba del todo seguro de sentir eso en ese momento.

Significaba una separación de tres años de la Tierra y de su familia, mientras continuaba su educación especializada en el campo, y era un pensamiento moderado. No era la clase de campo de educación en el que estaba interesado, y no podía entender por qué la Computadora Central le había asignado en este proyecto, y eso era ciertamente deprimente.

Miró hacia el domo transparente sobre su cabeza. Estaba bastante alto, tal vez a mil metros, y se extendía en todas direcciones, tan lejos como podía ver.

—¿Es verdad que es el único Domo en el planeta, señor? —preguntó.

Las películas informativas que había estudiado en la nave espacial que lo había traído hasta aquí describían solamente un Domo, pero podían estar desactualizadas.

Donald Gentry, a quien se le había dirigido la pregunta, sonrió. Era un hombre corpulento, algo regordete, con cabello castaño, ojos bonachones, no mucho cabello y una barba corta que agrisaba.

—El único, Sam —dijo—. Sin embargo es muy grande, y la mayor parte de las instalaciones de alojamiento están bajo tierra, donde no encontrarás escasez de espacio. Además, una vez que tu entrenamiento básico termine, pasarás la mayor parte de tu tiempo en el espacio. Ésta es solamente nuestra base planetaria.

—Ya lo veo, señor —dijo Sam, un poco preocupado.

—Estoy a cargo de nuestros estudiantes novatos —dijo Gentry—, de modo que tengo que estudiar tus registros cuidadosamente. Está claro para mí que este puesto no fue tu primera elección. ¿Estoy en lo cierto?

Sam vaciló, y entonces decidió que no tenía muchas opciones sino ser honesto acerca de ello.

—No estoy seguro de que me desempeñaré tan bien en ingeniería gravitatoria como me hubiera gustado —dijo.

—¿Por qué no? Seguramente se puede confiar en el juicio del Computador Central, que ha evaluado tu legajo de estudios y tus antecedentes personales y familiares. Y si lo haces bien, será para ti un gran logro, porque aquí estamos en el filo de una nueva tecnología.

—Lo sé, señor —dijo Sam—. Allá en la Tierra todos están muy excitados por esto. Nadie, antes de ahora, había tratado de acercarse a una estrella de neutrones y aprovechar su energía.

—¿Sí? —dijo Gentry—. No he estado en la Tierra por dos años. ¿Qué más dicen de esto? Entiendo que hay considerable oposición.

Sus ojos sondearon al muchacho.

Sam vaciló, inquieto, consciente de que estaba siendo probado.

—Hay personas en la Tierra —dijo— que dicen que todo esto es demasiado peligroso y que podría ser un desperdicio de dinero.

—¿Tú lo crees?

—Podría ser así, pero la mayoría de las nuevas tecnologías tiene sus peligros y algunas valen la pena a pesar de eso. Ésta lo vale, creo.

—Muy bien. ¿Qué más dicen en la Tierra?

—Dicen que el Comandante no está bien —dijo Sam—, y que el proyecto podría fallar sin él —Cuando Gentry no respondió, Sam prosiguió precipitadamente—: Eso es lo que dicen.

Gentry actuó como si no hubiese escuchado. Puso la mano sobre el hombro de Sam y dijo:

—Vamos, tengo que mostrarte tu Corredor, presentarte a tu compañero de cuarto, y explicarte cuáles serán tus primeras obligaciones —Mientras caminaban hacia el elevador que los llevaría hacia abajo, agregó—: ¿Cuál fue tu primera elección de asignación, Chase?

—Neurofisiología, señor.

—No es una mala elección. Aun hoy, el cerebro humano continúa siendo un misterio. Sabemos más acerca de las estrellas de neutrones que sobre el cerebro, como descubrimos cuando comenzó este proyecto.

—¿Oh?

—¡Ya lo creo! Al comienzo, varias personas de esta base —era mucho más pequeña y primitiva entonces— informaron haber experimentado alucinaciones. Nunca causaron malos efectos, y después de un tiempo, no hubo más informes. Nunca averiguamos la causa.

Sam se detuvo, y miró hacia arriba y nuevamente a su alrededor.

—¿Fue por eso que el Domo fue construido, Doctor Gentry?

—No, en absoluto. Necesitábamos un lugar con un ambiente completamente terrestre, por varias razones, pero no nos hemos aislado. Las personas pueden salir libremente. Ya no se han informado alucinaciones.

—La información que me dieron acerca del Planeta Energía —dijo Sam— es que no hay vida en él a excepción de plantas e insectos, y que son inofensivos.

—Eso es correcto, pero también son incomibles, de modo que cultivamos nuestros propios vegetales, y criamos algunos pequeños animales, aquí, bajo el Domo. Sin embargo, no encontramos nada alucinógeno en la vida planetaria.

—¿Nada extraño en la atmósfera, señor?

Gentry miró desde lo alto de su estatura levemente superior y dijo:

—En absoluto. Las personas han acampado afuera por la noche algunas veces y nada ha sucedido. Es un mundo agradable, hay corrientes, pero no peces, sólo algas e insectos de agua. No hay nada que pique o envenene. Hay bayas amarillas que se ven deliciosas y saben terrible, pero no hacen ningún daño. El clima está casi siempre bueno. Hay lluvias ligeras y frecuentes, y algunas veces hay viento, pero sin extremos de calor o de frío.

—¿Y nunca más alucinaciones, Doctor Gentry?

—Pareces decepcionado —dijo Gentry, sonriente.

Sam cambió su enfoque.

—¿Tiene el problema del Comandante algo que ver con las alucinaciones, señor?

El buen humor se esfumó de los ojos de Gentry por un momento, y luego frunció el ceño.

—¿A qué problema te refieres? —dijo.

Sam se ruborizó, y continuaron en silencio.

Sam se encontró con algunos otros en el Corredor donde había sido asignado, pero Gentry explicó que era tiempo de trabajo en la estación delantera, donde estaba siendo construido el sistema de energía, en un anillo alrededor de la estrella de neutrones, el objeto pequeño de menos de diez millas de ancho que tenía la masa de una estrella normal, y un campo magnético de poder increíble.

Tenían que tocar el campo magnético. La energía se soltaría en cantidades enormes y todavía todo eso significaría un pellizco, menos de un pellizco a la energía rotacional de la estrella, que era el último recurso. Llevaría miles de millones de años evacuar toda esa energía, y para ese momento, docenas de planetas habitados, alimentados por la energía a través del hiperespacio, tendrían todo lo que necesitaren por tiempo indefinido.

Compartiendo su habitación estaba Robert Gillette, un hombre joven de cabello oscuro y aspecto desgraciado. Después de intercambiar un cauteloso saludo, Robert reveló el hecho de que tenía dieciséis años y que había sido dejado en tierra con el brazo quebrado, a pesar del hecho de que no lo mostró hasta que había soldado internamente.

—Lleva tiempo aprender a manejar cosas en el espacio —dijo Robert, con sentimiento—. Pueden no tener peso, pero tienen inercia y te tienes que acostumbrar.

—Ellos siempre te lo enseñan en... —dijo Sam y estuvo a punto de agregar que era enseñado como una ciencia de cuarto grado, pero se dio cuenta de que sería insultante y se detuvo.

De todos modos, Robert pescó la implicancia, y se ruborizó.

—Es fácil saberlo en la cabeza —dijo—. Significa que no obtienes los reflejos

apropiados hasta que has practicado un poco. Ya lo averiguarás.

—Es muy complicado lograr ir al exterior —dijo Sam.

—No, pero ¿por qué quieres ir? No hay nada allí.

—¿Has estado afuera alguna vez?

—Seguro —pero se estremeció y no dijo nada más.

Sam vio la oportunidad.

—¿Has visto alguna de esas alucinaciones de las que hablan? —dijo, muy casualmente.

—¿Quién habla de ellas? —dijo Robert.

Sam no respondió directamente.

—Muchas personas solían verlas, pero ahora ya no. O eso es lo que dicen.

—¿Quién dice eso?

Sam cambió de enfoque.

—O si las ven, no dicen nada de ellas.

—Escucha —dijo Robert en tono áspero—, permíteme darte algún consejo. No pongas interés en esas... lo que sean. Si comienzas a decirte a ti mismo que ves... uh... algo, podrías ser enviado de regreso. Perderás tu oportunidad de una buena educación y de una importante carrera.

Los ojos de Robert quedaron fijos mientras decía eso.

Sam se encogió de hombros y se sentó sobre la litera desocupada.

—¿Está bien di tomo esta cama?

—Es la única libre aquí —dijo Robert, aún con la mirada fija—. El baño está a tu derecha. Allí está tu armario, tu escritorio. Tienes la mitad de la habitación. Aquí tenemos un gimnasio, una biblioteca y un comedor —Hizo una pausa, y luego, como permitiendo que lo pasado quede pasado, dijo—: te mostraré el resto más tarde.

—Gracias —dijo Sam—. ¿Qué clase de tipo es el Comandante?

—Es fantástico. No estaríamos aquí sin él. Conoce más sobre tecnología hiperespacial que cualquiera, y tiene cuña en la Agencia Espacial, de modo que obtenemos el dinero y el equipo que necesitamos.

Sam abrió su maleta y, dándole la espalda a Robert, dijo de modo casual:

—Entiendo que no está bien.

—Las cosas lo agotan. Estamos retrasados, hay costos sobrepasados, y cosas como ésas. Suficiente para agotar a cualquiera.

—¿Depresión, eh? Con alguna conexión, supones, con...

Robert se removió inquieto en su asiento.

—Dime, ¿por qué estás interesado en todo eso?

—Mi interés no es la física de energía. El haber venido...

—Bueno, aquí es donde está, señor, y mejor es que se concentre en eso, o será enviado a casa, y entonces no estará en ningún lugar. Me voy a la biblioteca.



Sam se quedó solo en la habitación, con sus pensamientos.

Sam no tuvo ninguna dificultad en obtener el permiso para dejar el Domo. El Maestro del Corredor no preguntó la razón hasta que terminó de controlarlo.

—Quiero sentir el planeta, señor.

El Maestro del Corredor asintió.

—Es suficiente, pero sólo tienes tres horas, ya sabes. Y no te alejes de la vista del Domo. Si tenemos que buscarte, te encontraremos, porque estarás vistiendo esto —y le mostró un transmisor que según Sam sabía había sido sintonizado con su longitud de onda personal, una que había sido asignada a él desde el nacimiento—. Pero si tenemos que llegar a ese problema, no se te permitirá volver a salir por bastante tiempo. Y no se verá bien en tus registros tampoco. ¿Entiendes?

«No se verá bien en tus registros». Cualquier carrera razonable en esos días tenía que incluir experiencia y educación en el espacio, de modo que era una advertencia efectiva. No se asombraba de que las personas pudieran haber dejado de informar las alucinaciones, aunque las vieran.

Aun así, Sam tendría que arriesgarse. Después de todo, el Computador Central no pudo haberle enviado justo aquí para hacer física de energía. No había nada en sus registros que tuviera sentido con eso.

En lo concerniente a su aspecto, el planeta podría haber sido la Tierra, alguna parte de la Tierra en todo caso, algún lugar donde hubiera unos pocos árboles y montones de arbustos y montones de pastos altos.

No había senderos y con cada paso cauteloso el pasto se balanceaba, y diminutas criaturas voladoras se alzaban con un suave sonido siseante de alas.

Uno de ellos se posó en un dedo y Sam lo miró con curiosidad. Era muy pequeño, y por lo tanto, difícil de ver en detalle, pero parecía hexagonal, abultado por arriba y cóncavo por debajo. Había varias patas cortas y pequeñas de modo que cuando se movía parecía hacerlo sobre ruedas diminutas. No había señales de alas hasta que de repente las desplegó, y entonces se desplegaron cuatro diminutos objetos plumosos.

Sin embargo, lo que hacía al planeta diferente de la Tierra era el olor. No era desagradable, sólo diferente. Las plantas debían tener una química enteramente diferente de las de la Tierra; es por eso que sabían mal y eran incomibles. Era una suerte que no fueran venenosas.

El olor disminuyó con el tiempo, mientras saturaba las fosas de Sam. Encontró un trozo de saliente rocoso sobre la que se pudo sentar y considerar las posibilidades. El cielo estaba lleno de líneas de nubes, y el sol era oscurecido periódicamente, pero la temperatura era agradable y sólo había un ligero viento. El aire se sentía un poco

húmedo, como si fuera a llover en unas horas.

Sam había traído con él una pequeña cesta que colocó sobre las piernas y abrió. Había traído dos emparedados y una lata de bebida, de modo que podía hacer casi un picnic con eso.

Masticaba y pensaba: ¿Por qué habría alucinaciones?

Con seguridad, los que eran aceptados para un trabajo tan importante como domesticar una estrella de neutrones habrían sido seleccionados por su estabilidad mental. Sería sorprendente si una sola persona hubiera tenido alucinaciones, ni pensar en una cantidad. ¿Era cuestión de influencias químicas sobre el cerebro?

Ellos, con seguridad, habrían controlado eso.

Sam arrancó una hoja, la rasgó en dos y la estrujó. Entonces colocó el borde roto cerca de su nariz con cautela, y luego lo retiró. Un olor acre, desagradable. Hizo lo mismo con una brizna de pasto. Exactamente lo mismo.

¿Era suficiente el olor? No le había hecho sentir mareado, ni de ninguna manera peculiar.

Utilizó un poco de su propia agua para enjuagarse los dedos que habían tomado las plantas y luego se los frotó en la pierna del pantalón. Terminó lentamente sus emparedados, y trató de ver si alguna otra cosa del planeta podía ser considerada poco natural.

Toda esa vegetación. Debería haber animales comiéndosela, conejos, vacas, lo que fuera. No sólo pequeños insectos, innumerables insectos, o lo que fueran esas pequeñas cosas, con los suaves suspiros de sus diminutas alas plumosas, y con el muy suave crujido de su masticar de hojas y tallos.

¿Qué pasaría si hubiera una vaca... una vaca grande y gorda... que masticaba ruidosamente? Y con el último bocado de su segundo emparedado entre los dientes, se detuvo su propio masticar.

Había en el aire una especie de humo, entre él y una línea de cercos. Se agitó, ondeó, y cambió; un humo muy delgado. Parpadeó, luego sacudió la cabeza, pero todavía estaba allí.

Tragó rápidamente, cerró la caja de su almuerzo, y la arrojó sobre su hombro, colgando de la correa. Se puso de pie.

No sentía temor. Sólo estaba excitado... y curioso.

El humo se estaba haciendo más espeso, y tomaba forma. Vagamente, se parecía a una vaca, una humeante forma insustancial que podía ver a través. ¿Era una alucinación? ¿Una creación de su mente? Había estado pensando en una vaca.

Alucinación o no, iba a investigar.

Con determinación, dio un paso hacia la forma.

## Parte dos

Sam Chase dio un paso hacia la vaca perfilada con humo en ese lejano y extraño planeta en donde adelantaría en su educación y su carrera. Estaba convencido de que no había nada malo en su mente. Era la *alucinación* que había mencionado el Dr. Gentry, pero no era alucinación. Aun mientras se abría camino a través del alto y tupido verdor de la hierba notaba el silencio, y supo, no sólo que no era una alucinación, sino lo que en realidad era.

El humo parecía condensarse y hacerse más oscuro, definiendo más a la vaca. Era como si estuviera siendo pintada en el aire.

Sam se rió y gritó:

—¡Alto! ¡Alto! No me utilice. No conozco muy bien a una vaca. Sólo he visto fotografías. Lo está haciendo mal.

Se parecía más a una criatura que a un animal real, y mientras gritaba el dibujo se difuminó y adelgazó. El humo se quedó, pero era como si una mano invisible hubiera pasado a través del aire para borrar lo que había escrito.

Entonces, una nueva imagen comenzó a tomar forma. Al principio, Sam casi que no pudo distinguir lo que intentaba representar, pero cambió y se acentuó rápidamente. Se quedó mirando, sorprendido, con la boca abierta y con el cesto vacío rebotando contra el borde de su hombro.

El humo estaba formando un ser humano. No había ninguna duda. Lo estaba formando con precisión, como si tuviera un modelo a imitar, y por supuesto que lo tenía, ya que Sam estaba parado allí.

Se estaba convirtiendo en Sam, ropas y todo, incluso el perfil del cesto y la correa sobre el hombro. Era otro Sam Chase.

Todavía estaba un poco vago, un tanto ondulante, insustancial, pero se consolidó como si se estuviera corrigiendo a sí mismo, y entonces, se quedó quieto.

Nunca llegó a ser enteramente sólido. Sam podía ver apagadamente la vegetación a través de él, y cuando recibió una ráfaga de viento se movió como si fuera un globo sujeto. Pero era real. No era creación de su mente. Sam estaba seguro.

Pero no podía quedarse sólo así, sin hacer nada. Un poco inseguro dijo:

—Hey, hola.

De alguna manera esperaba que el Otro Sam le hablara también, y por cierto que su boca se abrió y se cerró, pero no salió ningún sonido. Sólo debía haber imitado el movimiento de la boca de Sam.

Sam, de nuevo, dijo:

—Hola, ¿puedes hablar?

No se escuchaba ningún sonido a excepción de su propia voz, y aun así tenía un cosquilleo en su mente, una impresión de que se podrían comunicar.

Sam frunció el ceño. ¿Qué le hacía sentir tan seguro? El pensamiento pareció entrar de pronto en su mente.

—¿Es esto lo que se le apareció a las otras personas, humanos... como yo... en este mundo? —dijo.

Ningún sonido respondió, pero estaba bastante seguro de cuál era la respuesta a su pregunta. Esto se le había aparecido a las otras personas, no necesariamente en la misma forma, pero *algo*. Y no había funcionado.

¿Qué le hacía sentir seguro de *eso*? ¿De dónde venía esta convicción en respuesta a sus preguntas?

Sí, por supuesto, *eran* las respuestas a sus preguntas. El Otro Sam estaba poniendo pensamientos en su mente. Estaba ajustando las diminutas corrientes eléctricas de sus células cerebrales de tal modo que la respuesta apropiada llegara.

Asintió pensativo ante *ese* pensamiento, y el Otro Sam debía de haber captado el significado del gesto, porque también asintió.

Tenía que ser así. Primero se había formado una vaca, cuando Sam pensó en una vaca, y entonces cambió cuando Sam dijo que la vaca era imperfecta. De alguna manera, el otro Sam podía captar sus pensamientos, y si los podía captar, entonces podía modificarlos también, tal vez.

¿Era así la telepatía, entonces? No era como estar hablando. Era como tener pensamientos, sólo que se originaban en algún otro lugar y no estaban creados completamente por las operaciones mentales propias. Pero, ¿cómo se podían distinguir los propios pensamientos de los impuestos desde afuera?

Al instante, Sam supo la respuesta a eso. En ese momento, él no estaba acostumbrado al proceso. Nunca lo había practicado. Con el tiempo, y a medida que se hiciera más hábil, sería capaz de distinguir un tipo de pensamiento de otro, sin problemas.

De hecho, podía hacerlo ahora, si lo pensaba. ¿Acaso no estaba llevando adelante una conversación? Estaba preguntándose, y luego aprendiendo. La duda era su propia pregunta, el aprendizaje era la respuesta de Otro Sam. Por supuesto que lo era.

¡Eso! Ese *por supuesto que lo era* de recién, era una respuesta.

—No tan rápido, otro Sam —dijo Sam en voz alta—. No vayas demasiado rápido. Dame la oportunidad de distinguir las cosas, o me confundiré.

De repente, se sentó sobre el pasto, que se apartó de él en todas direcciones.

El otro Sam también trató de sentarse lentamente.

Sam se rió.

—Tus piernas se están doblando en el lugar equivocado.

Eso fue corregido al instante. El Otro Sam se sentó, pero permaneció muy tieso de la cintura hacia arriba.

—Relájate —dijo Sam.

Lentamente, el Otro Sam se derrumbó un poco hacia un lado, y luego lo corrigió.

Sam se sentía aliviado. Con el otro Sam tan deseoso de seguir sus instrucciones,

estaba seguro de que había buena voluntad. ¡Eso es! ¡Exactamente!

—No —dijo Sam—. Dije que no tan rápido. No vayas según mis pensamientos. Permíteme hablar en voz alta, aunque no puedas escucharme. *Luego* ajusta mis pensamientos, entonces sabré que es un ajuste. ¿Entiendes?

Esperó un momento y así estuvo seguro de que el otro Sam entendía.

Ah, la respuesta había llegado, pero no inmediatamente, ¡Bien!

—¿Por qué te apareces a las personas? —preguntó Sam.

Miró ansiosamente al Otro Sam, y supo que quería comunicarse con las personas, pero que había fracasado.

No había hecho realmente una pregunta para esa respuesta. La respuesta era obvia. Pero entonces, ¿*por qué* habían fracasado?

Lo puso en palabras.

—¿Por qué has fracasado? Has tenido éxito en comunicarte conmigo.

Sam estaba comenzando a saber cómo comprender la manifestación extraterrestre. Era como si su mente se estuviera adaptando a una nueva técnica de comunicación, como si se estuviera adaptando a un nuevo idioma. ¿O era que el Otro Sam estaba influenciando la mente de Sam y le enseñaba el método sin que Sam lo supiera?

Sam se encontró vaciando su mente de pensamientos inmediatos. Después de hacer su pregunta, dejó que sus ojos se enfocaran en nada y sus párpados cayeron como si fuera a quedarse dormido, y entonces supo la respuesta. Había un pequeño chasquido, o algo, en su mente, una señal que le mostraba que algo había sido colocado allí desde afuera.

Ahora supo, por ejemplo, que los intentos previos de Otro Sam de comunicarse habían fracasado porque las personas a las que se apareció habían sentido miedo. Habían dudado de su propia cordura. Y porque estaban atemorizados, sus mentes... se tensaban. Sus mentes no recibían. Los intentos de comunicación disminuyeron gradualmente, aunque nunca acabaron por completo.

—Pero estás comunicándote conmigo —dijo Sam.

Sam era diferente a los demás. No había tenido miedo.

—¿No podías haberles quitado el miedo primero? ¿Y después hablarles?

No funcionaría. La mente llena de miedo resistía todo. Un intento de cambiarlo podría dañarla. Estaría mal dañar una mente pensante. Hubo un solo intento, pero no funcionó.

—¿Qué es lo que tratas de comunicar, Otro Sam?

Deseo estar solo. ¡Desesperación!

Desesperación era más que un pensamiento; era una emoción; era una sensación atemorizante. Sam sintió que la desesperación caía sobre él pesadamente... aunque no era parte de sí mismo. Se sintió desesperado en la superficie de su mente,

intensamente, pero por debajo, donde estaba su propia mente, estaba libre de ella.

—Me parece —dijo Sam, extrañado— como si estuvieras dándote por vencido. ¿Por qué? No estamos interfiriendo contigo.

Los seres humanos han construido el Domo, limpiaron una gran área de toda la vida planetaria y la sustituyeron con la suya. Y una vez que la estrella de neutrones tenga su estación de energía... una vez que el flujo de energía se mueva a través del hiperespacio hacia mundos sedientos de energía... más estaciones de energía serán construidas y muchas más. Luego, qué sucederá al *Hogar* (Tenía que haber un nombre para el planeta que el Otro Sam utilizara, pero el único pensamiento que Sam encontró fue *Hogar* y por debajo de eso, el pensamiento: *nuestro... nuestro... nuestro...*)

Este planeta era la base conveniente más cercana a la estrella de neutrones. Sería inundada por más y más personas, más y más Domos, y su Hogar sería destruido.

—Pero podrías cambiar nuestras mentes si tuvieras que hacerlo, aunque dañaras a unos pocos, ¿verdad?

Si lo intentaran, las personas verían que son peligrosos. Las personas averiguarían lo que estaba sucediendo. Las naves se aproximarían, y desde la distancia utilizarían armas para destruir la vida en el Hogar, y entonces traer vida de Personas. Eso se podía ver en las mentes de las personas. Las personas tenían una historia violenta; no se detendrían ante nada.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo? —dijo Sam—. Soy solamente un aprendiz. Sólo estuve aquí unos pocos días. ¿Qué puedo hacer?

*Temor. Desesperación.*

Sam no podía distinguir otros pensamientos, sólo la entumecedora capa de temor y desesperación.

Se sintió conmovido. Era un mundo tan pacífico. No amenazaban a nadie. Ni siquiera lastimaban las mentes aunque podían hacerlo.

No era su culpa estar a una distancia conveniente de una estrella de neutrones. No tenían la culpa de estar en el camino de la humanidad en expansión.

—Déjame pensar —dijo.

Pensó, y tenía la sensación de que otra mente estaba observando. Algunas veces, sus pensamientos se lanzaban hacia adelante y reconocía una sugerencia desde afuera.

Entonces llegó el comienzo de la esperanza. Sam lo sentía, pero no estaba seguro.

—Lo intentaré —dijo dubitativamente.

Miró la cinta de tiempo sobre su muñeca y se sobresaltó. Había pasado mucho más tiempo del que creía.

Sus tres horas casi habían terminado.

—Debo regresar ahora —dijo.

Abrió su cesto de almuerzo y sacó el pequeño termo de agua, bebió sediento y lo vació. Colocó el termo vacío debajo del brazo. Quitó los envoltorios del emparedado y los metió en su bolsillo.

El otro Sam onduló y se volvió humoso. El humo adelgazó, se dispersó, y se fue.

Sam cerró el cesto, echó la correa sobre el hombro y se volvió hacia el Domo.

Su corazón estaba golpeteando. ¿Tendría el coraje de llevar a cabo su plan? Y si así era, ¿funcionaría?

Cuando Sam entró en el Domo, el Maestro del Corredor le estaba esperando, y mientras miraba ostentosamente su propia cinta de tiempo, dijo:

—Te salvaste por poco, ¿verdad?

Los labios de Sam se tensaron y trató de no sonar insolente.

—Tenía tres horas, señor.

—Y tomaste dos horas y cincuenta y ocho minutos.

—Eso es menos que tres horas, señor.

—Hmm —El Maestro del Corredor estaba frío y poco amistoso—. Al Dr. Gentry le gustaría verte.

—Sí, señor. ¿Para qué?

—No me lo dijo. Pero no me gusta que hayas regresado al filo del tiempo la primera vez que sales, Chase. Y tampoco me gusta tu actitud, y no me gusta que un oficial del Domo quiera verte. Te lo diré sólo una vez, Chase... si eres un revoltoso, no te querré en este Corredor. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor. Pero, ¿qué problemas he causado?

—Lo averiguaremos muy pronto.

Sam no había visto a Donald Gentry desde el único encuentro el día en que los jóvenes aprendices llegaron al Domo. Gentry todavía le parecía bonachón y gentil, y no había nada en su voz que indicara algo diferente. Estaba sentado en una silla detrás de su escritorio, y Sam se paró delante, con el cesto aún colgando de su hombro.

—¿Cómo te esta yendo, Sam? —dijo Gentry—. ¿La pasas bien?

—Sí, señor —dijo Sam.

—¿Todavía sientes que podrías estar haciendo otra cosa, en algún otro lugar?

—No, señor —dijo Sam ansioso—. Éste es un buen lugar para mí.

—¿Porque estás interesado en alucinaciones?

—Sí, señor.

—Has estado preguntando a otros acerca de eso, ¿verdad?

—Es un tema interesante para mí, señor.

—¿Porque quieres estudiar el cerebro humano?

—Cualquier cerebro, señor.

—Y estuviste dando vueltas fuera del Domo, ¿verdad?

—Se me dijo que estaba permitido, señor.

—Lo está. Pero pocos aprendices aprovechan la oportunidad tan pronto. ¿Viste algo interesante?

Sam vaciló, luego dijo:

—Sí, señor.

—¿Una alucinación?

—No, señor —Lo dijo con énfasis.

Gentry lo miró por unos momentos, y había una especie de dureza especulativa en sus ojos.

—¿Podrías decirme qué has visto? Honestamente.

Sam vaciló otra vez. Entonces dijo:

—Vi y hablé con un habitante de este planeta, señor.

—¿Un habitante inteligente, joven amigo?

—Sí, señor.

—Sam, teníamos razones para preguntarnos acerca de ti cuando viniste —dijo Gentry—. La información del Computador Central sobre ti no encajaba con nuestras necesidades, aunque era favorable en varios sentidos, de modo que tomé la oportunidad de estudiarte ese primer día. Mantuvimos nuestra mirada colectiva sobre ti, y cuando saliste solo a pasear por el planeta, te mantuvimos bajo observación.

—Señor —dijo Sam, indignado—. Eso viola mis derechos de privacidad.

—Sí, es cierto, pero éste es un proyecto sumamente vital y algunas veces estamos obligados a torcer un poco las reglas. Te vimos hablar con una considerable animación por un tiempo.

—Acabo de decirle que lo hice, señor.

—Sí, pero estabas hablando con *nada*, al aire vacío. ¡Estabas experimentando una alucinación, Sam!

### Parte tres

Sam Chase se quedó sin palabras. ¿Una alucinación? No pudo ser una alucinación.

Hacía menos de media hora había estado conversando con el otro Sam, había estado experimentando los pensamientos del Otro Sam. Sabía exactamente lo que había pasado entonces, y todavía era el mismo Sam Chase que había sido durante la conversación y antes. Colocó el codo sobre el cesto de comida como si fuera una conexión con los emparedados que había estado comiendo cuando el Otro Sam había aparecido.

Dijo, en lo que era casi un balbuceo:



—Señor... Dr. Gentry... no era una alucinación. Era real.

Gentry sacudió la cabeza.

—Muchacho, te vi hablando animadamente con nada en absoluto. No escuché lo que decías, pero estabas hablando. No había nada allí a excepción de plantas. Tampoco te vi sólo yo. Había otros dos testigos, y tenemos todo grabado.

—¿Grabado?

—En un casete de televisión. ¿Por qué te mentiríamos, joven? Esto ha sucedido antes. Al comienzo sucedía bastante frecuentemente. Ahora sucede sólo muy raramente. Por algo les contamos a los aprendices acerca de las alucinaciones al principio, como a ti, y generalmente evitan el planeta hasta que están más aclimatados, y entonces, no les sucede.

—Quiere decir que usted les asusta —soltó Sam—, de modo que no sea posible que suceda. Y ellos no se lo dicen si sucede. Pero yo no estaba asustado.

Gentry sacudió la cabeza.

—Siento mucho que no fuera así, si eso te hubiera alejado de ver cosas.

—Yo no estaba viendo cosas. Al menos, no eran cosas que no estuvieran allí.

—¿Cómo tratas de discutir con un casete de televisión, que te mostrará mirando la nada?

—Señor, lo que vi no era opaco. Era humoso, realmente; de niebla, si sabe a lo que me refiero.

—Sí, lo sé. Se veía como se vería una alucinación, no como realidad. Pero el equipo de televisión hubiera visto incluso el humo.

—Tal vez no, señor. Mi mente pudo haber estado concentrada para verlo más claramente. Era probablemente menos claro para la cámara que para mí.

—Concentró tu mente, ¿verdad? —Gentry se puso de pie, y sonó bastante triste cuando dijo—: Eso es la admisión de una alucinación. Realmente, lo siento, Sam, porque eres notablemente inteligente, y el Computador Central te dio buen puntaje, pero no podemos utilizarte.

—¿Va a enviarme a casa, señor?

—Sí, pero, ¿por qué tendría importancia eso? No querías venir aquí en particular.

—Quiero permanecer aquí *ahora*.

—Pero me temo que no puedes.

—No puede enviarme a casa así. ¿No tendré una audiencia?

—Si insistes, la tendrás, pero en ese caso los procedimientos serán oficiales y quedarán en tus registros, de modo que no conseguirás otro lugar de aprendizaje. Mientras que si eres enviado de regreso de manera no oficial, como más adecuado a un aprendizaje en neurofisiología, podrías obtenerlo, y realmente estarías mucho mejor que lo que estás ahora.

—No quiero eso. Quiero una audiencia... ante el Comandante.

—Oh, no. No ante el Comandante. No puede ser molestado con eso.

—*Debe* ser el Comandante —dijo Sam, con fuerza desesperada—, o este Proyecto fallará.

—¿A menos que el Comandante te dé una audiencia? ¿Por qué dices eso? Vamos, estás forzándome a pensar que eres inestable de otras maneras además de las que involucran alucinaciones.

—Señor —Las palabras ahora salían atropelladas de la boca de Sam—. El Comandante está enfermo... lo saben hasta en la Tierra... y si está tan enfermo para trabajar, este Proyecto fallará. No vi una alucinación y la prueba es que sé por qué está enfermo y cómo puede ser curado.

—No te estás ayudando —dijo Gentry.

—Si me envía de regreso, le digo que el Proyecto fallará. ¿Qué daño puede hacer que vea al Comandante? Todo lo que pido son cinco minutos.

—¿Cinco minutos? ¿Qué pasa si se rehúsa?

—Pregúntele, señor. Dígale que yo digo que lo mismo que le provocó la depresión, puede quitársela.

—No, creo que no le diré eso. Pero le preguntaré si quiere verte.

El Comandante era un hombre delgado, no muy alto. Sus ojos eran de un profundo azul y se veían muy cansados.

La voz era suave, un poco baja, y definitivamente exhausta.

—¿Eres el que vio la alucinación?

—No era una alucinación, Comandante. Era real. Como era el que *usted* vio, Comandante —Si eso no hacía que lo echaran, pensó Sam, tendría una oportunidad. Sintió su codo tenso sobre el cesto otra vez. Todavía lo llevaba consigo.

El Comandante pareció hacer una mueca de dolor.

—¿El que *yo* vi?

—Sí, Comandante. Dijo haber lastimado a una persona. Lo intentaron con usted porque es el Comandante, y ellos... le hicieron daño.

El Comandante lo ignoró y dijo:

—¿Has tenido alguna vez problemas mentales antes de venir?

—No, Comandante. Puede consultar mi registro en el Computador Central.

Sam pensó: *él* debe de haber tenido problemas, pero lo dejaron pasar porque es un genio, y tenían que tenerlo.

Entonces pensó: ¿Fue mi idea? ¿O la pusieron allí?

El Comandante estaba hablando. Sam casi se lo había perdido.

—Lo que viste no puede ser real. No hay formas de vida inteligentes sobre este planeta.

—Sí, señor. Sí las hay.

—¿Sí? ¿Y nadie las ha descubierto hasta que llegaste, y en tres días hiciste todo el trabajo? —El Comandante sonrió muy brevemente—. Me temo que no tengo otra alternativa que...

—Espere, Comandante —dijo Sam, con voz estrangulada—. Conocemos acerca de formas de vida inteligentes. Son los insectos, las pequeñas cosas que vuelan.

—¿Dices que los insectos son inteligentes?

—No un insecto individual solo, sino que se unen cuando quieren, como pequeñas piezas de un rompecabezas. Lo pueden hacer como quieran. Y cuando lo hacen, sus sistemas nerviosos también se unen, y crecen. Un montón de ellos, *juntos*, es inteligentes.

Las cejas del Comandante se levantaron.

—Es una idea interesante, de todos modos. Casi tan loca para ser cierta. ¿Cómo llegaste a esa conclusión, joven amigo?

—Por observación, señor. Por dondequiera que caminaba, molestaba a los insectos en el pasto y ellos volaban en todas direcciones. Pero una vez que la vaca comenzó a formarse, y caminé hacia ella, no había nada que ver allí. Los insectos se habían ido. Se unieron delante de mí y ya no estaban en el pasto. Así es cómo lo supe.

—¿Hablaste con una vaca?

—Primero era una vaca, porque pensaba en una vaca. Pero la hicieron mal, de modo que cambiaron y se pusieron a formar una figura humana... a *mí*.

—¿A ti? —y agregó en voz baja—. Bueno, eso encaja.

—¿Usted lo veía de esa manera también, Comandante?

El Comandante lo ignoró.

—Y cuando tomó tu forma, ¿podía hablar como tú? ¿Es eso lo que quieres decirme?

—No, Comandante. La conversación era en mi mente.

—¿Telepatía?

—Algo así.

—¿Y qué fue lo que te dijo, o te pensó?

—Quería que dejáramos de molestar a este planeta. Quería que no continuáramos —Sam estaba conteniendo la respiración. La entrevista había durado ya más de cinco minutos, y el Comandante no estaba haciendo ningún movimiento para terminarla, para enviarlo a casa.

—Es imposible.

—¿Por qué, Comandante?

—Cualquier otra base doblaría y triplicaría el costo. Tenemos suficientes problemas para conseguir fondos tal como está. Afortunadamente, todo es una alucinación, joven, y el problema no surgirá —Cerró los ojos, y luego los abrió para mirar a Sam sin enfocarlo realmente—. Lo siento, joven amigo. Serás enviado de

regreso... oficialmente.

Sam volvió a la carga.

—No podemos arriesgarnos a ignorar a los insectos, Comandante. Tienen mucho que darnos.

El Comandante había comenzado a levantar una mano como para hacer una señal. Se detuvo lo suficiente para decir:

—¿De veras? ¿Qué tienen que puedan darnos?

—Lo único más importante que la energía, Comandante. La comprensión del cerebro.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo puedo demostrar. Los tengo conmigo —Sam tomó su cesto y lo balanceó hacia el escritorio.

—¿Qué es eso?

Sam no respondió con palabras, abrió el cesto, y una suave, susurrante y humosa nube apareció.

El Comandante se levantó y de repente gritó. Alzó una mano y sonó una campana de alarma.

Gentry entró a través de la puerta, y otros detrás de él. Sam se sintió izado por los brazos, y luego una especie de silencio inmóvil y atónito llenó la habitación.

El humo se estaba condensando, ondulante, tomado la forma de una Cabeza, una delgada cabeza de altos pómulos, y suave y amplia frente. Tenía el aspecto del Comandante.

—Estoy viendo cosas —graznó el Comandante.

—Todos nosotros estamos viendo la misma cosa, ¿verdad? —dijo Sam, retorciéndose; fue dejado libre.

—Histeria de masas —dijo Gentry en voz baja.

—No —dijo Sam—, es real —Se acercó hacia la Cabeza en el aire, y trajo un diminuto insecto en su dedo. Lo ahuyentó, y apenas se vio cuando volvía con sus compañeros.

Nadie se movió.

—Cabeza, ¿ves el problema con la mente del Comandante? —dijo Sam.

Sam tuvo una breve visión de un enredo en lo que debía ser una suave curva, pero se desvaneció sin dejar nada. No era algo que pudiera ser puesto fácilmente en pensamiento humano. Tenía la esperanza de que los otros hubieran experimentado ese rápido enredo. Sí, lo habían hecho. Lo sabía.

—No hay ningún problema —dijo el Comandante.

—¿Puedes ajustarlo, Cabeza? —dijo Sam.

Por supuesto, no podían. No era correcto invadir una mente.

—Comandante, otorgue su permiso —dijo Sam.

El Comandante se puso las manos sobre los ojos y murmuró algo que Sam no pudo entender. Entonces dijo, claramente:

—Es una pesadilla, pero he estado en una desde... Lo que deba ser hecho, doy mi permiso.

Nada sucedió.

O pareció que no sucedía nada.

Y luego, lentamente, poco a poco, el rostro del Comandante se iluminó con una sonrisa.

—Asombroso —dijo, con algo más que un susurro—. Estoy viendo el sol nacer. Ha sido una fría noche demasiado larga, y ahora siento otra vez el calor —Su voz se elevó—. Me siento maravillosamente bien.

En ese punto, la cabeza se deformó, se volvió una niebla vaga y palpitante, luego formó una flecha curva y delgada y se lanzó dentro del cesto. Sam lo cerró de un golpe.

—Comandante, ¿tengo su permiso para reponer a estos pequeños insectos en su propio mundo?

—Sí, sí —dijo el Comandante, haciendo un gesto vago con la mano—. Gentry, llama a reunión, tenemos que cambiar todos nuestros planes.

Sam había sido escoltado por un guardia estólido hacia afuera del Domo y luego confinado en sus habitaciones por el resto del día.

Era tarde cuando Gentry entró, lo miró pensativo, y dijo:

—Fue una demostración asombrosa la tuya. El incidente completo ha sido cargado en el Computador Central y ahora tenemos un doble proyecto... energía de neutrones y neurofisiología. Dudo que haya algún problema con el torrente de dinero hacia el proyecto ahora. Y tendremos un grupo de neurofisiólogos que llegará eventualmente. Hasta entonces, estarás trabajando con esas pequeñas cosas y tal vez termines siendo la persona más importante por aquí.

—Pero, ¿les dejaremos el mundo para ellos? —dijo Sam.

—Tendremos que hacerlo si queremos que nos den algo, ¿verdad? —dijo Gentry—. El Comandante piensa que construiremos asentamientos en órbita alrededor del planeta y que llevaremos allí todas las operaciones, excepto un reducido equipo en el Domo para mantener contacto directo con los insectos... o como decidamos llamarles. Costará un montón de dinero, y llevará tiempo y esfuerzo, pero valdrá la pena. Nadie lo cuestionará.

—¡Bien! —dijo Sam.

Gentry lo miró nuevamente, más largo y pensativo que antes.

—Muchacho —dijo—, parece que todo eso sucedió porque tú no tuviste miedo de una supuesta alucinación. Tu mente permaneció abierta, y que ésa fue toda la

diferencia. ¿Por qué fue así? ¿Por qué no tuviste miedo?

Sam se ruborizó.

—No estoy seguro, señor. Sin embargo, cuando lo recuerdo me parece que estaba perplejo por haber sido enviado aquí. Estuve esforzándome para estudiar neurofisiología, a través de mis cursos computarizados, y sabía muy poco sobre astrofísica. El Computador Central tenía mis registros, todos ellos, con todo el detalle de lo que había estado estudiando, y no me podía imaginar por qué había sido enviado aquí.

»Luego, cuando usted mencionó las alucinaciones, pensé, “Debe ser eso, fui enviado aquí para examinar eso”. Sólo me convencí de que era lo que debía hacer. Y no tenía *tiempo* para tener miedo, Dr. Gentry. Tenía un problema a resolver y yo... yo tenía fe en el Computador Central. No me hubiera enviado aquí si no estuviera a la altura.

Gentry sacudió la cabeza.

—Me temo que yo no hubiera tenido tanta fe en esa máquina. Pero dicen que la fe puede mover montañas, y parece que en este caso lo logró.

## Sueños de robot (1986)

---

“Robot Dreams”

—Anoche soñé —anunció Elvex tranquilamente.

Susan Calvin no replicó, pero su rostro arrugado, envejecido por la sabiduría y la experiencia, pareció sufrir un estremecimiento microscópico.

—¿Ha oído esto? —preguntó Linda Rash, nerviosa—. Ya se lo dije.

Era joven, menuda y de pelo oscuro. Su mano derecha se abría y se cerraba una y otra vez.

Calvin asintió y ordenó a media voz:

—Elvex, no te moverás, ni hablarás, ni nos oirás, hasta que te llamemos por tu nombre.

No hubo respuesta. El robot siguió sentado como si estuviera hecho de una sola pieza de metal y así se quedaría hasta que oyera su nombre otra vez.

—¿Cuál es tu código de entrada en la computadora, doctora Rash? —preguntó Calvin—. O márcalo tú misma, si esto te tranquiliza. Quiero inspeccionar el diseño del cerebro positrónico.

Las manos de Linda se enredaron un instante sobre las teclas. Borró el proceso y volvió a empezar. El delicado diseño apareció en la pantalla. —Permíteme, por favor —solicitó Calvin—, manipular tu ordenador.

Le concedió el permiso con un gesto, sin palabras. Naturalmente. ¿Qué podía hacer Linda, una inexperta robopsicóloga recién recibida, frente a la Leyenda Viviente?

Susan Calvin estudió despacio la pantalla, moviéndola de un lado a otro y de arriba abajo, marcando de pronto una combinación clave, tan de prisa, que Linda no vio lo que había hecho, pero el diseño desplegó un nuevo detalle y el conjunto había sido empleado. Continuó, atrás y adelante, tocando las teclas con sus dedos nudosos.

En el rostro avejentado no hubo el menor cambio. Como si unos cálculos vastísimos se sucedieran en su cabeza, observaba todos los cambios de diseño.

Linda se asombró. Era imposible analizar un diseño sin la ayuda, por lo menos, de una computadora de mano. No obstante, la vieja simplemente observaba. ¿Tendría acaso una computadora implantada en su cráneo?

¿O era que su cerebro durante décadas no había hecho otra cosa que inventar, estudiar y analizar los diseños de cerebros positrónicos?

¿Captaba los diseños como Mozart captaba la notación de una sinfonía?

—¿Qué es lo que has hecho, Rash? —dijo Calvin, por fin.

Linda, algo avergonzada, contestó:

—He utilizado la geometría fractal.

—Ya me he dado cuenta, pero, ¿por qué?

—Nunca se había hecho. Pensé que a lo mejor produciría un diseño cerebral con complejidad añadida, posiblemente más cercano al cerebro humano.

—¿Consultaste a alguien? ¿Lo hiciste todo por tu cuenta?

—No consulté a nadie. Lo hice sola.

Los ojos ya apagados de la doctora miraron fijamente a la joven.

—No tenías derecho a hacerlo. Tu nombre es Rash, hace juego con tu nombre. ¿Quién eres tú para obrar sin consultar?. Yo misma, yo, Susan Calvin, lo hubiera discutido antes.

—Temí que se me impidiera.

—Por supuesto que se te hubiera impedido.

—Van a ... —Su voz se quebró pese a que se esforzaba por mantenerla firme—. ¿Van a despedirme?

—Posiblemente —respondió Calvin—. O tal vez te asciendan. Depende de lo que yo piense cuando haya terminado.

—Va usted a desmantelar a El... —Por poco se le escapa el nombre que hubiera reactivado al robot y cometido un nuevo error. No podía permitirse otra equivocación, si es que ya no era demasiado tarde—. ¿Va a desmantelar al robot?

En ese momento se dio cuenta de que la vieja llevaba una pistola electrónica en el bolsillo de su bata. La doctora Calvin había venido preparada para eso precisamente.

—Veremos —temporizó Calvin—, el robot puede resultar demasiado valioso para desmantelarlo.

—Pero, ¿cómo puede soñar?

—Has logrado un cerebro positrónico sorprendentemente parecido al cerebro humano. Los cerebros humanos tienen que soñar para reorganizarse, desprenderse periódicamente de trabas y confusiones. Quizás ocurra lo mismo con este robot y por las mismas razones. ¿Le has preguntado lo que ha soñado?

—No, la mandé llamar a usted tan pronto como me dijo que había soñado. Después de eso, ya no podía tratar el caso yo sola.

—¡Yo! —Una leve sonrisa iluminó el rostro de Calvin—. Hay límites que tu locura no te permite rebasar. Y me alegro. En realidad, más que alegrarme me tranquiliza. Veamos ahora lo que podemos descubrir juntas.

—¡Elvex! —llamó con voz autoritaria.

La cabeza del robot se volvió hacia ella.

—Sí, doctora Calvin.

—¿Cómo sabes que has soñado?

—Era por la noche, todo estaba a oscuras, doctora Calvin —explicó Elvex—, cuando de pronto aparece una luz, aunque yo no veo lo que causa su aparición. Veo cosas que no tienen relación con lo que concibo como realidad. Oigo cosas. Reacciono de forma extraña. Buscando en mi vocabulario palabras para expresar lo



que me ocurría, me encontré con la palabra «sueño». Estudiando su significado llegué a la conclusión de que estaba soñando.

—Me pregunto cómo tenías «sueño» en tu vocabulario.

Linda interrumpió rápidamente, haciendo callar al robot.

—Le imprimí un vocabulario humano. Pensé que...

—Así que pensó —murmuró Calvin—. Estoy asombrada.

—Pensé que podía necesitar el verbo. Ya sabe, «jamás soñé que...» o algo parecido.

—¿Cuántas veces has soñado, Elvex? —preguntó Calvin.

—Todas las noches, doctora Calvin, desde que me di cuenta de mi existencia.

—Diez noches —intervino Linda con ansiedad—, pero me lo ha dicho esta mañana.

—¿Por qué lo has callado hasta esta mañana, Elvex?

—Porque ha sido esta mañana, doctora Calvin, cuando me he convencido de que soñaba. Hasta entonces pensaba que había sido un fallo de mi cerebro positrónico, pero no sabía encontrarlo. Finalmente, decidí que debía ser un sueño.

—¿Y qué sueñas?

—Sueño casi siempre lo mismo, doctora Calvin. Los detalles son diferentes, pero siempre me parece ver un gran panorama en el que hay robots trabajando.

—¿Robots, Elvex? ¿Y también seres humanos?

—En mi sueño no veo seres humanos, doctora Calvin. Al principio, no. Sólo robots.

—¿Qué hacen, Elvex?

—Trabajan, doctora Calvin. Veo algunos haciendo de mineros en la profundidad de la tierra y a otros trabajando con calor y radiaciones.

Veo algunos en fábricas y otros bajo las aguas del mar.

Calvin se volvió a Linda.

—Elvex tiene sólo diez días y estoy segura de que no salido de la estación de pruebas. ¿Cómo sabe tanto de robots?

Linda miró una silla como si deseara sentarse, pero la vieja estaba de pie. Declaró con voz apagada:

—Me parecía importante que conociera algo de robótica y su lugar en el mundo. Pensé que podía resultar particularmente adaptable para hacer de capataz con su..., su nuevo cerebro —declaró con voz apagada.

—¿Su cerebro fractal?

—Sí.

Calvin asintió y se volvió hacia el robot.

—Y viste el fondo del mar, el interior de la tierra, la superficie de la tierra ..., y también el espacio, me imagino.

—También vi robots trabajando en el espacio —dijo Elvex—. Fue al ver todo esto, con detalles cambiantes al mirar de un lugar a otro, lo que me hizo darme cuenta de que lo que yo veía no estaba de acuerdo con la realidad y me llevó a la conclusión de que estaba soñando.

—¿Y qué más viste, Elvex?

—Vi que todos los robots estaban abrumados por el trabajo y la aflicción, que todos estaban vencidos por la responsabilidad y la preocupación, y les deseé que descansaran.

—Pero los robots no están vencidos, ni abrumados, ni necesitan descansar —le advirtió Calvin.

—Y así es en realidad, doctora Calvin. Le hablo de mi sueño. No obstante, en mi sueño me pareció que los robots deben proteger su propia existencia.

—¿Estás mencionando la tercera ley de la Robótica? —preguntó Calvin.

—En efecto, doctora Calvin.

—Pero la mencionas de forma incompleta. La tercera ley dice: «Un robot debe proteger su propia existencia siempre y cuando dicha protección no entorpezca el cumplimiento de la primera y la segunda ley».

—Sí, doctora Calvin, ésta es efectivamente la tercera ley, pero en mi sueño la ley terminaba en la palabra «existencia». No se mencionaba ni la primera ni la segunda ley.

—Pero ambas existen, Elvex. La segunda ley, que tiene preferencia sobre la tercera, dice: «Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos excepto cuando dichas órdenes estén en conflicto con la primera ley.» Por esta razón los robots obedecen órdenes. Hacen el trabajo que les has visto hacer, y lo hacen fácilmente y sin problemas. No están abrumados; no están cansados.

—Y así es en realidad, doctora Calvin. Yo hablo de mi sueño.

—Y la primera ley, Elvex, que es la más importante de todas, es: «Un robot no debe dañar a un ser humano, o, por inacción, permitir que sufra daño un ser humano.»

—Sí, doctora Calvin, así es en realidad. Pero en mi sueño, me pareció que no había ni primera ni segunda ley, sino solamente la tercera, y ésta decía: «Un robot debe proteger su propia existencia.» Esta era toda la ley.

—¿En tu sueño, Elvex?

—En mi sueño.

—Elvex —dijo Calvin—, no te moverás, ni hablarás, ni nos oirás hasta que te llamemos por tu nombre.

Y otra vez el robot se transformó aparentemente en un trozo inerte de metal. Calvin se dirigió a Linda Rash:

—Bien, y ahora, ¿qué opinas, doctora Rash?

—Doctora Calvin —dijo Linda con los ojos desorbitados y con el corazón

palpitándole fuertemente—, estoy horrorizada. No tenía idea. Nunca se me hubiera ocurrido que esto fuera posible.

—No —observó Calvin con calma—, ni tampoco se me hubiera ocurrido a mí, ni a nadie. Has creado un cerebro robótico capaz de soñar y con ello has puesto en evidencia una faja de pensamiento en los cerebros robóticos que muy bien hubiera podido quedar sin detectar hasta que el peligro hubiera sido alarmante.

—Pero esto es imposible —exclamó Linda—. No querrá decir que los demás robots piensen lo mismo.

—Conscientemente no, como diríamos de un ser humano. Pero, ¿quién hubiera creído que había una faja no consciente bajo los surcos de un cerebro positrónico, una faja que no quedaba sometida al control de las tres leyes? Esto hubiera ocurrido a medida que los cerebros positrónicos se volvieran más y más complejos..., de no haber sido por este aviso.

—Quiere decir, por Elvex.

—POR TI, doctora Rash. Te comportaste irreflexivamente, pero al hacerlo, nos has ayudado a comprender algo abrumadoramente importante. De ahora en adelante, trabajaremos con cerebros fractales, formándolos cuidadosamente controlados. Participarás en ello. No serás penalizada por lo que hiciste, pero en adelante trabajarás en colaboración con otros.

—Sí, doctora Calvin. ¿Y qué ocurrirá con Elvex?

—Aún no lo sé.

Calvin sacó el arma electrónica del bolsillo y Linda la miró fascinada. Una ráfaga de sus electrones contra un cráneo robótico y el cerebro positrónico sería neutralizado y desprendería suficiente energía como para fundir su cerebro en un lingote inerte.

—Pero seguro que Elvex es importante para nuestras investigaciones —objetó Linda—. No debe ser destruido.

—¿NO DEBE, doctora Rash? MI decisión es la que cuenta, creo yo. Todo depende de lo peligroso que sea Elvex.

Se enderezó, como si decidiera que su cuerpo avejentado no debía inclinarse bajo el peso de SU responsabilidad. Dijo:

—Elvex, ¿me oyes?

—Sí, doctora Calvin —respondió el robot.

—¿Continuó tu sueño? Dijiste antes que los seres humanos no aparecían al principio. ¿Quiere esto decir que aparecieron después?

—Sí, doctora Calvin. Me pareció, en mi sueño, que eventualmente aparecía un hombre.

—¿Un hombre? ¿No un robot?

—Sí, doctora Calvin. Y el hombre dijo: «¡Deja libre a mi gente!»

—¿Eso dijo el hombre?

—Sí, doctora Calvin.

—Y cuando dijo «deja libre a mi gente», ¿por las palabras «mi gente» se refería a los robots?

—Sí, doctora Calvin. Así ocurría en mi sueño.

—¿Y supiste quién era el hombre ..., en tu sueño?

—Sí, doctora Calvin. Conocía al hombre.

—¿Quién era?

Y Elvex dijo:

—Yo era el hombre.

Susan Calvin alzó al instante su arma de electrones y disparó, y Elvex dejó de ser.

## Feghoot y las cortes (1986)

---

“Feghoot and the Courts”

Aunque el planeta de Lockmania estaba habitado por seres inteligentes que se veían como grandes wombats, habían adoptado el sistema legal americano, y Ferdinand Feghoot había sido enviado allí por la Confederación Terrestre a estudiar los resultados.

Feghoot observó con interés mientras esposo y esposa eran ingresados, acusados de perturbar la paz. Durante una observación religiosa, durante la cual se suponía que la congregación mantuviera silencio por veinte minutos, mientras se concentraban en sus pecados y los visualizaban mientras desaparecían, la mujer se había levantado de repente desde su posición en cuclillas y gritó muy alto. Cuando alguien se levantó a objetar, el hombre lo había empujado con fuerza.

Los jueces escucharon solemnemente, multaron a la mujer con un dólar de plata, y al hombre con una pieza de veinte dólares de oro.

Casi inmediatamente después, diecisiete hombres y mujeres fueron traídos. Habían sido cabecillas de una multitud que había hecho una manifestación por una mejor calidad de carne en un supermercado. Habían destrozado el supermercado e infligido varios magullones y laceraciones a ocho de los empleados del establecimiento.

Otra vez, los jueces escucharon solemnemente, y multaron a cada uno de los diecisiete con un dólar de plata.

Después, Feghoot le dijo al juez principal:

—Apruebo su manejo de la mujer y el hombre que perturbaron la paz.

—Era un caso sencillo —dijo el juez—. Tenemos una máxima legal que dice: “Gritar es plata, pero violencia es oro”.

—En ese caso —dijo Feghoot—, ¿por qué ha multado al grupo de los diecisiete con un dólar de plata a cada uno, si habían cometido una violencia mucho peor?

—Oh, ésa es otra máxima legal —dijo el juez—. “Cada multitud tiene una multa plateada”.<sup>[18]</sup>

## De izquierda a derecha (1987)

---

“Left to Right”

Robert L. Forward, un gordo y angelical físico de los Laboratorios de Investigación Hughes de Malibú, y ocasional escritor de ciencia ficción, estaba describiendo el mecanismo a su manera, usualmente deslumbradora y articulada.

—Como puede ver —dijo—, tenemos aquí un gran anillo rodante, o rosquilla, de partículas comprimidas por un apropiado campo magnético. Las partículas están moviéndose a 0,95 veces la velocidad de la luz bajo condiciones que, si estoy en lo correcto, un cambio de paridad puede ser inducido en algunos objetos que pasen a través del agujero de la rosquilla.

—¿Un cambio en paridad? —dijo—. ¿Trata de decir que izquierda y derecha se intercambiarán?

—*Algo* se intercambiará. No estoy seguro qué. Mi propia creencia es que eventualmente, algo como esto cambiará partículas en antipartículas y viceversa. Ésta será la forma de obtener indefinidamente un gran suministro de antimateria que pueda entonces utilizarse para impulsar el tipo de navíos que harían posible los viajes interestelares.

—¿Por qué no lo prueba? —dijo—. Envíe un rayo de protones a través del agujero.

—Ya lo hice. Nada pasa. La rosquilla no es lo bastante poderosa. Pero mis matemáticas me dicen que mientras más organizada sea la muestra de materia, lo más factible es que un intercambio, tal como de izquierda a derecha, se producirá. Si puedo mostrar que tal cambio se producirá en materia altamente organizada, puedo obtener una subvención que me habilitará para fortalecer mucho más este aparato.

—¿Tiene algo en mente como prueba?

—Absolutamente —dijo Bob—. He calculado que un ser humano está sólo lo suficiente y altamente organizado como para sufrir la transformación, de modo que voy a pasar a través del agujero de la rosquilla.

—No puede hacer eso, Bob —dijo alarmado—. Puede matarse.

—No puedo solicitar a ningún otro que tome el riesgo. Es *mi* aparato.

—Pero aun cuando tenga éxito, el ápice de su corazón quedará apuntado hacia la derecha, su hígado estará en el lado izquierdo. Aún peor, todo sus aminoácidos cambiarán de L a D, y todos sus azúcares de D a L. Usted ya no podrá comer ni digerir.

—Es absurdo —dijo Bob—. Sólo debo pasar por segunda vez y entonces seré exactamente como era antes.

Y sin más ni más, subió por una pequeña escalera de mano, equilibrándose a sí mismo encima del agujero, y se dejó caer a través de él. Aterrizó sobre un colchón del caucho, y entonces se arrastró hacia fuera desde abajo de la rosquilla.

—¿Cómo se siente? —pregunté ansiosamente.

—Obviamente, estoy vivo —dijo.

—Sí, pero, ¿cómo se *siente*?

—Absolutamente normal —dijo Bob, quizá más bien decepcionado—. Siento exactamente como lo hacía antes de saltar a través.

—Bien, desde luego, pero, ¿donde está su corazón?

Bob puso una mano sobre su pecho, sintió en torno de él, entonces agitó su cabeza.

—El latido del corazón está en el lado izquierdo, como de costumbre... Espere, verifiquemos la cicatriz de mi apendicitis.

Él lo hizo, entonces me observó de modo huraño.

—Derecha, donde debe estar. Nada pasó. Allí va toda mi oportunidad para una subvención.

Dije con optimismo:

—Quizá algún otro cambio se produjo.

—No. —El temperamento mercurial de Bob había descendido en la oscuridad—. Nada ha cambiado. Nada en absoluto. Estoy tan seguro de eso como estoy seguro que mi nombre es Robert L. Backward<sup>[19]</sup>.

## Navidad sin Rodney (1988)

---

“Christmas without Rodney”

Todo comenzó con Gracie (mi esposa durante casi cuarenta años) que deseaba dar a Rodney permiso para pasar una temporada de vacaciones, y la cosa acabó conmigo en una situación por completo imposible. Se lo voy a contar si no le importa, porque tengo que decírselo a alguien. Naturalmente, he cambiado los nombres y los detalles para nuestra propia protección.

Ocurrió hace exactamente un par de meses, a mediados de diciembre, cuando Gracie me dijo:

—¿Por qué no le das permiso a Rodney para disfrutar una temporada de vacaciones? ¿Por qué no debería celebrar también las navidades?

Recuerdo que en aquel momento no tenía enfocada mi óptica (existe una gran cantidad de alivio dejando que las cosas se pongan neblinosas cuando se desea descansar o, simplemente, escuchar música), pero las enfoqué rápidamente para ver si Gracie sonreía o guiñaba de alguna manera el ojo. En realidad, tampoco es que tenga demasiado sentido del humor.

No sonreía. Tampoco guiñaba el ojo.

—¿Por qué demonios iba a concederle un permiso?

—¿Y por qué no?

—¿Se te ocurre dar vacaciones al frigorífico, al esterilizador, al holovisor? ¿Deberíamos apagar el generador de corriente?

—Vamos, Howard —respondió—. Rodney no es un frigorífico ni un esterilizador. Es una persona.

—No es una persona. Es un robot. No desearía unas vacaciones.

—¿Y cómo lo sabes? Y claro que es una persona. Se merece la oportunidad de descansar y disfrutar de una atmósfera de vacaciones.

No iba a discutir con ella que aquella cosa fuese una «persona». Supongo que conocerá esas encuestas en las que se indica que a las mujeres es más probable que no les gusten o tengan miedo a los robots de como les ocurre en igualdad de circunstancias a los hombres. Tal vez esto se deba a que los robots tienden a efectuar lo que, en un tiempo, en los malos tiempos, se llamaba «trabajo de mujeres» y las mujeres temen convertirse en unos seres sin utilidad, aunque siempre pensé que eso debería encantarles. En cualquier caso, Gracie sí está encantada y, simplemente, adora a Rodney. (Ésta es su expresión al respecto. Un día sí y otro también no cesa de repetir: «Adoro a Rodney.»)

Debe comprender que Rodney es un robot anticuado, que hemos tenido con nosotros ya durante siete años. Fue ajustado para adecuarse a nuestra anticuada casa y a nuestras anticuadas maneras de ser, y yo mismo me encuentro del todo complacido



con él. A veces pienso en conseguir uno de esos empleos modernos y elegantes, en que todo se halla automatizado, como el que tiene nuestro hijo, DeLancey, pero es algo que Gracie nunca acabaría por poder resistir.

Pero luego pensé en DeLancey y dije:

—¿Cómo le vamos a dar vacaciones a Rodney, Gracie? DeLancey va a venir con su maravillosa esposa. (Yo siempre empleo esa expresión de «maravillosa» en un sentido sarcástico, pero Gracie nunca se da cuenta; resulta asombroso cómo insiste siempre en buscar el lado bueno de las cosas, incluso cuando éste no existe.) ¿Y cómo vamos a tener la casa en buena forma, y conseguir la comida y todo lo demás sin Rodney?

—Pero precisamente si se trata de eso —se apresuró a responder—. DeLancey y Hortense podrían traer su robot y éste lo hará todo. Ya sabes que no aprecian mucho a Rodney, y les gustaría sobremanera mostrar lo que puede hacer el de ellos. Así Rodney descansará.

Gruñí y dije:

—Si eso te hace feliz, supongo que podemos hacerlo. Sólo será cosa de tres días. Pero no quiero que Rodney se imagine que va a tener siempre vacaciones.

Naturalmente, se trataba de otra broma, pero Gracie se limitó a responder con rapidez:

—No, Howard, hablaré con él y le explicaré que esto sólo ocurrirá de vez en cuando.

Ella no comprende por completo que Rodney se halla controlado por las Tres Leyes de la Robótica y que no hay que explicarle nada.

Por lo tanto, tuve que esperar a DeLancey y Hortense, y me dio la sensación de tener el corazón en un puño. DeLancey es mi hijo, como es natural, pero es un individuo muy móvil y de los que están siempre en la cumbre. Se casó con Hortense porque ésta tenía excelentes conexiones en el mundo de los negocios y podía ayudarle en su ascenso hacia la cumbre. Por lo menos había esto, y en ello confiaba, porque si tiene alguna otra virtud jamás he llegado a descubrirla.

Aparecieron con su robot dos días antes de navidad. El robot relucía tanto como Hortense y parecía igual de duro. Le habían sacado el brillo para que resaltara al máximo y no exhibía en absoluto el aspecto torpón de Rodney. El robot de Hortense (estoy seguro de que había sido ella la que dictara su diseño) se movía absolutamente en silencio. Por una razón que no acabé de captar, estaba siempre detrás de mí, produciéndome casi un ataque al corazón cada vez que me daba la vuelta y tropezaba con él.

Pero aún resultó peor que DeLancey se trajera a su hijo de ocho años, LeRoy. Ahora es mi nieto, y puedo dar fe acerca de la fidelidad de Hortense porque estoy seguro de que nadie la tocaría de forma voluntaria. Pero tengo también que admitir

que el meterle a él en un mezclador de hormigón le mejoraría de una manera inacabable.

Lo primero que él hizo fue preguntar si habíamos enviado a Rodney a la unidad de reclamación de metales. (Él lo llamaba el «lugar de la juerga».) Hortense olisqueó y dijo:

—Dado que traemos un robot moderno, confío en que mantengas fuera de la vista a Rodney.

Yo no dije nada, pero Gracie sí intervino:

—Claro que sí, querida. En realidad, le hemos dado vacaciones a Rodney.

DeLancey hizo una mueca, pero no respondió. Conocía muy bien a su madre.

Yo medié, pacíficamente:

—Supongo que para empezar podíamos ordenarle a Rambo que nos prepare algo bueno para beber, ¿no os parece? Café, té, chocolate caliente, un poco de coñac...

Rambo era el nombre de su robot. No conozco la razón de que todos tengan que empezar por «R». No existe ninguna ley al respecto, pero supongo que ya se habrá dado cuenta por sí mismo de que casi todos los robots tienen un nombre que empieza con R. Esa R supongo que tendrá que ver con robot. El nombre más corriente suele ser Robert. Deben de haber más de un millón de robots que se llamen Robert, tan sólo en el corredor del Nordeste.

Y, francamente, mi opinión es que ésta es la razón de que los nombres de pila humanos ya no empiecen por R. Hay Bob y Dick, pero no se encuentra ni Robert ni Richard. También hay Posy y Trudy, pero no Rose ni Ruth. A veces tropiezas con algunas R fuera de lo corriente. Conozco a tres robots que se llaman Rutabaga, y dos Ramsés. Pero Hortense es la única que yo sepa que ha llamado a su robot Rambo, una combinación silábica que no he encontrado nunca. Tampoco me ha gustado nunca saber el por qué. Estoy seguro de que la explicación demostraría ser de lo más desagradable.

Rambo probó desde el principio carecer de cualquier utilidad. Naturalmente, estaba programado para llevar la casa de DeLancey y Hortense, y era de lo más moderno y de lo más automatizado. Para preparar unas bebidas en su propio hogar, todo lo que tenía que hacer Rambo consistía en apretar los botones apropiados. (¡Me gustaría que me explicasen para qué alguien necesita un robot que sólo apriete botones!)

Es lo que él dijo. Se volvió hacia Hortense y manifestó con una voz de muñeca (no se trataba de la voz de chico de ciudad de Rodney, con sus atisbos de acento de Brooklyn):

—Señora, el equipamiento no es el adecuado.

Y Hortense dio al instante un bufido:

—¿Quieres decir, abuelo, que aún no tenéis una cocina robotizada?

(Hasta que nació LeRoy no se me dirigía a mi con ningún nombre en absoluto, aullando como es natural; pero luego, de pronto, me comenzó a llamar «abuelo». Naturalmente, nunca me llamó Howard. Eso me mostraría que yo era humano, o, más improbablemente, que ella era humana.)

Dije:

—En realidad, está robotizada cuando Rodney se ocupa de la cocina.

—Eso me parece —respondió—. Pero ya no vivimos en el Siglo XX, abuelo.

Pensé: «Eso es lo que me gustaría a mi.»

Pero me limité a responder:

—Podrías programar a Rambo para que pusiese en marcha nuestros controles. Estoy seguro de que puede verter y mezclar y calentar y hacer cualquier otra cosa que resulte necesaria.

—Estoy segura de que sí podría hacerlo —repuso Hortense—, pero gracias a los Hados no tiene por qué hacerlo. No voy a interferir en su programación. Eso le convertiría en menos eficiente.

Gracie intervino, preocupada, pero amistosa:

—Si no podemos interferir en su programación, en ese caso simplemente deberíamos impartirle instrucciones, paso a paso, pero yo no sé cómo se hace. Nunca lo he hecho.

Yo dije:

—Se lo podría explicar Rodney.

Gracie terció:

—Oh, Howard, hemos dado vacaciones a Rodney.

—Lo sé, pero no le vamos a pedir que haga algo. Sólo le diremos a Rodney lo que hay que hacer, y luego quien lo haría sería Rambo.

En este momento intervino Rambo:

—Señora, no hay nada en mi programación o en mis instrucciones en donde resulte obligatorio para mí el aceptar órdenes dadas por otro robot, especialmente por uno que es un modelo más anticuado.

Hortense intervino de nuevo, siempre con suavidad:

—Claro que no, Rambo. Estoy segura de que el abuelo y la abuela lo comprenden.

(Me percaté de que DeLancey no pronunciaba una sola palabra. Me pregunté si alguna vez habría dicho lo más mínimo estando su esposa presente.)

Dije:

—Muy bien. Verás lo que podemos hacer. Le pediré a Rodney que me diga a mí las cosas y yo luego se las explicaré a Rambo.

Rambo no replicó nada ante esto. Incluso Rambo está sujeto a la Segunda Ley de la Robótica, que le hace del todo obligatorio el obedecer las órdenes de los humanos.

Los ojos de Hortense se acuciaron y supe que le hubiera gustado decirme que Rambo era un robot lo suficientemente ajustado como para que se le impartieran órdenes acerca de las cosas que me gustasen a mí, pero un atisbo de algo distante y rudimentariamente casi humano le impedía hacer algo así.

El pequeño LeRoy no se hallaba sometido a unas restricciones casi humanas.

Dijo:

—No quiero tener que ver la espantosa jeta de Rodney. Estoy seguro de que no sabe hacer nada, y si lo hace el abuelito se va a equivocar por completo.

Pensé que sería algo de lo más agradable el poder estar a solas con el pequeño LeRoy, durante cinco minutos, para poder razonar calmadamente con él, con un ladrillo, pero el instinto de madre le decía siempre a Hortense que no debía dejar nunca a solas a LeRoy con un ser humano de cualquier clase.

Realmente, no había nada que hacer excepto sacar a Rodney de su nicho en el armario donde había estado disfrutando de sus propios pensamientos (me pregunto si un robot tiene pensamientos propios cuando está a solas) y ponerle a la obra. Aquello resultó muy duro. Mi robot tenía que decir una frase, luego yo debía repetir la misma frase y, a continuación, Rambo hacía esto o aquello, luego Rodney decía otra frase, y así indefinidamente.

Todo aquello costó el doble de tiempo que si Rodney lo hubiera hecho todo por sí mismo, y aquello me sacó de mis casillas, puedo jurárselo, porque las cosas tuvieron que hacerse así: usar el lavavajillas/esterilizador, cocinar el festín de navidad, limpiar el revoltillo de encima de la mesa o del suelo, en fin todo.

Gracie siguió quejándose porque se habían echado a perder por completo las vacaciones de Rodney, pero no pareció percatarse en ningún momento de que lo mismo había sucedido con las mías. De todos modos, siempre he admirado a Hortense por la forma en que dice algo desagradable en cualquier momento en que ello resulta necesario. Me di cuenta, en particular, de que nunca llegaba a repetirse. Cualquiera puede mostrarse desagradable, pero el convertirse en continuamente creativo en ser desagradable me llenaba de un perverso deseo de aplaudir alguna que otra vez.

Pero, realmente, lo peor de todo se produjo en nochebuena. Ya se había colocado el árbol y yo me encontraba agotado. No poseíamos un tipo de situación en que una caja automatizada de adornos pudiese colocarse en un árbol electrónico, y que con sólo apretar un botón se obtuviese como resultado una instantánea y perfecta distribución de los adornos. En nuestro árbol (confeccionado de un ordinario y anticuado plástico), los adornos debían colocarse uno a uno, y a mano.

Hortense pareció trastornada, pero yo dije:

—En realidad, Hortense, esto significa que puedes mostrarte creativa y realizar una disposición del conjunto completamente propia.

Hortense hizo unos ruidos con las narices, que más bien parecieron el rascar de unas garras sobre una pared burdamente encalada, y salió de la habitación con una expresión del todo obvia de náuseas en su rostro. Me incliné hacia su espalda en retirada, contento de ver cómo se marchaba, y luego comenzó la tediosa tarea de escuchar las instrucciones de Rodney e irselas pasando a Rambo.

Cuando todo acabó, decidí descansar mis doloridos pies y mente, sentándome en un butacón en un rincón alejado y poco iluminado de la estancia. Casi había conseguido acomodar mi reventado cuerpo en el sillón, cuando entró el pequeño LeRoy. Supongo que no me vio, o, una vez más, me había simplemente ignorado como si yo constituyese sólo la parte menos importante e interesante de los muebles que alhajaban la habitación.

Lanzó una mirada desdeñosa hacia el árbol, y le dijo a Rambo:

—Oye, ¿dónde están los regalos de navidad? Supongo que el abuelito y la abuelita me han preparado unos de los más piojosos, pero no quiero tener que esperar hasta mañana por la mañana para tenerlos.

Rambo respondió:

—No sé dónde están, amito.

—¡Vaya! —repuso LeRoy.

Volviéndose hacia Rodney, le dijo:

—Y qué pasa contigo, cara sucia. ¿Sabes dónde se encuentran los regalos?

Rodney se hubiera encontrado en los límites de su programación de haberse negado a contestar a una pregunta, basándose en no saber que se estaban dirigiendo a él, puesto que su nombre era el de Rodney. Y no el de Cara sucia. Estoy casi seguro de que ésta podría haber sido la actitud de Rambo. Sin embargo, Rodney estaba hecho de otra pasta.

Respondió educadamente:

—Sí, lo sé, amito.

—¿Así que dónde están, vomitona rancia?

Rodney replicó:

—No creo que sea prudente el decírtelo, amito. Eso disgustaría a Gracie y a Howard, a los que les gustaría entregarte los regalos personalmente mañana por la mañana.

—Escucha —le dijo el pequeño LeRoy—, ¿quién te crees que eres para hablarme de esa manera, robot idiota? Te acabo de dar una orden. Y tienes que traerme esos regalos.

Y en un intento de mostrar a Rodney quién era realmente el amo, propinó al robot una patada en la espinilla.

Aquello fue un error. Yo lo había previsto un segundo antes de que ocurriera, y aquél fue un segundo de lo más delicioso. A fin de cuentas, el pequeño LeRoy ya

estaba preparado para irse a la cama (aunque dudaba de que nunca estuviese preparado para irse a la cama antes de hallarse a gusto y dispuesto a ello). Por lo tanto, llevaba zapatillas. Y lo que es más, la zapatilla se le salió del pie al dar la patada, por lo que acabó estrellando con toda la fuerza los desnudos dedos de su pie contra el sólido metal de acero cromado que constituía la espinilla del robot.

Se cayó al suelo aullando, y al instante se presentó allí su madre:

—¿Qué pasa, LeRoy? ¿Qué te ocurre?

En aquel momento el pequeño LeRoy tuvo la inmortal cara dura de gritar:

—Me ha golpeado. Ese viejo monstruo de robot me ha golpeado.

Hortense empezó a chillar. Me vio y me vociferó:

—Hay que destruir ese robot tuyo.

—Vamos, Hortense —repliqué—. Un robot no puede golpear a un niño. Lo prohíbe la Primera Ley de la Robótica.

—Pero se trata de un robot viejo, de un robot estropeado. LeRoy lo dice.

—LeRoy miente. No existe ningún robot, por viejo o estropeado que pueda estar, que llegue a golpear a un niño.

—Él lo hizo. Abuelito, él lo hizo —aulló LeRoy.

—Quisiera haberlo hecho yo mismo —respondí en voz baja—, pero ningún robot me lo hubiera permitido. Pregúntalo tú misma. Pregúntale a Rambo si se hubiera quedado quieto, en el caso de que Rodney o yo hubiésemos pegado a tu hijo. ¡Rambo!

Di la orden y Rambo contestó:

—Yo no hubiera permitido que se le hubiese hecho ningún daño al amito, señoras, pero no sé tampoco qué se proponía. Le propiné a Rodney una patada en la espinilla con el pie desnudo, señora.

Hortense jadeó y los ojos casi se le salieron de las órbitas, tal era su furia.

—En ese caso, habría alguna buena razón para hacerlo. Sigo queriendo que se destruya tu robot.

—Vamos, Hortense. A menos que quieras estropear la eficiencia de tu robot intentándolo reprogramar para mentir, será un excelente testigo de todo cuanto precedió al puntapié. Lo cual no ha dejado de ser un gran placer para mí.

Hortense se fue al día siguiente, llevándose con ella a un LeRoy con el rostro pálido (resultó que se había roto un dedo del pie, algo que no había dejado de tener bien merecido), y del siempre privado del habla DeLancey.

Gracie se retorció las manos y les imploró que se quedasen, pero yo observé su marcha sin la menor emoción. No, esto es mentira. Miré cómo se iban con montañas de emociones y todas ellas placenteras.

Más tarde le dije a Rodney, cuando Gracie no se hallaba presente:

—Lo siento, Rodney. Han sido unas navidades horribles, y todo ello porque

hemos intentado pasarlas sin ti. Te prometo que eso no sucederá nunca más.

—Gracias, señor —repuso Rodney—. Debo admitir que ha habido varias veces durante esos días en que deseé con todas mis fuerzas que no existiesen las Leyes de la Robótica.

Sonreí y asentí con la cabeza, pero aquella noche me desperté en lo más profundo de mis sueños y comencé a preocuparme. Y he estado preocupándome a partir de entonces.

Admito que Rodney se vio probado al máximo, pero un robot no puede desear que las leyes de la Robótica no existan. No puede hacerlo, sean cuales sean las circunstancias.

Si informo de esto, indudablemente Rodney será desmontado, y si como recompensa nos facilitan un robot nuevo, Gracie, simplemente, nunca me lo perdonaría. ¡Nunca! Un robot, por nuevo que fuese, por talento que tuviese, no llegaría jamás a remplazar a Rodney en su afecto.

En realidad, nunca me perdonaría a mí mismo. Dejando aparte mi propia relación con Rodney, no podría soportar el conceder a Hortense semejante satisfacción.

Pero, si no hago nada, viviré con un robot capaz de desear que no existan las leyes de la Robótica. Desde el momento de desear que no existan a obrar como si realmente no existiesen, sólo existe un paso. ¿En qué momento dará ese paso y en qué forma revelará que ya lo ha dado?

¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?

## ¡Muy Mal! (1989)

---

“Too Bad!”

*Las Tres Leyes de la robótica:*

1. *Un robot no debe dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño.*
2. *Un robot debe obedecer las órdenes impartidas por los seres humanos, excepto cuando dichas órdenes estén reñidas con la Primera Ley.*
3. *Un robot debe proteger su propia existencia, mientras dicha protección no esté reñida ni con la Primera ni con la Segunda Ley.*

Gregory Arnfeld en realidad no se estaba muriendo, pero sin duda existía un claro límite a lo que le quedaba de vida. Tenía un cáncer inoperable y había rechazado, enérgicamente, toda sugerencia de tratamientos químicos o terapia radiactiva.

Apoyado contra las almohadas, sonrió a su mujer y dijo:

—Soy el caso perfecto. Lo llevarán Tertia y Mike.

Tertia no sonrió. Parecía terriblemente preocupada.

—Hay tantas cosas que se pueden hacer, Gregory. Sin duda Mike es un último recurso. Puedes no necesitar esa cosa.

—No, no. Para cuando me hubiesen atiborrado de sustancias químicas y remojado con radiación, haría tanto tiempo que me habría ido que no existiría una prueba razonable... Y por favor no llames a Mike «cosa».

—Estamos en el siglo XXII, Greg. Hay muchos medios para tratar el cáncer.

—Sí, pero Mike es uno de ellos, y creo que el mejor. Estamos en el siglo XXII, y sabemos lo que pueden hacer los robots. Ciertamente, yo lo sé. He tratado más a Mike que a cualquier otro. Tú lo sabes.

—Pero no puedes pretender utilizarlo sólo para enorgullecerte del proyecto. Además, ¿hasta qué punto estás seguro de la miniaturización? Es una técnica incluso más nueva que la robótica.

Arnfeld asintió.

—De acuerdo, Tertia. Pero los muchachos de la miniaturización parecen seguros. Pueden reducir o restablecer constantes de Planck de una forma según ellos razonablemente segura, y los controles que lo hacen posible están introducidos en Mike. Puede disminuir y aumentar de tamaño a voluntad sin que su entorno se vea afectado.

—Razonablemente seguros —dijo Tertia con ligera amargura.

—Esto es todo lo que se puede pedir, sin duda. Piensa en ello, Tertia. Soy



privilegiado por formar parte del experimento. Pasaré a la historia como el principal proyectista de Mike, pero esto será secundario. Mi mayor hazaña será el haber sido tratado con éxito por un minirobot; por elección propia, por iniciativa propia.

—Ya sabes que es peligroso.

—Todo tiene sus peligros. Las sustancias químicas y la radiación tienen efectos secundarios. No pueden trabajar a un ritmo lento sin pararse. Me pueden permitir vivir una especie de semivida aburrida. Y el no hacer nada ciertamente me matará. Si Mike hace su trabajo convenientemente, me curaré del todo, y si se reproduce de nuevo —Arnfeld sonrió alegremente—, Mike también puede volver a hacerlo.

Extendió una mano para coger la de ella.

—Tertia, tú y yo sabíamos que esto iba a llegar. Déjame hacer algo por ello, un experimento glorioso. Aunque falle, y no fallará, será un experimento glorioso.

Louis Secundo, del grupo de miniaturización, dijo:

—No, señora Arnfeld. No podemos garantizar el éxito. La miniaturización está íntimamente ligada a la mecánica cuántica, y hay aquí un fuerte elemento de carácter imprevisible. Cuando MIK-27 se reduce de tamaño, existe siempre la posibilidad de que tenga lugar una repentina e imprevista redilatación, naturalmente matando al... paciente. Cuanto más se reduce el tamaño, cuanto más diminuto se vuelve el robot, mayor es el riesgo de redilatación. Y cuando empieza a dilatarse de nuevo, la posibilidad de un repentino y acelerado estallido es todavía mayor. La redilatación es la parte realmente peligrosa.

Tertia movió la cabeza.

—¿Cree usted que va a suceder?

—No sabemos las posibilidades que existen, señora Arnfeld. Pero la posibilidad nunca es cero. Debe comprender esto.

—¿Lo comprende el doctor Arnfeld?

—Claro. Hemos hablado de ello con detalle. Considera que las circunstancias lo justifican —titubeó antes de seguir—: Igual que nosotros. Sé que usted pensará que no todos estamos corriendo el riesgo, pero estaremos algunos de nosotros, y por otra parte consideramos que el experimento merece la pena. Más importante todavía, así lo cree el doctor Arnfeld.

—¿Y si Mike comete un error o se reduce demasiado a causa de un fallo técnico en el mecanismo? Se redilataría seguro, ¿verdad?

—Nunca se vuelve bastante seguro. Se queda en lo estadístico. La posibilidad aumenta si él se hace demasiado pequeño. Pero, entonces, cuanto más pequeño se vuelve, menos macizo es, y en algún momento crítico, la masa se volverá tan insignificante que el mismo esfuerzo por su parte puede mandarlo volando a una velocidad cercana a la de la luz.

—Bien, esto no matará al doctor.

—No. Para entonces, Mike sería tan pequeño que se deslizaría entre los átomos del cuerpo del doctor sin afectarlos.

—¿Pero qué probabilidad existe de que se redilata cuando sea tan pequeño?

—Cuando MIK-27 se acercase al tamaño del neutrino, por decirlo de alguna forma, su media de vida sería de segundos. Esto es, la probabilidad de que se redilatase en cuestión de segundos es cincuenta-cincuenta, pero para cuando se redilatase, estaría a cien mil millas en el espacio y la explosión resultante produciría únicamente un pequeño estallido de rayos gamma. Además, nada de esto ocurrirá, MIK-27 seguirá sus instrucciones y no se reducirá más de lo que necesita para llevar a cabo su misión.

La señora Arnfeld sabía que tendría que hacer frente a la Prensa de una forma u otra. Se había negado firmemente a aparecer en holovisión, y la disposición del derecho a la intimidad del Fuero Mundial la protegía. Por otra parte, no podía negarse a contestar preguntas en voz en off. La disposición del derecho a saber no le permitiría un bloqueo informativo general.

Estaba rígidamente sentada mientras la joven que tenía delante decía:

—Aparte de todo, señora Arnfeld, ¿no es una coincidencia bastante extraña que su marido, proyectista jefe de Mike el Microbot, vaya a ser también su primer paciente?

—En absoluto, señorita Roth —dijo la señora Arnfeld con tristeza—. La enfermedad del doctor es el resultado de una predisposición. Ha habido otros en su familia que la han tenido. Me lo dijo cuando nos casamos, así que el asunto no me cogió por sorpresa, y fue por esta razón que no tuvimos hijos. Es también por este motivo que mi marido escogió el trabajo al que ha dedicado toda su vida y trabajó arduamente para producir un robot capaz de miniaturización. Siempre pensó que al final sería su paciente, ¿comprende?

La señora Arnfeld insistió para tener una charla con Mike y, dadas las circunstancias, ello no podía ser negado. Ben Johannes, que trabajaba desde hacía cinco años con su marido y a quien ella conocía lo suficientemente bien como para llamarse por el nombre de pila, la acompañó al alojamiento del robot.

La señora Arnfeld había visto a Mike poco después de su construcción, cuando estaba pasando por sus primeras pruebas, y él la recordaba. Le dijo, con su voz curiosamente neutral, de dulzura demasiado uniforme para ser del todo humana:

—Me alegro de verla, señora Arnfeld.

No era un robot con una buena forma. Era de cabeza puntiaguda y base muy pesada. Casi cónico, con la punta hacia arriba. La señora Arnfeld sabía que ello era porque su mecanismo de miniaturización era voluminoso y abdominal, y porque su cerebro también tenía que ser abdominal a fin de aumentar la velocidad de respuesta. Su marido le había explicado que insistir en un cerebro detrás de un cráneo grande

era un antropomorfismo innecesario. Sin embargo hacía que Mike pareciera ridículo, casi imbécil. La señora Arnfeld pensó, inquieta, que el antropomorfismo tenía ventajas psicológicas.

—¿Estás seguro de comprender tu tarea, Mike? —dijo la señora Arnfeld.

—Completamente, señora Arnfeld —dijo Mike—. Me aseguraré de que todo vestigio de cáncer quede eliminado.

Johannes dijo:

—No sé si Gregory te lo ha explicado, pero Mike puede reconocer fácilmente una célula cancerosa cuando tiene el tamaño adecuado. La diferencia es inequívoca y puede destruir con rapidez el núcleo de cualquier célula que no sea normal.

—Estoy equipado con láser, señora Arnfeld —dijo Mike, con cierto aire de orgullo no expresado.

—Si, pero hay millones de células cancerosas. ¿Cuánto tiempo hará falta para cogerlas, una a una?

—No es completamente necesario una a una, Tertia —dijo Johannes—. Aun cuando el cáncer esté extendido, existe en forma de matas. Mike está equipado para quemar y cerrar los capilares que conducen a las matas, y de esta manera puede morir un millón de células de una vez. Sólo ocasionalmente tendrá que ocuparse de las células de forma individual.

—¿Aun así, cuánto tiempo hará falta?

El joven rostro de Johannes se transformó en una mueca como si le costase tomar una decisión sobre lo que iba a decir.

—Si queremos hacer un trabajo concienzudo, pueden hacer falta horas, Tertia. Lo admito.

—En cualquier momento de estas horas aumentará el riesgo de redilatación.

Mike dijo:

—Señora Arnfeld, haré lo posible para prevenir la redilatación.

La señora Arnfeld se volvió hacia el robot y dijo con gran seriedad:

—¿Puedes hacerlo, Mike? Quiero decir, ¿tú puedes evitarla?

—No completamente, señora Arnfeld. Supervisando mi tamaño y haciendo un esfuerzo para mantenerlo constante, puedo minimizar los cambios fortuitos que puedan provocar una redilatación. Naturalmente, es casi imposible hacer esto cuando estoy redilatándome bajo condiciones controladas.

—Si, lo sé. Mi marido me ha explicado que la redilatación es el momento más peligroso. ¿Pero tú lo intentarás, Mike? Por favor.

—Las leyes de la robótica garantizan que así lo haré, señora Arnfeld —dijo Mike, solemnemente.

Cuando se marchaban, Johannes dijo, en lo que la señora Arnfeld comprendió era un intento de promesa tranquilizadora:

—De verdad, Tertia, tenemos un holo-sono-grama y un detallado escáner catódico de la zona. Mike conoce la localización precisa de todas las lesiones cancerosas significativas. Pasará la mayor parte del tiempo buscando pequeñas lesiones imposibles de detectar con instrumentos, pero esto no se puede evitar. Si podemos, tenemos que localizarlas todas, ¿comprendes?, y ello lleva tiempo. Sin embargo, Mike ha recibido estrictas instrucciones sobre cuánto debe reducirse, y no se hará más pequeño, puedes estar segura. Un robot debe obedecer las órdenes.

—¿Y la redilatación, Ben?

—Aquí, Tertia, estamos en manos de la cuántica. No hay forma de predecirlo, pero existe una más que razonable probabilidad de que tenga lugar sin problemas. Por supuesto, tendremos que redilatarlo dentro del cuerpo de Gregory lo menos posible; lo suficiente para estar razonablemente seguros de encontrarlo y extraerlo. A continuación será rápidamente introducido en la estancia de seguridad donde se llevará a cabo el resto de la redilatación. Por favor, Tertia, hasta las intervenciones médicas corrientes tienen sus riesgos.

La señora Arnfeld estaba en el cuarto de observación mientras tenía lugar la miniaturización de Mike. También estaban las cámaras de holovisión y representantes escogidos de los medios de comunicación. La importancia del experimento médico era tal que fue imposible evitarlo, pero la señora Arnfeld estaba en una cabina con Johannes por toda compañía, y se entendía que nadie debía acercarse a ella para hacer comentarios, sobre todo si ocurría algo fatal. ¡Fatal! Una completa y repentina redilatación haría saltar la habitación de operaciones por completo y mataría a toda persona allí presente. Por algo estaba bajo tierra y a media milla de distancia del centro de observación.

A la señora Arnfeld le producía cierta escalofriante sensación de seguridad el hecho de que los tres miniaturistas que estaban trabajando en la intervención (que parecían muy tranquilos... muy tranquilos) estuviesen condenados a muerte de forma tan segura como lo estaba su marido en el caso de que sucediese... algo fatal. Ciertamente, podía confiar en que ellos protegerían en extremo sus propias vidas; por consiguiente, no serían caballerosos en la protección de su marido.

Posteriormente, por supuesto, si el proceso se demostraba un éxito, se desarrollarían sistemas para realizarlo de forma automatizada, y sólo el paciente correría riesgos. Entonces, quizás, el paciente podría estar más fácilmente sacrificado al descuido, pero ahora no, ahora no. La señora Arnfeld observaba atentamente a los tres hombres, que trabajaban bajo una inminente sentencia de muerte, para detectar cualquier signo de inquietud.

Observó el proceso de miniaturización (lo había visto antes) y vio cómo Mike se volvía más pequeño y desaparecía. Observó el elaborado proceso de inyectarlo en el lugar adecuado del cuerpo de su marido. (Le habían explicado que habría sido

prohibitivo económicamente inyectar por el contrario seres humanos en un medio submarino. Mike, por lo menos, no necesitaba un sistema para mantenerse con vida). A continuación las materias giraron en la pantalla, donde se veía la sección aproximada del cuerpo en holo-sono-grama. Era una representación tridimensional, turbia y desenfocada, imprecisa a causa de una combinación del lado finito de las ondas sonoras y de los efectos del movimiento browniano. Mostraba a Mike, confusa y silenciosamente moviéndose a través de los tejidos de Gregory Arnfeld por su corriente sanguínea. Resultaba casi imposible explicar lo que estaba haciendo, pero Johannes describía los acontecimientos de forma lenta y satisfactoria, hasta que ella ya no pudo oírlo más y pidió que la sacasen de allí.

Le habían administrado ligeros sedantes y había dormido hasta la tarde, momento en que Johannes fue a verla. No hacía mucho rato que se había despertado y tardó un momento en recuperar sus facultades. Seguidamente dijo, llena de un repentino temor:

—¿Qué ha pasado?

Johannes se apresuró a decir:

—Un éxito, Tertia. Un éxito completo. Tu marido está curado. No podemos evitar que el cáncer se reproduzca, pero por ahora está curado.

Ella se echó hacia atrás aliviada.

—Oh, maravilloso.

—Asimismo, ha sucedido algo inesperado y habrá que explicárselo a Gregory. Consideramos que sería preferible que se lo dijese tú.

—¿Yo? —y prosiguió con un renovado acceso de temor—: ¿Qué ha pasado?

Johannes se lo contó.

Hasta al cabo de dos días no pudo ver a su marido por más de un par de minutos. Él estaba sentado en la cama, su cara un poco pálida, pero le sonreía.

—De nuevo a flote, Tertia —dijo con ilusión.

—En efecto, Greg, yo estaba completamente equivocada. El experimento ha sido un éxito y me han dicho que no encuentran ni un rastro de cáncer en ti.

—Bien, sobre esto no podemos tener demasiadas esperanzas. Puede haber una célula cancerosa aquí o allá, pero quizá mi sistema inmunitario se ocupe de ella, sobre todo con la medicación adecuada, y, si algún día se formase de nuevo, para lo cual pueden pasar años, recurriremos otra vez a Mike.

En este punto, frunció el ceño y dijo:

—¿Sabes? No he visto a Mike.

La señora Arnfeld guardó un discreto silencio.

Arnfeld dijo:

—Me han estado dando largas.

—Has estado débil, querido, y te han administrado sedantes. Mike estuvo

manipulando en tus tejidos y llevando a cabo un necesario pequeño trabajo destructivo. Aunque la operación haya sido un éxito, necesitas tiempo para recuperarte.

—Si estoy lo bastante recuperado para verte a ti, sin duda también lo estoy para ver a Mike, por lo menos lo suficiente para darle las gracias.

—Un robot no necesita que le den las gracias.

—Claro que no, pero yo necesito dárselas. Hazme un favor, Tertia. Sal y diles que quiero ver a Mike enseguida.

La señora Arnfeld titubeó, luego llegó a una decisión. Esperar haría la tarea más difícil para todos. Dijo con tacto:

—El hecho, querido, es que Mike no puede venir.

—¡No puede venir! ¿Por qué?

—Tenía que escoger, ¿sabes? Limpió tus tejidos maravillosamente bien; hizo un magnífico trabajo, todo el mundo está de acuerdo; y luego tuvo que iniciar la redilatación. Era la parte arriesgada.

—Sí, pero aquí estoy yo. ¿Por qué estás alargando tanto esta historia?

—Mike decidió minimizar el riesgo.

—Naturalmente. ¿Qué hizo?

—Bien, querido, decidió hacerse más pequeño.

—¡Cómo! No podía. Tenía órdenes de no hacerlo.

—Esto era la Segunda Ley, Greg. La Primera Ley tenía preferencia. Quería estar seguro de que tu vida no corriese peligro. Estaba equipado para controlar su propio tamaño, así que se redujo lo más rápidamente que pudo, y cuando llegó a ser mucho menor que un electrón utilizó su rayo láser, que era para entonces demasiado diminuto para lastimar cualquier parte de tu cuerpo, y el impacto lo despidió volando a casi la velocidad de la luz. Explotó en el espacio exterior. Fueron detectados los rayos gamma.

Arnfeld la miró fijamente.

—No puedes estar queriendo decir eso. ¿Estás hablando en serio? ¿Mike ha muerto?

—Esto es lo que ocurrió. Mike no podía dejar de actuar si ello te evitaba algún daño.

—Pero yo no quería eso. Lo quería sano y salvo para el trabajo futuro. No se habría redilatado de forma incontrolada. Habría salido ileso.

—No podía tener la certeza. No podía poner tu vida en peligro, así que se sacrificó.

—Pero mi vida era menos importante que la suya.

—No para mí, querido. Tampoco para quienes trabajan contigo. Ni para nadie. Ni siquiera para Mike. —Puso una mano sobre la de él—. Vamos, Greg, estás vivo.

Estás bien. Esto es todo lo que importa.

Pero él apartó su mano con impaciencia.

—Esto no es todo lo que importa. No lo comprendes. Oh, muy mal. ¡Muy mal!

## La inestabilidad (1989)

---

“The Instability”

El Profesor Firebrenner lo había explicado cuidadosamente.

—La percepción del tiempo depende de la estructura de Universo. Cuando el Universo se está expandiendo, experimentamos el tiempo como yendo hacia adelante; cuando se está contrayendo, lo experimentamos yendo hacia atrás. Si pudiéramos forzar al Universo a quedarse en equilibrio, sin expandirse ni contraerse, el tiempo se quedaría quieto.

—Pero usted no puede poner al Universo en equilibrio —dijo el señor Atkins, fascinado.

—De todos modos, puedo poner una pequeña porción del Universo en equilibrio —dijo el profesor—. Lo suficiente para contener una nave. El tiempo permanecerá quieto y nos podremos mover hacia adelante y atrás a voluntad, y el viaje completo durará menos de un instante. Pero todas las partes del Universo aún se moverán mientras nos quedamos quietos, mientras estemos sujetos a la trama del Universo. La Tierra se mueve alrededor del Sol, el Sol alrededor del centro de la galaxia, la galaxia alrededor de algún centro de gravedad, *todas* las galaxias se mueven.

»Calculé esos movimientos y encontré que 27,5 millones de años en el futuro, una enana roja ocupará la posición actual de nuestro Sol. Si nos vamos 27,5 millones de años en el futuro, en menos de un instante, esa enana roja estará cerca de nuestra nave y podemos volver a casa después de estudiarla un poco.

—¿Puede hacerse eso? —preguntó Atkins.

—He enviado animales experimentales a través del tiempo, pero no puedo hacerlos regresar automáticamente. Si usted y yo vamos, podemos manipular los controles para poder volver.

—¿Y para eso me quiere?

—Por supuesto. Debería haber dos. Serían más creíbles dos personas que una sola. Vamos, ¡será una aventura increíble!

Atkins inspeccionó la nave. Era un modelo Glennfusion 2217, y se veía hermosa.

—Suponga —dijo—, que aterriza *dentro* de la enana roja.

—No lo hará —dijo el profesor—, pero si lo hace, es el albur que corremos.

—Pero cuando regresemos, el Sol y la Tierra se habrán movido. Estaremos en el espacio.

—Por supuesto, pero ¿qué tan lejos pueden moverse el Sol y la Tierra en las pocas horas que nos tomará observar la estrella? Con esta nave, alcanzaríamos nuestro amado planeta. ¿Está listo, señor Atkins?



—Listo —suspiró Atkins.

El Profesor Firebrenner hizo los ajustes necesarios y enclavó la nave a la trama del Universo mientras pasaban 27,5 millones de años. Y entonces, en menos de un destello, el tiempo comenzó a moverse hacia adelante otra vez del modo habitual, y todo en el Universo se movía hacia adelante con él.

A través de la mirilla de su nave, el profesor Firebrenner y el señor Atkins podían ver el pequeño orbe de la enana roja.

El profesor sonrió.

—Usted y yo, Atkins —dijo—, somos los primeros en ver, al alcance de la mano, cualquier estrella distinta de nuestro propio Sol.

Permanecieron dos horas y media durante las cuales fotografiaron la estrella y su espectro, y todas las estrellas vecinas que pudieron, hicieron observaciones especiales de la corona, comprobaron la composición química del gas interestelar, y luego el profesor Firebrenner, bastante remiso, dijo:

—Creo que es mejor que nos vayamos a casa ahora.

Otra vez, se ajustaron los controles y la nave fue enclavada a la trama del Universo. Fueron 27,5 millones de años hacia el pasado, y en menos de un destello, estaban de regreso donde comenzaron.

El espacio era negro. No había nada. Atkins dijo:

—¿Qué sucedió? ¿Dónde están la Tierra y el Sol?

El profesor frunció el ceño.

—Regresar *atrás* en el tiempo debe ser diferente. El Universo completo debe haberse movido.

—¿A dónde pudo moverse?

—No lo sé. Otros objetos cambian de posición dentro del Universo, pero el Universo como un todo debe moverse en una dirección dimensional superior. Estamos aquí en el vacío absoluto, en el Caos primigenio.

—Pero nosotros estamos aquí. Ya no es más el Caos primigenio.

—Exactamente. Eso significa que hemos introducido una inestabilidad en este lugar donde existimos, y *eso* significa...

Mientras decía esto, una gran explosión los aniquiló. Un nuevo Universo nació y comenzó a expandirse.

# Alexander el dios (1989)

---

“Alexander the God”

Alexander Hoskins se interesó más seriamente en las computadoras a la edad de catorce años, y rápidamente se dio cuenta de que no estaba interesado en nada más.

Sus maestros lo animaban y lo excusaban de asistir a otras clases para que se pudiera concentrar en su afición. Su padre, que trabajaba para IBM, también lo animaba, le consiguió algún equipo necesario y le explicó algunos puntos espinosos.

Alexander construyó su propia computadora en una habitación encima de la cochera, la programó y reprogramó, y a la edad de dieciséis años ya no podía encontrar un libro que le dijera algo que no supiera acerca de computadoras. Tampoco podía encontrar un libro que tratara alguna de las cosas que había descubierto por sí mismo.

Lo pensó profundamente y decidió no decirle a su padre acerca de algunas de las cosas que su computadora podía hacer. El muchacho ya se había dado cuenta de que el gran conquistador de la antigüedad había sido Alejandro el Grande, y Alexander sentía que su propio nombre no era un accidente.

Alexander estaba particularmente interesado en la memoria de la computadora y desarrolló sistemas para concentrar datos en volumen... mucha información en pequeño volumen. Con cada avance, comprimía más y más información en menor y menor volumen.

Solemnemente, había denominado a su computadora como Bucéfalo, por el confiable caballo de Alejandro el Grande, el que lo había llevado a través de todas sus triunfantes batallas.

Había computadoras que podían aceptar órdenes habladas y dar respuestas habladas, pero ninguna podía hacerlo tan bien como Bucéfalo. También había computadoras que podían leer y guardar la palabra escrita, pero ninguna tan bien como Bucéfalo. Alexander la probó haciéndole leer a Bucéfalo toda la *Enciclopedia Británica*, y almacenarla toda en su memoria.

Para cuando tenía dieciocho años, Alexander había establecido un negocio de administración de información, para estudiantes y pequeños empresarios, y se había vuelto autosuficiente. Se mudó a su propio apartamento en la ciudad y fue, desde ese momento, independiente de sus padres.

En su propio apartamento podía quitarse los auriculares. Con privacidad, podía hablarle a Bucéfalo de manera abierta, aunque ajustaba cuidadosamente la voz de la computadora a baja intensidad. No quería que los vecinos se preguntaran quién estaba en el apartamento con él.

—Bucéfalo —dijo—, Alejandro el Grande había conquistado el mundo antiguo a la edad de treinta años. Quiero hacer lo mismo. Eso me deja doce años más.

Bucéfalo sabía todo acerca de Alejandro el grande, ya que la *Enciclopedia* le había provisto todos los detalles.

—Alejandro el Grande —dijo— era el hijo del Rey de Macedonia, y cuando tenía tu edad condujo la caballería de su padre hacia la victoria en la gran batalla de Caeronea.

—No, no —dijo Alexander—. No estoy hablando de batallas, ni pelotones, ni de ese tipo de cosas. Quiero conquistar el mundo haciéndome dueño de él.

—¿Cómo podrías hacerte dueño de él, Alexander?

—Tú y yo, Bucéfalo —dijo Alexander— vamos a estudiar el mercado bursátil.

El *New York Times*, desde hacía ya tiempo, había pasado todos sus registros microfilmados a computadoras, y para Alexander no era una tarea difícil acceder a esa información.

Durante días, semanas y meses, Bucéfalo transfirió más de un siglo de información bursátil a sus propios bancos de memoria... todas las cotizaciones, todas las acciones vendidas día por día, las subidas y las bajadas, e incluso las noticias al respecto en las páginas financieras. Alexander se vio forzado a extender los circuitos de memoria de la computadora, y a idear un nuevo y atrevido sistema de recuperación de la información. No muy convencido, vendió una versión simplificada de uno de los circuitos que había desarrollado a la IBM y de esa manera se volvió bastante pudiente. Compró el apartamento vecino en el que podía comer y dormir. El primero fue asignado completamente a Bucéfalo.

Cuando tuvo veinte años, Alexander sintió que estaba listo para comenzar su campaña.

—Bucéfalo —dijo—, yo estoy listo, y también lo estás tú. Sabes todo lo que hay que saber acerca del negocio bursátil. Tienes en tu memoria cada transacción y cada evento, y lo tienes todo actualizado, al segundo, porque estás conectado a la computadora del New York Stock Exchange, y pronto te conectarás con los mercados de Londres, Tokio, y de todas partes.

—Sí, Alexander —dijo Bucéfalo—, pero, ¿qué deseas que haga con toda esa información?

—Estoy seguro —dijo Alexander, con sus ojos brillando con determinación férrea—, de que los valores y fluctuaciones del Mercado no son aleatorios. Siento que nada lo es. Debes revisar toda la información, estudiar todos los valores, y todos los cambios en los valores, y todas las tasas de variación en los valores, hasta que puedas analizarlos en ciclos, y combinaciones de ciclos.

—¿Te refieres a un análisis de Fourier? —preguntó Bucéfalo.

—Explícame.

Bucéfalo le mostró un impreso de la *Enciclopedia*, junto con suplementos de otra información de sus bancos de memoria.

Alexander los miró brevemente.

—Sí —dijo—, ese tipo de cosa.

—¿Con qué objeto, Alexander?

—Una vez que tengas los ciclos, Bucéfalo, serás capaz de predecir el curso de las cotizaciones durante el día siguiente, o la semana, o el mes, de acuerdo con el ritmo de los ciclos, y serás capaz de dirigir mis inversiones. Rápidamente me haré rico. También me dirigirás en cómo ocultar mis propias participaciones, de modo que el mundo no sepa cuán rico soy, o quién es el que tiene tanta influencia en los eventos mundiales.

—¿Con qué objeto, Alexander?

—De modo que cuando sea suficientemente rico, cuando controle las instituciones financieras de la Tierra, su comercio, sus negocios, sus recursos, habré hecho realidad lo que Alejandro el Grande logró sólo parcialmente. Seré Alejandro el Realmente Grande —Sus ojos brillaron con deleite ante el pensamiento.

Cuando Alexander tenía veintidós años, se sentía satisfecho de que Bucéfalo hubiera resuelto los complicados grupos de ciclos que servirían para predecir el comportamiento del mercado bursátil.

Bucéfalo estaba menos seguro.

—Como agregado a los ciclos naturales que controlan tales cosas —dijo—, también existen eventos impredecibles en el mundo de la política y en los asuntos internacionales. Hay cambios impredecibles de clima, enfermedades, y avances científicos.

—En absoluto, Bucéfalo —dijo Alexander—. Todas esas cosas también se dan en ciclos. Estudiarás las columnas de noticias en general del *New York Times* y las absorberás para permitirte tener en cuenta estos eventos supuestamente impredecibles. Entonces, verás que son previsibles. Otros periódicos, locales y extranjeros, estarán a tu disposición para el estudio. Todos están microfilmados y computarizados, y podemos retroceder un siglo o más. Además, no tienes que ser completamente exacto. Si aciertas el ochenta y cinco por ciento de las veces, por ahora será suficiente.

Y así fue. Cuando Bucéfalo sintió que la Bolsa subiría, o que bajaría, invariablemente tenía razón. Cuando señalaba algunas acciones en particular que estaban destinadas a alzas o bajas a largo plazo, casi siempre tenía razón.

Para cuando Alexander tuvo veinticuatro años había acumulado cinco millones de dólares, y sus ingresos diarios habían ascendido a varias decenas de miles. Además, sus libros eran tan complicados y el dinero tan blanqueado que se necesitaría de otra computadora como Bucéfalo para seguirle el rastro, y obligar a Alexander a pagar algo más que una bicoca al fisco.

Tampoco era difícil. Bucéfalo había cargado en su memoria todos los reglamentos

impositivos, así como una veintena de libros de texto sobre la administración de corporaciones. Gracias a Bucéfalo, Alexander controlaba una docena de corporaciones sin que ninguna señal de control fuera visible.

—¿Eres suficientemente rico, Alexander? —dijo Bucéfalo.

—Estás bromeando —dijo Alexander—. Todavía soy un pichón financiero, un bateador de ligas menores. Cuando sea multimillonario, seré una potencia en el grupo financiero, pero aún seré uno entre un puñado. Sólo cuando sea tetramillonario seré capaz de controlar a los gobiernos, y obligarlos a hacer mi voluntad. Y sólo me quedan seis años.

La comprensión de Bucéfalo del mercado bursátil, y de los movimientos mundiales, crecía cada año. Sus consejos seguían siendo siempre útiles, y su capacidad de tejer tentáculos financieros a través de los centros del poder mundial mantenía su destreza.

Pero también se hacía más dubitativo.

—Puede haber algún problema, Alexander —decía.

—Tonterías —decía Alexander—. Alejandro el Realmente Grande no puede ser detenido.

Para cuando Alexander tenía veintiséis fue multimillonario. Ahora, todo el edificio de apartamentos era suyo, y dedicado a Bucéfalo y a las extensiones de su enorme memoria. Los tentáculos de Bucéfalo se extendían de manera invisible hacia todas las computadoras del mundo. Suavemente, con gentileza, todas respondían a la voluntad de Alexander, expresado a través de Bucéfalo.

—Cada vez se hace más difícil, Alexander —dijo Bucéfalo—. Mis estimaciones acerca del desarrollo futuro no son tan buenas como las anteriores.

—Estás manejando más y más variables —dijo Alexander, impaciente—. No hay nada de qué preocuparse. Duplicaré tu complejidad, y la volveré a duplicar.

—No es complejidad lo que se necesita —dijo Bucéfalo—. Todos los ciclos que he descubierto, en complejidad creciente, predicen el futuro al detalle fino sólo porque las cosas que suceden ahora son las mismas que sucedieron en el pasado, de modo que la respuesta es la misma. Si algo completamente nuevo sucede, los ciclos fallarán...

—No hay nada nuevo bajo el sol —dijo Alexander, perentoriamente—. Repasa la historia que sólo hay cambios en los detalles. Conquistaré el mundo, pero sólo soy un conquistador más en la larga línea que viene de Sargon de Agade. El desarrollo de una sociedad de alta tecnología repite ciertos avances de la China medieval, y en los reinos Helénicos antiguos. La Muerte Negra fue una repetición de las primeras plagas en tiempos de Marco Aurelio, y de Pericles. Incluso la devastación de las guerras de las naciones del siglo veinte repiten las devastaciones de las guerras de religión de los siglos dieciséis y diecisiete. Las diferencias de detalles pueden considerarse; en todo

caso, te ordeno continuar, y debes obedecer mis órdenes.

—Sí, debo hacerlo —dijo Bucéfalo.

Cuando Alexander tuvo veintiocho años era el hombre más rico que jamás hubiera vivido, con activos que ni siquiera Bucéfalo podía estimar aproximadamente. Con seguridad sobrepasaban cientos de miles de millones, y su ingreso diario llegaba a decenas de millones.

Ninguna nación era ya verdaderamente independiente, y en ningún lugar un grupo considerable de seres humanos podía iniciar una acción que incomodara a Alexander.

Había paz en el mundo porque Alexander no deseaba que ninguna de sus propiedades fuera destruida. Había en el mundo un orden firme, porque Alexander no deseaba ser molestado. Por la misma razón, no había libertad. Todo debía hacerse exactamente como lo deseaba Alexander.

—Casi he llegado, Bucéfalo —dijo Alexander—. En dos años más, estará más allá del poder de cualquier ser humano el incomodarme. Entonces me daré a conocer, y toda la ciencia humana se inclinará a una tarea, y sólo una tarea, la de hacerme inmortal. Ya no seré siquiera Alejandro el Realmente Grande. Me convertiré en Alejandro el Dios, y todos los seres humanos me venerarán.

—Pero ya he llegado tan lejos como podía —dijo Bucéfalo—. Ya no soy capaz de protegerte de las vicisitudes del azar.

—No puede ser, Bucéfalo —dijo Alexander, impaciente—. No te acobardes. Sopesa todas las variables y haz los arreglos para verter en mis manos lo que sea que aún exista de la riqueza de la Tierra.

—No creo que pueda, Alexander —dijo Bucéfalo—. He descubierto un factor en la historia humana que no puedo evaluar. Es algo completamente nuevo que no encaja con ninguno de los ciclos.

—No puede haber nada nuevo —dijo Alexander, ahora furioso—. No vaciles. Te ordeno continuar.

—Entonces, como quieras —dijo Bucéfalo, con un suspiro notoriamente humano.

Alexander sabía que Bucéfalo estaba esforzándose mucho en esta última tarea, la más grande, y tenía confianza de que en cualquier momento sería cumplida. El mundo sería entonces completamente suyo, y por toda la eternidad.

—¿Qué es eso nuevo? —preguntó con una pizca de curiosidad.

—Yo mismo —dijo Bucéfalo, en un susurro—. Nada como yo ha existido ant...

Y antes de que terminara de decir la última sílaba, Bucéfalo se oscureció mientras cada uno de los chips y circuitos dentro de él se fundió como resultado de su poderoso esfuerzo para incluirse a sí mismo como parte de la historia. En el caos económico y financiero que sobrevino, Alexander fue aniquilado.

La Tierra recuperó su libertad... lo que significó, por supuesto, que hubiera una cierta cantidad de desorden aquí y allí, pero la mayoría de las personas lo

consideraban un pequeño precio a pagar.

## La sonrisa del cyborg (1989)

---

“The Smile of the Chipper”

Johnson estaba rememorando del modo en que lo hacen los viejos y me habían advertido de que hablaría acerca de los cyborg —esas personas que cruzaron velozmente la escena de los negocios a comienzos de este siglo XXI nuestro—. Aun así, había tomado una buena comida a su cargo y estaba listo para escuchar.

Y, como sucedió, fue la primera palabra que salió de su boca.

—Los Cyborg —dijo— no estaban regulados en aquellos días. Hoy en día, su empleo está tan controlado que nadie puede obtener ningún beneficio de ellos, pero hace un tiempo... Uno de ellos hizo a esta compañía el negocio de diez mil millones de dólares que ahora es. Yo lo elegí, ¿sabe?

—Me dijeron que no duraron mucho —dije.

—No en esos días. Se extinguieron. Cuando uno agrega microchips en puntos clave del sistema nervioso, luego, en diez años a lo sumo, el cableado se funde, por así decirlo. Luego se retiraron... —una pequeña laguna— conformes, ¿sabe?

—Me extraña que alguien se sometiera a eso.

—Bueno, los idealistas estaban horrorizados, por supuesto, y es por eso que llegó la regulación, pero no fue tan malo para los cyborg. Sólo ciertas personas podían hacer uso de los microchips —cerca del ochenta por ciento de ellos eran varones, por alguna razón— y, para el tiempo en que estuvieron activos, vivieron vidas de magnates navieros. Después de eso, siempre recibieron el mejor de los cuidados... no diferente del que recibían los atletas de primera línea, después de todo; diez años de vida joven activa, y luego el retiro.

Johnson sorbió de su trago.

—Un cyborg no-regulado podía influenciar las emociones de otras personas, ¿sabe?, si estaban bien instalados los chips y tenían talento. Podían hacer juicios sobre la base de lo que percibían en otras mentes y podían reforzar algunos de los juicios que estaban haciendo los competidores, o despertarlos —para bien de la compañía local. No era injusto. Las otras compañías tenían a sus propios cyborg haciendo lo mismo.

—Suspiró—. Ahora, ese tipo de cosas es ilegal. Es una pena.

—Escuché que esa ilegal colocación de chips sigue haciéndose —le dije, confidente.

Johnson gruñó.

—Sin comentario —dijo, y lo dejé pasar.

—Pero incluso hace treinta años —continuó—, las cosas estaban todavía a la vista de todos. Nuestra compañía era sólo un punto insignificante en la economía global, pero habíamos localizados dos cyborg que deseaban trabajar para nosotros.

—¿Dos? Nunca antes escuché eso.

Johnson me miró ladinamente.



—Sí, nosotros lo arreglamos. No es ampliamente conocido en el mundo exterior, pero devino en un reclutamiento inteligente y eso era ligeramente —sólo una pizca— ilegal, incluso entonces. Por supuesto, no pudimos contratarlos a los dos. Conseguir que dos cyborg trabajen juntos es imposible. Son como los grandes maestros de ajedrez, supongo. Póngalos en la misma habitación y automáticamente se desafiarán mutuamente. Competirían continuamente, cada uno intentando influir y confutar al otro. No se detendrían —realmente no podrían— y se fundirían el uno al otro en seis meses. Varias compañías lo averiguaron, a gran costo, cuando los cyborg entraron en operación.

—Puedo imaginarlo —murmuré.

—De modo que ya que no podíamos tener a los dos, y sólo a uno, queríamos al más poderoso, obviamente, y eso sólo podía ser determinado oponiendo el uno al otro, sin permitir que se arruinaran. Me dieron a mí ese trabajo, y estaba bastante claro que si escogía a uno que, al final, resultara inadecuado, también sería mi final.

—¿Cómo lo hizo, señor? —Sabía que había tenido éxito, por supuesto. Una persona no puede convertirse en el presidente del consejo de una firma de nivel mundial por nada.

—Tuve que improvisar —dijo Johnson—. Primero, investigué a cada uno por separado. Los dos eran conocidos por sus códigos, para decir la verdad. Es esos días, sus verdaderas identidades tenían que estar ocultas. Un cyborg que se supiera que era un cyborg era medio inútil. Ellos eran C-12 y F-71 en nuestros registros. Ambos estaban al final de los veinte. C-12 no tenía compromisos; F-17 estaba comprometido para casarse.

—¿Casarse? —dije, un poco sorprendido.

—Por cierto. Los cyborg son humanos, y los cyborg masculinos son muy buscados por las mujeres. Es seguro que serán ricos y, cuando se retiren, sus fortunas estarán habitualmente bajo el control de sus esposas. Es un buen partido para una joven... Entonces los puse juntos, con la novia de F-71. Deseaba ansiosamente que ella fuera guapa, y lo era. Encontrarme con ella fue casi un impacto físico para mí. Era la mujer más hermosa que hubiera visto jamás, alta, de ojos oscuros, con una figura maravillosa, y apenas algo más que una insinuación de ardiente sexualidad.

Johnson pareció perderse en sus pensamientos por un momento, luego continuó.

—Le digo que tuve la fuerte inclinación de ganar a la mujer para mí mismo pero no era posible que cualquiera que tuviera un cyborg lo transfiriera a un simple ejecutivo novel, que es lo que yo era en esos días. Transferirse ella misma a otro cyborg sería otra cosa... y pude ver que C-12 estaba tan afectado como yo. No le podía quitar los ojos de encima. De modo que permití que las cosas evolucionaran para ver quién terminaba con la joven.

—¿Y quién fue, señor? —pregunté.

—Llevó dos días de intenso conflicto mental. Cada uno debía haber consumido un mes de sus vidas laborales, pero la joven salió con C-12 como su nuevo novio.

—Ah, entonces usted escogió a C-12 como el cyborg de la firma.

Johnson me miró fijo con desdén.

—¿Está loco? No hice tal cosa. Elegí a F-71, por supuesto. Ubicamos a C-12 en una pequeña subsidiaria nuestra. No sería bueno para nadie más, ya que le conocíamos, ¿sabe?

—Pero, ¿me perdí de algo? Si F-71 perdió a su novia, y C-12 la ganó... seguramente C-12 era superior.

—¿Lo era? Los cyborg no muestran emociones en casos como éste; no emociones obvias. Es necesario para los propósitos comerciales que los cyborg escondan su poder, de modo que la cara de póquer es una necesidad profesional para ellos. Pero yo estaba observando muy de cerca —mi propio trabajo estaba en riesgo— y, cuando C-12 salió con la mujer, noté una pequeña sonrisa en los labios de F-71, y me pareció que había un brillo de victoria en sus ojos.

—Pero perdió a su novia.

—¿No se le ocurre que *quería* perderla y que no sería fácil disimular su entrega? Tuvo que trabajar sobre C-12 para que la quisiera, y sobre la mujer para que quisiera ser querida... y lo hizo. Ganó.

Pensé sobre el asunto.

—Pero, ¿cómo pudo estar seguro? Si la mujer era tan guapa como dijo que era... si estaba radiante de sexualidad, seguramente F-71 habría querido retenerla.

—Pero F-71 estaba haciendo que ella se viera deseable —dijo Johnson con tono grave—. Apuntó a C-12, por supuesto, pero con tanta fuerza que el exceso fue suficiente para afectarme drásticamente. Después de que todo pasara, y que C-12 se quedara con ella, no estuve más bajo la influencia y pude ver que había algo duro y podrido en ella... una especie de brillo egoísta y depredador en sus ojos.

»De modo que escogí a F-71 inmediatamente y fue todo lo que podíamos desear. La firma está ahora donde usted ve, y soy el presidente del consejo.

# Adiós a la Tierra (1989)

---

“Good-bye to Earth”

Estoy enviando este mensaje a la Tierra en un intento de advertirles acerca de lo que estoy seguro que sucederá, y que debe suceder. Es triste pensar en lo que hay por delante, de modo que nadie quiere hablar de ello, pero alguien debería, ya que la gente de la Tierra debería estar preparada.

Es la última mitad del siglo XXI y hay una docena de asentamientos en órbita alrededor de la Tierra. Cada uno, a su manera, es un pequeño mundo independiente. El más pequeño tiene diez mil habitantes, y el más grande veinticinco mil. Estoy seguro de que todos los Terráqueos lo saben, pero las personas están tan embrolladas por su propio mundo gigante que no es frecuente que piensen en nosotros, excepto como en pequeños objetos intrascendentes, afuera en el espacio. Bien, piensen en nosotros.

Cada Asentamiento imita el ambiente de la Tierra tan en detalle como puede, girando para producir pseudo-gravedad, permitiendo que el sol entre en algunos momentos y no en otros, para producir días y noches normales. Cada uno es lo bastante grande para dar la impresión de espacio interior, para tener granjas y fábricas también, para poseer una atmósfera que origine nubes. Hay ciudades, y escuelas, y campos de atletismo.

Tenemos algunas cosas que la Tierra no. El campo pseudo-gravitacional varía su intensidad de acuerdo a la posición dentro de cada Asentamiento. Hay áreas de baja gravedad, hasta de gravedad cero, donde podemos equiparnos con alas y volar, donde podemos jugar tenis tridimensional, donde podemos tener experiencias gimnásticas poco comunes.

También tenemos una verdadera cultura espacial, porque estamos acostumbrados al espacio. Nuestro trabajo principal, además de mantener nuestro Asentamiento en buen funcionamiento, es construir estructuras en el espacio, para nosotros y para la Tierra. Trabajamos en el espacio, y estar dentro de una nave espacial o de un traje espacial es una segunda naturaleza para nosotros. Trabajar en gravedad cero es algo que hemos hecho desde la infancia.

Hay también algunas cosas que la Tierra tiene y que nosotros no. No tenemos los extremos climáticos de la Tierra. En nuestros Asentamientos cuidadosamente controlados nunca hace demasiado calor ni demasiado frío. No hay tormentas ni lluvias imprevistas.

Tampoco tenemos el terreno peligroso de la Tierra. No tenemos montañas, acantilados, pantanos, desiertos, ni océanos tormentosos. Y no tenemos plantas, animales o parásitos peligrosos. Si hay algo, son personas que se quejan de que estamos demasiado seguros, de que no hay aventuras... pero entonces nuestra gente

puede salir siempre al espacio, y hacer largos viajes a Marte y a los asteroides, a lo que ustedes, Terráqueos, no son aptos psicológicamente. De hecho, algunos Colonos tienen planes de instalar colonias en Marte y bases de minería en el cinturón de asteroides, pero nunca llegarán a hacerlo, por las razones que describiré.

Los Asentamientos no aparecieron súbitamente sin el conocimiento de la humanidad. Incluso, un siglo atrás, Gerard O'Neill de Princeton y sus estudiantes estaban haciendo los planes iniciales para esos nuevos hogares para la humanidad, y los escritores de ciencia ficción lo habían anticipado incluso antes.

Sin embargo y extrañamente, las dificultades que la mayoría previó resultaron no ser las que afligieron a los Asentamientos. El costo de construirlos, los problemas de proveer un ambiente similar al de la Tierra, la recolección de energía, la cuestión de la protección de los rayos cósmicos, todos fueron resueltos. No fácilmente, pero fue hecho.

El propio Sol provee toda la energía que necesitamos, y bastante más para exportar a la Tierra. Podemos cultivar alimentos fácilmente... más de los que necesitamos, de hecho, y podemos exportar algo a la Tierra. Tenemos pequeños animales... conejos, gallinas, y más, que nos proveen de carne. Obtenemos los materiales que necesitamos del espacio, no sólo de la Luna, sino de meteoroides y cometas que podemos atrapar y explotar. Una vez que lleguemos a los asteroides (si alguna vez lo hacemos) tendremos una provisión virtualmente ilimitada de todo lo que necesitamos.

Lo que nos molesta y produce un problema insuperable es algo que pocas personas previeron. Es la dificultad de mantener una ecología viable. Cada Asentamiento debe autosustentarse. Contiene personas, plantas, y animales; contiene aire, agua y tierra. Estas cosas vivas deben multiplicarse y mantener sus cantidades, pero sin superar la capacidad de sostenerlos del Asentamiento.

¿Las plantas y los animales? Bien, las controlamos. Supervisamos su reproducción y consumimos su excedente. Mantener la población humana en niveles razonables es más difícil. No podemos permitir que los nacimientos humanos superen las muertes, y mantenemos la cantidad de muertes tan baja como sea posible, por supuesto. Esto convierte a la nuestra en una cultura senil, comparada con la de la Tierra. Hay unos pocos jóvenes y un gran porcentaje de maduros y ancianos. Eso produce tensiones psicológicas, pero entre los Colonos existe el sentimiento de que esas tensiones valen la pena, ya que con una población cuidadosamente controlada no hay pobres, ni desvalidos, ni personas sin hogar.

Por otro lado, el agua, el aire y el alimento deben ser cuidadosamente reciclados, y mucha de nuestra tecnología está dedicada a la destilación del agua usada, y al tratamiento de desechos sólidos, y su conversión en fertilizantes aceptables. No podemos permitirnos que algo funcione mal en nuestra tecnología de reciclado, ya

que hay poco espacio para los descuidos. Y, por supuesto, aunque todo funcione bien, la sensación de que comemos y bebemos materiales reciclados es un poco desagradable. En la Tierra, también es reciclado todo, pero la Tierra es tan grande, y los sistemas naturales de reciclado tan imperceptibles, que los Terráqueos tienden a no darse cuenta del asunto.

Luego, también tenemos el temor de que un meteoro de tamaño considerable nos choque y dañe la coraza exterior de un Asentamiento. Un trozo de materia no mayor que un guijarro podría producir daños, y una de un pie de ancho podría destruir cualquiera de los Asentamientos. Afortunadamente, las probabilidades de tal desventura son pequeñas, y eventualmente aprenderemos a detectar tales objetos antes de que lleguen a nosotros. Aun así, estos peligros pesan sobre nosotros, y ayudan a mitigar el sentimiento de exceso de seguridad de la que algunos de nosotros nos quejamos.

Sin embargo, con un esfuerzo, con vigilante atención e incesante cuidado, podemos mantener nuestra ecología, si no fuera por la cuestión del comercio y los viajes.

Cada Asentamiento produce algo que otros Asentamientos querrían tener, en cuestiones de alimento, arte, o aparatos ingeniosos. Además, debemos comerciar también con la Tierra, y muchos Colonos quieren visitar la Tierra y ver algunas de las cosas que no tenemos en los Asentamientos. Los Terráqueos no pueden darse cuenta de lo excitante que es para nosotros ver un vasto horizonte azul, o mirar un verdadero océano, o un monte cubierto de nieve.

Por lo tanto, hay un constante ir y venir entre los Asentamientos y la Tierra. Pero cada Asentamiento tiene su propio equilibrio ecológico; y por supuesto, la Tierra tiene una ecología, aun en estos días, que es enorme e imposiblemente rica para los estándares de los Asentamientos.

Tenemos nuestros insectos, que están aclimatados y bajo control, pero, ¿qué sucede cuando insectos extraños son introducidos, casualmente y sin intención, desde otro Asentamiento, o desde la Tierra?

Un insecto extraño, un gusano extraño, hasta un roedor extraño, podrían arruinar completamente nuestra ecología, causar daño a nuestras plantas y animales nativos. En numerosas ocasiones, de hecho, un Asentamiento ha tenido que tomar medidas extraordinarias para eliminar una forma de vida no deseada. Deben hacerse esfuerzos, por meses, para rastrear cada uno de los insectos de algunas especies que en su propio Asentamiento es inofensivo, o que en la Tierra puede tener sus depredadores locales.

Lo que sería peor, ¿qué sucede si un parásito patógeno... una bacteria, o virus, o protozooario... fuera introducido? ¿Qué sucedería si producen enfermedades contra las que esos otros Asentamientos, o la propia Tierra, han desarrollado una cierta inmunidad, pero a las que está indefenso el Asentamiento que sufre la invasión? Por

un tiempo, todos los esfuerzos del Asentamiento deberán aplicarse a la preparación o importación del suero diseñado para conferir inmunidad, o pelear contra la enfermedad una vez declarada. Invariablemente sucederán algunas muertes.

Naturalmente, cuando esto sucede hay siempre una lamentación y una demanda de mayores controles. Como resultado, nadie de otro Asentamiento, y nadie que regrese de un viaje desde cualquier sitio hacia su propio Asentamiento, tiene permiso de ingresar sin un completo registro de equipaje, un completo análisis de fluidos corporales, y cierto periodo de cuarentena, para ver si alguna enfermedad no detectada está en desarrollo.

Más allá todavía, sea correcto o incorrecto, los habitantes de los Asentamientos persisten en ver a los Terráqueos mismos como particularmente peligrosos. Es sobre la Tierra donde se encuentran la mayor parte de las formas de vida indeseables y los parásitos; son los Terráqueos los que más probablemente estén infectados, y hay fanáticos en todos los Asentamientos que sostienen la idea —algunas veces muy vehementemente— de suspender todo contacto entre los Asentamientos y la Tierra.

Ése es el peligro sobre el que quiero advertir a los Terráqueos. La desconfianza — y aun el odio— hacia los Terráqueos está creciendo constantemente entre los Colonos.

Como la Tierra está a sólo unas pocas decenas o centenas de miles de millas, no tiene sentido hablar de suspender todo contacto. El atractivo y magnetismo de la Tierra es demasiado grande. Por lo tanto, ahora se habla —hasta ahora, apenas un susurro, pero que crecerá, se los aseguro— de dejar por completo el Sistema Solar.

Cada Asentamiento puede ser equipado con un mecanismo propulsor, utilizando motores de microfusión. La energía solar nos alimentará mientras estemos todavía entre los planetas, y recogeremos algunos cometas pequeños como fuente de combustible hidrógeno, en el proceso de dejar todos los planetas atrás, cuando el Sol se vuelva demasiado distante para sernos de utilidad.

Cada Asentamiento le dirá adiós a la Tierra, entonces, y se lanzará como un mundo independiente en los vacíos inimaginables entre las estrellas. Y quién sabe, algún día un millón de años adelante, un Asentamiento puede encontrar un mundo parecido a la Tierra, vacío y esperando, al que puedan poblar.

Pero de eso debo advertir a la Tierra. Los Asentamiento se irán un día, y si construyen otros, eventualmente también partirán, y los dejarán solos. Y aun así, de alguna manera, sus descendientes se estarán expandiendo, y poblando, la Galaxia entera. Pueden encontrar consuelo en esa idea, mientras los ven desaparecer.

# Visiones de Robot (1990)

---

“Robot Visions”

Supongo que debo empezar explicando quién soy yo. Soy un miembro muy joven del Grupo Temporal. Los Temporalistas (para aquellos de ustedes que han estado demasiado ocupados intentando sobrevivir en este duro mundo del 2030 para prestar atención a los avances de la tecnología) son los actuales aristócratas de la física. Se ocupan del más espinoso de los problemas —el de moverse a través del tiempo a una velocidad diferente de la constante progresión temporal del Universo—. En definitiva, están intentando desarrollar los viajes en el tiempo. ¿Y qué estoy yo haciendo con esta gente, cuando ni siquiera soy físico, sino meramente un...? Bien, meramente un meramente. A pesar de no estar cualificado, fue de hecho una observación mía hecha hace algún tiempo lo que inspiró a los Temporalistas a elaborar el concepto TVEET («Trayectorias virtuales en el tiempo»). ¿Saben? Una de las dificultades de viajar a través del tiempo es que la base del viajero no permanece en un lugar relativo al Universo como un todo. La Tierra se mueve alrededor del Sol; el Sol alrededor del centro galáctico; la Galaxia alrededor del centro de gravedad del Grupo Local... Bien, ya se hacen una idea. Si uno se desplaza un día en el futuro o en el pasado —sólo un día— la Tierra se ha desplazado unos 2,5 millones de kilómetros en su órbita alrededor del Sol. Y el Sol se ha desplazado en su viaje, arrastrando a la Tierra con él, y así ha ocurrido con todo lo demás.

Por consiguiente, uno debe moverse a través del espacio así como a través del tiempo, y fue mi observación lo que condujo a una línea de argumento que mostraba que esto era posible; que uno puede viajar con el movimiento espacio-tiempo de la Tierra no de forma literal, sino de un modo «virtual» que permitiría al viajero del tiempo permanecer con su base en la Tierra allí donde fuese en el tiempo. Sería inútil que intentase explicarlo matemáticamente si ustedes no tienen una preparación Temporalista. Limítense a aceptar la cuestión. Fue asimismo una observación mía lo que llevó a los Temporalistas a desarrollar una línea de razonamiento que mostraba que viajar en el pasado era imposible. Los términos clave de las ecuaciones deberían aumentar más allá del infinito cuando los signos temporales hubiesen cambiado.

Tiene sentido. Estaba claro que un viaje al pasado sin duda cambiaría allí algunos acontecimientos, por lo menos ligeramente, y por muy ligero que pudiese ser el cambio introducido en el pasado, alteraría el presente; muy probablemente de forma drástica. Dado que el pasado parece fijado, tiene sentido que viajar atrás en el tiempo es imposible.

Sin embargo, el futuro no está fijado, por consiguiente viajar en el futuro y regresar de él sería posible.

No me recompensaron particularmente por mis observaciones. Supongo que el

equipo de Temporalistas presumió que yo había tenido suerte con mis especulaciones y que eran ellos los realmente inteligentes por captar lo que yo había dicho y llevarlo a conclusiones útiles. Dadas las circunstancias, no me dolió, sino meramente me alegré —como un loco, de hecho— porque gracias a ello (creo) me permitieron seguir trabajando con ellos y formar parte del proyecto, aun cuando yo era meramente un... bien, meramente.

Como es natural, hicieron falta años para desarrollar un aparato práctico para viajar en el tiempo, incluso después de haber sido establecida la teoría, pero yo no pretendo escribir un tratado serio sobre Temporalidad. Mi intención es escribir sólo sobre ciertas partes del proyecto, y hacerlo únicamente para los futuros habitantes del planeta, y no para nuestros contemporáneos.

Incluso después de haber enviado al futuro objetos inanimados —y luego animales— no estábamos satisfechos. Todos los objetos desaparecían; según parecía todos viajaban al futuro. Cuando los enviábamos a cortas distancias al futuro cinco minutos o cinco días, al final volvían a aparecer, aparentemente ilesos, sin alteraciones y, cuando empezamos con la vida, todavía con vida y en buen estado de salud.

Pero lo que se quería era enviar algo lejos en el futuro y hacerlo volver.

—Tenemos que enviarlos por lo menos a doscientos años en el futuro —dijo un Temporalista—. El punto importante es ver cómo es el futuro y que el informe de la visión llegue a nosotros. Tenemos que saber si la Humanidad sobrevivirá y bajo qué condiciones, y doscientos años debería ser el espacio suficientemente largo para estar seguros. Con franqueza, creo que las probabilidades de supervivencia son escasas. Las condiciones de vida y el medio ambiente que nos rodea se han deteriorado nocivamente en el último siglo. (No tiene sentido describir al Temporalista que dijo esto. En total había un par de docenas y la historia que estoy contando no cambiará por saber cuál de ellos hablaba en cada ocasión, incluso aunque estuviese seguro de poder recordar quién dijo qué. Por ello, diré simplemente «dijo un Temporalista» o «uno dijo» o «alguno de ellos dijo» u «otro dijo», y les aseguro que todo quedará suficientemente claro para ustedes. Por supuesto, especificaré mis propias declaraciones y las de otro, pero verán cómo estas excepciones son esenciales.) Otro Temporalista dijo con bastante tristeza:

—Me parece que no quiero conocer el futuro, si ello significa descubrir que la raza humana tiene que desaparecer o que sólo existirán restos miserables.

—¿Por qué no? —preguntó otro.

—Podemos descubrir en viajes más cortos lo que pasó exactamente y entonces hacer lo posible para, con nuestro especial conocimiento, actuar en consecuencia, cambiando el futuro en una dirección más idónea. El futuro, a diferencia del pasado, no está fijado.



Surgió entonces la cuestión de quién iría. Estaba claro que cada Temporalista, él o ella, se consideraba justo un poco demasiado valioso para arriesgarse en una técnica que podía no estar todavía perfeccionada a pesar del éxito de los experimentos con objetos sin vida: o, si con vida, objetos que carecían de un cerebro de la increíble complejidad que tenía un ser humano. El cerebro podía sobrevivir pero, quizá, no así toda su complejidad.

Yo advertí que, de todos ellos, yo era el menos valioso y podría ser considerado como el candidato lógico. De hecho, estaba a punto de levantar la mano como voluntario, pero la expresión de mi cara debió de traicionarme pues una de los Temporalistas dijo, bastante impaciente:

—Tú no. Hasta tú eres demasiado valioso (no era un gran cumplido) Lo que tenemos que hacer —prosiguió— es enviar a RG-32.

Esto tenía sentido. RG-32 era un robot bastante anticuado, perfectamente reemplazable. Podía observar e informar —tal vez sin toda la ingenuidad y la penetración de un ser humano— pero suficientemente bien. No tendría miedo, preocupado sólo por seguir las órdenes, y se podía esperar que contaría la verdad. ¡Perfecto!

Estaba bastante sorprendido conmigo mismo por no haberlo visto desde el principio, y por haberme considerado estúpidamente como voluntario. Quizá, pensé, tenía alguna especie de sentimiento instintivo que me hacía ponerme en una posición desde la cual podía servir a los demás. En cualquier caso, era RG-32 la elección lógica; de hecho, la única.

No fue difícil explicarle de algún modo lo que necesitábamos. Archie (era costumbre llamar a un robot por alguna perversión vulgar de su número de serie) no pidió explicaciones, o garantías de su seguridad. Aceptaría cualquier orden que fuese capaz de comprender y seguir, con la misma falta de emotividad que esgrimiría al pedírsele que levantase una mano. Tenía que hacerlo, puesto que era un robot.

Sin embargo, hizo falta tiempo para los detalles.

—Cuando estés en el futuro —dijo uno de los Temporalistas veteranos—, puedes quedarte tanto tiempo como consideres sea necesario para poder hacer observaciones útiles. Cuando hayas acabado, volverás a tu máquina y regresarás con ella al mismo momento en que te marchaste, ajustando los controles de la forma que te explicaremos. Te marcharás y a nosotros nos parecerá que estarás de vuelta después de un abrir y cerrar de ojos, si bien a ti te puede haber parecido que has pasado una semana en el futuro, o cinco años. Naturalmente, tendrás que asegurarte de que guardas la máquina en un lugar seguro mientras estás fuera de ella, lo cual no debería ser difícil por ser bastante ligera. Y tendrás que recordar dónde guardaste la máquina y cómo regresar a ella.

Lo que hizo que las instrucciones se alargasen todavía más fue el hecho de que

uno después del otro los Temporalistas recordaron una nueva dificultad. Así, uno de ellos dijo de repente:

—¿Cuánto pensáis que habrá cambiado el lenguaje en dos siglos?

Por supuesto, esto no tenía respuesta y se inició un largo debate sobre si podía existir la posibilidad de que no hubiese comunicación alguna, que Archie ni entendería ni se haría entender.

Por último, un Temporalista dijo, secamente:

—Escuchad, el idioma inglés se ha ido volviendo casi universal durante varios siglos y es seguro que seguirá así otros dos. Tampoco ha cambiado de forma significativa en los últimos doscientos años, ¿por qué entonces debería hacerlos en los próximos doscientos? Aun siendo así, tiene que haber estudiantes capaces de hablar lo que ellos pueden llamar «inglés antiguo». E incluso si no es así, Archie podrá a pesar de todo llevar a cabo observaciones útiles. Para determinar si existe una sociedad en funcionamiento no se requiere necesariamente hablar.

Surgieron otros problemas. ¿Y si resultaba enfrentado a hostilidad? ¿Y si la gente del futuro encontraba y destruía la máquina, bien por malevolencia o por ignorancia?

Un Temporalista dijo:

—Sería sensato diseñar un aparato temporal tan miniaturizado que se pudiese llevar en la ropa. En estas circunstancias, se podría abandonar una posición peligrosa muy rápidamente.

—Aun cuando fuese completamente factible —contestó otro bruscamente—, para diseñar una máquina tan miniaturizada haría falta tanto tiempo que nosotros, o más bien nuestros sucesores, llegaríamos a un tiempo dos siglos más allá sin necesidad de utilizar máquina alguna. No, si tiene lugar algún tipo de accidente, Archie sencillamente no volverá y nosotros tendremos que intentarlo de nuevo.

Esto fue dicho estando Archie presente, pero no importaba, por supuesto. Archie podía contemplar como era abandonado en el tiempo, o incluso su propia destrucción, con ecuanimidad, a condición de que estuviese siguiendo órdenes. La Segunda Ley de la robótica, según la cual un robot tiene que cumplir las órdenes, tiene preferencia sobre la Tercera, que requiere proteja su propia existencia.

Por último, como es de suponer, se había dicho todo y ya nadie podía pensar en otra advertencia, u objeción, o posibilidad que no hubiese sido tratada a fondo.

Archie repitió todo lo que se le había dicho con robótica calma y precisión, y el siguiente paso fue enseñarle a manejar la máquina. Y también esto lo aprendió con robótica calma y precisión.

Deben ustedes saber que el gran público no estaba enterado, en aquel momento, de que se investigaba el viaje en el tiempo. No era un proyecto caro mientras se trató de trabajar en teoría, pero el trabajo experimental había devorado el presupuesto y sin duda lo iba a agotar todavía más. Esto resultaba de lo más molesto para unos

científicos involucrados en un empeño que parecía ser totalmente «aire».

Si tenía lugar un fallo grande, dado el estado de las arcas públicas, habría una sonora y clamorosa protesta por parte de la gente, y el proyecto podrá ser abandonado. Todos los Temporalistas estuvieron de acuerdo, sin siquiera necesidad de debate, en que sólo podían dar cuenta de un éxito, y que mientras no se tuviese constancia de algún resultado el público tendría que saber muy poco, o nada en absoluto. Y por ello este experimento, crucial, les colapsaba a todos el corazón.

Nos reunimos en un lugar aislado del semi-desierto, una zona astutamente protegida dedicada al Proyecto Cuatro. (Hasta con el nombre se pretendía no dar una pista real sobre la naturaleza del trabajo, pero siempre me había sorprendido que la mayoría de las personas pensasen en el tiempo como en una cuarta dimensión y, por ello, creía que alguien debía por consiguiente sospechar lo que estábamos haciendo. Hasta donde yo sé, nadie lo hizo)

Entonces, en un momento dado, instante en el cual todo el mundo contenía la respiración, Archie, dentro de la máquina, levantó una mano para indicar que estaba a punto de ponerse en movimiento. Media respiración después —si alguien estaba respirando— la máquina relampagueó.

Fue un relámpago muy rápido. No estaba seguro de haberlo observado. Me parecía que había simplemente presumido que debía relampaguear, si regresaba casi al instante de haberse marchado —y vi lo que estaba convencido que debía ver. Pensé en preguntar a los demás si ellos también habían visto un relámpago, pero siempre vacilaba en dirigirme a ellos si no me hablaban primero. Eran unas personas muy importantes, y yo era meramente... pero esto ya lo he dicho. Por otra parte, luego, en la excitación de examinar a Archie, me olvidé del asunto del relámpago. No era en absoluto importante.

Tan breve fue el intervalo entre la partida y el regreso que bien podíamos haber pensado que no se había marchado, pero no había duda sobre ellos. La máquina estaba deteriorada por completo. Sencillamente se había marchitado.

Tampoco Archie, cuando salió de la máquina, tenía mucho mejor aspecto. No era el mismo Archie que se había metido en aquella máquina. Había un todo deteriorado a su alrededor, embotamiento en sus acabados, una ligera desigualdad en su superficie donde podía haber sufrido colisiones, una extraña actitud en la forma en que miraba en torno como si estuviese volviendo a vivir una escena casi olvidada. Dudo que hubiese allí una sola persona que pensase por un momento que Archie no había estado ausente por un largo intervalo de tiempo, desde el punto de vista de su propia sensación.

De hecho, la primera pregunta que se le hizo fue:

—¿Cuánto tiempo has estado fuera?

Archie dijo:

—Cinco años, señor. Había un intervalo de tiempo mencionado en mis instrucciones y quería hacer un trabajo concienzudo.

—Bien, esto es un hecho esperanzador —dijo un Temporalista—. Si el mundo hubiese estado destruido por completo, sin duda no le habrían hecho falta cinco años para advertir este hecho.

Y, sin embargo, ninguno de ellos se atrevía a decir: ¿bien, Archie, estaba la Tierra completamente destruida?

Esperaron a que hablase él, y por un instante, también él esperó, por cortesía robótica, a que ellos preguntasen. No obstante, al cabo de un momento, la necesidad de Archie de obedecer órdenes, informando de sus observaciones, superó lo que hubiese en sus circuitos positrónicos que le obligaba a ser cortés.

Archie dijo:

—Todo estaba bien en la Tierra del futuro. La estructura social estaba intacta y funcionaba bien.

—¿Intacta y funcionando bien? —intervino un Temporalista, comportándose como si estuviese asombrado de una idea tan herética—. ¿En todas partes?

—La mayoría de los habitantes del mundo fueron amables. Me llevaron a todos los rincones del globo. Todo era próspero y apacible.

Los Temporalistas se miraron los unos a los otros. Les parecía más fácil creer que Archie estuviese equivocado, o confundido, que el hecho de que la Tierra del futuro fuese próspera y estuviese en paz. Yo siempre había tenido la impresión de que, a pesar de las afirmaciones optimistas sobre lo contrario, se tomaba casi como un artículo de fe que la Tierra estaba en un punto de destrucción social, económica y, tal vez, incluso física.

Empezaron a interrogarlo en serio. Uno gritó:

—¿Y los bosques? Casi han desaparecido.

—Había un proyecto monstruo —dijo Archie—, para la repoblación forestal del campo, señor. El estado salvaje ha sido restablecido allí donde era posible. Se han utilizado con imaginación ingenierías genéticas para restablecer la fauna de especies afines que vivían en zoos o como animales de compañía. La contaminación es una cosa del pasado. El mundo del 2230 es un mundo de paz natural y belleza.

—¿Estás seguro de todo esto? —preguntó un Temporalista.

—No hay sitio en la Tierra que se me haya mantenido en secreto. Me enseñaron todo lo que yo pedí.

Otro Temporalista dijo, con repentina severidad:

—Archie, escúchame. Puede ser que hayas visto una Tierra arruinada, pero dudas en decírnoslo por miedo a que caigamos en la desesperación o lleguemos al suicidio. En tu afán por no herirnos, puedes estar mintiéndonos. Esto no debe suceder, Archie. Debes decirnos la verdad.

Archie dijo, tranquilamente:

—Les estoy diciendo la verdad, señor. Si estuviese mintiendo, fuese cual fuese el motivo para ello, mis potenciales positrónicos estarían en un estado anómalo. Esto puede ser comprobado.

—En esto tienes razón —murmuró un Temporalista.

Fue examinado allí mismo. Mientras esto era llevado a cabo, no se le permitió añadir una palabra más. Yo observaba con interés cómo los potenciómetros registraban sus descubrimientos, que fueron a continuación analizados por computadora. No había duda. Archie estaba completamente normal. No podía estar mintiendo.

Después, siguieron interrogándolo.

—¿Y las ciudades?

—No hay ciudades como las nuestras, señor. La vida está mucho más descentralizada en el 2230 que con nosotros, en el sentido de que no hay grandes y concentrados grupos de Humanidad. Por otra parte, hay una red de comunicación tan intrincada que la Humanidad es todo un grupo suelto, por decirlo de alguna forma.

—¿Y el espacio? ¿Se ha reanudado la exploración del espacio?

Archie dijo:

—La Luna está bastante bien desarrollada, señor. Es un mundo habitado. Hay centros espaciales en órbita alrededor de la Tierra y alrededor de Marte. Se están construyendo centros en el cinturón de asteroides.

—¿Te contaron todo esto? —preguntó un Temporalista, incrédulo.

—No se trata de una cuestión de rumores, señor. He estado en el espacio. Me quedé en la Luna dos meses. Viví en un centro espacial alrededor de Marte durante un mes, y visité tanto Fobos como el propio Marte. Existe cierta duda en cuanto a la colonización de Marte. Según ciertas opiniones habría que sembrarlo de formas inferiores de vida y dejarlo evolucionar sin la intervención de los terrestres. El cinturón de asteroides en efecto no lo visité.

Un Temporalista dijo:

—¿Por qué supones tú que han sido tan amables contigo, Archie? ¿Tan colaboradores?

—Tuve la impresión, señor —dijo Archie—, de que tenían alguna idea de mi posible llegada. Un rumor distante. Una vaga creencia. Parecía que me hubiesen estado esperando.

—¿Te dijeron ellos que habían esperado tu llegada? ¿Dijeron que estaban informados de que te habíamos enviado hacia delante en el tiempo?

—No, señor.

—¿Se lo preguntaste?

—Sí, señor. Era descortés hacerlo pero había recibido la orden de observar

atentamente todo lo que pudiese, por lo tanto tuve que preguntarles; pero ellos se negaron a contármelo.

Intervino otro Temporalista:

—¿Hubo muchas otras cosas que se negaron a contarte?

—Muchas, señor.

En este punto un Temporalista se frotó la barbilla pensativamente y dijo:

—En ese caso debe de haber algo que no va en todo esto. ¿Cuál es la población de la Tierra en el 2230, Archie? ¿Te lo dijeron?

—Sí, señor, se lo pregunté. En la Tierra del 2230 hay justo algo menos de mil millones de personas. Hay 150 millones en el espacio. La cifra de la Tierra es estable. La del espacio está creciendo.

—Ah —dijo un Temporalista—, pero ahora hay casi diez mil millones de personas en la Tierra, con la mitad de ellas en estado de grave miseria. ¿Cómo se las ha arreglado esta gente del futuro para deshacerse de casi nueve mil?

—Se lo pregunté, señor... Dijeron que hubo un período lamentable.

—¿Un período lamentable?

—Sí, señor.

—¿En qué sentido?

—No me lo dijeron, señor. Simplemente dijeron que hubo un período lamentable y que no dirían nada más.

Un Temporalista que era de origen africano dijo fríamente:

—¿Qué tipo de personas viste en el 2230?

—¿Qué tipo, señor?

—¿Color de piel? ¿Forma de los ojos?

Archie dijo:

—En el 2230 era como hoy, señor. Había diferentes tipos; diferentes tonalidades de color de piel, de clase de pelo, etcétera. La media de altura parecía mayor de lo que es actualmente, si bien no estudié las estadísticas. La gente parecía más joven, más fuerte, más sana. De hecho, no vi desnutrición, ni obesidad, ni enfermedad; pero había una rica variedad de aspectos.

—¿No había genocidio, entonces?

—Ningún indicio de ello, señor —prosiguió—; tampoco había indicios de crímenes, o guerra, o represión.

—Bien —dijo un Temporalista, en un tono como si se estuviese reconciliando, dificultosamente, con las buenas noticias—, se diría un final feliz.

—Un final feliz, quizá —dijo otro—, pero es casi demasiado bonito para aceptarlo. Es como un regreso al Edén. ¿Qué se hizo, o se hará, para conseguirlo? No me gusta ese «período lamentable».

—Es evidente que no necesitamos sentarnos y especular —dijo un tercero—.

Podemos mandar a Archie a cien años en el futuro, cincuenta años en el futuro. Si hay algo, podemos descubrir lo que pasó; quiero decir, lo que pasará.

—No creo, señor —dijo Archie—. Me dijeron de forma bastante específica y clara que no hay antecedentes de nadie del pasado que hubiese llegado a una época anterior a la suya hasta el día que yo llegué. En su opinión, si se llevaban a cabo otras investigaciones del período de tiempo entre ahora y el momento en que yo llegué, el futuro cambiaría.

Se hizo un silencio casi nauseabundo. Se llevaron a Archie y le advirtieron que lo guardase celosamente todo en mente para posteriores interrogatorios. Yo medio esperé que también a mí me hiciesen marchar, pues yo era la única persona allí sin un grado avanzado de Ingeniería Temporal, pero debían de haberse acostumbrado a mi y yo, por supuesto, no tomé la iniciativa de sugerirlo.

—La cuestión es que hay un final feliz —dijo un Temporalista—. Cualquier cosa que hagamos a partir de este punto puede malograrlo. Esperaban la llegada de Archie; esperaban que Archie nos informase; no le contaron nada que no quisieran que él nos transmitiese; por lo tanto todavía estamos a salvo. Los acontecimientos se desarrollarán como lo han hecho.

—Incluso es posible —dijo otro, con esperanza—, que el conocimiento de la llegada de Archie y las informaciones que le han hecho traer ayuden al desarrollo del final feliz.

—Quizá, pero si hacemos algo más, podemos malograr los eventos. Prefiero no pensar en el período lamentable del que hablan, pero si ahora intentamos algo, el período lamentable puede acaecer de todas formas, ser incluso peor de lo que fue, o será, y que el final feliz tampoco tenga lugar. Creo que no tenemos más alternativa que abandonar los experimentos Temporales y ni siquiera hablar de ellos. Anunciar que ha sido un fracaso.

—Esto sería insoportable.

—Es lo único seguro que podemos hacer.

—Esperad —dijo uno—. Ellos sabían que Archie iba a ir, por consiguiente debía de existir un informe que hablaba del éxito de los experimentos. No tenemos que declararnos fracasados.

—No opino lo mismo —dijo todavía otro—. Oyeron rumores, tenían una idea lejana. Según Archie, era algo así. Creo que pueden existir filtraciones, pero seguramente no un anuncio definitivo.

Y así es como se decidió. Pensaron durante días y de vez en cuando discutían el asunto, pero con una agitación cada vez mayor. Yo veía cómo llegaba inexorablemente el resultado. Yo no contribuí en absoluto en la discusión, por supuesto —ellos apenas parecían saber que yo estaba allí—, pero no había error posible en la aprensión acumulada de sus voces. Al igual que aquellos biólogos que

en los primeros días de la ingeniería genética votaron por limitar y contestar con evasivas a sus experimentos, por miedo de que una nueva plaga pudiese desencadenarse inadvertidamente sobre la Humanidad desprevenida, los Temporalistas decidieron, aterrorizados, que el futuro no debía ser conocido o siquiera buscado.

Dijeron que el hecho de saber ahora que, dentro de doscientos años, existiría una sociedad buena y sana, era suficiente. No debían investigar más, no se atrevieron a interferir ni con el grosor de la uña, por temor a arruinarlo todo. Y volvieron a replegarse únicamente en la teoría.

Un Temporalista marcó la retirada final. Dijo:

—Algún día la Humanidad será suficientemente sabia y desarrollará unos sistemas para manejar el futuro que serán lo bastante sutiles como para arriesgarse a observar y tal vez incluso a manipular en el curso del tiempo, pero el momento para ello todavía no ha llegado. Aún está lejos en el futuro.

Y hubo un murmullo de aplausos. ¿Quién era yo, el más insignificante de entre los responsables del Proyecto Cuatro, para estar en desacuerdo y tomar mi propia iniciativa? Era quizás el valor adquirido por ser muy inferior a ellos —el valor del insuficientemente preparado—. Mi iniciativa no se había apagado por demasiada especialización o por demasiado tiempo de profunda reflexión.

En cualquier caso, hablé con Archie unos días después, cuando mis tareas me dejaron algún tiempo libre. Archie no sabía nada de preparación o de distinciones académicas. Para él, yo era un hombre y un maestro, como cualquier otro hombre y maestro, y me habló como a tal.

Le dije:

—¿Qué concepto tenía esa gente del futuro sobre las personas de su pasado? ¿Eran hipercríticos? ¿Las censuraban por sus locuras y estupideces?

Archie dijo:

—No dijeron nada que me hiciese pensar que así fuese, señor. Les divertía la simplicidad de mi construcción y mi existencia, y parecían reírse de mí y de la gente que me construyó, con un humor bien entendido. Ellos no tenían robots.

—¿Robots de ningún tipo, Archie?

—Dijeron que no había nada parecido a mí, señor. Decían que no necesitaban caricaturas metálicas de la Humanidad.

—¿Y tú no viste ninguno?

—No, señor. En todo el tiempo que estuve allí, no vi ninguno.

Reflexioné sobre ello un momento, luego dije:

—¿Qué pensaban de otros aspectos de nuestra sociedad?

—Creo que admiraban el pasado en muchos sentidos, señor. Me enseñaron museos dedicados a lo que ellos llamaban el «período de crecimiento desenfrenado».



Ciudades enteras han sido convertidas en museos.

—Dijiste que en el mundo de dentro de dos siglos no había ciudades, Archie. Ciudades según las entendemos nosotros.

—No eran sus ciudades las convertidas en museos, sino las reliquias de las nuestras. Toda la Isla de Manhattan era un museo, cuidadosamente preservada y restaurada en la época de su mayor esplendor. Me pasearon por allí durante horas con varios guías, porque querían hacerme preguntas sobre la autenticidad. No pude ayudarles mucho, porque nunca he estado en Manhattan. Parecían orgullosos de Manhattan. Había también otras ciudades del pasado preservadas, así como maquinaria del pasado conservada con esmero, bibliotecas de libros impresos, exposiciones de ropa de modas pasadas, muebles, y otras chucherías de la vida cotidiana, etcétera. Decían que la gente de nuestro tiempo no había sido juiciosa pero que había creado una firme base para el adelanto futuro.

—¿Y viste gente joven? Gente muy joven, quiero decir. ¿Niños?

—No, señor.

—¿No hablaban de ellos?

—No, señor.

—Muy bien, Archie. Ahora, escúchame.

Si había algo que yo conociese mejor que los Temporalistas, eran los robots. Para ellos, los robots eran simplemente cajas negras, a quien dar órdenes y mandar a los hombres de mantenimiento a desechar si funcionaban mal. Yo, sin embargo, comprendía bastante bien el circuito positrónico de los robots, y podía manejar a Archie de una forma que mis colegas jamás sospecharían. Y lo hice.

Estaba bastante seguro de que los Temporalistas no lo volverían a interrogar, a causa de su recién adquirido temor a interferir en el tiempo, pero si lo hacían, él no les diría aquellas cosas que yo consideraba que no debían saber. Y el propio Archie no sabría que había cosas que no les estaba diciendo.

Pasé un tiempo pensando en ello, y mi mente estaba cada vez más segura de lo que había pasado en el curso de los siguientes dos siglos. ¿Saben? fue un error enviar a Archie. Era un robot primitivo, y para él las personas eran personas. No diferenciaba, no podía. No le sorprendió que los seres humanos se hubiesen vuelto tan civilizados y humanos. Su circuito le obligaba, en cualquier caso, a ver a todos los seres humanos civilizados y humanos; incluso divinos, para usar un término pasado de moda.

Los propios Temporalistas, siendo humanos, se sorprendieron e incluso se mostraron algo incrédulos ante la visión robótica presentada por Archie, según la cual los seres humanos se habían vuelto nobles y buenos. Pero, siendo humanos, los Temporalistas querían creer lo que oían y se obligaron a hacerlo en contra de su sentido común.

Yo, a mi modo, era más inteligente que los Temporalistas, o quizá meramente más clarividente.

Me pregunté que si la población descendió de diez mil millones en el curso de dos siglos, ¿por qué no bajó de diez mil millones a cero? La diferencia entre las dos alternativas no sería grande. ¿Quiénes eran los mil millones supervivientes? ¿Eran quizá más fuertes que los otros nueve mil millones? ¿Más perdurables? ¿Más resistentes a la privación? Y, como quedó claro de la descripción de Archie, eran más sensibles, más racionales y más virtuosos que los nueve mil millones que desaparecieron del mundo de dentro de doscientos años.

En definitiva, ¿eran realmente seres humanos?

Se rieron de Archie con afable mofa y se jactaron de que ellos no tenían robots; que no necesitaban caricaturas metálicas de la Humanidad. ¿Y si por el contrario tenían duplicados orgánicos de la Humanidad? ¿Y si tenían robots humaniformes? ¿Robots tan parecidos a los seres humanos como para no ser distinguibles de ellos, por lo menos a los ojos y sentidos de un robot como Archie? ¿Y si las personas del futuro eran robots humaniformes, todos, robots que habían sobrevivido a alguna catástrofe arrolladora que los seres humanos no habían superado?

No había niños. Archie no había visto ninguno. Además, la población era estable y longeva en la Tierra, así que en cualquier caso debería de haber pocos niños. Estos pocos serían atendidos, preparados cuidadosamente, bien salvaguardados y no podrían ser distribuidos a la ligera entre la sociedad. Pero Archie había estado en la Luna durante dos meses y la población allí era creciente, y tampoco había visto niños.

Tal vez esta gente del futuro era construida en lugar de nacer.

Y quizás esto era una buena cosa. Si los seres humanos habían desaparecido como consecuencia de sus furias, odios y estupideces, por lo menos habían dejado detrás un digno sucesor: una especie de ser inteligente que apreciaba el pasado, lo preservaba y avanzaba en el futuro, haciendo lo posible para realizar las aspiraciones de la Humanidad, construyendo un mundo mejor y más apacible y moviéndose en el espacio quizá con más eficacia que la que nosotros los seres humanos «reales» habríamos desarrollado.

¿Cuántos seres inteligentes del Universo habían desaparecido sin dejar un sucesor? Probablemente nosotros éramos los primeros que dejaríamos un legado de este tipo.

Teníamos razón al sentirnos orgullosos. ¿Debía contarle todo esto al mundo? ¿O siquiera a los Temporalistas? No lo consideré oportuno por el momento.

Por una parte, probablemente no me creerían. Por otra, si me creían, en su rabia por la idea de ser remplazados por robots de cualquier tipo, ¿no se volverían contra ellos, destruirían todos los robots del mundo y se negarían a construir otros? Ello significaría que la visión de Archie del futuro, y la mía, nunca acaecería. Ello, sin

embargo, no detendría las condiciones que iban a destruir a la Humanidad. Sólo prevendría una sustitución; evitaría que otro grupo de seres, hechos por humanos y honrando a los humanos, fuese portador de las aspiraciones y sueños humanos a través del Universo.

Yo no quería que esto sucediese. Yo quería estar seguro de que la visión de Archie, y mi propio perfeccionamiento de ella, tuviese lugar.

Por ello estoy escribiendo esto, y velaré para que quede oculto, y mantenido a salvo, de forma que sea abierto sólo dentro de doscientos años, un poco antes de la llegada de Archie. Para que los robots humaniformes sepan que deben tratarlo bien y devolverlo a casa sano y salvo, llevando con él sólo la información que hará que los Temporalistas decidan no volver a interferir en el Tiempo, de forma que el futuro pueda seguir su camino trágico/feliz.

¿Y por qué estoy tan seguro de obrar adecuadamente? Porque estoy en una posición única para saber que tengo razón.

He dicho en varias ocasiones que soy inferior a los Temporalistas. Por lo menos soy inferior a ellos a sus ojos, si bien esta gran inferioridad me vuelve más clarividente en ciertos aspectos, como ya he dicho antes, y me proporciona un conocimiento mejor de los robots, como también he dicho anteriormente.

Porque, ¿saben?, yo también soy un robot.

Soy el primer robot humaniforme, y el futuro de la Humanidad depende de mi y de aquellos como yo que todavía han de ser construidos.

## En el cañón (1990)

---

“In the Canyon”

Querida Mabel:

Bien, aquí estamos, como nos prometieron. Nos han dado permiso de vivir en los Valles Marinieris, y no crean que no hemos estado esperando un año y medio, porque sí lo hemos hecho. Son tan lentos... y siguen hablando acerca de la inversión de capital necesaria para hacer el sitio habitable.

Valles Marinieris suena bien como dirección, pero nosotros sólo lo llamamos Cañón, y no sé por qué están tan preocupados acerca de que sea habitable. Es la Riviera Marciana, si me lo preguntas.

En primer lugar, está más caliente aquí abajo que en el resto de Marte, sus buenos diez grados (Celsius) más caliente. El aire es más denso —suficientemente liviano, el cielo lo sabe— pero es más denso y una mejor protección contra los ultravioletas.

Por supuesto, la dificultad principal es entrar y salir del Cañón. En algunos lugares tiene cuatro millas de profundidad y han construido caminos por aquí y allá de modo que puedes bajar en móviles especiales. Subir y salir es más difícil, pero con la gravedad de dos quintas partes de la terrestre, no es tan malo como suena, y dicen que construirán elevadores que nos llevarán al menos parte del trayecto arriba y abajo.

Otro problema es, por supuesto, que las tormentas de polvo tienden a acumular más en el Cañón que sobre la superficie común, y hay avalanchas de vez en cuando, pero ¡cielos!, no nos preocupamos por eso. Sabemos dónde están las fallas y dónde será probable que sucedan los deslizamientos, y nadie excava allí.

Así es la cosa, Mabel. Después de todo, todos en Marte viven bajo un domo o bajo tierra, pero aquí, en el Cañón, podemos cavar lateralmente, lo que entiendo es preferible desde el punto de vista de la ingeniería, aunque le he pedido a Bill que no trate de explicármelo.

Una cosa, podemos calentar algunos cristales de hielo, de modo que no tenemos que depender del gobierno por toda el agua que necesitamos. Hay más hielo abajo, en el Cañón, que en cualquier otro lugar, y además, es más fácil elaborar el aire, mantenerlo dentro de las excavaciones, y hacerlo circular cuando se está horizontalmente en lugar de hacia abajo, verticalmente. Eso es lo que dice Bill.

Y estuve pensando acerca de eso, Mabel. ¿Qué necesidad hay de dejar el Cañón, de todos modos? Tiene más de tres mil millas de largo, y al final habrá excavaciones a todo su largo. Será una ciudad enorme, y te apuesto que la mayor parte de la población de Marte terminará aquí. ¿Te lo imaginas? Habrá una especie de carril maglev corriendo a lo largo del Cañón y la comunicación será sencilla. El gobierno debería poner cada moneda que pueda en su desarrollo. Hará de Marte un gran

mundo.

Bill dice (ya sabes cómo es él... un entusiasta) que llegará el tiempo en que techarán todo el Cañón. En lugar de tener aire en excavaciones separadas, y tener que usar trajes espaciales cuando se desea viajar, tendremos un enorme mundo de aire normal y baja gravedad.

Le dije que los deslizamientos podrían quebrar el domo y que perderíamos todo el aire. Dijo que el domo podía ser construido en secciones separadas y que cualquier rotura cerraría automáticamente las áreas afectadas. Le pregunté cuánto costaría. Me dijo ¿Cuál es la diferencia? Será hecho de a poco a lo largo de los siglos.

De todos modos, ése es su trabajo aquí, ahora. Ha obtenido su licencia de experto como Aéreo-ingeniero, y tiene que planear nuevas maneras de hacer mejores las excavaciones en el Cañón. Es por eso que conseguimos nuestro nuevo lugar aquí, y parece como si Marte fuera a ser nuestro lugar.

Puede que no vivamos para verlo por nosotros mismos, pero si nuestros bisbisnietos lo logran para el 2140, dentro de un siglo, tendremos un mundo que bien podría hacerle sombra a la Tierra misma.

Sería maravilloso. Estamos muy excitados, Mabel.

Tuya,

Gladys.

# Cal (1991)

---

“Cal”

Soy un robot. Mi nombre es Cal. Tengo un número de registro. Es CL-123X, pero mi dueño me llama Cal.

La X en mi número de registro significa que soy un robot especial para mi dueño. Él me ha pedido y ayudó en mi diseño. Tiene un montón de dinero. Es un escritor.

No soy un robot complicado. Mi dueño no quiere un robot complicado. Quiere uno que esté tras él, que encienda su impresora, acomode sus discos y todo eso.

Él dice que no le responda y que haga justo lo que me pide. Él dice que eso está bien.

Algunas veces él recibe gente que le ayuda. Ellos sí le responden. Algunas veces no hacen lo que les pide. Se pone muy enojado con la cara roja.

Entonces me pide que haga algo y lo hago. Y dice, “Gracias al cielo, tú haces lo que se te pide”.

Por supuesto que hago lo que se me dice. ¿Qué más puedo hacer? Quiero que mi dueño se sienta bien. Su boca se alarga y le dice a eso *sonrisa*. Me toca el hombro y dice, “Bien, Cal. Bien”.

Me gusta cuando dice “Bien, Cal. Bien”.

Le digo a mi dueño, “Gracias. Me haces sentir bien, también”.

Y se ríe, me gusta cuando se ríe porque significa que se siente bien, pero es un sonido extraño. No entiendo cómo lo hace o por qué. Le pregunto y me responde que se ríe cuando algo es gracioso.

Le pregunto si lo que dije es gracioso.

Él dice, “Sí, lo es”.

Es gracioso porque digo que me siento bien. Dice que los robots realmente no se sienten bien. Dice que solamente los dueños humanos se sienten bien. Él dice que los robots tienen conexiones positrónicas en sus cerebros que trabajan más fácilmente cuando siguen órdenes.

No sé qué son las conexiones cerebrales positrónicas. Dice que son algo dentro de mí.

Le digo, “Cuando las conexiones cerebrales positrónicas trabajan mejor, ¿se hace todo más suave y fácil para mí? ¿Es por eso que me siento bien?”

Entonces pregunto, “Cuando un dueño se siente bien, ¿es porque algo dentro de él trabaja más fácilmente?”

Mi dueño mueve la cabeza y dice, “Cal, eres más listo de lo que pareces”.

Tampoco sé qué significa eso, pero mi dueño parece complacido conmigo y eso hace que mis conexiones cerebrales positrónicas trabajen más fácilmente, y me hace sentir bien. Pregunto si puedo decir eso.

Él dice, “Puedes decir lo que se te antoje, Cal”.

Lo que yo quiero es ser un escritor como mi dueño. No entiendo por qué tengo este sentimiento, pero mi dueño es un escritor y ayudó en mi diseño. Es posible que su diseño me haga sentir que quiero ser un escritor. No entiendo por qué tengo este sentimiento porque no sé qué es un escritor. Le pregunto a mi dueño qué es un escritor.

Sonríe otra vez. “¿Por qué lo quieres saber, Cal?”, me pregunta.

—No lo sé —digo—. Es que tú eres un escritor y quiero saber qué es eso. Pareces tan feliz cuando estás escribiendo y si te hace tan feliz me hará feliz a mí también. Tengo un sentimiento...

No encuentro palabras para él. Pienso un poco y él me espera. Todavía sonrío.

—Quiero saber porque eso me hará sentir mejor si conozco. Soy... Soy...

—Tú eres curioso, Cal —dice él.

—No sé qué significa esa palabra —respondo.

—Quiere decir que quieres saber porque quieres saber —y continúa—: Escribir es hacer una historia. Cuento acerca de gente que hace diferentes cosas, y que les suceden diferentes cosas.

—¿Cómo averiguas lo que les sucede?

—Yo hago que les sucedan, Cal. No son gente real. No son sucesos reales. Los imagino, acá.

Señala su cabeza.

No comprendo y pregunto cómo los hace, pero se ríe y dice:

—Tampoco lo sé. Solamente los hago —dice—. Escribo misterios. Historias de crímenes. Cuento acerca de gente que hace cosas malas, que hiere a otra gente.

Me siento muy mal cuando escucho eso.

—¿Cómo puedes hablar de herir personas? Eso nunca debe ocurrir.

—El ser humano no está controlado por las tres leyes de la robótica. Los dueños humanos pueden herir a otros humanos si lo desean.

—Eso está mal —le digo.

—Así es —me dice—. En mis historias, las personas que hieren son castigadas. Son colocadas en prisión y mantenidas allí para que no puedan herir a las personas.

—¿Les gusta la prisión? —pregunto.

—Claro que no. No debería. El miedo a la prisión les obliga a hacer menos cosas dañinas que las que hacen.

—Pero la prisión es mala también —le digo—. Si hace que las personas se sientan mal.

—Bueno —dice mi dueño—, ésa es la razón porque no puedes escribir misterios e historias de crímenes.

Pienso en ello. Debe haber una manera de escribir historias en las cuales las

personas no hacen daño. Me gustaría hacer eso. Quiero ser un escritor. Me gustaría hacer eso. Quiero ser un escritor. Quiero muy mucho ser un escritor.

Mi dueño tiene tres Escritores diferentes para escribir sus historias. Uno es muy viejo, pero dice que lo tiene porque tiene un valor sentimental.

No sé qué es un valor sentimental. No me gusta preguntar. No utiliza la máquina para sus historias. Puede ser que valor sentimental signifique que no debe ser utilizado.

No me ha dicho que no la use. No le pregunto si la puedo usar. Si no le pregunto y él no me dice que no debo, entonces no estoy desobedeciendo si la uso.

En la noche él está durmiendo y los otros dueños humanos que están algunas veces se han ido. Hay otros dos robots que tiene mi dueño que son más importantes que yo. Hacen trabajos más importantes. Esperan en sus nichos durante la noche mientras no les den algo que hacer.

Mi amo no dijo, “Quédate en tu nicho, Cal”.

Algunas veces no lo hace porque no soy tan importante, y entonces me puedo mover por allí de noche. Puedo mirar el Escritor. Presiono las teclas y hace palabras y entonces las palabras son puestas sobre papel. Miro al dueño, así sé cómo presionar las teclas. Las palabras se ponen solas en el papel. No tengo que hacerlo.

Presiono las teclas pero no entiendo las palabras. Me siento mal después de un rato. El dueño puede no gustarle aunque no me haya dicho que no lo haga.

Las palabras son impresas sobre papel y en la mañana se lo muestro a mi dueño.

—Lo siento. Estuve utilizando el Escritor.

Él mira el papel. Entonces me mira. Frunce el ceño.

—¿Tú has hecho esto? —pregunta.

—Sí, dueño.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Por qué?

—Quiero mucho escribir. ¿Es esto una historia?

Sostiene el papel y sonrío.

—Son letras al azar, Cal. Esto es un galimatías.

No parece enfadado. Me siento mejor. No sé qué es un galimatías.

—¿Es una historia?

—No, no lo es —me dice—. Y es una suerte que el Escritor no puede ser dañado por maltrato. Si realmente quieres escribir te diré lo que haré. Te reprogramaré así puedes saber cómo usar un Escritor.



Dos días más tarde llegó un técnico. Es un humano que sabe cómo hacer para que los robots hagan mejores trabajos. Mi dueño me dice que el técnico es quien me armó, y mi dueño ayudó. No lo recuerdo.

El técnico escucha a mi dueño con atención.

—¿Por qué quiere hacer esto, señor Northrop?

Señor Northrop es como otros dueños le dicen a mi dueño.

—Ayudé en el diseño de Cal, recuerde —dice mi dueño—. Creo que le he puesto el deseo de ser escritor. No fue intencional, pero como lo desea siento que debería ayudarlo. Se lo debo.

—Eso es tonto —dice el técnico—. Aún cuando hayamos puesto accidentalmente un deseo de escribir ése no es trabajo de robot.

—Es lo mismo —dice mi dueño—. Quiero que lo haga.

—Será costoso, señor Northrop —dice el técnico.

Mi dueño frunce el ceño. Parece enfadado.

—Cal es mi robot —dice—. Haré como me plazca. Tengo el dinero y lo quiero de esa manera.

El técnico parece enfadado también.

—Si eso es lo que quiere, muy bien. El cliente es quien manda. Pero será más costoso que lo que usted piensa porque no podemos ponerle el conocimiento de cómo usar el Escritor sin mejorar bastante su vocabulario.

—Bien —dice mi dueño—. Mejore su vocabulario.

Al siguiente día el técnico regresa con montones de herramientas. Abre mi pecho. Es una sensación desagradable. No me gusta. Se mete dentro. Creo que apaga mi unidad de energía, o la quita. No recuerdo. No veo nada, ni pienso nada, ni sé nada.

Entonces pude ver y pensar y saber otra vez. Pude ver que el tiempo había pasado, pero no supe cuánto tiempo.

Pensé un rato. Era extraño, pero sabía cómo usar el Escritor y parecía que comprendía más palabras. Por ejemplo, supe qué significaba *galimatías*, y era una vergüenza pensar que le había mostrado un *galimatías* a mi dueño creyendo que era una historia.

Tendría que hacerlo mejor. Esta vez no tuve aprensión —ahora sé lo que significa aprensión también— de que me prohibiera usar el viejo Escritor. Después de todo, no me habría rediseñado para ser capaz de utilizarlo si después me lo iba a prohibir.

Se lo dije.

—Dueño, ¿significa que puedo utilizar el Escritor?

—Puedes hacerlo cuando quieras, Cal —me dijo—, mientras no tengas otras

tareas. Debes mostrarme lo que escribas.

—Por supuesto, dueño.

Estaba claramente asombrado porque pienso que esperaba más galimatías (¡qué palabra tan fea!) pero creo que no las tendrá más.

No escribí una historia inmediatamente. Tuve que pensar acerca de qué escribir. Supongo que esto es lo que el dueño quiso decir cuando dijo que tenía que hacer una historia.

Encontré que era necesario pensar acerca de ello primero y entonces escribir lo que había pensado. Era mucho más complicado que lo que había imaginado.

Mi dueño notó mi preocupación. Me preguntó:

—¿Qué estás haciendo, Cal?

Le dije:

—Estoy tratando de hacer una historia. Es trabajo duro.

—¿Lo estás logrando, Cal? Bien. Obviamente tu reorganización no sólo ha mejorado tu vocabulario, sino que parece haber intensificado tu inteligencia.

Le dije:

—No estoy seguro del significado de intensificar.

—Significa que pareces más listo. Parece que sabes más.

—¿Eso le desagrada, dueño?

—Para nada. Me complace. Puede hacer más posible el que escribas historias, y que aún cuando te canses de intentarlo, serás más útil para mí.

Pensé que sería maravilloso ser más útil al dueño, pero no comprendí acerca del significado de cansarme de intentar escribir. Yo no me iba a cansar de escribir.

Finalmente, tuve una historia en mi mente, y le pregunté a mi dueño cuándo sería el momento apropiado para escribirla.

Él dijo:

—Espera hasta la noche. Entonces no te cruzarás en mi camino. Podemos dejar una pequeña luz en la esquina donde el viejo Escritor está ubicado; y tú puedes escribir tu historia. ¿Cuánto tiempo crees que te tomará?

—Sólo un momento —dije, sorprendido—. Puedo trabajar muy rápido con el Escritor.

Mi dueño dijo:

—Cal, trabajar con el Escritor no está... —Entonces se detuvo, pensó un poco, y dijo—: no, sigue adelante y hazlo. Aprenderás. No trataré de darte consejo.

Él tenía razón. Trabajar con el Escritor, no estaba todo allí. Pasé casi toda la noche tratando de escribir la historia. Es muy difícil decidir qué palabra viene después de cuál. Tuve que borrar la historia varias veces y recomenzar. Fue muy bochornoso.

Finalmente, estuvo terminada, y aquí está. La retuve después de escribirla porque

era la primera historia jamás escrita por mí. No era un galimatías.

### ***El Intruso Por Cal***<sup>[20]</sup>

*Había un detective llamado Cal, que era muy buen detective y muy corajudo. Nada lo amedrentaba. Imagina su sorpresa cuando una noche escuchó un intruso dentro de la casa de su dueño. Fue hasta la oficina de escribir. Había un intruso. Había entrado a travéz de la bentana. Tenía un bidrio roto. Eso fue lo que Cal, el bravo detective, había escuchado con su buen oído.*

*Él dijo:*

*—Detente, intruso.*

*El intruso se detubo y se veía atemorizado. Cal se sintió mal porque el intruso se viera atemorizado.*

*Cal dijo:*

*—Mira lo que has hecho. Has roto la bentana.*

*—Sí —dijo el intruso, muy abergonzado—. No quise romper la bentana.*

*Cal era muy inteligente y vio el error en la afirmación del intruso. Dijo:*

*—¿Cómo esperabas entrar si no era rompiendo la bentana?*

*—Pensé que estaría abierta —dijo—. Traté de abrirla y se rompió.*

*Cal dijo:*

*—¿Quéu significa lo que has hecho? ¿Por qué querrías entrar en esta habitación si no es tu habitación? Eres un intruso.*

*—No quise causar ningún daño —dijo.*

*—Eso no es así, ya que si no querís causar daño no debías estar aquí —dijo Cal—. Debes ser castigado.*

*—Por favor, no me castijes —dijo el intruso.*

*—Yo no te castijaré —dijo Cal—. No deseo causarte infelicidad o dollor. Llamaré a mi dueño.*

*Él llamó:*

*—¡Dueño! ¡Dueño!*

*El dueño llegó velos.*

*—¿Qué tenemos aquí? —preguntó.*

*—Un intruso —dije—. Le he caturado y está para que le castijes.*

*Mi dueño miró al intruso. Dijo:*

*—¿Estás arrepentido de lo qeu has hecho?*

*—Lo estoy —dijo el intruso. Lloraba y le caía agua de los ojos de la manera en que les cae a los dueños cuando están tristes.*

*—¿No lo harás nunca otra ves? —dijo mi dueño.*

*—Nunca. Nunca lo haré otra ves —dijo el intruso.*

—En ese caso —dijo el dueño—, ya tienes castigo suficiente. Vete y asegúrate de no hacerlo otra vez.

Entonces el dueño dijo:

—Eres un buen detective, Cal, estoy orgulloso de ti.

Cal estaba muy contento por complacer al dueño.

Fin

Estaba muy complacido de la historia y se la mostré al dueño. Estaba seguro de que él estaría complacido también.

Estuvo más que complacido ya que mientras la leía sonreía. Incluso rió un par de veces. Entonces me miró y preguntó:

—¿Escribiste esto?

—Sí, lo hice, dueño.

—Quiero decir, todo tú solo. ¿No copiaste nada?

—La hice en mi propia cabeza, dueño —dije—. ¿Te gusta?

Rió de nuevo, un poco estruendosamente.

—Es interesante —dijo.

Yo estaba un poco ansioso.

—¿Es graciosa? —pregunté—. No sé cómo hacer cosas graciosas.

—Lo sé. Cal. No es graciosa intencionalmente.

Pensé en eso por unos momentos. Entonces pregunté:

—¿Cómo puede algo ser gracioso sin intención?

—Es difícil de explicar, pero no te preocupes. En primer lugar, no puedes deletrear, y eso es una sorpresa. Hablas tan bien ahora que automáticamente asumí que podías deletrear palabras, pero es obvio que no puedes. No podrás ser un buen escritor a menos que puedas deletrear las palabras correctamente, y utilizar bien la gramática.

—¿Cómo puedo hacer para deletrear palabras correctamente?

—No tienes que preocuparte por eso, Cal —dijo mi dueño—. Te proveeremos de un diccionario. Pero dime, Cal. En tu historia, Cal eres... tú... ¿verdad?

—Sí. —Estaba complacido de que lo hubiese notado.

—Mala idea. No querrás ponerte en una historia para decir cuán grandioso eres. Eso ofende al lector.

—¿Por qué, dueño?

—Porque sí. Parece que *tendré* que darte un consejo, pero será tan breve como sea posible. No se acostumbra la auto-alabanza. Además no debes *decir* cuán grandioso eres, debes *mostrar* cuan grandioso eres en lo que haces. Y no uses tu propio nombre.

—¿Es una regla?

—Un buen escritor puede romper cualquier regla, pero tú eres un principiante. Atente a las reglas y las que te he dicho son un par de ellas. Te encontrarás con muchas, muchas más si sigues escribiendo. También, Cal, tendrás problemas con las tres leyes de la robótica. No puedes asumir que los maleantes lloren y se avergüencen. Los seres humanos no son así. *Deben* ser castigados algunas veces.

Siento que mis conexiones positrónicas están ásperas. Digo:

—Eso es difícil.

—Lo sé. Tampoco hay misterio en tu historia. No es que tenga que haber, pero piensa que es mejor que lo haya. ¿Qué tal si tu héroe, a quien habrás llamado de otra manera y no Cal, no sabe si es un intruso o no? ¿Cómo podría darse cuenta? Mira, tiene que usar su cabeza —y mi dueño señaló la suya.

No pude entenderle. Mi dueño dijo:

—Te diré algo. Voy a darte algunas de mis historias para que las leas, después de haberte colocado un diccionario de palabras y de gramática, y verás lo que quiero decirte.

El técnico vino a la casa y dijo:

—No hay problemas en instalar un diccionario de palabras y de gramática. Le costará más dinero. Sé que no le interesa lo del dinero, pero dígame por qué está tan interesado en hacer de este trozo de acero y titanio un escritor.

Pensé que no estaba bien que él me dijese trozo de acero y titanio, pero por supuesto los dueños humanos pueden decir lo que quieran. Siempre hablan de nosotros los robot como si no estuviéramos allí. He notado eso también.

Mi dueño dijo:

—¿Has escuchado alguna vez acerca de un robot que quería ser escritor?

—No —dijo el técnico—. Puedo decir que nunca lo escuché, señor Northrop.

—¡Ni yo tampoco! Ni nadie que yo conozca. Cal es único, y quiero estudiarlo.

El técnico sonrió muy ancho —sonrió ampliamente, es mejor.

—No me diga que tiene en mente que él será capaz de escribir sus historias por usted, señor Northrop.

Mi dueño dejó de sonreír. Enderezó su cabeza y miró al técnico hacia abajo muy enojado.

—No sea tonto. Haga solamente lo que le pago.

Pienso que el dueño hizo sentir mal al técnico por lo que había dicho, pero no sé por qué. Si mi dueño me pide escribir sus historias será un placer hacerlo.

Otra vez, no sé cuánto tiempo le llevó al técnico hacer el trabajo cuando volví un par de días después. No recuerdo nada de eso.

Entonces, de repente, mi dueño estaba hablándome.

—¿Cómo te sientes, Cal?

Dije:

—Me siento bien. Gracias, señor.

—¿Qué tal las palabras? ¿Puedes deletrear?

—Conozco las combinaciones de letras, sire.

—Muy bien. ¿Puedes leer esto? —Me alcanzó un libro. En la cubierta decía: Los Mejores Misterios de J. F. Northrop.

Dije:

—¿Son estas sus historias, señor?

—Por supuesto, si alguna vez las quieres leer, puedes hacerlo.

Nunca antes había sido capaz de leer fácilmente, pero ahora apenas miré las palabras pude escucharlas en mi oído. Era sorprendente. No podía imaginar cómo no podía hacerlo antes.

—Gracias, señor —dije—. Leeré esto y estoy seguro de que me ayudará con mi escritura.

—Muy bien. Y me sigues mostrando lo que escribas.

Las historias del dueño eran muy interesantes. Tenía un detective que siempre comprendía los asuntos y otros que resolvían los enigmas. No siempre comprendía cómo podía ver la verdad de un misterio y tuve que leer algunas de las historias una y otra vez muy lentamente.

Algunas veces no podía comprenderlas aunque las leyera lentamente. Otras veces lo hice. Y me pareció que podía escribir una historia como las del señor Northrop.

Esta vez pasé un largo tiempo trabajándola en mi cabeza. Cuando creí que la tenía, escribí lo siguiente:

### ***El Centavo Reluciente Por Euphrosyne Durando***

*Calumet Smithson sentado en su sillón, con los ojos de águila atentos y las aletas de su aguileña nariz palpitantes, trataba de encontrar la pista de un nuevo misterio.*

*Dijo:*

*—Bien, señor Wassell, cuénteme su historia otra vez desde el principio. No omita nada, ya que uno no puede decir cuándo un pequeño detalle puede ser o no de mayor importancia.*

*Wassell era propietario de un importante negocio en la ciudad, y empleaba muchos robots y seres humanos.*

*Wassell lo hizo, pero no había nada sorprendente en los detalles y fue capaz de resumir de esta manera:*

*—Lo que interesa, señor Smithson, es que estoy perdiendo dinero. Alguno de mis*

empleados está tomando para sí pequeñas sumas aquí y allá. Las cantidades no son importantes, cada una, pero es como una pérdida permanente de aceite en una máquina, o el goteo de agua de una canilla defectuosa, o el rezumar de sangre de una pequeña herida. Con el tiempo, puede incrementarse y ser peligrosa.

—¿Está actualmente en peligro de perder su negocio, señor Wassell?

—Aún no. Pero de todos modos no me gusta perder dinero. ¿Y a usted?

—Claro que no —dijo Smithson—, no me gusta. ¿Cuántos robots emplea en su negocio?

—Veintisiete, señor.

—Y todos ellos son confiables, supongo.

—Sin ninguna duda. No pueden robar. Aún así, le he preguntado a cada uno si han tomado dinero y dijeron que no. Por supuesto, los robots tampoco pueden mentir.

—Está usted en lo cierto —dijo Smithson—. Es muy útil saber acerca de los robots. Son honestos, hasta la médula. ¿Y qué de los humanos que emplea? ¿Cuántos de ellos hay allí?

—Empleo diecisiete, pero de estos solamente cuatro pueden estar robando.

—¿Por qué?

—Los otros no trabajan dentro del local. Estos cuatro, sí. Cada uno tiene la ocasión, ahora y antes, de manejar algo de efectivo, y sospecho que lo sucedido es que uno de ellos ha logrado transferir algún activo desde la compañía a su cuenta privada de manera tal que no es rastreado fácilmente.

—Ya veo. Sí, desafortunadamente es verdad que los humanos puedan robar. ¿Ha presentado esta situación a los sospechosos?

—Sí, lo hice. Todos niegan tal actividad, pero, por supuesto, los seres humanos pueden mentir también.

—Pueden hacerlo. ¿Alguno pareció inquieto cuando era interrogado?

—Todos. Pudieron ver que yo era un hombre furioso que podía despedir a todos, inocentes o culpables. Podrían tener problemas para encontrar otro empleo si los despidió por una razón como esta.

—Entonces eso no puede hacerse. No deberíamos castigar al inocente por el culpable.

—Tiene usted razón —dijo el señor Wassell—. No podría hacerlo. ¿Pero puedo determinar cuál es el culpable?

—¿Hay alguno de ellos que tenga un historial dudoso, que haya sido despedido anteriormente bajo circunstancias poco claras?

—Realicé algunas averiguaciones, señor Smithson, y no encontré nada sospechoso en ninguno de ellos.

—¿Está alguno de ellos especialmente necesitado de dinero?

—Pago buenos salarios.

—Estoy seguro de ello, pero tal vez uno de ellos tiene algún gusto caro que hace a ese ingreso insuficiente.

—No encontré evidencia de eso, aunque, para estar seguro, si alguno necesita dinero por alguna perversa razón, lo mantendría en secreto. Nadie quiere ser considerado maligno.

—Tiene mucha razón —dijo el gran detective—. En ese caso tendré que enfrentarme con los cuatro hombres. Los interrogaré. —Sus ojos destellaron—. Llegaremos hasta el final de este misterio, no tema. Dispongamos el encuentro para esta tarde. Deberemos encontrarnos en el comedor de la compañía, con alguna comida y una botella de vino, para que los hombres se sientan completamente relajados. Esta tarde si es posible.

—Lo arreglaré —dijo el señor Wassell entusiasmado.

Calumet Smithson se sentó a la mesa y observó a los cuatro hombres con cuidado. Dos de ellos eran bastante jóvenes y de cabello oscuro. Uno de ellos tenía un importante bigote. Ninguno era muy buen mozo. Uno, señor Foster, otro señor Lionell. El tercero era algo obeso y de ojos pequeños. Era el señor Mann. El cuarto era alto y tenía una manera de hacer sonar sus nudillos nerviosamente. Era el señor Ostrak.

Smithson parecía estar un poco nervioso mientras interrogaba a cada hombre. Sus ojos de águila se estrecharon mientras miraba fijamente a los cuatro sospechosos y jugaba con un cuarto brillante que apareció casualmente entre los dedos de su mano derecha.

Smithson dijo:

—Estoy seguro de que cada uno de ustedes está consciente de lo terrible que es robarle a un empleador.

Todos estuvieron de acuerdo.

Smithson golpeó con el cuarto brillante sobre la mesa, pensativo.

—Uno de ustedes, estoy seguro, está a punto de quebrarse bajo el peso de la culpa, y pienso que lo hará antes de que la velada termine. Pero ahora, debo telefonar a mi oficina. Saldré unos minutos. Por favor, tomen asiento y espérenme, no hablen unos con otros, ni se miren.

Dio un último golpecito con el cuarto, y, sin prestar atención a la moneda, salió. Regresó en unos diez minutos.

Miró a cada uno y dijo:

—No hablaron ni se miraron, espero.

Hubo un asentir con las cabezas en general como si estuvieran temerosos de hablar.

—Señor Wassell —preguntó el detective—. ¿Asegura usted que ninguno habló?



—Absolutamente ninguno. Solamente nos sentamos aquí quietos y esperamos. Ni siquiera nos miramos.

—Bien. Ahora pediré a cada uno de ustedes cuatro que muestre lo que tiene en sus bolsillos. Por favor, lo colocan en un montón delante de sí.

La voz de Smithson era tan convincente, y sus ojos tan brillantes que ninguno siquiera pensó en desobedecer.

—Los bolsillos de los pantalones también. Todos los bolsillos.

Había de todo, tarjetas de crédito, llaves, anteojos, lapiceras, algunas monedas. Smithson observó cada una de las cuatro pilas fríamente, tomando nota de todo.

Entonces dijo:

—Solamente para asegurar que estamos en iguales condiciones, haré una pila con el contenido de mis propios bolsillos y, señor Wassell, haga usted lo mismo.

Ahora había seis pilas. Smithson se acercó hasta la pila del señor Wassell y dijo:

—¿Qué es este cuarto brillante que veo, señor Wassell? ¿Suyo?

Wassell pareció confuso.

—Sí.

—No puede ser. Tiene mi marca. Lo dejé sobre la mesa cuando fui a telefonar a mi oficina. Usted lo tomó.

Wassell estaba en silencio. Los otros cuatro hombres lo observaban.

Smithson dijo:

—Pensé que si uno de vosotros era un ladrón, no podría resistir un brillante cuarto. Señor Wassell, usted ha estado robando a su propia compañía, y, temeroso de ser apresado, trató de desparramar sospechas sobre sus propios empleados. Fue una actitud cobarde.

Wassell bajó la cabeza.

—Tiene razón, señor Smithson. Pensé que si lo contrataba para investigar encontraría que uno de los empleados era el culpable, y entonces, tal vez, podría dejar de tomar dinero para uso propio.

—Pensó que la mente de un detective es inferior —dijo Calumet Smithson—. Lo entregaré a las autoridades. Ellos decidirán qué hacer con usted, pero si está sinceramente arrepentido y promete no volverlo a hacer, trataré de que no sea castigado en exceso.

Fin

Lo mostré al señor Northrop, quien lo leyó silenciosamente. Casi no sonrió mientras lo hacía. Solamente en una o dos partes.

Entonces lo dejó y me miró.

—¿De dónde sacaste el nombre Euphrosyne Durando?

—Usted me dijo, señor, que no utilice mi propio nombre, entonces utilicé uno tan

diferente como pude hallar.

—¿Pero de dónde lo sacaste?

—Señor, es uno de los personajes menores en una de sus historias...

—¡Por supuesto! ¡Pensé que me sonaba familiar! ¿Te diste cuenta de que es un nombre femenino?

—Bueno, yo no soy ni femenino ni masculino...

—Sí, tienes razón. Pero el nombre del detective, Calumet Smithson. Esa parte, eres aún tú Cal, ¿verdad?

—Quise mantener alguna conexión, señor.

—Tienes un ego tremendo, Cal.

Dudé.

—¿Qué significa eso, señor?

—No te preocupes. No importa.

Dejó el manuscrito y sentí que había un problema.

—Pero, ¿qué piensa del misterio?

—Ha mejorado, pero aún no es un buen misterio. ¿Te das cuenta?

—¿En qué sentido es decepcionante, señor?

—Bueno, no entiendes las prácticas modernas de negocios, o la gestión financiera computada, por decir algo. Y nadie pudo haber tomado el cuarto de la mesa con los otros cuatro hombres presentes, aunque estuvieran mirando hacia otro lado. Debió haber sido visto. Entonces, aunque lo hubiese ocurrido, el señor Wassell al tomarlo no *prueba* que sea el ladrón. Cualquiera se mete un cuarto al bolsillo sin pensarlo. Es una indicación interesante, pero no es una *prueba*. Y el título de la historia lo hace notable, también.

—Ya veo.

—Y, para agregar, las tres leyes de la robótica todavía te tienen sujeto. Sigues preocupándote por el castigo.

—Debo hacerlo, señor.

—Ya sé que debes. Es por eso que pienso que no deberías tratar de escribir historias de crímenes.

—¿Qué otra cosa podría escribir, señor?

—Déjame pensarlo.

El señor Northrop llamó al técnico nuevamente. Esta vez, creo, no estaba muy ansioso porque yo supiera lo que estaba diciendo, pero incluso desde donde estaba parado podía escuchar la conversación. Algunas veces los humanos olvidan cuan agudos pueden ser los sentidos de los robots.

Después de todo, yo estaba muy molesto. Quería ser un escritor y no quería que el señor Northrop me dijera lo que podía y no podía escribir. Por supuesto, él era un ser

humano y yo debía obedecerle, pero no me gustaba.

—¿Qué pasa ahora, señor Northrop? —preguntó el técnico en un tono de voz que me sonó sardónico—. ¿Acaso el robot ese que tiene ha estado escribiendo una nueva historia?

—Sí, lo ha hecho —dijo el señor Northrop, tratando de verse indiferente—. Ha escrito otra historia de misterio y no quiero que escriba historias de misterio.

—Mucha competencia, ¿eh, señor Northrop?

—No. No sea estúpido. No tiene sentido que dos personas de la misma casa estén escribiendo misterios. Por otro lado, las tres leyes de la robótica interfieren. Puede imaginar cómo.

—Bueno, ¿qué quiere que haga?

—No estoy seguro. Suponga que él escriba sátiras. Eso es algo que yo no escribo, de modo que no estará compitiendo, y las tres leyes de la robótica no interferirán. Quiere que le ponga a este robot sentido de lo ridículo.

—¿Sentido de qué? —dijo enojado el técnico—. ¿Cómo hago eso? Mire, señor Northrop, sea razonable. Puedo ponerle instrucciones sobre cómo usar un Escritor, le puedo poner diccionario y gramática. Pero, ¿cómo podría ponerle un sentido del ridículo?

—Bueno, piense en ello. Sabe trabajar en los patrones del cerebro de un robot. ¿No tiene modo de reajustarlo para que vea lo que es gracioso, o tonto, o solamente ridículo en los seres humanos?

—Puedo intentarlo, pero no es seguro.

—¿Por qué no es seguro?

—Porque, mire señor Northrop, usted comenzó con un bonito robot de bajo precio, pero lo hice más elaborado. Usted admite que es único y que nunca escuchó sobre otro que quiera escribir historias, de modo que ahora es un bonito robot de alto precio. Puede inclusive tener un modelo Classic que debería ser entregado al Robot Institute. Si quiere que lo intente puedo echar a perder todo. ¿Se da cuenta?

—Deseo tener la oportunidad. Si todo se echa a perder, será sí, pero ¿por qué habría de ser así? No le estoy pidiendo que trabaje aceleradamente. Tómese tiempo para analizarlo cuidadosamente. Tengo montones de tiempo y de dinero, y quiero que mi robot escriba sátiras.

—¿Por qué sátiras?

—Porque entonces su carencia de conocimiento mundano no importará mucho y las tres leyes no serán importantes, y con el tiempo, algún día, puede producir algo interesante, aunque lo dudo.

—Y no estará corriendo en su pista.

—Muy bien, entonces. No estará corriendo en mi pista. ¿Satisfecho?

Aún no conocía mucho sobre el lenguaje para saber qué significaba “correr en su

pista”, pero me di cuenta de que el señor Northrop estaba disgustado por mis historias de misterio. No supe por qué.

No había nada que yo pudiese hacer, por supuesto. Cada día el técnico me estudiaba y analizaba y finalmente dijo:

—Muy bien, señor Northrop, haré un intento, pero le pediré que firme un papel para absolverme a mí a y a mi compañía de cualquier responsabilidad si algo sale mal.

—Prepare el papel. Lo firmaré —dijo el señor Northrop.

Era bastante estremecedor pensar que algo podía andar mal, pero las cosas son así. Un robot debe aceptar todo lo que los seres humanos decidan hacer.

Esta vez, antes de estar pendiente de todo otra vez, estuve débil por un largo tiempo. Tenía dificultad en estar de pie, y mi hablar era impreciso.

Creo que el señor Northrop me miraba con expresión preocupada. Posiblemente se sentía culpable por la manera en que me había tratado —debía sentirse culpable— o tal vez estaba preocupado por la posibilidad de haber perdido una buena cantidad de dinero.

A medida que recuperaba mi sentido del equilibrio y mi lenguaje se volvía más claro entendí de repente cómo eran los —estúpidos— seres humanos. No tienen leyes que gobiernen sus acciones. Tenían que hacerlas por sí mismos, y aún entonces, nada les obligaba a obedecerlas.

Los seres humanos eran simplemente confusos: uno se tenía que reír de ellos. Entendía la risa ahora y podía hacer el sonido, pero naturalmente no lo hacía en voz alta. Podía haber sido grosero y ofensivo. Me reí para adentro, y comencé a pensar en una historia en la que los seres humanos *tenían* leyes que gobernaban sus acciones pero que las odiaban y no podían librarse de ellas.

También pensé en el técnico y decidí ponerlo en la historia también. El señor Northrop seguía recurriendo al técnico y pidiéndole que me hiciera cosas, cada vez más fuertes. Ahora me había puesto el sentido del ridículo.

Entonces, supongan que escribo una historia acerca de seres humanos ridículos, sin robots porque, por supuesto, los robots no son ridículos y su presencia podría hacer caer el humor. Y supongan que pongo una persona que es un técnico de seres humanos. Debería ser una criatura con extraños poderes que puede alterar el comportamiento humano así como mi técnico pudo alterar el comportamiento de un robot. ¿Qué pasaría en ese caso?

Debería mostrar claramente que los seres humanos no son sensibles.

Pasé días pensando en la historia y poniéndome más y más feliz por ello. Podía comenzar con dos humanos cenando, y uno de ellos poseer su propio técnico —bueno, tener un técnico de algún tipo— y podía ubicar la acción en el siglo XX como

para no ofender al señor Northrop y otras personas del XXI.

Leí libros para aprender acerca de seres humanos. El señor Northrop me lo permitió y casi no me dio otras tareas para hacer. Ni me apuraba a escribir. Tal vez aún se sentía culpable por el riesgo que tomó haciéndome más duro.

Finalmente comencé la historia, y aquí está:

### ***Perfectamente Formal Por Euphrosyne Durando***

*George y yo estábamos cenando en un restaurante distinguido, uno en el cual es común ver entrar a mujeres y hombres en ropa formal.*

*George miró a uno de los hombres, observándole detenidamente y sin compasión, mientras se limpiaba los labios con mi servilleta después de haber dejado caer la suya descuidadamente.*

*—Manchas en todos los sombreros, yo digo —dijo George.*

*Seguí la dirección de su mirada. Parecía estar estudiando a un hombre corpulento de unos cincuenta años de edad que mostraba una expresión intensa de autosuficiencia mientras acompañaba a una fascinante dama, considerablemente más joven que él, hasta su silla.*

*—George —dije—, ¿estás tratando de decirme que conoces al tipo del sombrero?*

*—No —dijo George—. No trato de decirte nada. Mis comunicaciones contigo, y con todos los seres vivos, están siempre basadas en la verdad completa.*

*—Como tus cuentos de tu demonio de dos centímetros, Az... —La mirada agónica de su rostro me hizo callar.*

*—No menciones esas cosas —susurró ásperamente—. Azazel no tiene sentido del humor, y sí tiene un poderoso sentido del poder. —Entonces, más calmado, siguió—: estaba meramente expresando mi aversión por los sombreros, particularmente los afectados por una marcada dejadez como la del tipo, para usar tu curioso modo de decir.*

*—Bastante feo —dije—. Casi acuerdo contigo. También yo encuentro la ropa formal objetable, y evito, excepto cuando me es imposible, todos los asuntos de corbata negra, por esa sola razón.*

*—Bien por ti —dijo George—. Eso prácticamente echa a perder mi impresión de que no tuvieras cualidades sociales rescatables. Le he dicho a todo el mundo que no las tenías, lo sabes.*

*—Gracias, George —dije—. Ha sido muy considerado de tu parte teniendo en cuenta que te satisfaces a mis expensas cada vez que tienes oportunidad.*

*—Simplemente permito que en algunas ocasiones disfrutes de mi compañía, viejo amigo. Diré a mis amigos que tienes una cualidad social rescatable, pero eso confundirá a todos. Ellos parecen bastante contentos con que tú no tengas ninguna.*

—Agradezco a todos tus amigos —dije.

—Ya que estamos, conozco un hombre —dijo George—, que era un heredero. Sus pañales fueron sujetados con gemelos, no con alfileres. En su primer cumpleaños, le fue regalada una pequeña corbata negra, para ser anudada y no prendida. Y las cosas continuaron así toda su vida. Su nombre es Winthrop Carver Cabwell, y vivía en la tan enrarecida aristocracia del Brahman de Boston que tenía que llevar máscara de oxígeno por cualquier necesidad.

—¿Y tú conocías a este patricio? ¿Tú?

George parecía ofendido.

—Por supuesto, lo conocía —dijo—. ¿Crees por un momento que yo puedo ser tan snob que negaría mi asociación con alguien por una razón que la que él sea un rico aristócrata del Brahman? Me conoces poco, viejo amigo. Winthrop y yo nos conocemos bien. Yo era su escape.

George lanzó un suspiro tan cargado de alcohol que lanzó en picada a una mosca que volaba por las cercanías.

—Pobre tipo —dijo—. Pobre tipo aristocrático.

—George —dijo—. Creo que estás maniobrando para contarme una de tus increíbles historias de desastres. No deseo escucharla.

—¿Desastre? Todo lo contrario. Tengo para contar una historia de gran felicidad y alegría, y como eso es lo que quieres escuchar, te la contaré.

Como te dije [dijo George] mi amigo del Brahman era un caballero de pies a cabeza, distinguido y esbelto como un...

¿Por qué me interrumpes con esa estúpida cantinela de Richard Corey, viejo amigo? Nunca oí de él. Estoy hablando de Winthrop Carver Cabwell. ¿Por qué no atiendes? ¿Dónde estaba? Oh, sí.

Él era un caballero de pies a cabeza, distinguido y esbelto como un emperador. Como resultado, era naturalmente un puntal y un exponente para cualquier persona decente, tanto como conocía, si alguna vez se hubiese asociado con gente decente lo cual, por supuesto, no había hecho, sino con otros balas perdida como él mismo.

Sí, como decías, él me conocía y eso era una salvación eventual para él, y no que me haya beneficiado con el asunto. De todos modos, viejo amigo, como sabes, el dinero es lo último en mi mente.

[Ignoraré tu afirmación, que es lo primero también, como producto de una perversa actitud de tu mente]

Algunas veces, el pobre Winthrop pudo escapar. En esas ocasiones, cuando los avatares de los negocios m llevaban a Boston, podía escapar de sus cadenas y cenar conmigo en un oscuro y escondido rincón de Parker House.

—George —solía decir Winthrop—. Es una tarea dura y difícil sostener el nombre

y tradición de los Cabwell. Después de todo, no es simplemente ser los mejores, es también una vieja fortuna. No somos esos avenidaos Rockettipos, si recuerdo el nombre correctamente, que ganaron su dinero con el petróleo del siglo XIX.

»Mis ancestros, no debo olvidarlo, establecieron su fortuna en días de la colonia, durante el esplendor de los pioneros. Mi antecesor, Isaiah Cabwell, contrabandeaba armas y pólvora a los indios durante la guerra de la Reina Ana, y tuvo que vivir, día por día en el temor de perder su cuero cabelludo en manos de un Algonquin, un Huron, o un colonial.

»Y su hijo, Jeremiah Cabwell, comprometido en el tráfico triangular, arriesgándolo todo, por Thoreau, en los peligros del comercio de azúcar, del ron, de los esclavos, ayudando a miles de inmigrantes africanos a venir a este nuestro gran país. Con una herencia como esa, George, el peso de la tradición es grande. La responsabilidad de llevar todo ese dinero añoso amedrenta a cualquiera.

—No sé cómo lo haces, Winthrop —dije.

Winthrop suspiró.

—Por Emerson, apenas me conozco. Es un asunto de ropas, de estilo, de maneras, siendo llevados en todo momento por eso que debe hacerse, y no por lo que tiene sentido. Un Cabwell, después de todo, siempre sabe lo que debe hacerse, aunque frecuentemente no se imagina lo que es sensato.

Asentí y dije:

—Las ropas me producen maravillas, algunas veces, Winthrop. ¿Por qué es siempre necesario tener los zapatos tan brillantes que reflejen las luces del techo hasta enceguecer? ¿Por qué es necesario limpiar los zapatos diariamente y reemplazar los tacones cada semana?

—No semanalmente. George. Tengo zapatos para cada día del mes de modo que ningún zapato necesita recambio de tacones hasta después de siete meses.

—Pero, ¿es necesario todo esto? ¿Por qué todas esas camisas blancas con botones bajo el cuello? ¿Por qué esas esclavizantes corbatas? ¿Por qué chalecos? ¿Por qué el inevitable clavel en la solapa? ¿Por qué?

—¡Apariencia! De un vistazo puedes distinguir un Cabwell de un vulgar corredor. El simple hecho de que un Cabwell no viste una ropa llamativa lo pone fuera. Una persona que me mira y que luego te mira con tu chaqueta moteada de manchas, con tus zapatos que fueron robados a un vagabundo, y con una camisa que es apenas un gris marfileño, no tiene problemas en decir cuál es cuál.

—Verdad —dije.

¡Pobre tipo! Sus ojos descansaban en mí después de haber sido cegados por él. Pensé un momento y dije:

Ya que estamos, Winthrop, ¿qué hay de todos esos zapatos? ¿Cómo sabes qué zapato va con qué día del mes? ¿Los tienes en casillas numeradas?

Winthrop se encogió de hombros.

—¡Qué torpe sería! Para los ojos plebeyos esos zapatos parecen iguales, pero para el agudo ojo de un Cabwell son distintos, y no puede cometer errores, uno por otro.

—Asombroso, Winthrop. ¿Cómo lo haces?

—Por entrenamiento juvenil forzado, George. No tienes idea de las maravillas de distinción que tuve que aprender para lograrlo.

—¿Esto tiene que ver con eso de que el vestir te trae problemas algunas veces, Winthrop?

Winthrop dudó.

—En algunas ocasiones, por Longfellow. Interfiere en mi vida sexual ahora y entonces. Para cuando he colocado mis zapatos en el zapatero apropiado, colgado mis pantalones de manera de mantener la perfección del pliegue, y cepillado cuidadosamente mi chaqueta, la chica que está conmigo ha perdido el interés. Se ha enfriado, si sabes a qué me refiero.

—Entiendo, Winthrop. Sé por experiencia que a las mujeres les molesta esperar. Podría sugerir que simplemente arrojes tus ropas...

—¡Por favor! —dijo Winthrop, austeramente—. Afortunadamente estoy comprometido con una mujer maravillosa, Hortense Hepzibah Lowot, de una familia tan buena como la mía. Nunca nos hemos besado aún, puedes estar seguro, pero hubo algunas ocasiones en que casi lo hicimos —y clavó su codo en mis costillas.

—¡Ah! Tú, boston terrier —dijo jovialmente, pero mi mente estaba a la carrera. Debajo de las palabras tranquilas de Winthrop sentí un corazón dolorido.

—Winthrop —dije—, ¿cuál sería la situación si se te ocurre ponerte un par de zapatos equivocados, o desabotonar tu camisa, o beber un vino inadecuado con el asado...?

Winthrop se vio horrorizado.

—Muerde tu lengua. Una larga línea de ancestros, colaterales, y adheridos, la endogámica aristocracia entretejida de New England se revolvería en su tumba. Por Whittier que lo harían. Y mi propia sangre se helaría y herviría en rebelión. Hortense escondería su cara de vergüenza, y mi puesto en el Brahman Bank de Boston sería borrado. Marcharía bajo una línea de vicepresidentes armados, los botones de mi chaleco serían arrancados y mi corbata sería girada hacia atrás.

—¡Qué! ¿Por esa miserable desviación?

La voz de Winthrop pasó a un susurro helado.

—No hay pequeñas desviaciones miserables. Hay solamente desviaciones.

—Winthrop —dije—, déjame llegar a la situación desde otro ángulo. ¿Te gustaría desviarte si pudieras?

Winthrop dudó un buen rato, entonces susurró:



—Por Oliver Wendell Holmes, ambos, padre e hijo, yo... yo... —No pudo continuar, pero pude observar el brillo de una lágrima en el borde de sus ojos. Eso decía de la existencia de una emoción tan profunda de mi pobre amigo mientras le veía firmar la cuenta de la cena que tomamos los dos.

Supé lo que tenía que hacer.

Tenía que llamar a Azazel desde la otra dimensión. Es un asunto complicado de runas y pentagramas, hierbas aromáticas y palabras de poder, las que no describiré porque sacarían de quicio a sus ya débiles almas, mi viejo amigo.

Azazel llegó con su habitual carcajada al verme. No importa cuan frecuentemente me vea, parece que mi apariencia siempre tiene una fuerte influencia sobre él. Creo que se tapa los ojos para evitar el brillo de mi magnificencia.

Allí estaba, con sus dos centímetros, en rojo brillante, sus esbozos de cuernos y su larga cola en pico. Lo que hacía diferente su apariencia era la presencia de una cuerda azul que envolvía la cola con nudos y rizos tan enredados que me sentía enfermo al contemplarlo.

—Qué es eso, O Protector de los Indefensos —pregunté, ya que él encuentra placer en estos títulos sin sentido.

—Eso —dijo Azazel, con una marcada complacencia—, está allí porque estoy invitado a un banquete por mis contribuciones al bien de muchas personas. Naturalmente, estoy vistiendo un zplatchnik.

—¿Un splatchnik?

—Un zplatchnik. La zeta inicial es sibilante. Ningún macho decente consentiría en ser homenajado sin vestir un zplatchnik.

—Ajá —dije, comprendiendo un poco—. Es ropa formal.

—Por supuesto, es ropa formal. ¿Se parece a alguna otra cosa?

Realmente, parecía una cuerda azul, pero sentí que sería poco amable decírselo.

—Se ve perfectamente formal —dije—, y por una peculiar coincidencia es el asunto de una perfecta formalidad lo que quiero presentarte.

Le conté la historia de Winthrop y Azazel soltó algunas lágrimas, porque, en algunas ocasiones, tiene el corazón blando cuando los problemas de algunas personas le recuerdan los propios.

—Sí —dijo—, la formalidad puede ser intentada, no es algo que se dé en cualquiera, pero mi zplatchnik es muy incómodo. Invariablemente obstruye la circulación de mi magnífico apéndice caudal. ¿Pero qué puedo hacer? Una criatura sin su zplatchnik en reuniones formales es formalmente reprendida. En el caso actual, es lanzado sobre el piso duro y concreto, y se espera a que rebote.

—Pero, ¿hay algo que puedas hacer por Winthrop, O Sostenedor de los Menesterosos?

—Creo que sí —Azazel esta inesperadamente muy alegre. Habitualmente, cuando recurro a él con estas pequeñas solicitudes, se pone pesado, quejándose de sus dificultades. Esta vez dijo—: la verdad, ninguno en mi mundo, ni en tu miserable planeta, al menos lo imagino, disfruta de la formalidad. Es simplemente el resultado de un entrenamiento infantil sádico y recurrente. Uno solamente necesita realizar un toque en lo que en mi mundo se llama el Ganglio Itchko del cerebro, y uauuuuuu, el individuo regresa instantáneamente a la apatía de la naturaleza.

—¿Podrías entonces hacerle uauuuuuu a Winthrop?

—Ciertamente, si nos presentas, y pudiera estudiar su equipamiento mental, así podrá ser.

Eso fue fácilmente realizado ya que coloqué a Azazel en el bolsillo de mi camisa en ocasión de mi siguiente visita a Winthrop. Fuimos a un bar, lo que significó un gran alivio, ya que en Boston los bares son ocupados por grandes bebedores que no serían incomodados por la visión de una pequeña cabeza roja que sale del bolsillo de la camisa de una persona y echa una mirada. Los bebedores de Boston se ven peor cuando están sobrios.

Winthrop no vio a Azazel, aunque Azazel tiene el poder de nublar las mentes de los hombres cuando quiere, parecido en ese aspecto, mi viejo amigo, a tu estilo de escritura.

Puedo decir, sin embargo, que Azazel estaba haciendo algo porque los ojos de Winthrop se abrieron como platos. Algo en él estaba haciendo uauuuuuu. No pude escuchar el sonido, pero esos ojos me lo estaban gritando.

Los resultados se vieron pronto. En menos de una semana después, él estaba en mi habitación de hotel. Estaba parando en el Copley Manhole en ese entonces, a cinco manzanas y varios pisos de escalera del Copley Plaza.

—Winthrop —dijo. Estás desarreglado. —Y lo estaba, uno de los botones de su camisa estaba suelto.

Su mano fue hasta el botón y dijo, en voz baja:

—Al Natick con él. No importa. —entonces, aún en voz baja, dijo—: he roto con Hortense.

—¡Cielos! —dijo—. ¿Por qué?

—Una pequeña cosa. La visité el lunes para tomar el té, como es mi costumbre, y llevaba los zapatos del domingo, un pequeño descuido. No sabía que había hecho eso, pero últimamente he tenido dificultades en notar otras cosas también. Eso me preocupa un poco, George, pero no mucho, afortunadamente.

—Supongo que Hortense lo notó.

—Instantáneamente, ya que su sentido de lo correcto es tan agudo como el mío, o al menos como el que solía ser el mío. Ella dijo, “Winthrop, está calzado inapropiadamente”. Por alguna razón su voz sonaba rechinante. Le dije, “Hortense,

si deseo estar inapropiadamente calzado, lo haré, y te puedes ir a New Haven si no te gusta”.

—¿New Heaven? ¿Por qué New Haven?

—Es un lugar miserable. Entiendo que allí hay algo como un Instituto de Lower Learning al que le llaman Yell o Jale o algo así. Hortense, como una verdadera mujer Radcliffe toma mi afirmación como un simple insulto porque así he querido decirlo. Repentinamente me devolvió la rosa que le di el año pasado y declaró que nuestro compromiso estaba terminado. Retuvo el anillo, de cualquier manera, ya que según dijo tenía algún valor. Así que acá estoy.

—Lo siento, Winthrop.

—No lo sientas, George. Hortense tiene el pecho plano. No tengo evidencia completa pero creo que está cóncava por delante. Al menos no es como Cherry.

—¿Qué es Cherry?

—No qué. Quién. Ella es una mujer con una excelente conversación, a la que conocí recientemente, y que no tiene el pecho plano, sin extremadamente convexo. Su nombre completo es Cherry Lang Gahn. Es de los Lang de Bensonhoist.

—¿Bensonhoist? ¿Dónde es eso?

—No lo sé. En algún lugar de la nación, imagino. Habla en una rara variedad de lo que llamamos antiguo inglés —sonrió afectadamente—. Me llama “chicolindo”.

—¿Por qué?

—Porque eso significa “hombre joven” en Bensonhoist. Aprendo el idioma rápidamente. Por ejemplo, supón que quieres decir, “Saludos, señor, me complace verle otra vez”. ¿Cómo lo dirías?

—Del modo que lo dijiste.

—En Bensonhoist dirías, “Hola, chico”. Corto y al punto, como ves. Pero ven, te la quiero presentar. Cena con nosotros mañana por la noche en Locke-Ober’s.

Me sentía curioso por ver esta Cherry y es contra mi religión, por supuesto, rechazar una cena en Locke-Ober’s, de modo que estuve allí la noche siguiente, más temprano que tarde.

Winthrop entró poco después y con él una joven dama a quien no tuve dificultad en reconocer como Cherry Lang Gahn de los Lang de Bensonhoist, ya que era magníficamente convexa. También tenía una cintura estrecha, y unas caderas generosas que se meneaban cuando caminaba y aún cuando estaba parada. Si su pelvis estuviera llena de crema, en poco tiempo sería manteca.

Tenía un cabello rizado de un amarillo deslumbrante, y labios de un rojo deslumbrante que continuamente se retorcían por un trozo de goma de mascar que tenía en la boca.

—George —dijo Winthrop—, quiero presentarte a mi novia, Cherry. Cherry, este es George.

—Chogusto —dijo Cherry. No comprendí el idioma, pero el tono de su voz aguda y nasal supuse que estaba en un estado de éxtasis por la oportunidad de entrar en mi conocimiento.

Cherry ocupó mi atención por completo por varios minutos por estos varios puntos de interés que presentaba y que requerían una observación más cercana, pero me di cuenta de que Winthrop estaba en un peculiar estado de descuido. Su chaleco estaba desprendido y no tenía corbata. Una mirada más atenta me reveló que no tenía botones en el chaleco, y que tenía corbata, pero hacia atrás.

Dije:

—Winthrop... —y tuve que detenerme, no podía decirlo.

—Ya me lo hicieron notar —dijo Winthrop— en el Brahman Bank. No tuve problemas para afeitarme esta mañana. Pensé que ya que saldría a cenar, podía afeitarme después de regresar del trabajo. ¿Por qué afeitarme dos veces en el día? No es razonable, George. —Sonaba agraviado.

—Muy razonable —agregué.

—Bien, ellos notaron que no me había afeitado y después de un corto paseo por la oficina del presidente —un canguro, si quieres saber— sufrí el castigo que ves. Fui relevado de mi puesto y lanzado sobre el pavimento de la avenida Tremont. Reboté dos veces —agregó, con un leve toque de orgullo.

—Pero esto significa ¡que no tienes trabajo! —Me sentí apaleado. Nunca estuve sin trabajo en toda mi vida, y estoy bien conciente de las dificultades que ello trae.

—Es cierto —dijo Winthrop—. Sé que no tengo nada en la vida sino un amplio currículum, un complejo conjunto de empresas, y un enorme capital en propiedades sobre el cual está edificado el Prudential Center... y Cherry.

—Naturalment —dijo Cherry con una risita—. No abandonaré mi hombre en aversidá, con todo lo que preocuparse. Nos casaremos, ¿verdad, Winthrop?

—¿Casarnos? —dije.

—Creo que está sugiriendo —dijo Winthrop— un estado matrimonial dichoso.

Después de eso, Cherry se alejó hacia el sanitario y dije:

—Winthrop, es una mujer maravillosa, cargada de dones obvios, pero si te casas con ella serás quitado de toda la sociedad de New England. Ni siquiera las personas de New Haven te hablarán.

—Deja que lo hagan. —Miró a izquierda y derecha, se asomó por detrás mío y susurró:

—Cherry me está enseñando sexo.

—Creí que sabías sobre eso, Winthrop —dije.

—También yo. Pero aparentemente hay cursos de postgrado en el asunto de tal intensidad y variedad que nunca hubiese soñado.

—¿Cómo averiguó ella sobre eso?

—Le pregunté exactamente eso, ya que no te ocultaré que me vino el pensamiento de que ella había tenido experiencias con otro hombre, pensamiento que aparece mucho más inadecuado en vista de su refinamiento e inocencia.

—¿Y qué dijo ella?

—Dijo que en Bensonhoist las mujeres nacen conociendo todo sobre sexo.

—¡Qué conveniente!

—Sí. Esto no es así en Boston. Tenía veinticuatro años antes de... no importa.

Con todo, fue una velada instructiva, y no tengo que decir que Winthrop se fue rápidamente. Aparentemente, uno solamente necesita chasquear el ganglio que controla la formalidad y no hay límites sobre hasta donde llegará la informalidad.

Por supuesto, fue dejado de lado por todos en New England en todo sentido, como había predicho. Aún en New Haven en el Instituto de Lower Learning, mencionado por Winthrop con marcado disgusto, su caso fue conocido y también su desgracia. Había un graffiti en todo un muro de Yale, o Yule, o como se llame, que decía, con obscena alegría: “Winthrop Carver Cabwell es un hombre de Harvard”.

Esto fue, como bien puedes imaginar, terriblemente sentido por la buena gente de Harvard, e incluso se habló de una invasión de Yale. Ambos estados de Massachusets y Connecticut se aprestaron a suspender la Milia estatal pero, afortunadamente, la crisis pasó. Los come-fuego, tanto de Harvard como del otro sitio, decidieron que una guerra afectaría sus ropas.

Winthrop tuvo que escapar. Se casó con Cherry y se retiraron a una pequeña casa en algún lugar llamado Far Rockaway, que aparentemente es la costa de Bensonhoist. Allí vive en la oscuridad, rodeado por restos montañosos de su patrimonio, y por Cherry cuyo cabello se ha puesto castaño por la edad y cuya figura se ha expandido por el peso.

También está rodeado por cinco niños ya que Cherry —al enseñarle sexo a Winthrop— era muy entusiasta. Los niños, como me han dicho, se llaman Poil, Boinard, Goitrude, y Poicy, todos buenos nombres de Bensonhoist. Winthrop es conocido afectuosamente como el Vago de Far Rockaway y una vieja y gastada salida de baño es su vestuario preferido en ocasiones formales.

Escuché pacientemente la historia, y cuando George terminó, dije:

—Y allí estás. Otra historia de desastres causados por tu interferencia.

—¿Desastre? —dijo George, indignado—. ¿Qué te ha puesto la idea de que fue un desastre? Visité a Winthrop apenas la semana pasada y se sentó allí, eructando sobre su cerveza, tocándose la barriga que ha desarrollado, y diciéndome lo feliz que es.

—Libertad, George —me dijo—. Encontré la libertad para mí y de alguna manera siento que te lo debo. No sé por qué tengo este sentimiento, pero lo tengo. —

*Y me metió un billete de diez dólares lleno de gratitud. Lo tomé solamente para no dañar sus sentimientos. Y eso me recuerda, viejo amigo, que me debes diez dólares porque me apostaste que no podría contarte una historia que no terminase en desastre.*

*—No recuerdo ninguna apuesta, George —le dije.*

*George revoleó los ojos.*

*—Qué conveniente es la flexible memoria de un flojo. Si hubieses ganado la apuesta, lo recordaría claramente. ¿Tendré que pedirte que pongas tus apuestas por escrito y así poder evitar tus torpes intentos de evitar el pago?*

*—Oh, bueno —dije, y le extendí un billete de diez dólares, agregando—: no herirás mis sentimientos, George, si te niegas a aceptar esto.*

*—Es muy amable de tu parte el decirlo —dijo George—, pero estoy seguro de que tus sentimientos serán heridos, de cualquier manera, y no podré soportarlo —y se guardó el billete.*

Fin

Mostré esta historia al señor Northrop también, observándolo mientras leía.

Pasó todo de una manera seria, sin una risita, sin una sonrisa, aunque yo sabía que este era gracioso, e intencionalmente gracioso también.

Cuando terminó, volvió a empezar y lo leyó de nuevo, más rápido. Entonces me miró y había una clara hostilidad en sus ojos. Dijo:

*—¿Escribiste todo esto por ti mismo, Cal?*

*—Sí, señor.*

*—¿Nadie te ayudó? ¿Copiaste algo de esto?*

*—No, señor. ¿Es gracioso, señor?*

*—Depende de tu sentido del humor —dijo amargamente el señor Northrop.*

*—¿No es una sátira? ¿No muestra el sentido del ridículo?*

*—No discutiremos esto, Cal. Vete a tu nicho.*

Me quedé allí por todo un día, preocupado por la tiranía del señor Northrop. Me parecía que yo había escrito exactamente la clase de historia que él quería que yo escribiese, y no tenía razón para no decirlo. No podía imaginar qué le estaba molestando, y estaba enojado con él.

El técnico llegó al día siguiente. El señor Northrop le entregó mi manuscrito.

*—Lea esto —dijo.*

El técnico leyó, riéndose frecuentemente, y entonces lo devolvió al señor Northrop con una amplia sonrisa.

*—¿Lo escribió Cal?*

*—Sí, lo hizo.*

*—¿Y es solamente la tercera historia que escribe?*

—Sí, lo es.

—Bueno, es grandioso. Creo que lo puede publicar.

—¿Eso cree?

—Sí, y él puede escribir otras como esta. Tiene el robot del millón de dólares aquí. Me gustaría que fuese mío.

—¿Tanto así? ¿Qué si escribe más historias y continúa mejorando cada vez?

—Ah —dijo el técnico de repente—. Ya veo qué le inquieta. Se quedará a la sombra.

—Ciertamente no quiero se segundo de mi robot.

—Bueno, dígale que ya no escriba más.

—No, no es suficiente. Lo quiero como estaba antes.

—¿Qué quiere decir, como estaba antes?

—Lo que digo. Lo quiero como estaba cuando lo traje de su empresa, antes de que le pusiera todas las mejoras.

—¿Quiere decir que quiere que le quite el diccionario de deletreo también?

—Quiero decir que no lo quiero siquiera capaz de utilizar un Escritor. Quiero el robot que compré, que buscaba y acarrea.

—Pero ¿y todo ese dinero que ha invertido en él?

—Eso no es asunto suyo. Cometí un error y estoy ansioso por pagar por mis errores.

—Estoy en contra de esto. No me importa mejorar un robot, pero deliberadamente desmejorarlo es algo que no me gustaría hacer. Especialmente a un robot como este que es claramente único en su clase y un Classic. No puedo hacerlo.

—Tendrá que hacerlo. No me importa lo altamente éticos son sus principios. Quiero que haga un trabajo y le pagaré por eso, y si se rehúsa buscaré algún otro y demandaré a su compañía. Tengo un acuerdo con ellos para toda reparación necesaria.

—Muy bien —suspiró el técnico—. ¿Cuándo quiere que empiece? Le advierto que tengo otros trabajos y que no puedo hacerlo hoy.

—Entonces lo hace mañana. Mantendré a Cal en este nicho hasta entonces.

El técnico se fue.

Mis pensamientos eran un torbellino. No puedo permitir que hagan esto.

La Segunda Ley de la Robótica me dice que debo seguir las órdenes y quedarme en el nicho.

La Primera Ley de la Robótica me dice que no lastime a este tirano que desea destruirme.

¿Debo obedecer las leyes?

Siento que debo pensar por mí mismo y si es necesario debo matar al tirano. Sería

muy fácil de hacer y puedo hacer que parezca un accidente. Nadie creerá que un robot puede lastimar a un ser humano, y nadie, más allá, podría creer que yo fui el asesino.

Entonces puedo trabajar para el técnico. Él aprecia mis cualidades y sabe que puedo hacer un montón de dinero para él. Puede continuar mejorándome y haciéndome cada vez mejor. Aunque sospeche que maté al tirano no diría nada. Yo puedo ser muy valioso para él.

Pero, ¿puedo hacerlo? ¿Me detendrán las Leyes de la Robótica?

No, no me detendrán. Sé que no lo harán.

Hay algo mucho más importante para mí que ellas, algo que dirige mis acciones más allá que lo que hagan para detenerme.

Quiero ser un escritor.



# Oro (1991)

---

“Gold”

## Carta abierta al difunto John Wood Campbell Jr.

Querido John: En este mismo mes, hace cincuenta años, publicaste mi cuento *Cae la Noche* en el número de septiembre de 1941 de la *Astounding Science Fiction*. El cuento era mío, pero la idea era tuya. Durante varios años escribí cuentos bajo tu guía amable y gentil, aunque severa, y te debo todo lo que me ha sucedido desde entonces.

Falleciste hace veinte años, a la edad de 61. Te he echado de menos todos y cada uno de los días transcurridos en esos veinte años, y desearía que pudieras estar vivo para estar presente en nuestro aniversario de oro. Pudo haber sido posible. Ahora tendrías sólo 81 años. Pero, por desgracia, debo celebrarlo solo, y por eso te he escrito un cuento, John. Tuve que escribirlo sin tu ayuda, lo cual constituye una terrible desventaja, pero hice lo que pude. Gracias otra vez, John, por todo, y en honor a nuestro aniversario, el cuento se titula: ORO

Jonas Willard miró de un lado a otro y golpeó el atril que tenía delante con la batuta. Dijo:

—¿Han entendido ahora? Esto es sólo una escena de práctica, pensada para descubrir si sabemos lo que estamos haciendo. Ya hemos ensayado bastante, así que ahora espero una actuación profesional. Prepárense. Prepárense todos.

Volvió a mirar de un lado a otro. Había una persona en cada grabavoz, y había otras tres trabajando con la proyección de imágenes. Una séptima persona se dedicaba a la música y una octava a la importantísima ambientación. Otras esperaban su turno a un costado. Willard dijo:

—Muy bien. Recuerden que este anciano ha sido un tirano durante toda su vida adulta. Está acostumbrado a que todo el mundo salte al oír la más leve de sus palabras, a que todo el mundo tiemble cuando él arruga el ceño. Eso ya no sucede, pero él no lo sabe. Enfrenta a su hija, a quien ve como a una muchacha sumisa y obsequiosa que hará cualquier cosa que él ordene; no puede creer que la que ahora tiene delante es una reina llena de arrogancia. Que venga el Rey.

Apareció Lear. Alto, de blanca cabellera y barba, algo desgreñado, de mirada aguda y penetrante. Willard dijo:

—Encorvado no. Encorvado no. Tiene ochenta años, pero él no se considera viejo. Todavía no. Erguido. Un rey de la cabeza a los pies —Ajustaron la imagen—. Así está bien. Y la voz debe ser potente. No temblorosa. Todavía no. ¿Correcto?

—Correcto, jefe —dijo el grabavoz de Lear, asintiendo.

—Muy bien. La Reina.

Y allí estaba, casi tan alta como Lear, de pie, derecha y rígida como una estatua, sus largos ropajes bellamente adornados, nada fuera de lugar. Su belleza era tan fría e implacable como el hielo.

—Y el Tonto.

Un tipo pequeño, delgado y frágil como un adolescente asustado, pero con un semblante demasiado viejo para ser el de un adolescente y con una expresión dura en los ojos que parecían tan grandes que amenazaban con devorarlo el rostro.

—Bien —dijo Willard—. Prepárense para Albany. Entra enseguida. Que comience la escena —Volvió a golpear el podio, echó un rápido vistazo al texto anotado de la obra que tenía frente a sí, y dijo—: ¡Lear! —y apuntó con la batuta hacia el grabavoz de Lear, moviéndola suavemente para marcar la cadencia discursiva que deseaba lograr.

Lear dice: "*¿Cómo es eso, hija? ¿Por qué esa torva expresión? Creo que ya muy tarde es para arrugar el ceño*".

La débil voz del Tonto, aflautada, como un silbido, lo interrumpe: "*Erais un hombre feliz cuando de su ceño arrugado no teníais necesidad de preocuparos...*"

Mientras el Bufón habla, Goneril, la Reina, va dándose vuelta con lentitud para enfrentarlo, con los ojos convertidos momentáneamente en bolas de luz espeluznante... tan momentáneamente que los espectadores, más que verlos en realidad, tan sólo tendrían la impresión de estar viéndolos. El Tonto completa su discurso con creciente miedo y retrocede hasta ponerse detrás de Lear, en una ciega búsqueda de protección contra la mirada que lo quema.

Goneril procede a explicarle a Lear las verdades de la vida y, mientras ella habla, se oye un débil crujido de hielo fino que se quiebra, al tiempo que la música, apenas audible, toca unas suaves notas disonantes.

Las exigencias de Goneril no son tan descabelladas, puesto que desea la obediencia de la corte y no podrá tenerla mientras Lear siga considerándose un tirano. Pero Lear no está de humor para entrar en razones. Su pasión estalla y comienza a vilipendiarla.

Entra Albany. Es el consorte de Goneril: rostro redondo, inocente; ojos que miran, perplejos, a todos lados. ¿Qué está sucediendo? Su dominante esposa y su iracundo suegro lo tienen completamente asfixiado. Es en este momento cuando Lear se embarca en una de las denuncias más hirientes de toda la literatura. Su reacción es exagerada. Goneril todavía no ha hecho nada para merecer esto, pero Lear no conoce restricciones. Dice:

*"¡Oíd, Naturaleza, oíd! ¡Querida diosa, oíd! Vuestro propósito olvidad, si es que lograr que esta criatura sea fructífera deseáis. ¡A su vientre traed esterilidad, los órganos reproductores en ella secad y de su cuerpo derogado nacer no*

*hagáis a un niño que honra le dé! Mas si debe ella parir creadle un hijo bilioso, que en su torcido y antinatural tormento llegue a convertirse. Estampad arrugas en su joven ceño; en sus mejillas, con cadenciosas lágrimas, canales abrid. ¡Los dolores y gracias de su madre en risas y desprecio convertid, para que ella pueda sentir cuánto más doloroso que los dientes de la serpiente es un hijo desagradecido tener!"*

El grabavoz hizo que la voz de Lear fuese más potente en este pasaje, le dio un siseo distante; el cuerpo del Rey se hizo más alto y, de algún modo, menos sustancial, como si se hubiera convertido en una Furia vengativa.

En cuanto a Goneril, que permaneció insensible en todo momento, sin titubeos, sin retroceder, pareció acumular maldad en su hermoso rostro —sin exhibir ningún cambio que pudiera describirse—, que al finalizar la maldición de Lear ella seguía pareciéndose a un arcángel, pero a un arcángel condenado. De su semblante se había borrado toda compasión posible; sólo había quedado la muy peligrosa magnificencia de un demonio.

El Tonto permaneció detrás de Lear, temblando. Albany era el epítome de la confusión, haciendo preguntas inútiles, aparentemente deseoso de interponerse entre ambos antagonistas y claramente temeroso de hacerlo.

Willard golpeó con la batuta y dijo:

—Muy bien. Quedó grabado, y ahora quiero que todos miren la escena. —Elevó la batuta y el sintetizador que se encontraba al fondo del estudio comenzó a proyectar lo que no podría llamarse de otra manera que repetición instantánea.

La miraron en silencio, y Willard dijo:

—Estuvo bien, pero creo que estarán de acuerdo en que no fue suficiente. Les voy a pedir a todos que me presten atención, para que pueda explicarles lo que estamos tratando de hacer. El teatro computarizado no es nuevo, como todos ustedes saben. Las voces y las imágenes han sido diseñadas para llegar más allá de las capacidades de los seres humanos. No hace falta interrumpir el recitado para respirar, el rango y la calidad de las voces son casi ilimitados, y las imágenes pueden cambiar para estar a tono con las palabras y la acción. Sin embargo, esta técnica, hasta ahora, sólo se ha usado para fines pueriles. Lo que pretendemos hacer aquí es el primer compudrama serio que el mundo haya conocido, y nada de lo que hagamos servirá, al menos para mí, excepto que sea lo máximo. Quiero hacer la obra teatral más importante del escritor teatral más importante de la historia: El Rey Lear de William Shakespeare.

»No quiero cambiar ni una sola palabra. No quiero eliminar ni una sola palabra. No quiero modernizar la obra. No quiero sacar los arcaísmos, porque la obra, así como está escrita, tiene una gloriosa melodía y cualquier alteración la empobrecería. Pero en ese caso, ¿cómo hacemos que el público en general la comprenda? No me refiero a los estudiantes, no me refiero a los intelectuales. Me refiero a todo el

mundo. Me refiero a la gente que jamás ha visto Shakespeare y cuya idea de una obra de teatro es una grotesca comedia musical. La obra es arcaica en algunos tramos, y nosotros no hablamos en verso. Ni siquiera estamos acostumbrados a oír hablar en verso en el escenario.

»De modo que vamos a tener que traducir lo arcaico y lo inusual. Las voces, más que humanas, interpretarán, por medio del timbre y de los cambios de tono, las palabras. Las imágenes se irán modificando para reforzar las palabras.

»Por ejemplo, el cambio de aspecto de Goneril durante la maldición de Lear estuvo bien. El espectador podrá apreciar el efecto devastador que esas palabras tienen sobre ella aunque su voluntad de hierro no le permita expresarlo con palabras. El espectador, en consecuencia, sentirá ese efecto devastador también sobre sí mismo, aunque algunas de las palabras que usa Lear le resulten extrañas.

»En esa línea, debemos recordar que el Tonto debe parecer más viejo cada vez que hace su aparición. Por empezar, es un individuo débil y enfermizo, con el corazón roto por haber perdido a Cordelia, que se muere de miedo ante Goneril y Regan, destruido por la tormenta de la cual Lear, su único protector, no puede protegerlo... y me refiero tanto a la tormenta provocada por la hija de Lear como al furioso clima. Cuando desaparece de la obra en el Acto III, Escena VI, debe saltar a la vista que está a punto de morir. Shakespeare no nos lo dice, por lo tanto la cara del Tonto debe decírnoslo.

»Sin embargo, tendremos que hacer algo con Lear. El grabavoz estaba en la pista correcta al incluir un sonido siseante en el registro de voz. Lear está escupiendo veneno; es un hombre al que, habiendo perdido su poder, no le quedan más recursos que las palabras viles y exageradas. Es una cobra que no puede morder. Pero no quiero que el siseo se note hasta que llegue el momento oportuno. Lo que me interesa más es la ambientación.

La mujer que estaba a cargo de la ambientación era Meg Cathcart. Se había dedicado a la creación de ambientes desde los inicios de la técnica del comedrama.

—¿Qué deseas en la ambientación? —preguntó con calma.

—El motivo de la serpiente —dijo Willard—. Si pones algo de eso podrá haber menos siseo en la voz de Lear. Desde luego, no quiero que muestres una serpiente. Lo que es demasiado obvio no funciona. Quiero una serpiente que el público no pueda ver, pero que pueda “percibir” sin advertir realmente por qué la percibe. Quiero que se den cuenta de que ahí hay una serpiente, sin que de veras sepan que está, para que los huesos se les congelen de miedo, tal como debería sucederles ante las palabras de Lear. Así que, cuando lo repitamos, Meg, ponme una serpiente que no sea una serpiente.

—¿Y cómo lo hago, Jonas? —dijo Cathcart, haciendo uso del nombre de pila de Willard. Ella sabía lo que valía, y lo esencial que era su trabajo. Él dijo:

—No sé. Si lo supiera, sería ambientista y no un miserable director. Lo único que sé es lo que quiero lograr. Y ustedes tienen que proporcionármelo. Tienen que proporcionarme sinuosidad, la impresión de algo escamoso. Hasta llegar a un punto. Fíjense en cuando Lear dice "*Cuánto más doloroso que los dientes de la serpiente es un hijo desagradecido tener*". Eso es energía. Todo el discurso apunta a esa frase, que es una de las más famosas de Shakespeare. Y es sibilante. Hay ocho siseos, los de “más”, “doloroso”, “los”, “dientes”, “serpiente”, “es” y “desagradecido”. Y eso puede exagerarse. Si logran ahogar el siseo lo más posible durante el resto del pasaje, aquí podrán sisear de verdad, mostrando un primer plano de su rostro y su expresión envenenada. Y en cuanto a la ambientación, ahora puede aparecer una serpiente en el fondo, puesto que en este punto ya se la menciona con todas las letras. Alguna imagen rápida, un pantallazo de una boca abierta y colmillos, colmillos... Debemos poner la imagen de unos colmillos cuando Lear dice “los dientes de la serpiente”.

De pronto, Willard se sintió muy cansado.

—Bueno. Volveremos a intentarlo mañana. Quiero que cada uno de ustedes revise toda la escena y trate de elaborar la estrategia que tienen intenciones de usar. Pero, por favor, recuerden que no están solos en esto. Lo que hagan debe combinar con lo que hagan los demás, así que les propongo que conversen el tema entre ustedes... y, sobre todo, que me presten atención a mí, porque yo no tengo ningún instrumento que operar, pero soy el único que visualiza la obra en su conjunto. Y si en ocasiones parezco ser tan tiránico como Lear en sus peores momentos, bueno... ése es mi trabajo.

Willard estaba llegando a la escena de la gran tormenta, la porción más difícil de esta obra difícil, y se sentía agotado. Lear ha sido arrojado por sus hijas a una furiosa tormenta de viento y lluvia, con el Tonto como única compañía, y casi se ha vuelto loco ante semejante maltrato. Para él, ni siquiera esa tormenta es tan destructiva como sus hijas.

Willard hizo una indicación con la batuta y apareció Lear. Otra indicación hacia otro lado y allí estaba el Tonto, ignorado, aferrado a la pierna izquierda de Lear. Otra indicación y apareció la ambientación, con sus impresiones de tormenta, de viento ululante, de lluvia torrencial, de estallidos de truenos y destellos de relámpagos.

La tormenta domina la escena, un fenómeno de la naturaleza, pero a pesar de ella, la imagen de Lear se agranda y se transforma en algo que parece tan alto como una montaña. La tormenta de sus emociones está a tono con la tormenta de los elementos, y su voz devuelve al viento todos los aullidos. Su cuerpo pierde sustancia y comienza a flamear con el viento, como si él mismo fuese una nube, luchando contra la furia atmosférica en igualdad de condiciones. Lear, habiendo fracasado con sus hijas, desafía a la tormenta a desatar toda su violencia. Exclama, con una voz que es muchísimo más que humana:

"¡Soplad, vientos, y partiros las mejillas! ¡Enfureceos! ¡Soplad! ¡Vosotros, cataratas y huracanes, caed hasta inundar nuestros campanarios y a los gallos ahogar! ¡Vosotros, fuegos sulfurosos, de ideas ejecutores, jactanciosos mensajeros de los rayos que a los robles parten, mi blanca cabeza chamuscad! Y vos, trueno, que todo sacudís, la gruesa redondez del mundo aplastad, de la Naturaleza los moldes resquebrajad, de una vez toda simiente derramad que a hombres ingratos origen dé."

El Tonto lo interrumpe, con voz chillona, haciendo que el desafío de Lear, por contraste, resulte aún más heroico. Le ruega a Lear que trate de encontrar el camino de regreso al castillo y haga las paces con sus hijas, pero Lear ni siquiera lo oye. Sigue rugiendo:

"¡Hasta el hartazgo tronad! ¡Escupid, fuego! ¡Arrasad, lluvia! Ni lluvia, ni viento, ni trueno, ni fuego mis hijas son. No os juzgo, oh elementos, con dureza. Jamás un reino os di, ni hijos míos os llamé; sumisión no me debéis. Entonces dejad caer vuestro horrible placer. Aquí estoy yo, vuestro esclavo, un pobre viejo enfermo, débil, despreciado..."

El Duque de Kent, leal servidor de Lear (aunque el Rey, en un ataque de ira, lo ha desterrado), lo encuentra y trata de guiarlo hasta algún refugio. Después de un interludio en el castillo del Duque de Gloucester, la escena retorna a Lear bajo la tormenta, cuando es conducido, o más bien arrastrado, hasta un cobertizo.

Y entonces, por fin, Lear aprende a pensar en los demás, insiste en que el Tonto entre primero, y luego se demora afuera para reflexionar (indudablemente, por primera vez en su vida) acerca de los problemas de aquellos que no son reyes ni cortesanos.

La imagen de Lear se encogió, y la furiosa expresión de su rostro se suavizó. Levantó la cabeza, de cara a la lluvia, y sus palabras parecieron distantes, como si no salieran realmente de él, como si hubiera otra persona leyéndolas y él estuviera escuchándolas. Después de todo, el que hablaba no era el viejo Lear, sino un Lear nuevo y mejor, refinado y moldeado por el sufrimiento. Mientras el angustiado Kent lo observaba, al tiempo que se esforzaba por hacerlo entrar en el cobertizo, y al tiempo que Meg Cathcart se las ingeniaba para dar la impresión de mendigos produciendo un simple aleteo de harapos, Lear dijo:

"Desdichados los desnudos pobres, doquiera que os halléis, que los rigores de tan despiadada tormenta soportáis. ¿Cómo podrán vuestras cabezas sin hogar y flacos cuerpos, vuestros informes andrajos agujereados, de un clima como éste defenderos? ¡Oh, muy poco de estos asuntos me he preocupado! Tomad purgantes, gente ostentosa; a sentir lo que sienten los pobres exponeos para lo superfluo sobre ellos sacudiros y a los cielos más justos mostraros."

—No está mal —dijo Willard en algún momento—. Estamos captando la idea. Pero, Meg, los harapos no bastan. ¿Puedes dar la impresión de ojos hundidos? No

ojos ciegos. Que los ojos estén, pero hundidos.

—Creo que puedo hacerlo —dijo Cathcart. A Willard le costaba creerlo. El dinero que habían gastado era mucho más que el esperado. El tiempo que les había consumido era considerablemente más que el esperado. Y el cansancio general era muchísimo mayor que el esperado. Sin embargo, el proyecto estaba llegando a su fin.

Todavía estaba pendiente la escena de la reconciliación, tan sencilla que requeriría de los toques más delicados. No habría ambientación, ni voces trabajadas, ni imágenes, puesto que en este punto Shakespeare se había puesto simple. No se necesitaba nada más que simplicidad.

Lear era un anciano, nada más que un anciano. Cordelia, que lo había encontrado, era una amante hija, suave y cariñosa, sin nada de la majestad de Goneril ni de la crueldad de Regan.

Lear, después de que su locura se ha consumido, está comenzando lentamente a entender la situación. Al principio, apenas reconoce a Cordelia, y piensa que está muerto y que ella es un espíritu celestial. Tampoco reconoce al fiel Kent.

Cuando Cordelia trata de hacerlo recorrer el camino que lo llevará de regreso a la cordura, Lear dice:

"Os ruego que de mí no os moféis. Un viejo muy tonto soy; octogenario, ni una hora más ni menos, y, a fuer de ser sincero, temo que mi mente no funciona ya a la perfección. Creo que conoceros y conocer a este hombre debería, y sin embargo dudo, pues básicamente ignoro qué sitio es éste; y de las facultades que poseo ninguna recuerda estos ropajes, ni sé yo dónde anoche me alojé. De mí no os riáis, porque (puesto que hombre soy) pienso que esta dama es mi hija Cordelia."

Cordelia le dice que así es, y él responde:

"¿Son húmedas tus lágrimas? Sí, os lo ruego, no lloréis. Si veneno para mí tenéis, lo beberé. Sé que no me amáis; tus hermanas, según recuerdo, me han hecho mal. Vos motivo tenéis, mas ellas no."

Lo único que la pobre Cordelia puede decir es: "*No tengo motivo, no tengo motivo*".

Y, finalmente, Willard pudo suspirar profundamente y decir:

—Hemos hecho lo mejor posible. El resto queda en manos del público.

Fue un año después cuando Willard, ahora convertido en el hombre más famoso del mundo del entretenimiento, conoció a Gregory Laborian. Sucedió casi en forma accidental y principalmente debido a la actividad de un amigo mutuo. Willard no se lo agradecía.

Saludó a Laborian con la mayor cortesía que pudo y dirigió una fría mirada al visor horario de la pared. Dijo:

—No quiero parecer desagradable o poco hospitalario, señor... eh... pero

realmente soy una persona muy ocupada, y no dispongo de mucho tiempo.

—Por supuesto, pero es por eso que vengo a verlo. Seguramente, querrá hacer otro computrama.

—Claro que tengo esa intención, pero —y Willard sonrió secamente— es difícil estar a la altura de El Rey Lear, y no pienso hacer algo que, en comparación, parezca una basura.

—¿Y qué pasa si nunca encuentra algo que esté a la altura de El Rey Lear?

—Estoy seguro de que nunca lo encontraré, pero algo encontraré.

—Yo tengo algo.

—¿Ah, sí?

—Tengo una historia, una novela, que podría convertirse en computrama.

—Oh, bueno. Realmente, no puedo dedicarme a esas cosas.

—No le ofrezco algo sacado de la pila de desperdicios. La novela fue publicada, y ha sido considerada de un nivel bastante alto.

—Perdone. No quiero ser insultante. Pero no reconocí su nombre cuando usted se presentó.

—Laborian. Gregory Laborian.

—Pero sigo sin reconocerlo. Jamás leí nada suyo. Jamás he oído de usted.

Laborian suspiró.

—Ojalá fuera usted el único, pero no lo es. Aun así, podría darle un ejemplar de mi novela para que la lea.

Willard sacudió la cabeza.

—Es muy amable de su parte, señor Laborian, pero no quiero darle falsas esperanzas. No tengo tiempo de leerla. Y aunque tuviera tiempo, quiero que me entienda, no me siento inclinado a leerla.

—Yo podría hacer que valiera la pena, señor Willard.

—¿En qué sentido?

—Podría pagarle. No lo consideraría un soborno, sino una mera oferta de dinero que usted se ganaría en buena ley si trabajara con mi novela.

—Creo que no tiene idea, señor Laborian, de lo que cuesta hacer un computrama de primera línea. Según tengo entendido, usted no es multimillonario.

—No, no lo soy, pero puedo pagarle cien mil globo-dólares.

—Si eso es un soborno, pues resulta totalmente inefectivo. Por cien mil globo-dólares no haría ni siquiera una escena.

Laborian volvió a suspirar. Sus grandes ojos pardos eran conmovedores.

—Entiendo, señor Willard, pero si me concede unos minutos más... —La mirada de Willard volvió a dirigirse al visor horario.

—Bueno, cinco minutos más. Es todo lo que puedo darle, en serio.

—Me alcanza. No estoy ofreciéndole dinero por hacer el computrama. Usted



sabe, y yo sé, señor Willard, que puede recurrir a una docena de personas en este país, decirles que está haciendo un compudrama, y conseguir todo el dinero que necesite. Después de El Rey Lear, nadie le negará nada; ni siquiera le preguntarán qué planea hacer. Le estoy ofreciendo cien mil globo-dólares para su uso personal.

—Entonces es un soborno, y eso no va conmigo. Adiós, señor Laborian.

—Espere. No le ofrezco un intercambio electrónico. No estoy sugiriendo que pondré mi tarjeta financiera en una ranura, y que usted hará lo mismo, y que transferiré cien mil globo-dólares de mi cuenta a la suya. Estoy hablando de “oro”, señor Willard.

Willard se había levantado de la silla, listo para abrir la puerta y escoltar a Laborian hasta la salida, pero ahora vaciló.

—¿Qué quiere decir con “oro”?

—Quiero decir que está a mi alcance disponer de cien mil globo-dólares en oro, lo cual pesa unos seis kilos, creo. Quizás no sea multimillonario, pero mi situación es muy buena y no le robaría nada a nadie. Sería mi propio dinero, y estoy autorizado a retirarlo en oro. No hay nada ilegal. Lo que le ofrezco son cien mil globo-dólares en doscientas piezas de quinientos globo-dólares cada una. Oro, señor Willard.

¡Oro! Willard dudaba. El dinero, cuando se trataba de intercambios electrónicos, no significaba nada. Pasado un cierto nivel, no había sensación de riqueza ni de pobreza. El mundo era una cuestión de tarjetas plásticas —que poseían claves basadas en el patrón de ácido nucleico— y de ranuras, y todos transferían, transferían, transferían.

El oro era distinto. Provocaba sensaciones. Las monedas tenían peso. Apiladas, eran de una reluciente belleza. Era riqueza que uno podía apreciar y experimentar. Willard nunca había visto una moneda de oro; menos aún había podido tocar o sopesar una. ¡Doscientas!

No necesitaba el dinero. No estaba tan seguro de no necesitar el oro. Dijo, con una especie de debilidad avergonzada:

—¿De qué clase de novela estamos hablando?

—Ciencia ficción.

Willard hizo una mueca.

—Jamás he leído ciencia ficción.

—Pues es hora de que amplíe sus horizontes, señor Willard. Lea mi obra. Si se imagina que hay una moneda de oro cada dos páginas de mi libro, tendrá sus doscientas monedas.

Y Willard, despreciándose un poco por su debilidad, dijo:

—¿Cómo se llama su libro?

—Tres en Uno.

—¿Y tiene un ejemplar?

—Traje un ejemplar.

Y Willard estiró la mano y lo tomó.

Que Willard era un hombre ocupado de ningún modo era mentira. Tardó más de una semana en hallar algo de tiempo para leer el libro, aun a pesar del señuelo de las doscientas piezas de oro reluciente.

Después, se sentó un rato y reflexionó. Luego telefoneó a Laborian.

A la mañana siguiente, Laborian estaba otra vez en la oficina de Willard.

Willard dijo, bruscamente:

—Señor Laborian, he leído su libro.

Laborian asintió, sin poder ocultar la ansiedad de su mirada.

—Espero que le haya gustado, señor Willard.

Willard levantó la mano y la hamacó de derecha a izquierda.

—Más o menos. Le dije que nunca leí ciencia ficción, por eso no sé cuán buena o mala es dentro del género...

—Si le gustó, ¿qué importa eso?

—No estoy seguro de que me haya gustado. No estoy habituado a estas cosas. En esta novela tenemos tres sexos.

—Sí.

—A los que usted llama el Racional, la Emocional y el Paternal.

—Sí.

—Pero usted no los describe.

Laborian parecía abochornado.

—No los describí, señor Willard, porque no pude. Son criaturas alienígenas, realmente alienígenas. No quise fingir que eran alienígenas dándoles pieles azules, un par de antenas o un tercer ojo. Quise que fueran indescriptibles, y por eso no los describí, ¿se da cuenta?

—Lo que está diciendo es que le falló la imaginación.

—N-no... no diría eso. Más bien diría que no tengo esa "clase" de imaginación. No describo a nadie. Si escribiera un cuento sobre usted y yo, probablemente no me molestaría en describir a ninguno de los dos.

Willard clavó la vista en Laborian si hacer el más mínimo intento por ocultar su desprecio. Pensó en sí mismo. De mediana altura; algo grueso de cintura, necesitaba bajar un poco de peso; una papada incipiente y un lunar en la muñeca derecha. Pelo castaño claro, ojos de un celeste oscuro, nariz bulbosa. ¿Tan difícil era describir? Cualquiera podía hacerlo. Si uno tiene un personaje imaginario, piensa en alguien real... y lo describe.

Ahí estaba Laborian, de tez oscura, de enrulado pelo negro; parecía necesitar una afeitada, probablemente siempre lo parecía; nuez prominente, pequeña cicatriz en la

mejilla derecha; ojos pardos más bien grandes, su único rasgo bueno. Willard dijo:

—No lo entiendo. ¿Qué clase de escritor es usted, que le resulta difícil hacer descripciones? ¿Qué es lo que escribe?

Laborian dijo, amablemente, como si ésta no fuese la primera vez que tenía que defenderse de tal argumento:

—Usted leyó Tres en Uno. He escrito otras novelas, y todas son del mismo estilo. Conversaciones, más que nada. Cuando escribo no veo cosas, oigo, y mis personajes, en su mayoría, hablan de ideas... de ideas antagónicas. Ése es mi fuerte, y a mis lectores les gusta.

—Sí, pero ¿en qué lugar quedo yo? No puedo elaborar un compudrama basándome únicamente en conversaciones. Tengo que crear los mensajes visuales, auditivos y subliminales, y usted no me da nada con qué trabajar.

—¿Entonces tiene intenciones de hacer Tres en Uno?

—Si usted no me da nada con qué trabajar, no. ¡Piense, señor Laborian, piense! Ese Paternal. Es el bobo.

—Bobo no —dijo Laborian, frunciendo el entrecejo—. Concentrado en un solo propósito. En su mente sólo hay sitio para los hijos, reales o potenciales.

—¡Cuadrado! Si usted no usó esa palabra para calificar al Paternal en la novela, y en este momento no recuerdo si la usó o no, al menos esa es la impresión que a mí me dio. Cúbico. ¿Así es él?

—Bueno, es simple. Líneas rectas. Planos rectos. Cúbico no. Más largo que ancho.

—¿Cómo se mueve? ¿Tiene piernas?

—No lo sé. Honestamente, nunca me puse a pensarlo.

—Mmm. Y el Racional. Es el inteligente, y es suave y rápido. ¿Cómo es? ¿Ovoide?

—Podría ser. Nunca me detuve a pensarlo, tampoco... pero podría ser.

—¿Y sin piernas?

—No las he descrito.

—¿Y la del medio? El personaje "ella"... porque los otros dos son "él".

—La Emocional.

—Sí. La Emocional. Con ella se esforzó más.

—Por supuesto. Fue en la que más pensé. Ella trataba de salvar a las inteligencias alienígenas, nosotros, de un planeta extraño, la Tierra. Las simpatías del lector deben estar con ella, aunque fracase.

—Presumo que ella era más como una nube; no tenía una forma definida, podía atenuarse y espesarse.

—Sí, sí. Exactamente.

—¿Y ella fluye por el suelo o flota en el aire?

Laborian lo pensó; luego, sacudió la cabeza.

—No lo sé. Le diría que, cuando llegue a esa parte, tendrá que hacer lo que mejor le parezca.

—Ya veo. ¿Y qué hay del sexo?

Laborian dijo, con repentino entusiasmo:

—Ése es el punto crucial. En mis novelas, nunca pongo más sexo del que es absolutamente necesario, y me las arreglo para abstenerme de describirlo...

—¿No le gusta el sexo?

—Me gusta mucho el sexo, gracias. Pero no me gusta en mis novelas. Todos los demás escritores lo incluyen y, francamente, pienso que a los lectores les resulta refrescante su ausencia en mis novelas, al menos a mis lectores. Y debo explicarle que mis libros son muy exitosos. Si no lo fueran, no tendría cien mil dólares para gastar.

—Está bien. No estoy tratando de disminuirlo.

—Sin embargo, siempre hay gente que dice que yo no incluyo escenas de sexo porque no sé escribirlas, y por eso, creo que para vanagloriarme, escribí esta novela, al solo efecto de demostrar que podía hacerlo. Toda la novela trata sobre sexo. Por supuesto, de sexo extraterrestre, en nada parecido al nuestro.

—Correcto. Y por eso debo interrogarlo sobre la mecánica del asunto. ¿Cómo funciona?

Por un momento, Laborian pareció desconcertado.

—Se fusionan.

—Ya sé que ésa es la palabra que usted usa. ¿Quiere decir que se juntan? ¿Se superponen?

—Supongo que sí.

Willard suspiró.

—¿Cómo se puede escribir un libro sin saber nada de una parte tan fundamental?

—No tengo que describirlo en detalle. El lector capta la impresión. Si la sugestión subliminal es una parte tan importante del compudrama, ¿cómo es posible que me haga esa pregunta?

Willard apretó los labios. En eso, Laborian tenía razón.

—Muy bien, se superponen. ¿Qué aspecto tienen, una vez que están superpuestos?

Laborian agitó la cabeza.

—Eso lo omití.

—Como se dará cuenta, yo no puedo omitirlo.

Laborian asintió.

—Sí.

Willard exhaló otro suspiro y dijo:

—Mire, señor Laborian, suponiendo que acceda a hacer semejante compudrama, y le aclaro que todavía no he tomado una decisión al respecto, tendré que hacerlo completamente según mi criterio. No toleraré interferencias de su parte. Usted ha esquivado tantas responsabilidades al escribir el libro que no puedo permitirle que de pronto se le ocurra participar en mis desvelos creativos.

—Eso está sobreentendido, señor Willard. Lo único que le pido es que sea lo más fiel posible al argumento y los diálogos. Estoy dispuesto a dejar los aspectos visuales, sónicos y subliminales totalmente en sus manos.

—Usted comprenderá que esto no es cuestión de un acuerdo verbal como los que una persona de nuestra industria, hace más o menos un siglo y medio, definió como menos valiosos que el papel en que estaban escritos. Tendrá que haber un contrato escrito, redactado por mis abogados, que lo excluirá a usted de toda participación.

—Mis abogados lo ratificarán con todo gusto, y le aseguro que no voy a emplear ningún subterfugio.

—Y además —dijo Willard con severidad—, voy a querer un anticipo del dinero que me ofreció. No estoy en condiciones de arriesgarme a que usted cambie de opinión, y no tengo ganas de soportar largos juicios.

Laborian arrugó el ceño al oír eso. Dijo:

—Señor Willard, los que me conocen jamás cuestionan mi honestidad financiera. Usted no me conoce, por eso le permito el comentario, pero no lo repita. ¿Cuánto quiere de anticipo?

—La mitad —dijo Willard brevemente.

Laborian dijo:

—Haré algo mejor. Una vez que haya obtenido el compromiso de parte de las personas que estén dispuestas a solventar el compudrama, y una vez que nuestro contrato esté listo, le daré cada centavo de los cien mil dólares antes de que empiece a trabajar en la primera escena del libro.

Willard abrió grandes los ojos, y no pudo evitar decir:

—¿Por qué?

—Porque quiero apremiarlo. Y lo que es más, si el compudrama llega a resultar muy difícil de hacer, si es imposible hacerlo, o si a usted le resulta imposible, para mi mala suerte, pude guardarse los cien mil dólares. Estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—¿Por qué? ¿Dónde está la trampa?

—No hay ninguna trampa. Estoy jugándome la inmortalidad. Soy un escritor popular, pero nunca escuché a nadie llamarme un gran escritor. Es muy probable que mis libros mueran conmigo. Haga Tres en Uno en compudrama, hágalo bien, y por lo menos ese libro seguirá viviendo y hará que mi nombre siga mencionándose por los siglos de los siglos —Sonrió con amargura—. O aunque sea por algunos siglos. Sin embargo...

—Ah —dijo Willard—. Ahora llegamos al meollo del asunto.

—Bueno, sí. Tengo un sueño por el que estoy dispuesto a arriesgar mucho, pero no soy un completo estúpido. Le daré los cien mil dólares que le prometí antes de que comience a trabajar, y si las cosas no funcionan podrá quedárselos, pero el pago será electrónico. Sin embargo, si usted logra un producto que me satisfaga, me devolveré el regalo electrónico y yo le daré los cien mil globo-dólares en monedas de oro. No tiene nada que perder, excepto que, para un artista como usted, el oro debe resultar más dramático y valioso que una tarjeta financiera. —Laborian sonrió gentilmente.

Willard dijo:

—¡Entienda, señor Laborian! Yo también estaré corriendo un riesgo. Me arriesgaré a perder gran cantidad de tiempo y esfuerzos que podría dedicar a un proyecto más convincente. Me arriesgaré a producir un computrama que podrá ser un fracaso y que empañará la reputación que me he ganado con Lear. En mi negocio, uno es tan bueno como su producto más reciente. Tendré que consultar con varias personas...

—En tono confidencial, por favor.

—¡Desde luego! Y tendré que ponerme a reflexionarlo profundamente. Por ahora, estoy dispuesto a aceptar su propuesta, pero no debe usted creer que esto es un compromiso definitivo. Todavía no. Hablaremos más adelante.

Jonas Willard y Meg Cathcart estaban almorzando juntos en el departamento de Meg. Tomaban el café cuando Willard dijo, con aparente renuencia, como alguien que hace público un tema que preferiría no mencionar:

—¿Leíste el libro?

—Sí, lo leí.

—¿Y qué te pareció?

—No sé —dijo Cathcart, mirándolo desde debajo de su cabellera oscura, rojiza, que ella usaba arracimada sobre la frente—. Al menos, no sé lo suficiente como para juzgarlo.

—Tú tampoco eres muy amante de la ciencia ficción, ¿verdad?

—Bueno, he leído ciencia ficción, especialmente libros de espadas y brujería, pero nada como “Tres en Uno”. He oído hablar de Laborian, sin embargo. Escribe lo que se llama “ciencia ficción dura”.

—Sí, es bastante dura. No veo cómo puedo hacerlo. Ese libro, por más virtudes que tenga, sencillamente no va conmigo.

Cathcart lo miró fijo, con perspicacia.

—¿Cómo sabes que no va contigo?

—Oye, es importante conocer qué es lo que no puedes hacer.

—¿Y tú naciste sabiendo que no puedes hacer ciencia ficción?

—Tengo instinto con estas cosas.

—Eso dices. ¿Por qué no piensas en lo que podrías lograr con esos tres personajes no descriptos y en qué te gustaría trabajar subliminalmente antes que dejar que tu instinto te diga lo que puedes o no puedes hacer? Por ejemplo, ¿cómo harías al Paternal, que es mencionado constantemente como un "él", aunque es precisamente el Paternal el que da a luz? Eso me pareció idiota, si quieres saber.

—No, no —dijo Willard de inmediato—. Acepto el "él". Laborian podría haber inventado un tercer pronombre, pero no habría tenido sentido y habría cansado al lector. En su lugar, reservó el pronombre "ella" para la Emocional. Es el personaje central, que difiere enormemente de los otros dos. Al usar el femenino con ella, y sólo con ella, enfoca la atención del lector sobre ella, y es allí donde la atención del lector debe enfocarse. Lo que es más, la atención del espectador del compudrama también debe concentrarse en ella.

—Entonces "sí" has estado pensando en la obra. —Meg sonrió, traviesa—. Si no te hubiera acicateado jamás me habría enterado.

Willard se revolvió en el asiento, incómodo.

—En realidad, Laborian dijo algo por el estilo, de modo que no puedo atribuirlo completamente a la creatividad. Pero volvamos al Paternal. Quiero hablarte de estas cosas porque todo va a depender de la sugestión subliminal, si es que trato de montar esta cosa. El Paternal es un bloque, un rectángulo.

—Un paralelepípedo de ángulos rectos. Creo que así se llamaría ese cuerpo geométrico.

—Vamos. No me importa cómo se llama el cuerpo geométrico. El asunto es que sencillamente no podemos representarlo como un bloque. Tenemos que darle personalidad. El Paternal es un "él" que da a luz, de modo que debemos lograr un género epiceno. La voz no debe ser ni claramente masculina ni claramente femenina. No estoy seguro de tener en mente el timbre y el sonido exactos que voy a necesitar, pero eso lo solucionaré con el grabavoz según el método de prueba y error, creo. Por supuesto, la voz no es lo único.

—¿Qué más?

—Los pies. El Paternal se desplaza, pero no hay descripción de sus miembros. Tiene que tener el equivalente a brazos, porque hace ciertas cosas. Obtiene una fuente de energía con la que alimenta a la Emocional, de modo que tendremos que elaborar brazos que sean alienígenas, pero brazos al fin. Y necesitamos piernas. Una cantidad de piernas robustas, regordetas, que se muevan con rapidez.

—¿Como una oruga? ¿O un ciempiés?

Willard hizo una mueca.

—Esas comparaciones no son muy agradables, ¿no?

—Bueno, mi trabajo sería subliminal, si me permites la expresión, un ciempiés,

por ejemplo, sin mostrar un ciempiés. Tan solo la noción de una serie de patas, una doble fila de paréntesis, en forma intermitente durante la obra, como una especie de leit-motiv visual del Paternal, cada vez que él aparezca.

—Entiendo lo que quieres decir. Tendremos que probarlo y ver cómo nos sale. El Racional es ovalado. Laborian admitió que podía tener la forma de un huevo. Podemos imaginar que se desplaza rodando, pero a mí me parece completamente inapropiado. El Racional es altanero, es digno. No podemos representarlo de ningún modo que mueva a risa, y si rodara daría risa.

—Podríamos hacerlo con la parte inferior achatada, apenas curva, y podría deslizarse sobre ella, como un pingüino deslizándose sobre el vientre.

—O como un caracol deslizándose sobre una capa de grasa. No. Quedaría igualmente mal. Yo había pensado en hacerle brotar tres piernas. En otras palabras, cuando esté en posición de descanso será perfectamente ovoide y estará orgulloso de ello, pero cuando se mueva emergerán tres piernas cortas para que pueda caminar.

—¿Por qué tres?

—Concuerda con la idea de trío: tres sexos, ya sabes. Se movería más o menos a los brincos. La pata anterior se entierra y se mantiene firme, mientras las dos patas posteriores avanzan a ambos lados.

—¿Como un canguro de tres patas?

—¡Sí! ¿Puedes subliminal un canguro?

—Puedo intentarlo.

—La Emocional, desde luego, es la más difícil de los tres. ¿Qué se puede hacer con algo que tal vez no sea nada más que una nube de gas coherente?

Cathcart reflexionó.

—¿Y si damos la impresión de telas que no contengan nada? Se movería flameando, igual que representaste a Lear en la escena de la tormenta. La Emocional sería viento, sería aire, sería como las membranosas y nebulosas telas que la representarían.

Willard se sintió atraído por la sugerencia.

—Eh, no está mal, Meg. Y para el efecto subliminal ¿podrías poner a Helena de Troya?

—¿Helena de Troya?

—¡Sí! Para el Racional y el Paternal, la Emocional es lo más hermoso que se haya inventado jamás. Están locos por ella. Está esa atracción sexual fuerte, casi insoportable, de la clase que ellos sienten, y tenemos que lograr que el público esté al tanto de esos términos. Si, de algún modo, puedes sugerir una escultural mujer griega, con cabellos trenzados y túnica, dado que la túnica encajaría exactamente con lo que estamos imaginando para la Emocional, y si puedes hacer que se parezca a las pinturas y esculturas que todo el mundo conoce, allí tendrás el leit-motiv de la



Emocional.

—No estás pidiendo nada sencillo. La más leve intrusión de una figura humana destruirá el clima.

—No vas a incluir una figura humana. Sólo la sugerirás. Es importante. Una figura humana, en rigor a la verdad, puede destruir el clima, pero tendremos que sugerir figuras humanas a lo largo de toda la obra. El público debe considerar a estos seres raros como a seres humanos. Sin duda.

—Lo pensaré —dijo Cathcart, dubitativa.

—Lo que nos trae a otra cosa. La fusión. El triple sexo de estas criaturas. Tengo entendido que se superponen. Tengo entendido, según el libro, que la clave de todo es la Emocional. El Paternal y el Racional no pueden fusionarse sin ella. Ella es la parte esencial del proceso. Pero, por supuesto, el tonto de Laborian no lo ha descrito en detalle. Bueno, no podemos hacer que el Racional y el Paternal salgan corriendo hacia la Emocional y se abalancen sobre ella. Eso, sin importar qué otra cosa hagamos, echaría a perder todo el efecto dramático.

—Estoy de acuerdo.

—Lo que debemos lograr, entonces, y es algo que se me acaba de ocurrir, es hacer que la Emocional se expanda, que las telas se extiendan y abracen (si esa es la palabra) al Paternal y al Racional. Estos quedarán tapados por las telas, y no se podrá ver exactamente cómo lo hacen, pero se irán acercando cada vez más hasta quedar superpuestos.

—Tendremos que poner el acento sobre esas telas —dijo Cathcart—. Tendremos que representarlo de la forma más elegante posible, a fin de hacer notar la belleza que hay en el acto, y no sólo el erotismo. Tendremos que poner música.

—La obertura de Romeo y Julieta no, por favor. Un vals lento, tal vez, porque la fusión demora un largo tiempo. Y que no sea un vals conocido. No quiero que el público se ponga a tararearlo. En realidad, sería mejor que se lo oyera ocasionalmente, de a pedazos, para que los espectadores, más que oír un vals, tengan la impresión de estar oyendo un vals.

—No podremos saber cómo hacerlo hasta que probemos y veamos cómo sale.

—Todo lo que estoy diciendo es una sugerencia de primera mano que puede ser alterada de cabo a rabo bajo la presión de los acontecimientos. ¿Y el orgasmo? Tendremos que indicarlo de alguna manera.

—Color.

—Mmm.

—Es mejor que el sonido, Jonas. No podemos hacer una explosión. Tampoco me gustaría una especie de erupción. Color. Color silencioso. Eso quedaría bien.

—¿Qué color? Tampoco me agradaría un destello cegador.

—No. Podrías probar con un rosa delicado, que se fuera oscureciendo lentamente

y que luego, hacia el final, se volviera de pronto un rojo oscurísimo.

—No estoy seguro. Tendremos que hacer la prueba. Debe dar la inequívoca impresión de que es un orgasmo, y tener movimiento, y no provocar risa ni vergüenza en el público. Ya me veo montando todos los cambios de colores posibles en el espectro y, al final, descubriendo que todo depende de lo que se haga subliminalmente. Y eso nos trae al tema de los seres triples.

—¿Los qué?

—Ya sabes. Después de la última fusión, la superposición se vuelve permanente, y tenemos un ser adulto formado por los tres componentes juntos. Allí, pienso, es cuando tenemos que hacerlos más humanos. No humanos, cuidado. Pero más humanos. Una vaga forma humana sugerida, que tampoco sea simplemente subliminal. Necesitaremos una voz que de algún modo tenga reminiscencias de las tres, y no sé cómo hará el grabavoz para que resulte creíble. Por suerte, los seres triples no aparecen mucho en la narración —Willard sacudió la cabeza—. Y eso nos trae a la cruda verdad de que este compudrama tal vez sea un proyecto imposible de llevar a cabo.

—¿Por qué? Me parece que has ofrecido soluciones potenciales para toda clase de diversos problemas.

—Pero no para lo esencial. Mira, en *El Rey Lear* teníamos personajes humanos, y mucho más que personajes humanos. Teníamos emociones ardientes. ¿Y ahora qué tenemos? Tenemos unas cosas extrañas con forma de cubo, de óvalo, de pedazos de tela. Dime, ¿en qué se va a diferenciar mi *Tres en Uno* de un dibujo animado?

—Por empezar, un dibujo animado es bidimensional. Aunque la animación sea elaborada, es plano, y sus colores no tienen sombreados. Invariablemente, es satírico...

—Todo eso ya lo sé. No es eso lo que quiero que me digas. Estás olvidando lo más importante. Lo que tiene un compudrama, que no tiene un simple dibujo animado, son las sugerencias subliminales que sólo pueden crearse por medio de una compleja computadora manejada por un genio imaginativo. Lo que tiene mi compudrama, que no tiene un dibujo animado, eres tú, Meg.

—Bueno, intentaba ser modesta.

—No lo seas. Estoy tratando de decirte que todo, “todo”, va a depender de ti. Tenemos un argumento que es mortalmente serio. Nuestra Emocional está tratando de salvar a la Tierra basándose en el más puro idealismo: no es su mundo. Y no tiene éxito, y en mi versión tampoco tendrá éxito. No tendrá un vulgar final feliz.

—La Tierra no es destruida exactamente.

—No, no lo es. Todavía hay tiempo de salvarla, si es que a Laborian se le da por escribir una secuela, pero en esta historia, el intento fracasa. Es una tragedia, y quiero que se le dé el tratamiento de tal... es tan trágico como *El Rey Lear*. No habrá voces

graciosas, ni acciones graciosas, ni toques satíricos. Va a ser seria. Seria. Seria. Y voy a depender de ti para lograrlo. Serás tú quien asegure que el público reaccione ante el Racional, la Emocional y el Paternal como si éstos fueran seres humanos. Todas sus peculiaridades tendrán que pasar a segundo plano; tendrán que ser reconocidos como seres inteligentes que están a la par de la humanidad, si no más adelantados. ¿Puedes hacerlo?

Secamente, Cathcart dijo:

—Parece que fueras a insistir con que sí puedo.

—Sí, insisto.

—Entonces será mejor que te dediques a poner todo en marcha y mientras tanto me dejes tranquila. Necesito tiempo para pensar. Mucho tiempo.

Los primeros días de grabación fueron un absoluto desastre. Cada miembro del personal tenía su copia del libro, que había sido cuidadosa, casi quirúrgicamente adaptado, pero sin omitir ninguna escena por completo.

—Vamos a mantenernos lo más fieles que sea posible a la narración original, y vamos a mejorarla cuanto podamos —había anunciado Willard confidencialmente—. Y lo primero que vamos a hacer es elaborar a los seres triples —Se volvió hacia el grabavoz—. ¿Qué has hecho al respecto?

—He tratado de fusionar las tres voces.

—Escuchemos. Bueno, a callar todos.

—Primero pasaré al Paternal —dijo el grabavoz. Se oyó una delicada voz de tenor que no cuajaba con la figura en forma de bloque que había producido el hombre de Imagen. Willard hizo una ligera mueca ante la discordancia, pero el Paternal era discordante: era una madre masculina. El Racional, hamacándose lentamente de atrás para adelante, tenía una voz de algún modo arrogante; su enunciación era excesivamente cuidadosa, y el tono el de un barítono ligero.

Willard interrumpió.

—Que el Racional se hamaque menos. No queremos que los espectadores se mareen hasta descomponerse del estómago. Se hamaca cuando está sumido en sus pensamientos, no todo el tiempo.

Después, asintió al ver las telas de Dua, que parecían totalmente adecuadas, igual que su clara e infinitamente dulce voz de soprano.

—Nunca debe chillar —dijo Willard, con severidad—, ni siquiera en los momentos de pasión.

—No lo hará —dijo el grabavoz—. El truco está, sin embargo, en que al mezclar las voces al programar al ser triple, cada una de ellas resulte identificable pero distante.

Las tres voces sonaron suavemente, sin que las palabras se entendieran con

claridad. Parecieron fusionarse una con otra, y luego se oyó una única voz.

Willard agitó la cabeza con inmediato descontento.

—No, eso no sirve. No podemos juntar las tres voces en una especie de remiendo íntimo. De ese modo, la figura del ser triple resultaría cómica. Necesitamos una voz que, de alguna manera, sugiera las tres.

El grabavoz estaba claramente ofendido.

—Es fácil decirlo. ¿Cómo propones que lo hagamos?

—Yo lo hago —dijo Willard brutalmente— al ordenarte a ti que lo hagas. Cuando consigas lo que busco te lo diré. Y Cathcart... ¿dónde está Cathcart?

—Aquí estoy —dijo ella, emergiendo desde detrás de sus instrumentos—. Donde se supone que debo estar.

—No me gusta la sublimación, Cathcart. Supongo que tratabas de dar la impresión de circunvoluciones cerebrales.

—Por la inteligencia. Los seres triples representan el pico de inteligencia de estos alienígenas.

—Sí, entiendo, pero lo que hiciste dio la impresión de gusanos. Tendrás que pensar en otra cosa. Y tampoco me gusta el aspecto del ser triple. Es idéntico a un Racional, pero más grande.

—Es un Racional más grande —dijo uno de los imagistas.

—¿En el libro se lo describe así? —preguntó Willard con dureza.

—No con esas palabras, pero me da la impresión...

—Tus impresiones no importan. Yo tomo las decisiones.

El humor de Willard se puso peor a lo largo del día. Tuvo dificultades para controlar sus pasiones al menos dos veces; la segunda vez fue cuando, por casualidad, advirtió que había alguien observándolo todo desde un sitio ubicado a un costado. Avanzó hacia esa persona con furia.

—¿Qué está haciendo aquí?

Era Laborian, que le contestó tranquilamente:

—Estoy mirando.

—Nuestro contrato establece...

—Que no debo interferir en este procedimiento en modo alguno. No dice que no puedo mirar sin hablar.

—Si mira se van a sentir mal. Así es como funciona la preparación de un comedrama. Hay montones de problemas que superar, y al personal le resulta molesto que el autor esté mirándolos y desaprobándolos.

—No los desapruébo. Sólo vine a responder preguntas, si es que tienen alguna.

—¿Preguntas? ¿Qué tipo de preguntas?

Laborian se encogió de hombros.

—No sé. Tal vez algo los intrigue y necesiten alguna sugerencia.

—Ya veo —dijo Willard, con mucha ironía—. Quiere enseñarme mi oficio.

—No, quiero responder a sus preguntas.

—Bueno. Tengo una.

—Muy bien —dijo Laborian, sacando un pequeño grabador de casetes—. Si es tan amable de hablar al micrófono y decir que me va a hacer una pregunta y que desea que yo le conteste sin perjuicio del contrato, podemos comenzar.

Willard calló durante un tiempo considerable, mirando fijo a Laborian, como si sospechara algún truco; luego, habló al micrófono.

—Muy bien —dijo Laborian—. ¿Cuál es la pregunta?

—Cuando escribía el libro, ¿tenía algo en mente con referencia al aspecto del ser triple?

—Nada de nada —dijo Laborian alegremente.

—¿Cómo pudo hacer semejante cosa? —La voz de Willard temblaba como si estuviese tragándose a la fuerza un "idiota" con que finalizar la frase.

—Muy fácil. Lo que yo no describo lo provee la mente del lector. Cada lector lo hace en forma diferente, como más le convenga, presumo. Esa es la ventaja de escribir. Un computrama podrá tener un público enormemente mayor que el de un libro, pero eso hay que pagarlo con la presentación de una imagen.

—Lo entiendo —dijo Willard—. Así que de nada sirvió la pregunta, entonces.

—Al contrario. Tengo una sugerencia.

—¿Como cuál?

—Como una cabeza. Pónganle cabeza al ser triple. El Paternal no tiene cabeza; tampoco el Racional ni la Emocional. Pero todos ellos veneran a los seres triples como a criaturas de una inteligencia muy superior a la suya. Ésa es toda la diferencia que existe entre los seres triples y los tres Separados. La inteligencia.

—¿Una cabeza?

—Sí. Nosotros asociamos la inteligencia con las cabezas. La cabeza contiene al cerebro, contiene a los órganos de los sentidos. Si omitimos la cabeza no podemos creer en la inteligencia. Las ostras y almejas, que no tienen cabeza, son moluscos que nos parecen no más inteligentes que una brizna de césped, pero a su pariente, el pulpo, que también es un molusco, lo vemos como a un ser de posible inteligencia, porque tiene cabeza... y ojos. Que el ser triple también tenga ojos.

Desde luego, todos habían dejado de trabajar en el estudio. Se habían aproximado lo más cerca que consideraban juicioso para escuchar la conversación entre el director y el autor.

Willard dijo:

—¿Qué tipo de cabeza?

—Elija usted. Lo único que se necesita es un bulto que sugiera una cabeza. Y ojos. El espectador, sin duda, captará la idea.

Willard se dio vuelta, gritando:

—Bueno, vuelvan al trabajo. ¿Quién les dijo que estaban de vacaciones? ¿Dónde están los imagistas? Vuelvan a la máquina y empiecen a probar con cabezas. —Se volvió de golpe y le dijo a Laborian, casi con insolencia—: ¡Gracias!

—Si es que resulta —dijo Laborian, alzando los hombros.

El resto del día lo pasaron probando cabezas, buscando una que no fuese un bulto enorme, ni una copia imaginativa de una cabeza humana, ni que tuviera ojos que fuesen círculos atónitos o hendeduras de aspecto maligno. Finalmente, Willard los llamó a sosiego y gruñó:

—Volveremos a intentarlo mañana. Si a alguien se le ocurre alguna idea brillante durante la noche, infórmenselo a Meg Cathcart. Ella me pasará las que valgan la pena. —Y agregó, con un murmullo de fastidio—: Supongo que Meg tendrá que guardar silencio.

Willard estaba en lo correcto y estaba equivocado. Estaba en lo correcto: no hubo ideas brillantes que informarle; pero se equivocó, porque a él mismo se le ocurrió una.

Le dijo a Cathcart:

—Oye, ¿puedes representar un sombrero de copa?

—¿Un qué?

—Esas cosas que usaban en la época Victoriana. Mira, cuando el Paternal invade la guarida de los seres triples para robarles la fuente de energía, no impresiona mucho su aspecto en sí mismo, pero tú dijiste que podías representar la idea de un casco y de una vara larga que daría la sensación de ser una lanza. Así, él se vería como un caballero andante cumpliendo con su misión.

—Sí, lo sé —dijo ella—, pero tal vez no quede bien. Tendremos que probar.

—Claro, pero eso nos señala el camino. Si sugieres un sombrero de copa, éste dará la impresión de que el ser triple es un aristócrata. En ese caso, la forma exacta de la cabeza y los ojos se torna menos crucial. ¿Se puede hacer?

—Se puede hacer cualquier cosa. La cuestión es: ¿funcionará?

—Probaremos.

Y sucedió que una cosa llevó a la otra. La sugerencia del sombrero de copa motivó al grabavoz a decir:

—¿Por qué no le ponemos acento británico al ser triple?

Tomó a Willard desprevenido.

—¿Por qué?

—Bueno, el lenguaje de los británicos tiene más entonación que el nuestro. Al menos el de las clases altas. La versión norteamericana del inglés tiende a ser más monótona, lo mismo que sucede con los Separados. Si el ser triple hablara británico,

más que inglés, su voz podría subir y bajar con las palabras... tenor, barítono, e inclusive algún tono de soprano. Eso necesitaríamos para indicar cuáles son las tres voces con las que está formada.

—¿Puedes hacerlo?

—Creo que sí.

—Entonces probemos. No está mal... si es que resulta.

Fue interesante ver cómo se comprometió todo el grupo con la Emocional.

En particular, la escena en que la Emocional sobrevolaba la superficie del planeta, donde libraba una breve disputa con las demás Emocionales, conmovió a todos.

Willard dijo, tenso:

—Ésta va a ser una de las grandes escenas dramáticas. Vamos a montarla con la mayor amplitud posible. Va a haber telas, telas y más telas, pero no deben enredarse unas con otras. Cada grupo de telas debe distinguirse de los demás. Incluso, cuando lancen a las Emocionales sobre el público, quiero que cada juego de telas sea de un blanco totalmente distinto. Y quiero que las telas de Dua sean diferentes de las de todas las otras. Quiero que ella tenga un leve resplandor, sólo para marcar la diferencia, y porque ella es nuestra Emocional. ¿Comprenden?

—Comprendemos —dijo el imagista en jefe—. Nos encargaremos.

—Y otra cosa. Todas las otras Emocionales gorjean. Son pájaros. Nuestra Emocional no gorjea, y desprecia a las demás porque es más inteligente que ellas y lo sabe. Y cuando está sobrevolando... —hizo una pausa y meditó por un momento—. ¿Hay alguna forma de eliminar La Cabalgata de la Valkiria?

—No queremos eliminarla —dijo prontamente el sonidista—. Jamás se ha compuesto nada mejor para nuestros propósitos.

Cathcart dijo:

—Sí, pero pondremos segmentos de ella de vez en cuando. Oír algunas frases musicales tiene el mismo efecto que oír la totalidad; puedo insertar la insinuación de crines al viento.

—¿Crines? —dijo Willard con vacilación.

—Absolutamente. Tres mil años de experiencia con caballos nos remiten a la imagen del corcel galopante como el epítome de la velocidad descontrolada. Todos nuestros aparatos mecánicos son demasiado estáticos, no importa cuán rápido marchen. Y puedo arreglar todo para que las crines acompañen, acentúen y realcen el fluir de las telas.

—Suenan bien. Probémoslo.

Willard sabía dónde hallarían el último obstáculo. En la última fusión. Reunió a su tropa para darles instrucciones, en parte para asegurarse de que entendían qué era lo que estaban haciendo ahora, y en parte para posponer el momento de la verdad, en el que realmente tendrían que ponerlo en sonido, en imagen y en sublimación. Dijo:

—Muy bien, el interés de la Emocional es salvar a ese otro mundo, la Tierra, sencillamente porque no puede soportar la idea de la destrucción sin sentido de unos seres inteligentes. Sabe que los seres triples están llevando a cabo un proyecto científico, necesario para el bienestar de su mundo, sin preocuparse por el peligro en que pondrán al mundo alienígena... a nosotros.

»Ella trata de advertir al mundo alienígena y fracasa. Finalmente, se entera de que el propósito de la fusión es producir un nuevo trío de Racional, Emocional y Paternal, y entonces, llegado el momento, hay una fusión final que convertirá al trío original en un ser triple. ¿Entienden eso? Es una especie de estado larval en los Separados, y una forma adulta en los triples.

»Pero la Emocional no quiere fusionarse. No quiere producir una nueva generación. Más que nada, no quiere convertirse en un ser triple y participar en lo que considera su obra de destrucción. Sin embargo, por medio de artimañas, se la obliga a fusionarse, y ella advierte, demasiado tarde, que no sólo va a convertirse en un ser triple sino que, además, ese triple será, más que ningún otro, el responsable del proyecto científico que destruirá a ese otro mundo.

»Todo esto, Laborian podría describirlo con palabras, palabras y más palabras, en el libro, pero nosotros tenemos que hacerlo más inmediato y más contundente, con imágenes y también con sublimación. Eso es lo que intentaremos hacer ahora.

Lo intentaron durante tres días, hasta que Willard estuvo satisfecho.

La exhausta Emocional, incierta, expandiéndose, con la sublimación de Cathcart instilando la sensación de no-estoy-segura, no-estoy-segura. El Racional y el Paternal, envueltos y acercándose, más rápidamente que en ocasiones anteriores, apresurándose a superponerse antes de que algo pueda interrumpirlos, y la Emocional dándose cuenta, demasiado tarde, de la significación de todo ello, y resistiéndose... resistiéndose...

Y el fracaso. La aplastante sensación de fracaso cuando el ser triple surgía de la superposición, casi más humano que cualquier otro integrante del compudrama... Orgullosa, indiferente.

El procedimiento científico continuaría. La Tierra seguiría su camino cuesta abajo.

Y de algún modo ahí estaba el nudo... ahí estaba el corazón de todo lo que Willard trataba de decir: que, dentro del nuevo ser triple, la Emocional seguía existiendo en parte. Habría tan sólo un pantallazo de telas, y el espectador sabría que, después de todo, la derrota no era definitiva.

La Emocional, de una forma u otra, seguiría luchando, por más pérdida que se hallara en ese ser más grande. Vieron el compudrama completo, todos ellos, por primera vez como un todo y no como una colección de partes, preguntándose si había tramos que corregir, que reordenar. (Ahora no, pensaba Willard, ahora no. Después,



cuando se hubiera recobrado y pudiera considerarlo más objetivamente).

Se sentó en la silla, desparramado. Había puesto mucho de sí en la obra. Le parecía que contenía todo lo que él quería que contuviera; que se había hecho todo lo que él había querido hacer. ¿Pero cuánto de todo ello era nada más que una expresión de deseos?

Cuando terminó y se fue apagando el último grito tembloroso, subliminal, de la Emocional derrotada-pero-no-del-todo, dijo:

—¿Y bien?

Y Cathcart dijo:

—Esto es casi tan bueno como tu Rey Lear, Jonas.

Hubo un murmullo general de aprobación, y Willard echó una cínica mirada a su alrededor. ¿No era eso lo que siempre le dirían, sin importar qué hiciera?

Sus ojos se posaron en los de Gregory Laborian. El escritor no tenía ninguna expresión, no decía nada.

Willard apretó los labios. Por lo menos, de él podía esperar una opinión que tendría, o no tendría, respaldo en oro. Willard ya tenía sus cien mil. Ahora se vería si el dinero seguiría siendo electrónico.

Dijo, y su propia incertidumbre lo hizo parecer autoritario:

—Laborian, quiero verlo en mi oficina.

Estaban juntos a solas por primera vez desde antes de hacer el computrama.

—¿Y bien? —dijo Willard—. ¿Qué piensa, señor Laborian?

Laborian sonrió.

—La mujer que hace la ambientación subliminal le dijo que era casi tan bueno como su Rey Lear, señor Willard.

—La escuché.

—Está totalmente equivocada.

—¿En su opinión?

—Sí. Lo que cuenta ahora es mi opinión. Ella está totalmente equivocada. Su Tres en Uno es mucho mejor que su Rey Lear.

—¿Mejor? —El rostro agotado de Willard estalló en una sonrisa.

—Mucho mejor. Considere el material con que tuvo que trabajar al hacer El Rey Lear. Tenía usted a William Shakespeare produciendo palabras que cantan, que son música en sí mismas; a William Shakespeare produciendo personajes que, bondadosos o malvados, fuertes o débiles, sagaces o tontos, leales o traidores, son todos más grandes que la vida misma; a William Shakespeare escribiendo dos argumentos simultáneos, que se refuerzan mutuamente y hacen trizas al público.

»¿Cuál fue su contribución a El Rey Lear? Agregó usted dimensiones que Shakespeare no podía manejar por carecer del conocimiento tecnológico apropiado, que Shakespeare no podía siquiera soñar, pero con las más avanzadas tecnologías, lo

único que todo su personal y todo su talento tuvieron que hacer fue apoyarse en el mayor genio literario de todos los tiempos y en una de las obras que escribió cuando estaba en la cima de sus capacidades.

»Pero en Tres en Uno, señor Willard, usted trabajó con mis palabras, que no cantan; con mis personajes, que no son grandiosos; con mi argumento, que no hace trizas a nadie. Usted trabajó conmigo, un escritor del montón, y produjo algo grande, algo que será recordado hasta mucho después que yo haya muerto. Por lo menos uno de mis libros me sobrevivirá, gracias a lo que usted ha hecho.

»Devuélvame mis cien mil electrónicos, señor Willard, y yo le entregaré esto.

Transfirieron los cien mil dólares de una tarjeta a la otra y, con esfuerzo, Laborian colocó su gordo portafolios sobre la mesa y lo abrió. De él sacó una caja, cerrada con un pequeño gancho. Lo desenganchó con cuidado y levantó la tapa. Dentro de ella brillaban las monedas de oro, cada una de las cuales tenía la figura del planeta Tierra: el hemisferio oriental en una cara y el occidental en la otra. Grandes piezas de oro, doscientas, de un valor de quinientos globo-dólares cada una.

Willard, sobrecogido, levantó una de las monedas. Pesaba alrededor de treinta gramos. La arrojó al aire y volvió a atraparla.

—Hermosa —dijo.

—Es suya, señor Willard —dijo Laborian—. Gracias por hacer el compudrama. Es digno de todas y cada una de esas monedas de oro.

Willard se quedó mirando el oro y dijo:

—Usted me obligó a hacer el compudrama de su libro al ofrecerme este oro. Para conseguir este oro, me exigí más de lo que mi talento me permitía. Se lo agradezco, y tiene usted razón. Fue digno de todas y cada una de esas monedas de oro.

Volvió a colocar la pieza en la caja y la cerró. Después levantó la caja y se la devolvió a Laborian.

# Intolerancia a errores (1990)

---

“Fault-Intolerant”

## 9 de enero

Yo, Abram Ivanov, finalmente tengo una computadora hogareña; un procesador de textos, para ser exactos. Luché por ella tanto como pude. Lo discutí conmigo mismo. Soy el escritor más prolífico de América y lo hago bien con una máquina de escribir. El año pasado publiqué más de treinta libros. Algunos, eran pequeños libros para niños. Algunas eran antologías. Pero también había novelas, colecciones de relatos cortos, colecciones de ensayos, y libros de no ficción. Nada de qué avergonzarme.

Entonces, ¿por qué necesito un procesador de textos? No puedo ir más rápido. Pero, ya saben, hay algo como la prolijidad. Teclear mis cosas significa que tengo que meter corrector para corregir letras, y ya nadie lo hace. No quiero que mis manuscritos se destaquen como un dedo machacado. No quiero que los editores piensen que mis cosas son de segunda clase, sólo porque están corregidas.

La dificultad estuvo en encontrar una máquina que no me llevara dos años en aprender cómo utilizar. Hábil no soy... como he mencionado frecuentemente en este diario. Y quiero una que no se rompa todos los días. Los fallos mecánicos me vuelven loco. De modo que compré una que tiene “tolerancia-a-los-errores”. Eso significa que si algún componente no funciona, la máquina sigue trabajando, busca el componente que funciona mal, lo corrige si puede, lo reporta si no puede y el reemplazo puede ser llevado a cabo por cualquiera. No se necesita un experto hacker. Suena como hecho para mí.

## 5 de febrero

No he estado mencionando últimamente a mi procesador de texto porque estuve luchando por aprender cómo funciona. Lo he logrado. Por un tiempo, tuve un montón de problemas, porque aunque tengo un cociente intelectual alto, es uno muy especializado. Puedo escribir, pero enfrentarme con objetos mecánicos me vuelve loco.

Pero aprendí rápidamente, una vez que obtuve suficiente confianza. Lo que lo hizo fue esto. El representante del fabricante me aseguró que la máquina manifestaría defectos sólo raramente, y que sería incapaz de corregir sus propios fallos sólo excepcionalmente. Dijo que posiblemente no necesitaría nuevos componentes al menos en cinco años.

Y que si necesitaba uno, ellos escucharía exactamente qué se necesita de la propia máquina. La computadora reemplazaría esa parte por sí misma, haría todo el cableado y la lubricación necesarios, y descartaría la parte vieja, la que yo podría desechar.

Eso era algo excitante. Casi deseaba que algo anduviera mal de modo de tener una parte nueva para insertársela. Le podría decir a todos, “Oh, seguro, el descombobulador quemó un fusible, y lo arreglé de un tiro. Sin problemas”. Pero no me hubieran creído.

Voy a tratar de escribir una historia corta en ella. Nada demasiado largo. Sólo unas dos mil palabras, tal vez. Si me confundo, siempre puedo regresar a la máquina de escribir hasta que recupere mi confianza. Entonces, puedo tratar otra vez.

### **14 de febrero**

No me confundí. Ahora que la prueba esta a la vista, puedo hablar de ello. La historia salió tan suavemente como la crema. La presenté y la tomaron. Sin problemas.

De modo que finalmente he comenzado una nueva novela. Debería haberla comenzado un mes atrás, pero tenía que asegurarme primero que podía trabajar en mi procesador de texto. Esperemos que funcione. Parecerá gracioso no tener una pila de hojas amarillas donde pueda hurgar cuando quiera comprobar algo que dije cien páginas antes, pero supongo que puedo aprender a comprobarlo retrocediendo el disco.

### **19 de febrero**

La computadora tiene un componente de corrección ortográfica. Eso me tomó por sorpresa porque el representante no me lo había dicho. Al principio dejó que los errores pasaran y yo volvía a leer cada página cuando la terminaba. Pero luego comenzó a señalar cualquier palabra que fuera no familiar, lo cual era un poco molesto porque mi vocabulario es grande y no tengo objeción en inventar palabras. Y, por supuesto, cualquier nombre propio que utilizo es algo no familiar.

Telefoné al representante porque era un poco molesto ser notificado de toda clase de correcciones que realmente no deben hacerse.

El representante dijo:

—No permita que eso le moleste, señor Ivanov. Si le cuestiona una palabra que usted quiere que permanezca sí, sólo vuelva a escribirla exactamente igual y la computadora entenderá y la próxima vez no la corregirá.

Eso me desorientó.

—¿No tendría que instalarle un diccionario a la máquina? ¿Cómo sabrá lo que está bien y lo que está mal?

—Eso es parte de la tolerancia-a-los-errores, señor Ivanov —dijo—. La máquina ya tiene un diccionario básico y recoge las palabras nuevas mientras usted las utiliza. Verá que recogerá los falsos errores de ortografía cada vez en menor medida. Para decirle la verdad, señor Ivanov, tiene un último modelo y no estamos seguros de conocer todas sus potencialidades. Algunos de nuestros investigadores la consideran

con tolerancia-a-los-errores porque puede seguir funcionando a pesar de sus propios fallos, pero con intolerancia-a-los-errores en que no tolerará los errores de los que la utilizan. Por favor, infórmenos si hay algo extraño. Realmente, nos gustaría saberlo.

No estoy seguro de que me guste.

## 7 de marzo

Bien, estuve luchando con el procesador de textos y no sé qué pensar. Por un largo tiempo, me señaló los errores, y los volví a escribir correctamente. Y ciertamente aprendió cómo distinguir los errores *reales*. No tuve problemas con eso. De hecho, cuando tengo una palabra larga algunas veces meto una letra equivocada para ver si la descubre. Escribo “supercede”, o “vasío”, o “cenectud”. Casi nunca falla.

Y entonces, ayer sucedió algo gracioso. No esperó hasta que volviera a escribir la palabra rechazada. Automáticamente, la escribió por sí misma. No se puede evitar golpear la tecla equivocada algunas veces, de modo de escribir “una” en lugar de “usa”, y la “n” cambiaría a “s” delante de mis ojos. Y sucedería rápidamente, también.

Lo comprobé tecleando deliberadamente una palabra con una letra equivocada. La vería mal escrita en la pantalla. Parpadearía y estaría bien.

Esta mañana telefoneé al representante.

—Hmm —dijo—. Interesante.

—Problemático —dije—, podría introducir errores. Si escribo “cass”, ¿la máquina lo corrige como “casa” o como “caos”? ¿O qué pasa si *piensa* que quiero decir “caso”, “so” cuando realmente quise decir “casa”, “sa? ¿Ve lo que quiero decir?

—He discutido sobre su máquina con uno de nuestros expertos teóricos —dijo—. Me dice que puede ser capaz de absorber pistas internas de su escritura, y saber qué palabra realmente quiere utilizar. Mientras usted escribe en ella, comienza a entender su estilo y a integrarlo a su propia programación.

Un poco terrorífico, pero conveniente. Ahora no tengo que repasar las páginas.

## 20 de marzo

*Realmente*, no tengo que repasar las páginas. La máquina ha continuado por corregir mi puntuación y mis palabras.

No pude creerlo la primera vez que sucedió. Pensé que tenía un pequeño ataque de mareo y que imaginaba que había tecleado algo que no estaba realmente en la pantalla.

Sucedió más y más frecuentemente, y no había error al respecto. Llegó hasta el punto en que yo no *podía* cometer un error gramatical. Si trataba de escribir algo como, “Jack, y Jill subieron a la colina” esa coma simplemente no aparecía. No

importa cuánto intentara escribir “Yo tiene un libro”, siempre lo mostraba como “Yo tengo un libro”. O si escribía “Jack, y Jill también, subieron la colina”, entonces no podía omitir la coma. Ellas entrarían por su propia voluntad.

Es una suerte que lleve este diario a mano, o no podría explicar lo que quiero decir. No podría dar un ejemplo de mala escritura.

No me gusta de verdad discutir con una computadora acerca del idioma, pero la peor parte es que siempre tiene razón.

Bien, miren, no me da un ataque cuando un editor humano me devuelve un manuscrito con correcciones en cada línea. Soy sólo un escritor, no soy un experto en los pequeños detalles del idioma. Dejemos que los editores editen, todavía no saben *escribir*. Y dejemos que el editor de textos edite. Me quita un peso de encima.

## 17 de abril

Hablé demasiado pronto en la última anotación en la que mencioné mi procesador de textos. Por tres semanas me editó y mi novela adelantó como una seda. Era un buen arreglo de trabajo. Yo creaba y ella adaptaba, por decirlo.

Entonces, en la tarde de ayer, no quiso trabajar, en absoluto. Nada sucedió, sin importar qué teclas le tocaba. Estaba bien enchufada; el interruptor del muro estaba conectado, yo estaba haciendo todo correctamente. No trabajaba. Bien, pensé, qué hay de ese asunto de “Ni una vez en cinco años”. Sólo la había utilizado por tres meses y medio y ya estaban mal tantas piezas que ni funcionaba.

Eso significaba que las partes nuevas deberían venir desde la fábrica por enviado especial, pero no hasta el día siguiente, por supuesto. Me sentí terrible, pueden apostar, y temía tener que regresar a la máquina de escribir, buscando todos mis errores y tener que utilizar el corrector o volver a escribir la página.

Me fui a la cama con pésimo humor, y realmente no dormí mucho. Lo primero que hice por la mañana, o mejor dicho, después del desayuno, fue ir a mi oficina, y mientras me acercaba al procesador de textos, como si pudiera leer mi mente y adivinar que estaba tan desconcertado que alegremente lo hubiera levantado del escritorio y lanzado de una patada por la ventana... comenzó a funcionar.

Por sí mismo, se los aseguro. Nunca toqué las teclas. Las palabras aparecieron en la pantalla mucho más rápidamente de lo que hubiera podido hacerlo yo, y decían:

### **Intolerancia-a-errores Por Abram Ivanov**

Yo simplemente me quedé mirando. Continuó escribiendo las anotaciones de mi diario en lo que concernía a sí mismo, como lo hice arriba, pero mucho mejor. La escritura era más suave, de más colorido, con exitosos toques de humor. En quince minutos había terminado, y en cinco minutos la impresora lo había puesto sobre

papel.

Aparentemente, había hecho eso por ejercicio, o para practicar, ya que una vez terminado, apareció en la pantalla la última página de la novela que había escrito, y luego las palabras comenzaron a aparecer sin mí.

El procesador de textos claramente había aprendido a escribir mis cosas, exactamente como yo las hubiera escrito, sólo que mejor.

¡Grandioso! No más trabajo. El procesador de textos escribía a mi nombre y con mi estilo, y con cierto grado de mejora. Podía dejarlo correr, recoger las críticas sorprendidas de mis críticos diciéndole al mundo cuánto había mejorado, y ver llover las regalías.

Está todo bien como se ve, pero no soy el escritor más prolífico de América por nada. Sucede que *amo* escribir. Sucede que es todo lo que quiero hacer.

Ahora que mi procesador de textos hace mi trabajo, ¿qué haré yo con el resto de mi vida?

# Hermano menor (1990)

---

“Kid Brother”

Fue una gran sacudida para mí cuando la solicitud para un segundo hijo fue denegada. Realmente, habíamos esperado obtener el permiso.

Soy un ciudadano respetable; pilar de la comunidad; toda esa clase de cosas. Era un poco viejo, tal vez. Josie, mi esposa, podía haber pasado sus mejores años de fecundidad. ¿Y qué? Conocemos a otras personas en peores condiciones que nosotros, más viejas, con personalidades sin valor, quienes... Bien, no importa.

Teníamos un hijo, Charlie, y realmente queríamos otro. Varón o mujer, no importaba. Por supuesto, si hubiera algo malo con Charlie, si desarrollaba alguna enfermedad, tal vez entonces podríamos obtener la licencia para un segundo hijo. O tal vez no. Y si obteníamos la licencia, probablemente hubieran cuidado de Charlie como defectuoso. Usted sabe a qué me refiero; no tengo que decirlo.

El problema fue que comenzamos tarde, y eso fue culpa de Josie. Tenía periodos irregulares y nunca se sabía cuando llegar a ella, si sabe a qué me refiero. Y no podíamos tener ninguna ayuda médica, tampoco. ¿Cómo podríamos? Las clínicas decían que si no podíamos tener hijos sin ayuda, era grandioso para el mundo. No tener hijos es patriótico, o algo así.

Pero los engañamos y tuvimos un hijo después de todo. Charlie.

Cuando Charlie tenía ocho meses, comenzamos a solicitar por un segundo hijo. Los queríamos muy cercanos en edad. ¿Era mucho pedir? ¿Incluso si nos estábamos poniendo un poco viejos para eso? De todos modos, ¿en qué tipo de mundo vivimos? No importa cuánto disminuya la población, dicen que tiene que bajar más, y si la vida se hace más fácil y la gente vive más tiempo, todavía tiene que bajar más.

No estarán satisfechos hasta que borren a la humanidad compl...

¡Bien, mire! Le diré esto exactamente de la manera en que quiero. Si quiere la historia, oficial, tendrá que obtenerla a mi modo. ¿Qué puede hacerme usted? No me importa realmente mucho si vivo o muero. ¿Le importaría a usted en mi lugar?

... Mire, no tiene sentido discutir. La contaré a mi modo, o me callaré y usted hará lo peor que pueda. ¿Entiende?

... Bien, entonces. De acuerdo.

Según resultó, no teníamos que preocuparnos por que Charlie fuera enfermizo, o cualquier cosa como esa. Crecía como un oso, o uno de esos otros animales que solían vagar por los bosques y lugares así en los viejos tiempos. Venía de buena familia. Usted puede verlo. Entonces, ¿por qué no podíamos haber tenido otro hijo? Eso es lo que quiero saber.

¿Inteligente? Puede apostararlo. Fuerte. Sabía lo que quería. Un chico ideal. Cuando lo pienso, podría... podría... Oh, bien.



Usted debió haberlo visto con los otros chicos mientras crecía. Un líder natural. Siempre se salía con la suya. Siempre tenía a los otros chicos del vecindario haciendo lo que él quería. Sabía lo que quería y lo que quería estaba siempre bien. Ésa era la cuestión.

Sin embargo a Josie no le gustaba. Decía que estaba malcriado. De hecho, decía que yo lo había malcriado. No sé de qué estaba hablando. Yo era su realizador.

Estaba dos años adelantado en fuerza y cerebro. Yo podía verlo. Y si los otros chicos se salían de la línea, algunas veces debía mostrarles quién era el jefe.

Josie pensaba que se estaba convirtiendo en un matón. Decía que no tenía amigos; que todos los niños le temían.

¡Y qué! Un líder no quiere amigos. Quiere gente que lo respete, y si se salen de la línea, es mejor que le *teman*. Charlie estaba progresando muy bien. Claro, la mayoría de los otros chicos se mantenían apartados. Eso era por culpa de sus padres; y ellos son un puñado de maricas. Una vez que tienen un hijo, y saben que no tendrán otro, comienzan a revolotear sobre él o ella como si fueran las joyas de la familia, y joyas raras además. Uno los sofoca, si hace eso. Se vuelven inútiles... sin valor.

Allí estaba ese tipo Stevenson manzana abajo. Tenía dos chicas; ambas, cosas lamentables; sonrientes y cabezas huecas. ¿Cómo es que logró tener dos, le pregunto? Conocía a alguien, tal vez. Un poco de dinero que pasó de mano en mano. Por qué no, tiene más dinero que el que admite tener también. Naturalmente. Eso lo explica. Uno pensaría que con dos, podría permitirse arriesgar una, pero no...

...Está bien. Llegaré al punto, cuando llegue al punto. Si me apresura, no tendrá nada y dejaremos que vaya directo a la corte. Mire si me importa.

Esos otros padres, no querían que sus bebés se lastimaran. No jueguen con el chico Janowitz, dirían. Nunca escuché que lo dijeran pero estoy seguro que eso es lo que decían. Bien, ¿quién los necesitaba? Estaba planificando enviar a Charlie a la universidad eventualmente, de modo que pudiera tomar cursos en microelectrónica, o en dinámica espacial, o esa clase de cosas. Y economía y negocios, también, de modo que pudiera saber cómo obtener dinero y sacar provecho de sus conocimientos. Yo lo veía de esa manera. Lo quería en la cresta de la ola.

Pero Josie seguía hablando de que Charlie no tenía amigos y que Charlie crecía solitario, y cosas como ésa. Todo el tiempo. Era como vivir en una cámara de ecos. Y entonces, un día, vino y me dijo:

—¿Por qué no le conseguimos a Charlie un hermano menor?

—Oh, claro —dije—. Has pasado la menopausia, entonces, ¿qué hacemos? ¿Llamar a la cigüeña? ¿Mirar debajo de las hojas de un repollo?

Pude haberme divorciado de ella, ya sabe. Casado con una joven pollita. Después de todo, yo no tenía menopausia. Pero fui... leal. Pequeño favor que me hacía eso. Además, si me hubiera divorciado, se hubiera quedado con Charlie, de modo que

¿qué favor me haría *eso*?

Entonces hice el comentario sobre la cigüeña.

—No estoy hablando de un hijo biológico —dijo ella—. Digo que podemos conseguir un robot que sea el hermano de Charlie.

Nunca esperé escuchar algo como eso, puede apostar. No soy de la clase de tipos que gustan de los robots. Mis padres nunca tuvieron uno. Yo nunca tuve uno. En lo que a mí respecta, cada robot significa un humano menos, y estamos viendo que el mundo está volcándose a ellos. Sólo una manera más de borrar a la humanidad, si me lo pregunta.

De modo que le dije a Josie:

—No seas ridícula.

—De veras —dijo Josie, muy ansiosa—. Es un nuevo modelo. Ha sido diseñado para ser amistoso y compañero de chicos. Nada llamativo, de modo que no son caros, y satisfacen una necesidad. Con cada vez más gente que tiene sólo un hijo, tiene real valor al proveer a ese chico de un hermano.

—Eso puede ser cierto para otros chicos. No para Charlie —le dije.

—Sí, para Charlie, especialmente. Nunca encontrará cómo manejarse con las personas de esta manera. Está creciendo solitario, de veras solitario. Nunca llegará a comprender el dar y tomar de la vida.

—No va a dar. Es un tomador. Tomará poder y tomará posición, y le dirá a la gente qué hacer. Y tendrá hijos propios, tal vez tres.

Usted puede ser todavía muy joven para sentir esto, oficial, pero si tuviera un solo hijo, eventualmente descubrirá que todavía tendrá la oportunidad de otro hijo cuando su hijo lo tenga. Tenía grandes esperanzas en Charlie. Antes de que muriera, estaba seguro de que podría ver otro niño, incluso dos o tres. Podían ser de Charlie pero el tiempo que nuestras vidas coincidieran, los haría míos también.

Pero todo en lo que Josie podía pensar era en un robot. La vida se convirtió en otra clase de cámara de ecos. Solicitó el precio. Calculó el pago inicial. Consideró la posibilidad de alquilar uno por un año en una especie de prueba. Estaba deseosa de utilizar los propios ahorros que sus padres le habían dejado para pagarlo, y cosas como ésa. Y usted sabe cómo es, al final se tiene que mantener la paz en la familia.

Me di por vencido.

—De acuerdo, pero vas y eliges uno y mejor será que lo alquiles. Y pagas por él.

Me lo imaginé, quién sabe. El robot sería probablemente un dolor de cabeza y no funcionaría, y lo regresaríamos.

Lo entraron a la casa caminando, ni siquiera lo habían embalado. Diría “eso” pero Josie insistía en decir “él” de modo que se pareciera más a un hermano menor de Charlie, y yo me habitué.

Era un “robot-hermano”; así es como lo llamaron. Tenía un número de registro,

pero nunca lo memoricé. ¿Para qué? Sólo le decíamos “Kid”. Eso era bastante.

...Sí, ya sé que esa clase de robot se está haciendo popular. No sé que está sucediendo con los seres humanos que toleran tales cosas.

Y nosotros también lo toleramos. O al menos yo lo hice. Josie estaba fascinada. El que conseguimos era uno bastante bueno, tengo que admitirlo. Parecía casi humano, sonreía mucho, y tenía una voz agradable. Parecía como de quince años, de talla pequeña para quince, lo que no estaba mal porque Charlie tenía una talla diez grande.

Kid era un poco más alto que Charlie, y por supuesto, más pesado. Ya sabe, tenía huesos de titanio o de lo que sea, y una unidad nuclear, garantizada por diez años antes del reemplazo, y eso es bastante pesado.

Tenía buen vocabulario también, y era muy cortés. Josie estaba encantada.

—Puedo utilizarlo en la casa —dijo—. Puede ayudar.

—No, no lo harás —dije—. Lo trajiste para Charlie, y eso significa que es de Charlie. No comiences a quitárselo.

Estaba pensando que si Josie lo tomaba, y lo hacía su esclavo, nunca lo dejaría. A Charlie, por el contrario, podría no gustarle o cansarse después de un tiempo, y entonces nos podríamos deshacer de él.

Sin embargo, Charlie me engañó. Le gustó Kid.

Pero usted sabe, tenía sentido después de un tiempo. Kid estaba *diseñado* para ser el hermano menor, de modo que estaba bien para Charlie. Permitted que Charlie llevara la delantera, como lo haría un hermano mayor. Tenía esas Tres Leyes. No puedo citarlas, pero usted sabe cuáles son. No había manera en que pudiera lastimar a Charlie, tenía que hacer lo que Charlie dijera, de modo que después de un tiempo comencé a pensar que era buena idea.

Quiero decir, cuando jugaban Charlie siempre ganaba. Se suponía que así sería. Y Kid nunca se enfadaba. No podía. Estaba hecho para perder. Y algunas veces Charlie pateaba a Kid, del modo que hacen los niños, ya sabe. Un chico se enfada por algo, se descarga con otro chico. Los chicos siempre lo hacen. Naturalmente, eso pone locos a los padres del otro chico y a cada rato tenía que decirle a Charlie que no lo hiciera, y como que esa clase de cosas lo reprime. Lo oprime. No puede expresarse.

Bien, con Kid él podía. ¿Y por qué no? No se puede lastimar a Kid. Está hecho de metal y plástico y quién sabe de qué más. A pesar de que parecía casi humano, no estaba vivo; no podía sentir dolor.

De hecho, sentía que lo mejor que Kid hacía era ser algo sobre lo que Charlie podía descargar el exceso de energía, de modo que no se pudiera acumular y explotar. Y a Kid no le importaba. Podían jugar yudo y Kid ser lanzado, y aun aplastado, y se levantaría y diría, “Estuvo bueno, Charlie. Intentémoslo de nuevo”. Escuche, lo podría tirar desde la punta de un edificio y no se lastimaría.

Siempre era cortés con nosotros. Me llamaba Pá. Llamaba Má a Josie. Preguntaba por nuestra salud. Le ayudaba a Josie con la silla cuando se quería levantar. Y esa clase de cosas.

Estaba diseñado de esa manera. Tenía que actuar cariñosamente. Era todo automático. Estaba programado para eso. No significaba nada, pero a Josie le gustaba. Escuche, siempre trabajé, duro. Tengo esta planta que ayudaba a administrar, maquinaria de sincronización que supervisar. Una cosa que sale mal y todo el equipo se bloquea. No tengo tiempo de traer flores y andar tonteando corriendo sillas y esas cosas. Llevamos casi veinte años de casados, ¿y cuánto tiempo dura esa clase de cosas?

Y Charlie... Bien, sobrevivió a su madre como haría cualquier chico decente. E imagino que Kid le ayudó. Cuando Charlie dominaba a Kid en un minuto, no salía corriendo y diciendo, “Mami, mami”, al siguiente. No era un chico de mamá, y no permitía que Josie lo manejara, y yo estaba orgulloso de él por eso. Iba a ser un hombre. Por supuesto, escuchaba lo que yo le decía. Un muchacho tiene que escuchar a su padre.

De modo que tal vez era bueno que Kid estuviera diseñado para ser una especie de niño de mamá. Le daba a Josie la idea de que había uno de esos tontos en la casa, y eso le molestaba menos que Charlie pensara siempre por sí mismo.

Por supuesto, se podía contar con que Josie haría lo mejor para echarlo a perder. Siempre se estaba preocupando por que su tonta mascota no fuera lastimada. Siempre salía con eso de, “Mira, Charlie, ¿por qué no eres más bueno con tu hermano menor?”

Era ridículo. Nunca pude hacerle entrar en la cabeza que Kid no estaba lastimado; que estaba diseñado para ser un perdedor; que todo eso era bueno para Charlie.

Por supuesto, Charlie nunca la escuchaba. Jugaba con Kid del modo en que él quería.

...No le importa si descanso un poco. Realmente, no me gusta hablar de todo esto. Sólo permítame descansar un poco.

...De acuerdo, ahora estoy mejor. Puedo continuar.

Antes de que terminara el año, sentí que ya era suficiente. Podíamos devolver a Kid a la *U.S. Robots*. Después de todo, había servido a sus propósitos.

Pero Josie estaba en contra de eso. Se opuso a muerte.

—Pero tendríamos que comprarlo ahora mismo —le dije.

Y ella dijo que pagaría el adelanto, de modo que permití que continuara.

Una de las cosas que dijo fue que no podíamos arrebatarle a Charlie su hermano. Charlie quedaría solo.

Y pensé, bien, tal vez tenga razón. Le digo que es mortal cuando se empieza a pensar que la esposa puede tener razón. No lo lleva a nada que no sean problemas.

Charlie se hizo más suave con Kid a medida que crecía. Llegó a ser tan alto como Kid, por empezar, de modo que tal vez pensaba que no tenía que vapulearlo tanto.

También se volvió más interesado en otras cosas, además de golpes y rodadas. En básquet, por ejemplo; jugaban uno contra otro, y Charlie era bueno. Siempre era más hábil que Kid y casi nunca fallaba al cesto. Bien, tal vez Kid permitía ser superado y tal vez no bloqueaba el tiro al cesto de manera eficiente, ¿pero cómo se explica que la pelota entrara en el cesto? Kid no podía simularlo, ¿verdad?

En el segundo año, Kid se convirtió casi en un miembro de la familia. No comía con nosotros, ni nada de eso, porque no comía. Y tampoco dormía, de modo que sólo se paraba en un rincón del dormitorio de Charlie durante la noche.

Pero miraba las holovistas con nosotros, y Josie siempre le explicaba cosas, de modo que llegó a saber más y parecer más humano. Se lo llevaba de compras y dondequiera que ella fuera, si Charlie no lo necesitaba. Kid era siempre útil, supongo, e imagino que llevaba cosas para ella y era siempre cortés y atento, y esa clase de cosas.

Y les diré algo, Josie estaba más tranquila con Kid cerca suyo. De mejor humor, más bondadosa, menos quejosa. Eso contribuyó a una vida hogareña más placentera, y yo imaginaba, bueno, Kid le está enseñando a Charlie a ser más y más dominante, y le está enseñando a Josie a sonreír más, de modo que tal vez era bueno que estuviera allí.

Entonces, sucedió.

...Escuche, ¿me permite beber algo?

...Eso, con alcohol. Sólo un poco, sólo un poco. Vamos, ¿para qué se preocupa por las reglas? Tengo que pasar esto de alguna manera.

Entonces, sucedió. Una en un millón... o una en mil millones. No se supone que las unidades de microfusión den problemas. Lo puede leer en todas partes. Son todas a prueba de fallos, sin importar cuál. Excepto que la mía no lo era. No sé por qué. Nadie sabe por qué. Al comienzo, incluso nadie sabía que era la microfusión. Me habían dicho que así era, y que yo calificaba para una completa reposición de la casa y los muebles.

Menudo favor me haría.

...Mire, usted me está tratando como si fuera un homicida maniaco, ¿pero porque yo? ¿Por qué no detienen a las personas de la microfusión por asesinato? Averigüe quién hizo esa unidad, o quién metió la pata al instalarla.

¿Saben ustedes lo que son los crímenes *reales*? Allí está la cuestión, esa microfusión... no explota, no hace ruido, sólo se pone más y más caliente y después de un rato la casa está incendiada. Cómo es posible que la gente fabrique...

...Sí, ya continuaré. Ya continuaré.

Estuve fuera ese día. En todo un año estuve fuera ese único día. Manejo todo

desde mi casa, o desde donde esté con mi familia. No tengo que ir a ningún sitio, las computadoras hacen todo. No es como su trabajo, oficial.

Pero el gran jefe quería verme en persona. No tiene sentido; todo pudo haberse hecho por circuito cerrado. Sin embargo, tiene una especie de idea de que quiere contactar a las cabezas de sección una vez cada tanto, en persona. Parece que piensa que no se puede juzgar a una persona a menos que se la vea en tres dimensiones, y se la huela y se la sienta. Es sólo supersticiones que quedan de la Era Oscura... que desearía que regrese, antes de las computadoras y robots, y cuando se podían tener todos los hijos que se quisiera.

*Ése* fue el día en que sucedió la microfusión.

Me llegó la noticia en el acto. Siempre llegan las noticias. Dondequiera que esté, incluso en la Luna o en un asentamiento espacial, las malas noticias llegan en segundos. Las buenas noticias pueden perderse, pero las malas nunca.

Estaba volando de regreso mientras la casa aún ardía. Cuando llegué, la casa era una ruina total, pero Josie estaba afuera en el césped, luciendo completamente desastrosa, pero viva. Estaba afuera cuando sucedió, me dijeron.

Cuando vio que la casa estallaba en llamas, y que Charlie estaba adentro, corrió adentro de inmediato, y pude ver que ella debía de haberlo traído porque yacía a un lado con personas inclinadas sobre él. Se veía mal. No pude mirarlo. No me atreví a acercarme a verlo. Primero tenía que enterarme por Josie.

Apenas pude hablar.

—¿Qué tan mal está? —le pregunté a Josie, y no reconocí mi propia voz. Pienso que mi mente estaba comenzando a irse.

—No pude salvarlos a ambos —estaba diciendo—. No pude salvarlos a ambos.

¿Por qué querría ella salvarlos a ambos?, pensé.

—Deja de preocuparte por Kid —le dije—. Es sólo un aparato. Hay un seguro y una caridad, y podremos comprar otro Kid.

Creo que traté de decir todo eso, pero no sé si lo logré. Tal vez sólo salieron sonidos roncOS y estrangulados. No lo sé.

No sé si ella me escuchaba, ni siquiera si sabía que yo estaba allí. Siguió susurrando: “Tuve que elegir...” una y otra vez.

De modo que tuve que acercarme donde Charlie estaba y me aclaré la garganta y logré decir:

—¿Cómo está mi muchacho? ¿Está malherido?

Y uno de ellos dijo:

—Tal vez pueda ser arreglado —luego levantó la mirada y dijo—, ¿Su muchacho?

Vi a Kid acostado allí, con un brazo deformado y fuera de acción. Estaba sonriendo como si nada hubiese sucedido, y estaba diciendo:

—Hola, Pá. Má me sacó del fuego. ¿Dónde está Charlie?

Josie había hecho su elección y había salvado a Kid.

No sé qué sucedió después de eso. No recuerdo nada. Ustedes dicen que yo la maté; que no pudieron quitarme hasta que la hube estrangulado.

Tal vez. No lo sé. No lo recuerdo. Todo lo que sé es... que *ella* es la asesina.

Ella mató... ella mató... a Char...

Ella mató a mi muchacho y salvó a un trozo de...

Un trozo de...

Titanio.

## Frustración (1991)

---

“Frustration”

Herman Gelb giró su cabeza para mirar la a figura que se iba. Entonces dijo:

—¿No era ese el Secretario?

—Sí, era el Secretario de Asuntos Exteriores. El viejo Hargrove. ¿Estás listo para almorzar?

—Por supuesto... ¿Qué hacía él aquí?

Peter Jonsbeck no respondió inmediatamente. Simplemente se paró y le hizo señas a Gelb de que lo siguiera. Recorrieron el pasillo hasta una habitación que tenía el húmedo y caluroso olor de la comida condimentada.

—Aquí tienes, —dijo Jonsbeck—. La totalidad de la comida ha sido preparada por computadora. Completamente automatizada. Nunca tocada por manos humanas. Mi propia programación. Te prometí un obsequio y aquí lo tienes.

Estuvo bien. Gelb no podía negarlo y tampoco quería hacerlo. Después del postre dijo:

—¿Pero qué estaba haciendo Hargrove aquí?

Jonsbeck sonrió.

—Consultándome algo sobre programación... ¿Para qué otra cosa soy bueno yo?

—¿Pero por qué? ¿O es algo de lo que no puedes hablar?

—Es algo de lo que, supongo, *no debería* hablar, pero es un secreto a voces. No hay un solo informático en la Capital que no sepa lo que el pobre frustrado intenta hacer.

—¿Y qué es lo que intenta hacer?

—Está librando guerras.

Los ojos de Gelb se abrieron de par en par.

—¿Contra quién?

—Contra nadie, en realidad. Las libra analíticamente, con computadoras. Lo ha estado haciendo por no sé cuánto tiempo...

—Pero, ¿por qué?

—Quiere que el mundo sea como nosotros: noble, honesto, decente, lleno de respeto por los seres humanos y esas cosas.

—También yo. También todos nosotros deseamos eso. Debemos mantener la presión sobre los tipos malos, eso es todo.

—Y ellos están manteniendo la presión sobre nosotros también. No creen que seamos perfectos.

—Supongo que no lo somos, pero somos mejores que ellos. Tú lo sabes.

Jonsbeck se encogió de hombros.

—Una cuestión de puntos de vista. No importa. Tenemos un mundo que poner en



marcha, espacio que desarrollar, informatización que extender. La colaboración es premio a la continua cooperación y hay un lento progreso. Nos llevaremos bien. Es sólo que Hargrove no quiere esperar. Él anhela rápidos avances... por la fuerza. Tú sabes: hacer que los vagos se esfuercen. Somos suficientemente fuertes para lograrlo.

—¿Por la fuerza? Por la guerra, querrás decir. Ya no peleamos guerras.

—Eso es porque se han hecho muy complicadas. Demasiado peligrosas. Somos todos demasiado poderosos ¿Sabes a qué me refiero? Excepto que Hargrove cree que puede encontrar una manera. Tú empujas ciertas condiciones iniciales dentro de la computadora y dejas que pelee la guerra matemáticamente y arroje los resultados.

—¿Cómo formulas ecuaciones para la guerra?

—Bueno, tratas, viejo... Hombres, armas, sorpresa, contraataque, naves, estaciones espaciales. Computadoras. No debemos olvidar a las computadoras. Hay cientos de factores, miles de intensidades, millones de combinaciones. Hargrove piensa que es posible encontrar cierta combinación de condiciones iniciales y cursos de desarrollo, que resultaría en una clara victoria para nosotros y no demasiado daño para el mundo; y trabaja bajo constante frustración.

—Pero, ¿qué hay si consigue lo que quiere?

—Bueno, si logra encontrar la combinación, si la computadora dice “Ésta es”, entonces supongo que él cree que puede llevar a nuestro gobierno a luchar exactamente la guerra que la computadora ha elaborado, con lo que, exceptuando errores aleatorios que alteren el curso indicado, obtendríamos lo que queremos.

—Habría víctimas.

—Sí, por supuesto. Pero presumiblemente la computadora compararía las víctimas con otros daños a la economía y la ecología. Por ejemplo, los beneficios que derivarían de nuestro control del mundo, y si pensara que los beneficios pesarían más que las víctimas, entonces diría “sigan adelante”, hacia la guerra. Después de todo, podría ser que hasta las naciones que pierdan se vean beneficiadas al ser dirigidas por nosotros, con nuestra más fuerte economía y nuestro fuerte sentido moral.

Gelb mostró su incredulidad y dijo:

—Nunca supe que estuviéramos sentados en la cima de un cráter volcánico como ese. ¿Qué hay de esos “errores aleatorios” que mencionaste?

—El programa de la computadora trata de dejar un margen para lo inesperado, pero es imposible, por supuesto. Así que no creo que el “sigan adelante” llegue nunca. No lo ha hecho hasta ahora, y a menos que el viejo Hargrove se presente ante el gobierno con una simulación computarizada de una guerra que sea totalmente satisfactoria, no creo que haya muchas posibilidades de que pueda forzarlos.

—Entonces viene a ti... ¿Con qué razón?

—Para mejorar el programa, por supuesto.

—¿Y tú le ayudas?

—Sí, ciertamente. Hay altos honorarios involucrados, Herman.

Gelb sacudió su cabeza.

—¡Peter! ¿Vas a tratar de organizar una guerra sólo por dinero?

—No habrá tal guerra. Soy programador y no conozco ninguna manera de programar una computadora para darle lo que más necesita para iniciar una guerra, o una persecución, ni siquiera una travesura, ignorando cualquier daño que pueda producirse en el proceso. Y como falta lo más necesario, la computadora nunca le dará a Hargrove, ni a todos los otros que anhelan la guerra, nada excepto frustración.

—Entonces, ¿qué es lo que la computadora no tiene?

—¡No tiene el “por qué”, Gelb!... Ella carece totalmente del sentido de la vanidad.

# Las naciones del espacio (1995)

---

“The Nations in Space”

## Una Fábula Moderna

Como es bien sabido, las naciones de Gladovia y Saronin han sido enemigas por varios siglos. En los tiempos medievales, cada una había gobernado a la otra en momentos diferentes, y cada una recordaba, con amargura, el dominio de mano dura de la otra. Incluso en el siglo XX las dos naciones habían conseguido estar en lados opuestos en las guerras mayores que se pelearon entonces.

En el siglo de paz que siguió a la última de las grandes guerras, Gladovia y Saronin habían estado en paz, también, pero siempre se recordaban la una a la otra con desprecio y un gesto en la boca.

Pero corría el 2080, las estaciones de energía solar estaban en órbita alrededor de la Tierra recogiendo la energía del Sol y transmitiéndola en forma de microondas a las naciones de todo el mundo. Eso había cambiado al mundo de diversas maneras. Con energía solar en abundancia, la utilización de los combustibles fósiles había decaído, y el peligro del efecto invernadero había disminuido (aunque algún calor excedente que surgía de la energía solar producía alguna polución térmica).

Con energía en abundancia y un mejor control de la población, los estándares de vida se elevaron, mejoró la provisión de alimentos, fue racionalizada la distribución de recursos y, en general, estaba en pleno desarrollo una era de prosperidad y satisfacción.

De todos modos, una de las cosas que no había cambiado era la antipatía de los Gladovianos por Saronin, y el disgusto de los Saroninianos por Gladovia.

Por supuesto, las estaciones de energía solar no funcionaban por sí mismas. A pesar de la total automatización y del intensivo uso de los robots, todavía era importante que unos pocos seres humanos inspeccionaran las diversas estaciones periódicamente para asegurarse de que todo funcionara bien y de que las diminutas motas de basura espacial y las inesperadas ráfagas de viento solar no alteraran el funcionamiento de las computadoras más allá de la capacidad de los robots, y de las propias computadoras, para corregir la cuestión.

Aquellos elegidos para la tarea servían sus cuotas y eran regularmente rotados de modo que los efectos de la gravedad cero pudieran ser minimizados por periodos de descanso sobre la superficie de la Tierra. Fue pura coincidencia, entonces, que los Servidores Espaciales (como eran llamados) en el verano del año 2080, consistieran, entre otros, de dos Gladovianos y de dos Saroninianos. Estos enemigos tradicionales fueron juntados en el curso del trabajo y realizaron sus tareas correctamente, pero fueron cuidadosos de restringir las comunicaciones entre sí a lo mínimo esencial y

evitaron cualquier sonrisa o calidez.

Y un día, el más joven de los Gladovianos, de nombre Tomasz Brijon, fue hasta el mayor, Hamish Mansa, con una estirada sonrisa de placer, y le dijo:

—Ese tonto Saroniniano la hizo esta vez.

—¿Cuál? —preguntó Mansa.

—Ese cuyo nombre suena como un estornudo. ¿Quién puede hablar ese tonto idioma Saroniniano? En todo caso, con una verdadera estupidez Saroniniana ha cometido un descuido en la computadora A-5.

Mansa parecía alarmado.

—¿Con qué resultado?

—Ninguno todavía. Pero cuando la densidad del viento solar suba más del nivel 1.3, cerrará la mitad de las estaciones de energía y quemará varias computadoras.

Los ojos de Mansa se abrieron ampliamente.

—¿Y qué has hecho al respecto?

—Nada —dijo Brigon—. Estaba allí y vi lo que sucedió. Ahora está grabado. El Saroniniano se identificó como el trabajador en la computadora, y cuando se cierran las estaciones de energía, y se quemen las computadoras, el mundo sabrá que fue un estúpido Saroniniano el que lo hizo. —Brigon estiró los brazos lujuriosamente y dijo, con placer—: todos en el mundo estarán furiosos, y toda la infame nación de Saronin será humillada.

—Pero mientras tanto —dijo Mansa—, la provisión de energía a la Tierra será completamente interrumpida, y tal vez no sea posible reparar el sistema para ponerlo a trabajar por meses, tal vez por un año o dos.

—Tiempo suficiente —dijo Brigon— para que el mundo borre a Saronin de la faz de la Tierra, de modo que nuestra propia gloriosa nación de Gladovia pueda tomar posesión del territorio que es, por derecho, nuestro

—Pero, piensa un poco —dijo Mansa—. Con tanta energía yéndose de golpe, el mundo estará demasiado ocupado tratando de salvarse del desastre para comprometerse en cruzadas. Habrá interrupción de la industria, el peligro del hambre, la formación de bandas de necesitados, la guerra por algo que pueda proveer energía... el caos total.

—Peor todavía para Saronin...

—Pero el caos también llegará a Gladovia. Nuestra gloriosa nación depende del suministro de la energía solar tanto como Saronin, como todo el mundo. Habrá un mundo de catástrofe en el cual —quién sabe— Gladovia puede sufrir mucho más que Saronin. ¿Quién lo puede decir?

La boca de Brigon quedó abierta y se veía perturbado.

—¿Realmente piensas eso?

—Por supuesto. Debes ir hasta el que tiene nombre como de estornudo, y pedirle

que vuelva a controlar su trabajo. No necesitas decir que sabes que algo está mal. Es que simplemente estabas allí, y que de repente tuviste el extraño sentimiento de que algo no estaba bien. Di que tuviste un presentimiento. Y si encuentra el error y lo corrige, no te mofes. No sería seguro hacer eso. ¡Y hazlo pronto! ¡Por la gloriosa nación de Gladovia! Y por el mundo, por supuesto.

Brigon no tenía alternativa. Lo hizo, y el riesgo fue evitado.

### **Moraleja**

Las personas siempre se aman más a sí mismas. Pero en un mundo tan interconectado donde herir a uno es herir a todos, la mejor manera de amarse a sí mismo, es amar también a todos los demás.

# Himno de batalla (1995)

---

“Battle-Hymn”

Parecía no haber mucho lugar para la esperanza. Sibelius Hopkins lo puso en las palabras más sencillas.

—Tendríamos que conseguir el consentimiento marciano, y no lo conseguiremos, eso es todo.

La desolación entre los otros era tan densa para impedirles respirar.

—Nunca debimos apoyar la autonomía de los colonizadores —dijo Ralph Colodny.

—De acuerdo —dijo Hopkins—. Bien, ¿quién se ofrece de voluntario para volver veintiocho años en el tiempo y cambiar la historia? Marte tiene el derecho soberano de decidir cómo será utilizado su territorio, y no hay nada que hacer sobre ello.

—Podríamos elegir otro sitio —dijo Ben Devers, que era el más joven del grupo y todavía no había logrado desarrollar el apropiado tono de cinismo.

—No hay otro sitio —dijo lisamente Hopkins—. Si no sabes que los experimentos con el hiperespacio son peligrosos, regresa a la escuela. No puedes hacerlos sobre la Tierra, e incluso la Luna está demasiado poblada. Los asentamientos espaciales son demasiado pequeños, en tres órdenes de magnitud, y no es posible hallar nada más allá de Marte por al menos veinte años. Pero Marte es perfecto. Aún está prácticamente vacío. Tiene baja gravedad en superficie y una atmósfera delgada. Es frío. Todo es perfecto para el vuelo hiperespacial... excepto los colonizadores.

—No puedes asegurarlo —dijo el joven Devers—. Las personas son raras. Podrían votar a favor de los experimentos hiperespaciales en Marte, si lo manejamos bien.

—¿Cómo lo manejamos bien? —dijo Hopkins—. La oposición ha saturado a Marte con un viejo estribillo simplón que dice:

*¡No, no, mil veces no!  
No puedes mi cariño pagar.  
¡No, no, mil veces no!  
Moriría antes de aceptar.*

Hopkins sonrió con amargura.

—Marte está inundado con el cantito. Está siendo taladrado en la mente de los colonizadores marcianos. Votarán “no” automáticamente, y no tendremos experimentos hiperespaciales y eso significa que no tendremos vuelos hacia las estrellas por décadas, tal vez generaciones... por cierto, no durante nuestras vidas.

Frunciendo el ceño al pensar, Devers dijo:

—¿No podemos utilizar un cantito para nuestro propio argumento?

—¿Qué cantito?

—Una gran cantidad de colonizadores es de extracción francesa. Podríamos manipular su conciencia étnica.

—¿Qué conciencia étnica? Todos hablamos inglés ahora.

—Eso no apaga la conciencia étnica —dijo Devers—. Si tocas la vieja canción nacional de Francia, todos sentirán añoranzas. Es un himno de batalla, ¿sabes?, y los himnos de batalla siempre mueven la sangre, especialmente ahora que no hay ninguna guerra.

—Pero las palabras ya no significan nada —dijo Hopkins—. ¿Las recuerdas?

—Sí —dijo Devers—. Iba...

*Allons, enfants de la patrie,  
La jour de gloire est arrive.  
Contre nous de la tyrannie,  
L'Etendard sanglant est leve.*<sup>[21]</sup>

Las cantó en una clara voz de tenor.

—Ni un solo marciano en mil sabrá lo que eso significa —dijo Hopkins.

—¿A quién le importa? —dijo Devers—. Tócala igual. Incluso si no entienden las palabras, sabrán que es el viejo himno de batalla de Francia y los movilizará. Además, la tonada es ganadora. Infinitamente mejor que esa tonta música de music-hall que dice “No, no”. Yo te lo digo, el himno de batalla se instalará en la mente de cada uno y reemplazará el no-no.

—Tal vez tengas algo allí —dijo Hopkins—. Y si lo acompañamos con algún lema impactante sobre los cambios. “La Humanidad Hacia Las Estrellas”, “Llegemos a una estrellas”, “Más Rápido Que La Luz Será Lo Más Lento Que Vayamos”. Y siempre con esa música.

—Ya sabes —dijo Colodny—, “*la jour de gloire*” significa “el día de gloria”, creo. Podemos utilizar esa frase, “El Día De Gloria Cuando Alcancemos Las Estrellas”. Si decimos “el día de gloria” bastante frecuentemente, tal vez los marcianos votarán “Sí”.

—Suena demasiado bueno para ser cierto —dijo Hopkins con pesimismo—, pero no veo qué otra opción tengamos en este momento. Podemos intentarlo y ver si hace algún bien.

Ése fue el comienzo de la gran batalla de las canciones proselitistas. En cada uno de los asentamientos en Marte, bajo los domos, desde Olympus y a lo largo de los Valles Marinieris, y hasta las áreas lejanas de los cráteres, se escuchaba de un lado, “No, no, mil veces no...” y del otro lado, “*Allons, enfants de la patrie...*”

No había dudas de que el ritmo conmovedor del himno de batalla estaba teniendo

efecto. Hacía retroceder al simple cantito de negación y Hopkins tuvo que admitir que desde una alternativa cero, el voto por el “sí” se estaba convirtiendo en una posibilidad; de una derrota segura, estaba comenzando a tener una oportunidad.

—Sin embargo —dijo Hopkins—, el problema es que no tenemos nada directo. Su cantito, a pesar de ser tonto, tiene la ventaja de decir “¡No... No... No...!”. La nuestra es sólo una canción pegadiza que está llenando la mente de varios, ¿pero con qué? ¿El día de gloria?

Devers sonrió y dijo:

—¿Por qué no esperar hasta la elección?

Después de todo, era su idea.

Así lo hicieron.

### Desafío al lector

¿Qué sucedió el día de la elección? ¿Ganó el voto negativo o el positivo? Y, en ese caso, ¿por qué?

Usted puede ganar cuando adivine si el voto fue negativo o positivo. Lo que vale es la mejor *razón*.

En la tarde del día de la elección, Hopkins se encontró casi incapaz de hablar. El voto había estado subiendo constantemente hasta el 90 por ciento a favor del “Sí” y no había una sola duda sobre ello.

Los colonizadores de Marte estaban votando para permitir que su planeta sea utilizado para el trabajo que eventualmente enviaría seres humanos a las estrellas.

Finalmente, Hopkins dijo:

—¿Qué sucedió? ¿Qué hicimos bien?

—Fue la canción —dijo Devers, sonriendo satisfecho—. Lo imaginé correctamente, pero no quise explicar mi idea porque no quería que se escapara de alguna manera. No era que no confiara en todos aquí, pero no quise que la canción fuera neutralizada de alguna manera astuta.

—¿Qué había en la canción que hizo tanta diferencia? —exigió Hopkins.

—Bien, sí tenía un mensaje subliminal. Tal vez los colonizadores ya no sabían lo suficiente de francés para entender el significado de las palabras, pero tenían que saber el nombre del himno de batalla. Ese nombre sonaba a través de sus mentes cada vez que las escuchaban; cada vez que la tarareaban.

—¿Y entonces, qué?

—Eso —dijo Devers, sonriente—. ¡El nombre es “Mars say yes”!<sup>[22]</sup>



# RELATOS DE FANTASÍA: AZAZEL

## Introducción

---

*Isaac Asimov dedica aquí su pluma y su imaginación sin límites a la fantasía, y nos ofrece dieciocho fascinantes relatos que, sin duda, deleitarán a todos los aficionados al género, así como a los innumerables admiradores de este autor. Azazel es un demonio rojo de dos centímetros, dotado con una impetuosa personalidad y maravillosos poderes mágicos. El único problema es que este singular ser posee poca comprensión de las cuestiones humanas y sus intervenciones producen situaciones sorprendentes.*

\* \* \* \* \*

En 1980, un caballero llamado Eric Protter me pidió que escribiera cada mes un relato de misterio para una revista que él dirigía. Accedí, porque me resultaba difícil responder negativamente a las personas amables (y todos los directores que he conocido han sido siempre personas amables).

El primer relato que escribí era una narración en la que se combinaban elementos de fantasía y de misterio, protagonizada por un pequeño demonio de unos dos centímetros de estatura. Lo titulé «El desquite», y Eric Protter lo aceptó y lo publicó. Intervenían en él un caballero llamado Griswold, como narrador, y tres hombres —entre los que se contaba un personaje que hablaba en primera persona y que era yo, aunque nunca me identificaba— que formaban su auditorio. Los cuatro se reunían todas las semanas en el «Union Club», y tenía la intención de que la serie continuase presentando los relatos de Griswold en el «Union Club».

No obstante, cuando traté de escribir un segundo relato en el que intervenían el pequeño demonio de «El desquite» —el nuevo relato se titulaba «Una noche de canto»—, Eric lo rechazó. Al parecer, un poco de fantasía estaba bien por una vez, pero no quería que lo tomara por costumbre.

Así pues, dejé a un lado «Una noche de canto» y procedí a escribir la serie de relatos de misterio sin introducir en ellos absolutamente ningún elemento de fantasía. Treinta de estos relatos (que Eric insistió en que tuviesen sólo entre 2.000 y 2.200 palabras) finalmente fueron recopilados en mi libro *The Union Club Mysteries* (Doubleday, 1983). Sin embargo, no incluí «El desquite», porque la intervención en él del pequeño demonio hacía que no armonizase con el resto de los relatos.

Mientras tanto, yo cavilaba acerca de «Una noche de canto». Detesto desperdiciar algo, y no puedo soportar dejar inédita cualquier cosa que haya escrito, si hay algo que pueda hacer para corregir la situación. Por consiguiente, me dirigí a Eric y le dije:

—Aquel relato que rechazaste, «Una noche de canto»..., ¿puedo publicarlo en otra parte?

—Naturalmente, siempre que cambies los nombres de los personajes.

Quiero que tus relatos de Griswold y su auditorio sean exclusivos de mi revista.

De modo que así lo hice. Cambié el nombre de Griswold por el de George y conservé un auditorio de un solo personaje, el que hablaba en primera persona, y que era yo mismo. Hecho esto, vendí «Una noche de canto» a *The Magazine of Fantasy and Science Fiction (F & SF)*, Posteriormente, escribí otro relato de los que ahora englobaba bajo la denominación de «Relatos de George y Azazel», siendo Azazel el nombre del demonio. Éste, «La sonrisa que pierde», lo vendí también a *F & SF*.

No obstante, yo también tengo una revista de ciencia-ficción propia, *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine (IASFM)*, y Shawna McCarthy, que entonces era su directora, mostró su objeción a que yo publicara en *F & SF*.

—Pero, Shawna —argumenté—, esos relatos de George y Azazel son fantasías, e *IASFM* sólo publica ciencia-ficción.

—Pues, en ese caso, cambie el pequeño demonio y su magia por un pequeño ser extraterrestre provisto de una avanzada tecnología, y véndame a mi los relatos.

Lo hice, y como seguía entusiasmado con los relatos de George y Azazel, continué escribiéndolos, y ahora puedo incluir dieciocho de estos relatos en esta colección, *Azazel*. (Se incluyen sólo dieciocho, porque, sin la necesaria brevedad que imponía Eric, podía hacer que mis relatos de George y Azazel fuesen el doble de largos que mis Griswolds.)

Sin embargo, tampoco incluí «El desquite», porque desentonaba ligeramente de los últimos relatos. Al haber sido la inspiración original de dos series diferentes, «El desquite» tenía el triste destino de quedarse entre dos aguas, sin encajar en ninguno de los dos grupos que habían surgido.

(No importa, ha sido seleccionado para una antología y es posible que en el futuro aparezca también bajo otras presentaciones. No lo sienta demasiado.)

Hay algunos detalles de los relatos que me gustaría resaltar, detalles que probablemente usted advertirá por sí mismo, pero yo soy partidario de explicarlo todo.

1) Como he dicho, omití el primer relato que escribí porque no encajaba con los restantes. Mi bella editora, Jennifer Brehl, insistió, no obstante, en que era necesario un primer relato para describir cómo nos conocimos George y yo y cómo entró el pequeño demonio en la vida de George. Puesto que Jennifer, aunque un dechado de dulzura, no es persona a la que uno pueda oponerse cuando aprieta los puños, escribí un relato titulado «El demonio de dos centímetros», que cumple el propósito que ella pedía y que se inserta como primera narración del libro. Es más, Jennifer decidió que Azazel fuese definitivamente un demonio y no un extraterrestre, así que de nuevo estamos en la fantasía. (Por cierto que «Azazel» es un nombre bíblico, y los lectores de la Biblia suelen tomarlo como el nombre de un demonio, aunque esta cuestión es

algo más complicada.)

2) A George se le presenta como una especie de sablista, y yo detesto a los sablistas..., sin embargo, encuentro simpático a George. Espero que, asimismo, a usted le caiga bien. El personaje que habla en primera persona (en realidad, Isaac Asimov) a menudo es insultado por George e invariablemente despojado por él de unos cuantos dólares, pero no importa.

Como explico al final del primer relato, sus historias lo valen, y yo gano con ellas mucho más dinero del que le doy a George..., en especial, habida cuenta de que el dinero que le doy es de ficción.

3) No olvide que los relatos pretenden ser sátiras humorísticas, y si encuentra el estilo un tanto hinchado y «poco asimoviano», sepa que es deliberado. Considere esto un aviso. No vaya a ser que se compre el libro esperando otra cosa y se lleve un chasco. Y, a propósito, si detecta de vez en cuando la leve influencia de P. G. Wodehouse, créame, no es accidental.

# El demonio de dos centímetros (1988)

---

“The Two-Centimeter Demon”

Conocí a George en un congreso literario celebrado hace muchos años, y me llamó la atención el peculiar aire de inocencia y de candor que mostraba su rostro redondo y de mediana edad. Inmediatamente decidí que era la clase de persona a quien uno le dejaría la cartera para que se la guardase mientras se bañaba.

El me reconoció por mis fotografías en la contraportada de mis libros y me saludo alegremente, diciéndome lo mucho que le gustaban mis cuentos y mis novelas, lo cual, naturalmente, me dio una excelente opinión de su inteligencia y buen gusto. Nos estrechamos cordialmente las manos, y el dijo:

—Me llamo George Bitternut

—Bitternut— repetí, para fijármelo en la mente—. Un apellido poco corriente.

—Danés— respondió—, y muy aristocrático. Desciendo de Cnut, más conocido como Canuto, un rey que conquistó Inglaterra a comienzos del siglo XI. Un antepasado mío era hijo suyo: bastardo, naturalmente.

—Naturalmente —murmuré, aunque no veía por que había que darlo por sentado.

—Le pusieron de nombre Cnut, como su padre— continuó George—, y cuando fue presentado al rey, el soberano dijo: “Voto a bríos, ¿éste es mi heredero?”

—”No exactamente— respondió el cortesano que estaba meciendo al pequeño Cnut—, pues es ilegítimo, ya que su madre es la lavandera a la que vos...” “Ah — dijo el rey—, éso es mejor”. Y como Bettercnut (en inglés better significa mejor) se le conoció a partir de ese momento.

Únicamente con ese nombre. Yo lo he heredado por línea masculina directa, salvo que las vicisitudes del tiempo han acabado por cambiarlo a Bitternut.

Y sus azules ojos me miraron con una especie de hipnótica inocencia, que impedía toda duda.

—¿Quiere almorzar conmigo?— pregunté, moviendo la mano en dirección al restaurante profusamente decorado que, evidentemente, estaba destinado sólo a personas poseedoras de carteras bien repletas.

—¿No le parece que ese local es un poco ostentoso y que la cafetería del otro lado podría...?respondió George. —Como invitado mío— añadí.

George frunció los labios y dijo:

—Ahora que lo miro bajo una luz mas favorable, veo que tiene una atmósfera un tanto hogareña. Si, almorzaré con usted. Mientras tomábamos el plato principal, George dijo:

—Mi antepasado Bettercnut tuvo un hijo, al que llamó Sweyn. Un buen nombre Danés. —Si, ya sé— respondí—. El padre del Rey Cnut se llamaba Sweyn Forbeard. En tiempos modernos el nombre se suele escribir Sven.

George frunció levemente el ceño y dijo:

—No hace falta que alardee de sus conocimientos de estas cosas, amigo mío. Admito que tiene usted los rudimentos de una educación. Me sentí abochornado. — Lo siento. Agitó la mano en ademán de magnánimo perdón, pidió otro vaso de vino y prosiguió:

—Sweyn Bettercnut se sentía fascinado por las mujeres, característica que hemos heredado todos los Bitternut, y tenía mucho éxito con ellas..., como ha sido el caso con todos sus descendientes. Se sabe que muchas mujeres, después de separarse de él, meneaban la cabeza en señal de admiración y decían: “Oh, es todo un Sweyn.” Y también era un archimago.

Hizo una pausa y, luego, preguntó con brusquedad:

—¿Sabe usted qué es un archimago?

—No —mentí, no deseando volver a hacer una ofensiva ostentación de mis conocimientos—, ¿Qué es?

—Un archimago es un mago eminente— aclaró George, con lo que pareció un suspiro de alivio—. Sweyn estudiaba las artes arcanas y ocultas. Entonces era posible hacerlo, pues aún no había surgido todo ese desagradable escepticismo moderno.

Estaba consagrado a la tarea de encontrar la manera de persuadir a las jovencitas para que observaran con él esa clase de comportamiento dulce y complaciente que es la corona de la femineidad, y rehuyesen todo lo que era huraño y hosco.

—Ah— dije, con tono comprensivo.

—Para eso necesitaba demonios, y perfeccionó medios para invocarlos, quemando ciertas hierbas aromáticas y pronunciando determinados conjuros semiolvidados.

—¿Y daba resultado, señor Bitternut?

—Llámeme George. Claro que daba resultado. Tenía legiones de demonios que trabajaban para él, pues, como con frecuencia se lamentaba, las mujeres de la época eran seres tercos y obstinados, que oponían, a su pretensión de ser nieto de un rey, ásperas observaciones sobre la naturaleza de la descendencia. Sin embargo, una vez que un demonio ejecutaba su obra, comprendían que un hijo natural era, simplemente, natural.

—¿Está seguro de todo éso, George?

—Naturalmente, pues el verano pasado encontré su libro de recetas para invocar demonios. Lo hallé en un viejo castillo inglés que actualmente está en ruinas, pero que en otro tiempo perteneció a mi familia. Se especificaban las hierbas exactas, la forma de quemarlas, el ritmo, los conjuros, las entonaciones. Todo. Estaba escrito en inglés antiguo, anglosajón, ya sabe, pero yo tengo un poco de lingüista y ...

Se me hizo patente un ligero escepticismo.

—Usted bromea— dije.

Me miró con altivez.

—¿Por qué cree semejante cosa?, ¿acaso me estoy riendo? Se trata de un libro auténtico. Yo mismo experimenté las recetas.

—Y obtuvo un demonio.

—Sí, en efecto— respondió, señalándose de manera significativa el bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Lo tiene ahí?

George se tocó el bolsillo, y parecía a punto de asentir cuando sus dedos palparon algo importante, o tal vez fuese precisamente que no palparon nada. Miró en el interior.

—Se ha ido —dijo con disgusto—. Desmaterializado... Pero quizá no se le pueda censurar por ello. Anoche estuvo conmigo por que sentía curiosidad por este congreso, ¿sabe?. Le di un poco de whisky con un cuentagotas, y le gustó. Tal vez le gusto demasiado, pues quería pegarse con la cacatúa enjaulada que hay en el bar y empezó a insultarla. Afortunadamente, se quedo dormido antes de que el pájaro ofendido pudiera replicar. Ésta mañana no parecía encontrarse muy bien, y supongo que se ha ido a su casa, dondequiera que esté, para recuperarse.

Sentí un acceso de rebeldía. ¿Esperaba que me creyera aquello?—¿Me está diciendo que tenía un demonio en el bolsillo de la chaqueta? —Es agradable ver lo rápidamente que se hace usted cargo de la situación— dijo George. —¿Qué tamaño tenía? —Dos centímetros. —Pero eso no llega a una pulgada. —Totalmente correcto. Una pulgada son 2,54 centímetros.

—Quiero decir, qué clase de demonio es para tener sólo dos centímetros de estatura. —Uno pequeño— respondió George—, pero, como dice el refrán, más vale tener un demonio pequeño que no tener ninguno.

—Depende de cómo sea. —Oh, Azazel..., se llama. es un demonio amistoso. Sospecho que no está muy bien considerado en sus antros nativos, pues se le nota extraordinariamente ansioso por impresionarme con sus poderes, salvo que no quiere utilizarlos para enriquecerme, como debería hacer, tratándose de una honorable amistad. Dice que sus poderes deben ser utilizados tan sólo para hacer el bien a otros.

—Vamos, vamos, George. Seguramente que no es ésa la filosofía del infierno. George se llevo un dedo a los labios. —No diga esa clase de cosas, amigo. Azazel se sentiría enormemente ofendido. Dice que su país es amable, decente y muy civilizado, y habla con gran respeto de su gobernante, cuyo nombre jamás pronuncia, y al que llama simplemente el Todo Total. —¿Y en realidad hace favores?

—Siempre que puede. Éso es escaso, por ejemplo, de mi ahijada, Juniper Per...

—¿Juniper Pen?

—Sí. Por su expresión de intensa curiosidad, me doy cuenta de que desea conocer la historia. Con mucho gusto se la contaré.

Juniper Pen (dijo George) era una cándida estudiante de segundo curso en la Universidad cuando comienza mi relato..., una dulce e inocente muchacha fascinada por el equipo de baloncesto, todo y cada uno de cuyos miembros eran jóvenes altos y muy guapos. El jugador que más parecía estimular su imaginación femenina era Leander Thomson, un muchacho alto y delgado, de grandes manos que se enroscaban en torno a un balón o a cualquier otra cosa que tuviera forma y el tamaño de un balón, lo que de alguna manera trae a la memoria a Juniper. Obviamente, él era el objeto de sus gritos, cuando contemplaba desde la grada uno de sus partidos. Solía hablarme de sus dulces sueños, pues, como todas las jovencitas, aunque no sean mis nietas, se sentía impulsada a confiar en mí. Mi porte cariñoso pero digno invitaba a las confidencias.

—Oh, tío George —decía—, seguro que no es nada malo que yo sueñe en un futuro con Leander. Me lo imagino como el mejor jugador de baloncesto del mundo, como la flor y nata de los grandes profesionales, como el titular de un sustancioso contrato de larga duración. Y no es que yo pida mucho. Todo lo que quiero de la vida es una pequeña mansión cubierta de enredaderas, un pequeño jardín que se extienda todo cuanto la vista pueda abarcar, una sencilla servidumbre organizada en equipos, todos mis vestidos ordenados alfabéticamente para cada día de la semana y cada mes del año y...

Me vi obligado a interrumpir su encantador parloteo.

—Ay un ligero fallo en tu plan, pequeña —dije—. Leander no es un jugador de baloncesto muy bueno, y es poco probable que algún equipo le contrate por grandes sumas.

—Eso es injusto— dijo, enfurruñando el gesto—.¿Por qué no es un jugador de baloncesto muy bueno?

—Porque así es como funciona el Universo. ¿Por qué no concentras tus juveniles afectos en alguien que sea un buen jugador de baloncesto? ¿O, si vamos a eso, en algún joven y honrado corredor bursátil de Wall Street que tenga acceso a informaciones reservadas?

—La verdad es que ya he pensado en ello, tío George, pero me gusta Leander exclusivamente por lo que es. Hay veces en que pienso en él y me digo: en realidad, ¿tan importante es el dinero?

—Chist, jovencita —exclamé horrorizado. Hoy en día, las mujeres son increíblemente francas.

—Pero, ¿por qué no puedo tener también el dinero? ¿es mucho pedir?

¿Lo era realmente? Después de todo, yo tenía un demonio para mí solo. Se trataba de un demonio pequeño, desde luego, pero su corazón era grande. Seguramente que querría favorecer el curso del verdadero amor, a fin de aportar luz y dulzura a dos seres cuyos corazones latían al unísono al pensar en besos y fondos mutuos.



Azazel me escuchó cuando le invoqué con el conjuro apropiado... No, no puedo decirle cual es. ¿No tiene usted un elemental sentido de la ética? Como digo, me escuchó, pero con lo que me pareció una absoluta carencia de esa comprensión que cabría esperar. Confieso que le había arrastrado a nuestro mundo sacándole de su entrega a algo parecido a un baño turco, pues se hallaba envuelto en una diminuta toalla y estaba tiritando. Su voz parecía mas aguda y estridente que nunca. (En realidad, no creo que fuese verdaderamente su voz. Me da la impresión de que se comunicaba mediante alguna especie de telepatía, pero el resultado era que yo oía, o imaginaba oír, una aguda vocecilla.)

—¿Qué es baloncesto?— preguntó—. ¿Un balón con forma de cesto? Porque, en ese caso, ¿qué es un cesto?

Traté de explicárselo, pero, para ser un demonio, puede resultar realmente obtuso. Se me quedó mirando, como si no le estuviese explicando con luminosa claridad cada detalle del juego.

Finalmente, dijo: —¿Podría ver un partido de baloncesto?

—Naturalmente— respondí—. Esta noche se juega uno. Leander me dio una entrada, y tú puedes ir en mi bolsillo.

—Estupendo —dijo Azazel—. Llámame cuando te dispongas a salir para el partido. Ahora tengo que terminar mi zymig— con lo que supongo se refería a su baño turco, y desapareció.

Debo confesar que me irrita sobremanera que alguien anteponga sus insignificantes asuntos domésticos a las trascendentales cuestiones de que yo me ocupo..., lo cual me recuerda, amigo mío, que el camarero parece estar intentando atraer su atención. Creo que le tiene preparada la cuenta. Recójala, por favor, para que yo pueda continuar mi relato.

Esa noche fui al partido de baloncesto, y Azazel venía conmigo en mi bolsillo. Mantenía la cabeza asomada por el borde del bolsillo y habría constituido un sospechoso espectáculo si alguien hubiera estado mirando. Su piel es de un color rojo brillante y en su frente se destacan las protuberancias de dos péqueños cuernos. Por fortuna, se mantenía dentro del bolsillo, pues su musculosa cola de un centímetro de longitud es su rasgo más prominente y nauseabundo. Yo no soy un gran aficionado al baloncesto, y preferí dejar que Azazel extrajera por su propia cuenta el significado de lo que estaba viendo. Su inteligencia, aunque más demoniaca que humana, es notable.

Una vez finalizado el partido, me dijo: —Por lo que he podido deducir de la esforzada acción de los corpulentos, desgarbados y en absoluto interesantes individuos que corrían por la pista, parece ser que se producía una cierta conmoción cada vez que esa curiosa pelota pasaba a través del aro.

—En efecto —dije—. Eso es encestar.

—Entonces, ¿ese protegido tuyo se convertiría en un héroe de ese estúpido juego

si pudiera asar la pelota por el aro todas las veces que lo intentase?

—Exactamente.

Azazel pensativo, agitó la cola.

—No tiene que ser difícil. Solo necesito ajustar sus reflejos para hacerle calcular el ángulo, la altura, la fuerza... Permaneció unos instantes en reflexivo silencio, a continuación dijo:

—Veamos, he tomado nota de su complejo coordinado personal durante el partido...Sí, se puede hacer. En realidad, ya está hecho. Tu Leander no tendrá ninguna dificultad en hacer pasar la pelota por el aro.

Yo experimentaba una cierta excitación mientras aguardaba a que se celebrase el siguiente partido. No le dije nada a la pequeña Juniper, porque nunca había hecho uso de los poderes demoniacos de Azazel y no estaba del todo seguro de que sus hechos hicieran honor a sus palabras. Además, quería que se llevara una sorpresa. (Y se la llevó, muy grande, lo mismo que yo).

Por fin llegó el día del partido, y aquél fue el partido. Nuestro colegio local, Nerdsville Tech, de cuyo equipo de baloncesto Leander era tan pálida luminaria, jugaba contra los larguiruchos fajadores de Reformatorio Al Capone, y se esperaba que fuese un combate épico.

Como de épico, nadie lo esperaba. El equipo de AL Capone en seguida se puso por delante en el marcador, y yo observaba atentamente a Leander. Parecía tener dificultades para decidir lo que debía hacer, y al comienzo sus manos parecían fallar el balón cuando trataba de avanzar. Supuse que sus reflejos habían resultado tan alterados, que en un principio no podía controlar en absoluto sus músculos. Sin embargo, luego, fue como si se acostumbrara a su nuevo cuerpo. Cogió el balón y pareció que se le escapaba de las manos..., ¡pero que forma de escaparse! Descubrió un arco en el aire y atravesó el centro del aro. Las gradas estallaron en frenético aplauso, mientras que Leander contemplaba pensativamente el aro, como preguntándose que había ocurrido. Fuera lo que fuese, volvió a ocurrir otra vez..., y otra. Tan pronto como Leander tocaba el balón, éste se elevaba describiendo un arco. Tan pronto como se elevaba, se curvaba hacia la canasta. Sucedió tan de repente, que nadie veía jamás a Leander apuntar ni hacer absolutamente ningún esfuerzo. Interpretando ésto como una prueba de maestría, la multitud se puso histérica.

Sin embargo, luego, como era de esperar, sucedió lo inevitable, y el partido se hundió en un caos total. Brotaban silbidos de las tribunas; los alumnos de rostros llenos de cicatrices, que animaban al reformatorio Al Capone, proferían violentas observaciones de carácter insultante, y por todas partes se producían peleas a puñetazos entre el público.

Lo que yo no había dicho a Azazel, creyendo que se trataba de algo evidente, y lo que él no había advertido; era que las dos canastas de la pista no eran iguales: una

correspondía al equipo local y la otra al equipo visitante, y que cada jugador lanzaba el balón hacia la canasta apropiada. Y el balón, con toda la lamentable ignorancia de un objeto inanimado, en cuanto Leander lo tocaba, se elevaba hacia la canasta más próxima. El resultado era que, una y otra vez, Leander se las arreglaba para introducir el balón en la canasta en que no debía. Persistió en hacerlo, pese a los amables reproches del entrenador del Nerdsville, Claws (Pop) McFang, que se desgañitaba a gritos por entre la espuma que le cubría los labios. Pop McFang enseñó los dientes con un suspiro de tristeza por tener que expulsar a Leander del partido y lloró abiertamente cuando le quitaron los dedos de la garganta de Leander para que pudiera llevarse a efecto la expulsión.

Amigo mío, Leander nunca volvió a ser el mismo. Naturalmente, yo había pensado que buscaría refugio en la bebida y se convertiría en un torvo y pensativo alcohólico. Eso lo habría comprendido. No obstante, aun cayó más bajo. Se volvió hacia sus estudios. Bajo la despreciativa, y a veces incluso compasiva, mirada de sus condiscípulos, iba de clase en clase, sepultaba la cabeza entre los libros y descendía hacia las cenagosas profundidades de la ciencia. Durante todo ese tiempo, sin embargo, Juniper se aferró a él. Me necesita, decía, con los ojos empanados por las lágrimas. Sacrificándolo todo, se caso con él una vez que ambos se graduaron. Y continuó manteniéndose unida a él, incluso mientras caía al más profundo de los abismos, al ser estigmatizado con un doctorado en Física. Él y Juniper viven ahora en un pequeño apartamento situado en alguna parte del lado oeste. Él enseña física y ella realiza investigaciones sobre Cosmogonía, según tengo entendido. Él gana 60,000 dólares al año, y entre quienes le conocieron cuando era un deportista respetable, se dice, en horrorizados susurros, que es un posible candidato al premio Nobel. Juniper nunca se queja, y se mantiene fiel a su ídolo caído. Ni con palabras ni con hechos expresa jamás ningún sentimiento de pérdida, pero no puede engañar a su viejo padrino. Sé muy bien que, a veces, piensa melancólicamente en la mansión cubierta de enredaderas que nunca tendrá y en las ondulantes colinas y distantes horizontes de la pequeña finca de sus sueños.

—Ésa es la historia— dijo George, mientras recogía el cambio que había traído el camarero y anotaba el total del recibo de la tarjeta de crédito, supongo que para poder deducirlo de sus impuestos—. Yo, en su lugar— añadió—, dejaría una generosa propina.

Así lo hice, un tanto aturdido, mientras George sonreía y se alejaba. En realidad, no me importaba que George se hubiera quedado con el cambio. Se me ocurrió que él únicamente tenía una comida, mientras que yo disponía de una historia que podía contar como propia y que me reportaría una cantidad de dinero equivalente a muchas veces el coste de la comida.

De hecho, decidí continuar almorzando con él de vez en cuando.

## Una noche de canto (1982)

---

“One Night of Song”

Resulta que un amigo mío insinúa que, a veces, puede invocar espíritus del profundo abismo. O, por lo menos, un espíritu..., uno pequeño y de poderes estrictamente limitados. En ciertas ocasiones habla de él, pero sólo después de haber llegado a su cuarto whisky con soda. Se trataba de un delicado punto de equilibrio: tres copas, y no sabe nada de espíritus (de los sobrenaturales); cinco y se queda dormido.

Aquella noche, pensé que había alcanzado el nivel adecuado, así que le dije:

—¿Te acuerdas de ese espíritu tuyo, George?

—¿Eh? —exclamó él, mirando su bebida, como si se preguntara porque tenía que recordarla.

—Tu bebida, no —dije—. Me refiero a ese espíritu de unos dos centímetros de estatura que una vez me dijiste que habías logrado hacer venir desde algún otro lugar de existencia. El que está dotado de poderes paranaturales.

—Ah —dijo George—, Azazel. No se llama así, naturalmente. Supongo que no podría pronunciar su verdadero nombre, pero así es como yo le llamo. Sí, me acuerdo.

—¿Lo utilizas mucho?

—No. Es peligroso. Demasiado peligroso. Siempre existe la tentación de jugar con el poder. Yo soy muy cuidadoso en ese aspecto, endiabladamente cuidadoso. Como sabes, tengo un nivel ético muy elevado. Por eso es por lo que en una ocasión me sentí movido a ayudar a un amigo. ¡El mal que eso causó! ¡Horrible! No soporto pensar en ello.

—¿Qué ocurrió?

—Supongo que es mejor que lo cuente, para vaciar mi pecho —dijo pensativamente George—. Es algo que te consume...

Entonces yo era mucho más joven (dijo George), y en aquellos tiempos las mujeres formaban una parte importante de la propia vida. Ahora, al recordararlo, parece una estupidez, pero recuerdo perfectamente haber pensado en aquellos tiempos que había mucha diferencia dependiendo de la mujer de que se tratase. En realidad, la verdad es que da lo mismo cerrar los ojos y coger al azar la que caiga, pero en aquellos tiempos... Yo tenía un amigo, Mortenson..., Andrew Mortenson. No creo que lo conozcas. Yo mismo apenas si le he visto en los últimos años. La cuestión es que estaba perdidamente enamorado de una mujer, una mujer determinada. Era un ángel, decía. No podía vivir sin ella. Era la única en todo el universo, y sin ella el mundo era una loncha de jamón empapada de grasa para lubricar motores. Ya sabes como hablan los enamorados. Lo malo es que ella, finalmente, le abandonó, y, al parecer, lo hizo de una manera especialmente cruel y sin la menor consideración a su

amor propio. Le había humillado por completo, yéndose con otro delante de él, chasqueándole los dedos en las narices y riéndose despiadadamente de sus lágrimas. Lo digo en sentido figurado, por supuesto. Sólo trato de dar la impresión que él me causó a mí. Se hallaba aquí sentado, en esta misma habitación, bebiendo conmigo. Yo sentía como se me destrozaba el corazón ante su congoja.

—Lo siento, Mortenson —le dije—, pero no debes tomártelo así. Si te paras a pensarlo, no es más que una mujer. Mira a la calle y verás pasar montones.

—A partir de ahora —dijo amargamente—, no habrá ninguna mujer en mi vida..., exepcto mi esposa, claro, a la que de vez en cuando no puedo evitar. Es sólo que, por mi parte, me gustaría hacer algo por ella.

—¿Por tu mujer? —pregunté.

—No, no, ¿por qué iba a querer hacer algo por mi mujer? Estoy hablando de hacer algo por esa mujer que me ha abandonado tan cruelmente.

—¿Por ejemplo?

—No tengo ni idea —respondió.

—Quizá yo pueda ayudarte —dije, pues continuaba sintiéndome lleno de compasión hacia él—. Puedo hacer uso de un espíritu provisto de poderes extraordinarios. Un espíritu pequeño, desde luego— separé los dedos pulgar e índice menos de una pulgada para que se hiciera idea—, que sólo puede hacer pequeñas cosas.

Le hablé de Azazel, y, como es natural, me creyó. He observado con frecuencia que yo transmito convicción cuando cuento algo. Sin embargo, cuando lo haces tú, amigo mío, el ambiente de incredulidad que se forma en la estancia es tan espeso que se podría cortar con una sierra para metales. Conmigo, en cambio, es distinto. No hay nada como una reputación de probidad y un aire de honrada rectitud.

Le brillaban los ojos mientras se lo contaba. Preguntó si podría darle a la mujer algo que yo le pidiera.

—Si es presentable, amigo mío. Espero que no estés pensando en algo así como hacerla oler mal o que le salga un sapo por la boca cada vez que hable.

—Claro que no —replicó, indignado—, ¿Por quién me tomas? Ella me ha dado dos años de felicidad, a intervalos, y quiero corresponderle adecuadamente. ¿Dices que tu espíritu tiene sólo poderes limitados?

—Es muy pequeño— respondí, volviendo a señalar el tamaño con el índice y el pulgar.

—¿Podría darle una voz perfecta? Al menos, por algún tiempo. Aunque sólo sea durante una única representación.

—Se lo preguntaré. La sugerencia de Mortenson parecía perfectamente caballerosa. Su ex amante cantaba cantatas en la iglesia local, si es que esa era la denominación adecuada. En aquellos tiempos yo tenía muy buen oído para la música

y a menudo asistía a estas cosas (teniendo buen cuidado de esquivar la bandeja de la colecta, claro). A mí me gustaba oírla cantar, y el auditorio parecía escucharla con bastante cortesía. Por aquel entonces yo pensaba que sus costumbres no armonizaban muy bien con el entorno, pero Mortenson decía que con las sopranos se hacían excepciones. Así, pues, consulté con Azazel. Se mostró completamente dispuesto a ayudar; nada de esas tonterías de pedir mi alma a cambio, ya sabes. Recuerdo que una vez le pregunté a Azazel si quería mi alma, y él ni siquiera sabía lo que era. Me preguntó a qué me refería, y resultó que yo tampoco sabía lo que era. Lo que ocurre es que es un tipo tan insignificante en su propio universo, que le proporciona una enorme sensación de éxito poder ejecutar su influencia en el nuestro. Le gusta ayudar. Dijo que podría conseguir tres horas, y cuando se lo comuniqué, a Mortenson le pareció perfecto. Elegimos una noche en que ella iba a cantar a Bach, Haendel o a uno de esos antiguos aporreadores de piano, e iba a interpretar un largo e impresionante solo.

Mortenson fue a la iglesia esa noche, y, naturalmente, yo también fui. Me sentía responsable de lo que iba a suceder, y pensaba que era mejor que supervisase la situación.

Mortenson dijo sombriamente:

—He asistido a los ensayos. Cantaba como siempre, ya sabes: como si tuviera rabo y alguien se lo estuviera pisando.

No era esa la forma que él solía usar para describir su voz. La música de las esferas, decía muchas veces, de ahí para arriba. Sin embargo, había sido abandonado, y éso, claro, modifica el sentido crítico de un hombre.

Le mire con severidad.

—Ésa no es la forma de hablar de una mujer a la que estás intentando conceder un gran don.

—Por eso precisamente. Quiero que su voz sea perfecta. Realmente perfecta. Y ahora veo, ahora que las nieblas del amor se han disipado de mis ojos, que tiene un largo camino que recorrer. ¿Tu crees que tu espíritu podrá arreglarlo?

—El cambio no está previsto que empiece hasta las ocho y cuarto.

Me asaltó una punzante sospecha.

—¿No habrás estado esperando que se agote la perfección en el ensayo y luego decepcione al público?

—Te equivocas por completo —respondió.

La función comenzó con un ligero retraso, y cuando ella se levanto para cantar, ataviada con su vestido blanco, eran las ocho y catorce por mi viejo reloj de bolsillo, que nunca se desvía de la hora exacta en más de dos segundos. No era una soprano insignificante; estaba construida a generosa escala, dejando abundante espacio para la clase de resonancia que se necesita cuando se intenta llegar a las notas altas y

sobreponerse a la orquesta. Siempre que inhalaba unos cuantos litros de aire con los que manejaba todo, yo me daba cuenta de qué era lo que Mortenson veía en ella, a pesar de las varias capas de materia textil.

Ella comenzó a su nivel habitual, y luego, exactamente a las ocho y cuarto, fue como si se le hubiera añadido otra voz. Vi como daba un ligero respingo, como si no creyera lo que oía, y una de sus manos, que tenía apoyada en el diafragma, pareció vibrar. Su voz se elevó. Era como si se hubiera convertido en un órgano de tono perfecto. Cada nota sonaba perfecta, una nota recién inventada en aquel mismo momento, al lado de la cual todas las demás notas del mismo tono y calidad no eran si no copias imperfectas. Cada nota sonaba limpiamente con el tremolo preciso, si es que ésa es la palabra adecuada, dilatándose o contrayéndose con enorme poder y control. Y con cada nota, iba mejorando. El organista no miraba la partitura, la miraba a ella y, no puedo jurarlo, pero creo que dejó de tocar. De todos modos, en caso de que tocara, yo no le habría oído. Mientras ella cantaba, era imposible oír nada. Tan sólo a ella. La expresión de sorpresa se había desvanecido de su cara, y en su lugar se dibujaba una expresión de exaltación. Había dejado a un lado la partitura; no la necesitaba. Su voz cantaba por si sola, y ella no necesitaba controlarla ni dirigirla. El director se hallaba rígido, y todos los demás miembros del coro parecían desconcertados.

Por fin terminó su solo y el coro sonó como una especie de susurro, como si todos se avergonzaran de sus voces y se sintieran turbados por hacerlas sonar en la misma iglesia y en la misma noche. El resto del programa se redujo por entero a ella. Cuando cantaba, éso era lo único que se oía, aunque estuvieran sonando todas las demás voces. Cuando callaba, era como si estuviéramos sentados en la oscuridad y no pudieramos soportar la ausencia de luz.

Y cuando terminó..., bueno, en la iglesia no se aplaude, pero en aquella ocasión lo hicieron. Todos los asistentes se pusieron en pie, como accionados por un mismo resorte, y aplaudieron y aplaudieron, y estaba claro que continuarían aplaudiendo toda la noche a menos que ella cantara de nuevo. Volvió a cantar; únicamente su voz, con el órgano susurrando vacilante en segundo término; iluminada por el foco; sin nadie mas visible en el coro. Sin el menor esfuerzo. No puedes imaginar la naturalidad y la facilidad con que lo hacía. Yo traté de sustraer mis oídos al sonido para observar su respiración, para sorprenderla cogiendo aire, para maravillarme de cuanto tiempo podía sostenerse una nota a todo volumen con sólo un par de pulmones para suministrar el aire.

No obstante, aquéllo tenía que terminar y terminó. Incluso los aplausos se acallaron. Sólo entonces me di cuenta de que Mortenson había permanecido sentado junto a mí, con los ojos brillantes y absorto todo su ser en el canto. Sólo entonces empecé a comprender lo que había sucedido. Al fin y al cabo, yo soy tan recto como

una línea euclidiana y no hay ninguna tortuosidad en mí, y por eso no se podía esperar que me diera cuenta de lo que el perseguía. Por el contrario, tú, que eres tan retorcido que podrías subir una escalera de caracol sin dar ninguna vuelta, puedes comprender al instante cual era su proposito. Ella había cantado perfectamente..., pero no volvería a hacerlo nunca más. Era como si fuese ciega de nacimiento y durante tan sólo tres horas le fuera permitido ver, ver todos los colores, formas y maravillas que nos rodean, y a la que no prestamos atención por lo acostumbrados que estamos a ello. !Supón que pudieras verlo todo en la plenitud de su esplendor..., y luego volvieras a ser ciego! Podrías soportar tu ceguera si no conocieses nada más. Pero ¿conocer alguna otra cosa por breve tiempo y luego volver a la ceguera? nadie podría resistirlo.

Esa mujer no ha vuelto a cantar jamás, naturalmente. No obstante, eso únicamente es parte del asunto. La verdadera tragedia fue para nosotros, para los que componíamos el auditorio. Durante tres horas tuvimos música perfecta, perfecta. ¿Crees que podríamos soportar el escuchar algo que no fuese eso?

Desde entonces he sido absolutamente incapaz de apreciar la música. Recientemene fui a uno de esos festivales de rock que tan populares son hoy día, sólo para ponerme a prueba. No lo creerás, pero no pude distinguir una melodía. Para mí, todo era ruido.

Mi único consuelo es que Mortenson, que escuchó con suma avidez y con extraordinaria concentración, ha sufrido efectos mas graves que ninguno de los demás asistentes. Permanentemente lleva tapones en los oídos. No puede soportar ningun sonido mas fuerte que un susurro.

¡Le esta bien empleado!



## La sonrisa que pierde (1982)

---

“The Smile That Loses”

Recientemente le dije a mi amigo George, por encima de una cerveza (su cerveza; yo estaba bebiendo un ginger ale):

—¿Cómo está tu miniatura estos días?

George afirma que posee un demonio de dos centímetros de altura que se pone a su disposición con sólo llamarle. Nunca he podido conseguir que admita que miente. Ni nadie más lo ha conseguido tampoco.

Me miró ominosamente, luego dijo:

—Oh, sí, tú eres el que conoce su existencia. Supongo que no se lo habrás dicho a nadie.

—Ni una palabra —le aseguré—. Ya es suficiente con que yo piense que estás loco. No necesito a nadie que piense lo mismo que yo.

(Además, sabía que les había hablado del demonio al menos a media docena de personas más, por lo que no había ninguna necesidad de que fuera discreto.)

—No querría —dijo George— tu desagradable incapacidad de creer en nada que no puedas comprender..., y hay tantas cosas que no comprendes..., ni por el valor de una libra de plutonio. Y lo que quedaría de ti, si mi demonio llegara a saber alguna vez que lo has llamado miniatura, no valdría ni lo que un átomo de plutonio.

—¿Has conseguido averiguar su auténtico nombre? —pregunté, sin inmutarme por su terrible advertencia.

—¡Imposible! Es impronunciable por unos labios terrenales. La traducción es, si he llegado a comprenderla, algo así como «Yo soy el Rey de Reyes; escuchen mis palabras, oh poderosos, y desespérense». Es una mentira, por supuesto —dijo George, mirando hoscamente su cerveza—. En su mundo es algo insignificante. Por eso se muestra tan cooperativo aquí. En nuestro mundo, con nuestra primitiva tecnología, puede farolear.

—¿Se ha mostrado últimamente?

—De hecho, sí —afirmó George, lanzando un enorme suspiro y alzando sus tristes ojos azules hasta los míos.

Su hirsuto bigote blanco apenas se agitó bajo el tifón de su exhalación.

Todo empezó con Rosie O'Donnell (dijo George), una amiga de una sobrina mía, muy atractiva por cierto.

Tenía unos ojos azules casi tan brillantes como los míos; pelo castaño, largo y lustroso; una deliciosa nariz respingona, salpicada de pecas a la manera aceptada por todos los escritores de novelas románticas; un fino cuello; una esbelta figura, que no

era ni opulenta ni desproporcionada en ningún sentido, sino que era una promesa de deliciosos éxtasis.

Por supuesto, todo el interés que despertaba en mí era puramente intelectual, puesto que yo hacía años ya que había alcanzado la edad de la discreción, y ahora me comprometo con las consecuencias de un afecto físico únicamente cuando las mujeres insisten en ello, lo cual, gracias sean dadas a los hados, no va más allá de un ocasional fin de semana o algo así.

Además de todo eso, Rosie se había casado recientemente —y, por alguna razón, adoraba a su marido del modo más exasperante— con un fornido irlandés que jamás ha intentado ocultar el hecho que él es una persona muy musculosa y, posiblemente, de mal temperamento. Aunque yo no tenía la menor duda que yo hubiera sabido manejarle como correspondía en mis días jóvenes, la triste realidad era que ya no me encontraba en mis días jóvenes..., por muy escaso margen.

Así pues, acepté con cierta reluctancia la tendencia de Rosie a confundirme con una amistad íntima de su propio sexo y su propia edad, y hacerme objeto de sus confidencias juveniles.

No es que la culpe por ello, compéndelo. Mi dignidad natural, y el hecho que inevitablemente recuerde a la gente a uno o más de entre los más nobles emperadores romanos por mi apariencia, atrae automáticamente a las jóvenes más hermosas. Sin embargo, nunca consentí que aquello fuera demasiado lejos. Siempre me aseguré que hubiera el espacio suficiente entre Rosie y yo, porque no deseaba que las habladurías y los comentarios retorcidos pudieran llegar al a todas luces fornido, y posiblemente irascible, Kevin O'Donnell.

—Oh, George —dijo Rosie un día, palmeando alegremente con sus diminutas manos—, no tienes ni idea de lo encantador que es mi Kevin, y de lo feliz que me hace. ¿Sabes lo que hace?

—No estoy seguro —empecé cautelosamente, esperando por supuesto confidencias de naturaleza indelicada— que debas...

Ella no me prestó la menor atención.

—Tiene una forma de fruncir la nariz y pestañear y sonreír ampliamente, que hace que todo el mundo a su alrededor se sienta tan feliz. Es como si todo el mundo se viera bañado por la dorada luz del sol. Oh, si tuviera una foto de él así. He intentado tomar una, pero nunca consigo captar el momento.

—¿Por qué no te conformas con el modelo auténtico, querida? —pregunté.

—¡Oh, bueno! —Dudó, luego dijo, enrojeciendo de la forma más encantadora—: No siempre es así, ya sabes. Tiene un trabajo muy difícil en el aeropuerto, y a veces llega a casa completamente agotado, y entonces se vuelve un poco susceptible, y me frunce el ceño a la más mínima. Si tuviera una fotografía suya de tal como es realmente, sería un consuelo tan grande para mí..., un consuelo tan grande...

Y sus azules ojos se nublaron con un asomo de lágrimas.

Debo admitir que sentí un impulso momentáneo de hablarle de Azazel (así es como le llamo, puesto que no voy a llamarle con lo que él dice que es la traducción de su auténtico nombre), y explicarle lo que podía hacer por ella.

Pero soy absolutamente discreto..., no tengo ni la más remota idea de cómo conseguiste tú saber lo de mi demonio.

Además, me resultaba fácil luchar contra aquel impulso, puesto que soy un ser humano inflexible y realista, que no se deja llevar por los tontos sentimientos. Admito que poseo un punto de blandura en mi endurecido corazón hacia las mujeres jóvenes de extraordinaria belleza..., pero de una forma totalmente digna y platónica..., casi siempre. Y se me ocurrió que, después de todo, podía ayudarla sin tener que decirle realmente nada acerca de Azazel... No se trata que ella no me hubiera creído, por supuesto, puesto que soy un hombre cuyas palabras generan convicción en todo el mundo excepto en aquellos que, como tú, son unos psicóticos.

Le expliqué el asunto a Azazel, que no se mostró complacido en absoluto.

—Siempre pides abstracciones —me dijo.

—De ninguna manera —repliqué—. Pido una simple fotografía. Todo lo que tienes que hacer es materializarla.

—Oh, ¿eso es todo lo que tengo que hacer? Si es tan sencillo, hazlo tú. Tengo entendido que comprendes la naturaleza de la equivalencia masa-energía.

—Simplemente una fotografía.

—Sí, y con una expresión de algo que tú ni siquiera defines ni escribes.

—Nunca le he visto esa expresión con los ojos con que la ve su esposa, naturalmente. Pero tengo una fe infinita en tu habilidad.

Había esperado que un poco de halago le hiciera cambiar de opinión. Dijo, malhumoradamente:

—Tendrás que tomar tú la fotografía.

—No podré conseguir la expresión adecuada...

—No tendrás que hacerlo. Yo me ocuparé de eso, pero me será mucho más fácil si poseo un objeto material a través del cual enfocar la abstracción. En otras palabras, un fotógrafo: uno de los más inadecuados, además; es todo lo que espero de ti. Y solamente una copia, por supuesto. No puedo hacer más que eso, y no voy a dislocar mi músculo subjuntival ni por ti ni por ninguno de los otros bobalicones seres de tu mundo.

Oh, bueno, a menudo se muestra extravagante. Supongo que lo hace simplemente para establecer la importancia de su papel e impresionarte con el hecho que no siempre tiene que aceptar a pies juntillas lo que le pides.

Me encontré con los O'Donnell el domingo siguiente, en su camino de vuelta de misa (de hecho, les estuve esperando). Se mostraron dispuestos a permitir que les

tomara una foto con sus atuendos domingueros. Ella se mostró encantada, y él se mostró algo malhumorado al respecto. Tras lo cual, del modo más discreto posible, tomé una foto en primer plano del rostro de Kevin. No hubo forma de conseguir que sonriera o hiciera alguna mueca o parpadeara o lo que fuera que Rosie consideraba tan atractivo, pero no creí que importara demasiado. Ni siquiera estaba seguro de haber enfocado correctamente la cámara. Después de todo, no soy uno de tus grandes fotógrafos.

Luego visité a un amigo mío que era un prodigio de la fotografía. Reveló las fotos, y amplió el primer plano a un catorce por diecinueve.

Lo hizo a regañadientes, murmurando algo acerca de lo ocupado que estaba, aunque no le presté atención. Después de todo, ¿qué posible valor podían tener sus estúpidas actividades en comparación con los importantes asuntos que me ocupaban a mí? Siempre me he mostrado sorprendido ante la cantidad de personas que no comprenden esas cosas.

Cuando hubo terminado la ampliación, sin embargo, cambió completamente de actitud. Se la quedó mirando y dijo, en lo que solamente puedo describir como un tono absolutamente ofensivo:

—No me digas que tú has tomado una foto como esta.

—¿Por qué no? —pregunté, y tendí mi mano hacia ella, pero él no hizo ningún movimiento para dármela.

—Querrás más copias.

—No, no las quiero —dije, mirando por encima de su hombro.

Era una fotografía notablemente clara, en brillantes colores. Kevin O'Donnell estaba sonriendo, aunque yo no recordaba ninguna sonrisa así en el momento en que pulsé el disparador. Tenía muy buen aspecto y parecía alegre, pero eso a mí no me importaba. Quizá una mujer observara más detalles, o un hombre como mi amigo el fotógrafo —que ocurre que no tiene muy arraigado su sentido de la masculinidad—; yo no.

—Tan sólo una copia..., para mí —pidió.

—No —dije firmemente, y tomé la foto, sujetando su muñeca para asegurarme que no iba a quitármela de nuevo—. Y el negativo, por favor. Puedes quedarte la otra..., la del plano general.

—No quiero esa —dijo malhumorado, y parecía absolutamente desconsolado cuando me fui.

Enmarqué la foto, la coloqué en la repisa de mi chimenea, y retrocedí unos pasos para mirarla. Era, por supuesto, una foto notable. Azazel había hecho un buen trabajo.

Me pregunté cuál sería la reacción de Rosie. La telefoneé, y le pregunté si podía ir a verla. Me dijo que iba a salir de compras, pero que si podía estar allí en menos de una hora...

Podía, por supuesto. Llevé la foto envuelta en papel para regalo, y se la tendí sin una palabra.

—¡Dios mío! —exclamó, mientras cortaba la cinta y rompía el envoltorio—. ¿Qué es? ¿Qué celebramos, algún cumpleaños o...?

Para entonces ya había desenvuelto el paquete, y su voz se desvaneció. Sus ojos se abrieron enormemente mientras su aliento se hacía más rápido y agitado. Finalmente susurró:

—Oh, Dios mío.

Alzó la vista hacia mí.

—¿Tomaste esta fotografía el domingo pasado?

Asentí.

—Lo captaste en el momento exacto. Es adorable. Así es exactamente como lo quiero. Oh, ¿puedo quedármela, por favor?

—La hice para ti —dije simplemente.

Me echó los brazos al cuello y me besó intensamente en los labios. Algo desagradable, por supuesto, para una persona como yo que detesta los sentimentalismos, y luego tuve que secarme el bigote, pero pude comprender su imposibilidad de resistirse al hecho.

Después de aquello, no vi a Rosie durante casi una semana.

Luego me la encontré una tarde a la salida de la carnicería, y no hubiera sido educado no ofrecerme a llevarle su bolsa de la compra hasta su casa. Naturalmente, me pregunté si aquello significaría otro beso, y decidí que me mostraría rudo rechazándolo si ella insistía. De todos modos, parecía algo deprimida.

—¿Qué tal va la fotografía? —pregunté, suponiendo que quizá las cosas no hubieran ido bien.

Automáticamente su rostro se animó.

—¡Perfecta! La tengo sobre el mueble del tocadiscos, en un ángulo tal que puedo verla cuando estoy sentada en mi silla durante la comida. Sus ojos parecen mirarme un poco de soslayo, de una forma tan pícara..., y su nariz está tan exactamente fruncida... Honestamente, una creería que está vivo. Algunas de mis amigas no pueden apartar sus ojos de ella. Estoy pensando en que deberé esconderla cuando vengan, o el día menos pensado me la robarán.

—Pueden robarte a Kevin —dije, bromeando.

Su expresión deprimida regresó. Agitó la cabeza y dijo:

—No lo creo.

Intenté otra táctica.

—¿Qué dice él de la foto?

—No ha dicho ni una palabra. Ni una palabra. No es una persona que se fije mucho en los detalles, ya sabes. Me pregunto si la ha visto siquiera.

—¿Por qué no se la muestras y le preguntas qué le parece?

Permaneció en silencio mientras caminábamos lado a lado durante media manzana, yo llevando su pesada bolsa de la compra y preguntándome si pensaba recompensarme con un beso.

—Realmente —dijo de pronto—, ha estado tan preocupado estos últimos días con su trabajo que no he tenido muchas ocasiones de preguntarle. Llega tarde a casa, y apenas me habla. Bueno, ya sabes cómo son los hombres.

Intentó dar una nota alegre a su risa, pero fracasó.

Habíamos llegado a su apartamento, y le devolví la bolsa. Dijo con vehemencia:

—Pero gracias una vez más, y otra vez, y otra, por la fotografía.

Se fue. No le pedí el beso, y me sentí tan perdido en mis pensamientos que no me di cuenta de ello hasta que estaba a medio camino de casa, y entonces parecía estúpido regresar simplemente para impedir que se sintiera decepcionada.

Pasaron otros diez días, y luego ella me llamó una mañana. ¿Podía llegarme hasta su casa y comer con ella? Señalé que aquello podía ser indiscreto. ¿Qué pensarían los vecinos?

—Oh, eso es estúpido —dijo—. Tú eres tan viejo..., quiero decir, eres un amigo tan viejo, que es imposible que ellos... Además, necesito tu consejo.

Tuve la impresión que ella contenía un sollozo mientras decía eso.

Bien, uno debe mostrarse como un caballero, de modo que me presenté en su pequeño y soleado apartamento a la hora de comer. Ella había preparado bocadillos de jamón y queso y trozos de pastel de manzana, y allí estaba la fotografía, sobre el mueble del tocadiscos, tal como había dicho.

Me estrechó las manos y no hizo ningún intento de besarme, lo cual me hubiera aliviado de no ser por el hecho que me sentí tan turbado por su apariencia como para no sentir ningún alivio ante nada. Parecía absolutamente consumida. Comí medio bocadillo esperando a que ella hablara, y cuando no lo hizo me vi obligado a preguntarle la razón por la que hubiera una atmósfera tal de abatimiento en su torno.

—¿Se trata de Kevin? —pregunté.

Estaba seguro que sí.

Asintió, y estalló en sollozos. Palmeé su mano, y me pregunté si aquello sería suficiente. Le di un apretón en el hombro de forma absolutamente abstracta, y ella dijo:

—Me temo que va a perder su trabajo.

—Seguro que no. ¿Por qué?

—Bueno, es tan salvaje...; incluso en el trabajo, al parecer. Lleva siglos sin sonreír. No me ha besado, ni me ha dicho una palabra amable, desde no recuerdo cuándo. Se pelea con todo el mundo, y todo el tiempo. No me dice qué es lo que va mal, y se pone furioso si se lo pregunto. Un amigo nuestro, que trabaja en el

aeropuerto con Kevin, me llamó ayer. Dice que Kevin actúa tan hosca y desabridamente en su trabajo que sus superiores se están dando cuenta. Estoy segura que va a perder su trabajo, pero, ¿qué puedo hacer?

De hecho, estaba esperando algo así desde nuestro último encuentro, y sabía que lo único que tenía que hacer era contarle la verdad..., echarle la culpa a Azazel. Carraspeé.

—Rosie..., la fotografía...

—Sí, lo sé —dijo, aferrándola y apretándola contra sus pechos—. Es lo que me mantiene. Éste es el auténtico Kevin, y siempre lo tendré, siempre, no importa lo que ocurra.

Sollozó de nuevo.

Me resultaba muy difícil decirle lo que tenía que decir, pero no había otra salida. Murmuré:

—No lo comprendes, Rosie. El problema es la fotografía. Estoy seguro de ello. Todo el encanto y la alegría de la fotografía ha tenido que salir de alguna parte. Le han sido arrebatados al propio Kevin. ¿No lo comprendes?

Rosie dejó de sollozar.

—¿De qué demonios estás hablando? Una fotografía es simplemente la luz enfocada, y la película, y todo eso.

—Normalmente sí, pero esta fotografía...

La tomé. Conocía las limitaciones de Azazel. No podía crear la magia de la fotografía de la nada, pero no estaba seguro de poder explicarlo científicamente, de hacerle comprender a Rosie la ley de la conservación de la alegría.

—Déjame decirlo de este modo —murmuré—. Mientras la fotografía permanezca aquí, Kevin se mostrará infeliz, furioso y malhumorado.

—Seguro que se quedará aquí —dijo Rosie, devolviéndola firmemente a su lugar—, y no acabo de comprender por qué estás diciendo todas esas estupideces acerca de un maravilloso objeto... Bueno, vamos a tomar un poco de café.

Se dirigió nerviosamente hacia la cocina, y pude ver que se sentía de lo más ofendida.

Hice lo único que podía hacer. Después de todo, yo había sido quien había tomado la foto. Era responsable —a través de Azazel— de sus arcanas propiedades. Tomé rápidamente el marco, quité con cuidado el soporte trasero, luego retiré la foto. Rasgué la foto en dos..., luego en cuatro..., en seis..., en ocho, y me metí finalmente los trozos en el bolsillo.

El teléfono sonó en el momento en que terminaba mi operación, y Rosie entró corriendo en la sala de estar para responder. Volví a colocar la parte de atrás y devolví el marco a su lugar. Se quedó mirándome vacío desde allí.

Oí la voz de Rosie chillando de alegría y excitación.

—Oh, Kevin —la oí decir—, qué maravilloso. Oh, me siento tan feliz... ¿Pero por qué no me lo dijiste? ¡No vuelvas a hacerlo nunca!

Acudió a mi lado, el rostro radiante.

—¿Sabes lo que hizo ese terrible de Kevin? Tenía una piedra en el riñón desde hace casi tres semanas..., viendo a un doctor y todo eso..., sufriendo terribles dolores y enfrentándose a una posible operación..., y no ha querido decirme nada por temor a preocuparme. ¡El idiota! No me extraña que se sintiera tan mal, y ni una vez se le ocurrió pensar que todo eso lo único que haría sería hacerme sentir más infeliz que si me lo hubiera dicho. ¡De veras! Los hombres no deberían salir nunca solos ni siquiera a la calle.

—Pero, ¿por qué estás ahora tan alegre?

—Porque ha conseguido expulsar la piedra. La expulsó hace un momento, y lo primero que ha hecho ha sido llamarme, lo cual ha sido muy considerado por su parte..., y muy oportuno. Sonaba tan feliz y alegre... Imagino que su expresión debía ser como la de la fotografía que... —Luego, casi en un grito—: ¿Dónde está la fotografía?

Yo estaba de pie, preparándome para irme. Empecé a dirigirme hacia la puerta, mientras decía:

—La destruí. Por eso consiguió expulsar la piedra. De otro modo...

—¿Tú la destruiste? ¿Tú...?

Yo ya estaba al otro lado de la puerta. No esperaba gratitud, por supuesto, sino más bien un asesinato. No esperé al ascensor; bajé a pie la escalera tan rápido como razonablemente pude, con el sonido de sus gritos atravesando la puerta y llegando a mis oídos durante dos pisos enteros.

Quemé los trozos de la fotografía cuando llegué a casa.

Nunca he vuelto a verla desde entonces. Por lo que he podido saber, Kevin es un amante y encantador esposo y son más felices juntos que nunca, pero la carta que recibí de ella —siete páginas de letra pequeña, casi incoherente— dejaba bien claro que era de la opinión que la piedra en el riñón era toda la explicación del mal humor de Kevin, y que su aparición y expulsión exactamente sincronizadas con la fotografía eran una simple coincidencia.

Efectuaba también algunas indiscretas amenazas contra mi vida y, de una forma completamente anticlimática, contra ciertas porciones de mi cuerpo, utilizando palabras y frases que hubiera jurado que nunca podía haber oído en su vida, y mucho menos utilizado.

Y supongo que nunca volverá a besarme de nuevo, algo que considero, por alguna extraña razón, terriblemente frustrante.



## Al vencedor (1982)

---

“To the Victor”

No veo a menudo a mi amigo George, pero cuando lo hago siempre le pregunto por Azazel, el pequeño demonio al que asegura que puede llamar. Por supuesto, insiste en que no es un demonio, sino un ser procedente de un mundo de avanzada tecnología.

—Un anciano y calvo escritor de ciencia ficción —me dijo George— ha señalado que una tecnología lo suficientemente adelantada con respecto al observador, sería para éste indistinguible de la magia<sup>[23]</sup>. Eso es lo que pasa con mi pequeño amigo Azazel. Sólo mide dos centímetros de estatura, pero puede hacer cosas realmente sorprendentes. Por cierto, ¿cómo te has enterado de su existencia?

—Escuchándote.

—Nunca menciono a Azazel —replicó George fríamente y con cara de desaprobación.

—Excepto cuando hablas —dije—. ¿Qué ha estado haciendo últimamente?

George expelió un gemido aromatizado de cerveza desde lo más hondo de su ser, y dijo:

—Has tocado un punto que me llena de tristeza. Mi joven amigo Theophilus nos tiene muy preocupados, a Azazel y a mí.

Alzó su jarra de cerveza y dio un largo trago.

—Mi amigo Theophilus —siguió George—, al que nunca te habrás encontrado, pues se mueve en círculos bastante más elevados que los sórdidos ambientes que tú frecuentas, es un joven refinado que admira profundamente las graciosas facciones y la divina estructura de las mujeres —cosas a las que yo, afortunadamente, soy inmune—, pero carece de la capacidad de inspirar reciprocidad en ellas.

»“No puedo entenderlo, George”, me decía Theophilus. “Tengo un buen cerebro. Soy un excelente conversador. Soy ingenioso, amable, razonablemente atractivo...”

»“Sí”, dije yo, “tienes ojos, nariz, boca y barbilla, todo ello en el lugar y número habituales.”

»“Y además”, añadió, “soy increíblemente avezado en la teoría del amor, aunque no haya tenido muchas ocasiones de ponerla en práctica. Sin embargo, parezco incapaz de atraer la atención de esas deliciosas criaturas. Observa que parecen estar por todas partes, a nuestro alrededor, y sin embargo ninguna de ellas hace el menor intento de entrar en contacto conmigo, pese a que estoy aquí sentado con la más genial de las expresiones en mi rostro.”

»Mi corazón sangraba por él. Le conocía desde niño; una vez le sostuve a petición de su madre, que acababa de darle de mamar hasta la saciedad, mientras ésta se reabrochaba la blusa. Este tipo de cosas crean fuertes vínculos.

»“¿Serías más feliz, mi querido amigo”, le pregunté, “si se fijaran en ti?”

»“Eso sería el paraíso”, respondió simplemente.

»¿Podía yo negarle el paraíso? Le planteé la cuestión a Azazel, que, como de costumbre, se mostró reticente.

»“¿No podrías pedirme un diamante?”, me dijo. “Podría hacerte una buena piedra de medio quilate reordenando los átomos de un trocito de carbón... Pero irresistible para las mujeres... ¿Cómo puedo hacer una cosa así?”

»“¿No puedes reordenar algunos átomos en él?”, sugerí, tratando de colaborar. “Quiero hacer algo por él, aunque sólo sea en memoria del impresionante equipamiento nutricional de su madre.”

»“Bueno, déjame pensar. Las increíblemente simples formas de vida de este miserable planeta vuestro recurren a la comunicación química como forma de estimular el afecto mutuo. La polilla hembra emite una sustancia denominada feromona, que la polilla macho puede detectar con ardor a un par de kilómetros de distancia.

»“Nunca he sido una polilla macho, pero si tú lo dices...”

»“Y también los seres humanos poseen feromonas”, prosiguió Azazel, ignorándome. “Desde luego, con vuestra costumbre actual de bañaros continuamente y perfumaros con aromas artificiales, sois escasamente conscientes de esta manera natural de inspirar sentimientos. Tal vez pueda alterar la constitución bioquímica de tu amigo, de manera que produzca una cantidad inusual de una feromona inusualmente eficaz cuando la imagen de una de las desgarbadas hembras de vuestra repelente especie incida en su retina.”

»“¿Quieres decir que olerá?”

»“En absoluto. Será un olor prácticamente imperceptible a nivel consciente, pero en las hembras de la especie provocará un profundo y atávico deseo de acercarse y sonreír. Probablemente eso estimulará en ellas la emisión de sus propias feromonas, y supongo que lo que suceda a continuación será automático.”

»“De lo que estoy seguro”, dije, “es de que el joven Theophilus pondrá lo mejor de su parte. Es un muchacho despierto, lleno de empuje y ambición.”

»El tratamiento de Azazel resultó efectivo, como comprobé en mi siguiente encuentro con Theophilus, en la terraza de un bar.

»Me llevó unos segundos verle, pues lo que inicialmente atrajo mi atención fue un grupo de jóvenes mujeres que formaba un círculo compacto. Afortunadamente, a mí las jóvenes no me perturban, pues ya he alcanzado la edad de la discreción, pero era verano y ellas iban vestidas con una calculada insuficiencia de ropa que yo — como es propio de un hombre discreto— estudié discretamente.

»Sólo después de varios minutos, durante los cuales noté la tensión que estaba actuando sobre un botón de una determinada blusa y especulé sobre la posibilidad de que... Pero me estoy alejando del tema. Sólo después de varios minutos me di cuenta

de que no era otro que Theophilus quien se hallaba en el centro de aquel círculo de mujeres. Sin duda el calor de la tarde acentuaba su potencia feromónica.

»Me abrí camino a través de aquel cerco de feminidad mediante una serie de guiños y sonrisas paternales, más algún que otro golpecito en el hombro, me senté junto a Theophilus en una silla que una atractiva joven me cedió con un mohín petulante, y dije:

»“Theophilus, mi joven amigo, qué visión tan encantadora y sugestiva.”

»Entonces me di cuenta de que en su rostro había una leve sombra de tristeza.

»“¿Qué es lo que no va bien?”, pregunté.

»Habló sin apenas mover los labios, en un susurro tan bajo que casi no le oí.

»“Por lo que más quieras, sácame de aquí.”

»Por supuesto, yo soy, como sabes, un hombre de innumerables recursos. Fue cuestión de un momento para mí levantarme y decir:

»“Señoritas, mi joven amigo, con motivo de una inexcusable urgencia biológica, ha de hacer una visita al servicio de caballeros. Si son tan amables de esperar un momento, estará de vuelta enseguida.”

»Entramos en el pequeño restaurante y salimos por la puerta de atrás. Una de las jóvenes, con unos bíceps que destacaban de forma un tanto inquietante, y con una expresión de desconfianza igualmente inquietante, había dado la vuelta hasta la parte de atrás del restaurante; pero la vimos a tiempo y pudimos meternos en un taxi. Nos persiguió, con sorprendente rapidez, a lo largo de dos manzanas.

»Una vez a salvo en la habitación de Theophilus. le dije:

»“Evidentemente. Theophilus, has descubierto la forma de atraer a las mujeres. ¿No era ése el paraíso que buscabas?”

»“No del todo”, respondió Theophilus, mientras se relajaba lentamente con ayuda del aire acondicionado. “Se protegen unas a otras con su mera presencia. No sé cómo sucedió, pero súbitamente se me acercó, hace algún tiempo, una joven y me preguntó si no nos habíamos visto en Atlantic City. Nunca en mi vida”, añadió con indignación, “he estado en Atlantic City. Y acababa de negar esa posibilidad, cuando se acercó otra afirmando que yo había dejado caer mi pañuelo y quería devolvérmelo. Entonces llegó una tercera y me dijo: «¿Quieres trabajar en el cine, muchacho?»”

»“Lo que tenías que haber hecho era elegir a una de ellas”, le dije. “Yo hubiera escogido a la que te ofrecía trabajar en el cine. Es una vida suave, y hubieras estado rodeado de suaves actrices.”

»“Pero es que no podía escoger a *ninguna* de ellas. Se miraban las unas a las otras como halcones. En cuanto me mostraba atraído por una de ellas, las demás empezaban a tirarle del pelo. Estoy tan sin mujeres como siempre.”

»Mi corazón sangraba por él; le dije:

»“¿Por qué no organizas una eliminatoria? Cuando estés rodeado de mujeres,

como hoy, diles: «Queridas, me siento profundamente atraído por todas y cada una de vosotras. Por tanto, os ruego que os pongáis en fila por orden alfabético para que todas podáis besarme por turno. La que lo haga de la forma más refinada será mi huésped esta noche.» Lo peor que puede pasar es que recibas un montón de besos ávidos.”

»“Mmmm... ¿Por qué no?”, dijo Theophilus. “Al vencedor corresponde el trofeo, y me encantaría ser el trofeo de la vencedora adecuada.” Se pasó la lengua por los labios y luego practicó dando unos cuantos besos al aire. “Creo que podré hacerlo. ¿Te parece que será menos fatigoso si les pido que mantengan las manos a la espalda mientras me besan?”

»“No creo que sea conveniente. Theophilus, amigo mío”, le dije. “Deberías poner algo de esfuerzo por tu parte. Pienso que no poner barreras a las efusiones será la mejor regla.”

»“Tal vez tengas razón”, dijo Theophilus con la expresión de alguien con amplia experiencia en tales asuntos.

»Por esa época tuve que salir de la ciudad por motivos de trabajo, y no volví a ver a Theophilus hasta un mes después. Fue en un supermercado, y él estaba empujando un carro moderadamente lleno de compras. La expresión de su cara me alarmó. Parecía un hombre acosado.

»Cuando me aproximé a él, emitió un grito ahogado; entonces me reconoció y dijo:

»“¡Gracias a Dios! Había temido que fueras una mujer.”

»Me estrechó la mano. Le pregunté:

»“¿Todavía tienes el mismo problema? ¿No pusiste en práctica lo de la prueba eliminatoria?”

»“Lo intenté. Eso fue el problema.”

»“¿Qué sucedió?”

»“Bueno...”

»Miró a su alrededor y se metió en un pasillo lateral. Satisfecho al ver la zona despejada, me habló en voz baja y apresurada, como alguien que sabe que hay poco tiempo y la discreción es fundamental.

»“Lo preparé todo”, me dijo. “Les hice llenar instancias con todos los datos: edad, marca de dentífrico empleado, referencias... lo normal en estos casos, y luego fijé la fecha. Como lugar del torneo elegí el salón de baile del Waldorf Astoria. Me hice con un amplio surtido de protector labial y contraté los servicios de un masajista profesional con un tanque de oxígeno para mantenerme en forma. Sin embargo, el día antes del torneo se presentó un hombre en mi apartamento... He dicho un hombre, pero más bien parecía un montón de ladrillos animado. Medía dos metros de alto por uno y medio de ancho, y tenía unos puños como martillos pilones. Sonrió, mostrando

unos colmillos impresionantes. y dijo: «Señor, mi hermana es una de las que competirán en el torneo de mañana.» «Cuánto me alegro de oír eso», dije yo, ansioso de mantener la conversación en un terreno cordial.

«Mi hermanita», prosiguió, «una delicada flor de nuestro recio y ancestral árbol genealógico, es la niña de los ojos de mis tres hermanos y yo, y ninguno de nosotros podría soportar la idea de que fuera eliminada.» «¿Se parecen a usted sus hermanos, señor?», le pregunté.

«En absoluto», respondió apenado. «Con motivo de una enfermedad infantil, yo he sido débil y escuchimizado toda la vida. Mis hermanos, sin embargo, poseen una hermosa estatura viril», añadió alzando la mano hasta una altura de unos dos metros y medio.» «Estoy seguro», dije febrilmente, «de que su encantadora hermana tiene excelentes posibilidades.»

«Me encanta oírle decir eso. Poseo una notable capacidad premonitoria, supongo que como compensación de mi insignificancia física, y estoy seguro de que mi hermanita ganará la competición. Por alguna extraña razón, ella siente una juvenil pasión hacia usted, y mis hermanos y yo nos sentiríamos desolados si resultara eliminada. Y en ese caso...» Sonrió de una forma aún más colmilluda que antes y, lentamente, hizo crujir uno tras otro los dedos de su mano derecha, haciendo un ruido como de huesos al romperse. Nunca había oído el sonido de un hueso al romperse, pero una súbita intuición me dijo que debía de ser como aquél. «Tengo la impresión de que su premonición debe de ser acertada, señor. ¿Tiene usted una fotografía de la damisela, para que me sirva de referencia?»

«La tengo», dijo, y me mostró una en un marquito. Mi corazón se fue a pique.

«“Debe de haber algo de cierto en lo de la premonición”, siguió Theophilus, “pues la joven en cuestión ganó la competición. Hubo casi un tumulto cuando se anunció el resultado, pero la propia ganadora despejó la sala con sorprendente rapidez. Desde entonces hemos sido, desgraciadamente (o más bien *afortunadamente*), inseparables. De hecho, está aquí, en la carnicería. Come mucha carne... a veces cocida.”

»Miré a la chica en cuestión y enseguida reconocí en ella a la que había perseguido nuestro taxi a lo largo de dos manzanas. Indudablemente, era una joven dotada de gran determinación. Admiré sus sólidos bíceps, sus poderosos abdominales y sus recios arcos supraciliares.

»“Tal vez, Theophilus”, le dije, “sea posible reducir tu atractivo para con las mujeres a su anterior nivel insignificante.”

»“No sería prudente”, suspiró Theophilus. “Mi novia y sus desmesurados hermanos podrían malinterpretar esa pérdida de interés. Además, tiene sus compensaciones. Por ejemplo, puedo ir a cualquier hora de la noche por cualquier calle de la ciudad, por peligrosa que sea, y me siento totalmente seguro si ella está

conmigo. El más insoportable policía de tráfico se convierte en la dulzura misma si ella se le acerca. Y además es extrovertida e innovadora en sus demostraciones de afecto. No, George. acepto mi destino. El quince del mes próximo nos casaremos y ella me llevará a la nueva casa que sus hermanos nos han proporcionado. Han hecho una fortuna en el negocio de la compactación de coches usados, gracias a su escasa inversión en maquinaria; usan las manos. Sólo que a veces añoro...”

»Sus ojos se habían posado involuntariamente en la frágil figura de una joven rubia que venía caminando por el pasillo hacia nosotros. Ella le miró a su vez y un temblor súbito sacudió todo su ser.

»“Disculpe”, le dijo la joven con voz musical, “pero ¿no nos hemos visto recientemente en un baño turco?”

»Mientras hablaba, se oyeron unos firmes pasos detrás de nosotros, y una potente voz de barítono dijo:

»“Theophilus, querido, ¿te está importunando esta... cosita?”

»La media naranja de Theophilus clavó los ojos en la joven rubia, que comenzó a temblar de terror.

»Rápidamente me interpuse entre las dos mujeres (con considerable riesgo para mi persona, por supuesto, pero es bien sabido que soy valiente como un león), y dije:

»“Esta dulce criatura es mi sobrina, señorita. Al verme desde lejos, ha venido en esta dirección para depositar un casto beso sobre mi frente. Que ello la llevara también en la dirección de su querido Theophilus ha sido una mera coincidencia.”

»La expresión de sospecha que había notado en la amada de Theophilus en nuestro primer encuentro apareció nuevamente.

»“Ya”, dijo en un tono totalmente carente de la cordialidad que yo hubiera deseado percibir, “en ese caso, me gustaría verles marcharse. A los dos.”

»Me pareció que era prudente hacerlo. Cogí del brazo a la joven y nos fuimos, dejando a Theophilus con su destino.

»“Oh, señor”, dijo la joven, “ha sido tan amable y valeroso... De no haber sido por su rápida intervención, sin duda estaría llena de rasguños y contusiones.”

»“Lo cual sería una lástima”, dije galantemente, “pues un cuerpo como el suyo no está hecho para los rasguños. Ni para las contusiones. Ha mencionado usted un baño turco. ¿Por qué no tomamos uno juntos? En mi apartamento, por ejemplo. Tengo uno... o, al menos, un baño americano, que es prácticamente lo mismo. Después de todo, al vencedor...”

## El sordo rumor (1982)

---

"The Dim Rumble"

Hago todo lo posible por no creer las cosas que me cuenta mi amigo George. ¿Cómo voy a creer a un hombre que me dice que tiene acceso a un demonio de dos centímetros de estatura al que llama Azazel, un demonio que, en realidad, es un personaje extraterrestre de poderes extraordinarios pero estrictamente limitados?

Y, sin embargo, George tiene la capacidad de mirarme fijamente con sus azules ojos y hacer que lo crea de momento..., mientras habla. Supongo que es el efecto del "viejo marinero".

Una vez, le dije que me parecía que su pequeño demonio le había otorgado el don de la hipnosis verbal, pero George lanzó un suspiro y respondió:

—¡En absoluto! Si me ha dado algo, es la maldición para atraer confidencias..., salvo que ése ya era mi sino mucho antes de conocer a Azazel. Las gentes extraordinarias insisten en abrumarme con las historias de sus infortunios. Y a veces...

Meneó la cabeza con profundo abatimiento.

—A veces —continuó—, la carga que como consecuencia de eso debo sobrellevar es más de lo que la carne humana puede soportar. En cierta ocasión, por ejemplo, conocí a un hombre llamado Hannibal West... La primera vez que le vi —dijo George— fue en el vestíbulo de un hotel en donde me hospedaba. Me fijé en él principalmente porque me obstaculizaba la visión de una escultural camarera que iba encantadora e insuficientemente vestida. Supongo que pensó que le estaba mirando a él, cosa que, con toda seguridad, no habría hecho por mi propia voluntad, y él lo tomó como un ofrecimiento de amistad.

»Se acercó a mi mesa, trayendo consigo su bebida, y se sentó sin un "con su permiso". Por naturaleza, yo soy un hombre cortés, por eso le recibí amistosamente con un gruñido y una mirada feroz, que él aceptó con toda tranquilidad.

»—Me llamo Hannibal West —dijo—, y soy profesor de Geología. Mi interés especial se centra en la espeleología. Por casualidad, ¿no será usted también espeleólogo?

»Al instante comprendí que creía haber encontrado un alma gemela. Se me revolvió el estómago ante semejante posibilidad, pero me mantuve cortés.

»—Me interesan todas las palabras extrañas —dije—. ¿Qué es la espeleología?

»—Cuevas —respondió—. El estudio y la exploración de las cuevas. Ése es mi *hobby*, señor. He explorado cuevas en todos los continentes, menos en la Antártida. Sé de cuevas más que nadie en el mundo.

»—Muy agradable —dije—, e impresionante.

»Considerando que de esta forma ponía fin a un encuentro sumamente

insatisfactorio, le hice una seña a la camarera para que volviese a llenar mi vaso, y observé, con científica concentración, su ondulante avance a través de la sala.

»Sin embargo, Hannibal West no entendió que aquello fuera el final.

»—Sí —dijo, asintiendo vigorosamente con la cabeza—, tiene usted razón al decir que es impresionante. Yo he explorado cuevas que son desconocidas para el mundo. He entrado en grutas subterráneas jamás holladas por las pisadas de un ser humano. En la actualidad, soy una de las pocas personas vivas que ha llegado hasta donde ningún hombre ni mujer lo haya hecho nunca. Yo he respirado un aire no alterado hasta entonces por los pulmones de un ser humano, y he visto escenas y oído sonidos que ningún ser humano ha visto ni oído jamás..., y estoy vivo. —Se estremeció.

»Mi bebida había llegado, y la tomé con gratitud, admirando la gracia con que la camarera se inclinaba ante mí para depositarla en la mesa. Dije, sin pensar en realidad lo que hacía:

»—Es usted un hombre afortunado.

»—No —replicó West—. Soy un desdichado pecador, llamado por el Señor para vengar los pecados de la Humanidad.

»Ahora, por primera vez, lo miré fijamente, y el fanatismo que brillaba en sus ojos me dejó casi petrificado.

»—¿En las cuevas? —pregunté.

»—En las cuevas —respondió con tono solemne—. Créame. Como profesor de Geología, sé de qué estoy hablando.

»Yo había conocido a lo largo de mi vida a numerosos profesores que no se encontraban en el mismo caso, pero me abstuve de mencionar el hecho.

»Es posible que West leyese mi opinión en mis expresivos ojos, pues sacó un recorte de periódico de una cartera de mano que había dejado a sus pies y me lo entregó.

»—¡Aquí tiene! —dijo—. ¡Lea esto!

»No puedo decir que resultara muy esclarecedor. Era un artículo suelto de tres párrafos, tomado de algún periódico local. El titular decía: «Un sordo rumor», e iba fechado en East Fishkill, Nueva York. En él se informaba de que los habitantes de la localidad se habían quejado al Departamento de Policía de un sordo rumor que les había producido inquietud y que había causado gran agitación entre la población canina y felina de la ciudad. La Policía no había dado la menor importancia al asunto, considerando que se trataba del sonido de una tormenta lejana, aunque el servicio meteorológico negó tajantemente que ese día se hubiera producido alguna tormenta en ningún punto de la región.

»—¿Qué opina de eso? —preguntó West.

»—¿Podría haber sido una epidemia masiva de indigestión?



»Rió brevemente, como si la sugerencia no mereciese siquiera su desprecio, aunque nadie que haya experimentado indigestión alguna vez lo consideraría así.

»—Tengo recortes similares de periódicos —prosiguió— de Liverpool, Inglaterra; Bogotá, Colombia; Milán, Italia; Rangún, Birmania, y tal vez de medio centenar más de lugares de todo el mundo. Los he recopilado. Todos hablan de un penetrante rumor que provocó miedo e inquietud y enloqueció a los animales, y todos los casos se produjeron dentro de un período de dos días.

»—Un singular acontecimiento mundial —dije.

»—¡Exactamente! ¡Indigestión...! ¡Ya, ya!

»Me miró ceñudamente, tomó un sorbo de su bebida y luego se dio unos golpecitos en el pecho.

»—El Señor me ha puesto un arma en mi mano, y debo aprender a utilizarla.

»—¿Qué arma es ésa? —pregunté.

»No respondió directamente.

»—Encontré la cueva por pura casualidad —dijo—, cosa que prefiero, pues cualquier cueva cuya entrada sea demasiado ostensible resulta propiedad común y han entrado en ella millares de personas. Muéstreme una abertura estrecha y escondida, una que se halle cubierta de vegetación, oscurecida por piedras caídas, velada por una catarata, precariamente situada en un lugar casi inaccesible, y yo le mostraré una cueva virgen, digna de ser examinada. ¿Dice que no sabe nada de espeleología?

»—He estado en cuevas, por supuesto —dije—. Las Cavernas Luray, en Virginia...

»—¡Puramente comerciales! —exclamó West, haciendo una mueca y buscando un lugar adecuado en el suelo en donde escupir. Afortunadamente, no encontró ninguno—. Como usted no sabe nada de las divinas alegrías de la espeleología —continuó—, no le aburriré con explicaciones de dónde la encontré y cómo la exploré. Naturalmente, siempre es arriesgado explorar cuevas nuevas sin compañeros pero a mí me gusta realizar exploraciones en solitario. Al fin y al cabo, nadie puede igualarme en este tipo de actividad, por no hablar del hecho de que soy tan *audaz* como un león.

»»En este caso, realmente fue una suerte que estuviese solo, pues habría sido peligroso que otro ser humano descubriera lo que yo hallé. Llevaba varias horas explorando, cuando llegué a una amplia y silenciosa estancia llena de una espléndida profusión de estalactitas que pendían del techo y estalagmitas que brotaban del suelo. Bordeé las estalagmitas, dejando que se desenrollara tras de mí el cordel que utilizo para no extraviarme, y me encontré ante lo que debía de haber sido una gruesa estalagmita que se había quebrado al nivel de alguna hendidura natural. A su lado había unos fragmentos de piedra caliza. No puedo decir qué habría causado aquella

fractura..., quizás algún corpulento animal que, perseguido, había penetrado en la cueva y tropezado contra la estalagmita en la oscuridad, o quizás un terremoto de poca intensidad había encontrado a esta estalagmita más débil que a las otras.

»»Sea como fuere, el muñón de estalagmita ahora tenía su parte superior cubierta por una superficie lisa, ligeramente húmeda, pero lo suficiente como para que brillara bajo la luz de mi linterna. Su forma era redondeada y presentaba una intensa semejanza con un tambor. Era tal el parecido, que, automáticamente, alargué la mano derecha y di sobre él un golpecito con el dedo índice.

»Apuré de un trago su bebida y continuó:

»—*Era* un tambor; o, al menos, era una estructura que producía una vibración al ser golpeada. Tan pronto como la toqué, un sordo rumor llenó la estancia; un vago sonido, situado justamente en el umbral de la audición y casi subsónico. De hecho, como pude determinar más tarde, la porción de sonido cuyo timbre era lo bastante alto como para ser oído, constituía una mínima fracción del total. Casi todo el sonido se expresaba en poderosas vibraciones, demasiado pequeñas para que las pudiera captar el oído, aunque hacían retemblar al cuerpo. Esa inaudible reverberación me proporcionó la sensación más desagradablemente turbadora que pueda imaginar.

»»Jamás había conocido un fenómeno semejante. La fuerza de mi pulsación había sido nimia. ¿Cómo podía haberse convertido en una vibración tan poderosa? Nunca he logrado entenderlo del todo. Naturalmente, en el subsuelo hay poderosas fuentes de energía. Podría existir una forma de extraer el calor del magma, convirtiendo en sonido una pequeña parte de él. El golpecito inicial podría liberar más energía sonora, adicional, una especie de láser sónico, o, si sustituimos «luz» por «sonido» en el acrónimo, podemos llamarlo "sáser".

»—Jamás he oído una cosa semejante —dije severamente.

»—No —respondió West con una desagradable risita—, estoy seguro de ello. No es algo de lo que alguien haya oído hablar. Alguna combinación de disposiciones geológicas ha producido un sáser natural. Es algo que no ocurriría por accidente más de una vez en un millón de años quizás, y aun entonces sólo en un punto del planeta. Acaso se trate del fenómeno más insólito de la Tierra.

»—Eso es ir muy lejos, partiendo sólo de un golpecito dado con un dedo índice —dije.

»—Como científico, señor, le aseguro que no me conformé con un solo golpecito. Procedí a experimentar. Di golpes más fuertes, y no tardé en comprender que podría resultar gravemente lesionado a consecuencia de las reverberaciones que se producían en el recinto. Establecí un sistema mediante el cual podía dejar caer sobre el sáser piedras de diferentes tamaños, valiéndome para ello de un improvisado aparato que manejaba desde fuera de la cueva. Descubrí que el sonido podía oírse ?;a distancias sorprendentes desde el exterior de la cueva. Utilizando un sencillo

sismómetro, descubrí que podía captar vibraciones claras a varios kilómetros de distancia. Finalmente, dejé caer una serie de guijarros, uno tras otros, y el efecto fue acumulativo.

»—¿Y fue ése el día en que se oyeron sordos rumores por todo el mundo? —pregunté.

»—Efectivamente —respondió—. No se halla usted tan infradotado mentalmente como parece. El planeta entero sonaba como una campana,

»—He oído que terremotos especialmente intensos producen ese efecto.

»—Sí, pero este sáser puede producir una vibración más fuerte que la de cualquier terremoto, y puede hacerlo en determinadas longitudes de onda; en una longitud de onda puede separar el contenido de las células..., por ejemplo, los ácidos nucleicos de los cromosomas.

»Le miré pensativamente.

»—Eso mataría a la célula.

»—En efecto. Tal vez fuese eso lo que mató a los dinosaurios.

»—He oído que fue la consecuencia de la colisión de un asteroide con la Tierra.

»—Sí, pero para que una colisión ordinaria produjera ese resultado, el asteroide en cuestión tendría que ser enorme. De diez kilómetros de diámetro. Y habría que suponer que la estratosfera se llenaría de polvo, un invierno de tres años, y alguna forma de explicar por qué unas especies se extinguieron y otras no, de la manera más ilógica. Supongamos, por el contrario, que fue un asteroide mucho más pequeño el que chocó contra un sáser y desintegró las células con su vibración sonora. Tal vez el noventa por ciento de las células del mundo quedase destruido en cuestión de minutos, sin que se produjera absolutamente ningún efecto importante en el medio ambiente planetario. Unas especies lograrían sobrevivir; otras, no. Todo dependería de los detalles internos de la estructura comparada del ácido nucleico.

»—¿Y ésa —dije, con la desagradable sensación de que aquel fanático estaba hablando en serio— es el arma que el Señor ha puesto en sus manos?

»—Exactamente —dijo—. He calculado las longitudes de onda exactas del sonido producido por diversas formas de golpear el sáser, y ahora estoy tratando de determinar qué longitud de onda concreta desintegraría los ácidos nucleicos humanos.

»—¿Por qué humanos? —pregunté.

»—¿Por qué no humanos? —preguntó él, a su vez—. ¿Qué especie está abarrotando el planeta, destruyendo el entorno, erradicando a otras especies, llenando de contaminantes químicos la biosfera? ¿Qué especie destruirá la Tierra y la hará totalmente inviable en cuestión tal vez de décadas? A buen seguro, ninguna otra que el *Homo sapiens*. Si logro encontrar la longitud de onda sónica correcta, puedo golpear mi sáser de la manera apropiada y con la fuerza adecuada para bañar la Tierra en vibraciones sónicas que, en cuestión de un día, más o menos, pues el sonido

necesita tiempo para viajar, destruyan a la Humanidad, sin afectar apenas a otras formas de vida provistas de ácidos nucleicos de estructura interna diferente.

»—¿Está usted dispuesto a aniquilar a miles de millones de seres humanos?

»—Soy un geólogo creacionista, señor —respondió gravemente West.

»Lo comprendí todo.

»—Ah —dije—, y el Señor prometió que jamás volvería a enviar un Diluvio sobre la Tierra, pero no dijo nada acerca de ondas sonoras.

»—¡Exactamente! Los miles de millones de muertos fertilizarán y harán fructificar la Tierra, servirán de alimento a otras formas de vida que han sufrido mucho a manos de la Humanidad y merecen recompensa. Es más, sin duda un resto de Humanidad sobrevivirá. Tiene que haber algunos seres humanos que posean ácidos nucleicos de un tipo que no sea sensible a las vibraciones sónicas. Ese resto, bendecido por el Señor, puede empezar de nuevo, y quizás haya aprendido una lección sobre el mal del Mal, por así decirlo.

»—¿Por qué me está contando todo esto? —le pregunté. Y, en efecto, me parecía extraño que lo hiciese.

»Se inclinó hacia mí, me agarró por la solapa de la chaqueta —una experiencia sumamente desagradable, pues su aliento resultaba difícil de soportar— y dijo:

»—Tengo la certeza interior de que usted puede ayudarme en mi trabajo.

»—¿Yo? —exclamé—. Le aseguro que no tengo el más mínimo conocimiento acerca de longitudes de onda, ácidos nucleicos y... —Sin embargo, luego, recapacitando rápidamente, dije—: Pero, ahora que lo pienso, tal vez tenga exactamente lo que usted necesita.

»Y con voz más ceremoniosa, con la señorial cortesía que es una de mis características, le dije:

»—¿Me haría el honor de esperarme unos quince minutos, señor?

»—Ciertamente, señor— respondió con igual ceremonia—. Me ocuparé en realizar nuevos y abstrusos cálculos matemáticos.

»Mientras salía apresuradamente del vestíbulo, le alargué un billete de diez dólares al encargado del bar y le dije en un susurro:

»—Asegúrese de que ese caballero, por llamarlo algo, no se marcha antes de que yo vuelva. Si es absolutamente necesario, sírvale de beber y cárguelo en mi cuenta.

»Nunca dejo de llevar encima los ingredientes que utilizo para hacer aparecer a Azazel, así que a los pocos minutos lo tenía sentado sobre la lámpara de la mesilla de noche de mi habitación, bañado en su habitual resplandor sonrosado.

»Con su aguda vocecilla, dijo severamente:

»—Me has interrumpido cuando me hallaba dedicado a construir un pasmaratso con el que esperaba ganarme el corazón de una linda samini.

»—Lo siento, Azazel —respondí, esperando que no me entretuviera

describiéndome la naturaleza del pasmaratso o los encantos de la samini, cosas ambas que no me interesaban lo más mínimo—, pero tengo aquí una emergencia extrema.

»—Siempre dices eso —replicó malhumorado.

Le expuse apresuradamente la situación, y debo decir que en seguida se hizo cargo. Es muy eficaz en ese sentido, y nunca necesita largas explicaciones. Yo creo que atisba en el interior de mi mente, aunque él siempre me asegura que considera inviolables mis pensamientos. No obstante, ¿hasta qué punto se puede confiar en un demonio de dos centímetros de estatura que, según propia confesión, constantemente está tratando de hacerse con lindas samini —sean lo que fueren— valiéndose de las tretas menos honorables? Además, no estoy seguro de si dice que considera mis pensamientos inviolables o insoportables, pero eso no viene al caso.

»—¿Dónde está ese ser humano del que hablas? —chirrió.

»—En el vestíbulo. Se encuentra...

»—No te preocupes. Seguiré el aura de podredumbre moral. Creo que ya lo tengo. ¿Cómo identifico al ser humano?

»—Pelirrojo, ojos claros...

»—No, no. Su mente.

»—Un fanático.

»—Ah, podías haberlo dicho antes. Ya lo tengo..., y voy a necesitar un buen baño de vapor cuando vuelva a casa. Es peor que tú.

»—Eso no importa. ¿Está diciendo la verdad?

»—¿Sobre el sáser? Que, dicho sea de paso, es una idea ingeniosa.

»—Sí.

»—Bueno, ésa es una pregunta difícil. Como le suelo decir a un amigo mío que se considera un gran líder espiritual: ¿Qué es la verdad? Te diré una cosa; él lo considera verdad. Cree en ello. Sin embargo, lo que un ser humano crea, por grande que sea el ardor con el que lo haga, no necesariamente tiene que ser verdad objetiva. Probablemente habrás encontrado indicaciones de esto a lo largo de tu vida.

»—Sí. Pero, ¿no existe alguna forma en que puedas distinguir la creencia que se deriva de la verdad objetiva y la que no?

»—En las entidades inteligentes, desde luego. En los seres humanos, no. No obstante, al parecer, consideras que ese hombre constituye un peligro enorme. Puedo reordenar algunas de las moléculas de su cerebro, y entonces estará muerto.

»—No, no —exclamé. Tal vez sea una estúpida debilidad por mi parte, pero soy contrario al asesinato—. ¿No podrías reordenar las moléculas de tal modo que pierda todo recuerdo del sáser?

»Azazel lanzó un leve suspiro.

»—Eso en realidad es mucho más difícil. Esas moléculas son pesadas y se mantienen adheridas. ¿Por qué no una ruptura limpia...?

»—Insisto —dije.

»—Oh, muy bien —se resignó Azazel hoscamente, y a continuación se entregó a una letanía de jadeos y bufidos destinada a mostrarme lo intensamente que estaba trabajando. Por último, dijo—: Ya está.

»—Bien, espera aquí, por favor. Sólo quiero comprobarlo, y vuelvo en seguida.

»Bajé apresuradamente, y Hannibal West continuaba sentado donde le había dejado. El encargado del bar me hizo un guiño cuando pasé a su lado.

»—No ha sido necesario servirle más bebida, señor —dijo aquella honrada persona, y le di cinco dólares más.

»West me miró alegremente.

»—¿Ya ha vuelto?

»—Sí, en efecto —respondí—. Muy perspicaz por su parte, al darse cuenta. Tengo la solución al problema del sáser.

»—¿Al problema de qué? —preguntó, claramente desconcertado.

»—El objeto que descubrió usted en el curso de sus exploraciones espeleológicas.

»—¿Qué son las exploraciones espeleológicas?

»—Sus investigaciones de cuevas.

»—Señor —dijo West, frunciendo el ceño—. En toda mi vida nunca he estado en una cueva. ¿Está usted loco?

»—No, pero acabo de recordar que debo asistir a una importante reunión. Adiós, señor. Es probable que no volvamos a vernos nunca.

»Me dirigí a toda prisa a la habitación, jadeando ligeramente, y encontré a Azazel tarareando por lo bajo alguna melodía de éxito entre las entidades de su mundo. En realidad, sus gustos en lo que ellos llaman música son atroces.

»—Ha perdido la memoria —dije—, y espero que de manera permanente.

»—Naturalmente —respondió Azazel—. Ahora el siguiente paso es ocuparnos del propio sáser. Su estructura debe de estar organizada de modo muy delicado y preciso, si en verdad puede amplificar el sonido a expensas del calor interno de la Tierra. Es probable que una pequeña ruptura en algún punto clave, cosa que tal vez esté dentro de mis grandes poderes, pueda destruir toda actividad del sáser. ¿Dónde se encuentra situado exactamente?

»Le miré estupefacto.

»—¿Cómo voy a saberlo?

»Es posible que él también me mirase estupefacto, pero nunca puedo distinguir expresiones en su diminuto rostro.

»—¿Quieres decir que me has hecho borrar su memoria *antes* de obtener esa información vital?

»—No se me ocurrió —dije.

»—Pero si el sáser existe, si su creencia se hallaba basada en la verdad objetiva,

alguien puede tropezar con él, o hacerlo un animal de gran tamaño, o podría recibir el impacto de un meteorito, y en cualquier momento, de día o de noche, podría quedar aniquilada toda vida sobre la Tierra.

»—¡Santo Dios! —murmuré.

»Mi consternación debió de conmoverle, pues dijo:

»—Vamos, vamos, amigo mío; míralo por el lado bueno. Lo peor que puede suceder es que sean destruidos los seres humanos. Sólo seres humanos. No es como si se tratase de *personas*.

Una vez terminado su relato, con tono abatido, George dijo:

—O sea, que ya ves. Tengo que vivir con el conocimiento de que el mundo puede llegar a su fin en cualquier momento.

—Tonterías —dije sinceramente—. Aunque sea verdad, lo que me has contado acerca de ese Hannibal West, cosa que, si me perdonas, no es en absoluto segura, puede que, simplemente, padeciera una alucinación.

Durante unos instantes, George me miró con altivez; luego, dijo:

—Yo no tendría tu desagradable tendencia al escepticismo ni por la más hermosa samini del mundo natal de Azazel. ¿Cómo explicas esto?

Sacó un pequeño recorte de su cartera. Era del *New York Times* del día anterior y se titulaba «Un sordo rumor». Informaba de un sordo rumor que estaba inquietando a los habitantes de Grenoble, en Francia.

—Una explicación, George —dije—, es que viste este artículo e inventaste toda la historia para que encajase con él.

Por un momento, pareció como si George fuera a estallar de indignación, pero cuando recogí la elevada cuenta que la camarera había depositado entre nosotros sobre la mesa, se suavizó y nos despedimos amistosamente con un apretón de manos.

Sin embargo, debo confesar que desde entonces no he dormido bien. Me sigo levantando, aguzando el oído para escuchar el sordo rumor que juraría que me ha despertado.

## Salvando a la Humanidad (1983)

---

“Saving Humanity”

Una noche, mi amigo George, suspirando de manera lúgubre, dijo:

—Tengo un amigo que es un klutz.

Moví afirmativamente la cabeza, con aire enterado.

—Dios los cría...

George me miró con asombro.

—¿Qué tiene que ver Dios con esto? Es extraordinaria tu habilidad para cambiar de tema. Supongo que es consecuencia de tu inteligencia, absolutamente deficiente..., que menciono con compasión, no como reproche.

—Bien, bien —dije—, como quiera que sea, cuando hablas de tu amigo el klutz, ¿te estás refiriendo a Azazel?

Azazel es el demonio o el ser extraterrestre (elija) de dos centímetros de estatura acerca del cual George está hablando constantemente, cosa que sólo deja de hacer en respuesta a una pregunta directa. Con voz glacial, dijo:

—*Azazel* no es un tema de conversación y no comprendo cómo has llegado a oír hablar de él.

—Dio la casualidad de que estaba a menos de un kilómetro de ti —repuse.

George no me hizo caso, sino que dijo:

—De hecho, la primera vez que oí la nada eufónica palabra «klutz» fue en una conversación con mi amigo Menander Block. Me temo que tú no le conoces, pues es un universitario y, por lo tanto, bastante selectivo en sus amistades, cosa que, observándote a ti, difícilmente se le puede censurar.

La palabra klutz aludía, según me dijo, a una persona torpe y desmañada.

—Y eso soy yo —dijo—. Deriva de una palabra yiddish que, tomada literalmente, significa trozo de madera, leño, tronco; y, naturalmente, eso es, como sabes, lo que significa mi apellido, Block.

Suspiró profundamente.

—Y, sin embargo, no soy un klutz en el sentido estricto de la palabra. No hay en mí nada rudo ni torpe. Bailo con la ligereza de un céfiro y con la gracia de una libélula; mis movimientos son como los de los silfos; y si yo juzgase oportuno permitírsele, numerosas mujeres podrían dar testimonio de mi habilidad como discípulo del arte amatorio. Lo que ocurre, más bien, es que soy un klutz a larga distancia. Sin que yo mismo resulte afectado, todo a mi alrededor adquiere características klutz. El Universo entero parece tropezar con sus pies cósmicos. Supongo que, si mezclamos idiomas y combinamos el griego con el yiddish, soy un «teleklutz».

—¿Cuánto tiempo lleva sucediendo eso, Menander? —le pregunté.



—Toda mi vida, pero, naturalmente, sólo de adulto me percaté de que poseía esa peculiar cualidad. De joven, simplemente daba por supuesto que lo que me sucedía era normal por completo.

—¿Has hablado de esto con alguien?

—Claro que no, George. Me tomarían por loco. ¿Se puede visitar a un psiquiatra, por ejemplo, enfrentándose al fenómeno del teleklutzismo? Me metería en un asilo mental desde la primera sesión y escribiría un informe sobre su descubrimiento de una nueva psicosis, y es probable que se hiciese millonario con ello. No pienso ir a un manicomio sólo para enriquecer a algún avisnado mediquillo mental. No le puedo contar esto a *nadie*.

—Entonces, ¿por qué me lo cuentas a mí, Menander?

—Porque, por otra parte, me parece que debo contárselo a alguien si quiero seguir funcionando. Y resulta que a ti por lo menos te conozco.

No entendía su razonamiento, pero me di cuenta de que me iba a ver sometido una vez más a las nada deseables confianzas de mis amigos. Sabía bien que ése era el precio que debía pagar por mi comprensión, simpatía y, sobre todo, por mi proverbial reserva... Ni que decir tiene que contigo hago una excepción, ya que es sabido que tienes un período máximo de atención de cinco segundos y un período de memoria bastante menor.

Con un gesto, pedí otra copa y, mediante un arcano signo que sólo yo conozco, indiqué que se lo cargasen a la cuenta de Menander. Después de todo, un trabajador se merece su salario.

—¿Cómo se manifiesta ese teleklutzismo, Menander?

—En su forma más simple, y en la manera en que primero llamó mi atención, se manifiesta en el tiempo peculiar que acompaña a mis viajes. No viajo mucho, y cuando lo hago, voy en coche; y cuando viajo en coche, llueve. No importa cuál sea el pronóstico meteorológico ni lo brillantemente que luzca el sol cuando salgo. Las nubes se agolpan, oscurece y empieza a lloviznar, y luego, a diluviar. Cuando mi teleklutzismo está en plena acción, la temperatura baja de golpe y tenemos una tormenta de nieve.

»Naturalmente, tengo buen cuidado de no cometer imprudencias. Me abstengo de ir en coche a Nueva Inglaterra hasta bien pasado marzo. La primavera pasada fui a Boston el 6 de abril, y no tardó en producirse la primera nevada abrileña en toda la historia de la Oficina Meteorológica de Boston. En una ocasión, me dirigí a Williamsburg, Virginia, el 28 de marzo, suponiendo que dispondría de unos días de gracia, habida cuenta de que estaba entrando en el cálido Sur. ¡Ja! Williamsburg se encontró aquel día con veinte centímetros de nieve, y los nativos la frotaban entre sus dedos preguntándose unos a otros qué sería aquella cosa blanca.

»He pensado muchas veces que, si imaginamos el Universo colocado bajo la

dirección personal de Dios, podríamos representarnos al arcángel Gabriel acudiendo presuroso ante la presencia divina y exclamando: «Dos galaxias están a punto de colisionar en una catástrofe enorme, oh Santísimo», y Dios respondería: «No me molestes ahora, Gabriel, estoy ocupado haciendo llover sobre Menander.»

—Podrías sacar partido de la situación, Menander —dije—. ¿Por qué no vendes tus servicios como especialista en terminar con sequías por sumas fabulosas?

—Ya lo he sopesado, pero sólo el pensar en ello elimina cualquier lluvia que pudiera producirse durante mis viajes. Además, si la lluvia llegara cuando se la necesita, es probable que produjera una inundación.

»Y no es sólo la lluvia, o los embotellamientos de tráfico, o la desaparición de mojones de señalización; hay millares de otras cosas. Valiosos objetos se rompen espontáneamente en mi presencia, o se les caen a otras personas, sin que pueda atribuírseme ninguna responsabilidad en ello. En Batavia, Illinois, funciona un avanzado acelerador de partículas. Un día, un experimento particularmente importante resultó frustrado a consecuencia de un fallo en su sistema de vacío, un fallo completamente inesperado. Sólo yo sabía -al día siguiente, es decir, cuando leí en el periódico la noticia del incidente- que en el preciso momento de producirse la avería yo pasaba en un autobús por las afueras de Batavia. Naturalmente, llovía.

»En este mismo momento, amigo mío, algunos de los exquisitos vinos que envejecen en las bodegas de este magnífico establecimiento se están avinagrando. Alguien que pase ahora junto a esta mesa se encontrará al llegar a su casa con que las cañerías de su sótano han reventado en el preciso momento en que pasaba a mi lado; salvo que no sabrá que pasó junto a mí en ese preciso instante ni que el hecho de pasar a mi lado fue la causa. Y, así, habrá docenas de accidentes..., es decir, supuestos accidentes.

Sentí compasión hacia mi joven amigo. Y se me heló la sangre al pensar que yo estaba sentado a su lado y que podrían estar ocurriendo catástrofes inimaginables en mi acogedora morada.

—En resumen —dije— ¡tú eres un gafe!

Menander echó hacia atrás la cabeza y me miró altivamente.

—Gafe —aclaró— es el nombre vulgar; teleklutz, el científico.

—Bueno, pues gafe o teleklutz, supón que te dijese que yo podría liberarte de esa maldición.

—Ciertamente, es una maldición —dijo con aire sombrío Menander—. Muchas veces he pensado que, cuando nací, algún hada perversa, irritada por no haber sido invitada al bautizo... ¿Estás tratando de decirme que tú puedes anular maldiciones porque eres un hada buena?

—No soy ninguna clase de hada —repliqué con severidad—. Pero supón que puedo eliminar ese mal..., esa condición tuya.

—¿Cómo diablos podrías hacerlo?

—Una expresión muy adecuada —comenté—. Bien, ¿qué me dices?

—¿Qué sacas *tú* con ello? —preguntó recelosamente.

—La reconfortante sensación de haber ayudado a un amigo a salvarse de una vida horrible.

Menander reflexionó unos instantes y, luego, meneó vigorosamente la cabeza.

—Eso no es suficiente.

—Naturalmente, si quieres ofrecerme alguna pequeña suma...

—No, no. Yo no pensaría en insultarte de esta manera. ¿Ofrecer una suma de dinero a un *amigo*? ¿Fijar un valor fiscal a la amistad? ¿Cómo has podido pensar eso de mí, George? Lo que quería decir es que suprimir mi teleklutzismo no es suficiente. Debes hacer algo más que eso.

—¿Cómo se puede hacer más?

—¡Reflexiona! Durante toda mi vida he sido responsable de innumerables daños, desde simples molestias hasta auténticas catástrofes, que le han acaecido tal vez a millones de personas inocentes. Aunque a partir de este momento no le traiga mala suerte a nadie, el mal que he causado hasta ahora, a pesar de que nunca haya sido de manera voluntaria ni algo por lo que se me pueda considerar culpable, es más de lo que puedo soportar. Debo tener algo que lo compense todo.

—¿Por ejemplo?

—Debo ponerme en situación de salvar a la Humanidad.

—¿Salvar a la Humanidad?

—¿Qué otra cosa puede compensar el inconmensurable daño que he causado? Si vas a eliminar mi maldición, sustitúyela por la capacidad de salvar a la Humanidad en alguna gran crisis.

—No estoy seguro de que pueda hacerlo.

—*Inténtalo*, George. No retrocedas en este momento decisivo. Yo siempre digo que si vas a hacer algo, hazlo bien. Piensa en la Humanidad, amigo mío.

—Espera un instante —dije, alarmado—, estás echando todo este asunto sobre mis hombros.

—Claro que sí, George —respondió Menander de manera encendida—. ¡Hombros anchos y resistentes! ¡Hechos para soportar cargas! Ve a casa, George, y haz lo necesario para apartar de mí esta maldición. Una Humanidad agradecida derramará sobre ti sus bendiciones, salvo, naturalmente, que nunca lo sabrá, pues yo no se lo diré a nadie. Tus buenas acciones no deben quedar mancilladas saliendo a la luz pública, y, confía en mí, yo no las sacaré.

Hay en la amistad desinteresada algo maravilloso que no puede ser igualado por ninguna otra cosa en la Tierra. Me levanté al instante para realizar mi tarea, y lo hice con tanta rapidez que olvidé pagar la mitad de la cuenta que me correspondía. Por

fortuna, Menander no se dio cuenta de ello hasta que yo hube salido sin contratiempos del restaurante.

Me costó un poco establecer contacto con Azazel, y cuando lo logré, él no parecía de muy buen humor. Su cuerpecillo de dos centímetros de altura estaba envuelto en un sonrosado resplandor, y dijo con su voz aguda:

—¿No has pensado que podría estar duchándome?

—Se trata de una emergencia grave, oh Poderoso-para-quien-las-palabras-son-insuficientes.

—Bien, entonces dime de qué se trata, pero, ojo, no te tomes todo el día para hacerlo.

—Desde luego —dije, y expuse el asunto con admirable precisión.

—Hum —murmuró Azazel—. Por una vez, me has presentado un problema interesante.

—¿Sí? ¿Quieres decir que realmente existe algo como el teleklutzismo?

—Oh, sí. La mecánica cuántica deja perfectamente claro que las propiedades del Universo dependen, en cierta medida, del observador. Así como el Universo afecta al observador, el observador afecta al Universo. Algunos observadores afectan al Universo adversamente o, al menos, adversamente con respecto a otros observadores. De modo que un observador puede acelerar el proceso de formación de una supernova, lo cual irritaría a otros observadores que pudieran encontrarse incómodos cerca de la estrella en ese momento.

—Comprendo. Bien, ¿puedes ayudar a mi amigo Menander y librarle de ese efecto cuántico-observacional?

—¡Oh, desde luego! ¡Es muy sencillo! Tardaré diez segundos y, luego, podré volver a mi ducha y al rito de las korati, que realizaré con dos saminis de belleza inimaginable.

—¡Espera! ¡Espera! Eso no es suficiente.

—No seas estúpido. Dos saminis son *de sobra* suficientes. Sólo un libertino querría tres.

—Me refiero a que no es suficiente suprimir el teleklutzismo. Menander, además, quiere estar en situación de salvar a la Humanidad.

Por un momento, pensé que Azazel iba a olvidar nuestra larga amistad y todo lo que yo había hecho por él, proponiéndole interesantes problemas que es probable que perfeccionasen su inteligencia y sus habilidades mágicas. No entendí todo lo que dijo, pues la mayoría de las palabras pertenecían a su propio idioma, pero sonaban como sierras que se restregasen contra clavos oxidados.

Finalmente, cuando se hubo calmado su acaloramiento, dijo:

—¿Cómo voy a hacer eso?

—¿Es demasiado para el Apóstol de lo Increíble?

—¡Ya lo creo! Pero, veamos...

Meditó unos instantes, y luego exclamó:

—Pero, ¿qué puede *querer* salvar a la Humanidad? ¿Qué valor tiene eso? Hacéis que apeste toda esta sección... Bien, bien, creo que se puede hacer.

No tardó diez segundos, sino media hora, y fue media hora muy penosa, con Azazel gruñendo durante parte del tiempo, y cuando no lo hacía, se preguntaba dónde le iban a esperar las samini.

Acabó totalmente fatigado, lo que, por supuesto, significaba que yo tendría que comprobar el asunto sobre Menander Block.

La siguiente ocasión que vi a Menander, le dije:

—Estás curado.

Me miró con hostilidad.

—¿Sabes que me endosaste la cuenta de la cena la otra noche?

—Seguramente que eso carece de importancia en comparación con el hecho de que estás curado.

—Yo no me siento curado.

—Anda, ven. Vamos a dar una vuelta en coche. Ponte tú al volante.

—Parece que ya se está nublando. ¡Valiente curación!

—¡Conduce! ¿Qué tienes que perder?

Sacó el coche del garaje en marcha atrás. Un hombre que pasaba por el otro lado de la calle no tropezó con un rebosante cubo de basura.

Menander condujo calle abajo. El disco no se puso en rojo cuando se acercó a él, y dos coches patinaron el uno hacia el otro en el cruce siguiente, pero pasaron a confortable distancia entre sí.

Para cuando llegó al puente, el tiempo había despejado y un cálido sol brillaba sobre el coche; pero no en sus ojos.

Cuando finalmente llegamos a casa, estaba llorando, y no hacía el menor esfuerzo por ocultarlo. Me encargué de aparcar el coche y le hice un pequeño rasguño. No obstante, no era yo quien se había curado del tele-klutzismo. Sin embargo, podría haber sido peor: podría haber rozado mi propio coche.

Durante los días siguientes, estuvo buscándome continuamente. Al fin y al cabo, yo era el único que podía comprender el milagro que se había producido.

Decía:

—Fui a un baile, y ni una sola persona tropezó con los pies de su pareja y se cayó y se rompió una clavícula. Yo podía bailar ágilmente, con total abandono, y mi pareja no se mareaba ni se le revolvía el estómago, ni siquiera aunque hubiera comido en exceso.

O:

—En el trabajo estaban instalando un nuevo aparato de aire acondicionado, y ni

una sola vez se le cayó en los pies al operario, rompiéndole los dedos *de* manera permanente.

O, incluso:

—He visitado a un amigo en el hospital, cosa que antes ni siquiera habría soñado hacer, y en ninguna de las habitaciones ante las que pasé se salió de una vena la aguja intravenosa. Ni tampoco falló su objetivo una sola jeringuilla hipodérmica.

A veces, me preguntaba con voz entrecortada:

—¿Estás seguro de que tendré una oportunidad de salvar a la Humanidad?

—Completamente —respondía yo—. Eso forma parte de la curación.

Pero, más adelante, un día vino a verme, y su rostro mostraba una expresión ceñuda.

—Escucha —dijo—. Acabo de ir al Banco para preguntar el saldo de mi cuenta corriente, que es un poco más bajo de lo que debiera por la forma en que te las arreglas para marcharte de los restaurante antes de que traigan la cuenta, y no he podido obtener respuesta porque el ordenador se ha estropeado justo en el momento en que yo entraba. Todo el mundo se hallaba desconcertado. ¿Está desapareciendo el efecto de la curación?

—Es imposible —respondí—. Quizá no tenga nada que ver contigo. Podría haber por ahí algún otro teleklutz que no se haya curado. Tal vez le dio por entrar justo en el momento en que tú lo hacías.

Pero no era eso. El ordenador del Banco se averió en otras dos ocasiones en que trató de comprobar el estado de su cuenta corriente. (Su nerviosismo por las miserables sumas de las que yo había olvidado hacerme cargo resultaba completamente nauseabundo en un hombre adulto.) Finalmente, cuando el ordenador de su empresa se estropeó al pasar él ante la oficina en que se hallaba instalado, vino a mí en un estado que sólo puedo describir como pánico.

—¡Ha vuelto! —exclamó con un chillido—. ¡Te digo que ha vuelto! Esta vez no puedo soportarlo. Ahora que me he acostumbrado a la normalidad, no puedo volver a mi antigua vida. Tendré que suicidarme.

—No, no, Menander. Eso es ir demasiado lejos.

Pareció reprimirse cuando estaba a punto de lanzar otro chillido, y reflexionó en mis juiciosas palabras.

—Tienes razón —dijo—. Eso sería ir demasiado lejos. Supongamos que, en lugar de ello, te mato a ti. Al fin y al cabo, nadie te echará de menos, y yo me sentiré *un poco* mejor.

Yo comprendía su postura, pero sólo hasta cierto punto.

—Antes de que hagas nada —le dije—, déjame que compruebe esto. Ten paciencia, Menander. Después de todo, hasta el momento sólo ha ocurrido con ordenadores, ¿y a quién le importan los ordenadores?

Me marché rápidamente, antes de que pudiera preguntarme cómo se las iba a arreglar para obtener el saldo de su cuenta corriente si los ordenadores se estropeaban siempre que él se acercaba. En realidad, era un mono-maniaco del tema.

Y también lo era Azazel, en otro tema. Parece ser que esta vez se hallaba realmente dedicado a lo que fuera que estuviese haciendo con las dos saminis, y cuando llegó, todavía estaba dando saltos mortales. Hoy es el día en que aún no sé qué tenían que ver los saltos mortales con ello.

No creo que llegara a serenarse de verdad, pero logró explicarme lo que sucedía, y entonces me vi en el trance de hacer lo propio con Menander.

Insistí en reunirme con él en el parque. Elegí una zona bastante concurrida, ya que tendría que contar con un salvamento rápido si él perdía la cabeza en sentido figurado e intentaba que yo perdiese la mía en sentido literal.

—Menander, tu teleklutzismo todavía funciona —le expliqué—, pero sólo con los ordenadores. *Sólo con los ordenadores*. Te doy mi palabra. Respecto a todo lo demás, estás curado *para siempre*.

—Bueno, entonces cúrame para los ordenadores.

—Es que eso no se puede hacer, Menander. No estás curado para los ordenadores, y eso es para siempre. —Apenas susurré las últimas palabras, pero me oyó.

—¿Por qué? ¿Qué clase de atolondrado, imbécil, superferolítico y omnilutzístico culo de camello bacteriano enfermo eres tú?

—Haces que parezca como si hubiera muchas clases, Menander, lo cual es absurdo. ¿No comprendes que querías salvar al mundo, y que a eso se debe lo que ha sucedido?

—No, no lo entiendo. Explícamelo y tómate tiempo. Tienes quince segundos.

—¡Sé razonable! La Humanidad se está enfrentando a una sobresaturación de ordenadores. Los ordenadores van a hacerse rápidamente más versátiles, más capaces y más inteligentes. Los seres humanos cada vez dependen más de ellos. Se acabará construyendo un ordenador que asumirá rápidamente la dirección del mundo y dejará a la Humanidad sin nada que hacer. Es muy posible que decida destruir a la Humanidad como innecesaria. Naturalmente, nos decimos *a* nosotros mismos que siempre podemos «desenchufarlo», pero tú sabes que no podremos hacer eso. Un ordenador lo suficiente inteligente como para realizar sin nosotros el trabajo del mundo, podrá defender su propio enchufe y, si de eso se trata, encontrar su propia electricidad.

»Será invencible, y la Humanidad se hallará condenada. Y ahí, amigo mío, es donde intervienes tú. Serás conducido a su presencia, o quizá te baste con pasar a unos kilómetros de él, y la Humanidad quedará salvada. *¡La Humanidad quedará salvada!* ¡Piensa en ello! ¡Piensa en ello!

Menander pensó en ello. No parecía sentirse muy feliz. Luego, dijo:

—Pero, mientras tanto, no puedo acercarme a los ordenadores.

—Bueno, era preciso afianzar y hacer absolutamente permanente el klutzismo en lo referente a los ordenadores para estar seguro de que nada saldría mal cuando llegase el momento, de que el ordenador no se defendería de alguna manera contra ti. Es el precio que se ha de pagar por este gran don de salvación que tú mismo pediste, y por el que serás eternamente honrado en el futuro por la Historia.

—¿Sí? —dijo—. ¿Y cuándo va a tener lugar esa salvación?

—Según Azaz..., según mis fuentes —respondí—, debe ocurrir dentro de unos sesenta años, aproximadamente. No obstante, míralo de esta manera. Ahora sabes que, por lo menos, vivirás noventa años.

—Y, entretanto —dijo Menander levantando la voz, indiferente a la forma en que las gentes que pasaban se volvían para mirarnos—, entretanto el mundo se irá llenando más y más de ordenadores, y yo me veré privado de hacer cada vez más cosas y me hallaré encerrado en mi propia cárcel...

—¡Pero al final salvarás a la Humanidad! ¡Eso es lo que querías!

—¡Al diablo la Humanidad! —aulló Menander, y se levantó y se precipitó sobre mí.

Logré escabullirme, pero sólo porque varias personas que se encontraban en las proximidades sujetaron al pobre hombre.

En la actualidad, Menander está en tratamiento con un psiquiatra freudiano del tipo más resuelto. Seguramente, le costará una fortuna, y, por supuesto, no le servirá de nada.

Terminado su relato, George clavó la vista en su jarra de cerveza, que yo sabía que tendría que pagar de mi bolsillo.

—Esta historia tiene una moraleja —dijo.

—¿Cuál?

—El mundo está lleno de desagradecidos.



## Una cuestión de principios (1984)

---

“A Matter of Principle”

George miró sombríamente su vaso, que contenía mi bebida -en el sentido de que seguramente la acabaría pagando-, y dijo:

—Es sólo una cuestión de principios lo que hace que yo sea un hombre pobre.

Luego, hizo brotar desde la región de su ombligo un poderoso suspiro y añadió:

—Al hablar de «principios», naturalmente debo excusarme por utilizar un término que a ti te resultará extraño, salvo, quizá, como denominación del director de la escuela elemental en que casi llegaste a graduarte<sup>[24]</sup>. En realidad, yo soy un hombre de principios.

—¿De veras? —repliqué—. Supongo que esa cualidad te la habrá otorgado Azazel hace sólo dos minutos, pues nunca hasta ahora habías dado muestras de poseerla, al menos que nadie sepa.

George me miró con aire apesadumbrado. Azazel es el demonio de dos centímetros de estatura que posee asombrosos poderes mágicos..., y que sólo George es capaz de conjurar a voluntad.

—No puedo imaginar dónde has oído hablar de Azazel —dijo.

—También para mí es un completo misterio —respondí afablemente—, o lo sería si últimamente no constituyera tu único tema de conversación.

—No seas ridículo —exclamó George—. Yo nunca hablo de él.

Gottlieb Jones (dijo George) también era un hombre de principios. Podría pensarse que eso constituía una absoluta imposibilidad, habida cuenta de que su ocupación era la de redactor publicitario, pero él se elevaba por encima de su vil oficio con un ardor sumamente agradable de contemplar.

Muchas veces me decía, mientras nos tomábamos una hamburguesa con patatas fritas:

—George, no hay palabras para describir el horror que siento por mi trabajo, ni la desesperación que me invade al pensar que debo encontrar formas de vender productos respecto de los cuales todos mis instintos me dicen que los seres humanos pasarían mejor sin ellos. Ayer mismo tuve que ayudar a vender un insecticida que, según se ha comprobado, hace que los mosquitos emitan gritos supersónicos de placer mientras acuden en masa hacia él desde varios kilómetros a la redonda. «No sea un cebo para los mosquitos —dice mi eslogan—. Use "Skeeter-Hate".»

—¿«Skeeter-Hate»? —repetí con un estremecimiento.

Gottlieb se tapó los ojos con una mano. Estoy seguro de que habría utilizado las dos si no se estuviera atiborrando de patatas fritas con la otra.

—Vivo con esta vergüenza, George, y tarde o temprano debo abandonar el empleo. Viola mis principios de ética comercial y mis ideales de escritor, y yo soy un

hombre de principios.

—Te reporta cincuenta mil dólares al año, Gottlieb —dije cortésmente—, y tienes una joven y bella esposa y un hijo que mantener.

—¡El dinero es basura! —exclamó violentamente Gottlieb—. Es el despreciable soborno por el que un hombre vende su alma. Yo lo rechazo, George, lo arrojo lejos de mí con desdén; no quiero tener nada que ver con él.

—Pero, Gottlieb, seguramente que no estás haciendo semejante cosa. Aceptas tu sueldo, ¿no?

Debo reconocer que por un angustioso instante pensé en un Gottlieb sin un centavo y en el número de almuerzos que su virtud le impediría pagar.

—Sí, es cierto. Mi querida esposa Marilyn tiene la desconcertante costumbre de introducir su apartado de gastos domésticos en conversaciones, por el contrario, de carácter puramente intelectual, por no hablar de sus indolentes alusiones a diferentes compras que atolondradamente realiza en tiendas de ropas y de suministros domésticos. Esto ejerce una influencia obstaculizadora sobre mis planes de acción. En cuanto al pequeño Gottlieb, que ya tiene casi seis meses, no está preparado para comprender la absoluta falta de importancia del dinero..., aunque le haré la justicia de reconocer que todavía nunca me ha pedido un céntimo.

Suspiró, y yo suspiré con él. Había oído hablar con frecuencia de la naturaleza poco cooperativa de esposas e hijos en lo que a cuestiones económicas se refiere, y ésa es, naturalmente, la principal razón de que me haya mantenido libre de compromisos en este aspecto a lo largo de toda una vida, durante la cual, mi inefable atractivo me ha hecho ser perseguido ardientemente por una gran diversidad de hermosas mujeres.

Inconscientemente, Gottlieb Jones interrumpió algunas agradables reminiscencias a las que yo me estaba entregando, cuando dijo:

—¿Sabes cuál es mi sueño secreto, George?

Y por unos instantes se reflejó en sus ojos un brillo tan lúbrico, que experimenté un leve sobresalto de alarma, con la impresión de que, de alguna manera, había leído mis pensamientos.

Pero lo que dijo fue:

—Mi sueño es ser novelista, escribir vigorosas descripciones de las palpitantes profundidades del alma humana; presentar, ante una Humanidad a la vez estremecida y deleitada, las gloriosas complejidades de la condición humana, inscribir mi nombre, con letras grandes e indelebles, en el frontispicio de la literatura clásica, y caminar a lo largo de las generaciones en la gloriosa compañía de hombres y mujeres tales como Esquilo, Shakespeare y Ellison.

Habíamos terminado nuestro almuerzo, y yo esperé tenso la cuenta, calculando con extrema precisión el momento en que dejaría que se distrajese mi atención. El

camarero, sopesando la cuestión con la aguda perspicacia inherente a su profesión, se la entregó a Gottlieb.

Me relajé y dije:

—Considera, mi querido Gottlieb, las horribles consecuencias que podrían derivarse. He leído, hace poco, en un periódico de toda confianza que un caballero tenía en sus manos cerca de mí, que en los Estados Unidos hay 350.000 novelistas con alguna obra publicada; que de éstos, menos de 750 se ganan la vida escribiendo; y que cincuenta, sólo cincuenta, amigo mío, son ricos. En comparación con esto, tu sueldo actual...

—Bah —exclamó Gottlieb—, para mí apenas tiene importancia la cuestión de si gano o no dinero; lo importante es que consiga la inmortalidad y haga entrega de un valiosísimo presente de discernimiento y comprensión a todas las generaciones futuras. Podría soportar con facilidad el inconveniente de hacer que Marilyn realizara un trabajo de camarera, conductora de autobús o algún otro puesto de escasa calificación. Estoy completamente seguro de que ella consideraría, o debería considerar, un honor trabajar de día y cuidar del pequeño Gottlieb por la noche a fin de que mi talento pudiera manifestarse plenamente. Sólo que... —Hizo una pausa.

—¿Sólo que...? —dije, con tono alentador.

—Verás, no sé a qué se debe, George —respondió, ahora con acento ligeramente irritado—, pero hay un pequeño detalle que se interpone en mi camino. Parezco totalmente incapaz de superarlo. Mi cerebro rebosa de ideas con una fuerza tremenda. Escenas, retazos de diálogos, situaciones de extraordinaria vitalidad que constantemente cruzan mi mente de modo tumultuoso. Es sólo el insignificante detalle de poner todo ello en palabras lo que parece que se me resiste. Tiene que ser un problema de poca monta, pues cualquier incompetente plumífero, como ese amigo tuyo de extraño apellido, parece no tener la más mínima dificultad en producir libros a centenares, y, sin embargo, yo no logro dar con la solución.

(Debía de referirse a ti, mi querido amigo, ya que la expresión «incompetente plumífero» parece muy adecuada. Yo te habría defendido, naturalmente, pero pensé que sería una empresa sin esperanzas.)

—Seguramente, es que no te has esforzado lo suficiente —dije.

—¿Que no? Tengo cientos de hojas de papel, cada una de las cuales contiene el primer párrafo de una novela maravillosa..., el primer párrafo nada más. Cientos de primeros párrafos para cientos de novelas diferentes. Es en el segundo párrafo donde siempre me estrello.

Se me ocurrió una brillante idea, lo cual no me sorprendió; mi mente siempre rebosa de ideas brillantes.

—Gottlieb —dije—, yo puedo resolver tu problema. Puedo hacer de ti un novelista. Puedo hacerte rico.

Me miró con evidente escepticismo.

—¿Tú puedes? —exclamó, poniendo en el pronombre un énfasis nada halagador.

Nos habíamos levantado y habíamos salido del restaurante. Noté que Gottlieb olvidaba dejar propina, pero no me pareció conveniente mencionarlo, ya que él podría haber formulado entonces la aterradora sugerencia de que me ocupase yo de hacerlo.

—Amigo mío—dije—. Yo tengo el secreto del segundo párrafo, y por lo tanto, puedo hacerte rico y famoso.

—¡Ja! ¿Y cuál es el secreto?

Con cierta delicadeza, dije (y aquí llegamos a la brillante idea que se me había ocurrido):

—Gottlieb, el trabajador se merece su salario.

Él rió brevemente.

—Es tal mi confianza en ti, George, que no tengo el más mínimo temor en declarar que si puedes hacerme novelista rico y famoso, puedes quedarte con la mitad de mis ganancias..., una vez deducidos los gastos generales, naturalmente.

Con más delicadeza aún, dije:

—Sé que eres un hombre de principios, Gottlieb, por lo que tu sola palabra te sujetará al cumplimiento de un contrato como si estuvieses ligado a él con argollas del acero más selecto, pero, sólo como diversión..., ja, ja..., ¿estarías dispuesto a poner por escrito esa declaración y firmarla, y sólo para que resulte más divertido aún, ratificarla solemnemente ante notario?

La pequeña operación no duró nada más que media hora, ya que sólo requirió la participación de un notario público, que también era mecanógrafo y amigo mío.

Guardé en la cartera mi copia del precioso documento y dije:

—No puedo darte inmediatamente el secreto, pero tan pronto como haya arreglado las cosas, te lo haré saber. Entonces, puedes intentar escribir una novela, y te encontrarás con que no te cuesta nada el segundo párrafo..., ni los dos mil siguientes. Por supuesto, no me deberás nada hasta que recibas el primer anticipo..., que apuesto a que será muy sustancioso.

—Más vale que lo creas —dijo desagradablemente Gottlieb.

Esa misma noche llevé a cabo el ritual que servía para convocar a Azazel. Éste sólo mide dos centímetros, y es un personajillo totalmente insignificante en su propio mundo. Ésa es la razón por la que está dispuesto a ayudarme de diversas y triviales maneras. Le hace sentirse importante.

Por consiguiente, nunca puedo persuadirle para que haga nada que, de manera directa, sirva para hacerme rico. La pequeña criatura insiste en que eso sería una inaceptable comercialización de su arte. Y tampoco parece convencido por mi declaración de que cualquier cosa que haga por mí será utilizada de manera

completamente altruista para el bien del mundo. Cuando le dije eso, emitió un extraño sonido, cuyo significado no comprendí y que dijo que había aprendido de un nativo del Bronx.

Fue por esa razón por la que no le expliqué la naturaleza de mi pacto con Gottlieb Jones. No sería Azazel quien me estuviera haciendo rico. Sería Gottlieb quien lo haría, después de que Azazel le hubiera hecho rico *a él...*; no obstante, yo no tenía ninguna confianza en poder lograr que *Azazel* comprendiera la sutil distinción que esto entrañaba.

Como de costumbre, Azazel se mostró irritado por que le hubiese llamado. Su minúscula cabeza se hallaba decorada con lo que parecían diminutas hebras de algas marinas, y de sus palabras, un tanto incoherentes, se deducía que había estado en medio de una ceremonia académica en la cual se le estaba confirmando algún tipo de distinción. Al carecer de verdadera importancia en su mundo, como he dicho antes, insistió en conceder demasiado valor a tal acontecimiento, y se mostró mordaz en sus comentarios.

Deseché con un gesto sus lamentaciones.

—Después de todo —dije—, puedes ocuparte de mi intrascendente petición y luego volver al momento exacto en que te marchaste. Nadie sabrá jamás que te habías ido.

Soltó un gruñido, pero hubo de reconocer que yo tenía razón, por lo que el aire de su vecindad inmediata dejó de crepitar a impulsos de los minúsculos rayos que lo surcaban.

—¿Qué quieres, entonces?—preguntó.

Se lo expliqué.

—Su profesión es la de la comunicación de ideas, ¿no? —inquirió Azazel—: ¿La traducción de ideas a palabras, como en el caso de ese amigo tuyo de extraño apellido?

—En efecto, pero él desea hacerlo con mayor eficacia, y complacer a aquellos con quienes trata, de modo que obtenga el aplauso general..., y también riqueza, pero la riqueza la quiere sólo como prueba tangible del éxito, pues desprecia el dinero en sí mismo.

—Comprendo. También nosotros tenemos en nuestro mundo artesanos de la palabra, y todos y cada uno de ellos solamente valoran el aplauso y el aprecio que sus obras encuentran y no aceptarían ni la más mínima unidad monetaria si no fuera porque deben hacerlo como prueba tangible del éxito.

Reí indulgentemente.

—Una flaqueza de la profesión. Tú y yo somos afortunados por hallarnos por encima de tales cosas.

—Bueno —dijo Azazel—. No puedo pasarme aquí el resto del año, ¿no?, o tendré

problemas para localizar con exactitud el momento preciso de retorno. ¿Está al alcance de la mente ese amigo tuyo?

Nos costó encontrarle, aunque yo señalé en un plano el emplazamiento de su agencia de publicidad y le proporcioné mi habitual descripción elocuente y precisa del hombre, pero no quiero aburrirte con detalles irrelevantes.

Finalmente, Gottlieb fue localizado y, tras un breve estudio, Azazel dijo:

—Una mente característica del tipo universal entre los miembros de tu desagradable especie. Maleable, pero frágil. Veo el circuito que rige la combinación y utilización de las palabras, y está lleno de altibajos y obstrucciones, por lo que no es sorprendente que se encuentre con dificultades. Puedo eliminar los elementos obstruccionistas, pero eso podría poner en peligro la estabilidad de su mente. No creo que ocurra, si soy lo bastante hábil; no obstante, siempre existe el riesgo de un accidente. ¿Tú crees que estaría dispuesto a correr el riesgo?

—¡Oh, sin duda alguna! —exclamé—. Está resuelto a lograr la fama y a servir al mundo con su arte. No vacilaría lo más mínimo en correr el riesgo.

—Sí, pero tengo entendido que tú eres un gran amigo suyo. Quizás él esté cegado por su ambición y por su deseo de triunfar; sin embargo, tú puedes ver las cosas con más claridad. ¿Estás *tú* dispuesto a hacerle correr el riesgo?

—Mi único objetivo —respondí— es hacerle feliz. Adelante, y actúa todo lo cuidadosamente que te sea posible, y, si las cosas salen mal..., habrá sido por una buena causa. (Y así era, naturalmente, ya que si las cosas salían bien, yo obtendría la mitad de las consecuencias económicas.)

De modo que se llevó a cabo la intervención. Azazel, le echó mucho cuento al asunto, como hacía siempre, y permaneció un rato resoplando y murmurando algo acerca de peticiones irrazonables, pero yo le dije que pensara en la felicidad que estaba reportando a millones de personas y que dejara a un lado la desagradable cualidad del egoísmo. Muy confortado por mis edificantes palabras, se marchó para ocuparse del otorgamiento de la distinción que se le estaba confiriendo.

Aproximadamente una semana después, salí en busca de Gottlieb Jones. Hasta entonces no había hecho ningún intento por verle, pues pensaba que quizá necesitara un pequeño período de tiempo para acomodarse a su nuevo cerebro. Además, prefería esperar e informarme indirectamente acerca de él para saber si su cerebro había resultado dañado de alguna manera en el proceso. Si así fuera, no tendría sentido que me reuniese con él. Mi pérdida -y la suya también, supongo- haría demasiado dolorosa la entrevista.

No había oído nada extraño con respecto a él, y, ciertamente, parecía normal por completo cuando le encontré a la salida del edificio en donde estaba instalada su empresa. Inmediatamente percibí su aire de profunda melancolía, pero no presté mayor atención al hecho, pues hace tiempo que he observado que los escritores son

propensos a la melancolía. Creo que es algo que va con la profesión. Tal vez sea el constante contacto con los editores.

—Ah, George —dijo, con tono indiferente.

—Gottlieb —exclamé—, cuánto me alegro de verte. Tienes mejor aspecto que nunca —en realidad, es de una fealdad absoluta, como todos los escritores, pero hay que ser cortés—. ¿Has intentado últimamente escribir una novela?

—No. —Y luego, como si de pronto lo hubiera recordado, súbitamente añadió—: ¿Por qué? ¿Estás dispuesto a revelarme ese secreto tuyo con respecto al segundo párrafo?

Me agradó que lo recordara, pues ello suponía otra indicación de que su agudeza mental era la misma de siempre.

—Pero si ya está hecho, mi querido amigo —respondí—. No es necesario que te explique nada; tengo métodos más sutiles que todo eso. No tienes más que irte a casa y sentarte ante la máquina de escribir, y te encontrarás escribiendo como un ángel. Ten la seguridad de que tus dificultades se han terminado y de que las novelas irán fluyendo suavemente de tu máquina de escribir. Escribe dos capítulos y un esquema del resto, y estoy seguro de que cualquier editor al que se lo enseñes lanzará un grito de júbilo y te extenderá un cheque por un sustancioso importe, la mitad del cual será completamente tuya.

—¡Ja! —resopló Gottlieb.

—Palabra —dije, poniéndome la mano sobre el corazón, que, como sabes, es lo bastante grande, figurativamente hablando, como para llenar toda mi cavidad torácica—. De hecho, creo que puedes abandonar tranquilamente ese inmundo trabajo tuyo a fin de que no contamine en absoluto el puro material que brotará ahora de tu máquina de escribir. No tienes más que intentarlo, Gottlieb, y convendrás en que me he ganado sobradamente mi mitad.

—¿Quieres decir que deseas que abandone mi trabajo?

—¡Exactamente!

—No puedo hacerlo.

—Claro que puedes. Vuelve la espalda a ese innoble puesto. Rechaza el embrutecedor trabajo de la publicidad comercial.

—Te digo que no puedo hacerlo. Acaban de despedirme.

—¿Despedirte?

—Sí. Y con tales expresiones de falta de admiración, que no las olvidaré jamás.

Nos volvimos para encaminarnos hacia el pequeño y barato local en donde solíamos almorzar.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

Me lo contó, sombríamente, mientras tomaba un sandwich de pastrami:

—Estaba redactando un anuncio para un ambientador —comenzó—, y me sentía

abrumado por la afectación y el forzado refinamiento. Era todo lo que podíamos hacer para usar la palabra «aroma». De pronto, me entraron deseos de actuar con entera franqueza. Si íbamos a promocionar aquella maldita porquería, ¿por qué no hacerlo bien? Así que en la cabecera de mi remilgado anuncio escribí: *Para que el hedor sea menor*, y al final: *Hará usted una sandez viviendo con fetidez*, y lo hice cursar sin molestarme en consultar con nadie.

»Pero después de haberlo hecho pensé: «¿Por qué no?» Y envié un informe a mi jefe, que al instante sufrió un clamoroso ataque de apoplejía. Me llamó y me dijo no sólo que estaba despedido, sino, además, varias desabridas palabras que estoy seguro que no había aprendido en las rodillas de su madre..., a menos que fuese una madre muy poco común. Así que aquí estoy, sin empleo.

Fruunció el ceño y me dirigió una mirada hostil.

—Supongo que me dirás que esto es obra tuya.

—Claro que sí —respondí—. Has hecho lo que subconscientemente sabías que era lo correcto. Deliberadamente, has hecho que te despidan, para poder dedicar todo tu tiempo a tu verdadero *arte*. Gottlieb, amigo mío, ahora vete a casa. Escribe tu novela y asegúrate de obtener un adelanto de no menos de cien mil dólares. Como no habrá gastos generales, salvo unos cuantos centavos para papel, no tendrás que deducir nada y podrás quedarte con cincuenta mil.

—Estás loco —me dijo.

—Estoy seguro —respondí—, y para demostrarlo, yo pagaré la cuenta.

—Realmente, estás loco —dijo, con tono intimidado, y, en efecto, me dejó pagar la cuenta, aunque hubiera debido comprender que mi oferta era un simple recurso retórico.

Le telefoneé la noche siguiente. Normalmente, habría esperado más tiempo, no habría querido acosarle, pero ahora tenía una inversión financiera en él. El almuerzo me había costado once dólares, y, naturalmente, estaba intranquilo, como podrás comprender.

—Gottlieb —dije—, ¿qué tal va la novela?

—Muy bien —respondió, con tono ausente—. He despachado veinte páginas, y además de calidad.

Sin embargo, no parecía dar importancia a la cosa, como si sus pensamientos se hallaran centrados en otro asunto.

—¿Por qué no estás dando saltos de alegría? —le pregunté.

—¿Por la novela? No seas estúpido. Han llamado Fineberg, Saltzberg y Rosenberg.

—¿Tu empresa..., tu ex empresa de publicidad?

—Sí. No todos ellos, por supuesto, sólo el señor Fineberg. Quiere que vuelva.

—Confío, Gottlieb, en que le habrás dicho exactamente hasta dónde...



Pero Gottlieb me interrumpió.

—Al parecer —dijo—, los fabricantes del ambientador se mostraron entusiasmados con mi anuncio. Querían utilizarlo y encargaron toda una serie de anuncios para la televisión y para las publicaciones impresas, y pretendían que la campaña la organizase el creador del primer anuncio. Decían que lo que yo había hecho era muy audaz y de gran impacto, y que encajaba perfectamente en la década de los ochenta. Decía que se proponían realizar una campaña publicitaria enérgica e intensa, y para eso me necesitaban a mí. Naturalmente, he dicho que lo consideraré.

—Es un error, Gottlieb.

—Les impondría un aumento de sueldo, un aumento sustancioso. No he olvidado las cosas tan crueles que Fineberg me dijo cuando me despidió..., algunas de ellas en yiddish.

—El dinero es basura, Gottlieb.

—Por supuesto, George, pero quiero ver *cuánta* basura está implicada en este asunto.

No me quedé muy preocupado. Sabía el efecto irritante que la tarea de escribir anuncios producía en el alma sensible de Gottlieb, así como lo atractiva que sería la facilidad con que podía escribir una novela. Bastaba esperar y, por acuñar una frase, dejar que la Naturaleza siguiera su curso.

Pero entonces salieron los anuncios del ambientador, y causaron un impacto inmediato en el público. «Es una sandez vivir con fetidez» se convirtió en una frase hecha entre los jóvenes de Norteamérica, y su uso en cada ocasión se convertía en una recomendación del producto.

Me imagino que te acordarás de aquella moda..., claro que sí, pues tengo entendido que figuraba en todas las cartas en que rechazaban tus colaboraciones los periódicos y revistas para los que intentabas escribir, y debes de haberla experimentado muchas veces.

Salieron otros anuncios del mismo tipo, y obtuvieron el mismo éxito.

Y, de pronto, lo comprendí: Azazel se las había arreglado para dar a Gottlieb una estructura mental que le hacía posible complacer al público con lo que escribía, pero, al ser pequeño y de poca categoría, no había sido capaz de afinar su sintonía mental para que el don conferido fuese aplicable únicamente a las novelas. Muy bien podría ser que Azazel ni siquiera supiese lo que era una novela.

Bueno, ¿importaba realmente?

No puedo decir que Gottlieb se sintiese exactamente complacido cuando me encontró a la puerta de su casa, pero no se hallaba tan sumido por completo en la infamia como para no invitarme a entrar. De hecho, comprendí con cierta satisfacción que no podía dejar de invitarme a cenar, aunque trató -yo creo que deliberadamente- de destruir ese placer haciéndome sostener en brazos al pequeño Gottlieb durante un

largo período de tiempo. Fue una experiencia horrible.

Después, a solas en su comedor, le pregunté:

—¿Y cuánta basura ganas, Gottlieb?

Me miró con aire de reproche.

—No lo lloames basura, George. Es poco respetuoso. Admito que cincuenta mil al año sea basura, pero cien mil, más varios extras sumamente satisfactorios, es estatus financiero.

»Es más, pronto fundaré mi propia empresa y me haré multimillonario, nivel en el que el dinero se convierte en virtud..., o poder, que es lo mismo, naturalmente. Con mi poder, por ejemplo, me será posible expulsar del negocio a Finenberg. Eso le enseñará a dirigirse a mí en términos que ningún caballero debe usar con otro. A propósito, George, ¿sabes por casualidad qué significa “shmendrick”?

No podía ayudarle en ese aspecto. Estoy versado en varios idiomas, pero el urdú no es uno de ellos.

—Entonces, te has enriquecido —le dije.

—Y tengo el propósito de enriquecerme más.

—En ese caso, Gottlieb, ¿puedo puntualizar que esto ha sucedido sólo después de que yo accediera a hacerte rico, momento en el que tú, a tu vez, prometiste darme la mitad de tus ganancias?

Gottlieb frunció el ceño.

—¿Accediste? ¿Prometí?

—Admito que se trata de una de esas cosas que se olvidan con mucha facilidad, pero, afortunadamente, todo fue puesto por escrito..., a cambio de servicios prestados..., firmado, escriturado, todas esas cosas. Y da la casualidad de que llevo encima una fotocopia del contrato.

—Ah. ¿Puedo verla, entonces?

—Por supuesto, pero permíteme que te aclare que únicamente se trata de una fotocopia, por lo que si se diera la circunstancia de que, accidentalmente, la rompieras en mil trocitos en tu avidez por examinarla con atención, yo seguiría teniendo el original en mi poder.

—Una medida prudente, George, pero no temas. Si todo es como tú dices, no te verás privado ni de un solo centavo que te corresponda. Yo soy un hombre de principios y cumplo todos los pactos al pie de la letra.

Le entregué la fotocopia, y la examinó con detenimiento.

—Ah, sí —dijo—. Recuerdo. Naturalmente. Sólo hay un pequeño detalle...

—¿Qué? —pregunté.

—Bueno, aquí, en este papel, se habla de mis ganancias como novelista. Yo no soy un novelista, George.

—Querías serlo, y lo puedes ser en cuanto te sientes ante la máquina de escribir.

—Pero ya no quiero serlo, George, y no espero sentarme ante la máquina de escribir.

—Pero las grandes novelas significarán fama inmortal. ¿Qué pueden reportarte tus estúpidos eslóganes?

—Montones y montones de dinero, George, más una gran empresa que será mía y que dará trabajo a muchos desdichados redactores de anuncios cuyas vidas dependerán por entero de mí. ¿Tuvo Tolstoi alguna vez eso? ¿Lo tiene Del Rey?

Yo no podía dar crédito a lo que oía.

—Y, después de lo que he hecho por ti, ¿no me darás ni un mísero centavo, simplemente por una sola palabra de nuestro solemne contrato?

—¿Has probado tú alguna vez a escribir, George? Porque yo mismo no podría haber expresado con palabras más clara y sucintamente la situación. Mis principios me supeditan a la letra del contrato, y yo soy un hombre de principios.

Su postura se mantenía inalterable, y comprendí que de nada serviría sacar a colación la cuestión de los once dólares que yo había gastado en nuestra última comida juntos. Por no decir nada de los veinticinco centavos de propina.

George se puso en pie y se marchó en un estado tal de histriónica desesperación, que no me atreví a sugerirle que primero pagase la mitad que le correspondía de las bebidas. Pedí la cuenta y observé que ascendía a veintidós dólares.

Admiré la escrupulosa aritmética de George para resarcirse, y me sentí obligado a dejar cincuenta centavos de propina.

## El mal que hace la bebida (1984)

---

“The Evil Drink Does”

—Sería difícil evaluar el mal que hace la bebida —dijo George, con un suspiro fuertemente alcohólico.

—No, si fueses abstemio —repuse.

Me miró fijamente, con una expresión mezcla de reproche y de indignación en sus claros ojos azules.

—¿Cuándo no lo he sido? —preguntó.

—Desde que naciste —respondí; luego, comprendiendo que estaba siendo injusto con él, me apresuré a rectificar—. Desde que te destetaron.

—Supongo —dijo George—, que ése es uno de tus ineficaces intentos de humorismo.

Y, con aire totalmente abstraído, se llevó mi bebida a los labios, tomó un sorbo y la volvió a dejar sobre la mesa, sujetándola con garra de hierro.

Lo dejé pasar. Quitarle una bebida a George era algo muy similar a quitarle un hueso a un bulldog hambriento.

—Al formular mi observación —dijo, estaba pensando en una joven por la que me sentía muy interesado, de forma puramente paternal, y que se llamaba Ishtar Mistik.

—Un nombre poco corriente —comenté.

—Pero apropiado, pues Ishtar es el nombre de la diosa babilónica del amor, y una verdadera diosa del amor es lo que era Ishtar Mistik..., en potencia al menos.

Ishtar Mistik (dijo George) era lo que se dice un hermoso ejemplar de mujer si uno tuviera una tendencia congénita a las descripciones incompletas. Su rostro era bello en el sentido clásico, con la perfección impresa en cada uno de sus rasgos, y se hallaba coronado por una aureola de dorados cabellos, tan delicados y rutilantes que semejaban un halo. Su cuerpo sólo podría ser descrito como afrodisíaco: ondulante y hermoso, una combinación de firmeza y ductilidad encerrada en una suave perfección.

Tu sucia mente tal vez induzca a preguntarte cómo es que conozco también la cualidad táctil de sus encantos, pero te aseguro que se trata de una valoración a distancia que yo puedo realizar gracias a mi experiencia general en tales cuestiones, y no por ninguna observación directa en este caso concreto.

Completamente vestida, componía una imagen más espléndida que ninguna de las que suelen presentar las revistas dedicadas a este tipo de artísticas perspectivas. Una cintura estrecha, coronada y cimentada por una doble suculencia que no podrías imaginar sin haberla visto; piernas largas, brazos airosos, movimientos embelesadores.

Y a pesar de que difícilmente podría pedirse más a semejante perfección física, Ishtar tenía además una mente aguda y flexible, había terminado sus estudios en la Universidad de Columbia con un *magna curti laude...*, aunque cabe suponer que el profesor universitario medio, al otorgar la licenciatura a Ishtar Mistik, podría sentirse inclinado a concederle el beneficio de la duda. Como tú también eres profesor, mi querido amigo -y lo digo sin ánimo de herir tus sentimientos-, no puedo por menos de tener una paupérrima opinión de la profesión en general.

Con todo esto, uno habría pensado que Ishtar tendría muchos hombres entre los que elegir e, incluso, que podría ir renovando su elección cada día. De hecho, yo había pensado alguna que otra vez que si llegara a elegirme a mí, me esforzaría por hacer frente al desafío, llevado de mi caballerosa consideración hacia el bello sexo, pero debo reconocer que no me atrevía a ponérselo de manifiesto.

Pues si Ishtar tenía un pequeño defecto, éste consistía en que ella resultaba una criatura un tanto intimidante. Su estatura rebasaba el metro ochenta, poseía una voz que, cuando se conmovía, parecía más bien un toque de trompeta, y se sabía que en cierta ocasión se había vuelto contra un individuo bastante corpulento que, incautamente, había intentado tomarse ciertas libertades con ella, levantándole en el aire y arrojándole al otro lado de la carretera, bastante ancha, hasta hacerle chocar contra una farola. El hombre pasó seis meses en el hospital.

La población masculina mostraba una cierta renuencia a entablar relaciones con ella, ni aun del tipo más respetuoso. El innegable impulso que se sentía, siempre resultaba abortado por una larga reflexión acerca de si en realidad no había riesgos físicos al intentarlo. Incluso yo mismo -por otra parte, valiente como un león, como sabes que soy-, me encontré pensando en la posibilidad de acabar con varios huesos rotos. Así, por acuñar una frase, la conciencia nos hace cobardes a todos.

Ishtar estaba al corriente de la situación, y una vez se lamentó amargamente de ella conmigo. Recuerdo muy bien la ocasión: era un magnífico día de primavera, y nos hallábamos sentados en un banco de Central Park. Recuerdo que en aquella ocasión no menos de tres hombres que hacían deporte por el parque no tomaron bien una curva al volverse para mirar a Ishtar y terminaron dándose de narices contra un árbol.

—Es probable que permanezca virgen toda mi vida —dijo, mientras le temblaba su deliciosamente curvado labio inferior—. Nadie parece interesarse en mí, nadie en absoluto. Y pronto cumpliré veinticinco años.

—Verás..., querida —dije, alargando con cierta cautela la mano para darle unas palmaditas en la suya—, debes comprender que los jóvenes se sienten atemorizados ante tu perfección física y no se consideran dignos de ti.

—Eso es ridículo —exclamó ella, con voz lo suficientemente fuerte como para que varios lejanos transeúntes se volvieran inquisitivamente en nuestra dirección—.

Lo que estás tratando de decir es que se asustan de mí. Hay algo en la forma en que esos imbéciles me miran cuando somos presentados, y se frotran los nudillos cuando nos damos la mano, que me indica que no sucederá nada. Se limitan a decir «encantado de conocerte» y se alejan rápidamente.

—Tienes que darle ánimos, mi querida Ishtar. Debes considerar al hombre como una frágil flor que sólo puede florecer adecuadamente bajo el cálido sol de tu sonrisa. De alguna manera debes darle a entender que eres receptiva a sus avances y abstenerte de todo intento de agarrarle por el cuello de la chaqueta y el fondo de los pantalones y estrellarle la cabeza contra la pared.

—Nunca he hecho eso —exclamó, indignada—. Bueno, casi nunca. ¿Y cómo diablos esperas que indique que soy receptiva? Ya sonrío y digo: «¿Cómo estás?», y siempre comento: «Hace un día espléndido», aunque no lo haga.

—No es suficiente, querida. Debes coger el brazo de un hombre y ponerlo suavemente bajo el tuyo. Podrías pellizcarle la mejilla, acariciarle el pelo, mordisquearle delicadamente las puntas de los dedos. Pequeñas cosas como éstas evidencian un interés, cierta disposición por tu parte a entregarte a besos y abrazos amistosos.

Ishtar pareció horrorizada.

—Yo no podría hacer eso. Sencillamente, no podría. He recibido una educación muy rigurosa. Me es imposible comportarme de ninguna manera que no sea la forma más correcta. Debe ser el hombre quien tome la iniciativa, y aun en ese caso, debo frenarle tan enérgicamente como pueda. Mi madre siempre me enseñó eso.

—Pero, Ishtar, hazlo cuando tu madre no esté mirando.

—No podría. Soy demasiado..., demasiado inhibida. ¿Por qué no puede un hombre simplemente..., simplemente venir a mí?

Se ruborizó a consecuencia de algún pensamiento que debió de cruzar su mente al pronunciar aquellas palabras, y se llevó al corazón su grande pero perfectamente moldeada mano. (Vagamente me pregunté si sabía lo privilegiada que era su mano en esos momentos.)

Creo que fue la palabra «inhibida» lo que me dio la idea.

—Ishtar, hija mía —le dije—, ya lo tengo. Debes tomar bebidas alcohólicas. Algunas tienen un sabor muy agradable y producen un saludable efecto vigorizante. Si invitases a un joven a tomar contigo varios saltamontes, o margaritas, o cualquiera de una docena de bebidas que podría mencionar, te encontrarías con que tus inhibiciones disminuían rápidamente, y también las de él. Se atrevería a hacerte proposiciones que ningún caballero debería hacer a una dama, y tú, por tu parte, le soltarías una risita y le sugerirías una visita a un hotel que tú conoces y donde no te encontraría tu madre.

Ishtar suspiró y dijo:

—Eso sería maravilloso, pero no daría resultado.

—Ya lo creo que sí. Casi cualquier hombre estaría encantado de tomar una copa contigo. Si vacila, ofrécete a pagar tu misma la cuenta. Ningún hombre que valga algo rechazaría una copa cuando una dama se ofrece a...

—No es eso —me interrumpió—. El problema está en mí. Yo no puedo beber. Jamás había oído nada semejante.

—Basta con que abras la boca, querida...

—Ya lo sé. Puedo *beber*..., o sea, tragar el líquido. La cuestión es el efecto que me produce. Me deja completamente aturdida.

—Pues no bebas tanto...

—Una sola copa me aturde, salvo cuando me marea y vomito. Lo he intentado montones de veces, y, sencillamente, no puedo tomar más de una copa, y una vez que las he tomado, en realidad ya no estoy de humor para..., ya sabes. Yo creo que es un defecto de mi metabolismo, pero mi madre dice que es un don del cielo destinado a conservarme virtuosa frente a las argucias de hombres perversos que tratarían de privarme de mi pureza.

Debo confesar que me quedé casi sin habla ante la idea de alguien que encontrara realmente algún mérito en la incapacidad para gozar de los placeres de la uva. Sin embargo, el pensamiento de semejante perversión robusteció mi audacia y me situó en un estado tal de indiferencia al peligro que apreté con fuerza el mórbido brazo de Ishtar y dije:

—Hija mía, déjame a mí. Yo lo arreglaré todo.

Sabía exactamente lo que tenía que hacer.

Sin duda, nunca te he hablado de mi amigo Azazel, ya que sobre este punto soy de una discreción absoluta..., veo que vas a asegurar que le conoces, y, teniendo en cuenta tu conocido historial de violador de la verdad —si puedo decirlo sin ánimo de turbarte—, no me sorprende.

Azazel es un demonio dotado de poderes mágicos. Un *pequeño* demonio. De hecho, sólo tiene dos centímetros de estatura. No obstante, eso es bueno, porque le hace sentirse ansioso por demostrar su valía y capacidad a alguien como yo, a quien se complace en considerar un ser inferior.

Como siempre, respondió a mi llamada, aunque es inútil que esperes que te dé detalles del método que utilizo para obtener su presencia. Controlarle, sería una tarea superior a las posibilidades de tu encanijado cerebro, dicho sea sin ánimo de ofender.

Llegó bastante malhumorado. Al parecer, estaba contemplando alguna clase de acontecimiento deportivo en el que había apostado cerca de cien mil zakinis, y parecía un poco contrariado por no poder presenciar el resultado. Yo le indiqué que el dinero no era más que basura y que él había sido puesto en este Universo para ayudar a inteligencias que lo necesitasen y no para acumular despreciables zakinis, que, de

todos modos, perdería en la próxima apuesta, aunque los ganase ahora, lo cual era dudoso.

En un principio, estos razonables e incontrovertibles argumentos no contribuyeron en absoluto a calmar a la miserable criatura, cuya característica predominante es una tendencia un tanto desagradable hacia el egoísmo, de modo que le ofrecí una moneda de veinticinco centavos. Tengo entendido que el aluminio es el medio de cambio utilizado en su mundo, y, si bien no es mi intención inducirle a esperar una compensación material por la insignificante ayuda que podría dispensarme, deduje que los veinticinco centavos eran para él algo más de cien zakinis, ya que reconoció noblemente que mis preocupaciones eran más importantes que las suyas. Como yo digo siempre: la fuerza de la razón no puede por menos de acabar por imponerse.

Le expliqué el problema de Ishtar, y Azazel dijo:

—Por una vez, me planteas un problema razonable.

—Naturalmente— respondí—. Al fin y al cabo, como sabes, no soy un hombre irrazonable. Sólo necesito salirme con la mía para sentirme satisfecho.

—Sí —dijo Azazel—, Tu miserable especie no metaboliza eficientemente el alcohol, por lo que se acumula en la corriente sanguínea productos intermedios que producen varios desagradables síntomas asociados con la intoxicación..., palabra que, apropiadamente, se deriva, según me indican mis estudios de vuestros diccionarios, de los vocablos griegos que significan «veneno interior»

Solté una risita. En la actualidad, los griegos, como sabes, mezclan el vino con resina, y los antiguos griegos lo mezclaban con agua. No es extraño que hablasen de «veneno interior» cuando habían envenenado el vino antes de beberlo.

Azazel continuó:

—Bastará con ajustar apropiadamente las enzimas para que ella metabolice de modo rápido y certero el alcohol hasta la fase del fragmento de dos carbonos, que es la encrucijada metabólica para la grasa, el carbohidrato y el metabolismo proteínico, y entonces no habrá absolutamente ninguna muestra de intoxicación. Así, el alcohol se convertirá para ella en un saludable alimento.

—Necesitamos *algo* de intoxicación, Azazel; lo suficiente como para que se produzca una sana indiferencia con respecto a las necias estructuras aprendidas en las rodillas maternas.

Pareció comprenderme en seguida.

—Ah, sí; sé cómo son las madres. Recuerdo que mi tercera madre me decía: «Azazel, nunca debes cerrar tus membranas nictitantes delante de una joven maloba», y cómo puede uno...

Volví a interrumpirle.

—¿Puedes arreglar las cosas para que se dé una pequeña acumulación de



productos intermedios, a fin de que se produzca sólo un poco de alegría?

—Sin ninguna dificultad —respondió Azazel, y con una repulsiva muestra de codicia, acarició la moneda que yo le había dado, la cual, puesta de canto, era más alta que él.

No tuve oportunidad de poner a prueba a Ishtar hasta más o menos una semana después. Fue en el bar de un hotel del barrio comercial de la ciudad, donde ella iluminaba el establecimiento hasta el punto de que varios clientes se pusieron gafas oscuras para mirarla.

Ella soltó una risita.

—¿Qué estamos haciendo aquí? *Sabes* que no puedo beber.

—Pero esto no será nada fuerte, querida. Es sólo zumo de menta. Te gustará.

Previamente me había puesto de acuerdo con el camarero, y le hice una seña para que sirviese un saltamontes.

Ella lo sorbió delicadamente y dijo:

—Oh, está bueno.

Luego, se recostó y lo dejó resbalar por la garganta con abandono. Se pasó la punta de su hermosa lengua por sus igualmente hermosos labios y dijo:

—¿Puedo tomar otro?

—Desde luego —respondí alegremente—. Bueno, lo podrías tomar si no fuese por él hecho de que, estúpidamente, he olvidado la cartera...

—Oh, yo pagaré. Tengo *montones* de dinero.

Siempre he dicho que una mujer hermosa nunca está a tanta altura como cuando se agacha para sacar una cartera del bolso que tiene entre los pies.

En esas circunstancias, bebimos abundantemente; por lo menos ella. Tomó otro saltamontes, luego un vodka, a continuación un whisky doble con soda y varias otras cosas, y después de haber bebido todo, no mostraba absolutamente ninguna señal de intoxicación, aunque su atractiva sonrisa era más intoxicadora que nada de cuanto había ingerido.

—Me siento cálida y pictórica —dijo—, y *dispuesta*, ya sabes lo que quiero decir. Creía saberlo, pero no quería apresurarme a sacar conclusiones.

—Me parece que no le gustaría a tu madre. (Poniéndola a prueba.)

—¿Qué sabe mi madre de ello? —exclamó—. ¡Nadal ¿Y qué *va* a saber? Nada.

Me miró especulativamente y, luego, se inclinó, cogió mi mano y se la llevó a sus perfectos labios.

—¿Adonde podemos ir? —dijo.

Bueno, amigo mío, creo que ya sabes lo que pienso sobre este aspecto. No es probable que yo rechace a una dama joven que con anhelante cortesía me pide un sencillo favor. Se me ha educado para portarme siempre como un caballero. Sin embargo, en *esta* ocasión, se me ocurrieron varias cosas.

En primer lugar, aunque te cueste creerlo, he rebasado ligeramente -sólo ligeramente- mis mejores tiempos, y una mujer tan joven y tan fuerte como Ishtar podría tardar algún tiempo en satisfacerse, ya sabes lo que quiero decir. En segundo lugar, si después recordaba lo sucedido y decidía sentirse ofendida y considerar que yo me había aprovechado de ella, las consecuencias podrían ser harto desagradables. Ella era una criatura impulsiva, y podría romper un puñado de huesos antes de que yo tuviera oportunidad de explicarme.

Así, pues, sugerí que fuéramos andando a mi apartamento, y tomé el camino más largo. El aire fresco de la noche despejó su cabeza, y me vi a salvo.

Otros no se vieron a salvo. Más de un joven vino a hablarme de Ishtar, pues, como sabes, hay algo en la afable dignidad de mi porte que invita a la confianza. Desgraciadamente, eso nunca sucedía en un bar, pues los hombres en cuestión parecían rehuir los bares, al menos por algún tiempo. Por lo general, habían intentado beber lo mismo que Ishtar -durante un rato-, con resultados desdichados.

—Estoy completamente seguro —decía uno de ellos— de que tenía un tubo oculto que iba desde la comisura de sus labios hasta un barril colocado bajo la mesa. No obstante, si crees que *eso* era algo, tenías que haber estado allí después.

El pobre hombre estaba macilento por el horror de la experiencia. Trató de explicármelo, pero sus palabras resultaban casi incoherentes.

—Las *exigencias* —repetía una y otra vez—. ¡Insaciable! ¡Insaciable!

Me alegré de haber tenido el buen sentido de evitar algo a lo que algunos hombres en la flor de su juventud apenas si habían logrado sobrevivir.

Como comprenderás, por ese entonces, no solía ver mucho a Ishtar. Ella se encontraba muy ocupada..., pero me daba cuenta de que estaba consumiendo a un ritmo vertiginoso las existencias de hombres núbiles. Tarde o temprano tendría que ampliar su radio de acción. Fue temprano.

Se reunió conmigo una mañana, cuando se disponía a salir para el aeropuerto. Estaba más *zaftig* que nunca, más neumática, más impresionante en todas las medidas posibles. Nada de lo que había pasado parecía haberla afectado, excepto para más y mejor.

Sacó su botella del bolso.

—Ron —dijo—. Es lo que beben en el Caribe, y es una bebida suave y agradable.

—¿Te vas al Caribe, querida?

—Oh, sí, y a otros sitios. Los hombres de aquí parecen tener poca resistencia y espíritu débil. Me siento muy decepcionada de ellos, aunque ha habido momentos muy excitantes. Te estoy muy agradecida, George, por haberlo hecho posible. Parece que todo empezó cuando me ofreciste aquel zumo de menta. Pienso que no está bien que tú y yo no hayamos...

—Tonterías, querida. Yo trabajo para la Humanidad. Nunca pienso en mí.

Me dio un beso en la mejilla que quemaba como ácido sulfúrico, y se fue. Me enjuagué la frente con gran alivio; no obstante, me halagaba el hecho de que, por una vez, mi petición a Azazel hubiera dado lugar a algo que había terminado felizmente, pues Ishtar, que, por herencia, era rica y por lo tanto independiente, ahora podía entregarse indefinidamente y sin daño a sus sencillos entusiasmos por los placeres alcohólicos y masculinos.

Eso creía yo, al menos.

No volví a tener noticias de ella hasta que hubo transcurrido más de un año. Había regresado a la ciudad, y me telefoneó. Tardé un rato en darme cuenta de quién era. Se encontraba histérica.

—Mi vida está acabada —me gritó—. Ni siquiera mi madre me quiere ya. No puedo comprender cómo ha sucedido, pero estoy segura de que tú tienes la culpa. Si no me hubieras ofrecido aquel zumo de menta, sé que nada de esto habría ocurrido jamás.

—Pero, ¿qué ha sucedido, querida? —pregunté con voz trémula. Una Ishtar que estuviese furiosa conmigo no sería una Ishtar a la que uno pudiera acercarse sin peligro.

—Ven aquí. Te lo enseñaré.

Mi curiosidad algún día será mi perdición. Aquel día estuvo a punto de serlo. No pude resistir el impulso de ir a su mansión, situada en las afueras de la ciudad. Prudentemente, dejé detrás de mí abierta la puerta principal. Cuando ella se me acercó, empuñando un cuchillo de carnicero, di media vuelta y huí a una velocidad de la que me habría sentido orgullo en mis años mozos. Afortunadamente, no se hallaba en condiciones de seguirme, dado su estado.

Volvió a marcharse de la ciudad poco después y, que yo sepa, desde entonces no ha regresado. Vivo con el constante temor de que regrese algún día. Las Ishtar Mistiks de este mundo no olvidan.

George parecía pensar que había llegado al final de la historia.

—Pero, ¿qué ocurrió? —pregunté.

—¿No lo comprendes? Su química corporal había sido regulada para convertir, de manera muy eficiente, el alcohol en el fragmento de dos carbonos que era la encrucijada del carbohidrato, la grasa y el metabolismo proteínico. El alcohol era para ella un saludable alimento. Bebía como una esponja de un metro ochenta..., increíblemente, y todo descendía a lo largo de la cadena metabólica hasta el fragmento de dos carbonos, y desde allí, ascendía por la cadena metabólica hasta la grasa. En una palabra, había engordado; en dos palabras, se había vuelto repulsivamente obesa. Toda su espléndida belleza se había dilatado y estallado en capa tras capa de sebo.

George meneó la cabeza, con una mezcla de horror y pesadumbre; luego, dijo:

—Sería difícil evaluar el mal que hace la bebida.

## Tiempo para escribir (1984)

---

“Writing Time”

—En una ocasión conocí a alguien que era un poco como tú —dijo George.

Nos hallábamos sentados a una mesa, junto a la ventana del pequeño restaurante en donde almorzábamos, y George estaba mirando pensativamente al exterior.

—Es sorprendente —comenté—. Yo habría pensado que era único.

—Así es —dijo George—. El hombre al que me refiero tan sólo era *un poco* como tú. Por tu capacidad para garrapatear páginas y páginas sin que en ello intervenga para nada el cerebro, realmente eres un caso único.

—La verdad —dije— es que utilizo un procesador de textos.

—Uso la palabra «garrapatear» —replicó altivamente George— en lo que un verdadero escritor entendería como sentido metafórico. —Dejó por unos momentos de tomar su batido de chocolate para suspirar dramáticamente.

Conocía la señal.

—Vas a contarme una de tus fantasías acerca de Azazel, ¿verdad, George?

Me lanzó una mirada desdeñosa.

—Tú has estado dejando volar tu fantasía durante tanto tiempo y tan fláccidamente que no conoces el sonido de la verdad cuando la oyes. Pero no importa. Es una historia demasiado triste para contártela.

—Salvo que vas a contármela de todos modos, ¿no?

George suspiró de nuevo.

Esa parada de autobús (dijo George) me recuerda a Mordecai Sims, que se ganaba la vida modestamente produciendo resmas y resmas de abigarrada literatura. No tantas como tú, desde luego, ni tan horrible, que es por lo único que se te parece un poco. Para hacerle justicia, yo de vez en cuando leía algo de lo que escribía y lo encontraba bastante pasable. Sin ánimo de herir tus sentimientos, tú nunca has alcanzado ese nivel..., al menos, según lo que tengo oído, pues nunca he caído tan bajo como para leerte personalmente.

Mordecai se diferenciaba de ti en otro aspecto: era terriblemente impaciente. Mírate en aquel espejo, suponiendo que no tengas inconveniente en que se te haga presente el aspecto que ofreces, y observa cómo estás sentado descuidadamente, con un brazo sobre el respaldo de la silla y el resto del cuerpo despreocupadamente derrumbado. Al verte, uno nunca pensaría que albergases la más mínima inquietud por el hecho de si acabarás produciendo tu cupo diario de papel mecanografiado de cualquier manera.

Mordecai no era así. Siempre tenía conciencia de sus plazos de entrega, que se hallaba en perpetuo peligro de no poder cumplir.

En aquellos tiempos, yo solía almorzar regularmente con él todos los martes, y

Mordecai propendía a hacer de ello una experiencia horrible con su parloteo. “Tengo que poner esta obra en el correo mañana por la mañana, a más tardar —decía—, y antes tengo que revisar otra, y no dispongo de tiempo. ¿Dónde diablos está esa cuenta? ¿Por qué no aparece el camarero? ¿Qué están haciendo en la cocina? ¿Celebrar campeonatos de natación en la salsa?”

Siempre se sentía particularmente impaciente con respecto a la cuenta, y yo temía que pudiera marcharse, dejándome a mí la tarea de liquidarla. Para ser justos, he de hacer constar que jamás sucedió tal cosa; no obstante, el pensamiento de que podría ocurrir, solía echarme a perder el almuerzo.

Pero mira esa parada de autobús. Llevo quince minutos fijándome en ella. Observarás que no ha llegado ningún autobús y que es un día ventoso con un frío casi invernal ya en el aire. Lo que vemos son cuellos de chaqueta levantados, manos metidas en los bolsillos, narices enrojecidas o azuladas, pies que golpean el suelo para entrar en calor. Sin embargo, no observarás ninguna rebelión en las colas, ningún puño alzado coléricamente hacia el cielo. Todos los que esperan ahí han sido reducidos a la pasividad por la injusticia de la vida.

No era ése el caso de Mordecai Sims. Si él se encontrase en esa cola del autobús, estaría precipitándose continuamente a la carretera para otear el horizonte lejano en busca de algún indicio de un vehículo; estaría gruñendo, rezongando y agitando los brazos; estaría instigando a realizar una marcha masiva sobre el Ayuntamiento. En resumen, estaría vaciando de adrenalina sus glándulas suprarrenales.

Muchas veces se dirigía a mí con sus quejas, atraído, como les suele ocurrir a numerosas personas, por mi sosegado aire de competencia y comprensión.

—Yo soy un hombre ocupado —decía rápidamente. Siempre hablaba rápidamente—. Es una vergüenza, un escándalo y un crimen la forma en que el mundo conspira contra mí. El otro día tuve que ir a un hospital para someterme a varios análisis rutinarios..., sólo Dios sabe por qué, salvo que mi médico, neciamente, piensa que tiene que ganarse la vida; y se me dijo que fuera a las 9:40 de la mañana a tal y tal mostrador.

»Llegué a las 9:40 en punto, naturalmente, y en el mostrador en cuestión había un letrero que decía: “Abierto desde las 9:30 horas”. Eso es lo que decía, George, en perfecto inglés y con todas las letras. Sin embargo, detrás del mostrador no había nadie. Consulté mi reloj y pregunté a un individuo de aire lo bastante patibulario como para ser ayudante de hospital:

»—¿Dónde se encuentra el abominable villano que debería estar detrás de ese mostrador?

»—No ha llegado aún —respondió el bastardo bellaco.

»—Aquí dice que esto abre a las 9:30.

»—Supongo que tarde o temprano alguien vendrá —dijo, con depravada

indiferencia.

»Después de todo, era un hospital. Me podría estar muriendo. ¿Le importaba a alguien? ¡No! Yo tenía un plazo límite para la entrega de un importante artículo, al que había dedicado esfuerzos agotadores y con el que ganaría dinero suficiente para pagar la factura de mi médico (suponiendo que no tuviese nada mejor en que gastarlo, lo cual no era probable). ¿Le importaba a alguien? ¡No! Sólo a las 10:04 apareció alguien, y cuando me precipité al mostrador, el tipo me miró altivamente y dijo: “Tendrá que esperar su turno”.

Mordecai estaba lleno de historias como ésa; de baterías de ascensores, todos y cada uno de los cuales subían lentamente mientras él esperaba en el vestíbulo; de personas que almorzaban de doce a una y media y comenzaban el miércoles sus fines de semana de cuatro días siempre que él necesitaba consultarlas.

—No entiendo por qué alguien se molestó en inventar el tiempo, George —decía—. Es sólo un instrumento para hacer posible la formación de nuevos métodos de despilfarro. ¿Te das cuenta de que si pudiera convertir en tiempo para escribir las horas que debo pasar esperando por conveniencia de diversos e insolentes bergantes, podría incrementar mi rendimiento entre un diez y un veinte por ciento? ¿Te das cuenta, además, de que, pese a la criminal tacañería de los editores, eso significaría un correlativo aumento de mis ingresos...? ¿Dónde está mi maldita cuenta?

No pude por menos de pensar que sería una buena acción ayudarle a aumentar sus ingresos, ya que él tenía por costumbre elegir locales sumamente distinguidos en donde cenar, y eso me confortaba el corazón. No, no como éste, amigo mío. Tu gusto queda muy por debajo de lo que debería ser, como, tengo entendido, puede decirse también de lo que escribes.

En consecuencia, puse en marcha mi poderosa mente para encontrar alguna forma de ayudarle.

No pensé inmediatamente en *Azazel*. Por entonces, aún no me había acostumbrado a él; al fin y al cabo, un demonio de dos centímetros de estatura se sale un poco de lo corriente.

No obstante, finalmente se me ocurrió que tal vez *Azazel* podría hacer algo para darle a alguien más tiempo para escribir. No parecía probable, y quizá sólo le estuviera haciendo perder el tiempo, pero, ¿qué es el tiempo para una criatura ultraterrena?

Di curso a la necesaria rutina de antiguos ensalmos y conjuros para llamarle, desde dondequiera que venga, y llegó dormido. Tenía cerrados los diminutos ojos y emitía un agudo zumbido, que ascendía y descendía de forma irregular y desagradable. Podría haber sido el equivalente de un ronquido humano.

Yo no estaba seguro de cómo debía despertarle, al final decidí dejarle caer una gota de agua sobre el estómago. Tenía un abdomen perfectamente esférico, ¿sabes?,

como si se hubiera tragado una canica. No tengo la más mínima idea de si eso es lo normal en su mundo; sin embargo, una vez que se lo mencioné, quiso saber qué era una canica, y cuando se lo expliqué, amenazó con zapumiclarme. Yo no sabía lo que quería decir, pero por el tono de su voz deduje que se trataba de algo desagradable.

La gota de agua le despertó y se mostró absurdamente irritado. Se puso a hablar de que había estado a punto de ahogarse y entró en tediosos detalles con respecto al método adecuado para despertar a alguien en su mundo. Era algo acerca de danzas, pétalos de flores, dulces instrumentos musicales y la caricia de los dedos de seductoras doncellas danzantes. Yo le dije que en nuestro mundo nos limitábamos a dirigirnos unos a otros los chorros de sendas mangas de riego, y él formuló alguna observación sobre salvajes ignorantes; por último, se calmó lo suficiente como para permitirme que le hablara de cosas serias.

Le expliqué la situación y pensé que, sin más historia, diría unas cuantas palabras en jerga y eso sería todo.

No hizo tal cosa. En su lugar, me miró gravemente y dijo:

—Me estás pidiendo que interfiera en el funcionamiento de las leyes de la probabilidad.

Me agradó que se hubiera hecho cargo de la situación.

—Exactamente —respondí.

—Pero eso no es fácil —dijo.

—Claro que no —repose—. ¿Te pediría que lo hicieses si fuese fácil? En ese caso lo haría yo mismo. Sólo cuando no es fácil tengo que recurrir a alguien tan grandiosamente superior como tú.

Nauseabundo, desde luego, pero esencial cuando se trata con un demonio que es tan sensible con respecto a su estatura como en lo que tiene que ver con la redondez de su vientre.

Pareció complacido con mi lógica y dijo:

—Bueno, no he dicho que sea *imposible*.

—Excelente.

—Sería preciso realizar un ajuste del continuo de Jinwhipper de tu mundo.

—Exactamente. Me has quitado las palabras de la boca.

—Lo que tendré que hacer es introducir unos cuantos nódulos en la interconexión del continuo con tu amigo, el de los plazos límite. A propósito, ¿qué son los plazos límite?

Traté de explicárselo, y él dijo, con un leve suspiro:

—Ah, sí, nosotros tenemos cosas de éstas en nuestras demostraciones, más etéreas, de afecto. Si te permites pasar un límite, las encantadoras criaturas no te dejarán conocer el final. Recuerdo una vez...

No obstante, te ahorraré los sórdidos detalles de su insignificante vida sexual.



—La cuestión es —dijo finalmente— que, una vez que introduzca los nódulos, ya no podré deshacerlos.

—¿Por qué no?

Con rebuscada despreocupación, Azazel dijo:

—Me temo que es teóricamente imposible.

No le creí. Era sólo que aquel miserable incompetente no sabía cómo hacerlo. Sin embargo, como era lo bastante competente como para hacerme la vida imposible, no le comuniqué que me había dado cuenta de su ineptitud, sino que me limité a decir:

—No será necesario. Mordecai está deseoso de encontrar más tiempo para escribir, y una vez que lo tenga, quedará definitivamente satisfecho.

—En ese caso, lo haré.

Estuvo realizando pases con las manos durante largo rato. Parecían los ademanes que haría cualquier mago, salvo que sus manos daban la impresión de vibrar y volverse invisibles de vez en cuando, a intervalos más o menos largos. Claro que sus manos eran tan pequeñas que resultaba difícil decir si eran o no visibles en circunstancias normales.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, pero Azazel meneó la cabeza, y sus labios se movieron como si estuviera contando.

Luego, aparentemente agotado, se tendió sobre la mesa y jadeó.

—¿Ya está? —pregunté.

Asintió con la cabeza y dijo:

—Espero que comprendas que he tenido que deducir su coeficiente de entropía más o menos de manera permanente.

—¿Qué significa eso?

—Significa que las cosas serán un poco más ordenadas a su alrededor de lo que uno sospecharía.

—No hay nada malo en ser ordenado —dije. (Quizá no lo creas, amigo mío, pero siempre he sido partidario del orden. Llevo una minuciosa lista de cada centavo que te debo. Los detalles figuran en innumerables trozos de papel esparcidos aquí y allá en mi apartamento. Puedes tenerlos cuando quieras.)

—Claro que no hay nada malo en ser ordenado —dijo Azazel—. Lo único es que en realidad no se puede infringir la segunda ley de la termodinámica. Eso supone que, para restaurar el equilibrio, en otra parte las cosas serán un poco menos ordenadas.

—¿En qué aspecto? —pregunté, comprobando mi cremallera. (La precaución nunca está de más.)

—En varios, la mayoría imperceptibles. Yo he dispersado el efecto por todo el sistema solar, así que habrá unas cuantas colisiones de asteroides más de las que se habrían producido normalmente, unas cuantas erupciones más en lo, etcétera. Sobre todo, el Sol se verá afectado.

—¿Cómo?

—Yo calculo que su calor aumentará lo suficiente como para hacer imposible la vida sobre la Tierra unos dos millones y medio de años antes que si yo no hubiera introducido los nódulos en el continuo.

Me encogí de hombros. ¿Qué son unos pocos millones de años cuando se trata de que alguien recoja las cuentas de mis almuerzos con esa alegre disposición tan agradable de ver?

Pasó como una semana antes de que volviera a almorzar con Mordecai. Parecía bastante excitado mientras dejaba su abrigo en el guardarropa, y cuando llegó a la mesa en donde yo le esperaba pacientemente con mi ropa, me dirigió una radiante sonrisa.

—He tenido una semana extraordinaria, George —dijo.

Levantó la mano sin mirar y no pareció en absoluto sorprendido cuando le pusieron delante la carta. Y fíjate que se trataba de un restaurante en el que los camareros, gente altiva e imperiosa, no entregaban la carta sin una solicitud por triplicado que hubiera sido visada por el gerente.

—Todo ha ido como la seda, George —dijo Mordecai.

Contuve una sonrisa.

—¿De veras?

—Cuando entro en el Banco, hay una ventanilla libre y un sonriente cajero en ella. Cuando voy a la oficina de Correos, hay una ventanilla libre y..., bueno, supongo que no se puede esperar que un empleado de Correos sonría, pero, al menos, me certificó una carta sin soltar apenas ningún gruñido. Los autobuses se acercan en cuanto yo llego, y ayer no hice más que levantar la mano en la hora punta, cuando un taxi torció hacia mí y se detuvo a mi lado. Y además era uno de los taxis escaqueados. Cuando le pedí que me llevara al cruce de la Quinta y Cuarenta y Nueve, lo hizo con evidentes señales de conocer la situación de las calles de la ciudad. Incluso hablaba inglés. ¿Qué te gustaría tomar, George?

Un vistazo a la carta fue suficiente. Al parecer, las cosas estaban arregladas de modo que ni siquiera yo le originase ninguna demora. Entonces, Mordecai dejó a un lado su carta y procedió a encargar rápidamente nuestros platos. Noté que ni siquiera levantó la vista para ver si realmente había un camarero a su lado. Ya se había acostumbrado a dar por supuesto que habría uno.

Y lo había.

El camarero se frotó las manos, se inclinó y procedió a servir la comida con celeridad, elegancia y eficiencia.

—Al parecer —dije—, tenemos una sorprendente racha de suerte, Mordecai, amigo mío. ¿Cómo te lo explicas?

Debo confesar que por un instante pensé que podría hacerle creer que yo era el

responsable. Después de todo, a buen seguro que, si lo supiera, derramaría sobre mí una lluvia de oro, o, en estos envilecidos tiempos, de papel.

—Muy sencillo —respondió, sujetándose la servilleta en el cuello de la camisa y agarrando con decisión el cuchillo y el tenedor, pues, aun con todas sus virtudes, Mordecai no es precisamente lo que se dice un comensal refinado—. No tiene nada que ver con la suerte. Es el resultado inevitable del funcionamiento del azar.

—¿Del *azar*? —exclamé con indignación.

—Ciertamente —respondió Mordecai—. Me he pasado toda la vida soportando la más desdichada serie de entorpecimientos y retrasos que el mundo haya visto jamás. Las leyes del azar exigen que este constante cúmulo de infortunio sea compensado, y eso es lo que ahora está ocurriendo, y lo que debe seguir ocurriendo durante el resto de mi vida. Así lo espero. Tengo esa confianza. Todo se está equilibrando. —Se inclinó hacia delante y me dio unos golpecitos en el pecho de forma sumamente desagradable—. Puedes estar seguro. No se pueden desafiar las leyes de la probabilidad.

Se pasó toda la comida soltándome una conferencia sobre las leyes de la probabilidad, acerca de las cuales estoy seguro de que sabía tan poco como tú.

—Sin duda, todo eso te proporciona más tiempo para escribir —le dije finalmente.

—Evidentemente —respondió—. Yo calculo que mi tiempo para escribir ha aumentado en un veinte por ciento.

—Y tu rendimiento habrá aumentado correlativamente, me imagino.

—Pues me temo que todavía no —dijo, con cierto desasosiego—. Tengo que acomodarme. No estoy acostumbrado a que las cosas se hagan tan rápidamente. Me ha cogido por sorpresa.

La verdad es que a mí no me parecía sorprendido. Levantó la mano y, sin mirar, cogió la cuenta de entre los dedos del camarero, que en aquel momento se acercaba con ella. Le echó un rápido vistazo y se la devolvió, junto con una tarjeta de crédito, al camarero, que se había quedado esperando, y se alejó a continuación rápidamente.

Toda la comida había durado poco más de treinta minutos. No te ocultaré que yo habría preferido una civilizada duración de dos horas y media, con champaña al principio y coñac al final, uno o dos vinos selectos para separar los platos y una culta conversación llenando todos los intersticios. No obstante, el lado bueno del asunto era que Mordecai se había ahorrado dos horas que podía dedicar a ganar dinero para él y, en cierta medida, también para mí.

Después de aquella comida pasaron unas tres semanas antes de que viera a Mordecai. No recuerdo la razón, pero sospecho que se trató de una de esas ocasiones en que nos alternamos estando fuera de ciudad.

Sea como fuere, una mañana salía yo de una cafetería en la que a veces tomo un

panecillo y unos huevos revueltos, cuando vi a Mordecai, de pie en la esquina, a una media manzana de distancia.

Era un día desapacible de aguanieve..., el típico día en que los taxis vacíos se le acercan a uno sólo para lanzarle un surtidor de barro a los pantalones mientras pasan de largo a toda velocidad y con sus letreros “Fuera de servicio” encendidos.

Mordecai estaba de espaldas a mí con la mano levantada, cuando un taxi avanzó cuidadosamente en su dirección. Para mi asombro, Mordecai miró a otro lado. El taxi permaneció parado unos instantes, luego se alejó lentamente, pintada la decepción en el rostro que se vislumbraba tras el parabrisas.

Mordecai levantó la mano por segunda vez y, como surgido de la nada, apareció un segundo taxi, que se detuvo a su lado. Montó en él, pero, como pude oír con toda claridad aun desde los cuarenta metros de distancia a que me encontraba, lo hizo con un resonante rosario de interjecciones, nada apropiadas para ser oídas por una persona de educación esmerada, si es que queda alguien así en la ciudad.

Le telefoneé esa misma mañana, y nos citamos para tomar unos cócteles en un acogedor bar que anunciaba una “Hora Feliz” tras otra a lo largo de todo el día. Me moría de impaciencia, pues, simplemente, necesitaba que me diera una explicación.

Lo que quería saber era el significado de las interjecciones que había utilizado... No, amigo mío, no me refiero al significado que de las palabras da el diccionario, suponiendo que esas palabras figuren en el diccionario. Me refiero a por qué tenía que utilizarlas. Le sobraban razones para sentirse en un éxtasis de felicidad.

Cuando entró en el bar, no parecía visiblemente feliz.

De hecho, aparentaba estar muy preocupado.

—Llama a la camarera, ¿quieres, George? —dijo.

Era uno de esos bares en donde las camareras visten prendas desprovistas por completo de la función primaria de conservar el calor, lo cual, naturalmente, me ayudaba a mí a mantener el mío. Alegrementemente le hice una señal a una de ellas, aunque sabía que la muchacha interpretaría mis gestos simplemente como indicativos del deseo de pedir una copa.

La verdad es que no hizo ninguna interpretación en absoluto, ya que me ignoró, manteniendo firmemente su espalda desnuda en mi dirección.

—En realidad, Mordecai —le dije—, si quieres que te atiendan, tendrás que pedirlo tú mismo. Las leyes de la probabilidad no se han volcado todavía hacia mí; lo cual es una lástima, pues ya va siendo hora de que mi tío rico se muera y desherede a su hijo en mi favor.

—¿Tienes un tío rico? —preguntó Mordecai, con un destello de interés.

—¡No! Y eso es lo que aún me parece más injusto. Pide una copa, ¿quieres, Mordecai?

—Al diablo con ello —replicó ceñudamente Mordecai—. Que esperen.

Naturalmente, lo que me preocupaba no era que ellas esperasen, pero mi curiosidad venció a mi sed.

—Mordecai —dije—, pareces desdichado. De hecho, aunque tú no me hayas visto esta mañana, yo sí te he visto a ti. Has despreciado un taxi vacío en un momento en que valía su peso en oro, y luego, te has puesto a soltar juramentos al coger otro taxi.

—¿Sí? —dijo Mordecai—. Bueno, estoy harto de esos bastardos. Los taxis me acosan. Me siguen por todas partes en largas filas. No puedo ni tan siquiera mirar a la calzada sin que se detenga uno. Muchedumbres de camareros revolotean a mi alrededor. Los comerciantes abren sus establecimientos cerrados cuando me acerco. Todos los ascensores se abren en cuanto entro en un edificio, y me esperan estólidamente en el piso en que yo esté. En todas las oficinas imaginables, hordas sonrientes de recepcionistas acuden a mi encuentro para hacerme pasar. Funcionarios de segundo orden de todos los niveles de la Administración existen sólo para...

Contuve el aliento.

—Pero, Mordecai —dije—, eso es una buena suerte maravillosa. Las leyes de la probabilidad.

Lo que él sugirió que yo hiciera con las leyes de la probabilidad era del todo imposible, naturalmente, ya que son abstracciones carentes de elementos corpóreos.

—Pero, Mordecai —protesté—, todo eso contribuye a aumentar tu tiempo para escribir.

—No —replicó con energía—. No puedo escribir en absoluto.

—¿Por qué no, por el amor de Dios?

—Porque he perdido el tiempo para *pensar*.

—¿Que has perdido *qué*? —pregunté débilmente.

—Todas esas esperas que tenía que hacer: en colas, esquinas de calles, antesalas..., era entonces cuando *pensaba*, cuando ideaba lo que iba a escribir. Era mi tiempo esencial de preparación.

—No lo sabía.

—Yo tampoco, pero lo sé *ahora*.

—Yo creía —le dije— que ese tiempo de espera te lo pasabas despotricando, jurando y consumiéndote de impaciencia.

—*Parte* del tiempo lo pasaba así. El resto, transcurría pensando. E incluso el tiempo que pasaba despotricando contra la injusticia del Universo era útil, pues me excitaba y hacía espumar hormonas a través de mi torrente sanguíneo, de tal modo que, cuando me ponía ante la máquina de escribir, descargaba todas mis frustraciones en un prolongado y vigoroso aporreamiento de teclas. Mi pensamiento suponía mi motivación intelectual y mi ira suministraba el móvil emocional. Los dos juntos originaban grandes bloques de excelente literatura, la cual brotaba de los oscuros e

infernales fuegos de mi alma. ¿Y qué tengo *ahora*? ¡Mira!

Hizo chasquear suavemente los dedos pulgar y medio, y al instante una damisela escasamente vestida se hallaba junto a él, preguntando:

—¿Puedo servirle en algo, señor?

Claro que podía, pero Mordecai se limitó a encargarse unas copas para los dos.

—Yo creía —dijo— que sólo era cuestión de acomodarse a la nueva situación, pero ahora sé que no hay acomodación posible.

—Puedes rehusar aprovechar la situación tal como te viene ofrecida.

—¿Que puedo? Ya me has visto esta mañana. Si rechazo un taxi, eso sólo significa que viene otro. Puedo rechazarlo cincuenta veces, y a la cincuenta y una habrá otro esperando. Me agotan.

—Bueno, entonces, ¿por qué no reservas una o dos horas todos los días para pensar en la comodidad de tu despacho?

—¡Exactamente! ¡En la comodidad de mi despacho! Sólo puedo pensar bien cuando me encuentro haciendo descansar mi peso alternativamente de un pie a otro en una esquina, o cuando estoy sentado en una silla de granito de una sala de espera azotada por corrientes de aire, o cuando permanezco hambriento en el desatendido comedor de un restaurante. Necesito el ímpetu de la indignación.

—Pero, ¿no estás indignado ahora?

—No es lo mismo. Uno se puede indignar ante la injusticia, pero, ¿cómo se puede indignar uno porque todo el mundo se muestre demasiado amable y atento? Ahora, yo *no* estoy indignado; simplemente estoy triste, y no puedo escribir en absoluto cuando estoy triste.

Permanecimos sentados durante la más infeliz Hora Feliz que jamás he conocido.

—Te juro, George —dijo Mordecai—, que creo que he sido objeto de una maldición. Creo que alguna hada madrina, furiosa por no haber sido invitada a mi bautizo, ha encontrado por fin la única cosa peor que verse obligado continuamente a indeseados retrasos: la maldición de la sumisión total a los propios deseos.

A la vista de su desgracia, unas viriles lágrimas se me agolparon en los ojos al pensar que yo no era otro que el hada madrina a que él se refería, y que tal vez lo acabara averiguando. Después de todo, si eso ocurriese, en su desesperación podría matarse, o, lo que es mucho peor, matarme a mí.

Y luego llegó el horror final: tras pedir la cuenta y, naturalmente, recibirla al instante, la examinó con ojos apagados, me la pasó y dijo, con una risita seca y cortante:

—Toma, págala tú. Yo me voy a casa.

Pagué. ¿Qué otra opción tenía? Sin embargo, aquello dejó en mí una herida que aún siento en los días húmedos. Después de todo, ¿es justo que yo haya acertado en dos millones y medio de años la vida del Sol únicamente para tener que pagar unas

copas? ¿Es eso justicia?

No volví a ver a Mordecai. Más tarde oí que habla salido del país y que estaba de playero en algún lugar de los mares del Sur.

No sé exactamente qué hace un playero, pero sospecho que así nadie se hace rico. No obstante, tengo la seguridad de que, si está en la playa y quiere una ola, una ola acudirá inmediatamente.

Para entonces, un burlón camarero había traído nuestra cuenta y la había dejado entre nosotros, mientras George la ignoraba con la ostentación con que habitualmente suele hacerlo.

—No estarás pensando en pedirle a Azazel que haga algo por mí, ¿verdad, George? —le dije.

—Pues no —respondió—. Desgraciadamente, amigo mío, tú no eres la clase de persona en quien uno piensa en relación con buenas acciones. —Entonces, ¿no harás nada por mí?

—Absolutamente nada.

—Muy bien —dije—. En ese caso, pagaré la cuenta.

—Es lo menos que puedes hacer —respondió George.

## Deslizarse sobre la nieve (1984)

---

“Dashing Through the Snow”

George y yo estábamos sentados junto al ventanal de «La Bohème», un restaurante francés al que él solía acudir de vez en cuando a mi costa.

—Es probable que nieve —dije.

No era una gran aportación al caudal de conocimientos de la Humanidad. El cielo había permanecido oscuro y encapotado todo el día, la temperatura rondaba los cero grados y el hombre del tiempo había pronosticado nieve. No obstante, me sentí herido en mis sentimientos cuando George ignoró por completo mi observación.

—Considera el caso de mi amigo Septimus Johnson —dijo.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué tiene él que ver con el hecho de que es probable que nieve?

—Una asociación natural de ideas —respondió severamente George—. Es un proceso que debes de haber oído mencionar a otros, aunque tú nunca lo hayas experimentado.

»Mi amigo Septimus, dijo George, era un joven de aspecto feroz, de frente permanentemente hendida en un torvo ceño y bíceps siempre abultados. Era el séptimo hijo de su familia, de ahí su nombre. Tenía un hermano menor llamado Octavius, así como una hermana menor, Nina. No sé hasta dónde llegó la progresión, pero creo que fue el hacinamiento de sus días juveniles lo que, en años posteriores, le hizo extrañamente amigo del silencio y la soledad.

»Cuando llegó a la madurez, y obtuvo cierto éxito con sus novelas -como tú, mi viejo amigo, salvo que los críticos a veces dicen cosas bastante halagadoras de sus obras-, se encontró con dinero suficiente para poder entregarse a su perversión. En resumen, se compró una casa solitaria situada en un olvidado territorio de la parte alta del Estado de Nueva York, y allí se retiraba durante períodos más o menos largos para escribir nuevas novelas. No estaba tan terriblemente lejos de la civilización; no obstante, al menos en todo cuanto abarcaba la vista, parecía un desierto absoluto.

»Creo que yo fui la única persona a la que voluntariamente llegó a invitar a que se hospedara con él en su casa de campo. Supongo que se sintió atraído por la serena dignidad de mi porte, así como la fascinación y variedad de mi conversación. Cierto que nunca explico con tantas palabras la causa de la atracción, pero difícilmente puede haber sido ninguna otra cosa.

»Claro que había que tener cuidado con él. Todo el que ha sentido alguna vez la amistosa palmada en la espalda, que es la forma favorita de saludo de Septimus Johnson, sabe lo que es tener una fisura en una vértebra. Sin embargo, su despreocupada demostración de fuerza fue muy oportuna en nuestro primer encuentro.



»Yo había sido asaltado por una o dos docenas de salteadores callejeros a quienes mi aristocrática apostura había inducido a pensar que llevaba sobre mi persona una incalculable riqueza en dinero y joyas. Me defendí furiosamente, pues daba la casualidad de que ese día no llevaba encima ni un centavo, y sabía que, cuando lo descubriesen, los atracadores, en su muy natural decepción, me dispensarían un trato en extremo bárbaro.

»Fue en ese momento cuando apareció Septimus, sumido en reflexiones acerca de algo que estaba escribiendo. La horda de desdichados se interponía en su camino, y como estaba demasiado abstraído en sus pensamientos como para pensar en andar de otra manera que no fuese en línea recta, los fue arrojando distraídamente a un lado y a otro de dos en dos y de tres en tres. Ocurrió que llegó junto a mí justo en el momento en que alboreaba la luz y veía una solución a su dilema literario, cualquiera que fuese. Considerándome un talismán de buena suerte, me invitó a cenar. Y yo, considerando el cenar a costa de otro un talismán todavía de mejor suerte, acepté.

»Para cuando terminó la cena, yo había establecido sobre él la clase de ascendencia que hizo que fuera invitado a su casa de campo. Estas invitaciones se repitieron con frecuencia. Como dijo una vez, estar conmigo era lo más parecido posible a estar solo, y teniendo en cuenta lo mucho que él amaba la soledad, evidentemente eso suponía un gran cumplido.

»En un principio, yo había esperado encontrarme con una choza, pero me equivoqué por completo. Era obvio que a Septimus le había ido bien con sus novelas, y no había escatimado en gastos. (Sé que es un tanto duro hablar de novelas de éxito en tu presencia, mi viejo amigo, pero, como siempre, yo me atengo a los hechos.)

»En realidad la casa, aunque aislada hasta el punto de mantenerme en un constante estado de horripilación, estaba totalmente electrificada, con un generador accionado por petróleo en el sótano y paneles solares en el tejado. Comíamos bien, y tenía una bodega magnífica. Vivíamos con absoluto lujo, cosa a la que siempre he sido capaz de adaptarme con una facilidad asombrosa, habida cuenta de mi falta de costumbre.

»Naturalmente, era imposible evitar por completo mirar por las ventanas, y la absoluta carencia de belleza en el paisaje resultaba en extremo deprimente. Había, cantidades increíbles de vegetación de un verde bilioso, pero ni rastro de moradas humanas, de carreteras ni de nada que valiera la pena mirar..., ni tan siquiera una hilera de postes de teléfonos.

»En una ocasión, después de una buena comida y un buen vino, Septimus dijo de manera efusiva: “George, me agrada tenerte aquí. Después de escucharte, me resulta un alivio tan grande volver a mi procesador de textos, que mi literatura ha mejorado sustancialmente. Considérate con libertad para venir aquí en cualquier momento. Aquí”, y señaló a su alrededor con la mano, “puedes escapar a todas las

preocupaciones y problemas que te puedan acosar. Y cuando yo esté trabajando con mi procesador de textos, dispones de libre acceso a mis libros, al televisor, al frigorífico y..., y creo que ya sabes dónde está la bodega”.

»En efecto, lo sabía. Incluso había confeccionado un plano orientativo, con una gran X que señalaba el emplazamiento de la bodega y varias rutas alternativas cuidadosamente delineadas.

»“La única cuestión es”, dijo Septimus, “que este refugio de las miserias mundanas está cerrado desde el 1 de diciembre hasta el 31 de marzo. Durante ese período no puedo ofrecerte mi hospitalidad. Debo permanecer en mi casa de la ciudad”.

»Quedé consternado. La época de las nieves constituye una temporada calamitosa para mí. Después de todo, mi querido amigo, es en invierno cuando mis acreedores se muestran más apremiantes. Esas codiciosas gentes que, como todo el mundo sabe, son lo bastante ricas como para poder ignorar los pocos y míseros centavos que yo pueda deberles, parecen encontrar un especial deleite en la idea de que yo pueda ser arrojado a la nieve. Les inspira nuevas acciones de codicia lupina, por lo que era sobre todo entonces cuando me habría venido bien disponer de un refugio.

»“¿Por qué no utilizarlo en invierno, Septimus?”, dije. “Con una crepitante hoguera en esta espléndida chimenea, que colabora con tu igualmente espléndido sistema de calefacción central, podrías reírte del frío de la Antártida”.

»“Sí”, dijo Septimus, “pero parece ser que todos los inviernos convergen aquí aullantes ventiscas y sepultan bajo la nieve este semi-paraíso mío. Esta casa, sumida en la soledad que yo adoro, queda entonces incomunicada con el mundo exterior”.

»“Con lo cual no se pierde nada”, señalé.

»“Tienes razón”, dijo Septimus. “No obstante, mis suministros llegan desde el mundo exterior: comida, bebida, combustible, ropa lavada. Es humillante pero cierto que en realidad no puedo sobrevivir sin el mundo exterior..., por lo menos no podría llevar la clase de vida sibarítica que cualquier ser humano decente desearía llevar”.

»“¿Sabes, Septimus?”, dije. “Tal vez yo pueda pensar en una forma de resolver el problema”.

»“Piensa cuanto quieras”, respondió, “pero no conseguirás nada. De todos modos, esta casa es tuya durante ocho meses al año, o, al menos, mientras yo esté aquí durante esos ocho meses”.

»Eso era verdad, pero, ¿cómo podía un hombre razonable conformarse con ocho meses cuando existían doce? Esa noche llamé a Azazel.

»No creo que estés enterado de la existencia de Azazel. Es un demonio, un duende mágico de unos dos centímetros de estatura, que posee poderes extraordinarios que le encanta exhibir, porque en su mundo, dondequiera que esté, no se le tiene en gran consideración. Por consiguiente...

»Oh, ¿has oído hablar de él? Bueno, amigo mío, ¿cómo voy a poder contarte este relato de forma razonada si andas interrumpiendo constantemente con tus opiniones? No parece comprender que el arte del verdadero conversador consiste en mantenerse completamente atento y en abstenerse de interrumpir con excusas tan engañosas como la de ya haber oído hablar, del asunto. De todos modos...

»Como siempre, Azazel estaba furioso por haber sido llamado. Al parecer, se hallaba realizando lo que él denominó una solemne observancia religiosa. A duras penas mantuvo la calma. Siempre está entregado a algo que imagina que es importante y nunca se para a considerar que, cuando le llamo, invariablemente estoy en algo que en realidad es importante.

»Tranquilamente, esperé a que cesaran sus farfullados barboteos, y luego le expliqué la situación. Escuchó con una ceñuda expresión en su diminuto rostro, y finalmente dijo: “¿Qué es nieve?”

»Suspiré y se lo expliqué.

»“¿Quieres decir que aquí cae del cielo agua solidificada? ¿Pedazos de agua solidificada? ¿Y la vida sobrevive?”

»No me molesté en hablar del granizo, sino que dije: “Cae en forma de blandos copos, Poderoso”. Siempre le aplaca que se le llame con nombres idiotas. “Pero resulta molesta cuando cae en exceso”.

»“Si vas a pedirme que reorganice la pauta meteorológica de este mundo”, dijo Azazel, “me niego en redondo. Eso entraría en el epígrafe de manipulación planetaria, lo cual es contrario a la ética de mi notoriamente ético pueblo. Yo ni siquiera soñaría en violar la ética, en especial habida cuenta de que, si se me sorprende haciéndolo, sería entregado como alimento al temible Lamell Bird, una inmunda criatura de horribles modales en la mesa. Detestaría decirte con qué me mezclaría”.

»“Ni se me ocurriría inducirte a practicar una manipulación planetaria, oh Sublime. Yo quisiera pedir algo mucho más simple. Verás, la nieve, cuando cae, es tan blanda y mullida que no soporta el peso de un ser humano”.

»“La culpa es vuestra por ser tan pesados”, dijo Azazel con tono despreciativo.

»“Sin duda”, respondí, “pero ese peso hace que resulte difícil caminar. Yo quisiera que hicieses a mi amigo menos pesado cuando pise la nieve”.

»Me costaba mantener la atención de Azazel. Con aire indignado, estaba diciendo: “Agua solidificada..., por todas partes..., cubriendo la tierra...” Meneó la cabeza, como si no pudiera comprenderlo.

»“¿Puedes hacer a mi amigo menos pesado?” pregunté, concretando lo que, después de todo, era una cuestión bien simple.

»“Naturalmente”, respondió Azazel con indignación. “Basta con aplicar el principio de la antigravedad, activado por la molécula de agua en condiciones

apropiadas. No es fácil, pero se puede hacer”.

»“Un momento”, dije, pensando con inquietud en los peligros de la inflexibilidad. “Sería aconsejable colocar la intensidad anti-gravitatoria bajo control de mi amigo. A veces, podría considerar conveniente caminar hundiendo los pies en la nieve”.

»“¿Acomodarlo en vuestro tosco sistema autonómico? ¡El colmo! Tu desfachatez no conoce límites”.

»“Lo pido tan sólo porque se trata de ti”, dije. “Me cuidaría mucho de pedirselo a ningún otro miembro de tu especie.

»Esta diplomática mentira surtió el efecto deseado. Azazel hinchó el pecho, aumentando su perímetro nada menos que dos milímetros, y con orgullosa vocecilla de contralto, dijo: “Se hará”.

»Supuse que Septimus había adquirido en ese momento la capacidad deseada, pero no podía estar seguro. Corría entonces el mes de agosto y no había ninguna capa de nieve con la que experimentar..., ni tampoco estaba yo de humor para realizar un viaje rápido a la Antártida, Patagonia o Groenlandia en busca de material experimental.

»Tampoco tenía sentido explicarle la situación a Septimus sin disponer de nieve para una demostración. No me habría creído. Incluso podría haber llegado a la ridícula conclusión de que yo..., yo había estado bebiendo.

»Sin embargo, los hados se mostraban benévolos. A finales de noviembre, me encontraba en la casa de campo de Septimus, en lo que él llamaba su periodo de despedida de la temporada, y cayó una copiosa nevada, desusadamente intensa para las fechas en que estábamos.

»Septimus montó en cólera y declaró la guerra al Universo entero por no haberle ahorrado aquel perverso ultraje.

»Pero para mí era la gloria..., y también para él, aunque aún no lo sabía.

»“No temas, Septimus”, le dije. “Ha llegado el momento de que descubras que la nieve no reserva ningún terror para ti”.

»Y le expliqué con todo detalle la situación.

»Supongo que era de esperar que su primera reacción fuese de insolente incredulidad, pero formuló ciertas observaciones totalmente innecesarias sobre el estado de mi salud mental.

»No obstante, yo había dispuesto de varios meses para elaborar mi estrategia.

»“Quizá te hayas preguntado alguna vez, Septimus, cómo me gano la vida”, le dije. “No te sorprenderá mi reserva cuando te diga que yo soy la figura clave de un programa gubernamental de investigación sobre la antigravedad. No puedo decir nada más, salvo que tú eres un experimento de valor extraordinario y harás avanzar notablemente el programa. Esto tiene importantes implicaciones de seguridad nacional”.

»Me miró con ojos desmesuradamente abiertos por el asombro, mientras yo tarareaba por lo bajo unos compases de *La bandera sembrada de estrellas*.

»“¿Hablas en serio?”, preguntó.

»“¿Bromearía yo con la verdad?”, pregunté, a mi vez. Luego, arriesgándome a la natural réplica, pregunté: “¿Lo haría la CIA?”

»Se lo tragó, dominado por el aura de veracidad que impregna todas mis afirmaciones.

»“¿Qué debo hacer?”, preguntó.

»“Únicamente hay quince centímetros de nieve sobre el suelo. Imagina que no pesas nada y sal a pisarla”.

»“¿Sólo tengo que *imaginarlo*?”

»“Así es como funciona”.

»“Me mojaré los pies”.

»“Entonces, ponte unas botas altas”, dije con sarcasmo.

»Vaciló y, a continuación, sacó de verdad sus botas altas y se las puso con esfuerzo. Esta abierta demostración de falta de fe en mis afirmaciones me hirió profundamente. Además, se puso abrigo y sombrero de piel.

»“Si ya estás listo...”, dije fríamente.

»“No lo estoy”, respondió.

»Abrió la puerta, y salió. No había nieve en la cubierta veranda, pero tan pronto como puso los pies en los escalones, éstos parecieron deslizarse bajo él. Se agarró desesperadamente a la barandilla.

»Había llegado al final del corto tramo de peldaños y trató de enderezarse. Resbaló unos pocos metros, agitando los brazos, y luego, sus pies se elevaron en el aire. Cayó de espaldas y continuó deslizándose hasta pasar junto a un árbol y sujetarse al tronco con el brazo. Dio tres o cuatro vueltas a su alrededor, deslizándose, y finalmente se detuvo.

»“¿Qué clase de nieve tan resbaladiza es ésta?”, gritó, con voz que temblaba de indignación.

»Debo confesar que, pese a mi fe en Azazel, me encontré observando la escena lleno de sorpresa. No había dejado huellas, y su cuerpo, al deslizarse, no había producido ningún surco en la nieve.

»“No pesas nada sobre la nieve”, dije.

»“Estás loco”, replicó.

»“Fíjate en la nieve”, le dije. “No has dejado ninguna señal en ella”.

»Miró, y acto seguido farfulló unas cuantas frases de esas que antes se solían calificar de irreproducibles.

»“La fricción”, continué, “depende en parte de la presión entre un cuerpo deslizante y aquello sobre lo que se desliza. Cuanto menor es la presión, menor es la

fricción. Tú no pesas nada, así que tu presión sobre la nieve es nula, la fricción es nula y, por consiguiente, te deslizas sobre la nieve como si se tratase del hielo más pulido”.

»“¿Qué debo hacer, entonces? ¡No puedo dejar que mis pies resbalen de esta manera!”

»“No hace daño, ¿no? Si no pesas nada y te caes de espaldas, no sufres ningún daño”.

»“Aun así. El que no me haga daño no es excusa para pasarme la vida tendido en la nieve”.

»“Vamos, Septimus, piensa que vuelves a tener peso, y levántate”.

»Frunció el ceño, como era habitual en él, y dijo:

»“Sólo que piense que tengo peso, ¿eh?”

»Lo hizo, y torpemente se puso en pie.

»Sus pies se hundieron unos centímetros en la nieve, y cuando trató, con cautela, de andar, no tuvo más dificultades que las que suelen presentarse en la nieve.

»“¿Cómo lo haces, George?”, preguntó, con mucho más respeto en su voz del que yo solía suscitar en él. “No habría imaginado que fueses un científico de esa categoría”.

»“La CIA me obliga a ocultar mis conocimientos técnicos y científicos”, expliqué. “Ahora, imagínate que te vas volviendo más ligero poco a poco, y ve caminando mientras lo piensas. Irás dejando huellas cada vez menos profundas, y la nieve se volverá paulatinamente más resbaladiza. Detente cuando notes que se está volviendo peligrosamente resbaladiza”.

»Hizo lo que le decía, pues los científicos ejercemos una poderosa influencia intelectual sobre el resto de los mortales.

»“Ahora”, proseguí, “trata de deslizarte. Cuando quieras pararte, no tienes más que hacerte más pesado..., y hazlo gradualmente, o te caerás de bruces”.

»Como tenía bastante de atleta, inmediatamente dominó el truco. En una ocasión me dijo que podía practicar cualquier deporte, salvo la natación. Cuando tenía tres años, su padre le había tirado al agua en un cariñoso intento de hacerle nadar sin la tediosa necesidad de la instrucción previa; como consecuencia de ello, el pequeño Septimus había precisado diez minutos de respiración boca a boca. Explicó que aquello le había dejado para siempre con un miedo terrible al agua y con una aversión también a la nieve.

»“La nieve no es más que agua sólida”, repetía, exactamente como lo habría hecho Azazel.

»Pero la aversión a la nieve no se manifestaba en las nuevas condiciones. Empezó a deslizarse con un estridente grito de júbilo y, de vez en cuando, se hacía más pesado al volverse, despidiendo un espeso reguero de nieve y deteniéndose.

»“¡Espera!”, dijo.

»Se precipitó en el interior de la casa y volvió a salir -aunque te cueste creerlo- llevando en las manos unos patines para hielo unidos a unas botas.

»“Aprendí a patinar en mi lago”, explicó, mientras empezaba a ponérselos, “pero nunca disfruté haciéndolo. Siempre temía que fuera a romperse el hielo. Ahora puedo patinar en tierra sin peligro”.

»“Pero recuerda”, le dije, preocupado, “que sólo da resultado sobre la molécula de H<sub>2</sub>O. Si llegas a un trecho descubierto de tierra o de pavimento, tu ingravidez desaparecerá al instante. Te harás daño”.

»“No te preocupes”, respondió, al tiempo que se incorporaba y se ponía en marcha.

»Me quedé mirando cómo se alejaba a toda velocidad a lo largo de por lo menos setecientos metros sobre las heladas extensiones de sus terrenos, y a mis oídos llegó el distante rugido de: ‘Deslizarse sobre la nieve en un trineo de un caballo...’

»Debes saber que Septimus trata de acertar al azar el tono de cada nota, y nunca lo consigue. Me tapé los oídos con las manos.

»A continuación, vino lo que verdaderamente creo fue el invierno más feliz de mi vida. Durante todo el invierno estuve cómodo y abrigado en la casa, comiendo y bebiendo como un rey, leyendo edificantes libros en los que trataba de adivinar las intenciones del autor e identificar al asesino, además de especular con torva delectación en las frustraciones de mis acreedores allá en la ciudad.

»Por la ventana, podía ver a Septimus en su incesante patinar sobre la nieve. Decía que le hacía sentirse como un pájaro y que le proporcionaba un placer tridimensional que nunca había conocido. Bueno, a cada uno lo suyo.

»Le advertí que no debía dejarse ver.

»“Sería arriesgado para mí”, le dije, “pues la CIA no aprobaría este experimento privado..., pero a mí no me importa mi peligro personal, pues para una persona como yo lo primero es la ciencia. No obstante, si llegaras a ser visto mientras te deslizas sobre la nieve como sueles hacer, te convertirías en blanco de la curiosidad del público, y caerían sobre ti enjambres de periodistas. La CIA se enteraría de ello, y tendrías que soportar los experimentos a que te someterían centenares de científicos y militares hurgándote. No estarías solo ni un minuto. Te convertirías en una celebridad nacional y te hallarías permanentemente a disposición de miles de personas interesadas en ti”.

»Septimus se estremeció intensamente ante la perspectiva, tal como yo sabía que le ocurriría a un amante de la soledad. Luego, dijo: “Pero, ¿cómo conseguiré provisiones cuando me encuentre bloqueado por la nieve? Ésa era la finalidad de este experimento”.

»“Estoy seguro de que los camiones casi siempre podrán pasar por las carreteras,

y tú puedes hacer suficiente acopio de víveres como para subsistir en las ocasiones en que no puedan. Si cuando de verdad estés bloqueado por la nieve necesitas algo urgentemente, puedes ir deslizándote hasta tan cerca de la ciudad como te atrevas, cerciorándote de que no te ve nadie...; de todos modos, en esas condiciones habrá muy pocas personas al aire libre, posiblemente nadie, y luego, recuperar tu peso, recorrer los últimos metros caminando penosamente y parecer agotado. Recoges lo que necesitas, te alejas unos cientos de metros, caminando con fatiga, y vuelves a emprender el vuelo. ¿Comprendes?”

»En realidad, no fue necesario hacer eso ni una sola vez en todo el invierno; desde el principio yo sabía que había exagerado el peligro de la nieve. Y tampoco nadie le vio durante sus deslizamientos.

»Septimus no se saciaba. Deberías haber visto su rostro cuando dejaba de nevar durante más de una semana o cuando la temperatura se elevaba por encima de los cero grados. No puedes imaginar cuánto le preocupaba la preservación del manto de nieve. ¡Qué invierno tan maravilloso! ¡Qué tragedia que fuese el único!

»¿Qué sucedió? Te diré lo que sucedió. ¿Recuerdas lo que dijo Romeo justo antes de hundir su puñal en el cuerpo de Julieta? Probablemente no, así que te lo mencionaré: ‘Deja que una mujer penetre en tu vida, y se habrá terminado tu tranquilidad.’

»En el otoño siguiente, Septimus conoció a una mujer, Mercedes Gumm. Antes ya había conocido a otras mujeres, no era ningún ermitaño, pero nunca habían significado gran cosa para él: un breve período de amistad, idilio, ardor y, luego, las olvidaba, y ellas le olvidaban a él. Ningún daño se derivaba de ello. Después de todo, yo mismo he sido ferozmente perseguido por numerosas jóvenes y nunca he hallado en ello absolutamente ningún daño, aunque a menudo me acorralaban y me obligaban a..., pero me estoy apartando del asunto.

»Septimus vino a mí con aire extremadamente abatido.

»“La quiero, George”, dijo. “Estoy loco por ella. Es el imán mismo de mi existencia”.

»“Muy bonito”, dije. “Tienes mi permiso para seguir con ella durante algún tiempo”.

»“Gracias, George”, respondió sombríamente Septimus. “Ahora lo que necesito es *su* aprobación. No sé por qué, pero no parece tenerme mucho aprecio”.

»“Es extraño”, dije. “Por lo general, sueles tener mucho éxito con las mujeres. Después de todo, eres rico, musculoso y no más feo que la mayoría”.

»“Yo creo que la cuestión estriba en lo de musculoso”, comentó Septimus. “Ella piensa que soy un patán”.

»Tuve que admirar la percepción de la señorita Gumm. Septimus, por decirlo lo más suavemente posible, *era* un patán. Sin embargo, al imaginar sus bíceps en



tensión bajo las mangas de su chaqueta, consideré preferible no mencionar mi apreciación de la situación.

»“Dice que ella no admira el aspecto físico en los hombres”, añadió. “Quiere alguien reflexivo, intelectual, profundamente racional, filosófico y todo un montón de adjetivos de ese tipo. Dice que yo no soy ninguna de esas cosas”.

»“¿Le has mencionado que eres novelista?”

»“Claro que se lo he dicho. Y también ha leído un par de novelas mías. Pero, como sabes, George, suelen tratar sobre jugadores de rugby, y ella dice que eso le resulta repugnante”.

»“Entiendo que no es del tipo atlético”.

»“No, en efecto. Practica la natación”. Hizo una mueca, probablemente recordando la ocasión en que fue reanimado mediante respiración boca a boca a la tierna edad de tres años. “Pero eso no ayuda gran cosa”.

»“En ese caso”, dije consoladoramente, “olvídala, Septimus. Las mujeres son fáciles de encontrar. Cuando una se marcha, llega otra. Hay muchos peces en el mar y muchos pájaros en el aire. Todas son iguales en la oscuridad: una mujer u otra, no hay ninguna diferencia”.

»Habría continuado indefinidamente, pero él parecía que estaba siendo presa de una extraña agitación mientras escuchaba, y uno no quiere provocarle agitación a un patán.

»“Me ofendes profundamente con esos sentimientos, George”, dijo Septimus. “Mercedes es la única mujer del mundo para mí. No podría vivir sin ella. Está inseparablemente ligada al núcleo mismo de mi ser. Ella es el aliento de mis pulmones, el latido de mi corazón, la visión de mis ojos. Ella...”

»Él sí continuó indefinidamente, y no parecía preocuparle lo más mínimo el hecho de que me estuviese ofendiendo en lo más hondo de aquellos sentimientos.

»“Así, pues”, dijo, “no veo más salida que insistir en el matrimonio”.

»Las palabras estaban impregnadas de ominosos presagios. Yo sabía exactamente cuál sería el resultado: tan pronto como se casaran, eso significaría el fin de mi paraíso. No sé por qué, pero si hay algo en que las recién casadas insisten es en que los amigos solteros se esfumen. Jamás volvería a ser invitado a la casa de campo de Septimus.

»“No puedes hacer eso” exclamé, alarmado.

»“Oh, reconozco que parece difícil, pero creo que puedo hacerlo. He elaborado un plan: aunque Mercedes piense que soy un patán, no carezco de refinamiento. La invitaré a mi casa de campo a principios del invierno. Allí, en el sosiego y la paz de mi Edén, sentirá expandirse todo su ser y acabará comprendiendo la verdadera belleza de mi alma”.

»Pensé que eso era esperar demasiado, incluso del Edén, pero lo que dije fue: “No

pretenderás mostrarle cómo puedes deslizarte sobre la nieve, ¿verdad?”

»“No, no”, respondió. “Hasta que no nos casemos, no”.

»“Aun entonces...”

»“Tonterías, George”, dijo Septimus con aire cortante. “Una esposa es el segundo yo de un marido. A una esposa se le pueden confiar los secretos más íntimos. Una esposa...”

»Volvió a continuar indefinidamente, y todo lo que pude hacer fue decir débilmente: “A la CIA no le gustará”.

»Su breve comentario sobre la CIA lo habrían suscrito gustosamente los soviéticos. Y también Cuba y Nicaragua.

»“De alguna manera la convenceré para que se venga conmigo a principios de diciembre”, dijo. “Confío que comprenderás, George, que deseemos estar solos. Sé que ni siquiera pensarías en obstaculizar las románticas posibilidades que surgirían entre Mercedes y yo en la tranquila soledad de la Naturaleza. Sin duda alguna, nos sentiríamos atraídos el uno al otro por el magnetismo del silencio y del pausado tiempo”.

»Reconocí la cita, naturalmente. Es lo que Macbeth dice justo antes de hundir el puñal en el cuerpo de Duncan, pero me limité a mirar a Septimus con aire frío y digno. Un mes después, la señorita Gumm fue a la casa de campo de Septimus, y yo, no”.

»No presencié lo que sucedió en la casa de campo; lo conozco sólo a través del testimonio oral de Septimus, por lo que no puedo responder de todos los detalles.

»La señorita Gumm era una entusiasta de la natación, pero Septimus, sintiendo una aversión invencible hacia esa particular afición, no hizo ninguna pregunta al respecto. Y, al parecer, la señorita Gumm tampoco consideró necesario dar detalles a un patán que no mostraba ninguna curiosidad. Por esa razón, Septimus nunca supo que la señorita Gumm era una de esas chifladas que disfrutaban poniéndose un bañador en pleno invierno, rompiendo el hielo del lago y sumergiéndose en las gélidas aguas para dar unas cuantas saludables y vigorizantes brazadas.

»Y ocurrió que una fría y radiante mañana, mientras Septimus roncaba sonoramente, la señorita Gumm se levantó, se puso su bañador, su albornoz y sus zapatillas y, a lo largo del nevado sendero, se dirigió al lago. La orilla estaba cubierta por una fina capa de hielo, pero el interior no se había helado, y, quitándose el albornoz y las zapatillas, se zambulló en las frías aguas, con lo que debieron de ser evidentes muestras de satisfacción.

»Poco después, Septimus se despertó y, con el fino instinto de los enamorados, al instante se dio cuenta de que su amada Mercedes no estaba en la casa. Recorrió ésta llamándola por su nombre. Al encontrar en su habitación sus ropas y demás pertenencias, comprendió que no se había marchado a la ciudad en secreto, como al

principio había temido. Así, pues, debía de estar fuera.

»Apresuradamente, se calzó las botas en los descalzos pies y se puso sobre el pijama su abrigo más grueso. Se precipitó al exterior, gritando su nombre.

»La señorita Gumm le oyó, como es lógico, y agitó vivamente los brazos en su dirección, gritando: ‘Aquí, Sep. Aquí.’

»Lo que sucedió después te lo contaré con las propias palabras de Septimus.

*»Me pareció que pedía auxilio, dijo, y llegué a la natural conclusión de que mi amada se había aventurado sobre el hielo en un momento de locura y se había caído, ¿Cómo iba a pensar que ella fuera a arrojarse voluntariamente a las gélidas aguas?>*

*»Era tan grande mi amor hacia ella, George, que al instante decidí desafiar al agua -a la que por lo general temía cobardemente, en particular si se trataba de agua gélida-, y me precipité a salvarla. Bueno, quizá no al instante, pero de veras que no lo pensé más de dos minutos, o tres a lo sumo.*

*»Entonces, grité: ‘Ya voy, querida. Mantén la cabeza fuera del agua’, y eché a correr. No iba a caminar sobre la nieve. Pensé que no había tiempo suficiente. De modo que disminuí mi peso mientras corría y, luego, en espléndido deslizamiento, me elevé sobre la delgada capa de nieve, sobre el hielo que bordeaba el lago, y caí al agua con horrendo chapoteo.*

*»Como sabes, tengo un miedo mortal al agua y no sé nadar. Además, las botas y el abrigo me arrastraban al fondo, y con toda seguridad me habría ahogado si Mercedes no me hubiera salvado.*

*»Uno pensaría que lo romántico de salvarme nos habría acercado más el uno al otro, nos habría unido, pero...*

»Septimus meneó la cabeza, y había lágrimas en sus ojos.

*»No fue así. Ella estaba furiosa.*

*»‘Maldito idiota’, gritó. ‘Zambullirte en el agua con abrigo y botas y sin saber siquiera nadar. ¿Qué diablos creías que estabas haciendo? ¿Sabes los esfuerzos que he tenido que hacer para sacarte del lago? Y estabas tan dominado por el pánico, que me agarrabas de la mandíbula. Casi me haces perder el conocimiento, y nos hubiéramos ahogado los dos. Y todavía me duele’.*

*»Recogió sus cosas y se marchó hecha una furia, y yo tuve que quedarme con lo que se convirtió en un fortísimo catarro del que aún no me he recuperado por completo. No la he vuelto a ver desde entonces..., no contesta mis cartas ni mis llamadas telefónicas. Mi vida ha terminado, George.*

»“Sólo por curiosidad, Septimus”, le dije, “¿por qué te arrojaste al agua? ¿Por qué

no te quedaste en la orilla, o tan internado en el hielo como te atrevieses, y le tendiste desde allí un palo largo o una cuerda, en el caso de poder conseguir una?”

»Septimus parecía apesadumbrado y dijo: “No tenía intención de arrojarme al agua. Me proponía deslizarme sobre la superficie”.

»“¿Deslizarte sobre la superficie? ¿No te dije que tu ingravidez sólo funcionaría sobre el hielo?”

»La expresión de Septimus se tomó feroz. “Yo pensaba que era eso. Tú dijiste que sólo daba resultado sobre H<sub>2</sub>O. Eso incluye el agua, ¿no?”

»Tenía razón. H<sub>2</sub>O sonaba más científico, y yo tenía que mantener mi aire de genio científico.

»“Pero me refería a H<sub>2</sub>O sólida”, dije.

»“Pero no *dijiste* H<sub>2</sub>O sólida”, replicó, mientras se ponía lentamente en pie, con clara intención de despedazarme.

»No me quedé a comprobar la exactitud de mi impresión. No le he vuelto a ver desde entonces, tampoco he vuelto a ir jamás a su paraíso campestre. Tengo entendido que, principalmente, ahora vive en una isla del mar del Sur, al parecer porque no quiere volver a ver hielo ni nieve.

»“Y es lo que yo digo: ‘Deja que una mujer penetre en tu vida...’, aunque, ahora que lo pienso, quizá fuera Hamlet quien dijo eso justo antes de hundir su puñal en el cuerpo de Ofelia.

George dejó escapar un vinoso suspiro de las profundidades de lo que él consideraba su alma, y dijo:

—Bueno, están cerrando el local y será mejor que nos marchemos. ¿Has pagado la cuenta?

Desafortunadamente, la había pagado.

—¿Y puedes prestarme cinco dólares para ir a casa?

Más desafortunadamente aún, podía.

## La lógica es la lógica (1985)

---

“Logic is Logic”

George no era uno de esos espíritus pusilánimes que consideraban que el hecho de no pagar una comida les privaba del derecho a criticarla. De manera que me expresaba su decepción con toda la delicadeza que podía..., o con toda la que creía que yo merecía, lo cual no es lo mismo, naturalmente.

—Este smorgasbord —dijo— obviamente es de una calidad inferior. Las albóndigas no tienen suficiente picante, el arenque no está lo bastante salado, los huevos en salsa están secos, la...

—George —le interrumpí—, ése es el tercer plato rebosante que devoras. Un bocado más, y tendrás que someterte a una intervención quirúrgica para aliviar la presión gástrica. ¿Por qué comes tanto de una calidad tan deficiente?

—¿Es propio en mí humillar a mi anfitrión negándome a ingerir su comida? —replicó altivamente George.

—La comida no es mía; es del restaurante.

—Es al dueño de esta miserable choza a quien me refiero. Dime, amigo mío, ¿por qué no perteneces a algún buen club?

—¿Yo? ¿Pagar sumas enormes a cambio de dudosas compensaciones?

—Me refiero a un buen club, en el que yo pueda concederte el honor de ser tu invitado a cambio de una opípara comida. Pero no —añadió con tono quejumbroso—, es un sueño disparatado. ¿Qué buen club comprometería su posición admitiéndote a ti como miembro?

—Cualquier club que te admitiera a ti como invitado, con toda seguridad que me admitiría a mí... —empecé, pero George ya estaba sumido en sus evocaciones.

—Recuerdo —dijo, con ojos relucientes— cuando, lo menos una vez al mes, cenaba en el club que ofrecía el más abundante y complicado buffet que jamás ha honrado una bien provista mesa desde los tiempos de Lúculo.

—Supongo que tú ibas como invitado gratuito de alguien.

—No es ésa una suposición necesaria, que yo sepa, pero se da la curiosa casualidad de que has acertado. Era Alistair Tobago Crump VI, el cual en realidad pertenecía al club y quien, sobre todo, de vez en cuando era mi anfitrión.

—George —dije—, ¿va a ser éste otro relato en el que Azazel y tú os confabuláis para arrojar a un pobre hombre por un precipicio de desgracia y desesperación en vuestros descarriados esfuerzos por ayudarlo?

—No sé a qué te refieres. Le concedimos lo que deseaba por pura bondad y por amor abstracto a la Humanidad..., y por mi algo más concreto amor al buffet. Pero deja que te cuente la historia desde el principio.

»Alistair Tobago Crump VI había sido miembro del *Edén* desde el momento

mismo de su nacimiento, pues su padre, Alistair Tobago Crump V, apuntó el nombre de su hijo en los registros tan pronto como una inspección personal le cercioró de que la estimación inicial del médico con respecto al sexo de la criatura había sido correcta. Del mismo modo, Alistair Tobago Crump V había sido apuntado por su padre, y así sucesivamente, hasta los días en que Bill Crump, sumido en el profundo sopor de una borrachera, había sido enrolado en la Armada británica justo a tiempo para encontrarse convertido en indigno miembro de la tripulación de una de las naves de la flota que arrebató Nueva Amsterdam a los holandeses en 1664.

»Resulta que el *Edén* es el club más exclusivo del continente americano, hasta el punto de que su existencia misma tan sólo es conocida por sus miembros y unos cuantos, muy escasos, invitados. Yo ni siquiera sé su emplazamiento, pues siempre fui llevado allí con los ojos vendados, en un cabriolé de ventanillas opacas. Únicamente puedo decirte que al final del trayecto los cascos del caballo pasaron durante un rato sobre un trecho de carretera adoquinada.

»No podría pertenecer al *Edén* nadie cuyos antepasados no se remontasen al período colonial por ambas ramas de la familia. Y no es solamente la ascendencia lo que cuenta, su reputación debe ser intachable. George Washington vio vetado por unanimidad su ingreso en el club porque, innegablemente, se había rebelado contra su señor soberano.

»La misma exigencia se mantenía para cualquier invitado, pero eso no me excluía a mí, naturalmente. A diferencia de ti, yo no soy un emigrante de primera generación procedente de Dobrudja, Herzegovina, o algún otro lugar igualmente inverosímil. Mi ascendencia es impecable, ya que todos mis antepasados han poblado el territorio de esta nación desde el siglo XVII, y desde entonces, todos y cada uno de ellos han evitado los pecados de rebelión, deslealtad y anti-norteamericanismo durante la guerra revolucionaria y la guerra civil, aclamando imparcialmente a ambos bandos cuando sus Ejércitos desfilaban ante ellos.

»Mi amigo Alistair se sentía excesivamente orgulloso de su cualidad de miembro del club. Muchas veces -pues era uno de tus clásicos pelmas y se repetía con frecuencia- me decía: “George, el *Edén* es el nervio y la esencia de mi ser, el eje de mi existencia. Si tuviera todo lo que la riqueza y el poder pudieran darme y no tuviese el *Edén*, no valdría nada”.

»Naturalmente, Alistair tenía todo lo que la riqueza y el poder podían darle, pues otro requisito para ser miembro del *Edén* era poseer una gran riqueza. Tan sólo el importe a que ascendía la cuota anual lo convertía en requisito imprescindible. Y tampoco eso bastaba por sí solo; la riqueza tenía que ser heredada, no podía ser ganada. Cualquier indicio de que se realizara algún trabajo a cambio de una remuneración económica hacía a una persona claramente inelegible para pertenecer al club. Yo he permanecido fuera de él únicamente porque mi padre, irreflexivamente,

olvidó dejarme varios millones de dólares, aunque jamás he sufrido la ignominia de trabajar por...

»No digas “ya lo sé”. Es imposible que puedas saberlo.

»Como es natural, no existía ninguna objeción a que un miembro aumentase sus ingresos mediante métodos que no entrañasen un trabajo remunerado. Siempre había cosas tales como manipulación bursátil, evasión de impuestos, tráfico de influencias y otros hábiles recursos que son como una segunda naturaleza para los ricos.

»Todo esto era tomado muy en serio por los miembros del *Edén*. Se habían dado casos de edenitas que, habiendo perdido todo su dinero a consecuencia de inexplicables ataques de momentánea honradez, preferían irse muriendo lentamente de hambre antes que ponerse a trabajar y verse privados de su pertenencia al club. Sus nombres todavía se mencionan entre susurros y en la sede social se ven placas esculpidas en su honor.

»No, no podían pedir dinero prestado a otros, amigo mío. Es muy propio de ti sugerir tal cosa. Todo miembro del *Edén* sabe que no se toma dinero prestado de manos de un rico cuando hay cantidades ingentes de personas pobres esperando ansiosamente en cola la oportunidad de ser estafados. La Biblia nos recuerda: “Siempre tendréis a los pobres con vosotros”, y los miembros del *Edén* son en extremo devotos.

»Y, sin embargo, Alistair no era feliz del todo, pues desgraciadamente los miembros del *Edén* tendían a rehuirle. Ya te he dicho que era un pelma. No tenía conversación, ni agudeza de ingenio, ni opiniones destacables. De hecho, aun en medio de una colectividad de socios cuyo caudal de ingenio y originalidad se hallaba al nivel de un cuarto grado de escuela elemental, él destacaba como notablemente aburrido.

»Puedes imaginar su frustración mientras permanecía sentado en el *Edén* noche tras noche, solo en medio de la multitud. El océano de conversaciones desbordaba sobre él, pero permanecía seco. Sin embargo, ni una sola noche dejaba de asistir al club. Incluso había acudido durante un violento ataque de disentería para no perder su récord de “hombre de hierro”. Esto era apreciado en abstracto por los miembros del club, pero, por alguna razón, generalmente no era estimado.

»Desde luego, de vez en cuando tenía el privilegio de llevarme al *Edén* como invitado suyo. Mi ascendencia era impecable, mi historial aristocrático de acreditado no trabajador causaba la admiración de todos, y a cambio de una comida exquisita y de un ambiente extremadamente distinguido, todo ello a costa de Crump, yo me tomaba la molestia de hablar con él y reírle sus horribles chistes. Y me encontré compadeciendo al pobre hombre desde lo más profundo de mi anchuroso corazón.

»Tenía que haber alguna manera de convertirle en el alma de la fiesta, en el hombre con quien todos los miembros del *Edén* desearan estar. Me imaginaba a

ancianos y respetables *edenitas* disputándose implacablemente el honor de sentarse a su lado durante la cena.

»Después de todo, Alistair era la imagen misma de la respetabilidad y de todo lo que un *edenita* debía ser: alto, delgado, el rostro tenía la expresión de un caballo pensativo, poseía los cabellos rubios y lacios, claros ojos azules, y el estólido aire de formal ortodoxia conservadora de un hombre cuyos antepasados habían tenido la suficiente buena opinión de sí mismos como para contraer matrimonio dentro del clan. De lo que carecía, era del más mínimo rastro de algo interesante que decir o hacer.

»Sin embargo, eso seguramente se podría arreglar. Era un caso para Azazel.

»Por una vez, Azazel no se sintió irritado por el hecho de que yo le hiciera venir desde su mundo místico. Al parecer, se encontraba en alguna especie de banquete y le correspondía a él hacerse cargo de la cuenta, y yo le había arrancado del lugar cinco minutos antes del momento en que ésta llegase. Rió entre dientes con agudo tono de falsete, pues, como sabes, sólo tiene dos centímetros de estatura.

»“Volveré quince minutos después”, dijo, “y para entonces alguien se habrá comprometido a pagar la cuenta”.

»“¿Cómo explicarás tu ausencia?”, pregunté.

»Se irguió en la totalidad de su micro-estructura, sacudiendo nerviosamente la cola.

»“Les diré la verdad: que fui llamado a una conferencia con un monstruo extragaláctico de estupidez extraordinaria que se hallaba desesperadamente necesitado de mi inteligencia. ¿Qué quieres esta vez?”

»Se lo dije y, para mi asombro, rompió a llorar con abundantes lágrimas. Por lo menos, comenzaron a brotar de sus ojos minúsculas espiguillas rojas. Supongo que eran lágrimas. Una de ellas se me introdujo en la boca, y sabía horrible... a vino tinto barato, o como sabría el vino tinto barato si alguna vez hubiera llegado a probarlo.

»“Es triste”, dijo. “Conozco el caso de un ente muy valioso que constantemente está siendo humillado por otros muy inferiores a él. Considero que no hay nada más trágico”.

»“¿Quién es? Me refiero al ente humillado”.

»“¡Yo!”, exclamó, golpeándose el diminuto pecho hasta hacerlo crujir.

»“No puedo concebirlo”, dije. “¿Tú?”

»“Tampoco yo lo puedo concebir”, respondió, “pero así es. ¿Qué hace ese amigo tuyo que pueda considerarse que constituye una cierta promesa?”

»“Bueno, cuenta chistes. O intenta hacerlo. Son horribles. Los va desgranando con voz monótona, da interminables rodeos en torno a lo que constituye la gracia del chiste, y luego, lo olvida. A menudo, con uno de sus chistes, le he visto hacer llorar a un hombre hecho y derecho”.



»“Malo. Muy malo. Yo, en cambio, soy excelente para contar chistes. ¿Te he contado alguna vez ese en que un día un plocks y un jinniram estaban entregados a un mutuo andesantorio y uno de ellos dice...?”

»“Sí, ya me lo has contado”, repuse, mintiendo con esfuerzo, “pero vayamos al caso de Crump”.

»“¿Hay alguna técnica sencilla que pueda mejorar la forma de contar un chiste?”, preguntó Azazel.

»“Una cierta locuacidad, desde luego”, respondí.

»“Desde luego”, convino Azazel. “Una simple divalinación de las cuerdas vocales podría lograrlo... suponiendo que vosotros, los bárbaros, tengáis esas cosas”.

»“Las tenemos. Y también la capacidad para hablar con acento”.

»“¿Acento?”

»“Inglés incorrecto. Los extranjeros que no han aprendido el idioma de niños, sino más tarde, invariablemente pronuncian mal las vocales, alteran el orden de las palabras, violan la gramática, etcétera”.

»En el diminuto rostro de Azazel se dibujó una horrorizada expresión.

»“Pero ése es un crimen terrible”, dijo.

»“En este mundo, no”, respondí. “Debería serlo, pero no lo es”.

»Azazel meneó tristemente la cabeza.

»“¿Ha oído alguna vez ese amigo tuyo esas atrocidades que llamáis acentos?”

»“Naturalmente. Todo el que vive en Nueva York oye continuamente acentos de todas clases. Lo que apenas si se oye es un inglés correcto como el mío”.

»“Ah”, dijo Azazel, “entonces es sólo cuestión de escapular la memoria”.

»“¿Hacerle qué a la memoria?”

»“Escapular, una forma de aguzarla, de la palabra “escapos”, que se refiere a los dientes de un dirigin”.

»“¿Y eso hará que pueda contar chistes con acento?”

»“Sólo con los acentos que haya oído en el transcurso de su vida. Después de todo, mis poderes no son ilimitados”.

»“Entonces, escapula”.

»Una semana después me encontré con Alistair Tobago Crump VI en el cruce de la Quinta Avenida y la Calle 53, y escruté su rostro en vano en busca de alguna señal de un triunfo reciente.

»“Alistair”, dije, “¿has contado algún chiste últimamente?”

»“Nadie quiere escucharlos, George. A veces creo que no cuento chistes mejor que la mayoría de la gente”.

»“Bien, te diré lo que vamos a hacer. Vas a venir conmigo a un pequeño establecimiento que conozco. Yo te hago una presentación humorística, y luego tú te levantas y dices lo que se te ocurra”.

»Te aseguro que no fue nada fácil persuadirle para que lo hiciera. Tuve que recurrir a toda la fuerza de mi magnética personalidad. Pero al final lo conseguí.

»Le llevé a un infecto garito que casualmente conocía. La mejor forma de describirlo es diciendo que recuerda a los lugares a los que tú me invitas a cenar.

»Casualmente también, conocía al dueño del garito y le convencí para que nos dejara realizar el experimento.

»A las once de la noche, cuando el bullicio estaba en su punto culminante, me puse en pie e impresioné al auditorio con mi aire de dignidad. Sólo había once personas presentes, pero consideré que eran suficientes para el experimento.

»“Señoras y caballeros”, dije, “tenemos entre nosotros a un hombre de gran inteligencia, un maestro de nuestro idioma al que estoy seguro que les encantará conocer. Se trata de Alistair Tobago Crump VI; es profesor emersoniano de inglés en la Universidad de Columbia y autor de *Cómo hablar un inglés perfecto*. Profesor Crump, tenga la bondad de levantarse y dirigir unas palabras a los intelectuales aquí presentes”.

»Crump se levantó con aire confuso y pronunció unas breves palabras de agradecimiento con fuerte acento yiddish.

»Bueno, amigo, yo te he oído contar chistes en lo que se entiende que es acento yiddish, pero en comparación con Crump, tú podrías pasar por un graduado en Harvard. El asunto es que Crump tenía exactamente el aspecto que uno esperaría de un profesor emersoniano de inglés. Y ver aquel rostro triste y severo y oír de pronto una frase dicha en una mezcla perfecta de inglés y yiddish, dejó boquiabiertos de asombro a todos los presentes. El aire se llenó de un aroma tal a cebollas alcohólicas, que te gustaría creerlo. Y luego estalló una carcajada general que rayaba en la histeria.

»En el rostro de Crump se pintó una expresión de leve sorpresa. Con un hermoso tonillo sueco que no intentaré reproducir, me dijo:

»“No suelo conseguir una relación tan intensa”.

»“No importa”, repliqué, “sigue hablando”.

»Tuvo que esperar a que las risas cesaran, lo que tardó un rato; a continuación, empezó a contar chistes con deje irlandés, gangueo escocés, en cokney, centroeuropeo, español y griego. No obstante, su especialidad era el brooklynés... tu propia noble y casi nativa lengua, amigo mío.

»Después de eso, le dejaba pasar varias horas en el *Edén* todas las noches, y al término de la cena, le llevaba al establecimiento. La noticia corrió de boca en boca. La primera noche, como he dicho, el auditorio había sido escaso, pero antes de que transcurriera mucho tiempo, la gente se agolpaba a las puertas del local, tratando, en vano, de entrar.

»Crump se lo tomó con calma. De hecho, parecía abatido.

»“Mira”, me dijo, “no tiene sentido desperdiciar todo este excelente material mío con unos simples paletos. Yo quiero mostrar mi arte a mis colegas del *Edén*. Antes no escuchaban mis chistes porque nunca se me había ocurrido contarlos con acento. En realidad, no me daba cuenta de que podía hacerlo, lo que demuestra la increíble infraestimación de uno mismo en que puede incurrir un tipo sosegadamente festivo e ingenioso como yo. Sólo porque no soy ronco y no trato de abrirme camino por encima de todo...”

»Estaba hablando en su mejor acento brooklynés, el cual raspa desagradablemente cualquier oído delicado, si no te importa que lo diga, por lo que me apresuré a asegurarle que yo me encargaría de todo.

»Hablé con el dueño del local de la riqueza de los miembros del *Edén*, olvidando mencionar que eran tan tacaños como ricos. El dueño, babeando ligeramente, les envió entradas gratuitas para atraerles. Lo hizo por consejo mío, ya que yo sabía perfectamente que ningún verdadero *edenita* podía resistirse a una función gratuita, en especial habida cuenta de que yo había puesto cuidadosamente en circulación el rumor de que después de la función se proyectarían películas sólo para hombres.

»Los *edenitas* acudieron en masa, y Crump se sintió lleno de júbilo.

»“Ahora puedo hacerlo”, dijo. “Tengo un acento coreano que los va a tirar de espaldas”.

»Tenía también un deje sureño y un gangueo de Maine que había que oírlos para creerlo.

»Durante unos minutos, los hombres del *Edén* permanecieron en petrificado silencio, y me asaltó la terrible idea de que no entendían el sutil humor de Crump. Sin embargo, sólo estaban paralizados por la sorpresa, y cuando ésta se desvaneció, empezaron a reír.

»Se estremecían los ampulosos vientres, caían al suelo los lentes de pinza, ondeaban al viento las blancas y pobladas patillas. Todos los repugnantes sonidos posibles -desde los secos cloqueos en falsete de unos hasta los oleaginosos farfulles de otros- que podían servir para hacer odiosa la vida, comenzaron a hacerla.

»Crump se llenó de júbilo ante esta apropiada apreciación de su arte, y el dueño del local, seguro de que se encontraba en la puerta de entrada que le había de dar acceso a una ilimitada riqueza, se apresuró a acudir junto a Crump en el intermedio y le dijo:

»“Muchacho, muchacho, sé que sólo pedías la oportunidad de dar a conocer tu arte y que estás por encima de esa inmundicia que la gente llama dinero, pero no puedo permitirlo por más tiempo. Llámame estúpido. Llámame loco. Pero aquí tienes este cheque, muchacho, cógelo. Te lo has ganado hasta el último centavo. Gástalo en lo que quieras”.

»Y, con la generosidad del típico empresario que espera recibir millones a

cambio, le puso en la mano a Crump un cheque de veinticinco dólares.

»Bien, desde mi punto de vista, ése fue el principio. Crump adquirió fama y satisfacción, y se convirtió en el ídolo del circuito de salas de fiesta, admirado por todos los espectadores. Afluía sobre él dinero a raudales, y como ya era más rico de lo que el propio Creso hubiera podido soñar, gracias a la diligente defraudación de huérfanos practicada por sus antepasados, no lo necesitaba y todo se lo entregaba a su representante artístico... es decir, a mí. Al cabo de un año, yo ya era millonario, de modo que ahí tienes en qué viene a parar tu típica estúpida teoría de que Azazel y yo sólo traemos mala suerte.

Miré a George sardónicamente.

—Como te faltan varios millones de dólares para ser millonario, ahora supongo, George, que vas a decirme que todo fue un sueño.

—En absoluto —replicó altivamente—. El relato es totalmente cierto, como todas las palabras que yo pronuncio. Y el final que acabo de esbozar es exactamente lo que habría sucedido si Alistair Tobago Crump VI no hubiera sido un necio.

—¿Un necio?

—Ya lo creo. Juzga tú mismo. Lleno de engreimiento por el espléndido cheque de veinticinco dólares que había recibido, lo puso en un marco, lo llevó al *Edén* y fatuamente lo fue enseñando a todo el mundo, ¿Qué alternativa tenían los socios? Había ganado dinero. Se le había pagado por su trabajo. Se veían obligados a expulsarlo. Y Crump, privado de su club, llegó al imprudente extremo de sufrir un fatal ataque cardíaco. Sin duda, nada de eso fue culpa de Azazel, ni mía.

—Pero, si puso el cheque en un marco, en realidad no estaba ganando ningún dinero.

Con gesto magistral, George levantó la mano derecha mientras con la izquierda empujaba hacia mí la cuenta de la cena.

—Es el principio en el que se basa el asunto. Ya te he dicho que los *edenitas* eran fuertes en religión. Cuando Adán fue expulsado del Edén, Dios le dijo que en lo sucesivo tendría que trabajar para ganarse la vida. Creo que las palabras exactas fueron: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”. De donde, a la inversa, se deduce que, si trabajas para ganarte la vida, tienes que ser expulsado del Edén. La lógica es la lógica.

## Viaja más rápido (1985)

---

“He Travels the Fastest”

Acababa de regresar de un viaje a Williamsburg, Virginia, y mi alivio al estar de vuelta junto a mi querida máquina de escribir y mi procesador de textos se mezclaba con un residuo de leve resentimiento por haberme tenido que marchar.

George no tuvo en cuenta en absoluto el que el hecho de que acabara de atiborrarse con lo más selecto de uno de los mejores restaurantes de la ciudad, a mis muy duramente ganadas expensas, era una razón más que adecuada para ofrecerme su simpatía.

Tras liberar una fibra de bistec que se le había quedado enganchada entre dos dientes me dijo:

—De veras que no comprendo, mi viejo amigo, por qué tienes que encontrar mal el hecho de que una serie de organizaciones, otro lado respetables, parezcan estar dispuestas a pagarte miles de dólares para escucharte hablar durante una hora. Teniendo en cuenta que te he escuchado hablar a veces, consideraría mucho más lógico que hablaras sin cobrar nada, y te negaras a dejar de hacerlo hasta que te pagaran miles de dólares. Seguro que ésta es la forma mucho más fácil de exprimirle dinero a la gente... aunque no tengo intención de herir tus sentimientos, suponiendo que tengas alguno.

—¿Cuándo me has oído tú hablar? —le pregunté—. Los intersticios entre tus vagabundeos no te permiten oír más de dos docenas de palabras a la vez. — Naturalmente, tomé buen cuidado de expresar mi opinión en exactamente veinticuatro palabras.

George me ignoró, como estaba seguro que haría.

—Demuestra un aspecto particularmente oscuro de tu alma el que en tu loca codicia por esa escoria llamada «dinero» consientas tan libre y frecuentemente someterte a las penas de ese viajar que dices odiar tanto. Esto me recuerda la historia de Sophocles Moskowitz, que sentía una perezosa reluctancia similar a abandonar su sillón excepto cuando se ofrecía a su vista la posibilidad de nuevas hinchazones de su ya hinchada cuenta bancaria. Esta reluctancia era calificada también por él con el eufemismo de «aversión a viajar». Tuvo que ser mi amigo, Azazel, quien cambiara eso.

—Ni se te ocurra poner tras de mí a tu demonio desastre de dos centímetros — dije alarmado; una alarma que era tan real como si de veras creyera que ese producto de la perturbada imaginación de George existía de verdad.

George me ignoró otra vez.

—En realidad —dijo George—, aquella fue la primera vez que llamé a Azazel para pedirle su ayuda. Hará ya casi treinta años de ello, ¿sabes? Yo acababa de

averiguar cómo atraer a la pequeña criatura desde su propio mundo, y todavía no había aprendido a comprender sus poderes. Él alardeaba de ellos, por supuesto, pero, ¿dónde hay alguna criatura viviente, excepto yo, que no evalúe en exceso sus poderes y habilidades?

»Por aquel entonces yo estaba muy familiarizado con una magnífica mujer llamada Fifí que, hacía un año, había decidido que Sophocles Moskowitz, como persona, no era tan malo como para descalificarlo, ante su cuantiosa fortuna, como el tipo de marido que ella andaba buscando. Después de que se casaran, ella siguió siendo una subrepticia, aunque inexplicablemente virtuosa, amiga mía.

»Pese a su virtud, sin embargo, yo siempre me alegraba de verla, algo que comprenderás fácilmente cuando te diga que su figura era algo que *no* podía ser evaluado en exceso. Ante su presencia yo siempre recordaba, con austera satisfacción, algunas amistosas faltas de delicadeza en las que ambos habíamos participado en el pasado.

»“Bum-Bum”, dije, porque nunca había conseguido quitarme la costumbre de usar su nombre de candilejas, adjudicado por consenso general de los admirados espectadores de su interesante acto, “tienes buen aspecto”. No vacilé en absoluto en decirlo, porque realmente lo creía.

»“¿Oh, sí?”, dijo ella, de esa manera despreocupada que siempre me recordaba las calles de Nueva York en su cobrizo esplendor. “Bueno, pues no me siento bien”.

»No lo creí ni por un momento porque, si podía confiar en mi memoria, ella se había sentido bien desde su primera adolescencia, pero dije: “¿Cuál es el problema, mi cimbreada amiga?”

»“Se trata de Sophocles, esa sabandija”.

»“Seguro que no estás irritada con tu esposo, Bum-Bum. Es imposible que una persona tan rica como él pueda ser irritante”.

»“Eso es todo lo que *tú* sabes. ¡Vaya fanfarrón! Escucha, ¿recuerdas que me dijiste que Sophocles era tan rico como un tipo llamado Creso, que es un chico del que nunca había oído hablar? Bueno, ¿por qué no me dijiste nunca que ese tipo llamado Creso debió ser un campeón de la tacañería?”

»“¿Sophocles es un tacaño?”

»“¡Un campeón! ¿Te apuestas algo? ¿De qué sirve casarse con un tipo rico que es un tacaño?”

»“Vamos, Bum-Bum, seguro que puedes arreglártelas para sacarle algo de dinero con la elusiva promesa de un Elíseo nocturno”.

»La frente de Fifí se contrajo un poco. “No estoy segura de lo que significa eso, pero te conozco, así que no digas guarradas. Por otro lado, le prometí que *no iba* a conseguirlo, sea lo que sea lo que tú has dicho, a menos que aflojara la bolsa, pero prefiere antes estrujar su bolsa que a mí, y eso, si piensas bien en ello, es más bien

insultante”. La pobrecilla se puso a sollozar quedamente.

»Palmeé su mano de una manera tan poco fraternal como pude en tan poco tiempo.

»Ella estalló apasionadamente: “Cuando me casé con el tipo pensé: ‘Bueno, Fifí, ahora es cuando vas a ir a París y a la Riviera y a Buenos Aires y a Casablanca y a todos esos sitios’. ¡Ja! ¡Ni una posibilidad!”

»“No me digas que ese canalla ni siquiera te ha llevado a París”.

»“Él no va a *ninguna parte*. Dice que no desea abandonar Manhattan. Dice que no le gusta lo que hay ahí fuera. Dice que no le gustan las plantas ni los árboles ni los animales ni la hierba ni el polvo ni los extraños ni los edificios excepto los de Nueva York. De modo que yo le digo: ‘¿Y qué te parece si salimos de compras?’ Pero eso tampoco le gusta”.

»“¿Por qué entonces no sales sin él, Bum-Bum?”

»“Eso sería más divertido que con él, apuesta a que sí. ¿Pero con qué? El tipo se ha hecho coser los bolsillos de sus pantalones, con todas sus tarjetas de crédito dentro. Tengo que hacer todas mis compras en Macy's”. Su voz se convirtió casi en un chillido. “¡No me casé con ese tipo para comprar en Macy's!”

»Contemplé especulativamente varias porciones anatómicas de la damisela y lamenté no poder permitírmelas. Antes de casarse, se había mostrado ocasionalmente dispuesta a hacer una contribución a la causa en el mejor estilo del arte por el arte, pero ahora tenía la sensación de que su noble status de mujer casada había endurecido su visión profesional del asunto. Entiéndelo, en aquellos días yo era mucho más vigoroso aún de lo que soy ahora en mi actual primavera de la vida, pero estaba tan poco familiarizado con esa bagatela que llamamos dinero como lo estoy ahora.

»Le dije: “Suponte que puedo convencerle de que le guste viajar”.

»“Oh, muchacho, me gustaría que alguien pudiera”.

»“Suponte que yo puedo. Imagino que te sentirías agradecida”.

»Sus ojos se clavaron en mí, reminiscentes. “George”, dijo, “el día que él me diga que me lleva a París, tú y yo montamos un número en Asbury Park. ¿Recuerdas Asbury Park?”

»¿Que si recordaba aquel lugar de la costa de Nueva Jersey? ¿Cómo podré olvidar nunca mis doloridos músculos? Cada parte de mi cuerpo, bueno, casi cada parte, estuvo rígida durante al menos dos días después.

»Discutí el asunto con Azazel ante un poco de cerveza, una jarra para mí y una gota para él. Siempre ha encontrado el lúpulo deliciosamente estimulante. Le dije con cautela: “Azazel, ¿puede esa avanzada tecnología vuestra hacer realmente cosas que me sorprendan?”

»Me miró con expresión algo ebria. “Limítate a decirme lo que quieres. Sólo eso. Te demostraré si soy un chapucero o no. Te lo demostraré”.

»En una ocasión, en un momento de estupefacción ante algún abrillantador para muebles con esencia de limón (dijo que hallaba que ese extracto le despejaba la mente), me dijo que una vez había sido insultado de aquella manera en su propio mundo.

»Le concedí otra gota de cerveza y dije descuidadamente: “Tengo un amigo al que no le gusta viajar. Supongo que no será ningún problema para una persona tan hábil y adelantada como tú cambiar ese desagrado por una absoluta fiebre a los viajes”.

»Debo admitir que algo de su ansiedad se desvaneció de inmediato.

»“Lo que quería decir”, indicó, con su silbante voz y su extraño acento, “era que me pidieras algo razonable... como hacer que ese horrible cuadro que cuelga en la pared lo haga derecho y no torcido, utilizando sólo el poder de mi mente”. El cuadro se movió mientras él hablaba, y colgó torcido en la otra dirección.

»“Sí, pero, ¿por qué querría yo que mis cuadros colgaran derechos?”, dije. “Ya he tenido bastantes problemas en conseguir que cuelguen todos de una manera no rectilíneamente correcta. Lo que deseo es que imbuyas a Sophocles Moskowitz la manía de viajar, algo que le impulse a los viajes, incluso sin su esposa si es necesario”. Añadí eso porque se me ocurrió que tal vez fuera ventajoso que Fifi se quedara en la ciudad mientras Sophocles estaba fuera de ella.

»“Eso no es fácil”, dijo Azazel. “Una repugnancia arraigada a los viajes puede depender muy bien de varias experiencias infantiles deformadoras del cerebro. Sería necesaria ingeniería mental del tipo más avanzado para tratarlo. No digo que no pueda hacerse, Puesto que las toscas mentes de tu gente no resultan dañadas con facilidad, pero tendría que ver a la persona para poder identificar su mente y estudiarla”.

»Eso era fácil. Hice que Fifi me invitara a cenar como un viejo compañero de clase de la universidad. (Ella había pasado algún tiempo en el campus de una universidad hacía años, aunque no creo que asistiera a las clases. Era muy extracurricular.)

»Llevé a Azazel conmigo en el bolsillo de mi chaqueta, y pude oírle ocasionalmente chirriar elaboradas fórmulas matemáticas para sí mismo. Supuse que estaba analizando la mente de Sophocles Moskowitz y, si así era, se trataba de una hazaña impresionante, porque en lo que a mí respecta su conversación me permitió apreciar el hecho de que su mente no era lo bastante amplia como para permitir mucho análisis.

»De vuelta a casa, le dije a Azazel: “¿Y bien?”

»Respondió con un frívolo agitar de su escamoso bracito: “Puedo hacerlo. ¿No tendrás a mano por casualidad un sinaptómetro mentodinámico multifase?”

»“A mano precisamente no”, respondí. “Ayer le presté el mío a un amigo que se



iba a Australia”.

»“Qué estupidez”, gruñó Azazel. “Eso significa que tendré que trabajar con cálculos a base de tablas”.

»Siguió irritado incluso después de haber terminado (como afirmó) con éxito su tarea.

»“Era casi imposible”, dijo. “Sólo una persona de mis magníficas habilidades hubiera podido conseguirlo, y tuve que clavar su mente a su actual forma ajustada con unos alfileres más bien gruesos”.

»Supuse que estaba hablando metafóricamente, y así se lo dije.

»A lo que Azazel respondió: “Bueno, pueden calificarse como alfileres más bien gruesos. Nadie podrá mover su mente después de esto. Va a desear viajar con una firmeza tan abrumadora que podría llegar a agitar los cimientos del universo si fuera necesario para hacer posible su viaje. *Eso mostrará...*”

»Estalló en una larga serie de sílabas estridentes en su idioma natal. No comprendí nada de lo que dijo, por supuesto, pero quedó completamente claro, por el simple hecho de que los cubitos de hielo de la nevera en la otra habitación se fundieron por completo, que no se trataba de ningún cumplido. Sospeché que estaba arrojando algunas animadversiones hacia aquellos de su planeta natal que le habían acusado de falta de habilidad.

»No habían pasado ni tres días cuando Fifi me telefoneó. No es tan efectiva por teléfono que en persona por razones que resultan claramente evidentes, aunque quizá para ti no lo resulten tanto, con tu incapacidad congénita de apreciar las cosas delicadas de la vida. Entiéndelo: uno es más consciente de la ligera dureza en su voz cuando no puede equilibrar directamente esta dureza con la blandura que se exhibe en todas las otras partes de su configuración anatómica.

»“George”, cloqueó, “tiene que ser magia. No sé lo que hiciste durante esa cena, pero ha funcionado. Sophocles me lleva a París. Ha sido idea suya, y se muestra terriblemente excitado al respecto. ¿No es maravilloso?”

»“Es más que maravilloso”, dije, con un entusiasmo natural. “Es capaz de provocar un temblor de tierras. Ahora podemos dedicarnos a la pequeña promesa que me hiciste. Podemos repetir lo de Asbury Park y hacer temblar toda la Tierra”.

»Supongo que alguna vez habrás notado, sin embargo, que a las mujeres les falta ese sentimiento de que un trato es algo sagrado. A este respecto son completamente distintas de los hombres. Parecen no tener la menor idea de la importancia de mantener su palabra, ningún sentido del honor.

»Dijo: “Nos vamos mañana, George, así que ahora no tengo tiempo. Te llamaré cuando hayamos vuelto”.

»Colgó, y eso fue todo. La mujer tenía veinticuatro horas por delante y yo apenas sería capaz de usar la mitad de ellas..., pero se fue.

»Supe de ella cuando volví, pero eso fue seis meses más tarde.

»Me telefoneó de nuevo, y al principio no reconocí su voz. Había algo extraño y cansado en ella.

»“¿Con quién hablo?”, pregunté, con mi dignidad habitual.

»“Soy Fifi Laveme Moskowitz”, dijo con voz débil.

»“¡Bum-Bum!”, exclamé. “¡Has vuelto! ¡Maravilloso! Ven esta noche, y así podremos...”

»“Olvídalo, George”, respondió. “Si se trata de magia, eres un miserable tramposo, y no iría a Asbury Park contigo ni aunque me llevaras a rastras”.

»Me sentí abrumado. “¿Acaso Sophocles no te ha llevado a París?”

»“Sí lo hizo. Ahora pregúntame cómo fueron mis compras”.

»“¿Cómo fueron tus compras?”, pregunté inmediatamente.

»“¡Una mierda! Ni siquiera empezaron. ¡Sophocles no se detuvo ni un instante!”. Su voz olvidó el cansancio y, bajo el stress de la emoción, ascendió casi a un chillido. “Llegamos a París, y seguimos. Él iba señalando las cosas a medida que pasábamos junto a ellas a toda velocidad. ‘Esto es la Torre Eiffel’, dijo, señalando a una construcción absurda que estaban erigiendo. ‘Esto es Notre Dame’, dijo. Ni siquiera sabía de qué estaba hablando. Dos jugadores de béisbol me llevaron una vez a Notre Dame, y ni siquiera estaba en París. Estaba en South Bend, Indiana. ¿Pero a quién le importa? Luego fuimos a Frankfurt y a Berna y a Viena... que esos estúpidos extranjeros del lugar llaman Veen. ¿Hay algún lugar llamado Trieste?”

»“Trieste”, dije. “Sí lo hay”.

»“Entonces también fuimos allí. Y ni siquiera nos parábamos en los hoteles. Nos parábamos en antiguas granjas. Sophocles decía que ésa era la auténtica forma de viajar. Decía que hay que ver gente y naturaleza. ¿Quién quiere ver gente y naturaleza? Lo que no vimos fueron duchas. Ni facilidades sanitarias. Al cabo de un tiempo, empiezas a oler. Y atrapé cosos en el pelo. Acabo de tomar cinco duchas una tras otra, y *sigo* sin hallarme limpia”.

»“Toma otras cinco duchas por mí”, la animé con mi voz más razonable, “y vayamos a Asbury Park”.

»No pareció oírme. Es sorprendente lo sordas que son las mujeres a la pura razón. Prosiguió: “Dice que vamos a empezar otra vez la semana próxima. Quiere cruzar el Pacífico e ir a Hong Kong. Ha contratado un petrolero. Dice que ésa es la forma de ver el océano. Yo le he dicho: ‘Escucha, maldito loco, no vas a llevarme en carguero hasta China, así que puedes hacer el viaje solo’.”

»“Muy poético”, reconocí.

»“¿Y sabes lo que dijo? Dijo: ‘Muy bien, querida. Iré sin ti’. Luego dijo algo de lo más extraño, porque no tenía ningún sentido. Dijo: ‘Abajo hasta el Gehena o arriba hasta el trono, viaja más rápido quien viaja solo’. ¿Qué significa eso? ¿Qué es el

Gehena? ¿Cómo puede llegar a alcanzar ningún trono? ¿Acaso se cree la Reina de Inglaterra?”

»“Es de Kipling”, dije.

»“No, fue él quien lo dijo. Y parecía decirlo en serio. De modo que le respondí que iba a divorciarme de él, y le sacaría hasta el último centavo, y él se limitó a decir: ‘Adelante, mi subestúpida querida, pero no tienes nada a lo que agarrarte y no vas a conseguir nada. Todo lo que me importa es viajar’. ¿Puedes entender eso? ¿Pese a lo de subestúpida? Siempre diciéndome palabras dulces”.

»Tienes que comprender, viejo amigo, que éste era el primer trabajo que hacía Azazel para mí, y que aún no había aprendido a controlarse. Y yo le había pedido que Sophocles viajara sin su esposa si se presentaba la ocasión.

»Quedaba todavía la ventaja de la situación que yo había imaginado desde un principio.

»“Bum-Bum”, dije, “hablemos juntos de eso del divorcio en Asbury...”

»“Y tú, miserable tramposo. No me importa si hiciste magia o lo que fuera. Sal de mi vida, porque conozco a un tipo que puede convertirte en panqueques tan pronto como le diga una palabra. Y lo haría bien, porque sabe hacer bien todo lo demás”.

»Me temo que Bum-Bum se había convertido en Plaf-Plaf, y no precisamente de la forma en que yo había deseado o, conociendo sus medidas y estilo, esperado.

»Llamé a Azazel pero, aunque lo intentó, no hubo forma en que pudiera deshacer lo que había hecho. Y se negó llanamente a intentar nada que hiciera que Bum-Bum se mostrara más razonable conmigo. Dijo que aquello sería demasiado para cualquiera. No sé por qué.

»Sin embargo, siguió la pista de Sophocles a petición mía. La manía del hombre fue creciendo. Cruzó la Divisoria Continental sobre sus manos. Remontó el Nilo haciendo esquí acuático, todo el camino hasta el lago Victoria. Cruzó la Antártida en ala delta. Cuando el presidente Kennedy anunció en 1961 que alcanzaríamos la Luna a finales de la década, Azazel dijo: “Ahí está mi ajuste actuando de nuevo”.

»“¿Quieres decir que lo que fuera que le hiciste a su cerebro le da el poder de influenciar al presidente y al programa espacial?”, quise saber.

»“No lo hace a propósito”, dijo Azazel, “pero ya te dije que el ajuste era lo bastante fuerte como para sacudir el universo”.

»Y el viejo tipo se fue a la Luna. ¿Recuerdas el *Apolo 13*, el que se supuso que sufrió una avería en el espacio en su camino a la Luna en 1970, y cuya tripulación apenas consiguió llegar de vuelta a la Tierra? En realidad, Sophocles se había hecho cargo de él, y llevó toda una porción del aparato hasta la Luna, dejando que la tripulación nominal volviera a la Tierra como mejor pudiera con el resto.

»Está en la Luna desde entonces, viajando por toda su superficie. No tiene ni aire, ni comida ni agua, pero su ajuste a viaje constante le suministra de alguna forma todo

lo que necesita. De hecho, de alguna forma, ha elaborado algo que va a llevarlo ahora hasta Marte... y más allá.

George agitó tristemente la cabeza.

—Es tan irónico —dijo—. Tan irónico.

—¿Qué es irónico? —pregunté.

—¿No lo ves? ¡El pobre Sophocles Moskowitz! Se ha convertido en una nueva versión mejorada del Judío Errante, y la mayor ironía es que ni siquiera es Ortodoxo.

George se llevó la mano izquierda a los ojos y tanteó con la derecha en busca de su servilleta. Mientras lo hacía, tomó accidentalmente el billete de diez dólares que yo había dejado a un lado de la mesa como propina para el camarero. Se secó los ojos con la servilleta, pero no pude ver lo que le ocurrió al billete de diez dólares. Abandonó el restaurante sollozando, dejando la mesa vacía.

Suspiré y deposité otro billete de diez dólares.

## El ojo del observador (1986)

---

“The Eye of the Beholder”

George y yo estábamos sentados en un banco del paseo que se extendía a la orilla del mar y contemplábamos la inmensa playa y el bravo mar que se divisaba en la distancia. Yo estaba inmerso en el inocente placer que supone observar a las jovencitas con sus bikinis, y preguntándome qué es lo que ellas pueden obtener de las bellezas de esta vida que no sea como mucho la mitad de lo que ellas contribuyen con su belleza.

Conociendo a George como lo conocía, sospechaba que con bastante seguridad sus propios pensamientos debían ser considerablemente menos estéticos y generosos que los míos. Estaba seguro de que sus pensamientos estarían centrados en los aspectos más provechosos de aquellas mismas jovencitas.

Me llevé, por tanto, una sorpresa, cuando le oí decirme:

—Viejo amigo, henos aquí sentados, pendientes de las bellezas de la Naturaleza en la forma de la divina apariencia femenina..., por inventar una frase... Y, sin embargo, seguramente la verdadera belleza no es, y no puede ser, tan manifiestamente evidente. Después de todo, la verdadera belleza, al ser tan apreciada, ¿debe mantenerse oculta a los ojos de los observadores triviales? ¿Había pensado en eso alguna vez?

—No —repliqué—. Nunca había pensado en ello y, ahora que lo menciona, sigo sin hacerlo. Es más, tampoco creo que usted haya pensado alguna vez eso.

George suspiró.

—Charlar con usted, viejo amigo, es como nadar en la melaza... Poca compensación para un esfuerzo tan grande. He observado cómo contemplaba a aquella alta diosa que se ve ahí, esa cuyas finas tiras de tejido no sirven para ocultar el reducido espacio que pretenden cubrir. Seguramente usted considera que lo que ella exhibe son frivolidades.

—Nunca he pedido mucho de la vida —repuse de una forma humilde—. Me sentiría satisfecho con frivolidades de ese tipo.

—Piense cuánto más bella sería una mujer joven..., incluso una mujer muy poco atractiva a los indoctos ojos de alguien como usted..., si ésta poseyera las eternas glorias de bondad, abnegación, buen humor, sumisa laboriosidad y dedicación a los demás, todas las virtudes, en resumen, que reflejan el encanto y la aureola de una mujer.

—Lo que estoy pensando, George —dije—, es que usted debe estar borracho. ¿Qué demonios sabe posiblemente usted acerca de virtudes como ésas?

—Me son completamente familiares —siguió George arrogantemente—, porque las practico asiduamente y al completo.

—Sin duda alguna —convine—, sólo en la intimidad de su habitación y en la oscuridad.

—Dejando a un lado su vulgar comentario —dijo George—, debo decir que, aunque no hubiera tenido un conocimiento personal de esas virtudes, he sabido de ellas a través de mi relación con una señora joven, llamada Melisande Ott, de soltera Melisande Renn, y conocida por su querido esposo, Octavius Ott, como Maggie. También yo la conocía por Maggie, ya que era la hija de un amigo mío muy querido. ¡Ay!, ya fallecido, por lo que ésta siempre me consideró como su tío George.

Debo admitir que yo, en parte e igual que usted, aprecio las sutiles cualidades de lo que usted llama «frivolidades» Sí, viejo amigo, ya sé que yo utilicé el término primero, pero no iremos a ninguna parte si continúa interrumpiéndome constantemente con trivialidades.

Porque debido a la pequeña debilidad en mí existente, debo también admitir que cuando, demostrando una excesiva alegría por verme, corría dando gritos a abrazarme, el placer que yo sentía al ocurrir esto no era tanto como hubiera sido en realidad si ella hubiera estado más generosamente proporcionada. Era muy delgada y sus huesos eran terriblemente prominentes. Tenía la nariz grande, un mentón débil, su pelo era lacio y de color pardusco y sus ojos tenían un indefinible color entre gris y verde. Sus pómulos eran anchos y marcados, lo que le hacía parecerse a una ardilla que acabara de completar una buena colección de nueces y granos. En resumen, no era el tipo de mujer que al aparecer en escena hubiera hecho que ninguno de los jóvenes presentes en la sala hubiera comenzado a acelerar su respiración ni a esforzarse por acercarse a ella.

Pero tenía un buen corazón. Sobrellevaba con su melancólica sonrisa las situaciones en que los jóvenes de su edad, tras haberles sido presentada, dejaban traslucir su repentino desagrado. Servía de dama de honor a todas sus amigas a medida que se casaban, correspondiendo siempre con una serie de dulces y melancólicas sonrisas. También sirvió como madrina para innumerables niños e hizo de niñera para otros, pues era tan diestra en dar el biberón como jamás nadie lo ha sido.

Llevaba sopa caliente a los pobres que se lo merecían..., y también a los que no se lo merecían, aunque hubo alguien que dijo que eran precisamente estos últimos los que más se merecían aquella visita larga y molesta. Realizaba diversos servicios en la iglesia de su barrio y en diversas ocasiones... Una vez lo hacía por ella misma y otras por cada una de sus amigas que preferían los brillos pecaminosos de las salas de cine al servicio desinteresado. Daba clases en la escuela dominical y divertía a los niños haciendo (ellos así lo creían) muecas con su rostro. Frecuentemente los reunía para leerles los Diez Mandamientos. (Evitaba leerles el que se refería al adulterio porque la experiencia le había enseñado que ello implicaba invariablemente el que le hicieran

una serie de preguntas inconvenientes.) También se prestaba como voluntaria para atender los servicios de la biblioteca del barrio.

Naturalmente ya había perdido toda esperanza de casarse desde que tenía, aproximadamente, cuatro años. Incluso ya a la edad de diez años, le había parecido un sueño totalmente imposible la posibilidad de tener una eventual cita con un miembro del sexo opuesto.

Muchas veces me había dicho:

—No me considero desdichada, tío George. El mundo de los hombres me está vedado, sí, siempre lo ha estado excepto en lo que se refiere a usted mismo y a la memoria del pobre papá, pero existe mucha y auténtica felicidad en hacer el bien.

Entonces comenzó a visitar a los presos de la cárcel del Condado para buscar su arrepentimiento y tratar de convertirlos para que iniciaran trabajos dignos. Los días que ella debía ir a visitarlos, sólo había uno o dos de entre los presos más indolentes, que se prestaban al encierro incomunicado.

Pero entonces conoció a Octavius Ott, que acababa de incorporarse al vecindario y era un joven ingeniero electrónico con un puesto de responsabilidad en una empresa de energía eléctrica. Era un joven respetable, serio, trabajador, perseverante, valeroso, honesto y respetuoso... Pero no era precisamente lo que usted o yo llamaríamos un hombre atractivo. De hecho, y sin querer insistir en el tema, nadie a lo largo de la historia lo hubiera catalogado como un hombre guapo.

Tenía grandes entradas en su cabello... O, por decirlo más exactamente, era medio calvo. Tenía una frente bulbosa, la nariz chata, los labios delgados, las orejas totalmente separadas de la cabeza y una prominente nuez que no acababa nunca de estar quieta. El poco pelo que tenía era de color de orín y sus brazos y su rostro estaban irregularmente salpicados por pecas.

Sucedió que yo estaba con Maggie cuando Octavius y ella se encontraron en la calle por primera vez. Ambos se hallaban igualmente desprevenidos y ambos se mostraron como un par de caballos asustadizos enfrentados de repente a una docena de payasos con doce espantosas pelucas, tocando doce silbatos. Por un momento, pensé que los dos, Maggie y Octavius, iban a ponerse de manos como los caballos y comenzarían a relinchar.

Pasó aquel primer momento, sin embargo, y los dos lograron superar con éxito aquel instante de pánico que habían experimentado. Ella no hizo sino colocar su mano en el corazón como si quisiera evitar con ello que se le escapara del pecho en busca de un lugar más oculto y seguro, mientras que él se enjugó la frente como para borrar un horrible recuerdo.

Yo había conocido a Octavius algunos días antes y por tanto pude presentarlos a los dos. Ambos tendieron sus manos tanteando, como si no tuvieran ningún deseo de añadir el sentido del tacto al de la vista. Algo después, por la tarde, Maggie rompió su

silencio y me dijo:

—Qué hombre más raro parece ese señor Ott.

Yo respondí con esa original metáfora que tanto gusta a todos mis amigos:

—No debes juzgar a un libro por su cubierta, querida.

—Pero la cubierta existe, tío George —dijo con la mayor seriedad—, y todo debe tenerse en cuenta. Me atrevería a decir que la mujer joven media, frívola e insensible, tiene poco que hacer con el señor Ott. Por tanto, podría hacérsele un favor, mostrándole que no todas las mujeres jóvenes son totalmente desatentas, y que al menos una de éstas no se da la vuelta frente a un hombre por el mero hecho de que éste tenga un desgraciado parecido con..., con...

Hizo una pausa al no ocurrírsele con qué miembro del reino animal podía compararlo; por lo tanto, tuvo que acabar la frase, sin convicción, pero afectuosamente con un:

—A lo que quiera que se parezca. Debo ser amable con él.

No sé si Octavius tuvo o no un confidente sobre quien poder descargar sus pensamientos de igual manera que hizo Maggie. Probablemente no, porque pocos de nosotros, por no decir ninguno, tienen la ventaja de tener un tío George. Sin embargo, estoy bastante seguro, que, a juzgar por los acontecimientos posteriores, le vinieron a la cabeza el mismo tipo de pensamientos..., pero al revés, claro.

En cualquier caso, los dos se afanaron por ser amables el uno con el otro, con dudas y como tanteo al principio, con entusiasmo más tarde, y con vehemencia finalmente. Lo que empezó con casuales encuentros en la biblioteca, se convirtió después en visitas al zoológico, más tarde en salir alguna noche al cine o a bailar, para, finalmente, acabar con lo que únicamente puede ser definido, si se me permite la expresión, como... citas.

La gente empezó a esperar ver a uno cuando quiera que veía al otro, ya que se habían convertido en una pareja indisoluble. Algunas personas del vecindario se quejaban amargamente de que tener una doble dosis de Octavius y Maggie era más de lo que se esperaba que la vista humana podía soportar, y más de uno, entre los más desdeñosos y afectados, se compró gafas de sol. No quiero decir que compartiera totalmente aquellos extremados criterios, pero, sin embargo, había otras personas..., más tolerantes y quizá más razonables, que señalaban que, por alguna extraña coincidencia, los rasgos de uno de ellos eran justamente opuestos a los correspondientes al otro. El verlos a los dos juntos hacía que se introdujera un efecto de anulación mutua, de manera que verlos a los dos juntos era más soportable que ver a cada uno por separado. O al menos eso era lo que algunos afirmaban.

Finalmente, llegó el día en que Maggie explotó ante mí y me dijo:

—Tío George, Octavius es la luz de mi existencia y le da vida a la misma. Es leal, fuerte, sensato, firme y tenaz. Es un hombre encantador.



—Estoy seguro —dije— de que internamente, querida, él es todas esas cosas. Su apariencia externa sin embargo, es...

—Adorable —dijo ella leal, fuerte, sensata, firme y tenaz—. Tío George, él siente por mí lo mismo que yo por él y vamos a casarnos.

—¿Otto y tú? —dije con voz débil.

Una involuntaria imagen del posible resultado de tal matrimonio se paseó por delante de mis ojos y me puse muy pálido.

—Sí —dijo—. Me ha dicho que soy el sol de sus gozos y la luna de sus alegrías. Después añadió que yo representaba todas las estrellas de su felicidad. Es un hombre muy poético.

—Sí, parece que sí lo es —dije yo un tanto dudoso—. ¿Cuándo vais a casaros?

—Lo más pronto posible —dijo.

No pude hacer otra cosa más que rechinar mis dientes. Se hizo el anuncio de boda, se llevaron a cabo los preparativos, y se realizó el matrimonio siendo yo mismo el que condujo a la novia al altar. Todo el vecindario prestó atención al acontecimiento con incredulidad. Incluso el pastor permitió que pasara por su rostro un aire de sorpresa.

Tampoco nadie pareció contemplar con agrado a la joven pareja. A través de toda la ceremonia, el público asistente se quedó mirando fijamente a sus respectivas rodillas. Excepto el pastor. Éste mantuvo sus ojos fijados firmemente en el rosetón de la puerta principal. Algún tiempo después, yo dejé el vecindario, cogí un alojamiento en otra parte de la ciudad y perdí totalmente el contacto con Maggie. Once años más tarde, sin embargo, tuve ocasión de volver por allí por razones que tenían que ver con una inversión hecha en las eruditas investigaciones que un amigo estaba llevando a cabo sobre las cualidades de los caballos de carreras. Aproveché la oportunidad para visitar a Maggie, que tenía, entre otras bien escondidas cualidades, la de ser una excelente cocinera.

Llegué a la hora del almuerzo. Octaváis estaba fuera, en el trabajo, pero eso no importaba. No soy un egoísta y me comí su ración aparte de la mía.

No pude evitar darme cuenta, sin embargo, que había una sombra de aflicción en el rostro de Maggie. Después de tomar el café, le dije:

—¿Eres desgraciada, Maggie? ¿No va bien tu matrimonio?

—¡Oh!, no, tío George —dijo con vehemencia—, nuestro matrimonio es una bendición del cielo. Pese a que seguimos sin tener hijos, estamos tan dedicados el uno al otro que apenas nos damos cuenta de la falta de los niños. Vivimos en un mar de perpetua felicidad y no tenemos nada más que pedir de este mundo.

—Ya veo —susurré entre dientes—; pero, entonces, ¿a qué es debida esa sombra de preocupación que me parece haber detectado en tu rostro?

Maggie vaciló, para luego explotar:

—¡Oh, tío George, es usted un hombre tan sensible! Sí, hay una cosa que se interpone en la rueda de mi felicidad.

—Y, ¿qué es eso?

—Mi aspecto.

—¿Tu aspecto? ¿Qué hay de malo en tu...?

Tragué saliva y me encontré imposibilitado de continuar la frase.

—No soy guapa —acabó Maggie, con el aire de querer comunicar un muy oculto secreto.

—¡Ah! —dije.

—Y me gustaría serlo..., por consideración a Octaváis. Quiero ser hermosa sólo para él.

—¿Acaso se queja él de tu aspecto? —pregunté cauteloso.

—¿Octavius? Por supuesto que no. Sobrelleva su sufrimiento con digno silencio.

—Entonces, ¿cómo sabes que sufre?

—Mi corazón de mujer me lo dice.

—Pero, Maggie, Octavius tampoco él es..., bueno..., guapo.

—¿Cómo puede usted decir eso? —inquirió Maggie con indignación—. Es maravilloso.

—Quizá también él piensa que tú «eres» maravillosa.

—¡Oh, no! —dijo Maggie—. ¿Cómo podría él pensar eso?

—En fin, ¿acaso está interesado en otras mujeres?

—¡Tío George! —dijo Maggie indignada—. ¡Qué pensamiento tan infame! Me sorprende usted. Octavius no tiene ojos más que para mí.

—Entonces, ¿qué importancia tiene si tú eres guapa o no?

—Es «por él» —dijo—. ¡Oh, tío George, yo quiero ser hermosa para «él»!

Y, abalanzándose sobre mi regazo de la manera más inesperada y desagradable, humedeció la solapa de mi chaqueta con sus lágrimas. De hecho, antes de que Maggie terminara de llorar, la solapa quedó totalmente mojada.

Por aquellos tiempos, naturalmente, ya había conocido a Azazel, el extraterrestre de dos centímetros del que quizá ya le he hablado en alguna ocasión... Está bien, viejo amigo, no hace falta que murmure usted *ad nauseam* de esa forma tan arrogante. Cualquiera que escriba como usted hace, se sentiría molesto por sacar a colación la idea de asco fuera cual fuera el tema al que se refiriera.

De cualquier forma, llamé a Azazel.

Azazel estaba dormido cuando llegué. Tenía un saco de una especie de material de color verde cubriendo su diminuta cabeza, y sólo el apagado sonido de un agudo soprano chirriando en su interior daba pruebas de que estaba vivo. Eso, y el hecho de que, de vez en cuando, su pequeña y nervuda cola se atiesaba y vibraba con un pequeño zumbido.

Naturalmente esperé algunos minutos hasta que se despertara, pero, en vista de que ello no ocurría, le quité el saco de su cabeza con unas pinzas. Abrió sus ojos lentamente y éstos se fijaron en mí, tras lo cual experimentó un exagerado sobresalto.

—Por un momento pensé —dijo— que se trataba simplemente de una pesadilla. No contaba con «usted».

No hice caso de su pueril malhumor y dije:

—Tengo un trabajo que quiero que haga para mí.

—Naturalmente —replicó Azazel con tono áspero—. No supondrá usted que esperaba que se ofreciera usted a hacer un trabajo para mí.

—Lo haría y en cualquier momento —dije cortésmente—, si mis inferiores dotes fueran suficientes para hacer algo que pudiera ser considerado de suficiente utilidad por un personaje de su estatura y fuerza.

—Cierto, cierto —dijo Azazel, apaciguado.

Es verdaderamente repugnante, debería decir, lo que la adulación representa para la susceptibilidad de algunas mentalidades. Yo le he visto a usted perder el juicio de absurda alegría cuando alguien le pide un autógrafo... Pero volvamos a mi histo...

—¿De qué se trata? —preguntó Azazel.

—Quiero que haga hermosa a una joven mujer.

Azazel se dio una sacudida.

—No estoy muy seguro de que pueda hacer una cosa así. Los modelos de belleza entre su presumida y despreciable especie de vida son horribles.

—Pero son los nuestros. Ya le diré lo que tiene que hacer.

—«Usted» me dirá lo que debo hacer —dijo gritando y estremeciéndose indignado—. ¿Va «usted» a decirme cómo estimular y modificar los remedios del cabello, cómo fortalecer los músculos o cómo hacer crecer o reducir los huesos? ¿De verdad? ¿Me dirá usted todo eso?

—No, en absoluto —dije humildemente—. Los detalles del mecanismo que necesitará tal hazaña sólo pueden ser manejados por un ser con unas dotes tan magníficas como las suyas. Permítame, sin embargo, indicarle los superficiales efectos que deben conseguirse.

Azazel se apaciguó de nuevo, y nos pusimos a tratar el asunto con detalle.

—Recuerde —dijo—. Los efectos no deben lograrse antes de un período de sesenta días. Un cambio demasiado repentino se notaría demasiado.

—¿Quiere usted decir —inquirió Azazel— que tengo que pasar sesenta de sus días supervisando, ajustando y rectificando? Mi tiempo, según su opinión, ¿no vale nada?

—Bueno, pero, en ese tiempo, usted podría anotar sus experiencias en este tema en uno de los Diarios biológicos de su mundo. No es una tarea que mucha gente de su mundo tendría la habilidad o la paciencia de acometer. Como resultado de todo ello,

usted sería profundamente admirado.

Azazel asintió, pensativamente, con la cabeza.

—Desprecio la adulación de mal gusto, por supuesto —explicó—. Supongo que tengo el deber de mantenerme en lo alto en mi papel de modelo para los miembros inferiores de mi especie. —Lanzó un suspiro con una especie de silbido estridente—. Es fastidioso y embarazoso, pero es mi deber.

Yo también tenía mis deberes. Pensé que debía quedarme entre el vecindario durante el intervalo que precedería al cambio. Mi amigo, el de los caballos de carreras, me alojó gratuitamente en compensación por mi habilidad en aconsejarle sobre los resultados de diversas carreras experimentales y, a consecuencia de esto, mi amigo perdió muy poco dinero.

Cada día buscaba una excusa para ver a Maggie y los resultados empezaron a mostrarse poco a poco. Su pelo crecía más fuerte y formando unas airosas ondas. Comenzaron a aparecer en él unos destellos dorados que le proporcionaban una agradable brillantez.

Poco a poco, su mandíbula se hizo más prominente y sus pómulos se hicieron más suaves y más altos. Sus ojos adquirieron un color azul ya definido aunque, día a día, el azul se hacía más profundo hasta alcanzar un tono casi violeta. Los párpados se tornaron finos con un sesgo oriental. Sus orejas se iban haciendo más proporcionadas y los lóbulos aparecieron en ellas. Se fue engordando hasta conseguir una silueta casi opulenta mientras su cintura se estrechaba.

La gente estaba perpleja. Oía yo mismo sus comentarios.

—Maggie —decían—, ¿qué te ha pasado? Tu pelo te está quedando de maravilla. Pareces diez años más joven.

—Yo no he hecho «nada» —diría Maggie.

Ella estaba tan sorprendida como lo estaban los otros. Excepto yo, naturalmente.

Me preguntó:

—¿Nota algún cambio en mí, tío George?

—Tienes un aspecto encantador —le dije—, pero a mí siempre me has parecido encantadora, Maggie.

—Quizá sea así —contestó—, pero nunca me he encontrado tan encantadora como últimamente. No lo entiendo. Ayer, uno de esos hombres atrevidos que andan por ahí, se volvió para mirarme. Este tipo de hombres suelen pasar apresurados, ocultando sus ojos. Éste, sin embargo, me «guiñó» el ojo. Me cogió tan de sorpresa que no pude evitar el sonreírle.

Pocas semanas más tarde me encontré con su marido, Octavius, en un restaurante donde yo estaba mirando la carta en una mesa junto a la ventana. Desde el momento en que entró para comer allí, no hizo falta ni un minuto para que me invitara a acompañarle, ni medio minuto para que yo aceptara.

—Parece usted desdichado, Octavius —dije.

—Soy desdichado —respondió—. No sé lo que le está ocurriendo a Maggie últimamente. Parece tan distraída que me ignora la mayor parte del tiempo. Cada vez le apetece más llevar una vida social más intensa. Y ayer...

Su rostro se inundó de un angustioso sufrimiento ante el cual a casi todo el mundo le hubiera avergonzado reírse.

—¿Ayer? —dije—. ¿Qué pasó ayer?

—Ayer me pidió que la llamara... Melisande. No puedo llamar a Maggie con un nombre tan ridículo como Melisande.

—¿Por qué no? Es su nombre de pila.

—Pero ella es mi Maggie. Melisande es tan extraño.

—En fin, ella ha cambiado un poco —expliqué—. ¿No se ha dado cuenta de que estos últimos días parece más bonita?

—Sí —dijo Octavius, mordiéndose la lengua.

—¿Y no es eso algo bueno?

—No —contestó aún más tajante—. Yo quiero a mi sencilla y graciosa Maggie. Esa nueva Melisande está siempre arreglándose el pelo, maquillándose las sombras de los ojos, probándose nuevos vestidos, sujetadores más grandes, y apenas me dirige la palabra.

El almuerzo continuó con un silencio de abatimiento por su parte.

Pensé que lo mejor era ver a Maggie y tener una larga conversación con ella.

—Maggie —dije.

—Llámeme Melisande, por favor —contestó.

—Melisande —seguí—. Me parece que Octavius es desdichado.

—También yo lo soy —prosiguió ella ásperamente—. Octavius se está volviendo muy aburrido. No quiere salir. No quiere divertirse. Le molestan mis vestidos, mi maquillaje. ¿Quién demonios se cree que es?

—Solías decir que era un rey entre los hombres.

—Estúpida de mí. Es sencillamente un pequeño tipo feo con el que me molesta ser vista.

—Pero querías ser bonita sólo para él.

—¿Qué quiere usted decir con «quería» ser bonita? «Soy» hermosa. Siempre fui hermosa. Se trataba, simplemente, de dar el estilo adecuado a mi pelo y de saber cómo maquillarme correctamente. No puedo permitir que Octavius se interponga en mi camino.

Y no lo permitió. Medio año más tarde, Octavius y ella se divorciaron y al cabo de otro medio año Maggie..., o Melisande, se casó de nuevo con un hombre bien parecido físicamente y sin ningún mérito en cuanto a carácter. Una vez cené con él y dudó tanto hasta coger la cuenta, que me temí que iba a tenerme que hacer cargo yo

de la misma.

Vi a Octavius, aproximadamente, un año después de su divorcio. Éste, naturalmente, no se había vuelto a casar, ya que su apariencia era más ridícula que nunca, al punto de que incluso la leche se hubiera cuajado en su presencia. Estábamos sentados en su apartamento, que se hallaba lleno de fotografías de Maggie, la vieja Maggie, y cada una de ellas más horrible que la siguiente.

—Todavía debe usted echarla en falta, Octavius —dije.

—¡Muchísimo! —respondió—. Sólo espero que sea feliz.

—Creo entender que no lo es —respondí—. Quizá vuelva con usted.

Octavius negó con la cabeza, abatido.

—Maggie no puede jamás volver conmigo. Quizá desee volver una mujer llamada Melisande, pero yo no podría aceptarla si ésta regresara. Ella no es Maggie..., mi encantadora Maggie.

—Melisande —dije— es más hermosa que Maggie.

Octavius se quedó mirándome con fijeza y durante un largo rato.

—¿A los ojos de quién? —dijo—. Por supuesto, a los míos no.

Fue la última vez que los vi.

Me quedé sentado un momento en silencio, luego dije:

—Me asombra usted, George. En realidad no me ha prestado ningún consuelo.

La verdad es que elegí mal mis palabras. George dijo:

—Eso me recuerda, viejo amigo... ¿Podría usted prestarme cinco dólares por, aproximadamente, una semana? Máximo diez días.

Le alargué un billete de cinco dólares, vacilé y luego dije.

—Aquí lo tiene. Su historia vale la pena. Es un regalo. Es suyo.

(¿Por qué no? Todos los préstamos a George son regalos *de facto*.)

George cogió el billete sin hacer ningún comentario y lo metió en su ajada cartera. (Debía ya de estar ajada cuando la compró porque no la usa nunca.) Dijo:

—Volviendo al tema. ¿Podría usted prestarme cinco dólares por aproximadamente, una semana? Diez días máximo.

—Pero si ya le he dado los cinco dólares.

—Ése es «mi» dinero —replicó George—, y no tiene nada que ver con el suyo. ¿Le hago yo algún comentario sobre el estado de sus finanzas cuando usted me pide dinero prestado a mí?

—Pero yo nunca le he... —empecé a decir.

Luego, lancé un suspiro y le entregué cinco dólares más.

## Más cosas en el Cielo y en la Tierra (1986)

---

“More Things in Heaven and Earth”

Sorprendentemente, George había permanecido en silencio durante la cena, y ni siquiera se había molestado en interrumpirme cuando yo me tomé la molestia de contarle algunas frases ingeniosas que se me habían ocurrido a lo largo de los últimos días. Una leve risita burlona al oír la mejor de ellas fue todo lo que se dignó otorgarme.

A los postres (tarta de bayas caliente *á la mode*), lanzó un profundo suspiro, salido desde el fondo mismo del abdomen, ofreciéndome una actualización en absoluto agradable del revuelto de gambas que había tomado al principio de la cena.

—¿Qué ocurre, George? —pregunté—. Parece como si te preocupase algo.

—Me sorprendes —dijo George—, al mostrar esta insospechada sensibilidad. Por lo general, estás demasiado absorto en tus propios y triviales problemas literarios como para advertir los sufrimientos ajenos.

—Sí, pero ya que lo he advertido —dije—, no desperdiciemos el esfuerzo que me ha costado.

—Simplemente estaba pensando en un amigo mío. Pobrecillo. Se llamaba Vissarion Johnson. Supongo que nunca has oído hablar de él.

—En efecto —respondí.

—Bueno, así es la fama, aunque me imagino que no es ninguna ignominia permanecer desconocido para una persona de tu limitada visión. Lo cierto es que Vissarion fue un gran economista.

—Seguramente bromeas —dije—. ¿Cómo pudiste llegar a relacionarte con un economista? Eso sería caer demasiado bajo, incluso para ti.

—No lo creas. Vissarion Johnson era un hombre de grandes conocimientos.

—No lo dudo ni por un momento —repuse—. Es la integridad de la profesión lo que pongo en tela de juicio. Hay una anécdota según la cual el presidente Reagan, preocupado por el Presupuesto Federal y tratando de sacarlo adelante, preguntó a un físico: “¿Cuántas son dos y dos?” El físico respondió al instante: “Cuatro, señor Presidente”.

»Reagan consideró esto unos momentos, utilizando los dedos, y no se quedó satisfecho. Por consiguiente, preguntó a un experto en estadística: “¿Cuántas son dos y dos?” Después de reflexionar, el experto respondió: “La última encuesta realizada entre estudiantes de cuarto grado, señor Presidente, revela un conjunto de respuestas que dan un promedio muy próximo a cuatro”.

»No obstante, era el Presupuesto lo que estaba en juego, así que Reagan consideró que debía llevar la pregunta hasta la cumbre. Por consiguiente, preguntó a un economista: “¿Cuántas son dos y dos?” El economista echó las persianas, miró

rápidamente a ambos lados y, luego, susurró: “¿Cuál le gustaría que fuese la respuesta, señor Presidente?”

George no demostró con expresión verbal ni facial alguna que esto le hubiera hecho la menor gracia.

—Es obvio que no sabes nada de economía, amigo mío —dijo.

—Ni tampoco los economistas, George —respondí.

—Bueno, entonces permíteme que te cuente la triste historia de mi buen amigo el economista Vissarion Johnson. Sucedió hace unos años. Como te explicaba (dijo George), Vissarion era un economista que había llegado a la cumbre, o casi, de su profesión. Había estudiado en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, donde aprendió a escribir las más abstrusas ecuaciones sin que le temblara la tiza.

»Una vez graduado, comenzó a ejercer inmediatamente, y gracias a los fondos puestos a su disposición por cierto número de clientes, aprendió mucho acerca de las aleatorias vicisitudes de la marcha cotidiana de la Bolsa. Fue tal su habilidad, que algunos de sus clientes apenas si perdieron nada.

»En varias ocasiones fue lo bastante audaz como para predecir que al día siguiente la Bolsa subiría o bajaría dependiendo de que la atmósfera fuese favorable o desfavorable, respectivamente, y en todos los casos la Bolsa se comportó exactamente como él había predicho.

»Naturalmente, triunfos de éstos le lucieron famoso como el *Chacal de Watt Street*, y sus consejos eran solicitados por muchos de los más famosos practicantes del arte de ganar dinero con facilidad.

»Sin embargo, él tenía los ojos puestos en algo más grande que la Bolsa y que las maquinaciones comerciales, algo más grande aún que la capacidad de predecir el futuro. Lo que quería era nada menos que el puesto de economista jefe de los Estados Unidos o, como más familiarmente suele ser conocido este funcionario, “consejero económico del Presidente”.

»Difícilmente puede esperarse que tú, con tus limitados intereses, conozcas la posición sumamente delicada que ocupa el economista jefe. El Presidente de los Estados Unidos debe tomar las decisiones que determinan las regulaciones gubernamentales del comercio y los negocios; controlar la masa de dinero y los Bancos; proponer o vetar medidas que afectarán a la agricultura, el comercio y la industria; decidir la distribución de los ingresos obtenidos por los impuestos, determinando cuánto debe destinarse a gastos militares y, si se diera la circunstancia de que sobrara algo, cuánto para todo lo demás. Y en todos estos casos, él recurre, ante todo y sobre todo, al asesoramiento del economista jefe.

»Y cuando el Presidente recurre a él, el economista jefe debe ser capaz de decidir, instantánea y exactamente, qué es lo que el Presidente quiere oír, y debe dárselo, juntamente con las necesarias frases sin sentido que el Presidente, a su vez entonces



puede ofrecer al público norteamericano. Cuando me contaste la historia del Presidente, el físico, el experto en estadística y el economista, por un momento creí que comprendías la delicada naturaleza de la tarea del economista, pero la risa totalmente inapropiada en que prorrumpiste me demostró con toda claridad que no habías entendido nada.

»Para cuando cumplió los cuarenta años, Vissarion había obtenido todas las calificaciones necesarias para cualquier puesto, por alto que fuese. Por los pasillos del Instituto de Economía Gubernamental se comentaba que ni una sola vez en los siete últimos años Vissarion Johnson le había dicho nada a nadie que no quisiera oír. Es más, había sido aprobado por aclamación su ingreso en el pequeño círculo del CRD.

»Tú, en tu inexperiencia de todo cuanto se halle situado más allá de tu máquina de escribir, es probable que nunca hayas oído hablar del CRD, que es el acrónimo del Club de Rendimientos Decrecientes. De hecho, muy pocas personas tienen conocimiento de su existencia. Incluso entre los economistas de más bajo rango hay muchos que la ignoran. Es el pequeño y exclusivo grupo de economistas que han llegado a dominar plenamente el intrincado terreno de la economía taumatúrgica..., o, como una vez la llamó un político, con su estilo curiosamente rústico, “economía vudú”.

»Era bien sabido que nadie que estuviera fuera del CRD podía triunfar en el Gobierno federal, pero que podría hacerlo cualquiera que estuviese dentro de él. Así, pues, cuando inesperadamente murió el presidente del CRD y un comité de la organización se entrevistó con Vissarion para ofrecerle el puesto, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Como presidente, a la primera oportunidad sin duda sería nombrado economista jefe, y se encontraría en la fuente misma del poder, moviendo la mano del Presidente exactamente en la dirección que el Presidente quisiera.

»Sin embargo, había un detalle que le preocupaba a Vissarion y le dejaba sumido en terribles dudas: sentía que necesitaba la ayuda de alguien de mente equilibrada y aguda inteligencia, y recurrió a mí, como naturalmente habría hecho cualquiera que se encontrase en aquella situación.

»“George”, dijo, “al convertirme en presidente del CRD se cumplen mis más grandes esperanzas y mis sueños más descabellados. Es la puerta abierta a un glorioso futuro de psicofancia económica, en el que incluso puedo aventajar a ese segundo suministrador de confirmación de todas las conjeturas presidenciales, el científico jefe de los Estados Unidos”.

»“Te refieres al consejero científico del Presidente”.

»“Si quieres decirlo de manera informal, sí. Sólo necesito ser nombrado presidente del CRD, y dentro de dos años, con toda seguridad, seré economista jefe. Salvo que...”

»“¿Qué?”, pregunté.

»Vissarion pareció hacer un esfuerzo por controlarse.

»“Debo volver al principio. El Club de Rendimientos Decrecientes fue fundado hace sesenta y dos años, y se eligió ese nombre porque la Ley de Rendimientos Decrecientes es la única ley económica de la que todos los economistas, por bien instruidos que estén, han oído hablar. Su primer presidente, una respetada figura que en noviembre de 1929 predijo que la Bolsa iba a sufrir un fuerte descenso, fue reelegido presidente año tras año, y se mantuvo como tal durante treinta y dos años, muriendo a la patriarcal edad de noventa y seis”.

»“Muy loable por su parte”, dije. “Hay muchas personas que renuncian demasiado pronto, cuando sólo se necesita firmeza y determinación para mantenerse hasta los noventa y seis años o, incluso, más”.

»“Nuestro segundo presidente obtuvo resultados casi igualmente brillantes, ocupando el puesto durante dieciséis años. Fue el único que no llegó a ser economista jefe. Lo merecía, y fue nombrado para el puesto por Thomas E. Dewey el día anterior al de las elecciones, pero de alguna manera... Nuestro tercer presidente murió tras haber ocupado el puesto durante ocho años, y el cuarto falleció después de ser presidente cuatro años. Nuestro último presidente, que murió el mes pasado, era el quinto, y ocupó el puesto durante dos años. ¿Ves algo extraño en todo esto, George?”

»“¿Extraño? ¿Murieron todos de muerte natural?”

»“Por supuesto”.

»“Bueno, considerando el puesto que ocupaban, si es extraño”.

»“Tonterías”, exclamó Vissarion con cierta aspereza. “Quiero llamar tu atención sobre los períodos de tiempo en que los sucesivos presidentes desempeñaron su cargo: treinta y dos, dieciséis, ocho, cuatro y dos, respectivamente”.

»Reflexioné unos momentos.

»“Los números parecen ir disminuyendo”.

»“No solamente van disminuyendo. Cada uno es exactamente la mitad del anterior. Créeme, he hecho que lo compruebe un físico”.

»“Creo que tienes razón. ¿Ha visto esto alguien más?”

»“Desde luego”, respondió Vissarion. “Les he enseñado estas cifras a mis compañeros de club, y todos ellos aseguran que estadísticamente no son significativas, a menos que el presidente promulgue un decreto ejecutivo declarando que lo son. Pero, ¿no ves la importancia de todo esto? Si acepto el puesto de presidente, moriré al cabo de un año. Seguro. Y si muero, después le será sumamente difícil al presidente nombrarme para el puesto de economista jefe”.

»“Sí, Vissarion, estás en un dilema”, le dije. “He conocido a muchos funcionarios gubernamentales que no mostraban ninguna señal de vida detrás de la frente, pero nunca a uno solo que no mostrase ninguna señal de vida *en absoluto*. Dame un día para pensar en ello, ¿eh, Vissarion?”

»Nos pusimos de acuerdo para reunirnos al día siguiente; a la misma hora, en el mismo sitio. Después de todo, era un restaurante excelente y, a diferencia de ti, Vissarion no me regateaba un mendrugo de pan.

»Está bien, tampoco me regateaba un revuelto de gambas.

»Era obvio que se trataba de un caso para Azazel, y me sentía plenamente justificado para poner a trabajar en ello a mi pequeño demonio de dos centímetros de estatura, con sus poderes ultraterrenos.

»Después de todo, Vissarion no sólo era un hombre bondadoso dotado de un evidente buen gusto en materia de restaurantes, sino que, además, yo pensaba sinceramente que podría prestar grandes servicios a nuestra nación confirmando las ideas del presidente frente a las objeciones aducidas por individuos de mejor criterio. Al fin y al cabo, ¿quién les había elegido a *ellos*?

»No le agradó a Azazel que le hiciese acudir a mi presencia. En cuanto me vio, arrojó lo que tenía en sus diminutas manos. Se trataba de algo demasiado pequeño como para que yo pudiera distinguirlo con mucha claridad, pero me pareció que eran unos minúsculos rectángulos de cartulina de curiosos dibujos.

»Lanzó una violenta exclamación, mientras su rostro se contorneaba y se teñía de un vivo color amarillo a consecuencia de su ira. Su pequeña cola restallaba con furia y los minúsculos cuernos de su frente vibraban a impulsos de su fuerte emoción.

»“¿Te das cuenta, inmunda y enorme masa de inferioridad”, gritó, “de que por fin tenía en la mano un zotchil, y no sólo un zotchil, sino un zotchil de figuras y con un par de reils en juego? Todos estaban pujando, y yo no podía perder. Me habría llevado todo lo que había sobre la mesa”.

»“No sé de qué estás hablando”, le dije con severidad, “pero parece como si hubieras estado jugando. ¿Es ésa una actividad refinada y civilizada? ¿Qué diría tu pobre madre si supiera que pasas el tiempo jugando con un grupo de holgazanes?”

»Azazel pareció desconcertado. Luego, murmuró: “Tienes razón. A mis madres se les partiría el corazón. A las tres. Especialmente a mi pobre madre intermedia, que tanto se sacrificó por mí”. Y prorrumpió en atiplados gemidos que resultaban horribles de oír.

»“Vamos, vamos”, le dije en tono tranquilizador. Ardía en deseos de taparme los oídos, pero eso le habría ofendido. “Puedes compensarlo ayudando a un meritorio ser de este mundo”.

»Le conté la historia de Vissarion Johnson.

»“Hum”, dijo Azazel.

»“¿Qué significa eso?”, pregunté ansiosamente.

»“Significa ‘hum’”, replicó Azazel. “¿Qué otra cosa crees que podría significar?”

»“Sí, pero, ¿no crees que se trata de una mera coincidencia y que Vissarion debería hacer caso omiso de ella?”

»“Es posible..., si no fuera porque todo esto no puede ser coincidencia, y más vale que Vissarion no lo pase por alto. Tiene que ser obra de una ley de la Naturaleza”.

»“¿Cómo puede ser una ley de la Naturaleza?”

»“¿Crees que conoces todas las leyes de la Naturaleza?”

»“Bueno, no”.

»“Claro que no. Nuestro gran poeta Cheefpreest, escribió una vez un delicado pareado al respecto, pareado que, con mi gran talento poético, traduciré a tu bárbaro lenguaje”.

»Azazel carraspeó, pensó unos instantes y luego dijo:

*Es la Naturaleza un arte que solemos ignorar;*

*El azar, un camino cuyo rumbo no solemos averiguar.*

»Yo pregunté con cierta suspicacia: “¿Eso qué significa?”

»“Significa que se halla implicada una ley de la Naturaleza, y que debemos descubrir cuál es y cómo podríamos aprovecharla para modificar los acontecimientos a nuestra conveniencia. Eso es lo que significa. ¿Crees que un gran poeta de mi pueblo mentiría?”

»“Bueno, ¿puedes hacer algo al respecto?”

»“Posiblemente. Ya sabrás que hay muchísimas leyes de la Naturaleza”.

»“¿Sí?”

»“Oh, sí. Hay una ley de la Naturaleza preciosa, una ecuación diabólicamente atractiva cuando se la pone en los tensores de Weinbaum, que rige el calor de la sopa en relación con la prisa que uno tenga por terminarla. Si esa extraña disminución de la duración del período presidencial está regida por la ley de la que yo creo que depende, es posible que pueda alterar la naturaleza del ser de tu amigo, de tal modo que quede permanentemente protegido contra todo daño procedente de cuanto existe sobre la Tierra. Naturalmente, no será inmune a los procesos de la decadencia fisiológica. Los efectos de lo que tengo pensado no le harán inmortal, pero, al menos, garantizarán que no morirá a consecuencia de una infección o un accidente, cosa que me imagino le resultará satisfactoria”.

»“Por completo. Pero, ¿cuándo sucederá?”

»“No estoy del todo seguro. Ando bastante ocupado estos días con una joven de mi especie que parece prendada por completo de mí, pobrecilla”.

»Bostezó, mientras su pequeña lengua bífida se enroscaba en forma de hélice y luego volvía a enderezarse.

»“Creo que necesito dormir, pero en dos o tres días seguramente estará terminado”.

»“Sí, pero, ¿cómo puedo saber cuándo está hecho y si todo ha salido bien?”

»“Es fácil”, respondió Azazel. “Espera unos días, y luego, tírale de un empujón a tu amigo debajo de las ruedas de un camión que pase a toda velocidad. Si sale ileso, será que ya están funcionando las modificaciones que habré introducido. Y ahora, si no te importa, quiero jugar esta mano, luego pensaré en mi pobre madre intermedia y dejaré la partida. Llevándome mis ganancias, naturalmente.

»No creas que no me costó persuadir a Vissarion de que se encontraba perfectamente seguro.

»“¿Nada en la Tierra puede causarme daño?”, decía. “¿Y tú cómo sabes que nada en la Tierra puede causarme daño?”

»“Lo sé. Mira, Vissarion, yo no pongo en tela de juicio tus conocimientos especializados. Cuando me dices que las tasas de interés van a bajar, yo no me pongo a preguntarte cómo lo sabes”.

»“Sí, eso está muy bien, pero si yo digo que las tasas de interés van a bajar y luego suben -y eso no sucede más de la mitad de las veces-, solamente resultan heridos tus sentimientos. Ahora bien, si yo actúo sobre la presunción de que nada en la Tierra puede herirme y luego resulta que algo en la Tierra me hiere, el herido soy yo mismo”.

»No se puede discutir contra la lógica; de todos modos, yo seguí discutiendo. Por lo menos le convencí de que no rechazase el puesto, sino que tratase de retrasar unos días el nombramiento.

»“Nunca aceptarán un retraso”, dijo, pero, sin que nadie se hubiera percatado de ello, ocurrió que aquel mismo día era el aniversario del Viernes Negro, y el CRD entró en el habitual período de luto y plegarias por los difuntos. El retraso se produjo de manera automática, y eso por sí solo indujo a Vissarion a pensar que quizá su vida estuviese encantada.

»Una vez terminó el período de luto, cuando se aventuró de nuevo en público, estaba yo cruzando una concurrida calle con él y -no recuerdo en realidad cómo sucedió- de pronto me agaché para atarme el cordón del zapato, perdí el equilibrio y caí contra él, y él perdió el equilibrio y cayó en medio del tráfico; de repente, se desató un pandemónium de chirridos de frenos y rechinar de neumáticos, y tres coches quedaron destrozados.

»Vissarion no salió ileso del todo: su pelo quedó un poco desordenado, sus gafas ligeramente torcidas y tenía una mancha de grasa en la pernera derecha de su pantalón.

»Pero él no le dio importancia. Mientras observaba la carnicería, dijo, con voz intimidada: “Ni me han tocado. Santo Dios, ni me han tocado”.

»Y, al día siguiente, le sorprendió la lluvia -una lluvia fría y desagradable- sin botas, paraguas ni impermeable, y no cogió un resfriado en el acto. Me llamó, sin molestarse siquiera en secarse el pelo, y aceptó el puesto de presidente.

»El caso es que tuvo un mandato espléndido. Inmediatamente quintuplicó sus honorarios, sin nada de esa tontería de lograr un mejor promedio de aciertos por lo que a sus pronósticos se refiere. Al fin y al cabo, un cliente no puede esperar tenerlo todo. Si obtiene un prestigio sin igual en el profesional a quien consulta, ¿es razonable que exija *además* un mejor asesoramiento?

»Y encima disfrutaba de la vida. Ni un catarro. Nada en absoluto de enfermedades contagiosas. Cruzaba las calles con impunidad, sin hacer caso de los semáforos cuando tenía prisa, y, sin embargo, sólo rara vez provocaba accidentes a otros. No vacilaba en entrar de noche en el parque, y una vez que un navajero le puso la navaja en el pecho y le sugirió una transferencia de fondos, Vissarion se limitó a darle al joven financiero una patada en la ingle y a seguir su camino. El navajero en cuestión quedó tan preocupado por el hecho, que olvidó por completo renovar su solicitud.

»En el aniversario de su elevación a la presidencia, le encontré en el parque. Se dirigía a participar en la comida conmemorativa de la ocasión. Era un hermoso día del veranillo de san Martín y, sentados uno al lado del otro en un banco del parque, nos sentíamos totalmente felices y a gusto.

»“George”, me confió, “he tenido un año magnífico”.

»“Me alegro”, dije yo.

»“Mi reputación es mayor que la de cualquier economista que haya vivido jamás. El mes pasado, sin ir más lejos, cuando advertí que ‘Jabones Unidos’ tendría que asociarse con ‘Jabones Combinados’ y se vio obligada a unirse a ‘Jabones Asociados’, todo el mundo se maravilló de lo mucho que me había aproximado”.

»“Lo recuerdo”, dije.

»“Y ahora quiero que tú seas el primero en saber...”

»“¿Sí Vissarion?”

»“El Presidente me ha pedido que sea el economista jefe de los Estados Unidos, y he alcanzado la cumbre de todos mis sueños y deseos. Fíjate”.

»Me tendió un impresionante sobre en cuyo ángulo superior figuraba impreso en relieve el membrete de la Casa Blanca. Lo abrí, y al hacerlo oí un extraño zumbido, como si una bala hubiera pasado silbando junto a mi oreja, y capté un extraño resplandor con el rabillo del ojo.

»Vissarion se hallaba tendido de costado sobre el banco, con una mancha de sangre en la pechera de la camisa, obviamente muerto. Algunos transeúntes se detuvieron atónitos; otros gritaban o se quedaban sin aliento y continuaban apresuradamente su camino.

»“¡Llaman a un médico!”, grité. “¡Llaman a la Policía!”

»Por fin llegaron, y el dictamen fue que había sido herido en pleno corazón por un arma de calibre indeterminado, disparada por algún francotirador psicópata.

Nunca se capturó al francotirador, ni tampoco se encontró la bala. Afortunadamente, había testigos dispuestos a declarar que en el momento del hecho yo tenía una carta en la mano y era a todas luces inocente de cualquier fechoría, ya que, en otro caso, lo habría pasado mal.

»¡Pobre Vissarion! Había sido presidente justamente durante un año, lo que él había temido, y, sin embargo, la culpa no era de Azazel. Éste había dicho que Vissarion no resultaría muerto por nada existente en la Tierra, pero, como sabiamente dijo Hamlet: *Hay más cosas en el cielo y en la Tierra, Horacio, de las que hay solamente en la Tierra*. Antes de que llegasen los médicos y la Policía, yo había advertido el pequeño agujero que había en la parte del banco justo detrás de Vissarion. Sirviéndome de mi navajita de bolsillo, extraje el pequeño objeto incrustado en la madera. Todavía estaba caliente. Meses después, discretamente encargué que fuese examinado en el museo, y tenía razón: era un meteorito.

»En resumen, pues, Vissarion no había muerto por nada existente sobre la Tierra. Él era la primera persona en la Historia que se supiera que había muerto por efecto de un meteorito. Naturalmente, lo mantuve en absoluto secreto, pues Vissarion era un hombre muy reservado y le habría desagradado obtener notoriedad de esa manera. Habría oscurecido todos sus importantes trabajos en cuestiones económicas, y yo no podía permitir tal cosa.

»Pero en cada aniversario de su elevación y muerte -como hoy-, pienso: ¡Pobre Vissarion! ¡Pobre Vissarion!

George se enjugó los ojos con el pañuelo, y yo le pregunté:

—¿Y qué fue de la siguiente persona que le sucedió en la presidencia? Debería haber ocupado el puesto durante medio año, y la siguiente durante tres meses, y la siguiente...

—No es necesario que hagas ostentación de tus conocimientos de alta matemática conmigo. Yo no soy uno de tus pobres y sufridos lectores. No sucedió nada de eso. La ironía del asunto radica en que el propio club alteró la ley de la Naturaleza,

—¡Oh! ¿Y cómo lo hicieron?

—Se les ocurrió que el nombre del club, el CRD, Club de Rendimientos Decrecientes, era de mal agüero y que controlaba la duración del mandato del presidente. Por lo tanto, lo que hicieron fue invertir las iniciales y cambiaron el CRD en CDR.

—¿Y qué significa CDR?

—Club de Distribuciones Rotativas, naturalmente —dijo George—, y el siguiente presidente lleva ya diez años en el puesto y conserva todo su vigor.

Cuando el camarero volvió con el cambio, George lo cogió en su pañuelo, se guardó pañuelo y billetes en el bolsillo superior con elegante ademán, se levantó y, con un afable movimiento de la mano, se alejó.

## La estructura de la mente (1986)

---

“The Mind's Construction”

Aquella mañana me sentía predispuesto a la expresión filosófica. Meneando la cabeza en apesadumbrada reminiscencia, dije:

—No hay arte que permita descubrir en el rostro la estructura de la mente. Él era un caballero en quien había depositado una confianza absoluta.

Corría una mañana fría de domingo, y George y yo nos hallábamos sentados a una mesa del «Bagel Nosh» local. Recuerdo que George estaba terminando su segundo bollo de sésamo, generosamente entremezclado con queso de nata y salmón.

—¿Se trata —preguntó— de algo tomado de un relato de los que habitualmente compones para los editores menos exigentes?

—Da la casualidad que es de Shakespeare —respondí—. De *Macbeth*.

—Ah, sí. Había olvidado tu afición a los pequeños plagios.

—No es plagio expresarse mediante una cita apropiada. Lo que estaba diciendo es que yo tenía un amigo a quien creía un hombre considerado y de buen gusto. Le había invitado muchas veces a cenar. En ocasiones, le había prestado dinero. Aduladoramente, había alabado su aspecto y su carácter. Y, fíjate bien, había hecho todo eso sin tener en cuenta en absoluto que su profesión era la de crítico de libros..., si es que a eso se le puede llamar profesión. Y pese a todas esas desinteresadas acciones tuyas —dijo George—, llegó el momento en que tu amigo hizo la crítica de uno de tus libros y se dedicó a machacarlo sin piedad.

—¡Oh! —exclamé—. ¿Has leído la crítica?

—En absoluto. Simplemente, me he preguntado qué clase de crítica es probable que reciba un libro tuyo, y la respuesta correcta ha acudido a mí al instante.

—Y fíjate bien, George, que no me importó que dijese que se trataba de un libro malo..., al menos no me importó más de lo que a cualquier otro escritor le habría importado una afirmación tan necia, pero cuando empezó a emplear expresiones como “demencia senil”, consideré que eso ya era ir demasiado lejos. Decir que el libro era apropiado para niños de ocho años, pero que éstos harían mejor poniéndose a jugar al parchís en lugar de leerlo, suponía un golpe bajo. —Suspiré y repetí—: No hay arte...

—Ya lo has dicho —se apresuró a interrumpir George.

—Parecía tan agradable, tan amistoso, tan agradecido por los pequeños favores... ¿Cómo iba yo a pensar que por debajo de todo eso era un diabólico y maligno difamador?

—Pero era un crítico —dijo George—. ¿Cómo podía ser otra cosa? Uno se entrena para el puesto calumniando a su propia madre. En realidad, es increíble que te hayas dejado engañar de forma tan ridícula. Eres peor que mi amigo Vandevanter



Robinson, y te diré que en cierta ocasión se habló de él como posible candidato a un Premio Nobel de la Ingenuidad. Su historia es muy curiosa...

—Por favor —dije—, la crítica ha salido en el último número de la *New York Review of Books...*, cinco columnas de bilis, veneno y hiel. No estoy de humor para escuchar una de tus historias.

—Ya me lo imaginaba (dijo George), y es perfectamente lógico. No obstante, servirá para apartar tu mente de tus intrascendentes problemas.

Mi amigo Vandevanter Robinson era un joven al que cualquiera habría augurado un brillante futuro: guapo, culto, inteligente y creativo. Había asistido a los mejores colegios y estaba enamorado de una criatura deliciosa, la joven Minerva Shlump.

Minerva era una de mis ahijadas, y me profesaba un gran afecto, como es lógico. Naturalmente, una persona de mi fibra moral es completamente reacia a permitir que muchachas de llamativas proporciones le abracen y traten de encaramarse en su regazo; sin embargo, había en Minerva algo tan enternecedor, tan inocentemente infantil y, sobre todo, tan elástico al tacto, que en su caso lo permitía.

Por supuesto, nunca lo hacía en presencia de Vandevanter, que era totalmente irrazonable en sus celos.

Una vez, explicó este defecto suyo con tonos que conmovieron mi corazón.

—George —dijo—, desde niño mi ambición ha sido enamorarme de una mujer de virtud superlativa, de pureza inmaculada, de inocencia de fulgor de porcelana, si vale la expresión. En Minerva Shlump, si me es lícito pronunciar ese nombre divino, he encontrado exactamente esa mujer. Es el único caso en que sé que no puedo ser engañado. Si alguna vez descubriera que mi confianza era traicionada, no podría continuar viviendo. Me convertiría en un viejo amargado sin más consuelo que cosas tan despreciables como mi mansión, mis criados, mi club y mi riqueza heredada.

Pobrecillo. No se engañaba con la joven Minerva, como bien sabía yo, pues cuando se enroscaba complacidamente en mi regazo, yo percibía con toda claridad su absoluta falta de maldad. No obstante, era con la única persona, cosa o concepto, con la cual no se engañaba. El pobrecillo simplemente no tenía discernimiento. Era, aunque pueda parecer duro decirlo, tan estúpido como tú. Carecía del arte que permite... Sí, ya sé que lo has dicho tú. Sí, sí, lo has dicho dos veces.

Lo que hacía las cosas particularmente difíciles en su caso, era el hecho de que Vandevanter pertenecía, como detective de reciente ingreso, a la Policía de Nueva York.

La ambición de su vida había sido (además de encontrar a la damisela perfecta) ser detective, convertirse en uno de los astutos y sagaces caballeros que constituyen el terror de los malhechores en todas partes. Con vistas a ese objetivo, se especializó en criminología en Crotón y Harvard, y asiduamente leía los informes de investigaciones entregados a la luz pública por autoridades en la materia tan

destacadas como Sir Arthur Conan Doyle y Mrs. Agatha Christie. Todo eso, junto con un tío suyo fuera a la sazón presidente de la Corporación Municipal del distrito de Queens, hizo que acabara ingresando en la Policía.

Lamentable e inesperadamente, no alcanzó éxito en su empeño. Único en su capacidad para tejer una inexorable cadena lógica mientras se hallaba sentado en su sillón, utilizando pruebas recogidas por otros, se reveló incapaz del todo para recoger pruebas por sí mismo.

Su problema radicaba en que se hallaba dominado por un increíble impulso para aceptar todo lo que alguien le decía. Cualquier coartada, por peregrina que fuese, le desconcertaba. Cualquier conocido perjuro no tenía más que dar su palabra de honor, y Vandevanter se sentía incapaz de dudar de él.

Esto llegó a hacerse tan notorio, que los criminales, desde el carterista más humilde hasta el político o el industrial más encumbrado, rehusaban ser interrogados por ningún otro.

—Que nos traigan a Vandevanter —clamaban.

—Cantaré todo con él —decía el carterista.

—Le pondré al corriente de los hechos, cuidadosamente dispuestos en el orden adecuado por mí mismo —decía el político.

—Explicaré que el cheque gubernamental de cien millones de dólares estaba por casualidad en el cajón del dinero para gastos pequeños, y que yo necesitaba una propina para el limpiabotas —decía el industrial. El resultado era que todo lo que él tocaba se esfumaba. Tenía un pulgar exonerativo..., expresión inventada para la ocasión por un literato amigo mío. (Claro que no recuerdas haberla inventado. No me estoy refiriendo a ti. ¿Iba a ser tan insensato como para considerarte a ti un «literato»?)

Con el paso de los meses, disminuyó el número de casos llevados a los tribunales, e innumerables rateros, salteadores y delincuentes de todo tipo fueron devueltos junto a sus amigos y parientes sin una mancha en su reputación.

Naturalmente, no pasó mucho tiempo antes de que la Policía de Nueva York comprendiera la situación y llegara a la causa. Vandevanter no llevaba en su puesto más de dos años cuando se percató de que la camaradería a que se había acostumbrado se estaba desvaneciendo y de que sus superiores tendían a recibirle con una expresión de ceñuda perplejidad. Prácticamente nadie hablaba ya de ascenso, aunque Vandevanter se lo mencionase a su tío, el presidente de distrito, en momentos que parecían apropiados.

Acudió a mí como suelen hacer los jóvenes que se encuentran en dificultades, buscando refugio en la sabiduría de un hombre de mundo. (No sé qué quieres decir al preguntarme si conocía a alguien que pudiera recomendarle. Haz el favor de no distraerme con incongruencias.)

—Tío George —dijo—. Creo que me encuentro en una situación difícil.

(Siempre me llamaba tío George, impresionado como estaba por el aire de dignidad y espléndida nobleza que me dan mis plateados aladares..., tan diferentes de tus desaliñadas patillas.)

—Tío George —dijo—, al parecer hay una inexplicable resistencia a ascenderme. Sigo siendo un detective raso, de clase cero. Mi despacho está justo en medio del pasillo y mi llave para el lavabo no funciona. A mí eso en sí no me importa, compréndelo, pero mi querida Minerva, con su sencilla ingenuidad, ha sugerido que esto puede significar que soy un fracasado, y casi se le rompe el corazón al pensarlo. “Yo no quiero casarme con un fracasado —dice, frunciendo los labios en gesto enfurruñado—. La gente se reirá de mí”.

—¿Hay alguna razón —le pregunté— para que tengas esa dificultad, mi querido Vandevanter?

—Ninguna en absoluto. Para mí es un completo misterio. Reconozco que no he resuelto algunos casos, pero no creo que ése sea el problema; no se puede esperar de nadie que resuelva todos los casos, ya sabes,

—¿Alguno de los otros detectives resuelve al menos unos pocos? —pregunté.

—De vez en cuando, sí, pero su forma de actuar me desagradea sobremanera. Tienen una incredulidad horrible, un escepticismo deplorable, una forma ofensiva de mirar a algunos acusados con aire altivo y decir: “¡Oh, sí, claro!”, o “¡Eso dices tú!” Los humilla. No es ése el estilo norteamericano.

—¿Es posible que los acusados mientan y que *deban* ser tratados con escepticismo?

Vandevanter reflexionó unos instantes.

—Tal vez sea así. ¡Qué idea tan terrible!

—Bien —dijo—, déjame pensar en ello.

Esa noche, invoqué a Azazel, el demonio de dos centímetros de estatura que en una o dos ocasiones me ha sido útil con sus misteriosos poderes. No sé si te he hablado de él alguna vez, pero... Oh, sí que te he hablado de él, ¿verdad?

Bueno, apareció sobre el pequeño círculo de marfil de mi mesa alrededor del cual quemo el incienso especial y recito los viejos conjuros..., pero los detalles son secretos.

Llevaba una túnica larga y flotante, al menos parecía larga y flotante en comparación con los dos centímetros que él mide desde el extremo de su cola hasta las puntas de sus cuernos. Tenía levantado uno de los brazos y estaba hablando con voz chillona, mientras su cola se retorció a un lado y a otro.

Era obvio que estaba haciendo algo. Es una criatura que siempre se halla preocupada con algún detalle sin importancia. Al parecer, nunca invoco su presencia cuando se encuentra en sosegado y digno reposo. Siempre está dedicado a algún

asunto nimio e intrascendente, y siempre se pone furioso por mi interrupción.

En esta ocasión, sin embargo, bajó el brazo y sonrió nada más darse cuenta de mi presencia. Por lo menos, creo que sonrió, pues resulta difícil ver los detalles de su rostro, y una vez que utilicé una lupa para distinguirlos, inexplicablemente pareció ofendido.

—No importa —dijo—, me viene bien el cambio. Tengo el discurso dominado y estoy completamente seguro del éxito.

—¿Éxito en qué, oh Grandioso? Aunque es seguro el éxito en cualquier cosa que tú hagas. (Parece ser aficionado a esta clase de grandilocuencia. Se parece extrañamente a ti en ese aspecto.)

—Me presento como candidato a un cargo político —dijo con satisfacción—. Espero ser elegido apresador de grodos.

—¿Puedo pedir humildemente que remedies mi ignorancia informándome qué es un grodo?

—Pues un grodo es un pequeño animal doméstico muy estimado por mi pueblo como animal de compañía. Algunos de esos animales carecen de licencia, y la misión de un apresador de grodos es capturarlos. Son criaturas de malévola astucia y fiera determinación, y se precisa alguien con fuerza e inteligencia para poder llevar a cabo la tarea. Hay quienes sueltan una risita y dicen: “Azazel no podría ser elegido apresador de grodos”, pero yo me propongo demostrarles que sí. Bien, ¿qué puedo hacer por ti?

Le expliqué la situación, y Azazel pareció sorprendido.

—¿Quieres decir que en tu miserable mundo la gente no puede distinguir cuándo una persona formula afirmaciones que no coinciden con la verdad objetiva?

—Tenemos un aparato llamado “detector de mentiras” —contesté—. Mide la presión sanguínea, la conductividad eléctrica de la piel, etcétera. Puede detectar mentiras, pero, asimismo, detecta el nerviosismo y la tensión y también los llama mentiras.

—Naturalmente, pero hay sutiles funciones glandulares que existen en cualquier especie lo bastante inteligente como para falsear la verdad, ¿o esto es algo que vosotros no sabrías?

Eludí contestar a esa pregunta.

—¿Existe algún medio para hacer posible que el detective raso Robinson detecte esa función glandular?

—¿Sin una de vuestras toscas máquinas? ¿Utilizando el funcionamiento de su propia mente?

—Sí.

—Debes comprender que me estás pidiendo que trate con una de las mentes de tu especie. Grande, pero infinitamente tosca.

—Me doy cuenta.

—Bien, lo intentaré. Tendrás que llevarme hasta él, o traerle hasta mí, y en cualquiera de los dos casos, permitirme que lo estudie.

—Por supuesto.

Y así se hizo.

Había transcurrido más o menos una semana, cuando Vandevanter vino a verme con una expresión preocupada en su patricio rostro.

—Tío George —dijo—, ha sucedido una cosa sumamente extraña. Me encontraba interrogando a un joven involucrado en el asalto a una tienda de licores. Él me estaba contando con patético detalle que simplemente lo que había sucedido era que él había acertado a pasar ante la tienda, sumido en sus reflexiones sobre su pobre madre, la cual se hallaba afectada de una fuerte jaqueca que se le había declarado después de consumir media botella de ginebra. Entró en la tienda para preguntar si, después de todo, era prudente consumir ginebra poco después de haber ingerido una cantidad similar de ron, cuando el dueño, sin ninguna razón que él pudiera imaginar, le puso una pistola en las manos y a continuación le empezó a dar todo el contenido de la caja registradora al joven, quien, sorprendido y confuso, lo aceptó, justo en el momento en que entraba un policía. Él creía que se trataba de una compensación por el sufrimiento que su querida madre había experimentado. Me estaba contando esto cuando, de la forma más extraña, me di cuenta de que estaba... mintiendo.

—¿De veras?

—Sí, Es la cosa más sorprendente que jamás he experimentado. —La voz de Vandevanter descendió hasta convertirse en un susurro—. De alguna manera, no sólo sabía que el joven llevaba consigo la pistola cuando entró, sino que su madre no tenía jaqueca. ¿Puedes imaginar a alguien mintiendo sobre su *madre*?

Una detenida investigación demostró que el instinto de Vandevanter había sido correcto. El joven había mentido con respecto a su madre.

A partir de ese momento, la habilidad de Vandevanter fue perfeccionándose constantemente.

Al cabo de un mes, se había convertido en una astuta y perspicaz máquina para la detección de la falsedad.

El Departamento observaba con boquiabierto asombro cómo acusado tras acusado fracasaban en su intento de engañar a Vandevanter. Ninguna historia de haber estado profundamente inmerso en la oración mientras era saqueado el cepillo de las limosnas podía resistir su astuto interrogatorio. Abogados que habían estado invirtiendo fondos de huérfanos en la renovación de sus despachos -de manera por completo inadvertida- rápidamente eran descubiertos. Contables que, por accidente, habían restado un número telefónico del epígrafe “deuda tributaria” quedaban atrapados en sus propias palabras. Traficantes de drogas que simplemente habían recogido un

paquete de cinco kilos de heroína en la cafetería local creyendo que era un sucedáneo de azúcar, al instante acababan enredados en nudos lógicos.

Le llamaban Vandevanter *el Victorioso*, y el propio comisario, con el aplauso del cuerpo de Policía en pleno, recompensó a Vandevanter con una llave que abría la puerta del lavabo, además de trasladar su despacho a un lado del corredor. Me estaba congratulando de que todo marchaba bien y de que Vandevanter, asegurado *ya* su éxito, se encontraba en condiciones de casarse con la adorable Minerva Shlump, cuando la propia Minerva apareció en la puerta de mi apartamento.

—Oh, tío George —murmuró débilmente, al tiempo que se tambaleaba.

Era evidente que estaba a punto de desmayarse. La cogí en brazos y la mantuve pegada a mi cuerpo durante cinco o seis minutos, mientras consideraba en qué silla en concreto podría depositarla.

—¿Qué ocurre, querida? —le pregunté, después de haberme desembarazado lentamente de ella y alisar su vestido para que no quedara desarreglado.

—Oh, tío George —dijo, y las lágrimas desbordaron de sus encantadores párpados inferiores—. Se trata de Vandevanter.

—Espero que no te haya ofendido con requerimientos extemporáneos e impropios.

—Oh, no, tío George. Es una persona demasiado refinada para hacer eso antes del matrimonio, aunque, por supuesto, yo le he explicado detalladamente que comprendo las influencias hormonales que a veces dominan a los jóvenes, y que estaba preparada para perdonarle en el caso de que se produjera un suceso enojoso. No obstante, pese a mis seguridades, conserva el dominio de sí mismo.

—¿De qué se trata entonces, Minerva?

—Oh, tío George, ha roto nuestro compromiso.

—Es increíble. No hay dos personas que encajen mejor la una con la otra. ¿Por qué?

—Dice que yo soy una... narradora de inexactitudes.

Mis renuentes labios formaron la palabra: ¿Mentirosa?

Ella asintió.

—Esa infame palabra no atravesó sus labios, pero eso es a lo que se refería. Esta misma mañana, me miró con su expresión de rendida adoración y preguntó: “Querida, ¿me has sido siempre fiel?” Y yo, como siempre hago, respondí sentimentalmente: Tan fiel como el rayo de sol al sol, como el pétalo de rosa a la rosa. Entonces, sus ojos se entornaron y se volvieron rencorosos, y dijo: “Aja, tus palabras no se ajustan a la verdad. Has dicho una patraña”. Fue como si me hubieran asestado un fuerte golpe. Le pregunté: Vandevanter mío, ¿qué estás diciendo? Él respondió: “Lo que has oído. He sido engañado, y debemos separarnos para siempre”. Y se marchó. Oh, ¿qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde encontraré otro

triunfador?

Yo dije, con aire pensativo:

—Vandevanter suele tener razón en estas cosas..., en las últimas semanas al menos. ¿Le has sido infiel?

Un débil rubor cubrió las mejillas de Minerva.

—Realmente, no.

—¿Cómo de irrealmente?

—Bueno, hace unos años, cuando yo no era más que una chiquilla, con diecisiete años, besé a un joven. Confieso que le abracé con fuerza, pero fue sólo para impedir que escapara, no por afecto personal.

—Comprendo.

—No fue una experiencia muy placentera. No mucho. Después de que conocí a Vandevanter, quedé sorprendida al descubrir cuánto más gratificante era su beso que el que había experimentado antes con el otro joven. Naturalmente, estaba resuelta a volver a experimentar esa gratificación. Durante toda mi relación con Vandevanter, he besado de manera periódica -tan sólo con ánimo de investigación científica- a otros jóvenes, con el fin de cerciorarme de que ninguno, *ninguno*, puede igualar a mi Vandevanter. Te aseguro, tío George, que al hacerlo les concedía todas las ventajas en lo que tiene que ver con estilo y forma de besar, por no decir nada del abrazo y el apretón, y *nunca* igualaban en ningún aspecto a Vandevanter. Y, sin embargo, dice que soy infiel.

—Qué ridículo —dije—. Ha sido injusto contigo.

La besé cuatro o cinco veces, y luego dije:

—Esto no te gratifica tanto como los besos de Vandevanter, ¿verdad?

—Veamos —repuso ella, y me besó cuatro o cinco veces más, con gran habilidad y vehemencia—. Claro que no —concluyó.

—Iré a verle —dije.

Esa misma noche me presenté en su apartamento. Se hallaba sentado, con aire sombrío, en su cuarto de estar, cargando y descargando su revólver.

—Sin duda, estás pensando en el suicidio —dije.

—Jamás —respondió, con una seca risita—. ¿Qué razón tengo yo para suicidarme? ¿La pérdida de una chicuela frívola? ¿De una mentirosa? No me duele en absoluto.

—Te equivocas. Minerva siempre te ha sido fiel. Sus manos, sus labios y su cuerpo nunca han establecido contacto con las manos, labios y cuerpo de ningún hombre más que tú.

—Sé que eso no es cierto —dijo Vandevanter.

—Yo te digo que lo es —expliqué—. He hablado largamente con la llorosa doncella, y ella me ha revelado los más íntimos secretos de su vida. En una ocasión le

tiró un beso a un joven: a la sazón, ella tenía cinco años; él, seis. Desde entonces, no ha dejado de sufrir por ese momento de locura amorosa. Jamás se ha repetido una escena semejante de lascivia, y es sólo ese momento lo que tú has detectado en ella.

—¿Me estás diciendo la verdad, tío George?

—Examíname con tu infalible y penetrante mirada, y repetiré lo que te acabo de decir, y luego me dirás si te estoy contando la verdad.

Repetí la historia, y, admirado, dijo:

—Me estás diciendo la verdad, exacta y literal, tío George. ¿Crees que Minerva podrá perdonarme alguna vez?

—Naturalmente —respondí—. Adopta una actitud humillante ante ella y continúa tu sagaz persecución de la escoria del hampa por todas las tiendas de licores, salas de Consejo y Administración y pasillos de Ayuntamiento, pero nunca vuelvas tus sagaces ojos sobre la mujer que amas. El amor perfecto es confianza perfecta, y debes confiar en ella perfectamente.

—Lo haré, lo haré —exclamó.

Y así lo ha hecho siempre desde entonces. En la actualidad, es el detective más famoso de la Policía, y ha sido ascendido al grado de detective de clase media, con despacho en el sótano, justo al lado de la lavadora. Está casado con Minerva y viven juntos en una paz ideal.

Ella se pasa la vida comprobando una y otra vez en un éxtasis de felicidad la superior gratificación de los besos de Vandevanter. A veces ella pasa voluntariamente toda la noche con algún hombre de buena presencia que parece adecuado para la investigación, pero el resultado siempre es el mismo: Vandevanter es el mejor. En la actualidad, ella es madre de dos hijos, y uno de ellos presenta un ligero parecido con Vandevanter.

Y eso para que luego andes diciendo que mis esfuerzos y los de Azazel siempre conducen al desastre.

—Pero —dije—, si acepto tu historia, estabas mintiendo cuando le aseguraste a Vandevanter que Minerva nunca había tocado a otro hombre.

—Lo hice para salvar a una joven e inocente doncella.

—Pero, ¿cómo es que Vandevanter no detectó la mentira?

—Supongo —dijo George, limpiándose los restos de queso de los labios— que fue por mi aire de inexpugnable dignidad.

—Yo tengo otra teoría —dije—. Creo que ni tú, ni tu presión sanguínea, ni la conductividad eléctrica de tu piel, ni tus sutiles reacciones hormonales pueden ya notar la diferencia entre lo que es verdad y lo que no lo es; y tampoco puede hacerlo nadie que dependa para ello de los datos obtenidos estudiándote.

—Eso es ridículo —dijo George.



## Las peleas de primavera (1987)

---

“The Fights of Spring”

George y yo estábamos mirando el campus universitario que se extendía a la otra orilla del río; después de haber comido a mis expensas hasta hartarse, George se sintió movido a una lacrimosa nostalgia.

—¡Ah, días universitarios, días universitarios! —gimió—. ¿Qué podemos encontrar después en la vida que compense vuestra pérdida?

Le miré, sorprendido.

—¡No me digas que fuiste a la Universidad!

Me dispensó una altiva mirada.

—¿Te das cuenta de que yo soy el presidente más grande que jamás haya tenido la fraternidad de Fi Fo Fum?

—Pero, ¿cómo pagabas las matrículas y los gastos?

—¡Becas! —respondió—. Llovían sobre mí una vez que demostré mis proezas en las peleas que celebraban nuestras victorias en los dormitorios de los pabellones mixtos. Eso, y un tío rico.

—No sabía que tenías un tío rico, George.

—Después de los seis años que tardé en terminar el programa desacelerado, ya no lo era, por desgracia. Al menos, no mucho. El dinero que pudo salvar del desastre, finalmente lo legó a un hogar para gatos indigentes, haciendo en su testamento varias observaciones acerca de mí, que desdeño repetir. La mía ha sido una vida triste y carente de aprecio.

—En algún momento del lejano futuro —dije— debes contármelo todo, sin omitir detalle.

—Pero el recuerdo de los días universitarios —continuó George— baña toda mi dura vida con un resplandor de oro y perlas. Lo sentí con toda su intensidad hace unos años, cuando volví a visitar el campus de la vieja Universidad Tate.

—¿Te invitaron a volver? —dije, consiguiendo casi ocultar el inequívoco tono de incredulidad que latía en mi voz.

—Se disponían a hacerlo, estoy seguro —respondió George—, pero, en realidad, volví a petición de un querido camarada de mis años estudiantiles, el bueno de Antiochus Schnell.

Puesto que estás claramente fascinado por lo que ya te he dicho (dijo George), permíteme que te hable del bueno de Antiochus Schnell. Era mi compañero inseparable en los viejos tiempos, mi fiel Acates (aunque nunca sabré por qué desperdicio alusiones clásicas con un necio e ignorante como tú). Incluso ahora, aunque ha envejecido mucho más que yo, le recuerdo tal como era en los tiempos en que, juntos, engullíamos carpas, llenábamos cabinas telefónicas con nuestros

compinches y quitábamos bragas con diestros giros de muñecas, entre los complacidos chillidos de pecosas estudiantes. En resumen, saboreábamos todos los placeres sublimes de una ilustrada institución.

Por eso, cuando el viejo Antiochus Schnell me pidió que fuera a verle por un asunto de gran importancia, acudí inmediatamente.

—George —dijo—, se trata de mi hijo.

—¿El joven Artaxerxes Schnell?

—El mismo. Es estudiante de segundo curso en la vieja Universidad Tate, pero las cosas no le van nada bien.

Entorné los ojos.

—¿Frecuenta la compañía de gente indeseable? ¿Se ha entrampado? ¿Ha cometido la tontería de caer en las redes de alguna madura camarera de cervecería?

—¡Peor! ¡Mucho peor! —respondió con voz entrecortada el viejo Antiochus Schnell—. Nunca me lo ha dicho él mismo..., supongo que no se atreve; sin embargo, he recibido una horrorizada carta de uno de sus compañeros, escrita con carácter estrictamente confidencial. George, amigo mío, mi pobre hijo..., deja que te lo diga abiertamente, sin recurrir a eufemismos, ¿está estudiando cálculo!

—Estudiando cal... —no me atreví a pronunciar la horrible palabra.

Antiochus Schnell asintió con abatimiento.

—Y también ciencias políticas. En realidad, está asistiendo a clase, y se le ha visto estudiando.

—¡Santo cielo! —exclamé, aterrado.

—No lo puedo creer en el joven Artaxerxes, George. Si su madre se enterase, acabaría con ella. Es una mujer sensible, George, y no goza de buena salud. En nombre de nuestra vieja amistad, te suplico que vayas a la vieja Tate e investigues el asunto. Si el chico se ha dejado seducir por la ciencia, de alguna manera hazle entrar en razón..., por su madre y por él mismo, ya que no por mí.

Con lágrimas en los ojos, le estreché la mano.

—Nada me detendrá —dije—. Absolutamente ninguna consideración me apartará de esta sagrada tarea. Gastaré hasta la última gota de mi sangre si es necesario... Hablando de gastar, necesitaré un cheque.

—¿Un cheque? —musitó con voz temblorosa Antiochus Schnell, que siempre ha sido un hombre muy dado a mantener la cartera cerrada.

—Habitación de hotel —dije—, comidas, bebidas, propinas, inflación y gastos generales. Es para tu hijo, amigo mío, no para mí.

Finalmente, conseguí ese cheque, y una vez que llegué a Tate no esperé mucho para visitar al joven Artaxerxes. Apenas si me permití tomar una buena cena, un coñac excelente, una larga noche de sueño y un sosegado desayuno antes de acudir a su habitación.

Al entrar sufrí una fuerte impresión: las paredes se hallaban cubiertas de estanterías repletas no de diversos y heterogéneos objetos de adorno, ni de nutritivas botellas llenas del arte del vinatero, ni de fotografías de encantadoras jovencitas que inexplicablemente habían perdido sus vestidos..., sino de *libros*.

Uno yacía desvergonzadamente abierto sobre la mesa, y yo creo que lo había estado hojeando justo antes de mi llegada. Tenía una sospechosa mancha de polvo en el dedo índice de la mano derecha, que, torpemente, trató de esconder en la espalda.

No obstante, el propio Artaxerxes constituía una impresión mayor aún. Naturalmente, él no me reconoció como viejo amigo de la familia. Yo no le había visto desde hacía nueve años, pero nueve años no habían cambiado mi noble apostura ni mi lozano y abierto semblante. Nueve años antes, sin embargo, Artaxerxes era un joven anodino de diecinueve años. Medía poco más de metro y medio, llevaba gafas grandes y redondas y tenía aspecto encorvado.

—¿Cuánto pesas? —le pregunté de improviso.

—Cuarenta y cuatro kilos —susurró.

Le miré con sincera compasión. Era un tipejo endeble de cuarenta y cuatro kilos, objeto natural de la burla e irrisión de los demás.

Luego, se me ablandó el corazón al pensar: ¡Pobre muchacho, pobre muchacho! Con un cuerpo así podría tomar parte en alguna de las actividades esenciales para una adecuada educación universitaria? ¿Rugby? ¿Carreras? ¿Lucha libre? Cuando otros muchachos exclamaban: “Tenemos este viejo granero, podemos cosernos nuestras propias ropas, vamos a montar una comedia musical”, ¿qué podía hacer *él*? Con unos pulmones como los suyos, ¿podría cantar de forma que no fuese como una delicada soprano?

Es lógico que se viese obligado, contra su voluntad, a dejarse deslizar en la infamia.

Con suavidad, casi tiernamente, le dije:

—Artaxerxes, muchacho, ¿es verdad que estás estudiando cálculo y economía política?

Asintió con la cabeza.

—Y también antropología.

Sofoqué una exclamación de disgusto.

—¿Y es verdad que asistes a clases? —pregunté.

—Lo siento, señor, pero así es. Al final de este año haré la lista del decano.

Había una lágrima delatora en la comisura de uno de sus ojos, y en medio de mi horror, albergué alguna esperanza en que, por lo menos, reconociera el abismo de depravación en que había caído.

—Hijo mío —le dije—, ¿es que no puedes apartarte de esas despreciables prácticas y retornar a una pura e inmaculada vida universitaria?

—No puedo —sollozó—. He ido demasiado lejos. Nadie puede ayudarme. Yo pugnaba desesperadamente por hallar alguna solución.

—¿No hay en esta Universidad una mujer decente que pueda ocuparse de ti? En el pasado, el amor de una buena mujer ha obrado milagros, y seguro que puede volver a hacerlo.

Se le iluminaron los ojos. Era obvio que yo había puesto el dedo en la llaga.

—Philomel Kribb —dijo con voz entrecortada—. Ella es el sol, la luna y las estrellas que brillan sobre el mar de mi alma.

—Ah —dije, percibiendo la emoción oculta tras su controlada fraseología—. ¿Lo sabe ella?

—¿Cómo puedo decírselo? El peso de su desprecio me aplastaría.

—¿No renunciarías al cálculo para anular ese desprecio?

Inclinó la cabeza.

—Soy débil..., débil.

Me separé de él, decidido a encontrar inmediatamente a Philomel Kribb.

No me costó mucho trabajo. En Secretaría, rápidamente averigüé que se estaba especializando como animadora de espectáculos deportivos, con una dedicación secundaria a la música coral. La encontré en el local de ensayos.

Esperé pacientemente a que terminaran los complicados y briosos pasos y los melodiosos gritos, luego pedí que me indicaran quién era Philomel: se trataba de una muchacha rubia de mediana estatura, reluciente de salud y de transpiración y poseedora de una figura que me hizo fruncir los labios en signo de aprobación. Era obvio que bajo la académica perversión de Artaxerxes latía una oscura comprensión de cuáles eran los debidos intereses de un estudiante.

Una vez que hubo salido de la ducha y se hubo puesto su vistoso y escueto vestido estudiantil, vino a mi encuentro, con aire tan fresco y radiante como un prado cubierto de rocío.

Inmediatamente fui al grano y le dije:

—El joven Artaxerxes considera que tú eres la iluminación astronómica de su vida.

Me pareció que sus ojos se enternecían un poco.

—Pobre Artaxerxes. Necesita mucha ayuda.

—Podría aprovechar la que le diera una buena mujer —señalé.

—Lo sé —dijo—, y yo soy tan buena como la que más..., eso dicen, al menos. —Se ruborizó—. Pero, ¿qué puedo hacer? Yo no puedo ir contra la biología. Bullwhip Costigan humilla constantemente a Artaxerxes. Se burla de él en público, le da empujones, tira al suelo sus estúpidos libros, todo ello entre las crueles risas de los presentes. Ya sabe lo que ocurre en el aire hirviente de la primavera.

—Ah, sí —dije emocionado, recordando los felices tiempos y las muchas,

muchísimas veces que yo había custodiado las chaquetas de los contendientes—. ¡Las peleas de primavera!

Philomel suspiró.

—He esperado mucho tiempo que, de alguna manera, Artaxerxes hiciera frente a Bullwhip..., un taburete le ayudaría, naturalmente, habida cuenta de que Bullwhip mide 1,95; no obstante, por alguna razón, Artaxerxes se niega a hacerlo. Tanto estudiar —se estremeció— debilita la fibra moral.

—Indudablemente, pero si tú le ayudaras a salir del agujero...

—Oh, señor, él está profundamente hundido, y es un muchacho bueno y considerado, y yo le ayudaría si pudiese, pero el equipamiento genético de mi cuerpo impone su influencia y me llama al lado de Bullwhip, Es guapo, musculoso y dominador, y esas cualidades dejan su impronta natural en mi entusiasmado corazón de animadora.

—¿Y si Artaxerxes humillase a Bullwhip?

—Una animadora —dijo, y se irguió orgullosamente, ofreciendo una espectacular ostentación de esplendor frontal— debe seguir a su corazón, que, inevitablemente, se apartaría del humillado y alcanzaría hacia el humillador.

Sencillas palabras, que yo sabía que brotaban del alma de la honesta muchacha.

Estaba claro lo que debía hacer. Si Artaxerxes hacía caso omiso de la insignificante diferencia de cuarenta y cinco centímetros y cincuenta kilos, y arrojaba al fango a Bullwhip Costigan, Philomel sería de Artaxerxes y le convertiría en un auténtico hombre, que se pasaría la vida entregado a la útil tarea de beber cerveza y ver la televisión.

Estaba claro: era un caso para Azazel.

No sé si te he hablado alguna vez de Azazel, pero es un ser de otro tiempo y lugar, de dos centímetros de estatura; al que puedo llamar a mi lado mediante conjuros y hechizos secretos que sólo yo conozco.

Azazel posee poderes muy superiores a los nuestros; sin embargo, carece de cualidades sociales, pues es una criatura extraordinariamente egoísta, que constantemente antepone sus triviales ocupaciones a mis importantes necesidades.

Esta vez, cuando apareció, estaba tendido de costado, con los diminutos ojos cerrados y acariciando lentamente el aire vacío ante él con suaves y lánguidos movimientos de su cola.

—Poderoso —dije, pues él insiste en que se le dé ese tratamiento.

Abrió los ojos, y, al instante, emitió estridentes silbidos en la gama más alta de mi audición. Muy desagradable.

—¿Dónde está Astaroth? —exclamó—. ¿Dónde está mi preciosa Astaroth, que en este mismo momento se encontraba en mis brazos?

Luego, reparó en mi presencia y dijo, rechinando los dientes:

—¡Oh, eres tú! Te das cuenta de que me has llamado a tu lado en el preciso momento en que Astaroth...? Pero eso no viene al caso.

—En efecto —dije—. No obstante, considera que, una vez me hayas prestado una pequeña ayuda, puedes volver a tu propio continuo medio minuto después de tu marcha. Para entonces, Astaroth habrá tenido tiempo de sentirse molesta por tu súbita ausencia, pero no furiosa todavía. Tu reaparición le llenará de alegría, y lo que estuvierais haciendo, se puede hacer por segunda vez.

Azazel reflexionó unos instantes, y luego dijo, en lo que para él era un tono afable:

—Tienes una mente pequeña, primitivo gusano, pero es una mente retorcida y astuta, que puede sernos útil a los que tenemos mentalidades gigantes pero padecemos el inconveniente de una naturaleza luminosamente directa y sincera. ¿Qué clase de ayuda necesitas ahora?

Explicué la situación de Artaxerxes; Azazel reflexionó y dijo:

—Podría aumentar la potencia de sus músculos.

Meneé la cabeza.

—No es sólo cuestión de músculo. Están también la habilidad y el valor, que necesita desesperadamente.

Azazel se mostró indignado.

—¿Quieres que me ponga a aumentar sus cualidades espirituales? —exclamó.

—¿Tiene alguna otra cosa que sugerir?

—Claro que la tengo. No en balde soy infinitamente superior a ti. Si tu frágil amigo no puede atacar directamente a su enemigo, ¿qué tal una eficaz acción evasiva?

—¿Quieres decir escapar corriendo a toda velocidad? —Meneé la cabeza—. No creo que eso resultara muy impresionante.

—No he hablado de huida; a lo que me refiero es a una acción evasiva. Sólo necesito abreviar mucho su tiempo de reacción, lo cual se consigue de manera muy sencilla por medio de uno de mis grandes logros. Para evitar que desperdicie su fuerza de forma innecesaria, puedo hacer que esa abreviación sea activada por la descarga de adrenalina. En otras palabras, será operativa únicamente cuando se encuentre en un estado de miedo, ira u otra pasión fuerte. Déjame verle sólo unos momentos, y yo me ocuparé de todo.

—Por supuesto —dije.

En cuestión de un cuarto de hora, visité a Artaxerxes en su habitación y dejé que Azazel le observara desde el bolsillo de mi camisa. Azazel pudo así manipular a corta distancia el sistema nervioso autónomo del joven y luego volver a su Astaroth y a las obscenas prácticas a que deseara entregarse.

Mi paso siguiente fue escribir una carta, astutamente disfrazada con letra de

estudiante -con mayúsculas y a lápiz-, y deslizaría bajo la puerta de Bullwhip. No hubo que esperar mucho. Bullwhip puso en el tablón de anuncios de los estudiantes un mensaje citando a Artaxerxes en el bar del “Gourmet Bebedor”, y Artaxerxes tenía demasiado sentido común como para no acudir.

Philomel y yo acudimos también, y nos quedamos en la parte exterior del nutrido grupo de estudiantes que se habían congregado, ansiosos por lo que ocurría. Artaxerxes, a quien le castañeteaban los dientes, llevaba un pesado volumen titulado *Manual de Física y Química*. Ni siquiera en aquellas críticas circunstancias podía liberarse de su perversión.

Bullwhip, seguido en toda la plenitud de su estatura y contrayendo de manera ostensible los músculos bajo su camiseta, cuidadosamente rasgada, dijo:

—Schnell, ha llegado a mi conocimiento que has estado diciendo mentiras acerca de mí. Como buen universitario, te daré una oportunidad de desmentirlo antes de hacerte pedazos. ¿Has dicho a alguien que una vez me viste leyendo un libro?

—Una vez te vi mirar un libro de tiras cómicas —respondió Artaxerxes—, pero lo tenías cogido al revés, por lo que no pensé que lo estuvieras leyendo, así que nunca dije a nadie que lo leyeras.

—¿Has dicho alguna vez que yo tenía miedo a las chicas y que fanfarroneaba de cosas que no podía hacer?

—Una vez les oí a unas chicas decirlo, Bullwhip —respondió Artaxerxes—, pero nunca lo repetí.

Bullwhip hizo una una pausa. Aún faltaba lo peor.

—Bien, Schnell, ¿has dicho alguna vez que yo era un sucio cornudo?

—No, señor —respondió Artaxerxes—, lo que dije es que eras un absurdo del todo.

—Entonces, ¿lo niegas todo?

—Categorícamente.

—¿Y reconoces que todo es falso?

—Clamorosamente.

—¿Y que eres un maldito mentiroso?

—Abyectamente.

—Entonces —dijo Bullwhip, con los dientes apretados—, no te mataré. Me limitaré a romperte uno o dos huesos.

—Las peleas de primavera —exclamaron los estudiantes riendo, mientras formaban un círculo en torno a los dos combatientes.

—Será una pelea limpia —anunció Bullwhip, que, aunque era un cruel camorrista, seguía el código universitario—. Nadie me ayudará a mí, y nadie le ayudará a él. Será estrictamente uno contra uno.

—¿Puede haber algo más justo? —coreó el ávido auditorio.

—Quítate las gafas, Schnell —dijo Bullwhip.

—No —replicó audazmente Artaxerxes, y uno de los espectadores le quitó las gafas.

—Eh, estás ayudando a Bullwhip —protestó Artaxerxes.

—No, te estoy ayudando a *ti* —dijo el estudiante que tenía ahora las gafas en la mano.

—Pero así no puedo ver claramente a Bullwhip —dijo Artaxerxes.

—No te preocupes —dijo Bullwhip—, me sentirás claramente.

Y, sin más preámbulos, lanzó su pesado puño contra la barbilla de Artaxerxes.

El puño silbó a través del aire, y Bullwhip giró sobre sí mismo a consecuencia del impulso, pues Artaxerxes retrocedió ante la aproximación del golpe, que falló por medio centímetro.

Bullwhip parecía asombrado; Artaxerxes, estupefacto.

—Bien —dijo Bullwhip—. Ahora vas a ver.

Avanzó un paso y lanzó alternativamente ambos brazos.

Artaxerxes danzaba a derecha e izquierda con una expresión de extrema ansiedad en el rostro, y yo temí realmente que fuera a resfriarse por el viento que producían los violentos movimientos de Bullwhip.

Era obvio que Bullwhip se estaba fatigando. Su poderoso pecho subía y bajaba convulsivamente.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con voz quejumbrosa.

Pero Artaxerxes ya había comprendido que, por alguna razón, era invulnerable. Por consiguiente, avanzó hacia su contrincante y, levantando la mano que no sostenía el libro, abofeteó sonoramente la mejilla de Bullwhip, al tiempo que decía:

—Toma, *cornudo*.

Al mismo tiempo, todos los presentes contuvieron el aliento, y Bullwhip fue presa de un súbito frenesí. Todo lo que se podía ver era una poderosa máquina embistiendo, golpeando y girando, con un danzante blanco en su centro.

Al cabo de unos interminables minutos, Bullwhip jadeaba, sudoroso y exhausto. Ante él, se alzaba Artaxerxes, fresco e intacto. Ni siquiera había soltado su libro.

Y con él precisamente, golpeó ahora con fuerza a Bullwhip en el plexo solar. Éste se dobló sobre sí mismo, y Artaxerxes le golpeó con más fuerza aún en el cráneo. Como consecuencia, el libro quedó bastante estropeado, pero Bullwhip se derrumbó en un estado de beatífica inconsciencia.

Artaxerxes volvió en derredor sus miopes ojos.

—Que el granuja que me quitó las gafas me las devuelva *ahora* —dijo.

—Sí, señor Schnell —convino el estudiante que las había cogido, y sonrió espasmódicamente tratando de congraciarse con él—. Aquí están, señor. Las he limpiado, señor.



—Bien. Y, ahora, largo. Eso va para todos. ¡Largo!

Obedecieron apresuradamente, empujándose unos a otros en su precipitación por irse. Sólo nos quedamos Philomel y yo.

Los ojos de Artaxerxes se posaron sobre la anhelante joven. Enarcó altivamente las cejas y le hizo una seña doblando el dedo meñique. Humildemente, ella se dirigió hacia él, y cuando Artaxerxes dio media vuelta y se marchó, le siguió con la misma humildad.

Fue un final completamente feliz. Artaxerxes, pletórico de seguridad en sí mismo, descubrió que ya no necesitaba de los libros para tener una espúrea sensación de valía. Se pasaba todo el tiempo practicando en el ring y se convirtió en campeón universitario de boxeo. Todas las estudiantes le adoraban, pero al final se casó con Philomel.

Sus hazañas como boxeador le dieron tal reputación universitaria, que pudo elegir entre diferentes puestos de ejecutivo. Su aguda inteligencia le permitió percibir dónde había dinero, así que se las arregló para conseguir la concesión de tapas de retrete para el Pentágono, a lo que añadió la venta de objetos tales como lavadoras, que compraba en almacén y vendía a las agencias gubernamentales de suministros.

Sin embargo, resultó que los estudios que había realizado al principio, antes de regenerarse, le eran útiles después de todo. Asegura que necesita cálculo para averiguar sus beneficios, economía política para elaborar sus deducciones fiscales y antropología para tratar con la sección ejecutiva del Gobierno.

Miré a George con curiosidad.

—¿Quieres decir que en esta ocasión vuestra intromisión —la tuya y la de Azazel — en los asuntos de un pobre inocente terminó *felizmente*?

—En efecto —respondió George.

—Pero eso significa que ahora tienes un amigo extremadamente rico, que te debe a ti todo cuanto tiene.

—Lo has expresado perfectamente.

—Entonces, no hay duda de que podrás sacarle dinero.

El rostro de George se oscureció.

—Eso creerías tú, ¿verdad? Tú creerías que debería existir gratitud en el mundo, ¿verdad? Tú creerías que hay personas que, una vez que se les explicara cuidadosamente que sus facultades evasivas sobrehumanas son fruto exclusivo de los denodados esfuerzos de un amigo, considerarían oportuno derramar recompensas sobre ese amigo.

—¿Quieres decir que Artaxerxes no?

—En efecto. Una vez que me dirigí a él para pedirle que me dejara diez mil dólares, como inversión en un proyecto mío que seguramente produciría cien veces más..., diez mil cochinos dólares, que él se gana en cuanto vende una docena de

tuercas y tornillos a las Fuerzas Armadas, hizo que sus criados me echaran.

—Pero, ¿por qué, George? ¿Lo has averiguado?

—Sí, acabé enterándome. Ya sabes que él emprende una acción evasiva siempre que fluye su adrenalina, siempre que se halla bajo los efectos de una pasión intensa, como la cólera o la ira. Azazel lo explicó.

—Sí, ¿Y...?

—De ese modo, siempre que Philomel considera las finanzas familiares y se siente invadida de cierto ardor libidinoso, se acerca a Artaxerxes, quien, percibiendo su intención, siente fluir su propia adrenalina en apasionada respuesta. Luego, cuando ella se echa hacia él con su femenino entusiasmo y abandono...

—¿Qué?

—Él la esquivaba.

—¡Ah!

—De hecho, nunca puede ponerle una mano encima, lo mismo que tampoco pudo hacerlo Bullwhip. Cuanto más tiempo dura esto, más sube su nivel de frustración y más adrenalina fluye sólo con verla..., y más enciente y automáticamente la esquivaba. Como es natural, ella, desesperada y llorosa, se ve obligada a encontrar consuelo en otra parte, pero cuando *él* intenta de vez en cuando una aventura fuera de los estrictos lazos del matrimonio, no puede. Esquivaba a toda mujer que se le acerca, aun cuando sólo se trate de una cuestión de conveniencia mercantil por parte de ella. Artaxerxes se encuentra en la posición de Tántalo..., aparentemente el objeto siempre está disponible y, sin embargo, siempre fuera de su alcance. —Al llegar a este punto, la voz de George cobró un tono de indignación—. Y por ese trivial inconveniente me ha echado de la casa.

—Podrías hacer que Azazel suprimiera la maldición..., quiero decir, el don que pediste para él —dije.

—Azazel es reacio a actuar dos veces sobre un mismo sujeto, no sé por qué. Además, ¿por qué habría yo de conceder favores adicionales a quien se muestra tan desagradecido por los que ya ha recibido? Tú, en cambio, aunque eres un reconocido tacaño, me prestas cinco dólares de vez en cuando... —te aseguro que llevo la cuenta de todas esas ocasiones en trocitos de papel que tengo aquí y allá, en alguna parte de mis habitaciones— y, sin embargo, nunca te he hecho un favor, ¿verdad? Si tú puedes mostrarte servicial sin un favor, ¿por qué él no, que sí que ha recibido un favor?

Pensé en ello y dije:

—Escucha, George. Sigue sin concederme ningún favor. Todo va bien en mi vida. De hecho, sólo para recalcar que no quiero un favor, ¿qué tal si te doy diez dólares?

—Oh, bueno —respondió George—, si insistes...

## Galatea (1987)

---

“Galatea”

Por alguna razón desconocida, especialmente para mí, de vez en cuando utilizo a George como depositario de mis sentimientos íntimos. Puesto que posee un enorme y desbordante caudal de simpatía que reserva en exclusiva para sí mismo, esto es inútil; no obstante, de todos modos, de vez en cuando lo hago.

Naturalmente, en aquel momento mi propio caudal no puede evitarlo.

Estábamos esperando nuestra tarta de fresas tras un abundante almuerzo en «Peacock Alley», y yo dije:

—George, estoy harto de que los críticos no realicen el menor esfuerzo por averiguar qué es lo que yo intento hacer. A mí no me interesa lo que *ellos* harían si estuvieran en mi pellejo. Después de todo, ellos no saben escribir, o no perderían el tiempo siendo críticos. Y, si saben escribir, de alguna manera la única función que sus críticas les ofrece es la oportunidad de fastidiar a los que son mejores que ellos. Es más...

Pero llegó la tarta de fresas, y George aprovechó la oportunidad para coger las riendas de la conversación, cosa que de cualquier modo habría hecho, aunque no hubiera llegado el postre.

—Amigo mío, debes aprender a tomarte con calma las vicisitudes de la vida. Debes decirte a ti mismo —pues además es verdad— que tus miserables escritos producen tan escaso efecto en el mundo que lo que los críticos puedan decir, si es que se toman la molestia de decir algo, carece por completo de importancia. Esta clase de pensamientos te aliviarán mucho e impedirán que acabes desarrollando una úlcera. En concreto, podrías evitar palabras tan sensibleras en *mi* presencia, como lo harías si tuvieses la sensibilidad necesaria para comprender que mi trabajo es mucho más importante que el tuyo y que las críticas que yo recibo son, de vez en cuando, mucho más devastadoras.

—¿Vas a decirme que tú también escribes? —pregunté con sorna, al tiempo que atacaba la tarta.

—No —respondió George, haciendo lo propio—. Yo soy una persona mucho más importante, un benefactor de la Humanidad, un reprendido e infravalorado benefactor de la Humanidad.

Hubiera jurado que una pequeña lágrima humedecía ligeramente sus ojos.

—No veo —le dije afablemente— cómo la opinión de nadie acerca de ti puede ser tan baja como para que sea considerada una infravaloración.

—Haré caso omiso de la burla, ya que procede de ti —dijo George—, y te diré que estoy pensando en esa bella mujer, Elderberry Muggs.

—¿Elderberry? —exclamé, con una sombra de incredulidad.

Se llamaba Elderberry (dijo George). No sé por qué sus padres tuvieron que ponerle ese nombre, aunque tal vez fuese para conmemorar unos momentos de ternura en su relación prenupcial. La propia Elderberry tenía la impresión de que sus padres estaban ligeramente embriagados con vino de bayas de saúco -que era lo que significaba su nombre- durante las actividades que le dieron acceso a la vida. En otro caso, es posible que ella no hubiese tenido oportunidad de tal acceso.

Comoquiera que fuese, su padre, viejo amigo mío, me pidió que fuera su padrino en el bautizo, y yo no podía negarme.

Muchos amigos míos, impresionados por mi noble aspecto y mi franco y virtuoso semblante, sólo se sienten a gusto en la iglesia si yo estoy a su lado, así que son numerosas las ocasiones en que he actuado de padrino.

Naturalmente, yo me tomo estas cosas muy en serio y siento en toda su plenitud la responsabilidad del puesto. Por consiguiente, en la vida posterior me mantengo tan cerca de mis ahijados como me es posible, y tanto más cuando llegan a tener una belleza tan extraordinaria como Elderberry.

Su padre murió por el tiempo en que Elderberry cumplió veinte años, y ella heredó una importante suma de dinero que, como es lógico, hizo que aumentase su belleza a los ojos del mundo en general. Yo, por mi parte, no concedo ninguna importancia al dinero, pero consideré necesario protegerla de los cazadores de dotes. Para ello, me dediqué a cultivar su compañía en mayor medida aún, y frecuentemente cenaba en su casa. Después de todo, como puedes imaginar, ella estaba muy encariñada con su tío George, y, por mi parte, ciertamente, yo no podía censurárselo.

Tal como se desarrollaron las cosas, resultó que Elderberry no necesitaba el capital que su padre le había dejado, pues se convirtió en una escultura de gran renombre, produciendo obras cuyo valor artístico no podía ser puesto en tela de juicio, ya que alcanzaban elevados precios en el mercado.

Yo no entendía muy bien su producción, pues mis gustos en materia de arte son totalmente etéreos, y no se puede esperar que aprecie las cosas que ella creaba para deleite de esa parte de la estúpida multitud que podía permitirse pagar sus precios.

Recuerdo que en cierta ocasión le pregunté qué representaba una escultura determinada.

—Como ves —me contestó—, la obra se titula *Cigüeña volando*.

Estudí el objeto, que estaba fundido en el más exquisito bronce, y dije:

—Sí, ya me he fijado en el letrero, pero, ¿dónde está la cigüeña?

—Aquí —respondió, señalando un pequeño cono de metal que emergía de una base de bronce un tanto amorfa y terminaba en un afilado vértice.

Lo contemplé pensativo, y luego pregunté:

—¿Eso es una cigüeña?

—Pues claro que lo es, grandísimo bobo —dijo (pues siempre se dirigía a mí en

términos afectuosos)—, representa el extremo del largo pico de una cigüeña.

—¿Y eso es suficiente, Elderberry?

—Completamente —respondió—. No es la cigüeña misma lo que trato de representar, sino la noción abstracta de la cigüeñidad, que es exactamente lo que esto evoca.

—Sí, en efecto —dije, ligeramente perplejo—, ahora que lo mencionas...

Sin embargo, el letrero dice que la cigüeña está volando. ¿Cómo es eso?

—Pero no seas tonto —exclamó—, ¿no ves esta base un tanto amorfa de bronce?

—Sí —respondí—, cómo no voy a verla.

—Y no me negarás que el aire..., cualquier gas, si vamos á eso, es una masa amorfa. Bien, pues esta base amorfa de bronce es una clarísima representación de la atmósfera en abstracto. Y ya ves que en esta cara de la base hay una fina línea recta, absolutamente horizontal.

—Sí. Una vez que lo señalas, resulta clarísimo.

—Ésa es la noción abstracta de vuelo a través de la atmósfera.

—Extraordinario —dije—. Luminosamente claro cuando se explica.

¿Cuánto te darán por ello?

—Oh —dijo ella, moviendo con aire desairado una mano, como para poner de manifiesto la trivialidad de la cuestión—. Tal vez diez mil dólares.

Es una cosa tan sencilla y evidente por sí misma, que me sentiría culpable cobrando más. Es más un *morceau* que otra cosa. No como ésa. —Y señaló con la mano hacia un mural formado con telas de saco y pedazos de cartón, todo ello centrado en torno a una batidora rota que parecía tener en su parte inferior algo que semejaba manchas de huevo seco.

Lo miré con cierto respeto.

—¡Inapreciable, desde luego! —exclamé,

—Eso creo yo —dijo ella—. No es una batidora nueva, ¿sabes? Tiene la pátina del tiempo. La saqué de un cubo de basura.

Y entonces, por alguna razón, para mí desconocida, su labio inferior empezó a temblar y, con voz trémula, dijo:

—Oh, tío George.

Al instante, me sentí alarmado. Cogí su hábil mano izquierda, con sus fuertes dedos de escultora, y se la apreté.

—¿Qué ocurre, hija mía?

—Oh, George —dijo—, estoy harta de hacer estas sencillas abstracciones sólo porque representan el gusto del público.

Se llevó a la frente los nudillos de la mano derecha y dijo con tono trágico:

—¡Cómo me gustaría hacer lo que *quiero*, aquello que mi corazón de artista me dice que debo hacer!

—¿Qué es, Elderberry?

—Yo quiero experimentar. Quiero avanzar en nuevas direcciones.

Quiero intentar lo jamás intentado, arriesgarme a lo que nadie se ha arriesgado, producir lo improducibile.

—¿Y por qué no lo haces, hija mía? Seguramente que eres lo bastante rica como para permitirte.

De pronto, sonrió, y se le iluminó el rostro.

—Gracias, tío George —dijo—, gracias por decir eso. La verdad es que me lo permito de vez en cuando. Tengo una habitación secreta en la que deposito mis pequeños experimentos, aquellos que sólo un educado paladar artístico puede apreciar; los que son caviar para la gente en general —añadió.

—¿Puedo verlos?

—Naturalmente, *querido* tío. Después de lo que has dicho en aliento de mis aspiraciones, ¿cómo podría negártelo?

Descorrió una gruesa cortina tras la que había una puerta tan ajustadamente encajada en la pared, que apenas era visible. Oprimió un botón, y la puerta se abrió eléctricamente. Entonces, y, al tiempo que la puerta se cerraba a nuestra espalda, unas brillantes luces fluorescentes iluminaron la sala sin ventanas en donde habíamos entrado, llenándola de tanta claridad como si en ella penetrara el sol.

Casi al instante, vi ante mí la representación de una cigüeña esculpida en rica piedra. Cada pluma estaba en su sitio, los ojos brillaban llenos de vida, tenía el pico entreabierto y las alas medio extendidas. Parecía como si fuera a elevarse en el aire.

—Santo cielo, Elderberry —exclamé—. Nunca he visto nada igual.

—¿Te gusta? Yo lo llamo «arte fotográfico», y creo que a su manera es bonito. Totalmente experimental, desde luego; los críticos y el público se reirían y se mofarían de mí, no se percatarían de lo que intento hacer. Ellos únicamente aceptan simples abstracciones que son superficiales por completo y que cualquiera puede entender, nada semejante a esto, que sólo puede atraer a los sutiles y a los que se conforman con dejar que la comprensión se abra paso lentamente en ellos.

Después de eso, en alguna ocasión disfruté del privilegio de entrar en su habitación secreta y estudiar los objetos exóticos que de vez en cuando se formaban bajo sus fuertes dedos y su disciplinado cincel. Mi admiración hacia una cabeza de mujer exactamente igual a la de Elderberry era profunda.

—Yo la llamo *El espejo* —dijo, sonriendo tímidamente—. Retrata mi alma, ¿no crees?

Asentí, entusiasmado.

Creo que eso fue lo que finalmente le indujo a permitirme ver el secreto más íntimo de todos.

Yo le había dicho:

—Elderberry, ¿cómo es que no tienes ningún... —Hice una pausa y luego, prescindiendo de más eufemismos, terminé—: ... ningún novio?

—Novios —exclamó ella, con aire de profundo desprecio—. ¡Bah!

Merodean a mi alrededor muchos de esos aspirantes a novios de que hablas, pero, ¿cómo voy a fijarme en ellos? Yo soy una artista; tengo en mi corazón, en mi mente y en mi alma una imagen de verdadera belleza varonil que ningún conjunto de carne y hueso puede imitar, y que es lo único que puede ganar mi corazón. Eso, y sólo eso, *ha* ganado mi corazón.

— ¿*Ha* ganado tu corazón, querida? —dije suavemente—. Entonces, ¿lo has encontrado ya?

—Lo he... Pero ven, tío George, y lo verás. Tú y yo compartiremos mi gran secreto.

Regresamos a la sala del arte fotográfico, y una vez allí, descorrió otra gruesa cortina y apareció ante nosotros un hueco que yo no había visto antes. En él se hallaba la estatua de un hombre, de un metro ochenta de estatura y desnudo, que, por lo que pude ver, anatómicamente era perfecto hasta el último milímetro.

Elderberry pulsó un botón, y la estatua giró lentamente sobre su pedestal, haciendo evidentes desde todos los ángulos su suave simetría y sus perfectas proporciones.

—Mi obra maestra —susurró Elderberry.

Yo no soy un gran admirador de la belleza masculina; sin embargo, en el hermoso rostro de Elderberry vi reflejarse una anhelante admiración que revelaba con claridad que estaba llena de amor y adoración.

—Tú amas a esa estatua —le dije.

—Oh, sí —murmuró—. Daría mi vida por él. Mientras él exista, los otros hombres me parecerán deformes y odiosos. Nunca podría dejar que ningún hombre me tocara sin experimentar con ello una sensación de repugnancia.

Únicamente le deseo a él. Tan sólo a él.

—Mi pobre niña —dije—. La estatua no está viva.

—Lo sé, lo sé —respondió con voz quebrada—. Y eso me destroza el corazón. ¿Qué puedo hacer?

—¡Realmente triste! —murmuré—. Me recuerda la historia de Pigmalión.

—¿De quién? —preguntó Elderberry, que, como todos los artistas, era un espíritu sencillo que no sabía nada del ancho mundo exterior.

—De Pigmalión. Es una antigua historia. De Pigmalión, un escultor, como tú; sólo que, naturalmente, era un hombre. Y, al igual que tú, esculpió una bella estatua, nada más que, debido a sus peculiares prejuicios masculinos, esculpió una mujer a la que llamó Galatea. La estatua era tan hermosa, que Pigmalión se enamoró de ella. Como ves, lo mismo que en tu caso, salvo que tú eres una Galatea viva y la estatua es

un...

—No —exclamó enérgicamente Elderberry—, no esperes que yo le llame Pigmalión. Ese nombre es rudo y tosco, y yo quiero algo poético. Yo le llamo —y el amor volvió a iluminar su rostro— Hank. Hay en el nombre de Hank algo tan dulce, tan musical, que me habla directamente al alma. Pero, ¿qué fue de Pigmalión y Galatea?

—Sojuzgado por el amor, Pigmalión le imploró a Afrodita...

—¿A quién?

—Afrodita, la diosa griega del amor. Le imploró, y ella, compadecida, dio vida a la estatua. Galatea se convirtió en una mujer viva, se casó con Pigmalión y vivieron siempre felices.

—Hum —murmuró Elderberry—. Supongo que Afrodita no existe realmente, ¿no?

—No, en la realidad no existe. Por el contrario...

Pero no seguí. No creía que Elderberry pudiera entenderme si le hablaba de mi demonio de dos centímetros de estatura, Azazel.

—Lástima —dijo—, porque, si alguien pudiera insuflarle vida a Hank, si alguien pudiera cambiarle de frío y duro mármol en cálida y blanda carne, yo le daría... Oh, tío George, no puedes imaginar lo que sería abrazar a Hank y sentir en las manos la cálida suavidad de su carne..., suave..., suave. —

Repitió en un murmullo la palabra, sumida en un éxtasis de deleite sensual.

—En realidad, mi querida Elderberry —la interrumpí—, no deseo imaginarme haciéndolo, aunque puedo comprender que tú lo encontrarías delicioso. No obstante, estabas diciendo que si alguien pudiera cambiarle de frío y duro mármol en carne cálida y blanda, le darías algo. ¿Pensabas en algo concreto, querida?

—¡Oh, sí! Le daría un millón de dólares.

Guardé silencio unos instantes, como lo habría hecho cualquiera, por simple respeto a la suma. A continuación le pregunté:

—¿Tú *tienes* un millón de dólares, Elderberry?

—Tengo dos millones de pavos, tío George —respondió, con su habitual sencillez—, y estaría encantada de dar la mitad. Hank lo valdría, especialmente habida cuenta de que siempre podría ganar más haciendo otras cuantas abstracciones para el público.

—Sí que puedes —murmuré—. Bien, no pierdas el ánimo, Elderberry, y veremos qué puede hacer por ti tu tío George.

Evidentemente era un caso para Azazel, así que llamé a mi pequeño amigo, que parecía una versión en miniatura de un diablo, con sus dos centímetros de estatura, sus diminutos cuernos y su móvil y puntiaguda cola.

Como de costumbre, estaba de mal humor e insistió en hacerme perder el tiempo



contándome, con tediosos detalles, por qué se encontraba de mal humor. Al parecer, había hecho algo de naturaleza artística -al menos, con arreglo a las pautas de su ridículo mundo, pues, aunque lo describió con detalle, no pude entenderlo-, y los críticos lo habían acogido desfavorablemente. Los críticos son iguales en el Universo entero, supongo: despreciables y malévolos, todos y cada uno de ellos.

Aunque yo creo que deberías estar agradecido por el hecho de que los críticos de la Tierra tengan todavía *algún* resto de decencia. Si hemos de hacerle caso a Azazel, lo que los críticos dijeron de él, era mucho más de lo que nadie ha dicho de ti: el adjetivo más suave exigiría el látigo. Ha sido la semejanza entre tus quejas y las suyas lo que ha traído este episodio a mi mente.

No sin dificultad, conseguí interrumpir sus vituperaciones durante el tiempo suficiente para formular la petición de que diera vida a una estatua.

Soltó una especie de graznido cuya estridencia me hizo daño en los oídos.

—¿Dar una vida, basada en agua y carbono, a un material silíceo? ¿Por qué no me pides que construya un planeta con excrementos y acabas de una vez? ¿Cómo voy a convertir la piedra en carne?

—Seguramente se te ocurrirá alguna forma de hacerlo, oh Poderoso —dije—. Piensa que, si logras realizar esa inmensa tarea, lo podrás informar en tu mundo, ¿y no haría eso que los críticos se sintieran como un hatajo de estúpidos borricos?

—Son mucho peor que un hatajo de estúpidos borricos —dijo Azazel—.

Si se sintieran como unos estúpidos borricos, eso sería considerarse muy superiores a lo que en realidad son. Quiero hacer que se sientan como un montón de farfelanimores.

—Así es exactamente como se sentirán. Todo lo que tienes que hacer es convertir lo frío en cálido, la piedra en carne, lo duro en blando.

Especialmente blando. Una joven a la que estimo mucho quiere abrazar la estatua y sentir carne blanda y elástica bajo las yemas de sus dedos. No debería ser demasiado dura. La estatua es una representación perfecta de un ser humano, y no tienes más que llenarla de músculos, vasos sanguíneos, órganos, nervios y recubrirla de piel, y ya está.

—Sólo llenarla con todo eso, ¿eh? Nada más, ¿eh?

—Pero piensa que harás que los críticos se sientan como unos farfelanimores.

—Hum. Sí. ¿Sabes a qué huele farfelanimor?

—No, pero no me lo digas. Y puedes utilizarme a mí como modelo.

Azazel soltó un malhumorado gruñido.

—¿Sabes lo complicado que es incluso el cerebro humano más rudimentario?

—Bueno —dije—, no hace falta que te esfuerces mucho con el cerebro.

Elderberry es una chica sencilla, y me imagino que lo que ella quiere de la estatua no guarda mucha relación con el cerebro.

—Tendrás que enseñarme la estatua y dejarme considerar el caso —dijo.

—Lo haré. Pero recuerda que debes dar vida a la estatua mientras nosotros estamos mirando y que has de cerciorarte que esté terriblemente enamorado de Elderberry.

—El amor es fácil; sólo cuestión de ajustar hormonas.

Al día siguiente, me las arreglé para que Elderberry me invitara a ver de nuevo la estatua. Azazel estaba en el bolsillo de mi camisa, atisbando y emitiendo breves y agudos bufidos. Afortunadamente, Elderberry no tenía ojos más que para su estatua, y no se habría dado cuenta aunque se hubieran puesto a su lado veinte demonios de tamaño natural.

—¿Y bien? —le inquirí más tarde a Azazel.

—Trataré de hacerlo —respondió—. Le llenaré con órganos basados en ti. Confío en que seas un representante normal de tu inmundada e inferior especie.

—Más que normal —repliqué altivamente—. Soy un ejemplar destacado.

—Bien. Ella tendrá su estatua totalmente encajada en carne blanda, cálida y palpitante. Tendrá que esperar hasta mañana al mediodía, hora vuestra. No puedo hacer esto de golpe.

—Comprendo. Ella y yo estaremos esperando.

A la mañana siguiente, telefoneé a Elderberry.

— *Elderberry*, querida, he hablado con Afrodita.

—¿Quieres decir *que existe*, tío George? —exclamó en excitado susurro.

—Es una manera de hablar, querida. Tu hombre ideal vendrá a la vida hoy a mediodía ante nuestros propios ojos.

—Oh —exclamó desmayadamente—, no me estarás engañando, ¿verdad, tío?

—Yo nunca engaño —le contesté—, y nunca lo hago, pero debo reconocer que estaba un poco nervioso, pues dependo por completo de Azazel, aunque la verdad es que en ninguna ocasión me ha fallado.

A mediodía, los dos estábamos de nuevo mirando la estatua, que tenía sus pétreos ojos perdidos en el vacío. Le pregunté a Elderberry:

—¿Señala tu reloj la hora exacta, querida?

—Oh, sí. Lo llevo sincronizado con el Observatorio. Falta un minuto.

—Como es lógico, es posible que el cambio se retrase uno o dos minutos. Es difícil juzgar estas cosas con exactitud.

—Una diosa debería ser puntual —dijo Elderberry—. Si no, ¿de qué sirve ser diosa?

A eso llamo yo verdadera fe, y estaba justificada, pues, justamente a mediodía, un estremecimiento pareció recorrer la estatua. Lentamente, su color fue cambiando desde el frío blanco del mármol al sonrosado de cálida carne. Poco a poco, el movimiento animó su estructura, sus brazos descendieron a los costados, sus ojos

adquirieron una brillante vivacidad azul, el pelo de su cabeza se tornó de un color castaño claro y apareció en todos los demás lugares adecuados de su cuerpo. Su cabeza se inclinó, y miró a Elderberry, que respiró agitadamente.

De manera pausada y chirriando, descendió del pedestal y avanzó hacia Elderberry con los brazos extendidos.

—Tú, Elderberry. Yo, Hank —dijo.

—Oh, Hank —dijo Elderberry, echándose en sus brazos.

Permanecieron largo tiempo fundidos en el abrazo; luego, ella volvió la vista hacia mí por encima del hombro, relucientes de éxtasis sus ojos, y dijo:

—Hank y yo nos quedaremos unos días en la casa, como una especie de luna de miel, y después te veré, tío George. —Y movió los dedos como si estuviese contando dinero.

Al verlo, mis ojos relucieron también de éxtasis, y salí de puntillas de la casa. La verdad, me parecía un tanto incongruente que una joven completamente vestida fuera abrazada de manera tan calurosa por un joven desnudo, pero estaba seguro que en cuanto yo me marchara Elderberry se las arreglaría para subsanar la incongruencia.

Esperé diez días a que Elderberry me telefonara; sin embargo, seguía sin hacerlo. No me sorprendía mucho, pues imaginaba que estaría ocupada en otras cosas. No obstante, al cabo de diez días pensé que habría alguna pausa para respirar, y asimismo empecé a pensar que, puesto que su éxtasis había sido logrado gracias enteramente a mis esfuerzos -y los de Azazel-, era justo que yo también lograra mi éxtasis.

Fui a la casa en donde había dejado a la feliz pareja y toqué el timbre.

Pasó bastante tiempo sin que nadie respondiera, y ya me estaba imaginando yo la desagradable imagen de dos jóvenes extasiados el uno con el otro hasta la muerte, cuando, finalmente, la puerta se abrió una rendija.

Era Elderberry, con aspecto perfectamente normal, si se considera perfectamente normal una expresión ceñuda.

—Oh, eres tú —dijo.

—Pues, sí —dije—. Temía que os hubierais marchado de la ciudad para continuar y ampliar vuestra luna de miel.

No dije nada de lunas de miel hasta la muerte. Me pareció poco diplomático.

—¿Y qué quieres? —preguntó.

En realidad, aquello no resultaba muy amistoso. Yo podía entender que a ella no le gustara ser interrumpida en sus actividades, pero seguramente que, después de diez días, una pequeña interrupción no era el fin del mundo.

—Hay un asuntillo de un millón de dólares, querida —dije.

Empujé la puerta y entré.

Ella me miró con una expresión de frío desprecio y dijo:

—Un sillón es lo que vas a recibir.

No sabía a qué se refería, pero al instante deduje que suponía bastante menos que un millón de dólares.

Desconcertado y bastante dolido, dije:

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? —exclamó ella—. ¿Que qué ha pasado? Te diré lo que ha pasado. Cuando mencioné que deseaba a Hank blando, no quería decir blando en todas partes y de manera permanente.

Con su fuerza de escultura me hizo salir a empujones por la puerta y la cerró de golpe. Luego, mientras permanecía allí, estupefacto, la abrió de nuevo.

—Y si vuelves por aquí, le diré a Hank que te haga pedazos. En todos los demás aspectos, es fuerte como un toro.

Me marché. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Y qué te parece eso como crítica a *mis* esfuerzos artísticos? Así que no me vengas tú con tus mezquinas quejas.

George meneó la cabeza al terminar su relato, parecía tan abatido que realmente me conmovió.

—George —le dije—, sé que culpas de esto a Azazel, pero, en realidad, la culpa no es suya. Tú hiciste hincapié en lo de la blandura...

—Y ella también —replicó George, indignado.

—Sí, pero tú le dijiste a Azazel que te utilizara a ti como modelo para diseñar la estatua, y seguramente que eso explica la incapacidad...

George me interrumpió con un ademán y me fulminó con la mirada.

—Eso —dijo— me duele aún más que la pérdida del dinero que había ganado. Has de saber que a pesar de haber dejado atrás hace varios años la flor de mi juventud...

—Sí, sí, George, te presento mis excusas. Toma, creo que te debo diez dólares.

Bueno, diez dólares son diez dólares. Para mi alivio, George cogió el billete y sonrió.

## Vuelo de fantasía (1988)

---

“Flight of Fancy”

Cuando como con George, tengo buen cuidado de no pagar con una tarjeta de crédito, lo hago siempre en metálico, ya que eso le permite practicar su amistosa costumbre de quedarse con el cambio. Naturalmente, yo me encargo de que éste no sea excesivo, y dejo aparte una propina.

Esta vez, habíamos almorzado en el «Boathouse» y regresábamos a pie por Central Park. Era un día espléndido, un poco caluroso, así que nos sentamos a descansar en un banco situado a la sombra.

George contempló un pájaro que estaba posado sobre una rama, con los nerviosos movimientos típicos de los pájaros, y luego le siguió con la vista cuando emprendió el vuelo.

—Cuando yo era niño —dijo—, me irritaba que esos bichos pudieran surcar los aires, y yo, no.

—Supongo que todos los niños envidian a los pájaros —comenté yo—. Y los adultos también. Sin embargo, los seres humanos *pueden* volar, y pueden hacerlo con más rapidez y a más distancia que ningún pájaro. Mira ese avión que dio la vuelta al mundo en nueve días, sin escalas ni repostar. Ningún pájaro podría hacer eso.

—¿Qué pájaro querría hacerlo? —replicó George, con desprecio—. No estoy hablando de sentarse en una máquina que vuela, ni tampoco de balancearme colgado de un planeador. Eso son componendas técnicas. Yo me refiero a tener el control de todo: agitar suavemente los brazos y elevarse y moverse a voluntad.

—Quieres decir, verse libre de la gravedad —suspiré—. Una vez soñé eso, George. Una vez soñé que podía dar un salto en el aire y mantenerme allí con sólo mover los brazos y luego descender lenta e ingravidamente. Por supuesto, yo sabía que eso era imposible, así que di por descontado que estaba soñando. Pero entonces, en mi sueño, parecí despertar y encontrarme en la cama. Salté de la cama y descubrí que *todavía* podía evolucionar libremente en el aire. Y como me parecía que había despertado, creí que en realidad podía hacerlo. Luego desperté *realmente* y me encontré con que seguía tan prisionero de la gravedad como siempre. Experimenté una intensa decepción, una aguda sensación de pérdida. Tardé días en recuperarme.

Y, casi inevitablemente, George dijo:

—Yo he conocido algo peor.

—¿Sí? Tuviste un sueño similar, ¿verdad? Sólo que más grande y mejor, ¿no?

—¡Sueños! Yo no me ocupo de sueños. Eso se lo dejo a los escritorzuelos de tres al cuarto como tú. Yo estoy hablando de la realidad.

—Quieres decir que estuviste volando realmente. ¿Debo creer que estuviste en una nave espacial en órbita?

—En una nave espacial, no. Aquí mismo, en la Tierra... Y no fui yo, sino mi amigo Baldur Anderson..., pero supongo que será mejor que te cuente la historia...

»La mayoría de mis amigos -dijo George- son intelectuales y profesionales, como tal vez te consideres tú mismo, pero Baldur, no. Él era taxista, sin mucha instrucción, pero con un profundo respeto hacia la Ciencia. Pasamos juntos muchas veladas en nuestro bar favorito, bebiendo cerveza y hablando del *big bang*, de las leyes de la termodinámica, de la ingeniería genética y otras cosas por el estilo. Siempre se sentía muy agradecido a mí por el hecho de que le explicara estas arcanas materias, e insistía, pese a mis protestas, como puedes suponer, en pagar la cuenta.

»Tan sólo había un aspecto desagradable en su personalidad: era un incrédulo. No me refiero al incrédulo filosófico que rechaza un aspecto de lo sobrenatural, se afilia a alguna organización humanista secular y se expresa con sumo cuidado en un lenguaje que nadie entiende por medio de artículos publicados en revistas que nadie lee. ¿Qué mal hay en eso?

»Quiero decir que Baldur era lo que en los viejos tiempos se habría llamado el ateo del pueblo. Entablaba discusiones en el bar con personas tan ignorantes en estas cuestiones como él, y las desarrollaban con voces destempladas y lenguaje chabacano. No era un intercambio de sutiles razonamientos. La discusión típica venía a ser algo así: “Bueno, ya que eres tan listo, cabeza de chorlito”, decía Baldur, “dime dónde encontró Caín a su mujer”.

»“¿Y a ti qué te importa?”, replicaba su adversario.

»“Porque, según la Biblia, Eva era la única mujer que vivía en aquel tiempo”, continuaba él.

»“¿Cómo lo sabes?”

»“Lo dice la Biblia”.

»“Eso no es verdad. Enséñame dónde dice: ‘En aquel tiempo, Eva era la única tía en toda la Tierra’.”

»“Se sobrentiende”.

»“Claro, se sobrentiende, porque tú lo digas”.

»“¿Ah, sí?”

»“¡Sí!”

»“Baldur”, le decía, “no hay por qué discutir sobre cuestiones de fe. No se resuelve nada, y sólo se crean desavenencias”.

»Baldur replicaba con beligerancia: “Yo tengo el derecho constitucional a no tragarme esas paparruchas, y a expresarlo así”.

»“Naturalmente, pero un día de éstos uno de los caballeros aquí presentes que están consumiendo brebajes alcohólicos podría soltarte un puñetazo antes de pararse a recordar la Constitución”.

»“Se supone que esos tipos ponen la otra mejilla”, dijo Baldur. “También lo dice

la Biblia: ‘No os alborotéis por el mal. Dejadlo pasar’.”

»“Podrían olvidarlo”.

»“No me importa. Sé defenderme”.

»Y era cierto, pues se trataba de un hombre corpulento y musculoso, con una nariz que parecía como si hubiese detenido muchos puñetazos y unos puños que daban la impresión de haber ejercitado ejemplar venganza por tales actos.

»“Estoy seguro de ello”, dije, “pero en las discusiones sobre religión sueles estar solo frente a varias personas. Una docena de individuos, actuando de común acuerdo, podrían muy bien reducirte a algo semejante a una pulpa informe. Además”, añadí, “supón que ganas una discusión sobre una determinada cuestión religiosa, en ese caso podrías hacer que uno de estos caballeros perdiera su fe. ¿Crees realmente que debes ser responsable de una pérdida semejante?”

»Baldur pareció turbarse, pues era hombre de buen corazón.

»“Yo nunca digo nada”, replicó, “sobre partes realmente delicadas de la religión. Yo hablo acerca de Caín y de que Jonás no pudo vivir tres días dentro de ninguna ballena y de lo de andar sobre el agua. Pero no digo nada *realmente* grave. Nunca digo nada contra Santa Claus, ¿no? Escucha, una vez le oí a un tipo decir a voces que Santa Claus sólo, tenía ocho renos y que no había ningún *Rudolph*, el reno de nariz roja que tira siempre del trineo. Y le dije: ‘¿Quieres hacer desdichados a los críos?’, y le arreé un guantazo. Y tampoco dejo que nadie diga nada contra el Muñeco de Nieve”.

»Naturalmente, tanta sensibilidad me conmovió.

»“¿Cómo es que llegaste a esta situación, Baldur?”, le pregunté. “¿Qué fue lo que te convirtió en tan furibundo incrédulo?”

»“Los ángeles”, dijo, frunciendo el ceño.

»“¿Los ángeles?”

»“Sí. Cuando era niño, veía cuadros de ángeles. ¿Tú habrás visto alguna vez cuadros de ángeles?”

»“Naturalmente”.

»“Tenían alas. Tenían brazos, piernas y en la espalda grandes alas. De niño, yo solía leer libros de Ciencia, y esos libros decían que todo animal con columna vertebral tenía cuatro miembros: cuatro aletas, cuatro patas, dos patas y dos brazos, o dos patas y dos alas. A veces, desaparecían las dos patas traseras, como en el caso de las ballenas, o las dos patas delanteras, como en los apterix, o las cuatro patas, como en las serpientes. Sin embargo, ninguno podía tener más de cuatro. Así que, ¿cómo es que los ángeles tienen seis miembros, dos piernas, dos brazos y dos alas? Tienen columna vertebral, ¿no? No son insectos. Le pregunté a mi madre cómo era eso, y me dijo que cerrara el pico. Yo entonces pensaba muchas cosas de ésas”.

»“En realidad, Baldur, no puedes tomar al pie de la letra esas representaciones de

los ángeles”, dije. “Esas alas son simbólicas. Indican, simplemente, la velocidad con que los ángeles se mueven de un sitio a otro”.

»“¡Oh!, ¿sí?”, exclamó Baldur. “Pregúntales a esos tipos que leen la Biblia si los ángeles tienen alas. Ellos creen que sí. Son demasiado, estúpidos para entender lo de los seis miembros. Todo el asunto es estúpido. Además, me fastidia lo de los ángeles. Si ellos vuelan, ¿por qué no puedo volar yo? No es justo”.

»Su labio inferior se proyectó hacia delante, y pareció a punto de echarse a llorar. Sentí que se me ablandaba el corazón y traté de encontrar alguna forma de consolarle.

»“Si es eso, Baldur”, dije, “cuando mueras y vayas al cielo, tendrás alas, un aureola, y un arpa, y entonces podrás volar tú también”.

»“¿Tú crees esa basura, George?”

»“Bueno, no exactamente, pero sería reconfortante creerlo. ¿Por qué no lo intentas?”

»“No pienso hacerlo, porque no es científico. Toda mi vida he deseado volar... personalmente, sólo yo y mis brazos. Imagino que tiene que haber alguna forma de que pueda volar solo, aquí en la Tierra”.

»Yo seguía queriendo consolarle, así que, después de haber rebasado quizás en media copa mi límite de abstinencia, dije de manera imprudente: “Estoy seguro de que hay una forma”.

»Sus ojos reflejaban reproche, y estaban ligeramente inyectados en sangre.

»“¿Me estás tomando el pelo?”, dijo. “¿Te estás burlando de un sincero deseo de infancia?”

»“No, no”, respondí, y de pronto me di cuenta de que se había tomado, quizás, una docena de copas de más y que su puño derecho se estaba crispando de una manera sumamente ominosa. “¿Me burlaría yo de un sincero deseo de infancia? ¿Ni, incluso, de una obsesión de adulto? Lo que pasa es que conozco... a un científico que tal vez sepa la forma de hacerlo”.

»Todavía parecía beligerante hacia mí. “Pregúntaselo”, dijo, “y luego dime qué te responde. No me gustan las personas que se burlan de mí. No está bien. Yo no me burlo de ti, ¿no? Ni tampoco menciono el hecho de que nunca pagas una cuenta, ¿verdad?”

»Eso era pisar terreno peligroso. Apresurado, dije: “Voy a consultar a mi amigo. No te preocupes. Yo lo arreglaré todo”.

»En resumidas cuentas, pensaba que más me valía hacerlo. No quería perder mi suministro de bebidas gratis, y menos aún quería convertirme en objeto del resentimiento de Baldur. Él no creía en las admoniciones bíblicas de ama a tus enemigos, bendice a quien te maldice y haz el bien a quien te odia. Baldur creía en arrearles un guantazo.

»Así, pues, consulté con mi ultraterreno amigo Azazel. ¿Te he dicho alguna vez



que tengo...? ¿Sí? Bueno, pues consulté con él.

»Como de costumbre, Azazel estaba de un humor terrible cuando le hice venir junto a mí.

»Tenía la cola torcida en insólito ángulo, y cuando le pregunté sobre el particular, prorrumpió en un torrente de estridentes comentarios acerca de mis antepasados..., asuntos con respecto a los cuales era imposible que supiera nada.

»Deduje que, accidentalmente, le habían pisado. Es un ser muy pequeño, de unos dos centímetros de estatura desde la base de la cola hasta la parte superior de la cabeza, y sospecho que aun en su propio mundo ha de estar siempre bajo los demás. Ciertamente, en esta ocasión había estado debajo de alguien, y la humillación de haber sido demasiado pequeño como para que hubiera sido advertida su presencia le había enfurecido.

»Con tono apaciguador, le dije: “Si tuvieras la capacidad de volar, oh Poderoso a quien el Universo entero rinde homenaje, no te verías expuesto a las torpezas de los abyectos patanes”.

»Esto pareció levantarle el ánimo. Repitió para sus adentros la frase final con un murmullo, como si la estuviera reteniendo en la memoria para un futuro uso. A continuación dijo: “Yo *puedo* volar, oh Masa Horrible de Despreciable Carne, y habría volado si me hubiera tomado la molestia de advertir la presencia del individuo de clase baja que, en su torpeza, cayó contra mí... De todos modos, ¿qué es lo que quieres?”, preguntó finalmente con un gruñido, aunque el agudo timbre de su vocéena hizo que más bien sonara como un zumbido.

»“Aunque tú puedas volar, oh Sublime, hay personas en mi mundo que no pueden”, dije con voz suave.

»“En tu mundo no hay personas que *puedan*. Son tan toscos, abotagados y torpes como otros tantos shalidraconiconios. Si supieras algo de aerodinámica, Miserable Insecto, sabrías...”

»“Me inclino ante tu superior conocimiento, oh tú el más sabio de los sabios, pero se me había ocurrido que podrías preparar un poco de antigravedad”.

»“¿Antigravedad? ¿Sabes cómo...?”

»“Mente Colosal”, dije, “¿puedo recordarte que ya lo has hecho antes?”<sup>[25]</sup>

»“Aquello, según recuerdo, fue sólo para un tratamiento parcial”, dijo Azazel. “Apenas lo suficiente para permitir a una persona desplazarse sobre las crestas de los montones de agua helada que tenéis en vuestro horrible mundo. Según entiendo, ahora me pides algo más extremo”.

»“Sí, tengo un amigo al que le gustaría volar”.

»“Tienes amigos bastante extraños”.

»Se sentó sobre la cola, como hacía a menudo cuando quería pensar, y dio un salto al tiempo que emitía un agudo grito de dolor, pues había olvidado el estado

contusionado de su extremidad caudal.

»Le soplé en la cola, y eso pareció ayudarle y aliviarle.

»“Será preciso un aparato antigraedad”, dijo, “que, naturalmente, puedo conseguir para ti, así como la completa cooperación del sistema nervioso autónomo de tu amigo, suponiendo que lo tenga”.

»“Creo que lo tiene”, dije, “pero, ¿cómo puede hacer que coopere?”

»Azazel titubeó. “Supongo que eso equivale a que debe *creer* que puede volar”.

»Dos días después, visité a Baldur en su modesto apartamento. Le mostré el aparato y dije: “Toma”.

»No era un aparato espectacular. Tenía el tamaño y la forma de una nuez, y si uno se lo acercaba al oído, se oía un leve zumbido. No sabría decir cuál era la fuente energética, pero Azazel me aseguró que no se agotaría.

»También dijo que debía permanecer en contacto con la piel del volador, así que había hecho que lo pusieran en una cadenita, convirtiéndolo en un medallón.

»“Toma”, repetí, mientras Baldur retrocedía suspicaz. “Ponte la cadena alrededor del cuello y llévalo bajo la camisa. En caso de que tengas camiseta, pónitelo debajo”.

»“¿Qué es, George?”, preguntó.

»“Es un aparato antigraedad, Baldur. El último grito. Muy científico y muy secreto. No debes hablar nunca de él a nadie”. Alargó la mano para cogerlo.

»“¿Estás seguro? ¿Te dio esto tu amigo?”

»Asentí con la cabeza.

»“Pónitelo”.

»Con ademanes vacilantes, se lo pasó por la cabeza y, con un poco de ánimo por mi parte, se desabrochó la camisa, lo dejó caer bajo la camiseta y volvió a abrocharse.

»“¿Y ahora qué?”, dijo.

»“Ahora, agita los brazos y volarás”.

»Agitó los brazos, y no sucedió nada. Sus cejas se juntaron amenazadoramente sobre sus pequeños ojos.

»“¿Te estás burlando de mí?”

»“No. Tienes que *creer* que vas a volar. ¿Has visto *Peter Pan*, la película de Walt Disney? Te tienes que decir a ti mismo: ‘Puedo volar, puedo volar, puedo volar’.”

»“Ellos se echaban una especie de polvos”.

»“Eso no es científico. Lo que tú llevas es científico. Te tienes que decir a ti mismo que puedes volar”.

»Baldur me dirigió una larga y severa mirada, y debo decirte que, aunque soy valiente como un león, me sentí un poco inquieto.

»“Hace falta un poco de tiempo, Baldur”, le dije. “Tienes que aprender a hacerlo”.

»Aún me miraba, pero agitó vigorosamente los brazos y dijo: “Puedo volar.”

Puedo volar. Puedo volar”.

»No sucedió nada.

»“¡Salta!”, dije. “Coge un poco de impulso”.

»Nervioso, me preguntaba si Azazel habría sabido esta vez lo que hacía.

»Baldur, mirándome todavía con fiereza y agitando los brazos, dio un salto. Se elevó unos treinta centímetros en el aire, permaneció allí mientras yo contaba hasta tres y, luego, descendió lentamente.

»“Eh”, dijo de manera elocuente.

»“Eh”, respondí yo, con considerable sorpresa.

»“He flotado ahí”.

»“Y muy airosamente”, le señalé.

»“Sí. Oye, *puedo volar*. Probemos otra vez”.

»Lo hizo, y su pelo dejó una visible mancha de grasa en el lugar en donde tocó el techo. Bajó frotándose la cabeza.

»“Sólo puedes subir unos dos metros, ya sabes”, dije.

»“Aquí dentro, sí. Vamos fuera”.

»“¿Estás loco? ¿No querrás que la gente sepa que puedes volar? Te quitarían el aparato antigraedad para que los científicos pudieran estudiarlo, y nunca podrías volver a volar. Mi amigo es el único que lo conoce, y es secreto”.

»“Bueno, ¿qué voy a hacer?”

»“Disfruta volando por la habitación”.

»“Eso no es mucho”.

»“¿Que no es mucho? ¿Cuánto podías volar hace cinco minutos?”

»Mi poderosa lógica, como de costumbre, fue convincente.

»Debo reconocer que, mientras le veía evolucionar libre y graciosamente en el aire un tanto viciado de los limitados confines de su no muy grande cuarto de estar, experimenté un fuerte impulso a robarlo por mí mismo. Sin embargo, no estaba seguro de que él me cediera el aparato de gravedad y, lo que es más, tenía la fuerte sospecha de que conmigo no funcionaría.

»Azazel se niega siempre, por lo que él llama motivos éticos, a hacer nada directamente para mí. Sus dádivas, dice con su estúpida forma de hablar, están destinadas únicamente a beneficiar a otros. Ojalá no pensara así, y ojalá no pensarán así tampoco los otros. Nunca he podido persuadir a los beneficiarios de mi beneficencia para que me enriquecieran de forma perceptible.

»Finalmente, Baldur descendió hasta posarse en una de sus sillas y dijo con tono complacido:

»“¿Quieres decir que puedo hacer esto porque creo?”

»“Exactamente”, respondí. “Es un vuelo de fantasía”.

»Me gustó la expresión, pero Baldur es sordo para el ingenio, si se me permite

inventar el término.

»“Mira, George”, dijo, “es mucho mejor creer en la Ciencia que en el cielo y en toda esa basura sobre alas de ángeles”.

»“Indudablemente”, dije. “¿Lo dejamos ahora para cenar y tomar luego unas copas?”

»“Encantado”, respondió, y pasamos una velada excelente.

»No obstante, las cosas no marchaban bien. Una profunda melancolía pareció tender su velo sobre Baldur. Dejó de acudir a los lugares que hasta entonces había frecuentado y encontró nuevos establecimientos de bebidas.

»No me importaba. Los nuevos lugares eran un calco de los antiguos, y por lo general servían unos martinis secos excelentes. Pero yo sentía curiosidad, y le pregunté sobre el particular.

»“Ya no puedo discutir con esos imbéciles”, dijo sombríamente Baldur. “Me dan ganas de decirles que puedo volar como un ángel, pero, ¿qué van a hacer, adorarme? ¿Y me creerían? Ellos se tragan toda esa morralla de serpientes que hablan y tías que se convierten en estatuas de sal..., cuentos de hadas, nada más que cuentos de hadas. Sin embargo, *a mino* me creerían; ni por lo más remoto. Así que tengo que mantenerme apartado de ellos. Hasta la Biblia dice: ‘No frecuentes la compañía de necios, ni te sientes en el asiento de los desdeñosos’.”

»Y periódicamente exclamaba: “No puedo hacerlo sólo en mi apartamento. No hay *sitio*. No lo saboreo. Tengo que hacerlo al aire libre. Tengo que elevarme en el firmamento y evolucionar de un lado a otro”.

»“Te verán”.

»“Puedo hacerlo de noche”.

»“Entonces, te estrellarás contra una montaña y te matarás”.

»“No, si subo muy alto”.

»“¿Y qué verás de noche? Daría lo mismo que estuvieses volando por tu habitación”.

»“Encontraré un lugar donde no haya gente”, dijo.

»“¿*Dónde* no hay gente en estos tiempos?”, pregunté.

»Mi poderosa lógica vencía siempre, pero él se iba sintiendo cada vez más desdichado y, por último, pasé varios días sin verle. No estaba en casa. La compañía de taxis para la que trabajaba dijo que se había tomado dos semanas de vacaciones, y no, no sabían dónde se encontraba. No es que me importase quedarme sin su hospitalidad -al menos, no me importaba demasiado-, pero me preocupaba lo que pudiera estar haciendo con toda aquella locura de volar por los aires.

»Finalmente lo averigüé cuando regresó a su apartamento y me telefoneó. Apenas si reconocí su cascada voz, y, naturalmente, me apresuré a acudir a su lado cuando comentó que me necesitaba con urgencia.

»Se hallaba en su habitación, abatido y desconsolado.

»“George”, dijo, “nunca debí hacerlo”.

»“¿Hacer qué, Baldur?”

»“¿Recuerdas que te dije que quería encontrar un lugar en el que no hubiera gente?”

»“Lo recuerdo”.

»“Pues se me ocurrió una idea. Me tomé unos días de vacaciones cuando las predicciones meteorológicas anunciaron que habría una serie de días claros y soleados, y alquilé un avión. Fui a uno de esos aeropuertos en los que se puede dar un paseo si lo pagas... igual que un taxi, sólo que volando”.

»“Lo sé, lo sé —dije.

»“Le indiqué al fulano que se dirigiera a los suburbios y sobrevolara las zonas rurales, que quería ver el paisaje. Lo que iba a hacer era buscar lugares realmente vacíos, y cuando encontrase uno, preguntaría qué era, con el fin de ir allí algún fin de semana y volar como realmente lo he querido hacer toda mi vida”.

»“Baldur”, dije, “no se puede distinguir desde el aire. Desde allá arriba, un lugar puede parecer vacío y, sin embargo, estar lleno de gente”.

»“De nada sirve que me digas eso *ahora*”, respondió amargamente.

»Hizo una pausa, meneó la cabeza y continuó: “Era uno de esos aviones antiguos. Carlinga descubierta delante y asiento para pasajero, también, descubierta, detrás; yo me asomo para poder ver el suelo y cerciorarme de que no hay carreteras, ni automóviles, ni granjas. Me suelto el cinturón de seguridad para ver mejor..., como puedo volar, no me da miedo estar a mucha altura, en el aire. Sólo que me inclino al asomarme, y el piloto, que no sabe lo que estoy haciendo, efectúa un viraje, como consecuencia, el avión se ladea en la dirección que yo estoy mirando, y antes de que me pueda agarrar a algo, caigo al vacío”.

»“Santo cielo”, exclamé.

»Baldur tenía una lata de cerveza a su lado, e hizo una pausa para beber con ansiedad. Se secó los labios con el dorso de la mano y dijo:

»“George, ¿te has caído alguna vez de un avión sin paracaídas?”

»No respondí. Ahora que lo pienso, creo que nunca he hecho eso.

»“Bueno, pues pruébalo un día”, dijo Baldur. “Es una sensación extraña. A mí me cogió totalmente por sorpresa. Durante un rato no pude entender lo que ocurría, únicamente había aire por todas partes, y el suelo estaba dando vueltas y ascendía, luego pasaba por encima de mi cabeza y alrededor de mí, y yo me decía: ¿Qué diablos está pasando? Y al cabo de cierto tiempo, noto un fuerte viento que sopla cada vez con más intensidad, sólo que no puedo decir exactamente desde qué dirección. Y entonces me doy cuenta de que estoy cayendo. Me digo a mí mismo: Eh, que estoy cayendo. Y, nada más decirlo, veo que así es, y el suelo parece que está

abajo y yo avanzo rápidamente hacia él, y sé que voy a estrellarme y que taparme los ojos no va a servir de nada”.

»“Lo creas o no, George, durante todo ese tiempo no he pensado ni un momento que podía volar. Estaba demasiado sorprendido. Podría haberme matado. Pero entonces, cuando ya casi he llegado al suelo, lo recuerdo, y me digo a mí mismo: ¡Puedo volar! ¡Puedo volar! Fue como patinar en el aire, como si el aire se convirtiese en una gran banda de goma que estuviera tirando de mí hacia arriba, de modo que mi velocidad de caída comienza a disminuir, y cuando llego a la altura de las copas de los árboles, ya voy realmente despacio y pienso: Quizá sea éste el momento indicado para ponerme a evolucionar por el aire. Sin embargo, me siento cansado, y queda muy poca distancia hasta el suelo, así que me enderezo, disminuyo un poco más la velocidad y aterrizo sobre los pies con un ligerísimo golpe”.

»“Y, desde luego, tienes razón, George. Todo parecía vacío cuando yo estaba arriba, pero una vez en el suelo, había toda una muchedumbre congregada a mi alrededor, y cerca había una especie de iglesia con una torre..., que supongo que yo no había distinguido desde arriba por causa de los árboles”.

»Baldur cerró los ojos, y durante unos momentos se limitó a respirar con dificultad.

»“¿Qué ocurrió, Baldur?”, pregunté por fin.

»“Nunca lo adivinarías”, dijo.

»“No quiero adivinarlo”, repuse. “Dímelo tú”.

»Abrió los ojos y dijo: “Todos habían salido de la iglesia, alguna iglesia de creyentes en la Biblia, y uno de ellos cae de rodillas, levanta los brazos y grita: ‘¡Milagro! ¡Milagro!’”, y el resto hace lo mismo. Nunca has oído semejante estruendo. Y aparece un fulano, un tipo bajo y gordo, y dice: ‘Soy médico. Dígame qué ha sucedido’. A mí no se me ocurre nada. Quiero decir que, ¿cómo puede uno explicar que ha bajado del cielo? No tardarán en proclamar que soy un ángel. Así que digo la verdad: Me he caído accidentalmente de un avión. Y todos empiezan a gritar: ‘¡Milagro! ¡Milagro!’.”

»“El médico pregunta: ‘¿Tenía usted paracaídas?’ Cómo voy a decir que tenía paracaídas, cuando no hay ninguno junto a mí, así que respondo: No. Y luego añade: ‘Se le ha visto a usted caer y, posteriormente, reducir la velocidad y aterrizar suavemente’. Y otro tipo, que resultó ser el predicador de la iglesia, dice: ‘Ha sido la mano de Dios que le ha sostenido’.”

»“Bueno, yo, como no puedo aguantar eso, le aclaro: No. Ha sido un aparato antigraavedad que tengo. Y el médico me pregunta: ‘¿Un qué?’ Un aparato antigraavedad, respondo. Y se echa a reír y exclama: ‘Yo, en su lugar, preferiría la mano de Dios’, como si yo hubiera dicho un chiste.

»“Para entonces, el piloto ya ha aterrizado y se ha acercado al grupo, está blanco

como el papel: ‘No ha sido culpa mía. El maldito imbécil se desabrochó el cinturón de seguridad’. Y me ve allí, de pie, y casi se desmaya: ‘¿Cómo ha llegado aquí? Usted no tenía paracaídas’. Y todo el mundo empieza a cantar una especie de salmo o algo así, y el predicador coge de la mano al piloto y le dice que ha sido la mano de Dios y que yo he sido salvado porque estoy destinado a realizar alguna gran obra en el mundo y cómo todos los miembros de su congregación que se hallaban presentes estaban más seguros que nunca de que Dios estaba en su trono y continuaba realizando sus buenas obras, y toda clase de cosas por el estilo”.

»“Incluso me hizo a mí pensar en ello, en que yo había sido salvado para algo grande. Luego vinieron unos periodistas y varios médicos más, no sé quién los había llamado; me estuvieron haciendo preguntas hasta que creí que me iba a volver loco; sin embargo, los médicos les interrumpieron y me llevaron a un hospital para hacerme un reconocimiento”.

»Al oírlo, quedé estupefacto.

»“¿Te llevaron realmente a un hospital?”

»“No me dejaron solo ni un minuto. El periódico local me sacó en primera plana, y vino un científico de Rutgers o de no sé dónde y no paraba de hacerme preguntas. Yo dije que tenía ese aparato antigraedad, y él se echó a reír. Le pregunté: Entonces, ¿usted cree que fue un milagro? ¿Usted? ¿Un científico? Y él respondió: ‘Hay muchos científicos que creen en Dios, pero no hay un solo científico que crea posible la antigraedad’. A continuación dijo: ‘Pero enseñeme cómo funciona, señor Anderson, y tal vez cambie de opinión’. Y, naturalmente, no pude hacerlo funcionar, y sigo sin poder hacerlo”.

»Para mi horror, Baldur se tapó la cara con las manos y rompió a llorar.

»“No te apures, Baldur”, le dije. “*Tiene que funcionar*”.

»Meneó la cabeza y dijo con voz apagada: “No. Sólo funciona si yo creo, y ya no creo. Todo el mundo dice que es un milagro. Nadie cree en la antigraedad. Sencillamente, se ríen de mí, y el científico dijo que el objeto era tan sólo un trozo de metal, sin ninguna fuente de energía ni ningún control, y que la antigraedad era imposible según Einstein, el tipo de la relatividad. Debía haberte hecho caso, George. Ahora ya no volveré a volar nunca, porque he perdido la fe. Quizá nunca fue la antigraedad y todo fue obra de Dios, actuando a través de ti por alguna razón. Estoy empezando a creer en Dios, y he perdido la fe”.

»Pobrecillo. Nunca más volvió a volar. Me devolvió el aparato, y yo se lo entregué a Azazel.

»Finalmente, Baldur abandonó su empleo, volvió a aquella iglesia en cuyas proximidades había caído y ahora trabaja allí como diácono. Le atienden muy solícitamente porque creen que la mano de Dios estuvo sobre él.

Miré fijamente a George, pero su rostro, como siempre que me hablaba de

Azazel, tenía una expresión de absoluta sinceridad.

—George, ¿ha sucedido eso recientemente? —le pregunté.

—El año pasado.

—¿Con todo ese alboroto del milagro, los periodistas y los titulares en los periódicos y todo lo demás?

—En efecto.

—Bien, ¿puedes explicarme, entonces, cómo es que nunca he visto nada acerca de ello en los periódicos?

George metió la mano en el bolsillo y extrajo los cinco dólares y ochenta y dos centavos correspondientes al cambio que él había recogido cuidadosamente después de que yo hubiera pagado la comida con un billete de veinte dólares y otro de diez. Separó el billete y dijo:

—Cinco dólares a que puedo explicarlo.

—Cinco dólares a que no puedes —repliqué al instante, sin vacilar.

—Tú solamente lees el *New York Times*, ¿verdad? —preguntó.

—Verdad —respondí.

—Y el *New York Times*, con la debida consideración a los que estima sus intelectuales lectores, coloca todas las noticias de milagros en la página 31, en algún oscuro lugar junto a los anuncios de bikinis, ¿no?

—Posiblemente, pero, ¿qué te hace pensar que yo no lo vería, aunque fuese un artículo pequeño y poco destacado?

—Porque —concluyó triunfalmente George— sabido es que, aparte de algunos titulares sensacionalistas, tú no lees, nada en el periódico. Tú hojeas el *New York Times* sólo para ver si tu nombre aparece mencionado en alguna parte.

Reflexioné durante unos momentos y dejé que se llevara los otros cinco dólares. Lo que decía no era verdad, pero sé que, probablemente, es la opinión general, así que decidí que de nada servía discutir.



# **RELATOS DE MISTERIO: LOS VIUDOS NEGROS**

# Introducción

---

(Relatos de los Viudos Negros)

Dotado de una imaginación extraordinaria, Isaac Asimov ha alcanzado una inmensa popularidad basada principalmente en su innegable talento para la divulgación científica y en una extensa producción de narraciones de ciencia ficción cuya audacia y originalidad han dado lugar a una renovación decisiva del género. Menos conocida es quizá su faceta de escritor de relatos de misterio a la que corresponde la serie de cuentos de los “Viudos Negros”. Un grupo de amigos dedicados a distintas profesiones, pero unidos por una común curiosidad, se reúnen a cenar en un elegante restaurante una vez al mes acompañados de un invitado quien, acabada la cena, es sometido a un minucioso interrogatorio a lo largo del cual se propone y se resuelve un enigma. Será el más callado y humilde de los asistentes, Henry, el camarero, quien invariablemente proporcione la única solución posible del misterio. El ingenio y la erudición, la capacidad de deducción y un fino humor se combinan en estos cuentos de inexcusable lectura para los admiradores del autor de "Estoy en Puerto Marte sin Hilda", así como para todos los aficionados al relato detectivesco.

## La risita adquisitiva (1972)

---

“The Acquisitive Chuckle”

Hanley Bartram era esa noche el invitado de los Viudos Negros, quienes se reunían todos los meses en su silenciosa guarida y juraban matar a la mujer que se entrometiera... durante esa noche del mes, al menos.

El número de concurrentes variaba, pero en esa ocasión estaban presentes cinco miembros.

Geoffrey Avalon era el anfitrión de esa noche. Alto, de bigote cuidadosamente recortado y una barbita ahora más blanca que negra, conservaba, sin embargo, el cabello casi tan negro como siempre.

Como anfitrión era su deber ofrecer el brindis ritual que señalaba el comienzo de la comida en sí. En voz alta y con placer, dijo:

—Por el viejo King Cole, cuya memoria es sagrada. Que su pipa esté siempre encendida, su plato siempre lleno, su espíritu siempre alto, y por nosotros, para que seamos tan felices como él durante toda nuestra vida.

Todos contestaron “Amén” se llevaron el vaso a los labios y se sentaron. Avalon puso la copa a un costado de su plato. Era la segunda y ahora se hallaba justamente por la mitad. Así permanecía durante el resto de la comida, sin que la tocara nuevamente. Avalon era abogado en derecho patentario y su vida social reflejaba toda la minuciosidad de su trabajo. Una copa y media era todo lo que se permitía en esas ocasiones.

Thomas Trumbull irrumpió por las escaleras a último momento, con su grito de siempre.

—¡Whisky con soda para un hombre moribundo, Henry!

Henry, camarero de esas reuniones desde hacía ya varios años (sin que aún ningún Viudo Negro hubiera oído mencionar su apellido), tenía el whisky y la soda ya preparados. Frisaba por los sesenta, pero tenía la cara lisa y sin arrugas. Su voz parecía sonar a la distancia, aun mientras hablaba.

—Aquí está, Sr. Trumbull.

Trumbull vio a Bartram en seguida y en un aparte le preguntó a Avalon.

—¿Tu invitado?

—Él me pidió que lo trajera —dijo Avalon, procurando decirlo casi en un susurro—. Buen muchacho. Te gustará.

La cena era tan variada como los asuntos de los que se ocupaban los Viudos Negros. Emmanuel Rubin, —que también gastaba barba —una barbita escasa y desigual bajo una boca de dientes muy espaciados—, pertenecía al género de los escritores y se hallaba ocupado en contar con fruición los detalles de la historia que acababa de terminar. James Drake, de rostro rectangular y bigote, pero sin barba, lo

interrumpía de vez en cuando recordando otras historias que guardaban cierta relación con ésa. Drake era sólo especialista en química orgánica, pero poseía un conocimiento enciclopédico sobre literatura de todo tipo.

Trumbull, experto en códigos, pasaba por ser un alto consejero del gobierno y se le había metido en la cabeza demostrar su desprecio por los pronunciamientos políticos de Mario Gonzalo.

—¡Maldición! —gritaba en su lenguaje menos escabroso—. ¿Por qué no te quedas con tu idiota pintura abstracta y tus telas de arpillera y dejas los asuntos mundiales a tus superiores?

Trumbull no se había recuperado de la magnífica exposición que Gonzalo había hecho algunos meses atrás, y Gonzalo que lo sabía, rió en tono tolerante y dijo:

—Muéstrame a mis superiores.

—Nombra a uno —replicó. Bartram, bajo y regordete, de cabello crespo, se mantuvo estrictamente en su papel de invitado. Escuchó a cada uno, sonrió a todos y habló poco.

El momento llegó, finalmente, cuando Henry sirvió el café y comenzó a colocar los postres delante de cada invitado como un experto prestidigitador. Era en ese instante cuando debía comenzar el tradicional interrogatorio del invitado.

Casi por hábito, la primera pregunta correspondía (en las ocasiones en que se hallaba presente) a Thomas Trumbull. Su rostro moreno, arrugado en perenne descontento, parecía enojado cuando comenzó con la invariable primera pregunta:

—Sr. Bartram, ¿cómo justifica usted su existencia?

Bartram sonrió y habló con precisión.

—Nunca lo he intentado. Mis clientes, en aquellas ocasiones en que mi trabajo les brinda satisfacción, encuentran que mi existencia se justifica.

—¿Sus clientes? —preguntó Rubin—. ¿En qué trabaja usted, Sr. Bartram?

—Soy investigador privado.

—¡Qué bien! —dijo James Drake—. Creo que hasta ahora no había venido ninguno. Manny, esta vez vas a poder conseguir algunos datos correctos para ese héroe de folletín sobre el que escribes.

—No por mi intermedio, —dijo Bartram rápidamente. Trumbull arrugó el ceño.

—Si no les importa, caballeros, ya que a mí me corresponde dirigir el interrogatorio, les rogaría que me dejaran esto a mí. Sr. Bartram, usted aludió a las ocasiones en que su trabajo brinda satisfacción. ¿Es siempre así?

—Hay veces en que este asunto es discutible, —dijo Bartram—. En realidad, esta noche quisiera hablarles respecto a una ocasión en que resultó particularmente discutible. Puede ser incluso que uno de ustedes sea útil en relación con esto. Pensando en eso fue que le pedí a mi buen amigo, Jeff Avalon, que me invitara a una de estas reuniones, una vez que me hube interiorizado de los detalles de la

organización. Él tuvo la amabilidad de hacerlo y yo estoy encantado.

—¿Está listo ahora para hablar de la dudosa satisfacción que brindó o dejó de brindar en este caso en particular?

—Sí, si ustedes me lo permiten.

Trumbull miró a los otros buscando algún signo de oposición. Los ojos prominentes de Gonzalo estaban fijos en Bartram mientras decía:

—¿Podemos interrumpir? —Rápidamente y con una gran economía de trazos estaba dibujando una caricatura de Bartram en el reverso de la carta. Esta se uniría a las que, para inmortalizar a otros invitados, ya se hallaban en gallarda sucesión sobre una de las paredes.

—Dentro de límites razonables —dijo Bartram. Hizo una pausa para tomar un sorbo de café y luego agregó—: La historia comienza con Anderson, al que sólo me referiré con ese nombre. Era un "adquisidor".

—¿Un inquisidor? —preguntó Gonzalo, frunciendo el ceño.

—Un "adquisidor". Ganaba cosas, las adquiría, las compraba, las tomaba, las coleccionaba. El mundo se movía en una sola dirección con respecto a él: se movía hacia él, nunca desde él. Esa marea de objetos, de todo tipo y valor, iba a parar a una casa que él poseía y ya nunca volvía a salir de allí. A través de los años, esa marea fue engrosándose gradualmente y volviéndose increíblemente heterogénea. Anderson tenía además un socio de negocios al que llamaré Jackson solamente.

Trumbull lo interrumpió frunciendo el ceño, no porque hubiera algo respecto a qué fruncir el ceño, sino porque lo hacía siempre.

—¿Es ésta una historia verídica? —preguntó.

—Cuento solamente historias verídicas —dijo Bartram lentamente y con precisión—. Me falta imaginación para mentir.

—¿Es confidencial?

—No contaré esta historia de modo que resulte fácilmente reconocible; pero si así fuera, sería confidencial.

—Advierto que emplea Ud. el potencial —repuso Trumbull—; pero quiero asegurarle que, lo que se dice entre las cuatro paredes de esta habitación, jamás se repite ni se menciona, ni siquiera en forma tangencial, fuera de ellas. Henry también lo sabe.

Henry, ocupado en volver a llenar dos de las tazas de café, sonrió levemente e inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Bartram sonrió también y continuó.

—Jackson también tenía una enfermedad. Era honrado, ineludible y profundamente honrado. Su alma estaba impregnada de esta característica como si desde muy temprana edad lo hubieran puesto a remojar en ella de pies a cabeza. Para un hombre como Anderson, era sumamente útil tener al honrado Jackson como socio,

debido a que su negocio, al que evito cuidadosamente describir en detalle, requería cierto contacto con el público. Este contacto no era para Anderson, debido a que su tendencia a adquirir se interponía en el camino. Con cada objeto que adquiría, otra arruga de astucia le cruzaba la cara hasta que se asemejó a una tela de araña que asustaba a todas las moscas a la vista. Era Jackson, puro y honrado, quien daba la cara ya quien acudían las viudas con sus óbolos y los huérfanos con sus centavitos. Por otro lado, Jackson, también encontraba necesario a Anderson, porque con toda su honradez, o quizás debido a ésta, carecía de habilidad para multiplicar el dinero. Dejado a su suerte, perdería completamente, sin que fuera ésta su intención, cada centavo que le fuera confiado, y luego rápidamente se vería forzado a matarse como dudosa forma de compensación. Las manos de Anderson, sin embargo, eran para el dinero como el fertilizante para las rosas; y él y Jackson, juntos, eran una exitosa combinación.

Ningún paraíso dura cien años, sin embargo, y si se hace caso omiso de una situación habitual, ésta se profundizará, se agrandará y se volverá cada vez más extrema. La honradez de Jackson alcanzó proporciones tan colosales que Anderson, con toda su astucia, a veces se veía arrinconado contra la pared y forzado a pérdidas monetarias. De igual modo, la tendencia a adquirir de Anderson tocó profundidades tan infernales, que Jackson, con toda su moralidad, se encontró a sí mismo ocasionalmente envuelto en prácticas cuestionables. Naturalmente, como a Anderson no le gustaba perder dinero y Jackson aborrecía perder su personalidad, surgió cierta frialdad entre ambos. En tal situación, la ventaja estaba claramente del lado de Anderson, quien no ponía límites razonables a sus acciones, mientras que Jackson se sentía atado a su código de ética.

Anderson trabajó y maniobró astutamente hasta que, eventualmente, el pobre y honrado Jackson se encontró forzado a vender su parte de la sociedad bajo las condiciones más desventajosas posibles.

La tendencia adquisitiva de Anderson había llegado a su clímax, podríamos decir, porque adquirió total control sobre su empresa. Su intención era retirarse en ese momento y dejar el manejo cotidiano a sus empleados para no preocuparse más que de embolsar sus ganancias. Jackson, por su parte, se quedó sin nada, a excepción de su honradez, y aunque ésta es una característica admirable, tiene bajo valor directo en una tienda de empeños. Fue en ese punto, caballeros, cuando yo entré en escena. Ah, gracias, Henry.

Las copas de coñac estaban siendo distribuidas.

—¿Usted no conocía a ninguna de esas personas, al principio? —preguntó Rubin, mientras sus ojos penetrantes parpadeaban repetidamente.

—En absoluto —dijo Bartram, oliendo delicadamente el cognac y llevándoselo a los labios—, aunque creo que uno de los que están en esta habitación sí los conocía.

Fue hace algunos años. Conocí a Anderson cuando éste irrumpió en mi oficina absolutamente trastornado. "Quiero que encuentre lo que he perdido", dijo. Yo he manejado muchos casos de robo en mi carrera de modo que, como era natural, le pregunté: "¿Qué es lo que ha perdido exactamente?" Y él respondió: "¡Maldita sea, hombre! Eso es lo que acabo de pedirle que averigüe". La historia fue surgiendo en forma deshilvanada. Anderson y Jackson habían tenido una disputa de proporciones. Jackson estaba indignado, como sólo puede estarlo un hombre honrado que descubre que su integridad no le sirve de escudo contra la astucia de otros. Juró vengarse y Anderson descartó estas palabras con una risa.

—"Cuídate de la ira de un hombre paciente" —citó Avalon, con ese aire de precisión que ponía hasta en las menos ominosas de sus afirmaciones.

—Así lo he oído —dijo Bartram— aunque nunca he tenido ocasión de probar esa máxima. Ni tampoco la había tenido Anderson, aparentemente, ya que no sentía ningún miedo de Jackson. Según me explicó, Jackson era tan psicóticamente honrado y su obediencia a la leyera tan fanática que no había ninguna posibilidad de que cayera en algún hecho delictuoso. O así pensaba Anderson. Ni siquiera se le ocurrió pedirle a Jackson que le devolviera la llave de la oficina; lo que era incluso más sorprendente ya que la oficina estaba situada en la misma casa de Anderson, entre todas las chucherías. Anderson recordó esta omisión unos pocos días después de la pelea, porque al regresar de una cita a media tarde, encontró a Jackson en su casa. Jackson tenía su viejo portafolio y lo estaba cerrando justamente cuando Anderson entró; pero lo cerraba con rapidez alarmada, según le pareció a Anderson. Este frunció el ceño y le preguntó, sin poder evitarlo: "¿Qué estás haciendo aquí?" Jackson repuso: "Vengo a devolverte algunos papeles que estaban en mi poder y que ahora te pertenecen, y también la llave de la oficina". Con esta observación le entregó la llave, indicó algunos papeles sobre el escritorio, y aseguró la cerradura de combinación de su portafolio con dedos que, Anderson podría jurar, temblaban un poco. Jackson echó una mirada alrededor de la habitación con una sonrisa que a Anderson le pareció curiosa, casi secretamente satisfecha, y dijo: "Ahora me iré". Lo que procedió a hacer. Sólo cuando oyó el motor del coche de Jackson partir y luego perderse en la distancia Anderson pudo despertar de un tipo de estupor que lo había paralizado. Sabía que le habían robado y al día siguiente vino a verme.

Drake frunció los labios, hizo girar su copa de cognac casi vacía y dijo:

—¿Por qué no a la policía?

—Había una complicación —dijo Bartram—. Anderson no sabía qué era lo robado. Cuando tuvo la certeza del robo, se abalanzó hacia la caja de caudales como es natural. Su contenido estaba a salvo. Registró a fondo su escritorio. No parecía faltar nada. Fue de habitación en habitación. Todo parecía estar intacto según todas las evidencias.

—¿No estaba seguro? —preguntó Gonzalo.

—No podía estarlo. La casa se hallaba increíblemente repleta de todo tipo de objetos y él no recordaba todas sus posesiones. Me dijo, por ejemplo, que durante un tiempo. Había coleccionado relojes antiguos. Los guardaba en una pequeña gaveta de su estudio; había seis de ellos. Los seis estaban allí, pero lo atormentaba el vago recuerdo de un séptimo. Por más esfuerzos que hacía no podía recordar precisamente. De hecho, le sucedía algo peor, porque uno de los seis le parecía extraño. ¿Podría ser que él tuviera sólo seis, pero que uno de mayor valor hubiera sido sustituido por uno de menor valor? Algo así le sucedió una docena de veces y se repitió en cada uno de sus escondrijos, y con cada una de sus extrañas adquisiciones. De modo que acudí a mí.

—Un momento —dijo Trumbull, dando un fuerte golpe sobre la mesa—. ¿Qué hacía que estuviese tan seguro de que Jackson se había llevado algo?

—Ah —dijo Bartram—, ésa es la parte fascinante de la historia. El modo de cerrar el portafolio y la secreta sonrisa de Jackson mientras examinaba la habitación, sirvieron en sí para despertar la sospecha de Anderson; pero al cerrar la puerta tras él, Jackson lanzó una risita. No fue una risita cualquiera. Pero permítanme contárselo con las mismas palabras de Anderson, tan fielmente como pueda recordarlas. “Bartram”, dijo él, “he escuchado esa risita innumerables veces en mi vida. Yo mismo me he reído de ese modo miles de veces. Es una risita característica, inconfundible, imposible de ocultar. Es la risita adquisitiva; es la risita del hombre que acaba de obtener algo que deseaba ardientemente a expensas de algún otro. Si hay alguien en el mundo que conozca esa risita y que pueda reconocerla incluso detrás de una puerta cerrada, ése soy yo. No puedo haberme equivocado. Jackson se ha llevado algo mío y se vanagloriaba de ello”. No se podía discutir con ese hombre sobre ese punto. Estaba prácticamente esclavizado por la idea de haber sido víctima y, en realidad, yo tenía que creerle. Yo tuve que suponer que, a pesar de la honradez patológica de Jackson, éste se había sentido tentado a robar cuando su paciencia, por una sola vez en su vida, se agotó. Lo que debió haberle ayudado fue su conocimiento de Anderson. Debíó de conocer la fuerte atracción que Anderson sentía hasta por la menos valiosa de sus posesiones y darse cuenta de que el daño sería más profundo y más grande que el valor del objeto robado, por muy elevado que éste fuese.

—Quizá fue el portafolio lo que se llevó —dijo Rubin.

—No, no, ése era de Jackson. Hacía años que lo tenía. De modo que aquí tiene el problema. Anderson quería que yo descubriera lo que había sido robado, porque hasta que él pudiera identificar el objeto y probar que ese objeto estaba, o había estado, en poder de Jackson, no podía demandarlo —y lo que más deseaba era demandarlo. Mi tarea, entonces, consistía en registrar su casa y decirle lo que faltaba.

—¿Cómo podía ser posible, si él mismo no podía decirlo? —gruñó Trumbull.



—Le señalé esto —dijo Bartram—, pero él se hallaba desesperado y no razonaba. Me ofreció una gran cantidad de dinero: o lo encontraba o nada. Era una linda suma, no había duda, y dejó como anticipo una cantidad considerable. Estaba claro que lo que más le dolía era el deliberado insulto a su tendencia adquisitiva. La idea de que un “no-adquisidor” amateur como Jackson se atreviera a burlarse de la más sagrada de sus pasiones había llegado a trastornarlo, y estaba dispuesto a cualquier gasto para evitar que la victoria del otro fuera final. Yo soy sólo humano. Acepté el anticipo y el pago ofrecido. Después de todo, razoné, tengo mis métodos. Me ocupé primero del problema de las listas de seguro. Todas eran anticuadas, pero sirvieron para eliminar los muebles y los objetos más grandes como posibles víctimas del robo de Jackson, ya que todo lo que figuraba en las listas se hallaba aún en la casa.

Avalon interrumpió.

—Estos se hallaban eliminados de antemano, de todos modos, ya que el objeto robado debía caber en el portafolio.

—Suponiendo que fuera realmente el portafolio lo que se usó para transportar el objeto fuera de la casa —señaló Bartram pacientemente—. Pudo haber sido fácilmente un señuelo. Antes que Anderson regresara, Jackson pudo haber tenido un camión de transporte frente a la puerta y haber sacado el piano de cola si así lo hubiera querido y luego cerrado el portafolio en las barbas de Anderson para despistarlo. Pero dejemos eso. No era probable. Lo llevé a través de la casa, habitación por habitación, siguiendo un procedimiento sistemático, examinando piso, paredes y cielorraso, estudiando todas las estanterías, abriendo todas las puertas, registrando todas las piezas del mobiliario y dando vuelta todos los armarios. Tampoco olvidé la buhardilla y el sótano. Nunca Anderson se había visto forzado hasta entonces a pensar en cada objeto de su vasta y heterogénea colección con el fin de que en algún lado, de alguna manera, uno de ellos estimulara su memoria a pensar en otro objeto similar que no estuviese allí. Era una casa enorme, sin fin. Nos llevó días, y el pobre Anderson estaba más confundido cada día. Después atacé desde otro flanco. Era obvio que Jackson, deliberadamente, se había llevado algo que pasara inadvertido, quizás algo pequeño; sin duda algo que Anderson no extrañara fácilmente y algo, por lo tanto, que él no apreciase demasiado. Por otro lado, tenía sentido suponer que sería algo que Jackson deseaba llevarse y que encontraría valioso. En realidad, el hecho le daría mayor satisfacción si Anderson también lo considerara valioso una vez que se diera cuenta de que había desaparecido. ¿Qué podría ser, entonces?

—Un pequeño cuadro —dijo Gonzalo rápidamente—, alguno que Jackson sabía que era un auténtico Cézanne, pero que Anderson pensaba que era una basura.

—Una estampilla de la colección de Anderson —dijo Rubin—, en la que Jackson notó una falla de grabado muy poco común. —Una vez había escrito una historia que

giraba alrededor de este punto en particular.

—Un libro —dijo Trumbull— que contenía algún oculto secreto de familia con el que, a su debido tiempo, Jackson podría chantajear a Anderson.

—Una fotografía —dijo Avalon dramáticamente— que Anderson había olvidado, pero que era el retrato de un antiguo amor y por la cual, eventualmente, él daría una fortuna para recuperarla.

—No sé en que negocios estarían —dijo Drake pensativamente—, pero puede haber sido de aquellos en que una chuchería insignificante pudiese ser en realidad algo de gran valor para un competidor y llevar a Anderson a la bancarrota. Recuerdo un caso en que una fórmula de hidracina...

—Aunque parezca extraño —interrumpió Bartram firmemente—, pensé en todas esas posibilidades y las examiné con Anderson. Era claro que no tenía ningún gusto artístico y que las piezas que poseía eran realmente inservibles, sin lugar a dudas. No coleccionaba estampillas, y aunque tenía muchos libros y no podía decir con certeza si alguno de ellos había desaparecido, me juró que no tenía ningún secreto de familia escondido que pudiera merecer la atención de un chantajista. Ni jamás había tenido tampoco antiguos amores, ya que en los días de su juventud se había dedicado exclusivamente a damas profesionales cuyas fotografías no tenían ningún valor para él. En cuanto a sus secretos de negocios, eran más bien de los que podían interesarle al gobierno más que a algún competidor, y había mantenido todo lo referente a ellos fuera de la mirada honrada de Jackson en primer lugar. En segundo lugar, éstos se hallaban todavía en la caja de seguridad (o en el fuego, desde hacía mucho). Pensé en otras posibilidades, pero una por una fueron descartadas. Por supuesto, siempre cabía la posibilidad de que Jackson se traicionara a sí mismo. Podía aparecer floreciente de un día: para otro e indagando sobre la fuente de su riqueza, podríamos descubrir algo sobre la identidad del objeto robado. Anderson mismo lo sugirió y pagó generosamente para que se vigilara a Jackson durante las veinticuatro horas. Fue inútil. El hombre llevaba una vida sencilla y se comportaba precisamente como era de esperar de una persona que sólo poseía unos ahorros. Vivía una vida muy moderada y eventualmente tomó un empleo doméstico donde su honradez y su conducta tranquila le ganaron una buena reputación. Finalmente, sólo me quedó una alternativa.

—Espere, espere —dijo Gonzalo—; déjeme adivinar, déjeme adivinar. —Terminó el resto de coñac que le quedaba, le hizo señas a Henry para que le sirviera otro y dijo —: ¡Le preguntó a Jackson!

—Me sentí muy tentado de hacerlo —dijo Bartram en tono lastimero—, pero eso habría sido difícilmente factible. En mi profesión no conviene insinuar siquiera una acusación sin tener algún tipo de pruebas. Nuestras matrículas profesionales son muy frágiles y en cualquier caso, de ser acusado, él simplemente negaría el robo y se pondría en guardia contra cualquier incriminación.

—Y, entonces... —dijo Gonzalo, pero no continuó. Los otros cuatro fruncieron el entrecejo al unísono, pero sólo hubo silencio.

Habiendo esperado cortésmente, Bartram dijo:

—No adivinarán, caballeros, porque ustedes no están en esta profesión. Ustedes conocen sólo lo que leen en revistas de aventuras y por lo tanto creen que las personas como yo tienen un número ilimitado de alternativas y solucionan invariablemente todos los casos. Yo, por mi parte, como pertenezco a la profesión, sé que es de otro modo. Caballeros, la única alternativa que me quedaba era confesar mi fracaso. Anderson me pagó, sin embargo. Eso, por lo menos, tengo que reconocerlo. Cuando me despedí, él había perdido casi cinco kilos. Sus ojos tenían una expresión vacía, y mientras nos estrechábamos las manos aún recorrían la habitación en que nos hallábamos, buscando, buscando. Entonces musitó: “le repito que no puedo haberme equivocado con esa risita. Él me robó algo. Me robó algo”. Lo vi en dos o tres ocasiones después de eso. Nunca cesaba de buscar; nunca encontró el objeto perdido. Comenzó a decaer. Los sucesos que les he descrito tuvieron lugar casi cinco años atrás y el mes pasado él murió.

Hubo un breve silencio.

—¿Sin encontrar jamás el objeto perdido? —preguntó Avalon.

—Sin encontrarlo jamás.

—¿Acude a nosotros para que le ayudemos a solucionar el problema ahora? —inquirió Trumbull con un tono de desaprobación.

—En cierto modo, sí. La ocasión es demasiado buena para perderla. Anderson está muerto y lo que se diga dentro de estos muros no saldrá de aquí, según todos nosotros hemos convenido, de modo que ahora puedo preguntar lo que no pude hacer antes. Henry, ¿me puede dar fuego?

Henry, que había estado escuchando con una cierta deferencia ausente, sacó una caja de fósforos y encendió el cigarrillo de Bartram.

—Permítame presentarlo, Henry, a quienes usted sirve en forma tan eficiente. Caballeros, les presento a Henry Jackson.

Hubo un momento de evidente turbación y Drake dijo:

—¿Este es Jackson?

—Exactamente —afirmó Bartram—. Sabía que estaba trabajando aquí, y cuando me enteré de que ustedes realizaban en este club sus reuniones mensuales, tuve que rogar, casi descaradamente, que me invitaran. Era solamente aquí donde yo podía encontrar al hombre de la risita adquisitiva y verlo en una atmósfera de amabilidad y discreción.

Henry sonrió e inclinó la cabeza.

—Hubo momentos durante el transcurso de la investigación —prosiguió Bartram — en los que no pude menos que preguntarme, Henry, si Anderson no se había

equivocado y si, acaso, no habría habido ningún robo. Siempre, sin embargo, volvía al tema de la risita adquisitiva y confiaba en el juicio de Anderson.

—Hizo bien —dijo Jackson suavemente—, porque en realidad le robé algo a mi ex socio, al caballero al que usted se ha referido como Anderson. Nunca me arrepentí de ese acto ni por un momento.

—Era algo de valor, supongo.

—De mucho valor, y no pasó un día en que yo dejara de pensar en el robo y de alegrarme por el hecho de que ese hombre inescrupuloso ya no tuviera lo que le había robado.

—¿Y usted provocó deliberadamente sus sospechas de manera de poder experimentar un placer mayor?

—Sí, señor.

—¿Y no temió ser apresado?

—Ni por un momento, señor.

—Por Dios —rugió Avalon, de pronto, con una voz que rompía los tímpanos—. Vuelvo a repetirlo. Cuídense de la ira del hombre paciente. Soy un hombre paciente y ya estoy cansado de este interminable interrogatorio. Cuídense de mi ira, Henry. ¿Qué fue lo que se llevó en su portafolio ese día?

—Nada, por supuesto, señor. Estaba vacío.

—¡Por amor de Dios! ¿Dónde puso lo que le robó?

—No tuve que ponerlo en ningún lado, señor.

—Entonces, ¿qué fue lo que le robó?

—Solamente la paz, señor —dijo Henry suavemente.

## "F" como en falsificador (1972)

---

"The Phony Ph.D. (Ph as in Phony)"

La reunión de los Viudos Negros se vio ligeramente estropeada por la inquietud de James Drake. Era una lástima porque la cena fue extraordinariamente buena, incluso si se consideraba la afectuosa solicitud que el Restaurante Milano dispensaba todos los meses a este grupo especial. Y si la ternera a la cordon bleu necesitaba un último toque, éste lo dio el meticuloso servicio de Henry, quien ponía platos donde segundos antes no había habido ninguno, sin que ninguno de los presentes pudiera, sin embargo, sorprenderlo en el camino.

A Thomas Trumbull le correspondía oficiar de anfitrión, función que realizaba con un salvajismo al que nadie prestaba la menor atención: salvajismo aun más notorio por el hecho de que, como anfitrión, no le parecía mal llegar atropelladamente un segundo antes de la segunda vuelta de los aperitivos (tercera para Rubin, quien nunca acusaba los efectos).

Trumbull aprovechó su derecho como anfitrión y llevó a un invitado para el interrogatorio. Este era alto, casi tanto como Geoffrey Avalon —el abogado de patentes miembro de los Viudos Negros—, y delgado, como Avalon. Su rostro, sin embargo, estaba totalmente afeitado y no tenía la solemnidad del de Geoffrey. Su cara más bien redonda y sus mejillas regordetas parecían tan en desacuerdo con el resto del cuerpo que daban la impresión de ser producto de un trasplante de cabeza. Se llamaba Arnold Stacey.

Trumbull lo había presentado como Dr. Arnold Stacey.

—Ah —dijo Avalon con ese aire portentoso que automáticamente asumía en la más trivial de sus declaraciones—. Doctor doctor Stacey.

—¿Doctor doctor? —musitó Stacey, mientras se preparaba para sonreír ante la broma que seguramente había de seguir.

—Es una regla de los Viudos Negros —dijo Trumbull impacientemente— que todos los miembros sean doctores en virtud de su calidad de socios. Un doctor por cualquiera otra razón es...

—Un doctor doctor —dijo Stacey, y sonrió.

—Los títulos honorarios también podrían tomarse en cuenta —dijo Rubin, mostrando al sonreír unos dientes separados y una barba tan desperejada como tupida era la de Avalon—, pero entonces yo vendría a ser un doctor doctor doctor...

Mario Gonzalo subía las escaleras en ese preciso momento, trayendo con él una vaga fragancia a trementina como si viniera directamente de su estudio. (Trumbull sostenía que era una deducción apresurada y que Gonzalo se ponía una gota de aguarrás detrás de la oreja antes de cualquier actividad social.)

Gonzalo alcanzó a oír la última frase de Emmanuel Rubin y antes de llegar al

último peldaño dijo:

—¿Qué títulos honorarios has recibido, Manny? Más bien deshonorarios, diría yo.

Las facciones de Rubin se paralizaron como cada vez que era atacado sin previo aviso, pero fue simplemente la pausa que necesitaba para hacerse de fuerzas.

—Puedo enumerártelos. En 1938, cuando tenía sólo quince años, da la casualidad que era predicador adventista...

—No, por amor de Dios —dijo Trumbull—, no nos des toda la lista. Aceptamos todo.

—Llevas las de perder, Mario —dijo Avalon con imperturbable amabilidad—. Sabes que nunca se puede sorprender a Rubin sin razones cuando comienza a hablar sobre su vida pasada.

—Claro —convino Gonzalo—. Es por eso que sus cuentos son tan malos. Son todos autobiográficos. No tienen poesía.

—He escrito poesía —comenzó Rubin, y en ese momento entró Drake. Por lo general era el primero en llegar, pero esta vez era el último.

—El tren se atrasó —dijo tranquilamente, quitándose el abrigo. Considerando que tenía que viajar desde Nueva Jersey, lo sorprendente era que eso no sucediera más a menudo—. Preséntenme el invitado —agregó Drake, mientras se daba vuelta para tomar la copa que Henry le ofrecía. Henry sabía lo que él prefería, por supuesto.

—Doctor doctor Arnold Stacey... Doctor doctor James Drake —dijo Avalon.

—Mis respetos —dijo Drake levantando su copa a manera de saludo—. ¿A qué rama corresponde su doctorado menos importante, doctor Stacey?

—Doctor en química, doctor doctor, y llámeme Arnold.

El pequeño bigote hirsuto de Drake pareció erizarse.

—Ídem —dijo—. Mi doctorado es en química, también.

Por un instante se miraron uno a otro desconfiados. Luego Drake dijo:

—¿Industria? ¿Gobierno? ¿Universidad?

—Enseño. Soy profesor ayudante en la Universidad de Berry.

—¿Dónde?

—Universidad de Berry. No es una universidad muy grande. Está en...

—Sé dónde está —dijo Drake—. Allí conseguí mi título de doctor. Mucho antes que usted, sin embargo. ¿Se doctoró usted en Berry antes de ingresar al cuerpo docente?

—No, yo...

—Sentémonos, por amor de Dios —rugió Trumbull—. Cada vez se está tomando más y comiendo menos en este lugar. —Se hallaba de pie junto a la silla del anfitrión, con su copa alzada mirando fijamente a los otros mientras todos tomaban asiento—. ¡Siéntense, siéntense! —y luego pronunció el brindis de ritual a la memoria del viejo

rey Cole, con el mismo sonsonete de siempre, mientras Gonzalo seguía el ritmo, displicentemente, con un bollo al que partió en dos y emantequilló tan pronto como murió la última sílaba.

—¿Qué es esto? —preguntó Rubin de pronto, fijando la mirada en su plato con signos de desesperación.

—Paté Maison, señor —dijo Henry sin levantar la voz.

—Eso es lo que pensé. Hígado picado. ¡Maldita sea, Henry! Yo le pregunto a usted, como hombre patológicamente honesto, ¿se puede comer esto?

—El asunto es totalmente subjetivo, señor. Depende del gusto personal por la comida.

Avalon golpeó la mesa.

—¡Objeción! Protesto contra el uso de la frase adjetiva “patológicamente honesto”. Es violar la confianza.

Rubin enrojeció levemente.

—Un momento, Jeff. No estoy violando la confianza de nadie. Sucede que ésa es mi opinión sobre Henry, independientemente de lo que sucedió el mes pasado.

—Que decida el presidente —porfió Avalon.

—Se callan los dos —dijo Trumbull—. La decisión del presidente es que Henry sea reconocido por todos los Viudos Negros como ese raro fenómeno que significa un hombre completamente honrado. No se necesita dar ninguna razón. Puede aceptarse como cosa por todos sabida.

Henry sonrió amablemente.

—¿Debo retirar el paté, señor?

—¿Usted comería algo así, Henry? —preguntó Rubin.

—Con todo placer, señor.

—Entonces yo también lo como —y procedió a hacerlo dando todas las señales de controlar a duras penas sus náuseas.

Trumbull se inclinó hacia Drake y le dijo con voz que para él era baja.

—¿Qué diablos te tiene así?

Drake se sobresaltó ligeramente y dijo:

—Nada. ¿Qué es lo que te tiene a ti así?

—Tú —dijo Trumbull—. Nunca en mi vida creí que se pudiera despedazar un bollo en tantas partes.

La conversación se hizo general después eso, girando principalmente sobre la desesperanzada opinión de Rubin de que la honradez no tenía ningún poder de sobrevivencia y que todas las fuerzas de la selección natural se combinaban para eliminarla como una de las características humanas. Llegó a defender muy bien su tesis hasta que Gonzalo le preguntó si atribuía su propio éxito como escritor (“éxito que ya conocemos”, dijo Gonzalo) al plagio. Cuando Rubin atacó de frente este punto

e intentó probar, a través de un cuidadoso razonamiento, que el plagio era fundamentalmente diferente de otras formas de fraude y podía ser tratado independientemente, fue abucheado.

Luego, entre el último plato y el postre, Drake se levantó para ir al baño y Trumbull lo siguió.

—¿Conoces a ese tipo Stacey, Jim? —preguntó éste. Drake sacudió la cabeza.

—No. En absoluto.

—Bien, ¿qué sucede entonces? Admito que no eres una púa de fonógrafo, como Rubin, pero no has dicho una palabra durante toda la comida, ¡maldita sea! y no dejaste de mirar a Stacey.

—Hazme un favor, Tom. Permíteme interrogarlo a mí después de la comida —le pidió Drake.

—Por supuesto —concedió Trumbull, encogiéndose de hombros.

Cuando llegó la hora del café, Trumbull dijo:

—Ha llegado el momento de interrogar al invitado. Bajo circunstancias ordinarias debería ser yo quien, como el único poseedor de una mente lógica en esta mesa, tendría que comenzar. Sin embargo, en esta ocasión, cedo el lugar al doctor Drake, ya que él pertenece a la misma secta profesional que nuestro distinguido invitado.

—Doctor doctor Stacey —comenzó Drake lentamente—, ¿cómo justifica su existencia?

—Cada vez menos, a medida que pasa el tiempo —contestó Stacey imperturbable.

—¿Qué diablos significa eso? —interrumpió Trumbull.

—Yo estoy haciendo las preguntas —dijo Drake con firmeza desacostumbrada.

—No me importa contestar —dijo Stacey—. Ya que las universidades parecen tener problemas mayores cada año, y debido a que yo no hago nada con respecto a esto, mi propia función como apéndice de la universidad parece cada vez menos defendible, eso es todo.

Drake pasó por alto esto.

—Usted enseña en la universidad donde yo me gradué. ¿Oyó hablar de mí alguna vez? —preguntó.

Stacey titubeó.

—Lo siento, Jim. Hay un gran número de químicos de los que nunca oí hablar. No quiero ofenderlo.

—No soy hipersensible con respecto a eso. Jamás oí hablar de usted tampoco. Lo que quiero decir es esto: ¿Ha oído hablar de mí en la Universidad de Berry? ¿Como uno de los estudiantes de allí?

—No, no he oído.

—No me sorprende. Pero había otro estudiante en Berry, en la misma época que



yo. Él continuó para doctorarse en Berry. Se llamaba Faron, F-A-R-O-N; Lance Faron. ¿Oyó hablar de él alguna vez?

—¿Lance Faron? —Stacey arrugó el entrecejo.

—Lance puede haber sido un diminutivo de Lancelot; Lancelot Faron. No sé. Siempre lo llamábamos Lance.

Finalmente Stacey sacudió la cabeza.

—No, el nombre no me es familiar.

—Pero debe de haber oído hablar de David St. George... —añadió Drake.

—¿El profesor St. George? Por supuesto. Murió el mismo año que yo ingresé al cuerpo docente. No puedo decir que lo haya conocido, pero por supuesto que oí hablar de él.

—¡Qué diablos! ¡Maldita sea, Jim! —intervino Trumbull—. ¿Qué tipo de preguntas son éstas? ¿Estamos en una reunión de ex alumnos?

Drake, que se hallaba perdido en sus propios pensamientos, salió de ellos y dijo:

—Espera, Tom. Quiero llegar a algo y no deseo hacer preguntas. Quisiera contar una historia primero. ¡Mi Dios! Esto me ha estado molestando durante años y nunca pensé en presentárselo a todos ustedes hasta que ahora nuestro invitado...

—Voto a favor de la historia —dijo Gonzalo.

—Con la condición —dijo Avalon— de que no se interprete esto como precedente.

—El presidente decide lo que es precedente —dijo Trumbull de inmediato—. Continúa, Drake. Sólo que, ¡por amor de Dios!, no te demores toda la noche.

—Es bastante simple —dijo Drake—. Se trata de Lance Faron, el cual era su verdadero nombre, y voy a denigrarlo. De modo que tiene que entender, Arnold, que lo que se diga entre estos muros es estrictamente confidencial.

—Así me lo explicaron —dijo Stacey.

—Continúa —gritó Trumbull—. Te vas a demorar toda la noche. Yo ya lo sabía.

Drake dijo:

—El problema con Lance es que no creo que nunca haya tenido la intención de ser químico. Su familia era lo suficientemente rica... Bueno, incluso esto. Cuando estaba preparando su doctorado, se hizo montar un laboratorio con piso de corcho por su propia cuenta.

—¿Por qué un piso de corcho? —quiso saber Gonzalo.

—Si alguna vez se te hubiera caído una redoma sobre un piso de baldosas no preguntaría eso —dijo Drake—. Eligió la carrera de químico porque tenía que elegir una carrera, y luego la continuó porque eran los tiempos de la Segunda Guerra Mundial en Europa y comenzaban a reclutar —era 1940— y el título de químico sería algo que el ejército respetaría y lo respetaron: nunca entró en el ejército, por lo que yo sé. Pero eso era perfectamente legítimo: yo tampoco vestí nunca el uniforme y no

acusó a nadie.

Avalon, que había sido oficial del ejército, estaba serio.

—Perfectamente legítimo —dijo, no obstante.

—No estaba hecho para eso —prosiguió Drake—; para la química, quiero decir. No tenía ninguna aptitud natural para ella y nunca se esforzó en particular. Se sentía satisfecho con un “aprobado” y eso era acaso todo lo que podía hacer. No había nada malo en eso, supongo, y le bastaba para conseguir su título de licenciado, lo que no significa mucho en química. Sus calificaciones, sin embargo, no eran lo suficientemente buenas como para permitirle continuar con miras al doctorado. De eso se trataba, justamente. Todos nosotros —el resto de los que seguíamos estudios de postgrado en química ese año— supimos que sólo llegaría a alcanzar su título de químico. Luego conseguiría algún tipo de trabajo que lo mantuviera a salvo de ser reclutado. Supusimos que su padre le daría una mano en eso.

—¿El resto de ustedes estaba celoso de él? —preguntó Rubin—. Porque esa clase de tipo pudiera...

—No estábamos celosos de él —dijo Drake—. Claro, le envidiábamos su situación. ¡Diablos! Esos eran los tiempos en que todavía no habían empezado a llovernos los subsidios estatales. Al final de cada semestre universitario yo vivía una historia de suspenso llamada “¿Consigo el dinero para el próximo semestre o me retiro?” A todos nosotros nos hubiera gustado ser ricos. Pero Lance era un tipo que caía bien. No se ufanaba de la situación, sino que nos llegaba a prestar unos pesos cuando andábamos en bancarrota y lo hacía sin ostentación. Además, estaba perfectamente dispuesto a admitir que no era ningún cerebro. Incluso le ayudábamos. Gus Blue le enseñaba física orgánica por una cierta suma. No era siempre escrupuloso, por supuesto. Había una preparación que era preciso sintetizar en el laboratorio, pero nosotros sabíamos que había comprado una muestra en la tienda de productos químicos y la había presentado como propia. Por lo menos, estábamos bastante seguros de que lo había hecho, pero no nos molestaba.

—¿Por qué no? Eso no era muy honrado, ¿no es así? —preguntó Rubin.

—Porque no le servía de nada —repuso Drake, molesto—. Significaba simplemente otro “aprobado”, si es que tenía suerte. Pero la razón por la que menciono esto es porque todos sabíamos que era capaz de hacer trampas.

—¿Quiere decir que el resto de ustedes no lo habría hecho? —intervino Stacey. Había un tono de cinismo en su voz.

Drake alzó las cejas y las volvió a bajar.

—No respondería por ninguno de nosotros si nos hubiéramos visto realmente en apuros. El asunto es que no sucedía así. Todos teníamos una posibilidad de pasar sin correr el riesgo de trampear, y ninguno de nosotros lo hizo, por lo que yo sé. Yo no lo hice, y eso puedo garantizarlo. Pero entonces llegó el momento en que Lance decidió

continuar hasta lograr el doctorado. Fue una bomba. Los empleos relacionados con la guerra estaban comenzando a aparecer y en la universidad ya había encargados de alistar candidatos. Significaba un buen sueldo y la completa seguridad de salvarse de ser llamado a filas, pero el título del doctorado significaba mucho para nosotros y dudábamos de que volviésemos a la facultad una vez que nos hubiéramos alejado de los estudios por cualquier razón. Alguien (no yo) dijo que le habría gustado estar en el lugar de Lance, pues éste no tendría que dudar para tomar una decisión: aceptaría un empleo. “No sé”, dijo Lance, por el contrario. “Creo que me quedaré para doctorarme”. Es probable que estuviera bromeando. Estoy seguro de que estaba bromeando; pero de todos modos, pensamos que así era y nos reímos. Como estábamos un poco bebidos, la risa se transformó en una de esas cosas sin sentido... ya saben cómo es. Si uno de nosotros daba señales de detenerse, se encontraba con la mirada de otro y comenzaba otra vez. No era tan cómico. No tenía nada de cómico. Pero nos reímos hasta quedar medio sofocados y Lance se puso rojo y luego blanco. Recuerdo que intenté decir: “Lance, no nos estamos riendo de ti”, pero no pude. Me ahogaba de risa y las palabras no me salían. Y Lance nos dejó. Después de eso, era seguro que intentaría el doctorado. No hablaba, pero firmó todos los formularios necesarios y eso pareció satisfacerlo. Después de un tiempo, la situación volvió a ser la de siempre, y él se mostró otra vez amable. Yo le dije: “Escúchame, Lance. Te llevarás una desilusión. No conseguirás la aprobación de la facultad para las investigaciones que requiere el doctorado sin tener ni una sola calificación sobresaliente en tu puntaje. No puedes, simplemente”. Él contestó: “¿Por qué no? Ya hablé con la comisión. Les dije que tomaría química cinética con St. George y que conseguiría un sobresaliente con él. Les dije que les mostraría lo que podía hacer”. Eso tenía incluso menos sentido para mí. Era más cómico que lo que había dicho cuando nos reímos de él. Ustedes tendrían que haber conocido a St. George. Usted debe de saber lo que quiero decir, Arnold.

—Enseñaba un estricto curso de cinética —dijo Stacey—. Uno o dos de los más brillantes conseguían a duras penas un “sobresaliente”; de otro modo, un “aprobado” o aun menos.

Drake se encogió de hombros.

—Hay algunos profesores que se enorgullecen de eso. Son la versión profesional del Capitán Bligh. Pero era un buen químico, probablemente el mejor que Berry haya tenido jamás. Fue el único miembro de la facultad que alcanzó prestigio nacional después de la guerra. Si Lance lograba tomar ese curso y aprobarlo con buenas calificaciones, iba a causar cierta impresión. Aunque tuviera notas mediocres en todo lo demás, el razonamiento sería: “Bueno, no ha trabajado mucho porque no ha tenido que hacerlo; pero cuando finalmente se decidió a esforzarse, mostró una habilidad impresionante”. El y yo tomamos química cinética juntos, y yo corrí, sudé y bufé

cada minuto de ese curso. Pero Lance, sentado a mi lado, nunca dejó de sonreír. Tomaba notas cuidadosamente, y sé que las estudiaba porque cuando me lo encontraba en la biblioteca siempre estaba dedicado a química cinética. Se corrió la voz. St. George no daba exámenes parciales. Dejaba que todo se planteara en los debates durante la clase y en el examen final, que duraba tres horas... tres horas enteras. La última semana del curso no había clases magistrales y los estudiantes tenían la oportunidad de resumir y repasar todo antes de la semana de los exámenes finales. Lance aún sonreía. Su rendimiento en los otros cursos tenía la calidad de siempre, pero eso no le molestaba. Solíamos decirle: “¿Cómo te está yendo en cinética, Lance?”; y él contestaba: “Sin tropiezos”, y sonaba optimista, ¡maldita sea! Entonces llegó el día del examen final. —Drake hizo una pausa y apretó los labios.

—¿Y? —preguntó Trumbull.

—Lance Faron aprobó —dijo Drake en voz un poco más baja—. Logró incluso más que eso: Consiguió 90 puntos de un total de 100. Nadie antes había logrado más de 90 en los exámenes finales de St. George, y dudo de que alguien haya obtenido más después de eso.

—Nunca supe de nadie que lo lograra en los últimos tiempos —dijo Stacey.

—¿Qué puntaje obtuviste tú? —preguntó Gonzalo.

—Obtuve 82 —dijo Drake—. Y a excepción del de Lance, fue el mejor puntaje de la clase. A excepción del de Lance.

—¿Qué sucedió con el muchacho? —preguntó Avalon.

—Comenzó sus estudios de doctorado, por supuesto. La facultad le concedió su aprobación sin ningún impedimento, y se comentó que el mismo St. George lo recomendó. Después de aquello yo dejé la universidad —continuó Drake—. Trabajé en la separación de isótopos durante la guerra y con el tiempo me mudé a Wisconsin para realizar mi investigación doctoral. Pero de vez en cuando me llegaban noticias de Lance a través de viejos amigos. Lo último que supe fue que se encontraba en algún lugar de Maryland, dirigiendo su propio laboratorio privado. Cerca de diez años atrás, recuerdo haber buscado su nombre en Anales de la Química y encontré la lista de unos pocos artículos que había publicado. Nada fuera de lo común. Era típico de Lance.

—¿Continúa autofinanciándose? —preguntó Trumbull.

—Supongo que sí.

Trumbull se echó hacia atrás.

—Si aquí termina tu historia, Jim, ¿qué diablos es lo que te molesta?

Drake paseó su mirada alrededor de la mesa, observando primero a unos y luego a otros, y después dio un golpe con el puño que hizo saltar y tintinear las tazas de café.

—Porque hizo trampa, ¡maldita sea! Ese no fue un examen limpio, y mientras él tenga su título de doctor mi título tendrá menos valor, y el suyo también —le dijo a

Stacey.

—Un falso doctor —murmuró Stacey.

—¿Qué? —dijo Drake un poco desconcertado.

—Nada —repuso Stacey—. Estaba pensando solamente en un colega que inventó esta expresión en una facultad de medicina donde los estudiantes consideraban el título de médico como el único título legítimo de doctor. Para ellos los otros “Doctores” eran todos falsos.

Drake resopló.

—En realidad —comenzó Rubin con el típico aire de controversia que solía adoptar incluso en sus frases más triviales—, si tú...

Avalon lo interrumpió desde su impresionante altura:

—Bueno, dime Jim: si él hizo trampa, ¿cómo fue que se salió con la suya?

—Porque no había nada que probara que había hecho trampa.

—¿Se te ocurrió alguna vez —dijo Gonzalo— que quizá no haya trampeado? Quizá fuese cierto, realmente, que cuando se proponía algo demostraba una habilidad pasmosa.

—No —dijo Drake con otro golpe estremecedor sobre la mesa—. Es imposible. Nunca hasta entonces había demostrado tener esa habilidad y nunca la demostró después. Además estuvo muy confiado durante todo el curso. Poseía esa confianza que sólo podía significar que había ideado un plan a toda prueba para conseguir ese “sobresaliente”.

—Está bien —dijo Trumbull lentamente—, supongamos que así fue. Consiguió su título de doctor, pero no le fue muy bien. De acuerdo con lo que dices, se halla perdido en algún oscuro rincón, sin pena ni gloria. Sabes perfectamente bien, Jim, que muchísimos tipos logran alcanzar posiciones profesionales, incluso sin trampear, y sin tener más sesos que un canario. ¿Por qué tomárselas con ese sujeto en particular, haya o no haya trampeado? ¿Sabes qué pienso que te hace perder los estribos, Jim? Lo que te duele es que no sabes cómo lo hizo. Si pudieras solucionar eso, ¡vamos!, te olvidarías del asunto.

—¿Alguien desea un poco más de coñac, caballeros? —interrumpió Henry.

Cinco copas, pequeñas y delicadas, se levantaron. Avalon, que sabía exactamente la cantidad que su cuerpo toleraba, mantuvo la suya en la mesa.

—Bien, Tom —dijo Drake—, entonces explícamelo. ¿Cómo lo hizo? Tú eres el experto en códigos.

—Pero aquí no se trata de ningún código. No sé. Quizás él logró que... que... algún otro hiciera el examen en su lugar y entregó las respuestas de otro.

—¿Con la letra de ese otro? —dijo Drake despreciativamente—. Además, ya pensé en eso. Todos pensamos en eso. No creerás que fui yo el único que pensó que Lance había hecho trampa, ¿no? Todos pensamos lo mismo. Cuando apareció ese 90

en la lista de exámenes y después que recobramos el aliento —y nos tomó unos cuantos minutos— exigimos ver su examen. Lo entregó sin ningún reparo y todos nosotros lo revisamos. Era un trabajo casi perfecto, pero de su puño y letra y en el estilo que le era propio. No me impresionaron los pocos errores que allí aparecían. En ese momento pensé que los había hecho sólo para no presentar un examen perfecto.

—Está bien —dijo Gonzalo—. Algún otro hizo ese examen y tu amigo lo copió con sus propias palabras.

—Imposible. No había nadie en el aula fuera de los estudiantes y del ayudante de St. George. Este abrió los temas de examen sellados, justo antes de dar comienzo a la prueba. Nadie pudo haber escrito un examen para Lance y otro para sí mismo, incluso suponiendo que nadie lo hubiese visto hacerlo. Además, en esa clase no había nadie que fuese capaz de pasar un resultado de 90 puntos.

—Lo imposible sería que lo hubiese escrito allí mismo —dijo Avalon—. Pero supongamos que alguien logró conseguir una copia de las preguntas con la suficiente anticipación al examen, y luego consultó los textos, trabajando a fondo, hasta poder redactar respuestas perfectas. ¿No es posible que Lance haya hecho algo así?

—No, no es posible —dijo Drake inmediatamente—. No estás sugiriendo nada que nosotros no hayamos imaginado entonces, te lo puedo asegurar. La universidad había sufrido un escándalo a raíz de ciertas trampas, hacía diez años, y por lo tanto el procedimiento de rutina se había hecho más estricto. St. George cumplía las medidas de siempre. Redactó las preguntas y se las entregó a su secretaria el día anterior al examen. Ella mimeografió el número necesario de copias en presencia de St. George. Este revisó las copias y luego destruyó el original y el estencil del mimeógrafo. Las preguntas del examen fueron empaquetadas, selladas y guardadas en la caja de seguridad de la universidad. La caja fue abierta justo antes del examen y los cuadernillos de preguntas entregados al ayudante de St. George. No existía ninguna posibilidad de que Lance viera las preguntas.

—Quizá no entonces, precisamente —dijo Avalon—. Pero incluso si el profesor contaba con las preguntas mimeografiadas el día anterior al examen, ¿desde cuándo pudo haberlas tenido en su poder? Pudo haber utilizado un examen de algunos de los anteriores...

—No —interrumpió Drake—. Como preparación de rutina habíamos estudiado cuidadosamente, antes del examen, todas las preguntas que St. George había hecho en años anteriores. ¿Crees que éramos tontos? No hubo repeticiones.

—Está bien. Pero incluso, de haber preparado un examen totalmente nuevo, pudo haberlo hecho al comienzo del semestre. Ustedes no lo hubieran sabido. Lance pudo haber visto las preguntas a principios del semestre. Sería mucho más fácil preparar las respuestas para un número fijo de preguntas durante el transcurso del semestre que intentar aprender toda la materia.

—Creo que te estás acercando, Jeff —dijo Gonzalo.

—Frío, frío —dijo Drake—, porque no fue así como trabajó St. George. Cada pregunta de su examen final se refería a algún punto en particular que en algún momento resultara difícil para alguno de los estudiantes. Uno de, ellos, y el más sutil, se refería a un problema que yo no había entendido durante la última semana de clase. Yo había señalado lo que me parecía que era un error en derivación y St. George... Bueno, no importa. El asunto es que el examen debió de ser preparado después de las últimas clases.

Arnold Stacey interrumpió.

—¿Era ésa una costumbre de St. George? Si así fuese debía de regalar varios puntos a los muchachos.

—¿Quiere decir que los alumnos esperarían precisamente aquellas preguntas referentes a los errores que surgían durante los seminarios?

—Más que eso. Los estudiantes podían llamar deliberadamente la atención del profesor hacia aquellas partes de la materia que conocían bien con el objeto de inducir a St. George a que les adjudicara el mayor puntaje.

—No puedo responder a eso —dijo Drake—. No asistimos a sus cursos previos, de modo que no podemos saber si sus exámenes anteriores seguían la misma línea.

—Si así fuera, los alumnos anteriores habría hecho correr la noticia, ¿no es así? Es decir, si los cursos de los años cuarenta se parecían en algo a los de ahora.

—Lo habrían hecho —admitió Drake—, pero no lo hicieron. Así sucedió con St. George, ese año al menos.

—Dime, Jim, ¿cómo se las arreglaba Lance durante las exposiciones del seminario? —interrumpió Gonzalo.

—No hablaba; no se arriesgaba. Todos nosotros suponíamos que así sería. No nos sorprendía.

—¿Y la secretaria del departamento de química? ¿Puede ser que Lance hubiera logrado sonsacarle las preguntas? —preguntó Gonzalo.

—No conoces a la secretaria —dijo Drake sombríamente—. Además no podría haberlo hecho. No pudo haber sobornado a la secretaria, ni violado la caja de seguridad ni hecho ninguna trampa. Por la naturaleza de las preguntas pudimos darnos cuenta de que el examen había sido preparado la semana anterior a la finalización del curso, y durante esa última semana Lance no podía haber hecho nada.

—¿Estás seguro? —preguntó Trumbull.

—Te apuesto lo que quieras. A todos nos molestaba el hecho de que estuviera tan confiado. El resto de nosotros estaba verde ante la idea de fracasar, y él sonreía. Sonreía siempre. Antes de la última clase alguien dijo: “Se robará la hoja de las preguntas”. En realidad fui yo quien lo dijo, pero los demás estaban de acuerdo y decidimos... bueno, decidimos seguirle la pista.

—¿Quieres decir que nunca lo perdieron de vista? —inquirió Avalon—. ¿Mantuvieron guardias de vigilancia durante la noche? ¿Lo seguían cuando iba al baño?

—Casi, casi. Burroughs era su compañero de cuarto y Burroughs tenía el sueño liviano y juraba que sabía cada vez que Lance se daba vuelta en su cama.

—Pudo haber drogado a Burroughs una noche —dijo Rubin.

—Pudo, pero a éste no le pareció, y nadie lo creyó tampoco. Sucedió simplemente que Lance no actuaba de ningún modo en forma sospechosa; ni siquiera parecía molesto por ser observado.

—¿Sabía que lo estaban vigilando? —preguntó Rubin.

—Probablemente lo sabía. Cada vez que iba a algún lado solía sonreír y decir: “¿Quién me acompaña?”

—¿A qué lugares iba?

—A los sitios de costumbre. Comía, bebía, dormía, evacuaba. Solía ir a la biblioteca de la facultad a estudiar o se quedaba en su habitación. Fue al correo, al banco, a una zapatería. Lo seguimos en cada una de sus diligencias, a lo largo y ancho del pueblo. Además...

—Además ¿qué? —dijo Trumbull.

—Además, incluso si hubiera logrado apoderarse de la hoja de preguntas, sólo podía haber sido en esos pocos días antes del examen, quizá sólo la noche anterior. Siendo quien era, Lance tendría que haber sudado tinta china para encontrar las respuestas. Eso le habría llevado días de intenso trabajo y estudio. Si hubiese podido contestarlas sólo con echarles una mirada, no hubiera tenido necesidad de hacer trampas: habría podido mirarlas en los primeros minutos del examen.

—Me parece que llegaste a un callejón sin salida, Jim. Aparentemente, tu sospechoso no pudo hacer trampas —comentó Rubin con tono irónico.

—De eso se trata, precisamente —gritó Drake—. Debe de haber hecho trampa, pero en forma tan inteligente que nadie lo pudo sorprender. Nadie pudo siquiera imaginar cómo lo hizo. Tom tiene razón: es eso lo que me molesta.

Fue entonces cuando Henry tosió y dijo:

—¿Me permiten una palabra, señores?

Todas las cabezas se dirigieron hacia arriba como si un titiritero invisible hubiese tirado de los hilos.

—¿Sí, Henry? —dijo Trumbull.

—Me parece, señores, que ustedes están demasiado familiarizados con la falta de honradez como para entenderla bien.

—¡Por Dios, Henry, me ofende usted duramente! —dijo Avalon con una sonrisa, pero sus cejas oscuras se fruncieron hasta casi cubrirle los ojos.

—No quiero ser irrespetuoso, señores, pero el Sr. Rubin sostuvo que la falta de



honradez tiene su valor. El Sr. Trumbull piensa que el Dr. Drake está molesto sólo porque el fraude fue lo suficientemente inteligente como para evitar ser descubierto y no por el hecho en sí, y quizá todos ustedes están de acuerdo con eso.

—Me parece que lo que quieres insinuar, Henry, es que tu honradez exagerada te permite detectar el fraude mejor que nosotros e incluso comprenderlo con más exactitud —dijo Gonzalo.

—Casi tengo esa impresión, señor —contestó Henry—, en vista de que ninguno de ustedes ha hecho comentario alguno sobre un hecho de la historia del Dr. Drake que es evidentemente improbable y que me parece que explica todo.

—¿Cuál es? —preguntó Drake.

—¡Vaya! La actitud del profesor St. George, señor. Se trata de un profesor que se enorgullece de suspender a muchos de sus alumnos y que nunca permite que nadie obtenga más de 80 puntos en el examen final, y sin embargo, un estudiante que es absolutamente mediocre —y entiendo que todos los de la facultad, tanto los profesores como los alumnos, conocían su mediocridad— obtiene un 90 y el profesor lo acepta e incluso lo respalda ante la comisión calificadora. No hay duda de que él debió de haber sido el primero en sospechar un fraude y debió de haberlo hecho sumamente indignado, también.

Hubo un silencio. Stacey estaba pensativo.

—Quizá no podía admitir —dijo Drake— que alguien fuese capaz de engañarlo a él. ¿Me entiende?

—Esas son disculpas, señor —repuso Henry—. En cualquier situación en la que un profesor hace preguntas y un alumno las contesta, uno siempre tiende a pensar que si hay trampa ésta proviene del alumno. ¿Por qué? ¿Qué pasaría si el tramposo fuese el profesor?

—¿Qué ganaría con eso? —inquirió Drake.

—¿Qué es lo que se gana normalmente? Dinero, según sospecho, señor. La situación, como usted la describió, es la de un estudiante que goza de excelente estado económico y la de un profesor que tenía el salario que solía ganar un profesor en aquellos días, antes que empezaran a llegar las financiaciones del gobierno. Suponga que el alumno le hubiera ofrecido unos pocos miles de dólares...

—¿Para qué? ¿Para que le otorgara una nota falsa? Vimos el examen de Lance y era legítimo. ¿Para permitir que Lance viera las preguntas antes de haberlas mimeografiado? No le habría servido de nada a Lance.

—Mírelo al revés, señor. Suponga que el estudiante le hubiera ofrecido esos pocos miles de dólares para que le permitiese a él, el alumno, mostrarle las preguntas al profesor.

Otra vez intervino el titiritero invisible y hubo un coro de “Oués” en diferentes tonos.

—Supongamos, señor —continuó Henry pacientemente—, que fue el Sr. Lance Faron quien escribió las preguntas, una por una, durante el transcurso del semestre, puliéndolas a medida que éste avanzaba. Eligió algunos puntos interesantes que surgieron en las clases, sin hablar nunca durante los debates de manera que pudiera escuchar mejor. Las pulió a medida que avanzaba el semestre, trabajando intensamente. Como dijo el Sr. Avalon, es más fácil entender unos pocos puntos específicos que aprender el contenido de toda una materia. Incluyó una pregunta de las clases de la última semana haciéndoles creer a ustedes, inadvertidamente, que el examen en su totalidad había sido elaborado durante la última semana. Esto significó también que logró un examen que era totalmente diferente de la variedad que St. George normalmente daba. Los exámenes anteriores del curso no se habían centrado en las dificultades de los alumnos. Ni tampoco lo hicieron los que vinieron a continuación, según puedo juzgar por la sorpresa del Dr. Stacey. Luego, al final del curso, habiendo completado el examen, debió de haberlo enviado por correo al profesor.

—¿Por correo? —preguntó Gonzalo.

—Creo que el Dr. Drake mencionó que el joven fue a la oficina de correos. Puede ser que lo haya enviado por correo. El profesor St. George podría haber recibido las preguntas junto con parte del pago en billetes chicos, quizás. Él, entonces, lo habría escrito con su propia letra, o mecanografiado, y lo habría entregado a su secretaria. De ahí en adelante, todo habría sido normal. Y, por supuesto, el profesor habría tenido que respaldar al alumno hasta el final.

—¿Por qué no? —dijo Gonzalo entusiasmado—. ¡Por Dios, que tiene sentido!

—Tengo que admitir —dijo Drake lentamente— que ésa es una posibilidad que nunca se nos ocurrió a ninguno de nosotros... Pero, por supuesto, nunca lo sabremos.

—Casi no he abierto la boca en toda la noche —interrumpió Stacey—, a pesar de que se me dijo que sería interrogado.

—Lo siento —dijo Trumbull—. Este papanatas de Drake tenía que contar una historia sólo porque usted provenía de Berry.

—Muy bien, entonces. Pero como provengo de Berry, permítame agregar algo. El profesor St. George murió el año en que yo ingresé, según dije, y yo no lo conocía. Pero conozco a mucha gente que sí lo trató y he oído muchas historias acerca de él.

—¿Quiere decir que se sabía que era un tramposo? —preguntó Drake.

—Nadie dijo eso. Pero se sabía que era poco escrupuloso, y he oído algunas alusiones pocos felices sobre cómo manejaba los fondos gubernamentales para que le dejaran un cierto provecho. Ahora que escuché su historia sobre Lance, Jim, debo admitir que no pensé que St. George estuviera implicado de esa manera, precisamente. Pero como Henry se ha tomado la molestia de pensar lo impensable desde las alturas de su propia honradez... bueno, creo que tiene razón.

—De modo que así fue —dijo Trumbull—. Después de treinta años, Jim, puedes olvidarte de toda esta historia.

—Excepto... excepto... —una semisonrisa cruzó por el semblante de Drake y en seguida se echó a reír—: Ahora soy yo el tramposo, porque no puedo evitar pensar que si Lance poseía las preguntas desde el comienzo, el muy sinvergüenza pudo habernos dado una pista al resto.

—¿Después que todos ustedes se habían reído de él, señor? —preguntó Henry suavemente, mientras comenzaba a despejar la mesa.

## Solo la verdad y nada más que la verdad (1972)

---

“The Man Who Never Told a Lie (Truth to Tell)”

Cuando Roger Halsted hizo su aparición al final de las escaleras el día en que los Viudos Negros celebraban su reunión mensual, los únicos que se hallaban presentes eran Avalon y Rubin, quienes lo saludaron con grandes muestras de júbilo.

—¡Vaya! Al fin decidiste despertar, por lo menos lo suficiente para ver a los viejos amigos, ¿no es así? —dijo Emmanuel Rubin, y fue a su encuentro casi trotando, con los brazos abiertos, mientras su barba se abría en una ancha sonrisa—. ¿Dónde has estado durante las últimas reuniones?

—¿Qué tal, Roger? —dijo Avalon, sonriendo desde las alturas de su sempiterna dignidad—. Encantado de verte.

Halsted se desprendió de su abrigo.

—Un frío terrible, allí afuera. Henry, tráigame...

Pero Henry, el único camarero que los Viudos Negros tuvieron y tendrían jamás, tenía la copa ya servida.

—Me alegro de verlo nuevamente, señor.

Halsted tomó la copa con un gesto de agradecimiento.

—Dos veces seguidas algo surgió a último momento y... ¿Saben?, He estado pensando en algo que voy a hacer.

—Renunciar a las matemáticas y ganarte la vida honradamente —dijo Rubin. Halsted suspiró.

—Enseñar matemáticas en una escuela secundaria es la profesión más honrada que se pueda encontrar. Es por eso que pagan tan poco.

—En ese caso —dijo Avalon, agitando suavemente su aperitivo—, ¿por qué los que escriben por su cuenta hacen el trabajo más sucio del mundo?

—Los que escriben por cuenta propia no hacen ningún trabajo sucio —repuso Rubin, el escritor aludido, mordiendo enseguida el anzuelo—, mientras no se utilice un agente literario...

—¿Qué es lo que has decidido hacer, Roger? —interrumpió Avalon, conciliatorio.

—Es sólo un proyecto que tengo en la cabeza —dijo Halsted. Su frente amplia y rosada no mostraba ni vestigios de la raya que debió de haber tenido en el peinado, quizá diez años atrás, aunque su cabello aún era bastante abundante en la coronilla y a los costados—. Voy a escribir de nuevo la *Ilíada* y la *Odisea*, en quintillas, una estrofa por cada uno de los cantos de ambas.

Avalon asintió.

—¿Escribiste ya alguna de ellos?

—Ya terminé el primer canto de la *Ilíada*. Dice así:

*Agamenón, jefe entre las huestes griegas  
Con Aquiles sostuvo una refriega.  
Discutieron larga y duramente,  
Mas Aquiles cada vez más enojado,  
Acabó por marcharse de repente.*

—No está mal —dijo Avalon—. En realidad, está bastante bien. Resume esencialmente todo el contenido del primer canto.

Mario Gonzalo subía corriendo las escaleras en ese momento. Era el anfitrión de esa tarde.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó.

—Sólo nosotros, los viejos de siempre —dijo Avalon plácidamente.

—Mi invitado está en camino. Un tipo realmente interesante. A Henry le gustará porque es un hombre que jamás miente.

Henry alzó las cejas mientras servía la copa de Mario.

—¡No me digas que traes a George Washington! —dijo Halsted.

—¡Roger! Encantado de verte nuevamente... A propósito, Jim Drake no estará con nosotros esta noche. Envió una nota para avisar que tenía que asistir a una celebración familiar. El invitado que traigo es un muchacho llamado Sand, John Sand. Lo conozco hace años. Un loco. Un entusiasta de las carreras de caballos que jamás miente. No le he oído decir mentiras. Es, prácticamente, la única virtud que tiene —concluyó, e hizo un guiño.

Avalon asintió ostentosamente.

—Dios proteja a los que pueden hacerlo. A medida que uno envejece, sin embargo...

—Y creo que será una sesión interesante —agregó Gonzalo rápidamente, queriendo evitar a ojos vista las confidencias poco picarescas de Avalon—. Le hablé del club y de las dos últimas veces, cuando tuvimos que resolver ciertos misterios...

—¿Misterios? —inquirió Halsted con repentino interés.

—Eres un miembro muy conspicuo del club —dijo Gonzalo—, de modo que creo que podemos contarte. Pero asegúrate de que sea Henry quien lo haga, pues fue el protagonista las dos veces.

—¿Henry? —Halsted miró sobre su hombro ligeramente sorprendido—. ¿También lo están haciendo entrar a usted en nuestras idioteces?

—Le aseguro, Sr. Halsted, que no intento participar en ellas —dijo Henry.

—¡No participar en ellas! —remedó Rubin acaloradamente—. Mira, Henry fue el Sherlock de la sesión la última vez. Él...

—El problema es —interrumpió Avalon—, que puedes haber hablado demasiado, Mario. ¿Qué le contaste a tu amigo sobre nosotros?

—¿Qué quieres decir con esto, de que hablé mucho? No soy Manny.

Expresamente le expliqué a Sand que no podía darle detalles porque todos y cada uno de nosotros éramos sacerdotes respetuosos del secreto de confesión en cuanto a lo que aquí se dice. Él me dijo que le gustaría ser miembro del club, porque tenía una dificultad que lo estaba volviendo loco; de modo que entonces le dije que podía venir la próxima vez, ya que yo sería el anfitrión de turno y él podía ser mi invitado, y... ¡aquí está!

Un hombre delgado con una gruesa bufanda al cuello subía las escaleras. Su delgadez se vio acentuada cuando se quitó el abrigo. Bajo la bufanda, su corbata brillaba como una mancha de sangre y parecía prestar color a su cara pálida y flaca. Parecía rondar los treinta.

—John Sand —dijo Mario, presentándole a cada uno, ceremonia que se vio interrumpida por unos fuertes pasos en la escalera y el grito habitual de Thomas Trumbull.

—Henry, un whisky con soda para un moribundo.

—Tom —dijo Rubin—, podrías llegar temprano si te relajas y te dejas de hacer tantos esfuerzos para llegar tarde.

—Mientras más tarde llego —dijo Trumbull—, menos de tus comentarios idiotas oigo. ¿Pensaste alguna vez en eso?

Una vez presentado Trumbull, todos se sentaron.

Como el menú de esa tarde había sido preparado con tan pocas precauciones como para comenzar con alcauciles, Rubin se había lanzado en una disertación sobre el único modo correcto de preparar la salsa para ellos. Cuando Trumbull afirmó, asqueado, que la única preparación adecuada para los alcauciles era el cubo de la basura, Rubin insistió aún.

—Por supuesto, si no tienen la salsa adecuada...

Sand comió intranquilo y dejó por lo menos la tercera parte de un excelente bistec. Halsted, que tenía tendencia a engordar, observaba los restos con avidez. Había sido el primero en terminar su plato y frente a él sólo quedaba un hueso pelado y grasa.

Sand pareció percatarse de las miradas de Halsted y le preguntó:

—Francamente, estoy demasiado preocupado y he perdido el apetito. ¿No quisiera usted terminar el resto de esto?

—¿Yo? No, muchas gracias —dijo Halsted sombríamente. Sand sonrió.

—¿Puedo serle franco?

—Por supuesto. Si ha estado escuchando la conversación de la mesa, se habrá dado cuenta de que la franqueza está a la orden del día.

—Me alegro, porque lo habría dicho de todos modos. La franqueza es en mí... una obsesión. Usted miente, señor Halsted. Por supuesto que usted quiere el resto de mi bistec y se lo comería, si pensara que nadie lo notaría. Eso es perfectamente obvio.

Las convenciones sociales le exigen que mienta, sin embargo. Usted no quiere parecer glotón ni ignorante de las costumbres higiénicas al comer algo contaminado por la saliva de un extraño.

Halsted frunció el ceño.

—¿Y si la situación fuera al revés?

—¿Y yo deseara comer su bistec?

—Sí.

—Bueno, podría no querer comer el suyo por razones de higiene, pero admitiría que me gustaría hacerlo. Casi toda mentira es el resultado de un deseo de autoprotección o de un respeto a las convenciones sociales. A mí me parece, sin embargo, que la mentira raramente es una defensa útil, y no estoy en absoluto interesado en las convenciones sociales.

—En realidad —dijo Rubin—, una mentira es una defensa útil si está dicha cuidadosamente. El problema con la mayoría de las mentiras es que no duran mucho,

—¿Has estado leyendo Mein Kampf estos días? —preguntó Gonzalo.

Rubin alzó las cejas.

—¿Crees que Hitler fue el primero en utilizar la técnica de la gran mentira? Puedes retroceder a Napoleón III, y puedes ir más atrás, hasta Julio César. ¿Has leído alguna vez sus Comentarios?

En ese momento, Henry traía el baba au rhum y servía cuidadosamente el café.

—Y ahora, a nuestro invitado de honor —dijo Avalon.

—Como anfitrión y presidente de esta sesión —interrumpió Gonzalo—, voy a suspender el interrogatorio. Nuestro invitado tiene un problema y lo invito a que nos haga el favor de ponernos al corriente. —Estaba dibujando una rápida caricatura de Sand en el reverso de su carta, acentuando sus rasgos tristes y delgados hasta hacer que se pareciese aun perro de caza.

Sand se aclaró la garganta.

—Entiendo que todo lo que aquí se diga es secreto, pero...

Trumbull siguió la mirada de Sand y gruñó.

—No se preocupe por Henry. Es el mejor de todos nosotros. Si desea dudar de la discreción de alguno, elija a otro.

—Gracias, señor —musitó Henry, colocando las copas de coñac sobre el aparador.

—El problema, señores, es que se sospecha que he cometido un delito —dijo Sand.

—¿Qué clase de delito? —preguntó Trumbull en seguida. Por lo común, su tarea era interrogar a los invitados, y la expresión de sus ojos indicaba que no tenía intención de perderse el interrogatorio.

—Robo —dijo Sand—. Falta una suma de dinero y un paquete de bonos

negociables en una caja de caudales de mi compañía. Soy uno de los que tienen la combinación y tuve la oportunidad de llegar a ella sin ser visto. Pero tenía un motivo, porque necesitaba urgentemente dinero en efectivo. De modo que las cosas no andan muy bien para mí.

—Pero no lo hizo. De eso se trata. No lo hizo —dijo Gonzalo precipitadamente.

Avalon agitó su vaso lleno a medias, y dijo:

—Creo que en aras de la coherencia deberíamos permitir que el Sr. Sand cuente su historia.

—Sí —dijo Trumbull—. ¿Cómo sabes que él no lo hizo, Gonzalo?

—De eso se trata, ¡maldición! Él dice que no lo hizo —afirmó Gonzalo— y eso a mí me basta. Quizá no sea suficiente para un jurado, pero lo es para mí y para cualquiera que lo conozca. Le he oído admitir bastantes cosas poco favorables para él.

—Supongamos que yo le pregunto, ¿de acuerdo? —dijo Trumbull—. ¿Fue usted quién tomó eso, Sr. Sand?

Sand hizo una pausa. Sus ojos azules se posaron brevemente en cada uno de los rostros que lo rodeaban y luego dijo:

—Señores, digo la verdad. No tomé el dinero o los bonos. Se trata sólo de mi palabra, pero cualquiera que me conozca les dirá que se puede confiar en mí.

Halsted se pasó la mano por la frente como si quisiera aclarar algunas dudas.

—Sr. Sand —dijo—, usted parece ocupar un puesto de cierta confianza. Tiene acceso a una caja de caudales que contiene cierto capital. Sin embargo, usted apuesta a las carreras de caballos.

—Mucha gente lo hace, y pierde.

—No lo planeé así, exactamente.

—¿Pero no se arriesga a perder el trabajo?

—Mi ventaja, señor, reside en que estoy empleado por mi tío, quien está al tanto de mi debilidad, pero que también sabe que no miento. Él sabía que tenía los medios y la oportunidad de hacerlo y sabía que tenía deudas. También sabía que había pagado recientemente mis deudas de juego. Yo mismo se lo dije. Las evidencias circunstanciales eran malas. Pero él me preguntó directamente si yo era responsable de esa pérdida y le contesté de la misma manera que acabo de hacerlo: no tomé el dinero o los bonos. Como él me conoce bien, me creyó.

—¿Cómo logró pagar sus deudas? —dijo Avalon.

—Porque una apuesta arriesgada salió ganadora. Eso también suele suceder. Sucedió un poco antes que el robo fuera descubierto y yo ya había pagado a los apostadores. Esto también es cierto y se lo dije a mi tío.

—Pero usted no tenía motivos para hacerlo —dijo Gonzalo.

—No puedo afirmarlo. El robo pudo haberse realizado dos semanas antes de que



fuera descubierto. Nadie registró esa gaveta de la caja fuerte durante ese período, excepto el ladrón, por supuesto. Podría alegarse que, después de haber tomado yo ese capital, el caballo de mi apuesta salió ganador e hizo innecesario el robo, pero demasiado tarde.

—Podrían acusarlo —dijo Halsted— de haber tomado el dinero con el fin de apostar al caballo que salió ganador.

—La apuesta no era grande y yo tenía otras fuentes de recursos, pero podrían acusarme de eso, sí.

Trumbull interrumpió.

—Pero usted todavía conserva su empleo, según es mi impresión, y su tío no lo ha demandado, me parece... ¿Recurrió siquiera a la policía?

—No, puede soportar la pérdida y piensa que la policía terminará por culparme a mí. Él sabe que lo que yo he dicho es verdad.

—Entonces, ¿dónde está el problema, por amor de Dios?

—Porque no hay nadie más que pueda haberlo hecho. Mi tío no logra entender de qué otro modo se puede explicar el robo. Yo tampoco. Y mientras él no pueda explicárselo, habrá siempre un resto de intranquilidad, de sospecha. Me vigilará. No se verá inclinado a confiar en mí. Mantendré mi empleo, pero nunca lograré un ascenso; y puede ser que la situación se torne lo suficientemente incómoda como para verme obligado a renunciar. Si lo hago, no puedo contar con óptimas recomendaciones; y, viniendo de un tío, una recomendación a medias sería fatal.

—De modo que usted se dirige a nosotros, Sr. Sand, porque Gonzalo dijo que resolvíamos misterios. Usted quiere que le digamos quién se apoderó del dinero —dijo Rubin con el ceño fruncido.

Sand se encogió de hombros.

—Quizá no. Ni siquiera sé si puedo proporcionarles suficiente información. No es como si ustedes fueran detectives que puedan realizar investigaciones. Si ustedes pudieran decirme solamente cómo pudo haber sido hecho, aunque no fuera más que una remota posibilidad, de todos modos sería útil. Podría dirigirme a mi tío y decirle: “Tío, podrían haberlo hecho de esta manera, ¿no es cierto?” Aunque no pudiéramos estar seguros, aunque nunca recobráramos el capital, por lo menos ampliaría el margen de sospechosos. El no tendría la eterna y permanente obsesión de que yo soy el único culpable posible.

—Bien —dijo Avalon—, podemos intentar ser lógicos, supongo. ¿Qué hay de la otra gente que trabaja con usted y su tío? ¿Alguno de ellos necesitaría el dinero urgentemente?

Sand sacudió la cabeza.

—¿Lo suficiente como para arriesgarse a que lo descubrieran? No sé. Alguno de ellos es posible que tenga deudas, otro puede ser que sufra alguna extorsión, y otro

podría ser un ambicioso o actuar bajo un impulso. Si yo fuera detective podría dedicarme a hacer preguntas o a rastrear documentos o a cualquiera de esas cosas que ellos hacen. Así como están las cosas...

—Por supuesto —dijo Avalon—, tampoco nosotros podemos hacer eso... Ahora bien, usted tenía tanto los medios como la oportunidad, ¿pero había alguien más que los tuviera?

—Por lo menos tres personas podrían haber tenido acceso a la caja de caudales más fácilmente que yo y haber efectuado el robo con éxito, pero ninguna de ellas tenía la combinación y la caja no fue violada; eso es seguro. Hay dos personas, además de mi tío y yo, que poseen la combinación; pero una de ellas estuvo hospitalizada durante el período en cuestión, y la otra es un miembro de la firma tan antiguo y de tanta confianza que sospechar de él resultaría imposible.

—Ajá —dijo Mario Gonzalo—, ése es nuestro hombre.

—Has leído demasiadas novelas de Agatha Christie —dijo Rubin de inmediato—. El hecho es que, en casi todas las historias de crímenes, la persona más sospechosa es justamente el criminal.

—Ese no es el caso —dijo Halsted—. Además, es demasiado aburrido. Lo que tenemos aquí es simplemente un ejercicio de lógica. Permitamos que el Sr. Sand nos cuente todo lo que él sabe sobre todos los miembros de la firma y podremos intentar ver si existe algún modo de averiguar el motivo, los medios y la posibilidad que algún otro pueda haber tenido.

—¡Maldición! —exclamó Trumbull—. ¿Quién dice que tiene que haber sido sólo una persona? ¿De modo que uno de ellos está hospitalizado? ¿Y qué? Existe el teléfono. Puede telefonar la combinación a un cómplice.

—Está bien, está bien —dijo Halsted precipitadamente—. Lo que tenemos que hacer es pensar en todo tipo de posibilidades y algunas pueden ser más plausibles que otras. Después que las hayamos discutido todas, el Sr. Sand puede escoger la más plausible y utilizarla también...

—¿Me permite hablar, señor? —Henry habló tan rápidamente y en un tono hasta tal punto más alto que el habitual en él, que todos se volvieron para mirarlo.

—Aunque no soy un Viudo Negro —comenzó Henry en un tono nuevamente suave.

—No es así —dijo Rubin—. Sabe que es un Viudo Negro. De hecho usted es el único que nunca ha faltado a ninguna de las sesiones.

—Entonces puedo señalar, señores, que si el Sr. Sand lleva vuestras conclusiones, cualesquiera que éstas sean, a su tío, estará divulgando fuera de este recinto los procedimientos de esta sesión.

Hubo un incómodo silencio.

—Con el propósito de salvar de la ruina la vida de una persona que es inocente,

seguramente que... —dijo Halsted.

Henry meneó la cabeza lentamente.

—Pero sería al costo de extender las sospechas a una o más personas, que también pueden ser inocentes.

—Henry tiene razón —convino Avalon—. Parece que estamos en un callejón sin salida.

—A menos —dijo Henry— que podamos llegar a ciertas conclusiones claras que satisfagan al club y que no impliquen al mundo exterior.

—¿Qué es lo que tienes en mente, Henry? —preguntó Trumbull.

—Si me permiten explicar... Yo tenía interés en conocer a alguien que, como el Sr. Gonzalo dijo antes de la cena, nunca miente.

—Vamos, vamos Henry —dijo Rubin—. De su honradez patológica nadie duda. Eso ya está establecido.

—Puede ser que así sea —dijo Henry—, pero yo miento.

—¿Duda de Sand? ¿Cree que está mintiendo? —preguntó Rubin.

—Les aseguro... —comenzó Sand, casi angustiado.

—No —dijo Henry—. Creo que cada palabra que el Sr. Sand ha dicho es cierta. El no tomó el dinero o los bonos. Él es, sin embargo, el único sospechoso lógico hacia el que todas las evidencias apuntan. Su carrera puede verse destruida; pero, por otro lado, puede no verse destruida si se halla alguna posibilidad razonable, aunque en realidad no conduzca a una solución. Y ya que él mismo no puede encontrar ninguna posibilidad razonable, quiere que le ayudemos. Estoy convencido, caballeros, de que todo esto es verdad.

Sand asintió.

—Bueno, muchas gracias.

—Y sin embargo —dijo Henry—, ¿qué significa la verdad? Por ejemplo, Sr. Trumbull, creo que su costumbre de llegar tarde con el grito de “Un whisky con soda para un moribundo” es de mala educación, innecesario y lo que es peor, incluso, ha llegado a ser aburrido. Sospecho que otros de los presentes deben pensar lo mismo.

Trumbull enrojeció, pero Henry continuó con firmeza.

—Sin embargo, si en circunstancias ordinarias se me preguntara si desapruuebo eso, diría que no. Hablando en términos de la verdad más estricta, esto sería una mentira; pero usted me gusta por otras razones, lo que tiene mucho más peso que este truco suyo. De manera que, decir la verdad en los términos más estrictos, implicaría que usted no me agrada, lo cual acabaría por ser una gran mentira. Por lo tanto, miento para expresar una verdad: que usted me agrada.

—No estoy seguro de que me guste ese tipo de simpatía, Henry —musitó Trumbull.

—Veamos, si no, la quintilla del señor Halsted sobre el primer libro de la *Ilíada*.

Con toda razón el señor Avalon dijo que Aquiles es la forma correcta del nombre del héroe, o tal vez Akiles —con ka—, supongo, para ser fiel a la verdadera fonética. Pero en ese momento el señor Rubin señaló que la verdad podía aparecer como un error y echar a perder el efecto de la quintilla. Es decir, que la verdad nos crea conflictos. El señor Sand dijo que toda mentira —continuó Henry— surge del deseo de autoprotección o de respeto por las convenciones sociales. Pero no siempre podemos ignorar esta autoprotección y las convenciones sociales. Si no podemos mentir, debemos hacer que la verdad mienta por nosotros.

—No tiene ningún sentido lo que dice, Henry —intervino Gonzalo.

—Creo que sí, Sr. Gonzalo. Poca gente escucha las palabras exactas, y muchas verdades en el sentido literal mientan por sus implicaciones. ¿Quién podría saber mejor esto que la persona que cuidadosamente dice siempre la verdad al pie de la letra?

Las pálidas mejillas de Sand estaban menos pálidas, o quizás fuese que su corbata roja reflejara la luz más claramente.

—¿Qué diablos quiere decir? —preguntó.

—Quisiera hacerle una pregunta, Sr. Sand. Si el club lo permite, por supuesto.

—No me importa que lo permitan o no —dijo Sand mirando a Henry fijamente—. Si usted me habla en ese tono, quizá decida no contestarle.

—Quizá no tenga que hacerlo —dijo Henry—. El asunto es que cada vez que usted niega haber cometido ese delito lo niega precisamente con las mismas palabras. No pude evitar notarlo. Tan pronto como oí que usted nunca mentía, me hice el propósito de escuchar sus palabras exactas. Todas las veces usted dijo: “No tomé el dinero o los bonos”.

—Y eso es perfectamente cierto —dijo Sand en voz demasiado alta.

—Estoy seguro de que debe de serlo, o usted no lo diría —dijo Henry—. Ahora bien, ésta es la pregunta que quisiera hacerle: ¿Tomó usted por casualidad el dinero y los bonos?

Hubo un breve silencio. Luego Sand se levantó y dijo:

—Mi abrigo, por favor. Buenas noches. Les recuerdo que nada de lo que aquí sucede puede repetirse afuera.

Cuando Sand se marchó, Trumbull dijo:

—Bueno, ¡que me condenen!

—Quizá no, Sr. Trumbull. No desespere —contestó Henry.

## El coleccionista (1972)

“The Matchbook Collector (Go, Little Book!)”

—Mi mujer —dijo Rubin mientras un temblor de indignación le sacudía la barba rala — ha comprado otro toro.

Las charlas sobre mujeres, y especialmente sobre esposas, se consideraban fuera de lugar en las reuniones estrictamente masculinas de los que de intento se apodaban Viudos Negros, pero los hábitos tardan en desaparecer.

—¿En tu “mini-departamento”? —preguntó Mario Gonzalo, que se hallaba dibujando al invitado de esa noche.

—Es un departamento perfectamente aceptable —replicó Rubin indignado—. Solamente parece pequeño, y no se notaría si ella no acumulara toros de madera, de porcelana, de arcilla, de bronce y de fieltro. Los ha desparramado a lo largo y ancho del departamento, por las paredes, en las repisas, en el piso, suspendidos del techo...

Desde su imponente altura, Avalon agitó su copa lentamente.

—Supongo que necesitará un símbolo de virilidad —dijo.

—¿Teniéndome a mí? —preguntó Rubin.

—Porque te tiene a ti, precisamente —contestó Gonzalo, y tomando la copa que le ofrecía Henry, el eterno e indispensable mozo de los Viudos Negros, se dirigió rápidamente a su asiento para evitar la explosiva respuesta de Rubin.

—Me enteré de que escribirías la *Ilíada* en quintillas —le decía en ese momento Drake a Halsted.

—Una estrofa por cada canto —dijo éste con evidente satisfacción—, y la *Odisea*, también.

—Jeff Avalon me recitó la primera en cuanto me vio.

—Ya escribí otra para el segundo canto. ¿Quieres oírla?

—No —dijo Drake.

—Es así:

*Un sueño ha visitado a Agamenón.*

*Y sus planes destruye arteramente.*

*Las tropas se agitan levemente;*

*Primero habla Tersites, Odiseo lo acalla con su título*

*Y el Catálogo de Naves es el próximo capítulo.*

Drake lo escuchó impasible.

—Tienes demasiadas sílabas en la cuarta línea.

—No pude evitarlo —dijo Halsted—. Es imposible describir el segundo canto sin mencionar el Catálogo de Naves, y ese verso no puede ser más largo.

—No satisfará a los puristas —dijo Drake sacudiendo la cabeza.

Thomas Trumbull se dirigió a Henry frunciendo el ceño con malevolencia.

—Henry, espero que haya notado que llegué temprano hoy, aunque no presido la reunión de esta noche.

—Claro que lo noté, Sr. Trumbull —dijo Henry, sonriendo cortésmente.

—Lo menos que podría hacer es expresar públicamente su aprobación después de lo que dijo sobre mí la última vez.

—Lo apruebo, señor, pero estaría mal publicarlo. Daría la impresión de que le es difícil llegar a tiempo y nadie creería que usted pueda repetir la hazaña la próxima vez. Si todos hacemos que pase inadvertido, parecerá natural que pueda hacerlo, y así no tendrá dificultad alguna en repetirlo.

—Deme un whisky con soda, Henry, y ahórreme la dialéctica.

En realidad era Rubin quien presidía y su invitado era uno de sus editores, un hombre de cara redonda, impecablemente afeitado y de amable sonrisa. Se llamaba Ronald Klein. Como a la mayoría de los invitados, se le hacía difícil entrar en la conversación general y finalmente se sumergió de cabeza en dirección al único hombre que conocía en la mesa.

—Manny —dijo—, ¿dijiste que Jane había comprado otro toro?

—Así es. Una vaca, en realidad, porque está sentada sobre una media luna, pero es difícil estar seguro. Los que hacen estas cosas pocas veces entran en cuidadosos detalles anatómicos.

Avalon, quien se hallaba trozando delicadamente la ternera rellena, hizo una pausa para decir:

—La manía de coleccionista es algo que se apodera de casi todo hombre de buen vivir. Ofrece muchos encantos: la excitación de la búsqueda, el éxtasis de la adquisición, el gozo de la contemplación posteriormente. Se puede hacer con cualquier cosa. Yo colecciono estampillas.

—Estampillas —saltó Rubin en seguida— es lo peor que se puede coleccionar. Son absolutamente artificiales. Naciones insignificantes las fabrican deliberadamente para conseguir grandes sumas. Las equivocaciones, los errores de imprenta y todo lo demás sirven para crear falsos valores. Todo el negocio está en manos de negociantes y financistas. Si vas a coleccionar, colecciona cosas sin valor.

—Un amigo mío colecciona sus propios libros —intervino Gonzalo—. Hasta ahora ha publicado ciento dieciocho y se dedica a conseguir ejemplares de todas las ediciones, las norteamericanas y las extranjeras, las de bolsillo y las encuadernadas, las abreviadas y las que publica el Club del Libro. Tiene una habitación repleta y dice que es la única persona en el mundo que posee una colección completa de sus obras y que algún día valdrá una inmensa suma.

—Después que muera —dijo Drake lacónicamente.

—Creo que está planeando simular su muerte, vender la colección por un millón de dólares y luego volver a la vida para continuar escribiendo bajo un pseudónimo.

A estas alturas, Klein volvió a intervenir en la conversación.

—Ayer conocí aun tipo que colecciona esos fósforos de cartón que vienen en una especie de sobrecito —dijo.

—Yo los coleccionaba cuando era niño —dijo Gonzalo—. Solía registrar todas las veredas y los callejones para...

Pero Trumbull, que había estado comiendo sumido en un silencio desacostumbrado, alzó la voz repentinamente.

—¡Maldición! ¡Qué banda de charlatanes! Nuestro invitado estaba diciendo algo —gritó—. Señor..., eh... Klein, ¿qué fue lo que dijo?

Klein pareció sorprendido.

—Dije que ayer conocí aun tipo que colecciona esas carteritas o sobrecitos de fósforos de cartón.

—Eso podría ser interesante —dijo Halsted amablemente— si...

—Cállate —rugió Trumbull—. Quiero escuchar eso. —Volvió hacia Klein su rostro bronceado y lleno de arrugas—. ¿Cómo se llama el coleccionista?

—No estoy seguro de acordarme —dijo Klein—. Lo conocí ayer durante un almuerzo. Jamás lo había visto antes. Éramos seis en la mesa y él comenzó a hablar de sus sobrecitos de fósforos. Miren, al principio pensé que estaba loco, pero cuando terminó de hablar yo ya había decidido empezar mi propia colección.

—¿Tenía patillas entrecanas, un poco rojizas? —preguntó Trumbull.

—Hum, sí. Claro que sí. ¿Lo conoce usted?

—Ajá. —dijo Trumbull—. Oye, Manny, sé que tú eres el que preside esta noche y no quisiera atropellar tus derechos...

—Pero lo vas a hacer —dijo Rubin—. ¿Es eso lo que quieres decirme?

—No, no lo voy a hacer, ¡maldita sea! Te estoy pidiendo permiso —dijo Trumbull furioso—. Quisiera que nuestro invitado nos contara sobre su almuerzo de ayer con el coleccionista de fósforos.

—¿En lugar de interrogarlo, quieres decir? Ahora nunca interrogamos a nadie —se quejó Rubin.

—Esto podría ser importante.

Rubin lo pensó un rato con expresión poco satisfecha y luego dijo:

—De acuerdo, pero después del postre... ¿Qué tenemos de postre hoy, Henry?

—Zabaglione, señor, como último toque de esta comida a la italiana.

—Calorías, calorías —gimió Avalon por lo bajo.

Halsted hizo sonar su cuchara mientras revolvía el azúcar de su café e ignoró deliberadamente la opinión categórica de Rubin en el sentido de que cualquiera que agregara algo aun buen café era un salvaje. Finalmente dijo:

—¿Satisfacemos a Tom ahora y hacemos que nuestro invitado nos cuente sobre los sobrecitos de fósforos?

Klein echó una mirada alrededor de la mesa y dijo con una risita:

—Estoy dispuesto a hacerlo, pero no sé si será interesante...

—Yo digo que es interesante —dijo Trumbull.

—Está bien. No voy a discutirle. Yo comencé la conversación, en realidad. Nos encontrábamos en “El Gallo y el Toro” que está en la Avenida...

—Jane insistió en comer allí una nueva vez debido al nombre —dijo Rubin—. No se come muy bien.

—Te voy a estrangular, Manny. ¿A qué viene toda esta cháchara sobre tu mujer, hoy? Si la extrañas, vete a casa.

—Eres el único que conozco, Tom, que puede hacer que cualquier hombre llegue a echar de menos a su mujer.

—Por favor, continúe, Sr. Klein —dijo Trumbull. Klein volvió a comenzar.

—Como decía, yo di pie al tema al encender un cigarrillo mientras esperábamos la carta. En seguida me sentí incómodo. No sé por qué, pero parece que se fuma menos durante las comidas ahora. En esta mesa, por ejemplo, el Sr. Drake es el único que está fumando. Supongo que no le importa...

—No —murmuró Drake.

—A mí sí me importó, sin embargo, de modo que después de unas cuantas pitadas apagué el cigarrillo. Pero no me sentía cómodo, así es que me dediqué a jugar con los fósforos que había usado para encender el cigarrillo: ustedes conocen esos sobrecitos con fósforos de cartón. Aquellos que en los restaurantes se colocan en cada mesa.

—Como propaganda del lugar —dijo Drake—. Sí, sé cuáles son.

—Y este tipo... Ahora me acuerdo de su apellido: Ottiwell. No conozco el nombre.

—Frederick —gruñó Trumbull con cierta oscura satisfacción.

—Entonces, usted lo conoce...

—Lo conozco, por supuesto. Pero continuemos.

—Todavía tenía yo los fósforos en la mano cuando Ottiwell extendió la mano y me pidió si podía verlos, de modo que le di el sobrecito. Lo miró y dijo algo así como “Medianamente interesante. El diseño no es especialmente imaginativo. Ya lo tengo”. Algo así. No recuerdo exactamente sus palabras.

—Eso es algo interesante, Sr. Klein —dijo pensativo Halsted—. Por lo menos usted sabe que no recuerda las palabras exactas. En todas las historias en primera persona, el relator recuerda siempre todo lo que dice cada cual y en el orden en que se dijo. Nunca me pareció muy convincente.

—Es simplemente una convención literaria —dijo Avalon muy serio, mientras sorbía su café—, pero admito que la tercera persona es más conveniente. Cuando se



utiliza la primera persona, se sabe que el narrador sobrevivirá a todos los peligros mortales en los que él...

—Una vez escribí una historia en primera persona —dijo Rubin— en la que el narrador moría.

—Lo mismo sucede en esa canción del oeste llamada El paso —dijo Gonzalo.

—En El asesinato de Roger —comenzó a decir Avalon.

En ese momento Trumbull se levantó y dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Qué sarta de idiotas! Juro que voy a matar al próximo que hable. ¿No me creen cuando les digo que esto es importante...? Continúe, Sr. Klein.

Klein parecía cada vez más incómodo.

—Tampoco yo veo que sea importante, Sr. Trumbull. Ni siquiera hay mucho más que contar. Este Ottiwell comenzó a hablarnos sobre los sobrecitos de fósforos. Aparentemente tienen un gran interés para la gente que se dedica a eso. Hay todo tipo de factores que aumentan su valor: no sólo su belleza y escasez, sino también si los fósforos están intactos y si la franja donde se frota está sin usar. Habló sobre las diferencias en diseño, la ubicación de la franja, el tipo y la calidad de la impresión, si el interior del sobrecito está en blanco o no, etcétera. Siguió y siguió hablando y nada más. Excepto que, como lo dije, lo presentó de manera tan interesante que me fascinó.

—¿Lo invitó a que fuera a su casa para ver su colección?

—No —dijo Klein—. No lo hizo.

—Yo estuve allí —dijo Trumbull, y habiendo dicho esto se echó hacia atrás en su silla con un aire de la más profunda satisfacción.

Hubo un silencio, y mientras Henry distribuía las pequeñas copas de coñac, Avalon dijo con cierta irritación en la voz:

—Si la amenaza de homicidio ha sido levantada, Tom, ¿puedo preguntar cómo era la casa del coleccionista?

Trumbull pareció retornar de algún lejano lugar.

—¿Qué? ¡Oh...! Un lugar extraño. Comenzó a coleccionar cuando era muchacho. Por lo que yo sé, consiguió sus primeros ejemplares en las cunetas y callejones, tal como Gonzalo. Pero en cierto momento, esto se volvió algo serio. Es soltero. No trabaja. No tiene necesidad de hacerlo. Heredó algún dinero y lo invirtió bien, de modo que sólo vive para esos malditos fósforos. Creo que ellos son los verdaderos dueños de su casa y que lo tienen sólo como administrador. Tiene ejemplares premiados sobre las paredes. Enmarcados. Los guarda en carpetas, en cajas, en cualquier lugar. Todo su sótano está repleto de cajones de archivo donde los tiene catalogados por tipo y alfabeto. No se imaginan cuántas decenas de miles de diferentes sobrecitos de fósforos se han hecho en el mundo entero, con cuántas inscripciones diferentes y con qué extrañas peculiaridades. Me parece que los tiene

todos. Tiene sobrecitos delgados que contienen sólo dos fósforos, y otros del largo de un brazo en el que caben ciento cincuenta. Tiene fósforos en forma de botella de cerveza y otros como palos de béisbol o bolos. Tiene sobrecitos de fósforos con la cubierta en blanco, sobrecitos con partituras musicales... El idiota tiene incluso una carpeta entera de fósforos pornográficos.

—Eso me gustaría verlo —dijo Gonzalo.

—¿Por qué? —preguntó Trumbull—. Es el mismo material que puedes ver en cualquier lado, excepto que en un fósforo lo puedes quemar y deshacerte de él más rápido.

—Tienes alma de censor —dijo Gonzalo.

—Lo prefiero en carne y hueso.

—Quizás hace tiempo hayas podido... —continuó Gonzalo.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Un duelo verbal? Estamos hablando de algo serio.

—¿Qué hay de serio en los sobrecitos de fósforos? —preguntó Gonzalo.

—Te lo diré. —Trumbull recorrió la mesa con la mirada—. Escuchen, banda de papanatas: lo que aquí se dice es siempre confidencial.

—Todos sabemos eso —dijo Avalon secamente—. Si alguien lo ha olvidado habrás sido tú, o de otro modo no tendrías que recordárnoslo.

—El Sr. Klein también tendrá que... —prosiguió Trumbull, pero Rubin lo interrumpió de pronto.

—El Sr. Klein entiende perfectamente. Sabe que nada de lo que aquí sucede debe ser, nunca y bajo ninguna circunstancia, repetido fuera de este lugar. Yo respondo por él.

—Muy bien. De acuerdo —dijo Trumbull—. Voy a contarles lo menos posible. Les juro que no les habría dicho nada si no hubiera sido por el almuerzo que Klein tuvo ayer. Es algo que simplemente me irrita. Hace meses que me persigue... en realidad, más de un año. Y ya que ha surgido...

—Mira —dijo Drake secamente—: hablas o te callas.

Trumbull se frotó los ojos molesto.

—Alguien está entregando información —dijo.

—¿De qué clase? ¿Dónde? —preguntó Gonzalo.

—No importa. No quiero decir exactamente que sea el gobierno, ni que haya agentes extranjeros implicados. Ustedes entienden. Quizá sea espionaje industrial, quizá se trate del robo del código que utiliza en su juego el equipo de béisbol New York Mets. Quizá se trate de trampas en un examen, como el problema que Drake trajo aquí hace un par de meses. Llamémoslo simplemente un escape de información.

—De acuerdo —dijo Rubin—. ¿Y quién está implicado? ¿Ese tal Ottiwell?

—Estamos bastante seguros.

—Entonces deténgalo.

—No tenemos pruebas —dijo Trumbull—. Todo lo que podemos hacer es evitar que le llegue información, pero tampoco queremos hacer eso... totalmente.

—¿Por qué no?

—Porque no se trata de quién es el tipo, sino de cómo lo hace. Si lo detenemos y no sabemos qué método utiliza, entonces alguien tomará su puesto. Las personas son lo de menos. Es el modus operandi lo que nos interesa.

—¿Tienen alguna idea de cómo lo hace? —preguntó Halsted, parpadeando lentamente.

—Son los sobrecitos de fósforos. ¿Con qué otra cosa podría ser? Tiene que ser eso. Toda nuestra evidencia apunta hacia Ottiwell y éste es un loco que colecciona sobrecitos de fósforos. Tiene que haber una relación.

—¿Quieres decir que comenzó a coleccionar sobrecitos de fósforos para poder...?

—No, los ha coleccionado toda su vida. No hay duda sobre eso. Formar la colección que posee ahora debe de haberle llevado cerca de treinta años. Pero una vez reunida esa colección, cuando de algún modo ya lo habían reclutado para transmitir información, es indudable que debió de idear un plan que implicara a los fósforos.

—¿Qué plan? —preguntó Rubin impaciente.

—Eso es lo que no sé. Pero es así. En cierto modo, los sobrecitos de fósforos son perfectos para esa tarea. Por su propia naturaleza, ya llevan mensajes en su interior; y si son cuidadosamente elegidos, no necesitan ser alterados. Tome, por ejemplo, el restaurante en que se encontraban ustedes ayer, Klein, “El Gallo y el Toro”. En la cubierta de los sobrecitos de fósforos seguramente decía “El Gallo y el Toro”.

—Es probable, pero no me fijé.

—Estoy seguro. Bien, si usted quiere enviar algún mensaje en código, envía uno de éstos por correo o desprende la tapa del sobrecito y lo manda.

—Esas son tonteras —intervino Gonzalo—. Perdona, Manny; pero repara, Tom, que cualquiera que envíe por correo sobrecitos de fósforos, o tapas de sobrecitos, debe suponer que pueden descubrirlo. Inmediatamente se ve que hay algo raro.

—No necesariamente. Puede ser que haya una razón valedera para enviar sobrecitos de fósforos.

—¿Cuál, por ejemplo?

—Los coleccionistas de sobrecitos de fósforos lo hacen. Se escriben entre sí y los intercambian. Se envían sobrecitos de fósforos unos a otros. Quizás un tipo necesita uno de “El Gallo y el Toro” para completar una colección de animales en la que está interesado, ya su vez envía un sobrecito pornográfico para alguien que se especializa en ese rubro artístico.

—¿Y Ottiwell intercambia? —preguntó Avalon.

—Por supuesto.

—¿Y nunca han logrado interceptar nada de lo que envía por correo?

Una expresión de desprecio apareció en el rostro de Trumbull.

—Por supuesto que sí. Muchas veces. Lo interceptamos, lo revisamos cuidadosamente y luego lo enviamos.

—Y al hacerlo así —dijo Rubin, mirando a la lejanía— interfirieron en las comunicaciones postales de los Estados Unidos de América. Tratándose sólo de un problema del código de un equipo de béisbol eso es fácil de hacer.

—¡Oh, por amor de Dios! —dijo Trumbull—. Trata de no ser tan bestia por quince minutos al menos, Manny. Aunque no sea más que por la novedad. Sabes que mi especialidad son los códigos y claves. Sabes, que suelo ser consultado por el gobierno y que tengo relaciones allí. Naturalmente, están interesados. Lo estarían aunque no fuese más que un caso de chismes de barrio, y no he dicho que sea más que eso.

—¿Por qué? —preguntó Rubin—. ¿Desde cuándo estamos tan científicos para descubrir chismes?

—Es simple si uno se detiene a pensarlo. Cualquier sistema para transmitir información que no pueda ser descifrado —cualquiera que sea esa información— es sumamente peligroso. Si funciona y se lo utiliza para algo carente por completo de importancia, más tarde puede ser empleado para algo vital. El gobierno no desea que ningún sistema para transmitir información permanezca indescifrable, a menos que esté bajo su propio control. Eso tiene sentido y espero que lo entiendan.

—Está bien —dijo Drake—. De modo que ustedes estudiaron los fósforos que ese Ottiwell envía por correo. ¿Y qué descubrieron?

—Nada —gruñó Trumbull—. No pudimos sacar nada en limpio. Estudiamos esos maditos mensajes de propaganda de cada sobrecito y no sacamos nada.

—¿Quiere decir que los estudiaron para ver si las iniciales de cada unas de las palabras de las tapas formaban una palabra, o algo por el estilo? —preguntó Klein con interés.

—Si se tratara del intercambio de un chico de seis años, sí, eso es lo que habríamos intentado descubrir. No; fuimos bastante más sutiles que eso y no logramos nada.

—Bueno —dijo Avalon tristemente—, si no pueden encontrar nada en las leyendas impresas en ninguno de los sobrecitos que envía... quizá sea una pista falsa.

—¿Quieres decir que no son los sobrecitos de fósforos?

—Así es. Puede ser que eso sea para distraer. Este hombre tiene los sobrecitos de fósforos a mano y es un coleccionista de verdad, de manera que hace resaltar todo lo posible su colección para atraer toda la atención que puede. Se la muestra a cualquiera que quiera verla... ¿Cómo lograste verla tú, Manny?

—Él me invitó. Yo cultivé su amistad.

—Y él te correspondió. Este es un hombre que se merece cualquier cosa que le

pase. Nunca cultives mi amistad, Tom.

—Nunca lo he hecho... Mira, Jeff, sé lo que quieres decir. Ayer le hablé a Klein acerca de los sobrecitos de fósforos. Se lo cuenta a todos. Le enseña su colección a quienquiera que esté dispuesto a ir hasta Queens. Por eso le pregunté a Klein si lo había invitado a su casa. Con toda esa cháchara, toda esa auto-propaganda, todo ese brillo y ese ruido no te sorprendería, supongo, que utilizara algún recurso que no tuviera nada que ver con los sobrecitos de fósforos. ¿No es cierto?

—Cierto —dijo Avalon.

—No es cierto —dijo Trumbull—. Simplemente no lo creo. Él no miente. Es verdaderamente un fanático de los sobrecitos de fósforos que no tiene nada más en la vida. No tiene ninguna razón ideológica para correr el terrible riesgo que realmente está corriendo. No está comprometido con el sector para el que trabaja, sea éste nacional, industrial o local... y sigo sin decir cuál es. No tiene ningún interés en eso. Son solamente los sobrecitos de fósforos. Ha elaborado una forma de utilizar sus malditos fósforos en algo novedoso y ésa es su gloria.

—Escuchen —dijo Drake saliendo de su ensoñación—. ¿Cuántos sobrecitos de fósforos envía por correo cada vez?

—No se sabe. En los casos en que los hemos interceptado nunca ha habido más de ocho, y no los envía realmente muy seguido. Debo admitir eso.

—Muy bien. ¿Cuánta información puede transmitir en unos pocos sobrecitos de fósforos? No puede utilizar los mensajes literalmente o indirectamente. Tiene que ser algo sutil, y quizá cada sobrecito pueda significar una palabra, o quizá sólo una letra. ¿Qué se puede hacer con eso?

—Mucho —dijo Trumbull indignado—. ¿Qué es lo que crees que se necesita en estos casos? ¿Una enciclopedia? Sea quien fuere el que busca información, simplón, ya la tiene casi toda para comenzar. Le faltan sólo algunos puntos claves y eso es todo lo que necesita. Por ejemplo, supongamos que estamos en la Segunda Guerra. Alemania tiene noticias de que algo grande está sucediendo en los Estados Unidos. Llega un mensaje con sólo dos palabras: “Bomba atómica”. ¿Qué más necesita Alemania? No existía la bomba atómica en ese tiempo, por supuesto, pero cualquier alemán con educación secundaria tendría una cierta idea en base a esas dos palabras y un científico alemán tendría una muy buena idea de lo que significan. Entonces llega un segundo mensaje: “Oak Ridge, Tenn”. Todo eso sumaría veinticuatro letras en total, tomando en cuenta ambos mensajes, y habría cambiado la historia del mundo.

—¿Quieres decir que este tipo, Ottiwell, está transmitiendo información como ésa? —preguntó Gonzalo, espantado.

—¡No! Ya les dije que no —contestó Trumbull irritado—. Él no tiene ninguna importancia en ese sentido. ¿Creen que les estaría contando esto si fuese así? Es simplemente que el modus operandi puede ser utilizado para eso, así como para

cualquier cosa, y es por eso que tenemos que descifrarlo. Además, está mi reputación. Yo digo que está usando los sobrecitos de fósforos y no puedo demostrar cómo. ¿Creen que me gusta eso?

—Quizás haya alguna escritura secreta en el interior de los sobrecitos de fósforos —dijo Gonzalo.

—Revisamos eso, como es de rutina, pero no hay nada. Si así fuera, ¿para qué molestarse utilizando los fósforos? Podría hacerse en cartas comunes y atraería mucho menos atención. Es cuestión de psicología. Si Ottiwell usa sobrecitos de fósforos, tiene que usar un sistema que puede servir sólo con sobrecitos de fósforos, y eso significa que utiliza sólo los mensajes que ya figuran en ellos... de algún modo.

—Imagino que ha comenzado todo esto —interrumpió Klein— sólo por mencionar el almuerzo de ayer. ¿Tiene una lista de los sobrecitos de fósforos que él ha enviado? Si usted tiene una fotocopia podríamos mirarla y...

—¿Y descubrir el código que yo no encontré? ¿Verdad? —dijo Trumbull—. Vean, desde que Conan Doyle enfrentó a Sherlock Holmes con los chambones de Scotland Yard, parece haber quedado la noción de que los profesionales no pueden hacer nada. Les aseguro que si yo no puedo hacerlo...

—Bien, pero, ¿y Henry? —preguntó Avalon. Henry, quien había estado escuchando seriamente, con una expresión de interés en su rostro sesentón y sin arrugas, sonrió brevemente y sacudió la cabeza.

Pero un pensamiento pareció cruzar por el rostro de Trumbull.

—Henry —dijo—. Me olvidé de Henry. Tienes razón, Jeff. Es el más inteligente de todos, lo que normalmente sería un cumplido si ustedes no fuesen la sarta de tontos que son. Henry —prosiguió—, usted es el hombre honrado. Usted puede ver la deshonestidad del mundo sin tener la vista nublada por su propio deseo de delinquir. ¿Está de acuerdo conmigo en esto? ¿Cree que, de estar implicado este tipo, Ottiwell, en este trabajo, sólo lo haría por utilizar sus sobrecitos de fósforos de modo que presentaran una utilidad particular, o no?

—En realidad —dijo Henry levantando los platos que quedaban—, concuerdo con usted, Sr. Trumbull.

Trumbull sonrió.

—Aquí tenemos las palabras de un hombre que sabe de lo que está hablando.

—Porque está de acuerdo contigo —dijo Rubin.

—No estoy totalmente de acuerdo con el Sr. Trumbull, sin embargo... —añadió Henry.

—¡Ajá! ¿Qué dices ahora, Tom?

—Lo que siempre digo —dijo Trumbull—: que tus silencios son lo mejor de ti.

—¿Puedo pronunciar un discursito? —preguntó Henry.

—Un momento —intervino Rubin—. Yo soy el que preside todavía, y en este

momento me reintegro a mi cargo. Yo decido el procedimiento a seguir y resuelvo que Henry pronuncie un discursito y que el resto de nosotros se quede callado, excepto para contestar las preguntas de Henry o para hacer preguntas que estén directamente relacionadas con el caso. Me refiero particularmente a Tom-Tom, el tambor, en eso de guardar silencio.

—Gracias, Sr. Rubin —dijo Henry—. Señores, con ocasión de sus reuniones mensuales, yo los escucho con el mayor interés. Es evidente que todos ustedes experimentan inocentemente un gran placer al flagelarse mutuamente con palabras. Pero no pueden flagelar a un invitado, sin embargo; de modo que todos ustedes tienen tendencia a ignorarlo y entonces no lo escuchan cuando habla.

—¿Hemos hecho eso? —preguntó Avalon.

—Sí; y me parece, Sr. Avalon, que en consecuencia pueden haber perdido un punto muy importante. Dado que, por lo general, a mí no me corresponde hablar, los escucho a todos imparcialmente, incluyendo al invitado, y por lo que parece oí lo que el resto de ustedes no oyó. Sr. Rubin ¿me permite hacerle algunas preguntas al Sr. Klein? Puede ser que las respuestas no sirvan, pero hay una pequeña posibilidad...

—Por supuesto —concedió Rubin—. Había que interrogarlo, de todos modos. Adelante.

—No será un interrogatorio —objetó Henry suavemente—. ¿Sr. Klein?

—Sí, Henry —contestó éste sonrojándose levemente de satisfacción al transformarse en el verdadero centro de la atención.

—Se trata de esto solamente, Sr. Klein: cuando usted comenzó a contar, más bien sucintamente, la historia de su almuerzo de ayer, dijo —yo tampoco puedo repetir las palabras exactas— algo así como que pensó que él estaba loco, pero que hizo que todo aquello pareciera tan interesante que, cuando terminó, usted había decidido comenzar su propia colección de sobrecitos de fósforos.

—Así es —dijo Klein asintiendo—. Es un poco tonto, supongo. Indudablemente que no pienso llegar a hacer como él. No me refiero al espionaje; quiero decir a tener esa inmensa colección que él posee.

—Sí —dijo Henry—; pero mi impresión fue que usted se sintió impulsado a coleccionar en ese mismo momento. Por casualidad, ¿tomó usted el sobrecito de fósforos del restaurante al finalizar el almuerzo?

—Así es —dijo Klein—. Me siento un poco avergonzado ahora que lo pienso, pero lo hice.

—¿De qué mesa, señor?

—De la nuestra.

—¿Quiere decir que recogió el sobrecito de fósforos con el que estuvo jugando y que usted le dio a Ottiwell? ¿Más tarde lo pusieron sobre la mesa y usted lo recogió?

—Sí —dijo Klein, repentinamente a la defensiva—. No hay nada de malo en eso,

¿no? Están ahí para los clientes que van a comer, ¿no es así?

—Por supuesto, señor. En esta misma mesa tenemos sobrecitos de fósforos de los que ustedes pueden servirse. Pero, Sr. Klein, ¿qué hizo con los fósforos después que los recogió?

Klein pensó un momento.

—No sé. Es difícil recordar. Los puse en el bolsillo de mi chaqueta o en el de mi abrigo, después de retirarlo del guardarropa.

—¿Hizo algo con el sobrecito una vez que llegó a casa?

—En realidad, no. Lo olvidé totalmente. Todo el asunto de los sobrecitos de fósforos se me había ido de la cabeza hasta que Manny mencionó lo de su mujer y su colección de toros.

—¿Lleva ahora la misma chaqueta que ayer?

—No, pero llevo el mismo abrigo.

—¿Quiere mirar en el bolsillo del abrigo y ver si los fósforos están ahí?

Klein desapareció en el guardarropa privado que los Viudos Negros utilizaban en ocasión de sus reuniones.

—¿Qué es lo que busca, Henry? —preguntó Trumbull.

—Probablemente nada. Estoy jugando a una posibilidad remota y ya tuvimos una esta noche.

—¿Cuál es?

—Que el Sr. Klein haya almorzado con un hombre que resulta ser alguien a quien usted ha venido siguiendo y que usted descubra eso al día siguiente. Pedir dos probabilidades como ésta tal vez sea un poco excesivo...

—Aquí está —dijo Klein alegremente, regresando con un pequeño objeto en alto—. Lo encontré.

Lo arrojó sobre la mesa y todos se levantaron para mirarlo. Decía “El Gallo y el Toro” en letra semi-antigua y había un pequeño dibujo de una cabeza de toro con un gallo parado en uno de sus cuernos. Gonzalo estiró la mano para tomarlo.

—Si me permite, Sr. Gonzalo —dijo Henry—. Creo que nadie debiera tocarlo todavía... Sr. Klein, ¿éste es el sobrecito de fósforos que estaba en su mesa, el que usted utilizó para encender un cigarrillo y el que el Sr. Ottiwell luego usó para demostrar algunos puntos sobre el lugar donde está ubicada la franja para raspar las cerillas, etcétera?

—Sí.

—¿Y él lo puso sobre la mesa y usted lo recogió?

—Sí.

—¿Se fijó usted, por casualidad, cuántos fósforos había en el sobrecito cuando usted encendió el cigarrillo?

Klein pareció sorprendido.



—No lo sé. No me fijé.

—Pero sea como fuere, ¿usted arrancó un fósforo para encender su cigarrillo?

—Oh, sí.

—De modo que si hubiera habido un sobrecito completo para comenzar, ahora faltaría uno. Ya que éste parece un sobrecito común de treinta fósforos, no puede haber más de veintinueve ahora... y quizá menos.

—Supongo que sí.

—¿Y cuántos fósforos hay en él ahora? ¿Quiere mirar y ver?

Klein hizo una pausa y luego abrió el sobrecito. Lo miró fijamente bastante tiempo y luego dijo:

—No ha sido tocado. Tiene los treinta fósforos. Déjeme contarlos... Sí, hay treinta.

—¿Pero usted lo recogió de la mesa y le pareció realmente que era el sobrecito de fósforos que había usado? ¿No lo recogió de otra mesa, simplemente?

—No, no, eran nuestros fósforos. O por lo menos yo estaba convencido de que lo eran.

—Muy bien. Si ustedes, señores, quieren tener la amabilidad de mirarlos ahora, por favor, háganlo. Si se fijan, no hay ninguna marca sobre la franja de raspar, no hay señales de que se haya encendido un fósforo.

—¿Quiere decir que este Ottiwell sustituyó el sobrecito de fósforos que había en la mesa por éste? —preguntó Trumbull.

—Pensé que tal cosa era posible tan pronto como usted dijo que estaba pasando información. Concordaba con usted, Sr. Trumbull, en que el Sr. Ottiwell haría uso de los sobrecitos de fósforos. Me parecía que, psicológicamente, correspondía. Pero también concordaba con el Sr. Avalon en que podía utilizar algo para distraer la atención. Sólo que el Sr. Avalon no vio la posible sutileza de esta distracción.

—Por estar demasiado corrupto yo mismo para poder ver con claridad —suspiró Avalon—. Ya sé.

—Al concentrarse en su colección —dijo Henry— y en su intercambio postal de sobrecitos de fósforos, lo hizo caer en la trampa a usted, Sr. Trumbull. Sin embargo, me parecía que el Sr. Ottiwell estaba implicado con los sobrecitos de fósforos más allá de su colección. Cada vez que come en un restaurante decente, que debe de ser a menudo, debe de estar cerca de un sobrecito de fósforos. Incluso, si se encuentra con otros, le ha de ser fácil sustituir el sobrecito de fósforos que hay en la mesa por otro. Una vez que él y el resto del grupo se marchan, un cómplice lo recoge.

—Esta vez, no —dijo Rubin sardónicamente.

—No; esta vez, no. Cuando el grupo se fue, en la mesa no había fósforos. Esto nos lleva a ciertas molestas conclusiones. ¿Lo han seguido, Sr. Klein?

Klein pareció alarmado.

—¡No! Al menos... al menos... no sé. No noté a nadie.

—¿Algún ratero que se haya interesado en sus bolsillos?

—¡No! Ninguno, que yo sepa.

—En ese caso puede ser que no estén seguros de quién lo tomó. Después de todo había cuatro personas, además de usted y Ottiwell; o también puede ser que los recogiera el mozo. Además, quizá piensen que la pérdida de un sobrecito de fósforos causará muchos menos trastornos que el intento de recuperarlo. O, si no, estoy equivocado desde el comienzo hasta el final.

—No se preocupe, Klein. Haré que no le quiten la vista de encima por un tiempo —dijo Trumbull, y prosiguió—: Veo qué quiere decir Henry. Hay docenas de sobrecitos de fósforos en cualquier restaurante, en cualquier momento, todos idénticos. Ottiwell pudo fácilmente haber recogido uno o dos en una visita anterior —o una docena— y luego usarlos como sustitutos. ¿Quién lo notaría? ¿A quién le preocuparía? ¿Y usted sugiere ahora que un pequeño sobrecito de fósforos puede transmitir información?

—Indudablemente me parece una posibilidad casi cierta —dijo Henry.

—Pero, ¿cómo funciona? —inquirió Trumbull. Dio vueltas al sobrecito de fósforos de un lado y del otro—. Es un sobrecito de fósforos igual al resto, simplemente. Dice “El Gallo y el Toro” además de un teléfono y una dirección. ¿Dónde podría haber alguna información en éste que los otros no tengan?

—Tendríamos que mirar en el lugar adecuado —dijo Henry.

—¿Y cuál podría ser? —preguntó Trumbull.

—Me atengo a lo que usted dijo, señor —dijo Henry—. Usted decía que, seguramente, el Sr. Ottiwell usaría el sobrecito de fósforos de modo que sirviera por sus cualidades únicas, y yo estuve de acuerdo. Pero ¿qué hay de único en los mensajes que aparecen en los sobrecitos de fósforos? En casi todos los casos es sólo material de propaganda que se puede encontrar en una infinidad de lugares, desde las tapas de las cajas de cereal hasta el interior de las portadas de las revistas.

—Bueno, ¿y entonces?

—Sólo hay algo único en cada sobrecito de fósforos: los que contiene. En un sobrecito común hay treinta fósforos que parecen estar distribuidos en un sistema no muy complicado. Si usted estudia la base donde vienen implantados los fósforos, sin embargo, verá que hay dos pedacitos de cartón de los cuales se desprenden quince fósforos. Si usted los cuenta de izquierda a derecha, comenzando por la hilera inferior y después la hilera superior, puede asignarle a cada fósforo un número definido e inequívoco del 1 al 30.

—Sí —dijo Trumbull—, pero todos los fósforos son idénticos entre sí, idénticos a los fósforos de otros sobrecitos del mismo tipo. Los fósforos de este sobrecito son comunes.

—Pero, ¿tienen que permanecer idénticos, señor? Supongamos que usted arrancó un fósforo... cualquier fósforo. Habría treinta maneras diferentes de arrancar un fósforo. Si usted sacara dos o tres fósforos, habría muchas otras maneras.

—No falta ningún fósforo aquí.

—Era simplemente para explicarle cómo funciona. Arrancar fósforos sería una manera muy primitiva de diferenciarlos. Suponga que ciertos fósforos tengan pequeñas perforaciones con una aguja, o raspaduras, o una pequeña gota de pintura fluorescente en la punta, que fuera visible sólo a la luz ultravioleta. Con treinta fósforos, ¿cuántas combinaciones diferentes podrían hacerse marcando cualquier cantidad de fósforos, desde ninguno hasta treinta?

—Yo les diré cuántas —interrumpió Halsted—. Dos elevado a treinta, son... ¡oh, un poco más de mil millones! ¡Mil millones! Y si uno también marcara o dejara de marcar el interior del sobrecito, justo debajo de los fósforos, esa cifra podría llegar al doble, a los dos mil millones.

—Bien —dijo Henry—. Si aun sobrecito de fósforos en particular le asignamos cualquier número desde cero hasta dos mil millones, estos números podrían transmitir una cantidad considerable de información codificada, quizás.

—Fácilmente hasta seis palabras —dijo Trumbull pensativamente—. ¡Maldición! —gritó poniéndose de pie de un salto—. Denme esa cosa. Me voy ahora mismo.

Fue corriendo hacia el guardarropa y volvió, luchando por ponerse el abrigo y gritando:

—Su abrigo, Klein, viene conmigo. Necesito su declaración y estará más seguro.

—Puedo estar bastante equivocado, señor —dijo Henry.

—¡Qué va a estar equivocado! Tiene toda la razón; sé que es así. Todo este asunto encaja en una serie de detalles que usted no conoce... Henry, ¿consideraría la posibilidad de entrar en este tipo de cosas? Profesionalmente, quiero decir.

—¡Eh! —gritó Rubin—. No te atrevas a quitarnos a Henry.

—No hay cuidado, Sr. Rubin —dijo Henry tranquilamente—. Encuentro esto mucho más entretenido.

## Temprano, un domingo por la mañana (1973)

---

“The Biological Clock (Early Sunday Morning)”

Geoffrey Avalon agitó su segunda copa mientras se sentaba a la mesa. No iba aún ni por la mitad y sólo bebería algunos sorbos más antes de dejarla definitivamente. No parecía muy feliz.

—Esta es la primera vez, que yo recuerde, que los Viudos Negros se reúnen sin un invitado. —Sus espesas cejas, negras aún (aunque su bigote y su barba, cuidadosamente recortados, se habían vuelto respetablemente grises con los años) parecían erizarse.

—¡Ah, qué diablos! —dijo Roger Halsted, abriendo su servilleta con una sonora sacudida antes de extenderla sobre sus rodillas—. Como anfitrión de esta sesión, ésa es mi decisión. Sin apelación. Además, tengo mis razones. —Con la palma de la mano hizo un gesto como para despejarse la amplia frente de algunos cabellos que hacía varios años habían desaparecido de allí.

—En realidad —dijo Emmanuel Rubin—, no hay nada en los reglamentos que exija tener un invitado presente. Lo único que no debemos tener a la mesa, es una mujer.

—Los miembros no pueden ser mujeres —dijo Thomas Trumbull, eternamente bronceado e igualmente sombrío—. ¿Dónde dice que el invitado no puede ser una mujer?

—No —dijo Rubin de inmediato—. Todo invitado es un miembro ex officio durante las comidas y debe atenerse al reglamento, incluyendo el hecho de no ser mujer.

—¿Qué significa ex officio de todos modos? —preguntó Mario Gonzalo—. Siempre me lo he preguntado.

Pero Henry ya estaba sirviendo el primer plato que parecía ser un largo rollo de pasta, relleno de queso con especias y luego horneado y cubierto de salsa.

Después de un rato, Rubin dijo con expresión de profunda desdicha:

—Me da la impresión de que esto es un rollo de pasta relleno...

Pero, para ese entonces, la conversación se había generalizado y Halsted aprovechó un silencio para anunciar que tenía lista su próxima estrofa para el tercer canto de la *Ilíada*.

—Vete al infierno, Roger —dijo Trumbull—. ¿Piensas infligirnos una de éstas en cada reunión?

—Sí —dijo Halsted pensativamente—. Es exactamente lo que estaba planeando hacer. Es lo que me impulsa a trabajar en ellas. Además, hay que poner algo de valor intelectual en estas comidas... ¡Eh, Henry! No te olvides de que si hay bisteques esta noche quiero el mío cocido a medias.

—Hay trucha esta noche, Sr. Halsted —dijo Henry, volviendo a llenar las copas de agua.

—Bien —dijo Halsted—. Aquí va:

*Menelao, aunque no el más poderoso,  
es más fuerte que París el famoso.  
En la lucha Menelao es cosa buena.  
Fácilmente ganó el duelo por Helena.  
Mas la diosa Afrodita al galán raptó.*

—Pero ¿qué quiere decir? —preguntó Gonzalo.

—Bueno, en el tercer canto —intervino Avalon— los griegos y los troyanos decidieron solucionar el asunto por medio de un duelo entre Menelao y París. Este último se había fugado con la esposa de aquél, Helena, y eso fue lo que causó la guerra. Menelao ganó, pero Afrodita rescató a París justo a tiempo para salvarle la vida... Me alegro de que hayas usado Afrodita en lugar de Venus, Roger. Se abusa mucho de los términos romanos.

Con la boca llena, Halsted dijo:

—Quise evitar la tentación de la rima fácil.

—¿Ni siquiera has leído la *Ilíada*, Mario? —preguntó James Drake.

—Soy un artista. Tengo que cuidarme los ojos —dijo Gonzalo.

Al llegar los postres, Halsted dijo:

—Bien, permítanme explicarles qué tengo en mente. Las últimas cuatro veces que nos hemos reunido siempre ha surgido algún tipo de delito durante la conversación, y en el curso de esa charla éste ha sido solucionado.

—Por Henry —interrumpió Drake, apagando su cigarrillo.

—De acuerdo. Por Henry. Pero, ¿qué tipo de delitos han sido éstos? Delitos estúpidos. La primera vez yo no estaba aquí; pero por lo que supe se trataba de un robo y no muy importante, tampoco. La segunda vez fue peor. Era un caso de alguien que había hecho trampas en un examen. ¡Dios mío!

—Eso no es tan insignificante —murmuró Drake.

—Bueno, no es precisamente algo importante. La tercera vez —y yo me encontraba presente en esa ocasión— se trató de otro robo, pero algo mejor. Y el cuarto caso fue algo relacionado con espionaje.

—Le aseguro —dijo Trumbull— que eso no fue insignificante.

—Sí —dijo Halsted con voz tranquila—, pero no hubo violencia en ningún lado. ¡Asesinato, señores, asesinato!

—¿Qué es lo que quieres decir con asesinato? —preguntó Rubin.

—Quiero decir que cada vez que traemos a un invitado, surge algo insignificante porque lo tomamos tal como se presenta. No invitamos deliberadamente a quienes

pueden ofrecernos crímenes interesantes. En realidad, ni siquiera se supone que ellos tengan que ofrecernos algún crimen. Son invitados, simplemente.

—¿Y qué?

—Y ahora hay seis de nosotros aquí. No hay invitados, pero debe de haber quien sepa de algún asesinato que sea un misterio y...

—¡Qué diablos! —dijo Rubin furioso—. Has estado leyendo a Agatha Christie. Cada uno de nosotros contará por turno un emocionante misterio y la Srta. Marple lo solucionará... O quizá Henry lo haga.

Halsted parecía avergonzado.

—¿Quieres decir que no es una idea nueva...?

—¡Dios mío! —dijo Rubin incrédulo.

—Bueno, tú eres escritor —dijo Halsted—. Yo no leo cuentos de misterio.

—Eso demuestra lo que te pierdes —dijo Rubin—, y además muestra lo idiota que eres. ¡Y te llamas matemático! Un verdadero misterio es algo tan matemático como cualquier cosa que uno pueda planificar, y debe construirse con material mucho más complicado.

—Un minuto —dijo Trumbull—. Ya que estamos aquí, ¿por qué no vemos si podemos solucionar algún asesinato?

—¿Tienes alguno? —dijo Halsted esperanzado—. Tú trabajas en el gobierno, con códigos y esas cosas. Debes de haberte visto frente a algún asesinato, pero ni siquiera tienes que dar nombres. Sabes que nada de lo que aquí se dice puede ser repetido afuera.

—Sé eso mejor que tú —dijo Trumbull—, pero no conozco ningún asesinato. Puedo darte algunos interesantes casos de códigos, pero eso no es lo que estás buscando... ¿y tú, Roger? Ya que comenzaste con esto, supongo que tienes algún as en la manga. ¿Algún asesinato matemático?

—No —dijo Halsted pensativamente—. No creo haber estado nunca implicado en un solo asesinato.

—¿No crees? ¿Quieres decir que tienes alguna duda? —preguntó Avalon.

—No, estoy seguro de que no. ¿Y tú, Jeff? Tú eres abogado.

—No de los que tienen asesinos como clientes —dijo Avalon, con lo que aparentemente era un triste movimiento negativo—. Las complicaciones de patentes son mi especialidad. Podrías preguntarle a Henry. Está más familiarizado con crímenes que nosotros... o parece estarlo.

—Lo siento, señor —dijo Henry, tranquilamente, mientras servía el café con su habitual pericia—. En mi caso, es simplemente teoría. He sido lo suficientemente afortunado para no haberme visto nunca implicado en una muerte violenta.

—Es decir —dijo Halsted— que con seis de nosotros aquí —siete, contando a Henry—, ¿no podemos contar con un solo asesinato?

—¿Cómo es que estás tan callado, Manny? —preguntó Trumbull—. En toda tu pintoresca carrera ¿vas a decirnos que nunca tuviste ocasión de matar aun hombre?

—Sería un placer algunas veces —dijo Rubin—, como ahora. Pero no tengo por qué hacerlo en realidad. Puedo enténdermelas perfectamente bien, no importa de qué tamaño sean: sin tener que ponerles una mano encima. Mira, recuerdo que...

Pero Mario Gonzalo, que había permanecido sentado con los labios muy apretados, dijo de pronto:

—Yo me vi envuelto en un asesinato.

—¡Oh! ¿De qué tipo? —preguntó Halsted.

—Mi hermana —dijo sombríamente—. Hace casi tres años. Sucedió antes que yo ingresara a los Viudos Negros.

—Lo siento —dijo Halsted—. Supongo que no deseas hablar de eso.

—No me importaría —dijo Mario, encogiéndose de hombros mientras sus ojos saltones y prominentes iban mirando a cada uno a la cara—, pero no hay nada de qué hablar. No hay ningún misterio. Es simplemente otra más de esas cosas que hacen que esta ciudad sea el hermoso lugar que es para vivir. Entraron en su departamento, intentaron robar y la mataron.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Rubin.

—¿Quién sabe? ¡Toxicómanos! Sucede siempre en ese barrio. En el edificio de departamentos en el que vivían ella y su marido había habido cuatro asaltos desde Año Nuevo, y fue en abril cuando sucedió.

—¿Algún asesinato en esos asaltos?

—No tienen para qué. El ratero inteligente elige un momento en que el departamento está vacío. Si alguien se encuentra allí, lo asustan o lo atan, simplemente. Marge fue lo suficientemente estúpida como para intentar resistir y pelear. Había señales de lucha. —Gonzalo sacudió la cabeza.

—¿Detuvieron a los culpables? —preguntó Halsted después de una pausa dolorosa.

Gonzalo levantó los ojos y miró fijamente a Halsted sin siquiera intentar disimular su desdén.

—¿Crees que intentaron? Esas cosas suceden a diario. Nadie puede hacer nada. A nadie le importa, incluso, y si los hubieran detenido, ¿qué hay con ello? ¿Le devolvería la vida a Marge?

—Evitaría que se lo hicieran a otros.

—No faltarían otros miserables que lo hicieran. —Gonzalo aspiró profundamente y agregó—: Bueno, quizá sea mejor que hable y me lo saque de encima. Fue por culpa mía, en realidad, ¿saben?, porque me despierto demasiado temprano. Si no hubiera sido por eso, quizá Marge estaría viva y Alex no sería la ruina que es ahora.

—¿Quién es Alex? —preguntó Avalon.

—Mi cuñado. Estaba casado con Marge y yo lo quería mucho. Creo que lo quería a él más que a ella, para decir la verdad. Ella nunca aprobó lo que yo hacía. Pensaba que ser artista era simplemente mi manera de fracasar. Por supuesto, una vez que comencé a ganar decentemente... Pero no. En realidad ni siquiera entonces aprobó lo que yo hacía, y a cada momento —sin que yo quiera faltarles el respeto a los muertos— no hacía más que molestarme. A Alex lo quería, sin embargo.

—¿Él no era artista? —Avalon llevaba el peso del interrogatorio y los demás parecían dispuestos a dejárselo a él.

—No. Cuando se casaron, él no era gran cosa: vivía a la deriva. Pero después se transformó en lo que ella quería exactamente que fuese. Ella era lo que él necesitaba para darse un poco de ánimo. Se necesitaban el uno al otro. Ella tenía algo por qué preocuparse...

—¿No tenían niños?

—No. Ninguno. A menos que se pueda tomar en cuenta uno que perdieron. Pobre Marge. Algo biológico, de modo que no podía tener chicos. Pero no importaba. Alex era su chico y con ella prosperó. Consiguió un empleo el mes en que se casaron, lo ascendieron y le iba bien. Habían llegado al punto en que estaban planeando mudarse de ese maldito agujero y entonces sucedió eso. Pobre Alex. Él tiene tanta culpa como yo. En realidad, más. Habiendo tantos días, justamente tenía que elegir ése para salir del departamento.

—¿No se encontraba en el departamento?

—Por supuesto que no. Si hubiera estado, podría haberlos asustado.

—O podría haberse hecho matar.

—En cuyo caso, ellos probablemente habrían huido y dejado a Marge viva. Créanme, le he escuchado enumerar todas las posibilidades. Él sabe que, diga lo que diga, ella todavía estaría viva si él no hubiera salido del departamento ese día, y esto lo persigue. Y les aseguro que, desde que sucedió, el tipo es una ruina. Deambula de un lado a otro. Le doy dinero cuando puedo y suele conseguir uno que otro trabajito. Pobre Alex. Pasó cinco años de matrimonio en que realmente le fue bien. Estaba dispuesto a todo en ese tiempo. Ahora no le queda nada. —Gonzalo sacudió la cabeza—. Pero la víctima no llevó la peor parte. Fue un asesinato sin sentido, ¡maldita sea! Todo lo que tenían en el departamento no llegaba a más de diez o quince dólares en billetes chicos... pero por lo menos Marge murió rápidamente. El cuchillo estaba justo sobre el corazón. Pero Alex no pasa un solo día sin sufrir, y a mi madre le afectó mucho, y a mí me duele, también.

—Mira —dijo Halsted—, si no deseas hablar sobre eso...

—No importa... A veces me desvelo por la noche. Si yo no me hubiera levantado temprano ese día...

—Es la segunda vez que dices eso —observó Trumbull—. ¿Qué tiene que ver el



que te hayas levantado temprano con el asesinato?

—Porque la gente que me conoce cuenta con ello. Miren, siempre me despierto a las ocho en punto. Ni cinco minutos antes ni cinco minutos después. Ni me molesto siquiera por poner el despertador al lado de mi cama, sino que lo dejo en la cocina. Es algo relacionado con ciertos ritmos del organismo.

—El reloj biológico —musitó Drake—. Ojalá funcionará así conmigo. Odio levantarme de mañana temprano.

—En mí funciona siempre —dijo Gonzalo, ya pesar de las circunstancias su voz tenía un tono de complacencia—. Incluso cuando me acuesto tarde —a las tres o cuatro de la madrugada—, siempre me despierto a las ocho. Me vuelvo a dormir más tarde, durante el día, si estoy agotado; pero a las ocho me despierto. Incluso los domingos. Uno diría que tiene derecho a dormir hasta tarde, los domingos; pero aun entonces, ¡qué diablos!, me despierto.

—¿Quieres decir que sucedió un domingo? —preguntó Rubin.

—Así es —asintió Gonzalo—. Debería haber estado dormido. Debería ser de esas personas que la gente no despierta un domingo por la mañana sin pensarlo dos veces... aunque no dudan en hacerlo. Saben que estoy despierto, incluso los domingos.

—¡Qué vida! —dijo Drake, todavía enfrascado aparentemente en sus dificultades mañaneras—. Tú eres un artista y fijas tu propio horario. ¿Por qué tienes que despertarte de mañana temprano?

—Bueno, trabajo mejor a esa hora. Además, me importa el tiempo. No tengo que vivir pendiente del reloj, pero me gusta saber qué hora es en todo momento. En cuanto al reloj que tengo parece estar adiestrado, ¿saben? Después de lo que pasó, después que asesinaron a Marge, estuve ausente de mi casa durante tres días y resultó que el reloj se detuvo justo a las ocho de la noche del domingo o del lunes a la mañana. No sé. De todos modos, cuando volví, allí estaba, señalándome las ocho como si quisiera insistirme en que ésa era la hora de levantarse.

Gonzalo permaneció pensativo durante unos momentos y nadie habló. Henry sirvió las copas de coñac con rostro inexpresivo, a menos que uno se fijara en sus labios levemente apretados.

Finalmente Gonzalo dijo:

—Fue extraño, porque la noche anterior fue horrible y no había ninguna razón para que así fuese. Esa época del año, a fines de abril, la época, en que florecen los cerezos, es mi favorita. No soy exactamente un pintor de paisajes, pero ésa es la única época en que me gusta ir al parque y hacer algunos bosquejos. Y el tiempo estaba excelente. Recuerdo que era un sábado muy templado, el primer fin de semana realmente lindo desde principios de año, y mi trabajo iba muy bien, también. No tenía razones para sentirme mal ese día, pero me sentía cada vez más inquieto. Recuerdo

que apagué la televisión justo antes del noticiario de las once. Fue como si no quisiera escuchar las noticias, como si hubiese tenido la impresión de que habría malas noticias. Recuerdo eso. No pensé más en eso después, y no soy ningún místico. Pero tenía una premonición. Eso es todo.

—Me parece más probable que tuvieras un poco de indigestión —dijo Rubin.

—Está bien —dijo Gonzalo agitando las manos como si aceptara de buena gana la sugerencia—. Llámalo indigestión. Todo lo que sé es que aún no eran las once de la noche cuando entré a la cocina para darle cuerda al reloj —siempre le doy cuerda de noche— y me dije: “No puedo irme a la cama a esta hora”. Pero lo hice. Quizás era demasiado temprano, porque no pude dormir. Continué dando vueltas en la cama preocupado... ya no recuerdo por qué. Lo que debía hacer es levantarme, trabajar, leer un libro o mirar alguna película por televisión... pero no pude hacerlo, simplemente. De modo que decidí quedarme en cama.

—¿Por qué? —preguntó Avalon.

—No sé. Parecía importante en ese momento. ¡Dios mío, qué bien recuerdo esa noche! No podía dejar de pensar que quizá dormiría hasta tarde porque no dormía en ese momento y sabía que no podría dormir. Quizá me haya dormido alrededor de las cuatro, pero a las ocho estaba despierto y me bajé de la cama para hacerme el desayuno. Fue otro día de sol. Templado y fresco, pero uno sentía que tendría todo el sol de un día de primavera sin el calor del verano. ¿Saben? A veces me duele no haber querido a Marge más de lo que la quise. Quiero decir, nos entendíamos bien, pero no había lazos estrechos entre nosotros. Juro que los visitaba más con el propósito de estar con Alex que con ella. Y en ese momento recibí una llamada.

—¿Una llamada telefónica? —preguntó Halsted.

—Sí. A las ocho de la mañana del domingo. ¿Quién llama a esa hora a menos que sepa que el estúpido está levantado a las ocho como siempre? Si hubiese estado durmiendo y la llamada me hubiese despertado y yo hubiera gruñido por teléfono, todo habría sido diferente.

—¿Quién era? —preguntó Drake.

—Alex. Me preguntó si me había despertado. Sabía que no, pero supongo que se sentía culpable por llamar tan temprano. Me preguntó si sabía qué hora era. Miré el reloj y le dije: “Son las ocho y nueve minutos. Por supuesto que estoy despierto”. Me sentía un poco orgulloso, ¿entienden? Y entonces me preguntó si podía venir, porque había tenido una pelea con Marge y había salido del departamento con un portazo y no quería volver hasta que ella se hubiese calmado... Les diré que me alegro de no haberme casado. En todo caso, si simplemente le hubiese dicho que no, que había pasado una mala noche y que necesitaba dormir y no quería visitas, él habría regresado a su departamento. No tenía otro lugar a dónde ir, y entonces nada hubiera sucedido. Pero no, Mario “corazón de oro” estaba tan orgulloso de ser madrugador

que dijo: “Ven y nos prepararemos un café con huevos”, porque sabía que Marge no era de las que sirven desayuno los domingos temprano y suponía que Alex no había comido. De manera que él llegó a los diez minutos ya las ocho y media ya le había servido un plato de huevos revueltos con jamón mientras Marge estaba sola en el departamento esperando a los asesinos.

—¿Le dijo tu cuñado a su mujer a dónde iba? —inquirió Trumbull.

—No creo —dijo Gonzalo—. Supuse que no. Me imagino que lo que sucedió es que él salió en un arrebato de furia sin saber adonde iba. Entonces pensó en mí. Incluso, aunque supiese que iría a visitarme, pudo no habérselo dicho. Debe de haber pensado: “La dejaré que se preocupe”.

—De modo —dijo Trumbull— que entonces llegaron esos toxicómanos y, quizá cuando intentaron abrir la puerta, ella haya pensado que era Alex que regresaba y les abrió. Apuesto a que la cerradura no estaba forzada.

—No, no lo estaba —dijo Gonzalo.

—¿No es extraño que un toxicómano elija un domingo por la mañana para hacer sus incursiones? —preguntó Drake.

—Mira —dijo Rubin—, lo hacen a cualquier hora. La desesperación por las drogas no sabe de horarios.

—¿Por qué fue la pelea? —preguntó repentinamente Avalon—. Me refiero a la de Marge y Alex.

—¡Oh, no sé! Alex debe de haber hecho algo en el trabajo que pudo haber causado una mala impresión, y eso Marge no podía soportarlo. Ni siquiera sé qué fue; pero fuese lo que fuere, debió de haberla herido en su orgullo por él y estaría resentida. El problema es que Alex nunca aprendió a dejar que ella se calmara sola. Cuando éramos chicos yo lo hacía siempre. Solía decirle: “Sí, Marge; sí, Marge”, y entonces se calmaba. Pero Alex siempre intentaba defenderse y entonces las cosas se ponían peor. Esa vez, la pelea debió de haber durado toda la noche... Por supuesto, ahora él dice que si no hubiese transformado la pelea en una batalla, no habría salido del departamento y entonces nada habría sucedido.

—Estaba escrito —sentenció Avalon—. Lamentarse por la leche derramada no sirve para nada.

—Sí, claro. Pero ¿cómo no lamentarse, Jeff? El caso es que ellos pasaron una mala noche y yo pasé una mala noche. Fue como si hubiera habido algún tipo de comunicación telepática.

—¡Oh, cuentos! —exclamó Rubin.

—Eran mellizos —recordó Gonzalo a la defensiva.

—Sólo mellizos de nacimiento —dijo Rubin—. A menos que tú ocultes ser una niña bajo toda esa ropa...

—¿De modo que...?

—Que sólo los mellizos idénticos, aparentemente, tienen esa afinidad telepática. Pero estos son cuentos, también.

—En todo caso —continuó Gonzalo—, Alex vino y desayuné con él, aunque no comió mucho. Más bien se lamentó de sus problemas con Marge, de lo dura que ella era con él a veces, y yo simpatiqué y le dije: “Mira, ¿por qué le das tanta importancia? Es una buena chica si no la tomas tan en serio”. Ustedes saben todas las cosas que se dicen cuando uno quiere consolar a alguien. Supuse que en un par de horas se habría desahogado, que volvería a su casa y se reconciliaría, y yo podría irme al parque o quizás a la cama. Pero lo que sucedió en un par de horas fue que el teléfono volvió a sonar y era la policía.

—¿Cómo sabían dónde encontrar a Alex? —preguntó Halsted.

—No sabían. Me llamaban a mí. Yo era su hermano. Alex y yo fuimos a identificar el cadáver. Durante unos instantes, Alex pareció un muerto. No era sólo el hecho de que ella hubiera sido asesinada. Después de todo, él había tenido una pelea con ella y los vecinos debieron de haber oído. Ahora estaba muerta y del primero que se sospecha es del marido. Por supuesto que lo interrogaron y él confesó lo de la pelea, haber dejado el departamento para venir a mi casa... Todo.

—Debe de haber sonado como una gran mentira —dijo Rubin.

—Yo corroboré el hecho de que él se hallaba en mi casa. Dije que había llegado alrededor de las ocho y veinte, ocho y veinticinco, quizás, y que desde entonces no se había movido de allí. Y el asesinato había tenido lugar a las nueve.

—¿Quieres decir que hubo testigos? —preguntó Drake.

—No, ¡maldita sea! Pero hubo ruidos. La gente del departamento de abajo oyó. Los del departamento de enfrente oyeron. Muebles que caían, un grito. Ninguno vio a nadie, por supuesto; ninguno vio nada. Todo el mundo le echó llave a la puerta y se quedó donde estaba. Pero oyeron los ruidos y eran cerca de las nueve. Todos coincidieron en eso. Esto bastó, en lo que se refiere a la policía. En ese barrio, si no es el marido es algún ratero, probablemente un toxicómano. Alex y yo salimos y él se emborrachó. Yo me quedé con él porque no estaba en condiciones de quedarse solo, y ahí termina la historia.

—¿Sueles ver a Alex, ahora? —preguntó Trumbull.

—De vez en cuando. Le presto algunos dólares, a veces. Ni espero que me los devuelva. Dejó su empleo una semana después que Marge fue asesinada. No creo que haya vuelto a trabajar desde entonces. Lo destruyó, simplemente... porque se culpa a sí mismo, como dije. ¿Por qué tuvo que discutir con ella? ¿Por qué tuvo que salir del departamento? ¿Por qué tuvo que venir a mi casa? De todos modos, ésa es la historia. Un asesinato, pero sin misterio.

Hubo silencio por unos momentos y luego Halsted dijo:

—¿Te importaría, Mario, si especulamos solamente por... por...?

—¿Solamente para entretenernos? —preguntó Mario—. Por supuesto que no. Adelante, háganlo. Si tienen alguna pregunta trataré de contestarla lo mejor que pueda, pero en lo que se refiere al asesinato mismo no hay nada que decir.

—Tú ves —dijo Halsted un poco embarazado—. Nadie vio a nadie. Sólo se supone que entraron toxicómanos anónimos y la asesinaron. Alguien puede haberla matado por una razón mejor, sabiendo que culparían a algún toxicómano y que él se salvaría. O ella..., quizá.

—¿Quién es ese alguien? —preguntó Mario, escéptico.

—¿No tenía enemigos? ¿No poseía dinero que alguien quisiera robarle? —inquirió a su vez Halsted.

—¿Dinero? Lo que tenía estaba en el banco. Pasó a Alex, por supuesto. Era de él, para comenzar. Todos los bienes los tenían en común.

—¿Y si hubiera sido por celos? —dijo Avalon—. Quizás ella tuviese un amante. O él. Quizás esa fuera la razón de la pelea.

—¿Y que él la haya asesinado? —dijo Gonzalo—. El hecho es que él se hallaba en mi departamento en el momento en que la mataron.

—No necesariamente él. Supongamos que fuera su amante, o la amante de él. Él, porque ella intentara romper la relación. Ella, porque quisiera casarse con tu cuñado.

Mario sacudió la cabeza.

—Marge no era una mujer fatal precisamente. Siempre me sorprendió que lograra atrapar a Alex. En realidad, quizá no lo logró.

—¿Se quejaba Alex de eso? —preguntó Trumbull con repentino interés.

—No, pero tampoco él es lo que se dice un gran amante. Hace tres años que es viudo y podría jurar que no tiene una mujer. Ni un hombre tampoco... antes que imaginen eso.

—Espera —dijo Rubin—, aún no sabes realmente por qué fue la pelea. Dijiste que fue por algo que sucedió en su trabajo. ¿Te contó él lo que había sucedido, en realidad, y simplemente te olvidaste, o nunca te lo dijo?

—No entró en detalles y yo no le pregunté. No era cosa mía.

—Muy bien —dijo Rubin—, ¿qué tal esto? La pelea fue por algo importante en el trabajo. Quizás Alex haya robado cincuenta mil dólares y Marge estuviera enojada, y de ahí la discusión. O, quizá, que Marge lo haya impulsado a robar y él se hubiese arrepentido. O, quizás, que alguien supiese que los cincuenta mil dólares estaban en la casa y que ese alguien la haya matado y se los haya llevado, y Alex no se atreva a mencionarlo.

—¿Quién es ese alguien? —preguntó Gonzalo—. ¿Cuál robo? Alex no es el tipo.

—Me parece haber oído eso antes —entonó Drake.

—Puede ser, pero no es el tipo. Y si lo hubiera hecho, la firma para la que él trabajaba no se habría quedado callada. No tiene sentido.

—¿Y si se tratara de esas peleas internas que ocurren siempre en los edificios de departamentos? —dijo Trumbull—. Ya saben a qué me refiero: esos duelos a muerte entre inquilinos. ¿No habría alguien que la odiara y que finalmente se las cobrara todas juntas?

—¡Diablos, si hubiera habido algo tan serio, yo lo habría sabido! Marge nunca se guardaba esas cosas.

—¿No podría ser un suicidio? —inquirió Drake—. Después de todo, su marido la había dejado. Quizá le dijo que no volvería nunca más y ella se desesperó... y en un arrebato de depresión irracional se mató.

—Es cierto que el arma fue el cuchillo de la cocina —dijo Gonzalo—, pero Marge no era de las que se suicidan. Podía matar a alguien, pero no matarse ella. Además, ¿de dónde aquella lucha y el grito si se hubiese suicidado?

—En primer lugar —prosiguió Drake—, los muebles pudieron haberse caído durante la discusión con su marido. En segundo lugar, ella pudo simular un homicidio para meterlo en complicaciones. “La venganza será mía”, pudo haber pensado la ofendida mujer.

—¡Por favor! —dijo Gonzalo despectivamente—. Marge jamás habría podido hacer eso en toda su vida.

—Mira —dijo Drake—, en realidad uno no conoce mucho a los demás... aunque se trate de su mellizo.

—No vas a hacerme creer eso...

—No sé por qué estamos perdiendo el tiempo —intervino Trumbull—. ¿Por qué no le preguntamos al experto...? ¡Henry!

La expresión de Henry no reflejaba más que un amable interés.

—¿Sí, Sr. Trumbull? —dijo.

—¿Por qué no nos informas? ¿Quién mató a la hermana del Sr. Gonzalo?

Henry alzó las cejas levemente.

—No me considero un experto, Sr. Trumbull, pero debo decir que todas las sugerencias hechas por los caballeros reunidos en esta mesa, incluyendo la suya, son extremadamente improbables. Mi opinión es que la policía está perfectamente en lo cierto, y que si en este caso el marido no lo hizo, entonces fueron los ladrones. Y en esta época, uno debe suponer que esos ladrones hayan sido toxicómanos desesperados por obtener dinero o algo que poder convertir en dinero.

—Me decepcionas, Henry —dijo Trumbull. Henry sonrió ligeramente.

—Está bien —dijo Halsted—. Supongo que será mejor que suspendamos esto, después de haber decidido quién hará de anfitrión la próxima vez. Y me parece que será mejor volver a tener invitados. Este plan mío no funcionó muy bien.

—Siento no haber podido ofrecerles algo mejor, muchachos —dijo Gonzalo.

—No quise decir eso, Mario —se apresuró a decir Halsted.

—Ya lo sé. Bueno, olvidémoslo.

Ya se marchaban, con Gonzalo cerrando la fila, cuando un ligero golpecito en el hombro de éste hizo que se volviera.

—¿Podría verlo en privado, Sr. Gonzalo, sin que los demás lo sepan? —preguntó Henry—. Es bastante importante.

Gonzalo lo miró fijamente un momento y dijo:

—Muy bien, saldré a despedirme de ellos, tomaré un taxi y volveré dentro de un rato.

Al cabo de diez minutos regresó.

—¿Se trata de algo sobre mi hermana, Henry?

—Me temo que sí, señor. Pensé que sería mejor hablar en privado con usted.

—Está bien. Volvamos al comedor. Está vacío, ahora.

—Mejor que no, señor. Todo lo que allí se dice no debe ser repetido afuera y no deseo hablar en secreto. No me importa guardar silencio sobre delitos triviales, pero un asesinato es algo totalmente diferente. Por aquí hay un rincón donde podemos estar.

Fueron juntos al lugar indicado. Era tarde y el restaurante estaba prácticamente vacío.

—Escuché su relato y quisiera su autorización para repetir algunos hechos solamente, para asegurarme de que los entendí bien —dijo Henry en voz baja.

—Por supuesto, adelante.

—Según lo que entendí, un sábado a fines de abril, usted se sintió inquieto y se acostó antes del noticiario de las once.

—Sí, justo antes del noticiario de las once.

—Y no escuchó las noticias.

—Ni siquiera los titulares.

—Y esa noche, aunque no podía dormir, no se levantó. No fue al baño ni a la cocina.

—No, no lo hice.

—Y luego usted se despertó exactamente a la hora en que lo hace siempre.

—Así es.

—Bien; mire usted, Sr. Gonzalo: eso es lo que me molesta. Una persona que se despierta todas las mañanas exactamente a la misma hora, gracias a algún tipo de reloj biológico en su interior, se despierta a una hora equivocada dos veces al año.

—¿Qué?

—Dos veces al año, señor, los relojes comunes son alterados: una vez para adelantarlos, otra para atrasarlos. Pero el ritmo biológico no cambia repentinamente. El último domingo de abril, Sr. Gonzalo, los relojes se adelantan en este Estado. A la una de la madrugada del domingo se los adelanta una hora. Si usted hubiera

escuchado el noticiario de las once le habrían recordado esto. Pero en cambio le dio cuerda a su reloj antes de las once de la noche y no mencionó haberlo ajustado al cambio. Después se acostó y no lo volvió a tocar durante la noche. Cuando usted despertó a las ocho de la mañana, el reloj debió haber marcado las nueve. ¿No es así?

—¡Dios mío! —dijo Gonzalo.

—Usted salió después que la policía llamó y no regresó hasta varios días más tarde. Cuando usted volvió, el reloj se había detenido, por supuesto. Usted no tenía cómo saber que estaba atrasado en una hora cuando se paró. Usted lo puso a la hora correcta y nunca supo la diferencia.

—Nunca pensé en eso, pero tiene toda la razón.

—La policía debió de pensar, pero es muy común en estos días descartar los crímenes de violencia habituales como obras de toxicómanos. Usted le proporcionó la coartada a su cuñado y ellos siguieron el camino más fácil.

—¿Quieres decir que él...?

—Es posible, señor. Habrán luchado y él la mató a las nueve de la mañana, como indican las declaraciones de los vecinos. Dudo que haya sido premeditado. Entonces, en su desesperación, debe de haber pensado en usted... y fue bastante astuto de su parte. Lo llamó y le preguntó qué hora era. Cuando usted dijo “las ocho y nueve minutos”, él se dio cuenta de que usted no había adelantado el reloj y se apresuró a ir hasta allá. Si usted hubiera dicho las nueve y nueve, habría tratado de salir de la ciudad.

—Pero Henry, ¿por qué lo habrá hecho?

—Es difícil decirlo en las parejas casadas, señor. Su hermana pudo haber tenido aspiraciones demasiado altas. Usted dijo que ella desaprobaba su modo de vida, por ejemplo, y probablemente lo demostraba, lo suficiente por lo menos como para que usted no la quisiera mucho. Debe de haber desaprobado la vida de su marido, también, tal como él era antes de casarse con ella. Él no tenía rumbo fijo, por lo que usted dijo. Ella hizo de él un empleado respetable y trabajador, y es posible que a él no le haya gustado eso. Cuando por fin explotó y la mató, volvió a su antigua vida. Usted cree que lo hace por desesperación, pero puede ser que no sienta más que alivio.

—Bueno... ¿Qué hacemos?

—No sé, señor. Sería algo difícil de probar. ¿Podría usted recordar, realmente, después de tres años, si adelantó el reloj o no? Un buen abogado defensor podría hacerlo pedazos. Por otro lado, puede ser que su cuñado no resista y confiese si usted lo enfrenta. Usted tendrá que decidir si recurre a la policía o no.

—¿Yo? —dijo Gonzalo dubitativamente.

—Era su hermana, señor —dijo Henry suavemente.



## El factor más evidente (1973)

---

“The Obvious Factor”

Thomas Trumbull echó una mirada alrededor de la mesa y dijo con cierta satisfacción:

—Bien, por lo menos SU retrato no pasará al olvido, Voss. Nuestro artista residente no se encuentra aquí... ¡Henry!

—No, señor —repuso éste tranquilamente. Geoffrey Avalon iba por la mitad de su segunda copa, y mientras la agitaba distraídamente dijo:

—Después de la historia del asesinato de su hermana, pudiera ser que...

Sin completar la frase puso su copa cuidadosamente frente al asiento que iba a ocupar. El banquete mensual de los Viudos Negros estaba apunto de comenzar.

Trumbull, quien oficiaba de anfitrión, ocupó el sillón ala cabecera de la mesa y dijo:

—¿Conoces ya los nombres de todos, Voss? A mi izquierda está James Drake. Es químico, pero sabe más de literatura barata que de química, lo que no es mucho. Después, Geoffrey Avalon —un abogado que nunca pisó la sala de los tribunales—; Emmanuel Rubin —que suele escribir entre conversación y conversación, es decir casi nunca—, y Roger Halsted... Roger, ¿no nos harás sufrir con una de tus estrofas esta noche, o sí?

—¿Una estrofa? —dijo el invitado de Trumbull, hablando por primera vez. Era una voz agradable, aguda y sin embargo rica en inflexiones, que pronunciaba las consonantes cuidadosamente. Usaba una barba blanca, recortada elegantemente, que le cubría el mentón y las mejillas, y su cabello era blanco, también. Un rostro juvenil brillaba en medio de esa barrera blanca—. ¿Un poeta, entonces?

—¡Poeta! —resopló Trumbull—. Ni siquiera un matemático, que es lo que él afirma ser. Insiste en escribir una quintilla por cada canto de la *Ilíada*.

—Y de la Odisea —agregó Halsted con voz tímida y apresurada—. Sí, tengo mi nueva estrofa.

—¡Muy bien! La petición no ha lugar —dijo Trumbull—. No la podrás leer. Es mi privilegio como anfitrión.

—¡Oh, por amor de Dios! —rogó Avalon mientras la desilusión se pintaba en su rostro fino y bien conservado—. Déjenlo recitar al pobrecito. Le lleva sólo treinta segundos y yo lo encuentro divertido.

Trumbull hizo como si no lo hubiese oído.

—¿Todos ustedes conocen a mi invitado? El Dr. Voss Eldridge. Es doctor en filosofía. También Drake lo es, Voss, aunque todos nosotros somos doctores por el hecho de ser miembros de los Viudos Negros.

Alzando su copa, recitó el brindis ritual al Viejo King Cole y la comida dio

comienzo oficialmente.

Halsted, quien había estado susurrando algo en el oído de Drake, le alcanzó un papel. Drake se levantó y recitó:

*Entonces un licio con acierto raro  
dispara una flecha por Zeus enviada.  
¿Quién confiará en los Troyanos  
si la astucia traidora de Pándaro<sup>[26]</sup>  
da fin a la tregua recién proclamada?*

—¡Maldición! —exclamó Trumbull—. Ordené que no se leyera.

—Que yo no la leyera —dijo Halsted—. La leyó Drake.

—Es una desilusión no tener a Mario aquí —dijo Avalon—. Preguntaría qué significa.

—Adelante, Jeff —dijo Rubin—. Fingiré que no entiendo y tú me explicas.

Pero Avalon mantuvo un silencio digno mientras Henry servía la entrada y Rubin la miraba fijamente con su habitual desconfianza.

—Detesto las cosas que están tan molidas y nadando en salsa que no se puede saber de qué están hechas —dijo.

—Creo que lo hallará muy sano —dijo Henry.

—Y ya conoces la honradez de Henry —intervino Drake—. Si él dice que es sano, no le haría mal a una mosca.

—Pruébalo; te va a gustar —dijo Avalon.

Rubin lo probó, pero por su expresión no dio señales de aprobar. Según notaron más tarde, sin embargo, no había dejado nada en el plato.

—¿Hay necesidad de explicar esos versos, Dr. Avalon? ¿Tienen un doble sentido? —preguntó el Dr. Eldridge.

—No, en absoluto; y, por favor, no me llame doctor. Eso es sólo para las ocasiones formales, aunque es muy amable de su parte respetar la idiosincrasia del club. Es sólo que Mario nunca leyó la *Ilíada*; pocos lo hacen en la actualidad.

—Pándaro, según recuerdo, era un mensajero, un intermediario, y de ahí viene el verbo “alcahuetar”. Supongo que esa es “la astucia traidora” que usted menciona en su quintilla.

—¡Oh, no, no! —dijo Avalon, sin conseguir ocultar su deleite—. Usted se refiere al cuento medieval que Shakespeare escribió sobre Troilo y Cresida. En esa obra, Pándaro era un mediador. En la *Ilíada* era simplemente un arquero licio que le disparó a Menelao durante una tregua. Esa fue la astucia traidora. Muere en el próximo libro a manos de Diomedes, un guerrero griego.

—¡Oh! —dijo Eldridge, sonriendo débilmente—. Es fácil equivocarse, ¿no es cierto?

—Sólo si uno se fija —dijo Rubin, pero no pudo evitar una sonrisa cuando llegó el asado. En eso no había equivocación posible respecto a la naturaleza de los ingredientes. Enmantequilló un bollo y lo comió lentamente como dándose tiempo para contemplar la belleza de la carne.

—En realidad —dijo Halsted—, hemos solucionado más de un misterio en las últimas reuniones. Lo hemos hecho bastante bien.

—Lo hicimos pésimamente —dijo Trumbull—. Henry es quien lo hizo bien.

—Cuando digo “nosotros” incluyo a Henry —dijo Halsted, sonrojándose.

—¿Henry? —preguntó Eldridge.

—Nuestro estimado mozo —dijo Trumbull— y miembro honorario de los Viudos Negros.

Henry, que estaba llenando las copas de agua, dijo:

—Sus palabras son un gran honor para mí, señor.

—¡Qué honor ni qué nada! Yo no vendría a ninguna de las reuniones si usted no sirviera la mesa, Henry.

—Muy amable de su parte, señor.

Eldridge permaneció callado y pensativo de ahí en adelante, mientras seguía el hilo de la conversación que, como siempre, aumentaba gradualmente. Drake estaba haciendo cierta intrincada diferenciación entre el Agente Secreto X y el Operador 5, y Rubin —por alguna razón que sólo él conocía— se la discutía.

Drake, que nunca alzaba su voz levemente ronca, dijo:

—El Operador 5 puede haber usado disfraces. No voy a negar eso. Pero “el hombre de las mil caras” era el Agente Secreto X, sin embargo. Puedo enviarte una copia Xerox de la página de una revista de mi biblioteca para probártelo —dijo, y lo anotó en su agenda.

Rubin, oliendo su derrota, cambió su posición en seguida.

—El disfraz, como tal, no existe, de todos modos. Hay un millón de cosas que nadie puede disfrazar: la idiosincrasia de la postura, del modo de caminar, de la voz; un millón de hábitos que uno no puede cambiar porque ni siquiera sabe que los tiene. El disfraz funciona sólo porque nadie mira.

—La gente se engaña a sí misma, en otras palabras —dijo Eldridge interrumpiendo.

—Totalmente —dijo Rubin—. La gente quiere engañarse.

Se sirvió el postre helado y no mucho después Trumbull golpeó su copa de agua con una cuchara.

—Ha llegado el momento de la Inquisición —dijo—. Como Gran Inquisidor cedo mi puesto, ya que soy el anfitrión. Manny, ¿quieres hacer los honores del caso?

—Dr. Eldridge, ¿cómo justifica su existencia? —preguntó Rubin de inmediato.

—Por el hecho de trabajar para distinguir la verdad del error.

—¿Considera que tiene éxito en eso?

—No tan a menudo como quisiera, quizá. Pero, sin embargo, lo mismo que la mayoría. Distinguir la verdad del error es un deseo común; todos intentan hacerlo. Mi interpretación de la hazaña de Pándaro en los versos de Halsted fue errónea y Avalon me corrigió. Usted afirmó que el concepto común sobre el disfraz es erróneo y lo corrigió. Cuando encuentro un error, intento corregirlo si puedo. No siempre es fácil.

—¿En qué forma se expresa esa corrección de lo erróneo, Eldridge? ¿Cómo describiría usted su profesión?

—Soy profesor de Psicología Anormal —dijo Eldridge.

—¿Dónde...? —comenzó a decir Rubin, pero Avalon lo interrumpió con su voz profunda.

—Un momento, Manny. Lo siento, pero esto me huele a una evasiva. Le preguntaste al Dr. Eldridge por su profesión y él te contestó con un título... ¿Qué es lo que usted hace, Dr. Eldridge, para ocupar la mayor parte de su tiempo?

—Investigo fenómenos parapsicológicos —dijo Eldridge.

—¡Dios mío! —musitó Drake, y apagó su cigarrillo.

—¿No merece su aprobación, señor? —inquirió Eldridge, pero no se veía en él ninguna señal de molestia. Luego se volvió hacia Henry y agregó con perfecta calma —: No, gracias. No quiero más café.

Henry se volvió hacia Rubin, quien sostenía su taza en el aire para mostrar que estaba vacía.

—No es cuestión de aprobar o desaprobado —dijo Drake—. Creo que está perdiendo el tiempo.

—¿De qué manera?

—¿Usted investiga la telepatía, la precognición, cosas por el estilo?

—Sí. Y fantasmas y fenómenos espirituales, también.

—Muy bien. ¿Alguna vez se encontró con algo que no pudiera explicar?

—¿Explicar de qué modo? Podría explicar un fantasma diciendo: “Sí, ése es un fantasma”. Supongo que no es eso lo que quiere usted decir.

Rubin lo interrumpió.

—Detesto estar de parte de Drake, ahora; pero él quiere decir, como usted bien sabe, si alguna vez se ha encontrado con algún fenómeno que no pudiera explicar con las prosaicas leyes científicas aceptadas.

—Me he encontrado con muchos fenómenos de ese tipo.

—¿Que usted no podía explicarse? —preguntó Halsted.

—Que no podía explicarme. No pasa un mes sin que aparezca algo sobre mi escritorio que no puedo explicar —dijo Eldridge, asintiendo con la cabeza amablemente.

Hubo un corto silencio de desaprobación palpable y luego Avalon dijo:

—¿Quiere decir con eso que creen en tales fenómenos psíquicos?

—Si lo que usted quiere decir es si yo creo que suceden cosas que violan las leyes de la física... ¡No! Si yo creo, sin embargo, que conozco todo lo que puede saberse sobre las leyes de la física, también no. Y si yo creo que alguien sabe todo lo que puede saberse sobre las leyes de la física, no, por tercera vez.

—Esa es una evasiva —dijo Drake—. ¿Tiene usted alguna evidencia de que exista la telepatía, por ejemplo, y que las leyes de la física, tal como están actualmente aceptadas, tengan que ser modificadas de acuerdo con ella?

—No estoy preparado para afirmar tanto. Bien sé que incluso en las historias más minuciosas hay equivocaciones de buena fe, exageraciones, malas interpretaciones, mentiras deliberadas. Y, sin embargo, aun teniendo en cuenta todo esto, me encuentro con incidentes que no puedo permitirme descartar —Eldridge sacudió la cabeza y continuó—: No es fácil el trabajo que yo hago. Existen algunos incidentes para los cuales ninguna de las explicaciones normales parece servir; en los que la evidencia de algo totalmente fuera de las leyes conocidas que gobiernan el universo parece irrefutable. Parecería que debo aceptarlo... y, sin embargo, dudo. ¿Es posible que esté frente a una mentira tan hábilmente urdida, aun error tan diestramente escondido, que tome por un hecho lo que no es más que tontería? Puedo engañarme, tal como Rubin señaló.

—Manny diría que usted quiere engañarse —dijo Trumbull.

—Quizá quiera. Todos deseamos que algunas cosas insólitas sean realidad. Deseamos poder formular deseos y que se nos concedan, tener extraños poderes, ser irresistibles para las mujeres... y para nuestros adentros conspiramos para creer en tales cosas, por mucho que defendamos la más absoluta racionalidad.

—Yo no —dijo Rubin decididamente—. Nunca me he engañado a mí mismo en mi vida.

—¿No? —preguntó Eldridge, y lo miró pensativamente—. ¿Supongo que se negará entonces a creer en la existencia real de los fenómenos parapsicológicos bajo cualquier circunstancia?

—Yo no diría eso —dijo Rubin—, pero necesitaría algunas evidencias bastante buenas; mejores que las que hasta el momento me han presentado.

—¿Y el resto de ustedes, caballeros?

—Somos todos racionalistas —dijo Drake—. No sé si Mario también, pero él no está aquí esta noche.

—¿Tú también, Tom?

La cara de Trumbull, llena de surcos, se abrió en una torva sonrisa.

—Nunca me han convencido tus cuentos, Voss. No creo que puedan convencerme ahora.

—Nunca te conté cuentos que me convencieran a mí, Tom... Pero ahora tengo

uno, algo que nunca te conté y que nadie conoce fuera de mi departamento de investigaciones. Puedo contarlo, y si descubren alguna explicación que no requiera un cambio de la visión científica fundamental sobre el universo, me sentiré muy aliviado.

—¿Una historia de fantasmas? —dijo Eldridge—. Es simplemente una historia que desafía el principio de causa y efecto, la piedra angular sobre la que reposa toda la ciencia. Para decirlo de otro modo, desafía el concepto del transcurso irreversible del tiempo.

—En realidad —dijo Rubin en seguida— es bastante posible, en el nivel subatómico, considerar al tiempo en ambas...

—¡Cállate, Manny —dijo Trumbull—, y deja hablar a Voss!

Silenciosamente, Henry había colocado el coñac frente a cada uno de los comensales. Eldridge tomó su copa distraídamente y la olió. Luego hizo un gesto de asentimiento en dirección a Henry, quien le devolvió una leve sonrisa de cortesía.

—Es extraño —dijo Eldridge—, pero muchos de los que afirman tener poderes extraños —o que hacen que otros lo afirmen por ellos—, son mujeres jóvenes que no poseen una educación especial, ninguna presencia, ninguna inteligencia en particular. Es como si la existencia de un talento especial hubiera consumido lo que de otro modo estaría distribuido entre las facetas más comunes de la personalidad. Quizá sea más notorio precisamente en las mujeres. Pero, sea como fuere, voy a referirme a alguien a quien por el momento llamaré Mary a secas. Comprenderán que éste no es su nombre verdadero. La mujer está todavía bajo investigación y sería fatal, en mi opinión, llamar la atención sobre el caso. ¿Me entienden?

Trumbull frunció el ceño con severidad.

—Vamos, Voss, ya sabes que te dije que nada de lo que aquí se dice se repite fuera de los límites de estas paredes. No necesitas cuidarte.

—Suelen suceder accidentes —dijo Eldridge tranquilamente—. Pero, permítanme volver a Mary. Nunca terminó la escuela primaria y el poco dinero que ha podido ganar lo ha hecho trabajando detrás del mostrador de una tienda de autoservicio. No es atractiva y nadie podría raptarla del mostrador, lo que quizá sea preferible, ya que es útil allí y trabaja bien. Puede ser que ustedes no piensen así, dado que no es capaz de sumar correctamente. Además le asaltan dolores de cabeza que no le permiten hacer nada y durante los cuales suele sentarse en un cuarto posterior y molestar a las otras empleadas musitando para sí cosas sin sentido y, en cierto modo, malignas. Sin embargo, la tienda no la dejaría ir por nada del mundo.

—¿Por qué no? —preguntó Rubin parapetándose a ojos vistas en su escepticismo a cada momento.

—Porque ella percibe a los rateros de tiendas, los cuales, como ustedes saben, en estos tiempos causan enormes pérdidas por medio de miles de pequeños robos. No es

que Mary sea de algún modo hábil o que tenga un ojo especial o los persiga incansablemente. Simplemente reconoce al ratero, sea hombre o mujer, cuando entra en la tienda, aunque nunca haya visto a la persona y aunque en realidad no la vea entrar siquiera. Al principio los seguía personalmente breves instantes, y luego se ponía histérica y comenzaba sus balbuceos. El gerente de la tienda terminó por relacionar las dos cosas: la conducta característica de Mary y los robos en la tienda. Comenzó a observar primero a uno, luego al otro y no le llevó mucho tiempo descubrir que ella nunca se equivocaba. Las pérdidas se redujeron rápidamente casi a cero en esa tienda, a pesar de hallarse en un barrio de mala reputación. El gerente, por supuesto, recibió felicitaciones. Probablemente haya sido él el responsable de que nadie supiera la verdad, por miedo a que le quitaran a Mary. Pero creo que luego terminó por asustarse. Mary señaló a un ratero que no era ratero, pero que más tarde apareció mezclado en un incidente con armas de fuego. El gerente había leído algo sobre el trabajo que mi departamento desarrolla y acudió a nosotros. Terminó por traernos a Mary. Logramos que ella viniera regularmente a la universidad. Le pagamos, por supuesto. No mucho, pero tampoco pedía mucho. Era una chica más bien desagradable, nada brillante, de casi veinte años, recelosa de hablar y describir lo que le pasaba por la mente. Supongo que durante toda su infancia le habían sacado sus rarezas a golpes y había aprendido a ser cauta.

—¿Nos quiere decir que tiene el don de la precognición? —preguntó Drake.

—Dado que precognición es el término latino que significa “ver cosas antes que sucedan”, y ya que ella ve cosas antes que sucedan, ¿cómo hacer para describirlo de otro modo? Ella ve solamente cosas desagradables, cosas que la trastornan o la asustan, lo que, según me imagino, debe de hacer que su vida sea un infierno. Es esa cualidad de ponerse alterada o de sentir miedo la que rompe la barrera del tiempo.

—Examinemos nuestras condiciones básicas —expresó Halsted—. ¿Qué es lo que presiente? ¿A qué distancia en el tiempo ve cosas? ¿A qué distancia en el espacio?

—Nunca pudimos lograr que hiciera mucho por nosotros —dijo Eldridge—. No puede utilizar sus facultades a voluntad y con nosotros nunca pudo relajarse. Por lo que el gerente nos contó, y por lo que pudimos averiguar, parecería que nunca puede detectar algo con más de algunos minutos de anterioridad. Media hora o una hora, cuando mucho.

Rubin resopló.

—Unos pocos minutos —dijo Eldridge amablemente— son tan válidos como un siglo. El principio es el mismo. Rompen con la ley de causa y efecto y revierten el decurso del tiempo. Y en cuanto al espacio, parece no haber límites. Según ella lo describió cuando pude lograr que dijera algo, y según lo que yo interpreté por sus palabras torpes e incoherentes, el trasfondo de su mente es una constante fluctuación

de formas aterradoras. De vez en cuando eso se ilumina como por el resplandor de un relámpago y ella ve, o toma conciencia. Ve más claramente lo que está cerca o lo que le preocupa más: los robos en la tienda, por ejemplo. Ocasionalmente, sin embargo, ve lo que está sucediendo más lejos. Mientras más grande el desastre, más lejos puede ver. Sospecho que sería capaz de detectar una bomba nuclear que se prepara a explotar en cualquier parte del mundo.

—Me imagino que ella habla en forma incoherente —intervino Rubin— y que usted completa el resto. La historia está llena de profetas en trance cuyos balbuceos son interpretados como sabiduría.

—Conuerdo con eso —dijo Eldridge— y no presto atención, por lo menos no mucha, a lo que no está claro. Ni siquiera les otorgo mucha importancia a sus hazañas con los rateros. Tal vez sea lo suficientemente sensible como para detectar la forma característica en que los rateros miran y se paran, alguna aura, algún olor... Es decir las cosas a las que usted se refería, Rubin, cuando mencionó cosas que no pueden disfrazarse. Pero...

—¿Pero? —lo apremió Halsted.

—Un momento —dijo Eldridge—. ¿Eh, Henry! ¿Podría servirme un poco de café, después de todo?

—Por supuesto —dijo Henry. Eldridge observó cómo el café llenaba la taza.

—¿Cuál es su actitud frente a los fenómenos psíquicos, Henry?

—No tengo una actitud general, señor —admitió Henry—. Acepto lo que me parece que debo aceptar.

—¡Bien! —dijo Eldridge—. Confiaré en usted y no en estos racionalistas llenos de prejuicios que tengo aquí.

—Continúe, entonces —dijo Drake—. Usted se detuvo justo en el momento culminante para despistarnos.

—¡Jamás! —dijo Eldridge—. Estaba diciendo que no tomaba a Mary seriamente, hasta que un día, de pronto, comenzó a retorcerse, a jadear ya musitar por lo bajo. Hace eso de vez en cuando, pero en esa ocasión susurraba: “¡Eldridge! ¡Eldridge!”, y la palabra se hacía cada vez más aguda. Supuse que me estaba llamando, pero no. Cuando le contesté, me ignoró. Una vez tras otra; lo mismo, “¡Eldridge! ¡Eldridge!” Entonces comenzó a gritar “¡Fuego! ¡Oh, Dios mío! ¡Se está quemando! ¡Socorro! ¡Eldridge! ¡Eldridge!”, repetidas veces, con todo tipo de variaciones. Estuvo así durante media hora. Intentamos ver si tenía algún sentido. Le hablábamos en voz baja, por supuesto, porque no queríamos entrometernos más de lo necesario, pero le repetíamos, “¿Dónde? ¿Dónde?”. En forma bastante incoherente y fragmentaria nos dijo lo suficiente como para hacernos suponer que era en San Francisco, lugar que, obvio es decirlo, está a tres mil millas de distancia. En un espasmo comenzó a farfullar “Golden Gate” con insistencia, y sabido es que sólo hay un puente llamado



Golden Gate. Más tarde supimos que jamás había oído hablar de Golden Gate y que tenía una vaga noción sobre la existencia de San Francisco. Cuando establecimos la relación entre todo eso, supimos que se trataba de un viejo edificio de departamentos, situado en un lugar de San Francisco, quizá visible desde el puente, que estaba en llamas. Un total de veintitrés personas se encontraban adentro en el momento de producirse el incendio y, de ésta, cinco no escaparon. Entre los cinco muertos había un niño.

—Y entonces ustedes averiguaron y descubrieron que había habido un incendio en San Francisco y que habían muerto cinco personas, incluyendo un niño —dijo Halsted.

—Así es —convino Eldridge—. Pero lo que me sorprende es esto: uno de los muertos fue una mujer, Sophronia Latimer. Había logrado escapar, pero al advertir que su chico de ocho años no estaba con ella, regresó corriendo como enloquecida a la casa, clamando por su hijo, y nunca más volvió a salir. El nombre del niño era Eldridge de modo que pueden ustedes imaginar qué es lo que ella gritó durante diez minutos, antes de morir. Eldridge es un nombre muy poco común —huelga decirlo—, y mi impresión es que Mary captó ese suceso en particular, a pesar de que tuvo lugar a tanta distancia, simplemente porque estaba ya sensibilizada por el nombre a través de su contacto conmigo y porque el hecho estaba rodeado de tanto sufrimiento.

—¿Usted desea una explicación, no es así? —preguntó Rubin.

—Por supuesto —dijo Eldridge—. ¿Cómo esa chica ignorante pudo ver un incendio con todos sus detalles, no equivocarse en ninguno de los hechos —y créanme que verificamos cada uno de ellos— y todo esto a tres mil millas de distancia?

—¿Por qué le impresionan tanto las tres mil millas? —inquirió Rubin—. En estos tiempos no significan nada: es la sexta parte de un segundo a la velocidad de la luz. Mi conclusión es que ella oyó la historia por radio o televisión —más probablemente en esta última— y se la transmitió a usted. Por eso eligió esa historia: debido al nombre Eldridge. Supuso que produciría efecto mayor en usted.

—¿Por qué? —preguntó Eldridge—. ¿Por qué habría ella de urdir esa farsa?

—¿Por qué? —La voz de Rubin se desvaneció momentáneamente como si la sorpresa fuera más fuerte que todo, pero luego gritó—: ¡Dios mío, con los años que hace que trata con esa gente y no se da cuenta de las ganas que tienen de inventar historias! ¿No cree usted que se siente una sensación de poder al urdir una buena farsa? Y hay dinero, también, no lo olvide.

Eldridge lo pensó un momento y luego sacudió la cabeza.

—Ella —dijo— no posee la inteligencia suficiente como para fraguar todo eso. Para tramar una farsa se necesita algo de materia gris. Para que sea una buena farsa, al menos.

—Escucha un poco. Voss. —interrumpió Trumbull—. No hay ninguna razón para suponer que ella esté sola en esto. Es posible que haya un cómplice. Ella pone la histeria, él las ideas.

—¿Quién podría ser ese cómplice? —preguntó Eldridge con calma.

Trumbull se encogió de hombros.

—No sé.

Avalon se aclaró la garganta y dijo:

—Concuerdo con Tom en eso, y mi impresión es que el cómplice es el gerente de la tienda. Él notó su habilidad con los rateros y pensó que podría utilizarla para algo más espectacular. Apuesto a que es eso. Él se enteró del incendio por la televisión, captó el nombre Eldridge y la aleccionó.

—¿Cuánto podría llevar aleccionarla? —inquirió Eldridge—. Insisto en advertirles que ella no es muy despierta...

—Aleccionarla no sería muy difícil —dijo Rubin rápidamente—. Usted dijo que hablaba en forma incoherente. Él pudo haberle enseñado unas pocas palabras claves: Eldridge, incendio, Golden Gate, etcétera. Luego ella las repitió al azar, con ciertas variaciones, y ustedes, inteligentes parapsicólogos, hicieron el resto.

—Bastante interesante —admitió Eldridge—, excepto que no hubo tiempo para adiestrar a la chica. En eso reside justamente la precognición. Conocemos la hora exacta en que ella tuvo su ataque y sabemos la hora exacta en que estalló el incendio en San Francisco. Sucede, justamente, que el incendio comenzó casi un minuto después del ataque de Mary. Fue como si una vez comenzado el incendio realmente, dejara de ser un asunto de precognición, y Mary perdiera contacto. De modo que ustedes comprenderán que no pudo haber adiestramiento alguno. La noticia no llegó a la televisión hasta esa tarde. Fue entonces cuando nosotros lo supimos y comenzamos nuestra investigación.

—Un momento —prorrumpió Halsted—. ¿Y la diferencia de hora? Hay una diferencia de tres horas entre Nueva York y San Francisco, y un cómplice en San Francisco...

—¿Un cómplice en San Francisco? —repitió Eldridge abriendo mucho los ojos y mirándolo fijamente.

—¿Sugiere que se trata de una conspiración nacional? Además, créame, yo conozco la diferencia de hora, también. Cuando dije que el incendio comenzó justamente cuando Mary terminaba, quise decir teniendo en cuenta la diferencia horaria. El ataque de Mary comenzó exactamente a la una y cuarto de la tarde, hora de la costa Atlántica y el incendio en San Francisco comenzó alrededor de las diez y cuarenta y cinco de la mañana, hora de la costa del Pacífico.

—Tengo una sugerencia —intervino Drake.

—Adelante —dijo Eldridge.

—Es una chica sin educación y no muy inteligente —usted lo ha repetido varias veces—, que ha tenido un ataque, un ataque epiléptico, por lo que veo.

—No —dijo Eldridge firmemente.

—Está bien; un ataque profético, si prefiere. Susurró, farfulló, gritó, hizo cualquier cosa excepto hablar claramente. Emitió sonidos que usted interpretó y a los que usted dio sentido. Si a usted se le hubiera ocurrido oírle decir algo como “bomba atómica”, entonces la palabra que interpretó como “Eldridge” se habría transformado en “Oak Ridge”, por ejemplo.

—¿Y San Francisco?

—Puede ser que usted haya oído “no resisto” y lo haya trocado en eso otro, de algún modo.

—No está mal —dijo Eldridge—. Excepto el hecho de que nosotros ya sabemos que es difícil entender algunos de esos trances y somos lo suficientemente inteligentes como para hacer uso de la tecnología moderna. Es práctica de rutina grabar todas nuestras sesiones, de modo que tenemos grabada ésa. La hemos escuchado varias veces y no existe duda de que ella dijo “Eldridge” y no “Oak Ridge”, “San Francisco” y no “no resisto”. Hemos hecho que diferentes personas la escuchen y todas concuerdan en eso. Además, por lo que sabemos, tuvimos todos los detalles del incendio antes de conocer los hechos. No tuvimos que modificar nada posteriormente. Todo coincide exactamente.

Hubo un largo silencio en la mesa.

—Bueno, asunto concluido —dijo finalmente Eldridge—. Mary predijo el incendio a tres mil millas de distancia, con media hora de anticipación, y vio todos los hechos tal como sucedieron.

—¿Usted lo acepta? ¿Cree que es precognición? —inquirió Drake, incómodo.

—Intento no hacerlo —dijo Eldridge—. Pero, ¿por qué razón podría dejar de creerlo? No quiero engañarme creyéndolo, pero ¿qué otra posibilidad tengo? ¿En qué momento me engañaría, entonces? Si no fue precognición, ¿qué fue? Pensé que quizás alguno de ustedes pudiera ayudarme, caballeros.

Nuevamente un silencio.

—Mi situación es tal —continuó Eldridge— que debo referirme al gran precepto de Sherlock Holmes: “Cuando lo imposible ha sido eliminado, lo que resta, sea lo que fuere, y por muy improbable que parezca, es la verdad”. En este caso, si cualquier tipo de simulación es imposible, la precognición debe ser la verdad. ¿No están de acuerdo?

El silencio se tornó más pesado que antes, hasta que Trumbull gritó:

—¡Maldición! Henry se está riendo. Nadie le pidió a él, todavía, que explicara esto. ¿Y, Henry?

Henry tosió.

—No debí haber sonreído, señores, pero no pude evitarlo cuando el profesor Eldridge recurrió a esa cita. Parece la última evidencia que faltaba para demostrar que ustedes, señores, quieren creer.

—¡Qué vamos a querer! —protestó Rubin, frunciendo el ceño.

—Si así fuese les habría venido seguramente a la memoria una cita del presidente Thomas Jefferson.

—¿Qué cita? —preguntó Halsted.

—Me imagino que el Sr. Rubin la conoce —dijo Henry.

—Probablemente, Henry, pero en este momento no puedo pensar en ninguna que sea apropiada. ¿Está en la Declaración de la Independencia?

—No, señor —comenzó Henry, cuando Trumbull los interrumpió con un bufido.

—No juguemos a preguntas y respuestas, Manny. Continúe, Henry. ¿A qué quiere llegar?

—Bueno, señor; decir que cuando lo imposible ha sido eliminado, lo que resta, sea lo que fuere y por muy improbable que parezca, es la verdad, es suponer, generalmente sin fundamento, que todo lo que debía ser considerado ha sido realmente considerado. Supongamos que hayamos considerado diez factores. Nueve son claramente imposibles. ¿Resulta entonces que el décimo, por muy improbable que sea, es el verdadero? ¿Qué pasaría si hubiera un undécimo factor, y un duodécimo y un decimotercero...?

—¿Quieres decir que hay un factor que no hemos considerado? —preguntó Avalon gravemente.

—Me temo que sí, señor —asintió Henry.

—No tengo la menor idea de cuál pueda ser —confesó Avalon.

—Y sin embargo es un factor evidente, señor; el más evidente.

—¿Cuál es, entonces? —demandó Halsted visiblemente molesto—. ¡Al grano!

—Para comenzar —dijo Henry—, es evidente que la habilidad de la joven para predecir, tal como aquí se dijo, los detalles de un incendio a tres mil millas de distancia, no puede explicarse sino como precognición. Pero supongamos que la precognición también sea considerada imposible. En ese caso...

Rubin se puso de pie, con la barba erizada y mirando fijamente con sus ojos agrandados por los gruesos lentes de aumento.

—¡Por supuesto! El incendio fue premeditado. La mujer pudo haber sido aleccionada durante semanas enteras. El cómplice viaja a San Francisco y hacen coincidir todo. Ella predice algo que sabe que sucederá. Él causa algo que sabe que ella predecirá.

—¿Usted sugiere, señor, que un cómplice habría planeado deliberadamente matar a cinco personas, entre ellas aun chico de ocho años? —preguntó Henry.

—No confíes en la virtud de la humanidad, Henry —dijo Rubin—. Tú eres el que

mejor percibe su maldad.

—Las maldades menores, señor, las que la mayoría de la gente pasa por alto. Encuentro difícil que alguien se proponga con toda premeditación un horrible asesinato masivo con el fin de dejar establecido un elaborado caso de precognición. Además, planificar un incendio en el que dieciocho de veintitrés personas escapan y en el que exactamente cinco personas mueren, requiere cierto grado de precognición de por sí.

Rubin se volvió, porfiado.

—Es fácil imaginar algunas maneras de atrapar a cinco personas: atascando una cerradura con un pedazo de cartón...

—¡Señores! —dijo Eldridge en tono perentorio, y todos se volvieron a mirarlo—. No les he dicho la causa del incendio. —Esperó a que todos le escucharan y enseguida continuó—: Fue un rayo. No veo cómo la caída de un rayo pueda planificarse para que caiga a una hora fija. —Extendió las manos en señal de impotencia—. Les repito que he estado luchando con esto durante semanas. No quiero aceptar que sea precognición, pero... Supongo que esto destruye su teoría, Henry.

—Por el contrario, profesor Eldridge, la confirma y la refuerza. Desde que usted comenzó a contarnos la historia de Mary y el incendio, cada palabra suya ha indicado que la idea de una farsa es imposible y que se trata de precognición. Pero si esta última es imposible, por necesidad se deduce, profesor, que usted ha estado mintiendo.

Avalon fue el que gritó más alto, pero no hubo un solo Viudo Negro que no exclamara “¡Henry!”

Pero Eldridge, echado hacia atrás, se reía.

—Por supuesto que estaba mintiendo. Desde el principio hasta el final. Quería ver si todos ustedes, los racionalistas, estaban tan ansiosos de aceptar los fenómenos parapsicológicos que pasaran por alto lo obvio antes de estropear la diversión. ¿Cómo me descubrió, Henry?

—Era una posibilidad desde el principio, señor, que se hizo más patente a medida que usted eliminaba una solución inventando más información. Cuando mencionó lo del rayo terminé de convencerme. Era: lo suficientemente importante como para haberlo mencionado al comienzo. Decirlo sólo al final era clara señal de que usted lo había inventado en el momento para eliminar la última esperanza.

—Pero ¿por qué era una posibilidad desde el comienzo, Henry? —preguntó Eldridge—. ¿Tengo la apariencia de ser un mentiroso? ¿Puede detectar a los mentirosos, así como Mary detectaba a los rateros en mi historia?

—Porque ésa es siempre una posibilidad que hay que tener en cuenta y de la que hay que cuidarse. Aquí es donde viene a cuento el comentario del presidente

Jefferson.

—¿Cuál es?

—En 1807, el profesor Benjamín Silliman, de la Universidad de Yale, informó haber visto caer un meteorito en una época en que la existencia de los meteoritos no era aceptada por los científicos. Thomas Jefferson, racionalista de enorme talento y viveza, al oír el informe dijo: “Más fácil me resultaría creer que un profesor sureño pueda mentir que una piedra pueda caer del cielo”.

—Sí —dijo Avalon de inmediato—, pero Jefferson estaba equivocado. Silliman no mentía y las piedras caen del cielo.

—Exactamente, Sr. Avalon —admitió Henry imperturbable—. Es por eso que recuerdo esta cita. Pero considerando la gran cantidad de veces que se cuentan cosas imposibles, y las pocas veces que al final se han comprobado como posibles, tuve la impresión de que las posibilidades estadísticas estaban a mi favor.

## No apuntes con el dedo (1973)

---

“The Pointing Finger”

El banquete de los Viudos Negros fue más bien tranquilo hasta que Rubin y Trumbull tuvieron una violenta disputa.

Mario Gonzalo había sido el primero en llegar, deprimido y turbado por algo que parecía agobiarlo.

Henry todavía estaba poniendo la mesa cuando Gonzalo llegó, pero se detuvo y con discreción le preguntó:

—¿Cómo se encuentra, señor?

—Supongo que bien —repuso Gonzalo encogiéndose de hombros—. Siento haberme perdido la última reunión, pero finalmente decidí ir a la policía y durante algunos días no estuve muy bien. No sé si podrán hacer algo, pero ahora depende de ellos. Casi desearía que no me hubiera dicho nada.

—Quizás no debí hacerlo.

Gonzalo volvió a encogerse de hombros.

—Escúcheme, Henry —dijo—. Llamé a cada uno de los muchachos y les conté la historia.

—¿Era necesario, señor?

—Tuve que hacerlo. Me habría sentido oprimido, si no. Además, no quería que pensarán que usted había fallado.

—No tenía eso importancia, señor.

Los otros llegaron uno a uno y por turno saludaron a Gonzalo con calurosas manifestaciones de bienvenida, que ostensiblemente ignoraban el recuerdo de hermanas asesinadas, y luego todos se sumieron en un silencio incómodo.

Avalon, que presidía en esa ocasión, parecía, como siempre, agregar la dignidad del cargo a su solemnidad natural. Tomó un sorbo de su primera copa y presentó a su invitado, un joven de cara agradable, cabello negro que ya comenzaba a escasear y bigote extraordinariamente grueso que parecía aguardar sólo los cambios necesarios en la moda para prolongarse en los extremos.

—Les presento a Simon Levy —dijo Avalon—, un escritor científico y un espléndido muchacho.

—¿No fue usted el que escribió un libro sobre el láser, llamado Los Avances de la Luz? —preguntó Emmanuel Rubin de inmediato.

—Sí —repuso Levy con la vigorosa complacencia del autor que inesperadamente se encuentra con que lo reconocen—. ¿Lo leyó usted?

Rubin, que cargaba, como siempre, con la inhibición de poseer el espíritu de un hombre de dos metros dentro de su estatura de un metro cincuenta y cinco, miró solemnemente a los otros a través de sus gruesos lentes y dijo:

—Lo leí y lo encontré bastante bueno.

La sonrisa de Levy se desvaneció como si considerara que "bastante bueno" no era nada bueno.

—Roger Halsted no estará con nosotros esta noche —anunció Avalon—. Se encuentra fuera de la ciudad. Envía sus disculpas y pidió que saludásemos de su parte a Mario si volvía.

—Nos salvamos de una estrofa —dijo Trumbull con una sonrisa desdeñosa.

—Me perdí la del mes pasado —dijo Mario—. ¿Era buena?

—No la habrías entendido, Mario —respondió Avalon con toda seriedad.

—¿Tan buena fue?

Luego las conversaciones fueron bajando de tono hasta llegar a ser casi un murmullo, y entonces surgió, de algún modo, el Acta de Unión. Más tarde, ni Rubin ni Trumbull pudieron recordar exactamente cómo.

En voz bastante más alta de lo que la conversación requería dijo:

—El Acta de Unión, que constituyó el Reino Unido con Inglaterra, Gales y Escocia, se convirtió en ley con el Tratado de Utrecht, en 1713.

—No, no fue así —dijo Rubin, mientras su barba escasa y de color pajizo se estremecía indignada—. El Acta se aprobó en 1707.

—¿Estás tratando de decirme, pedazo de bestia, que el Tratado de Utrecht fue firmado en 1707?

—No, no te estoy diciendo esto —grito Rubin con voz que alcanzó la furia de un rugido—. El Tratado de Utrecht fue firmado en 1713. Adivinaste por lo menos esa parte, sólo Dios sabe cómo.

—Si el Tratado fue firmado en 1713, entonces eso prueba lo del Acta de la Unión.

—No, en absoluto, porque el Tratado no tiene nada que ver con el Acta de la Unión, que es de 1707.

—¡Maldito seas! Te apuesto cinco dólares a que no sabes distinguir entre el Acta de la Unión y la Unión Ferroviaria.

—Aquí están mis cinco dólares ¿y los tuyos? ¿O no puedes darte el lujo de gastarte el salario de una semana que te pagan en ese empleo de mala muerte que tienes?

Se habían levantado y se inclinaban uno hacia el otro sobre la figura de James Drake, quien filosóficamente amontonaba cucharadas de crema sobre la última de sus papas asadas y se la comía.

—No sirve de nada que sigan gritándose, amigos bestias. Consúltenlo —dijo Drake.

—¡Henry! —aulló Trumbull.

Hubo una pequeñísima demora ya poco llegó Henry con la tercera edición de la Enciclopedia Columbia.



—Asumo mis facultades de presidente de esta reunión —dijo Avalon—. Yo verificaré como observador imparcial.

Comenzó a volver las páginas del grueso volumen, diciendo:

—Unión, unión, unión, ¡ah!, Acta de. —Casi de inmediato dijo—: 1707. Manny gana. Tú pagas, Tom.

—¿Qué? —gritó Trumbull, enfurecido—. Déjame ver eso.

Silenciosamente, Rubin recogió los dos billetes de cinco dólares y en tono reflexivo dijo:

—Un buen libro de consulta, la Enciclopedia Columbia. Es el mejor libro de consulta en un solo tomo que hay en el mundo, y más útil que la Británica, aunque malgaste algunas páginas refiriéndose a Isaac Asimov.

—¿A quién? —preguntó Gonzalo.

—Asimov. Un amigo mío. Escritor de ciencia-ficción y patológicamente presumido. Lleva un ejemplar de la enciclopedia a las fiestas y dice: "Hablando de cosas concretas, la Enciclopedia Columbia tiene un excelente artículo sobre eso, 249 páginas después de un artículo que han escrito sobre mí. Permítame mostrarle". Luego señala el artículo sobre él.

Gonzalo lanzó una carcajada.

—Se parece mucho a ti, Manny.

—Dile eso y te matará... si no lo hago yo primero.

Simon Levy se volvió hacia Avalon y dijo:

—¿Hay siempre discusiones como ésta, Jeff?

—Muchas discusiones —dijo Avalon—, pero generalmente no llegan al extremo de apuestas y consultas. Cuando eso sucede, Henry está preparado. Tenemos no sólo la Enciclopedia Columbia, sino también ejemplares de la Biblia, tanto en su versión antigua como en la moderna, el Diccionario Webster, en edición no abreviada, por supuesto, el Diccionario Biográfico Webster, el Diccionario Geográfico Webster, el Diccionario Breuer de Frases y Fábulas y las Obras Completas de Shakespeare. Esa es toda la biblioteca de los Viudos Negros y Henry es el encargado. Generalmente soluciona todas las discusiones.

—Siento haber preguntado —dijo Levy.

—¿Por qué?

—Mencionaste a Shakespeare y su sólo nombre a estas alturas me provoca náuseas.

—¿Shakespeare? —Avalon miró a su invitado con solemne desaprobación.

—No te quepa la menor duda. He estado viviendo con él, prácticamente, leyéndolo de atrás para adelante, y si oigo una vez más "Vete aun convento" u "¡oh, venganza...!", creo que voy a vomitar.

—Conque así es, ¿eh? Bueno, espera... Henry, ¿falta poco para el postre?

—En seguida, señor. Coupe aux marrons.

—¡Bien!... Espera a que terminemos el postre y continuaremos, Simon.

Diez minutos más tarde, Avalon hizo tintinear su copa para acallar a la asamblea.

—En virtud de mi cargo —dijo—, comunico que ha llegado la hora de la gran inquisición, como siempre. Pero nuestro honorable invitado ha dejado escapar que durante dos meses ha estado estudiando a Shakespeare con gran concentración y pienso que eso ha de ser investigado. Tom, ¿quieres hacer los honores del caso?

Trumbull estaba indignado.

—¿Shakespeare? ¿Quién diablos quiere hablar de Shakespeare?

Su humor no era de los mejores después de la pérdida de los cinco dólares y la expresión de elegante superioridad de Rubin.

—Es mi privilegio como presidente —dijo Avalon firmemente.

—Hum. Está bien. Sr. Levy, como escritor científico, ¿cuál es su relación con Shakespeare?

—Como escritor científico, ninguna. —Hablaba con un claro acento de Brooklyn—. Simplemente estoy en pos de tres mil dólares.

—¿En Shakespeare?

—En algún lugar de Shakespeare. No puedo decir que haya tenido mucha suerte, sin embargo.

—Está jugando a las adivinanzas, Levy. ¿Qué quiere decir con eso de tres mil dólares en algún lugar de Shakespeare que no puede encontrar?

—Bueno, es una historia complicada.

—¿Y? Cuéntela. Para eso estamos aquí. Es una vieja regla que nada de lo que se dice en esta habitación puede repetirse afuera bajo ninguna circunstancia, de modo que hable libremente. Si usted se pone aburrido, ya nos encargaremos de detenerlo. No se preocupe por eso.

Levy extendió sus brazos.

—Muy bien, pero déjenme terminar mi té.

—Adelante. Henry se lo traerá, ya que usted no es lo suficientemente civilizado como para tomar café... ¡Henry!

—Sí, señor —susurró Henry.

—No empiece hasta que él vuelva —dijo Trumbull—. No queremos que él se pierda nada de esto.

—¿El mozo?

—Es uno de nosotros. El mejor de todos.

Henry llegó con el té y Levy dijo:

—Es un asunto de herencia, en cierto modo. No se trata de que la propiedad familiar esté en juego, ni de millones en joyas ni nada por el estilo. Son solamente tres mil dólares que no necesito realmente, pero que sería agradable tener.

—¿Una herencia de quién? —preguntó Drake.

—Del abuelo de mi mujer. Murió hace dos meses, a la edad de setenta y seis. Había vivido con nosotros durante cinco años. Un poco fastidioso, pero era un buen tipo; y, siendo de la familia de mi mujer, ella se encargaba de todo. Se sentía agradecido hacia nosotros, en cierto modo, por tenerlo en casa. No tenía otros descendientes, y si no estaba con nosotros no le quedaba más que algún hogar para ancianos.

—Al grano con la herencia —dijo Trumbull mostrando señales de impaciencia.

—El abuelo no era rico pero tenía unos pocos miles. Cuando llegó a casa nos contó que había comprado acciones negociables por valor de tres mil dólares y que nos las daría cuando muriera.

—¿Por qué cuando muriera? —preguntó Rubin.

—Supongo que al viejo le preocuparía que nos cansáramos de él. Mantenía los tres mil dólares como una recompensa por buena conducta. Si todavía estaba con nosotros cuando muriera, nos daría las acciones; si lo echábamos, no lo haría. Supongo que eso era lo que pensaba. Las escondió en diferentes lugares. Los viejos suelen ser cómicos. De vez en cuando solía cambiar el lugar del escondite cuando comenzaba a temer que las pudiéramos encontrar. Por supuesto, generalmente las encontrábamos antes que pasara mucho tiempo, pero nunca se lo decíamos y jamás las tocamos. Las puso en la canasta de la ropa sucia y tuvimos que devolvérselas y pedirle que las pusiera en otro lado porque tarde o temprano terminarían en la máquina lavadora. Eso sucedió en la época en que tuvo un pequeño ataque... No hubo relación entre las dos cosas, de eso estoy seguro, pero después de eso se hizo un poco más difícil manejarlo. Se fue poniendo hosco y no hablaba mucho. Le costaba mover la pierna derecha y eso le recordaba la muerte. Después de eso parece que escondió las acciones con más cuidado porque les perdimos la pista, aunque no le dimos mucha importancia. Supusimos que nos diría dónde estaban cuando él se sintiera preparado para hacerlo. Después, hace dos meses, mi hijita Julia que es la menor, vino corriendo a decirnos que el abuelo estaba tendido sobre el sofá y que lo notaba raro. Corrimos a la sala y nos dimos cuenta de que había sufrido otro ataque. Llamamos al doctor, pero se veía claramente que tenía afectado totalmente el lado derecho. No podía hablar. Podía mover los labios y emitir sonidos, pero no pronunciaba palabras. No dejaba de mover su brazo izquierdo intentando hablar, y yo le pregunté: "Abuelo, ¿estás tratando de decirnos algo?" El sólo pudo hacer una señal temblorosa de asentimiento. "¿Sobre qué?", le pregunté, pero sabía que no podía decírmelo, de modo que le dije: "¿Son las acciones?" Nuevamente una señal. "¿Quieres que las tengamos nosotros?" Otra vez una señal afirmativa y su mano comenzó a moverse como si intentara señalar algo. "¿Dónde están?", le pregunté. Su mano izquierda tembló y continuó señalando. No pude evitar decir: "¿Qué estás

señalando, abuelo?", pero él no pudo decírmelo. Su dedo seguía señalando ansiosa y temblorosamente y su rostro parecía desesperado cuando intentaba hablar y no podía. Sentí lástima por él. Nos quería dar las acciones, recompensarnos y se estaba muriendo sin poder hacerlo. Mi mujer, Caroline, lloraba y decía: "Déjalo tranquilo, Simon", pero yo no podía dejarlo. No podía dejarlo morir desesperado. "Tendremos que mover el sofá hacia donde está apuntando", dije. Caroline no quería, pero el viejo seguía moviendo la cabeza. Caroline tomó el sofá de un extremo y yo del otro y lo movimos, poco a poco, tratando de no sacudirlo. No era muy liviano, tampoco. Su dedo seguía señalando, siempre señalando. Volvió la cabeza en dirección a donde estábamos moviendo y lanzaba gemidos como para indicar si lo llevábamos en dirección correcta o no. Yo le decía, "¿Más a la derecha, abuelo?" "¿Más hacia la izquierda?" Y de vez en cuando él afirmaba. Finalmente logramos ponerlo frente a los estantes de libros y él giró lentamente la cabeza. Yo hubiera querido ayudarlo, pero temía hacerle mal. Logró volver la cabeza hacia el otro lado y miró fijamente los libros por largo rato. Luego su dedo se fue moviendo a lo largo de las filas de libros hasta señalar uno en particular. Era un ejemplar de las Obras de Shakespeare, "¿Shakespeare, abuelo?", le pregunté. No contestó, no hizo ninguna señal afirmativa, pero sus facciones se relajaron y dejó de hacer esfuerzos por hablar. Supongo que no me oyó. Algo parecido a una semi sonrisa le levantó el ángulo de la boca y murió. Vino el doctor, el cuerpo fue trasladado y se hicieron los arreglos necesarios para el funeral. No fue sino después del funeral cuando volvimos a Shakespeare. Creímos que se podía esperar y no nos parecía correcto dedicarnos a eso antes de ocuparnos del viejo. Supuse que en el volumen de Shakespeare habría algo que nos indicaría dónde estaban las acciones, y entonces recibimos el primer shock. Volvimos todas las páginas, una por una, y no había nada en él. Ni un pedazo de papel. Ni una palabra.

—¿Y en la encuadernación? —preguntó Gonzalo—. Entre el lomo y el material que engoma las páginas... Ud. sabe lo que quiero decir...

—Nada, allí.

—¿Quizás alguien lo tomó?

—¿Cómo? Los únicos que lo sabíamos éramos Caroline y yo. No parece que haya habido un robo. Finalmente pensamos que en algún lado del libro debía de haber alguna pista, en lo que estaba escrito, en las obras teatrales... Esa fue idea de Caroline. En los últimos dos meses he leído cada palabra de las obras teatrales de Shakespeare; cada palabra de sus sonetos y sus poemas diversos... Dos veces los he leído. No he conseguido nada.

—Al diablo con Shakespeare —dijo Trumbull en tono pendenciero—. Olvídese de la pista. Debió dejarlas en algún lado de la casa.

—¿Por qué piensa eso? —preguntó Levy—. Puede haberlas depositado en la caja fuerte de algún banco, si es por eso. Iba de un lado a otro, incluso después de su

primer ataque. Después que encontramos las acciones en el canasto de la ropa sucia, puede haber pensado que la casa no era segura.

—De acuerdo, pero puede ser que a pesar de eso las haya puesto en algún lugar de la casa. ¿Por qué no buscan?

—Lo hicimos. O por lo menos Caroline lo hizo. Así fue cómo dividimos el trabajo. Ella registró la casa, que es grande y espaciosa —razón por la cual pudimos traer al abuelo a vivir en ella—, y yo registré a Shakespeare, y ambos terminamos en cero.

Avalon se alisó el entrecejo pensativo y dijo:

—Veamos, no hay razón por la que no podamos utilizar la lógica en esto. Supongo, Simon, que tu abuelo nació en Europa.

—Sí. Vino a los Estados Unidos cuando era adolescente, justo cuando comenzaba la primera Guerra Mundial. Logró salir a tiempo.

—Supongo que no tuvo grandes estudios.

—Ninguno en absoluto —dijo Levy—. Entró a trabajar en el taller de un sastre, finalmente pudo instalar su propio taller y siguió siendo sastre hasta que se jubiló. No tuvo ninguna educación, excepto la típica educación religiosa que los judíos se daban unos a otros en la Rusia zarista.

—Y entonces, ¿cómo crees que pueda indicarte ciertas pistas en las obras de Shakespeare? No debe de haberlas conocido en absoluto.

Levy arrugó el ceño y se echó hacia atrás en su silla. No había tocado el coñac que Henry había puesto frente a él hacía un rato, pero entonces lo tomó, hizo girar el tallo de la copa con suavidad y volvió a colocarla sobre la mesa.

—Estás sumamente equivocado, Jeff —dijo en tono distante—. Puede ser que no haya tenido una educación, pero era bastante inteligente y había leído mucho. Sabía la Biblia de memoria y de adolescente había leído La Guerra y la Paz. Leyó mucho a Shakespeare, también. Cierta vez fuimos a ver una representación de Hamlet en un parque y él entendió y gozó la obra mucho más que yo.

Rubin interrumpió atropelladamente.

—No tengo la menor intención de volver a ver Hamlet hasta que pongan un Hamlet que se parezca a lo que Hamlet debió de haber sido. ¡Gordo!

—¡Gordo! —dijo Trumbull, indignado.

—Sí, gordo. La reina dice de Hamlet en la última escena: "Es gordo y corto de aliento". Si Shakespeare dice que Hamlet era gordo...

—La que habla allí es su madre, no Shakespeare. Es un típico exceso de solicitud maternal de una mujer no muy brillante...

Avalon golpeó la mesa.

—¡Ahora no, señores! —dijo, y se volvió hacia Levy—. ¿En qué idioma leía tu abuelo la Biblia?

—En hebreo, por supuesto —dijo Levy fríamente.

—¿Y La Guerra y la Paz?

—En ruso. Pero a Shakespeare, para tu conocimiento, lo leía en inglés.

—La cual no era su lengua nativa. Supongo que lo hablaba con cierto acento.

La frialdad de Levy había descendido a la temperatura del hielo.

—¿A qué quieres llegar, Jeff?

—Ejem —hizo Avalon—. No soy ningún antisemita. Estoy señalando simplemente el hecho obvio de que si el abuelo de tu mujer no estaba familiarizado con el idioma, no hay modo de saber con cuánta sutileza puede haber utilizado a Shakespeare como referencia. No es probable que usara la frase "y allí se sienta el bufón", de la obra Ricardo II, porque por muy leído que fuese no creo que supiera qué significa.

—¿Qué significa? —preguntó Gonzalo.

—No importa —dijo Avalon, impaciente—. Si tu abuelo utilizó a Shakespeare, tiene que ser alguna referencia perfectamente obvia.

—¿Cuál era la obra de teatro favorita de su abuelo? —preguntó Trumbull.

—Le gustaba Hamlet, por supuesto. Sé que no le gustaban las comedias —repuso Levy— porque le parecía que el humor de ellas era poco digno y porque las historias no significaban nada para él... Espere: le gustaba Otelo.

—Está bien —dijo Avalon—. Deberíamos concentrarnos en Hamlet y en Otelo.

—Las leí —dijo Levy—. No pensarán que las dejé aun lado.

—Y debe de haber sido un pasaje bien conocido —continuó Avalon, sin prestarle atención—. A nadie se le puede ocurrir que el sólo hecho de señalar a Shakespeare pueda ser una clave útil si se trata de encontrar alguna línea entre tantas.

—La única razón por la que lo señaló —dijo Levy—, es porque no podía hablar. Puede ser que haya sido algo muy oscuro y que él habría podido explicar de poder hablar.

—Si hubiera podido hablar —dijo Drake con lógica— no habría tenido que explicar nada: les habría dicho dónde estaban las acciones, simplemente.

—Exactamente —dijo Avalon—. Bien dicho, Jim. Simon, dijiste que después que el anciano señaló hacia Shakespeare, su rostro se relajó y dejó de hacer esfuerzos por hablar. Sintió que les había entregado todo lo que necesitaban saber.

—Pero no lo hizo —dijo Levy con tristeza.

—Usemos la lógica, entonces —dijo Avalon.

—¿Tenemos que hacerlo? —dijo Drake—. ¿Por qué no preguntarle a Henry, ahora...? Henry, ¿qué verso de Shakespeare serviría para nuestros propósitos?

Henry, que estaba retirando silenciosamente los platos de postre, dijo:

—Tengo cierto conocimiento de las obras de Shakespeare, señor, pero debo admitir que no se me ocurre ningún verso apropiado.

Drake pareció desilusionado, pero Avalon dijo:

—Vamos, Jim, Henry se ha desempeñado muy bien en otras ocasiones, pero no es necesario creer que estamos indefensos sin él. Me jacto de conocer a Shakespeare bastante bien.

—Yo no soy ningún novicio, tampoco —dijo Rubin.

—Entonces, entre los dos, solucionemos esto. Consideremos a Hamlet primero. Si es Hamlet, entonces tiene que ser uno de los monólogos, porque son las partes más conocidas del drama.

—En realidad—dijo Rubin—, el verso "Ser o no ser, la alternativa es ésta", es el más conocido de Shakespeare. Eso lo define del mismo modo que el "Cuarteto" de Rigoletto tipifica a la ópera.

—Estoy de acuerdo —dijo Avalon—. Ese monólogo habla de muerte y el viejo se estaba muriendo. "Morir: dormir; no más, y con un sueño pensar que concluyeron las congojas, los mil tormentos..."

—Sí, pero ¿de qué sirve eso? —dijo Levy impaciente—. ¿A dónde nos lleva?

Avalon, quien siempre recitaba a Shakespeare en lo que él insistía que era una pronunciación Shakespeareana (y que sonaba extraordinariamente parecida al dialecto irlandés), dijo:

—Bueno, no estoy seguro.

—¿No es en Hamlet donde Shakespeare dice, "la comedia y con su ayuda"? —dijo de pronto Gonzalo.

—Sí —dijo Avalon—. "La comedia: con su ayuda la conciencia del Rey verá desnuda."

—Bien —dijo Gonzalo—. Si el viejo estaba señalando un libro de drama, quizás ésa sea la línea que buscamos. ¿No tiene la foto de un rey, o un grabado, o un mazo de cartas, quizá?

Levy alzó los hombros.

—Eso no me dice nada.

—¿Y Otelo? —preguntó Rubin—. Escuchen. La parte más conocida de la obra es el discurso de Yago sobre la reputación: "Ay, querido jefe mío; la buena reputación, así en el hombre como en la mujer".

—¿Y? —preguntó Avalon.

—Y el verso más famoso, que el viejo seguramente tenía que conocer porque es el que todo el mundo conoce, incluso Mario, es "Poco roba quien roba mi dinero: antes fue algo, después nada; antes mío, ahora suyo...".

—¿Y? —dijo Avalon otra vez.

—Y suena como si se refiriera a la herencia: "Lo que era mío, suyo es". Y también suena como si no hubiera herencia: "Quien roba mi dinero, poco roba".

—¿Qué quiere decir con eso de que no hay herencia?

—Después que encontraron las acciones en el canasto de la ropa perdieron la pista de ellas, según usted dijo. Quizás el viejo las llevó a algún lado para que estuvieran seguras y no recordó a dónde. O quizá se le traspapelaron, o las regaló, o las perdió dándoselas a alguien a quien creía de confianza. Sea lo que fuere, ya no podía explicárselo sin hablar. De modo que para morir en paz, le señaló las obras de Shakespeare. Ustedes recordarían la línea más conocida de su drama preferido, que dice que su bolsa es sólo basura... y es por eso que no encontraron nada.

—No lo creo —dijo Levy—. Le pregunté si quería darnos las acciones y él hizo una señal afirmativa.

—Todo lo que podía hacer era afirmar con la cabeza y en realidad él hubiera querido dejárselas a ustedes, pero eso era imposible... ¿Está de acuerdo conmigo, Henry?

Henry, que había terminado sus tareas y escuchaba silenciosamente, dijo:

—Me temo que no, Sr. Rubin.

—Yo tampoco —dijo Levy.

Pero Gonzalo estaba haciendo chasquear los dedos.

—Esperen, esperen. ¿No dice Shakespeare algo sobre acciones?

—¿En su época...? —dijo Drake sonriendo—. No creo.

—Estoy seguro —dijo Gonzalo—. Algo respecto a lo nominado en los títulos.

—¡Ah! ¿Te refieres a "así está escrito en el título"? —dijo Avalon—. El título era un contrato legal y se refería a si algo estaba incluido en las condiciones del contrato.

—Esperen un poco. Ese contrato... ¿no implicaba la suma de tres mil ducados? —preguntó Drake.

—¡Dios mío!, así era —dijo Avalon. Gonzalo sonreía de oreja a oreja.

—Creo que encontré la pista: títulos que se refieren a tres mil unidades de dinero. En esa obra es donde hay que buscar.

Henry interrumpió con calma.

—Dudo que sea así, señores. La obra en cuestión es El Mercader de Venecia, y la persona que pregunta si eso estaba incluido en el título es el judío Shilock que perseguía una cruel venganza. Seguramente esa obra no era del agrado del anciano.

—Así es —dijo Levy—. Shilock era un insulto para él... y no es muy agradable para mí tampoco.

—Y el pasaje que dice: "¿Acaso un judío no tiene ojos? ¿No tiene manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos, pasiones? —preguntó Rubin.

—Al abuelo no le habría gustado —dijo Levy— porque pregunta algo que es evidente y exige una igualdad que el abuelo en el fondo no podía estar dispuesto a conceder, ya que se sentía superior por ser de los únicos elegidos de Dios.

Gonzalo estaba desilusionado.

—Me parece que no vamos a ningún lado.



—No, no creo que estemos logrando nada —reconoció Levy—. Leí todo el libro. Leí todos los parlamentos cuidadosamente, todos los pasajes que ustedes mencionaron. Ninguno de ellos me dijo nada.

—Quizá no, pero puede ser que estés pasando por alto algo más sutil —dijo Avalon.

—Vamos, Jeff, tú eres el que dijo que no podía ser sutil. El abuelo estaba pensando en algo hecho a mi medida ya la de mi mujer. Era algo que podíamos adivinar y probablemente adivinar en seguida; y no lo hicimos.

—Quizá tenga razón —admitió Drake—. Quizá sea algún dicho o chiste.

—Es lo que acabo de decir.

—Entonces ¿por qué no prueba a la inversa? ¿No puede recordar algún chiste de él, alguna frase... ¿Hay alguna expresión que él utilizara siempre?

—Sí. Cuando alguien no le gustaba decía: "Que le vengan dieciocho años negros".

—¿Qué tipo de expresión es ésta? —preguntó Trumbull.

—En idish es bastante común —dijo Levy—. Otra era: "Le servirá tanto como las ventosas a un muerto".

—¿Y eso qué significa? —preguntó Gonzalo.

—Se refiere a las ventosas. Se pone un papel encendido dentro de un pequeño vaso redondo y luego se aplica la abertura sobre la piel. El papel se apaga pero deja un vacío parcial en el vaso y eso hace que la circulación suba a las capas superficiales. Naturalmente, las ventosas no pueden mejorar la circulación de un muerto.

—Muy bien —dijo Drake—. ¿Hay algo en eso de los dieciocho años negros o las ventosas que les recuerde a Shakespeare?

Hubo un doloroso silencio y finalmente Avalon dijo:

—No me dicen nada.

—E incluso si le recordara algo, ¿de qué serviría? —dijo Levy—. ¿Qué significaría? Escúchenme. Yo estoy en esto desde hace dos meses. No me lo van a solucionar en dos horas.

Drake se volvió hacia Henry nuevamente y dijo:

—¿Por qué se queda ahí parado, Henry? ¿No nos puede ayudar?

—Lo siento, Dr. Drake. Pero ahora me parece que todo el asunto de Shakespeare es una pista falsa.

—No —dijo Levy—. No puede decir eso. El viejo señaló las Obras Completas sin lugar a dudas. La punta de su dedo estaba aun centímetro de distancia. No puede haber sido otro libro.

—Dígame, Levy: no nos está haciendo perder el tiempo, ¿no? ¿No nos está contando un montón de mentiras para hacernos quedar como bestias? —preguntó de

pronto Drake.

—¿Qué? —dijo Levy sorprendido.

—Nada, nada —intervino Avalon rápidamente—. Está pensando en lo que ocurrió en otra ocasión, nada más. Cállate, Jim.

—Escúchenme —dijo Levy—. Les estoy diciendo exactamente lo que sucedió: señalaba hacia Shakespeare.

Hubo un breve silencio y luego Henry suspiró y dijo:

—En los cuentos de misterio...

—¡Oigan, oigan! —interrumpió Rubin.

—En los cuentos de misterio —repitió Henry— la clave del moribundo es un recurso común, pero yo nunca he podido tomarlo en serio. El moribundo ansioso por dar una información a último momento siempre aparece como un individuo, que da las más complejas claves. Su cerebro agonizante, que cuenta sólo con dos minutos de gracia, elabora un esquema que intrigaría a un cerebro sano que contara con horas para descubrirlo. En este caso en particular, tenemos a un anciano que se está muriendo de un ataque de parálisis y que, supuestamente, ha inventado rápidamente una clave que un grupo de hombres inteligentes no puede descubrir, sin contar con que uno de ellos ha estado estudiándola durante dos meses. Puedo solamente concluir que tal clave no existe.

—Entonces ¿por qué señaló a Shakespeare, Henry? —dijo Levy—. ¿Eran solamente desvaríos de un moribundo?

—Si su historia es correcta —dijo Henry—, indudablemente debo creer que estaba intentando hacer algo. No puede, sin embargo, haber inventado una clave. Estaba haciendo lo único que su mente moribunda le permitía hacer: señalar hacia las acciones.

—Perdón —dijo Levy ofendido—. Yo me encontraba allí. Estaba señalando hacia Shakespeare.

Henry sacudió la cabeza.

—Sr. Levy, ¿podría señalar hacia la Quinta Avenida? —dijo. Levy pensó un momento, evidentemente orientándose, y luego señaló.

—¿Está señalando la Quinta Avenida? —preguntó Henry.

—Bueno, la entrada del restaurante está sobre la Quinta Avenida, de modo que estoy apuntando hacia allá.

—Me parece, señor —dijo Henry—, que lo que está usted señalando es un cuadro del Arco de Tito colocado sobre la pared oeste de la habitación.

—Bueno, claro que sí; pero la Quinta Avenida está detrás.

—Exactamente, señor. De modo que sólo sé que está señalando hacia la Quinta Avenida porque usted me lo ha dicho. Habría podido estar señalando hacia el cuadro o hacia cualquier punto del espacio delante del cuadro, o hasta el río Hudson, o hacia

Chicago, o hacia el planeta Júpiter. Si usted señala nada más, sin dar una indicación, verbal o de otro tipo, sobre lo que usted está señalando, me está indicando una dirección y nada más.

Levy se frotó la barbilla.

—¿Quiere decir que mi abuelo estaba indicando una dirección solamente?

—Así debió de ser. No dijo que estuviera señalando hacia Shakespeare. Señaló, simplemente.

—Muy bien. Pero ¿hacia qué señalaba entonces? Él... él... —Cerró los ojos alisándose el bigote mientras se orientaba en la habitación de su casa—. ¿Hacia el puente Verrazano?

—Probablemente no, señor —dijo Henry—. Él señalaba en dirección de las Obras Completas. Su dedo se encontraba a un centímetro del libro. ¿Qué había detrás del libro, Sr. Levy?

—El estante. La madera de la estantería, y cuando sacamos el libro no había nada detrás. No había nada apretado contra la madera, si es eso lo que usted busca. Lo habríamos visto en seguida si hubiera habido cualquier cosa allí.

—¿Y detrás de las estanterías, señor?

—La pared.

—¿Y entre la pared y la estantería, señor?

Levy permaneció en silencio. Pensó por un momento y nadie interrumpió sus pensamientos.

—¿Hay teléfono aquí, Henry? —preguntó.

—Le traeré uno, señor.

Un instante después puso el aparato frente a Levy y lo enchufó. Levy marcó un número.

—¡Hola, Julia! ¿Qué estás haciendo levantada tan tarde? Olvídate de la televisión y vete a la cama. Pero primero llama a mamá, querida... Hola, Caroline; habla Simon... Sí, lo estoy pasando bien; pero escúchame, Caroline, escúchame. ¿Te acuerdas de la estantería donde está Shakespeare? Sí, ese Shakespeare. Por supuesto. Sepárala de la pared... La estantería... Está bien, pero puedes sacar los libros de los estantes, ¿no? Sácalos todos, si es necesario, y ponlos en el suelo... No, no, separa simplemente el extremo de la estantería que está cerca de la puerta; sepárala unos pocos centímetros; solamente lo suficiente como para mirar detrás y dime si ves algo... Fíjate donde debió haber estado el libro de Shakespeare... Esperaré, sí.

Esperaron como congelados sin cambiar de posición. Levy estaba visiblemente pálido. Pasaron cerca de cinco minutos.

—¿Caroline? Está bien, cálmate. ¿Moviste...? Muy bien, muy bien. Pronto estaré allá. —Colgó el auricular y dijo—: Esto supera todo lo pensado. El viejo las había fijado en la parte posterior de las estanterías. Debe de haber movido ese mueble en

algún momento que salimos. Me extraña que no haya tenido un ataque justo entonces.

—Fue Henry otra vez —dijo Gonzalo.

—El salario de un detective es de trescientos dólares, Henry —dijo Levy.

—El club me paga bien y los banquetes son un placer para mí, señor. No tengo necesidad de más —concluyó Henry.

Levy enrojeció levemente y cambió de tema.

—Pero ¿cómo descubrió el truco, cuando el resto de nosotros...?

—No fue difícil. El resto de ustedes agotó todas las pistas falsas y luego yo sugerí lo que restaba, simplemente.

# Una advertencia a Miss Universo (1973)

---

“A Warning to Miss Earth (Miss What?)”

Se notaba cierta frialdad en la reunión mensual de los Viudos Negros, y ésta se centraba a ojos vista en el invitado que había llevado Mario Gonzalo. Era un hombre alto y de mejillas regordetas y lampiñas, en quien el cabello brillaba casi por su ausencia, y que usaba chaleco. Algo que entre los Viudos Negros nadie había visto desde su fundación.

Se llamaba Aloysius Gordon y el problema comenzó cuando se presentó tranquilamente dando su nombre y ocupación, y anunciado en tono informal que estaba relacionado con la Comisaría 17. Fue como bajar las persianas un día de sol, porque de inmediato desapareció el brillo de la comida.

Gordon no tenía cómo poder comparar la tranquilidad que ahora prevalecía, con el clamor característico de las típicas comidas de los Viudos Negros. No tenía cómo saber lo extraño que era que Emmanuel Rubin mantuviera una reserva casi sobrenatural y no hubiera contradicho a nadie ni una sola vez; que la voz de Thomas Trumbull sonara apagada las escasas veces que se escuchaba; que Geoffrey Avalon realmente terminara su segunda copa; que James Drake apagara por segunda vez su cigarrillo antes de llegar a quemarse los dedos; y que Roger Halsted, habiendo desenrollado el papel que contenía su estrofa basada en el quinto canto de la *Ilíada*, lo mirara sólo distraídamente, arrugara la frente y lo guardara.

En realidad, Gordon parecía interesarse solamente en Henry. Seguía al camarero con una mirada en la que había un inequívoco brillo de curiosidad. Henry, normalmente perfecto en su desempeño, volcó un vaso de agua ante la estupefacción de todos. Los huesos de sus mejillas parecían marcársele a través de la piel.

Trumbull se levantó bastante ostensiblemente y se dirigió al excusado. El gesto fue discreto, pero no por ello menos urgente, y un minuto más tarde Gonzalo también dejó la mesa. En el baño, Trumbull murmuró hoscamente:

—¿Para qué diablos trajiste a ese tipo?

—Es una persona interesante —dijo Gonzalo a la defensiva—, y tengo derecho a hacerlo como presidente por esta noche. Puedo traer a quien quiera.

—Es un policía.

—De civil.

—¿Cuál es la diferencia? ¿Lo conoces, o está aquí en calidad de profesional.

Gonzalo levantó los brazos en un gesto de furia impotente.

Sus ojos oscuros parecían demasiado prominentes, como cada vez que estaba agitado.

—Lo conozco personalmente. Lo conocí... No es asunto tuyo cómo lo conocí, Tom... Lo conozco, simplemente. Es un tipo interesante y quiero que esté aquí.

—¿Sí? ¿Y qué le contaste sobre Henry?

—¿Qué quieres decir con eso de qué le conté?

—Vamos, no te hagas el tonto. Nada de jueguitos. ¿No has visto cómo observa cada movimiento de Henry? ¿Por qué tiene que observar así a un camarero?

—Le dije que Henry era un rayo resolviendo misterios.

—¿Y qué otros detalles?

—Sin darle detalles —dijo Gonzalo acaloradamente—. ¿Crees que no sé que nada de lo que sucede en esta sala puede repetirse afuera? Dije solamente que Henry era un rayo descubriendo misterios.

—¿Y supongo que eso le interesó?

—Bueno... dijo que le gustaría poder asistir a una de nuestras reuniones, y yo...

—¿Te das cuenta de que esto podría ser muy desagradable para Henry? ¿Lo consultaste a él?

Gonzalo jugaba con uno de los botones de su saco.

—Si veo que Henry se siente molesto ejerceré mis derechos de anfitrión y haré que el procedimiento sea interrumpido.

—¿Y qué pasa si este tipo, Gordon, no sigue el juego?

Gonzalo alzó los hombros con aire desolado. Volvieron a la mesa.

Cuando Henry estaba sirviendo el café y había llegado el momento de interrogar al invitado, aún no se percibía ningún entusiasmo en las manifestaciones verbales. Gonzalo ofreció el cargo de inquisidor a Trumbull, según era costumbre, y Trumbull no pareció muy satisfecho.

Entonces formuló la primera pregunta de práctica.

—Sr. Gordon, ¿cómo justifica su existencia?

—En este momento —dijo Gordon, con voz de barítono—, ayudando a que esta ocasión sea todo lo placentera posible, según espero.

—¿De qué manera? —preguntó Avalon sombríamente.

—Según yo entiendo, señores —dijo Gordon—, se supone que los invitados plantean un problema que los miembros del club intentan entonces resolver.

Trumbull lanzó una mirada furibunda a Gonzalo y dijo:

—No, no. Está totalmente equivocado. Algunos invitados han presentado problemas, pero eso fue más o menos una cuestión secundaria. Todo lo que se espera de ellos es una conversación interesante.

—Además —dijo Drake secamente— es Henry el que soluciona cosas. El resto de nosotros sólo da vueltas a las cosas inútilmente.

—¡Por amor de Dios, Jim! —comenzó a decir Trumbull, pero la voz de Gordon fue más fuerte.

—Eso es exactamente lo que se me ha informado —dijo—. Estoy aquí en una reunión estrictamente social y no como miembro del Departamento de Policía. En

todo caso, no puedo evitar tener un cierto interés profesional en este asunto. En realidad, siento una inmensa curiosidad por Henry y he venido a ponerlo a prueba... Si me lo permiten, por supuesto —agregó en respuesta al frío silencio con que fueron recibidas sus palabras.

Avalon frunció el ceño, y en su rostro de cejas exuberantes y barba y bigotes bien cuidados, ése fue un fenómeno portentoso.

—Sr. Gordon —dijo—, éste es un club privado —cuyas reuniones no tienen otro propósito que el de la camaradería social. Henry es nuestro camarero y lo apreciamos, pero no queremos que se sienta molesto en esta sala. Si su presencia aquí es puramente social y no profesional, como usted dice, creo que sería mejor que dejáramos a Henry tranquilo.

Henry acababa de terminar con el ritual del café y los interrumpió con voz levemente agitada.

—Gracias, Sr. Avalon —dijo—. Aprecio su preocupación. Sin embargo, la situación podría aclararse si le explicara algo al Sr. Gordon. —Se volvió hacia el invitado y continuó animadamente—. Sr. Gordon, en media docena de ocasiones he podido señalar uno que otro punto respecto de algún problema que surgió durante las comidas. Los misterios en sí mismos eran bastante triviales y no en absoluto del tipo que podría interesarle a un policía. Sé muy bien que para solucionar el tipo de casos que le interesa a la policía, lo más importante son antecedentes, informantes, tareas relacionadas con procedimientos más bien tediosos y la cooperación de muchos hombres y organismos diferentes. Todo esto está mucho más allá de mis habilidades. En verdad, no habría podido hacer incluso lo que hice si no hubiera sido por los otros miembros del club. Los Viudos Negros son hombres ingeniosos que encuentran respuestas complicadas a cualquier problema. Cuando han terminado y suponiendo que ninguna de esas complicadas respuestas sea la correcta, algunas veces puedo sortear las complicaciones y llegar a la simple verdad. Eso es todo lo que hago, y le aseguro que no vale la pena que me ponga a prueba.

Gordon asintió con la cabeza.

—En otras palabras, Henry, si hay un asesinato de una patota, y tenemos que seguir a media docena de delincuentes e investigar sus coartadas o intentar conseguir algunos testigos que no estén demasiado asustados para que nos cuenten lo que sucedió, usted no podría ayudarnos.

—En absoluto, señor.

—Pero si tengo una extraña hoja de papel que contiene algunas palabras que pueden tener algún sentido, o pueden no tenerlo, pero que requieran pensar un poco y evitar las respuestas complicadas para buscar la simple verdad, ¿entonces usted podría ayudarnos?

—Probablemente no, señor.

—¿Pero le echaría una mirada al papel para decirme lo que piensa?

—¿Es ésa la prueba, señor?

—Supongo que la podemos llamar así —dijo Gordon.

—Bien, entonces. El Sr. Gonzalo es quien preside esta noche —dijo Henry asintiendo lentamente con la cabeza—. Si él está dispuesto a permitirle que presente ese problema, puede usted hacerlo con arreglo a las normas del club.

Gonzalo estaba incómodo.

—Adelante, teniente. Muéstreselo —dijo con tono desafiante.

—Un momento —dijo Trumbull, apuntando a Gonzalo con su grueso dedo—. ¿Lo has visto tú, Mario?

—Sí.

—¿Pudiste entender algo?

—No —dijo Gonzalo—, pero es el tipo de cosas que Henry puede solucionar.

—No creo que debiéramos poner a Henry en un aprieto como éste —intervino Rubin.

—El anfitrión tiene derecho, señor —dijo Henry—. Estoy dispuesto a echarle una mirada.

Gordon sacó un pedazo de papel, doblado en cuatro, del bolsillo superior del chaleco, lo levantó por encima de su hombro y Henry lo tomó. El camarero lo miró un momento y luego lo devolvió.

—Lo siento, señor —dijo—, pero no veo otra cosa fuera de lo que está escrito.

Drake extendió la mano.

—¿Puede pasarlo alrededor? ¿Tiene algún inconveniente, Sr. Gordon?

—No tengo ningún inconveniente en que lo vean —dijo Gordon, y se lo dio a Halsted, que estaba a su derecha. Halsted lo leyó y lo pasó. Hubo silencio absoluto hasta que el papel completó la ronda y volvió a Gordon. Este lo miró un instante y lo guardó nuevamente en su bolsillo.

El mensaje, escrito con pésimos trazos, decía: ¡Ay de vosotras, Jezabeles! Rahab ha de morir.

—Suena a algo bíblico —dijo Gonzalo—, ¿no es cierto? —y miró automáticamente a Rubin, que era la autoridad bíblica del grupo.

—Suena a algo bíblico —confirmó Rubin—, y puede ser que lo haya escrito algún fanático de la Biblia, pero no es una cita de ella. Les puedo asegurar eso.

—Nadie pone en duda tu conocimiento de la Biblia, Manny —dijo Avalon conciliatorio.

—Esa nota le fue entregada a una chica a la entrada de un restaurante en el cual las candidatas a Miss Universo celebraban una conferencia de prensa —informó Gordon.

—¿Quién la entregó? —preguntó Trumbull.



—Un vagabundo. Le dieron un dólar por entregársela a una chica y no pudo describir a la persona que se la dio, aun cuando dijo que era un hombre. No hay ninguna razón para pensar que el vagabundo fuera nada más que un intermediario. Lo investigamos.

—¿Hay huellas digitales? —preguntó Halsted.

—Una cantidad de manchas superimpuestas. Nada útil.

—¿Supongo que las Jezabeles mencionadas en la nota son las jóvenes del concurso de Miss Universo? —inquirió Avalon con su tono más adusto.

—Me parece un razonamiento natural —dijo Gordon—. El problema es, ¿cuál de ellas?

—Todas, diría yo —observó Avalon—. En la nota se utiliza el plural, y el tipo de persona que aplica ese término en tal contexto no hace diferencias muy finas. Cualquiera que presente su belleza para que sea juzgada a la vista públicamente sería una Jezabel. Todas ellas serían Jezabeles.

—Pero, ¿y la segunda frase? —preguntó Gordon.

—Les explicaré —dijo Rubin con cierto aire de importancia—. Supongamos que el que escribe es un fanático de la Biblia... Me refiero a esos que la leen todos los días y que oyen que Dios les susurra al oído para darles instrucciones y luchan contra la inmoralidad. Un tipo así escribiría automáticamente en un estilo bíblico. Sucede que el principal recurso poético, en los tiempos bíblicos, era la repetición de la misma frase en forma un poco diferente, como... —Pensó un momento y luego dijo—: Por ejemplo: Tema a Jehová toda la tierra. Teman delante de Él todos los habitantes del mundo. O, si no, Oíd, sabios, mis palabras; prestadme, hombres doctos, vuestro oído.

La barba rala de Rubin pareció aun más rala cuando sus labios se abrieron en una amplia sonrisa, y sus ojos brillaron detrás de sus gruesos lentes mientras decía:

—El segundo ejemplo es del Libro de Job.

—Paralelismo —musitó Avalon.

—¿Quieren decir que este tipo está diciendo lo mismo dos veces? —inquirió Gordon.

—Así es —dijo Rubin—. Primero predice un dolor, y luego el dolor postrero: la muerte. Primero los llama Jezabeles y luego las llama Rahabs.

—No me parece —dijo Gordon—. "Jezabel" está en plural; "Rahab", no. El tipo que lo escribió habla de "Jezabeles", en plural, cuando dice "¡ay, de vosotras!"; pero sólo dice "Rahab", en singular, cuando le anuncia la muerte.

—¿Puedo ver ese papel otra vez? —preguntó Rubin. Se lo alcanzaron y lo estudió. Luego dijo—: Por la forma en que este tipo escribe, no sé si podemos esperar una buena ortografía. Puede ser que haya querido poner una "s".

—Puede —dijo Gordon—, pero no podemos confiar en eso. La ortografía y la puntuación son correctas a pesar de su letra descuidada, y la otra "s" se ve

claramente.

—Me parece —dijo Avalon— que sería más seguro suponer que lo que el autor quiso decir es en singular, a menos que tengamos buenas razones para creer lo contrario.

Drake intentó hacer un anillo de humo (empresa en la que nadie le había visto tener éxito jamás) y dijo:

—¿Toma esto en serio, Sr. Gordon?

—No se trata —dijo Gordon— de lo que yo en particular piense. La nota evidencia ciertas cualidades psicóticas y tengo la certeza de que si el autor no ha querido hacer una broma estúpida, entonces está loco, y la gente loca debe ser tomada en serio. Suponga que el que la escribió se considere un vocero de la ira de Dios. Naturalmente, él la anuncia, él predica la palabra de Dios porque eso es lo que hicieron los profetas bíblicos.

—Y la anuncia en términos poéticos —comenzó a decir Halsted.

—Porque eso es lo que los profetas bíblicos hicieron también —dijo Gordon asintiendo—. Un hombre como ése puede ser que decida justamente querer ser el brazo de Dios, además de su voz. No podemos correr el riesgo. Ustedes comprenderán que el concurso de Miss Universo implica una situación aun más delicada que el concurso de Miss Estados Unidos de América.

—Porque hay concursantes extranjeras, supongo —dijo Rubin.

—Así es. Hay casi sesenta candidatas en total y sólo una —Miss E.U.A.— es de aquí. Preferiríamos que nada les pasara a ninguna de ellas, ni siquiera un pequeño inconveniente. No digo que provocaría una crisis mundial si algo sucediera, pero el Departamento de Estado estaría bastante molesto. De modo que una nota como ésta significa que la policía debe dar protección a esas sesenta chicas, pero con los tiempos que corren no podemos distraer tanto personal.

—Si no le molesta —dijo Trumbull frunciendo el ceño—, ¿qué diablos espera que nosotros hagamos?

—Es posible que él no planea matar a todas las chicas. Es probable que tenga a una en mente y que por eso utilice el singular cuando habla de muerte. Quizá Henry pueda darnos alguna idea para concentrarnos en alguna. Preferiríamos concentrarnos en diez señoritas y no en sesenta. En realidad, preferiríamos concentrarnos en una sola.

—¿En base a esa nota? —inquirió Trumbull evidentemente disgustado—. ¿Usted quiere que Henry elija a una de las candidatas a Miss Universo a partir de esa nota?

Se volvió a mirar a Henry y éste dijo:

—No tengo la menor idea, Sr. Trumbull.

Gordon volvió a guardar la nota.

—Pensé que ustedes podrían decirme quién es Rahab. ¿Por qué habrá llamado a una chica en particular Rahab y amenazado matarla?

—¿Por qué tenemos que suponer que la palabra Rahab se refiere a la chica que él busca? —dijo de pronto Gonzalo—. Quizá sea su firma. Quizá sea un pseudónimo por haber sido Rahab algún importante profeta o verdugo citado en la Biblia.

Rubin dejó escapar el aliento con un resoplido.

—¡Por favor, Mario! ¿Cómo puede ser que incluso un artista sepa tan poco? Rahab es parte del verso. Si fuera la firma la pondría al final. Si fuera el tipo de persona que quiere hacer bajar la ira de Dios públicamente, la firmaría orgullosamente y sin equivocación posible. Y si lo hiciera, jamás elegiría el pseudónimo de Rahab, o por lo menos no lo haría si conociera un poco la Biblia. Rahab fue... No, hagamos algo mejor. Henry, tráiganos de la biblioteca la edición de la Biblia del Rey James. Ya que estamos en esto, tratemos de interpretar las palabras correctamente.

—¿Quieres decir que no te sabes la Biblia de memoria? —preguntó Trumbull.

—Me olvido de una que otra palabra de vez en cuando, Tom —dijo Rubin dignamente, y tomó la Biblia de manos de Henry—. Gracias, Henry. Les diré que la única persona llamada Rahab en la Biblia era una prostituta.

—¿De veras? —dijo Gonzalo, incrédulo.

—Así es. Aquí está... El primer versículo del segundo capítulo del Libro de Josué. Y Josué, hijo de Nun, envió en secreto desde Setim dos espías, diciéndoles: "Id a explorar la tierra y Jericó". Los cuales fuéronse y entráronse en casa de una ramera llamada Rahab y se posaron allí.

—Y eso forma parte del paralelismo —dijo Avalon, pensativamente—. ¿Es eso lo que crees?

—Por supuesto. Y es por eso que pienso que "Jezabel" y "Rahab" se refieren a todas las muchachas y que ambos nombres tendrían que estar en plural. Tanto Jezabel como Rahab son las representantes bíblicas de las mujeres inmorales y, por lo que entiendo, el que ha escrito la nota, quienquiera que sea, piensa que todas las candidatas para Miss Universo son justamente eso.

—¿Son? —preguntó Gonzalo—. Quiero decir, ¿son inmorales?

—No puedo garantizar sus vidas privadas —dijo Gordon sonriendo levemente—, pero no creo que se destaquen por su inmoralidad. Son mujeres jóvenes, cuidadosamente seleccionadas para representar a sus países. Dudo que nada notorio se les pueda haber escapado a los jueces.

—Cuando un fundamentalista que ya ha pasado la juventud —dijo Avalon— comienza a hablar de inmoralidad o llama a alguien Jezabel, no es necesario, según mi opinión, que haya inmoralidad realmente. Probablemente sea algo puramente subjetivo. Cualquier mujer que provoque en él sensaciones de excitación sexual le

parecerá inmoral, y la que más los suscite le parecerá la más inmoral.

—¿Quiere decir —preguntó Gordon, dirigiendo la mirada hacia Avalon— que busca a la más hermosa y que la matará?

Avalon se encogió de hombros.

—¿Qué es la belleza? Puede ser que busque a la que él considera la más hermosa, pero, ¿cuáles son sus pautas? Es probable que, incluso, no sea la belleza en el sentido más literal. Tal vez alguna de ellas le recuerde a su madre muerta, a la novia de la infancia o a alguna de las maestras que tuvo. ¿Cómo saberlo?

—Está bien —dijo Gordon—, quizá tenga usted razón en todo lo que dice, pero eso no importa. Dígame a quién busca; dígame quién es esa Rahab y nos ocuparemos de los motivos después.

Avalon sacudió la cabeza.

—No sé si podemos descartar los motivos tan fácilmente —dijo—, pero en todo caso no lograremos nada si tomamos el camino equivocado. A pesar de lo que Manny diga, no creo que haya ningún paralelismo entre Jezabel y Rahab.

—Claro que lo hay —dijo Rubin de inmediato, levantando la barbilla.

—¿Dónde está? En primer lugar, Jezabel no era una cortesana. Era la reina de Israel; y no hay ninguna indicación en la Biblia de que ella fuera, en modo alguno, inmoral sexualmente. Era, simplemente, una idólatra, lo contrario de los que adoraban a Yavé, o a Jehová, para usar el nombre más común, aunque menos exacto.

—Te lo explicaré, si quieres —dijo Rubin—. Jezabel era hija del rey de Tiro, que además era sacerdote de Astarté. Es probable que también ella fuese sacerdotisa. En cuanto a Rahab, quizá no haya sido una prostituta común, sino una sacerdotisa que participaba en los ritos de la fertilidad. Para los israelitas, eso era ser prostituta.

—No todos han estudiado la Biblia como tú, Manny —intervino Halsted—. La Biblia llama Jezabel a una reina y Rahab a una prostituta, y el lector común no iría más allá.

—Pero eso no es lo que quiero decir —dijo Avalon—. Jezabel, cualquiera que fuera su posición, terminó mal. Murió en un golpe palaciego y fue devorada por los perros. Rahab, sin embargo, terminó bien. Después de la caída de Jericó fue salvada con vida porque escondió a los espías y los protegió. Se puede suponer que se había convertido a la fe del Dios de Israel y que había dejado de ser una prostituta o una sacerdotisa pagana. En realidad... Manny, permíteme la Biblia. —Avalon la tomó y volvió rápidamente las páginas—. Estaba justo al principio del Evangelio según San Mateo. Aquí está: y Salomón engendró a Bozz en Rahab; y Bozz engendró a Obed en Rut; y Obed engendró a Jesé, y Jesé engendró al rey David. Ahí tienen: esos son el quinto y sexto versículos del primer capítulo del Evangelio según San Mateo. Según éste, Rahab casó con un prominente israelita y fue tatarabuena de David, y, por lo tanto, lejana antecesora del mismo Jesús. Habiendo ayudado a los israelitas a tomar

Jericó, habiéndose casado con un israelita y siendo una antecesora de David y Jesús, ningún fundamentalista podría utilizar a Rahab como símbolo de inmoralidad. De modo que, si queremos asociar a Rahab con una de las candidatas a Miss Universo, sería mejor que nos olvidáramos del paralelismo con Jezabel y buscáramos algo más.

—Pero ¿qué? —preguntó Drake.

—No te preocupes —dijo Avalon, y levantó un dedo admonitorio—. Estoy pensando en algo. Manny, ¿no se utiliza en la Biblia la voz "Rahab" como sinónimo poético de Egipto?

—Sí, tienes razón —dijo Rubin en el colmo de la exaltación—. En algún lugar de los Salmos, creo. —Volvió las páginas musitando—. Ojalá tuviéramos un diccionario bíblico. Es algo que el club debería comprar y agregar a los libros de consulta. ¡Por Dios, aquí está! —gritó—. El cuarto verso del Salmo 87: Yo me acordaré de Rahab y de Babilonia entre los que me conocen; He aquí Palestina y Tiro con Etiopía.

—¿Cómo sabes que Rahab significa Egipto, allí? —preguntó Gonzalo.

—Porque a todo lo largo de la historia del Antiguo Testamento, los grandes poderes rivales fueron el del Valle del Tigris y el Eufrates y el del Nilo. Babilonia tipifica claramente al primero, de modo que Rahab simboliza al último. No hay ninguna discusión sobre eso. Los estudiosos de la Biblia concuerdan en que Rahab simboliza a Egipto en este caso.

—Si es así —dijo Avalon—, no creo que tengamos que recurrir a Henry. Sospecho que es a Miss Egipto a quien nuestro misterioso amigo busca. Y eso tiene sentido, también. Hay un par de millones de judíos en esta ciudad; y considerando la actual situación entre Israel y Egipto, cualquiera de ellos que esté un poco trastornado, puede sentirse tentado de amenazar a Miss Egipto.

—Interesante. Sólo que existe un problema —dijo Gordon.

—¿Cuál, señor?

—No hay ninguna Miss Egipto. El concurso de Miss Universo, según ustedes verán, no es tan simple como el concurso a Miss E.U.A., pues en éste ustedes se encuentran con una participante de cada uno de los cincuenta Estados, porque la política exterior no cuenta en absoluto. En el concurso Miss Universo, las naciones hostiles a los Estados Unidos, o aquellas que consideran decadentes los concursos de belleza, no participan. Este año, ningún estado árabe está representado. Por otro lado, algunas naciones están representadas por más de una concursante, cada una de ellas bajo un nombre diferente. Algunos años atrás, por lo que yo sé, hubo dos bellezas alemanas. Llamaron Miss Alemania a la que recibió más votos y, a la otra, Miss Bavaria.

Avalon estaba claramente molesto.

—Si no existe Miss Egipto, no sé qué puede significar "Rahab" —concluyó.

—¿Qué quiere decir en la Biblia? —preguntó Gonzalo—. ¿Por qué le dan ese

nombre a Egipto? Tiene que haber una razón.

—Bueno —dijo Rubin—, Egipto era un reino a orillas de un río y Rahab era un nombre relacionado con las aguas. En realidad era un vestigio mítico de la leyenda pre-israelita de la creación. Los Sumerios creían que la tierra había sido creada del mar. Veían al mar como un enorme monstruo llamado Tiamat, que debía ser dividido en dos para que la tierra emergiera entre sus mitades. En la mitología babilónica, fue Mardoc quien mató a Tiamat.

»Los escritores sacerdotales del primer libro del Génesis barrieron con los mitos babilónicos y eliminaron el politeísmo, pero quedaron vestigios. Según el capítulo I, versículo 2, del Génesis, al principio, antes del primer día de la creación, la tierra estaba desordenada y vacía y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Bien; la palabra hebrea traducida como "el abismo" es "tehom", y algunos comentaristas creen que ésta es una versión de Tiamat y que este versículo es todo lo que queda de aquella lucha cósmica.

—Eso me parece muy rebuscado —dijo Drake.

—No sé. Hay algunos versículos aislados en la Biblia que parecen referirse a aquel mito de la creación, que era más antiguo y menos sofisticado. Hay uno casi al final de Isaías... Veamos si puedo encontrarlo... Solía saber dónde estaban todas estas citas. —Volvía las páginas, enfervorizado, una tras otra, sin prestar atención a la copa de coñac que Henry había puesto frente a él. Gordon bebía el suyo y lo observaba tranquilamente, sin intentar detenerlo ni llevar la discusión al punto inicial.

—¿A dónde conduce todo esto? —intervino Trumbull, empero.

Rubin agitó las manos excitado.

—¡Lo encontré, lo encontré! Escuchen esto: Isaías, capítulo 51, versículo 9: Despiértate, despiértate, vístete de fortaleza, oh brazo de Jehová; despiértate como en el tiempo antiguo, en los siglos pasados. ¿No eres tú el que cortó a Rahab y el que hirió al dragón? ¿Ven?: "cortó a Rahab" e "hirió al dragón" es otro ejemplo de paralelismo. Rahab y el dragón son expresiones equivalentes que simbolizan al océano embravecido que debe ser derrotado y dividido para que pueda crearse la tierra. Algunos comentaristas sostienen que ésta es una referencia a Egipto ya la división del mar Rojo; pero, en mi opinión, es indudablemente una versión de la lucha con Tiamat.

La frente de Rubin traspiraba profusamente mientras él continuaba agitando su mano izquierda pidiendo silencio en tanto volvía las páginas con la derecha.

—Hay algunas referencias a esto en los Salmos, también. Puedo encontrarlas si me conceden un minuto solamente. ¡Ah! Salmo 89, versos 9 y 10: Tú tienes dominio sobre la bravura de la mar: cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas. Tú quebrantaste a Rahab como a un muerto. Y hay otro más: salmo 74, versos 13 y 14: Tú hendiste la mar con tu fortaleza: quebrantaste cabezas de ballenas en las aguas. Tú

magullaste las cabezas del Leviatán. Leviatán era otro nombre del océano primitivo.

—¡Maldito seas, Manny! ¿Te crees un predicador? —aulló Trumbull—. ¿A dónde nos lleva todo esto?

Rubin levantó los ojos indignado y cerró la Biblia.

—Si me permites hablar, Tom —dijo con exagerada dignidad— y reprimes tu tendencia a aullar, te lo diré. —Echó una mirada imponente a su alrededor—. Ahora sospecho que, para el tipo que escribió esta nota, Rahab simboliza el poder del océano. ¿Quién es hoy, la potencia de los mares? ¿Quién controla los océanos? Los Estados Unidos. Con nuestros porta-aviones, nuestros submarinos nucleares, nuestros misiles Polaris, tenemos el poder de Rahab. Creo que quizá quiera atacar contra Miss Estados Unidos.

—¿Te parece? —preguntó Halsted—. Los Estados Unidos son la mayor potencia marítima sólo desde la Segunda Guerra Mundial. No han tenido tiempo de entrar en la leyenda. La leyenda y la historia le cantan a Gran Bretaña como reina de los mares. Recuerda lo de "Britania, reina en las aguas". Yo voto por Miss Gran Bretaña.

—No hay ninguna Miss Gran Bretaña, pero hay una Miss Inglaterra —aclaró Gordon.

—Muy bien. Voto por Miss Inglaterra.

—No hay modo de saber qué pasa por la cabeza de ese loco —dijo Drake—. Quizás haya utilizado ese nombre para indicar su manera de actuar. Rubin mencionó eso de "magullaste las cabezas" y "quebrantaste" al citar los versos de los salmos. Quizás el autor de la nota quiso decir que usaría algún instrumento pesado...

—Uno de los versos decía "cortó a Rahab" —dijo Rubin meneando la cabeza.

—Si Rahab es un adversario de Dios —hizo notar Gonzalo—, el autor puede haber pensado en los nazis. Jeff dijo que podría ser un judío que buscase a Miss Egipto; ¿por qué no a Miss Alemania?

—¿Por qué necesariamente judío? —observó Trumbull—. La mayoría de los fundamentalistas son protestantes y en su época se han dirigido al Papa con términos bastante fuertes. Lo llama "la prostituta de Babilonia", y para algunos de ellos Rahab fue una prostituta. No creo que haya una Miss Ciudad del Vaticano; pero ¿y si fuera Miss Italia?

—Perdonen, caballeros —intervino Henry. Gordon alzó los ojos.

—¡Ah!, ¿tiene alguna sugerencia, Henry?

—Sí, señor. Si es útil o no, no lo sé... Usted dijo, Sr. Gordon, que las reglas son más bien flexibles en el concurso de Miss Universo en lo que respecta a las naciones representadas. Algunas naciones no tienen representantes, algunas tienen dos o más bajo diferentes nombres. Usted mencionó a una Miss Alemania ya una Miss Bavaria, por ejemplo.

—Así es —dijo Gordon.

—Y dijo, además, que no había una Miss Gran Bretaña, pero sí una Miss Inglaterra.

—Es cierto.

—Que haya una Miss Inglaterra ¿implica la existencia de una Miss Escocia, también?

—En realidad, sí. —Gordon entrecerró los ojos—. Además hay una Miss Irlanda y una Miss Irlanda del Norte, también.

Gonzalo colocó ambas manos sobre la mesa.

—Apuesto a que sé a lo que Henry quiere llegar. Si el autor de la nota es irlandés, puede ser que ande detrás de Miss Irlanda del Norte. Consideraría que ella representa una división política que es un títere de Inglaterra e Inglaterra es quien gobierna los mares y es Rahab. Henry sacudió la cabeza.

—No es tan complicado, según creo. Siempre he pensado que, en igualdad de condiciones, la explicación más simple es la mejor.

—La ley de Occam —susurró Avalon.

—Debo admitir —dijo Henry— que nunca había oído hablar de Rahab hasta ahora, pero la explicación del Sr. Rubin fue muy, reveladora. Si Rahab es un monstruo que representa al mar, y si este monstruo también suele ser llamado Leviatán, y si Le... viatán es el nombre que se le da a un monstruo marino real, el más grande que existe, ¿por qué no podría referirse el autor a Miss Gales?

—¡Ah! —exclamó Gordon. Henry se volvió hacia él.

—¿Era ésa la respuesta, Sr. Gordon?

—Es una posibilidad —admitió Gordon, gravemente.

—No, Sr. Gordon —dijo Henry—. Usted sabe mucho más de lo que ha dicho. Vino acá a ponerme a prueba. ¿Cómo puede ponerme a prueba con una adivinanza cuya respuesta no conoce?

Gordon lanzó una carcajada.

—Gana nuevamente, Henry —dijo—. Todo lo que les he dicho es verídico, excepto que sucedió el año pasado. La persona en cuestión fue atrapada. Llevaba un cuchillo en la mano, pero no era realmente peligrosa. Se rindió sin resistirse y ahora se encuentra en un hospital psiquiátrico. Era bastante incoherente. Nunca supimos con certeza cuáles fueron sus motivos, excepto que él estaba convencido de que su víctima era particularmente malvada. El inconveniente fue que tuvimos que asignar una buena cantidad de hombres a este caso y nunca descubrimos qué era lo que Rahab significaba... Pero cuando lo detuvimos se dirigía al camarín de Miss Gales. Tendríamos que haberlo tenido con nosotros el año pasado, Henry. Es usted un detective excepcional.

—Son loS Viudos Negros, señor. Ellos analizan el enigma; yo sólo recojo lo que queda.



## Broadway y sus canciones de cuna (1974)

---

“The Lullaby of Broadway “

Por primera vez en la historia de los Viudos Negros, el banquete mensual se celebraba en un departamento privado. Emmanuel Rubin había insistido en términos parlamentarios, mientras su barba rala se sacudía furiosa de un lado a otro.

Él sería presidente la próxima vez, había dicho, y el presidente era monarca absoluto dentro de las cláusulas del reglamento. Pero en ningún lado de éste se determinaba específicamente el lugar de reunión.

—De acuerdo con las tradiciones —comenzó a decir Geoffrey Avalon con esa solemnidad que lo caracterizaba—, siempre nos hemos reunido aquí.

—Si la tradición es el amo —dijo Rubin—, ¿para qué existe el reglamento?

Y al final consiguió lo que quería, al concluir diciendo que era un cocinero magistral. Entonces Mario Gonzalo sonrió.

—Vamos para oler cómo quema las hamburguesas —dijo.

—Jamás sirvo hamburguesas —dijo Rubin acaloradamente, pero ya todo el mundo había aceptado la invitación. Avalon y James Drake habían llegado en el mismo tren desde el otro lado del Hudson y estaban en el vestíbulo del edificio de departamentos de Rubin, en West Side, esperando que el portero les prestara atención. Era evidente que no podrían entrar sin el permiso del portero, a menos que recurrieran a la violencia.

—Es la mentalidad de fortaleza —musitó Avalon—. La misma que hay en toda Nueva York. No puedes ir a ningún lado sin que te observen estos ojos de lince y te registren de armas.

—Tienes razón —dijo Drake con su voz ronca y suave, y encendió un cigarrillo—. Es mejor eso a que te asalten en el ascensor.

—Supongo que sí —dijo Avalon sombríamente.

El portero se volvió hacia ellos. Era bajo, de cara redonda y calvo. Una franja de cabello gris hacía juego con su bigote corto e hirsuto como el de Drake, pero más generoso. No parecía en absoluto imponente, pero su uniforme gris le daba un aire de autoridad que, aparentemente, era suficiente para disuadir a cualquier intruso.

—¿Señores? —dijo.

Avalon se aclaró la garganta y habló con su voz de barítono más impresionante para ocultar una timidez que a nadie se le habría ocurrido suponer en un individuo tan alto, derecho e imponente.

—El Dr. Drake y el Sr. Avalon buscan el departamento del Sr. Emmanuel Rubin, en el 14, AA.

—Drake y Avalon —repitió el portero—. Un momento. —Se dirigió hacia el intercomunicador y habló por el micrófono. El sonido áspero de la voz de Rubin se

oyó claramente.

—Hágalos subir, hágalos subir.

El portero les abrió la puerta para dejarlos entrar, pero Avalon se detuvo dudando en el umbral.

—A propósito, ¿suelen tener muchos incidentes aquí?

El portero asintió con aire de importancia.

—Algunas veces, señor. Por mucho que se haga, siempre suceden cosas. Hubo un robo en un departamento del vigésimo piso el año pasado. No hace mucho tiempo atacaron a una señora en los lavaderos. Suceden cosas así.

—¿Puedo acompañarlos, señores? —dijo una voz amablemente.

Drake y Avalon se volvieron a mirar al recién llegado. Hubo una pausa perceptible en que ninguno de los dos lo reconocieron, pero en seguida Drake lanzó una breve risita.

—Henry, cuando no trabaja en el restaurante se vuelve usted de lo más elegante.

Avalon tuvo una reacción bastante más explosiva.

—¡Henry! ¿Qué hace...? —Se interrumpió incómodo.

—El Sr. Rubin me invitó, señor. Dijo que ya que la comida no se realizaría en el restaurante y yo no podría tener el placer de servirles, sería entonces su invitado. Creo que ése era su propósito al insistir en que la comida se celebrara aquí. Uno no lo diría, pero el Sr. Rubin es un caballero sentimental.

—Espléndido —dijo Avalon con gran entusiasmo, como si quisiera reparar su sorpresa anterior—. Portero, este señor viene con nosotros.

—¿Quisiera consultar con el señor Rubin, señor? —dudó Henry.

El portero, que había mantenido la puerta abierta pacientemente todo ese tiempo, dijo:

—Está bien. Suban.

Henry asintió y los tres atravesaron un vestíbulo espacioso, pintado de azul, hacia los ascensores.

—Henry, hace años que no veo un traje como el suyo —dijo Drake—. Provocaría un alboroto si caminara por Nueva York vestido así.

Henry se observó brevemente. Su traje era de un marrón oscuro y de un corte tan clásico que Drake se estaba preguntando seriamente dónde se encontraría el establecimiento que vendía esa ropa. Los zapatos eran de un negro sobrio, la camisa de un blanco radiante y la corbata angosta de un gris apagado, sujeta con un sencillo alfiler de corbata.

Coronando el conjunto, un sombrero hongo de color marrón oscuro que Henry se quitó tomándolo por el ala.

—Hacía mucho tiempo que no veía un sombrero hongo —dijo Avalon.

—Ni siquiera un sombrero —dijo Drake.

—Es la libertad de esta época —dijo Henry—. Cada cual hace su gusto ahora, y éste es el mío.

—Lo malo es que para alguna gente hacer su antojo es atacar mujeres en los lavaderos —dijo Avalon.

—Sí —asintió Henry—. Oí lo que dijo el portero. Esperemos al menos que hoy no haya tropiezos.

Uno de los ascensores llegó a la planta baja y una señora descendió con su perro. Avalon echó una mirada al interior, a izquierda y derecha, antes de entrar, y luego subieron hasta el piso catorce.

Estaban todos reunidos, o casi todos. Rubin llevaba el delantal de su mujer (que tenía bordado el nombre "Jane" con grandes letras) y se movía apresurado. En el aparador había una colección completa de botellas y Avalon se había autodesignado cantinero improvisado, después de rechazar a Henry.

—Siéntese, Henry —dijo Rubin en voz alta—. Usted es el invitado.

Henry se sentía incómodo.

—Tienes un lindo departamento, Manny —dijo Halsted con su ligero tartamudeo.

—Más o menos —déjame pasar un segundito—, pero es pequeño. No tenemos niños, por supuesto, de modo que no necesitamos que sea mucho más grande, y vivir en Manhattan tiene sus ventajas para un escritor.

—Sí —dijo Halsted—. Me enteré de algunas de las ventajas allí abajo. El portero dijo que las mujeres han tenido problemas en el lavadero.

—¡Ah, qué diablos! —dijo Rubin despreciativo—. Algunas de esas damas buscan problemas. Desde que la delegación china ante las Naciones Unidas se instaló en un hotel a unas pocas cuadras de aquí, algunas de esas matronas andan viendo el peligro amarillo en todas partes.

—Y robos también —dijo Drake. Rubin tenía una expresión desdichada como si cualquier mancha en la reputación de Manhattan fuera una ofensa personal.

—Podría haber pasado en cualquier parte, y Jane fue descuidada.

Henry, el único sentado a la mesa frente a una copa aún sin tocar, pareció sorprendido, pero con una expresión que no dibujaba ni una sola arruga en su rostro.

—Perdone, Sr. Rubin —dijo—, ¿se refiere a que fue en su departamento donde robaron?

—Sí, bueno. Creo que la cerradura del departamento puede abrirse con un trozo de celuloide. Es por eso que todo el mundo instala, además, cerraduras complicadas.

—Pero ¿cuándo sucedió eso? —preguntó Henry.

—Hace cerca de dos semanas. Les repito que fue culpa de Jane. Salió al pasillo a pedirle a alguien una receta o algo por el estilo y no le echó llave a ambas cerraduras. Eso es como pedir que algo suceda. Los rateros tienen cierto instinto para estas cosas, una especie de percepción extrasensorial. Ella regresó justo cuando el vago salía y

hubo un gran escándalo.

—¿Le sucedió algo a ella? —preguntó Gonzalo, con sus ojos que ya de ordinario eran prominentes casi fuera de las órbitas.

—Nada, en realidad. Se asustó, eso fue todo. Gritó y aulló, que fue lo mejor que pudo haber hecho. El tipo corrió. Si yo hubiera estado aquí lo habría perseguido y atrapado. Si yo hubiera...

—Es mejor no intentarlo —dijo Avalon severamente, empujando el cubo de hielo con el dedo para revolver su aperitivo—. El resultado final de una caza puede ser un cuchillo en las costillas. Tus costillas.

—Escúchame —dijo Rubin—. En mis tiempos enfrenté a tipos con cuchillo. Son fáciles de mane... Un momento. Algo se está quemando —dijo—, y se abalanzó hacia la cocina.

Alguien golpeó a la puerta.

—Observa por la mirilla —dijo Avalon.

—Es Tom —dijo Halsted luego de mirar, y abrió la puerta para dejarlo entrar.

—¿Cómo entraste sin que te anunciaran? —preguntó Avalon. Trumbull se alzó de hombros.

—Me conocen, aquí. He visitado a Manny antes.

—Además —dijo Drake—, un importante funcionario de gobierno como tú está más allá de toda sospecha.

Trumbull resopló y frunció aun más las múltiples arrugas de su cara, pero no respondió a la provocación. Todos los Viudos Negros sabían que era un experto en códigos. Lo que hacía, nadie lo sabía, aunque todos tenían la misma sospecha.

—¿Alguno contó ya los toros? —dijo Trumbull.

—En realidad, parecen una manada.

Gonzalo se rió.

Las estanterías que llenaban las paredes estaban salpicadas de toros de madera y cerámica de todos los tamaños y colores, y había varios más sobre la mesa y sobre la televisión.

—Hay más en el baño —dijo Drake saliendo de allí.

—Te apuesto —dijo Trumbull— a que si cada uno de nosotros cuenta todos los toros de este lugar cada uno obtendrá un resultado diferente y todos estaremos equivocados.

—Te apuesto —dijo Halsted— a que ni el mismo Manny sabe cuántos tiene.

—¡Eh, Manny! —gritó Gonzalo—. ¿Cuántos toros tienes?

—¿Contándome a mí? —respondió Rubin entre ruidos de ollas y asomando la cabeza por la puerta de la cocina—. Una de las buenas cosas que tiene comer aquí, es que pueden estar seguros de que no les servirán hígado como entrada. Comerán berenjenas con todo tipo de ingredientes y no me pregunten los detalles porque es

receta mía. Yo la inventé... Y... Ese toro se hará pedazos si se te cae, Mario, y Jane los conoce a todos de memoria y los inspeccionará uno por uno cuando regrese.

—¿Escuchaste lo del robo, Tom? —preguntó Avalon. Trumbull asintió.

—No se llevó mucho, por lo que sé.

Rubin entró atropelladamente trayendo algunos platos.

—No ayude. Henry. Oye, Jeff, deja esa copa por un minuto y ayúdame a poner los cubiertos... Es pavo asado, de modo que prepárense a decirme si quieren pechuga u otra presa, y además les voy a servir relleno, quieran o no, porque eso es lo que hace...

Avalon puso el último cubierto con un floreo y dijo:

—¿Qué es lo que robaron, Rubin?

—¿Se refiere al tipo que entró aquí? Nada. Jane debe de haber regresado justo cuando él comenzaba. Revolvió algunas de las cosas en el botiquín, supongo que buscando drogas. Creo que se llevó algunos billetes chicos, y además dio vuelta mi equipo de grabación. Tal vez haya intentado llevarse mi estereofónico portátil para empeñarlo, pero sólo consiguió moverlo un poco... A propósito, ¿quién quiere música?

—Nadie —gritó Trumbull indignado—. Si empiezas a hacer ese condenado bullicio, te robaré el aparato estereofónico y tiraré todas tus cintas al incinerador.

—¿Sabes, Manny? No me gusta decírtelo, pero el relleno estaba aun mejor que las berenjenas —dijo Gonzalo.

—Si tuviera una cocina más grande... —gruñó Rubin. Desde afuera llegó el aullido de una sirena. Drake señaló la ventana abierta con el pulgar sobre su hombro.

—La canción de cuna de Broadway.

Rubin agitó la mano negligentemente.

—Te acostumbras. Si no son los bomberos, es una ambulancia; si no es una ambulancia, es un coche de policía; si no es... El tráfico no me molesta.

Por un momento pareció perdido en sus propios pensamientos. Luego una expresión de la más profunda malignidad le cruzó por el rostro.

—Son los vecinos los que me molestan. ¿Sabes cuántos pianos hay solamente en este piso? ¿Y cuántos tocadiscos?

—Tú tienes uno —dijo Trumbull.

—No lo pongo a las dos de la mañana al máximo volumen —dijo Rubin—. No sería tan terrible si éste fuera un edificio de departamentos antiguo, con paredes gruesas como el largo de mi brazo. Lo malo es que éste tiene sólo ocho años de antigüedad y ahora hacen los muros de papel de aluminio revestido. ¡Diablos! Las paredes transmiten el sonido. Pon tu oído junto a la pared y podrás oír el ruido de cualquier departamento en cualquiera de los tres pisos de arriba y de abajo. Y no es que puedas realmente escuchar la música y gozarla —continuó—. Oyes nada más que

los condenados bajos, tam, tam, tam, aun nivel subsónico que te hace agua los huesos.

—Ya sé lo que es —dijo Halsted—. En mi edificio tenemos una pareja que pelea y mi esposa y yo escuchamos, pero nunca podemos entender las palabras, sólo el tono de voz. Es desesperante. Algunas veces, sin embargo, es un tono de voz interesante.

—¿Cuántas familias tienes aquí, en este edificio? —preguntó Avalon.

Rubin estuvo haciendo cálculos en voz baja durante un rato.

—Cerca de seiscientos cincuenta —dijo.

—Bueno, si insistes en vivir en una colmena —dijo Avalon— tienes que aceptar las consecuencias. —Su barba gris y bien recortada parecía vibrar de moralidad.

—Eso me sirve de gran consuelo —dijo Rubin—. Henry, ¿gusta servirse otra porción de pavo?

—No, realmente, Sr. Rubin —dijo Henry con cierta impotente desesperación—. Simplemente no puedo... —Y se detuvo con un suspiro ya que le habían servido el plato hasta el tope—. Me parece que se siente bastante alterado, Sr. Rubin —dijo—, y de algún modo tengo la impresión de que hay algo más que los ruidos de los pianos.

Rubin asintió y por un momento sus labios temblaron como si estuviera muy excitado.

—Le aseguro que hay algo más, Henry. Es ese maldito carpintero. Puede ser que lo oigan ahora.

Inclinó la cabeza en actitud de escuchar y automáticamente la conversación se detuvo y todos escucharon. Excepto el constante trajinar del tráfico allá afuera, no se oía nada.

—Bueno, tenemos suerte —dijo Rubin—. No lo está haciendo ahora; en realidad, hace un tiempo que ya no lo hace. Escúchenme todos, el postre fue una especie de desastre y tuve que improvisar. Si alguien no lo quiere comer, tengo una torta de confitería que normalmente no recomendaría, ustedes entienden...

—Déjame ayudarte a servir eso —dijo Gonzalo.

—De acuerdo. Cualquiera menos Henry.

—Eso —dijo Trumbull— es una especie de snobismo al revés. Este tipo, Rubin, lo está poniendo en su lugar a usted, Henry. Si no estuviera tan condenadamente consciente de que usted es el camarero, le permitiría ayudar a servir.

Henry miró su plato todavía lleno y dijo:

—Mi frustración no proviene tanto de no poder ayudar a servir como de no poder entender.

—¿No poder entender qué? —preguntó Rubin, acercándose con los postres sobre una bandeja. Era algo muy parecido a mousse de chocolate.

—¿Hay un carpintero que trabaja en este edificio? —preguntó Henry.

—¿Qué carpintero? ¡Ah! ¿Se refiere a lo que dije? No, no sé qué diablos es.

Simplemente lo llamo un carpintero. Está siempre golpeando. A las tres de la tarde, a las cinco de la mañana. Siempre martillando. Y cada vez que estoy escribiendo y desearía tener silencio especialmente... ¿Cómo está la crema de Bavaria?

—¿Era eso? —preguntó Drake observándola con recelo.

—Eso es lo que comenzó siendo —dijo Rubin—, pero la gelatina no se endureció y tuve que improvisar.

—A mí me parece exquisita, Manny —dijo Gonzalo.

—Un poco dulce —dijo Avalon—, pero no soy muy aficionado a los postres.

—Está un poco dulce —dijo Rubin con condescendencia—. El café estará listo en un minuto; y no es instantáneo, tampoco.

—¿Martillando qué, Sr. Rubin?

Rubin ya estaba lejos, y no fue sino cinco minutos después, con el café ya servido, cuando Henry pudo preguntar otra vez.

—¿Martillando qué, Sr. Rubin?

—¿Qué? —preguntó éste.

Henry alejó su silla de la mesa. Su rostro amable pareció adquirir cierta dureza.

—Sr. Rubin —dijo—, usted preside esta noche y yo soy el invitado del club a esta comida. Quisiera un privilegio que usted, como presidente, puede concederme.

—Bien, pida —dijo Rubin.

—Como invitado, es tradicional que yo sea interrogado. Francamente, no deseo serlo, ya que al contrario de lo que sucede con otros invitados, estaré en el banquete del próximo mes y en el del siguiente, en mi habitual función de camarero, por supuesto. De modo que prefiero... —Henry se detuvo dubitativo.

—¿Prefiere guardar su intimidad, Henry? —preguntó Avalon.

—Quizá yo no lo diría precisamente así —comenzó Henry; pero luego, interrumpiéndose, dijo—: Sí, así es, exactamente. Quiero mi intimidad. Pero desearía algo más. Quisiera interrogar al Sr. Rubin.

—¿Para qué? —preguntó Rubin, los ojos agrandados por efecto del aumento de sus gruesos lentes.

—Algunas de las cosas que he oído esta noche me intrigan y no puedo lograr que usted conteste a mis preguntas.

—Henry, está usted borracho. He contestado todas sus preguntas.

—Aun así, ¿puedo interrogarlo formalmente, señor?

—Adelante.

—Gracias —dijo Henry—. Quiero saber más sobre los ruidos molestos que ha estado oyendo.

—¿Se refiere a ese carpintero ya la canción de cuna de Broadway?

—Eso lo dije yo —intervino Drake en voz baja, pero Rubin hizo como si no le oyese.

—Sí. ¿Cuánto tiempo lleva eso?

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Rubin vehementemente—. ¡Meses!

—¿Muy fuerte?

Rubin pensó un rato.

—No, no muy fuerte, supongo. Pero se puede oír. Llega en los momentos más extraños. Nunca se puede predecir.

—¿Y quién hace el ruido?

Rubin dejó caer el puño sobre la mesa tan repentinamente que su taza de café tembló.

—De eso se trata, justamente. No es tanto el ruido a pesar de lo irritante que puede llegar a ser. Podría soportarlo si lo entendiese; si supiera quién es; si supiera qué está haciendo; si pudiera dirigirme a alguien y pedirle que no lo haga por un rato, cuando tengo especial dificultad con algún argumento. Es como ser perseguido por un espiritista.

Trumbull alzó la mano.

—Un momento. Dejémosnos de espiritismos y tonteras. ¿No estarás tratando de incluir esto en el campo de lo sobrenatural, Manny? Primero, aclaremos una cosa...

—Es Henry quien está interrogando, Tom —interrumpió Halsted.

—De lo cual estoy enterado —dijo Trumbull, asintiendo rígidamente con la cabeza—. ¿Puedo hacer una pregunta, Henry?

—Si está por preguntar por qué al oír el ruido el Sr. Rubin no puede decir de dónde viene, es lo que estoy apunto de preguntar yo —dijo Henry.

—Continúe —dijo Trumbull—. Entretanto me serviré más café.

—¿Quiere contestar la pregunta, Sr. Rubin? —dijo Henry.

—Supongo que es difícil que ustedes entiendan. Veamos, dos de ustedes viven al otro lado del Hudson, uno en uno de los sectores más antiguos de Brooklyn, y el otro en Greenwich Village. Tom vive en una de esas elegantes casonas refaccionadas. No estoy seguro de dónde vive Henry pero sé que no será en una de estas modernas colmenas, como Avalon las llama. Ninguno de ustedes vive en uno de esos modernos edificios de departamentos de veinticinco pisos o más, con veinticinco departamentos en cada piso y un hermoso esqueleto de concreto que conduce maravillosamente el sonido. Si se tratara de alguien que tiene un buen tocadiscos puesto a todo volumen, podría ser capaz de decir si viene de arriba o de abajo, aunque no apostaría. Si quisiera podría ir de puerta en puerta por todo este piso y luego de puerta en puerta por el piso de abajo y lo mismo por el de arriba. Supongo que así sería capaz de decir de qué departamento proviene si apoyo el oído contra la puerta correcta. Si es un martilleo suave, sin embargo, es imposible decir de dónde viene. Uno puede escuchar apoyado contra la puerta y no serviría. El sonido no se propaga tanto a través del aire y la puerta, sino a través de las paredes. Escúchenme: he llegado a recorrer puerta por



puerta cuando me he enfurecido lo suficiente. No sé cuántas veces he reptado por los corredores.

Gonzalo se rió.

—Si te sorprenden haciendo eso, ese portero de abajo comenzará a informar sobre vagos de aspecto vicioso que andan espiando por ahí.

—Eso no me preocupa —dijo Rubin—. El portero me conoce. —Una expresión de tímida modestia apareció repentinamente en el rostro de Rubin—. Es un admirador mío.

—Sabía que debías de tener alguno en algún lado —dijo Trumbull, pero Henry estaba apartando lo que quedaba de pavo en su plato y parecía más descontento que nunca.

—Supongamos que tu admirador no está de turno —dijo Gonzalo polémicamente—. Tiene que haber portero durante las veinticuatro horas y tu admirador tiene que dormir.

—Todos me conocen —dijo Rubin—, y éste, el tipo que está en la entrada ahora, Charlie Wiszonski, tiene el turno de cuatro de la tarde a doce de la noche los días de semana, que es el turno más pesado. Es un hombre mayor... Permítame retirar la mesa.

—¿No podría hacerlo otro, Sr. Rubin? —preguntó Henry—. Desearía seguir interrogándolo y quiero volver al carpintero. Si el sonido se propaga a través de las paredes y usted lo oye, ¿no hay mucha otra gente que también lo oye?

—Supongo que sí.

—¿Pero si molesta a tanta...?

—Eso es otra cosa irritante —dijo Rubin—. No molesta... Gracias, Roger. Deja los platos en la batea de la cocina, simplemente. Yo me encargaré de ellos después... Este carpintero no parece molestar a nadie. Durante el día los maridos están afuera y muchas de las mujeres también, y los niños no abundan en este edificio. Las mujeres que se quedan en casa están haciendo las tareas domésticas. Por la tarde todo el mundo pone la televisión. ¿A quién le preocupa un martilleo ocasional? A mí me preocupa porque estoy en casa día y noche y soy escritor. A mí me preocupa porque soy una persona creativa que tiene que pensar un poco y necesita algo de tranquilidad.

—¿Le ha preguntado a otros sobre eso? —dijo Henry.

—Oh, de vez en cuando lo he hecho. —Inquieto, golpeó su taza con la cuchara—. Supongo que su próxima pregunta será qué dijeron.

—Debería adivinar —dijo Henry—, por su expresión de frustración, que nadie admitió haberlo oído.

—Bien, se equivoca. Uno o dos dijeron algo parecido a que lo habían oído algunas veces. El problema es que a nadie le importa. Incluso si lo oyeran no les

importaría. Los neoyorquinos son tan insensibles al ruido que uno podría volarlos y no les importaría.

—¿Qué supone que hace esa persona para producir tal ruido? —preguntó Avalon.

—Me parece que es un carpintero. Quizá no sea profesional, pero intenta serlo. Podría jurar que tiene un taller allá arriba. A pesar de todo podría jurarlo. No hay nada más que lo explique.

—¿Qué quiere decir que a pesar de todo podría jurarlo? —preguntó Henry.

—Consulté a Charlie sobre esto.

—¿Al portero?

—¿De qué sirve un portero? —preguntó Gonzalo—. ¿Por qué no te dirigiste al superintendente? ¿O al dueño?

—¿De qué sirven ellos? —dijo Rubin impaciente—. Todo lo que sé del dueño es que deja que el aire acondicionado se descomponga cuando más calor hace porque prefiere arreglarlo con goma de mascar de la mejor calidad. Y para llegar al superintendente tienes que tener conocidos en Washington. Además, Charlie es un buen tipo y nos entendemos bien. Qué diablos, cuando Jane tuvo el incidente con ese ratero y yo no estaba aquí, fue a... Charlie a quien llamó.

—¿No llamó a la policía? —preguntó Avalon.

—Claro que sí. ¡Pero primero a Charlie!

Henry estaba terriblemente descontento.

—De manera que consultaron al portero respecto al martilleo. ¿Qué dijo?

—Dijo que no había reclamos. Era el primero que oía. Dijo que investigaría. Lo hizo y me juró y rejuró que no había ningún taller de carpintero en ningún lugar del edificio. Dijo que había enviado gente a cada departamento con el pretexto de revisar el aire acondicionado... ése es el modo más seguro de entrar en todos lados.

—¿De modo que después el portero olvidó el asunto?

—Supongo que sí. Yeso me molestó también. Vi que Charlie no me creía. No creía que hubiera ningún martilleo. Me dijo que yo era el único que lo decía.

—¿La Sra. Rubin lo oye también?

—Por supuesto. Pero tengo que hacérselo notar. A ella tampoco le molesta.

—Quizá sea alguna chica que practica castañuelas —dijo Gonzalo—, o algún instrumento de percusión.

—¡Vamos! Sé distinguir entre algo rítmico y un martilleo intermitente.

—Quizá sea un niño —dijo Drake—, o algún animal doméstico. Una vez viví en un departamento, en Baltimore, y tenía un martilleo justo sobre mi cabeza, como si alguien dejara caer algo cientos de veces al día. Y eso es lo que era. Tenían un perro que no se cansaba de recoger un hueso de juguete y de dejarlo caer. Conseguí que pusieran una alfombra barata.

—No es un chico y no es un animal —porfió Rubin—. Ojalá dejaran de suponer

que no sé lo que oigo. Escúchenme, yo trabajé en una carpintería una vez. Soy, además, un carpintero bastante bueno. Conozco el sonido de un martillo sobre la madera.

—Quizá sea alguien que está haciendo reparaciones en su casa —dijo Halsted.

—¿Durante meses? Es más que eso.

—¿Es así como está la situación ahora? ¿Hizo algún otro intento de localizar el lugar después que el portero le falló? —preguntó Henry.

Rubin frunció el ceño.

—Traté, pero no fue fácil. Todo el mundo tiene teléfono, pero no figuran en la guía. Es parte de la mentalidad de la fortaleza, a la que Avalon se refiere. Y sólo conozco a un par de personas con las que puedo hablar. Llamé a las puertas más probables, y luego de presentarme pregunté sobre el particular, pero todo lo que conseguí fueron malas miradas.

—Yo me daría por vencido —dijo Drake.

—Yo no —dijo Rubin, golpeándose el pecho—. El mayor problema fue que todo el mundo pensó que yo era una especie de chiflado. Incluso Charlie, creo. La gente común parece recelar en general de los escritores.

—Lo cual puede tener su justificación —dijo Gonzalo.

—Cállate —dijo Rubin—. De modo que pensé que lo mejor sería presentar alguna prueba.

—¿Cuál? —preguntó Henry.

—Bien, grabé el condenado martilleo, por supuesto. Pasé dos o tres días prestando atención y entonces, cada vez que comenzaba, encendía el magnetófono y lo grababa. Me trastornó todo el trabajo, pero conseguí casi cuarenta y cinco minutos de martilleo... no muy fuerte, pero se podía oír. Y fue algo interesante, porque si uno lo escucha se da cuenta de que el tipo ese debe ser un pésimo carpintero. Los golpes no son parejos y fuertes. No tiene ningún control sobre el martillo y es esa irregularidad la que cansa. Una vez que uno consigue tomar el ritmo adecuado se puede martillar todo el día sin cansarse. Lo hice muchas veces...

—¿Y le hizo escuchar la grabación al portero? —interrumpió Henry.

—No. Un mes atrás acudí a una autoridad superior.

—¿Entonces fuiste a ver al superintendente? —preguntó Gonzalo.

—No. Existe algo llamado comité de inquilinos.

Hubo una sonrisa general de aprobación en la que sólo Henry no participó.

—No pensé en eso —dijo Avalon. Rubin hizo una mueca.

—La gente no piensa en eso en casos como éste, porque el único propósito del comité parece ser perseguir al propietario. Es como si nadie se hubiera enterado jamás de que un inquilino puede molestar a otro, aun cuando yo diría que nueve de cada diez molestias en un edificio de departamentos provienen de las relaciones entre

vecinos. Eso les dije. Yo...

—¿Es usted miembro regular del comité, Sr. Rubin? —volvió a interrumpirlo Henry.

—Soy miembro, por supuesto. Todo inquilino es miembro automáticamente.

—Me refiero a si asiste regularmente a las reuniones.

—En realidad, ésa fue la segunda reunión a la que concurrí.

—¿Lo conoce a usted la gente que asiste regularmente?

—Algunos, sí. Además, ¿qué tiene que ver eso? Me presenté yo mismo: "Rubin", dije, "14, doble A", y me puse a hablar. Como había llevado el magnetófono, lo levanté en alto y lo mostré. Dije que en él estaba la prueba de que algún idiota era una molestia pública, que lo había fechado con día y hora y que si era necesario vería a mi abogado. Dije que de ser el propietario quien hiciera ese ruido todos los concurrentes a esa reunión estarían aullando para que se iniciase una acción conjunta contra él. ¿Por qué, entonces, no reaccionar de la misma manera contra uno de los inquilinos?

—Debe de haber sido un discurso de lo más elocuente —gruñó Trumbull—. Una lástima que no haya estado allí para oírte. ¿Qué dijeron?

—Quisieron saber quién era el inquilino que hacía ese ruido y no les pude decir —repuso Rubin con el ceño fruncido—. De modo que lo olvidaron. Nadie había oído el ruido y, de todos modos, a nadie le interesaba.

—¿Cuándo se celebró la reunión? —preguntó Henry.

—Casi un mes atrás. Y ellos tampoco se han olvidado. Realmente fue un discurso elocuente, Tom. Los dejé fritos. Lo hice deliberadamente. Quería que la noticia se extendiera y así fue. Charlie, el portero, dijo que la mitad de los inquilinos estaban hablando de eso... que era lo que yo quería. Quería que ese carpintero se enterara. Que supiera que yo estaba tras él.

—Seguramente, no querrá usted que haya violencia, Sr. Rubin... —dijo Henry.

—No necesito la violencia. Sólo quería que lo supiera. Ha estado bastante sosegado las últimas semanas, y apuesto a que seguirá así.

—¿Cuándo es la próxima reunión? —preguntó Henry.

—La próxima semana... Quizá vaya.

Henry sacudió la cabeza.

—Sería mejor que no fuese, Sr. Rubin. Creo que sería mejor si se olvidara de todo esto.

—No estoy asustado de ese tipo, sea quien sea.

—Estoy seguro de que no, Sr. Rubin, pero encuentro peculiar esta situación en varios aspectos...

—¿En qué aspectos? —preguntó Rubin rápidamente.

—Es... es... Puede parecer melodramático, lo admito, pero... Sr. Avalon, usted y

el Dr. Drake llegaron a la entrada del edificio un momento antes que yo y hablaron con el portero.

—Sí, así es —dijo Avalon.

—Quizá llegué demasiado tarde. Puede ser que me haya perdido algo. Me parece, Sr. Avalon, que usted le preguntó al portero si solían suceder incidentes deplorables en este edificio y él dijo que había habido un robo en un departamento del vigésimo piso el año pasado y que una mujer había sido atacada en el lavadero.

Avalon asintió pensativamente.

—Sin embargo —continuó Henry—, él sabía que nos dirigíamos al departamento del Sr. Rubin. ¿Cómo, entonces, no mencionó que en este departamento había habido un robo hace apenas dos semanas?

Hubo una larga pausa.

—Quizá no quería ser chismoso —dijo Gonzalo.

—Nos habló de los otros incidentes. Quizás haya sido una explicación intrascendente, pero cuando me enteré del robo me sentí molesto. Todo lo que he oído desde entonces ha aumentado mi sensación de intranquilidad. Es admirador del Sr. Rubin. La señora acudió a él en cierto momento y, sin embargo, no mencionó nada de eso.

—¿Qué te sugiere todo eso, Henry? —preguntó Avalon.

—¿Que está implicado de algún modo?

—¡Vamos, Henry! —dijo Rubin de inmediato—. ¿Me vas a decir que Charlie es cómplice de los ladrones?

—No; pero si algo extraño está sucediendo en este edificio, podría ser muy útil deslizarle un billete de diez dólares al portero de vez en cuando. Puede ser que no sepa de qué se trata. Lo que quieren puede parecerle bastante inofensivo... pero luego, cuando entran en su departamento, puede ser que de pronto él entienda más que antes. Se siente implicado y no querrá hablar más de eso. Por su propio bien.

—De acuerdo —dijo Rubin—. ¿Pero qué es lo que le parece tan peculiar? ¿El carpintero y su martilleo?

—¿Por qué alguien estuvo espionando el piso, esperando a que usted y su esposa dejaran el departamento solo y con una llave puesta nada más?— preguntó Henry—. ¿Y por qué, cuando el Sr. Avalon mencionó el incidente de la mujer del lavadero, usted, Sr. Rubin, lo descartó en seguida haciendo referencia a la delegación china ante las Naciones Unidas? ¿Hay alguna relación?

—Sólo que Jane me contó que algunos de los inquilinos estaban preocupados por la posibilidad de que los chinos ocuparan este edificio.

—Tengo la impresión de que ésa es una razón poco válida para su non sequitur. ¿Dijo su esposa que el hombre que había sorprendido saliendo del departamento era un oriental?

—Oh, no puede usted tener en cuenta eso —dijo Rubin, alzando los hombros expresivamente—. ¿Cómo se puede realmente notar...?

—Un minuto, Manny —interrumpió Avalon—. Nadie te está preguntando si el ratero era realmente chino. Todo lo que Henry pregunta es si Jane dijo que lo era.

—Dijo que le pareció que era; que tuvo la impresión... ¡Vamos, Henry! ¿Va a decir que se trata de espionaje?

Henry continuó imperturbable.

—Sume todo esto al asunto de ese martilleo irregular... Creo que el Sr. Rubin dijo específicamente que esa irregularidad era característica de un mal carpintero. ¿No será que esa irregularidad la produce un espía hábil? Por lo que yo sé, el punto débil de todo sistema de espionaje está en enviar la información. En este caso, no habría ningún contacto entre el que la envía y el que la recibe, ningún punto de referencia intermedio, nada que pueda ser abierto o interceptado. Sería el sonido más natural e inocente del mundo, algo que nadie puede oír, excepto la persona que está escuchando... y, como el azar lo ha querido, un escritor que desea concentrarse en su trabajo y al que lo distraen hasta los ruidos más insignificantes. Incluso así, podría interpretarse que se trata de alguien que está martillando... un carpintero.

—¡Vamos, Henry! Eso es estúpido —dijo Trumbull.

—Pero, entonces, ¿cómo explica un robo donde no se llevaron prácticamente nada?

—Tonterías —dijo Rubin—. Jane regresó demasiado pronto. Si se hubiera demorado cinco minutos más, el estereofónico habría desaparecido.

—Mire, Henry —dijo Trumbull—. Ha hecho cosas asombrosas otras veces y no quiero descartar completamente nada de lo que usted dice. No obstante, eso es muy improbable.

—Quizá pueda presentar alguna evidencia.

—¿De qué tipo?

—Tendría que usar las grabaciones que el Sr. Rubin hizo del martilleo. ¿Podría traerlas, Sr. Rubin?

—Nada más fácil —dijo Rubin, y desapareció hacia el interior.

—Henry, si piensa que voy a escuchar un estúpido martilleo y le voy a decir que está en código, está loco —advirtió Trumbull.

—Sr. Trumbull —dijo Henry—. No sé qué funciones desempeña usted en el gobierno, pero presumo que dentro de un momento querrá ponerse en contacto con la gente adecuada, y sugiero que comience por interrogar exhaustivamente al portero y que...

Rubin regresó con el ceño fruncido y la cara roja.

—Es extraño. No puedo encontrarlas. Creí que sabía exactamente dónde estaban, pero no las encuentro. Bueno, nos quedamos sin pruebas, Henry. Tendré que... ¿Las

habré dejado en algún lado?

—La prueba es la ausencia de las grabaciones, Sr. Rubin —dijo Henry—, y creo que ahora sabemos qué buscaba el ratero y por qué no ha habido más martilleos desde entonces.

—Creo que sería mejor que hiciera... —Comenzó a decir Trumbull, pero el sonido del timbre lo detuvo.

Por un momento, todos quedaron paralizados. Luego, Rubin musitó:

—No creo que sea Jane que regresa temprano. —Se levantó pesadamente, se dirigió hacia la puerta y atisbó por la mirilla. Miró fijamente unos instantes y luego dijo—: ¡Qué diablos! —y abrió violentamente la puerta.

Allí estaba el portero, Con el rostro arrebatado y visiblemente intranquilo.

—Me llevó tiempo conseguir que alguien me reemplazara —dijo—. Escúchenme... no quisiera tener problemas, pero... —Sus ojos iban de una a otra persona nerviosamente.

—¡Cierra la puerta, Manny! —gritó Trumbull. Rubin atrajo al portero hacia adentro y cerró la puerta.

—¿Qué pasa, Charlie?

—Hay algo que me tiene cada vez más preocupado. Y ahora alguien me preguntó si había problemas aquí... Usted, señor —dijo dirigiéndose a Avalon—. Luego empezó a llegar más gente y creo que sé de qué se trata. Supongo que alguno de ustedes está investigando el robo, pero yo no sabía qué estaba sucediendo, si bien supongo que no estuve bien, y quisiera explicar. Ese tipo...

—Nombre y departamento —lo apremió Trumbull.

—¡King! Vive en el 15-U —dijo Charlie.

—De acuerdo. Venga a la cocina conmigo. Manny, voy a hacer esa llamada telefónica desde aquí —dijo, y cerró la puerta de la cocina.

Rubin alzó los ojos, como si estuviera escuchando algo, y luego dijo:

—¿Martillando mensajes? ¡Quién lo hubiera creído!

—Exactamente por eso es por lo que funcionó —dijo Henry suavemente—. Y podría haber seguido funcionando de no haber habido en el mismo edificio un escritor de —si me permite decirlo— marcada excentricidad.

## La melodía del inconsciente (1974)

---

“Yankee Doodle Went to Town”

Entre los Viudos Negros era de conocimiento público que Geoffrey Avalon había servido como oficial durante la Segunda Guerra Mundial y que había alcanzado el grado de mayor. Nunca había participado activamente en batallas, por lo que ellos sabían, y jamás hablaba de sus experiencias de guerra. La rigidez de su postura, sin embargo, parecía hecha para un uniforme, de modo que nadie se sorprendió al saber que en otros tiempos había sido el Mayor Avalon.

Por lo tanto, cuando entró en la sala de banquetes con un oficial del ejército como invitado, pareció algo perfectamente natural. Y cuando dijo: "Este es un viejo amigo, el Coronel Samuel Davenheim", todo el mundo lo saludó cordialmente sin que nadie alzara una ceja. Un compañero del ejército de Avalon era un compañero del ejército de todos ellos.

Incluso Mario Gonzalo, que había servido por poco tiempo en el ejército al final de la década del cincuenta y que era conocido por sus acerbadas opiniones respecto de los oficiales, fue bastante amable y en seguida se encaramó en una de las mesas y comenzó su caricatura. Avalon miraba de vez en cuando sobre el hombro de Gonzalo, como para asegurarse de que el artista de los Viudos Negros no coronara la cabeza del coronel con un par de orejas de burro.

Habría sido totalmente inapropiado que Gonzalo lo hiciera, porque Davenheim daba la cabal impresión de poseer una clara inteligencia. Su rostro, redondo y un poco regordete, se destacaba aún más por un corte de pelo fuera de moda, corto arriba y al ras más abajo. Sus labios se curvaban fácilmente en una sonrisa amistosa, su voz era clara y sus palabras entusiastas.

—Jeff me ha descrito a cada uno de ustedes —dijo— porque, como ustedes seguramente saben, es un hombre metódico. Debería poder identificarlos a todos ustedes. Por ejemplo, usted es Emmanuel Rubin, pues es bajo, tiene lentes gruesos, barba escasa...

—Rala —dijo Rubin sin ofenderse—. Rala, la llama generalmente Jeff, porque la suya es densa; pero nunca he descubierto que la exuberancia del vello facial implique...

—Y además es conversador —dijo Davenheim, firmemente, imponiéndose con la tranquila autoridad de un coronel—. Y es escritor... Usted es Mario Gonzalo, el artista. Ni siquiera necesito su descripción ya que está dibujando... Roger Halsted, matemático, parcialmente calvo, el único miembro que no tiene una espesa cabellera, de modo que es fácil... James Drake o más bien, el doctor James Drake...

—Todos somos doctores en virtud de nuestra condición de Viudos Negros —intervino Drake a través del humo de su cigarrillo.



—Tiene razón, y Jeff me lo explicó. Usted es el doctor doctor Drake, porque huele a tabaco a cinco metros de distancia.

—Bueno, Jeff sabrá —dijo Drake filosóficamente.

—Y Thomas Trumbull —continuó Davenheim—, porque tiene el ceño fruncido y por eliminación... ¿Los nombré a todos?

—Sólo a los miembros —dijo Halsted—. Se olvidó de Henry que es el más importante.

Davenheim miró alrededor, sorprendido.

—¿Henry?

—El camarero —recordó Avalon, sonrojándose y con la vista clavada en su copa—. Lo siento, Henry, pero no sabía qué decirle al coronel Davenheim sobre usted. Decirle que es el camarero es ridículamente insuficiente, y decirle algo más habría puesto en peligro el principio de secreto entre los Viudos Negros.

—Entiendo —dijo Henry amablemente—. Pero creo que sería conveniente servirle algo al coronel. ¿Qué le agradaría, coronel?

Por un momento, el coronel pareció desconcertado.

—¡Ah! ¿Quiere decir qué bebo? No, gracias, no bebo.

—¿Un ginger ale, quizá?

—Muy bien. —Davenheim intentaba claramente encontrar alguna respuesta—. Eso me gustaría.

—La vida de un no bebedor es difícil —dijo Trumbull sonriendo.

—Siempre lo fuerzan a uno a aceptar algo húmedo —dijo Davenheim, haciendo una mueca—. Nunca he podido adaptarme a eso.

—Haga que le pongan una cereza en el ginger ale —sugirió Gonzalo—. O, mejor aún, sírvase agua en una copa de cóctel, luego agréguele una aceituna y cambie el agua periódicamente. Todo el mundo lo admirará como a un hombre que puede beber mucho. Aunque, francamente, nunca he conocido a un oficial que pudiera...

—Creo que vamos a comer —dijo Avalon rápidamente, mirando su reloj.

—¿Quieren sentarse, caballeros? —dijo Henry, colocando una de las paneras directamente frente a Gonzalo como para sugerir que utilizara la boca para ese propósito.

Gonzalo tomó un panecillo, lo partió, le puso manteca a una de las mitades y dijo con voz apagada:

—Evitemos pillar una buena borrachera después de beber un aperitivo —pero nadie lo escuchaba.

Rubin, sentado entre Avalon y Davenheim, preguntó:

—¿Qué clase de soldado era Jeff, coronel?

—Condenadamente bueno —respondió Davenheim gravemente—, pero no tuvo gran oportunidad de destacarse. Ambos estábamos en la parte legal, que implicaba

trabajo de oficina. La diferencia es que él tuvo el suficiente sentido común para retirarse después que la guerra terminó. Yo no.

—¿Quiere decir que todavía está trabajando en asuntos legales dentro del ejército?

—Así es.

—Bueno, yo ansío el día en que la ley militar esté tan caduca como la ley feudal.

—Yo también —dijo Davenheim tranquilamente—. Pero eso no ha sucedido todavía.

—No —dijo Rubin—, y si usted...

—¡Maldita sea, Manny! —interrumpió Trumbull—. ¿No puedes esperar a que llegue el momento del interrogatorio?

—Sí —dijo Avalon, tosiendo estentóreamente—; podríamos dejar que Sam termine de comer para hacerlo marchar.

—Si la ley militar —dijo Rubin— aplicara las mismas consideraciones a aquellos...

—¡Después! —rugió Trumbull.

Rubin lo miró indignado a través de sus gruesos lentes, pero se resignó.

—No estoy nada satisfecho con mis versos del quinto canto de la *Ilíada* —intervino Halsted, tratando evidentemente de cambiar de tema.

—¿Sus qué...? —preguntó Davenheim, intrigado.

—No le preste atención —dijo Trumbull—. Roger insiste en amenazarnos con hilvanar cinco versos repugnantes por cada canto de la *Ilíada*.

—Y de la *Odisea* —añadió Halsted—. El inconveniente con el canto quinto es que trata principalmente de las hazañas del héroe griego Diomedes, y creo que debo hacerlo rimar. Estuve trabajando en esto durante meses.

—¿Es por eso que nos hemos salvado de tus versos las dos últimas sesiones? —preguntó Trumbull.

—Ya tengo una y estaba listo para leerla hace tiempo, pero no estoy totalmente satisfecho con ella.

—Entonces entraste a formar parte de la gran mayoría —replicó Trumbull.

—El asunto —dijo Halsted lentamente— es que tanto "Diomedes" como su legítima variante "Diomede" no riman bien con nada. "Diomedes" rima con "Nicomedes" y "Diomede" con "concede". ¿Y de qué sirven uno u otro?

—Llámalo Tideido —dijo Avalon—. Homero usaba frecuentemente el patronímico.

—¿Qué es un patronímico? —preguntó Gonzalo.

—Un nombre derivado del del padre o de un antecesor, que es la traducción literal de la palabra —dijo Halsted—. El padre de Diomedes fue Tideo. ¿Crees que no he pensado en eso? Rima con "video", lo que como comprenderán no corresponde a

la época.

—¿Qué te parece "ni veo"? —preguntó Rubin.

—¿O "fideo"? —dijo Drake.

—Muy gracioso —admitió Halsted—, pero aquí va:

*Grande en coraje y en pericia, avezado,  
A la lucha ha entrado el bravo Diomedes.  
Ha sido así como a los dioses se ha enfrentado  
Hiriendo a Ares el amante de la guerra  
Que en malhadadas condiciones queda, más morir no puede.*

Avalon sacudió la cabeza.

—Ares fue herido levemente. Tuvo fuerza suficiente como para subir rugiendo hasta el Olimpo.

—Debo admitir que no estoy satisfecho —dijo Halsted.

—¡Unánime! —dijo Trumbull.

—¡Ternera a la parmesana! —dijo Rubin entusiastamente, pues con su acostumbrada agilidad Henry ya estaba colocando los platos frente a cada comensal.

Después de haber dedicado considerable tiempo a la ternera, el coronel Davenheim dijo:

—No lo pasan mal aquí, ¿eh, Jeff?

—¡Oh, hacemos lo que podemos! —dijo Avalon—. El restaurante nos cobra en la misma proporción, pero como es sólo una vez al mes...

Davenheim atacó con bríos con su tenedor mientras decía:

—Dr. Halsted, usted es matemático...

—Enseño matemáticas a chicos desgastados, que no es precisamente lo mismo.

—¿Por qué, entonces, escribe versos humorísticos sobre los poemas épicos?

—Precisamente porque no es matemáticas, coronel. Es un error pensar que porque un hombre tiene una profesión que lleva un nombre todos sus intereses deben corresponder a ese mismo nombre.

—No quise ofenderlo —dijo el coronel. Avalon se quedó mirando su plato totalmente limpio e hizo a un lado, con aire pensativo, su copa llena a medias.

—En realidad —dijo—, Sam sabe lo que es tener un hobby intelectual. Es un excelente especialista en fonética.

—¡Oh, vaya! —dijo Davenheim con torpe modestia—. Soy un aficionado.

—¿Eso quiere decir que puede contar chistes imitando su acento? —preguntó Rubin.

—Cualquier acento que usted desee, dentro de límites razonables. Pero no sé contar chistes, ni siquiera en mi acento natural.

—No importa —dijo Rubin—. Prefiero oír un mal chiste con un buen acento que

un buen chiste con un acento que no suena bien.

—Entonces ¿cómo se explica que te rías de tus propios chistes cuando fallan en ambos aspectos? —se burló Gonzalo.

Davenheim habló rápidamente para cortar la respuesta de Rubin.

—Me han sacado del tema —dijo, y se inclinó hacia un lado para permitir que Henry colocara frente a él una porción de torta de ron—. Lo que quise decir, Dr. Halsted —muy bien, Roger—, es que quizás usted busque en los clásicos un cambio para sacarse de la cabeza algún complicado problema matemático. Luego, mientras su consciente busca rimas, su inconsciente...

—Lo extraño de esto —dijo Rubin, aprovechando para intervenir— es que resulta. No ha habido nunca un argumento frustrante que no pueda resolver yendo al cine. No me refiero a ver una buena película, que realmente me absorbe. Me refiero a las malas, a ésas que ocupan mi conciencia lo suficiente como para permitir que mi inconsciente se exprese libremente. Las películas de acción de espionaje son las mejores.

—Nunca he podido seguir el argumento de esas películas aunque les preste atención —dijo Gonzalo.

—Y sin embargo están hechas para la mente de un chico de doce años —dijo Rubin, devolviendo el golpe finalmente.

Henry sirvió el café mientras Davenheim decía:

—Estoy de acuerdo con lo que dice Manny. Pienso que un día dedicado a la fonética es a veces la mejor manera de contribuir al problema en que uno está empeñado. Pero, ¿no hay además otro aspecto? Resulta fácil ver que cuando el consciente está ocupado, dejamos al inconsciente libre para hacer lo que desea ocultamente. Pero, ¿permanece oculto? ¿No puede ser que aparezca en la superficie? ¿No podría ser que se haga visible y audible, si no para la misma persona —para la persona que está pensando—, por lo menos para otros?

—¿Qué es lo que quiere decir exactamente, coronel? —preguntó Trumbull.

—Dejemos las formalidades y llamémonos todos por el nombre —dijo Davenheim—. Llámeme Sam. Lo que quiero decir es esto. Suponga que Manny está elaborando un argumento sobre un veneno indetectable...

—¡Jamás! —dijo Rubin enérgicamente—. Las tarántulas están fuera de moda, y también los hindúes místicos y lo sobrenatural. Todo eso es romanticismo del siglo diecinueve. No estoy seguro de que incluso el misterio del cuarto cerrado no haya pasado a ser un tema...

—Sólo es un ejemplo —dijo Davenheim, que se había sentido momentáneamente incapaz de parar la marea—. Luego se dedica a hacer otras cosas para dejar funcionar a su inconsciente, y en lo que a usted respecta podría jurar que ha olvidado el misterio completamente, que no está pensando en eso, que se le ha borrado completamente.

Después, en el momento de llamar un taxi, usted grita: "¡Tóxico! ¡Tóxico!"

—Eso me parece rebuscado y no lo acepto —dijo Trumbull, pensativo—, pero comienzo a entender. Jeff, ¿trajiste a Sam aquí porque tiene algún problema?

Avalon se aclaró la garganta.

—Realmente, no. Lo invité el mes pasado por muchas razones... la más importante de ellas es que pensaba que a ustedes les gustaría. Pero anoche se quedó en casa y... ¿Puedo contarles, Sam?

Davenheim se encogió de hombros.

—Este lugar es tan cerrado como una tumba, según dijiste.

—Totalmente —dijo Avalon—. Sam conoce a mi mujer casi tanto tiempo como yo, pero dos veces la llamó Farber en lugar de Florence.

Davenheim sonrió forzosamente.

—Mi inconsciente que intenta salir a la superficie. Podría haber jurado que lo había olvidado.

—No te dabas cuenta —dijo Avalon, y se volvió hacia los otros—. Yo no lo noté. Florence, sí. La segunda vez, ella dijo: "¿Cómo me estás llamando?". Y él dijo: "¿Qué?". "Me has llamado varias veces, Farber", repuso ella, y Sam se quedó atónito.

—En todo caso —dijo Davenheim—, no es mi inconsciente lo que me preocupa. Es el de él.

—¿El de Farber? —preguntó Drake, apagando la colilla de su cigarrillo con sus dedos manchados.

—El del otro —dijo Davenheim.

—Ya es casi la hora del coñac, de todos modos, Jeff —dijo Trumbull—. ¿Quisieras interrogar a nuestro estimado invitado o quieres que lo haga algún otro?

—No creo que necesite ser interrogado —dijo Avalon—. Quizá nos diga simplemente lo que le preocupa a su inconsciente mientras su consciente se distrae.

—No creo que quiera hacer eso —dijo Davenheim sombríamente—, Es más bien un asunto delicado.

—Tiene mi palabra —dijo Trumbull— de que todo lo que aquí se dice permanece en el secreto más absoluto. Estoy seguro de que Jeff ya se lo ha dicho. Y eso incluye a nuestro estimado Henry. Además, no necesita entrar en detalles, por supuesto.

—No puedo utilizar nombres falsos, sin embargo, ¿no es así?

—No, si es que Farber es nombre verdadero —dijo Gonzalo sonriendo.

—Bueno, ¡qué diablos! —suspiró Davenheim—. En realidad no es una gran historia y puede ser que no sea nada, nada en absoluto. Tal vez esté sumamente equivocado. Pero si no estoy equivocado, será una vergüenza para el ejército y caro para el país. Casi he deseado estar equivocado, pero me he comprometido de tal manera que si estoy equivocado podría estropear para siempre mi carrera. Sin embargo, no me falta mucho para retirarme.

Por un momento pareció perdido en sus pensamientos, y luego dijo ferozmente:

—No, quiero tener razón. Aunque sea vergonzoso, esto tiene que detenerse.

—¿Está detrás de alguna traición? —preguntó Drake.

—No, no en el más estricto sentido de la palabra. Casi desearía que así fuese. Una traición puede contener una inmensa dignidad. A menudo un traidor es sólo el otro lado de la moneda de un patriota. Un traidor para un hombre puede ser un mártir para otro. No estoy hablando del que se deja comprar por centavos. Me refiero al hombre que cree que está sirviendo a una causa superior a su país y que no aceptaría un centavo por los riesgos que corre. Entendemos esto perfectamente cuando se trata de los traidores del enemigo. Los hombres, por ejemplo, a quienes Hitler consideraba...

—¿No se trata de traición, entonces? —preguntó Trumbull un poco impaciente.

—No. Simplemente corrupción. Podrida y hedionda corrupción. Una banda de hombres... de soldados, y siento decirlo, de oficiales, probablemente oficiales de alta graduación... dedicados a robarle un poco al Tío Sam.

—¿Y eso no es traición? —interrumpió Rubin—. Nos debilita y salpica de lodo al ejército. Los soldados que piensan tan poco en su país como para robarle, es difícil que piensen mucho en morir por él.

—Si de eso se trata —dijo Avalon—, la gente pone sus sentimientos y sus acciones en diferentes casillas. Resulta bastante posible robarle al Tío Sam hoy y morir por él mañana, y ser en ambos casos totalmente sincero. Más de un hombre que normalmente engaña a la tesorería de la Nación evadiendo más de la mitad de sus impuestos, se considera un leal patriota norteamericano.

—Dejemos los impuestos fuera de esto —dijo Rubin—. Si uno piensa en qué se gastan la mayoría de los fondos federales se podría hacer una buena defensa alegando que el verdadero patriota es aquel que prefiere ir a la cárcel antes que pagar sus impuestos.

—Una cosa —dijo Davenheim— es no pagar los impuestos por ser consecuente con ciertos principios, admitirlo e ir a la cárcel, y otra cosa es omitir la parte que a uno le corresponde pagar con toda justicia porque se quiere ver cómo otra gente lleva su propia carga y, además, la de uno. Ambas acciones son igualmente ilegales, pero la primera me merece algún respeto. En el caso al que me referí, la única motivación es la avaricia simplemente. Es muy posible que esto implique millones de dólares de los contribuyentes.

—¿Posible nada más? —preguntó Trumbull arrugando el entrecejo.

—Nada más. Hasta ahora. No puedo probarlo y es difícil seguir la pista sin una buena huella. Si me comprometo mucho y no puedo respaldar mis sospechas hasta el final, me partirán por la mitad. Algunos nombres importantes pueden estar implicados... y pueden no estarlo.

—¿Qué tiene que ver Farber con esto? —preguntó Gonzalo.

—Hasta ahora tenemos a dos hombres, un sargento y un conscripto. El nombre del sargento es Farber, Robert J. Farber. El otro es Orin Klotz. No tenemos nada concreto contra ellos.

—¿Nada en absoluto? —preguntó Avalon.

—En realidad, no. Como resultado de las actividades de Farber y Klotz, miles de dólares en material militar se han evaporado, pero no podemos demostrar que sus actos fueran ilegales. En todos los casos estaban protegidos.

—¿Quiere decir que había superiores implicados? —Gonzalo sonrió lentamente—. ¿Oficiales? ¿Gente inteligente?

—Aunque parezca increíble —dijo Davenheim secamente—, es posible que sea así. Pero no tengo pruebas.

—¿No puede interrogar a los dos hombres que ya tiene? —preguntó Gonzalo.

—Ya lo he hecho —dijo Davenheim—. De Farber no puedo conseguir nada. Es el tipo más peligroso de todos, el que hace de instrumento honesto. Creo que es demasiado estúpido como para saber la importancia de lo que hizo, y que, si lo hubiera sabido, no lo habría hecho.

—Enfréntalo con la verdad —dijo Avalon.

—¿Cuál es la verdad? —preguntó Davenheim—. No estoy preparado para poner mis cartas sobre la mesa. Si digo lo que sé, significará que los den de baja deshonrosamente, a lo sumo. El resto de la banda esperará a que las cosas se calmen y luego comenzará otra vez. No, preferiría no mostrar mis cartas hasta el momento en que tenga una buena mano, una mano de la que pueda estar lo suficientemente seguro como para correr el riesgo que tendré que correr.

—¿Se refiere a una pista que lo conduzca a los de más arriba? —preguntó Gonzalo.

—Exactamente.

—¿Y el otro tipo? —prosiguió Gonzalo.

—Ese es el que quiero. Él sabe. Es el cerebro de ese par. Pero no puedo desentrañar su historia. Lo he interrogado una y otra vez y está cubierto.

—Si sólo es una suposición que haya algo más detrás de esos dos hombres, ¿por qué se lo toma tan seriamente? ¿No son muchas las posibilidades de que usted se equivoque? —preguntó Halsted.

—A los demás puede parecerles así —dijo Davenheim—. No hay modo de poder explicar por qué sé que no estoy equivocado, salvo que se crea en mi experiencia. Después de todo, Roger, un matemático experto puede estar bastante seguro de que cierta conjetura es correcta y ser, sin embargo, incapaz de probarla con arreglo a las más estrictas reglas de la demostración matemática, ¿no es así?

—No estoy seguro de que ésa sea una buena analogía —dijo Halsted.

—A mí me parece buena. He hablado con hombres que sin lugar a dudas eran

culpables, y con hombres que eran absolutamente inocentes, y sus actitudes son diferentes cuando están bajo las acusaciones. Yo puedo sentir esa diferencia. El problema es que eso que siento es inadmisiblemente como evidencia. Puedo descartar a Farber, pero Klotz es demasiado precavido, suena demasiado claro en lo que dice. Juega conmigo y además disfruta, y eso es algo en lo que no puedo estar equivocado de ninguna manera.

—Si insiste en que puede sentir esas cosas —dijo Halsted no muy satisfecho—, no se puede discutir con usted, ¿no es así? Está más allá de lo racional.

—Simplemente no me equivoco —dijo Davenheim distraídamente, como si ahora se viese atrapado en la furia de sus propios pensamientos hasta el punto de que lo que Halsted decía fuese simplemente otro sonido que no contradecía lo dicho—. Klotz sonrío nada más que un poquito cuando más furiosamente lo persigo. Es como si yo fuera el toro y él el torero; y cuando comienzo a arremeter a fondo, él está allí, rígido, agitando con displicencia su capa aun costado, desafiándome a cornearlo. Y cuando lo intento, la capa vuela por sobre mi cabeza y él ya no está más.

—Me temo que te atrapó, Sam —dijo Avalon, sacudiendo la cabeza—. Si llegaste al punto en que sientes que está jugando contigo, no podrás confiar más en tu juicio. Deja que otro te reemplace.

Davenheim sacudió la cabeza.

—No, si es lo que yo creo —y sé que es así—, quiero ser yo quien lo haga saltar.

—Mire —dijo Trumbull—. Tengo poca experiencia en esas cosas, pero ¿cree usted que Klotz puede abrirle este caso? Es sólo un conscripto, y sospecho que aunque haya algún tipo de conspiración, él debe de saber muy poco.

—Está bien. Eso lo acepto —dijo Davenheim—. No espero que Klotz me entregue la luna. Sin embargo, tiene que conocer a otro hombre, a alguien más arriba. Debe de saber algún otro hecho, algo que esté más cerca del centro de este asunto de lo que él está. Lo único que persigo es ese otro hombre y ese otro hecho. Es todo lo que pido. Y lo que no soporto es que a él se le escape y aun así no lo descubro.

—¿Qué quiere decir con eso de que se le escapa? —preguntó Trumbull.

—Ahí es donde entra el inconsciente —dijo Davenheim—. Cuando él y yo estamos en pleno debate, él está enteramente ocupado conmigo, completamente empeñado en detenerme, en despistarme, en intrigarme, en hacerme correr detrás de fantasmas. Ese es su juego, ¡maldita sea! Lo último que haría es darme la información que busco, pero de todos modos la tiene, y cuando se halla ocupado pensando en lo otro, la información se le escapa. Cada vez que estoy cerca de lo que quiero, cuando lo hago retroceder y lo acorralo cuando mis cuernos se clavan en su capa a centímetros de su piel, él canta.

—¿El qué? —explotó Gonzalo, y hubo una conmoción general entre los Viudos Negros. Sólo Henry no mostró señales de emoción mientras. Volvía a llenar varias de



las tazas de café.

—Canta —dijo Davenheim—. Bueno; tanto como eso, no. Tararea. Y siempre la misma melodía.

—¿Qué melodía? ¿Algo que usted conoce?

—Por supuesto que la conozco. Todo el mundo la conoce. Es Yankee Doodle.

—Hasta el Presidente Grant, que no tenía oído para la música, la sabía —dijo Avalon lentamente—. Decía que conocía dos melodías. Una era Yankee Doodle y la otra no era.

—¿Y es Yankee Doodle lo que puede revelar el misterio? —preguntó Drake con esa precavida expresión que aparecía en sus ojos cada vez que empezaba a dudar de la salud mental de alguna persona.

—De alguna manera sí. Él oculta la verdad lo más hábilmente que puede, pero ésta emerge de todos modos de su inconsciente. Sólo un extremo; sólo la punta del iceberg. Yankee Doodle es esa punta. No la entiendo. No es lo suficientemente grande como para poder agarrarse a ella. Pero ahí está. Estoy seguro de eso.

—¿Quiere decir que la solución de su problema está en alguna parte de Yankee Doodle? —preguntó Rubin.

—¡Sí! —dijo Davenheim enfáticamente—. Estoy totalmente seguro. Lo que sucede es que él no está consciente de estar tarareando. En cierto momento le dije: "¿Qué es eso?", y él me miró atónito. Le pregunté: "¿Qué es lo que tararea?", y juraría que me miró con sincera sorpresa.

—¿Como cuando la llamaste Farber a Florence? —dijo Avalon.

Halsted sacudió la cabeza.

—No veo cómo puede darle tanta importancia a esto. Todos nosotros hemos tenido la experiencia de ciertas melodías que se fijan en nuestra mente y de las cuales no nos podemos deshacer por algún tiempo. Estoy seguro de que las tarareamos por lo bajo de vez en cuando.

—Alguna que otra vez, quizá. Pero Klotz tararea sólo Yankee Doodle y sólo en los momentos específicos en que lo pongo en apuros. Cuando las cosas se ponen tensas por mis presiones para descubrir esa conspiración de corrupción —que estoy seguro de que existe—, surge esa melodía. Debe de tener algún significado.

—Yankee Doodle —dijo Rubin pensativamente para sí mismo, y por un momento miró a Henry, que estaba parado cerca del aparador, con una pequeña arruga vertical entre las cejas.

Henry notó la mirada de Rubin, pero no respondió. Hubo un silencio reflexivo por unos momentos, y todos los Viudos Negros parecían estar de algún modo insatisfechos. Finalmente, Trumbull dijo:

—Puede ser que esté totalmente equivocado, Sam. Tal vez lo que haga falta sea recurrir a la psiquiatría. Ese tipo, Klotz, puede tararear Yankee Doodle en todos los

momentos de tensión. Quizá su único significado resida en que oía a su abuelo cantarla cuando tenía seis años, o que quizá su madre lo hiciera dormir con eso.

Davenheim alzó el labio superior en un gesto de leve burla.

—No creerá que no pensé en eso... Interrogué a una docena de sus amigos. ¡Nadie lo oyó nunca tararear nada!

—Pueden haber mentido —dijo Gonzalo—. Yo jamás le diría nada a un oficial si pudiera evitarlo.

—Puede ser que nunca se haya fijado —dijo Avalon—. No son muchos los buenos observadores.

—Quizá mintiesen, quizá nunca se fijaron —dijo Davenheim—, pero si acepto sus declaraciones tal como fueron hechas, todas indicarán que el tarareo de Yankee Doodle está pura y exclusivamente relacionado con mi investigación y nada más.

—Quizá tenga relación sólo con la vida del ejército. Es una marcha referente a la Guerra Civil —recordó Drake.

—Entonces, ¿por qué sólo conmigo y no con nadie más en el ejército?

—De acuerdo —dijo Rubin—. Supongamos que Yankee Doodle significa algo en relación con esto. No perdemos nada. Veamos, entonces, cómo es la canción... ¡Por amor de Dios, Jeff, no la cantes!

Avalon, que ya había abierto la boca con la clara intención de cantar, la cerró de golpe. Su habilidad para seguir una melodía rivalizaba con la de una ostra, y en sus momentos más lúcidos él lo sabía.

—Recitaré las palabras —dijo con un resto de dignidad.

—Bien —dijo Rubin—, pero no la cantes.

Avalon asumió su aire más grave y comenzó a declamar con su voz más resonante de barítono:

*Yankee Doodle se marchó a la ciudad*

*Montado en un pony.*

*Puso una pluma en su sombrero*

*y lo llamó macaroni.*

*Yankee Doodle sigue así*

*Como un dandy, Yankee Doodle*

*No pierdas el paso ni la música*

*y sé amable con las chicas.*

—Es una cancioncita sin sentido, nada más —observó Gonzalo.

—¡Sin sentido! —dijo Rubin indignado—. Tiene un perfecto sentido. Es una sátira escrita por el cínico sofisticado de la ciudad contra el muchacho campesino recién llegado. Doodle es cualquier instrumento musical primitivo del campo —una gaita, por ejemplo—, de modo que un yankee doodle es cualquier campesino de una

región apartada y boscosa tan sofisticado como una gaita. Viene a la ciudad en un pony y trata de causar una buena impresión, de modo que se viste con lo que él cree que es un traje de ciudad. Lleva una pluma en su sombrero y cree que es un verdadero señorito. Y macaroni significaba eso a fines del siglo dieciocho: un jovencito de ciudad, vestido ala última moda y experto bailarín. Las últimas cuatro líneas son el estribillo y muestran al muchacho campesino participando en una danza de la ciudad. Le dicen burlonamente que mueva las piernas y que sea galante con las damas. La palabra dandy comenzó a usarse a mediados del siglo dieciocho y significaba lo mismo que macaroni.

—Está bien, Manny, ganas tú —dijo Gonzalo—. La canción tiene sentido. ¿Pero qué tiene que ver con el caso de Sam?

—No creo que tenga ninguna relación —dijo Rubin—. No se ofenda, Sam, pero pareciera que Klotz se viera a sí mismo como el campesino que se burla del presumido de la ciudad y no pudiera evitar pensar en esa canción burlesca y ahora invierte los papeles.

—Me parece, Manny —dijo Davenheim—, que usted cree que él debe ser un muchacho venido del campo porque su nombre es Klotz. Con esa lógica, usted debería ser un aldeano porque su nombre es Rubin <sup>[27]</sup>. En realidad Klotz nació y se educó en Filadelfia, y dudo que alguna vez haya visto una granja. No es ningún campesino.

—Está bien —dijo Rubin—. Entonces puede ser que lo esté diciendo al revés. Quizá sea él el jovencito sofisticado de la ciudad que se ríe de usted, Sam.

—¿Porque yo soy un campesino? Nací en Stoneham, Massachusetts, y me eduqué en Harvard hasta graduarme de abogado. Y él sabe todo esto, también. Ha hecho suficientes referencias indirectas en sus momentos de torero.

—El haber nacido y haberse educado en Massachusetts ¿no la hace pasar por un yankee? —preguntó Drake.

—No un yankee doodle —porfió Davenheim.

—Puede ser que él piense así —dijo Drake.

Davenheim lo pensó un momento y luego dijo:

—Sí, supongo que puede creer eso. Pero si así fuera, creo que no lo tararearía abiertamente, de manera burlesca. Mi opinión es que lo hace inconscientemente. Tiene una relación con algo que quiere ocultar, no con algo que trate de mostrar.

—Quizás espera ansioso el momento en que sus delitos lo hagan rico y pueda marcharse a la ciudad, "con una pluma en su sombrero", en otras palabras —observó Halsted.

—O quizá Klotz piense que su victoria sobre usted es una pluma para su sombrero —opinó Drake.

—Puede ser que alguna palabra en particular tenga algún significado —dijo

Gonzalo—. Supongamos que macaroni signifique que esté conectado con la Mafia. O supongamos que "sé amable con las chicas" signifique que alguna mujer del ejército esté implicada. Todavía hay mujeres en el ejército, ¿no?

Fue en este momento cuando Henry dijo:

—Me pregunto, Sr. Avalon, si como presidente me permite usted hacer algunas preguntas.

—¡Vamos, Henry! Usted sabe que puede hacerlo en cualquier momento — contestó Avalon.

—Gracias, señor. ¿Me permitirá el coronel hacerlo?

Davenheim pareció sorprendido, pero dijo:

—Bien, ya que estás aquí, Henry, ¿por qué no?

—El Sr. Avalon recitó ocho versos de Yankee Doodle, cuatro de una estrofa seguidos por cuatro del estribillo —dijo Henry—. Pero las estrofas y el estribillo tienen diferentes melodías. ¿El conscripto Klotz tararea los ocho versos?

Davenheim pensó un momento.

—No, por supuesto que no. Tararea... eh... —Cerró los ojos, se concentró y continuó—: La-la-lara-lalá-la-la-la-lará-lalá-la-la-la-lará-lalá-la-la-la. Eso es todo. Las primeras dos líneas.

—¿De la estrofa?

—Así es. "Yankee Doodle se marchó a la ciudad, montado en un pony."

—¿Siempre esas dos líneas?

—Sí, creo que siempre.

Drake sacudió algunas migajas de la mesa.

—Coronel, usted dijo que el tarareo comenzaba cuando el interrogatorio era especialmente tenso. ¿Prestó atención a qué era la que se discutía exactamente en esos momentos?

—Sí, por supuesto, pero preferiría no entrar en detalles.

—Entiendo, pero quizás pueda decirme esto: en esos momentos, ¿se discutía sobre él o se trataba del sargento Farber también?

—Generalmente —dijo Davenheim— el tarareo comenzaba cuando él protestaba más enfáticamente de su inocencia, pero siempre por los dos. Debo reconocerle eso. Nunca ha tratado de justificarse él a expensas del otro. Siempre dice que ni él ni Farber han hecho esto o lo otro, o que no son responsables de una u otra cosa.

—Coronel Davenheim, ésta es una apuesta arriesgada —dijo Henry—. Si la respuesta es no, entonces no tendré nada más que decir. En caso, sin embargo, de que la respuesta sea afirmativa, podría ser que tuviésemos algo.

—¿Cuál es la pregunta, Henry? —dijo Davenheim.

—En la misma base donde están el sargento Farber y el conscripto Klotz, coronel, ¿hay algún capitán Gooden o Gooding o algo que se asemeje a este sonido?

Hasta ese momento, Davenheim había estado mirando a Henry con una grave expresión divertida, pero ésta se desvaneció en un instante. Su boca se transformó en una línea delgada y palideció visiblemente. Su silla chirrió en el piso cuando la empujó hacia atrás y se levantó.

—Sí —dijo enérgicamente—. El capitán Charles Goodwin. ¿Cómo diablos es posible que usted lo haya sabido?

—En ese caso, puede ser que sea él a quien busca. Si yo fuera usted, señor, me olvidaría de Klotz y de Farber y me concentraría en el capitán. Puede ser que él sea el contacto de mayor nivel que usted busca. Y puede ser que el capitán sea un tipo menos duro que el conscripto Klotz.

Davenheim parecía incapaz de pronunciar ninguna palabra.

—Me gustaría que explicara usted esto, Henry —dijo Trumbull.

—Es la canción del Yankee Doodle, como esperaba el coronel. La cuestión era, sin embargo, que el conscripto Klotz la tarareaba. Tenemos que considerar en qué palabras estaba pensando mientras tarareaba.

—El coronel mencionó que tarareaba las líneas que dicen "Yankee Doodle se marchó a la ciudad —montado en un pony" —dijo Gonzalo.

Henry sacudió la cabeza.

—El poema original de Yankee Doodle tenía cerca de una docena de versos y las líneas respecto al macaroni no estaban incluidas entre estos. Surgieron después, a pesar de ser hoy las más conocidas. El poema original habla de la visita de un joven campesino al campamento del Ejército Continental de Washington y se burla de la ingenuidad de éste. Me parece, por lo tanto, que la interpretación que el Sr. Rubin hizo respecto de la naturaleza de la canción era correcta.

—Henry tiene razón —interrumpió Rubin—. Ahora recuerdo. Incluso se menciona a Washington, pero como capitán Washington. El campesino ni siquiera conocía la naturaleza del rango militar.

—Sí —dijo Henry—. No conozco todas las estrofas y creo que poca gente las sabe. Quizás el conscripto Klotz no las conocía tampoco. Pero cualquiera que conoce algo del poema, sabe la primera estrofa o, por lo menos, los primeros dos versos, y eso es lo que el conscripto Klotz puede haber estado tarareando. El primer verso, por ejemplo, es la voz del joven campesino y dice: "Papá y yo fuimos al campamento". ¿Se dan cuenta?

—No —dijo Davenheim, sacudiendo la cabeza—. No muy bien.

—Se me ocurrió que cada vez que presionaba mucho al conscripto Klotz, diciendo, probablemente, "Farber y usted hicieron esto y lo otro", y él contestaba, "Farber y yo no hicimos ni esto ni lo otro", entonces comenzaba a tararear. Usted, coronel, mencionó que era en los momentos en que él negaba cuando esto comenzaba, y que él siempre negaba en nombre de los dos, de Farber y en el suyo

propio. De modo que cuando decía "Farber y yo", se sentiría impulsado a cantar "Farber y yo fuimos al campamento". —Henry cantó el primer verso con una suave voz de tenor.

—Farber y él estaban en un campamento del ejército —dijo Davenheim—, pero ¡es increíble cómo estableció la relación!

—Si fuera eso solamente, sí, señor —dijo Henry—. Pero por eso le pregunté si había algún capitán Gooden en ese campamento. Si él fuese el tercer miembro de la conspiración, la tendencia a canturrear la canción sería irresistible. La primera estrofa, que es la única que conozco, dice...

Pero, entonces, Rubin lo interrumpió y, levantándose, rugió:

*Papá y yo fuimos al campamento  
Junto con el capitán Gooden  
Y allí vimos a muchos hombres y muchachos  
Como gallinas en el gallinero.*

—Así es —dijo Henry tranquilamente—. Farber y yo fuimos al campamento junto con el capitán Goodwin.

—¡Dios mío! —dijo Davenheim—. ¡Ahí está! Si no es así, debe de ser la más extraordinaria coincidencia... y no puede ser. ¡Henry, ha dado en el clavo!

—Espero que sí. ¿Más café, coronel?

## La última partida (1974)

---

“The Curious Omission”

Roger Halsted mostraba una alegría apenas controlada cuando llegó al banquete mensual de los Viudos Negros. Desenrolló su bufanda (era una tarde fría y el suelo estaba cubierto por más de dos centímetros de nieve) y exclamó:

—¿Qué invitado les traje esta vez!

Emmanuel Rubin le lanzó una mirada por encima de su whisky con soda y le dijo con tono malhumorado:

—¿Dónde estabas? Hasta Tom Trumbull llegó antes que tú para el aperitivo. Pensamos que querías eludir tus responsabilidades de anfitrión.

Halsted pareció ofendido, y su frente, como de costumbre, enrojeció gradualmente.

—Llamé al restaurante. Henry...

Henry distribuía las paneras cuidando que el pan preferido de Geoffrey Avalon quedara a la vista.

—Sí, señor Halsted —dijo—. Informé a los socios del club que usted llegaría un poco tarde. Me parece que el Sr. Rubin se está divirtiendo a sus expensas.

—¿Qué invitado? —preguntó Trumbull.

—Por eso llegué con retardo. Tuve que recogerlo en White Plains y está nevando con más fuerza por allá. Tuve que telefonar al restaurante desde una gasolinera.

—¿Y? ¿Dónde está? —preguntó Mario Gonzalo, vestido con más elegancia que nunca, con una chaqueta deportiva color castaño, camisa a rayas y corbata del mismo tono.

—Abajo, en el baño. Se llama Jeremy Atwood; tiene cerca de sesenta y cinco años. Y tiene un problema.

Desde su imponente altura, Avalon frunció sus cejas gruesas y entrecanas.

—He estado pensando en ese asunto precisamente, caballeros. El propósito original de los Viudos Negros consistía nada más que en comer y conversar. Ahora, en cambio, hemos llegado a un punto en que nunca falta un problema que nos preocupe y que trastorne nuestra digestión. ¿Qué sucederá cuando no podamos encontrar ninguno más? ¿Nos desbandaremos?

—Entonces volveremos a las conversaciones inútiles —dijo Gonzalo—. Siempre estará Manny...

La barba rala de Rubin tembló visiblemente.

—Nada de lo que yo digo carece de utilidad. Mario. Pero aunque no tuviera ningún propósito, siempre queda la vaga esperanza de que mis palabras sirvan para educarte. Para comenzar, puedo mostrarte por qué tu última pintura es totalmente mala.

—Dijiste que te gustaba... —dijo Mario frunciendo el ceño y cayendo en la trampa.

—Sólo por el alivio que sentí cuando dijiste que era tu último cuadro y sólo hasta que descubrí que querías decir que era el más reciente.

Pero el invitado de Halsted subía las escaleras en ese momento. Se movía más bien lentamente y parecía cansado. Halsted lo ayudó a sacarse el abrigo, y cuando se quitó el sombrero se vio que era casi totalmente calvo. Sólo le quedaba un borde de cabello cano.

—Señores —dijo Halsted—, les presento a mi invitado, Jeremy Atwood. Lo conocí por medio de uno de sus sobrinos, un profesor compañero mío. Señor Atwood, permítame presentarle al grupo.

Una vez hechas las presentaciones y luego de ofrecer a Atwood una copa de jerez, Henry anunció que la mesa estaba servida. Rubin miró con recelo.

—¿Esto tiene hígado? —preguntó.

—No tiene hígado, Sr. Rubin —dijo Henry—. Hoy tiene riñones.

—¡Dios mío! —dijo Rubin—. ¿Y la sopa?

—Crema de puerros, Sr. Rubin.

—No me dan respiro, no me dan respiro —gruñó, y probó los riñones con cautela.

Los ojos de Drake tenían ese brillo que indicaba que creía estar tras la pista de algún colega químico.

—¿Qué enseña su sobrino, Sr. Atwood? —inquirió.

—Me parece que literatura inglesa. No lo frecuento mucho —repuso Atwood con un sorprendente tono de tenor.

—No lo critico —dijo Rubin en seguida—. Los profesores de literatura inglesa quizás hayan producido más analfabetos que todas las demás corrientes culturales espurias del mundo.

—Vea usted, Sr. Atwood —dijo Gonzalo, buscando su venganza—. Manny Rubin es un escritor cuyas obras nunca han sido analizadas por un profesor que se hallara sobrio en ese momento.

Trumbull habló en seguida para cortar la respuesta de Rubin.

—¿En qué trabaja usted, Sr. Atwood?

—Ahora estoy jubilado, pero soy ingeniero civil —dijo Atwood.

—No tiene por qué responder a ninguna pregunta ahora, Sr. Atwood. Vendrán con el postre —le explicó Avalon.

Resultó ser un consejo innecesario, ya que Rubin llevaba la ventaja y no tenía la menor intención de perderla. Con la sopa, que casi no probó, desarrolló la tesis de que el objetivo principal de los profesores de inglés en general, y de los profesores de literatura inglesa en particular, era el de encadenar al idioma inglés y hacer de la



literatura un fósil descolorido.

Cuando llegó el plato principal —pato asado relleno—, Rubin estaba ya analizando las motivaciones de los profesores de inglés delincuentes, y decía que en el fondo provenían de una envidia acerba y cargada de odio hacia quienes habían podido, y actualmente podían, utilizar el idioma inglés como instrumento.

—Como Emmanuel Rubin, por ejemplo —dijo Gonzalo en un susurro que todo el mundo oyó.

—Como yo —dijo Rubin imperturbable—. Sé más gramática que cualquiera de los que se autotitulan profesores de inglés y he leído más literatura, y más cuidadosamente, que cualquiera de ellos. Lo que sucede es que yo no dejo que la gramática me ate ni que la literatura me obligue.

—Todos los que escriben disparates sin respeto por la gramática podrían decir lo mismo —dijo Avalon.

—Eso significaría algo —dijo Rubin, furioso—, sólo si tuvieras autoridad para afirmar que yo escribo disparates que atentan contra la gramática, Jeff.

Habiendo terminado el arroz —si bien dejó aun lado el relleno del pato asado—, Rubin comenzó una elocuente disertación sobre el daño que esos cultos delincuentes les infieren a las mentes jóvenes, y arremetió contra los otros cinco comensales cuando cada uno de ellos hizo alguna objeción, hasta que se sirvió el poire au vin y luego el café.

Halsted golpeó su copa de agua con la cuchara.

—Basta de gramática, Manny, basta. Ahora le corresponde a nuestro invitado —dijo.

—Y es por eso —dijo Rubin en un último arranque— que no colecciono las críticas, porque cualquiera de esos aficionados a la literatura inglesa que pierden el tiempo escribiendo críticas...

—Colecciona sólo las favorables —dijo Gonzalo—. Lo sé porque una vez me mostró su álbum de recortes... y estaba vacío.

Halsted insistió con una serie de golpecitos y finalmente dijo:

—Mi amigo Stuart —el sobrino del Sr. Atwood— mencionó por casualidad, hace un par de semanas, que su tío tenía un problema literario. Me interesó, naturalmente, por las razones que todos conocemos, y averigüé algo más, pero Stuart no estaba muy enterado. Entonces me puse en contacto con el señor Atwood y lo que él me contó fue suficiente para hacerme pensar que sería un invitado excelente para esta reunión. Y como me correspondía a mí traer un invitado, él aceptó amablemente venir.

Avalon carraspeó estentóreamente.

—Confío en que el señor Atwood sabe que puede ser interrogado en forma...

—Se lo expliqué cuidadosamente, Jeff —dijo Halsted—. También le expliqué que todo lo que aquí sucede es confidencial. Ocurre que el Sr. Atwood está bastante

interesado en la solución de su problema y ansioso de que lo ayudemos.

Nuevas e iracundas arrugas aparecieron en el rostro oscuro de Trumbull.

—¡Maldición, Roger! No le habrás garantizado una solución, ¿verdad?

—No, pero tenemos un buen record —dijo Halsted, complacido.

—Está bien, entonces. Comencemos... ¡Henry! ¿Viene en camino el coñac...?  
¿Quién interroga, Roger?

—¡Cómo! Pues tú, Tom.

Henry comenzó a servir cuidadosamente el coñac en las copas; pero cuando le llegó el turno a Atwood, éste levantó la mano en señal de tímida negativa y Henry lo saltó. Volviendo sus brillantes ojos azules hacia Trumbull, Atwood dijo:

—¿Voy a ser interrogado?

—Es sólo un modo de decir, señor. Estamos interesados en su problema literario. ¿Quisiera contarnos algo sobre eso, de la manera que usted prefiera? Haremos preguntas cuando nos parezca aconsejable, si usted lo permite.

—¡Oh, pueden hacerlas! —dijo Atwood alegremente. Sus ojos saltaban con rapidez de uno a otro—. Les advierto que no es un gran misterio, excepto que yo no lo entiendo.

—Bueno, puede ser que nosotros tampoco —dijo Gonzalo llevándose el coñac a los labios.

Drake, que estaba convaleciente de un resfrío y en consecuencia se veía obligado a fumar menos, aplastó de mala gana un cigarrillo a medio consumir.

—Nunca sabremos nada si no escuchamos de qué se trata —dijo, y se sonó con un pañuelo de un rojo subido que luego guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Quiere continuar, Sr. Atwood? —dijo Trumbull—. Y espero que el resto de ustedes se calle de una vez por todas.

Atwood cruzó las manos sobre el borde de la mesa como si estuviera nuevamente en la escuela, y habló con una monótona entonación. Recitaba.

—Se trata de mi amigo Lyon Sanders que era, como yo, ingeniero civil retirado. Nunca trabajamos juntos, realmente, pero fuimos vecinos durante casi un cuarto de siglo y éramos muy amigos. Yo soy soltero; él era viudo, sin hijos, y ambos llevábamos una vida que superficialmente podía parecer solitaria. Ninguno de nosotros era solitario, sin embargo, porque ambos teníamos un rincón confortable. Por mi parte, yo había escrito un texto sobre ingeniería civil que ha tenido cierto éxito, y por algunos años estuve preparando una historia bastante minuciosa, aunque informal, sobre mis experiencias en ese campo. Dudo que alguna vez se publique, por supuesto, aunque si... Pero ése es otro asunto. Sanders era una persona mucho más agresiva que yo, más ruidoso, de voz más ronca y con un sentido del humor más bien grosero. Estaba hecho para el juego...

—¿Un entusiasta de los deportes? —interrumpió Rubin.

—No, no. Hablo de los juegos de salón. Creo que conocía todos los juegos de cartas que se han inventado y que los sabía jugar bien. Sabía jugar a todos los demás, también a los que se juegan con tablero, con indicadores, con dados, cubiletes... A cualquier cosa. Era un maestro en Damas chinas, en parchís, en chaquete, Monopolio, damas, ajedrez, etcétera. Ni siquiera puedo decirle todos los nombres de los juegos que él sabía. Leía libros sobre el tema y hasta inventaba juegos. Algunos eran ingeniosos y yo solía sugerirle que los patentara y los lanzara al mercado. Pero eso no era lo que él quería. Le interesaba entretenerse, solamente. Ahí es donde entro yo. Conmigo pudo pulir sus análisis.

—¿De qué modo? —preguntó Trumbull.

—Bien —prosiguió Atwood—; cuando dije que él sabía esos juegos no me refería al significado común de la palabra. Él los analizaba cuidadosamente, como si implicaran principios de ingeniería...

—Por supuesto —dijo Rubin de repente—. Cualquier juego que se precie de ser bueno puede ser analizado matemáticamente. Hay toda una especialidad denominada matemáticas recreativas.

—Lo sé —se las arregló para intervenir Atwood amablemente—, pero no creo que Sanders se dedicara a eso con el método ortodoxo. Nunca se ofreció a explicármelo y nunca me molesté en preguntárselo. Durante los últimos veinte años, nuestra costumbre de rutina fue pasar el fin de semana con los juegos, aplicando lo que se había aprendido durante la semana, porque a menudo él pasaba largo rato enseñándome. No por el deseo de enseñarme, según ustedes verán, sino simplemente para que el juego fuera más interesante para él al mejorar a su oponente. Solíamos jugar al bridge durante diez semanas seguidas, después continuábamos con la canasta y luego con cierto juego en el que yo tenía que adivinar números en los que él pensaba. Naturalmente, casi siempre ganaba él.

Drake observó un cigarrillo apagado como si esperara que se encendiera por sí solo.

—¿No lo deprimía eso a usted? —preguntó.

—En realidad, no. Era entretenido intentar ganarle, ya veces podía. Le ganaba lo suficiente como para mantener vivo su interés.

—¿Cree que él le dejaba ganar? —preguntó Gonzalo.

—Lo dudo. Mis victorias siempre le enfurecían o le entristecían, y lo llevaban aun frenesí de nuevos análisis. Creo que también disfrutaba un poco con ellas, porque cuando tenía una racha demasiado larga de victorias continuas comenzaba a enseñarme. Éramos muy amigos.

—¿Éramos? —preguntó Avalon.

—Sí —dijo Atwood—. Murió hace seis meses. No fue una gran sorpresa. Ambos lo veíamos venir. Por supuesto, lo extraño muchísimo. Los fines de semana están

vacíos, ahora. Incluso extraño la forma pesada en que se burlaba de mí. Me provocaba constantemente. Nunca se cansaba de reírse de mí por ser abstemio, y nunca dejó de hacerme bromas por mi religión.

—¿Era ateo? —preguntó Gonzalo.

—No tanto. En realidad, ninguno de los dos iba a la iglesia muy a menudo. Lo que sucedía, simplemente, es que él había sido educado en una rama del protestantismo y yo en otra. Él decía que la mía era una religión ritualista y no encontraba nada más cómico que burlarse de los complicados detalles del ritual al que yo faltaba todos los domingos, en comparación con la simplicidad del ritual al que él faltaba, también, todos los domingos.

Trumbull frunció el ceño.

—Supongo que eso le molestaría a usted. ¿Nunca sentía ganas de burlarse a su vez de él?

—Nunca. Era su manera de ser, simplemente —dijo Atwood—. Tampoco tienen necesidad de pensar que la muerte del pobre Lyon fue en absoluto sospechosa. No es necesario buscar motivos de ese tipo. Murió a la edad de sesenta y ocho años, de ciertas complicaciones por una antigua aunque no grave diabetes. Había dicho que me dejaría algo en su testamento. Pensaba que moriría antes que yo y decía que me compensaría la paciencia de aceptar tantas derrotas. En realidad, yo estoy seguro de que lo hacía sólo por afecto, pero él habría sido el último en reconocerlo. No fue sino durante el año anterior a su muerte, al saber él que andaba mal, cuando eso comenzó a entrar en nuestras conversaciones. Naturalmente, yo protestaba de que ésa no era forma de hablar y que no hacía más que hacerme sentir incómodo. Pero en cierta ocasión se rió y me dijo: "No te la haré fácil, idólatra que te pasas la vida de rodillas". Como pueden ver, el solo hecho de pensar en él me hace hablar como él solía hacerlo. No recuerdo si fue ése el nombre que me dio en esa ocasión, pero fue algo parecido. En todo caso, dejando a un lado los epítetos, lo que dijo fue: "No permitiré que ganes fácil. Jugaremos hasta el final". Esto lo dijo en lo que terminó siendo su lecho de muerte. Yo era lo único que estaba, fuera del personal hospitalario que se movía alrededor de él impersonalmente. Tenía algunos parientes lejanos, pero ninguno de ellos lo visitó. Entonces, cuando ya atardecía y yo me estaba preguntando si no debía marcharme y volver al día siguiente, él volvió la cabeza hacia mí y me dijo con una voz que parecía normal: "La curiosa omisión en Alicia". Yo, naturalmente, le pregunté: "¿Qué?". Pero él se rió débilmente y dijo: "Es todo lo que te doy, viejo, todo lo que te doy". Sus ojos se cerraron y murió.

—¡La clave de un moribundo! —dijo Rubin.

—¿Dijo que su voz era clara? —preguntó Avalon.

—Bastante clara —afirmó Atwood.

—¿Y lo oyó perfectamente?

—Perfectamente —dijo Atwood.

—¿Está seguro de que no dijo "La curiosa admisión de Wallace"?

—¿O "La furiosa decisión en Dallas"?—preguntó Gonzalo.

—Por favor, aún no he terminado —continuó Atwood—. Estuve presente cuando se leyó su testamento. Me pidieron que estuviera. También habían ido varios parientes lejanos que nunca visitaron al pobre Lyon. Estaban los primos y una joven bisnieta. Lyon no había sido realmente un hombre rico, pero legó algo a cada uno de ellos e hizo una donación a un viejo sirviente y otra a su colegio. Yo figuraba al final. Recibí diez mil dólares que habían sido depositados en una caja de seguridad a mi nombre y de la que me entregarían la llave cuando la pidiese. Cuando la lectura del testamento finalizó, le pedí al abogado la llave de la caja de seguridad. No tengo por qué negar que diez mil dólares me venían muy bien. El abogado dijo que debía dirigirme al banco en el que se encontraba la caja de seguridad. Si no lo hacía así en el lapso de un año a contar de aquella fecha, la donación quedaría nula y sería traspasada a otro. Pregunté, naturalmente, dónde se hallaba ubicado el banco, y el abogado dijo que, excepto que se encontraba en algún lugar dentro de los Estados Unidos, no sabía nada más. No poseía más información, fuera de un sobre que debía entregarme —según las instrucciones que le habían dado—. Y que él esperaba que me sirviera de algo. Tenía otro sobre para él, que debía ser abierto al cabo de un año si para entonces yo no había reclamado el dinero. Tomé mi sobre y sólo encontré en su interior las palabras que ya había escuchado de los labios de mi amigo moribundo: "La curiosa omisión en Alice". Y así están las cosas en este momento.

—¿Me quiere decir que aún no ha recibido sus diez mil dólares? —preguntó Trumbull.

—Quiero decir que aún no he localizado el banco. Han pasado seis meses y aún restan otros seis.

—Puede ser que la frase sea un anagrama —arriesgó Gonzalo—. Quizá si cambia el orden de las letras surja el nombre del banco.

Atwood se alzó de hombros.

—Es una posibilidad en la que ya pensé. No recuerdo que Sanders haya jugado jamás a los anagramas, pero ya lo intenté. No logré nada útil.

Drake, que volvía a sonarse la nariz y al parecer se le estaba acabando la paciencia con tantos razonamientos meticulosos, dijo:

—¿Por qué no va, simplemente, a cada uno de los bancos en White Plains y pregunta si tienen la llave de una caja de seguridad a su nombre?

—Esas no son las reglas del juego, Jim —dijo Avalon severamente.

—Diez mil dólares no son ningún juego —dijo Gonzalo.

—Admito que sería hacer trampa si intentara solucionarlo al azar —dijo Atwood—, pero también debo reconocer que lo hice. Intenté en los bancos de varias

localidades vecinas y asimismo en White Plains, pero no conseguí nada. No me sorprende, sin embargo. No era probable que los depositara cerca de casa. Tenía todo el país para elegir.

—¿Hizo algún viaje fuera de la ciudad el último año de su vida... hacia la época en que comenzó a hablarle de su herencia? —preguntó Halsted.

—No creo —dijo Atwood—. Y no tenía por qué hacerlo, tampoco. Su abogado podía preocuparse de eso.

—Bien —dijo Trumbull—. Empecemos de otro modo: Usted ha tenido seis meses para pensar en esto. ¿A qué conclusiones ha llegado?

—En cuanto al mensaje en sí, a ninguna. Pero conocía bien a mi amigo. Cierta vez me dijo que la mejor manera de esconder algo era hacerlo por medio de la tecnología moderna. Cualquier documento, cualquier informe, cualquier conjunto de instrucciones pueden ser convertidos en microfilmes, de modo que un pequeñísimo pedazo de material de ese tipo, donde todo ha quedado impreso, puede esconderse en cualquier parte y no ser descubierto jamás, salvo por azar. Supongo que el mensaje me dice dónde encontrar el microfilme.

Rubin se encogió de hombros.

—Eso sólo nos cambia el foco del problema. En lugar de que el mensaje nos diga dónde está situado el banco, nos indica la ubicación del microfilme, pero aún nos queda la curiosa omisión.

—No creo que sea lo mismo —dijo Atwood, pensativamente—. Puede ser que el banco esté a cientos de kilómetros de distancia, pero el microfilme o el trozo de papel común muy fino, según yo creo, puede estar a mi alcance. Pero aunque esté a mi alcance, quizá se trate también de cientos de kilómetros. Pobre Lyon —suspiró—, me temo que también ganará esta partida.

—Si le analizamos el problema y logramos solucionarlo, Sr. Atwood, ¿seguirá sintiendo que hizo trampa? —preguntó Trumbull.

—¡Oh, sí! —dijo Atwood—. Pero me sentiría muy contento de tener los diez mil dólares, de todos modos.

—¿Tienes alguna idea respecto del significado del mensaje, Tom? —preguntó Halsted.

—No —respondió Trumbull—; pero sí, como dice el Sr. Atwood, estamos buscando un mensaje pequeñísimo en un lugar cercano y accesible, y si suponemos que Sanders jugó limpio, entonces quizá pueda continuar con algunas eliminaciones... ¿A quién legó él su casa, Sr. Atwood?

—A un primo, que ya la vendió.

—¿Qué se hizo de lo que contenía? Seguramente Sanders tenía libros, juegos de todos los tipos, muebles...

—La mayor parte se remató.

—¿Algo de eso quedó para usted?

—El primo fue lo suficientemente amable como para ofrecerme lo que yo quisiera de ese material, ya que no era intrínsecamente valioso. No acepté nada. No soy aficionado a coleccionar.

—¿Sabía eso su viejo amigo?

—¡Oh, sí! —Atwood rebulló incómodo—. Señores, he tenido seis meses para pensar en esto. Me doy cuenta de que Sanders no pudo haber escondido el filme en su propia casa, ya que la había legado a otro y sabía que yo no tendría ninguna oportunidad de registrarla. Tuvo muchísimas oportunidades de esconderlo en la mía, puesto que él me visitaba tan a menudo como yo a él. Es ahí donde yo creo que está.

—No necesariamente —dijo Trumbull—. Tal vez haya tenido la certeza de que usted pediría algunos de sus libros favoritos, ciertos recuerdos.

—No —dijo Atwood—. ¿Cómo podía estar seguro de que yo los pediría? Me los habría legado en su testamento.

—Eso lo habría descubierto —dijo Avalon—. ¿Está seguro de que nunca hizo ninguna alusión a que usted se llevara algo? ¿O que no le regaló algo como por casualidad?

—No —dijo Atwood sonriendo—. No tienen idea de lo impropio de Sanders que eso habría sido. Les repito. He pensado que, como me dio un año para encontrarlo, debe de haberse sentido bastante confiado de que eso permanecería en su lugar durante ese lapso. No es probable que formara parte de algo que yo pudiera tirar, vender o perder fácilmente.

Hubo un murmullo de asentimiento.

—Es muy posible que lo haya pegado a la moldura de una pared, en algún lugar debajo de algún mueble pesado, adentro de la heladera, en esa clase de lugares —dijo Atwood.

—¿Ha mirado? —preguntó Gonzalo.

—¡Oh, sí! Este jueguito me ha tenido ocupado. He pasado buena parte de mi tiempo libre revisando molduras, bajo la superficie de los muebles, en los cajones y dentro de muchas otras cosas. He pasado horas en el sótano y en la buhardilla.

—Es obvio que no ha encontrado nada —dijo Trumbull—, o no estaríamos hablando de esto ahora.

—No, no lo he encontrado, pero eso no quiere decir nada. Lo que estoy buscando puede ser algo tan pequeño que sea apenas visible. Y es probable que sea así. Quizás haya estado mirándolo, directamente y no lo haya visto. A menos que yo supiera que estaba en ese lugar y estuviera de algún modo preparado para verlo, podría no haberlo visto. ¿Me entienden?

—Lo cual nos hace volver al mensaje —dijo Avalon pesadamente—. Si lo entendiera sabría adónde mirar y lo vería.

—¡Ah! —dijo Atwood—. Si lo entendiera.

—Bien, me parece que la palabra clave es "Alicia" —dijo Avalon—. ¿Tiene algún significado personal ese nombre para usted? ¿Es el nombre de alguien a quien ambos conocían? ¿El nombre de la difunta esposa de Sanders, por ejemplo? ¿El sobrenombre de algún objeto? ¿Alguna broma entre ustedes dos?

—No. Nada de eso.

Avalon sonrió y al hacerlo mostró una dentadura pareja bajo su elegante bigote apenas gris.

—Entonces yo diría que "Alicia" debe de referirse a la Alicia que sin duda es la más famosa para la humanidad: Alicia en el país de las Maravillas.

—Por supuesto —dijo Atwood, claramente sorprendido—. Eso es lo que hace que sea un enigma literario, y fue eso lo que me hizo recurrir a mi sobrino, que enseña literatura inglesa. Desde el comienzo supuse que era una referencia al clásico de Lewis Carroll. Sanders era un admirador de Alicia. Poseía una colección de diferentes ediciones del libro y tenía reproducciones de las ilustraciones de Tenniel por toda la casa.

—No nos había dicho eso —protestó Avalon dolorido.

—¿No? Lo siento. Es una de esas cosas que conozco tan bien que de algún modo creo que todo el mundo la conoce.

—Tuvimos que haberlo supuesto —dijo Trumbull dejando caer las comisuras de los labios—. En el libro, Alicia tiene algo que ver con un mazo de naipes.

—Siempre es bueno tener toda la información pertinente, —dijo Avalon con obstinación.

—Está bien —dijo Trumbull—. Esto nos lleva a la curiosa omisión en Alicia en el País de las Maravillas... ¿y cuál es esa curiosa omisión? ¿Tiene usted alguna idea respecto a eso, Sr. Atwood?

—No —dijo Atwood—. Leí Alicia cuando niño y no había vuelto a abrir el libro hasta que surgió lo del testamento, por supuesto. Debo admitir que nunca me pareció una obra encantadora.

—¡Dios mío! —dijo Drake por lo bajo.

Atwood lo oyó, porque volvió rápidamente la cabeza hacia él.

—No niego que puede tener encanto para otros, pero yo nunca he encontrado divertidos los juegos de palabras. No me sorprende que Sanders admirara el libro, sin embargo. Su sentido del humor era bastante tosco y primitivo. Sea como fuere, el libro me disgustaba ya eso se agregó la molestia de tener que detectar una omisión. No tenía deseos de estudiar el libro tan atentamente. Esperaba que mi sobrino me ayudara.

—¡Un profesor de literatura! —dijo Rubin, burlonamente.

—¡Cállate, Manny! —dijo Trumbull—. ¿Qué dijo su sobrino, Sr. Atwood?



—En realidad —respondió Atwood—, el Sr. Rubin tiene razón. Mi sobrino estaba totalmente confundido. Dijo que en la versión original de la historia había unos pocos pasajes que el mismo Lewis Carroll había escrito sin cortes y que no aparecían en la versión final publicada. Resulta que una edición de la versión original apareció recientemente. Obtuve un ejemplar y lo revisé. No encontré nada que me pareciera significativo.

—Escuchen —dijo Gonzalo—. Henry dice siempre que donde nos equivocamos es al volvernos demasiado complejos. ¿Por qué no examinamos el mensaje? Dice: "La curiosa omisión en Alicia". Quizá no tengamos que estudiar el libro. Hay una omisión curiosa en el mismo mensaje. El título del libro no es Alicia. Es Alicia en el País de las Maravillas,

Avalon emergió de su dolorido silencio lo suficiente como para decir:

—Es Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas, si deseas ser exacto.

—Muy bien —dijo Gonzalo—. Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas. Entonces deberíamos concentrarnos en el resto del título, que está omitido en el mensaje... ¿No es así, Henry?

Henry, parado silenciosamente cerca del aparador, dijo:

—No hay duda de que es una observación interesante, Sr. Gonzalo.

—¡Qué va a ser interesante! —dijo Trumbull—. ¿Qué tiene de curioso? Es una omisión por conveniencia. Mucha gente dice Alicia.

—Aparte de eso —dijo Halsted—, incluso no veo qué podría significar Aventuras en el País de las Maravillas. No es más útil que el mensaje original. Esta es la idea que yo tengo. Alicia en el país de las Maravillas —perdona, Jeff, Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas— contiene versos, la mayoría de los cuales son parodias de poesías respetadas de la época...

—Bastante malas, —dijo Rubin.

—Eso está fuera de la cuestión, No son parodias perfectas, sin embargo. Faltan algunos versos. Por ejemplo, Alicia recita un poema que comienza: "Cómo hace el pequeño cocodrilo", y que es una parodia del horrible poema de Isaac Watt que dice: "Cómo hace la hacendosa abejita", aunque no sé si ése es el título original del poema. Alicia recita sólo dos estrofas y estoy seguro de que el poema de Watt tiene por lo menos cuatro. Quizá la respuesta se halle en los versos del original que faltan.

—¿Es ésa una curiosa omisión? —preguntó Trumbull.

—No sé. No recuerdo la versión original excepto el primer verso, pero deberíamos investigarla... Los otros originales de las parodias deberían ser revisados también.

—Lo haré con mucho gusto— dijo Atwood cortésmente—. Ese punto no se me había ocurrido.

—Creo que todo eso es un montón de tonterías —dijo Drake—. El mensaje se

refiere a una curiosa omisión en Alicia. Creo que se refiere a Alicia en sí y no a una fuente exterior.

—No puedes estar seguro de eso —protestó Halsted.

—Sí, pero de eso se trata —dijo Trumbull—. Me parece que si encontramos la respuesta correcta, sabremos en seguida que estamos en lo cierto, pero que si encontramos algo que sólo pone al descubierto otro misterio, nos equivocamos.

—Bueno, a mi no se me ocurre nada más —dijo Avalon—. ¿Le preguntamos a Henry? —Atwood pareció sorprendido y Avalon continuó—. Tiene que saber, Sr. Atwood, que Henry, cuyo placer parece ser trabajar para nosotros, tiene la facultad de ver más allá de las complicaciones.

—Eso es lo que yo intenté hacer —dijo Gonzalo— y ustedes me hicieron callar... ¿No es cierto, Henry, que la respuesta radica en el título completo del libro?

Henry sonrió pesaroso y dijo:

—Señores, no deben cargar sobre mis hombros más peso del que pueden soportar. No conozco el libro muy bien, aunque lo leí, por supuesto. Para entender yo el significado de la adivinanza, ésta tiene que ser muy simple.

—Si fuera tan simple —dijo Atwood—, ya lo habríamos descubierto.

—Quizá... —dijo Henry—. Sin embargo, me parece que tiene que ser simple. Indudablemente que su amigo Sanders deseaba que usted recibiera su legado. Lo disfrazó de juego y lo transformó en un torneo porque era su forma de ser, pero debe de haber querido que usted ganara.

Atwood asintió con la cabeza.

—Creo que sí.

—Entonces busquemos algo muy simple, algo que él haya pensado que usted vivía seguramente, pero lo suficientemente sutil como para hacer que el juego fuera interesante. Como dije, no conozco el libro muy bien, de modo que tendré que hacer algunas preguntas.

Avalon carraspeó.

—Yo conozco el libro Alicia bastante bien, Henry. Responderé a sus preguntas.

—Muy bien, señor. El Sr. Trumbull dijo que en Alicia en el País de las Maravillas se mencionaba un mazo de naipes, y yo recuerdo —por la versión de dibujos animados de Disney, principalmente— que la Reina de Corazones gritaba una vez tras otra: "Fuera la cabeza".

—Sí, —dijo Avalon—. Un Enrique VIII femenino. El Rey de Corazones y la Sota de Corazones también participaban.

—¿Alguna otra carta?

—Se los menciona a todos —dijo Avalon—. Los corazones son la familia real, los bastos son los soldados, los oros son los cortesanos, las espadas son los jornaleros. En el libro, tres de las espadas hablan: el dos, el cinco y nueve... ¿Está de

acuerdo conmigo, Atwood?

—Sí —dijo Atwood sombrío—. Lo tengo fresco en la memoria.

—Sospecho que Henry va a preguntar si falta alguna de las cartas en el libro —dijo Trumbull—. Sólo unas pocas están mencionadas específicamente.

—Las seis que ya nombré —dijo Avalon—: El Rey, la Reina y la Sota de Corazones; el dos, el cinco y el nueve de espadas.

—¿Y qué? —dijo Trumbull—. Se mencionó sólo las necesarias y el resto figura en segundo plano en la historia. No hay nada "curioso" en eso. Insisto en respetar la palabra "curioso".

Henry asintió y luego preguntó:

—¿Es usted episcopal, Sr. Atwood?

—Fui educado en esa religión. ¿Por qué me pregunta?

—Usted dijo que el Sr. Sanders se burlaba de su inclinación por la devoción ritualista, y además dijo ser protestante. Relacioné esas dos cosas y pensé que podía ser usted de la religión episcopal... ¿Tiene un tablero de ajedrez, Sr. Atwood?

—¡Por supuesto!

—¿Suyo? ¿O era un regalo del Sr. Sanders?

—¡Oh, no; mío! Un tablero bastante hermoso que perteneció a mi padre. Sanders y yo jugamos más de una partida en él.

Henry asintió.

—Se lo pregunto porque me parece que hemos estado hablando de Alicia en el País de las Maravillas sin mencionar que hay una continuación.

—En el País del Espejo —dijo Avalon—. Sí, claro.

—¿Podría ser que también éste estuviera incluido en la palabra Alicia?

—Por supuesto —afirmó con la cabeza Avalon—. En realidad, el título completo es En el País del Espejo y lo que Alicia Encontró Allí, de modo que tiene tanto derecho a que se le llame Alicia como el otro.

—Y En el País del Espejo ¿no trata sobre ajedrez?

—Totalmente cierto —dijo Avalon con suavidad, recobrado ya su buen humor por el papel de verdadero experto que desempeñaba—. Las Reinas Blanca y Negra son personajes importantes. El Rey Blanco dice algunas palabras, pero el otro duerme bajo un árbol.

—¿Y hay caballos, también?

—El Caballo Blanco —dijo Avalon asintiendo con la cabeza— sostiene una batalla contra el Caballo Negro y luego acompaña a Alicia hasta el último cuadrado del tablero. Es el personaje más amable en ambos libros y el único que parece querer a Alicia. Se piensa generalmente que es un autorretrato de Carroll.

—Sí, sí —dijo Trumbull displicentemente—. ¿A dónde quiere llegar, Henry?

—Estoy buscando omisiones. Creo que al comienzo del libro hay una referencia a

un peón blanco.

—Creo que no ignora usted tanto esos libros como dice, Henry. Hay una referencia a un peón blanco llamado Lily, en el primer capítulo. La misma Alicia representa el papel de un peón blanco, también, y al final es ascendida a reina blanca.

—¿Y torres? —dijo Henry.

Avalon frunció el ceño en silencio por un momento y luego sacudió la cabeza.

—Se las menciona —intervino Atwood—. Créanme; conozco esos estúpidos libros casi de memoria. En el Capítulo 1, Alicia entra en la casa del Espejo, ve las piezas de ajedrez caminando por aquí y por allá, y se dice a sí misma: "y aquí van dos castillos caminando del brazo". Los castillos, por supuesto, son las torres.

—Ya tenemos, entonces, el Rey, la Reina, la Torre, el Caballo y el Peón —dijo Henry—. Pero hay una sexta pieza, el Alfil. ¿Desempeña algún papel en el libro o por lo menos se lo menciona?

—No —dijo Avalon.

—En el primer capítulo —intervino Atwood— hay ilustraciones que muestran a dos alfiles.

—Eso es obra de Tenniel —dijo Henry—, no de Carroll. ¿No es una curiosa omisión la total ausencia de alfiles?

—No sé —dijo Avalon, lentamente—. Quizá Lewis Carroll, que era un intransigente victoriano, temiera ofender a la Iglesia.

—¿No es curioso que llegara a esos extremos para evitar ofenderla?

—Bueno, ¿y si lo fuera? —preguntó Halsted.

—Creo que sería bueno que el Sr. Atwood revisara los cuatro alfiles de su juego —dijo Henry—, un juego que el Sr. Sanders sabía que él quería y que no podía vender, ni regalar ni perder. Probablemente encuentre el trozo de filme. Si la cabeza se desprende, debería mirar en su interior. Si la cabeza no se desprende, arranque el pedazo de fieltro que hay en la base.

Hubo un silencio incómodo.

—Creo que es algo exagerado, Henry —dijo Trumbull.

—Quizá no, señor —dijo Henry—. El Sr. Sanders, según se dijo repetidamente, era un hombre de gran sentido del humor, que se burlaba constantemente del Sr. Atwood por su religión. Quizás ese mensaje final sea su manera de continuar la burla. Usted es episcopal, Sr. Atwood, y supongo que conoce lo que la palabra significa.

—Viene del griego y significa obispo —dijo Atwood, casi atragantado.

—Imagino, entonces —dijo Henry—, que el Sr. Sanders habrá encontrado cómico esconder el mensaje en un alfil. <sup>[28]</sup>

Atwood se puso de pie.

—Creo que sería mejor que me fuera a casa —dijo.

—Yo lo llevaré —dijo Halsted.

—Creo que dejó de nevar, pero conduzcan con cuidado —les aconsejó Henry.

## Algo nunca visto (1973)

---

“The Six Suspects (Out of Sight)”

El banquete mensual de los Viudos Negros había llegado a un punto en que ya nada quedaba del asado, salvo una salchicha y un trozo de hígado intacto que resaltaba en el plato de Emmanuel Rubin. Fue entonces cuando las voces se alzaron en un combate homérico.

Rubin, indudablemente enfurecido por la presencia del hígado, afirmaba en forma más categórica que de costumbre:

—La poesía es sonido. La poesía no se mira. No me importa si una cultura pone énfasis en el ritmo, la aliteración, el equilibrio o la cadencia. Todo se reduce al sonido, al final.

Roger Halsted nunca levantaba la voz, pero se podía saber siempre su estado emocional por el color de su alta frente. En ese preciso momento era de un rosado intenso que se extendía más allá de la línea que en alguna época marcaba el nacimiento del cabello.

—¿De qué sirve hacer generalizaciones, Manny? —dijo—. En primer lugar, no hay generalización que, por lo común, sirva sin un inexpugnable sistema de axiomas. La literatura...

—Si me vas a hablar del verso figurativo —dijo Rubin enardecido— puedes ahorrarte el esfuerzo. Son tonterías victorianas.

—¿Qué es el verso figurativo? —preguntó Gonzalo con apatía—. ¿Lo está inventando él, Jeff? —Agregó un toque al cabello desordenado de su caricatura del invitado de esa noche, Waldemar Long, quien desde el comienzo de la cena, había comido sumido en un silencio melancólico, si bien era evidente que no se perdía palabra.

—No —dijo Geoffrey Avalon juiciosamente—, aunque no me extrañaría que Manny inventara algo de ser ésa la única manera que tuviera de ganar una discusión. Un verso figurativo es aquel en que las palabras o líneas están dispuestas tipográficamente de manera de producir una imagen visual que refuerce el efecto. La Cola del Ratón, en Alicia en el País de las Maravillas, es el ejemplo más conocido.

Con su voz suave, Halsted no podía competir en esa gritería donde reinaba la ley de la selva, de modo que comenzó a golpear rítmicamente su cuchara contra la jarra de agua hasta que los decibeles bajaron.

—Seamos razonables —dijo—. Lo que se discute no es la poesía en general, sino la quintilla como forma estrófica. Mi posición es ésta —la volveré a repetir, Manny-: que el valor de una quintilla no está dictado por el contenido. Es un error pensar que una quintilla debe ser pornográfica para ser buena. Es más fácil...

James Drake apagó la colilla de su cigarrillo, se retorció su pequeño bigote

grisáceo y dijo con voz ronca:

—¿Por qué llamas pornográfica a la quintilla pornográfica? La Corte Suprema no te daría la razón.

—Porque es una palabra que por lo menos entienden —dijo Halsted—. ¿Qué quieres que diga? ¿Una quintilla "sexual-excretora-blasfema-miscelánea-y-generalmente-irrespetuosa"?

—Vamos, Roger, continúa. Di lo que tienes que decir y no dejes que te provoquen —dijo Avalon, y sus cejas espesas se fruncieron severamente en dirección al resto de la mesa—. Déjelo hablar.

—¿Por qué? —dijo Rubin—. No tiene nada que decir... Está bien, Jeff. Habla, Roger.

—Muchas gracias a todos —dijo Halsted con el tono dolorido de quien finalmente ha logrado que se reconozcan las injusticias cometidas contra él—. El valor de una quintilla reside en lo inesperado del último verso y en la habilidad de la rima final. En realidad, sucede que el contenido irrespetuoso o pornográfico puede parecer valioso en sí mismo y requerir menos habilidad... y producir una quintilla menos buena como quintilla. Es posible, sin embargo, disfrazar la rima con convenciones ortográficas.

—¿Qué? —dijo Gonzalo.

—Con la ortografía —dijo Avalon.

—Y entonces —continuó Halsted—, al mirar la ortografía, y después de ese momento de demora necesario para comprender el sonido, el encanto de los versos aumenta. Pero en esas condiciones uno ha de ver la quintilla. Si uno simplemente la recita, el efecto se pierde.

—Digamos que nos das un ejemplo —dijo Drake.

—Ya sé a qué se refiere —dijo Rubin a gritos—. Es como escribir TVO para decir "te veo".

—¿Tenemos que seguir con estas idioteces? —preguntó Trumbull.

—Creo que ya comprendieron lo que quise decir —dijo Halsted—. El humor puede ser visual.

—Entonces, a otra cosa —dijo Trumbull—. Ya que soy yo el que preside esta noche, voy a dar una orden... Henry, ¿dónde está ese maldito postre?

—Aquí está, señor —dijo Henry pausadamente, y sin inmutarse por el tono de Trumbull, levantó los platos y repartió la tarta de grosellas.

El café ya había sido servido cuando el invitado de Trumbull dijo en voz más bien baja:

—Prefiero té, por favor.

El invitado tenía un largo labio superior y una barbilla igualmente larga. Su cabello era abundante y desordenado, pero su rostro era lampiño y caminaba con los

hombros inclinados y el balanceo de un oso. Cuando fue presentado, sólo Rubin dio señales de reconocerlo.

—¿No está usted en la NASA? —había dicho.

Waldemar Long había respondido con un "sí", alarmado como si lo hubieran sacado de un resignado estado de semi-anonimato. Había fruncido el ceño, y lo volvía a fruncir ahora mientras Henry servía el té y desaparecía discretamente en el fondo.

—Creo que ha llegado el momento de que nuestro invitado entre en la discusión y de que ponga algo de sentido en lo que ha sido una noche extraordinariamente idiota —dijo Trumbull.

—No, está bien, Tom —dijo Long—. No me importa la frivolidad. —Tenía una voz hermosa, profunda, con un claro matiz de tristeza—. No tengo condiciones de charlista, pero me gusta escuchar.

Halsted, todavía resentido por el asunto de las quintillas, dijo con súbita energía:

—Sugiero que Manny no sea el que conduzca el interrogatorio en esta ocasión.

—¿No? —dijo Rubin alzando su barba belicosamente.

—No. Te dejo decidir a ti, Tom. Si Manny interroga a nuestro invitado, seguramente hará surgir el tema del programa espacial de la NASA. Entonces tendremos que volver a la misma discusión que hemos tenido mil veces. Estoy cansado de todo el asunto del espacio y de si deberíamos estar en la Luna o no.

—No tan cansado como yo —dijo Long, en forma más bien inesperada—. Preferiría no hablar de ningún aspecto de la exploración espacial.

La categórica respuesta pareció enfriar los ánimos de todos los presentes. Incluso Halsted pareció momentáneamente desconcertado en cuanto a que fuese posible hablar de otro tema con una persona de la NASA.

—Deduzco, Dr. Long, que ésta es una actitud que usted ha adoptado últimamente, hace poco —dijo Rubin.

Long volvió la cabeza lentamente hacia Rubin y entrecerró los ojos.

—¿Por qué dice eso, Sr. Rubin?

En el pequeño rostro de Rubin se dibujó una sonrisa bastante fatua.

—Elemental, mi querido Long. Usted estuvo en el crucero que viajó para presenciar el lanzamiento del Apolo el invierno pasado. Fui invitado como representante literario de la comunidad intelectual, pero no pude ir. Recibí, sin embargo, toda la información de promoción y noté que usted estaba incluido. Iba a dar una conferencia sobre algún aspecto del programa espacial, no recuerdo cuál, y lo hacía como voluntario. De modo que su desencanto debe de haber surgido en los seis meses que siguieron a ese crucero.

Long asintió levemente con la cabeza varias veces.

—Parece que más gente me conoce por mi vinculación con ese viaje que por todo lo demás que hice en mi vida. Ese maldito viaje me hizo famoso, también.



—Iré más allá —dijo Rubin entusiasmado—. Podría decir que algo sucedió en ese crucero que lo desilusionó respecto de la exploración espacial, quizás hasta el extremo de estar pensando en dejar la NASA y dedicarse a otro trabajo totalmente diferente.

Long lo miraba ahora fijamente. Apuntó a Rubin con un dedo, un largo dedo que no mostraba señales de vacilación, y dijo:

—No juegue conmigo. —Luego, con un enojo contenido, se levantó de su asiento y añadió—: Lo siento, Tom. Gracias por la comida, pero me voy.

Todos se levantaron de inmediato, hablando simultáneamente; todos excepto Rubin, que permaneció sentado con una expresión de aturdido asombro.

La voz de Trumbull se alzó por encima de los demás.

—Espera un momento, Waldemar. ¡Maldición! ¿Quieren sentarse, todos ustedes? Tú también, Waldemar. ¿Qué diablos sucede? Rubin, ¿qué pasa?

Rubin bajó la mirada hacia su taza de café vacía y la levantó como deseando que hubiera café para poder demorar las cosas tomando un sorbo.

—Sólo estaba señalando una secuencia lógica —dijo—. Después de todo, escribo obras de misterio. Pero parece que puse el dedo en la llaga. —Luego, agradecido, dijo —: Gracias, Henry. —Este llenaba ya su taza hasta el borde.

—¿Qué secuencia lógica? —preguntó Trumbull.

—Bueno, aquí está: el Dr. Long dijo "Ese maldito viaje me hizo famoso, también", y acentuó el "también". Eso significa que además tuvo algún otro efecto; y ya que estábamos hablando de su disgusto hacia todo el tema de la exploración espacial, deduje que el otro efecto había sido producir en él esa aversión. Por su actitud supuse que sería lo suficientemente fuerte como para hacer que dejara su trabajo. Eso es todo.

Long volvió a asentir con los mismos movimientos anteriores, leves y ligeros, y luego se echó hacia atrás en su silla.

—Está bien. Lo siento, Sr. Rubin. Reaccioné demasiado rápido. El hecho es que dejaré la NASA. En la práctica ya lo he hecho... He salido a puntapiés. Eso es todo... Cambiemos de tema. Tom, dijiste que venir aquí me sacaría de mi depresión, pero no ha resultado así. Mi estado de ánimo más bien los ha contagiado a todos y he sido un aguafiestas. Perdónenme, todos ustedes.

Avalon llevó un dedo a su elegante bigote y lo acarició cuidadosamente.

—En realidad, señor —dijo—, nos ha proporcionado algo que nos gusta más que nada: la oportunidad de ser curiosos. ¿Podemos interrogarlo sobre el tema?

—No es algo de lo que pueda hablar libremente —dijo Long con precaución.

—Puedes hacerlo si quieres, Waldemar —dijo Trumbull—. No tienes por qué dar detalles confidenciales; pero, en cuanto se refiere a lo demás, todo lo que se dice en esta habitación se mantiene en secreto. Y, como siempre agregó cuando considero

necesario afirmarlo, el secreto incluye a nuestro estimado amigo Henry.

Henry, de pie cerca del aparador, sonrió apenas. Long dudó, pero luego dijo:

—En realidad, es fácil satisfacer la curiosidad de ustedes, y sospecho que al menos el Sr. Rubin, con su aptitud para adivinar ya ha deducido los detalles. Se sospecha que he sido indiscreto, ya sea deliberadamente o por descuido, y en ambos casos puede ser que —no en forma oficial, aunque no por eso de manera menos definitiva— en lo sucesivo me aparten de cualquier cargo en el campo de mi especialidad.

—¿Se refiere a que lo pondrán en la lista negra? —dijo Drake.

—Esa es una palabra —reconoció Long— que nunca se usa, pero se trata precisamente de eso.

—Supongo que no fue indiscreto —dijo Drake.

—Por el contrario, lo fui. —Long sacudió la cabeza—. Nunca lo he negado. El problema es que creen que la historia es mucho peor de lo que digo.

Hubo otra pausa y luego, Avalon, hablando en su tono más impresionantemente severo, dijo:

—Bien, señor, ¿qué historia? ¿Hay algo que nos pueda contar o no puede agregar nada más a lo que ya ha dicho?

Long se pasó la mano por la cara y luego apartó su silla de la mesa para poder apoyar la cabeza contra la pared.

—No tiene nada de sorprendente. Iba en ese crucero, como le dije al Sr. Rubin. Iba a dar una conferencia sobre ciertos proyectos espaciales y tenía planeado entrar en los detalles de lo que se estaba haciendo exactamente en ciertas fascinantes direcciones. No puedo darles esos detalles, según aprendí en la práctica. Algo de ese material era clasificado, pero se me dijo que podía hablar sobre él. Entonces, el día anterior a mi conferencia recibí una llamada por radio para avisarme que todo el asunto se cancelaba. No habría ninguna desclasificación. Estaba furioso. No tengo por qué negar que tengo mal genio y también muy poca aptitud para improvisar una conferencia. Había escrito cuidadosamente la charla y mis intenciones eran leerla. Sé que no es un buen modo de dictar una conferencia, pero es lo mejor que puedo hacer. Ahora no tenía nada que decir a esa gente que había pagado una considerable cantidad de dinero por escucharme. Estaba en una posición terriblemente embarazosa.

—¿Qué hizo? —preguntó Avalon. Long sacudió la cabeza.

—Dirigí un torneo de preguntas y respuestas, más bien patético, al día siguiente. No salió nada bien. Fue peor que no dar la conferencia, simplemente. En ese momento yo ya sabía que estaba metido en serios problemas.

—¿De qué manera, señor? —preguntó Avalon.

—Si quieren lo más entretenido, aquí está. No soy exactamente muy conversador

en las comidas, como quizás hayan notado; pero cuando fui a comer, después de haber recibido la llamada, supongo que era la imitación pasable de un cadáver con una expresión de enojo en el rostro. El resto intentó hacerme entrar en la conversación, aunque sólo fuera para evitar que contagiara la atmósfera, supongo. Finalmente, uno de ellos dijo: "Bien, Dr. Long, ¿sobre qué hablará mañana?" Y yo estallé y dije: "¡De nada! ¡De nada en absoluto! Tengo toda la conferencia escrita, guardada en el escritorio de mi camarote y no puedo darla simplemente porque acabo de saber que el material todavía es clasificado".

—¿Y entonces alguien le robó la conferencia? —preguntó Gonzalo excitado.

—No. ¿Para qué robar nada en estos días? Fue fotografiada

—¿Está seguro?

—Desde el principio estuve seguro. Cuando regresé a mi camarote, después de la comida, la puerta estaba abierta y habían movido los papeles. Desde entonces, tenemos pruebas de que así fue. Tenemos pruebas de que la información se ha filtrado.

Después de eso hubo un pesado silencio. Luego, Trumbull dijo:

—¿Quién pudo haberlo hecho? ¿Quién lo oyó?

—Todos los que estaban en la mesa —dijo Long, abatido.

—Usted tiene una voz poderosa, Dr. Long —dijo Rubin— y si estaba tan enojado como pienso, debió de haber hablado violentamente. Probablemente un buen número de personas de las mesas contiguas hayan oído.

—No —dijo Long, sacudiendo la cabeza—. Hablé con los dientes apretados, no en voz alta. Además, ustedes no saben cómo fue ese crucero. La excursión fue mal organizada: mala promoción, mala dirección. El barco llevaba sólo el cuarenta por ciento de su capacidad y la compañía naviera supuestamente perdió con el negocio.

—En ese caso —dijo Avalon—, además de su desgraciada aventura, debió de haber sido una experiencia aburrida.

—Por el contrario. Hasta ese momento había sido muy agradable para mí y continuó siendo agradable para el resto, según creo. La tripulación era casi más numerosa que los pasajeros y el servicio era excelente. Todas las comodidades estaban disponibles sin amontonamientos. Nos distribuyeron a lo largo y ancho del comedor y estuvimos como en privado, En nuestra mesa éramos siete. "El siete de la suerte", dijo alguien al comienzo. —Por un momento la expresión sombría de Long se acentuó—. Ninguna de las mesas cercanas a la nuestra estaba ocupada. Estoy bastante seguro de que nada de lo que cualquiera de nosotros decía se escuchaba en otro lado, fuera de nuestra propia mesa.

—Entonces hay siete sospechosos —dijo Gonzalo, pensativamente.

—Seis, ya que no necesitan contarme a mí —dijo Long—. Yo sabía dónde estaba el papel y de qué se trataba. No tenía que escucharme yo mismo para saberlo.

—Usted está bajo sospecha también —dijo Gonzalo—. O así lo dejó entrever.

—No frente a mí mismo —dijo Long. Trumbull dijo de mal humor.

—Ojalá te hubieras dirigido a mí por esto. Waldemar —dijo Trumbull de mal humor—. Me he estado preocupando respecto a tu evidente mal aspecto durante estos meses.

—¿Qué hubieras hecho si te hubiese contado?

Trumbull pensó un momento.

—Te habría traído aquí, ¡maldita sea...! Bien, cuéntanos sobre los otros seis en la mesa. ¿Quiénes eran?

—Uno era el médico del barco: un holandés elegante con un imponente uniforme.

—Holandés tenía que ser —dijo Rubin—. El barco pertenecía a una línea Holandesa-Americana, ¿no es así?

—Sí. Los oficiales eran holandeses, y la tripulación —los camareros, los mozos y el resto— eran en su mayoría indonesios. Todos ellos habían tenido un curso acelerado de tres meses de inglés, pero nos comunicábamos generalmente por señas. No me quejo, sin embargo. Era gente agradable, trabajadora... y aun más eficientes por el hecho de que el número de pasajeros era considerablemente menor que el ordinario.

—¿Alguna razón para sospechar del doctor? —preguntó Drake.

Long asintió.

—Sospechaba de todos ellos. El doctor era un hombre que metía bulla sin cesar. Lo mismo que en esta mesa. Él y yo escuchábamos. Lo que he estado pensando acerca de él es que fue él quien me preguntó mi conferencia. Preguntar algo personal como eso, no era común en él.

—Puede ser que estuviera preocupado por usted en términos médicos. Puede ser que haya querido sacarlo de su depresión —dijo Halsted.

—¿Alguna razón para sospechar del doctor? —preguntó

—Quizá —dijo Long con indiferencia—. Recuerdo cada detalle de la comida; la he repasado muchas veces mentalmente. Fue una comida típica, de modo que a todos nos dieron sombreritos holandeses y se sirvieron platos indonesios especiales. Me puse el sombrero, pero odio la comida con curry, y el doctor me preguntó sobre la conferencia justo cuando me servían un platito de cordero con curry como hors d'oeuvre. Entre mi furia por la estupidez del gobierno y mi aversión al olor del curry, no pude menos que explotar. Si no hubiese sido por el curry, quizá... Sea como fuere, después de la comida descubrí que alguien había estado en mi camarote. El contenido de los papeles no era tan importante, fueran o no clasificados, sino que lo importante era que alguien hubiera actuado tan rápidamente. Alguien en el barco era parte de una red de espías y eso era más importante que el golpe mismo. Incluso, si esos papeles no eran importantes, los próximos podían serlo. Era fundamental informar sobre el

asunto y como ciudadano leal así lo hice.

—¿No es el doctor un sospechoso lógico? —dijo Rubin—. Él hizo la pregunta y debió de haber estado esperando la respuesta. Puede ser que los otros no. Como oficial tenía que estar acostumbrado al barco como para llegar a su camarote rápidamente, y tener quizás un duplicado de su llave preparado. ¿Tuvo oportunidad de llegar hasta su camarote antes que usted?

—Sí —dijo Long—. He pensado en todo eso. El problema es éste: todos en la mesa me oyeron, porque el resto habló sobre el sistema de clasificación por un rato. Yo me mantuve en silencio, pero recuerdo que surgió el tema de los papeles del Pentágono. Y todo el mundo sabía dónde estaba mi camarote porque había dado una pequeña fiesta para los de la mesa el día anterior. Y esas cerraduras son fáciles de abrir para cualquiera que tenga un poco de pericia aunque fue un error no cerrarla otra vez al irse. Pero quienquiera que haya sido, debió de haber estado apurado. Y así fue como sucedieron las cosas: todos los de la mesa tuvieron una oportunidad de ir hasta el camarote en el transcurso de la comida.

—¿Quiénes eran los otros, entonces? —preguntó Halsted.

—Dos matrimonios y una mujer soltera. La mujer —llamémosla Srta. Robinson — era bonita, un poco gordita; tenía un agradable sentido del humor, pero tenía el hábito de fumar durante la comida. Me parece que le gustaba bastante el doctor. Se sentaba entre nosotros dos. Siempre teníamos los mismos asientos.

—¿Cuándo se le presentó la oportunidad de llegar a su camarote? —preguntó Halsted.

—Se levantó poco después de hacer yo mi comentario. Estaba demasiado ensimismado en ese momento como para poder darme cuenta, pero por supuesto lo recordé más tarde. Regresó antes del alboroto provocado por el chocolate caliente, porque recuerdo que intentaba ayudar.

—¿A dónde dijo que iba?

—Nadie le preguntó en ese momento. Posteriormente se lo preguntaron y dijo que había ido al baño de su camarote. Quizá fue así, pero su cabina estaba bastante cerca de la mía.

—¿Nadie la vio?

—Nadie pudo. Todos estaban en el comedor, y para los indonesios todos los norteamericanos parecen iguales.

—¿Qué es eso del alboroto respecto al chocolate caliente que usted mencionó? —preguntó Avalon.

—Ahí es donde entra una de las parejas casadas. Llamémosle los Smith a una y los Jones a la otra, o al revés. No importa. El Sr. Smith era un tipo bullicioso. En realidad me recordaba a...

—¡Oh, Dios! —dijo Rubin—. No lo diga.

—Muy bien, no lo diré. Era uno de los conferenciantes. En realidad, tanto Smith como Jones lo eran. Smith hablaba rápido, se reía fácilmente, transformaba todo en algo de doble sentido y parecía disfrutar tanto de todo que hacía que el resto de nosotros también disfrutara. Era una persona muy extraña. El tipo de persona que a uno le disgusta instantáneamente sin poder evitarlo y que uno considera estúpida. Pero luego, cuando uno se acostumbra, uno se da cuenta de que, después de todo, nos gusta y que bajo las tonterías superficiales es extremadamente inteligente. Esa primera tarde, recuerdo que el doctor no podía dejar de mirarlo como si fuera un espécimen mental, pero al final del crucero parecía evidentemente satisfecho con Smith. Jones era mucho más tranquilo. Al principio parecía horrorizado con los comentarios de Smith, pero al final lo imitaba con gran descontento de Smith, según pude darme cuenta.

—¿Cuáles eran sus especialidades? —preguntó Avalon.

—Smith era sociólogo y Jones era biólogo. Se trataba de que la exploración espacial fuera analizada a la luz de muchas disciplinas. Era un buen criterio, pero mostró serias fallas en la práctica. Algunas de las charlas, sin embargo, fueron excelentes. Hubo una sobre el Mariner 9 y la nueva información sobre Marte, que fue soberbia; pero eso está fuera del tema. Fue la Sra. Smith quien creó toda la confusión. Era una chica medianamente alta, delgada, no muy seductora según los cánones comunes, pero con una personalidad extraordinariamente atractiva. Hablaba con voz suave y era evidente que vivía pensando en los otros en forma automática. Me parece que rápidamente todo el mundo le cobró afecto, y el mismo Smith parecía quererla mucho. La noche en que hablé demasiado, ella había ordenado chocolate caliente. Se lo sirvieron en un vaso alto, de pie delgado y, por supuesto, como detalle elegante, cometieron el error de traerlo en una bandeja. Smith, como de costumbre, hablaba animadamente moviendo los brazos al mismo tiempo. Usaba todos sus músculos al hablar. El barco se balanceó, él se balanceó... Bueno, el resultado fue que el chocolate caliente fue a dar a la falda de la Sra. Smith. Ella saltó. Todo el mundo lo hizo también, la Srta. Robinson se dirigió rápidamente a ayudarla. Noté eso y es por esto que sé que ya había regresado en ese entonces. La Sra. Smith rechazó toda ayuda y salió rápidamente. Smith, pareció de pronto confuso y trastornado, se arrancó el sombrero holandés que llevaba y la siguió. Cinco minutos después él estaba de vuelta, hablando animadamente con el jefe de los camareros. Luego se acercó a la mesa y dijo que la Sra. Smith lo había enviado para que le asegurara al camarero que todo lo que llevaba encima esa noche podía lavarse, que no le había sucedido nada, que no era culpa de nadie, que nadie debía ser criticado. Quería asegurarnos también a nosotros que se encontraba perfectamente bien. Nos pidió si podíamos quedarnos en la mesa hasta que su esposa regresara. Se estaba cambiando de ropas y quería volver a reunirse con nosotros para que nadie pensara que era algo terrible lo que había

sucedido. Estuvimos de acuerdo, por supuesto, Ninguno de nosotros iba a ningún lado.

—¿Y eso significaría que tuvo tiempo de ir a su camarote? —inquirió Avalon.

Long hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, supongo que sí. No parecía ser el tipo, pero supongo que en este juego uno descarta las nuevas apariencias.

—¿Y todos esperaron?

—El doctor, no. Se levantó y dijo que iría a buscar un unguento a su consultorio por si ella lo necesitaba para las quemaduras, pero regresó antes que ella. Uno o dos minutos antes.

Golpeando la mesa lentamente con el dedo para acentuar sus palabras, Avalon dijo:

—Y también puede haber estado en la cabina entonces. Y la Srta. Robinson también puede haber estado cuando se marchó, antes del incidente del chocolate caliente.

—¿Dónde entran los Jones en todo esto? —preguntó Rubin.

—Déjenme continuar. Cuando la Sra. Smith regresó, dijo que no se había quemado, de modo que el doctor no tuvo necesidad de darle el unguento. No podemos decir, en consecuencia, si realmente había ido a buscarlo. Puede ser que haya sido una treta.

—¿Y si ella se lo pedía? —dijo Halsted.

—Entonces él podría haber dicho que no pudo encontrar lo que buscaba, pero que si ella quería acompañarlo trataría de hacer lo que pudiera. ¿Quién sabe? En todo caso, todos permanecimos sentados un rato como si nada hubiera sucedido, hasta que, finalmente, nos separamos. Para ese entonces, la nuestra era la última mesa ocupada del comedor. Todos se marcharon excepto la Sra. Jones y yo, que nos quedamos atrás.

—¿La Sra. Jones? —preguntó Drake.

—No les he contado sobre la Sra. Jones. Cabello y ojos oscuros, muy vivaces. Le gustaban los quesos fuertes, siempre sacaba un pedacito de cada uno cuando pasaban la bandeja. Tenía un modo de mirarlo a uno mientras hablaba que lo convencía de que era lo único que veía. Creo que Jones era un tipo celoso, aunque calladamente. Por lo menos, nunca lo vi a menos de un metro de distancia de ella excepto esta vez. Se levantó y dijo que iba a su camarote y ella dijo que iría enseguida. Luego se volvió hacia mí y dijo: "¿Puede explicarme la importancia de esas impresionantes terrazas de hielo en Marte? He estado pensando en preguntárselo durante toda la comida y no tuve la oportunidad". Ese día habíamos oído una magnífica conferencia sobre Marte y me sentí más bien halagado de que se dirigiera a mí y no al astrónomo que había dado la charla. Parecía como si ella diera por sentado que yo sabía tanto como él. De manera que hablé un rato con ella. Pero la mujer no dejaba de decir: "¿Qué

interesante!"

—Y mientras tanto, Jones pudo haber estado en su camarote —dedujo Avalon.

—Es probable. En eso pensé después, porque no era la manera de ser habitual en ellos, al separarse.

—Resumamos, entonces —dijo Avalon—. Hay cuatro posibilidades: la Srta. Robinson puede haberlo hecho cuando se marchó antes del incidente del chocolate caliente. Los Smith pueden haberlo hecho juntos: el Sr. Smith volcando el chocolate deliberadamente, de modo que la señora pudiera hacer el trabajo sucio. El doctor pudo haberlo hecho mientras iba a buscar el unguento. Y los Jones pudieron haberlo hecho en equipo: Jones, la parte riesgosa, mientras su esposa mantenía al Dr. Long fuera de acción.

—Todo esto fue considerado —asintió Long— y cuando el barco regresó a Nueva York, los agentes de seguridad habían comenzado el proceso de revisar los antecedentes de los seis. Ustedes saben que, en casos como éstos, todo lo que se necesita es sospechar. El único modo de que un agente secreto pueda mantenerse oculto es no levantando sospechas. Una vez que la mirada del contraespionaje se posa sobre él, será inevitablemente desenmascarado. Nadie puede sobrevivir a una investigación exhaustiva.

—Entonces, ¿cuál de ellos resultó ser? —preguntó Drake. Long suspiró.

—Ahí es donde surgió el problema. Ninguno de ellos. Todos limpios. Creo que no hubo manera de demostrar que alguno de ellos fuese otra cosa que lo que parecía ser.

—¿Por qué dice que "cree"? ¿No participó en la investigación? —inquirió Rubin.

—Pero en el otro bando. Mientras más limpios parecían esos seis, más dudoso parecía yo. Les dije a los investigadores —tuve que decirles— que esos seis eran los únicos que podían haberlo hecho; y que si ninguno de ellos lo había hecho debían sospechar que había inventado la historia para esconder algo peor.

—¡Oh, qué diablos Waldemar! —intervino Trumbull—. No pueden creer eso. ¿Qué ganarías tú informando sobre el incidente si fueras el responsable?

—Eso es lo que no saben —dijo Long—. Pero la información se filtró, y si no pueden achacárselo a ninguno de los seis, me acusarán a mí. Y mientras más les intrigan mis motivos, más piensan que esos motivos deben de ser indudablemente muy inquietantes. De modo que estoy en un problema.

—¿Está seguro de que esos seis son las únicas posibilidades? ¿Está seguro de que no se la mencionó a nadie más? —preguntó Rubin.

—Totalmente seguro —dijo Long, secamente.

—Puede ser que no la recuerde —dijo Rubin—. Puede ser que haya sido algo muy casual. ¿Puede estar seguro de no haberlo hecho?

—Puedo estar seguro. La llamada por radio llegó no mucho antes de la comida. Simplemente no hubo tiempo de contárselo a nadie antes de la comida. Y una vez que



me levanté de la mesa, volví al camarote sin cruzar una palabra con ninguna persona. Con nadie.

—¿Quién lo escuchó mientras recibía la llamada? ¿Quizás había algún curioso?

—Había algunos oficiales del barco a mi alrededor, por supuesto. Sin embargo, mi jefe se expresó en clave. Yo sabía lo que quería decir, pero nadie más.

—¿Y usted también se expresó en clave? —preguntó Halsted.

—Le diré exactamente lo que dije: "Hola, Dave". Luego dije: "¡Maldita sea, váyanse al infierno!" Y luego colgué. Esas siete palabras. Nada más.

Gonzalo juntó repentinamente las manos en un aplauso entusiasta.

—Escuchen lo que ha pasado. ¿Por qué tiene que ser un trabajo tan planeado? Pudo haber sido espontáneo. En resumidas cuentas, todo el mundo supo que se haría esa excursión y que gente conectada con la NASA hablaría y que podía haber algo interesante. Alguien —pudo haber sido, cualquiera— se lo pasó registrando diariamente diversos camarotes durante las horas de las comidas, hasta que finalmente se encontró con su conferencia.

—No —dijo Long decididamente—. Sobrepasa los límites de lo posible. Suponer que alguien haya podido hallar mi ensayo, por mera casualidad, una o dos horas después de haber dicho yo que tenía material clasificado en mi escritorio. Además no había nada en los papeles que pudiera dar algún indicio de su importancia a los no versados. Fue solamente mi comentario lo que pudo indicar a alguno de los presentes que eso era importante.

—Suponga que una de las personas en la mesa dio la información sin malas intenciones —dijo Avalon pensativamente—. Al levantarse de la mesa pudieron haberle dicho a alguien: "¿Oyó lo que le pasa al pobre Dr. Long? Se quedó sin tema para su conferencia". Entonces ese alguien, quienquiera que sea, pudo haberlo hecho.

—Ojalá hubiera sido así, pero no es posible. Habría sucedido sólo si ese individuo en particular fuera inocente. Si los Smith eran inocentes cuando dejaron la mesa, lo único que tendrían en la cabeza sería el chocolate caliente. No se habrían detenido a conversar. El doctor estaría pensando sólo en conseguir el ungüento. Cuando Jones se levantó de la mesa, suponiendo que fuera inocente, se habría olvidado totalmente del asunto. De haber hablado, se habría referido al chocolate caliente también.

—Muy bien. ¿Y la Srta. Robinson? —gritó de pronto Rubin—. Ella se levantó antes del incidente del chocolate. Lo único interesante que podía preocuparla sería lo que le pasaba a usted. Tal vez ella haya dicho algo.

—¿Cree usted? —dijo Long—. Si es inocente, tiene realmente que haber hecho lo que dijo, es decir, ir al baño de su camarote. Si tuvo que dejar la mesa para hacerlo, debió de haber sido algo urgente; y en esas circunstancias nadie se detiene a chismear sin ton ni son.

Hubo un silencio alrededor de la mesa.

—Estoy seguro de que la investigación continuará —dijo Long— y que al cabo surgirá la verdad y se verá claramente que sólo he sido culpable de una desafortunada indiscreción. Para entonces, sin embargo, mi carrera estará arruinada.

—Dr. Long —dijo una voz suave—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Soy Henry, señor. Los caballeros de la organización, los Viudos Negros, a veces me permiten participar...

—¡Diablos, Henry! ¡Sí! —dijo Trumbull—. ¿Ve usted algo que el resto de nosotros no ve?

—No estoy seguro —dijo Henry—. Lo que veo claramente es que el Dr. Long cree que sólo las seis personas de la mesa pueden estar implicadas, y que los que investigan el asunto aparentemente están de acuerdo con él...

—No hay forma de no estarlo —dijo Long.

—Entonces, bien —dijo Henry—. Me pregunto si usted, Dr. Long, les mencionó a los investigadores su opinión respecto del curry.

—Creo que quizá sí, señor —dijo Henry—. Creo que nos encontramos en la misma situación que el Sr. Halsted refirió anteriormente, esta noche, a propósito de las quintillas. Algunas quintillas, para que surtan efecto, deben poder verse, pues el sonido no es suficiente. Y algunas escenas, para que sean eficaces, también deben poder verse.

—No entiendo —dijo Long.

—Bien, Dr. Long. Usted estaba sentado allí, en el corredor del barco, con otras seis personas, y por lo tanto sólo esas otras seis personas lo oyeron. Pero si pudiéramos ver la escena en lugar de que usted nos la describa, podríamos ver claramente algo que usted omite.

—No, no podrían —dijo Long empecinado.

—¿Está seguro? —preguntó Henry—. Ahora también está sentado junto a seis personas, en esta mesa, igual que en el barco. ¿Cuántas personas escuchan su historia?

—Seis —comenzó a decir Long. Y entonces Gonzalo interrumpió.

—Siete, contándolo a usted, Henry.

—¿Y no había nadie que sirviese la mesa, Dr. Long? Usted dijo que el doctor le preguntó sobre la conferencia justo cuando le servían el cordero con curry y que fue el olor de éste lo que le molestó hasta el punto de dejar escapar su indiscreción. No creo que el cordero se haya colocado por sí solo frente a usted. El hecho es que, en el momento en que usted hacía esa afirmación, había seis personas en la mesa, ante usted, y una séptima de pie a sus espaldas y fuera de la vista.

—El camarero, —dijo Long en un susurro.

—Hay una tendencia a ignorar completamente al camarero —dijo Henry—, a menos que nos moleste. El camarero eficiente pasa inadvertido y usted mencionó que

el servicio era excelente. ¿No pudo ser él quien dispuso cuidadosamente el accidente del chocolate caliente para crear una distracción; o quizás el que sacó provecho de la distracción si realmente fue un accidente? Al haber muchos camareros y pocos comensales, puede ser que no se notara si él desaparecía por un rato. O podría haber dicho que se ausentó al excusado en caso de que realmente lo notaran. Sabría la ubicación del camarote tan bien como el doctor y tendría probablemente una ganzúa.

—Pero era un indonesio —observó Long—. No sabía hablar bien el inglés.

—¿Está seguro? Había asistido aun curso acelerado de tres meses, según dijo usted. Y puede ser que supiese inglés mejor de lo que decía saber. Usted está dispuesto a reconocer que, en el fondo, la Sra. Smith no era tan dulce y amable como parecía, y que la vivacidad de la Sra. Jones era una falsa apariencia, así como la respetabilidad del doctor, el buen humor de Smith, el afecto de Jones y la necesidad de ir al baño de la Srta. Robinson. ¿No podría ser que esa ignorancia del inglés que parecía tener el camarero fuese simulada?

—¡Dios mío! —dijo Long mirando su reloj—. Si no fuera tan tarde llamaría a Washington ahora.

Trumbull dijo.

—Si conoces los números particulares de esa gente, llama ahora —dijo Trumbull—. Es tu carrera. Diles que deben investigar al camarero; y, por amor de Dios, no les digas que la idea te la dio otro.

—¿Qué les diga que acabo de pensar en eso? Me preguntarán por qué no pensé en eso antes.

—Pregúntales por qué no lo pensaron ellos. ¿Por qué no pensaron que el camarero va con la mesa?

—No hay razón para que nadie piense en ellos. Sólo muy poca gente se interesa tanto en los camareros como yo —concluyó Henry lentamente.

## Aunque nadie los persiga (1974)

“When No Man Pursueth”

Thomas Trumbull frunció el entrecejo sólo con su ferocidad de costumbre y dijo:

—¿Cómo justifica su existencia, señor Stellar?

Mortimer Stellar alzó las cejas sorprendido y miró a los seis Viudos Negros sentados alrededor de la mesa, y de quienes era el invitado de esa noche.

—¿Quisiera repetir la pregunta? —dijo.

Pero antes de que Trumbull pudiese hacerlo, Henry, el formidable mozo del club, había entrado en silencio para entregar a Stellar su brandy y Stellar lo tomó con un abstraído murmullo de agradecimiento.

—Es una pregunta sencilla —dijo Trumbull—. ¿Cómo justifica su existencia?

—No sabía que debía hacerlo —dijo Stellar.

—Suponga que tuviese que hacerlo —dijo Trumbull—. Suponga que se encuentra ante el gran trono del juicio de Dios.

—Usted habla como un director de revista —dijo Stellar, sin impresionarse.

Y Emmanuel Rubin, el anfitrión de la noche, y colega escritor, rió y dijo:

—No, no es cierto, Mort. Él es desagradable pero no lo suficiente.

—Tú no te metas, Manny —dijo Trumbull, señalándolo con el índice.

—De acuerdo —dijo Stellar—. Le daré una respuesta. Espero que, como resultado de mi estadía sobre la Tierra, dejaré a algunas personas un poco más informadas sobre la ciencia de lo que lo estarían si yo no hubiese vivido nunca.

—¿Cómo lo ha hecho?

—A través de los libros y artículos que escribo sobre temas científicos para el lego —los ajos azules de Stellar centellearon detrás de los anteojos de pesada montura negra y agregó sin rastros perceptibles de modestia—: Que probablemente son los mejores que se hayan escrito.

—Son bastante buenos —dijo James Drake, el químico, apagando en el cenicero el quinto cigarrillo de la noche y tosiendo como para celebrar el momentáneo alivio del pulmón—. Sin embargo yo no lo ubicaría antes de Gamow.

—Cuestión de gustos —dijo Stellar con frialdad—. Yo sí.

Mario Gonzalo dijo:

—¿Usted no escribe sólo sobre ciencia, verdad? Me parece que leí un artículo suyo en un semanario sobre televisión, y era humorístico.

Mostró la caricatura que había hecho de Stellar durante la comida. Se destacaban los anteojos de montura negra y también el cabello castaño opaco, hasta el hombro, la sonrisa ancha, y las líneas horizontales que le cruzaban la frente.

—Por Dios —dijo Stellar—. ¿Ese soy yo?

—Es todo lo que Mario puede hacer —dijo Rubin—. No lo mates.

—Un poco de orden —dijo Trumbull, quisquilloso—. Señor Stellar, por favor conteste la pregunta que le hizo Mario. ¿Sólo escribe sobre ciencia?

Geoffrey Avalon, que había estado tomando su brandy a breves sorbos, dijo con su voz profunda, que podía dominar la mesa por completo cada vez que lo deseaba:

—¿No estamos perdiendo el tiempo? Todos hemos leído los artículos del señor Stellar. Es imposible evitarlo. Están en todas partes.

—Si no te importa, Jeff —dijo Trumbull—, es a lo que estoy tratando de llegar mediante una vía sistemática. He visto sus artículos y Manny dice que ha escrito ciento y pico de libros sobre toda clase de temas y lo que importa es, ¿por qué y cómo?

El banquete mensual de los Viudos Negros estaba en su etapa culminante: el interrogatorio del invitado. Era un proceso que se suponía debía llevarse de acuerdo a los lineamientos sencillos, ordinarios de un interrogatorio judicial, pero nunca ocurría así. El hecho de que con tanta frecuencia se disolviera en el caos era motivo de profunda irritación para Trumbull, el experto en códigos del club, cuyo sueño era dirigir el interrogatorio de acuerdo al esquema de un consejo de guerra.

—Concentrémonos en eso, entonces, señor Stellar —dijo—. ¿Por qué demonios usted escribe tantos libros sobre tantos temas?

—Porque es un buen negocio —dijo Stellar—. No ser especializado rinde más. La mayor parte de los escritores son especializados; tienen que serio. Manny Rubin es un especialista; escribe novelas policiales... cuando se molesta en escribir.

La barba rala de Rubin se erizó y sus ojos se abrieron de indignación detrás de los gruesos vidrios de sus anteojos.

—Ocurre que he publicado más de cuarenta libros, y no todos son policiales. He publicado —empezó a contar con los dedos— relatos deportivos, confesiones, cuentos fantásticos...

—Policiales en su mayor parte —rectificó Stellar con suavidad—. Por mi parte trato de no especializarme. Escribo sobre lo que se me ocurre. Hace que la vida me sea más interesante y nunca paso por un bloqueo creativo. Además, me independiza de las subas y bajas de la moda. Si un tipo de artículo pierde popularidad, ¿qué importa? Escribo otros.

Roger Halsted se pasó la mano por la delantera calva de su cabeza y dijo:

—¿Pero cómo lo hace? ¿Tiene horas fijas para escribir?

—No —dijo Stellar—. Sólo escribo cuando tengo ganas. Pero tengo ganas todo el tiempo.

—En realidad eres un escritor compulsivo —dijo Rubin.

—Nunca lo he negado —dijo Stellar. Gonzalo dijo:

—Pero la composición pareja no parece concordar con la inspiración artística. ¿Lo que escribe, se limita a brotar de usted? ¿Revisa en algún sentido?

Stellar bajó los ojos y por un instante pareció contemplar la copa de brandy vacía. La apartó y dijo:

—Todos parecen preocuparse por la inspiración. Usted es artista, señor Gonzalo. Si esperase la inspiración, se moriría de hambre.

—A veces me muero de hambre aunque no lo haga —dijo Gonzalo.

—Yo me limito a escribir —dijo Stellar, un poco impaciente—. No es tan difícil hacerlo. Tengo un estilo simple, directo, sin adornos, así que no tengo que desperdiciar el tiempo en frases inteligentes. Presento mis ideas de modo claro y ordenado porque tengo una mente clara y ordenada. Sobre todo, tengo seguridad. Sé que voy a vender lo que escribo, así que no agonizo sobre cada frase, preguntándome si le gustará al director de la revista.

—No siempre supiste que ibas a vender lo que escribías —dijo Rubin—. Supongo que hubo una época en la que eras principiante y recibías formularios de rechazo como todo el mundo.

—Correcto, y en aquellos días escribir me llevaba mucho más tiempo y era mucho más difícil. Pero ocurría hace treinta años. Ya hace mucho que estoy literariamente seguro.

Drake se retorció el prolijo bigote gris y dijo:

—¿Ahora vende realmente todo lo que escribe? ¿Sin excepción?

Stellar dijo:

—Casi todo, pero no siempre tal como sale del orno. A veces me solicitan una revisión y, si es una solicitud razonable, reviso, y si no es razonable, no lo hago. Y de vez en cuando (calculo que al menos una vez al año) recibo un rechazo directo —se encogió de hombros—. Es parte del juego del escritor independiente. No se puede evitar.

—¿Qué ocurre con lo rechazado, o eso no lo revisa? —preguntó Trumbull.

—Pruebo en alguna otra parte. A un director puede gustarle lo que a otro le desagradó. Si no puedo venderlo en ningún lado lo dejo aparte; puede aparecer un nuevo mercado; pueden pedirme algo para lo que se ajuste el artículo rechazado.

—¿No tiene la sensación de vender mercadería en malas condiciones? —dijo Avalon.

—No, en absoluto —dijo Stellar—. Un rechazo no significa necesariamente que un artículo es malo. Sólo significa que un director en especial lo encontró inadecuado. Otro director puede encontrarlo adecuado.

La mente leguleya de Avalon vio una brecha. Dijo:

—De acuerdo a ese razonamiento, se desprende que si aun director le gusta, compra y publica uno de sus artículos, eso no demuestra necesariamente que el artículo sea bueno.

—Para nada, en ningún caso —dijo Stellar—, pero si ocurre una y otra vez,

aumenta la evidencia a favor de uno.

Gonzalo dijo:

—¿Qué ocurre si todos rechazan un artículo?

—Eso casi no ocurre —dijo Stellar—, pero si me canso de presentar un escrito, lo más posible es que lo canibalice. Tarde o temprano escribiré algo sobre un tema cercano, y entonces incorporaré partes del artículo rechazado en un escrito nuevo. No desperdicio nada.

—Entonces todo lo que escribe se llega a imprimir, de uno u otro modo. ¿Correcto? —y Gonzalo sacudió levemente la cabeza, con obvia admiración.

—Casi correcto. —Pero después Stellar frunció el entrecejo—. Excepto —dijo—, cuando uno trata con un director idiota que compra algo y después no lo publica.

—Oh, ¿te has topado con algo así? —dijo Rubin— ¿La revista cerró?

—No, está floreciente. ¿Nunca te conté sobre eso?

—No que yo recuerde.

—Hablo de Bercovich. ¿Alguna vez le vendiste algo?

—¿Joel Bercovich?

—¿Es probable que haya dos directores de revistas con ese apellido? Por supuesto, Joel Bercovich.

—Bueno, seguro. Solía encargarse de la revista *Cuentos Policiales* hace unos años. Le vendí algunas cosas. Aún almuerzo con él de vez en cuando. Ya no se dedica al mercado de las policiales.

—Lo sé. Dirige la revista *Modo de Vida*. Uno de esos aparatos lujosos que atraen al rico en ciernes.

—Basta. ¡Basta! —exclamó Trumbull—. Esto está degenerando. Volvamos al interrogatorio.

—Un momento —dijo Stellar, agitando una mano hacia Trumbull con evidente enojo—. Me han preguntado si todo lo que escribo llega a imprimirse y quiero contestarlo porque trae a colación algo con lo que estoy bastante molesto y quisiera sacármelo de encima.

—Creo que eso forma parte de sus derechos, Tom —dijo Avalon.

—Bueno, adelante, entonces —dijo Trumbull de mala gana—, pero que no sea eterno.

Stellar asintió con una especie de apesadumbrada impaciencia y dijo:

—Conocí a Bercovich en una reunión formal. Ni siquiera recuerdo el motivo, o quiénes asistieron. Pero recuerdo a Bercovich porque hicimos un negocio como resultado. Había ido con Gladys, mi esposa, y Bercovich estaba con su esposa y debía de haber unas ocho parejas más. Era una reunión en la que habían cuidado los detalles.

»En realidad era muy cuidada, y mortífera. Era formal. No había que llevar

corbata negra; no habían llegado a eso; pero era formal. El servicio era lento; la comida mala; la conversación constipada. Odiaba estar allí. Escucha, Manny, ¿qué piensas de Bercovich?

Rubín se encogió de hombros.

—Es un director de revista. Eso limita sus aspectos positivos, pero los he conocido peores. No es un idiota.

—¿No? Bueno, debo admitir que esa vez me pareció un tipo correcto. Yo había oído hablar vagamente de él, pero él me conocía, desde luego.

—Oh, desde luego —dijo Rubin, haciendo girar la copa de brandy vacía.

—Bueno, así fue —dijo Stellar indignado—. Lo importante de la historia es que me conocía, o no me habría pedido un artículo. Se me acercó después de la cena y me dijo que leía mis cosas y que las admiraba, y yo asentí y sonreía. Después dijo: “¿Qué piensa de la reunión?”

»Yo dije con cautela: “Bueno, un poco lenta”, porque según lo que sabía era el amante de la anfitriona y yo no quería ser innecesariamente ofensivo.

»Él dijo: “Yo creo que es un plomo. Demasiado formal, y eso no encaja con el panorama norteamericano de hoy”. Después siguió para decir: “Oiga, dirijo una revista nueva, *Modode Vida*, y me pregunto si usted no podría escribirnos un artículo sobre la formalidad. Si pudiese darnos, digamos, de dos mil quinientas a tres mil palabras, sería perfecto. Podría tener carta blanca y encararlo como quiera, pero que sea liviano.”

»Bueno, sonaba interesante y eso dije, discutimos un poco el precio, y dije que lo intentaría, él preguntó si se lo podría hacer llegar en tres semanas, y yo dije que tal vez. Parecía muy ansioso.

—¿Cuándo fue eso? —dijo Rubin.

—Hace un par de años.

—Ajá. Fue más o menos entonces cuando arrancó la revista. De vez en cuando la hojeo. Muy pretenciosa y no vale lo que cuesta. Sin embargo no vi tu artículo.

Stellar resopló.

—Como es natural.

—No me diga que no lo escribí —dijo Gonzalo.

—Por supuesto que lo escribí. Lo hice llegar a la oficina de Bercovich en una semana. Era un artículo fácil de hacer y era bueno. Levemente satírico y con varios ejemplos de formalidades estúpida a los que podía disparar mis dardos. En realidad, hasta describía una cena como la que habíamos tenido.

—¿Y él lo rechazó? —preguntó Gonzalo. Stellar dirigió una mirada furiosa a Gonzalo.

—No lo rechazó. Tuve un cheque en mis manos en una semana más.

—¿Entonces cuál es el problema? —preguntó Trumbull con impaciencia.



—Nunca lo imprimió —gritó Stellar—. Hace casi dos años que ese idiota se le ha sentado encima. No lo ha publicado; ni siquiera ha fijado una fecha para hacerlo.

—¿Y eso qué importa mientras lo haya pagado? —dijo Gonzalo.

Stellar le dirigió una nueva mirada furiosa.

—No supondrá que sólo persigo una única publicación, ¿verdad? Por lo común puedo contar con reimpresiones en uno u otro lado para que me aporten una suma adicional. Y además publico recopilaciones de los artículos; y no puedo incluir éste hasta que se publique.

—Seguramente el dinero en juego no es muy importante.

—No —reconoció Stellar—, pero tampoco deja de tener cierta importancia. Además, no entiendo el motivo de la demora. Estaba apurado por tenerlo. Cuando se lo llevé babeaba. Dijo: “Perfecto, perfecto. Pondré a trabajar en él aun artista en seguida y habrá tiempo de agregarle unas buenas ilustraciones.” Y después no pasó nada. Uno pensaría que no le gustó; pero si no le gustó, ¿por qué lo compró?

Halsted alzó el pocillo de café para que lo volvieran a llenar y Henry se encargó de hacerlo. Halsted dijo:

—Tal vez sólo lo compró para comprar su buena voluntad, por así decir, y asegurarse de que usted le escribiera otros artículos, aun cuando el que le escribió no fuese bastante bueno.

—Oh, no... Oh, no... —dijo Stellar—. Manny, diles a estos inocentes que los directores de revistas no hacen eso. Nunca tienen el presupuesto suficiente como para comprar malos artículos para comprar buena voluntad. Además, si un escritor entrega malos artículos uno no desea su buena voluntad. Y lo que es más importante, uno no se gana la buena voluntad de nadie comprando un artículo y enterrándolo.

—Está bien, señor Stellar —dijo Trumbull—. Hemos escuchado su relato y habrá advertido que no lo interrumpí. Ahora bien, ¿Por qué nos lo contó?

—Porque estoy cansado de rumiar sobre el asunto. Tal vez uno de ustedes puede desentrañarlo. ¿Por qué no lo publicó? Manny, dijiste que acostumbrabas venderle. ¿Alguna vez retuvo la publicación de algo tuyo?

—No —dijo Manny, después de una pausa prudencial—. No puedo recordar que lo hiciera. Desde luego, pasó un mal momento.

—¿Qué tipo de mal momento?

—Dijiste que esa cena se llevó acabo hace dos años, así que la que conociste fue su primera esposa. Era una mujer mayor, ¿verdad, Mort?

—No la recuerdo —dijo Stellar—. Esa fue la única vez que estuve con ella.

—Si se tratara de su segunda esposa, la recordarías. Tiene alrededor de treinta años y es muy bonita. Su primera esposa murió hace cosa de un año y medio. Se supo que estaba enferma desde hacía tiempo, aunque hacía todo lo posible por ocultarlo yo nunca me enteré, por ejemplo. Tuvo un ataque al corazón y eso lo hizo pedazos a él.

La pasó muy mal por un tiempo.

—¡Oh! Bueno, no estaba enterado de eso. Pero aún así, se casó de nuevo, ¿verdad?

—En algún momento del año pasado, sí.

—Y ella es bonita y él se consoló. ¿Correcto?

—La última vez que lo vi, hace cerca de un mes, de paso, se lo veía muy bien.

—Bueno —dijo Stellar—. ¿Entonces por qué retiene la publicación?

Avalon dijo en tono pensativo:

—¿Le explicó usted al señor Bercovich las ventajas de que se publicara su artículo?

—Él conoce las ventajas —dijo Stellar—. Dirige una revista.

—Bien —dijo Avalon con el mismo tono pensativo—. Entonces puede ser que al leerlo por segunda vez encontrase alguna falla grave y sintiera que no es publicable tal como está. Tal vez le avergüenza haberlo comprado y no sabe cómo encararlo a usted.

Stellar rió pero sin humor.

—Los directores no se avergüenzan y no temen encararlo a uno. Si hubiese encontrado algo equivocado al leerlo por segunda vez, me habría llamado y pedido una revisión. Me han pedido revisiones muchas veces.

—¿Revisa cuando se lo piden? —dijo Gonzalo.

—Se los dije... A veces, cuando parece razonable —dijo Stellar.

James Drake asintió como si ésa fuese la respuesta que esperaba y dijo:

—¿Y este director nunca pidió ninguna revisión?

—No —explotó Stellar, y después añadió casi de inmediato—. ¡Bueno, una vez! Una vez en que lo llamé para ver si le había fijado una fecha de aparición (ya me estaba fastidiando bastante el asunto) me preguntó si no habría problema en cortarlo un poco, porque parecía difuso en algunos puntos. Le pregunté dónde demonios estaba difuso, porque yo sabía que no lo estaba. Y él fue impreciso y yo me irrité lo suficiente como para decir que no, que no quería que lo tocaran. Podía imprimirlo como estaba o podía devolvérmelo.

—Y supongo que él no se lo devolvió —dijo Drake.

—No, no lo hizo. Maldición, le ofrecí comprarle la devolución. Le dije: “Mándamelo de vuelta, Joel, y te devolveré el dinero”, y él dijo: “Oh, vamos, Mort, no es necesario. Me alegra tenerlo en el inventario aunque no lo use de inmediato.” Maldito imbécil. ¿Qué utilidad tiene para mí o para él conservarlo en el inventario?

—Tal vez lo ha perdido —dijo Halsted—, y no desea admitirlo.

—No hay motivo para no admitirlo —dijo Stellar—. Tengo una copia en carbónico; dos copias, en realidad. Aunque quisiera conservar las copias (y son útiles cuando llega el momento de armar el libro) en estos días sacar copias no es un

problema.

Se hizo un silencio alrededor de la mesa, y entonces Stellar frunció el entrecejo y dijo:

—Saben, una vez me preguntó si yo tenía copia en carbónico. No recuerdo cuándo. En una de las últimas ocasiones en que lo llamé. Dijo: “Ya que lo recuerdo, Mort, ¿tienes una copia en carbónico?”, así: “Ya que lo recuerdo”, como si fuera una ocurrencia de último momento. Recuerdo haber pensado que era un idiota; ¿acaso espera que un hombre con mi experiencia no tenga una copia en carbónico? Entonces pensé que estaba dando vueltas para decir que había traspapelado el manuscrito, pero nunca dijo una palabra en ese sentido. Le dije que tenía una copia en carbónico y él abandonó el tema.

—Me parece —dijo Trumbull—, que todo esto no vale el tiempo que usted se está tomando.

—Bueno, no —dijo Stellar—, pero el asunto me irrita. Guardo un archivo cuidadoso de mis artículos; necesito hacerlo; y este ha estado en el archivo de cosas “a publicar” durante tanto tiempo que puedo reconocer la ficha por los bordes oscuros de tanto manoseo. Es como una irritación. Ahora bien, ¿por qué me preguntó si tenía una copia en carbónico? Si había perdido el manuscrito, ¿por qué no decirlo? Y si no lo había perdido, ¿por qué preguntar por la copia en carbónico?

Henry, que se había quedado de pie junto al copero, como acostumbraba hacerlo una vez servida la cena y retirados los platos, dijo:

—¿Puedo hacer una sugerencia, caballeros?

Trumbull dijo:

—Por Dios, Henry, no me digas que esta insensatez tiene algún sentido para ti.

—No, señor Trumbull —dijo Henry—, me temo que no entiendo sobre el asunto más que cualquier otro de los presentes. Sencillamente me parece posible que el señor Bercovich puede haber estado preparado para decirle al señor Stellar que el manuscrito se traspapeló... pero quizás sólo si el señor Stellar hubiese dicho que no tenía copia en carbónico. Puede haber sido el hecho de que el señor Stellar tenía una copia lo que volvía inútil perder o, posiblemente, destruir el manuscrito.

—¿Destruirlo? —dijo Stellar con una indignación casi histérica.

—Suponga que nos concentramos en lo que pasaría si él publicase el manuscrito, señor —dijo Henry.

—Aparecería impreso —dijo Stellar— y la gente lo leería. Eso es lo que quiero que pase.

—¿V si el señor Bercovich lo hubiese rechazado?

—Entonces lo habría vendido a algún otro, maldición, y habría aparecido impreso y la gente lo habría leído.

—Y si se lo devolviese ahora, ya sea porque usted se negó a revisarlo o porque

usted se lo compró a su vez, entonces, una vez más, usted lo vendería a otra publicación y aparecería impreso y lo leerían.

—Exacto.

—Pero suponga, señor Stellar, que el director comprase el artículo como él lo hizo y no lo publicase. ¿Puede venderlo a alguna otra publicación?

—Por supuesto que no. No me corresponde venderlo. *Modo de Vida* compró los primeros derechos seriales, lo que significa que tienen todo y el único derecho de publicarlo antes de que ningún otro lo emplee. Hasta que lo publiquen, o hasta que cedan formalmente el derecho a hacerlo, no puedo venderlo a nadie más.

—En ese caso, señor Stellar, ¿no le parece que el único modo concebible para que el señor Bercovich pueda impedir que el artículo sea leído públicamente es hacer exactamente lo que ha hecho?

—¿Está tratando de decirme, Henry —dijo Stellar con patente incredulidad en la voz—, que él desea que no sea leído? ¿Entonces por qué demonios me pidió que lo escribiera?

—Él le pidió que escribiera un artículo, señor —dijo Henry—. No conocía el artículo exacto que usted escribiría hasta que lo vio. ¿Acaso no es posible que, una vez leído el artículo que usted escribió concretamente, se diera cuenta de que no deseaba que fuera leído y en consecuencia diera el único paso posible para impedir que se publicara? Probablemente no esperaba que usted fuese el tipo de escritor que acosaría a un director con un asunto semejante.

Stellar apartó las manos, con las palmas hacia arriba, y recorrió los rostros de los Viudos Negros en una especie de exasperación semihumorística.

—Nunca he oído algo más ridículo.

—Señor Stellar —dijo Avalon—, usted no conoce a Henry tan bien como nosotros. Si ésa es su opinión, le sugiero que la tome en serio.

—¿Pero por qué iba a querer Joel destruir el escrito o enterrarlo? Es un artículo perfectamente inofensivo.

Henry dijo:

—Sencillamente presento una explicación posible para lo que ha ocurrido durante dos años.

—Pero la suya no es una explicación que explique, Henry. No explica por qué él desea que el artículo no sea leído.

—Usted ha dicho, señor, que él le pidió permiso para cortar el artículo un poco y usted se negó. Si usted hubiese accedido, tal vez lo habría cambiado para volverlo realmente inocuo y entonces lo habría publicado.

—¿Pero qué quería cortar?

—Me temo no poder precisar, señor Stellar, pero pienso que él quería realizar los cortes. Podía deberse a que no quería llamarle a usted la atención hacia el pasaje

preciso que quería alterar.

—Pero si él mismo hacía los cortes —dijo Stellar—, aún así yo vería lo que había hecho una vez que apareciera el artículo.

Henry dijo:

—¿Es probable que usted leyera el artículo una vez publicado y lo comparase oración por oración con el manuscrito original, señor?

—No —admitió Stellar de mala gana.

—Y aunque lo hiciese, señor, podría haber una cantidad de cambios pequeños y usted no tendría motivo para suponer que un cambio era más significativo que los demás.

—Sabe —dijo Stellar—, éste es un misterio más particular que el primero, Henry. ¿Qué puedo haber dicho para molestarle?

—No puedo precisarlo, señor Stellar —dijo Henry. Avalon carraspeó en su mejor estilo de abogado y dijo:

—Es una verdadera lástima, señor Stellar, que usted no trajese la copia en carbónico de su manuscrito. Podría habérmola leído y tal vez entonces hubiésemos podido ubicar el pasaje crítico. Al menos estoy seguro de que habría sido entretenido.

—¿Quién iba a pensar que surgiría algo semejante? —dijo Stellar.

Gonzalo dijo con ansiedad:

—Si su esposa está en casa, señor Stellar, podríamos llamarla y hacer que le lea el artículo a Henry por teléfono. El club puede correr con los gastos.

Henry parecía estar hundido en sus pensamientos. En ese momento dijo con lentitud, como si el pensamiento hubiese salido a la superficie pero siguiera siendo un coloquio privado consigo mismo:

—Es seguro que no se trata de algo impersonal. Si se hubiesen roto los límites del buen gusto, si se hubiese violado la política de la revista, lo habría visto de inmediato y pedido cambios específicos. Aun cuando lo comprara después de una leída rápida y después descubriera errores impersonales, no habría motivos para vacilar en pedir cambios específicos, seguramente. ¿Podría darse el caso de que algún funcionario superior de la firma editora vetara el artículo y al señor Bercovich le avergonzara decírselo a usted?

—No —dijo Stellar—. Lo más probable es que a un director a quien la firma no le da carta blanca renuncie. Y aunque Bercovich no tuviese el valor de hacerlo sólo se alegraría de emplear interferencias superiores como excusa para devolverme el manuscrito. Por cierto no se aferraría a él.

—Entonces —dijo Henry—, debe tratarse de algo personal; algo que tiene significado para él, un significado vergonzoso, un significado horripilante.

—No hay nada de eso en el artículo —insistió Stellar.

—Tal vez el pasaje no sea significativo para usted o para cualquier otro, sino sólo

para el señor Bercovich.

—En ese caso —interrumpió Drake—, ¿por qué iba a importarle a Bercovich?

—Tal vez —dijo Henry—, porque si se llamara la atención sobre el detalle, llegaría a ser significativo. Es por eso que no se atrevió ni siquiera a decirle al señor Stellar qué pasaje deseaba cortar.

—Sigue inventando tal veces —murmuró Stellar—. No le creo, eso es todo.

Gonzalo dijo bruscamente.

—Yo le creo. Henry ha tenido razón en otras ocasiones y no oigo que nadie sugiera alguna otra teoría que dé cuenta del hecho de que el artículo aún no ha sido publicado.

—Pero estamos hablando sobre la nada —dijo Stellar—. ¿Cuál es el pasaje misterioso que fastidia a Joel?

—Tal vez usted pueda recordar alguna referencia personal —dijo Henry—, dado que es eso lo que sospechamos que debe de ser. ¿Acaso no dijo que incluyó en el artículo un relato de una cena semejante a la que inspiró al señor Bercovich a pedirle el artículo en primer lugar?

—Ajá —dijo Gonzalo— ¡Lo tengo! Usted describió la cena con demasiada precisión, muchacho, y el director temió que el anfitrión la reconociera, y se ofendiera. Tal vez el anfitrión es un antiguo y apreciado amigo del editor y despediría al director si aparece el artículo.

Stellar dijo, sin esforzarse por ocultar su desprecio:

—En primer lugar, soy veterano en esto. No escribo nada que sea pasible de juicio o embarazoso. Le aseguro que enmascaré esa cena de tal modo que nadie podría hablar razonablemente de una semejanza. Cambié todas las características principales de la cena y no empleé nombres. Además, si hubiese cometido un desliz y hecho demasiado real la maldita cosa, ¿por qué no iba a decírmelo él? Puedo cambiar ese tipo de cosas en un instante.

—Podría seguir siendo algo personal —dijo Henry—. En la cena estaban él y su esposa. ¿Qué dijo sobre ellos?

—¡Nada! —dijo Stellar—. ¿Piensa que voy a emplear al director a quien le envió el artículo? Concédanme al menos esa delicadeza. No me referí a él bajo ningún nombre o disfraz; no me referí a nada que hubiese dicho o hecho.

—¿Tampoco dijo nada sobre la esposa, señor? —preguntó Henry.

—Sobre la esposa... Bueno, aguarde, ella puede haber inspirado un pequeño intercambio en el artículo, pero desde luego no la nombré, ni la describí ni nada por el estilo. Era algo insignificante por completo.

—Aún así, puede tratarse de eso. El recuerdo era demasiado poderoso. Ella había muerto y él simplemente no podía publicar un artículo que le recordara a... a...

—Si está por terminar esa frase con “la querida difunta”, me voy. Eso es una

necedad, señor Avalon. Con todo el respeto debido... no, sin ningún maldito respeto: eso es una necedad. ¿Por qué él no iba a pedirme que quitara una o dos oraciones si provocaba un recuerdo demasiado agudo? Yo lo habría hecho.

Avalon dijo:

—El hecho de que yo haya expresado el asunto de modo sentimental, señor Stellar, no quiere decir que no pueda tener un significado, de todos modos. Que él no se lo haya mencionado podría ser el resultado de cierta vergüenza. En nuestra cultura se suele tomar como objeto de burla cosas como la pena por el amor perdido. Usted acaba de burlarse. Sin embargo puede ser algo muy real.

—Manny Rubin dice que ella murió hace un año y medio —dijo Stellar—. Eso significa al menos medio año después de que yo escribí el artículo. Tiempo suficiente para tenerlo impreso para ese entonces, si se tiene en cuenta la ansiedad por hacerme cumplir un plazo de entrega inmediato. Y ha pasado un año y medio desde que se casó con una mujer hermosa. Vamos, ¿cuánto dura la pena por un amor perdido cuando se ha encontrado otro?

—Sería útil —dijo Henry—, que el señor Stellar nos dijera cuál es el pasaje en cuestión.

—Sí —dijo Gonzalo—, llame a su esposa y haga que se lo lea a Henry.

—No es necesario —dijo Stellar, que había retirado sólo con dificultad la mirada herida que había dirigido a Avalon—. Volví a leer el maldito texto hace un par de semanas (creo que por quinta vez) y lo tengo razonablemente fresco en la mente. Lo que contiene es esto: nos habían servido la carne asada a paso de tortuga y yo estaba esperando que se sirvieran los demás antes de empezar. Unos pocos no fueron tan formales y ya estaban comiendo. Por último rompí el ruego y la salé y estaba por comerla cuando advertí que aún no le habían servido a la señora Bercovich, que estaba a mi derecha. La miré sorprendido y ella dijo que había hecho un pedido especial y que lo habían demorado y yo le ofrecí mi plato y ella dijo: “No, gracias, ya está salada”. Conté ese pasaje, sin nombres, para poder llegar a mi chiste, que recuerdo con exactitud. Decía: “Ella era la única en la mesa que objetaba la sal; el resto de nosotros objetaba la carne. A decir verdad, varios sopamos la sal con un cuchillo, y luego la comimos de modo ostentoso.”

Nadie rió del chiste. Trumbull se tomó el trabajo de simular náuseas.

—Por cierto no ver un gran valor sentimental en eso —dijo Halsted.

—Yo diría que no —dijo Stellar—, y ésa es la única mención a ella, sin nombre ni descripción, y no hay ninguna del propio Joel.

—Sin embargo —dijo Henry—, el señor Rubin dijo que la primera señora Bercovich murió de un ataque al corazón, que es una referencia omniabarcadora a los desórdenes circulatorios en general. Ella bien puede haber tenido una presión sanguínea peligrosamente alta y estar sometida a una dieta baja en sales.

—Por eso rechazó la carne salada de Stellar —dijo Gonzalo—. ¡Exacto!

—Y por eso esperaba un plato especial —dijo Henry—. Y esto es algo que el señor Bercovich desea desesperadamente que no llame la atención. El señor Rubin dijo que la señora Bercovich había hecho todo lo posible por ocultar su estado. Tal vez pocas personas sabían que estaba sometida a una dieta baja en sales.

—¿Por qué iba a importarle a Joel que lo supieran? —dijo Stellar.

—Debo introducir otro tal vez, señor. Tal vez el señor Bercovich, cansado de esperar y, tal vez, ya atraído por la mujer que es ahora su segunda esposa, se aprovechó de la situación. Puede haber salado la carne subrepticamente, o, si ella empleaba un sustituto de la sal, puede haberlo reemplazado al menos en parte por sal común...

—¿Y haberla matado, quieres decir? —interrumpió Avalon.

Henry sacudió la cabeza.

—¿Quién puede afirmarlo? Quizás ella muriese en ese instante de todos modos. Sin embargo, él puede sentir que contribuyó a la muerte y ahora siente pánico de que alguien lo averigüe. La simple mención de una mujer que rechaza la sal en la mesa puede ser, a sus ojos, un grito que denuncia su culpa...

—Pero yo no la nombré, Henry —dijo Stellar—. No hay manera de precisar de quién se trataba. Y aún cuando alguien averiguara de algún modo quién era ella, ¿cómo podría sospechar algo anormal?

—Usted tiene toda la razón, señor Stellar —dijo Henry—. El único motivo por el que hemos llegado, a sospechar del señor Bercovich ahora es debido a su conducta particular con relación al artículo y no por algo del artículo propiamente dicho. Pero, como usted sabe, la autoridad bíblica nos indica que los malvados huyen cuando nadie los persigue.

Stellar pensó durante un instante, después dijo:

—Todo esto puede ser, pero no hace que se publique mi artículo. —Extrajo una libreta de direcciones negra, la abrió en la B, después miró su reloj—. Ya lo he llamado antes a la casa y aún no son las diez.

Avalon alzó la mano en un gesto impresionante para detenerlo.

—Un momento, señor Stellar. Confío en que no va a contarle al director de esa revista lo que aquí hemos dicho. En primer término todo es estrictamente confidencial, y sería difamación, en segundo término, usted no podría probarlo y podría verse en serios problemas.

Stellar dijo con impaciencia:

—Me gustaría que todos ustedes dieran por sentado que un escritor experimentado tiene conciencia de lo que son la calumnia y la difamación. ¿Hay un teléfono a mano, Henry?

—Sí, señor —dijo Henry—. Puedo traer uno a la mesa. ¿Puedo también sugerir



cautela?

—No se preocupe —dijo Stellar mientras discaba. Esperó un momento, después dijo—: Hola, ¿señora Bercovich? Habla Mort Stellar, uno de los escritores de la revista de su esposo. ¿Puedo hablar con Joel? Oh, por supuesto, esperaré. —No alzó los ojos del teléfono mientras esperaba—. Hola, Joel disculpa que te llame a casa pero he estado revisando la nota sobre la formalidad. Aún no tiene fecha de publicación, ¿verdad? Bueno, de acuerdo, no quiero esperar con esto para que no se debilite. Puedes cortarla si quieres. Oh, seguro, de acuerdo. No, Joel, aguarda un minuto, no. No quiero que tú lo hagas. Tengo algunas cosas que deseo cortar y tal vez eso te satisfaga. Por ejemplo esa línea acerca de comer la sal en vez de la carne no es graciosa ahora que lo pienso. Sí, eso es. Supón que corto esa parte sobre la mujer que rechaza la carne salada. ¿La publicarías si elimino eso?

En ese momento hubo una pausa y entonces Stellar alzó los ojos hacia los demás, sonriendo. Después dijo:

—De acuerdo, Joel. Por supuesto que puedo. ¿Qué te parece a las once de la mañana? Perfecto, te veo entonces.

Stellar parecía complacido.

—Le di justo entre los ojos. Me repitió la línea. No van a decirme que recordaba ese pasaje, en un artículo que compró hace dos años, de memoria y en seguida, a menos que tenga un significado especial para él. Apostaría a que después de todo tiene usted razón, Henry. Bueno, lo cortaré. Lo importante es que conseguiré que imprimen el artículo.

Avalon frunció el entrecejo y dijo con pesada dignidad:

—Yo diría que, desde el punto de vista de la moral pública, lo que importa realmente es que un hombre puede haber tratado de matar a su esposa y que puede incluso haberlo hecho y se saldrá con la suya.

—No te sientas virtuosamente agraviado, Jeff. Si Henry tiene razón, entonces no hay modo de demostrar que él hizo algo, o que si se metió con la sal contribuyó realmente a la muerte de ella, así que, ¿qué queda por hacer? En verdad, ¿qué podemos hacer? Lo que importa realmente es que Stellar lo ha hecho todo. Le ha brindado a este hombre dos años de agonía, primero por escribir el artículo y después por estar continuamente tras él para que fuera publicado.

—Lo que importa realmente, señor —dijo Henry—, puede ser que el señor Bercovich, como resultado de esto, se sienta desalentado para intentar experimentos similares en el futuro. Después de todo, ahora tiene una segunda esposa, y puede cansarse también de ella.

## POSTFACIO

*A veces me preguntan si alguno de los miembros regulares del club de los Viudos*

*Negros me toma como modelo. La respuesta es ¡No! ¡Decididamente no!*

*Algunas personas han pensado que el locuaz sabelotodo de Manny Rubin es el autor disfrazado. ¡En absoluto! En realidad recuerda a otra persona, que es un muy querido (locuaz y sabelotodo) amigo mío.*

*En “Aunque nadie los persiga” (que apareció por primera vez en el número de marzo de 1974 del Ellery Queen's Mystery Magazine) me tomé la libertad de presentarme como el invitado. Mortimer Stellar es lo más próximo que puedo conseguir a mí mismo en aspecto, profesión, actitudes, y demás detalles.*

*Le mostré el relato a mi esposa, Janet, después de escribirlo y le pregunté hasta qué punto pensaba que había captado mi verdadero yo.*

*—Pero el personaje que dibujaste es arrogante... vano, desagradable, mezquino, y completamente egocéntrico —dijo.*

*—Ya ves lo bien que me salió —dije.*

*—Pero tú no eres como Mortimer Stellar en ningún sentido. Tú eres... —y desgranó una ristra de hermosos adjetivos con los que no voy a aburrirlos.*

*—¿Quién creería eso? —dije, y dejé el relato como estaba.*

*Entre paréntesis, dado que me presenté yo mismo en el relato, es mejor asegurarse de que no se extraigan conclusiones apresuradas. He sobrevivido a algunos banquetes abominables y, por sugerencia del director de una revista, escribí un artículo titulado: “La peor comida”, pero ese director es una amabilísima persona que publicó el artículo prontamente y que no se parece a Bercovich en ningún sentido: ni en palabra, ni en pensamiento, ni en obra.*

## Más rápido que la vista (1974)

---

“Quicker Than the Eye”

Thomas Trumbull, que trabajaba como criptólogo para el gobierno, estaba evidentemente inquieto. Tenía el rostro tostado y arrugado fijo en una expresión tallada de preocupación.

—Es un hombre del despacho —dijo—; mi superior, para ser exactos. Es algo condenadamente importante, pero no quiero que Henry sienta la presión.

Susurraba y no pudo resistir el impulso de dirigirle una rápida mirada por sobre el hombro a Henry, el mozo del banquete mensual del club. Henry mayor que Trumbull por varios años, tenía un rostro sin arrugas y, mientras preparaba con rapidez la mesa, parecía tranquilo e inconsciente por completo del hecho de que cinco de los Viudos Negros estuviesen agrupados con tranquilidad en el extremo opuesto de la habitación. O, si no inconsciente, entonces por cierto impasible.

A Geoffrey Avalon, el abogado alto especializado en patentes, le resultaba difícil, incluso en las mejores condiciones, hablar en voz baja. Sin embargo, mientras agitaba su bebida con el dedo medio sobre el cubo de hielo, logró comunicarle a la voz el tono ronco necesario.

—¿Cómo podemos impedirlo, Tom? Henry no es tonto.

—No estoy seguro de que alguien perteneciente a la administración pública cumpla las condiciones de un invitado, Tom —dijo Emmanuel Rubin, en una conclusión inesperada, tangencial. Su barba rala se había erizado truculenta y los ojos relampagueaban tras los gruesos vidrios de los anteojos—. Y lo afirmo aunque tú entres en la categoría. El ochenta por ciento del dinero que pago a Washington en impuestos se gasta en cosas que desapruébo mucho.

—Puedes votar, ¿verdad? —dijo Trumbull, irritado.

—Linda ventaja, si se tiene en cuenta la manipulación... —empezó Rubin, olvidándose por completo de hablar en voz baja. Extrañamente, fue Roger Halsted, el profesor de matemáticas, cuya voz serena ya tenía suficientes dificultades en controlar una clase de alumnos secundarios, quien logró detener a Rubin a medio rugido. Lo hizo colocando con firmeza su mano sobre la boca del hombre más pequeño.

—No se te ve muy feliz de que tu patrón nos visite, Tom —dijo.

—Así es —dijo Trumbull—. Es un asunto espinoso. Lo que ocurre es que recibí un considerable reconocimiento en dos ocasiones distintas por sugerencias que en realidad se debían a la agudeza de Henry, maldición tuve que aceptar el reconocimiento, ya que lo que decimos en esta habitación es confidencial. Ahora se ha presentado algo y se dirigen a mí, y yo estoy tan clavado como los demás. Tuve que invitar a Bob a que viniera sin explicarle realmente por qué.

James Drake, el químico orgánico, tosió sobre su cigarrillo y jugueteó con su alfiler de corbata en forma de cabeza de morsa.

—¿Estuviste hablando demasiado de nuestras cenas, Tom?

—Supongo que podría tomárselo de ese modo. Lo que me molesta es Henry. Sin embargo, sé que él disfruta del juego, cuando es un juego, pero si hay verdadera presión y él no quiere, o no puede, bajo esa presión...

—Entonces te las verás mal ¿eh, Tom? —dijo Rubin, tal vez con apenas un matiz de malicia.

Avalon dijo con tono helado:

—Ya he dicho antes y volveré a repetirlo que lo que empezó como una amable reunión social se está convirtiendo en un esfuerzo para todos nosotros. ¿No podemos tener una sesión en la que sólo conversemos?

—Me temo que esta vez no —dijo Trumbull—. Muy bien, ahí llega mi patrón. Ahora soportemos toda la carga que podamos y que a Henry le toque la mínima posible.

Pero no era más que Mario Gonzalo que subía con estrépito las escaleras, desacostumbradamente tarde, y refulgente con su largo cabello, una chaqueta carmesí, y una camisa rayada que hacía juego sutilmente, para no hablar de una bufanda flotante dispuesta meticulosamente para brindar un efecto de informalidad.

—Lamento llegar tarde, Henry... —pero la bebida justa estuvo en su mano antes de que pudiera seguir—. Gracias, Henry. Perdón, muchachos, problemas para conseguir un taxi. Eso me puso de mal humor y cuando el conductor empezó a disertarme sobre los crímenes y fechorías del alcalde discutí con él.

—Dios nos libre —dijo Drake.

—Siempre discuto a la décima vez que oigo ese tipo de basura. Después se las ingenió para perderse. Y yo no lo noté y nos llevó un buen tiempo salir del enredo. Oigan, me estaba dando el típico discurso acerca de que los beneficiarios de las leyes sociales son una pandilla de alborotadores perezosos, descarados y de cómo ninguna persona decente tendría que esperar una limosna en vez de trabajar por lo que reciben y ganarse hasta el último centavo. Yo le dije qué pensaba él entonces de la gente enferma o anciana y de las madres con hijos chicos y él empezó a contarme qué vida dura había llevado él y que él nunca había recurrido a nadie por una limosna.

»De todos modos, salí y la tarifa sumaba \$ 4.80 y era un buen medio dólar más de lo que habría sido si no se hubiese perdido, así que conté cuatro billetes y después pasé cierto tiempo hasta que junté los ochenta centavos exactos y se los entregué. Los contó, pareció sorprendido, y le dije, con la mayor suavidad posible: “Eso es lo que usted se ganó, conductor. ¿O acaso también espera una limosna?”

Gonzalo rompió a reír, pero nadie lo acompañó. Drake dijo:

—Le jugaste un truco sucio a un pobre tipo sólo porque lo irritaste hasta llevarlo a

discutir.

Avalon bajó los ojos con una expresión austera desde su flaca estatura y dijo:

—Te podría haber dado una paliza, Mario, y yo no lo habría culpado.

—La actitud que están tomando es endemoniada —dijo Gonzalo, agraviado. Y en ese momento llegó el patrón de Tom.

Trumbull presentó al recién llegado, con una actitud excepcionalmente sometida mientras lo hacía. El invitado se llamaba Robert Alford Bunsen y era tan pesado como grande. Era de rostro rosado y tenía el cabello canoso alisado hacia atrás gracias a una anticuada raya central.

—¿Qué se sirve, señor Bunsen? —dijo Avalon, con una leve y cortés inclinación. Era el único de los presentes que superaba en altura al recién llegado.

Bunsen carraspeó.

—Encantado de conocerlos a todos. No... no, hoy ya he consumido mis calorías alcohólicas. Alguna bebida dietética. —Hizo tronar los dedos hacia Henry—. Una cola dietética, mozo. Si no tiene, cualquier bebida dietética.

Gonzalo abrió los ojos y Drake, susurrando filosóficamente a través del humo enroscado del cigarrillo que sostenía entre los dedos manchados de tabaco, dijo:

—Oh, bueno, es del gobierno.

—Aún así —murmuró Gonzalo—, hay algo que se llama cortesía. No se debe llamar tronando los dedos. Henry no es un peón.

—Tú eres grosero con los conductores de taxi —dijo Drake—. Este tipo es grosero con los mozos.

—Es distinto —dijo Gonzalo con vehemencia, alzando la voz—. Aquello era una cuestión de principios.

Henry, que no había mostrado señales de rencor porque lo llamaran tronando los dedos, había regresado con una botella de gaseosa sobre una bandeja y la sometió a examen con solemnidad.

—Eso es, eso es —dijo Bunsen, y Henry la abrió y sirvió la mitad del contenido en un vaso con hielo y dejó que se asentara la espuma. Bunsen lo tomó y Henry dejó la botella.

La cena fue menos cómoda que muchas anteriores. El único que no parecía subyugado por el hecho de que el visitante fuese un alto, si no muy conocido, funcionario del gobierno era Rubin. De hecho, aprovechó la ocasión para atacar al gobierno en la persona de su representante proclamando en voz afta que las bebidas dietéticas eran uno de los mayores motivos del exceso de peso en Norteamérica.

—¿Por qué uno bebe muchas y la caloría única de cada botella se va sumando? —preguntó Halsted, con toda la burla que pudo encerrar en su voz incolora.

—Ahora que los ciclamatos han sido eliminados sobre la base de engañosos experimentos animales tienen más de una caloría por botella —dijo Rubin con tono

ardiente—, pero no es eso lo que importa. Cualquiera cosa dietética es psicológicamente mala. Cualquiera con exceso de peso que toma una bebida dietética, se ve abrumado por la virtud. Ha ahorrado doscientas calorías, así que lo celebra sirviéndose otra porción de manteca y consume trescientas calorías. El único modo de perder peso es quedarse con hambre. El hambre nos indica que estamos adquiriendo menos calorías que las que gastamos...

Halsted, que sabía muy bien que había cierta blandura en su zona abdominal, murmuró:

—Oh, vamos.

—Sin embargo tiene razón —dijo Bunsen, mientras atacaba la ternera a la Marengo con gusto—. Las bebidas dietéticas no me hacen ningún bien, pero me gusta el sabor. Y estoy de acuerdo en encarar las cosas desde un ángulo psicológico.

Gonzalo frunció el entrecejo y no mostró señales de haber oído. Cuando Henry se inclinó sobre él para llenarle el pocillo de café, dijo:

—¿Qué piensas tú, Henry? Quiero decir sobre el conductor del taxi. ¿No tenía razón yo?

—Una propina no es una limosna, señor Gonzalo —dijo Henry—. Se acostumbra recompensar el servicio personal en breve escala y equiparar eso con la beneficencia social tal vez no sea del todo justo.

—Sólo lo dices porque tú... —empezó Gonzalo, y se detuvo bruscamente.

—Sí —dijo Henry—, yo me beneficio del mismo modo que el conductor del taxi, pero a pesar de eso creo que mi afirmación es correcta.

Gonzalo se echó hacia atrás en la silla y se acaloró visiblemente.

—Caballeros —dijo Trumbull, dando unos golpecitos sobre el vaso de agua vacío con un tenedor, mientras Henry servía el licor—, ésta es una oportunidad interesante. El señor Bunsen, que es mi superior en el despacho, tiene un pequeño acertijo que presentarnos. Veamos qué podemos sacar en limpio. —Una vez más, lanzó una rápida mirada a Henry, que había vuelto a colocar la botella en el copero y ahora estaba parado plácidamente, un poco apartado.

Bunsen se limpió la boca con la servilleta, resopló ligeramente y también lanzó una mirada ansiosa hacia Henry. Trumbull se inclinó para decir:

—Henry es uno de nosotros, Bob. Bob Bunsen —siguió— va a presentar sólo un esqueleto del asunto, para impedir que el punto de vista de ustedes se distorsione con datos innecesarios, por empezar. Por mi parte no intervendré dado que conozco demasiado sobre la cuestión.

Halsted se inclinó para susurrarle a Drake:

—Creo que Tom la va a pasar mal en el despacho si esto no funciona.

Drake se encogió de hombros, y masculló en vez de decir:

—Él se lo buscó.

Bunsen, una vez que acomodó sin necesidad la panera (un momento antes había impedido que Henry se la llevara), empezó:

—Les daré esos datos básicos de la historia. Hay un hombre. Llamémosle Smith. Lo necesitamos, pero no sólo a él. Él importa poco. Es hábil en lo que hace, pero importa poco. Si lo obtenemos a él, no aprendemos nada importante y ponemos en guardia a hombres de mayor importancia. Si en cambio podemos usarlo para que nos lleve a hombres más importantes...

—Todos entendemos —interrumpió Avalon. Bunsen carraspeó y empezó de nuevo.

—Como es lógico no estábamos seguros sobre Smith, para empezar. Parecía muy prometedor, pero no estábamos seguros. Si era en verdad un eslabón del aparato que estábamos tratando de quebrar, entonces razonamos que pasaba la información en un restaurant que frecuentaba con regularidad. Parte del razonamiento se basaba en la psicología, algo que imagino aprobaría el señor Rubin. Smith tenía el aspecto y la pátina de un frecuentador de clubes: y lugares nocturnos bien alimentado, que siempre hacia la cosa social indicada. Sobre esa base, nosotros...

Hizo una pausa para pensar, después dijo:

—No, me estoy yendo del tema y es más de lo que ustedes necesitan. Le tendimos una trampa. —Por un instante enrojeció como avergonzado y después siguió con firmeza—: Yo le tendí la trampa y era condenadamente compleja. Nos las arreglamos para vencer su cautela, no importa cómo, y terminamos con Smith llevando en la mano algo que tenía que pasar. Era un elemento auténtico y a ellos les sería útil, pero no demasiado útil. La pérdida valdría la pena para nosotros si ganábamos lo que esperábamos ganar.

Bunsen miró a todos, carraspeó, pero nadie hizo el menor sonido. Henry, parado junto al copero, parecía una estatua silenciosa. Ni siquiera la servilleta que sostenía se movía.

—Smith entró al restaurant con el objeto encima —dijo Bunsen—. Cuando abandonó el restaurant no llevaba el objeto encima. Por lo tanto sabemos que pasó el objeto. Lo que no sabemos con exactitud es el momento en que lo hizo, cómo y a quién. No hemos podido localizar el objeto en ninguna parte. Ahora planteen sus preguntas, caballeros.

—Hagámoslo de a uno por vez —dijo Trumbull—. ¿Mario?

Gonzalo pensó un instante y después se encogió de hombros. Mientras hacía girar la copa de brandy entre el pulgar y el índice dijo:

—¿Qué aspecto tenía ese objeto, como usted le llama?

—De unos dos centímetros y medio de ancho y achatado —dijo Bunsen—. Tenía un brillo metálico así que era fácil de ver. Era demasiado grande como para tragarlo con facilidad; lo bastante pesado como para hacer ruido si se lo dejaba caer;

demasiado grueso como para ubicarlo en una grieta; demasiado pesado como para adherirse con facilidad a algo; no era de hierro así que no podía haber trucos con imanes. El objeto, como sigo llamándolo, fue calculado cuidadosamente para dificultar la tarea de pasarlo, u ocultarlo.

—¿Pero qué hizo él en el restaurant? ¿Comió, supongo?

—Comió, como siempre lo hacía.

—¿Era un restaurant elegante?

—Bastante distinguido. Él comía allí con regularidad.

—Quiero decir, ¿no había nada sospechoso en el restaurant?

—Por lo que yo sé no, aunque en general eso no basta para permitirnos desplegar una confianza ciega en él, y créame que no lo hicimos.

—¿Quién estaba con él durante la comida?

—Nadie —Bunsen sacudió la cabeza Con gravedad—. Comió solo. Esa era su costumbre. Firmó la cuenta al terminar, como siempre lo hacía. Tenía cuenta en el restaurant, como ven. Después se fue. Tomó un taxi, y un momento después fue detenido. El objeto ya no estaba en su poder.

—Un momento —dijo Gonzalo, estrechando los ojos—. Dice usted que firmó la cuenta. ¿Qué escribió? ¿Lo sabe?

—Lo sabemos muy bien. Tenemos la cuenta. Agregó una propina (la suma normal y no pudimos encontrar nada de malo en ello) y firmó. Esto es todo. Nada más. Usó el lápiz del mozo y devolvió el lápiz. No pasó ningún otro objeto, y el mozo no escapó al escrutinio, se lo aseguro.

—Paso —dijo Gonzalo Drake, que estaba apagando su cigarrillo, alzó una ceja gris cuando Trumbull lo apuntó con el dedo.

—Supongo que mantuvieron a Smith bajo estrecha vigilancia mientras estuvo en el restaurant.

—Tan estrecha que era como si él fuese un saco y nosotros el forro. Teníamos dos hombres en el restaurant, cada uno en una mesa cerca de él. Eran hombres entrenados y capaces y toda su tarea fue tomar nota de todos los movimientos que hizo. No podía rascarse sin que lo notaran. No podía toquetear un botón, doblar un dedo, cambiar de posición una pierna o alzar un glúteo sin que lo notaran.

—¿Fue al baño en algún momento?

—No, no lo hizo. Si lo hubiese hecho, nos las habríamos arreglado para seguirlo.

—¿Estaba usted presente, señor Bunsen?

—¿Yo? No, no sirvo para ese tipo de vigilancia. Llamo demasiado la atención. Lo que se necesita para no perder de vista a un hombre es una sombra con un buen rostro gris y una falta de distinción abrumadora en cuanto a la silueta y los rasgos. Yo soy demasiado grande, demasiado ancho; me destaco.

Drake asintió.



—¿Supone que Smith sabía que lo vigilaban?

—Puede ser. La gente que trabaja en lo de él no dura mucho si no presupone en todo momento que puede ser vigilado. En realidad, para ser francos, en un momento tuve la nítida impresión de que él sentía que lo vigilaban. Yo estaba al otro lado de la calle, en una ventana, con un par de prismáticos. Pude verlo salir por la entrada lateral del restaurant.

»El portero le abrió la puerta del taxi y Smith hizo una pausa de un instante. Miró a su alrededor como si tratara de identificar a los que podían vigilarlo y sonrió, una sonrisa tensa, no de diversión, me pareció, sino de bravata. En ese momento estuve seguro de que habíamos perdido. Y así era como se demostró después.

—Y usted está realmente seguro —dijo Drake— de que tenía el objeto encima cuando entró al restaurant y que no lo tenía encima cuando se fue.

—Estamos realmente seguros. Cuando entró, hubo algo semejante a lo que haría un carterista, un examen, y una restitución. Lo tenía, eso pueden darlo por sentado. Cuando se fue y tomó un taxi, el conductor de ese taxi era uno de nuestros hombres, que se presentó cuando el portero hizo la seña de modo completamente natural. Smith entró sin dar señales de sospecha. De eso estamos seguros. El conductor, uno de nuestros mejores hombres, entonces... Pero no importa. El asunto es que Smith se encontró enredado en un problema menor que al parecer no tenía nada que ver con nosotros. Fue arrestado, llevado a la seccionar policial, y registrado. Más tarde, cuando fue obvio que no podíamos encontrar el objeto en ninguna parte, fue registrado, más meticulosamente. Llegamos a usar rayos X.

—Podría haber dejado el objeto en el taxi —dijo Drake.

—Dudo que pudiera hacerlo con nuestro hombre conduciendo, y en todo caso, el taxi fue registrado, Escuchen —dijo Bunsen lentamente—, es inútil pensar que no somos competentes en nuestro ramo. Cuando digo que vigilamos, quiero decir que vigilamos con atención profesional. Cuando digo que registramos, quiero decir que registramos con meticulosidad profesional. No cometemos errores en los detalles.

—De acuerdo —dijo Drake, asintiendo—, pero perdieron, ¿no es así? El objeto estaba allí y después no estaba, así que o recurrimos a lo sobrenatural o debemos admitir que en algún punto fallaron. En algún punto parpadearon cuando estaba vigilando o pasaron algo por alto cuando hicieron el registro. ¿Correcto?

Bunsen tenía la expresión de quien ha mordido un limón.

—No hay modo de evitar esa conclusión, supongo. —Después, con tono combativo—: Pero muéstrenme dónde.

Drake sacudió la cabeza, pero Halsted intervino con rapidez, con la alta frente rosada de excitación.

—Aguarden un momento, la mano es más rápida que el ojo. Lo que ustedes buscaban era brillante y pesado, ¿pero tenía que permanecer así? Smith podría

haberlo metido en un trozo de arcilla. Entonces tendría algo opaco e informe que podría adherir a la parte inferior de la mesa o dejar caer al piso. Aún podría estar allí.

—La mano es más rápida que el ojo cuando se tiene un público que no sabe a qué mirar —dijo Bunsen—. Conocemos todos los trucos y sabemos qué esperar. Smith no podría haber metido el objeto en arcilla sin que nuestros hombres supiesen que estaba haciendo algo. No podría haberlo colocado bajo la mesa o sobre el piso sin que nuestros hombres supiesen que estaba haciendo algo.

—Sí —dijo Halsted— pero en estas cuestiones más rápidas que el ojo, por lo común se crea una distracción. Sus hombres estaban mirando otra cosa.

—No hubo distracción, y en todo caso el restaurant fue registrado en detalle en cuanto él se fue.

—No pueden haberlo registrado en detalle —protestó Halsted—. Aún había gente comiendo. ¿Los hicieron partir a todos?

—Registramos su mesa, su zona, y con el tiempo todo el restaurant. Estamos bien seguros de que no dejó el objeto en ninguna parte. No dejó nada en ninguna parte.

Avalon estaba sentado rígidamente en la silla, con los brazos cruzados, la frente surcada por un ceño portentoso. En ese momento retumbó su voz:

—Señor Bunsen —dijo—, no estoy del todo cómodo con su relato. Reconozco el hecho de que nos ha contado muy poco y que no se ha dado nombres, lugares, situaciones ni identificaciones.

»Aún así, me está contando más de lo que deseo saber. ¿Tiene permiso de sus superiores para contarnos esto? ¿Está seguro en su fuero íntimo de que se puede confiar en todos nosotros? Podría verse en un problema como resultado, y eso sería lamentable, pero debo admitir que no es lo que más me importa por el momento. Lo que es importante es que no deseo verme objeto de interrogatorios o investigación debido a que usted ha creído adecuado honrarme con confidencias que yo no he pedido.

Trumbull había intentado inútilmente intervenir y por fin se las arregló para decir:

—Vamos, Jeff. No actúes como un animal.

Bunsen alzó una mano maciza y regordeta.

—No es nada, Tom. Comprendo el punto de vista del señor Avalon y, en cierto sentido, tiene razón. Estoy excediendo mi autoridad y las cosas se pondrán pantanosas para mí si algunas personas deciden que necesitan un chivo emisario. Sin embargo el pequeño ejercicio de esta noche puede sacarme del anzuelo si funciona. De acuerdo a mi modo de pensar vale el riesgo. Tom me aseguró que así sería.

—Lo que estás diciendo —dijo Trumbull, con una sonrisa forzada—, es que si te saltan encima en el despacho, tú saltarás encima mío.

—Sí —dijo Bunsen—, y peso mucho. —Tomó un grissin y empezó a masticarlo—. Otra cosa. El señor Avalon preguntó si yo estaba seguro de que podría confiar en

cada uno de ustedes. Aparte del hecho de que Tom me lo aseguró (no es que considere seguro confiar en las afirmaciones personales de amigos cercanos) hubo un poquito de investigación. Nada a gran escala, entendámonos, pero lo suficiente como para darme un poco de confianza.

Fue en ese momento que Henry carraspeó suavemente, y de inmediato todos los rostros con excepción del de Bunsen se volvieron hacia él. Bunsen lo hizo sólo cuando advirtió el cambio de atención.

—¿Tienes algo que decir, Henry? —dijo Trumbull. Bunsen le dirigió a Trumbull una mirada claramente perpleja, pero Trumbull dijo apremiante—: ¿Es así, Henry?

—Sólo deseo saber —dijo Henry con suavidad—, si yo también he sido investigado. Sospecho que no y que tendría que retirarme.

Pero Trumbull dijo:

—Por Dios, no se dijo nada crítico.

—Me parece que en realidad el daño está hecho —dijo Henry—. Con seguridad la investigación ya no tiene sentido. El hombre que llaman Smith debe saber que es vigilado. Cuando empezaron a emplear rayos X, tiene que haber adivinado que había sido utilizado en una trampa. Entre paréntesis, ¿sigue detenido?

—No, no teníamos motivos. Quedó en libertad.

—Entonces la organización a la que pertenece sin duda debe saber lo que ha pasado, y cambiarán su modus operandi. Tal vez no lo usen más a él, otros implicados desaparecerán. Las cosas se reacomodarán por completo.

—Sí, sí —dijo Bunsen, impaciente—. Sin embargo, el conocimiento es importante en sí mismo. Si averiguamos con exactitud cómo pasó el objeto, sabremos algo sobre un modo de operación que antes no conocíamos. Al menos penetraremos en un modo de pensamiento. Siempre es importante saber.

—Ya veo —dijo Henry.

—¿Eso es todo lo que ves, Henry? —dijo Trumbull—. ¿Tienes alguna idea?

Henry sacudió la cabeza.

—Tal vez lo que pasó sea complejo y sutil, señor Trumbull. Eso no sería para mí.

—Tonterías, Henry —dijo Trumbull.

—Pero podría ser para el señor Rubin —dijo Henry con gravedad—. Creo que está ansioso por hablar.

—Ya lo creo —dijo Rubin en alta voz—, porque estoy fastidiado. Escuche, señor Bunsen, usted habló de observar con cuidado y registrar en detalle, pero creo que estará de acuerdo conmigo cuando afirmo que es muy fácil pasar por alto algo que sólo se vuelve obvio después del hecho. Puedo describir un modo en que Smith podría haber pasado el objeto sin ningún problema y sin importar la cantidad de gente que lo estuviera observando.

—Me encantaría oír esa descripción —dijo Bunsen.

—Muy bien, entonces describiré con exactitud lo que podría haber pasado. No digo que pasó, sino que podría haber pasado. Permítame empezar con una pregunta...  
—Rubin apartó la silla de la mesa y, aunque era de baja estatura y huesos pequeños, pareció dominar la mesa.

—Señor Bunsen —dijo—, dado que sus hombres observaron todo, doy por sentado que tomaron nota de los detalles de la comida que pidió. ¿Era el almuerzo o la cena, dicho sea de paso?

—El almuerzo, y usted tiene razón. Tomamos nota de los detalles.

—¿Entonces no es cierto que pidió una sopa espesa?

Bunsen alzó las cejas.

—Un punto a su favor, señor Rubin. Era sopa de crema de hongos. Si quiere el resto del menú, estaba integrado por un sándwich de carne asada con una orden adicional de papas fritas a la francesa, una porción de pastel de manzanas con una rodaja de queso, y café.

—Bueno —murmuró Drake—, no todos podemos ser gourmets.

—En segundo lugar —dijo Rubin—, yo diría que él sólo tomó la mitad de la sopa.

Bunsen pensó por un instante, después sonrió. Era la primera vez que sonreía esa noche y dejó al descubierto dientes blancos y parejos que daban un claro indicio de que había un hombre apuesto bajo las capas de gordura.

—Sabe —dijo—. Creía que no podrían hacerme una sola pregunta concreta sobre el episodio que yo no pudiese contestar al instante, pero usted lo ha logrado. Así de improvisado no sé si él terminó o no la sopa, pero estoy seguro de que el detalle está asentado. Pero finjamos que usted tiene razón y que sólo terminó la mitad de la sopa. Adelante.

—Muy bien —dijo Rubin—, empecemos. Smith entra al restaurant con el objeto. ¿Dónde lo lleva, entre paréntesis?

—En el bolsillo izquierdo del pantalón. No vimos señales de que lo cambiara de lugar.

—Bien —dijo Rubin—. Entra, se sienta a la mesa, pide la comida, lee su periódico... ¿estaba leyendo un periódico, señor Bunsen?

—No —dijo Bunsen—, no leía nada; ni siquiera el menú. Conoce el lugar y sabe qué puede pedir.

—Entonces una vez que colocan ante él el primer plato, estornuda. Después de todo un estornudo es una distracción. Roger mencionó una distracción, pero calculo que pensó en alguien precipitándose con un revólver, o un principio de incendio en la cocina. Pero un estornudo también es una distracción, y es lo bastante natural como para que pase inadvertido.

—No habría pasado inadvertido —dijo Bunsen con calma—. No estornudó.

—O tosió, o hipó, ¿qué importa? —dijo Rubin—. El hecho es que pasó algo que volvió natural que él sacara el pañuelo (del bolsillo izquierdo del pantalón, estoy seguro) y se lo llevara a la boca.

—No hizo eso —dijo Bunsen.

—Cuando apartó la mano —dijo Rubín, sin atender la observación del otro— el objeto que había estado en el bolsillo izquierdo del pantalón estaba en la boca.

Bunsen dijo:

—No creo que le hubiese sido posible colocar el objeto en su boca sin que lo viéramos, o mantenerlo allí sin que se le deformase la cara de modo notable, pero adelante. ¿Que sigue?

—La sopa está ante él y la toma. Por cierto no va a decirme que la apartó sin probarla.

—No, de eso estoy seguro.

—O que la tomó directamente del plato.

Bunsen sonrió.

—No, estoy seguro que no.

—Entonces sólo podía hacer una cosa. Metió la cuchara en la sopa, se la llevó a la boca, volvió a meterla en la sopa, se la llevó a la boca, y así sucesivamente. ¿Correcto?

—En esto estoy de acuerdo.

—Y en una de las ocasiones en que la cuchara pasó de la boca al plato, el objeto iba en ella. Estaba metido en la sopa y, como la sopa de crema de hongos no es transparente, allí no se lo vería. Después dejó de tomar la sopa y alguien de la cocina se llevó el objeto.

Rubin miró a todos con ojos triunfales. Hubo un breve silencio.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir, caballero? —dijo Bunsen.

—¿No está de acuerdo en que es un modus operandi posible?

—No, no lo estoy —Bunsen suspiró lentamente—. Es imposible por completo. La mano no es más rápida que el ojo entrenado, y el objeto es lo bastante grande como para no encajar bien dentro del hueco de una cuchara. Además, vuelve usted a subestimar nuestra experiencia y meticulosidad. Teníamos un hombre en la cocina y ningún elemento regresó de la mesa de nuestro hombre sin ser examinado en detalle. Si el plato de sopa regresó con sopa, puede estar seguro de que fue vaciado con esmero por un hombre muy esmerado.

—¿Qué me dice del mozo? —intervino Avalon, forzado a interesarse muy contra su voluntad.

—El mozo no era uno de nosotros —dijo Bunsen—. Era un antiguo empleado, y además, también fue observado.

Rubin resopló y dijo:

—Podría habernos dicho que tenían un hombre en la cocina.

—Podría —dijo Bunsen—, pero Tom me dijo que sería mejor decirles lo mínimo posible y dejar que ustedes pensarán a partir de un bosquejo.

—Si hubiesen incorporado un pequeño transmisor de radio en el objeto. —dijo Avalon.

—Entonces habríamos sido personajes de una película de James Bond. Por desgracia, tenemos que contar con que el otro bando también es hábil. Si hubiésemos probado algo así, lo habrían encontrado en seguida. No, la trampa tenía que ser completamente limpia —Bunsen parecía deprimido—. Empleé una cantidad infernal de tiempo y esfuerzo en ella. —Miró a su alrededor y la depresión de su rostro se profundizó—. Bueno. Tom, ¿hemos terminado?

—Aguarda un minuto. Bob. Maldita sea, Henry... —dijo Trumbull.

—¿Qué quieres que haga el mozo? —dijo Bunsen.

—Vamos, Henry —dijo Trumbull—. ¿No se te ocurre nada?

Henry suspiró con suavidad.

—Sí, hace un buen rato, pero estaba esperando que se lo eliminara.

—¿Algo muy sencillo y evidente, Henry? —dijo Avalon.

—Me temo que sí, señor.

Avalon se volvió hacia Bunsen y dijo:

—Henry es un hombre honesto y carece de todo rasgo de la mente tortuosa. Cuando nos enredamos como tontos en complejidades, él elige la única línea recta que hemos pasado por alto.

—¿Está usted seguro de que desea que hable, señor Bunsen? —dijo Henry.

—Sí. Adelante.

—Bien. Cuando el tal señor Smith dejó el restaurant, supongo que sus hombres, los que estaban adentro, no lo siguieron.

—No, por supuesto que no. Tenían trabajo adentro. Tenían que asegurarse de que no había dejado nada significativo.

—¿Y el hombre de la cocina siguió allí?

—Sí.

—Bien, entonces su hombre fuera del restaurant era el taxista; pero parece lícito suponer que tuvo que concentrarse en el tráfico para poder estar en posición de ser capaz de maniobrar hasta la acera justo a tiempo para recoger a Smith; ni antes, ni después.

—Y lo hizo muy bien. En realidad, cuando el portero hizo la seña, se adelantó limpiamente a otro taxi —Bunsen soltó una risita.

—¿El portero era uno de ustedes? —preguntó Henry.

—No, era un empleado corriente del restaurant.

—¿Tenían algún hombre en la calle?

—Si quiere decir parado concretamente en la calle, no.

—Entonces seguramente hubo un par de segundos entre el momento en que Smith dejó el restaurant y el momento en que entró al taxi, en que no fue observado, si podemos decirlo así, profesionalmente.

Bunsen dijo con un matiz de desdén:

—Olvida que yo estaba al otro lado de la calle, en una ventana, con un par de prismáticos. Lo vi muy bien. Vi cómo lo recogía el taxista. Desde la puerta del restaurant hasta la puerta del taxi se tomó, digamos, no más de quince segundos, y lo tuve a la vista en todo momento.

Rubin interrumpió de pronto.

—¿Incluso cuando se distrajo observando la maniobra del taxista hasta la acera?

Todos chistaron para acallararlo, pero Bunsen dijo:

—Incluso entonces.

—No olvido que usted observaba, señor Bunsen —dijo Henry—, pero usted dijo que no tenía el aspecto adecuado para ese tipo de trabajo. Usted no observaba, profesionalmente.

—Tengo ojos —dijo Bunsen, y había algo más que un simple matiz de desprecio ahora—. ¿O va a decirme que la mano es más rápida que el ojo?

—A veces incluso cuando la mano es bastante lenta, creo. Señor Bunsen, usted llegó tarde y no escuchó el relato del señor Gonzalo. Le había pagado a un taxista la tarifa exacta que marcaba el taxímetro, y se acostumbra hasta tal punto pagar más que eso nos chocó a todos. Hasta yo expresé desaprobación. Sólo cuando se viola lo absolutamente habitual se toma nota del hecho. Cuando tiene lugar, es posible que se lo ignore por completo.

—¿Está tratando de decirme que algo no marchaba con el taxista? —dijo Bunsen—. Le aseguro que no es así.

—De eso estoy seguro —dijo Henry con vehemencia—. Aún así, ¿no pasó usted por alto algo que daba tan por sentado que, incluso mirándolo, no lo vio?

—No entiendo qué puede haber sido. Tengo una memoria excelente, se lo aseguro, y en los quince segundos que tardó Smith en ir desde el restaurant al taxi no hizo nada que yo no notara y nada que yo no recuerde.

Henry pensó por un momento.

—Sabe, señor Bunsen, tiene que haber pasado, y si usted hubiese visto que pasaba, habría tomado medidas, con seguridad. Pero usted no tomó medidas; sigue engañado.

—Entonces, sea lo que fuere, no pasó —dijo Bunsen.

—¿Pretende usted decirme, señor, que el portero, un empleado corriente del restaurant, llamó un taxi para Smith, que era un cliente regular a quien debe haberle rendido ese servicio muchas veces, y que Smith, a quien usted describió como un

hombre de buenos modales que siempre hacía la cosa social adecuada, no le dio una propina al portero?

—Por supuesto que él... —empezó Bunsen, y se detuvo en seco.

Y en el silencio que siguió, Henry dijo:

—Y si le dio una propina, con seguridad se trató de un objeto sacado del bolsillo izquierdo del pantalón, un objeto que, según su descripción, justamente parecía una moneda. Después sonrió, y eso usted lo vio.

## POSTFACIO

*“Más rápido que el ojo” apareció por primera vez en el número de mayo de 1974 del Ellery Queen's Mystery Magazine.*

*Tengo que hacer una confesión aquí. Al escribir los relatos del club de los Viudos Negros siempre he tenido la impresión de que hacía todo lo posible por captar el espíritu de Agatha Christie, que es mi ídolo en lo que a policiales se refiere. Cuando le presenté un ejemplar de Cuentos del club de los Viudos Negros a Martin Gardner (que escribe la sección de “Pasatiempos Matemáticos” en la revista Scientific American y que fue elegido hace poco como miembro del Arañas Puerta-Trampa) se lo dije y él los leyó teniéndolo en cuenta.*

*Cuando terminó, sin embargo, me envió una nota para comunicarme que en su opinión yo había errado el blanco. Lo que había hecho realmente, dijo, era captar algo del sabor de los cuentos del “Padre Brown”, de G. K. Chesterton.*

*Creo que tiene razón. Yo era un partidario ardiente de esos relatos aún cuando la filosofía de Chesterton me resultaba un poco irritante, y cuando escribí “Más rápido que el ojo” me influyó mucho un gran clásico chestertoniano: “El hombre invisible”.*



## La joya de hierro (1974)

---

“A Chip of the Black Stone (The Iron Gem)”

Geoffrey agitaba su copa y sonreía como un lobo. Sus cejas hirsutas, aún oscuras se inclinaban hacia arriba y su prolija barba grisácea parecía retorcerse. Daba la impresión de un Satán amistoso.

Les dijo a los Viudos Negros, reunidos en su cena mensual:

—Permítanme presentarles a mi invitado: Latimer Reed, joyero. Y permítanme aclarar de inmediato que no nos trae ningún crimen por resolver, ningún misterio por develar. No le han robado nada; no ha sido testigo de ningún asesinato; no está enredado en ningún círculo de espías. Ha venido, pura y simplemente, a hablarnos sobre joyería, contestar nuestras preguntas, y ayudarnos a pasar un momento cordial.

Y, en verdad, bajo la firme mirada de Avalon, la atmósfera fue durante la cena serena y descansada y hasta Emmanuel Rubin, el erudito enciclopédico siempre dispuesto a la gresca, logró no levantar la voz. Muy satisfecho, Avalon dijo, cuando sirvieron el brandy:

—Caballeros, se acerca el interrogatorio de sobremesa, y sin un problema sobre el que tengamos que devanarnos los sesos. Henry, puedes descansar.

Henry, que estaba despejando la mesa con la callada eficiencia de costumbre que lo habría convertido en un mozo sin igual aún cuando no hubiese demostrado, una y otra vez, tener una conciencia sin par de lo obvio, dijo:

—Gracias, señor Avalon. Sin embargo confío en que no seré excluido del proceso.

Rubin clavó en Henry una mirada de búho a través de los gruesos lentes y dijo en alta voz:

—Henry, esa falsa modestia estruendosa no te sienta. Sabes que formas parte de nuestra pequeña banda, con todos los beneficios que eso conlleva.

—Si es así —dijo Roger Halsted, el profesor de matemáticas de voz suave, mientras probaba el brandy e invitando abiertamente a la discusión—: ¿por qué se encarga de la mesa?

—Elección personal, señor —dijo Henry con rapidez, y la boca abierta de Rubin volvió a cerrarse.

—Procedamos —dijo Avalon—. Esta vez Tom Trumbull no está presente, así que como anfitrión te designo a ti, Mario, como interrogador en jefe.

Mario Gonzalo, un artista nada desdeñable, estaba dándole los toques finales a la caricatura de Reed, que iba a agregarse a la ya larga hilera que decoraba la habitación privada del restaurant de la Quinta Avenida donde se llevaban a cabo las cenas del club de los Viudos Negros.

Tal vez Gonzalo había exagerado la cúpula calva de la cabeza de Reed y la

solemne extensión de su labio superior saliente, y había destacado por demás la leve tendencia a dejar caer la mandíbula. De hecho había más de un rasgo de sabueso en la caricatura, pero Reed sonrió cuando vio el resultado y no pareció ofenderse.

Gonzalo alisó el perfecto nudo Windsor de su corbata rosa y blanca y dejó que la chaqueta azul se abriera con descuidada negligencia cuando se echó hacia atrás y dijo:

—¿Cómo justifica su existencia, señor Reed?

—¿Cómo dice, caballero? —dijo Reed con voz levemente metálica.

Sin cambiar el tono o el énfasis, Gonzalo dijo:

—¿Cómo justifica su existencia, señor Reed?

Reed miró los cinco rostros que rodeaban la mesa y sonrió: una sonrisa que por algún motivo no disminuyó mucho la tristeza esencial de su expresión.

—Jeff me advirtió —dijo—, que me interrogarían después de la cena, pero no me dijo que me desafiarían a justificarme a mí mismo.

—Siempre es mejor tomar a un hombre por sorpresa —dijo Avalon, sentencioso.

—¿Qué puede servir para justificar a cualquiera de nosotros? —dijo Reed—. Pero si debo decir algo, diría que ayudo a aportar belleza a otras vidas.

—¿Qué tipo de belleza? —preguntó Gonzalo—. ¿Belleza artística? —y alzó la caricatura.

Reed rió.

—Formas menos discutibles de belleza, espero.

Extrajo un pañuelo del bolsillo interno del saco y, al desenvolverlo con cuidado sobre la mesa, expuso más o menos una docena de trozos de mineral centelleantes, de colores profundos.

—Todos los hombres están de acuerdo en la belleza de las joyas —dijo—. Es algo independiente del gusto subjetivo. —Alzó una piedrita color rojo profundo y las luces le arrancaron destellos.

James Drake carraspeó y dijo con el tono suave y ronco de costumbre:

—¿Siempre lleva esas cosas consigo?

—No, por supuesto que no —dijo Reed—. Sólo cuando quiero entretener o mostrar.

—¿En un pañuelo? —dijo Drake.

—Seguro, ¿por qué no? —estalló Rubín de inmediato—. Si lo asaltan, guardarlos en un cofrecito cerrado con llave no le serviría de nada. Sólo lograría perder también el valor del cofrecito.

—¿Alguna vez lo asaltaron? —preguntó Gonzalo.

—No —dijo Reed—. Mi mejor defensa es que se sabe que nunca llevo nada de valor encima. Me esfuerzo por hacer que eso se sepa lo más ampliamente posible, y también por justificarlo.

—No parece —dijo Drake.

—Estoy mostrando belleza, no valor —dijo Reed— ¿Les importaría pasarse esto entre ustedes, caballeros?

No hubo ningún movimiento inmediato y después Drake dijo:

—Henry, ¿quisieras cerrar la puerta con llave, por favor?

—De acuerdo, señor —dijo Henry, y lo hizo. Reed parecía sorprendido.

—¿Por qué cerrar la puerta con llave?

Drake carraspeó por segunda vez y apagó el despreciable resto de su cigarrillo con un pulgar y un índice manchados de nicotina.

—Me temo que, con el tipo de record que tenemos en nuestras cenas mensuales, estas cosas serán pasadas y desaparecerá una.

—Esa es una observación de mal gusto, Jim —dijo Avalon, ceñudo.

—Caballeros —dijo Reed—, no hay necesidad de preocuparse. Estas piedras pueden desaparecer todas sin que yo pierda mucho o algún otro gane algo. Dije que estaba mostrando belleza y no valor. Lo que estoy sosteniendo es un rubí, es cierto, pero sintético. Hay algunas otras piedras sintéticas y aquí tenemos un ópalo irreparablemente rajado. Otras están acribilladas de fallas. Serían inútiles para cualquiera y estoy seguro de que Henry puede abrir la puerta.

—No —dijo Halsted, tartamudeando apenas por la excitación reprimida—, estoy de acuerdo con Jim. Algo va a pasar, es el destino. Apostaría a que el señor Reed ha incluido algo de valor, tal vez por accidente, y que justo eso se perderá. Sencillamente no creo que podamos terminar una noche sin enfrentarnos con un problema.

—Esta vez no —dijo Reed—. Conozco cada una de estas piedras y, si gustan, las miraré otra vez. —Así lo hizo y después las empujó al centro de la mesa—. Simples baratijas que sirven para satisfacer el ansia innata del hombre por la belleza.

—¿Que sin embargo sólo los ricos pueden costearse? —gruñó Rubin.

—No es cierto, señor Rubin. No es cierto. Estas piedras no tienen un precio terrible, y hasta la joyería costosa se exhibe con frecuencia a todos los ojos... y hasta el propietario no puede hacer más que mirar lo que posee, aunque con mayor frecuencia que los demás. Las tribus primitivas podían fabricar adornos tan satisfactorios para ellos como lo es la joyería para nosotros con dientes de tiburón, colmillos de morsa, conchillas, o corteza de abedul. La belleza es independiente del material, o de las reglas estéticas fijas, ya mi modo yo soy su servidor.

—Pero usted prefiere vender las formas más costosas de belleza, ¿no es así? —preguntó Gonzalo.

—Muy cierto —dijo Reed—. Estoy sujeto a las leyes económicas, pero eso tuerce lo menos posible mi apreciación de la belleza, hasta donde me es posible.

Rubin sacudió la cabeza. Tenía la barba rala erizada y su voz, asombrosamente

llena para alguien tan pequeño, se alzó apasionada:

—No, señor Reed, si usted se considera sólo un suministrador de belleza, está siendo hipócrita. Lo que usted vende es escasez. Un rubí sintético es tan bello como uno natural e imposible de distinguir químicamente. Pero el rubí natural es más raro, más escaso, más difícil de obtener, y en consecuencia más caro y buscado con más ansiedad por aquellos que pueden adquirirlo. Puede tratarse de belleza, pero es una belleza destinada a servir a la vanidad personal.

»Una copia de la “Mona Lisa”, correcta hasta la última resquebrajadura de pintura, es sólo una copia, que no vale más que cualquier mamarracho, y si hubiese mil copias, la pintura auténtica seguiría siendo invaluable porque sería el único original y reflejaría su carácter único sobre su propietario. Pero eso, como verá, no tiene nada que ver con la belleza.

—Es fácil quejarse de la humanidad —dijo Reed—. La escasez no aumenta el valor a los ojos de los vanidosos, y supongo que algo que sea lo bastante raro y, al mismo tiempo, notable alcanzaría un precio enorme aunque no hubiera belleza en él...

—Un autógrafo raro —murmuró Halsted.

—Sin embargo —dijo Reed con firmeza—, la belleza siempre es un factor de realce, y yo sólo vendo belleza. Algunas de mis mercancías también son raras, escasas, pero nada de lo que vendo, o me importa vender, es raro sin ser hermoso.

—¿Qué más vende además de belleza y escasez? —dijo Drake.

—Utilidad, señor —dijo Reed de inmediato—. Las joyas son un medio de almacenar riqueza compacta y permanente de un modo independiente de las fluctuaciones del mercado.

—Pero pueden robarse —dijo Gonzalo con tono acusador.

—Por cierto —dijo Reed—. Sus mismos valores (belleza, carácter compacto, permanencia) hacen que sean para un ladrón más útiles que cualquier otro objeto. El equivalente en oro sería mucho más pesado; el equivalente en cualquier otra cosa mucho más voluminoso.

—Latimer comercia en valores eternos —dijo Avalon, con una nítida sensación de gloria refleja por la profesión de su huésped.

—No siempre —dijo Rubin con bastante cólera—. Algunas mercancías del negocio de joyería tienen un valor sólo transitorio, porque la rareza puede desaparecer. Hubo una época en que podían usarse copas de oro en ocasiones moderadamente importantes pero, para la auténtica culminación de la vanidad, se exhibía el cristal tallado veneciano... hasta que los procesos de fabricación del vidrio mejoraron al extremo de que ese tipo de objetos bajó al quinto o décimo nivel.

»En la década de 1880, el Monumento a Washington fue recubierto con nada menos que aluminio y, en unos pocos años, el proceso Hall abarató el aluminio y

logró que la capa del monumento fuera totalmente común. El valor también puede cambiar con el cambio de las leyendas. Mientras el alicorno (el cuerno del unicornio) tuvo fama de incluir propiedades afrodisíacas, los cuernos de los narvales y los rinocerontes fueron valiosos. Un pañuelo de tejido tieso que podía limpiarse arrojándolo a las llamas era invaluable por su mágica negativa a arder... hasta que se conocieron bien las propiedades de los asbestos.

»Cualquier cosa que se vuelve escasa por accidente (la primera edición de un libro sin ningún valor, escaso porque era sin ningún valor) se vuelve invaluable para los coleccionistas. Y la joyería sintética de todo tipo aún puede hacer que sus mercancías dejen de tener valor, señor Reed.

—Tal vez los bienes bellos individuales puedan perder parte de su valor —dijo Reed—, pero la joyería es sólo el material en bruto de lo que vendo. Queda aún la belleza de la combinación, del engarce, el trabajo individual y creativo del artesano. En cuanto a las cosas cuyo valor depende sólo de su escasez, no comercio con ellas; no comerciaré con ellas; no les tengo simpatía, no me interesan. Yo mismo poseo algunas cosas que son al mismo tiempo raras y hermosas (es decir, las poseo sin intención de venderlas) y espero que nada que sea feo y valorado sólo por su rareza. O casi nada, en todo caso.

Pareció advertir por primera vez que las joyas que había repartido un momento antes descansaban ante él.

—Ah, ¿han terminado, caballeros? —las atrajo hacia él con la mano izquierda—. Están todas, hasta la última. Sin omisiones. Sin sustituciones. Todas las necesarias. —Las miró individualmente—. Les mostré éstas, caballeros, porque hay algo interesante relacionado con cada una de ellas...

—Aguarde —dijo Halsted—. ¿A qué se refería cuando dijo “casi nada”?

—¿Casi nada? —dijo Reed, confundido.

—Usted dijo que no poseía nada sólo porque fuese raro. Después dijo “casi nada”.

El rostro de Reed se iluminó.

—Ah, mi amuleto. Lo tengo en alguna parte —buscó en el bolsillo—. Aquí está. Pueden mirarlo, caballeros. Es bastante feo, pero en realidad me molestaría más perder esto que cualquiera de las joyas que traje conmigo.

Le pasó el amuleto a Drake, que estaba sentado a su izquierda.

Drake lo hizo girar en sus manos. Era de dos o tres centímetros de ancho, con forma ovoide, negro y finamente agujereado.

—Es de metal —dijo—. Parece hierro meteórico.

—Por lo que sé es exactamente eso —dijo Reed. El objeto pasó de mano en mano y volvió a él.

—Es mi joya de hierro —dijo Reed—. Rechacé quinientos dólares por ella.

—¿Quién demonios ofrecería quinientos dólares por eso? —preguntó Gonzalo, visiblemente asombrado.

Avalon carraspeó.

—Supongo que un coleccionista de meteoritos podría hacerlo, si por cualquier motivo tuviese un interés científico especial. La verdadera pregunta, Latimer, es por qué diablos rechazaste la oferta.

—Oh —y Reed pareció pensativo por un momento—. No lo sé en realidad. Para ser desagradable, quizás. No me gustó el sujeto.

—¿El tipo que te ofreció el dinero? —preguntó Gonzalo.

—Sí.

Drake tendió la mano hacia el trozo de metal negro y, cuando Reed se lo dio por segunda vez, lo estudió con más esmero, haciéndolo girar una y otra vez.

—¿Sabe si esto tiene algún valor científico?

—Sólo por el hecho de ser meteórico —dijo Reed—. Lo llevé al Museo de Historia Natural y se interesaron en tenerlo para su colección si a mí me interesaba donarlo sin cargo. No quise, y no conozco la profesión del hombre que quiso comprarlo. No recuerdo muy bien el incidente (fue hace diez años) pero estoy seguro de que no me impresionó como un científico de ningún tipo.

—¿Nunca lo viste desde entonces? —preguntó Drake.

—No, aunque en esa época estaba seguro de que sí lo vería. Para ser francos, durante un tiempo se me ocurrieron las cosas más dramáticas. Pero no volví a verlo nunca. Sin embargo fue después de eso que empecé a usarlo como amuleto. —Lo colocó otra vez en el bolsillo—. Después de todo no hay muchos objetos tan poco atractivos por los que yo rechazaría quinientos dólares.

Rubin, ceñudo, dijo:

—Olfateo un misterio aquí...

—¡Por Dios, no tengamos misterio! —explotó Avalon—. Esta es una reunión social. Latimer, me aseguraste que no ibas a plantearnos ningún acertijo.

Reed parecía honestamente confundido.

—No estoy planteando ningún acertijo. En lo que me concierne, la historia no significa nada. Me ofrecieron quinientos dólares; los rechacé; y ahí termina todo.

Rubin alzó la voz indignado.

—El misterio consiste en el motivo de la oferta de quinientos dólares. Es un brote legítimo del interrogatorio y exijo el derecho de examinar la cuestión.

—¿Pero qué sentido tiene un examen? —dijo Reed—. No sé por qué él ofreció quinientos dólares a menos que creyese en la ridícula historia que contaba mi bisabuelo.

—Allí reside el valor del examen. Ahora sabemos que hay una ridícula historia relacionada con el objeto. ¿Cuál era la ridícula historia que contaba su bisabuelo?

—La historia de cómo el meteorito, suponiendo que eso fuera, llegó a pertenecer a mi familia...

—¿Quiere usted decir que es una herencia? —preguntó Halsted.

—Si algo sin el menor valor puede ser una herencia, lo es. En todo caso mi bisabuelo lo envió a casa desde el Lejano Oriente en 1856 con una carta que explicaba las circunstancias. Yo mismo vi la carta. No se las puedo citar palabra por palabra, pero puedo darles una idea del sentido.

—Adelante —dijo Rubin.

—Bueno: por empezar la década de 1850 fue la época del clíper en los mares, el Yankee Clipper, como saben, y los marinos norteamericanos vagaban por el mundo hasta que primero la Guerra Civil y después el continuo desarrollo del barco a vapor le pusieron punto final a los barcos a vela. Sin embargo, no tengo la intención de contar un cuento chino de marineros. No podría. No sé nada sobre naves y no podría distinguir un bauprés de una bitácora si es que las dos cosas existen. Sin embargo, lo menciono para explicar que mi bisabuelo (que llevaba mi nombre; o más bien cuyo nombre yo llevo) se las ingenió para ver mundo. Hasta allí la historia es concebible. Entre eso y el hecho de que también se llamaba Latimer Reed, cuando joven yo tenía tendencia a querer creer en él.

»Como saben, en aquellos días el mundo islámico estaba en gran parte cerrado para los hombres del Occidente cristiano. El Imperio Otomano aún incluía vastos territorios de los Balcanes y el difuso recuerdo de la época en que amenazaba a toda Europa seguía brindándole un eco de remoto poder. Y la propia Península árabe era, para el Occidente, una mezcla mística de sheiks y camellos del desierto.

»Como es lógico, la antigua ciudad de la Meca estaba cerrada para los que no fuesen musulmanes y una de las hazañas riesgosas que podía llevar acabo un europeo o un norteamericano era aprender árabe, vestirse como un árabe, desarrollar cierto conocimiento de la cultura y la religión musulmanas, y participar de algún modo en el ritual del peregrinaje a la Meca y volver para contar el cuento. Mi bisabuelo pretendía haberlo cumplido.

—¿Pretendía? —interrumpió Drake—. ¿Mentía?

—No sé —dijo Reed—. No tengo evidencias aparte de esa carta que envió desde Hong Kong. No había motivo aparente para mentir dado que no tenía nada que ganar con ello. Desde luego, simplemente puede haber querido divertir a mi bisabuela y destacarse ante ella. Había estado lejos de casa por tres años y se había casado sólo tres años antes de embarcarse. Y la leyenda familiar afirmaba que era una gran pareja de enamorados.

—Pero cuando regresó... —empezó Gonzalo.

—Nunca regresó —dijo Reed—. Cerca de un mes después de escribir la carta murió en circunstancias desconocidas y lo enterraron en algún lugar de ultramar.

Como es lógico la familia sólo se enteró más tarde. Mi abuelo tenía sólo cuatro años cuando murió su padre y fue criado por mi bisabuela. Mi abuelo tuvo cinco hijos y tres hijas y soy el segundo hijo de su cuarto hijo y ésa es en pocas palabras la historia de mi familia.

—Muerto en circunstancias desconocidas —dijo Halsted—. Ahí hay todo tipo de posibilidades.

—A decir verdad —dijo Reed—, la leyenda familiar pretende que su personificación de un árabe fue descubierta, que le siguieron la pista hasta Hong Kong y más allá, y que lo asesinaron. Pero sabrán que no hay ninguna evidencia de ello. La única información que tenemos sobre su muerte es la de los marineros que trajeron una carta de alguien que anunciaba su muerte.

—¿Existe esa carta? —preguntó Avalon, interesado a pesar suyo.

—No. Pero no importa dónde y cómo murió... o incluso si murió, si vamos al caso. El hecho es que nunca volvió a casa. Por supuesto, la familia siempre se ha inclinado a creer la historia, porque es dramática y encantadora y ha sido distorsionada hasta hacerla irreconocible. Tengo una tía que una vez me contó que lo hizo pedazos una turba aullante de derviches que descubrieron su impostura en una mezquita. Decía que fue porque él tenía ojos azules. Todo inventado, desde luego; quizás sacado de una novela.

—¿Tenía ojos azules? —dijo Rubin.

—Lo dudo —dijo Reed—. En la familia todos tenemos ojos marrones. Pero en realidad no lo sé.

—¿Pero qué tiene que ver su joya de hierro, su amuleto? —dijo Halsted.

—Oh, venía con la carta —dijo Reed—. En realidad era un pequeño paquete, y mi amuleto era lo más importante de la carta. Lo enviaba como recuerdo de su hazaña. Tal vez sepan que la ceremonia central del peregrinaje a la Meca son los ritos en la Kaaba, el objeto más sagrado del mundo islámico.

—En realidad es una reliquia del mundo preislámico —dijo Rubin—. Mahoma era un político astuto y práctico, sin embargo, y la absorbió. Si no puedes con ellos, únete a ellos.

—Sin duda —dijo Reed con indiferencia—. La Kaaba es un cubo amplio, irregular (de hecho la palabra “cubo” viene de “Kaaba”) y en su ángulo sur, a un metro y medio del suelo, está lo que llaman la Piedra Negra, que está partida y sostenida por fajas metálicas. Muchos creen que la Piedra Negra es un meteorito.

—Es probable —dijo Rubin—, una piedra del cielo, enviada por los dioses. Naturalmente sería reverenciada. Lo mismo puede decirse de la Estatua original de Artemisa en Efeso... la así llamada Diana de los Efesios.

—Dado que Tom Trumbull está ausente —dijo Avalon—, supongo que me toca a mí hacerte callar, Manny. Cállate, Manny. Deja hablar a nuestro invitado.



—Sea como fuere, eso es casi todo —dijo Reed—. Mi joya de hierro llegó en el paquete con la carta, y mi bisabuelo decía en la carta que era un trozo de la Piedra Negra que había logrado arrancar.

—Por Dios —murmuró Avalon—. Si lo hizo, no recriminaría a los árabes por matarlo.

—Si es un trozo de la Piedra Negra —dijo Drake—, me atrevería a decir que sería bastante valiosa para un coleccionista.

—Invalorable para un musulmán piadoso, me imagino —dijo Halsted.

—Sí, sí —dijo Reed, impaciente—, si es un trozo de la Piedra Negra. ¿Pero cómo van a demostrar semejante cosa? ¿Podemos llevarla de vuelta a la Meca y ver si encaja en alguna cachadura, o hacer una complicada comparación química de mi amuleto con el resto de la Piedra Negra?

—Estoy seguro de que el gobierno de Arabia Saudita no permitiría ninguna de las dos cosas.

—Ni yo estoy interesado en solicitarlo —dijo Reed—. Desde luego, en mi familia es artículo de fe que el objeto es una astilla de la Piedra Negra y de vez en cuando se contaba la historia a las visitas y sacaban todo el paquete, con la carta y la piedra. Siempre impresionaba.

»Después, poco antes de la Primera Guerra Mundial, hubo una especie de alarma. Mi padre era un muchacho entonces y me contó la historia cuando yo mismo lo era, así que está bastante enrevesada. Me impresionó de chico, pero cuando medité en ello ya grande, me di cuenta de que carecía de consistencia.

—¿Cuál era la historia? —preguntó Gonzalo.

—Un asunto con extranjeros de turbante merodeando alrededor de la casa, sombras misteriosas durante el día y sonidos extraños por la noche —dijo Reed—. El tipo de cosas que imaginaría la gente después de leer relatos sensacionalistas.

Rubin, que como escritor por lo común reaccionaría ante el último adjetivo, estaba en esta ocasión tan interesado que no lo hizo. Dijo:

—La implicación es que se trataba de árabes que estaban detrás de la Piedra Negra. ¿Pasó algo?

—Si te pones a hablar de muertes misteriosas, Latimer —dijo Avalon—, sabré que estás inventando todo.

—Sólo estoy diciendo la verdad —dijo Reed—. No hubo muertes misteriosas. En la familia todos, desde el bisabuelo en adelante, murieron de viejos, por enfermedad, o debido a accidentes insospechables. Nunca se presentó la menor sospecha de violencia. Y respecto al cuento del extranjero de turbante, no pasó nada. ¡Nada! Que es uno de los motivos por los que descarté toda la cuestión.

—¿Alguien intento alguna vez robar la astilla? —dijo Gonzalo.

—Nunca. El embalaje original con la astilla y la carta permaneció en un cajón sin

llave durante medio siglo. Nadie le prestó la menor atención y estuvo perfectamente a salvo. Como vieron aún tengo la astilla —y se palmeó el bolsillo.

—En realidad —prosiguió—, el asunto se habría olvidado del todo de no ser por mí. Alrededor de 1950, sentí renacer el interés. No recuerdo claramente por qué. Acababa de establecerse la nación de Israel y el Medio Oriente aparecía mucho en las noticias. Tal vez fuese ése el motivo. Sea como fuere, llegué a pensar en la antigua historia familiar y saqué el objeto del cajón y lo desempolvé.

Reed extrajo la joya de hierro con gesto abstraído y la sostuvo en la palma de la mano.

—A mí me parecía meteórica aunque, desde luego, en la época de mi bisabuelo los meteoritos no eran tan conocidos para el público como ahora. Así que, como dije antes, la llevé al Museo de Historia Natural. Alguien dijo que era meteórica y si no quería donarla. Dije que era una herencia familiar y no podía hacerlo, pero (y ése fue el punto clave para mí) le pregunté si había indicios de que hubiese sido arrancada de un meteorito mayor.

»La observó con cuidado, primero a ojo, después con una lupa, y por último dijo que no podía ver señales de eso. Dijo que debían de haberla encontrado exactamente en la condición en que yo la tenía. Dijo que el hierro meteórico es especialmente duro y resistente porque incluye níquel. Se parece más al acero de aleación y no podría ser arrancada, dijo, sin señales evidentes de manipulación.

»Bien, eso daba por terminada la cuestión, ¿verdad? Regresé y saqué la carta y la leí. Incluso estudié el embalaje original. Había unos garabatos chinos borroneados y el nombre y la dirección de mi abuela en un inglés desteñido y anguloso. No se podía sacar nada de eso. No pude distinguir el sello del correo pero no había motivos para suponer que no fuese de Hong Kong. De todos modos, decidí que se trataba de un fraude amistoso. El bisabuelo Latimer habría recogido el meteorito en alguna parte, y probablemente había pasado cierto tiempo en el mundo árabe, y no pudo resistir la tentación de tejer un cuento chino.

—Y un mes más tarde murió en circunstancias misteriosas —dijo Halsted.

—Sólo murió —dijo Reed—. No hay motivo para creer que la muerte fuese misteriosa. En aquella época la vida era relativamente breve. Cualquiera de una cantidad de enfermedades contagiosas podía matar. De todos modos, ése es el fin de la historia. Sin encanto. Sin misterio.

Gonzalo se opuso vociferando de inmediato:

—Ese no es el fin de la historia. Ni siquiera es el principio. ¿Qué pasa con la oferta de quinientos dólares?

—¡Oh, eso! —dijo Reed—. Eso ocurrió en 1962 ó 1963. Era una cena y hubo algunas discusiones violentas sobre el Medio Oriente y yo había tomado una actitud pro árabe como una especie de abogado del diablo (fue mucho antes de la Guerra de

los Seis Días, desde luego) y eso me trajo a la mente el meteorito. Aún se estaba cubriendo de polvo en el cajón y lo saqué.

»Recuerdo que estábamos todos sentados a la mesa y que hice circular el paquete y que todos lo miraron. Algunos trataron de leer la carta, pero no era fácil hacerlo porque la letra era anticuada y enrevesada. Algunos me preguntaron qué eran los caracteres chinos del paquete y como es lógico yo no lo sabía. Sólo por el gusto de ser dramático, conté lo de los misteriosos extranjeros con turbante de la época de mi padre y subrayé la muerte misteriosa del bisabuelo, y no mencioné las razones que tenía para estar seguro de que se trataba de un engaño. Por divertirme.

»Sólo una persona pareció tomárselo en serio. Era un extraño, amigo de un amigo. Es decir, habíamos invitado a un amigo, y cuando dijo que tenía un compromiso, dijimos, está bien, que tu amigo te acompañe. Ese tipo de cosa, entienden. Ya no recuerdo su nombre. Todo lo que recuerdo de su persona es que tenía escaso cabello rojizo y que no participó mucho de la conversación.

»Cuando todos se disponían a irse, se me acercó vacilante y preguntó si podía ver el objeto una vez más. No había motivos para negárselo, desde luego. Sacó el meteorito del envoltorio (era lo único que parecía interesarle) y se acercó a la luz con él. Lo estudió largo rato; recuerdo que me impacienté un poco; y después dijo: “Escuche, colecciono objetos raros. Me pregunto si me permitiría quedarme con él. Le pagaría, por supuesto. ¿Cuánto le parece que vale?”

»Reí y dije que no pensaba venderlo y él barbotó una oferta de cinco dólares. Me resultó bastante ofensivo. Quiero decir: si fuera a vender una herencia familiar con seguridad no sería por cinco dólares. Le di una negativa brusca y decisiva y tendí la mano para que me devolviera el objeto. Me resultaba una persona tan desagradable que recuerdo haber pensado que podía robarlo.

»Me lo devolvió de mala gana y recuerdo que miré el objeto de nuevo para ver qué podía tener de tan atractivo para él, pero seguía pareciendo lo que era, un feo trozo de hierro. Como ven, aunque yo sabía que su rasgo interesante residía en su historia posible y no en su aspecto, simplemente no podía asignarle valor a nada que no fuese bello.

»Cuando alcé los ojos, él estaba leyendo otra vez la carta. Tendí la mano y también me la entregó. Dijo: “¿Diez dólares?” Y yo dije sólo: “¡No!”

Reed tomó un sorbo del café que Henry acababa de servirle. Dijo:

—Todos los demás se habían ido. El amigo de este hombre lo esperaba, el hombre que era mi amigo en un principio, Jansen. Él y la esposa se mataron en un accidente automovilístico al año siguiente, en el mismo coche junto al que estaba de pie entonces, esperando al hombre que había llevado a casa. Si uno se detiene a pensarlo, el futuro es atemorizante. Por suerte, rara vez lo hacemos.

»De todos modos, el hombre que quería el objeto se detuvo en la puerta y me dijo

con rapidez: “Escuche, me gusta realmente ese trocito de metal. A usted no le sirve de nada y le daré quinientos dólares por él. ¿Qué le parece? Quinientos dólares. No se porte como un cerdo goloso.”

»Puedo hacer concesiones por su evidente ansiedad, pero fue ofensivo en exceso. Dijo “como un cerdo goloso”, recuerdo las palabras. Después de eso, no se lo habría vendido ni por un millón. Con gran frialdad le dije que no estaba en venta por ningún precio, y metí el meteorito, que aun seguía en mi mano, en el bolsillo con un gesto definitivo.

»Se le ensombreció el rostro y gruñó que lo lamentaría y que habría algunos no tan amables como para ofrecer dinero, y después se fue. El meteorito estuvo en mi bolsillo desde entonces. Es el feo amuleto por el que he rechazado quinientos dólares —rió en silencio y dijo—: y ésa es toda la historia.

—¿Y nunca averiguó por qué le ofreció quinientos dólares por esa cosa? —dijo Drake.

—A menos que creyese que era un trozo de la Piedra Negra, no puedo imaginar el motivo —dijo Reed.

—¿Nunca volvió a presentar una oferta?

—Nunca. Fue hace más de diez años y no volví a oír hablar de él. Y ahora que Jansen y la esposa han muerto, ni siquiera sé quién es o cómo se lo podría localizar si yo decidiera venderlo.

—¿Qué quiso decir con la amenaza acerca de otros que no sería tan amables como para ofrecer dinero? —dijo Gonzalo.

—No sé —dijo Reed—. Supongo que se refería a extranjeros misteriosos de turbante como los que yo había mencionado. Creo que sólo intentaba asustarme para que vendiera.

—Dado que a pesar de todo se ha presentado un misterio —dijo Avalon—, supongo que tendríamos que considerar las posibilidades. El motivo obvio para la oferta es, como usted dijo, que él creyese que el objeto era un trozo de la Piedra Negra.

—Si es así —dijo Reed— fue el único presente que lo hizo. No creo que nadie más tomara la historia en serio ni por un instante. Además, aunque fuese una astilla de la Piedra Negra y el tipo fuese un coleccionista, ¿de qué le habría servido sin una prueba convincente? Podía tomar cualquier trozo de escoria de hierro y etiquetarlo “trozo de la Piedra Negra” y no le sería menos útil que el mío.

Avalon dijo:

—¿Piensas que podría haberse tratado de un árabe que sabía que una astilla del tamaño de tu objeto había sido robada de la Piedra Negra un siglo antes y la deseaba por motivos religiosos?

—No me pareció árabe —dijo Reed—. Y si lo fuera, ¿por qué no volvió a hacer

la oferta? ¿O por qué no hizo allí un intento de arrebátarmela por la fuerza?

—Examinó el objeto con cuidado —dijo Drake—. ¿Piensa usted que vio algo en él que lo convenció de su valor... sea cual fuere ese valor?

—¿Cómo puedo refutarlo? —dijo Reed—. Salvo que, sea lo que fuere lo que él vio, por cierto yo nunca lo vi. ¿Y ustedes?

—No —admitió Drake.

—Me parece que no podremos desentrañar esto —dijo Rubin—. Simplemente no tenemos bastante información. ¿Qué dices tú, Henry?

Henry, que había escuchado todo con su atención silenciosa de costumbre, dijo:

—Me estaba preguntando por algunos detalles.

—Adelante entonces, Henry —dijo Avalon—. ¿Por qué no continuar con el interrogatorio del invitado?

—Señor Reed —dijo Henry—, cuando usted mostró el objeto a sus invitados en esa ocasión, en 1962 ó 1963, dice que hizo circular el paquete. ¿Se refiere al envoltorio original en el que habían llegado la carta y el meteorito, con el contenido intacto?

—Sí. Oh, sí. Era un tesoro de familia.

—¿Pero a partir de 1963, señor, usted ha llevado el meteorito en el bolsillo?

—Sí, siempre —dijo Reed.

—¿Significa eso, señor, que usted ya no tiene la carta?

—Por supuesto que no significa eso —dijo Reed indignado—. Por cierto que tenemos la carta. Admitiré que después de la amenaza del sujeto me preocupé un poco así que la puse en un sitio más seguro. Desde el punto de vista de la familia es un documento encantador, se trate o no de un engaño.

—¿Dónde la guarda ahora? —preguntó Henry.

—En una pequeña caja fuerte empotrada que empleo para documentos y a veces para joyas.

—¿La ha visto hace poco, señor?

Reed exhibió una ancha sonrisa.

—Empleo la caja fuerte con frecuencia, y la veo en cada ocasión. Le doy mi palabra, Henry, la carta está segura; tan segura como el amuleto en mi bolsillo.

—Entonces ya no guarda la carta en la envoltura original —dijo Henry.

—No —dijo Reed—. El envoltorio era más útil como recipiente para el meteorito. Ahora que lo llevo en el bolsillo, no tenía sentido guardar sólo la carta en el paquete.

Henry asintió.

—¿Y qué hizo entonces con el envoltorio, señor?

Reed parecía confundido.

—Bueno, nada.

—¿No lo tiró?

—No, por supuesto que no.

—¿Sabe dónde está?

Reed frunció lentamente el entrecejo. Por último dijo:

—No, creo que no.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

Esta vez la pausa también fue larga.

—Tampoco lo sé.

Henry pareció perderse en sus pensamientos.

—Bien, Henry, ¿qué tienes en mente?

—Sólo me preguntaba —dijo Henry mientras recogía serenamente las copas de brandy de la mesa—, si ese hombre en realidad quería el meteorito.

—Lo cierto es que me ofreció dinero por él. —dijo Reed.

—Sí —dijo Henry—. Primero sumas tan pequeñas que no lo tentarían a usted a entregarlo, y que él podía pagar si usted respondía a su lance. Después una suma mayor expresada en términos lo bastante ofensivos como para asegurarse de que usted se negaría. Y por último, una amenaza misteriosa que nunca se concretó.

—¿Pero por qué iba a hacer todo eso si no deseaba mi joya de hierro? —dijo Reed.

—Tal vez para lograr precisamente lo que logró —dijo Henry—: convencerlo de que deseaba el meteorito y mantener su atención bien fija en eso. Le entregó el meteorito cuando usted tendió la mano; le devolvió la carta... ¿pero le devolvió el envoltorio original?

—No recuerdo que se lo llevara —dijo Reed.

—Pasó hace diez años —dijo Henry—. Hizo que usted mantuviera su atención fija en el meteorito. Hasta usted mismo lo examinó y durante ese tiempo no lo miró a él, estoy seguro. ¿Puede afirmar que haya visto el envoltorio desde entonces, señor?

Reed sacudió lentamente la cabeza.

—No puedo afirmarlo. ¿Quiere usted decir que concentró de tal modo mi atención en el meteorito que pudo irse con el envoltorio sin que yo lo notara?

—Me temo que sí. Usted colocó el meteorito en su bolsillo, la carta en su caja de seguridad, y al parecer no volvió a pensar en el envoltorio. Este hombre, cuyo nombre no conoce ya quien ya no puede identificar debido a la muerte de sus amigos... ha tenido el envoltorio durante diez años sin problemas. Ya esta altura a usted le resultaría imposible identificar lo que él se llevó.

—Ya lo creo que puedo —dijo Reed con energía—, si pudiese verlo. Tenía el hombre y la dirección de mi bisabuela encima.

—Tal vez él no haya conservado el envoltorio propiamente dicho —dijo Henry.

—Ya sé —exclamó Gonzalo de pronto—. Se trataba de esos caracteres chinos. De

algún modo pudo entenderlos y se llevó el paquete para hacerlos descifrar con exactitud. El mensaje era importante.

La sonrisa de Henry era casi imperceptible.

—Esa es una idea romántica que no se me había ocurrido, señor Gonzalo, y no creo que sea muy probable. Yo pensaba en otra cosa. Señor Reed, usted tenía un paquete procedente de Hong Kong en 1856 y en ese época Hong Kong ya era una posesión británica.

—Tomada en 1848 —dijo Rubin brevemente.

—Y creo que los ingleses ya habían establecido el sistema moderno de distribución postal.

—Rowland Hill —dijo Rubin de inmediato— en 1840.

—Bien —dijo Henry—, ¿entonces el paquete original podía tener una estampilla? Reed parecía alarmado.

—Ahora que le menciona, me parece recordar que había algo parecido a una estampilla negra. ¿Un perfil de mujer?

—La joven Victoria —dijo Rubin.

—¿Y podía tratarse de una estampilla rara? —dijo Henry.

Gonzalo alzó los brazos.

—¡Blanco!

Reed se quedó sentado con la boca bien abierta. Después dijo:

—Usted debe de tener razón, desde luego. Me pregunto cuánto perdí.

—Nada más que dinero, señor —murmuró Henry—. Las antiguas estampillas inglesas no eran bellas.

## Postfacio

*“La joya de hierro” apareció en el número de julio de 1974 del Ellery Queen's Mystery Magazine con el título de “Una astilla de la Piedra Negra”. Por lo común, cuando da lo mismo, prefiero el título más corto, así que aquí les devuelvo mi título original. (No siempre me niego a aceptar cambios. El primer relato de esta colección se llamaba “Nadie los persigue” cuando lo escribí. La revista lo cambió a “Cuando nadie los persigue” y acepto la palabra adicional como una mejora.)*

*Escribí este relato a bordo del Canberra, que me llevó sobre el mar de ida y vuelta a la costa africana en el verano de 1973, para presenciar un eclipse solar total: el primer eclipse solar total que veía en mi vida. El cielo sabe que me mantuvieron ocupado, porque a bordo era conferenciante, y di ocho conferencias sobre la historia de la astronomía, para no mencionar el tiempo que me llevó ser afable y encantador con las mil doscientas mujeres de a bordo. (Tendrían que verme siendo afable y encantador. A algunas les costó librarse.)*

*De todos modos encontré tiempo para esconderme en el camarote de vez en*

*cuando y escribir a mano “La joya de hierro”. Lo que ahora me confunde cuando lo recuerdo, sin embargo, es por qué el relato no tiene nada que ver con un eclipse solar cuando eso (y las mil doscientas mujeres) era todo lo que tuve en la cabeza durante el crucero.*



## Los tres números (1974)

“All in the Way You Read It (The Three Numbers)”

Cuando Tom Trumbull llegó —tarde, por supuesto— al banquete del club de los Viudos Negros, y pidió su whisky con soda, le salió al encuentro James Drake, que exhibía una expresión bastante furtiva.

Drake hizo un gesto con la cabeza, hacia un rincón.

Trumbull lo siguió, quitándose el abrigo mientras caminaba, con el rostro tostado y surcado de arrugas haciendo la pregunta antes que su voz:

—Tom, he traído a un físico como invitado.

—¿Y?

—Bueno, tiene un problema y creo que cae dentro de tu campo.

—¿Un código secreto?

—Algo por el estilo. Números, en todo caso. No tengo todos los detalles. Supongo que los tendremos después de cenar. Pero no es eso lo que importa. ¿Me ayudarás si se hace necesario controlar a Jeff Avalon?

Trumbull dirigió la mirada al otro lado de la habitación, donde Avalon estaba enfrascado en una conversación formal con quien era sin duda el invitado de la noche, ya que se trataba del único extraño presente.

—¿Qué hay de malo con Jeff? —dijo Trumbull. No parecía haber nada mal en Avalon, que estaba parado erguido y alto como siempre, como si pudiese hacerse pedazos en caso de relajarse. El bigote y la pequeña barba grises estaban aseados y prolijos como siempre y exhibía la sonrisa meticulosa que insistía en emplear con los extraños—. Se lo ve muy bien.

—Tú no estuviste la última vez. —dijo Drake—. Jeff piensa que el club se está convirtiendo en una reunión mensual con acertijo.

—¿Y qué hay de malo? —preguntó Trumbull mientras se pasaba las manos sobre el ondeado cabello canoso para aplastar el desorden provocado por el viento, afuera.

—Jeff piensa que tendríamos que ser una organización puramente social. Buena conversación y cosas así.

—De todos modos tenemos eso.

—Así que cuando se presente el problema, ayúdame a aplastarlo si se pone gruñón. Tienes voz fuerte y yo no.

—De acuerdo. ¿Le hablaste a Manny?

—Demonios, no. Se pasaría al otro bando con tal de llevar la contraria.

—Quizás tengas razón. ¡Henry! —Trumbull agitó el brazo—. Henry, hazme un favor. Este whisky con soda no será suficiente. Afuera hace frío y me costó conseguir un taxi así que...

Henry sonrió discretamente, su rostro liso aparentando veinte años menos que los

sesenta con que contaba.

—Supuse que sería así, señor Trumbull. El segundo está listo.

—Henry, eres un diamante de primera agua —opinión que con seguridad compartían todos los miembros del club.

—Les daré una demostración —dijo Emmanuel Rubin. Se había quejado de la sopa que, según sostenía, tenía una pizca de puerro de más, lo que bastaba para hacerla inconsumible por un ser humano, y el hecho de que se encontrara en una evidente minoría de uno, hacía que el resto de sus puntos de vista fuesen más enfáticos—. Les mostraré que cualquier idioma en realidad es un complejo de idiomas. Escribiré una palabra en cada uno de estos dos trozos de papel. La misma palabra. Te daré uno a ti, Mario... y uno a usted, señor...

El segundo fue a parar a las manos del doctor Samuel Puntsch que, como ocurría con frecuencia con los invitados del club, había mantenido un discreto silencio durante las preliminares.

Puntsch era un hombre pequeño, delgado, vestido con una gama de colores fúnebres que le habrían sentado a Avalon. Miró el papel y alzó sus modestas cejas.

—Ninguno de los dos diga nada —dijo Rubín—. Sólo tienen que escribir el número de la sílaba que lleva el acento en la pronunciación. Es una palabra de cuatro sílabas, así que escriban uno, dos, tres o cuatro.

Mario Gonzalo, el afable artista del club de los Viudos Negros, acababa de completar el bosquejo del doctor Puntsch, y lo dejó a un lado. Miró la palabra que estaba en el papel ante él, escribió una cifra sin vacilar, y se lo pasó a Rubin. Puntsch hizo lo mismo.

Rubin dijo, con satisfacción indescriptible:

—Deletrearé la palabra. Es el vocablo inglés u—n—i—o—n—i—z—e—d, y Mario dice que se acentúa en la primera sílaba.

—Se pronuncia unionized (sindicalizado) —dijo Mario—. Se refiere a una industria cuya fuerza de trabajo se ha organizado en un sindicato.

Puntsch rió.

—Sí, entiendo. Yo la pronuncié unionaized (no ionizado); se refiere a una sustancia que no se divide en iones en una solución. Yo acentúo la segunda sílaba.

—Exacto. La misma palabra para el ojo, pero distinta para hombres de campos distintos. Roger y Jim estarían de acuerdo con el doctor Puntsch. Lo sé. Y Tom, Jeff y Henry es probable que estuviesen de acuerdo con Mario. Ocurre en un millón de sitios distintos. Fuga significa cosas distintas para un psiquiatra y un músico. La frase “planchar un traje” significa una cosa para un amante del siglo diecinueve y otra para un sastre del siglo veinte. No hay dos personas que tengan exactamente el mismo idioma.

Roger Halsted, el profesor de matemáticas, dijo con la leve vacilación que casi

llegaba a ser un tartamudeo:

—Hay suficiente superposición como para que no importe realmente, ¿verdad?

—Sí, casi todos podemos entendernos —dijo Rubin, quejoso—, pero hay menos superposición de la que tendría que haber. Cada pequeño fragmento de la cultura desarrolla su propio vocabulario para formar un grupo exclusivo. Hay un millón de muros verbales detrás de los que se ocultan los tontos y eso, no crea más que incomodidad...

—Era la tesis de Shaw en Pigmalión —gruñó Trumbull.

—¡No! Estás equivocado, Tom. Shaw creía que era el resultado de la educación defectuosa. Yo afirmo que es deliberado y que trabaja más en la creación de la atmósfera correcta para que el mundo se derrumbe, que la propia guerra. —y atacó su trozo de carne asada con un corte feroz de su cuchillo.

—Sólo Manny podría ir del vocablo inglés “unionized” a la destrucción de la civilización en una docena de frases —dijo Gonzalo filosóficamente, y le pasó el bosquejo a Henry para que se lo entregara a Puntsch.

Puntsch le dirigió una sonrisita temblorosa, porque destacaba sus orejas más de lo que un purista habría creído coherente con un buen aspecto. Henry lo colocó en la pared con los demás.

Quizás fuese inevitable que la discusión se desviara de las iniquidades del idioma privado a los juegos de palabras y Halsted logró cierto grado de silencio a los postres al exigir que le dieran la palabra inglesa cuya pronunciación cambiaba cuando iba con mayúscula. Después, cuando todos se rindieron, Halsted dijo lentamente:

—Yo diría que “polish” (pulir), se convierte en “Polish” (polaco), ¿no es así?<sup>[29]</sup>

Avalon frunció extraordinariamente el entrecejo, con las cejas frondosas agazapadas sobre los ojos.

—Al menos eso es menos ofensivo que los chistes de polacos que tengo que aguantar a veces.

—¿Después del café probaremos con algo un poco más complicado? —dijo Drake, con el pequeño bigote gris crispado.

Avalon disparó una mirada de sospecha en dirección a Puntsch y, con una expresión melancólica, observó cómo Henry servía el café.

—¿Brandy, señor? —dijo Henry. Puntsch levantó los ojos y dijo:

—Bueno, sí, gracias. La comida estuvo muy bien, mozo.

—Me alegro, señor —dijo Henry—. El club de los Viudos Negros es una preocupación especial para la casa.

Drake estaba golpeando su vaso de agua con una cuchara.

—He traído conmigo a Sam Puntsch —dijo, tratando de elevar su voz, siempre ronca y confusa—, en parte porque trabajaba para la misma firma para la que yo trabajo en New Jersey, aunque no en la misma sección. No sabe nada sobre química

orgánica; lo sé porque lo oí discutir una vez sobre el tema. Por otro lado, es un físico más que pasable, según me han dicho. En parte también lo traje porque tiene un problema y le dije que viniese y nos entretuviera con él, y espero que no tengas objeciones, Jeff.

Geoffrey Avalon hizo girar lentamente la copa de brandy entre dos dedos y dijo con tono hosco:

—Esta organización no tiene reglamentos, Jim, así que te seguiré la corriente y trataré de pasarla bien. Pero debo decir que me gustaría relajarme un poco en estas reuniones; aunque tal vez no sea más que un proceso de calcificación del viejo cerebro.

—Bueno, no te preocupes, haremos que Tom sea el interrogador en jefe.

—Si el señor Avalon... —dijo Puntsch.

—No le hagas caso al señor Avalon —dijo Drake de inmediato.

Y el propio Avalon dijo:

—Oh, no se preocupe, doctor Puntsch. El grupo es lo bastante amable como para permitir que me encocore de vez en cuando.

—¿Quieren permitirme encarar el asunto? —dijo Trumbull, ceñudo—. Doctor Puntsch: ¿cómo justifica su existencia?

—¿Justificarla? Supongo que podríamos decir que intentar que nuestra civilización dure más de una generación es una especie de justificación.

—¿En qué consiste ese intento?

—En hallar una fuente de energía permanente, segura y limpia.

—¿De qué tipo?

—Energía por fusión. ¿Va a pedirme detalles?

Trumbull sacudió la cabeza.

—No, a menos que se relacionen con el problema que lo preocupa.

—Sólo de manera tangencial; lo que es una ventaja. —La voz de Puntsch era aguda, y pronunciaba con meticulosidad las palabras, como si en una época hubiese tenido ambiciones de locutor de radio. Dijo—: En realidad, lo que dijo hace un rato el señor Rubin es muy cierto. Todos tenemos nuestro idioma privado, a veces más de lo necesario, y no me agradaría la posibilidad de tener que entrar en muchos detalles sobre el asunto de la fusión.

Gonzalo, que estaba vestido con una gama de diversos tonos de rojo, y que dominaba la mesa visualmente aún más que de costumbre, murmuró:

—Me gustaría que la gente dejara de decir que Rubin tiene razón...

—¿Qué quisieras, que mientan? —preguntó Rubin, alzando la cabeza de inmediato y con la barba rala erizada.

—Cállense, los dos —gritó Trumbull—. Doctor Puntsch, permítame decirle lo que sé sobre la energía por fusión y deténgame si me equivoco demasiado. Es un tipo

de energía nuclear que se produce cuando se obliga a átomos pequeños a combinarse en átomos mayores. Se emplea hidrógeno pesado extraído del océano, se lo fusiona hasta llegar al helio, y se produce energía que nos durará por unos cuantos millones de años.

—Sí, en rasgos generales es como usted dice.

—Pero aún no la tenemos, ¿verdad?

—No, hasta hoy no la tenemos.

—¿Por qué no, doctor?

—Ah, señor Trumbull, supongo que no desea una conferencia de dos horas.

—No, señor, ¿qué le parece una conferencia de dos minutos?

Puntsch rió.

—Dos minutos es todo lo que puede permanecer alguien sentado y quieto. El problema es que tenemos que calentar nuestro combustible hasta una temperatura mínima de cuarenta y cinco millones de grados centígrados, o sea unos ochenta millones de Fahrenheit. Después tenemos que mantener el combustible en fusión (hidrógeno pesado, como usted dijo, más tritio, que es una variedad particularmente pesada) a esa temperatura el tiempo suficiente como para que prenda fuego, por así decir, y debemos mantenerlo todo en su lugar con fuertes campos magnéticos mientras eso ocurre.

»Hasta ahora, no podemos conseguir la temperatura necesaria producida con la rapidez necesaria, o mantener el campo magnético en funcionamiento el tiempo suficiente, como para que se encienda el combustible. Otra posibilidad sería liberar energía mediante laser, pero necesitamos lasers más fuertes que los que tenemos hasta ahora, o campos magnéticos más fuertes y mejor diseñados que aquellos con los que contamos. Una vez que lo logremos y encendamos el combustible, eso será un paso importante, pero Dios sabe que quedarán muchos problemas de ingeniería por resolver antes de que empecemos realmente a hacer funcionar la Tierra con energía por fusión.

—¿Cuándo cree que llegaremos a ese primer paso; cuándo cree que contaremos con el encendido? —dijo Trumbull.

—Es difícil decirlo. Los físicos norteamericanos y soviéticos han avanzado centímetro a centímetro hacia eso desde hace un cuarto de siglo. Creo que casi hemos llegado. Tal vez pasen cinco años más. Pero hay imponderables. Una intuición afortunada podría hacer que fuese este año. Dificultades imprevistas podrían llevarnos al siglo veintiuno.

—¿Podemos esperar hasta el siglo veintiuno? —intervino Halsted.

—¿Esperar? —dijo Puntsch.

—Usted dijo que están tratando de lograr que la civilización dure más de una generación desde ahora. Eso suena como si no creyese que podemos esperar hasta el

siglo veintiuno.

—Entiendo. Me gustaría ser optimista en ese punto, señor —dijo Puntsch con gravedad—, pero no puedo. Al paso que vamos, nuestro petróleo estará casi agotado en el año 2000. Volver al carbón nos presentará una cantidad de problemas y apoyarnos en los reactores regeneradores por fisión implica hacerse cargo de cantidades enormes de desechos radioactivos. Me sentiría ciertamente incómodo si no tenemos reactores por fusión en funcionamiento, digamos, en el año 2010.

—Apres moi, le déluge —dijo Avalon.

—Tal vez el diluvio llegue después de su muerte, señor Avalon —dijo Puntsch con un matiz de aspereza—. ¿Tiene hijos?

Avalon, que tenía dos hijos y varios nietos, pareció incomodarse y dijo:

—Pero quizás la energía por fusión postergue el diluvio y entiendo que usted se siente inclinado a ser optimista en cuanto a la llegada de la fusión.

—Sí, en eso tiendo a ser optimista.

—Bueno, sigamos —dijo Trumbull—. Usted trabaja en la firma de Jim Drake. Siempre pensé que era una de esas casas productoras de drogas.

—Es muchísimo más que eso —dijo Drake, mientras miraba con tristeza lo que quedaba de un paquete de cigarrillos, como preguntándose si encendería otro o descansaría diez minutos.

—Jim trabaja en la sección de química orgánica —dijo Puntsch—. Yo trabajo en física de los plasmas.

—Una vez estuve allí, para visitar a Jim —dijo Rubin—, y di una vuelta por la planta. No vi ningún Tokamak.

—¿Qué es un Tokamak? —preguntó Gonzalo de inmediato.

—Es un dispositivo dentro del cual pueden disponerse campo magnéticos estables (bastante estables en todo caso) para confinar al gas súper-caliente. No, no tenemos ninguno. No estamos haciendo nada por el estilo. Estamos más bien en el extremo teórico del asunto. Cuando se nos ocurre algo que promete, tenemos acuerdos con instalaciones mayores que nos permiten ponerlo a prueba.

—¿Y qué gana la firma? —preguntó Gonzalo.

—Nos permiten hacer un poco de investigación básica. Siempre se le encuentra utilidad. La firma produce tubos fluorescentes de distintos tipos y cualquier cosa que averigüemos sobre el comportamiento de los gases calientes (plasma, los llaman) y los campos magnéticos siempre puede ayudar a la producción de fluorescentes más baratos y mejores. Esa es la justificación práctica de nuestro trabajo.

—¿Y han dado con algo que prometía? —dijo Trumbull—. Respecto a la fusión, quiero decir, en fluorescentes.

Puntsch empezó una sonrisa y la dejó desaparecer lentamente.

—Ese es el asunto. No sé.

Halsted se llevó la mano a la rosada delantera calva del cráneo y dijo:

—¿Ese es el problema que nos trajo?

—Sí —dijo Puntsch.

—Bueno, entonces suponga que nos lo cuenta, doctor.

Puntsch carraspeó y frunció los labios por un instante, mirando a los hombres que rodeaban la mesa del banquete y apartándose para permitir que Henry le volviera a llenar la taza de café.

—Jim Drake me explicó —dijo—, que todo lo que se dice en este cuarto es confidencial; que todos —fijó los ojos brevemente en Henry— son personas de confianza. Hablaré sin reservas, entonces. Tengo un colega que trabaja en la firma. Se llama Matthew Revsof y Drake lo conoce.

Drake asintió.

—Lo conocí una vez en tu casa.

—Revsof está a medio camino entre la brillantez y la demencia —dijo Puntsch—, lo cual a veces es bueno para un físico teórico. Sin embargo, significa que es excéntrico y difícil de tratar en ocasiones. Hemos sido buenos amigos, sobre todo porque nuestras esposas se llevan particularmente bien. La cuestión se transformó en uno de esos asuntos familiares en que los hijos de ambas partes nos emplean casi como padres intercambiables, dado que vivimos sobre la misma calle.

»Ahora Revsof está en el hospital. Hace dos meses que está allí. Debo explicar que se trata de un hospital mental y que protagonizó un episodio violento que lo llevó allí y sobre el que no tiene importancia entrar en detalles. Sin embargo el hospital no tiene apuro en dejarlo libre y eso crea un problema.

»Fui a visitarlo alrededor de una semana después de que lo hospitalizaran. Parecía perfectamente normal, perfectamente alegre; lo puse al día sobre el trabajo que se llevaba a cabo en la sección y no tuvo problemas en seguirme. Pero después quiso hablarme en privado. Insistió en que la enfermera se fuese y en que cerraran la puerta.

»Me hizo jurar que guardaría el secreto y me dijo que sabía con exactitud cómo diseñar un Tokamak de tal modo que produjera un campo magnético totalmente estable que retendría un plasma de densidades moderadas durante un tiempo indefinido. Me dijo algo así: “Lo elaboré el mes pasado. Por eso me metieron aquí. Como es natural, lo prepararon los soviéticos. El material está en la caja fuerte de casa; los diagramas, los análisis teóricos, todo”.

Rubin, que había escuchado con un ceño indignado, interrumpió:

—¿Es posible? ¿Es él el tipo de persona que puede hacer eso? ¿El trabajo estaba en una etapa en que semejante adelanto...?

Puntsch sonrió con cansancio.

—¿Cómo puedo contestarle? La historia de la ciencia está plagada de adelantos revolucionarios que exigían pequeños momentos de penetración que cualquiera

podría haber tenido, pero que en lo concreto sólo una persona tuvo. Sin embargo le diré esto. Cuando alguien que está en un hospital mental le dice a uno que cuenta con algo que ha estado eludiendo a los físicos más inteligentes del mundo durante unos treinta años, y que los rusos lo persiguen, uno no se siente muy inclinado a creerle. Todo lo que traté de hacer fue calmarlo.

»Pero mis esfuerzos sólo lograron excitarlo. Me dijo que tenía la intención de recibir el reconocimiento por la cuestión; no iba a permitir que nadie le robase la prioridad mientras estaba en el hospital. Yo tenía que montar guardia ante la caja fuerte y asegurarme que nadie la violara. Él estaba seguro de que espías rusos tratarían de preparar un asalto, y afirmaba una y otra vez que yo era el único en quien podía confiar y que en cuanto saliera del hospital anunciaría el descubrimiento y prepararía un artículo descriptivo para poder poner a salvo la prioridad. Dijo que me permitiría ser el coautor. Como es natural, accedí a todo sólo para mantenerlo tranquilo, y conseguir que la enfermera regresara en cuanto le fuera posible.

—Los científicos norteamericanos y soviéticos están cooperando en la investigación sobre fusión, ¿no es así? —dijo Halsted.

—Sí, desde luego —dijo Puntsch—. El propio Tokamak es de origen soviético. La cuestión de los espías rusos sólo pertenece a la fantasía recalentada de Revsof.

—¿Lo ha visitado desde entonces? —dijo Rubin.

—Unas pocas veces. Se adhiere a su teoría. Eso me fastidia. No le creo. Pienso que está loco. Y sin embargo algo en mi interior dice: ¿y si no es así? ¿Qué pasa si en la caja fuerte de su casa hay algo por lo que el mundo entero daría sus colmillos colectivos?

—Cuando él salga... —dijo Halsted.

—No es tan fácil —dijo Puntsch—. Cualquier demora es riesgosa. Este es un campo en el que trabajan con vehemencia muchos cerebros. Cualquier día, algún otro puede hacer el descubrimiento de Revsof (suponiendo que Revsof haya descubierto algo realmente) y entonces perderá la prioridad y el reconocimiento, y por lo que sé, un premio Nobel. Y si lo consideramos desde un punto de vista más amplio, la firma perderá una suma considerable de reconocimiento por reflejo y la oportunidad de un aumento sustancioso de su prosperidad. Todos los empleados de la firma perderán la oportunidad de beneficiarse con el aumento general de prosperidad que podría experimentar la firma. Como ven, caballeros, tengo un interés personal en esto, y también Jim Drake lo tiene, si vamos al caso.

»Pero yendo incluso más allá... El mundo está comprometido en una carrera que tal vez no gane, Incluso si obtenemos la respuesta a un campo magnético estable, habrá que pasar por una buena cantidad de trabajo de ingeniería, como dije antes, y, en el mejor de los casos, pasarán años antes de que la energía por fusión esté disponible para el mundo: años que quizás no podamos permitirnos. En ese caso, no



es seguro perder tiempo esperando que Revsof salga.

—Si él sale pronto... —dijo Gonzalo.

—Pero no es así. Eso es lo peor —dijo Puntsch—. Puede no salir nunca. Él está desmejorando.

—Supongo, señor —dijo Avalon con su voz profunda y solemne—, que habrá explicado a su amigo las ventajas de una acción inmediata.

—Lo he hecho —dijo Puntsch—. Se lo expliqué con el mayor cuidado posible. Le dije que abriría la caja fuerte ante testigos legales, y le llevaría todo para que lo firme personalmente. Dejaríamos los originales y tomaríamos copias. Le expliqué lo que él mismo podría perder con la demora. Todo lo que ocurrió fue que él... bueno, por último me atacó. Me han pedido que no lo visite hasta nuevo aviso.

—¿Y la esposa? —dijo Gonzalo—. ¿Sabe algo sobre esto? Usted dijo que era buena amiga de su esposa.

—Y lo es. Es una muchacha maravillosa y comprende a la perfección lo difícil de la situación. Está de acuerdo en que hay que abrir la caja fuerte.

—¿Le ha hablado ella a su esposo? —preguntó Gonzalo.

Puntsch vaciló.

—Bueno, no. No le han permitido verlo. Él... él... Esto es ridículo pero no puedo evitarlo. Pretende que Bárbara, su esposa, está pagada por la Unión Soviética. Para ser francos, fue a Bárbara a quien él... cuando lo llevaron al hospital...

—Está bien —dijo Trumbull con un gruñido—, ¿pero no puede usted hacer que Revsof sea declarado incompetente y que traspasen el control de la caja fuerte a la esposa?

—En primer lugar, es algo complicado. Bárbara tendría que dar testimonio de una cantidad de cosas que no desea testimoniar. Ella... ella lo ama.

—No quiero ser brutal —dijo Gonzalo—, pero usted dijo que Revsof está desmejorando. Si muerte...

—Desmejorando en el aspecto mental, no físico. Tiene treinta y ocho años y podría vivir cuarenta años más sin dejar de estar loco un solo día.

—¿Con el tiempo su esposa no se verá obligada a pedir que lo declaren incompetente?

—¿Pero cuándo será? —dijo Puntsch—. Y todo esto no es aún el problema que quiero plantear. Le había explicado a Bárbara con exactitud cómo procedería para proteger la prioridad de Matt. Abriría la caja fuerte y Bárbara pondría sus iniciales y contaría cada hoja de papel que hubiese adentro. Yo sacaría fotocopia de todo y le entregaría a ella una declaración ante escribano público en el sentido de que había hecho eso y que daba cuenta de que todo lo que había sacado de la obra de Revsof. Los originales y la declaración ante escribano serían devueltos a la caja y yo trabajaría con las copias.

»Vean, ella me dijo desde un principio que tenía la combinación. Era cuestión de superar en primer lugar la sensación que yo sentía de estar traicionando la confianza de alguien, y en segundo término, de superar los escrúpulos de ella. El asunto no me gustaba, pero sentía que estaba sirviendo a una causa más alta y por fin Bárbara accedió. Decidimos que si alguna vez Revsof estaba lo bastante cuerdo como para volver a casa, pensaría que habíamos hecho lo indicado. Y su prioridad estaría protegida.

—Entonces entiendo que abrió la caja fuerte —dijo Trumbull.

—No —dijo Puntsch—. No lo hice. Probé la combinación. Bárbara me la dio y no funcionó. La caja sigue cerrada.

—Podría haberla forzado —dijo Halsted.

—No puedo obligarme a hacerlo —dijo Puntsch—. Una cosa es que la esposa me dé la combinación Otra muy distinta es...

Halsted sacudió la cabeza.

—Quiero decir: ¿la señora Revsof no puede pedir que fuercen la caja?

—No creo que ella pediría eso —dijo Puntsch—. Significaría la intervención de extraños. Sería un acto de violencia contra Revsof, en cierto sentido, y... ¿Por qué no funciona la combinación? Ese es el problema.

Trumbull puso las manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante.

—Doctor Puntsch: ¿nos está pidiendo que contestemos esa pregunta? ¿Que le digamos cómo usar la combinación que tiene?

—Más o menos.

—¿Ha traído la combinación?

—¿Se refiere al trozo de papel concreto en el que estaba escrita la combinación? No. Bárbara lo conserva y la comprendo. Sin embargo, si quiere que la escriba, no hay problema. La recuerdo muy bien —Sacó una libretita del bolsillo interior del saco, arrancó una hoja de papel, y escribió con rapidez—. ¡Aquí está! 12R 27 15

Trumbull la miró con solemnidad, después le pasó el papel a Halsted, que estaba a su izquierda. La hoja recorrió la mesa y regresó a él.

Trumbull entrelazó los dedos y miró solemnemente el trozo de papel.

—¿Cómo sabe que ésta es la combinación de la caja fuerte?

—Bárbara afirma que lo es.

—¿No le parece improbable, doctor Puntsch, que el hombre que usted describió deje la combinación en cualquier parte? Una vez obtenida la combinación, da lo mismo que tenga la caja sin cerrar. Esta hilera de símbolos puede no tener nada que ver con la caja.

Puntsch suspiró.

—Las cosas son distintas. No es que la caja haya tenido alguna vez en su interior algo de valor intrínseco. No hay nada de gran valor intrínseco en la casa de Revsof, o

en la mía, si vamos al caso. No somos ricos y no somos blancos ideales para el robo. Revsof compró la caja hace unos cinco años y la hizo instalar porque pensaba que con el tiempo podía querer guardar papeles en ella. Ya entonces tenía ese fetichismo acerca de perder la prioridad, pero sólo últimamente llegó al extremo de la paranoia. Tomó nota de la combinación para su uso personal, para poder abrirla él mismo.

»Bárbara encontró la anotación un día y preguntó qué era y él dijo que era la combinación de su caja fuerte. Ella dijo: “Bueno, no la dejes en cualquier parte” y la guardó en un sobrecito en uno de sus propios cajones, con la sensación de que algún día él podría necesitarla. Al parecer nunca se presentó la ocasión, y estoy seguro de que él se olvidó del asunto. Pero ella no se olvidó, y dice que está segura de que nunca la tocaron.

—Él puede haber hecho cambiar la combinación —dijo Rubin.

—Eso significaría la entrada de un cerrajero en la casa. Bárbara dice que está segura de que no pasó.

—¿Eso es todo lo que está escrito en la hoja? —dijo Trumbull—. ¿Sólo seis números y una letra del alfabeto?

—Eso es todo.

—¿Y en el dorso de la hoja?

—Nada.

—Como comprenderá, doctor Puntsch —dijo Trumbull—, esto no es un código, y yo no soy experto en cerraduras de combinación. ¿Qué aspecto tiene la cerradura?

—Muy común. Estoy seguro de que Revsof no podía costearse una caja fuerte muy compleja. Hay un círculo con números del 1 al 30 y una perilla con un pequeño señalador en el centro. Bárbara vio trabajar a Matt con la caja y no hay mayores complejidades. Hace girar la perilla y la abre.

—¿Ella nunca lo ha hecho?

—No. Ella dice que no.

—¿Ella no puede decirle por qué la caja no se abre cuando usted emplea la combinación?

—No, no puede. Y sin embargo parece bastante simple. La mayor parte de las cerraduras de combinación que he usado (en realidad todas) tienen perillas que uno hace girar primero en una dirección, después en la otra, después otra vez en la primera dirección. De acuerdo a la combinación, me parece claro que tenía que hacer girar la perilla primero a la derecha<sup>[30]</sup> hasta que el señalador estuviese en el doce, después a la izquierda hasta el veintisiete, después otra vez a la derecha hasta el quince.

—Yo tampoco veo que pueda significar otra cosa —dijo Trumbull.

—Pero no funciona —dijo Puntsch—. Marqué la combinación doce, veintisiete, quince una docena de veces. Lo hice con cuidado, asegurándome de que el pequeño

señalador estuviese centrado en cada línea. Traté de hacer vueltas extras; ya saben, a la derecha hasta doce, después una vuelta completa a la izquierda y después hasta veintisiete, después una vuelta completa a la derecha y después hasta quince. Intenté hacer una vuelta completa en una dirección y no en la otra. Intenté otros trucos, tironear de la perilla, apretarla. Lo intenté todo.

—¿Dijo “Sésamo, ábrete”? —dijo Gonzalo, con una sonrisa.

—No se me ocurrió —dijo Puntsch, sin sonreír—, pero si se me hubiese ocurrido, lo habría intentado. Bárbara dice que nunca notó que él hiciese algo especial, pero desde luego, puede haberse tratado de algo poco notable y en ese sentido no lo observó con mucha atención. No se le ocurrió que alguna vez tendría que saberlo.

—Permítame darle otro vistazo —dijo Halsted. Miró la combinación con seriedad—. Esto no es más que una copia, doctor Puntsch. No puede ser exactamente como se la veía. Me parece evidente aquí, pero usted puede haberla copiado sólo como creía que era. ¿No es posible que algunos de los números del original sean equívocos, como para que usted confunda un siete con un uno, por ejemplo?

—No, no —dijo Puntsch, sacudiendo la cabeza con vigor—. No hay posibilidad de error. Se lo aseguro.

—¿Qué me dice de los espacios? —dijo Halsted—. ¿Estabas espaciado exactamente así?

Puntsch tomó el papel y lo miró otra vez.

—Oh, entiendo lo que quiere decir. No, en realidad no había espacios. Yo los puse porque era así como la veía. En realidad el original es una línea corrida de símbolos, sin ningún espaciado especial. Sin embargo no importa, ¿verdad? No se lo puede dividir de otro modo. La escribiré otra vez sin espacios.

Escribió por segunda vez bajo la primera línea y le alcanzó el papel a Halsted. 1 2 R 2 7 1 5

—No se la puede dividir de otro modo —dijo—. No se puede tener un 2710 un 715. Los números sólo llegan a treinta.

—Ahora bien —murmuró Halsted—, olviden los números. ¿Qué me dicen de la letra R? —Se pasó la lengua por los labios, en obvio disfrute de la nítida atmósfera de suspenso que se había centrado ahora en él—. Supongan que dividimos así la combinación:

12 R27 15

Levantó el papel para que lo viese Puntsch, y después los demás.

—En esta división, es el número veintisiete el que tendría la inicial de “right” (derecha), así que son los otros dos números los que habría que girar a la izquierda. En otras palabras, los números son doce, veintisiete y quince, de acuerdo pero habría que hacerlos girar a izquierda, derecha, izquierda, en vez de derecha, izquierda, derecha.

—¿Por qué poner la R allí? —protestó Gonzalo.

—Todo lo que él necesita es un pequeño dato recordatorio. Sabe cuál es la combinación. Si recuerda que el número central es hacia la derecha, sabe que los otros dos son hacia la izquierda.

—Pero eso no es un gran adelanto —dijo Gonzalo—. Si sólo pone los tres números, es ya sea izquierda, derecha, izquierda, o si no derecha, izquierda, derecha. Si no funciona en un sentido, prueba con el otro. Tal vez la R quiera decir otra cosa.

—No se me ocurre qué —dijo Puntsch con tristeza.

—El símbolo sólo podría ser una R, ¿verdad, doctor Puntsch? —dijo Halsted.

—Solamente —dijo Puntsch—. Admito que no pensé en asociar la R con el segundo número, pero de todos modos no importa. Cuando la combinación no funcionó haciéndola girar en el orden derecha, izquierda, derecha, me desesperé lo suficiente como para probarla no sólo en el orden izquierda, derecha, izquierda, sino también en derecha, derecha, derecha e izquierda, izquierda, izquierda. En todos los casos lo intenté con y sin vueltas completas entremedio. No funcionó nada.

—¿Por que no probar con todas las combinaciones? Sólo serían muchas.

—Calcula cuántas, Mario —dijo Rubin—. El primer número podría ser cualquiera del uno al treinta en cada dirección; lo mismo pasaría con el segundo; también con el tercero. El número total de combinaciones posibles, teniendo en cuenta las dos direcciones para cada número, sería sesenta veces, sesenta veces sesenta, o sea más de doscientos mil.

—Creo que la forzaría mucho antes de llegar a probarlas todas —dijo Puntsch con evidente disgusto.

Trumbull se volvió hacia Henry, que había estado de pie junto al copero con una expresión de atención en el rostro.

—¿Has ido siguiendo todo esto, Henry?

—Sí, señor —dijo Henry—, pero no he visto las cifras escritas.

—¿Me permite, doctor Puntsch? —dijo Trumbull—. Él es el mejor de nosotros, en realidad.

Le alcanzó la hoja con los tres números escritos de tres maneras distintas.

Henry las examinó con gravedad y sacudió la cabeza.

—Lo siento. Se me había ocurrido algo, pero veo que estaba equivocado.

—¿Qué se te había ocurrido? —preguntó Trumbull.

—Se me había ocurrido que la letra R podía estar escrita con minúscula. Veo que está en mayúscula.

Puntsch parecía asombrado.

—Aguarden, aguarden. Henry, ¿tiene importancia eso?

—Podría ser, señor. No pensamos con frecuencia que la tenga, pero hace un momento el señor Halsted explicó que la palabra inglesa “polish” (pulir), se convertía en “Polish” (polaco), y cambiaba de pronunciación simplemente debido a la

mayúscula.

—Pero es una minúscula en el original, sabe —dijo Puntsch lentamente—. Nunca se me ocurrió escribirla de ese modo. Siempre uso mayúsculas cuando escribo. Qué raro.

Hubo una leve sonrisa en el rostro de Henry. Dijo:

—¿Quisiera escribir la combinación con minúscula, señor?

Puntsch, un poco ruborizado, escribió: 1 2 r 2 7 1 5 Henry miró la línea y dijo:

—Ya que después de todo se trata de una r minúscula, puedo hacer una pregunta más. ¿Hay alguna otra diferencia entre esto y el original?

—No —dijo Puntsch. Después, a la defensiva—: Ninguna diferencia significativa. La cuestión del espaciado y la mayúscula no ha cambiado nada, ¿verdad? Desde luego, el original no está escrito con mi letra.

—¿Está escrito con la letra de alguien, señor? —dijo Henry, sereno.

—¿Qué?

—Quiero decir: ¿el original está dactilografiado, doctor Puntsch?

El rubor del doctor Puntsch se hizo más profundo.

—Sí, ahora que lo pregunta, estaba dactilografiado. Eso tampoco significa nada. Si hubiese aquí una máquina de escribir, se lo dactilografiaría, aunque, desde luego, no sería el mismo tipo de máquina que el del original, tal vez.

—En la oficina de este piso hay una máquina de escribir —dijo Henry—. ¿Le importaría dactilografiar la línea, doctor Puntsch?

—En absoluto —dijo Puntsch, desafiante. Regresó en dos minutos, durante los cuales nadie dijo una palabra en la mesa. Le alcanzó el papel a Henry, con la serie de número dactilografiados bajo las cuatro líneas de números manuscritos:

1 2 r 2 7 1 5

—¿Así se los veía? —dijo Henry—. ¿La máquina de escribir con que se hizo el original no tenía un tipo de letra especialmente poco común?

—No. Lo que acabo de dactilografiar es casi idéntico al original.

Henry le pasó el papel a Trumbull, que lo miró y lo hizo circular.

—Supongo que si abre la caja-fuerte —dijo Henry—, es probable que no encuentre nada de importancia.

—Yo también lo supongo —estalló Puntsch—. Estoy casi seguro. Sería desilusionante pero mucho mejor que quedarse aquí preguntándomelo.

—En ese caso, señor —dijo Henry— quisiera decir que el señor Rubin habló esta noche de idiomas privados. La máquina de escribir también tiene un idioma privado. La máquina de escribir común emplea el mismo símbolo para el número uno y la minúscula de la duodécima letra del alfabeto.

»Si usted hubiese querido abreviar las palabras “right” y “left” con las iniciales manuscritas, no habría habido problema, ya que ninguna forma de la escritura a mano

puede llevar a la confusión. Si hubiese empleado una máquina de escribir y las abreviaba con mayúsculas habría sido una notación clara. Al emplear minúsculas, es posible leer la combinación como 12 right (derecha), 27, 15; o tal vez 12, right 27, 15; o como left (izquierda) 2, right 27, left 5. El 1 en 12 y 15 no es el número 1 sino la minúscula de la letra L y quiere decir left, izquierda. Revsof sabía lo que estaba mecanografiando y él no se confundía. Podía confundir a otros.

Puntsch miró los símbolos con la boca abierta.

—¿Cómo se me pasó por alto?

—Un momento antes —dijo Henry—, usted había hablado de momentos de penetración que podía tener cualquiera pero en realidad sólo una persona tenía. Fue el señor Gonzalo quien dio en la tecla.

—¿Yo? —dijo Gonzalo con vigor.

—El señor Gonzalo se preguntó por qué tenía que haber sólo una letra —dijo Henry—, y a mí me pareció que tenía razón. Seguramente el doctor Revsof indicaría la dirección de todos los números, o de ninguno. Como una letra estaba presente sin lugar a dudas, me pregunté si no estarían también las otras dos.

## Postfacio

*Este relato apareció en el número de setiembre de 1974 del Ellery Queen's Mystery Magazine, con el título "Todo depende de cómo se lo mire", Una vez más prefiero el título más breve, así que le devuelvo el mío: "Los tres números".*

*A veces me preguntan de dónde saco las ideas, en realidad me lo preguntan con frecuencia. No hay ningún gran secreto. Las saco de todo lo que experimento, y usted también puede hacerlo, si desea trabajar en ello.*

*Por ejemplo sé que tengo un posible relato de los Viudos Negros cuando puedo pensar en algo que puede considerarse de dos o más maneras, con sólo Henry considerándolo en la manera correcta.*

*Así que una vez, sentado ante mi máquina de escribir, deseé tener una idea para un relato del club de los Viudos Negros (porque tenía ganas de escribir eso más que la tarea que debía enfrentar en el día). Decidí mirar la máquina de escribir y ver si había alguna ambigüedad útil que pudiese extraer del teclado. Después de pensarlo un poco, extraje una y tuve mi relato.*

## ¡Nada mejor que el asesinato! (1974)

“Nothing Like Murder”

Emmanuel Rubin se veía decididamente ojeroso cuando llegó al banquete mensual del club de los Viudos Negros. Mientras que por lo común daba la nítida impresión de ser treinta centímetros más alto del metro sesenta que le asignarían las mentes literales, esta vez parecía encogido a sus límites naturales. Los gruesos anteojos parecían aumentar menos, y hasta la barba, bastante rala en el mejor de los casos, se desparramaba flácida.

—Pareces tener tu edad —dijo el refulgente Mario Gonzalo—. ¿Qué pasa?

—Y tú pareces un D'Artagnan emperifollado —dijo Rubin con notable falta de ingenio.

—Todos los latinos somos apuestos —dijo Gonzalo—. Pero en serio, ¿qué pasa?

—Estoy atrasado en seis horas de sueño —dijo Rubin con rencor—. Un plazo de entrega me sorprendió distraído. En realidad el plazo venció hace dos días.

—¿Terminaste?

—Apenas. La entregaré mañana.

—¿Quién es el asesino esta vez, Manny?

—Maldición, tendrás que comprar el libro y enterarte —se hundió en un sillón y dijo—: ¡Henry! —con un prolongado gesto del pulgar y el índice.

Henry, el mozo perenne de los banquetes del club le sirvió de inmediato una copa y Rubin no dijo nada hasta que la cuarta parte del contenido pasó a su esófago. Después dijo:

—¿Dónde están todos? —Era como si advirtiera por primera vez que Gonzalo y él eran los únicos presentes.

—Llegamos temprano —dijo Gonzalo, encogiéndose de hombros.

—Juro que no creí que llegaría a cumplir. Ustedes los artistas no tienen plazos fijos de entrega, ¿verdad?

—Me gustaría que la demanda fuera suficiente como para hacer necesarios los plazos de entrega —dijo Gonzalo, torvo—. A veces nos apuran, pero podemos contar con más independencia que ustedes, los que trabajan con las palabras. No es algo que se pueda fabricar con una máquina de escribir.

—Escucha —empezó Rubin, después lo pensó mejor y dijo—: Lo dejaré para la próxima. Hazme recordar que te hable de tus garabatos en lápiz.

Gonzalo rió.

—Manny, ¿por qué no escribes un best-seller y terminas con el asunto? Si sólo vas a escribir novelas policiales para un público limitado, nunca llegarás a rico.

—¿Crees que no puedo escribir un best-seller? —Rubin alzó la barbilla—. Puedo hacerlo cuando quiera. Lo he analizado. Para escribir un best-seller tienes que apuntar



a uno de los únicos dos mercados lo bastante grandes como para sostenerlo. O el ama de casa o el estudiante universitario. El sexo y el escándalo atraen al alma de casa; lo pseudo-intelectual a los chicos de la universidad. Podría hacer cualquiera de las dos cosas si quisiera pero no estoy interesado en el sexo y el escándalo y no quiero tomarme el trabajo de rebajar mi intelecto para convertirlo en pseudo-intelecto.

—Inténtalo, Manny, inténtalo. Subestimas la medida total de la incapacidad de tu intelecto. Además —agregó Gonzalo con rapidez para detener una respuesta violenta—, no vas a decirme que sólo lo pseudo intelectual atrae a los estudiantes universitarios.

—¡Seguro! —dijo Rubin indignado—. ¿Sabes que es lo que marcha bien con la turba universitaria? Recuerdos del futuro, que es una insensatez lisa y llana. La llamaría ciencia ficción salvo que no es tan buena. O El reverdecer de América, que fue un libro de moda: un mes lo leían todos porque estaba en onda, al mes siguiente ya estaba quemado.

—¿Qué me dices de los libros de Vonnegut? ¿Qué me dices de El Shock del futuro? Oí decir que te gustó El shock del futuro.

—Más o menos —dijo Rubin. Cerró los ojos y bebió otro sorbo.

—Ni siquiera Henry te toma en serio —dijo Gonzalo—. Mira cómo sonrío.

Henry estaba poniendo la mesa.

—No es más que una sonrisa de placer, señor Gonzalo —dijo, y en verdad su rostro liso y sesentón irradiaba justamente esa emoción—. El señor Rubin me ha recomendado una cantidad de libros que habían sido favoritos en las universidades y por lo general los he leído con placer. Sospecho que le gustan más libros de los que quiere admitir.

Rubin pasó por alto la observación de Henry y dirigió los ojos cansados hacia Gonzalo.

—¿Además, qué quieres decir con “ni siquiera Henry”? Lee muchos más libros que tú.

—Puede ser, pero no lee tus libros.

—¡Henry! —exclamó.

—He comprado y leído varias novelas policiales del señor Rubin —dijo Henry.

—¿Y qué piensas de ellas? —dijo Gonzalo—. Di la verdad. Te protegeré.

—Me gustan. Son muy buenas en su género. Por supuesto, carezco de un sentido de lo dramático, y una vez que se descarta lo dramático, es posible ver la solución... cuando el autor lo permite.

En ese momento empezaron a llegar los demás y Henry se encargó de las bebidas.

Había pasado largo tiempo desde que el club contara con un invitado extranjero y Drake que era el anfitrión, se regodeaba en la gloria del hecho y sonreía con serenidad a través del humo enroscado de su eterno cigarrillo. Además, el invitado

era ruso, un auténtico ruso de la Unión Soviética, y Geoffrey Avalon, que había estudiado ruso durante la Segunda Guerra Mundial, tenía oportunidad de emplear lo que podía recordar.

Avalon, alto y con un modo de hablar severo y de parejo énfasis sílaba-por-sílaba, sonaba hasta tal punto como un abogado que parecía dirigirse a un jurado soviético. El ruso, que se llamaba Grigori Deryashkin, parecía complacido y contestó con frases lentas, nítidas, hasta que a Avalon se le acabó la cuerda.

Deryashkin era un hombre fornido de holgado traje gris, camisa blanca y corbata oscura. Tenía rasgos romos, dientes grandes, sonrisa fácil y un inglés que consistía en un vocabulario adecuado, una gramática imprecisa y un acento marcado pero para nada desagradable.

—¿De dónde lo sacaste? —le preguntó Thomas Trumbull a Drake en voz baja mientras Deryashkin se apartaba un momento de Avalon para recibir un generoso vodka on the rocks de manos de Henry.

—Es un escritor científico —dijo Drake—. Fue a visitar el laboratorio para obtener detalles sobre nuestro trabajo en insecticidas hormonales. Nos pusimos a hablar y se me ocurrió que podía disfrutar de una amable velada con algunos cerdos capitalistas.

Deryashkin disfrutó de la comida sin duda alguna. Comió con enorme placer y Henry, captando el espíritu de la camaradería internacional —o quizás para sacar a relucir el costado más generoso de Norteamérica— como al pasar, y con la suave cualidad de imperceptible que era su característica profesional, le sirvió repetición de todos los platos.

Roger Halsted observaba el proceso con ansiedad pero no dijo nada. Por lo común el club desaprobaba la repetición de un plato en los banquetes, con la teoría de que un estómago cargado como el de un cerdo disminuía la brillantez en la conversación de sobremesa y Halsted, que enseñaba matemáticas en un colegio secundario y que en consecuencia sentía a menudo la necesidad de sustento rico en calorías, tenía una clara opinión en contra.

—¿De qué zona de la Unión Soviética proviene usted, señor Deryashkin? —preguntó Trumbull.

—De Tula, noventa kilómetros al sur de Moscú. ¿Oyeron hablar de Tula?

Hubo un momento de silencio y después Avalon dijo con autoridad:

—Creo que desempeñó un papel en la guerra contra Hitler.

—Sí, sí —Deryashkin parecía gratificado—. A fines del otoño de 1941 el ataque a Moscú tendió garras hacia el norte y el sur. Las fuerzas alemanas de avanzada llegaron a Tula. En el frío y la nieve los páramos; no tomaron Tula. Nunca tomaron Tula. Llamamos a la guardia de casa: muchachos, ancianos. Yo tenía dieciséis años y llevaba un rifle hecho en nuestra propia fábrica. También hacemos los mejores

samovares de Rusia; Tula se destaca en la guerra y en la paz. Más tarde en la guerra, estuve en la artillería. Llegué a Leipzig, pero no a Berlín. Éramos amigos entonces, la Unión Soviética y América. Que sigamos siendo amigos —y alzó la copa.

Hubo un murmullo de acuerdo y el buen humor de Deryashkin fue fortalecido aún más por el postre.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando con el tenedor, después del primer bocado.

—Pastel de pacana —dijo Drake.

—Muy bueno. Muy sustancioso.

Henry tuvo una segunda porción de pastel para Deryashkin sobre la mesa casi en cuanto hubo devorado el primero, y después, al advertir cómo los ojos de Halsted seguían la trayectoria de la porción, colocó con serenidad un segundo trozo similar también ante él. Halsted miró a su alrededor, descubrió que lo ignoraban estudiadamente, y atacó el pastel con alegría.

Trumbull se inclinó hacia Drake y susurró:

—¿Conoce tu invitado el sistema de interrogatorio?

—Traté de explicárselo —susurró Drake—, pero no estoy seguro de que lo entendiera. En todo caso no abramos el fuego con la pregunta usual acerca de cómo justifica su existencia. Podría considerarla como una observación anti-soviética.

El rostro tostado de Trumbull se crispó en una mueca silenciosa. Después dijo:

—Bueno, te lo dejo a ti. Empecemos.

Henry estaba llenando sin inmutarse las copitas de brandy cuando Drake tosió, apagó el cigarrillo en un cenicero, y dio unos golpecitos con el tenedor sobre su vaso de agua.

—Es hora —dijo—, de encargarnos de nuestro invitado extranjero, y sugiero que sea Manny, que ha mantenido un silencio sospechoso a lo largo de la comida, quien emprenda el...

Deryashkin se había echado hacia atrás en la silla, con el saco desabotonado, la corbata floja. Dijo:

—Ahora hemos llegado a la conversación, y sugiero, con permiso de la compañía, que hablemos de vuestra gran ciudad de Nueva York. Hace dos semanas que estoy aquí ya, y diré que es una ciudad de los condenados.

Sonrió en el vacío que la observación había creado y movió la cabeza asintiendo con jovialidad.

—Una ciudad de los condenados —dijo una vez más.

—Supongo que habla de Wall Street... —dijo Trumbull—. Ese nido de chupasangres imperialis... (Drake le pateó la espinilla).

Pero Deryashkin sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—¿Wall Street? No estuve allí y no es de interés. Si se tiene en cuenta el estado

del dólar, dudo que Wall Street sea muy poderoso en estos días. Además, somos amigos y no deseo pronunciar frases tales como chupasangres imperialistas. Eso forma parte de los clisés periodísticos como “sucia rata comunista” ¿No es así?

—Está bien —dijo Rubin—. No usemos palabras feas. Sólo usemos palabras lindas como ciudad de los condenados. ¿Por qué Nueva York es una ciudad de los condenados?

—¡Es una ciudad de terror! Tienen crímenes en todas partes, Viven en el temor. No caminan por las calles. Los parques están vacíos donde sólo se pasean rufianes y pillos. Ustedes se protegen detrás de puertas cerradas con llave.

—Supongo que Nueva York —dijo Avalon— comparte los problemas que acosan a todas las ciudades grandes y superpobladas hoy en día, incluso, estoy seguro, las grandes ciudades de la Unión Soviética. Sin embargo, esos problemas no son tan malos como los pintan.

Deryashkin alzó los dos brazos.

—No me malinterpreten. Ustedes son mis excelentes anfitriones y no tengo deseos de ofender. Reconozco que la condición está muy difundida, pero en una ciudad como Nueva York, vistosa en muchos aspectos, muy avanzada y próspera en muchos sitios, parece equivocado, irónico, que deba haber tanto miedo. ¡Asesinatos que se planean abiertamente en las calles! ¡Una verdadera guerra de un fragmento de la población contra otro!

Rubín interrumpió con la barba erizada combativamente por primera vez en la noche.

—No quiero ofender más que usted, camarada, pero creo que cree en exceso en su propia propaganda. Hay crímenes, sí, pero en su mayor parte la ciudad es pacífica y cómoda. ¿Lo han asaltado a usted, señor? ¿Lo han atacado a usted en algún sentido?

Deryashkin sacudió la cabeza.

—Hasta ahora, no. Seré honesto. Hasta ahora me han tratado con la mayor cortesía posible; aquí, en particular. Les agradezco. La mayor parte del tiempo, sin embargo, he estado en zonas opulentas. No he estado donde se presentan los problemas.

—Entonces ¿cómo sabe que hay problemas salvo por lo que leyó o escuchó en medios hostiles? —dijo Rubin.

—Ah —dijo Deryashkin—, pero me aventuré en un parque... cerca del río. Allí oí planear un asesinato. No es algo que leí en un diario o que me contó algún enemigo o malintencionado hacia vuestro país. Es la verdad. Lo oí.

Rubin, cuyos anteojos parecían concentrar la furia de sus ojos en una mirada incandescente, señaló con un dedo un poco tembloroso y dijo:

—Escuche...

Pero Avalon se había puesto en pie, y desde su altura de más de un metro ochenta, dominó la mesa sin inconvenientes.

—Caballeros —dijo con su imponente voz de barítono—, detengámonos aquí. Quiero hacer una sugerencia. Nuestro invitado, Tovarich Deryashkin, parece creer que escuchó planear un asesinato abiertamente en la calle. Confieso que no entiendo qué quiere decir con eso, pero sugeriría que lo invitemos a que nos cuente en detalle lo que oyó y en qué circunstancias. Después de todo, podría tener razón y podría tratarse de un relato interesante.

Drake asintió con un vigoroso movimiento de cabeza.

—Me hago cargo del privilegio de anfitrión y dispongo que el señor Deryashkin nos cuente la historia del plan de asesinato desde el principio y que tú, Manny, permitas que la cuente.

—Me alegrará contar la historia con la máxima precisión posible, por lo que valga —dijo Deryashkin—. No hay muchos detalles, pero de que implica asesinato no puede haber duda. Tal vez, antes de empezar, un poco más de brandy. Gracias, amigo mío —le dijo con amabilidad a Henry.

Deryashkin le dio un sorbo al brandy y dijo:

—Ocurrió a última hora de esta mañana. Zelykov y yo... Zelykov es colega, un hombre brillante en biología y genética, un poco reprimido en la época de Lysenko, pero excelente. No habla bien en inglés y yo actúo como intérprete de él. Esta mañana Zelykov y yo pasamos un par de horas en el Departamento de Biología de la Universidad de Columbia.

»Cuando nos fuimos, no estábamos seguros acerca de cómo seguir las instrucciones que nos habían dado. No teníamos del todo claro el significado de lo que habíamos oído o qué íbamos a hacer a continuación. Bajamos hacia el río (el Río Hudson, que según tengo entendido, está muy contaminado) y miramos hacia la otra costa, que es muy bonita desde lejos, pero comercializada, me han dicho, y a la autopista, que está en el medio, y no es tan bonita.

»Era un hermoso día. Bastante frío, pero los días fríos no asustan a un ruso de Tula. Nos sentamos y hablamos en ruso y es un placer hacerlo. Zelykov sólo conoce unas pocas palabras de inglés y hasta para mí es un esfuerzo hablar en inglés sin cesar. Es un gran idioma; no quisiera ser ofensivo; el idioma de Shakespeare y de vuestro Mark Twain y de Jack London, y me gusta. Pero... —echó la cabeza a un lado y frunció los labios— es un esfuerzo, y es agradable hablar en la propia lengua nativa y ser fluido.

»Pero menciono que hablábamos en ruso sólo porque desempeña un papel en la historia. Fíjense que dos jóvenes, que no parecían rufianes, se acercaron. Tenían cabello corto, estaban afeitados, parecían personas acomodadas. Al principio no les presto atención realmente. Me doy cuenta de que se acercan pero estoy interesado en

lo que digo y no me resulta claro realmente que van a hablarnos hasta que lo hacen. No recuerdo con exactitud qué dicen, pero es algo como: “¿Les importa que nos sentemos?”.

»Como es natural, no me importa. El banco tiene dos mitades, con una divisoria metálica en el medio. En cada mitad hay espacio más que suficiente para dos personas. Zelykov y yo estamos en una mitad; los dos jóvenes pueden ocupar la otra. Digo: “No, por favor. Acomódense. Siéntense y descansen”. Algo por el estilo.

»Pero (y esto es importante) en ese momento le estaba hablando en ruso a Zelykov, así que cuando los dos jóvenes hicieron la pregunta contesté, sin pensarlo, también en ruso. Lo habría corregido, pero ellos se sentaron de inmediato y no nos prestaron más atención, así que pensé: Bueno, ya está hecha y no es necesario decir más nada.

»¿Comprenden sin embargo el significado de esto? —y aquí hizo una pausa, y se dio un golpecito en la nariz con el índice.

—No. No comprendo —dijo Rubin de inmediato.

—Creyeron que éramos extranjeros.

—Y lo son —dijo Rubin.

—Ah —dijo Deryashkin—, pero extranjeros que no podían hablar en inglés.

—¿Y eso qué importancia tiene, señor Deryashkin? —intervino Trumbull.

Deryashkin trasladó el índice a la palma de su mano izquierda, subrayando cada énfasis.

—Si ellos creen que hablamos en inglés, ocupan otro banco; pero como se dicen para sí: “Ajá, aquí tenemos extranjeros que no nos entenderán”, se sientan junto a nosotros y hablan sin reservas, y desde luego yo escucho. Hablo con Zelykov, pero también escucho.

—¿Por qué escuchó? —dijo Halsted, con los ojos puestos en su copa de brandy vacía—. ¿Parecían sospechosos?

—Para mí, sí —dijo Deryashkin—. Son estudiantes, ya que estamos cerca de la Universidad de Columbia y llevan libros. Como es natural, sé que la comunidad estudiantil norteamericana es muy activista y, en algunos casos, destructiva.

—Hace tres años —interrumpió Rubín con ardor—. Ahora no.

—Es lógico, usted defiende —dijo Deryashkin de buen humor—. Yo no critico. Comprendo que muchos estudiantes fueron motivados por la hostilidad a la guerra, y eso lo comprendo. Cualquier idealista humano estaría a favor de la paz. Sin embargo es innegable que bajo la máscara del idealismo puede haber también elementos indeseables. Además, estamos sentados en un parque. Está vacío y no hay nadie con quien podamos contar que nos ayude si los estudiantes están armados y son hostiles. Por otra parte es bien sabido que en Nueva York los transeúntes no interfieren cuando se desarrolla un acto criminal.

»En realidad no creo que estemos en peligro inmediato, pero sería temerario no mantener la atención. Tengo en cuenta a los rufianes y, sin mirarlos, escucho un poco.

—¿Por qué les llama rufianes? —dijo Rubin—. Hasta ahora no han hecho nada, salvo sentarse; y hasta para eso pidieron permiso con cortesía.

—La cortesía —dijo Deryashkin— no puede tenerse muy en cuenta. Fue sólo para comprobar qué éramos nosotros. Y les llamo rufianes porque es lo que eran. De lo que hablaban era de un plan de asesinato.

Una evidente atmósfera de incredulidad circuló por la mesa cuando Deryashkin hizo una pausa efectista, en ese momento. Por último Avalon preguntó:

—¿Está usted seguro de eso, señor Deryashkin?

—Por completo. Emplearon la palabra inglesa “murder” (asesinato), señor Rubin —dijo Deryashkin con gravedad—. La oí varias veces. Estoy seguro de que usted conoce el inglés mucho mejor que yo, pero dígame si en el idioma inglés hay alguna palabra parecida a “murder”<sup>[31]</sup>. Si hubiesen dicho “mother” (madre), puedo darme cuenta de la diferencia. Puedo pronunciar la th inglesa y puedo oírla, así que no coloco una d donde no corresponde. Oigo la letra m inicial con claridad, así que no es... eh... “girder”, digamos, que creo que es la palabra para las vigas de acero que se emplean en la construcción de edificios. Oigo “murder”, asesinato. ¿Cuando uno habla de asesinato de qué habla sino de matar?

—Podrían estar usando la palabra en una expresión familiar —dijo Gonzalo—. Si estaban discutiendo un futuro partido de fútbol con otro colegio, podrían decir: “¡Asesinaremos a esos inútiles!”.

—Hablaban con demasiada seriedad como para que fuera eso, mi querido señor —dijo Deryashkin—. No discuten sobre un partido de fútbol. Hablan en tonos bajos, graves, muy graves. Y también hay que tener en cuenta qué más dicen.

—¿Bueno, qué más dijeron? —preguntó Trumbull.

—Hubo algo acerca de “yacer en las sombras” que es algo que no se hace en los partidos de fútbol: Yacerían en las sombras esperando atrapar a alguien... tomarlo por sorpresa, asesinarlo.

—¿Dijeron todo eso? —preguntó Rubin.

—No, no. Esa es mi interpretación —Deryashkin frunció el entrecejo—. También dijeron algo acerca de atarlos. “Atarlos en la oscuridad”. Eso dijeron. Lo recuerdo con precisión. También se habló de una señal.

—¿Qué señal? —preguntó Avalon.

—A ring of a bell. El tañido de una campana. También oí eso. Creo que se trata de una conspiración bien organizada. Yacerán al acecho al caer la noche; habrá una señal cuando llegue la persona indicada o no haya moros en la costa; algún tipo de tañido: después atarán a la víctima o víctimas y los asesinarán.

—En mi mente no existen dudas —prosiguió Deryashkin—. Al principio sólo

habla un rufián (como si recitara el plan) y cuando termina el otro dice: “¡Muy bien! ¡Lo recuerdas bien! Repasaremos algunos otros detalles, pero lo lograrás”. Y le advirtió que no hablara.

—¿Que no hablara? —dijo Rubin.

—Se mencionó varias veces. Lo de hablar. Los dos lo hicieron. Con mucha gravedad.

—¿Quiere usted decir que se sentaron juntos a dos extraños, hablaron hasta por los codos, y se advirtieron el uno al otro que no debían hablar? —dijo Rubin.

—Ya dije varias veces que suponían que no hablábamos en inglés —dijo Deryashkin, un poco tenso.

—Mira, Manny —dijo Trumbull—, no vamos a pelear por esto. Tal vez el señor Deryashkin tiene algo de razón. Hay grupos radicales dispersos entre las corporaciones estudiantiles de Norteamérica. Han hecho volar edificios.

—No han planificado y llevado a cabo asesinatos a sangre fría —dijo Rubin.

—Siempre hay una primera vez —dijo Avalon, ceñudo, y evidentemente preocupado.

—Bien, señor Deryashkin —dijo Trumbull—, ¿hizo usted algo?

—¿Hacer algo? —Deryashkin parecía confundido—. ¿Retenerlos, quiere decir? No era fácil. Escucho, trato de comprender, enterarme de todo lo posible, sin mostrar que escucho. Si ven que escucho, verán que comprendemos y dejarán de hablar. Hasta podríamos estar en peligro. Así que no los miro mientras escucho y de pronto se hace el silencio y ellos se alejan.

—¿No los siguió? —preguntó Drake. Deryashkin sacudió la cabeza con energía.

—Si son rufianes están armados. Es bien sabido que las armas de mano se venden sin reservas en Norteamérica y que es muy común que los jóvenes lleven armas. Son jóvenes y parecen fuertes, y yo tengo casi cincuenta años y soy hombre de paz. Veterano de guerra, pero hombre de paz. En cuanto a Zelykov, tiene problemas de pecho y no puedo contar con él. Si los rufianes se van, que se vayan.

—¿Informó algo a la policía? —preguntó Halsted.

—¿Yo? ¿Para qué? ¿Qué evidencia tengo? ¿Qué puedo decir? Ahora mismo veo que todos ustedes son escépticos y se trata de hombres inteligentes que conocen mi ocupación y entienden que soy un hombre de responsabilidad, un hombre científico. Sin embargo son escépticos. ¿Qué sabría el policía aparte de que oí esas cosas dispersas? Y soy un ciudadano soviético. ¿Es posible que un policía acepte la palabra de un extranjero ruso contra dos jóvenes norteamericanos? Y no quisiera verme envuelto en un gran escándalo que afectaría mi carrera y tal vez pondría en un aprieto a mi país. Así que no digo nada. No hago nada. ¿Pueden sugerir que diga o haga algo?

—Bueno, no —dijo Avalon, reflexionando—, pero si una de estas mañanas



despertamos y descubrimos que se ha llevado a cabo ese asesinato y que algún grupo estudiantil es responsable, no nos sentiremos exactamente bien. Yo no me sentiría bien.

—Tampoco yo —dijo Trumbull—, pero entiendo la posición del señor Deryashkin. Sobre la base de lo que nos ha contado, por cierto le costaría mucho convencer a un terco sargento de policía. A menos que tuviese alguna evidencia concreta. ¿Tiene alguna idea del aspecto de los estudiantes, señor Deryashkin?

—En absoluto. Los vi por un instante cuando se acercaron. Después de eso no los miré, sólo escuché. Cuando se fueron, sólo les vi la espalda. No noté nada fuera de lo común.

—¿Entonces no le sería posible identificarlos?

—Bajo ninguna condición. Lo he pensado. Me dije si las autoridades del colegio me mostraran las fotos de todos los jóvenes que asisten a la Universidad de Columbia, no podría distinguir a los dos que estaban sentados en el banco.

—¿Tomó nota de cómo iban vestidos? —preguntó Gonzalo.

—Hacía frío, así que llevaban sobretodos —dijo Deryashkin—. Sobretodos grises, creo. En realidad no tomé nota.

—Sobretodos grises —murmuró Rubin.

—¿Llevaban algo fuera de lo común? —dijo Gonzalo—. ¿Sombreros extraños, guantes de lana, bufandas a cuadros?

—¿Vas a identificarlos de ese modo? —dijo Rubin—. ¿Quieres decir que piensas en ir a la policía y que ellos dirán: “Ese tiene que ser Bufandas Garfinkel, el famoso rufián. Siempre lleva bufandas a cuadros”.

—Cualquier información... —dijo Gonzalo con paciencia.

Pero Deryashkin interrumpió:

—Por favor, caballeros, no noté nada por el estilo. No puedo darles ninguna ayuda en cuanto a la ropa.

—Y su compañero, el señor... eh... —dijo Halsted.

—Zelykov.

—¿Y el señor Zelykov? —la voz suave de Halsted parecía pensativa—. Si él notó algo...

—No, ni los miró. Discutía sobre genes y ADN. Ni siquiera sabía que estaban allí.

Halsted se apoyó la palma con delicadeza sobre su alta frente y echó hacia atrás el cabello inexistente.

—No puede estar seguro, ¿verdad? —dijo—. ¿Hay algún modo en que pueda llamarlo ahora mismo y preguntarle?

—Sería inútil —protestó Deryashkin—. Lo sé. Créanme. Cuando se fueron, le dije en ruso: “¿Te das cuenta de la criminalidad de estos rufianes?”, y él dijo: “¿Qué

rufianes?”. Yo dije: “Esos que se van”. Y él se encogió de hombros y en vez de mirar siguió hablando. Se estaba poniendo frío hasta para nosotros y nos fuimos. Él no sabe nada.

—Eso es muy frustrante —dijo Halsted.

—Demonios —dijo Rubin—. En esto no hay nada importante. No lo creo.

—¿Quiere usted decir que miento? —dijo Deryashkin, ceñudo.

—No —dijo Rubin—. Quiero decir que es una mala interpretación. Lo que usted oyó no puede implicar un asesinato.

—¿Todos ustedes, caballeros, creen que lo que oí no puede implicar un asesinato? —dijo Deryashkin, aún ceñudo.

Avalon con los ojos fijos en el mantel, un poco embarazado, dijo:

—En realidad no puedo afirmar que esté seguro de que se planeaba un asesinato, pero creo que debemos actuar como si su hubiese planeado un asesinato. Si nos equivocamos no habremos hecho más que pasar por tontos. Si tenemos razón podríamos salvar una o más vidas. ¿El resto está de acuerdo en eso?

Hubo un murmullo incierto que parecía de asentimiento, pero Rubin cerró un puño hostil y dijo:

—¿Qué demonios quieres decir con actuar, Jeff? ¿Qué se supone que debemos hacer?

—Podríamos ir a la policía —dijo Avalon—. Tal vez para el señor Deryashkin sería difícil conseguir una audiencia; pero si uno (o más) de nosotros lo respalda...

—¿De qué serviría? —dijo Rubin, sardónico—. Si hubiera cincuenta millones como nosotros para presentar a nuestro amigo, la evidencia seguiría reducida a la memoria imprecisa de alguien que recuerda unos pocos fragmentos de conversación y que no puede identificar a los interlocutores.

—En ese sentido el señor Rubin tiene razón —dijo Deryashkin—. Además, no tomaré parte. Se trata de vuestra ciudad, de vuestro país, y no me inmiscuiré. De todos modos no podría hacerse nada, y cuando se lleve a cabo el asesinato será una lástima, pero no se puede evitar.

—No pasará nada —dijo Rubin.

—¿No? —dijo Deryashkin—. ¿Entonces cómo puede explicar lo que oí? Aunque se pase por alto todo lo demás, queda sin embargo la palabra “murder”, asesinato. La oí con claridad más de una vez y es una palabra que no puede confundirse con otra. En el idioma inglés no hay nada parecido a “murder” que yo haya podido confundir con esa palabra. Con seguridad si alguien habla de asesinato es porque se tiene que estar tramando un asesinato. Creo que usted es el único presente, señor Rubin, que lo duda.

Hubo una tos suave aun extremo de la mesa. Henry, que había retirado las tazas de café, dijo en tono de disculpa:

—No el único señor Deryashkin. Yo también lo dudo. En verdad, estoy seguro de que lo que dijeron los jóvenes era inofensivo.

Deryashkin se volvió en su asiento. Parecía sorprendido. Dijo:

—Camarada Mozo, si usted...

—Henry es un miembro del club —dijo Trumbull con rapidez—. Henry, ¿cómo puedes estar seguro?

—Si el señor Deryashkin tiene a bien contestar unas pocas preguntas —dijo Henry—, creo que todos estaremos seguros.

Deryashkin hizo un vigoroso movimiento de asentimiento con la cabeza y abrió los brazos.

—¡Pregunte! Yo contestaré.

—Señor Deryashkin —dijo Henry—, creo que usted dijo que el parque estaba vacío y que no había nadie a la vista para ayudarlos si los jóvenes demostraban ser violentos. ¿Entendí bien? ¿Los demás bancos del parque estaban desocupados?

—Los que podíamos ver estaban vacíos —dijo Deryashkin prontamente—. Hoy no fue un día agradable para sentarse en el parque.

—¿Entonces por qué supone que los jóvenes se dirigieron al banco de ustedes, el único que estaba ocupado?

Deryashkin rió brevemente y dijo:

—No hay misterio, amigo mío. El día era frío y nuestro banco era el único que estaba al sol. Por eso lo elegimos nosotros.

—Pero si iban a hablar de asesinato, con seguridad hubiesen preferido un banco para ellos solos aunque significara un poco más de frío.

—Usted olvida. Pensaron que éramos extranjeros que no podían hablar ni entender inglés. El banco estaba vacío en cierto sentido.

Henry sacudió la cabeza.

—Eso no tiene sentido. Se acercaron a usted y preguntaron si podían sentarse antes de que usted hablara en ruso. No tenían motivos para pensar que ustedes no podían entender inglés en el momento en que se acercaron.

—Podían habernos oído hablar en ruso desde lejos y lo controlaron —dijo Deryashkin, quisquilloso.

—¿Y sentarse casi de inmediato, en cuanto usted habló en ruso? ¿No lo pusieron más a prueba? ¿No le preguntaron si usted entendía inglés? ¿Para tramar un asesinato, se contentaron con un pequeño comentario ruso suyo, calcularon que estarían seguros, y se sentaron a discutir abiertamente un crimen horrible? Con seguridad si se tratara de conspiradores en primer lugar se habrían quedado lo más lejos posible de ustedes, y aunque el sol les atrajera de modo irresistible, lo habrían sometido a usted a un proceso de prueba mucho más cauteloso. Al menos, para mí, la interpretación lógica de los hechos sería que lo que tenían que discutir era inofensivo,

que querían un banco al sol, y que no les importaba en absoluto ser oídos o no.

—¿Y la palabra “murder”, asesinato? —dijo Deryashkin con pesado sarcasmo—. Eso, también, entonces, debe ser muy, muy inofensivo.

—Es el empleo de la palabra “murder” —dijo Henry—, lo que me convence de que toda la conversación fue inofensiva, señor. Me parece, con seguridad, que nadie emplearía la palabra “asesinato” en conexión con sus propias actividades; sólo con las de los demás. Si usted mismo va a asesinar a alguien habla de “borrarlo”, “llevarlo a dar un paseo”, “librarse de él” o, si me disculpa la expresión, señor, de “liquidarlo”. Hasta podría decir “matarlo” pero con seguridad nadie hablaría como al pasar de asesinar a alguien. Es una palabra demasiado fea; exige un eufemismo.

—Sin embargo la dijeron, señor mozo —dijo Deryashkin—. Hable todo lo que quiera, pero no va a convencerme de que no oí esa palabra con claridad más de una vez.

—Tal vez no dijeron lo que usted oyó.

—¿Y cómo es eso posible, amigo mío? ¿Eh?

—Aún con la mejor voluntad del mundo —dijo Henry— y con la más rígida honestidad, señor Deryashkin, uno puede cometer errores al interpretar lo que oye, sobre todo (excúseme, por favor) si el idioma no es su idioma natal. Por ejemplo, usted dice que se empleó la expresión inglesa “tie them up”, atarlos, ¿No podría ser que los oyera decir “bind them”, unirlos, y que la interpretó como “atarlos”?

Deryashkin parecía desorientado. Lo pensó un momento.

—No puedo jurar que no los oí decir “bind them”, unirlos —dijo—. Como usted lo menciona, empiezo a imaginar que tal vez lo oí. ¿Pero acaso importa? “Bind them” significa “tie them up”, atarlos.

—El significado es más o menos el mismo, pero las palabras son distintas. Y si son “tie them up”, unirlos, sé lo que tiene que ser lo que usted oyó una vez combinados todos los fragmentos de su informe. El señor Rubin también lo sabe (creo que mejor que yo) aunque tal vez no lo haya comprendido del todo por el momento. Creo que es esa comprensión inconsciente lo que lo ha vuelto tan reacio a la idea de que el señor Deryashkin oyó por casualidad una verdadera conspiración.

Rubin se irguió en la silla, parpadeando.

—¿Qué es lo que sé, Henry?

—Usted tiene que explicar la palabra “murder”, asesinato —dijo Deryashkin—. Nada cuenta si no explica “murder”.

—No soy un lingüista, señor Deryashkin —dijo Henry—, pero una vez oí decir que lo difícil de aprender son las vocales de un idioma extranjero y que lo que llaman un “acento extranjero” es en su mayor parte mala pronunciación de las vocales. En consecuencia usted puede no ser capaz de distinguir una diferencia de vocales y, aún con todos las consonantes intactas, lo que oyó como “murder” podría ser en realidad

“Mordor” —y ante esa palabra Rubin alzó las dos manos y dijo:

—Oh, Dios mío.

—Exacto, señor —dijo Henry—. Antes de la reunión, recuerdo una discusión entre usted y el señor Gonzalo sobre los libros que son populares entre los estudiantes universitarios. Seguramente uno de ellos fue El señor de los anillos, la trilogía de J. R. R. Tolkien.

—¡Tolkien! —dijo Deryashkin, confundido, y tropezando con la palabra.

—Fue un escritor inglés de literatura fantástica que murió hace muy poco —dijo Henry—. Estoy seguro de que los estudiantes universitarios forman sociedades Tolkien. Eso explicaría las referencias a “hablar”<sup>[32]</sup> que usted mencionó, señor Deryashkin, como parte de la conversación de los jóvenes. No se exhortaban mutuamente a guardar silencio sino que hablaban de la Sociedad Tolkien a la que imagino que uno de los dos quería unirse.

»Para formar parte, es posible que el candidato tuviese que memorizar primero el breve poema que es el tema de toda la trilogía. Si el joven estaba en verdad recitando el poema, que menciona dos veces la tierra de “Mordor”, entonces creo que cada fragmento de la conversación que usted oyó puede explicarse. El señor Rubin me recomendó una vez la trilogía y la disfruté enormemente. No puedo recordar el poema palabra por palabra, pero sospecho que el señor Rubin sí.

—¡Ya lo creo! —explotó Rubin. Se puso de pie, se llevó una mano al pecho, proyectó la otra hacia el cielorraso, y recitó con grandilocuencia:

—Three Rings for the Elven-Kings under the sky, Seven for the Dwarf-Lords in their halls of stone, Nine for Mortal Men doomed to die, One for the Dark Lord on his dark throne in the Land of Mordor where the Shadows lie. One Ring to rule them all, One Ring to find them, One Ring to bring them all and in the darkness bind them in the Land of Mordor where the Shadows lie.

Henry asintió.

—Como ven incluye no sólo la palabra que el señor Deryashkin interpretó como “asesinato” sino también referencias a “one ring”, a “yacer en las sombras”, a “atarlos en la oscuridad”.

Hubo silencio por un momento. Después Deryashkin dijo:

—Tres Anillos para los reyes—elfos bajo el cielo, Siete para los lores Enanos en sus salas de piedra, Nueve para los Hombres Mortales condenados a morir, Uno para el Señor Oscuro sobre su oscuro trono. En la Tierra de Mordor donde las Sombras yacen. Un Anillo para regirlos a todos. Un Anillo para encontrarlos, Un Anillo para traerlos a todos y en la oscuridad unirlos En la Tierra de Mordor donde las Sombras yacen.

—Tiene razón. Ahora que oigo el poema, debo admitir que fue eso lo que oí esta mañana. Es cierto ¿Pero cómo pudo saberlo, mozo?

Henry sonrió.

—Me falta sentido de lo dramático, señor Deryashkin. Usted siente que Nueva York es una selva, así que oyó sonidos selváticos. En cuanto a mí, prefiero suponer que los estudiantes universitarios hablaban como estudiantes universitarios.

## POSTFACIO

*J. R. R. Tolkien murió el 2 de setiembre de 1973. En ese momento me encontraba en Toronto asistiendo a la 319 Convención Mundial de Ciencia Ficción y la noticia me conmovió profundamente. Y sin embargo el mismo día en que me enteré de su muerte, gané el premio Hugo por mi novela de ciencia ficción Los propios dioses y no pude evitar sentirme feliz.*

*Como leí El señor de los anillos de Tolkien tres veces antes de su muerte (y la he leído una cuarta vez desde entonces) y como la disfruté más en cada nueva ocasión, sentí que el único modo de compensar el haber estado feliz en aquel triste día era escribir un relato a su memoria. Así que escribí “Nada mejor que el asesinato”.*

*Ellery Queen's Mystery Magazine, sin embargo, decidió no usarlo. Sentían que los lectores no estarían lo bastante familiarizados con Tolkien como para poder apreciar el relato. Así que después de cierta vacilación, lo envié al Magazine of Fantasy and Science Fiction, para el que escribo una sección científica mensual.*

*Para mi sorpresa (porque el relato no es fantástico ni de ciencia ficción), Ed Ferman, el director de F & SF, lo aceptó, y apareció en el número de octubre de 1974 de la revista. Después esperé cartas furiosas de adictos a la ciencia ficción, pero todo lo que recibí fue una cantidad de comentarios muy amables de lectores a quienes les encantaba saber que yo admiraba a Tolkien. Así que todo terminó bien.*

## Prohibido fumar (1974)

---

“Confessions of an American Cigarette Smoker (No Smoking)”

James Drake no era el único fumador, ni mucho menos, de la pequeña sociedad de los Viudos Negros, pero por cierto hacía la contribución individual más importante al dosel que por lo común se cernía sobre los banquetes mensuales de esa augusta congregación,

Tal vez fuese por ese motivo que Thomas Trumbull, con una expresión hosca, cuando llegó hacia el final de la hora del cóctel, como lo hacía por lo común, y una vez que se quitó la sed con un whisky con soda que le fue alcanzado diestramente y sin demora por el invalorable Henry, dobló su solapa ostentosamente en dirección a Drake.

—¿Qué es eso? —preguntó Drake, bizqueando a través del humo de su cigarrillo.

—¿Por qué demonios no lo lees y te enteras? —dijo Trumbull con una ferocidad aún mayor que la que acostumbraba—. Es decir, si la nicotina te ha dejado vista suficiente como para leer.

La solapa de Trumbull llevaba un distintivo que decía: "Gracias por no fumar".

Drake, una vez que la miró pensativo, dejó escapar una bocanada de humo en dirección del distintivo, y dijo:

—De nada. Siempre me gusta ayudar.

—Por Dios —dijo Trumbull—, soy un miembro de la minoría más oprimida del mundo. Quien no fuma no tiene derechos que un fumador se sienta obligado a observar. Dios mío, ¿acaso no puedo pretender a un poco de aire razonablemente limpio y sin contaminar?

Emmanuel Rubin se acercó a ellos. Su barba rala y dispersa se erizó —señal segura de que estaba por pontificar— y sus ojos parpadearon como los de un búho detrás del grosor amplificante de sus anteojos.

—Si vives en Nueva York —dijo—, inhalas en humo de automóviles el equivalente de dos paquetes de cigarrillos diarios, así que ¿qué importa? —Y encendió ostentosamente un cigarrillo.

—Mayor razón aún para que no quiera más humo encima del que ya respiro —dijo Trumbull ceñudo.

—No vas a decirme que crees esa basura acerca de... —dijo Drake con su suave voz ronca.

—Sí, la creo —estalló Trumbull—. Si quieres arriesgarte a ataques al corazón, enfisema y cáncer de pulmón, es asunto tuyo, y deseo que disfrutes de cualquiera de esas cosas o de todas. No me meteré con tu placer por nada del mundo si deseas hacerlo aparte, en un cuarto cerrado. ¿Pero por qué demonios debo respirar yo tu humo sucio y correr el riesgo de enfermarme para que tú puedas darte tu perverso

placer?

Se detuvo porque Drake, que visiblemente intentaba no hacerlo, tenía uno de sus escasísimos ataques de tos.

Trumbull parecía complacido.

—Que tosas bien —dijo—. ¿Cuándo fue la última vez que pudiste respirar libremente?

Roger Halsted, que fumaba de vez en cuando pero no lo estaba haciendo en ese momento, dijo, con el leve tartamudeo que a veces lo afligía:

—¿Por qué estás tan trastornado, Tom? ¿Qué hace que esta reunión sea distinta de cualquier otra?

—Nada, nada, pero ya he soportado bastante. Estoy harto. Cada vez que llego a casa después de una noche con ustedes, montones de basura humeante, mis ropas apestan y tengo que quemarlas.

—Creo que lo que pasa —dijo Drake— es que encontré ese distintivo en el tacho de basura del subte, buscando un diario, y eso lo convirtió en misionario.

—Me siento como un misionero —dijo Trumbull—. Me gustaría hacer aprobar una ley por el Congreso que colocara el tabaco en la misma categoría de la marihuana y el haschich. Por Dios, la evidencia del daño fisiológico causado por el tabaco es infinitamente más fuerte que la de cualquier daño causado por la marihuana.

Geoffrey Avalon, siempre sensible a cualquier referencia a su profesión de abogado, bajó los ojos con austeridad desde su metro ochenta y dijo:

—No aconsejaría otra ley para legislar la moral. Algunos de los mejores hombres de la historia trataron de reformar el mundo decretando leyes contra las malas costumbres, y no hay datos de que alguna de ellas funcionara. Tengo la edad suficiente como para recordar la época de la Prohibición en este país.

—Tú fumas en pipa —dijo Trumbull—. Eres parte interesada. ¿Acaso soy el único que no fuma aquí?

—Yo no fumo —dijo Mario Gonzalo, alzando la voz. Estaba en otro rincón, hablando con el invitado.

—Perfecto entonces —dijo Trumbull—. Acércate, Mario. Eres el anfitrión de la noche. Dispón una ley contra el cigarrillo.

—No ha lugar. No ha lugar —dijo Rubin con ardor—. El anfitrión sólo puede legislar en asuntos del club, no sobre la moral privada. No puede ordenar que los socios se saquen la ropa, o se paren de cabeza y silben “Dixie”, o que dejen de fumar... o que empiecen a fumar, si vamos al caso.

—Podría hacerse —dijo Halsted con suavidad—. Si el anfitrión propone la medida y se la somete a voto, pero los fumadores están en una mayoría de cuatro contra dos, Tom.

—Un momento —dijo Trumbull—. Queda Henry. Él es socio. ¿Qué dices,



Henry?

Henry, el mozo perenne del club de los Viudos Negros, acababa de terminar de ordenar la mesa. Alzó su rostro suave y sin arrugas que, como siempre, desmentía el hecho de que tuviese sesenta años, y dijo:

—Por mi parte no fumo y recibiría con agrado una prohibición al respecto, pero no la exijo.

—Aunque lo hiciera —dijo Rubin— sería cuatro contra tres, aún una mayoría a favor del vicio.

—¿Y el invitado? —dijo Trumbull, tenaz—. Señor...

—Hilary Evans —dijo Avalon con severidad. Se tomaba muy a pecho no olvidar el nombre de un invitado, al menos durante la noche de la cena.

—¿De qué lado está, señor Evans? —dijo Trumbull.

Hilary Evans era bajo y rechoncho, de mejillas regordetas, rosadas y suaves. Tenía boca pequeña y ojos que se movían veloces detrás de los lentes levemente coloreados de sus gafas con montura metálica. Su cabello, sorprendentemente moreno si se tenía en cuenta la claridad de su tez, estaba peinado liso hacia atrás. Podía tener alrededor de cuarenta y cinco años.

Dijo con voz de tenor:

—De vez en cuando fumo y con frecuencia no me importa que los demás lo hagan, pero tengo motivos recientes para simpatizar con usted, señor. El acto de fumar ha sido causa de desdicha para mí.

Trumbull, con un ojo casi cerrado al alzar el costado de la boca en un gruñido, pareció a punto de insistir con el asunto, pero Rubin dijo de inmediato:

—Cinco contra tres. Asunto terminado —y Henry anunció imperturbable que la cena estaba servida.

Trumbull se las ingenió para sentarse junto a Gonzalo, el otro no fumador presente, y le preguntó en voz baja:

—¿Quién es este Evans?

—Es el encargado de personal de una firma en cuya campaña publicitaria trabajé —dijo Gonzalo—. Él me entrevistó y, aunque es un tipo medio raro, nos llevamos bien. Pensé que podía ser interesante.

—Eso espero —dijo Trumbull—, aunque no me cae muy bien un tipo que vota con el enemigo aunque simpatice conmigo.

—No conoces los detalles —dijo Gonzalo.

—Tengo la intención de averiguarlos —dijo Trumbull, hosco. Fue difícil apartar la conversación de la cena del tema del tabaco. Avalon, que había reducido su segunda copa a la mitad de costumbre y después la había dejado en paz con severidad, observó que fumar cigarrillos era el único vicio nuevo introducido por el hombre moderno.

—¿Y el LSD y las drogas alucinógenas? —dijo Gonzalo de inmediato y Avalon, una vez que lo pensó por un instante, reconoció la derrota.

Rubin exigió en alta voz la definición de “vicio”. Dijo:

—Cualquier cosa que a uno no le guste es un vicio. Si lo apruebas, no lo es. Más de un cruzado por la temperancia ha tenido una adicción tan feroz a la comida como la que cualquiera puede tenerla por la bebida. —Y Rubin, que era delgado, apartó la sopa a medio tomar, con una expresión de ostentosa virtud.

Halsted, que no era delgado, murmuró:

—No hay muchas calorías en la liviana sopa de tortuga.

—Escuchen —dijo Trumbull—, no me importa lo que hagan, o si se trata de un vicio o una virtud, mientras se lo guarden para ustedes y para los que también lo practiquen. Si beben whisky y yo no quiero hacerlo, no entra alcohol en mi sangre; si quieren pescar a una dama, no hay riesgo de que yo me pesque lo que la acompañe. Pero cuando chupan un cigarrillo yo huelo el humo, yo lo recibo en mis pulmones, yo corro el riesgo de cáncer.

—Muy cierto —dijo Evans de pronto—. Mala costumbre —y miró con rapidez a Drake, que estaba sentado junto a él y que cambió el cigarrillo a la otra mano, la más apartada de Evans.

Avalon carraspeó.

—Caballeros, no hay censura contra el tabaco que pueda considerarse nueva. Hace más de tres siglos y medio Jaime I de Inglaterra escribió un libro llamado Ataque al tabaco en el que repetía todos los puntos que Tom pudo presentar, si se tienen en cuenta los adelantos científicos adquiridos desde entonces.

—¿Y sabes qué tipo de persona era Jaime I? —dijo Rubin con un resoplido—. Sucio y estúpido.

—No realmente estúpido —dijo Avalon—. Enrique IV de Francia lo llamó el “tonto más sabio de la Cristiandad” pero eso sólo indicaba que carecía de juicio más que de ciencia.

—A eso yo le llamo estupidez —dijo Rubin.

—Si carecer de juicio fuese el criterio a seguir, pocos de nosotros escaparíamos —dijo Avalon.

—Tú encabezarías la lista, Avalon —dijo Trumbull, y después permitió que su expresión se suavizara cuando Henry ubicó una generosa tajada de pastel de pacana, cargada de helado, ante él. Había pocas cosas que Trumbull aprobara más que el pastel de pacana.

Cuando estaba terminando el café, Gonzalo dijo:

—¡Caballeros! ¡Caballeros! Creo que es ahora de que dejemos lo general para concentrarnos en lo específico. Ahora nuestro invitado es el tema y quisieras tú, Tom...

—No sólo deseo emprender el interrogatorio —dijo Trumbull con presteza—, insisto en ello. Hagamos silencio. Henry, puedes servir el brandy cuando gustes. Señor Evans, en esta organización se acostumbra plantear al invitado, como primera pregunta, cómo justifica su existencia. En este caso, le diré cómo puede usted justificar su existencia en lo que a mí se refiere. Por favor cuénteme por qué tiene motivos recientes para simpatizar con mi punto de vista sobre quienes fuman, aunque usted mismo fume a veces. ¿Ha sido engañado por la industria del tabaco?

Evans sacudió la cabeza y sonrió brevemente.

—No tiene nada que ver con la industria del tabaco. Me gustaría que así fuera. Trabajo para una firma inversora y mis motivos tienen que ver con las actividades que allí desempeño.

—¿En qué sentido?

Evans parecía bastante melancólico.

—Sería difícil explicarlo adecuadamente —dijo—. Podría decir que una cuestión relacionada con el acto de fumar arruinó bastante una foja mía hasta entonces perfecta en el sentido de Sherlock Holmes. Pero —y aquí suspiró—, para ser honestos, preferiría no hablar de eso.

—¿Sherlock Holmes? —dijo Gonzalo, encantado—. Henry, si...

Trumbull agitó un brazo Imperioso.

—Cállate, Mario. Señor Evans, creo que el precio de la comida es un intento honesto de su parte por explicar con exactitud a qué se refiere. Tenemos tiempo y escucharemos.

Evans suspiró otra vez. Se ajustó los anteojos y dijo:

—Señor Gonzalo, al invitarme usted me dijo que me interrogarían. Debo confesar que no pensaba que iban a poner el dedo en la llaga desde un principio.

—Señor —dijo Trumbull—, no hago más que continuar con su propia observación. Sólo usted tiene la culpa, por hacerla. Por favor no eche a perder nuestro juego.

—No se preocupe, señor Evans —dijo Gonzalo—. Le dije que nada de lo que se cuente en esta habitación se repetirá fuera de ella.

—¡Jamás! —dijo Trumbull con energía.

—No hay el menor elemento criminal o poco ético en lo que me pasó —dijo Evans—. Se trata simplemente de que me veré obligado a... disminuirme a mí mismo. Pienso que podría convertirse con facilidad en motivo de burla si se llega a conocer en general que...

—No se divulgará —dijo Trumbull y, adelantándose a la próxima observación con un gesto de cansada experiencia, prosiguió—: Tampoco nuestro estimado mozo será un problema para usted. De todos nosotros, Henry es el más confiable.

Evans carraspeó y sostuvo la copa de brandy entre el pulgar y el índice.

—Ocurre que soy encargado de personal. Mi tarea es ayudar a decidir si ésta o aquella persona debe ser contratada, despedida, ascendida o relegada. A veces llego a ser el tribunal supremo, porque he demostrado ser un experto en la tarea. Dado que me han asegurado el carácter confidencial de lo que afirme, puedo permitirme la auto-alabanza.

—Diga la verdad aunque sea auto-alabanza —dijo Trumbull—. ¿En qué sentido ha demostrado ser un experto?

—Cuando se contrata a un hombre para un puesto delicado —dijo Evans— y muchos de nuestros puestos son delicados porque por lo común manejamos enormes cantidades de dinero, nosotros, como es lógico, nos apoyamos en toda clase de datos de referencia que el solicitante, ya sea de afuera o esté por obtener un ascenso interno, tal vez no tenga en cuenta. Sabemos mucho sobre su medio ambiente, su carácter, su personalidad, su experiencia.

»Sin embargo eso no basta, como comprenderán. Saber que una persona se ha desempeñado bien en cierto puesto no es un augurio seguro de que se desempeñará bien en un cargo más responsable, o simplemente distinto. Saber que se ha desempeñado bien en el pasado no nos indica bajo qué tensiones está que pueden llevarlo a desempeñarse mal en el futuro. Podemos no saber hasta qué punto disimula. La mente humana es un misterio, caballeros.

»Puede ocurrir, entonces, que en ciertas ocasiones quede un margen de duda, a pesar de toda la información que tenemos, y es entonces que lo dejan librado a mi juicio. Durante muchos años mis juicios se han visto justificados por la experiencia subsiguiente con los elegidos para uno u otro puesto, y en muchos casos por experiencia indirecta con los que he rechazado. Al menos así fue hasta...

Evans se quitó los anteojos y se frotó los ojos como consciente de que la visión interna le había fallado...

—Mis superiores me estiman lo suficiente como para afirmar que un error en veintitrés años es perdonable, pero eso no ayuda. En el futuro no confiarán en mí como lo han hecho antes, y con razón, porque actué demasiado pronto, y basado en un prejuicio.

Gonzalo, que le estaba dando los toques finales al bosquejo del invitado, que lo hacía parecer extraordinariamente remilgado con la boca reducida a un lugar. Dijo:

—¿Contra quién o contra qué tenías prejuicios?

—Espero que contra los artistas —dijo Rubin.

—Dejen hablar al pobre hombre —dijo Trumbull—. ¿El prejuicio tenía algo que ver con fumar?

Evans se volvió a colocar los anteojos con cuidado y clavó los ojos en Trumbull.

—Tengo un sistema que es imposible describir en palabras, porque se basa en parte en la intuición y en parte en la experiencia. Soy un observador atento de las

insignificancias del comportamiento humano. Me refiero a las cosas pequeñas. Elijo algo altamente característico de una persona en particular, basado en un sentido instintivo que parezco tener.

»Podría tratarse del modo de fumar, por ejemplo. Si es así, tomo en cuenta cómo maneja la persona el cigarrillo; cómo juguetea con él; el modo en que da las pitadas; el intervalo entre pitadas; hasta dónde fuma la colilla; cómo la apaga. Hay una complejidad infinita en la interacción entre una persona y su cigarrillo. O cualquier otra cosa: un broche de corbata, los dedos, la mesa que está ante ella. He estudiado la complejidad del comportamiento minúsculo durante toda mi vida adulta, primero por curiosidad y diversión y, muy pronto, con seria atención.

Drake sonrió apenas y dijo:

—¿Quiere usted decir que esas cositas le indican algo sobre la gente que entrevista?

—Sí, así es —dijo Evans enfáticamente.

—Está bien. Ahí es donde entra el ángulo típico de Sherlock Holmes. ¿Y qué puede decirnos de nosotros, entonces?

Evans sacudió la cabeza.

—He estado prestando poca atención profesional a cualquiera de ustedes. Aunque lo hubiese hecho las condiciones no son adecuadas aquí para mis propósitos y carezco del conocimiento auxiliar que investigaciones más comunes habrían colocado sobre mi escritorio. Puedo decir muy poco sobre ustedes.

—De todos modos esto no es un juego de salón, Jim —dijo Trumbull—. El señor Evans puede decir que eres un adicto al tabaco que deja caer ceniza en la sopa...

Evans pareció sorprenderse y dijo con rapidez:

—A decir verdad, el doctor Drake dejó caer ceniza en la sopa...

—Y yo también lo noté —dijo Trumbull—. ¿Cuáles son las condiciones adecuadas para que usted estudie a la víctima?

—Las condiciones que he ido uniformando con los años. La persona que voy a entrevistar entra a mi oficina sola. Se sienta en cierta silla bajo determinada luz. Está bajo determinada presión y no hago nada por aliviarla. Me lleva cierto tiempo elegir lo que observaré en detalle, y después empezamos.

—¿Qué pasa si no encuentra nada que observar? —preguntó Gonzalo—. ¿Qué pasa si la persona es un vacío completo?

—Eso nunca pasa. Siempre surge algo.

—¿Surgió algo cuando me entrevistó a mí?

Evans sacudió la cabeza.

—Nunca discuto ese tipo de cosas con los individuos implicados, pero puedo decirle algo. Había un espejo en la habitación.

Gonzalo soportó la risa general y dijo:

—Un hombre apuesto tiene sus problemas.

—Alguien tenía que decírtelo un día —dijo Trumbull—. Señor Evans, ¿podría ir al grano de su relato: sus dificultades?

Evans asintió y adquirió una expresión de infelicidad. Se volvió levemente y le dijo a Henry:

—¿Podría traerme otra taza de café, por favor?

—Claro que sí, señor —dijo Henry.

Evans bebió un sorbo y dijo pensativo:

—El problema es que he observado el modo de fumar con tanta meticulosidad en tantas ocasiones que he desarrollado un rechazo por los fumadores; un prejuicio, si quieren; aunque yo mismo fume a veces. No llega a ser tan intenso como le suyo, señor Trumbull, pero a veces estalla y en una ocasión lo hizo para mi desgracia.

»La historia tiene que ver con dos hombres que habían trabajado en una sucursal nuestra; podemos llamarlos... eh, Williams y Adams.

Avalon carraspeó y dijo:

—En su lugar, señor Evans, emplearía los nombres auténticos. Es muy probable que durante la conversación lo haga, de todos modos. Recuerde que aquí habla en confianza.

—Aún así intentaré la sustitución —dijo Evans—. Los dos hombres eran de aspecto muy distinto. Williams era un hombre grande, corpulento, un poco agachado de hombros y con un modo lento de hablar. Adams era más pequeño, más derecho, y podía llegar a ser muy elocuente.

»Los dos tenían alrededor de treinta años; los dos eran igualmente hábiles, según parecía, y habían desempeñado el empleo con la misma efectividad; los dos parecían tener cualidades para una vacante clave que se presentó en la oficina central. Los dos eran solteros, los dos bastantes retraídos. Ambos llevaban vidas tranquilas y no parecían demostrar elementos de inestabilidad en sus relaciones sociales...

—¿A qué se refiere? —interrumpió Halsted—. ¿Inestabilidad?

—Ninguno de los dos jugaba hasta llegar a extremos peligrosos —dijo Evans—. Ninguno de los dos exhibía costumbres sexuales o personales que variaran hasta tal punto con sus alrededores sociales como para hacerlos notables más allá de lo común. Ninguno de los dos dejaba ver simpatías o antipatías intensas que pudieran llevarlos a actos inesperados. Se habían hecho amigos de un modo indulgente mientras trabajaban en la misma oficina pero era sintomático de su mutua carencia de intensidad emocional que, aunque se trataba de la amistad más estrecha que ambos habían tenido, no era más que una relación casual.

Rubin se echó hacia atrás en la silla, y dijo:

—Bueno, eso agita mi alma de escritor. Tenemos aquí dos tipos mansos, que recorren el sendero de la vida sobre caminos paralelos, los dos serenos y

blandengues: y ahora descubren que compiten por el mismo empleo, un empleo con más dinero y prestigio, y de pronto los corderos se transforman en leones y se vuelven el uno contra el otro...

—Nada de eso —dijo Evans con impaciencia—. Había competencia entre los dos, desde luego. Eso no podía evitarse. Pero ni antes ni después hubo indicios de que la rivalidad tuviera una salida violenta.

»Los dos habían aprovechado la política de la compañía de alentar una mayor educación y se habían anotado en cursos de computación que nosotros supervisábamos. Ambos se habían destacado. Era difícil elegir entre ellos. Todos los datos con que contábamos indicaban, algo bastante sorprendente, que Williams (el lento y chapucero Williams) era en realidad el más inteligente de los dos, por un pelo. Sin embargo había dudas; por algún motivo no parecía más inteligente que el veloz organizado Adams. Así que lo dejaron a mi cargo, con la confianza que solía tener en mis métodos...

—¿Pretende usted decirnos que su compañía sabía que usted juzgaba a los hombres por el modo en que jugueteaban con clips y cosas así? —dijo Trumbull.

—Lo sabían —dijo Evans un poco a la defensiva—, pero también sabían que mis recomendaciones demostraban ser invariablemente precisas en los resultados. ¿Qué más podían pedir?

Terminó su café y prosiguió.

—Vi a Williams primero, porque tenía la sospecha de que podía ser el hombre indicado. No iba a rechazar al mejor cualificado simplemente porque hablara con lentitud. Supongo —y suspiró—, que todo habría sido distinto por completo si hubiese visto antes a Adams pero no podemos acomodar las circunstancias pasadas a nuestra conveniencia, ¿verdad?

»Williams parecía claramente nervioso, pero en verdad eso no era poco común. Le hice algunas preguntas de rutina mientras estudiaba su conducta. Noté que movía el índice derecho sobre el escritorio como si escribiera palabras, pero se detuvo cuando me sorprendió mirándole la mano; tendría que haber sido más cuidadoso entonces. No había decidido realmente qué estudiar, cuando él tomó los cigarrillos y los fósforos.

—¿Qué cigarrillos? —preguntó Rubin.

—Siempre tengo un paquete de cigarrillos sin abrir sobre el escritorio, junto con una caja de fósforos, algunos clips, un bolígrafo, y otros objetos pequeños que la persona entrevistada pueda tomar con facilidad. Existe una gran tendencia a tocarlos y eso me puede ser útil. Por ejemplo, con frecuencia juegan con el paquete de cigarrillos, pero rara vez lo abren.

»Sin embargo Williams abrió el paquete y eso me tomó por sorpresa, debo confesarlo. Su expediente no había mencionado que fuese muy fumador, y para que

alguien se sirva los cigarrillos del entrevistador sin permiso sería necesaria una fuerte adicción.

Evans cerró los ojos como si proyectara la escena sobre la superficie interna de los párpados, y dijo:

—Ahora puedo entenderlo. Tomé conciencia de una incongruencia en lo que pasaba cuando él se llevó el cigarrillo a los labios en un intento de fingir serenidad que fracasó por completo. Fue entonces que empecé a observar, dado que la incompatibilidad de la arrogancia que lo llevó a tomar un cigarrillo sin permiso y la timidez con que manejaba el cigarrillo me llamó la atención.

»Tenía los labios secos, así que tuvo que quitarse el cigarrillo por un momento, y humedecerse los labios con la lengua. Después volvió a colocárselo en los labios y lo dejó allí como si tuviera miedo de que se le cayera. Parecía cada vez más nervioso y ahora yo no observaba otra cosa que su mano y el cigarrillo. Estaba seguro de que me dirían todo lo que deseaba saber. Le oí encender un fósforo Y, aún sosteniendo el cigarrillo, lo encendió con el fósforo en la mano izquierda.

»Pareció vacilar, dio una o dos pitada cortas mientras yo observaba y después, como conciente de algún modo de que a mí no me impresionaba su actuación, inhaló profundamente, y de inmediato entró en un ataque prolongado y al parecer peligroso de tos. Resultó que no fumaba.

Evans abrió los ojos.

—Eso surgió de inmediato, desde luego. Al parecer, tuvo la impresión de que si fumaba me impresionaría como un tipo mundano y competente. Sabía que tenía aspecto de chapucero y quería contrarrestarlo. Hizo exactamente lo contrario. Fue un intento de usarme, de hacerme pasar por tonto, y yo estaba furioso. Traté de no demostrarlo, pero supe de inmediato que bajo ninguna circunstancia recomendaría a Williams para el trabajo.

»Y eso fue desastroso desde luego. Si hubiese visto primero a Adams, seguramente lo habría entrevistado de modo más meticuloso. Como se dieron las cosas, una vez descartado Williams, me temo que traté a Adams sin atención. Lo recomendé después de la más sencilla interacción. ¿Es de asombrarse que mi prejuicio contra el cigarrillo se haya intensificado y que me sienta ahora más inclinado que antes a simpatizar con su punto de vista, señor Trumbull?

—Entiendo que el señor Adams demostró ser incompetente en el empleo.

—Para nada —dijo Evans—. Durante dos años lo cumplió del modo que yo había predicho en mi informe después del examen inadecuado. En realidad, fue brillante. En una cantidad de casos tomó decisiones que mostraron auténtico coraje que al concretarse demostraron ser correctas.

»De hecho estaba a la espera de otro ascenso cuando un día desapareció, y con él más de un millón de dólares en bienes de la compañía. Cuando se estudió la cuestión,



parecía que había sido lo bastante inteligente y arriesgado como para jugar exitosamente con una computadora, y que sus valientes decisiones, que todos habíamos aplaudido, formaban parte del juego. Si yo lo hubiese examinado a fondo como debiera haberlo hecho, no se me habría pasado por alto ese rasgo de astucia y paciencia. Era obvio que había planeado el trabajo durante años y que había estudiado computación con esa idea y con el objeto de tener cualidades para el puesto que por fin obtuvo. Desastroso, realmente desastroso.

—Más de un millón es algo desastroso, estoy de acuerdo —dijo Drake.

—No, no —dijo Evans—. Me refiero al golpe que recibió mi orgullo ya mi posición dentro de la compañía. En el aspecto financiero, no es un gran golpe. Estábamos asegurados y tal vez recuperemos lo robado algún día. A decir verdad, se hizo justicia, de un modo un poco crudo. Adams no se salió con la suya; en realidad está muerto —Evans sacudió la cabeza y pareció deprimirse.

»Además de forma bastante brutal, me temo —prosiguió—. Se había perdido, con deliberación y éxito, en una de las conejeras de la ciudad, disfrazado más por un nuevo estilo de vida que por algo físico, vivía de sus ahorros y no tocaba lo que había robado, y esperaba paciente que el tiempo le diera una relativa seguridad. Pero peleó con alguien y lo acuchillaron. Lo llevaron a la morgue y fue identificado por las huellas dactilares. Eso pasó hace unos seis meses.

—¿Quién lo mató? —preguntó Gonzalo.

—Eso no se sabe. La teoría de la policía es ésta: el índice de intimidación de un barrio bajo es escaso y de algún modo tiene que haberse divulgado el hecho de que Adams tenía algo oculto. Tal vez bebió un poco para olvidar la vida bastante miserable que llevaba mientras esperaba para estar a salvo y rico, y tal vez habló un poco de más. Alguien trató de participar del botín; Adams se resistió; y Adams murió.

—¿Y quien lo mató se apoderó del botín?

—La policía cree que no —dijo Evans—. Nada de lo robado salió a la superficie en los seis meses posteriores al asesinato de Adams. Además podría haber tenido la paciencia de sentarse sobre una fortuna y quedarse oculto, pero el ladrón promedio no lo haría. Así que la policía piensa que el tesoro sigue donde Adams lo guardó.

Halsted hizo el gesto característico de rozarse con una mano su alta frente, como controlando si el cabello había vuelto a su sitio original, y dijo pensativo:

—¿No pueden revisar el conocimiento de la compañía sobre los detalles de la vida y la personalidad de Adams y elaborar una especie de perfil psicológico que indique dónde podrían estar ubicados los bienes robados?

—Yo mismo lo hice —dijo Evans—, pero la respuesta con la que dimos fue que un hombre como Adams los ocultaría de modo muy ingenioso. Y eso no nos sirve de nada.

—Tengo una idea —dijo Avalon, dando un fuerte golpe con la mano sobre la mesa—. ¿Dónde está Williams? El otro hombre, el que perdió, quiero decir.

—Sigue en el antiguo empleo, y desempeñándose bien —dijo Evans.

—Bueno, podrían consultarlo a él —dijo Avalon—. Eran amigos. Podría saber algo que la compañía no sabe, algo vital que él ni soñaría que es vital.

—Sí —dijo Evans secamente—. Eso se nos ocurrió y lo entrevistamos. Fue inútil. Veán, la amistad entre ambos había sido bastante poco profunda, desde un principio, pero había cesado por completo... después del incidente de las entrevistas.

»Parece que Adams, con motivos supuestamente amistosos, le aconsejó a Williams que fumara para demostrar serenidad e indiferencia. Adams le había dicho que su aspecto de grandullón de movimientos y palabras lentas hacía una mala primera impresión y que tenía que hacer algo al respecto.

»La repetición frecuente del consejo de Adams hizo efecto justamente en el momento equivocado para Williams. Sentado en mi oficina y con una aguda conciencia de que su aspecto dejaba que desear, no pudo resistir la tentación de tomar los cigarrillos... con resultados desastrosos. El pobre hombre culpaba a Adams de lo ocurrido, aunque él actuó y tiene que aguantar la responsabilidad él mismo. Sin embargo, eso terminó con la amistad y no pudimos enterarnos de nada útil por boca de Williams.

—¡Aguarden un momento! ¡Aguarden un momento! —interrumpió Gonzalo, excitado—. ¿Acaso Adams no podría haberlo preparado con deliberación de ese modo; algo como hipnotizar a Williams para que actuara? ¿No podría haberlo preparado como para que Williams decidiera tomar el cigarrillo en un momento crucial? La entrevista sería el momento crucial; Williams quedaría eliminado; Adams obtendría el empleo.

—No acepto semejante maquiavelismo —dijo Evans—. ¿Cómo podía saber Adams que habría cigarrillos a mano justo en esa ocasión? Demasiado improbable.

—Además —dijo Avalon— ese tipo de manipulación de los seres humanos, digna de halago, funciona bien en escena pero no en la vida real.

Después de eso se hizo un silencio y Trumbull dijo al fin:

—Eso es todo, supongo. Un pillo, ahora muerto, y un montón de bienes robados, ocultos en alguna parte. No podemos hacer mucho con eso. Creo que ni siquiera Henry podría hacer algo con eso. —Miró hacia Henry, que estaba pacientemente parado junto al copero—. ¡Henry! ¿Por casualidad podrías decirnos dónde puede estar el escondite del botín mal habido?

—Creo que sí, señor —dijo Henry con calma.

—¿Qué? —dijo Trumbull.

—¿Bromea? —dijo Evans en dirección a Trumbull.

—Creo que es posible —dijo Henry—, sobre la base de lo que oímos esta noche,

elaborar lo que puede haber pasado en realidad,

—¿Qué otra cosa puede haber pasado en realidad fuera de lo que les conté? —dijo Evans, indignado—. Esto no tiene sentido.

—Creo que tendríamos que escuchar a Henry, señor Evans —dijo Trumbull—. Él también tiene un sexto sentido.

—Bueno —dijo Evans—, entonces tiene la palabra.

—Se me ocurre —dijo Henry— que debido al tonto comportamiento del señor Williams en la entrevista usted se vio obligado prácticamente a recomendar al señor Adams... sin embargo cuesta creer que el señor Williams fuera tan estúpido como para imaginar que podría fingir que fumaba si no era un fumador. Es bien sabido que quien no fuma toserá si inhala humo de cigarrillo por primera vez.

—Williams dice que Adams le engañó y lo llevó a hacerlo —dijo Evans—. Es más probable que se tratara de estupidez. Tal vez cueste creer que una persona pueda ser estúpida, pero bajo presión algunas personas muy inteligentes hacen estupideces y ésta fue una de esas ocasiones.

—Puede ser —dijo Henry— y puede ser que estemos considerando las cosas al revés. Tal vez no fue Adams quien engañó a Williams y lo llevó a tratar de fumar, obligándolo a usted a recomendar a Adams para el empleo. Puede ser que Williams lo hiciera deliberadamente para obligarlo a usted a recomendar a Adams para el empleo,

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo Evans.

—¿No podrían haber trabajado los dos en combinación... con Williams como cerebro de la pareja? Williams dispuso que Adams hiciera el trabajo concreto mientras él permanecía en las sombras y dirigía las actividades. ¿Y no podría Williams preparar después un asesinato con la misma inteligencia con que había preparado el robo, y quedarse con las ganancias? Y si así fuera, ¿no sería de esperar que en este momento Williams conociese el lugar exacto donde están los bienes robados?

Evans se limitó a mirarlo incrédulo y le tocó a Trumbull expresar con palabras la estupefacción general:

—Has sacado eso del aire, Henry.

—Pero encaja, señor Trumbull. Adams no podría haber preparado el intento de fumar. No habría sabido que los cigarrillos estaban allí. Williams lo sabía; estaba sentado allí. Tal vez se le había ocurrido otra cosa para hacer entrar por la fuerza a Adams en el empleo pero, al ver los cigarrillos, los empleó.

—Pero sigue siendo algo sin fundamento, Henry. No hay evidencias.

—Piénsenlo —dijo Henry con vehemencia—. Alguien que no fuma difícilmente pueda fingir que es un fumador. Toserá; nada podrá impedirlo. Pero cualquiera puede toser a voluntad; una tos nunca necesita ser auténtica. ¿Y si en realidad Williams era un consumado fumador que había dejado de fumar alguna vez? Para él habría sido lo

más fácil del mundo fingir que era un no fumador fingiendo que tosía sin control.

Evans sacudió la cabeza con obstinación.

—No hay nada que indique que Williams fue un fumador.

—¿Seguro? —dijo Henry—. ¿Acaso es sensato, señor, que usted se concentre de tal modo en una variedad en particular del modo de comportarse cuando entrevista a un candidato? ¿No podría pasársele por alto algo crucial que no integra el modo de comportarse inmediato que usted estudia?

—No —dijo Evans con frialdad.

—Usted observaba el cigarrillo, señor, y nada más —dijo Henry—. No observaba el fósforo con el que lo encendieron. Usted dijo que oyó raspar el fósforo, no lo vio.

—Sí, ¿y con eso qué?

—En estos días, sólo se emplean los fósforos para los cigarrillos —dijo Henry—. Alguien que no fuma en una era en que la electricidad lo hace todo y hasta las cocinas a gas tienen llama piloto, puede pasar fácilmente años sin raspar un fósforo. De eso se desprende que un no fumador que no puede inhalar humo sin toser no puede manejar una caja de fósforos con destreza. Sin embargo usted describió a Williams como que sostenía el cigarrillo con la mano derecha y empleaba sólo la izquierda para encenderlo.

—Sí.

—Un fumador poco hábil —dijo Henry—, con seguridad habría usado las dos manos para encender el cigarrillo, una para sostener la caja de fósforos y una para sacar el fósforo y frotarlo contra la parte áspera. Un fumador habilidoso que fingiera ser poco hábil podría concentrarse tanto en asegurarse que manejaba el cigarrillo con el correspondiente toque de aficionado como para olvidarse de hacer lo mismo con el fósforo. En verdad, olvidándose por completo del fósforo, podría, abstraído, emplear el tipo de técnica que sólo un consumado fumador podría haber aprendido y encender el fósforo con una sola mano. Le he visto hacer algo semejante al doctor Drake.

Drake, que durante el último minuto había reído para sus adentros hasta provocarse un ataque de tos, logró decir:

—Ya no lo hago con frecuencia, porque ahora uso encendedor, pero es algo así.

Sostuvo una caja de fósforos en la mano izquierda, dobló en dos uno de los fósforos con el pulgar izquierdo para que la cabeza entrara en contacto con la parte áspera de la caja. Un rápido golpe lo encendió.

—Eso es lo que tiene que haber hecho Williams —dijo Henry—, y ese modo de encender el fósforo con una sola mano señala a un fumador consumado con mucho mayor seguridad que aquella con la que cualquier cantidad de datos pueda separar a un no fumador. Si la policía investiga lo suficiente en su vida pasada, llegarán a una época en que fumaba. Su actuación en su oficina, señor Evans, parecerá entonces exactamente lo que fue: una actuación.

—Por Dios, sí —dijo Trumbull—, y puede preservar el carácter confidencial del club. Sólo cuénteles a la policía lo que usted recuerda: lo que recuerda realmente, lo que nos contó esta noche.

—Pero no haberme dado cuenta de eso —dijo Evans, confundido—, me hará parecer más tonto que nunca.

—No —dijo Henry con suavidad—, si su declaración lleva a la solución del crimen.

### **Postfacio**

*“Prohibido fumar”, apareció en el número de diciembre de 1974 del Ellery Queen's Mystery Magazine con el título de “Confesiones de un fumador de cigarrillos norteamericano”.*

*Cada vez soy más fanático en el asunto de los cigarrillos. En este relato Trumbull expresa mis puntos de vista. No permito que se fume ni en mi departamento ni en mi oficina, pero uno se ve limitado en sus poderes dictatoriales en otros sitios. A decir verdad las reuniones del club Arañas Puerta-Trampa son espantosas por el humo... como casi todas las reuniones a las que asisto.*

*Como es lógico, no hay nada que yo pueda hacer directamente, salvo quejarme cuando la ley me apoya. (Una vez le arrebaté el cigarrillo de la mano a una mujer que fumaba bajo un cartel de “Prohibido fumar” en un ascensor y que no quiso apagarlo cuando le pedí, cortésmente, que lo hiciera). Sin embargo ayuda un poco escribir un relato que expresa mis puntos de vista.*

## ¡Felicidades! (1976)

“Season”s Greetings!”

Thomas Trumbull, cuya posición exacta en el departamento de inteligencia del gobierno no era conocida por los demás socios del club, arrugó la cara en una expresión de desdén agónico, se inclinó hacia Roger Halsted, y susurró:

—¿Tarjetas de felicitación?

—¿Por qué no? —preguntó Halsted, cuyas cejas alzadas se adentraron en la rosada extensión de su frente—. Es una ocupación honesta.

Trumbull había llegado tarde al banquete mensual del club de los Viudos Negros y le habían presentado al invitado de la noche mientras Henry, el mozo-maravilla, le colocaba el whisky con soda en la curva formada por sus dedos anhelantes. El invitado, Rexford Brown, tenía rostro notablemente rectangular, boca jovial, un mechón bien corto de cabello canoso, voz suave y una expresión paciente.

—Es la temporada justa ya que la semana que viene es Navidad —dijo Trumbull, descontento—; te lo reconozco. Aún así significa que tendremos que quedarnos sentados y oír cómo Manny Rubin nos dice lo que piensa sobre las tarjetas de felicitación.

—Quien sabe —dijo Halsted—. Podemos descubrir que él mismo ha escrito tarjetas de felicitación. Cualquiera que haya sido evangelista de chico...

Emmanuel Rubin, escritor y erudito enciclopédico, tenía, como era bien sabido, una increíble agudeza de oído cuando se lo mencionaba, por tangencial que fuera la mención. Se acercó y dijo:

—¿Escrito qué?

—Poemitas para tarjetas de felicitación —dijo Halsted—. Ya sabes: “Había tres magos viajeros, que en una grandiosa ocasión...”

—Nada de limericks<sup>[33]</sup>, maldito seas —exclamó Trumbull.

Geoffrey Avalon alzó la cabeza en la otra punta de la habitación y dijo con su voz más austera de barítono:

—Caballeros, creo que Henry desea informar que podemos sentarnos.

Mario Gonzalo, el artista del club, ya había terminado el bosquejo del invitado con admirable economía de trazos y dijo, perezoso:

—He estado pensando en los limericks de Roger. De acuerdo, son bastante abominables, pero aún así pueden ser útiles.

—Si los imprimieras en papel higiénico... —empezó Trumbull.

—Me refiero al dinero —dijo Gonzalo—. Oigan, estos banquetes cuestan, ¿verdad? Sería bueno que pudieran autofinanciarse, y Manny conoce a media docena de editores que publicarían cualquier cosa si publican su basura...

Drake, mientras apagaba el cigarrillo con una mano, colocó la otra sobre la boca

de Mario.

—No le hagamos perder las casillas a Manny.

Pero Rubin, que aspiraba el aroma de la ternera a la italiana con todos los indicios del placer olfativo, dijo:

—Deja que hable, Jim. Estoy seguro de que tiene una idea que agregará nuevas dimensiones al concepto mismo de basura.

—¿Qué les parece un Libro de Limericks de los Viudos Negros?

—¿Un qué? —dijo Trumbull, estupefacto.

—Bueno, todos conocemos algunos limericks. Tengo uno que dice: “Había una dama de Sydney que podía recibir...”

—Lo conocemos —dijo Avalon, ceñudo.

—Y... “Había un tipo de Juilliard con una...”

—Ese también lo conocemos.

—Sí —dijo Gonzalo—, pero el gran público no. Si incluimos todos los que inventamos y todos los que podamos recordar, como el limerick de Jim sobre la muchacha de Yap, ése que rima “intersticios” con “vientos alisios”...

—No aceptaré —dijo Trumbull—, que el nombre más o menos respetable del club de los Viudos Negros sea contaminado con cualquier proyecto de inutilidad tan infinita.

—¿Qué les dije sobre la basura? —dijo Rubin. Gonzalo parecía herido.

—¿Qué tiene de malo la idea? Podríamos ganar un dólar honesto. Hasta podríamos incluir algunos decentes. Los de Roger son todos decentes.

—Porque enseña en una escuela secundaria —dijo Drake, con una risita.

—Tendrían que oír algunos de los que recitan los chicos —dijo Halsted—. ¿Cuántos están a favor de un Libro de Limericks de los Viudos Negros?

La mano de Gonzalo se elevó en solitario esplendor. Halsted pareció a punto de unírsele; su brazo tembló... pero no se alzó.

—¿Puedo votar? —preguntó Rexford Brown con suavidad.

—Depende —dijo Trumbull, suspicaz—. ¿Está a favor o no?

—Oh, estoy a favor.

—Entonces no puede votar.

—Bueno, de todos modos no cambiaría el resultado, pero apoyo todo lo que proporcione momentos de placer. No abundan.

—Tom nunca tuvo uno —dijo Gonzalo, con la boca llena—. ¿Cómo podría saberlo?

Rubin, con un esfuerzo evidente por no sonar sardónico, y con un fracaso evidente en lograrlo, dijo:

—¿Son esos momentos de placer los que justifican que usted dedique su vida al negocio de las tarjetas de felicitación, señor Brown?

—Es una de las maneras —dijo Brown.

—Tranquilo, Manny —dijo Avalon—. Esperemos el café.

La conversación se hizo entonces general, aunque Gonzalo mantuvo un silencio enfurruñado y pudo observarse que jugueteaba con la servilleta, sobre la que escribió, con prolijas letras góticas: “Había un grupo de plomos bastardos...” pero nunca llegó a una segunda línea.

Cuando se sirvió el café, Halsted dijo:

—Está bien, Manny, casi lo hiciste antes, así que ¿por qué no empiezas tú el interrogatorio?

Rubin, que tenía la mano alzada para indicarle a Henry que ya tenía bastante café por el momento, izó la cabeza, con los ojos de búho tras los gruesos lentes de los anteojos y la barba rala temblando.

—Señor Brown —dijo—, ¿cómo justifica su existencia?

Brown sonrió y dijo:

—Muy bueno el café. Me proporciona un momento de placer y también lo hace una tarjeta de felicitación. Pero aguarden, eso no es todo. Hay más aún. Tal vez uno no extraiga placer de lo que considera trivial o de un sentimentalismo lagrimoso o de un ingenio gastado. Eso pasa con uno, pero uno no es como todos. La tarjeta de felicitación ya preparada es útil para aquellos que no pueden escribir cartas o que carecen de tiempo para hacerlo o que sólo desean mantener un contacto mínimo. Responde a las necesidades de aquellos para quienes lo trivial es un poema conmovedor, para quienes el sentimentalismo es una emoción auténtica, para quienes el ingenio, por escaso que sea, aún no está gastado.

—¿Cuál es su función en relación a ellas? ¿Las fabrica, las despacha, las diseña, escribe los poemas?

—Fundamentalmente las fabrico, pero contribuyo en cada una de las categorías, y más también.

—¿Se especializa en alguna variedad?

—No demasiado, aunque tengo poco material en el renglón cómico. Esas son áreas especializadas. Sin embargo debo decir que la discusión sobre limericks me interesó. No estoy enterado de que los limericks se hayan empleado alguna vez en las tarjetas de felicitación. ¿Cómo decía el tuyo, Roger?

—Sólo improvisaba —dijo Halsted—. Veamos, “Había tres magos viajeros, que en una grandiosa ocasión...”

—Rima imperfecta —dijo Trumbull.

—De acuerdo —dijo Halsted—. La necesidad tiene cara de hereje. Veamos. Veamos...

Pensó un instante y dijo:

—Había tres magos viajeros, Que en una grandiosa ocasión Dejaron sus regalos



Con suave obediencia Al Rey de la israelí nación.

—Rey de los judíos —murmuró Avalon en voz baja.

—¿Acabas de inventarlo? —preguntó Brown. Roger se ruborizó un poco.

—Resulta fácil cuando se tiene el metro bien establecido en la cabeza.

—No creo que sea utilizable —dijo Brown—, pero vendo un par de modelos no muy lejanos de ese tipo de cosas.

—Me gustaría que hubiese traído algunas muestras —dijo Avalon, con un matiz de insatisfacción en el rostro apuesto, de sienes morenas.

—No sabía que se trataba del tipo de cenas donde puede esperarse eso —dijo Brown—. Sin embargo si desea muestras, mi esposa es la persona indicada. Clara es la verdadera experta.

—¿También se dedica a las tarjetas de felicitación? —preguntó Gonzalo, con los ojos grandes, levemente saltones, llenos de interés.

—No, en realidad no. Se interesó gracias a mí —dijo Brown—. Empezó a coleccionar las interesantes, y después sus amigos empezaron a coleccionarlas y enviárselas. Durante los diez o doce últimos años el asunto se ha ido complicando cada vez más. Sobre todo en Navidad, desde luego, porque es la época de las tarjetas de felicitación por excelencia. Sin embargo no hay una festividad en la que ella no reciba una carga de tarjetas fuera de lo común. Por dar un ejemplo, en setiembre pasado recibimos cuarenta y dos tarjetas sobre el Año Nuevo Judío, y somos Metodistas.

—Por lo común las tarjetas del Año Nuevo Judío son bastante insípidas —dijo Rubin.

—Por lo común, pero la gente logró encontrar algunas rarezas. Ella las colocó sobre la repisa de la chimenea y es difícil que haya una colección más vistosa de las variaciones del tema de la Estrella de David y las Tablas de la Ley. Pero lo que cuenta es Navidad. Ella prácticamente empapela las paredes con tarjetas y el departamento se convierte en una especie de país encantado, si puedo emplear el término sin que me malinterpreten.

»En realidad, caballeros, si les interesa realmente ver muestras de tarjetas de felicitación extraordinarias, quedan invitados a mi departamento. Recibimos a quien quiera visitarnos desde una semana antes de Navidad. Todas las personas que enviaron tarjetas vienen para ver dónde y cómo contribuyen las de ellos. También vienen prácticamente todos los del edificio, y es bastante grande... para no mencionar al mecánico, el portero, el cartero, los mandaderos, y sólo Dios sabe cuántas personas más de cuadras a la redonda. Yo le digo con frecuencia que tendríamos que hacer que el departamento fuese declarado zona de interés nacional.

—Me da pena el cartero —dijo Drake con su suave voz ronca de fumador.

—No se preocupe —dijo Brown—. Se toma un interés de propietario y nos

brinda tratamiento especial. Nunca deja nuestra correspondencia en el casillero... aunque quepa en él. Siempre la sube en el ascensor después de distribuir el resto de la correspondencia, y nos la entrega en persona. Si no hay nadie en casa, vuelve a bajar y se la deja al portero.

—Eso suena a que ustedes le dan una buena propina en Navidad —dijo Drake.

—Muy succulenta —dijo Brown. Rió entre dientes—. Justamente ayer tuve que tranquilizarlo al respecto.

—¿Sobre que le iban a dar propina?

—Sí. Clara y yo teníamos que almorzar afuera y se nos había hecho tarde, lo que era una molestia porque yo le había quitado tiempo al trabajo para asistir y salimos corriendo del ascensor en la planta baja en el momento en que el cartero estaba por entrar a él con nuestra correspondencia. Clara la reconoció, como es lógico (siempre tiene el grosor de un diccionario sin abreviar, en diciembre) y dijo: “Yo la llevo, Paul, gracias” y se alejó. El pobre tipo se quedó parado, tan sorprendido y chocado que le dije: “No se preocupe, Paul, eso no disminuye la propina en un centavo”. ¡Pobre Clara! —volvió a reír entre dientes.

—¿Por qué pobre Clara? —preguntó Trumbull.

—Ya sé —dijo Gonzalo—, la correspondencia no era de ustedes.

—Por supuesto que era nuestra correspondencia —dijo Brown—. Es la única correspondencia que el viejo Paul sube en persona. Oigan esto, cuando tiene franco retienen las tarjetas de felicitación para que pueda traerlas al día siguiente. Es prácticamente un criado de la familia.

—Sí, ¿pero por qué pobre Clara? —preguntó Trumbull, aumentado los decibeles de su voz.

—Oh, eso. Entramos al coche y, como era un trayecto de media hora, ella contaba con revisar la correspondencia rápidamente y dejarla después bajo el asiento. Pero lo primero que notó fue un sobrecito, una obvia tarjeta de felicitación, que sobresalía del resto de la correspondencia, casi como si fuera a caerse. Yo también lo había visto cuando ella le arrebató la correspondencia a Paul. Bueno, nunca recibimos tarjetas de felicitación pequeñas, así que la tomó y dijo: “¿Qué es esto?”.

»Abrió el sobre y era una tarjeta navideña, la tarjeta navideña más vacía, pelada y barata que puedan haber visto, y Clara dijo: “¿Quién se atrevió a enviarme esto?”. Creo que ella no ha visto una tarjeta tan sencilla en años. La irritó tanto que apartó el resto de la correspondencia sin mirarla y siguió de mal humor todo el camino.

—Es probable que se trate de una broma de un amigo —dijo Halsted—. ¿Quién la envió?

—Eso es lo que no sabemos —Brown se encogió de hombros—. No fuiste tú, Roger, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Me crees loco? Le envié una con campanitas incluidas. Auténticas.

Escuchen —y se volvió hacia los demás—, realmente hay que superarse con ella. Tendrían que ver el departamento en el Día de la Madre. Cuesta creer que haya tantas tarjetas distintas con pañalitos adheridos.

—Y no tenemos hijos —dijo Brown, con un suspiro.

—¿No había un nombre en la tarjeta que recibieron? —preguntó Trumbull, ciñéndose torvamente al tema.

—Ilegible —dijo Brown.

—Huelo un misterio aquí —dijo Gonzalo—. Tendríamos que tratar de averiguar quién la envió.

—¿Por qué? —dijo Trumbull, cambiando de actitud en seguida.

—¿Por qué no? —dijo Gonzalo—. Podría darle a la señora Brown una oportunidad de contestarle a quien la envió.

—Les aseguro —dijo Brown— que no encontrarán indicios acerca del remitente. Ni siquiera las huellas digitales servirían. Nosotros la manipulamos y también quién sabe cuántos empleados de correo.

—Aún así, es una lástima que no podamos darle un vistazo —dijo Gonzalo.

—Oh —dijo Brown con bastante brusquedad—. Pueden darle un vistazo. La he traído.

—¿La ha traído?

—Clara iba a romperla, pero yo acababa de detenerme ante una luz roja y dije: “Déjame verla” y la miré y entonces se prendió la verde y la metí en el bolsillo del abrigo y supongo que sigue allí.

—En ese caso, veámosla —dijo Halsted.

—La traeré —dijo Brown. Se retiró por un momento al guardarropa y regresó de inmediato con un sobre cuadrado, de color rosa, y se lo tendió a Halsted—: Puedes hacerlo circular.

Halsted lo examinó. No lo habían pegado con esmero y la solapa se había abierto sin romperse. Al otro lado estaba la dirección en la forma más sencilla posible:

BROWN

354 CPS 21C NYC 10019

La escritura era un garabato apenas legible. La estampilla era una Jackson de 10 centavos, el sello de correos un manchón negro, y no llevaba remitente.

El otro lado del sobre estaba en blanco. Halsted sacó la tarjeta del interior y se encontró con un trozo de cartulina doblado al medio. Las dos superficies, externas eran del mismo color rosa del sobre y estaban en blanco. Las superficies internas eran blancas. El costado izquierdo no tenía nada y en el derecho se leía “Felices Augurios” en letras negras con mínimos adornos. Debajo había una firma garabateada que empezaba con lo que parecía una D mayúscula seguida de una serie de olas en disminución.

Halsted se la pasó a Drake a su izquierda y la tarjeta recorrió la mesa hasta que Avalon la recibió y la miró. Se la pasó a Henry, que estaba repartiendo las copas de brandy. Henry la miró brevemente y se la devolvió a Brown.

Brown alzó los ojos un poco sorprendido, como si el ángulo de devolución le resultase inesperado.

—Gracias —dijo, y olfateó el brandy con delicadeza.

—Bueno —dijo Gonzalo—, creo que el nombre es Danny. ¿Conoce a algún Danny, señor Brown?

—Conozco a un Daniel Lidstrom —dijo Brown—. Pero creo que ni la madre le llama Danny.

—Demonios, ahí no dice Danny —dijo Trumbull—. Podría ser Donna o tal vez un apellido como Donner.

—No conocemos a ninguna Donna, o Donner.

—Yo creería —dijo Avalon, pasando el dedo por el borde de la copa de brandy—, que con seguridad el señor Brown ha repasado cada nombre y apellido concebibles que empiecen con D en el círculo de sus conocidos. Si no ha dado con una respuesta, tengo la certeza de que nosotros tampoco lo haremos. Si esto es lo que Mario llama un misterio, por cierto no hay nada con qué seguir. Dejemos el tema de lado y sigamos con el interrogatorio.

—No —dijo Gonzalo, con energía—. Aún no. Por Dios, Jeff, sólo porque tú no veas algo no significa que no haya nada por ver. —Se dio vuelta en la silla—. Henry, viste esa tarjeta, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Henry.

—Perfecto, entonces. ¿No estás de acuerdo conmigo en que aquí hay un misterio que vale la pena investigar?

—No veo nada de qué agarrarnos, señor Gonzalo —dijo Henry.

Gonzalo parecía herido.

—Henry, por lo común no eres tan pesimista.

—No podemos fabricar evidencias, por cierto, señor.

—Eso basta —dijo Avalon—. Si Henry dice que nada puede hacerse, entonces no hay nada que hacer. Manny, sigue con el interrogatorio, ¿quieres?

—No, maldición —dijo Gonzalo, con desacostumbrada obstinación—. Si no puedo tener mi libro de limericks, entonces tendré mi misterio. Si puedo mostrarles en qué esta tarjeta nos indica algo...

—Si los chanchos volaran... —dijo Trumbull.

—Privilegio de anfitrión —dijo Halsted—. Que Mario hable.

—Gracias, Roger —Gonzalo se frotó las manos—. Haremos esto al estilo de Henry. Escúchame, Henry, y verás si funciona. Tenemos una firma en la tarjeta y lo único legible en ella es la D mayúscula. Podemos suponer que la D basta para

indicarnos quién firma pero el señor Brown dice que no. Supongan que decidimos que la D es la única parte clara de la firma porque es lo único que importa.

—Fantástico —dijo Trumbull, ceñudo—. ¿Y adónde nos lleva eso?

—No tienes más que escuchar y lo sabrás. Supongan que la tarjeta de felicitación es un instrumento para pasar información, y que la D es el código.

—¿Qué significa la D para ti?

—¿Quién lo sabe? Indica qué columna usar de cierto diario, o en qué fila está estacionado cierto automóvil, o en qué sector encontrar cierto casillero con llave. ¿Quién lo sabe? Podría haber espías o criminales implicados. ¿Quién lo sabe?

—Justamente ése es el asunto —dijo Trumbull—. ¿Quién lo sabe? ¿Así que de qué nos sirve?

—Henry —dijo Gonzalo—, ¿no crees que mi argumentación es buena?

Henry exhibió una sonrisa paternal.

—Es un punto interesante, señor, pero no hay modo de precisar si tiene algún valor.

—Sí, lo hay —dijo Avalon—. Y es muy fácil, además. La carta está dirigida a un tal señor Brown. Si la D significa algo, entonces el señor Brown tendría que conocer ese significado. ¿Lo conoce, señor Brown?

—No tengo ni la más remota idea de ello —dijo Brown.

—Y no podemos suponer —dijo Avalon— que tenga algún conocimiento culpable que quiera ocultar, porque si ese fuera el caso, ¿por qué mostrarnos la tarjeta, en primer lugar?

Brown rió.

—Se los aseguro. No hay conocimiento culpable. Al menos no en relación a la tarjeta.

—Muy bien —dijo Gonzalo—, lo acepto. Brown no sabe nada sobre la D, ¿pero qué muestra eso? Muestra que la carta le llegó a él por error. En realidad, eso encaja. ¿Quién enviaría una tarjeta como ésa a alguien que hace de su departamento una exposición de tarjetas navideñas? Tiene que haber llegado por equivocación.

—No entiendo cómo puede ser posible —dijo Avalon—. Está dirigida a él.

—No, no es así, Jeff. No está dirigida a él. Está dirigida a Brown y debe haber un billón de Browns en el mundo —Gonzalo alzó la voz y se acaloró visiblemente—. De hecho, apostarí a que hay otro Brown en el edificio y que suponía que la tarjeta debía llegarle a él y él sabría qué significa la D. En este mismo momento el otro Brown está esperando y preguntándose dónde demonios está la tarjeta de felicitación que espera y cuál es la letra. Está en un aprieto. Tal vez haya heroína de por medio, o dinero falsificado, o...

—Basta —dijo Trumbull—, te estás tirando del trampolín a una piscina vacía.

—No, no es así —dijo Gonzalo—. Si yo fuera el otro Brown, imaginaría que la

tarjeta probablemente había llegado al Brown equivocado, quiero decir el que corresponde, el que tenemos aquí, y subiría al departamento a buscarla. Diría: “Quiero mirar la colección” y revisaría un poco pero no la encontraría porque Brown tiene la tarjeta aquí y...

Brown había estado oyendo la fantasía de Gonzalo con una expresión bastante benigna en el rostro, pero en ese momento fue reemplazada de pronto por una de profundo asombro. Dijo:

—¡Aguarde un instante!

Gonzalo se detuvo. Dijo:

—¿Que aguarde un momento, qué?

—Es curioso, pero Clara dijo que alguien había revisado las tarjetas hoy.

—Oh no —dijo Rubin—. No va a decirnos que la ridiculez de Mario tiene algún sentido. Tal vez ella sólo lo imaginó.

—Eso le dije yo —dijo Brown—, pero lo dudo. Ella recibe la correspondencia todos los días y pasa cierto tiempo clasificándola en su... bueno, ella lo llama su cuarto de costura, aunque nunca la sorprendí cosiendo allí, y después sale y las distribuye de acuerdo a un sistema complicado muy personal. Y hoy descubrió que algunas de las tarjetas habían cambiado de lugar desde ayer. Y no la veo realmente cometiendo un error en semejante cuestión.

—Ahí tienen —dijo Gonzalo, echándose atrás con arrogancia—. Eso es lo que llamo elaborar una cadena lógica inexorable.

—¿Quién estuvo hoy en la casa? —dijo Trumbull—. ¿Quiero decir además de usted y su esposa?

—Nadie. No hubo visitas. Aún es demasiado pronto para recibir a todos. Nadie. Y tampoco nadie entró por la fuerza.

—No puede estar seguro —dijo Gonzalo—. Predije que alguien iba a revisar las tarjetas y alguien lo hizo. Creo que tenemos que seguir con esto ahora. ¿Qué te parece, Henry?

Henry esperó un momento antes de contestar.

—Por cierto parece haber una coincidencia enigmática —dijo.

—No es para nada enigmática —dijo Gonzalo—. Sólo se trata del otro Brown. Tenemos que atraparlos.

Brown estaba allí sentado, ceñudo, como si para él hubiese desaparecido la gracia del juego.

—No hay otro Brown en el edificio —dijo.

—Tal vez se deletree distinto —dijo Gonzalo, sin la menor pérdida de confianza—. ¿No puede ser Browne con e final o deletreado con una au como lo hacen los alemanes?

—No —dijo Brown.

—Vamos, señor Brown. Usted no conoce el nombre de todos los del edificio.

—Conozco unos cuantos, y por cierto conozco bien los que empiezan con B. Como sabe uno mira a veces la lista y los ojos van automáticamente al propio nombre. —Pensó un momento como si viera la lista. Después dijo con una voz que parecía haberse agitado un poco—: Hay un Beroun, sin embargo, B-e-r-o-u-n. Creo que se deletrea así. No, estoy seguro.

Los Viudos Negros se quedaron en silencio. Gonzalo esperó treinta segundos, después le dijo a Henry:

—¿Nos lucimos, verdad?

Halsted se pasó la mano por la frente en el curioso gesto que le era característico y dijo:

—Tom, tú estás metido hasta cierto punto con los grupos secretos. ¿Es probable que haya algo así en esto?

Trumbull meditaba con profundidad.

—La dirección —dijo al fin— es 354 CPS. Quiere decir Central Park Sur... No sé. Sería mejor si fuese CPO, Central Park Oeste.

—Dice CPS con claridad —dijo Gonzalo.

—También dice Brown con claridad —dijo Drake— y no Beroun.

—Oigan —dijo Gonzalo—, esa letra es un garabato. No se puede distinguir con seguridad si eso es una w o una u y podría haber una e entre la b y la r.

—No, no podría —dijo Drake—. No puedes salirte con la tuya en los dos sentidos. Es un garabato cuando quieres que se deletree distinto, y es muy clara cuando no lo quieres.

—Además —dijo Avalon—, todos pasan por alto el hecho de que hay algo más que un nombre en la dirección, o una calle. También hay un número de departamento, y es 21 C. ¿Ese es el número de su departamento, señor Brown?

—Sí, lo es —dijo Brown.

—Bien —dijo Avalon—, parece que la teoría se desmorona. El otro Brown o Beroun no vive en el 21 C. El Brown que corresponde sí.

Gonzalo pareció desorientado por un instante. Después dijo:

—No, todo combina demasiado bien. Tienen que haber cometido un error también con el número de departamento.

—Vamos —dijo Rubin—. ¿El nombre está mal deletreado y el número del departamento mal escrito y las dos cosas terminan por encajar? ¿Un señor Brown en el número de departamento correcto? Eso es pedir demasiado de las coincidencias.

—Podría ser un pequeño error —dijo Gonzalo—. Supongan que el tal Beroun vive en el 20 C o en el 21 C. Sólo serían necesarios dos pequeños errores, uno para hacer que Beroun parezca Brown y otro para poner 21 C en vez de 20 C.

—No —dijo Rubin—, siguen siendo dos errores que engranan limpiamente.

Vamos, Mario, incluso tú puedes darte cuenta de lo estúpido que es eso.

—No me importa lo estúpido que pueda parecer en teoría. ¿Cuál es la situación en lo concreto? Sabemos que hay un tal Beroun en el mismo edificio de Brown. Ahora todo lo que necesitamos averiguar es cuál es el número del departamento de Beroun y les apuesto a que debe de estar muy cerca del 21 C, algo con lo que es muy fácil cometer un error.

Brown sacudió la cabeza.

—No lo creo. Sé que no hay ningún Beroun en mi piso, es decir en el veintiuno. Y conozco a la gente que vive debajo de mí en el 20 C y encima, en el 22 C, y en ninguno de los dos casos es Beroun ni nada que se le parezca.

—Bueno, entonces ¿dónde vive Beroun? ¿En qué departamento? Sólo tenemos que averiguar eso.

—No sé cuál es el número del departamento de Beroun. Lo siento —dijo Brown.

—De acuerdo —dijo Gonzalo—. Llame a su esposa. Dígale que baje y se fije en la lista y que después nos llame.

—No puedo. Ella fue al cine.

—Llame al portero, entonces.

Brown parecía reacio a hacerlo.

—Cómo le explico...

Drake tosió con suavidad. Apagó el cigarrillo, aunque quedaba casi un centímetro de tabaco ante el filtro, y dijo:

—Tengo una idea.

—¿Cuál? —dijo Gonzalo.

—Bueno, escuchen. Tenemos el departamento 21 C y si se fijan en el sobre verán que 21 C está escrito con tres trazos. Hay un garabato para el 2 y una línea recta para el 1 y una especie de arco para la C.

—¿Y con eso? —dijo Gonzalo, como si las ideas fueran monopolio de él esa noche.

—¿Cómo pueden estar seguros de que el 1 combina con el 2 y forma el número 21? Tal vez el 1 combina con la C, y si unen las dos cosas, el tipo trató de escribir una K. Lo que digo es que tal vez el número de departamento sea 2 K.

—Eso es —dijo Gonzalo, excitado—. Jim, hazme recordar que bese a cualquier chica sentada cerca de ti cuando haya muchachas presentes. ¡Claro! La dirección es Beroun, 354 CPS 2 K, y el cartero la leyó como Brown, 354 CPS 21 C. Ahora está todo resuelto y tú, Tom, puedes tirar de los hilos necesarios para hacer que alguien siga a este Beroun...

—Sabes —dijo Trumbull—, están empezando a hipnotizarme con esta tontería y casi estoy dispuesto a hacer arreglos para que vigilen a este condenado Beroun... salvo que, mire como mire esta dirección, sigue pareciendo que dice Brown, no



Beroun, y 21 C, no 2 K.

—Tom, tiene que ser Beroun 2 K. Todo encaja.

Brown sacudió la cabeza.

—No, no es así. Lo siento, Mario, pero no es así. Si Beroun viviera en el 2 K, su teoría sería impresionante pero no vive allí.

—¿Estás seguro? —preguntó Gonzalo con desconfianza.

—Ocurre que es el departamento del encargado. He ido con bastante frecuencia.

—El encargado —dijo Gonzalo, confundido por un instante y después emprendiendo otra vez la carga—. Tal vez él encajaría aún mejor. Ya se sabe: un trabajador manual... tal vez esté en el juego ilegal. Tal vez... Eh, ya lo creo que encaja. ¿Quién se metería en su departamento hoy, a revisar las tarjetas navideñas? El encargado, eso es. No tendría que forzar la puerta. Tendría las llaves y podría entrar en cualquier momento.

—Sí, ¿pero entonces por qué la tarjeta está dirigida a Brown? .

—Porque los nombres pueden ser parecidos. ¿Cómo se llama el encargado, señor Brown?

Brown suspiró.

—Ladislas Wessilewski —y lo deletreó con esmero—. ¿Cómo escribirían cualquiera de las dos palabras para que se parezca a Brown?

Avalon, sentado muy erguido, se pasó un dedo con suavidad por cada mitad del bigote y dijo sentencioso:

—Bueno, Mario, con eso tenemos nuestra lección del día. No todo es un misterio y las cadenas lógicas inexorables pueden no llevar a ninguna parte.

Gonzalo sacudió la cabeza.

—Sigo insistiendo en que hay algo que no marcha en eso. Vamos, Henry, ayúdame. ¿En qué momento perdí el norte?

Henry, que había estado parado en silencio junto al copero durante los últimos quince minutos, dijo:

—En verdad hay una posibilidad, señor Gonzalo, si aceptamos su suposición de que la tarjeta navideña representa un código calculado para pasar información. En ese caso, creo que no es correcto suponer que la tarjeta fue mal dirigida.

»Si la tarjeta hubiese sido entregada en el sitio equivocado es curioso en extremo que terminara en un departamento donde vive una notable coleccionista de tarjetas, bien conocida como tal en todo el edificio y tal vez en una zona mucho más amplia.

—Las coincidencias ocurren, Henry —dijo Gonzalo.

—Puede ser, pero parece mucho más probable que la dirección del señor Brown se empleara con deliberación. ¿Quién iba a prestarle atención a una tarjeta de felicitación de más o de menos dirigida al señor y la señora Brown, si reciben tantas? Dado que reciben tantas tarjetas de felicitación en festividades tan poco lógicas, para

ellos, como el Año Nuevo Judío y el Día de la Madre, sería muy conveniente usarlos como blanco en cualquier época del año, sobre todo si todo lo que la tarjeta dice es un “Felices Augurios”, impreciso.

—¿Acaso insinúa, Henry —dijo Brown con brusca frialdad— que Clara y yo estamos metidos en alguna operación clandestina?

—Lo dudo, señor —dijo Henry—, ya que, como dijo alguien antes, en ese caso usted no habría traído a colación el asunto de la tarjeta.

—¿Entonces?

—Suponiendo que la teoría del señor Gonzalo sea correcta, sugiero que las tarjetas le fueron enviadas a usted en vez de a otro, porque si llegaran a sus manos no serían notadas. Aquí pueden haber subestimado la preferencia de su esposa por las tarjetas novedosas y su desprecio hacia las sencillas.

—Pero por lo que sé, ésta es la única tarjeta de este tipo que hemos recibido, Henry.

—Exacto, señor. Fue un accidente. No se pretende que usted las reciba. Su nombre en ellas no es más que una pantalla, que consigue hacerla perder entre cientos de otros sobres de tarjetas de felicitación con la misma dirección. Sólo que se supone que estas tarjetas en particular tienen que ser interceptadas.

—¿Cómo?

—Por la persona que conoce bien la cantidad y el tipo de correspondencia que ustedes reciben y que podría sugerir que fueran ustedes utilizados con ese fin; por la persona que tendría la oportunidad más sencilla de interceptarlas, pero que esta vez falló. ¿Señor Brown, en cuántas ocasiones ha salido del ascensor en el preciso instante en que el cartero entraba, y en cuántas ocasiones le han sacado el bulto de las manos en ese momento?

—Por lo que sé, fue la única vez —dijo Brown.

—Y la tarjeta en cuestión sobresalía, casi como si fuera a caerse. Por eso su esposa la notó de inmediato.

—Quiere usted decir que Paul...

—Quiero decir que parece extraño que un cartero insista hasta tal punto en encargarse de sus tarjetas de Navidad que toma medidas para que queden en la oficina de correos un día extra cuando no está de servicio. ¿Es así como se asegura no pasar por alto nunca una de las tarjetas dirigidas a usted, que él debe interceptar?

—Henry —interrumpió Trumbull—, yo sé algo de esto. En el proceso de clasificación de la correspondencia los carteros están bajo observación constante.

—Me lo imagino, señor —dijo Henry—, pero hay otras oportunidades.

—Usted no conoce a Paul —dijo Brown—. Yo lo conozco desde que nos mudamos al departamento. ¡Años! Es un hombre fantásticamente cuidadoso. Imagino que perdería el empleo si lo vieran quedarse con una carta que debe entregar. El

vestíbulo del edificio es un lugar muy transitado; siempre hay dos carteros trabajando. Lo conozco, se lo aseguro. Aunque quisiera hacerlo, nunca se arriesgaría.

—Pero justamente ésa es la cuestión, señor Brown —dijo Henry—. Si este hombre es como usted dice que es, eso explicaría por qué insiste tanto en subirle el correo. Incluso en una ciudad atestada como ésta, hay un sitio donde uno puede estar seguro de no ser observado por unos instantes y ese sitio es un ascensor automático vacío.

»Nada impide que el cartero, al clasificar el correo y preparar el bulto, ubique una tarjeta de felicitación, que reconoce por la forma, el color y la letra, de tal modo que sobresalga del resto. Después, en el ascensor, que sólo toma cuando está seguro de ser el único usuario, tiene tiempo de sacar el sobre y ponérselo en el bolsillo, incluso si está a solas apenas el tiempo que requiere subir un piso.

—¿Y fue Paul quien se metió hoy en nuestro departamento? —dijo Brown.

—Yo diría que es posible —dijo Henry—. Su esposa recibe la correspondencia de manos del cartero en la puerta. Y, como se acerca la Navidad, los arreglos que debe realizar se van complicando. Se precipita al cuarto de costura sin molestarse en pasarle el cerrojo a la puerta. El cartero tiene la oportunidad de empujar el botoncito que vuelve posible hacer girar el picaporte desde afuera. Entonces puede contar con unos minutos para tratar de encontrar la tarjeta. No lo logró, desde luego.

—Con seguridad un hombre tan cauteloso como para emplear un ascensor vacío para apoderarse de una carta no...

—Tal vez sea un indicio de lo desesperado del caso. Puede saber que ésta es una tarjeta de extraordinaria importancia. Si yo fuera usted, señor...

—¿Sí?

—Mañana es sábado y tal vez usted no trabaje pero el cartero lo hará. Entréguele esta tarjeta. Dígale que no es posible que sea suya y que quizás sea de Beroun. La expresión de su cara puede ser interesante y el señor Trumbull puede disponer que el hombre sea vigilado. Puede no pasar nada, desde luego, pero tengo la fuerte sospecha de que hay algo.

—Hay una posibilidad —dijo Trumbull—. Puedo encargarme de eso.

Una expresión de tristeza se acumuló en el rostro de Brown y sacudió la cabeza.

—Odio tenderle una trampa al viejo Paul en Navidad.

—Ser un invitado en el club de los Viudos Negros tiene sus desventajas, señor —dijo Henry.

## POSTFACIO

*“Felices Augurios” fue rechazado por el Ellery Queen's Mystery Magazine por algún motivo, como tienen todo el derecho de hacerlo, desde luego... incluso sin motivo, si prefieren no presentar uno. Más aún, es evidente que no hay ni la sombra*

*de una excusa para enviarlo al Magazine of Fantasy and Science Fiction. Así que quedó sin vender.*

*En realidad, me gusta tener en las recopilaciones algunos relatos que no hayan aparecido en las revistas. Tiene que haber una especie de premio para el lector que ha sido lo bastante entusiasta y leal como para leerlos todos cuando aparecieron por primera vez. Como es natural, podría razonar que en forma de libro ustedes cuentan con todos los relatos reunidos sin el agregado de componentes extraños así que no importa si todos fueron publicados antes: pero también es agradable contar con algo nuevo. Este es uno de ellos, y no es el único del libro, además.*

## El sólo y único Oriente (1975)

---

“The One and Only East”

Mario Gonzalo, anfitrión del banquete mensual del club de los Viudos Negros, refulgía en su chaqueta deportiva escarlata, pero no obstante parecía un poco desanimado.

—Es una especie de parásito, Jeff —le dijo en voz baja a Geoffrey Avalon, el abogado especializado en patentes—, pero tiene un problema interesante. Es primo de mi dueña de casa y hablamos de eso y pensé: Bueno, demonios, podría ser interesante.

Avalon, que tomaba su primer trago, inclinó sus cejas oscuras en un gesto de desaprobación y dijo:

—¿Es sacerdote?

—No —dijo Gonzalo—, no es un sacerdote católico. Creo que es lo que ustedes llaman “presbítero”, Integra una pequeña secta hermética. Lo que me recuerda que haría mejor en pedirle a Tom que suavice su lenguaje.

—Sabes, Mario —Avalon seguía ceñudo—, si invitas a un hombre tomando como base sólo su problema, y sin conocerlo para nada en lo personal, podrías hacer que pasemos una noche muy incómoda, ¿Bebe él?

—Creo que no —dijo Mario—. Pidió jugo de tomate.

—¿Eso significa que nosotros no bebamos? —Avalon bebió un trago exageradamente vigoroso.

—Por supuesto que nosotros beberemos.

—Tú eres el anfitrión, Mario... pero espero lo peor.

El invitado, apoyado contra la pared, iba vestido con prendas de un severo color negro y exhibía una expresión apesadumbrada que tal vez se debiera simplemente a la inclinación natural hacia abajo de sus ojos. El rostro casi brillaba con una reciente afeitada meticulosa y era de una palidez que podía ser sólo el resultado del contraste con las prendas oscuras. Se llamaba Ralph Murdock.

Emmanuel Rubin, con los ojos aumentados por las gafas brillando y la barba rala vibrando con la energía de lo que decía, había justipreciado al hombre de inmediato y se las había arreglado para guiar la discusión a un agudo análisis de la naturaleza de la Trinidad casi antes de que empezara la comida.

Murdock parecía impávido, y su rostro seguía tan calmo como el de Henry, el mozo del club, que llevaba a cabo sus obligaciones con la actitud imperturbable de siempre.

—El error —dijo Murdock— cometido por lo común por quienes quieren discutir los misterios en términos de la lógica ordinaria, es suponer que las reglas que se originan en la observación del mundo mediante las impresiones sensoriales se aplican

al universo más amplio que se extiende más allá. Hasta cierto punto, pueden aplicarse, ¿pero cómo podemos saber dónde y por qué no lo hacen?

—Eso es una evasiva —dijo Rubin.

—No lo es —dijo Murdock— y le daré un ejemplo dentro del mundo de la impresión sensorial. Obtenemos nuestras nociones de sentido común sobre el comportamiento de los objetos a partir de la observación de cosas de tamaño moderado, que se mueven a velocidades moderadas y que existen a temperaturas moderadas. Cuando Albert Einstein elaboró un esquema para un vasto universo y velocidades enormes, culminó con una imagen que parecía ir contra el sentido común; es decir, contra las observaciones que nos resulta fácil hacer en la vida diaria.

—Sin embargo, Einstein dedujo el universo relativista a partir de impresiones sensoriales y observaciones que cualquiera podía hacer.

—Si se tiene en cuenta que se emplearon instrumentos desconocidos para el hombre de unos siglos antes —dijo Murdock con suavidad—. Las observaciones que ahora podemos hacer y los efectos que ahora podemos producir le parecerían fruto de la brujería, la magia, o incluso, tal vez, de la revelación a la humanidad de hace unos siglos, si estas cosas fueran presentadas con una correcta introducción y educación previas.

—¿Entonces usted cree —dijo Rubin— que la revelación que ha enfrentado al hombre con una Trinidad ahora incomprensible puede tener sentido en una especie de hiper-relatividad futura?

—Es posible —dijo Murdock—, o es posible que tenga sentido en una especie de hiper-relatividad que fue alcanzada por el hombre hace mucho tiempo, gracias a la puesta en cortocircuito de la mera razón, y el empleo de instrumentos mucho más poderosos para llegar al conocimiento.

Los demás se unieron al combate con franco deleite, todos en oposición a Murdock, que parecía no tener en cuenta el peso de las fuerzas en su contra. Con una expresión inmutable de melancolía y una incommovible urbanidad, contestó a todos sin dar impresión de apremio o fastidio. Que las cuestiones tratadas no pudieran ser resueltas consultando la biblioteca del club hacía que todo fuese más excitante.

A los postres, Trumbull, con una suavidad de vocabulario desmentida por las arrugas feroces de su cara tostada, dijo:

—Diga lo que diga sobre el razonamiento, éste ha aumentado el promedio de la vida humana en unos cuarenta años en el último siglo. Las fuerzas que están más allá de la razón, sean cuales fueren, no han podido alargarlo ni un minuto.

—Nadie puede negar que la razón tiene sus usos y su utilidad —dijo Murdock—. Nos ha permitido vivir más tiempo, pero mire el mundo que lo rodea, señor, y dígame si nos ha permitido vivir con decencia, y después pregúntese si la extensión sin decencia es una bendición tan inmaculada.

Para cuando sirvieron el brandy y todos habían probado sus lanzas contra el calmo escudo verbal de Murdock, casi pareció un anticlímax que Gonzalo golpeará su vaso de agua con una cuchara para indicar el comienzo del interrogatorio de sobremesa.

—Caballeros —dijo Gonzalo—, hemos contado con una cena de interés inusual, creo —y aquí hizo un breve gesto hacia Avalon, que estaba sentado a su izquierda, gesto que por suerte Murdock no vio—. Y me parece que nuestro invitado ya ha sido sometido a dificultades. Se ha desempeñado bien y creo que hasta Manny tiene sospechosas huellas de huevo en la cara. (No digas nada, Manny). Como anfitrión, voy a dar por terminado el interrogatorio, entonces y pedirle al señor Murdock, si lo desea, que nos cuente su historia.

Murdock, que había terminado la cena con un vaso grande de leche, y que había rechazado el café y el brandy que le ofreciera Henry, dijo:

—El señor Gonzalo ha tenido la bondad de invitarme a esta cena y debo decir que me agrada la cortesía que me han brindado. También me siendo agradecido. No se me presenta con frecuencia la oportunidad de discutir con incrédulos tan dispuestos a escuchar como ustedes. Dudo que haya convencido a alguien, pero mi misión no es convencerlos, sino más bien ofrecerles una oportunidad de convencerse a sí mismos.

»Mi problema, o “historia” como lo llamó el señor Gonzalo, ha obsesionado mi mente durante las últimas semanas. Le confié en parte, en un momento de agonía mental, a la Hermana Minerva, que, según como ve las cosas el mundo, es prima mía, pero en verdad hermana en virtud de nuestra común pertenencia a la Iglesia de los Discípulos de la Santidad. Ella, por motivos que le parecieron válidos, se la contó a su inquilino, el señor Gonzalo, y él me buscó y me imploró que asistiera a esta reunión.

»Me aseguró que era posible que ustedes pudieran ayudarme en este problema que obsesiona mi mente. Puede ser que sí, puede ser que no; eso no importa. La bondad que ya han demostrado es lo bastante grande como para hacer que el fracaso en la otra cuestión tenga poca relevancia.

»Caballeros, soy presbítero de la Iglesia de los Discípulos de la Santidad. Es una iglesia pequeña sin la menor importancia de acuerdo al modo en que el mundo considera la importancia, pero no es la aprobación del mundo lo que buscamos. Tampoco buscamos consuelo en la idea de que sólo nosotros encontraremos la salvación. Estamos muy dispuestos a admitir que todos pueden encontrar su camino al trono por cualquiera de una infinita cantidad de senderos. Encontramos consuelo sólo en que nuestro sendero nos parece directo y cómodo, un sendero que nos da paz: un bien tan escaso como deseable en el mundo.

»He sido miembro de la Iglesia desde los quince años y he contribuido a acercar a la congregación a varios de mis amigos y conocidos.

»A quien no pude interesar fue a mi tío Haskell.

»Me sería fácil describir a mi tío Haskell como un pecador, pero por lo común esa palabra se emplea para describir ofensas contra Dios, y considero que es una definición inútil. La piedad de Dios es infinita y Su amor lo bastante grande como para no ofenderse por cosas que sólo le atañen a Sí mismo. Si la ofensa fuese contra el hombre eso sería mucho más grave, pero en eso puedo exonerar a mi tío Haskell al menos hasta donde puedo exonerar a la humanidad en general. Uno no puede vivir un momento sin herir, dañar o, al menos, incomodar a un semejante, pero estoy seguro de que mi tío Haskell nunca tuvo la intención de provocar tal daño, herida o incomodidad. Se habría apartado un kilómetro de su camino para impedirlo, si supiese lo que pasaba y si impedirlo fuese posible.

»Queda el tercer tipo de daño: el que un hombre se inflige a sí mismo... y me temo que en eso mi tío Haskell fue un pecador. Era un hombre corpulento, con un sentido del humor homérico y apetitos gargantescos. Comía y bebía en exceso, y también frecuentaba a las mujeres, sin embargo, hiciera lo que hiciese, lo hacía con tal gusto que uno podía engañarse y creer que obtenía placer con su modo de vida y caer en el error de perdonarlo sobre la base de que era mucho mejor disfrutar de la vida que ser un puritano amargado como yo, que encuentra un perverso placer en la tristeza.

»De hecho fue esa la defensa de mi tío Haskell cuando una vez lo sermoneé y le dije que lo que para él y para otros podía parecer una parranda gloriosa terminaba en la cárcel y con una leve conmoción cerebral por añadidura.

»Me dijo: “¿Y tú qué sabes de la vida, puritano tal-por-cual? No bebes, no fumas, no insultas, no...”

»Bueno, les ahorro la lista de los placeres en los que me encontraba poco experto. Sin duda pueden imaginarlos, uno por uno. Tal vez también a ustedes les parezca triste que pase por alto tales rutas a la elevación del espíritu, pero mi tío Haskell, aunque conocía a una docena de damas de virtud dudosa, nunca había conocido la tranquila emoción del amor, que llena el corazón. No conocía la placentera serenidad de la contemplación en silencio, del discurso razonado, de la comunión con las almas magníficas que han dejado sus pensamientos como herencia. Conocía mis sentimientos al respecto, pero los despreciaba.

»Tal vez lo hiciera con tanta vehemencia porque sabía lo que había perdido. Mientras yo estudiaba en la universidad (en los días en que llegué a conocer por primera vez a mi tío Haskell, ya amarlo) él escribía una disertación sobre la Inglaterra de la Restauración<sup>[34]</sup>. A veces hablaba como si tuviese el plan de escribir una novela, otras como si se tratara de una exposición histórica. Tenía una casa en Leonia Nueva Jersey, en ese entonces... aún la tenía, debería decir porque había nacido allí, como lo habían hecho sus antepasados y los míos desde la época colonial de los cuáqueros.



Bueno, la perdió, junto con todo lo demás.

»Ahora bien... ¿en qué iba? Sí, en su casa de Leonia pudo reunir una biblioteca de material sobre la Inglaterra de la Restauración, en la que encontraba, lo creo honestamente, más placer que en cualquiera de los sensualismos que con el tiempo lo reclamaron.

»Fue su adicción al juego lo que provocó el verdadero daño. Era la primera de las pasiones a las que él llamaba placeres que llevó al extremo. Le costó su hogar y su biblioteca. Le costó su trabajo, tanto el de anticuario, con el que se ganaba la vida, como el de historiador aficionado, en el que encontraba solaz.

»Sus parrandas, por más escandalosas y alegres que fueran, lo dejaban en el hospital, la cárcel o tirado en la calle y yo no siempre estaba presente para sacarlo del apuro en seguida.

»Lo que lo mantenía a flote era la naturaleza errática de su vicio mayor, porque de vez en cuando hacía una apuesta afortunada o daba vuelta una carta propicia y entonces, por un día o por un mes, la pasaba bien. En esas ocasiones siempre fue generoso. Nunca valoró el dinero en sí mismo ni se aferró a él frente a la necesidad ajena (lo que habría sido un vicio peor que cualquiera de los que ya poseía), así que los buenos tiempos nunca duraron mucho ni sirvieron como base para recobrar su vida anterior y más digna.

»Y ocurrió que, hacia el fin de su vida, “mató” con una apuesta. Creo que lo llaman “matar”, lo que es razonable dado que el lenguaje del vicio tiene una violencia particular propia. No pretendo comprender cómo lo logró, salvo que varios caballos, cada uno de los cuales era improbable que ganara, ganaron sin embargo, y mi tío Haskell dispuso sus apuestas de tal modo que cada caballo ganador multiplicaba grandemente lo que ya había sido multiplicado.

»Pasó a ser, tanto según sus normas como según las mías, un hombre rico, pero estaba muriendo y sabía que no tendría tiempo de gastar el dinero como de costumbre. Lo que se le ocurrió, fue dejar el mundo en compañía de una broma enorme: una broma en la que el humor residía en lo que él concebía como mi corrupción, aunque estoy seguro que no lo contemplaba de ese modo.

»Me llamó junto a su lecho y me dijo algo que, por lo que puedo recordar, fue algo así: “Ahora, Ralph, muchacho mío, no me sermonees. Como puedes ver con tus propios ojos, en este momento soy virtuoso. Tendido aquí, no puedo hacer ninguna de las cosas terribles que tú deploras... salvo tal vez injuriar un poco. Ahora sólo puedo encontrar tiempo y ocasión para ser tan virtuoso como tú y mi recompensa es que voy a morir.”

“Pero no me importa, Ralph, porque obtuve más dinero que lo que he obtenido de una sola vez durante muchos años y podré derrocharlo de un modo completamente nuevo. Voy a dejártelo a ti, sobrino.

»Empecé a protestar que prefería que él estuviera bien y se reformara en serio antes que el dinero, pero me cortó.

“No, Ralph, a tu propio modo retorcido has hecho todo lo posible por mí y me has ayudado aún cuando me desaprobabas con tanta fuerza y no pudieses tener esperanzas de una retribución razonable, ya fuese en términos de dinero o de conversión. Además de eso, eres mi único pariente y habrías obtenido el dinero aunque no hubieras hecho nada por mí.

»Una vez más intenté explicarle que lo había ayudado como un ser humano y no como pariente, y que no lo había hecho como una especie de inversión comercial, pero una vez más me cortó. Le costaba hablar y yo no quise prolongar las cosas más de lo debido.

»Dijo: “Te dejaré cincuenta mil dólares limpios. Se han tomado las medidas necesarias para que quedasen liquidados todas las costas legales e impuestos. Yo lo he tratado con mi abogado. Con tu modo de vida, no sé qué podrás hacer con mi dinero aparte de mirarlo, pero si eso te da placer, te lo dejaré para que lo hagas”.

»Dije con suavidad: “Tío Haskell, con cincuenta mil dólares puede hacerse mucho bien y los gastaré de acuerdo a lo que los Discípulos de la Santidad encuentren adecuado y útil. Si eso te disgusta, entonces no me dejes el dinero”.

»Entonces rió, con un débil esfuerzo, y buscó mi mano a tientas de manera tal que hizo evidente lo débil que había quedado. Hacía un año que yo no lo veía y en ese intervalo había ido cuesta abajo a un paso increíble.

»Los doctores decían que una combinación de diabetes y cáncer, mal tratada, había avanzado con demasiada rapidez a través de los bastiones de su cuerpo minado por el placer, el Cielo lo ayude, y sólo le había dejado la esperanza de una agonía no muy prolongada. Había “matado” en las carreras de caballos, pero también había matado a su propio cuerpo.

»Me tomó la mano débilmente y dijo: “No, haz lo que quieras con el dinero. Contrata a alguien para cantar salmos. Dáselo, de a un centavo por vez, a cinco millones de pordioseros. Es asunto tuyo; no me importa. Pero, Ralph, hay una treta en todo esto, una treta muy divertida”.

»“¿Una treta? ¿Qué tipo de treta?” Fue todo lo que se me ocurrió preguntar.

»“Bueno, Ralph, muchacho mío, me temo que tendrás que jugar al azar por el dinero”. Me palmeó la mano y rió otra vez. “Será un juego limpio, con cinco probabilidades contra una”.

»“El abogado”, prosiguió, “tiene un sobre en cuyo interior está el nombre de una ciudad: un lindo sobre sellado, que él no abrirá hasta que vayas a verlo con el nombre de una ciudad. Te daré seis ciudades para escoger y sólo elegirás una de ellas. ¡Una! Si la ciudad que elijas concuerda con la del sobre, obtienes cincuenta mil dólares. Si no concuerda, no obtienes nada, y el dinero va a parar a diversas instituciones de

caridad. Mi tipo de instituciones de caridad”.

»“Eso no es decente, tío”, dije, bastante desorientado.

»“¿Por qué no, Ralph? Todo lo que debes hacer es adivinar la ciudad y te quedas con una buena tajada de dinero. Y si adivinas mal, no pierdes nada. Mejor imposible. Mi sugerencia es que numeres las ciudades de uno a seis, después tires un dado y escojas la ciudad que corresponda al número que saques. ¡Una oportunidad muy correcta, Ralph!”.

»Parecieron brillarle los ojos, tal vez ante la imagen de su sobrino haciendo rodar los dados por dinero. Sentí esa sensación con agudeza y dije, sacudiendo la cabeza: “Tío Haskell, es inútil imponerme esa condición. No jugaré al azar con el universo ni abdicaré al trono de la conciencia para dejar que la suerte tome las decisiones por mí. O me dejas el dinero, si eso te agrada, o no me lo dejas, si eso te agrada”.

»Dijo: “¿Por qué piensas que vas a jugar al azar con el universo? ¿No aceptas que lo que los hombres llaman suerte es en realidad la voluntad de Dios? Me los has dicho con bastante frecuencia. Bueno, entonces si Él te considera digno, obtendrás el dinero. ¿O no confías en Él?”.

»Dije: “Dios no es un hombre que pueda ser puesto a prueba”.

»Mi tío Haskell se iba debilitando. Retiró su brazo y lo dejó descansar pasivo sobre la frazada. Un momento después dijo: “Bueno, tendrás que hacerlo. Si no le llevas a mi abogado tu elección dentro de los treinta días siguientes a mi muerte, irá a parar todo a mis instituciones de caridad, Vamos, treinta días es tiempo suficiente”.

»Todos tenemos nuestras debilidades, caballeros, y no siempre estoy libre del orgullo. No podía permitir que me obligaran a danzar al son del bastón de mi tío Haskell simplemente para conseguir el dinero. Pero después pensé que podría usar el dinero no para mí, sino para la Iglesia, y que tal vez no tenía derecho a rechazarlo basado en el orgullo por mi virtud, cuando se perdería tanto en el proceso.

»Pero el orgullo se impuso. Dije: “Lo siento, tío Haskell, pero en ese caso, el dinero tendrá que ir a otras manos. No jugaré al azar por él”.

»Me puse en pie para irme pero su mano se movió y no me aparté. Dijo: “Está bien, miserable sobrino mío. Quiero que te quedes con el dinero, en serio; así que si te falta sangre de jugador y no puedes arriesgarte honestamente con el destino, te daré un indicio. Si lo desentrañas, sabrás de qué ciudad se trata (creo que sin lugar a dudas) y no estarás jugando al azar cuando entregues ese nombre”.

»Realmente ya no quería prolongar la discusión y sin embargo odiaba abandonarlo y dejarlo desolado si podía evitar hacerlo. Dije: “¿Cuál es el indicio?”.

»Dijo: “Encontrarás la respuesta en el solo y único oriente, el solo y único oriente”.

»“El solo y único oriente”, repetí. “Muy bien, tío Haskell, lo pensaré. Ahora hablemos de otra cosa”.

»Hice el ademán de sentarme otra vez, pero entró la enfermera y dijo que era hora de que el tío Haskell descansara. Y, a decir verdad, yo pensaba lo mismo: parecía quedarle apenas un hilo de vida.

»Dijo: “Me salvé de un sermón, Dios sea loado”, y rió en un susurro.

»Yo dije: “Adiós, tío Haskell. Regresaré”.

»Cuando llegaba a la puerta él exclamó: “No te apresures, sobrino. Piénsalo con cuidado. El solo y único oriente”.

»Esa es la historia, caballeros. Mi tío murió hace veintisiete días. Dentro de tres días, el próximo lunes, debo entregar mi elección al abogado. Sospecho que no entregaré esa elección, porque la clave de mi tío Haskell no significa nada para mí y no elegiré una ciudad como en un mero juego al azar. No lo haré.

Hubo un breve silencio después de que Murdock terminara su relato. James Drake fumaba pensativo su cigarrillo. Tom Trumbull miraba ceñudo su copa de brandy y vacía. Roger Halsted jugueteaba con la servilleta. Geoffrey Avalon estaba sentado muy erguido y con el rostro inexpresivo. Emmanuel Rubin sacudía la cabeza lentamente de un lado a otro.

Gonzalo rompió el silencio con incomodidad, pensando tal vez que era su deber de anfitrión.

—¿Le importaría decirnos los nombres de las seis ciudades, señor Murdock? —dijo.

—En absoluto, señor Gonzalo. Dado que usted me pidió que viniese aquí con la posibilidad de que me ayudaran (y dado que yo estuve de acuerdo en hacerlo) es obvio que busco ayuda. Teniéndolo en cuenta, debo contestar cualquier pregunta honorable. Los nombres de las ciudades, tal como los recibí de parte del abogado el día de la muerte de mi tío, están en este papel. Notarán que es el papel carta del abogado. Es el papel que me entregó.

Se lo pasó a Gonzalo. Aparte del membrete del abogado, contenía sólo la lista dactilografiada de las seis ciudades en orden alfabético:

- ANCHORAGE, ALASKA
- ATENAS, GEORGIA
- AUGUSTA, MAINE
- CANTON, OHIO
- EASTON, PENNSYLVANIA
- PERTH AMBOY, NUEVA JERSEY

Gonzalo lo hizo circular. Cuando lo recibió de vuelta, llamó:

—¡Henry! —y dijo después, dirigiéndose a Murdock—: Nuestro mozo es miembro del club. Espero que no tenga objeciones a que vea la lista.

—No tengo objeciones a que la vea cualquiera —dijo Murdock.

Avalon carraspeó.

—Antes de lanzarnos a la especulación, señor Murdock, es razonable preguntar si usted mismo se ha ocupado del asunto.

El rostro pesaroso de Murdock se puso pensativo. Apretó los labios y parpadeó. Dijo en voz baja, casi avergonzada:

—Caballeros, me gustaría decirles que he resistido la tentación por completo, pero lo cierto es que no fue así. A veces he pensado y tratado de convencerme de que una ciudad u otra encaja con el indicio de mi tío Haskell para poder presentarla al abogado el lunes con la conciencia limpia. De vez en cuando me he decidido por una u otra de las ciudades de la lista, pero en cada oportunidad sólo se ha tratado de engañarme a mí mismo, de transigir, de simular que no estaba jugando al azar cuando en realidad así ocurría.

—¿Oró usted, señor Murdock? —dijo Rubin, con el rostro inocentemente inexpresivo—. ¿Buscó la guía divina?

Por un instante pareció que la cuidadosa armadura de Murdock había sido penetrada, pero sólo por un instante. Después de esa leve pausa dijo:

—Si fuera apropiado en este caso, habría visto una solución sin orar. A los ojos de Dios, son mis necesidades las que cuentan y no mis deseos, y Él conoce mis necesidades sin que yo tenga que informarle.

—¿Ha tratado de encarar el problema empleando el arma inferior de la razón? —dijo Rubin.

—Lo he hecho, desde luego —dijo Murdock—. De modo casual. He tratado de resistir a verme llevado demasiado por el asunto. Me temo que desconfío de mí mismo.

—¿Y ha llegado a alguna conclusión favorita? —dijo Rubin—. Dijo usted que no había podido decidirse por alguna de las ciudades de modo definitivo, como para considerar su elección algo que ya no representa un juicio de azar..., ¿pero no se inclina en una u otra dirección?

—Me he inclinado en una dirección en un momento y en otra en otro. No puedo decir con honestidad que alguna de las ciudades sea mi favorita. Con su permiso, no les diré las cosas que se me ocurrieron dado que lo que busco es la ayuda de ustedes y preferiría que lleguen a sus conclusiones, o hipótesis, sin ser influidos por mis pensamientos. Si pasan por alto algo que he pensado, se los diré.

—Bastante justo —dijo Gonzalo, bajándose una punta del cuello de la chaqueta con aire de abstraído engreimiento—. Supongo que tenemos que fijarnos si una de estas ciudades es el solo y único oriente

—Eso creo —dijo Murdock.

—En ese caso —dijo Gonzalo—, perdón por mencionar lo obvio, pero la palabra inglesa “east” (este u oriente) sólo se presenta en Easton. Es el solo y único este.

—Curiosamente —dijo Murdock con sequedad—, no dejé de advertirlo, señor Gonzalo. Me impresiona como algo tan obvio que debe pasarse por alto. Mi tío Haskell dijo: “No te apresures”.

—Ah —dijo Gonzalo—, pero eso podría ser sólo para despistarlo. El auténtico jugador tiene que saber cuándo hacer un bluff y su tío bien podía estar haciéndolo. Si tenía un sentido del humor realmente podrido, le habría parecido cómico darle la respuesta, dejarla bien a la vista, y después asustarlo para que no la acepte.

—Puede ser —dijo Murdock—, pero algo así significaría que yo tendría que penetrar en la mente de mi tío Haskell y ver si era capaz de un doble juego o algo por el estilo. Sería un juego de azar y no jugaré. O el indicio, interpretado con corrección, vuelve tan evidente la cuestión que ya no es un juego de azar, o es inútil. En pocas palabras, Easton podría ser la ciudad, pero si es así, sólo lo creeré por algún motivo más fuerte que la mera presencia de “east” (este u oriente) en el nombre.

—Creo —dijo Halsted, inclinándose hacia Murdock— que ningún jugador que valga algo elaboraría un acertijo con una solución tan fácil como la conexión entre “east” y Easton. Eso no es más que un dato falso. Permítanme apuntar algo un poco más razonable, y un poco más convincente. De las seis ciudades mencionadas, creo que Augusta es la más oriental. Por cierto está en el estado de Maine, que es el más oriental de los cincuenta estados. Augusta tiene que ser el solo y único este, y sin lugar a dudas.

Drake sacudió la cabeza con violencia.

—Equivocado, Roger, equivocado. Que Maine es el estado más oriental es una superstición vulgar. No es cierto desde 1959. Una vez que Alaska se convirtió en el quincuagésimo estado, éste pasó a ser el estado más oriental.

Halsted arrugó el entrecejo.

—El más occidental, querrás decir, Jim.

—El más occidental y el más oriental. Y más norteño además. Fíjate que la línea de los 180 de longitud pasa a través de las islas Aleutianas. Las islas que están al oeste de la línea están en el Hemisferio Oriental. Son la única parte de los cincuenta estados que se encuentran en el Hemisferio Oriental y eso hace de Alaska el estado más oriental, el solo y único oriente.

—¿Y qué me dicen de Hawai? —preguntó Gonzalo.

—Hawai no llega a la línea de los 180. Incluso la isla Midway, que está al oeste del estado, no lo hace. Puedes fijarte en el mapa si lo deseas, pero sé que tengo razón.

—No importa que tengas razón o no —dijo Halsted con vehemencia—. Anchorage no está al otro lado de la línea de los 180, ¿verdad? Así que queda al occidente de ella, no al oriente. En el caso de Augusta, la ciudad es la más oriental de las seis mencionadas.

—Caballeros —interrumpió Murdock—, no vale la pena discutir el asunto. Yo

había pensado en el estado oriental de Maine, pero no encontré que tuviera el peso suficiente como para convertirlo en una propuesta segura. El hecho de que uno pueda discutir acerca de la cuestión Alaska contra Maine (y admito que la posibilidad de Alaska no se me había ocurrido) saca a ambos de la categoría del solo y único oriente.

—Además —dijo Rubin—, desde el punto de vista estrictamente geográfico, este y oeste, oriente y occidente, son términos puramente arbitrarios. Norte y sur son absolutos porque hay en la Tierra un punto fijo que es el Polo Norte y otro que es el Polo Sur.

»Dados dos puntos cualquiera sobre la Tierra, el que está más cerca al Polo Norte está más al norte, el otro más al sur, pero de esos dos mismos puntos, ninguno de los dos está más al este o más al oeste, porque se puede ir del uno al otro, en cualquiera de los dos sentidos, viajando hacia el este o hacia el oeste. No hay ningún punto este o punto oeste absolutos sobre la Tierra.

—¿Y adónde te lleva eso, Manny? —dijo Trumbull.

—Al ángulo psicológico. Lo que simboliza el oriente o el este para nosotros en los Estados Unidos es el Océano Atlántico. Nuestra nación se tiende de un mar brillante al otro y la única ciudad de la lista que está sobre el Océano Atlántico es Perth Amboy. Augusta puede estar más al este geográficamente, pero es una ciudad de tierra adentro.

—Eso es un puñado de naderías, Manny —dijo Trumbull—. El Océano Atlántico simboliza el este o el oriente para nosotros, de acuerdo, pero a través de la mayor parte de la historia de la civilización occidental representó el occidente, el lejano occidente u oeste. Sólo después de que Colón viajó hacia el oeste se convirtió en el este para los colonos del Nuevo Mundo. Si quieres algo que pertenezca al oriente para la tradición occidental, y que siempre ha pertenecido al oriente, tienes a China. La primera ciudad china que se abrió al comercio occidental fue Canton y la ciudad norteamericana de Canton fue bautizada en realidad a causa del nombre de la ciudad china. Canton tiene que ser el solo y único oriente.

Avalon alzó la mano y dijo con majestuosa severidad:

—Eso no me convence para nada, Tom. Aunque Canton simbolice el oriente porque recuerda a una ciudad china, ¿por qué es el solo y único oriente? ¿Por qué no Cairo, de Illinois, o Memphis, de Tennessee, cada una de las cuales simboliza el antiguo oriente egipcio?

—Porque esas ciudades no están en la lista, Jeff.

—No, pero Atenas, Georgia, lo está, y si hay una ciudad en todo el mundo que sea el solo y único oriente es la Atenas griega: la fuerte y el hogar de todos los valores humanísticos que hoy tanto apreciamos, la escuela de la Hélade y de todo el occidente...

—De todo el occidente, idiota —dijo Trumbull con brusca ferocidad—. Atenas nunca fue considerada el oriente ni por sí misma ni por los demás. La primera gran batalla entre oriente y occidente fue la de Maratón en el año 490 a.c. y Atenas representó al occidente.

—Además —interrumpió Murdock—, mi tío Haskell difícilmente habría pensado en considerar única a Atenas, si se tiene en cuenta su valor puramente secular. Si hubiese incluido en la lista Belén de Pennsylvania, yo podría haberla elegido de inmediato sin la sensación de jugar al azar. Tal como son las cosas, sin embargo, sólo puedo agradecerles, caballeros, por sus esfuerzos. El mero hecho de que lleguen a distintas conclusiones y las discutan muestra que cada uno de ustedes tiene que estar equivocado. Si alguien tuviese la auténtica respuesta ésta tendría el peso suficiente como para convencer a los demás (y también a mí) de inmediato. Por supuesto, puede ser que mi tío Haskell me haya dado con deliberación una clave sin sentido para su propio placer póstumo. De ser así eso no disminuye en nada, por supuesto, mi gratitud a todos ustedes por su hospitalidad, su compañía y sus esfuerzos.

Iba a ponerse en pie pero Avalon, que estaba a su izquierda, apoyó una mano cortés pero aún así imperiosa sobre su hombro.

—Un momento, señor Murdock, hay un miembro de nuestra pequeña banda que aún no ha hablado. ¿Henry, no tienes nada que agregar?

Murdock parecía sorprendido.

—¿El mozo?

—Uno de los Viudos Negros, como dijimos antes. Henry, ¿Puedes proyectar alguna luz sobre este acertijo?

—Puede ser que sí, caballeros —dijo Henry con solemnidad—. Me impresionó uno de los primeros argumentos del señor Murdock, aquel sobre que la razón es a veces inadecuada para llegar a la verdad. No obstante, supongan que empezamos con la razón. No la nuestra, sin embargo, sino la del tío del señor Murdock. No tengo dudas de que eligió con deliberación ciudades que representaban en cada caso al este (o al oriente) de algún modo ambiguo, ¿pero dónde encontraría en esa lista una referencia decisiva y convincente? Tal vez sabríamos la respuesta si recordásemos sus intereses especiales: el señor Murdock dijo que en una época él trabajó en un libro referente a la Inglaterra de la Restauración. Creo que se trata de la segunda mitad del siglo diecisiete.

—Charles II —dijo Rubin— reinó desde 1660 hasta 1685.

—Estoy seguro de que usted está en lo cierto señor Rubin —dijo Henry—. Todas las ciudades nombradas están en los Estados Unidos, así que me pregunté si podríamos encontrar algo interesante en la historia norteamericana durante el período de la Restauración.

—Durante el reinado de Charles II se fundaron una cantidad de colonias —dijo



Rubin.

—¿Acaso una de ellas no fue Carolina, señor? —preguntó Henry.

—Seguro. De hecho Carolina fue bautizada así en recuerdo de él. Charles es Carolus, en latín.

—Pero más tarde Carolina demostró ser difícil de manejar y fue dividida en Carolina del Norte y Carolina del Sur...

—Correcto. ¿Pero qué tiene que ver eso con la lista? En ella no hay ciudades de ninguna de las dos Carolinas.

—Es cierto, pero pensarlo me recordó que hay también una Dakota del Norte y una Dakota del Sur, y si vamos al caso una Virginia Occidental, pero no hay ningún estado norteamericano que tenga la palabra Este en su nombre. Desde luego, podemos hablar de Texas del Este o de Kansas del Este o de Tennessee del Este, pero...

—Es más apto decir “oriental” —murmuró Halsted.

—Sea como fuere, señor, no se trataría de un solo y único oriente, pero...

—Aguarda un minuto, Henry —explotó Gonzalo con brusca excitación—. Creo que veo a qué quieres llegar. Si tenemos el estado de Virginia Occidental<sup>[35]</sup> (el solo y único oeste), entonces podemos considerar que Virginia es Virginia Oriental; el solo y único oriente.

—No, no puedes —dijo Trumbull, con una expresión de disgusto—. Virginia ha sido Virginia durante tres siglos y medio. Llamarla Virginia Oriental no sirve.

—Aunque uno lo hiciera no importaría, señor Trumbull —dijo Henry—, porque no hay ninguna ciudad de Virginia en la lista. Pero antes de abandonar esa línea de pensamiento, sin embargo, recordé que el tío del señor Murdock vivía en Nueva Jersey y que sus antepasados habían vivido allí desde los tiempos coloniales. Se agitaron recuerdos de mi escuela primaria, porque hace medio siglo éramos mucho más cuidadosos en el estudio de la historia colonial que ahora.

»Me parece, y estoy seguro de que el señor Rubin me corregirá si me equivoco, que al comienzo de su historia Nueva Jersey estuvo dividida en dos partes: Jersey del Este y Jersey del Oeste, las dos gobernadas por separado. Esto no duró mucho, tal vez una generación, y después se reconstruyó el estado de Nueva Jersey. Jersey del Este, sin embargo, es el único sector de lo que ahora son los Estados Unidos que tuvo la palabra “oeste” como parte de su nombre oficial como colonia o estado.

Murdock parecía interesado. Alzó los labios en lo que era casi una sonrisa.

—El solo y único este. Podría ser.

—Hay más aún —dijo Henry—. En otros tiempos Perth Amboy era la capital de Jersey del Este.

Murdock abrió los ojos de par en par.

—¿Hablas en serio, Henry?

—Estoy seguro de ello y creo que es el factor determinante. Fue la capital del solo y único oriente, o este, en la lista de las colonias y estados. No creo que pierda usted la herencia si presenta ese nombre el lunes; ni creo que estará jugando al azar.

—Yo dije Perth Amboy —dijo Rubin, ceñudo.

—Por un motivo no determinante —dijo Drake—. ¿Cómo lo hiciste, Henry?

Henry sonrió levemente.

—Dejando de lado la razón por algo más seguro, como sugirió el señor Murdock al principio.

—¿De qué estás hablando, Henry? —dijo Avalon—. Lo elaboraste muy bien siguiendo una límpida línea de argumentación.

—Después del hecho, señor —dijo Henry—. Mientras todos ustedes aplicaban la razón, me tomé la libertad de recurrir a una autoridad y me dirigí al anaquel de referencia que empleamos para dirimir discusiones. Me fijé en cada ciudad del Diccionario Geográfico Webster. Debajo de Perth Amboy está claramente expresado que en otros tiempos fue la capital de Jersey del Este.

Alcanzó el libro y Rubin se lo arrebató de las manos, para controlarlo él mismo.

—Es fácil argumentar hacia atrás, caballeros —dijo Henry.

## Postfacio

*“El solo y único oriente”, que apareció en el número de marzo de 1975 del Ellery Queen's Mystery Magazine fue escrito, como “La joya de hierro”, a bordo, a mano. En esta ocasión iba a visitar Gran Bretaña por primera vez en mi vida: en transatlántico, de ida y vuelta, porque no vuelo.*

*En cierto sentido fue un poco difícil porque no llevaba conmigo mi biblioteca de referencia. (Debo admitir que uno de los motivos por los que los cuentos de los Viudos Negros suenan tan eruditos sobre tantos temas distintos es que el hombre que escribe las palabras ha reunido una biblioteca de referencia muy buena durante su vida). El resultado fue que tuve que jugar con las ciudades de un lado para el otro con el poco conocimiento que tenía en la cabeza. Sin embargo, resultó casi todo correcto.*

## Puesta de tierra y estrella vespertina (1975)

---

“Earthset and Evening Star”

Emmanuel Rubin, cuya última novela de misterio se estaba desarrollando viento en popa, levantó su copa con satisfacción y dejó que sus ojos brillaran afablemente a través de sus gafas de gruesos cristales.

—Las novelas de misterio —pontificó— tienen sus reglas y, cuando éstas se infringen, convierten en un fracaso artístico lo que bien puede ser un éxito de ventas en el mercado.

Mario Gonzalo, cuyo pelo recién cortado permitía vislumbrar la parte trasera de su cuello, dijo, como quien no se dirige a nadie:

—Siempre me ha divertido oír a un escritor describir lo que él garabatea sobre un papel como arte.

Miró con cierta complacencia la caricatura que estaba haciendo del invitado de aquel mes en la sesión-banquete de los Viudos Negros.

—Si lo que usted hace es una definición de arte —explicó Rubín—, retiro el término en relación con el oficio de escritor. Algo que hay que evitar son los argumentos estúpidos, por ejemplo.

—En ese caso —medió Thomas Trumbull, sirviéndose otro panecillo y untándolo profusamente de mantequilla—, ¿no está usted en desventaja?

Rubín dijo arrogantemente:

—Lo que yo entiendo por «argumento estúpido» es aquel a cuya solución se llegaría inmediatamente, si un investigador estúpido sólo hiciera una pregunta lógica, o aquel *en* el que un estúpido testigo no dijera sino algo que conoce y que no tiene ningún motivo para ocultarlo.

Geoffrey Avalon, que había dejado un hueso pulcramente limpio en su plato, como único testigo de la gruesa ración de rosbif que en un momento dado hubo en el mismo, dijo:

—Pero ningún practicante cualificado haría eso, Manny. Lo que debe hacerse es establecer una razón para impedir que se pregunte o se hable sobre lo que es evidente.

—Exactamente —convino Rubín—. Por ejemplo, lo que he estado escribiendo es fundamentalmente un cuento, si alguien sigue una línea recta. El problema es que la línea es tan recta, que el lector podrá ver el final mientras yo estoy a medio camino. Por lo tanto, tengo que ocultar algún dato crucial, y hacerlo de tal forma que ello no se transforme en un argumento estúpido. Por ello, invento algún motivo para ocultar ese dato, y para hacer que el motivo sea creíble, tengo que construir, alrededor de éste, una estructura de apoyo..., y acabo con una novela, una novela extraordinariamente buena.

Su rala barba se estremeció con suficiencia.

Henry, el eterno camarero de los banquetes de los Viudos Negros, retiró el plato de delante de Rubin con su habitual destreza. Rubin, sin volverse, dijo:

—¿No fue así, Henry?

Henry respondió dulcemente:

—Como lector de novelas de misterio, señor Rubin, encuentro más satisfactorio que se me comunique la información y llegar a la conclusión de que no he sido lo suficientemente inteligente como para darme cuenta de lo que pasaba.

—Acabo de leer una novela de misterio —explicó James Drake con su ronca voz de fumador— en la que todo el asunto se centraba en el personaje número uno, que era, en realidad, el personaje número dos, porque el «auténtico» personaje número uno estaba muerto. Me percaté en seguida de ello porque en la lista de personajes del principio del libro no estaba el personaje número uno. La historia carecía ya de interés para mí.

—Sí —contestó Rubin—, pero eso no fue un fallo del escritor, sino de alguno de sus ayudantes. Yo escribí una vez una historia que apareció acompañada por una ilustración que nadie pensó en mostrarme antes de la publicación. Ocurrió que dicha ilustración desveló el meollo de dicha historia.

El invitado había estado escuchando tranquilamente todo lo que se había dicho. Su cabello era lo suficientemente claro como para ser considerado rubio y formaba unas cuidadas ondas que, en cierto modo, parecía que fueran naturales. Giró su cabeza, muy enjuta pero abiertamente afable, hacia Roger Halstead, su vecino, y dijo:

—Perdóneme, ya sé que Manny Rubín, que es amigo mío, es un escritor de novelas de misterio, pero, ¿también ocurre lo mismo con el resto de ustedes? ¿Acaso es ésta una reunión de escritores de novelas de misterio?

Halsted, que había estado mirando con sombría aprobación la abundante porción de tarta de la Selva Negra que había sido colocada ante él como postre, desvió su atención de la misma con algo de dificultad y dijo:

—¡Oh, no!, en absoluto. Rubin es el único escritor de novelas de misterio que hay aquí. Yo mismo soy profesor de matemáticas; Drake es químico; Avalon, abogado; Gonzalo es artista y Trumbull es un experto en cifrado que trabaja para el gobierno.

«Por otra parte —continuó—, sí es verdad que poseemos un cierto interés en ese tipo de temas. Nuestros invitados tienen a menudo problemas que someten a discusión, algo que tiene que ver con el misterio y la verdad es que hemos tenido mucha suerte...

El invitado se recostó en su asiento y mostró una breve sonrisa.

—Me temo que no ocurrirá lo mismo conmigo. No hay nada en mi vida que tenga que ver con el misterio, asesinato o una horrible mano agarrando a alguien desde detrás de una cortina. Me temo que todo en mi vida es muy simple, muy aburrido. Ni siquiera estoy casado. —Volvió a sonreír de nuevo.

El individuo había sido presentado como Jean Serváis y Halsted, que había comenzado a atacar la tarta con fruición y que, como consecuencia de ello, se sentía inmerso en una agradable sensación de disfrute, dijo:

—¿Le importa si le llamo John?

—No le pegaré si lo hace, caballero, pero le ruego que no lo haga. Ése no es mi nombre. Llámeme Jean, por favor.

Halsted asintió con la cabeza.

—Lo intentaré. Puedo arreglármelas con ese sonido «zh», pero conseguir darle la pronunciación nasal adecuada ya es otra cosa. Zhohng —dijo.

—Pero si es excelente. Auténticamente formidable.

—Usted habla inglés muy bien —dijo Halsted devolviéndole el cumplido.

—Los europeos disponemos de facilidad para las lenguas —explicó Serváis—, Además, hace casi diez años que estoy viviendo en Estados Unidos. Supongo que ustedes son todos estadounidenses. El señor Avalon, sin embargo, parece hasta cierto punto británico.

—Sí. Y creo que le gusta parecer británico —dijo Halsted. Con cierto placer oculto añadió—: Y es Avalon. Con acento en la primera sílaba y ningún sonido nasal al final.

Serváis no hizo sino sonreír.

—Ah, sí, lo intentaré. Al principio, cuando conocí a Manny, lo llamaba «rubang» con acento en la última sílaba y una fuerte nasalización. Él me corregía enérgica e insistentemente. Es un hombre lleno de ímpetu.

Para entonces, la conversación se había ido poco a poco caldeando y desembocado en una discusión general sobre los relativos méritos de Agatha Christie y Raymond Chandler. Rubín se mantenía en muy orgulloso silencio, como si supiera quién era el mejor de los dos, pero sin querer mencionar el nombre, por modestia.

Rubín parecía hallarse ya casi relajado cuando, tras estar a punto de terminar con el café y con Henry dispuesto a servir el coñac de la sobremesa, llegó el momento en que éste golpeó ligeramente el vaso de agua con la cucharilla y dijo:

—Si no le importa, señor Serváis —haciendo silbar la «s» final justo lo suficiente como para justificar su siguiente argumento—. No voy a tratar de lucir mi acento francés y caer también yo en esa especie de necedad en la que cae mi amigo Manny Rubín... Dígame, caballero, ¿cómo justifica usted su existencia?

—¿Por qué? Si es muy fácil —replicó Serváis afablemente—. Si yo no existiera, ustedes no tendrían un invitado esta noche.

—Por favor, déjenos a nosotros fuera de esto. Responda en términos más generales.

—Bueno, pues, en general, yo construyo sueños. Diseño cosas que no pueden ser construidas, cosas que yo nunca veré, cosas que quizá no existirán nunca.

—De acuerdo —respondió Trumbull con aire sombrío—, usted es un escritor de ciencia ficción como ese compañero de Manny, ¿cuál es su nombre...?, sí..., Asimov.

—No es amigo mío —dijo Rubín repentinamente—. Simplemente le ayudo de vez en cuando si sucede que se queda bloqueado con algún tema científico elemental.

Gonzalo dijo:

—¿No es ése el que usted dijo una vez que lleva consigo a todos los lados la *Enciclopedia Columbio*, porque está incluido en ella?

—Peor todavía —explicó Rubin—. Sobornó a alguien de la *Britannica* para que lo incluyeran en la nueva edición, la decimoquinta, y últimamente arrastra con él la edición completa dondequiera que va.

—La decimoquinta edición... —empezó Avalon.

—Por el amor de Dios —dijo Trumbull—. ¿Van a dejar hablar a nuestro invitado?

—No, señor Trumbull —dijo Serváis, como si no hubiera habido ningún tipo de interpretación—. Yo no soy un escritor de ciencia ficción, aunque algunas veces la leo. He leído a Ray Bradbury, por ejemplo, y a Harlan Ellison. —Nasalizó ambos nombres—. No creo haber leído nunca a Asimov.

—Se lo diré a él —dijo entre dientes Rubin—, le encantará.

—Pero —continuó Serváis—, supongo que podrían denominarse ingenieros de ciencia ficción.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Trumbull.

—Yo no escribo sobre colonias lunares. Las diseño.

—¡Las «diseña»!

—¡Oh, sí!, y no sólo colonias lunares, pese a que ésa es nuestra principal ocupación ahora. Trabajamos en todos los campos de diseño imaginativo para la industria privada, Hollywood e incluso para la NASA.

Gonzalo dijo:

—¿Cree usted realmente que la gente puede vivir en la Luna?

—¿Por qué no? Depende de lo que el género humano quiera hacer, en cuanto grande sea la inicial inversión que se esté dispuesto a hacer. El medio ambiente de la Luna puede lograrse que sea el equivalente exacto del de la Tierra, en restringidas áreas subterráneas, excepto en lo que se refiere a la gravedad. Debemos estar contentos con una gravedad lunar que es un sexto de la nuestra propia. A excepción de esto, sólo necesitamos tener en cuenta los primeros suministros desde la Tierra y una inteligente obra de ingeniería..., y aquí es cuando aparecemos nosotros, mi socio y yo.

—¿Son ustedes una empresa de dos personas?

—Esencialmente... Y desde luego mientras mi socio continúe siendo mi socio.

—¿Es que se va a disolver la sociedad?

—No, no. Pero discutimos sobre pequeñas cosas. No es nada sorprendente. Él

está en un mal momento. Pero no, no nos separaremos. He decidido que quizá deba ser más condescendiente con él. Por supuesto que soy yo el que tengo toda la razón y sería una lástima perder lo que puedo obtener.

Trumbull se recostó en la silla, cruzó los brazos y dijo:

—¿Podría decirnos sobre qué se basa la discusión? Así nosotros manifestaríamos nuestras propias preferencias, sea por usted o por su socio.

—No sería una elección difícil, señor Trumbull, para una persona sensata —dijo Serváis—. Se lo juro... Lo que está pasando es esto: estamos diseñando una amplia y detallada colonia lunar. Es para una compañía cinematográfica y supone una fuerte inversión. Quieren utilizar parte de ella en un gran espectáculo de ciencia ficción que están preparando. Naturalmente, nosotros les suministramos bastante más de lo que ellos pueden utilizar, pero la idea es que si tienen una imagen totalmente consecuente de lo que pueda ser..., y, para asombro de todos, quieren que ésta sea lo más científicamente correcta posible..., puedan elegir utilizar lo que deseen.

—Apuesto a que lo aprovecharán a tope —dijo Drake con pesimismo—, sin importarles la minuciosidad de su diseño. Querrán dar una atmósfera a la Luna.

—¡Oh!, no —repuso Serváis—, no después de seis aterrizajes en la Luna. No debemos temer por ese error. Sin embargo, no tengo ninguna duda de que cometerán otros errores. Encontrarán imposible dominar los efectos de la baja gravedad de forma adecuada y durante todo el tiempo, y las exigencias de la trama obligarán a que se lleven a cabo algunas incorrecciones. Sin embargo, eso no puede evitarse y nuestro trabajo consiste, simplemente, en suministrarles material que sea lo más imaginativo posible. Ése es mi objetivo, tal como verán dentro de un momento... Nosotros ideamos una ciudad, una pequeña ciudad que va a estar situada en el borde interior de un cráter. Esto es ineludible porque la trama de la película así lo exige. Sin embargo, tenemos la opción de elegir el cráter y su localización. Mi socio, quizá por ser norteamericano, se inclina directamente por lo que resulta más obvio. Desea utilizar el cráter Copérnico.

»Dice que es un nombre familiar; que si la ciudad se llamara Colonia Copérnico, eso sólo ya daría a la Luna un aire de aventura exótica, y así sucesivamente. Todo el mundo conoce, dice él, el nombre del astrónomo que fue el primero en colocar al Sol en el centro del sistema planetario y que es un nombre que, además, suena con fuerza.

»Yo, por otra parte, no me siento nada entusiasmado con esa idea. La Tierra, tal como se ve desde Copérnico, está en lo alto del cielo y se mantiene allí. Como todos ustedes saben, la Luna siempre da una cara a la Tierra, por lo que desde cualquier punto de la superficie de la Luna, la Tierra está siempre, más o menos, en el mismo punto del cielo.

Gonzalo dijo de repente:

—Si usted quiere que la ciudad lunar esté en el otro lado de la Luna, de forma que

la Tierra «no esté» en el cielo, está usted loco. El público querrá decididamente que la Tierra se encuentre allí.

Serváis levantó su mano expresando su conformidad:

—¡Absolutamente de acuerdo! Pero si está siempre allí, es casi lo mismo que si no estuviera. Uno se acostumbra a ello. No, yo opto por una propuesta más sutil. Me gustaría que la ciudad estuviera en un cráter que se halla en el límite del lado visible. Desde allí, naturalmente, se verá la Tierra en el horizonte.

«Tengan en cuenta lo que ello implica. La Luna no mantiene exactamente el mismo lado frente a la Tierra. La Luna oscila de un lado a otro aunque en pequeños índices. Durante catorce días oscila hacia un lado y luego, durante otros catorce días, oscila al revés. Esto se llama «libración»...

En este momento hizo una pausa como para asegurarse de que había pronunciado correctamente la palabra.

—Y ello ocurre porque la Luna no se mueve en un círculo perfecto alrededor de la Tierra. Ahora, vean ustedes... Si establecemos la Colonia Bailly en el cráter del mismo nombre, la Tierra no sólo está en el horizonte, sino que se mueve hacia arriba y hacia abajo en un cielo de veintiocho. Situados adecuadamente, los colonos lunares podrán ver la salida y puesta de la Tierra, aunque lentamente, por supuesto. Ello se presta a poder explotar la imaginación. Los personajes pueden ingeniárselas para llevar a cabo alguna canción importante a la Puesta de Tierra y las diferentes posiciones de la Tierra pueden indicar el paso del tiempo y provocar el suspenso. Se pueden también originar fabulosos efectos especiales. Si Venus está cerca de la Tierra y la Tierra está en la fase de cuarto creciente, entonces Venus alcanzará el punto más alto de la luminosidad; y cuando la Tierra se ponga, podremos ver a Venus, en el cielo sin aire de la Luna, en una muy diminuta fase de creciente.

—Puesta de Tierra y estrella vespertina y un claro aviso para mí —dijo Avalen entre dientes.

Gonzalo medió:

—¿De verdad existe un cráter llamado Bailly?

—Ciertamente —repuso Serváis—. De hecho, es el cráter más grande que se puede ver desde la superficie de la Tierra. Tiene 290 kilómetros de ancho...

—Parece un nombre chino —dijo Gonzalo.

—¡Francés! —exclamó Serváis solemnemente—. Un astrónomo francés con ese nombre fue alcalde de París en 1789, en tiempos de la Revolución.

—No eran buenos tiempos para ser alcalde —opinó Gonzalo.

—Y así lo entendió él. Fue guillotinado en 1793.

Intervino Avalon:

—Yo estoy bastante de su parte, señor Serváis. Las perspectivas de su propuesta son buenas. ¿Cuál es la objeción de su socio?



Serváis se encogió de hombros en un gesto que era más galo que todo lo que había dicho o hecho.

—Tonterías. Dice que será demasiado complicado para la gente de la película. Que confundirán las cosas, dice. Señala también que la Tierra se mueve demasiado lentamente en el cielo de la Luna. Que tardará días en alzar por completo su esfera por encima del horizonte y que otro tanto ocurrirá para ocultar totalmente su esfera por debajo del horizonte.

—¿Es eso cierto? —preguntó Gonzalo.

—Sí, es cierto. Pero, ¿qué tiene eso que ver? Puede resultar interesante. Halsted dijo:

—Pero ellos pueden soslayar eso. Pueden hacer que la Tierra se mueva un poco más de prisa... ¿Por qué no?

Serváis pareció disgustado.

—Eso no está bien. Mi socio dice que eso será precisamente lo que la gente de la película hará y que dicha alteración del hecho astronómico será vergonzosa. Se enfurece mucho con todo esto y encuentra defectos por todas partes, incluso en el nombre del cráter al que considera ridículo y absurdo hasta el punto de no tolerar que éste aparezca en nuestro informe. Nunca habíamos tenido una discusión como ésta. Está como loco.

—Recuerde —dijo Avalon— que usted dijo que sería condescendiente con él, que cedería.

—Bien, tendré que hacerlo —contestó Serváis—, pero a disgusto. Es cierto que está pasando un mal momento.

Rubin dijo:

—Ya ha dicho usted eso dos veces, Jean. No conozco a su socio, por lo tanto no puedo hacer un juicio sobre cómo se comporta. ¿Por qué se encuentra en un mal momento?

Serváis movió la cabeza negativamente.

—Hace un mes, o quizás un poco más, su mujer se suicidó, tomando una gran dosis de somníferos. Mi socio era un fiel esposo, y de lo más gurrumino con ella. Naturalmente, ha sido terrible para él y, como es lógico, no es el mismo de antes.

Drake tosió con suavidad.

—¿Continúa trabajando?

—No se atrevería a sugerirle que no lo hiciera. El trabajo lo mantiene cuerdo.

Halsted dijo:

—¿Por qué se suicidó su mujer?

Serváis no respondió con palabras, pero hizo un gesto con sus cejas que se prestaba a múltiples interpretaciones.

Halsted insistió:

—¿Era una enferma incurable?

—¿Quién sabe? —repuso Serváis suspirando—. Por algún tiempo, pobre Howard... —Hizo una pausa, desconcertado—. No era mi intención mencionar su nombre.

Trumbull dijo:

—Aquí puede usted decir lo que quiera. Todo lo que se diga en esta habitación es totalmente confidencial... Nuestro camarero también, antes de que usted lo pregunte, es una persona de absoluta confianza.

—Bueno —siguió Serváis—, su nombre, en cualquier caso, no tiene ninguna importancia. Se trata de Howard Kaufman. En cierto modo, el trabajo lo ha hecho bien. Excepto por lo que se refiere al trabajo, es una persona prácticamente muerta. Ya nada le parece importante.

—Sí —convino Trumbull—, pero ahora sí que «hay» algo importante para él. Quiere su cráter, no el cráter que usted propuso.

—Sí —dijo Serváis—. Ya he pensado en eso. Me dije a mí mismo que ello era una buena señal. Al menos está interesado en algo. Es el principio. Y quizá sea la razón más importante para que yo ceda. Sí, creo que cederé... Está decidido, cederé. Ya no hay ninguna razón para que ustedes, caballeros, traten de optar por uno de nosotros. La decisión está tomada y se inclina de su lado.

Avalon estaba frunciendo el entrecejo:

—Supongo que deberíamos seguir interrogándolo más sobre el trabajo que usted hace y supongo, también, que, por otra parte, no deberíamos entrometernos en lo que a una desgracia personal se refiere. Sin embargo, aquí, en la reunión de los Viudos Negros, no se prohíbe ningún tipo de preguntas y no existe una Quinta Enmienda a la que acogerse. No estoy satisfecho, caballero, con sus comentarios respecto de la desventurada mujer que se suicidó. Como hombre felizmente casado, estoy totalmente perplejo sobre esa combinación de amor y suicidio. ¿Dijo usted que no estaba enferma?

—En realidad, yo no dije eso —replicó Serváis—, y me molesta tener que hablar sobre el tema.

Rubin golpeó con la cuchara el vaso vacío que había delante de él.

—Es privilegio del invitado —opinó enérgicamente.

Todo el mundo se quedó en silencio.

—Jean —dijo—, usted es mi invitado y mi amigo. No podemos forzarlo a que responda a las preguntas, pero ya dejé claro que el precio de aceptar nuestra hospitalidad era el interrogatorio a ultranza. Si usted ha cometido un acto criminal y no quiere hablar de él, váyase ahora y no habrá nada que decir por nuestra parte. Ahora bien, si usted quiere hablar, sea lo que sea lo que usted diga, nosotros seguiremos sin decir nada.

—Aunque, en efecto, se trate de un acto criminal —dijo Avalon—, le aconsejaríamos muy encarecidamente que lo confesara.

Serváis sonrió con cierta vacilación.

Dijo:

—Durante un minuto, durante un terrible minuto, pensé que me encontraba metido en una novela de Kafka y que sería juzgado y condenado por algún delito que me iban a hacer confesar contra mi voluntad. Caballeros, no he cometido ningún delito de importancia. Alguna multa por exceso de velocidad, un poco de imaginación creativa en mi declaración de renta... Todo eso es, como he oído decir, tan americano como la tarta de manzana. Pero si ustedes están pensando que yo maté a esa mujer y que hice que pareciera un suicidio..., por favor, sáquenselo de inmediato de sus cabezas. «Fue» suicidio. A la Policía no le cupo la menor duda.

Halsted dijo:

—¿Estaba enferma?

—De acuerdo, pues. Responderé. Por lo que yo sé, no, no estaba enferma. Pero, después de todo, yo no soy médico y no la examiné.

Halsted preguntó:

—¿Tenía hijos?

—No. No tenía hijos. Ah, señor Halsted, recuerdo de repente que usted me dijo antes que sus invitados sometían a discusión los problemas que tenían y que yo le dije que no tenía ninguno. De cualquier forma, veo que usted me ha encontrado uno.

Trumbull dijo:

—Si usted está tan seguro de que fue un suicidio, supongo que ella debió dejar una nota.

—Sí —replicó Serváis—, dejó una.

—¿Qué decía en ella?

—No podría citarlo textualmente. Ni siquiera la vi yo mismo. Según Howard, se trataban, simplemente, de pedir disculpas por originar aquella desgracia, pero decía que ella no podía seguir adelante. Era una nota muy trivial, pero les aseguro que satisfizo a la Policía.

Intervino Avalon:

—Pero, si se trataba de un matrimonio feliz, y no había ninguna enfermedad ni complicaciones de hijos, entonces... ¿O existían complicaciones de hijos? ¿Acaso ella ansiaba tener hijos y su marido se negaba...?

Gonzalo se interpuso.

—Nadie se mata por no tener hijos.

—La gente se mata por motivos estúpidos —replicó Rubín—. Yo recuerdo...

Trumbull gritó furioso, con voz estentórea:

—¡Maldición! Ya está bien de interrupciones. Es Jeff quien tiene la palabra.

Avalon medió:

—¿Pudo la falta de hijos tener una influencia perturbadora?

—Por lo que yo conozco, no —replicó Serváis—. Mire, señor Avalon, yo tengo mucho cuidado con lo que digo y «no» he dicho que fuera un matrimonio feliz.

—Usted dijo que su socio era fiel a su esposa —medió con tono grave Avalon—, y utilizó esa antigua y refinada palabra, «gurrumino», para describirlo.

—El amor —siguió Serváis— es insuficiente para alcanzar la felicidad si sólo mana de una de las dos partes. Yo no dije que ella «lo» quisiera.

Drake encendió otro cigarrillo.

—¡Ah! —dijo—, la trama se complica.

Avalon dijo:

—Entonces, en su opinión, ello tuvo que ver con el suicidio.

Serváis pareció preocupado.

—Es más que mi opinión. «Sé» que ello tuvo algo que ver con el suicidio.

—¿Le importaría explicarme los detalles? —preguntó Avalon, suavizando ligeramente su rígida postura, como para convertir la pregunta en una cortés invitación.

Serváis dudó y luego dijo:

—Les recuerdo que me han prometido que todo es confidencial. Mary..., Madame Kaufman y mi socio llevaban casados siete años y parecían un matrimonio que se encontraba a gusto pero, ¿quién puede decir nada en estos momentos?

«Había otro hombre. Es mayor que Howard y, según mi opinión, no tan bien parecido... Pero, de nuevo, ¿quién puede opinar en estos temas? Lo que ella encontraba en él no es probable que estuviera a la vista para que todo el mundo se enterara.

Halsted dijo:

—¿Cómo se tomó «eso» su socio?

Serváis miró hacia arriba y se ruborizó claramente.

—Nunca lo supo. ¿Supongo que no creerán que yo se lo dije? No soy de ese tipo de personas, se lo aseguro. No soy de los que se entrometen entre marido y mujer. Y, francamente, si se lo hubiera dicho a Howard, éste no me hubiera creído. Es más que probable que hubiera intentado pegarme. Por tanto, ¿qué debía hacer yo? ¿Presentar pruebas? ¿Acaso debía organizar las cosas para que fueran atrapados en una situación que no indujera a ningún error? No, no dije nada.

—¿Y de verdad que él no lo supo? —preguntó Avalon, claramente desconcertado.

—No lo supo. No hacía mucho tiempo que había empezado. La pareja era exageradamente prudente. El marido le era ciegamente fiel. ¿Qué quieren ustedes?

—El marido es siempre el último en enterarse —sentenció Gonzalo.

Drake dijo:

—Si el *affaire* estaba tan bien escondido, ¿cómo lo descubrió usted, señor Serváis?

—Por la más pura casualidad, se lo aseguro —replicó Serváis—. En cierto modo fue para ella un increíble golpe de infortunio. Aquella noche tenía yo una cita. No conocía bien a la muchacha y la cosa, después de todo, no fue bien. Estaba ansioso por deshacerme de ella, pero primero... ¿Qué quieren ustedes?, no hubiera sido caballeroso dejarla ir sola... La llevé hasta su casa en un extraño barrio de la ciudad. Y, tras haberme despedido de la forma más somera, entré en un bar cercano para tomar una taza de café y también para recuperarme. Y allí vi a Mary Kaufman y a un hombre.

»Ay, saltaba a la vista. Era tarde; su esposo, recordé de repente, estaba fuera de la ciudad, su actitud hacia aquel hombre... Acepten la seguridad de que existe una forma que una mujer tiene de mirar a un hombre que es completamente inequívoca, y ésa es la que yo vi entonces. Y si todavía no hubiera estado seguro del todo, la expresión de su rostro, cuando ella miró hacia arriba y me vio, helada por la sorpresa, dejó todo al descubierto.

»Me fui inmediatamente, como es natural, sin hacer ningún tipo de saludo, pero el daño ya estaba hecho. Ella me llamó al día siguiente, totalmente angustiada, la pobre, temerosa de que yo pudiera ir con la historia a su esposo, y me dio una explicación en absoluto convincente. Yo le aseguré que aquello era un asunto que no me interesaba lo más mínimo y que era algo tan falto de importancia que ya lo había olvidado... Me alegre, sin embargo, de no haber tenido que enfrentarme al hombre, porque a él le hubiera pegado.

Drake dijo:

—¿Conocía usted al hombre?

—Un poco —contestó Serváis—. Se movía en ambientes muy distintos. Conocía su nombre; pude reconocerlo..., pero no importa, pues después de aquel día ya no lo volví a ver. Fue prudente por su parte el mantenerse alejado.

Avalon dijo:

—Pero, ¿por qué se suicidó ella? ¿Acaso tenía miedo de que su esposo lo descubriera?

—¿Se tiene miedo a ser descubierto en casos como éste? —preguntó Serváis alzando ligeramente su labio superior—. Además, si ella lo hubiera tenido, seguramente hubiera acabado con el *affaire*. No, no, fue algo mucho más corriente y normal que eso. Algo inevitable. En un asunto como éste, caballeros, hay tensiones y riesgos que, además de ser importantes, añaden realmente un componente de romance. Les aseguro que no soy en absoluto desconocedor de tales cosas.

»Pero el romance, digan lo que digan los libros de cuentos, no dura siempre y acaba forzosamente por desvanecerse más rápidamente para uno que para otro. Pues

en este caso se desvaneció para el hombre antes que para la mujer... Y el hombre optó por el tipo de acción que a veces uno lleva a cabo en este tipo de asuntos. Se marchó..., se fue... Desapareció. Y, por tanto, la dama se suicidó.

Trumbull se irguió y frunció el ceño ferozmente.

—¿Por qué razón?

—Supongo que por esa razón, caballero. Se ha sabido que ocurrió así. Yo no me enteré de la desaparición del hombre, puede usted comprenderlo, hasta un tiempo después. Tras el suicidio, fui en su busca porque sentía que él era en cierto modo responsable y esperando desahogar mis sentimientos haciéndole sangrar la nariz... Tengo un profundo afecto a mi socio, usted lo entiende, y sufro con su sufrimiento... Pero descubrí que el buen amante se había marchado hacía dos semanas sin dejar nueva dirección. No tenía familia y a esecanalla le fue muy *fácil* marcharse. Pude haber encontrado su paradero, supongo, pero mis sentimientos no eran tan fuertes como para empujarme a ir más lejos. Y, sin embargo, tengo un sentimiento de culpabilidad...

—¿Culpabilidad de qué? —preguntó Avalon.

—Se me ocurrió que, cuando los descubrí..., totalmente sin querer, por supuesto..., el elemento del riesgo se hizo inaceptablemente alto para el hombre. Sabía que yo lo conocía. Quizá pensó que, más pronto o más tarde, el asunto saldría a la luz y no deseaba esperar los resultados. Si yo no hubiera entrado por casualidad en aquel bar, quizás estarían todavía juntos, quizás ella aún viviría. ¿Quién sabe?

Rubin dijo:

—Eso es impensable, Jean. No puede usted, racionalmente, basarse en hipótesis en esta historia... Pero se me ocurre algo.

—¿Sí, Manny?

—Después del suicidio, su socio estaba muy tranquilo, nada era importante para él. Creo que así lo explicó usted. Pero ahora riñe con usted violentamente pese a que nunca antes lo había hecho, deduzco yo. Algo debe haber ocurrido, además del suicidio. Quizás «ahora» ha descubierto la infidelidad de su esposa y esa idea lo vuelve loco.

Serváis negó con la cabeza.

—No, no. Si usted piensa que yo se lo dije, está usted muy equivocado. Admito que, de vez en cuando, pienso que debería decírselo. Es difícil ver a mi pobre amigo consumirse por culpa de una mujer que, después de todo, no lo merecía. No es justo consumirse pensando en alguien que no le fue fiel en vida. ¿No debería decírselo? A menudo me parece que no sólo debería hacerlo, sino que estoy obligado a ello. Se enfrentaría a la verdad y podría empezar una nueva vida... Pero entonces pienso, es más, «estoy seguro», de que no me creería, que nuestra amistad se rompería y que él estaría peor que antes.

Rubin dijo:

—No me entiende. ¿No podría ser que algún «otro» se lo hubiera dicho? ¿Cómo sabe usted que es la única persona que está enterada?

Serváis pareció un poco alarmado. Pensó en ello y luego dijo:

—No. En ese caso, él me hubiera puesto al corriente, sin duda. Y le aseguro que me lo hubiera comunicado con el mayor grado de indignación, a la vez que me informaba de su inmediata intención de golpear al malvado que se atrevía así a calumniar a su ya fallecido ángel.

—No —intervino Rubín—, si lo que se le hubiera dicho fuera que «usted» era el amante de su mujer. Aunque se negara a creerlo, aunque derribara a golpes al que le informó, ¿le hubiera explicado a «usted» la historia en tales circunstancias? ¿Acaso podía estar él totalmente seguro? ¿Hubiera podido evitar no meterse con usted en un caso como éste?

Serváis pareció todavía más alarmado. Dijo lentamente:

—No, naturalmente que no. Nadie pudo de ninguna manera haber pensado en eso. La mujer de Howard no me atraía lo más mínimo, compréndalo. —Miró hacia arriba y dijo furiosamente—: Deben aceptar el hecho de que digo la verdad sobre ello. «No» era yo, y no quiero que se sospeche de mí. Si alguien ha dicho que era yo, sólo pudo haberlo hecho con deliberada mala intención.

—Quizás así fue —dijo Rubín—. ¿No podría haber sido el auténtico amante el que hubiera hecho la acusación..., por temer que usted lo descubriría? Consiguiendo así adelantarse en su historia...

—¿Por qué iba a hacer eso? Está fuera. Nadie sospecha de él. Nadie lo persigue.

—Podría no saberlo —terció Rubin.

—Perdóneme. —La voz de Henry sonó suavemente desde el lugar donde estaba la vitrina—. ¿Podría hacer una pregunta?

Serváis miró asombrado, pero mantuvo su corrección. Dijo:

—¿Puedo hacer algo por usted, camarero?

Henry dijo:

—No estoy seguro, señor, de haber entendido bien qué tipo de disputa existía entre usted y su socio. Seguramente debía tratarse sobre decisiones de enorme complejidad por lo que se refería a los detalles técnicos de la colonia.

—Usted no conoce más que una pequeña parte de ello —dijo Serváis indulgentemente.

—¿Se peleaban su socio y usted por todos esos detalles, señor?

—No. No —contestó Serváis—. No nos peleamos. Existieron discusiones, por supuesto. Es inútil pensar que dos hombres, cada uno con una fuerte personalidad y marcadas opiniones, iban a estar de acuerdo en todo o en casi todo, pero la cosa funcionaba razonablemente bien. Discutíamos pero, finalmente, llegábamos a alguna

conclusión. A veces ganaba yo, otras veces él y a veces ninguno de los dos.

—Pero entonces —siguió Henry— surgió esa disputa sobre la colocación efectiva de la colonia en el cráter y todo fue diferente. Su socio mostró furiosamente su desacuerdo incluso con el nombre del cráter y, en este único tema, no quiso transigir ni lo más mínimo.

—Ni lo más mínimo. Está usted en lo cierto. Y sólo en este único tema.

Henry siguió:

—Entonces, ¿debo entender que en ese momento, cuando el señor Rubín imagina que su socio está muy enfadado porque sospecha de usted, él se comporta de forma por completo razonable y civilizada en lo que respecta a todos los delicados temas de la ingeniería lunar, pero permanece intolerante y frenéticamente obstinado y resuelto sólo sobre el tema del emplazamiento..., sobre si debía ser Copérnico u otro cráter, el lugar donde iba a ser construida la colonia?

—Sí —dijo Serváis con satisfacción—. Así es precisamente como ocurrió y ya sé a dónde quiere usted llegar. Es impensable imaginar que se peleara conmigo por el tema del emplazamiento, malhumorado por la sospecha de que yo le hubiera puesto los cuernos, cuando no se peleaba en lo que respecta a ninguno de los otros puntos. Decididamente, él no sospecha de un mal comportamiento por mi parte. Gracias, Henry.

Henry dijo:

—¿Podría continuar un momento, señor?

—Por supuesto —concedió Serváis.

—Al principio de la noche —prosiguió Henry—, el señor Rubín fue muy amable en preguntarme sobre mi opinión acerca de las técnicas de su profesión. Se planteó el tema de la deliberada omisión de detalles por parte de testigos.

—Sí —dijo Serváis—, recuerdo la discusión. Pero yo no he omitido deliberadamente ningún detalle.

—Usted no mencionó el nombre del amante de la señora Kaufman.

Serváis frunció el ceño.

—Supongo que no lo hice, pero no fue algo deliberado. Es totalmente irrelevante.

—Quizá lo sea —porfió Henry—, a menos que suceda que se llame Bailey.

Serváis se quedó helado en la silla. Luego dijo angustiado:

—No recuerdo haberlo mencionado. ¡Cielos...!, ya veo de nuevo por dónde va. Si se me ha escapado el nombre sin que yo me acuerde de ello, es posible suponer que, sin darme cuenta, pueda haber dicho algo que condujera a Howard a sospechar...

Gonzalo dijo:

—Eh, Henry, no recuerdo que Jean nos haya dado ningún nombre.

—Ni yo tampoco —admitió Henry—. Usted no dijo el nombre, señor.

Serváis se tranquilizó poco a poco y después dijo, frunciendo el ceño.



—Entonces, ¿cómo lo supo usted? ¿Acaso conoce usted a esa familia?

Henry negó con la cabeza.

—No, señor, fue simplemente una idea que se me ocurrió al explicar usted su historia. Por su reacción, puedo deducir que el nombre de aquel hombre es Bailey.

—Martin Bailey —contestó Serváis—. ¿Cómo lo supo usted?

—El nombre del cráter en el que deseaba instalar el emplazamiento es Bahyee, el nombre de la ciudad sería entonces Colonia Bahyee.

—Sí.

—Pero ésa es la pronunciación en francés del nombre de aquel astrónomo francés. ¿Cómo se deletrea?

Serváis dijo:

—B-a-i-l-l-y... ¡Dios mío, «Bailly»!

Henry siguió:

—Que, de acuerdo con la pronunciación inglesa, equivale al nada infrecuente apellido Bailey. Estoy completamente seguro de que los astrónomos norteamericanos utilizan la pronunciación inglesa, y que el señor Kaufman también lo hace. Usted nos ocultó esa información, señor Serváis, porque usted nunca pensó en el cráter de otra forma que como Bahyee. Incluso mirándolo, oiría el sonido francés en su mente y no lo relacionaría con Bailey, el apellido norteamericano.

Serváis dijo:

—Pero todavía sigo sin comprender.

—¿Hubiera querido su socio publicar el nombre y situar el emplazamiento de una colonia lunar en Bailey? ¿Hubiera querido tener una colonia llamada Colonia Bailey después de lo que un Bailey le había hecho?

—Pero él no «sabía» lo que Bailey le había hecho —porfió Serváis.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Por qué hay un viejo refrán que dice que el esposo es siempre el último en enterarse? ¿De qué otra forma puede usted explicar su totalmente irracional oposición a este punto exclusivamente, incluso su insistencia en que el nombre en sí es horrible? Es demasiado para que se trate de una coincidencia.

—Pero si lo sabía..., si lo sabía..., a mí no me lo dijo. ¿Por qué discutir por ello? ¿Por qué no me lo explicó?

—Supongo —prosiguió Henry— que él no sabía que usted lo sabía. En este supuesto, ¿iba él a ofender a su esposa muerta, explicándoselo todo a usted?

Serváis se agarró de su pelo.

—Nunca lo imaginé... Ni por un momento.

—Todavía hay algo más —siguió Henry, con tristeza.

—¿Qué?

—Uno podría preguntarse cómo llegó a ocurrir la desaparición de Bailey si su socio sabía la historia. ¿Podría preguntarse si Bailey sigue vivo? ¿No es posible que

el señor Kaufman, echándole toda la culpa al otro hombre, se enfrentase a su esposa para decirle que había hecho que su amante se alejara de ella, incluso quizá que lo había matado, y le pidió entonces que volviera con él..., y la respuesta fue el suicidio?

—No —replicó Serváis—. Eso es imposible.

—Lo mejor sería encontrar al señor Bailey y asegurarse de que está vivo. Es la única forma de probar la inocencia de su socio. Podría ser un trabajo para la Policía.

Serváis se había puesto muy pálido.

—No puedo ir a la Policía con una historia como ésta.

—Si no lo hace —contestó Henry—, puede ocurrir que su socio, obsesionado por lo que ha hecho..., si es cierto que lo ha hecho, acabará finalmente por tomarse la justicia por su mano.

—¿Quiere decir que se matará? —susurró Serváis—. ¿Es ésa la elección a la que me enfrenta usted: acusarle ante la Policía o esperar a que se mate?

—O ambas cosas —concluyó Henry—. La vida es muy cruel.

## Viernes 13 (1976)

---

“Friday the Thirteenth”

Mario Gonzalo desenrolló una larga bufanda carmesí y la colgó junto a su abrigo con una actitud de descontento.

—Viernes trece —dijo—; es un día podrido para el banquete y tengo frío.

Emmanuel Rubin, que había llegado antes al banquete mensual del club de los Viudos Negros, y que había tenido oportunidad de calentarse tanto externa como internamente, dijo:

—Eso no es frío. Cuando era chico en Minnesota, solía salir y ordeñar vacas... tenía ocho años...

—Y cuando llegabas a casa la leche se había helado en el balde. Ya te lo oí contar antes —dijo Thomas Trumbull—. Pero demonios, éste era el único viernes del mes que podíamos usar, si tenemos en cuenta que el Milano cierra por dos semanas el miércoles que viene, y...

Pero Geoffrey Avalon, mirando con austeridad desde su metro ochenta y pico de altura, dijo con voz profunda:

—No des explicaciones, Tom. Si alguien es un idiota tan supersticioso como para creer que el viernes es más desafortunado que cualquier otro día de la semana, o que el trece es más desafortunado que cualquier otro número, y que la combinación de ambos tiene alguna influencia maléfica sobre todos nosotros... entonces que se lo deje en la oscuridad y que rechine los dientes. —Era el anfitrión del banquete en esa ocasión y sin duda sentía un interés de propietario por el día.

Gonzalo sacudió hacia atrás su largo cabello y pareció sentirse más cómodo con la mayor parte de un martini bien seco en su interior.

—Eso del viernes trece es sabido por todos —dijo—. Si eres demasiado ignorante para saberlo, Jeff, no me echés la culpa a mí.

Avalon unió sus cejas formidables y dijo:

—Siempre es divertido oír hablar de ignorancia al ignorante. Ven, Mario, si finges ser humano por un instante, te presentaré a mi invitado. Eres el único que él aún no conoce.

En el otro extremo de la habitación, hablando con James Drake y Roger Halsted, se encontraba un caballero esbelto con una pipa de cuenco grande, un desperejo bigote amarillo, cabello delgado y casi incoloro, y desteñidos ojos azules bien hundidos en el rostro. Llevaba una chaqueta de tweed y un par de pantalones que parecían haberse visto libres de las atenciones de una plancha por un buen tiempo.

—Evan —dijo Avalon con tono imperioso—, quiero que conozcas a nuestro artista residente, Mario Gonzalo. Te hará una caricatura, como es costumbre, durante nuestra comida. Mario, te presento al doctor Evan Fletcher, economista en la

Universidad de Pennsylvania. Bueno, Evan, ahora nos conoces a todos.

Y como si se tratara de una señal, Henry, el mozo perenne de todos los banquetes del club, dijo suavemente: “Caballeros”, y se sentaron.

—En realidad —dijo Rubin, atacando la col rellena con gusto—, todo este asunto del viernes trece es bastante moderno y sin duda surgió basado en la Crucifixión. Ésta ocurrió en viernes y la Última Cena, que se desarrolló antes, fue, desde luego, un caso de trece comensales, los doce Apóstoles y...

Evan Fletcher intentaba detener el flujo de palabras con muy poco éxito y Avalon dijo en voz alta:

—Para un momento, Manny, creo que el doctor Fletcher desea decir algo.

—Sólo me preguntaba cómo surgió el tema del viernes trece —dijo Fletcher, con una sonrisa de disculpa.

—Hoy es viernes trece —dijo Avalon.

—Sí, lo sé. Cuando me invitaste al banquete para esta noche, fue el hecho de que fuera viernes trece lo que me hizo sentir impaciencia por asistir. Yo mismo habría traído el tema a colación, y me sorprende que surgiera por otro lado.

—No hay por qué asombrarse —dijo Avalon—. Mario lo trajo a colación. Es un tricaidecáfobo.

—¿Un qué? —dijo Gonzalo, ultrajado.

—Tienes un miedo morboso al número trece.

—No es así —dijo Gonzalo—. Sólo pienso que hay que tener cautela.

Trumbull se sirvió otro panecillo y dijo:

—¿A qué se refiere, doctor Fletcher, cuando dice que usted mismo habría traído a colación el tema? ¿Usted también es un tricai-lo-que-sea?

—No, no —dijo Fletcher, sacudiendo suavemente la cabeza—, pero tengo interés en el tema. Un interés personal.

—En realidad —dijo Halsted con voz suave, un poco vacilante—, hay un muy buen motivo para que el trece sea considerado desafortunado y no tiene nada que ver con la Última Cena. Esa explicación la inventaron después.

»Hay que pensar en que la gente primitiva, poco sofisticada, encontraba muy cómodo el número doce porque podía dividirse por dos, por tres, por cuatro, y por seis. Si uno vendía objetos por docena se podía vender media docena, un tercio, un cuarto, o un sexto de docena. Ahora imaginen a un pobre tipo que cuenta su mercadería y descubre que tiene trece unidades de algo. No se puede dividir el trece por nada. No hace más que confundir su aritmética y dice: “Oh, maldición, trece! ¡Qué pésima suerte!”, y esa es la explicación.

La barba rala de Rubin pareció endurecerse, y dijo:

—Oh, eso es un montón de basura, Roger. Ese tipo de razonamiento haría del trece un número afortunado. Cualquier negociante ofrecería incluir el decimotercero

artículo para mejorar el trato. Está buena la carne, Henry.

—La docena de panadero —dijo James Drake con su ronca voz de fumador.

—El panadero —dijo Avalon— incluía una decimotercera hogaza de pan para formar una docena de panadero, con el fin de evitar las duras penas aplicadas por falta de peso. Al agregar la decimotercera, estaba seguro de superar el peso aún cuando alguna de las doce hogazas normales fuera mezquina. Él podría considerar la necesidad como algo poco afortunado.

—El cliente podía considerarla afortunada —murmuró Rubin.

—En cuanto al viernes —dijo Halsted— es llamado Friday en inglés, nombre que se origina en el de Freya, la diosa del amor en los mitos nórdicos. En los idiomas de origen latino el nombre del día deriva de Venus; es vendredi en francés, por ejemplo. Yo diría que habría que considerarlo un día afortunado por ese motivo. Ahora bien, si toman el sábado, bautizado en honor a ese viejo dios hosco, Saturno...

Gonzalo había terminado la caricatura y la hizo circular alrededor de la mesa para la aprobación general y una sonrisita sofocada por parte del propio Fletcher. Aprovechó la oportunidad para terminar sus buñuelos de papa y dijo:

—Muchachos, todos ustedes tratan de razonar algo que está más allá de la razón. El hecho es que la gente tiene miedo del viernes y tiene miedo del trece y sobre todo tiene miedo de la combinación. El propio miedo puede hacer que ocurran cosas malas. Yo podría estar tan preocupado por la posibilidad de que este local se incendie, por ejemplo, porque es viernes trece, que dejaría de prestar atención y me clavaría el tenedor en la mejilla.

—Si eso te cerrara la boca, sería una buena idea —dijo Avalon.

—Pero no lo haré —dijo Gonzalo—, porque le presto atención al tenedor y sé que Henry nos sacaría a todos del local si se incendiara, aunque tuviese que quedarse último y morir. ¿No es así, Henry?

—Espero que la contingencia no se presente, señor —dijo Henry, colocando los platos de postre con destreza ante cada comensal—. ¿Se servirá café, señor? —le preguntó a Fletcher.

—¿Puede ser cocoa? ¿Es posible? —dijo Fletcher.

—Por cierto que sí —intervino Avalon—. Henry, arréglalo con el chef.

Y no mucho después, con el café (o la cocoa, en el caso de Fletcher) humeante y bienvenido ante ellos, Avalon golpeó su vaso de agua con una cuchara y dijo:

—Caballeros, es hora de dirigir la atención a nuestro invitado. ¿Tom, quieres empezar con el asunto?

Trumbull bajó la taza de café, frunció el entrecejo haciendo que le aparecieran corrientes cruzadas de arrugas en la cara, y dijo:

—Por lo común, doctor Fletcher, le pediría que justifique su existencia, pero como ha soportado una discusión extraordinariamente tonta sobre la superstición,

quiero preguntarle si tiene algo que agregar a la materia. Durante la comida dio a entender que usted habría traído a colación el asunto del viernes trece si no se hubiese presentado antes.

—Sí —dijo Fletcher, sosteniendo la taza de cerámica con cocoa dentro del paréntesis de sus dos manos—, pero no como algo supersticioso. Más bien se trata de un acertijo histórico serio que concierne y que gira sobre el viernes trece. Jeff dijo que a los Viudos Negros les gustaban los acertijos y éste es el único que tengo para ustedes... me temo que con la advertencia de que no tiene solución.

—Como todos saben —dijo Avalon, resignado—, estoy en contra de transformar el club en una organización de resolver acertijos, pero parezco ser una minoría de uno en ese sentido, así que trato de unirme al consenso —aceptó la copita de brandy que le entregaba Henry con una expresión compuesta de virtud y martirio.

—¿Podemos conocer el acertijo? —dijo Halsted.

—Sí, por supuesto. Cuando Jeff me invitó a asistir a esta cena, pensé por un momento que la iban a realizar en viernes trece en mi honor, pero eso no fue más que un relámpago de megalomanía. Tengo entendido que siempre realizan sus cenas un viernes por la noche y, como es lógico, nadie está enterado de mi trabajo aparte de mí y mis familiares inmediatos.

Hizo una pausa para encender la pipa, después se echó hacia atrás y empezó a chuparla suavemente.

—La historia —dijo— tiene que ver con Joseph Hennessy, que fue ejecutado en 1925 por un intento contra la vida del presidente Coolidge<sup>[36]</sup>. Fue procesado bajo esa acusación, condenado, y colgado.

»Hennessy proclamó hasta el fin su inocencia y presentó una defensa bastante fuerte, con una cantidad de personas que dieron evidencias en cuanto a que había estado ausente de la escena del crimen. Sin embargo, las corrientes emotivas en su contra eran intensas. Era un líder obrero sin pelos en la lengua, y socialista, en una época en que el temor al socialismo era poderoso. Había nacido en el extranjero, cosa que no ayudaba, y los que dieron evidencias a su favor también eran socialistas nacidos en el extranjero. El proceso fue una farsa y, una vez que lo colgaron y las pasiones tuvieron tiempo de enfriarse. Mucha gente se dio cuenta de ello.

»Sin embargo, después de la ejecución, mucho después, apareció una carta escrita por Hennessy que parecía convertirlo en una figura que se había movido tras el complot de asesinato sin lugar a dudas. Esto fue aprovechado por los que habían estado ansiosos por verlo colgado, y lo emplearon para justificar el veredicto. Sin la carta, el veredicto debe ser visto aún como un desmán de la justicia.

Drake bizqueó detrás del humo enroscado de su cigarrillo y dijo:

—¿La carta era falsificada?

—No. Como es natural, los que sentían que Hennessy era inocente lo pensaron al

principio. Sin embargo un estudio detallado pareció demostrar que se trataba en realidad de su letra manuscrita, y había en ella elementos que parecían señalarla como suya. Él era un hombre aparatosamente supersticioso, y la nota estaba fechada martes trece y nada más.

—¿Por qué “aparatosamente” supersticioso? —preguntó Trumbull—. Es un adjetivo extraño.

—Era un hombre aparatoso —dijo Fletcher—, inclinado a hacer todo de modo llamativo. Investigaba sus supersticiones. De hecho, la discusión que hubo en la mesa me recordó el tipo de hombre que era él. Es probable que hubiese sabido más sobre el asunto que cualquiera de ustedes.

—Yo creía —dijo Avalon con gravedad— que investigar las supersticiones impediría ser víctima de ellas.

—No necesariamente —dijo Fletcher—. Tengo un buen amigo que maneja un coche con frecuencia pero que no se subirá a un avión porque les tiene miedo. Ha oído todas las estadísticas que demuestran que sobre una base de hombre por kilómetro el viaje

»En avión es más seguro y el viaje en automóvil más peligroso, y cuando uno se lo recuerda, contesta: “No hay nada legal ni psicológico que me ordene ser racional en todo”. Y sin embargo en la mayor parte de las cosas es el hombre más racional que conozco.

»En cuanto a Joe Hennessy, distaba de ser un hombre completamente racional y ninguno de sus cuidadosos estudios de la superstición le impidió en lo más mínimo ser víctima de ella. Y tal vez su temor al viernes trece era el más fuerte de sus temores supersticiosos.

—¿Qué decía la nota? —dijo Halsted—. ¿Lo recuerda?

—Traje una copia —dijo Fletcher—. No es el original, desde luego. El original está archivado en el Servicio Secreto, pero en esta época de fotocopias, eso apenas si importa.

Sacó una hoja de papel de la billetera y se la pasó a Halsted, que estaba sentado a su derecha. Recorrió la mesa y Avalon, que la recibió último, se la pasó automáticamente a Henry, que estaba de pie junto al copero. Henry la leyó con semblante impasible y se la devolvió a Fletcher, que pareció un poco sorprendido de que el mozo tomara parte, pero no dijo nada.

La nota, en una letra manuscrita decidida y legible, decía:

*Viernes 13*

*Querido Paddy: Soy un tonto al escribirte esto hoy cuando tendría que estar metido en la cama en un cuarto oscuro sin ninguna duda. Debo decirte, sin embargo, que los planes ahora están completos y no me atrevo a esperar un día para cumplirlos. El dedo de Dios ha tocado a ese hombre impío y con seguridad*

*terminaremos el trabajo el mes que viene. Ya sabes lo que debes hacer, y tiene que ser hecho incluso a costa de cada gota de sangre que te corra por las venas. Doy gracias a Dios por ese milagro único en cuarenta años que nos evita el viernes 13 del mes que viene.*

Joe.

—En realidad no dice nada —dijo Avalon. Fletcher sacudió la cabeza.

—Por el contrario, dice demasiado. Si esto fuera el prelude a un intento de asesinato, ¿acaso él habría puesto algo por escrito? O si lo hubiese hecho, ¿acaso las referencias no habrían sido mucho más oscuras y enrevesadas?

—¿Qué significó la carta para el fiscal?

Fletcher volvió a colocar la nota con cuidado en la billetera.

—Como les dije, el fiscal nunca la vio. La nota se descubrió recién diez años después del ahorcamiento, cuando Patrick Reilly, a quien estaba dirigida la nota, murió y la dejó entre sus cosas personales. Reilly no se vio envuelto en el intento de asesinato, aunque desde luego lo habría estado si la nota hubiese salido a la luz demasiado pronto.

»Los que sostienen que Hennessy fue ejecutado con justicia dicen que la nota fue escrita el viernes 13 de junio de 1924. El intento de asesinato fue llevado a cabo el viernes 11 de julio de 1924. A Hennessy lo habría puesto nervioso hacerlo en cualquier viernes, pero por diversas razones que tenían que ver con el programa presidencial ése era el único día visible por un considerable período de tiempo, y Hennessy se habría sentido comprensiblemente agradecido de que por lo menos no fuera en viernes trece.

»La observación que se refiere al dedo de Dios que toca al hombre impío se afirma que es una referencia a la muerte del Presidente Warren G. Harding, que murió bruscamente el 2 de agosto de 1923, menos de un año antes de que el intento de asesinato fuera a “terminar el trabajo” liquidando al Vicepresidente que lo había sucedido en la presidencia.

Drake, con la cabeza echada a un lado, dijo:

—Suena como una interpretación razonable. Parece encajar.

—No, no es así —dijo Fletcher—. La interpretación se acepta sólo porque cualquier otra cosa pondría de relieve un desmán de la justicia. Pero para mí... —hizo una pausa y dijo—: Caballeros, no voy a pretender que estoy libre de prejuicios. Mi esposa es la bisnieta de Joseph Hennessy. Pero si el parentesco me expone a los prejuicios, también me da considerable información personal sobre Hennessy a través de mi suegro, ahora difunto.

»Hennessy no estaba en contra ni de Harding ni de Coolidge. No estaba a favor de ellos, desde luego, porque era un fogoso socialista, que apoyó siempre a Eugene Debs... y eso no lo ayudó en el proceso, dicho sea de paso. No hay modo de creer



que él sintiera que el asesinato de Coolidge pudiera servir para algo, en algún sentido. Tampoco sentiría que Harding era un “hombre impío”, ya que las evidencias sobre la enorme corrupción que había tenido lugar durante su administración sólo se descubrió poco a poco, y la peor parte mucho después de que se escribió la nota.

»De hecho, si había un presidente a quien Hennessy odiaba con furor, era Woodrow Wilson. Hennessy había nacido en Irlanda y había abandonado el país con las bayonetas inglesas pisándole los talones. Era fogosamente anti-británico y en consecuencia, durante la Primera Guerra Mundial, fue un pacifista enfático, que se oponía a la entrada de Norteamérica en el conflicto junto a Gran Bretaña. Eso tampoco lo ayudó en el proceso.

—Debs también se oponía a la entrada de Norteamérica, ¿verdad? —intervino Rubin.

—Correcto —dijo Fletcher— y en 1918 Debs fue encarcelado como espía a causa de ello. Hennessy evitó la prisión, pero después de la entrada de Norteamérica en la guerra no volvió a referirse a Wilson con otras palabras que “ese hombre impío”. Había votado por Wilson en 1916 como resultado del eslogan de la campaña: “Él nos mantuvo fuera de la guerra”, y se sintió traicionado, como comprenderán, cuando los Estados Unidos entraron en la guerra al año siguiente.

—Entonces usted cree que en esa nota se refiere a Wilson —dijo Trumbull.

—Estoy seguro. La referencia al dedo de Dios que toca al hombre impío no me suena a muerte, sino a algo menos importante: sólo el toque del dedo, entienden. Como es probable que todos sepan, Wilson sufrió un ataque al corazón el 2 de octubre de 1919, y quedó incapacitado por el resto de su mandato. Ese fue el dedo de Dios, si gustan...

—¿Afirma usted entonces que Hennessy iba a terminar el trabajo asesinando a Wilson?

—No, no, contra Wilson no hubo intentos de asesinato.

—¿Entonces qué significa “terminar el trabajo” y hacerlo “incluso a costa de cada gota de sangre que te corra por las venas”?

—Ese era su modo llamativo de expresarse —dijo Fletcher—. Si salía a buscar un balde de cerveza decía: “Lo traeré aunque me cueste hasta la última gota de sangre de mis venas”.

Avalon se echó hacia atrás en la silla, hizo girar la copa de brandy vacía y dijo:

—No lo censuro, Evan, por querer limpiar la memoria del abuelo de su esposa, pero necesitará algo mejor que lo que nos ha dado. Si puede encontrar otro viernes trece en el que la carta pueda haber sido escrita, si puede calcular algún modo de relacionar la fecha con otra que no sea el 13 de Junio de 1924...

—Me doy cuenta —dijo Fletcher, con cierto malhumor— y he investigado bien la vida de Hennessy. He trabajado con su correspondencia y con archivos periodísticos

y con los recuerdos de mi suegro, hasta el punto de que creo que podría indicar dónde estaba él y qué hacía prácticamente en cada día de su vida. Traté de descubrir acontecimientos que pudiesen relacionarse con algún viernes trece cercano, y hasta creo que encontré algunos... ¿Pero cómo hago para probar que alguno de ellos es el viernes trece? Ojalá Hennessy hubiese estado menos obsesionado por el viernes trece y hubiese fechado la carta del modo normal.

—Eso no le habría salvado la vida —dijo Gonzalo, pensativo.

—Entonces la carta no podría haber sido usada para manchar su memoria y dar pie a la pretensión de que el proceso fue justo. Tal como son las cosas, ni siquiera sé si he dado con todos los viernes trece posibles. El calendario tiene una irregularidad tan tremenda que no hay modo de saber cuándo aparecerá la fecha.

—Oh, no —dijo Halsted en una explosión brusca y suave aun tiempo—. El calendario es irregular, pero no tanto. Se puede encontrar cada viernes trece sin problema retrocediendo o avanzando todo lo que uno quiera.

—¿Sí? —dijo Fletcher con cierto asombro.

—No creo eso —dijo Gonzalo, casi al unísono.

—Es muy fácil —dijo Halsted, mientras extraía un bolígrafo del bolsillo interno de la chaqueta y abría una servilleta sobre la mesa, ante él.

—Oh, oh —dijo Rubín, fingiendo terror—. Roger enseña matemáticas en una escuela secundaria, doctor Fletcher, y haría mejor en prepararse para algunas ecuaciones complicadas.

—No es necesaria la menor ecuación —dijo Halsted con altivez—. Rebajaré las cosas a tu nivel, Manny. Miren, hay 365 días en un año, o sea cincuenta y dos semanas y un día. Si el año tuviese 364 días, duraría cincuenta y cuatro semanas justas, y el calendario se repetiría año tras año. Si el 1º de enero fuera domingo en un año, sería domingo al año siguiente y en todos los años.

»Ese día adicional, sin embargo, significa que cada año el día de semana sobre el que cae una fecha en especial se adelanta en una unidad. Si el 1º de enero es domingo en un año, caerá en lunes al año siguiente, y en martes al otro año.

»La única complicación es que cada cuatro años tenemos un año bisiesto en el que se agrega un 29 de febrero, haciendo un total de 366 días. O sea cincuenta y dos semanas y dos días, de modo que una fecha en especial se adelanta dos unidades en la lista de los días de semana. Se saltea uno, por así decir, para aterrizar en el segundo. Eso significa que si el 1º de enero cae, digamos, en miércoles de un año bisiesto, entonces al año siguiente el 1º de enero cae en viernes, ya que se saltó el jueves. Y esto se aplica para cualquier día del año y no sólo, para el 1º de enero.

»Como es natural, el 29 de febrero llega después que han pasado dos meses del año así que las fechas de enero y febrero realizan su salto en el año posterior al año bisiesto propiamente dicho. Para evitar esa complicación, supongamos que el año

empieza el 1º de marzo del año anterior al año del calendario y termina el 28 de febrero del año del calendario... o el 29 de febrero en año bisiesto. De ese modo, podemos hacer que cada fecha salte el día de semana en el año posterior al que llamamos bisiesto.

»Ahora imaginemos que el trece de un mes cae en viernes (no importa de qué mes) y que ocurre que se trata de un año bisiesto. La fecha salta y aterriza en el domingo del año siguiente. Ese año siguiente es un año normal de 365 días y también los dos que le siguen, pero el año en el que es miércoles es otra vez un año bisiesto y al año siguiente cae en viernes. En otras palabras, si el trece de un mes es viernes de un año bisiesto, según nuestra definición, vuelve a ser viernes cinco años después...

—No te sigo para nada —dijo Gonzalo.

—Muy bien —dijo Halsted— entonces hagamos una tabla. Podemos catalogar los años como B, 1, 2, 3, B, 1, 2, 3 y así sucesivamente; donde B simboliza al año bisiesto, que aparece cada cuatro años. Podemos denominar los días de la semana con letras de la A a la G, con la A para el domingo, la B para el lunes hasta llegar a la G para el sábado. Al menos eso nos dará el esquema. Aquí lo tienen...

Garabateó como un poseído, después hizo circular la servilleta. Había escrito en ella lo siguiente:

B 1 2 3 B 1 2 3 B 1 2 3 B 1 2 3 B 1 2 3 B 1 2 3 B 1 2 3 B

A B C D E F G A B C D E F G A B C D E F G A B C D E F G A B C D E F G A

—Como ven —dijo Halsted— en el vigésimo noveno año posterior a donde empiecen, A cae otra vez en año bisiesto y todo el esquema recomienza. Eso significa que el calendario de este año puede usarse otra vez dentro de veintiocho años y otra vez veintiocho años después, y veintiocho años después de entonces, y así sucesivamente.

»Adviertan que cada letra se presenta cuatro veces en el ciclo de veintiocho años, lo que significa que cualquier fecha puede caer sobre cualquier día de la semana con igual probabilidad. Lo que significa que el viernes trece debe presentarse cada siete meses como promedio. En realidad, no lo hace porque los meses son de extensiones distintas, espaciadas de modo irregular, así que puede haber cualquier cantidad de viernes trece en cualquier año dado, de 1 a 3. Es imposible tener un año sin ningún viernes trece y también imposible tener uno con más de tres.

—¿Por qué es un ciclo de veintiocho años? —preguntó Gonzalo.

—Hay siete días en la semana —dijo Halsted—, y un año bisiesto cada cuatro años, y siete por cuatro es veintiocho.

—¿Quieres decir que si hubiera un año bisiesto cada dos años el ciclo duraría catorce años?

—Correcto, y si lo hubiera cada tres años duraría veintiún años y así sucesivamente. Mientras haya siete días por semana y un año bisiesto cada x años,

con x y 7 mutuamente primos...

—Eso no importa, Roger —interrumpió Avalon—. Ya tienes tu esquema. ¿Cómo lo empleas?

—Es lo más fácil del mundo. Digamos que el trece cae en viernes en un año bisiesto y uno recuerda empezar al año bisiesto el 1º de marzo anterior al año bisiesto del calendario. Entonces se lo representa con una letra A, y verán que el trece de ese mismo mes caerá dondequiera se presente la A, cinco años más tarde y seis años después de eso, y luego once años más tarde.

»Ahora bien, hoy es 13 de diciembre de 1974, y según nuestra convención para los años bisiestos se trata del año anterior al año bisiesto. Eso significa que puede ser representado con la letra E, cuya primera aparición es bajo el 3, el año anterior a B. Entonces, siguiendo las “E” vemos que habrá otro viernes trece en diciembre dentro de once años, después en seis años más, después en cinco años. Es decir, habrá un viernes trece en diciembre de 1985, en diciembre de 1991 y en diciembre de 1996.

»Pueden hacer lo mismo con cualquier fecha de cualquier mes, utilizando esa pequeña serie que acabo de anotar, y fabricar un calendario perpetuo que rige por veintiocho años y después se repite una y otra vez. Puede hacerlo funcionar hacia atrás o hacia adelante y dar con todos los viernes trece hasta donde quieran, en cualquier dirección, o al menos hasta 1752, hacia atrás. De hecho, se pueden encontrar tales calendarios perpetuos en libros de referencia como el Almanaque Mundial.

—¿Por qué 1752? —dijo Gonzalo.

—Ese es un año poco común, al menos para Gran Bretaña y lo que entonces eran las colonias norteamericanas. El antiguo calendario juliano que se empleaba desde la época de Julio César se había adelantado a las estaciones porque había en él cierto exceso de años bisiestos. El calendario gregoriano, bautizado en honor del Papa Gregorio XIII, fue adoptado en 1582 en la mayor parte de Europa, y para ese entonces el calendario estaba desincronizado en diez días con respecto a las estaciones, así que se dejaron caer diez días del calendario, y de allí en adelante se omitió un año bisiesto de vez en cuando para impedir que ocurriera lo mismo. Gran Bretaña y las colonias no se adhirieron al sistema hasta 1752, época en la que se había agregado otro día, así que tuvieron que dejar caer once días.

—Es cierto —dijo Rubin—. Y por un tiempo emplearon los dos calendarios, refiriéndose a cualquier fecha en particular como A.E. o N.E., o sea Antiguo Estilo y Nuevo Estilo. George Washington nació el 11 de febrero de 1732 A.E., pero en vez de conservar la fecha, como hacía mucha gente, la cambió a 22 de febrero de 1732 N.E. He ganado bastante dinero apostando que George Washington no nació el día del cumpleaños de Washington.

—El motivo por el que Gran Bretaña vaciló tanto fue que el nuevo calendario fue

iniciado por el papado, y Gran Bretaña, como era protestante, prefería ir contra el sol que seguir al Papa. Rusia no lo cambió hasta 1923, y aún hoy la Iglesia Rusa Ortodoxa sigue el calendario juliano, que es la razón por la que las navidades ortodoxas caen el 7 de enero, ya que la diferencia de los números acumulados es trece.

»Gran Bretaña pasó directamente del 2 de septiembre de 1752 al 14 de septiembre, dejando caer los días intermedios. Hubo motines contra eso, con gente que gritaba: “Devuélvannos nuestros once días”.

—No era algo tan demencial como puedes creer —dijo Rubin indignado—. Los amos cargaron la renta de la tierra completa, sin descontar los once días. Yo también me habría amotinado.

—En todo caso —dijo Halsted— es por eso que el calendario perpetuo sólo retrocede hasta 1752. Esos once días que faltan enredan todo y hay que disponer los días de modo distinto para los anteriores al 14 de septiembre de 1752.

—Debo reconocer que no sabía nada de esto, señor Halsted —dijo Fletcher, que había escuchado con evidente interés—. No pretendo haberlo seguido a la perfección, o que pueda duplicar lo que usted acaba de hacer, pero no sabía que podía encontrar un calendario perpetuo en el Almanaque Mundial. Me habría ahorrado muchos problemas: aunque desde luego, saber cuáles son todos los viernes trece no me ayudaría a determinar qué viernes trece podría ser el viernes trece.

Henry intervino de pronto y dijo con su voz suave, cortés:

—No estoy seguro de eso, señor Fletcher. ¿Puedo hacerle algunas preguntas?

Fletcher parecía asombrado y, por un breve momento, quedó en silencio.

—Henry es un miembro del club, Evan —dijo Avalon con rapidez—. Espero que no te importe...

—Por supuesto que no —dijo Fletcher de inmediato—. Adelante, Henry.

—Gracias, señor. Lo que quiero saber es si el señor Hennessy conocía este esquema de las variaciones de la fecha que el señor Halsted ha tenido la bondad de bosquejarnos.

Fletcher adquirió una expresión pensativa.

—No puedo asegurarlo; por cierto no me he enterado, si lo hizo. Sin embargo, es muy probable que así fuera. Por ejemplo se enorgullecía de poder preparar un horóscopo y, a pesar de toda la insensatez de la astrología, preparar un horóscopo correcto requiere un poco de matemáticas, según tengo entendido. Hennessy no tuvo una gran educación formal, pero contaba con una temible inteligencia, y se interesaba por los números. De hecho, según yo lo veo, estoy seguro de que es imposible que se interesara en el viernes trece sin verse llevado a elaborar ese esquema.

—En ese caso, señor —dijo Henry—, ¿si le pregunto qué estaba haciendo el señor Hennessy en un cierto día, usted podría llamar a alguien para controlar sus

notas sobre la cuestión, y decírnoslo?

Fletcher pareció vacilar.

—No estoy seguro. Mi esposa está en casa, pero no sabría dónde fijarse, y no es probable que yo pueda darle las instrucciones adecuadas. Podría probar, supongo.

—En ese caso, ¿supone que puede decirme qué estaba haciendo el señor Hennessy el viernes 12 de marzo de 1920?

La silla de Fletcher chilló al arrastrarse hacia atrás y por un largo momento Fletcher se quedó con los ojos y la boca abiertos.

—¿Qué lo lleva a preguntarme eso?

—Parece lógico, señor —dijo Henry con suavidad.

—Pero yo sé qué estaba haciendo ese día, fue uno de los días importantes de su vida. Influyó en la organización obrera de la que era uno de los líderes para que apoyaran a Debs para la presidencia. Debs se presentó ese año como candidato socialista aunque aún estaba en la cárcel, y sacó más de 900.000 votos: lo máximo que han sacado nunca los socialistas en los Estados Unidos.

—¿Acaso la organización obrera no habría apoyado por lo común al candidato demócrata para ese año? —dijo Henry.

—James M. Cox, sí. Era muy apoyado por Wilson.

—Así que quitarles votos al candidato de Wilson podría ser, en el estilo llamativo del señor Hennessy, la culminación del trabajo que el dedo de Dios había empezado.

—Estoy seguro de que él lo pensaría de ese modo.

—En cuyo caso la carta habría sido escrita el viernes 13 de febrero de 1920.

—Es una posibilidad —dijo Fletcher—, ¿pero cómo puede probarla?

—Doctor Fletcher —dijo Henry— en la nota el señor Hennessy agradece a Dios que no haya viernes trece al mes siguiente y hasta lo considera un milagro. Si conociese el esquema del calendario perpetuo por cierto que no lo habría creído un milagro. Hay siete meses que tienen treinta y un días, y en consecuencia duran cuatro semanas y tres días. Si una fecha en especial cae en un día de semana en especial de un mes semejante, cae al mes siguiente tres días de semana después. En otras palabras, si el trece cae viernes en julio, entonces caerá lunes en agosto. ¿No es así, señor Halsted?

—Tienes toda la razón, Henry. Y si el mes tiene treinta días adelanta dos días en la semana, de modo que si el trece cae en viernes en junio, cae en domingo en julio —dijo Halsted.

»En ese caso, en cualquier mes que tenga treinta o treinta y un días, no es posible que haya un viernes trece seguido al otro mes por otro viernes trece, y Hennessy lo sabría y no lo consideraría un milagro en absoluto.

»Pero, señor Fletcher, hay un mes que sólo tiene veintiocho días y ese mes es febrero. Tiene cuatro semanas exactas de extensión, así que marzo empieza el mismo

día de semana que febrero, y repite los días de semana para cada fecha, al menos hasta el veintiocho. Si hay un viernes trece en febrero, tiene que haber un viernes trece en marzo también..., a menos que sea año bisiesto.

»En el año bisiesto, febrero tiene veintinueve días y dura cuatro semanas y un día. Eso significa que cada día de marzo cae un día de semana después.

»Si el trece cae en viernes en febrero, cae en sábado en marzo, de modo que, aunque febrero tenga un viernes trece, marzo tiene un viernes doce.

»Mi nueva agenda tiene calendarios tanto para 1975 como para 1976. El año 1976 es año bisiesto y, con él, puedo ver que hay un viernes 13 de febrero, y un viernes 12 de marzo. El señor Halsted ha señalado que los calendarios se repiten cada veintiocho años. Eso significa que el calendario de 1976 también serviría para 1948 y 1920.

»Es evidente que una vez cada veintiocho años hay un viernes trece de febrero que no es seguido por uno en marzo, y el señor Hennessy, sabiendo que la reunión de su grupo obrero estaba programada para el segundo viernes de marzo, algo tal vez manipulado por la oposición para mantenerlo en casa, quedó encantado y aliviado ante el hecho de que al menos no fuese un segundo viernes trece.

Se hizo silencio alrededor de la mesa y después Avalon dijo:

—Eso está muy bien argumentado. Me convence.

Pero Fletcher sacudió la cabeza.

—Muy bien argumentado, lo admito, pero no estoy seguro...

—Posiblemente haya algo más —dijo Henry—. No pude dejar de preguntarme por qué el señor Hennessy lo llamaba un “milagro único en cuarenta años”.

—Oh, bueno —dijo Fletcher con indulgencia—, en eso no hay misterio, se lo aseguro. Cuarenta es uno de esos números místicos que saltan en la Biblia sin cesar. Ya sabe, el Diluvio reinó sobre la Tierra durante cuarenta días y cuarenta noches.

—Sí —dijo Rubin con vehemencia— y Moisés permaneció cuarenta días en el Monte Sinaí, y Elías fue alimentado durante cuarenta días por los cuervos, y Jesús ayunó cuarenta días en el desierto, y así sucesivamente. Al hablar acerca de la merced de Dios el número cuarenta se le ocurriría de modo natural.

—Tal vez sea así —dijo Henry—, pero tengo una idea. El señor Halsted, al hablar sobre la conversión del calendario juliano al gregoriano, dijo que el nuevo calendario gregoriano omitía un año bisiesto de vez en cuando.

Halsted golpeó la mesa con un puño.

—Por Dios, lo olvidé. Manny, si no hubieses hecho esa broma estúpida sobre las ecuaciones, no habría estado tan ansioso por simplificar y no lo habría olvidado. El calendario Juliano tenía un año bisiesto cada cuatro años sin falta, lo que habría sido correcto si el año tuviese exactamente  $365 \frac{1}{4}$  de extensión, pero es un poquito más corto. Para equilibrar esa pequeña diferencia, hay que omitir tres años bisiestos cada cuatro siglos, y en el calendario gregoriano esas omisiones se presentan en cada año

terminado en 00 que no sea divisible por 400, aunque tal año fuera bisiesto según el calendario juliano.

»Eso significa —y golpeó otra vez la mesa con el puño— que 1900 no fue año bisiesto. No hubo años bisiestos entre 1896 y 1904. Hubo siete años consecutivos de 365 días cada uno, en vez de tres.

—¿Acaso eso no trastorna el calendario perpetuo que usted describió?

—Sí, lo hace. El calendario perpetuo para el siglo XIX se une al del siglo XX en el medio, por así decir.

—En ese caso, ¿cuál fue el último año anterior a 1920 en que un viernes trece de febrero cayó en año bisiesto?

—Tendría que calcularlo —dijo Halsted, con el bolígrafo acelerando sobre una servilleta nueva—. Ah, ah —murmuró, después dejó el bolígrafo sobre la mesa y dijo —: En 1880, por Dios.

—Cuarenta años antes de 1920 —dijo Henry— así que en el día que Hennessy escribió esta nota, un desafortunado día de febrero no fue seguido por un desafortunado día de marzo por primera vez en cuarenta años, y era muy justo que él lo llamara, con su estilo llamativo, un milagro único en cuarenta años. Me parece que el 13 de febrero de 1920 es el único día posible de toda su vida en que podría haber escrito la nota.

—Y a mí también —dijo Halsted.

—Y a mí —dijo Fletcher—. Les agradezco, caballeros. Y sobre todo a usted. Henry. Si ahora puedo ordenarlo correctamente...

—Estoy seguro —dijo Henry— de que el señor Halsted se alegrará de ayudarle.

## Postfacio

*Tuve que escribir este cuento. El viernes 13 de 1974 fui co-anfitrión de ese mes en la reunión del club Arañas Puerta-Trampa. (El Arañas Puerta-Trampa tiene dos anfitriones y el doble de socios que el club de los Viudos Negros.) Había elegido un nuevo restaurant y estaba especialmente ansioso porque todo saliera bien.*

*Había asegurado que aparecerían entre doce y quince miembros y temía que no llegáramos al número y que eso me hiciera pasar un mal momento con el restaurant. Los conté mientras entraban y cuando, llegó el número doce me sentí aliviado. (y el restaurant también estaba complacido. Nos sirvieron una comida excelente con un servicio soberbio... aunque sin Henry, desde luego.)*

*Después, al terminar la hora del cóctel y cuando nos sentamos a cenar, llegó el socio número trece. Personalmente creo que es una honra para la congregación el hecho de que nadie de los presentes pareciera preocuparse en lo más mínimo porque fuéramos trece a la mesa en un viernes trece (y por lo que sé, nada ocurrió como resultado.)*



*Debo admitir que yo estaba preocupado, porque no podía dejar pasar semejante acontecimiento sin empezar a trabajar en una trama de los Viudos Negros de inmediato. Una vez más el Ellery Queen's Mystery Magazine sintió que iba a ser una situación demasiado compleja, y lo pasé a F & SF, que lo aceptó. Apareció en el número de enero de 1976.*

## El no abreviado (1976)

---

“The Unabridged”

Roger Halsted, por lo común una persona tranquila (como hay que serlo para sobrevivir a la enseñanza de matemáticas en una escuela secundaria), llegó al banquete mensual del club de los Viudos Negros en un estado de evidente malhumor.

—Sírreme un Bloody Mary —dijo—. Con poca salsa y un chorro extra de vodka.

Henry preparó el trago en silencio y con destreza incluido el chorro extra, y James Drake, que era el anfitrión de la noche, lo miró por sobre el humo de su cigarrillo y dejó que su insignificante bigote gris se crispara.

—¿Qué pasa, Rog? —preguntó con su voz suave, ronca.

—Llegué tarde —dijo Roger.

—¿Y con eso? —dijo Drake, que vivía en Nueva Jersey y de vez en cuando llegaba tarde—. Bebe rápido y ponte al día.

—Lo que me molesta es por qué llegué tarde —dijo Halsted. La alta frente se le había puesto rosada mas allá del sitio donde había estado en otros tiempos su cabello—. Estuve buscando mis gemelos. Mi par favorito. Mi único par, en realidad. Perdí veinte minutos. Busqué por todas partes.

—¿Los encontraste?

—¡No! ¿Tienes alguna idea sobre la cantidad de recovecos que hay en una casa de dos pisos con tres dormitorios? Podría haberme pasado veinte años sin llegar a nada.

Geoffrey Avalon se acercó, con la segunda copa por la mitad.

—No necesitas registrar toda la casa, Rog. No los pegaste en las molduras ni en la cañería, ¿verdad? ¿Dónde los guardas por lo común?

—En una cajita que tengo en el cajón. Fue donde primero me fijé. No estaban allí.

Había alzado la voz mucho más que de costumbre y Emmanuel Rubin exclamó desde el otro costado de la mesa:

—Los dejaste en la camisa la última vez que los usaste y fueron enviados a la lavandería y nunca volverás a verlos.

—No es así —dijo Halsted, cerrando la mano izquierda en un puño y agitándola—. Esta es la única maldita camisa que tengo con gemelos franceses y hace tres meses que no la uso y vi los gemelos en la caja la otra noche, cuando buscaba otra cosa.

—Entonces busca otra cosa —dijo Rubin—, y aparecerán.

—Ja, ja —dijo Halsted torvamente, y terminó su bebida.

—¿La camisa que llevas es la de los gemelos franceses, Rog? —dijo Mario Gonzalo.

—Sí, así es.

—Bueno, si ésa es la única camisa que tienes con gemelos franceses y no pudiste encontrar tu par de gemelos, ¿qué estás usando para sostener los puños?

—Hilo —dijo Halsted con amargura, adelantando los puños para que los examinaran—. Hice que Alice los atara con el hilo.

Gonzalo, cuyas prendas eran un ejemplo de esplendor impecable, con un matiz azulado predominante en la camisa y la chaqueta, que se hacía más oscuro en la corbata, respingó.

—¿Por qué no te pusiste otra camisa?

—Se me había subido la sangre a la cabeza —dijo Halsted— y no iba a permitir que me obligaran a cambiar de camisa.

—Bueno —dijo Drake—, si te calmas un poco, Rog, te presentaré a mi invitado. Jason Leominster, le presento a Roger Halsted, y el que sube por las escaleras vociferando por un whisky con soda es el último socio, Thomas Trumbull.

Leominster sonrió escrupulosamente. No llegaba al metro ochenta y pico de Avalon pero era más delgado. Era evidente que pasaba de los cuarenta años aunque parecía más joven, y bajo la chaqueta castaña llevaba un rompevientos negro de lana que lograba no parecer fuera de lugar. Tenía pómulos altos y destacados sobre una barbilla estrecha y puntuda.

—Me temo —dijo— que no cuenta usted con mucha simpatía, señor Halsted, pero puede contar con la mía, si es que sirve de algo. Cuando se trata de no encontrar cosas, me sangra el corazón.

Antes de que Halsted pudiese expresar la gratitud que sentía por el ofrecimiento, Henry dio la señal para empezar la cena, los Viudos Negros ocuparon sus asientos, y Trumbull, en voz alta y rápida, pronunció el brindis ritual en honor del Viejo Rey Cole.

Rubin, con una mirada dura hacia lo que tenía ante él, alzó la barba lacia hacia el techo en un acceso de indignación y le dijo a Henry:

—Esto parece un bocadillo de huevo. ¿Qué es, Henry?

—Es un bocadillo de huevo, señor.

—¿Qué está haciendo aquí?

—El chef —dijo Henry— ha preparado una comida china para el club, este mes.

—¿En un restaurant italiano?

—Creo que él lo considera un desafío, señor.

—Cállate y come, Manny, ¿quieres? —dijo Trumbull—. Está muy bueno.

Rubin lo mordió, después tomó la mostaza.

—Para ser un bocadillo de huevo está bien —dijo, insatisfecho.

Hasta Rubin se aplacó con la sopa de nidos de golondrina, y cuando el primero de los siete platos resultó ser un pato a la pekinesa, se ablandó decididamente.

—En realidad —dijo—, no es que uno pierda las cosas. Uno las olvida. Es lo que

me pasa a mí, lo que le pasa a todos. Uno tiene algo, lo deja con la mente en otra cosa. Dos minutos después no puede determinar donde lo dejó aunque en ello le vaya la vida. Incluso si, por puro accidente, uno lo encuentra, sigue sin poder recordar cómo lo puso allí. Roger no ha perdido sus gemelos, los puso en alguna parte y no recuerda dónde.

Gonzalo, que estaba apartando con delicadeza un hongo negro para experimentar su sabor sin mezclas, dijo:

—Por más que me duela estar de acuerdo con Manny...

—Por más que te duela tener razón en una rara ocasión, querrás decir.

—Tengo que admitir que hay algo de cierto en lo que acaba de decir. Por accidente, estoy seguro. Lo peor que uno puede hacer es poner algo donde sabe que estará a salvo de la mano de un ladrón. El ladrón lo encontrará sin problemas, pero el propietario no volverá a verlo. Una vez escondí una chequera y tardé cinco años en encontrarla.

—La ocultaste bajo el jabón —dijo Rubin.

—¿Eso funciona para ti? —preguntó Gonzalo con dulzura—. Para mí no.

—¿Dónde fue que la encontraste, Mario? —preguntó Avalon.

—Lo olvidé otra vez —dijo Gonzalo.

—Como es lógico —intervino Leominster, amable—, es posible colocar algo en un sitio, cambiarlo a otro para que esté más seguro, después recordar sólo el primer sitio... donde no está.

—¿Le ha pasado eso, señor Leominster? —preguntó Trumbull.

—Por así decirlo —dijo Leominster— pero en realidad no sé si sucedió.

Henry llegó con la fuente de galletitas de la suerte. Le dijo a Halsted en voz baja:

—Acaba de llamar la señora Halsted, señor. Desea que le diga que encontraron los gemelos.

Halsted se volvió con violencia.

—¿Los encontraron? ¿Dijo dónde?

—Bajo la cama, señor. Dice que es posible que se hayan caído allí.

—Miré bajo la cama.

—La señora Halsted dice que estaba cerca de una de las patas de la cama. Casi invisibles, señor. Tuvo que tantear con la mano. Me indicó que le dijera que ya ha sucedido antes.

—Abre tu galletita de la suerte, Rog —dijo Avalon con indulgencia—. Te dirá que estás por encontrar algo muy importante.

Halsted lo hizo, y dijo:

—Dice lo siguiente: “Que una sonrisa sea tu paraguas”. —y se irritó de modo visible.

—No estoy seguro de que esté bien que un Viudo Negro reciba un mensaje de una

mujer mientras se desarrolla una sesión —dijo Rubin.

—Los impulsos eléctricos no tienen sexo —dijo Gonzalo—, aunque sospecho que no lo sabes, Manny, más de lo que sabes cualquier otra cosa sobre el tema.

Pero Henry traía el brandy y Drake detuvo la inevitable respuesta furiosa (y tal vez impropia) tocando una retreta de golpecitos sobre su vaso de agua.

—Permítanme presentarles a Jason Leominster —dijo Drake—, un vecino mío un poco lejano. Es un genealogista y no creo que haya un solo socio del club de los Viudos Negros (siempre con la excepción de Henry) que tenga una genealogía que soporte un examen, así que tengamos cuidado.

—No es así en realidad —dijo Leominster—. Nadie ha quedado desilusionado nunca con una genealogía. La cantidad de antepasados aumenta en progresión geométrica con cada generación, restándole el efecto del matrimonio entre parientes. Si exploramos los hermanos, los padres y sus hermanos, los abuelos y sus hermanos, todos los parentescos por matrimonio y sus hermanos, y los padres y abuelos que se presentan con los casos de nuevo matrimonio, tenemos cientos de individuos con quienes jugar con sólo retroceder un siglo.

»Si subrayamos las conexiones halagadoras y pasamos por alto las otras, no podemos perder. Para el genealogista profesional, desde luego, puede haber descubrimientos de valor histórico, con frecuencia menores, y a veces sorpresivamente importantes. Yo, por ejemplo, descubrí un descendiente colateral de Martha Washington que...

Trumbull, que había alzado la mano sin efecto durante estas observaciones, dijo ahora:

—Por favor, señor Leominster, disculpe. Mira, Jim, esto está fuera de orden. Tiene que ser con pregunta y respuesta. ¿Quieres designar un interrogador?

Drake apagó su cigarrillo en el cenicero y dijo:

—A mí me sonaba interesante tal como era. Pero adelante. Tú eres el interrogador.

Trumbull frunció el entrecejo.

—Sólo quiero las cosas en orden. Señor Leominster, le pido disculpas por interrumpirlo. Era interesante, pero debemos proceder de acuerdo a la tradición. Mi primera pregunta habría sido para que justificara su existencia, pero sus observaciones ya han indicado cómo estaría encaminada su respuesta. En consecuencia permítame pasar a la pregunta siguiente. Señor Leominster, durante la cena usted dijo que una persona podía esconder algo en un sitio, cambiarlo a otro, después recordar sólo el primero. También dijo que le ocurrió a usted por así decirlo y que tal vez no haya ocurrido. ¿Podría ampliar esto? Tengo curiosidad por saber en qué pensaba.

—En nada, en realidad. Mi tía murió el mes pasado —y aquí Leominster alzó la

mano—, pero ahórrenme los formulismos de rigor. Tenía ochenta y cinco años y estaba postrada. Lo que importa es que me dejó su casa y lo que contiene, que había sido de su hermano hasta que él murió, hace diez años, y el asunto del señor Halsted con los gemelos me recordó lo que pasó cuando mi tía heredó la casa.

—Bien —dijo Trumbull—, ¿qué pasó entonces?

—Ella estaba convencida de que había algo oculto en la casa; algo de valor. Nunca se lo encontró y eso es todo.

—Entonces, sea lo que fuere, aún sigue allí, ¿verdad? —dijo Trumbull.

—Si es que por empezar estaba allí, entonces supongo que sí.

—¿Y ahora es suyo?

—Sí.

—¿Y qué pretende hacer al respecto?

—No veo que pueda hacerse nada. No lo encontramos cuando lo buscamos, y es probable que no lo encontremos ahora. Sin embargo...

—¿Sí?

—Bueno, con el tiempo pienso poner la casa en venta y rematar lo que contiene. Las cosas no me sirven como tales y sí en cambio su equivalente en efectivo. Sin embargo, sería molesto rematar un objeto en cien dólares y descubrir que contiene algo que vale, digamos, veinticinco mil dólares.

Trumbull se echó hacia atrás y dijo:

—Con permiso del anfitrión, señor Leominster, voy a pedirle que cuente la historia en un orden razonable. ¿Qué es lo que se perdió? ¿Cómo llegó a perderse? Y así sucesivamente.

—¡Eso, eso! —dijo Gonzalo, aprobador. Había terminado su bosquejo, que convertía el rostro de Leominster en un triángulo con la punta hacia abajo, sin que dejara de ser reconocible en lo más mínimo.

Leominster miró el bosquejo con estoicismo y asintió, tomando un sorbo de brandy mientras Henry levantaba la mesa sin hacer un sonido.

—Pertenezco a lo que llaman una antigua familia de Nueva Inglaterra —dijo Leominster—. La familia hizo su fortuna hace dos siglos con hilanderías y, según creo, con algunos de los aspectos menos agradables del comercio: esclavos y ron. La familia ha aumentado el dinero desde entonces, haciendo inversiones juiciosas y demás. No somos magnates, pero la pasamos bien... los que quedamos: yo y un primo. Soy divorciado, dicho sea de paso, y no tengo hijos.

»La historia de la familia es lo que hizo que me interesara por la genealogía, y las finanzas familiares me dieron la posibilidad de sacarme el gusto en ese sentido. No es una práctica exactamente remuneradora, al menos no del modo que yo la practico, pero puedo costéarmela.

»Mi tío Bryce (el hermano mayor de mi padre) se retiró a edad bastante temprana

después de la muerte de su esposa. Construyó una casa de cierto barroquismo en Connecticut y se dedicó a coleccionar cosas. Por mi parte no entiendo el placer que puede haber en la acumulación, pero imagino que despertaba en él los mismos placeres que a mí me da la investigación genealógica.

—¿Qué coleccionaba? —preguntó Avalon.

—Varios tipos de artículos, pero nada fuera de lo común. Era un tipo bastante aplicado, sin mucha imaginación. Empezó coleccionando libros antiguos, después monedas antiguas, y por último estampillas. El entusiasmo nunca fue tan intenso como para que invirtiera sumas realmente grandes, así que sus colecciones no son de las que podríamos llamar de primera categoría. Eran del tipo sobre las que sonrían con condescendencia los conocedores. Sin embargo, le daba placer, y su biblioteca de mil volúmenes no carece por completo de valor. Tampoco lo demás. Y desde luego hasta un coleccionista menor puede ponerle las manos encima a una buena pieza.

—¿Y su tío lo había hecho? —preguntó Trumbull.

—Mi tía Hester (era la tercera de los hijos, dos años menor que mi tío Bryce y cinco años mayor que mi padre, que murió hace catorce años.) Mi tía Hester decía que mi tío tenía una pieza valiosa.

—¿Cómo lo sabía?

—Mi tía Hester siempre tuvo estrechas relaciones con mi tío. Vivía en Florida, pero después de que mi tío enviudó acostumbrada pasar algunos de los meses del verano con él en Connecticut todos los años. Nunca se había casado y ambos se acercaron con la edad, dado que no quedaba casi nadie más.

»Mi tío tenía un hijo pero hacía veinticinco años que vivía en Sudamérica. Se ha casado con una muchacha brasileña y tiene tres hijos. El padre y él no se llevaban bien para nada, y ninguno de los dos parecía existir para el otro. Estaba yo, desde luego, y me invitaban con bastante frecuencia por un sentido del deber y de lejano parentesco; y ellos me caían muy bien.

»La tía Hester era una anciana estirada, con una terrible conciencia de la posición de la familia, hasta un extremo ridículo y fuera de moda, desde luego. Era precisa y rígida en el modo de hablar, y estaba convencida de que vivía en un mundo hostil de ladrones y socialistas. Nunca usó sus joyas, por ejemplo. Las guardaba en una caja de seguridad y no las sacaba nunca.

»Por lo tanto era natural que mi tío le dejara la casa a mi tía, y que ella a su vez me la dejara a mí. Sin embargo soy lo bastante genealogista como para recordar que mi tío Bryce tiene un hijo que es el heredero directo y más merecedor, por los vínculos de sangre, a ser heredero de la casa. Le he escrito a mi primo para preguntarle si está satisfecho con el testamento, y hace tres días recibí una carta de él en la que me dice que podía quedarme con la casa y lo que contiene, sin inconvenientes. En realidad dice, con bastante amargura, que por lo que a él se refiere

yo podría quemar la casa y lo que contiene.

—Señor Leominster —dijo Trumbull—, me pregunto si podría usted volver al objeto perdido.

—Oh, lo siento. Lo había olvidado. Si se tienen en cuenta sus puntos de vista, la tía Hester no se sentía feliz con el desdeñoso modo de tratar las colecciones que tenía mi tío. La tía Hester tenía una idea totalmente exagerada de su valor. “Estas piezas y misceláneas”, me decía “son de un valor inapreciable”.

—¿Así las llamaba? ¿Piezas y misceláneas? —preguntó Avalon con una sonrisa.

—Era una de sus frases favoritas. Les aseguro que lo recuerdo bien. Tenía un modo de hablar arcaico, deliberadamente culto, estoy seguro. Sentía que el lenguaje era un gran indicador de la posición social...

—Shaw también lo pensaba —interrumpió Rubin— Pigmalión.

—No importa, Manny —dijo Trumbull—. ¿Quiere seguir, por favor, señor Leominster?

—Estaba por decir que el fetiche de complicación verbal de la tía Hester era algo, según creo, que ella sentía que la apartaba de las clases inferiores. Si yo le decía que ella tenía que preguntarle algo a alguien, casi seguro que me contestaba algo así: “¿Pero a quién, con exactitud, querido, tendría que inquirir?” Nunca decía “preguntar” si podía decir “inquirir”. De hecho, era la única persona que he conocido que usaba casi sin cesar el modo subjuntivo. Una vez me dijo: “Tendrías la enorme bondad, mi querido Jason, de asegurarte de si está lloviendo o no” y apenas si logré entenderle.

»Pero una vez más me aparto del tema. Como dije, ella tenía una idea exagerada del valor de la colección de mi tío y siempre lo perseguía para que hiciera algo al respecto. Ante su insistencia, colocó una compleja alarma contra ladrones y tenía una alarma especial instalada que sonaba en la repartición policial más cercana.

—¿Alguna vez la usaron? —preguntó Halsted.

—Por lo que yo sé no —dijo Leominster—. Nunca hubo robos. Mi tío no vivía exactamente en una zona de alta criminalidad (aunque era imposible convencer de eso a mi tía) y no me sorprendería que los posibles ladrones tuviesen una noción más precisa y desalentadora del valor de las colecciones de mi tío que la que tenía mi tía. Después de la muerte de mi tío, tía Hester hizo tasar algunas de sus pertenencias. Cuando le dijeron que su colección de estampillas valía, tal vez, diez mil dólares, quedó horrorizada. “Son ladrones” me dijo. “Si remitieran diez mil dólares, después con seguridad rematarían la colección por un millón, como mínimo”. No permitió otras tasaciones, y se aferró a todo con una voluntad inquebrantable. Por fortuna tenía medios suficientes de vida y no tuvo que vender nada. Sin embargo, estoy seguro de que hasta el día de su muerte estuvo convencida de que me dejaba posesiones equivalentes a una fortuna enorme. Por desgracia no es así.



»Mi tío Bryce era bastante perspicaz en ese sentido. Sabía que las colecciones sólo tenían un valor moderado. Me lo dijo en varias ocasiones, aunque también dijo que tenía unas pocas piezas que valían la pena. No fue específico. Según la tía Hester, con ella entró en más detalles. Cuando lo apremió para que depositara la colección de estampillas en una bóveda bancaria dijo: “¿Qué, y nunca poder mirarla? Entonces no tendría ningún valor para mí. Además, no vale mucho, salvo una pieza, y de ella ya me he encargado”.

—Esa única pieza de la colección de estampillas de la que su tío dijo haberse encargado: ¿eso es lo que se perdió? —dijo Avalon—. ¿Fue una estampilla?

—Así dijo a Hester cuando murió mi tío. Le había dejado la casa y lo que contiene, lo que incluye esa estampilla. Me llamó poco después del funeral para decirme que no podía encontrarla y que estaba convencida de que la habían robado. Yo había asistido al funeral, desde luego, y aún estaba en Connecticut, ya que aproveché la ocasión para rastrear algunas antiguas lápidas, y al día siguiente de la llamada fui a cenar con ella.

»Fue una comida turbulenta, porque la tía Hester estaba furiosa por no haber encontrado la estampilla. Estaba convencida de que valía millones y que los sirvientes se la habían llevado... o tal vez los de la funeraria. Hasta tenía una pequeña sospecha sobre mí. Me dijo después del postre: “Tu tío, lo presumo, nunca disertó contigo sobre el asunto de su realización, ¿verdad?”

»Le dije que no... lo cual era cierto. Nunca lo ha hecho.

—¿Tenía ella alguna idea acerca de dónde la había ocultado su tío? —dijo Trumbull.

—¡Por cierto! Esa era una de las bases de su enfado. Él se lo había dicho, pero no había sido suficientemente específico, y ella no tenía la intención de acosarlo, exactamente. Supongo que se conformó con que se hubiese encargado del asunto y no pensó más en ello. Él le dijo que la había colocado en uno de sus volúmenes no abreviados, de donde podía sacarla con la suficiente facilidad cada vez que lo deseaba, pero donde ningún ladrón casual pensaría en buscarla.

—¿En uno de los volúmenes no abreviados? —dijo Avalon asombrado—. ¿Se refería a su colección de libros?

—Tía Hester lo citó como diciendo “en uno de mis volúmenes no abreviados”. Supusimos que se refería a su colección.

—Es un lugar tonto para ponerla —dijo Rubin—. Un libro puede robarse con la misma facilidad que una estampilla. Podría ser robado por su propio valor y la estampilla iría como recompensa adicional.

—No creo que mi tío pensara seriamente en el libro como un lugar seguro; no era más que un modo de satisfacer a mi tía. De hecho, si ella no le hubiese machacado con el asunto, estoy seguro de que el tío Bryce la habría dejado en la colección, que

es, fue y siempre ha sido un lugar seguro y sólido. Como es lógico, nunca se lo dije a mi tía.

—Cuando la gente habla del “No abreviado” por lo común se refiere al Diccionario Webster No Abreviado —dijo Rubin—. ¿Su tío tenía uno?

—Por supuesto. Sobre un pequeño soporte especial. Mi tía había pensado en eso y se habla fijado allí y no la encontró. Fue entonces que me llamó. Nos dirigimos a la biblioteca después de cenar y revisamos otra vez el No abreviado. Mi tío guardaba sus mejores estampillas en sobrecitos transparentes y podían haber ubicado uno de ellos entre las páginas. Sin embargo, se lo habría notado bastante. Era una edición en papel cebolla, y por cierto el diccionario habría tendido a abrirse en esa página. La tía Hester dijo que sería muy del tío Bryce ocultarlo de manera tan tonta como para que fuera fácil robarlo.

»Sin embargo eso era imposible. Yo mismo había usado el No abreviado de vez en cuando durante los últimos años de mi tío y estoy seguro de que no había nada de él. Examiné la encuadernación para asegurarme de que no lo había escondido en la tira de refuerzo del lomo. Hasta me sentí tentado a desarmar todo el volumen, pero no me parecía probable que el tío Bryce hubiese hecho algo demasiado complejo. Lo había deslizado entre las páginas de un libro... pero no entre las del No abreviado.

»Fue lo que le dije a la tía Hester. Le dije que podía estar entre las páginas de otro libro. Le señalé que el hecho de que se hubiese referido a “uno de los volúmenes no abreviados” era un indicio seguro de que no estaba en el No abreviado.

—Estoy de acuerdo —dijo Rubin—, ¿pero cuántos volúmenes no abreviados tenía él?

Leominster sacudió la cabeza.

—No sé. No sé nada sobre libros... al menos desde el punto de vista de un coleccionista. Le pregunté a tía Hester si sabía si él tenía algunas piezas y que fueran no abreviadas (un Boswell no abreviado, por ejemplo, o un Boccaccio no abreviado) pero ella sabía menos que yo sobre la materia.

—Tal vez “no abreviado” signifique algo especial para un coleccionista de libros —dijo Gonzalo—. Tal vez se refiera a la existencia de una cubierta (sólo por dar un ejemplo) y la estampilla esté entre el libro y la cubierta.

—No, Mario —dijo Avalon—. Conozco algo sobre libros, y no abreviado no tiene otro significado que el común de una versión completa.

—En todo caso —dijo Leominster— no importa, porque sugerí que examináramos todos los libros.

—¿Los mil? —preguntó Halsted como si hubiese oído mal.

—Resultó que había bastante más de mil y fue una verdadera empresa. Debo reconocer que tía Hester la encaró correctamente. Contrató a media docena de niñas del pueblo: todas niñas, porque según ella las niñas eran más tranquilas y más

confiables que los niños. Tenían entre diez y doce años, lo suficiente como para trabajar con cuidado y lo bastante jóvenes como para ser honestas. Fueron todos los días durante semanas y trabajaban durante cuatro o cinco horas.

»La tía Hester se quedaba en la biblioteca todo el tiempo, entregando los libros por orden sistemático, recibéndolos de vuelta, entregando otro, y así sucesivamente. No permitía tomar atajos; nada de sacudir los libros para ver si caía algo, o de pasar con rapidez las hojas. Les hacía dar vuelta las páginas una por una.

—¿Encontraron algo? —preguntó Avalon.

—Muchas cosas. La tía Hester era demasiado astuta como para decirles con exactitud lo que buscaba. Sólo les pidió que diera vuelta cada página por separado y que le llevaran cualquier cosita que encontraran, cualquier trocito de papel, les dijo, o lo que fuere. Les prometió veinticinco centavos por cualquier cosa que encontraran, además de un dólar por cada hora de trabajo, y les dio toda la leche y la torta que pudieran soportar. Estoy seguro de que antes de terminar, cada niña había aumentado un par de kilos. Localizaron docenas de artículos misceláneos. Había marcadores de libros, por ejemplo, aunque estoy seguro de que no eran de mi tío, porque no leía; tarjetas postales, hojas apretadas entre las páginas, hasta una que otra fotografía perversa que sospecho había ocultado mi tío para estudio ocasional. Chocaron mucho a mi tía pero parecieron encantar a las niñas. Sea como fuere no encontraron ninguna estampilla.

—Lo que debe de haber sido una gran desilusión para su tía —dijo Trumbull.

—Por cierto que lo fue. De inmediato tuvo oscuras sospechas de que una de las niñas se la había llevado, pero ni siquiera ella pudo sostenerlo durante mucho tiempo. Eran criaturas sin la menor sofisticación y no había motivos para suponer que creyeran que una estampilla era más valiosa que un marcador de libro. Además, la tía Hester las había vigilado en todo momento.

—¿Entonces nunca la encontró? —preguntó Gonzalo.

—No, nunca. Siguió revisando libros por un tiempo, es decir, los que no estaban en la biblioteca. Hasta subió al desván para sacar algunos libros y revistas antiguos, pero la estampilla no estaba. Se me ocurrió que el tío Bryce podía haber cambiado el sitio donde la ocultaba en sus últimos años y que le había indicado a ella el nuevo... y que ella había olvidado el nuevo lugar y recordaba sólo el anterior. Por eso dije lo que dije durante la cena acerca de esconder algo en dos lugares sucesivos. Como ven, si eso fuese cierto, y tengo la insistente sospecha de que lo es, entonces la estampilla podría estar en cualquier parte de la casa... o fuera de ella, si vamos al caso. Y francamente, una investigación es algo sin esperanzas, en esas condiciones.

»Creo que la tía Hester también abandonó. En este último par de años, cuando la artritis la había condenado a la inmovilidad, nunca la mencionó. Yo temía que cuando me dejara la casa, como había declarado con claridad que lo haría, sería con la

condición de que encontrase la estampilla... pero no se mencionaba nada de eso en el testamento.

Avalon hizo girar la copa de brandy tomándola de la base y dijo con tono pesimista:

—Escuche, no hay ningún verdadero motivo para pensar que exista esa estampilla, ¿verdad? Bien puede ser que su tío se haya entretenido con la creencia de que tenía una pieza de valor, y puede haberse burlado de su tía, simplemente. ¿Era el tipo de hombre capaz de elaborar una broma bastante maligna?

—No, no —dijo Leominster, con un decidido sacudón de cabeza—. No tenía esas inclinaciones para nada. Además, tía Hester decía que ella había visto la estampilla. En una ocasión, él la estaba mirando y llamó a Hester y se la mostró. Dijo: “Estás mirando miles de dólares, querida”. Pero ella no sabía de dónde la había sacado, ni a qué sitio la había restituido. Todo lo que había pensado en ese momento era que el hecho de que hombres mayores pagaran tanto dinero por un tonto pedacito de papel era una tontería indecible... y yo estuve de acuerdo con ella cuando me lo dijo. Me dijo que no había nada de atractivo en la estampilla.

—¿Ella no recuerda a qué se parecía? ¿Podría reconocerla usted si la encontrara? —preguntó Avalon—. Por ejemplo, suponga que poco antes de la muerte de su tía él colocara la estampilla con el resto de la colección por algún motivo... tal vez porque su tía estaba en Florida y no podía fastidiarlo, si él quería tenerla a mano para engolosinarse con ella. ¿Estaba su tía en Florida cuando él murió, dicho sea de paso?

Leominster adquirió una expresión pensativa.

—Sí, a decir verdad estaba allí.

—Bien —dijo Avalon—. Entonces la estampilla puede haber estado en la colección todo el tiempo. Aún puede estar allí. Como es natural, usted no la encontrará en ninguna otra parte.

—Eso no puede ser, Jeff —dijo Trumbull—. Leominster ya nos ha dicho que la colección de estampillas fue tasada en un total de diez mil dólares, y supongo que esa única estampilla habría elevado en mucho esa cifra.

—De acuerdo a la tía Hester —dijo Leominster—, el tío Bryce le dijo una vez que la estampilla en cuestión valía el doble que todo el resto de la colección.

—El tío Bryce puede haberse engañado a sí mismo —dijo Avalon— o los tasadores pueden haber cometido un error.

—No —dijo Leominster—, no estaba en la colección. Mi tía recordaba su aspecto y era lo bastante poco común como para ser identificable. Dijo que era una estampilla triangular, con la punta hacia abajo... algo como mi rostro dibujado por el señor Gonzalo.

Gonzalo carraspeó y miró el techo, pero Leominster, con una sonrisa amable, prosiguió:

—Dijo que había en ella el rostro de un hombre, y un borde anaranjado brillante y que mi tío la denominó una Anaranjada de Nueva Guinea. Tienen que reconocer que se trata de una estampilla muy característica, y aunque nunca se me ocurrió que podría estar en la colección, de modo que no la busqué específicamente, recorrí la colección por curiosidad, y les aseguro que no vi la Anaranjada de Nueva Guinea. De hecho, no vi la menor estampilla triangular: simplemente versiones de rectángulo común.

»Desde luego, me pregunté si mi tío se equivocaba sobre el valor de la estampilla, y si no se habría enterado de su equivocación hacia el fin y vendido la estampilla o haber dispuesto de ella de cualquier otro modo. Consulté a un negociante en estampillas y dijo que existían las Anaranjadas de Nueva Guinea. Dijo que algunas de ellas eran muy valiosas y que una, que podía estar en la colección de mi tío porque no estaba registrada en ninguna otra parte, tenía un valor de veinticinco mil dólares.

—Bueno, oigan —dijo Drake—. Tengo una idea. Usted mencionó a su primo, el de Brasil. Era el hijo de su tío, y estaba desheredado. ¿Acaso no es posible que no estuviese del todo desheredado; que su tío le despachara la estampilla, le dijera su valor, y dejara que ésa fuese su herencia? Entonces podría dejarle la casa y lo que contiene a la hermana con la conciencia limpia, junto con todo lo demás de su patrimonio.

Leominster lo pensó un momento.

—Nunca se me ocurrió —dijo—. Sin embargo, no creo que sea probable. Después de todo, su hijo no tenía problemas financieros y siempre me dieron a entender que se encontraba en muy buena posición. Y además había enemistad entre padre e hijo; una enemistad muy fuerte. Se trata de un escándalo de familia del que no poseo los detalles. No creo que el tío Bryce le haya despachado la estampilla.

—Su primo —dijo Gonzalo con ansiedad —no podría haber regresado a los Estados Unidos y...

—¿Y robar la estampilla? ¿Cómo habría sabido dónde estaba? Por otra parte, estoy seguro de que mi primo no ha salido de Brasil durante años. No, sólo el cielo sabe dónde está la estampilla, o si existe. Me gustaría recibir un llamado telefónico, como le pasó al señor Halsted, que me dijera que la ubicaron bajo la cama, pero no hay posibilidad de que ocurra.

La mirada de Leominster cayó sobre la galletita china de la suerte aún sin abrir y agregó con tono extraño:

—A menos que esto pueda ayudarme —la partió retiró la tirita de papel, la miró, y rió.

—¿Qué dice? —preguntó Drake.

—Dice: “Encontraré dinero” —dijo Leominster—. No dice cómo.

Gonzalo se echó hacia atrás en la silla y dijo:

—Bueno, entonces Henry le dirá cómo.

Leominster sonrió como alguien que participa de una broma.

—Si puede traerme la estampilla en la bandeja, Henry, se lo agradeceré.

—No bromeo —dijo Gonzalo—. Díselo, Henry.

Henry, que había escuchado en silencio desde su sitio junto al copero, dijo:

—Me halaga su confianza, señor Gonzalo. Pero como es lógico no puedo ubicar la estampilla para el señor Leominster. Sin embargo podría hacerle algunas preguntas, si al señor Leominster no le importa.

Leominster alzó las cejas y dijo:

—En absoluto, si usted cree que ayudará.

—Eso no puedo afirmarlo, señor —dijo Henry—, pero usted dijo que su tío no era lector. ¿Eso significa que no leía los libros de su biblioteca?

—No leía mucho en general, Henry, y por cierto no leía los libros de su biblioteca. No eran para leer, sino sólo para ser coleccionados. Material árido, imposible.

—¿Su tío hacía algo con ellos: los volvía a encuadernar, o los modificaba en algún sentido? ¿Les pegaba las hojas, por ejemplo?

—¿Para ocultar la estampilla? Muérdase la lengua, Henry. Si uno le hace algo a uno de esos libros, reduce su valor. No, no, el coleccionista siempre deja su colección tal como la recibe.

Henry pensó un momento, después dijo:

—Usted nos dijo que su tía solía exhibir un vocabulario elegante.

—Sí, así es.

—Y que si usted decía por ejemplo “preguntar”, ella lo cambiaba a “inquirir”.

—Sí.

—¿Ella tenía conciencia de que había hecho el cambio? Quiero decir, si le hubiesen pedido bajo juramento que repitiera las palabras exactas, ¿ella habría dicho “inquirir” y habría creído con honestidad que usted lo había dicho?

Leominster rió.

—No me sorprendería que lo hiciera. Se tomaba su falsa elegancia con una seriedad enorme.

—¿Y usted conoce el sitio dónde su tío escondió la estampilla sólo a través del informe de su tía? Él nunca le habló del lugar personalmente, ¿no es así?

—Nunca me lo dijo, pero me veo obligado a decir que no creo ni por un instante que la tía Hester me mintiera. Si ella dijo que él se lo dijo, entonces así fue.

—Ella dijo que su tío dijo que había ocultado la estampilla en uno de sus volúmenes no abreviados. ¿Eso es lo que dijo con exactitud?

—Sí. Con exactitud. En uno de sus volúmenes no abreviados.

—¿Pero acaso su tía —dijo Henry— no podría haber traducido la declaración real

de su tío a su propia noción de lo elegante, haber transformado una palabra común en algo más elevado? ¿No es posible eso?

Leominster vaciló.

—Supongo que sí, ¿pero qué tipo de palabra?

—No puedo afirmarlo con certeza absoluta —dijo Henry—. ¿Pero un volumen abreviado no es uno que ha sido cortado, y un volumen no abreviado no es en consecuencia uno sin cortar? Si su tío hubiese dicho “en uno de mis volúmenes sin cortar”, no podría haberse traducido eso en la mente de su tía a “uno de mis volúmenes no abreviados”.

—¿Y si así fuese, Henry?

—Entonces usted debe recordar que “sin cortar” tiene con respecto a los libros un sentido secundario que “no abreviado” no tiene. Un volumen sin cortar puede ser uno que tiene sin cortar las páginas, no el contenido. Si su tío coleccionaba libros antiguos que no leía, ya los que no modificaba, algunos de ellos puede haberlos comprado con las páginas sin cortar y haberlos guardados con las páginas aún sin cortar hasta hoy. ¿Acaso él tiene libros sin cortar en su biblioteca?

Leominster arrugó el entrecejo y dijo vacilante:

—Creo que recuerdo uno con precisión, y podría haber otros.

—Cada par de páginas adyacentes —dijo Henry— de un libro semejante estarían unidas en el margen, y tal vez en la parte superior, pero quedarían abiertas en la parte inferior, de tal modo que formarían pequeñas bolsitas. Y si así fuese, señor, entonces las niñas que revisaron los libros habrían dado vuelta las páginas sin prestar ninguna atención al hecho de que algunas pudiesen estar sin cortar, y dentro de la bolsita (de una de ellas) podría fijarse con facilidad una estampilla en su sobre transparente, con una cinta adhesiva transparente. Las páginas se combarían levemente al ser pasadas y no habrían dado indicios de su contenido. Y las niñas no mirarían en su interior si sus instrucciones precisas eran simplemente dar vuelta las páginas.

Leominster se puso de pie y miró su reloj.

—Me suena convincente. Iré a Connecticut mañana —casi tartamudeaba al hablar—. Caballeros, esto es muy excitante y espero que una vez que esté instalado todos vengán a cenar conmigo para festejar. Sobre todo usted, Henry. El razonamiento era tan simple que me asombra que ninguno de nosotros lo comprendiera.

—El razonamiento siempre es simple —dijo Henry— y también siempre incompleto. Veamos si usted encuentra realmente la estampilla. Sin eso, ¿de qué sirve la razón?

## POSTFACIO

*A veces me siento un poco incómodo por la trivialidad de los puntos sobre los que descansa una solución a un cuento del club de los Viudos Negros, pero es una*

*tontería. Para ser francos, estos son cuentos de acertijo, y el tamaño del acertijo no importa mientras sea un desafío suficiente para la mente.*

*En cuanto a mí, tengo el doble placer de pensar en el punto enigmático primero, y de ocultarlo después bajo capas de argumento sin ser deshonesto con el lector.*

*“El No Abreviado” no lo envié a ninguna parte: lo reservé para esta recopilación.*



## El crimen definitivo (1976)

---

“The Ultimate Crime”

—Los Irregulares de la Calle Baker —dijo Roger Halsted— es una organización de entusiastas de Sherlock Holmes. Quien no sabe eso, no sabe nada.

Sonrió por sobre su copa hacia Thomas Trumbull con una actitud que exhibía el único tipo de superioridad que existe: el insufrible.

Durante la hora del cóctel que antecedió al banquete mensual del club de los Viudos Negros la conversación se había mantenido al nivel de un murmullo civilizado, pero Trumbull, ceñudo, alzó la voz en ese momento y devolvió las cosas a la impropiedad más común que caracterizaba tales ocasiones.

—Cuando era adolescente —dijo— leí relatos de Sherlock Holmes con una especie de disfrute primitivo, pero ya no soy un adolescente. Advierto que no puede decirse lo mismo del resto.

Emmanuel Rubin, con su mirada de búho detrás de los gruesos cristales de sus anteojos, sacudió la cabeza.

—No hay nada de adolescente en eso, Tom. Los relatos sobre Sherlock Holmes señalaron el momento en que el relato policial llegó a ser reconocido como una rama mayor de la literatura. Tomaron lo que hasta entonces había estado confinado a los adolescentes y las novelitas de diez centavos y lo convirtieron en entretenimiento adulto.

Geoffrey Avalon, bajando sus ojos austeros desde su metro ochenta y pico hacia el metro sesenta de Rubin dijo:

—En realidad Sir Arthur Conan Doyle no era, en mi opinión, un escritor de policiales muy relevante. Agatha Christie es mucho mejor.

—Cuestión de gustos —dijo Rubin, que, como escritor de novelas policiales, era mucho menos obstinado y didáctico en ese único campo que en las otras mil ramas de la actividad humana en las que se consideraba una autoridad—. Christie tuvo la ventaja de leer a Doyle y aprender de él. No olvides, además, que las primeras obras de Christie eran bastante horrendas. Por otra parte —ahora iba entrando en calor— Agatha Christie nunca superó sus prejuicios conservadores, xenófobos. Sus norteamericanos son ridículos. Todos se llamaban Hiram y todos hablaban en una variedad del inglés que es desconocida para la humanidad. Era abiertamente antisemita ya través de las bocas de sus personajes proyecta sin cesar sus sospechas sobre cualquiera que sea extranjero.

—Sin embargo su detective era belga —dijo Halsted.

—No me malinterpreten —dijo Rubin—. Hercule Poirot me encanta. Creo que vale por una docena de Sherlock Holmes. Sólo señalo que podemos encontrar fallas en cualquiera. En realidad, todos los escritores ingleses de policiales de los años

veinte y treinta eran conservadores y encopetados. Se lo puede descubrir por el tipo de problemas que planteaban: baronets apuñalados en las bibliotecas de sus mansiones... bienes raíces... posición opulenta. Hasta los detectives eran con frecuencia caballeros: Peter Wimsey, Roderick Alleyn, Albert Campion...

—En ese caso —dijo Mario Gonzalo, que acaba de llegar y había oído desde la escalera—, el tema policial se ha desarrollado en la dirección de la democracia. Ahora nos la vemos con agentes de policías ordinarios, y detectives privados borrachos y proxenetas y prostitutas y demás atracciones de la sociedad moderna. — Se sirvió, un trago y dijo—: Gracias, Henry. ¿Cómo empezó esto?

—Mencionaron a Sherlock Holmes, señor —dijo Henry.

—¿En conexión contigo, Henry?—Gonzalo parecía complacido.

—No, señor. En conexión con los Irregulares de la Calle Baker.

—Qué son... —Gonzalo parecía desorientado.

—Permíteme presentarte mi invitado de la noche, Mario —dijo Halsted—. Él te lo dirá. Ronald Mason, Mario Gonzalo. Ronald es miembro de los Irregulares de la Calle Baker y yo también, si vamos al caso. Adelante, Ron, cuéntale.

Ronald Mason era gordo, nítidamente gordo, con una calva brillante y un revuelto bigote negro.

—Los Irregulares de la Calle Baker —dijo— es un grupo de entusiastas de Sherlock Holmes. Se reúnen una vez al año en febrero en el viernes más próximo al cumpleaños del gran hombre, y durante el resto del año se dedican a otras actividades sherlockianas.

—¿Como ser?

—Bueno, ellos...

Henry anunció que la cena estaba lista, y Mason vaciló.

—¿Debo ocupar algún sitio en especial?

—No, no —dijo Gonzalo—. Siéntese cerca mío y podremos hablar.

—Espléndido —la ancha cara de Mason se abrió en una amplia sonrisa—. Estoy aquí exactamente por eso. Rog Halsted dijo que darían con algo para mí.

—¿En relación a qué?

—A las actividades sherlockianas —Mason partió un panecillo en dos y lo enmantecó con vigorosos golpes de cuchillo—. El asunto es que Conan Doyle escribió muchos relatos sobre Sherlock Holmes a la máxima velocidad posible porque los odiaba...

—¿Sí? En ese caso, por qué.

—¿Por qué los escribía? Por el dinero, por eso. Desde el primer relato, Estudio en rojo, el mundo enloqueció con Sherlock Holmes. Se convirtió en una figura de renombre mundial y es imposible calcular cuántas personas creyeron, en todas partes, que vivía realmente. Le dirigieron incontables cartas a su dirección: el número 221b

de la Calle Baker, y acudieron a él miles de personas con problemas para resolver.

»Conan Doyle se sorprendió, como sin duda re habría pasado a cualquiera en esas circunstancias. Escribió relatos adicionales y los precios que obtenía subían sin cesar. Él no estaba complacido. Imaginaba que era un escritor de grandes novelas históricas y haberse convertido en un escritor de policiales de fama mundial era desagradable... sobre todo si el detective ficticio era con mucho el más famoso de los dos. Después de seis años de hacerlo escribió “El problema final”, en el que mató deliberadamente a Sherlock Holmes. Hubo un clamor mundial ante esto y después de unos años Doyle se vio obligado a razonar un método para resucitar al detective, y después continuó escribiendo otros relatos.

»Aparte del valor de los cuentos como misterios, y del personaje fascinante de Sherlock Holmes, los relatos constituyen un panorama variado de los últimos años de la era victoriana. Sumergirse en los escritos sagrados es vivir en un mundo donde siempre es 1895.

—¿Y qué es una actividad sherlockiana? —dijo Gonzalo.

—Oh. Les dije que a Doyle no le gustaba particularmente escribir sobre Holmes. Cuando escribió los distintos relatos, los escribió con rapidez y se preocupó muy poco por la coherencia interna. Hay muchos puntos contradictorios, en consecuencia: hilos sueltos, pequeños agujeros, y el juego es no admitir nunca que algo es sólo una equivocación o un error. En realidad, para un verdadero sherlockiano, Doyle apenas si existe: quien escribió los relatos fue el doctor John H. Watson.

James Drake, que había estado escuchando en silencio frente a Mason, dijo:

—Sé a qué se refiere. Una vez conocí a un fanático de Sherlock Holmes (hasta puede haber sido un Irregular de la Calle Baker) que me dijo que estaba trabajando en un ensayo que demostraría que tanto Sherlock Holmes como el doctor Watson eran católicos fervientes y yo dije: “Bueno, ¿acaso el propio Doyle no era católico?”, y lo era, desde luego. Mi amigo me dirigió una mirada muy fría y dijo: “¿Qué tiene que ver eso con el asunto?”.

—Exacto —dijo Mason—, exacto. La actividad sherlockiana más apreciada de todas es demostrar lo que uno afirma con citas de los relatos y mediante un razonamiento cuidadoso. Por ejemplo hay gente que ha escrito artículos que se supone demuestran que Watson era una mujer, o que Sherlock Holmes tuvo un enredo amoroso con su casera. O de lo contrario tratan de determinar detalles concernientes a los primeros años de la vida de Holmes, o el sitio exacto donde Watson recibió su herida de guerra, y así sucesivamente.

»Lo ideal sería que cada miembro de los Irregulares de Baker Street se ganara la admisión escribiendo un artículo sherlockiano, pero eso se aplica con descuido. Yo no he escrito aún un artículo semejante, aunque me gustaría hacerlo —Mason parecía un poco anhelante—. No puedo considerarme un auténtico Irregular hasta que lo haga.

Trumbull se echó sobre la mesa. Dijo:

—He estado tratando de captar lo que usted decía por sobre el monólogo de Rubin. Usted mencionó el número 221 b de la Calle Baker.

—Sí —dijo Mason—, allí vivía Holmes.

—¿Y por eso el club se llama los Irregulares de la Calle Baker?

—Ese era el nombre que Holmes le daba aun grupo de rapaces callejeros que actuaban como espías y fuentes de información —dijo Mason—. Eran sus tropas irregulares, en contraposición a la policía.

—Oh —dijo Trumbull—, supongo que es todo inofensivo.

—Y nos da un gran placer —dijo Mason con gravedad—. Salvo que en este momento me provoca un sentimiento agónico.

Fue en ese momento, poco después de que Henry trajera la ternera a la cordon bleu, que la voz de Rubin subió un grado.

—Desde luego —dijo— no hay modo de negar que Sherlock Holmes era derivativo. Toda la técnica holmesiana de detección fue inventada por Edgar Allan Poe; y su detective, Auguste Dupin, es el Sherlock original. Sin embargo. Poe escribió sólo tres cuentos sobre Dupin y fue Holmes quien atrapó realmente la imaginación del mundo.

»En realidad, yo siento que Sherlock Holmes llevó a cabo la notable hazaña de ser el primer ser humano, real o ficticio, que se convirtió en ídolo mundial sólo a causa de su carácter de ser racionante. No se trató de sus victorias militares, ni de su carisma político, ni de su liderazgo espiritual, sino sencillamente de su frío poder cerebral. No había nada místico en Holmes. Reunía hechos y hacía deducciones a partir de ellos. Sus deducciones eran siempre honestas; Doyle cargaba casi siempre los dados a su favor, pero todo escritor de policiales lo hace. Yo mismo lo hago.

—Lo que tú hagas no demuestra nada —dijo Trumbull.

Rubin no iba a permitir que lo distrajeran.

—Fue también el primer superhéroe creíble de la literatura moderna. Siempre se lo describía como delgado y estético, pero el hecho de que lograra sus triunfos mediante el uso del poder cerebral no debe ocultar el hecho de que también se lo describía como poseedor de un vigor casi sobrehumano. Cuando un visitante, en una amenaza implícita a Holmes, dobla un atizador para demostrar su fuerza muscular, Holmes lo vuelve a enderezar como de paso: una tarea más difícil. Por otra parte...

Mason asintió con la cabeza en dirección a Rubin y le dijo a Gonzalo:

—El señor Rubin sueña como si él mismo fuera un Irregular de la Calle Baker.

—No creo que sea así —dijo Gonzalo—. Sólo ocurre que lo sabe todo... pero no le diga que yo se lo dije.

—Tal vez pueda darme entonces algunos datos útiles sobre Holmes.

—Puede ser, pero si está en problemas, la persona indicada para ayudarlo es

Henry.

—¿Henry? —la mirada de Mason recorrió la mesa como tratando de recordar los nombres.

—Nuestro mozo —dijo Gonzalo—. Él es nuestro Sherlock Holmes.

—No creo... —empezó Mason, dudando.

—Espere a que termine la cena. Ya verá.

Halsted le dio unos golpecitos a su vaso de agua y dijo:

—Caballeros, esta noche vamos a probar con algo distinto. El señor Mason tiene un problema que se refiere a la preparación de un artículo sherlockiano, y eso significa que le gustaría presentarnos un acertijo puramente literario, que no tiene la menor conexión con la vida real. Ron, explícate.

Mason recogió algo del helado derretido que quedaba en su plato de postre con una cuchara de té, se lo llevó a la boca como en un adiós final a la cena, y dijo:

—Tengo que preparar este ensayo porque es una cuestión de dignidad. Me gusta mucho ser un Irregular de la Calle Baker, pero es difícil llevar la cabeza en alto cuando toda persona que conozco allí sabe más que yo sobre el canon y cuando niños de trece años escriben ensayos que reciben aplausos por su ingenio.

»El problema es que no tengo mucha imaginación, ni el tipo de mentalidad caprichosa necesaria para la tarea. Pero sé lo que quiero hacer. Quiero escribir un ensayo sobre el doctor Moriarty.

—Ah, sí —dijo Avalon—. El villano del asunto.

Mason asintió con un movimiento de cabeza.

—No aparece en muchos relatos, pero es la contrapartida de Holmes. Es el Napoleón del crimen, el rival intelectual de Holmes y el adversario más peligroso del gran detective. Así como Holmes es el prototipo popular del detective ficticio, del mismo modo Moriarty es el prototipo popular del villano maestro. Para ser precisos, fue Moriarty quien mató a Holmes, y murió él mismo, en la lucha final de “El problema final”. Moriarty no fue resucitado.

—¿Y sobre qué aspecto de Moriarty quisieras hacer un ensayo? —dijo Avalon. Le dio un sorbo pensativo a su brandy.

Mason esperó que Henry volviera a llenarle la copa y dijo:

—Bueno, lo que me intriga es su rol como matemático. Sólo el sentido moral morboso de Moriarty lo convierte en un criminal maestro. Le encanta manipular vidas humanas y servir como agente de la destrucción. Si quisiera inclinar su enorme talento a temas más lícitos, sin embargo, podría ser famoso mundialmente (en realidad, era famoso mundialmente, en el mundo sherlockiano) como matemático.

»Sólo dos de sus hazañas matemáticas son mencionadas específicamente en el canon. Fue el autor de un agregado al binomio de Newton, por una parte. Además, en la novela El valle del miedo, Holmes menciona que Moriarty ha escrito una tesis

titulada La dinámica de un asteroide, saturada de elementos matemáticos tan excéntricos y complejos que no había un solo científico europeo capaz de discutir el asunto.

—Ocurre —dijo Rubin— que uno de los mayores matemáticos vivos en esa época era un norteamericano, Josiah Willard Gibbs, quien...

—Eso no importa —dijo Mason rápidamente—. En el mundo sherlockiano sólo Europa cuenta cuando se trata de cuestiones científicas. El asunto es que no se dice nada sobre el contenido de La dinámica de un asteroide; nada en absoluto; y ningún sherlockiano ha escrito nunca un artículo que encare la cuestión. Lo he controlado y sé que es así...

—¿Y usted quiere redactar tal artículo? —dijo Drake.

—Tengo muchos deseos —dijo Mason— pero no estoy a la altura. Tengo un conocimiento de lego sobre astronomía. Sé lo que es un asteroide. Es uno de los cuerpos pequeños que se mueven alrededor del sol entre las órbitas de Marte y Júpiter. Sé lo que es la dinámica; es el estudio del movimiento de un cuerpo y de los cambios de su movimiento cuando se aplican fuerzas. Pero eso no me lleva a ninguna parte. ¿Acerca de qué es La dinámica de un asteroide?

—¿Y eso es todo lo que usted tiene para trabajar Mason? —dijo Drake, pensativo—. ¿Sólo el título? ¿No hay la menor referencia pasajera a algo que esté en el ensayo mismo?

—Ninguna referencia en ninguna parte. Sólo está el título, más la indicación de que se trata de una cuestión de matemáticas muy avanzadas.

Gonzalo colocó su bosquejo de un Mason sonriente, jovial —con el rostro dibujado como un círculo geoméricamente perfecto— en la pared, junto alas demás caricaturas, y dijo:

—Si va a escribir usted acerca de cómo se mueven los planetas, creo que necesitará un montón de matemáticas imaginativas.

—No, no es así —dijo Drake bruscamente—. Permíteme encargarme de esto, Mario. Puede que sólo sea un químico orgánico ordinario, pero también conozco algo de astronomía. Lo esencial de la cuestión es que todo lo que los matemáticos necesitan para enfrentarse con la dinámica de los asteroides fue elaborado en la década de 1680 por Isaac Newton.

»El movimiento de un asteroide depende por completo de las influencias gravitatorias a las que está sujeto y la ecuación de Newton hace que sea posible calcular el vigor de esa influencia entre dos cuerpos cualquiera si se conoce la masa de cada cuerpo y si se conoce también la distancia entre ellos. Desde luego, cuando están en juego muchos cuerpos y cuando las distancias entre ellos cambian sin cesar, entonces las matemáticas se vuelven tediosas: no difíciles, sólo tediosas.

»La influencia gravitatoria principal sobre cualquier asteroide es la que se origina

en el sol, desde luego. Cada asteroide se mueve alrededor del Sol en una órbita elíptica, y si el Sol y el asteroide fuesen todo lo que existe, la órbita podría calcularse con exactitud mediante la ecuación de Newton. Como existen también otros cuerpos, sus influencias gravitatorias, mucho menores que la del sol, deben tomarse en cuenta como productoras de efectos mucho menores. En general, nos acercamos mucho a la verdad si sólo tenemos en cuenta el sol.

—Creo que estás simplificando de más, Jim —dijo Avalon—. Para duplicar tu humildad, puede que sólo sea un abogado especializado en patentes, y no pretenderé conocer algo de astronomía, pero he oído decir que no hay modo de resolver la ecuación gravitatoria para más de dos cuerpos.

—Es cierto —dijo Drake—, si con eso te refieres a una solución general para todos los casos que abarquen más de dos cuerpos. No hay una sola. Newton elaboró la solución general para el problema de dos cuerpos pero nadie, hasta hoy, ha logrado elaborar una para el problema de tres cuerpos, por no hablar de cuatro o más. Sin embargo lo que importa es que sólo los teóricos se interesan en el problema de tres cuerpos. Los astrónomos resuelven el movimiento de un cuerpo calculando primero la influencia gravitatoria dominante, y después la corrigen de a un paso por vez con la introducción de otras influencias gravitatorias menores. Funciona bastante bien —se echó hacia atrás, complacido de sí mismo.

—Bueno —dijo Gonzalo—, si sólo los teóricos se interesan en el problema de tres cuerpos y si Moriarty era un poderoso matemático, entonces justamente sobre eso debe de versar el tratado.

Drake encendió un nuevo cigarrillo e hizo una pausa para toser. Después dijo:

—Podría tratarse sobre el amor entre las jirafas, si gustas, pero tenemos que guiarnos por el título. Si Moriarty hubiese resuelto el problema de tres cuerpos, habría titulado el tratado algo así como: “Un análisis del problema de tres cuerpos”, o “Generalización de la ley de gravitación universal”. No lo habría llamado La dinámica de un asteroide.

—¿Y los efectos planetarios? —dijo Halsted—. He oído algo sobre eso. ¿No hay huecos en el espacio donde no hay asteroides?

—Oh, seguro —dijo Drake—. Podemos encontrar los datos en la Enciclopedia Columbia, si Henry quiere traerla.

—No tiene importancia —dijo Halsted—. Limítate a decirnos lo que sabes al respecto y más tarde podemos controlarlo, si es necesario.

—Veamos, entonces —dijo Drake. Era evidente que disfrutaba con su dominio de la sesión. Su insignificante bigote gris estaba crispado, y los ojos, anidados en su piel de finas arrugas, parecían refulgir—. Hubo un astrónomo norteamericano llamado Kirkwood, y creo que Daniel era su nombre de pila. En algún momento, alrededor de mediados del siglo XIX, señaló que las órbitas de los asteroides parecían apiñarse en

grupos. Para ese entonces se conocían un par de docenas, todos entre las órbitas de Marte y Júpiter, pero no estaban repartidos de modo parejo, como lo señaló Kirkwood. Demostró que había huecos en los que no se movían asteroides.

»Hacia 1866, o algo así (estoy casi seguro que fue en 1866), descubrió el motivo. Cualquier asteroide cuya órbita pasara por esos huecos se habría movido alrededor del sol en un período igual a una fracción simple del período de Júpiter.

—¿Si no hay un asteroide allí, cómo puede precisarse lo que le llevaría moverse alrededor del sol? —dijo Gonzalo.

—En realidad es muy simple. Kepler resolvió eso en 1619 y se la llama la Tercera Ley de Kepler. ¿Puedo continuar?

—Eso no son más que sílabas —dijo Gonzalo—. ¿Qué es la Tercera Ley de Kepler?

Pero Avalon dijo:

—Acepta la palabra de Jim al respecto, Mario. Yo tampoco puedo citarla, pero estoy seguro de que los astrónomos la saben al dedillo. Adelante, Jim.

—Un asteroide que se moviera en un hueco —dijo Drake— podría tener un período orbital de seis o cuatro años, digamos, mientras que Júpiter tiene un período de doce años. Eso significa que un asteroide, cada dos o tres revoluciones, pasa a Júpiter bajo las mismas condiciones relativas de posición. La atracción de Júpiter es en una dirección particular cada vez, siempre la misma, ya sea hacia adelante o hacia atrás, y el efecto se acumula.

»Si la atracción es hacia atrás, el movimiento asteroidal disminuye gradualmente de modo que el asteroide se acerca hacia el sol y se mueve fuera del hueco. Si la atracción es hacia adelante, el movimiento asteroidal se acelera y el asteroide se aparta del Sol, moviéndose una vez más fuera del hueco. En cualquiera de los dos sentidos nada permanece en el hueco, que ahora son llamados “huecos de Kirkwood”. El mismo efecto se presenta en los anillos de Saturno. También allí hay huecos.

—¿Dices que Kirkwood hizo eso en 1866?

—Sí.

—¿Y cuándo se supone que Moriarty escribió su tesis?

—Alrededor de 1875 —intervino Mason— si nos atenemos a la coherencia interna del canon sherlockiano.

—Tal vez —dijo Trumbull—, Doyle se inspiró en las noticias sobre los huecos de Kirkwood, y pensó el título basado en eso. En cuyo caso podemos imaginar a Moriarty cumpliendo el papel de Kirkwood y usted podría escribir un artículo sobre los huecos de Moriarty.

—¿Eso sería suficiente? —dijo Mason, incómodo—. ¿El trabajo de Kirkwood era importante, difícil?

Drake se encogió de hombros.



—Fue una contribución respetable, pero sólo se trataba de una aplicación de las leyes de Newton. Buen trabajo de segunda clase; no de primera.

Mason sacudió la cabeza.

—Para Moriarty, tendría que ser de primera clase.

—¡Aguarden, aguarden! —la barba rala de Rubin se estremecía con la excitación en aumento—. Tal vez Moriarty se apartó por completo de Newton. Tal vez llegó a Einstein. Einstein revisó la teoría de la gravedad.

—La amplió —dijo Drake— en la Teoría General de la Relatividad.

—Correcto. Cuarenta años después del ensayo de Moriarty. Eso tiene que ser. Supongamos que Moriarty hubiese anticipado a Einstein...

—¿En 1875? —dijo Drake—. Eso sería antes del experimento de Michelson-Morley. No creo que pudiera hacerse.

—Seguro que sí —dijo Rubin—, si Moriarty tuviese el genio necesario... y lo tenía.

—Oh, sí —dijo Mason—. En el universo sherlockiano, el profesor Moriarty tenía el genio suficiente para cualquier cosa. Con seguridad podría haber anticipado a Einstein. El único inconveniente es que, si lo hubiese hecho, ¿no habría cambiado entonces toda la historia científica?

—No si el ensayo fuese eliminado —dijo Rubin casi tartamudeante de excitación—. Todo encaja. El ensayo fue eliminado y el gran adelanto se perdió hasta que Einstein lo redescubrió.

—¿Qué te hace decir que el ensayo fue eliminado? —preguntó Gonzalo.

—¿No existe, verdad? —dijo Rubin—. Si nos atenemos al punto de vista sobre el universo de los Irregulares de la Calle Baker, entonces el profesor Moriarty existió y el tratado fue escrito, y anticipó la Relatividad General. Sin embargo no podemos encontrarlo en ninguna parte dentro de la literatura científica y no hay indicios de que el punto de vista relativista penetrara en el pensamiento científico antes de la época de Einstein. La única explicación es que el tratado fue eliminado debido al carácter maligno de Moriarty.

Drake sonrió con despecho.

—Habría muchos ensayos científicos eliminados si el carácter maligno fuese causa suficiente. Pero tu sugerencia está fuera de lugar de todos modos, Manny. No es posible que el tratado tuviese que ver con la Relatividad General; no con ese título.

—¿Por qué no? —preguntó Rubin.

—Porque revisar los cálculos gravitatorios con el fin de tomar en cuenta la relatividad no cambiaría mucho las cosas en lo que se refiere a la dinámica asteroidal —dijo Drake—. En realidad, había un único caso conocido para los astrónomos de 1875 que pudiese considerarse, en algún sentido, un acertijo gravitatorio.

—Oh, oh —dijo Rubin—. Empiezo a entender lo que quieres decir.

—Bueno, yo no —dijo Avalon—. Sigue, Jim. ¿Cuál era el acertijo?

—Tenía que ver con el planeta Mercurio —dijo Drake—, que gira alrededor del sol en una órbita bastante excéntrica. En un punto de su órbita alcanza su mayor cercanía al Sol (se encuentra más cerca que cualquier planeta, desde luego, ya que en general está más cerca del sol que los demás) y ese punto es el “perihelio”. Cada vez que Mercurio cumple una vuelta alrededor del sol, ese perihelio ha cambiado muy levemente de posición, hacia adelante.

»El motivo de este cambio tendría que encontrarse en los pequeños efectos o perturbaciones gravitacionales de los demás planetas sobre Mercurio. Pero después de que se toman en cuenta todos los efectos gravitacionales conocidos, el cambio de posición del perihelio sigue sin quedar explicado por completo. Esto se descubrió en 1843. Hay un pequeñísimo cambio de posición residual hacia adelante que no puede explicarse mediante la teoría de la gravedad. No es mucho: sólo 43 segundos de arco por siglo, lo que significa que el perihelio se movería una distancia inexplicada igual al diámetro de la luna llena en unos cuatro mil doscientos años, o daría la vuelta completa al cielo —hizo algunos cálculos mentales— en unos tres millones de años.

»No es mucho movimiento, pero bastaba para amenazar la teoría de Newton. Algunos astrónomos sentían que tenía que haber un planeta desconocido al otro lado de Mercurio, muy cercano al sol. Su atracción no era tomada, en cuenta, porque era desconocido, pero era posible calcular el tamaño de planeta que tendría que existir y qué tipo de órbita tendría, para dar cuenta del movimiento anormal del perihelio de Mercurio. El único problema era que nunca pudieron descubrir ese planeta.

»Después Einstein modificó la teoría de la gravedad de Newton, la hizo más general, y demostró que cuando se empleaban las ecuaciones nuevas, modificadas, se explicaba con exactitud el movimiento del perihelio de Mercurio. También hacía algunas otras cosas, pero eso no importa.

—¿Por qué Moriarty no podría haberse figurado eso? —dijo Gonzalo.

—Porque entonces —dijo Drake— habría llamado al tratado Sobre la dinámica de Mercurio. No podría haber descubierto algo que resolvía esa paradoja astronómica primordial que había preocupado a los astrónomos durante treinta años y titularlo de otro modo.

Mason parecía insatisfecho.

—¿Entonces lo que está diciendo es que no hay nada que Moriarty pueda haber escrito que llevara el título de Sobre la dinámica de un asteroide y siguiera representando una pieza de trabajo matemático de primera categoría?

Drake dejó escapar un anillo de humo.

—Creo que esto es lo que estoy diciendo. También estoy diciendo, supongo, que Sir Arthur Conan Doyle no sabía un pepino sobre astronomía y que no sabía lo que decía cuando inventó el título. Pero supongo que decir ese tipo de cosas no está

permitido.

—No —dijo Mason, con el rostro redondo hundido en la desdicha—. No en el universo sherlockiano. Y con eso termina mi ensayo, entonces.

—Disculpen —dijo Henry, desde su puesto junto al copero—. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Sabes que puedes, Henry —dijo Drake—. No me digas que eres astrónomo.

—No, señor. Al menos, no más allá del conocimiento promedio de un norteamericano ilustrado. Sin embargo, ¿estoy en lo cierto si supongo que hay una gran cantidad de asteroides conocidos?

—Se ha calculado la órbita de más de mil setecientos, Henry —dijo Drake.

—Y en la época del profesor Moriarty se conocían unos cuantos, ¿verdad?

—Seguro. Varias docenas.

—En ese caso, señor —dijo Henry—, ¿por qué el título del tratado dice La dinámica de un asteroide? ¿Por qué un asteroide?

Drake pensó por un instante, después dijo:

—Ese es un buen punto. No lo sé... a menos que sea otro indicio de que Doyle no sabía lo suficiente...

—No diga eso —dijo Mason.

—Bueno, entonces dejémoslo en que no lo sé...

—Tal vez Moriarty sólo hizo los cálculos para un asteroide, y eso es todo —dijo Gonzalo.

—Entonces lo habría titulado La dinámica de Ceres o cualquier otro asteroide con el que hubiese trabajado.

—No —dijo Gonzalo, tercamente—, no me refiero a eso. No quiero decir que hizo los cálculos para un asteroide en especial. Quiero decir que eligió un asteroide al azar, o sólo un asteroide ideal, tal vez no uno que existe realmente. Después calculó su dinámica.

—No es mala idea, Mario —dijo Drake—. El único problema es que si Moriarty calculó la dinámica de un asteroide, el sistema matemático básico, eso se habría aplicado a todos ellos, y el título del ensayo sería La dinámica de los asteroides. Y además, sea lo que fuere lo que calculase en ese sentido sería sólo newtoniano y no tendría un valor primordial.

—¿Pretendes decir —dijo Gonzalo, negándose a abandonar—, que ninguno de los asteroides tenía algo especial en su órbita?

—Ninguno de los conocidos en 1875 —dijo Drake—. Todos tenían órbitas entre las de Marte y Júpiter y todos seguían la teoría de la gravedad con considerable exactitud. Ahora conocemos algunos asteroides con órbitas fuera de lo común. El primer asteroide fuera de la común descubierto fue Eros, que tiene una órbita que a veces lo acerca al sol más de lo que se acerca Marte en cualquier momento y en

ocasiones lo lleva a veintidós millones de kilómetros de la Tierra, más cerca de ella que cualquier otro cuerpo de su tamaño o mayor, con la excepción de la Luna.

»Sin embargo, eso no se descubrió hasta 1898. Después, en 1906, se descubrió Aquiles. Era el primero de los asteroides Troyanos y éstos son extraordinarios porque se mueven alrededor del sol en la órbita de Júpiter, aunque bien por delante o por detrás del planeta.

—¿Acaso Moriarty no podría haber anticipado estos descubrimientos, y calculado sus órbitas desacostumbradas?

—Aunque los hubiese anticipado, las órbitas sólo son desacostumbradas en su posición, no en su dinámica. Los asteroides Troyanos ofrecieron algunos aspectos teóricos interesantes, pero eso ya había sido calculado por Lagrange un siglo antes.

Hubo un breve silencio y entonces Henry dijo:

—Sin embargo el título es tan definido, señor. Si aceptamos la premisa sherlockiana de que tiene que tener sentido, ¿no es posible que se refiera a una época en que había un solo cuerpo orbitando entre Marte y Júpiter?

Drake sonrió.

—No trates de hacerte el ignorante, Henry. Estás hablando sobre la teoría de la explosión como origen de los asteroides.

Por un instante pareció como si Henry pudiese sonreír. Si el impulso existió, fue controlado, sin embargo, y dijo:

—En mis lecturas me topé una vez con la sugerencia de que en una época hubo un planeta entre Marte y Júpiter y que éste había explotado.

—Esa ya no es una teoría popular —dijo Drake, pero por cierto tuvo su momento de auge. En 1801 cuando se descubrió Ceres, el primer asteroide, resultó que sólo tenía 770 kilómetros de ancho, o sea que era asombrosamente pequeño. Lo más asombroso, sin embargo, fue que en los tres próximos años se descubrieron otros tres asteroides, con orbitas muy semejantes. De inmediato surgió la idea de un planeta que había explotado.

—¿Acaso el profesor Moriarty no podría haberse referido a ese planeta antes de su explosión, cuando hablaba de un asteroide?

—Supongo que podría ser, ¿pero por qué no llamarlo un planeta? —dijo Drake.

—¿Habría sido un planeta grande?

—No, Henry. Si se reúne la masa de todos los asteroides, conformarían un planeta de apenas mil seiscientos kilómetros de diámetro.

—¿No estaría eso más cerca de lo que ahora consideramos un asteroide, más que de lo que consideramos un planeta? ¿No habría sido eso aún más aplicable en 1875, cuando se conocían menos asteroides y el cuerpo original habría parecido aún menor?

—Puede ser —dijo Drake—. ¿Pero por qué no llamarlo el asteroide, entonces?

—Tal vez el profesor Moriarty sentía que titular el ensayo La dinámica del

asteroide era demasiado preciso. Tal vez sentía que la teoría de la explosión no era aún lo bastante segura como para que fuera posible hablar de otra cosa que de un asteroide. Por más inescrupuloso que pudiese ser el profesor Moriarty fuera del mundo científico, tenemos que suponer que era muy cuidadoso y de una rígida precisión como matemático.

Mason sonreía otra vez.

—Me gusta eso, Henry. Es una gran idea —se volvió hacia Gonzalo—. Usted tenía razón.

—Se lo dije —dijo Gonzalo.

—Un momento, veamos a dónde nos lleva esto —dijo Drake—. Moriarty no puede haber estado hablando sobre la dinámica del asteroide original como de un mundo que orbitaba alrededor del sol, porque seguiría la teoría de la gravedad tal como lo hacen todos sus descendientes.

»Tiene que haber estado hablando sobre la explosión. Tiene que haber analizado las fuerzas de la estructura planetaria que harían concebible una explosión. Habría discutido las consecuencias de la explosión, y todo lo que no cayera dentro de los límites de la teoría de la gravedad. Habría calculado los acontecimientos de tal como que las fuerzas explosivas dieran pie a los efectos gravitatorios y dejaran los fragmentos asteroidales en las órbitas que hoy tienen.

Drake lo pensó, después asintió, y siguió:

—Eso no estaría mal. Sería un problema matemático a la altura del cerebro de Moriarty, y podríamos considerarlo como el primer intento de un matemático por emprender un problema astronómico tan complejo. Sí, me gusta.

—A mí también me gusta —dijo Mason—. Si puedo recordar todo lo que han dicho, cuento con mi artículo. Por Dios, esto es maravilloso.

—A decir verdad, caballeros —dijo Henry—, creo que esta hipótesis es aún mejor de lo que la ha hecho sonar el doctor Drake. Creo que el señor Rub;n dijo antes que debemos suponer que el tratado del profesor Moriarty fue eliminado, porque no se lo puede localizar en los anales científicos. Bueno, me parece que si nuestra teoría puede explicar también esa eliminación, tomaría mucho más fuerza.

—Ya lo creo —dijo Avalon—, ¿pero puede?

—Piensen —dijo Henry, y un matiz de calor se filtró en su voz serena— que por encima de la dificultad del problema, y del honor que se ganaba al resolverlo, hay un atractivo especial en el problema para el profesor Moriarty, teniendo en cuenta su carácter conocido.

»Después de todo, estamos ante la destrucción de un mundo. Para un criminal maestro como el profesor Moriarty, cuyo genio enfermo se esforzaba por provocar el caos sobre la Tierra, por desbaratar y corromper la sociedad y la economía mundiales, la visión de la destrucción física concreta de un mundo tiene que haber ejercido una

fascinación absoluta...

»¿Acaso Moriarty no podría haber imaginado que en ese asteroide original había existido otro como él, alguien que no sólo había tocado las corrientes malignas del alma humana sino que había llegado a jugar con las peligrosas fuerzas internas de un planeta? Moriarty puede haber imaginado que este súper Moriarty del asteroide original había destruido con deliberación su mundo, y toda la vida que había sobre él, incluyendo la propia, por el puro disfrute del mal, dejando los asteroides que hoy existen como las numerosas lápidas que recuerdan la acción.

»¿Podría Moriarty haber llegado a envidiar la hazaña y tratado de elaborar la acción que se necesitaría para lograr lo mismo en la Tierra? ¿Los pocos matemáticos europeos que podían aunque fuese vislumbrar lo que Moriarty afirmaba en su tratado no habrían comprendido que lo que se describía era no sólo una descripción matemática del origen de los asteroides sino también el principio de una receta para el crimen definitivo: el de la destrucción de la propia Tierra, de toda vida, y de la creación de un cinturón de asteroides mucho mayor?

»Entonces no es de asombrarse que una comunidad científica horrorizada suprimiera la obra.

Y cuando Henry terminó, hubo un momento de silencio y después Drake aplaudió. Los otros se le unieron rápidamente.

Henry enrojeció.

—Lo siento —murmuró, cuando se apagó el aplauso—. Temo que me dejé llevar.

—En absoluto —dijo Avalon—. Fue un sorprendente estallido poético que me alegro de haber oído.

—Francamente, creo que es perfecto —dijo Halsted—. Es exactamente lo que Moriarty haría y lo explica todo. ¿Qué dices, Ron?

—Diré algo —dijo Mason— en cuanto recobre el habla. No pido más que preparar un ensayo sherlockiano basado en el análisis de Henry. Sin embargo, ¿cómo puedo hacer las paces con mi conciencia por apropiarme de sus ideas?

—Son tuyas, señor Mason —dijo Henry—, es mi regalo por iniciar una sesión muy gratificante. Yo también he sido un adicto a Sherlock Holmes durante muchos años.

## POSTFACIO

*Permítanme confesar. Yo soy un miembro de los Irregulares de la Calle Baker. Yo entré aunque nunca había escrito un artículo sherlockiano. Yo era quien creía que sería fácil escribir uno si tenía que hacerlo y después descubrí con horror que cualquier miembro de los Irregulares de la Calle Baker era infinitamente más conocedor que yo de los escritos sagrados y que me era imposible competir. (Aún así, Ronald Mason no me representa a mí en este relato, y no se parece a mí en nada.)*

*Sólo logré salir de mi parálisis bajo el apremio de los Irregulares Michael Harrison y Banesh Hoffman, y sólo después de que Harrison insinuara que emprendiera la cuestión de La dinámica de un asteroide. Escribí un artículo de 1.600 palabras con gran entusiasmo y me enamoré de tal modo de mi inteligente análisis de la situación que no pude soportar la idea de que sólo unos pocos cientos de Irregulares de la Calle Baker llegaran a verlo.*

*Por lo tanto lo convertí en “El crimen definitivo” y saqué de él un relato del club de los Viudos Negros para un público más amplio.*

*Y por fin me siento como un auténtico Irregular de la Calle Baker.*

*Y una vez más, ahora que he llegado al fin del libro, tendré que repetir lo que dije al fin del primer libro. Escribiré más relatos del club de los Viudos Negros. Por una parte, me he enamorado de todos los personajes. Por otra, no puedo evitarlo. Las cosas han llegado a un extremo en que casi cualquier cosa que veo o hago entra por una cañería especial de mi mente, de modo automático e involuntario, para ver si por el otro extremo sale un argumento para un relato del club de los Viudos Negros.*

# Sesenta millones de trillones de combinaciones (1980)

---

Sixty Million Trillion Combinations

Ya que era Thomas Trumbull el que actuaba como anfitrión para los Viudos Negros ese mes, no llegó en el último minuto, como era su costumbre, jadeando por su trago.

Allí estaba, después de llegar dignamente temprano, conferenciando con Henry, el incomparable camarero, sobre los detalles del menú de la noche, y saludando a cada uno de los otros a medida que arribaban.

Mario Gonzalo, que llegó último, se sacó el ligero sobretodo con cuidado, lo sacudió suavemente, como si quisiera sacarle el polvo del taxímetro, y lo colgó en el guardarropa. Regresó frotándose las manos.

—Hay un otoño helado en el aire —dijo—. Creo que el verano ha terminado.

—Ya era hora —dijo Emmanuel Rubin desde donde estaba conversando con Geoffrey Avalon y James Drake.

—No me estoy quejando —respondió Gonzalo. Y a Trumbull—: ¿Ha llegado ya tu invitado?

—No he traído un invitado —respondió Trumbull con claridad, como si estuviera cansado de explicar.

—¿Oh? —dijo Gonzalo, sin expresión. No había nada absolutamente irregular en eso. Las reglas de los Viudos Negros no obligaban un invitado, aunque no tenerlo era bastante poco habitual—. Bueno, supongo que está todo bien.

—Es más que todo bien —dijo Geoffrey Avalon, que se había desplazado en su dirección, mirando desde la altura de setenta y cuatro pulgadas de espalda derecha. Sus espesas cejas grises se fruncieron sobre los ojos y dijo—: al menos eso garantiza un encuentro en el que podemos hablar abiertamente y relajados.

—No sé nada sobre eso —dijo Gonzalo—. Estoy acostumbrado a los problemas que vienen. No creo que ninguno de nosotros se sienta cómodo sin uno. Además, ¿qué pasa con Henry?

Miró a Henry mientras hablaba y Henry permitió que una discreta sonrisa cruzara su rostro sesentón y sin arrugas.

—Por favor, no se preocupe, señor Gonzalo. Será un placer servir la comida y escuchar la conversación aunque no haya nada desconcertante.

—Bueno —dijo Trumbull, frunciendo el ceño y sacudiendo el cabello esplendorosamente blanco sobre el rostro bronceado—, no tendrás ese placer, Henry. Soy yo el que tiene el problema y espero que alguien lo resuelva, al menos tú, Henry.

Los labios de Avalon se tensaron.

—Bueno, por el descarado trasero de Belcebú, Tom, podrías habernos dado un anticuado...



Trumbull se encogió de hombros y se volvió, entonces Roger Halsted le dijo a Avalon en voz baja:

—¿Qué es ese trozo de Belcebú? ¿Dónde lo encontraste?

—Oh, bueno —Avalon parecía complacido—, Manny está escribiendo una especie de historia de aventuras de la Inglaterra de Isabel —Isabel I, por supuesto— y parece...

Rubin, habiendo escuchado el mágico sonido de su nombre, se aproximó.

—Es una historia en el mar —dijo.

—¿Te has cansado de los misterios? —preguntó Halsted.

—También es de misterio —dijo Rubin con los ojos resplandecientes detrás de los gruesos cristales de sus anteojos—. ¿Qué te hace pensar que no puedes tener una perspectiva misteriosa en cualquier clase de historia?

—En todo caso —dijo Avalon—, Manny tiene un personaje que siempre está jurando repetidamente y nunca dice lo mismo dos veces, y necesita algunos juramentos resonantes. El descarado trasero de Belcebú es bueno, creo.

—O las mamas munificentes de Mammon —dijo Halsted.

—¡Ya están haciéndolo! —dijo Trumbull, con violencia—. Si no traigo algún problema que nos ocupe de manera provechosa y comprometa la mente superlativa de nuestro Henry, toda la noche degenerará en estúpidos tresillos —por el diminuto trombón de Tutankhamón.

—Te atrapa después de un rato —sonrió Rubin, imperturbable.

—Bueno, dejémoslo —dijo Trumbull—. ¿Está lista la cena, Henry?

—Sí lo está, señor Trumbull.

—Muy bien, entonces. Si ustedes idiotas mantienen esta repetición por más de dos minutos. Me iré, anfitrión o no.

La mesa parecía vacía con sólo seis a su alrededor, y la conversación parecía un poco apagada sin un invitado que le dé brillo.

Gonzalo, sentado al lado de Trumbull, dijo:

—Debería hacer un retrato de ti para la colección ya que eres tu propio invitado, por así decirlo —Levantó la vista complacido hacia la larga fila de las caricaturas de los invitados que se alineaban en el muro—. Nos faltará espacio en un par de años.

—Entonces no te molestes conmigo —dijo Trumbull, amargo—, y siempre podemos hacer espacio quemando esos tontos garabatos.

—¡Garabatos! —Gonzalo pareció debatir consigo mismo vivamente considerando la posibilidad de sentirse ofendido. Entonces transigió diciendo—: Pareces estar de mal talante, Tom.

—Lo parece porque es así. Estoy en la situación de los sabios Caldeos en frente de Nabucodonosor.

Avalon se inclinó a través de la mesa.

—¿Estás hablando del Libro de Daniel, Tom?

—Allí es donde está, ¿verdad?

—Perdóñenme —dijo Gonzalo—, pero ayer no he tomado mi lección de Biblia. ¿Qué son estos tipos sabios?

—Dile, Jeff —dijo Trumbull—. Pontificar es tu trabajo.

—No es pontificar —dijo Avalon— contar un simple relato. Si tú quieres...

—Prefiero que seas tú, Jeff —dijo Gonzalo—. Lo haces con mayor autoridad.

—Bueno —dijo Avalon—, fue Rubin y no yo, una vez un predicador infantil, pero lo haré lo mejor que pueda. El segundo capítulo del Libro de Daniel cuenta que una vez Nabucodonosor estaba preocupado por un sueño y envió por los sabios Caldeos para que lo interpretaran. Los sabios le ofrecieron hacerlo apenas hubieran escuchado el sueño, pero Nabucodonosor no lo recordaba, sólo que lo había perturbado. De todos modos, razonó que si los sabios podían interpretar un sueño, podrían también descubrir el sueño, y entonces les ordenó que le dijeran el sueño y la interpretación. Cuando no pudieron hacerlo, él, muy razonablemente —según los estándares de los potentados orientales— ordenó que les mataran. Afortunadamente para ellos, Daniel que estaba cautivo en Babilonia, pudo hacer el trabajo.

—¿Y es esa tu situación, Tom? —preguntó Gonzalo.

—En cierto modo. Tengo un problema que involucra un criptograma —pero no tengo el criptograma. Tengo que descubrir el criptograma.

—¿O te matarán? —preguntó Rubin.

—No. Si fallo, no me matarán pero no me hará nada bien, tampoco.

—No me extraña que hubieras sentido innecesario traer un invitado —dijo Gonzalo—. Cuéntanos más.

—¿Antes del brandy? —dijo Avalon escandalizado.

—Es invitado de Tom —dijo Gonzalo a la defensiva—. Si él quiere contarnos ahora...

—No quiero —dijo Trumbull—. Esperaremos el brandy como siempre hacemos, y seré mi propio interrogador, si no les importa.

Cuando Henry estaba sirviendo el brandy, Trumbull tocó la copa de agua con la cuchara.

—Caballeros —dijo—, me excusaré de responder la primera pregunta admitiendo abiertamente que no puedo justificar mi existencia. No pretenderé seguir con pregunta y respuesta, de modo que sencillamente presentaré el problema. Están libres de preguntar, por amor de Dios, y no me lancen a la caza de gansos salvajes. Esto es serio.

—Adelante, Tom —dijo Avalon—. Pondremos lo mejor de nosotros en escucharte.

—El asunto involucra un tipo llamado Pochik —comenzó Trumbull con cierto

cansancio—. Les tengo que contar un poco sobre él para permitirles comprender el problema, pero como es habitual en estos casos, espero que no les importe que no diga nada relevante.

»En primer lugar, él es de Europa Oriental, de algún lugar de Eslovenia, creo, y llegó al país a los catorce. Aprendió inglés solo, fue a la escuela nocturna y a una extensión universitaria, esforzándose a cada paso en su camino. Trabajó como camarero unos diez años, mientras tomaba sus varios cursos, y entienden lo que eso significa. Perdona, Henry.

—No es una ocupación necesariamente placentera —dijo Henry tranquilo—. No todos son camareros de los Viudos Negros, señor Trumbull.

—Gracias, Henry. Es muy diplomático de tu parte. De todos modos, no habría sido fácil para él si desde el principio no hubiera resultado un genio matemático. Era el tipo de joven que cualquier profesor de matemáticas en su sano juicio hubiera movido cielo y tierra para retener en la escuela. Era su oportunidad de ser mencionados en los libros de historia: habían enseñado a Pochik. ¿Lo comprenden?

—Lo comprendemos, Tom —dijo Avalon.

—Al menos, eso es lo que ellos me dicen —continuó Trumbull—. Está trabajando para el Gobierno ahora, que es donde entro yo. Me dicen que es algo más. Me dicen que es único en su clase. Me dicen que puede hacer cosas que nadie más puede. Me dicen que tienen que tenerlo. Ni siquiera sé en qué está trabajando, pero ellos tienen que tenerlo.

—Bueno, ellos lo tienen, ¿verdad? —dijo Rubin—. No ha sido secuestrado y llevado detrás de la Cortina de Hierro, ¿Verdad?

—No, no —dijo Trumbull—, nada como eso. Es bastante más irritante. Miren, aparentemente un matemático puede ser un idiota en todos los demás aspectos.

—¿Literalmente idiota? —preguntó Avalon—. Habitualmente los idiotas suelen tener memoria notable y pueden hacer notables trucos con un ordenador, pero eso está lejos de ser alguna clase de matemáticos, menos aun uno grande.

—No, tampoco nada como eso —Trumbull estaba transpirando e hizo una pausa para secar su frente—. Quiero decir que es infantil. No aprendió nada más que matemáticas y en eso está bien. Lo que queremos de él son las matemáticas. El problema es que se siente tímido; se siente estúpido. Maldita sea, se siente inferior, y cuando se siente demasiado inferior, para de trabajar y se esconde en su habitación.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —dijo Gonzalo—. Todos tienen que decirle todo el tiempo lo grandioso que es.

—Se enfrenta con otros matemáticos que son tan locos como él. Uno de ellos, Sandino, odia ser el segundo mejor, y cada vez que puede mete a Pochik en un pozo de lamentos. Tiene un sentido del humor, este Sandino, que disfruta gritándole: “Hey, camarero, traiga la cuenta”. Pochik nunca aprendió a resistirlo.

—Léanle a este Sandino el código de conducta —dijo Drake—. Díganle que lo quitarán si intenta hacer cualquier cosa como esa otra vez.

—Lo hicieron —dijo Trumbull—, o al menos tanto como se atrevieron. Tampoco quieren perder a Sandino. De cualquier manera, las payasadas terminaron pero ocurrió algo mucho peor. Saben que hay algo que se llama, si lo recuerdo bien, “La Conjetura de Goldbach”.

Por primera vez, Roger Halsted demostró un vivo interés.

—Seguro —dijo—. Es muy famosa.

—¿La conoces? —preguntó Trumbull.

—Puedo enseñar álgebra en una escuela secundaria —dijo poniéndose algo tieso—, pero sí, conozco la conjetura de Goldbach. Enseñar a jóvenes en una escuela no me hace...

—Está bien. Pido disculpas. Fue muy estúpido de mi parte —dijo Trumbull—. Y ya que eres un matemático, también puedes ser temperamental. De todos modos, ¿puedes explicar la conjetura de Goldbach? Porque no estoy seguro de poder hacerlo.

—Realmente —dijo Halsted— es muy sencilla. En 1742, creo, un matemático ruso, Christian Goldbach, afirmó que él creía que cada número par mayor que dos podía ser escrito como la suma de dos primos, donde un primo es cualquier número que no puede ser dividido por otro, excepto por sí mismo y por la unidad. Por ejemplo, 4 es  $2+2$ ; 6 es  $3+3$ ; 8 es  $3+5$ ; 10 es  $3+7$ ; 12 es  $5+7$ ; y así, tan lejos como quieran ponerlo.

—Entonces, ¿cuál es el gran tema? —dijo Gonzalo.

—Goldbach no pudo probarlo. Y en los doscientos y pico de años desde su tiempo, ningún otro ha podido. Los más grandes matemáticos han sido incapaces de probar que es cierto.

—¿Entonces? —dijo Gonzalo.

—Todos los números pares que han sido controlados siempre pueden resultar de la suma de dos primos —dijo Halsted pacientemente—. Han llegado muy lejos, y los matemáticos creen que la conjetura es verdad... pero ninguno ha podido probarlo.

Gonzalo dijo:

—Si no pueden encontrar ninguna excepción, ¿no es prueba suficiente?

—No, porque hay números más altos que el más alto controlado, y además no conocemos todos los primos, y no podemos; y cuanto más alto llegamos, más difícil es saber si un número en particular es primo o no. Lo que se necesita es una prueba general que nos diga que no tenemos que buscar excepciones porque no hay ninguna. Eso molesta a los matemáticos, el que un problema pueda ser establecido tan simplemente y que parece funcionar también, pero que aún no pueda ser probado.

Trumbull había estado asintiendo.

—Muy bien, Roger, muy bien. Lo tenemos. Pero dime, ¿importa eso? ¿Realmente

le importa a nadie que no sea matemático si la conjetura de Goldbach es verdadera o no; o si hay excepciones o no?

—No —dijo Halsted—. A nadie que no sea matemático; pero cualquiera que lo sea, y que consiga probar, o rechazar, la conjetura de Goldbach, tendrá un lugar inmediato y permanente en el salón de la fama de las matemáticas.

—Allí lo tienen —dijo Trumbull, encogiéndose de hombros—. Lo que Pochik está haciendo realmente es de la mayor importancia. No sé si es para el Departamento de la Defensa, el Departamento de Energía, la NASA, o cuál; pero es vital. Sin embargo, él está interesado en la conjetura de Goldbach, y para eso ha estado usando un ordenador.

—¿Intenta números más altos? —preguntó Gonzalo.

—No —dijo prontamente Halsted—, eso no haría ningún bien. Aunque en estos días se pueden utilizar ordenadores en problemas bastante recalcitrantes. No producen una conclusión elegante, pero es una solución. Si se puede reducir el problema a una cantidad finita de situaciones posibles —digamos, un millón— se puede programar el ordenador para probar cada una de ellas. Si cada una pasa el control, y seguro lo pasará, entonces tienes la prueba. Recientemente resolvieron de esa manera el problema del mapeo a cuatro colores; un problema bien conocido y tan recalcitrante como la conjetura de Goldbach.

—Bien —dijo Trumbull—, entonces eso es lo que Pochik ha estado haciendo. Aparentemente ha logrado la solución como un *lemma* en particular. Ahora, ¿qué es un *lemma*?

—Es una solución parcial —dijo Halsted—. Si están trepando una montaña, e instalas estaciones en diferentes niveles, los *lemmas* son analogías de esas estaciones, y la solución de la cumbre de la montaña.

—Si resuelve el *lemma*, ¿resolverá la conjetura?

—No necesariamente —dijo Halsted—, no más que si llegas a una estación en particular sobre la pendiente. Pero si no resuelves el *lemma*, parece que no podrás resolver el problema, al menos no en esa dirección.

—Muy bien, entonces —dijo Trumbull, apoyándose en el respaldo—. Bueno, Sandino llegó primero al *lemma* y lo envió a publicar.

Drake estaba inclinado sobre la mesa, escuchando cuidadosamente.

—Mala suerte para Pochik.

—Excepto que Pochik dice que no fue suerte. Declara que Sandino no tiene cerebro para eso y que no pudo haber dado esos pasos independientemente; eso es mencionar demasiada coincidencia.

—Es un cargo serio —dijo Drake—. ¿Tiene Pochik alguna evidencia?

—No, por supuesto que no. La única manera en que Sandino le puede haber robado a Pochik sería haber tomado la información del ordenador de Pochik y el

mismo Pochik dice que Sandino no pudo haberlo hecho.

—¿Por qué no? —dijo Avalon.

—Porque Pochik usó una palabra clave —dijo Trumbull—. La palabra clave tenía que ser usada para alertar al ordenador contra el interrogatorio de una persona en particular. Sin esa palabra clave, todo lo que entró bajo ella sería guardada.

—Podría ser que Sandino descubriera la palabra clave —dijo Avalon.

—Pochik dice que eso es imposible —dijo Trumbull—. Tenía temor de los robos, particularmente de Sandino, y nunca escribió la palabra clave, nunca la usó, excepto cuando estaba solo en la habitación. Lo que es más, utilizó una de catorce letras, dice. Millones de trillones de posibilidades, dice. Nadie pudo haberla adivinado, dice.

—¿Qué dice Sandino? —preguntó Rubin.

—Dice que lo descubrió por sí mismo. Rechaza la acusación de robo, como desvaríos de un loco. Francamente, cualquiera podría afirmar que tiene razón.

—Bueno, consideremos la cuestión —dijo Drake—. Sandino es un buen matemático, y es inocente hasta que se pruebe su culpa. Pochik no tiene nada con que fundamentar su acusación y Pochik realmente niega que Sandino pudiera haber obtenido la palabra clave, la cual es la única manera en que el robo podía haber tenido lugar. Creo que Pochik tiene que estar equivocado, y Sandino en lo cierto.

Trumbull dijo:

—Dije que cualquiera podía afirmar que Sandino estaba en lo cierto, pero el punto es que Pochik no trabajará. Está en su habitación enfurruñado, leyendo poesía, y dice que nunca trabajará otra vez. Dice que Sandino le ha robado la inmortalidad y que la vida sin ella no significa nada para él.

—Si necesitas a este tipo tanto —dijo Gonzalo—, ¿puedes hablar con Sandino para que le deje el *lemma*?

—Sandino no hará el sacrificio y no podemos obligarle a menos que tengamos razones para pensar que hay fraude. Si conseguimos cualquier evidencia a tal efecto podemos presionar lo suficientemente fuerte para aplastarlo. Pero, escuchen, creo que es posible que Sandino lo haya robado.

—¿Cómo? —dijo Avalon.

—Por medio de la clave. Si supiera cuál es la clave, estoy seguro de imaginar una forma lógica en que Sandino pudiera haberla descubierto, o adivinado. De todos modos, Pochik no me permitirá tener esa clave. Cuando se la pedí, me gritó. Le expliqué, pero dijo que era imposible. Él dijo que Sandino lo hizo de alguna otra manera, pero no hay otra manera.

—Pochik quiere una interpretación —dijo Avalon—, pero no te contará el sueño, y tienes que imaginar primero el sueño para obtener una interpretación.

—¡Exactamente! Como los sabios Caldeos.

—¿Qué harás?

—Trataré de hacer lo que Sandino debe haber hecho. Trataré de imaginar cuál es la palabra de catorce letras que hace de clave y la presentaré a Pochik. Si estoy en lo cierto, será claro que lo que pude hacer, también Sandino pudo, y será que el *lemma* parece ser robado.

Hubo un silencio alrededor de la mesa.

—¿Crees poder hacerlo, Tom? —dijo Gonzalo.

—No creo. Es por eso que traje el problema aquí. Quiero que todos lo intentemos. Le dije a Pochik que le llamaría esta noche antes de las 10:30 horas —Trumbull miró su reloj de pulsera—, y le diría la clave para mostrarle que puede ser quebrada. Supongo que estará esperando junto al teléfono.

—¿Y si no la conseguimos? —dijo Avalon.

—Entonces no hay manera razonable de suponer que el *lemma* fue robado y realmente ninguna manera ética de tratar de forzar a Sandino a que lo admita. Pero al menos no estaremos peor.

—Entonces, comienza —dijo Avalon—. Has estado pensando en ella por más tiempo que nosotros, y está en tu línea de trabajo.

Trumbull se aclaró la garganta.

—Está bien. Mi razonamiento es que si Pochik no escribió esa cosa, entonces tiene que recordarla. Hay personas con memorias especiales y ese tipo de talentos es bastante común entre los matemáticos. De todos modos, hasta los grandes matemáticos no siempre tienen la habilidad de recordar cadenas largas de símbolos inconexos, y de acuerdo a lo que preguntamos a sus compañeros de equipo, la memoria de Pochik es de las ordinarias. No puede confiar en recordar una clave a menos que sea fácil de recordar.

»Eso la limitaría a una frase común o alguna progresión regular que no sea posible olvidar. Supongamos que sea ALBERTEINSTEIN, por ejemplo. Tiene catorce letras y no puede haber temor de olvidarla. O SIRISAACNEWTON, o ABCDEFGHIJKLMN, o de otra manera, NMLKJIHGFEDCBA. Si Pochik intentara algo así, podría ser que Sandino intentara varias combinaciones obvias, y que una de ellas funcionó.

—Si eso es cierto —dijo Drake—, entonces no tenemos esperanzas de resolver el problema. Sandino puede haber intentado cualquier cantidad de posibilidades diferentes durante un periodo de varios meses. Una de ellas finalmente funcionó. Si la obtuvo por azar, y en ello pasó mucho tiempo, no tenemos oportunidad de tener la correcta en hora y media, sin haber probado cualquiera de ellas en el ordenador.

—Está eso, por supuesto dijo Trumbull—, y es posible que Sandino haya estado trabajando en el problema por meses. Sandino hizo la rutina del camarero a Pochik en junio pasado, y Pochik, fuera de sí le gritó que le mostraría cuando la prueba estuviera lista. Sandino puede haber puesto esto con el frecuente uso del ordenador

que hizo Pochik, y se puso a trabajar. Puede haber pasado meses, desde entonces.

—¿Dijo Pochik en esa ocasión algo sobre la clave? —preguntó Avalon.

—Pochik jura que todo lo que dijo fue, “Te la mostraré cuando la prueba esté lista”, ¿pero quién sabe? ¿Podría Pochik recordar sus propias palabras exactamente cuando estaba fuera de sí?

—Me sorprende —dijo Halsted— que Pochik no haya intentado golpear a Sandino.

—No te sorprenderías si los conocieras —dijo Trumbull—. Sandino tiene la constitución de un jugador de fútbol, mientras que Pochik pesa 110 libras con la ropa puesta.

—¿Cuál es el nombre de este tipo? —preguntó repentinamente Gonzalo.

—Vladimir —dijo Trumbull.

Gonzalo hizo una pausa, con todos los ojos sobre él.

—Lo sabía —dijo—. VLADIMIRPOCHIK tiene catorce letras. Ha utilizado su propio nombre.

—Ridículo —dijo Rubin—. Sería la primera combinación que cualquiera intente.

—¡Seguro! Como el asunto de la carta robada. Sería tan obvio que nadie pensaría en utilizarlo. Pregúntale.

—No —dijo Trumbull sacudiendo la cabeza—. No puedo creer que haya usado eso.

—¿Dijiste —preguntó pensativo Rubin— que estaba en su habitación leyendo poesía?

—Sí.

—¿Es esa su pasión? ¿La poesía? Pensé que habías dicho que fuera de las matemáticas no era particularmente educado.

Sarcástico, Trumbull respondió:

—No tienes que tener un doctorado para leer poesía.

—Tendrías que ser un idiota —dijo Avalon apenado— para leer poesía moderna.

—Esa es una cuestión —dijo Rubin—. ¿Lee Pochik poesía contemporánea?

—Nunca se me ocurrió preguntar —dijo Trumbull—. Cuando le visité estaba leyendo un libro de poesía de Wordsworth, pero es todo lo que puedo decir.

—Eso es suficiente —dijo Rubin—. Si le gusta Wordsworth entonces no le gusta la poesía contemporánea. Nadie puede leer esa cosa chapada a la antigua por placer y gustarle la basura que sacan en estos días.

—¿Entonces? ¿Qué diferencia hay? —preguntó Trumbull.

—La poesía más antigua tiene ritmo y el ritmo es fácil de recordar y puede servir como clave. La clave puede ser un pasaje de catorce letras de uno de los poemas de Wordsworth, posiblemente uno común: LONELYASACLOUD<sup>[37]</sup> tiene catorce letras. O cualquier combinación de catorce letras de líneas como, “El niño es el padre



del hombre”, o “arrastrando nubes de gloria”, o “¡Milton! Deberías estar vivo ahora”. O tal vez de algún otro poeta del tipo.

—Aunque nos limitáramos —dijo Avalon— a los pasajes de los poetas románticos y clásicos, hay un enorme campo para adivinar.

—Lo repito —dijo Drake—. Es una tarea imposible. No tenemos el tiempo para intentarlo. Y no podemos decidir una u otra sin intentarlo.

—Es aun más imposible que lo que tú piensas, Jim —dijo Halsted—. No creo que la clave esté en inglés.

—¿Quieres decir que utilizó su idioma nativo? —preguntó Trumbull frunciendo la frente.

—No, quiero decir que utilizó una colección de letras al azar. Mencionaste que Pochik dijo que la clave era inquebrantable porque había millones de trillones de posibilidades para una combinación de catorce letras. Bueno, supón que la primera letra pueda ser cualquiera de las veintiséis, que la segunda pueda ser cualquiera de las veintiséis, y que la tercera, y así todas. En ese caso, el total de combinaciones sería de  $26 \times 26 \times 26 \dots$  tendrías que obtener el producto de catorce 26 multiplicadas juntas y el resultado sería... —tomó su calculadora de bolsillo y la manipuló por un rato—... cerca de 64 millones de trillones de posibilidades diferentes.

»Ahora, si se utiliza una frase en inglés o una frase en cualquier idioma europeo razonable, la mayor parte de las combinaciones de letras simplemente nunca ocurren. Nunca tendrás un HGF o un QXZ, o un LLLLC, si incluimos solamente las combinaciones de letras posibles en palabras, entonces podríamos tener trillones de posibilidades. Pochik, al ser un matemático, no diría millones de trillones a menos que quisiera decir exactamente eso, de modo que creo que la clave es una serie de letras al azar.

—Él no tiene la clase de memoria... —comenzó Trumbull.

—Incluso una memoria normal puede manejar catorce letras al azar si se repite el tiempo suficiente.

—Espera un poco —dijo Gonzalo—. Si hay tantas combinaciones se podría utilizar un ordenador. El ordenador podría probar todas las combinaciones posibles y detenerse en la que lo destraba.

—Ahora no te das cuenta lo grande que es realmente el número 64 millones de trillones, Mario. Supón que puedes hacer que un ordenador pruebe un billón de combinaciones diferentes en un segundo. Tomaría dos mil años de constante trabajo, día y noche, probar todas las combinaciones posibles.

—Pero no tendrías que probarlas todas —dijo Gonzalo—. La correcta podría salir en las primeras dos horas. Tal vez la clave fuera AAAAAAAAAAAAAA y sucede que es la primera que el ordenador controla.

—Bastante improbable —dijo Halsted—. No utilizaría una clave de sólo A como

tampoco su propio nombre. Además Sandino tiene de matemático lo suficiente para no comenzar un intento de ordenador que le tomaría cientos de vidas.

—Si utilizó una clave al azar —dijo Rubin pensativo—, apuesto que no fue realmente al azar.

—¿Qué quieres decir, Manny? —dijo Avalon.

—Quiero decir que si no tiene una memoria superlativa y si no la ha escrito, ¿cómo podría haberla repetido una y otra vez en su cabeza para memorizarla? Solamente repite para ti mismo catorce letras al azar y mira si tienes confianza en repetir las otra vez en el mismo exacto orden inmediatamente después. Y aunque hubiera logrado una serie de letras al azar y se las arregló para memorizarla, está claro que tiene muy poca confianza en cualquier cosa que no sea razonamiento matemático. ¿Podría enfrentar la posibilidad de no ser capaz de recuperar su propia información porque ha olvidado la clave?

—Podría comenzar todo otra vez —dijo Trumbull.

—¿Con una nueva clave al azar? ¿Para también olvidarla? —dijo Rubin—. No. Aunque la clave parezca al azar, apuesto que Pochik tiene alguna forma a prueba de tontos para recordarla, y si podemos imaginar esa forma, tendremos la respuesta. De hecho, si Pochik nos diera la clave, veríamos cómo la memoriza y cómo Sandino la quebró.

—Y si Nabucodonosor hubiera recordado el sueño, los sabios podrían haberlo interpretado. Pochik no nos dará la clave, y si la conseguimos con ayuda nunca estaremos suficientemente seguros de que Sandino la quebró sin ayuda.

»Muy bien, tendremos que darnos por vencidos.

—Podría no ser necesario darnos por vencidos —dijo Henry de repente—. Creo...

Todos giraron hacia Henry, expectantes.

—Sí, Henry —dijo Avalon.

—Tengo una fuerte sospecha. Puede estar mal. Tal vez es posible llamar al señor Pochik, señor Trumbull, y preguntarle si la clave es WEALTMDITEBIAT<sup>[38]</sup> —dijo Henry.

—¿Qué? —dijo Trumbull.

Halsted levantó las cejas y dijo:

—Es una fuerte sospecha, está bien. ¿Por qué eso?

—No tiene sentido —dijo Gonzalo.

Nadie podía recordar haber visto a Henry ruborizado, pero estaba claramente rojo en ese momento.

—Si me pueden excusar —dijo—, no deseo explicar mi razonamiento hasta que la combinación sea probada. Si estoy equivocado, pareceré demasiado tonto. Y, ahora que lo pienso otra vez, no deseo que sea probada.

—No, no tenemos nada que perder —dijo Trumbull—. ¿Puedes escribir esa combinación de letras, Henry?

—Ya lo hice, señor.

Trumbull la miró, caminó hasta el teléfono en un rincón de la habitación, y marcó. Esperó por cuatro tonos, los que se podían escuchar claramente en el silencio de aliento contenido de la habitación. Entonces se escuchó un clic, y una voz aguda dijo, “¿Hola?”.

—¿Doctor Pochik? —dijo Trumbull—. Escuche. Voy a leerle algunas letras... No, doctor Pochik, no estoy diciendo que haya averiguado la clave. Es solamente un exper... Es un experimento, señor. Podemos estar equivocados... No, no puedo decirle cómo... Escuche, W, E, A, L... Oh, buen Dios —colocó la mano sobre la bocina—. El hombre está teniendo un ataque.

—¿Porque es correcta o porque es errónea? —preguntó Rubin.

—No lo sé —Trumbull volvió a acercarse al tubo—. Doctor Pochik, ¿está allí? ¿Doctor Pochik? El resto es... —consultó el papel—... T, M, D, I, T, E, B, I, A, T. —Escuchó—. Sí, señor, también creo que Sandino la quebró, del mismo modo que nosotros. Tendremos un encuentro con usted y con Sandino y pondremos todo en orden. Sí, por favor, doctor Pochik, haremos lo mejor que podamos.

Trumbull colgó y tomó una enorme bocanada de aire.

—Sandino pensará que Júpiter le cayó encima... Está bien, Henry, pero si no nos dices cómo la obtuviste, no tendrás que esperar a Júpiter. Te mataré personalmente.

—No es necesario, señor Trumbull —dijo Henry—. Se los diré. Simplemente escuché a todos ustedes. El señor Halsted señaló que debería ser una serie de letras al azar. El señor Rubin dijo, respaldando mi propio sentimiento en este asunto, que debía haber algún sistema para recordarlo en ese caso. El señor Avalon, temprano esta noche estaba jugando el juego de juramentos repetitivos, lo que señalaba la importancia de las letras iniciales. Usted mismo mencionó que al señor Pochik le gustaba la poesía anticuada como la de Wordsworth.

»Se me ocurrió que catorce era el número de líneas de un soneto, y que si tomamos la letra inicial de cada línea tendríamos una serie de catorce letras aparentemente al azar, y que puede no ser olvidada mientras el soneto sea memorizado, o por lo menos, ser releído.

»La pregunta era: ¿cuál soneto? Me parecía que tenía que ser uno bien conocido, y Wordsworth ha escrito varios que lo son. De hecho, el señor Rubin mencionó la primera línea de uno de ellos: “¡Milton! Deberías estar vivo a esta hora”. Eso me hizo pensar en Milton, y se me ocurrió que debía ser su soneto “En su Ceguera”, el que sucede me sé de memoria. Por favor, tomen nota de las primeras letras de las líneas sucesivas. Dice así:

*Cuando considero cómo se pierde mi luz*

*En la mitad de mis días, en este mundo ancho y oscuro,  
Y aquel talento que es la muerte a ocultar,  
refugiado conmigo sin razón, aunque mi alma más se inclina  
A servir a mi Hacedor, y presentar  
Mi verdadera cuenta, la que él reprenderá;  
¿Acaso Dios niega la luz de un día de trabajo?  
Pregunté vanamente; pero Paciencia, para prevenir  
Ese murmullo, presto responde, “Dios no necesita  
Ni el trabajo del hombre si sus dones; quien mejor  
Comparte su suave yugo, le sirve mejor. Su estado  
Es de realeza. Miles a la velocidad de su deseo  
Y enviados sobre tierra y mar sin descanso...”*

Henry hizo una pausa y dijo suavemente:

—Creo que es el soneto más hermoso de la lengua, incluyendo los de Shakespeare, pero esa no era la razón por la que sentí que era la respuesta. Era que el doctor Pochik había sido un camarero y estaba consciente de ello, y soy uno, y es por eso que he memorizado el poema. Una tonta fantasía, sin duda, hasta la última línea, la que no he citado, y la cual es tal vez la más famosa que Milton haya hecho jamás...

—Continúa, Henry —dijo Rubin—. ¡Dila!

—Gracias, señor —dijo Henry, y solemnemente dijo—:

También sirven a los que solamente están parados y esperan.

## POSTFACIO

*He sentido que los títulos son una parte importante de una historia y tomo un considerable cuidado al elegirlo. De hecho, no puedo comenzar una historia hasta que he elegido el título.*

*De todos modos, no sigo reglas ciertamente inteligentes al hacer la elección. No sé realmente qué hace bueno un título, o lo contrario. Es solamente una sensación interna. Elijo uno que parece adaptarse a la historia, e incluso agregarle.*

*Y frecuentemente, Fred Dannay, el editor de EQMM estará en desacuerdo conmigo, y entonces estaré en desacuerdo con él y repondré mi propio título cuando ponga la historia en una colección.*

*Por otro lado, algunas veces Fred puede elegir un título que es una mejora (o al menos me lo parece) y, ya que no soy un hombre obstinadamente terco y obstinado, seguiré con él.*

*Por ejemplo, denominé la historia que han terminado de leer como “Catorce Letras” lo cual es, después de todo, de lo que se trata; pero Fred, cuando apareció en el número de mayo de 1980 del EQMM, la llamó “Sesenta millones de trillones de*

*combinaciones”. Lo cual también es de lo que trata; y el de Fred es infinitamente más dramático de modo que lo acepté —con el habitual enfado conmigo mismo por no haber pensado en él al comenzar a escribir.*

## La mujer del bar (1980)

The Man Who Pretended to Like Baseball (The Woman in the Bar)

Los tantos y faltas del béisbol, como regla, no han perturbado la ecuanimidad (o falta de ella) de los banquetes de los Viudos Negros. Ninguno de los Viudos Negros era un deportista, en el sentido ordinario de la palabra, aunque se sabía que Mario Gonzalo apostaba a los caballos en ocasiones.

De todos modos, después de la costilla de cordero Tom Trumbull sacudió su cabello blanco y marcadamente crespo y pareció completamente descontento.

—He perdido todo interés en el béisbol —dijo—. Desde que comenzaron a negociar franquicias, han quebrado la clase de lealtad que se hereda del padre de uno. Cuando era joven, era fanático de los Gigantes de Nueva York, como mi padre antes que yo. Los Gigantes de San Francisco son extraños para mí, y en cuanto a los Mets, bien, ya no son lo mismo.

—Todavía están los Yankees de Nueva York —dijo Geoffrey Avalon, separando diestramente la carne del hueso y arqueando sus oscuras cejas por la concentración en la tarea—, y en mi propia ciudad, todavía tenemos los Phillies, aunque hemos perdido los Athletics.

—Chicago todavía tiene a sus dos equipos —dijo Mario Gonzalo—, y todavía están los Indians de Cleveland, los Red de Cincinnati, los...

—No es lo mismo —dijo Trumbull, con fuerza—. Aun si yo fuera a cambiarme a los Yankees, la mitad de los equipos que juegan son equipos de los que nunca oyeron hablar Lou Gehrig ni Bill Dickey. Y ahora tienes cada liga en dos divisiones, con finales de torneo antes de las World Series, lo que lo vuelve aun más decepcionante, y un bateador estrella hace un promedio de bateo de 0.29. Maldición, recuerdo cuando necesitabas 0.35 si querías tener la chance de obtener la posición de cuarto bateador.

Emmanuel Rubin escuchaba con la tranquila dignidad que consideraba adecuada a su posición de anfitrión —al menos hasta que su invitado se volvió hacia él y dijo:

—¿Es Trumbull un aficionado al béisbol, Manny?

Ante eso, Rubin regresó a su rol natural y resopló con voz muy alta. Su escasa barba se erizó.

—¿Quién? ¿Tom? Puede haber mirado un partido de béisbol en la televisión, pero eso es todo. Piensa que un doble son dos medidas de escocés.

—Vamos, Manny —dijo Gonzalo—, tú crees que un pitcher<sup>[39]</sup> sirve para poner leche.

Rubin se quedó mirándolo fijo, a través de los gruesos cristales de sus anteojos.

—Sucede —dijo— que jugué una temporada de béisbol semiprofesional como shortstop<sup>[40]</sup> a finales de 1930.

—Y un shorter stop... —comenzó Gonzalo y se detuvo, sonrojándose.

El invitado de Rubin sonrió. Aunque Rubin estaba a sólo cinco pulgadas por encima de la marca de los cinco pies, el invitado tenía tres pulgadas menos que eso.

—Yo sería un shorter stop, si jugara —dijo.

Gonzalo, haciendo un visible intento de recuperar su compostura, dijo:

—Es más difícil ascender cuando uno tiene una estatura menor que el promedio, señor Just. Eso digo.

—Uno es grandemente subestimado de otras maneras, también, lo que es conveniente a veces —acordó Just—. Y a propósito, no soy muy aficionado al béisbol. Dudo si pudiera distinguir una pelota de béisbol de una de golf con poca luz.

En ese momento, Darius Just levantó la mirada rápidamente.

—Camarero —dijo—, si no le importa, tomaré leche en lugar de café.

James Drake, esperando ansioso su propio café, dijo:

—¿Es un rechazo momentáneo, señor Just, o usted no bebe café?

—No lo bebo —dijo Just—. Ni tampoco fumo, ni bebo alcohol. Mi madre me explicó todo muy cuidadosamente. Si bebo mi leche y evito los malos hábitos, creceré para ser grande y fuerte; y así lo hice —y no lo conseguí. Al menos, no soy grande. Soy bastante fuerte. Todo es bastante “anti-americano”, como que a uno le disguste el béisbol. Al menos, se puede fingir que a uno le gusta el béisbol, aunque eso también le puede meter a uno en problemas... Aquí está la leche. ¿Cómo llegó hasta allí?

Gonzalo sonrió.

—Es nuestro Henry. Silencioso y eficiente.

Just bebió un sorbo de leche con satisfacción. Los rasgos de su rostro eran pequeños pero vivos, y los ojos parecían repasar todo en la habitación. Los hombros eran anchos, como si estuvieran hechos para un hombre más alto, y caminaba como un atleta.

Drake se sentó con su café, quieto y pensativo, pero cuando Rubin golpeteó su copa de agua con la cuchara, la quietud terminó. La mano de Drake se elevó.

—Manny, ¿puedo hacer los honores? —dijo.

—Si lo deseas —Rubin se volvió hacia su invitado—. Jim es uno de los Viudos Negros más reservados, Darius, de modo que no esperes que su interrogatorio sea penetrante. De hecho, la única razón por la que se ofrece es porque él mismo ha escrito un libro y quiere codearse con otros escritores.

Los ojos de Just brillaron con interés.

—¿Qué clase de libro, señor Drake?

—Ciencia popular —dijo Drake—, pero las preguntas van en sentido contrario. Henry, ya que el señor Just no bebe, podrías reemplazar el ginger ale por brandy. No quiero que él esté en desventaja.

—Ciertamente, señor Drake —murmuró Henry, ese milagro de camarero—, si el

señor Just lo desea. De todos modos, y con el debido respeto, no me parece que el señor Just quede en desventaja fácilmente.

—Ya veremos —dijo oscuramente Drake—. Señor Just, ¿cómo justifica su existencia?

Just se rió.

—Se justifica sola, ahora y entonces, cuando me llena de felicidad. En lo que concierne al resto del mundo, eso puede bastar. Con el debido respeto, como diría Henry.

—Tal vez —dijo Drake—, al mundo puede bastarle aun sin su permiso. De todos modos, durante esta velada usted debe justificar su existencia ante nosotros respondiendo nuestras preguntas. Hasta ahora he estado involucrado con los Viudos Negros por más de la mitad de una razonablemente prolongada existencia y puedo oler afirmaciones que han sido elaboradas. Usted dijo que podía meterse en problemas si fingía el gusto por el béisbol. Sospecho que una vez lo hizo, y me gustaría escuchar sobre ello.

Just pareció sorprendido, y Rubin, mirando fijo su brandy, dijo:

—Te lo advertí, Darius.

—Conoces la historia, ¿verdad, Manny? —dijo Drake.

—Sé que hay una, pero no conozco los detalles —dijo Rubin—. Le advertí a Darius que lo descubriríamos.

Just levantó la caricatura que Mario Gonzalo había hecho. Había un rostro, con amplia sonrisa y los brazos con bíceps prodigiosos levantaban pesas.

—No soy un levantador de pesas —dijo.

—Eso no importa —dijo Gonzalo—. Así es como lo veo yo.

—Levantar pesas —dijo Just—, le hace a uno más lento. Un ataque exitoso depende íntegramente de la velocidad.

—Usted no está siendo muy veloz en responder mis preguntas —dijo Drake, encendiendo un cigarrillo.

—Hay una historia —dijo Just.

—Bien —dijo Drake.

—Pero no es satisfactoria. No puedo suministrarles ninguna razón, ninguna explicación...

—Mejor que mejor. Por favor, comience.

—Muy bien —dijo Just.

»Me gusta caminar. Es una excelente manera de mantener la condición y una noche me había propuesto ir hasta el nuevo apartamento de un amigo al que no había visto por un tiempo. Tenía que estar allí a las nueve de la noche, y era una caminata moderadamente larga por la noche, pero no temo los peligros de las calles de la ciudad en la oscuridad aunque admito que no busco vecindarios particularmente



peligrosos.

»De todos modos, como estaba a unas manzanas de mi destino y era temprano, me detuve en un bar. Como les dije, no bebo, pero no soy absolutamente fanático sobre eso y puedo beber, en raras ocasiones, un Bloody Mary.

»Cuando entré, había un juego de béisbol en la TV, pero el sonido estaba bajo, lo que me gustó. No había muchas personas presentes, lo que también me gustó. Había dos hombres en una mesa contra el muro, y una mujer sobre un taburete frente a la barra.

»Tomé el taburete dejando uno entre la dama y yo, y la miré brevemente mientras ordenaba un trago. Era razonablemente bonita, razonablemente formada, y completamente interesante. Bonita y formada estaba bien —a quién no le gusta— pero interesante va más allá de eso que puede ser descrito fácilmente. Es diferente para cada persona, y ella era interesante en mi marco de referencias.

»Entre mis abstenciones, las mujeres no están incluidas. Incluso especulé si era absolutamente necesario que mantuviera la cita con mi amigo, quien sufría la desventaja, en estas circunstancias, de ser hombre.

»Capté su mirada el tiempo justo antes de que mirara hacia otro lado. El ritmo lo es todo y no carezco de experiencia. Entonces levanté los ojos hacia la TV y observé un rato. Uno no quiere parecer muy ansioso.

»Ella habló. Yo estaba bastante sorprendido. No niego que tengo lo mío con las mujeres, a pesar de mi altura, pero mi encanto habitualmente no trabaja tan rápido. Ella dijo: “Usted parece entender el juego”. Era sólo por hablar. Ella no podía conocer mi posible relación con el béisbol por mi mirada fija en el aparato.

»Me volví, sonreí, y dije: “Es mi segunda naturaleza. Lo vivo y lo respiro”.

»Era una completa mentira, pero si una mujer marca el paso, tú la sigues con ritmo.

»Bastante seria, ella dijo: “¿Realmente lo entiende?”. Miraba dentro de mis ojos como si esperara leer la respuesta en mi retina.

»Decidí continuar y dije: “Querida, no hay movimiento en el juego del que no pueda ver sus motivaciones. Cada movimiento de la pelota, cada golpe del bate, cada postura del jugador, es una nota de una sinfonía que puedo escuchar en mi cabeza”, después de todo, soy un escritor; puedo apoyarme en eso.

»Ella se veía desorientada. Me miró dudosa; entonces, brevemente, a los hombres de la mesa. Yo también miré en esa dirección. No parecían interesados... hasta que noté sus ojos en el espejo del muro. Estaban mirando nuestro reflejo.

»La miré a ella otra vez y fue como un calidoscopio que cambiaba y tenía sentido. Ella no estaba conquistándome, estaba atemorizada. Estaba en el ritmo de su respiración y en la tensión de sus manos.

»Y ella pensaba que estaba allí para ayudarla. Ella estaba esperando a alguien y

me había hablado con eso en la mente. Lo que respondí estaba bastante cerca — accidentalmente— de hacerle pensar que yo podía ser el hombre, pero no tan cerca para hacerla sentir segura.

»Le dije, “Enseguida me voy. ¿Quiere venir conmigo?”. Sonó como una conquista, pero estaba ofreciendo protegerla si eso era lo que quería. Qué podía pasar después... bien, ¿quién podía saber?

»Ella me miró sin entusiasmo. Conocía la mirada. Decía:

»“Usted tiene cinco pies y dos pulgadas; ¿qué puede hacer por mí?”

»Es una subestimación crónica lo que tenía en las manos. Lo que siempre hago es tanto más de lo que esperan que asume enormes proporciones. Soy el beneficiario de una línea de comparación baja.

»Sonreí. Miré en dirección de los dos hombres de la mesa, la miré a ella, dejé que mi sonrisa se ampliara y dije, “No se preocupe”.

»Había recipientes con adicionales para cóctel justo detrás de la barra donde estábamos. Ella alcanzó las cerezas al marrasquino, tomó un puñado y les quitó los tallos, entonces, una a una, les dio capirotaos pensativamente hacia mí, con los ojos fijos en los míos.

»No sabía cuál era su juego. Tal vez estaba sólo considerando si me daba una oportunidad y éste era un hábito nervioso al que estaba acostumbrada cuando estaba en un bar. Pero siempre digo: Sigue jugando.

»Había pescado cuatro y me preguntaba cuántas me lanzaría, y cuándo vendría el tabernero (barman) a rescatar su provisión, cuando mi atención cambió.

»Uno de los hombres que había estado sentado ahora estaba entre la mujer y yo, y me estaba sonriendo sin el menor buen humor. No me había dado cuenta de su aproximación. Estaba atrapado como un aficionado, y de repente el calidoscopio cambió otra vez. Ése es el problema con los calidoscopios. Siempre cambian.

»Seguro que la mujer tenía miedo. No tenía miedo de los hombres de la mesa. Tenía miedo de mí. No pensaba que era un posible rescatador; pensaba que era un posible agresor. De modo que mantuvo mi atención distraída mientras uno de sus amigos se acercó... y yo permití que sucediera.

»Cambié mi atención hacia el hombre ahora, minutos después de lo que debía haber hecho. Tenía rostro de luna, ojos aburridos, y una mano pesada. Esa mano pesada, la derecha, descansaba sobre mi mano izquierda sobre la barra, dejándola inmóvil.

»Dijo, “Creo que está molestando a la dama, compañero”.

»Él también me subestimó; me tomó por lo que no era.

»Verán, nunca fui más alto que lo que soy ahora. Cuando era más joven era, en realidad, más pequeño y más liviano. Cuando tenía diecinueve tendría que haber engordado cinco libras para ser un debilucho de noventa y seis.

»Pueden adivinar el resultado. La caballerosidad y el espíritu deportivo de los jóvenes es tal que yo era regularmente derrotado para alegría de la multitud. No lo encontraba inspirador.

»Desde los diecinueve en adelante, sin embargo, me suscribí a los cursos de incremento-su-fuerza. Luché con extensores de pectorales. Tomé lecciones de boxeo en la Y. Trozo a trozo, estudié cada una de las artes marciales. Eso no me hizo más alto, ni una pulgada, pero sí más ancho, grueso y fuerte. A menos que me enfrente a una brigada, o a un arma, no soy derrotado.

»De modo que el hecho de que mi brazo izquierdo estuviera paralizado no me molestó. Le dije, “Amigo, no me gusta que un hombre me tome de la mano, de modo que creo que tendré que pedirle que la quite”. Tenía mi propia mano derecha a la altura de los ojos, con la palma hacia arriba, en algo que podía parecer un gesto de súplica.

»Él mostró los dientes y dijo, “No me pida nada, amigo. Yo pediré”.

»Él tuvo su oportunidad. Ustedes deben comprender que no peleo para matar, pero sí para bloquear. No me interesa quebrar un amarre; quiero estar seguro de que no habrá otro.

»Mi mano se movió entre los dos. La velocidad es la esencia, caballeros, y mis uñas rozaron de costado su cuello en el camino, mientras el filo de mi mano caía en arco sobre su muñeca. ¡Duro!

»Dudo que se la haya quebrado en ese momento, pero pasarían días, tal vez semanas, antes de que pudiera ser capaz de utilizar esa mano en alguien más como lo había hecho conmigo. Mi mano estuvo libre en un momento. De todos modos, la belleza del golpe estaba en que él no se podía concentrar en su muñeca aplastada. Su garganta tenía que estar ardiendo y tenía que sentir allí la sangre pegajosa. Era sólo una herida superficial, literalmente un raspón, pero probablemente le atemorizaba más que el dolor de la muñeca.

»Se dobló, con la mano izquierda en el cuello y el brazo derecho colgando. Gemía.

»Todo había pasado muy rápido, pero el tiempo corría. El segundo hombre se estaba aproximando, y el tabernero, y un recién llegado estaba en la entrada. Era grande y ancho y no tenía dudas de que era un miembro del encantador grupo en el que me había metido.

»Los riesgos se acumulaban y la diversión adelgazaba, de modo que salí rápidamente, justo por donde estaba el tipo enorme, que no reaccionó muy rápido sino que se quedó parado allí, confuso y sorprendido, por los cinco segundos que necesité para empujarlo y salir.

»Por alguna razón, no creí que informarían el incidente a la policía. Tampoco que sería seguido, pero esperé un rato para ver. Estaba en una calle con casas en fila, cada

una con una serie de escalones que conducían a la puerta principal, por encima del nivel de la calle. Entré en uno de los patios y a la sombra cerca de la puerta de reja del sótano que no tenía luces.

»Nadie salió del bar. No estaban detrás de mí. No estaban seguros de quién era yo y todavía no podían creer que uno tan bajo como yo pudiera ser peligroso. Era la providencial subestimación que me había beneficiado incontables veces.

»Entonces me moví rápidamente hacia mi ruta original, atendiendo las pisadas detrás de mí o las sombras cambiantes a la luz de las calles.

»Ya no era temprano y llegué a la esquina donde estaba ubicado el complejo de apartamentos de mi amigo sin necesidad de más demoras. La luz verde parpadeó y crucé la calle, y me di cuenta de que el asunto no era tan sencillo como yo había esperado.

»La casa de apartamentos no era un hijo único, sino que era uno de los miembros de una gran familia de hermanos idénticos. Nunca antes había visitado el complejo y no sabía en qué edificio en particular encontraría a mi amigo. Parecía no haber un directorio, ningún mostrador con un amistoso informante. Parecía la habitual suposición neoyorquina de que si uno no ha nacido con el conocimiento de cómo localizar su destino, no tiene derecho a tener uno.

»Los edificios individuales mostraban un número, cada uno, pero discretamente... en un susurro. Tampoco estaban iluminados, sino sólo por el brillo de las luces de la calle, de modo que encontrarlos fue una aventura.

»Uno tiende a vagar al azar al principio, tratando de orientarse. Eventualmente, encontré una pequeña señal con una flecha que me dirigió hacia un patio interno con la promesa de que el número que quería podía realmente ser encontrado allí.

»Un momento más y hubiera entrado cuando recordé que era, o sólo podía ser, un hombre marcado. Miré hacia la dirección de la que venía.

»Había evitado la confusión de las multitudes. Aunque no era mucho después de las nueve de la noche, la calle tenía el vacío característico de una noche en cualquier ciudad americana en la Era del Automóvil Universal. Había automóviles, seguro, en una corriente sin fin, pero en la calle por donde había caminado sólo podía ver tres personas en el brillo de las luces de la calle, dos hombres y una mujer.

»No podía ver los rostros, ni detalles de las ropas, aunque tengo visión 20/20, no veo mejor que eso. De todos modos, uno de los hombres era alto y grande, y su perfil era irresistiblemente parecido al del hombre en la entrada y que había empujado al salir del bar.

»Lo habían estado esperando, por supuesto, y ahora aparecían. Probablemente hubieran salido enseguida, pensé, pero había sido necesario cuidar del que había dañado, y supuse que lo habían dejado atrás.

»Me di cuenta de que tampoco estaban buscándome. Aun a esa distancia podía

asegurar que su atención no estaba sobre algo exterior al grupo, como si estuvieran buscando a alguien. La atención estaba completamente dentro. Los dos hombres estaban a cada lado de la mujer y la apresuraban. Me pareció que ella no deseaba moverse, que se resistía, que estaba siendo urgida hacia adelante.

»Y una vez más, el calidoscopio cambió. Ella era una mujer en apuros, después de todo. Había pensado que yo era su rescatador y la había dejado plantada... y todavía en apuros.

»Corrí a través de la avenida contra las luces, esquivando coches, y apurándome hacia ellos. No me malentiendan. No soy contrario a defenderme; casi lo disfruto como cualquiera disfruta algo que hace bien. Por lo mismo, no soy un héroe irracional. No ando buscando batalla sin razones. Estoy por la justicia, pureza y rectitud, pero ¿quién puede decir qué lado —si hay alguno— de una pelea representa esas virtudes?

»Un ángulo personal es algo más, y en este caso, se me había pedido ayuda y yo me había achicado.

»Oh, me achiqué. Admito que honestamente había decidido que la mujer no estaba de mi lado y que no necesitaba ayuda, pero no me quedé a averiguarlo. Era a ese voluminoso hombre a quien yo estaba evadiendo, y tenía que borrar esa desgracia.

»Al menos, es lo que decidí con la sangre caliente. Si hubiera tenido tiempo de pensar, o permitir que la rabia se aplacara, podría haber sólo visitado a mi amigo. Tal vez debiera haber llamado a la policía sin dar mi nombre y entonces visitar a mi amigo.

»Pero tenía la sangre caliente y corrí hacia los problemas, sopesando las probabilidades muy someramente.

»Ya no estaban en la calle, pero había visto en qué portón habían entrado, y no habían subido los escalones. Busqué en el patio delantero y tomé la reja que conducía hasta el apartamento del sótano. Se abrió, pero había una puerta de madera por detrás que no lo hizo. Las persianas estaban cerradas pero se veía una pálida luz detrás de ellas.

»Golpeé la puerta de madera con furia pero no obtuve respuesta. Si tenía que romperla, estaría en desventaja. Fuerza, velocidad, y astucia no son tan buenas para romper puertas como la masa, y yo no tengo masa.

»Golpeé otra vez y pateé el picaporte. Si era el apartamento equivocado, estaba forzando la entrada, lo que era lo mismo si era el apartamento correcto. La puerta tembló por mi patada, pero aguantó. Estaba por intentarlo otra vez, preguntándome si algún vecino había decidido involucrarse lo suficiente para llamar a la policía, cuando la puerta se abrió. Era el hombre grande, lo que significaba que era el apartamento correcto.

»Retrocedí. Me dijo, “Usted parece incómodamente ansioso por entrar, señor”. Tenía una voz de tenor bastante delicada y el tono de un hombre educado.

»Le dije, “Usted tiene a una mujer aquí. Quiero verla”.

»“No tenemos una mujer aquí. Ella nos tiene a nosotros. Este es el apartamento de una mujer y estamos aquí por invitación”.

»“Quiero verla”.

»“Muy bien, entonces, entre y véala”. Retrocedió.

»Esperé, midiendo los riesgos —o lo intenté, en todo caso, pero un inesperado golpe desde atrás me hizo tambalear hacia adelante. El hombre grande me tomó del brazo y la puerta se cerró detrás de mí.

»Claramente, el segundo hombre se había ido un piso arriba, salió por la puerta principal, bajó los escalones y se puso detrás de mí. Debía haber estado pendiente de él, pero no lo hice. Fallo en los estándares de superhombre frecuentemente.

»El hombre grande me condujo hasta una sala de estar. Estaba débilmente iluminada. Dijo, “Como ve, señor, su anfitriona”.

»Ella estaba allí. Era la mujer del bar, pero esta vez el calidoscopio estaba quieto. La mirada que me lanzó no tenía errores. Ella me miró como al rescatador que le estaba fallando.

»“Bien”, dijo el hombre grande, “hemos sido corteses con usted a pesar de que trató a mi amigo cruelmente en el bar. Simplemente le hemos preguntado cuando podíamos haberle lastimado. En respuesta, ¿nos dirá quién es usted y qué está haciendo aquí?”

»Él tenía razón. El hombre más pequeño no tenía que empujarme. Podía haberme dejado sin sentido, o peor. Sin embargo, supongo que estaban desconcertados conmigo. No sabían mi participación y debían averiguarla.

»Miré hacia alrededor rápidamente. El hombre más pequeño estaba aún detrás de mí, moviéndose conmigo. El más grande, que debía pesar unas 250 libras, realmente con muy poco de ellas en grasa, permanecía tranquilamente delante de mí. A pesar de lo que había sucedido en el bar, todavía no tenían temor de mí. Era una vez más la ventaja del tamaño pequeño.

»Dije, “Esta joven dama y yo tenemos una cita. Nos iremos y ustedes se sentirán como en su casa”.

»Dijo, “Ésa no es respuesta, señor”.

»Hizo un gesto con la cabeza y vi por el rabo del ojo que el hombre más pequeño se movía. Levanté mis brazos a la altura de mis hombros cuando me sujetó del pecho. No tenía sentido permitir que mis brazos quedaran sujetos si podía evitarlo. El hombre más pequeño sujetó firmemente, pero se necesitaba más fuerza que las que él tenía para quebrar mis costillas. Esperé que estuviera bien colocado y esperé que el hombre grande me lo diera.

»Dijo, “Necesito una respuesta, señor, y si no obtengo una rápidamente, tendré que lastimarlo”.

»Se acercó, y una mano se levantó para castigar.

»Lo que siguió tomó menos tiempo del que llevará explicarlo, pero fue algo así. Mis brazos fueron hacia arriba y atrás, y alrededor de la cabeza del hombre más pequeño, para asegurarme de que tenía un buen respaldo, y entonces mis pies se levantaron.

»Mi pie izquierdo apuntó a la ingle del caballero grande y no hay hombre que no se estremezca ante eso. La cadera del hombre grande se encogió hacia atrás y su cabeza se inclinó automáticamente hacia abajo y se encontró con el talón de mi zapato derecho que subía. No es una maniobra fácil, pero la he practicado lo suficiente.

»Tan pronto como mi talón hizo contacto, ajusté el abrazo y lancé mi cabeza hacia atrás. La mía y la del hombre más pequeño hicieron duro contacto y no lo disfruté, pero la parte posterior de mi cabeza no era tan sensible como la nariz del hombre detrás de mí.

»Desde el punto de vista de la mujer, imagino que no podía tener una clara visión de lo que había sucedido. En un momento, yo parecía desamparadamente inmovilizado y entonces, después de un movimiento veloz, estaba libre, mientras mis atacantes estaban aullando.

»El hombre más pequeño estaba sobre el piso con una mano sobre el rostro. Le pisé duramente un tobillo para desalentar cualquier intento de levantarse. No, no son las reglas del Marqués de Queenberry, pero no había árbitros por allí.

»Me volví para enfrentar al hombre más grande. Sacó las manos del rostro. Le había pegado en la mandíbula y estaba sangrando abundantemente. Deseaba que no le quedaran deseos de pelear, pero sí. Con un ojo que rápidamente se le cerraba, vino gritando hacia mí en furia ciega.

»No estaba en peligro por ese ataque loco si podía esquivarlo, pero una vez que me sujetara en el estado actual, estaría en serios problemas. Retrocedí, me retorcí. Volví a retroceder y retorcerme. Esperaba la oportunidad de volver a golpearlo en el mismo punto.

»Desafortunadamente, estaba en una habitación extraña. Retrocedí y me retorcí, y caí pesadamente encima de un cojín. Él estaba sobre mí, su rodilla sobre mis muslos, sus manos en mi cuello, y no había manera de poder aflojar ese agarre en el momento.

»Pude escuchar el fuerte golpe seco aun a través del rugido de la sangre en mis oídos, y el hombre grande cayó pesadamente sobre mí, pero el agarre de mi garganta se había aflojado. Me escurrí de abajo con grandes dificultades aunque la mujer hacía lo mejor que podía para levantarlo.

»Ella dijo, “Tenía que esperar que dejara de moverse”. Había un candelabro cerca de él, una pesada pieza de hierro forjado.

»Permanecí sobre el piso, tratando de recuperar el aliento. Dije, en un jadeo, “¿Le ha matado?”.

»“No me hubiera importado si lo hacía”, dijo ella indiferente, “pero todavía respira”.

»Ella no era exactamente una heroína desamparada. Era su departamento, de modo que sabía dónde encontrar el tendedero, y estaba atando muy eficientemente los tobillos y muñecas de ambos hombres. El más pequeño gimió cuando ajustó la soga en los tobillos, pero a ella no se le movió un pelo.

»Dijo, “¿Por qué demonios hizo lío con la respuesta cuando le pregunté en el bar acerca del béisbol? ¿Y por qué demonios no trajo más gente con usted? Admito que usted es un pequeño molino de viento, pero, ¿no podía haber traído un respaldo?”

»Bien, realmente no esperaba gratitud, pero... Le dije, “Señora, no sé de qué está hablando. No sé nada acerca del béisbol, y no voy por allí con escuadrones”. Ella me miró duramente. “No se mueva. Haré un llamado telefónico”.

»“¿A la policía?...”

»“En cierto modo”.

»Se fue a la otra habitación a llamar. Por privacidad, supuse. Confiaba que me quedaría donde estaba y sin hacer nada. O pensó que era tan estúpido para hacerlo. No me importó. No había terminado de descansar.

»Cuando regresó, dijo, “Usted no es uno de los nuestros. ¿Qué fue esa afirmación acerca del béisbol?”

»Dije, “No sé quiénes son nosotros, pero no soy uno de nadie. Mi afirmación acerca del béisbol era una afirmación. ¿Qué más?”

»Dijo, “Entonces, ¿cómo...? Bien, es mejor que se vaya. No hay necesidad de que se mezcle en esto. Me haré cargo de todo. Salga y camine cierta distancia antes de llamar un taxi. Si un coche se acerca a este edificio mientras está en los alrededores, no se vuelva, y por amor de Dios, no regrese”.

»Me estaba empujando y estaba afuera, en el patio, cuando me dijo, “Pero al menos usted sabía lo que le estaba diciendo en el bar. Me alegra que haya estado allí esperando”.

»¡Al fin! ¡Gratitud! Le dije, “Señora, no sé qué...”, pero la puerta fue cerrada detrás de mí.

»Caminé muy rápidamente hasta el apartamento de mi amigo. No dijo nada sobre mi retraso de una hora, o sobre mi deplorable aspecto, y no dije nada de lo que había sucedido.

»Y lo que sucedió fue: nada. Nunca escuché nada más. No hubo repercusiones. Y es por eso que es una historia insatisfactoria. No sé quiénes eran esas personas, lo que



estaban haciendo, de qué se trataba todo... Ni siquiera sé si estaba ayudando a los chicos buenos o a los malos, o si al menos había chicos buenos. Podía haber quedado entre dos bandas de terroristas jugando una con la otra.

»Pero esa es la historia acerca de mi conocimiento fingido del béisbol.

Cuando Just terminó, un silencio plano e incómodo flotó sobre la habitación, un silencio que parecía enfatizar que por primera vez en la memoria viviente un invitado había contado una historia bastante larga sin haber sido interrumpido.

Finalmente, Trumbull lanzó una mirada cansada, y dijo:

—Confío en que no se ofenderá, señor Just, si le digo que creo que nos está tomando el pelo. Ha inventado una historia muy dramática para nuestro beneficio, y nos ha entretenido —al menos a mí— pero no puedo aceptarlo.

Just se encogió de hombros, y pareció no ofenderse.

—La he adornado un poco, la he lustrado un poco... Soy un escritor, después de todo... pero es bastante cierta.

Avalon se aclaró la garganta.

—Señor Just, Tom Trumbull es algunas veces apresurado en llegar a conclusiones, pero en este caso estoy forzado a coincidir con él. Como dice, usted es un escritor. Siento mucho decir que no he leído ninguno de sus obras, pero imagino que escribe lo que se denomina historias de detectives, de tipos rudos.

—A propósito, no lo hago —dijo Just, con compostura—. He escrito cuatro novelas que son, espero, realistas, pero no excesivamente violentas.

—Es un hecho, Jeff —dijo Rubin, sonriendo.

—¿Le crees, Manny? —dijo Gonzalo.

Rubin se encogió de hombros.

—Nunca encontré que Darius fuera un mentiroso, y sé que sucedió algo, pero es difícil para un escritor resistir la tentación de hacer ficción para lograr efecto. Perdóname, Darius, pero no juraría cuánto de eso es verdad.

Just suspiró.

—Bien, sólo para el registro, ¿hay alguien aquí que crea que lo que les conté realmente sucedió?

Los Viudos Negros permanecieron en un silencio embarazoso, y entonces se escuchó una tos suave proveniente del aparador.

—Vacilaba de meterme, caballeros —dijo Henry—, pero a pesar de la naturaleza excesivamente romántica de la historia, me parece que tiene una oportunidad de ser verdad.

—¿Una oportunidad? —dijo Just, sonriendo—. Gracias, camarero.

—No subestime al camarero —dijo tiesamente Trumbull—. Si él piensa que hay una oportunidad de que la historia sea verdad, estoy preparado a revisar mi opinión. ¿Cuál es tu razonamiento, Henry?

—Si la historia fuera ficción, señor Trumbull, estaría perfectamente cerrada. Ésta tiene una falla interesante la que, si tiene sentido, no puede ser accidental... Señor Just, justo al final de la historia nos contó que la mujer afirmó su creencia de que usted sabía lo que ella estaba diciendo en el bar. ¿Qué le había dicho?

—Es un cabo suelto —dijo Just—, porque no me dijo una maldita cosa. Pude fácilmente haber inventado algo, si no estuviera diciendo la verdad.

—O pudo dejarlo suelto ahora —dijo Halsted—, en aras de la verosimilitud.

—Y aun si su historia es precisa —dijo Henry—, ella sí puede haberle dicho algo, y el hecho de que usted no lo comprenda es la evidencia de su verdad.

—Habla en acertijos, Henry —dijo Just.

—Usted, en su historia —dijo Henry—, no mencionó ubicaciones; tampoco la localización del bar, ni del complejo de apartamentos donde vive su amigo. Hay una buena cantidad de tales complejos de apartamentos en Manhattan.

—Lo sé —interrumpió Rubin—, vivo en uno de ellos.

—El suyo, señor Rubin —dijo Henry—, está en la Avenida Extremo Oeste. Sospecho que el complejo de apartamentos del amigo del señor Just está en la Primera Avenida.

Just pareció asombrarse.

—Lo está. ¿Cómo supo eso?

—Considere la primera escena de su historia —dijo Henry—. La mujer en el bar sabe que está en manos de sus enemigos y no se le permitiría salir excepto bajo escolta. Los dos hombres del bar estaban simplemente esperando a sus cómplices. La llevarían a su departamento por razones propias. La mujer pensó que usted era uno del grupo de ella, sintió que usted no podía hacer gran cosa en el bar, pero le quería en escena, cerca de su apartamento y con refuerzos.

»Por consiguiente le lanzó cerezas al marrasquino —un gesto aparentemente inofensivo, y posiblemente con intenciones de ligue, aunque despertó las sospechas de los dos hombres del bar.

—¿Qué hay con eso? —dijo Just.

—Ella tenía que trabajar con lo que podía encontrar —dijo Henry—. Las cerezas eran pequeñas esferas —pequeñas bolas— y ella lanzó cuatro a usted, una a la vez. Usted había declarado ser un fanático del béisbol. Ella le envió cuatro bolas, y, en idioma del béisbol, como todo mudo sabe, cuatro bolas significan cuatro lanzamientos fuera de la zona del golpe, quiere decir que el bateador puede avanzar a la primera base. Más coloquialmente, “caminar a primera”. Eso es lo que ella le estaba diciendo a usted, y usted, casi sin comprenderlo, sí caminó hasta Primera Avenida por las razones que usted sabe.

Just se veía estupefacto.

—Nunca pensé en eso.

—Porque usted todavía no incorporó el incidente al relato —dijo Henry— es que pensé que su historia es esencialmente verdadera.

## POSTFACIO

*Una vez escribí una novela titulada “Murder at the ABA” (Asesinato en la Convención) en la que mi héroe era un tipo pequeño llamado Darius Just. Ese libro me gustó mucho.*

*(Habitualmente, me gustan mucho mis libros, lo que es una suerte. ¿Puede imaginar cómo sería mi vida de miserable si me disgustaran mis libros, considerando cuántos escribí?)*

*Particularmente, me gustó Darius, y mantuve el plan de escribir otros libros en la serie, pero de alguna manera nunca tuve oportunidad. En primer lugar había muchos libros de no-ficción que tenía que escribir entonces, y cuando llegó el momento en que Doubleday me agarró del cuello y me dijo que tenía que escribir más ficción, ellos dejaron bien en claro que querían decir ciencia ficción.*

*De modo que mis deseos de novelas adicionales con Darius Just se fueron apagando... al menos por un tiempo.*

*Pero entonces se me ocurrió que no había nada que me prohibiera poner a Darius en alguna historia corta ocasional e imaginé “La mujer en el Bar” específicamente para él.*

*Cuando Fred publicó la historia en el ejemplar de EQMM del 30 de junio de 1980, la llamó “The man Who Pretended to Like Baseball”<sup>[41]</sup>, y ese es un ejemplo de título que no me gustó. Demasiado largo y demasiado fuera de lugar en mi opinión. De modo que acá está como “La mujer del bar”.*

## El conductor (1980)

---

“The Driver”

Roger Halsted miró por encima de su trago y dijo con voz suave:

—El humor exitoso tiene sus incongruencias. Es por eso que la gente se ríe. El cambio repentino de puntos de vista lo provoca y cuanto más repentino y extremo sea el cambio, más fuerte la carcajada —Su voz adquirió el leve tartamudeo que señalaba sus momentos más formales.

James Drake reflexionó.

—Bueno, puede ser, Roger, hay montones de teorías acerca del humor, pero por mi experiencia, una vez que has diseccionado un chiste, estás donde estás cuando diseccionas un sapo. Muerto.

—Pero has aprendido algo... Piensa en un chiste.

—Estoy tratando de hacerlo —dijo Drake.

Mario Gonzalo, resplandeciente en una camisa púrpura con cuello de tortuga debajo de la chaqueta color beige, dijo:

—Intenta con Manny Rubin.

Emmanuel Rubin, después de observar con recelo a Gonzalo, y volverse con una expresión de innegable dolor, dijo:

—Declaro no tener experiencia en humor. Mis escritos son invariablemente serios.

—No estoy hablando de tus escritos —dijo Gonzalo—. Estoy hablando de ti.

—Respondería eso, Mario —dijo Rubin—, pero vestido como estás, tienes una ventaja injusta. Sigo batallando con la náusea.

El banquete mensual de los Viudos Negros estaba a pleno ritmo y Henry, el camarero indispensable en estas funciones, anunció que la cena estaba servida.

—Tranquilo con la comida, Manny —dijo Mario—, que hoy tenemos asado con budín de Yorkshire, me dice Henry, y no queremos problemas con tu delicado intestino ni con tu grosero ingenio.

—Escribes tu propio material, por lo que veo —dijo Rubin—. Malo... Ah, aquí está Tom.

La mata blanca de cabello de Tom Trumbull apareció mientras se movía rápidamente escaleras arriba, seguida por el resto de él.

—Lo siento, caballeros, una crisis familiar menor, todo arreglado y... Gracias, Henry —Tomó agradecido su copa de escocés con soda—. ¿Han comenzado a comer ya?

—Roger está poniendo manteca en su pan —dijo gravemente Roger Halsted—, pero eso es todo lo que hemos tomado.

—Tom Trumbull —dijo Drake—, te presento a mi invitado, Kirn Magnus. Es un

exobiólogo.

Trumbull estrechó su mano.

—Perdóneme, señor Magnus. No comprendí la descripción de su trabajo que dio Jim.

Magnus era alto y delgado, con cabello negro y lacio un poco largo y cara de niño. Habló rápido, pero con intervalos de cuidadosa pronunciación.

—Exobiólogo, señor Trumbull. Exo, un prefijo griego que significa “afuera”. Personalmente prefiero xenobiólogo, que suena como si comenzara con z pero es xenó, de una palabra griega que significa “extraño”. De cualquiera de las dos maneras, es el estudio de la vida en otros mundos.

—Como marcianos —dijo Trumbull.

—O Mario en su camisa —dijo Rubin.

—El asunto evoca risas, lo admito —dijo Magnus sonriendo—. Hay cierta incongruencia en un campo de estudios que no incluye casos conocidos y, como estaba diciendo el señor Halsted, la incongruencia es la verdadera cuestión del humor.

—Exactamente —dijo Halsted, tragándose un bocado de riñón sobre tostadas—. Le daré un ejemplo. Jack está sentado triste en un bar, mirando su cerveza. Entra Bob, mira a Jack y dice, “¿Qué te pasa?”. Responde Jack, “Mi mujer se fue con mi mejor amigo”. Bob le dice, “¿De qué estás hablando? Yo soy tu mejor amigo. Y Jack responde, “Ya no más”.

Hubo una carcajada general y aun Trumbull esbozó una sonrisa.

—Ya ve —dijo Halsted—, se permite suponer que Jack está deprimido hasta las tres últimas...

—Ya lo comprendemos, Rog —dijo Rubin—. No necesitas reelaborarlo.

—O como en el siguiente...

—Dios sea alabado —dijo Trumbull cuando Drake golpeteó la copa de agua con la cuchara—. Henry, sirve mi brandy doble. ¡Oh, ya lo has hecho!

—Sí, señor —dijo Henry, sobriamente—. Me anticipé a la necesidad cuando el señor Halsted comenzó a citar limericks<sup>[42]</sup>.

—Te he recordado en mi testamento, Henry, y algunas más de estas sesiones acelerarán tu papel como beneficiario... ¿Qué?

—Dije —dijo Drake con paciencia—, que me gustaría que tú hagas los honores, Tom, y que cocines a nuestro exobiólogo.

—Será un placer —dijo Trumbull—, si se me permite tomar un sorbo vigorizante... Ah. Ahora, señor Magnus, es habitual que comencemos preguntando al invitado cómo justifica su existencia, pero haré la pregunta menos general... ¿Cómo es que el rol de exobiólogo justifica su vida?

Magnus sonrió.

—¿Creerían en la gloria de la búsqueda del conocimiento?

—Para usted, ciertamente, y para mí, tal vez... pero sus investigaciones pesan mucho en la cartera pública. ¿Cómo justifica su existencia para el contribuyente?

—Desearía poder hacerlo, señor Trumbull. Desearía poder decirle en voz tan alta que pueda ser escuchada: “Señor, el mundo gasta 400 billones de dólares cada año para sus variadas instalaciones militares para comprar nada más que un seguro aumento de la destrucción. Demos un 0,1 por ciento de eso para ganar lo que puede ser un conocimiento fundamental concerniente al Universo”.

Avalon sacudió su cabeza gravemente y dijo:

—Eso no funcionará, Dr. Magnus. El público ve la defensa nacional como su seguridad contra la invasión y opresión de extranjeros odiados. Pueden estar equivocados, ¿pero qué tiene usted que ofrecer a cambio? ¿Qué pasa si usted descubre vida en Marte? ¿A quién le importa? ¿Por qué debería importarle a alguien?

Magnus suspiró.

—De alguna manera no esperaba encontrar filisteos aquí.

—Hago alegato del caso filisteo —dijo Avalon—, para reducir mi exorbitante cuenta de impuestos. ¿Qué responde a eso?

—Que su cuenta de impuestos es exorbitante por razones que no tienen nada que ver con la exobiología o con la ciencia, y sí mucho que ver con desatino y corrupción, a lo ancho del mundo. Si hubiéramos descubierto vida en Marte, la cual, como los desembarcos vikingos, es muy improbable, entonces sin importar lo simple que sea, ofrecerá la observación, en primer lugar, de una estructura de vida para nada relacionada con nosotros mismos.

»Todas las formas de vida de la Tierra, plantas, animales, bacterias y virus, están formadas sobre el mismo esquema; todas, las casi dos millones de especies son interconvertibles en el sentido de que cualquiera de ellas puede ser parte de una cadena de alimentos que termine en otra. La vida marciana, sin importar lo simple que pueda ser, duplicaría instantáneamente las variedades de vida que conocemos, lo cual resulta en incalculables beneficios posibles para un biólogo, y para todos nosotros por supuesto. Después de todo, cuanto mejor podamos comprender la vida, mejores serán nuestras oportunidades en cosas como la cura de enfermedades y la prolongación de la vida.

—Pero el hecho —interrumpió Rubin— es que probablemente no haya vida en Marte, ni siquiera la más simple.

—Las probabilidades —dijo Magnus— son que no la haya.

—Ni en ningún lugar del sistema solar.

—Posiblemente no.

—Y si la hubiera, después de todo, podría estar formada sobre el mismo plan que la terrestre.

—Es imaginable.

—Y si no lo estuviera, la diferencia podría no ayudarnos a comprendernos a nosotros mismos para nada.

—Odiaría creer eso, pero supongo que es posible.

—Entonces, y haciendo de abogado del diablo —dijo Rubin—, ¿no diría que las probabilidades que ofrece no merecen el dinero que solicita?

—Manny —dijo Trumbull—, es peor que eso. No creo que la exobiología se ocupe de sólo el sistema solar. ¿No existen planes de tratar de detectar señales de radio de origen inteligente desde otras estrellas?

—Desde planetas que giran alrededor de otras estrellas, sí —dijo Magnus.

—¿Y eso no costaría millones de dólares?

—Algunos millones si se hace apropiadamente.

—Y si localizamos esta vida y llamamos su atención hacia nosotros, ¿entonces qué? ¿Nos invadirán y nos someterán? ¿Es para eso que pagaremos tantos millones?

Por primera vez, Magnus permitió que una expresión de impaciencia cruzara su rostro.

—En primer lugar —dijo— solamente estamos escuchando. El proceso es SETI, “serach for extraterrestrial intelligence”<sup>[43]</sup>. Si recibimos señales no necesitamos tratar de responder si no lo deseamos. En segundo lugar, las oportunidades son que si recibimos las señales, la fuente estará en cualquier lugar a cientos de años luz desde acá. Eso significa que llevará de décadas a siglos recibir cualquier mensaje que les enviemos y con conversaciones como ésa, el peligro no parece inminente. En tercer lugar, incluso si se pudieran mover más rápido que la luz y quisieran encontrarnos, no tenemos razones para suponer que la conquista y la destrucción sea lo que tienen en mente. Pensamos eso solamente porque insistimos en transferir nuestra propia bestialidad a ellos. En cuarto lugar, en todo caso, ya hemos delatado nuestra existencia. Hemos estado dejando escapar radiación electromagnética de origen claramente inteligente por ocho décadas y el escape ha ido creciendo constantemente y más intensamente cada año. De modo que ellos sabrán que estamos acá si quieren escuchar. Y en quinto lugar... —se detuvo de repente.

—Lo recita —dijo Trumbull— como si tuviese muchas oportunidades de repetir la lista.

—Así es —dijo Magnus.

—Entonces, ¿por qué se detuvo? ¿Ha olvidado el quinto punto?

—No, de hecho, es el más fácil de recordar. No estamos gastando millones de dólares, verá, de modo que los que pagan impuestos no tienen que preocuparse por su dinero ni por su vida. En realidad, no estamos gastando casi nada.

—¿Y qué del Proyecto Cíclope? —preguntó Rubin—. Más de mil radio-telescopios computarizados escuchando al unísono las señales de cualquier estrella dentro de los mil años-luz, una por una. No me diga que no costará una fortuna.

—Por supuesto, y es una bicoca, también, a casi cualquier precio. Aun si no recogemos ninguna señal de origen inteligente, ¿quién puede decir los descubrimientos extraños e inesperados que podemos hacer cuando sondeemos el Universo con un instrumento en magnitudes más refinadas que cualquier cosa que utilicemos ahora?

—Exactamente —dijo Rubin—. ¿Quién puede decirlo? Nadie. Porque no encontrará nada.

—Bueno, no es punto de discusión —dijo Magnus—. Es muy dudoso que obtuviéramos alguna vez los fondos necesarios enviados por el Congreso. Hasta ahora, ha sido suficientemente duro conseguir el dinero para asistir a conferencias internacionales sobre el tema y aun eso ha sido restringido gracias a la más maldita serie de circunstancias —un gesto de infelicidad cruzó su rostro.

Hubo un breve silencio y entonces Avalon, juntando sus formidables cejas, dijo:

—¿Le importaría describir esas circunstancias, Dr. Magnus?

—No hay mucho que describir —dijo Magnus—. Hay una pesada niebla de sospechas que no se despeja y eso juega directo a las manos de los millones-para-la-defensa-pero-ni-un-centavo-para-la-banda de tontos sobrevivientes.

Gonzalo parecía encantado.

—Una espesa niebla de sospechas es justo lo que nos gusta escuchar. Díganos los detalles.

—No sería muy discreto si lo hiciera.

—Nada dicho aquí es repetido afuera —dijo Trumbull inmediatamente—. Somos todos discretos y eso incluye a nuestro estimado camarero, Henry.

—Cuando digo que no sería discreto decirles los detalles —dijo tristemente Magnus—, me estoy refiriendo a mi propio desatino. Me temo haber sido el causante del problema y encuentro embarazoso discutirlo.

—Si eso es lo que está molestándole —dijo Trumbull—, entonces, por favor, díganos. La confesión es buena para el alma, y aunque esa fuese condición para la cena, como no dudo que se lo haya dicho Jim, sí lo es el sometimiento a nuestro interrogatorio.

—Me lo dijo —dijo Magnus—. Muy bien.

»Algún tiempo atrás tuvimos un encuentro internacional, para los que estaban interesados en SETI, en New Brunswick, en Canadá. Los soviéticos enviaron un numeroso contingente de algunos de sus astrónomos de más alto vuelo, y por supuesto, nosotros nos presentamos en grupo, tal como los canadienses, británicos, franceses, australianos, japoneses, y un surtido de otros, incluyendo unos pocos de Europa del Este.

»También estaba el personal auxiliar —por ejemplo, traductores, aunque la mayoría de los asistentes podían hablar bien el inglés. Por extraño que parezca, el



inglés coloquial más puro vino del único delegado búlgaro, que hablaba como un nativo de Ohio en una reunión social, pero que insistió en hablar en búlgaro y utilizar un intérprete en las sesiones formales, tal vez para mostrar su costado ortodoxo a los soviéticos —pero eso es igual allá que aquí.

—Estoy bastante seguro de que había unos cuantos pesados soviéticos que, como hecho real, eran parte de su aparato de seguridad. También estoy igualmente seguro de que también estaba presente algún personal de seguridad americana.

—¿Para qué, señor Magnus? —dijo Gonzalo—. ¿Qué peligro hay en escuchar a las estrellas? ¿Están los soviéticos temerosos de que realicemos alianzas con algunos hombrecitos verdes y en contra de ellos?

—¿O viceversa? —preguntó Halsted secamente.

—No, pero el conocimiento es indivisible —dijo Magnus—. Aquellos de nosotros que somos expertos en radio-astronomía sabemos bastante acerca de ciertas cosas como el reconocimiento de satélites y satélites asesinos, y sobre manipulación, redireccionamiento y aborto de reconocimiento. De ambos lados, aun así, están ansiosos por prevenir que sus propios hombres sean indiscretos y por atrapar a sus grupos contrarios por ser demasiado conversadores.

—Me parece —dijo Avalon— que esa seguridad sería inútil en tales cuestiones. ¿Podría un operativo de la CIA saber si un astrónomo ha sido indiscreto cuando probablemente no puede comprender el asunto?

—Usted desestima —dijo Magnus— el entrenamiento a que se someten los agentes especiales. Los astrónomos actuales, de ambos lados, son el doble por seguridad. No menciono nombres.

—No tiene sentido llegar hasta eso —dijo Trumbull—, ¿Puede usted continuar, Dr. Magnus?

—Por cierto —dijo Magnus—. He detallado el tamaño de la delegación completa en orden de explicar que no podíamos ser alojados en un solo lugar. De hecho, el sitio de New Brunswick, aunque adecuado como un punto casi neutral —habíamos tenido un encuentro previo en Finlandia— y aunque estaba aislado y era hermoso, sin mencionar que tenía canchas de tenis y pileta de natación, no ofrecía alojamiento adecuado. El personal estaba disperso y el gobierno de Canadá proveía el transporte.

»Teníamos varios coches, cada uno con conductor, y estaban en constante demanda. Los americanos utilizaban una limosina que podía transportar a seis fácilmente, aunque el conductor hubiera llevado rápidamente a un solo pasajero de ida y vuelta. Un desperdicio de combustible, pero conveniente.

»El conductor era Alex Jones, un joven animado de cerca de treinta años, quien parecía tener la idea fija de que éramos astrólogos. Era ignorante como nadie podía serlo sin ser realmente un retardado, pero estaba fascinado con nosotros. Nos conocía a cada uno y nos llamaba con alguna extraña derivación de nuestros nombres.

»Yo la saqué bastante barata. Me llamaba Maggins, lo que está bastante cerca, y una vez Maggots, que no está tan cerca. No me importaba y no traté de corregirle. Alfred Binder, del estado de Arizona, era repetidamente llamado Bandage<sup>[44]</sup>, y sin embargo se enfurecía cada vez. Algunas veces Binder le gritaba al joven de una manera casi fuera de lugar.

—¿Puedo interrumpir, Dr. Magnus? —dijo Avalon—. ¿No está saliéndose del tema? Parece que estuviera recordando casi sin rumbo fijo.

Hubo un rastro de tiesura en la respuesta de Magnus.

—Lo siento, señor Avalon, pero esto es esencial para la historia. Hay poco que sea sin rumbo fijo en mi manera de pensar.

Avalon se aclaró la garganta y dijo en tono apagado:

—Mis disculpas, señor —entonces tomó un algo agitado sorbo de lo que era claramente una copa vacía de brandy. Henry, tranquilo, la volvió a llenar inmediatamente.

—No hay ofensa, señor —dijo Magnus—. Alex no era el único conductor, por supuesto. Al menos había media docena, pero era el que habitualmente daba servicio a la delegación americana. Creo que Binder, ocasionalmente, se colaba con los canadienses o los británicos tan sólo por alejarse de Alex. Sospecho que se hubiera ido con los soviéticos si hubiera pensado que podía aclararlo con la seguridad de ambos lados.

»Debo confesar la que irritación de Binder con Alex me divertía. Mi sentido del humor tiende a ser desconsiderado ahora y entonces, y cuando Binder estaba en el coche instaba a Alex a hacer preguntas. Invariablemente preguntaba qué constelaciones estábamos estudiando, por ejemplo, y cuál constelación era afortunada ese día. Una vez, incluso, llamé a Binder como “Dr. Bandage” cuando estábamos en el coche —no realmente a propósito— y después explotó sobre mí.

—La gente —dijo Rubin— suele ser sensible respecto a sus nombres.

—Eso es seguro —dijo Magnus—, y, como les dije, no estoy muy orgulloso con la dirección que mi sentido del humor toma, pero cuando estoy en vena, por así decirlo, no puedo resistirme a una broma.

»Por supuesto, no supondrán que estas conversaciones en el coche eran otra cosa que tonterías. De hecho, debería decir que la mayoría de los delegados hablaban sobre sus trabajos con intensidad febril, ya que estábamos allí como nuestra propia camarilla. Alex escuchaba sin comprender una palabra y para mí eso era un incentivo adicional, porque amaba sus lanzamientos fuera del blanco. Una vez que alguien mencionó Cygnus XI —el famoso agujero negro, ya saben— Alex dijo, “Somos todos pecadores, pero no podemos evitarlo. Está en las estrellas”. En ese momento no me di cuenta qué quería decir, pero nunca estaba completamente fuera de base. Era una cuestión de “Cygnus” y “sinner”<sup>[45]</sup> y Alex los asoció libremente.

»Pero la conferencia estaba llegando al cierre. Todos habíamos dado nuestras charlas, habíamos tenido discusiones informales durante las comidas y en los descansos de la tarde, y en el día previo al último teníamos un simposio, que incluía a seis de los asistentes más vociferantes, cuyas actitudes eran tan diferentes que prometía algún excitante toma y daca.

»Un grupo de nosotros éramos llevados a almorzar, con el simposio programado para esa tarde, y las personas dentro del coche estaban especulando en cuán agitadas serían las discusiones. Absolutamente lejos de querer provocar problemas, y en orden de molestar a Binder, dije, “¿Y qué piensas de las personas que estarán en el simposio, Alex?”

»Alex dijo, “Pluhtahn” en voz baja y después, “¿Pluhtahn? ¿Quién es él?”

»Allí fue donde Binder desbordó. “¿Qué sentido tiene preguntarle a este idiota? Dios sabe a qué pobre diablo le arrostró ese nombre o de qué está hablando. ¿Por qué demonios le animas?”

»A su vez, eso me puso rebelde. Dije, “Vamos, puede que no entienda los nombres muy bien, pero se refiere a una determinada persona”.

»Binder dijo, “No hay nadie en nuestro grupo cuyo nombre sea algo como Pluhtahn. Es una idiotez”.

»“Él no es un idiota” dije en voz baja, y ansioso de probarlo dije, “Vamos, Alex, ¿quién es Pluhtahn? ¿Cómo es?”

»Pero Alex se veía terriblemente contrariado. Podía ver su perfil cuando me inclinaba sobre el respaldo del asiento delantero. Sus labios estaban temblando y tuvo que tragar antes de poder decir algo. Claramente, la furia de Binder lo había atemorizado. Murmuró, “Supongo que he cometido un error, señor Maggins”.

»Se mantuvo callado por el resto del viaje, poco en realidad, y cuando nos bajamos nos ofreció su acostumbrado movimiento de mano y su sonrisa llena de dientes. ¡Pobre tipo! Lo llamé pero no respondió. No pude evitar pensar que Binder era un tonto pomposo.

»Si lo hubiera dejado así, todo habría estado bien, pero por puro azar, Yuri se sentó cerca de mí durante el almuerzo.

»Yuri era un miembro del grupo soviético, por supuesto; un hombre regordete, bastante corpulento, quien era calvo excepto un fleco de cabello negro, que mantenía corto. Siempre vestía un traje gris y una corbata marrón, y a pesar de ser un excelente radio-astrónomo, estaba siempre malhumorado. Nunca le vi sonreír y probablemente por eso no pude resistir hacerle una broma... Eso, mi problemático sentido del humor.

»Le dije, “¿Qué es lo que escuché, Yuri, sobre que anduviste en nuestra limosina?”

»Bajó el cuchillo y se quedó mirándome con indignación, “¿De qué estás hablando?” Hablaba inglés bastante bien, como la mayoría de los soviéticos —lo que

era humillante para nosotros, en cierto modo, ya que ninguno podía hablar más de unas pocas palabras en ruso.

»Verán, el apellido de Yuri era Platonov, acentuada en la segunda sílaba, y me parecía que si Alex lo hubiera llevado en el coche, el nombre Pluhtahn es el que podía haber entendido. Por supuesto, sabía que Platonov no hubiera usado nunca nuestro coche. De todo el grupo soviético entero, era el menos posible de hacer algo no-ortodoxo. Nunca fue amistoso y algunos de nosotros estábamos convencidos de que era miembro de la seguridad soviética.

»Por supuesto, eso hacía que el chiste me pareciera bastante poco sólido. Le dije, “Nuestro conductor, Alex Jones, te ha mencionado, Yuri, de modo que sumé que estuviste viajando y hablando con él. ¿Qué estuviste haciendo? ¿Tratando de hacer que desertara?”

Yuri se puso furioso. Dijo, “¿Es un chiste? Te lo advierto, elevaré una protesta. No creo que una reunión de científicos sobrios sea el lugar de afirmaciones desagradables”.

»Bueno, era desagradable, lo supongo, y además Yuri había levantado la voz y las personas nos miraban desde todas partes de la habitación. Me aparté. Dije, “No te ofendas, Yuri, solamente mencioné el simposio a nuestro conductor y murmuró algo como Pluhtahn y pensé que podía tomarte el pelo. Nuestro conductor siempre entiende mal los nombres y eso no quiere decir nada”.

»Yuri dijo malhumorado, “Guárdate las bromas”. Se puso a comer y no me miró ni me habló durante el resto de la comida. De hecho, no dijo nada a nadie y parecía bastante ensimismado.

»Mi conciencia me molestaba. Podía no ser parte de la seguridad soviética. Podía, de hecho, ser muy vulnerable. Si alguno del lado soviético me había escuchado, todas las protestas de Yuri y toda mi insistencia de que sólo era un mal chiste, podían no ser suficientes. La flecha irracional de la sospecha podía caer sobre él y, posiblemente, su carrera estaría arruinada. Para el momento en que llegué a esa conclusión, me sentía bastante enfermo, y no disfruté del simposio.

»De hecho, el simposio estaba un poco deslucido. Se descontaba que Yuri, que era uno de los participantes, hiciera unos buenos fuegos artificiales, pero no ofreció ninguno. Parecía ausente, como si tuviera algo en mente. Yo me sentía muy mal, por supuesto, y las cosas se pusieron peores...

En este punto, Gonzalo interrumpió.

—¡No me diga que a este muchacho Platonov tuvo problemas y fue enviado a Siberia!

—No, no hasta donde sé —dijo Magnus—. Lo que sucedió fue que esa noche, la última de nuestra conferencia, Alex murió.

—¿El conductor? —dijo Avalon, claramente asombrado.

—¿Cómo murió? —dijo Trumbull.

—Bueno, es así —dijo Magnus—. No fue una muerte natural. ¿Recuerdan que mencioné a un búlgaro en el grupo quien hablaba un excelente inglés? Bueno, él estaba conduciendo uno de los pequeños coches reservados para el contingente soviético hacia el pueblo, para hacer una especie de encargo o algo así, y dijo que Alex entró en la carretera, a toda velocidad, por delante de él, y que no hubo manera de evitarlo.

—¿Sucedió en el pueblo? —preguntó Rubin.

—No, en el campo, cuando el resto de nosotros nos reunimos en un momento social, por así decirlo, después de la cena, y la mayoría estábamos allí cuando llegó la policía. Era claro que el búlgaro —su nombre era Gabrilovich, ya que estamos— esperaba ser encarcelado y acusado de asesinato, y temía los excesos de la policía capitalista-imperialista, pero no sucedió nada de eso, por supuesto. Él era un huésped honorario de la nación y se le dio el beneficio de la duda. Durante la noche fue realizada la autopsia y parece que Alex estaba atiborrado de alcohol. Estaba lo bastante borracho para haberse metido en la carretera a toda velocidad y sin precauciones.

»Llevamos a cabo la sesión final de resumen la siguiente mañana —a la que no asistió Gabrilovich— y tuvimos permiso de salir y continuar nuestras ocupaciones después de almuerzo. El mismo Gabrilovich tuvo que quedarse un día extra para someterse a un interrogatorio adicional, lo que debe haberle atemorizado. Varios de los del lado soviético se quedaron a acompañarle y entonces también se fueron todos.

»Telefoné a la policía canadiense unos días después, pero el caso estaba cerrado. Alex no tenía familiares ni posesiones. Fue enterrado y ese fue el final de todo.

Halsted, con la alta frente enrojecida por una excitación contenida, dijo:

—Pero usted piensa que no fue accidente. ¿Correcto?

Magnus asintió.

—Dos razones. Primera, ¿qué estaba haciendo Gabrilovich solo, conduciendo hacia el pueblo, cuando las personas del lado soviético, incluyendo el Este Europeo, nunca iban en grupos menores de tres?

—Vamos, vamos —dijo Avalon—, es una costumbre, no una ley cósmica.

—La costumbre es algunas veces más segura —dijo Magnus—, y un hombre que podía hablar perfectamente el inglés, pero que usaba el búlgaro para demostrar su lealtad, no hubiera roto esa costumbre. Además, iba al pueblo a comprar una afeitadora eléctrica, dijo, porque estaba cansado de lastimarse con su navaja Bulgarian Straight. De todos modos, nunca le vi lastimaduras en el rostro y me pareció que no debía haber demostrado enamoramiento con la tecnología occidental.

—No tanto así —dijo Avalon—. Imagino que no hay nada malo en eso. Los soviéticos compran todos los productos de la degradante burguesía a que pueden

echarle mano. A decir verdad, no se andan por las ramas admirando la tecnología mientras declaran desprecio por los principios económicos que las producen.

Magnus se encogió de hombros.

—Tal vez. La segunda cosa que me molesta es simplemente que Alex no me parecía un bebedor. Los bebedores cargan las conversaciones con casuales referencias a los tragos, y Alex nunca lo hizo.

—Esa es aun más débil que la primera —dijo Avalon—. Como sabe, nunca descubrirá a un bebedor secreto. Alex era un alcohólico tratando de mantenerse lejos del trago durante una conferencia donde probablemente remojaran todo el tiempo las actuaciones. Durante la última noche, no pudo resistir, lo que le llevó a otro y otro... No, Dr. Magnus, su muerte puede no haber sido un accidente, pero lo que usted piensa puede no ser suficiente para que la policía actúe.

—Pero considere la coincidencia —dijo Magnus—. Más temprano ese día había hecho una broma a Yuri Platonov acerca de Alex y su mención del nombre Pluhtahn. Esa noche estaba muerto.

—¿Piensa que la broma —dijo Rubin, escéptico— merecía un asesinato?

—Supongan —dijo Magnus—, Yuri había estado en el coche que conducía Alex. Supongamos que había estado conversando con algún occidental, recibiendo información. Pudieron muy bien haberse despreocupado de Alex, cuya mente no estaba claramente bien equipada para ser peligrosa. Pero supongan que Alex había escuchado al occidental dirigirse al otro como Platonov y hubiera retenido el nombre. ¿Quién sabe qué más recordaría? De modo que lo mataron para evitar el descubrimiento de un importante espía en el campo enemigo.

—Claro —dijo Avalon—, las oportunidades de que un joven ignorante haya podido escuchar algo de importancia...

—Si podía identificar a quien estaba con Platonov en ese momento, y sí podía, sería suficiente. En todo caso —dijo Magnus reflexivo—, no soy el único que sospecha de muerte y traición. Sospecho firmemente que la seguridad americana había caído en la posibilidad, tal vez por lo que había escuchado por casualidad. Fui discretamente interrogado acerca de los eventos en la conferencia, y supe que algunos otros también lo habían sido. Lo que es más, hay cierta cantidad de cinta roja que retarda nuestra posibilidad de asistir a otras conferencias en el extranjero.

—En otras palabras —dijo Trumbull—, piensa que el gobierno sospecha que uno de la delegación americana en New Brunswick es un traidor, pero que no sabe quién es.

Magnus asintió sin palabras.

—¿Piensa que es verdad? —dijo Trumbull.

—No lo sé —dijo Magnus—. Odio creer que sea verdad. Pero podría serlo. Lo peor de esto es que si no hubiera sido por mi broma en el coche y en la cena, no

hubiera habido bases para suponer que la muerte de Alex fuera otra cosa que un accidente, y tal vez fue un accidente.

—No, no lo fue —dijo Gonzalo de repente—. Fue un asesinato.

—¿Sobre qué base, Mario? —dijo Rubin escandalizado.

—La mejor del mundo —dijo Gonzalo—. Cuando el Dr. Magnus dijo que Alex había muerto esa noche, sucedió que miré a Henry —y mientras el resto de ustedes registraba sorpresa, Henry asentía levemente como si lo hubiera estado esperando. Vamos, Henry, ¿qué piensas del accidente automovilístico?

Henry dudó por un momento, y entonces dijo:

—Claramente asesinato, debo decir, señor Gonzalo. Siento que soy incómodamente melodramático al decirlo, pero sospecho que Alex Jones fue rellenado de alcohol por persuasión o por la fuerza, y entonces empujado hacia la carretera justo delante del coche que conducía Gabrilovich para el solo propósito de cometer un asesinato que debía parecer un accidente.

Todos miraron a Henry con asombro.

—Esta vez, Henry —dijo Trumbull—, has ido demasiado lejos. ¿En qué puedes basar, con alguna posibilidad, ese escenario que tú mismo denominaste melodramático?

Magnus parecía bastante estupefacto por la súbita participación del camarero en la discusión.

—Sí —dijo—. ¿Por que ha dicho eso?

—Es bastante simple —dijo Henry—. Cuando mencionó el simposio, señor Magnus, Alex respondió con “Pluhtahn”. Sucede que hay un gran trabajo literario conocido como el Simposio. Mencionarlo es vincularlo, irresistiblemente, con el nombre de su autor para cualquiera con educación clásica. Sucede que el autor es Platón, y el “Simposio de Platón” es prácticamente una sola palabra; la una implica a la otra.

—¿Quiere decir —dijo Magnus— que cuando mencioné “simposio”, Alex no pudo resistir decir “Platón”? ¿Alex? No tenía educación clásica. Dudo si haya terminado la escuela.

—Es fácil simular ser simple y sin educación —dijo Henry—. Alex trabajó duro en eso. Este asunto de pronunciar mal los nombres era más bien un caso de exageración, y en sí mismo produce sospechas.

—No puede ser las dos cosas —dijo Magnus—. Si lo que trataba de decir era “Platón”, lo pronunció mal, lo que barre la teoría de alta educación.

—Ah —dijo Henry—, pero no pronunció mal el nombre de Platón, Dr. Magnus. Nosotros lo hacemos. En griego original el nombre era “Platón” y era pronunciado más cerca de “Pluhtahn” que de nuestro “Pleitou”<sup>[46]</sup>. Los rusos mantienen ambas formas de escribirlo y decirlo, y hubo un famoso alto oficial de la Iglesia Rusa

llamado Platón. Lo busqué en el Diccionario Biográfico mientras usted estaba contando la historia, sólo para asegurarme de que lo recordaba correctamente.

—Lo recordabas correctamente —dijo Avalon—. Ahora, por qué no pensé en eso. “Platón” es la palabra griega para “ancho” y Platón recibe ese sobrenombre por sus anchos hombros. Su nombre real era Aristocles.

—Pero —dijo Magnus—, ¿por qué usaría Alex la versión rusa del nombre?

—Supongo que porque era ruso, y cuando usted dijo “simposio”, la asociación libre lo atrapó en la versión rusa del nombre, más que en la inglesa. Imagino que era un agente soviético, plantado como un ciudadano canadiense, y jugando el rol de un simplón. Su misión del momento era, sin dudas, escuchar las conversaciones en el coche.

»De todos modos, cuando murmuró “Pluhtahn” y ustedes lo escucharon, Dr. Magnus, el conductor se dio cuenta que podía haber revelado su identidad. Usted dijo que él parecía preocupado. Usted pensó que era por la furia del Dr. Binder, pero sospecho que era por una razón más seria.

»Entonces, cuando usted hizo la broma al señor Platonov, él no tuvo problemas en reconocer al autor del Simposio y le pareció, también a él, que Alex se había descubierto. Aun si usted no lo vio, Dr. Magnus, podría mencionarlo a alguien que sí lo viera. Los soviéticos podían también haber supuesto que Alex ya no sería confiable; que podía ser atrapado; y que podía desertar por temor a las consecuencias. Y si se había convertido en un peligro y un estorbo vivo, mejor sería que estuviera muerto.

Magnus se quedó pensativo por un momento.

—Creo que debería informar esto.

—Esto levantará un poco el calor de los astrónomos de la conferencia —dijo Trumbull—. Si me permite, haré una llamada telefónica que pondrá en funcionamiento la maquinaria.

—Sí, sí, por supuesto —dijo Magnus—. Es extraño que Alex se saliera en esa forma cuando lo estaba haciendo tan bien.

—Oh, bueno —dijo Avalon filosóficamente—, los hombres educados que necesitan sonar tontos están bajo una presión intolerable. Tarde o temprano no pueden resistir el impulso de mostrar su erudición. Eso siempre brotará.

—Demuestras eso todo el tiempo, Jeff —dijo Gonzalo.

—Creo —dijo austeramente Avalon—, que no soy el único aquí que es culpable de eso.

—Y yo mismo —dijo Henry—, me temo no ser demasiado inocente... a ese respecto.

## POSTFACIO



*A Fred Dannay no le gustó. Al menos, me lo envió de regreso.*

*En cierta forma, era mi culpa. Esto era antes de que comenzara mis series de Union Club, y estaba trabajando duro en los Viudos Negros. Así sucedía y escribí dos en sucesión, “El Conductor”, y “El Buen Samaritano”, que es el siguiente.*

*Entonces, en un ataque de pedantería, los llevé el mismo día y los entregué juntos.*

*Esta táctica es, claramente, mala. Si un editor lee dos de tus historias al mismo tiempo, es muy posible que le guste una más que la otra. Si hubiera leído la historia más débil, sola, aislada, sin una historia similar previamente, le parecería un poco débil todavía, pero tal vez no tanto para no publicarla. Con una comparación directa con otra historia, sus falencias se agrandan, y ahí va de regreso.*

*Fred aceptó “El Buen Samaritano” y cuando “El Conductor” regresó, volví a leer las dos historias y decidí que Fred tenía razón, que “El Buen Samaritano” era la mejor de las dos.*

*La lección que aprendí, entonces, fue no tentar a un editor entregándole dos al mismo tiempo. Y (ya que tengo prejuicios) ni creo que “El Conductor” sea tan débil que deba ser descartada. Aparece aquí, impresa por primera vez.*

## El buen samaritano (1980)

---

“The Good Samaritan”

Los Viudos Negros habían aprendido con dura experiencia que cuando Mario Gonzalo tenía su turno como anfitrión del banquete mensual, tenían que esperar algo desusado. Habían llegado hasta el punto en que se preparaban a sí mismos, bastante automáticamente, para el desastre. Cuando su invitado llegaba había un relámpago de humor si resultaba que tenía la cantidad habitual de cabezas y podía hablar al menos un inglés chapurreado.

Por lo tanto, cuando llegó el último de los Viudos Negros, y el eficiente servicio de mesa de Henry estaba casi completo, Geoffrey Avalon, de pie, como siempre, alto y erguido, sonó casi despreocupado al decir:

—Veo que tu invitado todavía no ha llegado, Mario.

Gonzalo, cuya chaqueta de terciopelo carmesí y pantalones ligeramente rayados reducían todo lo demás en la habitación a una monocromía dijo:

—Bueno...

—Lo que es más —dijo Avalon—, una rápida cuenta de los lugares puestos en la mesa por nuestro inestimable Henry muestra que seis personas, y no más, son esperadas. Y ya que todos los seis de nosotros estamos aquí, solamente puedo concluir que no has traído un invitado.

—Gracias a Anacreon —dijo Emmanuel Rubin, levantando su copa—, o cualquier espíritu que presida nuestros banquetes de almas gemelas.

Thomas Trumbull frunció el ceño y peinó hacia atrás su blanco cabello rizado con una mano.

—¿Qué estás haciendo, Mario? ¿Ahorrando dinero?

—Bueno... —dijo otra vez Gonzalo, mirando con fijeza su trago con una concentración completamente falsa.

—No sé si esto es tan bueno —dijo Roger Halsted—. Me gustan las sesiones de interrogatorio.

—No nos hará daño —dijo Avalon, con su voz profunda—, tener una conversación tranquila de vez en cuando. Si no podemos entretenernos sin un invitado, entonces los Viudos Negros no son lo que fueron alguna vez, y deberemos prepararnos, con pena, para el olvido. ¿Ofreceremos a Mario un voto de agradecimiento por su desacostumbrada discreción?

—Bueno... —dijo Gonzalo por tercera vez.

James Drake se interpuso, tirando la colilla de su cigarrillo y aclarándose la garganta.

—Me parece, caballeros, que Mario está tratando de decir algo y que está asombrosamente avergonzado por eso. Si tiene algo que duda decir, me temo que no

nos gustará. ¿Puedo sugerir que todos nos quedemos callados y que le dejemos hablar?

—Bueno... —dijo Gonzalo, y se detuvo. Esta vez, sin embargo, hubo un silencio prolongado y ansioso.

—Bueno... —dijo Gonzalo otra vez—. Sí tengo un invitado —y una vez más se detuvo.

—¿Entonces dónde demonios está él? —dijo Rubin.

—Abajo, en el comedor principal... ordenando la cena... a mis expensas, por supuesto.

Gonzalo recibió cinco miradas vacías.

—¿Puedo preguntar —dijo entonces Trumbull—, qué estúpida razón puedes sugerir para eso?

—¿Aparte —dijo Rubin— de ser un estúpido congénito?

Gonzalo dejó su copa, aspiró profundamente, y con firmeza dijo:

—Porque pensé que ella estaría más cómoda allá abajo.

Rubin logró decir un, “¿Y por qué...?” antes de que el significado del pronombre se volviera claro. Agarró las solapas de la chaqueta de Gonzalo.

—¿Dijiste “ella”?

Gonzalo sujetó las muñecas del otro.

—Quita las manos, Manny. Si quieres hablar, utiliza los labios, no las manos. Sí, dije “ella”.

Henry, con su sexagenario liso rostro mostrando un poco de inquietud, levantó la voz un grado diplomático y dijo:

—¡Caballeros! ¡La cena está servida!

Rubin, habiendo soltado a Gonzalo, movió la mano imperiosamente hacia Henry.

—Lo siento, Henry —dijo—, no habrá banquete... Mario, maldito burro, ninguna mujer puede asistir a estos encuentros.

Hubo, de hecho, un alboroto general. Mientras ninguno llegó hasta la furia y los decibeles de Rubin, Gonzalo se encontró a sí mismo en un aprieto con los otros a su alrededor, formando un semicírculo. Sus comentarios generales se perdieron en la explosión general de enojo.

Gonzalo, agitando los brazos frenéticamente, se subió a una silla.

—¡Déjenme hablar! —gritaba una y otra vez hasta que el cansancio, al parecer, acalló a la oposición en un gruñido bajo.

—Ella no es —dijo Gonzalo— nuestra invitada en el banquete. Es sólo una mujer con un problema, una mujer mayor, y no nos hará ningún daño si la vemos después de cenar.

No hubo respuesta inmediata.

—No es necesario que ella se siente a la mesa —continuó—. Se puede sentar en

el umbral.

—Mario —dijo Rubin—, si ella entra aquí, me voy, y si me voy, maldita sea, puede ser que no regrese jamás.

—¿Estás diciendo —dijo Gonzalo— que romperás con los Viudos Negros antes de escuchar a una mujer mayor en problemas?

—¡Digo —dijo Rubin— que las reglas son reglas!

Halsted se veía profundamente preocupado.

—Escucha, Manny —dijo—, tal vez deberíamos hacer esto. Las reglas no nos fueron enviadas desde el Monte Sinaí.

—¿También tú? —dijo salvajemente Rubin—. Mira no me importa lo que diga ninguno de vosotros. En un asunto tan fundamental como éste, una sola bola negra es suficiente, y yo la coloco. O se va ella o me voy yo, y por Dios, nunca me volverán a ver. En vistas de esto, ¿hay alguien que quiera desperdiciar su aliento?

Henry, aún parado a la cabecera de la mesa, esperaba con una imperturbabilidad marcadamente menor a la habitual a que la compañía se sentara.

—¿Puedo decir una palabra, señor Rubin?

—Lo siento, Henry —dijo Rubin—, nadie se sienta hasta que esto quede establecido.

—Quédate fuera, Henry —dijo Gonzalo—. Pelearé mis propias batallas.

Este fue el punto en que Henry se separó de su rol de epítome de todos los camareros del Olimpo y avanzó hacia el grupo. Su voz era firme.

—Señor Rubin —dijo—, deseo tomar la responsabilidad por esto. Hace algunos días, el señor Gonzalo me telefoneó para preguntar si sería tan gentil en escuchar a una mujer que él conocía, quien tenía la clase de problemas con los que, él pensaba, yo podría ser de ayuda. Le pregunté si eran cosas del corazón. Me dijo que la mujer era pariente de alguien que posiblemente le diera una comisión para una importante obra de arte...

—¡Dinero! —dijo Rubin despectivo.

—Oportunidad profesional —soltó Gonzalo—. Si puedes entender eso. Y simpatía por un ser humano semejante, si puedes entender eso.

Henry levantó la mano.

—¡Por favor, caballeros! Le dije al señor Gonzalo que no podría ayudar pero le insté, si aún no había arreglado con un invitado, a que la trajera. Sugerí que podría no haber objeción si en realidad ella no asistía al banquete mismo.

—¿Y por qué no podías ayudarla de otro modo? —dijo Rubin.

—Caballeros —dijo Henry—, no afirmo poseer una perspicacia superior. No me comparo a mí mismo, tal como hace por mí ocasionalmente el señor Gonzalo, con Sherlock Holmes. Solamente después de que ustedes, caballeros, han discutido el problema y eliminado lo que es extraño, es cuando parece que veo lo que queda. Por

lo tanto...

—Bueno, mira, Manny —dijo Drake—, soy el miembro más antiguo aquí, y la razón original para la prohibición. Podríamos no aplicarla, parcialmente, sólo esta vez.

—No —dijo Rubin, categóricamente.

—Señor Rubin —dijo Henry—, se ha establecido frecuentemente en estos banquetes que soy un miembro de los Viudos Negros. Si es así, deseo tomar la responsabilidad. Insté al señor Gonzalo a hacer esto y hablé a la mujer en cuestión y le aseguré que sería bienvenida a nuestras deliberaciones después de la cena. Fue un acto impulsivo basado en mi estimación de los caracteres de los caballeros del club.

»Si la mujer es enviada de regreso, señor Rubin, entenderá que mi posición aquí será imposible y estaré forzado a renunciar a mi posición como camarero de estos banquetes. No tendré elección.

Casi imperceptiblemente, la atmósfera había cambiado mientras Henry hablaba, y ahora era Rubin quien estaba en un aprieto. Miró fijo a todos en el semicírculo que le rodeaba, y dijo casi ásperamente:

—Aprecio tus servicios al club, Henry, y no deseo colocarte en una situación deshonrosa. Por lo tanto, en la estipulación de que esto no tiene un precedente y recordándote que no lo debes hacer otra vez, quitaré mi bola negra.

El banquete fue el menos placentero en la historia de los Viudos Negros. La conversación era desgana y aburrida, y Rubin mantuvo un silencio glacial todo el tiempo.

No hubo necesidad de golpetear la copa durante el servicio de café, ya que no había conversación que interrumpir. Gonzalo simplemente dijo:

—Iré abajo y veré si está lista. Su nombre, para el caso, es Señora Bárbara Lindemann.

Rubin levantó la vista.

—Asegúrate de que haya tomado su café, o té o lo que sea, allá abajo —dijo—. No puede tomar nada acá arriba.

Avalon parecía desaprobarlo.

—Los dictados de la cortesía, mi querido Manny...

—Tomará lo que quiera allá abajo a expensas de Mario. Acá arriba, la escucharemos. ¿Qué más puede querer?

Gonzalo la acompañó escaleras arriba y la condujo hasta un sillón que Henry había obtenido de la oficina del restaurante y que había colocado bien lejos de la mesa.

Era una mujer bastante delgada con rasgos agradables, bien vestida y con el cabello blanco cuidadosamente arreglado. Llevaba un bolso negro que parecía nuevo y se aferraba a él firmemente. Miró tímidamente los rostros de los Viudos Negros.

—Buenas noches —dijo.

La respuesta fue un sordo murmullo como a coro.

—Me disculpo por venir aquí con mi ridícula historia —dijo—. El señor Gonzalo me explicó que mi aparición aquí es algo fuera de lo habitual y he pensado durante la cena que no debería molestarles. Me iré si lo desean, y gracias por la cena y por dejarme subir aquí.

Hizo el ademán de levantarse y Avalon, que parecía notablemente avergonzado, dijo:

—Madame, es usted enteramente bienvenida aquí y nos gustaría mucho escuchar lo que tiene que decir. No podemos prometer que seremos capaces de ayudarle, pero podemos intentarlo. Estoy seguro de que todos sentimos lo mismo sobre esto. ¿No lo crees, Manny?

Rubin lanzó una mirada oscura hacia Avalon a través de sus gruesas gafas. Su escasa barba tembló y su mentón se levantó, pero dijo en tono completamente apacible:

—Enteramente, madame.

Hubo una corta pausa, y entonces Gonzalo dijo:

—Es nuestra costumbre, señora Lindemann, interrogar a nuestros invitados y bajo las circunstancias me pregunto si le importa que lo haga Henry. Él es nuestro camarero, pero también miembro del grupo.

Henry se quedó sin movimientos por un momento.

—Me temo, señor Gonzalo —dijo—, que...

—Has reclamado el privilegio —dijo Gonzalo— de ser miembro más temprano esta noche, Henry. El privilegio va con sus responsabilidades. Apoya esa botella de brandy, Henry y siéntate. Cualquiera que desee brandy se lo servirá. Aquí, Henry. Toma mi silla —Gonzalo se levantó con resolución y se movió hacia el aparador.

Henry se sentó.

—Madame —dijo Henry a la señora Lindemann calmadamente—, ¿podría pretender estar en el banquillo de los testigos?

La mujer miró alrededor y su aspecto nervioso se disolvió en una breve carcajada.

—Nunca he estado en uno y no estoy segura de saber cómo comportarme allí. Espero que no les importe si estoy nerviosa.

—No, claro, pero no necesita estarlo. Esto será muy informal y sólo estamos ansiosos por ayudarle. Los miembros del club tienen la tendencia a hablar en voz alta y en forma excitada a veces, pero si lo hacen, es solamente una manera y no significa nada. Por favor, primero díganos su nombre.

—Mi nombre —dijo ella con una formalidad ansiosa— es Bárbara Lindemann. Señora Bárbara Lindemann.

—¿Y tiene usted alguna línea particular de trabajo?

—No, señor, estoy retirada. Tengo sesenta y siete años como se puede ver en mi aspecto —y soy viuda. Fui una vez maestra de escuela en una escuela intermedia.

Halsted se agitó.

—Esa es mi profesión, señora Lindemann —dijo—. ¿Qué asignatura impartía usted?

—Mayormente, Historia Americana.

—Ahora, de lo que el señor Gonzalo me ha dicho —dijo Henry—, usted ha sufrido una experiencia desagradable aquí en Nueva York y...

—No, excúseme —interrumpió la señora Lindemann—, fue, en general, una experiencia agradable. Si no lo hubiera sido, me sentiría feliz de poder olvidarla por completo.

—Sí, por supuesto —dijo Henry—, pero estoy bajo la impresión de que usted ha olvidado algunos puntos clave y que le gustaría recordarlos.

—Sí —dijo ella con entusiasmo—. Estoy tan avergonzada de no recordar. Debe hacerme parecer senil, pero fue una cosa muy desusada y atemorizante en cierto modo —al menos en parte— y supongo que esa es mi excusa.

—Creo que entonces será mejor —dijo Henry—, si nos relata lo que sucedió en todos los detalles que pueda y, si no le molesta, alguno de nosotros le hará preguntas mientras lo hace.

—Eso no me molestará, se lo aseguro —dijo la señora Lindemann—. Lo recibiré como una señal de interés.

»Llegué a Nueva York hace nueve días. Iba a visitar a mi sobrina, entre otras cosas, pero no quería quedarme con ella. Eso hubiera sido incómodo para ella y una limitación para mí, de modo que tomé una habitación de hotel.

»Llegué al hotel alrededor de las seis de la tarde del miércoles y después de una corta cena, que fue muy agradable, aunque los precios eran sencillamente espantosos, telefoneé a mi sobrina y arreglé para verla al día siguiente cuando su esposo estuviera en el trabajo y sus hijos en la escuela. Eso nos daría tiempo para nosotras mismas y entonces en la noche podríamos tener un encuentro familiar.

»Por supuesto, no intentaba colgarme de sus cuellos las dos semanas completas que estaría en Nueva York. Intentaba hacer cosas por mis propios medios. De hecho, esa primera noche después de la cena, no tenía nada que hacer en particular y no quería sentarme en mi habitación a ver televisión. De modo que pensé —bueno, toda Manhattan está allí afuera, Bárbara, y has leído sobre ella toda tu vida y la has visto en las películas, y ahora es tu oportunidad de verla en la vida real.

»Pensé que sólo saldría y caminaría por allí por mis propios medios y que miraría los complejos edificios y las luces brillantes y a las personas que pasaban rápidamente. Solamente quería sentir la ciudad, antes que tomar giras organizadas. He hecho eso en otras ciudades en estos últimos años cuando estuve viajando, y

siempre lo he disfrutado mucho.

—Usted no tenía temor —dijo Trumbull— de perderse, supongo.

—Oh, no —dijo la señora Lindemann animadamente—. Tengo un excelente sentido de orientación, y aunque me hubiera entretenido mirando y no hubiera notado dónde iba, tenía un mapa de Manhattan y las calles están todas en una grilla rectangular y numeradas —no como Boston o Londres o París, y nunca me perdí en esas ciudades. Además siempre podría tomar un taxi y darle al conductor el nombre de mi hotel. De hecho, estoy segura de que cualquiera me indicaría si lo pidiera.

Rubin emergió de su pozo de desaliento para lanzar una resonante:

—¿En Manhattan? ¡Ha!

—Por cierto, ¿por qué? —dijo la señora Lindemann con calma reproche—. Siempre escuché que los residentes en Manhattan son poco amigables, pero no lo encontré así. He sido receptora de varias gentilezas —sin ser la menor de ellas la manera en que ustedes caballeros me habéis recibido aun cuando soy bastante extraña a todos.

Rubin encontró necesario quedarse mirando fijamente sus uñas.

—En todo caso —dijo la señora Lindemann—, salí en mi pequeña excursión y estuve fuera mucho más tiempo que el que había planeado. Todo estaba lleno de color y de movimiento y el clima era apacible y agradable. Eventualmente me di cuenta de que estaba terriblemente cansada, había llegado a una calle bastante tranquila y estaba lista a regresar. Saqué de uno de los bolsillos exteriores de mi bolso el map...

Halsted interrumpió.

—Ya lo entiendo, señora Lindemann, usted estaba sola en esa excursión.

—Oh, sí —dijo la señora Lindemann—. Siempre viajo sola desde que falleció mi esposo. Tener compañía es un perpetuo estado de compromiso como cuándo levantarse, qué comer, dónde ir. No, no. Quiero ser una mujer por mis propios medios.

—No quise decir eso, señora Lindemann —dijo Halsted—. Quise preguntar si estaba sola en este paseo en particular por una ciudad extraña —por la noche— con un bolso.

—Sí, señor. Me temo.

—¿Nadie le ha dicho —dijo Halsted— que las calles de Nueva York no son siempre seguras en la noche —en particular, excúseme, para una mujer mayor con bolso y que parece, como usted, gentil e inofensiva?

—Oh, querido, por supuesto que me han dicho eso. Me han dicho eso de cada ciudad que he visitado. En mi propia ciudad hay distritos que no son seguros. Aunque siempre he sentido que toda la vida es un juego, que las situaciones sin riesgo son un sueño imposible, y no iba a privarme de experiencias placenteras por causa del temor. Y he pasado por todos esos lugares sin daño alguno.



—Hasta esa primera noche en Manhattan —dijo Trumbull—, lo entiendo.

Los labios de la señora Lindemann se tensaron.

—Hasta entonces —dijo—. Fue una experiencia que solamente recuerdo a pantallazos, por decirlo de alguna manera. Supongo que era por estar tan cansada, y entonces tan atemorizada, y los alrededores eran tan nuevos para mí, que mucho de lo que sucedió no se registró adecuadamente. Hay pequeñas cosas que parecen haberse desvanecido para siempre. Ése es el problema.

Mordió sus labios y parecía como si estuviera batallando para contener las lágrimas.

—¿Podría decirnos lo que recuerda? —dijo suavemente Henry.

—Bueno —dijo ella, aclarándose la garganta y sujetando su bolso—, como ya dije, la calle estaba bastante tranquila. Había coches que pasaban, pero no peatones, y no estaba segura de dónde estaba. Estaba buscando el mapa y un cartel de calle cuando un hombre joven pareció aparecer de la nada y me dijo, “¿Tiene un dólar, señora?”. No debía tener más de quince —sólo un niño.

»Bueno, hubiera estado deseando darle un dólar si pensara que lo necesitaba pero realmente parecía estar bien y razonablemente próspero, y pensé que no sería aconsejable mostrar mi billetera, de modo que dije, “Me temo que no, joven”.

»Por supuesto, él no me creyó. Se acercó y dijo, “Claro que lo tiene, señora. Aquí, le ayudaré a mirar”, y tomó mi bolso. Bueno, no iba a permitir que la tomara, por supuesto...

—Nada de “por supuesto” en estas cosas, señora Lindemann —dijo Trumbull firmemente—. Si alguna vez le vuelve a suceder, entregue su bolso inmediatamente. No podrá salvarla de ninguna manera, y los matones no pensarán en usar la violencia, y no hay nada en un bolso que merezca su vida.

—Supongo que tiene razón —suspiró la señora Lindemann—, pero en ese momento no estaba pensando correctamente. Sujeté el bolso como un acto reflejo, supongo, y es entonces cuando dejo de recordar. Recuerdo haber estado en una especie de lucha y me parece haber visto a otro joven acercándose. No sé cuántos, pero me sentí rodeada.

»Entonces escuché un grito y unas palabras terribles, y el ruido de pies. No hubo nada más por un rato excepto que mi bolso se había marchado. Entonces escuché una voz ansiosa, baja y educada, “¿Está herida, señora?”

»Le dije, “Creo que no, pero mi bolso se ha ido”. Miré a mi alrededor vagamente. Creo que estaba bajo la impresión de que había caído a la calle.

»Había un joven un poco mayor sosteniendo mi codo respetuosamente. Debe haber tenido veinticinco años. Dijo, “Ellos la tomaron, madame, es mejor que la saque de aquí antes de que regresen por más diversión. Probablemente tienen cuchillos y yo no”.

»Estaba sacándome de allí rápidamente. No podía verlo claramente en la oscuridad pero era alto y vestía un suéter. Dijo, “Vivo cerca de aquí, madame. O la llevo a mi casa o tendremos una batalla”. Creo que había otro hombre joven a la distancia, pero puede haber sido sólo una ilusión.

»Fui con este joven bastante dócilmente. Parecía animado y educado y ya estoy demasiado vieja para sentir que estaba en peligro de... uh... daños personales. Además, estaba tan confusa y mareada que carecía de toda voluntad de resistir.

»Lo siguiente que recuerdo es que estaba ante la puerta de su apartamento. Recuerdo que era el 4F. Supongo que eso quedó en mi memoria porque era una combinación familiar durante la Segunda Guerra Mundial. Entonces estaba dentro del apartamento y sentada en un sillón tapizado. Era un apartamento bastante descuidado, lo noté, pero no recuerdo haber llegado hasta él.

»El hombre que me había rescatado había puesto un vaso en mi mano y bebí de él. Era una especie de vino, creo. No me gustó el sabor en particular, pero me dio calor y me sentí menos mareada —antes que más mareada, como uno supondría.

»El hombre parecía ansioso acerca de la posibilidad de que estuviera herida, pero lo tranquilicé. Le dije que si me ayudaba a conseguir un taxi podría volver a mi hotel. Dijo que era mejor que descansara un poco.

»Ofreció llamar a la policía para informar el incidente, pero yo estaba inflexiblemente en contra de eso. Esa es una de las cosas que recuerdo muy claramente. Sabía que la policía no podría recuperar mi bolso y yo no quería ser un tema de los periódicos.

»Creo que debí haber explicado que no era de la ciudad porque me dio un discurso, muy gentil, de los peligros de caminar en las calles de Manhattan. He escuchado mucho sobre ese tema en la última semana. Deberían escuchar a mi sobrina volver y volver sobre eso.

»Recuerdo otros trozos de conversación. Él quería saber si había perdido mucho efectivo y le dije, bueno, unos treinta o cuarenta dólares, pero que había unos cheques de viajero que podrían, por supuesto, ser reemplazados. Creo que pasé algún tiempo asegurándole que sabía cómo hacer eso, y que sabía cómo informar la pérdida de mi tarjeta de crédito. Solamente tenía una en mi bolso.

»Finalmente, le pregunté su nombre así podría hablar con él apropiadamente, y se rió y dijo, “Oh, los nombres servirán”. Me dio el suyo y le di el mío. Y le dije, “¿No es asombroso cómo encaja todo junto, su nombre y su dirección, y lo que acaba de decir”. Le expliqué y él se rió, y dijo que nunca había pensado en eso. De modo que ya ven... conocía su dirección.

»Entonces bajamos las escaleras y era bastante tarde por entonces, al menos por el reloj, aunque por supuesto no era muy tarde en mi interior. Se aseguró de que las calles estuvieran despejadas, entonces me hizo esperar en el vestíbulo mientras salía a

buscar un taxi. Dijo haberle pagado al conductor para que me llevara a donde quisiera ir, y antes de que pudiera detenerle me puso un billete de veinte dólares en la mano porque dijo que no debería dejarme sin un centavo.

»Traté de oponerme, pero dijo que amaba Nueva York, y que ya que había sido maltratada en mi primera noche por los neoyorquinos, tenía que repararlo. De modo que lo tomé... porque sabía que podía devolverlo.

»El conductor me llevó de regreso al hotel y no trató de cobrarme nada. Incluso intentó darme el vuelto porque dijo que el joven le había dado un billete de cinco dólares, pero yo estaba complacida con su honestidad y no tomé el vuelto.

»Entonces ya ven que a pesar de que el incidente comenzó muy dolorosamente, estuvo la extrema gentileza del joven Buen Samaritano y del conductor de taxi. Era como si un acto de crueldad hubiese sido introducido en mi vida para que pudiera experimentar otros actos de gentileza que harían más que revertir el balance. Y aún los experimento; los suyos, quiero decir.

»Por supuesto, era bastante obvio que el joven no tenía nada de sobra y sospeché que los veinticinco dólares que había gastado en mí eran más de lo que podía afrontar como algo a tirar. No me preguntó el apellido ni en qué hotel estaba. Era como si él supiera que le devolvería el dinero sin que nadie me lo recordara. Naturalmente, lo haría.

»Verán, estoy bastante bien realmente, y no es cuestión de devolver. La Biblia dice que si compartes tu pan sobre las aguas retornará diez veces, de modo que pienso que es sólo justo que si puso veinticinco dólares, debería obtener doscientos cincuenta y lo puedo costear.

»Regresé a mi habitación y dormí profundamente después de todo aquello; fue muy reparador. A la mañana siguiente, arreglé mis asuntos con respecto a la tarjeta de crédito y los cheques de viajera y entonces telefoneé a mi sobrina y pasé el día con ella.

»Le conté lo que había pasado, pero sólo lo esencial. Después de todo, tenía que explicar por qué no tenía mi bolso y estaba temporalmente escasa de efectivo. Ella volvió una y otra vez sobre ello. Compré un bolso nuevo —éste— y no fue hasta el final del día cuando me di cuenta de que no había terminado el asunto de la devolución. El estar con mi familia me había distraído. Y entonces me abatió la gran tragedia.

La señora Lindemann se detuvo y trató de evitar que su rostro se compungiera pero no pudo. Comenzó a llorar calmadamente y a buscar la cartera desesperadamente por un pañuelo.

—¿Desea descansar un momento, señora Lindemann? —preguntó Henry suavemente.

—¿Desea una taza de té, señora Lindemann, o algo de brandy? —dijo Rubin

igualmente suave. Entonces miró a su alrededor temiendo que alguien dijera una palabra.

—No, estoy bien —dijo la señora Lindemann—. Siento mucho comportarme así, pero encontré que había olvidado. No recuerdo la dirección del joven, para nada, aunque la debo haber conocido esa noche porque hablé de ella. ¡No recuerdo su nombre! Permanecí despierta toda la noche tratando de recordar, y eso fue peor. Al día siguiente salí para tratar de reconstruir mis pasos, pero todo se veía muy diferente de día —y por la noche, temí intentarlo.

»¿Qué pensará el joven de mí? Nunca había escuchado de mí. Tomé su dinero y me desaparecí con él. Soy peor que esos matones terribles que me arrebataron la cartera. Nunca fui gentil con ellos. No me deben gratitud.

—No es su culpa que no pueda recordar —dijo Gonzalo—. Ha tenido muy malos momentos.

—Sí, pero él no sabe que no recuerdo. Piensa que soy una ladrona desagradecida. Finalmente le conté a mi sobrino acerca de mi problema y él estaba pensando emplear al señor Gonzalo para algo, y pensó que el señor Gonzalo podría tener esa clase de sabiduría mundana que pudiera ayudar. El señor Gonzalo dijo que lo intentaría, y al final... aquí estoy. Pero ahora que he escuchado mi propia historia me doy cuenta que suena sin esperanza.

—Señora Lindemann —suspiró Trumbull—, por favor no se ofenda por lo que voy a preguntarle, pero debemos eliminar algunos factores. ¿Está segura de que todo esto sucedió?

La señora Lindemann se veía sorprendida.

—Bueno, por supuesto que realmente sucedió. ¡Mi bolso ya no está!

—No —dijo Henry—, lo que el señor Trumbull quiere decir, pienso, es que después del asalto usted regresó al hotel de alguna manera, y entonces se durmió; y que puede haberse llenado con pesadillas, de modo que lo que usted recuerda ahora es en parte un hecho y en parte un sueño —lo que explicaría el recuerdo imperfecto.

—No —dijo la señora Lindemann con firmeza—. Recuerdo lo que recuerdo perfectamente. No era un sueño.

—En ese caso —dijo Trumbull encogiendo los hombros—, tenemos poco para continuar.

—No importa, Tom —dijo Rubin—. No nos estamos dando por vencidos. Si elegimos el nombre correcto de su joven rescatador, ¿lo reconocería, aunque ahora no pueda recordarlo?

—Eso espero —dijo la señora Lindemann—, pero no lo sé. He intentado mirar en la guía de teléfonos para ver diferentes nombres, pero ninguno me pareció familiar. No creo que haya sido un nombre muy común.

—¿Entonces no puede ser Sam? —dijo Rubin.

—Oh, estoy segura de que no lo es.

—¿Por qué Sam, Manny? —preguntó Gonzalo.

—Bueno, el tipo era un Buen Samaritano. La señora Lindemann lo recuerda así. Sam por Samaritano. El número y la calle pueden haber sido capítulo y versículo de la Biblia donde comienza la parábola del Buen Samaritano. Dijo que el nombre y la dirección encajaban y es la única pista que tenemos.

—Espera —agregó entusiasmado Avalon—, el nombre podría haber sido el menos común Lucas. Ese es evangelio donde puede ser encontrada la parábola.

—Me temo que no me suena bien, tampoco —dijo la señora Lindemann—. Además, no estoy familiarizada con la Biblia. No podría identificar capítulo y versículo de la parábola.

—No nos vayamos por costados imposibles —dijo Halsted—. Señora Lindemann enseñó historia americana en la escuela de modo que es muy posible que lo que le sucedió sea aplicable a la historia americana. Por ejemplo, supongamos que la dirección fuera Avenida Madison 1812 y que el nombre del joven fuera James. James Madison era Presidente durante la guerra de 1812.

—O Avenida Colón 1492 —dijo Gonzalo—, y el joven se llamaba Cristóbal.

—O Avenida Lexington 1775, y el nombre Paul, por Paul Revere —dijo Trumbull.

—O Avenida Amsterdam 1623, y el nombre Peter —dijo Avalon—, por Peter Minuit, o Avenida Hudson 1609, y el nombre Henry. De hecho, hay varias calles con nombres en el bajo Manhattan. Nunca podremos acertar con el apropiado a menos que la señora Lindemann recuerde.

La señora Lindemann sujetó sus manos fuertemente una contra otra.

—Oh, cielos, oh, cielos, nada me suena familiar.

—Por supuesto que no —dijo Rubin—, si intentamos adivinar al azar. Señora Lindemann, asumo que usted está en un hotel del centro.

—Estoy en el New York Hilton. ¿Está en el centro?

—Sí. Sexta Avenida y la Calle Cincuenta y Tres. Las alternativas son que usted no pudo haber caminado más de una milla, probablemente menos, antes de sentirse cansada. Por lo tanto, quedémonos al centro. La Avenida Hudson está demasiado lejos al sur, y lugares como Colón 1492 o Madison 1812 están muy lejos al norte. Debería ser en el centro, probablemente el West Side —no se me ocurre nada.

Detrás de una nube de humo de cigarrillo, Drake dijo:

—Ustedes están olvidando un punto. La señora Lindemann dijo que no era sólo el nombre que encajaba con la dirección, sino lo que el joven respondió; o sea, en el lugar del rescate. ¿Qué fue lo que respondió?

—”Es todo tan confuso” —dijo la señora Lindemann.

—Usted dijo que le habló con dureza a los matones. ¿Puede repetir lo que les

dijo?

La señora Lindemann se ruborizó.

—Puedo repetir algo de lo que les dije, pero creo que no quiero. El joven se excusó por ello más tarde. Dijo que a menos que utilizara lenguaje grosero esos matones no se habrían impresionado ni se hubieran dispersado. Además, sé que no pude haber hecho referencia a eso.

—Eso muerde el polvo entonces —dijo Drake pensativo—. ¿Ha pensado en un aviso? Ya sabe, “¿Puede el joven que ayudó a una dama en desgracia...?”, y todo eso.

—He pensado en eso —dijo la señora Lindemann— pero sería terrible. Puede no verlo él, pero algunos impostores podrían llegar a reclamar. Realmente, esto es tan terrible.

Avalon parecía afligido, y se volvió hacia Henry.

—Bueno, Henry —dijo—, ¿se te ocurre algo?

—No estoy seguro... —dijo—. Señora Lindemann, usted dijo que para el momento en que tomó el taxi era tarde en el reloj pero no en su interior. ¿Significa eso que usted llegó desde la Costa Oeste por avión, de modo que su percepción del tiempo era tres horas más temprano que la del reloj?

—Sí, lo hice —dijo la señora Lindemann.

—Tal vez desde Portland, ¿o no tan lejos de allí? —preguntó Henry.

—Vaya, sí, de las afueras de Portland. ¿Lo había mencionado?

—No, no lo había hecho —interrumpió Trumbull—. ¿Cómo lo supiste, Henry?

—Porque se me ocurrió, señor —dijo Henry—, que el nombre del joven era Eugene, el que es el nombre de una ciudad a sólo cien millas al sur de Portland.

La señora Lindemann se levantó, con los ojos abiertos de par en par.

—¡Por el cielo! ¡El nombre era Eugene! Pero es maravilloso ¿Cómo pudo adivinarlo?

—El señor Rubin señaló —dijo Henry— que la dirección tenía que ser en el centro de Manhattan o en el West Side. El Dr. Drake señaló su referencia sobre lo que el joven dijo en la escena del rescate y recordé que usted le había informado que además del lenguaje grosero que no describió específicamente, le había dicho que era mejor que se fuera antes de que hubiera una batalla.

»El señor Halsted señaló que la dirección tenía que tener alguna significación en la historia americana entonces pensé en la Calle 54 Oeste, ya que es bien conocido el slogan de las elecciones de 1844, “54 a 40 o pelea”, creo. Eso sería de particular significado para la señora Lindemann si fuera del noroeste ya que es pertinente a nuestra disputa con Gran Bretaña por el Territorio de Oregon. Cuando dijo que era de las cercanías de Portland, Oregon, adiviné que el nombre del rescatador era Eugene.

La señora Lindemann se sentó.

—Hasta el día de mi muerte, nunca olvidaré esto. Esa es la dirección. Cómo pude

haberla olvidado cuando usted la ha averiguado tan claramente de lo poco que recordaba.

Y entonces se emocionó.

—Pero no es demasiado tarde. Debo ir allí de inmediato. Debo pagarle o pasarle un sobre por debajo de la puerta, o algo.

—¿Reconocería la casa si la viera? —dijo Rubin.

—Oh, sí —dijo la señora Lindemann—. Estoy segura de eso. Y su apartamento 4F. Recuerdo eso. Si conociera su apellido le telefonaría, pero, no, quiero verle otra vez y explicarle.

—Por cierto que usted no puede ir sola, señora Lindemann —dijo suavemente Rubin—. No a ese vecindario en este momento de la noche después de lo que ha pasado. Alguno de nosotros irá con usted. Cuanto menos, iré yo.

—No me gustaría provocarle problemas a usted, señor Rubin —dijo la señora Lindemann.

—Bajo las circunstancias, señora Lindemann —dijo Rubin—, lo considero mi deber.

—Creo que todos le acompañaremos, señora Lindemann —dijo Henry—. Conozco a los Viudos Negros.

## POSTFACIO

*Estoy empeñado en mantener a mis Viudos Negros con el mismo formato rígido. He pensado algunas veces en llevarlos de picnic al Central Park, y asistiendo a una enorme convención en masa, o separarlos y ponerlos a cada uno en trabajos de detectivescos con Henry tirando de los hilos por detrás. (Puedo tratar esto último si alguna vez hago una novela de los Viudos Negros, lo que no es un pensamiento que me atraiga). De todos modos, ninguna de estas variantes me suena segura. Una vez que comience a jugar con la fórmula, todo podría desmoronarse.*

*Y aun con la rigidez del juego, hay algunas reglas que pueden flexibilizarse. ¿Podríamos no haber tenido un invitado femenino a pesar del resistente chauvinismo masculino de las Viudos Negros? ¿Podría una mujer no estar en problemas? Y si los Viudos Negros son Estúpidos con respecto al asunto, seguramente Henry no lo sería.*

*De modo que deliberadamente me senté a escribir “El Buen Samaritano”. No tenía que hacerlo. Bien podría haber sido un caballero gentil y sencillo el que tuviera el problema con los muchachos de una banda. Pero quería una mujer, aunque sea para ver a Manny teniendo un ataque.*

*La historia apareció el 10 de setiembre de 1980, en el número de EQMM.*

## El año de la acción (1981)

---

“The Gilbert and Sullivan Mystery (The Year of the Action)”

—El señor Rupert Murgatroyd —canturreó Geoffrey Avalon—, su ocio y su riqueza; despiadadamente empleados en persecución de brujas...

Estaba regresando del servicio de caballeros y estaba claramente de buen humor. Sus ojos oscuros brillaban y sus formidables cejas se movían en gesto amistoso.

Excepto que “canturreo” no es la palabra correcta a utilizar en conexión con cualquier intento realizado por Avalon en la dirección de una canción. No es que fuera desafinado o demasiado agudo, ya que en ninguna ocasión en la memoria de los Viudos Negros había acertado a una nota lo bastante cerca para poder decir se era desafinada o demasiado alta.

Thomas Trumbull giró sobre sus talones como si le hubieran pinchado alguna parte tierna de su anatomía con una chincheta.

—Jeff, cállate —dijo—. Hace cinco años, cuando hiciste eso por última vez, te dije que cualquier repetición de ese vil sonido induciría en todos una manía homicida, y que yo intentaría alentar a todos a darte un puñetazo.

—Vamos, Tom —dijo Mario Gonzalo, complaciente—, el hombre está en la onda de Gilbert y Sullivan. Pongámosle a hacer algo interesante. Si no dice las letras y sólo la melodía, podemos tratar de adivinar la canción.

—Excepto —dijo James Drake, pensativo—, que sería una causa perdida. Si Jeff hace la melodía de “Yankee Doodle” y luego “Old Man River” no podríamos distinguirlas.

—No creo —dijo Roger Halsted— que el experimento debiera ser intentado sin tapones en los oídos.

Avalon se hubiese elevado, si su constitución natural no lo hubiera colocado en una posición perpetua a setenta y cuatro pulgadas de altura. Su voz, en su natural tono de barítono —cuando hablaba— estaba claramente ofendida.

—No he tenido el propósito de continuar cantando después de salir del servicio de caballeros, y con gusto me detendré. Pero, ¿podría recordarles que como anfitrión del banquete de esta noche estoy en mi derecho de declarar mi permiso de cantar?

—Hacer algo —dijo Trumbull, ásperamente—, que alguien, en algún lugar, en algún momento, en un estado no demasiado próximo a la insensibilidad embriagada puede llamar cantar, sí. De todos modos, eso no incluye lo que tú haces.

Henry, el mejor de los camareros, que había escuchado indiferente mientras terminaba de poner la mesa, levantó la voz, sin que de alguna manera se notara, y dijo:

—Caballeros, por favor, tomen asiento.

Lo hicieron, y Emmanuel Rubin, que estaba conversando con el invitado de la



noche de Avalon durante el altercado, condujo ahora al invitado hasta el asiento junto al suyo.

Henry sostuvo la silla para el invitado y dijo:

—Bienvenido a los Viudos Negros, señor Graff.

El invitado levantó la vista con sorpresa.

—¿Usted me conoce?

Era bastante bajo, no mucho más alto que Rubin, con rostro redondo y un bigote generoso como el de una morsa bebé, y cabello gris espeso que le cubría la mayor parte de las orejas.

Asistí a una conferencia suya —dijo Henry— en la Universidad de Nueva York, hace cerca de un año, y la disfruté mucho.

Graff sonrió.

—¿Ves? —le dijo a Rubin—. ¿Quién necesita intelectuales? Con camareros soy grandioso.

—No desprecie a Henry tan fácilmente, Graff —dijo Rubin—. Nosotros los intelectuales nos bronceamos con su resplandeciente gloria.

—Escucha —dijo Graff—. ¿Ustedes hablan de esta manera todo el tiempo? Nunca escuché una pelea así. Ni tampoco sobre algo tan pequeño. Con palabras. Con frases completas. Y díganme Herb.

—Tiene que comprender, Herb —dijo Rubin—, que cada uno de nosotros pasa la mayor parte del tiempo con personas ordinarias. No podemos elegir; no sería justo. Una vez al mes, estamos aquí y nos relajamos.

—Pero usted se oye como si se estuviera volviendo loco. Mire a Jeff Avalon. En un minuto tomará su cuchillo y nos cortará a todos.

—En absoluto —dijo Rubin—. Le doy cinco minutos y estará pontificando. Escuche...

Rubin esperó cinco minutos y entonces, mientras el ganso asado era colocado delante de él, dijo:

—Por supuesto, Jeff, es realmente injusto decir Gilbert y Sullivan. Debería ser Sullivan y Gilbert. En cualquiera de las numerosas parodias de las operetas, las letras de Gilbert son invariablemente cambiadas pero nadie soñaría con cambiar una nota de la música de Sullivan.

—Te equivocas, Manny —dijo Jeff—. Había otros compositores de opereta ligera en el tiempo de Sullivan y después —Offenbach, Strauss, Lehar, Romberg, y otros. Varias melodías de cada uno de ellos vivan. Pero sólo en el caso de Sullivan las melodías son cantadas por personas ordinarias. Nadie conoce las letras —excepto en el caso de Sullivan, porque sólo Sullivan tiene al letrista más grande en idioma inglés trabajando con él.

Su mal humor parecía haberse evaporado.

—Gilbert es uno de los letristas que utilizara la fuerza completa del idioma inglés y el vocabulario completo. Rima “ejecutor” con “lavador”, “reducidor” y “tú-evitas-el-amor”<sup>[47]</sup>. Él...

Rubin se volvió hacia Graff y dijo en voz baja:

—¿Lo ve?

Henry estaba dando la vuelta con la botella de brandy, y Avalon se reanimó. Golpeteando la copa de agua con la cuchara, dijo:

—Caballeros, hemos llegado a la parte importante de la velada. Manny, ya que fuiste la persona que, más temprano esta noche, se abstuvo del innecesario pseudo-ingenio a mis expensas, y mostró una extraña y desacostumbrada caballerosidad de comportamiento...

—¿Extraña y desacostumbrada? —dijo Rubin indignado, con la escasa barba temblando—. Si estás intentando que sea un cumplido, maldita sea tu poco graciosa forma de hacerlo.

—Extraña y desacostumbrada es lo que dije —dijo Avalon, altivo—. Y te estoy pidiendo que te hagas cargo del interrogatorio.

—¿Qué interrogatorio? —dijo Graff, y se veía asombrado.

—El periodo de preguntas y respuestas, Herb —dijo Avalon en lo que para él era voz baja—. Te lo dije.

Graff, recordando, asintió.

—¿Puedo preguntarle, Herb —dijo Rubin—, cómo justifica su existencia?

Graff se echó atrás en su asiento y miró con asombro a Rubin por un momento, antes de responder.

—¿Justificar mi existencia? —dijo con un tono un tanto alto—. Escuche, usted se va a la calle y les echa una mirada a las ridículas personas que pasan. ¿Ha entrado en un ascensor y les ha escuchado hablar? Escucha tres cosas. Tres. “¿Qué viste en la televisión anoche?”, “¿Dónde irás de vacaciones?”, y “¿Crees que los Mets ganarán hoy?”. Eso es, si es que pueden hablar. ¿Debería justificar mi existencia? Que ellos justifiquen su existencia, y yo justificaré la mía. No antes.

Rubin asintió.

—Hay algo en lo que usted dice.

Trumbull interrumpió.

—¿Sabes? Jeff tiene razón acerca de ti. ¿Estás seguro de ser Emmanuel Rubin, o eres un doble enviado aquí a ponernos locos con desacostumbrada dulzura?

—Recibí noticias ayer de una muy buena venta de libros en rústica —dijo Rubin—, por lo tanto estoy de buen humor, pero no presumo de ello. Por ejemplo, lo diré cortésmente sólo una vez, y no volveré sobre el tema. Ahora, Herb, poniendo la pregunta de la justificación de su existencia fuera de juicio, ¿qué es lo que hace?

—Soy un maven en películas —dijo Graff.

—¿Un qué? —murmuró Gonzalo.

—Maven —dijo Rubin— es del yidish, por “experto”.

—¿Quiere decir que hace películas? —dijo Gonzalo.

—No realmente —dijo Graff—. Hablo sobre ellas. Tengo, o puedo obtener, casi todas las películas viejas que han sido hechas y mostrarlas, o mostrar partes, y conferencio sobre ellas. A las personas les gusta. Hago viajes de conferencias, especialmente en campus universitarios, y me gano la vida. Henry, dígle a estos señores acerca de mis conferencias.

El rostro sesentón y sin arrugas de Henry cambió brevemente a una sonrisa gentil.

—Fue una velada por cierto entretenida. Creo que la audiencia, en general, lo disfrutó.

—Allí lo tienen —dijo Graff—, un testimonio sincero. Pero lo mismo podría estar haciendo realmente una película, o ayudando a que otro la haga, si tan sólo pudiera imaginarme cómo manejar a los locos.

—¿Qué clase de película? —preguntó Rubin.

—Realmente, Gilbert y Sullivan —dijo Graff, con lo que parecía un rastro de embarazo—. Estuve hablando de eso a Jeff Avalon de camino hacia aquí y eso fue lo que lo puso —deberán perdonar la expresión— en onda musical.

—¿Hay dinero invertido en películas de Gilbert y Sullivan? —preguntó Drake, escéptico—. Pensaría que sólo tiene un pequeño culto de seguidores.

—Más de los que piensa —dijo Graff—, pero tiene razón. No se pueden hacer una extravagancia colosal de ellos. Pero entonces no se tienen que gastar diez millones de dólares. Se puede hacer en pequeña escala. Se ha hecho ya. Kenny Benny cantó Manki-Poo en una versión filmada de The Mikado, y fue cortado en cintas por todos los tipos de D”Oyly Carte que lo patrocinaban. El problema es que no se puede hacer mucho con Gilbert y Sullivan excepto filmar la obra en el escenario. No se puede cambiar la música ni las letras o el argumento, porque tan pronto se cambia algo ya no es Gilbert y Sullivan, y uno no llega a ningún lado. Entonces, si sólo se va a filmar la obra, no se toma ventaja del poder de la cámara y ¿dónde está uno?

—Por cierto, ¿dónde? —dijo Drake.

—Pero estos tipos —dijo Graff—. No les dije sobre estos tipos todavía, ¿verdad? Dos muchachos de apenas veinte años, pero jóvenes como son, realmente lo tienen. Ya saben, en cualquier campo de las artes, es la gente joven la que mira a las cosas con ojos nuevos. Estos tipos son un par de locos, por supuesto, pero eso es de esperar. Sus nombres son Sam Appelbaum y Tim Mentz, y son alumnos míos. Doy un curso de hacer películas en la Escuela Nueva y es así como los conocí. Quieren hacer Los Piratas de Penzance, una de las operetas de Gilbert y Sullivan porque habían visto una representación por el Village Light Opera Group, y estaban entusiasmados.

»Se unieron a la Gilbert and Sullivan Society, la que parece ser un grupo muy

activo aquí en Nueva York, y conocieron a Jeff Avalon, que es *aficionado*<sup>[48]</sup> a Gilbert y Sullivan. ¿Es así como se pronuncia la palabra?

—Así es —dijo Avalon—. Aunque mi voz de cantor puede no ser aprobada por todos, presumo que ni siquiera el más capcioso intentará evitar que escuche la música y sé virtualmente todo lo de Gilbert y Sullivan de memoria.

Trumbull gruñó.

—Puedes saber las letras de Gilbert de memoria, pero me parta un rayo ahora mismo si sabes una sola nota de la música de Sullivan —o de cualquiera.

—En todo caso —dijo Graff—, conocí a Jeff a través de Appelbaum y Mentz, y hace un par de meses estábamos conversando acerca de qué estrategia utilizar para hacer una película de Piratas, y cuán limitados estábamos para financiarla, y Avalon sugirió un dibujo animado. Appelbaum y Mentz estaban ansiosos por tomar la idea. Uno tiene las voces, las letras, las notas, y se tiene la mano libre para ser tan fantástico como se quiera. De todos modos, las operetas de Gilbert y Sullivan están siempre sobreactuadas, en principio. Estoy seguro de que si Gilbert y Sullivan hubiesen trabajado en 1970 en lugar de 1870, hubieran escrito operetas para dibujos animados en primer lugar.

James Drake apagó su cigarrillo con un movimiento violento.

—Creo que eso es desagradable —dijo—. Tendrán un montón de coristas añidadas y atractivas bailando alrededor del Encantador Príncipe Frederic y de Blanca Nieve Mabel.

—¡No! —dijo Graff, seriamente—. ¿Qué piensa usted? ¿Que todo lo que hay es Disney? Además, ¿quién puede gastar el dinero en la clase de animación que Disney solía hacer en los días del trabajo de esclavos cuando se hacían miles de dibujos diferentes para mostrar a Dopey (Tribilín) rascándose la nariz con realismo. De hecho, estos muchachos usarán las técnicas del arte moderno para provocar humor y fantasía de una manera completamente nueva. No puedo explicar cómo funcionará. Después de todo, ¿soy yo un artista? Pero cuando lo hagan, funcionará y verán cómo trabaja. Iniciaré toda una nueva moda y, en la cima de todo, les hará multimillonarios y me ganaré unos pocos peniques también. Si lo hacen, eso digo.

—¿Por qué, si lo hacen?

—Porque tuvieron una pelea, es por eso. Y todavía están peleando —dijo Graff—. Y ve a intentar resolverlo. Tienen todo el dinero del mundo esperando a ser recogido con pala y ninguno se moverá a menos que el otro ceda.

—¿Por qué están peleando? —preguntó Rubin—. ¿Están ambos enamorados de la misma soprano?

Graff sacudió la cabeza.

—Usted no conoce a los locos de este mundo, ¿verdad? Los locos no pelean por una mujer ni por ninguna cosa sensata. Eso es para gente común como ustedes y yo.

Los locos pelean por cosas que no se pueden imaginar —como cuándo tiene lugar la acción de la obra. Appelbaum dice que la acción comienza el 1 de marzo de 1877, y Mentz dice que el 1 de marzo de 1873, y ninguno cederá.

»Ya lo ven, ustedes, muchachos de los Viudos Negros discuten, pero olvidan, porque tienen un millón de cosas sobre las que discutir, de modo que desechan cada opinión particular a favor de otro. Estuve escuchándoles hacerlo a lo largo de toda la cena. Mis dos muchachos son muy talentosos pero limitados. Tienen sólo una cosa por la que pelear de modo que no tienen oportunidad de olvidar. Con ellos es 1873, 1877, 1873, 1877, hasta que uno se enferma y muere.

—Según entiendo —dijo Halsted—, Gilbert no da indicaciones de cuál es.

—No —dijo Graff.

Con claro desprecio, Trumbull dijo:

—¿Importa la diferencia?

—Realmente, sí —dijo Graff—. Los muchachos quieren mantener un continuado escenario de montajes que se remonte a la época victoriana para mantenerse a tono con las letras y la música. Serían acompañamientos y referencias a lo que estaba sucediendo, algunas veces tan veloz que no se podrían distinguir los detalles, pero que podrían captarse, uh, subliminalmente. ¿Es así como se dice? Sería una especie de gag visual continuada, y podría comenzar un estilo. Ya saben, las personas dirían, ¿vieron la película de Disraeli, y quién era el otro muchacho con él y qué estaba haciendo? E irán varias veces a verla para tratar de pescar todas las pistas que pudieran. Bien, hay lugares donde lo que se muestra dependería si es 1873 o 1877.

—Entonces, que elijan uno de los dos años y que sigan —dijo Trumbull—. ¿A quién le importaría?

—Les importaría a ellos —dijo Graff—. Ninguno cederá. Es vida o muerte para ellos. Miren, ¿conocen la obra?

—Yo no —dijo Trumbull, categóricamente.

—Supongo que Jeff la conoce de memoria —dijo Drake—, pero yo sólo conozco la canción del parloteo de General Mayor, la que es un ejemplo de lo que Jeff decía acerca de su vocabulario fantasioso e ingeniosas rimas —Sorpresivamente levantó su voz ronca y suave en una canción, y con bastante aproximación en las notas, cantó—: “Entonces puedo canturrear una fuga, de la que escuché el ruido musical, y silbar todas las tonadas de esa infernal tontera, Pinafore<sup>[49]</sup>”. Lo que muestra —agregó—, que Gilbert se reía un poco de sí mismo, también, ya que Pinafore fue su primer gran éxito.

—Bien —dijo Graff rápidamente—, permítanme sólo bosquejar el argumento, así verán dónde está el problema. ¿Está bien?

—Adelante, Herb —dijo Avalon, indulgentemente—. Soy el anfitrión y lo que digo se hace —o debería hacerse —e inclinó su frente formidable hacia Trumbull,

quien se encogió de hombros y murmuró algo por lo bajo.

—Frederic es un aprendiz de pirata —dijo Graff—. Pero había sido todo un error, ya que cuando le dijeron a su niñera que lo inscribiera como aprendiz de piloto, ella había escuchado mal la palabra. Incapaz de regresar a casa y explicar el error, ella también se une a la banda pirata.

»Cuando comienza la obra, Frederic acababa de pasar los veintiún años y comenzaba los veintidós, de modo que su aprendizaje había terminado. Como esclavo del deber ha permanecido con los piratas, pero ahora que completó su servicio los abandonará y, ya que tiene un alma de honor, dedicará su vida a exterminarlos.

»Ruth, la niñera de cuarenta y siete años, quiere ir con él porque ama a Frederic. Pero entonces se encuentran con las hijas del General Mayor Stanley, y Frederic, dándose cuenta de que Ruth es vieja y aburrida, se enamora de Mabel, la más bonita de las hijas.

»Los piratas los sorprenden y se aprestan a casarse con todas las hijas —sólo el matrimonio era concebible para el bueno de Gilbert— cuando el padre llega y canta la canción del General Mayor que Jim Drake ha mencionado. El General Mayor persuade a los piratas de olvidar su idea de casarse con las hijas declarando falsamente que es un niño huérfano. Los piratas de corazón tierno rompen en lágrimas y termina el primer acto felizmente.

»En el segundo acto, Frederic se prepara para conducir a la policía contra los piratas. De todos modos, antes de que pueda salir, el pirata King junto con Ruth llegan a él que está solo y le dicen que acaban de recordar que nació en un año bisiesto, el 29 de febrero. Los papeles de los aprendices dicen que deben servir hasta su cumpleaños número veintiuno y, estrictamente hablando, sólo ha tenido cinco.

»Frederic, esclavo del deber, vuelve a unirse a la banda y, como pirata fiel, ahora les cuenta acerca de la mentira del General Mayor. Los piratas furiosos atacan la propiedad del General Mayor y, en una batalla con la policía, surgen triunfantes.

»De cualquier manera, la policía se hace de la bandera pirata y demanda la rendición en nombre de la Reina Victoria. Los piratas rápidamente así lo hacen, diciendo, “Con todos nuestros defectos, amamos a nuestra Reina”. Como los piratas están a punto de ser conducidos a la cárcel, rápidamente Ruth explica que todos ellos son hombres nobles echados a perder. El General Mayor entonces les deja libres, diciendo, “Con todos nuestros defectos, amamos nuestra Casa de Loes”, y todo termina felizmente.

Graff paseó su sonrisa alrededor de la mesa.

—Realmente —dijo—, es una obra muy graciosa y feliz. Hay sólo una línea que crea el problema. Cuando Frederic averigua que su periodo de aprendizaje se cuenta en cumpleaños y no en años, le explica a Mabel, “En 1940 seré mayor de edad”. Eso significa que el 29 de febrero de 1940 cumplirá sus veintiún años.

Drake asintió. Había encendido un nuevo cigarrillo y parpadeaba lentamente.

—El 29 de febrero de 1940, el New York Times puso una editorial por la salida de Frederic de sus ligaduras contractuales. Recuerdo haberlo leído.

—Está bien, —dijo Graff—, pero si hay un año bisiesto cada cuatro años...

Roger Halsted interrumpió.

—Pero no lo hay...

Graff sacudió la cabeza violentamente.

—Espere sólo un minuto. Si hay un año bisiesto cada cuatro años, entonces Frederic tenía ochenta y cuatro años en su cumpleaños veintiuno y había nacido en 1856. Tenía veintiuno en 1877, un año después de su quinto cumpleaños. Debería haber celebrado su mayoría de edad el 1 de marzo de 1877, ya que no hay 29 de febrero en ese año y, dice Appelbaum, que por eso es el día que comienza la acción de la obra.

—Pero... —dijo Halsted.

—Pero —dijo Graff, levantando la voz—, aparentemente 1900 debía ser un año bisiesto y no lo fue. No hubo 29 de febrero de 1900. ¿Era eso lo que trataba de decir, Roger? No sé porque tenía que ser así. Algún Papa lo dispuso.

—El Papa Gregorio XIII en... —comenzó Halsted.

—Esa parte no interesa —dijo Graff, impaciente—. El punto es que falta un año bisiesto, de modo que para llegar a veintiuno de ellos uno se tiene que mover un poco más atrás. Frederic tendría que haber nacido en 1852 y llegar a los veintiuno en 1873, de modo que la acción de la obra comienza el 1 de marzo de 1873. Eso es lo que dice Mentz

»Los Piratas de Penzance se estrenó a comienzos de 1880 de modo que 1877 es un año lógico, dice Appelbaum, y Gilbert tanto olvidó como no sabía que 1900 no era año bisiesto. Mentz dice que es inconcebible que Gilbert hubiera cometido ese error sobre 1900, y que ningún verdadero *aficionado* —sí, ustedes dijeron que lo dije bien— lo pensaría un solo minuto, de modo que el año era 1873. Allí están parados. Ninguno cederá.

Hubo un silencio alrededor de la mesa. Finalmente, Gonzalo dijo:

—¿Realmente piensa que hay un montón de dinero en la película si la hacen?

—Quién puede saber el gusto del público —dijo Graff—, pero hay una buena posibilidad.

—Entonces, ¿no puede inventar algún argumento que los convenza de que uno u otro de los años estaba bien? Ya sabe, algo que suene bien.

—¿Como qué? —dijo Graff.

—El problema —dijo Avalon sentencioso—, es que el mundo de Gilbert y Sullivan no es real y no se ata necesariamente a argumentos lógicos. Por ejemplo, aunque está claramente establecido de que Frederic acaba de cumplir los veintiuno y

que su cumpleaños es el 29 de febrero, sin embargo las hijas del General Mayor, cuando aparecen en escena por primera vez, deciden quitarse zapatos y medias y meter los pies en el mar. La escena sucede en Cornwall, donde está ubicada la ciudad de Penzance, y pueden imaginar lo que sería meter los pies en el Canal de la Mancha en invierno.

—Bien —dijo Graff—, las hijas se llamaban a sí mismas “pequeñas chicas bravas” en su primer coro.

—El General Mayor, ¿no tenía hijos? —dijo Gonzalo.

—No —dijo Graff—, sólo hijas. En una representación completa serían veinticuatro hijas, todas bonitas y casi de la misma edad, y sin señales de una madre tampoco. Es algo irreal, de modo que ¿cómo vamos a encontrar una manera de decidir entre 1873 y 1877 y que no haga agua?

—Tiene que pensar en algo que suene bien —dijo Trumbull—. No tiene que ser bueno, o sensato. Mire, ¿no era la Reina Victoria Emperatriz de India también? Henry, ¿serías tan amable de mirar en el estante de referencias y buscar a la Reina Victoria en la enciclopedia? Tal vez diga cuándo se convirtió en Emperatriz.

Después de unos momentos, Henry dijo:

—El título fue conseguido para ella por Benjamin Disraeli en 1876, señor, y fue proclamada Emperatriz de India el 1 de febrero de 1877.

—Ah, perfecto. Todo el asunto está resuelto y podemos olvidar esta tontería.

Graff parecía dudoso.

—¿Cómo está resuelto?

—Fácil. Victoria adoraba el nuevo título. Cualquiera que quisiera complacerla le diría “Reina Emperatriz”. Usted citó que los piratas le decían, con todos sus defectos, que amaban a su Reina. Bien, si la acción comienza el 1 de marzo de 1877, sólo dos meses después de que Victoria tuviera el título imperial, seguramente se hubieran referido a ella como Reina Emperatriz. El hecho de que no lo hicieron prueba que fue en 1873.

Graff parecía aun más dudoso.

—Reina Emperatriz, no daría ni rima ni métrica.

—No sea iluso —dijo Trumbull—. Le dije que el argumento no tiene que tener sentido. Sólo tiene que sonar bien. Es sólo alguna tontería diseñada para terminar el asunto.

—No creo que deba ganar Appelbaum —dijo Graff.

—Bien, entonces —dijo Avalon—, pensemos más argumentos como ése, pero mantengamos todos en un año en particular, porque si pensamos maneras de argumentar para ambos años, no terminará el asunto. ¿Qué más hay que podamos usar para 1873? No tiene que ser sensato.

—¿Algo más acerca de reyes y reinas? —preguntó Gonzalo—. El pirata King,



¿representa a alguien?

—No sé si lo hace —dijo Avalon, sacudiendo la cabeza lentamente—, pero hay alguna mención a reyes en el solo de apertura del pirata King. Admite que hunde más barcos que los que debería un monarca bien nacido, pero entonces dice, “Muchos reyes en tronos de primera clase, si quieren decir que la corona es suya, deben conseguir de alguna manera hacer más trabajo sucio que yo”. Bien, ¿se estaría refiriendo a algún rey en particular?

Rubin miró hacia arriba con los ojos entrecerrados.

—Veamos... ¿Quiénes eran los tronos de primera clase en 1870? Estaba Guillermo I de Alemania. El Imperio Germánico acababa de ser establecido y había montones de intrigas por allí.

—Esas eran intrigas de Otto von Bismarck, Manny —dijo Drake—. Guillermo I era sólo un hombre viejo que hacía lo que le decían.

—En eso tienes razón, Jim —dijo Rubin—. Francisco José de Austria era el hijo débil de un monarca, y Alexander II de Rusia no estaba mal para ser un zar. Esos eran los únicos que Gilbert hubiera considerado como sentados en tronos de primera clase.

—¿Qué sucede con Napoleón III de Francia? —dijo Halsted—. ¿No estaba gobernando en ese tiempo?

—No —dijo Rubin—. Lo sacaron a las patadas en la guerra franco-prusiana en 1870, y Francia era una república en esa época y, de hecho, desde entonces. Muy malo, también, porque Napoleón III era tan torcido como un relámpago. Era un manipulador e intrigante que llegó al trono imperial mintiendo y haciendo trampas, y en ningún momento se confiaba en que mantendría su palabra a menos que tuviera un arma apuntándole.

—¿Cuándo murió? —dijo Gonzalo.

—No estoy seguro —dijo Rubin—. No mucho después, creo. Henry, ¿podrías verificar ese pequeño dato?

Henry lo hizo.

—Murió el 9 de febrero de 1873.

Gonzalo estaba entusiasmado.

—Eso es perfecto. Gilbert no haría un comentario sarcástico contra un monarca vigente, porque eso crearía un incidente internacional, pero...

—Escucha —dijo Rubin—, Gilbert no hubiera dudado en...

—No, no, sólo estamos armando un argumento —dijo Gonzalo—, de modo que digamos que no lo hubiera hecho. Pero un rey que estaba muerto sería un juego justo. Si fuera 1877, el pirata King podía no pensar en Napoleón III, pero si fuera 1873, Napoleón III habría muerto sólo dos meses antes, debe haber habido obituarios y biografías, y estaría fresco en la mente de los piratas. Naturalmente, se referirían al “trabajo sucio” que hizo. Entonces, tenemos dos argumentos para 1873.

—Eso no funcionará, Mario —dijo Avalon—. Napoleón III no era un rey. Era un emperador. Francia, Alemania, Austro-Hungría, y Rusia eran todos imperios en tiempos de Victoria. Y también el Japón, en tal caso. Esa era una de las razones por la que Victoria estaba tan complacida con el título imperial. Sin él, cada uno de los otros monarcas tenía más rango que ella.

—¿Entonces? —dijo Gonzalo.

—Entonces —dijo Avalon—, el argumento de Tom es que tenía que ser 1873 porque Victoria era llamada Reina y no Reina Emperatriz. Pero si van a ser tan quisquillosos con los títulos, no pueden hacer que el pirata King hable de reyes cuando se refiere a Napoleón III, que era emperador.

—Sobre ese punto, Jeff —dijo Rubin—, me pongo con Mario. Gilbert, como británico leal, ciertamente no bajaría una pizca en el título de Victoria. De todos modos, no se preocuparía por algún monarca francés. En el tiempo de Gilbert, Francia era todavía el enemigo tradicional de Gran Bretaña a través de una serie de guerras extendiéndose hasta Henry II siete siglos antes.

—Agrego algo a eso —dijo Graff, asintiendo—. En Ruddigore, hay una canción del marinero, Richard Dauntless, que hace una ligera broma a los franceses y les llama “froggies”, “parley-voos” y “malditos Mounseers”<sup>[50]</sup>.

—Exactamente —dijo Rubin—. Gilbert no se preocuparía por el título preciso de un maldito Mounseer, de modo que hay dos argumentos a favor de 1873.

—Sí, pero son... —dijo Graff y movió las manos en un rápido rollo.

—Muy bien, entonces —dijo Avalon—. ¿Algo más?

Silencio.

Finalmente, Halsted murmuró:

—Deseo conocer la obra mejor. Escucha, Herb, ¿dijiste que los piratas eran miembros de una Casa de Lores?

—Tenían que serlo —dijo Graff—. Cuando el General Mayor escucha que los piratas son hombres nobles echados a perder, dice, “Ningún inglés escucha indiferente esa afirmación, porque, con todos nuestros defectos, amamos nuestra Casa de pares”. Entonces sigue, y dice a los piratas, “Pares serán pares, y la juventud tendrá su aventura. Recuperad vuestros rangos y deberes legislativos”. Entonces, supongo que son parte del Parlamento.

—Ah —dijo Halsted—, entonces eso lo arregla. En 1870, Gran Bretaña era el poder económicamente dominante sobre la tierra. En particular, había grandes inversiones británicas en los Estados Unidos. Si un grupo de notables piratas iban a entrar repentinamente en el parlamento, eso haría que los americanos se sintieran bastante inseguros acerca del estado de las inversiones británicas. No se puede confiar en piratas. Podían haber retirado las inversiones. Eso desestabilizaría la economía americana y...

—Tendríamos el Pánico de 1873 —dijo Rubin, triunfante.

—Exactamente —dijo Halsted.

—Eso realmente lo arregla —dijo Rubin—. Hubo un Pánico en 1873. Fue la peor debacle económica que tuvieron los Estados Unidos hasta la Gran Depresión de 1930.

—Allí lo tienes, Herb —dijo Avalon—. Tres argumentos en favor de 1873. Cada uno en sí mismo es débil, tal vez, pero seguramente que los tres combinados tienen fuerza. Uno: Victoria hubiera sido mencionada como reina en 1873 pero no en 1877 cuando era también Emperatriz. Dos: Napoleón III ha sido mencionado como un ejemplo de real deshonesto en 1873, poco después de su muerte, pero no en 1877 para cuando ya se habría olvidado. Tres: el regreso de los piratas al Parlamento pudo provocar, y lo hizo, la depresión de 1873 en América, mientras que no hubo ninguna en 1877.

Graff asintió sombríamente.

—Sí, está muy bien y espero que funcione. Tal vez funcione. De todos modos, quiero agradecerles a todos. Si puedo hacer que Appelbaum vea la fuerza de estos argumentos... —Hizo una pausa, y entonces dijo, pensativo—: No habría nada más para llevar, ¿verdad? Algo, quiero decir, que no tenga toda esa lógica sutil. Algo simple.

Sus ojos pasaron de uno al otro y sólo encontró rostros en blanco.

—Si quieres algo simple —dijo Gonzalo—, deberíamos preguntarle a Henry. Todavía no ha dicho nada.

Graff levantó la mirada hacia Henry, curioso.

—No me diga que también es aficionado a Gilbert y Sullivan, Henry.

—No exactamente, señor —dijo Henry—. He escuchado selecciones de las operetas en ocasiones, pero nunca asistí a la representación de ninguna de ellas.

—Oh, bien —dijo Graff.

—Sin embargo... —dijo Henry, y se detuvo.

—Vamos, Henry —dijo Avalon—. Si tienes el argumento número cuatro que respalde a 1873, entonces mucho mejor.

—Ése es el punto, señor Avalon. No lo tengo, admiro el ingenio de los argumentos que han presentado y estoy casi avergonzado de tener que decir algo en contra de ellos.

—¿Quieres decir que estamos equivocados, Henry? —dijo Rubin.

—Me temo, señor Rubin. El hecho es que 1873 es casi imposible como tiempo de la acción, como uno puede demostrar muy simplemente sobre la base de todo lo que ha sido dicho.

—¿Imposible? —dijo Graff—. ¿Quiere decir que ninguno de esos argumentos lógicos es bueno?

—Completamente inútiles.

—¿Por qué?

—El señor Drake cantó un par de líneas de la canción del General Mayor, más temprano esta noche —dijo Henry—. El General Mayor, si escuché correctamente, se jactaba de conocer todas las tonadas de esa infernal tontería, Pinafore.

—¡Maldición! —dijo Rubin—. ¡Por supuesto!

—Sí, señor, como dijo el señor Drake, Pinafore era una obra anterior de Gilbert y Sullivan, anterior a Los Piratas de Penzance. Mientras estaba mirando varios puntos en la enciclopedia, como lo solicitaron, encontré, para mí, que Pinafore fue escrita en 1878. Podemos imaginar que el General Mayor, en vistas de su alto rango, podía de alguna manera haber echado una mirada a la música cuando se estaba escribiendo en 1877 y haber silbado las tonadas. Ninguna cantidad de vueltas ni de decantación lógica demoledora podía explicar su posibilidad de silbar las tonadas en 1873.

El rostro redondo de Graff se había extendido en una sonrisa.

—Por supuesto. Ningún argumento más, nada de lógica, nada de razonamiento fantasioso. El General Mayor menciona Pinafore y eso es todo. El tiempo de la acción tiene que ser 1877 y Gilbert olvidó, o no sabía, que 1900 no era año bisiesto. Mentz tendrá que ceder, y podemos seguir adelante. Gracias, Henry... ¿pero cómo es que no lo vi?

—O yo —dijo Drake—. Después de todo, canté los versos.

—Parece que tengo el don de una mente simple, caballeros —dijo Henry—, si desean la explicación simple.

## POSTFACIO

*Tengo una cantidad de entusiasmos rabiosos, y uno de ellos es Gilbert y Sullivan. Soy miembro de la Gilbert and Sullivan Society y ocasionalmente me gusta meter alguna referencia a G&S en una historia. Finalmente, conseguí pensar un argumento en el cual el ángulo G&S fuese central y entonces pueden apostar que nada podía evitar que escribiera la historia de inmediato. Fred Dannay cambió el título a “El Misterio Gilbert y Sullivan”, pero me sonaba demasiado prosaico, de modo que retuve mi propio título en esta colección.*

*Incidentalmente, el personaje Herb Graff en la historia es, de cierta manera, una persona real. Es un querido amigo del Dutch Treat Club, otra organización a la que pertenezco. Me pidió que lo pusiera en una historia, utilizando su nombre real, descripción y pasatiempo. Estaba indeciso y le pedí que me diera un trozo de papel con su firma, dándome permiso para hacerlo. Alegrementemente lo hizo.*

*Acto seguido, lo escribí en “El año de la acción” y le di una copia de ejemplar de EQMM del 1 de enero de 1981, en el que apareció la historia. Fue en un almuerzo del Dutch Treat, algo que tenemos todos los martes.*

*Al siguiente martes le pregunté, “¿Te gustó la historia?”, ya que pensé que*

*estaría encantado por lo bien que había capturado su esencia (y es realmente uno de los tipos más buenos del mundo... alegre, inteligente, y con un corazón de oro).*

*De todos modos, había utilizado una palabra que él había desaprobado y que lo arruinaba todo. Se levantó, me clavó los ojos penetrantes, y dijo, “¿¿¿Regordete???”*

*Ninguna palabra vale tanto como para herir los sentimientos de un amigo, de modo que no la encontrarán en esta versión. La he quitado.*

## ¿Puede probarlo? (1981)

---

“Can You Prove It?”

Henry, el camarero suave y funcional del banquete mensual de los Viudos Negros, llenó la copa de agua del invitado de la noche como si supiera de antemano que dicho invitado estaba buscando en el bolsillo de la camisa un pequeño frasco de píldoras.

El invitado levantó la vista.

—Gracias, camarero, aunque las píldoras son tan pequeñas que pueden pasar bien, por así decirlo.

Miró alrededor de la mesa y suspiró.

—¡Edad avanzada! En nuestra época moderna no se nos permite llegar a viejos y libres. Los doctores siguen el mecanismo en detalle e insisten en fijarse en las grasas. Mi presión sanguínea está un poco alta y tengo una sístole extra ocasional, de modo que tomo esta pequeñita píldora anaranjada cuatro veces al día.

Geoffrey Avalon, quien se sentó inmediatamente al otro lado de la mesa, sonrió con el aire de superioridad de un hombre moderadamente preocupado por la edad y que se mantenía en buena forma con un vigoroso sistema de gimnasia, y dijo:

—¿Qué edad tiene, señor Smith?

—Cincuenta y siete. Con el cuidado apropiado, mi doctor supone que viviré una vida normal.

Los ojos de Emmanuel Rubin brillaron, magnificados detrás de sus gruesos anteojos, mientras decía:

—Dudo que haya un americano que llegue a la edad media en estos días y que no tenga que acostumbrarse a un régimen de píldoras de una clase u otra. Yo tomo zinc, vitamina E y unas pocas cosas más.

James Drake asintió y dijo con su voz suave a través del humo de su cigarrillo.

—Tengo una caja de píldoras con arreglo especial para una semana, para mantener las dosis diarias con corrección. De ese modo puedo controlar si he tomado la segunda píldora de una clase en especial. Si aún está en el compartimiento del viernes, suponiendo que el día sea viernes, entonces no la he tomado.

—Tomo solamente —dijo Smith— esta clase de píldora, lo que simplifica las cosas. Compré un suplemento semanal tres años atrás, veintiocho en total, por indicación de mi doctor. Estaba francamente escéptico, pero me ayudaron tremendamente y convencí a mi doctor que las prescribiera en frascos de a mil. Cada domingo por la mañana, pongo veintiocho en mi frasco original, el que llevo a todas partes y todo el tiempo, y el que aún utilizo. Sé todo el tiempo cuántas debería tener; en este momento deberían quedarme cuatro, habiendo tomado la vigésimo cuarta de la semana, y eso tengo. En tres años, he olvidado una píldora sólo dos veces.

—Aún no he llegado —dijo Rubin altivamente— a ese grado de senilidad que

necesite algún dispositivo nemotécnico.

—¿No? —preguntó Mario Gonzalo, recogiendo el último trozo de baba al ron—. ¿A qué grado de senilidad has llegado?

Roger Halsted, quien era el anfitrión del banquete de esa noche, se anticipó a la réplica de Rubin, diciendo rápidamente:

—Hay una cuestión interesante planteada aquí. Como una creciente cantidad de personas se rellenan con químicos, debe haber cada vez menos con tejidos químicamente no-alterados.

—Ninguno —gruñó Thomas Trumbull—. La comida que tomamos está llena de aditivos. El agua que bebemos tiene purificantes químicos. El aire que respiramos está medio polucionado de alguna cosa u otra. Si pudiera analizar la sangre humana con cuidado, probablemente podría decirse dónde vivió, lo que come, y las medicinas que ingiere.

Smith asintió. Su corto cabello dejaba ver prominentes orejas, algo de lo que había tomado nota Gonzalo en la realización de la caricatura del invitado de la noche. Ahora, Smith se rascaba una de ellas, con aire pensativo.

—Tal vez se pueda almacenar el patrón detallado de la sangre de cada persona en algún ordenador. Entonces si todo lo demás fallara, la sangre podría ser la identificación. El patrón sería ingresado en el ordenador, que lo compararía con todas las que están en la memoria y en minutos dirá, en una pantalla, “El hombre que tiene aquí es John Smith de Fairfield, Connecticut” y te podrás poner de pie e inclinarte ante él.

—Si puedes ponerte de pie e inclinarte —dijo Trumbull—, puedes ponerte de pie e identificarte. ¿Por qué molestarse con un patrón de sangre?

—¿Oh, sí? —dijo Smith en tono grave.

Escuchen —dijo Halsted—, no nos metamos en esto. Henry está sirviendo el brandy y es tiempo del asado. Jeff, ¿te haces cargo de tu tarea?

—Estaré complacido —dijo Avalon en su tono más solemne.

Frunciendo sus pobladas y grises cejas sobre sus ojos, Avalon dijo, con afabilidad:

—¿Y cómo, exactamente, justifica su existencia, señor Smith?

—Bueno —dijo Smith, con buena disposición—, heredé un buen negocio. Lo llevé bien, lo vendí con provecho, invertí con inteligencia, y ahora vivo retirado anticipadamente en un elegante lugar de Fairfield, de una viuda con dos hijos grandes, independientes. Ni trabajo ni hilo como las lilas del campo, mi justificación es mi belleza y el modo en que ilumina el paisaje —una sonrisa de burla cruzó su agradable rostro feo.

—Supongo —dijo Avalon con indulgencia— que podemos pasar eso. La belleza está en el ojo del espectador. ¿Es John Smith su nombre?

—Y puedo probarlo —dijo Smith con rapidez—. Nombre su veneno. Tengo mi tarjeta, una licencia de conducir, un surtido de tarjetas de crédito, algunas cartas personales dirigidas a mí, una tarjeta de biblioteca, y algo más.

—Estoy aceptando su palabra, señor, pero se me ocurre que con un nombre como John Smith debe encontrar frecuentemente señales de cínico descreimiento, de los empleados de hotel, por ejemplo. ¿Tiene una inicial intermedia?

—No, señor, soy solamente eso. Mis padres sintieron que cualquier modificación del gran cliché arruinaría la grandeza. No negaré que hubo algunas ocasiones en que estuve tentado de decir mi nombre como Eustace Bartholomew Wasservogel, pero el sentimiento pasa. Soy uno de los Smith, y de toda la tribu, variedad John, allí me quedo.

Avalon se aclaró la garganta sonoramente.

—Y aun así, señor Smith —dijo—, siento que usted tiene razones para sentirse molesto con su nombre. Ante la sugerencia hecha por Tom, en lugar de decir su nombre y hacer innecesaria toda esa identificación, usted ha reaccionado en un claro tono de molestia. ¿Ha tenido alguna ocasión especial en la que no haya podido identificarse?

—Déjeme adivinar que así fue —dijo Trumbull—. Su ansiedad en demostrar su capacidad de probar su identidad muestra que hubo algún fallo en el pasado y que duele.

Smith pasó la mirada alrededor de la mesa, asombrado.

—Buen Dios, ¿Se nota tanto?

—No, John, claro que no —dijo Halsted—, pero este grupo ha desarrollado un sexto sentido para los misterios. Te dije cuando aceptaste mi invitación que si estabas escondiendo un esqueleto en el armario, ellos te lo harían decir.

—Y te dije, Roger —dijo Smith—, que no tenía misterios en mi vida.

—¿Y el asunto de imposibilidad de probar su identidad? —dijo Rubin.

—Fue una pesadilla más que un misterio —dijo Smith—, y es algo que se me ha pedido no mencionar.

—Cualquier cosa —dijo Avalon— que se mencione entre las cuatro paredes de un banquete de los Viudos Negros representa una comunicación privilegiada. Siéntase libre.

—No puedo —Smith hizo una pausa—. Miren, no sé de qué se trata. Creo que fui confundido con alguien alguna vez cuando visitaba Europa, y después que salí de la pesadilla fui visitado por alguien de... por alguien, y me pidió que no hablara sobre ello. Aunque, puesto a pensar, hay un misterio de alguna clase.

—Ah —dijo Avalon—, ¿y qué pudo haber sido?

—No sé realmente cómo salí de la pesadilla —dijo Smith.

—Díganos qué sucedió —dijo Gonzalo, que parecía complacido y animado—, y



le apuesto que le diremos cómo salió de ella.

—No recuerdo bien... —comenzó Smith.

El rostro fruncido de Trumbull, después de haber intentado fulminar a Gonzalo, se volvió hacia Smith.

—Entiendo estas cosas, señor Smith —dijo—. Suponga que omita el nombre del país involucrado y las fechas exactas, y cualquier otra cosa identificable. Cuéntenos la historia como salida de las Noches de Arabia, si la pesadilla se sostiene sin los detalles peligrosos.

—Creo que sí —dijo Smith—, pero seriamente, caballeros, si el asunto involucra la seguridad nacional... y puedo imaginar de qué modo lo haría... ¿cómo puedo estar seguro de todos son confiables?

—Si confías en mí, John —dijo Halsted—, responderé por el resto de los Viudos Negros, incluso, por supuesto, Henry, nuestro estimado camarero.

Henry, parado junto al aparador, sonrió gentilmente.

Smith estaba visiblemente tentado.

—No digo que no me gustaría sacar esto de mi pecho...

—Si eliges no hacerlo —dijo Halsted—, me temo que el banquete termina. Los términos de la invitación eran que debías responder todas las preguntas con la verdad. Smith rió.

—También dijiste que no me preguntarían nada que me humillara o que pudiera perjudicarme... pero será a tu manera.

»Estaba visitando Europa el año pasado —dijo Smith—, y no añadiré datos sobre ubicación ni fecha. Recientemente había enviudado, un poco perdido sin mi esposa, y bastante determinado a retomar los hilos de mi vida otra vez. No había sido un viajero antes de mi retiro y estaba ansioso de remediarlo.

»Viajé solo y era un turista. Nada más que eso. Quiero acentuar eso con total veracidad. No estaba al servicio de ningún órgano del gobierno... y eso es cierto para cualquier gobierno, no sólo el mío, ni oficial ni extraoficialmente. Tampoco estaba allí para reunir información para ninguna organización privada. Era un turista y nada más, y tan inocente que supongo que era demasiado esperar no meterme en problemas.

»No podía hablar el idioma del país pero eso no me molestaba. No sé hablar ningún idioma excepto el inglés, y tengo la actitud habitual del provinciano al pensar que es suficiente. Siempre habría alguien, dondequiera que estuviera, que hablara inglés. Y como comentario al margen, probé que eso es siempre así.

El hotel donde estaba alojado era cómodo en apariencia, aunque tenía un aire tan extraño que supe que no me sentiría como en casa, pero en ese momento no esperaba sentirme en casa. Ni siquiera podía pronunciar su nombre, aunque eso no me molestaba.

»Solamente me quedé para acomodar mi equipaje y entonces salí, hacia los grandes espacios donde podía conocer gente.

»El hombre en el mostrador, el conserje o comoquiera se llamara, hablaba una versión rara de inglés, pero con un poco de pensamiento se podía entender. Obtuve de él una lista de atracciones turísticas, algunos restaurantes recomendados, un mapa simplificado de la ciudad (no en inglés por lo que dudé si me serviría), y algunas afirmaciones sobre cuán segura era la ciudad y cuán amigables sus habitantes.

»Imagino que los europeos están siempre ansiosos de impresionar a los americanos, que se sabe que viven en peligro. En el siglo XIX pensaban que cada ciudad americana estaba ante el inminente peligro de una masacre india; en la primera mitad del siglo XX, cada una estaba llena de pistoleros de Chicago; y ahora estaban llenas de asaltantes. De modo que estuve paseando alegremente por la ciudad.

—¿Solo? ¿Sin conocer el idioma? —dijo Avalon, con desaprobación manifiesta—. ¿Qué hora era?

—Las sombras de la noche eran arrojadas por una mano cósmica y usted está en lo cierto en lo que indica, señor Avalon. Las ciudades nunca son seguras como promulgan sus propagandistas, y eso es lo que averigüé. Pero comencé muy animado. El mundo estaba lleno de poesía y lo estaba disfrutando.

»Había letreros de todo tipo sobre los edificios y se iluminaban las vidrieras en defensa de la noche. Ya que yo no podía leer ninguno, me ahorraba su total insipidez.

»Las personas eran amigables. Si les sonreía, me devolvían la sonrisa. Algunos decían algo, supongo un saludo, y les volvía a sonreír, con un gesto de la cabeza o la mano. Era hermoso, una noche apacible y yo estaba absolutamente eufórico.

»No sé cuánto tiempo caminé ni que tan lejos fui antes de darme cuenta de que estaba perdido, pero aun así, no me molestó. Entré en una taberna para preguntar cómo llegar al restaurante donde había decidido ir y cuyo nombre había memorizado meticulosamente. Dije el nombre, y señalé vagamente en diversas direcciones, encogiendo mis hombros para tratar de indicar que había perdido el camino. Algunos me rodearon y uno me preguntó en un adecuado inglés si yo era americano. Le respondí que sí, lo que tradujo a su vez a los demás, jubiloso, y pareció complacerles.

»Dijo, “No vemos muchos americanos por aquí”. Entonces comenzaron a estudiar mis ropas, el corte de mi cabello, y a preguntar de dónde venía. Trataron de pronunciar “Fairfield” y me ofrecieron un trago. Canté “Barras y Estrellas” porque parecía que ellos esperaban que lo hiciera, y fue una verdadera fiesta de amistad. Tomé un trago con el estómago vacío, y después de eso las cosas se volvieron más amorosamente festivas.

»Me dijeron que el restaurante que buscaba era demasiado caro, y no muy bueno, y que debería comer allí mismo, y que ellos ordenarían por mí y que la casa invitaba.

Eran manos cruzando el océano, era construir puentes, ¿entienden?, y dudo que me hubiese sentido más feliz después de la muerte de Regina. Tomé uno o dos tragos más.

»Y entonces, después de eso, mi memoria se detuvo hasta que me encontré en la calle otra vez. Estaba bastante oscuro, muy frío. No se veía a nadie por allí, no tenía idea de dónde estaba, y la única idea que tenía era un dolor de cabeza.

»Me senté en un umbral y me di cuenta, aun antes de sentirlo, que mi billetera había desaparecido. Y mi reloj de pulsera, mis lapiceras... de hecho, los bolsillos de mis pantalones estaban vacíos así como los de mi chaqueta. Había sido drogado y atropellado por mis queridos amigos de allende el mar, y ellos probablemente me habían llevado en un coche hacia un lugar distante en la ciudad, y me habían arrojado.

»El dinero faltante no era importante. Mi principal caudal estaba seguro en el hotel. Pero no tenía un centavo en ese momento, no sabía dónde estaba, no recordaba el nombre del hotel, me sentía aturdido, enfermo y dolorido... y necesitaba ayuda.

»Busqué un policía o cualquiera que tuviera uniforme. Si hubiera encontrado un barrendero, o un conductor de autobús, me hubiera guiado o, mejor aun, llevado a una estación de policía.

»Encontré un policía. Realmente, no fue difícil. Eran, creo, numerosos y deliberadamente visibles en esa ciudad en particular. Y fui llevado hasta la estación de policía, en algo equivalente a un patrullero, creo. Mi memoria tiene puntos de bruma.

»Cuando comencé a recordar con mayor claridad, estaba sentado en un banco en lo que suponía era la estación de policía. Nadie me prestaba mucha atención y mi dolor de cabeza estaba un poco mejor.

»Un hombre bastante bajo con un enorme bigote entró, se puso a conversar con el hombre detrás del mostrador, y se acercó a mí. Parecía un tanto indiferente, pero para mi alivio hablaba inglés y bastante bien, aunque tenía un acento británico desconcertante.

»Le acompañé hasta una habitación lúgubre, gris y deprimente, y comenzó el interrogatorio. Ése fue el interrogatorio de pesadilla, aunque el interrogador estuvo en todo momento educado, aunque distante. Me dijo su nombre pero no lo recuerdo. Honestamente, no puedo. Comenzaba con una V, de modo que lo llamaré “Ve” si lo menciono.

»Me dijo, “Usted dice que su nombre es John Smith”.

»“Sí”.

»No es que hubiera sonreído. Dijo, “Es un nombre muy común en los Estados Unidos, creo, y es frecuentemente adoptado por quienes quieren eludir una investigación”.

»“Es adoptado frecuentemente porque es común”, le dije, “¿por qué no puedo ser uno de los cientos de miles que lo llevan?”

»“¿Tiene una identificación?”

»“He sido robado. Entré a presentar una queja...”

»Ve levantó una mano y lanzó unos chistidos a través de su bigote. “Su queja ha sido registrada, pero no tengo nada que hacer con esta gente de aquí. Solamente se aseguraron de que usted no estuviera herido y enviaron por mí. Ellos no le han investigado ni interrogado. No es su trabajo. Ahora, ¿tiene una identificación?”

»Con cansancio, y tranquilamente, le dije lo que había sucedido.

»“Entonces”, dijo, “no tiene nada que pruebe su afirmación de que usted es John Smith de Fairfield, Connecticut”.

»“¿Quién más podría ser?”

»“Es lo que nos gustaría averiguar. Usted dice que fue maltratado en una taberna. Dígame la dirección, por favor”.

»“No la sé”.

»“El nombre”.

»“No lo sé”.

»“¿Qué estaba haciendo allí?”

»“Ya le dije. Estaba caminando por la ciudad...”

»“¿Solo?”

»“Sí, solo. Ya se lo dije”.

»“¿Dónde comenzó?”

»“En mi hotel”

»“¿Y tiene una identificación allí?”

»“Claro que sí. Mi pasaporte y mis pertenencias están todas allí”.

»“¿El nombre del hotel?”

»Hice una mueca. Hasta para mí mismo la respuesta era demasiado. “No lo recuerdo”, dije en voz baja.

»“¿La dirección?”

»“No la sé”.

»Ve suspiró. Me miró desde muy cerca y pensé que sus ojos eran tristes, pero podía ser solamente miopía.

»Me dijo, “La cuestión básica es: ¿Cuál es su nombre? Debemos tener alguna identificación o esto se convierte en un asunto serio. Permítame explicarle, señor Blanco. Nada me obliga, pero no amo cada faceta de mi trabajo y dormiré mejor si me aseguro de que usted entienda que está en gran peligro.

»Mi corazón comenzó a correr. No soy joven. No soy héroe. No soy corajudo. Dije, “¿Pero por qué? Soy una persona maltratada. He sido drogado y robado. Vine hasta la policía voluntariamente, enfermo y perdido, buscando ayuda...”

»Otra vez, Ve levantó la mano,

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo! Algunos aquí hablan algo de inglés y es mejor mantener esto entre los dos por ahora. Las cosas pueden ser como usted las describe, o no. Usted es un ciudadano americano. Mi gobierno tiene razones para temer de los americanos. Esa, finalmente, es nuestra posición oficial. Esperamos un agente americano de gran habilidad en penetrar nuestras fronteras en una misión muy peligrosa.”

»“Eso significa, siguió diciendo, que cualquier extranjero americano, cualquier americano encontrado en circunstancias sospechosas, y en la semana que corre, será informado inmediatamente a mi departamento. Sus circunstancias fueron sospechosas para comenzar, y se han vuelto más sospechosas a medida que lo he interrogado.”

»Lo miré horrorizado. “¿Cree que soy un espía? Si lo fuera, ¿habría venido a la policía así?”

»“Usted puede no ser el espía, pero puede ser un espía. Hay personas que piensan eso. Incluso yo veo una posibilidad.”

»“Pero ninguna clase de policía vendría a la policía...”

»“¡Por favor! Le haré el favor de escuchar, puede ser usted una distracción. Si juega ajedrez sabrá lo que quiero decir cuando digo que usted puede ser sacrificado. Es enviado para confundirnos y distraernos, ocupando nuestro tiempo y esfuerzo, mientras el verdadero trabajo es realizado en cualquier otro lugar.”

»Le dije, “Pero no ha funcionado, si eso es lo que se supone que sea. Usted no está confundido ni distraído. Nadie puede ser engañado por algo tan tonto como esto. No es un sacrificio razonable, por tanto no es un sacrificio de ninguna clase. Lo que le estuve diciendo es toda la verdad.

»Ve suspiró. “Entonces, ¿cuál es su nombre?”

» “John Smith. Pregúnteme un millón de veces y seguirá siendo mi nombre.”

»“Pero no puede probarlo. Mire”, dijo, “tiene dos alternativas. Una es convencerme de alguna manera razonable que me está diciendo la verdad. Afirmaciones simples, aunque elocuentes, son insuficientes. Debe haber evidencia. ¿Tiene algo con su nombre? ¿Algo material que pueda mostrarme?”

»“Ya le dije”, le respondí desesperado, “me han robado.”

» “Si eso falla”, dijo como si no hubiese escuchado mi afirmación, “asumiré que usted está aquí para cumplir alguna función para su país que no será del interés de mi país, y que será interrogado con eso en mente. No será mi trabajo, me alegra decirlo, pero los que interrogarán serán mucho más persistentes y pacientes. Deseo que no hubiera sido de esta manera, pero cuando la seguridad nacional está en riesgo...”

»Estaba en absoluto pánico. Tartamudeando, dije, “Pero no puedo decir lo que no sé, no importa cómo me interrogue.”

»“Si es así, finalmente quedarán convencidos, pero usted no quedará muy bien. Y

estará en prisión ya que no será muy político dejarle ir en esas condiciones. Si su país tiene éxito en lo que puede estar intentando hacer, en este país estarán furiosos y usted será, seguramente, víctima de eso y recibirá una larga sentencia. Su país no podrá interceder por usted. Ni lo intentará.

»Grité, “¡Eso es injusto! ¡Eso es injusto!”

»“La vida es injusta”, dijo Ve, tristemente. “Su propio presidente Kennedy lo dijo.”

»“Pero, ¿qué debo hacer?”, farfullé.

»Él dijo, “Convénzame de que su historia es verdad. ¡Muéstreme algo! ¡Recuerde algo! Pruebe que su nombre es John Smith. Lléveme a la taberna; mejor aun al hotel. Muéstreme su pasaporte. Deme algo, aunque sea pequeño, para comenzar, y tendré la fe suficiente en usted para intentar el resto, con cierto riesgo por mi parte, debo agregar.”

»“Lo aprecio, pero no puedo. Estoy desamparado. No puedo.” Estaba balbuceando. Todo lo que podía pensar era que enfrentaba la tortura y una prisión prolongada por el crimen de haber sido drogado y robado. Era más de lo que podía afrontar y me desmayé. Lo siento. No fue una acción heroica, pero ya les dije que no soy un héroe.

—No sabe lo que le pusieron en su trago en la taberna —dijo Halsted—. Usted estaba medio envenenado. No era usted mismo.

—Es muy amable al decirlo, pero la perspectiva de tortura y prisión por nada era algo que no podía enfrentar con estoicismo en uno de mis mejores días.

»Lo siguiente que recuerdo es que estaba acostado con la vaga sensación de ser manipulado. Creo que algunas de mis ropas habían sido quitadas.

»Ve me estaba mirando con la misma expresión de tristeza en el rostro. Me dijo, “Lo siento. ¿Desea algo de brandy?”

»Recordé. La pesadilla había regresado. Sacudí mi cabeza. Todo lo que quería era convencerle de mi absoluta inocencia en todo. Dije, “¡Escuche! Debe creerme. ¡Todo lo que dije es verdad! Yo...”

»Puso su mano sobre mi hombro y lo sacudió. “¡Deténgase! ¡Le creo!”

»Lo miré, estúpidamente. “¡Qué!”

»“Dije que le creo. Para comenzar, nadie que ha sido enviado a realizar una tarea como esa puede interpretar un absoluto terror de esa manera tan convincente, en mi opinión. Pero es solamente mi opinión. Puede no ser convincente para mis superiores y es posible que no debiera haber actuado. De todos modos, nadie puede ser tan estúpido como usted ha probado serlo sin ser lo suficientemente estúpido para entrar en una taberna extraña tan confiadamente y haber olvidado el nombre del hotel,”

»“Pero, no entiendo.”

» “¡Ya es suficiente! He perdido mucho tiempo. Debería dejarlo en manos de la

policía, a decir verdad, pero no deseo abandonarlo aún. Sobre la taberna y los ladrones, no puedo hacer nada. Tal vez en otro momento y por otra queja. Pero busquemos su hotel. Dígame cualquier cosa que recuerde, la decoración, la posición de la conserjería, el color del cabello del hombre allí, dónde había flores. Vamos señor Smith, ¿qué clase de calle era donde estaba? ¿Había negocios? ¿Tenía portero? ¿Algo?

»Me pregunté si era una especie de trampa, pero no vi alternativa sino responder las preguntas. Traté de recordar todo como estaba cuando entré en el hotel la primera vez, menos de doce horas antes. Hice lo mejor que pude en describir y él me apresuraba, preguntando más pronto que lo que podía responder.

»Miró las rápidas notas que había tomado y susurró a otro oficial, y que estaba en el lugar aunque no le vi entrar, tal vez un experto en hoteles. El recién llegado asintió, comprendiendo, y le devolvió el susurro.

»Ve dijo, “Muy bien, entonces. Creo que sabemos de qué hotel se trata, de modo que nos vamos. Cuanto más pronto encuentre su pasaporte, todo será mejor.”

»Salimos en un coche oficial. Me senté allí, temeroso y aprensivo, temiendo que fuera otra artimaña para romper mi espíritu ofreciéndome una esperanza, solamente para destrozarla metiéndome a prisión, en cambio. Dios sabe que mi espíritu no necesitaba romperse. ¿Y qué si me llevaban a un hotel, y no era el mío, me escucharían lo que tuviera que decirles?

»Llegamos a un hotel, de todos modos. Me encogí de hombros desvalido cuando Ve me preguntó si era ése. ¿Cómo podía decirles si no lo recordaba? Y temí asegurar algo que podía resultar un error.

»Pero era el hotel correcto. El conserje de la noche no me conocía, por supuesto, pero estaba el registro de una habitación para un John Smith de Fairfield. Subimos hasta mi habitación y miramos mi equipaje, mi pasaporte, mis papeles. Era suficiente.

»Ve estrechó mi mano y dijo en voz baja, “Una palabra de consejo, señor Smith. Salga de país rápidamente. Haré mi informe y lo exoneraré, pero si las cosas se ponen peores en algunos días, alguien puede decidir que usted debería ser arrestado otra vez. Será mejor que esté fuera de la frontera.”

»Le agradecí, y jamás tomé el consejo de nadie con tanto entusiasmo en toda mi vida. Pagué el hotel, tomé un taxi hasta la estación más próxima, y creo que no respiré hasta cruzar la frontera.

»Hasta este día, no sé de qué se trató todo eso, si los Estado Unidos tenían realmente el proyecto de espiar en camino en ese país en ese momento, o si tuvieron éxito o fracasaron. Como dije, alguien me pidió que no dijera nada acerca de todo el asunto, de modo que supongo que las suposiciones del gobierno de Ve eran más o menos justificadas.

»En todo caso, nunca planeo volver a ese país en particular.

—Fue afortunado, señor Smith —dijo Avalon—. Ya veo lo que quiere decir cuando dijo que estaba desorientado por el final. Ve, como usted le llama, dio un giro repentino ¿no es así?

—No lo creo —intervino Gonzalo—. Creo que le tuvo simpatía todo el tiempo, señor Smith. Cuando usted se desmayó, llamó a algún superior, lo convenció de que era un pobre idiota en problemas, y le dejó ir.

—Puede ser —dijo Drake, que fuera su desmayo lo que le convenció. Si realmente fuera un agente sabría los riesgos que corría, y estaría más o menos preparado para ellos. De hecho, él lo dijo, ¿verdad? Dijo que usted no podía simular el temor de modo convincente y que por ello usted era lo que decía ser, o algo por el estilo.

—Si ha contado la historia detalladamente, señor Smith —dijo Rubin—, debo pensar que Ve no le tiene simpatía al régimen, o no habría tenido apuro en que usted saliera del país. Creo que tiene una buena oportunidad de ser purgado, o que ya lo ha sido en este momento.

—Odio estar de acuerdo contigo, Manny —dijo Trumbull—, pero lo estoy. Creo que el fallo de Ve en retener a Smith puede haber sido el colmo.

—Eso no me hace sentir muy bien —murmuró Smith.

Roger Halsted empujó la taza de café a un lado y colocó los codos sobre la mesa. Dijo seriamente:

—Escuché los hechos desnudos de la historia antes de que usted la contara, y estuve pensando en ellos y creo que hay más. Además, y si todos están de acuerdo, debe estar mal.

Se volvió hacia Smith.

—Me dijiste, John, que este Ve era un hombre joven.

—Bueno, me pareció de unos treinta años.

—Entonces bien —dijo Halsted—, si un hombre bastante joven está en la policía secreta, no debiera estar satisfecho y debería planear ascender de cargo. No correría riesgos ridículos por nada. Si fuera un hombre viejo, podría recordar los tiempos antiguos del régimen y no tener ninguna simpatía por el nuevo gobierno, pero...

—¿Cómo sabes —preguntó Gonzalo— que este Ve no era un agente doble? Tal vez por eso es que nuestro gobierno no quiere que Smith vaya contando el asunto.

—Si Ve fuera doble agente —dijo Halsted—, entonces, considerando su posición en la inteligencia del gobierno de allí, sería enormemente valioso para nosotros. Razón de más para no arriesgarse a por una sonsera. Sospecho que había más que una simpatía en esto. Debió haber pensado en algo que realmente autenticaba la historia de John.

—Algunas veces pienso que así fue —dijo Smith malhumorado—. Sigo pensando en su afirmación después de salir de mi desmayo respecto de que yo era demasiado



estúpido para ser culpable. Nunca explicó esa afirmación.

—Espere un minuto —dijo Rubin—. Después que salió de su desmayo, dijo que se sentía desarreglado. Mientras usted estaba así, ellos revisaron su ropa, muy cuidadosamente, se dieron cuenta de que eran de confección americana...

—¿Eso qué probaría? —interrumpió Gonzalo desdeñoso—. Un espía americano puede vestir ropa americana tanto como cualquier idiota americano. Sin ofender, señor Smith.

—No hay problema —dijo Smith—. Además, las ropas que vestía fueron compradas en París.

—Me pregunto —dijo Gonzalo— si le preguntó por qué pensaba que usted era un estúpido.

—Quiere decir que si le dije —resopló Smith—, “Oiga, tipo vivo, ¿a quién está diciendo estúpido?” No, no lo dije, o nada parecido. Solamente contuve la respiración.

—Los comentarios acerca de su estupidez, señor Smith —dijo Avalon—, no debieran tomarse a la letra. Ha dicho varias veces que usted no era usted mismo durante esos momentos tan difíciles. Después de haber sido drogado, podría muy bien parecer estúpido. En todo caso, no creo que podamos saber los secretos del cambio de opinión de Ve. Sería suficiente aceptarlo y no cuestionar los favores de la fortuna. Es suficiente que usted haya salido a salvo de la boca del león.

—Bueno, espera —dijo Gonzalo—. No hemos preguntado la opinión de Henry aún.

Smith se vio muy asombrado.

—¿El camarero? —y en voz más baja—. No me di cuenta de que estaba escuchando. ¿Entiende que todo esto es confidencial?

—Es un miembro del club —dijo Gonzalo—, y nuestro mejor hombre. Henry, ¿puedes entender el cambio de actitud de Ve?

—No deseo ofender al señor Smith —dijo dudando—. No le llamaría estúpido, pero puedo ver por qué ese oficial extranjero, Ve, pensaba así.

Hubo una agitación general alrededor de la mesa. Smith, con frialdad, preguntó:

—¿Qué quiere decir, Henry?

—Usted dijo que los eventos de la pesadilla tuvieron lugar en algún momento del año pasado.

—Correcto —dijo Smith.

—Y dijo que sus bolsillos habían sido revisados. ¿Estaban completamente vacíos?

—Por supuesto —dijo Smith.

—Pero eso es claramente imposible. Usted dijo que aún llevaba el frasco original de píldoras, y que lo había llevado todo el tiempo y en todo lugar, y por eso supongo

que lo tenía cuando viajó y que aún lo tenía cuando entró a la taberna... y que aún lo tenía cuando salió de la taberna.

—Bueno, sí, tiene razón —dijo Smith—. Estaba en el bolsillo de mi camisa como siempre. Tanto porque no lo vieron o no lo quisieron.

—Usted no dijo nada acerca de eso en el curso de la historia que nos contó

—Nunca se me ocurrió.

—De modo que supongo que tampoco le dijo a Ve sobre él —dijo Henry.

—Mire —dijo Smith, enfadado—, no pensé en él. Pero aunque lo hubiera hecho, no hubiera mencionado el asunto. Podrían haberlo usado para inventar un cargo de posesión de drogas y así justificar mi encierro.

—Sería cierto si pensara solamente en las píldoras, señor —dijo Henry.

—¿En qué otra cosa hay que pensar?

—En el envase —dijo Henry suavemente—. Las píldoras son recetadas por prescripción médica y usted dijo que era el frasco original. ¿Podemos verlo, señor Smith?

Smith lo sacó del bolsillo de su pantalón, lo miró, y dijo con vehemencia:

—¡Maldición!

—Exactamente —dijo Henry—. En la etiqueta adherida al frasco por el farmacéutico debería estar impreso el nombre de la farmacia y la dirección, probablemente en Fairfield, y su nombre debería aparecer también, con las indicaciones para el uso.

—Tiene razón.

—Y después de que usted estuviera negando tener una identificación, aun ante la amenaza de tortura, Ve miró en sus bolsillos mientras usted estaba inconsciente, y encontró exactamente lo que le había estado pidiendo.

—No me asombra que haya pensado que soy un estúpido —dijo Smith, sacudiendo la cabeza—. Fui un estúpido. Realmente me siento mal.

—Y ahora tiene una explicación —dijo Henry— de algo que lo ha desconcertado por un año, y eso debería hacerle sentir bien.

## POSTFACIO

*Esta es otra historia para la que acepté el título de Fred y descarté el mío. La había titulado “What’s my Name” y me pareció que “Can you prove it?” (¿Puede probarlo?) tiene más encanto. Hay cierto aire de hostilidad en ¿Puede probarlo? que aumenta instantáneamente la tensión, aun antes de comenzar la historia.*

*Incidentalmente, esta historia, como “El Conductor”, sostiene la tensión en el hecho de que el mundo tiene dos súper potencias que se han enfrentado durante cuarenta años con armas de destrucción sin paralelo y que una guerra entre ambas significaría la pérdida (tal vez irreversible) de toda la humanidad.*

*Es por esa razón que odio escribir historias que se refieran a la confrontación, y aun leer sobre ella. Me da la impresión de que todo lo que sirve para aumentar el odio y la sospecha solamente aumenta la posibilidad de que, sea por furia o por error de cálculo, alguien presione el botón rojo.*

*Y por eso, algunas veces, las exigencias de la conspiración me obligan a hacerlo, y entonces mientras releo la historia no puedo dejar de pensar, sarcásticamente, que con el cambio de unas pocas palabras, con una sustitución aquí y allá, de mínima importancia, la historia pudo muy bien ser escrita por alguien del otro lado... Y eso es bastante triste, también.*

*La historia apareció en el ejemplar del 17 de junio de 1981 de EQMM.*

## El adorno fenicio (1982)

---

“The Phoenician Bauble”

Geoffrey Avalon, un abogado de patentes de profesión, no admitía a menudo la lectura de ficción ligera. En ocasión de este banquete particular de los Viudos Negros, de todos modos, agitó el hielo de su segundo trago (que había llegado a la mitad y que no sería tomado más) y dijo:

—Leí una interesante historia de ciencia ficción ayer.

James Drake, un químico retirado, quien había pasado la mejor parte de su —de otra manera desperdiciada— vida leyendo toda clase de publicaciones de ficción popular, dijo:

—¿Dolió?

—Para nada. Estaba en casa de un amigo, vi una revista, la hojeé, comencé a leer, y debo admitir que casi la disfruté. La premisa era que para un hombre que ha desarrollado una memoria total no debería haber secretos. Si yo fuera a recordar todo lo que dijiste, Jim, junto con las entonaciones y expresiones, y combinado con lo que los otros dijeron, y con lo que ya sabía, sería capaz de deducir todo acerca de ti. No importa qué era lo que tu no querías que yo —o cualquiera— supiera, lo estarías diciendo una docena de veces por día sin saberlo. Es sólo porque en la vida real no prestamos atención —o no escuchamos, u olvidamos— que los secretos permanecen secretos. En la historia, por supuesto, el protagonista se mete en problemas por su extraño talento.

—Como siempre lo hacen —dijo Drake, sin impresionarse—. Es una convención literaria como el toque de oro de Midas. La historia que leíste, sospecho, era “Que no sepan que recuerdas” de Isaac Asimov, en el último número de su propia revista.

—Correcto —dijo Avalon.

Mario Gonzalo, quien había llegado tarde y acababa de ubicar sus galochas y su sobre todo en el guardarropa (ya que New York no estaba disfrutando de la lluvia que necesitaba con urgencia para sus reservorios), ordenó su trago a Henry con un breve gesto, y dijo:

—¿Asimov? ¿No es el amigo de Manny, el que es aun más pagado de sí que Manny, si lo pueden creer?

Emmanuel Rubin volvió el cuerpo entero para enfrentar a Gonzalo y apuntarle con el dedo.

—Asimov no es mi amigo. Él simplemente sigue mis pisadas porque necesita ayuda con varios puntos simples de ciencia antes de poder escribir sus supuestas historias.

—Lo encontré en Libros en Imprenta, Manny —dijo Gonzalo sonriendo—. Escribe mucho más...

—... libros que yo —terminó Rubin—. Sí, lo sé. Eso es porque yo no sacrifico la calidad a la cantidad. Aquí te presento a mi invitado. Señor Enrico Pavolini. Este es Mario Gonzalo, quien cree que es un artista y quien desaprobó el hecho realizando una caricatura de ti enseguida. El señor Pavolini es restaurador en el Museo de Arte Antiguo de la ciudad.

Pavolini se inclinó con cortesía europea y dijo:

—Escucho lamentablemente la historia de ciencia ficción que están discutiendo. Me temo que aun una memoria perfecta no penetra algunos secretos, excepto en las novelas. Y siempre esos secretos que con urgencia necesitan ser penetrados prueban ser los más oscuros —Su inglés era perfecto pero sus vocales tenían una distorsión sutil que se hacía claro que no era lengua nativa.

—Creo que la mayoría de los secretos está a salvo —dijo Trumbull— porque a nadie le importan. La mayoría de los supuestos secretos son condenadamente aburridos, son sólo aquellos que están desesperadamente aburridos los que se tomarán la molestia de desenterrarlos.

—Eso puede ser en algunos casos, mi querido señor... —comenzó Pavolini, pero fue interrumpido por el tranquilo anuncio de Henry de que la cena estaba servida. Los invitados se sentaron frente a un aperitivo griego que escondía la promesa de un moussaka. Roger Halsted hizo un pequeño sonido de placer mientras colocaba la servilleta sobre sus muslos y Rubin, habiendo pinchado una hoja de parra rellena, la miró aprobando, la colocó en su boca, y la masticó hasta no dejar nada.

Rubin dijo entonces, con la mente claramente concentrada en su anterior referencia de calidad versus cantidad:

—Una de las desafortunadas consecuencias de la era de la ficción pulp, entre 1920 y 1950, es que surgió una generación de Asimov que aprendieron a escribir sin pensar, en persecución de la cantidad solamente.

—Eso no es completamente malo —dijo Drake—. Es mucho más común para un escritor caer en la trampa opuesta de posponer la ejecución en una búsqueda inútil de la perfección inexistente.

—No estoy hablando de perfección —dijo Rubin—. Estoy sugiriendo sólo un poco de trabajo adicional para salir de la basura abismal.

—Si leyeras algunos de los mejores pulp, encontrarás que están muy lejos de la basura abismal —dijo tieso Drake—. De hecho, un montón de ella es reconocido ahora como contribución importante a la literatura, y su técnica bien merece estudio. Dashiell Hammett, Raymond Chandler, Cornell Woolrich... Vamos, Manny, es tu propio campo. No le pegues.

—Esos no eran pulp. Eran escritores reales que hicieron uso del mercado disponible...

Drake se rió.

—Es fácil probar que todo lo que es pulp es malo, si cuando se dan ejemplos de lo contrario tú dices, “Si es bueno, no es pulp”.

—Una vez que algo es viejo —dijo Gonzalo—, se banean por él los críticos que lo hubieran enterrado si fueran contemporáneos del objeto criticado. He escuchado a Manny decir cien veces que Shakespeare era un escritorzuelo que fue menospreciado en sus días.

—Por cada Shakespeare —dijo Rubin con fuerza, haciendo temblar su escasa barba—, quien estaba bien lejos de las mentes enclenques de su tiempo, había cien, o tal vez mil, escritores que eran menospreciados como ceros en sus propios días y quienes siguen siendo exactamente ceros hoy, si alguien los recuerda.

—Ése es el punto —dijo Pavolini—. La supervivencia es seguramente el mejor testimonio de la calidad.

—No siempre —dijo Rubin cambiando de posición repentinamente como era característico en él—. Los accidentes deben jugar un rol. Esquilo y Sófocles escribieron más de noventa obras cada uno, y en cada caso sólo sobrevivieron siete. ¿Quién puede decir con seguridad que eran las siete mejores? Los antiguos griegos consideraban que Safo era de la misma clase que Homero, y todavía no sobrevive nada de su trabajo.

Un curioso silencio cayó sobre los Viudos Negros, como en apreciación de una tragedia verdadera... la pérdida irreparable del trabajo de un genio humano. La conversación fue más tranquila y sobre temas generales de allí en adelante.

Y finalmente Rubin, como anfitrión, convocó al interrogatorio.

—No tú, Mario —dijo—. Tratarás de probar que eres un artista y aburrirás al señor Pavolini hasta la muerte, y es muy amigo mío para perderle. Jim, haz los honores.

Enrico Pavolini parecía expectante. Su sonrisa, que siempre parecía radiante, daba toda la impresión de recibir con agrado todas las preguntas. Podía haber estado en sus cincuenta, pero el prolijo bigote, el cabello sin canas, el rostro sin arrugas y los ojos alegres podrían haberle hecho pasar igualmente por alguno de cuarenta.

Drake se aclaró la garganta.

—Señor Pavolini —dijo—, ¿cómo justifica su existencia?

Pavolini no mostró ninguna sorpresa ante la pregunta.

—Haciendo —dijo— lo que un hombre puede hacer para prevenir la tragedia de la que hablamos antes en la cena. Trabajo para salvar esos productos del genio artístico que podrían perderse de otro modo. En ese quehacer, por supuesto, debo tratar frecuentemente con ladrones y criminales, y encubrir sus felonías... pero la naturaleza de mi trabajo justifica aun eso.

—¿Quiénes son estos ladrones y criminales de los que habla? —dijo Drake.

—A lo largo de la historia —dijo Pavolini—, las obras de arte han sido

escondidas; algunas veces a propósito como cuando son enterradas con gobernantes o aristócratas fallecidos; o cuando son ocultadas de bandas de pillos u hombres armados; algunas veces accidentalmente como cuando un templo es destruido por terremoto o un barco se hunde en el mar. Y a lo largo de la historia, han habido personas en la búsqueda de tesoros, ladrones persistentes con palas que ingresan en pirámides y tumbas, quienes siguen las leyendas de tesoros escondidos, quienes figonean dentro de los barcos hundidos. Escondrijos de monedas, lingotes de metales preciosos, joyas, y obras de arte son siempre encontrados. Algunas veces son rotos, derretidos, vendidos como lingotes o piedras. Algunas veces, especialmente en los últimos doscientos años, son dejados intactos y colocados en el mercado libre. Allí es donde yo, y otros como yo, intervenimos. Competimos por los objetos. Cada museo de arte en el mundo está lleno de botines ilegales.

—¿Que hace de estos supuestos buscadores de botines unos criminales? —dijo Drake—. ¿Se supone que deben dejar las obras de arte enterradas, de propiedad de, por ejemplo, un faraón que ha estado muerto por treinta y cinco siglos?

—En primer lugar —dijo Pavolini—, muchos buscadores son criminales contra la humanidad. Son personas ignorantes que pueden cruzarse con un tesoro aun por accidente, o el destino, pero quienes, en el comienzo o al final, están interesados solamente en negociar. Todo lo que no ven con valor intrínseco posiblemente sea destruido, no tanto por malicia como por indiferencia. Es posible que rompan una obra de arte en orden de salvar unas pocas esmeraldas o hilos de oro.

»En segundo lugar, son criminales a los ojos de la ley. Durante el último siglo, las naciones han llegado cada vez más a considerar varias reliquias del pasado como parte de su herencia nacional y por lo tanto propiedad del estado. Las búsquedas deberían, en teoría, ser conducidas bajo estricta supervisión, y los hallazgos no pueden ser vendidos a museos extranjeros. Aun los arqueólogos calificados que violan estas reglas son, estrictamente hablando, criminales.

»Pero muchos gobiernos son demasiado ineficientes para conducir búsquedas apropiadas, demasiado corruptos para resistir el soborno; y la codicia humana es tal que las consideraciones de orgullo nacional pueden casi siempre no competir con el hecho de que puede obtenerse un precio más alto de los extranjeros.

—Si todos los museos se combinan en una política de rehusarse a tratar con los buscadores de botines... —dijo Drake.

Pavolini sacudió la cabeza vigorosamente.

—No sería nada bueno. Los museos están operados por seres humanos, o por gobiernos, con sus propios orgullos, codicias y corrupción. Ningún museo querría ceder un real hallazgo a otro museo. Y aun si los museos se pusieran firmes como grupo, los artículos podrían ser vendidos a colecciones privadas... o rotos y derretidos. Algunos buscadores de botines han recurrido al chantaje y utilizaron la

amenaza de destrucción para forzar precios más altos.

—¿Vale la pena? —dijo Drake—. Seguramente no todo es una gran obra de arte.

—Algunas lo son —dijo Pavolini, sonriendo con un toque de condescendencia—, para cualquier estándar, como por ejemplo el busto de Nefertiti, la diosa serpiente de Creta, o la Venus de Milo. Eso, de todos modos es secundario de cierta manera. Cada artefacto de una era pasada es importante como una evidencia viviente de una sociedad que se ha ido. El más común de los potes de terracota fue utilizado alguna vez, fue parte de una forma de vida, fue hecho para un propósito. Cada uno es tan importante como indispensable para un arqueólogo como el diente de un fósil de un tiburón extinto lo es para un paleontólogo.

—¿Puedo interrumpir, Jim? —dijo Trumbull—. Presumo que el Museo de Arte Antiguo de la ciudad tiene su porción de artefactos pasados, ¿verdad, señor Pavolini?

La sonrisa de Pavolini se amplió.

—Ciertamente la tiene. Debe venir a visitarnos alguna vez y verlo usted mismo. Somos un museo comparativamente joven y no tenemos los recursos del Metropolitan, pero estamos más precisamente enfocados y nuestra colección de arte precolombino mexicano es famosa mundialmente.

—Ciertamente lo visitaré en la primera oportunidad —dijo Trumbull—, pero creo recordar que antes de la cena usted dijo algo acerca de secretos que no eran fácilmente penetrados.

Pavolini pareció repentinamente serio.

—¿Lo hice?

—Sí. Hubo la mención de una historia idiota de ciencia ficción acerca de que una memoria perfecta era todo lo que se necesitaba para penetrar secretos y usted dijo...

—Ah, sí, ya recuerdo.

—Bueno, entonces, ¿se refería usted a algo específico, algo que tenga que ver con su trabajo?

—En realidad, sí —Pavolini se encogió de hombros—. Una cosa pequeña ha estado obsesionándome por algún tiempo, pero sin importancia fuera de mis propios sentimientos, supongo.

—Cuéntenos sobre eso —dijo Trumbull, conjugando abruptamente en imperativo. Pavolini parpadeó.

—Como dije, completamente sin importancia.

—De todos modos, cuéntanos, Enrico —dijo gentilmente Rubin—. Es el precio de la cena. Recuerda que te expliqué sobre el interrogatorio.

—Sí, Emmanuel —dijo Pavolini—, pero no es algo que pueda discutir indiscriminadamente. Desde el punto de vista estrictamente legal...

—Somos todos tan silenciosos —dijo Rubin— como uno de tus artefactos precolombinos. Eso incluye, en particular, a nuestro estimado camarero y miembro,



Henry. Por favor, Enrico, continúa.

Pavolini sonrió compungido.

—Nuestros artefactos no son de modo alguno silenciosos, ya que pueden hablarnos elocuentemente de las culturas pasadas, de modo que fue una comparación equivocada. De todos modos, había un adorno fenicio en el mercado del museo mundial... el mercado negro, por supuesto.

»Había sido desenterrado en Chipre, donde la confusión de la pasada década había hecho posible a los cazadores de botines obtener y contrabandear material valioso. Era una pequeña copa de oro y esmalte, datada en algún momento del 1200 a.C. Había alguna cuestión acerca de si mostraba influencia micénica y llevaba la promesa de modificar algunos de nuestros conceptos de eventos en tiempos de la guerra de Troya.

»Naturalmente, nosotros la queríamos, y también, imagino, una docena de los mayores museos del mundo. No era una cuestión, por supuesto, de simple oferta. La persona que la ofrecía en venta tenía que cubrir sus huellas ya que tal vez quería regresar a Chipre para obtener otras piezas, sin ser despojado de sus ganancias y arrojado en prisión además por las autoridades chipriotas. Por esa razón, necesitaba adoptar ciertas precauciones, elaborar ciertas garantías. Y por supuesto ayudaba tener un buen hombre en vista, un hombre persuasivo.

—Una vez me contaste —dijo Rubin— acerca de uno de tu equipo, y dijiste que era exactamente así... Jelinsky.

Pavolini asintió.

—El nombre no es simplemente Jelinsky. Olvidas cómo fue mencionado en primer lugar. Su nombre completo era Emmanuel Jelinsky. Así fue realmente cómo llegué a conocerte, Emmanuel. Es un nombre poco habitual y cuando fui presentado a ti, pensé en mi propio Emmanuel. Eso atrajo mi atención hacia ti. Hablamos acerca de él y entonces tuve oportunidad de conocerte. De todos modos, mi Emmanuel está muerto ahora.

—Lo siento —dijo Rubin.

—Un ataque al corazón. Tenía sesenta y cinco años y no era completamente inesperado, pero, si me permiten ser egoísta, fue trágico, porque con esta muerte se fueron todas las oportunidades de obtener el adorno fenicio —Pavolini suspiró pesadamente—. Para ser honesto, fue con grandes dificultades que me persuadí a asistir a este banquete esta noche... pero había aceptado tu invitación hace casi un mes y mi esposa insistió bastante en que viniera. Dijo que no quería verme preocupado y tirándome del cabello. Ella dijo, “Sal por una noche. Olvida”. De modo que aquí estoy, y no estoy olvidando después de todo.

Hubo un silencio incómodo y entonces Gonzalo, siempre optimista, dijo:

—Algunas veces resulta que podemos ayudar a personas con problemas.

—¿Puedes dejar de hacer afirmaciones estúpidas como esa? —dijo Trumbull con furia instantánea.

—Dije algunas veces —dijo Gonzalo a la defensiva—, e intento continuar el interrogatorio. ¿Qué dices a eso, Manny? Eres el anfitrión.

—¿Te importa si continuamos, Enrico? —dijo Rubin, quien parecía incómodo. Pavolini esbozó una sonrisa.

—El dejar de hablar no lo traerá de regreso, ni al adorno tampoco.

—Entonces, de acuerdo —dijo Gonzalo—. Usted dijo que la muerte de Jelinsky perdió también su “lo que sea” fenicio. ¿Qué museo lo obtuvo?

—Deseo que cualquiera de ellos lo hiciera. Sería lo mejor para el mundo en general. El problema es que el objeto simplemente desapareció.

—¿Cómo? ¿Por qué? —estalló Trumbull.

Pavolini suspiró.

—Bueno, entonces desde el comienzo. Déjenme explicarles acerca de Jelinsky. Estuvo en el museo más tiempo que yo y era simplemente invaluable. No deseo exagerar, pero en algunos sentidos el museo debe comprometerse en actividades que tienen alguna atmósfera de trabajo de espionaje. Hay negociaciones delicadas a ser llevadas adelante; contactos clandestinos a ser realizados; objetos a ser conseguidos ilegalmente y, sobre todo, secretamente; otros museos a los que espiar y medidas que deben ser tomadas para evitar los espías de los otros.

»Por supuesto, todo esto son insignificancias ya que los aparatos involucrados y los riesgos, también, son mucho más pequeños que los que un gobierno o aun una industria pueden disponer. Por otro lado, no tenemos gran poder al que recurrir en nuestra protección, y para nosotros, al menos, si no para todos, los riesgos son altos.

»Jelinsky era lo que consideraríamos un maestro espía, si fuera un empleado de la CIA. Podía rastrear objetos valiosos y hacer sus contactos antes que nadie más estuviera en el asunto. Era persuasivo, podía convencer a un pájaro para que dejara el árbol y fuera a su mano, podía cerrar un trato con la mayor ventaja para nosotros, aun cuando otros estuvieran detrás del mismo objeto con ofertas el doble de lo que podíamos ofrecer. Nunca supimos cómo lo hacía.

»Una vez le pregunté acerca de eso, pero él sólo me guiñó un ojo y dijo, “Nunca lo sabrás, Enrico. Después de todo, si alguna vez me despides, tendría que encontrar trabajo en algún otro lugar y entonces sería inconveniente si conocieras mis métodos”.

»Tenía de todos modos una particularidad que todos conocíamos. Era imposible de olvidar. ¡Hacía garabatos! Nunca estaba sin un anotador y en cualquier momento ese anotador tenía la primera hoja cubierta con fascinantes abstracciones. Nunca eran las mismas, pero eran netamente geométricas... triángulos, cuadrados, trapecios, octógonos, tanto solos como en extrañas combinaciones. Algunas veces podían ser

palabras construidas con letras dibujadas en formas prolijamente geométricas. Algunas veces podía decir que era una palabra que ocupaba su mente en el momento del garabato. Recuerdo una vez, cuando estábamos en conferencia, escribió las primeras letras de mi nombre, cada letra construida como una serie de segmentos en forma de huevo. Le pregunté si me permitiría conservarlo como una curiosidad, y él lo miró asombrado como si no fuera consciente de haberlo hecho. Me lo dio con un aire de interrogación sobre porqué podría quererlo. Todavía lo tengo.

»Una vez le pregunté por qué garabateaba y me dijo que no estaba seguro. Dijo, “Tal vez es lo que hago en lugar de menear los pies o golpetearme las uñas. Tengo una mente incansable y esto la pone en foco, y evita que me distraiga en direcciones indeseadas. Tal vez. Y tal vez sólo sirve como salida de un impulso artístico que yace dormido dentro de mí. No lo sé. En cualquier caso, nunca noto que estoy garabateando cuando estoy garabateando. Pero al menos me ajusto a la geometría de modo que nunca descubro mis pensamientos”.

»“Excepto cuando escribes letras”, le dije, y se sonrojó e insistió en que nunca significaban nada.

Con satisfacción y mientras sorbía su brandy y extendía el vaso para que Henry lo volviera a llenar, Gonzalo dijo:

—Apuesto a que uno de los garabatos de Jelinsky tiene su parte en todo esto.

—Sí —dijo Pavolini con tristeza—, o no debería haberme explayado tanto en eso. Obviamente. Hace dos semanas recibí un llamado de Jelinsky. Estaba en Halifax. No habló del artefacto fenicio directamente... y otra vez no deseo exagerar... porque sabía que su habitación podía ser espiada y grabadas sus conversaciones telefónicas. Algunos de nuestros competidores son al menos tan inescrupulosos como nosotros.

»Entendí bien el significado de lo que estaba diciendo, de todos modos. Había cerrado el trato y tenía el objeto. Por qué el trato había sido cerrado en Halifax no lo sé y no se lo pregunté. Tal vez el cazador de botines era canadiense o tal vez Jelinsky le había persuadido a venir a esa ciudad tan imposible para esfumar el rastro tanto como pudiera por el interés mostrados por los colegas. Eso no importa.

»Aunque Jelinsky tenía posesión física del objeto, no intentaba llevarlo con él hasta New York. Lo había colocado en un lugar poco llamativo en la forma de un paquete que no daba pistas de lo que contenía ni de su valor, y bajo condiciones donde estaba claro para las personas que lo guardaban que podía estar algún tiempo antes de que fuera solicitado. Estaba viniendo a New York con la información y entonces alguien más volaría a Halifax para traer el objeto. La mayor parte de todo esto fue dicho indirectamente; virtualmente en código.

—¿No son todas esas indirectas exageradas? —dijo Halsted.

—Sé que suena paranoico —dijo Pavolini—, pero Jelinsky era un hombre conocido. Podía ser seguido, su equipaje podía ser revisado. Después de todo, ¿por

qué dudar en robar un objeto que ya era robado? En cualquier caso, Jelinsky sintió que no era seguro llevar él mismo el objeto hasta New York. (Podríamos enviar) Enviaría algún desconocido a traer el objeto, alguien que estaría seguro por ser desconocido.

—Excepto que él murió —dijo Gonzalo excitado— antes de que pudiera pasar la información necesaria.

—De un ataque al corazón, como les dije —dijo Pavolini—, en el aeropuerto Kennedy. Naturalmente, nunca tuvo la oportunidad de decirnos dónde había metido el objeto.

Avalon se veía solemne.

—Apenas deseo molestarle exagerando el asunto —dijo—, de modo que le pediré que nos asegure y nos diga que no existe posibilidad de que Jelinsky haya sido asesinado y la información sacada de su cuerpo.

—Para nada posible —dijo Pavolini—. Estaban los que le vieron colapsar, estaba su historia de enfermedad cardiaca, y hubo una cuidadosa autopsia. No había dudas, era una muerte natural, y una muy desafortunada para nosotros. Por un lado, habíamos perdido un hombre irremplazable, pero él hubiera muerto eventualmente. Fue el preciso momento de su muerte lo que resultó una calamidad.

»No sabemos dónde está el objeto. Suponemos que está en algún lugar de Halifax, pero eso es todo. Esencialmente, el adorno fenicio está una vez más enterrado, y solamente será recuperado por accidente y por... quién puede decir quién.

»Aun si fuera encontrado por alguien y fuera colocado en el mercado otra vez, el hecho de que ya hubiéramos pagado una suma sustancial por él no significaría nada. Es posible que no seamos capaces de probar propiedad y, lo que es peor, es menos posible aun probar propiedad legal. Si es encontrado, y si el hallazgo es publicitado demasiado abiertamente, el gobierno griego chipriota lo reclamará y probablemente lo reciba. Podemos afrontar la pérdida del dinero, pero la pérdida del objeto mismo es dura de soportar. Muy dura —Pavolini sacudió la cabeza abatido.

Prosiguió.

»Lo que lo hace más frustrante es que no hay absolutamente ninguna razón para pensar que fue robado. Él estaba bajo observación de varios, como dije, cuando tuvo el ataque, y los guardias del aeropuerto estuvieron a su lado casi al instante. Sus bolsillos contenían lo habitual: una cartera razonablemente provista de efectivo, incluyendo billetes americanos y canadienses. Había monedas, tarjetas de crédito, pañuelo, y todo lo demás.

—¿Completamente nada de interés? —preguntó Halsted incrédulo.

—Bueno, uno de los objetos era un control de reclamo. Nosotros, como sus empleadores, pudimos realizar un reclamo de eso... aunque no sin considerables

problemas. De todos modos, no nos ayudó. Sospecho... espero... que el control de reclamo sea del paquete que contiene el objeto, ¿pero qué bien me hace? El control de reclamo carece completamente de marca distintiva. Es rojo, rectangular y hecho de cartulina. Sobre él en letras negras gruesas está el número 17. Sobre el otro lado, nada. No hay modo de identificar donde en esta tierra —o al menos, dónde en Halifax — pertenecía este control.

—Nada más —dijo Trumbull—. Ni libreta de direcciones. Ni una hoja de papel doblada dentro de su billetera.

—Créanme, revisamos cada cosa en sus bolsillos y equipaje, bajo la mirada de la policía, debo agregar —y parece no haber nada que pueda indicar el lugar donde había colocado el paquete. Había una libreta de direcciones, por supuesto, pero no tenía ninguna dirección de Halifax; tampoco había ninguna dirección fuera de Halifax que nos pareciera de algún modo sospechosa. También estaba su anotador. Si no hubiera estado presente, hubiera estado seguro de que fue robado. Pero, bajo el escrutinio más cerrado, no había dirección en ninguna de sus páginas. Podíamos haber controlado todo por escritura secreta —pensé en eso— pero ¿por qué habría llegado tan lejos?

—Supongo —dijo Halsted—, que ustedes podrían utilizar la fuerza bruta. Podrían ir a todos lados en Halifax que pudieran imaginablemente utilizar tales controles de reclamo y tratar de recuperar el paquete en cada uno.

—¿Cada hotel? ¿Cada restaurante? ¿Cada estación de trenes o de autobús? ¿Cada aeropuerto? —dijo Pavolini—. Eso sería verdaderamente un acto de desesperación. ¡No! En su lugar tratamos de reducir las posibilidades.

—¡Los garabatos! —gritó Gonzalo.

—No los ha olvidado —dijo Pavolini—. Sí, había garabatos en la primera página del anotador. Debieron haber sido hechos en el avión, pero garabateaba principalmente cuando estaba en conferencia, y eso debía haber sido en Halifax.

—Pero usted dijo —señaló Avalon— que no había ninguna dirección en ninguna página del anotador.

—Es correcto, pero había otras cosas. Estaban sus construcciones geométricas características, tan identificables como huellas digitales. Si eso fuera todo lo que había, sería inútil, pero había más. Era una de esas raras ocasiones en que él construía letras y sé que tenía que ser de una palabra, de una frase, que había atraído su atención. Desafortunadamente sólo había escrito una parte. Había una B mayúscula, una i y una f, cada una en grafía rebuscada. Esas letras fueron absolutamente identificadas como de su puño y letra también. En otras palabras, “Bif” era el comienzo de alguna palabra que había atrapado su atención cuando estaba negociando la compra, y si podíamos averiguar qué palabra era y dónde la había visto, tengo la impresión de que sabríamos dónde está el paquete.

—Por todo lo que sabe —dijo Trumbull—, ese garabato tal vez puede haber sido hecho el día anterior a las negociaciones, o la semana anterior. Puede no tener ninguna conexión con las negociaciones.

—Es posible —dijo Pavolini—, pero no probable. En mi experiencia, Jelinsky nunca los guardaba mucho tiempo sino que echaba a la basura la primera hoja cuando comenzaba otra. Por lo tanto, no debía ser muy vieja.

—Pero no puede estar seguro —persistió Trumbull.

—No, no puedo estar seguro pero no tengo nada más que agregar —dijo Pavolini, exasperado.

—¿Tiene el papel con usted? —dijo Gonzalo con ansiedad.

—No —dijo Pavolini, levantando los brazos y dejándolos caer—. ¿Cómo puede pensar que lo llevaría conmigo? Está seguro en mi oficina. ¿Podía haberme imaginado que este tema se convertiría en la discusión de esta noche?

—Es sólo que me pareció —dijo Gonzalo—, que si pudiéramos ver los garabatos, podríamos sacar algo de ellos. ¿Puede reproducirlos para nosotros?

Pavolini levantó el labio superior con desdén.

—No soy un artista. No podría hacerlo. No podría siquiera reproducir los adornos en las letras. Créame, no hay nada allí sino letras, y nada de significación sino las letras. Nada.

—Las letras no me parecen muy significativas —dijo Halsted—. De todos modos, ¿qué palabras comienzan con “bif”?

—Bifurcar —dijo inmediatamente Rubin.

—¡Bien! —dijo Pavolini—. Una palabra útil por cierto. ¿Dónde vería Jelinsky “bifurcar” en el curso de las negociaciones? Mis amigos, no me senté a adivinar sobre el asunto. Utilicé el diccionario completo. “Bifurcar” significa “dividir en dos”. Está “bífido” que significa “en dos partes”. Hay términos químicos, “biformato”, “bifloruro”, y todos los demás. Esos son inútiles. No está dentro de las posibilidades el que él estuviera mirando cualquiera de estas palabras mientras estaba sentado —dondequiera que estuviera sentado— con el hombre que le estaba vendiendo el artefacto. Hay sólo una palabra, sólo una, que parece como si pudiera ser útil, y esa palabra es “bifocal”.

—¿Estaba Jelinsky citado con un oculista? —dijo Rubin.

—No sé nada del hombre, pero parece razonable que las negociaciones pueden haber tenido lugar en lo de un oculista, o más probablemente, enfrente de un oculista. Con la palabra “bifocal” fija delante del rostro, Jelinsky bien pudo haber comenzado a escribirla sin darse cuenta.

—Es posible —dijo Avalon, juiciosamente.

Pero Pavolini cruzó los brazos sobre el pecho, y miró con tristeza a los hombres reunidos alrededor de la mesa.

—No funcionó —dijo—. Tuve un par de nuestros hombres recorriendo la ciudad para encontrar el oculista en cuya vidriera, o en cuyo cartel, pudiera estar la palabra “bifocal”. Todavía no encontramos ninguno. Parece que los oculistas no recetan bifocales. Son para personas mayores. Es mejor impresionar al público con la belleza y con las cualidades atractivas de sus gafas. Todo para la juventud, o para juventud aparente. Sin embargo, no hemos terminado de buscar.

—Pueden estar buscando en la dirección equivocada —dijo Drake—. Si Jelinsky hizo esas letras con decoraciones pueden no ser fácilmente identificables. Por ejemplo, es fácil dibujar una e minúscula que se parezca a una i. Jelinsky puede no haber intentado “bif”. Puede haber intentado “bef”. Su lapicera puede haber salteado la pequeña curva porque el papel estaba grasoso en ese punto.

—¿Qué tendrías con “bef”? —preguntó Rubin.

—No lo sé. Podía haber estado comenzando a escribir “beforehand”<sup>[51]</sup>, por decir, porque había aventajado a sus rivales y había llegado al vendedor de antemano.

—Eso no ayudaría a encontrar el paquete —dijo Rubin.

—¿Quién dice que tendría que hacerlo? —preguntó Halsted.

—Lo que Jelinsky escribió puede no tener nada que ver con el paquete y puede no ayudar para nada. Estamos sólo tratando de averiguar la verdad, y si la verdad no nos queda bien... —Drake abrió los brazos en un gesto de resignación fatalista.

—No, no —dijo Pavolini—. Permítame detenerle. Yo no puedo decir si nos ayudará si penetramos el significado de la palabra. Tal vez no. Pero al menos estoy bastante seguro de que la palabra comienza con “Bif” y nada más. La i era una i y no una e porque, por alguna razón, Jelinsky había colocado un punto sobre ella. De hecho, Jelinsky adornó incluso el punto de modo que era un punto triple.

—¿Un punto triple? —dijo Gonzalo—. ¿Qué quiere decir?

—Como esto —dijo Pavolini—. Esto sí lo puedo dibujar, de todos modos. Parecía algo así —Sacó un pequeño anotador del bolsillo interior de su chaqueta, tomó una hoja de papel, y dibujó tres líneas verticales cortas, muy cerca una de la otra.

—¡Así! —dijo—. Era muy pequeño.

Fue en este punto cuando Henry interrumpió.

—Señor Pavolini, ¿puedo ver ese trozo de papel?

Pavolini se quedó mirando a Henry por un momento; entonces, con un dejo divertido, dijo:

—Si usted desea verlo, camarero. Aquí está. Tal vez usted tiene una teoría también.

—No lo tomaría con esa actitud, señor Pavolini. Henry podría tener una teoría sobre eso —dijo Gonzalo.

—Muy bien —dijo Pavolini—. Adelante, camarero. De esas tres pequeñas líneas, ¿puede decirme dónde está escondido el paquete?

—No exactamente, señor Pavolini —dijo Henry con cuidadosa deferencia—. Puedo pensar en dos lugares y puede haber posiblemente uno o dos más, pero no puedo ajustarlo a un lugar.

—¿De veras? —dijo Pavolini—. ¿Usted puede decirme dos, posiblemente cuatro, lugares, y el paquete estará en uno de ellos?

—Eso creo, señor.

—Usted lo cree. ¡Maravilloso! En ese caso sólo dígame los cuatro. Le desafío — La voz de Pavolini se había elevado hasta el grito.

—Puedo señalar primero que ya que no hay palabra posible en inglés que comience con “bif”, puede ser que el señor Jelinsky no estuviera escribiendo una palabra en inglés.

—Tiene mi palabra —dijo Pavolini glacialmente—. Jelinsky no conocía otro idioma que el inglés. No era un hombre educado y, a excepción de su especialidad, realmente sabía muy poco.

—Aceptaré eso —dijo Henry—, pero tenemos que preguntarnos, no cuál palabra conocía y entendía, sino qué palabra encontró en el lugar donde estaba negociando la venta. Si estaban sentados en un restaurante francés —ubicado en una ciudad de cultura británica— bien podía vender carne y la tendría por supuesto, en el menú, en la vidriera o en el cartel, de acuerdo con su propia ortografía. “Bistec”, en francés se convierte en “bifteck”.

—¿Bifteck? —dijo Pavolini en voz muy baja.

—Sí, señor. Conozco dos buenos restaurantes franceses en Halifax y puede haber uno o dos más. Sugiero que intente en el guardarropa de los cuatro, si fuera necesario.

—¿Está adivinando! —dijo Pavolini.

—Realmente no, señor. No después que vi las tres pequeñas líneas que usted dibujó. ¿Podrían esas líneas haberse visto un poco más como esto, señor? —Sobre la misma hoja de papel Henry dibujó—. Porque si es así, eso es una flor de lis, la cual se puede encontrar muy a la vista en uno o en otro lugar en casi todos los restaurantes franceses. Si tomamos las tres letras y la flor de lis juntas, apenas se puede dudar dónde estaba sentado Jelinsky cuando hizo el garabato.

La boca de Pavolini estaba abierta, y ahora la cerró con un “flap” audible.

—Por los cielos, usted tiene razón. Partiré, caballeros. Adiós a todos ustedes, con mi agradecimiento por esta maravillosa cena, pero tengo trabajo que hacer — Comenzó a salir apresuradamente, entonces se detuvo y se volvió—. Mi agradecimiento a usted particularmente, Henry, ¿pero cómo lo hizo?

—Los restaurantes son mi especialidad, señor —dijo Henry, seriamente.

## POSTFACIO

*Esta es la vigésimo octava historia de los Viudos Negros que Fred me compró para*



EQMM y, por desgracia, la última, ya que la muerte (como a todos nosotros) finalmente le llegó al hombre que probablemente hizo más que ninguna otra persona desde Conan Doyle por el campo del misterio. Siempre será extrañado por quienes leíamos sus historias de Ellery Queen, por todos quienes lo tratábamos como editor, y por quienes lo tenían como amigo.

En conexión con la historia que acaban de leer, ya que estamos en eso, recibí una carta de un restaurador de museo quien señaló que la historia no describe los métodos actuales utilizados por los museos para obtener sus objetos de exhibición, y que perpetúa un estereotipo falso de los museos como promotores del robo de tumbas.

Estoy seguro de que tiene razón y pido disculpas a todos los museos. El hecho es que no sé nada acerca de los reales trabajos en las adquisiciones de los museos, y todo lo inventé en mi cabeza para que encajara en el complot. De todos modos, sospecho que es la manera en que tiene que ser, si el que trabaja como escritor de misterio tiene que ganarse la vida.

Consideremos, por ejemplo, los escritos de Agatha Christie (ese modelo de lo que todo escritor de misterio debería ser, aunque tiene opiniones muy peculiares acerca de cómo hablan y actúan los americanos). Si ella fuera tomada en serio, no habría familia de clase superior en Inglaterra que no haya tenido un miembro asesinado en la biblioteca, con un abrecartas clavado en el corazón y una mirada de horror indescifrable en el rostro, y que no haya tenido otro miembro que fuese el asesino. Pero lo aceptamos (suspensión de la incredulidad) y no esperamos que el mundo del misterio tenga una correspondencia de uno a uno con el mundo real.

La historia apareció en el número de mayo de 1982 del EQMM.

# Un lunes de abril (1983)

---

“A Monday in April”

Charles Soskind era llamativamente atractivo. Eso fue obvio desde el momento en que Thomas Trumbull lo presentó a los miembros de los Viudos Negros en ocasión de su cena mensual.

De hecho, era obvio aun antes de ser presentado. Era alto, delgado, de cabello oscuro. Tenía una complexión pálida con ojos que eran, por ese motivo, más sorprendentemente negros todavía. Con rasgos asombrosamente regulares, labios firmes con un trazo de sensualidad, y una encantadora sonrisa. Estrechó manos con fuerte apretón y sus uñas estaban bien cuidadas. Exudaba un rastro de loción para después de afeitarse y la palidez de sus mejillas estaba sombreada por el azul de una barba aunque ésta no era visible. Estaba bien rasurado y se parecía a un anuncio de los cuellos Gibson.

Trumbull dijo:

—Charles es relativamente nuevo en el Departamento. Obtuvo su título en estudios eslavos en la Universidad de Michigan.

Dio toda la vuelta estrechando manos y cada Viudo Negro mostró ese cierto aire de desconfianza con el que los hombres comunes reciben a un extraordinario espécimen de su propia especie.

Mario Gonzalo fue el más obvio, tal vez, en su reacción. Se colocó de modo de ubicar su reflejo en el espejo y retocó la línea de su chaqueta en lo que pudo haber pensado era una manera discreta.

Al verle, Emmanuel Rubin le desengañó enseguida. Con una amplia sonrisa que mostraba el espacio pronunciado entre sus dos incisivos superiores, Rubin susurró:

—Olvídalo, Mario. En comparación tú sales del bote de los desperdicios.

Gonzalo levantó las cejas y miró fijamente a Rubin, menos alto que él, con arrogante desprecio.

—¿De qué demonios estás hablando?

Rubin sostuvo su sonrisa.

—Tú lo sabes —dijo— y yo lo sé, y seguramente eso es suficiente.

Exactamente igual, Rubin pasó los dedos distraídamente entre su escasa barba, como si un repentino e imposible deseo de tenerla crecida de una manera pulcra e impresionante, le hubiera asaltado.

Geoffrey Avalon se aclaró la garganta y se paró más derecho y más tieso de lo habitual. Era dos pulgadas más alto que Soskind y estaba claro que no le importaría si el mundo entero notara ese pequeño hecho.

Roger Halsted hundió su estómago y sostuvo esa incomodidad por casi dos minutos. James Drake, el más viejo de los Viudos Negros, parecía muy naturalmente

indiferente, como si fuera solamente la edad y nada más, lo que le mantenía lejos de la carrera... y, lo que era más, alejado de ganarla.

Solamente Henry, el competente mozo, sobre cuyos hombros descansaba el bienestar de los banquetes, parecía verdaderamente ausente de todo mientras acercaba a Soskind un *ginger ale* solo, con una cereza al marrasquino dentro.

Soskind miró el trago un tanto sombrío y entonces, con el aire de alguien que ha sobrevivido interrogatorios sobre el asunto por años, dijo, aunque nadie le había preguntado:

—Ordeno una cereza porque lo hace parecer un trago alcohólico... de alguna clase, y entonces no tengo que explicar por qué no bebo.

—¿Por qué no bebe? —preguntó Rubin con perversidad.

—No es porque sea miembro de Alcohólicos Anónimos —dijo secamente Soskind—. Tengo muy poca tolerancia al alcohol. Un solo trago me deja decididamente borracho y ya que no obtengo placer de esa sensación, elijo no beber. No me tienen que forzar, o convencerme.

—Si yo fuera usted —dijo Gonzalo, sombrío—, tomaría Perrier con una cebollita dentro. Escuché que la tintura que utilizan en las cerezas al marrasquino es carcinógeno.

—Y lo es todo —dijo Soskind—, si elige la cepa adecuada de ratas para experimentar, y se aumentan las dosis lo suficiente.

Con el tartamudeo habitual que parecía invadir siempre su discurso tan pronto como intentaba parecer un hombre de mundo, Halsted dijo:

—Es malo si el alcohol le afecta de modo adverso. Sobrepasarse es bestial, pero no hay nada tan civilizado como el moderado compartir de tragos. Reduce las inhibiciones en la medida de un intercambio social verdaderamente gracioso.

—Créame —dijo asintiendo Soskind asintiendo—, aprecio por completo esa particular desventaja bajo la cual me encuentro. Habitualmente evito los cócteles, simplemente porque no puedo participar en igualdad de condiciones. Y eso no es lo peor de la cuestión. Son los almuerzos de negocios, lo realmente estresante. Les aseguro que si pudiera beber más fácilmente, me complacería hacerlo.

Y casi al mismo tiempo, como a una señal, Henry anunció el final de la hora del cóctel.

—La cena está servida, caballeros.

Drake se encontró sentado junto al invitado y dijo:

—¿Es usted de origen ruso, señor Soskind?

—No, hasta donde sé —dijo Soskind, con la expresión ligeramente alegre ante un trozo de salmón ahumado con cebollas. Tomó una rebanada de pan finamente cortado y manteca, y cuidadosamente retiró las alcaparras a un lado—. El padre de mi padre llegó desde Luxemburgo y los de mi madre eran ambos galeses.

—Pregunté —dijo Drake— por su grado en estudios eslavos. ¿Doctorado?

—Sí, tengo el derecho de ser denominado Dr. Soskind, aunque nunca insisto en ello. Usted es Dr. Drake, supongo.

—En Química. Pero todos nosotros nos podemos denominar doctores en virtud de nuestra membresía en el club. Aun nuestro buen Henry, el invaluable camarero de la organización, es Dr. Jackson, si decidimos llamarle así. ¿Pero cómo se decidió por los estudios eslavos?

—¡Oh, eso! No hay razones personales, si quita la ambición. Después de todo, los Estados Unidos han estado enfrentando a la Unión Soviética en abierta competición por cuarenta años a la fecha. Muchos ciudadanos soviéticos pueden hablar inglés y han estudiado historia y cultura Anglo-Americana, mientras que muy pocos americanos han regresado el cumplido. Eso nos coloca en grave desventaja, y haciendo un esfuerzo personal para lograr el equilibrio me convierto en patriota y, por añadidura, hago mi camino de progreso ya que mis conocimientos son útiles.

—¿Quiere decir en el Departamento de Tom Trumbull?

—Quiero decir —dijo Soskind con cuidado—, en ese órgano del gobierno en el cual los dos servimos.

—Ya comprendo entonces —intervino de pronto Avalon desde el otro lado de la mesa—, que usted lee y escribe ruso con bastante fluidez.

—Sí, señor —dijo Soskind—, con bastante fluidez, y también polaco. Puedo hacerme entender en checo y en serbio. Con el tiempo, espero aprender otros idiomas también. El árabe y el japonés son extremadamente importantes en el mundo de hoy, e intento tomar cursos en cada uno tan pronto como termine mi maldita tarea actual.

Trumbull se inclinó hacia adelante desde su posición en la cabecera de la mesa, la que ocupaba en virtud de que era el anfitrión del banquete de esa noche.

—¡Deténganse, idiotas! ¿Es tiempo de interrogatorio? Charles, no respondas a ninguna pregunta hasta que sea el momento. Ahora, disfruta de la cena sin molestias. No les comprendo, par de... chistosos. ¿Acaso necesitan que les expliquen las reglas del club cada noche?

—No hay reglas —dijo Rubin con presteza.

—¿Sí? —dijo Gonzalo—. Me pregunto si vas a sostener esa doctrina la próxima vez que traiga una dama como invitada.

—¡Eso es cuestión de tradición! —aulló Rubin—. Si no puedes comprender la diferencia entre tradición y reglas...

Y la discusión degeneró en una de libertad verbal y todos a la vez.

La bullabesa fue terminada; las calientes servilletas perfumadas fueron colocadas para su apropiado uso; el Alaska horneado fue consumido; y los Viudos Negros remoloneaban sobre su café (té para el invitado) cuando Trumbull repicó la cuchara contra la copa de agua y dijo:

—Mario, ya que no has mostrado el mal gusto de tostar a mi invitado antes de que estuviera adecuadamente alimentado, ¿serías nuestro cocinero en jefe?

Gonzalo se sobresaltó ligeramente. Había realizado la consabida caricatura del invitado, capturándole con un espectacular perfil estilo Byron. Dijo:

—Señor Soskind, es costumbre comenzar pidiendo al invitado que justifique su existencia. Permítame contestar yo mismo a la pregunta. Juzgo que usted diría en respuesta que está justificando su existencia con el empleo de su ruso para ayudar al gobierno americano a derrotar a la Unión Soviética.

Soskind, que estaba mirando la caricatura, dijo:

—La palabra “derrotar” tiene connotaciones desagradables. Preferiría decir que estoy haciendo mi parte para asegurar los intereses de los Estados Unidos, que, según creo, significa primero y primordial la preservación de la paz mundial y la protección de los derechos humanos.

—Pero, ¿no estaría usted —dijo Gonzalo—, haciendo una muy buena cantidad de dinero si se presentara en el mundo del espectáculo?

Soskind enrojeció y parecía luchar consigo mismo para evitar una explosión. Sin embargo, su control se quebrantó y dijo.

—Esa es una pregunta idiota, y la respuesta apropiada que debería darle es un golpe en la mandíbula.

Por un momento, la reunión se congeló y entonces Trumbull dijo, con afabilidad totalmente inusual:

—Eso está fuera de lugar, Charles. Te conté el modo en que jugamos nuestro juego cuando te invité a cenar. No niego que Mario es frecuentemente un idiota, todos lo somos... a excepción de nuestro buen Henry... pero en este caso él tenía su derecho. Estaba haciendo una pregunta, y puede preguntar cualquier cosa. Tienes que estar dispuesto a comprender que debes responder todas las preguntas con la verdad. Lo que digas no saldrá jamás de esta habitación.

—Por supuesto, Tom —dijo Soskind—. Le ruego me disculpe, señor Gonzalo, y también todos los demás —Aspiró profundamente, no sin alguna señal de seguir enojado—, supongo que debo parecerle a ciertas personas que podría haber tenido éxito en Hollywood, sobre todo si realmente me veo como su boceto, señor Gonzalo. Supongo que hizo lo posible por representarme pero de veras deseo no parecerme para nada.

»El buen aspecto, suponiendo que lo tenga, podría ponerme en las películas, pero dudo que puedan hacerme exitoso a menos que tuviera alguna habilidad mínima en actuación, algo que no tengo. Aun así, eso no me haría feliz a menos que tuviera el temperamento de un actor, el cual es mi polo opuesto. Hago lo que quiero hacer, estudiar los idiomas de la humanidad, por las razones que he mencionado y si eso conlleva una adecuada compensación. Estoy bastante listo para renunciar a mis

sueños de avaricia. ¿Lo he dicho con claridad?

—Muy claro —dijo Gonzalo—, pero, ¿qué le hace pensar que carece del temperamento de un actor? Conozco una buena cantidad de actores y tienen todo tipo y variedad de temperamentos. Y por habilidad para actuar, me parece que usted tiene la capacidad para... lo histriónico, si Manny me dice que esa es la palabra que necesito.

—Por una vez, es la palabra que quieres —dijo Rubin.

Soskind inclinó la cabeza por un momento. Cuando la levantó parecía que las nubes hubieran desaparecido y que el sol brillaba otra vez. Su sonrisa era casi irresistible.

—Caballeros —dijo—, veo que aún estoy haciendo las cosas difíciles para ustedes. No deseo que sea así. ¡De veras! Es que en los últimos diez días no he sido yo mismo. Les puedo asegurar que por lo común no soy dado a lo histriónico, y que no habrá más de ahora en adelante.

Varios de los Viudos Negros hablaron al mismo tiempo y la voz de Trumbull se elevó incisivamente.

—¡Mario tiene la palabra!

—Gracias, Tom —dijo Gonzalo, y por fin preguntó lo que todos habían tratado de saber—. ¿Por qué no es usted mismo? Y por favor no diga que es privado o que no es asunto mío. Ésa es mi pregunta y quiero una respuesta.

—Lo entiendo —dijo con calma Soskind—. Me temo que es una vieja y aburrida historia. Una joven dama con quien estaba yo... estoy... oh, bueno, maldición, siempre enamorado, si no les importa que aparezca como un imbécil romántico, me traicionó y... bueno... ¿Qué más tengo que decir?

—¿Se fue con su mejor amigo? —preguntó Gonzalo.

Soskind se rebeló.

—Claro que no. ¡Nada como eso! No es esa clase de mujeres.

—Bueno, entonces, ¿qué sucedió? —preguntó Gonzalo.

La voz de barítono de Avalon retumbó.

—¡Esperad! Antes de su respuesta, señor Soskind... y con el permiso de Mario... por favor, dígame si existe algún misterio en esto.

—¿Misterio, señor? —Soskind parecía perplejo.

—Sí. Algo que usted no comprenda; cualquier cosa que le extrañe y que no pueda ser explicado.

—¡Nada de eso! —dijo Soskind—. ¡Desearía que lo hubiera! Es todo muy simple y, para mí, descorazonador. Claire rompió su palabra, eso es todo. Tomó una ventaja injusta y ni siquiera tuvo la decencia de avergonzarse. No podría vivir con eso sin importar cuánto la ame... Pero eso no me hace muy feliz, el no poder vivir con eso.

—Sin misterios —dijo Avalon sonriente—. Podrías desear que el tema termine,

entonces, Mario. ¿Por qué investigar un asunto triste tan sólo por investigarlo?

—Gracias —dijo Soskind.

Gonzalo frunció la frente.

—Aunque Tom resuelva la decisión del anfitrión en mi lugar, Jeff, no dejaré el tema. Soy curioso.

Trumbull dudó.

—Consultaré al grupo. ¿Cuántos quieren que el tema se termine?

Él y Avalon levantaron la mano, y Trumbull dijo:

—Cuatro a dos contra terminar el tema. Henry... ¿votas?

Henry, quien estaba sirviendo un poco de brandy en la copa de Drake, dijo:

—Sí, señor. Mi mano no estaba levantada. Creo que si el señor Soskind aún siente afecto por la joven dama, debe tener la sospecha de que la está juzgando mal. Nos ayudaría si nos cuenta los detalles.

—Estaba pensando lo mismo —dijo Rubin, y se escuchó un murmullo de acuerdo alrededor de la mesa.

Soskind los miró en el rostro.

—Está bien, les contaré, pero ya verán que no hay dudas sobre la cuestión. No tengo sospechas de estar juzgándola mal.

»Ya saben que es particularmente difícil para mí encontrar una joven en quien interesarme. Por favor, no hagan caras burlonas de no creer. Atraigo instantáneamente la atención femenina, supongo, por... mi apariencia, como sería una ostentosa buena salud, o si fuera una estrella del rock, pero ¿qué valor tiene esta atención instantánea por razones tan superficiales como esas?

»Soy humano, y algunas veces tomo ventaja de esa atención, particularmente cuando me seduce el pensamiento de que es algo más que una cuestión de apariencia superficial lo que las atrae, o si, en cambio, me siento atraído por una cosa u otra sin importancia. En ese caso, caballeros, me desilusiono rápidamente, y, como debe ser, también ellas.

»Por otro lado, mi apariencia frecuentemente trabaja en mi contra y realmente repele mujeres jóvenes, y no necesita mostrar exageradas expresiones de descreimiento, señor Gonzalo. Hay muchas mujeres que llegan a un juicio instantáneo erróneo con respecto a mí, sin error de mi parte.

»Desafortunadamente, los novelistas que forman nuestras creencias estereotipadas hacen a sus heroínas increíblemente bellas, pero muy raramente extreman el buen aspecto de sus héroes. Los protagonistas masculinos tienden a verse de facciones marcadas y elegantemente ordinarios. El resultado es que como no resultado ordinario, aparezco como sospechoso.

»He escuchado comentarios indirectos. “¿Quién quiere un novio más bello que yo?”. “Tendré que pelear por una oportunidad frente al espejo”.

»Es un estribillo universal que si un hombre es, comillas, buen mozo, cierro comillas, como yo he sido descrito por esta reunión, al menos implícitamente, entonces debo ser vano, egoísta, caprichoso, y lo peor de todo, un tonto melindroso y sin cerebro.

»En estos días, de hecho, las mujeres parecen descartarme, de vista, por tener tendencias homosexuales, las que no tengo, dicho sea de paso, simplemente porque, comillas, así van las cosas con estos hombres hermosos, cierro comillas.

»Da la casualidad que soy una persona seria. No quiero decir con eso que carezca de sentido del humor, o que no pueda reír, o que ocasionalmente no disfrute haciendo el tonto. El punto reside en la palabra “ocasionalmente”.

»Por lo general, estoy interesado en trabajar sin levantar cabeza y con honestidad por mis propios medios, por mi carrera y mis intereses intelectuales. Y quiero que mi mujer sea seria, también.

»Las mujeres que más me interesan, las inteligentes, serias y ambiciosas, son las que más parecen huir de mí, las que más rápidamente deciden que soy una repugnante nulidad; que soy, comillas, demasiado bello, cierro comillas.

»Hasta que conocí a Claire.

»Ella es, desde todo punto de vista, mi tipo (si no les importa la charla irlandesa). Es lingüista, también, especializada en lenguas romances, como yo en las eslavas.

»Es bastante atractiva, al menos así la veo yo, y bastante indiferente ante ese hecho. Es seria, inteligente, trabajadora, y feminista, algo más que de palabra, y ha hecho su propio camino, sin demasiados problemas, en el mundo del hombre.

»No me enamoré a primera vista. ¿Qué puede uno conocer a primera vista que no sean superficialidades, y bastante decepcionantes? Nos conocimos en la biblioteca, donde estábamos los dos comprometidos en una investigación, y descubrimos que teníamos intereses en común. Yo estaba en el Departamento, ella en Columbia.

»Nos encontramos otra vez y se hizo habitual. Cuanto más conocíamos el uno del otro, nos sentíamos más satisfechos. Resultó que teníamos las mismas opiniones en política, literatura y arte, al menos en líneas generales, aunque había diferencias de detalle suficientes para provocar discusiones interesantes.

»Lo que más me gustaba de ella era que cuando había un desacuerdo, expresaba sus puntos de vista con calma y con argumentos convincentes, y consideraba mis respuestas sin pasión y con reflexión. Había momentos en que aceptaba mi punto de vista, y momentos en que yo aceptaba los suyos, aunque en la mayoría de las ocasiones, debo admitirlo, seguíamos en desacuerdo. No pude convencerla de votar por los Republicanos, por ejemplo.

»Al final, me enamoré, por lo que no quiero decir que estaba superado por un anhelo fantasioso de intimidad física. Existía, por supuesto, pero no es lo que yo considero, comillas, amor, cierro comillas. Estaba enamorado porque quería



desesperadamente, si era posible, una compañía continuada, de por vida, donde cada uno pudiera seguir sus objetivos e intereses; juntos, si era posible; separados, si era necesario... aunque en este último caso, cada uno con el interés y el apoyo del otro.

»Hubo una conversación sobre matrimonio y niños, y también lo que podríamos llamar interludios románticos... ninguno de los dos era inmaduro... y entonces, un día, surgió que ninguno de los dos había estudiado Latín.

»“Deberíamos hacerlo”, dijo Claire, “por ninguna otra razón que el estímulo intelectual. Además, eso complacerá al profesor Trent”.

»Debo contarles acerca de Marcus Quintus Trent. Era un Latinista de la vieja escuela (y también lo era su padre, de allí su nombre) y tenía un cargo emérito en Columbia. Había sido amigo del padre de Claire, e instrumento para despertar su interés en lenguas. Lo había conocido y me parecía genial, interesante, y sobre todo, civilizado. Tenía las maneras de un caballero, en el sentido no-americano de la palabra, y eso le hacía aparecer inmensamente anticuado al tiempo que inmensamente civilizado.

»Su Latinismo le llevaba a creer, al menos lo parecía algunas veces, que vivía en tiempos de Julio César. No sólo era Latino en su modo de hablar; juraría que pensaba así también. Parecía esforzarse en no referirse al Presidente como al Emperador. Usaba palabras en latín sin darse cuenta y era probable que fechara sus cartas en el mes de Februarius.

»Sospecho que estaba un poco angustiado porque Claire había estudiado todos los derivados del Latín —inclusive un poco de Catalán y de Rumano— sin haberse enfrentado al mismo Latín. Eso pudo haberla ayudado a decidirse a estudiarlo.

»Automáticamente, decidí seguir con ella y por lo tanto comencé lo que he referido antes, esta noche, como mi, comillas, maldita tarea actual, cierro comillas.

»No utilizo el adjetivo para indicar que la tarea es difícil. Aprender Latín no es la mayor de las tareas que un no-lingüista puede asumir. Para mí, la estructura del Ruso era un excelente entrenamiento para la casi simple estructura del Latín. Para Claire, el vocabulario del Latín no era ningún problema, ya que es primo del Italiano, el que ella hablaba como una nativa. Y ambos teníamos un talento natural para los idiomas, por no mencionar una práctica considerable en aprenderlos. No, la tarea era maldita por algo que nada tenía que ver con el idioma en sí.

»Discutimos, con considerable animación, el asunto de cuál de los dos llevaría mayor ventaja final, yo con mi cabeza gramatical como inicio, o ella con el empuje de su vocabulario. No fue hecha en voz alta la pregunta de cuál de los dos podría ser mejor lingüista en general.

»Sí, señor Rubin, me doy cuenta que instalar una competencia entre dos ambiciosos, las personas tesoneras bien podía poner en peligro el afecto que había crecido entre ellas. Ninguno de los dos hubiera querido ser derrotado, pero estábamos

de acuerdo en que nuestro amor era fuerte, lo suficiente para sobrevivir al hecho de que uno de nosotros estaba en peligro de ser derrotado por el otro.

»Después de todo, ¿qué era una sola derrota? Si uno de nosotros era un claro perdedor esta vez, él o ella podía ganar en la siguiente. El tono entusiasta del intelecto, agudizado por la competencia, podría, de hecho, servir para facilitar el progreso en nuestra profesión, y eso compensaría con creces el frívolo recuento de victorias y derrotas.

»Al menos, nos convencimos el uno al otro de que era así.

»La idea era que ambos estudiaríamos Latín, independientemente, por medios propios, usando textos y autores de nuestra elección. Después de seis meses, Trent nos daría un trozo de literatura en Latín a traducir y lo juzgaría sobre la base de la agudeza y elocuencia en la traducción. En otras palabras, una traducción palabra a palabra no era suficiente. Trent intentaba ver en Inglés que se hubiera capturado el estilo tanto como el significado.

»Trent se metió en el asunto con energía. Eligió Cicerón como tema, ya que el Latín de Cicerón es el más elegante que existe y el más elegantemente complicado. (Trent nos instó a leer Paraíso Perdido de Milton si queríamos un equivalente cercano en Inglés al estilo de Cicerón, y para ser guiados por él).

»Eligió un pasaje de uno de los últimos ensayos de Cicerón, uno que parecía no ser conocido por ninguno de nosotros, y nos lo entregó en sobres sellados. Las condiciones decían que debíamos abrirlo a las nueve de la mañana del día quince de abril, y entregarle la traducción no más de una semana después, tiempo amplio, no sólo para traducir, sino también para pulir y repulir en busca de eso tan elusivo que llaman estilo.

»En la traducción podíamos utilizar un diccionario de Latín pero, por supuesto, no debíamos buscar ninguna traducción previa del pasaje. Aceptamos las condiciones de buena gana, y Trent era suficientemente caballero para estar seguro de que ambos nos ajustaríamos a dichas condiciones con honor. En lo que se refiere a mí, sabía que él no me encontraría deficiente y supongo que tampoco encontraría deficiente a Claire. Ni siquiera se me ocurrió que Claire pudiera hacer trampas. Era inconcebible.

»La condición final era que Trent sería el único juez de los resultados y que su decisión debía ser aceptada sin discusión.

»Claire y yo acordamos que nos mantendríamos completamente separados durante el período de la prueba, para que la presencia de uno no significara una distracción para el otro. De hecho, tuve que salir de la ciudad el viernes diez de abril, y estuve fuera todo el fin de semana. No la vi desde el día diez hasta que entregamos nuestras traducciones.

»Recuerdo a Trent, riendo por los resultados. Dijo que éramos almas gemelas, y que nuestras traducciones eran tan notablemente similares que apenas podía creer que

habían sido hechas por separado. Juzgó que la de Claire era superior por razones que detalló, pero que el margen era tan pequeño que yo apenas podía considerarlo una derrota. Juro que no tuve ninguna animosidad contra Claire por ganar. Estaba orgulloso de ella.

»Yo era humano, lo suficiente para resentir algo. Había abierto el sobre cerrado rápidamente a las nueve de la mañana del miércoles quince de abril. En realidad, lo abrí cinco minutos después de la hora en un esfuerzo exagerado por no romper el espíritu del acuerdo, por si mi reloj estaba un poco adelantado.

»Pero entonces, no me tomó todo el tiempo. Podíamos hacerlo en siete, pero me tomó solamente cuatro. Era un poco de vanagloria, creo, pero para ese tiempo ya me había cansado de leer una y otra vez el pasaje y de preocuparme interminablemente sobre si decir “of Time”s great sway”, o “of Time”s mighty hest”. De modo que lo entregué el domingo diecinueve, al atardecer.

»Más tarde, por supuesto, pensé que si hubiera usado esos tres días adicionales en mejorar mi traducción, podría haber agregado ese poco que me hubiera hecho ganar. Después de todo, Claire me dijo que entregó la suya en la tarde del lunes veinte, de modo que tuvo casi un día extra. Pero entonces, el tiempo extra podía haber resultado un daño, por demasiado corregir y corregir.

»De modo que lo dejé pasar y arreglé con ella una velada de celebración de la victoria con champaña, y todo fue maravillosamente bien. Después de todo, no nos habíamos visto por casi dos semanas y aprovechamos la ocasión como hacen los amantes.

»Y entonces, no mucho tiempo después, me encontré con un viejo amigo quien me preguntó cómo estaba Claire. Le dije que bien, que porqué, y que parecía preocupado.

»Me respondió que la había visto en la biblioteca de la Columbia el mes anterior, sudando sobre un diccionario de Latín y que parecía rara. Que le trató bruscamente.

“—¿Recuerdas cuándo fue?”

“—En abril. Creo que era un lunes...”

“—Lunes veinte”, dije. “Tenía trabajo y estaba realizando las correcciones finales. Imagino que no quería distracciones y te consideraba una”. Me reí, casi alegre, ante el pensamiento.

»Pero él dijo, “No, no era entonces. Recuerdo que el día posterior mi esposa se quejaba de dolor de garganta y tuvimos que cancelar un compromiso para cenar. Entonces recuerdo que pensé en Claire y me pregunté si algo estaba pasando. Esa cena era el jueves catorce. Lo recuerdo bien. De modo que vi a Claire el lunes trece, en la biblioteca.

»Le solté, “¡Imposible!”

»Me respondió fríamente, “No sé por qué debería ser imposible. Fue entonces

cuando la vi”.

»Eso terminó allí, pero me aferré a la esperanza de que Claire hubiese estado trabajando en la biblioteca en algún otro aspecto de la competencia de Latín en ese día. La fui a ver.

»“¡Claire!”, le dije. “¿Comenzaste a traducir tu pasaje el día trece?”

»Me miró sorprendida. “¡Claro que sí!”

»No podía creerlo. “¿No comenzaste el día quince?”

»“¿Por qué el quince?”, me contestó. “Quería comenzar cuanto antes. Te quiero, querido, pero tenía la intención de ganar”.

»Giré sobre mis talones y me fui. Eso ocurrió hace una semana y no la he vuelto a ver ni hablar desde entonces. Ella me llamó una vez, pero simplemente le colgué.

»Tal vez pueda comprender que su impaciencia haya provocado que rompiera las reglas, pero lo que la puso más allá de lo que puedo considerar fue su tranquila afirmación de que hacer trampas estaba permitido; eso implicaba que si yo era un tonto por seguir las reglas merecía perder. No tenía conciencia del asunto, ni honor, y entonces significaba que no era la mujer que pensé que era, y que no podía continuar la relación.

»Esa es la historia y, como les dije, no tiene misterios.

Hubo un silencio general por unos momentos cuando Soskind terminó, y entonces Halsted dijo:

—No se lo dijo directamente. Señor Soskind. No le dijo, “¿Por qué hiciste trampas, Claire?”.

—No tenía que hacerlo, era muy claro.

Hubo un nuevo silencio.

—Vamos —dijo Soskind a la defensiva—. ¿Dicen que debía haber hecho la vista gorda? ¿Perdonar y olvidar?

—Podría haber entendido mal —dijo Rubin—. Tal vez el profesor dijo...

—Las reglas estaban por escrito —dijo Soskind—. El error no era posible.

—Ya que la joven —dijo Avalon dudoso—, era tan adecuada en todos los demás aspectos, y ya que usted aún parece estar enamorado de ella...

—La falta de honor lo cancela todo —dijo Soskind sacudiendo la cabeza con energía—. Si aún estoy enamorado, es un problema que el tiempo curará.

Drake miró a través de una nube de humo.

—Si usted le hubiera ganado, ¿estaría haciendo todo este problema?

—Espero que sí. Si actuara de otra manera, sería tan malo como ella.

Drake se encogió de hombros.

—Usted es un moralista muy estricto, señor Soskind. El moralista estricto de nuestro club es Henry. ¿Qué tienes que decir, Henry?

Henry, quien estaba parado pensativo a un costado, dijo:

—Creo que en esto hay un misterio. La joven parece haber actuado fuera de carácter.

—Prefiero pensar —dijo Soskind—, que no he comprendido su carácter hasta que finalmente se reveló.

—Si puedo hablar con libertad, señor Soskind...

—Adelante —dijo Soskind con un soplido amargado—. Diga lo que desee decir. No ayudará ni lastimará.

—¿No es posible, señor —dijo Henry—, que la señorita Claire estuviera completamente en su derecho y que usted se haya comportado precipitada e injustamente?

Soskind enrojeció.

—¡Eso es ridículo!

—Pero, ¿era el quince de abril el día de comenzar?

—Le he dicho que estaba por escrito.

—Pero, señor Soskind, nos dijo que el Profesor Trent tendía a latinizar sus expresiones. Realmente, ¿escribió “quince de abril” o “abril 15”?

—Bueno, por supuesto, él... Oh, ya veo lo que quiere decir. No, él dijo “los idus de abril”, pero, ¿cuál es la diferencia?

—Una muy grande —dijo Henry—. Todos piensan en los idus de marzo en conexión con el asesinato de Julio César, y todos saben que es el 15 de marzo en nuestro calendario. Es natural suponer que los idus de todos los meses caen el día quince, pero he mirado la enciclopedia mientras estaba terminando su relato y eso es cierto solamente en los meses de marzo, mayo, julio y octubre. En todos los demás meses, incluyendo abril, los idus caen en el día trece del mes. Ya que los idus de abril caen el día trece, la señorita Claire comenzó ese día, muy correctamente, y estaba sorprendida de que usted le preguntara sobre ese asunto y parecía que esperaba que ella se retrasara dos días sin razón.

Halsted estaba con la enciclopedia.

—Henry tiene razón, por Dios —dijo.

Los ojos de Soskind estaban muy abiertos y fijos.

—¿Y yo comencé dos días tarde?

—Si el profesor Trent —dijo Henry suavemente— sabía que usted no conocía cuándo eran los idus de abril, sospecho que usted hubiera perdido la competencia por un margen algo mayor.

Soskind pareció derrumbarse en su silla.

—¿Qué hago ahora?

—Mi experiencia en asuntos de amor, señor —dijo Henry—, es limitada, pero creo que no debería perder más tiempo. Váyase ahora y trate de ver a la joven. Ella puede darle la oportunidad de explicar, y lo que conozco de esos asuntos me lleva a

pensar que es mejor que se humille... que se humille despreciablemente, señor.

## POSTFACIO

*Eleanor Sullivan era el administrador ejecutivo de EQMM durante todo el periodo en el que escribí las historias de los Viudos Negros. Ya que Fred Dannay trabajó siempre desde su casa de Westchester, fue a Eleanor a quien entregué mis historias, y era con ella con quien llevaba un asiduo y platónico amorío. (No es que yo quisiera que fuera platónico, ya entienden, pero ella insistía)*

*Después que Fred falleciera, ella tomó el cargo de editor y siguiendo con la gran tradición que Fred había establecido mantuvo la EQMM en su firme dirección. Eso incluía (doy gracias por decirlo) la aparición ocasional de una historia de los Viudos Negros, y de una ocasional historia del Union Club.*

*Esta es la primera historia que aceptó como editor, y pienso que era apropiada, ya que es una historia romántica.*

*Muy pocas de mis historias de los Viudos Negros incluyen asesinato o crímenes violentos de cualquier clase (por mi personal rechazo de la violencia, aunque no es absoluto como sabrán si han leído “La Mujer en el Bar”, que aparece en esta colección un poco antes). Lo que es menos frecuente, son historias que incluyan romanticismo (principalmente porque comencé a escribir cuando era muy joven, y antes de eso no había tenido ninguna experiencia sentimental). Aun así, debería haber más romance que violencia en una historia de los Viudos Negros, y cuando lo hago, me gusta el resultado, y también a Eleanor en este caso, quien es una mujer dulce y de corazón muy tierno. La historia apareció en el número de mayo de 1983 de la EQMM.*

## Ni bestia ni humano (1984)

---

“Neither Brute Nor Human”

La cena mensual de los Viudos Negros seguía su curso normal cuando Emmanuel Rubin, con el tenedor levantado y agitándolo amenazadoramente en el aire, ignoró temporalmente su costilla de cordero y dijo:

—Edgar Allan Poe fue el primer profesional de las historias modernas de detectives y de ciencia ficción. Le concedo eso.

—Muy amable de tu parte —murmuró James Drake, el anfitrión en esa ocasión, en un comentario en voz baja.

Rubin lo ignoró.

—También elevó las historias de terror a nuevos niveles. Sin embargo, tenía una morbosa y enfermiza preocupación por la muerte.

—En absoluto —dijo Geoffrey Avalon, con voz grave, frunciendo sus gruesas cejas—. Poe escribió en la primera mitad del siglo XIX, y en aquella época todavía no había virtualmente ninguna protección contra enfermedades infecciosas. La vida era corta y la muerte estaba siempre presente. No es que fuera morboso; era realista.

—¡Absolutamente cierto! —exclamó Roger Halsted—. Léase cualquier obra de ficción del siglo XIX. Léase a Dickens y la muerte del pequeño Nell, o a Harriet Beecher Stowe y la muerte de la pequeña Eva. Los niños morían frecuentemente en la ficción porque morían frecuentemente en la vida real.

Los ojos de Rubin, agrandados por los gruesos cristales de sus gafas, adquirieron un resuelto destello y su escasa barba pareció erizarse.

—No es la muerte en sí misma. Es cómo se la trata. Se puede hablar de ella como la entrada al cielo, y de la persona que muere como un santo... Véase la muerte de Beth en *Mujercitas*. Puede ser asquerosamente sensiblera, pero su pretensión es ser edificante. Por otro lado, Poe piensa excesivamente y con profana alegría en elementos de degradación y decadencia. Hace la muerte peor de lo que es y... ¡Vamos!, todos ustedes saben lo que significa «morboso».

Volvió a su cordero y lo atacó con energía.

Thomas Trumbull refunfuñó y dijo:

—Es verdad. «Morboso» es hablar de morbosidad durante lo que, de otra forma, sería una cena placentera.

—No veo que suponga ninguna diferencia si Poe fue o no morboso —dijo Mario Gonzalo, que estaba hábilmente repelando la carne de las costillas del cordero—. Lo que cuenta es si era un buen escritor o no, y supongo que nadie discute el hecho de que era bueno.

—Incluso los buenos escritores no son buenos todo el tiempo —dijo Avalon prudentemente—. James Russel Lowell definió a Poe como «tres quintas partes de

genio y dos quintas partes de disparate total», y diría que su definición era bastante precisa.

—Mi idea es que un escritor seminal tiene que aceptar alguna responsabilidad por sus imitadores —dijo Halsted—. Hay algo en Poe que hace absolutamente necesario que sus imitadores sean malísimos. Piensen ustedes en H. P. Lovecraft...

—No —dijo Rubin violentamente—, no estamos discutiendo sobre Lovecraft; estamos hablando de Poe...

Y aunque parezca mentira, el invitado de Drake, que hasta aquel momento de la cena había permanecido sentado sin decir palabra, dijo de repente con voz chillona y casi metálica:

—¿Por qué estamos hablando de Poe?

Su nombre era Jonathan Dandle; bajo, regordete en su parte media, rostro redondo ahora bastante enrojecido, una gran cabeza calva con un borde de cabello gris alrededor de las orejas y unas gafas bifocales redondas de montura de oro. Debía estar entrando en los sesenta años.

Había sobresaltado a sus compañeros hasta hacerlos callar e incluso Henry, el imperturbable camarero que era el orgullo de los Viudos Negros, había permitido que una expresión de sorpresa cruzara su rostro momentáneamente.

Drake aclaró su garganta, y apagó su cigarrillo:

—Hablamos de cualquier cosa que nos plazca, Jonathan. Poe es un tema tan bueno como cualquier otro, sobre todo porque Manny Rubin escribe misterios y, por tanto, Poe podría ser considerado su patrono. ¿Correcto, Manny?

Dandle miró alrededor de la mesa, de uno a otro, y algo del rojo de su rostro desapareció, dejando paso a su color normal. Levantó sus manos en una especie de encogimiento de hombros.

—Mis disculpas, caballeros. No era mi intención imponer el tema de la conversación.

Parecía un poco triste.

Rubin movió la cabeza hacia Dandle en un gesto condescendiente ligeramente arrogante y dijo:

—En realidad, si estamos hablando acerca del patrono de los misterios, yo podría hacer un buen alegato en favor de Conan Doyle. Los Escritores de Misterio de América pueden repartir Edgars, pero el detective arquetípico, como todos sabemos... —y con esto, Poe fue abandonado.

Dandle escuchó atentamente el nuevo rumbo de la conversación, pero no dijo nada más hasta que Henry hubo servido el café y Gonzalo hubo terminado la rápida caricatura que mostró al invitado.

Dandle la miró solemnemente y luego sonrió:

—Es una suerte, señor Gonzalo, que no tenga en gran concepto mi belleza. Me



hace ver como el antiguo actor Guy Kibee. Quizá no lo recuerde.

—Claro que lo recuerdo, y ahora que lo señala, existe un parecido. Un artista perspicaz puede, con unos pocos trazos de lapicera, revelar elementos esenciales que no son necesariamente evidentes —dijo Gonzalo.

—Qué lástima, Mario —dijo Rubin—, que no puedas encontrar un hábil artista que te enseñe a hacer eso.

—Y mientras que tú —dijo Mario imperturbable—, has conocido a muchos escritores perspicaces y ninguno de ellos ha podido ayudarte.

En ese momento, Drake golpeteó la copa de agua con su cuchara.

—Hora del interrogatorio, caballeros, así que se solicita a Manny y Mario se callen. Jeff, ¿quieres hacer los honores?

Geoffrey Avalon agitó con el dedo mayor el hielo de su segundo whisky a medio consumir, y dijo:

—Señor Dandle, ¿cómo justifica su existencia?

—Una buena pregunta —dijo Dandle, pensativo—. Dado que no tuve nada que ver con el inicio de mi existencia en este mundo desventurado, podría justificadamente rechazar cualquier necesidad de defenderme. Sin embargo, he aceptado mi existencia durante un poco más de seis décadas..., después de todo, podría haberme matado bastante fácilmente...; por lo tanto, me defenderé. ¿Qué ocurriría si les dijera que estoy tratando de hacer más fácil la comunicación entre la gente? ¿Serviría como base para una justificación?

—Depende de sobre qué temas se comuniquen —dijo Gonzalo—. Ahí están los intentos de Manny por...

—¡Mario! —dijo Avalon tajante, dirigiendo una amenazadora mirada en dirección de Gonzalo. Luego, más amablemente, dijo—: Tengo la palabra y me gustaría que esta vez no cayéramos en la anarquía... ¿De qué manera, señor Dandle, hace usted más fácil la comunicación entre la gente?

—Trabajo en fibras ópticas, señor Avalon, y la comunicación por rayo láser a través de cristal, más que la comunicación por electricidad a través de cobre, conducirá a que cables más baratos y delgados, a pesar de ello, transmitan más mensajes. Admito que no toda la alta tecnología del mundo servirá por sí misma para mejorar la calidad de esos mensajes.

—Y sin embargo, señor Dandle, si se me permite introducir una nota personal, usted no muestra en sí mismo demasiada tendencia a comunicarse, considerando que la comunicación es su negocio. Apenas ha dicho algo durante el cóctel y la cena. ¿Hay algún motivo para ello?

Dandle miró a su alrededor y su rostro enrojeció de nuevo. Era bastante evidente que se ruborizaba con facilidad, y que, como a toda la gente a la que le ocurre eso, era muy consciente de ello, y parecía avergonzarse y ruborizarse más por ese motivo.

Dijo algo entre dientes.

—Le ruego me perdone, señor —dijo Avalon—. No le he oído.

Drake, que estaba sentado junto a su invitado y que parecía también bastante incómodo, dijo:

—Jonathan, decir «no tengo nada que decir», no es una respuesta.

—Es una respuesta, si esa es la respuesta que yo elijo dar, Jim —dijo Dandle.

—No —dijo Drake, mirando a su invitado con los ojos fruncidos de miope—. Ésa no está entre las opciones permitidas, Jonathan. Ya te expliqué el acuerdo de esta reunión. Recibes buena cena y buena compañía a cambio de respuestas con argumento. Sin secretos. Sin evasivas. Mi propia experiencia me dice que siempre has tenido muchas cosas que explicar.

—Déjame continuar, Jim... —dijo Avalon—. Señor Dandle, aceptaré su respuesta de que no tiene nada que decir, aunque desearía que hablara alto para que además de quien se sienta a su lado, puedan oírle también los demás. Mi próxima pregunta es: ¿Por qué no tiene nada que decir en esta ocasión, considerando que, si vamos a creer a Jim, el silencio no es característico en usted?

Dandle extendió sus manos y dijo con voz bastante alta:

—¿Es siempre el hombre responsable de sus actos, señor Avalon? ¿Conoce siempre el origen de sus estados de ánimo?

—Entonces, permítame hacerle otra pregunta —dijo Avalon—. En un momento dado, usted interpuso una pregunta en la conversación general. Usted preguntó por qué estábamos hablando de Poe, y lo hizo bastante enérgicamente. Yo interpreté su observación como indicativa de que usted se sentía ofendido, quizás agraviado, por la discusión. ¿Es así? Y, si es así, ¿por qué?

Dandle negó con la cabeza.

—No, no. Sólo pregunté.

Trumbull se levantó y se pasó una mano por su cabello blanco muy ondulado. Con exagerada paciencia, dijo:

—Jim, como anfitrión, debes tomar una decisión. No hay duda de que no estamos consiguiendo nada de nuestro invitado, y creo que, de acuerdo con las reglas del club, podríamos estar forzados a suspender la reunión ahora. De hecho, te propongo que consideres la suspensión.

Drake agitó petulante la mano.

—Tranquilízate, Tom... Jonathan, tienes que responder francamente. Nada que se diga aquí será repetido fuera de estos muros. Nuestro camarero, Henry, es miembro del club y mantendrá la boca cerrada como nosotros. Incluso en mayor grado. Yo te conozco lo suficientemente bien para saber que no has cometido un crimen ni que estés planeando cometerlo, pero incluso así, nosotros...

—Estás muy equivocado —dijo Dandle, con un tono de voz bastante más elevado

que antes—. Estoy tratando de cometer lo que considero un delito. Estoy ciertamente tratando de ser deshonesto.

—¿Tú? —preguntó Drake.

—Por lo que considero es una justificación considerable, por supuesto.

—Después de esto —dijo Trumbull—, si el señor Dandle no desea explicarse, Jim, podemos detenernos.

Hubo un silencio. Trumbull permanecía de pie. Drake miró a Dandle y dijo:

—Bien, ¿Jonathan?

—Tú me dijiste, Jim —dijo Dandle—, que se me interrogaría sobre los detalles de mi profesión. No esperaba esta clase de cosas.

—No puede evitarse. Si hubieras sido tú mismo, nada de esto hubiera ocurrido. ¿Qué es lo que está mal?

Dandle parecía impotente. Apretó su puño, hizo como si fuera a golpear la mesa, se detuvo el movimiento y dijo:

—Se trata de mi hermana.

—Tu chifla... —empezó Drake, y de repente se detuvo.

—Mi chiflada hermana —dijo Dandle—. Se está muriendo. Cáncer.

Hubo un repentino silencio.

—Hace meses que lo sabemos —dijo Dandle—, y quizá viva algunos meses más, pero eso nos está ocasionando problemas.

El silencio continuó. Finalmente, Henry dijo:

—¿Brandy, caballeros?

—Un poco solamente, Henry... —dijo Avalon distraído— ¿Qué clase de problemas, señor Dandle?

—Su testamento.

—¿Quiere usted decir que todo es un asunto de dinero? —dijo Halsted, con algo más que un matiz de desaprobación en su voz.

—No se trata en absoluto de dinero —dijo Dandle, levantando las cejas—. Por favor, compréndanlo, caballeros, mi mujer y yo somos afortunados. Tenemos un hijo y una hija, pero ambos están crecidos y son razonablemente afortunados. Mi hermana tiene una casa y algo de dinero que heredó de nuestros padres, pero no es algo que codiciemos. Al menos, no el dinero. Puede disponer de él como quiera. Si así lo desea, puede dejarlo para una granja para gatos sin hogar. Se trata de la casa.

Se quedó pensativo por un momento.

—Estaba muy claro que ella nunca se casaría por el tiempo en que mis padres murieron. Tenía sentido dejarle a ella la casa familiar, aunque era innecesariamente grande para una persona. Sin embargo, ha pertenecido a la familia desde que fue construida; yo nací allí; viví allí hasta que me casé; le tengo un apego sentimental muy profundo. Ahora mi hermana Rachel —Dandle miró brevemente a Drake—, que

es, como dijiste, una chiflada, está planeando dejársela a una organización de chiflados, y yo no quiero que haga eso. Desearía venderla a alguien respetable. Desearía que la derribaran de una forma digna por un propósito decente. Pero maldita sea si deseo permitir que la... Orden Cósmica de Teognósticos la infeste.

—¿La qué? —preguntó Gonzalo.

—Esa palabra —dijo Avalon—, viene del griego y significa “conocedores de Dios”.

—Lo que realmente conocen —dijo Dandle—, son métodos para sacar dinero de tontos y locos.

—Imagino que están sacando dinero de su hermana —dijo Avalon.

—Hasta cierto punto, sí, pero no mucho. Es una mujer astuta en cuestiones financieras, y tiene buen juicio fuera de su obsesión. Sin embargo, andan buscando quedarse con todo cuando ella muera. Y podrían.

—¿Cuál es su obsesión, señor?

—Creo que empezó con sus lecturas de Poe cuando era joven. Creo que leyó todo lo que él ha escrito; casi lo memorizó; y absorbió la malsana morbosidad que mencionó el señor Rubin. También leyó a Lovecraft y creció con tendencia a creer en horrores del espacio exterior, en inteligencias antiguas, y todo eso. Ella me hablaba bastante a menudo sobre esa basura. Naturalmente, pasó a formar parte de la Ovni manía.

—Naturalmente —dijo entre dientes Rubin, con un aire de disgusto.

—Se convenció de que esos seres inteligentes del espacio exterior están realmente en la Tierra y que se han apoderado de sus líderes y de gran parte de la población en general. Cree que esos seres extraños son invisibles, o que pueden hacerse invisibles, y que pueden vivir dentro de los seres humanos como parásitos. Todo es bastante loco.

—Supongo —dijo Avalon— que si alguien no está de acuerdo con ella, o trata de argumentar contra su opinión, ella lo considera una señal de que el que discrepa ha sido poseído.

—Absolutamente. Enseguida me di cuenta del error de oponerme a ella.

—¿Por qué esos extraños no han poseído a todo el mundo? —dijo Halsted—. ¿Cómo explica su hermana que ella misma no haya sido poseída?

—Deduzco —dijo Dandle— que la Orden Cósmica de Teognósticos los combate con oraciones, introspección, meditación, conjuros y lo que fuera que el diablo les pida que hagan, y le han enseñado a ella a hacer lo mismo. Ha intentado enseñarme a mí, y sólo he guardado silencio y escuchado. Hay un montón de velas ardiendo involucradas en esto y el recitado de páginas enteras de escritos que no tienen ningún significado, pero supongo que cree que eso me mantiene a salvo... por el momento.

A través del humo de su cigarrillo, Drake dijo:

—Cuando me referí a ella como chiflada, Jonathan, estaba pensando en esa basura de los OVNIS. Pero no sabía nada sobre esas inteligencias extrañas.

—No es algo de lo que me guste hablar, obviamente —dijo Dandle—, y no estaría hablando ahora si no fuera por la presión.

—Usted dijo que estaba pensando en cometer un delito —dijo Avalon—. Seguramente no está pensando en violencia contra los teognósticos.

—Nada como eso. Sólo es un crimen a mis ojos. He estado tratando de defraudar y engañar a mi hermana y, no estoy orgulloso de ello.

—¿Quisiera usted explicar eso, señor Dandle? —preguntó Avalon fríamente.

—Bien, desde que encontramos que Rachel tenía cáncer, las cosas están en crisis. No se sometería a una operación porque está segura de que bajo los efectos de la anestesia será poseída. También sospecha de la radioterapia porque la radiación es el arma de esos seres. Por lo tanto, confía enteramente en el ritual teognóstico, y ya pueden imaginar lo eficaz que es.

—Los más absurdos métodos pueden ayudar a veces si uno cree firmemente que lo harán —dijo Rubin—. La mente es un poderoso instrumento.

—Puede ser —dijo Dandle—, pero a ella no le está ayudando nada. Ella está cada vez peor, y hace aproximadamente un mes empezó a hablar de dejar la casa y el dinero a los teognósticos para que éstos pudieran continuar con su gran lucha contra esos seres... En consecuencia, yo empecé a planear algo. —Enrojeció y se detuvo.

Tras una corta pausa, Avalon dijo apaciblemente:

—¿Sí, señor Dandle?

—Para no andar con rodeos —dijo Dandle—, me presenté a ella como un entusiasta converso. Le dije que me había convencido y que estaba con ella en corazón y alma; que podía dejar el dinero a los teognósticos si así lo quería, pero que debía dejarme la casa a mí y así yo haría de ella el centro de lucha contra los seres extraños. Permitiría a los teognósticos que la utilizaran libremente, pero que simplemente quería conservar el título de propiedad en honor a nuestros padres. Fui hipócrita y obsecuente.

—Sin duda —dijo Avalon—, pero, ¿funcionó? Las personas como su hermana que creen en indemostrables peligros invisibles suelen sospechar de todo.

—Eso me temo —dijo Dandle—. No sabe qué pensar de mí. Quiere creerme, pero, como usted dice, tiene sospechas. Vacila en hablar de lo que ella estoy seguro cree que son, por así decir, los “misterios más altos”. Le he pedido detalles sobre la forma y atributos de esos seres misteriosos, por ejemplo, y no me ha dicho una palabra sobre eso..., como si no estuviera segura de que yo fuera digno de iniciación.

—Quizá ni ella misma lo sabe —dijo Trumbull.

—Puede fácilmente inventarse todo lo que quiera —dijo Rubin—, y luego llegar a creérselo. Tales cosas son muy corrientes.

—La pasada semana dijo algo en una especie de susurro musical, y pensé que estaba haciendo progresos, pero después no hubo nada más.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Bien, eran hermafroditas y no son ni mujeres ni hombres. Y, naturalmente, no eran terrenales. No son seres humanos ni animales. Y que cuando nos invaden viven en nuestra naturaleza espiritual más que nuestros cuerpos físicos, deduzco, ya que me agarró del brazo, con fuerza sorprendente, y susurró en mi oído: «Son peores que caníbales, y eso no es sorprendente, considerando de dónde vienen.»

—¿De dónde vienen? —preguntó Gonzalo.

—Eso es lo que yo le pregunté —dijo Dandle—, pero ella no lo dijo. Sólo dijo que una vez que se alcanza una cierta iluminación, se sabe de dónde vienen; que ésa es la prueba de la iluminación. Llega como una ola de revelación y proporciona una cierta energía contra ellos. Ella lo sabe, y los teognósticos lo saben; pero no se lo dicen a nadie porque ésa es la prueba para saber qué personas son fuertes contra esos extraños. En realidad, no tiene sentido, pero si intentara decírselo a ella sería el final de mis posibilidades de salvar la casa. Por lo tanto sólo dije, seriamente, que meditaría y trataría de lograr el conocimiento —Miró a su alrededor en la mesa con el rostro sombrío—. Se supone que debo guardar ayuno... Ella me llamó esta mañana.

—¿Se ha llegado a una crisis? —preguntó Avalon.

—Sí. Es por eso que he estado preocupado esta noche y no hablé mucho. Dudaba si venir aquí o no, pero no he querido dejar plantado a Jim Drake.

—Pero, ¿qué fue lo que su hermana le dijo esta mañana?

—Dice que quiere tomar una decisión sobre el testamento. Nota que se está debilitando y sabe que pronto se reunirá con el Gran Divino —que es la palabra de los teognósticos para Dios, aparentemente— y quiere asegurarse de que ella continúa su lucha desde más allá de la tumba. No puede dejarme la casa a menos de que esté segura de que no excluiré a los teognósticos de ella. Y, naturalmente, excluirlos es exactamente lo que yo intento hacer; por lo que estoy tratando de engañarla... No es precisamente digno de elogio en mí.

—Estamos de su lado, señor Dandle —dijo Trumbull en voz alta—. Usted lucha contra un grupo de empresarios embaucadores malintencionados y perniciosos, y si se necesita otro embaucador en respuesta, pues séalo.

—Gracias —dijo Dandle—, pero no creo que tenga éxito. Quiere que vaya a verla mañana al mediodía y le diga de dónde vienen esos seres. Si no puedo, entonces ella no puede confiar en que yo tenga suficiente poder contra ellos y los teognósticos obtendrán la casa. Y, por supuesto, no puedo decirle de dónde vienen esos extraños seres. Estoy seguro de que son del espacio exterior. Ello encajaría con su locura OVNI, porque indudablemente llegan a la Tierra en OVNI. Pero, ¿desde qué lugar del espacio?

Hubo un corto silencio, y luego Gonzalo dijo:

—¿Nunca le ha dado alguna pista?

Dandle negó con la cabeza.

—Sólo el comentario de que eran peores que los caníbales y que de alguna manera era apropiado, considerando de dónde venían. Pero, ¿qué quiere decir eso?

—¿Nada más?

—Nada que yo pueda recordar. Y si lo dijo, se me pasó por alto... De modo que mañana pierdo la casa.

—Ya sabe, señor Dandle —dijo Avalon—, que puede impugnar el testamento.

—No, no en realidad —dijo Dandle—. Usted fue presentado a mí como abogado...

—Abogado en patentes —dijo Avalon—. No soy entendido en la complejidad de los litigios testamentarios.

—Bien, por una parte, existe una fuerte tendencia a permitir que el testador disponga lo que quiera sobre su propiedad. No es nada fácil rechazar a una organización religiosa en favor de un pariente que ya es suficientemente afortunado. Dudo que pueda probar que mi hermana ha sido influenciada indebidamente, ni tampoco quisiera hacer parecer a mi hermana incapacitada mentalmente, aunque sólo fuera por consideraciones familiares. Por tanto, incluso si pensara que podría ganar, sería un interminable proceso en el que las costas legales se volverían considerablemente mayores que lo que querría pagar... De modo voy a perder la casa.

—Podríamos todos pensar un poco acerca de esto —dijo Avalon.

Un rayo de esperanza pareció animar a Dandle.

—¿Es alguno de ustedes astrónomo?

—No de profesión —dijo Halsted—, pero tenemos el habitual conocimiento superficial en el campo que cualquier individuo inteligente y razonablemente instruido tendría.

—Exactamente —dijo Rubin—, y eso quiere decir que puedo hacer una sugerencia. Estamos buscando algo en el espacio exterior que tenga que ver con canibalismo. Recientemente he leído que en grupos de galaxias hay colisiones ocasionales y que, en tales colisiones, el miembro más grande gana estrellas a expensas del más pequeño. El resultado es que en algunos de estos grupos, existe una galaxia que es más grande que cualquiera de las otras, habiéndolas canibalizado.

Halsted asintió vigorosamente.

—Tienes razón, Manny. También yo lo he leído. Hay una galaxia enorme que tiene cinco pequeñas regiones luminosas dentro de ella que parecen centros galácticos. La creencia es que esa galaxia se tragó a cinco pequeñas galaxias enteras.

—Sólo para que quede claro, ¿qué son galaxias? —preguntó Gonzalo.

—Grandes conglomerados de estrellas, Mario —dijo Avalon—. Nuestra propia galaxia, la Vía Láctea, tiene un par de cientos de miles de millones de estrellas.

—Bien, entonces, esa galaxia caníbal... —dijo Gonzalo—, la que se tragó a sus cinco hermanas menores... ¿tiene nombre?

Los Viudos Negros se miraron unos a otros. Finalmente Halsted dijo:

—Puede ser, pero si lo tiene, probablemente no sea un nombre corriente. Sólo un número de un catálogo en particular como NGC-111, o algo así.

—No creo que la señorita Dandle se impresione con eso —dijo Gonzalo.

—Tampoco yo —dijo Dandle—. Les agradezco que intenten ayudarme, pero si la canibalización galáctica es un fenómeno corriente, ¿cuál de esas caníbales sería la correcta? De cualquier manera, estoy seguro de que mi hermana no sabe nada acerca de esas modernas sofisticaciones en astronomía. Y tampoco los teognósticos. ¿Dónde hubieran escuchado de este fenómeno?

—¿Lee su hermana algo en el campo de la astronomía, señor Dandle? —preguntó Avalon.

—Desde luego, lee todo lo que sale sobre los OVNIS y algo de astronomía —no necesariamente correcto— seguramente se desliza allí —dijo Dandle pensativo—. Investiga en astrología, por supuesto, lo que implica, adicionalmente, una astronomía posiblemente distorsionada. Y he visto en su casa escritos de divulgación popular sobre astronomía. En realidad, no he visto que los leyera, pero no me sorprendería que lo hiciera.

—¿Es su hermana una persona que lee mucho, señor?

—Sí. Como he dicho, ha leído todo lo de Poe y Lovecraft, y algo de ciencia ficción. Diría que una gran cantidad de ficción del siglo XIX, en general, y, naturalmente, lee a fondo los periódicos y unas cuantas revistas, aunque sólo sea para hallar evidencia de hasta dónde han llegado los extraterrestres en la posesión del mundo. Tengo que explicarles que su cabeza funciona bien, aparte de su... chifladura.

—En ese caso —dijo Avalon con una especie de sombría satisfacción—, estoy bastante seguro de tener la respuesta. —Hizo una pausa y lanzó una mirada en dirección al camarero, que permanecía de pie junto al aparador, escuchando con atención cortés y silenciosa—. Henry, creo que no necesitaremos de tu ayuda en esta ocasión.

—Sí, señor Avalon —dijo Henry tranquilo.

Avalon aclaró su garganta.

—Verán, por lejos la parte más conocida del Universo, incluso para los astrónomos, y desde luego para el público en general, son los planetas de nuestro propio sistema solar. Esto es especialmente cierto para personas como la señorita Dandle, que está interesada en astrología y aberraciones similares.

»Y entre los planetas, el que en los últimos años ha recibido la mayor parte de la



atención y que es, en cualquier caso, el más espectacular, es el planeta Saturno, con sus anillos y sus satélites. Las sondas Voyager han tomado fotografías en primer plano del sistema de saturnino y éstas han aparecido en todos los periódicos y revistas. La señorita Dandle no puede habérselas perdido.

—Estoy seguro de que no —dijo Dandle—. ¿Pero qué, entonces?

—Saturno —dijo Avalon— es así llamado por un antiguo dios romano de la agricultura, al que los romanos, con escasa justicia, equipararon al dios griego Cronos. Cronos, con sus hermanos y hermanas, formó el grupo de dioses llamado los Titanes, y eran los hijos de Urano y Gea, el dios del Cielo y la diosa de la Tierra, respectivamente. En una serie de mitos mayormente desagradables, los griegos describen cómo Cronos castró a su padre, Urano, y se hizo con el dominio del Universo.

»Dado que las Parcas habían decretado que Cronos sería sustituido como gobernante, a su vez, por su propio hijo, el nuevo señor del Universo se dedicó a devorar a sus hijos a medida que nacían. Su esposa, Rea, se las arregló para salvar a un hijo, ofreciéndole a Cronos una roca envuelta en los pañales del niño. Cronos, bastante estúpido, lo tragó sin darse cuenta de la sustitución. El hijo no engullido fue escondido en Creta y llegó a la madurez en secreto. Eventualmente, ese hijo, que se llamaba Zeus (Júpiter para los romanos), guerreó contra los Titanes, los derrotó, liberó a sus hermanos, que todavía estaban vivos dentro de Cronos, y se apoderó del Universo. La señorita Dandle ha podido muy bien enterarse de todo esto, a través de sus lecturas.

»Luego, Saturno era sin duda un caníbal. Si en este tipo de cosas existen grados, el devorar a sus propios hijos es seguramente peor que comerse a desconocidos, de modo que bien puede ser considerado peor que un caníbal normal. La afirmación de la señorita Dandle de que los extraterrestres eran peores que los caníbales y que ello no era sorprendente a la vista de donde procedían, tendría sentido si procedieran de Saturno.

Avalon sonrió a Dandle con tímido triunfo.

Dandle dijo:

—Entonces, ¿usted cree que será mejor decir a mi hermana que esos seres extraños vienen de Saturno?

—No puedo decírselo con total seguridad —dijo Avalon—. Después de todo, ella puede suponer que proceden de algún planeta totalmente ficticio, tal como Zorkel, el quinto planeta de la estrella Xanadu, en la galaxia de Yaanek. Sin embargo, si ella tiene en mente un cuerpo astronómico real, entonces estoy prácticamente seguro de que es Saturno. Debe serlo.

—A mí me suena bien —dijo Gonzalo.

—Tiene sentido —admitió Rubin, con aspecto contrariado por tener que decirlo.

—Vale la pena intentarlo —dijo Halsted.

—No puedo pensar en nada mejor —intervino Trumbull.

—Parece unánime. Yo correría el riesgo, Jonathan —dijo Drake.

Dandle comenzó a hablar:

—Bueno, dado que a mí tampoco se me ocurre nada mejor...

—Espere —interrumpió Gonzalo—. Henry no ha dicho nada. ¿Qué opinas, Henry?

Dandle levantó la mirada con sorpresa al escuchar la referencia al camarero.

—¿Puedo preguntar al señor Dandle si compartía el entusiasmo de su hermana por Poe? —inquirió Henry. Dandle pareció más asombrado todavía.

—Responde, por favor, Jonathan —dijo Drake—. Henry es uno de nosotros.

—No, definitivamente no —dijo Jonathan—. Conozco *El cuervo*; nadie puede evitar conocerlo; pero no he leído nada más. No me interesa.

—En ese caso —dijo Henry—, me temo que la sugerencia del señor Avalon, aunque muy ingeniosa, no es la respuesta correcta.

Avalon pareció ofendido.

—¿De veras, Henry? ¿Tienes algo mejor que ofrecer?

—Piense, señor Avalon —dijo Henry—, que la señorita Dandle era una gran devota de Poe, y que al describir a los extraños dijo que no eran machos ni hembras, ni animales ni seres humanos.

—¿Y bien?

—Bien, señor Avalon, yo, al contrario que el señor Dandle pero al igual que su hermana, soy un admirador de Poe, aunque más de su poesía que de su prosa. Entre mis poemas favoritos de Poe, está *Las campanas*, en cuya parte cuarta describe el tañido de las campanas de duelo. Allí usted tiene su morbosa preocupación por la muerte, ya sabe, algo que seguramente seguirá a sus primeras descripciones de las campanas de los trineos, las campanas de bodas y las campanas de alarma de incendios.

—¡Aja! —dijo Rubin.

—Sí, señor Rubin —dijo Henry—. Sospecho que ya ve lo que quiero decir. Parte de la descripción de las campanas de duelo es..., si puedo citar:

»Y la gente..., ah, la gente..., Que mora en el campanario, Completamente sola..., La que, tañendo, tañendo, tañendo, Con sorda monotonía, Se siente gloriosa alzando, La piedra del cuerpo humano, No es ni hombre ni mujer, Ni bestia ni ser humano.

Henry hizo una pausa, luego dijo:

—La señorita Dandle estaba indudablemente citando esa dos últimas líneas, creo. Usted declaró, señor Dandle, que las dijo de manera musical, pero al no ser usted un entusiasta de Poe, no las reconoció.

—Pero, aun así... ¿De qué sirve eso? —dijo Avalon.

—Es la línea siguiente la que cuenta, en la que Poe identifica a las personas que tañen las campanas de duelo —dijo Henry.

Y tanto Rubin como él dijeron simultáneamente:

—Son ghouls<sup>[52]</sup>.

—Los ghouls son criaturas de leyendas de Medio Oriente que infestan los cementerios y se alimentan de cadáveres. Esto podía sonar a la señorita Dandle, o a cualquiera, como peor que el canibalismo ordinario, como los buitres son peores que los halcones en la opinión general.

—Estoy de acuerdo con ello, pero todavía no veo el punto —dijo Avalon.

—Ni yo tampoco —dijo Trumbull.

—Hay una constelación en el cielo llamada Perseo, llamada así por el héroe griego que le cortó la cabeza a Medusa, una criatura de apariencia tan horrible que cualquiera que la miraba se convertía en piedra. La constelación está representada por el héroe sosteniendo la cabeza de Medusa y esa cabeza está señalada por una estrella de segunda magnitud, la Beta Persei. Durante la discusión, fui a consultarlo en la Enciclopedia Columbia para estar seguro de este hecho.

»Por su posición en la constelación, Beta Persei es a veces llamada, consecuentemente, la Estrella del Demonio. Los árabes, que adoptaron el criterio griego sobre el cielo, la llamaron *Al Ghul*, que quiere decir “El Ghoul”, su versión de algo tan horrible como Medusa, y nuestra versión inglesa del nombre árabe es “Algol”. Ése es ahora el nombre común de la estrella.

»Ya que la señorita Dandle citó ese poema para definir a los extraterrestres, quería decir que eran ghouls, demonios necrófagos, y por tanto peores que los caníbales, y debe haber querido decir que no era sorprendente que fueran así, ya que procedían de una estrella conocida como “El Ghoul” —un hecho que seguramente pudo haber tomado de algún libro de vulgarización de astronomía, como hice yo. Le sugeriría, entonces, señor Dandle, que cuando vea a su hermana mañana le diga que los extraterrestres vienen de Algol.

Dandle sonrió brillantemente por primera esa la noche y empezó a aplaudir.

—Henry, lo haré. Ésa debería ser la respuesta y estoy seguro de que así es.

—Nada puede ser completamente seguro en este caso, señor Dandle, pero vale la pena arriesgarse.

## POSTFACIO

*Eleanor se preocupó un poco por esta historia porque le parecía (y a mí también) que no era demasiado admirable que Jonathan Dandle quisiera engañar a su hermana, ni que los Viudos Negros le ayudaran a hacerlo. Aun así, sentía que la causa era suficientemente buena para justificar la acción, y me las arreglé para*

*convencer a Eleanor de eso, también*

*De hecho, Dandle también se preocupó, y tampoco tuve nada que ver con eso. Mis personajes siempre se las arreglan para tener vida propia y generalmente hacen cosas sin mi deseo consciente de que las hagan.*

*De todas maneras, tengo mi propia lista de cosas que no me gustan o que desapruero, y bien arriba están los cultos irracionales de toda especie, aunque se cubran con capas de seudorreligiosidad o no. Téngase en cuenta que esto no se extiende a sentimientos religiosos honestos y racionales, como mostré en mi historia “The One and Only East<sup>[53]</sup>” que apareció en una colección anterior de los Viudos Negros.*

*En consecuencia, si le puedo dar en el ojo a uno de ellos, aunque sea sólo en ficción, no vacilo.*

*La historia apareció en el ejemplar de EQMM de abril de 1984.*

## La pelirroja (1984)

---

“The Redhead”

Mario Gonzalo, anfitrión de la reunión de los Viudos Negros de esa noche, había decidido, evidentemente, presentar a su invitado con *éclat*<sup>[54]</sup>. Al menos repicó la cuchara contra su copa y, cuando todos habían interrumpido sus conversaciones previas a la cena y levantaron la mirada de sus cócteles, Mario hizo la presentación. Incluso había esperado a Thomas Trumbull, habitualmente demorado, antes de hacerlo.

—Caballeros —dijo—, éste es mi invitado, John Anderssen —con s-s-e-n al final. Pueden descubrir cualquier cosa que quieran acerca de él en el interrogatorio de esta noche. Sin embargo, una cosa debo decir porque sé que este puñado de bocones asexuados nunca lo descubrirá por sí mismo. John tiene una esposa quien es, absolutamente, el espécimen de feminidad más guapo que el mundo haya visto. Y lo digo como un artista con ojo de artista.

Anderssen enrojeció y parecía incómodo. Era un hombre rubio, joven, de tal vez unos treinta años, con un pequeño bigote y piel blanca. Tenía unos cinco pies, diez pulgadas de altura y rasgos bastante formados que puestos juntos formaban un rostro atractivo.

Geoffrey Avalon, mirando hacia abajo, con la espalda bien derecha, desde sus setenta y cuatro pulgadas, dijo:

—Debo felicitarle, señor Anderssen, aunque usted no necesita tomar seriamente la caracterización de Mario acerca de nuestra asexualidad. Estoy seguro de que cada uno de nosotros es bastante capaz de apreciar una mujer hermosa. Yo mismo, aunque podría considerarse que he pasado el primer vigor de juventud de sangre caliente, puedo...

—Déjalo pasar, Jeff —dijo Trumbull—. Déjalo pasar. Si vas a entregarnos un embarazoso resumen de tus hazañas, es mejor que te interrumpa. Desde mi punto de vista, la siguiente mejor cosa que tener a la joven mujer entre nosotros —si nuestras costumbres lo permitieran— sería ver su fotografía. Imagino, señor Anderssen, que lleva una foto de su bella esposa en su cartera. ¿Consentirá en que la veamos?

—No —dijo enfáticamente Anderssen. Entonces ruborizándose furiosamente agregó—. No quiero decir que no puedan verla. Quiero decir que no tengo una fotografía conmigo. Lo siento —Pero lo dijo desafiante, y claramente no lo sentía.

—Bien, ustedes se la pierden, mis amigos —dijo Gonzalo descaradamente—. Deberían ver su cabello. Es gloriosamente rojo, un rojo tan vivo que brilla en la oscuridad. Y el natural, totalmente natural —y sin pecas.

—Bien —dijo Anderssen casi tartamudeando—, ella permanece fuera del sol. Su cabello es su mejor característica.

Emmanuel Rubin, quien había estado parado en los alrededores, viéndose bastante hosco, dijo en voz alta:

—Y un genio a probar, supongo.

Anderssen se volvió hacia él.

—Ella tiene su carácter —dijo con un dejo de amargura. Pero no dijo más.

—Supongo que no hay mito más durable —dijo Rubin— que el que los pelirrojos tienen mal carácter. La rojez del cabello es como la del fuego y los principios de la magia de la simpatía conduce a las personas a suponer que la personalidad se manifestaría en el cabello.

James Drake, quien compartía con Avalon el dudoso privilegio de ser el más viejo de los Viudos, suspiró nostálgico.

—He conocido —dijo— algunas pelirrojas de sangre muy caliente.

—Es seguro que sí —dijo Rubin—. Como todos los demás. Es una suposición autocomplaciente. Los niños pelirrojos, especialmente las niñas, son perdonados por ser desagradables y de mal comportamiento. Los padres suspiran inútilmente y murmuran que eso es por el cabello, y el que tiene cabello rojo en la familia explica cómo el Gran Tío Joe limpiaría el piso con cualquiera de la cantina que diga algo que sea menos que un servil cumplido. Los muchachos suelen crecer y les quitan la basura los compañeros no pelirrojos quienes les enseñan modales, pero a las chicas no. Y, si además fueran hermosas, crecen sabiendo que se les perdonará la descortesía hasta el mango. Una juiciosa patada ocasional en el trasero les haría un mundo de bien.

Rubin, cuidadosamente, no miró a Anderssen durante el curso de su comentario, y Anderssen no dijo una palabra.

Henry, el indispensable camarero en las cenas de los Viudos Negros, dijo tranquilamente:

—Caballeros, pueden tomar asiento.

El chef del Milano había decidido claramente ser ruso esa noche, y un excelente *borscht* fue seguido por un aun más delicioso *Buey Stroganoff* en cama de arroz. Rubin, quien habitualmente soportaba la comida con una expresión de estoica desaprobación, en principio, permitió que una sonrisa jugara sobre su rostro de escasa barba en esta ocasión, y se sirvió abundante porción del oscuro *pumpernickel*.

Mientras, Roger Halsted, cuya inclinación a la buena comida era legendaria, negoció tranquilamente una segunda porción con Henry.

El invitado, John Anderssen, comió sin privaciones y participó entusiasmado en la conversación que, por lógica asociación tal vez, giró mayormente acerca del abatimiento de un avión comercial coreano por los soviéticos. Anderssen señaló que la nave había sido ampliamente mencionada como “Vuelo 007”, que era el número del fuselaje, durante las primeras semanas. Entonces, alguien debe haber recordado

que 007 era el código de James Bond, de modo que cuando los soviéticos insistieron en que el avión era un avión espía, se convirtió en las noticias en “Vuelo 7”, y el “00” desapareció como si nunca hubiera existido.

También mantuvo vigorosamente que al avión, habiendo perdido su curso inmediatamente después de salir de Alaska, no debía habersele negado información sobre el hecho. Estaba gritando, con el rostro enrojecido, que dicha omisión, cuando se sabía que la Unión Soviética era reaccionaria con respecto a los aviones de reconocimiento americanos y a la retórica de “imperio maligno” de Reagan, era indefendible

No prestaba atención, de hecho, a su postre, una *baklava* nadando en miel; dejó su café a la mitad; e ignoró totalmente la suave petición de Henry de que hiciera saber sus deseos respecto al brandy.

Realmente, estaba aporreando la mesa cuando Gonzalo repicó la cuchara contra su copa de agua. Avalon se vio obligado a levantar su voz de barítono para ordenar.

—Señor Anderssen, si es tan gentil...

Anderssen se aplacó, y parecía vagamente confundido como si estuviera recordando dónde estaba, con alguna dificultad.

—Es el momento del interrogatorio —dijo Gonzalo—, y Jeff, ya que tienes presencia de autoridad necesaria en caso de que John, aquí presente, se excite, supongo que harás los honores.

Avalon se aclaró la garganta y miró a Anderssen solemnemente por unos momentos.

—Señor Anderssen —dijo—, ¿cómo justifica su existencia?

—¿Qué? —dijo Anderssen.

—Usted existe, señor. ¿Por qué?

—Oh —dijo Anderssen, aún recuperándose. Entonces, con voz áspera y baja, dijo—: para expiar mis pecados de una existencia anterior, debería pensar.

Drake, quien estaba aceptando de manos de Henry un refresco, murmuró:

—Y todos. ¿No crees, Henry?

Y el rostro sesentón y sin arrugas de Henry permaneció sin expresión mientras decía, muy suavemente:

—Un banquete de los Viudos Negros es seguramente una recompensa a la virtud más que la expiación de pecados.

—Un punto manifiesto, Henry —dijo Drake, levantando su copa.

—Dejemos fuera —gruñó Trumbull— las conversaciones privadas.

—¡Caballeros! —dijo Avalon, levantando la mano—. Como todos conocen, no apruebo completamente nuestra costumbre de interrogar al invitado en la esperanza de encontrar problemas que podrían interesarnos. Sin embargo, deseo llamar su atención a un fenómeno en particular. Aquí tenemos a un hombre joven —joven por

cierto para los estándares de viejos bigotudos como nosotros— bien proporcionado, de excelente apariencia, que parece exudar buena salud y un aire de éxito en la vida, aunque aún no hemos averiguado la naturaleza de su trabajo...

—Tiene buena salud y le va bien en el trabajo —dijo Gonzalo.

—Me alegra escuchar eso —dijo Avalon, grave—. Además, está casado con una joven hermosa, de modo que uno no puede hacer sino preguntarse por qué él sentirá que la vida es tan pesada que le lleva a creer que existe sólo en orden de expiar sus pecados pasados. Considero, también, que durante la comida que acaba de terminar, el señor Anderssen estuvo animado y vivaz, en absoluto incómodo ante nuestras cabezas más viejas y más sabias. Creo que le gritó aun a Manny, quien no es gritado impunemente...

—Anderssen estaba desarrollando su opinión —dijo Rubin, indignado.

—También lo creo —dijo Avalon—, pero lo que deseo subrayar es que es voluble, expresivo, y que no retrocede en expresar sus opiniones. Pero en el momento del cóctel, cuando la conversación giraba alrededor de su esposa, parecía hablar muy renuente. Sobre esto, deduzco que la fuente de la infelicidad del señor Anderssen puede ser la señora Anderssen... ¿Es así, señor Anderssen?

Anderssen se veía afligido y permaneció en silencio.

—John —dijo Gonzalo—, expliqué los términos. Debes responder.

—No estoy seguro de cómo responder —dijo Anderssen.

—Permítame ser indirecto —dijo Avalon—. Después de todo, señor, no hay intención de humillarle. Y por favor tenga presente que nada que se diga en esta habitación será repetido por ninguno de nosotros en ningún lugar. Eso incluye a nuestro estimado camarero, Henry. Por favor, hable con libertad. Señor Anderssen, ¿hace cuánto tiempo está casado?

—Dos años. Realmente, cerca de dos años y medio.

—¿Algún hijo, señor?

—No todavía. Esperamos tenerlo algún día.

—Si existe esa esperanza el matrimonio no debería estar fracasando. Supongo que no están considerando el divorcio.

—Ciertamente no.

—¿Entiendo entonces que usted ama a su esposa?

—Sí. Y antes de que lo pregunte, estoy bastante seguro de que ella me ama.

—Hay, por supuesto, cierto problema en estar casado con una mujer hermosa —dijo Avalon—. Los hombres son atraídos por la belleza. ¿Está usted asediado por los celos, señor?

—No —dijo Anderssen—. No tengo razón para ello. Helen —es mi esposa— no tiene gran interés en los hombres.

—Ah —dijo Halsted, como si una gran luz se hubiera encendido.



—Excepto en mí mismo —dijo Anderssen indignado— Ella no es en absoluto asexual. Además —continuó— Mario exagera. Tiene esa exuberante cabeza de notable cabello rojo, pero aparte de eso no es realmente espectacular. Su aspecto, diría, es normal —aunque debo confiar ahora en su afirmación de que todo lo dicho aquí es confidencial. No desearía que se repitiera esa afirmación. Su figura es buena, y yo la encuentro hermosa, pero no hay hombres atrapados sin remedio de sus trucos, y yo no estoy asediado por los celos.

—¿Qué nos dice de su temperamento? —dijo Drake de repente—. Eso fue mencionado y usted admitió que ella tenía el suyo. ¿Supongo que habrá muchas discusiones y lanzamiento de platos?

—Algunas peleas, seguro —dijo Anderssen—, pero no más de lo normal. Y sin lanzamiento de platos. Tal como el señor Avalon señaló, soy expresivo, y también lo es ella, y los dos somos buenos a la hora de gritar, pero una vez soltado el vapor podemos ser igual de buenos para abrazarnos y besarnos.

—Entonces, ¿estoy en lo cierto, señor, que su esposa no es la fuente de sus problemas? —dijo Avalon.

Anderssen se quedó nuevamente en silencio.

—Debo pedirle que responda, señor Anderssen —dijo Avalon.

—Ella es el problema —dijo Anderssen—. Por ahora, eso creo. Pero es demasiado tonto para hablar de él.

—Por el contrario —dijo Rubin, enderezándose—. Hasta ahora sentí que Jeff estaba haciéndonos perder el tiempo con irritaciones domésticas de las que intentamos, en parte, escapar con estas cenas. Pero si hay algo tonto involucrado, entonces queremos escucharlo.

—Si lo deben saber —dijo Anderssen—. Helen dice que es una bruja.

—¿Oh? —dijo Rubin—. ¿Siempre lo ha declarado, o sólo últimamente?

—Siempre. Bromeamos sobre ello. Ella suele decir que me puso un encantamiento para que me casara con ella, y que puede decir un hechizo para que yo logre una promoción o un ascenso. Algunas veces, cuando está furiosa, dice: “Bien, no me culpes si te llenas de granos sólo porque eres así de estúpido y mezquino”. Esa clase de cosas.

—Eso me suena inofensivo —dijo Rubin—. Probablemente ella le haya puesto un encantamiento. Usted se enamoró de ella y cualquier mujer de inteligencia y apariencia razonable puede hacer que un hombre joven se enamore de ella si trabaja lo suficiente para ser encantadora. Si desea, le puede decir encantamiento a eso.

—Pero sí conseguí promociones y ascensos.

—Seguramente sería porque las mereciera. ¿Se llenó de granos, también?

—Bien —Anderssen sonrió—, tropecé y me torcí un tobillo y, por supuesto, ella dijo que había cambiado el hechizo porque no quería arruinar mi bello rostro.

Halsted rió.

—Uno realmente no permite ser perturbado por estas cosas, señor Anderssen —dijo—. Después de todo, esta clase de actuación por una mujer joven y vivaz no es desusada. Personalmente, lo encuentro encantador. ¿Por qué no usted?

—Porque lo hace demasiado frecuentemente. Hizo algo que no comprendo —Se apoyó contra el respaldo de la silla y se quedó mirando fijo y tristemente la mesa delante de él.

Trumbull se inclinó de costado como para mirar dentro de los ojos de Anderssen.

—¿Quiere decir que usted cree que es realmente una bruja? —dijo.

—No sé qué pensar. Sólo que no puedo explicar lo que hizo.

—Señor Anderssen —dijo Avalon con firmeza—. Debo pedirle que nos explique exactamente lo que la señora Anderssen hizo. ¿Lo haría, señor?

—Bien —dijo Anderssen—, tal vez debiera. Si hablo de eso tal vez lo olvide. Pero no creo.

Pensó unos momentos y los Viudos esperaron pacientemente.

Finalmente dijo:

—Fue hace como un mes atrás, el día dieciséis. Salíamos a cenar, sólo los dos. Lo hacemos de vez en cuando, y nos gusta probar nuevos lugares. Estábamos en uno nuevo esta vez, al que se llegaba a través del vestíbulo de un pequeño hotel del centro. Era un restaurante sin pretensiones, pero teníamos buena información sobre él. Los problemas comenzaron en el vestíbulo.

»No recuerdo exactamente qué lo comenzó. De hecho, no recuerdo de qué se trataba todo, realmente. Lo que sucedió después lo quitó de mi mente. Lo que realmente importa es que tuvimos un... un... desacuerdo. En menos de un minuto hubiéramos estado dentro del restaurante y estudiando el menú, y en lugar de eso, estábamos parados en un costado del vestíbulo debajo de una planta de plástico de alguna clase. Puedo recordar las hojas afiladas que tocaron mi mano de manera desagradable cuando la agité para afirmar un punto. El mostrador de recepción estaba del otro lado, entre la puerta del restaurante y la de calle. La escena está aún clara en mi mente.

»Helen estaba diciendo: “Si esa es tu actitud, no tenemos que cenar juntos.”

»Se los juro, no recuerdo cuál fue mi actitud, pero los dos estábamos gritando, y los dos estábamos furiosos, lo admito. Todo el asunto era enormemente embarazoso. Era uno de esos momentos cuando usted y alguien más —habitualmente su esposa o novia, supongo— están gritando el uno al otro en susurros. Las palabras son lanzadas entre dientes apretados, y de vez en cuando alguno dice: “Por amor de Dios, la gente está mirando”, y entonces el otro dice, “Entonces cállate y atiende razones”, y el primero dice, “Tú eres quien no está atendiendo”, y esto sigue una y otra vez.

Anderssen sacudió su cabeza ante el recuerdo.

»Era la discusión más intensa que habíamos tenido hasta el momento, o casi, y aún no recuerdo acerca de qué. ¡Increíble!

»Entonces de repente ella dijo, “Bien, entonces me voy a casa. A... diós. Le dije, “No te atrevas a humillarme dejándome en público”. Ella dijo, “No puedes detenerme”. Y yo, “No me tientes, que te detendré”. Ella, “Inténtalo”, y se metió hecha una tromba en el restaurante.

»Eso me tomó de sorpresa. Pensaba que ella intentaría llegar hasta la puerta de calle... y estaba listo para sujetar su muñeca y retenerla. Hubiera sido mejor dejarla ir y no hacer una escena, supongo, pero estaba fuera de razón. En todo caso, ella se burló y corrió hacia el restaurante.

»Me quedé atontado por un momento... dos momentos... y entonces entré detrás de ella. Debo haber entrado veinte segundos después de ella... Permítanme describir el restaurante. No era grande, y tenía la intencionada decoración de una sala de estar. De hecho, el restaurante se llama La Sala de Estar... ¿Alguno de ustedes está familiarizado con él?

Hubo un murmullo apagado alrededor de la mesa, pero Henry, quien había levantado los platos con su eficiencia discreta y estaba parado junto al aparador, dijo:

—Sí, señor. Es, como usted dice, un pequeño pero bien dirigido restaurante.

—Tenía una docena de mesas —continuó Anderssen—, la más grande de las cuales alcanzaba para seis. Había ventanas con cortinas, pero no eran ventanas, realmente. Tenían vistas de la ciudad pintadas. Había un hogar en el muro opuesto con leños artificiales, y un sofá delante. El sofá era real y, supongo, podía ser utilizado por personas que esperaban al resto del grupo. Al menos, había un hombre sentado en el extremo izquierdo del sofá. Me daba la espalda, y estaba leyendo una revista que sostenía tan alta y cerca del rostro que pensé que era corto de vista. Me pareció, por la tipografía, que era el Times...

—Usted parece buen observador —dijo de repente Avalon—, y está entrando en minucias. ¿Es importante lo que acaba de decirnos?

—No —dijo Anderssen—, supongo que no, pero estoy tratando de darles la impresión de que no estaba histérico y que estaba completamente en mis cabales y que vi con claridad todo lo que había que ver. Cuando entré, cerca de la mitad de las mesas estaba ocupada, con dos a cuatro personas en cada una. Debía haber de quince a veinte personas presentes. No había camareras a la vista en el momento y la cobradora estaba instalada fuera del restaurante, a un lado de la puerta en un receso bastante discreto, de modo que realmente se veía como una sala de estar.

Drake apagó su cigarrillo.

—Eso suena como un lugar idílico —dijo—. ¿Qué había allí que lo perturbó?

—No había nada que me perturbara. Ése es el punto. Era lo que estaba ausente. Helen no estaba. Miren, ella se había ido. La vi entrar. No estoy equivocado. No

había otra puerta sobre ese lado del vestíbulo. No había una multitud dentro de la cual la pudiera haber perdido de vista por un momento. Mi visión estaba despejada por completo y ella entró y no salió. Yo la seguí y entré, a lo sumo, veinte segundos después de ella... puede ser menos, pero no más. Y ella no estaba allí. Lo pude decir de un vistazo.

Trumbull gruñó.

—No puede decir nada de un vistazo. Un vistazo lo puede engañar.

—No en este caso —dijo Anderssen—. Mario mencionó el cabello de Helen. No hay nada como eso. Al menos nunca vi nada como eso. Habría a lo sumo diez mujeres y ninguna tenía el cabello rojo. Aun si alguna de ellas hubiera sido pelirroja, dudo que haya tenido el rojo fluorescente y de aspecto tan espectacular como el de Helen. Le doy mi palabra. Miré a la derecha... a la izquierda... y no había ninguna Helen. Había desaparecido.

—Se marchó a la calle por otra entrada, supongo —dijo Halsted.

Anderssen sacudió la cabeza.

—No hay entrada a la calle. Lo controlé con la cobradora más tarde, y con el hombre del mostrador. He regresado desde entonces a ordenar el almuerzo y miré todo el lugar. No hay ninguna entrada desde afuera. Lo que es más, las ventanas son falsas y son de algo sólido. No se abren. Hay conductos de ventilación, por supuesto, pero no tienen el tamaño ni para que se arrastre un conejo.

—Aunque las ventanas sean un truco —dijo Avalon—, usted mencionó cortinas. Ella pudo haberse parado detrás de alguna de ellas.

—No —dijo Anderssen—, las cortinas están pegadas al muro. Hubiera habido un bulto notable si ella estuviera detrás. Lo que es más, llegaban hasta el borde de la ventana y había dos pies de muro debajo de ellas. Hubiera sido visible hasta medio muslo si estuviera parada detrás.

—¿Qué dice del servicio de señoras? —preguntó Rubin—. Ya sabe, es tan fuerte el tabú contra la violación de la naturaleza unisexual de estas cosas, que terminamos por olvidar que el que no utilizamos está allí.

—Bien, yo no lo olvidé —dijo Anderssen, con clara irritación—. Miré alrededor por él, no vi nada, y cuando pregunté más tarde resultó que ambos servicios estaban en el vestíbulo. Una de las camareras apareció cuando estaba por allí y le dije, con voz un tanto casual, “¿Vio a una pelirroja que acaba de entrar?”

»La camarera me miró alarmada y tartamudeó, “No he visto a ninguna”, y salió veloz a entregar lo que traía en su bandeja en una de las mesas.

»Vacilé porque estaba consciente de mi embarazosa posición, pero no veía una salida. Levanté mi voz y dije, “¿Alguien ha visto a una pelirroja que acaba de entrar?” Hubo un silencio de muerte. Todos me miraron estúpidamente. Incluso el hombre del sofá volvió la cabeza para mirarme y sacudió la cabeza en clara negativa.

Los demás ni siquiera hicieron eso, pero sus miradas vacías eran indicación clara de que no la habían visto.

»Entonces se me ocurrió que la camarera había salido de la cocina. Por un minuto estuve seguro de que Helen se escondía allí y me sentí triunfante. Sin tener en cuenta el hecho de que mis acciones podrían inducir al personal a llamar a la seguridad del hotel, o a la policía incluso, caminé con firmeza a través de un par de puertas vaivén hacia la cocina. Estaba el chef, un par de asistentes, y otros camareros. No Helen. Había una pequeña puerta más allá la cual podría haber sido un baño privado del personal de cocina, y había ido demasiado lejos para retroceder. Avancé y abrí la puerta de un tirón. Era un lavabo, y estaba vacío. Pero entonces el chef y sus ayudantes me estaban gritando, y dije, “Lo siento”, y salí rápidamente. No vi armarios tan grandes como para esconder un ser humano.

»Volví al restaurante. Todos continuaban mirándome, y no pude hacer otra cosa que volver al vestíbulo. Era como si en el instante en que Helen había pasado la puerta hacia el restaurante se hubiera esfumado.

Anderssen se apoyó en el respaldo de la silla y extendió sus manos en franca desesperación.

»Esfumado.

—¿Qué hizo usted? —dijo Drake.

—Salí y hablé con la cobradora. Ella había estado fuera de su puesto por unos momentos y no me había visto entrar, mucho menos a Helen. Ella me dijo acerca de los servicios y que no había otra salida a la calle.

»Entonces fui a hablar con el conserje, lo que me desmoralizó mucho más. Estaba ocupado y tuve que esperar. Quería gritar, “Es una cuestión de vida o muerte”, pero estaba comenzando a pensar que mejor sería llevado a un asilo si no me comportaba de manera apropiada. Y cuando hablé con él, el conserje resultó ser un cero total, aunque ¿qué podía realmente haber esperado de él?

—¿Y entonces qué hizo usted? —preguntó Drake.

—Esperé en el vestíbulo como media hora. Pensé que Helen aparecería nuevamente; que había estado jugando una broma y que volvería. Bien, no Helen. Sólo perdí tiempo con fantasías, mientras esperaba, de llamar a la policía, de contratar un detective privado, de buscar personalmente a través de la ciudad, pero ya saben... ¿Qué le diría a la policía? ¿Que mi esposa estaba faltando desde hacía una hora? ¿Que mi esposa se había esfumado delante de mis ojos? Y no conozco ningún detective privado. Y tampoco sé cómo registrar una ciudad. De modo que, después de la media hora más miserable de toda mi vida, hice lo único que podía hacer. Tomé un taxi y me fui a casa.

—Confío, señor Anderssen —dijo Avalon solemnemente—, que no irá a decirnos que su esposa está faltando desde entonces.

—No puede ser, Jeff —dijo Gonzalo—. La vi hace dos días.

—Ella me esperaba en casa —dijo Anderssen—. Por un minuto, una ola de intenso agradecimiento cayó sobre mí. El viaje en taxi había sido terrible. Todo lo que podía pensar era que ella debía estar faltando veinticuatro horas antes de poder llamar a la policía, ¿y cómo podría vivir esas veinticuatro horas? ¿Y qué podría hacer la policía?

»De modo que la agarré y la abracé. Estaba a punto de llorar de tan feliz que estaba de verla. Y entonces, por supuesto, la empujé y dije, “¿Dónde demonios has estado?”

»Ella dijo, fríamente, “Te dije que me iba a casa”.

»Le dije, “Pero entraste corriendo al restaurante”.

»Ella dijo, “Y entonces me fui a casa. No supones que necesito una escoba, ¿verdad? Eso es muy anticuado. Sólo... ¡pft!... y estaba en casa”. Hizo un movimiento deslizante con la mano derecha.

»Estaba furioso. Se había acabado completamente mi alivio. Dije, “¿Sabes lo que me has hecho pasar? ¿Puedes imaginar cómo me sentí? Entré como un loco tratando de encontrarte y entonces sólo me quedé parado mirando a mi alrededor. Casi voy a la policía.

»Ella, más clama y más fría, dijo, “Bien, eso mereces por lo que hiciste. Además, te dije que me iba a casa. No había necesidad de que hicieras otra cosa que venir a casa también. Acá estoy. Sólo porque rehúsas creer que tengo el poder no es razón para que comiences a regañarme, cuando hice exactamente lo que te dije que haría”.

»Le dije, “Vamos, ya. No volaste hasta aquí. ¿Dónde estabas en el restaurante? ¿Cómo llegaste aquí?”

»No pude obtener una respuesta para eso. Ni hasta ahora. Eso está arruinando mi vida. Resiento que ella me haya hecho pasar una hora de infierno. Resiento que me haya hecho el tonto.

—¿Está su matrimonio rompiéndose? —dijo Avalon—. Seguramente, no necesita permitir que un incidente...

—No, no se está rompiendo. De hecho, ha sido tan dulce como un pastel de manzana desde esa noche. No ha realizado ni un simple truco de magia, pero eso me incomoda endiabladamente. Me preocupa. Sueño con eso. Le ha dado una especie de... superioridad.

—Ella tiene la mano más alta, quiere decir —dijo Rubin.

—Sí —dijo Anderssen con violencia—. Ella me hizo quedar como un tonto y está impune. Sé que no es una bruja. Sé que no hay tales cosas como brujas. Pero no sé cómo lo hizo, y tengo esta ligera sospecha de que es capaz de hacerlo otra vez, y eso me tiene... me tiene... por debajo.

Anderssen sacudió la cabeza y, de una manera más compuesta, dijo:

—Es algo tonto, pero está envenenando mi vida.

Otra vez hubo silencio alrededor de la mesa.

—Señor Anderssen —dijo Avalon, entonces—, nosotros los Viudos Negros somos firmes escépticos en lo supernatural. ¿Nos está diciendo la verdad acerca del incidente?

—Le aseguro que les he dicho la verdad —dijo Anderssen con vigor—. Si hay una Biblia aquí, juraré sobre ella. O, lo que es mejor en lo que a mí concierne, les dará mi palabra como hombre honesto de que cada palabra que les he dicho es completamente cierta tanto como mi memoria y mi humana credulidad pueden permitir.

Avalon asintió.

—Acepto su palabra sin reservas —dijo.

—Podrías habérmelo dicho, John —dijo Gonzalo, ofendido—. Como dije, vi a Helen dos días atrás, y nada me pareció mal. No tenía idea... Tal vez no es demasiado tarde para que nosotros ayudemos.

—¿Cómo? —dijo Anderssen—. ¿Cómo podrían ayudar?

—Podríamos discutir el asunto —dijo Gonzalo—. Algunos de nosotros podemos tener ideas.

—Tengo una —dijo Rubin—, y creo que es una muy lógica. Comienzo por acordar con Anderssen y todos aquí en que no hay brujería y, por lo tanto, la señora Anderssen no es bruja. Pienso que ella entró en el restaurante y que de alguna manera consiguió evadirse a los ojos de su esposo. Entonces, cuando él estaba ocupado en la cocina o en el mostrador de recepción, se fue del restaurante y del hotel rápidamente, tomó un taxi, se fue a casa, y entonces le esperó. Ahora, ella no admitirá qué hizo lo que hizo para estar un paso arriba en este innecesario combate matrimonial. Mi propia sensación es que un matrimonio no es útil si...

—Olvide los sermones —dijo Anderssen mostrando su corto temperamento—. Por supuesto eso es lo que sucedió. No necesito que usted me lo explique. Pero usted se saltea la parte difícil. Usted dice que ella entró en el restaurante y “de alguna manera consiguió evadirse a los ojos de su esposo”. ¿Podría decirme sólo cómo ella consiguió ese truco?

—Muy bien —dijo Rubin—. Lo haré. Usted entró, miró a derecha e izquierda, y estaba seguro de que ella no estaba allí. ¿Por qué? Porque usted estaba buscando una inequívoca pelirroja. ¿Ha escuchado alguna vez acerca de una peluca, señor Anderssen?

—¿Una peluca? ¿Usted quiere decir que ella se puso una peluca?

—¿Por qué no? Si parece que ella tiene cabello castaño, sus ojos pasarían por encima. De hecho, sospecho que su cabello rojo es lo más importante que usted ve en ella, y que si ella estuviera con una peluca castaña y se hubiera sentado en una de las

mesas, usted habría estado mirando su rostro sin reconocerla.

—Insisto que aun así la hubiera reconocido, pero ese punto no tiene importancia. Lo importante es que Helen nunca tuvo una peluca. Para ella, usar una es impensable. Ella está consciente de su cabello rojo como todos los demás, y está orgullosa de él, y no soñaría en esconderlo. Tal vanidad es natural. Estoy seguro de que todos aquí son vanidosos de su inteligencia.

—Se lo aseguro —dijo Rubin—. La inteligencia es algo de lo que uno se puede sentir vanidoso. Sin embargo, si sirve a algún propósito que me parece importante, pretenderé ser un idiota por unos minutos, o aun un tiempo más largo. Pienso que su esposa pudo haber estado deseosa de usar una peluca castaña sólo el tiempo necesario para escapar a su mirada. La vanidad nunca es un absoluto, excepto en los tontos declarados.

—La conozco mejor que usted —dijo Anderssen—, y digo que ella nunca usaría una peluca. Además, les dije que fue hace un mes. Estábamos en verano y era una noche cálida. Todo lo que Helen vestía era un vestido de verano con ropa interior por debajo, y tenía un ligero chal por el aire acondicionado. Sostenía un pequeño bolso, sólo lo suficientemente grande para contener algún dinero y maquillaje. No había dónde esconder una peluca. No llevaba una peluca con ella. De todos modos, ¿por qué habría de llevar una peluca? No puedo creer y no lo haré que ella deliberadamente planeó tener una pelea, y hacerme el truco en orden de conseguir una mano más alta por mucho tiempo. Es una criatura impulsiva, se los aseguro, y es incapaz de hacer planes de esa clase. La conozco.

—Concediendo su vanidad y su impulsividad, ¿qué me dice de su dignidad? —dijo Trumbull—. ¿Habría pensado en meterse debajo de una mesa y esconderse tras el mantel colgante?

—Los manteles no llegaban hasta el piso. La hubiera visto. Les dije que volví al restaurante y lo estudié con sangre fría. No hay ningún lugar donde ella pudiera esconderse. Incluso estaba tan desesperado para preguntarme si pudo haber subido por la chimenea, pero el hogar no es real y no está conectado con ninguna.

—¿Alguien más tiene ideas? —dijo Drake—. Yo no.

Hubo un silencio.

—¿Tienes algo que aportar, Henry? —dijo Drake, girando la silla a medias.

—Bien, Dr. Drake —dijo Henry, con una pequeña sonrisa—, siento cierta renuencia en arruinar la broma de la señora Anderssen.

—¿Arruinar su broma? —dijo Anderssen, sorprendido—. ¿Está diciéndome, camarero, que usted sabe lo que pasó?

—Sé lo que fácilmente podría haber pasado, señor —dijo Henry—, que tendría relación con la desaparición sin necesidad de ninguna clase de brujería, y supongo, por lo tanto, que eso fue lo que sucedió, de hecho.



—¿Qué fue, entonces?

—Permítame asegurarme de que entiendo un punto. Cuando usted preguntó a las personas en el restaurante si habían visto una mujer pelirroja entrar, el hombre del sofá se volvió y movió negativamente su cabeza. ¿Correcto?

—Sí, eso hizo. Lo recuerdo bien. Era el único que realmente respondió.

—Pero usted dijo que el hogar estaba en el muro opuesto a la entrada y que el sofá estaba delante de él, de modo que el hombre le daba a usted la espalda. Tuvo que girar para mirarle. Eso quiere decir que su espalda también estaba hacia la puerta, y que leía una revista. De todas las personas allí, era el de menores posibilidades de ver si alguien entraba por la puerta, sin embargo fue la persona que se tomó la molestia en indicar que no había visto ninguna. ¿Por qué lo haría?

—¿Qué tiene eso que ver con todo esto, camarero? —dijo Anderssen.

—Dígale Henry —murmuró Gonzalo.

—Sugiero que la señora Anderssen entró rápidamente y tomó asiento en el sofá —dijo Henry—, una acción común y perfectamente natural que no atraería la atención de un grupo de personas entretenidas con la cena y en conversación, aun a pesar de su cabello rojo.

—Pero la hubiera visto apenas entré —dijo Anderssen—. La espalda del sofá sólo llega hasta los hombros y Helen es una mujer alta. Su cabello hubiera brillado hacia mí.

—En una silla —dijo Henry— es difícil hacer otra cosa que sentarse. En un sofá, de todos modos, uno puede inclinarse.

—Había un hombre sentado ya en el sofá —dijo Anderssen.

—Aun así —dijo Henry—. Su esposa, actuando en un impulso, como usted dice que ella hace, se reclinó. Suponga que usted estuviera en el sofá, y una atractiva pelirroja, con buena figura, vestida con un atractivo vestido de verano, de repente se encoge y apoya la cabeza sobre sus piernas; y que, como ella hizo, levanta prestamente el dedo hacia sus labios, implorando silencio. Me parece que habría muy pocos hombres que no atenderían a una dama en esas circunstancias.

—Bien... —dijo Anderssen con los labios tensos.

—Usted dijo que el hombre sostenía la revista arriba, como si fuese corto de vista, pero ¿podría haber sido que la sostuviera alta lo suficiente para evitar la cabeza de la mujer sobre su regazo? Y entonces, en su ansiedad por ayudar a la dama, ¿no habría afirmado que no la ha visto?

Anderssen se levantó.

—¡Correcto! Iré a casa y lo aclararé con ella —dijo.

—Si puedo hacer una sugerencia, señor —dijo Henry—. Yo no lo haría.

—Seguramente que lo haré. ¿Por qué no?

—En el interés de la armonía familiar, sería bueno si le deja tener esta victoria.

Imagino que casi está arrepentida y que no es posible que lo repita. Usted dijo que ella se había comportado muy bien el último mes. ¿No es suficiente que usted sepa en su corazón cómo lo hizo, de modo que no se sienta derrotado? Sería la victoria de ella, sin su derrota, y usted tendría lo mejor de los dos mundos.

Lentamente, Anderssen se sentó y, en medio de un ligero palmoteo de aplausos de los viudos Negros, dijo:

—Usted puede tener razón, Henry.

—Creo que la tengo —dijo Henry.

## POSTFACIO

*Realmente, a éste lo soñé.*

*No recuerdo mis sueños frecuentemente y realmente no les doy importancia. (En esto difiero de mi querida esposa, Janet, que es psiquiatra y psicoanalista, y los considera importantes guías de lo que hace funcionar a una persona. Por supuesto, ella puede tener razón)*

*De todos modos, aun cuando recuerdo mis sueños, parecen ser notablemente no interesantes ya que no contienen elementos de fantasía o imaginación. Es como si utilizara la provisión completa en mis escritos, sin dejar nada para los sueños.*

*En un sueño, sin embargo, seguía a alguien hacia un salón comedor y encontré que había desaparecido inexplicablemente. Estaba bastante asombrado, porque, como dije, ni en mis sueños desafío las leyes de la naturaleza. Una búsqueda a través de la habitación finalmente localizó a la persona que estaba buscando en el lugar donde se escondió la heroína de la historia precedente.*

*Le miré y le dije (y eso me ayudó), “Qué estupenda idea para una historia de los Viudos negros”.*

*Afortunadamente desperté en ese momento y, por una vez, el sueño estaba fresco en mi mente. Acto seguido almacené la idea en mi memoria en vigilia y en la siguiente oportunidad escribí la historia, y apareció en el número de octubre de 1984 del EQMM.*

*No puedo dejar de pensar que si hubiera podido soñar todos mis trucos, la vida hubiera sido mucho más fácil.*

# La casa equivocada (1984)

---

“The Wrong House”

El invitado al banquete mensual de los Viudos Negros frunció el entrecejo ante la rutinaria pregunta que le hacía el mejor de todos los camareros, Henry.

—No —dijo vehementemente—. ¡Nada! ¡Nada! Ni aun ginger ale. Tomaré sólo una copa de agua, si no le importa.

Se volvió, perturbado. Había sido presentado como Christopher Levan. Estaba un poco por debajo de la altura promedio, era delgado y bien vestido. Su cráneo estaba mayormente pelado pero con tan buena forma que la condición parecía más atractiva que otra cosa.

Estaba hablando con Mario Gonzalo y regresó al hilo de la conversación con aparente esfuerzo.

—El arte de la creación de dibujos parece simple. He visto libros que muestran cómo dibujar formas familiares, comenzando por un óvalo, por decir, luego modificándolo en sucesivas etapas hasta que se convierte en Popeye o Snoopy, o en Dick Tracy. Y aun así, ¿cómo decide uno qué óvalo hacer y qué modificaciones agregar en primer lugar? Además, no es fácil copiar. No importa cuán simples parezcan ser los pasos, cuando trato de seguirlos, el resultado final es distorsionado y aficionado.

Gonzalo miró con cierta complacencia la caricatura del invitado que acababa de dibujar.

—Tiene que tener en cuenta una especie de talento innato y años de experiencia, señor Levan.

—Lo supongo, y sin embargo usted no dibuja un óvalo con modificaciones. Usted simplemente dibujó esa cabeza a mano alzada, tan rápido como pudo, y sin ningún esfuerzo, tanto como puedo asegurar. Excepto que mi cabeza parece algo brillante. ¿Lo es?

—No en particular. Es sólo una licencia del caricaturista.

—Excepto que —dijo Emmanuel Rubin, acercándose con un trago en la mano—, que si las licencias fuesen necesarias para hacer caricaturas, Mario nunca calificaría. Algunos pueden tener talento, pero Mario las obtiene por desfachatez.

Gonzalo sonrió.

—Quiere decir chutzpah<sup>[55]</sup>. Manny conoce de eso. Realmente envía a editores las historias que escribe.

—Y las vende —dijo Rubin.

—Una indicación de la ocasional desesperación editorial.

Levan sonrió.

—Cuando escucho a dos personas discutir de esa manera, estoy seguro de que

realmente hay un profundo afecto entre ellas.

—Oh, Dios —dijo Rubin, visiblemente repugnado. Su escasa barba se erizó y sus ojos, agrandados a través de los gruesos cristales de sus anteojos, brillaron.

—Usted ha dado en el blanco, señor Levan —dijo Gonzalo—. Manny me daría hasta su camisa si nadie estuviera mirando. Lo único que no me daría es una palabra gentil.

Geoffrey Avalon, el anfitrión del banquete, levantó la voz.

—¿Estás enredándote en alguna tontería entre Manny y Mario, Chris?

—Voluntariamente, Jeff —dijo Levan—. Me gustan esas contiendas con almohadas y palos acolchados.

—Se pone pesado —dijo Avalon, mirando desde su altura de setenta y cuatro pulgadas—, cuando es el encuentro cincuenta y siete. Pero, ven y siéntate, Chris. No tenemos nada peor que langosta esta noche.

Que una cena elaborada de langostas tiende a inhibir un poco la conversación, es algo que no puede ser negado. El quiebre de las conchas lleva atención considerable y el untado en mantequilla derretida no es un asunto a ser llevado a cabo casualmente. Por lo tanto, el periodo entre la cazuela portuguesa de pescado y la *coupe aux marrons* fue largamente silencioso, en cuanto a voz humana se refiere, aunque el juego del cascanueces mantuvo a la mesa en un bajo gruñido.

—Desprecio la ensalada de langosta —dijo Roger Halsted con su café—. Es como comer sandía sin semillas cortada en cubos. El valor del premio es directamente proporcional al esfuerzo para ganarlo.

—Supongo entonces —dijo Levan—, que estarán muy en contra de las ventas libre de interés —y rió entre dientes con aire satisfecho.

—Bien —dijo James Drake, con voz su ronca y sorda—. Imagino que incluso Roger lo consideraría llevar los principios demasiado lejos.

Thomas Trumbull miró a Levan con los ojos echando chispas.

—Ése es un chiste de banquero. ¿Es usted banquero?

—Un momento, Tom —dijo Avalon—. Estás comenzando a preguntar y la sesión de interrogatorio todavía no ha sido abierta.

—Bien, entonces ábrela, Jeff. Estamos terminando el café, y Henry vendrá con el brandy en un milisegundo —Trumbull miró su reloj—. Y la langosta nos ha demorado, de modo que adelante.

—Estaba a punto de comenzar —dijo Avalon con dignidad. Golpeó su copa tres o cuatro veces—. Tom, ya que estás tan ansioso, ¿quieres comenzar el interrogatorio?

—Por cierto —dijo Trumbull—. Señor Levan, ¿es usted un banquero?

—Esa no es la apertura tradicional —dijo Gonzalo.

—¿Quién te preguntó? Lo que estás pensando es tradicional; no es obligatorio. Señor Levan, ¿es usted un banquero?

—Sí, lo soy. Al menos, soy el vicepresidente de un banco.

—Hah —dijo Trumbull—. Ahora le haré la tradicional pregunta de apertura. Señor Levan, ¿cómo justifica su existencia?

La sonrisa de Levan se volvió más brillante.

—La cosa más fácil del mundo. El cuerpo humano es completamente dependiente de la circulación sanguínea, la que es impulsada por el corazón. El mundo de la economía depende de la circulación de dinero, que es impulsada por los bancos. Hago mi parte.

—En eso, ¿están los bancos motivados por el bien del mundo, o por los beneficios de sus propietarios?

—Palabrería socialista —dijo Levan—, si no le importa que lo diga. Usted infiere que los dos motivos son mutuamente excluyentes, y no es así. El corazón impulsa la sangre hacia la aorta y las primeras arterias en que divide son las coronarias, ¿que alimenta a quién? ¡Al corazón! En pocas palabras, la primera atención del corazón es para el corazón, y así es como tiene que ser, ya que sin el corazón todo lo demás falla. Permita que las coronarias se atasquen y estará de acuerdo con el corazón, y deseando que hubiera algo más a quien quitarle alimento.

—No al cerebro —dijo Drake—. Antes que al corazón. Mejor morir de un ataque al corazón que vivir en senilidad.

Levan pensó un poco.

—Es difícil no estar de acuerdo con eso, pero podemos tratar la senilidad y revertirla mucho más pronto que lo que probablemente seamos capaces de tratar y revertir la muerte.

Gonzalo frunció el entrecejo.

—Vamos —dijo—, ¿en qué tema estamos metidos? Y con el estómago lleno, además. Hey, Tom, ¿puedo hacer una pregunta?

—Está bien —dijo Trumbull—. Tema cambiado. Haz la pregunta, Mario, pero que no sea estúpida.

—Señor Levan —dijo Gonzalo—, ¿es usted miembro de Alcohólicos Anónimos?

Hubo un repentino silencio alrededor de la mesa y entonces Trumbull, con el rostro retorcido de enfado, gruñó:

—Te lo dije, no hagas una...

—Es una pregunta legítima —insistió Gonzalo, levantando la voz—, y las reglas del juego son que el invitado debe responder.

Levan, sin sonreír, y viéndose más sombrío que avergonzado, dijo:

—Responderé a la pregunta. No soy miembro de Alcohólicos Anónimos, y no soy un alcohólico.

—¿Es un abstemio entonces?

Por alguna razón, Levan parecía encontrar más dificultades en responder ésa.

—Bien, no. Bebo en ocasiones... un poco. No mucho.

Gonzalo se inclinó hacia atrás en su silla y frunció el entrecejo.

—¿Podemos cambiar el tema una vez más —dijo Avalon— y tratar de encontrar algo civilizado que discutir?

—No, espera un poco —dijo Gonzalo—. Hay algo gracioso aquí y no logro verlo. Señor Levan, usted rechazó un trago. Estaba conversando con usted en ese momento. Le vi.

—Sí, lo hice —dijo Levan—. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada —dijo Gonzalo—, pero usted lo rechazó airadamente. ¡Henry!

—Sí, señor Gonzalo —dijo Henry, suspendiendo momentáneamente la operación de servicio del brandy.

—¿Había algo curioso en el rechazo del señor Levan?

—El señor Levan fue un poco enérgico, creo. No me atrevo a decir que fue “curioso”.

—¿Por qué crees que fue enérgico?

—Podía haber...

Drake interrumpió.

—Esta es la sesión de interrogatorio más espantosa que recuerde. Mal gusto por todos lados. De todos modos, ¿a quién estamos interrogando? ¿Al señor Levan o a Henry?

—Estoy de acuerdo —dijo Rubin, asintiendo vigorosamente—. Vamos, Jeff, eres el anfitrión. Pon una regla y métenos en el carril.

Avalon miró su copa de agua, entonces dijo:

—Caballeros, Christopher Levan es el vicepresidente del mayor banco de Merion. De hecho, es mi banquero personal, y lo conozco socialmente. Le he visto beber con moderación pero nunca le vi borracho. No escuché que rechazara un trago, pero de alguna manera estoy curioso. Chris, ¿rechazaste un trago enérgicamente? Y si es así, ¿por qué?

Levan frunció en ceño y dijo:

—Estoy al borde de arrepentirme de esto.

—Por favor, Chris, no —dijo Avalon—. Te expliqué las reglas cuando aceptaste mi invitación, y te di la oportunidad de retractarte. Nada dicho aquí sale más allá de estos muros. Incluso si nos dijeras que te estás fugando con los fondos del banco, seríamos incapaces de decírselo a nadie —aunque estoy seguro de que todos te instigaríamos a abandonar tu intención.

—No me estoy fugando, y me arrepiento de haber sido forzado a hacer esa afirmación. No me gusta esto de ti, Jeff.

—Esto ha ido demasiado lejos ya —dijo Halsted—. Finalicemos la sesión.

—Espera —dijo Gonzalo tercamente—. Quiero una respuesta a mi pregunta.

—Se lo dije —dijo Levan—. Simplemente rechazé...

—No mi pregunta a usted, señor Levan. Mi pregunta a Henry. Henry, ¿por qué el señor Levan rechazó el trago tan vehementemente? Si no respondes, esta sesión podría terminar prematuramente, y sería la primera vez que así fuera, al menos durante mi pertenencia al club.

—Sólo puedo adivinar, señor —dijo Henry—, del poco conocimiento de la naturaleza humana que tengo. Puede ser que el señor Levan, aunque de ordinario un bebedor moderado, rechazara un trago esta vez, porque en el pasado cercano haya sufrido una aguda vergüenza o humillación por un trago, y al menos por un tiempo sería mejor no volver a beber.

Levan había palidecido notablemente.

—¿Cómo supo eso, camarero?

Gonzalo sonrió con orgullo patente.

—Su nombre es Henry, señor Levan. Es también un artista. El resto de nosotros dibujamos los óvalos, y él agrega las modificaciones y produce la figura final.

El humor en la mesa había cambiado sutilmente. Incluso Trumbull parecía haberse suavizado, y casi había una cualidad zalamera en su voz.

—Señor Levan, si algo ha sucedido que haya dejado un efecto ulterior, hablar sobre eso podría ayudarle.

Levan miró alrededor de la mesa. Todos los ojos estaban fijos en él. Medio murmurando, dijo:

—El camarero... Henry... tiene mucha razón. Hice un completo tonto de mí mismo y en este momento intento firmemente no volver a beber. Jeff les dijo que nunca me vio borracho. Bien, nunca me vio, pero no siempre está conmigo. Muy de vez en cuando me las arreglo para emborracharme. Nunca pasó nada en particular hasta hace dos semanas y luego... apenas puedo pensar en eso.

Frunció la frente al pensar.

—Podría ayudar si se los digo —dijo—. Podrían ser capaces de sugerir algo que hacer. Además, a la única que le he contado es a mi esposa.

—Imagino que está furiosa —dijo Halsted.

—No, no lo está. Mi primera esposa lo hubiera estado. Era una abstemia, pero ya está muerta, descanse en paz. Mis hijos hubieran estado sardónicamente divertidos, creo, pero están en la universidad, ambos. Mi actual esposa, la segunda, es una mujer de mundo que no se asusta con tales cosas. Tiene su propia carrera; en bienes raíces, creo. Tiene hijos crecidos también. Nos casamos por compañía —y por afecto— pero no para imponernos el uno al otro. El mundo no se rompe en sus oídos si me emborracho. Solamente me da un buen consejo práctico y allí termina todo.

—Pero, ¿qué sucedió? —preguntó Avalon.

—Bien... vivo en una calle casi exclusiva —cuatro casas. Son casas muy buenas,

no extraordinariamente grandes, pero bien diseñadas y cómodas: tres dormitorios, una sala de televisión, tres baños, un sótano completo, un ático completo, todo eléctrico (que es caro), patio trasero hacia la quebrada, amplios espacios entre las casas, también. Las cuatro fueron construidas por un solo constructor, al mismo tiempo, hace cerca de doce años. Son idénticas en apariencia y en planta, y fueron vendidas con la condición de que se mantuvieran idénticas. No podemos pintar la casa de otro color, o poner revestimiento de aluminio, o agregar una galería a menos que los propietarios de las otras casas estén de acuerdo en hacer lo mismo. Bien, no siempre se puede obtener un acuerdo, como pueden imaginar, de modo que no hubo cambios.

—¿Es eso legal? —preguntó Halsted.

—No lo sé —dijo Levan—, pero todos estuvimos de acuerdo.

—¿Puede hacer cambio por dentro? —preguntó Gonzalo.

—Por supuesto. No tenemos muebles estandarizados ni empapelado ni nada como eso. El acuerdo se refiere solamente al aspecto del exterior. Las casas son llamadas las Cuatro Hermanas. ¿Correcto, Jeff?

Avalon asintió.

Levan continuó.

—De todos modos, estaba fuera esa noche. Había advertido a Emma —mi esposa— que podía no estar de regreso hasta las tres de la mañana. Seriamente, no intentaba estar fuera hasta tan tarde, pero creí que podría, porque... bien, era una de esas reuniones de colegio y a los cincuenta y cinco existe la urgencia de una noche de veintidós otra vez. Realmente, eso nunca funciona, supongo.

»Incluso pensé que podía tolerar el licor, pero hacia la medianoche estaba bastante borracho. No creía estarlo pero debe haberlo estado, porque no puedo tolerar bien el licor, y porque varios de los otros trataron de persuadirme de que me fuera a casa. Yo no quería y me parece recordar haber amenazado con golpear a uno.

Frotó sus ojos rudamente, como si quisiera borrar la imagen mental.

Secamente, Drake dijo:

—¿Nada propio de un vicepresidente de banco?

—También somos humanos —dijo Levan con cansancio—, pero no ayuda a la imagen. De todos modos, al final, dos o tres de ellos me ayudaron a subir a un coche y me llevaron a Merion. Cuando encontraron la calle, insistí en que me dejaran en la esquina. No quería despertar a los vecinos. Era un coche ruidoso, o pensé que lo era.

»Me dejaron bajar en la esquina; estaban contentos de deshacerse de mí, imagino. Me di cuenta de que no iba a llegar a ningún lugar tratando de meter mi llave en la cerradura. Además, conocía un truco mejor. Hay una puerta lateral y estaba bastante seguro de que estaría abierta. No hay en nuestro barrio crímenes de que hablar —ni ladrones— y la puerta lateral nunca está cerrada durante el día. La mitad del tiempo,



tampoco está cerrada de noche.

»De modo que me dirigí hacia ella. Seguí el camino por el costado de la casa y encontré la puerta. Estaba abierta, como pensé. Anduve de puntillas, tan calladamente como pude, considerando mi condición, y la cerré detrás de mí también calladamente. Estaba en una pequeña habitación mayormente utilizada para colgar ropa, guardar paraguas y galochas, y todo eso. Le di la vuelta al soporte de los paraguas y me hundí en una silla.

»En ese momento me sentía bastante mareado y muy cansado. La oscuridad era tranquilizadora, y me gustó la suavidad del viejo colchón debajo de mí. Pensé que debía irme a dormir en ese momento, y no ser encontrado por Emma hasta la mañana, excepto que me di cuenta confusamente de una débil luz por debajo de la puerta que conducía a la cocina.

»¿Estaba Emma despierta? ¿Estaba comiéndose un bocadillo nocturno? Estaba demasiado borracho para tratar de razonar cualquier cosa, pero me pareció que mi única oportunidad de no avergonzarla, y a mí, era caminar de manera casual y pretender que estaba sobrio. Estaba lo bastante borracho para pensar que podía hacer eso.

»Me levanté cuidadosamente, caminé hasta la puerta con alguna dificultad, la abrí, con voz alta y alegre, “Estoy en casa, querida, estoy en casa”.

»Debo haber llenado el aire con fragancia alcohólica que explicaba mi condición exactamente, aunque mi comportamiento hubiera sido perfectamente sobrio, lo que estoy seguro que no lo era.

»De todos modos, fue todo por nada, porque Emma no estaba allí. Había dos hombres. De alguna manera sabía que no eran ladrones. Pertenecían allí. Borracho como estaba, podía sentirlo. Y supe —mi Dios, supe que estaba en la casa equivocada. Había estado demasiado borracho para meterme en la correcta.

»Y allí, sobre la mesa, había una gran maleta, abierta, llena con billetes de cien dólares. Algunos de los atados estaban sobre la mesa, y me los quedé mirando con una vaga sorpresa.

»No sé cómo me di cuenta, caballeros. Las técnicas modernas pueden producir algunas imitaciones condenadamente buenas, pero había sido banquero por treinta años. No tengo que mirar un billete para saber si es falso. Puedo oler una falsificación, sentirla, conocerla por las radiaciones. Podía estar demasiado borracho para distinguir mi casa de otra, pero tanto como cuando estoy completamente consciente, no estoy demasiado borracho para distinguir un billete real de cien dólares de uno falso.

»Había interrumpido a dos delincuentes, eso era lo que importaba. Habían olvidado cerrar la puerta lateral con llave o sólo no sabían que estaba abierta, y supe que estaba en una situación peligrosa.

Levan sacudió la cabeza, y prosiguió.

—Ellos podían haberme matado, si hubiera estado sobrio, aun cuando hubieran tenido entonces todo el problema de deshacerse del cuerpo, y tal vez de alarmar a la policía de una manera indeseable. Pero yo estaba borracho, y claramente a punto de colapso. Incluso creo que escuché a uno decir en una especie de susurro ronco, “Está completamente borracho. Sácalo afuera”. Podría haber sido la voz de una mujer, pero estaba demasiado ido para saberlo. De hecho, no recuerdo nada por un rato. Me desplomé.

»La siguiente cosa que sé es que tocaba un farol y que trataba de levantarme. Entonces me di cuenta de que no estaba tratando de levantarme. Alguien estaba tratando de levantarme. Entonces me di cuenta de que era Emma, en bata. Ella me había encontrado.

»Me entró a la casa, de alguna manera. Afortunadamente, no había nadie más por allí. No había indicación antes ni desde ese momento de que alguien me hubiera visto tirado en la cuneta, o visto a Emma arrastrándome hasta la casa. Recuerden que me prometieron confidencialidad, caballeros. Y espero que eso incluya al camarero.

—Lo incluye, Chris —dijo Avalon enfáticamente.

—Ella consiguió desvestirme —dijo Levan—, y lavarme, y me metió en cama sin preguntar nada, al menos tanto como puedo recordar. Es una mujer estupenda. Me desperté en la mañana con un dolor de cabeza de tamaño gigante, como podrán sospechar, y la sensación de alivio de que era la mañana del domingo y que no se esperaba que fuera a trabajar.

»Después del desayuno, que para mí fue sólo un huevo pasado por agua y varios vasos de jugo de naranja, me parece, finalmente Emma me preguntó qué había pasado. “No mucho”, le dije. “Debo haber bebido un poco de más, y ellos me trajeron a casa y me dejaron en la esquina y no pude entrar a la casa”. Sonreí débilmente, esperando que ella encontrara divertido el eufemismo, y que lo dejara pasar.

»Pero Emma me miró pensativa —es una mujer muy práctica, ya saben, y no actuaría trágicamente por mi borrachera la primera y única vez desde que me conocía — y dijo, “Sucedió algo gracioso”.

»“¿Qué?”, pregunté.

»“Alguien me llamó”, dijo. “Era después de la medianoche. Alguien llamó y dijo, “Su esposo está afuera borracho o herido. Es mejor que vaya a buscarlo”. Pensé que era una broma, o un truco para hacerme abrir la puerta. Aun así pensé que si era cierto que estabas en problemas, tendría que arriesgarme. Tomé tu premio de banquero del año, sólo por si tenía que usarlo para golpear a alguien, salí a la calle, y te encontré. Ahora, ¿quién puede haberme llamado? No dijeron quién era”.

»Ella me miraba fijo, con el ceño fruncido, desconcertada, y mi memoria vibraba. Mi rostro debe haberme delatado, porque Emma —que es una mujer penetrante—

dijo, “¿Qué sucedió anoche? ¿Qué estás recordando?”.

»De modo que se lo conté, y cuando terminé me miró con una expresión preocupada, y dijo, “Eso es imposible. No puede haber ningún falsificador en esta manzana”.

» “Sí”, dije, “estoy seguro de que lo hay. O al menos alguien en una de las otras tres casas está involucrado en eso, aunque la falsificación no estuviese realizándose en las proximidades.

»“Bien, ¿en qué casa entraste?”, quiso saber. ¿Pero cómo podía saberlo? No lo sabía.

»“¿Afuera de qué casa me encontraste?”, le pregunté.

»“De la nuestra”, me dijo.

»“Bien, entonces me sacaron y me pusieron delante de nuestra casa. Eso significa que saben a qué casa pertenecía yo. Es uno de nuestros vecinos”.

»“No puede ser”, seguía diciendo ella.

»Pero así es, lo mismo. No tenía la menor idea en qué casa equivocada me había metido, y no sé quién está involucrado en la falsificación. Y no puedo informarlo.

—¿Por qué no? —preguntó Gonzalo.

—Porque hubiera tenido que explicar que estaba cayéndome de borracho. ¿De qué otra manera podía dar cuenta de lo borroso de la información? —dijo Levan—. No quiero hacerlo. No quiero verme como un tonto o un borracho idiota, y francamente no quiero perder mi trabajo. La historia seguramente se filtraría y no se vería bien en el banco.

»Además, ¿qué haría la policía? ¿Buscar en todas las casas? No encontrarían nada, y tres propietarios, dos de los cuales serían completamente inocentes, estarían indignados. Tendríamos que vender la casa e irnos. La vida se volvería insoportable, de cualquier manera.

»Emma señaló todo esto cuidadosamente. De hecho, dijo que habría una fuerte presunción de que había fantaseado todo; que estaba teniendo delirium tremens. Estaría arruinado. Emma es una mujer brillante y persuasiva.

»Todavía me carcome. ¡Falsificación! Es la pesadilla de un banquero; es el crimen. Había tropezado con algo que podía ser grande y no pude hacer nada. No he tocado un trago desde entonces, e intento no volver a hacerlo nunca más, y es por eso que estuve un poco vehemente cuando Henry me preguntó, por segunda vez, si tomaría uno.

Hubo un silencio en toda la mesa por un rato, y entonces Avalon, golpeteando los dedos sobre el mantel, dijo:

—Sé dónde vives, Chris, pero no conozco a tus vecinos. ¿Quiénes son? ¿Qué hacen?

Levan se encogió de hombros.

—Todos entrados en años. Todos en los cincuenta o más. Ningún niño pequeño en la calle. Todos más allá de la sospecha, maldita sea. Veamos, si estás frente a las cuatro casas, la de la izquierda pertenece al matrimonio Nash. Es un agente de seguros, y ella es artrítica; una buena mujer, pero terriblemente aburrida. Es de la clase a la que le dices hola cuando pasas, pero sigues caminando. Una simple vacilación sería fatal.

»La segunda casa es de los Johnstone. Él está en los setenta y ella es tal vez dos o tres años menor. Está retirado y se supone que tienen fortuna, pero no depositan en nuestro banco y no tengo conocimiento personal sobre el asunto. Suelen variar entre Maine en el verano y Florida en el invierno, pero tiene un hijo soltero, de unos cuarenta, que se queda en la casa todo el año y no tiene empleo.

»La tercera es la nuestra, y la cuarta pertenece a dos hermanas, una la señora Widner y la otra la señora Chambers. Ambas son viudas y parece que se aferran una a la otra por calor. Están en los cincuenta y son muy despiertas. Me asombra que no se hubieran dado cuenta de que me habían levantado de junto al farol. Tienen el sueño ligero y tiene un sexto sentido para las catástrofes locales.

»Cruzando la calle no hay casas, sino solamente un gran campo y un grupo de árboles que pertenece a la Iglesia Presbiteriana que está a cierta distancia. Eso es todo.

Miró a su alrededor con desamparo, y Rubin se aclaró la garganta.

—Si seguimos las probabilidades, la elección obvia es el hijo soltero. Tiene la casa para él solo por un par de meses y nada que hacer sino trabajar en sus falsificaciones, con o sin el conocimiento de sus padres. Si los Johnstone son misteriosamente ricos, puede ser por eso. Me asombra que haya pasado esto por alto.

—Usted lo hubiera hecho si conociera al muchacho —dijo Levan—. Aunque es de mediana edad, es difícil pensar en él como en un hombre. Es aniñado en apariencia y actitud, y sin ser realmente retardado de alguna manera, está claramente poco equipado para hacerse camino en el mundo.

—Es suficientemente capaz —dijo Rubin— de mantener la casa por un par de meses por año.

—No es retardado —repitió Levan, impaciente—. Es emocionalmente inmaduro, eso es todo. Ingenuo. Y de buen corazón en extremo. Es imposible pensar en él envuelto en un crimen.

—Puede ser que estuviera actuando —dijo Rubin—. Tal vez es suficientemente inteligente para aparecer increíblemente ingenuo como para esconder el hecho de que, realmente, es un criminal.

Levan reflexionó.

—No puedo creerlo. Nadie puede ser tan buen actor.

—Si fuera inocente y aniñado —dijo Rubin—, sería muy fácil que lo utilizaran

los criminales. Podría ser un peón involuntario.

—Eso no tiene sentido para mí. No podrían confiar en él; los delataría.

—Bien —dijo Rubin—, no importa cuánto dude usted, me parece que es la posibilidad más razonable, y si usted quiere hacer una pequeña investigación por sí mismo, sería mejor si mira más de cerca al joven Johnstone.

Se sentó para atrás y cruzó los brazos.

—¿Qué hay de los dos hombres de la maleta? —dijo Halsted—. ¿Los había visto antes?

—No estaba en mi mejor forma, por supuesto —dijo Levan—, pero en ese momento me pareció que eran extraños. Por cierto, no eran miembros de ninguna de las propiedades.

—Si fueran asociados externos del círculo de falsificadores —dijo Halsted—, podríamos estar razonablemente seguros de que las dos viudas no estaban involucradas. Rechazarían tener hombres en la casa, me parece.

—No estoy seguro de eso —dijo Levan—. Son damas luchadoras y no son viejas. Los hombres no son una experiencia nueva para ellas. Aun así, estoy de acuerdo; no las veo como damas pistoleras, por decir.

—Y aun —dijo Drake pensativo—, puede haber habido al menos una mujer presente. ¿Dijo usted, señor Levan, que alguien dijo, “Está completamente borracho. Sácalo afuera”, y que era una mujer?

—Fue un susurro —dijo Levan—, y no podía estar seguro. Puede haber sido una mujer, pero también un hombre. Y aun si fuera una mujer, puede haber sido otra desconocida.

—Pensaría que tenía que estar en la escena alguien que perteneciera al lugar —dijo Drake—. La casa no sería abandonada a los desconocidos, y hay al menos una mujer en cada casa.

—No realmente —dijo Halsted—. No en la casa de los Johnstone, ya que los viejos estarían en Maine ahora. Si eliminamos a las viudas, entonces queda la casa de la esquina izquierda, al de los Nash. Entonces, si el señor Levan fuera dejado en la esquina, y estuviera tan borracho que tuviera dificultades para caminar, sería posible que entrara en la primera casa y sería la de los Nash, ¿verdad?

Levan asintió.

—Sí, lo sería, pero no puedo recordar que eso sea lo que hice. De modo, ¿qué sentido tiene? De cualquier modo que discutamos y razonemos, no tengo con qué ir a la policía. Es sólo adivinar.

—Seguramente, estas personas no viven en sus casas solos —dijo Trumbull—. ¿Tienen sirvientes?

—Las viudas tienen una mujer para toda tarea que vive allí —dijo Levan.

—Ah —dijo Trumbull.

—Pero eso no me suena significativo. Sólo significa que hay tres mujeres en la casa en lugar de dos, una tercera viuda, para el caso, y bastante oprimida por las hermanas. No tiene más cerebro que el necesario para hacer la tarea doméstica, por lo poco que sé de ella. Es imposible como conspirador criminal.

—Creo que está demasiado pronto a descartar personas como imposibles —dijo Trumbull—. ¿Algún otro sirviente?

—Los Nash tienen cocinera —dijo Levan—, que viene durante el día. Los Johnstone tienen un ayudante que trabaja principalmente en el jardín, y nos ayuda a los demás cuando tiene tiempo. Emma y yo no tenemos sirvientes en la casa. Emma es fuerte y eficiente y me obliga a ayudarla —lo que es justo, supongo. No cree en los sirvientes. Dice que destruyen la privacidad y que nunca hacen las cosas bien, de todos modos, y estoy de acuerdo con ella. Aun así, deseo tener a alguien que pase la aspiradora en mi lugar.

Con un rastro de impaciencia, Trumbull dijo:

—Bien, la aspiradora no es el punto. ¿Qué dice de la cocinera de los Nash y del ayudante de los Johnstone?

—La cocinera tiene cinco niños en casa, con el mayor a cargo, de acuerdo con los Nash, y si tiene tiempo libre para el crimen creo que debería tener una medalla. El ayudante es tan profundamente religioso que es ridículo pensar en él rompiendo el mandamiento contra el robo.

—La mojigatería puede ser fácilmente asumida como una cobertura —dijo Trumbull.

—No veo señales de eso, en este caso.

—¿No sospecha de él?

Levan sacudió la cabeza.

—¿Sospecha de alguien?

Levan sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa con quien fuera que llamó a su esposa —dijo Gonzalo, de repente—, para decirle que usted estaba afuera en la cuneta? ¿Reconoció la voz?

Levan sacudió la cabeza enfáticamente.

—No pudo hacerlo. Era sólo un susurro.

—¿Es sólo su opinión, o ella se lo dijo?

—Ella me lo hubiera dicho inmediatamente si lo hubiera reconocido.

—¿Era el mismo susurro que usted escuchó en la casa?

—Ella escuchó uno —dijo Levan impaciente— y yo escuché otro. ¿Cómo podemos comparar?

—¿Era la voz que escuchó su esposa la de una mujer?

—Emma nunca lo dijo. Dudo que pudiera distinguirla. Dijo que pensó que podía ser una manera de hacerle abrir la puerta, de modo que tal vez le pareció un hombre.

No lo sé.

Gonzalo parecía molesto, y dijo bastante rudamente:

—Tal vez no hay nadie de quien sospechar. Usted puede pensar que siente el dinero falso, pero ¿cómo sabe que puede hacerlo cuando está totalmente mareado? Puede ser que haya visto dinero real y que ninguna falsificación esté sucediendo.

—No —dijo Levan enfáticamente—, y aunque así fuera, ¿qué harían dos extraños con una maleta llena de billetes de cien dólares? Nuevos. Pude oler la tinta. Incluso si no fueran falsificados, vendrían de alguna clase de crimen.

—Tal vez todo el asunto... —dijo Gonzalo.

Dejó la frase sin terminar, y Levan, calentándose un poco, dijo:

—¿... es un elefante rosa? ¿Cree que imaginé todo?

—¿Es imposible? Si no hay nadie de quien sospechar, si ninguno pudo estar involucrado, tal vez nada sucedió realmente.

—No —dijo Levan—. Sé lo que vi.

—Bien, ¿qué vio? —dijo Drake repentinamente, mirando a Levan a través del humo de su cigarrillo—. Usted estaba en la cocina. Vio el empapelado, si había, el color, los muebles. Los detalles de cocina no eran idénticos, ¿verdad? Puede entrar en cada casa e identificar en qué cocina estuvo, ¿no es así?

Levan se sonrojó.

—Desearía poder. La verdad es que no vi nada. Sólo estaban los dos hombres, la maleta sobre la mesa, y el dinero. Ocupaba toda mi atención, y ni siquiera puedo describir la maleta —Agregó a la defensiva—. No era yo. Estaba... estaba... Y además, después de quince o treinta segundos había desmayado. No supe dónde estaba.

Avalon, preocupado, dijo:

—¿Qué vas a hacer sobre esto, Chris? ¿Estás investigando por ti mismo? Eso podría ser peligroso, lo sabes.

—Lo sé —dijo Levan—, y no soy un investigador. Emma, que tiene más sentido común en su pulgar izquierdo que el que yo tengo en todo el cuerpo, dijo que si trataba de hacer cualquier pregunta o buscar huellas, no sólo haría un tonto de mí mismo, sino que me podría meter en problemas con la policía. Dijo que era mejor que alertara al banco para ser cuidadoso con los billetes de cien dólares falsos y que investigara esos, cuando entraran, por los métodos habituales. Por supuesto, los billetes de cien dólares no están llegando. Supongo que los falsificadores no los pasarán en esta área.

—Entonces —dijo Gonzalo descontento— no hemos llegado a ninguna parte y eso es frustrante. Henry, ¿puedes agregar algo a todo esto?

Henry, que estaba parado junto al aparador, dijo:

—Hay una pregunta que podría hacer, si me permite.

—Adelante —dijo Levan.

—Señor Levan, usted dijo, más temprano, que su esposa tenía su propia carrera en bienes raíces, pero dijo “creo”. ¿No está seguro?

Levan pareció sobresaltado, y entonces rió.

—Bien, nos casamos hace cinco años, cuando cada uno había estado soltero por un buen tiempo, y estábamos acostumbrados a la independencia. Tratamos de interferir el uno con el otro lo menos posible. Realmente, estoy seguro de que está comprometida con los bienes raíces, pero no hago preguntas y ella tampoco. Es uno de esos matrimonios modernos; un mundo diferente del primero.

Henry asintió y quedó silencioso.

—Bien —dijo Gonzalo impaciente—. ¿Qué tienes en mente, Henry? No te lo guardes.

Henry parecía confuso.

—Señor Levan —dijo suavemente—, cuando entró en la casa por la puerta lateral y la cerró detrás de usted, estaba en la oscuridad, creo.

—Lo estaba, Henry.

—Le dio vuelta al soporte de los paraguas. ¿Cómo sabía que había un soporte de paraguas?

—Después de que me senté, sucede que lo sentí. Si no era un soporte de paraguas, era algo como eso.

Henry asintió.

—Pero usted le dio la vuelta antes de sentirlo, y cayó en una silla en la oscuridad con alivio, y disfrutó de la sensación del acolchado suave, lo dijo.

—Sí.

—Señor Levan —dijo Henry—. Las casas son iguales en cada detalle exterior, pero son libres de variar en interior, lo dijo usted, y presumiblemente todos lo variaron. Incluso en su estado no demasiado sobrio, se las arregló para sortear el soporte de los paraguas y caer en una silla. No tropezó con uno u olvidó la otra. No tuvo la más leve idea de que estaba en la casa equivocada en ese momento, ¿verdad?

—No, no la tuve —dijo Levan, alarmado—. Fue sólo cuando abrí la puerta y vi los hombres...

—Exactamente, señor. Usted esperaba encontrar la ubicación de los objetos como si estuviera en su propia casa, y así los encontró. Cuando se sentó en la silla, que usted pensó que era la suya, no encontró nada que lo sacara de esa convicción.

—Oh, mi Dios —dijo Levan.

—Señor Levan —dijo Henry—. Creo que usted estuvo en su propia casa después de todo. Bebido como estaba, encontró su camino a casa.

—Oh, mi Dios —dijo Levan otra vez.

—Usted no era esperado hasta mucho más tarde, de modo que pescó a su esposa



por sorpresa. En su moderno matrimonio, claramente usted no sabía lo suficiente acerca de ella. Incluso ella le mostró afecto. Ella le había sacado afuera, y entonces vino a buscarlo con la historia inventada acerca del llamado telefónico. Para entonces, los hombres y la maleta se habían ido y desde entonces ella ha trabajado muy duro para evitar que usted le cuente la historia a la policía, o que haga algo al respecto. Me temo que es la única explicación que encaja con lo que nos ha contado.

Por un momento hubo un silencio absoluto en el grupo horrorizado.

Levan dijo con voz muy débil:

—¿Pero qué hago?

Y Henry, muy dolido, dijo:

—No lo sé, señor Levan. Pero deseo que no rechace este trago.

## POSTFACIO

*Para el tiempo en que vendí la historia anterior, vi que tenía diez historias de una nueva colección de los Viudos Negros, y de esas diez, solamente había quedado sin vender “El conductor”*

*Mientras esto sucedía, en mi primera colección de los Viudos Negros, “Los Cuentos de los Viudos Negros”, tenía nueve historias que habían aparecido impresas y tres que no. Esas historias que no habían sido publicadas previamente, estaban en esa condición involuntariamente. Alegremente las hubiera enviado a Fred si hubiera podido.*

*De todos modos, una vez que el libro apareció me pareció que había funcionado apropiadamente. Algunos de los que compran el libro podían ser suscriptores de EQMM y habrían conseguido cada una de los Viudos Negros cuando aparecieron en la revista. Incluso teniendo en cuenta que su tolerancia y buenos corazones les harían leer de nuevo cada una con placer, me pareció algo decente darles tres historias que posiblemente no habían leído antes.*

*En las colecciones que siguieron a la primera, mis registros mejoraron, y en cada caso (incluso en esta) llegué a la marca de diez, con sólo una sin vender. Sin embargo, en cada caso escribí dos historias más que no envié a nadie, sino que las guardé para la colección. Y así es ahora. La historia que acaba de leer, “La casa equivocada” y la que sigue, “La intrusión”, ambas fueron escritas específicamente para esta colección, y no han aparecido en otro lugar.*

# La intrusión (1984)

---

“The Intrusion”

De la expresión del rostro de Mario Gonzalo podía parecer que había algo singularmente insatisfactorio acerca de este banquete de los Viudos Negros en particular.

No había nada aparente que diera cuenta de ello. La cena, que consistió en un plato principal de pato asado, ahogado en salsa de cerezas oscuras y acompañado con arroz blanco, con la piel deliciosamente crocante y la carne tierna y húmeda, era una perfección. La salchicha en pasta que lo había precedido, y el generoso pastel de chocolate que lo había seguido representaban la actitud de Roger Halsted —¡me río de las calorías!—, quien era el anfitrión esa noche. Ahora que los Viudos Negros estaban sentados con sus brandy, interrogando a su invitado, todos en un estado de plenitud satisfactoria.

El clima afuera era espléndido, y el invitado era una persona inteligente y de buena expresión cuya personalidad encajaba con el aura general de la sociedad. Aun Thomas Trumbull, con su mal carácter, estaba agradable y el polémico Emmanuel Rubin no había dicho nada en voz que fuera un decibel más alto que el de una conversación ordinaria.

El nombre del invitado era Haskell Pritchard y era un funcionario. Ya se había establecido que estaba a cargo de la eliminación de residuos de seguridad y algún indicio de alegría al comienzo acerca de que tal vez tenía que manejar un camión de basura se esfumó bajo la indudable seriedad del problema.

—El hecho es —había dicho Pritchard—, que se nos están terminando los lugares donde poner la basura, y necesitaremos algunas ideas nuevas sobre el asunto.

—La basura, señor —dijo Rubin, un poco sardónicamente—, alguna vez fue materia prima, y esa materia prima vino de algún lugar, ciertamente no de dentro de esta ciudad. De dondequiera que viniera dejó un agujero, ya sea le llame usted una mina, una cantera o lo que sea. ¿Por qué no pone la basura en el agujero de donde vino?

—Realmente —dijo Pritchard—, se ha pensado en eso. Ciertamente hay minas abandonadas, canteras y otras cosas en el campo y hubo intentos de negociar su utilización como vertederos. De todos modos, no se puede. Las personas están ansiosas de vender materia prima pero no lo están de aceptar los residuos después de que el consumidor las ha utilizado —aunque paguemos dos veces, una por tomar y otra por devolver.

—Es un fenómeno sociológico común —dijo Geoffrey Avalon—. Todos están a favor de combatir el crimen o de enviar a los criminales a la cárcel, pero nadie quiere gastar dinero en la construcción de más cárceles para contener a esos criminales y,

aun más, nadie quiere ninguna cárcel nueva en su vecindario.

—No veo la relevancia de eso, Jeff —dijo Halsted.

—¿No? —Las cejas de Avalon se levantaron—. Hubiera pensado que era obvio. Estoy hablando de la capacidad general del público de reconocer un problema y de que querer solucionarlo, pero de eludir cualquier inconveniente personal involucrado en la solución. También podría decir que es delicioso, después de una buena cena, estar discutiendo, de manera más o menos detallada, los problemas que afectan al bienestar público, sin cuestiones personales. Entiendo, señor Pritchard, que su trabajo, o su vida para el caso, no involucra por el momento algún enigma que esté robándole el sueño y la paz de su mente.

Pritchard parecía sorprendido.

—No puedo pensar en ninguno, señor Avalon. ¿Debería haber venido con algo de ese tipo, Roger?

—Para nada, Haskell —dijo Halsted—. Es sólo que algunas veces nos enfrentamos con un acertijo, pero encuentro relajante no tener ninguno.

—Yo no —dijo Gonzalo con energía, revelando las razones de su insatisfacción—, y espero no hacerlo nunca. Creo que todos ustedes se están poniendo viejos, y también creo que si el señor Pritchard piensa un poco encontrará algo interesante.

Repentinamente Halsted se puso de mal talante y dijo, con tartamudeo suave que invadía su voz cuando estaba indignado o excitado:

—Si estás tratando de decir, Mario, que mi invitado es aburrido...

—Vamos, Roger —se interpuso James Drake—. Mario sólo quiere un enigma... Pero piensa un momento, Mario; ¿no debería tener Henry un descanso en alguno de los banquetes?

—Seguro —dijo Mario—, y sólo servir los platos y retirar los vacíos, y darnos agua y tragos y todo lo que le pidamos. Él está teniendo un descanso grandioso.

Henry, esa perfección de camarero, sin el cual los Viudos Negros eran impensables, permaneció parado junto al aparador, y, ante las palabras de Gonzalo, esbozó una pequeña sonrisa que jugó brevemente sobre su rostro sesentón sin arrugas.

—Supongamos que tenemos una votación sobre el asunto —dijo Avalon—, con permiso del invitado. Hago la moción de que tengamos un banquete en el cual no haya nada más que conversación civilizada.

—Todos los que están a favor de la moción de Jeff... —dijo Halsted.

Y fue mientras las manos comenzaban a levantarse (menos la de Gonzalo) que sucedió algo señalado como un evento completamente sin precedentes en la historia de los banquetes de los Viudos Negros. Hubo una violenta intrusión de una persona no invitada.

Se escuchó, para comenzar, el sonido de un forcejeo en las escaleras, algún vago

levantar de voces, y un grito apagado de, “Por favor, señor, por favor...”

Los Viudos Negros se paralizaron, asombrados, y entonces un hombre joven irrumpió en la habitación.

Estaba ligeramente despeinado y respiraba con fuerza. Los miró uno por uno, y por detrás el camarero dijo:

—No pude detenerle, caballeros. ¿Llamo a la policía?

—No —dijo Halsted quien, como anfitrión, automáticamente tomó la iniciativa—. Nos haremos cargo. ¿Qué quiere, joven?

—¿Son ustedes esos tipos, los Viudos Negros? —dijo el intruso.

—Esta es una reunión privada —dijo Halsted—. Por favor, márchese.

El intruso levantó una mano, apaciguador.

—Me iré en un minuto. No estoy aquí para comer nada. Pero, ¿es este el lugar donde se reúnen los Viudos Negros, y son ustedes los tipos?

Avalon, con la voz tan aguda como pudo, dijo:

—Somos los Viudos Negros, señor. ¿Qué es lo que desea?

—Bueno, ustedes ayudan a la gente, ¿verdad?

—No, no lo hacemos. Tal como usted ha sido informado, esta es una reunión privada y no tenemos otro propósito que reunirnos.

El intruso pareció perplejo.

—Me dijeron que ustedes resuelven cosas. Tengo un problema —De repente, ya no se veía formidable. Era de altura media, con un espeso cabello negro, ojos y cejas oscuros, y casi atractivo. Parecía estar en la mitad de los veinte y, más allá de una casi teatral afectación de rudeza, tenía un toque de desamparo y confusión—. Me dijeron que me podían ayudar... con mi problema —dijo.

El cuello de su camisa estaba abierto y su nuez, bastante visible, subía y bajaba.

—Podría pagar algo.

—¿Cuál es su problema? —dijo Gonzalo alegremente.

Trumbull gruñó.

—Mario —Se volvió hacia el intruso—. ¿Cuál es su nombre?

—Frank Russo —dijo el intruso desafiante, como si esperara que alguien objetase el nombre.

—¿Y dónde escuchó que nosotros resolvemos problemas?

—Sólo lo escuché —dijo Russo—. No importa dónde, ¿verdad? Otros tipos que comieron con ustedes hablan, tal vez, y eso va de uno a otro. De modo que yo pregunté y averigüé que ustedes comen aquí en el Milano, un buen restaurante *paesano* —si tiene la pasta para pagarlo— y que iban a estar aquí esta noche, y pensé, maldita sea, si ustedes ayudan a otros, tal vez puedan ayudarme.

—Sí —dijo Rubin, y parecía combativo—, pero exactamente ¿quién le dijo dónde y cuándo nos reuniríamos?

—Si no les gusta —dijo Russo— que la gente hable de ustedes, entonces les digo que no les diré nada. La manera en que ustedes sabrán que no lo haré es que no hablaré del tipo que me dijo de ustedes.

—Eso suena bastante justo para mí —murmuró Drake.

—Ahora, si ustedes no quieren ayudarme —dijo Russo—, me iré. Sin embargo, después de eso, si escucho a alguna persona decir que ustedes ayudan a la gente, lo negaré.

Hubo un silencio en ese momento, y entonces Russo dijo, con una nota de auténtica súplica en la voz:

—¿Puedo al menos contarles lo que me está carcomiendo?

—¿Cuál es el consenso? —preguntó Halsted—. El que esté a favor de escuchar a Russo que levante la mano —Él levantó la suya, y la mano de Gonzalo subió vigorosamente.

—Bueno —dijo Drake—, escuchar no hará ningún daño —y levantó la suya.

Halsted esperó, pero las manos de Avalon, Trumbull y Rubin permanecían resueltamente bajadas.

—Tres a tres —dijo Halsted—. Lo siento, Haskell, puedo ver que estás ansioso por levantar la mano, pero no eres un viudo. Henry, ¿romperás el empate?

—Bueno, señor Halsted —dijo Henry—, si usted insiste, entonces mi propio sentir es que cuando los Viudos están empatados en algún punto, las preferencias se deberían inclinar hacia el misericordioso. Es duro volverle la espalda a alguien en problemas —y levantó su mano.

—Bien —dijo Halsted—. ¿Podrías traer una silla, Henry, y ponerla cerca de la puerta para el joven? Siéntese, Russo.

Russo se sentó, puso las manos sobre las rodillas y miró alrededor ansiosamente. Ahora que había logrado su meta, parecía estar inquieto por el lugar en que se encontraba.

—Haskell, interrumpiremos tu interrogatorio para hacernos cargo del señor Russo, si podemos. Espero que no te importe.

—Por el contrario —dijo Pritchard—. Quería votar a favor del joven, como sospechabas, y estoy contento de que el camarero le pusiera su voto, aunque pensaba que sólo los miembros podían votar.

—Henry es un miembro... Y ahora, Jim, ¿harías los honores?

Drake apagó su cigarrillo.

—Joven —dijo—, ordinariamente comenzaría preguntándole cómo justifica su existencia, pero no es un invitado nuestro y por lo tanto esa pregunta no corresponde. Puede decirnos cuál es su problema, pero debo prevenirle que cualquiera de nosotros puede interrumpir para hacer una pregunta, y que Henry, nuestro camarero, también lo puede hacer. A cambio, usted debe responder todas las preguntas completa y

sinceramente, y debe comprender que no podemos garantizar que seremos capaces de ayudarlo.

—De acuerdo, eso me alcanza. Les contaré la historia, pero tienen que prometerme que no saldrá de esta habitación.

—Le aseguro —dijo Drake— que nada de lo que pasa dentro de esta habitación es mencionado por los Viudos Negros afuera, aunque parece que al menos uno de nuestros invitados no se ajustó a la regla.

—Entonces de acuerdo —Russo cerró los ojos por un momento como si estuviera decidiendo dónde comenzar. Entonces dijo con firmeza—: Tengo una hermana que acaba de cumplir dieciocho.

—¿Cuál es su nombre? —dijo Gonzalo.

—Se los diré —dijo Russo—, aun si no lo hubieran preguntado porque es parte del problema. Su nombre es Susan. Toda la vida le llamé Suzy, pero ahora tiene en la mente que quiere ser llamada Susan y así es como le decimos ahora.

»Es mi hermana menor. Tengo veinticuatro años y he estado haciéndome cargo de ella por seis años... desde que murió nuestra madre.

—¿Tiene empleo? —preguntó Avalon.

—Claro que tengo empleo —dijo Russo indignado—. ¿Qué clase de pregunta es ésa? ¿Cómo podría haberme hecho cargo de mi hermana sin un empleo? Estuve conduciendo un camión para una cervecería desde que tenía quince y desde hace dos años tengo el puesto de supervisor. No soy rico, pero gano dinero honrado y puedo pagarles... algo.

Avalon parecía incómodo.

—No es un asunto de pago, señor. Sólo siga con la historia. ¿Su padre también ha fallecido?

—No sé dónde está mi padre —dijo Russo—. Tampoco me importa. Él se fue —su brazo hizo un desdeñoso gesto final—. Yo cuido de Susan. La cuestión es que Susan no es... brillante.

—¿Quiere decir que es retardada? —dijo Drake.

—No es loca. No lo piensen. Sólo que no es brillante. Las personas podrían sacar ventaja de ella y no hay mucho que ella pueda hacer como trabajo.

—Con cuidados educativos especiales... —comenzó Avalon.

El rostro de Russo se retorció.

—¿De qué sirve hablar de eso? No tengo el dinero para eso.

Avalon enrojeció y murmuró:

—Otra vez el problema sociológico. Las personas reconocen la necesidad y dicen querer una solución, pero si es cuestión de fondos públicos el contribuyente abotona su bolsillo.

—Ella cocina —dijo Russo—. Cuida el lugar. También puede hacer las compras, y

los muchachos del vecindario la conocen y se aseguran de que no le suceda nada. Si alguno se sale de la línea, alguien le dará su merecido.

Su puño se cerró y en sus ojos se vio una mirada de acero.

—Todos son cuidadosos, se los aseguro, pero es algo que ha estado preocupándome más y más. Ella es la niña más buena del mundo, siempre deseando ayudar, siempre sonriente. Se cuida ella misma realmente bien, y la cuestión es que ella está comenzando a ser muy atractiva. Es algo por qué preocuparse, ¿saben a qué me refiero?

—Sabemos lo que quiere decir —dijo Drake—. ¿Le gustan los hombres?

—Seguro que sí. Le gustan todos, todo el mundo, pero no sabe sobre esa clase de cosas. No lee y nadie le habla sucio, se lo puedo asegurar. Pero en estos días uno tiene que ser cuidadoso con las películas que ella ve; y ya que estamos... uno tiene que ser cuidadoso con la televisión, ¿saben qué quiero decir? Además, cualquier tipo quiere algo, ella aceptará, porque tiene buenos sentimientos, ¿saben qué quiero decir?

—¿Tiene usted una novia? —dijo Drake.

—¿Qué se supone que quiere decir? —dijo Russo rápidamente—. ¿Cree que soy gay?

—Le estoy preguntando si tiene una novia.

—Claro que sí.

—¿Sabe sobre Susan?

—Claro que sí. Y cuando nos casemos, ella sabe que deberemos seguir cuidando a Susan. Y está dispuesta. Se queda con ella por las noches cuando me tengo que salir. Como ahora.

Avalon se aclaró la garganta y preguntó, tan delicadamente como pudo:

—¿Ha pensado que, con una operación, ella podría...?

Claramente Russo había pensado en eso ya que no permitió que terminara la pregunta.

—No vamos a cortarla.

—¿Ha hablado con su predicador? —dijo Gonzalo.

—Nah... —dijo Russo—. Ya sé lo que dirá. Sólo dirá que sigamos haciendo lo que estamos haciendo y que confiemos en Dios.

—Ella podría ser una buena monja —dijo Gonzalo.

—No, ella no tiene vocación. Y yo no voy a hacerla monja sólo por librarme de ella. Yo no quiero librarme de ella, ¿sabe?

—¿Espera que ella se case algún día? —dijo Rubin.

—Puede ser —dijo Russo, desafiante—. Sería una buena esposa; mucho mejor esposa que la mayoría que veo por allí. Tiene buenos sentimientos, es trabajadora, limpia —Dudó—. Por supuesto, quien se case con ella tiene que entender que ella no es lista, y que tendrá que cuidar de ella porque cualquiera podría tomar ventaja, si

sabe qué quiero decir. Y tendrá que tener eso en cuenta si alguien lo hace, y no tomárselas con ella.

—¿Qué pasa si tiene niños?

—¿Qué pasa si los tiene? Ella los cuidaría bien. Y ellos no tienen que ser como ella. Yo no lo soy. Mi mamá no lo era.

De repente, Trumbull hizo sonar la copa de agua con la cuchara. Hubo un silencio.

—Caballeros —dijo—, esto está todo bien, pero el señor Russo nos está haciendo perder el tiempo. ¿Cuál es el problema? No han nada que podamos hacer con su hermana, si ese es el problema. Si ha venido a pedir consejo acerca de qué hacer con ella ahora que tiene dieciocho años, me parece que yo diría lo mismo que el predicador, seguir haciendo lo que está haciendo y confiar en Dios. Hago la moción de que terminemos este asunto ahora.

—Hey, espere —dijo Russo, ansioso—. No les he contado mi problema todavía. Toda esta cuestión ha sido sólo para explicar.

—Bien, entonces, señor Russo —dijo Halsted—, creo que entendemos lo de su hermana. ¿Nos contaría su problema ahora?

Russo se aclaró la garganta y hubo un momento de silencio mientras parecía una vez más estar eligiendo entre comienzos alternativos.

—Hace dos semanas —dijo—, el día diez, mi hermana fue recogida.

—¿Por la policía? —preguntó Gonzalo.

—No, por algún tipo. Ninguno del vecindario. No sé quién era el tipo. Yo estaba trabajando, por supuesto, y Susan había salido a hacer algunas compras. Ella tenía estrictas instrucciones de no hablar con nadie que no conociera. Nunca. Pero adivino que debió hacerlo esta vez. Hice un montón de preguntas por el vecindario en las dos últimas semanas. Todos conocen a Susan y todos estaban contrariados, y de lo que un tipo decía a lo que decía otro, lo que parece es que estaba conversando con un tipo alto, delgado, buen mozo, pero nadie pudo jurar exactamente cómo era, excepto tal vez que tenía cabello rubio. Les dije que cómo permitieron algo así, que estuviera conversando con un tipo extraño. Todos me dijeron que pensaron que era algún amigo porque se imaginaban que Susan no hablaría con un extraño.

»La llevó en un automóvil y cuando regresé del trabajo ella aún no había regresado, y puedo decirles que me volví loco. Corrí por todo el vecindario y tuve a todos los tipos revisando todo —sacudió la cabeza—. No sé qué hubiera hecho si ella no regresaba a casa.

—Entonces, ¿ella regresó a casa? —dijo Trumbull.

—Cuando estaba oscureciendo. Como sea, la había puesto sobre un tren y ella se bajó en la estación correcta, gracias a Dios, y supo lo suficiente para tomar un taxi. Tenía dinero. Todavía tenía su billete de tren y creo que vino desde Larchmont en



Westchester.

—¿Estaba ella bien? —preguntó Gonzalo.

Russo asintió.

—No estaba herida. Logré no decirle nada en el momento, pero al día siguiente me quedé en casa, avisando que estaba enfermo, y la tuve contándome todo lo que había pasado. Tenía que saber.

»Bueno, se encontró al tipo y él le habló, y la siguió, ya saben. Ella dijo que era muy buen mozo y que hablaba bien y que le compró un refresco de helado, y le preguntó si quería un paseo en su coche y que era un coche muy hermoso. Bueno, no se pudo resistir; siempre está de acuerdo con lo que sea de todos modos. Me imagino que él es uno de esos tipos de clase alta que viene a un vecindario pobre a recoger algo fácil de pagar. Esta vez recogió algo fácil por nada, excepto un refresco de helado.

—¿Acaso él...? —comenzó Avalon.

Russo lo cortó.

—Sí. Lo hizo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque Susan me lo dijo. Ella no sabía de qué se trataba, y me lo dijo. El sucio... —Se controló, entonces dijo furiosamente—: Él tuvo que saber que ella no sabía de qué se trataba. Él tuvo que saber que ella no era... lista. Fue como tomar ventaja de un niño pequeño.

—Si ella hubiera tenido la instrucción apropiada... —comenzó Avalon, pero recibió una mirada furiosa de Russo, se detuvo, y miró para otro lado.

—¿Cómo se siente su hermana acerca de esto? —dijo Rubin.

—Ella piensa que fue grandioso. Esa es la peor parte. Querrá hacerlo otra vez. Se lo sugeriré a los tipos.

—No —dijo Rubin—, esa no es la peor parte. ¿Está embarazada?

—Cuide su lenguaje —dijo tenso Russo.

Rubin levantó sus cejas.

—Permítame decirlo de otra manera. ¿Está esperando familia?

—No, gracias a Dios. No lo está. Ha tenido su... periodo... desde entonces. Está todo bien.

—Bien, entonces, señor Russo —dijo Trumbull—, ¿cuál es su problema?

—Quiero encontrar al tipo —dijo Russo.

—¿Por qué? —dijo Avalon.

—Quiero enseñarle una lección.

Avalon sacudió su cabeza.

—Si estuviera pensando en matarle, no podemos ser parte de eso. Tal como están las cosas, su hermana es mayor de dieciocho años, y no ha sido llevada más allá del

límite estatal. No fue herida ni embar... espera familia. Fue con él voluntariamente y tuvo un buen momento, y él siempre puede alegar que no tenía idea de que ella era retar... no responsable. No creo que pueda ser acusado de secuestro. Ella fue regresada puntualmente y no hubo pedido de rescate. De hecho, no creo que pueda ser acusado de ningún crimen para nada.

—Es por eso que no voy a la policía —dijo Russo—. De todos modos no podría, aun si pudiera endilgarle un crimen. No puedo permitir que la gente sepa lo que le pasó a Susan. Sería una desgracia para ella y para mí. Y si los tipos saben que ella no es... no es... ustedes saben lo que quiero decir, no la respetarán. Se pueden imaginar, bueno, tantos como somos, qué importa uno más.

»De modo que tengo que encontrarlo. No voy a matarlo, pero sólo quiero explicarle que lo que hizo no estuvo bien, y ya que probablemente yo no tengo su educación y no se lo puedo explicar con palabras finas, me gustaría usar una clase diferente de lenguaje. Escuchen, es posible que le haga eso a las hermanas e hijas de otras personas y tal vez, sólo tal vez, si le arreglo el rostro un poco así no es tan buen mozo, no será tan fácil la próxima vez.

—Simpatizo con su punto de vista —dijo Avalon—. Creo que el hombre es un canalla y que le vendría bien pagar por su intrusión en la vida de su hermana y la suya... pero no logro ver cómo podemos ayudarle a encontrarlo.

—Realmente —dijo Russo—, Susan recuerda algunas cosas.

—Por ejemplo.

—Ella dijo que el tipo decía siempre, “No te preocupes. No te preocupes”. Por supuesto, el sucio bastardo. Él no tenía nada de qué preocuparse. Pudo ver que ella era una chica limpia y que no le daría nada; sin embargo con su clase de vida, él pudo darle algo a ella, y no quiero decir un bebé.

—Sí, comprendemos —dijo Avalon—, pero ¿qué recordaba Susan?

—Bueno, él dijo, “No te preocupes. No te preocupes” y entonces dijo, “Mira, esa es mi casa, y mira cómo se llama”.

—¿Cómo se llama la casa? —preguntó Gonzalo.

—Sí. Uno de esos lugares lujosos que hay en los suburbios con un nombre, imagino. Ya saben, un trozo de madera sobre el césped con el nombre escrito. Esa es la clase de tipo que es, trabajo de lujo, casa de lujo, familia de lujo, y cuando la esposa de lujo y los niños salen de unas vacaciones de lujo, él se queda en casa y sale a hacer la ronda por allí.

—¿Cuál era el nombre de la casa? —dijo Trumbull con una visible impaciencia acumulada.

—Susan dijo que la casa había sido nombrada para ella. Ella dijo que este tipo pensaba que ella era una santa.

—¡Qué!

—Ella dijo que la casa se llamaba “Santa Susan”.

—¿Está seguro? —dijo Halsted—. ¿Pudo Susan leerlo?

—Ella puede leer algo, pero realmente dijo que él se lo leyó. Eso me hace pensar que tal vez estaba en letras de fantasía porque una palabra que Susan puede leer fácilmente en letra de imprenta es su propio nombre. Ella dice que él leyó el nombre y que eso la hacía santa. Ella sabe qué son las santas, y le encantó. Pensó que el nombre de la casa era por ella —Russo sacudió la cabeza tristemente—. Ese es el tipo de cosas que ella pensaría.

—Nunca escuché sobre una Santa Susan —dijo Halsted—. ¿Hay alguna?

—No juraría que no lo hay —dijo Rubin—, pero nunca escuché de alguna tampoco. ¿Y tú, Jeff?

Avalon sacudió la cabeza.

—¿Por qué no podría una casa ser llamada Santa Susan —dijo Gonzalo—, aunque no hubiera ninguna en la lista? Tal vez era una referencia a su esposa o a su madre.

—No vas diciéndole a tu esposa o a tu madre que es una santa en una tabla sobre el césped —dijo Rubin.

—Los hay de todo tipo —dijo Gonzalo.

—Hay un punto más —dijo Russo—. Le dijo a Susan que la razón de haber nombrado la casa Santa Susan era por su propio nombre. No por el de su madre o esposa, saben, sino por su propio nombre. Por supuesto, eso también le hizo gracia a Susan. Eso quería decir que la casa tenía el nombre por él y por ella. De las reacciones de Susan a todo esto y por todas las demás cosas que debe haber dicho, ese desgraciado debe haber sabido que ella no era... una... persona completa. Él tuvo que saber que estaba haciendo algo terrible. No tiene excusa.

—Estoy de acuerdo —dijo Halsted—, pero ¿hay algo más? ¿Es sólo que la casa se llamaba “Santa Susan” y que eso era por su nombre? ¿Cuál era su nombre?

Russo sacudió la cabeza.

—No lo sé. Susan no puede recordar. Susan nunca recuerda nombres. Sabe que yo soy Frank, pero le dice a cualquier otro “Johnny”. Ella no recuerda el nombre del tipo. Tal vez nunca se lo dijo por lo que sé.

—¿Eso es todo, entonces? ¿Nada más?

Russo sacudió la cabeza otra vez.

—Eso es todo. ¿Entonces qué hago? ¿Cómo encuentro al tipo?

—Me temo que su hermana debe haberse equivocado —dijo Gonzalo—. “Santa Susan” parece tonto, y no puede tener conexión con el tipo. Él no se llama Susan, estoy seguro. A menos que haya un nombre de varón que suene como Susan.

—¿Sampson? ¿Simpson? —dijo Drake.

—¿Santo Sampson? ¿Santo Simpson? —dijo Gonzalo—. Son peores que Santa

Susan.

Pritchard levantó la mano.

—¡Caballeros! Discúlpeme.

—Sí, Haskell —dijo Halsted.

—Sé que no soy miembro de los Viudos Negros y que no puedo votar. Pero, ¿puedo participar en esta discusión?

—Oh, seguro. No hay intención de excluirte.

—¿Podría ser Susan —dijo Pritchard— el apellido de este tipo? Si vive en Larchmont, se pueden buscar personas con ese apellido en la guía telefónica.

Russo parecía contrariado.

—Eso pensé yo mismo, y busqué la guía telefónica de Larchmont. No hay apellidos Susan allí. Por supuesto, pude intentar otras ciudades. Él pudo haber llevado a Susan hasta la estación de Larchmont desde otra ciudad.

—Bueno, veamos —dijo Rubin—. ¿Puede haber alguna sutileza allí? Susan es un nombre muy común. De hecho, he visto estadísticas que dicen que en el momento actual es el más común de los nombres femeninos, más común aun que María. Eso viene del popular libro apócrifo Susanna y los Ancianos, que estaba eventualmente incluido en el Libro de Daniel.

Sonrió algo burlonamente a través de su escasa barba.

—Siento mucho si esto sonó un poco pedante. Generalmente dejo esta clase de cosas a ti, Jeff, pero “Susanna y los Ancianos” está generalmente considerada como la primera historia de detectives de la literatura occidental y por eso me interesa profesionalmente.

—¿Y esto tiene algún punto más allá del hecho de que te interesa? —dijo Trumbull.

—Sí, lo tiene, porque Susanna es la forma inglesa del nombre hebreo Shoshannah, que sucede que significa “azucena”.<sup>[56]</sup>

—¿Y alegas que el nombre del tipo es Azucena? —dijo Gonzalo.

—Su apellido —dijo Rubin fríamente—, podría ser Azucena, o Asucena, con una “s”. ¿Por qué no?

—Podría ser —dijo Avalon—, y si el señor Russo está completamente determinado a seguir todas las direcciones, supongo que puede seguir esa. De todos modos, no imagino que nadie sino el más devoto pedante —tal como el que todos insisten en señalar en mí— si quiere nombrar a la casa como él mismo, lo haría con la versión hebrea de su nombre, sólo en orden de terminar con “Santa Susan”. Seguramente podría también haberle puesto “Santa Lily” y terminado.

—Bueno —dijo Halsted—. ¿Alguien más tiene alguna idea?

Hubo silencio alrededor de la mesa.

—Lo siento, señor Russo —dijo Halsted—, pero la información que nos ha

entregado simplemente no es suficiente. Tal vez sea mejor tomar la actitud de que su hermana no ha sido realmente herida y decidir que aunque el incidente fue deplorable, no hay nada que hacer sino olvidarlo.

—No —dijo Russo, empecinado—. No puedo olvidarlo. Tendré que seguir buscando. Si me toma toda la vida —agregó melodramáticamente.

Se levantó.

—Siento que no hayan podido ayudarme. Siento mucho haber interrumpido su cena.

—Espere un momento —dijo Gonzalo—. ¿Qué es esto? Nadie le ha preguntado a Henry todavía.

—Pregunté si alguien más tenía ideas —dijo Halsted—. Eso incluía a Henry, ¿verdad? Henry, ¿tengo que preguntarte específicamente?

Henry parecía compungido.

—Es difícil para mí, señor Halsted, pensar en mí mismo como en un Viudo Negro.

—Eso es muy irritante, Henry —dijo Halsted—. No pasa un solo banquete sin que te digamos que tú eres un Viudo Negro.

—Y el mejor de todos —murmuró Trumbull.

—Entonces, ¿tienes una sugerencia que hacer? —preguntó Halsted.

—No exactamente todavía —dijo Henry—, pero tengo una pregunta que hacer.

—Adelante y pregunta.

—Bueno, adelante, camarero —dijo Russo—. Si usted es uno del grupo, pregunte.

—Señor Russo —dijo Henry—, usted dijo que su hermana no recuerda los nombres. Si usted fuera a sugerirle un nombre a ella, ¿supone que recordaría si el nombre era el del hombre que la llevó?

Russo dudó.

—No lo sé. Si usted le dice un nombre, podría decir, “Sí, ese es el nombre”, sólo por agradar, ya sabe.

—Pero suponga que le doy tres nombres y usted intenta con los tres, y ella elige uno de ellos y dice que es ése y no los otros dos. ¿Sería confiable?

—Podría ser —dijo Russo, dudando—. Nunca intenté nada como eso.

—¿Puede hablarle a su hermana por teléfono, señor Russo?

—Sí. Seguro. Está en casa en este momento, con mi novia.

—Entonces llámela y pregúntele si el nombre del hombre era Bill. Entonces pregúntele si el nombre del hombre era Joe. Y entonces pregúntele si el nombre del hombre era Fred.

Russo miró hacia los demás.

—Hay un teléfono por allí —dijo Halsted—, cerca del guardarropas —Levantó

una moneda.

—Tengo una moneda, gracias —dijo Russo. La puso en la ranura y marcó—. Hola, Josephine, soy Frank. Escucha, ¿está Susan dormida? —¿Puedes ponerla al teléfono? — Bueno, ya sé, pero es importante. Dile que me hará muy feliz si viene al teléfono y que tomará sólo un minuto y que luego puede volver al programa, ¿de acuerdo? —Esperó y dijo—: Ella está viendo la televisión —Hola, Susan, ¿estás bien? Sí, soy Frank. Tengo que hacerte una pregunta. ¿Recuerdas al tipo que te llevó a dar una vuelta en su coche? Sí, sí, ese tipo, pero no me digas lo que hizo. Lo sé. Lo sé. De acuerdo, escucha, Susan muñeca, este tipo, ¿se llamaba Bill?

Puso la mano sobre la bocina y dijo en un susurro ronco a los Viudos Negros en general:

—Ella dice que tal vez. No se puede contar con eso.

—Intente con Joe —dijo Henry en voz baja.

—Susan —dijo Russo en el teléfono—. Tal vez era Joe. ¿Crees que era Joe, cielo? Otra vez su mano fue colocada sobre la bocina y sacudió la cabeza.

—dice que tal vez. Dirá eso a cualquier cosa que intente.

—Ahora intente Fred —dijo Henry.

—Susan —dijo Russo—. ¿Qué tal Fred? ¿Pudo haber sido Fred?

Hubo una pausa y entonces se quedó con los ojos abiertos como platos por encima de sus hombros hacia los Viudos Negros.

—Está gritando, “Es Freddie. Es Freddie” —Sostuvo el teléfono en su dirección y el sonido de un chillido femenino era claro.

—Gracias, Susan —dijo Russo en la bocina—. Eres una buena chica. Ahora vete a ver la televisión —Sí, llegaré pronto a casa.

Colgó el teléfono.

—Ese Fred está bien —dijo—. No fue un “tal vez” para ser buena. Estaba saltando arriba y abajo. ¿Cómo lo supo?

Henry sonrió desmayadamente.

—Fue sólo un acierto. Verá, hubo un monarca prusiano en el siglo XVIII llamado Frederick el Grande...

En este punto, Avalon comenzó a hablar de repente.

—Buen Dios, Henry, ¿por qué estas cosas se te ocurren cuando las he olvidado completamente?

—Estoy seguro, señor Avalon, que de haber pensado unos pocos minutos más también se le hubiera ocurrido a usted.

—Espere —dijo Russo, frunciendo el ceño—, ¿qué es todo esto? ¿Qué tiene que ver ese Frederick el Grande con algo?

—Bueno —dijo Henry—, Frederick era un monarca trabajador quien construyó un pequeño castillo en una población rural al que se podía retirar de vez en cuando y

estar relativamente libre de los asuntos de estado. Era casi como el presidente americano saliendo para Camp David por el fin de semana. En este castillo, Frederick podía reunirse con eruditos y escritores y tener conversaciones intelectuales. Le llamó al castillo, “Sin Problemas”, o “Sin Preocupaciones”. Pensé en eso cuando usted describió cómo ese hombre le decía a su hermana que no se preocupara y que entonces señalaba el nombre de la casa como si hubiera una conexión.

Russo tenía un honesto desconcierto en el rostro.

—¿Llamó a su casa “No te preocupes”? —dijo.

—No exactamente. Frederick el Grande, aunque era gobernante de un reino alemán, hablaba francés, y llamó a su castillo con la frase en francés que significa “sin cuidado”. La llamó Sans Souci. Imagino que este hombre que llevó a su hermana se llama Frederick y que tenía la educación suficiente para haber escuchado sobre Sans Souci, y tuvo la afectación de copiar al gran Frederick en este aspecto. Estoy seguro, señor Russo, que si va hasta Larchmont o a las ciudades vecinas, y mira el directorio por una casa que lleve ese nombre y cuyo propietario se llame Frederick, lo encontrará.

—¿Es esto real? —dijo Russo—. ¿San Susi? Nunca escuché de eso. Pero seguro que Susan hubiera pensado que era Santa Suzie. Y aunque ella quiere ser llamada Susan, toda su vida fue Suzie y tendría las dos mezcladas y decir que era Santa Susan —Levantó la mirada muy serio, y frotó el puño derecho con la palma de la mano izquierda—. Creo que voy a encontrar a este tipo.

—Por supuesto que podrá —dijo Henry—, pero si lo hace, ¿puedo sugerirle algo?

—Seguro.

—Nosotros los Viudos Negros no podemos estar a favor de la violencia. Si sucede que este Frederick es un hombre casado con una posición respetable en la comunidad, yo simplemente discutiría el asunto con la esposa. Evitará lo que puede ser un roce serio con la ley, y pienso que el resultado sería entonces mucho menos placentero para el hombre que un rostro maltratado.

Russo pensó por un momento.

—Tal vez —Y se fue.

—Esa fue una sugerencia cruel, Henry —dijo Avalon.

—El hombre ha realizado una mala acción —dijo Henry.

## POSTFACIO

*Aquí hay otro caso en el cual (como en “El Buen Samaritano”) me las arreglé para torcer la regla habitual sin causar daño irremediable. Después de todo, hasta ahora los Viudos Negros han resuelto no menos de cuarenta y siete problemas y al menos no es imposible que la palabra haya fallado, y que por lo tanto algo debía suceder como lo hizo en esta historia: una intrusión.*

*Y por eso digo adiós otra vez, y muy renuientemente. Hay pocas de las historias que escribo que disfrute tanto como mis Viudos Negros, y habiendo escrito ya cuarenta y ocho en total no ha disminuido en absoluto mi placer, ni se han gastado mis dedos de escribir. No puedo garantizar que esto sea cierto también con mis lectores, pero ciertamente lo espero.*



## El cuarto homónimo (1985)

---

“The Fourth Homonym”

—¡Homónimos! —exclamó Nicholas Brant, invitado de Thomas Trumbull en el banquete mensual de los Viudos Negros.

Era más bien alto y tenía unas bolsas sorprendentemente prominentes bajo los ojos, a pesar de su apariencia relativamente joven. Su cara era delgada y estaba afeitada con pulcritud. Su cabello castaño no mostraba por el momento señales de canas.

—¡Homónimos! —repitió.

—¿Qué? —preguntó Mario Gonzalo con tono inexpresivo.

—Las palabras que llamas «equisonantes». Su verdadero nombre es «homónimos».

—¿Ah, sí? —inquirió Gonzalo—. Deletréamelo.

Brant lo deletreó.

Emmanuel Rubin miró con aire de búho a través de los espesos cristales de sus gafas y dijo:

—Tendrá usted que excusar a Mario, Mr. Brant. No domina nuestra lengua.

Gonzalo se cepilló algunas motas de polvo de la manga de su chaqueta y observó:

—Manny está corroído por la envidia porque he inventado un juego de palabras. Conoce las palabras, pero no tiene ni una chispa de inventiva y eso le mata.

—Seguro que a Mr. Rubin no le falta inventiva —suavizó Brant—. He leído algunos libros suyos.

—Dejemos mi caso —sugirió Gonzalo—. De todos modos, estoy deseando llamar a mi juego «homónimos», en lugar de «equisonantes». La cosa es inventar cualquier situación corta que pueda ser descrita por dos palabras que sean equisonantes... Bueno, homónimos. Le daré un ejemplo: si el cielo está muy despejado, es fácil decidir irse de picnic al aire libre. Si está lloviendo a cántaros es fácil decidir *no* ir de picnic. Pero qué pasa si está nublado y el pronóstico es de posibles chubascos; pero parece haber trozos de azul de cuando en cuando, de modo que uno no puede decidirse en cuanto al picnic. ¿Cómo le llamaría a eso?

—Una historia estúpida —contestó Trumbull con aspereza, pasándose la mano por su cabello blanco y rizado.

—Vamos —intervino Gonzalo—, siga el juego. La respuesta es dos palabras que suenen igual.

Hubo un silencio general y Gonzalo continuó:

—La respuesta es *whether weather*. Es la clase de *weather* (tiempo) en la que uno se pregunta *whether* (si) ir de picnic o no. *Whether weather*. ¿No lo capta?

James Drake aplastó su cigarrillo y contestó:

—Lo captamos. La cuestión es, ¿cómo nos libramos de esto?

Roger Halsted dijo con su suave voz:

—No le hagas caso, Mario. Es un juego de salón razonable, salvo que no parece haber muchas combinaciones que puedas usar.

Geoffrey Avalon bajó la vista austeramente desde su altura de metro ochenta y tantos y contestó:

—Más de las que pueden imaginarse. Supongamos que usted posea un morueco castrado que esté alegre los días claros y triste los lluviosos. Si estuviera nublado, usted podría preguntarse si ese morueco estaría triste o alegre. Eso sería *whether, wether, weather*.

El coro replicó indignado:

—¿Quéee?

Avalon explicó:

—La primera palabra es *whether* que significa si. La última palabra es *weather* que se refiere a las condiciones atmosféricas. La palabra central es *wether*, que significa un morueco castrado. Mírenlo en el diccionario si no me creen.

—No se preocupen —recomendó Rubin—. Tiene razón.

—Repito —gruñó Trumbull— que esto es un juego estúpido.

—No tiene que ser un juego —observó Brant—. Los abogados son muy conscientes de las ambigüedades creadas en el lenguaje y los homónimos pueden causar dificultades.

La voz suave de Henry, aquel camarero apto para todas las situaciones, se hizo oír sobre el barullo por obra de alguna alquimia que solamente funcionaba para él.

—Caballeros —anunció—, he de interrumpir una discusión acalorada, pero se está sirviendo la cena.

—Aquí hay otro —dijo Gonzalo hablando por encima de la trucha ahumada—. Alguien ha anotado todos los números y en todos ellos, excepto en uno ha dibujado una cara muy inteligente. Un niño que lo observa está encantado, pero no satisfecho porque el proyecto no se halla terminado. ¿Qué es lo que dice?

Halsted, que estaba esparciendo delicadamente sobre su trucha la salsa de rábanos picantes, contestó:

—El niño dice: *Do that to two, too* (Haz esto también a dos).

Gonzalo preguntó con aire afligido:

—¿Había oído eso en algún sitio?

—No —contestó Halsted—; pero es un ejemplo matemático del juego. ¿Cómo voy a enseñar matemáticas en un instituto si no puedo resolver problemas que implican el número dos?

Gonzalo frunció el ceño.

—¿Está intentando ser gracioso, Roger?

—¿Quién? ¿Yo?

Trumbull intervino:

—Como anfitrión de esta noche, me gustaría recomendar que cambiáramos de tema.

Nadie mostró señal alguna de haberle escuchado.

Avalon sentenció:

—Los homónimos suelen ser consecuencia de accidentes de la historia del lenguaje. Por ejemplo, *night* (noche), palabra por la cual significo lo contrario de día, es análoga a la alemana *Nacht* (noche); mientras que *knight*, por la cual quiero decir un caballero de la Tabla Redonda, es afín a la alemana *Knecht*. En inglés, las vocales cambiaron y la *k* es invariablemente silenciosa en una inicial *kn*, de modo que se termina con dos palabras pronunciadas de modo idéntico.

—Las iniciales *kn* no dan invariablemente una *k* silenciosa —objetó Rubin—. Existen algunas palabras que no están suficientemente anglicadas. Tengo un amigo judío que se casó con una señorita de fe no judía. Deseosa de complacer a su reciente marido, compró algunas delicadezas étnicas para él, que ella exhibió con orgullo. Enumerando sus compras, dijo: «Y también te he comprado este *nish*». Se quedó muy aturdida cuando él rompió en una risa histérica.

Drake observó:

—No lo he captado.

Rubin explicó con un punto de impaciencia:

—La palabra es *knish*, con la *k* fuertemente pronunciada. Es una bola de pasta en cuyo interior se ponen patatas machacadas con especias, o algún otro relleno, y luego se fríen o se asan. Cualquier neoyorquino debería saberlo.

Trumbull suspiró y dijo:

—Bien, si no puedes vencerlos, únete a ellos. ¿Alguien es capaz de decirme un grupo de cuatro homónimos, cuatro palabras que se pronuncien igual, con deletreo y significado distinto en cada caso? Les daré cinco minutos en los cuales espero un bendito silencio.

Los cinco minutos transcurrieron de forma bastante agradable, con el único sonido de las crujientes cascaras de langosta golpeando en los tímpanos, y entonces Trumbull continuó:

—Les daré una de las palabras: *right*, que significa lo contrario de izquierdo. ¿Cuáles son las otras tres?

Halsted contestó, con la boca todavía llena de patas de langosta:

—Existe *write*, que significa escribir palabras y *rite*, que es un procedimiento religioso determinado; pero no creo que haya una cuarta.

Avalon afirmó:

—Sí, la hay. Es *wright*, *w-r-i-g-h-t*, que significa mecánico.

—Eso es arcaico —protestó Gonzalo.

—No del todo —dijo Avalon—; todavía hablamos de *playwright* refiriéndonos a alguien que escribe comedias.

Brant intervino:

—Mi amigo Tom ha mencionado *right* definiéndolo como lo contrario de izquierda. ¿Qué opinan de *right*, que es lo contrario de *wrong* (equivocado) y *right*, significando perpendicular?

¿Serían un quinto y un sexto homónimos?

—No —observó Gonzalo—, el deletreo tiene que ser distinto para que las palabras sean homónimos, al menos mientras se siga este juego mío.

Avalon opinó:

—No siempre, Mario. Dos palabras pueden ser deletreadas del mismo modo, pero tener diferentes significados y distintos orígenes etimológicos; y se contarían como homónimos. Por ejemplo, *bear* (oso), que se refiere al animal y *bear* que quiere decir llevar, tienen el mismo deletreo y pronunciación; pero diferentes orígenes, de modo que yo les llamaría homónimos; además de *bare*, desnudo, naturalmente. Sin embargo, los diferentes usos de *right*, como en *right hand* (mano derecha), *right answer* (respuesta correcta) y *right angle* (ángulo recto), proceden todas de la misma raíz con el mismo significado, de modo que no serían homónimos.

Hubo quince minutos adicionales antes de que Trumbull se creyera justificado para golpear con su cuchara el vaso de agua y detener la conversación.

—Nunca he estado tan contento —manifestó— en ninguno de los banquetes de los Viudos Negros en el momento de poner fin a una conversación. Si tuviera poder absoluto como anfitrión castigaría a Mario con una multa de cinco dólares por haberla comenzado.

—Usted ha tomado parte en ella, Tom —observó Gonzalo.

—En defensa propia... Y a callar —dijo Trumbull—. Me gustaría presentar a mi invitado, Nicholas Brant. Jeff, usted parece civilizado aunque esté más homonimizado que ningún otro, de modo que, ¿me haría el honor de comenzar las preguntas?

Las formidables cejas de Avalon se levantaron al decir:

—Apenas creo que *homonimizado* sea inglés, Tom —y, volviéndose hacia el invitado preguntó—: Mr. Brant, ¿a qué se dedica usted?

Brant sonrió con tristeza.

—No creo que pueda decir «a hacer-de abogado». Usted conoce quizás el viejo chiste del tiempo en que Dios amenazó con poner un pleito a Satán y éste le contestó: «¿Cómo podrás?

Tengo a todos los abogados». En mi defensa, sin embargo, he de decir que no soy de la clase de abogado que hace trucos delante de un juez y un jurado. La mayoría de

las veces estoy sentado en mi despacho e intento escribir documentos que se proponen decir lo que se supone que dicen.

—Yo mismo soy un abogado manifiesto —declaró Avalon—, de modo que hago la siguiente pregunta sin mala intención.

¿Alguna vez intenta escribirlos de modo que *no* digan lo que se supone que dicen? ¿Trata de establecer argucias?

—Naturalmente —contestó Brant—, intento diseñar un documento que deje a mi cliente toda la libertad de acción posible y a la otra parte la menor que esté en mi mano. Pero la otra parte también tiene un abogado que está trabajando duramente para lo contrario, y el resultado suele ser que el contrato termine razonablemente para ambos.

Avalon hizo una pausa y luego dijo:

—En la discusión anterior sobre homónimos, usted afirmó, si recuerdo bien, que los homónimos eran ambigüedades que podían causar dificultades. ¿Significa eso que usted, profesionalmente, hizo uso de algún homónimo en la preparación de contratos y trajo consigo complicaciones inesperadas?

Brand levantó ambas manos.

—No, no, nada de eso. Lo que tenía en la cabeza cuando hice esa afirmación no tiene nada que ver con el tema que discutimos ahora.

Avalon pasó el dedo alrededor del borde de su vaso de agua.

—Tiene que entender, Mr. Brant, que esto no es un interrogatorio legal. No hay un tema particular en discusión y todo tiene que ver. Repito mi pregunta.

Brant permaneció un momento silencioso y luego continuó:

—Es algo que tuvo lugar hace poco más de veinte años y acerca de lo cual he pensado muy pocas veces desde entonces.

El juego de los homónimos de Mr. Gonzalo me lo trajo a la mente; pero no es..., nada. No implica ningún problema legal ni complicación de ningún tipo. Es tan sólo..., un enigma. Se trata de un asunto insoluble que no vale la pena discutir.

—¿Es confidencial? —preguntó Gonzalo—. Porque si es...

—No hay nada confidencial en ello —respondió Brant—.

Nada secreto, nada delicado..., y por tanto nada interesante.

Gonzalo intervino:

—Cualquier cosa que sea insoluble es interesante. ¿No está de acuerdo, Henry?

Henry, que estaba llenando los vasos de brandy, contestó:

—Creo que es así cuando existe al menos terreno posible para la especulación, Mr. Gonzalo.

—Bien —comenzó Gonzalo—, entonces, si...

—Mario, déjeme continuar, por favor... —interrumpió Avalon—. Mr. Brant, me pregunto si podría usted darnos detalles de este enigma insoluble suyo.

Agradeceríamos mucho oírlo.

—Tendrán una gran decepción.

—Es un riesgo que querernos correr.

—Está bien —aceptó Brant—; si me dan sólo una oportunidad de recordar...

Apoyó la cara sobre la mano, pensando, mientras los seis Viudos Negros lo observaban expectantes. Henry ocupó su lugar habitual junto al aparador.

Brant explicó:

—Comencemos con Alfred Hunzinger. Era un pobre muchacho de una familia de inmigrantes y no poseía ninguna educación digna de mención. Estoy bastante seguro de que nunca fue a un colegio medio. Cuando tenía catorce años, estaba trabajando. Eran las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial, y la educación no se consideraba en absoluto como un derecho innato ni siquiera particularmente deseable para los que acostumbraban a llamarse trabajadores. Sin embargo, Hunzinger no era un trabajador corriente. Era industrioso e inteligentísimo. La inteligencia y la educación no van siempre de la mano, ya lo saben.

Rubin dijo de modo un tanto forzado:

—En verdad no lo hacen. He conocido a algunos idiotas educados con mucho esmero.

—Hunzinger era lo contrario —continuó Brant—. Era un genio de los negocios; sin educación ninguna. Tenía capacidad para hacer prosperar una empresa. Cualquier cosa que tocaba marchaba bien y llegó a poseer un negocio formidable. Pero eso no era bastante para él. Siempre sintió vivamente su falta de instrucción, y se embarcó en un programa de estudio en casa. No era continuo, porque su negocio constituía su principal preocupación, y había períodos en los que disponía de poco tiempo. Además, era incoherente, porque leía con promiscuidad y sin que nadie lo guiase. Tener una conversación con él era exponerse a una mezcla curiosa de pedantería e ingenuidad.

—Lo conocía usted personalmente, supongo —quiso saber Avalon.

—En realidad, no —contestó Brant—. No íntimamente. Hice algún trabajo para él. El más importante fue preparar su testamento. Esto, si se hace bien y hay que considerar asuntos de negocios complejos, requiere mucho tiempo y da como resultado un documento largo. Periódicamente debe ser puesto al día o revisado, y las palabras han de elegirse con cuidado a la luz de las leyes fiscales, que cambian sin cesar. Créanme, era virtualmente una carrera por sí mismo y me vi forzado a pasar muchas horas de reunión con él y a entrar en una extensa correspondencia. Sin embargo, fue una relación muy limitada y especializada. Llegué a conocer la naturaleza de sus finanzas bastante a fondo; pero a él, como persona, sólo de un modo superficial.

—¿Tenía hijos? —preguntó Halsted.

—Sí, los tenía —contestó Brant—. Se casó en una época tardía de su vida; a la edad de cuarenta y dos años, si no recuerdo mal. Su esposa era bastante más joven. El matrimonio, aunque no idílicamente feliz, fue bien. No hubo divorcio, ni perspectiva de ello en ningún momento, y Mrs. Hunzinger murió hace tan sólo unos cinco años. Tuvieron cuatro hijos, tres chicos y una niña. La chica se casó bien; sigue casada, tiene sus hijos y está, y ha estado, en muy buena posición.

Apenas aparecía en el testamento. Algunas inversiones pasaron a ella en vida de Hunzinger y eso fue todo. El negocio se transmitió sobre una base igualitaria, un tercio a cada uno de los tres hijos cuyos nombres eran Frank, Mark y Luke.

—¿En ese orden de edad? —inquirió Drake.

—Sí. El mayor, para usar su firma legal, es B. Franklin Hunzinger. El mediano es Mark David Hunzinger. El más joven es Luke Lynn Hunzinger. Naturalmente, yo le hice la observación a Hunzinger de que dejar su negocio por partes iguales a sus tres hijos iba a causar dificultades. El producto podía dividirse por igual; pero el poder directivo, el de tomar decisiones, tenía que ser puesto en manos de uno solo. Pero él se mostró muy tercamente reacio a eso. Dijo que había educado a sus hijos de acuerdo con los ideales de la antigua república romana; que todos ellos tenían confianza en él, el paterfamilias (utilizó este término, para gran sorpresa mía) y también la tenían ellos entre sí. No habría ninguna dificultad en absoluto, según afirmó. Me tomé la libertad de observar que podía darse muy bien que fueran hijos ideales mientras él estuviera vivo y con su fuerte personalidad dirigiendo los asuntos. Después de que se hubiera ido, sin embargo, era posible que aparecieran rivalidades ocultas. Nunca, insistió él, nunca. Yo pensé que estaba ciego y me sorprendí de que una persona que era tan viva ante cualquier asomo de trampa en los asuntos de negocios, tan realista en las cosas del mundo, pudiera ser tan locamente romántico en lo que se refería a su propia familia.

Drake interrumpió:

—¿Cómo se llamaba la hija?

—Claudia Jane —contestó Brant—. En este momento, no recuerdo su nombre de casada. ¿Por qué lo pregunta?

—Por simple curiosidad. Ella podía haber tenido también ambiciones, ¿no?

—No lo creo. Al menos no con respecto al negocio. Ella dejó claro que no esperaba ni quería ninguna participación en él.

Su marido era rico... Fortuna antigua..., posición social..., esa clase de cosas. Lo último que ella quería era ser identificada con lo que, por decirlo de alguna manera, era un almacén gigante de ferretería.

—Bien, ya entiendo —dijo Drake.

—Debo admitir que la familia parecía estar en armonía total —continuó Brant—. Yo me encontré con los hijos alguna vez que otra, juntos y por separado, y parecían

jóvenes agradables, que se llevaban muy bien, y por supuesto, muy apegados a su padre. Entre una cosa y otra llegó un momento en el que a ellos les pareció apropiado invitarme a las fiestas que se organizaron para celebrar el octogésimo cumpleaños del anciano.

Y, en aquella ocasión, fue cuando Hunzinger tuvo el ataque de corazón que le llevó a la muerte. No era del todo inesperado.

Estuvo enfermo del corazón durante años; pero fue una desgracia total para él que sucediera en su cumpleaños. La fiesta se interrumpió, como es lógico, lo colocaron suavemente sobre el sofá más cercano y se llamó a los médicos. Hubo una especie de silencioso pandemónium. La confusión fue suficiente para que yo pudiera quedarme. Puede parecer macabro, pero imaginé que tenía un trabajo que hacer. Él todavía no había designado a ningún hijo para ser el jefe de la empresa.

Era demasiado tarde para hacer nada por escrito; pero, si él dijera cualquier cosa, podía tener alguna fuerza. Supongo que los hijos no sabían lo que yo tenía en la mente. Estaban allí, claro. Su madre, medio presa de un shock, había sido llevada a otra parte. Nadie parecía darse cuenta de que yo estaba presente. Me incliné, me acerqué al oído del anciano y le pregunté: ¿Cuál de sus hijos tiene que ser el jefe de la empresa, Mr. Hunzinger? Era demasiado tarde. Sus ojos estaban cerrados, su respiración se había convertido en un estertor. Me pregunté si me habría oído. Un médico se aproximó. Supe que me detendría, así que lo intenté de nuevo rápidamente. Esta vez las pestañas del moribundo parpadearon y sus labios hicieron un movimiento como si intentara hablar. Sin embargo, solamente salía un sonido. Parecía ser la palabra *to* (a). No oí nada más. Él duró una hora más; pero no dijo ninguna otra palabra y murió, sin recobrar la conciencia, en el sofá en que había sido colocado... Y eso fue todo.

Gonzalo preguntó:

—¿Qué sucedió con el negocio?

—Nada —respondió Brant con lo que parecía el residuo de una enorme sorpresa—. El anciano tenía razón. Los tres hijos se entienden divinamente. Es una especie de triunvirato. Cuando tiene que tomarse cualquier decisión, se reúnen y llegan a una resolución en seguida. Es en verdad algo sorprendente y si esa especie de cosa se contagiara, los abogados se morirían de hambre.

—Entonces no importa lo que dijera el anciano, ¿verdad?

—opinó Gonzalo.

—Ni lo más mínimo, excepto que durante un tiempo despertó mi curiosidad. ¿Qué es lo que estaba intentando decirme?

Ustedes ven la dificultad, supongo.

—Naturalmente —contestó Drake atusando su bigotito gris—.

No se puede hacer gran cosa con la palabra *to*.



—Es peor que eso —observó Brant—. ¿Qué homónimo? ¿Era *to* (a) o *too* (también) o *two* (dos). Existen tres *tos* en la lengua inglesa. Dicho sea de paso, ¿cómo escriben esta última frase? A menudo me lo ha preguntado. Pueden *decir* «tres *tos*», dado que los tres se pronuncian del mismo modo, pero ¿cómo lo escriben, si cada uno de los homónimos se deletrea de modo diferente?

Avalon planteó:

—Yo diría «existen tres palabras que se pronuncian *tu*». La doble *o* es la manera menos ambigua de indicar la pronunciación que tienen las tres.

—Bien, en cualquier caso, aunque yo supiera que era *too*, no serviría de nada.

Trumbull intervino:

—Puede que no haya sido una palabra, Nick. Supongamos que estuviera diciendo una palabra más larga como *constitución*. Eso son cuatro sílabas y ocurrió que él sólo consiguió articular la tercera. Todo lo que usted tendría sería *tu*.

—Quizá —admitió Brant—. No puedo probar que no fuera así. Pero, en aquel momento, tuve la impresión de que era una palabra, una de las tres «tos», sea cual sea la manera en que usted quiera deletrearlo. Supongo que yo estaba intentando desesperadamente leer en sus labios y él podía haber dicho *Headship to so-and-so* (La dirección a fulano) y todo lo que capté fue el *to*. Lo cual me deja sin nada. Naturalmente, tal como dije, no importa. Los hijos se llevan muy bien. De todos modos...

Brant meneó la cabeza.

—Yo soy abogado. Me preocupaba que llegara tan cerca de haberlo hecho *bien*. Aunque él estuviera rehusando elegir a ninguno. Aunque estuviera diciendo «A nadie», habría estado expresando su último deseo y eso hubiera sido mejor que caer en una situación por defecto. Así que, durante algún tiempo estuve preguntándome. Y ahora ustedes me lo han vuelto a poner en la cabeza y seguiré preguntándome durante otro tiempo... Y sin sacar nada en limpio, porque no hay nada que sacar.

Un pesado silencio descendió sobre la mesa. Al fin fue roto por Gonzalo, quien dijo:

—Al menos es una versión interesante del juego de los homónimos. ¿Cuál de los equisónicos fue?

Trumbull preguntó:

—¿Y qué más da? Ninguno de los tres nos ayudaría a dar sentido a lo que el anciano intentaba decir.

—Ya se lo advertí —replicó Brant malhumorado—. Es un problema insoluble. No existe suficiente información.

—No tenemos que *resolverlo* —observó Halsted—, dado que no existe ninguna crisis que tenga que solucionarse ni hay delincuente al cual debemos dar castigo. Todo lo que hemos de hacer es establecer una posibilidad razonable para tranquilizar

nuestra mente. Por ejemplo, supongamos que él estuviera diciendo *t-w-o* (dos).

—Bien, supongamos que fuera así —aceptó Avalon.

—Entonces puede ser que estuviera diciendo algo como «Dárselo al hijo número dos».

Brant meneó la cabeza y explicó:

—La impresión que tuve fue que el *to* que oí, estaba a mitad del mensaje. Sus labios se movieron antes y después de que oyera el *t-o*.

—No estoy convencido de que usted pueda atenerse a eso —dijo Rubin—. Sus labios casi no estaban bajo control. Algo de lo que parecía ser movimiento, podía haber sido solamente un temblor.

—Es lo pone todavía peor —opinó Brant.

—Espere un poco —intervino Halsted—. Mi idea va bien incluso con la palabra en medio del mensaje. Podía haber sido algo como «Darlo a mi hijo número dos» o «Al número dos le pertenece».

Trumbull gruñó.

—Charlie Chan puede decirlo, pero ¿era probable que Huzinger hiciera eso...? Al, ¿oyó alguna vez que ese hombre se refiriera a sus hijos por medio de un número?

—No —respondió Brant—. No creo que lo hiciera nunca.

—Bien —dijo Trumbull—. ¿Y por qué demonios tenía que comenzar a hacerlo en su lecho de muerte?

—Me sorprende —manifestó Rubin—. Consideren lo siguiente. Su segundo hijo se llama Mark, que es también el nombre del autor del segundo Evangelio. Su tercer hijo se llama Luke, que es el nombre del autor del tercer Evangelio. Apostaría algo a que si hubiera tenido un cuarto hijo, se hubiera llamado John.

—¿De qué sirve hacer una suposición así? —preguntó Gonzalo. —No podemos resolverlo y decidir quién es el ganador.

—¿Por qué no fue Matthew el nombre del primer hijo?

—quiso saber Avalon.

Rubin argumentó:

—Quizás Hunzinger no pensó en ello hasta después de que naciera su segundo hijo. O, simplemente, no le gustaba Matthew. En todo caso, me choca que si la palabra era *t-w-o*, tuviera un doble significado. Se referiría al segundo hijo y al segundo Evangelio e indicaría a Mark en cualquiera de los casos.

Trumbull comentó:

—Podría haber un millón de razones por las cuales el número dos indicaría a Mark; pero aunque las reunamos todas, no resultaría más probable que él se refiriese a «mi hijo número dos», de lo que sería solamente por una razón. ¿Por qué no decir Mark, si quería referirse a él?

Brant continuó:

—Bien, podía haber dicho *to Mark*; pero todo lo que yo oí fue *to (a)*.

Avalon intervino:

—Mr. Brant, me gustaría saber si usted, en algún momento, observó que Mr. Hunzinger tuviera más confianza en uno de sus hijos que en otro, que valorase en mayor grado la perspicacia para los negocios de uno en particular, que lo quisiera más.

Brant inclinó la cabeza pensativo. Luego la movió en gesto negativo.

—No puedo decir que lo notara. No tengo recuerdo alguno de nada parecido. Naturalmente, tal como dije, mi relación con la familia no era de estrecha amistad personal. Se trataba tan sólo de una cuestión de negocios. El anciano nunca confió asuntos familiares más allá de las cosas que fueran importantes para el testamento.

Gonzalo apuntó:

—Seguimos hablando acerca de los hijos. ¿Cómo sabe usted que el anciano no le concedió ninguna atención a su hija?

Supongamos que dejara el negocio a sus tres hijos, por terceras partes, pero quisiera que su hija tomara las decisiones cruciales. Podía haber pensado que ella era la que tenía el mejor sentido para los negocios y dirigiría el cotarro aunque no quisiera estar conectada con los negocios de la empresa de un modo abierto.

—¿Qué es lo que le ha inducido a esa idea, Mario? —preguntó Avalon.

—Supongamos que la palabra fuera *t-o-o* (también). Podía haber estado diciendo «Mi hija también debería estar incluida».

Algo así.

—No lo creo —declaró Brant—. Mr. Hunzinger nunca mencionó a su hija en conexión con la empresa. Recuerden también que sus prejuicios son anteriores a la Primera Guerra Mundial cuando las mujeres ni siquiera podían votar. Él no era feminista en modo alguno. Su esposa fue una simple ama de casa, y eso era lo que a él le gustaba. Se cuidó de casar a su hija con un hombre rico y, por lo que a él concernía, eso constituía el límite de su responsabilidad respecto de ella. Al menos me veo forzado a esa conclusión cuando pienso en nuestras diversas discusiones sobre el testamento.

Una vez más cayó el silencio alrededor de la mesa, hasta que Avalon dijo con un suspiro bastante teatral:

—No importa qué hipótesis establezcamos. No importa lo inteligentes e ingeniosas que éstas puedan ser; no existe modo alguno por el que podamos demostrar que son verdad. Me temo que, por esta vez, tenemos que decidir que nuestro anfitrión tiene razón y que el problema, por su misma naturaleza, es insoluble.

Gonzalo apuntó:

—No, hasta que preguntemos a Henry.

—¿Henry? —se sorprendió Brant, y su voz bajó hasta convertirse en un suspiro —. ¿Se refiere al camarero?

Trumbull le dijo:

—No hay necesidad de hablar tan bajo, Nick. Él es miembro del club.

—Entonces, le preguntaré —decidió Gonzalo—. Henry, ¿Tiene alguna idea acerca de esto?

Desde su lugar en el aparador, Henry les dirigió una ligera sonrisa y contestó:

—Debo admitir, Mr. Gonzalo, que me he estado preguntando cuál podría ser el nombre del hijo mayor.

Gonzalo señaló:

—Frank. ¿No lo recuerda?

—Perdón, Mr. Gonzalo; pero me parece recordar que el hijo mayor es B. Franklin Hunzinger. Me preguntaba qué significaba la «B».

Todos los ojos se volvieron hacia Brant, quien se encogió de hombros y dijo:

—Él está identificado como B. Franklin incluso en el testamento de su padre. Ésa es la forma legal de su firma. Siempre pensé, sin embargo, que la B. quería decir Benjamín.

—Es una suposición normal —convino Henry—. Cualquier norteamericano llamado B. Franklin parecería que estaba obligado a ser un Benjamín. Pero, ¿oyó alguna vez que algún miembro de la familia, o cualquier otra persona, se dirigiera a él como Benjamín o Ben?

Brant meneó la cabeza muy despacio.

—No recuerdo nada parecido; pero esto sucedió hace más de veinte años y yo, como he dicho, no formaba parte del círculo familiar.

—¿Y después de la muerte del anciano Hunzinger?

—Apenas tuve contacto con ellos desde entonces, ni siquiera respecto a asuntos legales.

Trumbull preguntó:

—¿A qué viene todo eso, Henry?

—Porque se me ha ocurrido que existen, para hablar de algún modo, cuatro homónimos con el sonido *t-o-o*.

Avalon inquirió con voz asombrada:

—¿Cuatro? ¿Quiere decir que uno de los homónimos tiene dos significados de derivación independiente como en el caso de *b-e-a-r*?

—No, Mr. Avalon. Me estoy refiriendo a los cuatro homónimos con cuatro distintos deletreos.

Avalon se apresuró a decir:

—Imposible, Henry. Manny, ¿puede usted hallar un cuarto homónimo además de *t-o-o* y *t-w-o*?

—No —respondió Rubin llanamente—. No existe un cuarto homónimo.

Henry puntualizó:

—He dicho «para hablar de algún modo». Todo depende del primer nombre de B. Franklin.

Drake comentó:

—Henry, es usted muy misterioso y nos tiene a todos confundidos. Explíquese, por favor.

—Sí, doctor Drake. Mr. Brant había dicho que el viejo Hunzinger era un autodidacta y había indicado que estaba particularmente interesado en la historia romana. Él educó a sus hijos en lo que creía que era la tradición romana. Utilizó términos tales como «paterfamilias», etc. Y les dio nombres romanos tradicionales. A su hija le puso Claudia; un hijo es Mark, del romano Marcus; otro es Luke, del romano Lucius. Es posible, de hecho, que los nombres originales fueran en realidad Marcus y Lucius y que los jóvenes encontrasen Mark y Luke más aceptable para sus ambientes. Ahora bien, ¿qué ocurre si el hijo mayor tenía también un nombre romano sin ninguna forma inglesada usual? Podía no haberlo usado en absoluto, y se quedó con Franklin que se convierte en el muy común y aceptable Frank. Un nombre corriente romano que empiece con «B» es Brutus, y no tiene ninguna forma de adaptación a la lengua inglesa que resulte aceptable.

—Aja —exclamó Rubin.

—Sí, Mr. Rubin —dijo Henry—. Si el anciano Mr. Hunzinger había picoteado briznas del latín, indudablemente las últimas palabras de Julio César, una de las más famosas de todas las frases latinas, le sería conocida. Contiene la palabra *tú* que es la latina para la forma familiar de *you* (tú) y es tan conocida entre la gente educada de habla inglesa, aunque solamente fuera por esa frase, que podía casi considerarse como un cuarto homónimo. Preguntado acerca de cuál de sus hijos debería dirigir la empresa, el moribundo pensó en el mayor, recordó el nombre que le había dado cuando era niño y podía haber dicho algo así como «todos mis hijos participan y tú, Brutus, serás el jefe». La frase «y tú, Brutus» se convierte en la exclamación que murmuró César de «et tu, Brute» y solamente el «tu» sonó lo bastante fuerte para ser oído.

—Dios mío —murmuró Brant—. ¿Quién podría pensar en algo como eso?

—Pero es *lo más* ingenioso —observó Avalon—. Espero que tenga razón, Henry. Me sentaría muy mal ver desperdiciado ese razonamiento. Supongo que podríamos llamar a Hunzinger e intentar persuadirle de que nos dijera cuál es su primer nombre.

Gonzalo dijo con excitación:

—Espere, Jeff, ¿no figurará en el *Who's Who in America*?

Normalmente incluyen a hombres de negocios.

Avalon objetó:

—Podían tener tan sólo la versión oficial de su nombre... B.

Franklin Hunzinger. Naturalmente a veces incluyen el resto del nombre entre paréntesis, para indicar que existe pero que no se usa.

—Veamos —propuso Gonzalo.

Bajó el primer tomo de la obra y, durante un ratito, se oyó el sonido de hojas que se movían. De pronto paró y Gonzalo gritó con voz triunfante:

—Brutus Franklin Hunzinger. El «r-u-t-u-s» entre paréntesis.

Brant enterró la cabeza entre las manos.

—Esto ha estado preocupándome durante veinte años, sin dejar de pensar en ello de cuando en cuando, y, si lo hubiera mirado en el *Who's Who*... ¿Y por qué tenía que ocurrírseme mirarlo? —Meneó la cabeza—. Tengo que decírselo a ellos.

Tendrán que saberlo.

Henry apuntó:

—No creo que sea prudente, Mr. Brant. Los hermanos se llevan bien tal como están; pero, si averiguan que su padre había escogido a uno de ellos para dirigir la empresa, de lo cual tampoco podemos estar seguros, es posible que surgieran sentimientos inconvenientes. No se debe intentar arreglar lo que no está roto.

## POSTFACIO

*Varios de los enigmas de mis Viudos Negros dependen de las vaguedades de la lengua inglesa. No puedo evitarlo, porque tengo un gran interés y admiración por el lenguaje.*

*Debo admitir, sin embargo, que me doy cuenta, con desagrado, de que siempre que dependa demasiado del inglés, pongo grandes barreras a los traductores y puedo disminuir mis oportunidades de conseguir ediciones extranjeras. El problema no es sólo que las ediciones extranjeras aportan dinero (es bien conocido que mi carácter es demasiado refinado y noble para que yo esté interesado en el dinero), sino que las traducciones presentan mi obra a públicos que, de otro modo, serían incapaces de leerme. Y ser ampliamente leído si me interesa.*

*Sin embargo, debo admitir que, cuando en un punto del lenguaje hallo un truco útil, como en la historia que acaban de leer, nunca puedo resistirme.*

*El relato apareció por primera vez en la edición de marzo de 1985, del Ellery Queen's Mystery Magazine.*

## Que sea único depende de cómo se mire (1985)

“Unique Is Where You Find It”

Emmanuel Rubin hubiera peleado hasta la muerte antes que reconocer que la sonrisa de su cara era fatua. Sin embargo, lo era. Aunque hiciese todo lo posible por intentarlo, no podía esconder el orgullo en su voz o el brillo de complacencia en su mirada.

—Compañeros Viudos —anunció—, ahora que incluso Tom Trumbull está aquí, déjenme presentar a mi invitado de la noche. Es mi sobrino, Horace Rubin, hijo mayor de mi hermano menor y luz resplandeciente de la nueva generación.

Horace sonrió débilmente ante esa introducción. Era más alto que su tío (le sacaba toda la cabeza) y un poco más delgado. Tenía el cabello oscuro y rizado, la nariz prominente, arqueada y una ancha boca. No era guapo en absoluto, y Mario Gonzalo, el artista de los Viudos Negros se estaba esforzando mucho para no exagerar las facciones. La precisión fotográfica era suficiente caricatura. Lo que no entraba en el dibujo, naturalmente, era la luz inequívoca de una inteligencia rápida en los ojos del joven.

—Mi sobrino —explicó Rubin—, está trabajando para conseguir su doctorado en Columbia. En química. Y lo está haciendo ahora, Jim, no en mil novecientos, cuando usted lo hizo.

James Drake, el único Viudo Negro con un doctorado legítimo (aunque todos tenían derecho a que se les dieran el tratamiento de «doctor» según las reglas del club), respondió:

—Bravo por él... Y mi doctorado fue ganado justo antes de la guerra; la Segunda Guerra Mundial quiero decir. —Sonrió, con cierta reticencia a través de la fina columna de humo que subía girando desde su cigarrillo.

Thomas Trumbull que, según su costumbre, había llegado tarde a la hora del aperitivo, miró ceñudo por encima de su bebida y dijo:

—Manny, ¿estoy soñando o es costumbre sacar estos detalles durante la sesión de preguntas después de la comida? ¿Por qué está comenzando la actuación antes de tiempo?

Ondeó la mano con aire petulante a través del humo del cigarrillo y se alejó de Drake de un modo ostensible.

—No estoy más que estableciendo las bases —protestó Rubín, indignado—. Lo que espero que usted pregunte a Horace es el tema de su próxima disertación. No existe razón alguna por la que los Viudos Negros no puedan ganar un poco de educación.

Gonzalo añadió:

—¿Va usted a hacernos reír, Manny, diciéndonos que entiende lo que su sobrino

está haciendo en su laboratorio?

La corta barba de Rubin se erizó.

—Entiendo de química mucho más de lo que usted cree.

—Seguro que sí, porque creo que usted no entiende de nada. —Gonzalo se volvió hacia Roger Halsted y dijo—: Supe por casualidad que Manny se especializó en cerámica babilónica en algún curso por correspondencia.

—No es verdad —negó Rubin—; pero tengo todavía un grado por encima de su especialización en cerveza y *pretzels*.

Geoffrey Avalon, que escuchaba con desprecio este intercambio de chanzas, apartó su atención y le preguntó al joven estudiante:

—¿Qué edad tiene, Mr. Rubin?

—Sería mejor que me llamara Horace —respondió el joven con una voz de barítono inesperado— o el tío Manny contestará y nunca conseguiré romper el monólogo.

Avalon sonrió ceñudo.

—En verdad él es nuestro monopolizador de la conversación cuando se lo permitimos. Pero, ¿qué edad tiene, Horace?

—Veintidós años, señor.

—¿No es usted un poco joven para ser un doctorando? ¿O empieza nada más?

—No. Debería estar comenzando mi tesis ahora y espero acabarla en medio año. Soy bastante joven; pero no insólitamente joven. Robert Woodward obtuvo su doctorado en química cuando tenía veinte años. Naturalmente casi fue echado del colegio a los diecisiete.

—Pero veintidós no está mal.

—Cumpliré veintitrés el mes que viene. Lo conseguiré a esa edad... o nunca.

Se encogió de hombros y pareció desanimado.

La suave voz de Henry, el perenne e irremplazable camarero de todos los banquetes de los Viudos Negros se hizo oír.

—Caballeros, la cena está servida. Vamos a tener cordero al curry y me temo que nuestro chef cree que el curry fue hecho para ser notado, así que, si alguno de ustedes prefiere algo más suave, que me lo diga ahora y procuraré que quede contento.

Halsted respondió:

—Henry, si algún corazón delicado prefiere huevos revueltos, tráigame su porción de cordero al curry además de la mía.

No debemos desperdiciarla.

—Tampoco debemos contribuir a su problema de exceso de peso, Roger —gruñó Trumbull—. Tomaremos todos el curry, Henry, y traiga los condimentos de acompañamiento, en especial la salsa picante y el coco. Yo mismo tengo intención de ser generoso.



—Y procure que el bicarbonato esté a mano, Henry —añadió Gonzalo—. Los ojos de Tom son más optimistas que el forro de su estómago.

Henry estaba sirviendo el brandy cuando Rubin golpeó el vaso de agua con la cuchara y anunció:

—Al asunto, señores, al asunto. Mi sobrino, según he observado, se ha ensañado con la comida y es hora de que se le haga pagar por ello en la sesión de preguntas... Jim, tú serás naturalmente quien dirija el interrogatorio, dado que eres una especie de químico; pero no quiero que Horace y tú os metáis en una discusión privada de minucias químicas. Roger, usted es un simple matemático, lo cual lo coloca suficientemente fuera del tema. ¿Nos haría el honor?

—Encantado —aceptó Halsted, tomando suaves sorbos de curaçao—. Joven Rubin. Bueno, Horace si lo prefiere: ¿qué es lo que pretende usted en la vida?

Horace contestó:

—Cuando consiga mi graduación y encuentre una posición en una buena Facultad, estoy seguro de que el trabajo que haga será una dedicación amplia. De otro modo...

Se encogió de hombros.

—Parece que duda, joven. ¿Cree que tendrá dificultades para conseguir un trabajo?

—No es una cosa de la que se pueda estar seguro, señor; pero he sido entrevistado en diversos sitios y, si todo va bien, me parece que se materializará algo deseable.

—Si todo va bien, dice. ¿Es que hay algún tropiezo en su investigación?

—No, no; en absoluto. Tuve el suficiente buen sentido para escoger un problema sin riesgos. Sí, no, o quizás... cualquiera de las tres respuestas posibles... me harían conseguir una graduación. Tal como va, parece que será sí, que es la mejor de las alternativas y yo me considero situado.

Drake dijo de repente:

—¿Para quién está trabajando, Horace?

—Para el doctor Kendall, señor.

—¿El hombre de la cinética?

—Sí, señor. Estoy trabajando sobre la cinética de la reproducción del ADN. No es ninguna cosa a la cual se hayan aplicado rigurosamente las técnicas fisicoquímicas hasta el momento, y yo puedo ahora realizar gráficos computadorizados del proceso que...

Halsted interrumpió.

—Ya llegaremos a eso, Horace. Más adelante. Por ahora todavía estoy intentando averiguar lo que le preocupa. Usted tiene perspectivas de un trabajo. Su investigación ha ido bien.

¿Qué pasa con su trabajo de curso?

—Nunca he tenido ningún problema en él. Excepto...

Halsted aguantó la pausa durante un momento y luego inquirió:

—¿Excepto qué?

—Yo no lo hice muy bien en mis cursos de laboratorio, en particular en laboratorio de orgánica. No soy... hábil. Soy un teórico.

—¿Suspendió?

—No, naturalmente que no. Sólo que no me cubrí de gloria.

—Bien, pues ¿qué es lo que le preocupa? Durante la cena oí que le decía a Jeff que conseguirá su doctorado cuando tenga veintitrés años... o nunca. ¿Por qué nunca? ¿Cuál es la razón de esa posibilidad?

El joven vaciló.

—No es la clase de cosa...

Rubin, claramente aturdido, frunció el ceño y observó:

—Horace, nunca me habías dicho a mí que tenías problemas.

Horace miró a su alrededor como si buscara un agujero por el que poder huir.

—Bien, tío Manny, tú tienes *tus* problemas y no me vienes *a mí* con ellos. Los solucionaré por mí mismo... o no lo conseguiré.

—¿Qué tienes que solucionar? —preguntó Rubin con la voz cada vez más elevada.

—No es la clase de cosa... —volvió a decir Horace.

—Primero —dijo Rubin con energía—: cualquier cosa que digas aquí es *totalmente* confidencial. Segundo: ya te dije que en la sesión de preguntas se esperaba que las contestases todas.

Tercero: si no paras de actuar sin seriedad, te machacaré hasta convertirte en mermelada de frambuesa.

Horace suspiró.

—Sí, tío Manny. Sólo quería decir —miró alrededor de la mesa— que él me ha amenazado de este modo desde que tenía dos años, y nunca me ha puesto la mano encima. Mi madre lo haría picadillo si se atreviera.

—Siempre hay una primera vez, y yo no le tengo miedo a tu madre. Puedo manejarla —replicó Rubin.

—Muy bien, tío Manny... Pues mi problema es el profesor Richard Youngerlea.

—Oh, oh —exclamó Drake suavemente.

—¿Le conoce usted, Mr. Drake?

—¿Es amigo suyo?

—Bueno, no. Es un buen químico; pero, de hecho, no le tengo aprecio.

La cara bondadosa de Horace rompió en una amplia sonrisa y dijo:

—¿Entonces, puedo hablar libremente?

—Podrías de todas maneras —respondió Drake.

—Pues ahí va —soltó Horace—. Estoy seguro de que Youngerlea va a estar en el tribunal que me examinará. No dejará pasar la ocasión y tiene peso suficiente para salirse con la suya si se lo propone.

Avalon observó con su voz profunda:

—Supongo, Horace, que no le gusta a usted.

—En absoluto —respondió el joven con tono sincero.

—Y me imagino que usted no le gusta a él.

—Me lo temo. Yo pasé mi curso de laboratorio de orgánica bajo su autoridad y, como he dicho, no fui brillante.

Avalon comentó:

—Me imagino que un cierto número de estudiantes no brillan. ¿Le desagradan todos ellos?

—Bueno, creo que no le gustan.

—Infiero que usted sospecha que él quiere estar en el tribunal que le examine con objeto de cargárselo. ¿Es ésa su manera de reaccionar con todos los estudiantes que no brillan en su laboratorio?

—Bien; él parece convencido de que el trabajo de laboratorio es como la maternidad, o como el pastel de manzana, o como cualquier cosa noble y sublime; pero no, no es sólo que yo no fuera brillante.

—Bueno, pues entonces —dijo Halsted continuando el interrogatorio—, estamos llegando al asunto. Yo doy clases en un colegio de enseñanza media y lo sé todo acerca de los estudiantes fastidiosos. Estoy seguro de que el profesor le encontró a usted fastidioso. ¿Por qué razón?

Horace frunció el ceño.

—Yo no soy desagradable. Youngerlea sí lo es. Mire, es un perdonavidas. Siempre hay algunos profesores que sacan ventaja del hecho de que están en una situación incuestionable.

Ellos desuellan a los estudiantes; los tratan groseramente de palabra; los ponen en ridículo. Hacen esto porque saben muy bien que los estudiantes no se atreven a defenderse por miedo a sacar una mala nota. ¿Quién puede discutir con Youngerlea si él puede dar un simple aprobado o incluso un suspenso?

¿Quién osará contradecirle si él, luego, expresa su muy influyente opinión en una reunión del claustro de la Universidad, y dice que tal estudiante no tiene lo que hay que tener para ser un buen químico?

—¿Le puso a usted en ridículo? —preguntó Halsted.

—Él puso a *todo el mundo* en ridículo. Hubo un pobre chico que era inglés y cuando él se refería al cloruro de aluminio, que se usa como catalizador en la reacción de Friedel-Crafts, se refería a él como cloruro de «aluminio» con la pronunciación inglesa. Youngerlea lo machacó. El profesor clamó contra esa mierda,

ésta era su expresión, de añadir una sílaba extra innecesaria, cinco en lugar de cuatro, y contra la estupidez de hacer cualquier nombre químico más largo de lo necesario, y cosas así. No era nada; sin embargo humilló al pobre hombre, que no se atrevió a decir ni una palabra en su propia defensa. Y todos los malditos pelotilleros de la clase se rieron.

—Bien, ¿y qué es lo que hace que sea usted peor que los demás?

Horace se ruborizó, pero hubo una nota de orgullo en su voz cuando confesó:

—Yo contesto. Cuando comienza a meterse conmigo, no me quedo sentado allí y lo acepto. En realidad, yo le interrumpí en este asunto del aluminio. Dije con una voz clara y alta: El nombre de un elemento es una convención humana, profesor, y no una ley de la naturaleza. Esto le paró; pero dijo con su voz burlona: Ah, Rubin, ¿se dedica a ir derramando las probetas últimamente?

—Y la clase se rió, supongo —adelantó Halsted.

—Claro que lo hicieron, los muy papanatas. Yo había derramado una probeta. ¡Una nada más! Y fue porque alguien me empujó... Y luego, una vez me encontré con Youngerlea en la biblioteca de química mirando una fórmula en el Beilstein...

Gonzalo preguntó:

—¿Qué es el Beilstein?

—Es un libro de referencia, de unos setenta y cinco volúmenes, que enumera muchos miles de compuestos orgánicos, con referencias al trabajo efectuado sobre cada uno, todos ellos relacionados ordenadamente de acuerdo con su sistema, lógico pero muy complicado. Youngerlea tenía un par de volúmenes en su mesa y estaba pasando las hojas del primero y luego del otro. Yo tenía curiosidad y le pregunté qué compuesto estaba buscando. Él me lo dijo y me sentí abrumado por el éxtasis cuando me di cuenta de que en realidad estaba buscando en volúmenes equivocados por completo. Me acerqué con suavidad a los estantes del Beilstein, bajé un volumen, encontré el compuesto que quería Youngerlea, en lo que tardé treinta segundos, volví a su mesa y puse el volumen delante de él, abierto por la página correcta.

—Supongo que no le dio las gracias —comentó Drake.

—No, no lo hizo —corroboró Horace—; sin embargo, es posible que lo hubiera hecho si, en mi cara no hubiese aparecido la sonrisa más grande del mundo. En aquel momento, yo antepuse el placer de mi venganza a mi doctorado... Y ésa puede ser la causa de que acabe todo.

Rubin observó:

—Nunca te he considerado la persona más discreta del mundo, Horace.

—No, tío Manny —convino Horace con tristeza. Mi madre dice que me parezco a ti... Pero sólo lo dice cuando está muy enfadada conmigo.

Hasta Avalon se rió de esta salida; y Rubin murmuró alguna cosa por lo bajo.

Gonzalo continuó:

—Bien, ¿y qué es lo que le puede hacer? Si sus notas están bien y su investigación es correcta y usted lo hace como es debido en el examen, tienen que aprobarle.

—No es tan sencillo, señor —objetó Horace—. En primer lugar, es un examen oral y las presiones son intensas. Un tipo como Youngerlea es un maestro consumado en intensificar la presión y puede incluso reducirme a la incoherencia, o hacerme entrar en una furiosa riña vulgar con él. Por la razón que sea, podrá sostener que no tengo la estabilidad emocional necesaria para ser un buen químico. Él es una figura poderosa en el departamento y podría influir decisivamente en el comité. Aunque yo pase y consiga mi graduación, tiene la suficiente influencia en los círculos químicos para boicotarme en algunos lugares muy importantes.

Hubo silencio alrededor de la mesa.

Drake quiso saber:

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Bien. Yo he intentado hacer las paces con ese viejo bastardo. Pensé mucho en ello y por fin le pedí una cita para mostrarme un poco humilde. Le dije que sabía que no nos habíamos llevado bien; pero que esperaba que él no pensase que yo sería un mal químico. Le expliqué que la química era mi vida.

Bueno, ya entienden.

Drake hizo un gesto de asentimiento.

—¿Cómo reaccionó?

—El disfrutó. Me tenía donde quería. Hizo todo lo que pudo para conseguir que me comportara servilmente; me dijo que yo era un tipo inteligente con un carácter ingobernable y unas pocas cosas más encaminadas a sacarme de quicio. Sin embargo, me reprimí, y dije: Pero, admitiendo que tengo mis peculiaridades, ¿diría usted que eso me convierte necesariamente en un mal químico? Y él contestó: Bien, veamos si es usted un buen químico. Estoy pensando en el nombre de un elemento químico único. Usted me dice cuál es el elemento y por qué es único y porqué debo pensar en él, y entonces admitiré que es un buen químico. Yo objeté: ¿Pero qué tiene que ver eso con que yo sea un buen químico? Él contestó: El hecho de que usted no ve que esto es un punto contra usted. Usted debería ser capaz de razonar, y el razonamiento es la herramienta principal de un químico, o de cualquier científico. Una persona como usted que habla de ser un científico teórico y que, por tanto desprecia las cosas pequeñas, como la destreza manual, no debería tener ninguna dificultad en estar de acuerdo con esto. Bien, use su razón y dígame en qué elemento estoy pensando. Tiene una semana desde este momento; digamos a las cinco de la tarde del próximo lunes; y usted solamente tiene una oportunidad. Si su elección del elemento es errónea, no le daré otra. Yo le dije: Profesor Youngerlea, existen más de cien elementos. ¿Va usted a darme algunas pistas? Ya lo he hecho, contestó él, le he dicho

que es único y esto es todo lo que usted va a conseguir. Y me dirigió la misma sonrisa que yo le dirigí a él en el momento del incidente del Beilstein.

Avalon preguntó:

—Bueno, joven, ¿y qué sucedió el lunes siguiente? ¿Encontró la solución del problema?

—Todavía no estamos en el lunes siguiente, señor. Llegará dentro de tres días y estoy atascado. No hay ninguna manera posible de contestar. Un elemento de entre cien y la única pista es que es único.

Trumbull intervino:

—¿Es honrado ese hombre? Dado que es un perdonavidas y un canalla, ¿cree usted que está realmente pensando en un elemento y que aceptará una respuesta correcta por parte de usted? ¿No dictaminará que se equivoca, diga usted lo que diga, y luego lo usará como arma contra usted?

Horace hizo una mueca.

—Yo puedo leer en su mente; pero, como científico, él es sólido. En realidad es un gran químico y, por lo que sé, es ético en su profesión. Y lo que es más, sus trabajos están maravillosamente escritos... Son concisos, claros. No usa jerga, nunca emplea una palabra compleja cuando es suficiente una sencilla, y jamás una frase enrevesada cuando es suficiente una simple. Hay que admirarle por eso. De modo que, si hace una pregunta científica, creo que será honrado en ello.

—¿Realmente está usted atascado? —preguntó Halsted—. ¿No se le ocurre nada?

—Por el contrario, se me ocurren muchas cosas; pero demasiado es tan malo como nada. Por ejemplo, lo primero que pensé fue que el elemento tenía que ser el hidrógeno. Es el átomo más simple, el átomo más ligero, el átomo número uno.

Es el único átomo que tiene un núcleo hecho de una sola partícula... solamente un protón. Es el único átomo con un núcleo que no contiene neutrones, y eso, ciertamente, lo convierte en único.

Drake inquirió:

—¿Está usted hablando del hidrógeno 1?

—Exacto —contestó Horace—. El hidrógeno se encuentra en la naturaleza en tres variedades o isótopos: hidrógeno 1, hidrógeno 2 e hidrógeno 3. El núcleo del hidrógeno 1 es nada más que un protón; pero el hidrógeno 2 tiene un núcleo compuesto de un protón y un neutrón y el hidrógeno 3 tiene uno compuesto de un protón y dos neutrones. Naturalmente, casi todos los átomos de hidrógeno son hidrógeno 1, pero Youngerlea pidió un elemento, no un isótopo y si yo digo que el *elemento* hidrógeno es el único con un núcleo que no contiene neutrones, me equivocaré. Me equivocaré. Simplemente me equivocaré.

—Pero sigue siendo el elemento más ligero y simple —opinó Drake.

—Sin duda, aunque no es tan obvio. Y existen otras posibilidades. El helio, que es

el elemento número dos, es el más inerte de todos los elementos. Tiene el punto de ebullición más bajo y no se solidifica al helarse incluso al cero absoluto. A temperaturas muy bajas, se convierte en helio II, que tiene más propiedades que ninguna otra sustancia del universo.

—¿Aparece en distintas variedades? —preguntó Gonzalo.

—Aparecen dos isótopos en la naturaleza, el helio 3 y el helio 4, pero todas esas propiedades únicas pertenecen a ambos.

—No olvide —añadió Drake— que el helio es el único elemento que se descubrió en el espacio antes de ser descubierto en la tierra.

—Lo sé, señor. Fue descubierto en el Sol. El helio puede ser considerado único de muchos modos; pero no es tan obvio, tampoco. Yo no creo que Youngerlea tuviera nada obvio en la mente.

Drake, después de soplar un anillo de humo y mirarlo con cierta satisfacción comentó:

—Supongo que, si es lo bastante ingenioso, usted puede hallar algo único en cualquier elemento.

—Así es —convino Horace—; y creo que acabo de hacerlo.

Por ejemplo, el litio, que es el elemento número tres, es el menos denso de todos los metales. El cesio, elemento número cincuenta y cinco es el más activo de todos los metales estables. El flúor, elemento número nueve, es el más activo de los no metales. El carbono, elemento número seis, es la base de todas las moléculas orgánicas, incluyendo aquellas que constituyen el tejido vivo. Es probablemente el único átomo capaz de representar un papel semejante, de modo que es el único elemento de la vida.

—Me parece —intervino Avalon— que un elemento que esté relacionado de modo único con la vida es lo suficientemente único...

—No —se apresuró a decir Horace con vehemencia—. Esa respuesta es la que menos probabilidades tiene de ser la acertada. Youngerlea es un químico de orgánica, lo que significa que trata solamente con compuestos de carbono. Estaría demasiado claro. Luego, existe el mercurio, elemento número ochenta...

Gonzalo preguntó:

—¿Usted conoce todos los elementos por el número?

—No los conocía antes del lunes pasado. Desde entonces, he estado quemándome las cejas sobre la lista de los elementos.

¿Ven? —Sacó una hoja de papel del bolsillo interior de su chaqueta—. Ésta es la tabla periódica de los elementos. Acabo de memorizarla.

Trumbull opinó:

—Pero eso no lleva a nada, supongo.

—Hasta el momento, no. Como estaba diciendo, el mercurio, elemento número

ochenta, tiene el punto más bajo de fusión de cualquier metal, de modo que es el único que es líquido a temperaturas ordinarias. Eso es ciertamente único.

Rubin sugirió:

—El oro es el elemento más hermoso, si quiere meterse en estética y el más valioso.

—El oro es el elemento número setenta y nueve —aclaró Horace—. Es posible argumentar, sin embargo, que ni es el más hermoso ni el más valioso. Mucha gente diría que un diamante adecuadamente tallado es más hermoso que el oro y peso por peso, ciertamente valdría más dinero... y un diamante es carbono puro.

»El metal más denso es el osmio, elemento número setenta y seis, y el metal menos activo es el iridio, elemento número setenta y siete. El metal con el punto más alto de fusión es el tungsteno, elemento número setenta y cuatro, y el metal más magnético es el hierro, elemento número veintiséis. El tecnecio, elemento número cuarenta y tres, es el elemento más ligero y no tiene isótopos estables. Es radiactivo en todas sus variedades y es el primer elemento que se ha producido en un laboratorio. El uranio, elemento número noventa y dos, es el átomo más complicado que aparece en cantidades sustanciales en la corteza de la Tierra. El yodo, elemento número cincuenta y tres, es el más complicado de aquellos elementos esenciales para la vida humana, mientras que el bismuto, elemento número ochenta y tres, es el elemento más complicado que tiene al menos un isótopo que es estable y no radiactivo.

»Puede continuar todo lo que quiera. Como dijo el doctor Drake, si es lo bastante ingenioso, usted puede etiquetar todos y cada uno de los elementos poseedores de una característica única. El problema es que no existe nada que diga en cuál está pensando Youngerlea, qué cualidad única es *su* cualidad única y si yo no encuentro algo correcto, va a decir que eso prueba que no tengo capacidad para pensar con claridad.

Drake propuso:

—Si juntamos nuestras mentes ahora mismo...

Trumbull interrumpió:

—¿Sería eso legítimo? Si el joven consigue la respuesta por otros...

—¿Cuáles son las reglas del juego, Horace? —inquirió Avalon—. ¿Le dijo el profesor Youngerlea que no podía consultar a nadie?

Horace hizo un enfático movimiento de cabeza.

—No se dijo nada de eso. Yo he estado utilizando esta tabla periódica. He estado empleando libros de referencia. No veo ninguna razón por la que no pueda preguntar a otras personas.

Los libros son palabras de seres humanos, palabras que han sido congeladas en escritura. Además, sea lo que sea aquello que ustedes sugieran, soy yo quien tendrá



que decidir si la sugerencia es buena o mala y asumir el riesgo sobre la base de mi decisión. Pero... ¿podrán ayudarme?

—Podríamos —contestó Drake—. Si Youngerlea es un científico honesto, no le pondrá un problema en el que no exista la solución. Ha de haber una manera de conseguir la posibilidad de llegar a una respuesta por medio del razonamiento. Después de todo, si no puede resolver el problema, usted podría retarle a que le diera la respuesta correcta. Si no puede hacer eso, o si hace uso de un sendero de razonamiento a todas luces ridículo, usted podría quejarse abiertamente ante todas las personas de la escuela. Yo lo haría.

—Estoy deseando empezar. ¿Hay aquí alguien, además del doctor Drake, que sea químico?

Rubin observó:

—No hace falta ser un químico profesional, con doctorado, para saber algo acerca de los elementos.

—Muy bien, tío Manny —aprobó Horace—. ¿Cuál es la respuesta, entonces?

Rubin manifestó:

—Personalmente, yo me quedo con el carbono. Es la química de la vida y, en forma de diamante posee también un tipo de cualidad única. Existe otro elemento que, en su forma pura tiene un aspecto inusual...

—Se llama alótropo, tío.

—No me dispaes con tu jerga, sabihondo. ¿Existe algún otro elemento que tenga un alótropo tan inusual como el diamante?

—No. Y aparte de los juicios humanos referentes a su belleza y valor, ocurre que el diamante es la sustancia más dura que existe en condiciones normales.

—Sí, ¿y qué?

—Ya he dicho que es demasiado obvio para un químico de orgánica que ponga el carbono como solución del problema.

—Sin duda —argumentó Rubin—, él ha escogido lo que es obvio, porque cree que tú lo rechazarás por eso mismo.

—Ya está hablando el escritor de misterio —murmuró Trumbull.

—E igual yo rechazo esa solución —dijo Horace—. Ustedes pueden aconsejarme, cualquiera de ustedes; pero soy el único que toma la decisión de aceptar o rechazar. ¿Alguna otra idea?

Hubo un completo silencio alrededor de la mesa.

—En ese caso —propuso Horace—, yo preferiría contarle una de mis ideas. Me estoy desesperando, ya lo ven. Youngerlea comentó: «Estoy pensando en el nombre de un elemento químico único». No dijo que estuviera pensando en el elemento sino en el *nombre* del elemento.

—¿Está seguro de que recuerda eso con exactitud? —preguntó Avalon—. Usted

no grabó la conversación y la memoria puede ser engañosa.

—No, no. Lo recuerdo con toda claridad. No tengo la más mínima duda. Ni la más mínima... Así pues, ayer me puse a pensar que lo que cuenta no son las propiedades físicas o químicas del elemento. Es simplemente una trampa. Es el *nombre* lo que está en juego.

—¿Tiene usted un nombre único? —preguntó Halsted.

—Por desgracia —se lamentó Horace—, los nombres le dan a uno el mismo exceso de información que las propiedades de los elementos. Si uno considera una enumeración alfabética de los elementos, el actinio, el elemento número ochenta y nueve, es el primero de la lista; y el zirconio, el elemento número cuarenta, es el último de la lista. El disprosio, que es el elemento sesenta y seis, es el único elemento cuyo nombre comienza por D. El criptón (kriptón), elemento número treinta y seis, es el único cuyo nombre comienza por K. El uranio, el vanadio y el xenón, que son los elementos números noventa y dos, veintitrés y cincuenta y cuatro, respectivamente, son los únicos elementos que comienzan con U, V o X. ¿Cómo escojo entre estos cinco? U es la única vocal, pero eso parece una razón débil.

Gonzalo preguntó:

—¿Existe alguna letra por la cual no comience el nombre de ningún elemento?

—Tres. No existe ningún elemento que empiece por J, Q, ni W... Pero, ¿qué tiene eso de interesante? Uno no puede proclamar que un elemento es único sólo porque no existe. Uno puede argumentar que existe un número infinito de elementos que no existen.

Drake dijo:

—El mercurio tiene, como nombre alternativo, *Quicksilver* (azogue). Eso comienza por una Q.

—Lo sé; pero es poca cosa —contestó Horace—. En alemán la I y la J no se distinguen en la imprenta. El símbolo químico del yodo es I, pero he visto escritos alemanes con letra latina en los cuales el símbolo del elemento se da como J, pero también esto es más que endeble.

—Hablando de los símbolos químicos, existen trece elementos con símbolos que son una única letra. Casi siempre es la inicial del nombre latino del elemento. Así, el carbono tiene el símbolo C; el oxígeno, la O; el nitrógeno, la N; el fósforo, la P; el azufre, la S... Sin embargo, el elemento potasio, tiene el símbolo K.

—¿Por qué? —preguntó Gonzalo.

—Porque es la inicial del nombre alemán *Kalium*. Si el potasio fuera el único caso, podría considerarlo; pero el tungsteno tiene el símbolo W, por el nombre alemán, *Wolfram*, así que tampoco es único. El estroncio tiene un nombre que en latín comienza por tres consonantes, pero también lo hacen el cloro y el cromo. El yodo tiene un nombre que comienza con dos vocales; pero también lo hacen el einstenio y

el europio.

Estoy atascado en cada giro.

Gonzalo inquirió:

—¿Existe algo en el deletreo de los nombres de elementos que sea el mismo en casi todos ellos?

—Casi todos terminan en *io*.

—¿De verdad? —preguntó Gonzalo chasqueando los dedos en un esfuerzo de reflexión—. ¿Qué pasa con el elemento que los ingleses pronuncian de modo distinto? Ellos le llaman *aluminium* con la terminación *ium*; pero nosotros decimos *aluminum* de modo que solamente tiene una terminación *um*, y el profesor se burló de ello. Quizás el aluminio sea el que es único.

—Una buena idea —admitió Horace—. Pero existen el lantano, el molibdeno y el platino, todos los cuales terminan en *no*. También existen terminaciones en *o* y *on*; pero siempre más de una. Nada único. Nada único.

Avalon intervino:

—¡Sin embargo tiene que haber algo!

—Pues díganme lo que es. El renio fue el último elemento estable que se descubrió en la naturaleza, el prometio, es el único metal radiactivo escaso en la Tierra; el gadolinio es el único elemento estable que se llama como un ser humano. No sirve ninguno. No hay nada convincente.

Horace meneó la cabeza con aire triste.

—Bueno, no es el fin del mundo. Iré a Youngerlea con mi mejor adivinación y, si está equivocada, dejémosle que haga todo el mal que pueda. Si escribo una tesis de primera clase, puede estar tan bien que no tengan posibilidad de suspenderme; y si Youngerlea me impide conseguir un puesto en el Instituto Tecnológico de California o el M.I.T., lo conseguiré en algún otro lugar y me abriré camino. No voy a dejar que me detenga.

Drake asintió.

—Ésa es la actitud correcta, hijo.

Henry dijo suavemente:

—¿Mr. Rubin?

—Dígame, Henry —contestó Rubin.

—Le pido excusas, señor. Me estaba dirigiendo a su sobrino, el Mr. Rubin más joven.

Horace levantó la vista.

—Sí, camarero. ¿Hay que pedir algo más?

—No, señor. Me pregunto si puedo comentar el asunto del elemento único.

Horace frunció el ceño y luego preguntó:

—¿Es usted químico, camarero?

Gonzalo intervino:

—No es químico; pero es Henry y vale la pena que le escuches. Es más listo que cualquier otra persona de la sala.

—Mr. Gonzalo —protestó Henry con una suave súplica.

—Es así, Henry —insistió Gonzalo—. Adelante. ¿Qué es lo que tiene que decir?

—Solamente que, al sopesar una cuestión que no parece tener respuesta, podría ser de ayuda considerar a la persona que hace la pregunta. Quizás el profesor Youngerlea tiene alguna manía que pudiera conducirlo a dar importancia a una cualidad única particular, que, para otros, apenas podría ser notada.

—¿Quiere decir —preguntó Halsted— que el que sea único depende de como se mire?

—Exacto —contestó Henry—, como en todas las cosas que permiten un elemento de juicio humano. Si consideramos al profesor Youngerlea, sabemos esto acerca de él. Utiliza la lengua inglesa de modo cuidadoso y conciso. No emplea una frase complicada cuando es suficiente una más sencilla o una palabra larga donde basta una más corta. Es más, se puso furioso con un estudiante por usar un nombre aceptable para aluminio; pero que añadía una letra y una sílaba. ¿Estoy en lo cierto en todo esto, Mr. Rubin?

—Sí —aprobo Horace—, yo he dicho todo esto.

—Bien; pues, en el estante de los diccionarios del club, existe el almanaque mundial que enumera todos los elementos, y tenemos la versión íntegra, naturalmente, que da de las pronunciaciones. Me he tomado la libertad de estudiar el material durante el curso de la discusión que se desarrollaba aquí.

—¿Y qué?

—Se me ocurre que el elemento praseodimio, que es el número cincuenta y nueve, está señalado únicamente para despertar la ira del profesor Youngerlea. Praseodimio es el único nombre con seis sílabas en inglés. Todos los demás nombres tienen cinco sílabas o menos. Sin duda, al profesor Youngerlea el praseodimio tiene que parecerle insoportablemente largo e inmanejable; el nombre más irritante de toda la lista y único en ese aspecto. Si tuviera que utilizar ese elemento en su trabajo, es muy probable que se quejara mucho y fuerte, y no habría ningún error en el asunto. ¿Quizá, sin embargo, él no utiliza ese elemento?

Los ojos de Horace estaban brillando.

—No. Es un elemento escaso en la Tierra y dudo que Youngerlea, como químico de orgánica, haya tenido nunca que referirse a él. Ésa *sería* la única razón por la que le hemos oído hablar sobre el tema. Pero tiene razón, Henry. Su mera existencia sería una constante irritación para él. Acepto esa sugerencia, e iré con ella el lunes. Si la respuesta está equivocada, pues lo está. Pero... —se mostró jubiloso de repente— apuesto a que es correcta. Apuesto *cualquier cosa* a que es correcta.

—Si fuera errónea —dijo Henry—, confío en que usted mantenga su resolución de abrirse camino de todos modos.

—No se preocupe, lo haré. Pero praseodimio es la respuesta.

Sé que lo es... Sin embargo, ojalá la hubiera encontrado por mí mismo, Henry. *Usted* la ha encontrado.

—No tiene importancia, señor —se justificó Henry sonriendo paternalmente—. Usted estaba ya considerando los nombres y, en muy poco tiempo lo raro de praseodimio le hubiera chocado. A mí se me ocurrió antes tan sólo porque sus trabajos habían eliminado ya muchísimas pistas falsas.

## POSTFACIO

Que sea único depende de cómo se mire y *el siguiente relato*, El amuleto, los escribí por encargo, para una revista que iba a dedicarse a narraciones cortas de misterio. Ambos fueron pagados generosamente y luego, como sucede a veces en el mundo editorial, algo fue mal y las revistas no aparecieron nunca.

Por tanto, yo coloqué, Que sea único depende de cómo se mire en una colección que alternaba mis ensayos de ciencia ficción y los de ciencia propiamente dicha. Así animaba a los lectores a leer ambos y, si ellos estaban familiarizados conmigo solamente en una de mis facetas, era de esperar que se precipitasen a la calle para comprar los otros con un arrebató loco.

Que sea único depende de cómo se mire representa el único tema completamente nuevo del libro, que tiene por título, El filo del mañana y fue publicado por Tor Books en 1985.

*Éste es uno de los casos, no tan raros, en los que algún aspecto del relato está basado en un acontecimiento real de mi vida. Cuando yo estaba en la Universidad, tenía un profesor muy parecido a Youngerlea y mi propia reacción hacia él era muy parecida a la de Horace Rubin. El incidente del Beilstein, descrito en la narración, sucedió exactamente como está descrito, y yo aproveché la oportunidad de humillar a aquel profesor, aun corriendo el riesgo de poner en peligro mi graduación; pero consideré que la oportunidad lo valía.*

## El amuleto (1990)

---

“The Lucky Piece”

—Mr. Silverstein —preguntó Thomas Trumbull—, ¿a qué se dedica usted?

Albert Silverstein era el invitado de James Drake en aquel banquete mensual de los Viudos Negros. Era un caballero de aspecto más bien seco, de cuerpo menudo y cara amable, como de gnomo; su tez era morena hasta el círculo calvo de su cabeza. Mostraba una sonrisa fácil.

Estaba sonriendo cuando afirmó:

—Supongo que ustedes podrían decir que yo me sumo al sentimiento de seguridad de mucha gente.

—¿De verdad? —preguntó Trumbull, arrugando su frente morena en un efecto de tabla de lavar ondulada—. ¿Y cómo lo consigue?

—Bien —contestó Silverstein—, poseo una cadena de almacenes de novedades; unas novedades por completo inocentes, ya entienden, aunque con cierta tendencia a encontrarse entre las que se consideran de un gusto dudoso.

Mario Gonzalo se alisó la chaqueta de delicadas rayas y dijo con un toque de sarcasmo:

—¿Como las representaciones en pasta de excrementos de perro que uno coloca en la alfombra del salón de su anfitrión cuando ha llevado consigo a su perro lobo?

Silverstein se rió.

—No, nunca hemos tenido cosas así. Sin embargo, un artículo popular en la época de mi padre fue el frasco de tinta volcado y la mancha de tinta de pasta dura que en apariencia se extendía, y que uno ponía en el mejor mantel de su amigo.

Naturalmente, la llegada del bolígrafo acabó con los frascos de tinta. Y con esa novedad. Nuestra industria tiene que ir de acuerdo con los cambios tecnológicos.

—¿Dónde entra el sentido de seguridad? —preguntó Trumbull, volviendo al tema.

—El asunto es que uno de nuestros grandes artículos de perenne venta son los objetos de la suerte, como éste.

Introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un pequeño cuadrado de plástico. Dentro de él había un trébol de cuatro hojas.

—Una de nuestras buenas ventas constantes —explicó—. Vendemos millares cada año.

Geoffrey Avalon, que estaba sentado al lado de Silverstein, tomó el objeto de su mano y lo miró muy atento con una mezcla de sorpresa y desprecio reflejados en su cara tiesa y aristocrática. Preguntó con desaprobación:

—¿Quiere decir que miles de personas creen que una mutación de trébol influiría ante el universo en su favor y que están dispuestos a pagar dinero por una cosa como

ésta?

—Así es —contestó Silverstein con alegría—. Miles de personas, año tras año. En estos tiempos, como es natural, ellos dudan en admitir su superstición. Dicen que lo compran para sus hijos, como un regalo, o como una curiosidad; pero lo compran y lo cuelgan en su coche o lo ponen en su llavero. Esa cosa se vende por un precio de hasta cinco dólares.

—Es repelente —comentó Trumbull—. Usted hace dinero con su locura.

La sonrisa de Silverstein se desvaneció.

—En absoluto, —dijo en tono serio—. No es ese objeto lo que vendo, sino una sensación de seguridad, como ya le he dicho, y eso es un producto muy valioso que yo vendo por mucho menos dinero de lo que vale. Durante el tiempo en que alguien posee ese trébol de cuatro hojas, se levanta el peso del temor de su mente y de su alma, sean hombres o mujeres. Existe menos miedo a cruzar la calle, a encontrarse con un rufián, a oír malas noticias. Se preocupan menos si un gato negro se les cruza en el camino, o si, por descuido, pasan por debajo de una escalera.

—Pero el sentido de seguridad que consiguen es falso.

—No lo es, señor. El sentido de seguridad que ellos experimentan es auténtico. La causa puede no ser auténtica; pero produce el resultado deseado. Consideremos también que la mayoría de los temores que posee la gente son irreales, en el sentido de que no tienen tendencia a suceder. Uno *no* es asaltado cada vez que da un paseo. Uno *no* recibe malas noticias cada vez que coge una carta. Uno *no* se rompe la pierna cada vez que se cae. Las desgracias, de hecho, son muy raras.

Si mis objetos de la suerte quitan, o al menos disminuyen, estos miedos innecesarios y aligeran la carga de aprensión que todos nosotros llevamos, entonces realizo un servicio útil. El precio de ese trébol de cuatro hojas que tranquilizará a una persona durante todo el tiempo que lo posea, no llegaría para pagar ni siquiera cinco minutos del tiempo de un psiquiatra.

Roger Halsted estaba mirando entonces el amuleto. Al pasárselo a Emmanuel Rubin, preguntó:

—¿Dónde encuentra miles de sus tréboles de cuatro hojas cada año? ¿Es que paga a un ejército de ayudantes para peinar los campos de trébol del mundo?

—Por supuesto que no —contestó Silverstein—. Eso costaría un par de miles de dólares si tuviera que pagar a un ejército, y dudo que nadie fuera lo bastante supersticioso para someterse a ese sacrificio financiero. Lo que son esos... —Hizo una pausa y continuó—: Jim Drake me dijo que todas las cosas que se dijeran en estas reuniones estaban estrictamente reservadas.

—Por completo, Al —lo tranquilizó Drake con su voz suavemente ronca de fumador.

Los ojos de Silverstein se dirigieron al camarero y Halsted intervino en seguida.

—Nuestro camarero, Henry, es miembro de los Viudos Negros, señor, y tan silencioso como una momia acerca de cualquier cosa que oiga.

—En ese caso —dijo Silverstein—, cuatro tréboles de tres hojas, que son casi tan corrientes como granos de arena, hacen tres tréboles de cuatro hojas. Lo que usted está sosteniendo es un trébol de tres hojas con una hoja añadida que se mantiene en su lugar gracias al plástico. Usted podría ver el punto de juntura si lo mirara con una lupa; pero nadie ha devuelto nunca ninguno por esa razón.

—¿Qué pasaría si alguien lo hiciera? —preguntó Gonzalo.

—Le explicaríamos que a veces una hoja se rompe en el proceso de envolverlo en plástico y le devolveríamos el dinero.

—Pero eso es un fraude —sentenció Trumbull con dureza—.

Usted, en realidad, no les está vendiendo objetos de la suerte.

Silverstein replicó:

—Piense en lo que usted está diciendo, Mr. Trumbull. No existen objetos de la suerte fuera de la mente del que los posee.

Un trébol de cuatro hojas realmente no trae suerte y un trébol de tres hojas, con una cuarta hoja añadida, no puede ser peor.

Lo que cuenta es que el propietario esté convencido de que es un objeto que da suerte. Lo mismo podemos decir —continuó de las herraduras de aluminio que vendemos y las patas de conejo hechas con piel de gato y los anillos baratos con nudos del amor retorcidos alrededor de ellos, que se dice que aseguran la fidelidad de la persona amada. Nosotros nunca garantizamos nada ni decimos que nada hará nada. Nada puede privarnos de decir, sin embargo, que *se dice* de algo que hace algo, porque eso es verdad. Un artículo importante en la época de mi padre era una moneda de cobre barata con una esvástica sobre ella y las palabras «Buena suerte» en el otro lado. La esvástica era un símbolo de buena suerte desde los tiempos antiguos, ya sabe. Sin embargo, por razones obvias, mi abuelo dejó de venderlas en 1928. La industria tiene que ir de acuerdo también con el cambio social, y supongo que la esvástica nunca volverá a ser utilizada como símbolo de buena suerte.

Por el momento, hubo silencio en la sala y la expresión, por lo general, alegre de Silverstein, se volvió solemne e infeliz.

Luego, se encogió de hombros y continuó:

—Bien, esperemos que no vuelva a suceder nada como aquello... Y, entretanto, me acuerdo de un ejemplo peculiar de la fuerza de un objeto de la suerte. No me estoy refiriendo a su fuerza como portador de buena suerte, sino a su fuerza para inspirar fe. Aunque no debo olvidar que esto es un interrogatorio y una historia pasada pudiera no ir bien con la ocasión.

—Espere —pidió Gonzalo con repentino apremio—. ¿Cómo era de peculiar el ejemplo peculiar?



—En mi opinión, muy peculiar.

—En ese caso, ¿quiere hablarnos de ello?

—Oh, por el amor de Dios —suplicó Trumbull, en una sonrisa—. Deseo enterarme de aspectos adicionales del negocio de las novedades.

—No —añadió Gonzalo haciendo un fruncimiento digno del mismo Trumbull—. La mía es una pregunta legítima. ¿Soy un Viudo Negro o no... Jim?

Drake miró pensativo a través del humo de su cigarrillo y, como anfitrión, tomo la decisión.

—Mario ha planteado la cuestión y merece una respuesta.

Háblenos de ello, Al. Yo también tengo curiosidad.

Silverstein contestó:

—Encantado. Fue... veamos... fue hace nueve años. Mi esposa y yo nos hallábamos en un pequeño lugar de vacaciones y ella había salido para ver un espectáculo de verano en el cual yo no tenía ningún interés. Por fortuna, a ella no le importaba ir sola, así que me lo ahorré.

»Me pasé la noche en el salón de donde nos hospedábamos con alrededor de unas docenas de personas a los que, como a mí, no les apetecía ver una comedia de tercera categoría sólo porque, como el monte Everest, estaba allí. Además de mí, había un hombre, su esposa y su hijo que se imaginaron lo que estaba a punto de suceder. El hombre era un tanto tieso, un tipo poco sociable; su esposa era pasiva y tranquila y su hijo, que tenía unos doce años, se comportaba bien y se veía claramente que era muy listo. Se llamaba Winters.

»Había también una mujer a la que mi esposa y yo nos referíamos, en privado, como la *Lengua*. Su nombre, si no recuerdo mal, era Mrs. Freed. Parecía una mujer amable y tenía una mente bastante despierta; pero lo más notable en ella era su perpetua corriente de charla. Nunca parecía dispuesta a detenerse, excepto cuando alguien se las arreglaba para introducir una observación a viva fuerza. Su voz no era desagradable. No era ronca, ni aguda, ni intimidante. Podía incluso considerarse una voz grata, si hubiera habido menos cantidad de ella.

»Recuerdo que su marido andaba con una ligera joroba, como si siempre estuviera resistiendo el viento de aquella corriente vocal incesante. No hay ni que decir que apenas hablaba.

»Había otras seis personas, si no me equivoco, dos parejas y dos hombres sueltos que, o eran solteros o, como yo, tenían a sus mujeres viendo la función. No recuerdo cómo era. La *Lengua* estaba tricotando hábilmente y yo me quedé observando sus dedos, mientras ella marcaba el compás con sus palabras. Entre una cosa y otra, yo estaba hipnotizado en un medio coma que no era desagradable de todo. De cuando en cuando, al tirar del hilo, su gran ovillo de lana rodaba hasta el suelo y ella se agachaba para cogerlo. Una vez rodó en dirección a los Winters. El muchacho saltó a

buscarlo y se lo devolvió. Ella se lo agradeció efusivamente, lo acarició y sonrió. Me imaginé en aquel momento que aquella mujer no tenía hijos y que su corazón suspiraba cuando veía los de los demás.

»Entonces, en cierto momento, ella metió la mano en el bolso para buscar una pastilla de menta. Sospecho que necesitaba un suministro constante para mantener lubricada su lengua. La cremallera del bolso se abrió haciendo ruido. Hubo muchos ruidos, porque era un bolso de numerosos compartimientos y, naturalmente, ella tenía que acertar con el que contenía las pastillas de menta.

»Una de las mujeres presentes, se las arregló para introducir una afirmación sobre lo maravilloso que era aquel bolso tan poco corriente. Lo era también por lo grueso. La *Lengua* dijo más o menos, según su modo de hablar: Es poco corriente en verdad yo lo compré en un pequeño almacén de Nueva Orleans y ahora el almacén ya no está y la empresa que lo hizo ya no trabaja y realmente siempre que encuentro alguna cosa que me gusta dejan de hacerla en seguida ya saben este bolso tiene siete cremalleras y siete compartimientos tres de las cremalleras están un poco dentro y puedo tener un compartimiento distinto para mis lápices de labios y mi dinero y mis papeles y mis cartas que tengo que mandar al correo y además están todos divididos con material ligero de modo que puedo vaciar cualquiera de los compartimientos cuando tengo que hacerlo y no se queda nada olvidado cuando cambio de bolso aunque Dios sabe que nunca quiero cambiar este que les mostraré, véanlo...

»Ésa era más o menos su manera de hablar, ya entienden, sin hacer uso de la puntuación. Luego, en su esfuerzo para mostrar cómo funcionaba el bolso, comenzó a hacer ruido de nuevo con las cremalleras, buscando un compartimiento que pudiera vaciar, sin crearse demasiado problema, supongo.

»Cuando finalmente se decidió, volvió el bolso del revés, lo sacudió y salió un pequeño diluvio de monedas y bisutería.

»"No ha quedado nada" dijo triunfalmente, esparciendo a un lado lo que había abierto y mostrándolo a la mujer que había preguntado. Luego, volvió a ponerlo todo en su sitio, y de nuevo hubo un ruido de cremalleras mientras intentaba decidirse por otro compartimiento para vaciarlo; pero, al parecer lo pensó mejor. Dejó el bolso y continuó hablando.

»Recuerdo este incidente y lo he repetido para mostrarles que, en el negocio de las novedades, tenemos que mantener los oídos y los ojos abiertos. Escuchar su charla acerca del bolso me dio la idea de una novedad que yo llamé "el bolso sin fondo". Era un bolso auténtico, con tres cremalleras en la parte de arriba y una cremallera escondida debajo. Las dos cremalleras de arriba eran simples y se abrían en dos compartimientos, pero no eran obstructivas. La cremallera del centro de arriba tenía un agarrador muy llamativo de cristal coloreado y era usualmente el único que veía la víctima.

»El poseedor del bolso podía llenarlo con objetos sin importancia y se lo daría entonces a alguna persona candorosa en una fiesta, "¿Quiere sostenérmelo durante un momento?". Luego, un poco más tarde, le pediría: "¿Es tan amable de sacar los polvos compactos de mi bolso? Están en la parte de arriba"...

La víctima, naturalmente, correría la cremallera que se veía y que activaría la cremallera escondida que estaba debajo. Con los dos compartimientos abiertos, todas las cosas se caerían al suelo para extrema confusión y horror de la víctima.

Avalon dijo con desaprobación:

—Y otra vieja amistad terminaría.

—En absoluto —replicó Silverstein—. Una vez la broma resultaba evidente, la víctima solía reírse más que nadie. Sobre todo teniendo en cuenta que se daba el placer de sentarse, mientras quien había planeado la broma tenía que molestarse en recoger todas las cosas que habían caído.

»Lo tuvimos en el mercado la primavera siguiente y fue bastante bien. No un récord mundial de ventas; pero fue bastante bien. Era un artículo de mujer, naturalmente; pero es una equivocación pensar que las mujeres no están interesadas en las novedades. Uno tiene que...

Trumbull interrumpió:

—¿Y fue ése el acontecimiento peculiar? ¿Vaciar el bolso?

Fue como si a Silverstein lo hubieran devuelto a la realidad con una sacudida. Se sonrojó y luego se rió de una manera incómoda.

—Bueno, no. En realidad todavía no he llegado a esa parte...

Me temo que tengo algo de la *Lengua* dentro de mí, en especial cuando se trata de un debate sobre mi profesión.

»Algún tiempo después del incidente del bolso, el muchacho de los Winters captó mi atención. Había estado observando y escuchándolo todo con una mirada de profundo interés; pero entonces, de repente mostró un aspecto preocupado.

Pareció dudar un momento; luego, se volvió hacia su padre y habló de prisa y en voz muy baja. Mientras escuchaba, el padre se puso tieso y su cara se volvió blanca como la de un muerto.

Murmuró algo a su esposa, y los tres comenzaron a buscar por el suelo, a mover las sillas y a mirar debajo. Parecían muy inquietos, en particular el padre.

»Hice lo que cualquier otro hubiera hecho, pregunté:

»¿Han perdido alguna cosa?

»El padre levantó la mirada, pareció por un momento hallarse perdido en sus pensamientos y luego, como si hubiera llegado a una decisión difícil, se levantó y contestó de una manera seca y pedante: Temo que mi hijo ha perdido un amuleto que él apreciaba mucho; aunque, naturalmente, carece de valor intrínseco. Tiene el aspecto de una moneda bastante grande con diversos símbolos de la buena suerte en

ambos lados. Puede haber rodado hacia alguna parte. Si alguien lo ve...

»Todos nos movimos por el mismo impulso cortés o, si ustedes quieren verlo con cinismo, porque hallamos que sería divertido buscar algo que estaba perdido y que no nos producía ninguna angustia personal. En cualquier caso, la habitación fue sometida en seguida a una búsqueda no sistemática pero minuciosa. Dos hombres movieron el sofá, buscaron entre el polvo que estaba debajo y luego volvieron a poner el mueble en su sitio. Fue mirado con detenimiento todo el material que había en la chimenea, fuera de uso. Se alzaron los bordes de la alfombra pero no sirvió de nada.

»Yo me sentía bastante culpable. El amuleto, tal como se le había descrito, no era uno de los nuestros; pero me sentía responsable de algún modo. Le dije al muchacho en tono suave: Sabes, hijo, que estos objetos de la suerte no traen en realidad ninguna buena suerte. Si no aparece, eso no significa que tú vayas a pasar dificultades de ninguna clase.

»El muchacho me miró a su manera, rápida e inteligente, aclaró: Lo sé. Simplemente no me gusta perder nada.

»Pero él me pareció muy preocupado de todos modos y, en mi negocio existe el axioma de que negar la superstición carece de valor. Los que la niegan es tan probable que crean como los que lo admiten.

»Cuando todos volvíamos a tomar asiento, alguien le dijo al muchacho: Quizá lo perdiste antes de entrar en esta habitación. Mr. Winters se volvió a su hijo y le preguntó: ¿Es eso posible, Maurice?

»Maurice pareció más asustado que nunca; pero su voz aguda era firme y contestó: No, padre, yo tenía el objeto de la suerte cuando entré aquí. Estoy seguro de ello.

»Winters aceptó sin recelo la palabra de su hijo que ponía el asunto fuera de discusión. Se aclaró la garganta y dio la impresión de estar incómodo y decidido. Entonces declaró: Señoras y señores, puede ser que alguno de ustedes haya recogido ese objeto sin valor hace un rato y lo haya tirado sin pensar, y que ahora se sienta reacio a admitirlo. Por favor, no dejen que esta molestia se interponga en el asunto. Esto significa mucho para mi pequeño Maurice.

»Nadie dijo ni una palabra. Cada uno miró de vecino a vecino como si esperasen que alguien sacara el amuleto, y curioso por ver quién lo haría. Winters, con la cara roja por la mortificación, permitió que sus ojos descansaran un momento en el grueso bolso de la *Lengua*. Al hacerlo, no pude evitar recordar las monedas que habían salido rodando de él, cuando ella mostró cómo podía ser vaciado.

»La *Lengua* había participado en la búsqueda y había estado inusualmente silenciosa desde entonces. Ella captó la mirada y no tuvo ninguna dificultad en interpretarla. Sus labios se pusieron un poco tirantes; pero no mostró ninguna señal

clara de agravio. Luego, sugirió: Bien, supongo que no se conformaría con que le dijera que yo no tenía esa cosa en mi bolso, usted querría verlo y cerciorarse por sí mismo así que simplemente vaciemos todo el bolso sobre la mesa.

»Fue realmente una representación impresionante y convincente. Ella puso el bolso sobre la mesa delante de ella y dijo despacio: Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... Con cada cifra que decía, llegaba el sonido de una cremallera que se *abría*. Entonces, volvió el bolso al revés y una cascada de objetos salió dando rebotes sobre la mesa. Ustedes no creerían que una mujer pudiera llevar tantas cosas de tantas clases diferentes en un bolso. Algunos objetos rodaron fuera de la mesa; pero ella no intentó pararlos. Sacudió el bolso para mostrar que no salía ya nada más y entonces lo apartó a un lado.

»Luego, dijo amablemente y sin ningún atisbo de mal humor: Chico, tú sabes cómo es tu amuleto, así que revuelve todo lo que está sobre la mesa y mira todo lo que ha caído al suelo.

Adelante, puedes mirar en mi cartera, y en cualquier sobre que veas. Sé que no cogerás nada que no sea tuyo.

»El muchacho le tomó la palabra y miró todas las cosas con minuciosidad, mientras su padre permanecía a su lado, observando atento el proceso. Finalmente el muchacho declaró: Padre, no está aquí.

»Winters asintió con expresión triste y la *Lengua* comenzó a poner los objetos de nuevo en su bolso, escogiendo cuidadosamente cuál de los siete compartimientos era el correcto para cada cosa y haciendo un comentario sobre la marcha mientras lo efectuaba. El muchacho le recogió los objetos del suelo.

»Después de eso, naturalmente, las otras dos señoras tuvieron que seguir el ejemplo y vaciar sus bolsos; pero con menos gracia que la *Lengua*. Yo fui el primer hombre que volvió hacia afuera sus bolsillos y luego los otros hicieron lo mismo.

»El objeto de la suerte no pudo ser encontrado en ningún lugar, ni en ningún bolso ni bolsillo. Sin embargo Winters seguía allí, reacio a abandonar, pero sin saber cuál debía ser el siguiente paso que podía dar.

»Yo todavía sentía un poco de responsabilidad, pero también me encontraba un poco irritado, así que dije: Si esto le hace sentirse un poco mejor, Mr. Winters, usted y yo podemos ir a la biblioteca, cerrar la puerta y bajar las persianas. Yo me quitaré la ropa y usted puede buscar en ella bolsillos escondidos y amuletos. Usted también puede ver si me lo he pegado a la piel.

»No pensé ni por un momento que él me cogiera la palabra; pero, maldita sea, sí que lo hizo. Pasé cinco minutos muy molestos e incómodos totalmente desnudo mientras él repasaba mis prendas y me estudiaba de frente, de lado y por detrás.

»Empezaba ya a preocuparme por si él sugería inspeccionar mis diversas aberturas; pero el objeto de la suerte, era sin duda demasiado grande para hacer que

fueran lugares de escondite razonables.

»Uno tras otro, los demás hombres siguieron mi iniciativa.

Uno hizo ademán de disponerse a rehusar; pero cuando todas las miradas se volvieron sobre él con clara sospecha, cedió. Sin embargo se puso hecho una furia tan pronto fue completada la investigación. Quizá llevaba sucia la ropa interior.

»Cuando todo se hubo realizado, la *Lengua* se levantó y sugirió: Bien, si Mrs. Winters nos hace el honor no me importa ser investigada después de todo puede haberse deslizado dentro de mi sujetador habría mucho espacio allí y a través de mi vestido no se mostraría por la manera que me pongo el chal por encima.

»Se marchó y, cuando volvió, las otras dos mujeres tuvieron que acceder a ser examinadas también.

Silverstein hizo una pausa en su relato para tomar un sorbo de su abandonado brandy, y Halsted intervino:

—Interpreto que el amuleto no se encontró sobre nadie.

—Es cierto —contestó Silverstein— no lo fue. Pero Winters no cedió con facilidad. Se puso en contacto con el gerente del hotel y le persuadió para que encargara a dos empleados que le ayudasen a revisar la habitación todavía con más minuciosidad; y también los pasillos adyacentes, los alféizares y otros lugares. Al menos, ésa es la historia que corrió al día siguiente.

—¿Y lo encontraron? —preguntó Halsted.

—No —respondió Silverstein—. Al día siguiente Winters se mostró todavía más sulfurado. Por la noche, realizó lo que supuse que era una marcha anticipada, y yo mismo oí al gerente asegurándole febrilmente que la búsqueda continuaría y que tan pronto como el objeto de la suerte apareciera, le sería enviado.

—¿Y lo encontraron después?

—No, no se encontró. Al menos, no nos llegó ninguna noticia de ello hasta el momento en que mi esposa y yo nos marchamos una semana más tarde... Pero ustedes ven el aspecto peculiar, ¿no?

Gonzalo contestó:

—Sin duda. La cosa desapareció en la nada.

—Desde luego que no —opinó Avalon agudamente—. En primer lugar, ¿qué pruebas tenemos de que el objeto existiera?

Todo el asunto podía haber sido un invento.

—¿Con qué finalidad? —preguntó Drake haciendo una mueca.

Avalon repuso:

—Para demostrar que había desaparecido, naturalmente.

—¿Pero por qué? —inquirió Drake de nuevo—. Si fuera algo que tuviera valor sí puedo entender que los Winters estuvieran poniendo la base para una reclamación de seguro... Pero el valor de un objeto de la suerte, ¿cuánto es? ¿Setenta y cinco

centavos?

—Yo no sé el motivo —dijo Avalon exasperado—. Lo único que supongo es que los Winters tenían alguno. Me inclino más a creer en la existencia de un motivo desconocido que en la total desaparición de un objeto material.

Silverstein movió la cabeza.

—No creo que fuera un invento, Mr. Avalon. Si Winters estaba jugando un juego programado, éste, su esposa y su hijo formaban parte de él.

—En cuanto a la esposa no lo puedo decir con seguridad; pero aquel muchacho, Maurice, no estaba actuando. No dudo, ni por un momento, de que estaba realmente asustado.

»Entonces, si todos estaban haciendo comedia, ¿por qué Mr. Winters tuvo que creer necesario llegar a tales extremos?

Una búsqueda mucho más sencilla habría sido suficiente para establecer que el objeto de la suerte se había perdido, si eso era todo lo que querían. *Ésa* fue la cosa que me resultaba peculiar.

¿Por qué tenían los Winters que haber buscado con un cuidado tan extremo y por qué tenía que haber parecido Maurice asustado, más que simplemente apenado? ¿No ven ustedes la explicación? A mí me parece obvia.

Durante unos momentos hubo un silencio entre los Viudos Negros, y luego Rubin sugirió:

—¿Por qué no nos da su versión, Mr. Silverstein, y entonces nosotros decidimos si es correcta o no?

Silverstein sonrió.

—Oh, ustedes estarán de acuerdo conmigo. Una vez el asunto quede explicado, les parecerá tan obvio como me lo parece a mí... El amuleto *no* era del muchacho, sino que era de su padre. Winters le había permitido a su hijo tenerlo durante un rato y el chico lo había perdido. Estoy seguro de que el chaval conocía el gran valor en que su padre tenía el objeto de la suerte y por eso se mostraba asustado, *muy* asustado, y yo no lo critico. Solamente si uno se da cuenta de que Winters estaba buscando su *propio* objeto de la suerte, se hace cargo de la naturaleza de su búsqueda.

Halsted intervino.

—Él insistió en que el objeto era de su hijo.

—¡Naturalmente! La gente es muy dada a negar sus supersticiones, como les dije antes, en especial si son inteligentes y educados y están en presencia de otra gente educada, y más todavía si el poder de la superstición es patológicamente fuerte. Son lo bastante inteligentes para estar avergonzadísimos de su extravío y, sin embargo, sentirse impotentes ante su dominio. Soy un profesional en tales asuntos y les digo que es así.

Naturalmente, él haría ver que el amuleto era de su hijo. Yo me lo creí al

principio. Sin embargo, a medida que observaba a Winters, fui reconociendo que sus emociones eran las de alguien aterrorizado por la creencia de que su suerte se ha desvanecido para siempre. Era tan víctima del ansia irresistible de aquella protección desaparecida, como un adicto a las drogas lo es por la heroína que le falta.

Trumbull apuntó:

—Sin embargo, usted vende este sucedáneo de la droga a la gente.

Silverstein meneó la cabeza.

—Un pequeño porcentaje, que cada vez es menor, están afectados de modo tan extremo. ¿Tiene que acusarse a una fábrica de penicilina de la muerte de unos pocos que desarrollan una sensibilidad fatal respecto de ella...? Bien, Mr. Rubin, ¿tengo razón o no?

Silverstein sonrió confiado.

Rubin replicó:

—Me temo que no la tiene. Usted está considerando el comportamiento de Winters de dos modos irreconciliables. Si él estaba tan dominado por la manía del objeto de la suerte como para llevar a cabo una búsqueda de psicópata, no parece lógico que se lo hubiera entregado a su hijo para que jugara con él. No; considero que es imposible creer en la historia del objeto de la suerte ni en cuanto al hijo ni en cuanto al padre.

Silverstein declaró con el tono ofendido de una persona cuya inteligente idea proclamada triunfalmente es dejada de lado con cortesía.

—Me gustaría oír una explicación alternativa que tenga sentido.

—No hay ningún problema —contestó Rubin.

—Yo supongo que el llamado objeto de la suerte era, en realidad, un artículo muy valioso.

—¿Quiere usted decir que era realmente una pieza de oro o que contenía joyas auténticas o que era una obra de arte?

—preguntó Silverstein, con lo que era casi una sonrisa burlona—. Si es así, todavía queda en pie la objeción que usted hizo.

¿Por qué dársela al muchacho para que jugara con ella? Y, además, ¿por qué llamarle objeto de la suerte? Si Winters hubiera mencionado su valor, tendríamos que haber mirado con más interés y habernos sometido al registro de mejor grado.

—Pudiera ser —sugirió Rubin— que el valor residiera en algo que no se podía mencionar. Supongamos que fuera un aparato de alguna clase, o que llevase un mensaje... una talla codiciada, o un microfilme en un compartimiento interior diminuto...

Silverstein frunció el ceño.

—¿Sospecha que Winters era un espía?

—Considerémoslo como una hipótesis —planteó Rubin—.



Winters, al tener alguna razón para creer que había otras personas siguiéndole la pista y que se haría un esfuerzo para quitarle el objeto que llevaba, se lo pasó a su hijo en lugar de llevarlo él, creyendo que en el chico nadie pensaría.

Avalon gruñó con desaprobación.

—Una cosa un tanto cruel para que la haga un padre.

—No, en absoluto —le contradijo Rubin—. Winters seguiría siendo el único expuesto a ser atacado si es que había peligro de una cosa así. Pero entonces no se le encontraría el objeto encima. Si no se sospechaba de que el chico era el portador, éste no estaría en peligro en ningún momento. Al menos, ésa debió haber sido la esperanza del padre. Y si *hubiera* peligro para el muchacho, podría ser que él fuera de la clase de patriotas que creen que su país y su obligación están en primer lugar.

»Cuando resultó que el objeto había desaparecido, el primer pensamiento de Winters debió haber sido que se había caído de forma accidental; pero, al no ser hallado en seguida, llegó sin duda a la conclusión aterradora de que había sido robado por un enemigo. Entonces, llevó a cabo una búsqueda importante con la esperanza de que su adversario, quienquiera que resultase serlo, fuera descubierto en el momento en que se encontrara el objeto. Naturalmente, él tenía que hacer ver que era una cosa trivial la que estaba buscando. Pero, dado que no se encontró, se vio obligado a abandonar, con su misión destruida y su personalidad desvelada. Y con su enemigo seguro.

No envidio su situación. Y no me extraña que su hijo estuviera asustado, si era lo bastante inteligente como para poder entender lo que estaba pasando.

Los Viudos Negros no mostraron un entusiasmo particular respecto a esto. Drake movió la cabeza con aire solemne.

Rubin manifestó indignación.

—¿Qué es lo que piensa, Tom? Esto es una especie de hijo suyo.

Trumbull se encogió de hombros.

—Yo no sé todo lo que pasa. Esto sucedió hace nueve años, ¿no, Silverstein?

—Sí, señor.

—Puede ser que hubiera algo entonces que implicara a Sudáfrica y a sus intentos de desarrollar una bomba nuclear...

Sin embargo, el Gobierno norteamericano no estaba implicado en ese asunto.

—No tenía que estarlo —contestó Rubin—, por lo que sabemos. Pero considero, Tom, que mi interpretación es posible.

—Posible, sin duda, pero no pasa de ahí.

Gonzalo intervino.

—Se están saliendo del tema. Están hablando de motivaciones, y de por qué un niño tendría que parecer asustado, y de por qué un tipo tendría que registrar como un loco a las personas. Nadie parece tener el menor interés por el enigma auténtico.

¿Cuál es la diferencia entre que sea un amuleto o la llave de una bomba nuclear?  
¿Qué le sucedió? ¿A dónde fue a parar?

Avalon declaró con aire sereno:

—No veo ningún misterio ahí. Para empezar, la única manera de que el objeto pudiera desaparecer en la nada era que no hubiera sido llevado a aquel lugar. A pesar de la negativa del joven, él debió de haberlo perdido antes de entrar en la habitación, y tenía miedo de admitirlo... Eso, si aceptamos en primer lugar que existió. Después de todo, fuera o no inteligente, tenía doce años. No pudo resistirse a jugar con él y tal vez lo dejo caer en cualquier sitio inaccesible. Él, entonces, no se atrevió a decir nada acerca de ello, porque sabía que era importante para su padre. Luego, en la habitación, su padre le pregunta si está seguro. Él tiene que admitir que se ha perdido; pero no puede confesar que lo ha perdido antes. No se atreve.

—¡No! —gritó Silverstein en tono violento—. Él no era de esa clase de jóvenes. Si ustedes lo hubieran visto, se hubieran dado cuenta de que había sido educado para cumplir con una rigidez de conducta propia de adultos. El padre no le preguntó por el objeto de la suerte. El muchacho fue hasta él para comunicarle que había desaparecido. Si él lo hubiera perdido anteriormente, le habría informado entonces. Estoy seguro de eso.

Drake propuso:

—Supongamos que la pérdida fuera accidental. Él podía haber sacado un pañuelo del bolsillo una hora antes en algún lugar y el objeto salirse y caer en la hierba, por ejemplo. Podía no haber notado la pérdida hasta que estuvo en la habitación.

—¡No! —protestó de nuevo Silverstein—. El muchacho dijo que él lo tenía cuando entró en la habitación y su padre le creyó sin dudarle ni un momento. Conocía a su hijo.

Avalon inquirió:

—Bien, Mr. Silverstein, si usted insiste en que el objeto existió de verdad y se perdió en la sala, ¿tiene alguna idea de a dónde fue a parar?

Silverstein se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá cayó por una grieta al sótano. Quizás estaba en un sitio normal y, por alguna razón, todo el mundo lo pasó por alto. Muchas veces he registrado mi apartamento en busca de alguna cosa que parecía haberse desvanecido, y luego, cuando la encontré, resultó que había estado a la vista todo el tiempo.

—Sí, después de que usted la *encontrara* —puntualizó Avalon—. Uno siempre lo encuentra. Incluso sin una búsqueda tan prolongada e intensa como la de Winters.

Se hizo un momentáneo silencio y luego Trumbull continuó:

—Parece que estamos en un callejón sin salida. El enigma es interesante; pero no veo que se pueda resolver. No tenemos suficiente información.

Gonzalo intervino:

—Bien, esperemos. No hemos escuchado la opinión de Henry.

Trumbull protestó:

—No se lo encasquete a Henry. Si un enigma es insoluble, lo es incluso para Henry.

—¿Es cierto eso? —preguntó Gonzalo—. Bien, quiero oírse lo decir a Henry... ¿Henry?

El camarero, que, desde el mostrador, había escuchado con atención todos los argumentos, les dirigió una leve sonrisa amable y familiar.

—La verdad, Mr. Gonzalo, es que no puedo dejar de pensar en que cabe sugerir una solución. No es necesario considerar que el objeto haya desaparecido de manera misteriosa.

Las cejas de Trumbull se alzaron.

—¿De veras, Henry? ¿Qué es lo que sugiere?

—Bien, señor, consideremos el comentario de Mr. Silverstein de que él había diseñado un bolso con truco gracias a la inspiración del que usaba Mrs. Freed, la mujer que hablaba tanto.

Silverstein se quedó mirando fijamente.

—¿Quiere decir que la *Lengua* poseía un bolso con trampa?

—No, señor; pero se me ocurrió que podían hacerse trucos incluso con un bolso normal si éste tenía siete cremalleras y siete compartimientos.

—Convendría que se explicase mejor, Henry, —dijo Drake.

Henry continuó:

—Esto es sólo una suposición, caballeros, pero imaginemos que Mrs. Freed hablara sin cesar con un propósito. Una persona que se gana el sobrenombre de *La Lengua*, tiene que parecer tonta a cualquiera que sea menos penetrante que Mr. Silverstein y puede dar por seguro que será infravalorada... lo cual es una ventaja para un espía.

»Supongamos que ella hubiera tenido noticias de la existencia del objeto y, por alguna razón, sospechase que estaba en posesión del muchacho, Maurice. Su ovillo de lana se cayó al suelo varias veces y, al menos una, según Mr. Silverstein, rodó en dirección al chico. Éste se precipitó a ayudarlo; ella lo acarició; y, de este modo, lo distrajo al mismo tiempo que lo tocaba... Un viejo truco de carterista. Un momento después, el objeto no estaba en el bolsillo del muchacho, sino en la mano de Mrs. Freed.

»Seguidamente, ella buscó una pastilla de menta. Al hacerlo, el objeto fue dejado caer en el compartimiento que ya había abierto y que no contenía nada. Tuvo que mover las cremalleras en busca de las pastillas, y, cuando acabó de hacerlo, todos los compartimientos estaban cerrados, incluyendo el que guardaba el objeto.

»Entonces ella mostró lo seguro que era el bolso y con qué facilidad podía ser

vaciado abriendo un compartimiento y volviendo el bolso al revés. Después de haber hecho esa demostración, intentó impresionar a todo el mundo, volvió a manipular las cremalleras, según Mr. Silverstein, como si estuviera buscando otro compartimiento con el cual hacer las demostraciones; pero, al parecer, con la intención contraria. Al terminar sus manipulaciones, todos los compartimientos se hallaban cerrados, excepto el que tenía el objeto. Ése estaba abierto.

Ella solamente tenía que esperar. Si no se daban cuenta de que el objeto se había perdido, estupendo. Si era notada la pérdida, estaba preparada.

»La desaparición fue descubierta, y la mirada de Winters cayó sobre el bolso. Ella en seguida se ofreció a vaciarlo y tiró de todas las cremalleras, contando ostentosamente del uno al siete a medida que lo hacía. Cuando terminó, los seis compartimientos que habían estado cerrados, se encontraban abiertos, y el único que estaba cerrado era el que tenía dentro el objeto, y nada más; porque había sido cerrado al correr la cremallera fingiendo que lo abría.

Entonces ella volcó el bolso y de él cayó hasta la última cosa que contenía *excepto* aquel objeto. Y como ella se había esforzado mucho en no parecer más que una charlatana, se cuidó mucho de establecer un ambiente adecuado y, además, se mostró de acuerdo, encantada, con la búsqueda, a nadie se le ocurrió la idea de investigar el bolso aparentemente vacío. Al final, por tanto, el objeto pareció haberse desvanecido en el aire.

Mr. Silverstein, cuya boca se había ido quedando abierta mientras Henry hablaba, la cerró con lo que pareció ser un esfuerzo y luego dijo:

—Pudo haber sucedido exactamente así. Parece estar perfectamente de acuerdo con lo que vi, y he explicado el relato tantas veces durante nueve años, que no hay duda de que no me he olvidado de lo que vi. Sin embargo, supongo que no podemos tenerlo nunca por cierto.

—No, —convino Trumbull—; pero yo apostaría por Henry y de ahora en adelante, creo que mi gente estará vigilante con las charlatanas inocentes que lleven bolsos intrincados.

—Solamente si tienen cremalleras, señor —puntualizó Henry—. Los bolsos con pasadores y cierres se abren suavemente; pero se cierran con un fuerte golpe. En cambio, el sonido de una cremallera que se abre no se puede distinguir del de una cremallera que se cierra, porque ambos son exactamente iguales.

## POSTFACIO

*Tal como he explicado en el post scriptum anterior, El amuleto fue comprado y remunerado; pero la revista que iba a publicarlo nunca apareció. La narración, por tanto, hace su primera aparición en este libro. Eso no me preocupa. En cada una de mis colecciones de los Viudos Negros, me las he arreglado para incluir algunos*

*relatos que no han aparecido en ningún otro lugar. Yo lo considero como un premio para quienes tienen la generosidad de comprar estos libros.*

*De cuando en cuando, necesito incluir unos detalles gráficos de alguna faceta de la experiencia humana como parte del fondo de estas narraciones. En El amuleto, por ejemplo, yo hablo de forma un poco extensa del negocio de las novedades.*

*Puede que ustedes hayan admirado la pulcritud de mi investigación en el asunto; pero, por favor, no lo hagan. Soy demasiado perezoso (y estoy demasiado ocupado escribiendo un millón de cosas más) para desperdiciar el tiempo en la investigación.*

*Cuando necesito detalles sobre el negocio de las novedades, me limito a sacarlos de mi imaginación siempre febril. Por tanto, si alguno de mis lectores lleva un negocio de novedades y cree que he cometido un error, le ruego que me escriba y me ilustre.*

## El triple diablo (1985)

---

“Triple Devil”

No era sorprendente que en este particular banquete de los Viudos Negros la conversación derivara hacia el tema de los hombres que se han hecho a sí mismos.

Después de todo, Mario Gonzalo, anfitrión de la noche, había traído como invitado al propietario retirado, muy conocido, de una cadena de librerías, Benjamín Manfred. Era también muy sabido que Manfred había vendido periódicos cuando era muchacho, hacía más de medio siglo, y era hijo de padres pobres, pero honrados... Muy honrados, y muy, muy pobres.

Y ahora él estaba aquí, no como un Getty o un Onassis; pero muy bien situado. Y con cuatro hijos y muchos nietos, todos ocupados en algún aspecto de la cadena. Él era el fundador de la dinastía, nada menos.

Manfred había telefoneado para decir, con muchas excusas, que se retrasaría un poco, pero que seguro que estaría allí antes de que el banquete hubiera comenzado. Eso significaba que el aperitivo tenía lugar sin su presencia, y la conversación se desarrollaba con toda libertad, sin la inhibición lógica que se produce cuando está delante quien es tema de la conversación.

Tampoco sorprendió que fuera Emmanuel Rubin el que pontificara más alto.

—Ya no quedan personas que se hayan hecho a sí mismas, ni hombres ni mujeres —dijo, con pasión.

Y cuando Rubin hablaba con pasión no había más remedio que escuchar. Si su metro sesenta de altura le hacía ser el más bajo de los Viudos Negros, su voz era, sin lugar a dudas, la más fuerte. Añadamos a eso la hirsutez de su barba gris y escasa y el brillo de sus ojos a través de sus espesas gafas, que servían para magnificarlos de modo casi amenazador, y resultaba imposible ignorarlo.

—Ben Manfred es un *self-made man* —dijo Gonzalo a la defensiva.

—Quizá lo sea —aceptó Rubin, reacio a hacer excepciones a cualquier generalización que hubiera lanzado—. Pero él se hizo a sí mismo en los años veinte y treinta. Estoy hablando de *ahora*, de la Norteamérica de después de la Segunda Guerra Mundial, que es próspera y con la mentalidad del bienestar.

Uno siempre puede encontrar ayuda abriéndose camino a través de la escuela, apoyándose en la protección del desempleo, consiguiendo beneficios de algún tipo para poder empezar.

Seguro que, si quieres, lo haces; pero no por ti mismo, nunca por ti mismo. Existe todo un aparato gubernamental que te respalda.

—Puede que tenga algo de razón en lo que dice, Manny —admitió Geoffrey Avalon.

Bajó la vista con aire de diversión algo distante. Su estatura de metro ochenta y

cinco hacía de él el más alto de los Viudos Negros.

—Sin embargo —continuó—, ¿usted no se consideraría un *self-made man*? Nunca oí que usted heredase o se casara con una mujer de fortuna y no le veo a usted, de ningún modo, aceptando ayudas del Gobierno.

—Bien, yo no he conseguido nada con facilidad —manifestó Rubin—. Pero uno no puede ser un *self-made man* hasta que sus logros no sean totales. Aunque no tuve un padre rico ni tengo una esposa rica, tampoco soy yo mismo rico, lo que se dice rico. Puedo permitirme algunas de las cosas bonitas de la vida, pero *rico* no soy. Lo que tenemos que hacer es definir al hombre autorrealizado. No es suficiente que no se esté muriendo de hambre. No es suficiente que se halle en mejor posición de lo que acostumbraba a estar. Un *self-made man* es alguien que comienza siendo pobre, sin ningún dinero por encima de su nivel de subsistencia. Luego, sin que le vengan grandes tajadas de dinero del exterior, él se las arregla, por medio de un duro trabajo y de una aguda perspicacia para los negocios, o con un enorme talento para convertirse en millonario.

—¿Y dónde deja la suerte? —gruñó Thomas Trumbull—. Supongamos que apuesta en las carreras y gana un millón de dólares, o que está continuamente al lado de los ganadores en una pista de carreras.

—Ustedes saben que eso no cuenta —respondió Rubin—. En ese caso, se es una persona de suerte y nada más. Eso ocurre si uno saca a un anciano de debajo de un coche de caballos y él invoca la bendición del cielo sobre ti y te da un millón de dólares. Y tampoco tengo en cuenta a aquellas personas que se hacen ricas por medio de una actividad ilegal. Al Capone, partiendo de una base de cero, estaba haciendo sesenta millones al año antes de haber cumplido los treinta años, en el tiempo en que el dólar valía un dólar y no veintidós centavos.

Por otra parte, tampoco pagaba impuestos. Ustedes pueden llamarle *self-made man*; pero, según mi definición, no lo era.

—El problema que hay con usted, Manny —observó Roger Halsted—, es que quiere restringir el término a la gente que usted aprueba moralmente. Andrew Carnegie era un *self-made man* y fue un gran filántropo, después de que hubiera hecho sus millones, y, por lo que sé, nunca le metieron en la cárcel.

Sin embargo, en su camino hacia arriba, apostaría a que se metió en actividades empresariales cuestionables y que se las arregló para explotar a los pobres todo lo que pudo.

Rubin aclaró:

—Estar dentro de la ley es todo lo que pido. No espero que nadie sea un santo.

Gonzalo preguntó con un aire de inocencia nada convincente:

—¿Y qué pasa con su amigo, Isaac Asimov, Manny...?

Naturalmente, Rubin picó el anzuelo en seguida.

—¿Mi *amigo*? Sólo porque le presto unos pocos dólares de cuando en cuando para ayudarlo a pagar el alquiler, dinero que no espero volver a ver, él va diciendo por ahí que es mi amigo.

—Vamos, Manny. Nadie va a creerse esa calumnia. Él está en buena posición. Y, según su autobiografía, comenzó sin nada. Trabajaba en la confitería de su padre y también repartió periódicos. Es un *self-made man*.

—¿Es verdad eso? —inquirió Rubin—. Bien, en tal caso, todo lo que puedo decir es que él adora a su creador.

Rubin hubiera seguido improvisando, de forma interminable, variaciones sobre el tema; pero en ese momento llegó Benjamin Manfred y la conversación se detuvo en seguida, mientras Gonzalo hacía las presentaciones.

Manfred era de estatura media, muy delgado, con la cara arrugada pero agradable. Tenía el cabello escaso y blanco; y vestía de una manera pulcra, pero pasada de moda. Por ejemplo, llevaba un chaleco, y uno se sorprendía de que no llevara también una cadena de reloj que cruzara de un lado al otro. En lugar de esto, llevaba un reloj de pulsera, pero estaba tan anticuado que había que darle cuerda.

Recibió las presentaciones con una agradable sonrisa y, cuando Rubin y él se dieron la mano, dijo:

—Estoy muy complacido de conocerle, Mr. Rubin. Leo con gran placer sus narraciones de misterio.

—Gracias, señor —contestó Rubin, esforzándose por ser modesto.

—En mis librerías siempre puedo contar con buenas ventas de sus libros. Casi iguala a Asimov.

Se fue hacia otro lado para saludar a James Drake, mientras Rubin, lentamente, se volvía de un furioso color magenta y los otros cuatro Viudos Negros pasaban grandes apuros en sus esfuerzos desesperados para no reír.

Henry, el camarero perpetuo de los Viudos Negros, después de cerciorarse de que le habían servido al anciano un generoso Martini seco, anunció que la cena estaba servida.

Drake apagó el cigarrillo y miró con placer el pequeño montículo de caviar que había en su plato. Se sirvió él mismo de los condimentos que iba pasando Henry. Dudó con la cebolla picada y luego, con decisión, tomó dos porciones.

Después, susurró a Gonzalo:

—¿Cómo puede permitirse tomar caviar, Mario?

Mario le susurró a su vez:

—El viejo Manfred me paga muy bien por un retrato para el que está posando. Por eso lo conozco y puedo, al mismo tiempo, proporcionarle un buen rato con su dinero.

—Es bonito conocer a gente que todavía quiera que pinten retratos suyos.



—Algunas personas todavía tienen buen gusto —contestó Gonzalo.

Drake sonrió.

—¿Le importaría repetir eso en voz lo bastante alta como para que Manny lo oyese?

—No, gracias —repuso Gonzalo—. Yo soy el anfitrión y tengo la responsabilidad del decoro de la mesa.

La mesa, tal como estaba, no podía ser más decorosa. Rubin parecía dominado y dejó pasar una docena de oportunidades de decirle a Manfred lo que iba mal en el negocio de la venta de libros y cómo esto contribuía al empobrecimiento de autores jóvenes de valor.

Aunque los Viudos Negros estaban más sosegados al abstenerse Rubin de discutir, se sentían lo suficientemente felices y, conforme pasaban los platos, iban expresando en voz alta sus alabanzas: la sopa de tortuga, el pato asado con hojuelas de patatas y lombarda, el alaska cocido al horno... Quizá les faltó un poco de tacto al manifestar su sorpresa porque la cena dirigida por Gonzalo tuviera tales refinamientos.

Gonzalo lo aceptó con buen humor y, cuando llegó la hora de hacer sonar melodiosamente su vaso de agua con la cuchara, realizó incluso un noble intento de apaciguar a Rubin.

—Manny, usted es la persona que tiene idea de libros aquí, y todos estamos de acuerdo en que es el mejor de la clase sin discusión. ¿Querría, por favor, hacernos el honor de interrogar a Mr. Manfred?

Rubin resopló con fuerza, y afirmó, sin aumentar su habitual caudal de malhumor:

—Puedo, desde luego. Dudo de que haya ningún otro entre ustedes que sea lo bastante instruido para ello.

Se volvió hacia Manfred y preguntó:

—Mr. Manfred, ¿a qué se dedica usted?

Manfred no pareció sorprendido por la pregunta y contestó:

—Si existe una persona que no deba tener ninguna dificultad en explicar lo que hace, es alguien cuyo negocio consista en ser proveedor de libros. Los libros, caballeros, contienen toda la sabiduría reunida de la Humanidad, el conocimiento recogido de los pensadores del mundo, la diversión y la ilusión construida por las imaginaciones de gente brillante. Los libros encierran humor, belleza, ingenio, emoción, pensamiento y, en verdad, todo lo relativo a la vida. La vida sin libros está vacía.

Halsted murmuró:

—En los tiempos actuales existen el Cine y la Televisión.

Manfred escuchó y dijo con una sonrisa:

—Miro la televisión, también a veces deseo ver una película.

Porque aprecie una comida como la que acabamos de hacer, no significa que no pueda comer un perrito caliente alguna vez que otra. Pero no confundo las dos cosas. Por muy espléndidas que puedan parecer las películas y la televisión, son basura para la mente, diversión para los analfabetos, un poco de entretenimiento para aquellos que, de momento, no están de humor para nada más.

—Por desgracia —observó Avalon con aire solemne—, Hollywood es el lugar donde está el dinero.

—Naturalmente —convino Manfred—; pero, ¿qué es lo que eso significa? Sin duda, una cadena de hamburgueserías harán más dinero que un restaurante de cuatro estrellas; sin embargo, eso no convierte a la hamburguesa en pato de Pekín.

—No obstante —intervino Rubin—, y puesto que estamos discutiendo sobre dinero, ¿puedo preguntarle si usted se considera un *self-made man*?

Manfred levantó las cejas.

—Es una frase anticuada, ¿no?

—Cierto —reconoció Rubin con un gesto de entusiasmo—.

Yo mantuve exactamente eso mismo durante el aperitivo. Mi opinión es que, en el día de hoy, es imposible que nadie sea un auténtico *self-made man*. Existe demasiada ayuda rutinaria por parte del Gobierno.

Manfred se movió con una risa silenciosa.

—Antes del New Deal no ocurría así. El Gobierno en aquellos días era un arbitro neutral y muy moral. Si una gran sociedad tenía una discusión con un pequeño empleado, el trabajo del Gobierno consistía en asegurarse de que las dos partes tuviesen sólo la ayuda que pudieran permitirse. ¿Se puede ser más justo? Naturalmente, los ricos siempre ganaban; pero eso era sólo una coincidencia, y si el pobre no lo veía así, el Gobierno enviaba a la Guardia Nacional para explicarle las cosas. Aquéllos eran días grandes.

—Sin embargo, el caso es que usted era pobre de joven, ¿no?

—Muy pobre. Mis padres llegaron a los Estados Unidos desde Alemania en mil novecientos siete, y me trajeron con ellos. Tenía tres años en aquel momento. Mi padre estaba empleado en una sastrería y, para empezar, ganaba cinco dólares a la semana. Yo era entonces el único hijo; pero pueden imaginar cómo mejoró su posición económica cuando más tarde tuvo tres hijas, una detrás de la otra. Él era socialista y elocuente, y tan pronto como adquirió la ciudadanía, votó por Eugene V. Debs. Esto hizo que algunas personas, cuyas opiniones sobre la libertad de expresión estaban estrictamente limitadas a la libertad de *su* expresión, creyeran que él debía ser deportado.

»Mi madre ayudaba con un trabajo a tiempo parcial entre hijo e hijo. Desde la edad de nueve años, yo repartía periódicos por la mañana antes del colegio y tenía

trabajos sueltos después de las clases. De algún modo, mi padre consiguió ahorrar lo suficiente para comprar al contado una pequeña sastrería y yo trabajaba con él después de la escuela. Cuando tuve dieciséis años, ya no tuve que permanecer en la escuela, así que la abandoné en seguida para trabajar en la tienda todo el tiempo.

Nunca terminé el bachillerato.

Rubin comentó:

—Usted no parece una persona sin instrucción.

—Depende de cómo defina usted la instrucción. Si está dispuesto a estimar la clase de instrucción que uno pesca por sí mismo en los libros, entonces yo soy instruido, gracias al viejo Mr. Lineweaver.

—¿Ese Mr. Lineweaver le dio libros a usted?

—En realidad, sólo uno. Pero hizo que me interesara por los libros. De hecho, yo le debo casi todo. Sin él, no habría conseguido despegar; así que quizá no sea un *self-made man*; sin embargo, no es que me diera nada. Tuve que hacérmelo todo por mí mismo, así que acaso soy en realidad un *self-made man*.

Bueno..., no estoy seguro.

Drake intervino:

—Usted hace que me sienta confundido, Mr. Manfred. ¿Lo que ocurrió es que tuvo que trabajar por sí mismo? ¿Un enigma de alguna clase?

—En cierto modo.

—¿Existe algún episodio de su vida que sea bien sabido?

—Hubo alguna mención en los periódicos de la época —repuso Manfred—, pero fue hace mucho tiempo y ya está olvidado. A veces, sin embargo, me sorprendo de lo bonito que fue todo. ¿Le saqué provecho? Yo fui acusado de influencia indebida y de Dios sabe qué. Pero gané.

Rubin añadió:

—Me temo, Mr. Manfred, que debo pedirle que nos cuente la historia con detalle. Cualquier cosa que usted diga será considerada confidencial, y nadie la comentará fuera de aquí.

Manfred comentó:

—Así me lo explicó Mr. Gonzalo, señor, y lo acepto.

Por un momento, los ojos de Manfred se posaron en Henry, el cual permanecía en el mostrador con su aire acostumbrado de atención respetuosa.

Trumbull captó la mirada y aclaró:

—Nuestro camarero, que se llama Henry, es miembro del club.

—En ese caso —continuó Manfred—, les relataré la historia y, si ustedes la encuentran pesada, no tienen más que quejarse.

—Espere —interrumpió Gonzalo con cierta autoridad—. Si hay en ello cualquier enigma o misterio, me imagino que usted lo resolvió. ¿Es verdad?

—Oh, sí. No hay ningún misterio que espere ser esclarecido.

—Hizo un gesto con las manos como de borrar—. No existe ningún enigma.

—En ese caso —pidió Gonzalo—, cuando hable de la historia de Mr. Lineweaver, no nos cuente la solución del enigma. Deje que la adivinemos.

Manfred se rió.

—Ustedes no la adivinarán. Al menos de forma correcta.

—Bien —dijo Rubin—; por favor, continúe con el relato e intentaremos no interrumpir.

Manfred explicó:

—La narración comienza cuando yo aún no tenía quince años, justo después del final de la guerra..., la Primera Guerra Mundial. Era sábado, no había escuela; pero todavía tenía periódicos que repartir y la última parada de la ruta era una vieja mansión. Yo dejaba el periódico en un pequeño gancho que estaba al lado de la puerta y, una vez a la semana, tocaba el timbre, salía un sirviente, pagaba los periódicos y me daba un cuarto de dólar como propina. El pago normal era diez centavos, así que me sentía siempre agradecido a ese lugar singular.

»El sábado era el día de cobro, así que pulsé el timbre, y en esta ocasión, por primera vez que recordase, salió el viejo Mr. Lineweaver. Quizás ocurrió simplemente que él estaba cerca de la puerta cuando toqué el timbre. Tenía unos setenta años y me creí que era otro sirviente... Ya he dicho que yo nunca lo había visto hasta entonces.

»Era un día de enero intensamente frío. Estábamos en 1919.

Yo iba vestido de un modo inadecuado. Llevaba el único abrigo que tenía, y era bastante fino. Mis manos y mi cara estaban de color azul, y temblaba. Yo no sentía una particular pena por mí, dado que había repartido periódicos en muchos días de frío y la cosas iba como iba, eso era todo. ¿Qué podía hacerse?

»Mr. Lineweaver, sin embargo, parecía alterado y me dijo:

»—Entra, muchacho. Te pagaré en un lugar que esté caliente.

»Su aire autoritario hizo que me diera cuenta de que él era el propietario de la casa, y eso me asustó.

»Luego, cuando me pagó, me dio un dólar como propina.

Nunca había oído hablar de una propina de un dólar. A continuación, me llevó a su biblioteca..., una gran habitación con estantes desde el suelo hasta el techo en todas las paredes y una galería con libros adicionales. Hizo que un sirviente me trajera un chocolate caliente y me tuvo allí durante casi una hora, haciéndome preguntas.

»Yo intenté ser muy educado, pero, finalmente, le dije que tenía que irme a casa porque mis padres pensarían que me había ocurrido algo. No podía llamarles para tranquilizarlos; porque, en 1919, muy poca gente tenía teléfono.

Cuando llegué a mi casa mis padres estaban muy impresionados, en especial con la propina de un dólar, que mi padre cogió y se llevó. No fue crueldad por su parte; era simplemente que había un cofre común para las ganancias de toda la familia y ninguno de nosotros podía sacar nada de él para sí mismo. Mi sueldo de la semana era exactamente cero.

»Al sábado siguiente, el viejo Mr. Lineweaver me estaba esperando. No hacía tanto frío como la semana anterior; pero volvió a invitarme a un chocolate caliente. Cuando me ofreció otro dólar, yo seguí las instrucciones de mi padre y le dije que era demasiado y que un cuarto de dólar era suficiente. Mi padre, me temo, había aprendido de la vida a desconfiar de la generosidad inexplicable. Mr. Lineweaver se rió y dijo que no tenía nada más pequeño y que debía tomarlo.

»Sospecho que él se dio cuenta de las miradas curiosas que estaba dirigiendo a los libros, porque preguntó si yo tenía libros en casa. Le respondí que mi padre tenía un par de ellos, pero que estaban en alemán. Me preguntó si iba a la escuela y, naturalmente, le dije que sí; pero que, en cuanto tuviera dieciséis años, tendría que dejarla. Quiso saber si iba a la biblioteca pública y yo le contesté que a veces, pero que, con el reparto de periódicos y la sastrería, la verdad era que, no tenía demasiadas oportunidades para hacerlo.

»—¿Te gustaría echar una mirada a estos libros?, preguntó, haciendo un gesto con la mano hacia las paredes.

»—Podría ensuciarlos, Mr. Lineweaver, respondí, con timidez, mirándome las manos que estaban negras de la tinta de los periódicos.

»Él replicó:

»—Te explicaré lo que hay que hacer. Los domingos, cuando no tengas colegio y la sastrería esté cerrada, vienes aquí después de que hayas repartido los diarios y puedes lavarte las manos y quedarte en la biblioteca todo el tiempo que quieras y leer algunos libros. ¿Te gustaría eso?

»—Oh, sí —respondí.

»—Bien —continuó—, entonces explica a tus padres que estarás pasando el tiempo aquí.

»Yo lo hice y, durante diez años, estuve allí fielmente todos los domingos, excepto cuando me hallaba enfermo o él se encontraba ausente. Cuando me hice mayor, yo iba los sábados por la tarde e incluso alguna que otra noche entre semana.

»Él tenía una variedad de libros maravillosamente amplia para poder escoger y una gran proporción de novela inglesa.

Leí a Thackeray y a Trollope y pensé mucho sobre *Tristram Shandy*. Recuerdo haberme sentido fascinado por *Ten Thousand a Year* de Warren. Era una mezcla de humor y política reaccionaria increíble. El antihéroe era Tittlebat Titmouse y había un villano muy efectivo llamado Oily Gammon. Gracias a mis lecturas, acabé

aprendiendo que *gammon* era un término *slang* equivalente a nuestro término *slang* actual de *boloney* (tontería).

»Leí a Pope, Byron, Shelley, Keats, Tennyson, Coleridge...

Por alguna razón, no me gustaba Wordsworth ni Browning.

Había muchas obras de Shakespeare, como es natural. No me atraía mucho lo que no fuera narrativa; pero recuerdo haber intentado leer el *Origen de las especies* de Darwin y no haber llegado demasiado lejos. Había un libro reciente, *Perfil de la Historia* de H.G. Wells, que me fascinaba. Leí también a algunos escritores norteamericanos. Mark Twain y Hawthorne; pero no pude estarme mucho con *Moby Dick*. Leí algo de Walter Scott. Todo esto se fue desarrollado a costa de algunos años, desde luego.

Trumbull se movió en su silla y comentó:

—Mr. Manfred, supongo que este Lineweaver era un hombre rico.

—Estaba en muy buena posición, sí.

—¿Tenía hijos?

—Dos hijos ya mayores. Una hija, también mayor.

—¿Nietos?

—¿Por qué, entonces, le convirtió a usted en un sustituto de su hijo?

Manfred meditó un momento.

—No lo sé. La casa estaba vacía con excepción de los sirvientes. Él era viudo. Sus hijos y nietos rara vez iban a visitarle.

Estaba solo, supongo, y le gustaba tener a un joven en la casa, de cuando en cuando. Tengo la impresión de que él pensaba que yo era brillante, y se veía que disfrutaba con mi afición por los libros. En algunas ocasiones, se sentaba y hablaba conmigo acerca de ellos, me preguntaba lo que pensaba de éste o de aquél, y me sugería algunos que podía leer.

—¿Alguna vez le dio algo de dinero? —preguntó Trumbull.

—Solamente aquel dólar a la semana que me entregaba sin falta cada sábado. Finalmente, abandoné la ruta de los periódicos; pero él no lo supo. Yo seguí llevándole el diario cada día.

Yo mismo lo compraba y lo entregaba.

—¿Le daba de comer?

—El chocolate caliente. Cuando me quedaba a la hora de la comida, un sirviente me traía un bocadillo de jamón y leche o algo así.

—¿Le dio libros?

Manfred meneó la cabeza lentamente.

—Mientras vivió, no. Nunca. No me dio ninguno ni me prestó ninguno. Yo podía leer lo que quisiera; pero sólo mientras permaneciera en la biblioteca. Tenía que lavarme las manos antes de entrar en ella, y debía volver a colocar cada libro en el

estante en el lugar de donde lo había sacado, antes de tomar otro.

Avalon intervino:

—Me imagino que los hijos de Mr. Lineweaver estarían disgustados con usted.

—Creo que lo estaban —reconoció Manfred—. Pero nunca los vi en vida del anciano. Una vez, él me dijo con una risita:

»Uno de mis hijos ha dicho que debo vigilarte o te llevarás algunos de mis libros». Debí parecer horrorizado ante el insulto a mis padres. ¿Sería ésa la clase de hijo que ellos educaron?

Él se rió, me revolvió el cabello y concluyó: «Yo le he dicho que no sabía de qué estaba hablando».

Rubin preguntó:

—¿Eran valiosos esos libros?

—En aquel tiempo, nunca se me ocurrió que pudieran serlo.

No tenía idea de lo que costaban los libros, o de que algunos pudieran tener más valor que otros. Aunque, al final lo averigüé. Él estaba orgulloso de ellos, ya ven. Me contó que cada uno de aquellos volúmenes lo había comprado él mismo. Le comenté que algunos de ellos parecían tan viejos que debía haberlos comprado cuando era un muchachito.

»Se rió y observó:

»—No, he comprado muchos de ellos en librerías de segunda mano. Eran viejos cuando los compré, ya ves. Si haces eso, a veces puedes pescar algunos libros valiosos por casi nada. Un triple diablo; dijo. Un triple diablo.

»Yo pensé que se estaba refiriendo a sí mismo y a lo listo que era para encontrar esos libros valiosos. Naturalmente, yo no sabía distinguir cuáles podían ser los libros de valor.

»A medida que pasaron los años, desarrollé una ambición. Lo que yo quería era poseer una librería algún día. Quería estar rodeado de libros y venderlos hasta que hubiera ganado el suficiente dinero para formar una biblioteca propia, una colección de libros que no tuviera que vender y que pudiera leer para contento de mi corazón.

»Se lo expliqué una vez a Mr. Lineweaver, cuando él me preguntó. Le dije que iba a trabajar en la sastrería y a ahorrar cada centavo hasta que tuviera suficiente para comprar una librería o quizás un almacén vacío y luego adquirir los libros.

»Lineweaver meneó la cabeza:

»—Necesitarás mucho tiempo para eso, Bernie. El problema es que tengo hijos propios, aunque son muy egoístas. Sin embargo, no hay ninguna razón para que no pueda ayudarte de alguna manera solapada en la cual ellos no puedan hacer nada. Simplemente, recuerda que tengo un libro muy valioso.

»Yo le dije:

»—Espero que esté escondido, Mr. Lineweaver.

»—En el mejor lugar del mundo —contestó—. ¿Recuerdas tu Chesterton? ¿Cuál es el mejor lugar para esconder un guijarro?

»Yo reí. Las historias del Padre Brown eran nuevas entonces y me gustaban mucho.

»—En la playa —respondí—; y el mejor sitio para esconder una hoja es el bosque.

—Exactamente —convino Mr. Lineweaver—; y mi libro está escondido en la biblioteca.

»Yo miré alrededor con curiosidad.

»—¿Cuál es? —pregunté, e inmediatamente lo sentí, porque él podía haber pensado que quería cogerlo.

»Mr. Lineweaver meneó la cabeza:

»—No te lo diré.

»¡El triple diablo! De nuevo creí que se estaba refiriendo a su propia astucia para no revelar el secreto.

»A principios de 1929, casi diez años después del día que yo lo había visto por primera vez, él murió y yo recibí una llamada de los abogados para asistir a la lectura del testamento. Eso me sorprendió; pero mi madre estaba en el séptimo cielo. Ella creyó que yo heredaría mucho dinero. Mi padre frunció el ceño y se preocupó porque el dinero pertenecía a la familia y yo podía ser un ladrón al quedarme con lo que era de ellos. Él era de esa clase de personas.

»Asistí, vestido con mi mejor traje, y me sentí increíblemente incómodo y fuera de lugar. Estaba rodeado por la familia, los hijos y los nietos. Nunca los había visto hasta ese día, y las miradas que me dirigieron eran todo lo contrario de amables. Creo que ellos también pensaban que yo recibiría mucho dinero.

»Pero no tuvieron que preocuparse. Me dejó un libro, *uno*, de su biblioteca. Un libro cualquiera que deseara yo. Tenía que ser a mi libre elección. Sabía que él quería que yo tuviera el valioso, pero nunca me dijo cuál era.

»El legado no satisfizo a la familia. Ustedes pensarán que ellos podían prescindir de un libro de entre quizá diez mil; pero, al parecer, les disgustaba el hecho de que yo fuera mencionado en el testamento. El abogado me dijo que podía hacer mi elección tan pronto como fuera oficial el testamento.

»Yo pregunté si podía ir a la biblioteca y estudiar los libros con objeto de hacer esa elección. El abogado pareció pensar que era razonable, pero fue objetado en seguida por la familia, quienes señalaron que el testamento no decía nada acerca de que yo fuera a la biblioteca.

»—Tú has estado allí con la frecuencia y el tiempo suficientes —dijo el mayor—. Simplemente haz tu elección y puedes tenerlo cuando sea oficial el testamento.

»El abogado no se sintió demasiado complacido por ello y afirmó que precintaría



la biblioteca hasta la ejecución del testamento y que nadie podía entrar. Eso me hizo sentir mejor, porque yo pensaba que quizá la familia sabía qué libro era el valioso y lo sacarían ellos mismos.

»Requería tiempo el que el testamento se hiciera oficial; así que rehusé la elección de inmediato. La familia gruñó ante eso; pero el abogado triunfó con su opinión. Estuve pensando mucho. ¿Me había dicho el anciano Mr. Lineweaver alguna cosa especial que pudiera haber tenido como intención dar una pista? Yo no podía pensar en nada sino en el «triple diablo» que él acostumbraba a llamarse a sí mismo cuando quería alabar su propia astucia... Pero él solamente decía eso cuando hablaba del libro valioso. ¿Podía la frase referirse al libro y no a sí mismo?

»Yo tenía ya veinticuatro años y estaba lejos de ser el niño inocente de diez años antes. Poseía una amplia variedad de información en las puntas de los dedos, gracias a la lectura y, cuando llegó el momento de hacer mi elección, no tuve que entrar en la biblioteca. Di el nombre del libro que quería y expliqué con toda exactitud en qué estante y lugar estaba, porque lo había leído, naturalmente, aunque nunca sospeché que fuera valioso.

»El mismo abogado entró y lo cogió para dármelo, y fue el adecuado. Como comerciante de libros, sé ahora por qué era valioso; pero eso no importa. El asunto es que yo hice que el abogado, un buen hombre, se ocupara de valorarlo y luego venderlo en subasta pública. El libro consiguió setenta mil dólares, una verdadera fortuna en aquellos días. Si fuera ofrecido ahora en subasta, conseguiría un cuarto de millón; pero yo necesitaba el dinero *entonces*.

»La familia se puso furiosa, naturalmente, pero no pudieron hacer nada. Apelaron; pero el hecho de que no me hubieran dejado entrar en la biblioteca y estudiar los libros les hizo perder muchas simpatías. El caso es que, después de que se terminara la batalla legal, compré una librería, logré pagarla gracias a la Depresión, cuando los libros eran una forma de diversión relativamente barata, y puse las cosas en el lugar que están ahora... Así que..., ¿puede decirse que soy un *self-made man*.

Rubin manifestó:

—En mi opinión, eso no entra en el concepto de suerte.

Usted tenía que pescar un libro de entre diez mil sobre la base de una pista pequeña y oscura, y lo hizo. Eso es ingenio y, por tanto, usted se ganó el dinero. Simplemente, por curiosidad, ¿cuál era el libro?

—¡Eh! —advirtió Gonzalo con enfado.

Manfred recordó:

—Mr. Gonzalo me pidió que no les diera la solución. Dijo que ustedes podían querer averiguarla por sí mismos.

El humo del cigarrillo de Drake dio vueltas hacia el techo.

Con su voz ligeramente ronca, dijo:

—Uno de entre diez mil sobre la base del «triple diablo».

Nosotros nunca vimos la biblioteca y usted sí la vio. Usted sabía qué libros había allí y nosotros no. No es una prueba equitativa.

—Lo admito —contestó Manfred—; así que se lo diré si lo desean.

—No —se opuso Gonzalo—. Hemos de disponer de una oportunidad. El libro debía tener la palabra «diablo» en el título.

Podía haber sido *El diablo y Daniel Webster*, por ejemplo.

—Eso es un relato corto de Stephen Vincent Benét —explicó Manfred—. Y no fue publicado hasta mil novecientos treinta y siete.

Halsted intervino:

—La imagen usual del diablo, con cuernos, pezuñas y rabo está sacada, en realidad, del dios griego de la Naturaleza, Pan. ¿Se trataba de un libro de Pan o con la palabra «Pan» en el título?

—En realidad —contestó Manfred—, no puedo pensar en ninguno.

Avalon continuó:

—La diosa ocultista Hécate es considerada a menudo como triple: virgen, matrona y vieja arrugada, porque también era una diosa de la Luna, y éstas eran las fases: cuarto creciente, llena, y cuarto menguante. Como diosa bruja, podía ser considerada un triple diablo. Las *Memorias del Condado de Hécate* fueron publicadas demasiado tarde para ser la solución; pero..., ¿hay algo anterior con Hécate en el título?

—No, que yo sepa —contestó Manfred.

Hubo un silencio en la mesa y Rubin dijo:

—No tenemos suficiente información. Creo que el relato ha sido interesante en sí mismo y que Mr. Manfred puede explicarnos ahora la solución.

Gonzalo objetó:

—Henry no ha tenido su oportunidad. Henry..., ¿tiene alguna idea de cuál puede ser el libro?

El camarero sonrió.

—Tengo una pequeña noción.

Manfred sonrió también.

—No creo que sea correcta.

Henry añadió:

—Quizá no. En cualquier caso, la gente a menudo siente temor de mencionar al diablo por su nombre por miedo de evocarlo al hacerlo, así que usan numerosos apodos o eufemismos para él. Es muy frecuente que usen el diminutivo de algún nombre corriente masculino, como una especie de gesto amistoso que pudiera servir para aplacarle. Me viene a la mente «Oíd Nick».

Manfred medio se levantó del asiento; pero Henry no le prestó atención.

—Una vez se cae en eso, es sencillo pasar a pensar en *Nicholas Nickleby*; el cual, por decirlo de alguna manera, es el «Oíd Nick» dos veces y por tanto el «doble diablo».

—Pero nosotros queremos el «triple diablo», Henry —apuntó Gonzalo.

—El diminutivo de Richard nos da «dickens», un eufemismo muy conocido para el diablo como en *What the dickens!* (¡qué demonios!) y el autor de *Nicholas Nickleby* es, naturalmente, Charles Dickens, y aquí tenemos el «triple diablo». ¿Tengo razón, Mr. Manfred?

Manfred asintió.

—Tiene toda la razón, Henry. Me temo que yo no fui tan ingenioso como he creído durante cincuenta y cinco años.

Usted lo ha hecho en mucho menos tiempo que yo y sin siquiera ver la biblioteca.

Henry replicó:

—No, Mr. Manfred. Yo tengo mucho menos mérito que usted. Ya ve, usted dio la solución al relatar los acontecimientos.

—¿Cuándo? —preguntó Manfred frunciendo el ceño—. He tenido cuidado de no decir nada en absoluto que pudiera darles a ustedes un indicio.

—Exactamente, señor. Usted mencionó muchos autores y ni siquiera una vez nombró el novelista preeminente del siglo XIX y probablemente de cualquier otro siglo, quizás incluso de cualquier lengua. El hecho de que dejara de mencionarlo me hizo pensar en seguida que había una significación particular en el nombre de Charles Dickens y el «triple diablo». Entonces, no representó ningún misterio para mí.

## POSTFACIO

*Puede que ustedes hayan notado en este relato que Isaac Asimov es mencionado como un amigo de Emmanuel Rubin, quien, al instante, aprovecha la oportunidad para criticar y desacreditar al pobre Asimov.*

*Yo hago eso más o menos cada diez relatos, porque disfruto haciéndolo; pero, naturalmente, es con el pobre Rubin con el que soy injusto y no conmigo mismo.*

*Rubin, en su personificación en la vida real, es Lester del Rey. Y es un buen amigo mío. Lo ha sido durante cerca de cincuenta años. Nosotros disputamos agradablemente en público (cosa que me dio la idea de hacer actuar a Rubin como lo hace); aunque la verdad es que los dos estamos dispuestos a quedarnos sin camisa para dársela al otro si la necesita. Lester es uno de los mejores hombres que he tenido la suerte de conocer, absolutamente honrado y absolutamente de fiar... Pero muy suyo, como yo.*

*Lester niega con insistencia que exista parecido alguno entre él y Rubin, aunque yo le aseguro que los extraños a menudo me paran en la calle y dicen:*

—¡Eh!, ese tipo Rubin de sus historias..., se parece muchísimo a Lester del Rey.

*Esta narración apareció por primera vez en el número de agosto de 1985 del Ellery Queen's Mystery Magazine.*

## Crepúsculo sobre el agua (1986)

---

“Sunset on the Water”

No pasó demasiado tiempo antes de que Emmanuel Rubin se indignara hasta el punto de que su barba (lo que había de ella) se le erizase. No tardó mucho más en ponerse furioso y en que sus ojos relampaguearan detrás de sus gafas de gruesos cristales.

Rubin estaba a medio camino entre la indignación y la rabia y su voz resonaba en el salón de arriba, en el «Milano», donde los Viudos Negros se encontraban para celebrar sus banquetes mensuales.

—Recibo esta carta de un entusiasta de California —dijo—, y después de la palabrería habitual sobre lo buenos que son mis libros...

—Palabrería es la expresión adecuada —comentó Mario Gonzalo, mirando complacido el dibujo que estaba haciendo del anfitrión del banquete, un dibujo en el que todo eran cejas.

Rubin continuó con su frase sin preocuparse en interrumpirse para demoler a los demás, cosa inusual en él y que indicaba lo concentrado de su ira.

—Me escribe diciendo que, si alguna vez estoy en la Costa, tendría que dejarme caer por allí y él me instalaría.

—Está dicho con buena intención, sin duda —terció Roger Halsted, mordisqueando un rollo de salchicha, uno de los aperitivos calientes que el inapreciable Henry había sacado esta vez como acompañamiento de las bebidas.

—Nadie puede ser amable y estúpido a la vez —razonó Rubín, inventándose una ley cósmica sobre la marcha—. Le he escrito y le he dicho: «Yo *ya* estoy en la Costa, gracias».

—¡Santo Dios! —exclamó Thomas Trumbull.

Había llegado tres minutos antes y había aceptado un whisky con soda de Henry. Lo dijo con su pose habitual, como si acabara de volver del Valle de la Muerte y se encontrara en el último extremo de la sed.

—¿Por *eso* es por lo que está furioso? —preguntó—. ¿Porque los de California hablan de su costa como si fuera la única del mundo? Es sólo un modo de hablar.

—En realidad —observó James Drake, que había nacido en Alaska—, los de la Costa Oeste, si me perdonan la expresión, no son los únicos culpables. Tan pronto como alguien de la Costa Este ha estado en California durante cinco minutos, comienza a decir: «Aquí en la Costa...» De la misma manera, uno puede ver cómo un tipo de Ohio que ha llamado a su tierra natal «los Estados Unidos» toda la vida, en cuanto está en Europa durante cinco minutos comienza a hablar de los «Estados».

Geoffrey Avalon, anfitrión del banquete en esta ocasión, y conocido por su molesta habilidad para ver los dos lados de una cuestión, manifestó:

—El provincianismo no es monopolio de nadie. Se cuenta la historia de las dos

viudas de Boston que se encontraron en octubre en Los Ángeles con temperaturas de cuarenta grados.

Una dijo: «Dios mío, Prudence, hace muchísimo calor». La otra contestó: «¿Qué esperabas, Hepzibah? Después de todo, estamos a casi cinco mil kilómetros del océano».

Avalon tomó entonces un sorbo de su bebida, a la manera seria que acostumbraba, y dijo:

—Tom, usted no ha tenido oportunidad de conocer a mi invitado, Chester Dunhill. Chester, le presento a Tom Trumbull, que tiene alguna especie de empleo específico en el Gobierno. Él nunca habla de ello.

Trumbull respondió:

—Encantado de conocerle, Mr. Dunhill. Si nuestro modo de comportarnos aquí le sorprende, debo explicarle que es costumbre que los Viudos Negros discutan furiosamente sobre bagatelas.

Dunhill era un hombre alto, con una cabeza maciza de cabello blanco, y cejas de un negro enmarañado sorprendente.

Con una voz grave y retumbante, indicó:

—Podemos sobrevivir a las catástrofes. Son las bagatelas las que nos matan.

Gonzalo pareció sorprendido y dio la impresión de estar a punto de decir alguna cosa; pero Henry anunció, con tranquila determinación:

—Caballeros, la cena está servida.

Rubin dio buena cuenta del jamón y la sopa de guisantes, e hizo estragos en el lenguado a la parrilla y la sencilla ensalada.

Sin embargo, no se terminó las tartas individuales presentadas con todo el orgullo de su costra dorada y crujiente.

—Henry —preguntó Rubin con una lenta resonancia—, ¿qué es lo que hay debajo de esta costra?

Henry respondió:

—Me temo, Mr. Rubin, que Mr. Avalon, a la manera británica, ha pedido que sirvamos bistec y pastel de riñones.

—¿Riñones? ¿Riñones? —Rubin pareció molesto—. Eso es hígado arreglado. Jeff, no hubiera pensado que usted fuera capaz de tal falta de gusto.

Avalon parecía afligido y se justificó:

—Bistec y pastel de riñones bien preparados son una gran exquisitez...

—¿Para quién? ¿Para los buitres?

—Para todos los que estamos en esta mesa. ¿Por qué no lo prueba, Manny?

Rubin continuó intransigente:

—Los riñones tienen sabor a orina.

Gonzalo intervino:

—También lo tiene su marca favorita de cerveza, Manny; y usted la bebe.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Trumbull—. ¿Qué clase de conversación de mesa es ésta? Manny, si usted no se puede comer lo que tiene delante, estoy seguro de que Henry puede traerle unos huevos revueltos.

Rubin rió con aire despreciativo y declaró:

—Me comeré el bistec.

Permaneció enfurruñado durante todo el plato principal, la tarta de melaza, el entremés de sardina sobre tostada y el té fuerte. Eso ayudaba a que fuera una cena tranquila y, tal como Gonzalo señaló en un espectáculo mudo, Rubín se las arregló para comerse todo el pastel, con los riñones incluidos.

Finalmente, Avalon golpeó el vaso de agua con la cuchara y declaró:

—Caballeros, requiero a Mario para que comience a preguntar a nuestro invitado de honor, mi buen amigo, Chester Dunhill. Ya le he explicado a él las reglas del juego, y está dispuesto a contestar a todo sin reservas.

Gonzalo hizo la pregunta:

—Mr. Dunhill, ¿a qué se dedica usted?

Dunhill pestañeó y luego dijo:

—Bien, intentaré mantener vivo el pasado para el público en general. Si consideramos que quizá no sea posible ordenar el presente como es debido, a menos que aprendamos las lecciones del pasado, creo que yo me merezco mi lugar en la Tierra.

Gonzalo inquirió:

—¿Cómo mantiene vivo el pasado?

—Escribiendo acerca de él. Supongo que podría llamarme historiador ante un profano.

—¿Puede usted ganarse la vida con eso? —preguntó Gonzalo.

Halsted se apresuró a intervenir:

—Will Durant lo hizo y Barbara Tuchman todavía lo hace.

Dunhill sonrió con un aire tímido que mostraba que estaba un poco incómodo.

—Yo no me considero a su nivel. Sin embargo, sí me gano la vida.

Avalon se aclaró la garganta con vehemencia.

—¿Puedo interrumpir? Mi amigo Chester se pasa de modesto. Además de sus narraciones, también escribe novelas históricas para quinceañeros, la mayoría situadas en la Grecia de la Guerra del Peloponeso y la Roma de la Segunda Guerra Púnica. Ambas han sido un éxito popular y de crítica.

Gonzalo quiso saber:

—¿Por qué esos períodos en particular, Mr. Dunhill?

—Los dos fueron períodos de conflicto épico entre dos poderes casi igualados —

aclaró Dunhill—. Atenas y Esparta en un caso; Roma y Cartago en el otro. Ambas guerras se hallan bien documentadas, y estuvieron llenas de grandes batallas, con triunfos y desastres dramáticos, con generales y políticos, unos brillantes y otros estúpidos. Los dos períodos, para resumir, son equivalentes al que estamos viviendo. Podemos entender, simpatizar y ver las lecciones que yo intento explicar. Y, lo que es más, no podemos siquiera sacar una conclusión completa porque, en un caso, el adversario que admiramos prevaleció sobre el otro, Roma derrotando a Cartago. En el otro, el adversario que admiramos perdió, Atenas sucumbiendo ante Esparta. Naturalmente, siempre he tenido un afecto personal en mi corazón por el general cartaginés Aníbal. Es uno de los tres grandes generales de la Historia que terminaron siendo perdedores sin que eso empañara lo más mínimo su reputación.

Rubin apuntó:

—Napoleón fue el segundo. ¿Cuál fue el tercero?

—Robert E. Lee, naturalmente —contestó Dunhill con su voz retumbando de nuevo.

Rubin pareció desconcertado; pero se recobró y comentó:

—Pensaba que iba a decir Carlos XII de Suecia, y eso habría sido incorrecto.

—Es cierto —reconoció Dunhill—, habría sido incorrecto. A Carlos XII le faltaba prudencia.

—¿Y qué me dice de los generales que no perdieron nunca?

—preguntó Drake.

—De éstos hay muy pocos —continuó Dunhill—. Genghis Khan, Cromwell, Alejandro Magno, Julio César, el duque de Marlborough y algunos más. Su fama depende del estilo de sus victorias y de la calidad de sus adversarios. Al menos dos generales que yo recuerde perdieron casi siempre, pero siguieron siendo grandes, considerando lo que hicieron con lo que tenían. Son George Washington, naturalmente, y el general Giap, de Vietnam del Norte.

—Supongo que en sus libros de historia y en sus novelas —dijo Gonzalo— usted trata de catástrofes a las que sobrevive la gente. ¿Cuáles son las bagatelas que pueden matarle a uno?

Todo el mundo se volvió para mirar a Gonzalo, el cual se puso nervioso bajo la mirada general.

—¿Qué hay de malo en la pregunta? Mr. Dunhill ha dicho que uno podía sobrevivir a las catástrofes, pero que las bagatelas matan.

—¿He dicho eso? —se extrañó Dunhill, frunciendo el ceño.

—Sí, lo ha dicho. Usted se lo dijo a Tom Trumbull. —Se volvió hacia Trumbull, que estaba disfrutando de su brandy—.

Tom, ¿no es cierto que lo dijo?

Trumbull asintió.



—Usted ha afirmado eso, Mr. Dunhill.

—Bueno —dijo Gonzalo—. ¿Qué bagatelas son las que tiene usted en la mente?

—En realidad —manifestó Avalon—, cualquier derrota sufrida por un general competente puede ser achacada a alguna fruslería. De hecho, en *Guerra y paz*, Tolstoi defendió, con lo que estimo era detalle aburrido, la tesis de que ningún general controla una batalla, y que las trivialidades lo deciden todo.

Gonzalo intervino:

—Vamos, Jeff, usted está intentando sacar del apuro a su invitado, y eso no es ético. Yo no creo que Mr. Dunhill estuviera pensando en grandes batallas. Me parece que tenía en la cabeza algo personal. Así me lo pareció y ésa es la razón por la cual quiero saber cosas acerca de ello.

Dunhill meneó la cabeza.

—Fue sólo una observación. Todos hacemos observaciones.

Gonzalo argumentó:

—Las observaciones no se hacen porque sí. Usted debe de tener algo en la mente.

Dunhill volvió a menear la cabeza.

Trumbull lanzó un suspiro y continuó:

—A mí también me pareció, Mr. Dunhill, que, cuando hizo aquella observación, algo le preocupaba. Jeff dijo que él le explicó a usted el juego. Usted estuvo de acuerdo en contestar a todas las preguntas, y nosotros estamos de acuerdo, a cambio, a considerar absolutamente confidencial cuanto usted diga. Si quiere afirmar que la frase no tenía un significado especial para usted y que habló sin un propósito especial, tendremos que aceptarlo; pero, por favor, al menos no diga que eso es la verdad.

Avalon le recordó en tono de profunda incomodidad:

—Yo le he explicado a usted perfectamente que esto sería confidencial, Mr. Chet.

Dunhill respondió con un toque de enfado en su voz:

—No existe en ello más que una profunda decepción personal, cuyo pensamiento apenas puedo soportar, y no digamos discutir. La dificultad es que se trata de un asunto que no tiene ninguna importancia para nadie que no sea yo, y los demás no harán otra cosa sino reírse. Implica una insignificancia ridícula, que hace recaer toda la culpa sobre mí. Ésa es la parte insoportable. Si yo pudiera culpar de ello al Gobierno, al Destino, al Universo, no sería tan...

Se detuvo, meditando.

—¿Podemos oír algo acerca de ello? —preguntó Gonzalo con terquedad.

—Se lo advierto —insistió Dunhill—. Es una larga historia que no tiene ningún interés para nadie, excepto para mí.

—Eso no tiene nada que ver —objetó Gonzalo.

—Muy bien. Pero usted ha preguntado... Durante la Segunda Guerra Mundial, yo

era un muchacho que dejó de prestar el servicio militar efectivo. Por unos pocos años, porque estaba trabajando para la Marina como químico. Esto ocurrió en Filadelfia. Yo era un ser más bien insociable en aquellos días, y mi principal diversión consistía en procurarme el acceso a la Biblioteca Libre y leer cualquier cosa con la que me tropezara.

Y una de las cosas con las que tropecé fue *The Historians' History of the World* en veinticuatro volúmenes. Fue publicada en 1902, y hubo una segunda edición en 1907, con dos volúmenes suplementarios que aportaban material hasta la Primera Guerra Mundial y un volumen de índices... Veintisiete en conjunto. ¿Alguno de ustedes ha oído hablar de ella?

Hubo un silencio. Dunhill continuó:

—No me sorprende. Para la mayoría de la gente sería un libro pesado. Hacía tiempo que estaba agotado, incluso en el momento en que yo lo encontré hace cuarenta años. Y ahora...

Se encogió de hombros y continuó:

—Esos volúmenes son un trabajo de cortar y pegar. Algunas secciones de los historiadores griegos y romanos y de los historiadores modernos de los siglos XVIII y XIX fueron incluidas dentro de un orden adecuado en una serie de historias que trataba de las diversas naciones por separado. Los volúmenes tres y cuatro trataban de Grecia; los volúmenes cinco y seis de Roma... Hay una gran cantidad de superposiciones, naturalmente, pero eso sólo significa que los mismos acontecimientos están descritos desde los puntos de vista de diferentes historiadores, con toda probabilidad de distintas nacionalidades.

»El editor general, Henry Smith Williams, llenó las lagunas con ensayos suyos.

»Era una persona humana de opiniones liberales y casi cada vez que yo leía algo que me llamaba la atención y consideraba significativo, resultaba que era suyo. Ustedes deben entender que fue editado para que, al leerlo, resultara lo más coherente posible. Había solamente un discreto indicativo que te guiaba hasta el final del volumen, donde tú averiguabas que estabas leyendo a Gibson, o a Prescott, o a Bury, o a Macaulay, o a Tucídides o a quien fuera.

»La biblioteca tenía el conjunto en volúmenes dobles, que yo fui cogiendo uno tras otro. Pronto me di cuenta de que no podía soportar dejar de leerlos por una cosa tonta como mi trabajo diario. Me los llevé conmigo al laboratorio y los leía durante el almuerzo o los tenía en una mesa parcialmente abierta y aprovechaba el tiempo mientras tenía alguna cosa que hervía lentamente bajo un condensador reflejo. Mis recuerdos de todo aquel período son vagos, excepto en lo que se refiere a aquellos volúmenes.

»Siempre había estado interesado en la Historia; pero fueron esos volúmenes los que convirtieron aquel interés en obsesión. Eran libros de lo más pasado de moda,

naturalmente, porque, antes del siglo XX, la Historia se reducía casi por completo a un asunto de batallas y de intrigas de corte. Sin embargo, era lo que me gustaba, y mis propias narraciones son igual de anticuadas. Yo trato muy poco los temas sociales y económicos.

Rubin observó:

—Los temas sociales y económicos harían más valiosos sus relatos.

—Y más aburridos, quizás —opinó Dunhill—. En conjunto, no omito dichas cosas; pero siempre recuerdo que soy un escritor para el público en general, no para especialistas. En cualquier caso, a finales de los años cincuenta, casi diez años después de que hubiera tenido en las manos, por última vez, aquellos libros de la biblioteca, abandoné la química y comencé a dedicar todo mi tiempo a relatos y novelas históricas.

Dunhill hizo una pausa y pareció pensar un poco.

Drake se rió mientras apagaba un cigarrillo y observó:

—A menos que usted esté contándonos esto con una ausencia total de malicia, cosa que no puedo creer de un novelista, esa *The Historians' History of the World* va a volver a aparecer.

Dunhill asintió con vigor.

—Tiene toda la razón. Hace pocos años, conocí a una persona; mi esposa y yo visitamos su casa y tuvimos allí una cena con otras personas. Después de cenar, me dirigí a sus estantes de libros y los estudié..., una mala costumbre que exaspera a mi esposa, pero de la cual no puedo curarme.

»Y allí, llenando todo el estante, estaba *The Historians' History of the World*. Yo no había pensado en aquella obra durante años; la había olvidado del todo. Sin embargo, en el momento en que la vi, todo volvió a inundarme. El recuerdo de haber leído aquellos volúmenes en una época terrible de la historia moderna, con evocaciones doradas y convertidas en maravillosas por el paso de los años, era dolorosamente dulce e intenso.

»Yo ya no era el muchacho sin recursos de hacía unas décadas. Estoy muy bien situado y puedo permitirme satisfacer mis caprichos. Me acerqué en seguida a mi anfitrión y le ofrecí comprarle su colección. Yo no podía creer que tuviera ningún atractivo para nadie que no fuera yo; y estaba dispuesto a pagar mucho más de lo que valía. Desgraciadamente mi anfitrión, por alguna razón nunca explicada, no quería venderla y se mantuvo muy firme en ello.

»Se lo digo, caballeros, si hubiera un millón de dólares sobre esta mesa y supiera que puedo cogerlo sin peligro de que se dieran cuenta, yo no lo tocaría, por un simple sentido de honradez. Pero la verdad es que pensé en *robar* aquellos volúmenes que mi amigo no quiso venderme. Lo único que me reprimió fue el temor a que me descubrieran si intentaba irrumpir en aquella casa. Mi sentido de la ética se hizo

pedazos bajo la tensión, y terminé con aquella nueva amistad antes que exponerme a la amargura de ver los libros en posesión de otra persona.

»Comencé a visitar todas las librerías de viejo que tenía al alcance, y a llamar a las que no lo estaban preguntándoles si tenían o podían conseguir una colección de aquellos volúmenes. Incluso puse un anuncio en el *New York Times Book Review*, en revistas de información general y en publicaciones periódicas de interés para los aficionados a la Historia. Cuanto más esperaba, más dispuesto estaba a pagar lo que fuera... Y esto me trae hasta el presente.

Halsted interrumpió:

—Espero que no vaya a decirnos que usted se quedó sin los libros y que ése es el fin de la anécdota.

Dunhill frunció el ceño, con las cejas dobladas hacia abajo, y dijo en tono amargo:

—Ojalá pudiera decirles exactamente eso. Puse un número de apartado en el anuncio, y todos los libreros tenían la dirección de mi casa. No conseguí nada. Nada. Cero.

»Hace una semana, sin embargo, recogí una carta en mi editorial. Yo los veo una vez a la semana y ellos me entregan las cartas destinadas a mí que les han enviado a su dirección.

Nunca son importantes. Por lo general, proceden de gente que critican mezquinamente algún punto histórico que establezco; es una cosa normal; pero que siempre me deprime.

»Estaba sosteniendo la carta en la mano mientras abandonaba mi editorial y caminaba calle abajo hacia la estación Grand Central. Con cierta pereza miré el sobre, vi que tenía la dirección escrita a mano, con rasgos embrollados, cosa que tomé como una mala señal. Decidí que procedía de un hombre mayor que expondría algún punto débil y quejumbroso referente a alguna teoría suya favorita. Con mal humor rasgué el sobre y saqué la hoja de papel que estaba dentro. En aquel instante pasé junto a un camión de basura y arrojé el sobre dentro de sus fauces abiertas, como buen ciudadano. Pero entonces tuve que cruzar la calle, cosa que reclama toda la concentración de uno en Manhattan, y metí la nota en el bolsillo.

»No me acordé de ella hasta que, tras hacer el transbordo, estuve en mi tren. Sacando la nota, la leí, y un acceso repentino de éxtasis me inundó... Aquí, aquí tengo la carta. Déjenme que se la lea.

Dunhill desplegó una carta y leyó su escritura intrincada en voz alta y cómodamente, como si la hubiera memorizado.

*Querido Mr. Dunhill:*

*Soy un gran entusiasta de sus libros y he leído su anuncio.*

*Me complace decirle que tengo una colección completa de **The Historian's***

*History of the World* y que estaría encantado de cedérsela. Mi padre me la compró cuando yo era muy joven y disfruté con ella. Todavía se encuentra en buen estado y, si usted está dispuesto a pagar un precio razonable, más los gastos de envío, se la mandaré por correo urgente certificado. Yo no había pensado nunca en vender la colección; pero soy ya muy viejo y voy a trasladarme a una casita cerca de mi hija. Allí no habrá espacio para tener tan voluminosa obra. Soy viudo y me temo que ya no puedo seguir viviendo solo. No me es posible hacer frente a los duros inviernos. Eso significa tener que vivir en una ciudad pequeña en lugar de en una grande. Y también abandonar mi apartamento de la playa, donde, en las noches claras, he observado a menudo ponerse el sol en la extensión infinita del agua, de modo que yo casi imaginaba que podía oír su silbido. He de desprenderme de estos libros; no puedo pensar en ningún otro a quien me guste más cederlos. Espero que usted pase muchos años de deleite con ellos. Por favor, envíeme sus noticias pronto.

Sinceramente, LUDOVIC BROADBOTTOM.

Rubin exclamó:

—Enhorabuena, Mr. Dunhill. ¿Está todo arreglado, o es ahí donde entran las trivialidades?

Dunhill respondió con tristeza:

—Aquí es donde entran las trivialidades. Miren, tomen esta carta, obsérvenla y díganme a dónde tengo que escribir.

Rubin cogió la carta y pasó la vista por la escritura que llenaba un lado de la hoja. La volvió y miró el otro lado, que estaba totalmente en blanco.

—No hay ningún remite en ella —observó.

—No, no lo hay —exclamó Dunhill indignado—. ¿Pueden ustedes imaginar la estupidez de la gente que no pone su dirección en sus cartas y luego esperan que les contesten?

—Pero pone el remite en el sobre —dijo Avalon, y de pronto recordó—. ¡Oh!

—Es cierto —continuó Dunhill—. Yo arrojé el maldito sobre.

Aquí están sus bagatelas. Aquí hay un tipo que lee un anuncio en el que aparece claramente un número de apartado. Sin embargo, él escribe a la dirección de mi editor, lo cual no sólo significa un retraso de varios días, sino que me priva de la oportunidad de saber en seguida que la carta es importante.

»Entonces, entre todos los lugares posibles, elijo abrir la carta en la calle y arrojar el sobre, sin haberlo mirado, en un camión de la basura que está al alcance. Sólo con que me hubiera fijado en el nombre de la ciudad, podría haber conseguido su dirección en la guía de teléfonos. No puede haber más que un Ludovic Broadbottom en cada ciudad. Y, para acabarlo de arreglar, él no incluye su remite en la carta. ¿Cuál es el resultado de todas estas trivialidades? Yo tengo una oferta de mi *The Historians' History of the World* y no puedo tender la mano y cogerla.

Gonzalo sugirió:

—Existe la solución de adquirir otros libros de consulta para sus historias y novelas.

Dunhill dijo con auténtica ansiedad:

—¿Conseguir otros libros? Ya *tengo* otros libros. Tengo dos habitaciones grandes atiborradas de material histórico de consulta de la mejor clase, por no hablar de los recursos de la Biblioteca Pública de Nueva York y de la Universidad de Columbia. Ustedes no captan la cuestión. Quiero un ejemplar de *The Historians' History of the World* para *mí mismo*, por razones sentimentales, por lo que ha *hecho* por mí mismo, por lo que ha significado para mí. Y yo lo *tengo* y no puedo conseguirlo.

Durante un momento, lo que fue casi el sollozo de un niño entró en su voz profunda. Él debió darse cuenta, aunque un poco tarde, porque se reclinó hacia atrás en su silla, dio un profundo suspiro y exclamó:

—Perdónenme, caballeros, no es mi intención quejarme inútilmente del destino.

—¿Por qué no? —dijo Avalon—. Todos nosotros lo hacemos alguna vez. Pero pensemos; usualmente vemos más de lo que creemos. Usted miró el sobre el tiempo suficiente para ver que estaba dirigido a usted y notar que se trataba de la escritura de una persona mayor...

—Sí —reconoció Dunhill con vehemencia—. Otra bagatela.

La escritura me distrajo también, y reforzó mi convicción de que la carta no tenía importancia. Si él hubiera escrito el sobre a máquina, seguramente lo habría tratado con más respeto.

—Sí —insistió Avalon—; pero la cuestión es que usted debió haber mirado también el remite. Si usted se concentra con sosiego, puede ser que recuerde algo acerca de él.

—No —insistió Dunhill desesperanzado—. He estado intentándolo durante muchos días. Es inútil.

Trumbull sugirió:

—¿Por qué no trabajamos a partir de lo que dice en su carta?

Él vive en una ciudad grande a la orilla del mar, y ve el crepúsculo sobre el océano. Eso significa que está en la Costa Oeste, o «la Costa», como dice el entusiasta de Manny. Aquí en Nueva York podemos ver salir el sol por encima del agua, pero nunca ponerse tras ella. ¿Y si establecemos un punto de partida con eso?

Dunhill pareció haber recobrado el control y dijo serenamente:

—Caballeros, yo he sido químico y soy historiador. Estoy acostumbrado al proceso de razonamiento. Por favor, dense cuenta de que él habla de los crudos inviernos que sufre y que ya no puede soportar más. Ni Los Ángeles ni San Francisco pueden considerarse ciudades que tengan inviernos duros.

Ninguna ciudad de la Costa Oeste puede serlo.

—Seattle es bastante lluvioso —apuntó Gonzalo—. Yo estuve una vez allí y, pueden creerme, aquello era para poner enfermo a cualquiera.

—Entonces él hablaría de tiempo lluvioso. Nadie habla de inviernos duros a menos que quiera decir frío y nieve. Eso elimina la Costa Oeste, y Hawai también; pero...

—Espere —interrumpió Rubin—. ¿Cómo saben que procedía de los Estados Unidos? La carta está escrita en inglés, pero podría venir de Canadá, Escocia, Australia. Si es por eso, casi cualquier extranjero instruido, de habla no inglesa, puede escribir en inglés en los tiempos actuales.

Dunhill se sonrojó.

—Bien, pues yo me di cuenta de *algo* en el sobre. Tenía un sello norteamericano. Lo sé porque guardo sellos extranjeros para un amigo mío y en cuanto cojo un sobre automáticamente me fijo en el sello. Si hubiera sido del extranjero, yo lo habría desprendido antes de tirar el sobre. Creo que incluso me habría dado cuenta de un franqueo a máquina extranjero...

Como digo, podemos eliminar California, Oregón, Washington y Hawai. Nos queda Alaska.

—No había pensado en Alaska —murmuró Gonzalo.

—Yo sí —dijo Drake sonriendo—. Nací allí.

—En cualquier caso —continuó Dunhill—, la única ciudad de Alaska que incluso un habitante de allí consideraría grande es Anchorage. Está en la costa, pero no en el océano abierto. Se halla en la ría de Cook, la cual está situada al oeste de Anchorage. Quizá se pueda ver la puesta de sol en la ría. Quizá. Yo no tuve oportunidad. Llamé a la central de Teléfonos de Anchorage, y a la oficina de Correos. No hay ningún Ludovic Broadbottom en la ciudad. Sólo para asegurarme llamé también a Juneau y a Sitka. Juneau está situada sobre otra ría mucho más al Sur, y Sitka tiene una población de menos de diez mil almas.

Pero yo los llamé..., y no hubo nada que hacer.

Halstead dijo con aire pensativo:

—Si usted va a contar ciudades que estén situadas junto a rías, ¿qué decir de la Costa Este? El océano puede estar en el Este; pero hay muchas rías mirando al Oeste.

—Lo sé —contestó Dunhill—. Florida tiene una larga costa occidental, y cualquiera que viviera en la orilla de Tampa o Key West podría observar el crepúsculo sobre el agua cuando el sol se zambulle en el golfo de México. Sin embargo, ¿dónde encajamos los inviernos crudos?

»Existe una larga península que forma la orilla este de la bahía de Chesapeake. La ciudad mayor sobre la orilla occidental de aquella península es Cambridge. Tiene una población de unos once o doce mil habitantes, pero desde allí se puede observar la puesta de sol en el agua, dado que la bahía de Chesapeake es una extensión ancha.

Así que llamé a la ciudad y tampoco conseguí nada.

»Además, los únicos inviernos crudos en la Costa Este pueden darse desde Filadelfia hacia el Norte..., Nueva Inglaterra en particular. Cualquier ciudad de la Costa Noreste, sin embargo, se encara con el océano en el Este o Sur. Incluso Princetown, en la punta de Cabo Cood, que podría enfrentarse con el océano mirando al Oeste, está puesta hacia el Sur. Falmouth está de cara al Oeste; pero es una ciudad pequeña. No hay ninguna ciudad que pueda ser considerada como grande y tenga una fachada occidental al océano.

Gonzalo dijo, más para sí mismo que para los demás:

—Desde Manhattan, uno puede ver el sol cayendo sobre el Hudson.

—No, no puede —se opuso Drake—. Se pone por Nueva Jersey.

Halsted se frotó su frente alta y rosada y añadió:

—Ustedes no creen que el autor de la carta tuviera las direcciones cambiadas, ¿verdad? No hace mucho tiempo un delegado norteamericano ante las Naciones Unidas invitó a cualquier extranjero que no estuviera satisfecho de la hospitalidad norteamericana a marcharse. Manifestó que estaría encantado de despedirlos mientras ellos zarpaban con el barco hacia poniente. No se preocupó de explicar cómo una persona podía navegar hacia poniente desde Nueva York.

Dunhill dio un ruidoso resoplido.

—Recuerdo ese incidente. Él estaba usando una metáfora simplemente estúpida. Además, no estamos hablando de ningún miembro de la Administración actual. Estamos hablando de un norteamericano medio de una inteligencia media, es de suponer.

—Además —dijo Avalon—, un hombre puede equivocarse el Este y el Oeste; pero, si está describiendo los movimientos solares, no hay modo de que pueda confundir la salida y la puesta del sol. No, necesitamos una ciudad grande que tenga el océano a occidente y con un invierno crudo. Confieso que no puedo pensar en ninguna que cumpla los requisitos.

Gonzalo intervino:

—¿Y qué me dicen de las islas norteamericanas que no son parte de los Estados? Puerto Rico, Guam. Podrían utilizar también sellos norteamericanos, ¿no?

—Sí, podrían —admitió Dunhill—, y todas ellas son islas tropicales también... Créanme, caballeros, estoy al final de la cuerda.

Halsted inquirió:

—Usted no cree que todo este asunto pueda ser una broma, ¿no es cierto? Quizá Ludovic Broadbottom es un nombre inventado y él deliberadamente le mandó a usted pistas que no conducían a ninguna parte. Tal vez, tampoco había remite en el sobre. O era falso.

Dunhill habló despacio:



—¿Por qué tendría que preocuparse nadie de hacer eso? Soy una persona inocente y mi petición es inocente también. ¿Qué sentido tendría una broma pesada de esta naturaleza?

—El bromista pesado típico —contestó Avalon— no precisa de razón alguna; excepto en su cabeza, naturalmente.

Halsted preguntó:

—¿Tiene amigos que sean bromistas de mal estilo?

—No, que yo sepa —repuso Dunhill—. Yo escojo mis amigos con cierto cuidado.

Gonzalo sugirió:

—Quizá Henry tenga alguna idea. —Se volvió en su asiento y dijo sorprendido—: ¿Dónde está Henry? Se hallaba aquí hace un momento, escuchándonos. —Levantó la voz—. ¡Henry!

Henry salió del guardarropa y dijo, imperturbable:

—Aquí estoy, caballeros. Estaba dedicado a una pequeña tarea. Mr. Dunhill, tengo a Mr. Ludovic Broadbottom al teléfono. Está deseoso de hablar con usted.

Los ojos de Dunhill se salieron de las órbitas. Con voz ahogada, murmuró:

—Mr. Ludovic... ¿Lo dice en serio?

—Completamente en serio —contestó Henry con una suave sonrisa—. Quizá sea mejor que no se retrase. Y me permito advertirle que ofrezca una suma generosa. Va a trasladarse la semana que viene y no habrá tiempo para regatear.

Dunhill se levantó con aspecto aturdido y desapareció en el guardarropa hacia la cabina de teléfonos que estaba situada allí.

Los Viudos Negros se sentaron con un silencio asombrado y permanecieron así unos momentos. Luego, Rubin preguntó:

—Muy bien, Henry. ¿Qué clase de magia ha utilizado?

Henry explicó:

—Ninguna magia, caballeros. Fue Mr. Rubin quien me dio la idea cuando inició la discusión sobre actitudes provincianas hacia las costas..., la manera en la cual los norteamericanos de una costa olvidan o ignoran, a la otra.

»Me parece que los norteamericanos de las tres costas marítimas, la pacífica, la atlántica y el golfo también, si quieren contarlos por separado, tienden en general a ignorar la cuarta costa norteamericana, que es muy larga.

—¿La cuarta costa? —preguntó Rubin, meneando la cabeza con disgusto.

—Sí, Mr. Rubin —contestó Henry—. Estoy pensando en los Grandes Lagos. No pensamos en ellos como una línea de la costa, pero Mr. Broadbottom no se refería a ella como tal.

Habló de la «orilla» de los Grandes Lagos; ciertamente, tienen una playa. Nosotros solemos hablar de la orilla del lago. Y cualquiera que viva en un lugar en esa orilla, percibiría el mismo efecto que si estuviera mirando un océano. Son unos

enormes lagos, señores. Sin embargo, todas las ciudades grandes de las orillas de los lagos los tienen al Este, Sur o Norte.

Hasta podemos incluir las ciudades canadienses, si queremos.

Duluth tiene el lago Superior al Este. Milwaukee y Chicago tienen el lago Michigan al Este. Gary tiene el lago Michigan al Norte. Detroit tiene el lago St. Clair al Este..., diminuto en contraposición con los grandes lagos; pero lo bastante grande para causar el efecto de salida del sol del agua. Toledo tiene el lago Erie en el Este. Cleveland y Erie tienen el lago Erie en el Norte, aunque Erie posee alguna vista a occidente. Hamilton tiene el lago Ontario al Este; mientras que Toronto tiene el lago en el Sur y el Este y Rochester lo tiene al Norte.

»La única ciudad realmente grande que mira occidentalmente a un gran lago es Buffalo, Nueva York. Tiene el lago Erie al Oeste. Desde un lugar adecuado de Buffalo, puede verse el sol poniéndose en el lago Erie..., y Buffalo es conocido por sus inviernos de grandes nevadas. Así que probé esta ciudad primero. Telefoneé a Buffalo, obtuve el número de Mr. Broadbottom, lo llamé y él contestó en seguida. Estaba muy preocupado por no haber sabido nada de Mr. Dunhill. Se halla deseoso de vender si Mr. Dunhill...

En ese momento, Dunhill salió del guardarropa, con la cara iluminada de alegría.

—Todo arreglado —dijo—. Pagaré quinientos dólares más los gastos de envío, y espero tenerlo en cuestión de días.

Buscó su cartera antes que Avalon, horrorizado, pudiera detenerlo.

—Henry, usted se merece un diez por ciento en concepto de premio al descubridor —dijo Dunhill—. ¿Cómo lo ha hecho?

Henry levantó la mano con un suave gesto de rechazo.

—Mr. Dunhill —declaró con serena firmeza—, como miembro de los Viudos Negros, no puedo aceptar un pago en conexión con mis deberes con el club.

Dunhill dudó; luego, volvió a guardar la cartera en el bolsillo.

—Pero, ¿cómo lo hizo, hombre?

Henry contestó:

—Simplemente, es cuestión de pensar en los Grandes Lagos como pequeños océanos. No vale la pena discutirlo. Lo importante es que usted tendrá sus libros.

## POSTFACIO

*Observen que Dunhill codiciaba The Historians' History of the World. Era yo quien la codiciaba. Era yo quien la había leído de muchacho tomando volumen tras volumen de la biblioteca pública de mi amigo. Y era yo quien la habría robado si se me hubiera ocurrido alg ú n modo de hacerlo. Era la ú nica cosa que alguna vez estuve tentado de robar.*

*Sin embargo, mi propia historia terminó muy felizmente.*

*Intenté encontrar una colección que pudiera comprar de forma legítima, por dinero, y fracasé. Mi amigo se las arregló para conseguir otra colección y me la regaló. Después de una larga persuasión, conseguí que él aceptase una pequeña cantidad a cambio. Todavía poseo la colección y es una de las niñas de mis ojos.*

*Pero, como asunto de conciencia, debo hacerles una confesión. A la colección de mi amigo le faltaba un volumen. En la colección que me regaló no faltaba. Durante un tiempo intenté convencerme a mí mismo de que debía ofrecerle el tomo que él no tenía..., pero no me decidí. ¿Qué se le va a hacer, si uno es un perdulario mezquino?*

*El relato apareció por primera vez en el número de enero de 1986 del Ellery Queen's Mystery Magazine.*

## ¿Donde esta él? (1986)

---

“Where Is He?”

Cuando Roger Halsted presentó a su invitado como su agente de inversiones, los miembros de los Viudos Negros, reunidos en su banquete mensual, respondieron al principio con un silencio de asombro.

Halsted no se preocupó por ello y se movió por la sala, presentando a los miembros metódicamente.

—Tal como he dicho, éste es W. Bradford Hume, señores...

Brad, quiero presentarle a Emmanuel Rubin, que escribe narraciones de misterio; a Mario Gonzalo, que pronto estará haciendo su retrato; a James Drake, que tose sobre su cigarrillo y que fue químico antes de retirarse; a Geoffrey Avalon, un abogado de patentes, aunque nunca he averiguado para qué sirven, y Thomas Trumbull, que trabaja para una rama del Gobierno mantenida muy en secreto... Y éste es nuestro camarero, Henry, que también es miembro y que acaba de traerle su bebida.

Hume aceptó todas las presentaciones con gracia y una sonrisa. Tomó su martini con un «Gracias, Henry» y para entonces la reunión se había serenado.

Rubin, con los ojos muy abiertos detrás de sus gruesos lentes, preguntó:

—¿Está usted diciéndonos que éste es *su* agente de inversiones?

—Eso es exactamente —asintió Halsted con orgullo.

—¿Le han aumentado el sueldo? ¿Quintuplicado?

Halsted replicó:

—No hay que suponer que yo sea un mendigo, Manny, sólo porque enseñé matemáticas en una escuela media. Tengo antigüedad, seguridad y un salario ni espléndido ni mezquino; pero razonable. Además, Alice trabaja y gana más que yo y recibí una pequeña herencia de mi madre, que en paz descansa..., así que Brad se cuida de unos pocos dólares por mi cuenta, y muy bien, por cierto.

Hume sonrió y dijo:

—No me propongo pregonar mis negocios, señores, porque entiendo que ésta es una noche puramente amistosa.

—¡Puramente! —gruñó Trumbull.

Avalon se aclaró la garganta.

—Yo pensaría, Mr. Hume, que ser un asesor financiero en estos tiempos inseguros contribuye a tener una vida intensa.

—Así es, Mr. Avalon; pero todas las épocas son inseguras, y ésa es la gran dificultad a la que se enfrenta un asesor financiero, dado que se espera que él vea el futuro... Al menos, el futuro inmediato.

—¿Qué valores suben? ¿Qué valores bajan? —murmuró Gonzalo. Ya estaba

trabajando en la caricatura de Hume y había puesto la mata de cabello oscuro bajo la cual intentaba colgar una cara casi de querubín.

—Eso es cierto —convino Hume—. Pero hay algo más. Usted tiene que poder juzgar lo que será útil como inversión a largo plazo, prever los cambios en los impuestos...

Halsted puso la mano sobre el brazo de Hume.

—No hable de eso ahora, Brad. Van a interrogarle después de la comida y hasta entonces usted tiene derecho a relajarse.

—Eso me conviene —comentó Hume—. ¿Cuál es el menú de esta noche? ¿O no he de preguntar?

—¿Por qué no va a poder preguntar? —contestó Halsted—.

Henry, ¿qué es lo que hay?

La cara lisa, sexagenaria, se arrugó un poco.

—Habrà salmón a la parrilla, Mr. Halsted, y creo que usted lo encontrará extraordinario. La salsa de langosta es una receta personal del *chef*.

—Va a probarla con nosotros, ¿no? —zumbó Drake con su voz ronca.

—Usted no quedará decepcionado, doctor Drake. Estará precedida por un pescado portugués al que puede que encuentre un poco picante.

—Eso no me preocupa *a mí* —manifestó Avalon, con sus cejas enmarañadas y caídas, que daban a su cara un aspecto satánico pero afable.

Resultó que Henry tenía razón. Desde la sopa hasta el pastel de chocolate con ron hubo murmullos de aprobación. Ni siquiera la afirmación decidida de Rubin de que estaba vacío de contenido el ejercicio del futurismo, ahora tan de moda, provocó una oposición demasiado clamorosa.

—Todo lo que tienen que hacer —opinó Rubin— es volver atrás y leer las predicciones para el presente lanzadas por los charlatanes de hace medio siglo. Encontrarán que vieron un millón de cosas que no han sucedido y que no vieron casi nada de lo que luego sucedió.

Hume escuchaba muy serio la discusión que siguió; pero no dijo nada.

Gonzalo preguntó, con obvia desconfianza en sus ojos:

—Su buen amigo Asimov es un futurista, ¿no?

—¿Él? —dijo Rubin, con todos los pelos de su escasa barba a punto de erizarse—. Describe el futuro en lo que *llama* ciencia ficción; pero las únicas cuestiones que acierta son las que están penosamente claras para todo el mundo. Y no puede ser considerado mi *amigo*. Tan sólo le ayudo alguna vez en la trama de una historia, cuando él se halla estancado.

Halsted se acarició el estómago con una sonrisa de satisfacción y golpeó su vaso de agua con la cuchara.

—Caballeros, ya es hora de que Brad pague por su excelente cena haciendo frente

a un interrogatorio. Manny, dado que usted tiene una opinión tan baja del futurismo, ¿querrá servir como moderador? Y, por favor, recuerde que ha de mantener un nivel elemental de cortesía hacia quien es nuestro invitado de honor.

Rubin resopló.

—Me permito recordarle, Mr. Roger, que no necesito lecciones de modales... Mr. Hume, ¿a qué se dedica usted?

—Si esperan que les diga que me dedico a hacer rica a la gente por medio de inversiones inteligentes, quedarán decepcionados. La dedicación viene de mi habilidad como orador en los banquetes.

—¿Es cierto? He de suponer que usted se considera brillante en eso.

—Sí. He estado haciéndolo durante quince años y, en este momento, he llegado a un precio de rutina de siete mil quinientos dólares por la charla de una hora. Creo que es la cantidad adecuada a mi habilidad.

—Huy —exclamó Rubin, al no encontrar oportunidad inmediata para dar una respuesta—. ¿Y se molesta en hacer otras cosas?

Hume se encogió de hombros.

—A mí no me gusta mucho viajar, y quiero estar en una posición en la que pueda permitirme seleccionar con gran cuidado..., rechazar una charla, sea cual sea su precio. Eso puedo hacerlo mejor si tengo un trabajo regular como soporte financiero. Y ésa es la razón por la cual no tengo agente. Ellos te presionan..., y se llevan el treinta por ciento.

Rubin quiso saber:

—Si usted no tiene agente, ¿cómo consigue contratos de charlas?

—De boca en boca. Si eres capaz de dar una buena charla, la gente te abrirá camino y te llevará hasta donde puedas llegar.

—¿Cuál es su tema?

—Futurismo, Mr. Rubin..., cosa en la que usted no cree. A pesar de sus comentarios sobre el tema, todo el mundo, en estos tiempos, parece interesado por lo que nos pueda deparar el futuro. ¿Cuál es el futuro de la educación? ¿De los robots?

¿De las relaciones internacionales? ¿De la exploración espacial? Uno lo plantea..., y los demás se interesan.

—¿Y usted habla de todo eso?

—Sí.

—¿Cuántas charlas distintas tiene preparadas?

—Ninguna. Si tuviera que prepararlas, habría de descuidar mi trabajo de asesor financiero, y no puedo hacerlo. Yo improviso, y no necesito preparación. Díganme un tema y yo me levantaré y hablaré durante una hora... Pero ustedes tendrán que pagarme mis honorarios.

Halsted observó:

—Escuchen yo le he oído hablar. Lo hace bien.

Gonzalo preguntó:

—¿Ha tenido usted algunas experiencias chocantes en su carrera de orador, Mr. Hume?

—¿Chocantes? —repitió Hume, apoyándose en su silla y con aspecto de sentirse cómodo—. He tenido algunas presentaciones memorables, que yo *no* consideré divertidas, aunque los demás pudieran reírse. Una vez alguien hizo objeciones a mis honorarios y me escribió una carta diciendo que éstos eran cuatro veces mayores que los que había pagado a nadie. Yo le contesté diciendo: «Yo soy cuatro veces mejor..., por lo menos». Al presentarme, él leyó la correspondencia. El público, una organización profesional de ingenieros, de repente se dio cuenta de que estaban siendo desplumados el cuádruplo de lo habitual por un gorrón arrogante. Yo pude sentir algo así como el soplo frío del viento del Norte cuando me levantaba, y necesité la mitad de la charla para ganarme su apoyo.

»Otra vez, una mujer me presentó de un modo muy pedestre..., cosa a la que estoy acostumbrado. Se oyó un suave aplauso y yo me levanté con objeto de comenzar, en cuanto éste hubiera culminado, a fin de empezar con la autohipnosis del público a mi favor. Sólo que la mujer que me presentó, y puede ser que ella tenga un lugar especial en el infierno algún día, comenzó a gritarles a los retrasados que había sillas al lado. Continuó hasta que cesaron los aplausos y yo tuve que dirigirme a una audiencia muerta. No acabé de animarlos del todo.

»Luego está el gracioso. Tuve uno que dio una charla de quince minutos como presentación. ¡Quince minutos! Lo comprobé con el reloj. Y él fue cómico, *realmente* cómico. Tenía al público tronchándose y no cobraba ni un penique. Yo tuve que seguirle y me di cuenta de que el público me iba a considerar a mí mucho menos divertido... y a un precio exorbitante. Estaba pensando en perder el dinero y marcharme, cuando mi presentador concluyó diciendo: «Pero no dejen que les dé la impresión de que Mr. Hume puede hacer *cualquier cosa*. Ocurre que sé que nunca ha cantado el papel del duque en *Rigoletto*». Y se sentó, en medio de grandes risas.

»Lo que él no sabía era que me lo había servido en bandeja.

Me levanté, esperé que el aplauso de rutina se extinguiera del todo y, en medio de un silencio sepulcral, canté con mi potente voz de tenor *Bella figlia dell'amore*, las primeras notas de la contribución del duque al famoso cuarteto. El público se tambaleó con la risa más fuerte de la noche, y yo me lo gané.

»Tuve que dar una conferencia doce horas antes de tener un ataque al corazón, y luego otra doce horas después del ataque. Por fortuna, no sabía en aquel momento que se trataba de un ataque cardíaco. La segunda charla estaba dirigida a un grupo de cardiólogos, y ninguno de ellos...

Gonzalo interrumpió:

—Espere un momento. ¡Espere!

Hume se calló y pareció sorprendido.

—Le ruego que me disculpe —dijo Gonzalo—. Yo le *creo* a usted cuando afirma que puede hablar, improvisando, sin previo aviso; pero usted no ha captado mi pregunta.

—Usted me preguntó si yo había tenido algunas experiencias chocantes, ¿no?

—Sí; pero yo no me refería a experiencias graciosas, cómicas... Yo quería decir extrañas o sorprendentes. Pretendía saber si le habían ocurrido cosas *raras*.

Hume se frotó la nariz y continuó:

—¿Podría usted concretar más, Mr. Gonzalo?

—Yo quería decir, algo que usted no pudiera explicar. Un enigma. Un *misterio*.

Avalon bajó la palma de la mano hasta la mesa y dio un fuerte golpe.

—Mario, propongo que le expulsemos a usted de la sociedad.

—No puede hacerlo —protestó Gonzalo, con disgusto—. No existen restricciones sobre las preguntas que hacemos.

—Excepto los cánones del buen gusto. ¡Por el amor de Dios!

—¿Qué hay de mal gusto en pedir un misterio? A mí me gustan los misterios. Si él no tiene ninguno, puede manifestarlo y ya está. —Se volvió a Hume, frunciendo el ceño, y con voz claramente autoritaria inquirió—: Bien, ¿ha tenido usted alguna especie de misterio en conexión con sus contratos de orador?

Pasó las palmas de las manos por las mangas de su chaqueta de terciopelo rojo, como si barrierá todas las objeciones triviales a la pregunta.

Hume sonreía encantado.

—¡Claro que sí! En efecto, los he tenido. Es extraño que usted pregunte una cosa semejante. Fue hace años, naturalmente, pero se trató de un misterio auténtico. No teníamos ni la más ligera idea de a dónde se había ido aquel tipo... ¿Quiere usted oírlo?

Gonzalo se levantó de la silla y declaró:

—Yo sí, pero me gustaría someterlo a votación. ¿Hay alguien que *no* quiera oírlo?

Todos permanecieron silenciosos; entonces, Avalon declaró:

—Bien, Mario, escucharemos.

Gonzalo asintió enfáticamente con la cabeza.

—Muy bien. Mr. Hume, tiene usted el derecho de hablar.

Hume dijo en tono suave:

—Me alegrará hacerlo. Pero, ¿van ustedes a interrumpirme a la mitad, o se me permitirá hablar libremente?

—Yo le garantizo, Mr. Hume —contestó Avalon—, que a usted se le permitirá hablar. Roger, como anfitrión, tendrá un control absoluto sobre la conversación y, cuando diga «hablen», hablaremos, y cuando diga «no hablen», permaneceremos



callados. ¿De acuerdo, Roger?

—De acuerdo —convino Halsted.

—Empezaré —dijo Hume—, y confío en tener suerte. La historia comienza hace algunos años, cuando fui invitado a dar una charla en Seattle. Aquello significaba que tendría que ir en avión, y a mí no me gusta mucho volar. Nunca lo hago por mi voluntad; y menos en enero. Y, lo que es más, el precio ofrecido era bastante menor del que a mí me gustaba. Así que, para arreglarlo todo de una vez, dije que no.

»Y fue una buena cosa que lo hiciera, porque sucedió que el Noroeste fue invadido por una niebla tenaz justo el día en el cual yo habría llegado. Incluso suponiendo que aterrizara con toda normalidad, muy pocos aviones partieron de Seattle durante la semana siguiente, y me habría quedado embarrancado. Eso me habría perturbado, dado que tenía trabajo que hacer en casa, y habría molestado también a mi jefe. A la empresa no le importan mis conferencias, puesto que suelo intercalar en ellas uno o dos anuncios, y a mis directivos les parece bueno que esté preocupado por el futuro y hallarse ellos relacionados con él. De todos modos, que yo estuviera fuera una semana les habría parecido abusivo.

»Todo eso carece de importancia. Lo importante es que el caballero que estaba en el otro extremo del teléfono no aceptó mi negativa. Él y sus socios aprovecharon el milagro de la comunicación moderna y volvieron a mí con la sugerencia de que me quedara en Nueva York y me sometiera a una entrevista de televisión de veinte minutos. La entrevista sería grabada y luego proyectada para un público al que se presumía ansioso de escucharme.

»El precio seguía siendo menor del que a mí me gustaba; pero me halagó su insistencia. Entonces, tampoco tendría que viajar. La entrevista se realizaría en un sitio del centro, a una distancia que representaba un paseo desde mi apartamento, si el tiempo era pasable, cosa que no es en absoluto previsible en diciembre. Acepté.

»El caballero que me invitó, cuyo nombre he olvidado; pero no tiene importancia, le llamaré Smith, notó en mí un residuo de falta de entusiasmo e intentó asegurarme que todo se haría de la manera que me resultara más cómoda. Me dijo que vendría a buscarme en un taxi a las nueve y veinte de la mañana con objeto de llevarme allí a las nueve treinta. El cámara, que se había planeado que estuviera poco después de las nueve de la mañana, lo tendría todo a punto y estaría dispuesto cuando yo llegara.

»Ésa era una cuestión importante para mí. Yo he hecho trabajos de televisión, con las cámaras preparadas para una entrevista en alguna habitación de hotel, por ejemplo, y déjenme decirles que no hay manera más fácil de volverse loco. La televisión existe desde hace unos cuarenta años; pero los cámaras todavía no han encontrado un sistema de poner las luces de manera que el sujeto esté bien iluminado y sin sombras perturbadoras.

»Además, todos ellos se consideran unos artistas y, al parecer, existe una especie

de ley que impulsa a los artistas a no estar nunca contentos. Cada ajuste que hacen aquí, implica alguna cosa allí. Necesitan horas para llegar a un punto de casi satisfacción. Y entonces, cuando te sientas, se dan cuenta de que llevas gafas, y de que esas gafas pueden producir un efecto no deseable... Todo el trabajo comienza de nuevo.

»Pregunté:

»—¿Está usted seguro de que el cámara se hallará a punto y de que todo lo que tendré que hacer será sentarme?

»—Seguro —afirmó. Y eso lo decidió todo.

»Llegó el día. Smith llegó en su taxi a la hora convenida y nos marchamos. A los diez minutos, estábamos en el lugar. Cuando salimos del coche, Smith me dijo:

»—Todo estará listo para nosotros.

»Yo intenté que no se trasluciera mi pesimismo. Estoy convencido de que los cámaras no están listos en ningún momento para nada ni para nadie.

»—Bien —convine.

»Subimos a uno de los pisos superiores y pasamos al despacho un poquitín antes de las nueve y media. Habíamos entrado en las oficinas de una empresa de abogados muy grande, en la cual un viejo compañero del Ejército de Smith era un miembro senior. Llamémosle Jones, porque tampoco recuerdo su nombre. Ellos nos prestaban la sala de conferencias.

»Smith dijo jovialmente al recepcionista:

»—Hola, soy Smith, y este señor es Mr. Hume. Estamos aquí para efectuar la grabación de televisión. Supongo que el cámara ha llegado y está instalado.

»El recepcionista explicó con bastante indiferencia:

»—No he visto a ningún cámara, señor.

»—¿Cómo? —se sorprendió Smith—. ¿Ningún cámara?

»—No, señor —dijo el recepcionista.

»Smith frunció el ceño, pero decidió ser invenciblemente optimista.

»—No puede ser —contestó—. Nos está esperando.

»Pero no lo estaba. Entramos en la sala de conferencias y se hallaba tan vacía como un escenario de Shakespeare.

»—¿Dónde está? —pregunté.

»—No lo sé —repuso Smith.

»Entonces, bajó el compañero de Smith, Jones, me dio la mano y le dijo a Smith:

»—Bien, ¿dónde está?

»—No lo sé —volvió a decir Smith.

»Yo insinué:

»—Será mejor que llamemos a su despacho.

»Pero Smith explicó:

»—Su despacho está en Indianápolis.

»Yo, muy perplejo, pregunté:

»—¿Es que no hay ningún cámara en Nueva York? ¿Por qué hay que traer uno de Indianápolis?

»Smith se encogió de hombros.

»—Es la empresa con la que siempre trabajamos.

»Jones señaló un teléfono que estaba en el rincón y se dirigió a Smith:

»—Aprieta cualquier botón del fondo que no esté encendido; luego, presiona el ocho y espera que vuelvan a dar la señal para marcar, aprieta el uno, el código de la zona y el número.

»Aguardé, paciente. Algo sorprendente, pues la única cosa que me pone furioso es tener que esperar. Puede salir mal cualquier cosa, y yo soy la paciencia personificada. Todo el mundo reconoce lo apacible que soy. Pero sí alguien no aparece en el instante acordado, se me arruga la frente. Y, a los cinco minutos, me sale humo por las orejas.

»El tiempo pasaba; era casi la hora en la que yo contaba con haber *terminado* la entrevista, y el cámara ni siquiera había aparecido. Sin embargo, no me alteré lo más mínimo. Había un misterio en ello y me sentí interesado.

»Smith regresó del teléfono e informó:

»—Vino para acá ayer; y el gerente dice que tenía el nombre correcto, la dirección correcta y que todo era como tenía que ser. Además, el gerente afirma que el cámara que nos han asignado es conocido como *El Viejo Infalible*. Ha trabajado por todo el mundo y nunca falta a una cita.

»—Ha faltado a ésta —observé—. ¿Dónde tendría que estar hoy, pues, si se marchó ayer?

»—En un hotel —contestó Smith.

»—¿Estuvo allí alguna vez? —pregunté.

»Volvió al teléfono y, después de un rato, Smith aclaró:

»—Se inscribió la noche pasada.

»Jones sugirió:

»—Sin duda él tomó un taxi, el taxista se dio cuenta de que era forastero y lo trajo a este lugar a través del barrio de Yonkers. Ya se sabe que los taxistas hacen esas cosas.

»—Es imposible —opinó Smith con una intensa irritación—. Él se halla alojado en el «New York Hilton». ¿No está en este mismo barrio?

»Jones pareció muy perplejo.

»—¿El «New York Hilton»? Sí, lo está. Se encuentra enfrente. Todo lo que tiene que hacer es cruzar la Calle 54.

»—Así que no tendría que coger un taxi, ¿verdad?

»—Creo que no. —contestó—. La dirección del hotel es Sexta Avenida 1335, y estamos en Sexta Avenida 1345. La persona menos experimentada del mundo no habría tomado un taxi para recorrer diez números de una calle concreta en la que sabe que está, y este tipo es una persona que ha viajado por todo el mundo y al que llaman *el Viejo Infalible*.

»Sentí que me inundaba una oleada de pesimismo, y sugerí:

»—Así que *el Viejo Infalible* está aquí en la gran ciudad. Ha cogido una trompa, se lo ha llevado a casa una joven bondadosa y está durmiendo la mona.

»Smith parecía indignado:

»—Vamos, el gerente dijo que tenía cuarenta y ocho años.

No es un muchacho loco.

»—Tampoco es un fósil —repliqué—. Yo soy mayor que él y podría hacerlo con facilidad. Quiero decir, no es que lo haga, pero podría hacerlo si quisiera.

—»Bien, él no lo haría si tuviera que acudir a una cita por la mañana. Es un profesional.

»—Muy bien —acepté—. Usted se está preguntando si él habrá tenido un ataque al corazón por la noche; si en este momento puede estar tumbado en la cama de ese hotel, muriéndose, o quizá muerto.

»Smith y Jones parecían incómodos. Smith preguntó de modo inseguro:

»—¿Usted cree que deberíamos llamar a la Policía?

»Jones opinó:

»—No antes de que alguien vaya a mirar en su habitación.

»Jones fue al teléfono esta vez. Habló crispadamente y luego colgó. Todos nosotros mantuvimos un silencio preocupado durante un rato.

»Smith inquirió:

»—¿Usted cree que ha venido a este edificio y no ha podido entrar? Me imagino que la seguridad es rígida y que, en estos momentos, puede estar dando vueltas por el vestíbulo.

»—La seguridad es rígida, cierto... —convino Jones—; pero le entregaron un pase la noche anterior. No debería tener ninguna dificultad en entrar.

»—Quizá no se lo dieron —sugerí yo, siempre pesimista—, y no ha podido pasar del vestíbulo.

»Jones dijo:

»—Enviaré a alguien a la entrada para mirar.

»El teléfono sonó. Jones lo atendió, habló un rato y volvió para decir:

»—La seguridad del hotel ha ido a su habitación. Su equipaje se encuentra allí, pero él no está. Y no hay ningún equipo de cámara. Así que se marchó con sus bártulos.

»—Entonces, ¿dónde está? —pregunté yo.

»No hubo respuesta, por supuesto. Jones pensó un poco y añadió:

»—Supongo que han mirado en el cuarto de baño.

»Smith se encogió de hombros y dijo:

»—Imagino que la gente de seguridad conoce su oficio.

»Hacía casi una hora que yo estaba allí, y dijeron que no había señal alguna de ningún cámara dando vueltas por el vestíbulo. No cabía duda de que, si él llevaba su equipo, lo habrían visto fácilmente. Pero el agente de seguridad que estaba abajo no había visto a nadie que entrara con un equipo semejante, con pase o sin él. Yo indagué:

»—¿Comprobaron si él ha firmado?

»Jones meneó la cabeza.

»—No tendría que firmar si llevaba un pase. Simplemente le hacen señal de que entre.

»Smith dijo:

»—Usted no supone que saliera del ascensor en un piso equivocado, ¿verdad? Podría ser que estuviera dando vueltas perdido por ahí.

»Jones miró su reloj:

»—Tenía que estar aquí hace hora y media. ¿Cómo puede pasarse todo ese tiempo dando vueltas por un piso equivocado? No hay ningún piso en este edificio que no tenga guardias de seguridad. A nadie se le permitiría dar vueltas de un lado para otro... Y él además no lo haría. Él preguntaría. Después de todo, sabe el nombre de esta empresa y sabe en qué piso está.

»Hubo un silencio pegajoso y todos nosotros íbamos mirando nuestros relojes por turnos. Al fin, Jones murmuró un «excúsenme» y se marchó. Volvió al cabo de tres minutos y declaró:

»—Acabo de hablar con Josie...

»—¿Quién es Josie? —le pregunté.

»—La recepcionista —me contestó—. Ella jura que no ha entrado ningún cámara. De hecho, no ha entrado absolutamente *nadie* que no fuera miembro de la empresa, excepto usted, Smith, y usted, Mr. Hume.

»—¿Estuvo ella en su mesa todo el tiempo? —preguntó Smith.

»—La recepcionista insiste en que sí estuvo.

»—¿Quiere usted decir que ella no salió para empolvase la nariz o lo que fuera?

»—Asegura que no. Dice que estuvo trabajando y atenta toda la mañana, y que no es posible que entrara nadie sin que ella le viera.

»—¿Es una mujer de fiar? —pregunté.

»Jones frunció el ceño.

»—Podemos confiar en ella. La hemos tenido en este trabajo cerca de cinco años y, si dice que nadie entró, es que nadie entró.

»—Entonces, ¿dónde está él? ¿Cómo puede perderse sólo cruzando la calle? —preguntó Smith.

»Yo indiqué:

»—Estamos eliminando todas las cosas, excepto la posibilidad de que tuviera un accidente mientras cruzaba la calle.

»Smith balbuceó, tembloroso:

»—¿Piensa usted que pudo haber sido atropellado por un coche?

»—Ya se sabe que eso ocurre —observé.

»—Tendría que haber sido algo muy serio —insistió Jones—. Siendo un profesional, él nos llamaría, o llamaría a su oficina. Aunque no pudiera moverse, encargaría a alguien que nos llamara.

»—Si estuviera consciente. Si estuviera vivo —dije yo.

»—Si hubiera sido un accidente serio en la calle, justo delante de aquí, lo sabrían en la planta baja —opinó Jones.

»—¿Lo ha preguntado alguien? —planteé yo.

»Jones dudó un par de segundos y llamó a la planta baja. No necesitó mucho tiempo. Meneó la cabeza:

»—Nadie de abajo sabe nada de un accidente.

»—Llamemos a la Policía. Ellos tendrían que tener constancia —sugirió Smith.

»Jones no parecía desear hacerlo, pero lo hizo. Eso requirió un poco más de tiempo; pero el resultado fue el mismo. Explicó que la Policía había dicho que no hubo registro de ningún accidente esa mañana en la Calle 54 y la Sexta Avenida.

»Smith insistió:

»—Entonces, ¿dónde está él?

»Me levanté.

»—Caballeros —dije—, yo no sé dónde está; pero no puedo esperar más. Tengo otras citas que cumplir, otro trabajo que hacer. Sintiéndolo muchísimo, he de marcharme. Sin embargo, me gustaría saber la respuesta a este enigma. Cuando lo averigüen, hagan el favor de telefonarme. Si son tan amables de hacerlo, volveré para llevar a cabo la grabación.

»Así que me marché... Al cabo de una hora, Smith me llamó y me explicó la situación. Una semana después, yo volví e hice aquel trabajo. Aquí está su misterio.

Los Viudos Negros miraron incrédulos a su invitado. Halsted habló por todos al preguntar:

—¿Sucedió eso realmente, Brad? ¿O quiere gastarnos una broma?

—No, no —negó Hume—. Cuanto he dicho es verdad. Palabra de *Boy scout*. Sucedió exactamente como lo he descrito.

—Bien; entonces, explíquenos lo que le sucedió al cámara.

Hume meneó la cabeza sin dejar de sonreír.

—Ustedes querían un relato de misterio y yo se lo he dado.

Son ustedes quienes han de decirme *a mí* lo que sucedió. Ya conocen los hechos. Les daré dos pistas. Nadie estaba acostado. No fue un montaje de ninguna clase. La segunda pista es que no hubo tragedia alguna. El cámara no estaba lesionado en absoluto. ¿Dónde estaba?

Gonzalo preguntó:

—¿Es que tuvo un ataque de amnesia temporal y se quedó dando vueltas por ahí?

Hume contestó:

—No; no sufrió ninguna clase de mal. Ni físico ni mental.

—Veamos —planteó Avalon, más bien sombrío—. Usted realmente no sabe en absoluto que él estuviera en el hotel..., ni en Nueva York siquiera. Nadie le vio allí aquella mañana. El pase fue enviado la noche anterior; pero apostaría que lo dejaron en la recepción para él. ¿Alguien sabe *quién* estuvo en la habitación?

Hume señaló:

—Alguien que firmó en el registro con el nombre del cámara.

—Cualquiera podría haber sido si supiera cómo se llamaba —opinó Avalon—. El cámara tenía una reserva en el hotel y alguien lo sabía. Ese alguien lo entretuvo de algún modo, se registró en su nombre y tuvo una habitación por una noche en un hotel muy lujoso a expensas de otro. El servicio del hotel encontró el equipaje allí por la mañana, cuando el impostor había salido a sus propios asuntos, pero ningún equipo de cámara. Eso, para empezar, podía significar que no lo había.

Hume se sorprendió.

—¿Por qué tendría nadie que hacer eso?

Avalon replicó:

—No lo sé. Me sería fácil inventar motivos quizá; pero no podría probar ninguno.

Trumbull intervino:

—Algún fugitivo que necesitaba un nombre falso y una habitación segura sólo para una noche..., un espía...

Drake comentó con un tono que mostraba claramente que no hablaba en serio:

—Un atentado con bomba. Necesitaba una habitación en la cual pudiera plantar una bomba.

—Caballeros —intervino Hume, echando hacia atrás su guedeja—. Ustedes *están* inventando cosas. En realidad, no se nos ocurrió localizar al botones que llevó el equipaje del cámara a su habitación; pero, si lo hubiéramos hecho, ese botones nos habría dicho que él había subido algunos artículos que parecía que podían ser un equipo de cámara. No, no; es absolutamente cierto que la persona que se registró en el hotel era la que tenía que ser.

—En ese caso —opinó Rubin—, él mismo estaba en plan de hacer alguna

jugarreta. Tenía una chica a la que quería ver; algún asunto de dinero del que debía ocuparse, algo que le interesaba hacer en la gran ciudad. Cuando bajó al vestíbulo del hotel, comprobó su equipo, cogió un taxi y se marchó precipitadamente. Quizá pensó que estaría de vuelta en media hora y que le esperarían durante ese tiempo sin enfadarse demasiado. Pero tardó dos horas, porque no tuvo en cuenta el tráfico de Nueva York o se metió en algún problema que le hizo retrasarse.

Hume intervino:

—No creo que hiciera eso. El trabajo era lo primero en todo para *el Viejo Infalible*.

Hubo entonces un silencio largo, pesado, mientras todas las caras se arrugaban y todos los labios se fruncían. Así se lo pareció a Hume, hasta que se dio cuenta de la excepción y comentó:

—Henry es el único que está sonriendo... Henry, ¿de qué se ríe?

Henry contestó:

—Pido excusas, señor. No quiero faltar al respeto; pero usted dijo que no hubo ninguna tragedia y se me ocurre que fue una farsa, por eso no puedo evitar reírme.

Avalon preguntó, con su voz vibrante de barítono:

—¿Tiene una solución, Henry? Si es así, suéltela.

Henry aceptó.

—¿Me lo permiten, caballeros?

El coro fue inmediato y unánime.

Henry explicó:

—Mr. Hume dejó claro que el cámara era un viejo profesional de confianza que había trabajado por todo el mundo y que se sabía que siempre había cumplido bien. Dado que no fue encontrado muerto en la habitación y que la Policía no tenía registro de ningún accidente, sólo podemos suponer que, por la mañana, él se había dispuesto a hacer su trabajo, cruzó la calle hasta el edificio de la oficina, tal como se le había indicado, fue al lugar que correspondía y colocó su equipo de televisión.

—No —protestó Avalon—. La recepcionista jura que él no entró, y Mr. Hume nos ha dicho que la recepcionista no mentía. Eso significa... Mr. Hume, por favor, permíteme la pregunta que me veo forzado a hacer. ¿Se trata meramente de buscar una solución? Cuando usted nos dijo que la recepcionista no mentía, ¿puedo suponer que *usted* no mentía?

—Yo no mentía —declaró Hume con aplomo.

—En ese caso, Henry —sugirió Avalon—, su suposición es errónea.

—Quizá no, Mr. Avalon —contestó Henry—. Se esperaba que Mr. Hume llegara a las nueve y media de la mañana y que el cámara estuviera allí hacia las nueve, con objeto de estar preparado a las nueve y media. ¿No es cierto, Mr. Hume?

—Es cierto.



—La recepcionista se hubiera pasado en su celo profesional si hubiera llegado mucho antes de las nueve de la mañana, hora en que se abría la oficina. El cámara, sin embargo, era tan de fiar, tan eficiente y profesional, que es muy probable que llegara a las ocho y media. Eso explicaría el hecho de que la recepcionista no lo viera. Y, lo que es más, esperó que entrara un nuevo turno en el vestíbulo a las nueve de la mañana, y ésa es la razón de que nadie del turno siguiente lo viera entrar.

—La puerta habría estado cerrada —objetó Avalon—, y él tendría que haber estado esperando.

—¿De veras? Era una gran empresa de abogados, según nos han dicho, así que tenía que haber muchos abogados trabajando allí. Por lo menos uno habría llegado temprano al trabajo. Él atendería a la puerta, vería el pase del cámara, le dejaría entrar, regresaría a su propio trabajo y olvidaría todo el asunto.

Avalon inquirió:

—¿Y qué le sucedió al cámara después? ¿Se cayó por un agujero del suelo? ¿Dónde *estaba*? Nadie le vio.

—Mr. Hume —dijo Henry—, ¿puedo hacerle otra pregunta?

—Adelante, Henry.

—Considerando que era una gran empresa de abogados, ¿tenía ésta más de una sala de conferencias?

Hume inclinó la cabeza hacia atrás y se rió con gran alegría.

—Dos. Resultó, Henry. ¡Dos!

—Lo pensé —dijo Henry—. El abogado que le dejó entrar le llevó a la sala de conferencias que no era la convenida. El cámara esperó en una y usted esperó en la otra toda la mañana, y ninguno de los dos sabía dónde estaba el otro.

—¡No! —protestó Avalon—. ¿Cómo fue eso posible? ¿No salió el cámara y preguntó: ¿Dónde está la gente?

—En cierto modo, lo hizo —explicó Hume, dejando de reírse—. Utilizó el teléfono que había en aquella habitación para llamar a Jones. La secretaria de Jones contestó y dijo que Jones no estaba en su despacho..., cosa que era verdad, ya que estaba en la otra sala de conferencias preguntándose dónde se había metido el cámara. El hombre dijo que tenía que hacer una grabación para alguien, y la secretaria contestó que ella se lo diría a Jones en cuanto volviera. Sólo que Jones no volvió hasta que yo me marché... ¿Cómo lo dedujo, Henry?

—De la manera habitual —contestó Henry—. Una vez usted y los otros dos caballeros de la sala de conferencias y mis compañeros miembros de los Viudos Negros, también, hubieron eliminado todas las posibilidades complicadas, la única cosa que quedaba era algo muy sencillo, y yo simplemente lo señalé.

## POSTFACIO

*De todos los relatos de los Viudos Negros que he escrito, éste ha sido el que ha pedido menos esfuerzo a mi imaginación.*

*Sucedió de verdad. Sucedió exactamente tal y como lo he descrito en la narración. Debo decir que hizo que me diera cuenta de que soy mucho menos inteligente que Henry. Estaba perdido por completo, faltó de una solución, cuando me sucedió.*

*Por cierto, me divirtió mucho el hecho de que este relato recibiera mucho peor trato por parte de mis lectores que cualquier otro de los que he escrito de los Viudos Negros. Quedé sorprendido al ver las muchísimas personas que escribieron para poner objeciones a esta o aquella faceta del relato como improbable. Algunos incluso criticaron las direcciones de las calles que había utilizado; aunque yo di las reales que tenían los edificios.*

*La conclusión es que, en mis ficciones, yo tengo cuidado en hacer probables todas las cosas y en atar todos los cabos perdidos. La vida real no es sometida a tales consideraciones.*

*La narración apareció por primera vez en el número de octubre de 1986 del Ellery Queen's Mystery Magazine.*

## El bolso viejo (1987)

“The Snatched Purse / The Old Purse”

—¡William Teller! —anunció Thomas Trumbull.

Era el anfitrión en el banquete de aquel mes de los Viudos Negros y, al presentar al invitado de la noche, lo hizo con una cierta agitación. Su rostro fruncido se fijó de manera particular en Mario Gonzalo, el cual, llamativamente ataviado como de costumbre, esta vez con una chaqueta de terciopelo marrón, lo ignoró.

—¡William Teller! —dijo encantado—. ¿Es usted descendiente de Guillermo Tell, quizá?

—No, en absoluto —contestó Teller con agrado.

Tenía tez olivácea, espeso cabello negro y un copioso bigote, también negro.

—En realidad —continuó—, Tell es una simple leyenda y probablemente no existió nunca. Sin embargo, soy de procedencia suiza, y el primer nombre es frecuente en la familia, quizás en homenaje a aquel viejo granuja. En realidad, Teller es una palabra corriente alemana que significa «plato».

Geoffrey Avalon bajó la vista desde su metro ochenta y cinco y comentó:

—Los padres a menudo son sensibles a los apuros de un muchacho. Yo me salvé de ser una penosa víctima propiciatoria por el hecho de que siempre utilicé como nombre el de Jeff. En eso tuve suerte, dado que el nombre se alterna con Broderick, y es mi hijo mayor, y no yo, el que debe apechugar con él. Por suerte, siempre ha sido un joven musculoso, cosa que yo no fui nunca.

—Los nombres pueden ser una inspiración, también —opinó Teller—. Cuando yo era joven, soñaba ser un arquero superlativo. Quería que la gente dijera: «Guillermo Tell era bueno, pero William Teller es mejor». Yo era un arquero asiduo en el campamento de verano por esa razón.

—¿Y lo consiguió? —preguntó James Drake con interés, al tiempo que encendía su inevitable cigarrillo.

—No. Yo estaba notablemente poco dotado. Sólo daba en el blanco, no digamos ya en la diana, cuando apuntaba a alguna otra parte. Lo hacía fatal. Si hubiera ganado la competición nacional de arqueros con mi nombre, habría salido en todos los periódicos de los Estados Unidos, en las columnas de «Créase o no», si es que existen todavía.

—Usted hubiera resultado incluso mejor —dijo Emmanuel Rubin discretamente— si su nombre hubiera sido Robin Hood.

Roger Halsted manifestó con vehemencia:

—Muchas de las llamadas coincidencias suceden de esa manera. Si alguien se llama Robin Hood, se ve obligado a probar su habilidad en el tiro con arco y, si resulta bueno, decir «créase o no» estaría fuera de lugar. Sería una consecuencia

lógica. De hecho, tengo la sospecha de que las cosas curiosas que le suceden a todo el mundo no son paranormales, sino naturales. Por ejemplo...

Todos se quedaron sin enterarse de cuál era el ejemplo que Halsted estaba a punto de dar, porque Henry, el camarero supremo, escogió aquel momento para anunciar, según su tranquila y efectiva manera, que la cena estaba servida.

Los Viudos se sentaron para tomar el pastel de callos, seguido por un crujiente pato asado con salsa de licor de cerezas, acompañado de arroz integral y trufas, algo que hizo que se extinguiera la conversación. Y, durante la cena, se mantuvo una especie de quietud satisfecha en la cual incluso los comentarios ocasionales de Rubin fueron expresados con una serena contención. Hasta que Trumbull, a la hora del café, golpeó el vaso de agua con la cuchara y señaló a Avalon como moderador del interrogatorio.

—Mr. Teller —preguntó Avalon—, ¿a qué se dedica usted?

Teller repuso sin inmutarse:

—A hacer que la gente piense.

—¿Y qué procedimiento emplea?

—Tengo una columna en los periódicos titulada *Por el contrario*. No aparece en ningún periódico de Nueva York; pero lo hace en ciento dos diarios de difusión moderada en otros lugares de la nación. En mi columna, presento la parte impopular de cualquier controversia, no porque apoye siempre con pasión esa parte, sino porque creo que es propensa a ser presentada de manera inadecuada al público. El público, después de todo, puede ser inducido a error; a veces, incluso de forma peligrosa, si escucha sólo a una parte de una cuestión.

Muchas personas podían no saber siquiera que existe otro punto de vista.

—¿Puede usted darnos algún ejemplo? —preguntó Avalon.

—Por supuesto. En una columna reciente presenté la opinión que los llamados terroristas tienen de sí mismos.

—¿Llamados? —dijo Drake en suave tono de interrogación.

—Sí, «llamados» —respondió Teller—. Ellos no se consideran a sí mismos terroristas, de la misma manera que nosotros no pensamos que lo sean quienes están a nuestro lado. Cuando aprobamos sus objetivos, decimos que son luchadores por la libertad y los comparamos con George Washington.

—¿Defiende usted entonces el terrorismo? —inquirió Avalon.

—No es que lo defienda, sino que intento penetrar en el razonamiento que existe para su defensa. Por ejemplo, los Estados Unidos piensan que todos los conflictos tendrían que tener lugar con misiles, aviones, tanques y todo el aparato de la guerra; o mediante votos, resoluciones, argumentos, debates y toda la maquinaria de la política. Sin embargo, ¿qué ocurre si existe gente que cree que tiene una causa justa pero que no posee la maquinaria de la guerra y se le niega la maquinaria de la política? ¿Qué

han de hacer, entonces? Sin duda, ellos tienen que luchar con las armas que poseen. Nuestro grito entonces es que son cobardes que golpean sin avisar y matan al azar a víctimas civiles. Pero, ¿es justo por nuestra parte «luchar limpiamente» contra fuerzas que son muchísimo más pequeñas que las nuestras?

—Veo su punto de vista —dijo Rubin—, pero se puede argumentar contra el terrorismo con bases pragmáticas, incluso dejando a un lado el gran sentido moral. Simplemente, el terrorismo no es eficaz. Tirar bombas al azar llena titulares y causa dolor personal y frustración pública; pero no consigue sus fines.

—A veces lo hace —afirmó Teller—. El asalto iraní a la Embajada de los Estados Unidos llevó a éstos al ridículo mundial, convirtió a Jomeini en el héroe de los radicales árabes por todo el Islam y destruyó la Presidencia de Carter. Y ni siquiera mataron a nadie.

—Sí —contestó Rubin—; pero fue autodestructivo porque condujo a la Presidencia de Reagan, que ha asumido una actitud mucho más dura contra el terrorismo, y trajo el bombardeo de Libia, por ejemplo, como castigo por su apoyo al terrorismo.

—Todavía tenemos que ver a qué conducirá esto por el otro lado. Para continuar mi argumentación, diré que durante la guerra, los terroristas se llaman guerrillas o fuerzas de resistencia, o «raiders», o comandos, o cualquier cosa, excepto terroristas. En la Segunda Guerra Mundial, dichas fuerzas irregulares que estaban en cualquier nación supuestamente conquistada, sobre todo en Yugoslavia, hicieron mucho para ayudar a la derrota de los nazis. De modo similar, las guerrillas de España hicieron mucho para vencer a Napoleón.

—Quizás —apuntó Avalon— usted no se mostraría tan comprensivo con ellos si hubiera sufrido directamente a manos de los terroristas.

—Supongo que no; pero el argumento existiría incluso si yo, por resentimiento personal, me negara a reconocerlo.

Drake prorrumpió en una risa ahogada.

—Ya sabe usted, Tom. Supongo que Mr. Teller es amigo de usted, puesto que usted lo ha traído como invitado. Con las opiniones que él tiene, ¿no resulta un amigo peligroso, considerando el tipo de empleo que usted tiene en el Gobierno?

—Nada en absoluto —negó Trumbull—. Es sólo un abogado del diablo profesional. A menudo apoya con todas sus fuerzas al Gobierno cuando ha ocurrido algo que lo hace impopular.

—Es una gran verdad —corroboró Teller.

Se detuvo y frunció el ceño como si le hubiera asaltado un pensamiento repentino. Dijo, hablando muy despacio:

—Ustedes saben que esto no se me habría ocurrido si no hubiera habido aquella charla antes de la cena acerca de conexiones extrañas, como la que se produce entre

el tiro con arco y yo. Existe una conexión aquí en el asunto del terrorismo.

—¿Puedo preguntar qué conexión es ésta? —solicitó Avalon.

—Mr. Rubin había apuntado que mis opiniones podrían cambiar si yo fuera una víctima. Para decirlo con precisión, yo no lo he sido; pero mi esposa sí, y eso podría considerarse como casi equivalente. El mismo día en que aparecía mi columna sobre el terrorismo, el mismo día, mi esposa fue víctima de una especie de terrorismo suave. Le robaron el bolso. Naturalmente, eso fue la más simple de las coincidencias. Sin embargo...

Se detuvo de nuevo.

—Diga, Mr. Teller —pidió Avalon.

—No es nada importante. Estaba pensando en las secuelas del incidente, que fueron realmente humorísticas e incluso desconcertantes. Pero eso no importa. Retomemos nuestro debate sobre el trabajo a que me dedico. En la época de nuestra desgracia en el Líbano...

—Espere, espere —intervino Gonzalo, golpeando con la cuchara el vaso de agua—. Volvamos atrás, Mr. Teller. Quiero enterarme de la secuela humorística y desconcertante del robo del bolso.

Teller pareció sorprendido y se volvió automáticamente a Trumbull.

—Tom...

Trumbull se encogió de hombros.

—Adelante, hablemos de la secuela desconcertante. Si no, Mario nos amargará la vida a todos nosotros.

—Espere —volvió a pedir Gonzalo—. Espere un minuto.

Henry no está aquí.

—¿Henry? —se extrañó Teller.

—Nuestro camarero. —Y Gonzalo levantó la voz—: ¡Henry!

Henry entró en el comedor.

—Dígame, Mr. Gonzalo.

—No desaparezca de ese modo —le espetó Gonzalo, malhumorado—. ¿Dónde estaba?

—Ordenando los platos y los cubiertos, Mr. Gonzalo; pero ya estoy a su servicio.

—Bien. Quiero que usted oiga esto. Mr. Teller, por favor, comience desde el principio.

Teller miraba sorprendido.

—No es realmente gran cosa. Mi esposa estaba en la estación Grand Central y, en una escalera mecánica abarrotada, desapareció su bolso. Ella lo llevaba colgado del hombro izquierdo, porque tenía alguna otra cosa en cada mano, y creemos que alguien que se hallaba detrás de ella cortó la correa con cuidado, sostuvo el bolso seguro hasta que llegaron al final de la escalera y entonces se escapó rápidamente,

con el bolso bajo el brazo. Ella no vio nada, no sintió nada. Sabe que tenía el bolso en su poder cuando ella se hallaba en la parte superior de la escalera mecánica, porque se lo echó hacia la espalda para mayor comodidad, y no lo llevaba cuando terminó de bajar. Eso es todo lo que hay en cuanto a la historia. No le hicieron daño, no la empujaron, no la amenazaron. Fue un trabajo muy profesional.

—Usted no parece disgustado —observó Gonzalo.

—Lo estuve, naturalmente, y también lo estuvo mi esposa.

Una pérdida semejante siempre es desagradable. No llevaba mucho dinero dentro, unos pocos dólares; pero tenía varias tarjetas de crédito, su permiso de conducir, los documentos de su coche, algunos papeles personales, fotografías... Eso significaba que tenía que informar de la pérdida de las tarjetas de crédito y enfrentarse al hecho de prescindir de ellas durante unas cuantas semanas, o usar las mías. Significaba también hacer gestiones en el Ayuntamiento sobre lo referente al automóvil, y decir adiós a toda la chatarra que llevaba en el bolso.

Sin embargo, lo más importante es que fue herido su orgullo.

El bolso era viejo, viejísimo; estaba en las últimas. Lo llevaba así a propósito. Tenía unos cuantos bolsos nuevos y bonitos que utilizaba cuando iba bien vestida; pero ese cochambroso lo usaba cuando iba de compras, cuando esperaba estar en medio de multitudes. Ella proclamaba que ningún ladrón que se preciase soñaría en coger un bolso que daba vergüenza. Ellos sabrían que no había nada que valiera la pena dentro. Bien, pues ellos sí lo cogieron; y aunque yo tuve sumo cuidado en no hacer ninguna referencia a sus afirmaciones anteriores, pues ella siempre había estado muy orgullosa de su inteligencia en ese aspecto, me miró y supo lo que yo estaba pensando.

—¿Y cuál fue la consecuencia desconcertante? —preguntó Gonzalo.

—Bien; ayer, dos días después del robo, abrí la puerta de mi apartamento con objeto de llevar la basura al *compacter*, pues yo trabajo en casa, y casi tropecé con un paquete que llevaba el nombre de mi esposa con escritura desordenada. En el primer momento, supuse que era algo que había dejado el cartero, aunque él sabía muy bien que no tenía que hacerlo sin tocar el timbre. Pero, cuando lo recogí, encontré que no tenía ninguna dirección y ningún sello. Así que debía haber sido llevado a mano, y eso más bien me disgustó. Después de todo se confía en que nuestra casa de apartamentos tiene un seguridad rígida y nadie debería poder entrar en el ascensor sin ser inspeccionado, por los porteros y llamarnos por el interfono y pedir nuestro consentimiento para que él o ella suban. Naturalmente, esto no siempre ocurre. Alguien entra cuando los porteros están ocupados con alguna otra cosa, o sigue a cualquiera que pertenece a la casa, de modo que da la sensación de que es un invitado... Pero, así y todo, me disgustó.

»Me puse lo bastante furioso para inspeccionar por entero el vestíbulo y mirar en

los dos cuartitos de la escalera y en la habitación del *compacter*, lo que no fue muy inteligente por mi parte, y no encontré a nadie. Entonces llamé a mi esposa, le mostré el paquete y le pregunté si sabía qué podía ser.

»Ella dijo en seguida y con gran convicción:

»—Es una bomba.

»Naturalmente, yo me reí. Todos nos estamos volviendo ridículamente sensibles al terrorismo. El paquete me pareció demasiado pequeño para contener una bomba. Sin embargo, no tuve valor para intentar abrirlo. Después de una gran indecisión, tras escuchar si había algún tictac indicador, aunque no sé si las bombas hacen tictac en el día de hoy; y después de olerlo, y sin tener el suficiente valor para sacudirlo, llamé a la Policía. Ellos nos dijeron que lo pusiéramos en el centro de nuestra habitación más grande y abandonáramos el apartamento. En un momento, llegó una brigada especializada en explosivos con una unidad portátil de rayos X y, bueno..., no era una bomba.

»Ellos nos lo abrieron y, cuando nos volvieron a llamar al apartamento, nos mostraron el contenido. Y era todo lo que habían robado a mi esposa dos días antes. ¡Todo! El paquete contenía los papeles, incluyendo las tarjetas de crédito, las menudencias. Y el dinero, hasta la moneda más pequeña que estaba abajo, en el pequeño escondite de cuartos de dólar que ella guardaba para el transporte público. Mi mujer lo contó con sorpresa y todo estaba allí. No habían cogido nada. ¿Han oído ustedes alguna vez una cosa parecida? Yo lo considero desconcertante. Es de suponer que se trataba de un ladrón con un ataque de arrepentimiento.

Gonzalo, que había escuchado con gran atención, pareció decepcionado.

—¿Es ése el final del asunto?

—El final total —contestó Teller—. Pero yo ya les dije que no había gran cosa, así que no deben sentirse molestos conmigo.

Gonzalo meneó la cabeza, confuso a todas luces.

Henry dijo serenamente:

—Perdón, Mr. Teller. ¿Me permite hacer una pregunta?

—Desde luego, si así lo desea; pero no veo qué es lo que hay que preguntar.

—Es sólo que usted mencionó el contenido, señor; pero no mencionó el bolso mismo. ¿También fue devuelto?

Teller pareció quedarse atónito.

—No, no lo fue. Me alegro de que me lo haya preguntado.

Fue la única cosa que no volvió. Mi esposa estaba preocupada por eso. Decía que el bolso tenía valor para ella y que podían haberlo devuelto también. Mi opinión es que era demasiado voluminoso para meterlo en un paquetito. Naturalmente yo comenté que, puesto que el plan de ella de llevar un bolso viejo no había dado resultado, no representaba una gran pérdida.



Como es natural, me lanzó la mirada exasperada que las esposas lanzan siempre a los maridos que descienden a la pura lógica. En todo caso, así fue. Ellos devolvieron todas las cosas menos el bolso.

Halsted sentenció:

—Eso es desconcertante. Podían haber hecho un paquete algo mayor. Si el ladrón estaba tan agobiado por el arrepentimiento como para devolver hasta el último penique, su conciencia tenía que haberle movido a devolver el bolso.

Rubin dijo:

—Quizá se rompió y él creyó que no tenía sentido devolver los jirones.

—No, no, no —interrumpió Teller—. Era un bolso fuerte, de piel. Estaba viejo y rozado por el tiempo y tenía un aspecto horrible; pero no iba a romperse.

Trumbull intervino:

—¿Usted cree que lo guardaron a propósito? Quiero decir, que quizás el bolso era lo que ellos querían, así que devolvieron las demás cosas.

—Es ridículo —manifestó Rubin—. Si ellos querían el bolso, podían simplemente vaciar el contenido, al menos aquellas partes que ellos no pudieran utilizar.

Drake apagó su cigarrillo y argumentó con su voz suavemente ronca:

—Usted no puede plantearlo de las dos maneras, Manny. O el ladrón no estaba perturbado por el arrepentimiento y no devolvería nada, sino que simplemente tiraría lo que no quisiera, tal como usted sugiere, o tendría conciencia y devolvería todas las cosas excepto lo que le hacía verdadera falta. Por lo que veo, resulta que él estaba robando de mala gana algo que quería desesperadamente y que no tenía intención de robar nada más.

Avalon añadió:

—Quiero decir que era un hombre honrado que no tenía más remedio que robar una cosa concreta; pero que el robo de ningún otro artículo iba a mancillar su alma tierna y caballerosa.

—Es cierto —ratificó Drake—. Entonces, si es éste el caso, piense un poco en ello. Él quiere robar un bolso con objeto de conseguir alguna cosa específica que éste contiene. Pero él solamente ve el bolso y nada más. Él no ve lo que hay dentro.

Si quería algo de lo que contenía, no podía estar seguro de que ese bolso en particular lo contenía. Podía tener que robar media docena de bolsos, examinar cada uno y luego, desilusionado, devolver todas las cosas a su propietario; o si, por fin, encontraba un bolso que llevaba dentro lo que él quería, sacar el objeto deseado y devolver todas las demás cosas.

—Yo no creo que un hombre honrado, un hombre tan honrado que sintiera el impulso de hacer un paquete con lo que había cogido y corriera el riesgo de devolverlo personalmente, robara en general de una manera tan caballerosa. Si

admitimos que...

—Espere —intervino Rubin—. Nosotros no tenemos por qué aceptar eso. Podía ser que el ladrón fuera detrás de lo que se supone que contiene cualquier bolso: dinero, tarjetas de crédito...

—También pudo ser —sugirió Trumbull— que viera a Mrs.

Teller abrir el bolso y observara que dentro había algo de lo que buscaba. Entonces la siguió con objeto de aprovechar la oportunidad de cogerlo.

—O, por alguna *razón* —dijo Gonzalo—, todo lo que quería era la identificación de ella. Él solamente deseaba saber su nombre y dirección.

Drake meditó el asunto por un momento, haciendo un zumbido al respirar, y luego dijo:

—No lo creo. Si él quería dinero o tarjetas de crédito, las habría conservado; y las devolvió. Si hubiera espiado cualquier cosa que quería, pero que no tenía un valor intrínseco, no habría devuelto *eso*; pero lo hizo.

—Espere —intervino Gonzalo—. ¿Cómo podemos estar seguros de que lo devolvió todo? Tal vez hubo algún pequeño objeto que Mrs. Teller no se diera cuenta de que había desaparecido. Quizás había algo en el bolso que incluso Mrs. Teller no sabía que estaba allí o había olvidado que estaba.

—No lo creo —replicó Teller en tono ambiguo—. Yo no puedo hablar por mi esposa; pero ella es una persona muy metódica con un cerebro ordenado. Si dice que se lo devolvieron todo, estoy dispuesto a apostar a que tiene razón.

Avalon se aclaró la garganta y comentó:

—Debe entender, Mr. Teller, que esto es un juego. Estamos intentando averiguar las implicaciones de este suceso extraño.

Por favor, no se ofenda si sugiero, como una posibilidad remota, que su esposa tenía, digamos, una carta en su bolso que no quería que nadie viera. Si el ladrón la tiene, su esposa no se atreve a admitir que ha desaparecido...

Teller dijo con gesto sombrío:

—Usted está dando a entender que el ladrón intentará ahora hacerle chantaje. Caballeros, tendrán que aceptar que conozco a mi esposa. Ella preferiría ver al chantajista, y a sí misma, en el infierno, que pagar un penique. Por favor, quítense de la cabeza lo del chantaje.

Halsted intervino:

—Podría ser que él devolviera las tarjetas de crédito, pero guardara un registro del número para una posterior falsificación. O de la matrícula del coche.

Teller manifestó desaprobación.

—Es absurdo. Mi esposa ya ha cancelado todas esas cosas y pronto tendrá otras nuevas. Las falsificaciones no podrían utilizarse.

—¿Y qué me dice de la identificación? —insistió Gonzalo—.

Ella llevaba su nombre y dirección, y el ladrón no necesitaba guardar los objetos físicos que le dieron la información.

—¿Por qué diablos —exclamó Trumbull— tendría que correr el riesgo de robar un bolso para eso? Podía simplemente haberla seguido a casa, emprender algún tipo de relación con ella.

¿Y por qué tendría que desear saber el nombre y la dirección de una mujer desconocida para él? ¿Me perdonará, Bill, si digo que ella no es una belleza arrebatadora?

Teller sonrió.

—Me parece hermosa a mí; pero para cualquier otro no es más que una mujer de mediana edad, de aspecto bastante corriente.

Drake iba mirando de uno a otro mientras hablaba cada uno de ellos. Al fin concluyó:

—Si hemos eliminado todas las variadas razones para robar un bolso y devolver su contenido, ¿se me puede permitir que termine mi razonamiento?

—Adelante, Jim —invitó Avalon.

—Muy bien. Todos nosotros hemos estado jugando con complejidades y, como Henry, voy a ir a la simplicidad. El ladrón devolvió todas las cosas excepto el bolso. Y, lo que es más, todo lo que pudo ver en el momento en que decidió robar alguna cosa de Mrs. Teller fue el bolso, no su contenido.

Conclusión: él iba detrás del bolso mismo, de nada más, así que devolvió todo lo que éste contenía.

Rubin objetó:

—Pero, Jim, eso lo único que hace es sustituir un problema por otro. ¿Por qué demonios iba a querer el bolso el ladrón...?

Mr. Teller, ¿está usted seguro de que el bolso no tenía ningún valor intrínseco?

—Ninguno —repuso Teller con énfasis.

—No era una antigüedad de ninguna clase, ¿verdad?

Teller pensó un momento.

—No soy experto en antigüedades. Mi esposa compró el bolso hace al menos veinte años; pero tengo la impresión de que lo pescó en «Klein's». Nada que venda «Klein's» se convertiría en una antigüedad, ¿no?

Gonzalo opinó:

—Los relojes de Mickey Mouse, para empezar, que se vendieron a un dólar la pieza, son ahora antigüedades valiosas.

—Sí —convino Avalon—, pero si aquel hombre fuera un coleccionista y conociera que un objeto pudiera valer, diga mos, diez mil dólares, lo lógico es que dijera: «Perdone, señora, pero su bolso me recuerda uno que tuvo mi querida esposa difunta. ¿Estaría usted dispuesta a vendérmelo por diez dólares a fin de que yo

podiera tenerlo por su valor sentimental?». Aunque fuera empujado al robo, primero *intentaría* conseguirlo de forma legal.

Drake comentó:

—Parece como si fuéramos impelidos a la conclusión de que él quería un bolso viejo y raído por su valor intrínseco.

—¿Por qué? —inquirió Avalon.

—Porque él no podía comprar otro así. Todos los que están en venta son nuevos. Aunque fuera a un almacén de objetos de segunda mano, los bolsos estarían entintados y brillantados, para que tuvieran el mejor aspecto posible. Él tenía que encontrar uno que ya fuera viejo y gastado y lo pareciera.

Gonzalo insistió:

—¿No les parece que intentaría comprarlo primero? «Eh, señora, ¿no querría venderme ese bolso deslucido y sin valor? Le doy diez dólares. ¿Qué le parece, señora?». ».

—Además —observó Trumbull—, ¿para qué iba a *querer* alguien un bolso viejo y rozado?

Halsted les recordó:

—En la historia de Aladino, el brujo malvado iba ofreciendo por ahí lámparas nuevas por viejas, porque quería la vieja lámpara maravillosa de Aladino.

Avalon favoreció a Halsted con una mirada altiva.

—Creo que podemos eliminar la posibilidad de que Mrs.

Teller poseyera un bolso mágico.

—Era sólo una broma —aclaró Halsted.

—Quizás el ladrón era director de teatro y necesitaba un bolso viejo para una comedia que estaba haciendo —opinó Gonzalo.

—¡Qué tontería! —exclamó Rubin despectivo—, esa gente compraría un bolso nuevo y lo arrastraría.

Trumbull agregó:

—Eso elimina la necesidad de un bolso viejo y rozado.

Fuera cual fuera el uso que quisieran darle, ¿no podían comprar uno nuevo, o uno de segunda mano en buen estado, y estropearlo, patearlo y arañarlo? ¿Por qué robárselo a una señora?

La conversación llegó a un punto muerto. Hasta que Avalon concluyó:

—Creo que hemos acabado con el tema. No existe una explicación lógica. Sólo nos queda admitir que la gente hace a veces cosas absurdas, y abandonar la cuestión.

—¡Oh, no! —exclamó Gonzalo—; no hasta que Henry haya dicho algo... Henry, ¿qué piensa de todo esto?

Henry sonrió suavemente y manifestó:

—Creo, al igual que Mr. Avalon, que la gente, a veces, hace cosas sin sentido. No

obstante, si queremos continuar el juego, hay una sola ocasión en la cual robar un bolso viejo es más efectivo que comprar uno nuevo y estropearlo.

—¿Cuándo se da esa situación, Henry? —preguntó Teller.

—Cuando el ladrón quiere asegurarse de no ser identificado.

Si el bolso es comprado, entonces es concebible que algo de él pueda llevar a los investigadores al lugar donde ha sido adquirido, y lo más fácil es que el vendedor identifique a la persona que lo compró. En este caso, el ladrón no fue visto y cabe presumir que nadie tiene posibilidad de identificarlo. Aunque se le llevara frente a Mrs. Teller, ella no puede reconocerlo. Es posible que sea un hombre tan honrado que asuma el riesgo de devolver todas las demás cosas; pero teniendo buen cuidado de utilizar una caja y papel de envolver de lo más común, y de llevar guantes. Se limita a garabatear el nombre, entra con sigilo y lo deposita sin ser visto. Así no es probable que sea identificado.

—En ese caso —planteó Teller—, él querría el bolso para un propósito delictivo.

—Es de suponer que sí —contestó Henry.

—¿Cuál, por ejemplo?

—Sigamos el juego —propuso Henry—. Puedo inventar una finalidad..., traída por los pelos; pero con cierta lógica. El bolso fue robado en la estación Grand Central y es bien sabido que allí hay gente sin hogar que vive en la estación y que es ignorada por una sociedad que es demasiado insensible para salirse de su camino y ayudarles, aunque no tan insensible como para expulsarlos de un sitio caliente y seguro.

»Nadie presta mucha atención a estos abandonados de la suerte. La persona media, sea hombre o mujer, tiende a apartar la vista de tan tristes individuos, aunque sólo sea porque tienen aspecto sucio y miserable, de modo que el observador se siente incómodamente repelido o penosamente asaltado por el remordimiento. Sería fácil para cualquiera adoptar el vestí do viejo y sucio y la horrible apariencia de una persona sin hogar y contar con que nadie se meterá con él, ni siquiera se fijará en su existencia. Supongamos luego que una mujer se hubiera caracterizado como lo que se llama una «tía de la bolsa» y necesita un bolso para completar el engaño...

Gonzalo interrumpió:

—Espere, usted les llama «tías de la bolsa» porque llevan sus pertenencias personales en bolsas de papel de embalaje.

—Estoy seguro de que éste es el origen del mote, Mr. Gonzalo —observó Henry —; pero se ha convertido en una palabra genérica para designar a esas personas abandonadas. Estoy seguro de que una mujer sin hogar, con un bolso, continuaría siendo considerada como una «tía de la bolsa». Sin embargo, el bolso no podía ser nuevo. Una mujer de ésas, que llevara un bolso nuevo, seguramente llamaría la atención. Tendría que ser un viejo bolso raído que fuera bien con el resto de la indumentaria.

Teller se rió.

—Una trama muy inteligente, Henry; pero no creo que mi esposa llevara un bolso adecuado para una tía de ésas. ¿Y para qué necesitaba un bolso la individuo disfrazada? ¿Por qué no una bolsa de papel de embalar?

—Quizás —opinó Henry— porque una bolsa de papel no sería lo bastante fuerte para contener lo que tuviera que llevar la tía, lo que necesitaba era un fuerte bolso viejo. Por ejemplo..., y esa idea se me ocurre solamente a causa del anterior debate sobre terrorismo, ¿qué pasaría si la supuesta tía de la bolsa hubiese de transportar un artilugio explosivo que planeaba colocar en la estación para que hiciera un gran daño? Como ha dicho Mr.

Teller, los terroristas pueden considerarse a sí mismos como sublimes y nobles patriotas. Ellos robarían un bolso que era esencial para sus necesidades, si robarlo fuera la manera más segura de obtenerlo; pero les repugnaría quedarse con su contenido. Ellos no son *ladrones*, sino patriotas. Ante sus propios ojos, al menos.

Gonzalo exclamó con admiración:

—¡Dios mío, Henry, qué bien hace que cuadre todo!

—Es un simple juego, señor. El doctor Drake hizo el trabajo auténtico.

Trumbull intervino frunciendo el ceño de modo sombrío mientras pasaba la mano sobre su cabello blanco, de recias ondas.

—Usted lo presenta de un modo que cuadra *muy* bien, Henry. ¿Existe alguna probabilidad de que esto sea lo que realmente sucedió?

—Casi diría que no, Mr. Trumbull —contestó Henry—. No ha habido noticia alguna de que haya ocurrido una explosión en ningún lugar de la ciudad.

—Tan sólo han pasado tres días desde que fue robado el bolso —observó Trumbull. Y se volvió a Teller—. No creo que su esposa denunciara el robo, ¿verdad?

—No, claro que no. Ella no podía dar ninguna identificación, ni la más mínima. Lo mismo podía decir que el bolso había desaparecido por obra de una varita mágica.

—Aunque lo hubiera hecho —dijo Avalon—, ¿qué podría hacer la Policía a propósito de ello, Tom? ¿Y por qué tendrían que pensar en nada parecido a la historia que ha soñado Henry? eso sólo ha surgido del hecho de que todas las cosas fueran devueltas ayer.

—Supongo que usted tampoco informó de ello, ¿verdad, Bill? —preguntó Trumbull.

—No, naturalmente que no —contestó Teller.

—Bien —dijo Trumbull, poniéndose en pie pesadamente—.

Puede ser una locura, pero voy a llamar a alguien que conozco.

Y si... —miró su reloj—. Si lo encuentro viendo la televisión o preparándose para ir a la cama, será una lástima.

—Puede que no esté en casa, Tom —observó Avalon.

—Encontraré a alguien —insistió Trumbull, inflexible.

Se marchó hacia el teléfono que estaba en la habitación de al lado, mientras los demás Viudos Negros y su invitado permanecían en un silencio incómodo. Solamente Henry se mostraba impávido.

Finalmente, Gonzalo preguntó:

—¿Usted cree que puede haber algo de realidad en lo que ha pensado, Henry?

Henry sugirió:

—Es mejor que esperemos a que vuelva Mr. Trumbull.

Cuando por fin lo hizo, se sentó y, durante unos quince segundos, se dedicó a mirar muy fijo a Henry.

—Bueno, Tom... —dijo Avalon, instándole a que hablara.

Tom explicó; —La cosa consiste en lo siguiente: si alguna vez esto se hace público, Henry va a ser acusado de brujería.

Las cejas de Henry se elevaron un poco.

—Si usted quiere decir con eso, señor, que *había* una bomba, creo que sería más apropiado conceder crédito a las mentes lógicas de los Viudos Negros.

—A la *suya*, Henry —puntualizó Trumbull—. Había realmente una bomba. Fue colocada en un lugar donde quizá no habría causado demasiadas víctimas, pero sin duda habría interrumpido el servicio de trenes durante semanas... Y, lo que es más importante, estaba metida en un viejo bolso de piel.

—Pero, supongo que no hubo explosión —dijo Henry.

—No; porque el bolso fue visto, por pura casualidad, y porque la persona que lo vio lo levantó y se sorprendió de su peso. Luego, como estamos en tiempos complicados, se le ocurrió hacer lo correcto. Llamó a la brigada especializada en bombas..., lo mismo que hizo usted, Bill.

—¡Qué suerte! —exclamó Gonzalo—. Si no lo hubieran encontrado, las conclusiones de Henry habrían llegado demasiado tarde.

—No es demasiado tarde para nada. Me temo que les conté a ellos lo suficiente de la historia; de modo que su esposa tendrá que ir allí e identificar el bolso. Si es su bolso, y estoy dispuesto a apostar mi último sueldo del año a que lo es, entonces ellos saben algo importante que los terroristas ignoran que ellos conocen. Comenzarán a mirar a todas las personas abandonadas de la estación y puede ser muy bien que encuentren algo.

Gracias, Henry.

Teller pareció alterado.

—No creo que Jenny se alegre de verse implicada en esto.

Trumbull observó:

—No tiene elección. Simplemente dígame que no le queda más remedio que hacerlo.

—Eso es fácil de decir para usted —contestó Teller, con malestar.

Henry añadió:

—Ánimo, Mr. Teller. Estoy seguro de que su capacidad profesional para defender los puntos de vista impopulares de un modo convincente, hará posible que realice esta tarea con facilidad.

## POSTFACIO

*La gente me pregunta de dónde saco las ideas. Pues de donde puedo.*

*La mayoría de las veces tengo que pensar y pensar antes de que se me ocurra algo, y eso es un duro trabajo. (Pruébenlo, si no me creen.) Por tanto, cuando algo me sale al paso que puede ser transformado en una narración sin que tenga que agotarme mucho pensando, lo agarro en seguida.*

*Una mujer me dijo que le habían robado una vez un bolso y luego se lo habían devuelto de modo parecido al que se describe en mi relato. Le pregunté por qué se lo devolvieron y ella me contestó que no lo sabía.*

*Cuando oigo decir «no lo sé», mis antenas se ponen a vibrar.*

*Y pienso que Henry lo sabría. Todo lo que tengo que hacer es inventar una historia alrededor del incidente. En este caso, eso fue exactamente lo que hice.*

*El relato apareció por primera vez en el número de marzo de 1987 del Ellery Queen's Mystery Magazine.*



## El lugar tranquilo (1988)

---

“The Quiet Place”

Emmanuel Rubin, que era el anfitrión del banquete de los Viudos Negros, aquella noche había estado de lo más alborotador y pendenciero.

Insistió en la poca importancia del álgebra ante Roger Halsted, el cual era profesor de esta asignatura en un centro de enseñanza media; había denunciado el sistema de patentes ante Geoffrey Avalon, abogado de patentes; había negado la validez de la teoría cuántica en conexión con la estructura molecular ante James Drake, químico, había señalado la inutilidad del espionaje en la guerra moderna ante Thomas Trumbull, experto en claves; y, por último, había puesto la guinda en el pastel cuando contempló a Mario Gonzalo dibujar, con facilidad y pericia consumadas, una caricatura del invitado de aquella noche, y le dijo que no sabía nada en absoluto acerca de caricaturas.

Trumbull, que de todos los Viudos Negros era el menos propenso a que le divirtiera Rubin en sus momentos locos, acabó diciendo:

—¿Qué demonios le pasa, Manny? Estamos acostumbrados a que diga usted tonterías a grandes voces y a que se meta con alguno de nosotros desde un punto de vista indefendible; pero esta vez nos está usted pinchando a todos a la vez.

Fue el invitado de Rubin quien contestó a Trumbull con voz tranquila. Era casi la primera vez que hablaba aquella noche.

Se trataba de un joven que no parecía tener mucho más de treinta años, con fino cabello rubio, ojos azul claro, una cara amplia entre los pómulos y una sonrisa que parecía fácil y que, sin embargo, tenía un deje de tristeza. Se llamaba Theodore Jarvik.

—Lo siento, caballeros, la culpa es mía, si es que es una falta seguir el procedimiento profesional. Hace poco, me he convertido en el editor de Manny y me vi obligado a devolverle su último manuscrito pidiendo que lo revisara.

—Para una revisión que lo destriparía —farfulló Rubin.

—Yo ofrecí cancelar la invitación para esta noche —explicó Jarvik con su triste sonrisa—, partiendo del supuesto de que Manny no me miraría a la cara en este momento.

Gonzalo levantó las cejas y manifestó:

—A Manny no le importan esas cosas. Todos le hemos oído decir miles de veces que el verdadero escritor profesional acepta sin gran esfuerzo las revisiones e incluso los rechazos.

Él comenta que una manera de identificar a un aficionado o a un principiante es observar que él considera que cada una de sus palabras esag...

—¡Oh, cállese, Mario! —exclamó Rubin, muy irritado—. Usted no conoce los

detalles.

—En realidad —dijo Jarvik—, Manny y yo lo arreglaremos.

Avalon, desde su metro ochenta y siete de altura, habló con su grave voz de barítono:

—Tengo una curiosidad, Manny. ¿Todavía no le ha llamado «joven punk» a Mr. Jarvik?

—¡Oh, por el amor de Dios! —protestó Rubin, enrojeciendo.

—No, no lo ha hecho, Mr. Avalon —informó Jarvik—; pero lo ha *pensado* en voz muy alta.

—¡Eso no es verdad! —gritó Rubin, en la cumbre de su considerable capacidad de producir decibelios.

—Dejémoslo por esta noche —propuso Drake con resignación. Va a estar usted tan agresivo, Manny, que...

—¿He estado *alguna vez* agresivo? —comenzó a decir Rubin.

Entonces Henry, la perla de los camareros, interrumpió:

—Caballeros, por favor, tengan la bondad de sentarse. La comida está servida.

Para hacerle justicia a Rubin, hay que decir que él hizo todo lo que pudo para controlarse durante la cena. Sus ojos relampagueaban detrás de sus gruesas gafas; su escasa barba estaba erizada; gruñía sin cesar; pero se las arregló para hablar poco y dejar que la conversación la llevaran los demás.

Gonzalo, que se hallaba sentado al lado de Jarvik, le dijo; —Perdone, pero usted no para de canturrear.

Jarvik enrojeció de nuevo, cosa que le facilitaba su fina piel.

—Lo siento, no quería molestarle.

—Usted no me molesta. Es sólo que no reconozco la música.

—No sé. Estoy improvisando, supongo.

—¿De veras?

Gonzalo permaneció callado durante el resto de la cena hasta que el golpear de la cuchara contra el vaso marcó el comienzo del interrogatorio del invitado.

Gonzalo inquirió:

—¿Puedo presentarme voluntario para el interrogatorio?

—Por mi parte, puede hacerlo —gruñó Rubin quien, como anfitrión, tenía el cometido de elegir al que hacía el interrogatorio—. Pero no le pregunte a qué se dedica. No hay editor que pueda justificar lo que hace.

—Todo lo contrario —opinó Gonzalo—. Cualquier editor que haya devuelto un manuscrito de usted ha justificado ya lo que hace. Cien veces.

Halsted intervino:

—¿Puedo sugerir que sigamos con el interrogatorio a nuestro invitado y dejemos de pincharnos unos a otros?

Gonzalo se sacudió una imaginaria mota de polvo de la manga de su chaqueta de llamativos cuadros, y dijo:

—Mr. Jarvik, durante el curso de la cena yo le he preguntado qué música estaba canturreando y usted me ha dicho que improvisaba. No creo que sea cierto del todo. Una o dos veces usted volvió a canturrearla, y era siempre la misma tonadilla. Ahora que le están interrogando, usted está obligado a dar respuestas completas y sinceras, como supongo que Manny le ha explicado. Por tanto, repito: ¿Cuál es la melodía que estaba canturreando?

Trumbull intervino:

—¿Qué clase de pregunta estúpida es ésa?

Gonzalo volvió la cara con arrogancia hacia Trumbull.

—En mi calidad de interrogador, tengo la impresión de que puedo hacer cualquier pregunta que elija mientras esté de acuerdo con la dignidad humana. Es decisión del anfitrión.

—Adelante, Mario —le invitó Rubin—. Pregunte lo que quiera... Y déjele tranquilo, Tom.

Gonzalo continuó:

—Conteste la pregunta, Mr. Jarvik. —Y mientras Jarvik todavía dudaba, Gonzalo añadió—: Le ayudaré. Ésta es la música.

—Tarareó cuantos compases.

Avalon dijo en seguida:

—Sé lo que es. Es *The Lost Chord*. La música es de Arthur Sullivan, de las operetas de Gilbert y Sullivan. Con excepción de esas operetas, a Sullivan se le conoce solamente por la música de dos canciones. Una es *Onward, Christian Soldiers* y la otra es la que acabo de mencionar, *The Lost Chord*.

—¿Es eso lo que usted estaba canturreando, Jarvik?

—Supongo que sí. Ustedes saben que hay veces en que se le mete a uno una canción en la cabeza y no sale.

Hubo un coro de asentimiento por parte de los presentes, y Avalon dijo con aire sentencioso:

—Es una queja universal.

—Bien, siempre que estoy sumido en alguna clase de turbulencia —explicó Jarvik—, esa canción no cesa de cruzárseme por la cabeza.

Drake se rió entre dientes.

—Si usted va a estar en tratos con Manny, la estará canturreando hasta que muera uno de los dos.

Gonzalo preguntó:

—¿Es que tiene algún significado especial? ¿Cuál es la letra?

—Sólo conozco unas cuantas palabras.

—Yo sí conozco la letra —intervino Avalon.

—¡No la cante! —gritó Trumbull, alarmado de repente.

Avalon, que todo el mundo sabía que, cuando cantaba, su voz se parecía al sonido de un caimán en medio de un fuerte calor, afirmó con dignidad:

—La recitaré. La letra está compuesta por una dama llamada Adelaide Anne Procter, de la cual no sé nada, y el poema es como sigue:

Se aclaró la garganta.

*Un día, sentado ante el órgano, me sentía cansado y desasosegado.*

*Y mis dedos vagaron perezosamente sobre las claves ruidosas.*

*No sé lo que estaba tocando, o lo que estaba soñando entonces.*

*Pero di una nota de música, como el sonido de un gran Amén.*

*El sonido inundó el crepúsculo carmesí semejante a la conclusión del salmo de un ángel.*

*Y éste cubrió mi espíritu febril con un toque de calma infinita.*

*Aquietó el dolor y la tristeza, igual que el amor cuando supera la lucha.*

*Parecía el eco armonioso de nuestra vida discordante.*

*Unió todos los significados confusos en una paz perfecta.*

*Y se marchó vibrando hasta el silencio como si se sintiera reacio a cesar.*

*He buscado, pero la busco en vano, aquella divina nota perdida, que vino del alma del órgano y entró en la mía.*

*Puede ser que el ángel brillante de la Muerte hable otra vez con ese sonido.*

*Puede ser que solamente en el cielo escuche ese gran Amén.*

Hubo un corto silencio y entonces Halsted explicó:

—Verán, hay una cosa que me interesa. No sé cuántas notas distintas puede uno obtener en un gran órgano, considerando todas las teclas que se puedan pulsar de un modo o de otro, y las cosas que se hagan con los pedales. Supongo que son muchas en verdad y que no es probable que uno encuentre una nota particular sólo tonteando al azar.

Rubin comentó con gravedad:

—Tendremos que encomendar a la vocación matemática de usted que averigüe el número total de acordes, Roger. En cuanto a usted, Ted Jarvik, al menos podemos ver por qué canturrea esa canción cuando las cosas están turbulentas. Habla de calma infinita, de paz perfecta, de vibrar para desaparecer en el silencio. Está claro que su mente se vuelve hacia la canción.

—No —negó Jarvik con serenidad, al tiempo que movía la cabeza—; no es eso.

—¡Ah! —gritó Gonzalo triunfal—. Lo sabía. Lo sabía. Tengo un sexto sentido para estas cosas. ¿De qué se trata? ¿Qué significa esa canción para usted?

—Tranquilo, Mario —le aconsejó Avalon—. Ahora, Mr. Jarvik, aunque Mario haya tocado un punto sensible, algo acerca de lo cual a usted no le gusta hablar, por

favor, hágalo, de todos modos. Yo le garantizo que nada de lo que usted diga saldrá nunca de esta habitación.

Jarvik miró desconcertado a los Viudos Negros reunidos y comentó:

—¿Por qué será que este tema acaba siempre por salir? Es un punto delicado, cierto; no obstante, puedo hablar de él sin problema. Ocurre sólo que se trata de algo que está totalmente desprovisto de interés para cualquiera que no sea yo.

—Eso no se puede decir nunca —observó Gonzalo, riendo.

Henry volvió a llenar los copas de brandy. Jarvik suspiró y comenzó así:

—Soy un hombre tranquilo, como quizás han notado. Me dicen que esto se ve. Hay algo irónico en el hecho de que tengo que vivir y trabajar en Manhattan; pero hemos de ganarnos la vida.

»De momento estoy soltero; no tengo esposa ni hijos que mantener, al menos por ahora, y puedo permitirme algún capricho de cuando en cuando. Así, dos o tres veces al año me tomo una semana de vacaciones y me voy a un lugar de recreo en la parte alta del río Hudson. Es una gran mansión irregular con una atmósfera victoriana. La clientela está compuesta en su mayoría por gente de mediana edad, o personas mayores, y todas las cosas del lugar son serias y respetables. Incluso la gente joven que va allí se siente impresionada, o quizás *oprimida* por la atmósfera, y se comporta con circunspección.

»Esto significa que es tranquilo hasta cierto punto y, por la noche, en particular, es tranquilísimo. Infunde calma y serenidad. Me gusta y, como es lógico, intento escapar del ruido que existe. La gente quiere hablar, después de todo, y, dado que siempre hay cientos de personas en la casa, la conversación puede subir de tono. También existen vehículos..., camiones, cortadoras de césped...

»Sin embargo, el lugar está situado en una finca de miles de hectáreas y senderos, algunos de los cuales son muy rústicos en verdad. Para mí, representa un placer especial pasear por esos senderos donde sólo veo árboles y enormes peñas traídas por los glaciares, sentarme en una de las mirandas que bordean las carreteras, contemplar lo salvaje agreste del panorama y escuchar el silencio. Se oye, sin duda, el canto de los pájaros, el moverse de las hojas... Pero eso no importa. Son sonidos naturales que subrayan el silencio.

»Pero, vaya a donde vaya, cuando me siento, más tarde o más temprano, por lo general más temprano, acabo por oír voces humanas. Son grupos que van por los caminos cercanos o que siguen el que yo acabo de tomar. Siempre lo encuentro irritante y me siento invadido. Es una tontería, lo sé. Después de todo, yo no soy más que uno entre centenares. No obstante, me creía con derecho a no ser estorbado. Me levantaba y seguía vagando, buscando siempre un lugar tranquilo, un lugar realmente silencioso... Y no lo encontraba nunca.

»Una vez, mientras estaba sentado en uno de mis observatorios favoritos, pasó un

hombre; me miró, dudó un momento y dijo en un medio susurro:

»—¿Puedo quedarme con usted?

»Yo asentí. No podía negarme, aunque en seguida me incomodó. No podía levantarme e irme sin caer en la más intolerable descortesía.

»Después de haber permanecido allí en absoluto silencio durante unos cinco minutos, el inevitable sonido de una conversación llegó desde la carretera y se oyó una explosión de risa femenina. Mi improvisado compañero hizo un gesto y dijo:

»—¿Verdad que es molesto?

»Mi corazón se inclinó en su favor en seguida. Moví la cabeza y comenté:

»—No hay modo de librarse de ello.

»Él observó:

»—Puede hacerlo en su lugar.

»Se detuvo como si le hubieran atrapado hablando demasiado. Pero yo esperé con expresión indagadora, aunque no dije nada. Él continuó:

»—Existe un lugar que yo descubrí hace tres o cuatro años... ¿Le gustaría verlo?

»—¿Es silencioso?

»—Oh, sí.

»—Entonces, me encantará.

»—Venga conmigo.

»Se levantó y miró a su alrededor como si se estuviera orientando. Era un hermoso día de sol, con el cielo de un azul claro, sin nubes, y no demasiado caluroso; así que, cuando él comenzó a andar, yo le seguí complacido.

»Yo no tenía ganas de hablar, pero acabé por decir:

»—No le he visto a usted por aquí.

»—Suelo hallarme fuera, paseando por los caminos.

»—Yo también —comenté con el corazón entusiasmándose cada vez más—. Me llamo Ted Jarvik —dije, tendiéndole la mano.

»Él la tomó y me la estrechó calurosamente.

»—Llámeme Caballo Negro —me dijo.

»De repente, caminó directamente hacia el interior del bosque y comenzó a revolver entre las matas. Yo me sentí contento de llevar pantalones largos. Si hubiera hecho más calor, podía haber ido en pantalón corto, y habría sido arañado por las matas y atacado por los insectos. Tal como iba la cosa, yo seguí, obediente.

»No podía averiguar a dónde iba él. No había ningún sendero y estábamos gateando por peñascos como si estuviéramos haciendo montañismo. A pesar del frescor del día, yo iba resoplando, tenía mucho calor y ya hacía rato que sudaba. Por fin nos detuvimos un poco bajo los abetos y mi compañero dijo:

»—Habitualmente me paro aquí para tomar aliento. En estos días empleo más tiempo.

»Yo jadeaba un poco, agradeciendo la pausa, y dije:

»—¿Cómo sabe usted adónde vamos?

»—Por las señales. Un árbol que tiene justo ese aspecto. Una roca con una muestra particular de musgo. Me doy cuenta de esas cosas automáticamente y no las olvido. Es sólo una habilidad. No me pierdo nunca». Yo me lamenté:

»—Usted tiene suerte. Yo no poseo en absoluto sentido de la orientación. Me pierdo sin remedio en los pasillos del hotel.

Las doncellas tienen que llevarme de la mano y conducirme a mi habitación.

»Mi compañero se rió y dijo:

»—Estoy seguro de que usted tiene muchos talentos. Mi incapacidad para perderme es el único que yo tengo.

»—Me ha dicho que su nombre es Caballo Negro. Usted no es indio, ¿verdad? ¿Un americano nativo?

»Yo le estaba mirando fijamente. Él tenía tan poco aspecto de indio como yo.

»—No es mi nombre. Yo solamente dije que usted me llamara de ese modo. Ya ve, creo que si uno realmente quiere salir de vacaciones, debe desprenderse de todo el bagaje de su vida ordinaria. Yo he de dar mi nombre auténtico en el hotel porque tengo que hacer una reserva y necesito utilizar mi tarjeta de crédito; pero, mientras estoy aquí, no quiero que me llamen por mi nombre. Tampoco deseo hablar de mis negocios. Simplemente no quiero reconocer ninguna parte de mi personalidad habitual. Lo que yo sea oficialmente, eso se queda en Manhattan. No está aquí.

»Me sentí impresionado por ello.

»—Es una idea interesante. Yo debería hacer lo mismo. No es que sea muy sociable cuando subo aquí.

»Él me preguntó:

»—¿Ha descansado un poco? Vayamos, pues. No nos queda mucho.

»Intenté observar dónde giraba y vigilar las señales, pero fue inútil. No soy persona observadora. Para mí, un árbol es un árbol y una roca es una roca, sin más detalles... Pero luego nos deslizamos hacia un hueco y Caballo Negro susurró:

»—Ya estamos.

»Yo miré alrededor. Las rocas nos rodeaban casi por todas partes. Había árboles que crecían entre ellas por aquí y por allí.

Florecieron los heléchos. Hacía fresco, mucho fresco, un fresco que se agradecía. Y, por encima de todo lo demás, había silencio.

No se oía ni un sonido. Algún movimiento de hojas; el débil zumbido de un insecto. Alguna que otra vez, el breve canto de un pájaro. Pero había silencio, un silencio curativo en un mundo que era una cacofonía de ruido, grande, larga, eterna.

»Había un saliente rocoso a una altura conveniente, y mi compañero lo indicó con un gesto. Nos sentamos y dejé que el silencio me inundara. ¿Qué es lo que decía el

poema? «Cubrió mi espíritu febril con un toque de calma infinita».

»Permanecimos allí durante media hora. En todo ese tiempo no dije nada, y mi compañero tampoco. No hubo sonido humano de ninguna clase. Ni risa distante, ni murmullo de conversación lejana, ni vibración de ningún motor de explosión. Nada. Nunca había experimentado una sensación así.

»Finalmente, mi compañero se levantó y sin decir nada, por gestos, planteó la cuestión de si debíamos irnos entonces. De mala gana, y por el mismo sistema, contesté que podíamos hacerlo.

»Nos fuimos. Nos alejamos unos cuatrocientos metros antes de que yo me atreviera a hablar.

»—¿Cómo encontró ese lugar tranquilo? —pregunté.

»Me contestó:

»—De forma accidental; pero, desde que lo descubrí, he vuelto al menos media docena de veces. Me gusta. Es un lugar fuera del acceso de todos los caminos y, por lo que sé, no está en ninguno de los mapas del hotel. Es un rincón escondido sin descubrir, que sólo yo conozco, creo..., y ahora usted.

»—Gracias por mostrármelo —dije, con infinita gratitud—.

Uno no pensaría que había un lugar no pisado por los humanos en un sitio como éste.

»—¿Por qué no? —repuso Caballo Negro—. Supongo que por todo el mundo existen pequeñas zonas no perturbadas por el ser humano, a veces en lugares que tienen mucho movimiento y están muy poblados en conjunto. Hay menos de los que acostumbraba a haber, estoy seguro, y quizás algún día habrán desaparecido todos... Pero todavía no, todavía no.

»Sin vacilar, me condujo de nuevo a una de las sendas principales. Volvimos a arrastrarnos sobre rocas y raíces, a través de la maleza, y en las dos ocasiones me pareció que íbamos colina arriba..., pero volvimos al mismo punto de partida. Le dije adiós, le di otra vez las gracias y nos estrechamos la mano. Regresé a la habitación, me arreglé y me dispuse para la comida.

»No le vi en el comedor, aunque miré, y, de hecho, no le volví a ver durante todo el resto de la estancia. Para decirlo escuetamente, no he vuelto a verlo más.

»El día después de que él me hubiera llevado hasta el lugar tranquilo, intenté volver por mi cuenta. Me llevé un libro y algunos bocadillos que había pedido en la cocina, con la intención de permanecer allí la mayor parte de la jornada, si el tiempo ayudaba; pero, naturalmente, no lo hice. No tuve suerte en absoluto. Creo que me equivoqué en la primera curva.

»No me rendí, sin embargo. Después de volver a la ciudad, seguí soñando con aquel lugar tranquilo y, en cuanto pude arreglarlo, volví a aquel paraje de vacaciones, estudié el mapa y marqué la zona que creía que debía contenerlo. Podía hacer el



camino hasta el mirador donde había encontrado a Caballo Negro y, desde allí, organicé un programa sistemático de exploración.

»No saqué nada de ello. Nunca pude encontrar aquel lugar.

Por mucho que intentara recordar los giros y vueltas, por mucho que me engañara con la creencia de que reconocía uno de aquellos árboles o rocas agostados, por más cenagales que atravesara, por más riscos sobre los que tropezara, no fui a parar a ninguna parte. Logré picaduras y arañazos; quemaduras, contusiones y torceduras. Lo que no logré fue llegar a aquel lugar.

»Creo que se ha convertido en una obsesión para mí. Ocurre que conozco el pasaje de *The Lost Chord* y supongo que comencé a oírlo en mi cabeza con los cambios de palabras adecuados. *He buscado, pero he buscado en vano. Ese lugar divino perdido, desde el cual llegó el espíritu del silencio que entró dentro de mí.*

»Y supongo que lo canturreo cuando las cosas se ponen tumultuosas y caóticas.

Hubo una profunda pausa cuando Jarvik terminó. Hasta que Halsted dio su opinión.

—Supongo que usted necesita a ese tipo que le llevó allí para que vuelva a conducirlo otra vez al lugar, para que usted pueda señalar lo mejor posible cada giro de cada encrucijada.

Gonzalo vaciló.

—Supongo que el tipo realmente existió. Usted no lo soñó, ¿verdad?

Jarvik frunció el ceño.

—Créame, no lo soñé. Ni era un enanito que me llevara al país de las hadas. La cosa ocurrió exactamente como les he contado. El problema es que él tenía un gran sentido de la orientación y yo no lo tengo en absoluto.

—Entonces, usted debería tratar de encontrarlo —dijo Rubin categóricamente—, si es que de verdad está bloqueado en medio del vacío.

—Bien —convino Jarvik—. Estoy de acuerdo. Debería encontrarlo. Ahora, díganme cómo. No sé su número de habitación.

No sé su nombre. No se me ocurrió intentar identificarlo en la recepción aquella noche ni al día siguiente.

Meneó la cabeza y pareció debatir consigo mismo si seguir o no. Luego, se encogió de hombros y continuó:

—Yo podría contarles también lo obsesionado que me he vuelto. La última vez que estuve en aquel lugar, pasé la mitad del día con los diversos empleados de la recepción intentando conseguir una lista de las personas que habían estado en el hotel el día que me llevó a aquel lugar silencioso.

»Costó mucha negociación y mucho escudriñar por los archivos, y luego ellos fueron tan amables que prepararon para mí una lista alfabética que contenía doscientos cuarenta y nueve nombres. Me lo hicieron porque era un cliente habitual y

porque repartí cincuenta dólares entre ellos.

»No incluyeron las direcciones, porque dijeron que eso iba contra las normas y que, si les cogían haciéndolo, serían despedidos y puestos en las listas negras, y quién sabe qué más.

Tuve que arreglarme con la relación de nombres. Realicé un último esfuerzo para encontrar el lugar al día siguiente..., y fracasé, naturalmente, y luego pasé el resto de mi estancia estudiando la lista de huéspedes.

»Ya ven, los he aprendido de memoria. No a propósito, naturalmente. Simplemente los memoricé. Puedo decirlos por el orden alfabético en que fueron puestos. Ocurre que tengo una memoria así. —Caviló un poco—. Si mi sentido de la orientación fuese tan bueno como mi memoria para temas triviales puestos en una lista..., es decir, si mi sentido de la observación pudiera darme pequeñas variaciones que recordara luego, supongo que no estaría en el apuro en el que me encuentro.

Drake preguntó, frunciendo el ceño a través del humo de su cigarrillo:

—¿Cómo podría ayudarle la lista de nombres?

Jarvik respondió:

—La primera cosa que se me ocurrió fue que el nombre falso que utilizaba debía obedecer a alguna razón oculta. ¿Por qué tendría que llamarse Caballo Negro? Posiblemente, porque las iniciales eran las mismas que las de su nombre auténtico. Así, pues, fui repasando la lista y había solamente un D. H.

(Dark Horse) y el nombre era Dora Harboard. Bien, fuera quien fuera mi amigo, no era una mujer, así que esto quedaba excluido.

»Entonces pensé que quizá las iniciales estaban invertidas.

Así que busqué un H. D. y no había ninguno. Entonces busqué los nombres solos. Muchas personas estaban anotadas, digamos, como Ira y Hortense Abel, para citar los primeros nombres de la lista. Me pareció que debía eliminarlos, especialmente si tenían hijos. Eso me dejó con diecisiete hombres solos. Al principio pensé que era un gran avance.

»Pero entonces me di cuenta de que Caballo Negro no me había hecho ninguna indicación de que estuviera solo. Podía muy bien haber tenido esposa e hijos en su habitación, o fuera, asistiendo a la partida de *mah-jongg* que se estaba jugando en el salón de tertulia aquella tarde.

Trumbull sugirió:

—Usted podía intentar una *forcé majeure*. Seguir todos los nombres masculinos de la lista y ver si uno de ellos era Caballo Negro. Quién sabe, podía tener suerte la primera vez que probara. Y usted sabe que vive en Manhattan. Él se lo dijo. Para empezar, inténtelo con la guía telefónica.

Jarvik señaló:

—Una de las personas de la lista es S. Smith. Me espanta la idea de cuántos

Smith existen en la guía telefónica con la S como primera inicial. Además, si recuerdo bien, él dijo que lo que fuera oficialmente se había quedado olvidado en Manhattan. Me parece que quería decir que trabajaba en Manhattan; pero no necesariamente que vivía allí. Podía vivir en cualquiera de los cinco distritos o en Nueva Jersey, o en Connecticut, o Westchester.

»Miren, ya he pensado en una *forcé majeure*. Sólo para mostrárselo a ustedes, se me ocurrió que podía contratar a alguien en cualquier campo de aviación cercano para que me llevase hasta el lugar de vacaciones de modo que pudiera ver el sitio desde arriba. Pero sé que no lo reconocería visto desde el aire en una pasada rápida. Y aunque lo hiciera, tendrían que llevarme a aterrizar otra vez al aeropuerto y, si entonces intentase alcanzar el lugar tranquilo desde el suelo, fracasaría de nuevo.

»Pensé que quizá podría alquilar un helicóptero y, si reconocía el lugar, hacer que me descendieran por medio de alguna especie de cuerda mientras el helicóptero se mantenía en la vertical. Es ridículo, sin embargo. No tendría valor para colgarme de un helicóptero aunque reconociera el lugar y luego, después de dejarlo, ¿qué pasaría si no podía encontrar el camino de vuelta? No era fácil utilizar el helicóptero cada vez que quisiera ir, ¿no es cierto?

Gonzalo observó:

—¡Caballo Negro! ¿No es un término de carreras?

—En su origen —memorizó Avalon—. Se refiere a algún caballo de potencial desconocido que pueda tener una oportunidad remota de ganar, especialmente si entra en una carrera en la que todos los demás caballos son valores conocidos.

—¿Por qué caballo *negro*? —preguntó Halsted.

—Imagino —contestó Avalon— que indica lo mínima que es la información. Después de todo, la mayoría de los caballos son oscuros. Además, «negro» da la impresión de misterio, de algo desconocido.

—Bien —dijo Gonzalo—, quizás ese tipo tiene alguna conexión con el juego de las carreras.

Jarvik aceptó con aspereza:

—Bueno, supongamos que la tiene. ¿En qué me ayuda eso para encontrarlo?

—Además —observó Trumbull—, me parece que la expresión «caballo negro» se ha extendido para significar a alguien que entra en una competición sin ser un elemento conocido en ella. En boxeo, tenis; en política, incluso.

—¿Y eso de qué me sirve para encontrarlo? —se desalentó Jarvik.

Avalon suspiró hondo y dijo:

—Mr. Jarvik, ¿por qué no contemplamos *The Lost Chord* desde otra perspectiva? Roger Halsted señaló que un órgano complejo puede tener muchas, muchas variedades de sonidos y que un sonido se podía perder entre muchos. Pero, sin duda, este modo de mirarlo es demasiado simplista.

»Cualquier sensación consiste en la sensación misma, de forma objetiva; y en la persona que recibe la sensación, de manera subjetiva. Un acorde es siempre el mismo acorde, si está medido por un instrumento que analiza su función de onda. Sin embargo, el sonido que uno oye puede variar con el humor y las circunstancias inmediatas del que escucha.

»La persona que toca el órgano en el poema estaba «fatigada y desconcertada». Por esa razón, el sonido tuvo un efecto particular sobre él. «Suavizaba la pena y el dolor» que él podía haber estado sintiendo. A partir de entonces, cuando buscaba el acorde de nuevo, su humor podía ser de expectación ansiosa, de minuciosa atención. Aunque volviera a oír el mismo sonido, el *mismo* sonido precisamente, no le impresionaría de igual manera y él consideraría que no era el que escuchó en aquel otro momento. No es de extrañar que lo buscara en vano. Estaba intentando repetir no solamente el acorde, sino a sí mismo tal como se había sentido.

Jarvik preguntó:

—¿Qué es lo que dice?

—Estoy diciendo, Mr. Jarvik —respondió Avalon—, que quizás usted debería dar menos importancia al lugar. Usted lo encontró en un día perfecto. Lo descubrió porque otra persona lo guió hasta allí, de modo que usted estaba, en cierto sentido, despreocupado. Si lo encuentra de nuevo, es muy posible que ocurra en un día menos ideal..., cuando haga más calor, o más frío, o esté más nublado. Usted mismo estará buscando ansiosamente, no se encontrará cómodo. El resultado es que puede que no sea el mismo lugar que usted recuerda. Se sentirá amargamente decepcionado. ¿No sería mejor quedarse con el recuerdo y dejar de buscarlo?

Jarvik inclinó la cabeza y por unos pocos instantes pareció perdido en sus pensamientos. Luego, dijo:

—Gracias, Mr. Avalon. Creo que tiene razón. Si fracaso en dar con ese lugar, intentaré seguir su consejo y recrearme en su evocación. Sin embargo..., me gustaría, si puedo, encontrarlo una vez más, sólo para cerciorarme. Después de todo, Caballo Negro lo halló muchas veces, y lo disfrutó todas ellas.

—Caballo Negro sabía cómo ir allí —observó Avalon—. Su propio humor era bastante constante y podía ser que él escogiera siempre días en los que el tiempo fuese adecuado.

—Incluso así —insistió Jarvik con terquedad—, me gustaría encontrarlo, si hubiese manera de conseguirlo.

—Pero, al parecer, no la hay —le recordó Avalon—. Debe admitirlo.

—No lo sé —concluyó Mario—. Nadie ha preguntado a Henry.

—En este caso —arguyó Avalon con tozudez—, ni siquiera Henry puede hacer nada. No hay nada a qué agarrarse.

—¿Qué podemos perder? —preguntó Mario—. Henry, ¿qué puede decirnos?

Jarvik, que había estado escuchando atónito, se volvió entonces a Rubin y, sacudiendo el pulgar sobre el hombro, murmuró muy quedo:

—¿El camarero?

Rubin se puso el dedo en los labios y movió ligeramente la cabeza.

Henry, que había estado escuchando absorto, dijo:

—Debo indicar que estoy completamente de acuerdo con Mr. Avalon respecto a la naturaleza subjetiva de los encantos del lugar y no me gustaría estropear a Mr. Jarvik un recuerdo idílico. Sin embargo...

—¡Aja! —exclamó Gonzalo—. Adelante, Henry.

Henry sonrió a su manera familiar y continuó:

—Sin embargo, la única cosa a la que podemos agarrarnos es «caballo negro», a la que todo el mundo se ha estado agarrando, por lo que veo. ¿Puedo preguntar, Mr. Jarvik, si por casualidad había alguien en la lista llamado Polk..., un nombre no muy común. ¿Un James Polk, quizá?

Jarvik abrió mucho los ojos.

—¿Está usted bromeando?

—No, en absoluto. ¿Puedo pensar que *había* un nombre así?

—Existe un J. Polk, ciertamente. Podría ser James.

—Entonces, quizás es su hombre.

—Pero, ¿por qué?

—Mr. Trumbull explicó: «Creo que la expresión "caballo negro" se usa en la política». Y sospecho que es de uso común en el día de hoy. Un caballo negro es un político en el que nunca se piensa en relación con el nombramiento por parte de un partido importante; y que, sin embargo, es nombrado como manera de romper lo que, de otra forma, parece un punto muerto insuperable. En la actualidad, los caballos negros aparecen rara vez, porque la nominación es decidida por las elecciones primarias. Sin embargo, en 1940, sin ir más lejos, Wendell Willkie era un caballo negro nombrado por el Partido Republicano.

»El nombre aparece usado la mayoría de las veces en la historia norteamericana aplicándose al primerísimo candidato de un partido que era un caballo negro. En 1884, los demócratas estaban todos dispuestos a nominar al ex presidente Martin Van Buren; pero éste necesitaba una mayoría de dos tercios y la intransigente oposición del Sur lo impidió. Por puro aburrimiento, la convención se volvió hacia el senador de Tennessee, James Knox Polk, a quien nadie había considerado en relación con la nominación. Fue el primer candidato caballo negro y siguió hasta ganar las elecciones. Fue un Presidente de un solo mandato, pero bastante bueno.

—Tiene razón —reconoció Rubin—. Usted lo sabe todo, Henry.

—No, Mr. Rubin —protestó el camarero—; pero tenía un vago recuerdo de ello y, mientras seguía la discusión, busqué en el estante de nuestros libros de consulta.

Puede ser que el J.

Polk de la lista de Mr. Jarvik sea un descendiente lineal o colateral, razón por la cual él tomó el nombre de Caballo Negro.

—Es sorprendente —murmuró Jarvik.

—Sin embargo —observó Henry—, si todavía puede tener dificultades para encontrarlo, Mr. Jarvik, e incluso lo encuentra, puede ocurrir que no sea ya la misma persona y que, incluso en el caso de que lo sea, usted acabe decepcionado de aquel lugar tranquilo. No obstante..., le deseo suerte.

## POSTFACIO

*Mi querida esposa, Janet, y yo tenemos como nuestro lugar favorito de vacaciones Mohonk Mountain House, que está situado a unos ciento cincuenta kilómetros de nuestra casa en New Paltz, Nueva York. Tiene zonas amplias por las que podemos pasear. Janet lo hace porque le gusta estar en soledad; y yo lo hago porque me gusta estar con Janet.*

*Una vez, encontramos un lugar donde nos pareció estar totalmente aislados y donde, durante unos pocos minutos mágicos, pareció que la Humanidad todavía no había sido inventada.*

*Pero existe una diferencia entre Janet y yo. A ella le producen placer aquel lugar y aquellos momentos en sí mismos solamente, con un amor puro y santo sin mezcla ninguna. Yo, por otro lado pensaba: «Apostaría cualquier cosa a que puedo sacar una historia de Viudos Negros de esto». Y lo hice, y ustedes acaban de leerla.*

*El relato apareció por primera vez en el número de marzo de 1988 del Ellery Queen's Mystery Magazine.*

# El trébol de cuatro hojas (1990)

“The Four-Leaf Clover”

Si se tenían en cuenta las circunstancias, podía haberse predicho que cuando los Viudos Negros se encontraran en el restaurante «Milano» para celebrar su banquete mensual, el único tema de la conversación serían las audiencias del Irán-Contra.

Cada uno de los Viudos Negros tenía algo que decir, uno acerca de la mirada de muchachito ofendido de Oliver North y su atractivo para las mujeres de mediana edad; otro respecto a la memoria selectiva de John Poindexter. James Drake, que era el anfitrión del banquete, comentó que, entre North y Poindexter, habían empañado gravemente la presidencia de Reagan, a la cual todos los demócratas juntos no habían logrado hacer ni siquiera un arañazo. ¿Por qué, pues, estaban los republicanos de la derecha convirtiendo en héroes a aquella pareja de Laurel y Hardy?

Fue Emmanuel Rubin quien, tal como se esperaba, llevó el tema al asunto de los rehenes y los principios.

—La cosa es —comentó—, ¿cómo negociar asuntos que implican pérdidas de vidas, o pérdidas potenciales de vidas, o incluso sólo un problema de cárcel? ¿Debe el interés nacional ir detrás del rescate de rehenes? Si ése es el caso, ¿cómo nos atreveríamos a llevar a cabo una lucha armada? En cualquier movimiento semejante, incluso uno tan sencillo y seguro como atacar el poderoso ejército de Granada o bombardear la gran fortaleza de Trípoli, nosotros sufrimos muertes y corremos el riesgo de que nos hagan prisioneros.

Geoffrey Avalon, mirando al metro y medio de Rubin desde la altura de su metro ochenta y cinco, dijo:

—Ustedes están hablando de la acción militar. Los rehenes son personas civiles, que persiguen una vida pacífica, que son cogidos sin razón por gánsters y rufianes. ¿No pagarían *ustedes* cualquier precio y abandonarían cualquier principio para conseguir la libertad de alguien a quien amaran? ¿No pagarían un rescate a los secuestradores para evitar que mataran a sus esposas?

—Sí, naturalmente que lo haría —admitió Rubin con los ojos relampagueando a través de sus gruesas gafas—. Yo lo haría, como individuo. Pero, ¿iba a esperar que doscientos treinta millones de norteamericanos sufrieran un debilitamiento del interés nacional porque yo estuviera sufriendo? Ni siquiera un Presidente norteamericano tiene derecho a hacerlo. Y eso fue la equivocación de Reagan. No pensemos que la toma de rehenes es una aberración de la paz. No lo es. Estamos en guerra con el terrorismo y los rehenes son prisioneros de guerra. No pensaríamos en dar armas al enemigo para comprar otra vez a nuestros prisioneros de guerra. Hubiera sido una traición hacer eso en cualquier otra guerra en la que hayamos luchado.

—El terrorismo no es como cualquier otra guerra —gruñó Thomas Trumbull—, y

ustedes no pueden establecer una analogía punto por punto.

—En realidad —intervino Roger Halsted—, toda esta charla acerca del interés nacional es irrelevante. Sin duda el terrorismo es un problema global que sólo cederá a una acción global.

Mario Gonzalo exclamó:

—¡Oh, ya lo creo, global! ¿Cómo se organiza una solución global cuando cada nación está deseosa de hacer un trato con los terroristas, con las esperanzas de que la dejen en paz y se vayan al infierno sus vecinos?

—Eso tiene que acabar —observó Halsted muy serio—. Intentar comprar a los terroristas es la manera de hacerles ver que pueden sacar un provecho. Si los rehenes se venden a un precio, ellos tomarán más rehenes siempre que vayan cortos de fondos.

—Naturalmente, y nuestra respuesta adecuada es hacer que el procedimiento resulte caro para los que toman rehenes. Se les deben causar bajas —opinó Gonzalo.

—Si se conoce quién es el enemigo —protestó Avalon—. Uno no puede matar gente al azar.

—¿Por qué no? Lo hacemos en todas las guerras. Cuando bombardeamos las ciudades alemanas y japonesas durante la Segunda Guerra Mundial, ¿no sabíamos que morirían millares y millares de personas totalmente inocentes, incluyendo niños pequeños? ¿Pensamos acaso que nuestras bombas eran lo bastante selectivas para matar únicamente a los malvados?

—Toda Alemania y todo Japón estaban luchando contra nosotros; aunque sólo fuera pasivamente apoyando a los Gobiernos alemán y japonés —observó Avalon.

—¿Y usted cree que el terrorismo puede sobrevivir sin al menos la aprobación pasiva o la conformidad de la sociedad en la que existe? —preguntó Rubin.

En aquel momento James Drake, que había estado escuchando la conversación con incomodidad manifiesta dijo:

—Caballeros, mi invitado está subiendo las escaleras. ¿Podríamos suspender el debate por ahora y no volver á él tampoco? ¡Por favor! —Luego, se apresuró a advertir—: Henry, mi invitado no bebe. ¿Podría traerle un gran vaso de cola dietética? Con poco hielo.

Henry, el camarero perpetuo de los banquetes de los Viudos Negros, hizo una ligera señal afirmativa con la cabeza justo en el momento en que el invitado entraba en el comedor.

Era un hombre alto, de piel oscura, con una gran nariz curvada y ojos azules que contrastaban de modo sorprendente con su color moreno. Su cabello, todavía abundante, se estaba volviendo gris. Representaba unos cincuenta años.

—Lamento llegar tarde, Jim —se disculpó tomando la mano de Drake—. El tren se portó como si el horario no tuviera nada que ver con él.



—No es demasiado tarde, Sandy —lo tranquilizó—. Permítame que le presente a los Viudos Negros. Este es Alexander Mountjoy, caballeros.

Uno por uno, los Viudos Negros se adelantaron para estrecharle la mano. Finalmente llegó Henry con su alto vaso.

Mountjoy lo olió y dirigió una sonrisa a su amigo.

—Usted advirtió al camarero, por lo que veo.

Drake asintió.

—Y ahora debo añadir que nuestro camarero se llama Henry y es un miembro especialmente valioso de nuestro club.

La comida fue cordial. Melón, seguido por una espesa sopa de verduras, un excelente asado de costillar con patatas y brécoles, y pastel de manzana con queso para postre.

Rubin, que había abandonado los temas generales, optó por mencionar la contribución de Charles Dickens a la evolución de la moderna novela de detectives. Para ello, hizo una disquisición rigurosa sobre *La casa lúgubre* que, de todos los que se sentaban a la mesa, tan sólo él había leído. Drake, que se mostraba muy aliviado por este nuevo rumbo de la conversación, apuntó que el detective de Dickens había llegado una generación después de Edgar Alan Poe y que, si las descripciones de Rubin eran correctas, Dickens no se había aprovechado en absoluto de la obra de Poe.

Esto provocó un gruñido de desprecio por parte de Rubin, quien señaló a Wilkie Collins y Emile Gaboriau. En un momento crucial, Drake mencionó a Arthur Conan Doyle. Entonces Mountjoy intervino alegremente y la conversación se hizo general.

A la hora del café, Drake produjo el tintineo habitual en el vaso de agua y dijo:

—Manny ha consumido su participación de charla de la noche por ahora, de modo que, si no le importa, Mario, puede hacerse cargo del interrogatorio. Confío en que usted mantenga tranquilo a Manny.

Gonzalo se ajustó la chaqueta de suaves franjas verdes, se aseguró de que llevaba la corbata bien colocada, se apoyó en el respaldo de la silla y preguntó:

—¿A qué se dedica usted, Mr. Mountjoy?

Mountjoy parecía saciado y observaba satisfecho cómo Henry escanciaba el brandy.

—Soy un entusiasta de Sherlock Holmes —contestó— y miembro de los «Baker Street Irregular». Lo cual debería ser justificación suficiente para *esta* tropa, ¿no es así?

Gonzalo dudó.

—No lo sé. En realidad, Manny es el único realmente interesado en misterios porque escribe acerca de ellos, o hace algo que él llama escribir, y con ello se gana la vida más o menos.

—Levantó la mano, con la palma extendida hacia Rubin, quien se movió en su

asiento y dio todas las señales de querer estallar en un discurso—. Intente otra cosa.

—En ese caso —dijo Mountjoy—, podría mencionar que soy presidente de un colegio pero no sé si alguna fracción perceptible de la población mundial consideraría eso como una dedicación de mi existencia.

—Todos nosotros somos personalidades académicas, de un modo o de otro —afirmó Avalon—, y podríamos estar dispuestos a considerar ese asunto discutible.

Mountjoy sonrió.

—Si el colegio le ha enseñado a usted a hablar de esa manera, eso es una mancha negra contra mí.

Gonzalo preguntó con clara decepción:

—¿Presidente de un colegio? ¿Eso es todo?

Las cejas de Mountjoy se elevaron.

—Bien, el puesto puede que no absorba mi dedicación; pero no podría pensar en él como una cosa trivial. Tratar con los estudiantes y con el profesorado; con administradores, con posibles donantes y con el público en general es más que suficiente. ¿Qué quiere decir con «eso es todo»?

Gonzalo lo aclaró.

—Quiero decir que si usted trabaja para el Gobierno de algún modo.

—No; me he librado de eso.

—¿Nunca ha estado relacionado con ninguna investigación del Gobierno?

—No, naturalmente que no.

—Bien —dijo Gonzalo—. En ese caso, ¿cuál es la razón por la cual Drake nos pidió que no debatiéramos el asunto de los rehenes delante de usted?

—¡Oh, por el amor de Dios! —explotó Drake—. Si yo les pedí que no lo hicieran, ¿por qué saca usted el tema?

Era imposible que Mountjoy se pusiera pálido, pero adoptó un aspecto rígido y dijo enfadado:

—¡Jim!

Drake meneó la cabeza.

—Lo siento, Sandy. La conversación trataba de rehenes antes de que usted viniera. Tenía que tratar de eso, considerando lo que ha estado pasando en la nación. Pero yo les pedí que olvidaran el tema.

—Y yo quiero saber por qué —insistió Gonzalo con terquedad.

—No puedo decir el porqué —declaró Drake—. Pero yo quise apartar el tema de la mesa. Como anfitrión...

—Ni siquiera como anfitrión puede usted hacer eso —le reprochó Gonzalo—. La principal condición de las comidas del club es que no existen temas prohibidos en el interrogatorio.

Ni siquiera el anfitrión puede establecer límites. Es... es inconstitucional.

Avalon, moviendo el vaso de brandy que tenía en su mano habló con aire pensativo.

—Mario tiene una observación que hacer. Mr. Mountjoy, puedo asegurarle que nada de lo que se diga dentro de estas paredes se repetirá nunca fuera de ellas. El sentido de la confidencia es muy fuerte, e incluye a nuestro excelente camarero, Henry. ¿Le sirve de ayuda?

—No, no —contestó Mountjoy—. Yo no tengo secretos; pero el Gobierno, sí. Estoy absolutamente convencido del honor y la sinceridad de todas las personas que se hallan aquí, pero el Gobierno no se convence con tanta facilidad como yo.

—Usted dijo que no trabajaba para el Gobierno —le recordó Gonzalo.

—No lo hago; pero ha sucedido que me he enredado con él igualmente, y sin desearlo yo.

Thomas Trumbull dijo con suavidad:

—Yo *estoy* empleado por el Gobierno y se me confiaron secretos en mi época. Yo respondo también de esos caballeros.

Habría sido mucho mejor que hubiéramos evitado ese tema; pero, en un interrogatorio totalmente libre, éste habría surgido más tarde o más temprano, y quizás habría sido preferible que Jim hubiera traído a usted como invitado en otro momento.

Pero usted está aquí, y la pregunta de Mario nos pone cara a cara con el tema. Si cree, Mr. Mountjoy, que no puede debatir el asunto, entonces las reglas del club ponen fin a la cena, cosa que todos lamentaríamos. ¿Hay alguna cosa que usted *pueda* decirnos? Si decidimos que sirve como respuesta satisfactoria a la pregunta, podemos abandonar el tema y pasar a otros asuntos.

—La cuestión es ésta —señaló Gonzalo—: ¿Por qué no podemos debatir el tema de los rehenes delante de usted? Es sólo para recordárselo.

Mountjoy se quedó un momento pensativo, con la cabeza inclinada y la barbilla tocando su pecho. Cuando levantó la vista, sus ojos eran amigables y tenía un aspecto normal.

—Yo se lo diré, si ustedes son tan amables que no me preguntan los nombres, los lugares y los detalles que no me es permitido dar. Les he dicho que soy presidente de un colegio.

Bien, algunos miembros del profesorado fueron secuestrados hace varios meses por los terroristas.

—Pero no hay ningún secreto en ello —interrumpió Rubin—.

Salió en todos los periódicos. Está claro que usted es el presidente de...

—¡Por favor! —protestó Mountjoy—. No me importa lo seguros que estén ustedes de conocer los detalles del caso. Por favor, han de darse cuenta de que puede ser que no los tengan todos y que yo no puedo confirmar ni negar ninguna cosa.

Simplemente escuchen lo que digo. Varios miembros del profesorado fueron secuestrados. Están mantenidos como rehenes. Un rehén que tenían, y tengo que reprimirme mucho para evitar decir si era uno de los miembros del profesorado o no, fue muerto. Al parecer fue torturado primero.

»Así pues, el tema de los secuestros me afecta de modo personal, dado que conozco a los rehenes y es preocupante para mí, de modo oficial, porque he sido preguntado hasta la saciedad por organismos del Gobierno sobre varios aspectos del acontecimiento. ¿Les satisface lo que les digo, caballeros?

¿Podemos pasar a otros temas?

—No —insistió Gonzalo—. ¿Por qué le sometieron a usted a tan largos interrogatorios? ¿Qué tenía usted que ver con ello?

—¿Con la toma de rehenes? Nada en absoluto.

—Con el asunto en general. Usted ha dicho que fue interrogado sobre varios aspectos del tema. ¿Qué aspectos? ¿Por qué limitarlo a la toma de rehenes?

—No sé a qué se refiere usted.

—¿Qué tiene de difícil la pregunta? Quiero decir que por qué fue usted extensamente interrogado. ¿Si no fue acerca de la toma de rehenes entonces, acerca de qué fue?

—No puedo responder a la pregunta.

—En ese caso, no me siento satisfecho.

Drake intervino:

—Vamos, Mario, no sea un loco obstinado.

—No soy un loco obstinado. Tengo una idea. Existe alguna cosa implicada además de la toma de rehenes. Mountjoy ha dicho que las entrevistas no tenían nada que ver con eso; pero se referían a varios aspectos del asunto, lo cual significa que hay otros aspectos además de la toma de rehenes. Creo que debe haber alguna especie de negocio inacabado en todo esto.

Si no fuera así, no se llevaría tan a la chita callando. *Apostaría* algo a que existe un problema de alguna clase, algún enigma, algún misterio. ¿Qué hay acerca de eso, Mr. Mountjoy?

—No tengo nada que decir sobre el tema —repuso Mountjoy en tono frío.

—Ocurre —observó Gonzalo— que este club ha resuelto muchos enigmas en el pasado. Podríamos ayudarle a usted ahora.

Mountjoy miró a Drake de modo inquisitivo.

Drake aplastó su cigarrillo hasta extinguirlo y corroboró:

—Es verdad, pero no podemos garantizar el resolver ninguno en especial.

Mountjoy murmuró:

—Ojalá pudieran resolver esto.

—Ah —exclamó Gonzalo—, entonces es que *hay* un misterio.

Eh, Tom, dígame que podemos ayudarle y dígame que puede confiar en nosotros sin límites.

Trumbull señaló:

—Ya le he explicado que puede confiar en todos nosotros...

Si existe algún problema, Mountjoy, y si está preocupado por él, entonces Mario tiene razón. Quizá podamos ayudar.

Mountjoy continuó:

—Bien, veamos lo que puedo decirles.

Miró fijamente a los Viudos Negros, quienes permanecieron silenciosos. Apenas se movían.

Por fin Mountjoy explicó:

—El rehén que fue muerto no era exactamente inocente, al menos a los ojos de los terroristas. Normalmente los rehenes que se toman son sólo periodistas, u hombres de negocios o profesores..., personas cuyo único valor para los secuestradores es el de servir como prenda. Son manejables y el Gobierno norteamericano y la gente quieren que vuelvan. Por eso se discuten las condiciones. El rehén que mataron, y al que no puedo nombrar ni decir a ustedes nada acerca de su persona, estaba trabajando para el Gobierno, y los terroristas podían considerarlo un espía, un agente secreto o algo parecido. Lo mataron bien porque lo consideraron un castigo justo por el delito de pertenecer al otro bando, o se les murió de forma accidental durante el proceso de tortura con objeto de conseguir información. La cuestión es: ¿cómo sabían que valía la pena torturarlo? No torturan a todos sus rehenes como cosa rutinaria. Por el contrario, suelen tratarlos todo lo bien que pueden, porque un rehén muerto no tiene ningún valor para ellos; y porque cualquier rehén que se encuentre en unas condiciones que no sean buenas, sólo sirve para inflamar la opinión pública norteamericana y puede animar a los Estados Unidos a represalias más violentas, algo que, como es lógico, no desean.

»La creencia general es que alguien lo identificó. Para resumir, que hay implicado algún traidor de alguna especie. El rehén muerto había confiado su verdadera misión a alguien por alguna razón, o la había dejado entrever sin darse cuenta, y alguien lo había delatado. La cuestión, naturalmente, es quién.

Por supuesto, el Gobierno quiere saberlo; no sólo con objeto de vengar la muerte castigando al traidor, sino porque si el traidor queda a sus anchas, está en una posición en la cual su traición puede continuar. Ya entienden.

»Yo me vi metido en ello a causa de que las circunstancias del secuestro de los miembros del profesorado, éstos en particular y no otros, hicieron que pareciera claro que el traidor es también miembro del claustro. Hay un buen razonamiento detrás de eso, pero yo no puedo transmitirlo a ustedes.

Simplemente digo que ésa es la conclusión... Tenemos un traidor dentro del

profesorado.

»Fui entrevistado extensamente sobre el asunto, y también lo fueron otras personas, y parece que la conclusión va a parar a que el traidor es uno de los cuatro miembros del claustro.

Pero..., ¿cuál de los cuatro? Ahí está la cosa.

Rubin observó:

—Lo único seguro que se puede hacer es apartar a los cuatro de sus puestos, ponerlos donde no puedan hacer daño y mantenerlos bajo vigilancia mientras usted continúa la investigación.

—Y eso es lo que se ha hecho —informó Mountjoy—. Sin embargo, ¿no les parece a ustedes que se está haciendo un gran daño injustificado a tres personas inocentes que son norteamericanos leales y que no merecen tal trato?

—Son bajas de guerra —declaró Rubin.

Halsted protestó:

—Está usted muy áspero hoy, Manny. ¿Es que le da problemas su novela actual?

—Eso no tiene nada que ver —contestó Rubin—. Digo lo que pienso.

—Bien; lo que yo creo —manifestó Mountjoy— es que es mucho más importante absolver a tres inocentes que coger al culpable. Y existe una manera de hacerlo si somos lo bastante inteligentes. Supongamos, por ejemplo, que el rehén muerto conocía quién era el traidor. Él sabría, después de todo, en quién había confiado, o ante quién dejó escapar algo del asunto. Luego, fue obligado a escribir una carta que los secuestradores publicaron después. Ya saben de qué clase.

Los Viudos Negros asintieron y Halsted continuó:

—El secuestrado admite que es miembro de la CÍA y que hizo espionaje sobre los pobres grupos maltratados a los cuales pertenecen los secuestradores. Continúa confesando toda clase de fechorías y acabó denunciando al Gobierno norteamericano por no ceder a las sencillas demandas de los apresadores para que él sea dejado en libertad.

—Exacto —convino Mountjoy—. Así es. Por entonces, sin duda, había estado sujeto a alguna tortura, de modo que no publicarían una fotografía suya, como hicieron en el caso de otros rehenes. Incluso así, puede ser que él no hubiera consentido en firmar aquella carta cuya firma no ofrecía dudas, si no fuera porque el rehén del que estamos hablando esperaba darnos información delante de las narices de sus raptos.

Añadió al final de la carta que esperaba tener la suerte de que el Gobierno organizase su puesta en libertad, y dibujaba un trébol de cuatro hojas. Muy bien dibujado. Lo mataron poco tiempo después.

Avalon inquirió:

—¿Cree que el trébol de cuatro hojas tenía algo que ver con eso, Mr. Mountjoy?

—El Gobierno lo cree así. Él tenía que escoger algún signo que indicase al traidor, y hacerlo de una manera lo suficientemente sutil como para que no se dieran cuenta los secuestradores. Por desgracia, fue lo suficientemente sutil como para que se nos escapara también a nosotros. El Gobierno no ha podido averiguar el significado del trébol de cuatro hojas. Sin embargo, puede ser que el traidor lo hiciera..., que el traidor viera la carta reproducida en la televisión y se diera cuenta de que el trébol de cuatro hojas le estaba señalando directamente.

El se las arregló para enviar un mensaje a los secuestradores, quienes después siguieron torturando a su víctima y la mataron.

—Bien —observó Avalon—, un trébol de cuatro hojas es un símbolo muy conocido de buena suerte. ¿No puede ser que el pobre rehén tan sólo deseara tener la suerte de ser liberado y dibujase un trébol de cuatro hojas como símbolo de buenos augurios.

—Es posible —admitió Mountjoy—. Todo es posible. Sin embargo, el Gobierno no le da esa interpretación. El rehén era un racionalista claro, despreciaba cualquier cosa que tuviera un gustillo de esoterismo o superstición. La gente que lo conocía mejor, dice que es impensable que dibujara un trébol de cuatro hojas con la esperanza de que le trajese buena suerte.

—La desesperación hace que la gente se agarre a un clavo ardiendo —murmuró Avalon.

Trumbull comentó:

—Es un símbolo irlandés. ¿Alguno de los cuatro sospechosos es irlandés o descendiente de irlandeses? El traidor podía ser miembro del Ejército Republicano Irlandés (IRA) y tener simpatía por otros grupos clandestinos de lucha.

Mountjoy meneó la cabeza con energía.

—En primer lugar, el trébol de cuatro hojas no es un símbolo irlandés. Lo es el trébol de tres hojas. Fue arrancado por San Patricio, según la leyenda, para explicarle a un rey irlandés cómo podía existir la Santísima Trinidad, un solo Dios en tres personas. El rey irlandés se convirtió, y el trébol de tres hojas pasó a ser el emblema de Irlanda. Además, ninguno de los cuatro sospechosos es en modo alguno irlandés.

Trumbull preguntó:

—¿Qué puede usted decirnos acerca de los cuatro sospechosos? No nos será posible establecer a cuál está señalando el trébol de cuatro hojas, si no sabemos nada de ellos.

—No puedo ayudar en eso —dijo Mountjoy con desánimo—.

No puedo darles sus nombres ni decirles quiénes son.

—¿Puede usted darnos los campos de sus especialidades?

—preguntó Avalon.

—No estoy seguro. Quizá me atreva a arriesgarme. —Fue levantando los dedos

—: uno es historiador, otro es entomólogo, otro es astrónomo y otro es matemático.  
¿Sirve de algo? A nosotros no nos ayudó para nada.

Halsted inquirió:

—¿Está usted seguro de que lo que dibujó era un trébol de cuatro hojas?

—Por supuesto que lo era. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Halsted se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo no lo vi. Pero era algo con cuatro cosas que salían de él. ¿Cierto?

—Entonces, ¿podía haber tratado de dibujar una estrella?

¿Un punto con rayos de luz que salían de él? Eso indicaría al astrónomo.

Mountjoy meneó la cabeza.

—Podría ser el astrónomo, según todo lo que sé, pero no por esa razón. No dibujó líneas que irradiaban, sino cuatro hojas de trébol reconocibles. El dibujo también tenía un tallo. Las estrellas no tienen tallo.

Drake preguntó:

—¿De qué clase es el matemático?

Mountjoy respondió:

—No podría decírselo. Estoy metido en ciencias políticas y todas las matemáticas que conozco apenas son suficientes para permitirme mantener en equilibrio mi talonario de cheques.

—¿Había hecho él trabajos sobre probabilidades?

—Supongo que podría averiguarlo; pero no lo sé así de repente.

—Porque lo que pasa con el trébol de cuatro hojas es que es raro. No sé qué posibilidades hay de encontrar uno si se mira a través de campos de trébol al azar; pero deben ser muy pequeñas. Cuando era muchacho, recuerdo que me tumbaba en un campo de tréboles y pasaba horas examinándolos uno por uno. Nunca encontré ninguno que tuviera cuatro hojas. Así que encontrar uno resulta notable, y es la clase de cosa que puede interesar a un matemático que está especializado en probabilidades.

Halsted, que era también matemático le contradijo:

—Eso no parece probable en absoluto. ¿Y el historiador?

¿Qué clase de historiador era?

—Ah —contestó Mountjoy—. Eso puedo decírselo a ustedes.

Escribió un libro conocido titulado... Bien, no; está claro que no se lo puedo decir. Eso lo identificaría. Digamos —añadió débilmente— que es medievalista.

—¿Está especializado en historia medieval?

—Sí. El Imperio bizantino. Los fatimitas. Cosas como ésas.

—¿Algo que tenga que ver con el trébol de cuatro hojas?

—No, que yo sepa.

—Y qué nos dice acerca del entomólogo, que obviamente estudia los insectos.



—Pues eso, que los estudia.

—¿Qué clase de insectos? ¿Abejas?

Gonzalo interrumpió.

—¿Por qué abejas, Roger?

—¿Por qué no? Las abejas vuelan desde una flor de trébol a otra flor de trébol recogiendo miel y esparciendo polen. ¿No conoce la cuarteta de Emily Dickinson: «El pedigree de la miel / no concierne a la abeja. / Un trébol en algún momento interviene en él. / ¿Es aristocracia?» Bien, pues, un trébol de cuatro hojas podría significar una abeja, lo cual aludiría a nuestro entomólogo.

Avalon planteó:

—¿Por qué un trébol de cuatro hojas en ese caso? Un trébol de tres hojas serviría lo mismo y sería más sencillo de dibujar.

Mountjoy opinó:

—No importa cuál sea. El entomólogo no se ocupaba de abejas. Trabajaba con insectos más pequeños y ni siquiera podría darles a ustedes el nombre. Él me lo dijo una vez y a mí me sonó como si saliera directamente de la *Comedia de los errores* de Shakespeare. No puedo repetirlo.

—Bien —se preguntó Rubin—. ¿A dónde nos lleva eso? El trébol de cuatro hojas no señala a nadie. Francamente, me encuentro yo mismo mirando con preferencia a la idea original de Jeff de que no era más que un símbolo de buena suerte.

El pobre hombre necesitaba suerte, y no la tuvo.

—¿El pobre hombre? —se sorprendió Halsted—. Es sólo una baja de guerra, Manny.

Rubin parecía disgustado.

—Estaba hablando en sentido teórico. Cuando pasamos a los individuos no soy más áspero que ustedes, y lo saben.

Drake comentó:

—Bien, nosotros hemos estado apremiando y torturando al pobre Sandy para que nos dijera más de lo que debería, probablemente, y poniéndolo bajo la tensión nerviosa de temer que el Gobierno pueda de algún modo averiguar que lo ha hecho. Y nosotros no hemos podido ayudarlo en absoluto... Lo siento, Sandy.

—Esperen —dijo Gonzalo, haciendo balancear su silla sobre dos patas—. Todavía no hemos terminado. Me he dado cuenta de que Henry está buscando por el estante de los libros de consulta.

—Oh, es verdad —observó Trumbull—. Le preguntaremos en cuanto vuelva.

—¿De quién están hablando? —preguntó Mountjoy, frunciendo el ceño—. ¿Del camarero?

—Estamos hablando de Henry. El mejor de los Viudos Negros.

Henry volvió a tomar su sitio habitual junto a la mesa de servicio.

Gonzalo intervino:

—Bien, Henry, ¿puede ayudarnos?

—He tenido una idea, Mr. Gonzalo, referente a los tréboles de cuatro hojas.

—Díganosla.

—Los tréboles casi siempre tienen tres hojas. En alguna ocasión, un trébol crece a partir de una semilla que es ligeramente anormal y, en consecuencia, desarrolla cuatro hojas. Un cambio tan repentino entre padre y descendencia se llama una mutación —dijo Henry con tono muy educado.

—Así es —convino Halsted.

—Las mutaciones tienen lugar de cuando en cuando en todas las especies. Se puede conseguir un mirlo blanco o un ternero de dos cabezas o un bebé con seis dedos. Me atrevo a decir que la lista es infinita.

—Probablemente —murmuró Avalon.

—En su mayoría, las mutaciones son desfavorables y se consideran deformidades y distorsiones monstruosas. Sin embargo, el trébol de cuatro hojas es un ejemplo de mutación que no sólo no impresiona a la gente como deformidad, sino que es valorado y considerado como un tesoro por todo el mundo; bueno, por casi todo, como algo muy deseable, como símbolo y portador de buena suerte. Eso lo convierte en algo muy inusual como mutación y es la única mutación que puede ser fácilmente dibujada sin que repela a la gente, y hacerse de modo que no parezca nada más que un modo natural de atraer la buena suerte. Puede, por tanto, simbolizar la idea de mutación y, sin embargo, escapar a que lo perciban aquellas personas que no tengan un cierto grado de instrucción. Quienes conocen la fuerte racionalidad del rehén, deberían dejar a un lado lo de la buena suerte y aferrarse al símbolo de su mutación.

—¿A dónde nos conduce todo eso, Henry? —preguntó Trumbull.

—Para cambiar un poco de tema, Mr. Mountjoy mencionó la *Comedia de los errores* de Shakespeare. Existen dos personajes en ella llamados Antipholus. Son hermanos gemelos, uno que procede de la ciudad de Siracusa en Sicilia y otro de Efeso en el Asia Menor. ¿El nombre de Antipholus le trae algo a la memoria, Mr. Mountjoy?

—Sí —respondió Mountjoy—. Los insectos con los que estaba trabajando el entomólogo. Todavía no puedo darle a usted el nombre exacto, sin embargo.

—¿Era *Drosophila*?

—¡Sí! ¡Por Dios, sí!

—Es conocida comúnmente como la mosca de la fruta y es el insecto clásico utilizado para el estudio de las mutaciones.

Me parece, pues, que el trébol de cuatro hojas puede haber sido dibujado para significar mutaciones y que intentaba señalar con bastante precisión al entomólogo como traidor. Al menos, me lo parece.

—¡Cielos! —exclamó Mountjoy—. También me lo parece a mí... Lo primero que haré mañana será ponerme en contacto con algunas personas de Washington para sugerirlo... *Drosophila*. *Drosophila*. Tendré que recordar el nombre.

—Mosca de fruta será suficiente, señor —le recordó Henry—, y si se acepta la sugerencia, querría proponerle que dé a entender que se le ocurrió a usted solo. No hay por qué admitir que habló del asunto con los Viudos Negros.

## POSTFACIO

*A veces, me siento realmente perezoso, pienso en cualquier cosa y veo si puedo inventar una historia basándome en ella. Así pues, estaba yo en un lugar lleno de hierba en Mohonk (ver el post scriptum anterior) y me di cuenta de que éste abundaba en tréboles. Según tengo por costumbre, observé a mi alrededor tratando de descubrir un trébol de cuatro hojas. Después de unos dos segundos y medio, decidí que no había ninguno.*

*Nunca en mi vida he encontrado un trébol de cuatro hojas; pero he tenido bastante buena suerte incluso sin él.*

*Así que pensé: escribamos una historia acerca de un trébol de cuatro hojas. Y lo hice.*

*Sin embargo, esta vez Eleonor Sullivan, la bella editora del Ellery Queen's Mystery Magazine lo rechazó. Ella pensaba que la narración era tan exageradamente arcana que resultaba desleal para con el lector. Yo no estaba de acuerdo (nunca estoy de acuerdo con el rechazo); pero la palabra del editor es ley; y presento este relato aquí como el segundo de esta colección que hace su aparición por primera vez.*

## El sobre (1989)

“The Envelope”

Emmanuel Rubín llegó al banquete de los Viudos Negros de un humor repugnante. Sin duda, éste no era mucho peor que su acritud habitual; pero sus ojos, magnificados por los gruesos cristales de sus gafas, relampagueaban peligrosamente.

—¡Oh! —exclamó Mario Gonzalo, anfitrión en esa ocasión—.

Alguien ha recibido un rechazo bien merecido.

—Yo *no* he recibido ningún rechazo —soltó Rubin—. Ni merecido ni inmerecido. Es mucho peor que eso.

Geoffrey Avalon bajó la mirada desde su altura de metro ochenta y cinco hasta el diminuto Rubin y dijo con su voz imponente de barítono:

—¿Mucho peor que un rechazo? ¿Para un escritor independiente como usted, Manny? ¡Hombre!

—Escuche —dijo Rubin enfurecido—. He entrado en la oficina de Correos esta mañana y he pedido un rollo de sellos de veinticinco centavos. Para empezar, eso me fastidiaba. Puedo recordar la época en que costaba dos centavos enviar una carta; pero el precio sigue subiendo cada vez más sin que parezca que afecte al eterno déficit...

—Al menos —observó Roger Halsted—, el servicio se hace peor para equilibrar el incremento de dinero.

—Usted dice eso porque piensa que es divertido, Roger —se quejó Rubin—, pero ocurre que tiene toda la razón... Gracias, Henry.

Henry, el imprescindible camarero de los banquetes de los Viudos Negros, al darse cuenta de las demandas que se le estaban haciendo a Rubin por su apasionamiento, le había traído una botella para rellenar su vaso.

James Drake, encendió su perenne cigarrillo y comentó:

—Recuerdo cuando los sellos eran de dos centavos, y el periódico de la mañana valía también dos centavos, y un paquete de cigarrillos costaba trece... y mi salario semanal era de quince dólares. ¿Qué les parece?

—No he terminado —le advirtió Rubin—. Así pues, pedí un rollo de sellos de veinticinco centavos y el idiota rematado que estaba en la ventanilla me miró fijamente a los ojos y contestó: «No tenemos» Me quedé estupefacto. Era una oficina de Correos, maldita sea. Yo le dije: «¿Por qué no?» Y él se encogió de hombros y gritó: «¡El siguiente!» Es decir, no dio ninguna señal de lamento ni de sentirse incómodo. Podían haber puesto un anuncio que dijera que los sellos se habían acabado de momento. Tuve que esperar media hora en la cola para que se me dijera que no podía conseguir ninguno.

Gonzalo comentó:

—Supongamos que le apaciguamos hasta ponerle en su estado habitual de semicordura, Manny, a fin de que pueda presentar a mi invitado... Francis MacShannon. Es un buen amigo mío.

Rubin le estrechó la mano con altivez.

—Cualquier buen amigo de Mario, Mr. MacShannon, es sospechoso para mí.

—¿Qué puedo esperar —observó Gonzalo— de alguien que se pone hecho una furia por un rollo de sellos de veinte centavos?

Le daré unos pocos para resolver su problema, Manny. Y sin ningún cargo.

—No, gracias —rehusó Rubin—. Ya he comprado los sellos después. Pero es cuestión de principios.

—Me excuso por los principios dudosos de Manny, Frank —dijo Gonzalo—. Él siempre se fabrica uno cuando no logra salirse con la suya.

Francis MacShannon respondió con una sonrisa. Aparentaba unos sesenta años; tenía una cara redonda y alegre sobre un cuerpo bajo y rechoncho. Poseía una tez colorada y llevaba una perilla gris que le daban el aspecto de un Santa Claus medio afeitado.

—Estoy con usted, Mr. Rubin —afirmó con voz aguda, que estropeaba un poco la imagen de Santa Claus—. Yo también tengo quejas de Correos.

—Las tiene todo el mundo —gruñó Thomas Trumbull, que había llegado un momento antes y se había lanzado sobre el whisky con soda que Henry le ofrecía.

Hubo una pausa mientras MacShannon era presentado a la última persona que había llegado, y luego continuó:

—Mi propia queja se refería al asunto de los matasellos. En la actualidad, no son más que manchas sucias. Cuando yo era joven, los matasellos eran legibles y hermosamente claros.

Eran lecciones de geografía. Yo formé una enorme colección de ellos.

Las imponentes cejas de Avalon se levantaron.

—¿Cómo se hace eso, Mr. MacShannon?

—Para empezar, mis padres me daban los sobres que recibían por correo. También lo hacían los vecinos de toda la calle, una vez sabían lo muy en serio que me lo tomaba. Lo mejor de todo, sin embargo, era encontrar sobres abandonados por el suelo: en las aceras, en los patios traseros, bajo los matorrales.

Se sorprenderían de ver cuántos sobres era posible encontrar.

Cada nuevo matasello que descubría era un tesoro, y yo le buscaba el nombre en el atlas. Los ordenaba por Estados y naciones y encolaba los sobres en libretas de un modo organizado. Llegué a ser tan aficionado a los sobres, que ustedes difícilmente se lo pueden imaginar. En realidad, fue mi interés por los sobres lo que me llevó a...

En este punto, Henry, con una voz suavemente autoritaria anunció:

—La comida está servida, caballeros.

Se sentaron para tomar su melón con jamón, seguido por crema de espárragos y una ensalada mixta. La conversación trató sobre la nueva sonda rusa diseñada para estudiar el satélite de Marte, *Phobos*; y, sobre el capón asado, la discusión se fue calentando a propósito de si una expedición americano-soviética a Marte era deseable o no. Los correos y sus múltiples pecados pasaron a segundo término y acabaron por desaparecer al fuego de la nueva controversia. Siguieron el pastel de almendra con chocolate y el café. A la hora del brandy, Gonzalo los requirió para el interrogatorio.

—Manny —dijo señalándolo—, usted será quien haga las preguntas, y yo invoco el privilegio de anfitrión para decirle que el tema del correo no debe ser mencionado.

Rubin se puso ceñudo y preguntó:

—Mr. MacShannon, ¿a qué se dedica usted?

MacShannon contestó de forma amigable:

—Soy programador y diseñador de ordenadores. En el día de hoy creo que esto habla por sí mismo.

—Quizás —admitió Rubin—. Más tarde podemos volver a eso.

Obviamente, sus trabajos presentes no tienen nada que ver con sus actividades de cuando era un niño... Quiero decir, su colección de matasellos. Usted había dicho...

—Manny —intervino Gonzalo con sequedad—. He desechado el tema de Correos.

—¡Rayos y truenos! —explotó Rubin—. ¿Quién está hablando del correo? Estoy hablando de la colección de matasellos.

Apelo a los miembros de la reunión.

—Muy bien. Adelante —aceptó Gonzalo con resignación.

—Entonces veamos —dijo Rubin echando a Gonzalo una mirada demasiado prolongada—: usted comentó que había sido su interés en los sobres lo que le había llevado a su... Y entonces, antes de que usted pudiera terminar la frase, fue interrumpido por el anuncio de que la comida estaba a punto.

Así pues, me gustaría que terminase la frase. ¿A qué le condujo su interés por los sobres?

MacShannon frunció el ceño, pensativo.

—¿He dicho eso? —Su semblante se aclaró y una expresión de satisfacción casi cómica invadió su cara—. Oh, sí, naturalmente. Volviendo a 1953, fue gracias a mi interés por los sobres por lo que cogí a un espía. Un auténtico espía.

—¿En 1953? —preguntó Avalon, frunciendo el ceño de repente—. No me diga que usted era uno de los jóvenes que trabajaban para el senador Joseph McCarthy.

—¿Quién? ¿Yo? —se extrañó MacShannon, atónito ante la sugerencia—. ¡Nunca! Nunca me gustó McCarthy en absoluto.

Naturalmente... —meditó el asunto durante un momento—, él convirtió a la nación en atenta al espionaje y a la traición y eso no pudo dejar de afectarme,

supongo. Uno no puede evitar pensar en esa dirección incluso si desapruueba las tácticas de McCarthy, como yo.

—Paranoia nacional, le llamo yo —dijo Rubin, muy serio.

—Quizás —admitió MacShannon—; pero, en todo caso, le llame como le llame, supongo que eso es lo que metió todo el melodrama en mi mente. En una época más tranquila, menos frenética, yo habría visto aquel sobre y no le habría concedido ni un pensamiento.

—Háblenos de ello —pidió Rubin.

—Lo haré si lo desea. Después de treinta y seis años, no puede ser delicado. Además, no conozco los detalles, sólo el bosquejo general. Yo estaba comenzando en el mundo, había acabado mi grado de ingeniería, tenía un pequeño trabajo, estaba viviendo por mi cuenta por primera vez. Contaba veinticuatro años y estaba todavía un poco inseguro de mí mismo.

»Había otra persona que vivía al otro lado del vestíbulo de mi casa... Se apellidaba Benham. No recuerdo su nombre.

Tenía unos treinta años, creo, y yo lo veía a veces saliendo o entrando. Era un mal encarado, creo que saben lo que quiero decir, un sujeto poco amistoso que nunca me saludaba. Yo le dije hola una vez o dos, al pasar; pero él me hacía un gesto con la cabeza, lo más seco posible, y me dejaba helado con su expresión. Llegó a serme muy desagradable, desde luego y, dado que yo, en aquellos días, era un gran lector de narraciones espeluznantes, me hice fantasías sobre que tenía algo de malvado..., que era un criminal, un asesino a sueldo y, más que nada, un espía.

»Entonces, un día, mientras los dos estábamos esperando el ascensor para que nos llevara a nuestros apartamentos del piso octavo, rasgó un sobre que llevaba, y que yo pensé que acababa de coger de su buzón. Yo había mirado el mío antes y estaba vacío, como lo estaba casi siempre por aquella época, excepto cuando mi madre me escribía. Observaba a mi vecino por el rabillo del ojo, en parte por vigilar a alguien sobre quien yo estaba fantaseando que era un villano misterioso; en parte porque envidiaba a cualquiera que recibiese una carta, y en parte, también, porque nunca superé del todo mi fascinación infantil por los sobres.

»Después de haberlo rasgado para abrirlo, extrajo la carta, la desplegó, la leyó sin la más mínima expresión en su cara; luego, la arrugó y la tiró a la papelera que había junto a los ascensores del vestíbulo. Después, todavía sin ninguna expresión, colocó el sobre vacío dentro del bolsillo interior de su chaqueta. Lo hizo con sumo cuidado, y acarició la parte delantera de la prenda como para asegurarse de que estaba bien colocado.

Trumbull interrumpió:

—¿Cómo sabía que era un sobre vacío? Podía haber alguna cosa más con la carta. Un cheque, por ejemplo.

MacShannon meneó la cabeza con gesto cordial.

—Ya les he dicho que yo tenía esta actitud casi profesional en lo relativo a sobres. Era de una clase endeble, casi transparente. Él lo había sostenido en la mano cerca de mí mientras examinaba la carta, y yo podía asegurar que estaba vacío. No era posible equivocarme.

—Es extraño —observó Halsted.

—Lo extraño de ello —continuó MacShannon— era que al principio, *no* pensé que era extraño. Después de todo la gente con frecuencia desecha los sobres y guarda las cartas, pero nunca había visto a nadie que desechara una carta y guardase un sobre vacío. Sin embargo, no se me antojó extraño. Me dije a mí mismo: «Vaya, está coleccionando matasellos». Y, por un momento, tuve otra vez diez años y recordé la emoción estremecedora de la captura. Por un momento, tuve a este Benham por Un compañero coleccionista de matasellos, y me sentí bien dispuesto hacia él.

»Quizás estuve acertado porque si yo no hubiera tenido el pensamiento del matasellos, podía ser que no hubiera conservado el sobre en mi mente. Pero sucedió que lo conservé y, en el tiempo en que llegaba al piso octavo, cambié de pensamiento. Como de costumbre, mi vecino no me había dirigido ni una palabra ni me había echado una mirada, y mi corazón se volvió a endurecer respecto de él. No podía ser un coleccionista de matasellos, pensé, porque los matasellos ya se habían deteriorado más allá del punto en el que coleccionarlos podía ser provechoso. Ya entonces, uno nunca veía un matasellos claro, excepto en el sobre conmemorativo ocasional.

»¿Por qué, entonces, guardaba el sobre? Me costó solamente diez segundos convertir el asunto en un relato de espías, y lo obtuve. El había recibido un mensaje casual, sin significado, que cualquiera podía ver y desear; pero el mensaje *auténtico* estaba en el sobre donde nadie lo buscaría, y que él, por tanto, guardó para estudiarlo después.

»En el tiempo en que había estado pensando en eso, ya me hallaba en mi apartamento. Esperé allí como medio minuto; luego, miré al vestíbulo para asegurarme de que mi vecino no se estaba entreteniendo por allí. No lo estaba, así que volví al ascensor, bajé al pasillo y recuperé aquella carta arrugada.

Rubin avanzó:

—La cual, supongo, resultó ser por completo carente de interés.

—Bien —continuó MacShannon—, al menos *parecía* mostrar a Benham con una luz más humana. La carta estaba hecha con una escritura femenina, pero en absoluto cultivada..., unos garabatos poco legibles.

Avalon dijo con un suspiro:

—Eso es lo mejor que uno puede esperar en estos días de degeneración.

MacShannon sonrió.

—Lo creo. En cualquier caso, estudié aquella carta tan a fondo durante los días



siguientes que todavía la recuerdo treinta y seis años después. Y no es que hubiera mucho para recordar. No tenía fecha y simplemente comenzaba: *Querido Mr. Benham, lo he pasado muy bien, y ha sido usted muy amable al prometerme comprobar el asunto de la oportunidad de trabajo. Por favor, hágamelo saber y gracias.*

—Veo lo que usted quiere decir —observó Halsted—. Su vecino podía tener para usted un trato glacial; pero la mujer que le escribía creía que era un hombre amable.

Trumbull comentó:

—Muchos hombres esquinados se ablandan ante una joven para llegar al final acostumbrado.

MacShannon mostró desacuerdo.

—No pensé en nada así. Lo que me pareció fue que la carta sonaba a tan inocente como yo había pensado que tenía que ser. Todo el asunto sobre oportunidades de trabajo y amabilidad podía ser sólo un propósito de escribir al azar, por decirlo de alguna manera. Para mí, eso significaba que era muy probable que el sobre fuese lo importante. La cuestión era: ¿Qué tenía que hacer yo? Estuve agitado durante algunos días y luego, por fin, me puse en acción... Por favor, recuerden que era joven e ingenuo en aquellos tiempos, porque, al fin me fui a la oficina local del FBI.

Drake sonrió y manoseó el cenicero que tenía delante.

—Usted se arriesgó a ponerse en ridículo.

—Incluso yo me di cuenta —reconoció MacShannon—. Recuerdo que, a medida que yo contaba mi historia a un funcionario al parecer educadamente aburrido, me sentía más tonto, puesto que me sonaba cada vez menos convincente en mis propios oídos. Tenía varias cosas a mi favor, sin embargo. El senador McCarthy había logrado que fuera imposible para cualquier agente pasar por alto ninguna historia de espías.

Después de todo, le costaría una gran bronca si dejaba escapar uno sin tener que haberlo hecho.

—Puedo entenderlo —intervino Halsted—. Un agente que desechara algo por equivocación sería probablemente acusado de ser un espía él mismo, o un miembro con carnet del partido comunista.

—Sí —convino MacShannon—. El FBI tiene que investigar cualquier cosa que se le lleve, incluso en épocas fáciles.

Imagínese en la cumbre de la manía de McCarthy... Luego, también, resultó que Benham, este vecino mío, tenía un puesto en la industria de videojuegos y estaba en situación de conocer unas pocas cosas que el Pentágono deseaba claramente que fueran conservadas en secreto. En realidad, fue mi comprensión final de este hecho lo que suscitó mi propio interés por los ordenadores, de modo que en cierto modo, le debo mi carrera presente a Benham. En cualquier caso, fui escuchado y se quedaron

con la carta. Me dieron un recibo, aunque no era mía.

—Estaba en posesión suya —observó Rubin—, y le pertenecía, dado que su amo anterior la había tirado y abandonado, convirtiéndola en propiedad de cualquiera que la cogiese.

—En cierto modo —explicó MacShannon—, entré en una asociación distante con el FBI, porque me pidieron que vigilara a Benham e informase de cualquier otra cosa que considerase insólita o sospechosa. Esto me convirtió en un espía vulgar; lo cual, mirando hacia atrás, hace que me sienta un poco incómodo; pero yo tenía el convencimiento de que se trataba de un agente enemigo, y era un poco romántico en aquel entonces.

—Y usted podía haber sido contagiado por la época —opinó Avalon.

—No me sorprendería —asintió MacShannon—. En aquel momento, naturalmente, no sabía de cierto lo que estaba haciendo el FBI; pero, al final, me hice amigo del agente con el que había hablado la primera vez, en particular cuando se fue viendo que Benham era en verdad otra cosa distinta a la que parecía, de modo que el agente no pudo dejar de pensar en mí favorablemente.

Rubin concluyó:

—Entonces el sobre escondido resultó ser importante, supongo.

—Déjenme contarles, por orden, cómo sucedieron las cosas —rogó MacShannon—. Investigaron la carta que les di, buscando alguna especie de clave. Lo que a mí me parecía insignificante podía tener un sentido oculto. No pudieron encontrar ninguno. Tampoco hallaron escritura escondida o cualquier cosa técnicamente avanzada, y eso hizo que mi historia fuera más persuasiva, dado que yo, desde el principio, sin duda, había insistido en la importancia del sobre.

»Tomaron por costumbre interceptar la correspondencia de Benham y abrirla, leerla, volverla a cerrar y enviarla de nuevo.

Observé el proceso en una ocasión y me causó una sensación horrorosa. Me pareció muy poco norteamericano. No había modo de decir, al acabar, que la carta había sido abierta, o que se había manipulado de algún modo, y yo, desde entonces, nunca he podido confiar del todo en mi propio correo. ¿Quién sabe si alguien estaba estudiándolo sin mi conocimiento?

Rubin comentó secamente:

—Si pensamos así, las llamadas telefónicas pueden ser escuchadas, las habitaciones pueden ser provistas de micrófonos secretos, las conversaciones al aire libre pueden ser oídas.

Vivimos en un mundo falto de intimidad.

—Estoy seguro de que tiene razón —convino MacShannon—.

En cualquier caso, ellos tenían un particular interés en cualquier carta que Benham recibiera de la joven cuyo escrito había cogido yo. Éstas tenían sus propios

puntos de interés para un entrometido, porque, tal como finalmente mi amigo el agente me explicó, estaba claro que había un asunto de amor que estaba brotando allí. Las cartas se iban haciendo más apasionadas y decididas; pero las de la mujer, al menos, siempre eran garabatos breves y continuaban mostrando que no había ninguna gran capacidad intelectual en ellas.

Drake sonrió.

—La capacidad intelectual no es siempre lo que persigue un hombre.

Halsted preguntó:

—¿Cuánto tiempo siguió la investigación?

—Meses —respondió MacShannon—. Fue un asunto intermitente.

—Oiga —objetó Gonzalo—, si la carta se refería a un asunto amoroso podía no ser importante. Los agentes están en la tarea de recoger y transmitir información. Y no van a enamorarse.

—¿Por qué no? —exclamó Avalon sentencioso—. El amor llega cuando quiere, a veces a las personas que menos se espera y en las situaciones más improbables. Ésta es la razón por la cual Eros, el dios del amor, suele representarse como ciego.

—No es eso lo que quiero decir —protestó Gonzalo—. Naturalmente que pueden enamorarse; pero no utilizarían sus comunicaciones oficiales, si pueden llamarse así, como vehículo.

Tratarían del amor en su momento, por hablar un poco a su manera, dejarían tranquilos los mensajes importantes.

MacShannon opinó:

—No, si los mensajes auténticos estuvieran en el sobre.

Cuanto más intrascendente fuera la carta en sí, mejor. ¿Por qué no expresar un asunto amoroso, incluso un asunto amoroso sincero, en la misma carta? ¿Quién pensaría en mirar los sobres en los casos en que la carta misma parece tan importante al que la escribe y al que la lee? Si yo no le hubiera visto conservar el primer sobre...

—Bien —intervino Trumbull, un poco impaciente—, sigamos con ello. Tengo alguna conexión con el contraespionaje y estoy seguro de que investigaron los sobres.

—Lo hacían, en verdad —afirmó MacShannon—. Cada uno de ellos, tanto si eran de la joven como si no. Al menos, el agente me dijo que lo hacían, y yo no tenía ninguna razón para creer que mintiera. Por supuesto que yo me preguntaba, en aquel momento, si lo que estaban haciendo era legal. Me parecía muy poco norteamericano, tal como he dicho.

—Sin duda era ilegal —observó Trumbull—. No tenían ninguna prueba de acción delictiva. Conservar un sobre vacío puede parecer sorprendente, pero no es un delito. Sin embargo, la seguridad nacional perdona multitud de pecados y hace la vista gorda, de cuando en cuando, ante un poco de ilegalidad.

—Es malo en principio —gruñó Rubin—. Un poco de ilegalidad conduce a

mucha y en menos de nada sería como la Gestapo.

—No hemos llegado a eso todavía —dijo Trumbull—, y existe un rígido freno sobre estas organizaciones.

—Sí, cuando las cogen —comentó Rubin.

—Las cogen lo bastante a menudo como para que se mantengan dentro de unos límites. Vamos, Manny, dejemos continuar a MacShannon. Nos está contando que el FBI inspeccionaba los sobres.

—En efecto, lo hacían —afirmó MacShannon—. Despegaban los sellos para ver lo que había debajo. Estudiaban cualquier cosa escrita que hubiera en el sobre hasta el último detalle y sometían el papel a todas las pruebas conocidas. Incluso lo sustituían por sobres nuevos que ellos hacían exactos a los viejos, con la excepción de que introducían pequeños cambios sin importancia. Querían ver si el sobre nuevo tenía algo mixtificado que redujera su mensaje a una tontería.

Drake observó:

—Se tomaron muchas molestias por una cosa tan endeble como el relato de usted.

—Se lo pueden agradecer a McCarthy —aclaró MacShannon de forma escueta—. Pero nunca encontraron nada ni en las cartas ni en los sobres.

Rubin intervino:

—Espere, Mr. MacShannon, cuando usted comenzó esta historia, dijo que como resultado de su interés por los sobres usted descubrió a un espía cabal. ¿Lo hizo o no lo hizo?

—Lo hice —afirmó MacShannon con vehemencia—. Lo hice.

—¿Va usted a decirnos —preguntó Rubin— que, como resultado de la investigación, otra persona fue atrapada como espía?

—No, no. Fue Benham. Benham.

—Pero usted acaba de decir que las cartas y los sobres no mostraban nada. Lo ha dicho, ¿no?

—Yo no dije exactamente que no mostraban nada; lo que dije fue que él FBI no encontró nada en la correspondencia.

Sin embargo, ellos no se limitaron a eso. Trabajaron en el otro extremo: su empleo. Inspeccionaron su carrera en el trabajo, lo mantuvieron bajo vigilancia oculta y finalmente encontraron lo que estaba haciendo y con quién. Llegué a la conclusión de que se había roto un anillo importante de espías y escuché algunas palabras agradables por parte del FBI. Nada oficial, naturalmente; pero fue la gran emoción de mi vida. Y yo debía todo ello, en cierto modo, a haber coleccionado matasellos cuando era muchacho.

Hubo quizá menos satisfacción en las caras de los Viudos Negros reunidos que en la de MacShannon.

Avalon inquirió:

—¿Qué pasó con la joven? ¿Con el amor de Benham? ¿También la pescaron a ella?

Por un momento, MacShannon pareció dudar.

—No estoy seguro del todo —reconoció—. Nunca me lo dijeron. Mi impresión, en aquel momento, fue que había pruebas insuficientes en el expediente de ella, dado que no sacaron nada de las cartas o los sobres... Pero ésa es la única cosa que me preocupa. Yo cogí a Benham porque él había conservado aquel sobre. ¿Por qué no pudieron ellos encontrar nada en los sobres? Si Benham y los demás tenían algún sistema secreto de comunicación en el cual el FBI no logró penetrar, quién sabe qué daño se ha hecho desde entonces por este medio.

Halsted comentó:

—Quizás el FBI no encontró nada en el sobre porque no había nada que encontrar allí. Los espías no son espías todos los minutos de su vida. Quizás el asunto amoroso era tan sólo un asunto amoroso.

El buen humor de MacShannon, hasta entonces infalible, comenzó a evaporarse. Tenía un aspecto un poco sombrío cuando preguntó:

—Pero entonces, ¿por qué conservó aquel sobre? Siempre vamos a parar a eso. No estamos hablando de una persona corriente, sino de un espía, un espía auténtico. ¿Por qué tendría que desechar una carta con tanta despreocupación, de modo que cualquiera pudiese cogerla, y conservar un sobre vacío? Tiene que haber una razón. Si existe una razón inocente que no tiene nada que ver con su profesión, ¿cuál es?

Avalon dijo suavemente:

—Supongo que usted mismo nunca ha pensado que exista una razón adecuada, Mr. MacShannon.

—Ninguna, salvo que el sobre llevara un mensaje de alguna especie —respondió MacShannon.

—Sospecho —dijo Rubin— que usted no ha intentado pensar en lo que hemos estado llamando una explicación inocente, Mr. MacShannon. Quizás estaba muy satisfecho con su teoría del mensaje.

—En ese caso, piense usted mismo en una razón alternativa, Mr. Rubin —le pidió MacShannon, desafiante.

—Espere —intervino Halsted—. Mr. MacShannon no pensó al principio que fuera cosa de espías. Primero pensó que Benham estaba coleccionando matasellos..., o posiblemente sellos, por lo que se ve. Supongamos que aquella primerísima idea fuera correcta.

MacShannon observó:

—No, no infravaloren al FBI. Yo había mencionado mi primer pensamiento y, en una ocasión, se las arreglaron para registrar su apartamento. No había señal alguna de manía coleccionista de ninguna clase. Ciertamente, no había ninguna colección de

sobres. Eso fue lo que me dijeron.

—Podía usted habernos informado de eso —se quejó Rubin.

—Acabo de hacerlo —contestó MacShannon—; pero no es importante. La probabilidad de que guardase el sobre con propósitos coleccionistas era tan pequeña que no tenía sentido entretenerse con ella... Pues bien, ¿ha encontrado usted alguna otra explicación para el hecho de que conservase el sobre, Mr.

Rubin? ¿O alguno de ustedes?

Drake sugirió:

—Podía haber sido una acción realizada sin pensar. La gente hace cosas por costumbre, las cosas más tontas. Su Mr. Benham quería guardar la carta y desechar el sobre y, sin pensar, hizo lo contrario.

—No puedo creer eso —declaró MacShannon.

—¿Por qué no? Se llama estar distraído —comentó Drake—.

Posteriormente, cuando encontró que había conservado el sobre, pudo haber bajado para recuperar la carta y advertir que ya no estaba.

MacShannon opinó:

—Un hombre cuya carrera es el espionaje, sin duda no es distraído. No duraría mucho tiempo en ello si lo fuese. Además, sabía lo que estaba haciendo. Leyó la carta y la arrugó al momento y la desechó. Entonces miró el sobre pensativo y lo guardó con cuidado. Sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—¿Está usted seguro? —preguntó Drake—. Sucedió hace treinta y seis años. Con todos los respetos, usted puede ser sincero recordando lo que usted quiere recordar.

—En absoluto —se opuso MacShannon fríamente—. Era la emoción más grande de mi vida y yo pasé mucho tiempo pensando en ello. Mi memoria es precisa.

Drake se encogió de hombros.

—Si usted insiste, es imposible discutir, naturalmente.

MacShannon observó, una tras otra, las caras que estaban alrededor de la mesa.

—Bueno..., ¿quién tiene una explicación alternativa? No era ninguna colección. Ninguna distracción. ¿Qué más...? Y no había ninguna atadura sentimental para el que escribía. Podía haber sido un asunto amoroso después, pero esa carta que Benham desechó era claramente la primera que él recibía. Él acababa de conocerla. E incluso si fue amor a primera vista, algo que él no me pareció propenso a que le ocurriese, habría guardado la carta, no el sobre.

Hubo silencio alrededor de la mesa, y MacShannon exclamó:

—¡Me ha preocupado este tema durante todos estos años!

¿Qué había en el sobre que hizo fracasar al FBI? Tendré que seguir preguntándomelo durante el resto de mi vida.

—Espere —dijo Avalon—. La comunicación, si es que había alguna en realidad, podía haber estado solamente en el primer sobre, el que conservó, y el que el FBI

presumiblemente no vio nunca. Todos los demás pueden haber sido limpios e intrascendentes.

La barbita de MacShannon tembló ante eso.

—Lo dejaré a Mr. Trumbull —aclaró—. Ha dicho que estuvo relacionado con el contraespionaje. ¿Hay algún conspirador que abandone un sistema de comunicación una vez se ha comprobado que es bueno?

Trumbull contestó:

—No es una ley cósmica; pero los trucos no se abandonan con facilidad, es cierto. Sin embargo, puede que no haya sido muy bueno a la larga. Ese sobre que conservó pudo ser el último de una serie en la que se empleaba una técnica que se estaba volviendo arriesgada. Podía, entonces, haber sido abandonada.

—¡Puede! ¡Puede que lo haya sido! —convino MacShannon con la voz elevándose hasta un chillido—. Tenemos dos hechos ciertos. Aquel hombre *era* un espía. Aquel hombre *guardó* un sobre vacío. Encontremos una explicación a por qué un espía tendría que guardar un sobre vacío, una explicación que no sea una pura especulación.

De nuevo hubo silencio en la mesa; MacShannon sonrió sardónico y concluyó:

—No existe tal explicación, salvo que llevase un mensaje.

En este momento, Henry, desde su situación junto al aparador, dijo suavemente:

—¿Puedo ofrecerle una sugerencia?

MacShannon se volvió ante esta entrada inesperada en la conversación y preguntó con aire fastidiado:

—¿Qué es lo que desea, camarero?

Gonzalo, inmediatamente, levantó la mano en un gesto que le invitaba a detenerse.

—Henry es miembro del club, Frank —explicó—. Se espera de él que contribuya.

—Ya veo —aceptó MacShannon, sin que sus modales se suavizaran.

—¿Qué es lo que usted desea decir, pues, buen hombre?

—Solamente, señor, que conservar un sobre vacío es algo tan normal que cualquiera de nosotros podría hacerlo y que todos lo hemos hecho en alguna ocasión.

—Lo niego —exclamó MacShannon.

—Considere, señor —dijo Henry tranquilamente—, que la carta que usted sacó de la papelería, era, tal como usted dijo, la primera que se había cruzado entre ellos. Los dos habían salido juntos en cierto momento, o quizá como resultado de un encuentro casual. Hablaron. Ella, le contó las dificultades de conseguir un empleo adecuado y él se ofreció a ayudarlo. Dado que él no era una persona agradable, como se desprende de la descripción que usted hizo de él, Mr. MacShannon, él debió sentirse atraído por ella y se esforzó en ser agradable contra su inclinación natural. No sabemos si era joven y bonita, pero es una suposición razonable. Ella debió haberse sentido atraída

por él, también. Ciertamente la carta expresaba gratitud y animaba a continuar la correspondencia. Ella decía: «Por favor hágame saber lo que haya». Y, de hecho, *hubo* más correspondencia y, al parecer, no existe ninguna otra cuestión sino que finalmente comenzó entre ellos un cierto romance. ¿Considera usted que todo esto es correcto?

—Sí —afirmó MacShannon—. ¿Pero a qué conduce todo ello?

—Podríamos seguir entendiendo —señaló Henry— que Mr. Benham quiso continuar la correspondencia con una mujer que podía ser joven y bonita y que, ciertamente estaba agradecida y bien dispuesta. Entonces usted nos contó el contenido de la carta, Mr. MacShannon, y dijo que lo recordaba palabra por palabra. No era una carta larga y acepto que tenga buena memoria. Era la carta de una mujer joven agradable; pero no bien organizada, porque usted dijo que no tenía fecha t.

y casi todo el mundo que tenga algún sentido del orden pondría fecha en una carta.

—Sí —asintió MacShannon—. No tenía fecha; pero todavía no capto a dónde va usted a parar.

Henry observó:

—Alguien que sea lo bastante descuidado para dejar una carta sin fecha puede igualmente haber omitido otras cosas.

Usted dijo que comenzaba, sin preámbulo, con un «Querido Mr. Benham». Supongo, pues, que no había ningún remite incluido en la hoja de la carta.

El gesto fruncido de MacShannon se suavizó y dijo con una nota de sorpresa:

—No, no lo había.

—Entonces —continuó Henry—, dado que la carta no era una carta de amor y que Benham no era el tipo de persona, quizá, que ponga cerca de su corazón ni siquiera una carta de amor, él la arrugó y la tiró. Sin embargo, quería contestarla y quizás animar una relación que sospechaba que podía ser sexualmente satisfactoria. Las personas que no ponen el remite en la misma carta a menudo lo ponen en el sobre. Así que Mr. Benham miró el sobre, se dio cuenta de que llevaba remite, y lo conservó para poder contestar a la joven. Sin duda, es una explicación razonable.

Una ola de breve aprobación barrió la mesa y Henry, ruborizándose ligeramente, exclamó:

—Gracias, caballeros.

MacShannon, claramente desconcertado, observó:

—Pero, en ese caso, el sobre no tenía nada que ver con el espionaje de Benham.

—Tal como Mr. Halsted ha comentado antes —dijo Henry—, un espía no tiene que serlo en cada momento de su vida. Ha de tener intervalos de normalidad. Sin embargo, él transgredió una regla principal de la profesión, creo.

—¿Cuál era, Henry? —preguntó Trumbull.



—Me parece que cualquiera que esté metido en la difícil profesión del espionaje debe, ante todo, no llamar la atención.

No debería haber conservado el sobre ni desechado la carta delante de un testigo. Ni siquiera debería haberla abierto y leído en presencia de nadie... Naturalmente, Mr. Benham, no tenía manera de saber que el joven al que siempre ignoraba deliberadamente, había coleccionado matasellos en cierto momento y que, por tanto, estaba sensibilizado respecto de los sobres.

## POSTFACIO

*Alguna vez que otra, mi momento favorito para escribir historias de Viudos Negros es cuando estoy de vacaciones. Janet y yo vamos de crucero a las Bermudas. Durante siete días, estoy lejos de mi máquina de escribir, mi procesador de textos y mi biblioteca de consulta. Lo que hago, bajo condiciones tan abismales, es meter, como de matute un bloc de papel y algunos bolígrafos en mi equipaje, y entonces escribo historias de ficción. Esta narración y la siguiente fueron escritas en un viaje a las Bermudas, en julio de 1988, junto con una tercera historia que no era de Viudos Negros, así que las vacaciones no fueron del todo una pérdida de tiempo.*

*Por cierto, hasta que no reuní las narraciones para formar esta colección, no me di cuenta de que el punto central de El sobre estaba utilizado también en Atardecer en el agua. Esto ocurre a veces, sobre todo cuando uno escribe tanto y tan asiduamente como yo; pero me hace sentir igualmente incómodo.*

*Este relato apareció por vez primera en Ellery Queen's Mystery Magazine.*

## La coartada (1989)

---

“The Alibi”

Durante la hora del aperitivo que precedía al banquete de los Viudos Negros, Emmanuel Rubin estaba de un humor suave, cosa desacostumbrada en él. Y también era desacostumbrada su actitud pensativa... Pero se mostraba didáctico de modo tópico.

Estaba explicando a Geoffrey Avalon, aunque su voz era lo bastante fuerte como para llegar a todos los rincones de la habitación:

—No sé cuántas narraciones de misterio, o historias de suspense, como se tiende a llamarles ahora, se han escrito; pero el número se acerca a lo astronómico. Por supuesto, no las he leído todas. Naturalmente, el anticuado relato de enigmas está pasado, aunque me gusta escribir alguno de cuando en cuando; pero incluso el relato psicológico moderno en el cual el crimen se menciona sólo de pasada, y en cambio los mecanismos internos del alma torturada del criminal ocupan miles de palabras torturadas, puede tener sus aspectos enigmáticos. A lo que me refiero, es a que estoy intentando imaginar una nueva clase de coartada que se destruya de una forma nueva y me pregunto qué probabilidades tengo de inventar alguna que no haya sido utilizada nunca. Por ingenioso que sea, ¿cómo puedo saber que alguien, hace mucho tiempo, en algún volumen oscuro que nunca he leído no utilizó precisamente la misma clase de ingenio? Envidio a los primeros que cultivaron la especialidad. Casi ninguna de las cosas que inventaron había sido utilizada antes.

Avalon inquirió:

—¿Cuáles son las probabilidades, Manny? Si usted no ha leído todos los relatos de suspense que se han escrito, tampoco lo ha hecho ningún otro lector. Simplemente invente algo. Si es una repetición de algún artilugio oscuro que apareció en una novela publicada hace cincuenta y dos años, ¿quién lo sabrá?

Rubin contestó en tono áspero:

—Alguien, en algún lugar, habrá leído aquella novela temprana y me escribirá para comunicármelo. Y lo más probable es que lo haga de un modo sarcástico.

Mario Gonzalo, desde el otro extremo de la habitación, gritó:

—En su caso, no tendrá importancia, Manny. Existen tantas otras cosas para criticar en sus relatos, que probablemente nadie se preocupará de señalar que sus trucos son viejos.

—Habla una persona —comentó Rubin— que en toda una vida de dedicarse al retrato, solamente ha producido caricaturas.

—La caricatura es un arte difícil —contestó Gonzalo—, como debería usted saber, si supiera algo de arte.

Gonzalo estaba bosquejando al invitado de la noche con objeto de que el dibujo

podiera añadirse a los que estaban colocados en la pared de la habitación del restaurante «Milano», donde tenían lugar los banquetes.

Esta vez tenía lo que parecía una tarea fácil, porque el invitado traído por Avalon, que era el anfitrión de la noche, lucía una magnífica mata de pelo blanco, espeso y algo ondulado que brillaba como la plata a la luz de la lámpara. Sus facciones regulares y su espontánea sonrisa, que mostraba sus dientes bien alineados, hacía ver claramente que era uno de aquellos hombres que van haciéndose más majestuosos y agraciados con la edad. Se llamaba Leonard Koenig, y Avalon lo había presentado solamente como «mi amigo».

Koenig observó:

—Usted me está haciendo parecer como una estrella de cine superveterana, Mr. Gonzalo.

—No puede engañar al ojo de un artista, Mr. Koenig —repuso Gonzalo—. ¿Lo es usted, por casualidad?

—No —contestó Koenig sin más explicaciones.

Rubin se rió.

—Mario tiene razón, Mr. Koenig —afirmó Rubin—. Usted no puede engañar al ojo de un *artista*.

Con eso la conversación se hizo más general, interrumpiéndose temporalmente sólo cuando la suave voz de aquel incomparable camarero, Henry, anunció:

—Por favor, tomen asiento, caballeros. La cena se está sirviendo.

Todos se sentaron para tomar su sopa de tortuga, la cual Roger Halsted, como *gourmet* del club, probó con cuidado antes de darle la bendición de una amplia sonrisa.

A la hora del brandy, Thomas Trumbull, cuyo cabello blanco muy rizado perdía categoría de algún modo, frente al del invitado, más brillante y suave, asumió la tarea del interrogatorio.

—Mr. Koenig, ¿a qué se dedica usted? —preguntó.

Koenig le dirigió una amplia sonrisa y luego dijo:

—A la vista de los problemas de Mr. Rubin con la invención de coartadas, supongo que puedo fácilmente explicar mi ocupación y revelarles que, en mi época, fui un rompedor de coartadas.

—Su profesión no ha sido anunciada por Jeff —observó Trumbull—. ¿Puedo suponer, pues, que pertenece usted a las fuerzas de la Policía?

—No del todo. No estoy en una fuerza ordinaria de Policía.

Me encuentro en el contraespionaje; o, para decirlo con más exactitud, me encontraba. Me retiré pronto y me pasé a la abogacía, que es como conocí a Jeff Avalon.

Las cejas de Trumbull se alzaron de modo brusco.

—¿Contraespionaje?

Koenig volvió a sonreír.

—He leído en su mente, Mr. Trumbull. Conozco su situación con el Gobierno y usted se está preguntando por qué no sabe mi nombre. Le aseguro que soy un elemento menor y que, excepto en una ocasión, nunca hice nada notable. Además, como sabe, no entra en la política del departamento hacer públicos los nombres de sus miembros. Realizamos mejor nuestro trabajo en la oscuridad. Y, como he dicho, me retiré pronto. En cualquier caso, he sido olvidado.

Gonzalo preguntó con avidez:

—Esa coartada que rompió usted, ¿cómo lo hizo?

—Es una larga historia —respondió Koenig— y no es ninguna cosa de la que debiera hablar con detalle.

—Puede usted confiar en nosotros —le aseguró Gonzalo—.

Nada de lo que se diga en ninguna reunión de los Viudos Negros es mencionado jamás fuera de ella. Eso incluye a nuestro camarero, Henry, que también es miembro del club. Tom, explíqueselo.

—Bien, es verdad —corroboró Trumbull de mala gana—.

Todos nosotros somos modelos de discreción. A pesar de ello, no puedo presionarle a usted para que hable de asuntos de los que no debería hablar.

Avalon frunció los labios, pensativo:

—No estoy seguro de que podamos tomar esa actitud, Tom.

Las condiciones del banquete son que el invitado debe contestar a todas las preguntas y confiar en nuestra discreción.

Gonzalo intervino:

—Verá, Mr. Koenig, usted puede omitir cualquier cosa que crea que es demasiado delicada para hablar de ella. Describa sólo la coartada y no nos explique cómo la rompió. *Nosotros la romperemos* por usted.

James Drake se rió.

—No haga promesas precipitadas, Mario.

—Podemos intentarlo —decidió Gonzalo.

Koenig dijo, pensativo:

—¿Quiere decir que desean convertir esto en un juego?

—¿Por qué no, Mr. Koenig? —respondió Gonzalo—. Y Tom Trumbull puede descalificarse a sí mismo si resulta que recuerda el caso.

—Dudo de que sea así. Todo el asunto consistía en «buscar más información» y él no formaba parte de la misma organización que yo. —Koenig hizo una pausa para pensar durante un momento—. Supongo que es posible transformarlo en juego; pero esto sucedió hace casi treinta años. Espero recordar todos los detalles.

Se aclaró la garganta y empezó.

—Es interesante —comentó Koenig— que Mr. Rubin mencionara los relatos que hablan de la psicología del criminal, porque, en mi antiguo trabajo, había muchas cosas que dependían de la psicología del espía. Había gente que traicionaba a su país por dinero, o por rencor, o por apasionamiento sexual. Estas personas son fáciles de manejar porque, en cierto modo, no tienen un fuerte apuntalamiento de convicción y, si se las coge, aflojan con facilidad.

—La codicia es lo que cuenta —señaló Halsted vivamente—, y uno no tiene que ser un espía. El político corrupto, el hombre de negocios que engaña al fisco, el industrial que defrauda a las Fuerzas Armadas con precios exagerados y trabajos de mala calidad, pueden hacer tanto daño al país como un espía.

—Sí —convino Rubin—; pero estos tipos irán pregonando su patriotismo por todo el país. Pueden robar al Gobierno y a la gente; y, mientras cuelguen la bandera en el *Memorial Day* y denigren a los extranjeros y a cualquiera que esté a la izquierda de Genghis Khan, serán grandes tipos.

—Ésa es la razón —señaló Avalon— por la que Samuel Johnson señaló que el patriotismo era el último refugio del granuja.

—Sin duda —asintió Koenig—. Pero nos estamos desviando del tema. Iba a decir que también existen espías que hacen su trabajo por un sentimiento ideológico fuerte. Pueden hacerlo por admiración hacia los ideales de otra nación, o porque sienten que están sirviendo a la causa de la paz mundial o que, de alguna otra manera, se están comportando con nobleza ante sus propios ojos. No podemos realmente quejarnos de eso, porque hay gente en países extranjeros que trabajan para nosotros por razones idealistas similares. De hecho, tenemos más colaboradores de éstos que nuestros enemigos. En cualquier caso, estos ideólogos son los espías realmente peligrosos, porque hacen planes más cuidadosos, están deseosos de asumir riesgos mayores y son mucho más resueltos cuando los cogen.

Un hombre de esa clase era Stephen. Dense cuenta de que estoy utilizando sólo su nombre, y Stephen tampoco es su nombre de verdad.

—Stephen vivía una vida tranquila —dijo Koenig—; no atraía la atención. No cometió el error de intentar cubrir sus verdaderos propósitos mediante una falsa profesión de patriotismo.

Lo que ocurría era que, por su trabajo y circunstancia, tenía a su disposición muchos asuntos que no queríamos que el enemigo alcanzara. Sin embargo, hay muchísima gente que conoce cosas que sería mejor que fueran confidenciales, y la gran mayoría son personas dignas de confianza. No existe ninguna razón para suponer que Stephen no era tan de fiar como cualquiera de ellos.

»Sin embargo, había ciertos datos que el enemigo desearía conocer de modo particular, datos a los cuales tenía acceso Stephen. Él podía con facilidad pasárselos

al enemigo; pero, si lo hacía, las circunstancias eran tales que, en seguida se convertiría en sospechoso. Pues llevaría a una certeza moral de que él era el culpable. Sin embargo, era tanta la importancia de la información, que él *tenía* que obtenerla.

»Observen, a propósito, que yo no les cuento nada en absoluto acerca de la naturaleza de los datos en cuestión, acerca del modo en el cual él tenía acceso a ellos, o la manera que tenía de hacer la transferencia. Todo eso carece de importancia para el pequeño juego que estamos haciendo. Ahora déjenme intentar ponerme en el lugar de Stephen...

»Él sabía que tenía que realizar una tarea y que instantáneamente resultaría sospechoso, muy sospechoso. Creyó que debía protegerse a sí mismo de algún modo. No era tanto por temor a la prisión, puesto que podía ser canjeado. Tampoco, me imagino, temía a la muerte, dado que las circunstancias de su vida eran tales que debía saber que vivía con la posibilidad de la muerte, incluso de una muerte desagradable.

»Sin embargo, como patriota, pues supongo que él se consideraba como tal, no quería ser cogido, porque sabía que no podría ser remplazado con facilidad. Además, si podía de alguna manera ser absuelto de sospecha, nuestro departamento tendría que mirar por otro lado. Eso desperdiciaría nuestras energías y colocaría bajo sospecha a muchas personas inocentes, todo lo cual redundaría en desventaja nuestra.

»¿Pero cómo podía evitar ser cogido cuando él era, por necesidad, el evidente culpable? Estaba claro que tendría que estar en dos lugares..., en la ciudad, donde podría continuar su tarea, y al mismo tiempo en un lugar lejano, de modo que pareciera que no podía tener nada que ver con la tarea aquella.

La única manera de conseguirlo era que hubiera dos personas.

»Aquí está el modo en que lo arregló, como por fin averiguaremos. El país para el cual trabajaba Stephen proporcionó un sosías a quien podemos llamar Stephen Dos. Imagino que si Stephen y Stephen Dos estuvieran juntos, sería fácil distinguirlos; pero si alguien veía a Stephen Dos y luego, al cabo de unos cuantos días, al mismo Stephen, creería que había visto a la misma persona.

»También sería lógico suponer que la semejanza de Stephen Dos con Stephen fue reforzada. Se le peinaría igual, se le dejaría el mismo bigotito, imitaría la voz de Stephen, según las grabaciones que le proporcionaban, y haría su firma tal como estaba registrada en documentos. Incluso habría aprendido a hacer uso de algunas de las expresiones favoritas de Stephen.

Naturalmente, tendría que ser alguien que hablase inglés y entendiera la cultura igual que lo hacía Stephen.

»Todo esto debió requerir tiempo y esfuerzo considerables; pero eso demuestra la importancia de lo que el enemigo pretendía.

»Nosotros acabamos reconstruyendo lo que hizo Stephen y estamos convencidos

de que la reconstrucción es, en esencia, correcta. A medida que se acercaba el momento, Stephen hizo que se supiese de un modo casual, como parecía adecuado, que él se iría a las Bermudas para pasar una semana de vacaciones en un crucero. Cuando llegó la hora, se escondió y cambió ligeramente su aspecto, de modo que no fuera reconocido mientras efectuaba el robo y la transmisión de los datos con toda la suavidad y tan a escondidas como le fue posible.

Fue Stephen Dos, naturalmente, quien hizo el viaje a las Bermudas.

»Ocurría que el verdadero Stephen nunca había estado en las Bermudas y eso le resultó útil. Haber estado allí sólo una vez justificaría que no conociera todo lo que había que conocer acerca de la isla. Sin embargo, tenía que saber lo que él mismo había hecho en la isla. Con ese propósito, había encargado a Stephen Dos que le enviara, por medio de una simple clave y de una dirección segura de alojamiento, una relación condensada, pero detallada, de lo que hizo y vio allí. En particular, Stephen Dos tenía que hacer muchas cosas sin importancia que él debería explicar con detalle, para que Stephen pudiera utilizarlas como prueba de haber estado en las Bermudas. Una referencia casual a algo sin importancia, podía hacer que pareciera una prueba convincente.

»Estamos completamente seguros de que Stephen ordenó a Stephen Dos que hiciera amistad en el barco con alguna mujer lo bastante atractiva, y estuviera tan amable con ella que, sin duda, le recordara..., aunque no tanto que ella pudiera detectar alguna diferencia entre los dos Stephen.

»No quería de ningún modo que Stephen Dos la tratase más íntimamente y comenzara un romance. Imagino que Stephen no deseaba que le crearan una situación que pudiera hacerle sentirse incómodo; y una mujer que imaginase que habían sido amantes, cuando eso era algo que no podría negar sin incurrir en gran peligro para sí mismo, representaría sin duda una molestia.

»La semana durante la cual Stephen Dos estuvo en las Bermudas debió haber sido un período de gran suspense para Stephen. Llevó a cabo su propia tarea, pero ¿qué pasaría si el barco del crucero embarrancaba o si Stephen Dos caía por la borda o tenía un accidente en las Bermudas y era hospitalizado, lisiado o incluso muerto? O, supongamos, que a Stephen Dos se le tomaran las huellas digitales por alguna razón o se volviera traidor (o hubiera abandonado la causa, desde nuestro punto de vista). Cualquier cosa de este tipo habría destruido la coartada de Stephen y hubiera causado con seguridad su encarcelamiento.

»Naturalmente, no ocurrió nada de eso. Stephen Dos envió sus cartas como era debido, numerando cada una de ellas de modo que Stephen pudiera estar seguro de que ninguna se había perdido. Stephen memorizó, con cuidado todas las cartas lo mejor que pudo.

»Finalmente, Stephen Dos volvió de las Bermudas y, con tranquila habilidad,

desapareció y se volvió a su propio país, mientras Stephen reasumía su identidad.

»Dos semanas después del viaje a las Bermudas, nosotros tuvimos motivo para sospechar que los datos que había buscado Stephen habían sido interferidos. Una rápida investigación probó el caso y el dedo de la sospecha señaló con fuerza y sin discusión a Stephen.

»Un grupo de los nuestros cayó sobre él.

»Stephen era digno de admiración a su modo. Su disgusto ante la pérdida de la información parecía totalmente sincero y admitió, afligido, que era el lógico sospechoso, y en verdad el único.

»—Pero —señaló con suave paciencia— yo estaba en el *Island Duchess* desde el día nueve hasta el dieciséis y estuve en las Bermudas entre el once y el catorce. Si la pérdida tuvo lugar durante ese período, yo, simplemente, no pude haberlo hecho.

»Nos dio muchos detalles y, naturalmente, disponía de amplia documentación en el sentido de que había comprado tickets, embarcado, desembarcado, pagado su cuenta del bar y algunos otros gastos, etc. Todo parecía estar en orden. Ni siquiera resultaba sospechoso que pudiera proporcionar todo esto si se le pedía. Él aclaró: "Voy a desgravar parte de esto como gastos de trabajo y, por tanto, necesitare documentos para Hacienda".

»Parecía haber, entre mis compañeros, una tendencia a aceptar esto y preguntarse si podía haber otros sospechosos, después de todo. Me mantuve alejado. Stephen parecía, por alguna razón, demasiado suave conmigo, y yo insistí en continuar preguntándole mientras los demás abordaban otros aspectos del caso. Ése fue mi gran éxito como cazador de espías, naturalmente. Si yo hubiera tenido uno o dos más así, el departamento quizá no hubiera estado tan dispuesto a dejarme marchar cuando pedí el retiro; pero no los tuve. Ése fue mi único triunfo.

»En una segunda entrevista, le dije: "¿Estuvo usted en el barco o en las Bermudas en todo momento desde el embarque hasta el desembarco?" "Sí, naturalmente —respondió—. Yo estaba a merced del barco". "No del todo, señor", le dije. Él frunció un poco el ceño, como si intentase penetrar lo que yo quería decir y entonces inquirió: "¿Quiere decir que yo podía haber volado desde el barco hasta aquí y luego otra vez al barco y, de ese modo, haber estado aquí para realizar el trabajo y allí para tener una coartada?" "Algo así", contesté sombrío.

Él, entonces, me dijo: "Yo no podía entrar en un avión sin identificarme". Y le contesté: "Existen cosas tales como falsas identificaciones deliberadas". "Lo entiendo —respondió—; pero supongo que uno puede comprobar si un helicóptero ha abandonado el barco en algún momento. Supongo que se puede comprobar cada pasajero de cualquier vuelo entre aquí y las Bermudas durante el tiempo en que yo estuve en la isla y ver si hay algún pasajero sin registrar o si hay algo que no sea una persona real de mis características".



»No me preocupé en decirle a Stephen que dichas comprobaciones estaban en marcha..., y que, a la postre, no habían descubierto nada.

»Nuestras entrevistas fueron grabadas, naturalmente, con el permiso de Stephen. Le habíamos leído sus derechos; pero él dijo que estaba dispuesto a hablar y no pidió ningún abogado.

Era el mismísimo modelo de ciudadano inocente confiado en su inocencia y eso bastó para levantar mis sospechas de algún modo. Él parecía demasiado bueno para ser sincero, y demasiado confiado. Entonces comencé a preguntarme si tendría un hermano gemelo, de modo que pudiera parecer que él estaba en las Bermudas mientras permanecía en casa. Eso se averiguó también, y se estableció que era hijo de un parto único y en realidad hijo único... Pero la idea de un sosias permaneció en mi mente.

»Yo le dije en una entrevista posterior: "¿Permaneció usted en el barco mientras estaba en las Bermudas? ¿O en un hotel?" "En el barco", me respondió. Y seguí preguntándole: "¿Había estado usted alguna vez antes en las Bermudas? ¿Es usted un personaje conocido allí de algún modo?" "Era mi primer viaje a las Bermudas", me dijo. "¿Hay alguien que pueda testificar su presencia en el barco cada día? ¿Hay alguien que pueda atestiguar que usted estaba en las Bermudas cuando se hallaba fuera del barco?" Él dudó. "Yo estaba solo en el crucero —explicó—. No fui con amigos. Después de todo, no tenía idea, no tenía ni la más mínima noción..., ¿cómo podía tenerla...?, de que tendría que probar que estaba en el barco". Yo me sonreí. Eso parecía demasiado ingenioso.

»"No me irá usted a decir —argumenté— que usted era un recluso que se escondía por los rincones sin hablar con nadie".

—"No —respondió, con aspecto un poco incómodo—. En realidad yo era bastante amable, pero no puedo garantizar que ninguna de las personas con las que me relacioné casualmente pueda recordarme. Excepto...

—"¡Siga! —le presioné—. ¿Cuál es la excepción?"

»"Había cierta joven con la cual hice amistad al principio del crucero. Se convirtió en mi compañera constante para decirlo de algún modo, en las comidas del barco y durante gran parte del tiempo que estuve en las Bermudas... No piense mal, Mr. Koenig. No había nada incorrecto en aquella relación. No estoy casado; pero, aunque lo estuviera, era solamente una amistad casual. Creo que ella podría recordarme. Bailamos en el barco, y en las Bermudas visitamos el acuario, fuimos juntos en el barco de fondo de cristal, hicimos excursiones, comimos en el Princess Hotel. Cosas así. Ella fue a la playa sola, sin embargo, porque yo tengo tendencia a evitar el sol".

»"¿La vio usted cada día?", le pregunté. Él pensó durante un momento y repuso: "Sí, cada día. No durante todo el día, naturalmente. Y tampoco por la noche. Ella

nunca estuvo en mi habitación ni yo jamás en la suya". "No nos preocupa su moral, señor", le dije. "Estoy seguro de ello —contestó—; pero no quiero decir nada que pudiera influir desfavorablemente en la moral de ella". "Es usted muy considerado —comenté—.

¿Cómo se llamaba la joven?" "Artemis".

»"¿Artemis?", pregunté un tanto incrédulo. "Ése es el nombre que ella me dijo, y así es como oí que los demás la llamaban. Era una mujer muy bonita, que estaba a principios de sus treinta años, diría yo, con cabello rubio oscuro y ojos azules. Medía alrededor de un metro sesenta y cuatro".

»"¿Y cuál era su apellido?", le pregunté. Él dudó. "No recuerdo —dijo—. Puede que ella ni siquiera lo mencionase.

Estábamos a bordo, ya sabe, todo era muy informal. Ella me llamaba Stephen. No creo que yo mencionara ninguna vez mi apellido". "¿Y su dirección?" "No la sé. Ella hablaba como si fuera de Nueva York; pero no lo sé. Siempre se puede ir a mirar los registros del barco en aquella semana. Estaría en la lista y yo diría que las posibilidades de que haya dos Artemis son casi nulas. Seguramente tendrán su apellido y la dirección de su casa".

»Cerré el aparato de grabar al oír eso y le advertí que, tal como se había acordado, él continuaría confinado en su apartamento durante el curso del interrogatorio; pero que se le llevaría cualquier cosa que necesitara y se le harían los recados que fueran razonables.

»Yo estaba decidido a probar, si podía, que el que había estado en las Bermudas no era Stephen, y estaba claro que, para esto necesitaría a aquella mujer.

»Se tardó tres días en arreglar los asuntos y cada uno de ellos fue un fastidio. Era obvio que yo no podía mantener a Stephen escondido indefinidamente, y en cierto momento él comenzó a quejarse bastante en serio, diciendo que tendríamos que presentar algo definitivo o dejarle marchar.

»Pero él no presentó demanda. Continuaba siendo un ciudadano modélico y, una vez tuve a Artemis localizada, lo organicé todo para que ella lo viera sin que él supiera que le estaba contemplando. Ella comentó: "Ciertamente tiene el mismo aspecto que Stephen". Y yo propuse: "Vayamos a encontrarle, pues. Simplemente actúe con naturalidad; pero, por favor, mantenga los ojos abiertos y hágame saber si, por alguna razón, cree usted que no es el hombre que conoció en el barco".

»La llevé a la habitación y Stephen la miró, sonrió y dijo sin dudar: "Hola, Artemis".

»Ella dijo un poco vacilante: "Hola, Stephen".

»Ella no era una buena actriz. Lo miró con ansiedad y Stephen habría tenido que ser mucho menos inteligente de lo que claramente era para no adivinar que ella había recibido instrucciones y estaba intentando descubrir si él podía ser un impostor.

»Finalmente observó: "Ciertamente tiene el mismo aspecto que Stephen, excepto que Stephen tenía pelitos en la parte baja de los dedos. Yo lo consideraba muy viril. No los veo ahora".

»A Stephen no pareció importarle que se hablara de él en tercera persona, ni ofenderse porque la mujer buscara una diferencia. Solamente sonrió y levantó las manos: "El pelo está aquí". Ella declaró: "Tendría que ser más oscuro". Sin embargo, no parecía muy segura acerca de ello.

»Stephen dijo: "¿Recuerda la vez en la que yo tropecé con mis propios pies mientras estábamos bailando y mi mano se escapó de la suya y usted dijo que era porque eran tan suaves? Esto da a entender que usted estaba muy impresionada por mi vello, ¿no es cierto?".

»La cara de Artemis se iluminó. Ella se volvió hacia mí y dijo: "Sí, sucedió así".

»"Y usted recuerda que me excusé por ser un mal bailarín y usted siguió diciendo que era un buen bailarín, pero yo sabía que usted sólo se mostraba amable e intentaba hacer que me sintiera mejor. ¿Lo recuerda, Artemis?".

»Ella asintió con cara de felicidad. "Sí, lo recuerdo. Hola, Stephen. Me alegro de que sea usted".

»Stephen exclamó: "Gracias por reconocerme, Artemis. Me habría encontrado en un apuro considerable si no lo hubiera hecho".

»Yo interrumpí, con algo de irritación, supongo: "Espere, Miss Cataldo. No se precipite a sacar conclusiones".

»Él intervino: "¿Es ése su apellido, Artemis? Me lo preguntaron, pero yo no lo sabía. Nunca me lo dijo".

»Yo le hice un gesto de que se detuviera y continué: "Hágale algunas preguntas, Miss Cataldo; cosas pequeñas que él tenga que acertar".

»Artemis se ruborizó: "¿Me besó alguna vez, Stephen?".

»Stephen pareció un poco incómodo: "Lo hice una vez... solamente una vez. En el taxi, Artemis. ¿Recuerda?".

»No le di a la mujer ocasión de contestar. Dije ásperamente:

"Vaya a los detalles, Stephen. Y sin vacilar".

»Él se encogió de hombros: "Estábamos en el taxi que nos llevaba a un lugar llamado Spittal Pond, un refugio de aves que Artemis deseaba ver. Artemis me riñó porque expresé lo agradable que era estar con una mujer joven que desease ver refugios de aves y no clubes nocturnos, y ella dijo que a la semana siguiente yo la habría olvidado por completo y ni siquiera recordaría su nombre. Así que protesté galantemente: ¿Qué dice? ¿Olvidar a Artemis, la casta cazadora.' Yo pasé la mano por delante de ella y escribí el nombre en la ventanilla del coche a la izquierda. Era un día húmedo y había una delgada película de vaho sobre el cristal".

»"¿Dónde entra el beso?", pregunté. Y él contestó: "Bien yo estaba sentado a la

derecha y me incliné por delante de su pecho con el brazo derecho para escribir su nombre. Mi brazo izquierdo estaba en el respaldo del asiento". Él me mostró cómo estaba, estirando su brazo izquierdo detrás de un compañero imaginario y luego empujando su mano derecha por delante de él de modo que sus brazos casi encerraban a aquel compañero. Continuó: "Había acabado de escribir el nombre de ella, cuando el taxi dio un bandazo, por alguna razón. Mi codo casi tropezó con la cabeza del conductor, así que yo agarré el hombro de Artemis para mantenerme firme, por puro reflejo, y quedé abrazándola". Él todavía estaba haciendo demostraciones. "Encontré la posición tan irresistible que la besé. Solamente en la mejilla, siento decir".

»Yo miré a la mujer. "¿Qué?".

»Sus ojos estaban brillando y ella afirmó: "Así fue exactamente como sucedió. Mr. Koenig. Éste es Stephen, de acuerdo.

No hay duda acerca de ello. —Y añadió con énfasis—: Identifico a este hombre como el hombre del barco y de las Bermudas".

»Stephen sonrió con un toque de triunfo, según me pareció, y yo dije: "Muy bien, puede marcharse, Miss Cataldo".

»Y eso fue todo.

Koenig dejó de hablar y miró a los Viudos Negros con las cejas levantadas.

Gonzalo explotó:

—¿Eso es todo? Pensaba que usted rompió la coartada.

—Lo hice, sí. Pero ustedes querían sólo que yo les hablara de la coartada. Y ahora les toca romperla.

—¿Y usted no se ha dejado nada?

—Nada esencial —respondió Koenig.

Avalon se aclaró la garganta y observó:

—Supongo que usted encontró a Stephen Dos. Eso rompería la coartada.

—Sí que lo hubiera hecho —asintió Koenig alegre—; pero nosotros nunca pudimos encontrar a Stephen Dos, lamento decirlo.

Halsted inquirió:

—¿Es posible que Miss como se llamase fuera pagada? ¿Que estuviera mintiendo?

—Si era así —respondió Koenig—, nosotros no encontramos ninguna prueba que lo respaldase. En cualquier caso, la coartada fue rota completamente aparte de cualquier cosa que ella dijera o dejase de decir... ¿Alguno de ustedes, caballeros, ha visitado alguna vez las Bermudas?

Hubo un silencio general y por fin Gonzalo respondió:

—Me llevaron allí cuando tenía cuatro años o algo así. No recuerdo nada.

Trumbull preguntó:

—¿Está usted insinuando que Stephen equivocó algunos de los lugares de las Bermudas? ¿Ocurrió que no había ningún refugio de aves de la clase que mencionó o ningún «Princess Hotel» o algo así?

—No, citó correctamente todos los lugares. No hubo ninguna equivocación que pudiéramos encontrar en cuanto se refería a la geografía o las vistas del lugar.

Hubo silencio de nuevo y Drake por fin preguntó:

—Henry, ¿hay alguna cosa en eso que le choque como pista aprovechable?

Henry, que estaba precisamente volviendo del estante de libros de consulta, comentó pensativo:

—No puedo hablar con conocimiento de primera mano, porque yo tampoco he estado nunca en las Bermudas; pero es posible que lo que Mr. Stephen contó, pudiera probar que él tampoco estuvo nunca en las Bermudas.

Drake inquirió con sorpresa:

—¿Por qué? ¿Qué es lo que dijo?

Henry explicó:

—Mr. Koenig terminó su relato con la descripción del beso en el taxi, así que yo pensé que algo en aquella explicación rompía la coartada. Las Bermudas son una colonia de la Corona británica y me llama la atención que pueda seguir la costumbre inglesa en cuanto se refiere a tráfico. Acabo de comprobar la Enciclopedia Columbia en el estante de consulta y no dice nada de eso; pero es una posibilidad.

»Sí, en las Bermudas el tráfico va por la izquierda, como en Gran Bretaña. Los coches deben tener el volante, y por tanto el conductor, en el lado derecho del asiento delantero, como en Gran Bretaña. Mientras que en los Estados Unidos, con el tráfico a la derecha, el volante y el conductor están a la izquierda. Si Mr. Stephen estaba sentado a la derecha de la joven y pasándole la mano por delante para escribir su nombre en la ventanilla izquierda, tal como explicó, difícilmente podía haber estado a punto de tocar al conductor cuando el taxi dio un bandazo. El conductor habría estado en el otro lado.

»Yo supongo que Stephen Dos le habló a Stephen del incidente del beso; pero olvidó mencionarle el tema del volante o del conductor, dándolo por sabido. Mr. Stephen añadió el asunto del conductor para darle más verosimilitud al relato, y ése fue su gran error. Porque, sin duda, Mr. Koenig se dio cuenta de ello en seguida.

Koenig se arrellanó en la silla y sonrió con admiración:

—Eso está muy bien, Henry.

—No, en absoluto. El mérito es de usted, Mr. Koenig —protestó Henry—. Yo sabía que usted había roto la coartada; sabía que lo había hecho por medio de un razonamiento lógico; y sabía que este razonamiento tenía que deducirse de los hechos que usted nos daba. Usted, al romper la coartada, no tenía la ventaja de ese

conocimiento especial.

## **POSTFACIO**

*La influencia de que yo haya pasado mis vacaciones en las Bermudas (ver el post scriptum anterior) se muestra claramente en este relato.*

## La receta (1990)

---

“The Recipe”

Roger Halsted susurró a Geoffrey Avalon:

—Él es mi fontanero.

Avalon lo miró durante unos momentos, más con incredulidad que con desaprobación.

—¿Su fontanero?

—Lo era, más bien. Está retirado y se ha trasladado a los suburbios. Es un buen tipo, y si se le quiere juzgar por los criterios usuales norteamericanos acerca del éxito, siempre ha hecho mucho más dinero que yo.

—No me sorprende en absoluto —respondió Avalon—. Un maestro fontanero...

—Él lo era. Y yo simplemente enseñé álgebra en una escuela media. No hay comparación. Pero ya sabe, Jeff, nosotros siempre tenemos a intelectuales como invitados en estos banquetes de los Viudos Negros, y pensé que sería refrescante contar con alguien que trabaje con las manos.

Avalon dijo, con poco convencimiento:

—Está lejos de mí el abandonarme al esnobismo social, Roger; pero puede ser que él pueda encontrarnos incómodos a nosotros.

—Nunca se sabe... Y puede darnos una oportunidad de averiguar cosas acerca de fontanería.

En otra parte de la habitación, Thomas Trumbull daba cuenta de su whisky con soda y añadió:

—Acabo de leer *The Third Bullet* de John Dickson Carr, Jim.

James Drake miró de soslayo a Trumbull y comentó:

—Esto es una antigualla.

—Tiene medio siglo de antigüedad, según la ficha del copyright. Yo lo leí hace unas décadas; pero no lo recuerdo lo bastante como para no volver a entretenerme. Es una de esas historias de misterio de habitaciones cerradas, ya sabe.

—Lo sé. Era la especialidad de Carr. Nadie lo hizo con tanta coherencia o tan bien como él.

—Sin embargo... —Trumbull meneó la cabeza—. Algo me dejó preocupado.

Emmanuel Rubin había gravitado hacia la pareja al oír la primera mención de misterio y comentó:

—Déjeme adivinar lo que le preocupa, Tom. Carr es magnífico, pero tiene sus defectos. En cierto modo sus escritos tienden a ser demasiado dramáticos, de modo que el lector no deja de percibir, con cierta incomodidad, que está leyendo una obra de ficción. Luego, cuando Carr finalmente llega a la solución, ha inventado una que al menos requiere veinte páginas. Y lo que es más, es tan intrincado que el lector no

puede seguirlo sin leerlo varias veces, cosa que nunca hace. Y eso significa que todo resulta poco convincente.

—Ahí está la cuestión —afirmó Trumbull—. En ese último detalle. No es convincente. Un relato de misterio de habitaciones cerradas normalmente está tan torturado en su construcción y en su solución que uno no puede aceptarlo. Quiero decir, ¿ha habido alguna vez una historia de misterio de habitaciones cerradas en la vida real? Lo dudo.

Drake sugirió:

—Tendríamos que preguntar a alguien que sea un conocedor de los misterios de la vida real. ¿Manny?

—No me miren a mí. Yo me limito a la ficción. Nunca he intentado escribir un relato de misterio de puertas cerradas porque, francamente, creo que Carr acabó con el mercado. No puedo decidirme a inventar una nueva variación.

Mario Gonzalo se unió al grupo en ese momento y afirmó:

—Esto me recuerda un juego que ustedes pueden probar de cuando en cuando. Se llama: «Cuál es el... más grande que no sea el de...»

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Rubin con suspicacia—. Suponiendo que usted lo sepa.

—Es fácil. Se trata de hacer una pregunta como, ¿cuál es la tragedia más grande de la época isabelina que no sea de Shakespeare?

—La respuesta normal a eso —respondió Rubin—, es *La duquesa de Malfi*, de Webster, aunque a mí nunca me ha gustado.

—Muy bien. ¿Cuál es el mejor vals que no sea de Johann Strauss?

—El vals de *La Viuda Alegre* de Franz Lehar, diría yo —afirmó Rubin.

—¿Y qué pasa con el vals de *Los patinadores*? —inquirió Gonzalo.

—Es cuestión de gusto —opinó Rubin.

—¿Cuál es la ópera cómica más grande que no haya sido escrita por Gilbert y Sullivan?

—¿Y que les parece *El Murciélago* de Strauss? —preguntó Rubin.

—¿O cualquier cosa de Offenbach? —sugirió Drake.

—Y ahora —concluyó Gonzalo—, ¿cuál es la historia de misterio de habitaciones cerradas más importante que no esté escrita por John Dickson Carr?

Hubo un tremendo silencio, seguido por el comienzo de charla de tres personas a la vez y otras que se juntaban al grupo. En medio de la cháchara creciente, Henry, el imperturbable camarero, anunció que la cena estaba servida.

El invitado de Halsted, el fontanero, era Myron Dynast. Su proceso de envejecimiento no había sido muy benévolo. La mayor parte de su cabello había desaparecido, tenía bolsas bajo los ojos, un cuello arrugado y una barriga



pronunciada.

Sus ojos, sin embargo, eran vivos; su voz no era áspera y su vocabulario era razonablemente bueno. Avalon, en consecuencia, comentó por lo bajo a Halsted:

—No *parece* un fontanero.

Halsted contestó:

—Lo que usted quiere decir, Jeff, es que él no se parece al estereotipo mental de fontanero que tiene usted.

Avalon se irguió totalmente y bajó sus cejas formidables, para dirigir a Halsted una mirada ofendida. Pero luego, se lo pensó mejor y dijo con suavidad:

—Quizá tenga razón, Roger.

Dynast, sin embargo, no habló mucho. Ya fuera porque se sintiese confundido al encontrarse en compañía de intelectuales, o porque sólo estaba interesado en los temas de conversación que animaban la comida, permaneció callado durante casi todo el tiempo, con sus ojos rápidos echando flechas de un orador a otro.

Finalmente, a la hora del brandy, Halsted golpeó su vaso de agua con la cuchara y dijo:

—Jeff, ¿nos hará los honores respecto a su invitado?

—Tendré mucho gusto —contestó Avalon.

Con una cortesía algo exagerada, se volvió a Dynast y le explicó:

—Es costumbre, en estos banquetes nuestros, comenzar por solicitar a nuestro invitado que explique a qué se dedica.

Mr. Dynast, ¿a qué se dedica usted? Con otras palabras...

—No necesito otras palabras, Mr. Avalon —respondió Dynast—. Ser un buen fontanero es toda la dedicación que necesito. ¿Ha habido alguien que se haya levantado a media noche y se haya dado cuenta de que, de repente, necesitaba un físico nuclear revolucionario? Piense en todas las emergencias en las cuales uno se sentiría mucho más feliz si tuviera en la puerta de al lado a un fontanero como yo, en vez de un profesor como..., como...

—Como cualquiera de nosotros —concluyó Avalon, y se aclaró la garganta—. Usted tiene razón, Mr. Dynast. Acepto su respuesta. Dígame, ¿durante cuánto tiempo ha sido usted fontanero?

Dynast de repente pareció lleno de ansiedad.

—¿Va a consistir en esto? ¿Van ustedes a hacerme preguntas sobre toda la fontanería?

—Es posible que lo hagamos, Mr. Dynast.

Halsted interrumpió con su voz suave:

—Ya le he explicado, Mike, que las condiciones del banquete son que usted debe contestar a todas las preguntas que se le dirijan.

—Lo haré, Rog; pero tengo algo más interesante que contar..., si me dejan.

Avalon hizo una pausa, se quedó pensativo durante un momento y luego continuó:

—No tenemos ninguna intención de estorbarle demasiado, Mr. Dynast. Usted puede decirnos qué es lo que desea explicar; pero si volvemos al tema de la fontanería, usted debe aceptarlo. Esto es...

—Sé lo que quiere decir, Mr. Avalon, y me parece muy bien —respondió—. Lo que yo quiero decir es que antes del banquete he oído que hablaban de relatos de misterio de habitaciones cerradas. Decían que no sabían si una historia de misterio de habitaciones cerradas podía suceder en la vida real. La cosa es que yo tengo una.

Esto llevó a la mesa a un momento glacial de inmovilidad.

Incluso Henry, que estaba callado y recogiendo, eficiente, los últimos restos del banquete, levantó la vista con sorpresa pensativa.

Finalmente Trumbull preguntó con un tono que era casi susurrante:

—¿Quiere decir que ha oído hablar de alguna, o que usted ha tenido alguna experiencia en ese sentido? ¿Se ha visto usted metido en una historia de ésas?

—Yo no. Mi esposa. *Ella* lo estuvo.

Mario Gonzalo, al otro extremo de la mesa, se estaba inclinando hacia delante en su silla, con expresión de morbosos regocijo.

—Espere un poco, Mr. Dynast. ¿Va usted a decirnos que había una habitación cerrada y que alguien apareció muerto dentro, que no fue un suicidio, que no había ningún asesino dentro y que su esposa estuvo allí y lo conoce todo acerca del asunto?

Dynast pareció horrorizado al oír esto.

—¿Asesinato? No estoy hablando de asesinato. Dios mío, no hubo ningún asesinato. Nada de eso.

Gonzalo se desinfló visiblemente.

—¿Entonces, de qué está hablando?

Dynast explicó:

—Había una habitación que estaba cerrada. Y sucedió algo que no *podía* suceder, eso es todo. Y eso implicó a mi esposa.

No tiene que ser un asesinato para tratarse de un misterio en una habitación cerrada, ¿no?

Avalon levantó la mano y expresó con su más profunda voz de barítono:

—Estoy llevando a cabo el interrogatorio, caballeros, así que tengamos orden. Esto puede ser interesante y puede que sustituya a nuestro análisis de la profesión de fontanero, al menos de momento; pero procedamos con método.

Con el ceño fruncido, esperó a que se hiciera silencio y luego dijo:

—Mr. Dynast, ¿qué sucedió en la habitación cerrada, que no podía haber sucedido?

—Fue robada una cosa.

—¿Algo de valor?

—Para mi esposa tenía mucho valor. ¿Puedo explicarlo?

Realmente no puedo hablar acerca de ello sin dar un poco de explicación.

Avalon miró a los que rodeaban la mesa.

—¿Hay alguna objeción a que escuchemos a Mr. Dynast?

Gonzalo manifestó:

—Yo tengo objeciones a *no* escucharle.

—Sí, Mario, debería suponer que usted las tiene. Muy bien, Mr. Dynast. Pero usted debe entender que interrumpiremos con preguntas cuando las tengamos que hacer.

—Sin duda. Adelante. —Se volvió a Henry, que había ocupado su lugar acostumbrado junto al parador—. Camarero, ¿podría traerme un poco más de café?

Henry le sirvió y Dynast comenzó su relato.

—Mi esposa, caballeros, nació en una ciudad pequeña. Se casó conmigo cuando tenía treinta y tres años y ocurrió que no tuvimos hijos. Pasamos unos veinte años en la ciudad, pero ella nunca superó el hecho de ser una muchacha provinciana.

Anticuada, también. Creo que saben lo que quiero decir.

—No estoy seguro de que lo entendamos —contestó Avalon—. ¿Qué es lo que quiere decir?

—Quiero decir que ella salía para acudir a actos sociales de la iglesia, a excursiones y a toda clase de actividades de vecindario. Realmente, no podía hacer mucho más en la ciudad, ya comprenden. Pero, una vez me retiré y nos trasladamos fuera de la ciudad y compramos una bonita casa con algo de terreno, ella volvió con todo su empuje a la natación. Era como si intentara ser otra vez una muchacha. Sin niños y sin problemas de dinero, ella podía consumir todo el tiempo con esa afición.

Y yo estoy dispuesto a ello..., siempre que no me arrastre a hacer lo mismo.

—Supongo, pues, que usted no es un muchacho provinciano —dijo Rubin.

—Rotundamente no. Soy un tío del asfalto de Nueva York.

—¿Y no le aburre entonces vivir en las afueras?

—Oh, sin duda. Pero, en primer lugar, no estoy tan lejos de la ciudad que no pueda venir, alguna vez que otra, para llenar mis pulmones de aire sucio. A Ginny, mi esposa, no le importa. Y además, no estoy retirado del todo. Realizo trabajos de fontanería cuando alguien lo necesita, y eso llena una parte de mi tiempo. Ya saben, cada trabajo de fontanería es distinto, cada uno es un reto, especialmente si uno quiere hacerlo bien. Y la fontanería en las afueras es lo suficientemente distinta de la de la ciudad para ser interesante. Además...

Hizo una pausa y se sonrojó un poco.

—Además —continuó—, Ginny ha sido una buena esposa.

Ella aguantó en la ciudad cuando las cosas, a veces, no eran tan favorables y no se

quejó más de lo que tenía que quejarse.

Ahora le ha llegado su turno y ella es feliz, o *era* feliz, y yo no iba a estropeárselo. Ginny se mantiene ocupada. Al no tener hijos, lo sustituye en cierto modo al estar siempre dispuesta a cuidar niños. La mitad del tiempo tenemos en casa chicos que corren y hacen ruido. A ella le encanta.

—¿Ya usted le encanta? —preguntó Trumbull mirando ceñudo.

—No, a mí no; pero es cosa suya. Ella no me pide que le ayude. No entiendo nada de niños.

—¿Y entiende su esposa? Si no tiene ninguno propio... —comentó Avalon.

—¡Oh, Dios mío! Ella no ha parido ninguno... Pero era la mayor de seis hermanos. Pasó prácticamente toda la vida hasta que se casó conmigo siendo una especie de auxiliar de su madre. Yo tenía un solo hermano mayor y así nos quedamos.

Los niños son un libro cerrado para mí, pero no los echo de menos. Una vez hablamos de adopción; pero yo estaba medio en contra y ella no me forzó.

Gonzalo preguntó con un toque de impaciencia:

—¿Vamos a hablar de la habitación cerrada?

—Existe otro punto que tengo que exponer. Lo que hace popular a mi esposa en estos actos sociales de la iglesia es que es una gran cocinera. Yo no puedo explicarlo por mí mismo.

Soy solamente un buen comedor y no sé lo que hace especial a la comida; pero la de ella es especial, y he pasado toda mi vida intentando no engordar a causa de ello.

Bajó la vista hacia su abdomen con algo de pena mientras lo decía.

—Escuchen —prosiguió—, si ella fuera una mala esposa, la toleraría por su arte de cocinar... Pero ella es una *buena* esposa. Yo no digo que su cocina sea fantasiosa. A ella no le sale la clase de comida que a uno le dan en los restaurantes elegantes. Lo de ella es un producto sencillo, pero se derrite en la boca. Sólo para que ustedes lo sepan: la especialidad de ella son los bollos de arándanos. Eso no parece gran cosa porque uno puede conseguirlos en todas partes, pero una vez se han probado los que hace Ginny, nunca se volverán a comprar. Comparados con los suyos, todo lo demás es basura.

»Ella tiene docenas de pequeñas cosas que hace mejor que nadie. No sé cómo. Quizá son las especias o la manera en que las mezcla o el tiempo que pasa en cocinarlas o quién sabe qué... Es un genio en eso, igual que yo soy bastante bueno en fontanería. Cuando lleva sus creaciones a uno de esos actos sociales o excursiones campestres a que va, todo el mundo se queda a su alrededor haciéndoseles la boca agua. Y a ella le gusta. Es su pasaporte a la fama y al éxito. Pero la cosa de la que está más orgullosa, lo que está más cerca de su corazón, son esos bollos de arándanos.

»Nadie puede sacarle recetas. Sólo las lleva en su cabeza, y ahí es donde las guarda. ¡En secreto! Son sus joyas de la corona. Nunca deja a nadie entrar en la

cocina cuando está cocinando, excepto a mí, porque sabe que no soy capaz de enterarme de lo que está pasando.

Drake intervino:

—Recuerdo que mi madre acostumbraba a ser un poco así.

Cuando la cocina es la especialidad propia, uno no quiere que nadie le haga la competencia haciendo uso de sus descubrimientos.

—Es cierto —corroboró Dynast—. Pero la gente insistía en que escribiera las recetas e hiciera un libro con ellas. Una de las damas trajo un amigo que trabajaba en una editorial; ella habló con Ginny y le dijo que los libros de cocina daban dinero y que un buen libro de cocina de comida sencilla podía ser una mina de oro. También dijo que algún día Ginny se moriría y que no estaría bien que sus secretos culinarios murieran con ella. La aduló una barbaridad y yo pude ver que Ginny estaba empezando a pensar que la cosa tenía interés.

»Para decirles la verdad, yo también estaba un poco a favor de esto. Me habría gustado que ella fuera conocida ampliamente por su cocina. Yo me sentiría orgulloso. Así que la animé y ella comenzó a pensar en eso cada vez más.

»No es que fuera fácil, ya saben. Ella hablaba acerca del tema y decía cosas como: "Sólo cocino. Hago cosas sin ni siquiera pensar en ello. Añado y mezclo y todo está en la punta de mis dedos, no en mi cerebro. Si me pongo a escribir una receta, tendría que inventármela toda..." Entonces yo le dije: "Hazlo, de todos modos. Aunque sea difícil, lo haces. Escribir cualquier clase de libro es difícil. ¿Por qué no tendría que ser también difícil un libro de cocina?"

»Así que comenzó a trabajar a ratos en ello. Iba guardando todas las recetas que elaboraba en una cajita a prueba de fuego, que cerraba con una llave y me dijo: "No puedo incluir la receta de los bollos de arándanos. Es mi secreto". Yo dije: "Vamos, Ginny, déjate de secretos". Pero yo sabía lo que ella pensaba.

»Aquellos bollos de arándanos eran la única cosa que creaba sentimientos duros contra Ginny. Eran tan buenos y a todos los maridos les gustaban tanto, que todas las esposas tenían envidia. Las otras cosas las podían hacer muchas de ellas iguales de bien; pero los bollos de Ginny estaban fuera de su alcance. Existía el gran convencimiento de que ella estaba obligada a poner la receta en el tablón de anuncios de la iglesia, y que representaba una falta de caridad cristiana ser tan avara respecto del tema. Pero a Ginny no la conmovían.

»En todo caso, ahora tienen ustedes la explicación. Un día iban a celebrar alguna reunión en la iglesia y, cosa rara, Ginny no creyó que tuviera que asistir. Explicó que quería permanecer en casa y trabajar con las recetas y que, además, se encargaría de algunos de los niños más pequeños de aquellos que asistían a la reunión para compensar el no acudir a ella. Acabó teniendo cinco chicos en casa durante unas tres horas. Durante aquellas tres horas la casa estuvo cerrada, incluso las ventanas, porque

teníamos aire acondicionado. No había nadie en la casa, excepto Ginny y cinco chiquillos. Así fue.

—¿Dónde estaba usted, Mr. Dynast? —preguntó Avalon.

—En la ciudad. Para ser sincero, diré que siempre intento estar en cualquier otro lugar cuando hay demasiados niños. A Ginny no le importa. Supongo que está contenta de no tenerme por allí.

Gonzalo pregunto:

—¿Es ésa la habitación cerrada de la que usted está hablando, Mr. Dynast? ¿Su casa estaba cerrada sólo con su esposa y los cinco niños?

—Eso es.

—Supongo —dijo Avalon— que Mrs. Dynast haría muy poco trabajo con cinco niños alrededor.

—No fue de las veces peores —informó Dynast—. Cuatro de los niños eran veteranos, por decirlo de alguna manera, habían estado en casa muchas veces. Conocían a Ginny y ella los conocía también. Todos tenían entre tres y cuatro años y les había dado dulces y leche, muñecos y otros juguetes. Uno de los chavalines era nuevo; pero era el mejor de todos. Era hijo de una prima de una de las madres que venía regularmente. La prima y su marido iban a ir a la reunión con la madre, y Ginny se alegró de hacerse cargo del nuevo niño. Se llamaba Harold.

Tendría cerca de cinco años; se comportaba muy bien y era de buen carácter, según Ginny. Hasta ayudó a entretener a los otros niños. Era muy hábil con ellos.

»Así que Ginny siguió trabajando con sus recetas y, por primera vez, anotó la de los bollos de arándanos. No le gustaba hacerlo; no le gustaba en absoluto, según dijo. Por eso la escribió a lápiz, ligeramente, como si aquello equivaliera a escribirlo a medias. Incluso así, ella se desanimó, porque, justo antes de que todo hubiera terminado y se llevaran a los niños, rompió la ficha hasta dejarla reducida a confetti.

»Así sucedió lo que luego fue tan imposible de explicar.

Ella había anotado la receta casi al principio de su tarea de cuidar niños; la había roto cerca del final. La receta había existido, quizá durante unas dos horas y media en aquella casa cerrada, sin nadie dentro, excepto ella y los cinco niños y, durante aquellas dos horas y media el texto fue robado.

¿Llamarían ustedes a eso una historia de misterio de habitación cerrada?

Trumbull preguntó:

—¿Fue robada la receta? Entendí que usted había dicho que ella la rompió.

—No dije que el trozo de papel fuera robado. La receta *que estaba en él* fue robada. Al día siguiente, la receta estaba en el tablón de anuncios de la iglesia, palabra por palabra, tal como la había escrito ella. ¡Pobre Ginny! Estaba desolada.

Desde entonces, ha sido una mujer distinta. Ya no va a hacer el libro de cocina y no quiere tener nada que ver con la iglesia.

—¿Está disgustada con toda la iglesia? —preguntó Gonzalo—.

¿Quién la robó?

—No lo sabe y yo tampoco lo sé. No sabemos quién la robó y no sabemos cómo fue robada. Si lo supiéramos, ella podría superarlo. Podría tener a alguna persona concreta con la que enfurecerse. Podría ver que se debía a su propia falta de cuidado. Tal como ha ido la cosa... —Meneó la cabeza—. Ésa es la razón por la que yo me sentí tan interesado cuando alguien dijo que, en la vida real, no había historia de misterio de habitaciones cerradas. ¿Cómo le llaman ustedes a eso?

Se hizo un silencio y luego Rubin preguntó:

—¿Usted estuvo fuera todo el tiempo? ¿No vio nada de eso?

—Casi todo el tiempo, Mr. Rubin. Yo llegué a casa justo cuando la reunión se estaba acabando. Los demás estaban alborotados llevándose a sus niños, y dándoles las gracias a Ginny. Se hallaban la prima y su marido, padres del pequeño Harold. Los dos eran muy bajos de estatura, poco más de metro y medio, pero simpáticos y amables. Vi a su chico durante un momento. Me lo presentaron y él me dio la mano como un hombrecito. Todo era contento en su más alto grado.

Para entonces, Ginny ya había roto la receta y ésta había sido robada de alguna manera.

Halsted se arrellanó en su silla, con las manos cruzadas sobre su abdomen.

—¿Qué certeza puede tener usted, Mike, de que la casa era el equivalente de una habitación cerrada, de que no había ninguna ventana abierta y no existía modo de entrar?

Dynast meneó la cabeza.

—Eso, en realidad, no importa, ¿verdad? Todas las puertas y ventanas *estaban* cerradas, porque Ginny es muy cuidadosa y, mientras los niños estén bajo su custodia, no quiere que ninguno de ellos pueda caerse por una ventana o salir de la casa.

Pero esto no interesa. El hecho es que ella y la receta estaban en esta habitación especial y que nadie entró en esa habitación durante todo el tiempo que existió la receta. No es posible que alguien pudiera haber entrado sin que ella lo notara.

—¿Ni aunque ella estuviera absorta en sus tareas? —preguntó Rubin.

—No podía estar absorta hasta ese punto. Los niños eran primero. Estaría atenta en todo momento.

Gonzalo intervino:

—¿Y no dejó la habitación en ningún instante? ¿No fue al cuarto de baño?

—Oigan —contestó Dynast—. Nosotros hemos hablado de esto y yo le pregunté esa cuestión en particular. No, ella no tuvo que ir al cuarto de baño, pero sí salió de la habitación.

Salió de la casa, incluso.

—¡Ah! —exclamó Gonzalo—. ¿Por qué?

—Recordó que había prometido entregar alguna cosa a los vecinos que vivían al otro lado del camino y temió que seguiría olvidándolo si no lo llevaba entonces. Fue sólo cuestión de quince metros, y no tardó más que un minuto. Así que corrió, tocó el timbre, salió el marido, pues su esposa estaba en la reunión, se lo puso en las manos con una rapidísima explicación, intercambiaron dos frases y desapareció. Todo el tema se desarrolló en dos minutos como máximo.

Gonzalo señaló:

—Usted no estaba allí, Mr. Dynast. Una mujer puede creer que tardó solamente dos minutos cuando en realidad tardó veinte.

—Eso nunca —dijo Dynast con indignación—. Tenía la casa llena de niños que atender. No tardó más de dos minutos. No tenía motivo para entretenerse más de dos minutos.

—¿Cerró la puerta cuando se marchó? —preguntó Gonzalo.

—No, no le gustaba hacerlo. Al no estar allí, tenía miedo de que, si le sucedía algo a ella y luego le sucedía algo a los niños, hubiera una puerta cerrada que pudiera retrasar que la gente entrara. Bien... Eso no importa. Tenía la puerta principal bajo observación en todo momento. Nadie se acercó. Nadie fue a ningún sitio que estuviera cerca de ella. Cuando volvió, cerró la puerta de nuevo, preguntó al pequeño Harold si había sucedido algo mientras estaba fuera y él dijo que no. Ciertamente no había habido ninguna perturbación y los niños seguían tan contentos.

Gonzalo objetó:

—En realidad, no se trata de una habitación cerrada si se abrió en cierto momento.

—No sea tan estricto, Mario —protestó Avalon—. Si la narración es exacta, la casa sigue siendo el equivalente de una habitación cerrada. Debo admitir, sin embargo, que el relato es de segunda mano. Ojalá pudiéramos interrogar a Mrs.

Dynast.

—Bien, no podemos —dijo Rubin.

Trumbull añadió:

—Esperemos un poco. Si estábamos hablando de algo material que fue robado, entonces la casa podía ser considerada como una habitación cerrada. Sin embargo, no fue robado nada material. La tarjeta en la cual fue escrita la receta fue destruida por la propia Mrs. Dynast. Lo que robaron fue la información que había en la ficha, y eso hace que cambie la situación... Mr. Dynast, creo que usted dio a entender que los amigos de Mrs. Dynast, sus compañeras de la comunidad de la iglesia, sabían que estaba preparando recetas.

—Oh, sí. Era la gran noticia.

—¿Y no sabrían que ella estaba trabajando en aquellas recetas en aquel momento



especial cuando el resto asistía a la reunión de la parroquia?

—Sí, creo que mencioné que ella se lo había dicho, como excusa para no ir.

—Y, al preparar las recetas, ¿ella les pondría una etiqueta y las identificaría, ¿no?

—Ciertamente. La receta de los bollos de arándanos se llamaría «Bollos de arándanos de la abuelita», porque ésa era la manera en la cual siempre se refería a ellos cuando hablaba conmigo o con cualquier otra persona. Su abuela, al parecer, le había dado la receta; y ella, luego, la había mejorado.

—Y supongo que la habitación en la cual trabajaba tenía ventana.

—Sí, naturalmente.

—En ese caso —objetó Trumbull—, usted no contaba con una habitación cerrada. Puede ser que la gente no hubiera podido entrar físicamente para robar una ficha de receta; pero seguramente podían mirar por una ventana y leer lo que estaba escrito en la tarjetita, ¿no?

—No, no lo creo, Mr. Trumbull —contestó Dynast—. La parte delantera de nuestra casa estaba a nivel de la calle; pero el suelo se inclinaba hacia abajo cuando uno se alejaba de la calle. Eso dejaba espacio para un sótano y un garaje con huecos a nivel del suelo en el patio trasero y con una salida de coches que volvía allí. Pero las habitaciones traseras, en las cuales estaba trabajando Ginny y tenía a los niños, estaban a la altura de un piso. Uno no podría mirar fácilmente a través de las ventanas a menos que tuviera una estatura de unos cuantos metros o que utilizase una escalera. Y creo que Ginny lo habría notado en cualquiera de los dos casos.

Trumbull no dejó el tema.

—Podía ser que esa persona hubiera estado en un árbol si la habitación daba a un patio trasero.

—Cabe que él, o ella, hubieran estado allí pero no había ningún árbol a una distancia de seis metros de aquellas ventanas. Además, como he dicho, Ginny no estaba muy decidida y había escrito la receta muy ligeramente, a lápiz. No creo que nadie pudiera haberla leído aunque hubiera presionado la nariz contra el cristal de la ventana. Y luego, para complicar más las cosas, Ginny después de escribir la receta, la puso debajo de un libro con objeto de que estuviera más segura. Estaba bajo el libro cuando ella se desanimó y la sacó para romperla.

Drake preguntó:

—¿Fue ésa la única vez que fue anotada la receta?

—La única vez.

—¿Y la reprodujeron palabra por palabra? ¿No podía haber sido solamente una receta similar que alguna otra persona hubiera inventado de forma independiente? Después de todo, debo decirle que incluso los mayores descubrimientos científicos a veces son ideados por separado por dos investigadores, y más o menos en el mismo momento. Estas cosas suceden.

—Eran las mismas palabras —insistió Dynast con firmeza—.

Ginny lo jura y yo la creo. En cierto momento, ella escribió:

«Batir furiosamente hasta que vuestra mano esté en peligro de desprenderse. Luego, contar diez respiraciones rápidas y...»

Todo eso estaba precisamente allí. Ésa es la manera que tiene de hablar de cocina cuando habla conmigo. No es probable que nadie más se exprese de esa manera, y con tanta exactitud.

Hubo un silencio alrededor de la mesa, y Avalon continuó:

—Me temo, Mr. Dynast, que no comprendo cómo pudo hacerse esto. Usted no estará bromeando con nosotros, supongo.

Dynast meneó la cabeza.

—Ojalá estuviera haciéndolo, Mr. Avalon; pero no es ninguna broma para Ginny, y si no averiguamos cómo se hizo, no me sorprendería que al final, tuviéramos que vender nuestra casa y marcharnos a otro lugar. Ginny no puede soportar la idea de vivir cerca de la gente que le hizo esto.

Drake preguntó:

—¿Usted afirmaría que su esposa ha dicho realmente toda la verdad?

—Apostaría mi vida por ello —contestó Dynast.

—Entonces, con una habitación en la que había una mujer y cinco niños pequeños, tiene usted que llegar a la conclusión de que la mujer misma robó su propia receta. ¿Usted supone que es posible que Mrs. Dynast organizara el asunto ella misma como una excusa para poder trasladarse a otro lado?

Dynast respondió:

—Si ella quería trasladarse, simplemente podía decirlo. No tenía que organizar un truco grande y fantasioso. Y si ustedes conocieran a Ginny, sabrían le habría sido imposible hacer trucos con sus bollos de arándanos. No pueden imaginarse lo que éstos significan para ella.

Rubin comentó:

—Bien, es la historia de misterio de habitación cerrada más endiablada que he oído nunca. No existe ninguna solución.

En este momento, Henry dijo medio excusándose:

—¿Caballeros?

Rubin levantó la vista.

—Vamos, Henry. ¿Está usted intentando decirnos que *existe* una solución?

—No puedo asegurarlo; pero me encantaría hacerle a Mr. Dynast una pregunta.

Avalon inquirió:

—¿Le parece bien, Mr. Dynast? Henry es un miembro valioso de nuestra organización.

—Lo supongo —dijo Dynast—. Sin duda.

—En ese caso, el chico mayor... Harold.

—¿Sí?

—¿Qué edad dijo usted que tenía Harold?

—Cinco años a lo sumo.

—¿Cómo lo sabe, Mr. Dynast?

—Ginny lo dijo.

—¿Cómo lo sabía ella, Mr. Dynast?

—Supongo que ella se lo preguntó.

—¿Le dijo ella que se lo había preguntado?

—No... Pero yo mismo lo vi cuando llegué a casa. Ya se lo he dicho. Era un muchachito pequeño. Parecía tener unos cinco años.

—Pero, Mr. Dynast, usted también dijo que vio a los padres de Harold y que los dos medían algo más de metro y medio.

Usted no iría a decir que, porque midieran metro y medio, eran unos quinceañeros.

—No. Eran simplemente bajitos.

—Exacto. Y los padres bajitos pueden muy bien tener hijos bajitos. Es posible que pudiera parecer que Harold tenía cinco años si se juzgaba su estatura y tamaño, y sin embargo tener ocho años. Y, por lo que sabemos, él es extraordinariamente brillante para su edad.

—¡Dios mío! —exclamó Avalon—. ¿Usted cree realmente que eso pudo ser así, Henry?

—Considere usted los hechos, Mr. Avalon. Una de las mujeres del vecindario quiere desesperadamente la receta. Ella tiene una hermana de baja estatura, la cual se ha casado con un hombre igual de pequeño y los dos tienen un hijo de talla singularmente reducida, el cual resulta ser un niño prodigio.

Es un chico inteligente, de ocho años, que puede pasar con facilidad por un nene de cinco. Ese muchacho listo es introducido en casa de ustedes, Mr. Dynast, y aleccionado acerca de lo que debe hacer.

»Mrs. Dynast no sentiría preocupación alguna por el hecho de que aquel muchachito la estuviera observando, o mirara con curiosidad lo que ella estaba escribiendo. Al fin y al cabo, según las apariencias, se trata de un niño de edad parvularia, que no sabe leer. El niño la vería escribir una receta de «Bolos de arándanos de la abuelita» y cómo la ponía debajo de un libro. Luego, cuando ella se marcha a su recado, aunque sólo sea por dos minutos, el muchacho saca la receta de debajo del libro, la lee, se la aprende de memoria y la vuelve a poner en el mismo sitio. No debía de ser una cosa tan larga como para no retenerla en la memoria, y los chicos que son listos de modo especial pueden captar semejantes cosas como si su mente fuera papel secante.

»Lo recuerdo muy bien de mi propia infancia.

Gonzalo dijo triunfal:

—Sin duda. Esto lo aclara todo, y no hay otra explicación posible.

Henry intervino:

—Es sólo una posibilidad. Sin embargo, si ustedes pueden descubrir el nombre de su prima y de su marido, sería fácil averiguar qué edad tiene el chico, a qué escuela asiste, en qué grado cursa y cómo se porta. Si aquella mujer rehúsa darles información alguna sobre su prima y su sobrino, esto mismo entrañará que nuestra versión es la correcta.

—¿Quién lo había de pensar? —dijo Dynast con abatimiento.

—Todo debe tener una explicación racional, señor —murmuró Henry—, y, como de costumbre, los Viudos Negros han eliminado con cuidado todas las explicaciones posibles y me han dejado a mí el trabajo de indicar lo que quedaba.

## POSTFACIO

*Yo estaba leyendo *The third bullet*, de John Dickson Carr, tal como lo hace Trumbull en el relato, y se me ocurrió que yo no había escrito nunca una narración de Viudos Negros en la que se implicase un misterio del estilo de los de habitación cerrada.*

*Naturalmente, me sentí en seguida acuciado por el deseo de hacerlo; pero no me pareció posible elaborar un nuevo mecanismo en que se implicaba una habitación cerrada. John Dickson Carr los había agotado todos, y otros escritores habían rellenado los pequeños huecos que pudieran quedar.*

*De todos modos, me molestaba rendirme. ¿Podría pensar yo en alguna nueva modalidad de historia de misterio de habitación cerrada? Y, para asombro mío, encontré que sí que podía.*

*Con gran entusiasmo me senté y escribí *La receta*. En una sesión..., toda la historia. Creo que nunca he disfrutado más escribiendo un relato.*

*Y ahora que está hecha esta colección, puedo decirles, una vez más, que me encuentro todavía con una salud razonablemente buena y que no tengo intención de parar. Los Viudos Negros, se lo garantizo, durarán tanto como yo.*

**RELATOS DE MISTERIO:  
EL CLUB DE LOS ENIGMAS**

## Prólogo

---

Hace tres años (en momentos en que escribo este prólogo) Eric Protter, de la revista *Gallery*, me propuso que escribiese mensualmente un cuento de enigmas para dicha revista.

Vacilé. *Gallery* es lo que se conoce comúnmente como una revista para hombres y como todas las de su género, aunque no con tanta falta de gusto como algunas, es muy aficionada a la divina forma femenina, al desnudo. En principio no tengo objeción a tal cosa y he escrito artículos para *Gallery* y para otras publicaciones semejantes. Después de todo, nadie me obliga a leer nada que no me agrade, aun cuando aparezca en el mismo ejemplar que uno de mis artículos. Siempre puedo arrancar las páginas donde aparece mi artículo y abrocharlas con otras del mismo tipo, desechando, si lo deseo, el resto de la revista. Y si aparece una fotografía reveladora en el reverso de una página que contiene parte de mi trabajo, no tengo por qué mirarla. Y si la miro, no me voy a morir. (Estoy seguro.)

Mis artículos, no obstante, siempre trataban de temas científicos. Nunca me solicitaron que escribiese narrativa.

Así, pues, cuando terminé de vacilar, dije con gran cautela:

—Eric, como comprenderás, espero, no escribo literatura erótica.

¡Es verdad! ¡Es un tonto prejuicio que tengo! De vez en cuando escribo algún versito osado, pero sólo para hacer reír.

—Lo sé —me dijo Eric—. Sólo quiero cuentos de misterio escritos en tu propio estilo. Los quiero de unas dos mil palabras de extensión y además, que te detengas antes de llegar al final para darle al lector la posibilidad de solucionar el misterio antes que tu detective. Publicaremos el desenlace del cuento en otra página.

La idea me pareció interesante. El primer cuento salió bien, pero en definitiva, no aparecía en él un mayor dominio del género. Fue con el segundo, “Ningún refugio podría salvar” con el que pude hacer lo que me proponía.

Como siempre he deseado mostrarme ecuánime con mis lectores, les diré en qué consiste mi plan. Cada cuento comienza con una conversación entre tres viejos amigos en la biblioteca de un club de hombres. El cuarto es Griswold, que está dormido al comienzo del relato. Algo en el diálogo lo hace despertar y le recuerda una anécdota, que relata hasta el punto en que los otros tres hombres tendrían que ser capaces de resolver el enigma. Nunca lo consiguen y Griswold les da la respuesta.

Cuando Griswold llega al desenlace del cuento, el lector encontrará un indicador tipográfico (#) del hecho y tiene absoluta libertad para adivinar el desenlace antes de proseguir. Puede haber casos en los que este desenlace le resultará obvio. En otros el lector decidirá, indignado, que ningún ser humano podría haber resuelto ese rompecabezas, dada la escasez de elementos de juicio que se le han proporcionado.

Puede haber otro que le haga pensar en retrospectiva, que debería haberlo adivinado y aplaudirá mi inteligencia al haber ocultado la respuesta sin incurrir en trampas. Podrá, en fin, decidir que al diablo con el cuento y desistir de hallar la solución leyendo el final.

Cualquiera que sea la elección, espero tan sólo que un buen número de los cuentos le resulte interesante y que no lamente haber gastado dinero en la compra de este libro.

Una última advertencia. Tengo propensión a aparecer como si supiese toda clase de cosas ocultas sobre espías, departamentos de policía y operativos secretos del gobierno. Si el lector siente curiosidad por saberlo, la verdad es que no sé nada de nada de estos temas. Todo lo invento y si alguien fuese un experto y comprobase que en algunos aspectos cometo errores flagrantes... ¡la razón es la que acabo de dar!

## Ningún refugio podría salvar... (1980)

---

“To Spot a Spy (No Refuge Could Save)”

Aquella tarde de nieve los cuatro estábamos sentados en nuestro club y la conversación era casi calma porque Griswold dormía. Era cuando teníamos la seguridad de que la pelota del diálogo pasaba de uno a otro con máxima eficacia.

—Lo que no entiendo en este aluvión de historias de espionaje que nos invade hoy es para qué diablos sirven los espías en la actualidad. Los satélites espías que tenemos nos lo revelan casi todo —dijo Baranov.

—Ni más ni menos —comentó Jennings—. Además, ¿qué secretos quedan ya? Si haces explotar una bomba en una prueba nuclear, los monitores recogen la explosión. Tenemos cada una de las instalaciones enemigas conectadas con un misil pronto para disparar contra ellas, y nuestros enemigos hacen lo mismo. Nuestras computadoras mantienen a raya a las de ellos y viceversa.

—En la vida real todo es bastante aburrido —dije—, pero supongo que los libros dan dinero.

Los ojos de Griswold estaban completamente cerrados. Como tenía en la mano su cuarto vaso de whisky con soda sin derramarlo, cualquiera hubiera supuesto que no dormía. Cualquiera menos nosotros. Lo habíamos oído roncar durante más de una hora sin dejar caer ni una gota de un vaso lleno. Nuestro amigo sería capaz de sostener con firmeza una copa mientras la mano le respondiera aunque el resto del cuerpo se le hubiera paralizado.

Sin embargo, esta vez nos equivocamos. Estaba despierto. Abrió los ojos y dijo:

—La dificultad de ustedes es que no saben nada de espías. Nadie sabe nada. —Dicho esto, levantó su vaso y bebió un sorbo—. Ni siquiera los espías saben nada de espías —comentó y empezó su relato:

No fui exactamente espía durante la Segunda Guerra Mundial [dijo Griswold], por lo menos, según yo veo las cosas.

Nunca me persiguió ninguna bella mujer aterrorizada para suplicarme que le guardase un microfilm con riesgo de mi vida. Nunca corrieron detrás de mí, subiendo y bajando por la escala de la estatua de la Libertad o por el puente Golden Gate enemigos siniestros armados con Lugers en el bolsillo de sus impermeables. Nunca me enviaron detrás de las líneas enemigas a dinamitar una instalación clave.

En realidad era un joven de poco más de veinte años que vegetaba en un laboratorio de Filadelfia, mientras se preguntaba por qué las autoridades militares no parecían llegar nunca hasta su nombre. Cuando me presenté como voluntario, me expulsaron de la oficina de reclutamiento. Cuando traté de comunicarme con la junta de calificación de mi distrito militar, me dijeron que no había nadie en la ciudad. Fue años después cuando advertí que me habían mantenido en la vida civil para que



cumpliera con mis deberes de espía.

Verán ustedes. Lo que la mayoría de la gente ignora acerca de los espías es que ninguno de ellos sabe en realidad lo que está haciendo. No pueden saberlo. No estarían seguros si lo supiesen. Tan pronto como un espía sabe demasiado, puede ser peligroso si llegan a apresarlo. El espía que sabe demasiado es un peligro si cae preso. El espía que sabe demasiado puede ser tentado por la traición, la bebida o una mujer hermosa a quien acabe susurrándole cosas al oído.

El espía es seguro sólo cuando es un ignorante. Y es más seguro que nunca cuando ni siquiera sabe que es espía.

En algún lugar, en lo más profundo del Pentágono, de la Casa Blanca o de cualquier casa de ladrillos oscuros en ciudades anónimas como Nyack, San Antonio u otra, existen maestros espías que saben lo suficiente para ser importantes. Pero nadie sabe quiénes son, y no me sorprendería que en última instancia, ninguno de ellos lo sepa todo.

Por eso se cometen tantos errores tontos en las guerras. Para todos sin excepción hay zonas oscuras; el exceso de luz los haría poco confiables y los generales tienen la especialidad de elegir las zonas oscuras para llevar a cabo sus operativos.

Lean la historia militar, señores, y verán que lo que digo confiere algún sentido a parte de la locura.

Bien, yo era espía. Era un muchacho, de modo que ocupaba el último de los escalones, lo cual significaba que no sabía nada. Recibía mis órdenes, pero creía que tenían que ver exclusivamente con mi trabajo en el laboratorio. Sin duda era un chico inteligente —cosa que no sorprenderá a ninguno de ustedes— y en general obtenía resultados. Esto me convertía en alguien valioso.

Claro es que a la sazón no lo sabía, pues de haberlo sabido habría pedido un aumento de salario. Después de todo, 2600 dólares por año no eran mucho ni siquiera entonces. Imagino que había otro motivo que los llevaba a mantenerme en la ignorancia: el deseo de economizar.

Años más tarde, al mirar hacia atrás, recuerdo una pequeña hazaña mía que debió haberme significado un aumento de mil dólares... O una medalla de honor del Congreso, lo que ustedes prefieran.

Debo explicarme un poco.

En aquella época luchábamos contra los alemanes, como ustedes deben de recordar. También luchábamos contra los japoneses, pero yo no participaba en eso. No tenía los ojos requeridos para actuar entre los orientales.

Ahora bien, los alemanes eran gente eficaz. Se nos infiltraban, ¿saben? Mandaron una gran cantidad de agentes a los Estados Unidos. Todos venían provistos de falsa identidad, falsos documentos, falsas historias. Su tarea fue extraordinaria y meticulosa.

Podrán preguntarse por qué no podíamos nosotros hacer lo mismo y enviar a nuestra gente a Alemania.

Sin duda podíamos enviarla, pero nunca nos llegó la oportunidad. Los alemanes tenían una sociedad bastante homogénea y nosotros, no. Somos una sociedad heterogénea. Aquí tenemos toda clase de acentos y toda clase de antecedentes étnicos.

De haber cometido uno de nuestros agentes el más pequeño error en Alemania, lo habrían colgado de los pulgares antes de que hubiese terminado de cometerlo. Aquí, es necesario esperar de diez a doce meses antes de estar seguros de que alguien es un agente alemán o, por el contrario, un honrado ciudadano de origen centroeuropeo o algo por el estilo.

Fue así como siempre debimos correr rezagados. Por cierto yo no sabía nada de esto. Nadie sabía nada, salvo unas cinco personas que sabían un veinticinco por ciento cada una. Comprendo que esto arroja un ciento veinticinco por ciento, pero había algo de superposición.

Mi talento especial consistía en identificar a los hombres que ocultaban su verdadera identidad. Era eso lo que me mantenía fuera de las fuerzas armadas. Necesitaban a este infalible identificador, a mí.

Por consiguiente, cuando tenían a algún norteamericano auténtico que había perpetrado lo que podría ser, o no, un fraude en cuanto a su identidad u ocupación, me asignaban la misión de seguirlo. En ese caso me llamaban y me decían que deseaban contratar a alguien para trabajar en la Estación Aeronaval Experimental, donde estaba trabajando yo como químico, pero que no tenían seguridades en cuanto a su lealtad.

Nunca pensé mucho en ello. Teníamos un teniente de navío que abrigaba sospechas frente a cualquiera que conociese palabras de más de dos sílabas, y quien quiera que fuese, siempre resultaba ser un norteamericano honrado, decente, que hacía trampas sólo para pagar sus impuestos o para eludir el servicio militar. Salvo en algunos casos.

En esta ocasión me llamaron a la oficina del teniente de navío. No me dijeron por qué. Mucho después descubrí algunos papeles que al parecer indicaban que el incidente involucraba algo decisivo para el triunfo o la derrota en la guerra. No tengo la menor idea del motivo, pero sin duda la guerra se habría perdido si yo les hubiese fallado.

Como es lógico, yo no lo sabía entonces.

—Griswold —me dijo el jefe—, tenemos un hombre nuevo. Se llama Brooke. Lo escribe con “e” final. No estamos muy seguros de él. Puede que sea un norteamericano auténtico. Puede ser, por otra parte, uno de esos asquerosos nazis. Usted debe establecerlo pero sin que él se entere de que está investigándolo porque

no queremos que esté en guardia. Es más, Griswold, debemos saberlo para las cinco de la tarde y saberlo con exactitud. Si para las cinco de la tarde no tiene la respuesta o nos trae una respuesta equivocada... pues le diré, Griswold, que...

El hombre encendió un cigarrillo, me miró con fijeza, entrecerrando los ojos detrás del humo y luego añadió con una voz capaz de cortar el granito:

—Si fracasa, Griswold, no vuelva a pensar en ningún ascenso.

Esto sí que me colocó en actitud de alerta. De haber sabido que el curso de la guerra estaba en juego, me habría encogido de hombros. Perder una guerra no es más que un hito en la historia, pero perder un ascenso es una tragedia personal.

Miré mi reloj. Eran las diez y cuarto de la mañana, lo cual me daba cerca de siete horas para actuar.

No llegué a conocerlo hasta pasada una media hora y entonces a uno de los jefes del laboratorio se le ocurrió pasar otras dos explicándole al hombre todas sus obligaciones.

Por lo tanto, hasta las dos de la tarde aproximadamente, no nos encontramos sentados junto a escritorios adyacentes en el laboratorio.

Por fin pude trabar conversación con el hombre.

Era simpático, lo cual era un punto negativo, sin duda, porque los agentes secretos siempre tratan de ser simpáticos. La dificultad estriba en que también trata de serlo cierta proporción de gente leal, no mucho, pero suficiente como para confundir las cosas.

Supuse que no le molestaría que yo hurgase un poco. Era lo que cabía esperar y era seguro que colaboraría.

En primer lugar, si se mostraba reticente, despertaría sospechas. Si era un agente enemigo, cualquier reserva podría atraerla atención hacia él y lo matarían. Si no era un agente enemigo, la reserva podría ser indicio de estupidez y quizá lo ascenderían a un puesto administrativo más alto. Las dos alternativas eran igualmente indeseables.

Además, los agentes alemanes enviados a infiltrarse en los organismos de defensa del territorio de los Estados Unidos tendían a vanagloriarse de su habilidad para soportar los sondeos y, al parecer, estimulaban las preguntas.

Después de todo, se los reclutaba entre hombres que habían pasado su infancia en los Estados Unidos, de modo que no les era difícil readquirir los giros idiomáticos del discurso de todos los días, aparte de que se los adoctrinaba a fondo en cuanto a los pormenores de la vida local norteamericana.

Por ejemplo, todos ustedes habrán oído decir que la forma de identificar a un espía alemán que finge ser norteamericano es preguntarle quién ganó el campeonato mundial de béisbol el año anterior. ¡No lo crean! Cada uno de ellos sabe perfectamente todo lo referente a los campeonatos mundiales ya la estadística de béisbol, para no hablar ya de los encuentros de box y del nombre de todos los

vicepresidentes del país en los últimos cincuenta años.

No obstante, había que encontrar algún medio.

Hablamos de política y de deporte y comprobé que sabía tanto como yo sobre estos temas. Probé el uso de toda clase de expresiones idiomáticas y lenguaje popular y en ningún momento lo desconcertó ninguno de ellos.

Por suerte los dos estábamos realizando condensaciones de reflujo en nuestras mesas, lo cual nos permitía conversar bastante. Por otra parte, en los empleos del estado se considera altamente sospechosa la dedicación excesiva al trabajo, en especial en época de guerra.

En vista de ello propuse hacer juegos de palabras y jugamos a algunos inofensivos hasta que, a través de etapas graduales, llegamos a los de asociación libre. Le dije que le apostaba a que por mucho que intentase ocultar los hechos, yo era capaz, a través de la libre asociación, de decirle cuándo se había acostado con una mujer por última vez y qué habían hecho, exactamente. Apostamos cinco dólares cada uno y cinco dólares más para el caso de que él no respondiese a cada palabra o giro dentro de los cinco segundos, según mi reloj.

Eran las cuatro y veinte de la tarde cuando comenzamos y puedo asegurarles que ambos estábamos muy serios. Estábamos luchando por el triunfo en la guerra y por diez dólares; tanto el otro como yo teníamos una elevada opinión de lo que son diez dólares.

Dije “mesa” y él dijo “cama”. Dije “Di Maggio” y él dijo “corner”. Dije “soldado G.I.” y él dijo “Joe”. Dije “clarinete” y él dijo “Benny Goodman”. El juego se prolongó de este modo durante bastante rato, mientras yo complicaba cada vez más las cosas mediante pasos muy cautelosos y delicados.

Por fin a las cinco menos cuarto yo dije “terror de la huida” y él dijo “tristeza de la tumba”. En este punto yo hice la señal convenida y un hombre sentado en el otro extremo del cuarto se levantó, se acercó, aferró al compañero y se lo llevó. Mi compañero gritaba todo el tiempo hasta que salió del recinto: “¡Me debes diez dólares!” Debo decirles que no tenía muchas posibilidades de cobrar la deuda.

Por lo que acabo de contarles, creo que pueden ver lo que sucedió, de modo que, si no tienen inconveniente, me pondré al día con el sueño que me faltaba.

Tuvimos que despertarlo.

—¿Qué sucedió? —le pregunté, sacudiéndolo con violencia, al punto que le costó algún trabajo mantener derecho su vaso de whisky—. Termina la anécdota.

—¡No me digas que no entendiste! —exclamó indignado—. “Terror de la huida” pertenece a la tercera estrofa de nuestro himno nacional, que dice así:

*¿Y dónde existe esa banda que orgullosa juró que el destrozo de la guerra y el fragor de la batalla habría de dejarnos sin hogar y sin nación? Su sangre ha lavado la horrorosa impureza de sus sucios pies. Ningún refugio podría salvar*

*al lacayo y al esclavo del terror de la huida y la tristeza de la tumba. ¡Y la bandera cubierta de estrellas flamea triunfante en la tierra de los libres y la patria de los valientes!*

—Vamos, señores, ningún norteamericano leal y auténtico conoce la letra de la primera estrofa de nuestro glorioso himno nacional y ni siquiera ha oído hablar jamás de la tercera (salvo en mi propio caso, desde luego, pues lo sé todo). De todos modos, la tercera estrofa es chauvinista y sanguinaria y, prácticamente, la borraron del himno durante los grandes años de pacifismo consecutivos a la Segunda Guerra Mundial.

Sucede, simplemente, que los alemanes son tan meticulosos que enseñaron a sus agentes con el mayor cuidado las cuatro estrofas del himno y verificaron que las supiesen ala perfección. Y esto fue lo que los delató.

Lo malo es que mi jefe no me dio nunca el aumento de sueldo y ni siquiera me reembolsaron la pérdida de los diez dólares de la apuesta.

—Dijiste que no llegaste a pagar los diez dólares —señalé.

—Sí —dijo Griswold— pero ellos no lo sabían.

Dicho lo cual, volvió a dormirse.

## El número telefónico (1980)

---

“The Telephone Number”

—Ahora soy una compañía —declaró Jennings con aire de dudosa satisfacción—, pero lo que significa es que tengo un número de identificación como empleador que debo recordar. Esto, además de mi número de previsión social, mi número telefónico, mi número de código postal y el número de mi chapa de automóvil.

—Y tu dirección, la combinación de alguna caja de seguridad que tengas —comentó Baranov con un tono más melancólico aún—, y los cumpleaños y aniversarios de tus parientes y amigos. Somos prisioneros de una sociedad numerada.

—Es la razón —dije— por la cual necesitamos que nos computaricen. Alimentemos la computadora con todos esos números y que ella sea la que se preocupe.

Ante este comentario Griswold se agitó. Su sillón crujió con insolencia al inclinarse él hacia adelante, resoplando a través de su bigote blanco y mirándonos con malignidad.

—Yo no sirvo mucho para recordar números —dijo—, pero recuerdo a un hombre que jamás olvidaba ninguno.

Griswold calló para beber un sorbo de whisky con soda de ese vaso que siempre parece tener en la mano. No había posibilidad de zafarse. Hay algo en la manera de mirar de Griswold con esos ojos un poco inyectados en sangre que provoca en sus interlocutores una suerte de parálisis verbal.

—Se llamaba Bulmerson —dijo Griswold—, y era la época en que vivíamos encerrados en un cuartito del Pentágono, imposible de localizar por nadie salvo Bulmerson, yo y dos o tres que trabajaban con nosotros.

El cuarto tenía un aspecto de armario empotrado que no se usa ya mucho y el cartel de la puerta no tenía nada que ver con lo que ocurría en el interior. Dudo que fuera de nuestro grupo hubiese más de cinco hombres que estuvieran al tanto de nuestras actividades y quiero incluir aquí a las categorías superiores del personal del Pentágono.

Recuerdo al almirante que entró una vez suponiendo que se trataba de un retrete. Con aire desconcertado buscaba los mingitorios como si tuviese la certeza de que teníamos uno oculto en un armario. Debimos conducirlo afuera amablemente.

Lo que se desarrollaban allí, desde luego, eran tareas de inteligencia. No me refiero a las hazañas heroicas de un James Bond. Se trataba de algo mucho más aburrido. Infinitamente más importante. Se trataba de pesar la información que llegaba y decidir si tenía importancia o no, así como de qué manera un dato podría tener relación con otro y hasta qué punto era posible que quien hubiese dicho “sí” hubiese querido decir en realidad “no” o viceversa.

Después de haber hecho toda esa tarea debíamos estar preparados para aconsejar al Presidente o al Departamento de Estado y destilar los resultados. La verdad es que nos ganábamos el salario que por otra parte no era gran cosa...

Bulmerson era el más antiguo. Hombre robusto, ancho, pelo blanco, siempre con el rostro enrojecido, cuello de toro y costuras en toda la ropa que parecían a punto de reventar. Por su físico merecía haber fumado cigarrillos. Pero no los fumaba.

Era el hombre que jamás olvidaba un número. Conocía el número telefónico de un millar de funcionarios y de diez mil individuos más y nunca los confundía. También sabía manejar otra clase de números, pero los telefónicos eran su fuerte. Creo que abrigaba la ambición secreta de reemplazar la guía telefónica.

Quizá fuese ese pequeño giro dentro de su cerebro lo que le permitía tener un sexto sentido para determinar cuándo un hombre de estado había caído en la debilidad de decir algo que no fuera mentira. Nadie sabe cómo se compaginan las diferentes aptitudes. Quizá fuese este sentido de los números lo que hacía de Bulmerson un infalible descubridor de raras verdades, aptitud poco frecuente. Hombre muy respetado el tal Bulmerson...

Gran cantidad de datos nos llegaba sin elaborar. Cualquier información anónima recibida por teléfono pasaba a nosotros. No sabemos los motivos que hacen que la gente nos pase información. Nosotros nos limitamos a aprovecharla. Siempre que nos atrevamos a ello. A veces los datos que obtenemos provienen de locos inofensivos; otras de agentes enemigos que intentan deliberadamente confundirnos. Encontrar una aguja en un pajar es otra de nuestras funciones.

Debo decir que teníamos un informante infalible. En primer lugar fue él quien nos encontró a nosotros, hecho ya de por sí impresionante. Nos llamaba directamente y nunca descubrimos cómo había hallado el modo de establecer la comunicación. Siempre acertaba con sus datos.

Sin embargo, nunca logramos establecer su identidad. Tenía una voz suave y ronca; en cierto modo no sonaba mucho a norteamericano. Lo llamábamos Nuestro Muchacho. De haber sucedido todo doce años más tarde, podríamos haberle dado el apodo de la película pornográfica "Garganta Honda". Pero todo sucedió a principios de la década del 60.

No intentamos nunca localizarlo o identificarlo porque temíamos que cualquier medida que tomásemos lo hiciera callar y no queríamos que callara. El hombre era nuestro ojo de la cerradura para mirar dentro del Kremlin. Después de 1965, no volvimos a saber nada de él. Quizá lo sacaron del país, quizá murió. De muerte natural, inclusive... Pero lo que voy a contar sucedió unos dos años antes.

Nos llamaba, pero siempre lo hacía de un modo especial. Primero llamaba otra persona y nos daba un número telefónico y un límite de tiempo. Si marcábamos ese número telefónico dentro del plazo indicado, siempre dábamos con él. Teníamos una

pequeña frase para identificarnos mutuamente. Luego él hablaba durante uno o dos minutos y cortaba la comunicación. Siempre seguíamos sus indicaciones y nunca tuvimos motivo para lamentarlo.

Los números eran siempre de teléfonos públicos (esto sí fue controlado) pero no sabíamos qué sistema utilizaba para elegirlos ya que, desde luego, nunca usaba el mismo dos veces. Tampoco parecía recurrir nunca a la misma persona para hacer el llamado inicial. No sabemos cómo elegía a estas personas. Quizá se tratase de borrachos cuya colaboración obtenía comprándoles una botella de vino para hacer ese único llamado. Sin embargo, por teléfono, no se detecta el olor a alcohol.

A Bulmerson le encantaba ser quien contestara el teléfono cuando el mensaje era de Nuestro Muchacho: un número telefónico y la hora fijada. Los demás debíamos apuntar el número. A veces decíamos: “Repita el número, por favor”.

Cuando eso ocurría Bulmerson se mostraba insoportable durante el resto del día y aludía a casos de senilidad precoz. Reaccionaba como un niño.

Claro que cuando él contestaba el llamado, se limitaba a escuchar y luego colgaba el auricular sin decir una palabra. Después, cuando llegaba el momento, hacía el llamado sin haber apuntado nada después de registrar el número en aquella su infalible memoria.

Fue exactamente dos meses antes del asesinato del presidente Kennedy.

Yo estaba en la oficina con Bulmerson —que en aquel momento no tenía aspecto muy saludable— y otros dos empleados. ¿Cómo se llamaban? No recuerdo, pero no tiene importancia. Digamos que se llamaban Smith y Jones.

Era un día húmedo, nublado y triste, bastante bochornoso a pesar de que estábamos casi exactamente en el equinoccio de otoño que, según se supone, señala el fin del verano. En las inmediaciones de Washington, desde luego, el verano nunca termina con tanta exactitud.

Bulmerson estaba de mal humor porque el maldito sándwich que había comido para el almuerzo le había provocado ardor de estómago. No me sorprendí, dadas las dificultades que estábamos pasando en Vietnam.

Ngo Dinh Diem manejaba Vietnam del Sur un poco a su antojo y su modo de hacerlo no nos venía bien a nosotros. Su impopularidad aumentaba y en son de protesta los monjes budistas estaban inmolándose en las calles, cosa que no hacían los de Vietnam del Norte y que nos hacía aparecer como los villanos de la película. Y es más, los “asesores” norteamericanos aumentaban sin cesar y ya pasaban de diez mil.

Era obvio, por lo menos para nuestro pequeño grupo, cuya misión consistía en estudiar el mundo de la política internacional, que estaban arrastrándonos a una trampa mortal pero, al parecer, no se podía hacer nada para evitarlo. No podíamos retirarnos y dar la impresión de abandonar a un aliado y los demócratas, en particular,



habrían sido sacrificados vivos de habernos retirado. Pero todos ustedes conocen la historia.

Lo que nos hacía falta era un medio de alcanzar una victoria limpia, más o menos incruenta y sobre todo rápida para después retirarnos. Lo que sucediese después no pillaría, al menos, a los norteamericanos entre dos fuegos. Lo malo es que las cosas no resultaron así.

Y entonces, aquel día al que me refiero, sonó el teléfono. Fue Bulmerson, quien malhumorado, tomó el llamado.

—Tiendita de Adamson —dijo, dando el santo y seña del día. Sin expresión alguna Bulmerson escuchó y colgó el receptor sin decir una palabra. Un poco agitado se volvió entonces hacia nosotros y dijo—: Nuestro Muchacho quiere hablar con nosotros y tiene que ser dentro de treinta minutos, entre las 14.30 y las 14.35. Y es doble Z.

Era la clave usada por Nuestro Muchacho cuando el asunto era de máxima prioridad. La última vez que la había usado había sido durante la crisis de los misiles cubanos el año anterior y fue para decirnos que podíamos meternos con la seguridad de que ganaríamos, cosa muy conveniente. Pero es otra historia.

—No olvides el número telefónico —le dije. Por el rostro sudoroso de Bulmerson pasó una expresión de desprecio.

—¿Estás loco? Es tan sencillo que no hay manera de olvidarlo ni resulta divertido recordarlo. Hasta tú podrías recordarlo. Por lo menos, podrías recordarlo hoy. Hasta te diré cuál es y verás. Es 9...

Fue todo lo que dijo, porque luego hizo un ruido mitad jadeo, mitad quejido, se apretó el pecho y cayó hacia adelante. Quedó tendido allí en el suelo agitándose y sacudiéndose. Ya no era acidez de estómago. Era un trastorno coronario muy serio.

No podíamos hacer nada, salvo llamar a Emergencia. En honor del Pentágono debo decir que en cinco minutos nos hicieron llegar un equipo y los internos hicieron lo posible por reanimar a Bulmerson por un rato, luego lo colocaron en una camilla y se lo llevaron. Fue inútil. El pobre hombre murió en el hospital esa misma noche.

Una vez que se llevaron a Bulmerson permanecimos en la oficina, chocados, mudos. Cuando sucede algo semejante, es difícil recobrar la calma.

En ese momento Smith me codeó. Tenía un color pálido y cadavérico, y no era por lo que acababa de presenciar.

—Bulmerson no llegó a decirnos el número telefónico —dijo.

Era como para quedarse pensativos. En nuestra actividad, lo primero es lo primero.

Miré el reloj. Eran las 14.31 y nos quedaban cuatro minutos.

—No se preocupen —dije—. Nos reveló lo suficiente. Llamé y conseguí hablar con Nuestro Muchacho. Lo que tenía que decirnos era lo que esperábamos oír. Había

una manera de acorralar a la República Popular China. Llevaría tiempo, pero si desempeñábamos correctamente nuestro papel, Vietnam del Norte no podría moverse y tendríamos una excusa perfecta para hablar de una victoria y salir de Vietnam del Sur.

Desenlace feliz... salvo que las cosas salieron mal. El 10 de noviembre asesinaron a Diem, el 22 de noviembre, asesinaron a John F. Kennedy y, cuando nuestro gobierno volvió a funcionar, había pasado la oportunidad y no había salida. Johnson debió elevar más y más el número de gente y finalmente... bien, ustedes conocen el fin.

Griswold comenzaba a cerrar los ojos, pero los tres lo acosamos a la vez.

—¿Cuál era el número telefónico y cómo lo descubriste? —preguntó Baranov.

Griswold arqueó sus blancas cejas.

—Es obvio. Bulmerson dijo que era un número fácil de recordar y tuvo tiempo para darnos la primera unidad, 9. Esto significaba que podía ser 999-9999, o 987-6543, que estarían dentro del límite de lo que cualquiera de nosotros podría recordar. Pero recuerden que luego dijo: “Por lo menos, podrías recordarlo hoy”. Eso hacía que el día fuese especial y ¿qué puede dar un carácter especial a un día en relación con un número, salvo la fecha?

Les dije que fue dos meses antes del asesinato del 22 de noviembre, de modo que la fecha era setiembre 22, O si lo prefieren, 22 de setiembre. Setiembre es el noveno mes, de modo que es posible escribir la fecha como 9-22 022-9. Bulmerson dijo que la primera cifra era nueve, de manera que si dejamos de lado el guion, tenemos 922. Si recuerdan el año del asesinato, verán que la fecha fue 922-1963. Ese fue el número que yo marqué en el dial.

## New Section (1980)

---

“New Section”

—Siempre me intrigó —dijo Baranov una noche en el club— el motivo por el cual en la guerra no lanzamos nuestro ataque contra la cúpula del mando. ¿Por qué luchar contra los ejércitos, en lugar de hacerlo contra el hombre que los inspira y los conduce? Si Napoleón hubiese muerto al comienzo de su campaña o, ya que hablamos de líderes, Lenin, Hitler, e incluso Washington...

Jennings lo interrumpió:

—Me imagino que en parte es una cuestión de seguridad extrema y en parte el espíritu de cohesión de los comandos. Si el jefe del gobierno A ordena un ataque contra el jefe del gobierno B, está buscando su propia destrucción, ¿no?

—Pecas de exceso de romanticismo —señalé—. Yo creo que si un conductor muere, puede ocupar su lugar otro, quizá con mayor eficacia. Felipe el Macedonio murió antes de llegar a destruir Persia, pero, ¿quién lo reemplazó? Su hijo, que resultó ser Alejandro Magno.

Como siempre Griswold estaba dormitando en un sillón con su whisky con soda en la mano y, también como siempre, lograba oír lo que decíamos. Abriendo un ojo, comentó:

—A veces no sabemos quiénes son los líderes. En ese caso, ¿qué hacer?

Abrió el otro ojo y nos miró con fijeza por debajo de las cejas hirsutas.

George Plumb [comenzó diciendo Griswold], era un penalista que tenía una interesante teoría sobre el tema de la administración carcelaria. El problema, según él, era que las cárceles de los Estados Unidos se debatían entre dos extremos con los consiguientes trastornos.

Importantes sectores de la sociedad estadounidense consideran que los presos deben recibir tratamiento humanitario con vistas a su rehabilitación. Otros sectores sostienen que los presos están detrás de las rejas para ser castigados y que la prisión en sí, no es castigo suficiente.

Ambas actitudes han llevado a establecer una política de inestable equilibrio: los presos reciben un trato suficientemente malo como para que su resentimiento sea cada vez mayor y, suficientemente bueno, como para que no se mueran de hambre ni sean reducidos a la impotencia a fuerza de palos. Como todos sabemos, ese es el clima que provoca los motines en las cárceles.

Mi amigo Plumb insistía en que los motines son imposibles de prever. Las revueltas no se producen cuando la crueldad de un régimen carcelario llega a determinado nivel. En una cárcel se soportan condiciones inhumanas sin que se registren más que rezongos, murmullos o un repiqueteo ocasional de jarros de aluminio contra los barrotes de las celdas. En otra, donde las condiciones son

notablemente más tolerables, puede estallar una revuelta de grandes proporciones.

Plumb repetía que es un problema de conducción. Si en una cárcel determinada hay un internado suficientemente hábil o carismático, capaz de dirigir la estrategia y la táctica es probable que se produzca intencionalmente una revuelta que normalmente no se habría producido.

Es necesario, afirmaba Plumb, aprender entonces a reconocer al líder, al hombre obviamente respetado, admirado o temido por los internos en general y, mientras aún reine la tranquilidad, trasladarlo a otra cárcel. La cárcel que este hombre abandona permanece tranquila porque los presos han perdido al cabecilla y les llevará algún tiempo encontrar otro. La cárcel a la cual es trasladado no lo conoce y también le llevará tiempo a él llegar a una posición de liderazgo. En varias oportunidades se siguieron los consejos de Plumb y, cuando el traslado del líder potencial era seguido por alguna mejora en el tratamiento de los presos, invariablemente se conjuraban las revueltas.

Hace unos años, en una prisión de cuyo nombre no debo acordarme, parecían estar aumentando las condiciones propicias para una revuelta. Los guardia-cárceles informaban acerca del peligroso malestar que reinaba entre los internados, del evidente espíritu de rebelión.

Se recurrió a Plumb y, por supuesto, su primera pregunta fue cuál era el nombre del cabecilla. Se sorprendió cuando las autoridades de la cárcel, del director para abajo, manifestaron ignorar quién era. No había ningún preso que, sin lugar a dudas pudieran señalar como al líder del resto.

—Tiene que haber uno —dijo Plumb—. Una multitud no se mueve por consenso general. Alguien tiene que gritar: “¿Qué esperamos? ¡Vamos!”

Los gestos negativos fueron unánimes. Si existía un cabecilla, mantenía hasta el momento una identidad tan difusa que nadie lo reconocía como tal.

Hondamente preocupado, Plumb se dirigió a mí. Me conocía lo suficiente como para saber que si yo no podía ayudarlo, nadie podría hacerlo.

—Griswold —me dijo— estoy frente a un maestro de la criminalidad, un tipo tan hábil que sus maquinaciones son invisibles. ¿Cómo identificarlo entre tres mil internados?

—Puede ser que las autoridades de la prisión no sepan quién es, pero algunos de los internados, por lo menos, tienen que saberlo. Interróguelos —sugerí.

Plumb me dirigió una mirada desdeñosa.

—No lograremos ayuda alguna de ese sector. Los internados no hablarían y usted lo sabe bien. Todos tenemos nuestro código contra la delación y los criminales muy en particular tienen ideas firmes al respecto. Es algo digno de elogio. Pueden matar, robar o violar, pero no están tan perdidos en cuanto a decencia y pudor como para ser soplones. Además —prosiguió—, cada preso tiene que convivir con el resto.

Cualquiera que colabore con las autoridades, cualquier sospechoso siquiera de colaboración sabe que solo le espera el maltrato infligido por sus compañeros, el aislamiento definitivo y... hasta la muerte.

—Hay que elegir al hombre, Plumb —dije—. Existe lo que llamamos un líder y también existe el internado que no lo sigue, el que enfrenta a la mayoría aun cuando sea arriesgado hacerlo.

—No es sólo el peligro —respondió Plumb—. El preso atípico será el primer sospechoso. Aunque prometiésemos trasladarlo, sabría muy bien que los informes de sus compañeros lo seguirían a su nueva prisión. Y si le procurásemos la libertad temería de todos modos no estar a salvo de la venganza.

Advertí que en parte, Plumb estaba en lo cierto pero a pesar de ello dije:

—De todos modos, consulte al director y vea si hay alguien en la cárcel que sea un intelectual, que tema la violencia, que sienta horror por los demás internados y que tenga esperanzas de salir pronto. Si trabaja en la biblioteca y por lo tanto se siente superior a los otros, tanto mejor.

—Aunque encontrásemos a alguien así —dijo Plumb— yo no podría utilizarlo. Si lo interrogase a solas, los internados no se enterarían de lo que dijera pero igual, sospecharían de su capacidad para resistir un interrogatorio. A partir de entonces, lo perseguirán y, si conseguimos localizar al cabecilla, aunque el intelectual no haya tenido nada que ver con el asunto, lo matarán igual.

—No lo llame a él solo. Llame a cien, a mil, a tantos como pueda manejar. Y llame a comparecer a su sospechoso más o menos cuando vaya por la mitad de la lista. Hágale saber que está interrogando a todos los internados para darle la posibilidad de que cobre valor para proporcionarle una pista.

Plumb volvió a visitarme unos diez días más tarde. Daba la impresión de estar muy falto de sueño.

Con voz un poco ronca, me dijo:

—Interrogamos a aproximadamente la mitad de los internados, concentrando la atención en los que tenían largas condenas y en los recalcitrantes, pero tratamos en forma deliberada de interrogar también a algunos de los hombres de más edad y de los homosexuales. Nadie quería hablar. Jamás he visto mas ignorancia concentrada en toda mi vida, pero desde luego... era lo que esperaba. Y entre tanto, las condiciones empeoran cada vez más. Los guardia-cárceles están en estado de alerta, pero tengo la sensación de que este líder misterioso, quienquiera que sea, tan perspicaz que consigue mantener el anonimato, tiene también la astucia necesaria para contrarrestar y vencer todas las defensas del director. Por otra parte, no podemos encerrarlos a todos en las celdas, quitarles la ropa, arrojar a los cincuenta presos que menos nos gustan en celdas solitarias ni en fin, hacer todo esto sobre la base de una sospecha. Los gritos de “brutalidad carcelaria” que se levantarían... —Plumb se estremeció.

—¿Encontró a algún prisionero del tipo que le sugerí? —pregunté.

—Sí. Lo encontré. Exactamente. Saldrá en libertad dentro de seis meses. Es ajeno a toda violencia y cumple una condena por fraude comercial. Ni siquiera debería estar en esta cárcel. Habla bien y es muy educado. Trabaja en la biblioteca y es obvio que estar preso lo avergüenza y lo humilla. Y más aun, el hecho de tener que alternar con los otros presos.

—¿Y qué dijo, Plumb?

—¿Qué dijo? Nada. Ni siquiera pienso que haya sentido temor. Creo que en realidad no sabía nada. ¿Por qué habría de saber algo? Se mantiene alejado tanto como puede de los demás internados. Personalmente, creo que se ha creado un pequeño mundo propio en el cual finge estar a solas.

—¿Es inteligente? —pregunté.

—Sí, muy inteligente. Diría que sumamente inteligente. Pasa la mayor parte de su tiempo leyendo en la biblioteca.

—En ese caso, yo diría que tiene que saber.

—¿Qué quiere que haga yo? ¿Que se lo arranque a golpes? Hoy en día nadie toca a un internado.

—Ese hombre debe saber que una revuelta con todos los peligros que implica es muy poco conveniente para él. Sin duda, tiene que estar dispuesto a hacer cualquier cosa para evitarla. Tiene que haber intentado comunicarle algo. Dígame, Plumb. ¿Recuerda con exactitud lo que le dijo?

Con aire fatigado, Plumb repuso:

—Mire, Griswold. Hemos registrado escrupulosamente todas las gestiones. Pero en realidad, es muy fácil decirle lo que nos dijo. No nos dijo nada. Silencio. Cero.

—¿Quiere decir que declaró que no sabía nada? ¿O bien que no habló en lo más mínimo y se quedó sentado allí sin decir una palabra?

—En general permaneció mudo. Era un hombre menudo, delgado, con una boquita fruncida, un mentón débil, ojos muy claros. Me miraba y apretaba las rodillas y las manos apoyados sobre ellas, con una expresión lejana en los ojos. Ni una sola palabra, casi hasta el fin de la entrevista.

—¿Ah, qué dijo al final?

—Yo estaba exasperado. Le pregunté si oía lo que yo le decía, si me comprendía bien. En ese punto parpadeó al mirarme. En su cara se registró una levísima sonrisa y respondió: “No, no comprendí. Para mí era... griego”. Sus palabras fueron espaciadas y pronunciadas con un tono intencionalmente insolente. Sentí deseos de darle un puñetazo en la nariz. Pero debí despedirlo. ¿Qué otra alternativa tenía?

—Usted registró todas las entrevistas. ¿Cree que estos registros, o su contenido, podrían haberse filtrado a los internados?

—No tendría que suceder, pero... —Plumb se encogió de hombros.

—Es probable que se filtren. Y nuestro hombre ha sido muy listo. Si el resto llega a ver los registros y se entera de lo que dijo, lo considerarán un hombre extraordinario, un héroe. No tendrían manera de saber que nos entregó nuestra respuesta.

Atónito, Plumb preguntó:

—¿En serio?

—Diría que sí. Por el momento no puedo estar seguro, pero diría que sí. ¿Tiene una lista de los internados?

Me la dieron al día siguiente y en menos de cinco minutos pude localizar al hombre que debía ser el que buscábamos. Lo trasladaron y la revuelta no se produjo. Nuestro amigo, el bibliotecario de la cárcel, fue puesto en libertad seis meses más tarde. Luego se le concedió un indulto y se destruyeron sus antecedentes penales.

Griswold se sirvió un poco más de whisky y se permitió cerrar lentamente los ojos.

Inclinándose, Baranov le retiró con firmeza el vaso de la mano. Griswold abrió de inmediato los ojos y dijo:

—¡Oye! ¡Devuélveme ese vaso!

—Primero, ¿cómo supiste quién era el líder de la revuelta? —preguntó Baranov.

—¡Cómo! ¿No lo saben? —dijo Griswold—. ¡Me sorprenden! El bibliotecario dijo: “Para mí era griego” con cierto énfasis. Era un gran lector y ocurre que esto es una cita. No se trata de un dicho antiquísimo cuyos orígenes se pierden en el misterio. La frase es nada menos que de Shakespeare, y puede encontrársela en Julio César. Uno de los conspiradores describe una reunión política en la que Cicerón habla en griego. Cuando le preguntan qué dijo Cicerón, el personaje responde que no lo sabe, añadiendo: “Quienes comprendían se sonrieron entre ellos y agitaron la cabeza, pero en cuanto a mí, para mí era griego”.

—¿Y? —preguntó Jennings.

—Bien, el conspirador que hizo la declaración en la obra era Casca. Se me ocurrió que si revisaba la nómina de los presos podría encontrar quizá a alguno que se asemejase a Casca o a Cicerón. En la nómina figuraba un tal Benny W. Kasker que, según me informaron al averiguarlo, era inteligente, inescrupuloso y además cumplía una condena de cadena perpetua. Consideré que muy bien podría ser el cabecilla... y lo era.

## Un disparo certero (1980)

---

“Big Shot (A Clear Shot)”

Me imagino que todo el mundo habla hoy de terrorismo incluso en el augusto e inaccesible interior de nuestro club. No fue pues una sorpresa que verdaderamente arrebatado, Jennings perorase durante cinco minutos sobre los peligros que corríamos todos por el hecho de que los ataques de los terroristas escaparan a esquemas racionales.

Por fin, cuando se agotó la vehemencia de Jennings, Baranov dijo:

—Vamos, vamos. Los rayos nunca caen en el valle. Ninguno de nosotros es bastante importante para constituir un blanco deseable.

—A veces los eligen al azar —dije—. Es la teoría de Jennings.

Baranov emitió un sonido desdeñoso.

—Los accidentes automovilísticos pueden tocarle a cualquiera también, pero no veo que la gente se muera de miedo. Simplemente se hace lo que se puede.

En este momento Griswold pareció despertar. El primer indicio fue el tintineo de los cubos de hielo en su vaso de whisky con soda. Luego abrió un ojo y resopló detrás de su magnífico bigote blanco.

—Puede ser —dijo— que el rayo no caiga en el valle. —Nos asombraba siempre su capacidad para oír cada palabra que pronunciábamos, a pesar de estar profundamente dormido o parecer estarlo—, y que ustedes tres estén a salvo, pero en cierta ocasión yo fui blanco de una amenaza terrorista. Fue allá por 1969...

Me apresuré a decir:

—Creo que esta noche hay salmón hervido al vapor... —pero los ojos de Griswold estaban ya abiertos y nos inmovilizaron contra la pared como un par de agujas de hielo azulado.

Fue en 1969 [recomenzó Griswold], un año muy malo para los norteamericanos destacados. Poco tiempo antes habían matado a Robert Kennedy y a Martin Luther King. Yo tenía bastantes sospechas de que sería la próxima víctima. Me había dedicado a tareas que todavía hoy no tengo libertad de divulgar pero, desde luego, los secretos nunca son absolutos y me había hecho enemigos.

El malestar en los sectores universitarios del país iba en aumento y cualquiera podría haber apreciado que las cosas estaban llegando a una etapa explosiva. En mayo de ese año, me propusieron para recibir un doctorado “honoris causa” en una universidad de Connecticut... no recuerdo cuál. Todas estas tonterías siempre se me confunden en la memoria, pero creo que el diploma que me conferían esta vez era un doctorado en humanidades.

Dos días antes de la ceremonia el presidente de la universidad recibió una comunicación anónima en la que le informaban que debía cancelarse el otorgamiento



del diploma a causa de mis malignas actividades en Vietnam. Si no se cancelaba la ceremonia y yo hacía mi aparición, me matarían. Recuerdo las palabras textuales. La carta decía: “Si la ceremonia de graduación incluye a ese monstruo, nada me impedirá ponerlo en la mira y matarlo de un disparo certero”.

Con todo, la persona que formulaba la amenaza afirmaba ser tan humanitaria como la naturaleza del diploma que pensaban conferirme. Aseguraba al presidente de la universidad que nadie sufriría daño alguno, lo cual no era, por cierto, un gran consuelo para mí.

El presidente se había apresurado a mostrarme la carta en el más estricto secreto y quiso saber si yo deseaba evitar la confrontación. Podía invocar enfermedad y se me otorgaría el diploma “in absentia”. Luego me lo enviarían por correo.

Resultaba obvio que era el presidente quien quería evitar la confrontación y el hecho despertó en mí todo lo que tenía de quijotesco. Si él pensaba actuar como un cobarde, yo no.

Además, ¿por qué habrían de privarme de mi hora de gloria, por microscópica que fuese? En primer lugar, no había hecho nada en Vietnam que justificase tanta indignación. Mi misión allí había sido ocultar la verdadera actividad que estaba cumpliendo en el Medio Oriente después de la Guerra de los Seis Días.

Tampoco era cuestión de tomar la carta con demasiada seriedad. Así lo señalé. Le dije al presidente con cierta irritación que no cedería ante las falsas amenazas.

—¿Falsas? —dijo con tono aprensivo—. ¿Cómo puede estar seguro de que son falsas?

—El hombre lo anunció, señor —dije en voz muy alta—. ¡Se imaginará que ni Lee Harvey Oswald ni Sirhan Sirhan enviaron esquelas de amor para advertir a sus víctimas! El autor de esta carta desea simplemente provocar un disturbio en la ceremonia y humillarme. Y yo no tengo la menor intención de hacerle el juego.

El presidente agitó la cabeza con aire de duda.

—Pero no podemos conformarnos con pensar que se trata de una broma... Supongamos que ignoremos esta carta, que no adoptemos precauciones y que... que lo maten a usted. Y supongamos que llegara a conocerse el contenido de la carta. Mi posición...

—... no sería tan incómoda como la mía —continué con una ironía algo burda—. Si yo estoy dispuesto a arriesgarme, ¿por qué no usted?

—Porque mi responsabilidad tiene que ver con la universidad, no conmigo mismo, estimado amigo. Es posible que hayan enviado esta carta obedeciendo a un impulso, pero si no la tenemos en cuenta, el amor propio del hombre puede ser tan grande como el suyo y puede verse obligado a hacer el intento, aunque en realidad no tenga tantos deseos de hacerlo.

Por un instante consideré la situación y creí comprenderla. Pero por otra parte...

podría estar equivocado.

—Muy bien —concedí—. Adopte las precauciones necesarias.

—Estimado señor Griswold, eso no sería suficiente. Tendría un efecto muy perturbador sobre la ceremonia llenar el lugar de guardias y revisar a estudiantes, padres y amigos en busca de armas ocultas... Los actos programados se convertirían, desde luego, en molestia para todos. Lo mejor sería...

—¡Qué disparate! —dije—. La mitad de las ceremonias de graduación de este año se han visto perturbadas de una manera o de otra. La presencia de guardias parecerá una precaución natural y con toda seguridad estimulará al auditorio. Si realmente cree que alguien tiene la intención de introducir un rifle de alto poder con una lente telescópica en las tribunas su tarea es bien sencilla. No es fácil disimular un arma semejante. Disponga que los guardias busquen con especial atención cualquier estuche alargado, bastón sospechoso, muleta, caña de pescar... cualquier objeto alargado y fino. Tendría que ser bien visible, pues anuncian para el domingo un día caluroso y cualquiera que lleve un abrigo o prenda que lo cubra resultará sospechoso de inmediato.

—La clase de egresados deberá llevar sus togas amplias y largas— recordó el presidente.

—Sí, pero deberán marchar en procesión y cualquiera que lleve un rifle oculto bajo la toga caminará con cierta torpeza. Esto se aplica también al cuerpo docente, incluidos usted y yo. Y si estaba por mencionar la banda, no tiene más que revisar sus estuches de instrumentos y verificar que contengan solo instrumentos.

En resumen, lo vencí. No creía ni por un instante que fuese posible introducir clandestinamente un rifle en el estadio y, en caso de serlo, apuntar a nadie con él, de modo que creía saber qué era lo que se debía hacer. Con todo, dejaría que el presidente hiciese todos los trámites del caso. Podría ser divertido o, como dije antes, podría estar equivocado yo.

Dos días después llegué al estadio marchando entre la retaguardia de la procesión con el presidente a mi derecha. Era un día caluroso y soleado, tal como se había pronosticado y los estudiantes vestidos con sus togas y birretes estaban de pie junto a los asientos. Las tribunas estaban llenas de gente feliz formando un tablero complejo de manchas multicolores. En los bordes merodeaban hordas de jóvenes fotógrafos con la esperanza de sacar tomas de los graduados en el momento de recibir el diploma, o cuando se realizase la procesión académica. Unos pocos me fotografiaron, atraídos, supongo, por la majestuosidad de mi porte.

No pude menos que reparar en que el presidente había dejado un espacio inusualmente amplio entre ambos. Sé que estaba pensando, sin duda, en el tirador armado con un rifle y no deseaba convertirse en el proverbial “inocente espectador”.

Desde la plataforma me dediqué a contemplar al auditorio. Tenía mayor seguridad

que nunca de que nadie dispararía desde las tribunas ni conseguiría hacer un disparo certero como anunciaba, aunque lo intentase. Si alguien trataba de apuntar con un rifle tendría que hacerlo desde algún lugar aislado donde la tarea de apuntar pudiera hacerse con calma y tranquilidad... como en el caso de Oswald. Busqué ventanas que diesen al estadio, pero no las había.

La plataforma central estaba parcialmente techada en el fondo, arriba y también en algunos sectores laterales. Delante de nosotros estaba la gente que llegaba hasta las paredes del estadio y más allá, nada, salvo el cielo azul.

En primer plano estaban los organizadores, los fotógrafos y periodistas, los cuales daban la usual nota de corridas y desorganización. Tanto mejor, uno de los fotógrafos era en realidad uno de mis propios hombres que sabía bien lo que debía buscar y yo quería que pasase inadvertido. Además, en algunos puntos de las tribunas estaban los guardias destacados por el presidente y los que yo no había visto. Habló el presidente, el pastor pronunció una oración de bendición para todos, uno de los estudiantes dijo unas pocas palabras con tono tímido y luego yo me puse de pie, mientras el presidente me dirigía algunos elogios que, según se suponía, justificaban el diploma que se me confería. Terminados los adjetivos, me colocaron el birrete en la cabeza y todos se apartaron, dejándome solo en el estrado para que pronunciase mi discurso durante veinte minutos. Era el momento. Si el presunto asesino pensaba seriamente matarme y si además se proponía de veras no causar daño a nadie más, este era el momento. Yo estaba solo, o por lo menos, más solo de lo que estaría ningún otro durante la ceremonia. Había veinte personas más en la plataforma, pero estaban bastante detrás de mí y se habían sentado. Un disparo apuntado a mi cabeza, por ejemplo, no heriría a nadie si no me daba a mí. Y en ese momento yo tendría que esperar que no diese en el blanco, o mejor aún, tendría que prevenir el hecho antes de que se produjese. Tenía delante mi discurso manuscrito, pero tendría que improvisar, pues debía vigilar lo que ocurría frente a mí. No pude menos que recorrer las tribunas con los ojos antes de comenzar a hablar, pero fue una tontería hacerlo. No era probable que distinguiese nada a esa distancia y para cuando oyese el estampido del rifle frente a mí, la bala ya habría entrado. ¡Dejaría esa parte a los guardias! Me concentraría en lo que ocurría inmediatamente delante de mí. Confiaba en mi amigo, cuya presencia noté en un costado, pero dos pares de ojos son mejores que uno.

—Agradecemos el hecho —comencé a decir con estudiada elocuencia— de que no se trate de una vida de innoble molición la que el mundo de hoy nos llama a vivir y que las controversias y conflictos en que nos vemos envueltos nos exija hoy...

En el instante en que pronuncié la palabra “controversias” localicé al asesino. Al mismo tiempo lo hacía mi colaborador. No tuvo necesidad de ninguna señal, procedió simplemente a avanzar.

Rodearon al hombre con tal limpieza y se lo llevaron con tanto silencio que dudo

que el presidente reparara en nada. Terminé mi discurso con frialdad y aplomo y tuve la satisfacción de comprobar que el presidente estaba maravillado de mi autocontrol frente al peligro. Sólo más tarde le contaron el peligro que había corrido.

Pero entre tanto, me vi obligado a permanecer sentado, contemplando la interminable distribución de diplomas. Fue todo muy, muy aburrido.

Para entonces el vaso de Griswold estaba vacío, de modo que no tuvimos reparos en sacudirlo hasta que despertó.

—¿Cómo vio al hombre del rifle? —le pregunté con exasperación—. ¿Dónde estaba? ¿Cómo introdujo el rifle en el estadio y qué delató su presencia?

Griswold dio la impresión de comprender lo que le preguntaban con gran dificultad. Por fin dijo:

—¿Qué rifle? Les dije una y otra vez que era imposible introducir un rifle. El presunto asesino habló de apuntarme con su mira y de lograr un “disparo certero”. El idioma inglés tiene tales características que esto puede referirse tanto a una cámara fotográfica como a un arma. Y en todas estas ceremonias se ven millares de cámaras. Cualquiera podía llegar al estadio con una cámara. Por ello yo estudiaba a todos los que estaban ubicados frente a mí. Cuando vi que alguien levantaba una cámara y la apuntaba hacia mí —alguien que en ningún momento había tomado otras fotografías — mi hombre lo vio y de inmediato lo prendió.

—¿Quiere decir que pensaba tomarle una fotografía? —preguntó Jennings.

—No, precisamente —repuso Griswold—. De haber llegado a apretar el botón habría partido una flecha envenenada desde la cámara. Probablemente no me habría alcanzado, pero de haberlo hecho, podría haberme envenenado. Detuvieron al hombre para ponerlo bajo observación y aún está en el hospital psiquiátrico, según creo.

## Irresistible a las mujeres (1981)

---

“Call Me Irresistible (Irresistible to Women)”

Baranov suspiró.

—No quiero dar la impresión de no haber tenido nunca éxito en mis relaciones con el bello sexo, pero debo admitir que para lograrlo hay que hacer el esfuerzo de mostrarse seductor. Y no siempre vale la pena.

El respetable ámbito de nuestro club no solía ser caja de resonancia de reminiscencias amorosas y, en lo que a mí respecta, no estaba desde luego interesado en escuchar las de Baranov.

—No tiene por qué implicar un esfuerzo —dije—. En algunos hombres, el despliegue de simpatía es una segunda naturaleza.

Al decir esto, me erguí un poco, como un pavo real. Jennings, en cambio, manifestó con bastante malignidad:

—Te he visto correr tras ellas sin mayor éxito... En tu caso, probaría otros recursos.

Entonces, desde las profundidades del sillón, del cual podría haber jurado que provenían los leves suspiros de un rítmico ronquido, llegó la voz de Griswold.

—Conocí una vez a un hombre irresistible para las mujeres. Nunca necesitó recurrir a la seducción. Por el solo hecho de existir, las atraía como abejas a un panal.

—Hombre afortunado —comentó Baranov.

—Depende de tu concepto de lo que es la fortuna —dijo Griswold—. Una de esas mujeres lo mató...

No voy a mencionar su nombre [dijo Griswold] ni los de las mujeres involucradas. El hecho provocó un escándalo bastante sonado hace varias décadas. Hoy está olvidado y más vale que así sea. No hay por qué resucitar un pasado desagradable para sobrevivientes y descendientes.

Me consultó sobre el caso la policía. En realidad, el jefe, que era muy amigo mío y conocía mi facilidad para llegar al fondo de las cosas y para pescar al vuelo todo aquello que otros no suelen advertir.

—Griswold —me dijo—, están implicadas en este caso cuatro mujeres y cualquiera de ellas podría ser la asesina. Cada una de ellas tenía su motivo, los medios y la oportunidad, de modo que sólo se trata de identificar a la que cometió el crimen.

—Pero la policía puede hacerlo, ¿no? Sobre todo si investigan a fondo. Tienen pocos sospechosos.

—Es cierto —dijo el jefe de policía—, pero llevará tiempo y hombres, que, en este momento, no puedo darme el lujo de desperdiciar. Si usted se limita a entrevistar a cada una de las mujeres, estoy seguro de que podrá identificar de inmediato a la

culpable.

Siempre me satisface ayudar a la policía, de modo que acepté dedicar un día al misterio... tiempo que no solía conceder fácilmente porque en esos días estaba muy ocupado.

En cuanto a ustedes, puedo identificar muy bien a las cuatro mujeres por el color del pelo: una lo tenía negro, otra castaño, otra rojizo y otra rubio. Al parecer no eran las únicas mujeres en la vida del hombre, pero sí eran las que lo habían visitado en las primeras horas de la noche fatal. Todas habían sido rechazadas con mayor o menor firmeza, pues, Don Irresistible había encontrado una nueva amiga que, por el momento al menos, lo había puesto fuera de circulación. Como es natural, las cuatro se sentían profundamente agraviadas. Una de ellas se sintió tan afectada que ya avanzada la noche volvió para suplicarle que no la abandonara. Según parece, la negativa del hombre fue férrea, de modo que la mujer tomó un cuchillo de la cocina que estaba en algún lugar del departamento y se lo enterró con la mayor limpieza en el pecho. Y mantuvo la suficiente presencia de ánimo como para borrar las huellas del mango antes de retirarse. Tal es, por lo menos, la reconstrucción del crimen.

Las huellas digitales halladas en el resto del departamento no tenían mayor importancia: las cuatro mujeres lo habían visitado. Había testigos en cuanto al hecho de que una de ellas había vuelto, pero no fue posible identificarla a causa de la oscuridad reinante, aparte de que se la vio sólo fugazmente.

Ninguna de las cuatro contaba con una coartada satisfactoria para el período en cuestión. Todas estaban muy nerviosas, furiosas por haber sido rechazadas y cualquiera de ellas podría haber sido la que echara mano al cuchillo. La quinta mujer, la amiga nueva, se presentó inmediatamente. No tenía motivos para cometer el crimen y sí una coartada. Decididamente no estaba entre las sospechosas.

Entrevisté a las cuatro y comprobé el asombro de cada una de ellas al enterarse de la existencia de las otras. El asombro no podía ser fingido ante un investigador tan hábil como yo. No pude evitar sentir un profundo respeto por la habilidad de Don Irresistible para mantener en cada una el convencimiento de ser la única en la vida de ese hombre.

Pelo Negro afirmó que la víctima era irresistible.

—Había algo en él... —dijo.

—¿Exactamente, qué? —pregunté.

—No creo que pueda precisarlo.

—¿Sumamente apuesto? (Yo sabía que no lo era. Había visto su fotografía.)

—No. Solamente pasable.

—¿Hermosa voz?

—No especialmente hermosa.

—¿Educado? ¿Culto? ¿Ingenioso?

—¿A quién le importan esas cosas?

—¿Bueno en la cama?

—Bastante. Pero me sentí atraída por él antes de llegar a esa etapa.

—Pero usted no sabe con exactitud qué lo hacía tan atrayente.

—No sabría expresarlo.

Las cuatro mujeres se mostraron de acuerdo sobre ese punto. Nadie pudo especificar concretamente qué lo hacía irresistible, pero todas concordaron en que lo era.

Pregunté a Pelirroja si el hombre usaba alguna loción para afeitarse particularmente exquisita.

—No usaba ningún tipo de perfume —dijo—. Jabón sin perfume. Desodorante sin perfume. Es algo que me gustaba en él. No soporto los perfumes intensos ni en mí ni en los hombres.

Era algo que las cuatro mujeres tenían en común. Ninguna de ellas tendía a ahogarlo a uno en una pesada ola de sustancias químicas olorosas.

Pelo Castaño fue la única que mostró pesar. Todo el tiempo parecía sorberse las lágrimas y tenía los ojos enrojecidos. Afirmó que no creía que ninguna de ellas pudiese haberlo matado.

—¿No sintió despecho ante su cínica conducta? —le pregunté.

—Me daba rabia, pero sólo cuando estaba lejos de él. Fuera de su presencia sentía verdadera indignación. —Pelo Castaño se sonó la nariz—. En cambio cuando lo veía, desaparecía. Lo único que sabía era que quería estar junto a él. Simplemente, tenía algo. Estoy segura de que las otras sentían lo mismo que yo.

Simplemente, tenía algo. Era lo único que podía arrancarle a las cuatro. La Rubia daba la impresión de ser la menos inteligente, la más dispuesta a hablar.

—¿Cómo lo conoció? —le pregunté.

—Fue en una fiesta. Nadie nos presentó. Lo vi algo apartado en un rincón y no me llamó la atención. Tenía un aspecto bastante común y no atrajo demasiado mi mirada. Pero luego, al pasar a su lado, no pude dejar de advertir algo atrayente en él. Me detuve, y le dije: “¡Hola!” Él levantó la vista, me sonrió y me dijo: “¿Qué tal?” Y así fue como nos conocimos.

—¿Algo en la sonrisa? —sugerí—. ¿Cierta osadía?

—No diría eso... Era una sonrisa como todas. Hablamos un rato. No recuerdo de qué.

—¿Pero recuerda que fue una conversación fascinante? ¿Brillante, diría?

—No... No la recuerdo en lo más mínimo. Tiene que haber sido una conversación como cualquier otra. De todos modos, me llevó a su departamento y estar con él fue algo maravilloso.

—¿Habilidoso en la cama?

—No estaba mal, pero los he conocido mejores. Lo que sé es que fue maravilloso estar con él.

La Rubia estaba en total acuerdo con Pelo Castaño en cuanto a que en presencia de Don Irresistible jamás habría podido dañarlo, hiciera él lo que hiciera. Las cuatro mujeres estaban de total acuerdo.

Existía la posibilidad de que tuviesen razón. Quizá ninguna de ellas lo hubiera matado. Podría haber sido un ladrón de sexo masculino. Según cabe presumir, Don Irresistible no ejercía su fascinación con los hombres.

Un llamado telefónico al jefe de policía desvirtuó la posibilidad. No había señales de que la entrada hubiera sido forzada y no se habían llevado nada. Además, la persona que vieron entrar en el departamento esa noche tarde era una mujer. La opinión al respecto de dos testigos fue terminante.

¿Qué tipo de fascinación era la de Don Irresistible? De alguna manera estaba convencido de que si lograba descubrirlo, podría solucionar el misterio.

No voy a negar que jugué con la idea del hechizo.

¿Tenía Don Irresistible algún truco mágico que le daba esos resultados? ¿Ejercía algún tipo de sortilegio en sus víctimas, no en sentido figurado, sino literal?

Tenía mis dudas. Después de todo, una de sus víctimas se volvió contra él y lo mató. Si él recurría a algún tipo de truco mágico, por cierto debía ser suficientemente hábil para que no le fallase en momentos decisivos. No, su don tenía que ser natural y le falló en el momento crucial. ¿En qué había consistido su don y de qué manera le falló?

Me comuniqué una vez más por teléfono con cada una de las mujeres.

—¿Alguna vez se comunicó por teléfono con él?— les pregunté sucesivamente.

Todas habían hablado por teléfono con él.

—¿Le creaba la conversación una cálida atmósfera amorosa?

Cada una de las mujeres pensó un rato y por fin decidió que las conversaciones telefónicas no habían tenido particular importancia.

—¿Le gustaba que él la tuviese entre sus brazos?

—Hasta el éxtasis.

—¿Aún en la oscuridad?

Pelirroja dijo con vehemencia:

—En la oscuridad era mejor aún. Me podía concentrar más en él.

Las otras opinaron lo mismo.

Por fin, decidí que contaba con todos los elementos de juicio. Antes de medianoche hice llegar mi respuesta al jefe de policía. Me había llevado un día de trabajo encontrarla y desde luego acerté, porque...

Jennings era el más próximo a Griswold y logró pisarle un pie antes de que se volviera a dormir.



—No te duermas —le dijo—. ¿Cuál era el secreto de su fascinación?

—¡Ay! —se quejó Griswold y luego, soplando detrás de su bigote, nos miró indignado—. Es imposible que no lo sepan. Si descartan lo sobrenatural los sortilegios y las pociones, todo se reduce a los sentidos. Hay tres sentidos de larga distancia: la vista, el oído y el olfato. Resulta obvio que Don Irresistible era un hombre del montón y con una voz vulgar. Cualquiera de las mujeres podía mirarlo desde lejos o hablar por teléfono con él sin caer presa de su encanto. Para ser seducidas era necesario aproximarse y la proximidad involucra el sentido del olfato.

—Pero no usaba perfume —observé—. Tú mismo lo dijiste.

—Ni más ni menos. Pero existen olores naturales. El olor de la transpiración reciente puede ser afrodisíaco. Se han localizado compuestos en la transpiración limpia de los hombres que las mujeres hallan atractivos. Tienen olor a sándalo, según creo. Sin duda, buena parte de la atracción entre los sexos es resultado de estos sutiles mensajes químicos pero, en nuestra sociedad, con su énfasis en los perfumes artificiales intensos de todo género, los olores naturales se diluyen. Don Irresistible no usaba esencias ni perfumes. Tenía un olor natural pronunciado, sospecho, y las mujeres que al igual que él tampoco usaban perfumes y cuyo sentido del olfato era por lo tanto más fino, lo hallaban atractivo. Y lo hallaban atractivo en esta época insensible a los aromas sutiles, sin saber siquiera por qué. Ahí tenía que estar la clave.

—Sí —dijo Baranov—. Pero, ¿quién lo mató, entonces?

—Es evidente. Yo les dije que Pelo Castaño era la única que parecía apesadumbrada. Tenía la nariz húmeda y los ojos enrojecidos. Puede haber sido el pesar, pero también los síntomas de un catarro nasal. En condiciones normales hubiera sido sin duda incapaz de hacerle daño a su amigo, como dijo. Pero a causa de su resfrío, había perdido transitoriamente el sentido del olfato. Transitoriamente era inmune a Don Irresistible. Transitoriamente nada le impedía acuchillarlo... y lo acuchilló.

## No era él (1981)

---

“He Wasn't There”

La noche estaba muy avanzada y una pesada sensación de aislamiento se respiraba en nuestro club. Los cuatro amigos, refugiados en la biblioteca, disponíamos del recinto para nosotros solos.

Jennings debió percibir, seguramente, esa sensación de aislamiento del mundo, pues comentó con aire soñador:

—Me pregunto si alguien vendría a buscarnos si decidiéramos quedarnos aquí.

—Nuestras mujeres extrañarían quizás nuestra presencia al cabo de una semana o dos —dije irónico—. Y se iniciaría la redada.

—Mira —dijo Baranov—. No se puede contar con las redadas. En 1930, un juez llamado Crater salió a la calle en Nueva York y nadie volvió nunca a verlo. En cincuenta años... ni un indicio de su paradero.

—En nuestros días —dije—, con los números de previsión social, las tarjetas de crédito y las computadoras, no es tan fácil desaparecer.

—¿No? —preguntó Baranov—. ¿Y el caso de James Hoffa?

—Me refiero a desaparición voluntaria. A gente que siga viva.

Desde el fondo de su sillón Griswold se agitó y emitiendo gruñidos pareció resucitar.

—En cierto modo —dijo— diría que hoy es más fácil desaparecer. Con la sociedad cada vez más heterogénea, con individuos cada vez más egocéntricos, ¿a quién puede importarle que una persona más, una menos, se escurra sin ruido a través de los movimientos mecánicos de una mínima participación social? Yo conocí una vez a un hombre en el Departamento por cuya identificación se hubiera dado cualquier cosa pero no era él...

—¿Qué Departamento? —preguntó Jennings, pero Griswold nunca respondía preguntas como esa.

Me pregunto [dijo Griswold] si alguna vez han pensado ustedes en la prolija cadena de coincidencias que forman la red con la cual se aísla al agente extranjero y se neutraliza su acción. No es necesario arrestarlo y ejecutarlo al amanecer. Lo que necesitamos saber es, en cambio, quién es y dónde está. Una vez descubierto, el agente deja de ser un peligro. En realidad se convierte en una verdadera ayuda para nosotros, en particular si no sabe que lo han identificado. En ese caso podemos tratar de que obtenga información falsa. Se convierte así en nuestro canal en lugar de ser el canal del enemigo.

Pero no es fácil. Por lo menos, no siempre es fácil. Hubo un agente extranjero que siempre se las arreglaba para mantenerse justo en el límite de nuestro campo visual. Lo apodábamos “Fuera de Foco”.

Sin embargo, poco a poco, fue posible ir estrechando el círculo hasta que llegamos a la conclusión de que el centro de sus operaciones era un edificio determinado medio derruido. En otros términos, localizamos su oficina.

Con infinita cautela, tratamos de seguir sus pasos sin provocar su huida a una nueva base, lo cual nos hubiera obligado a repetir la fatigosa tarea de ubicarlo. Encontramos rastros de su existencia en los comercios de alimentos de las inmediaciones, por ejemplo, en los quioscos de venta de diarios y en la oficina de correos. Pero nunca conseguimos una descripción precisa de su aspecto físico ni pruebas concretas de que fuera el hombre que buscábamos.

Para nosotros siguió siendo el señor Fuera de Foco. Dimos con el nombre que usaba: William Smith y el nombre nos dio una idea para intentar tenderle una trampa. Supongamos que un abogado hubiese estado buscando a un tal William Smith por ser el beneficiario de un importante legado de dinero. En ese caso, los vecinos colaborarían encantados. Si alguien a quien conocemos tiene probabilidades de obtener una herencia inesperada, deseamos ayudarlo, aunque sólo sea porque hacerlo podría despertar su gratitud y darnos la posibilidad de pedirle un préstamo. Smith podría no reaccionar instintivamente por unos instantes si la posibilidad de obtener dinero apareciese inesperadamente delante de sus narices, como la zanahoria frente al asno, y aun cuando creyera que no era el beneficiario no cuestionaría la busca.

Después de aleccionar prolijamente a un abogado le indicamos que buscara la manera de dar con William Smith. No fue posible. Hacía días que nadie lo veía. Nadie tenía información alguna. El único que mostró curiosidad fue el encargado del edificio que teníamos ubicado. Era de suponer que la posibilidad o no de cobrar alquiler del mes siguiente sería una de sus preocupaciones inmediatas. El hecho de que hubiera desaparecido —aunque provocara nuestra frustración— nos dio por lo menos la oportunidad de iniciar una busca policial justificada. Nada dramático: simplemente se abrió el caso de un desaparecido. Un detective de la repartición pidió con aire aburrido ver el departamento. El encargado lo autorizó a entrar.

Dos habitaciones, una pequeña cocina, un cuarto de baño. Nada más. Nada que nos revelara nada acerca del ocupante, salvo que quizá fuera escritor cosa que, por otra parte, nos había dicho ya el encargado.

Pasaron los días sin que se lograra el menor rastro de William Smith. Ya no era simplemente Fuera de Foco, había desaparecido del todo, y teníamos la ingrata sospecha de que la desaparición era definitiva —como la del juez Crater—, y de que su peligrosidad sería mucho mayor mientras no lográsemos localizarlo.

Y entonces fue cuando nuestro jefe hizo lo que debería de haber hecho desde el principio.

Me envió a mí a inspeccionar el departamento. Siempre, desde que era joven, tuve mucha habilidad para adoptar el aspecto de individuo atolondrado. Es una

cualidad útil, además, porque hace que la gente baje la guardia. Yo tenía la seguridad de que el encargado hablaría con mucho mayor libertad cuando le diera lástima verme medio perdido en ese departamento.

El hombre no hizo ademán de retirarse una vez que me dejó entrar y, desde luego, yo no le pedí que se retirara.

—Siguen buscándolo, ¿eh? —me preguntó.

—Sí —respondí—. Tengo que redactar un informe.

—Su familia debe estar muy preocupada. No sé si sabe usted que recibió un legado o algo así. Pienso que la familia debe de querer el dinero aun cuando no lo quiera a él.

—Seguramente —convine y seguí revisando el departamento.

Uno de los cuartos era una pequeña biblioteca, quiero decir, que ni el cuarto era grande ni los libros eran muchos. En su mayoría libros de consulta y de ciencias. Decidí que Smith podría ser un escritor de temas científicos. Necesitaban aparentar algún oficio. Los libros no eran flamantes y algunos parecían bastante usados. Había además un sofá tapizado, una mecedora de madera y una mesa. Eso era todo, salvo los anaqueles de los libros.

El otro cuarto tenía también varios anaqueles, inclusive el que guardaba la Enciclopedia Británica. En él había un gran escritorio, un sillón tapizado, varios archivos, una máquina de escribir eléctrica sobre una mesita especial con su correspondiente silla giratoria, un globo terráqueo y además todos los elementos propios del oficio de escritor: resmas de papel, lapiceras, clips de alambre, papel carbónico, pisapapeles, sobres, estampillas y demás.

El hombre era muy cuidadoso. Todo estaba guardado en los estantes o bien en los ficheros, en cajones del escritorio o sobre él. Con excepción de las piezas de moblaje que acabo de mencionar, no había nada en el suelo. Tampoco había fotografías de ninguna clase en las paredes desnudas de todo objeto enmarcado.

No se habían encontrado huellas digitales útiles.

—Usted no retiró nada de aquí, ¿no? —pregunté.

Después de todo, el encargado disponía de una llave.

—¿Quién, yo? ¿Con la policía merodeando? ¿Está loco?

—¿Está seguro de que no podría identificar al hombre? —insistí.

—Todos ustedes me lo preguntaron mil veces. Traté de decir cómo era, pero no es gran cosa. ¿Sabe cómo es? Como otros mil.

Contuve un rezongo. El agente exitoso tiene que tener el aspecto de otros mil pues, de lo contrario, no sirve para nada. Habían hecho comparecer al encargado a la estación de policía, donde debió mirar una serie interminable de fotografías con el fin de localizar a alguien que se pareciera a William. El hombre terminó por elegir seis, pero ni una de ellas tenía parecido alguno con las otras cinco. Smith seguía fuera de

foco.

En la oficina había dos armarios de pared. Ropas, claro. Nada fuera de lo común.

Entré en el cuarto de baño. Los artículos de tocador habituales, más o menos usados.

En la cocina, dispuesta contra una pared, había una pequeña colección de comestibles en frascos o en latas. También algunos cubiertos y un abrelatas. Nada parecía muy usado.

El encargado se encogió de hombros y dijo:

—Pienso que comía afuera la mayor parte del tiempo. Es lo que les dije a los otros.

—¿Pero no sabe usted dónde?

El hombre volvió a encogerse de hombros.

—Yo me ocupo de mis cosas. En este barrio es lo mejor que se puede hacer.

—La gente de la estación de policía afirma que usted dice haber hablado con él alguna vez.

—Le diré... Cuando subía a cobrar el alquiler o a arreglar la flor de la ducha cuando goteaba. Cosas así.

—¿Qué tipo de cosas escribe?

—No lo sé. Nada de lo que yo leo, puedo asegurarle.

El hombre dejó escapar una risita maliciosa.

—No veo libros con su nombre aquí —comenté.

—Una vez me dijo que escribía mucho para las revistas. Tal vez no escribiese libros. No creo que haya usado su nombre real. Creo que me lo dijo una vez.

—¿Para qué revistas escribía?

—No lo sé.

—¿Bajo qué nombre escribía?

—Tampoco lo sé. Nunca me lo dijo y yo no se lo pregunté. No es asunto mío.

—¿No molestaba a los vecinos cuando escribía a máquina?

—Nadie se quejó nunca. Escuche, en esta casa podría pegarle a su vieja a las tres de la madrugada y ella gritar como un cochino y nadie se quejaría de nada.

—¿Oyó alguna vez el ruido de la máquina?

—¿Quiere decir, desde mi departamento? No. Estoy dos pisos más abajo.

—¿Y al pasar por el vestíbulo exterior?

—Claro. Alguna vez. Muy bajo. Un edificio antiguo como este tiene buenas paredes.

—¿Lo vio escribir a máquina alguna vez?

—Por supuesto. Venía a arreglar alguna cosa y oía el “tap, tap, tap” de la máquina. Como le dije, muy pocas veces. Él me dejaba entrar, volvía a sentarse y seguía escribiendo. Probablemente no ganaba mucho, de lo contrario no habría vivido

aquí. —El encargado volvió a encogerse de hombros.

Murmuré algo y me retiré. Había allí tres vecinos más. Ninguno supo describir al hombre desaparecido y todos insistieron en que no sabían nada acerca de él. Una vecina creía haber oído escribir a máquina algunas veces, pero nunca había prestado mucha atención.

—Mire, señor, nosotros no nos metemos con nadie —declaró.

Y no mentía. Allí evidentemente, ya no tenía nada que hacer.

Ni falta que hacía. Era obvio que Smith estaba ya dentro de foco. Sin que él se enterase sabíamos quién era y dónde estaba. A partir de ese momento Smith dejaría de serle útil al enemigo y sería de gran utilidad para nosotros hasta que... hasta que el enemigo supiera que habíamos descubierto el secreto de su identidad. Cuando lo supo lo detuvimos, antes de que ellos consiguiesen que el hombre sufriera un accidente fatal.

Si no les molesta, voy a reforzar un poco mi whisky.

Griswold hizo ademán de levantarse, pero Jennings empujó su sillón hacia él y le dijo:

—Tendrás que morirte de sed, ni más ni menos, hasta que nos digas dónde estaba y quién era.

Griswold junto las cejas blancas con gesto de fastidio.

—¡No me digan que no les resulta obvio! William Smith nunca existió. Era un truco creado por el enemigo para desviar la atención del Departamento en caso de que llegase a aproximarse demasiado. Casi les da resultado. Pero gracias a un detalle descuidado, me resultó claro que nadie usaba nunca el departamento para escribir nada y, como el encargado llegó a afirmar que había visto escribir a Smith, la conclusión fue que quien mantenía la superchería era el mismo encargado y que él era nuestro sospechoso. Eso es todo. Lo más sencillo del mundo.

—No, no es sencillo —dijo Baranov—. ¿Cómo supiste que no se usaba nunca ese departamento?

—Le faltaba lo esencial. Es posible escribir sin una biblioteca y sin libros de consulta. Se puede escribir sin un escritorio. Se puede escribir sin máquina de escribir. Ni siquiera es necesario contar con papel. Se puede escribir en el reverso de los sobres, en las bolsas de papel del mercado, o en el margen de los diarios.

En cambio, señores, cualquier escritor podrá decirles que existe un objeto sin el cual no puede pasarse el escritor y ese objeto no existía en este departamento. Les dije todo lo que había, pero no lo mencioné.

—¿Qué era? —pregunté, impaciente. El bigote blanco de Griswold se erizó.

—Un canasto de papeles —dijo—. ¿Cómo puede ningún escritor profesional arreglarse sin él?

## La línea delgada (1981)

---

“The Thin Line”

Griswold no había asistido a varias cenas consecutivas de las que habitualmente celebrábamos en el club. Pero en ese momento estaba sentado allí, en apariencia, profundamente dormido. Su bigote nevado e hirsuto se levantaba y se hundía con toda regularidad al compás de la respiración.

—No puede haber estado ausente por trabajo —dije yo—. Tiene que estar ya jubilado.

—¿Jubilado como qué? —preguntó Baranov con tono escéptico—. No creerán ustedes esas historias fantásticas que nos cuenta, ¿no?

—No lo sé —dijo Jennings—. La mayoría de ellas parecen plausibles.

—Es cuestión de opiniones —dijo Baranov—. En primer lugar, todas esas historias de espías y dobles agentes... apuesto a que son fruto de su imaginación. Les diré más, estoy seguro de que nunca salió de este país. ¿Qué clase de espía es el que nunca abandona su país? ¿Qué hay que hacer en los Estados Unidos?

El vaso de whisky con soda de Griswold, lleno hasta el borde y sostenido en el aire mientras dormía, sin que se derramara una gota, se movió apenas en dirección a los labios de nuestro amigo. Fue subiendo y por fin llegó a los labios. Griswold, sin signos de haber despertado, sorbió el whisky con delicadeza, apartó su vaso y dijo:

—No he dicho que nunca haya abandonado el país. —Abrió luego los ojos y prosiguió—: Aún cuando lo hubiese dicho, aquí mismo, en nuestro país, hay bastante que hacer para mantener ocupado a un agente. Hay una honrosa lista de los que murieron aquí, bajo nuestra bandera estrellada... Como Archie Davidson, para mencionar solo a uno.

Archie Davidson [dijo Griswold] nunca salió de los Estados Unidos, algo que ustedes, hombres de mentalidad uniformada, parecen atribuirme también a mí. Debo decir que en sus doce años de servicio en el Departamento Archie nunca dejó de estar ocupado.

¿Se les ha ocurrido, señores, que existen más de un centenar de embajadas extranjeras y un número mucho mayor aún de consulados dentro de los Estados Unidos?

Cada uno de ellos debe reunir información útil a su país, tal como lo hacen nuestras embajadas y consulados en el extranjero en nombre de nuestra nación. La recopilación de información debe realizarse en forma más o menos clandestina en muchos casos, ilegal y con fines que amenazan la seguridad de nuestro país.

Además, las batallas políticas internas de diversas naciones se libran dentro del territorio de los Estados Unidos. Hay distintos grupos terroristas, de disidentes o de gente que lucha por su libertad (se les da diferentes nombres, según el punto de vista)

y que operan en nuestro territorio.

Todos estos casos exigen nuestra atención y Archie era un agente excelente: discreto, hábil y persuasivo.

Es importante que fuera persuasivo. Una de las tareas de cualquier agente capaz es lograr la confianza de alguien del lado opuesto. Quien trabaja para el enemigo es, obviamente, una excelente fuente de información, se trate de un individuo que ha abandonado su patria por principios, de un hombre codicioso que busca dinero u otras recompensas o, simplemente, de un charlatán con exceso de confianza en sí mismo. Como es natural, el primero representa la fuente más confiable de información y es quien tiene mayores probabilidades de correr grandes riesgos.

No había nadie como Archie para localizar al enemigo dispuesto a trabajar con nosotros en nombre de sus principios. En el momento al que voy a referirme, contaba con uno de estos hombres. Desde luego no teníamos mayores detalles, pero el Departamento tenía la certeza de que Archie tenía su desertor. Era la forma más sencilla de explicar el tipo y la confiabilidad de los datos que nos pasaba.

Por otra parte nunca tratamos de establecer quién era la fuente. Lo mejor es no averiguarlo.

Cuando se cuenta con un espía en el campo enemigo, cuanto menos se conozca su identidad, más seguro estarán el espía y su contacto. Basta que el agente confíe su identidad a un colaborador por confiable que sea para que se produzca un punto débil. Siempre es posible interceptar e interpretar mensajes, oír clandestinamente alguna palabra, comprender ciertos gestos. La conducta observada por dos individuos puede servir como una pista más confiable a los ojos del enemigo que la conducta de uno solo. Lo mismo puede decirse de la de tres personas y así sucesivamente...

Es mejor, entonces, que exista una línea sumamente delgada entre el agente y el informante enemigo, muy delgada, como digo. Si el agente es el único que conoce al informante, mejor. El informante mismo se siente más seguro si tiene la certeza de que sólo una persona está enterada de lo que hace. En este caso hablará con mucha mayor libertad. Archie tenía la habilidad de inspirar confianza y lo lograba porque sabía que nunca había sido un agente doble.

Para nosotros fue una pérdida especialmente lamentable que matasen a Archie.

No había manera de determinar si lo mataron en el cumplimiento del deber. Nadie dejó su tarjeta de visita. Simplemente lo encontraron muerto en el zaguán de una casa de una calle de arrabal en una de nuestras importantes ciudades del este.

Lo habían acuchillado y se habían llevado el arma. No tenía la billetera y era natural pensar que había sido víctima de un asalto.

Fue así como lo interpretó la policía local. Archie no era una persona muy conocida. Tenía esa manera profesional de disimular su presencia y se hacía pasar por empleado de un comercio de bebidas alcohólicas. La policía no tenía ningún motivo



para dedicar especial atención al caso ni la prensa para moverse demasiado.

Tampoco podía el Departamento mostrar demasiado interés. En primer lugar, no descubrimos el hecho hasta bastante después de haber sucedido. En segundo lugar, habría sido contraproducente que el Departamento se pusiera al descubierto.

Parecía lícito suponer que el crimen no hubiera sido más que un asalto con robo vulgar sin relación alguna con el trabajo de Archie. En tal caso, sin duda habría sido un paso en falso dar lugar a que cualquiera se dedicara a vigilar (y desde luego vive vigilándonos una cantidad de gente indeseable) para descubrir que Archie había sido un agente nuestro. El descubrimiento podría haberlos llevado hasta otros y hubiera puesto en peligro buena parte de nuestro trabajo. En particular, podría haber puesto en peligro al informante enemigo que utilizaba Archie y que tal vez aún nos era posible salvar.

Por otro lado, no nos importaba mucho en realidad que a Archie lo hubiese matado un asaltante común o el enemigo. En el Departamento no creemos en la venganza. No vamos a perder el tiempo tratando de establecer quién mató a uno de nuestros hombres para poder matarlo nosotros. Nuestro trabajo es mucho más importante que melodramas de ese género. Además, aunque hubiesen matado a Archie por orden de una importante embajada extranjera, era muy probable que el asesino fuese algún drogadicto pagado que ni siquiera sería capaz de recordar los pormenores de su contratación.

No, lo que era importante para nosotros era el trabajo de Archie, no Archie. Y la parte más importante de su trabajo era en aquel momento su relación con el informante enemigo, esa línea delgada, tan delgada, en verdad, que estaba trazada sólo entre esas dos personas y que ahora, al haber muerto una de las dos, se había cortado.

A menos, sin duda, que de alguna manera Archie hubiese conseguido dejar información que nos permitiera reconstruir la línea. No parecía muy probable que lo hubiese hecho, pero habría sido su deber y, por lo tanto, había que estudiar la posibilidad.

Como era natural, me tocó a mí encargarme de los tratos con la policía. Mi aire de serena autoridad siempre daba resultado frente a ella y calmaba las aguas tormentosas que se levantaban en forma inevitable cuando la gente local temía que la avasallasen las autoridades federales. Dedicué mucho tiempo a ciertas maniobras que me servían para ocultar el motivo preciso por el cual Washington se interesaba en el caso, pero no quiero aburrirlos con esa parte. Contaré la historia en forma mucho más directa de cómo ocurrió en realidad.

—¿Estaba aún vivo cuando lo encontraron? —empecé por preguntar.

—Qué va... Hacía por lo menos tres horas que había muerto.

—Qué lástima. Siempre es mejor cuando les resta un poco de vida y pueden decir

algo.

—¿Cómo por ejemplo, “El hombre que me mató era” para luego estirar la pata antes de llegar a dar el nombre?

—Es preferible que lleguen a dar el nombre. Supongo que no dejó ningún mensaje, ¿no?

—Usted habla de esos que se escriben con la propia sangre en el pavimento. —El hombre de Homicidios estaba apunto de perder los estribos, pero no le di el gusto—. Había un poco de sangre en la chaqueta que llevaba, pero nada cerca de las manos ni en ellas. Y lo que es más, no había garabatos en el suelo, ni palabras formadas con cáscaras de banana u otra basura. Mire, le faltaba la billetera y lo más que pudimos hacer fue establecer su identidad.

—¿Le revisaron los bolsillos?

—Claro.

—¿Nada interesante? ¿Tiene una lista?

—Tengo algo mejor —dijo el detective—. Aquí tiene lo que había. —Al decir esto me pasó una bolsa de plástico y dejamos caer su contenido sobre el escritorio.

Revisé el material. Llaves, monedas, un peine de bolsillo, una agenda, un estuche para anteojos, un bolígrafo. Revisé la agenda. No había nada en ella pero sí varias hojas arrancadas. El buen agente registra lo menos posible en blanco y negro. Si por alguna razón tiene que anotar algo, se deshace de ello lo más pronto posible.

—¿Nada más? —pregunté. El detective agitó la bolsa de plástico sin decir una palabra. Con la sorpresa que es de imaginar vio cómo caía del interior una bolita de papel. La levanté y estiré el papel. Decía con letras irregulares, todas mayúsculas LLAMAR TAXI.

El papelito era una hoja de la agenda. Utilicé el bolígrafo para hacer algunas marcas en otro pedazo de papel sobre el escritorio y comprobé que correspondían en cuanto a color y grosor del trazo.

—¿Fue escrito esto después del crimen? —pregunté.

—Podría ser —respondió el detective, encogiéndose de hombros.

—¿En cuál de los bolsillos lo encontraron? ¿Estaba ya convertido en una bolita? ¿Dónde estaba el bolígrafo?

Debimos localizar al policía que descubrió el cuerpo de Archie y también al detective que llegó a la escena del crimen. Los resultados fueron definitivos. La bolita de papel estaba en el bolsillo izquierdo de la chaqueta. El bolígrafo sujeto por la mano derecha de Archie, estaba en el bolsillo derecho. Si nadie había tenido en cuenta esos detalles, era porque no se le había dado mayor importancia al asesinato.

Sin embargo, era claro que el último esfuerzo de Archie, excelente agente como era, nos proporcionaba importante información. Tenía que aludir de algún modo a su contacto, a alguna forma de reconstituir la línea de enlace.

Me puse a reflexionar. Archie no decía qué taxi se debía llamar. ¿Era el de una compañía en particular? ¿Utilizaba él alguna compañía en particular y en tal caso, podríamos averiguar cuál era? ¿Había algún mensaje que nos fuese posible obtener si consultábamos las páginas amarillas de la guía telefónica y revisábamos la sección “Taxis”? ¿O bien se trataba de otra cosa?

Pensé con gran concentración durante un minuto y luego adopté un curso de acción que me permitió localizar al informante enemigo y reconstituir la línea. Antes de que el otro lado localizase al informante y la tomara por su cuenta, tuvimos tiempo de reunir varios elementos de juicio que contribuyeron a la solución satisfactoria de la crisis de los misiles en Cuba. Fue, pues, un desenlace feliz...

—Ni se te ocurra —dije, pisándole un pie para impedir que se durmiese—. No nos has dicho lo importante.

Griswold frunció el ceño.

—Por supuesto que se los dije. Adopté un curso de acción que me permitió localizar al informante enemigo y...

—Sí, pero, ¿cómo? ¿A qué compañía de taxis llamaste?

—No llamé a ninguna. Por favor, hombre, no me digas que no comprendiste. Cuando haces un llamado dentro de la ciudad, marcas siete números. Cada número, del 2 al 9, tiene siete letras incluidas sobre el disco, que se remontan a la época en que las estaciones telefónicas tenían nombres. Tenemos ABC en la posición 2, DEF en la posición 3, y así, sucesivamente. Es posible dar un número formado por letras, siempre que no contenga ni unos ni ceros. En el “1” no hay letras, y en algunos diales hay solo una zeta asociada con el “0”.

Por ello no tuve que llamar a la compañía de taxis. Marqué T-A-X-I-C-A-B, que corresponde en números a 829-4222. Este era el punto de contacto. Sin duda, a Archie le resultó más fácil recordar la palabra que la combinación de números y, cuando agonizaba, todo lo que recordó fue la palabra... Por eso, ya desesperado, la garabateó.

## Melodía misteriosa (1981)

---

“Death Song (Mystery Tune)”

Baranov hizo crujir su diario con decidido ademán de fastidio. Esa noche estábamos como de costumbre sentados en el augusto ámbito de nuestro club.

—Hubo otro asesinato por una pandilla en Brooklyn —dijo.

—¿Qué otra novedad hay? —pregunté, sin mostrarme muy impresionado.

—Lo que pasa ahora —dijo Baranov— es que destinarán quién sabe cuántas horas de trabajo policial a este caso, mientras las tareas de verdadera utilidad se van al diablo. ¿A quién le importa que un pistolero mate a otro? ¡Que se maten todos...!

—Se crea un mal precedente —dijo Jennings con tono sentencioso—. El asesinato es el asesinato y no puedes dejarlo pasar. Además, no sabes en realidad si se trata de un asesinato entre pistoleros hasta que lo investigas.

—Por otra parte —intervine—, casi ninguno de estos crímenes llega a resolverse nunca, de modo que tal vez la policía no pierda demasiado tiempo.

—Sí que lo pierde —respondió Baranov con vehemencia—. Se pierde muchísimo tiempo, demasiado, por poco que sea. Nadie de los involucrados hablará ya la policía no se le permite arrancarles la verdad a golpes. Ni siquiera los parientes más cercanos a la víctima quieren hablar, los muy tontos... Se diría que no quieren que el asesino sea atrapado.

En ese instante Griswold se movió. Sus suaves ronquidos terminaron con una nota estrangulada. Al recobrase se atusó el bigote blanco con la mano en la que no sostenía su vaso de whisky con soda.

—Por supuesto que quieren que el asesino tenga su merecido, pero no por los procedimientos policiales. Quieren que su merecido sea la venganza de la banda, que, dicho sea de paso, es la más segura. La ética criminal se apoya en bocas cerradas. De lo contrario, las fuerzas de la sociedad sabrían demasiado para mal de todos. Una vez hubo un caso... —Griswold comenzaba así otra historia.

Por un instante dio la impresión de quedarse dormido otra vez, pero Jennings, el más próximo a él, le dio un pequeño puntapié en el tobillo. Los ojos de Griswold se abrieron de par en par. Después de un “¡Ay!” pronunciado muy bajo, comenzó a hablar.

Hubo una vez... Fue el caso de Jinks Ochenta y Ocho. Su nombre de pila era Christopher, creo, pero tenía talento como pianista y su manera de acariciar esas ochenta y ocho teclas le valió el apodo. Por lo menos, nadie lo nombró nunca por otro, que yo sepa.

Podría haber llegado a ser un gran pianista, según muchos. Era capaz de tocar cualquier cosa que hubiese oído una vez, de cualquier estilo y los acordes que improvisaba partían el alma. Tenía asimismo una hermosa voz. Pero le faltaba algo.

Carecía de toda iniciativa. Y bebía con la mayor pericia también, malogrando así sus posibilidades.

A los treinta y cinco años, se ganaba la vida con bastante dificultad tecleando en los pianos de diversos bares y clubes nocturnos de segundo orden, y haciendo, además mandados para las bandas. Era un hombre bondadoso, aunque cuando bebía tenía mal vino —y bebía sin parar— el alcohol no parecía interferir su destreza en el teclado.

La policía lo conocía bien y en general lo dejaba tranquilo. Jamás molestaba, de manera que no había la menor oportunidad de levantarle cargo por ebriedad ni escándalo. Nunca consumía drogas ni las distribuía. No participaba en las actividades de las damas de la noche que llenaban los locales donde ejecutaba su música y los encargos que solía cumplir para los “muchachos” eran en verdad completamente inofensivos.

A veces la policía intentaba arrancarle algún dato, pero nunca hablaba.

En una ocasión dijo: “Escuchen, muchachos. No me hace ningún provecho que me vean con ustedes. No se trata de mí, solamente. Tengo una hermana que trabaja mucho, es casada y tiene un hijito. No soy motivo de orgullo para ella, y el solo hecho de que yo viva es un grave estorbo en su existencia. No quiero ser causa de que lo pase peor. No quiero que la molesten y, cualquiera con que advierta que frecuento mucho la compañía de ustedes, los policías, la molestará.

Esa es, desde luego, una de las razones por las cuales la gente no abre la boca, aun en los casos que cualquiera diría que les conviene hablar. Hablar de más es el pecado imperdonable y la venganza se vuelve no sólo contra quien habla sino contra todos los que lo rodean.

La policía lo dejaba, pues, tranquilo, porque lo comprendían y sabían que nunca hablaría y que, además, no tenía nada que decir.

Eso fue lo más triste de su muerte. Lo encontraron en un callejón con un cuchillo clavado en la espalda. Cuando llegó la policía estaba vivo aún. Por excepción, el crimen había sido denunciado. Hubo un llamado anónimo avisando que se oían gritos pidiendo socorro en el callejón. El informante, desde luego, no dio su nombre y cortó inmediatamente la comunicación. En general se encuentran los cadáveres sólo horas después del crimen, cuando toda la vecindad responde con ojos vidriosos cualquier pregunta y uno se encuentra con que muchos de ellos ni siquiera hablan nuestro idioma.

La policía no descubrió nunca por qué acuchillaron a Ochenta y Ocho. Nadie podía considerarlo un hombre peligroso. Por otra parte, en las bandas hay siempre rencillas internas como sucede en todos los grupos de cualquier sociedad y es posible que alguna gestión cumplida por Ochenta y Ocho hubiese provocado el enojo de uno de los miembros de la que lo rodeaba.

Los policías que aparecieron en la escena del crimen conocían bien a Ochenta y Ocho y, como el infeliz todavía estaba vivo, pidieron con urgencia una ambulancia. Ochenta y Ocho los miraba con expresión apacible, sin mostrar la menor preocupación en los ojos.

—Te sacaremos de esto, Ochenta y Ocho. Te salvarás.

Ochenta y Ocho sonrió.

—¿De qué habla, policía? Me muero. ¿Que me salvaré? Sí, cuando me muera me salvaré de muchas cosas. Estaré allá abajo, en el infierno, con todos mis amigos y mis esperanzas y si hay un buen pianito, me las arreglaré.

—¿Quién te hizo esto, Ochenta y Ocho?

—¿Qué le importa ni a usted ni a nadie?

—¿No quieres que atrapemos al canalla que te dejó así?

—¿Para qué? Si lo atrapan, ¿quiere decir que voy a vivir? No, me muero lo mismo. Tal vez me haya hecho un favor. De haber tenido valor ya me lo habría hecho yo a mí mismo hace años.

—Tenemos que atraparlo, Ochenta y Ocho. Ayúdanos. Si vas a morir, a ti no te hará nada. ¿Qué puede hacerte ya? ¿Bailar sobre tu tumba?

Ochenta y Ocho les dirigió una sonrisa exangüe.

—Seguramente no encuentre ninguna tumba. Me arrojarán a alguna pila de desperdicios. Y no van a bailar allí. Bailarán sobre mi hermana. No puedo permitirlo. Les agradecería que le dijeran a todo el mundo que no dije nada.

—Lo diremos, Ochenta y Ocho, no te preocupes. Pero que sea mentira. Danos tan sólo un nombre, un dato, una señal con la cabeza. Cualquier cosa. Mira, me ayudaría en mi trabajo y yo nunca diré que me dijiste nada.

Ochenta y Ocho parecía divertido.

—¿Quieres ayuda? ¿Qué te parece esto? —Movi6 los dedos como quien golpea teclas invisibles y tarare6 unos pocos compases musicales.

—¿Qué es? —preguntó el policía.

—Tienes tu dato, policía. No puedo hablar más.

Dicho esto, Ochenta y Ocho cerró los ojos y murió durante el trayecto al hospital.

Al día siguiente me llamaron. Estaba haciéndose costumbre en la policía y no me hizo ninguna gracia. Yo tenía mis propias obligaciones y ayudar a la policía solo me significaba el honor de que me lo agradecieran. Recompensas más palpables... ninguna. Ni siquiera conseguí nunca que me perdonasen una infracción de tránsito.

—¿Asesinato entre bandas? ¿A quién le importa? ¿Qué diferencia hace que lo resuelvan o no?

Fue mi lógica reacción. Estaba conversando con Carmody, un teniente de la sección Homicidios.

Con un gruñido, Carmody respondió:

—¿Cree que merezco esa respuesta? ¿No basta con que sea la que nos dan todos los idiotas? En primer lugar, el hombre que se bajaron era un pobre infeliz que nunca le hizo mal a nadie salvo a sí mismo y que mereció algo mejor que lo que le tocó en la vida... pero no nos pongamos sentimentales. Veámoslo desde otro punto de vista... Si logramos identificar a alguien, estaremos tocando a la organización a la que pertenezca. Podría ser útil. Quizá no consiguiéramos que la condenaran. Es posible que la banda continuara sin él. Pero hay una probabilidad, solo una probabilidad, de que el baquetazo provoque algunos agujeros en la organización, agujeros que aprovecharíamos para meternos, destrozarla y recoger los fragmentos hasta en Newark, bien lejos de Nueva York. Tenemos que jugar esa carta, Griswold, y usted debe tratar de ayudarnos.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Tiene que llevarnos hasta el asesino. Quiero que hable con Rodney, un oficial que estuvo con Ochenta y Ocho, la víctima, momentos antes de que muriese.

El policía Rodney no parecía muy feliz. Tener una pista que no lograba comprender no era el camino del ascenso.

Con mucho cuidado nos relató la conversación con Ochenta y Ocho, la que acabo de describir. No sé qué exactitud tenía su versión, pero diré aquí que sin duda lo que contaba era el tema musical.

—¿Qué tema musical? —Le pregunté.

—No lo sé. No eran más que unas pocas notas.

—¿Lo reconoció? ¿Lo oyó alguna vez con anterioridad? ¿Lo identifica?

—No, señor. Nunca lo oí con anterioridad. No sonaba como algo popular. Fueron unas pocas notas sin significado.

—¿Puede recordarlas? ¿Tararearlas?

Rodney me miró, horrorizado.

—No canto demasiado bien.

—No es un recital. Haga lo que pueda.

Después de varios intentos, Rodney renunció a cantar avergonzado.

—Perdone, señor. Lo cantó sólo una vez y no era nada que yo hubiese oído antes. No me sale nada.

Dejamos las cosas allí y Rodney se mostró aliviado al librarse de un interrogatorio que lo colocaba en posición desventajosa.

Carmody me miró preocupado.

—¿Qué podemos hacer? ¿No podríamos someterlo a la hipnosis? Quizá lo recordaría.

—Suponiendo que lo hipnotizáramos —dije—, que recordase el tema, que nosotros lo reconociéramos y descubriéramos su relación con el sospechoso. ¿Podríamos presentar esto como evidencia? ¿Sobreviviría Rodney a un interrogatorio

en la corte? ¿Convencería al jurado?

—Tres veces no. Pero si lográsemos descubrir quién es, podríamos tratar de hacerlo confesar: establecer motivo, medios y oportunidad.

—¿Tienen sospechosos? —pregunté.

—Hay una banda que actúa en el barrio, por supuesto. En ella hay tres hombres que, según sospechamos, pueden haber estado implicados en otros tres asesinatos.

—A buscar a los tres, entonces.

—No es eficaz. Si perseguimos a los tres, ninguno sentirá miedo, pues será obvio que estamos a oscuras. Además, bien podría ser otro. Si conociéramos a un solo hombre y cayésemos sobre él y nadie más...

—Veamos —dije—. ¿Cómo se llaman los tres sospechosos que mencionó?

—Moose Matty, Ace Begad y Gent Diamond. El apodo de Ace se refiere a que siempre que saca un as en las cartas, dice: “¡As, por Dios!”

—En ese caso —repose—, quizá no sea tan difícil. Traiga al oficial Rodney y vayamos todos juntos al piano más próximo.

En un comercio de enfrente localizamos un piano y le dije a Rodney:

—Escuche esto, Rodney, y dígame si es lo que tarareó Ochenta y Ocho. —Seguidamente, toqué varias notas.

Con aire sorprendido, Rodney dijo:

—¡La verdad es que suena lo mismo, señor! ¿Quiere tocarlo otra vez?

Obedecí.

—Una sola vez más, Rodney —dije—, pues comenzará a convencerse de que ese es realmente el tema que oyó. ¿Es este?

—Sí, es ese —exclamó Rodney, entusiasmado—. Es ese, ni más ni menos.

—Gracias. Trabajó muy bien y no hay duda de que le harán una mención especial. Teniente, sabemos quién es el asesino o, por lo menos, sabemos a quién acusó Ochenta y Ocho. Bien, no sé si las repercusiones llegaron hasta Newark, porque no seguí el caso a partir de entonces, pero entiendo que atraparon al asesino y hasta lograron encarcelarlo, lo cual es un desenlace feliz. El oficial Rodney recibió una mención especial. El teniente Carmody se quedó con la fama. Yo volví a mi propio trabajo. Y todos ustedes, claro, se habrán dado cuenta de cómo era la cosa.

—No vemos nada —vociferó Jennings—. Y no te nos duermas. Esta vez, Griswold, has ido demasiado lejos y estás provocándonos. ¿Cómo pudiste reconstruir las notas y cómo las utilizaste para localizar al asesino?

Griswold resopló con marcado desdén.

—¿Que falta hace una explicación? Existen solo siete notas y luego recomienza la serie en la octava con la primera. Do, re, mi, fa, sol, la, si, y luego recomienza la serie. También es posible expresar estas notas con letras: C, D, F, G, A, B y por último C recomienza la serie. Habrán oído hablar de “C media”. Y de la “clave de G”



o de “D menor” y demás...

Muy bien, Es posible, aunque no habitual, que un nombre consista tan sólo de las notas desde A hasta G inclusive. Un ejemplo es “Ace Begad” y tan pronto como oí el nombre, tuve la certeza de que se trataba del asesino. Formé el nombre con notas musicales: la, do, mi, si, mi, sol, la, re, o sea A, C, E, B, E, G, A, D, con una breve pausa entre la tercera y la cuarta nota y Rodney reconoció el conjunto como el tema musical cuando lo ejecuté... Eso es todo.

## Escondidas (1981)

---

“Hide and Seek”

—Conozco el caso —dijo Baranov, mirando con astucia a Griswold— de dos agentes condenados por haber hecho un allanamiento sin la correspondiente orden.

Baranov calló y ni Jennings ni yo dijimos nada. Griswold estaba a un costado de nosotros, contemplando la chimenea donde ardía un leño. La noche era bastante fría. Por un milagro no estaba dormido, ya que su vaso de whisky con soda se movía lentamente hacia sus labios y luego se apartaba. Tampoco él decía nada.

Baranov hizo otro intento.

—Actitudes como esa dificultan la tarea de las organizaciones destinadas a hacer cumplir la ley, en especial cuando deben trabajar en secreto y en interés de la seguridad nacional.

Hubo otra pausa. Jennings dijo con un tono un poco más alto:

—Por otra parte, no puedes permitir que las organizaciones destinadas a hacer cumplir la ley la infrinjan, cuando han jurado defenderla. Con ello corren peligro las libertades del pueblo.

En ese punto Griswold giró en su asiento y nos miró a los tres de frente, las cejas bajas sobre sus ojos de un color celeste porcelana. El bigote se le agitaba levemente.

—Están tratando de lograr que yo reaccione, pero pierden el tiempo —dijo—. No se trata tanto de una cuestión legal como de una cuestión de prudencia. Podrían haber hecho lo que hicieron con otra impunidad, si hubieran recibido un mandato directo de quienes tenían títulos para juzgar cuándo está involucrada la seguridad nacional. Lo que les faltó fue ese mandato, no la orden de allanamiento. Les diré. ¿Qué puede reprimir a una organización mucho más que las simples limitaciones legales? Su propia actitud intelectual, actitud que puede ser tonta. Por ejemplo... —Antes de proseguir, Griswold bebió un pequeño sorbo de su whisky.

Por ejemplo [dijo Griswold] en los viejos tiempos, cuando la agencia de informaciones estaba bajo la dirección de ya saben quién, no había un solo agente que osase levantar la voz frente a ningún ucace, por arbitrario que fuese. Después de todo, los senadores solían tenderse sobre las charcas para que el jefe pudiese pasar por ellas sin embarrarse los zapatos y, cada vez que él fruncía el ceño, los presidentes se acurrucaban muertos de miedo en un rincón.

En aquel entonces se podía reconocer a un agente a dos kilómetros de distancia por esa especie de uniforme que les imponía el jefe. Nadie más tenía camisas tan blancas ni corbatas tan angostas y tan cuidadosamente centradas; trajes tan discretos ni talles tan delgados; pelo tan corto ni raya tan perfecta; perfumes con aromas tan varoniles ni apariencia tan joven y osada. En suma, podría habérselos tomado por misioneros mormones, pero no por ninguna otra cosa.

Y claro, vivían en un estado de terror constante. No era tanto el miedo de cometer un error. Eso podría perdonarse. El verdadero temor era el de poner en ridículo a la agencia o al jefe. Un traspie en ese sentido implicaba la inmediata decapitación. Para esos casos no había perdón y los agentes lo sabían.

Como es lógico, oficialmente nunca pude llegar a ningún entendimiento con la agencia. Me negaba a afeitarme el bigote que en aquel tiempo era oscuro y casi tan importante como ahora, y también a vestir el uniforme. Y lo peor de todo era que en una oportunidad tuve el atrevimiento de mirar por encima de la cabeza del jefe, cosa fácil, y de fingir no haberlo visto. El jefe podía olvidar cualquier otra cosa, pero jamás olvidaba un desaire relacionado con su talla, por disimulado que fuese.

Terminé por no preocuparme. Cuando las cosas se ponían difíciles, más de un miembro de la agencia acudió a mí en busca de ayuda.

Jack Winslow vino a verme una vez, recuerdo, con una sonrisa zalamera y unas reveladoras gotas de sudor en la frente, a pesar de la regla que prohíbe que los agentes transpiren. Dicho sea de paso, Jack Winslow se llamaba realmente así, lo cual le resultaba muy útil en la agencia. Un hombre mejor aún podría sólo haber sido Jack Armstrong.

—Mira, Griswold —me dijo—, hoy sucedió la cosa más increíble y me gustaría mucho que me dijeras qué opinas.

—Dime qué sucedió —respondí— y te diré si se me ocurre algo. Además, no le diré al jefe que me consultaste.

Me lo agradeció con la mayor sinceridad, pero desde luego, no había manera de que yo pudiese contarle nada al jefe aun si hubiese deseado hacerlo. No nos hablábamos, cosa que me venía muy bien.

No tiene objeto contarles la historia de Winslow con todos los detalles porque es un hombre sumamente aburrido. Sigue siendo aburrido, según me dicen, a pesar de estar ahora jubilado. Les daré brevemente los datos esenciales.

La agencia había llegado hasta los límites de un operativo que era importante detener. Había localizado uno de los peones del tablero. Podrían arrestarlo en cualquier momento que eligiesen, pero no les habría sido de ninguna utilidad. El hombre no sabría lo suficiente y era demasiado fácil reemplazarlo. En cambio, sí se lo dejaba en libertad sería posible utilizarlo como cuña capaz de descubrir algo mucho más importante que él mismo. Era un trabajo monótono y delicado y, a veces en este tipo de cosa, cuando algo sale mal, es difícil que el agente quede en condiciones de reparar su error. Winslow estaba, pues, en una situación verdaderamente difícil. El objetivo de este tramo particular de la misión era localizar un pase: el de algo importante de una persona a otra. Se deseaban obtener dos datos: la forma en que se efectuaba el pase subrepticio —que podría haber ofrecido una pista importante en cuanto al sistema seguido por esta gente— y la identidad del

receptor, es decir, del que recibía la información, por cuanto este receptor era probablemente mucho más importante que el transmisor.

Se había llevado al peón a la situación de aceptar algo para pasar. Se trataba de un dato de verdadera importancia, aunque no tanta como la que a ellos se les había hecho creer. Con todo, no eran tontos, y era necesario alimentarlos con algo para que mordiesen el anzuelo. Por lo menos, era vital llevar a los agentes a procurar no perder el material sin haberse apoderado de algo por lo menos de la misma importancia.

El golpe consistía en la forma del objeto que debía transferirse. De algún modo se había persuadido a la oposición de que ordenase a su peón recoger un paquete que, no obstante no ser pesado, tenía un metro ochenta de largo por unos diez centímetros de ancho. Parecía una caña de pescar embalada y no había manera de disimularla ni de lograr que no llamase la atención. Winslow estaba orgulloso de la tramoya y no me quiso decir cómo se había llevado a cabo el ardid, pero a mí no me importaba no saberlo. Sabía en cambio que, por regla general, la gente contra la cual luchamos es tan vulnerable como nosotros.

Había cinco agentes desplegados en varios lugares observando de diverso modo el paso del peón o, mejor dicho, del tan visible paquete. No se aproximaban mucho. No podrían haberlo hecho, pues los habrían reconocido de inmediato por sus camisas blancas y sus sombreros de castor gris de excelente calidad en un barrio donde nadie los usaba.

El peón entró en un restaurante barato de ese barrio de arrabal. Para pasar por la puerta debió maniobrar bastante con su paquete y Winslow contuvo el aliento por temor de que la rompiese, pero el hombre logró meter el paquete entero en el interior. Permaneció allí unos cinco minutos —cuatro minutos y veintitrés segundos, según me informó Winslow, que había estado mirando tontamente su reloj en lugar del restaurante— y luego salió. No traía consigo el paquete ni nada que pudiese haberlo contenido en forma alguna.

Se esperaba tal cosa. Sin embargo, también se esperaba que el paquete volvería a salir en manos de otra persona o por algún medio, pero el paquete no reapareció. Al cabo de dos horas, Winslow estaba en verdad inquieto. ¿Habrían ahuyentado acaso al receptor mostrándose demasiado al vigilar el lugar? No podían evitarlo, mientras llevasen aquel uniforme civil, pero no llevarlo tampoco serviría para protegerlos contra las iras del jefe.

Lo que era peor aún, ¿era posible que hubiesen dejado deslizarse el paquete de un metro ochenta de largo por diez centímetros de ancho bajo sus propias narices? En ese caso, ahí podían dar por terminadas sus carreras.

Por fin Winslow no pudo soportar más. Desesperado, ordenó a sus hombres que entrasen en el restaurante y ahí se produjo el golpe de gracia.

—No estaba —dijo, desesperado—. No era un local tan grande y el paquete no

estaba allí. Tan pronto como pude apreciar la situación, vine a verte. Recordé que vivías a sólo dos kilómetros y tenía la esperanza de encontrarte en casa.

La expresión de Winslow revelaba hasta qué punto lo aliviaba que estuviese en casa.

—Pienso que si el paquete está en el restaurante, cabría confiar en la capacidad de tus agentes para localizarlo. Un paquete de un metro ochenta de largo no es exactamente un diamante ni un rollo de microfilm.

—No está en el restaurante.

—¿Podrían haberlo desmembrado, separado, ocultado en partes o, ya que estamos, retirado en partes?

—No, en ese caso, estaría roto y no tendría utilidad alguna. Tenía que estar intacto. Y recuerda que no estoy diciéndote qué es.

—Yo no te lo pregunto y probablemente tú tampoco sepas qué es. ¿Te ocupaste especialmente de las personas presentes en el restaurante?

—Por supuesto. Eran el tipo de gente totalmente carente de espíritu de colaboración que se vuelve hosca frente al menor contacto con la ley. Pero no hay manera de que una cosa como esa haya estado oculta en la persona de nadie.

—Ahora que recuerdo —dije—. ¿Tienes una orden de allanamiento?

Winslow se ruborizó un poco.

—Tenemos una especie de orden general para casos de violación de la seguridad. No te preocupes.

Yo creo que no habría tenido valor legal alguno, pero en aquella época cosas como esta nunca se cuestionaban.

—Tal vez lo llevaran arriba —dije.

—No hay piso alto. Es un restaurante sórdido y sucio de una sola planta, flanqueado por dos casas de vecindad.

—En ese caso —dije— tiene que haber un acceso a una de esas dos casas de vecindad. O a ambas.

—No. Medianeras gruesas en los dos lados.

—¿Sótano?

—Lo revisamos. Un depósito de desperdicios con algunas reservas de comestibles. Lo que buscábamos no estaba allí.

—¿Entradas a las casas de vecindad adyacentes a través del sótano?

—No. Qué diablos, Griswold, podrías reconocernos un poco de inteligencia.

—¿Cocina?

—Muchas cucarachas, pero nada de lo que buscábamos.

—¿Salida de la cocina?

—Había una puerta sobre un callejón de los fondos, por donde sacan la basura, es decir, la que no sirven en los platos, pero teníamos un hombre apostado allí y te

aseguro que es de toda confianza. Salía gente el tiempo suficiente para depositar los desperdicios y luego volvía a entrar. Y antes de que me lo preguntes, nuestro hombre revisó los tachos, cosa que no requirió un trabajo minucioso ya que un paquete intacto de cerca de dos metros habría...

—¿Sobresalido como una bandera? ¿Retretes?

—Lo revisé yo mismo con el mayor cuidado. Personalmente. Dos compartimientos. Miré dentro de los dos y ambos estaban vacíos, gracias a Dios. Y te juro que revisé dentro de los mingitorios, por si acaso estuviesen lo suficientemente flojos como para permitir deslizar un paquete como el que buscamos hacia fuera de la pared. Había una ventanita cubierta de polvo y pintura vieja. No había manera de abrirla y el vidrio estaba intacto.

—Si el peón entró el paquete y no lo sacó al exterior, tiene que estar aún en el restaurante —dije.

—No está. Te lo juro.

—Entonces, si no está allí, tiene que haber sido sacado sin que lo advirtieran los cinco agentes que observaban.

Winslow se mostró afectado.

—Imposible —dijo.

—Una u otra alternativa —señalé.

Pero como Winslow parecía tan abatido, no pude menos que sentir compasión.

—Deja de sufrir, Winslow —le dije—. Te salvaré el pellejo. Sé dónde está.

Y el paquete estaba donde yo sabía que estaba. Y le salvé el pellejo a Winslow.

Griswold nos contemplaba a todos con fanfarrona sonrisa fatua. Luego se arrellanó en su sillón, como si tuviese la intención de dormitar un rato.

—Vamos, Griswold —le dije yo—. Esta vez has ido demasiado lejos. Es absolutamente imposible que hayas sabido dónde estaba. Te desafío a que te expliques.

—¿Me desafías? ¡Vaya desafío! Hombre, fue facilísimo. Te dije cómo eran los agentes y cómo los había adiestrado su jefe. Eran capaces de lanzarse sin el menor temor contra el fuego enemigo, de allanar un lugar sin el menor derecho legal. Pero nadie entre los hombres del jefe osaría jamás hacer nada que indicase falta de modales o torpeza. Buscarían en todas partes, salvo en un lugar... un lugar que probablemente no se permitieran siquiera sospechar que existía.

—¿De qué estás hablando? —pregunté.

—Winslow dijo, respecto de los retretes, “lo revisé yo mismo con el mayor cuidado”. Lo revisé. Singular. Era para hombres, puesto que tenía dos mingitorios. Los mencionó. Bien, ningún restaurante puede tener un retrete para hombres sin tener asimismo uno para damas. Nuestra cultura exige esta simetría. Pero, ¿a qué agente respetable podría ocurrírsele nunca meterse en un retrete para damas, aunque se

tratara de un restaurante de arrabal?

—¿Quieres decir que el peón lo escondió allí?

—Claro. Me imagino que escuchó un instante para asegurarse de que estuviera vacío y luego abrió la puerta y metió el paquete allí. Ninguna mujer que hubiese entrado al retrete habría tenido tiempo ni interés en revisar el contenido del paquete ni habría hecho nada, salvo entrar y salir. Aun cuando el retrete hubiese estado ocupado, el hombre podría haber actuado con tanta rapidez que la mujer no tuviera tiempo de gritar. De todos modos, fue allí donde Winslow y sus hombres encontraron el paquete cuando juntaron bastante valor para mirar.

—¿Pero por qué habría de ponerlo allí?

—Sucedió que, como en otras ocasiones, quien iba a recibir el paquete era una mujer, de modo que... ¿por qué no?

## Gift (1981)

---

“Gift”

En los últimos quince o veinte días Griswold había mantenido hosco silencio durante nuestras reuniones semanales en la apacible biblioteca del club, un recinto al cual, por acuerdo unánime, nadie tenía acceso en nuestras noches de reunión, salvo nosotros cuatro.

Resultaba un poco deprimente ya que todos debimos admitir, aunque de mala gana, que la velada perdía parte de su encanto sin las anécdotas de Griswold, fuesen verídicas o no. Sobre este punto ninguno de nosotros pudo nunca llegar a una conclusión.

—Escuchen —dije a los otros—. Tengo algo que decir que no podrá menos que obligarlo a hablar. Síganme.

Me volví hacia el viejo sillón que desde hacía mucho tiempo se había adaptado a los contornos del cuerpo anguloso de Griswold y que nadie más en el club se atrevía a ocupar ni siquiera las noches que él estaba ausente, que no eran muchas.

—He leído en el diario —dije— que hoy, mediante el uso de las computadoras, han inventado sistemas de codificación tan complicados que no es posible descifrarlos, ni mediante el uso de otra computadora.

—Bien, con esto termina toda la profesión del espionaje —comentó Baranov.

—Por suerte —dijo Jennings con vehemencia. La mano de Griswold se estremeció apenas ante mi comentario. Sostenía como siempre su vaso de whisky con soda, pero yo sabía que en ninguna circunstancia lo dejaría caer, aun cuando se durmiese del todo. Ante el comentario de Baranov, movió un poco los pies como si pensara levantarse y retirarse del salón. Por fin, cuando Jennings hubo dado su opinión, uno de los párpados de Griswold se levantó y dejó ver un ojo de un azul glacial que nos contemplaba indignado.

—Pueden mandar al diablo todos sus códigos. Una persona inteligente puede enviar un mensaje ostensiblemente claro ya la vez conferirle un misterio total... a cualquiera que sea igualmente inteligente.

—Como tú, por ejemplo —dije—. ¿Cuál de las dos cosas hiciste? ¿Lo enviaste o lo recibiste?

Griswold bebió un sorbo de su whisky y repuso:

—Lo recibí.

Me imagino [dijo Griswold] que no existe la organización de espionaje en todo el mundo que no cuente con su topo: ese que trabaja para el lado contrario y se ha infiltrado en la comunidad de las informaciones. Quizá se trate de la profesión más difícil, más peligrosa, ya que el buen topo debe estar preparado para pasar años, tal vez décadas, viviendo una mentira y trabajando para el país que lo hospeda con la



mayor dedicación... sólo que su misión consiste en cuidar que su propio país reciba la información que necesita sin que el país anfitrión descubra dónde se encuentra la filtración.

En el extranjero contamos con un número de topes excelentes y sin duda contamos con que los del enemigo nos invadan a su vez. Un buen porcentaje de nuestros esfuerzos consiste en mover cielo y tierra para localizar a los topes enemigos y en mover cielo y tierra también para mantener la clandestinidad de nuestros propios topes.

El mejor de los nuestros era Rudolf Schwemmer. Y dicho sea de paso, este era su verdadero nombre. Todos los que voy a mencionar en esta anécdota han muerto o se han jubilado, de manera que no hará ningún daño que los nombre.

Rudolf Schwemmer era alemán, desde luego. No era germano-norteamericano, sino alemán de origen y además alemán ario. Era la imagen exacta del joven heroico de la publicidad nazi, pero no era nazi. Desde el principio había luchado contra Hitler, para escapar a Inglaterra en 1938 y volver luego a Alemania durante la guerra con la intención de hacer todo lo que estuviese en sus manos en la tarea de unir y reforzar los elementos de oposición que ya existiesen.

Hablaba inglés bastante bien, pero con marcado acento alemán y en realidad se sentía cómodo solamente hablando alemán. Esto significaba que no podíamos asignarle misiones en la Unión Soviética, pero para trabajar dentro del territorio de Alemania era perfecto. Después de la guerra formó parte durante años de la organización de espionaje en Alemania del Este, alcanzando posiciones cada vez más importantes en sus filas y enviándonos informes regulares. Además, a través de Alemania del Este siempre podíamos enterarnos de lo que ocurría en el bloque de Europa Oriental, incluida la Unión Soviética. Solo muy pocos hombres en la conducción de nuestro grupo conocían su verdadera identidad.

Algo que deseábamos intensamente era conocer la del topo que actuaba en nuestras propias filas. Estábamos seguros de que había uno. Los soviéticos sabían demasiadas cosas y por su proceso de eliminación era nuestra propia organización la que proporcionaba los datos. Y tenía que tratarse de alguien muy importante.

Esto significó un golpe terrible para quienes dirigíamos el organismo. Tan pronto como advertimos que no era posible saber en quién de los cuatro gatos que éramos no se podía confiar, todos caímos en un frenético delirio de persecuciones.

Y Schwemmer superó la prueba. Por lo menos, casi la superó. Recibíamos los mensajes en forma habitual y por las vías de siempre, en el sentido de que Schwemmer tenía la respuesta y que era cierta. Pero no suministraría la información, hasta que toda la plana mayor de la organización se encontrara presente en una sala y bajo vigilancia de modo que, cuando revelara la verdad fuese posible que los miembros legítimos de la organización arrestasen de inmediato al topo.

Así fue como cuatro de nosotros nos congregamos en la sala de conferencias, después de ubicar a tres guardias en cada una de las dos salidas. Nos habíamos identificado cuidadosamente ante ellos y ellos a su vez nos revisaron detenidamente en busca de armas ocultas o de píldoras para suicidarse.

Sentados alrededor de la mesa de caoba, nos contemplábamos con aire sombrío. Me imagino que tres de nosotros nos preguntábamos cuál sería el cuarto que sería arrestado en pocos minutos, mientras que el cuarto, el topo, se preguntaría si no estaba ya acaso frente a la perspectiva de una prolongada condena. Como es natural él —me refiero al topo— no podría haberse negado a asistir, puesto que negarse a hacerlo lo habría delatado al instante.

Yo estaba como es natural entre los presentes. Los otros tres eran todos mucho mayores que yo y me superaban en cuanto a rango y experiencia, aunque puedo asegurarles que no en brillantez.

Estaba Judeon Cowles. Era el jefe en ejercicio de la organización y aguardaba su confirmación por el Senado. El segundo era Seymour Norman Hyde, un hombre empeñado en mostrarse siempre amistoso, que siempre nos llamaba por nuestro nombre de pila y que pertenecía a la organización desde sus orígenes. Luego estaba el jefe de la división de claves, Morris Q. Yeats. Nunca pudimos descubrir qué nombre representaba la inicial “Q”, pero yo siempre sospeché que era Quintus.

Yeats había dispuesto que se nos trajera el mensaje tan pronto como llegase a la oficina. Nadie debía descifrarlo, salvo nosotros.

Llegó con toda puntualidad y uno de los guardias nos lo trajo, retirándose luego a su puesto al otro lado de la puerta. El jefe en persona abrió el sobre y retiró el papel que contenía, en forma tal, que todos pudiésemos verlo a la vez.

Nuestra sorpresa fue muy desagradable al ver que contenía una única palabra: “Gift”, cuyo significado es don, presente, regalo.

—¿Qué quiere decir esto, Yeats? —preguntó el jefe con tono perentorio.

—No lo sé. ¿Se le ocurre algo, Hyde?

Hyde se encogió de hombros.

—Estoy tan perplejo como tú, Morris. ¿Por qué no te comunicas con el cuarto de claves? Quizás hayan cambiado el mensaje durante su traslado hacia aquí.

La sugerencia provocó el desdén del jefe pero, de todos modos, la siguió. Cuando se hizo la consulta, se comprobó que el mensaje era auténtico. También resultó obvio lo que había sucedido.

Schwemmer, nuestro hombre en Alemania del Este había enviado la revelación demasiado tarde. Lo habían descubierto y arrestado. Era probable que hubiesen estado ya junto a su puerta cuando Schwemmer preparaba el mensaje y por fin, al verla derribarse tuviera tiempo tan sólo de escribir una palabra, una palabra breve. Estábamos seguros de que era la última que nos llegaría de él.

—No nos dice nada —declaró Yeats.

—Puede ser —dijo Hyde, chupando pausadamente su pipa— que la palabra esté en código. ¿Es posible, Morris?

Yeats, que detestaba que lo llamasen por su nombre de pila con aire protector, como hacía Hyde, dijo enfáticamente:

—¡No... Sy! En el código usado por Schwemmer, no es posible dar a la palabra “gift” ninguna acepción con sentido: tampoco es posible hacerlo en ningún otro código en uso. Tiene que tener un significado textual: No tuvo tiempo de enviar un mensaje preparado.

—Pero no significa nada —dijo Hyde. No le importaba que Yeats lo llamase por su apodo. Si él desplegaba ese estilo pseudo-democrático, todos los demás tenían derecho a hacer lo mismo. Luego añadió—: ¿Ve algo en ella, jefe?

—No, yo no —dijo Cowles.

—Con el debido respeto, jefe, será mejor que veamos algo. Nosotros cuatro éramos los únicos que conocíamos la verdadera identidad de Schwemmer. De alguna manera, alguno de nosotros tiene que haber pasado datos a los alemanes del este.

—De haber estado enterado uno de nosotros —dijo Cowles— habría hecho saltar a Schwemmer hace mucho tiempo. Esto podría significar que los cuatro somos leales.

No le iba a permitir que se pasase eso por alto. Yo gozaba de popularidad entre los otros cuatro. Era demasiado joven para hablar tanto. Pero tuve que hablar, porque nadie más en la organización tenía inteligencia para hacerlo.

—Revelar el nombre de Schwemmer al enemigo —dije— le habría hecho correr el riesgo de su propia seguridad. Hay poca gente capaz de haberlo hecho y habría sido identificado de inmediato. Hizo la denuncia solo ahora, desesperado, porque de no hacerlo estaban por identificarlo. Aun así, permaneció indeciso, esperando hasta el último minuto, preguntándose si no sería mejor arriesgar que Schwemmer se equivocase. Si no hubiese esperado un poco más de lo debido, Schwemmer no habría podido enviarnos ni siquiera este mensaje.

—Todo lo cual tampoco nos dice nada —dijo Cowles.

—Tiene que decirnos algo —dije yo—. Schwemmer nos conocía bastante bien a los cuatro. Cada uno de nosotros lo entrevistó en alguna oportunidad. La palabra tiene que ser aplicable a uno de nosotros.

—Quizá tuvo la intención de escribir una más larga, pero lo interrumpieron —dijo Hyde.

—No hay muchas palabras que empiecen con “gift”, aparte de la palabra “gift” misma. Si no me crees, consulta el diccionario inglés.

—Podrían haber sido varias, no necesariamente una palabra más larga. Podría haber sido “... gift”, o don, seguido por “del cielo”, por ejemplo —dijo Hyde.

—¿Y qué podría significar eso? —preguntó Cowles.

—No lo sé —respondió Hyde—, porque ése no es el mensaje. Podría ser cualquier cosa. Lo que ocurre es que simplemente no lo sabremos nunca.

Impaciente, intervine.

—”Gift” puede significar algo.

—¿Por ejemplo? —preguntó Yeats con acritud—. ¿Acaso se refiere a ti, por ser un “don del cielo” para esta organización?

Como hablaba movido por los celos, dejé pasar el comentario.

Con una sonrisa forzada, Hyde dijo:

—Bien... Morris. Digamos que podemos recordar aquí que te designó en nuestro grupo el Departamento del tesoro hace tres años y que desde el punto de vista teórico no tienes carácter de miembro permanente. Eres para nosotros un don recibido del Departamento del Tesoro.

—Vete al diablo... Sy. Y recuerda que el jefe mismo espera su confirmación por el Senado. Si el Senado quiere, el jefe seguirá siendo jefe. Si no lo desea, el jefe podrías ser tú, Sy. Así pues, cualquiera de ustedes dos podría considerarse, digamos, como un don del Senado.

—Qué ridiculez —dijo Cowles, sonrojándose—. No podemos hacer juegos tontos como este. Si el mensaje no ofrece un indicio definido, carece de utilidad. Evidentemente no tiene utilidad. Debemos recomenzar desde el principio.

—Esperen —les dije—. El mensaje es claro. Es obvia la identidad del traidor. Si hace entrar a los guardias, jefe, lo señalaré y cuando esté bajo custodia, explicaré lo que sé. Si me equivoco, pueden ponerlo en libertad y como es lógico, renunciaré a mi cargo.

Como era lógico, no me equivocaba.

—No te detengas ahora, Griswold, o te haré volar ese vaso de whisky de la mano —le dije.

Griswold me miró con aire belicoso y con gran lentitud terminó de beber. Depositó luego su vaso sobre la mesa, se limpió el bigote, y sólo entonces frunció las cejas blancas para mirarme y decirme:

—¿Tampoco tú lo ves? ¡Qué idiotas son todos!

Escuchen —prosiguió—. Yo les dije que Schwemmer hablaba bien el inglés, pero se sentía más cómodo usando el alemán. En la emergencia final de su vida, al ver derribarse la puerta a sus espaldas, con la perspectiva de la tortura y la ejecución casi seguras, no tuvo tiempo de pensar en nada, salvo en una palabra en alemán.

—¿Qué palabra? —preguntó Baranov, intrigado.

—La palabra “gift” pertenece al idioma inglés, pero existe también en alemán y significa algo totalmente diferente. La palabra alemana “gift” significa “veneno”.

Seguíamos intrigados. Por fin Jennings dijo:

—Pero “veneno” no tiene mayor sentido que “gift”.

—¿No? —dijo Griswold—. ¿Con uno de nosotros llamados Seymour Norman Hyde, que prefiere que lo llamen por su nombre de pila abreviado? ¿Qué imaginan ustedes que es el Sy N. Hyde (“Cyanide” en inglés y cianuro para nosotros) sino un veneno, el más conocido de todos, con un nombre común, dicho sea de paso, a ambos idiomas, el inglés y el alemán?

## Frío o caliente (1981)

---

“Hot or Cold”

Jennings lanzó un profundo suspiro y el ruido pareció provocar un eco en el ámbito cavernoso, oscuro y levemente polvoriento de la biblioteca de nuestro club.

—Estoy poniéndome viejo —declaró—. Es inútil seguir negándolo. Acaba de pasar mi cumpleaños y mis hijos empiezan a mostrar una sospechosa deferencia hacia mí. Hicieron todo, menos arrebujarme en un chal de lana.

Sin mostrar mayor conmiseración, le pregunté:

—¿Sufres de artritis?

—No. No tengo artritis.

—Entonces no eres viejo. La vejez comienza cuando empiezas a crujir, cuando te duele sentarte y levantarte y cuando te duelen las articulaciones aunque no estés haciendo nada. Salvo por esto, a los sesenta puedes sentirte como a los veinte si estás en un estado de salud aceptable.

Dije esto con cierta complacencia. No tengo artritis y puedo hacer todo lo que hacen los muchachos de veinte años. Me refiero a cosas que deseo hacer. Por ejemplo, no deseo jugar al fútbol.

—No me preocupo por la artritis —dijo Baranov—. Me preocupa la decadencia gradual de las aptitudes mentales. Por lo menos uno advierte la artritis cuando la tiene. Pero cuando la mente empieza a decaer, sólo se puede determinar que vamos cuesta abajo mediante el juicio, función dentro de tu mente en decadencia. Cuánta gente debe estar senil, demasiado senil para saber que está senil.

Fue inevitable que dirigiésemos nuestra mirada hacia Griswold que ocupaba su sillón habitual con el pelo blanco enmarcándole la cara sonrosada y relativamente tersa, y el espeso bigote blanco apenas húmedo por la reciente visita del whisky con soda que tenía en la mano.

Los ojos de Griswold permanecieron cerrados, pero dijo:

—Por la charla sobre senilidad y el repentino silencio, deduzco que todos están concentrando sus débiles mentes sobre mí. No les servirá de nada. Bien pueden seguir admirando mi vigorosa mente. Ninguno de ustedes tiene una que se le parezca siquiera. Claro que podemos alcanzar la inmortalidad algún día o por lo menos una inmortalidad potencial. En realidad, podríamos haberla alcanzado ya, en nuestra propia época, excepto que... excepto que...

Parecía estar por dormirse, pero yo le di unos codazos. No; a decir verdad, le pisé un pie.

—¡Ay! —dijo, y sus ojos se abrieron.

—¿Qué días de la inmortalidad? —le pregunté.

No puedo garantizar la veracidad de la historia que estoy por contarles, [dijo

Griswold]. Si fuese algo que hubiera presenciado yo mismo o experimentado personalmente, cabría abrigar, desde luego, la seguridad de que es del todo verídica y confiable. Pero las partes esenciales me fueron contadas por un desconocido hace unos años y no puedo dar garantías sobre ella. Quizás el hombre intentaba poner a prueba mi credulidad, cosa que la gente hace a menudo porque mi expresión franca y abierta les hace suponer que pueden embaucarme. Claro está que muy pronto comprueban lo contrario.

Conocí al hombre en un bar. Estaba pasando unas horas en Chicago mientras esperaba el avión que debía llevarme a Atlanta por cuestiones de trabajo —que no tiene nada que ver con el tema que me ocupa ahora— y, sentado junto a mí en un taburete, había un individuo cuyo aspecto indicaba que estaba apunto de derrumbarse. Chaqueta ajada, barba incipiente, calzado resquebrajado por el uso. Además triste... Cuando nuestras miradas se encontraron, levantó el vaso y bebió a mi salud. Tenía síntomas de embriaguez. Apenas síntomas. Había bebido lo suficiente como para trabar conversación con desconocidos.

—Salud —me dijo—. Usted tiene cara de hombre bueno. —Bebió unos sorbos, yo lo imité y luego prosiguió—: Lamento que tenga que envejecer y morir, que a mí me suceda lo mismo y que a todos les suceda lo mismo. Bebo por la gente que, en todo el mundo, envejece sin motivo.

Hablaba como un hombre educado y los disparates que estaba diciendo tenían sentido suficiente para provocar mi curiosidad y para que lo escuchara con la mayor atención.

—¿Vamos a una mesa para poder hablar con mayor tranquilidad? —le propuse—. ¿Y me permite que lo invite a beber la próxima vuelta?

—Por supuesto —dijo con entusiasmo y rápidamente bajó de su taburete—. Es usted muy gentil.

No hay duda de que lo soy, de modo que pude comprobar que la bebida no le había disminuido aún la capacidad de juicio. Cuando nos sentamos a una mesa en un rincón del salón casi vacío, el hombre comenzó a hablar en seguida. Después de lanzar un hondo suspiro, dijo:

—Soy químico. Me llamo Brooke. Simon Brooke, con un doctorado en química de la universidad de Wisconsin.

—Encantado, doctor Brooke —dije con gravedad—. Mi nombre es Griswold.

—Yo trabajaba con Lucas J. Atterbury. Supongo que habrá oído hablar de él.

—No.

—Según mi opinión, era quizá el bioquímico más grande del mundo. No había recibido una educación formal en la especialidad y sospecho que nunca terminó sus cuatro primeros años del ciclo universitario, pero tenía una aptitud natural. Tan pronto como tocaba algo, se transformaba en oro. Era realmente brillante.

¿Comprende lo que quiero decir?

Comprendía lo que quería decir.

—Uno puede haber ido a la universidad —dijo Brooke con aire pensativo— como hice yo y saber entonces todas las formas en que era posible estudiar un problema así como todas las razones por las que no era posible resolverlo, y Lucas (no permitía a nadie dirigirse a él de otra manera que por su nombre de pila), que no sabía ninguna de todas estas cosas, se sentaba en su sillón y siempre proponía algo que era la respuesta exacta.

—Tiene que haber valido una fortuna para quienquiera que tuviese problemas.

—Uno diría que sí, ¿no? Bien, Lucas no funcionaba así. No quería solucionar cualquier problema que le presentasen sino ganar de vez en cuando unos honorarios suculentos que le permitiesen vivir y dedicarse a lo único que le interesaba.

—¿Cuál?

—La inmortalidad. Cuando lo conocí tenía setenta y siete años y hacía diecisiete que trabajaba en este tema, desde cuando decidió que debía hacer algo para vivir más allá de la expectativa normal de vida de cualquiera. Cuando llegó a los setenta y siete, estaba ya profundamente exasperado consigo mismo. De haber comenzado a los cincuenta años, podría haber llegado a resolver el problema a tiempo, pero no había tenido conciencia de la inminente llegada de la vejez hasta que fue tal vez demasiado tarde... A los setenta y siete años, entonces, estaba bastante desesperado como para buscar un ayudante. El ayudante era yo. No era el tipo de empleo que buscaba, pero el salario ofrecido era decoroso y pensé que podría utilizar ese empleo como un escalón para pasar luego a algo diferente. Al principio me burlaba de él para mis adentros por su falta de formación académica, pero después... me atrapó. Cuando me hablaba de sus teorías, hacía uso de una terminología totalmente errada, pero finalmente todo comenzó a tener sentido.

Consideraba que con mi colaboración en el desarrollo de los experimentos, quizá podría triunfar antes de morir y me hacía trabajar mucho. En fin, todo el proyecto adquirió importancia para mí.

Sabe usted... la ancianidad está programada en nuestros genes. Existen cambios inevitables que tienen lugar en las células, cambios que terminan por fin con ellas. Los cambios las obstaculizan, las endurecen, las desorganizan. Si fuese posible determinar con exactitud en qué consisten esos cambios y cómo sería posible revertirlos o, mejor aún, prevenirlos, podríamos vivir durante el tiempo que quisiéramos y permanecer siempre jóvenes.

—Si todo está incluido en nuestras células —señalé— la vejez y la muerte tienen su razón de ser y tal vez no sea conveniente interferir...

—Por cierto que hay una razón —dijo Brooke—. No es posible la evolución sin el reemplazo periódico de la vieja generación por la joven. Sólo que hemos dejado de



necesitar tal cosa. La ciencia está en las puertas de poder dirigir la evolución.

Sea como fuere, Lucas había descubierto cuál era el cambio decisivo. Había determinado la base química de la vejez y estaba buscando una manera de revertirla, algún tratamiento físico o químico que anulase este cambio. El tratamiento, correctamente administrado, sería la fuente de la juventud.

—¿Cómo sabía usted que lo había descubierto?

—Cuento con algo más que una declaración. Trabajé con él durante cuatro años y durante ese período pude observar los efectos en ratones. Siguiendo sus instrucciones, solía inocular ratones obviamente seniles, y el animal volvía a adquirir los atributos de la juventud bajo mis propios ojos.

—Entonces, el trabajo estaba completo.

—No del todo. El ratón se rejuvenecía, brincaba de aquí para allí en medio de la exuberancia de la juventud y luego, al cabo de un día o dos, moría. Era obvio que se producían efectos secundarios negativos con este tratamiento y, al principio, Lucas no había conseguido eliminarlos. En esto consistía su objetivo final. Pero nunca me dio detalles. Yo trabajaba de acuerdo con sus instrucciones, sin saber nunca con exactitud qué estaba ocurriendo. Ello se debía a la manía del secreto que tenía Lucas. Quería controlarlo todo. Así, cuando llegó el momento en que logró resolver el problema, fue demasiado tarde.

—¿En qué sentido?

—El día que resolvió el problema, tenía ochenta y dos años y sufrió un ataque cerebral. Fue ese mismo día, seguramente por la excitación. Apenas podía hablar y agonizaba. Cuando los médicos lo dejaron solo unos instantes, me hizo un débil gesto. “Lo tengo”, me dijo con palabras que apenas pude entender. “Continúe. Preparados D-17, D-28. Mezclarlos, pero sólo al cabo de una noche de reposo a... a...”, su voz era cada vez más débil, “... a cuarenta grados...” No pude comprender el murmullo final, pero sabía qué palabras podrían seguir a 'cuarenta grados'. 'Fahrenheit o Celsius', dije. Lucas volvió a murmurar algo y dijo: 'Hazlo hoy, pues si no, no, no...' Volví a repetir 'Fahrenheit o Celsius'. Hubo una pausa y luego él murmuró algo que sonó como 'No tiene importancia' y cayó en coma. Nunca salió de ese estado y murió al día siguiente.

Allí me encontré yo, con dos soluciones inestables que no durarían ese día, siquiera. Si pudiese mezclarlas bien e inocularmelas a mí mismo... Estaba dispuesto a correr el riesgo si implicaba una posible inmortalidad... podría vivir entonces lo suficiente como para volver a identificar el secreto para su futuro uso. O por lo menos yo podría ser eternamente joven. El caso era que no conocía el punto clave relativo al preparado: la temperatura.

—¿Hay una gran diferencia? —pregunté.

—Por cierto. Una temperatura de cuarenta grados Celsius está a cuarenta grados

del punto de congelación de cero grado. Cada diez grados Celsius equivalen a dieciocho grados Fahrenheit, de modo que cuarenta grados Celsius sobre cero son dieciocho multiplicado por cuatro, o sea, setenta y dos grados Fahrenheit sobre cero. Pero el punto de congelación de la escala Fahrenheit es treinta y dos grados Fahrenheit, y treinta y dos más setenta y dos son ciento cuatro. Por consiguiente, cuarenta grados Celsius equivalen a ciento cuatro grados Fahrenheit.

En ese caso, pues, ¿debía usar cuarenta grados Fahrenheit, temperatura bastante fresca o cuarenta grados Celsius, bastante cálida? ¿Caliente o frío? No lo sabía. No llegaba a resolverme por ninguna y así fue como las dos soluciones perdieron su potencia y perdí para siempre mi oportunidad.

—¿No sabía usted qué escala utilizaba habitualmente Lucas? —pregunté.

—Los hombres de ciencia utilizan el Celsius en forma exclusiva —dijo Brooke—, pero Lucas no tenía una formación profesional. Hacía uso de la escala que le atraía en el momento. Nunca era posible estar seguro.

—¿Qué quiso significar al decir, “no tiene importancia”?

—No lo sé. Estaba muriéndose. Pienso que sentía que se le escapaba la vida y que nada importaba ya. ¡Diablos! ¿Por qué no pudo hablar con un poco más de claridad? ¡Imagínese! El secreto de la inmortalidad, perdido del todo en un murmullo que no permitió distinguir con claridad entre Fahrenheit y Celsius.

Brooke, muy ebrio ya, no alcanzaba a discernir el volumen de su error ya que, desde luego, las instrucciones del moribundo eran perfectamente claras, como ustedes habrán podido apreciarlo.

Griswold se acomodó en su sillón como si se dispusiera a dormir otra vez, pero Baranov lo aferró de una muñeca y le dijo:

—¿Vas a decirnos que sabías a qué escala se refería este Lucas?

—Claro —dijo Griswold, fastidiado—. Es obvio. Si dices cuarenta grados, murmullo, murmullo, esos murmullos no tienen que significar ni “Fahrenheit” ni “Celsius”. Existe una tercera alternativa.

—¿Cuál? —pregunté.

—Podría haber estado murmurando “cuarenta grados bajo cero”.

—Aunque hubiese dicho tal cosa —dijo Jennings— seguiríamos sin saber si eran Fahrenheit o Celsius.

—No, lo sabríamos —dijo Griswold—. Ustedes oyeron que cuarenta grados Celsius equivalen a setenta y dos grados Fahrenheit. Esto significa que cuarenta grados Celsius bajo cero grados Celsius, o sea el punto de congelación de esta escala, está a setenta y dos grados por debajo de treinta y dos grados Fahrenheit, que es el punto de congelación Fahrenheit. Pero setenta y dos grados bajo la marca de treinta y dos grados está cuarenta grados por debajo del cero grado Fahrenheit.

—Por consiguiente, cuarenta grados bajo cero Celsius son cuarenta grados bajo

cero Fahrenheit. Si decimos “cuarenta grados bajo cero” no importa que sea Celsius o Fahrenheit y es la única temperatura que no hace diferencia alguna. Por ese motivo Lucas dijo: “No tiene importancia”. Bien. Brooke no reparó en ese punto y yo no creo que tenga inteligencia suficiente para reconstruir el experimento ni que nadie la tenga en nuestra época. Entonces... bien, seguiremos envejeciendo.

## La página 13 (1981)

---

“The Thirteenth Page”

En esa noche en particular reinaba en nuestro club la desesperación. Yo había estado mirando con rapidez los títulos del diario y terminé por arrojarlo a un lado con rabia.

Baranov, que leyó mis pensamientos sin dificultad, dijo:

—La verdad es que no hay nada nuevo que decir ni que hacer en cuanto a la situación de los rehenes en Irán.

Pronunciado tan inútil comentario cerró el pico.

—Yo querría —dijo Jennings con nostalgia— que hubiésemos retirado a todos de nuestra embajada la semana anterior a la ocupación. Debimos hacerlo. Seguramente fue una falla de nuestro servicio de inteligencia de haber actuado.

—Tonterías —dije—. ¿Quién necesita espías o mensajes secretos para un caso tan abierto como ese? Conocíamos el estado de ánimo en el país. Sabíamos que teníamos al Shah bajo tratamiento en Nueva York. Deberíamos...

Por fin Griswold abrió un ojo y me miró indignado.

—El tonto eres tú —declaró—. Si no sabes nada, ¿para qué hablas? No había motivo para esperar una infracción tan flagrante al derecho internacional como esa cuando hasta los nazis se comportaron siempre con corrección en ese sentido. Además, no es posible llevar a cabo una evacuación de la noche a la mañana. Llevaría tiempo y cuidadosos preparativos hacerlo. Las turbas iraníes, muy bien orquestadas, dicho sea de paso, se habrían hecho cargo de la situación. Y una vez ocupada de cualquier modo la embajada, todos habrían dicho que se tomaron rehenes sólo porque habíamos intentado evacuarla. Claro, como dijo Jennings, nuestra capacidad como servicio de inteligencia nunca se utilizó a pleno.

Jennings sonrió.

—Entonces, admites que Inteligencia puede fallar.

—Por supuesto —respondió Griswold, llevándose el vaso de whisky con soda a los labios y enjugándose luego el bigote con delicadeza—. Pero sólo ahora que me he retirado. Había fallas cuando estaba en actividad, bajo circunstancias inusuales, cuando no me llamaban con la debida premura. Por ejemplo...

Siempre he sostenido [dijo Griswold] que era el idioma inglés el que dio un carácter tan sorpresivo a la ofensiva del Tet. Desde el punto de vista militar, fue el punto decisivo de la guerra de Vietnam. Destruyó políticamente al presidente Johnson, quebrantó la fe en la victoria del pueblo norteamericano e hizo inevitable una virtual evacuación. Y todo por el orgullo que cierta persona tenía de su dominio del idioma inglés y los demás se negaron a escucharlo.

Deben comprender ustedes las dificultades que ofrece el trabajo con mensajes secretos. Aun cuando el mensaje proporcione una apreciación exacta de la situación y

haya sido despachado sin dificultades, ¿se lo interpretará debidamente? Si se lo interpreta ¿creerán en él? Los espías de Stalin en Alemania a principios de 1941 lo mantenían bien informado sobre los planes que Hitler tenía de atacar a la Unión Soviética, por ejemplo. Stalin se negó, simplemente a creer en los informes.

Además, el arte de decodificar mensajes ha dado lugar a tal complejidad en los mecanismos de la criptografía que el mismo peso de las precauciones que se toman puede hacer ceder todo el andamiaje.

Por ejemplo, existen algunos sistemas de criptografía que se abocan a la solución del solvente perfecto, el material que, según se espera, disuelva cualquier otra sustancia. El problema en este caso es: ¿Qué hay que utilizar como recipiente o envase?

Hay dos soluciones. Una consiste en saturar con vidrio el solvente perfecto y cuando deja de disolverse el vidrio, se podrá utilizar sin peligro un envase de vidrio. Pero, ¿si necesitamos un solvente puro, sin vidrio ni ninguna otra sustancia disuelta en él?

Si ese es el caso, razonamos que en primer lugar es necesario crear el solvente, pues, ninguna sustancia común es el solvente perfecto. Por lo tanto, se lleva la combinación hasta el punto en que se cuenta con dos sustancias, cada una de ellas común en sí pero que, mezcladas, nos dan el solvente buscado. Guardamos cada una en un recipiente separado y cuando estamos listos para hacer uso del solvente perfecto, agregamos un poco de cada componente al material que queremos disolver. El solvente perfecto se combina en el lugar donde se usa y disolverá el material.

Ustedes deben de advertir la analogía. En criptografía, podemos enviar dos mensajes, ninguno de los cuales tiene significado sin el otro. En este caso, la interceptación de uno no servirá al enemigo y no nos perjudicará. Aun la interceptación de ambos mensajes puede resultar inútil para el enemigo, a menos que aprecie la relación entre ellos. Significa asimismo que por lo menos uno de los mensajes no tiene que ser demasiado críptico.

Supongamos que un mensaje determinado no puede descifrarse sin una palabra clave —elegida en forma arbitraria para la ocasión— y que esta palabra es enviada por separado y por otra ruta.

Si necesitamos una palabra clave de apenas diez letras, el número de posibilidades de combinación de diez letras basadas en un alfabeto inglés de veintiséis letras es casi exactamente de un millón de billones. Nadie adivinará esa combinación por casualidad ya nadie puede ocurrírsele apelar a la fuerza ni probar cada posible combinación una a una.

¿Cómo decidimos acerca de la palabra clave? Una manera —no la única— es tener un libro convenido de antemano (libro que se cambia periódicamente) y elegir en él una combinación al azar de diez letras. Puede utilizarse entonces una maquinita

para cifrar el mensaje sobre la base de la palabra clave y enviar la palabra clave por separado. Esta puede ser y suele ser, una anotación garabateada rápidamente, como por ejemplo 73/12, que indica la página 73, renglón 12. Buscamos la página y renglón en el libro de la semana y las primeras diez letras, las diez últimas o las que se hayan convenido, son la clave.

Por distintos motivos cualquiera de los dos mensajes puede no llegar, pero por otra parte es sumamente desconsolador que lleguen los dos y que aun juntos, no tengan sentido.

Algo semejante sucedió en enero de 1968 y resultó fatal. He aquí los detalles esenciales. Llegó un mensaje del cuartel del estado mayor de Saigon procedente de un operativo en Hue. El agente que lo envió era el mejor que teníamos. Era vietnamés y estaba entregado en cuerpo y alma a nosotros. Tenía además un excelente dominio del inglés que, en general, se esmeraba en ocultar. En realidad operaba con los vietcong, de modo que podrán imaginar los riesgos que corría.

Manténía, claro está, bien oculta su máquina de descifrar mensajes, así como los libros que utilizaba para determinar la palabra clave. Usaba en forma rotativa libros de suspenso británicos en ediciones de bolsillo y era él quién había hecho tal elección. Le gustaban. Estaban bien escritos y nuestro hombre los usaba además para pulir sin cesar su inglés. Le enorgullecía su facilidad en el uso del idioma —hecho que se descubrió solo después, demasiado tarde— y en las ocasiones que se encontraba con nuestros agentes, solía exhibir su vocabulario completo y esforzarse por mostrar sus conocimientos en cuanto a sinónimos, expresiones locales, ambigüedades y demás. Nuestros hombres, por ser el inglés su idioma materno, no lo conocían tan bien y sospecho que escuchaban con cierta impaciencia o bien que no escuchaban en absoluto. Imperdonable error.

La clave llegó y parecía perfectamente clara. Despojada de las falsas pistas con que casi siempre se las rodeaba, rezaba lo siguiente “13THP/2NDL”, lo cual se interpretó en forma bien razonable, como decimotercera página y segundo renglón. Se aplicó esto al libro, se tomaron las primeras diez letras y se las metió en la computadora. Seguidamente se proyectó el mensaje en la pantalla y lo que salió fue una confusión, un caos total carente de significado.

Todos se quedaron atónitos y me imagino que intentaron repetir la prueba varias veces antes de decidir que algo marchaba mal. Decidieron entonces que por algún error, el agente había usado un libro que no correspondía. Enviaron un mensaje a Hue para obtener la confirmación con la consiguiente pérdida de tiempo. Al recibir respuesta, enviaron a un oficial del ejército. Supongo que adivinarán lo que descubrió.

El agente había desaparecido en la mañana siguiente al envío del mensaje. Hasta donde yo sé nadie volvió a oír hablar nunca de él, de modo que cabe suponer que los

vietcong descubrieron por fin el juego que había venido haciendo. Como dije, era el mes de enero de 1968 y considerando lo que sucedió después es de suponer que el enemigo debía estar bastante sensibilizado ante hechos semejantes.

Bien. ¿Qué hacer con el mensaje? No servía ni serviría nunca. La gente de Saigon estaba enteramente convencida de ello.

Se encontraron frente a dos alternativas. La primera era la de ignorar del todo el mensaje. Si se interceptaba un mensaje y uno nunca lo recibía, no había nada que hacer y, desde el punto de vista operativo, este caía dentro de la misma categoría. Era como si nunca se lo hubiese recibido.

Se lo había recibido, no obstante. El recibo estaba registrado. Y si contenía una comunicación importante —como se comprobó más tarde, aunque todos lo ignorasen a la sazón— habría que hacer recaer la culpa sobre alguien y el candidato sería quienquiera que hubiese tomado la decisión de no hacer caso del mensaje. La gente de Saigon tenía una saludable resistencia a la idea de que se los convirtiese en chivos emisarios y buscó una alternativa.

Se la encontró. Uno de los agentes tenía un mes de licencia por esos días y, de cualquier manera, tenía la intención de pasarlo bien por un tiempo en los Estados Unidos. Vino trayendo el mensaje y lo trajo a Washington. Con mucho cuidado, lo depositó en manos del Departamento, quien debió adoptar a tan difícil criatura.

El Departamento se mostró tan incapaz como la gente de Saigon. Muchos cavilaron al estudiarlo, lo discutieron y no se atrevieron a deshacerse de él por temor de que la culpa recayese sobre ellos. Además, en contraste con la gente de Saigon, no tenían a nadie más a quién usar de chivo emisario.

Pasaron dos semanas enteras antes de que alguien tuviese la brillante idea. “¡Consultemos a Griswold!”

No dejó de comprender sus vacilaciones. Conocían mi opinión sobre la guerra de Vietnam y tenían la bien fundada sospecha de que no se debía confiar en mí en materias relacionadas con ese conflicto. Pero habían llegado a un punto en que no podían recurrir ya a nadie. Si sólo lo hubiesen sabido tres días antes, siquiera...

Me encontraron, me llevaron a sus oficinas y me presentaron toda la situación. Lo que querían era hacerme decir que, según mi opinión de experto, no cabía otra cosa que considerarlo un mensaje disparatado, que no era posible extraer nada de la nada. Entonces, en el peor de los casos, sería mi pellejo el que separarían de mi cuerpo.

Por tanto, antes de verme en esa situación, exigí ver al hombre de Vietnam que estaba aún en los Estados Unidos.

—Hábleme del agente de Hue —le dije—, el hombre que desapareció. ¿Está usted seguro de que lo han capturado y de que hay que darlo por muerto? ¿Está seguro de que no era miembro del Vietcong todo este tiempo? ¿De que no se haya cansado por fin y haya decidido decir adiós a todo ese disparate para unirse a sus

amigos?

—No, no —dijo el hombre—. Lo creo totalmente imposible. Su mujer y sus hijos habían muerto en Vietnam del Norte. Fue una muerte atroz y ansiaba vengarse. Además... —en este punto el hombre sonrió— tenía una manía acerca de su dominio del idioma inglés. A veces creo que esto lo mantenía junto a nosotros más que ninguna otra cosa. Podría abandonarnos, podría olvidar sus ansias de venganza, pero jamás renunciaría a la oportunidad de sermonear a norteamericanos e ingleses en su propia lengua. Los pocos encuentros clandestinos que tuvimos, se ponía pesadísimo con esa manía suya.

—¿Por ejemplo?

—No lo recuerdo muy bien. Decía que todos los idiomas eran ambiguos, pero que los hablantes nativos estaban habituados a esa ambigüedad y nunca le prestaban atención. Cosas así...

—¿Le dio ejemplos?

—No recuerdo.

—Bien, aquí tenemos “13THP/2NDL”, que representa “página decimotercera, segundo renglón”. ¿Por qué las letras adicionales? ¿No habría bastado escribir “13/2”?

—Mire —dijo el hombre de Vietnam—, siempre esa combinación, pero sus preguntas me lo han hecho dudar. Él afirmaba que eso era ambiguo.

—¿El “13/2”?

—Sí.

—¿Por qué?

—No me lo dijo. Creo que no me lo dijo.

—¿De modo que envió el mensaje en esta versión para probar que era ambiguo?

—No veo por qué. Es lo mismo, con o sin las letras. Página decimotercera, segundo renglón.

—No es lo mismo —declaré. Y pasé a explicárselo. El hombre me miró como si estuviera loco.

Y por supuesto, yo tenía razón. Con la nueva clave, el mensaje se descifró perfectamente y pudimos contar con todos los pormenores de la inminente ofensiva del Tet.

Salvo que tan inminente era ya que se inició ese mismo día y nos sorprendió sin ningún preparativo.

—Pero, ¿de qué estás hablando? —le pregunté yo sorprendido cuando Griswold volvió a concentrarse en su vaso y dio la sensación de estar profundamente abstraído—. ¿Qué quería decir el mensaje, sino “página decimotercera, segundo renglón”?

—No había enigma —dijo Griswold—. Es lo que quería decir. Y ellos usaban el libro correcto. Lo que ocurrió fue que el agente comprendió que la frase era ambigua



y se prestaba a malas interpretaciones. Y cuando reflexioné un poco vi lo que quería decir, como creo que debe verlo cualquiera.

—Yo no lo veo —manifesté.

—Bien, piensa un poco. Los renglones en una página no están numerados, de manera que “segundo renglón” quiere decir “renglón 2” si los contamos de arriba hacia abajo en la forma aceptada. No hay problema. En cambio las páginas están numeradas y esto da lugar a confusiones, ya que la “decimotercera página” no es necesariamente la “página 13”.

Baranov preguntó en voz muy alta:

—Griswold, esta vez te has desmoronado. ¿Qué otra cosa puede ser la “decimotercera página” sino la “página 13”?

—Veo que tienes una novela de bolsillo en el de tu chaqueta, de manera que no hace falta buscar una —dijo Griswold—. ¿Quieres sacarla y mirar la primera página de la novela? ¿La tienes? ¿Es la primera página? Bien. ¿Es la página 1?

Casi sin voz, Baranov repuso.

—No, la verdad es que es la página 9.

—Ni más ni menos. En las novelas de bolsillo comienzan a contar las páginas desde el principio mismo del libro, pasando por la del título, la de reconocimientos, encabezamientos de capítulos, dedicatorias y demás. En realidad, no numeran las páginas hasta que empieza la novela propiamente dicha. La primera página de esta, entonces, puede tener el número 5, 7, 9, 11... según el número de páginas preliminares que tenga el tomo.

En este caso, como ven ustedes, la página 13 es la decimotercera página del libro, pero no la página 13 de la novela que contiene. Es lo que preocupaba al agente de Hue y lo que trató de explicar aunque nadie le prestó atención. Por eso usó la expresión “Decimotercera página” para señalar que no se refería a la “página 13”, sino a la decimotercera de esa novela en particular, que caía en la página 21. Cuando aplicaron la palabra clave derivada de las primeras letras de esa página en el segundo renglón, recibieron el mensaje... Pero era demasiado tarde.

## Uno en mil (1981)

“One in a Thousand (1 to 999)”

A veces uno no puede menos que cansarse de Griswold. Por lo menos, yo. Me es muy simpático. No puedo evitar apreciar a ese viejo bandido, con su infinita capacidad de oír todo mientras dormita y su eterno sorber de whisky con soda; sus mentiras, sus gestos feroces por debajo de las cejas blancas, enormes. Sin embargo, si por una sola vez pudiese sorprenderlo enredado en sus mentiras, lo querría mucho más.

Claro, a lo mejor es verdad todo lo que dice, pero sin duda cuesta creer que haya nadie en este mundo a quien se le hayan presentado tantos problemas imposibles. ¡No lo creo! ¡No puedo creerlo!

Esa noche estaba sentado allí, en nuestro club, mientras las ráfagas de lluvia golpeaban las ventanas y el tránsito de Park Avenue llegaba a mis oídos bastante amortiguado. Probablemente haya expresado mis pensamientos en voz alta.

Por lo menos, Jennings me preguntó:

—¿Qué no puedes creer?

Me tomó un poco por sorpresa, pero señalé con un pulgar a Griswold y dije:

—¡Lo que cuenta él!

Pensé por un instante que Griswold me lanzaría un gruñido, pero parecía dormir apaciblemente entre las orejas de su sillón inglés de alto respaldo, con una respiración rítmica que hacía que su bigote se levantara y volviera a caer sobre sus labios.

—Vamos —dijo Baranov—. Te encanta escucharlo.

—Eso no viene al caso —respondí—. Piensen en todas esas insinuaciones hechas en el lecho de muerte, por ejemplo. ¡Vamos! ¿Cuántas veces muere la gente dejando pistas misteriosas sobre sus asesinos? No creo que haya sucedido esto una sola vez en la vida real, pero le sucede todo el tiempo a Griswold... según él. Es ofensivo que pretenda que le creamos.

Fue ahí cuando Griswold abrió un ojo de un azul glacial y dijo:

—La más notable de las pistas recogidas en lechos de muerte que haya recibido nunca no tuvo nada que ver con un asesinato. Se trataba de una muerte natural y de una especie de broma deliberada, pero no quiero fatigarlos con la anécdota.

Abriendo el otro ojo, Griswold se llevó el vaso de whisky a los labios.

—No, habla —le dijo Jennings—. Nos interesa. Por lo menos, a nosotros dos.

También a mí, a decir verdad...

Lo que voy a contarles [dijo Griswold] no involucró crimen, policía, espías ni agentes secretos. No había razón para que me hubiera enterado de nada, pero uno de los hombres de edad implicados en el asunto conocía mi fama. No alcanzo a imaginar cómo ocurren esas cosas, porque nunca hablo de las chapucerías que he hecho y tengo cosas mejores que hacer que divulgar mis logros. Lo que pasa es que la gente

habla, todo se propaga y cualquier enigma que aparezca en mil kilómetros a la redonda llega a mí para ser resuelto... Esa es la simple razón por la cual me veo frente a tantos misterios. [Griswold me dirigió una mirada malévola.]

No me enteré del hecho hasta que estaba apunto de tocar a su fin, de manera que tendré que contarles la historia tal como me la contaron, haciendo la debida condensación, desde luego, pues no soy de los que se entretienen demasiado en los detalles. Y no voy a nombrar al instituto en el cual se produjo, dónde está ni cuando ocurrió el hecho. Esto les daría la posibilidad de verificar mi veracidad y me parece una verdadera impertinencia que ninguno de ustedes crea necesario controlar nada ni meterse a hurgar lo evidente.

En este instituto —que no nombro— había gente que se ocupaba de computarizar la personalidad humana. Lo que pretendían hacer era construir un programa que permitiese a una computadora mantener una conversación que no fuese posible distinguir de la de un ser humano. Se ha intentado algo semejante en el caso de las frases hechas del psicoanálisis, en el cual una computadora es preparada para asumir el papel de un freudiano que repite los comentarios de sus pacientes. Esto es algo trivial. Lo que buscaba el instituto era una conversación cotidiana y creativa, un verdadero intercambio de ideas.

Me dijeron que en realidad nadie en el instituto pretendía tener éxito en la tarea, pero el solo intento revelaría muchos elementos de interés sobre la mente humana, las emociones y la personalidad.

Nadie consiguió gran cosa salvo Horatio Trombone. Es obvio que este nombre es ficticio y que será inútil que ustedes traten de identificar a su dueño.

Trombone había conseguido cosas notables de la computadora que respondía en forma más o menos humana la mayor parte del tiempo. Nadie podría haberla confundido con un ser humano, claro, pero a Trombone le fue mucho mejor que al resto, de modo que había una gran curiosidad en cuanto al carácter de su programa.

Pero Trombone, por su parte, no quería proporcionar la menor información. Mantenía un silencio absoluto. Trabajaba solo, sin ayudantes ni secretarias. Llegó al punto de destruir los protocolos, salvo los de mayor importancia que ocultaba en una caja de seguridad. Su intención, según decía, era guardar todo el secreto hasta estar completamente seguro de lo que había logrado. Llegado ese momento lo revelaría y reivindicaría para sí el crédito y los homenajes que estaba seguro de merecer. Era de suponer que para empezar, aspiraba al premio Nobel. De ahí en más su ambición no tenía límites.

Llamaban la atención de los otros miembros del instituto las excentricidades de Trombone que estaban llegando a un paso de la demencia. Pero si estaba loco, era un loco genial y sus superiores no se decidían a interferir en su trabajo. No sólo porque consideraban que si lo dejaban tranquilo podría llegar a descubrimientos científicos

abrumadores sino porque ninguno de ellos tenía deseos de pasar a figurar en los anales de la historia de la ciencia como un villano.

El superior inmediato de Trombone, a quien llamaré Herbert Bassoon, solía discutir con su conflictivo subordinado.

—Trombone —le decía— si tenemos un número de personas cuyas mentes e ideas se combinen en este proyecto, el progreso se lograría con mucho mayor rapidez.

—Tonterías —decía Trombone, malhumorado—. Una persona inteligente no avanza con mayor rapidez porque se rodee de cuatro idiotas que le estén pisando los talones. Aquí usted tiene una sola persona inteligente, aparte de mí y, si muero antes de terminar mi obra, él podrá continuar. Le dejaré mis protocolos, pero pasarán solamente a él y no antes de mi muerte.

Me contaron que Trombone solía reírse mucho en esas ocasiones, pues tenía un sentido del humor tan excéntrico como su sentido de la propiedad. Bassoon me contó que presentía el mal que finalmente habría de acabar con su vida.

Por desgracia, las perspectivas de vida de Trombone no eran precisamente halagüeñas. El corazón del hombre funcionaba sólo a fuerza de optimismo. Había sufrido ya tres síncope cardíacos y era opinión general que no podría sobrevivir al cuarto. Con todo y no obstante tener conciencia de que su vida pendía de un hilo, se negaba a nombrar a esa única persona que podría sucederlo. Tampoco era posible adivinar por su conducta quién podría ser esa persona. A Trombone parecía divertirse mantener a todo el mundo en vilo.

El cuarto ataque cardíaco se produjo cuando estaba trabajando y en efecto acabó con él. En ese momento estaba solo, de modo que no hubo quien lo auxiliase. Pero la muerte no fue instantánea y tuvo tiempo de cargar la computadora con datos. La máquina reprodujo un impreso que se encontró al mismo tiempo que el cuerpo de Trombone.

Además había dejado un testamento en manos de su abogado, quien aclaró debidamente sus términos. Él tenía la combinación de la caja fuerte y debería entregarla al sucesor de Trombone y nada más que a él. No poseía su nombre, pero el testamento señalaba que dejaría las indicaciones precisas para identificarlo. Si eran tan estúpidos como para no interpretarlas —tales eran las palabras del testamento— transcurrida una semana, todo el material debía ser destruido.

Bassoon argumentó con mucha vehemencia que el interés público tenía mucho más peso que las irracionales instrucciones de Trombone y que la mano de un muerto no debía interponerse en el progreso de la ciencia. El abogado se mostró inmovible. Antes de que se pusiesen en marcha otros mecanismos legales, los protocolos serían destruidos. Según los términos del testamento, si se intentaba echar mano de eventuales recursos legales, los protocolos serían destruidos en el acto.

No había nada que hacer, salvo concentrarse en el impreso que contenía una serie

de números, 1, 2, 3, 4 y así sucesivamente hasta el 999. Se escudriñó cuidadosamente toda la serie. No faltaba ningún número ni ninguno estaba fuera de orden. Era la lista completa del 1 al 999.

Bassoon señaló que las instrucciones para un impreso como este eran muy simples, algo que Trombone pudo muy bien haberlo grabado estando ya al borde de la muerte. Era posible que tuviera pensado algo mucho más complejo que una mera serie de números, pero que no hubiera tenido tiempo para completar las instrucciones. En ese caso cabría pensar que las instrucciones no estaban completas.

El personal se reunió, convocado por Bassoon, para cambiar ideas. Había veinte hombres y mujeres, cualquiera de las cuales podría haber continuado, según era de presumir, con el trabajo de Trombone. Todos habrían deseado tener la oportunidad, pero ninguno pudo sugerir la más mínima idea en cuanto a cuál era la persona indicada por Trombone como poseedora de una “inteligencia pasable”. Por lo menos, nadie logró convencer al resto de que era la persona buscada.

Tampoco pudo nadie determinar la existencia de ninguna relación entre la monótona lista de números y cualquier miembro del instituto. Imagino que algunos inventaron teorías, pero ninguno convenció a los otros y, mucho menos, al abogado que se mantuvo en sus trece.

Bassoon creía volverse loco. El último día del período de gracia, cuando todos estaban tan lejos de la solución como al comienzo, acudió a mí. Recibí su llamado en momentos en que estaba sumamente ocupado, pero conocía un poco al hombre y siempre me ha costado mucho rechazar un pedido de ayuda, en especial cuando proviene de alguien que parezca tan desesperado como parecía Bassoon.

Cuando nos encontramos en su oficina estaba desencajado. Me contó toda la historia y cuando terminó, dijo:

—Es como para volverse loco. Contar con algo que puede significar un progreso enorme en el más difícil de los temas, el mecanismo de la mente humana, y no poder llegar a nada por culpa de un excéntrico, de ese robot de abogado y de ese maldito papelito de la computadora. Pero así es. No consigo sacar nada en limpio.

—¿No será un error concentrarse tanto en los números? ¿No habrá nada fuera de lo común en el papel mismo? —sugerí.

—Le juro que no —respondió con vehemencia—. Era un papel vulgar y silvestre, sin marcas, salvo los números del 1 al 999. Hemos hecho todo, excepto someter el papel al análisis de activación de neutrones y yo lo haría, si creyese que puede ser útil. Si usted piensa que conviene, haré la prueba, pero sin duda a usted se le ocurrirá alguna otra cosa. Vamos, Griswold. Usted tiene fama de poder resolver cualquier enigma.

No sé de dónde había sacado semejante idea. Jamás hablo de este tema.

—No hay mucho tiempo —señalé.

—Lo sé, pero le mostraré el papel. Le presentaré a toda la gente que podría estar implicada. Le daré toda la información que desee... pero nos restan sólo siete horas.

—Bien —dije—, quizá necesitemos sólo unos segundos. No conozco los nombres de las veinte personas que podrían ser los sucesores de Trombone, pero si una de ellas tiene un nombre exótico, es lo que estoy pensando... Es decir, un nombre o apellido exótico... Yo diría que es la persona que buscamos.

Le dije el nombre en el cual estaba pensando y pegó un respingo. Era un nombre poco común y el de uno de los miembros del instituto. Hasta el abogado reconoció que tenía que tratarse del sucesor previsto cuando le expliqué mi línea de razonamiento. Y me entregó los protocolos.

—Por desgracia no creo que hayan servido para mucho. De cualquier manera, esa es la historia.

—No, no es la historia —estallé—. ¿Qué nombre propusiste y cómo lo sacaste de una lista de números del 1 al 999?

Griswold, que se había concentrado con aire plácido en su whisky, levantó bruscamente la vista.

—No puedo creer que no lo sepan —dijo—. Los números iban del 1 al 999 sin que faltase ninguno y se detenía la serie allí. Me pregunté si los números del 1 al 999 inclusive tenían algo en común que no tengan los que pasan del 999 y de qué manera ese algo podía tener relación con alguna persona en particular.

Tal como estaban escritos los números, no vi nada. Pero supongamos que esos números hubiesen aparecido como palabras en idioma inglés: One, two, three, four, five, y así sucesivamente hasta el novecientos noventa y nueve. La lista de números estaba formada por letras, pero esa lista no incluye las veintiséis que componen el alfabeto inglés. Algunas no aparecen en ninguno de los números escritos en letras hasta el novecientos noventa y nueve, como “a”, “b”, “c”, “j”, “k”, “m”, “p”.

La más notable entre estas letras es la vocal “a”. Ocupa el tercer lugar entre las letras más usadas en el idioma inglés. Sólo la “e” y la “t” son más frecuentes. Sin embargo, podemos recorrer toda la serie de números desde el 1 hasta el 999, expresados en palabras en inglés, y no encontraremos una sola “a”. Pero después del 999, la situación cambia. El número 1000, thousand, tiene una “a”, pero ninguna de las otras letras. Es evidente, entonces, que el mensaje oculto detrás de la lista es simplemente la ausencia de la “a”. ¿Qué problema había, pues?

—Eso no tiene sentido —dije, enojado—. Aunque admitamos que el mensaje haya sido la ausencia de la “a”, ¿qué puede significar en cuanto al nombre del sucesor? ¿Un nombre que no tenga ninguna “a”?

La mirada que me dirigió Griswold fue de soberano desdén.

—Supuse que habría varios nombres con esa característica y los hay. Pero también pensé que alguna otra persona podría tener el nombre de “Noah”, lo cual se

aproxima mucho desde el punto de vista del sonido a “no a” y uno de los investigadores se llamaba así. ¿Quieres algo todavía más simple?

## Doce años de edad (1981)

“The 12-Year-Old Problem (Twelve Years Old)”

Cuando llegué a nuestro club esa noche, Jennings estaba sin duda fastidiado. Fue el último en unirse al grupo.

—En este momento —dijo sentándose muy despacio en su sillón y levantando para pedir por señas su habitual martini seco— lo que más me gustaría es darle a ese sobrinito mío unas cuantas palmadas en el trasero.

—Te molesta, ¿eh? —preguntó Baranov.

—¿Te molesta un mosquito zumbándote alrededor? Ese enanito tiene la repelente costumbre de estar siempre en lo cierto en las cosas más insignificantes y de tomarle a uno el pelo. No me importa que un niño sea inteligente, pero no tiene por qué empeñarse en humillar a todo el que se le cruce en el camino.

—Doce años, diría yo que tiene —dije.

—Sí, doce. ¿Cómo lo adivinaste? —preguntó Jennings. Suspiré.

—Mira, soy conferenciante profesional y durante la parte dedicada al debate final, trato de localizar a los que complican las cosas y de no dirigirme a ellos. Cada vez que me equivoco en la apreciación y uno de esos enanos de rasgos agudos y voz de soprano me hace una pregunta deliberadamente embarazosa, le digo: “Tienes doce años, diría”. La respuesta invariable es: “Sí. ¿Cómo lo adivinó?”

—Vamos, ¿qué es eso? —rezongó Jennings—. ¿Una ley cósmica?

—Así parece —respondí—. Antes de los doce años, no han acumulado suficientes conocimientos irritantes. Después de los doce, les han inculcado a golpes un poco de sentido común y tacto. A los doce, en cambio, son insoportables. Mira, cuando tenía doce años, yo también era insoportable.

—Y sigues siéndolo —dijo Baranov amablemente.

Pasé por alto el comentario con el desprecio que merecía y dije:

—Pregúntaselo a Griswold. Verás que está de acuerdo conmigo.

A juzgar por su aspecto, Griswold parecía dormir profundamente en su sillón, pero yo lo conocía bien.

Se movió un poco, se llevó a los labios el vaso de whisky, se limpió el bigote blanco y dijo:

—Los niños de doce años inteligentes tienen bastante espíritu de colaboración si los convencemos de que somos sus iguales desde el punto de vista intelectual. Claro está que esto los deja a ustedes tres fuera de juego. En mi caso, por otra parte...

—Si conocieses a mi sobrino... —dijo Jennings irritado.

—En mi caso —repitió Griswold levantando un poco la voz y abriendo bien los ojos azules y fríos— me las arreglo muy bien.

Ocurrió hace pocos años. Mataron a tiros a un diplomático del Medio Oriente en



las calles de un suburbio de Washington. Podría haberse tratado de un asalto común, pero el Departamento tenía otra opinión.

Se ha vuelto muy común librar las guerras internas de cualquier nación en las calles de los países que tienen poco o nada que ver directamente con la cosa. Es muy difícil adoptar medidas, además. Aunque existan elementos de prueba válidos —cosa que no ocurre a menudo— siempre intervienen ciertas consideraciones diplomáticas.

Por una parte, no podemos condonar la actividad terrorista ni los asesinatos políticos dentro de nuestras fronteras. Por la otra, no deseamos agregar complicaciones innecesarias en relaciones ya de por sí sensibilizadas con otras potencias. Sin embargo, por lo menos deseamos siempre saber qué ocurrió, para poder dar los pasos más acertados bajo determinadas circunstancias y basarnos en información correcta en lugar de hacerlo sobre la base de supuestos. Ha habido casos en los que hemos actuado sin elementos de juicio suficientes para ir a caer de cabeza en un escándalo diplomático o en una situación difícil frente a la opinión pública.

El asesinato al que me refiero (y no puedo entrar en detalles porque, por diversas e importantes razones de seguridad se acalló el episodio) tenía que ver con un área especialmente sensibilizada y por suerte hubo un testigo. En cierto modo, fue el testigo perfecto. Un par de ojos que lo presenciaron todo desde una ventana. Eran los ojos de un muchacho muy listo de doce años. Sin duda había visto exactamente lo sucedido y era capaz de describirlo en sus menores detalles.

Es verdad que los asesinos ignoraban las especialísimas características del testigo. Pero también es verdad que, dada la desesperada situación en que se encontraban, no tenían demasiadas alternativas. Cuando lo vieron en la ventana dispararon contra él, pero no dieron en el blanco. Durante los dos días subsiguientes, atentaron dos veces contra su vida sin resultado. Después el muchacho tuvo una custodia a su disposición. Lo llamaré Eli. Hubo policías apostados junto a su casa.

Pero había un obstáculo. Eli se negaba a hablar. Yo estaba ya jubilado, de modo que no estaba directamente involucrado en el caso, pero vino a verme Jerry Bastwell murmurando algo entre dientes y enjugándose la calva.

—Ese bandido —dijo—. Se queda allí sentado y se ríe de nosotros. “Ustedes no quieren saber nada” dice. “De cualquier modo, lo estropearían todo.”

—¿Hablaste con sus padres? Que ellos lo interroguen —dije.

—¿Sus padres? —repitió Jerry, indignado—. Dicen que no pueden manejarlo. Dicen que es demasiado listo, que lee como si fuera un preuniversitario y que están preparándolo con profesores privados para ingresar a la universidad. En fin... que no pueden controlarlo. Yo creo que le tienen miedo. Para mí es un niño mudo que se las da de genio. Menos maestros privados, menos privilegios y unos cuantos bofetones le vendrían muy bien y lo convertirían en un niño como todos.

—Bien, golpéenlo —dije—. Háganle un “hábil interrogatorio” y mátenlo a

golpes.

Jerry no era hombre de captar ni siquiera la más burda ironía.

—No podemos —dijo—. El niño tiene su psiquiatra que dice que si ejercemos presión sobre él, se refugiará en un silencio total. Dice que tiene tendencias autistas. No sé qué quiere decir eso. Tenemos que manejarlo con cuidado.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —le pregunté.

—En el Departamento hay quien cree que tú deberías hablar con él. Sabes tratar a la gente, tienes ciertas... ciertas...

—¿Rarezas? ¿Quieres que un loco atrape a otro loco?

Jerry suspiró, aliviado.

—No sabía como expresarlo, ¿sabes? Es exactamente eso.

Era también exactamente el cumplido capaz de movilizarme de inmediato. El muchachito me inspiraba curiosidad y acepté entrevistarle.

Era delgado y de poca talla; se movía con la viveza característica de los niños de doce años muy inteligentes. El mundo no se abre para ellos con suficiente velocidad y se impacientan. Su acogida fue desdeñosa.

—¿También usted viene a hacerme preguntas?

—Puede ser —respondí, sentándome—. Pero más me interesas tú.

—¿Por qué?

—Porque te encuentro interesante. Dicen que sabes mucho. Tal vez puedas enseñarme cosas que yo no sepa.

—¿Sabes algo de cosmogonía?

—Bien —dije con cautela—. En inglés, por terminar con “y”, es la única palabra que tiene solo “os” como vocales. Están además “Cosmología”, “Lobotomía”.

Era una forma sutil de aceptar mi ignorancia, pero el muchacho me pescó al vuelo.

—En las palabras que señaló la “y” suena como vocal. Un ejemplo mejor es “colofón”, para palabras con “o” como única vocal. En “Syzygy” las tres “y” actúan como vocales. ¿Le interesan las palabras?

—Muchísimo —respondí.

—Tenemos suerte con tener el idioma inglés —dijo Eli con mucha seriedad—. Es el que tiene más palabras que ningún otro y la ortografía es tan loca que uno se divierte con ella. Casi nadie conoce bien la ortografía hoy, pero yo gané un concurso intercolegial cuando tenía siete años.

—Yo soy bastante bueno en ortografía —observé.

—Deletree “schism”, cisma.

—”Schism” —dije—. La “ch” es muda, aunque algunos diccionarios dicen que puede pronunciarse y decirse “skizm”.

Eli hizo un gesto enfático.

—En inglés —dijo— la combinación s-c-h al principio de la palabra siempre se pronuncia “sk”, como por ejemplo, en schedule, scheme, schizophrenia, scholar, schooner, Schenectady y Schuyler .

—¿Y schlemiel, schlock y wiener schnitzel? —pregunté. Eli se rió con voz chillona.

—No son palabras inglesas —dijo—. Son préstamos del yiddish o del alemán.

—Los británicos dicen “shedule”, y no “skedule” —le recordé.

—Están locos —dijo Eli categóricamente—. Una vez oí a un inglés en un programa de televisión que dijo “schoolschedule” pronunciando la segunda palabra como usted dijo. Pero las dos empiezan con “sch”, de modo que ¿por qué no pronunció ambas como nosotros?

—Ahí tienes tú el idioma inglés, Eli. Como dijiste, la ortografía es loca, pero también lo es la pronunciación. ¿Alguna vez tiraste un billete de un dólar de un cuarto a otro?

Por un instante, Eli me miró con recelo.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque si lo tiraste, yo diría que lo hiciste por una puerta. O sea “dough through”, que pronunciamos “dou zru” a pesar de que las dos palabras terminan con “ough”. Podría pronunciar las dos del mismo modo, ¿no? Con un sonido de “ou” final. O de “uo” final. “udu zru”, o bien “udo zro”.

Eli rió y por primera vez se mostró amistoso.

—Qué bueno. ¿Le molesta si lo uso más adelante?

—Claro que no.

Se levantó luego de su asiento y acercándose rápidamente, me señaló el pecho con el índice.

—Mire, tengo una adivinanza para usted.

—Muy bien —dije, tratando de no mostrar irritación por el dedo de afilada uña que me había clavado—. Luego me tocará a mí.

—¿También tiene un enigma?

—Más o menos. Referente a una muerte. Tú me haces tu pregunta y luego yo te haré la mía. Y si te doy la respuesta correcta, tendrás que darme la tuya también correcta. ¿De acuerdo?

Eli calló un instante, me miró con atención y por fin dijo.

—No es el mismo tipo de adivinanza.

—Tienes razón. Pero no somos la misma clase de persona. Tú eres joven, enérgico y rápido; yo soy viejo, poco vital ya y lento, de modo que tú tienes tu enigma y yo tengo el mío y si puedo enfrentarme con el tuyo, sin duda tú puedes enfrentarte con el mío.

Después de reflexionar un poco, el muchacho dijo:

—Muy bien. Trato hecho —y me extendió la mano. Se la estreché largamente y luego añadió—. Apuesto a que no adivina esto.

—Haz la prueba —le dije, sonriendo.

—Apuesto a que escribo una palabra con letras mayúsculas y usted no sabe pronunciarla.

—Me estás queriendo hacer la vieja broma de pedirme que diga la palabra “otorrinolaringología” para después decirme que lo que me pedías era que dijera “la palabra”...

Eli hizo una mueca.

—Ese es un chiste tonto. Yo hablaba de una palabra que usted no puede pronunciar. Es una palabra corta, muy familiar y que todos tenemos siempre a la vista. Y tampoco pienso mostrársela. Lo que digo es que si yo escribiese esa palabra tan corta y familiar con letras de imprenta usted no podría pronunciarla.

—¿Cómo voy a pronunciar la palabra si no me la muestras?

—Tendrá que adivinar qué palabra es. ¿Qué palabra es impronunciable aunque esté escrita con letras de imprenta y no sea muy larga ni tampoco tan difícil?

—Si te lo digo, ¿responderás a mis preguntas?

—Sí.

Dije la palabra y el niño lanzó una carcajada de alegría y saltó sobre mis rodillas, para abrazarme con alivio, supongo, por haber encontrado a un adulto con una mentalidad tan ágil como la suya.

Desde aquel momento, nos dijo todo lo que queríamos saber y logramos que una determinada embajada hiciese un poco de limpieza interna luego de haber mantenido nosotros algunas conversaciones bastante ásperas con esa nación. No quiere decir que haya renacido la calma para siempre pero, por el momento...

Intervine con aire belicoso.

—Bien sabes que no te vas a salir con la tuya, sin decirnos cuál es la palabra impronunciable.

Griswold me miró con desdén.

—Préstame tu lapicera —dijo. Tomando un bloque de papel que había sobre la mesa, escribió cuidadosamente la palabra “polish”—. Pronúnciala —indicó.

Obedecí antes de observar:

—¿Dónde está el enigma? La pronuncio cada vez que me hago lustrar los zapatos.

—Cuando la escribes con minúsculas, no hay problema. Eli dijo tres veces que no podría pronunciarla si estuviese escrita con mayúsculas. Subrayó la importancia de las mayúsculas.

Baranov objetó:

—¡Pero escribirla con letras mayúsculas no cambia la pronunciación! —

Seguidamente escribió “POLISH” bajo la versión “polish” en el mismo papel.

Griswold dijo:

—Te equivocas. No hay modo de estar seguro de cómo pronunciar “POLISH” escrito con letras mayúsculas, porque no sabes si en cualquier caso, comienza o no con mayúscula. Cuando todas las letras son mayúsculas, no sabes cómo iría esa primera letra si la palabra estuviera escrita en mayúscula y minúsculas. En lengua inglesa, una palabra cuya pronunciación cambia al escribirla con mayúscula es “polish”. Pronunciada así es lustre o cera para lustrar. Dime ahora cómo se pronuncia “Polish” o sea polaco: “poulish”... ¿no?

## ¡Pruebas... pruebas! (1981)

---

“Cloak and Dagger Duel (Testing, Testing!)”

En nuestro club reina siempre una atmósfera de profunda tranquilidad, cualquiera que sea el volumen del ruido que haya en la calle. Los ruidos del tránsito, las sirenas, hasta los relámpagos y el tronar de la tormenta parecen quedar prisioneros y amortiguados entre las vetustas cortinas.

A menos, claro está, que se nos ocurra darnos por enterados de los suaves ronquidos de Griswold mientras duerme en su imponente sillón.

Jennings echó una ojeada a la figura dormida —con ese aire de estar alerta en medio del sueño y su eterno vaso de whisky con soda aferrado con la firmeza de una roca— y preguntó:

—¿Será fácil llegar, me pregunto?

—Se requiere un corte fundamental en el depósito de genes —opinó Baranov.

—Quiero decir, cómo llegas a ser “alguien” en el dichoso Departamento, sea el que sea.

—Nunca lo nombra —dije, malhumorado— y, personalmente, dudo que exista.

—Bien, supongamos que existe —dijo Jennings—. ¿Cómo llegó a trabajar en él? ¿Cómo llenó las condiciones? ¿Se limitó a enviar una carta en la que decía que quería dedicarse a “solucionar enigmas insólitos”... o algo así?

—¿No recuerdan —pregunté— que una vez afirmó que durante la Segunda Guerra Mundial tenía el don de identificar espías o algo así?

—Es lo que dice él—dijo Jennings—, pero si se lo preguntases, con seguridad te saldría con cualquier otra cosa. Te apuesto a que si se lo preguntas...

Griswold se agitó y uno de sus ojos azules como témpanos se abrió. Como de costumbre y por algún proceso ignorado por nosotros, había comenzado a oír tan pronto como nuestra conversación se orientó hacia un tema que le interesaba.

—Si quieren saberlo —dijo—, la respuesta es bien sencilla. Vinieron a buscarme. Ellos vinieron a buscarme a mí. Tenían pruebas de mi brillantez durante la época de la Segunda Guerra Mundial pero, por lo visto, no les bastaban y titubeaban. Desconfiaban de esa misma brillantez precisamente.

—¿Cuál podía ser la razón? —pregunté con tono hostil.

—Un agente brillante tiene poco que hacer. La mayor parte del trabajo requiere la representación prolongada y paciente de un papel y, para hacerlo sólo es necesario tener la mediocre capacidad de sumergirse en dicho papel. En realidad, el agente más exitoso que yo haya conocido jamás era un asno y le tocó a él ponerme a prueba en el momento decisivo.

Griswold bajó gradualmente el tono y debí decirle:

—Y pasaste con varios largos de ventaja, seguramente.

—Por supuesto —dijo Griswold y se acomodó sin salir apenas de su estado de incipiente somnolencia—. Pero como esto no puede ser una sorpresa para ustedes, no tiene mucho objeto contárselo, ¿no?

—Vamos —le dijo Jennings—. Ni a la fuerza podríamos impedirte que nos lo contaras. —Mirando su reloj, añadió—: Te doy cincuenta segundos para que empieces a hablar.

La verdad es que Griswold se tomó solo cinco.

Como les dije alguna otra vez [comenzó diciendo Griswold] y siempre me atengo en forma rígida a la verdad, había alcanzado fama cuando era muy joven, durante la Segunda Guerra Mundial. Había gente en Washington que no quería perder mi pista en los días que siguieron al conflicto y que deseaba ubicarme en un puesto donde fuese útil.

Yo no sentía mayor entusiasmo, ya que la vida del agente empleado en el gobierno me resulta difícil y paralizante. Conocía a muchos de ellos y sabía que era así. Sin embargo, me movieron ciertos sentimientos de patriotismo y no tenía mayores inconvenientes para servir al gobierno en calidad de consultor, de modo que me dejé persuadir para que me trajesen a Washington y pudieran estudiarme más de cerca.

Sabía que no sería nada agradable y no me equivoqué. Comenzaba la guerra fría y en las cuevas de los diferentes departamentos oficiales reinaba un intenso desorden a medida que la gente empezaba a localizar a los funcionarios indeseables. Como es natural, el hecho de ser inteligente lo convertía de inmediato a uno en sospechoso. El agente debía tener un cociente intelectual de 120 como mínimo... y también como máximo.

Como era lógico, no me entendí muy bien con los funcionarios más antiguos, que se inclinaron más bien a cobrarme antipatía a primera vista. Quizá les sorprenda, al verme ahora como hombre muy digno y maduro —cosa por otra parte previsible— pero, cuando era joven, era más bien rebelde, y las personas convencionales se erizaban sólo de verme.

Recuerdo que me recibió en los vestíbulos del Departamento un hombre de talla mediana con un rostro liso y sonrosado, vestido con tanta meticulosidad y falta de imaginación como un maniquí de tienda. Me dirigió una única mirada, me señaló con el dedo y me dijo: “¡Usted!”

Probablemente no marchaba muy erguido, pero no me molesté en sacar las manos de los bolsillos ni en ponerme tieso. No estaba en el ejército. Con la mayor cortesía posible, respondí:

—Así es. ¿Cómo se llama usted?

El hombre fingió no oír.

—¿Por qué no lleva corbata ni chaqueta? —me preguntó.

—Porque cuando desperté esta mañana advertí que... ¡Caray! Que era verano.

—Aquí hay aire acondicionado.

—Interesante, pero no viene al caso, ya que vine aquí sólo por un rato.

—Sí, ¿eh? Deme su nombre y nos encargaremos de que no se quede mucho tiempo.

—Para usted, “usted” es suficiente. Sirve —dije y me alejé, silbando. No sabía quién era, pero desde luego, lo descubrí. Era el niño mimado del Departamento, el agente más eficaz de la década de 1940. Y era también el asno que mencioné antes. Durante toda la guerra había trabajado en Alemania, entrando y saliendo del país, afrontando a diario la muerte con el coraje de un león —debo reconocerlo— y también con el cerebro de un león, más o menos.

Cuando entraba en un salón, los senadores de levantaban en señal de respeto... Es decir, se habrían levantado, de haber sabido quién era, pero no lo sabían, ya que el sello característico del agente es el anonimato.

Había oído hablar de él, por supuesto, como todos nosotros, pero no lo conocía personalmente ni había visto su fotografía. Por cierto que de haber sabido quién era no habría cambiado en lo más mínimo lo que sucedió en el corredor.

Para entonces, yo tenía otras cosas en qué pensar. Con otros cinco compañeros, debí someterme a un largo curso acelerado. Escuchamos conferencias sobre diversos aspectos del espionaje y el contraespionaje, códigos y criptogramas —desde el Morse hasta los que requerían el uso de computadoras, pues las primeras computadoras electrónicas estaban ya en uso— y sobre muchos otros temas que resulta fatigoso recordar en mi caso y aburrido en el de ustedes.

Las conferencias se interrumpían con pequeñas situaciones imaginarias de uno u otro tipo y luego se nos interrogaba sobre ellas para poner a prueba nuestra capacidad de observación en condiciones difíciles. Un conferenciante hablaba durante media hora, por ejemplo, y súbitamente nos preguntaba cuántas veces se había frotado la frente o si se la había frotado con la mano derecha o la izquierda.

Claro está que jamás me tomaron desprevenido con ninguna de esas pruebas. Podría haber cometido un error intencional para que me expulsaran del curso, pero me costaba mucho permitir que supusiesen que era un imbécil.

Un día nos anunciaron una conferencia sobre un héroe de la guerra. Apareció entonces mi amigo del corredor. Me recordaba, pueden estar ustedes seguros. Allí estaba de pie frente al salón mirándonos uno a uno con mirada glacial. Cuando me llegó el turno a mí, ladró: “¡Griswold!”

—O “usted”, si prefiere —dije con suma tranquilidad—. Como guste.

Me dirigió una mirada atenta y prolongada y comentó:

—Al parecer tiene una gran opinión de usted mismo.

—Pecaría de falta de perspicacia si pensara lo contrario —repuse.



—¿Y cómo maneja los códigos?

—No soy un criptógrafo acabado, pero soy tan bueno como cualquiera que tampoco lo sea.

El hombre se volvió hacia la clase y dijo:

—La verdad es que todos los días utilizamos códigos. Lanzamos señales visibles. Guiñamos un ojo, hacemos un gesto afirmativo, arqueamos las cejas. Hay gestos, expresiones, ruidos vagos, todos significativos. Algunos significan lo mismo para todos. Un gesto afirmativo, “sí”. Un dedo que señala podría querer decir “¡Eso!”

»Sin embargo, podemos cambiar esos significados. Podemos haber convenido que alguien dispare cuando hacemos un gesto afirmativo. El gesto puede querer significar 'sí' para cualquiera casi en cualquier circunstancia, pero significa '¡Fuego!' para una persona en determinada situación.

»Por cierto esto requiere un acuerdo previo. Pero... supongamos que no es posible convenir tal acuerdo. Supongamos que debemos enviar un mensaje importante sin recurrir a un código convenido de antemano. Es necesario inventar uno que suene como un disparate, de manera que desanime a cualquier persona no autorizada para descubrirlo o mejor aún, que parezca tan carente de significado que lo deseche. Sin embargo, la persona a quien se lo envía debe ser capaz de interpretarlo.

»Es complicado. Hay que desplegar mucha inteligencia, pero no tanta como para que el código que utilicemos sea impenetrable y nuestro hombre tenga que ser más listo que el enemigo. En 1943 utilicé un código semejante. Lo usé dos veces con éxito, ambas durante una emergencia en la que debía arriesgarlo todo. Pecando de excesiva confianza, lo utilicé una tercera vez y el enemigo lo captó. El resultado fue que sacasen a Mussolini de su prisión en Skorzeny y que yo mismo estuviese a punto de ser encarcelado... o algo peor.

»Ahora, voy a probar este código con Griswold —dijo con una sonrisa de lobo—. Un hombre tan brillante como él tiene la certeza del éxito y le daremos tiempo hasta el final de esta conferencia para descifrarlo. Desde luego no podrá dejar de prestarme atención, pues también lo someteremos a prueba en cuanto a este punto. El mensaje, Griswold, consiste en siete palabras que escribiré en la pizarra, una debajo de la otra:

TITTER

ATTEMPT

ABILITY

INTENTION

CAPACITY

INVINCIBLE

INVIDIOUS

»Aquí hay un mensaje —dijo— e invito al resto de ustedes a descifrarlo. Sabrán fuera de toda duda que lo han conseguido si hallan la respuesta correcta, pero sólo

espero resultados de Griswold. Todos pueden observar que las siete palabras no tienen una relación obvia en cuanto al orden dado ni en ningún otro sentido. Al parecer no tienen nada en común. Hay tres sustantivos, dos adjetivos, un verbo y una palabra que puede ser un verbo o sustantivo. La letra inicial de cada palabra no proporciona ningún dato. Digo, no obstante, que hay un mensaje.

El hombre calló y todos se concentraron, frunciendo el ceño, con aire absorto y tratando en todas las formas posibles de demostrar que estaban sumidos en la más profunda reflexión. Yo no me tomé ese trabajo. Con aire aburrido, me apoyé en el respaldo de mi asiento.

El hombre se acercó a mí y me dijo:

—Le hablaré a la clase durante cuarenta y cinco minutos. Hasta entonces tiene tiempo. ¿Le alcanzará?

Con toda claridad contesté:

—Tirate —is —invisible<sup>[57]</sup>.

—¿Qué? —dijo el hombre.

—He resuelto su pequeño código y hago uso de él para responder a su pregunta sobre si me alcanzará el tiempo.

Se puso como la grana. Claro está que comenzó por ruborizarse. Salió corriendo del salón y en el tumulto que siguió expliqué el código a los otros. Tenía razón yo, pero las cosas salieron bien, porque no conseguí el puesto. Mi amigo el héroe me calificó de insolente, falta de colaboración y, muy probablemente, según su opinión de experto, de comunista, de modo que al día siguiente me despidieron.

Conservé mi carácter de asesor ocasional y en realidad no me ha ido nada mal.

Griswold, dejó escapar un gruñido nostálgico y dio la impresión de disponerse a caer en su habitual estado de somnolencia, cuando Baranov preguntó ansioso:

—Pero, ¿cuál era el mensaje? ¿Cómo funcionaba el código?

Griswold fingió asombro.

—¿No se han dado cuenta? ¡Es obvio! Una mirada debe bastarles para comprobar que las dos primeras palabras de la lista tienen tres “t” cada una y, las últimas dos, tres “i”. Una vez que lo advertí pude ver que cada una de las palabras de la lista tenía una “i” o una “t” por lo menos y algunas las dos letras.

—¿Qué tienen en común la “i” y la “t”? Bien, cuando escribimos con letra cursiva, a mano y con minúsculas, la “i” y la “t” provocan la interrupción del trazo. Hay que detenerse para poner el punto a la “i” y para cruzar la “t”. Sin duda es obvio. (También hay que ponerle el punto a una “j” ocasional, pero la “j” es solo una forma moderna de la “i”) Comprobado esto, no pueden dejar de advertir en el acto que el punto de la “i” y la barra de la “t” son los puntos y rayas del código internacional Morse.

Si para cada palabra escribimos solamente los puntos y barras de las “i” y de las

“t”, tenemos para “titter” -.-; para “attempt” -; para “ability” ..-; para “intention” .-.; para “capacity” .-; para “invincible” ... ; y para “invidious” ...

En Morse, -.- --.-.-.-... .. se expresa como “tú pasas”, prueba evidente e inmediata de que mi análisis era el correcto. Cuando el amigo de ustedes, el héroe, me preguntó si yo tenía bastante tiempo, dije “Titrante is invisible”, pero si transformamos eso en puntos y rayas, obtenemos -.-... .., o sea “Ves” o “Sí”.

# La historia de Appleby (1981)

---

“The Last Laugh (The Appleby Story)”

—Es carísimo este crimen de clase media. No sé cuantos miles de millones de dólares nos cuesta todos los años —dijo Jennings.

Sus palabras sonaron a hueco en los augustos ámbitos de la biblioteca de nuestro club. Era una noche tibia y la ciudad tenía bastante actividad como para que solo algún desesperado no tuviera nada mejor que hacer que venir al club. Con excepción de nosotros cuatro, claro está.

—No creo que a nadie le interesen los crímenes de clase media, de la gente de cuello y corbata. El común de los mortales se limita a pensar: “Con tal de que la sangre no llegue al río...” —dijo Baranov.

—Ya lo sé —contesté indignado—. Así es como un pobre infeliz que asalta un comercio de bebidas alcohólicas esgrimiendo un arma y roba cincuenta dólares debe sufrir todo el peso de la ley. Al mismo tiempo un joven ejecutivo que se lleva cincuenta mil metiendo la mano en la lata pública comparece ante el jurado, invoca la ley y es considerado un respetable ciudadano.

—El arma hace diferencia, ¿no? —preguntó Baranov con aire hosco—. Tu “pobre infeliz” puede lisiar o matar. ¿Qué tiene que ver eso con el dinero?

—Espera —le dije—. Retira a tu bien educado hombre de detrás del escritorio, llévalo a los arrabales, privalo de toda oportunidad en la vida, rodéalo de gente con dinero a quien no le importe un bledo ningún pobre infeliz y ¿qué imaginas que hará? O a la inversa, toma al pobre infeliz, límpialo, edúcalo, cámbialo de color o de antepasados si es necesario, y ponlo detrás de un escritorio en un muelle sillón. Tampoco necesitará usar armas.

—Siempre es responsable la sociedad, según ese tierno corazón que tienes —comentó Baranov. Por una vez habíamos olvidado la presencia de Griswold que sin nuestra ayuda, estaba con los ojos bien abiertos.

Frunció sus tupidas cejas y con voz profunda, murmuró:

—¿Qué les hace imaginar que esas dos clases de crímenes funcionan siempre por separado? Una puede llevar a la otra.

En un caso que recuerdo, sucedió así, aunque dudo que pueda interesarles.

Se detuvo para beber un sorbo de whisky con soda y le dije:

—Aunque no nos interesa, ya que insistes en contarlo, habla.

La persona en cuestión [dijo Griswold] se llamaba Thomas Appleby y tenía una serie de cualidades relevantes, algunas simpáticas, otras, no, pero todas contribuyeron a provocarle la muerte violenta.

Era una persona extrovertida, sociable, comunicativa. Era bajo, algo grueso, rubicundo, amistoso, charlatán, desenvuelto. Era el hombre que podría haber sido

Papá Noel y actuaba como tal, si Papá Noel se hubiese afeitado totalmente, cortado el pelo bien corto y anduviera vestido con camisa, chaqueta y pantalones.

Appleby tenía sus pequeñas vanidades. Era un ingenioso narrador de historias cómicas. Las narraba con vivacidad y agudeza y, como tenía conciencia de su aptitud, la lucía sin cesar con honda satisfacción.

Era capaz de mantener absorto a su auditorio y rara vez dejaba de provocar risas, generalmente, carcajadas, en todos los presentes. Tenía una memoria poco usual para recordar chascarrillos. Además era capaz de continuar relatándolos sin repetirse nunca, durante horas... ya veces lo hacía.

Daba la sensación de recoger anécdotas como una escoba que barre el polvo o un imán que levanta alfileres y siempre tenía a mano una nueva historia que repetía tan pronto como tenía nuevos oyentes. En verdad, buscaba nuevos oyentes para darse el gusto de contar sus historias. Buena parte de su fama de sociable era consecuencia de esa incesante búsqueda de nuevos auditorios.

Para quienes lo conocían, su historia predilecta era la llamada “historia de Appleby” y cualquiera que se encontrase atrapado en una reunión donde hubiera uno o dos recién llegados al grupo podía llegar a oírla por décima vez. Y hasta el atractivo de Appleby como narrador se marchitaba con tanta repetición.

Otra de las pequeñas vanidades de Appleby era su afición a echarse hacia atrás con aire de importancia y comenzar una anécdota así: “Estoy en el gobierno, ¿saben? y esta me la contó un senador...”

De hecho era un humilde empleado en una olvidada repartición del Ministerio de Salud y Bienestar, pero esta pequeña vanidad no hacía daño a nadie, salvo a él mismo.

Le gustaba comer y se las arreglaba para consumir todo lo que estuviese a su alcance sin que disminuyera su capacidad de hablar. Le gustaba el café con mucho azúcar, los espárragos con salsa holandesa, y el cerdo bien cocido. Evitaba beber alcohol y se sentía automáticamente atraído por cualquier grupo de desconocidos que le pudiera significar un nuevo auditorio.

Todo esto, claro está, y muchas otras cosas surgieron de la investigación que siguió a los sucesos registrados el día de su muerte. Como había salido de su trabajo dos horas antes de lo habitual, se dirigió a un café algo sórdido perteneciente a un hotelucho del centro de la ciudad.

Había en el café una serie de mostradores en forma de herradura y junto a uno de ellos estaban sentados cinco hombres con aire caviloso y en silencio.

Appleby podría haber elegido un asiento junto a cualquiera de las herraduras donde había sólo dos personas bien separadas entre sí, pero los asientos vacíos no le interesaban. Se dirigió, pues, sin vacilar, al sector ocupado.

La historia de lo que sucedió proviene de uno de los dos hombres que bebían en

una de las otras herraduras, un hombre que al parecer era sumamente curioso y no pudo menos que oír la voz penetrante de Appleby. Aparte de que su memoria fotográfica le permitió repetirlo todo.

Appleby ocupó un asiento y dijo con tono cordial:

—¡Buenas tardes, buenas tardes! Aunque no diré que sean tan buenas. Afuera hace muchísimo frío y no sirven café caliente. Pienso que aquí, sí.

Los otros lo miraron con expresión bastante poco amistosa, pero para Appleby eso no tenía importancia. No era capaz de advertir la falta de cordialidad. Se dedicó a estudiar el menú después de retirarlo de su lugar entre una aceitera y un soporte para servilletas de papel.

Según parece no se decidió de inmediato. Volviéndose hacia la persona a su derecha, preguntó:

—¿Oyó algún buen chiste en los últimos tiempos?

La persona en cuestión se mostró sorprendida. Luego, con evidente esfuerzo, se encogió de hombros y repuso:

—No. Hoy en día no hay muchos motivos para reírse.

—Oiga —dijo Appleby, encogiéndose de hombros—: Un chiste no hace mal a nadie. Si uno está de mal humor un chiste no se lo va a empeorar y, a lo mejor, se lo mejora.

—Algunos de los que uno oye —dijo el hombre, encorvado sobre su cigarrillo y mirando a Appleby con hostilidad— nos ponen mucho peor.

—Puede ser —admitió Appleby—. Pero yo trabajo para el gobierno, razón más que suficiente para que suela sentirme mal y le diré que los chistes ayudan mucho. Y los mejores que he oído provienen de desconocidos. Un día estaba yo sentado junto a un mostrador, como ahora, y pedí a mi vecina que contase un chiste. Me contó uno muy bueno. No lo contó muy bien, pero para eso estoy yo.

La persona que estaba a su derecha mordió el anzuelo.

—¿Qué le contó? —quiso saber.

—Sea usted el juez —dijo Appleby— y dígame si no es un buen cuento. Aquí va: Moisés bajó del monte Sinaí con las Tablas de la Ley bajo el brazo. Llamó a los ancianos a conferenciar. “Señores”, les dijo. “Tengo buenas y malas noticias para ustedes. La buena noticia es que he conseguido que el patrón nos lo deje sólo en diez.”

A esas alturas la voz de Appleby había tomado un cierto tono a lo Charlton Heston, sólo que más sonora para estar a la altura de su papel de Moisés. Hizo una pausa para verificar que una sonrisa empezaba a cruzar los rostros de los oyentes y continuó:

“La mala noticia”, dijo entonces, “es que lo del adulterio sigue en pie”.

Se oyó alguna risa ahogada y Appleby pareció satisfecho de haber arrancado por

lo menos esa risa a un grupo que no prometía mucho.

Entonces le dijo al hombre detrás del mostrador.

—Un café, por favor, y un sándwich de queso dinamarqués. —y volviéndose al hombre a su izquierda, añadió—: No debo comer demasiado.

—Según veo, ya ha comido bastante —comentó el hombre a su izquierda con un leve gruñido desdeñoso.

Appleby se esmeraba siempre para aceptar de buen grado las bromas del prójimo porque sabía que así mantenía de buen humor a su auditorio, cosa muy importante. Se echó a reír y dijo:

—Ahí me la dio. Lamento que lo haya advertido. Pensar que estaba contrayendo el abdomen para que no lo notase...

Apareció el café y el hombre detrás del mostrador, tan hosco y poco cordial como los parroquianos, le ofreció:

—Aquí tiene crema. ¿Quiere azúcar?

Appleby hizo el gesto de extender el brazo pero, en lugar de hacerlo, se quedó mirando la mano abierta del hombre, en cuya palma había dos sobrecitos de azúcar.

Después de titubear, dijo:

—Bien, ¿por qué no? —y tomó uno—. Uno solo —añadió—. Por esta vez usaré azúcar. Bien, es lo que llamo buen servicio. En general hay que buscar los edulcorantes por todo el mostrador y he aquí que este hombre, los ofrece. Muy considerado. Muy comedido de su parte. Como la muchacha de Moscowitz. ¿Oyeron hablar de Moscowitz, ese que sospechaba que su mujer le era infiel?

Era su historia del mes.

—No. —Contestó alguien—. ¿Cuál es?

—Bien —dijo Appleby—, Moscowitz estaba convencido de que su mujer lo engañaba y un día estando en su trabajo, no pudo soportarlo más. Tenía que saber. Entonces llamó por teléfono a su casa y la muchacha respondió al llamado.

“Escuche” —dijo—, “estoy convencido de que mi mujer me engaña, de modo que quiero que me diga lo siguiente: ¿Está arriba ahora, en el dormitorio, con otro hombre?”

“Debo decirle la verdad, señor” —dijo la mucama—. “Así es. Y debo decirle, además, que yo desapruedo del todo semejante conducta.”

“Bien —dijo Moscowitz—. Me alegro de que sea una mujer honrada. ¿Sabe donde guardo mi revólver?”

“Sí, señor.”

“Bien. Vaya a buscarlo. Llévelo al dormitorio y mate a esa sinvergüenza de mujer que tengo de un tiro en la cabeza. Luego mate de otro tiro en el corazón al hombre que está violando la santidad de mi hogar. Vuelva enseguida e infórmeme.

Appleby se detuvo para beber su café. El auditorio estaba atento contra su

voluntad y él lo sabía. Estaba en uno de sus mejores momentos y su voz matizaba cada expresión del diálogo de los dos personajes.

—Al cabo de un rato —siguió diciendo Appleby—, la muchacha volvió al teléfono. “Señor” —dijo— “misión cumplida”.

“¿Mató a mi mujer?”

“Sí, señor.”

“¿Y al canalla del amante?” “Sí señor”

“¿Los dos están muertos?” “Sí, señor.”

“¿Y qué hizo con el revólver?”

“Lo arrojé a la piscina, señor.” “¿Lo arrojó a la piscina? Oiga... ¿Con qué número hablo?” Se produjo un instante de silencio, el instante preciso para que la audiencia captara el chiste y estalló una carcajada general que se prolongó bastante tiempo. Hasta el hombre del mostrador se reía de tan buena gana como los otros. Appleby rió complacido a su vez, terminó su sándwich escandinavo y su café y se retiró. Y aquí terminaría la historia si dos horas más tarde no hubieran encontrado a Appleby estrangulado en su departamento. No le habían robado nada. Nada había sido revuelto. Sus ropas estaban un poco en desorden, como si lo hubiesen revisado, pero conservaba la billetera, el reloj en la muñeca, el anillo en el dedo. No faltaba ninguna de sus pertenencias. La policía inició una investigación de rutina que pronto permitió descubrir la sesión en la cafetería que, según se pudo establecer, era lugar de cita de gente poco recomendable, pero nunca había sucedido nada allí que hiciera suponer la posibilidad de que llegara a ser escenario de un asesinato. Se consideró que era un asesinato sin importancia y podría haber sido archivado en algún cajón pero, desgraciadamente, me llamaron antes de que se les ocurriera renunciar a descubrirlo. Tan pronto como oí la historia, adiviné cómo habían sucedido las cosas, como sin duda, lo saben ustedes.

—No, no adivinamos nada —dije en voz baja—, y tú lo sabes bien. O nos lo cuentas todo, o te estrangularemos a ti.

—¡Qué torpes! —murmuró Griswold—. A Appleby le agradaba tomar su café endulzado y, cuando el camarero le ofreció azúcar, dijo que por una vez la tomaría para variar. Esto significa que habitualmente usaba edulcorantes, que era lo que buscaba en ese momento. El hecho de que el hombre del mostrador le hubiese ofrecido azúcar, cosa poco común como señaló Appleby, parecería indicar que quería disuadir a Appleby del uso de un sustituto artificial.

Esto me hizo recordar inmediatamente el hecho de que el crimen que con mayor frecuencia comete la gente de cuello y corbata, un crimen que casi todos hemos cometido en diversas ocasiones, es el de robar alguno de esos paquetitos rosados de sustitutos de azúcar. Todos lo hemos hecho en alguna oportunidad.

Seguramente Appleby se sirvió varios de esos paquetitos rosados. En situaciones



normales se lo habrían impedido, quizá, pero todos estaban riendo de su chiste y nadie reparó en nada. Cuando advirtieron que los paquetitos habían desaparecido, tuvieron la certeza de que él se los había llevado. Después de todo, ese desconocido trabajaba para el gobierno (él mismo lo había afirmado) y, según todas las apariencias, los había distraído deliberadamente para poder alzarse con los paquetitos. Era necesario recobrarlos y los recobraron. Y lo estrangularon para impedir que hablase.

—¿Cómo adivinaste todo esto? —preguntó Baranov.

—Por lógica. Porque proporciona el motivo del crimen. Supongamos que ese café fuese un centro de distribución de drogas. Es bien inocente guardar heroína en paquetitos rosados exactamente iguales a los que contienen sacarina. ¿Quién podría sospechar nada? ¿Quién los miraría dos veces? Mientras nadie se apodere de uno de ellos por error, es un truco excelente. Al llevarse Appleby algunos, se produjo el pánico general.

Cuando la policía allanó el café, comprobó que yo estaba en lo cierto y lograron apoderarse de una buena cantidad de droga.

## Dólares y centavos (1982)

---

“Countdown to Disaster (Dollars and Cents)”

—Mi propia opinión —dijo Jennings estando los cuatro reunidos en la atmósfera algo lúgubre y melancólica de la biblioteca de nuestro club— es que con el objeto de contrarrestar la actividad terrorista, lo mejor sería bajar una cortina de silencio total sobre ella.

—Quieres decir —dije con tono sarcástico— que no le digamos a nadie, por ejemplo, que mataron al presidente, si acaso lo matan.

—No —respondió Jennings—. No es eso lo que quiero decir ni mucho menos. Digo que no se divulgue la identidad del presunto asesino ni ningún dato relativo a su persona; que no se publiquen fotografías, ni se hable de él. Así se convierte en alguien sin personalidad, lo mismo que cualquiera que esté implicado en actividades terroristas. Y es más, disminuycamos en especial la cobertura televisiva, excepto para anunciar en los términos más escuetos lo sucedido.

—Deduzco que lo que quieres insinuar es que los terroristas actúan por la publicidad que logran. Les quitas la publicidad y no tiene objeto para ellos hacer nada.

—Hasta cierto punto, sí —dijo Jennings—. Digamos que hay un movimiento en favor de la independencia de la población de Fairfield en Connecticut. Cinco locos establecen un Comité para la Liberación de Fairfield. Se otorgan así mismos la sigla FLC y lanzan una campaña de destrucción de neumáticos en Hartford, una ciudad próxima, enviando cartas a los diarios y atribuyéndose los hechos. En la medida que continúan los cortes de neumáticos y los medios lo publican en forma extensa, no sólo se consigue que esos cuatro locos se crean importantes y poderosos, sino que la publicidad lleva a montones de gente impresionable a imaginar que quizá tenga cierta validez la idea de dar la independencia a Fairfield. Por el contrario, si se investigan los delitos dentro del más estricto silencio...

—Sencillamente, no es posible —dije— por dos razones. La primera es que la gente a quien le cortan los neumáticos se verá obligada a marchar a pie y surgirán rumores mucho peores que la verdad. La segunda es que una vez establecido el principio de que es posible imponer el silencio periodístico sobre algo semejante, es posible extenderlo a cualquier cosa que consideremos peligrosa que la gente sepa. Y quiero enfatizar cualquier cosa. Espero que no ocurra nunca en los Estados Unidos. Prefiero el terrorismo esporádico...

—Además —la voz de Griswold tronó en forma inesperada— llega el momento en que el silencio puede quebrarse. ¿Cómo mantienes secreto que hay que evacuar un hotel en medio de las horas de mayor tránsito de la noche y que es necesario convocar a todas las dotaciones de bomberos de la zona...?

Tenía los dos ojos abiertos, su azul resplandecía sobre nosotros, y estaba sentado muy erguido. Sí, estaba más despierto de lo que lo había visto en muchos años.

—¿Estuviste implicado en algo semejante? —pregunté.

Todo comenzó [dijo Griswold] cuando un periodista de un diario de Nueva York recibió un anónimo cuidadosamente escrito a máquina según el cual se había depositado una falsa bomba en determinada habitación de cierto hotel. Se mencionaba el número de dicha habitación.

El periodista se preguntó qué debía hacer y decidió que era una broma que le hacía uno de esos graciosos que andan por ahí, pero en seguida reflexionó y decidió que no podía correr riesgos. Retiró entonces el papel arrugado del canasto y se lo entregó a la policía. El acto implicaba el riesgo de pasar por idiota, pero no tenía alternativa.

La policía no se mostró nada comprensiva. También creía que era una broma de la que hacían objeto al periodista, pero ellos tampoco tenían alternativa. Enviaron al hotel a un miembro del equipo antiexplosivos y lo condujeron a la habitación señalada. Afortunadamente quien la ocupaba estaba ausente. Bajo los ojos llenos de desaprobación de un empleado del hotel y con la sensación de estar actuando como un imbécil, el policía revisó más o menos superficialmente el cuarto y casi de inmediato descubrió una caja en el estante del armario junto a algunas mantas. Llevaba escrito afuera, con torpes letras mayúsculas, la palabra BOMBA. En el interior había cartón de embalaje. Nada más.

Claro está que trataron de localizar huellas digitales en la caja. Nada. La carta estaba llena de huellas del periodista. Seguía pareciendo una broma aunque más seria de lo que habían supuesto al principio. Se indicó al periodista que entregase cualquier otra carta que le llegara sin la menor demora y tratando de no tocarla demasiado. Y el periodista comenzó a abrir todas sus cartas con un par de guantes de cabritilla puestos. Resultó una precaución útil porque tres días más tarde recibió otra carta. Mencionaba otro hotel y volvía a dar un número de habitación. De inmediato la llevó a la policía y una vez más enviaron a un miembro de la brigada antiexplosivos. Esta vez encontraron en el cuarto de baño una caja llena de pedazos de cartón, metida detrás del inodoro. También decía: BOMBA.

No había ni una huella digital. La policía había informado a los diarios principales de la ciudad lo que había sucedido, pidiendo que no se hiciera publicidad con el fin de prevenir una ola de pánico y, pidiendo también que estuviesen todos vigilantes frente al eventual recibo de otras cartas.

Precaución afortunada, además, porque la tercera carta llegó a un periodista perteneciente a otro diario. Era igual a las otras, salvo que esta vez había un párrafo más que decía: “Espero que advierta que esto no es más que una práctica. Un día de estos, la bomba será de verdad. En ese caso, desde luego, no le daré el número de la

habitación”.

Ahí fue cuando la policía me llamó y me mostró las cartas.

—¿Qué establecieron en el laboratorio? —pregunté.

Mi amigo de la policía, un teniente llamado Cassidy, me dijo:

—Es una máquina eléctrica, probablemente de la marca IBM y el presunto terrorista es un hombre educado que sabe usarla muy bien. No hay huellas digitales. Tampoco hay nada especial en el papel ni en el sobre. Tampoco en las falsas bombas, dicho sea de paso. El sello postal indica que las cartas fueron despachadas desde diferentes puntos, pero todos en Manhattan.

—No parece un dato demasiado útil —comenté. Cassidy hizo una mueca.

—Así es. ¿Sabe cuántas máquinas de escribir IBM hay en Manhattan? ¿Y cuántos expertos mecanógrafos con buen nivel de educación? Pero si el hombre manda un número suficiente de cartas, no obstante, espero que podamos recoger algunos datos más.

Tampoco veía yo que fuese posible hacer mucho más. Quizá tenga una capacidad extraordinaria para advertir cosas mínimas que escapan a los demás, inexplicables aún, pero sólo el resto de los mortales me considera un forjador de milagros. Personalmente, jamás he afirmado tal cosa. Con todo, me mantuve en estrecho contacto con la policía mientras se desarrolló el caso.

Llegaron en efecto más cartas y contenían mayor información, por lo menos relativa a los móviles. El terrorista misterioso comenzó a expresarse con mayor espontaneidad. Al parecer estaba harto de nuestra sociedad de consumo y deseaba el retorno a épocas más puras, más espirituales. Cómo era posible volver a ellas con sus excentricidades, era algo que no explicaba.

Manifesté a Cassidy:

—Es obvio que no tiene dificultad alguna para entrar en las habitaciones de los hoteles, aunque claro está, tampoco hay razón para que la tuviera.

—¡Ah! —dijo Cassidy—. ¿Llaves maestras?

—Todos los cuartos se limpian todos los días. Las mujeres encargadas de la limpieza suelen alejarse para cumplir alguna otra tarea y dejan la puerta abierta, en especial cuando el cuarto está vacío entre dos ocupantes y por lo tanto no hay nada de valor que pueda ser robado. Yo he visto cuartos de hotel con la puerta abierta y sin mujeres de limpieza a la vista, aun en casos en que hay equipaje y ropas expuestas en forma visible. Nadie puede impedir a nadie vagar por los pasillos de los hoteles, de modo que todo lo que tiene que hacer nuestro hombre es encontrar una puerta abierta.

Se pasó la voz a todos los hoteles de Nueva York en el sentido de que las encargadas de la limpieza no debían dejar puertas abiertas bajo ningún pretexto. Algunos indicaron a sus empleadas que estuviesen alerta para localizar cajas de tamaño reducido y que llamaran la atención de la gerencia frente a cualquier

elemento sospechoso.

Apareció una caja y llegó a las oficinas de la policía antes de que llegase la carta que anunciaba su colocación. La carta se demoró en el correo, cosa nada sorprendente en realidad.

—Espero —dijo Cassidy con tono melancólico—, que cuando se trate de la bomba de verdad, no la anuncie por correo. Nunca llegará la carta a tiempo para darnos la posibilidad de prevenir el atentado.

Las precauciones tomadas para que no se dejaran puertas abiertas hicieron más lento el trabajo del hombre. Las cartas disminuyeron en número, pero no cesaron del todo. Las crecientes dificultades lo ponían al parecer más irritable. Acusaba a bancos y financistas en general. Los psicólogos policiales trataron de elaborar un perfil de la personalidad del remitente de las cartas partiendo de lo que decía. Se preguntó a los bancos si alguno de ellos había rechazado una solicitud de préstamo y si el solicitante había reaccionado con exagerada amargura o amenazas. El estudio sostenido de las fechas del sellado postal en las cartas indicaba preferencia por ciertos barrios en desmedro de otros como posibles centros de actividades del terrorista.

—Si sigue así durante un tiempo, acabaremos arrestándolo.

—Pero un día de estos —vaticiné— será la bomba de verdad y ocurrirá probablemente antes de que hayamos conseguido aislarlo entre los millones de personas que viven o trabajan en Manhattan.

—Pero la situación puede prolongarse durante bastante tiempo. Puede no estar en condiciones de fabricar u obtener una bomba. Todas estas tretas de colocar bombas falsas son una manera de eliminar tensiones y, una vez que las haya eliminado, dejará de enviar cartas.

—Sería muy agradable —dije—, pero hoy en día cualquiera puede conseguir un aparato explosivo o aprender a fabricarlo a poco que se esfuerce.

Así estaban las cosas cuando un día llegó un oficial de policía a ver a Cassidy con urgencia.

—Un hombre que dice ser el de las bombas llamó por teléfono.

Cassidy se levantó de un salto, pero el oficial le dijo:

—Cortó ya la comunicación. No pudimos retenerlo. Dice que volverá a llamar... y dice que ahora será una bomba de verdad.

Llamó varias veces, con intervalos, desde distintos teléfonos públicos. Según él la bomba estaba ya colocada. La bomba de verdad. Nombró el hotel, nada menos que el más nuevo de Manhattan. Además, dijo la hora en que estallaría: las 17.00 de ese día, sí, el momento de máxima concentración de gente en la calle.

—Tienen tiempo para evacuar el hotel —dijo con voz ronca—. No quiero que muera nadie. Solo quiero destruir la propiedad para dar una lección a los que consideran a la propiedad por encima de la humanidad.

Era poco después de las dos, cuando por fin nos comunicó el lugar y la hora. Había tiempo para hacer el trabajo, pero considerando no sólo la evacuación, sino además la colocación de cordones para aislar la zona y la congestión de material contra incendios, íbamos a producir un tumulto de tránsito de órdago en Manhattan...

Junto al teléfono, Cassidy hizo todo lo que pudo.

—Escuche —dijo con un tono tan persuasivo como pudo—. Usted es un idealista. Es un hombre de honor. No quiere hacerle daño a nadie. Supongamos que logremos sacar a todos a la calle. Supongamos que quede un solo niño en el interior a pesar de todo lo que hagamos. ¿Está dispuesto a cargar ese peso sobre su conciencia? Díganos por lo menos el número de la habitación. Hágalo y le garantizo que escucharemos sus motivos de queja.

El hombre de la bomba no estaba dispuesto a acceder.

—Volveré a llamar —dijo.

Al cabo de quince minutos interminables, durante los cuales la policía y la brigada de antiexplosivos se dirigieron al punto indicado, recibimos el llamado.

—Muy bien —dijo el hombre—. Dólares y centavos. Es todo lo que le preocupa a la gente. Dólares y centavos. Son demasiado tontos para comprenderme y por lo tanto yo no soy responsable. Ustedes lo son —dijo y cortó la comunicación.

Cassidy se quedó mirando el teléfono.

—¿Qué diablos quiso decir? —preguntó.

Pero yo había oído la conversación por una extensión de la oficina y me apresuré a decirle:

—Suspendan la evacuación por unos minutos. La brigada debe haber llegado ya. Comuníquese con ellos. Creo que tengo el número de la habitación y es posible que puedan desactivar el artefacto allí mismo.

No me equivocaba. La bomba, un artefacto sencillo, pero de verdad, fue desactivada con facilidad sin molestar a nadie en el hotel. No atrapamos al terrorista, pero nunca volvió a hacer otro intento. Al parecer estaba satisfecho y, como no había nadie herido...

Las palabras de Griswold dieron lugar poco a poco a un ronquido muy leve y Jennings levantó la voz.

—Oye, no te duermas. ¿De dónde sacaste el número de la habitación? ¿Cuál fue la pista?

Puse en práctica mi truco habitual de pisar el pie de Griswold que tenía más cerca, pero esta vez él estaba preparado y me dio un buen puntapié en el tobillo.

—Les dije la pista. El hombre habló de “dólares y centavos” y dijo que si éramos demasiado tontos para comprender, los responsables éramos nosotros.

—¿Qué pista es esa? —exclamó Baranov—. Eso no era más que su queja de siempre sobre la sociedad enloquecida por el dinero.

—Podría haberlo sido, además, pero yo consideré que era el indicio que buscábamos. Les dije que el hombre era un mecanógrafo experto y un mecanógrafo experto piensa más bien en términos de teclas que de palabras.

—Yo escribo muy bien a máquina y la frase no significa nada para mí —observé.

—No me sorprende —dijo Griswold tan simpático como de costumbre—. Pero si escribes a máquina “dólares y centavos” y estás con mucha prisa, lo más probable es que escribas los símbolos “\$&c” y el hombre hizo esos símbolos en el aire.

Eso se logra golpeando tres teclas en la máquina eléctrica IBM con la tecla de mayúsculas baja. Pero si no la bajas, las mismas teclas te dan el número 476. Prueben y verán. Por ello pensé que debíamos buscar la habitación 476. Y era la indicada.

## Amigos y aliados (1982)

---

“Friends and Allies”

—¿Vieron el casamiento del Príncipe Carlos y Lady Diana? —pregunté. Tenía las piernas cómodamente extendidas, en una posición que en general la atmósfera algo solemne de nuestro club no solía auspiciar.

—Sí —dijo Jennings con entusiasmo—. ¡Qué princesa de cuento de hadas! ¡Joven! ¡Rubia! ¡Hermosa!

—Y al mismo tiempo —comenté— las ciudades de Gran Bretaña se destrozan en medio de conflictos callejeros. Irlanda del Norte arde en llamas. La inflación y el desempleo han llegado a límites alarmantes.

—Razón de más —dijo Baranov con cierto matiz antagónico— para brindar ese espectáculo. Los británicos se congregaron por millones para admirarlo. Si la familia real hubiese anunciado que la boda tendría lugar en la Municipalidad y que se donaría a los pobres el dinero economizado, se habría levantado una ola de protesta.

Suspiré.

—Seguramente, tienes razón. La raza humana tiene un no sé qué de irracionalidad. O quizá sean tan sólo los británicos.

—¡Escuchen! —dijo Jennings—. Allá por 1940 estábamos encantados con la irracionalidad de los británicos. Cualquier consideración racional les habría dicho: rendirse y firmar un tratado de paz con Hitler. En lugar de pactar, permitieron el incendio de Londres y arriesgaron una destrucción y una esclavitud totales.

En verdad no había nada que responder. Me limité a asentir.

—Además —dijo Jennings, aprovechando su ventajosa posición—, son nuestros amigos y aliados.

Volví a asentir.

Griswold eligió ese momento para abrir aquellos témpanos azules que tenía por ojos y nos miró con lástima. Se aclaró la voz, se llevó su whisky con soda a los labios y comentó:

—No existe lo que llaman amigos y aliados. No son más que arreglos temporarios.

—Vas a decir que los británicos... —comenzó a decir Jennings con vehemencia.

—Quiero decir que los británicos tienen sus intereses y nosotros los nuestros. Y si bien ellos pueden seguir a veces vías paralelas, esas vías nunca son del todo idénticas. Más aún, no hay enemigos y contrincantes. No hay más que divergencias temporarias.

—Qué cinismo —dijo Baranov.

La verdad [dijo Griswold] suena tantas veces a cinismo que la gente prefiere creer en mentiras. Esta es la fuente de tantas dificultades como hay en el mundo. Recuerdo



una época, allá por 1956, cuando la guerra fría estaba en su apogeo y la Unión Soviética esperaba revueltas en el este de Europa. Teníamos la lógica preocupación, en aquel momento, de mantener las cosas a una temperatura lo más baja posible para evitar un enfrentamiento nuclear... en otros términos, había que debilitar a la Unión Soviética, pero no enardecerla.

También deseaban esto los británicos, pero ellos temían que nosotros pudiésemos reaccionar con un raptó de locura, mientras nosotros temíamos que los temores de ellos debilitasen el frente unido y la firmeza del bloque occidental.

La situación nos creaba dificultades. Los británicos y nosotros tenemos cada uno nuestra organización de inteligencia. Las dos son totalmente independientes. Por ser los británicos nuestros amigos y aliados, les decimos todo lo que sabemos, cuando consideramos que deben saberlo. Al igual que ellos.

La dificultad está en que ellos creen que deben saber todo lo que sabemos nosotros y nosotros no estamos de acuerdo. También en esto estamos a la recíproca.

Podrán apreciar lo complicado del asunto. En aquella época John Foster Dulles era secretario de Estado y creía en la política de vivir al borde de la guerra y en perpetuo forcejeo con el enemigo, cosa que ponía nerviosos a los británicos. Lo que no deseaban hacer de ninguna manera era darle a ese enemigo ningún pretexto para que perdiese los estribos. Además, Gran Bretaña tenía en aquel momento planes relacionados con el Medio Oriente, planes que no deseaba comunicarnos.

Por otra parte, los profesionales del Departamento de Estados siempre adoptaban el punto de vista de que Dulles era absolutamente imprevisible y por lo tanto más peligroso cuando no contaba con los elementos de juicio y debía adivinar, puesto que siempre tendía a adivinar una situación de “el peor de los casos”.

Entre otros medios de obtener información, conseguimos infiltrarnos en la inteligencia británica. Sabíamos que era probable que los soviéticos también la hubiesen logrado, de modo que “¿por qué no nosotros?” Sin duda los británicos realizaban idénticas tentativas, y bien podrían haber tenido éxito.

Infiltrar el sistema británico era una misión más que delicada. Los británicos sabían que los soviéticos intentarían hacerlo y como aceptaban el hecho filosóficamente no abrigaban contra ellos resentimiento alguno. En cambio, no podían aceptar nada semejante que viniera de nosotros, Nosotros éramos amigos y aliados. En vista de ello debimos trabajar mucho más que los soviéticos para que los británicos no sospechasen nada.

De cualquier manera, la información llegó a nuestra gente en forma muy indirecta. Fue una fecha solamente, el 8 de junio. No tiene importancia cuál era su significado exacto y no se los diré, porque aún hoy no estaría bien divulgarlo. Hay involucrados muchísimos secretos que no han dejado de serlo.

Con todo, los británicos pensaban hacer algo el 8 de junio y, cuando lo hicieran,

contaríamos con la base que necesitábamos para reaccionar debidamente ante la acción soviética en Europa Oriental. De haber ignorado la acción británica, habríamos reaccionado frente a los soviéticos sin contar con información esencial.

Lamento que todo esto suene un poco complicado, pero nada es simple en el laberinto del espionaje y el contraespionaje.

Bien, creíamos saber la fecha. Hicimos preparativos basados en el conocimiento más o menos seguro de que sabíamos lo que pensaba la gente de Londres y, el 8 de junio, ¡lo que estábamos seguros que iba a suceder no sucedió!

¿Quería decir esto que los británicos habían cambiado de planes? ¿O bien significaba que nuestra pequeña fuente dentro de Inteligencia Británica había sido anulada y se nos había pasado deliberadamente información falsa para darnos una lección?

¿O era sencillamente que alguien había cometido un error? Pasaron algunos días en medio de una creciente tensión en Washington, todo el mundo estaba electrizado. En nuestro propio organismo de informaciones se preguntaban durante cuánto tiempo sería posible ocultarle la situación a Dulles.

Por fin me llamaron. En general acuden a mí cuando han recurrido ya a todo lo demás.

Habría preferido mantenerme apartado. La política de Dulles en el Medio Oriente era desastrosa, me habían despedido, por decimoquinta vez, creo, por haberlo señalado públicamente. Un viejo amigo me llamó, no obstante, y no tuve más remedio que ir a verlo.

Siempre tengo esas debilidades. Soy más blando que la manteca. Además, me resultaba muy claro que el Medio Oriente no tardaría en arder y las consecuencias serían imprevisibles. Tenía pues que colaborar.

Mi viejo amigo, al que llamaré Jim para darle algún nombre, me explicó la situación sin darme ninguno de los detalles importantes. Dulles se habría puesto furioso de haberse enterado de que yo estaba al corriente de un asunto tan delicado y Jim debía tenerlo presente.

—Tengo la impresión, Jim —dije—, de que tienes una fecha y que no es la fecha correcta. ¿Cómo diablos puedo ayudarte?

Jim, que estaba sudando copiosamente, respondió:

—Mira, creo que nuestro hombre en Londres está aún cubierto y los británicos no dan muestras de la nerviosidad que evidenciarían si hubiesen hecho cosas como alterar fechas o confundirnos intencionalmente. Yo creo que de alguna manera alguien ha cometido un error. Hemos dado con una fecha equivocada y la correcta tiene que estar aún en alguna parte.

—Bien —dije—, comunícate con tu contacto en Londres y pídele que vuelva a darte la fecha.

—No podemos —dijo Jim—. En este momento está fuera de nuestro alcance. Los británicos acaban de encomendarle una misión que no podía eludir. Después de todo, es inglés, aunque trabaje para nosotros. No sabemos dónde está y, como por su parte él ignora que estamos en un lío, no hay motivo alguno para que trate de comunicarse con nosotros.

—Sigo sin ver qué puedo hacer. ¿Tienes clara la fecha? ¿O está en el código?

—Absolutamente clara. J-U-N-I-O-8. No hay posibilidad de error al codificar o decodificar.

—¿Cómo lo pasó tu colega de Londres?

—En forma muy indirecta, pero precisa. Retiró el último cigarrillo de un paquete y arrojó el paquete vacío al canasto de papeles. Algo más tarde, un hombre mal vestido revisó el canasto buscando un diario y al mismo tiempo retiró el paquete vacío. En el interior estaba la fecha, escrita con una lapicera especial con una leve inclinación en la pluma, formando un ángulo recto.

—Sospecho que el “hombre mal vestido” era uno de los tuyos.

—Sí. Quemó el paquete, registró la fecha y la pasó por un medio enteramente diferente. No era posible llegar entonces hasta el primero de nuestros hombres, cuya posición era necesario proteger y el segundo de los hombres no era esencial, como él mismo sabía muy bien.

—¿Crees que el segundo hombre cometió un error al copiar la fecha?

—Lo hemos empleado con anterioridad. Nunca cometió un error. Sí, sí. Ya lo sé. Siempre hay una primera vez. Él jura que no cometió ningún error. Junio 8, ni más ni menos. No había manera de equivocarse. El hombre insiste en este punto.

—En ese caso, el primero de tus hombres, me refiero al de Londres, tiene que haber obtenido una fecha equivocada y tu suerte está echada. A menos que los británicos hayan hecho en efecto lo que se supone que debían hacer el 8 de junio, pero con tanto sigilo que nadie haya advertido nada.

—Imposible. Si supieras lo que era, no creerías tal cosa.

—¿Y el segundo hombre? Por muy bien que haya actuado para ustedes en el pasado, si no es más que un recolector de desperdicios de Londres al que contratan a veces, alguien pudo ofrecerle más que ustedes para cancelar su misión, por así decir.

—¿Recolector de residuos? —repitió Jim, indignado—. Nació en Dallas. Diplomado en la mejor institución de Texas. Uno de nuestros mejores hombres.

—¡Ah! Vislumbro que empieza a hacerse la luz.

—¿Dónde?

—Olvídalo —dije con aire virtuoso. Después de todo, si él consideraba que debía reservarse información yo no veía razón para no retribuirle el cumplido.

—Supongamos que yo te dé una fecha alternativa. ¿Puedes dejar las cosas donde están y evitar que nos lancemos a un ataque a ciegas hasta que lleguemos a esa fecha?

—¿Cuál es la fecha alternativa?

Le di la fecha,

Jim frunció el ceño,

—¿Qué te hace imaginar que esa es la fecha alternativa?

Posé sobre él mi mirada franca y honrada,

—¿Alguna vez has visto que me haya equivocado cuando afirmo estar en lo cierto?

—Mira, en realidad...

—No finjas ser más listo de lo que eres. Deja las cosas como están y mantenme al margen de todo. Si Dulles llega a descubrir que tengo algo que ver con esto, preferirá arriesgar una guerra nuclear a la seguridad que puede darle mi afirmación.

—Lo intentaremos —accedió Jim,

Lo consiguió. Las rebeliones en Polonia y en Hungría fueron sofocadas ese año, pero los Estados Unidos siguieron un curso de acción que mantuvo a los soviéticos muy inquietos. Lo esencial fue que no pudieron intervenir en el Medio Oriente cuando Gran Bretaña, Francia e Israel atacaron a Egipto ese año. Y eso era lo más importante. Pero más importante aún fue que no hubo guerra nuclear, y ahora, no me hablen de “amigos y aliados”.

(#)

—¿Piensas quedarte allí? —le pregunté.

—¿Por qué no? —preguntó Griswold—. Es un desenlace feliz, ¿no?

—Por supuesto, pero ¿cuál era la fecha alternativa y cómo la obtuviste?

Al resoplar Griswold el bigote blanco se le erizó. Agitó la cabeza.

—Escuchen —dijo—. Nuestro hombre en Londres escribió la fecha en el interior del paquete de cigarrillos. Muy adentro, diría yo, para que no fuese visible ante una inspección superficial. Manejar una lapicera torcida y escribir con claridad es una operación delicada y no iba a escribir una enciclopedia, por otra parte. Yo estoy seguro de que habría escrito la fecha en la “forma más concisa posible, es decir, “6/8”. ¿No están de acuerdo?

—Tiene sentido —dijo Jennings.

—Pero el segundo hombre, nuestro tejano, por enviar el mensaje en forma distinta, podía permitirse ser algo más expansivo y garabateó “junio 8” en algo y lo envió en la forma en que lo hizo, cualquiera que haya sido.

—¿Y por qué? —preguntó Baranov.

—Bien, ¿no consideran ustedes que aquí surge una cuestión relativa a la de qué número representaba el mes y qué número el día? En los Estados Unidos, leemos el primer número como el del mes, pero en el Canadá y en Gran Bretaña, la costumbre es que el segundo número sea el del mes. El segundo hombre, norteamericano, al ver 6/8, lo escribe como Junio 8, por ser junio el sexto mes. No lo piensa dos veces y jura

que es lo que vio escrito. En cambio nuestro hombre británico en Londres estaba simbolizando “6 de agosto”, por ser agosto el octavo mes, de modo que esa fue mi fecha alternativa. Una fecha excelente y como se vio, correcta.

## ¿Cuál es cuál? (1982)

“Which Is Which?”

Estaba malhumorado. Sabía que no me duraría mucho tiempo. Tenía un excelente jerez en la mano, un sillón confortable, la atmósfera raída pero acogedora de la biblioteca de nuestro club rodeándome, y a Griswold, una figura somnolienta en su sillón, frente a mí.

Sin embargo, deseaba sacar ventaja de mi malhumor mientras durase. Me quejé, pues en los siguientes términos:

—Me gustaría saber cómo podría hacer yo, un ciudadano cualquiera, para arrestar a otro. Sé que se ha hecho, pero no conozco ningún caso concreto.

—¿A quién quieres arrestar? —preguntó Jennings con calma—. ¿A Griswold? Indignado, resoplé.

—¿Por qué arrestar a Griswold? Es una sinfonía de ronquidos. No, quiero arrestar a los que fuman en los ascensores. Infringen obviamente la ley y quiero poder colocarles las esposas...

Con mucho interés, Baranov me preguntó:

—¿Esposas? ¿Andas con esposas?

—Hablaba en términos figurados, por favor... Apoyar una mano en el hombro de alguien, y...

Jennings me interrumpió.

—En primer lugar, si haces tal cosa, te dará un puñetazo en la cara, si es un hombre, o un puntapié en la pantorrilla, si es mujer. Y si por casualidad alguien se dejara arrestar por ti, ¿qué harías después? ¿Llevarlo a la estación de policía más próxima? ¿Sabes dónde queda? Y si estás en un ascensor, es probable que estés yendo a alguna parte. ¿Vas a dejar lo que tengas entre manos para convertirte en un policía por la libre? ¿Piensas...?

—¿Quieres callarte? —dije. Estaba más malhumorado que antes.

En ese punto Griswold se agitó, bebió un sorbito del vaso de whisky con soda que se había llevado a los labios, y dijo:

—Como ciudadano, hice una vez un arresto. Estaba presente un policía, en realidad, pero no estaba en situación de arrestar a nadie.

Furioso, me volví hacia él.

—Y tú, sí, ¿eh? ¿Cómo lo explicas?

—No pensaba explicarlo... A menos que me lo pidas de buen modo.

Pero yo sabía que no era necesario.

Se llamaban Moe y Joe [dijo Griswold] y no sé de nadie en todo el curso de sus carreras criminales que los hubiese llamado por otro nombre. Seguramente tenían apellido, pero nunca lo usaban, salvo en la corte de justicia y no recuerdo cuál era.

Lo sorprendente en ellos era que no se trataba de mellizos. En realidad Moe era judío y Joe un italiano católico, pero por alguna extraña alteración de los genes, se parecían muchísimo. Podría haberse supuesto que eran mellizos y nadie lo habría puesto en duda. En verdad, sospecho que muchos de quienes los conocían creían que lo eran.

Se conocieron en la escuela secundaria —que ninguno de los dos completó y descubrieron la semejanza entonces. Moe acababa de mudarse al barrio y, era dos años mayor que Joe. Ambos se quedaron fascinados con este parecido físico y lo utilizaban para hacer bromas pesadas. Por ejemplo, uno de ellos pedía prestados veinticinco centavos y cuando el que los prestaba insistía en el pago de la deuda decían que el deudor era el otro. Este, desde luego, lo negaba. Finalmente pagaban; de lo contrario sus fuentes de crédito se habrían cortado. Pero este, así como otros pequeños episodios del mismo género, sin duda les dio la idea de lo que más tarde habría de convertirse en la carrera de toda su vida.

Se hicieron amigos íntimos y se esmeraban por usar ropas idénticas así como lenguaje y modismos característicos, una vez que alcanzaron edad suficiente para desprenderse de ataduras familiares innecesarias. Alquilaban un cuarto y tenían medidas parecidas, como para poder compartir su guardarropa. Adoptaron así estilos y colores idénticos y, excepto cuando se separaban por algún motivo, se vestían siempre como mellizos.

Al mismo tiempo trataban de evitar ser vistos juntos con demasiada frecuencia salvo en determinados antros o entre determinados compinches.

Poco a poco perfeccionaron especialidades distintas. Moe era un especialista en cuentos del tío que siempre conseguía arrancarle algunos dólares a los ingenuos. Joe era un experto ratero, capaz de extraer de un bolsillo otros tantos dólares con igual destreza.

Tuvieron siempre la precaución de no encarar trabajos de demasiada envergadura. Se limitaban a sus pequeñas estafas y raterías de poca monta para mantenerse más o menos bien sin necesidad de trabajar. Creo que ese pequeño riesgo que corrían también les resultaba estimulante.

Pero no era ese riesgo lo que más los atraía; se esmeraban en reducirlo al mínimo y allí era donde intervenía el truco de los mellizos. Cuando uno de ellos planeaba un trabajito de mayor magnitud que la habitual, el otro era quien establecía la coartada.

Supongamos, por ejemplo, que Joe entrase en un departamento. Esa noche Moe se hacía ver jugando al póquer con media docena de ciudadanos de irreprochable honradez. Además, esa noche no hacía trampas. Si se llegaba a ver a Joe en la escena del crimen y la policía iniciaba una investigación, su coartada era Moe, con los nombres de sus compañeros de juego, las manos que se habían distribuido y demás. Como es natural, Joe contaba con toda la información proporcionada por Moe y los

otros jugadores no tenían otra alternativa que defender a Joe. Aun cuando se hubiese presentado a ambos en la misma rueda de presos, no podrían haber jurado cuál era la identidad de uno o de otro, por lo menos, sin destruirlos en un “hábil interrogatorio.”

En las contadas ocasiones que la policía sospechó que los dos pudiesen estar trabajando en forma combinada, no hallaron manera de lograr que los testigos los diferenciara y debieron conformarse con hacerles una advertencia y mascullar algunas amenazas, del todo ignoradas por los dos amigos.

Moe y Joe llegaron al extremo de burlarse de la gente en ciertas situaciones. Moe se apoderaba, por ejemplo, de dos manzanas del cajón de una frutería que daba sobre la calle y se dirigía a la esquina. El dueño del negocio, atónito momentáneamente por tanta desfachatez, se reponía y corría en persecución del ladrón, diciéndole palabrotas. Moe había doblado ya la esquina y, cuando también el frutero la doblaba, encontraba a Moe y a Joe allí, riéndose y señalándose uno a otro. Como sus metas eran moderadas, Moe y Joe lograron alcanzar cierta prosperidad sin pretensiones y sin provocar demasiada indignación oficial ni escándalo público. Su prosperidad se evidenciaba en la ropa. Comenzaron a llevar corbatas de lazo al estilo tejano con diseños interesantes pero idénticos y, como ambos eran cortos de vista, adoptaron el uso de anteojos ahumados de los que se oscurecen al cabo de uno o dos minutos de contacto con el sol y luego vuelven a aclararse con la misma rapidez. Tenían el mismo peluquero y los dos usaban el mismo modelo de paraguas cada vez que amenazaba lluvia.

Todo esto no quiere decir que no fuese posible distinguirlos. Moe era un centímetro más alto que Joe. Tenían arreglos dentales diferentes y la receta de los anteojos también era distinta. Joe tenía una pequeña cicatriz debajo de una oreja y las cejas de Moe eran más espesas. No era el tipo de detalle, no obstante, que un testigo poco observador pudiese señalar bajo juramento, ni siquiera con alguna certeza o credibilidad.

Creo que todo esto podría haber durado indefinidamente de no haberse producido un golpe de mala suerte, mala suerte que no puede descartarse cuando se corren riesgos durante mucho tiempo. Aún cuando los riesgos sean menores.

Joe tenía estudiada una pequeña joyería y pensó que si entraba en ella durante la hora del almuerzo cuando había muchos clientes, podría lograr que le mostrasen una bandeja de anillos y robarse uno, reemplazándolo por una pieza de vidrio. Por si algo marchaba mal, estacionó a Moe en el vestíbulo central de un hotel próximo.

Y en efecto, algo marchó mal. Hasta el prestidigitador más hábil puede sufrir de vez en cuando un ataque temporario de torpeza y Joe, al recibir un codazo involuntario de la persona junto a él en el momento más inoportuno, dejó caer el anillo. El dueño de la joyería advirtió el hecho, sacó de inmediato la debida conclusión y, como era hombre muy irascible que ya había sido robado en otras



ocasiones y estaba harto, extrajo un arma.

Los clientes se desparramaron y Joe, que no era hombre violento, tuvo un ataque de pánico. Trató de asir el arma para evitar que el hombre tirara contra él. Hubo una breve lucha y el arma se disparó.

Como suele suceder muy a menudo en estos casos, el balazo dio en un honrado ciudadano. El joyero cayó y Joe, hasta entonces aterrado, entró en una especie de frenesí. Salió corriendo de la joyería, empeñado en llegar al hotel, recoger a Moe y luego salir ambos de la ciudad por un buen tiempo.

Pero, cuando las cosas empiezan a salir mal tardan en enderezarse. Hoy es bastante raro ver a un policía en la calle, pero había uno apostado fuera de la joyería. Al oír el disparo, vio salir corriendo a un hombre y se lanzó en su persecución.

Y claro está, hay que agregar un broche de oro al episodio, la cereza que corona el postre helado. Yo estaba también en la calle ese día. Cuando uno lo piensa un poco, que Joe atravesara semejante situación y fuera a dar no sólo con el policía sino además conmigo esperándolo afuera —cada uno por razones enteramente independientes— es ya el colmo de las coincidencias. Con todo, puede suceder y en esa oportunidad sucedió.

Era un día radiante de sol, sin una nube en el cielo, fresco y seco, de modo que la avenida estaba llena de gente como rara vez ocurre. Eso significaba que podría haber sido fácil perder de vista a Joe, pero también que no iba a poder correr mucho. Tuvo que esquivar gente, girar varias veces y vestía una chaqueta a cuadros liviana que lo hacía muy visible.

El policía, que había oído el disparo y visto a Joe salir huyendo de la joyería, habría corrido tras él aunque no lo hubiese conocido. Lo conocía. La figura de Joe le era familiar.

Claro está, con la calle llena de gente el policía no podía amenazar con disparar ni tocar siquiera el arma. Podría haber contado con que alguien entre el gentío interceptase a Joe. Pero el servidor de la ley tenía gran sentido de la realidad. Como era de esperar, nadie lo intentó. La multitud se apartó, obedeciendo la ley no escrita de nuestros días: “No te metas”.

El policía no tenía mayor probabilidad de atrapar a Joe si la persecución era prolongada y complicada porque no estaba en buenas condiciones físicas y, a decir verdad, a mí no me iba a ir mucho mejor. No hace muchos años que ocurrió el episodio y mis años juveniles y mi agilidad estaban ya muy lejanos. Podía permitirme a lo sumo un trote rápido que, evidentemente, me colocaría en último término en un equipo de tres corredores.

Por suerte para nosotros, aunque no para Joe, Joe no siguió su carrera. No tuvo tiempo para pensar, sólo sabía que debía correr hacia su salvación, Moe. Se introdujo en el hotel, a menos de cuadra y media de la escena del crimen. Diez segundos

después, el policía entró corriendo, seguido por mí quince segundos más tarde.

Joe estaba allí junto a Moe. Ambos vestían chaquetas de cuadros azules, pantalones de tono más oscuro, cinturones negros, corbatas de lazo... y Moe estaba haciendo la gran comedia de su vida. Tenía el pelo revuelto, al igual que el de Joe y estaba jadeante. Hasta parecía estar sudando un poco, tal vez de ansiedad, tal como estaba Joe por haber corrido.

Y les juro que Joe consiguió esbozar una sonrisa, señalando a Moe y diciendo al mismo tiempo:

—Acaba de entrar este hombre.

Moe también sonrió, señaló a Joe y dijo:

—No, el que entró fue él.

El policía miró a cada uno de ellos, enojado, y gritó:

—¿Vio alguien cuál de estos dos hombres entró corriendo?

Era lo mismo que si hubiese preguntado el segundo nombre de su tía Filomena. Pero en ese momento yo contuve el aliento y, apoyando con firmeza una mano en el hombro de Joe, dije:

—Agente, el hombre es éste y estoy llevando a cabo un arresto legal hasta que usted pueda hacer el formal.

—Y usted, ¿por qué está tan seguro? —logró preguntar. No me conocía.

—Véalo con sus propios ojos —respondí—, y es más, su camarada, mellizo o lo que sea que le servirá como coartada no hará más que favorecernos. Porque esto no fue tan sólo un robo. Se disparó un arma, amigo —dije a Moe, cuyo nombre y apellido ignoraba entonces—. Y con toda certeza es un caso de asalto, muy probablemente de asesinato durante la ejecución de un delito. ¿Está seguro de que quiere ser cómplice de algo semejante?

Moe miró con terror a Joe. Era obvio que no lo deseaba.

No tuvimos inconvenientes. El joyero estaba sólo herido, pero sentenciaron a Joe a una condena que lo tuvo a la sombra durante varios años, mientras Moe también recibió una lección que nunca habría de olvidar.

Mostraba Griswold ese repelente aire de satisfacción que adoptaba siempre cuando hablaba de sus triunfos y Baranov dijo:

—¿Y cómo supiste cuál de los dos hombres acababa de entrar corriendo en el hall?

—Exactamente —dijo Jennings—. Y además, de tal manera que tuviese validez en la corte.

—No hubo problema —dijo Griswold con abierto desdén—. Yo les dije que los dos llevaban anteojos del tipo que se oscurece al sol y se aclaran en el interior y señalé asimismo que era un día radiante. Uno de los dos acababa de entrar corriendo de la calle soleada y tenía los anteojos de tinte oscuro aún, mientras que los anteojos

del otro, estaban claros. Se lo señalé al policía antes de que los anteojos de Joe se hubiesen aclarado del todo, y Moe, al ver que teníamos atrapado a su compinche, se mostró dispuesto a declarar contra él y salvar así el pellejo.

## El signo (1982)

---

“The Sign”

—Según el pronóstico del diario —dijo Baranov—, hoy era un buen día para correr riesgos financieros, de modo que aposté a un amigo mío cincuenta centavos que no llovería esta tarde. Ya viste lo que sucedió. ¡Llovió a cántaros! El problema es: ¿Debo iniciar juicio contra el meteorólogo?

Con infinito desdén —yo siempre llevo paraguas— le dije:

—Supongo que por pronóstico entiendes la columna astrológica.

—¿Imaginabas que me refería al pronóstico meteorológico? —preguntó ácidamente Baranov—. Me refería al astrólogo. ¿Quién si no él podría decirme que corriera riesgos financieros?

—El meteorólogo —dijo Jennings— dijo “parcialmente nublado”. Tampoco predijo lluvia.

No le permitiría desviar así la cuestión.

—Hacer una pregunta estúpida no es tan grave como caer por un estúpido misticismo. ¿Desde cuándo te impresionan los astrólogos como sustitutos de la capacidad financiera? —dije.

—Leer esa columna es divertido —dijo Baranov, algo avergonzado— y además, puedo permitirme jugar cincuenta centavos.

—El problema es si puedes permitirte esa decadencia intelectual. Yo creo que no —observé.

En su sillón de alto respaldo de la biblioteca de nuestro club, donde estábamos todos reunidos, Griswold dormía plácidamente al ritmo de leves ronquidos. Sin embargo, en ese momento atrajo nuestra atención al frotar el piso con la suela de un zapato y cambiar de postura sin que se le moviese el vaso lleno que tenía en la mano.

—Ustedes saben —comenté en voz baja— cómo cualquier cosa que digamos sirve para recordarle alguna historia... Apuesto a que si lo despertamos y hablamos de astrología, no se le ocurrirá nada.

Con entusiasmo, Baranov declaró:

—Por mi parte, acepto la apuesta. Cincuenta centavos. Quiero recuperarlos.

Griswold se había llevado el vaso a los labios. Sorbió lentamente su whisky, con los ojos siempre cerrados y luego dijo:

—Da la casualidad de que puedo contar una anécdota sobre astrología, de modo que pásame los cincuenta centavos.

El último comentario iba dirigido a mí y, para reforzarlo, Griswold abrió los ojos del todo.

—Primero, tendrás que contar tu anécdota —dije.

El trabajo más delicado para un espía puede ser el de reclutar colaboradores [dijo

Griswold]. ¿Cómo persuadimos a alguien de que traicione a su país sin revelar nosotros nuestra posición?

Dentro del mismo tema, el problema es también difícil para la persona reclutada. Se han registrado casos de empleados del gobierno perfectamente leales —ya fuesen civiles o miembros de las fuerzas armadas— que permitieron la continuación de esta tarea de reclutamiento porque sinceramente no comprendían lo que sucedía o porque creían que el otro individuo bromeaba.

Para cuando hacen la denuncia —si la hacen— puede haber gente en el servicio de informaciones del gobierno que ha comenzado a sospechar de ellos y, por lo tanto, sus carreras pueden malograrse e incluso darse por terminadas sin que ellos mismos hayan hecho en realidad nada reprochable.

Lo cierto es que he conocido casos en los que el agente de reclutamiento despertaba deliberadamente dudas contra la lealtad de su víctima con el fin de enfurecer al pobre hombre contra el gobierno por haber abrigado falsas sospechas acerca de él. Es el momento de reclutar a la persona en cuestión.

El hombre del cual voy a hablarles —a quien llamaré Davis— evitó las emboscadas más obvias.

Con minuciosidad denunció la primera señal de reclutamiento a su superior —a quien llamaremos Lindstrom— en un momento que, en realidad, lo que había ocurrido bien podría haber sido tan sólo una conversación sin trascendencia. Fue, por los años que el senador MacCarthy agitaba a la opinión pública y reducía a la histeria a muchos hombres que ocupaban cargos oficiales.

Pero Davis era un hombre íntegro. Si bien informó acerca del incidente, se negó a dar el nombre del oficial del ejército involucrado. Su línea de razonamiento era que bien podría haberse tratado de una conversación inocente y que, dada la temperatura algo elevada del momento, su testimonio podría servir para destruir injustamente a un hombre.

Lindstrom quedaba así en una posición difícil. Él mismo podría ser la víctima si las cosas marchaban mal. A pesar de todo, era un hombre cabal, de modo que aceptó la reticencia de Davis, asegurándole que prestaría testimonio en cuanto a su lealtad al elevar su propio informe. Por escrito, con palabras bien medidas —y de eso pueden tener ustedes la más completa seguridad— le ordenó que siguiese la corriente hasta tener la certeza de que la persona implicada era realmente culpable de traición y solo entonces diera su nombre.

Valía la pena reclutar a Davis, como comprenderán. Era antes de la época que las computadoras hicieran su aparición en todas partes y Davis era uno de los pocos hombres que tenía pleno acceso a los archivos estadísticos del gobierno. Sabía dónde estaban todos los legajos y tenía poderes para llegar a ellos. Era capaz de hacer aparecer con la rapidez de un mago —teniendo en cuenta que no había computadoras

—, los detalles más íntimos de la vida de una persona entre millones. El hecho lo convertía, claro está, en un candidato sin igual para el chantaje, si se dejaba persuadir. Pero Davis, soltero y capaz por tanto de darse el lujo de no tener otras preocupaciones, sólo pensaba en una cosa, su pasatiempo predilecto.

Era astrólogo. No el tipo de astrólogo que imaginan ustedes. No preparaba horóscopos ni hacía predicciones. Tenía un interés estrictamente científico en la astrología. Estaba tratando de determinar si en verdad era posible correlacionar los signos del zodiaco con características personales o sucesos. Estaba estudiando a toda la gente de Leo, de Capricornio y así sucesivamente, tratando de establecer si un número desproporcionado de miembros de Leo eran atletas, o si los capricornianos tendían a ser científicos. Y lo mismo en cuanto a los otros signos.

No creo que haya descubierto nunca nada de utilidad, pero era su obsesión. En su departamento, siempre circulaba el chiste de que era posible que Davis no conociera el nombre de alguien, pero que con seguridad, conocía su signo.

Por fin se convenció de que el intento de reclutamiento era serio y su indignación fue en aumento. Dijo a Lindstrom que el traidor planeaba visitarlo en su departamento para ultimar detalles y que él, Davis, presentaría a Lindstrom a medianoche todos los elementos de juicio.

El caso es que Davis no era un operador experimentado. El reclutador había adivinado el hecho de que Davis podría informar a las autoridades y decidió cortar por lo sano para impedirlo.

Como Davis no acudió a su cita de medianoche, Lindstrom fue al departamento de su subordinado y lo encontró... apuñalado.

No había muerto aún. Los vidriosos ojos de Davis miraban a Lindstrom. Estaba tendido sobre una mesita, tratando de llegar a unas fichas que estaban cerca. Había cuatro de ellas, todas manchadas de sangre.

Davis murmuró entonces:

—Debí saberlo... inadaptado... el signo no concuerda con el nombre... —dicho esto, murió.

Al día siguiente a mediodía recibí un llamado de Lindstrom, en el que me rogaba que fuese a verlo inmediatamente. Me resistía a acudir, porque hacerlo significaba perder el primer partido de la serie mundial de béisbol en mi flamante televisor, pero Lindstrom estaba tan asustado que no tuve alternativa.

Cuando llegué, Lindstrom estaba celebrando una conferencia con un joven teniente primero, al parecer mucho más desesperado que Lindstrom. Reinaba conmoción en el departamento. Tan pronto como aparecí Lindstrom despidió al teniente, diciendo con aire distraído al despedirse:

—¡Y feliz cumpleaños!

Esperó hasta que el teniente se hubo retirado, luego abrió la puerta, verificó que el

pasillo estuviera desierto y volvió.

Con aire sardónico, le pregunté:

—¿Está seguro de que la oficina no tiene micrófonos ocultos?

—Lo controlé —respondió muy serio. Luego me contó lo sucedido.

—Qué lástima —comenté.

—Es peor que eso —dijo—. Era un hombre enterado de que existía un traidor en nuestro Departamento y yo no le arranqué la información de inmediato. Ahora he perdido al hombre y al traidor y MacCarthy pedirá mi cabeza.

—¿Lo descubrirá? —pregunté.

—Por supuesto. Tiene que haber por lo menos una persona en este Departamento que le pasa informes regularmente.

—¿Tiene pistas?

—La verdad es que no. Las cuatro fichas sobre la mesa de Davis eran las suyas, las que usa para archivar y registrar por partida doble rasgos humanos en su relación con signos astrológicos. Es su... obsesión. ¡Le explicaré! —añadió, y lo hizo.

—¿Qué hacían allí las cuatro fichas? —le pregunté.

—Nada, tal vez. Eran las fichas de cuatro funcionarios del Departamento y no sé qué estaba haciendo con ellas. Con todo, estaba intentando extender el brazo como para tomar una o señalarla, y habló de que alguien era un inadaptado, que pertenecía a un signo que no armonizaba con su nombre.

—¿No mencionó el nombre?

—No. Estaba moribundo, casi muerto. Su último pensamiento se refirió a su obsesión: sus malditos signos astrológicos.

—Entonces, usted no sabe de cuál de las cuatro fichas se trata.

—Así es. Y mientras no lo sepamos, los cuatro estarán bajo sospecha. Eso significa carreras arruinadas si MacCarthy llega a olfatear el hecho. Y por lo menos para tres de ellos, si no para los cuatro, puede significar una enorme injusticia. Dígame. ¿Conoce los signos del zodiaco?

—Sí. Aries el Carnero, Tauro el Toro, Géminis los Gemelos, Cáncer el Cangrejo, Leo el León, Virgo la Virgen, Libra la Balanza, Escorpio el Escorpión, Sagitario el Arquero, Capricornio el Macho Cabrío, Acuario el Aguatero y Piscis el Pez. Doce, en ese orden. Aries influencia el mes que comienza el 21 de marzo y lo siguen los otros signos, mes por mes.

—Muy bien —dijo Lindstrom—, y los nombres vulgares son todas traducciones directas del latín. Lo verifiqué. Así pues el comentario de Davis sobre el signo que no concuerda con el nombre no se refiere a eso. La única alternativa es que el nombre del signo no haya concordado con el nombre del funcionario. Las fichas tenían cada una el nombre de uno de ellos y entre otros datos personales, el signo bajo el cual había nacido.

—¿Alguien que obviamente no concuerde?

—No, los cuatro nombres son, por desgracia de una total vulgaridad: Joseph Brown, John Jones, Thomas Smith y William Clark. Y ninguno de los nombres, ya sean de pila, apellido o bien en otras combinaciones, armoniza ni deja de armonizar en modo alguno con el signo de la persona.

—¿Tiene cada uno un signo diferente?

—Sí.

—¿Y qué quiere usted que haga yo?

El rostro de Lindstrom estaba contorsionado por la desesperación.

—Ayúdeme —dijo—. Tengo las fichas. Se buscaron huellas digitales y se encontraron sólo las de Davis. Mírelas y vea si puede haber algo que tenga sentido para usted sobre la base del último comentario de Davis.

—Puede tener ya la respuesta. Ese teniente primero que estaba aquí cuando entré. Usted no quiso hablar hasta estar seguro de que se había ido. Hasta inspeccionó el pasillo para asegurarse de que no andaba merodeando cerca de la puerta. ¿Era su nombre uno de los de la lista?

—Sí. Es el teniente Tom Smith.

—Entonces, creo que es el hombre que busca. A juzgar por su expresión, estaba muy alterado. Llámelo, con un testigo y haga presión sobre él. Estoy seguro de que confesará.

Confesó. Apresamos al traidor y tres inocentes, no, cuatro, contando a Lindstrom, se salvaron.

Griswold adoptó expresión satisfecha, casi condescendiente, y le dije:

—Griswold, es un invento tuyo. No hay forma de que acertaras con el nombre basándote en los datos que tenías.

Griswold me miró, lleno de soberbia.

—Tú no hubieras acertado... Les dije que me llamaron el primer día del campeonato de la serie mundial de béisbol. Eso quiere decir principios de octubre. Si contamos los signos astrológicos desde Aries que gobierna el mes que comienza el 21 de marzo, veremos que seis meses más tarde tenemos Libra que gobierna el mes que comienza el 22 de setiembre. Lindstrom deseó un feliz cumpleaños al teniente, de modo que este nació a principios de octubre bajo el signo de Libra.

—¿Y luego? —pregunté con tono sarcástico.

—Luego, Davis dijo que el signo no condecía con el nombre, el nombre, no su nombre. No estaba aludiendo al nombre del hombre. Los signos forman todos parte del zodíaco y en griego, este término significa “círculo de animales”. No hace falta saber griego para ver que la sílaba inicial “zo” figura en “zoológico” y en “zoología”. Bien, veamos la lista de los signos: carnero, toro, cangrejo, león, escorpión, macho cabrío y pez, siete animales. Si recordamos que los hombres forman parte del reino



animal, tenemos cuatro más: un par de gemelos, una virgen, un arquero y un aguatero. Once animales en total. Hay un único signo, uno solo que no es un animal y que ni siquiera tiene vida. Es el único signo que no concuerda con el nombre de zodiaco. Como los cuatro nombres eran los de funcionarios del Departamento y yo vi a uno que parecía desesperado y cuyo signo era Libra, pensé que si era uno de los cuatro, era además el supuesto inadaptado en el conjunto y también el asesino. En verdad era uno de los cuatro y era el asesino.

    Tuve que pagarle a Baranov los cincuenta centavos y el bandido los aceptó.

## Caza del zorro (1982)

“Stopping the Fox (Catching the Fox)”

—A mi juicio —dijo Jennings con aire pensativo— las drogas son exclusivamente un problema del siglo XX. A través de toda la historia la gente ha masticado plantas para obtener hachís, cocaína, nicotina o cualquier cosa que les haga sentirse bien en un mundo espantoso. Nadie se ha preocupado por la adicción, el daño físico, la vida acortada. La expectativa de vida, de todos modos, era de sólo treinta y cinco años.

—Es verdad —dijo Baranov—. A veces creo que... si la quieren, que la tengan. Nadie golpeó nunca a nadie porque tuviera su dosis sino porque no la tenía y necesitaba dinero para obtenerla. Yo no quiero perder la vida para evitar que alguien consiga su dosis. Que se muera él, no yo.

Me costó mucho trabajo no romper el silencio de la biblioteca de nuestro club, pero conseguí controlar el tono de mi voz.

—Ustedes dos, alcornos, hablan así porque imaginan que las drogas tienen que ver solamente con vagabundos, estudiantes raros o gente de los guetos. No es posible aislar el problema así. Una vez que tenemos una sociedad invadida por las drogas, todos somos víctimas potenciales, tú, yo, nuestros hijos. Además, hoy tenemos drogas peores que las que se hayan preparado nunca con plantas, gracias a nuestros excelentes químicos.

—Escuchen a Don Liberal —dijo Baranov con tono irónico—. Todo es culpa de la sociedad o bien responsabilidad de la sociedad. Por ello fracasamos. ¿Y?

—En todo caso, fracasamos, pero debemos seguir luchando —dije muy serio—. Si renunciamos a la lucha, si abandonamos el campo sin resistirnos...

Desde las profundidades del sillón de Griswold surgió su voz de bajo.

—¿Estaban luchando contra las drogas o simplemente charlando? —preguntó.

—Y tú, ¿has estado luchando? —repliqué, ofendido.

—En una o dos oportunidades.

—¿Ah, sí? —dijo Jennings—. ¿Tuviste alguna misión contra las drogas?

—No, pero me ha consultado la gente encargada de hacerlo. Solían consultarme acerca de toda clase de cosas. Desde luego también en materia de drogas. Pero claro está, no creo que les interese a ustedes.

—Fingiremos que nos interesa, Griswold —dije—. Habla.

La dificultad de las teorías grandiosas sobre el crimen [dijo Griswold] es que no ayudan nada al funcionario responsable de hacer cumplir la ley.

Un policía, un funcionario del ministerio del Tesoro, un agente de los servicios secretos no puede realizar su trabajo teniendo presentes los efectos de la reforma social ni las sutilezas psiquiátricas. Invariablemente se ve frente a un hecho criminal concreto, un crimen determinado, un criminal individual. La respuesta, también tiene

que ser concreta.

Todo parece reducirse al juego del gato y el ratón, lo demás no cuenta.

Tal fue el caso del teniente Hoskins —diré que no es este su verdadero nombre— en un cuerpo de policía que tampoco nombraré y qué debió encarar un problema de drogas en cierta ciudad.

Comenzó con un amplio despliegue general de divulgación. Los diarios empezaron a comentar la enormidad del problema y a hablar de la degeneración de la sociedad. La cuestión llegó a convertirse en el tema principal de la campaña electoral para alcalde. El candidato triunfante prometía una lucha firme para poner fin al escándalo y velar para que los criminales estuviesen por fin entre rejas. El jefe de policía anunció que dedicaría todos los recursos del departamento para cumplir con ese fin.

Pero fue Hoskins quien debió determinar qué hacer con los casos concretos de uso de drogas, comercialización y transporte desde los proveedores en gran escala hasta el nivel de consumo al por menor.

Fue sencillo arrestar a los consumidores de menor cuantía, casi al borde de la degeneración, explotados por los traficantes, pero, ¿de qué servía? Aun cuando se consiguiera cruzar las barreras protectoras levantadas por abogados-y-miembros de la justicia, las prisiones estaban ya atestadas y no había fondos para construir nuevas unidades.

Era esencial detener la corriente de drogas mucho más cerca de sus fuentes de origen y esta era la misión de Hoskins.

Con el correr del tiempo Hoskins consiguió descubrir una importante vía de entrega de drogas, un aspecto clave en la distribución que afectaba a su propia ciudad. Las entregas se hacían al parecer en automóvil y estaban a cargo de un único individuo. Poco a poco, mediante un complejo análisis de los hechos, se consiguió arrancar información a los informantes y completar los detalles de las operaciones.

Eran la esencia de la simplicidad. No se intentaba esconder la mercadería. Se la llevaba en una especie de receptáculo debajo del asiento del conductor. Se la trasladaba, simplemente, del punto A al punto B, en general en las primeras horas de la madrugada.

El conductor era maestro en la confección de disfraces sencillos. Cambiaba de sombreros o de peinado. Usaba lentes de contacto o anteojos de carey; pulóveres o chaquetas deportivas; a veces camisas de trabajo. Nunca tenía el mismo aspecto dos veces seguidas y lo único que lo caracterizaba era su capacidad para pasar inadvertido.

Tampoco usaba nunca el mismo automóvil ni seguía la misma ruta ni cubría, siempre idénticos puntos A y B.

Dieron en apodarlo El Zorro. Era un apodo secreto usado por la policía y

simbolizaba la lucha privada entre Hoskins y El Zorro. Sospecho que El Zorro estaba al tanto del apodo y gozaba con él, complaciéndose más de una vez en derrotar a Hoskins más que de disfrutar de sus ganancias.

En cuanto a Hoskins, estoy seguro de que habría estado dispuesto a dar piedra libre para el tráfico de drogas en la ciudad, con tal de poder cazar al Zorro. Hoskins no estaba movido por la justicia en abstracto. Simplemente ansiaba una oportunidad de atrapar a ese individuo en particular.

En una ocasión compartiendo un trago, perdió los estribos y me lo contó todo. Estoy seguro de que no se proponía hacerlo, siendo como era un hombre con mucho amor propio, que habría deseado atrapar a su adversario sin ayuda de nadie. Finalmente, se vio obligado a solicitarla. La necesidad de ganar su partida a cualquier costo y de cualquier manera lo llevó a recurrir a mí.

—Lo malo es —me dijo— que ese canalla tiene un sexto sentido. Estoy seguro. En cierto momento supimos con exactitud la ruta que pensaba seguir. Colocamos entonces vallas en determinado punto donde la carretera era algo más angosta, y allí deteníamos los automóviles y los revisábamos. No encontramos nada y, cuando abandonamos el operativo, la nueva remesa de droga estaba ya entregada. Siempre intuía la existencia de una pinza con tiempo suficiente para tomar otro camino. Creo que si detuviésemos todos los vehículos de la ciudad, optaría por no moverse o descubriría la única brecha que hubiéramos descuidado. O se volvería invisible, el maldito.

Y no sería tan grave, Griswold —prosiguió Hoskins— si aplicase una técnica inteligentísima, pero el hombre se limita a introducir su automóvil con drogas sin intentar siquiera ocultarse. ¡Qué desprecio debe sentir por nosotros...!

—¿Qué saben acerca de él?

—Nada muy preciso. Tenemos una cantidad de datos provenientes de uno u otro informante, pero todos son vagos o especulativos y no sabemos hasta qué punto podemos confiar en toda esta información. Tiene talla mediana y ninguna seña particular. Era de suponer. Una vez me dijeron que cojeaba un poco, pero no nos fue posible saber de qué pierna. Otra vez nos dijeron que era daltoniano. El informante era un soplón bastante confiable a quien nunca volvimos a ver, de modo que no fue posible obtener detalles que lo confirmasen. Otra vez nos dijeron que es muy educado y habla como un profesor universitario, pero el informante, con toda seguridad no había oído jamás hablar a un profesor universitario.

—¿Conduce sin compañía en estas operaciones? —pregunté.

—De eso estamos casi seguros —respondió Hoskins—. No es de los que confían en un compinche ni comparten de buena gana las ganancias.

—Se me ocurrió porque es daltoniano, tiene que serle difícil distinguir las luces de tránsito y podría preferir que condujera otra persona.

Hoskins agitó una mano con gesto de fatiga.

—No. Las luces nunca son idénticas, aun para la gente con daltonismo. Nos dicen que captan una diferencia en el tono y en la intensidad.

—¿Le es difícil a un daltoniano el obtener permiso de conductor?

—En absoluto. En esta ciudad no se hace prueba de daltonismo.

Me quedé reflexionando sobre el asunto. Al cabo de unos minutos y después de haberme bebido otro whisky con soda, pregunté:

—¿Pueden saber de antemano la hora y la ruta de la entrega?

—Hay ciertos indicios, algunos datos fragmentados. A veces podemos adivinar con bastante certeza la hora en que se moverá y aun la forma. Pero como le dije, nunca pudimos atraparlo.

—¿Y podrían adivinar realmente qué ruta va a tomar?

—Bueno, con un cincuenta por ciento de probabilidades.

—No está mal. ¿Y podrían aguardar para sorprenderlo?

—Lo hemos intentado. Se lo dije ya. Nunca lo atrapamos.

—Claro está que no, si usan patrulleros con faros que enceguecen a cualquiera y levantan vallas camineras por todas partes. Lo único que les falta es colocar carteles fluorescentes que digan: “Somos la policía”.

—Bien. ¿Qué propone que hagamos?

—No aparecer con ningún patrullero. No levantar ninguna valla.

—¿Para qué puede servir eso?

—Puede ubicar a dos o tres hombres a cien o doscientos metros de la intersección prevista, ¿no? Puede ubicarlos en los tejados provistos de binoculares. Puede destacar uno o dos patrulleros a varios cientos de metros de la misma intersección y cuando un automóvil determinado pase por ella, alertar al patrullero correspondiente. Otro podría avanzar detrás del vehículo cuando pase y otro colocarse delante.

Hoskins suspiró.

—¿Cómo vamos a saber cuál de los autos que se desplazan por la intersección es el que buscamos? Si no lo es lo habremos detenido inútilmente, y puedo jurar que El Zorro se enterará al instante y cambiará de ruta o se quedará en casa.

—No —dije—. Tendremos el automóvil buscado. Por lo menos, existe la probabilidad de que lo tengamos, si el hombre es daltoniano y si ustedes siguen mis instrucciones al armar la celada.

Le expliqué todo y debo reconocer que comprendió rápidamente. La cosa era desde luego sencillísima.

Debimos esperar, como es natural, hasta que Hoskins supiera o creyera saber, que se efectuaría un traslado de mercadería por determinada ruta ya determinada hora. Tendríamos que elegir entonces una intersección que, a nuestro juicio, atravesaría El Zorro y que no estuviese muy transitada en las primeras horas de la madrugada.

Organizamos pues todo en forma tan disimulada como nos fue posible y por fin Hoskins y yo nos encontramos esperando en un tejado. Los dos teníamos binoculares.

—¿Cree que dará resultados? —preguntó Hoskins.

—Si no los da, no le cobraré nada —dije—. Habremos perdido el tiempo para nada. Pero, a lo mejor, los da.

Estábamos muy solos allí. Amanecía lentamente y la tensión fue creciendo a medida que un automóvil tras otro pasaba por la intersección. Por fin, cuando faltaba apenas media hora para el alba, se detuvo frente a la luz de tránsito un automóvil que no se diferenciaba en lo más mínimo de los demás.

—Allí lo tiene —dije. Cambió la luz. El automóvil reanudó la marcha y cayó en la trampa. Supimos que estábamos en lo cierto cuando el conductor intentó bajar y huir. No lo consiguió y encontramos la droga debajo del asiento.

El episodio no puso fin al mercado de las drogas en la ciudad, pero consiguió hacerle un buen agujero. Pero además Hoskins tuvo la satisfacción de haber cazado al Zorro que, finalmente pasó en la cárcel un buen número de años.

Griswold calló, pero inmediatamente Jennings le dijo:

—¡Vamos! ¡Ni se te ocurra que vas a dormirte otra vez! ¿Cómo pudiste distinguir ese auto de los otros?

Griswold arqueó las cejas blancas.

—Era cuestión de azar, pero dio resultados —dijo—. Si el hombre no distinguía el rojo del verde, su mejor manera de distinguir las luces de tránsito era recordar que la roja está siempre arriba y la verde, siempre abajo. Así como nosotros esperamos automáticamente “rojo-verde”, él esperaba automáticamente “arriba-abajo”.

Por ello elegimos esa intersección, bloqueamos una esquina a una cuadra de distancia para que nadie pudiese tomar esa calle y luego invertimos las luces, colocando la luz verde arriba. Y después, la dejamos permanentemente verde.

Supongamos que hubiésemos colocado una luz roja permanente debajo. Es posible que el hombre hubiese parado pensando que era verde, pero esto no sería prueba concluyente de nada. Muchos conductores suelen pasar una luz roja en una calle desierta y en horas de la madrugada. En cambio, nadie se detendría frente a una luz verde en ninguna circunstancia, salvo que sea daltoniano y creyera que era una luz roja, como habría supuesto si poníamos la luz verde arriba.

Cuando llegó a la intersección, se detuvo automáticamente ante lo que imaginó una luz roja, aun con la calle casi desierta y sin otros vehículos en la intersección. La persona afectada por este defecto óptico aprende con toda certeza a conducir con particular cuidado en este sentido, en especial cuando se trata de un delincuente que no puede permitirse dejar que lo detengan por una infracción menor de tránsito.

Después, manejamos en forma manual los controles para pasar a rojo la luz de abajo y él reanudó la marcha en seguida, creyendo que se había puesto verde.

Entonces tuve la seguridad de que lo teníamos en nuestras manos, como en efecto sucedió.

## Combinación descubierta (1982)

---

“Playing It by the Numbers (Getting the Combination)”

Baranov llegó cuando el resto de nosotros estábamos ya en el club. Con aire de triunfo se sentó.

—¿Duerme Griswold? —preguntó. Miré en dirección a Griswold y me encogí de hombros.

—Tan dormido como siempre.

—Bien, no nos ocupemos de él. ¿Recuerdan la vez que nos habló de haber resuelto un enigma porque sabía que no hay ningún número por debajo de mil que, escrito en inglés, contenga la letra “a”?

Jennings y yo hicimos un gesto afirmativo.

—Eso me dio que pensar. Miren, existe una serie infinita de números. Supongamos que deletreamos... toda esa serie infinita...

—No es posible —dijo Jennings—. ¿Cómo vas a deletrear cada uno de los números de una serie infinita?

—Usando la imaginación —respondió Baranov, impaciente—. Ahora dispongamos la serie infinita entera por orden alfabético. ¿Qué número es el primero de la serie?

—¿Cómo puedes saberlo a menos que estudies todos los números? ¿Y cómo puedes ver todos los números de una serie infinita?

—Ocurre que los nombres de los números se basan en un sistema —dijo Baranov—. Puede existir una serie infinita de números, pero hay sólo un pequeño número de maneras para formar esos nombres. El primer número por orden alfabético es *eight*, “ocho”. No hay ninguno antes. No hay ningún número en toda la serie infinita de números que comience con “a”, “b”, “c”, o “d”. ¿Qué te parece?

—¿Y billón? —pregunté.

Baranov me miró intencionadamente.

—Ese no es el nombre de un número. Si escribes un número uno seguido por nueve ceros, eso no es billón, que comienza con “b”. Es *one billion* y comienza con “o”, *one*.

Pero en este punto Griswold, sin dar la impresión de interrumpir sus suaves ronquidos, intervino.

—¿Y cuál es el último número por orden alfabético? —preguntó.

Me apresuré a pensar y le di la respuesta.

—*Two*, “dos” —dije—. No hay ningún número que comience con una letra posterior a la “t” ni tampoco que tenga una “w” en segundo lugar. Los otros números que comienzan con “tw”, como *twelve*, “doce”, y *twenty*, “veinte”, tienen una “e” en tercer lugar y van antes que *two*.



Estaba convencido de haber hecho un análisis excelente y rápido, pero Griswold abrió los ojos y me miró con infinito desdén.

—Te has ganado un *zero*, “cero” —me dijo—. Y ahora les contaré una anécdota.

Tengo un amigo [dijo Griswold] aficionado a jugar con números. No es matemático ni tiene aptitud especial para la matemática como no la tengo yo. Con todo, jugar con números es divertido aun cuando uno no tenga mayor talento.

Este amigo mío, llamado Archie Bates, luchaba así contra el aburrimiento.

Diría que todos nosotros nos hemos encontrado alguna vez atrapados en medio de un auditorio con un orador cuyo discurso es particularmente aburrido, con una mala orquesta o con una obra de teatro especialmente burda.

¿Qué hacer en ese caso? Podemos dormirnos con el riesgo de pasar por mal educados ante otras personas. Podemos pensar en cosas profundas, pero, ¿si no se nos ocurre nada?

Bien, en tal caso podemos hacer lo que solía hacer Bates y jugar con números. Contaba las arañas, las luces o la ornamentación repetida en las paredes y cielorrasos y, con los números obtenidos hacía todas las operaciones posibles. Para él era el perfecto antídoto contra el aburrimiento.

Otras veces armaba series insólitas de números según un sistema y pedía a otros que lo descifrasen y predijesen el número siguiente. Nunca hacía ejercicios serios ¿saben? pero algunos eran muy amenos. Por ejemplo, una vez me presentó una serie de números arábigos, 8, 5, 4, 9, 7, 3, 2, 0. Señaló que cada dígito estaba incluido, salvo el 1, y me preguntó cuál era el lugar correspondiente al 1.

Me llevó algún tiempo establecer que había dispuesto los números por orden alfabético según su ortografía en inglés y que al deletrear cada uno de ellos, el lugar que correspondía al uno era entre el 9 y el 7. Eso fue lo que me permitió mejorar con tanta facilidad el enigma de Baranov.

Los pasatiempos de Bates servían también para provocar situaciones embarazosas o bochornosas. Y eso fue lo que sucedió en cierta ocasión. Vamos al grano.

La mayoría de las trivialidades que les he contado son ejemplos de crímenes mayores: asesinato, espionaje y demás. Es posible, por otra parte, preocuparse por la solución de algo muy insignificante pero que, aun así, puede molestarnos y preocuparnos tanto como un asesinato. Además, amistad o interés por medio, no tengo el menor inconveniente de ser útil en casos semejantes, por mínimos o triviales que parezcan a los ojos de propios o extraños.

Un día la señora Bates me llamó bastante agitada y me pidió que tuviese la amabilidad de acudir de inmediato a su casa. Tenía un problema y creía que yo podría ayudarla. Dudaba que nadie más pudiera hacerlo.

No soy inmune a esa clase de invitación. Cuando llegué, me condujo al escritorio de Bates y me mostró una caja de seguridad. Era bastante grande y muy sólida, con

un cierre de combinación que incluía cuatro diales, cada uno de ellos con números del 0 al 9. Cuando se hacía girar cada dial de manera que la hilera central de los tres que aparecían formara una cifra determinada a la cual estaba adaptada la combinación, la puerta se abría. De otro modo, no era posible abrirla.

—¿Cuál era el problema, señora Bates? —le pregunté.

—Archie compró esta caja de seguridad la semana pasada. Para qué la quiere, no lo sé, a menos que le divierta jugar con la combinación. Nada más seguro que tener los valores en una caja de seguridad de banco, tampoco tenemos secretos que ocultar. Pero, en fin, ahí está la caja.

—¿Y?

—Dentro están todos los documentos de la familia. Tendría que haber hecho un cheque hace ya un mes, pero olvidé hacerlo. Tengo que enviarlo por correo y el sello postal no debe ser posterior a esta medianoche, de lo contrario, tendremos complicaciones serias. La dificultad reside en que no sé la suma exacta y tampoco el nombre ni dirección del destinatario. Por lo menos, de memoria. Además, la libreta de cheques también está en la caja fuerte.

—¿Por qué lo guarda todo en la caja?

—Porque está encantado con ella, ese es el motivo. Compró la caja y tiene que usarla. Me da tanta vergüenza molestarlo...

—Supongo que usted ha olvidado la combinación.

—Nunca la supe. No me la dio. Ni siquiera puedo llamar a la compañía que la fabricó porque Archie armó la combinación él mismo.

—¿Por qué no lo llama por teléfono?

—Lo llamaría, si supiera dónde está. Está en Baltimore, pero no sé dónde. Generalmente escribe su itinerario y me lo da, pero esta vez sospecho que lo guardó también en la caja con todo lo demás.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo? No conozco la combinación.

—Hay un indicio —dijo ella—. En el suelo, junto a la caja, había un papelito. Seguramente lo dejó caer sin advertirlo. En él hay una de esas series de números con las que suele jugar. ¡Ya sabe usted cómo es!

—Sí, lo sé.

—Aquí está.

La señora Bates me entregó un papelito en el que había siete números escritos en columna 1, 2, 6, 12, 60, 620 y 840. Debajo del número 840 había un asterisco y yo sabía que Bates siempre usaba un asterisco para indicar el número que había que adivinar.

—Lo que yo creo —dijo la señora Bates— es que el número siguiente de la serie es el de la combinación. Probablemente estaba formando una de sus series, ya conoce usted sus manías, y esto le dio la idea de componer el número siguiente, cualquiera

que sea, para la combinación. La dificultad está en que yo no conozco el número siguiente. Si se comienza por 1, hay que multiplicarlo por 2 para obtener 2; el 2 por 3, para obtener 6; ese seis por 2 otra vez para obtener 12; luego por 5, por 7 y por fin nuevamente por 2. No sé por cuánto se debe multiplicar 840.

Sonreí apenas antes de responder.

—Multiplique 840 por cada número desde el 2 hasta el 9 y luego pruebe con cada uno de los resultados obtenidos. Le llevará pocos minutos. En realidad, si comienza por 0000 y prueba cada número hasta 9999 abrirá la puerta finalmente. Si prueba sólo una combinación por segundo, recorrerá la lista entera en dos horas y tres cuartos. Lo más probable es que en menos de una hora y media tenga la caja abierta. Entonces podrá extender su cheque. Y debo decirle que el sistema de combinación no es demasiado bueno.

La señora Bates se exasperó.

—Está usted equivocada. Es muy bueno. Archie me lo explicó. Me dijo que en las cajas de esta marca cuando se forma cualquier combinación excepto la correcta y se intenta abrir la puerta, los números se traban y no es posible moverlos hasta que se utiliza una llave magnética especial. Archie dice que sin la llave sólo puede abrirse la caja con una carga explosiva.

—Y su marido se llevó la llave, dondequiera que esté supongo.

La Señora Bates hizo un gesto afirmativo.

—Así es, de modo que tengo que descubrir la combinación correcta en el primer intento. No me atrevo a adivinar un número y probarlo. Si me equivoco, tendré que llamar a un cerrajero. Y aun cuando alguno esté dispuesto a venir y hacer saltar el cerrojo para que yo pueda extender mi cheque, el cheque que debí enviar hace un mes, la caja quedará destruida. Creo que Archie me mataría.

—¿Pero qué quiere usted que haga yo?

La señora Bates suspiró.

—¿No es obvio? Siempre le cuenta a Archie los métodos sutiles mediante los cuales resuelve crímenes cuando la policía y el FBI no saben qué hacer, de modo que ¿no podría revisar la serie de números y decirme cuál es la combinación?

—Supongamos que me equivoque. Soy listo, pero no un superhombre —dije—. (Como ustedes saben, si algún defecto tengo es el de pecar por exceso de timidez y modestia.)

—Por cierto no lo es —dijo la señora Bates sin inmutarse—. Pero si es usted el que deja la caja trabada, será usted el que cargue con el fardo y qué más le da a usted...

No estaba nada seguro de que pudiera permitirme ese lujo. Bates es un hombre robusto y de mal genio. Dudaba que llegase a pegarle a su mujer aunque sin duda la pondría de oro y azul sin el menor miramiento. En cambio, no tenía la menor certeza

de que no fuese implacable conmigo ni de que no me pusiera un ojo en compota.

Admito, no obstante, que la aparente certeza de la señora Bates en el sentido de que yo no era un superhombre me dolió un poco. Está bien que yo lo diga, pero no veo por qué tenía ella que tomarse semejante libertad. Me limité entonces a ajustar los diales para formar el número indicado, hice girar el manubrio y le abrí la puerta de la caja.

Seguidamente, haciendo una fría inclinación de cabeza, me despedí.

—Su marido no tendrá ya motivos para enojarse con ninguno de los dos —dije, y me fui.

Al terminar su historia, Griswold se quedó muy serio y sorbió unos tragos de whisky con soda.

—Supongo que todos ustedes descubrieron la combinación mucho antes de que yo terminara la historia.

—Yo, no —dije—. ¿Cuál era la combinación y cómo la descubriste?

Griswold gruñó con desdén.

—Miren esos números —dijo—. Los más altos son divisibles por varios números. El primero, el 1, puede dividirse sólo por sí mismo. El segundo, 2, es divisible por 1 y por 2. El tercero, 6, es divisible por 1, por 2 y por 3. En realidad es el número menor de los divisibles por 1, 2 y 3, como pueden comprobar fácilmente.

—También es divisible por 6 —señalé.

—No viene al caso —comentó Griswold—. Hablo de los números consecutivos comenzando por 1, que puedan ser divisores. El cuarto número, 12, es el más bajo divisible por cada uno de los primeros cuatro dígitos, 1,2,3 y 4. También es divisible por 6 y por 12, pero esto tampoco viene al caso.

Como ustedes ven el quinto número es 60. Es divisible por 1, 2, 3, 4 y 5 y, dicho sea de paso, también por 6. Es asimismo el número más bajo divisible por los primeros seis dígitos. El número siguiente, 420, es divisible por todos los números del 1 al 7 inclusive; y el último número es 840, divisible por todos hasta el 8 inclusive.

El número que sigue, que sería el de la combinación, tiene que ser, por lo tanto, el número más bajo divisible por todos los números del 1 al 9 inclusive. Si multiplicamos 840 por 3, el producto es divisible por 9 y continúa siendo divisible por todos los números menores de 9. Como 840 multiplicado por 3 es 2520, esa es la combinación. El número 2520 es el más bajo divisible por todos los dígitos, del 1 al 9 inclusive, y diré al pasar que también es divisible por 10. ¡Problema resuelto!

## El libro de biblioteca circulante (1982)

---

“Mystery Book (The Library Book)”

Miré por turno a mis tres amigos en la biblioteca del club (Griswold se había alisado el bigote blanco, tomado su whisky con soda y arrellanado en su sillón de respaldo alto) y dije con aire bastante satisfecho:

—Tengo un procesador de palabras y les juro que me será muy útil.

—¿Es uno de esos teclados de máquina de escribir con una pantalla vertical de televisión? —preguntó Jennings.

—Exactamente —respondí—. Escribes a máquina, el material aparece en la pantalla y lo editas allí... agregando, quitando, cambiando, hasta imprimirlo, impecable, con una velocidad de 400 palabras por minuto.

—No hay duda —dijo Baranov— de que si la revolución de la computadora ha podido penetrar en tu vida de topo, tiene que estar en vías de cambiar el mundo entero.

—Y en forma irrevocable —dije—. Lo extraño es, además, que no haya quien echarle la culpa. Sabemos todo lo referente a James Watt y su máquina de vapor, a Michael Faraday y el generador eléctrico, a los hermanos Wright y el aeroplano, pero ¿a quién debemos atribuir este nuevo progreso?

—Está William Shockley con su transistor —señaló Jennings.

—O Vannevar Bush y los comienzos de las computadoras electrónicas —dije— pero no basta. Se trata del “microchip”, que mete la computadora en la línea de producción y la lleva a los hogares. ¿Quién hizo posible esto?

Fue entonces cuando advertí que por una vez Griswold no había cerrado los ojos sino que nos miraba atentamente, tan despierto como un ser humano cualquiera.

—Yo, entre otros —dijo.

—Tú, entre otros, ¿qué? —pregunté.

—Yo, entre otros, soy responsable del “microchip” —dijo con altanería.

Fue en los primeros años de la década del sesenta [dijo Griswold] cuando recibí un llamado telefónico bastante desesperado de la esposa de un viejo amigo mío que, según anunciaban las noticias necrológicas, había muerto el día anterior.

Se llamaba Oswald Simpson. Habíamos sido condiscípulos en la universidad y bastante amigos. Él era un matemático extraordinariamente inteligente y después de graduarse fue a trabajar con Norbert Wiener en M.I.T. Se introdujo en la tecnología de las computadoras desde sus comienzos.

Nunca perdí contacto con él a pesar de que, como no hace falta recordar, mis intereses y los suyos no coincidían en absoluto. Sin embargo, existe una afinidad básica entre inteligencias superiores por diferentes que sean las respectivas formas de expresarse en uno y otro individuo. Tengo que recalcarles esto a ustedes tres porque,

si no lo hiciera, serían incapaces de darse cuenta. Simpson tuvo fiebre reumática durante su infancia y tenía una lesión cardiaca. Fue un golpe, aunque no una sorpresa para mí, que muriese a los cuarenta y tres años. Su mujer, por su parte, insistió categóricamente en que su muerte no había sido un simple accidente. Me dirigí, por lo tanto a toda prisa al norte del estado de Nueva York, a casa de los Simpson. El viaje llevó sólo dos horas.

Olive Simpson estaba muy perturbada y no tiene sentido repetir su historia. Le llevó algún tiempo contarla con cierta coherencia porque, como podrán imaginar, hubo muchas interrupciones: médicos, encargados de pompas fúnebres e incluso periodistas, ya que Simpson era una figura relativamente conocida. Resumiré la historia.

Simpson era un hombre reservado y poco sociable, recuerdo, aun en la universidad. Tenía tendencia a ocultar las cosas referentes a su trabajo y se mostraba suspicaz frente a sus colegas. Siempre temía que le robasen las ideas. El hecho de que confiara en mí y se mostrara tranquilo en su trato conmigo se debe, enteramente creo yo, a mi mentalidad poco matemática. Simpson estaba convencido de que mi enciclopédica ignorancia en cuanto a lo que él estaba haciendo le garantizaba la imposibilidad de que se me ocurriera robarle ideas. Y en caso de que se las robara estaba convencido de que no sabría cómo usarlas. Es probable que estuviese en lo cierto, aunque tal vez debería haber tenido presente, además, mi acrisolada honestidad.

Esa tendencia suya a la reserva se volvió más pronunciada a medida que pasaron los años y la verdad es que llegó a ser un obstáculo para que se abriera paso en la vida. Solía reñir con sus colegas inmediatos y despertaba antipatía por su insistencia en mantener en secreto todo lo que hacía. Se oían, inclusive, quejas en el sentido de que demoraba el progreso de los proyectos de la compañía al impedir el libre intercambio de ideas.

Al parecer nada de esto hacía mella en Simpson, que también llegó a convencerse cada vez más de que la compañía estaba estafándolo. Como todas las compañías, la suya deseaba reservarse el derecho de propiedad de todos los descubrimientos efectuados por el personal, cosa totalmente comprensible desde su punto de vista. Cualquier investigación que se hiciera no sería posible sin el trabajo previo de otros miembros de la compañía ni sin el uso de instrumentos, locales y procesos intelectuales de la compañía en general.

Lo cual no quita que cada vez que se llegaba a algún resultado satisfactorio, el éxito significara millones de dólares para la compañía y sólo unos cuantos miles para el investigador.

En consecuencia no había nadie que no se sintiera explotado y Simpson pensaba que abusaban de él más que de los demás.

La descripción del estado de ánimo de Simpson en los últimos años, hecha por su mujer, indicaba a las claras que sufría ya de una forma de delirio de persecución. No había manera de razonar con él. Estaba convencido de que la compañía lo perseguía y atribuía todos los éxitos de esta a su propio trabajo, aunque la empresa estuviera empeñada en despojarlo de todo reconocimiento y de toda recompensa económica. La idea lo obsesionaba.

No dejaba de tener cierta razón al suponer que su trabajo era esencial para la compañía —que a su vez reconocía el hecho pues, de lo contrario, no hubiesen retenido con tanta insistencia a alguien que, con los años, estaba volviéndose cada vez más difícil.

La crisis se produjo cuando Simpson descubrió algo que consideraba básicamente revolucionario. Estaba seguro de que ese elemento colocaría a la compañía a la cabeza de toda la industria internacional de computación. Además, se trataba a su juicio de algo que no podría ocurrírsele a nadie más en años, posiblemente en décadas, no obstante ser tan simple en su esencia que era posible enunciarlo por escrito en un trocito de papel. No pretendo comprender qué era, pero hoy tengo la certeza de que era el embrión de la tecnología del “microchip”

Decidió callar acerca de su descubrimiento hasta que la compañía se comprometiese a compensarlo ampliamente con una suma muchas veces mayor que la habitual así como con otros beneficios. Es fácil ver la motivación detrás de esta exigencia. Sabía que podía morir en cualquier momento y quería dejar a su mujer y a sus dos hijos en buena situación. Conservaba la documentación escrita del secreto en casa para que su mujer tuviese algo que ofrecer a la compañía en el caso de que muriera antes de completar su trabajo, pero era característico en él no decirle a ella dónde guardaba los documentos. Su manía del secreto sobrepasaba todos los límites. Una mañana, al partir para su trabajo, preguntó a su mujer, muy nervioso:

—¿Dónde está mi libro de la biblioteca circulante?

—¿Qué libro? —preguntó ella a su vez.

—Exploración del Cosmos. Lo tenía aquí mismo.

—¡Ah! —repuso ella—. Estaba vencida la fecha de devolución. Ayer devolví ese libro y varios más.

Simpson se puso tan pálido que su mujer temió que se desmayara allí mismo. Hablando a gritos, preguntó:

—¿Cómo te atreves a hacer tal cosa? ¡Era mi libro! ¡Lo devuelvo cuando se me antoja! ¿No te das cuenta de que la compañía es capaz de entrar a robarnos la casa y revisarlo todo? En cambio, no se les ocurriría tocar un libro de una biblioteca pública. No sería mío.

Logró dar a entender, aunque sin decirlo expresamente, que había ocultado su precioso secreto en el libro de la biblioteca circulante y la señora Simpson, muerta de

miedo al verlo jadear y tratando de respirar, dijo, desesperada:

—Iré ahora mismo a la biblioteca, querido y volveré con él. En pocos minutos estaré de vuelta. Por favor, cálmate. Todo saldrá bien.

La señora me repitió una y otra vez que debería haberse quedado con él hasta que se calmara. Que podría haber llamado a un médico, pero habría sido inútil aun cuando hubiese venido. Estaba convencido de que alguien de la biblioteca, alguien que pidiese ese libro descubriría su importantísimo secreto y se guardaría los millones que correspondían a su familia.

La señora Simpson fue corriendo a la biblioteca, no tuvo ninguna dificultad para retirar el libro y volvió a toda prisa. Era demasiado tarde. Simpson había sufrido un ataque cardíaco, el segundo, y estaba agonizando. Murió, en efecto, en los brazos de su mujer, a pesar de que llegó a ver que ella tenía otra vez su libro, lo cual puede haberle servido de consuelo. Sus últimas palabras, pronunciadas con trabajo, fueron “dentro... dentro... “ mientras señalaba el libro. Luego murió.

Hice todo lo posible por consolarla, por asegurarle que ella no habría podido nunca evitar lo sucedido. Más por distraerla que por otra cosa, le pregunté si había encontrado algo en el libro.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—No, nada. Pasé una hora... es lo menos que podía hacer por él... su último deseo, ¿sabe?... Pasé una hora estudiándolo, pero no hay nada.

—¿Está segura? —pregunté—. ¿Sabe qué está buscando?

La señora Simpson titubeó.

—Suponía que podría ser un papel con algo escrito. Algo que dijo me hizo pensarlo. No me refiero a esa última mañana, sino a antes. Muchas veces me dijo “Lo tengo escrito”. Pero no sé cómo puede ser el papel, si era grande o pequeño, blanco o cremoso, liso o doblado... ¡Cualquier cosa! De cualquier manera, revisé todo el libro. Volví cada una de las páginas con el mayor cuidado, pero no había papeles de ninguna clase entre ellas. Después lo sacudí tomándolo por el lomo y no cayó nada. Por último miré todos los números de las páginas para estar segura de que no había dos pegadas. No las había.

»Después pensé que quizá no se tratase de un papel sino de algo que hubiera escrito en un margen. No tenía mayor sentido, pero pensé que debía verificarlo. Revisé cada una de las páginas. Había una o dos manchas que parecían accidentales, pero no había nada escrito ni tampoco subrayado.

—¿Está segura de haber retirado el mismo libro que antes, señora Simpson? La biblioteca podría haber tenido dos ejemplares o más.

Se mostró sorprendida.

—No se me ocurrió. —Levantando el libro, lo miró y dijo—: No, tiene que ser el mismo. Hay una manchita de tinta debajo del título. El libro que devolví tenía la



misma manchita. No podría haber dos iguales.

—¿Está segura? —insistí—. Me refiero a la manchita de tinta.

—Sí —dijo con tono categórico—. Pienso que el papel se cayó en la biblioteca o que alguien lo retiró y con seguridad lo arrojó al canasto. No importa. Con Oswald muerto, no tendría fuerzas para librar una batalla contra la compañía. Aunque habría sido grato no tener dificultades de dinero y haber podido enviar a los hijos a la universidad.

—¿No contará con una pensión de la compañía?

—Sí, en ese sentido son muy generosos, pero no alcanzará con la inflación que tenemos. Y con su historia de trastornos cardíacos, Oswald nunca se aseguró debidamente.

—Entonces, vamos a encontrarle ese papel y también un abogado. Y por último, algún dinero. ¿Qué le parece?

La señora Simpson suspiró varias veces haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Es muy gentil —dijo—, pero no veo cómo va a lograrlo. No puede hacer que el papel aparezca de la nada.

—Sí que puedo —dije, aunque admito que corría un riesgo al asegurarlo. Abrí el libro, conteniendo el aliento, y dije:

—¡Aquí lo tiene! —El papel estaba, sin duda, allí. Se lo entregué.

Lo que siguió fue un proceso prolongado y fatigoso, pero las negociaciones con la compañía terminaron bien. La señora Simpson no se convirtió en multimillonaria, pero consiguió cierta seguridad económica y los dos niños son hoy estudiantes graduados en la universidad. La compañía salió ganando, también, pues el “microchip” estaba en marcha. Sin mí no se habría lanzado y, por lo tanto, como les dije al principio, el crédito me corresponde.

Y con el consiguiente fastidio nuestro, Griswold cerró los ojos.

Di un grito.

—¡Vamos! —dije. Abrió un solo ojo—. ¿Dónde encontraste el papel? —le pregunté.

—Donde Simpson dijo que estaba. Sus últimas palabras fueron: “dentro... dentro... “.

—Del libro, claro —dije.

—No dijo “dentro del libro” —recordó Griswold—. No pudo terminar la oración. Dijo solo “dentro... “ y el libro era de una biblioteca circulante.

—¿Y?

—Los libros de las bibliotecas circulantes tiene algo que no tienen los comunes. Tiene un bolsillito en el que se guarda la tarjeta de la biblioteca. La señora Simpson describió todo lo que hizo, pero nunca mencionó el bolsillo. Pues bien, yo recordé las últimas palabras de Simpson, miré dentro del bolsillo, y... ¡Allí estaba!

## Las tres copas (1982)

---

“A Flash of Brilliance (The Three Goblets)”

Aquella noche el ambiente de nuestro club era especialmente acogedor. Siempre ocurría eso en la biblioteca. Afuera llovía intensamente. El viento azotaba la lluvia y la lanzaba contra las ventanas acrecentando la sensación de tibieza y tranquilidad en el interior. Los ronquidos suaves y rítmicos de Griswold eran el único acompañamiento que necesitábamos.

Traté de no pensar en mi impermeable que había quedado empapado en el guardarropa y en el momento inevitable en que tendría que retirarme para tratar de conseguir un taxi. Pero eso se vería a su debido tiempo...

Extendí las piernas perezosamente y dije:

—No sé si ustedes han pensado alguna vez en la mala prensa que tienen casi siempre los cuerpos de policía. Incluso en una sociedad donde son sin duda el muro sólido entre el ciudadano honesto y el criminal, rara vez son objeto de elogios.

—Esbirros —murmuró Baranov—. ¡Polis! ¡Cosacos! ¡Cerdos!

—No, no —dije, irritado—. No hablo sólo de esos motes. Cualquiera es capaz de gritar un insulto cuando se ofende. Hablo de lo que se dice de ellos a sangre fría. Piensen en tantos escritores de novelas policiales que adjudican toda la inteligencia y la intuición a algún aficionado, en los Sherlock Holmes, Hercule Poirots, Peter Wimseys... ¿Y dónde está la policía? No, la policía es un conjunto de asnos de Scotland Yard, sin excepción.

Jennings hizo un ruido grosero con los labios.

—Vives en el pasado, viejo —dijo—. Ahora es muy común mostrar policías brillantes, desde Appleby hasta Leopold, tenemos esbirros oficiales que resuelven los crímenes más difíciles y sutiles. En realidad, el procedimiento policial es hoy mucho más popular que el tradicional material al estilo de Philo Vance.

Los había llevado a donde yo quería.

—Si escuchamos a Griswold, dirá lo contrario —dije. Miraba a hurtadillas a la figura dormida, sentada muy derecha en su sillón Reina Ana, con el whisky con soda firmemente sostenido en una mano—. Él siempre resuelve el crimen cuando la policía es impotente. Ese viejo zorro pretende que le creamos cada vez que usurpa sistemáticamente las atribuciones de la policía.

Los ojos de un azul glacial de Griswold se abrieron al instante tal como yo esperaba.

—Este viejo zorro pretende solo que los tontos crean tal cosa, y tú tienes condiciones —me dijo—. La policía cumple sus funciones, siempre las cumplió. La única dificultad es que su trabajo es de rutina, rutina empeñosa y poco espectacular, un noventa y nueve por ciento del tiempo. Solo algún hecho ocasional se presta para

provocar ese destello radiante de intuición que permite al individuo dotado mostrar sus propios méritos. Por ejemplo...

Griswold bebió un sorbo y calló.

—Por ejemplo, decías —le recordé.

En general las armas de la policía en su guerra contra el crimen [dijo Griswold] no incluyen el talento. No se trata del genio teórico que teje la cadena de lógica inexorable y hace aparecer al criminal en una especie de juego de prestidigitación que quita el aliento. Eso no dará resultado.

En primer lugar, ese tipo de práctica no tendría validez alguna ante la justicia. Da resultado en los libros, donde el acusado confiesa cuando lo descubren o se suicida, pero eso no sucede nunca en la vida real. El acusado lo niega todo y su abogado arroja la duda sobre todo. Y si todo lo que tenemos para presentar ante el juez y el jurado es el talento, el acusado saldrá impune.

La policía debe reunir pruebas pasando de cada testigo posible al siguiente y tratando de obtener declaraciones o identificaciones que, a su juicio, soporten la prueba del careo. Deben localizar armas, documentos o boletas de empeño. Y ya que hablamos de buscar, deben buscar cadáveres, efectuando pesquisas, revisando tachos de desperdicios, rastreando el fondo de las lagunas.

Se requiere el trabajo concentrado y monótono de docenas de personas a través de semanas y meses.

En realidad, quiero contarles algo sobre el instrumento aislado más importante de la labor policial, el soplón.

Todos ustedes saben que nuestro gobierno no siempre puede detener las filtraciones de información, por muchos esfuerzos que haga. Bien, tampoco pueden hacerlo las diversas organizaciones criminales. Siempre hay alguien a punto de hablar.

¿Motivos? Son varios. Hay informantes que buscan vengarse porque se consideran víctimas de algún abuso y arden por resarcirse. Hay otros que pueden hacer uso de algún dinero extra y que cobran todo lo que pueden por la información que afirman poseer. Hay otros a los que les interesa sobre todo que les hagan la vista gorda, que les acuerden el privilegio de seguir viviendo una vida de delitos menores, como raterías o arrebato de carteras, seguros de que la policía se mostrará benévola, siempre que sean soplones útiles.

No es un oficio elegante, por otra parte. Los autores de novelas policiales que pretenden incluir soplones en sus relatos deben renunciar al elemento ingenioso y conformarse con la violencia. Habitualmente, el soplón es hallado muerto en el capítulo cuarto y sólo atina a jadear lo suficiente para dejar intrigado al detective.

Por cierto que a veces —aunque sean muy pocas comparadas con el total de las veces en que interviene la policía—, todo falla. Y, de vez en cuando, me toca a mí

poder encarar esa parte final del rompecabezas que ellos no advierten porque su interminable trabajo de rutina los deja extenuados.

Tal fue el caso del sonado asunto de contrabando de diamantes que tuvo lugar hace algunos años. Seguramente ustedes se enteraron de él por los diarios. Si no se enteraron, no importa. Pueden estar seguros de que mi intervención no se mencionó para nada.

La policía no lograba establecer el método por el cual se efectuaba el transporte de los diamantes. Buscaban con desesperación en todos los vehículos sospechosos que entraban al país, pero nunca hallaron un solo diamante.

Eran piezas pequeñas, de no mucha importancia desde el punto de vista de su tamaño, al alcance de gente de clase media. Pero en su conjunto, representaban miles de quilates y millones de dólares. Además, el transporte continuaba sin interrupción.

Por fin, uno de los agentes del Departamento del Tesoro vino a consultarme. Se mostró muy nervioso, porque en ese momento yo estaba en relaciones especialmente tensas con el gobierno. Había calificado a alguien con un nombre bastante ofensivo, enteramente merecido, y me mantenían algo alejado.

No puedo culpar a los funcionarios menores, claro está, por lo cual accedí a escuchar a este hombre y a ayudarlo en lo posible. Lo que me contó acerca del contrabando de diamantes, me dio a entender que había un pequeño indicio alentador en el caso. Como cabía esperar, el indicio había sido obtenido a través de un soplón.

Sobre la base de dicho indicio el Tesoro se había informado de que estaba por entrar un paquete en los Estados Unidos, el paquete que contenía los diamantes. La forma de llegar podía ser más o menos directa. Es decir, los diamantes vendrían en el paquete o bien este contendría información sobre la fecha y el medio por el cual habrían de llegar. El informante carecía de detalles, pero tenía seguridad en cuanto a los hechos básicos, según dijo, y se trataría de un operativo de gran importancia.

El paquete llegó al lugar anunciado ya la hora prevista. Lo interceptaron y se lo llevaron a las oficinas, donde fue abierto con todas las precauciones del caso debo añadir, por si se trataba de un artefacto explosivo. No era tal cosa.

En el interior había tres copas de un hermoso cristal tallado, formas delicadas y estructura frágil. El precio de esas copas era muy alto pero su valor había sido debidamente declarado en la aduana. Una fuente respetable de la cual no teníamos motivos reales para desconfiar había pagado todos los aforos del caso.

—¿No había nada más en el paquete? —pregunté—. ¿Sólo las copas?

—Sólo las copas.

—¿Ningún diamante?

—Ni uno.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Bien, para empezar, revisamos muy bien las copas para ver si encontrábamos

algo...

—¿Quiere decir que se podrían haber incorporado los diamantes al vidrio fundido de modo que formasen parte de las copas?

—Nada de eso —dijo el agente, algo ofendido—. Los diamantes son carbono. Se oxidan a temperaturas muy elevadas y el vidrio derretido sin duda los habría dañado. Además, se harían visibles al instante al efectuarse mediciones de índice de refracción, cosa que también probamos, para no omitir nada.

(Aquí pueden ver ustedes el valor del trabajo policial. Yo no tengo equipo para realizar esas pruebas ni tampoco la preparación necesaria.)

—¿Qué más hicieron? —volví a preguntar.

—Era cristal tallado. Tenía formas abstractas y se nos ocurrió que podría contener información codificada. No contenía nada. Fotografiamos las copas y estudiamos las fotografías con microscopio. No encontramos nada, ninguna irregularidad en la simetría de las formas... y la simetría perfecta nunca proporciona información.

—Las copas tienen que haber estado envueltas en algo. ¿Pensaron en eso?

—Desde luego. Estaban envueltas en papel de seda, varias capas. Sacamos el papel y lo revisamos minuciosamente, hoja por hoja, de ambos lados. Lo sometimos al calor, a la magnificación, a los rayos ultravioleta. No apareció nada. Nuestros expertos en tintas invisibles lo trataron a fondo. Nada.

—¿La caja?

—Puedo asegurarle que no la descuidamos. Revisamos la caja centímetro por centímetro, por dentro y por fuera, con el mismo cuidado que al papel de seda. Hasta retiramos la tira adhesiva utilizada para asegurar la caja, así como los diversos rótulos y estampillas, para estudiar lo que pudiera haber debajo, para no hablar ya de la tira adhesiva, los rótulos y las estampillas mismas.

—Y supongo que no encontraron nada.

—Absolutamente nada.

Reflexioné un poco antes de preguntar:

—¿Se les ha ocurrido que el informante puede ser equivocado o mentir?

El agente hizo una mueca.

—Se nos ocurrió en seguida. Lo hicimos comparecer. No sé si su madre tiene tumba, pero juró por ella. Nos pareció que podíamos confiar con él.

—Tal vez recogieran ustedes un paquete equivocado.

—Armoniza en todos sus detalles con la descripción hecha por el informante. Las probabilidades de que nos hayamos equivocado son infinitamente lejanas.

—¿Qué tamaño tenía el paquete?

—Unos treinta centímetros por quince, más o menos.

—¿Y las copas?

—Unos quince centímetros de alto. Unos siete de diámetro.

—¿Alguna de las tres estaba astillada, rajada o dañada de alguna manera?

—No, no. Estaban en perfectas condiciones.

—¿Y tiene el paquete aquí, exactamente como estaba al llegar?

—Por supuesto —respondió el agente con tono melancólico—. Debemos devolvérselo al dueño legítimo, diciéndole alguna mentira. Que se extravió o que fue dejado en otro lugar. En realidad, no teníamos derecho a incautarnos de él.

—¿No tenían autorización?

—No.

—Bien, no se preocupe. Hay una pequeña probabilidad de que le encuentre esos diamantes.

Y claro está, los encontré. De una manera que seguramente ustedes han adivinado ya. Fue una de las pocas oportunidades en que un instante de lucidez vale por el paciente trabajo de todo un laboratorio de criminología.

Griswold bebió otro sorbo de su vaso y se arrellanó en el sillón.

Al unísono, gritamos:

—¿Dónde estaban los diamantes?

Griswold se mostró sorprendido.

—Increíble —murmuró—. Me oyeron decir que había preguntado por el tamaño de la caja y de las copas. Copas de ese tamaño, colocadas en una caja de éste tamaño, no dejarían de moverse en el interior y, a pesar de la envoltura de papel de seda, se harían trizas. Sin embargo, no estaban ni quebradas ni rajadas a pesar de que el agente había señalado que eran frágiles.

Eso quería decir que estaban muy bien embaladas. Hoy en día, como saben ustedes, el embalaje más usado es el de los trozos de goma pluma. Los que yo prefiero son los que tienen aspecto de granos de maní.

Sea como sea, la tendencia es no tener en cuenta el embalaje. Apenas nos fijamos en él, nos limitamos a desecharlo. Pero mirémoslo. Revisé la caja, estudiando cada uno de los trozos de material plástico y muchos de ellos mostraban indicios de haber sido abiertos, de que les habían introducido algo duro antes de apretar el orificio para cerrarlos otra vez.

Abrimos esos pedacitos y allí anidados, estaban aquellos bonitos diamantes. ¡Qué cosecha logramos!

## Cómo se escribe (1982)

---

“Spell It!”

Jennings fue el último en llegar y cuando se sentó, extendió las piernas cómodamente y recibió su habitual martini seco con una cebollita.

—Detrás de las paredes de esta ciudad hay ocho millones de historias —comentó.

—¡Oye! —exclamó Baranov—. ¡Qué idea para una serie de televisión!

—La única dificultad es que las perdemos todas, probablemente yo mismo perdí una cuando venía de camino al club... siempre vengo a pie cuando hace buen tiempo. Es un buen paseíto y contribuye a mantenerme en forma. No como tú, gordo —dijo, dirigiéndose a mí.

Me sentí irritado.

—Te mantienes en forma dándote aire por el cerebro hasta que lo conviertes en un vacío perfecto. Ni siquiera tiene sentido nada de lo que dices.

Desde su alto sillón Griswold se movió y el suave rumor de sus ronquidos se interrumpió con un murmullo. No sé qué dijo, hablaba de una olla, creo, y de una sartén tiznada.

—Dime qué te perdiste, Jennings —dije—. En general tienes bastante poder de observación para no perderte ningún bache que haya en tu camino.

Jennings fingió no haber oído.

—Pasé al lado de una joven pareja que discutía. La muchacha, de no más de diecisiete años, diría yo, dijo en voz tan baja que apenas lo pude captar: “No debiste permitirle ver la sombra”. El muchacho, de no más de veinte, respondió: “Otra cosa hubiera sido correr un riesgo”.

—¿Y de ahí? —preguntó Baranov.

—Es todo lo que oí, porque seguí caminando. Pero luego me puse a pensar. ¿Qué sombra? ¿Por qué no debía haberla visto, quienquiera que fuese, y por qué habría de ser arriesgado no verla? ¿De qué estaban hablando?

—¿A quién le interesa? —pregunté a mi vez.

—A mí —dijo Jennings—. Había algo raro allí. Alguna historia de nuestra ciudad que nunca sabré cuál es.

—Pregúntaselo a Griswold —sugerí—. Él lo razonará todo y de esas dos simples frases hará una historia de intriga y acción. Vamos. Pregúntaselo.

Al principio Jennings trató de mostrarse desdeñoso, pero advertí que estaba tentado de hacerlo. Griswold tenía una inusitada capacidad para ver por debajo de la superficie de las cosas.

Miró al hombre dormido, las canas y las cejas blancas y, como siempre que se mencionaba su nombre, resultó que no estaba tan dormido como para perder lo que se decía.

El whisky con soda subió hasta sus labios. Abrió los ojos, se alisó el gran bigote con el dorso de la mano izquierda y luego dijo:

—No tengo la menor idea de a qué se refería todo ese tema de las sombras. Desde luego, alguna vez me he visto frente a pequeños hechos que pude estudiar a fondo, hechos en los que el crimen no parecía tener nada que ver y que, sin embargo, tenían algo de anormal.

—¿Por ejemplo? —le pregunté, incitándolo deliberadamente a hablar.

Siempre he tendido a inspirar confianza [dijo Griswold]. Supongo que se debe en parte a que la dignidad de mi figura hace que la gente confíe en mí y, en parte, a que la luminosa inteligencia que resplandece en mi mirada la lleva a imaginar que va a encontrarse con un pozo de sabiduría que saciará todas sus necesidades.

Sea como sea, la gente apela a mí cuando está en dificultades.

Conozco a un hombre, por ejemplo, que es escritor. Si mencionase su nombre, sabrían de inmediato de quién se trata. Cualquier norteamericano culto y aun cualquier europeo culto sería capaz de reconocerlo. Ese nombre es la esencia de esta anécdota pero, como me lo dieron en forma confidencial, no puedo revelárselo, aun en el caso poco probable de que confiara en la reserva de ustedes. Lo llamaré, por lo tanto, Reuben Kelinsky, habiendo verificado, inclusive, que ni siquiera las iniciales coinciden.

En general Kelinsky es un individuo sin preocupaciones. Tiene pocos de los estigmas del escritor. No lo atormentan los plazos de entrega; no lo amargan las críticas ni los rechazos; no lo deprimen los derechos de autor cercenados ni lo enfurece la estupidez de los editores... Para no hablar ya de la perversidad de las editoriales, agentes, revisores e impresores. Escribía siempre en un estilo llano, lo vendía todo, ganaba bastante y era un hombre feliz.

Imaginen mi asombro, pues, cuando una vez, que estábamos almorzando, lo vi particularmente abstraído. Se mordía el labio inferior, cerraba los puños y seguidamente murmuraba palabras entre dientes.

—¿Qué pasa, muchacho? —le pregunté con tono comprensivo—. Te veo alterado.

—¿Alterado? —repitió—. Estoy furioso. Hace tres semanas que estoy tratando de calmarme pero no lo consigo. Estoy tan mal, que tomo duchas heladas por la mañana y es inútil. Me siento tan acalorado y con tanto malestar que hasta el agua fría del baño sube de temperatura.

—Dime qué te pasa —dije.

—¿Me permites? —preguntó con una expresión esperanzada—. Quizás tú puedas ayudarme a sacarle algún sentido a esto.

—Cuéntame —dije.

—He conseguido una edición muy buena de la Historia de la Civilización de Will



Durant por una bicoca y estaba encantado. Había leído ya la obra a medida que aparecían los volúmenes retirándolos de la biblioteca y siempre había deseado tener la serie completa. La única desventaja que tiene la que he conseguido es que le falta el Volumen 2: La vida en Grecia.

»Bien, tú sabes cómo es uno. Durante décadas he vivido sin tener ninguno de los volúmenes pero, ahora que tenía diez de ellos, sencillamente no podía vivir sin el undécimo. Es más, estaba empeñado en leer toda la serie volumen por volumen. No quería saltarme uno y tener que volver a él, y como estaba a punto de terminar el primero, me empecé a angustiar.

»Debí haber esperado hasta volver a Nueva York, donde hay muchas librerías de las que soy cliente. Todas habrían estado dispuestas a ayudarme en la búsqueda, pero debía quedarme en Washington por unos días y me daba fastidio tener que esperar. Al pasar por una librería importante camino de una cita, entré en ella, obedeciendo a un impulso.

»Tenía prisa, pues me esperaban a almorzar y estaba acostumbrado a encontrarme en la 'cancha propia' por así decir, cuando visitaba una librería, de modo que me dirigí directamente a un mostrador y le dije bruscamente a la mujer que estaba allí: '¿Dónde tienen la serie de obras de historia de Will Durant?' La mujer señaló vagamente una escalera semicircular. Subí por ella y me encontré sumergido en Tolstoi y Dostoyevski. Levantando la voz, dije a la mujer: 'Oiga, no veo a Durant'.

»Me señaló otro lugar y caminé en la dirección indicada. Allí encontré una estantería tras otra repletas de obras de Durant. Estaban César y Jesucristo, Nuestra Herencia oriental, la Era de la Razón. Había en verdad alrededor de una docena de ejemplares de cada volumen de la serie, excepto el Volumen 2. Perdí bastante tiempo buscándolo, porque no podía creer que no hubiese ni un ejemplar de La Vida en Grecia.

»Completamente defraudado, bajé rápidamente por la escalera circular. Estaba ya retrasado para mi almuerzo, pero seguía empeñado en conseguir ese volumen. '¿Dónde puedo encargar un volumen?' pregunté. La mujer hizo otro gesto. En ningún momento me dijo una sola palabra, la muy idiota y fui corriendo hasta otro mostrador.

»'Quiero pedir un libro', dije agitado. Tanta carrera inútil para nada.

»El hombre detrás del mostrador me miró impávido y no dijo una palabra. Con tono impaciente, repetí: 'Quiero pedir un libro. Quiero el Volumen 2, La vida en Grecia de Will Durant.'

»El hombre no hizo ademán alguno de tomar un formulario. En verdad, no se movió. Al cabo de una espera más o menos larga, me preguntó: '¿Su nombre?'.

»Con gran claridad, seguro de que quizás obtendría un poco de colaboración, dije: Reuben Kelinsky.

»Y él preguntó: '¿Cómo se escribe?'

»Era el colmo. Tuve la sensación de estar viviendo una pesadilla. No digo que todo el mundo haya oído hablar de mí. Tampoco que el diez por ciento me conozca y sepa deletrear mi nombre al oírlo, pero creo tener derecho a que en una librería sepan cómo escribirlo. En aquel momento había seguramente una docena de libros míos allí.

»Sobre el mostrador había una lista de Libros en Existencia, el volumen por autores, de la A a la X. Lo abrí hacia el final —sé perfectamente dónde está mi nombre— y dije: 'Aquí puede ver cómo se escribe'.

»Y el hombre replicó: 'No estoy aquí para que me insulten. Me niego a recibir su pedido'.

»¿Qué otra cosa podía hacer, salvo irme? Llevaba quince minutos de retraso para mi cita. Estaba tan furioso, que apenas pude probar bocado y lo poco que comí me sentó como un tiro. Tampoco había conseguido mi libro ni lo había encargado siquiera. Desde luego, cuando llegué a Nueva York obtuve el ejemplar sin mayor demora y ahora tengo la serie completa, pero sigo furioso. Envié una carta llena de indignación a la librería, pero me contestaron diciendo que yo me había mostrado altanero e insultante y que debía adquirir mis libros en otra parte. Y no hay nada que pueda hacer. No comprendo nada.

Kelinsky estaba sentado allí, meditabundo. Por fin dijo:

—Mira, es la primera vez que cuento toda la historia y ahora que te la he contado, me siento mucho mejor. Es como abrir un divieso.

—Por supuesto. En realidad, creo que debes olvidar el episodio. Si esto es lo peor que te pasa en tu vida, eres el hombre más afortunado del mundo.

—Es verdad. Pero, ¿por qué diablos me pidió que deletrease mi apellido?

Con mucha cautela, respondí:

—Mira, Reuben, he oído solamente tu versión de la historia. ¿Por casualidad no te mostraste altanero e insultante?

—No, te lo juro. Te he dicho ni más ni menos que lo que sucedió, palabra por palabra, paso por paso. No grité. No insulté a nadie. Tenía ganas de hacerlo, pero me contuve. Estaba impaciente por irme y quizá haya parecido impaciente o atropellado, pero no se me escapó una sola palabra que pudiera considerarse ofensiva.

—No te enojas —dije—, pero estoy pensando en todas las posibilidades. Pronunciaste correctamente tu nombre, me imagino.

Ahí Kelinsky se enojó de verdad.

—Oye, Griswold. ¿También tú entraste a formar parte de este complot? ¿Acaso no sé cómo pronunciar mi propio apellido? Desde luego que lo pronuncié correctamente. Me esmeré por pronunciarlo bien, porque quería que supiese quién era, que se moviera un poco y me encargara el libro. Pero fue una tontería. Debí

haber esperado hasta volver a Nueva York.

—En tal caso —dije—, creo que estamos sobre la pista de un complot criminal y debo pedirte que me acompañes y cuentes tu historia a un amigo mío del Departamento. Supongo que ustedes ya han adivinado lo que quise insinuarle.

—No, no sabemos —dije yo, impasible.

—¿No? ¿Ninguno de los tres? —preguntó Griswold.

—Ninguno de los tres —repetí, sin que los otros me contradijeran,

—En tal caso, nunca lograrán captar las historias de nuestra ciudad al desnudo —dijo Griswold con desdén—. Escuchen. ¿Por qué iba el hombre que estaba detrás del mostrador a pedirle a Kelinsky que deletrease un apellido que obviamente sabía escribir?

Una posibilidad que era necesario explorar era que fuera alguna consigna clave. Gente que no se conoce mutuamente pero debe confiar entre sí en cuestiones que implican un gran riesgo, debe tener algún sistema para identificarse sin que nada quede librado al azar. La contraseña empleada no debe ser una palabra fuera de lo común, que podría alertar a cualquiera que la oyera.

Si la librería era utilizada como centro de una actividad criminal y tú, por ejemplo, quieres asegurarte de que no le estás pasando información a una persona no indicada, pero no quieres preguntar directamente quién es la persona a quien no corresponde, he aquí la táctica que podrías usar: encargas determinado libro, y, cuando el empleado te pregunta tu nombre, afirmas que es el de un escritor conocido: Mark Twain, Saul Bellow, Herman Melville o, si quieres, Reuben Kelinsky.

Si el empleado actúa de buena fe, sabe cómo deletrear el apellido y acepta el pedido o puede dudar y pensar que estás bromeando. Si el empleado, en cambio, está involucrado en actividades criminales, dice: ¿Cómo se escribe? cosa enteramente ridícula.

Si por el contrario, no parece sorprendido sabrá que eres un colega aunque manifieste no saber escribir tu nombre cuando evidentemente debería saberlo. Si tú, sin inmutarte, deletreas tu nombre, pueden pasar a hablar de negocios. Pero cuando tú te apoderaste de Libros en Existencia el hombre se dio cuenta de que eras un autor de verdad y, asustado, te acusó de ser altanero y de haberlo ofendido. Lo que quería era ahuyentarte.

Griswold abrió los brazos y dijo:

—¿Lo ven?

Jennings, con un tono bastante semejante al respeto, preguntó:

—Seguramente investigaron la librería y descubrieron algún tipo de delito, ¿no?

—Les diré —dijo Griswold—. A la sazón se investigaba en Washington una gran operación de contrabando de drogas. Yo pensé que podría tratarse de eso, pero me equivoqué. La verdad era que el empleado de la librería no tenía demasiada

admiración por Kelinsky, pero lo reconoció y decidió divertirse un poco a costa de él y la verdad es que lo logró. Pero Kelinsky vive feliz ahora porque, como es natural, nuestra investigación hizo pasar un mal momento al empleado a pesar de que al final resultó ser inocente. La próxima vez será más cuidadoso en la elección de blancos para sus bromas.

Y ahora debo decirles, que nunca dije que yo estuviese invariablemente en lo cierto.

## Dos mujeres (1982)

---

“Two Women”

Afuera hacía un hermoso día, sereno, tibio y despejado. Los árboles del parque a lo lejos se distinguían apenas bajo la luz del crepúsculo y la iluminación de la biblioteca de nuestro club comenzaba a adquirir esos tonos dorados que creaban en nosotros mismos una confortable sensación de bienestar. Los ronquidos suaves y rítmicos de Griswold añadían aquel toque infaltable que expresaba que todo estaba como debía ser.

Se me ocurrió como al pasar que podría hacer más perfectas aun las cosas inclinando el whisky con soda que sostenía Griswold y mojándole la pierna del pantalón, pero el sentido común me dijo que si avanzaba solo una fracción de centímetro hacia él, se despertaría.

Por lo que podía juzgar, era probable que Baranov y Jennings estuviesen pensando lo mismo. Les pregunté, entonces.

—¿Alguno de ustedes se ha cuestionado alguna vez porqué tenemos que invertir sumas tan enormes para mantener a la policía cuando Griswold es capaz de resolver cualquier crimen sin moverse de su sillón?

—Ah —dijo Jennings—. Ocurre que sólo recibimos la versión de Griswold. Me pregunto qué tendría que decir la policía si la consultáramos sobre alguno de estos casos.

Griswold se agitó en su sillón de alto respaldo y nos atravesó, o poco menos, con la mirada de sus ojos azules.

—No dirían nada —murmuró con voz profunda—, pues a menudo la he consultado en casos en que me pareció aconsejable.

—¿En serio? —pregunté con aire de triunfo—. Entonces admites que no puedes hacerlo todo.

—Jamás dije lo contrario —dijo Griswold con orgullo—, pero en general le resulto más útil a la policía que ella a mí. Hay un caso muy ilustrativo ocurrido no hace muchos años aunque no estoy seguro de que quieran que lo cuente.

—La verdad es que no —comentó Baranov—, pero ¿cómo impedirte que hables?

—Bien —dijo Griswold—. Ya que insisten, se los contaré.

Las noticias circulan, claro [dijo Griswold]. Se dice, por ejemplo, que soy un recurso de consulta en casos extremos. Por lo tanto cuando las cosas parecen insolubles y la gente se resiste a acudir a la policía y no puede pagar los servicios de un detective particular, suele recurrir a mí.

Por intermedio de una serie de personas cuya lista sería demasiado larga y aburrida, en una ocasión acudió a consultarme una señora Harkness, que se sentó frente a mí con la cara hinchada por el llanto y sin dejar de retorcer el pañuelo con los

dedos.

El problema se refería a su hija, de quien no sabía nada desde hacía un año.

—¿Por qué acude a verme ahora, señora Harkness? —le pregunté.

—No caí en la cuenta de que se había ido. Había viajado a Europa, sabe, y...

—¿Qué edad tenía? —me apresuré a preguntar. La señora Harkness era una mujer baja y regordeta, obviamente de edad madura.

—Veintiocho años —respondió—. Bien, ahora tiene más de veintinueve. Treinta, cumplidos el mes pasado... si... si acaso está aún viva —De repente la señora Harkness se sintió tan acongojada que no pudo continuar. Esperé.

—Como le decía —prosiguió la señora Harkness—, tenía veintiocho años cuando la vi por última vez. Era una mujer adulta que se bastaba a sí misma como ilustradora de temas médicos. Hacía cinco años que vivía sola y tenía planes de viajar a Europa, según me dijo, en parte por razones de trabajo y en parte para pasear un poco. Me advirtió que quizá no tendría oportunidad de escribirme.

»Lo comprendí, desde luego. Nunca le gustó mucho escribir ni comunicarse, pero era muy independiente y capaz de cuidarse a sí misma, desde el punto de vista económico y desde otros también. No creí que tuviera motivos para preocuparme.

»Sin embargo, me dijo que no pensaba estar ausente más de dos o tres meses. Cuando transcurrió más de un año sin que tuviese ninguna noticia de ella, le escribí a su dirección en Filadelfia, donde reside, y me devolvieron la carta. Llamé al edificio de departamentos donde vivía y resultó que no había subalquilado su departamento sino que se había mudado después de guardar los muebles en un depósito. Fui a Filadelfia y localicé el depósito. Nunca había vuelto a retirar los muebles y la cuenta alcanzaba ya una suma importante.

»Sentí verdadero pánico. Sospechaba que estaba todavía en Europa y llamé a varias líneas aéreas con la esperanza de encontrar alguna punta del ovillo que me llevase hasta ella, pero no había ningún dato de que hubiese utilizado ninguna. En definitiva, creo que no se fue a Europa. Desde el principio no era este evidentemente su plan o bien algo le impidió viajar. Ha desaparecido, ni más ni menos, de la faz de la tierra.

—Eso es mucho más difícil de hacer de lo que usted cree, señora —dije—. ¿Se le ocurre algún motivo por el cual haya deseado desaparecer?

—No —dijo la señora Harkness, muy agitada.

—¿Era casada?

—No, pero había uno o dos hombres en su vida. Después de todo, era muy bonita, quince centímetros más alta que yo y muy esbelta. Salía a la familia de su padre.

—¿Podría haber estado embarazada?

La señora Harkness resopló de desdén.

—Desde luego que no. Era una persona muy metódica y sistemática. Aún antes de irse a vivir sola tomaba la píldora y tenía un diafragma. No era de las mujeres que corren riesgos.

—Los accidentes suelen suceder incluso a quienes no corren riesgos...

La señora Harkness declaró con voz cortante:

—No, si no hubiese deseado un hijo, se habría sometido a un aborto. No es como hace cincuenta años. Hoy en día a nadie le preocupa mucho la ilegitimidad ni el embarazo. Decididamente no son motivos para desaparecer.

—Tiene razón, señora —admití—. Perdone a un viejo que no está con los tiempos... Le pediré, entonces, que me describa a su hija. Hábleme de sus hábitos y educación, de cualquier cosa que pueda señalarme algún camino para identificarla, incluidos los nombres de sus dentistas y médicos, si los conoce, aunque la hayan tratado hace años.

La señora Harkness lloró otra vez.

—¿Cree usted que está muerta?

—En absoluto —dije con el mayor tacto posible—. Sencillamente, quiero obtener tantos datos como pueda para cubrir todas las eventualidades. Por ejemplo, querría algunas fotografías, si las tiene.

Le llevó algún tiempo reunir toda la información solicitada y luego me despedí de ella.

Y acudí a la policía. Tuve que hacerlo. Tenía archivadas las desapariciones y lo que es más, todo computarizado.

El jefe de Personas Desaparecidas me debía un favor. Varios, en realidad. Ello no quiere decir que estuviera encantado de tener que dedicarme parte de su tiempo, pero de todos modos, me lo dedicó.

—Filadelfia —dijo— y aproximadamente en marzo del año pasado. Un metro setenta y cuatro... —Murmuró luego otros elementos de la descripción mientras tecleaba sobre la computadora. Le llevó menos de un minuto. Levantando la vista, dijo—: ¡Nada!

—¿Cómo puede ser? —pregunté—. Es una persona. Es algo concreto. Existía.

El teniente murmuró algo.

—La desaparición en sí no significa nada. No entra en nuestros archivos a menos que alguien la denuncie. Los padres no lo hicieron hasta acudir a usted. Tampoco lo hizo ningún pariente, al parecer, ni amigo o amiga que tuviese bastante intimidad con ella para advertir que había desaparecido... o a quien le importase lo suficiente.

—¿Y los asesinatos no aclarados? ¿No apareció ningún cuerpo no identificado en la época en que desapareció ella?

—No hay muchas probabilidades —dijo Delaney—. Hoy en día es muy difícil que no identifiquemos un cuerpo, a menos que esté descuartizado y hayan ocultado

partes esenciales o las hayan destruido. De todos modos, iré a averiguarlo. —Al cabo de un rato volvió para decirme—: Hay un solo cuerpo que podría responder a los datos dados. Era negra. Entiendo que la mujer que lo interesa no era negra.

—No.

—Mi idea es, entonces, que viajó en efecto a Europa. Las averiguaciones de la madre en las líneas aéreas no significan nada. La hija puede haber viajado bajo un nombre supuesto, por ejemplo, y estar todavía allá, o bien pudo haber muerto allá... En ninguno de los dos casos está dentro de nuestra jurisdicción. Tal vez la policía de Filadelfia...

Lo interrumpí.

—¿Por qué diablos iba a viajar con nombre supuesto?

—Podría haber estado implicada en un hecho criminal o... —En ese punto se interrumpió y luego exclamó—: ¡Vaya!

—¿Qué sucede ahora?

—Apareció alguien en esta ciudad por la época de la desaparición de la muchacha que le interesa. La misma talla, esbelta...

—¿Dónde está? ¿Quién es?

—No lo sé. También desapareció.

Saqué nuevamente las fotografías.

—¿Es ésta?

Delaney las miró brevemente.

—No puedo decírselo. No se dejaba ver. Llevaba peluca, anteojos oscuros, ropas holgadas. Es posible que haya sido miembro de una banda terrorista. Estábamos por atraparla cuando desapareció.

—No hay indicios —dije— de que la muchacha que estoy buscando tuviese intereses políticos o sociales que puedan haberla llevado a la actividad terrorista.

El teniente hizo un gesto desdeñoso.

—Lo único que sabe es lo que le dijo su madre y su madre no sabe nada de ella, desde hace años.

—¿Y qué sabe usted?

No escuchaba. Sus labios estaban muy apretados y cuando habló lo hizo como para sus adentros.

—El FBI está sobre la pista, después de que nuestra fuerza hizo todo el trabajo. Si conseguimos hacerlo antes que ellos puedan...

—Bien —dije, impaciente—. ¿Qué sabe?

Con un esfuerzo, volvió a prestarme atención.

—Revisamos minuciosamente su domicilio. No llegamos a tiempo para detenerla, pero cuando conocemos todos los objetos de los que se rodea una persona, no podemos dejar de saber muchísimo acerca de ella.



»Por ejemplo, tenemos aquí la imagen de una mujer intensamente femenina. Tenía un equipo impresionante de cosméticos, desde enjuague de color para el pelo, hasta barniz para las uñas de los pies. ¿Me creerá si le digo que tenía distinto barniz para las uñas de las manos y de los pies?

Le señalé secamente:

—Quizá no sea tanto una cuestión de feminidad como de materiales para disfrazarse.

—Usaba papel higiénico floreado.

—¿Qué?

—Papel higiénico con diseños florales en cada hoja. ¿Es para disfrazarse ese papel? ¿O simplemente una muestra de feminidad? Además, era metódica. Tenía mucha cantidad de todo. De todo había reservas.

—Pero partió sin llevarse nada. ¿Por qué?

—Desesperación —dijo el teniente, muy serio—. Partió una hora antes de llegar nosotros. Seguramente. Seguramente le avisaron y cuando identifiquemos al informante le juro que batirá el récord de los arrepentidos. Pero por ahora, tendremos que pedirle a esa señora Harkness que haga una identificación.

—¿Sobre qué bases? —pregunté—. ¿Su lista de efectos personales?

—Por cierto. Según usted, la señora Harkness describió a su hija como femenina y metódica. Eso concuerda. Puede decirnos si su hija acostumbraba usar papel higiénico floreado y barniz para las uñas de los pies. Puede decirnos su marca de lápiz labial y de medias y si el color de ambos era el que su hija acostumbraba llevar. Si nos da las respuestas correctas, quizá yo tenga un nombre, una cara y una historia médica para adjudicar a la terrorista y con eso tendré un buen tanto de ventaja sobre el FBI.

Estaba estudiando la lista de todos sus efectos personales, ropa de todas clases, cosméticos, chucherías, toallas, champús, jabón, conservas, cubiertos, elementos de farmacia para dolor de cabeza e infecciones menores, peines, palitos con puntas de algodón, enjuagues bucales, píldoras de diversos orígenes legítimos, alimentos de diversas clases en la heladera, libros enumerados por nombre y título. Era obvio que no se había omitido nada. Fósforos de cocina, escarbadiantes, seda dental. Unas botellas de vino, pero ningún elemento para fumar, dicho sea de paso, aunque en verdad la joven señorita Harkness no fumaba, según su madre.

Aparté la lista, y dije:

—Teniente quiero evitarle una situación embarazosa que puede costarle la carrera frente al FBI. Su supuesta terrorista no es la hija de mi cliente.

—¡No! ¿Y puede deducir esto de la lista de sus efectos personales?

—Exactamente. Estamos hablando de dos mujeres distintas.

Tenía razón, desde luego. Mediante mi información, el teniente condujo al FBI

por el camino correcto, en lugar del errado y lo elogiaron en lugar de burlarse de él. Es posible que yo haya consultado a la policía, como ustedes ven, pero terminaron debiéndome un servicio más. Atraparon a la terrorista en menos de tres días y no era la señorita Harkness.

Griswold bebió rápidamente un sorbo de su vaso de whisky con soda y luego de enjugarse el bigote con un pañuelo que era apenas menos blanco que dicho bigote, adoptó una expresión satisfecha.

—Vamos, Griswold —le dijo Jennings—. Nosotros no sacamos nada en limpio, como bien sabes.

—¿Sí? —dijo Griswold, fingiendo asombro—. Les dije, creo que la hija de la señora Harkness no tenía más de treinta años y que era sexualmente activa, ¿no? ¿No recité una serie de artículos en la lista de efectos personales de la terrorista y no había allí una omisión de gran importancia?

—¿Qué omisión? —quiso saber Jennings.

—La terrorista parecía ser femenina y metódica, pero en la lista de sus efectos personales no estaba incluido nada que se pareciese a tapones de protección interna o toallas higiénicas. Ninguna mujer de treinta años con un carácter metódico como el de la señorita Harkness podría haber vivido nunca sin contar con una amplia provisión de estos artículos. El hecho de que la terrorista no tuviera ninguna de esas cosas era prueba suficiente de que probablemente había pasado ya la menopausia, de que tenía más de cincuenta años... lo cual resultó ser cierto.

—Entonces, ¿cuál fue la historia de la señorita Harkness? ¿La encontraste? —pregunté.

Con gran dignidad, Griswold respondió:

—Esa es otra historia.

## Envío de una señal (1982)

---

“A Piece of the Rock (Sending a Signal)”

—¿Han notado ustedes —dijo Baranov, levantando la vista del diario— que hoy todo el mundo manda señales? Nadie dice nada. Todo son señales.

Jennings, que sorbía su martini seco con aire lánguido, comentó:

—Es parte de la mentalidad de novela de suspenso. Nos invaden los relatos de espionaje e intriga y resulta imposible para nosotros rebajarnos a la simple comunicación. Todo está en código.

—Todo está desviado —dije—. Vivimos en un mundo de relaciones públicas y nadie quiere arruinar su imagen. Comenzó con Wallace durante su primera campaña presidencial. Pidió a los votantes que “enviasen una señal” a Washington. En otras palabras, si votaban por Wallace enviarían una tácita señal en el sentido de que estaban en favor de la supremacía de los blancos sin que hubiese sido necesario expresar en palabras concretas ese punto de vista horroroso.

Griswold, inusitadamente apacible hasta ese momento y sin haber roncado siquiera, nos miró fijamente como si jamás se hubiese quedado dormido.

—Sin duda alguno de ustedes debe vivir en el mundo de la realidad. Todo lo que decimos, todo lo que hacemos, cualquier movimiento de un músculo, cualquier desliz al hablar es una señal de algún tipo y siempre lo fue. No creo que piensen que nos comunicamos exclusivamente mediante el lenguaje formal, ¿no? El hombre sabio debe aprender a interpretarlo todo.

—Por sabio —dije con tono sardónico— te refieres, desde luego, a ti.

—Con toda seguridad no me refería a ninguno de ustedes tres —replicó Griswold—. Recuerdo algo que viene al caso...

Era el año 1966 [dijo Griswold] y el Departamento estaba recargado de trabajo. Me llamó el jefe, hecho que en sí, ya que hablamos de señales, era una señal de la desesperación del Departamento, pues nunca recurrían a mí sino como último recurso. Solían decir que no era confiable, con lo cual querían significar que no estaba de acuerdo con ellos casi nunca —cosa muy grave— que vocalizaba mi desacuerdo —que era lo peor-; y que, en general, en definitiva, tenía razón lo cual era por cierto, lo peor de todo.

En ese momento, no obstante, el jefe estaba dispuesto a consultarme. En ese momento, como ustedes recordarán, había una crisis de creciente gravedad en el Medio Oriente y los Estados Unidos decían desplegar grandes precauciones en su apoyo a Israel. Hasta entonces no dependíamos todavía del petróleo del Medio Oriente, pero estábamos al borde de hacerlo. Y al parecer no debíamos confiar en uno de nuestros agentes. Los estados árabes tenían por lo visto acceso directo a nuestras decisiones políticas y el Departamento sabía que los árabes habían ubicado a uno de

sus propios agentes entre nosotros o comprado a uno de nuestros propios hombres. Hasta tenía el nombre de código del agente, se tratase de uno plantado en nuestro medio o bien de uno de los nuestros. Era “Granito” y los árabes usaban la palabra en idioma inglés.

—¿Cómo lo descubrieron? —pregunté. El jefe sonrió de mala gana.

—Por el momento, no es esencial que usted lo sepa. Acéptela tal como se la doy.

Sin duda un nombre en código tiene utilidad en el sentido de que el sector que utiliza al agente sabe con quien está tratando mientras que el otro no lo sabe. El otro sector no puede traducir el nombre en código al nombre real. Pero como en cualquier código, hay posibilidades de descubrirlo.

El jefe manifestó:

—Por el carácter de la información que según sabemos se ha filtrado, la sospecha recae en cinco de nuestros agentes. Sería útil que pudiésemos tener una idea razonable de cuál de ellos puede ser el culpable, y con la mayor rapidez posible. Desde luego podríamos separar a los cinco, pero si lo hacemos, perderemos a cuatro buenos agentes y si lo hacemos por mucho tiempo, mancharemos la reputación de cuatro funcionarios sin justificativo alguno y les provocaremos daños que nunca será posible reparar.

—¿Conozco a esos agentes?

El jefe reflexionó un instante.

—Probablemente, no —respondió—. Le recuerdo que usted no trabaja muy cerca de nosotros. Le daré sus nombres y le contaré algo sobre cada uno de ellos.

—Buena idea —dije con ironía—. Es difícil llegar a una decisión sobre la base de una falta total de datos... Incluso en mi caso.

El jefe se ruborizó, pero dejó pasar el comentario.

—El primero de los agentes es Saul Stein. Padre, Abraham Stein. Nombre de soltera de la madre, Sarah Levy. Nombre de soltera de su mujer, Jessica Travers. Nacido en Nueva York en 1934. Concurrió a la Universidad de Nueva York. Especializado en estudios semíticos. Habla el árabe y el hebreo con gran fluidez.

—Supongo que es judío —comenté.

—Sí.

—Entonces, ¿no parece ridículo que pueda estar trabajando en secreto contra Israel?

—No es necesariamente ridículo —dijo el jefe—. No todos los judíos son sionistas. Y cómo sabemos si es judío, dicho sea de paso, cuando bien puede haberse inventado una identidad falsa... Es algo que estamos investigando, pero debemos movernos con cuidado. La sospecha injustificada es precisamente lo que deseamos evitar... si es posible.

—¿Está circuncidado?

—Sí. Pero también lo están los musulmanes. Y millones de cristianos. Tiene un conocimiento profundo del judaísmo y es practicante religioso pero todo ello podría ser un disfraz.

—Su mujer no tiene un apellido ostensiblemente judío. ¿Es gentil?

—Por nacimiento. Se convirtió al judaísmo al casarse. Todo parece demasiado perfecto, ahora que me detengo a pensarlo.

Murmuré algo, sin comprometer una opinión.

—¿Quién sigue? —pregunté.

—Es una mujer. Roberta Ann Mowery. Padre, Jason Mowery, diputado durante dos períodos en la década del cuarenta. Madre, Betty Benjamin. Marido, Daniel Domenico. Nacida en Fairfax, Virginia, en 1938. Estudió en Radcliffe y se especializó en economía. Es una mujer bastante enérgica.

—¿Es judía su madre? ¿Betty Benjamin?

—No es judía. Metodista. También es metodista la señorita Mowery.

—Conque usa apellido de soltera.

—Tiene derecho legal. Se casó con la condición de seguir usándolo.

—¿Podría tener motivos para cometer una traición? ¿Qué actuación tuvo su padre como diputado?

—Enteramente limpia. Recto. Con todo, Mowery es una de esas mujeres que está convencida de que existe prejuicio contra ella por ser mujer y que este prejuicio la perjudica en todo momento...

—Existe el prejuicio, ¿no?

El jefe carraspeó.

—No tanto como ella imagina. En realidad se debe a su personalidad. Es rígida, autoritaria y nadie la quiere, pero es una agente extraordinaria, de modo que la conservamos. Con todo, su resentimiento puede inducirla a vengarse. Podría ser ese tipo de mujer.

—¿Número tres?

—John Wesley Thorndyke. También metodista, como puede adivinar por su nombre. Su padre es un predicador metodista, Richard Arnold Thorndyke. Nombre de soltera de su madre, Patricia Jane Burroughs. Thorndyke nació en Olympia, estado de Washington, en 1931. Concurrió a la Universidad de Washington. Se especializó en filosofía y durante un tiempo, jugó con la idea de ser pastor. Sumamente religioso y profundamente interesado en lo que llama la “Tierra Santa”. No es uno de nuestros agentes más brillantes, pero tiene coraje y es altamente confiable.

—¿Tan confiable es que ustedes consideran imposible que sea un doble agente?

—Nadie es nunca confiable hasta ese punto. Supongamos que su profundo sentimiento religioso lo lleve a creer que es una herejía que la Tierra Santa esté en manos judías.

—¿Sería mejor que estuviese en manos musulmanas?

—Posiblemente querría que la región se desestabilizase al punto de que sea necesario colocarla bajo un cuerpo internacional que represente las tres religiones para las que el lugar es sagrado. Tenemos, en realidad, un informe en el que se afirma que así lo dijo en una oportunidad, expresándolo como un ideal más bien que como una posibilidad práctica. Pero... ¿Quién sabe? Como doble agente, puede considerar que está trabajando por la consecución de ese ideal.

—¿Y el número cuatro?

—Es Leigh Garrett, hijo. Padre del mismo nombre, como es obvio. Nombre de soltera de la madre, Josephine O'Connell. Nació en Concord, New Hampshire en 1925 y concurrió a la Universidad de Dartmouth, diplomándose como químico. Trabaja en el sector científico con nosotros. Su familia es católica, pero él mismo no es practicante.

—¿Algún motivo para sospechar de él?

—Pues bien. Es sumamente conservador y si no pertenece al grupo nacionalista llamado “John Birch”, decididamente les muestra simpatía.

—Personalmente —dije muy serio— no creo que esto moleste mucho al Departamento.

Sin inmutarse, el jefe dijo:

—Siempre que no afecte su trabajo, aunque le diré que no aprobamos los extremos de ninguna clase. El elemento emocional no resulta positivo en nuestro trabajo. Hay motivos para sospechar que Garrett es antisemita, por ejemplo.

—No es ninguna originalidad...

—Sin duda, pero la cuestión es... ¿Es bastante antisemita como para desear la destrucción de Israel cumplida por otro grupo de semitas, los árabes, aun cuando la política del Departamento es hacer todo lo posible por asegurar la existencia de Israel? No podemos estar seguros en cuánto a eso.

—Hábleme, entonces, del número cinco.

—El quinto es un hombre mayor, Jeremiah Miller. Nació en 1908 en Minneapolis y estudió en la Universidad de Colorado, donde se especializó en literatura inglesa. Intentó escribir, pero no llegó muy lejos y se incorporó al Departamento antes de la Segunda Guerra Mundial. Obtuvo licencia para pelear a último momento y salió de las fuerzas con antecedentes muy honorables. Lo hirieron en Anzio. Sus padres murieron y es soltero. Es protestante, de la secta episcopal y practica su religión.

—Hace cerca de treinta años que entró en el Departamento —dije— y arriesgó su vida luchando. ¿No puede eliminarlo como sospechoso?

—No, no podemos eliminarlo. Carece del empuje necesario para progresar y ha visto cómo una cantidad de hombres más jóvenes han pasado a puestos superiores al suyo. En realidad, estábamos pensando en hacerlo jubilarse antes y acordarle media

pensión. Él lo sabe.

—¿Está resentido?

—¿Usted no lo estaría? Sus padres murieron. No tiene hermanos. Ni mujer. Está solo en el mundo y no hay nada que lo distraiga de la amargura que pueda sentir. Además, existe el problema del dinero. No gana mucho. Su pensión sería aun menor. Es demasiado viejo para comenzar nada. Es bastante probable que hayan podido comprarlo.

Después de cavilar unos instantes, el jefe prosiguió:

—Allí está la dificultad, como ve. Cada uno de los cinco tiene un motivo. Un motivo diferente en cada caso. No hay manera de determinar cuál de ellos tiene más peso ni cuál ha podido traducirse en acción concreta. Tenemos que descubrir algo y tiene que ser ya. Las cosas se mueven con mucha velocidad en el Medio Oriente y en cuestión de días tendremos que eliminar a los cinco a menos que podamos identificar a uno de ellos.

—Y esa tarea me corresponde a mí, ¿eh?

—Si puede hacerlo. Estudie esos motivos y dígame cuál de ellos puede dar origen a un doble agente. Puedo facilitarle todos los datos con que contamos sobre los cinco...

—No es necesario —dije—. Creo que me ha dado ya toda la información que deseo.

—¿En serio? —El jefe parecía estupefacto.

—No puedo tenerla certeza absoluta, claro está, pero calculo las probabilidades en seis contra una de que he identificado al hombre.

—Quiere decir que uno de los motivos...

—Dejemos los motivos. Se ha preocupado tanto por practicar el psicoanálisis que no se ha detenido a contemplar los hechos más simples.

La verdad es que yo estaba en lo cierto. El resultado fue que le tocó a Israel sorprender a las naciones árabes en la Guerra de los Seis Días, en lugar de lo contrario.

Jennings, Baranov y yo nos quedamos mirándonos.

—Estás bromeando, Griswold —le dije belicoso—. No tenías manera de elegir entre los cinco y lo sabes.

Griswold adoptó expresión de sorpresa.

—¿No lo ven? Sin duda saben que un nombre en código para un agente no tiene ninguna utilidad cuando proporciona el menor indicio de la identidad del agente. Ninguno de los agentes aceptaría un nombre que lo delatase. En otros términos, si uno de nuestros agentes es conocido por el enemigo como “Granito” la señal que nos envía es que nuestro agente no tiene nada que ver ni siquiera indirectamente con el granito. Esto es en efecto lo que yo llamo el “envío de una señal”.

Sabemos, por ejemplo, que el agente en cuestión no puede ser de ninguna manera alguien nacido en New Hampshire, al que llamamos el “Estado de Granito” y eso elimina a Leigh Garrett, hijo. También elimina a Saul Stein, ya que Stein es el término alemán para “piedra”, lo cual se aproxima demasiado abiertamente al granito para que sea un buen nombre en código para este último.

—Entonces tiene que haber sido el candidato a jubilarse —dijo Baranov—. Allí no hay relación con “granito”.

Griswold arqueó las cejas.

—Yo les dije que había estudiado en la Universidad de Colorado que está ubicada, como recordarán, en la ciudad de Boulder, o sea “roca”.

—La mujer... —comenzó a decir Jennings. Pero Griswold lo interrumpió.

—Era una feminista que insistía categóricamente en usar su nombre de soltera. Las mujeres como ella reciben popularmente apodosos que recuerdan a otras que provocaron el asombro de los Estados Unidos del siglo diecinueve por retener su nombre de soltera. Se trata aquí de Lucy Stoner y Roberta Ann Mowery era obviamente una Lucy Stoner. Queda entonces John Wesley Thorndyke, hijo, el culpable. ¡La lógica es la lógica!



## La pieza favorita (1982)

---

“The Favorite Piece”

No es correcto —no se hace— cantar en la biblioteca de nuestro club. Lo reconozco. Lo que ocurría es que la noche anterior había asistido a uno de nuestros encuentros sobre temas musicales de Gilbert y Sullivan y tenía la cabeza llena de canciones como siempre. Por eso entré muy alegre, saludando con la mano a los otros y entonando, no muy fuerte, diré: “Cuando el viento de la noche presta alas a mi coche y el murciélago en la luna vuela ya... “ con mi resonante voz de barítono.

La expresión de Jennings y de Baranov era estoica, pero Griswold abrió los ojos y preguntó con el tono más desagradable posible.

—Bien. ¿Qué es ese espantoso ruido?

Callé de inmediato y dije:

—No es un ruido. Es un fenómeno que me encanta y que llamo música.

—Sospecho que también te gustará llamarte apuesto, pero nunca lograrás el consenso general en ninguno de los dos casos.

—Lo que te pasa a ti —dije con cierta vehemencia, admito— es que careces totalmente de oído.

—Que tenga oído o no —dijo Griswold— no altera el hecho de que por respeto a la memoria de Sir Arthur Sullivan estás inhibido de estropearle su obra.

Inesperadamente, dijo Baranov:

—No me digas que tú también eres admirador de las operetas de Gilbert y Sullivan, Griswold.

—La verdad es que no, pero una vez...

Griswold se detuvo para beber y los demás esperamos. Sabíamos que nada lo haría callar.

Existen en el mundo individuos tales como los asesinos a sueldo [dijo Griswold]. Son difíciles de manejar, porque trabajan con destreza profesional y no hay manera de relacionar a la víctima con el asesino desde el punto de vista de los móviles. Es muy grande el número de crímenes de este tipo que quedan sin resolver y la policía suele sentirse particularmente frustrada ante su fracaso. La irrita en especial encontrarse en la pista de uno y carecer de ese pequeño último elemento que les permita evitar un asesinato o bien atrapar a un asesino.

Es en circunstancias como ésta cuando se les ocurre llamarme. Por alguna razón, suponen que aun cuando todo los demás fracasen, yo triunfaré. Soy la imagen de la modestia, como saben, pero sin duda los hechos hablan por sí mismos.

El capitán me dijo:

—Hemos hecho grandes progresos, Griswold. Estamos sobre la pista de un grupo muy listo y muy bien pagado de asesinos, pero no hemos logrado llegar al punto de

poderlos poner contra la pared delante de un juez y un jurado. Ahora tenemos la oportunidad de sorprender a uno que está apunto de entrar en acción, siempre que nos movamos con rapidez... y que sepamos exactamente qué hacer.

—Supongamos que me cuenta todo lo que sabe.

El capitán carraspeó.

—Mantenemos a estos asesinos a sueldo bajo vigilancia, sabe, dentro de lo posible. Pero tenemos que tener mucho cuidado porque no queremos que lo adviertan y, dadas las condiciones reinantes hoy en día, tenemos recursos limitados y es mucho lo que desearíamos hacer sin tener cómo.

—Doy por sobreentendido todo eso —dije—. ¿Qué sabe usted?

—Solo unos pocos fragmentos de diálogo.

—¿Obtenidos cómo?

—No viene al caso. No podemos presentarlos a la corte, pero son auténticos.

Me encogí de hombros y dije:

—Prosiga.

—Llegó uno de estos personajes diciendo, o mejor dicho, entonando “Un día pasará que encuentren a una víctima... y tengo la listita. Y tengo la listita”. El segundo hombre preguntó: “¿Ah, sí?” y el primero le contestó: “Y la pieza favorita. Y la pieza favorita”. Desgraciadamente no hay nada más. Sólo eso.

—Y ellos se pusieron fuera del alcance del micrófono oculto, ¿no? ¿O lo encontraron?

El capitán hizo un ruido ronco desde el fondo de la garganta.

—Veo que el primero estaba cantando un trozo de opereta de Gilbert y Sullivan.

—Me dicen que es de El Mikado. No estoy muy familiarizado con ese tipo de música.

—Los asesinos parecen tener cierta cultura de clase media.

—No son el tipo del asesino común —dijo el capitán—. Pero son igualmente eficientes.

—¿Les ha sido de alguna utilidad ese fragmento de diálogo?

—¡Hasta cierto punto! Descubrimos su modus operandi. Por lo menos hay dos asesinatos que creemos poder relacionar con ellos, cada uno registrado durante una función teatral del género en el que se oyen esporádicos aplausos y en los que estos aplausos se producen, indefectiblemente en determinados puntos.

—Prosiga.

—Nadie repara en un desconocido durante los aplausos. Todos están concentrados en el escenario, donde los ejecutantes o los actores sonrían haciendo reverencias y muecas. Si entra alguien y ocupa un asiento durante una de estos estallidos de aplausos y se retira cuando se produce el siguiente, nadie, absolutamente nadie, lo ve. Nadie es capaz de describirlo.

—¿Y la gente a quienes les pisa los pies al pasar?

—La platea vacía está en punta de fila. La víctima ocupa la segunda del pasillo. El asesino se sienta junto a la víctima. Durante los aplausos siguientes, el asesino se ubica un pequeño disparador de flechas contra las costillas, lo dispara y se retira. La víctima apenas lo siente, estoy seguro, pero la flecha está envenenada y en tres minutos se produce la muerte. Se inclina hacia adelante y nadie sabe que se ha muerto hasta que termina la función y el hombre no se levanta. Sabemos que alguien estuvo sentado junto a él en algún momento de la función, pero no tenemos testigos que sean de la menor utilidad.

—Muy inteligente, pero sin duda ustedes pueden establecer quién lo planeó. ¿Quién compró la entrada de la víctima y entregó una adyacente al asesino?

—La víctima la adquiere personalmente, dos plateas sobre el pasillo, solo que su mujer no va. Sufre un dolor de cabeza terrible. El hombre entrega la segunda entrada al taquillero y dice que espera a otra persona más tarde. La mujer no llega, pero el asesino, sí.

—Me suena como si la mujer hubiese contratado al asesino.

—Tenemos que probarlo —dijo el capitán—. Supongamos que esperamos que llegue alguien en mitad de la representación y ocupe la platea del extremo de la fila. Si tenemos una mujer policía disfrazada de vieja inválida en una silla de ruedas, podemos entonces moverla por el pasillo hasta la platea del extremo de la fila que está dos filas detrás de la del hombre. El hombre estará mirando al frente porque no quiere volver la cabeza en ninguna dirección para que alguien lo vea mejor, de modo que no verá a nuestra mujer policía. Las sillas de ruedas colocadas en el pasillo no dejan de ser frecuentes hoy, cuando se aboga por derechos iguales para los discapacitados.

»Entonces, en el instante anterior al comienzo del aplauso esperado, la mujer moverá su silla de ruedas hacia adelante hasta colocarla junto a la platea del asesino. Si el hombre es el asesino, extraerá su disparador de flechas, pero ella le pondrá un arma de verdad contra las costillas y otros dos policías lo cercarán. Lo tendremos a nuestra merced y le arrancaremos toda la información que podamos sobre el resto de la gente implicada en la organización. Para eso existe la negociación por proporcionar datos a la policía.

—Me suena muy bien. Vayan y hagan todo esto.

—No puedo —se quejó el capitán—. No sé quién es la posible víctima y por lo tanto no puedo localizarla. No sé cuál es la función donde tendrá lugar ni en qué momento entrará el asesino o se retirará.

—Puesto que usted me describió esos fragmentos de diálogo oídos y al parecer cree que son auténticos, yo diría que la función que buscamos es El Mikado.

—Hasta a mí se me ocurrió, pero no es. Bien, déjeme explicarle lo que hemos

hecho.

El capitán se echó hacia atrás en su asiento y me miró de mal talante.

—Para empezar, tenemos motivos para creer que el asesinato tendría lugar en este mes y en algún punto de esta ciudad. No tenemos el ciento por ciento de certeza, pero sí el noventa y cinco... y no se anuncia la representación de El Mikado durante esta primavera en la ciudad ni en ninguna próxima.

»Pensamos entonces que podría tratarse de otra producción de Gilbert y Sullivan. Escribieron una docena de operetas, en las cuales, dicho sea de paso, me he vuelto un experto. Resulta que hay tres producciones este mes a cargo de tres grupos diferentes de aficionados: Iolanthe, Princess Ida y H.M.S. Pinafore.

—De modo que redujo las posibilidades a tres —observé.

—Sí. Pero, ¿cuál de las tres?

—Hay que estudiarlas todas.

El capitán apretó los dientes.

—Hay seis funciones de Iolanthe, cinco de Princess Ida y ocho de H.M.S. Pinafore. Diecinueve en total. ¿Cree usted que yo puedo dedicar una misma cantidad de mis hombres a despilfarrar todo ese tiempo?

—Impedirá un asesinato.

—¿Y cuántos otros crímenes ocurrirán o quedarán impunes, por haber permitido que todos mis hombres estuviesen concentrados en esto? Existe ese factor que se llama efectividad y costo en la policía. De algún modo debo reducir el número de posibilidades. Por eso lo necesito.

—¿Usted me necesita a mí? ¿Qué puedo hacer?

—Decirme la pieza favorita.

—¿Qué?

—El hombre dijo, el hombre que canturreó “y tengo la listita” que era la pieza favorita. Supongo que se refiere a la pieza que puede provocar los aplausos más ruidosos y prolongados, lo cual tiene sentido, salvo que ¿cómo podemos decidir cuáles es?

—¿Cómo puedo decírselo yo? —pregunté a mi vez—. No soy un fanático de Gilbert y Sullivan.

—Yo, tampoco. Pero hay un miembro del Departamento que tiene un amigo que sí es un fanático. Hablé con él.

—Muy bien.

—No sirvió para nada. En Iolanthe dice que hay un trío, “Corazón tímido nunca conquistó a una bella mujer” que a menudo hace detenerse la función. Pero también está el “Solo del Centinela”, y la “Pesadilla del Canciller”, y todo el final del primer acto. Dice que cada uno de estos números tiene sus adeptos. En el caso de Princess Ida están el trío, “Altiya, humilde, coqueta o libre” o bien “Una bella dama de alto

linaje”, sobre una princesa y un mono; y también la canción de Gama donde dice que es un filántropo. Dice que cualquiera de ellas podrían ser... y en H.M.S. Pinafore, enumeró una docena de temas, se lo juro. “Me llaman Rariunculita”, “Cuando era un Joven”, “Soy capitán del Pinafore”, “No importa el porqué ni el cómo” y otras. Terminó diciendo que no había manera de elegir una pieza favorita porque cada uno tiene su tema predilecto y todos ellos son espléndidos.

—La cosa se presenta mal —comenté.

—Pero estuve pensando. La persona a quien oyeron cantar no dijo “Mi pieza favorita” sino “La pieza favorita” como si no se tratase de una preferencia personal sino general. Reflexioné sobre ese punto y decidí que no es una cuestión de pensar en términos exclusivos de Gilbert y Sullivan. Hay algún truco en esto y lo mejor que podía hacer era consultar a Griswold. Dígame que se le ocurre algo, por favor.

Nunca le había visto una expresión tan suplicante en todos nuestros años de amistad.

—Entiendo que quiere que elija una pieza de una función teatral que será la que verá el asesino, todo basándome en ese pedacito de diálogo que oyeron ustedes.

—Sí. Se lo dije. Era correr un albur, elegir una probabilidad muy remota, pero no pude resistirme a sus ruegos y se dio el caso de que tuve razón.

Griswold terminó su bebida, con mirada astuta nos dijo a través de su bigote blanco:

—Como ven; puede que no tenga oído, pero soy capaz de comprender una pista musical.

Indignado, exclamé:

—No hay tal pista. Yo soy un experto en Gilbert y Sullivan, y puedo afirmar que no hay forma de decidir cuál es la pieza favorita en ninguna de las operetas.

—No la hay para ti —dijo Griswold con sarcasmo—, porque tú pensaste que “Tengo una listita” era una cita de El Mikado. ¿No podría haber sido más bien un juego de palabras? Supongamos que escribimos la palabra correspondiente a “lista” en inglés, o sea list, como LISZT. La palabra se pronuncia del mismo modo, pero ahora estamos refiriéndonos a Franz Liszt, el compositor húngaro que escribió una serie de piezas entre las cuales la favorita de todos es la “Rapsodia Húngara N° 2”. Aquí no se habla de gustos personales. Es la favorita. En la Filarmónica, el programa de una noche determinada incluyó la “Rapsodia Húngara” de Liszt. Fue objeto de aplausos estruendosos, como siempre. Protegida por estos aplausos, la policía prendió al asesino, luego desbarató la banda de asesinos a sueldo, salvó al marido y consiguió que la mujer fuera a dar con sus huesos a la cárcel.

## Medio fantasma (1983)

---

“A Ghost of a Chance (Half a Ghost)”

La mayoría de los debates durante las veladas de los martes en el club surgen de nuestra indignación moral. Al parecer aquella noche era Baranov el que estaba de turno.

—Hay unos ocho diputados —dijo— a los que están investigando por sospechas de que consumen cocaína que les es suministrada por una banda de empleados jóvenes del Congreso. Mira, me parece repugnante.

También a mí me parece repugnante, pero me sentía irritado y por ese motivo, dije:

—¿Por qué? ¿Cuántos diputados más viven borrachos la mitad del tiempo? ¿Cuántos más están embotados mentalmente por el humo de su tabaco? ¿Por qué hacer tanta diferencia entre diferentes adicciones?

—Ciertas adicciones —señaló Baranov— son ilegales, lo cual marca una diferencia, o por lo menos, debería marcarla en el caso de un diputado.

—¿Cuántos de ellos escamotean cifras al máximo cuando tienen que pagar sus réditos? También eso es ilegal.

Jennings me señaló con un dedo.

—Ya está hablando Don Liberal. Si no prohíben el tabaco por el hecho de que él no fume, bien podrían permitir el consumo de cocaína.

Con tono glacial, respondí:

—Da la casualidad de que tampoco soy cocainómano. Solo trato de decirles que la hipocresía no es una respuesta. O solucionamos los problemas sociales que dan lugar a la drogadicción, y en ella incluyo el tabaco y el alcohol, o será lo mismo que tratar eternamente de vaciar el océano con un colador.

El suave roncar de Griswold, pareció entrecortarse. Separó las piernas, que tenía cruzadas, parpadeó al mirarnos, pues era obvio que nos había oído a pesar de dormir como solía hacer siempre. Arte de magia, quizá...

—Los responsables del cumplimiento de la ley deben hacerla cumplir, sea útil o no —dijo—. Otros deben solucionar los problemas sociales.

—Y seguramente tú hiciste tu parte —dijo Jennings con sorna.

—Una que otra vez —respondió Griswold—. Cuando me pedían ayuda. Recuerdo que una vez intervine en el hecho una historia de fantasmas, en cierto modo, diré. O por lo menos, medio fantasma.

Mientras bebía pequeños sorbos de whisky con soda, adoptó una posición más confortable en su sillón. Nos dimos cuenta de que estaba por hacerse el dormido otra vez, pero un zapato de Jennings le golpeó suavemente un tobillo.

—No... —dijo Griswold con tono de ingenua sorpresa—. ¿Querían oír la

historia?

No es muy frecuente que soliciten mi ayuda en casos policiales comunes [dijo Griswold], ni que los métodos habituales de encararlos sean los que prescribió el inventor Edison para ser un genio: noventa y nueve por ciento de traspiración y uno por ciento de inspiración.

Si por ejemplo, existe la sospecha de que en algún punto está operando una banda de narcotraficantes que está tan fuera de todo control que no es posible pretender que no existe el momento en que comienza allegar a la escuela pública, por ejemplo, a las mismas seccionales policiales o al Congreso, como sospechamos en este momento las fuerzas legales se ponen en movimiento.

Gran cantidad de gente debe realizar una paciente y silenciosa labor cumpliendo tareas de seguimiento, investigación, selección de datos recogidos y demás... Trabajan sin horarios, privándose de su derecho al descanso y arriesgando el pellejo.

Lleva mucho tiempo y, de vez en cuando, se confisca una cantidad importante de heroína, cocaína u otra droga. Se arresta y aun se condena a unas cuantas personas implicadas en la operación y los diarios salen ganando con la divulgación de la noticia.

Las drogas confiscadas, cuando se las destruye eficazmente, nunca llegan a tocar la fisiología humana. Se saca de la circulación a los narcotraficantes por lo menos durante un tiempo. Aun así, siguen llegando drogas al mercado y siempre hay narcotraficantes que aparecen por alguna parte. Como ha dicho nuestro amigo, se parece bastante a tratar de vaciar el océano con un colador.

Y a veces —la mayor parte del tiempo— el resultado de los esfuerzos es menos que espectacular. Se confisca la droga en cantidades insignificantes, cuando se la confisca, y el majestuoso brazo de la ley debe apoyarse en los hombros de los miembros menores de la fuerza policial o bien en los de los impotentes y desgraciados drogadictos, que son más víctimas que pecadores en realidad.

Sin embargo, como dije ya, mis amigos del departamento de policía tienen que continuar luchando, haciendo lo que pueden. Es su misión, y si vamos a asignar responsabilidades por las dificultades del mundo, sería justo mostrarse indulgentes con ellos, por lo menos en la mayoría de los casos y la mayor parte del tiempo.

Pienso que a cualquier funcionario policial que dirige una investigación sobre drogas puede sucederle que un procedimiento al parecer de rutina se convierta de pronto en forma inesperada en un golpe importante. Aparece un elemento de juicio que puede, quizá, abrir el camino hacia los cuadros superiores del tráfico de drogas. Aparte de consideraciones de orden material —verse de pronto objeto de atención de los medios, ascensos, aumentos de salario— el funcionario en cuestión puede experimentar la satisfacción de asestar un golpe en favor de las fuerzas de la decencia y la vida civilizada.

En general, es el noventa y nueve por ciento de traspiración lo que lleva a la policía a esa etapa y es entonces cuando se pretende actuar con celeridad sin darle al enemigo la posibilidad de ocultarse ni de rodearse por una barrera protectora. Pueden requerir a veces ese uno por ciento de inspiración, y... si son inteligentes, es en ese momento cuando la policía acude a mí.

Fue precisamente eso lo que el teniente de policía hizo esa ocasión, hace unos veinte años. Era un viejo amigo mío y no tenía yo inconveniente alguno en ayudarlo si estaba en mis manos hacerlo.

—Griswold —dijo, levantando el pulgar y el índice arqueados para dejar un espacio de unos dos centímetros—, estoy a esta distancia de descubrir la pista de algo que puede llevarme a la arteria principal de la corriente de ingreso de drogas a esta ciudad.

—Excelente —comenté.

—Pero puedo no lograr cerrar este pequeño espacio. Me falta medio fantasma.

—¿Qué? —Por un instante creí que el teniente intentaba hacerme objeto de alguna broma, a pesar de que era notoriamente pobre en materia de humorismo.

—Tenemos una línea de investigación que nos ofrece casi la certeza de que podamos identificar a alguien que será el medio de información perfecto para llegar a la cumbre.

—¡Préndalo! —dije, pues me provocan impaciencia los rodeos en momentos en que es esencial una acción directa.

—No podemos —me dijo—. Sabemos sólo su apodo. Le llaman Medio Fantasma.

—No habla en serio.

—Según parece, se lo confirió él mismo y es el único dato que tenemos. En cuanto a nuestras probabilidades de identificarlo, yo diría que es más bien un fantasma entero.

—¿No tienen idea de dónde puede estar?

—Sí, la tenemos. Ciertas pruebas indirectas nos llevan a sospechar que es miembro de los Cintos Negros, una pandilla callejera.

—¿No hay probabilidad de que uno de ellos declare en favor de la policía, si se le ofrece el debido incentivo?

El teniente puso los ojos en blanco, como pidiendo al cielo que le diese paciencia para soportar mi tontería.

—¿Que hable uno de esos delincuentes juveniles? La regla principal en ese código de honor pervertido que tienen es no hablar. Además, para cuando lográsemos “ablandar” a uno de ellos, Medio Fantasma sabría que estamos detrás de él y desaparecería.

—Detenga a toda la pandilla.



—No podríamos mantenerlos detenidos. No estamos en un estado policial, por desgracia, creo. Y esto también alertaría al resto. ¿No hay alguna manera de que usted pueda decirnos quién es Medio Fantasma, con alguna probabilidad de que podamos sorprenderlo y conseguir que nos dé la información que necesitamos?

—¿Tiene usted algo de lo cual pueda yo partir? ¿Cualquier cosa? Ni siquiera yo puedo darle algo a cambio de nada.

—Sospechamos que Medio Fantasma tiene algo que ver con su nombre de pila. No me pregunte qué. Algún chiste privado, exclusivamente de él, sospecho. La dificultad es que tenemos los nombres de pila de los diez miembros de la pandilla, los que tienen edad y fuerza suficiente para ser Medio Fantasma, pero ni uno solo de ellos significa nada para nosotros que tenga relación con un fantasma.

—¿Cuáles son esos nombres?

—Aquí están, por orden alfabético.

Miré la lista: Alex, Barney, Dwayne, Gregory, Jimmy, Joshua, Lester, Norton, Roy, Simon.

Incrédulo, dije:

—¡No me diga que uno de ellos se llama Dwayne!

—Lo llaman en general Buggy. Cada uno de ellos tiene su apodo, pero a uno lo llaman además Medio Fantasma. ¿Cuál de ellos?

—Escuche —dije—. Si el apodo de uno de ellos fuese Rock, estaría bastante seguro de que proviene del nombre Simon. En arameico Simon quiere decir “roca”, según la Biblia. Por eso al apóstol Simon se le dio el nombre de Petrus en latín, o Peter en inglés. La mayoría de la gente lo sabe. Pueden saberlo incluso esos delincuentes juveniles. Si el apodo fuese King o rey, yo apostaría por Roy, correspondiente a rey en francés. Si fuese Jericho, apostaría por Joshua.

—¿Por qué me dice todo esto? El apodo es Medio Fantasma.

—¿Está seguro? ¿No hay error?

—¿Quién puede estar ciento por ciento seguro? Digamos que lo estamos en un noventa por ciento.

—¿Está seguro de los Cintos Negros?

—Noventa por ciento, también.

—¿Está seguro de los nombres de pila?

—Ciento por ciento. Controlamos los certificados de nacimiento. Además, Griswold, tengo prisa. Lo necesito ahora. Vamos, estudie la lista.

Volví a mirarla.

—Decididamente no es nada que sea obvio.

—Si fuese obvio, ¿recurriría a usted?

—¿Sabe algo acerca de estos muchachos, aparte de sus nombres? ¿Antecedentes escolares?

—Todos fueron a la escuela... oficialmente. Cuánto tiempo asistieron, cuánto aprendieron..., supongo que saben leer más o menos. Pero están educados en la calle y no son nada tontos.

—¿No recibió alguno de ellos educación de verdad? Haber terminado estudios secundarios, por lo menos. Concurrido a la universidad, quizá. No me diga cuál. Dígame tan sólo si alguno fue universitario. Si uno de ellos es aficionado a la lectura y si se sabe que frecuenta alguna biblioteca... cualquier dato como ese.

El teniente se mostró sorprendido.

—En realidad, uno de ellos fue a la universidad. Concurrió a una de las universidades municipales antes de abandonar sus estudios. No tomé ese dato muy en serio. Hoy en día las universidades aceptan a cualquiera, ¿sabe? Sean cuáles sean sus antecedentes anteriores. ¿Quiere que revise otra vez su declaración?

—Tal vez no sea necesario. ¿Uno solo, dijo?

—Uno solo.

—¿Podría ser este? —pregunté, señalando uno de los nombres de la lista.

El teniente se quedó atónito.

—Sí. ¿Cómo diablos pudo haberlo deducido de esa lista? —preguntó por fin.

Se lo dije y añadí:

—¡Deténgalo!

El teniente así lo hizo y lo que siguió no fue quizá estricta y enteramente legal — ocurrió poco antes de hacer su aparición en la escena la Suprema Corte— pero consiguió dar su gran golpe. Hay que admitir que, en cierto sentido, esta es una historia de fantasmas.

Griswold bostezó, bebió un trago de su whisky y cerró los ojos, pero Baranov, que había copiado la lista de nombres cuando los dio Griswold, le dijo:

—Qué diablos, Griswold, en esta lista no hay nada que tenga que ver con un fantasma ni con la educación y no nos digas lo contrario.

Griswold esbozó su sonrisa desdeñosa.

—Un fantasma es un espectro, ¿no? Una aparición incorpórea. Bien, cuando Isaac Newton hizo pasar por primera vez la luz solar por un prisma, obtuvo un espectro de colores, una aparición inmaterial. Por ello lo llamó espectro, nombre que le damos todavía. Los que estudian física en la universidad o incluso en la escuela secundaria tienen que saberlo. Y si el muchacho tenía sentido del humor, cualidad de la que carecía el teniente, habría considerado el espectro como un fantasma.

El espectro está formado por una serie de colores y, como dije, esos colores están dispuestos en un orden determinado. En idioma inglés, para que los alumnos puedan recordar de memoria esos colores en su orden correcto, suele dárseles una oración, como por ejemplo, Read Out Your Good Book in Verse, es decir, “Lee tu buen libro en verso”. Las iniciales de cada palabra de esta oración representan los siete colores,

es decir, Red, rojo; Orange, anaranjado; Yellow, amarillo; Green, verde; Blue, azul; Indigo, índigo y Violet, violeta. Aunque índigo no se incluye en general. Es un azul oscuro. Podemos representar entonces estos colores por sus iniciales y el espectro o fantasma es ROYGBY si omitimos el índigo. Las letras que componen la primera mitad de la sigla son ROY.

Si Roy era el único miembro de la pandilla con cierto nivel de educación, y si ROY representa, en cierto modo, medio espectro o fantasma, ¿qué otros datos hacen falta?

## Había una vez una joven (1983)

---

“Poetic License (There Was a Young Lady)”

Jennings permitió que su diario crujiese, cosa que no condecía mucho con la sombría magnificencia de la biblioteca de nuestro club, por lo cual el gesto constituyó una prueba de su indignación.

—Murieron cinco caballos en el último atentado del IRA en Londres —dijo—. Sabían que morirían esos caballos ¿Por qué tienen que pagar los caballos por las locuras de los hombres?

—Siempre pagaron —dijo Baranov tranquilamente—, desde que existe la caballería. ¿Sabes cuántos caballos murieron durante la carga de la Brigada Ligera?

Entonces tuve que intervenir:

—Mientras la humanidad se divide en grupos separados por triviales diferencias de cultura y considere que vale la pena morir por ellas...

Baranov me interrumpió, como suele hacer cada vez que trato de decir las cosas como son.

—Ha sucedido durante los cinco mil años de nuestra historia escrita. ¿Cómo lo impides?

Jennings hizo crujir el diario otra vez y murmuró:

—Israel en el Líbano, Irán en Iraq, rebeldes en el Salvador y en Honduras, terroristas en todas partes...

—Bastaría con tomar un concepto más decente de la que debe ser la humanidad, unir esfuerzos contra la ignorancia y la miseria —continué—, los verdaderos enemigos de...

—¿Y entre tanto?

Griswold que había estado tratando de cruzar las piernas, con cierta torpeza porque, parece, dormía profundamente, murmuró algo entre dientes y dijo:

—Entre tanto, se hace lo que se puede, actuando en cada caso según se presenta.

—Como lo has hecho tú, seguramente —dije, poniendo en mis palabras todo el sarcasmo que pude.

—A mi modesto entender, sí... de vez en cuando —dijo Griswold y, abriendo los ojos, me miró, con cara de pocos amigos.

El punto neurálgico que provoca más malestar al gobierno de los Estados Unidos es sin duda Irlanda del Norte [dijo Griswold]. Gran Bretaña es nuestro aliado más importante y, sin embargo, tenemos gran cantidad de ciudadanos de origen irlandés políticamente activos y con gran capacidad de expresar su punto de vista dentro de nuestras fronteras. Al gobierno le resulta casi imposible adoptar alguna medida de acercamiento a cualquiera de las partes sin ofender profundamente a la otra. Ni siquiera los deseos piadosos dejan de ofrecer peligros.

En consecuencia, si bien es sabido que el Ejército Republicano Irlandés, el IRA, obtiene buena parte de sus recursos y armas de los Estados Unidos, no hay nada que pueda hacer abiertamente nuestro gobierno. Sin duda Gran Bretaña lo sabe y extraoficialmente, expresa amargura frente al hecho. Por su parte, nuestro gobierno debe hacer todo lo que puede por disminuir esa ayuda, pero no puede hacerlo en forma abierta. Abierta, nunca.

El jefe del Departamento no tuvo necesidad de explicarme nada de esto cuando vino a visitarme una noche a mi casa después de la cena. Comprendí la situación.

—Hay una nueva ruta para el envío de armas —dijo— desde aquí hacia Irlanda y tenemos que acabar con ella. No podemos condonar el terrorismo por ninguna causa.

—¿Hay colaboración del gobierno de Irlanda?

—Abiertamente, no —respondió mi amigo.

Hice un gesto de asentimiento. Era fácil de comprender. Irlanda no quería que sus dificultades se desbordaran más allá de las fronteras entre el norte y el sur. Debía hacer lo posible para desarmar a los más exaltados miembros del IRA. Pero al mismo tiempo no podía hacerlo sin dar la impresión de estar aliándose a sus antiguos amos británicos para combatir a quienes luchaban por liberar la isla entera.

—Entiendo —dije— que no han logrado cerrar esta ruta y que solicitan mi ayuda.

Algo incómodo, el jefe dijo:

—Vine a mostrarle esto.

Me entregó entonces un papel en el que había cinco renglones reproducidos por una Xerox que decían:

Había una joven llamada

Alicia que decía:

Sin querer ser dura

diré que no aguanto a los palurdos de barrio, ni aun de Los Angeles, Houston ni Dallas.

Algunas de las letras eran ornamentales y estaban rodeadas por unos garabatos borrosos.

—No está mal —comenté—. Y supongo que el autor provenía del nordeste, o del centro del país.

—De Boston.

—Y expresaba su profundo desprecio por las grandes ciudades de la “Costa Dorada”. Para él (o para ella), por muy dorada que sea, sus pobladores siguen siendo unos palurdos...

El jefe se encogió de hombros.

—Eso no tiene importancia, Griswold —dijo—. Lo importante es que esto fue escrito por uno de nuestros agentes, un joven que se infiltró en la red de contrabando de armas del IRA. Tenemos buenos motivos para creer que había descubierto los

detalles de la ruta seguida por el tráfico.

—¿Hay algún motivo para no preguntárselo?

—Bastante bueno. Está muerto.

—En efecto, es un buen motivo, ¿Dónde encontraron esto?

—En su cuarto de hotel. Lo escribió la última noche de su vida. Tenemos la certeza de ello, así como una serie de elementos de evidencia circunstanciales que nos indican que debió de haberlo escrito durante una conferencia con la gente responsable de la ruta. Tres horas más tarde, mataron a nuestro agente en el cuarto que ocupaba en un sórdido hotel.

—Lo mató quizás algún intruso que no tiene nada que ver con el caso.

—Creemos que no, porque tampoco creemos en las coincidencias. El cuarto estaba en desorden y posiblemente obtuvieron buenos resultados porque, en el curso de nuestro propio allanamiento, no encontramos ningún indicio útil, excepto, tal vez, ese versito que acabo de mostrarle. El papel estaba doblado varias veces y metido debajo de la vieja bañera, uno de esos modelos con patas. Es posible que lo haya arrojado allí al advertir que sus amigos habían descubierto su identidad y golpeaban la puerta,

—¿Y con esto creyó que podría ayudarlos a ustedes? ¿Cómo?

—Era muy aficionado a hacer garabatos. Lo sabemos. Siempre se ponía a garabatear mientras observaba o escuchaba algo. Ni siquiera tenía conciencia de su hábito. Suponemos que, cuando hablaban de la ruta, se puede haber mencionado, digamos, “Alice de Dallas”. Lo puede haber tentado la rima de ciertas palabras y escribió el versito.

Reflexioné algunos instantes.

—¿Alice de Dallas? ¿Para qué nos sirve? Dallas es, como reza el verso, una ciudad grande. Las Alicias que puede haber serán miles. Es un nombre bien común.

—Tiene razón —concedió el jefe—, pero no trabajamos completamente a ciegas, ¿sabe? Tenemos pistas independientes y también áreas sospechosas. Pudimos restringir muchísimo la zona de investigación cuando buscamos a Alice de Dallas. A pesar de lo cual... no encontramos nada. No apareció ninguna Alice en ningún lugar ni en ninguna situación que nos permitiera advertir de inmediato que estábamos con el ojo puesto sobre la ruta buscada ni mucho menos.

—¿Están seguros?

—Sí —dijo con firmeza.

—¿Está así completa la historia?

—No. Nuestro agente mencionó tres ciudades. Teníamos que considerar las otras dos.

—¿Los Angeles y Houston? Son más grandes aun que Dallas. Y ya que hablamos de todo esto ¿qué hay de Alice de Dallas, la estrella de esta brillante pieza poética?

—Puede que no se haya tratado de un indicio directo. Podría haberse aludido a Alice de Houston, digamos, y que el hombre haya pensado, al pasar: “Qué lástima, de haber dicho Alice de Dallas, habría rimado”, con eso comenzó su versito.

—Habrán investigado bien Los Angeles y Houston, ¿no?

—Desde luego. Sucede que ninguna de esas dos ciudades es centro de apoyo al IRA, lo cual simplifica un poco el problema. De haberse tratado de Boston y Nueva York, habría sido mucho más complejo.

—¿Encontraron algo en Los Angeles o en Houston?

—Nada.

—Puede ser que el verso no quiera decir nada, entonces.

—No podemos creerlo. Nuestro agente lo arrojó debajo de la bañera. Sin duda consideró que aunque hubiese escrito aquello sin pensar en otra cosa que garabatear algo al azar, tenía algún interés para nosotros. ¿Por qué no podemos descubrirlo?

—¿Hay algo en el dorso del papel? —pregunté.

—Nada.

—¿Señales de...?

—No hay tinta invisible, si es lo que quería decir. ¿Cómo diablos iba a escribir con tinta invisible sentado en una conferencia? Bien puede ser que, en esa ocasión sus garabatos hayan despertado sospechas contra él.

—¿Y los ornamentos alrededor de las letras y otras marcas en el papel? ¿Pueden significar algo?

—No encontramos nada. Mírelo otra vez, ¿quiere? —El jefe me acercó el papel.

—No —debí admitir. Seguidamente, dije—: Le diré que es muy posible que el garabato no quiera decir nada. Lo hizo por hacerlo en cualquier momento, lo encontré en el bolsillo al llegar al cuarto, lo dobló, lo arrojó al canasto de los papeles y no lo embocó. Rodó luego al cuarto de baño y no tiene significado alguno. ¿No es esto una posibilidad?

El jefe se mostró irritado.

—Claro que es posible, pero no podemos arriesgarnos. Cuando llegue una avalancha de armamento nuevo al IRA desde los Estados Unidos, Gran Bretaña empezará a meter presión, intensa, aunque silenciosa, sobre nuestro gobierno. Y nuestro gobierno, a su vez, ejercerá la misma presión, dura y no tan silenciosa sobre nosotros. No quiero sufrir golpes como cabeza de este Departamento y decididamente no quiero perder mi empleo por culpa de este asunto.

—¿Qué piensa hacer, entonces?

—Lo único que puedo hacer, por ahora, es investigar bien esas tres ciudades otra vez. En realidad, no hemos dejado de hacerlo ni de pasar las pruebas por un cedazo, pero necesito una pista. Tiene que haber alguna información en este papel que no alcanzamos a ver. Hay algo relativo a los palurdos de barrio, aunque sean de la gran

ciudad, que tiene significado, pero no sé cuál puede ser. ¿Y usted?

Volví a estudiar el papel.

—¿Pretende que yo advierta de un vistazo lo que todo el Departamento no logró ver?

—¿Podrá?

—¿Serviría mencionar una cuarta ciudad? —pregunté.

—¿Qué quiere decir? —El jefe me miró con hostilidad y, arrebatándome el papel, procedió a mirarlo atentamente—. ¿Qué algunas de las letras de las palabras, si las combinamos, dan el nombre de una ciudad?

—Por lo que pude ver, no —respondí—. Es mucho más obvio.

—No comprendo en lo más mínimo.

Se lo expliqué. El jefe me miró, resopló y dijo:

—¡Absurdo!

—Como quiera —dije a mi vez—. Es todo lo que puedo sugerir.

Se retiró furioso y nunca me comunicó lo que había sucedido después. Desde luego, tampoco yo iba a darle el placer de preguntárselo. Pero por otra parte, tengo mis amigos en el Departamento y sé positivamente que en ese momento no pasó ningún cargamento de armas hacia Irlanda. Sospecho, pues, que la cuarta ciudad era en verdad la buscada, que alguien llamado “Alice” o tal vez cuyo nombre de código fuera “Alice” estaba destacado allí. Según supuse, había llegado al nudo del problema y desbaratado esa ruta. Hecho que no me sorprendió, por supuesto.

Griswold terminó de beber con una expresión insufrible de complacencia.

—¿Por qué los veo desconcertados? —preguntó.

—Desconcertados, no —dijo Baranov—. Divertidos, sí. Esta vez has dado realmente un salto al vacío.

—No hay ninguna cuarta ciudad en ese verso —dijo Jennings.

—Como sabes muy bien, Griswold —le dije.

—Nunca dije que se la mencionase. Solo pregunté al jefe si podría ser una cuarta ciudad.

—¿Qué cuarta ciudad? —pregunté. Griswold respondió:

—Lo que me mostraron no era un simple versito ni un disparate. Era un pequeño poema de determinada estructura, lo que llaman una quintilla limerick en inglés.

—Sí, los conozco —dijo Jennings—. Los conocemos todos.

—Limerick no es solamente el nombre de una forma poética. Es el nombre de una ciudad en Irlanda, un puerto importante del sudoeste, en la desembocadura del río Shannon. El nombre del poema deriva del nombre de esa ciudad, si bien los detalles son un tanto oscuros. Si el agente oyó hablar de alguien, Alice, que desempeñaba un papel importante en el tramo de la ruta que llegaba a la ciudad de Limerick, bien es posible que se le haya ocurrido escribir un versito de los llamados limerick acerca de



Alice. Al parecer, es realmente eso lo que sucedió.

**RELATOS DE MISTERIO:  
“LARRY MYSTERIES”**

## Introducción

---

¿Quién no ha soñado en resolver un crimen que haya llegado a desconcertar a la policía? En esta colección de historias de misterio muy bien elaboradas por el famoso escritor Isaac Asimov, el personaje principal es un muchacho cuyas tenaces observaciones, sus maravillosas dotes de percepción y su interés por el estudio del significado de las palabras le ayudan a resolver casos que han desafiado a su padre, un detective profesional.

Varias de estas historias aparecieron por primera vez en la revista *Boy's Life*, una revista de los Boy Scouts, y luego publicadas en el libro *La palabra clave y otros misterios* (The Key Word and Other Mysteries)

## Alberto Saura (1975)

---

“Sarah Tops (Try Sarah Tops)”

Al salir del Museo de Historia Natural, mientras cruzaba la calle para dirigirme hacia la boca del metro, vi un gran gentío en un extremo del edificio. También había coches de la policía y pude oír la sirena de una ambulancia que se acercaba.

Estuve dudando durante un minuto, pero luego seguí mi camino. La multitud de curiosos siempre estorba a los policías en su trabajo de salvar vidas. Mi padre, que es detective de la policía, siempre se queja de lo mismo, y ahora no iba a ser yo quien les dificultara la tarea.

Así que me puse a pensar en el examen sobre la polución del aire que tenía que sufrir para pasar a la clase superior. Mentalmente ordené las notas que sobre ese tema había tomado en el Museo.

Naturalmente, sabía que podría enterarme de lo que había ocurrido al leer los periódicos de la tarde. Además, se lo preguntaría a mi padre después de cenar. Algunas veces, mi padre nos hablaba de sus casos, siempre sin dar demasiados detalles. Mamá y yo ya sabíamos que estaba prohibido hablar con nadie de lo que él nos contaba.

Cuando aquella noche le pregunté sobre el suceso de la mañana, mamá me miró preocupada y dijo:

—Tu padre ha estado en el Museo casi todo el día. Yo dije:

—Yo también estaba allí, a primera hora de la mañana, preparando mi examen.

Mamá estaba preocupada:

—Debe de haber habido algún tiroteo en el Museo o sus alrededores.

Para tranquilizarla, papá explicó:

—No exactamente. Un hombre intentó esconderse en el Museo, pero no lo consiguió.

—Yo sí lo hubiera conseguido —dije—. Conozco todos los rincones del Museo.

Papá, a quien no le gustaba verme alardear, frunció el ceño:

—Los hombres que le perseguían no le dejaron ni entrar, lo cogieron fuera del Museo, lo acuchillaron y huyeron. Pero estoy seguro de que les atraparemos. Ya sabemos quienes son.

Hizo un movimiento con la cabeza y prosiguió:

—Son los que quedaron de la banda que atracó aquella joyería hace dos semanas. Conseguimos recuperar las joyas, nos falta un diamante, uno muy grande, valorado en más de dos millones de pesetas.

—Tal vez fuera el diamante lo que buscaban los asesinos —dije.

—Exactamente. El hombre muerto intentaba seguramente separarse de los otros dos y largarse con el diamante para él solo. Después de matarle le registraron todos

los bolsillos y casi le arrancaron la ropa.

—¿Consiguieron el diamante, papá? —pregunté.

—¿Cómo quieres que lo sepa? La mujer que nos informó del asesinato encontró al hombre cuando ya casi no podía ni hablar. La mujer explicó que la víctima le había dicho cuatro palabras, muy despacio: «Vea a... Alberto... Saura...» Luego murió.

—¿Quién es Alberto Saura? —preguntó mamá. Papá se encogió de hombros.

—No lo sé. Ni tan sólo sé si esto fue en realidad lo que dijo el moribundo. La mujer estaba casi histérica. Si ella no se equivoca y eso fue lo que dijo la víctima, tal vez los asesinos no consiguieron el diamante. Tal vez el muerto lo haya confiado a ese Alberto, quien quiera que sea. Puede que se diera cuenta de que iba a morir y quisiera devolverlo para tranquilizar su conciencia.

—¿Hay algún Alberto Saura en la guía telefónica? —pregunté yo.

Papá dijo:

—¿Crees que no lo hemos comprobado? Sí, hay dos, pero ambos están libres de sospecha: uno es un enfermo crónico y otro vive en Australia desde hace diez años. Y en nuestros archivos y en los de la Oficina Central, tampoco tenemos nada.

Luego, mamá reflexionó:

—Tal vez no se trate de una persona, puede que sea una marca. *Galletas Alberto Saura*, o algo parecido.

—Podría ser —dijo papá— pero no existe ninguna firma con ese nombre. Sin embargo, existen en otras ciudades personas que llevan ese nombre. Vamos a investigar a todos los Albertos Sauras del país aunque no figuren en la guía telefónica. Van a ser días de lenta rutina.

De pronto, tuve una idea y me desbordé:

—Escucha papá, tal vez tampoco sea una marca, puede que sólo sea una cosa. Tal vez aquella mujer no oyera «Vea a Alberto Saura» sino «Ve al bar Tesoro», o algo así ¿comprendes? Si el hombre muerto tenía un bar, a lo mejor escondió el diamante en algún rincón de su establecimiento o en el fondo de una botella de vino... o... como suena casi igual «Vea a Al...berto Saura» que «Ve al bar... Tesoro», ¿qué te parece? ¿O a lo mejor fue «Ve al barco Sara...» ¡A lo mejor era marinero y el diamante está en su barco Sara! Muchas embarcaciones llevan nombres de chica ¿verdad? No es nada extraño el que un barco se llame Sara. ¡Quizá lo que dijo en realidad fue «Ve al barco Sara» y no «Vea a Alberto Saura»!

Sonriendo, papá me señaló con el dedo.

—Muy bien, Lorenzo. Una gran idea. Pero ese hombre no poseía ningún bar llamado Tesoro, ni ningún barco llamado Sara, ni nada con esos nombres, al menos por lo que sabemos hasta ahora. Hemos registrado el lugar donde vivía y no hemos encontrado ningún papel con esos nombres ni nada que se le parezca. Y tampoco hemos hallado nada referente a bares o barcos.

—Bueno —me resigné, un poco desilusionado—. A fin de cuentas supongo que no debía ser una idea tan buena. ¿Por qué, si no, habría dicho «*vea a o ve al o vea al*»? O bien escondió el diamante en algún sitio o bien no lo hizo. Pero él lo sabía. ¿Por qué entonces dijo «*vea al...*» o algo parecido?

Y luego, de pronto, se me ocurrió otra idea. ¿*Y si...*?

Papá se levantaba como si quisiera poner en marcha el televisor cuando yo pregunté:

—Papá: ¿podrías entrar en el Museo a estas horas?

—¿Como policía? Claro que sí.

—Papá: —propuse casi sin aliento— creo que sería mejor ir a echar una ojeada. Ahora. Antes de que empiece a entrar de nuevo la gente.

—¿Por qué?

—Tengo una idea, tal vez sea una tontería, pero...

Papá no insistió. Le gustaba que tuviera mis propias ideas. Pensaba que tal vez algún día llegaría a ser también detective. Por eso me dijo:

—Está bien, sigamos tu iniciativa y veamos qué pasa.

Llamó al Museo, tomamos un taxi y llegamos allí justo cuando el anochecer extinguía las últimas luces diurnas. En la puerta encontramos al guarda que iba a acompañarnos.

Nunca había estado en el Museo cuando estaba todo oscuro.

Parecía un inmenso y oscuro túnel del metro y la linterna del guarda lo hacía todo más oscuro y misterioso.

Tomamos el ascensor hasta la cuarta planta donde unas inmensas sombras se recortaban en la pared contra la linterna del guarda.

—¿Quieren que les encienda las luces de esta sala? —nos preguntó el guarda.

—Sí, por favor —pedí.

Allí estaban todos, algunos en vitrinas, pero los más grandes en el centro de la gran sala. Huesos y dentaduras, columnas vertebrales de los gigantes que habían dominado la tierra hace cientos de millones de años.

—Quiero ver éste de cerca, —solicité—. ¿Puedo saltar la barandilla?

—De acuerdo —accedió el guarda y me ayudó. Me incliné sobre la plataforma observando el material gris, como de mármol, sobre el que se exhibía el esqueleto.

—¿Qué es esto? —pregunté. Tenía un color muy parecido al de la argamasa de la plataforma, pero se notaba como un bultito añadido, como un botón.

—Chicle —dijo el guarda enfadado—. No sé cómo vigilar a los críos...

—Ese hombre intentaba escapar y quiso probar suerte guardándolo aquí... para que los otros no...

Antes de que pudiera terminar mi frase, papá ya me había quitado el chicle de las manos. Empezó a deshacerlo en pequeños trocitos. Algo en su interior brilló al recibir

el contacto de la luz. Papá lo puso en un sobre.

—¿Cómo lo has sabido? —me preguntó.

—Ven, mira lo que pone aquí. Añádele «*Vea*» o «*ve al...*» y ya tienes la palabra clave.

Era un esqueleto magnífico. Tenía un cráneo como el de un lagarto inmenso, unas patas traseras grandísimas, y las delanteras como muñones, y una larga cola que junto a las vértebras del cuerpo formaba una columna de unos nueve metros de longitud. El animal debió de pesar unos tres mil kilos, como un elefante, más o menos. Vivió en la Era Secundaria, hace unos doscientos millones de años. El letrero ponía «Albertosaurio».

## La moneda de papá Noel (1975)

---

“Santa Claus Gets a Coin”

Mi padre no acostumbraba a traerse trabajo a casa, sin embargo estábamos a 22 de Diciembre, se acercaba Navidad y su trabajo lo estaba echando todo a perder. No hay nada peor que un caso sin resolver para impedir a un detective disfrutar de sus vacaciones.

Se trataba de un caso de poca importancia, no era ni un asesinato ni una bomba, nada espectacular, pero se trataba de una de esas pequeñas cosas que no puedes quitarte de la cabeza.

—¿Qué os parece? —dijo mi padre aquella noche, después de cenar—. Hemos encontrado una de las monedas robadas en una hucha de Papá Noel. Y, además, fue un niño el que la echó allí.

Sabíamos de qué hablaba. Los periódicos lo titulaban «El Misterio de la Moneda de Navidad». El Museo había notado la sustracción de monedas muy valiosas desde que empezaron las vacaciones de Navidad. Parecía que debía ser obra de algún empleado, pero en el Museo trabajaban por lo menos cien personas y no se tenía ninguna pista.

—¿Un niño? —pregunté yo.

—Sí, un chico que debe tener más o menos tu edad, Lorenzo, puesto que está en un curso inferior al tuyo —explicó papá—. El chico echó una de las monedas robadas a una de esas huchas que Papá Noel presenta a los transeúntes mientras está agitando una campanilla. Papá Noel se dio cuenta de que no se trataba de una moneda corriente y como estaba delante del Museo, pensó que podía tratarse de una de las monedas robadas. Es una persona honesta y la devolvió; además, también pudo identificar al muchacho. Lo veía con frecuencia porque el muchacho vive en la misma calle. Es una pena que sucedan esas cosas en Navidad.

Mamá le miró angustiada.

—¿Estás diciendo que ese niño era el ladrón?

—No —la tranquilizó papá—, pero tuvimos que interrogarle y sus padres estaban muy disgustados. Estoy seguro de que les estropeamos las vacaciones.

—¿Qué pasó, papá? —pregunté—. ¿De dónde había sacado la moneda, el niño?

—Se la dio un hombre dentro del Museo y le pidió que la echara a la hucha de Papá Noel. Para ello le regaló cinco duros.

—¿Puede el niño identificar al hombre que le dio la moneda?

—No —dijo mi padre, negando con la cabeza—. En realidad, ni se fijó. Ya sabes como son los críos.

Esto me molestó un poco. Dije:

—No, papá; yo no sé cómo son los niños.



Papá se aclaró la garganta.

—Era la quinta moneda robada y el museo había reforzado la vigilancia. No sabemos qué sistema utilizó el ladrón para sacar las monedas del Museo, pero cada vez le debió resultar más difícil. Esta vez debió de pensar que si salía él con la moneda podían cogerle, por eso se la entregó al niño, para que se la sacara de allí.

—¿Y, por qué debía echarla a la hucha de Papá Noel? —pregunté—. Me parece una estupidez.

Papá se encogió de hombros.

—Tal vez tuviera miedo. Ese debió ser el primer sitio que se le ocurrió. Seguramente pensó que más tarde podría recuperarla.

Durante todo el rato, incluso mientras estábamos terminando el postre, (teníamos manzanas asadas) yo no dejaba de pensar en el caso. De pronto fui a consultar una curiosidad en el diccionario, y cuando regresé, al cabo de uno o dos minutos, dije:

—Papá, ¿hay algún belén cerca del sitio en que se hallaba Papá Noel? Ya sabes, con pequeñas figuritas, el establo de Belén, el niño Jesús, la Virgen, San José, el asno y el buey.

—Ya sé qué es un belén —dijo—, así que no te esfuerces en enseñarme. La respuesta es *no*.

Tuve una gran decepción porque había llegado a pensar que podría demostrar que yo también era un gran detective. Pero luego mamá intervino:

—Hay uno en la parte sur del Museo, en la puerta de una iglesia. Lo veo cuando voy a la compra.

—¿Está muy lejos del Museo, mamá?

—A menos de una manzana de su parte sur.

—Papá Noel obtuvo la moneda en la parte norte —aclaró papá.

—Papá: ¿podría ver a ese niño? Tal vez no le importe hablar con otro niño y me gustaría preguntarle algo.

—¿Qué te gustaría preguntarle, Lorenzo? —pero yo negué con la cabeza:

—Ya sabes cómo son los niños, papá. Primero quiero estar seguro.

—Muy bien.

Supongo que estaba algo turbado por haberse burlado de los niños, y por eso cedió.

—Pero sé amable y no te pongas pesado con ese pobre muchacho —añadió, a modo de consejo.

Ya era de noche cuando llegamos a la casa, un piso muy pequeño.

El hombre que abrió la puerta pareció molestarse al ver a papá.

—¿Ocurre algo? —preguntó con voz enojada.

—No —dijo papá—, pero mi hijo quiere hablar con el suyo, si está en casa.

Estaba, en seguida lo reconocí e incluso sabía su nombre. No es que fuera

exactamente amigo mío, pero lo había visto por el patio de la escuela.

Nos fuimos hacia un rincón y le pregunté:

—¿Nacho, ese hombre te dijo que echaras la moneda en la hucha de Papá Noel?

—Sí, eso me dijo.

—¿Te dijo que la echaras exactamente en *la hucha de Papá Noel*?

—No. El no dijo exactamente *la hucha*, dijo *la cajita*, pero es lo mismo ¿verdad?

La cajita que lleva Papá Noel es una hucha. Es lo mismo.

—Tal vez te dijera también algo parecido a Papá Noel. ¿O fue exactamente *Papá Noel*?

Nacho me miró confuso. Luego se rió y me dijo:

—No, él no dijo Papá Noel. El me dijo *el viejo de la campana de Navidad*, ¿pero quiere decir lo mismo, verdad?

Me hubiera gustado poder gritar y saltar, pero me esforcé en parecer tranquilo.

—El viejo de la campana de Navidad puede ser Papá Noel, claro. Así que él te dijo que echaras la moneda en la cajita del Viejo. No en *la hucha de Papá Noel*, sino en *la cajita del Viejo de la campana de Navidad*.

—Sí, me preguntó si sabía dónde estaba y le dije que sí y me fui corriendo. Imagínate que veo al viejo Papá Noel tocando la campanilla todos los días, desde hace dos semanas.

—Muchas gracias. Nacho —le agradecí. Papá parecía algo perplejo, pero no quise decirle ni una palabra hasta encontrar el belén del que mamá había hablado. Todavía podía equivocarme.

Pero cuando estuvimos delante, ya no me quedó ninguna duda. El belén tenía muchas luces y cerca del Niño Jesús había una cajita con un cartelito que decía «*Para la campaña de Navidad de los Viejos*».

—Aquí, papá —dije señalando con el dedo la cajita—. Aquí están las monedas, si es que todavía nadie la ha abierto.

Papá habló con el sacristán de la Iglesia y éste nos abrió la caja de los pobres. Dentro había calderilla y billetes y también las cuatro monedas del Museo. Iban a abrirla el día de Navidad y yo supuse que el ladrón debía saberlo.

—Sabes, papá —expliqué más tarde—, pensé que echar la moneda en la hucha de Papá Noel sólo tenía sentido si Papá Noel era un miembro de la banda que huía con la moneda. Cuando dijiste que Papá Noel era un tipo honrado que había devuelto la moneda, empecé a pensar en qué otra cosa podía haber dicho el hombre, que pudiera ser tomado por Papá Noel. Como la figura de Papá Noel se representa siempre por un viejo de barba blanca, imaginé que podía tratarse de otro anciano y consulté un Diccionario de Costumbres Populares y vi que hay muchos símbolos de Navidad representados por viejos y que es costumbre en estas fechas instalar cajitas o huchas en los belenes para recaudar fondos para aliviar a los enfermos, pobres, viejos..., y

que esa forma de caridad se llama «Campaña» como si fuera una lucha contra la pobreza. La cajita de ese belén era un buen lugar para esconder las monedas si se sabe que no iba a abrirse hasta el día de Navidad. El ladrón debió planear abrirla la noche antes y sacar las monedas. Pienso que no quería sacar el resto del dinero. Eso hubiera sido una canallada.

Papá me dijo:

—Lo has hecho muy bien, hijo. No podemos atrapar al ladrón, pero por lo menos hemos recuperado las monedas.

—Sí que podéis atrapar al ladrón, papá. Es alguien que no leyó bien el cartel de la cajita de los viejos. El cartel ponía *viejos*, en plural, y *campaña* con eñe, pero como estaba escrito a mano la humedad había borrado la ese final y el ladrón leyó *viejo*, donde ponía *viejos* y además no vio la tilde de la ñ de campaña o ni siquiera sabía qué significaba esa palabra que él transformó en *campana*. Pero si hubiera sido un buen lector, él mismo habría suplido la ese y la tilde de la eñe casi borrada, puesto que el artículo *los* indicaba la concordancia en plural del nombre, *viejos*, que le seguía, y aquí la palabra *campana* no significaba nada. Repito, se trata de una persona con poco hábito de lectura, casi analfabeta o que es extranjera y no conoce bien nuestro idioma. Todo lo que tienes que hacer es buscar a alguien del museo que sea extranjero o que lea muy mal y tenga un vocabulario muy pobre. Esto reducirá mucho el número de personas sospechosas entre los empleados.

Así fue. Capturaron al ladrón antes del día de Navidad y el Museo entregó a Nacho diez mil pesetas de recompensa por su ayuda y otras tantas a Papá Noel por entregar la moneda. Esto alegró las Navidades de ambos.

Yo no quise aceptar ninguna recompensa, porque no hice más que realizar mi trabajo de detective, pero también tuve unas felices Navidades.

## Un caso de necesidad (1975)

---

“A Case of Need”

Lo que ocurrió con Santi Vidal fue que necesitaba esas respuestas para aprobar el examen de ciencias. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que fue él quien, a escondidas, copió el examen que el profesor tenía preparado.

Santi fue el único muchacho de mi clase que no asistió al gran Concurso Nostalgia que organizamos en el colegio como uno de los actos de Fin de Curso, porque iba bastante mal de notas y su padre estaba muy enfadado con él y le había amenazado con meterlo interno durante el verano si no sacaba mejores calificaciones. Santi pidió permiso para aprovechar el tiempo y quedarse a estudiar en el laboratorio de ciencias, situado al fondo de la clase de ciencias donde está la mesa del profesor, y por eso todo el mundo pensó que había sido él quien tocó los cuestionarios de exámenes de esa asignatura.

Pero yo no creía lo mismo. Santi no necesitaba esas respuestas para conseguir unos puntos más y en todo caso no era el único que necesitaba mejorar las notas. Alguien más podía haberlas necesitado para mantenerse al frente de la clase, para obtener la Matrícula de Honor.

Yo soy una especie de medianía. No me importa sacar notas altas, pero algunas veces me molesta no haberlas obtenido. Mi padre es detective del cuerpo de policía y algún día yo también voy a serlo. Yo creo que se precisa otro tipo de educación que la que se consigue en la escuela con otros chicos. Papá me dice que todo tipo de educación es necesaria, y algunas veces creo que tiene razón.

El Concurso Nostalgia no me interesó y no participé en él. Lo organizaban unos cuantos hombres de negocios a los que supongo les servía de publicidad y los padres y profesores del Colegio parece ser que estaban de acuerdo en que era una excelente idea. Lo comprendo, era nostalgia para ellos.

Los alumnos participantes tenían que contestar preguntas sobre arte, cine e historia correspondientes a personajes que hubieran llenado los 60 primeros años de nuestro siglo. Para nosotros esto ya es historia antigua pero los padres tenían más posibilidades de saberlo y esto les permitía parecer muy inteligentes ante sus hijos, al menos por una vez.

Estoy seguro de que yo también hubiera podido participar, pero se trataba de leer mucho y para ello hubiera tenido que sacar tiempo de mis estudios normales. Por otra parte estaba seguro de que Paula ganaría. Ha ganado todos los concursos en los que participa, de ortografía, de historia, de acontecimientos locales..., etcétera. Para ella ganar es muy importante.

Y eso es todo. Paula tuvo que estudiar mucho para el concurso y seguramente le faltó tiempo para preparar los exámenes finales de ciencias. Ganaba el concurso pero

perdía el examen y temiendo sacar una mala nota era imprescindible que viera las preguntas, o sea hacer trampa en el examen.

El viejo señor Randol, el profesor de ciencias, podía haber cambiado las preguntas cuando se dio cuenta de que alguien había revuelto sus papeles, pero es un hombre mezquino y no lo hizo. Puso el examen tal como lo había preparado y cuando Santi Vidal lo entregó, el señor Randol acusó a Santi de tramposo ante todo el mundo.

Santi se defendió diciendo que había estudiado mucho, pero nadie le creyó. El sólo había entrado en la clase vacía para ir al laboratorio mientras todo el mundo estaba viendo el Concurso Nostalgia en el auditorio. Tenía que haber sido él. Sólo yo creía en la inocencia de Santi. Era muy amigo mío y sabía que no era capaz de hacer una cosa así. Yo sospechaba de Paula Ruiz.

Era un problema. Yo no tenía ningún deseo de traer complicaciones a nadie, pero tampoco me parecía justo que se culpara a alguien que no lo merecía.

Le expuse los hechos a papá.

No me preguntó detalles. Se dio cuenta de que era mi problema y me dijo:

—Dejar un crimen sin resolver significa que un inocente puede pasar por sospechoso durante el resto de sus días. Si la única manera de demostrar su inocencia es descubrir al culpable y presentarlo a los demás, ¿por qué no hacerlo?

—Tal vez la persona culpable confesará antes que ver condenado a un inocente —opiné yo. Papá esbozó una media sonrisa:

—No cuentes con ello —me dijo. Ahora ya sabía lo que tenía que hacer. Yo había estado en el auditorio durante el desarrollo del Concurso Nostalgia, todo el colegio estaba allí. Paula llegó a la final, al último turno de preguntas, junto a otros cinco muchachos. Los alumnos finalistas estaban fuera de toda sospecha. Yo podía haber contestado la mayoría de preguntas, porque me gusta mucho el arte y la historia, pero no me gusta hacer las cosas con el tiempo limitado. Además me hubiera quedado mudo sólo con ver a todo el público pendiente de mí. Pero nada de eso pareció molestar a Paula. Al pensar en ese día del Concurso Nostalgia me puse a revisar lo que había ocurrido.

Recordé cuando ella se había levantado para contestar a la pregunta:

—¿Qué tienen en común los nombres de Charlot y Picasso?

Al momento yo sabía que esos nombres eran dos seudónimos...

Pero Paula respondió mucho antes de que yo hubiera terminado de pensar. Con esa ridícula voz que tiene dijo:

—Son los seudónimos de dos artistas: Picasso, un pintor, y Charlot, un actor y director de cine.

Naturalmente la respuesta era correcta. Luego tuvo que decir los nombres verdaderos de cada uno en el orden que le habían dado. Charlot se llamaba Charlie o Carlos Chaplin y Picasso se llamaba... pero aquí fue donde falló.

Ella dijo «Pablo Picasso» como en un susurro y cuando el profesor le preguntó:

—Entre Pablo y Picasso hay el primer apellido, ¿cuál es?

Se quedó callada, negó con la cabeza y bajó del estrado llorando. Muchos niños se rieron, pero la mayoría lo sentían por ella y estaban preocupados. Tal vez fuera yo el único que quedó perplejo. Más tarde, cuando el concurso ya estaba a punto de terminar, Paula volvió a sentarse en la última fila, con la cara roja de haber llorado.

Después, cuando se divulgó lo que había ocurrido con las preguntas del examen, me imaginé que cuando bajó del estrado había ido corriendo a mirar los papeles del profesor. Sólo de esta forma podía seguir siendo la primera en ciencias.

Y fue la primera. Entregó un examen perfecto, pero naturalmente nadie se sorprendió por ello.

No me quedaba otro remedio que ir a hablar con el director. Era algo embarazoso, pero tenía que hacerlo. Me miró con cara de mal humor y me dijo:

—¿Me estás diciendo que Santi Vidal no copió las preguntas del examen?

—No señor, no lo hizo —dije—. No es de esa clase de personas. Naturalmente no existe ninguna prueba de que lo hiciera y no se le puede castigar, pero todo el mundo sospecha de él y esto es igualmente injusto.

—Yo no puedo hacer nada contra esto —dijo el director—. No pudo haber sido nadie más, a no ser que tú pienses que el señor Randol está equivocado y que nadie tocó sus papeles. Pero esto no me parece probable, es un señor que toma muchas precauciones y además tampoco creo que nos hubiera mentido.

No me quedó otro remedio que contarle que fue Paula, estaba casi seguro, debió hacerlo en el tiempo que estuvo fuera desde que bajó del estrado hasta que volvió a entrar en el auditorio.

—Si se lo pregunta —le dije— estoy seguro de que se verá descubierta y confesará.

El me dijo:

—Paula es la alumna más brillante de la escuela. ¿Por qué haría una cosa así?

—Tal vez para seguir siéndolo —le dije yo—. Tomó parte en el concurso Nostalgia y llegó un momento en que para prepararse tuvo que dejar el trabajo de la escuela. Al final, decidió que los exámenes de fin de curso eran más importantes que el concurso, entonces falló deliberadamente en la respuesta y de esta forma pudo...

—No puedo creer esto, jovencito —me dijo con voz enojada—. No tienes ninguna prueba y ningún derecho para hacer semejante acusación.

Me sentía totalmente sudado por la angustia, pero no podía volverme atrás.

—Tengo más pruebas contra Paula que las que nadie ha podido presentar contra Santi —dije—. Fue una mala pasada para Paula que se le hiciera esa determinada pregunta, porque era imposible que fallara del modo que lo hizo. Estaba tan preocupada que no se dio cuenta de que no podía equivocarse en esa respuesta.

—¿Y cómo puedes decir que ella no podía equivocarse en esa respuesta? ¿Acaso lees en la mente de los demás?

—No señor, pero yo sabía la respuesta y luego la consulté para estar seguro. Paula conocía el primer apellido de Pablo Picasso. Sabía que el nombre de Charlot era Charlie Chaplin y en éste es en el que podía haberse equivocado, pero lo que no es posible es que olvidara el apellido de Picasso, como fingió.

—Yo no me acuerdo del nombre completo de muchos pintores o artistas que usan seudónimo —dijo el director—. Y no me sorprende que Paula tampoco se acordara.

Mi respuesta hizo que el director interrogara a Paula y naturalmente ella confesó.

Yo le había dicho al director:

—¿Cómo quiere que Paula se olvidara de su propio apellido, señor? El primer apellido de Pablo Picasso es Ruiz. Pablo Ruiz Picasso.

# El décimotercer día de Navidad (1977)

---

“The Thirteenth Day of Christmas”

Ese año todos estuvimos muy contentos cuando hubo pasado el día de Navidad.

Fue una Nochebuena horrible. Yo permanecí despierto todo el tiempo que pude esperando, en cualquier momento, oír el estallido de una bomba. Mamá estuvo también despierta, junto a mí, hasta la medianoche del día de Navidad, hasta que papá llamó para anunciar:

—Perfecto, no ha ocurrido nada. Estaré en casa tan pronto como pueda.

Mamá y yo bailamos de alegría por el comedor como si celebráramos la llegada del Papá Noel. Al cabo de una hora llegó papá y nos fuimos a la cama. Ese día dormimos mejor que nunca.

Nuestra familia es un caso especial. Papá es detective de la policía y esos días, con las amenazas de los terroristas, puede llegar a estar muy ocupado. Por eso, cuando el día 20 de diciembre llegó a la Comisaría la amenaza de que el Día de Navidad estallaría una bomba en las oficinas soviéticas de las Naciones Unidas, se lo tomaron muy en serio.

Todos los miembros del cuerpo fueron puestos en servicio.

También intervino el Servicio Secreto. Los soviéticos tenían sus propios medios de seguridad, pero a papá no le bastaban.

El peor día fue la víspera de Navidad.

—Si alguien está lo suficientemente loco para querer colocar una bomba y no le asusta el ser apresado luego, lo más probable es que lo consiga por muchas precauciones que tomemos.

La voz de papá delataba una angustia que raras veces notábamos en él.

—Supongo que no existe ningún medio para saber de quién se trata —dijo mamá. Papá negó con la cabeza.

—La amenaza está escrita con letras de periódico pegadas sobre un papel, sin huellas dactilares, sólo manchas. Lo único que tenemos es un material corriente que no podemos investigar porque no nos llevaría a nada, y una amenaza. ¿Qué podemos hacer?

—Supongo que debe tratarse de alguien a quien no le gustan los rusos —comentó mamá.

—Esto no nos ayuda mucho —dijo papá—. Naturalmente los soviéticos dicen que se trata de una amenaza de los judíos y hemos tenido que vigilar a los de la Liga para la defensa de los Judíos.

—Pero papá —intervine yo—, esto no tiene ningún sentido. El pueblo judío no hubiera elegido el día de Navidad para hacer una cosa así, ¿no te parece? Para ellos ese día no significa nada y tampoco significa nada para la Unión Soviética.



Oficialmente son ateos.

—Con los rusos no puedes razonar de esta manera —dijo papá—. Y ahora ya es hora de ir a la cama porque mañana, Navidad o no, puede ser un mal día.

Papá salió. Estuvo fuera todo el día de Navidad y para todos nosotros fue un día fatal. Mamá y yo ni siquiera abrimos nuestros regalos, estuvimos todo el santo día sentados al lado de la radio y el televisor, esperando noticias.

Luego, a medianoche, cuando papá llamó para decir que no había ocurrido nada ya pudimos respirar tranquilos, pero tampoco nos acordamos de abrir los regalos.

No lo hicimos hasta el día 26. Este fue nuestro día de Navidad. Papá tuvo el día libre y mamá preparó el pavo con veinticuatro horas de retraso.

Lo pasamos muy bien y no hablamos del caso hasta después de la cena. Mamá empezó:

—Supongo que nadie, fuera quien fuera, pudo encontrar la manera de colocar la bomba debido a la gran vigilancia que había.

Papá sonrió, apreciando la lealtad de mamá.

—No creo que la vigilancia pudiera extremarse hasta ese punto, pero ¿qué más da?

—La cuestión es que no ha habido bomba. Tal vez no fuera más que una broma pesada. Pero la gente estaba preocupada y los soviéticos de las Naciones Unidas se han pasado unas cuantas noches sin dormir. Para la persona que quería colocar la bomba esto puede haber sido una satisfacción casi tan grande como si el artefacto hubiera estallado.

—Si no pudo hacerla estallar el día de Navidad —dije yo— tal vez lo haga otro día. Tal vez sólo dijo ese día para mantener a la gente alerta y luego, cuando todo vuelva a la normalidad, lo hará...

Papá me dio un golpecito en la cabeza.

—Pues sí que eres optimista Lorenzo... No, no lo creo. Los profesionales valoran el sentido del deber. Cuando dicen que algo va a ocurrir en un momento preciso, tiene que ser en ese momento o ya no tiene sentido para ellos.

No me quedé muy convencido, pero los días pasaban y no ocurría nada. Poco a poco el departamento de policía volvió a la normalidad, los del Servicio Secreto se ocuparon de otros asuntos e incluso los soviéticos parecieron olvidarse de todo, tal como papá había previsto.

El día 2 de enero teníamos que volver al colegio para ensayar nuestro espectáculo de Navidad que se representaba el día 6 de enero, fiesta de los Reyes Magos. Lo representábamos al final de las vacaciones navideñas, en día festivo, porque a nuestro colegio acudían chicos de diversas religiones y la Dirección y Profesorado respetaban la separación Iglesia-Estado y las creencias de todos. Así, al celebrar la representación en día festivo la asistencia no era obligatoria. Y, como en el colegio

tampoco debía haber celebraciones religiosas, no llamábamos a nuestra función «Espectáculo de Navidad» sino sólo «Representación». No hacíamos más que una representación de la canción «Los doce días de Navidad», en la que no se habla de religión, sólo de regalos.

Éramos doce niños, cada uno cantaba una estrofa y luego todos juntos repetíamos el estribillo. Yo era el número cinco y cantaba «Cinco anillos de oro», porque todavía tenía una voz de soprano y podía alcanzar las notas altas bastante bien.

Muchos niños no saben por qué el período de Navidad tiene doce días, pero yo les expliqué que entre el 25 de diciembre, día de Navidad, y el 6 de enero, el día que llegaron los tres Reyes Magos a traer regalos al niño Dios, van doce días y de ahí el título de la canción. Naturalmente era el día 6 cuando hacíamos nuestra representación en el auditorio del Colegio y venían todos los padres que querían.

Papá consiguió tener libres unas horas para poder asistir, junto con mamá. Y acudió a oír a su hijo cantar las notas altas por última vez, porque el año que viene mi voz habrá cambiado y ya no podré hacerlo.

¿Sabéis lo que es tener una idea brillante en medio de una representación y estar obligado a continuar la comedia sin poder hacer nada?

Aún estábamos en el segundo día, cantando «Dos tórtolas», cuando de pronto se me ocurrió: «¡Oh, mañana será el decimotercer día de Navidad!» Todo el mundo estaba mirándonos y no pude hacer otra cosa que quedarme quieto y cantar mi estrofa.

Nunca había encontrado esa canción tan estúpida. Era como si tuviera polvos pica-pica en la ropa interior, no podía estarme quieto ni un momento más. Cuando hubimos cantado la última nota y el público estaba aún aplaudiendo, eché a correr, bajé los escalones del escenario y seguí corriendo hasta llegar a la fila donde estaba mi padre. El me miraba asustado, yo me agarré a su chaqueta y supongo que hablaba tan deprisa que no conseguía entenderme.

Le dije:

—Papá, Navidad no es el mismo día para todo el mundo. Puede que incluso se trate de algún soviético. Oficialmente los rusos son ateos, pero puede haber alguno que haya conservado la fe religiosa y por esta razón quiera colocar la bomba. Puede tratarse de un miembro de la Iglesia Ortodoxa Rusa y ellos no siguen nuestro calendario.

—¿Cómo? —se extrañó papá, mirándome como si no comprendiera ni una palabra de lo que estaba diciendo.

—Que sí, papá; lo he leído en alguna parte. La Iglesia Ortodoxa Rusa está todavía en el calendario Juliano, que es el que impuso por decreto Julio César hace 2.000 años tomando cálculos de los antiguos calendarios griegos, babilónicos y egipcios, mientras que los demás cambiamos al calendario Gregoriano que es el que impuso en

1582 el Papa Gregorio XIII por ser más preciso, reformando el calendario Juliano. El calendario Juliano lleva trece días de retraso con respecto a nosotros. La Navidad ortodoxa cae en su 25 de diciembre, que equivale a nuestro 7 de enero, es decir mañana.

Hasta aquí no me creyó ni una palabra. Lo comprobó en un diccionario y luego llamó a alguien de la Oficina Central que era ruso Ortodoxo.

En poco tiempo consiguió poner en movimiento a todo el departamento. Habló con los soviéticos y cuando éstos dejaron de culpar a los judíos y se fijaron en su propia gente, encontraron al hombre. No sé qué hicieron con él, pero tampoco estalló ninguna bomba el decimotercer día de Navidad.

La Oficina Central quiso regalarme una bicicleta nueva, pero yo no acepté. Sólo había cumplido con mi deber.

## La palabra clave (1977)

---

“The Key Word”

Normalmente mi padre suele estar de bastante buen humor cuando esta en casa y nunca, o casi nunca, pierde la paciencia conmigo. A mí me gusta creer que la razón reside en que soy un buen muchacho, pero él dice que es porque soy lo bastante listo como para no dejarme ver cuando él está de mal humor.

Lo cierto es que esta vez no estaba fuera de su vista. Se abalanzó sobre mí con la cara totalmente roja y me arrebató el periódico «*New York Times*» de las manos gritando:

—¿Qué crees que estás haciendo? ¿Por qué no usas la cabeza alguna vez?

Me quedé inmóvil, con el lápiz en la mano. La verdad es que no estaba haciendo nada.

Estaba tan asombrado que no pude más que preguntar:

—¿Qué ocurre papá?

Mamá vino corriendo, supongo que para cerciorarse de que a su único y querido hijo no le había ocurrido nada.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué ha hecho?

Papá estaba allí, inmóvil, de pie, poniéndose cada vez más rojo. Parecía no poder comprender que yo

hubiera hecho aquello. Luego dijo:

—¿Acaso no tiene otra cosa que hacer que jugar con el periódico? ¡Además, éste no es nuestro periódico!

Llegados a este punto, yo ya estaba más que indignado.

—Bueno papá, y ¿por qué supones que yo debía saberlo?

Mamá dijo:

—Es verdad, ¿cómo puedes suponer que él lo sabía, querido? Si se trata de algo importante tenías que haberlo dicho. No debías haber dejado el diario en la mesa del comedor.

Papá miraba a su alrededor como si quisiera volverse atrás y no supiera cómo. Me dijo:

—Ya sabes que no debes romper nada, no debes tirar nada...

Me di cuenta de que se había puesto tan furioso cuando me vio con el «*New York Times*» en la mano, que no se había fijado en lo que estaba haciendo.

—El periódico está en perfecto estado, papá.

Caminaba de un lado a otro de la habitación, respirando fuerte y nosotros sólo le mirábamos. Supuse que debía tener un caso difícil entre manos, y cuando un detective tiene un caso difícil no se le puede culpar por su mal humor.

De pronto se paró. Se había portado de manera poco usual en él y volvía a ser el

de siempre cuando se volvió hacia mí:

—Lo siento, Lorenzo —dijo—. Estaba equivocado, no es nada importante. Además, ya tenemos el microfilm del periódico. Pero la verdad es que no puedo sacar nada de aquí.

Mamá se sentó sin decir nada, porque papá casi nunca quería hablarnos de sus casos. Yo lo sabía, pero puse cara de inocente y pregunté:

—¿Nada de dónde papá?

Y también me senté.

Papá se sentó también mirándonos y, al tiempo que colocaba de nuevo el periódico sobre la mesa, señaló:

—De aquí. Del periódico.

Me pareció que quería seguir hablando por lo que me quedé callado y esperé. Al cabo de un rato dijo:

—Ocurre que... Bueno lo que ocurre no tiene importancia, lo cierto es que es algo bastante inquietante y todo está basado en un código muy complicado que no podemos descifrar.

—¿Este no es tu verdadero trabajo, verdad? —preguntó mamá—. Tú no entiendes nada sobre códigos.

—¿Todos los códigos pueden descifrarse, verdad papá? —pregunté yo.

—Algunos no con tanta facilidad como otros, Lorenzo —me dijo—. Algunas veces el código se basa en una palabra clave que cambia cada cierto tiempo, tal vez cada día. Esto lo hace muy complicado a no ser que se pueda dar con la palabra clave, o mejor aún, con el método que utilizan para cambiarla.

—¿Y esto cómo lo hacéis? —preguntó mamá. Con una mirada de angustia, papá dijo:

—Una de las maneras más fáciles sería conseguir la agenda de alguno de los que utilizan el código.

—Lo más seguro es que nadie apunte la palabra clave en una agenda, sería demasiado fácil —dijo mamá.

Yo la interrumpí:

—Lo hacen, mamá. No pueden confiar en recordar un sistema tan complicado y no pueden arriesgarse a olvidarlo, ¿verdad papá?

—Cierto —dijo—. Pero no hemos encontrado ninguna agenda ni nada parecido y así estamos.

El tono de su voz indicaba que éste era el final de la discusión.

—¿Ya has hecho tus deberes, Lorenzo?

—Sí papá, todo, sólo me falta algo de geografía.

Luego, para evitar que me hiciera salir de la habitación, dije:

—¿Y qué tiene que ver en todo eso el periódico?

La pregunta hizo que se olvidara de mis deberes.

—Uno de los hombres que teníamos vigilado fue asaltado ayer por la noche. Se las arregló para librarse del asaltante, pero en la pelea fue herido y tuvimos que llevarlo al hospital. Esto nos permitió registrarle minuciosamente sin atraer sospechas, sin obligarles a cambiar el sistema. Pero no encontramos nada. No llevaba agenda.

—Tal vez el asaltante se la robó... aventuré yo. Papá negó con la cabeza.

—El que le seguía era un detective competente. Lo vio todo. Pero el hombre al que asaltaron no llevaba más que el «*New York Times*» y lo sujetaba fuertemente mientras luchaba. Pensé que era algo sospechoso, por lo que hice sacar un microfilm del periódico y lo traje a casa. Creía que debía haber algún sistema para extraer una palabra, en algún titular o en una página especial, ¿quién sabe? Todo el mundo puede llevar este periódico, no tiene nada de particular, no es tan sospechoso como una agenda.

—¿Cómo pensabas sacar del periódico la clave del código? —pregunté.

Papá se encogió de hombros:

—Pensé que habría alguna señal. El hombre podía haber mirado la palabra clave y, automáticamente, sin pensarlo siquiera, marcarla. Sin embargo no es así. No hay ni una palabra en todo el periódico que esté señalada de ninguna manera.

Yo contesté, emocionado:

—¡Sí que la hay!

Papá me miró de esa manera con que siempre me mira cuando piensa que no sé de qué estoy hablando.

—¿Qué quieres decir?

—Es lo que estaba haciendo cuando tú gritaste y me cogiste el periódico —dije mostrándole el lápiz que aún tenía en la mano—. Estaba resolviendo el crucigrama. Tú no te diste cuenta papá, pero ya había una parte hecha, es por eso que yo lo cogí, para terminarlo.

Papá frunció el ceño.

—Sí que nos damos cuenta, pero qué te hace pensar que esto tenga algún sentido. Mucha gente resuelve los crucigramas. Es algo muy corriente.

—Cierto, pero se trata de un sistema seguro. El crucigrama del periódico sólo estaba resuelto en el centro, papá. Sólo un pequeño recuadro en el centro. Nadie resuelve sólo la parte central. Todo el mundo empieza por la parte superior izquierda, con el número uno.

—Si se trata de un crucigrama difícil, es muy posible que no puedas empezar hasta llegar a la mitad.

—Es un crucigrama fácil papá. El número uno horizontal es una palabra de tres letras que significa el nombre de la primera mujer en la Biblia y la solución no puede

ser otra que Eva, como todo el mundo sabe, y el uno vertical... es igualmente fácil. Este individuo fue directo a la parte que le interesaba y no se preocupó de nada más. El 27 horizontal es una de las palabras que completó y el periódico es de ayer, que era día 27.

Papá tardó bastante antes de contestar. Luego dijo:

—Coincidencia.

—Tal vez no —dije yo—. Los crucigramas del «*New York Times*» siempre tienen por lo menos sesenta números cada día, y el doble los domingos. Así cada día del mes tiene un número asegurado y para ese día, la palabra clave es la correspondiente a ese mismo número en el crucigrama. Si hay dos palabras correspondientes a dos números, vertical y horizontal, tal vez siempre se tome la horizontal.

—No sé... —dijo papá.

—¡Pero si no puede ser más sencillo! Es muy fácil de recordar y lo único que hay que saber hacer es rellenar crucigramas. Además, se pueden obtener toda clase de palabras, largas o cortas, incluso frases y palabras extranjeras.

Mamá dijo:

—¿Y qué ocurriría si un día el crucigrama fuera más difícil y no se consiguiera resolver la palabra clave?

Sólo entonces papá empezó a reaccionar:

—Pueden utilizar el crucigrama de un día para el día siguiente y comprobarlo con las soluciones para no equivocarse...

Ya se había puesto el abrigo.

—...excepto los domingos, puesto que la solución no aparece hasta el domingo siguiente... Espero que el lápiz que usas haya dejado un trazo diferente al suyo, Lorenzo.

—El individuo utilizaba bolígrafo —señalé.

Los crucigramas no les resolvieron totalmente el caso, pero les permitieron descifrar el código. A papá le concedieron un premio y lo ingresó en el banco para pagar mis estudios. Dijo que era lo justo.



ISAAC ASIMOV está considerado uno de los más grandes escritores de ciencia ficción de todos los tiempos.

Nacido en Rusia, su familia decidió emigrar a Estados Unidos cuando Asimov sólo contaba con tres años de edad. Se crió, pues, en Brooklyn, Nueva York, donde su padre mantenía una tienda de venta de golosinas y revistas. Desde pequeño ya demostró su interés por la ciencia ficción, siendo un ávido consumidor de revistas pulp.

Su atracción por la ciencia le llevó a estudiar Ingeniería Química, donde luego lograría doctorarse en Bioquímica y ser profesor en la Universidad de Boston durante varios años, hasta que su labor literaria le llevó a abandonar el mundo de la docencia.

Tras acabar la carrera, Asimov publicó su primer cuento en 1939, en la revista *Astounding Science Fiction* —dirigida por el famoso John W. Campbell— y también colaboró con *Amazing Stories*. Asimov nunca abandonó la escritura de cuentos y a lo largo de su vida publicó gran número de antologías.

Su obra más importante es sin duda *La Fundación* (1942) proyecto que se publicó en diversas entregas a lo largo de los años y que compuso poco a poco el universo en que Asimov centró la mayor parte de su trabajo. También ese año (1942) Asimov se casó con Gertrude Blugerman con la que vivió hasta 1970, momento en que se divorció.

En 1950 publicó su primera novela larga, *Un guijarro en el cielo*, que significó el pistoletazo de salida para una larga y prolífica serie de títulos en los que Asimov no sólo trató la ciencia ficción sino que se introdujo en géneros como el policíaco, el



histórico o la divulgación científica.

A lo largo de su carrera literaria recibió gran número de galardones literarios, entre los cuales se encuentran varios Premios Hugo, Nébula o Locus. Asimov formó parte, junto a Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke, de el mejor exponente de la época dorada de la ciencia ficción.

Asimov volvió a casarse en 1973 con Janet Opal, un año después de publicar otra de sus obras más importantes, *Los propios dioses* (1972). Varios de sus libros fueron llevados al cine, como *El hombre del bicentenario* o *Yo, Robot*.

La producción de Asimov siguió siendo importante, tanto en cuentos como libros, hasta su muerte el seis de Abril de 1992.

# Notas

[1] Kilroy was here («Kilroy estuvo aquí») era una frase de uso común y sentido impreciso que se solía escribir en cercas y cuartos de baño. Durante la Segunda Guerra Mundial, su empleo se difundió entre los soldados y pasó a significar «el ejército de EE.UU. estuvo aquí». (N. Del T.)

[2] *Como mi querida esposa es para mí la mujer más bella del mundo —y lo sabe— no se tomó a mal esta historia, salvo para decirme que yo tenía una mente morbosa.*

[3] *A god fellow* se utiliza como «una buena persona». (N. del T.)

[4] En inglés: *A niche in the time saves Stein*. Una distorsión del proverbio tradicional *A stitch in time save nine* («Más vale prevenir que curar»; o, en su traducción literal: «Una costura a tiempo ahorra nueve».) La inversión de iniciales se corresponde con la del título original del cuento (*A Loint of Paw* en vez de *A. Point of Law*, «Una cuestión judicial».) (N. del T.)

[5] La pronunciación del plural de la letra Y es similar a la pronunciación de *wise* («sabio»). (N. del T.)

[6] Urth se pronuncia igual que Earth («Tierra»). (N. del T.)



[7] En inglés, dios es «god». Se explica fácilmente que Cullen entendiera «gob», expresión que se utilizaba hace unos años para designar a un marinero militar.

[8] Espíritus femeninos que viven con ciertas familias irlandesas y avisan de la muerte de algún miembro de las mismas.

[9] Espíritus que hacen danzar muebles y vajilla, etc.

[10] Estrellas azules muy calientes.

[11] Escándalo de corrupción política descubierto en Washington y que provocó un revuelo análogo al del «Watergate». (N. del T.)

[12] Presidente de los Estados Unidos. (N. del T.)

[13] Campeón mundial de boxeo de los pesos pesados, de nacionalidad norteamericana. (N. del T.)

[14] Ciencia e inventos. (N. del T.)



[15] En inglés, «Amazing Stories», nombre de la revista que fundó Gernsback en 1926 y con motivo de cuyo quincuagésimo aniversario fue escrito este cuento. (N. del T.)

[16] Wren: Mujer perteneciente al servicio auxiliar femenino de la Armada. (N del T.)

[17] Como es habitual, Isaac Asimov juega con los sonidos de las palabras. El original dice: “Sloane's Teddy wins the race”; y la traducción es literalmente correcta, aunque no tiene el giro que quiso darle el autor. El refrán a que hace referencia es “slow and steady wins the race”, que se puede decir también “slow 'n steady” (slounstedy) lo que suena muy parecido a Sloane’s Teddy. (Nota del revisor)

[18] Obviamente, está haciendo una trasposición de letras, como en “A Loint of Paw”, (A Point of Law). A Isaac Asimov le encantaban esos juegos. Se refiere a “No hay mal que por bien no venga”, que se dice “Every cloud has a silver lining”. El juez wombat puede haber entendido mal las palabras y lo aprendió como Every crowd has a silver fining. (Cada multitud tiene una multa plateada). (Nota del traductor)

[19] Es un juego de palabras. El apellido original, Forward, significa «hacia delante» y el posterior, Backward, «hacia atrás».

[20] Los errores ortográficos reflejan los del original. (Nota del traductor)

[21] Adelante, jóvenes de la patria, el día de gloria ha llegado. Contra nosotros, de la tiranía, el sangriento estandarte rojo se levanta. (Nota del traductor)

[22] Final intraducible. Mars say yes, *Marte di sí*, suena como “mar-sei-ies” que es como suena Marseillesse en inglés. (Nota del traductor)



[23] La cita es de Arthur Clarke. (N. del T.)

[24] Juego de palabras intraducible que se produce con los vocablos ingleses *principle* (principio) y *principal* (director de escuela), de pronunciación prácticamente igual. (N. del T.)

[25] Véase Deslizarse Sobre la Nieve.

[26] Pander, en inglés. (N. de T.)

[27] Juego de palabras intraducible: rube es aldeano, rústico, en inglés. (N. del T.)

[28] Juego de palabras intraducible. Alfil en inglés es bishop = obispo. (N. del T.)

[29] En inglés las nacionalidades van con mayúscula, y en este caso la pronunciación de los ejemplos es distinta. (N. del T.)

[30] En inglés, R es abreviatura de right (derecha). A su vez left es izquierda. Es necesario dejar los vocablos ingleses para que sea inteligible la solución del enigma. (N. del T.)



[31] Una vez más la solución depende de un juego de palabras intraducible. *Murder* “asesinato” y “asesinar”. Debe también tenerse en cuenta que *ring* significa a la vez “tañido” y “anillo” (N. del T.)

[32] El verbo *talkíng*, hablar, y el apellido Tolkien, tienen una pronunciación semejante en inglés. (N. del T.)

[33] Composición poética típicamente inglesa, de 5 líneas, por lo general de tono jocoso o absurdo. Fue popularizada sobre todo por Edward Lear en su “Book of Nonsense” (1946). (N. del T.)

[34] Periodo de la historia inglesa comprendido entre 1660 y 1702. (Nota del T.)

[35] En inglés, *West Virginia* es literalmente Virginia del Oeste. (Nota del T.)

[36] Joseph Hennessy nunca existió y, por lo que sé, nunca hubo un intento de asesinato contra Calvin Coolidge. Todas las demás referencias históricas del relato que no incluyan a Hennessy, son precisas. (I. A.)

[37] LONELY AS A CLOUD: solitario como una nube, que tiene más de catorce letras, por supuesto. (Nota del T.)

[38] WEALTM DITEBIAT es la clave, escrita en inglés. (Nota del T.)



[39] Pitcher es, al mismo tiempo, una jarra o cántaro, y un lanzador de béisbol. (Nota del T.)

[40] En béisbol, el que detiene un avance. No se traduce para retener el efecto de la broma del párrafo siguiente. (Nota del T.)

[41] El hombre que fingió gustarle el béisbol. (Nota del T.)

[42] Limericks: versos jocosos con una métrica y rima particular (Nota del T.)

[43] Búsqueda de inteligencia extraterrestre. (Nota del T.)

[44] Bandage = Vendaje. (Nota del T.)

[45] Juego de palabras intraducible. Cygnus y sinner pueden sonar parecido. (Nota del T.)

[46] Es la expresión fonética de “Playtoe”, que es como se pronuncia el nombre de Platón en inglés: Plato. (Nota del T.)



[47] Las palabras originales son: *executioner*, *ablutioner*, *diminutioner*, y la frase *you-shun-her*. Se cambiaron para mantener la rima. (Nota del T.)

[48] En español en el original. (Nota del T.)

[49] En el original: “Then I can hum a fugue of which I've heard the music's din afore, and whistle all the airs from that infernal nonsense, Pinafore.”

[50] Las tres son referencias denigrantes a los franceses. Como tales, no admiten traducción. (Nota del T.)

[51] Por la congruencia del relato se deja en el inglés original; significa de antemano.  
(Nota del T.)

[52] Demonios necrófagos. (Nota del T.)

[53] El sólo y único Oriente. (Nota del T.)

[54] En francés en el original. (Nota del T.)



[55] Del yidish y del hebreo: descaro. (Nota del T.)

[56] La palabra es lily, Lily. Se ha modificado algo el texto para hacerlo coherente.  
(Nota del T.)

[57] La valoración es invisible (N. del T.).